COMENTARIO BÍBLICO DE MATTHEW HENRY

Obra completa sin abreviar

Traducido y adaptado al castellano por

FRANCISCO LACUEVA

Editorial CLIE
Galvani, 113
08224 TERRASSA (Barcelona)

COMENTARIO BÍBLICO DE MATTHEW HENRY
Obra completa sin abreviar

© 1999 por Editorial CLIE. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida sin el permiso escrito de los editores, con la excepción de breves citas.

Traducido y adaptado al castellano por Francisco Lacueva

Depósito legal: B-39.550-1999

ISBN 84-8267-094-8

Clasifíquese: 98 HERMENÉUTICA: Comentarios completos a toda la Biblia
C.T.C. 01-02-0098-42
Referencia: 22.42.03

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

CÓMO SACAR DE ESTE COMENTARIO EL MAYOR PROVECHO EN ORDEN A LA PREDICACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS

ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS
ÉXODO
LEVÍTICO
NÚMEROS
DEUTERONOMIO
JOSUÉ
JUECES
RUT
1 SAMUEL
2 SAMUEL
1 REYES
2 REYES
1 CRÓNICAS
2 CRÓNICAS
ESDRAS
NEHEMÍAS
ESTER
JOB
SALMOS
PROVERBIOS
ECLESIASTÉS
CANTARES
ISAÍAS
JEREMÍAS
LAMENTACIONES
EZEQUIEL
DANIEL
OSEAS
JOEL
AMÓS
ABDIAS
JONÁS
MIQUEAS
NAHÚM
HABACUC
SOFONÍAS
HAGEO
ZACARÍAS
MALAQUÍAS

NUEVO TESTAMENTO

MATEO
MARCOS
LUCAS
JUAN
HECHOS
ROMANOS
1 CORINTIOS
2 CORINTIOS
GÁLATAS
EFESIOS
FILIPENSES
COLOSENSES
1 TESALONICENSES
2 TESALONICENSES
1 TIMOTEO
2 TIMOTEO
TITO
FILEMÓN
HEBREOS
SANTIAGO
1 PEDRO
2 PEDRO
1 JUAN
2 JUAN
3 JUAN
JUDAS
APOCALIPSIS

PRESENTACIÓN

La obra que ponemos en manos del lector de habla hispana es única en su género. A pesar de que el original fue escrito hace casi tres siglos, este comentario exegético-devocional, redactado en su mayor parte por Matthew Henry a principios del siglo XVIII, no ha sido todavía sobrepasado por ningún otro, según la opinión unánime de los expertos. Para no citar sino algunos pocos de los juicios críticos, mencionaremos las frases laudatorias de hombres tan relevantes y bien conocidos en nuestros medios como F. F. Bruce, Alan Redpath, Wilbur M. Smith y del archifamoso C. H. Spurgeon.

De este comentario dice F. F. Bruce: «Es uno de los más grandes clásicos de la literatura teológica inglesa … Con su seguro instinto espiritual del sentido de la Escritura, presenta la esencia sana y perpetua de la Biblia en un estilo de extraordinario vigor.» Por su parte Alan Redpath afirma: «La exposición sana, sensata y fundamentalista, versículo por versículo, las perlas de sustanciosos pensamientos que hallan estupenda expresión, y los múltiples y sugerentes comentarios, se combinan todos ellos para hacer de esta obra una clase aparte en sí misma.» Wilbur Smith compendia su elogio en una breve frase: «Es el comentario devocional más grande que jamás se haya escrito.» Finalmente Spurgeon dice de él: «Es instructivo para todos … brillante en metáforas, rico en analogías, sobreabundante en ilustraciones. Todo ministro de Dios debería leer el MATTHEW HENRY por entero y con plena atención al menos una vez.»

En efecto, y para escoger unas pocas muestras, basta examinar lo que dice Matthew Henry sobre Génesis 2:22: «La mujer fue formada de una costilla (es decir, del costado) de Adán; no fue hecha de su cabeza, como para tener dominio sobre él; ni de sus pies, como para ser pisoteada por él; sino de su costado, para ser igual a él, de debajo de su brazo para ser protegida, y de junto al corazón para ser amada.»

O véase lo que dice, tras explicar el alcance de la sentencia pronunciada sobre nuestros primeros padres, en Génesis 3:16–19: «Cuán admirablemente dio la réplica a esta sentencia pronunciada contra nuestros primeros padres la satisfacción que el Señor Jesús realizó mediante sus sufrimientos y su muerte. A) ¿Entraron con el pecado dolores de parto? Leemos, en Isaías 53:11, de la aflicción del alma de Cristo. B) ¿Vino con el pecado la sujeción? Cristo fue puesto bajo la Ley (Gá. 4:4). C) ¿Llegó con el pecado la maldición? Cristo fue hecho por nosotros maldición, murió de una muerte maldita (Gá. 3:13). D) ¿Entraron con el pecado las espinas? Él fue coronado de espinas por nosotros. E) ¿Entró con el pecado el sudor? Él sudó por nosotros como grandes grumos de sangre. F) ¿Vino con el pecado el dolor? Él fue varón de dolores; su alma estaba, en su agonía, abrumada de una tristeza mortal. G) ¿Entró con el pecado la muerte? Él se hizo obediente hasta la muerte. Así, el vendaje curativo resulta más ancho todavía que la herida producida por el pecado. ¡Bendito sea Dios por nuestro Señor Jesús!»

Finalmente véase lo que dice sobre el arco iris, al comentar Génesis 9:12–17: «El arco iris aparece cuando las nubes están más cargadas de lluvia, y se retira después de la lluvia. Así Dios aparta nuestros temores cuando más razón tenemos para temer que prevalezca la tormenta. Cuanto más densa es la nube, más nítido se destaca en ella el arco iris. De igual modo cuanto mayor es la amenaza de nuevas aflicciones, tanto mayor es el estímulo de abundantes consolaciones (2 Co. 1:5). El arco iris aparece cuando ya está clara una parte del firmamento, lo cual insinúa el recuerdo de la misericordia en medio de la ira, y parece como si las nubes estuviesen cercadas por el arco para que no se extiendan por el cielo, pues el arco es la lluvia en color o como la orla ricamente festoneada de una nube. Un arco inspira terror, pero el arco iris es un arco que no tiene cuerda ni flecha, y un arco desnudo poco puede hacer. Es un arco pero está apuntando al cielo, no a la tierra; porque las señales del pacto no están destinadas a atemorizar, sino a consolar.»

Éstos son sólo unos poquísimos ejemplos de la riqueza de pensamientos y de la exuberancia de imágenes que brillan en esta obra incomparable.

Matthew Henry nació en Broad Oak, Iscoid, un pueblecito de Gales el 18 de octubre de 1662. Su padre fue uno de los 2.000 ministros del Señor que salieron (o fueron expulsados) de la Iglesia de Inglaterra, por disentir del sistema oficial; por ello, fueron llamados «no-conformistas». Su madre era de noble y acomodada familia, por lo que su padre pudo ejercer su ministerio sin percibir ninguna remuneración. Matthew fue su segundo hijo, y nació en tan precaria condición física, que le bautizaron al día siguiente, por temor a que muriese antes de cumplir la primera semana. Aunque, de niño, continuó físicamente débil, fue, sin embargo, muy fuerte en lo intelectual y más aún en lo espiritual. Su padre fue

su primer maestro. Más tarde, fue enviado a la Academia de Islington (Londres), donde estudió hasta el 1682, año en que regresó a Iscoid para ayudar a su padre en las tareas pastorales.

Volvió pronto a Londres para estudiar Leyes, dando muestras de gran memoria y fácil elocuencia. Pero, bajo la influencia de dos grandes predicadores, los doctores Stillingfleet y Tillotson, comenzó a interesarse más y más por las cosas espirituales, formando con algunos de sus amigos un grupo que se reunía regularmente para orar en común y estudiar la Biblia.

Después de regresar nuevamente a su casa como candidato al ministerio comenzó a predicar. Quienes le oyeron en Chester, le pidieron que tomara el pastorado de la congregación. Fue ordenado el 9 de mayo de 1687 y ejerció el pastorado en Chester desde ese mismo año hasta 1712. Enviudó cuando todavía era muy joven y se casó en segundas nupcias con una nieta de Peter Warburton, de la que tuvo nueve hijos, sobreviviendo seis de ellos. Su casa, como la de su padre, pudo ser llamada «Casa de Dios y puerta del Cielo».

Fue durante este pastorado (con predicación diaria), cuando, en el culto familiar, comenzó a exponer el Antiguo Testamento por las mañanas, y el Nuevo por las tardes. Esto constituyó la base para su futuro comentario, que comenzó en 1704, y del cual había completado seis volúmenes cuando le sorprendió la muerte, a causa de un ataque de apoplejía, en 1714, contando solamente 52 años de edad. Como sea que el sexto volumen llegaba solamente hasta Hechos de los Apóstoles, trece teólogos no conformistas se encargaron de completarlo.

La presente edición castellana va aún más allá. Da un paso más para mejorar esta magna obra y darle remate. No nos hemos limitado a traducir lo que Matthew Henry escribió, sino que, de la mano de los mejores comentarios, tanto evangélicos como rabínicos, hemos puesto al día la exposición, llenando algunas (pocas) lagunas, tanto en el plano exegético como en el devocional, de las que la obra original de Matthew Henry, imperfecta como toda obra humana, adolece.

En algunos casos la opinión de Matthew Henry se ha enriquecido sumando a la misma la de otros comentaristas que sostienen puntos de vista distintos o incluso opuestos al suyo, pero que hemos considerado necesario incluir para proporcionar al lector una visión más amplia del pensamiento cristiano con respecto al punto en cuestión. (Véase Isaías, cap. 6 v. 1–4) En otros casos,—especialmente en lo que refiere a las concepciónes escatológicas, (amileniales-premileniales-posmileniales)—hemos preferido vertir directamente nuestras propias ideas, (en este caso de cuño premilenial y dispensacionalista), aunque por supuesto advirtiendo antes al lector, para que no se llame a engaño, (véase la introducción al libro de Apocalipsis), que en este caso particular no son las propias de Matthew Henry sino las del traductor adaptador.

Ello hace de la presente versión española del comentario de Matthew Henry una obra única en su género, de la que cabe decir sin ruborizarse que en muchos aspectos supera con creces a su original. Los evangélicos de habla española encontrarán en este comentario alimento espiritual de primera calidad; un manantial inagotable de ideas metáforas y expresiones iluminadoras y estimulantes.

Para resumir su valía en una sola frase diremos que: “Este comentario, más que ningun otro, ayuda grandemente, no sólo a conocer la Santa Biblia sino también a vivirla.” Los pastores y maestros, especialmente, encontrarán en ella un copioso arsenal de material predicable. Tan asequible, incluso al más inexperto predicador, que basta a menudo con los epígrafes bosquejados del comentario de Matthew Henry, para tener un buen esquema de sermón o mensaje, que puede rellenarse con las ideas del mismo comentario y completarlas con las personales, expresándolas en el estilo propio de cada predicador, teniendo en cuenta el auditorio al que se dirige. Disponiendo de un buen buen libro de anécdotas (recomendamos la Enciclopedia de anécdotas el dos volúmenes del Dr. Samuel Vila), el mensaje puede resultar perfectamente apto para atraer la atención de los oyentes y para llevarlos, con el poder del Espíritu Santo, bien al conocimiento del Evangelio de salvación, o a un sólido crecimiento espiritual, según los casos.

A continuación, facilitamos algunos consejos y normas concretas, para ayudar al predicador a poner en práctica lo que acabamos de exponer.

CÓMO SACAR DE ESTE COMENTARIO EL MAYOR PROVECHO EN ORDEN A LA PREDICACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS

Cuando un predicador ha de tomar sobre sí la grave responsabilidad de subir al púlpito para proclamar el mensaje del Evangelio o impartir una instrucción edificante para el pueblo de Dios debe, tras encomendarse al Señor en oración, escoger la porción que el Espíritu Santo le revele como más conveniente para el caso y a continuación leer detenidamente lo que este comentario de Matthew Henry expone sobre el pasaje escogido. Después, entresacando las principales ideas, procederá a formar con ellas un esquema y tratará de rellenarlo con expresiones propias y, en su defecto, con las del propio comentario, esforzándose por hacerlas suyas y adaptarlas a su propio lenguaje, penetrando en su contenido, y viendo el modo de que hagan el mayor impacto en el auditorio.

Veamos un ejemplo: Supongamos que queremos exponer la condición miserable en que el pecado sume al hombre, y lo que el Señor Jesucristo hizo para sacarnos de ese miserable estado. Leeremos atentamente el comentario que Matthew Henry hace a Números 21:4–9 y, después de estudiarlo detenidamente, distribuiremos el mensaje en los siguientes cuatro puntos: el pecado, el castigo, la respuesta y el remedio.

I. EL PECADO

1. El pueblo pasa por una depresión espiritual (v. 4).
2. Esta depresión lleva al pueblo a murmurar en su incredulidad (v. 5).
3. Todos estamos expuestos a este peligro.

II. EL CASTIGO

1. El justo juicio de Dios por la murmuración (v. 6).
2. Habiendo sido antes protegidos de todo animal dañino (Dt. 8:15) ahora son humillados y atormentados por estos despreciables animales.
3. ¡Qué estragos tan formidables hace el pecado en todo nuestro ser!

III. LA REACCIÓN DEL PUEBLO

1. Los israelitas confiesan su pecado (v. 7).
2. Dios usa misericordiosamente las aflicciones para hacer que el pecador «vuelva en sí» (v. Lc. 15:16–17).
3. La intercesión de los justos, como Moisés, puede mucho en favor de los pecadores.

IV. EL REMEDIO

1. Dios no quita las serpientes sino que manda hacer una de bronce y colocarla en lo alto del campamento (v. 8).
2. Los que miraban a la serpiente de bronce quedaban curados al instante.
3. Según expresó el mismo Señor Jesús, de forma parecida somos salvos del pecado con una mirada de fe al que fue levantado por nosotros en lo alto de la Cruz del Calvario. En efecto, claramente se ve el parecido:

A) Entre la dolencia de los israelitas y la nuestra.
B) Entre su remedio y el nuestro.
C) Entre la aplicación de su remedio y la del nuestro.

La estrofa del himno, citada al final de la porción, puede servir de conclusión apta para mover decisivamente los corazones ya afectados por la predicación del mensaje. En todo caso, la apelación final ha de hacerse de acuerdo con las circunstancias.

¡Quiera el Señor usar esta obra para su mayor gloria y servicio, para salvación de muchas almas. Para facilitar la labor de muchos pastores y para provecho espiritual de muchos creyentes sinceros.

FRANCISCO LACUEVA

ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS

EL PRIMER LIBRO DE MOISÉS, LLAMADO GÉNESIS

Tenemos ante nosotros la Santa Biblia. La llamamos *el libro,* por ser sin comparación, el mejor libro que se ha escrito, el libro de los libros. La llamamos el libro santo, porque fue escrito por hombres santos, e inspirado por el Espíritu Santo. Las grandezas de la ley de Dios y del Evangelio están aquí *escritas* para nosotros, a fin de que puedan ser transmitidas a distantes lugares y épocas con mayor pureza e integridad que las que sería posible obtener por un mero informe o por tradición. Esta es la *«lámpara que alumbra en un lugar oscuro»* (2 P. 1:19), y ciertamente sería este mundo un lugar oscuro sin la Biblia.

Comenzaremos por aquella parte de la Biblia que llamamos el *Antiguo Testamento.* Se llama *testamento,* o *pacto* (gr. *diatheke*), porque es una declaración inalterable de la voluntad de Dios con relación al hombre de un modo federal, y tiene toda su fuerza por virtud de la sangre del gran Mediador, *el cordero sin mancha ni contaminación, ya provisto desde antes de la fundación del mundo* (1 P. 1:19–20). Decimos *Antiguo Testamento,* en contraste con el *Nuevo,* que lo corona y perfecciona al suministrarnos aquella mejor esperanza, que ya estaba tipificada y profetizada en el Antiguo. El Antiguo Testamento distribuido en tres partes: *la Ley,* los *profetas* y los *salmos,* el Pentateuco contiene la *Ley.*

En fin, tenemos ahora ante nuestros ojos el primero y más largo de esos cinco libros, que llamamos *Génesis,* escrito, según se cree cuando Moisés estaba en Madián, para instrucción y consuelo de sus hermanos hebreos, pero yo opino más bien que lo escribió en el desierto, después de estar en el monte con Dios, pues allí recibió probablemente las necesarias instrucciones para escribirlo. *Génesis* es un término griego, que significa *origen* o *preparación*: es una historia de los orígenes—la creación del mundo, la entrada del pecado y de la muerte en él, la invención de las artes, el surgir de las naciones, y especialmente la implantación de la sociedad religiosa y el estado en que ésta se encontraba en sus primeros tiempos—. Es también una historia de las generaciones de Adán, Noé, Abraham, etc. El comienzo del Nuevo Testamento es también *Génesis* (Mt. 1:1): *«Bíblos genéseos»,* el libro de la *génesis,* o *generación,* de Jesucristo. Bendito sea Dios por tal libro, que nos muestra el remedio, al par que este otro nos abre la herida. ¡Señor, abre nuestros ojos, para que podamos ver las maravillas, tanto de tu Ley como de tu Evangelio!

CAPÍTULO 1

Tenemos aquí un sencillo, pero completo, informe de la creación del mundo—en respuesta a aquella antigua pregunta «¿Dónde está Dios, mi Hacedor?»—. Respecto a esto, los filósofos paganos disparataron miserablemente, algunos afirmaron la eternidad de un mundo existente por sí mismo, y otros atribuyeron su existencia al concurso fortuito de los átomos; así, «*el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría*» (1 Co. 1:21), pero se echó a cuestas un gran cúmulo de desgracias al perderlo de vista. La Sagrada Escritura, la Divina Revelación escrita, establece, desde el comienzo, este principio: Que este mundo fue creado, al par que el tiempo, por un Ser de sabiduría y poder infinitos, el cual existía ya antes de todo tiempo y antes que todos los mundos. El primer versículo de la Biblia nos da del origen del Universo un conocimiento más seguro y mejor, más satisfactorio y útil, que todos los volúmenes de los filósofos.

En este capítulo podemos apreciar: I. Una idea general sobre la obra de la creación (vers. 1 y 2). II. Una referencia detallada de la obra de los distintos días registrada, como en un Diario, de una manera clara y ordenada (vers. 3–30). III. El resumen y la aprobación de toda la obra (v. 31).

Versículos 1–2

(La obra de la creación en epítome y embrión)

I. En su epítome (v. 1), donde encontramos el primer artículo de nuestro credo, que *Dios el Padre Todopoderoso es el Creador de Cielos y Tierra*.

1. Observa, en este versículo, cuatro cosas:

A) El efecto producido—a saber toda la estructuración y decoración del Universo. El mundo es como un gran edificio, con sus plantas altas y bajas, con una estructura estable y magnífica, uniforme y conveniente, y con cada habitación sabia y admirablemente amueblada. Los cielos no sólo aparecen a nuestros ojos hermoseados con gloriosas lámparas para atavío de su exterior, conforme leemos aquí de su creación, sino también llenos por dentro de gloriosos seres, ocultos a nuestra vista. En el mundo visible, es fácil observar (a) gran variedad, diversas especies de seres muy diferentes los unos de los otros en su naturaleza y constitución; (b) gran belleza. El cielo azul y la verde tierra son un encanto para los ojos del curioso espectador. ¡Cuán superior debe ser, pues, la belleza del Creador! (c) Gran exactitud y minuciosidad. Las obras de la naturaleza, vistas al microscopio, aparecen mucho más bellas que las obras de arte; (d) gran poder. No se trata de una masa de materia muerta e inerte, pues la tierra misma posee un poder magnético; (e) gran orden, por la interdependencia de los seres, la exacta armonía de movimientos y la admirable concatenación de causas; (f) gran misterio. En la naturaleza hay fenómenos que nuestra razón nunca acertará a comprender. Pero, por lo que del cielo y de la tierra conocemos, podemos inferir el eterno poder y la divinidad del gran Creador. Nuestro deber como cristianos es tener siempre puestos los ojos en el Cielo y los pies sobre la tierra.

B) El autor y causa agente de esta magna obra (DIOS). El término hebreo es *Elohim*, que indica: (a) El poder del Dios Creador. Él significa «*el Dios fuerte*», ¿y qué menos que una fuerza omnipotente pudo sacar de la nada todas las cosas? (b) insinúa la pluralidad de personas en la Deidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Este nombre plural de Dios en hebreo, que habla de Él como de muchos en uno,[1] confirma nuestra fe en la doctrina de la Trinidad, que, aunque se insinúa oscuramente en el Antiguo Testamento, está claramente revelada en el Nuevo. A menudo se nos dice que el mundo fue hecho por Él y que nada fue hecho sin Él (Jn. 1:3, 10; Ef. 3:9; Col. 1:16; He. 1:2).

C) El modo como esta obra fue efectuada: *Dios la creó*, esto es, la hizo de la nada. No había ninguna materia preexistente, de la cual fuese producido el mundo. Ningún artífice trabaja sin materia sobre la cual pueda trabajar, pero para el poder omnímodo de Dios no sólo es posible el que algo sea hecho de la nada (el Dios de la naturaleza no está sujeto a las leyes de la naturaleza), sino que, en la creación, no pudo ser de otra manera, pues nada habría más injurioso contra el honor de la Mente Eterna que suponer la existencia de una materia eterna.

---

[1] El plural «Elohim» significa, en realidad, plenitud de fuerza.

D) Cuándo fue producida esta obra: *En el principio*, es decir, en el principio del tiempo, cuando al reloj del mundo se le dio cuerda por primera vez; el tiempo comenzó precisamente al ser creadas las cosas cuya medida es el tiempo. Antes del principio del tiempo, no existía más que el Ser Infinito que vive en la eternidad. Así que, según Juan 1:1, nos basta con decir: «*En el principio existía el Verbo*».

2. Aprendamos de aquí (A) que el ateísmo es una locura, y los ateos son los mayores locos del mundo, puesto que ven que hay un mundo que no se pudo hacer a sí mismo y, con todo, rehúsan admitir que exista un Dios que lo hizo; (B) que Dios es Dueño soberano de todas las cosas por derecho incontestable, (C) que para Dios todo es posible y, por tanto, cuán felices son los que le tienen por su Dios y han puesto en Él su sostén y su esperanza (Sal. 121:2; 124:8); (D) que el Dios a quien servimos es digno de toda adoración y alabanza (Neh. 9:5–6). Si todo es de Él, todo debe ser para Él.

II. La obra de la creación en su embrión (v. 2), donde tenemos el relato de la primera materia y del primer motor.

1. Un caos fue la primera materia. Aquí se le llama la tierra; también se le llama *el abismo*, tanto por su extensión como por el hecho de que las aguas que fueron separadas de la tierra, estaban ahora mezcladas con ella. El Creador pudo haber hecho su obra ya perfecta al principio, pero con este proceso gradual, quiso mostrar el método ordinario de su providencia y de su gracia. Observa la descripción de este caos. (A) No había en él nada digno de ser visto, porque estaba *informe y vacío*. *Tohu* y *Bohu* equivalen a *confusión* y *vaciedad*, pues así se traducen en Isaías 34:11. Para quienes tienen el corazón en el Cielo, este mundo de abajo, en comparación con el de arriba, no es otra cosa que confusión y vaciedad. (B) Aun cuando hubiese habido algo digno de verse, no había luz para poder verlo, pues *las tinebla*s, tinieblas densas, *estaban sobre la superficie del abismo*. Este caos representa el estado de un alma no regenerada y desprovista de gracia, pues en ella hay desorden, confusión y toda obra perversa; está vacía de todo bien, porque está sin Dios; está a oscuras hasta que la gracia omnipotente efectúe un bendito cambio.

2. El Espíritu de Dios era el primer motor: *Se movía sobre la superficie de las aguas*. El Espíritu de Dios comienza su obra; y cuando Él se pone a obrar, ¿quién o qué se lo impedirá? Se nos dice que Dios hizo el mundo por su Espíritu (Job 26:13; Sal. 33:6) y la nueva creación también es efectuada por este poderoso agente. Se movía sobre la superficie del abismo. Dios es no sólo el autor de todo ser, sino también el manantial de la vida y la fuente de toda moción. La materia muerta habría quedado por siempre muerta si Él no la hubiese vivificado. Y esto nos acredita que Dios puede resucitar a los muertos.

Versículos 3–5

Un ulterior relato de la obra del primer día, en la cual es de observar: 1. Que el primero de todos los seres visibles que Dios creó fue la luz, para que por ella pudiésemos ver sus obras y su gloria en ellas, y pudiésemos obrar nuestras obras mientras es de día. La luz es la gran belleza y bendición del Universo. En la nueva creación, lo primero que se produce en el alma es *luz*: el Espíritu Santo cautiva la voluntad y los afectos por medio de la iluminación de nuestro entendimiento. Los que, por el pecado, eran tinieblas, vienen a ser, por la gracia, luz del mundo. 2. Que la luz fue hecha por la palabra del poder de Dios. Dijo: Sea la luz; lo quiso, lo decidió, y fue hecha inmediatamente. La palabra de Dios es viva y eficaz. Cristo es la Palabra o Verbo, el Verbo esencial y eterno, y por medio de Él fue producida la luz, *porque en él estaba la luz, y él es la luz verdadera, la luz del mundo* (Jn. 1:9; 8:12; 9:5). La luz divina que brilla en las almas santificadas es producida por el poder de Dios y es la que nos da el conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo, como, al principio, *Dios mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz* (2 Co. 4:6). 3. Que después de haber producido la luz que quiso hacer, Dios la aprobó: *Y vio Dios que la luz era buena*. Si la luz es buena, cuán bueno ha de ser el que es el manantial de la luz, y de quien la recibimos nosotros. 4. Que Dios *separó la luz de las tinieblas*. Y distribuyó, con todo, el tiempo entre ellas, el día para la luz y la noche para las tinieblas, en constante y regular sucesión. Aunque la oscuridad estaba ahora disipada por la luz, sin embargo se turna con la luz, y tiene su lugar, porque tiene su uso; pues, así como la luz de la mañana patrocina los quehaceres del día, así también las sombras del anochecer favorecen el reposo de la noche y corren las cortinas en torno nuestro para que podamos dormir mejor. 5. Que Dios separó la una de la otra poniéndoles distintos nombres: *Llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche*. Les dio nombres, como Señor de ambas. Reconozcamos a Dios en la constante

sucesión de día y noche, y consagremos ambas a su honor; trabajemos para Él cada día, y descansemos en Él cada noche. 6. Que ésta fue la obra del primer día, y de un buen día, por cierto. Y *fue la tarde y la mañana un día*. Este fue el Primer día, no sólo del mundo, sino también de la semana. Lo observamos en honor de aquel día, porque el nuevo mundo comenzó igualmente el primer día de la semana, en la resurrección de Cristo como la luz del mundo, por la mañana temprano. En Él, *un amanecer del sol desde lo alto* (Lc. 1:78) ha visitado al mundo.

Versículos 6–8

Relato de la obra del segundo día, la *creación del firmamento*, en lo cual observa: 1. El mandato de Dios acerca de él: *Haya expansión*, ya que ésta es la palabra hebrea para firmamento, y significa una sábana extendida o una cortina corrida. Este firmamento no es un muro de separación, sino un medio de comunión. (V. Job 26:7; 36:18; Sal. 104:3; Am. 9:6.) 2. Su creación. Para que no parezca que Dios mandó hacerlo, pero que algún otro lo hizo, añade: *E hizo Dios la expansión*. Lo que Dios demanda de nosotros, Él mismo lo produce en nosotros, de lo contrario, no llega a hacerse. El que ordena tener fe, amor y santidad, crea todo eso con el poder de su gracia al unísono de su palabra. 3. Su uso y finalidad—*y separe las aguas de las aguas*, esto es, para distinguir entre las aguas que están arropadas en las nubes y las que cubren el mar—. Dios posee, en el firmamento de su poder cámaras y despensas desde las que riega la tierra. ¡Oh, qué gran Dios es Él, que así provee para el bienestar de todos los que le sirven! 4. Le puso nombre: *Y llamó Dios a la expansión Cielos*. Es el Cielo que vemos, pavimento de la santa ciudad; se nos dice que Dios tiene su trono encima del firmamento (Ez. 1:26). Por la contemplación de los cielos que están a nuestra vista, deberíamos ser guiados a considerar a nuestro Padre que está en los cielos. La altura de los cielos debería recordarnos la supremacía de Dios y la infinita distancia que hay entre nosotros y Él; el resplandor y la pureza de los cielos debería recordarnos Su gloria, majestad y perfecta santidad; la extensión de los cielos que envuelven a la tierra y la influencia que tienen sobre ella debería recordarnos Su inmensidad y Su providencia universal.

Versículos 9–13

Hasta ahora el poder del Creador se había desplegado sobre la parte más alta del mundo visible; se había encendido la luz del Cielo, y quedaba fijado el firmamento de los cielos; ahora desciende a este mundo inferior, a la tierra, que fue designada para los hijos de los hombres, designada tanto para su habitación como para su sostenimiento; y aquí tenemos un relato de su adaptación para ambos objetivos, la edificación de su casa y el ponerles la mesa.

I. Vemos primero cómo fue preparada la tierra para que fuese mansión del hombre, mediante la reunión de las aguas en un lugar y hacer que apareciese la tierra seca. 1. Se ordenó a las aguas que habían cubierto la tierra que se retirasen y se reuniesen en un lugar. A las aguas así reunidas las llamó *mares*. Las aguas y los mares significan, a menudo en las Escrituras apuros y aflicciones (Sal. 42:7; 69:2, 14, 15). El pueblo mismo de Dios no está exento de ello en este mundo; pero es un consuelo para ellos el que son sólo aguas bajo el cielo (ninguna en el cielo), y que están todas en el lugar que Dios les ha fijado y dentro de los límites que les ha puesto. 2. Se ordenó a la tierra seca aparecer y emerger de las aguas, y fue llamada *tierra*, y dada a los hijos de los hombres. Parece ser que la tierra existía ya antes, pero no servía para nada porque estaba debajo del agua. Así pasa con muchos dones de Dios, que son recibidos en vano, porque están enterrados; haced que emerjan y se volverán útiles para algún servicio.

II. Vemos después cómo fue amueblada la tierra para mantenimiento y sostén del hombre (vv. 11–12). Hubo así provisiones a mano mediante la inmediata producción de la recientemente emergida tierra. Se hizo fructífera, y produjo hierba para el ganado y hortalizas para servicio del hombre. Igualmente se aseguró la provisión para el futuro, al tener cada vegetal *su semilla según su género*, para que, mientras perdurase en el mundo la especie humana, pudiese sacarse de la tierra el alimento necesario para su uso y beneficio. Observa aquí: 1. Que no sólo la tierra es *del Señor*, sino también *lo que la llena*, y que Él es el dueño legal y el soberano que puede disponer de ella y de todo su mobiliario. La tierra estaba *vacía* (v. 2), pero ahora, con una sola palabra, se ha vuelto llena de las riquezas de Dios. 2. Que la providencia

ordinaria es una continua creación, y en ella *nuestro Padre trabaja ahora*. La tierra está todavía bajo la eficacia de su mandato para que produzca hierba, hortalizas y sus productos anuales. Ellos son ejemplo evidente del incansable poder y de la inexhausta bondad del gran Hacedor y Dueño del mundo. 3. Que aunque Dios, ordinariamente, emplea la agencia de las causas segundas de acuerdo con su naturaleza, no las necesita sin embargo, y no está atado a ellas. 4. Que es bueno proveernos de las cosas necesarias antes que tengamos ocasión de usarlas: antes que fuesen hechos los animales y el hombre, ya había hierba y hortalizas preparadas para ellos. 5. Que Dios debe tener la gloria por todo el beneficio que recibimos de los productos de la tierra.

Versículos 14–19

Ésta es la historia de la obra del cuarto día, la creación del sol, de la luna y de las estrellas, de todo ese esplendor que no sólo presta gran belleza al mundo de arriba, sino también gran bendición a este mundo de abajo. Tenemos un relato de la creación de las luces del cielo.

I. En general, tenemos (vv. 14–15), 1. El mandato dado acerca de ellos: Haya *lumbreras en la expansión de los cielos*. Dios había dicho: *Sea la luz* (v. 3), y hubo luz; pero ésta era como una luz difusa y confusa; ahora quedaba recogida y modelada y, de este modo, resultaba más gloriosa y, a la vez, más provechosa. Dios es un Dios de orden no de confusión; y, como Él es luz, es también el Padre y Hacedor de luces. 2. En cuanto al uso para el que estaban destinadas a esta tierra: (1) Había de ser para distinguir los tiempos y las estaciones, el día y la noche, el verano y el invierno y así, *bajo el sol todo tiene su tiempo* (Ec. 3:1). 2. Había de ser para dirigir las acciones. Están para señalar los cambios de tiempo, a fin de que el labrador pueda programar sus quehaceres con discreción, previendo, por el aspecto del cielo cuando las causas segundas han comenzado a obrar, si hará buen tiempo o malo (Mt. 16:2–3). También *alumbran sobre la tierra* para que podamos *andar* (Jn. 11:9) y *trabajar* (Jn. 9:4), conforme lo requiere el deber de cada día. Las luces del cielo brillan para nosotros para nuestra comodidad y ventaja. Las luces del cielo están hechas para servirnos, y lo hacen fielmente, y brillan a su tiempo sin fallar; pero nosotros estamos puestos como luces en este mundo para servir a Dios ¿respondemos de igual manera al objetivo de nuestra creación Estamos encendiendo las lámparas de nuestro Dueño, pero hacemos caso omiso de la obra de nuestro Amo.

II. En particular, versículos 16–18.

1. Observa que las luces del cielo son el sol, la luna y las estrellas y todo ello es obra de las manos de Dios. A) El sol es la mayor de esas luces. Aprendamos del Salmo 19:1–6 la manera de dar a Dios la gloria debida a Su nombre como Hacedor del sol. B) La luna es una luz menor, y aquí es considerada, sin embargo, como una de las mayores luminarias. Son más valiosos los que prestan mayor servicio; y son luces más brillantes, no los que tienen los mejores dones sino los que humilde y fielmente obran con ellos el mayor bien. C) Hizo también las estrellas, pues la Biblia fue escrita, no para satisfacer nuestra curiosidad y convertirnos en astrónomos, sino para guiarnos a Dios y hacernos santos. Ahora bien, estas luminarias son como gobernadores que gobiernan bajo Su mando. Aquí se dice que la luna, la luz menor, señorea en la noche, pero en el Salmo 136:9 se mencionan las estrellas como partícipes de este señorío: La luna y las estrellas para que señoreasen en la noche. El mejor y más honroso modo de gobernar es dar luz y hacer el bien; imponen respeto aquellos que llevan una vida útil, y así brillan como luces.

2. Aprendamos de esto: A) El pecado y la locura de aquella antigua idolatría, el culto al sol, a la luna y a las estrellas, pues el relato que se nos da aquí muestra claramente que son criaturas de Dios y, al mismo tiempo, servidores del hombre; y, por consiguiente, es grave afrenta a Dios y gran reproche para nosotros mismos el hacer de ellas unas deidades y rendirles honores divinos. B) El deber y la sabiduría de adorar diariamente a ese Dios que hizo todas esas cosas, y de ofrecerle el solemne sacrificio de oración y alabanza cada mañana.

Versículos 20–23

No leemos que fuese creado ningún ser viviente hasta el quinto día, de lo cual nos ofrecen un relato estos versículos. Fue en el quinto día cuando el pez y el ave fueron creados; y ambos, de las aguas.

Observa: 1. La creación de peces y aves (vv. 20–21). Dios mandó que fuesen producidos. Dijo: *Produzcan las aguas seres vivientes*. Y Él mismo ejecutó dicho mandato: *Y creó Dios los grandes monstruos marinos*, etc. Los insectos, que son quizá tan variados y numerosos como cualquier otra especie de este día. Mr. Boyle (lo recuerdo) dice que él admira la sabiduría y el poder del Creador lo mismo en una hormiga que en un elefante. La curiosa formación de los cuerpos de los animales, sus diferentes tamaños, formas y naturalezas, con los admirables poderes de la vida sensitiva de que están dotados, si se consideran debidamente, sirven no sólo para silenciar y confundir las objeciones de ateos e incrédulos, sino también para suscitar elevados pensamientos y grandes alabanzas a Dios en las almas piadosas y devotas (Sal. 104:25, etc.). 2. Cómo los bendijo Dios para que se reprodujesen. La vida es algo que se gasta. Su fuerza no es la de las piedras. Es como una candela que se va quemando, si no es que es apagada de un soplo; y, por ello, el sabio Creador no sólo hizo individuos, sino que proveyó también para la propagación de las diferentes especies: *Y Dios los bendijo, diciendo: Fructificad y multiplicaos* (v. 22).

Versículos 24–25

Primera parte de la obra del sexto día, y en este día fueron hechas las bestias de la tierra, y los reptiles que pertenecen a la tierra. Aquí, como antes: 1. *Dios emitió la palabra;* dijo: *Produzca la tierra.* 2. Él hizo también la obra, los hizo a todos según su respectiva especie, no sólo de diversas formas, sino también de diversas naturalezas, costumbres, alimentos y estilos de vida—algunos manteniéndose de hierbas; otros, de carnes; unos, atrevidos; otros, temerosos; unos, para servicio del hombre, pero no para su alimento, como el caballo; otros, para su mantenimiento, pero no para su servicio, como la oveja; otros, para ambas cosas, como el buey, y otros, para ninguna de las dos cosas, como las fieras salvajes.

Versículos 26–28

La segunda parte de la obra del sexto día se refiere a la creación del hombre.

I. El hombre fue hecho el último de todas las criaturas, para que no pudiese sospecharse que pudo ser, de algún modo, un ayudante de Dios en la creación del mundo. Con todo, fue un honor y un favor para él haber sido hecho el último: un honor, por cuanto el método de la creación fue un avance desde lo menos perfecto hasta lo más perfecto; y un favor, porque no estaba bien que fuese hospedado en un palacio designado para él hasta que dicha mansión estuviese completamente acondicionada y amueblada para recibirle. El hombre, tan pronto como fue creado, tuvo delante de sí toda la creación visible, tanto para contemplarla como para sacar provecho de ella.

II. La creación del hombre fue una señal más importante y un acto más inmediato del poder y de la sabiduría de Dios que la de las otras criaturas. Hasta ahora, Dios había dicho: «Sea la luz», y «Haya expansión», y «Produzca la tierra o las aguas» tal cosa; pero ahora la voz de mando se vuelve en voz de consulta y deliberación, «*Hagamos al hombre*, por cuya causa fueron hechas el resto de las criaturas: ésta es una obra que tenemos que tomar a pecho». En los otros casos, Dios habla como quien tiene autoridad; en éste, como quien siente un profundo afecto, como si dijera: «Habiendo tomado ya las medidas preliminares, pongamos ahora manos a la obra: *hagamos al hombre*». El hombre tenía que ser una criatura diferente de todas las que habían sido hechas hasta ahora. Carne y espíritu, cielo y tierra, deben ser juntados en él y debe ser hecho aliado de ambos mundos. Y, por eso, no sólo es Dios mismo el que se encarga de hacerlo, sino que le place expresarse como si llamase a consejo para considerar el asunto de hacer al hombre: *Hagamos al hombre.* Las tres personas de la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, consultan sobre esto y convienen en ello. Dejemos que gobierne al hombre el que dijo: *Hagamos al hombre*.

III. Que el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios contiene dos palabras que expresan la misma cosa y ponen mayor expresión la una en la otra; *imagen y semejanza* denotan la imagen más semejante. Aun así, hay entre Dios y el hombre una distancia infinita. Sólo Cristo es la imagen verdaderamente *expresiva* de la persona de Dios, como Hijo del Padre, que tiene la misma naturaleza. Sólo algo del honor de Dios ha sido puesto en el hombre, quien es imagen de Dios como la sombra en el espejo, o la imagen del rey impresa en la moneda. La imagen de Dios en el hombre consiste en estas tres

cosas: 1. En su naturaleza y constitución, no del cuerpo (pues Dios no tiene cuerpo), sino de su alma. Es cierto que Dios ha puesto en el cuerpo del hombre el honor que significa el que el Verbo se haya hecho carne, que el Hijo de Dios se haya vestido de un cuerpo como el nuestro y vestirá en breve al nuestro con una gloria como la del suyo. Pero es el alma, la excelsa alma del hombre, la que especialmente lleva la imagen de Dios. El alma del hombre, considerada en sus tres facultades específicas: entendimiento, voluntad y facultad activa, es quizás el más brillante y claro espejo de la naturaleza, donde se puede ver a Dios. 2. En su lugar y autoridad: *Hagamos al hombre a nuestra imagen … y señoree*. Al ostentar el dominio sobre las criaturas inferiores, es como si fuera el representante de Dios, o virrey en la tierra. Con todo, el gobierno de sí mismo mediante el albedrío de su voluntad comporta una mayor participación de la imagen de Dios que la que supone el gobierno de las demás criaturas. 3. En su pureza y rectitud. La imagen de Dios en el hombre va también revestida de rectitud y santidad (Ef. 4:24; Col. 3:10). Así de santos, así de felices eran nuestros primeros padres al llevar la imagen de Dios sobre sí.

IV. El hombre fue hecho varón y hembra, y bendecido con la bendición del fruto y de la multiplicación. Dijo Dios: *Hagamos al hombre*, e inmediatamente añade: *Y creó Dios al hombre*, llevó a cabo lo que había resuelto. En nosotros, el decir y el hacer son dos cosas distintas, pero no lo son en Dios. Parece que del resto de las criaturas, Dios hizo muchas parejas, pero del hombre, ¿*no hizo sólo una*? Y de aquí saca Cristo un argumento contra el divorcio (Mt. 19:4–5). Nuestro primer padre, Adán, quedó confinado a una sola esposa; y, si la hubiese repudiado, no había otra con quien casarse, lo cual insinuaba claramente que el vínculo del matrimonio no se había de disolver a placer. Dios hizo solamente un varón y una hembra, para que todas las naciones del mundo pudiesen reconocerse como hechas de una misma sangre, descendientes de una misma estirpe, y ser incitados por ello a amarse los unos a los otros. Les dio: 1. Una cuantiosa herencia: *Llenad la tierra*, esto es lo que se otorga a los hijos de los hombres. Fueron hechos para *habitar sobre toda la faz de la tierra* (Hch. 17:26). Éste es el lugar en que Dios ha puesto al hombre para ser un novicio que promocione a un estado superior. 2. Una familia numerosa y perpetua, destinada a disfrutar de dicha herencia.

V. Dios concedió al hombre después de crearle, dominio sobre las criaturas inferiores, *sobre los peces del mar y sobre las aves del aire*. Aunque el hombre no tiene que proveer para ninguno de ellos, tiene poder sobre todos ellos. Con ello, Dios decidió dar honor al hombre. La providencia de Dios continúa proveyendo a los hijos de los hombres de cuanto es necesario para la seguridad y el mantenimiento de sus vidas.

Versículos 29–30

La tercera parte de la obra del sexto día es una graciosa provisión de alimento para toda carne (Sal. 136:25).

I. Alimento para el hombre (v. 29). Hortalizas y frutas han de ser su comida. Ya ves aquí: 1. Algo que debería hacernos humildes. Como fuimos hechos de la tierra, así somos mantenidos de ella. Hay también una comida que permanece para vida eterna; el Señor nos la da siempre. 2. Algo que debería hacernos agradecidos. El Señor es para el cuerpo; de Él recibimos todos los bienes y las comodidades de esta vida. Él nos da todo para que lo disfrutemos largamente, no sólo lo necesario, sino en abundancia en cosas exquisitas y variadas, para ornamento y deleite. 3. Algo que debería hacernos sobrios y satisfechos con nuestra suerte. Si Dios nos da alimento suficiente para la vida, no pidamos, como el murmurador Israel, alimento para satisfacer nuestras concupiscencias (Sal. 78:18, comp. con Dn. 1:15).

II. Alimento para las bestias (v. 30). ¿*Acaso tiene Dios cuidado de los bueyes*? Sí, ciertamente Él provee alimento conveniente para ellos, y no sólo para los bueyes, sino que también los leoncillos y los jóvenes cuervos están al cuidado de Su providencia. Es como un gran amo de casa, extremadamente rico y generoso, que satisface el deseo de todo ser viviente. El que alimenta a sus pájaros no dejará morir de hambre a sus pequeñuelos.

Versículo 31

Contiene la aprobación y la conclusión de toda la obra de la creación.

I. La revista que pasó Dios a su obra: *Y vio Dios todo lo que había hecho*. Y así lo continúa haciendo. Todas las obras de sus manos están ante su vista. Su omnisciencia no puede ser separada de su omnipotencia. Pero esto fue la solemne reflexión de la Mente Eterna sobre las riquezas de su sabiduría y los productos de su poder. Con esto, Dios nos ha dado ejemplo para que revisemos nuestras obras. Cuando hemos terminado el quehacer del día, y vamos a entrar en el descanso de la noche, deberíamos consultar con nuestro corazón acerca de lo que hemos estado haciendo ese día.

II. La complacencia que Dios tuvo sobre su obra. No expresó su bondad hasta que lo tuvo visto como a tal, para enseñarnos a no pronunciarnos sobre un asunto hasta que no lo hayamos examinado. 1. Era bueno. Bueno, porque todo estaba en conformidad con la mente del Creador, justamente como Él quería que estuviese. Bueno, porque responde al objetivo de su creación, y es adecuado para el propósito al que fue destinado. Bueno, porque es útil para el servicio del hombre, a quien Dios ha constituido señor de la creación visible. Bueno, porque todo ello es para gloria de Dios. 2. Era muy bueno. De la obra de cada día (excepto del segundo) se dice que era bueno, pero ahora era muy bueno. Porque (A) ahora estaba hecho el hombre, que es la obra maestra de los caminos de Dios, y fue destinado a ser la imagen visible de la gloria del Creador y la boca de la creación en la expresión de sus alabanzas. (B) Ahora todo estaba hecho; cada parte era buena, pero el conjunto era muy bueno. La gloria y la bondad, la belleza y armonía, de las obras de Dios, tanto de su providencia como de su gracia, como éstas de la creación, se verán mejor cuando sean del todo perfectas. Por tanto, no juzguemos nada antes de tiempo.

III. El tiempo en que esta obra quedó concluida: Y fue la tarde y la mañana el día sexto. Así que Dios hizo el mundo en seis días. Debemos pensar que Dios pudo haber hecho el mundo en un instante. El que dijo: Sea la luz, y fue la luz, pudo haber dicho: «Sea el mundo» y hubiese sido un mundo, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, como en la resurrección (1 Co. 15:52). Pero lo hizo a Su manera y en Su tiempo.[2] En gran manera contribuiría el reposo sabático a mantener la religión en el mundo, si se tuviese en cuenta que Dios puso sus ojos en Él al medir el tiempo de su obra creadora.

CAPÍTULO 2

Este capítulo es un apéndice a la historia de la creación, y explica, en particular y con más detalle, la parte de la historia que se refiere de inmediato al hombre. Tenemos en él, I. La institución y santificación del día de reposo (vv. 1–3). II. Un relato más detallado de la creación del hombre (vv. 4–7). III. Una descripción del jardín del Edén, y la colocación del hombre en él bajo las obligaciones de una ley y de un pacto implícito (vv. 8–17). IV. La creación de la mujer, su unión con el hombre, y la institución del matrimonio (vv. 18 y ss.).

Versículos 1–3

I. El asentamiento del reino de la naturaleza, al descansar Dios de la obra de la creación (vv. 1–2). Observa aquí: 1. Que las criaturas hechas tanto en el cielo como en la tierra son puestas bajo disciplina y mandamiento. Cada una conoce y guarda su sitio. 2. Que los cielos y la tierra son piezas acabadas, completas, y así lo son todas las criaturas que hay en ellos. 3. Que, después del final de los primeros seis días, Dios cesó de todas las obras de la creación. Así terminó su trabajo. En sus milagros, controla la naturaleza, pero nunca ha cambiado el curso fijo de su obrar. 4. El Dios eterno no reposó como quien está cansado, sino como quien está satisfecho.

[2] El gran rabino Dr. Hertz opina que bien pudieron ser los días de la creación días de Dios, pues para Dios, «mil años son como el día que pasó» 2 P. 2:8.

II. El comienzo del reino de la gracia, en la santificación del día de reposo (v. 3). Observa: 1. La solemne observancia de un día entre siete, como día de santo reposo y de santa obra, en honor de Dios, es el deber indispensable de todos aquellos a quienes Dios ha revelado sus santos días de reposo. 2. Los días de reposo son tan antiguos como el mundo; y no veo ninguna razón para dudar de que el día de reposo, al haber sido instituido cuando el hombre se encontraba en estado de inocencia, fue religiosamente observado por el pueblo de Dios a lo largo de la era patriarcal. 3. El día del Señor es realmente digno de honor, y tenemos buenas razones para honrarlo en obediencia a Él. 4. El día de reposo es un día bendito, porque Dios lo bendijo, y lo que Dios bendice, de cierto queda bendito. Dios ha prometido salir a nuestro encuentro en tal día y bendecirnos. 5. El día de reposo es un día santo, porque Dios lo ha santificado.

Versículos 4–7

I. Hay aquí un nombre dado al Creador, con el que aún no habíamos topado, y es Jehová[3] el Señor—. A lo largo del primer capítulo, fue llamado *Elohim*—un Dios de poder—; pero ahora *Jehová-Elohim—un Dios de poder y perfección, un Dios que perfecciona—. Jehová* es ese grande e incomunicable nombre de Dios que denota el tener el ser en Sí mismo, y el dar el ser a todas las cosas.

II. Además, se toma nota de la producción de plantas y hierbas, porque fueron hechas y destinadas para ser alimento del hombre (vv. 5–6). Observa aquí: 1. La tierra no produjo sus frutos por sí misma, sino puramente por el poder omnímodo de Dios. Así también la gracia en el alma, esa planta de renombre, no crece por sí misma en la tierra de la naturaleza, sino que es obra de las manos mismas de Dios. 2. La lluvia es también un don de Dios; no descendió hasta que *Dios hizo llover sobre la tierra*. 3. De una manera u otra, Dios se va a ocupar de regar las plantas que É1 mismo ha plantado. Aunque todavía no había lluvia, Dios hizo que subiera de la tierra un vapor equivalente a una llovizna, *para regar con ella toda la faz de la tierra*. La gracia divina desciende como una llovizna o como un rocío silencioso, y riega la Iglesia sin ruido (v. Dt. 32:2).

III. Viene luego un relato más detallado de la creación del hombre (v. 7). El hombre es un mundo pequeño, pues consta de alma y cuerpo, de cielo y tierra. Aquí se nos refiere el origen de ambos elementos.

1. El origen inferior, pero de curiosa estructura, del cuerpo humano. (A) La materia era despreciable. Fue hecho *de arcilla* del *suelo*, algo no muy apropiado para formar de ello un hombre; pero el mismo infinito poder que hizo de la nada el mundo, hizo al hombre, su obra maestra, de lo más próximo a la nada. No fue hecho de oro en polvo, ni de diamante triturado, sino de barro común, del polvo de la tierra. La fábrica de nuestro cuerpo es terrenal, y su modelación parecida a la de una vasija de arcilla (Job 10:9). ¿Qué hay, pues, en nosotros de que podamos enorgullecernos? (B) Con todo, el Hacedor era grande, y exquisita la obra que realizó. De las criaturas se dice que fueron *creadas* y *hechas* pero el hombre fue *modelado,* lo que denota un proceso gradual de la obra con gran exactitud y precisión. *La manufactura superó con mucho a los materiales.* Presentemos a Dios nuestros cuerpos como sacrificio vivo (Ro. 12:1).

2. El elevado origen y la admirable utilidad del alma humana. (A) Surgió de un aliento celestial. No fue hecha de la tierra, como lo fue el cuerpo; procedió directamente de Dios. Que el alma que Dios alentó en nuestro interior, aliente hacia Él y para É1. Encomendemos en sus manos nuestro espíritu, pues de sus manos lo hemos recibido. (B) El hombre es lo que es su alma. El cuerpo carecería de valor y utilidad, sería asquerosa carroña, si el alma no lo animase. Puesto que la producción del alma fue tan noble, y tan excelentes su naturaleza y sus facultades, no seamos como esos locos que desprecian su propia alma al preferir a su cuerpo (Pr. 15:32). El que hizo el alma es el único capaz de renovarla.

---

[3] Comúnmente, sin embargo, se admite que el nombre original es *Yahvé,* aunque el texto masorético (con vocales) dice *Yehovah.* Por temor a quebrantar el tercer mandamiento pronunciando el nombre sagrado de Dios (algo que sólo el sumo sacerdote hacía una vez al año, en el Día de la Expiación), aplicaron a las consonantes YHWH las vocales *oa* de *Adonay;* así resultó *Yehovah* (que nuestras Biblias transcriben Jehová).

Versículos 8–15

Al constar el hombre de cuerpo y alma, de un cuerpo formado de la tierra y de un alma racional e inmortal que procede de un aliento celestial, vemos en estos versículos la provisión preparada para la felicidad de ambos; el que los formó se cuidó de hacerle feliz si el hombre se hubiese conservado así y lo hubiese reconocido cuando lo era.

I. Primero vemos una descripción del jardín del Edén, que estaba destinado a ser mansión y casa solariega de este gran señor, el palacio de este príncipe. El inspirado hagiógrafo, en esta historia, escribe en primer lugar para los judíos, y aplica su narración al estado infantil de la Iglesia, describe las cosas por su apariencia exterior y sensible, y deja que, por ulteriores descubrimientos, merced a la luz divina seamos guiados a la comprensión de los misterios encubiertos bajo ese exterior. Por eso no insiste en la felicidad de la mente de Adán tanto como en la de su condición exterior.

1. El lugar destinado para residencia de Adán era un jardín o huerto; no una casa de marfil ni un palacio sobrecargado de oro, sino un huerto surtido y adornado por la naturaleza, no por el arte. El cielo era el techo de la casa de Adán y nunca hubo otro techo tan curiosamente cubierto y pintado. La tierra era su suelo, y nunca hubo otro suelo tan ricamente pavimentado. La sombra de los árboles era su cámara interior; debajo de ellos estaban sus comedores, sus aposentos, y nunca hubo habitaciones tan finamente tapizadas como éstas; ni las de Salomón, en el esplendor de su gloria estaban ataviadas así. La naturaleza se contenta con poco y con lo más natural; la gracia, con menos; pero la concupiscencia, con nada.

2. Los utensilios y el mobiliario de esta mansión eran obra directa de la sabiduría y del poder de Dios. El Señor Dios planeó este jardín. Ningún deleite puede ser agradable ni satisfactorio para un alma, sino el que Dios mismo ha provisto y destinado para ella; no hay verdadero paraíso que no sea plantación de Dios.

3. La situación de este huerto era sobremanera excelente. Estaba en Edén, que significa deleite y placer. El lugar está aquí particularmente indicado mediante las señales y límites que resultaban suficientes. Preocupémonos de asegurarnos un lugar en el paraíso celestial, y no necesitaremos atormentarnos en la laboriosa búsqueda del lugar en que se encontraba el paraíso terrenal.

4. Los árboles plantados en este huerto. (A) Tenía los árboles mejores y más escogidos. Dios, como tierno Padre, no sólo miró por el provecho de Adán, sino también por su deleite; pues hay un deleite compatible con la inocencia; es más, hay en la inocencia un placer verdadero y trascendente. Pero (B) tenía dos árboles extraordinarios y exclusivos; no los había iguales en la tierra. (a) Estaba *el árbol de la vida en medio del huerto*, el cual estaba destinado a ser señal y sello para Adán, asegurándole la continuidad de la vida y de la felicidad, para vida inmortal y eterna beatitud, mediante la gracia y el favor de su Hacedor, bajo condición de perseverar en este estado de inocencia y obediencia. De éste podía comer y así vivir. Cristo es ahora para nosotros el árbol de la vida (Ap. 2:7; 22:2).[4] (b) Estaba *el árbol del conocimiento del bien y del mal*, así llamado, no por tener en sí virtud alguna para engendrar o incrementar un conocimiento útil, sino *en primer lugar*, porque había una expresa y positiva revelación de la voluntad de Dios concerniente a este árbol, de manera que, por medio de él, *pudiese conocer el bien y el mal morales.* ¿Qué es bueno? Es bueno no comer de este árbol. ¿Qué es malo? Es malo comer de este árbol. La distinción entre cualquier otro bien y mal morales fue escrita por la naturaleza en el corazón del hombre; mas ésta, resultante de una ley positiva, fue escrita sobre este árbol. *En segundo lugar*, porque en este caso, el hecho fue que demostró dar a Adán un conocimiento experimental del bien por la pérdida de él, y del mal al sentirlo dentro de sí. Como el pacto de gracia comporta no sólo creer y ser salvo, sino también *no creer y ser condenado* (Mr. 16:16), así el pacto de inocencia comprendía no sólo «Haz esto y vivirás», sellado y confirmado por el árbol de la vida, sino también «Falta a esto y morirás» de lo cual Adán estaba cierto por este otro árbol. Así que, mediante estos dos árboles, Dios puso ante él *el bien y el mal, la bendición y la maldición* (Dt. 30:19).

5. Los ríos que regaban este huerto (vv. 10–14). Estos cuatro ríos (o un río dividido en cuatro corrientes) contribuían grandemente tanto a la delicia como a la fructuosidad de este huerto. En el paraíso

[4] En sentido espiritual, aunque no se descarta el sentido literal de la Jerusalén Celestial (Gá. 4:26; He. 12:22; Ap. 3:12; 21:2, 10).

celestial hay un río que aventaja infinitamente a éstos; pues es un río del agua de la vida, que no surge del Edén, como éstos, sino que sale del trono de Dios y del Cordero (Ap. 22:1), un río que *alegra la ciudad de Dios* (Sal. 46:4). Javilá tenía oro, especias y piedras preciosas; pero Edén tenía algo que era infinitamente mejor: el árbol de la vida y la comunión con Dios.

II. La colocación del hombre en este paraíso de deleites (v. 15), donde observa:

1. Cómo Dios le dio posesión de él. (A) El hombre fue creado fuera del paraíso, pues Dios le puso en él después que lo creó; fue formado de arcilla común, no de polvo del paraíso. No podía apelar a sus derechos al huerto porque no había nacido en su interior ni tenía más que lo que había recibido. (B) El mismo Dios que fue el autor de su ser fue el autor de su gloria. Sólo el que nos hizo puede hacernos felices. (C) Mucho contribuye al bienestar de cualquier condición el haber visto a Dios yendo delante de nosotros y colocándonos en ella. Si no hemos forzado los pasos de la providencia, sino que hemos tenido en cuenta las insinuaciones que ella nos ha proporcionado para guiarnos, podemos abrigar la esperanza de encontrar un paraíso (v. Sal. 47:4).

2. Cómo le encargó Dios cultivar el huerto y custodiarlo. El paraíso mismo no era un lugar exento de trabajo. Nótese aquí: (A) Que ninguno de nosotros ha sido enviado al mundo para ser perezoso. El que nos hizo estos cuerpos y estas almas nos ha dado algo en que tenerlos ocupados; el que nos dio el ser nos dio el quehacer, para servirle a Él y a los hombres de nuestra generación, y para ocuparnos en nuestra salvación. (B) Los empleos seculares son perfectamente compatibles con un estado de inocencia y con una vida de comunión con Dios. (C) La vocación de labrador es una vocación antigua y honorable; se la necesitó incluso en el paraíso. Fue una vocación que le daba al hombre una oportunidad de admirar al Creador. Mientras sus manos estaban ocupadas en los árboles, su corazón podía estar con su Dios. (D) Hay un verdadero placer en el oficio al que Dios nos llama y en el que nos emplea.

III. El mandato que Dios dio al hombre en el estado de inocencia, y el pacto que con él estableció entonces. Hasta ahora habíamos visto a Dios como poderoso Creador y amoroso Bienhechor del hombre; ahora Dios aparece como su Rector y Gobernador.

Versículos 16–17

I. La autoridad de Dios sobre el hombre como criatura que tenía capacidad de razonar y libertad de albedrío. El Señor Dios mandó al hombre, que ahora figuraba como padre y representante de toda la humanidad, recibir una ley, como antes había recibido una naturaleza. Los animales brutos tienen sus respectivos instintos; pero el hombre fue hecho capaz de realizar un servicio racional y, por ello recibió no sólo el mandato de un Creador, sino también el mandato de un Rey y Dueño.

II. El acto particular de esta autoridad al prescribir al hombre lo que éste debía hacer.

1. Le fue hecha una confirmación de su actual felicidad en esta concesión: *De todo árbol del huerto podrás comer*. Esto suponía no sólo una asignación de libertad, sino, además un seguro de vida para él, de vida inmortal, bajo condición de obedecer. Así, bajo esta condición de perfecta, personal y perpetua obediencia, Adán tenía asegurado el paraíso para sí y para sus herederos para siempre.

2. Se le impuso una prueba de obediencia, bajo pena de perder toda su felicidad: «Sábete, Adán, que ahora dependes de tu buena conducta, estás puesto en el paraíso a prueba; sé obediente, y estás hecho para la eternidad; de lo contrario, serás tan miserable como feliz eres ahora». Aquí: (A) Adán es amenazado con la muerte en caso de desobediencia. Observa: (a) Incluso Adán, en su estado de inocencia, fue aterrorizado con una amenaza. (b) La pena intimada es la muerte. (c) Esta amenaza se cumpliría como consecuencia inmediata del pecado.

(B) Adán fue probado con una ley positiva a no comer del fruto *del árbol de la ciencia*. (a) Porque la razón de ello está derivada puramente de la voluntad del Legislador. Adán tenía en su naturaleza una aversión contra lo que era malo en sí mismo y por ello, es probado en algo que era malo sólo por estar prohibido. (b) Porque el freno para abstenerse de ello está situado en los deseos de la carne y en los de la mente, que, en la naturaleza corrupta del hombre, son las dos grandes fuentes del pecado. Esta

prohibición tendía a comprobar tanto su apetito hacia los deleites sensibles como su curiosidad ambiciosa de saber, para que su cuerpo fuese gobernado por su alma, y su alma por su Dios.

Versículos 18–20

I. Un ejemplo del cuidado que el Creador tiene del hombre y de su paternal preocupación por su bienestar (v. 18). Le hace saber, para animarle en su obediencia, que es amigo suyo.

1. Cuán misericordiosamente se compadeció Dios de su soledad. Él que lo formó le conocía a él y lo que era bueno para él mejor que él mismo, y dijo: *No es bueno que el hombre continúe solo.* (A) No lo es para su bienestar; porque el hombre es una criatura sociable. Una soledad completa habría convertido el paraíso en un desierto, y un palacio en una prisión. (B) No lo es para el incremento y continuidad de su raza. Dios pudo haber hecho al principio un mundo de hombres para que llenasen la tierra. Dios consideró adecuado llegar a ese número mediante una sucesión de generaciones, las cuales, según el modo como Dios había formado al hombre, deben proceder de dos, uno varón y el otro hembra; uno será siempre uno.

2. Cuán benignamente resolvió Dios proveerle de compañía. El resultado de esta deliberación respecto al hombre fue esta amable resolución: *Le haré ayuda idónea para él*. De donde observa: (A) En nuestro mejor estado en este mundo tenemos necesidad de ayudarnos unos a otros. (B) Sólo Dios conoce perfectamente nuestras necesidades, y es perfectamente capaz para proveer a todas ellas (Fil. 4:19). Sólo en Él está nuestra ayuda, y de Él procede todo cuanto nos ayuda. (C) Una esposa conveniente es una ayuda idónea, y nos viene del Señor. (D) La sociedad familiar, si es agradable, es un remedio suficiente para la pesadumbre de la soledad. Quien tiene un buen Dios, un buen corazón y una buena esposa con quien conversar y aun así se queja de falta de conversación, no habría estado feliz y contento ni en el paraíso.

II. Un ejemplo de la sujeción de las criaturas al hombre, y del dominio de éste sobre ellas (vv. 19–20). Así dio Dios al hombre entrega y posesión del hermoso estado que le había otorgado, y le puso a ejercer su dominio sobre las criaturas. Dios se las presentó para que les pusiese nombre y dar así: 1. Una prueba de su conocimiento, como criatura dotada de las facultades de razonar y de hablar. Y 2. Una prueba de su poder. Imponer nombres es un acto de autoridad. Dios puso nombres al día y a la noche, al firmamento, a la tierra, y al mar; y *llama a las estrellas por su nombre*, para mostrar que es el supremo Señor de ellas. Pero dio a Adán licencia para poner nombre a las bestias y a las aves, como un señor subalterno de ellas; pues habiéndole hecho a su propia imagen, puso así en él algo de Su honor.

III. Un ejemplo de la insuficiencia de las criaturas para hacer feliz al hombre: *Mas* (entre todas ellas) *para Adán no se halló ayuda idónea para él*. Observa aquí: 1. La dignidad y excelencia de la naturaleza humana. 2. La vanidad de este mundo y de sus cosas pon todas ellas juntas, y no harán una ayuda idónea para el hombre. No se acomodarán a la naturaleza de su alma, ni proveerán para sus necesidades ni satisfarán sus legítimos deseos, ni se ajustarán a la naturaleza perdurable del hombre.

Versículos 21–25

I. La formación de la mujer, a fin de que fuese ayuda idónea para Adán. Observa: 1. Que Adán fue formado primero, después Eva (1 Ti. 2:13). Si el hombre es la cabeza, ella es la corona de su esposo y de la creación visible. El hombre era polvo refinado, pero la mujer fue polvo doblemente refinado, un paso más lejos de la tierra que el hombre. 2. Que Adán quedó dormido mientras su esposa era formada, como quien había descargado todo su cuidado en Dios con gozosa dejación de sí mismo y de todos sus asuntos en la voluntad y sabiduría de su Hacedor. *Jehovájireh*, que el Señor provea cuándo y a quien Dios le plazca. 3. Que *Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán*. Mientras no conoce el pecado, Dios se encargará de que no sienta dolor. 4. Que la mujer fue formada[5] de una costilla (es decir, del costado) de

[5] El original dice *«edificó»*, o *«construyó»*, del verbo *banah* = edificar, cuya raíz comporta imaginación e intuición (algo típicamente femenino). Esto arroja también luz sobre Mateo 16:16, donde el *tekton*. (*«albañil», no sólo «carpintero»*) Jesús habla de *edificar* su Iglesia (su esposa).

Adán; no fue hecha de su cabeza, como para tener dominio sobre él; ni de sus pies, como para ser pisoteada por él; sino de su costado, para ser igual a él, de debajo de su brazo para ser protegida, y de junto al corazón para ser amada.

II. El matrimonio de la mujer con Adán. El matrimonio es honroso pero éste fue seguramente el matrimonio más honroso que ha existido, ya que en él tuvo Dios una intervención directa a todo lo largo de su celebración. Los matrimonios (según dicen) se hacen en el Cielo; estamos seguros de que éste lo fue, porque el hombre, la mujer y el casamiento fueron obra de Dios mismo Él por su poder, hizo a ambos, y ahora, por su ordenación, los hizo *uno*. 1. Dios, como *Padre de ella*, condujo a la mujer hasta el hombre, como su otro yo, y la dio como ayuda idónea para él. La esposa que es hechura de Dios por gracia especial, y nutrida y criada por Dios por providencia especial, es probable que resulte la mejor ayuda idónea para el hombre. 2. De Dios, como *Padre de él*, la recibió Adán. Los dones que Dios nos otorga deben ser recibidos con humilde y agradecido reconocimiento a su sabiduría por acomodarlos a nosotros, y a su favor por conferírnoslos. Además, en señal de que la aceptaba, le puso un nombre, no para ella en particular, sino para todo su sexo en general: *Será llamada varona*, *Ishah*, un hombre del sexo femenino, distinguiéndose del hombre en sexo, pero no en la naturaleza.

III. La institución del matrimonio y el establecimiento de una ley para él (v. 24). El reposo sabático y el matrimonio fueron dos instituciones del estado de inocencia, la primera para preservación de la religión, la segunda para preservación de la humanidad. Parece ser (por Mt. 19:4–5) que fue Dios mismo quien dijo aquí: «*Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer*». 1. Ve aquí cuán grande es la virtud de una institución divina; sus lazos son más fuertes incluso que los de la naturaleza. 2. Véase también cuán necesario es que los hijos reciban el consentimiento de sus padres en lo tocante al matrimonio. 3. Ve cuánta necesidad hay tanto de prudencia como de oración al escoger esta relación, que es tan cercana y tan duradera. 4. Ve cuán firme es el vínculo del matrimonio, que no debe ser dividido ni debilitado por tener muchas mujeres (Mal. 2:15), ni quebrantado o cortado por el divorcio, por ninguna causa, a no ser por concubinato o por voluntaria deserción del cónyuge incrédulo.[6] 5. Ve cuán cariñoso debería ser el afecto mutuo de esposo y esposa, como el que tenemos hacia nuestros propios cuerpos (Ef. 5:28).

IV. Una prueba de la pureza y de la inocencia del estado en que fueron creados nuestros primeros padres (v. 25). *Ambos estaban desnudos*. No necesitaban ropas para defenderse del frío ni del calor. Tampoco las necesitaban por decencia; estaban desnudos, pero no tenían motivo para estar avergonzados. *No sabían lo que era vergüenza*, como dice el texto caldeo. Quienes no tenían pecado en su conciencia no tenían por qué mostrar vergüenza en el rostro, aunque no llevasen ropas con que cubrirse.

CAPÍTULO 3

Tenemos aquí un relato del pecado y de la miseria de nuestros primeros padres, la ira de Dios contra ellos, la maldición de la tierra por causa de ellos, al quebrarse la armonía de la creación y ensuciarse su belleza, todo muy malo. I. Los inocentes tentados (vv. 1–5). II. Los tentados hechos transgresores (vv. 6–8). III. Los transgresores emplazados (vv. 9–10). IV. Tras ser emplazados, convictos (vv. 11–13). V. Una vez convictos, sentenciados (vv. 14–19). VI. Después de sentenciados, aliviados en su situación (vv. 20–21). VII. A pesar de este alivio, la sentencia es ejecutada en parte (vv. 22–24). Y, si no fuese por las misericordiosas indicaciones dadas aquí sobre una redención que ha de realizar la prometida simiente, ellos, y toda la raza degenerada y culpable, habrían quedado abandonados a eterna desesperación.

Versículos 1–5

[6] Algunas denominaciones evangélicas admiten como causas legítimas de divorcio el adulterio y la deserción del cónyuge; otras, no admiten ninguna causa.

I. El tentador, el diablo, en figura y semejanza de serpiente.

1. Es cosa cierta que fue el diablo quien sedujo a Eva. El diablo y Satanás es la serpiente antigua (Ap. 12:9), un espíritu maligno; por creación, ángel de luz e inmediato asistente al trono de Dios; pero, por su pecado, se convirtió en apóstata de su primer estado y en un rebelde contra la realeza y dignidad de Dios. Sabía que no podía destruir al hombre, a no ser con seducción y engaño. Por tanto, la partida que Satanás tenía que jugar consistía en atraer a nuestros primeros padres hacia el pecado y separarlos así de su Dios. La raza humana entera tenía aquí, por decirlo así, un solo cuello, y a este cuello asestó Satanás el golpe.

2. Fue el diablo en figura de serpiente. (A) Muchas tentaciones peligrosas nos asaltan revestidas de alegres y bellos colores, que no tienen más espesor que la piel, y parecen venirnos de arriba; porque Satanás puede aparecer como ángel de luz. Y (B) porque es un ser astuto. Tenemos muchos ejemplos de la astucia de la serpiente. Observa que no hay nada que sirva más al diablo y a sus intereses que una astucia no santa.

II. La persona tentada fue la mujer, que ahora se encontraba sola, a cierta distancia de su marido pero cerca del árbol prohibido. Esto prueba la astucia del diablo. 1. Asaltar con sus tentaciones al vaso más frágil. 2. Su táctica fue entrar en conversación con ella mientras estaba sola. Hay muchas tentaciones a las que la soledad presta gran ventaja, mientras que la comunión de los santos contribuye mucho a fortalecerlos y afianzarlos. 3. Se aprovechó de hallarla cerca del árbol prohibido, y probablemente echando una mirada a su fruto, aunque sólo fuese por satisfacer su curiosidad. Quienes no quieren comer del fruto prohibido no deben acercarse al árbol prohibido. 4. Satanás tentó a Eva para, por medio de ella, poder tentar a Adán.

III. La tentación misma y el artilugio de su proceso. Lo que el diablo pretendía era persuadir a Eva a que comiese del fruto prohibido; y, para conseguirlo, empleó el mismo método que siempre emplea. Puso en duda si era pecado o no (v. 1). Negó que hubiese ningún peligro en ello (v. 4). Sugirió que comportaba muchas ventajas (v. 5). Esos son los lugares comunes que usa.

1. Puso en duda si era pecado o no el comer de este árbol, y si realmente estaba prohibido su fruto.

A) *Dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis …?* Las primeras palabras insinuaban algo dicho antes, quizás alguna reflexión que Eva había hecho consigo misma y que Satanás asió para incorporarla a su pregunta. Observa aquí: (a) Que él no descubre sus planes al principio, sino que hace una pregunta, a primera vista inocente: «Oigo ciertos rumores; dime, es cierto? ¿De veras os ha prohibido Dios comer de este árbol?» (b) Cita el mandato falazmente, como si prohibiese comer, no sólo de este árbol sino de todos. (c) Parece hablar mofándose y echa en cara a la mujer su timidez en meterse con aquel árbol. (d) Es táctica astuta de Satanás el empañar la reputación de la ley divina haciéndola pasar por incierta o irracional, para atraer así a la gente al pecado.

B) En respuesta a tal pregunta, la mujer da un informe completo de la ley bajo la cual estaban (vv. 2–3). Obsérvese aquí: (a) Fue una debilidad de la mujer el entrar en conversación con la serpiente. Es muy peligroso hacer trato con la tentación, cuando debería ser rechazada al instante con desdén y aborrecimiento. La guarnición que entabla parlamento con el enemigo, no está lejos de rendirse. (b) Fue una muestra de sabiduría tener en cuenta la libertad que Dios les había otorgado. «Sí—dice ella—. Del fruto *de los árboles del huerto podemos comer.»* «Gracias a nuestro Hacedor, tenemos licencia para comer lo bastante en abundancia y variedad.» (c) Una prueba de su resolución fue el adherirse al mandato, y repetirlo fielmente, como que era una certeza incuestionable: «No debemos comer de él: por tanto, no lo tocaremos.[7] Está prohibido en el más alto grado, y la autoridad de la prohibición es sagrada para nosotros.» (d) Parece vacilar un poco acerca de la amenaza, pues todo lo que dice es: «*Para que no muráis» o «no sea que muráis».*

[7] En realidad, Dios no había dicho nada en cuanto a no *«no tocar»* el árbol, como si su contacto comportase algún maleficio. «Esta exageración dice el Talmud—fue la causa de su caída.» Más bien diremos que fue una señal de la perturbación que la sugestión de la serpiente empezaba a producir en la mente de Eva.

2. El diablo niega que haya ningún peligro en ello, e insiste en que, aun cuando pudiera suponer la transgresión de un precepto no por eso iban a incurrir en ninguna sanción: «*Ciertamente no moriréis*» (v. 4). Podría significar: (A) «No es cosa cierta que vayáis a morir»—así piensan algunos—. Satanás enseña a los hombres, primero a dudar y después a negar; primero los hace escépticos, y así gradualmente los hace ateos. O (B) «Es cierto que no moriréis»—como piensan otros—. Satanás afirma su contradicción con la misma frase de firmeza con que Dios había ratificado su amenaza. Así Satanás ocultaba su propia miseria para atraerlos hacia ella; así sigue engañando a los pecadores para su propia ruina. La esperanza de impunidad es el gran soporte de toda iniquidad.

3. Luego les promete las ventajas de comer de él (v. 5). No habría podido persuadirles a correr el riesgo de arruinarse, si no les hubiera sugerido una gran posibilidad de mejorarse.

A) Les insinúa las grandes ventajas que obtendrían comiendo de este fruto. Y así adereza la tentación conforme al estado puro en que se hallaban ahora, ofreciéndoles deleites y satisfacciones intelectuales. Eran como el cebo con que ocultaba su anzuelo. (a) «*Serán abiertos vuestros ojos*»; «tendréis mucho mayor poder y placer de contemplación que el que ahora tenéis; penetraréis en el fondo de las cosas mucho más hondamente que lo que ahora podéis». (b) «*Seréis como Dios*», «como *Elohim*, dioses poderosos; no sólo omniscientes, sino también omnipotentes». (c) «*Sabiendo el bien y el mal*, esto es, todo cuanto deseéis conocer.» Para cimentar esta parte de la tentación, abusa del nombre dado a este árbol: pervierte su sentido, como si éste árbol hubiese de proporcionarles un conocimiento especulativo completo de la naturaleza clases y orígenes del bien y del mal. Y (d), todo esto inmediatamente: «*El día que comáis de él*, encontraréis un súbito e inmediato cambio a mejor». Con todas estas insinuaciones, intenta producir en ellos: Primero, descontento con su actual estado. Segundo, ambición de ser promocionados, como si fueran aptos para ser dioses.

B) Les insinúa que Dios no tiene buen designio respecto a ellos, al prohibirles este fruto, como si no se atreviese a permitirles comer de este árbol porque entonces conocerían su propia fuerza, y estarían en condiciones de competir con Dios. Ahora bien: (a) Esto era una gran afrenta a Dios, y la mayor indignidad que podía hacérsele; un reproche a su poder, como si tuviese miedo de sus criaturas; y, mucho más, un reproche a su bondad, como si odiase la obra de sus manos y no quisiese ver felices a los que Él mismo había creado. (b) Fue una peligrosísima trampa tendida a nuestros primeros padres, pues tendía a enajenar de Dios sus afectos.

Versículos 6–8

Satanás, a la larga, alcanza su objetivo, y la fortaleza es tomada por sus artimañas.

I. Alicientes que les indujeron a transgredir. 1. No vieron daño alguno en este árbol, más que en ninguno de los restantes. Les pareció tan bueno como cualquier otro alimento de él, y ¿por qué les había de estar prohibido éste más bien que cualquier otro? A veces caemos en trampas traicioneras por un deseo desordenado de dar satisfacción a nuestros sentidos. Fue tanto más codiciado, precisamente por estar prohibido. En nosotros (esto es, en nuestra carne, en nuestra naturaleza corrompida) mora un extraño espíritu de contradicción. *Nitimur in vetitum* (*Deseamos lo que está prohibido*). 2. Eva se imaginó que había mayor virtud en este árbol que en cualquier otro, que no sólo no tenía por qué ser temido sino que *era codiciable para alcanzar la sabiduría.* Nótese cómo el deseo de un conocimiento innecesario bajo una falsa noción de sabiduría, demuestra ser dañino y destructivo para muchos. Nuestros primeros padres, que sabían tanto, no supieron esto—que ya sabían bastante.

II. Los peldaños de la transgresión, no hacia arriba, sino hacia abajo. 1. *Vio*. Debió haber apartado sus ojos de contemplar vanidad; pero se mete en la tentación y mira con placer el fruto prohibido. Observa que muchos pecados entran por los ojos. 2. *Tomó.* Fue un acto de su propia iniciativa. No fue el diablo el que lo tomó y se lo puso a ella en la boca, de grado o por fuerza sino que ella misma lo tomó. Satanás puede tentar, pero no puede forzar; puede persuadirnos a que nos arrojemos al vacío pero no puede arrojarnos él mismo (Mt. 4:ó). 3. *Comió*. Quizá, cuando lo miró, no intentaba tomarlo; ni, cuando lo tomó, pretendía comerlo; pero éste fue el resultado. Nótese que el camino del pecado es hacia abajo; una persona no puede pararse en él cuando quiere.

Hay que suprimir las primeras emociones del pecado y dejarlo antes de entretenerse con él. *Principiis obsta* (*Destruye la maldad en su germen*). 4. *Y dio también a su marido, el cual comió así como ella.* Ella

se lo dio, persuadiéndole con los mismos argumentos que la serpiente había usado con ella, y añadió que ella misma había comido de él y había encontrado que, lejos de ser mortífero, era extremadamente placentero y agradable. Como lo fue el diablo, así también Eva, tan pronto como fue pecadora, fue también una tentadora. 5. Él comió, vencido por la importunidad de su esposa. Al desdeñar el árbol de la vida, del cual le estaba permitido comer, y comer del árbol del conocimiento que le estaba prohibido, claramente mostró desprecio de los favores que Dios le había otorgado, y una preferencia por lo que Dios sabía que no era adecuado para él. Quería ser el escultor y dueño de sí mismo, tener y hacer lo que le pluguiese; su pecado fue, en una palabra, de desobediencia (Ro. 5:19). Al estar la naturaleza humana enteramente contenida en nuestros primeros padres, ya no podía ser transmitida por ellos de ahí en adelante, sino bajo imputación de culpabilidad, mancha de deshonra y enfermedad hereditaria de pecado y corrupción. ¿Podemos, pues, decir que el pecado de Adán no entrañaba mucho daño?

III. Las consecuencias inmediatas de la transgresión.

1. La vergüenza los tomó por sorpresa (v. 7).

A) La fuerte convicción bajo la cual cayeron en su propio interior: *Fueron abiertos los ojos de ambos*. No se trata de los ojos del cuerpo, sino de los de la conciencia; su corazón les hirió por lo que habían hecho. Ahora, cuando ya era demasiado tarde, comprendieron la locura de haber comido del fruto prohibido. Vieron la felicidad de la que habían caído, y la miseria en que se habían precipitado. Vieron en sus miembros una ley que hace guerra contra la ley de su mente. El texto nos dice que *conocieron que estaban desnudos, esto es,* (a) que estaban desnudados, desposeídos de todos los honores y encantos de su estado paradisíaco. Estaban desarmados; su defensa se había ausentado de ellos. (b) Que estaban avergonzados. Se vieron al descubierto frente al desprecio y la reprensión de los cielos, de la tierra y de su propia conciencia. Nótese aquí, *primero*, cuánta deshonra y desasosiego comporta el pecado; produce daño dondequiera que se le admite. *Segundo*, qué engañador es Satanás. Les dijo a nuestros primeros padres, cuando les tentó, que serían abiertos sus ojos; y así lo fueron, pero no como ellos lo habían entendido; fueron abiertos para su vergüenza y pesar.

B) El miserable recurso a que se acogieron para paliar esta convicción, y para defenderse contra ella: *Cosieron hojas de higuera* (quizá las trenzaron) y, para cubrir, al menos, parte de su mutua confusión *se hicieron delantales.* Nótese aquí lo que ordinariamente constituye la locura de los que pecan. (a) Que andan más solícitos en salvar su prestigio ante los hombres que en obtener el perdón de Dios. (b) Que las excusas que los hombres inventan para cubrir o atenuar sus pecados, son vanas y frívolas. Como los delantales de hojas de higuera, nunca arreglan el asunto, sino que lo echan a perder; la vergüenza que así se trata de ocultar, resulta más vergonzosa todavía.

2. Inmediatamente después de comer del fruto prohibido se apoderó de ellos el miedo (v. 8). Observa aquí: (A) Cuál fue la causa y ocasión de su miedo: Oyeron la voz de Jehová Dios, que se paseaba en el huerto a la brisa del día. Fue la llegada del Juez lo que les asustó, aun cuando éste se acercó de un modo que sólo podía atemorizar las conciencias culpables. Vino al fresco del día, no por la noche cuando todos los miedos se duplican, ni en lo más cálido del día, pues no vino en el ardor de su furor. Oyeron su voz, y probablemente era una voz suave y apacible como aquel silbo con que manifestó a Elías su presencia. (B) Cuál fue el efecto y la evidencia de su miedo: Se escondieron de la presencia de Jehová Dios—¡qué triste cambio!—. Dios se había convertido para ellos en algo terrorífico, y así no es extraño que ellos se hubiesen convertido en algo terrorífico para ellos mismos. Su propia conciencia les acusaba y ponía ante ellos el pecado en sus propios colores. Sus hojas de higuera les traicionaban y no les prestaban ningún servicio. Sabiéndose culpables, no se atrevían a aguantar un juicio, sino que se escondieron para huir de la justicia. Nótese aquí, (a) la falacia del tentador. Les había prometido que estarían a salvo, y ahora no pueden ni imaginárselo; les había prometido que obtendrían conocimiento, pero ahora se encuentran perdidos y no saben ni dónde esconderse, les había prometido que serían como dioses, grandes, intrépidos y osados, y están como criminales descubiertos. (b) La locura de los pecadores al pensar que es posible o deseable el esconderse de la presencia de Dios. (c) El miedo que acompaña al pecado. Todo ese asombroso miedo a las apariciones de Dios, a las acusaciones de la conciencia, a la cercanía del apuro, a los asaltos de las criaturas inferiores y a ser apresados por la muerte, cosas corrientes entre los hombres, es efecto del pecado.

Versículos 9–10

El emplazamiento de estos desertores delante del justo Juez.

I. La alarmante pregunta con que Dios acosó a Adán y le detuvo: ¿*Dónde estás tú*? No, en qué *lugar*, sino en qué *condición*. «¿Es esto todo lo que has conseguido por comer del fruto prohibido?»

Nota: 1. Esta demanda hecha a Adán podría considerarse como una benévola persecución, como una fineza, a fin de restaurarle.

Nota: 2. Si los pecadores considerasen bien dónde se encuentran no descansarían hasta volverse a Dios.

II. La temblorosa respuesta que Adán dio a dicha pregunta: *Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo* (v. 10). No se responsabiliza de su culpa, pero, sin embargo, la confiesa de algún modo al expresar su miedo y su vergüenza.

Versículos 11–13

Los ofensores quedan convictos de culpa por su propia confesión, y, con todo, se esfuerzan por presentar excusas y atenuantes de su falta.

I. Cómo les fue extraída esta confesión. Dios habló así al hombre: *¿Quién te enseñó que estabas desnudo?* (v. 11). «¿Cómo llegaste tú a sentir tu desnudez como una vergüenza?» *¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?* Aunque Dios conoce todos nuestros pecados quiere oírlos de nuestros labios y requiere de nosotros una sincera confesión de ellos; no para quedar Él informado, sino para quedar nosotros humillados. La pregunta dirigida a la mujer fue la siguiente: ¿*Qué es lo que has hecho?* (v. 13). Nótese que es incumbencia de quienes han comido del fruto prohibido, y especialmente de quienes han seducido a otros para comer de él igualmente considerar seriamente lo que han hecho. Al comer del fruto prohibido, hemos ofendido a Dios grande y amoroso. Al seducir a otros para que coman de él hacemos labor diabólica, nos hacemos culpables de los pecados ajenos y cómplices de su ruina.

II. Cómo trataron de atenuar su culpabilidad al confesar su pecado. No tenía finalidad alguna el descargarse de culpabilidad. En vez de confesar la gravedad de su pecado y avergonzarse de él, se excusan y les echan a otros la culpa y el descrédito. 1. Adán le echa toda la culpa a su mujer. Aprendamos de aquí a no ser atraídos al pecado por aquello que no nos ha de extraer del juicio; jamás, pues, obremos contra nuestra conciencia, ni desagrademos a Dios para agradar al mejor amigo que tengamos en el mundo. Pero esto no es lo peor del asunto. Adán no sólo le echa la culpa a su mujer, sino que se expresa de modo que tácitamente se la echa a Dios mismo. Insinúa que Dios ha sido cómplice del pecado pues le dio una mujer que le ha dado a él del fruto. Hay una extraña propensión en quienes son tentados, a decir que son tentados por Dios, como si nuestro abuso de los dones de Dios fuese una excusa de nuestras violaciones de la ley de Dios. 2. Eva, a su vez, echa toda la culpa a la serpiente: *La serpiente me engañó*. El pecado es como un rapaz a quien nadie se atreve a adoptar, señal de que es algo ignominioso. Aprendamos de aquí: (A) Que las tentaciones de Satanás son todas puro engaño, todos sus argumentos son falacias y todas sus seducciones, imposturas. El pecado nos engaña y, al engañarnos, nos estafa. Es por el engaño del pecado por lo que se endurece el corazón (v. Ro. 7:11; He. 3:13). (B) La astucia de Satanás no nos justificará de nuestro pecado, aunque el tentador es él, nosotros somos los pecadores; y, en realidad, es nuestra propia concupiscencia la que nos atrae y seduce (Stg. 1:14).

Versículos 14–15

Inmediatamente, Dios procede a pronunciar sentencia; y, en estos versículos, comienza por la serpiente (por donde comenzó el pecado), porque ésta era ya convicta de rebelión contra Dios.

I. La sentencia pronunciada contra el tentador podría considerarse como dirigida a la serpiente. Los instrumentos del diablo deben compartir los castigos del diablo. Ahora bien: 1. La serpiente es puesta aquí bajo la maldición de Dios: *Maldita serás entre todas las bestias.* Una astucia no santa muestra

muchas veces ser una gran maldición para el hombre, y cuanto más astutos son los hombres para hacer el mal, tanto mayor es el daño que producen. 2. Es puesta aquí bajo el vituperio y enemistad de parte del hombre. (A) Va a ser mirada siempre como una criatura vil y despreciable. Su crimen fue tentar a Eva a comer lo que no debía; su castigo fue tener que comer lo que no quería: *Polvo comerás*. (B) Va a ser mirada siempre como una criatura nociva y venenosa, y un objeto digno de odio y detestación. La serpiente es dañosa para el hombre, y a veces le hiere en el talón porque no puede llegar más arriba; más aún, nos es presentada como mordiendo los talones al caballo (Gn. 49:17). Pero el hombre sale victorioso de la serpiente y la hiere en la cabeza, esto es, le asesta una herida mortal, con ánimo de destruir toda la generación de víboras. Esta sentencia pronunciada sobre la serpiente queda muy fortalecida por la promesa de Dios a su pueblo: *Sobre el león y el áspid pisarás* (Sal. 91:13), y por la de Cristo a sus discípulos: *Tomarán serpientes en sus manos* (Mr. 16:18). Observa aquí que la serpiente y la mujer se habían tratado recientemente con mucha familiaridad y amistad conversando sobre el fruto prohibido, y que ambos llegaron a un admirable acuerdo; pero aquí aparecen irreconciliablemente enfrentados. Nótese cómo las amistades pecaminosas acaban justamente en enemistades mortales; los que se unen en la maldad no estarán unidos por mucho tiempo.

II. Esta sentencia puede considerarse como dirigida contra el diablo, el cual hizo uso de la serpiente sólo como vehículo en que aparecerse, siendo él el agente principal.

1. Un perpetuo improperio queda aquí fijado sobre este gran enemigo de Dios y del hombre. Bajo la cobertura de la serpiente, queda aquí él sentenciado a ser: (A) Degradado y maldecido por Dios. *¡Cómo caíste, oh Lucifer!* (Is. 14:12). El que quería estar por encima de Dios, y encabezó una rebelión contra Él, es justamente expuesto aquí a desprecio, y Dios humilla a quienes no quieren humillarse a sí mismos. (B) Detestado y aborrecido por toda la humanidad. Aquí es condenado a un estado de guerra y de enemistad irreconciliable. (C) Destruido y arruinado, al fin, por *el gran Redentor*, indicado por el herirle en la cabeza. Su astuta política quedará frustrada toda ella, y su poder usurpado quedará enteramente aplastado.

2. Comienza aquí una perpetua pendencia entre el reino de Dios y el reino del diablo entre los hombres. Fruto de esta enemistad es: (A) El continuo conflicto entre la gracia y el cieno en el corazón de los hijos de Dios. (B) La continua lucha que existe en este mundo entre los impíos y los piadosos.

3. Aquí se hace una misericordiosa promesa acerca de Cristo, como el liberador del hombre caído del poder de Satanás. La oyeron ya nuestros primeros padres, quienes, sin duda, vieron que se les abría una puerta de esperanza. Ésta fue la aurora del día del Evangelio. Tan pronto como se produjo la herida, fue provisto y revelado el remedio. Se les notifican aquí tres cosas con respecto a Cristo: (A) Su encarnación, pues había de ser *la simiente de la mujer*, la simiente de esa mujer; por eso, su genealogía en Lucas 3 se remonta hasta mostrar que es hijo de Adán, pero Dios otorga a la mujer el honor de llamarle más bien simiente de ella, porque era ella a quien el diablo había engañado y a quien Adán había echado la culpa; en lo cual Dios engrandece su gracia, ya que, aunque la mujer fue la primera en la transgresión, será salva criando hijos (como algunos leen), esto es, mediante la simiente prometida que descenderá de ella (1. Ti. 2:15). Igualmente iba a ser simiente sólo de mujer, de una virgen. (B) Sus padecimientos y su muerte, indicados por *la herida producida en su talón* por Satanás, esto es, en su naturaleza humana. Satanás tentó a Cristo en el desierto para hacerle caer en pecado; y algunos piensan que fue Satanás el que aterrorizó a Cristo en su agonía para llevarlo a la desesperación. Fue el diablo quien puso en el corazón de Judas traicionar a Cristo, en el de Pedro para negarle, en el de los principales sacerdotes para procesarle, en el de los falsos testigos para acusarle, y en el de Pilato para condenarle teniendo en todo esto el objetivo de arruinar la salvación al destruir al Salvador; pero, por el contrario, fue por medio de su muerte como Cristo *anuló al que tenía el dominio de la muerte* (He. 2:14). El talón de Cristo fue herido cuando sus pies fueron traspasados y clavados en la cruz, y los sufrimientos de Cristo se continúan en los sufrimientos de los santos por su nombre (Col. 1:24). El diablo les tienta, los echa en la cárcel, les persigue y mata, y así hiere el talón de Cristo, quien es afligido en las aflicciones de ellos. Pero, mientras el talón es herido en la tierra, es bueno que la cabeza esté a salvo en el Cielo. (C) Su consiguiente victoria sobre Satanás. Satanás había ahora insultado y pisoteado a la mujer; pero la simiente de la mujer había de surgir en el cumplimiento del tiempo para *triunfar sobre él* (Col. 2:15). *Le herirá en la cabeza*, esto es, destruirá todas sus tácticas y todos sus poderes, y trastornará totalmente su reino y sus intereses. Cristo frustró las tentaciones de Satanás; con su muerte, asestó un golpe mortal al reino del diablo, una herida en la cabeza de esta bestia, que nunca será curada.

Versículo 16

La sentencia pronunciada sobre la mujer por su pecado.

I. Es puesta aquí en un estado de pesadumbre, del cual sólo un detalle se especifica, el de criar hijos; pero incluye pesar y miedo. Nótese que el pecado trajo pesadumbre al mundo; si no hubiésemos conocido la culpa, no habríamos conocido el pesar. No es extraño que se aumenten nuestros dolores cuando se aumentan nuestros pecados, porque ambos comprenden innumerables clases de males. Los dolores de procrear y criar hijos se multiplican y si los hijos salen malvados e insensatos, resultan ser una carga, más que nunca, para aquella que los dio a luz.

II. *Esposas, sed sumisas a vuestros maridos* (Ef. 5:22) Pero la entrada del pecado ha hecho de este deber un castigo, que de otro modo no habría existido. Si Eva no hubiese comido del fruto prohibido ni hubiese tentado a su marido a comer también de él nunca habría podido quejarse de su sujeción por tanto, aunque resulte duro, nunca debería nadie quejarse de ello, antes bien, lo que debería ser motivo de queja es el pecado, que puso las cosas así. Aquellas esposas que no sólo desprecian y desobedecen a sus maridos, sino que hasta se enseñorean de ellos, no consideran que no solamente están violando una ley divina, sino que están también oponiéndose a una sentencia divina.

III. Observa aquí cómo, en esta sentencia, está mezclada la misericordia con la ira. La mujer tendrá dolores pero los tendrá al dar a luz hijos, y la angustia será olvidada por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo (Jn. 16:21). La sentencia no es una maldición como para arruinarla, sino un castigo para llevarla al arrepentimiento.

Versículos 17–19

La sentencia pronunciada contra Adán, precedida de un resumen de la causa.

I. Dios resalta su desagrado sobre Adán en tres aspectos:

1. Queda maldita, con esta sentencia, la morada terrenal de Adán. *Maldito es el suelo de la tierra por tu causa*; y el efecto de esta maldición es: Espinos y cardos te producirá. Los frutos buenos que la tierra pueda producir de aquí en adelante, habrán de ser extraídos mediante el ingenio y el esfuerzo del hombre. Sin embargo, esta sentencia alberga también su dosis de misericordia, porque: (A) Adán en persona no es maldecido como lo fue la serpiente (v. 14). Dios tenía bendiciones reservadas para él. (B) Adán queda aún por encima del suelo. La tierra no abre su boca para tragárselo, a pesar de que se ha degradado de su primitiva belleza y fructuosidad.

2. Todos sus quehaceres y deleites le quedan amargados.

A) Su trabajo será desde ahora fatigoso, pues habrá de comer su pan *con el sudor de su rostro* (v. 19). Su ocupación, antes de pecar, era para él un placer constante; el huerto estaba entonces bien aderezado sin fatiga ni dificultad. Si Adán no hubiese pecado, no habría sudado. El trabajo es un deber que debemos cumplir fielmente.

B) Su alimento será de aquí en adelante (compárese con su estado anterior) difícil y desagradable de conseguir. *Con dolor* (v. 17) y *con el sudor de su rostro* (v. 19), habrá de comerlo. Todos, incluso los más felices de este mundo, tendrán algunas mitigaciones para sus goces: ejércitos de enfermedades, desastres y mortandades, de diversas formas, entraron en el mundo con el pecado, y siguen saqueándolo. Pero, también en esta parte de la sentencia hay alguna dosis de misericordia. Sudará, pero su fatiga hará más acogedor su descanso; cuando vuelva a su tierra como a su lecho lo pasará mal, pero no se morirá de hambre; tendrá dolores, pero con este dolor comerá su pan, lo cual fortalecerá su corazón bajo sus penas.

3. Su vida también será corta. Teniendo en cuenta lo llenos de problemas que estarán sus días, le será un favor el que sean pocos. Pero, aunque la vida resulte desagradable, la muerte, tan terrible para la naturaleza humana, será la culminación de su sentencia: «*Volverás a la tierra, porque de ella fuiste tomado*»; tu cuerpo, esa parte de ti que fue tomada de la arcilla del suelo, volverá a su lugar de origen; porque eres polvo. «Tu cuerpo será abandonado por tu alma, y se convertirá en un montón de escombros; y será alojado en la tumba, que es el lugar que le corresponde, para que se mezcle con el polvo de la tierra» *nuestro polvo* (Sal. 104:29). *La tierra, a la tierra; el polvo, al polvo*. Nótese aquí que: (A) El

hombre es una vil y frágil criatura, *pequeña* como polvo, el insignificante polvo puesto en la balanza; *ligera* como polvo más leve que la leve vanidad; y *débil* como polvo, sin consistencia alguna; (B) Es una criatura mortal y moribunda. El hombre más grande no es más que una gran masa de polvo, y debe volver a la tierra; (C) El pecado introdujo la muerte en el mundo. Si Adán no hubiese pecado, no habría muerto (Ro. 5:12).

II. No debemos perder de vista esta sentencia pronunciada sobre nuestros primeros padres, sin haber antes considerado dos cosas: 1. Cuán aptamente están representadas las tristes consecuencias del pecado sobre el alma de Adán y sobre su raza pecadora. Aunque sólo se mencionan las miserias que afectan al cuerpo, sin embargo eran una muestra de las miserias espirituales, y así la maldición entró en el alma. (A) Los dolores de parto de una mujer representan los terrores y angustias de una conciencia culpable, despertada al sentimiento del pecado. (B) El estado de sujeción al que la mujer quedó reducida representa la pérdida de la libertad espiritual y el deterioro del libre albedrío, que son efecto del pecado. (C) La maldición de esterilidad pronunciada sobre la tierra y su consiguiente producción de espinos y cardos son una representación adecuada de la esterilidad para todo lo bueno y de la fertilidad para todo lo malo que son las condiciones de un alma corrupta y pecadora. (D) La fatiga y el sudor nos hablan de la dificultad que el hombre experimenta, a causa de la debilidad de la carne, en el servicio de Dios y en el ejercicio de la piedad.

2. Cuán admirablemente dio la réplica a esta sentencia pronunciada contra nuestros primeros padres la satisfacción que el Señor Jesús realizó mediante sus sufrimientos y su muerte. (A) ¿Entraron con el pecado dolores de parto? Leemos en Isaías 53:11 *de la aflicción del alma de Cristo.* (B) ¿Vino con el pecado la sujeción? Cristo *fue puesto bajo la ley* (Gá. 4:4). (C) ¿Llegó con el pecado la maldición? Cristo *fue hecho por nosotros maldición*, murió de una muerte maldita (Gá. 3.13). (D) ¿Entraron con el pecado las espinas? Él fue coronado de espinas por nosotros. (E) ¿Entró con el pecado el sudor? Él sudó por nosotros como grandes grumos de sangre. (F) ¿Vino con el pecado el dolor? Él fue varón de dolores; su alma estaba, en su agonía, abrumada de una tristeza mortal. (G) ¿Entró con el pecado la muerte? Él se hizo obediente hasta la muerte. Así, el vendaje curativo resulta más ancho todavía que la herida producida por el pecado. ¡Bendito sea Dios por nuestro Señor Jesús!

Versículo 20

Habiéndole puesto Dios al hombre el nombre de *Adán*, que significa *tierra rojiza*, Adán le puso ahora a la mujer el nombre de *Eva*, que quiere decir *vida*. Así Adán lleva el nombre del cuerpo mortal; Eva, del alma viviente. La razón es: *porque era ella madre de todos los vivientes*, es decir, de toda la humanidad futura. Antes la había llamado *Ishah = varona*, en su función de esposa, ahora la llama *Eva = vida*, en su función de madre. Ahora bien: 1. Si esto se hizo por dirección divina, fue una muestra del favor de Dios, y un sello de su pacto con la humanidad y una seguridad que les otorgaba del carácter irreversible de aquella bendición que les dio en un principio: *Fructificad* y *multiplicaos*. Era igualmente una confirmación de la promesa hecha ahora, de que la simiente de la mujer, de esta mujer, habría de herir y aplastar la cabeza de la serpiente. 2. Si lo hizo Adán de su propia iniciativa, fue una señal de su fe en la palabra de Dios: (A) En la bendición que incluía un perdón, al dejar con vida a tales pecadores para que fueran los padres de todo viviente; (B) En la bendición que incluía la promesa de un Redentor, la simiente prometida, a la cual parecía aludir Adán, al llamar a su mujer *Eva*, madre de todos los vivientes, precisamente cuando acababa de constituirse, por el pecado, en madre de todos los mortales.

Versículo 21

Un ejemplo más del cuidado de Dios con relación a nuestros primeros padres, a pesar de su pecado. Aunque impone un correctivo a sus desobedientes hijos, sin embargo no los deshereda, sino que, como un tierno padre, les provee de sustento en las plantas del campo, y de vestido con *túnicas de pieles*. Tenemos que ser agradecidos a Dios, no sólo porque nos proporciona alimento, sino también porque nos procura vestido (Gn. 28:20). La lana y el lino son suyos, tanto como el trigo y el vino (Os. 2:9). Adán y Eva se habían cosido, o trenzado, delantales de hojas de higuera, una cobertura demasiado *estrecha para envolverse* (Is. 28:20). Así son todos los trapos de nuestra propia justicia. Pero Dios les hizo túnicas de

pieles, amplias, fuertes, duraderas, y adecuadas; tal es la justicia de Cristo. Por tanto, *revestíos del Señor Jesucristo.*

Versículos 22–24

Una vez pronunciada la sentencia contra los ofensores tenemos aquí la ejecución parcial de la misma, realizada en ellos inmediatamente.

I. Cuán justamente aparecen ahora en desgracia y vergüenza delante de Dios y de los santos ángeles con esa frase divina, mezcla de amargura y de ironía, respecto al triste resultado de su pecaminosa ambición: *¡He aquí que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal!* Vaya, qué buen aspirante a dios! Esto lo dijo Dios para despertarles y humillarles, trayéndoles a tomar conciencia de su pecado y locura, así como a un sincero arrepentimiento. De esta manera, Dios *llena sus rostros de vergüenza, para que busquen su nombre* (Sal. 83:16). Los pone en confusión para su conversión.

II. Cuán justamente fueron desechados y expulsados del paraíso.

1. La razón por la cual echó Dios al hombre fuera del paraíso. No fue sólo porque había extendido su mano y había tomado del árbol del conocimiento, sino también para que no alargara otra vez su mano y tomase también del árbol de la vida y pudiera después pavonearse de vivir para siempre. Con lo primero Adán cayó en pecado al desobedecer a Dios; con lo segundo, hubiese intentado hacer nula la sentencia de muerte que Dios había Pronunciado contra él. Por cierto, un pecador rebelde, si lograse hacerse inmortal, sería un monstruo y el permanente terror del Universo.

2. El método que Dios adoptó para expulsar y excluir del paraíso a nuestros primeros padres. Los echó fuera y los retuvo fuera.

A) Los echó fuera, del huerto delicioso al terreno comunal. Esto indicaba su exclusión, y la de toda su raza, de la comunión con Dios, que era el gozo y la gloria del paraíso. Su relación con Dios quedó derogada y perdida, y aquella comunicación que había sido establecida entre el hombre y su Hacedor fue interrumpida y quebrantada. Pero, adónde lo envió al expulsarlo del Edén? Justamente podía haberlo echado fuera del mundo (Job 18:18), pero sólo lo echó fuera del huerto. El hombre fue enviado a cultivar la tierra de la que había sido tomado. Fue enviado a un lugar de trabajo, no a un lugar de tormento. Fue echado a la tierra no a la tumba; al taller, no a la cárcel; a empuñar un arado, no a arrastrar una cadena. Su trabajo en el campo sería recompensado con el comer de sus frutos, y su continua relación con la tierra de donde había salido tenía por objetivo mejorarle hacerle humilde y recordarle el fin de su vida. Nótese, pues, que, aun cuando nuestros primeros padres fueron excluidos de los privilegios de su estado de inocencia no fueron dejados en la desesperación, pues los amorosos designios de Dios les proporcionaron un segundo estado de prueba bajo nuevas condiciones.

B) Los retuvo fuera, privándoles de toda esperanza de volver al paraíso, pues *puso al oriente del huerto del Edén* un destacamento de *querubines*, huestes de Dios armados de un poder terrible e irresistible, para guardar el camino que conducía al árbol de la vida, de modo que no pudiesen forzar la entrada y tomar por asalto el fruto del árbol. Con esto se le intimaba a Adán: (a) Que Dios estaba disgustado con él, (b) que los ángeles estaban en guerra con él; no había paz posible con las huestes celestiales, mientras él estuviese en rebelión con el Señor de ellas y nuestro. (c) Que el camino al árbol de la vida estaba cerrado, a saber, el camino de la inocencia inmaculada en el que fue puesto el ser creado y por el que paseaba antes del pecado. Desde aquel momento en adelante resultaba inútil para él y para los suyos esperar vida, justicia y felicidad en virtud del primer pacto, pues estaba irreparablemente roto. Todos estamos perdidos si se nos juzga por aquel primer pacto. Dios le reveló a Adán esto, no para inducirle a desesperación, sino para reanimarle y obligarle a buscar la vida y la felicidad en la simiente prometida por quien había de ser retirada la espada flamígera. Dios y sus ángeles se reconcilian con nosotros cuando, por la obra de la Cruz, es consagrado y puesto delante de nosotros un camino nuevo y vivo al Lugar Santísimo.

CAPÍTULO 4

En este capítulo vemos al mundo dentro de una sola familia. Y así como toda la humanidad estaba representada en Adán, así vemos ahora la gran distinción de santos y pecadores representados quí por Abel y Caín respectivamente, y se nos da un temprano ejemplo de la enemistad que recientemente había sido establecida entre la simiente de la mujer y de la serpiente. Vemos:

I. El nacimiento, nombres y oficios de Caín y de Abel (vv. 1–2). II. Su relación con Dios, y los diferentes efectos en uno y en otro (v. 3a). III. El enfado de Caín con Dios, y el reproche consiguiente de Dios (vv. 5–7). IV. Caín asesina a su hermano, y Dios le procesa por tal crimen (vv. 8–16). V. Familia y posteridad de Caín (vv. 17–24). VI. Nacimiento de otro hijo de Adán y de otro nieto (vv. 25–26).

Versículos 1–2

Adán y Eva tuvieron muchos hijos e hijas (5:4). Pero la historia bíblica se centra en Caín y Abel.

I. Los nombres de estos hijos. 1. *Caín* significa *posesión;* pues Eva, al darlo a luz, dijo con gozo, gratitud y gran expectación: *Por voluntad de Jehová he adquirido varón*. Obsérvese que los hijos son regalo de Dios, y hemos de reconocerle como formador de nuestras familias. Se duplica y se santifica el gozo y la ayuda que nos proporcionan cuando los vemos como venidos de las manos de Dios, quien no abandonará la obra y el regalo de sus propias manos. 2. *Abel* significa *resuello,* como si ya indicase que su vida iba a ser tan breve como el tiempo de una alentada; ¿o quizá le puso ese nombre su madre, por estar ya tan satisfecha de haber obtenido varón en Caín, que este otro le parecía una cosa vana?

II. Los oficios de ambos. 1. Ambos tuvieron un llamamiento.
Dios había dado al padre de ellos, cuando aún se hallaban en estado de inocencia, un quehacer que cumplir, y a ellos también les daba el suyo. Nótese que es la voluntad de Dios que cada uno de nosotros tenga algo que hacer en este mundo. Los padres deben criar a sus hijos para algún quehacer. «Dadles una Biblia y un oficio (decía el bueno de Mr. Donald), y Dios sea con ellos.» 2. Sus oficios eran diferentes, para que pudiesen intercambiarse los respectivos productos, como era menester en aquellas circunstancias. Los miembros del cuerpo social tienen necesidad unos de otros, y el mutuo amor se mantiene con el mutuo intercambio de bienes. 3. Sus oficios correspondían al trabajo del hombre de campo, que era la profesión de su padre. 4. Abel, aunque era el más joven de los dos, aparece como el primero en tomar oficio, y probablemente su ejemplo atrajo a Caín a hacer otro tanto. 5. Abel escogió el oficio más favorable para la contemplación y la devoción, pues así ha sido siempre considerada la vida pastoril.

Versículos 3–5

I. Las devociones de Caín y Abel. *Andando el tiempo,* Caín y Abel presentaron ante Adán el sacerdote nato de la familia, cada uno *una ofrenda a Jehová*. Dios probaría así la fe de Adán en la promesa y su obediencia a la ley medicinal, estableciendo así una comunicación ulterior entre el cielo y la tierra y ofreciendo como *sombras de los bienes venideros*. Nótese aquí: 1. Que el culto religioso a Dios no es una invención tardía, sino una institución primitiva. Es *lo que existía desde el principio* (1 Jn. 1:1); es *el antiguo buen camino* (Jer. 6:16). 2. Que es cosa buena el que los hijos sean bien educados cuando son jóvenes, y acostumbrados a los servicios religiosos, para que, cuando sean capaces de actuar por sí mismos, puedan, de su propia iniciativa, *presentar ofrendas a Dios.* 3. Que cada uno debe honrar a Dios con lo que posee, según Dios le haya prosperado. 4. Que los hipócritas y los malhechores pueden llegar tan lejos como los mejores hijos de Dios en los servicios exteriores de la religión. Caín trajo una ofrenda, lo mismo que Abel; más aún, Caín es mencionado primero, como si se hubiese adelantado a ofrecerla. También el fariseo y el publicano estaban orando al mismo tiempo en el templo (Lc. 18:10).

II. Los diferentes resultados de sus respectivas devociones. Lo primero que se requiere en todos los actos de religión es la aceptación de Dios; nuestra prisa es correcta, si alcanzamos ese objetivo; pero vana

es nuestra adoración, si falta ese requisito (2 Co. 5:9). *Dios miró con agrado a Abel a su ofrenda,* y le mostró su aceptación, probablemente mediante fuego enviado del cielo; *pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda de él.*

1. Había una diferencia en los caracteres de los oferentes. Caín era un malvado y, por tanto, su sacrificio era *una vana ofrenda* (Is. 1:13). Dios no veía con agrado su persona y, por ello, no miraba con agrado su ofrenda. Pero *Abel* era recto; es llamado *Abel el justo* (Mt. 23:35); su corazón era recto y piadosa su vida. Dios le miró con agrado como a hombre santo y, por tanto, a su ofrenda como a santa ofrenda.

2. Había diferencia en las ofrendas presentadas. Expresamente se dice (He. 11:4) que Abel ofreció *más excelente sacrificio que Caín*: o (A) en la naturaleza del sacrificio, o (B) en las cualidades de la ofrenda. Caín *ofreció del fruto de la tierra* lo primero que le vino a mano, ejemplo de su desdén. Pero Abél tomó empeño para escoger su ofrenda: no lo defectuoso, no lo mezquino, no lo de desecho sino *de los primogénitos de sus ovejas*—lo mejor que tenía—*y de lo más gordo de ellas*—lo mejor de lo mejor.

3. La gran diferencia fue que Abel ofreció con fe; Caín, no. Había una gran diferencia en el principio que animaba a uno y a otro. Abel ofrecía con la vista puesta en la voluntad de Dios como norma suya, y en la gloria de Dios como objetivo final, mientras que Caín lo hacía sólo por seguir la corriente o por salvar su prestigio, no por fe, y así resultaba en pecado. Abel era humilde y contrito, Caín, altivo y complaciente; dentro de él anidaba la autoconfianza.

III. Desagrado de Caín ante la diferencia que Dios hacía entre su sacrificio y el de Abel. Caín se puso muy furioso, lo cual se le reflejó bien en su semblante. Este furor habla por sí mismo: 1. De su enemistad con Dios. Debió haber estado furioso consigo mismo por su propia infidelidad e hipocresía, por la cual había perdido el agrado de Dios. Nótese que es señal cierta de un corazón altivo el altercar con los reproches que, por nuestro pecado, hemos traído sobre nosotros. 2. De la envidia hacia su hermano. Concibió contra él un odio como contra un enemigo. Observa: (A) Que es propio de quienes se han hecho indignos del favor de Dios el indignarse contra los que se conservan dignificados por dicho favor. Los fariseos iban por este camino de Caín, cuando *no entraban ellos mismos en el reino de Dios ni permitían hacerlo a los que entraban* (Lc. 11:52). (B) La envidia es un pecado que, de ordinario, lleva consigo su propio castigo en el pudrimiento de los huesos.

Versículos 6–7

Dios razona aquí con Caín para convencerle del pecado y de la locura de su furia y de su descontento, y para traerle de nuevo al buen genio, para evitar así que la corriente del pecado siga su curso maligno. De modo parecido argüía con el hijo mayor el padre del hijo pródigo (Lc. 15:28 y ss.).

I. Dios interroga a Caín sobre la causa de este descontento: *¿Por qué ha decaído tu semblante?* Observa: 1. Que Dios se percata de todas nuestras emociones y pasiones pecaminosas. 2: Preguntémonos: «¿Por qué me pongo furioso? ¿Hay alguna causa real, justa, proporcionada, para ello? ¿Por qué me enfurezco tan pronto?»

II. Para traer de nuevo a Caín a su buen sentido, se le demuestra aquí:

1. Que no tiene ninguna razón para estar enfadado con Dios.

A) Dios pone delante de Caín vida y bendición: o (a) «Si hubieses obrado bien, como tu hermano, habrías sido aceptado, como lo fue él», o (b) «Si en lo sucesivo obras bien, si te arrepientes de tu pecado, reformas tu corazón y tu vida, y ofreces tu sacrificio de mejor manera, serás todavía aceptado, tu pecado será perdonado, y tu bienestar y honor restaurados; todo marchará bien». Mira cuán temprano fue predicado el Evangelio, y fueron ofrecidos sus beneficios, incluso a uno de los mayores pecadores.

B) Dios pone delante de él muerte y maldición: «Si no vas a obrar bien, si persistes en esa ira y, en vez de humillarte delante de Dios, te endureces contra Él, el pecado está a la puerta», esto es, (a) otro pecado más. «Ahora que el enojo está en tu corazón, el homicidio está a la puerta.» O (b) el castigo del pecado. Tan emparentado está el castigo con el pecado, que una sola palabra expresa ambos en hebreo. Cuando el pecado se aloja dentro de casa, la maldición está a la puerta, como un alguacil, presto a arrestar

al pecador dondequiera que se meta. A la puerta está el pecado consumado, cuando ha sido concebido en el corazón (Stg. 1:15). Por consiguiente, Caín no tenía ninguna razón para estar enojado con Dios, sino sólo contra sí mismo.

2. Que no tiene ninguna razón para estar enojado con su hermano. No es su hermano el que lo ha puesto en esta situación de enfado, sino su propia envidia, su orgullo, la maldad de su propio corazón. Es cierto que el pecado está a la puerta, como una fiera hambrienta que se acuesta a la puerta acechando a que su víctima vaya a salir, para abalanzarse sobre ella. Alimentar el fuego de una pasión es como preparar la presa para los más terribles asaltos de una fiera, pero, por mucho que las pasiones asalten el corazón humano, están sujetas a nuestro deseo consciente. Nuestro corazón es una fortaleza que sólo puede ser tomada cuando se rinde voluntariamente desde dentro, por falta de decisión de seguir luchando.

Versículo 8

El asesinato de Abel, que puede considerarse desde dos puntos de vista:

I. Como pecado de Caín; así fue un pecado de color escarlata, un crimen de primera magnitud. Véase en él: 1. El acto de Adán de comer del fruto prohibido parece, en comparación un pecado pequeño, pero fue el pecado de Adán el que abrió la puerta a este horroroso crimen. 2. Es un fruto de la enemistad que hay en la simiente de la serpiente contra la simiente de la mujer. Tan temprano, *el que era según la carne perseguía al que era según el Espíritu* (Gá. 4:29). 3. Mira también lo que procede de la envidia, del odio, de la malicia y de toda falta de amor; si se les presta calor y cobijo dentro del alma, pronto surge el peligro de que el ser humano se vea envuelto en el horrible crimen del asesinato. Muchos eran los agravantes del pecado de Caín. (A) Fue a su propio hermano a quien mató, a su hermano menor, a quien debía haber protegido. (B) Fue a un buen hermano, que nunca le había hecho ningún daño. (C) Dios mismo le había prevenido contra lo que podía ocurrir; sin embargo, él había persistido en su bárbaro propósito. (D) Cubrió el crimen con capa de amistad y amabilidad: «*Salgamos al campo*»—dijo a su hermano. La paráfrasis caldea añade que Caín sostenía que no había juicio venidero ni un estado futuro, y que, cuando Abel tomó la Palabra en defensa de la verdad, Caín aprovechó la ocasión para lanzarse sobre él. Sin embargo: (E) Lo que la Escritura nos señala como razón por la cual lo mató, es una evidente agravante del asesinato; fue *porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas* (1 Jn. 3:12). Más aún (F) al matar a su hermano, asestó un golpe a Dios mismo; odiaba a Abel, porque Dios le amaba.

II. Como padecimiento de Abel. La muerte reinaba desde que Adán pecó, pero hasta ahora no habíamos leído de nadie que hubiese caído al filo de su guadaña; y ahora: 1. El primero que muere es un santo, uno que era aceptado y amado por Dios. El primero que fue a la tumba, fue también a la presencia de Dios. Más aún: 2. El primero en morir es un mártir, pues muere por su religión. La muerte de Abel no sólo no comporta maldición, sino que produce coronación.

Versículos 9–12

El juicio y la condenación del primer homicida.

I. El emplazamiento de Caín: *Jehová dijo a Caín: ¿Dónde está Abel tu hermano?* Le pregunta para sacarle una confesión de su crimen, pues todos los que quieran ser justificados ante Dios deben acusarse a sí mismos, y los que están verdaderamente arrepentidos lo harán así.

II. Declaración de Caín: Alega *no ser culpable*, y añade a su crimen rebelión. Pues: 1. Se esfuerza en cubrir un asesinato deliberado con una mentira deliberada: *No sé*. Así, en Caín, el diablo se manifiesta homicida y mentiroso desde el principio. Son extrañamente ciegos los que piensan que es posible ocultar sus pecados a un Dios que todo lo ve, y son también extrañamente duros los que piensan que es deseable ocultarlos a un Dios que perdona sólo a los que los confiesan. 2. Imprudentemente acusa a Dios, su Juez de necedad e injusticia al hacerle la siguiente pregunta: *¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?* Debería haberse humillado y haber dicho: *¿Acaso no soy yo el asesino de mi hermano?* Algunos piensan que se refiere a Dios y a Su providencia, como si dijese: «¿No eres tú su guarda? Si no se le encuentra, será tuya la culpa y no mía, pues nunca pensé tenerlo a mi cargo.» Nótese que los que se desinteresan de los

asuntos de sus hermanos, y no se cuidan de ellos cuando tienen oportunidad, para impedir que sufran daño en sus vidas, bienes o buen nombre, y especialmente en sus almas, están hablando realmente el lenguaje de Caín (v. Lv. 19:17; Fil. 2:4).

III. Caín queda convicto de su pecado (v. 10): La evidencia contra ti es clara e incontestable: «*La voz de la sangre de tu hermano clama*». Dios se expresa como si la sangre misma fuese, a la vez, testigo y demandante, antes de que el propio conocimiento de Dios testificase contra él. Observa aquí: 1. El homicidio es un pecado que clama más que ningún otro. Los que sufren con paciencia claman por perdón (*Padre, perdónales*), pero su sangre (exceptuando la de Cristo) clama por venganza. 2. Leemos que la sangre de Abel clamaba desde la tierra … *que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano* (v. 11). 3. En el original está en plural, las sangres de tu hermano, como si dijera: no sólo su sangre, sino la de todos que podían haber descendido de él. ¡Cuán bueno es para nosotros el que la sangre de Cristo hable mejores cosas que la de Abel (He. 12:24)! La sangre de Abel clamaba por venganza; la de Cristo clama por perdón.

IV. La sentencia pronunciada contra Caín: *Ahora, pues, maldito seas tú de la tierra* (v. 11).

1. Él es maldito. La maldición por la desobediencia de Adán recayó directamente sobre la tierra: *Maldita será la tierra por tu causa*; pero la maldición por la rebelión de Caín recayó directamente sobre él: *Maldito seas tú.* Todos hemos merecido esta maldición, y es sólo en Cristo como los creyentes son salvos de ella y heredan la bendición (Gá. 3:10, 13).

2. Es maldito de la tierra. Caín encontró su castigo donde escogió su porción y afincó su corazón. Dos son las cosas que esperamos de la tierra y, con esta maldición las dos son negadas a Caín y arrebatadas de él: *el sostenimientó y la residencia.* (A) Aquí le es retirado el sostenimiento que ofrece la tierra. Es una maldición que recae sobre su bienestar y sobre su amor al oficio, en particular: *Cuando labres la tierra, no te volverá a dar su fuerza.* (B) Le es negada también una residencia fija en la tierra: *Errante y extranjero serás en la tierra.* Con esto, quedaba condenado (a) a perpetua desgracia y reconvención entre los hombres (b) a perpetua inquietud y horrorosa ansiedad en su propia mente. Su conciencia culpable habría de perseguirle dondequiera que fuese, hasta hacerle *Magor-missabib,* que se traduce *terror en derredor.* ¿Qué descanso, qué lugar seguro, pueden encontrar quienes andan cargados en su interior de sus propias confusiones inquietantes por dondequiera que van? Por fuerza tienen que ser fugitivos quienes andan así de agitados.

Ésta fue la sentencia pronunciada contra Caín, y aun en ella había mezcla de misericordia, por cuanto no fue inmediatamente cortado de la existencia, sino que se le dio lugar y tiempo para arrepentirse; porque Dios es paciente para con nosotros, no queriendo que nadie perezca (2 P. 3:9).

Versículos 13–15

Algo más sobre el proceso seguido contra Caín.

I. La queja de Caín por la sentencia pronunciada contra él, como dura y severa. Algunos piensan que habla el lenguaje de la desesperación. Hay perdón de parte del Dios de los perdones por los mayores pecados y para los mayores pecadores; pero se lo pierden los que desesperan de él. Hace poco, Caín tenía en nada su pecado, pero ahora se va al otro extremo. Satanás se las arregla para arrastrar a sus vasallos de la presunción a la desesperación. Piensa Caín que se le trata con rigor cuando realmente se le trata con favor: se queja de su mal, cuando tantas razones tiene para maravillarse de estar fuera del Infierno. Y, para justificar su queja, Caín comenta amargamente sobre su sentencia. 1. Por ella, se ve a sí mismo excluido del favor de su Dios. 2. Se ve expulsado de todas las comodidades de esta vida y concluye que siendo un fugitivo, es arrojado hoy de la faz de la tierra. 3. Se ve a sí mismo expuesto al odio y a la mala voluntad de toda la humanidad: *Sucederá que cualquiera que me encuentre, me matará.* Por dondequiera que esté vagando, su vida está en peligro; al menos, así lo cree él; y, a semejanza de un deudor insolvente, piensa que cualquiera que se encuentre con él, será un alguacil. Todos cuantos vivían entonces en la tierra eran parientes próximos suyos; sin embargo, precisamente de ellos tiene miedo; y justamente, pues él se había portado horriblemente con su hermano. Contempla a la creación armada contra él.

II. Confirmación de Dios añadida a la sentencia, pues cuando Él juzga, siempre vence (v. 15). 1. Obsérvese cómo es protegido Caín de la ira por medio de esta declaración notificada, según podemos suponer, a todo aquel pequeño mundó a la sazón existente: *Cualquiera que matare a Caín, siete veces será castigado*, porque, si Caín no es protegido de la muerte violenta, la sentencia pronunciada contra él (que sería errante y extranjero) quedaría sin efecto. Al decir Dios en el caso de Caín: *Mía es la venganza, yo pagaré,* hubiese sido una atrevida usurpación por parte de cualquier hombre el quitarle a Dios la espada de la mano. 2. Jehová puso señal en Caín, para distinguirle del resto de la humanidad y para que, con esta señal de protección, *no lo matase cualquiera que le hallara*, sino que cumpliese la condena que Dios le había impuesto.

Versículos 16–18

Sigue el relato de la historia de Caín, después de ser rechazado por Dios.

I. Caín se sometió mansamente a la parte de la sentencia por la que el rostro de Dios le quedaba oculto; pues (v. 16) *salió de delante de Jehová*, esto es, voluntariamente renunció a buscar el rostro de Dios y a la religión, y se sintió satisfecho de verse privado de sus privilegios, con tal de no estar bajo sus preceptos. Salió pues, Caín, de la presencia de Dios, y en ningún otro lugar encontramos que volviese de nuevo a ella para su bien.

II. Se esforzó en contrarrestar la parte de la sentencia por la cual había sido hecho errante y fugitivo; porque:

1. Escogió una tierra donde habitar, *al oriente del Edén,* a cierta distancia del lugar en que sus padres habían residido. Pero su intención de fijar residencia resultó vana, pues la tierra en que habitó resultó para él ser *tierra de Nod* (que significa: de *sacudir o temblar),* quizá por la continua inquietud y angustia de su propio espíritu. Nótese que los que se apartan de Dios no pueden encontrar reposo en ninguna parte.

2. Edificó una ciudad, un pequeno villorrio, para residencia fija de su familia (v. 17), sabedor personalmente de lo que significaba errar sin techo que cobije. (A) Algunos ven en este empeño un desafío a la sentencia divina. Dios le dijo que sería errante y extranjero en todas partes. Si se hubiese arrepentido y humillado esta maldición podía haber sido transformada en bendición. (B) Véase qué escogió Caín, después de abandonar a Dios. Trató de establecerse en este mundo, como lugar de su perpetuo descanso. (C) Véase asimismo qué método empleó para defenderse de los terrores de que se veía constantemente perseguido. Acometió la empresa de edificar esa ciudad, para apartar sus pensamientos de la consideracion de su miseria, y para ahogar los gritos de una conciencia culpable con el ruido de las hachas y de los martillos. De manera semejante, hay muchos que eluden sus remordimientos lanzándose al apresurado tráfago de los negocios mundanos. (D) Véase finalmente que, a menudo, la gente mala toma la delantera a los hijos de Dios y les aventaja en prosperidad exterior. Caín y su maldita parenteta habitaron en una ciudad mientras Adán y sus otros descendientes vivían en tiendas de cámpaña.

3. También levantó una familia. Aquí tenemos un breve relato de su posteridad, al menos los primogénitos de su familia, durante el curso de siete generaciones.

Versículos 19–22

Algunos detalles concernientes a Lamec, el séptimo desde Adán por la línea de Caín.

Aunque pecó al tomar para sí dos mujeres, con todo fue bendecido con hijos de las dos, y algunos de ellos fueron muy famosos en su generación, no por su piedad, sino por su ingenio. No sólo fueron hombres de negocios para sí mismos, sino también de servicio para el mundo y eminentes por la invención, o al menos el progreso, de algunas artes útiles. 1. Jabal fue un pastor famoso. 2. Jubal fue un famoso músico, y particularmente un organista y el primero que dio reglas para el noble arte (y ciencia) de la música. Luego que Jabal les puso en camino de hacerse ricos, Jubal les puso en camino de sentirse alegres. Así Jabal fue para ellos como el dios Pan, y Jubal fue su Apolo. 3. Tubalcaín fue un famoso artífice que hizo avanzar notablemente el arte de trabajar el bronce y el hierro, para bien del negocio y de la guerra. Así que éste fue su Vulcano. También los que están destituidos de la gracia y del conocimiento de Dios pueden estar adornados de muchas cualidades y de excelentes y útiles realizaciones, que les

proporcionen fama a ellos, y provecho a su generación. Dones de esta clase se encuentran con frecuencia en gente malvada, mientras que Dios escoge para sí lo necio del mundo (1 Co. 1:27).

Versículos 23–24

En este discurso, que aquí se nos refiere, y del cual se habló mucho, con toda probabilidad, en aquellos tiempos, Lamec se manifiesta como un hombre todavía más perverso, como lo eran los de la maldita raza de Caín, por lo general. Él mismo se atribuye una condición fiera y cruel, por la que siempre se mostraba inmisericorde y presto a matar a todo aquel que se cruzase en su camino. Sus mujeres, al saber el genio que tenía y cuán presto estaba siempre a provocar y a responder a la provocación, temían que alguien le causara la muerte. «Miedo nunca—venía a decirles él—; desafío a cualquiera a que se enfrente conmigo; si alguien se atreve, dejadme solo, que ya tomaré buena cuenta de él; sea joven o viejo, lo tengo de matar.»

Versículos 25–26

Ésta es la primera mención de Adán en este capítulo, si se tiene en cuenta que en el primer versículo, la traducción mejor sería: *Conoció el hombre* … No cabe duda de que el asesinato de Abel y la impenitencia y apostasía de Caín eran para él y para Eva una tremenda pesadumbre. Pero aquí aparece algo que sirvió de alivio a nuestros primeros padres en medio de su aflicción.

I. Dios les concedió ver la reconstrucción de su familia, sacudida y debilitada por tan tristes sucesos. Porque: 1. Tuvieron un nuevo vástago, *otro hijo en lugar de Abel* (v. 25). Observa la benignidad de Dios y su ternura hacia su pueblo, en su providencia para con ellos; cuando les arrebata algo valioso, les da otra cosa en su lugar, la cual puede resultarles en una bendición mayor que aquella otra a la que pensaban que sus vidas estaban estrechamente ligadas. Quienes matan a los siervos de Dios esperan que así van a acabar con los santos del Altísimo; pero se engañan. Cristo verá aún su linaje; Dios puede levantarle hijos hasta de las piedras, y hacer que, como decía Tertuliano, la sangre de los mártires sea semilla de cristianos. A este hijo, con cierto espíritu de profecía, le llamó Adán Set, que significa *fijar* o *situar*, porque, en su simiente, la humanidad continuará hasta el fin de los tiempos, y de él habrá de descender el Mesías; mientras que Caín, el cabecilla de los apóstatas, es condenado a vagar errante, Set, el padre de los piadosos, es bendecido para ser establecido. Así, en Cristo y en su Iglesia, se encuentra la verdadera residencia. 2. Vieron la simiente de su simiente (v. 26), pues *a Set también le nació un hijo, y llamó su nombre* Enós, que, en la poesía hebrea, significa *hombre.*

II. Dios les concedió también ver el reavivamiento de la religión en su familia: *Entonces los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová* (v. 26). No es gran consuelo para una buena persona el ver a los hijos de sus hijos, si no ve igualmente «paz sobre Israel», y a sus descendientes andar en la verdad. 1. Los adoradores de Dios comenzaron a aguijonearse para hacer en materia de religión algo más de lo que habían hecho hasta entonces. Ahora comenzaron a adorar a Dios, no sólo en privado y en familia, sino en público y en asambleas solemnes. 2. Los adoradores de Dios comenzaron a distinguirse así de los demás, pues la frase puede traducirse también de la siguiente manera: *Entonces comenzaron los hombres a llamarse por el nombre de Jehová.*

CAPÍTULO 5

Breve resumen de la descendencia de Adán por la línea de Set, hasta llegar a Noé. Toda Escritura al ser inspirada por Dios, es útil, pero no toda es útil en el mismo grado.

Versículos 1–5

Las primeras palabras de este capítulo son como el título o argumento de todo el capítulo: *Éste es el libro de las generaciones de Adán.* La genealogía comienza por Adán mismo.

I. Su creación (vv. 1–2), donde encontramos un breve resumen de lo que se nos refirió anteriormente acerca de la creación del hombre. Obsérvese aquí: 1. Que *Dios creó al hombre.* El hombre no es su propio hacedor, por tanto no puede ser su propio señor, sino que el Autor debe ser el director de sus impulsos y el centro de ellos. 2. Que hubo un día en que Dios creó al hombre, no existió desde la eternidad, sino desde ayer, por decirlo así. 3. Que Dios lo hizo a su propia imagen—inteligente, dominador moral—; le hizo «recto» (Ec. 7:29)—sencillo—y, por tanto, feliz. 4. Que *Dios los creó varón y hembra* (v. 2), para ayudarse mutuamente, así como para preservación y aumento de la especie humana.

II. El nacimiento de su hijo *Set* (v. 3). Lo más digno de observación aquí en relación con Set es que Adán lo engendró a *su semejanza, conforme a su imagen*. Adán fue hecho a imagen de Dios; pero, cuando ya estaba caído y echado a perder, engendró un hijo a su propia imagen.

Versículos 6–20

Todo lo que el Espíritu Santo creyó conveniente que quedase registrado respecto a cinco patriarcas de antes del diluvio: Set, Enós, Cainán, Mahalalel y Jared. Nada se nos dice de ellos en particular, pero tenemos buenas razones para suponer que fueron hombres eminentes en su día, tanto por su prudencia como por su piedad.

I. De cada uno de ellos, excepto de Enoc se nos dice: «*y murió*». Al nombrar los años de sus respectivas vidas, ya está implícito que sus vidas llegaron a su fin al término de dichos años; sin embargo, se repite una y otra vez «*y murió*», para mostrar que la muerte pasó a todos los hombres. El uno sería un hombre muy fuerte, pero murió; el otro sería un hombre grande y rico, pero murió; otro sería un gran político o científico, pero murió; y aun otro sería muy buen hombre, quizá de muchísimo provecho para la sociedad, pero murió.

II. Lo más notable es que todos ellos vivieron muchísimos años. Una vida tan larga fue para los primeros patriarcas una bendición y haría de muchos de ellos bendición para los demás.

Versículos 21–24

El relato cubre aquí muchas generaciones sin nada digno de nota, y sin otra variación que la de los nombres y las cifras de los años, pero, al fin, llega uno que no puede ser pasado por alto sino que es digno de mucha consideración y éste es *Enoc* séptimo desde Adán por la línea de Set, y bisabuelo de Noé; podemos suponer que los demás se comportaron virtuosamente, pero éste los sobrepasó a todos, y fue la estrella más brillante de la era patriarcal. Es poco lo que queda registrado de él, pero este poco es bastante para hacer muy grande su nombre, mucho más grande que el de aquel otro Enoc, que tuvo una ciudad dedicada a su nombre. Aquí hay dos cosas con respecto a él:

I. Su santa conducta en este mundo, la cual es mencionada dos veces: «*Caminó Enoc con Dios*» (vv. 22 24). Aquí tenemos, en esta sola frase, la naturaleza, el objetivo y el tenor de su conducta pues ella indica: 1. Una religión verdadera. En efecto, ¿qué es la piedad, sino caminar con Dios? Los impíos y profanos están sin Dios en el mundo (Ef. 2:12); andan por camino contrario al de Dios (Is. 55:8); pero los piadosos caminan con Dios, lo cual supone que están de acuerdo con Él—reconciliados con Él—pues, *¿cómo andarán dos juntos, si antes no se han puesto de acuerdo?* (Am. 3:3). Caminar con Dios es tenerle siempre presente, y sentirnos siempre presentes a Él, actuando como quienes están ante la mirada constante de Dios. Es vivir una vida de comunión con Dios tanto en sus ordenanzas como en sus providencias. Es hacer de su Palabra nuestra norma, y de su gloria nuestro objetivo en todos nuestros actos. Es acomodarse a su voluntad conformarse con sus designios y ser colaboradores suyos. 2. Una religión eminente. Estaba enteramente muerto al mundo pues no sólo andaba *detrás de* Dios, como hacen todos los buenos, sino que andaba *con* Dios, como si estuviese ya en el Cielo. 3. Actividad en promover la piedad entre otros. Ejercitar el oficio de sacerdote se llama *andar delante de Dios* (1 S. 2:30, 35; Zac.

3:7). Parece como si Enoc fuese sacerdote del Dios Altísimo. Ahora bien, el Espíritu Santo, en vez de decir que Enoc *vivió* dice que *anduvo con Dios*, porque la vida de un hombre santo consiste en andar con Dios. Este era, (A) el quehacer de la vida de Enoc, y (B) el gozo y sostén de su vida.

II. Su glorioso traslado a un mundo mejor. Como no vivió igual que los demás, tampoco murió, como sucedió a los demás (v. 24): Desapareció, porque lo llevó Dios; esto es, como se nos explica en Hebreos 11:5, *fue trasladado para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo trasladó Dios.*

Cuando quiera que muere un hombre piadoso Dios le toma, le saca allí, y lo lleva a su presencia. La palabra de Dios añade que *antes que fuese trasladado tuvo testimonio de haber agradado a Dios*. Aquellos cuya conducta en el mundo es verdaderamente santa, hallarán que su traslado desde el mundo es verdaderamente feliz.

Versículos 25–27

Matusalén—nombre ya proverbial para expresar longevidad—es el hombre que más larga vida ha vivido en este mundo, según la Biblia: 969 años. Sin embargo, no llegó al número perfecto (1.000); al final del breve relato sobre él, la palabra de Dios añade el mismo estribillo: y murió; la muerte le llegó más despacio que a otros, pero le llegó con la misma seguridad que a otros.

Versículos 28–32

Primera mención de Noé, de quien leeremos mucho en los siguientes capítulos.

I. Su nombre y su significado: *Noé* significa *descanso*; sus padres le dieron este nombre con la esperanza de que habría de ser de mucha bendición para los de su generación.

II. Sus hijos, Sem, Cam y Jafet. Parece ser que Jafet era el mayor (10:21) pero Sem figura el primero, por la bendición especial de Dios sobre él (9:26), donde el hebreo dice: *Bendito sea Jehová el Dios de Sem.* Es probable que a él le fue transferido el derecho de primogenitura y, desde luego, de él había de descender el Mesías. Su nombre significa precisamente *nombre («shem»),* como si diese a entender que en su posteridad habría de permanecer siempre el nombre de Dios, hasta que saliese de sus lomos aquel cuyo nombre está sobre todo nombre; así que, al ser puesto Sem el primero, su descendiente, Cristo, fue puesto también el primero, para que en todo tenga la preeminencia.

CAPÍTULO 6

Lo más notable registrado acerca del mundo antiguo es el relato de su destrucción mediante un diluvio universal, del que se nos comienza a informar a partir de este capítulo. Aquí vemos la corrupción general de aquel malvado mundo, la justa ira de Dios por ello y su propósito de acabar con él, con la sola excepción de Noé y su familia, ocho personas en total.

Versículos 1–2

Relato de dos cosas ocasionadas por la maldad del mundo antiguo: 1. El incremento de la población del mundo: *Comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la tierra.* Esto era, en sí, el efecto de una bendición y de un mandato (1:28), pero, con la corrupción general de la humanidad, la bendición se había convertido en maldición. Cuantos más pecadores, tantos más pecados. Las enfermedades infecciosas son más destructivas en las ciudades más populosas, y el pecado se extiende como la lepra. 2. Los matrimonios mixtos (v. 2): Los hijos de Dios (esto es, los que profesaban la religión verdadera) tomaron por esposas a las hijas de los hombres (es decir, profanas extrañas a Dios y a la piedad). La posteridad de Set no se guardó a sí misma como debía haberlo hecho, sino que se mezclaron con la descendencia maldita de Caín: Tomaron para sí mujeres, y escogieron entre todas. ¿Qué es lo que se

echaba a faltar en estos matrimonios? (A) Hacían la elección de mujer a ojo: *Vieron que eran hermosas,* eso era todo lo que les importaba. (B) Pusieron por obra la elección que habían hecho sus corrompidos afectos. Así pasó que (C) ello tuvo fatales consecuencias para quienes se habían unido a mujeres profanas, en *yugo desigual con los incrédulos* (2 Co. 6:14). El malo corrompe al bueno antes que el bueno reforme al malo.

Versículo 3

Este versículo nos habla del desagrado de Dios.

I. La resolución de Dios de no contender por su Espíritu con el hombre para siempre. Nótese: 1. Que el Espíritu Santo contiende con los pecadores por medio de la convicción de pecado, advirtiéndoles por medio de su conciencia, para que se vuelvan a Dios y dejen el pecado. 2. Si el Espíritu es resistido, apagado y contrarrestado, aunque contienda por largo tiempo, no contenderá para siempre (Os. 4:17).

II. La razón de esta resolución: *Porque ciertamente Él es carne*, es decir, incurablemente corrompido, carnal y sensual. Nótese: 1. Es su naturaleza corrompida, y la inclinación de su alma hacia la carne, lo que se opone a la pugna del Espíritu y la vuelve ineficaz. 2. Nadie es desechado por el Espíritu, sino el que antes ha desechado al Espíritu.

III. No obstante, hay una prórroga: *Serán sus días ciento veinte años,* esto es, le quedan 120 años para arrepentirse, después de los cuales cumpliré mi resolución. Nótese que el tiempo de la paciencia y de la longanimidad de Dios para con los rebeldes pecadores es, a veces, largo, pero siempre es limitado; no es lo mismo prórroga que perdón.

Versículos 4–5

Un ulterior relato de la corrupción del mundo antiguo.

I. Las oportunidades que tenían para oprimir y hacer violencia. *Eran gigantes y varones de renombre*. 1. Corpulentos, como los hijos de Anac (Nm. 13:33). 2. De renombre, como el rey de Asiria (Is. 37:11). Nótese que los que tienen tanto poder sobre otros para oprimirlos, rara vez tienen tanto poder sobre sí mismos como para abstenerse de oprimir.

II. El cargo presentado y probado contra ellos (v. 5). ¿Qué es lo que Dios vio? 1. Observó todos los torrentes de pecado que fluían en las vidas de los hombres, y notó la anchura y profundidad de dichos torrentes. Los malvados eran hombres *poderosos y de renombre; y, luego, vio Jehová que la maldad de tos hombres era mucha en la tierra.* Nótese que la maldad de un pueblo es grande de veras cuando los más notorios pecadores son gente de renombre entre ellos. Grande es la maldad cuando los malvados son grandes. Nótese también que todos los pecadores son conocidos por Dios, el Justo Juez. 2. Observó el manantial del pecado que había en el corazón de los hombres. Cualquiera podía ver que *la maldad de los hombres era mucha,* porque ellos mismos lo declaraban como Sodoma; pero el ojo de Dios penetraba más adentro: *Vio que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal.* (A) Así eran los pensamientos del corazón; (B) así era la imaginación de los pensamientos del corazón, esto es, sus planes y sus métodos eran malvados. No hacían el mal por mero descuido, sino que lo hacían con toda deliberación y propósito, tratando de hacer el mayor mal posible.

Versículos 6–7

I. El pesar de Dios por la perversidad del hombre. No lo vio como un espectador a quien no le va ni le viene, sino como alguien que se ve injuriado y denigrado por él. Lo vio como ve un buen padre la necedad y testarudez de un hijo rebelde y desobediente, lo cual no sólo le provoca la ira, sino que le da pesar. 1. Estas expresiones no implican en Dios pasión o intranquilidad (nada puede perturbar a la Mente Eterna), sino que son una manera de indicar Su justo y santo desagrado contra el pecado y contra los pecadores. ¿Así odia Dios al pecado? ¿Y no lo vamos a odiar nosotros? ¿Le ha producido nuestro pecado

pesar en el corazón? ¿Y no vamos a sentir nosotros pesar y compunción en nuestros corazones? 2. Tampoco implican un cambio en la mente de Dios, sino en su manera de conducirse. Ante la apostasía del hombre, no puede menos de manifestar su desagrado; así que el cambio se ha efectuado en el hombre, no en Dios. Dios se arrepintió de haber hecho al hombre, pero nunca vemos que se haya arrepentido de haber redimido al hombre.

II. La resolución de Dios de destruir al hombre por su perversidad (v. 7). Si decimos que sentimos el haber pecado, y que el pecado nos produce pesar en el corazón, pero continuamos entregados a él, nos estamos burlando de Dios. El original hebreo es muy expresivo: *Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres,* como se rae una suciedad profunda de un lugar que debería estar limpio. Arruinan sus vidas quienes no responden al objetivo que Dios puso a sus vidas. Dios tomó esta resolución acerca de los hombres después que Su Espíritu estuvo contendiendo con ellos por largo tiempo. Sólo son arruinados por la justicia de Dios los que rehúsan ser reformados por la gracia de Dios.

Versículos 8–10

Noé distinguido del resto del mundo, y con una peculiar señal de honor sobre él.

I. Cuando Dios estaba descontento del resto del mundo, concedió su favor a Noé, habiendo un hombre bueno, le halló y sonrió sobre él. Así que fue hecho vaso de la misericordia de Dios. Dios le hizo más grande y más honorable de veras que todos los gigantes que había en aquellos días, los cuales se hicieron poderosos y varones de renombre. Sólo los favorecidos de Dios son real y altamente favorecidos.

II. Noé guardó su integridad: *Noé, varón justo, era perfecto en su conducta* (v. 9). El carácter de Noé aparece aquí, o, 1, como la razón del favor que Dios le dispensó, pues Dios ama a los que le aman, o, 2, como efecto del favor que Dios le otorgó. Fue la buena voluntad de Dios hacia él la que produjo esta buena obra en él. Era bueno, pero no mejor que lo que la gracia de Dios le había hecho (1 Co. 15:10). Ahora, observemos su carácter: (A) *Era varón justo*, esto es, justificado ante Dios por la fe en la simiente prometida; porque era *heredero de la justicia que es según la fe* (He. 11:7). Dios ha escogido a *veces lo necio del mundo* (1 Co. 1:27), pero nunca lo bribón del mundo. (B) Era *perfecto* no con perfección de impecabilidad, sino con perfección de sinceridad y rectitud; y es una gran ventaja para nosotros el que, en virtud del pacto de gracia sobre el fundamento de la justicia de Cristo, la sinceridad nos es contada por perfección evangélica. (C) *Caminó con Dios*. Vivió una vida de comunión con Dios. Dios mira hacia abajo con ojos de gracia sobre aquellos que sinceramente miran hacia arriba con ojos de fe. Es fácil ser religioso cuando la religión está de moda; pero es señal evidente de fuerte fe y firme resolución el nadar hacia el Cielo contra corriente, y el ponerse de parte de Dios cuando nadie más está de parte de Él.

Versículos 11–12

Nos hablan de nuevo de la perversidad de aquella generación. 1. Toda clase de pecado se encontraba entre ellos, pues se dice (v. 11) que la tierra estaba: (A) *Corrompida delante de Dios*; (B) *llena de violencia* e injusticia. La maldad, así como es la vergüenza de la naturaleza humana, también es la ruina de la sociedad humana. Si se quitan la conciencia y el temor de Dios, los hombres se convierten en fieras y en demonios los unos contra los otros. El pecado llena al mundo de violencia, y así lo convierte en una selva de fieras. 2. La prueba de tal perversidad era innegable pues *Dios miró sobre la tierra*, como para ser testigo de vista de la corrupción que había en ella. 3. Y lo que agravó la maldad fue la extensión universal del contagio: *Toda carne había corrompido su camino*. Cuando la maldad se vuelve general, la ruina universal no está lejos; mientras queda en una nación un remanente de gente que ora, para ir de algún modo vaciando la medida que se está llenando, Dios puede prorrogar sus juicios por algún tiempo.

Versículos 13–21

Claramente se ve que *Noé halló gracia ante los ojos de Jehová.*

I. Dios hace a Noé un *miembro de su consejo*, comunicándole la decisión de destruir por agua aquel malvado mundo como después comunicó a Abraham su resolución de destruir por fuego a Sodoma (18:17). *El designio de Dios se revela a sus siervos los profetas* (Am. 3:7), informándoles en particular de sus propósitos. Así lo hace ahora, con mayor extensión y a nivel más alto, con los verdaderos creyentes dándoles espíritu de sabiduría y de fe capacitándolos para entender (Jn. 15:15; 1 Co. 2:6–16).

1. Dios le dijo a Noé en general, que iba a destruir al mundo (v. 13). Es de suponer que Noé, al predicar a sus vecinos, les habría advertido, y ahora Dios secunda sus esfuerzos.
2. Más en detalle, le dijo que iba a destruir al mundo mediante un diluvio: *He aquí que yo traigo un diluvio de aguas sobre la tierra* (v. 17). Podemos estar seguros de que Dios tenía, para obrar así, razones sabias y justas, aunque desconocidas Para nosotros. Dios tiene muchas flechas en su aljaba, y puede usar la que le place. La decisión de su juicio cierto e inevitable aparece en el original enfático: Yo, sí, yo. ¡Lo haré, lo haré!

II. Dios hace aquí a Noé *el hombre de su pacto* (v. 18), perífrasis hebrea para indicar especial amistad: *Mas estableceré mi pacto contigo*. 1. El pacto de providencia, promete que el curso de la naturaleza continuará hasta el final de los tiempos, a pesar de la interrupción que el diluvio iba a introducir en él. Esta promesa fue hecha pronta y directamente a Noé y a sus hijos (9:8 y ss.). Ellos quedaban así como albaceas y fideicomisarios para todo el resto de la creación. 2. El pacto de gracia, de que Dios sería para él Dios, y de su descendencia escogería Dios para sí un pueblo.

III. Dios constituye aquí a Noé por monumento de su gran misericordia. Una piedad singular será recompensada con una singular salvación.

1. Dios instruye a Noé para que *fabrique un arca* (vv. 14–16). Esta arca era como el casco de un navío, a propósito para flotar sobre las aguas, y en espera de que éstas cayeran, no para navegar sobre las aguas, pues no había oportunidad para ello, al no existir ningún puerto al que dirigirse. Plugo a Dios darle por quehacer el trabajar en aquello que había de ser el medio de su preservación, tanto para probar su fe y su obediencia, como para enseñarnos que Cristo no salvará sino a los que procuren su propia salvación. No podemos hacer esto sin Dios, pero Dios tampoco lo hará sin nosotros. Dios le dio instrucciones muy detalladas acerca de este trabajo. (A) *Debía ser de madera de Gofer*. (B) Debía hacer en ella tres pisos. (C) Debía dividirla en aposentos, con sus compartimentos correspondientes, es decir, sitios adecuados para las diferentes clases de criaturas, a fin de no desaprovechar espacio. (D) Le fueron comunicadas las exactas dimensiones. Los que trabajan para el Señor deben tomar de Él sus medidas y observarlas con todo esmero. (E) *Debía calafatearla con brea por dentro y por fuera*—por fuera, para sacudirse la lluvia e impedir que el agua la empapase; por dentro, para quitar el mal olor de las bestias cuando quedase completamente cerrada—. (F) Debía hacer una ventana pequeña cerca del techo, para que pudiese penetrar la luz. (G) Igualmente, una puerta a un costado para poder entrar y salir.
2. Dios promete a Noé que él y los suyos serán preservados vivos en el arca (v. 18): «*Entrarás en el arca tú …*». Obsérvese: (A) El cuidado de los buenos padres. Su solicitud se extiende no sólo a su propia salvación, sino también a los miembros de su familia, y especialmente de sus hijos. (B) La felicidad de los hijos que tienen padres piadosos. La piedad de sus padres les procura a menudo salvación temporal, como aquí; y los promociona en el camino de la salvación eterna, si se aprovechan de tan señalado beneficio.

IV. Dios hace de Noé una gran bendición para el mundo, y lo constituye en eminente tipo del Mesías. 1. Dios lo puso como predicador a los hombres de aquella generación. 2. Lo puso también como salvador de las criaturas inferiores, a fin de conservar las diferentes especies, para que no perecieran y se perdieran en el diluvio (vv. 19–21). (A) Él les procuró cobijo para que no se ahogasen. (B) Les procuró sustento para que no muriesen de hambre (v. 21). También en esto fue tipo de Cristo, a quien se debe que el mundo se mantenga en pie, *todas las cosas tienen consistencia en Él* (Col. 1:17), y Él es el que preserva a toda la humanidad de haber sido totalmente destruida y arruinada por el pecado. Noé salvó a aquellos sobre quienes tenía autoridad; igualmente Cristo (He. 5:9).

Versículo 22

El cuidado y diligencia de Noé en la fabricación del arca pueden considerarse: 1. Como efecto de su fe en la palabra de Dios.

2. Como acto de obediencia al mandato de Dios. Sus vecinos le ridiculizarían por su credulidad, y bien pudo ser la coplilla de los borrachos; su trabajo sería llamado *la insensatez de Noé*. Pero sobre todas estas consideraciones, y muchas más, triunfó Noé con su fe. Todo lo hizo exactamente de acuerdo con las instrucciones que se le habían dado y, una vez comenzada su tarea, no la abandonó hasta haberla acabado; así obró él, y así debemos obrar nosotros. 3. Debemos estar dispuestos para encontrarnos con el Señor en sus juicios sobre la tierra, y especialmente para encontrarnos con él a la hora de la muerte y en el juicio del gran día, estando edificados sobre la Roca que es Cristo (Mt. 7:24), para entrar en el Arca que es Cristo. 4. Cada golpe de sus hachas y de sus martillos era una llamada al arrepentimiento, y a que también ellos preparasen sus arcas.

CAPÍTULO 7

En este capítulo, tenemos la ejecución de lo dicho en el capítulo anterior, tanto en cuanto a la destrucción del mundo antiguo, como a la salvación de Noé.

Versículos 1–4

I. Una benévola invitación a Noé y a su familia para que entrasen en un lugar de seguridad (v. 1).

1. La llamada misma es muy amable, como la de un tierno padre a sus hijos para que se metan en casa cuando se avecina la oscuridad o alguna tormenta. No le manda Dios ir al arca, sino venir al arca, dando a entender que Él iría con él, le guiaría hasta dentro, le acompañaría en ella, y le sacaría de ella sano y salvo a su debido tiempo. Esto es lo que hizo que el arca de Noé, que era una prisión, fuese para él no sólo un refugio, sino un palacio. Esta invitación a Noé era un tipo de la llamada que el Evangelio hace a los pobres pecadores. Cristo es un arca ya preparada, único lugar de refugio y salvación cuando llegan la muerte y el juicio.

2. La razón para esta invitación es un testimonio muy honroso de la integridad de Noé. Obsérvese: (A) Que son rectos de verdad los que lo son ante Dios, quien escudriña el corazón y no puede engañarse en cuanto al carácter de una persona. (B) Dios toma buena nota y se agrada de quienes son rectos delante de Él: *Conoce el Señor a los que son suyos* (2 Ti. 2:19). (C) Dios, que es testigo de la integridad de los suyos, pronto será testigo a favor de ellos. (D) Dios se complace especialmente de los que son buenos en tiempos difíciles y lugares malos. (E) A quienes se conservan puros en tiempos de común iniquidad, Dios los guardará seguros en tiempos de común calamidad.

II. Eran necesarias órdenes respecto a los brutos animales que habían de ser preservados vivos con Noé en el arca (vv. 2–3). Ellos no estaban capacitados para recibir el aviso de peligro; por ello, queda el hombre encargado de cuidar de ellos; al estar bajo su dominio, deben quedar bajo su protección.

III. Luego se da comunicación de la inminente llegada del diluvio. 1. *Pasados aún siete días yo haré llover* … Dios concede prórroga de otros siete días, pero todo es en vano, estos siete días fueron desperdiciados, como todo el tiempo anterior; los hombres continuaron en su falsa seguridad y en sus placeres hasta el día mismo en que sobrevino el diluvio. 2. Sólo quedaban siete días. Mientras Noé les advertía del juicio aún distante eran tentados a demorar el arrepentimiento, pero ahora deben saber que el juicio es inminente, que está a la puerta.

Versículos 5–10

Pronta obediencia de Noé a los mandatos que Dios le había dado. Obsérvese: 1. Que *entró en el arca*, al saber que el diluvio comenzaría siete días después, aunque probablemente no aparecería aún ningún signo visible de su inminencia. Entró por fe en este aviso de que se aproximaba la fecha aun cuando no

veía que las causas segundas hubiesen comenzado ya a operar. En cada paso que dio, anduvo por fe, no por vista. 2. Tomó consigo a toda su familia: su mujer, sus hijos y las mujeres de sus hijos, para que por ellos, no sólo su familia, sino todo un mundo nuevo, pudieran ser reconstruidos. 3. Los animales entraron sumisamente con él.

Versículos 11–12

I. La fecha de este gran acontecimiento es cuidadosamente registrada, para mayor certeza de la historia.

Los años del mundo antiguo se computan no por los reinados de los gigantes, sino por las vidas de los patriarcas; para Dios son más tenidos en cuenta los santos que los príncipes. Noé era ahora muy anciano, aun para la edad de entonces. Nótese: 1. Que cuanto más vivimos en este mundo, tanto más vemos de sus miserias y calamidades. 2. Que, a veces, Dios ejercita a sus siervos ancianos con extraordinarias pruebas de paciencia y obediencia. Los más viejos soldados de Cristo no deben prometerse ser descargados de su milicia hasta que la muerte los licencia. Mientras tanto, deben ceñirse sus arreos militares y no jactarse de no necesitarlos.

II. Las causas segundas que intervinieron en este diluvio.

1. En cuanto Noé fijó su morada en el arca, comenzó la inundación. Mira lo que ocurrió ese día día fatal para los impíos del mundo. (A) *Aquel día fueron rotas todas las fuentes del gran abismo* (v. 11). Las aguas del mar volvieron a cubrir la tierra, como lo hacían en un principio (1:9). (B) Y las cataratas de los *cielos fueron abiertas,* y las aguas que estaban sobre el firmamento se vaciaron sobre el mundo. La lluvia, que ordinariamente desciende en forma de gotas, descendió entonces a torrentes, o *a chorros* como dicen en las Indias; cuando las nubes, como dicen allí, *estallan*, descienden con violencia torrencial, más de lo que hayamos podido jamás ver en el más copioso chaparrón.

2. Aprendamos de esto: (A) Que todas las criaturas están a disposición de Dios, y que Él las usa como le place, ya sea *para corrección* o *para misericordia*. (B) Que, a menudo, Dios hace que lo que habría de ser para nuestro bienestar se convierta en una *trampa* (Sal. 69:22) No hay cosa más útil y necesaria que el agua, tanto la que manan las fuentes como la llovida del cielo, pero también puede ser de lo más dañoso y destructivo; cada cosa es para nosotros lo que Dios hace que sea. (C) Que es imposible escapar de los justos juicios de Dios cuando reciben la comisión de caer sobre los pecadores.

Versículos 13–16

Repite lo que ya quedó dicho antes de la entrada de Noé en el arca, juntamente con su familia y las criaturas que fueron preservadas del diluvio.

I. Se repite así para honor de Noé, cuya fe y obediencia brillaron aquí tan espléndidamente.

II. Hace notar que los animales entraron *según sus especies*, de acuerdo con la expresión usada en el relato de la creación (1:21–25), pues esta preservación fue como una nueva creación; una vida preservada de una manera tan señalada es, en efecto, como una nueva vida.

III. Añade que *Jehová le cerró la puerta* (v. 16). Como Noé continuó en su obediencia a Dios, también Dios continuó en su cuidado de Noé. Dios cerró la puerta, 1. Para guardarle bien seguro dentro del arca. 2. Para dejar fuera a todos los demás. Hasta entonces, la puerta del arca había permanecido abierta, y si alguien, incluso durante los últimos siete días, se hubiese arrepentido y hubiese creído, me imagino que habría sido bienvenido en el arca; pero ahora se cerró la puerta.

IV. En esta preservación de Noé dentro del arca, hay mucho que ver en relación a los deberes y privilegios que el Evangelio nos confiere. Nótese: 1. Que es nuestro gran deber, en obediencia a la llamada del Evangelio, allegarnos, por fe viva en Cristo, al camino de salvación que Dios ha provisto para los pobres pecadores. Cuando Noé entró en el arca, renunció a su casa y a su hacienda; de la misma manera debemos nosotros renunciar a nuestra propia justicia y a nuestras posesiones, comoquiera que éstas se interpongan en nuestra entrega al Señor. Noé hubo de someterse, por algún tiempo, a las

estrecheces e incomodidades del arca, a fin de ser preservado para un mundo nuevo, de la misma manera, quienes se allegan a Cristo para ser salvos por medio de Él, deben negarse a sí mismos, tanto en el servicio como en el sufrimiento. 2. Que los que entran en el arca de salvación deben traer consigo a tantos cuantos puedan, por medio de una buena instrucción, de eficaz persuasión y, sobre todo, de buen ejemplo. En Cristo hay lugar más que suficiente para todos los que vengan. 3. Que todos los que vienen por fe a Cristo, que es el Arca, quedarán asegurados dentro por el poder de Dios, y guardados, como en un castillo fuerte por ese mismo poder (1 P. 1:5).

Versículos 17–20

I. Cuánto tiempo duró la crecida del diluvio—*cuarenta días* (v. 17). El mundo profano, que no creía que esto llegase a suceder, cuando por fin llegó, es probable que se hiciesen la ilusión de que pronto amainaría; pero no fue así. El proceso gradual de los juicios de Dios, que tiene por objetivo el guiar los pecadores al arrepentimiento, sirve a menudo para endurecerlos más por el abuso que ellos hacen, en su presunción, de tal misericordia.

II. A qué nivel llegaron las aguas. Subieron tan alto, que no sólo quedaron inundadas las comarcas bajas sino que, para asegurar su obra y que nadie pudiese escapar, hasta las cimas de los montes más altos quedaron rebasadas—*en quince codos* (v. 20), esto es, en más de siete metros. Así quedó barrido todo refugio del pecador. No hay en la tierra un lugar tan alto como para resguardar a los hombres fuera del alcance de los juicios de Dios (Jer. 49:16; Abd. 3–4).

III. Qué pasó al arca de Noé cuando fueron creciendo las aguas: *Alzaron el arca, y se elevó sobre la tierra* (v. 17), y *flotaba el arca sobre la superficie de las aguas* (v. 18). Observa: 1. Las aguas que abatieron todo lo demás, levantaron el arca. 2. Cuanto más subieron las aguas, tanto más alta fue alzada el arca hacia el cielo. De la misma manera, las aflicciones santificadas se convierten en promociones espirituales.

Versículos 21–24

I. La destrucción general de toda carne por las aguas del diluvio.

1. Ganados, aves y reptiles murieron, con excepción de los pocos que había en el arca. La destrucción de estas criaturas fue para ellas una liberación de la esclavitud de corrupción, liberación por la que *toda la creación gime* (Ro. 8:21–22).

2. Todos los hombres, mujeres y niños que había en el mundo (excepto los que estaban dentro del arca) murieron. (A) Podemos fácilmente imaginar el terror y la consternación que se apoderarían de ellos cuando se vieron completamente cercados. (B) Podemos suponer que ensayaron todos los medios posibles para escapar, pero en vano. Quienes no están en Cristo, el Arca, están perdidos sin remedio.

Hagamos aquí una pausa para considerar este tremendo juicio. Elifaz apela a este relato como a una constante amonestación para un mundo despreocupado (Job 22:15–16): *¿Quieres tú seguir la senda antigua que pisaron los hombres perversos, los cuales fueron cortados antes de tiempo, cuando una riada arrasó sus cimientos?*

II. La preservación especial de Noé y de su familia. Observa: 1. Que Noé queda vivo. Cuando todo en su derredor era un descomunal monumento de justicia, y caían a millares a su derecha, y a decenas de millares a su izquierda, él era un admirable monumento de misericordia. Tenemos razones para pensar que mientras la longanimidad estaba esperando, Noé no sólo estaba predicando a aquella generación perversa, sino que estaba también orando por ellos, con el deseo de que se aplacará la ira de Dios; pero sus oraciones volvieron a su seno, y sólo fueron escuchadas para preservación suya, a lo cual hay clara referencia en Ezequiel 14:14: *Noé, Daniel y Job librarían únicamente sus propias vidas.* 2. Se contenta con vivir. Eso es todo. En efecto, es como si estuviera sepultado vivo, encerrado en lugar estrecho. Pero se consuela con esto, que se mantiene en el camino del deber y, por tanto, en el camino de la liberación.

CAPÍTULO 8

Al final del capítulo anterior, dejamos el mundo en ruinas. Ahora, la escena cambia, y aquellas nubes tan negras muestran ahora su lado luminoso; porque, aunque Dios contiende por largo tiempo, no contiende para siempre ni es eterna su ira. Cuando la tierra se habrá secado, el hombre volverá a habitarla, y Noé ofrecerá a Dios un sacrificio de alabanza y de acción de gracias. A su vez, Dios promete no anegar al mundo de nuevo. Así, a la larga, la misericordia triunfa sobre el juicio.

Versículos 1–3

I. Un acto de la gracia de Dios: *Se acordó Dios de Noé y de todos los animales*. Ésta es una expresión antropomórfica; porque ninguna de sus criaturas (Lc. 12:6) y, mucho menos, de los hombres, son olvidados por Dios (Is. 49:15–16). El acordarse Dios de Noé fue el retorno de su misericordia hacia la humanidad, pues Dios no había querido extinguirla. Noé mismo, aun cuando había hallado gracia a los ojos del Señor, parecía estar olvidado en el arca, y quizá comenzaba a pensarlo él mismo, pues no encontramos que Dios le dijera por cuánto tiempo había de quedar confinado allí ni cuándo había de ser soltado. Muchas veces grandes hombres de Dios han estado a punto de llegar a la conclusión de que el Señor les había olvidado, especialmente cuando sus aflicciones han sido inusitadamente serias y prolongadas. Quizá Noé, aunque era un gran creyente, al ver que el diluvio se prolongaba más de la cuenta, cuando parecía que ya debía haber concluido su obra se vio tentado a temer si el que le había encerrado allí se iba a cuidar de él, y comenzaría a decir: ¿Por cuánto tiempo me vas a tener en olvido? Pero, por fin, Dios se volvió a él en misericordia, y esto es lo que expresa la frase: *Se acordó Dios de Noé.*

II. Un acto del poder de Dios sobre el viento y el agua, ambos a completa disposición de Dios, aunque ninguno de los dos está bajo el control del hombre.

1. Mandó al viento y le dijo: *Ve*; y fue a cumplir su función sobre las aguas: *Hizo pasar Dios un viento sobre la tierra*. Véase aquí: (A) Cómo recordó Dios a Noé: aliviándole. (B) Qué dominio tan soberano tiene Dios sobre los vientos. Incluso los huracanes tormentosos cumplen su palabra (Sal. 148:8). En este caso, Dios envió un viento secador, semejante al que envió para dividir el Mar Rojo delante de Israel (Éx. 14:21).

2. Mandó a las aguas y les dijo: *Venid*; y vinieron. (A) Así quitó la causa del diluvio. Nótese que, así como Dios tiene una llave para abrir, también tiene una llave para volver a cerrar y detener el progreso de sus juicios haciendo que cesen las causas que los produjeron, y la misma mano que trae la desolación, trae también la liberación. El que hiere es el único que puede también curar (V. Job 12:14–15). (B) Entonces cesaron los efectos; no de una vez, sino por grados. Dios acostumbra a liberar los suyos gradualmente, para que no haya desprecio hacia los días de las cosas pequeñas, ni desesperación ante los días de las cosas grandes (Zac. 4:10. V. Pr. 4:18).

Versículos 4–5

Los efectos y las evidencias de la disminución de las aguas. 1. El arca se posó. Esto causó gran satisfacción a Noé, al sentir que la casa en que se encontraba estaba sobre tierra firme, sin moverse de un lado para otro. Reposó sobre una montaña, a la que fue dirigida, no por la pericia de Noé (él no la maniobró), sino por la sabia y benigna providencia de Dios, que así aceleró su aterrizaje. Nótese que Dios tiene tiempos y lugares de reposo para los suyos, después que han sido zarandeados; y muchas veces provee para su asentamiento oportuno y confortable, sin que ellos hayan aportado nada de su ingenio, ni aun siquiera lo hayan podido barruntar. 2. Las cimas de los montes podían verse como pequeñas islas que emergían de las aguas. Hemos de suponer que Noé y sus hijos las vieron, pues eran los únicos espectadores sobrevivientes. Probablemente habrían mirado cada día por la ventana del arca, como los anhelantes marineros tras un viaje tedioso, por ver si descubrían tierra.

Versículos 6–12

Un relato de los espías que Noé envió para recibir información de fuera, un cuervo y una paloma.

I. Aunque Dios le había dicho a Noé con todo detalle cuándo sobrevendría el diluvio, no le había revelado ningún detalle en cuanto al tiempo y al modo de su terminación: 1. Porque el conocimiento de lo primero era necesario para la preparación del arca mientras que el conocimiento de lo segundo podía servir sólo pará satisfacer su curiosidad, y el ocultárselo le serviría para ejercitar su fe y su paciencia. Y, 2. Él no podía prever el diluvio, si no era por revelación; pero podía descubrir, por medios ordinarios, la disminución de las aguas.

II. Aunque Noé esperaba, por fe, su liberación y la aguardaba con paciencia, también quiso hacer sus averiguaciones, como a quien se le hacía largo tal confinamiento. *El que creyere*, no se apresure delante de Jehová, pero debe apresurarse a encontrarse con Él (Is. 28:16). En particular: 1. Noé envió un cuervo por la ventana del arca, el cual marchó, como dice el hebreo, *yendo y volviendo*, esto es revoloteando de una parte a otra y volviendo al arca a descansar, probablemente no dentro de ella, sino sobre el techado. Esto no satisfizo a Noé, así que 2. Envió una paloma la cual volvió al arca sin noticias; más bien probablemente mojada y sucia; volvió a enviarla después de siete días, y entonces volvió trayendo una hoja de olivo en el pico, como señal inequívoca de que ahora los árboles habían comenzado a emerger sobre las aguas. Nótese aquí: (A) Que Noé envió la paloma la segunda vez siete días después de la primera vez, y la tercera vez también después de siete días; y probablemente la primera vez que la envió fue también siete días después de háber enviado el cuervo. Esto insinúa que lo hacía el sábado que al parecer, Noé observaba religiosamente en el arca. (B) La paloma es aquí símbolo del alma piadosa, que al no encontrar en el mundo paz, descanso ni satisfacción, se vuelve a Cristo como a su arca. El corazón carnal, como el cuervo, se inclina hacia el mundo y se alimenta de la carroña que encuentra en él. Y así como Noé extendió su mano, y tomó la paloma, y la hizo entrar consigo en el arca, así también Cristo preservará benignamente, ayudará y dará la bienvenida a quienes vuelen a él en busca de descanso. (C) La rama de olivo que es emblema de paz, fue traída, no por el cuervo, que es ave de presa, ni por un alegre y vanidoso pavo, sino por una paloma mansa, paciente y humilde. Una disposición semejante a la de la paloma proporciona al alma un anticipo del gozo y del descanso celestiales. (D) Algunos sacan de aquí la siguiente alegoría: La Ley fue primero enviada, como un cuervo, pero no trajo buenas nuevas; por tanto, en el cumplimiento del tiempo, Dios envió Su Evangelio, como la paloma, en cuya semejanza descendió el Espíritu Santo, el cual nos trae la rama de olivo de su paz y, con ella, la esperanza de cosas mejores.

Versículos 13–14

I. *La faz de la tierra estaba seca* (v. 13), esto es, toda el agua había desaparecido de ella, de lo cual, en el primer día del primer mes (cuán gozoso día de Año Nuevo fue), Noé mismo fue testigo de vista. *Quitó la cubierta del arca* para dar un vistazo a la tierra en torno suyo; y sacó la más favorable impresión. Porque, ¡qué maravilla!, *la faz de la tierra estaba seca*. Nótese: 1. Es gran merced encontrar tierra firme en torno nuestro. Noé podía apreciarlo mucho más que nosotros, porque el favor restaurado afecta mucho más que el favor continuado. 2. El poder divino que ahora renovaba la faz de la tierra puede renovar la faz de un alma afligida y atribulada, así como la faz de una iglesia atormentada y perseguida.

II. *La tierra se secó*, de modo que fuese morada adecuada para Noé. Dios considera nuestro beneficio más bien que nuestros deseos. Nosotros desearíamos salir del arca antes que el piso estuviese seco; y quizás, si la puerta estaba cerrada, nos dispondríamos a desmontar el techado. El tiempo en que Dios otorga sus favores es, con toda seguridad, el mejor, ya que es entonces cuando su gracia está madura para nosotros, y nosotros estamos preparados para recibirla.

Versículos 15–19

I. Noé es intimado a salir del arca (vv. 15–17). 1. Noé no se movió hasta que Dios se lo ordenó. Sólo los que siguen la dirección de Dios y se someten a su gobierno, marchan bajo su protección. 2. Aunque Dios lo retuvo allí por largo tiempo, al fin le concedió la libertad. 3. Dios le había dicho: *Ven dentro del*

arca lo que insinuaba que Dios iría con él; ahora le dice, no *Ven fuera* sino *Ve fue* a, lo que insinúa que Dios, que entró con él estuvo con él todo el tiempo, hasta que le sacó de allí sano y salvo.

II. Obtenida la licencia, Noé sale del arca. Al considerar que había sido preservado allí, no sólo para una nueva vida, sino también para un mundo nuevo, no encontró motivo para quejarse de su largo confinamiento. Ahora observa: 1. Noé y su familia salieron vivos. 2. Noé sacó todas las criaturas que habían entrado con él, excepto el cuervo y la paloma, los cuales, con toda probabilidad, estarían dispuestos a encontrarse, a la puerta, con sus respectivas parejas. Noé estaba preparado para rendir buena cuenta de lo puesto a su cargo, porque de todo lo que se le había encomendado, no había perdido nada.

Versículos 20–22

I. Reconocimiento agradecido de Noé a Dios por el favor que le había otorgado al completar la merced de su liberación (v. 20). 1. *Edificó un altar*. Dios se agrada de ofrendas voluntarias y de alabanzas dirigidas a su nombre. Noé había vuelto ahora a un mundo frío y desolado, donde se podría pensar que su primer cuidado habría de ser construir una casa para él; pero no es así; comienza por edificar un altar a Dios; Dios, que es el primero, debe ser servido el primero y bien comienza quien comienza por Dios. 2. Ofreció un sacrificio sobre el altar, *de todo animal limpio, y de toda ave limpia*. Obsérvese aquí: (A) Ofreció sólo los que eran limpios. (B) Aunque su surtido de ganado era tan menguado y rescatado de la ruina a costa de tanto cuidado y trabajo, no escatimó de dar a Dios lo que le era debido. Servir a Dios con nuestro poco es el modo de hacerlo mucho, y nunca debemos pensar que es malgastado aquello con lo que Dios es honrado. (C) Véase aquí la antigüedad de la religión; lo primero que encontramos realizado en el nuevo mundo es un acto de culto (Jer. 6:16). Ahora tenemos que expresar nuestro agradecimiento, no con holocaustos, sino con sacrificios de alabanza y de justicia, con piadosa devoción y con piadosa conducta.

II. Dios acepta benévolamente el agradecimiento de Noé.

1. Dios estaba complacido del sacrificio (v. 21). *Percibió de él olor grato*, o, como dice el hebreo, *olor de satisfacción* (o de aceptación). Quedó satisfecho con el piadoso celo de Noé, y estos comienzos esperanzadores del nuevo mundo. Después de haber hecho descansar su ira sobre un mundo de pecadores, hizo ahora descansar su amor sobre un pequeño remanente de creyentes.

2. Además, y por ello, tomó la resolución de no volver a anegar el mundo. Se nos da de ello buena seguridad, pues lo dijo alguien de quien nos podemos fiar bien. Por tanto:

A) Este castigo no se repetirá jamás. Noé podría pensar: «¿Para qué habría de ser renovado este mundo sí con toda probabilidad, al ser malvado en sí, pronto será de nuevo destruido de manera semejante?» «No—dice Dios—no lo será jamás.» *Ni volveré más a destruir todo ser viviente.* Como diciendo: «No volveré más a tomar este método tan severo porque, *primeramente*, es más bien digno de compasión, pues todo ello es efecto del pecado que habita en él, y no se puede esperar otra cosa de una raza degenerada; se le llama *transgresor desde el vientre* y, por ello, no es extraño que se porte tan traidoramente» (Is. 48:80). Así Dios *se acuerda de que es carne. En segundo lugar:* «Quedará completamente arruinado, porque, si se le trata como merece, tendrá que sucederse un diluvio detrás de otro, hasta su total destrucción». Véase aquí que (a) los castigos exteriores, aunque pueden aterrorizar y refrenar a los hombres, son incapaces de santificarlos y renovarlos por sí mismos, ya que con ellos debe cooperar la gracia de Dios; (b) los motivos que Dios tiene para mostrar su misericordia surgen todos de su amoroso corazón, nunca de ninguna cosa que pueda ver en nosotros.

(B) El curso de la naturaleza no se alterará más (v. 22): «*Mientras la tierra permanezca*, y el hombre sobre ella, habrá *verano e invierno* (aunque no todos los inviernos sean iguales), *día y noche*, no siempre noche, como sería cuando la lluvia estaba cayendo constantemente. Está claro en la Palabra de Dios que este mundo no ha de permanecer para siempre, pero, mientras permanezca, la providencia de Dios preservará cuidadosamente la sucesión regular de tiempos y sazones, haciendo que cada uno conozca y ocupe su lugar. A esto debemos que el mundo permanezca, y que la rueda de la naturaleza no pierda su pista. Así vemos cómo cambian los tiempos y, a la vez, cómo no cambian; puesto que, por una parte, el curso de la naturaleza es cambiante: *día y noche, verano e invierno,* en cambio recíproco; por otra parte, este orden no cambia, es una constante inconstancia. Las estaciones nunca han cesado ni cesarán,

mientras el sol continúe midiendo el tiempo con tan fija regularidad, y la luna sea tan *fiel testigo en los cielos.* Éste es *el pacto de Dios del día y de la noche,* cuya estabilidad se menciona para confirmar nuestra fe en el pacto nuevo, que no es menos inviolable (Jer. 33:20–21).

CAPÍTULO 9

El mundo queda ahora reducido de nuevo a una sola familia la familia de Noé, de la cual nos ofrece algunos pormenores el presente capítulo, terminando con la muerte de Noé.

Versículos 1–7

El capítulo se abre diciendo que *Dios bendijo a Noé y a sus hijos*, esto es, les aseguró en cuanto a su benevolencia y sus buenas intenciones para con ellos. Ya vimos cómo Noé bendijo a Dios, cómo levantó un altar y ofreció en él un sacrificio a Dios (8:20).

Ahora tenemos aquí lo que podríamos llamar la *Magna Charta*—la *Gran Constitución* de este nuevo reino de naturaleza que iba a ser erigido ahora, una vez que la anterior había sido abolida y decomisada.

I. Las concesiones de esta carta constitucional son benévolas y ventajosas para los hombres.

1. La concesión de terrenos de gran extensión, y la promesa de un gran incremento de población para ocuparlos y disfrutar de ellos. Se renueva aquí la primera bendición: *Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra* (v. 1). Ahora: (A) Dios pone toda la tierra delante de ellos, y les dice que es toda de ellos, mientras permanezca, de ellos y de sus herederos. Aunque no es un paraíso, sino más bien un desierto, es mejor, sin embargo, de lo que nos merecemos. Bendito sea Dios, que no es un infierno. (B) Les da una bendición para que en poco tiempo todas las partes habitables de la tierra queden más o menos pobladas. Aunque la muerte continuará reinando, sin embargo la tierra nunca más se verá despoblada como ahora lo estaba, sino llena (Hch. 17:24–26).

2. Una concesión de dominio sobre las criaturas inferiores (v. 2). El hombre inocente gobernaba mediante el amor; el hombre caído gobierna mediante el temor. Con todo la concesión queda vigente y en ese grado nos beneficiamos de ella. En ello vemos: (A) Que Dios es un buen Amo y provee, no sólo para que podamos vivir, sino para que podamos vivir cómodamente en su servicio no sólo para obtener lo necesario, sino para disfrutar de lo placentero. (B) *Que todo lo que Dios creó es bueno,* y no hay por qué rechazar nada (1 Ti. 4:4).

II. Los preceptos y estipulaciones de esta carta no son menos benévolos y favorables, ejemplos patentes de la buena voluntad de Dios hacia el hombre. Los rabinos mencionan con frecuencia los siete preceptos de Noé, o de los hijos de Noé, que debían ser observados—dicen—por todas las naciones, y que no resulta impropio consignar por escrito. El primero es contra el culto a los ídolos. El segundo, contra la blasfemia, con requerimiento de bendecir el nombre de Dios. El tercero, contra el homicidio. El cuarto, contra el incesto y toda clase de impureza sexual. El quinto contra el robo y la rapiña. El sexto preceptúa la administración de justicia. El séptimo es contra el comer carne con vida, es decir, con sangre.

1. El hombre no debe perjudicar su vida comiendo cosas impuras y dañosas para su salud (v. 4); no deben ser voraces ni apresurados al tomar alimento; ni deben tratar con crueldad y violencia a las criaturas inferiores. Durante la continuación de la ley sobre los sacrificios, en que la sangre hacía *expiación por la persona* (Lv. 17:11), significaba que la vida de la víctima era aceptada por la vida del pecador, la sangre no podía ser considerada como algo común, sino *derramada delante de Jehová* (2 S. 23:16). Pero, en nuestro tiempo, cuando el grande y verdadero sacrificio ha sido ofrecido, ha cesado la obligación de tal ley, juntamente con la razón que la motivaba.

2. El hombre no puede quitarse la vida: *Ciertamente demandaré la sangre de vuestras vidas* (v. 5). Nuestras vidas no son nuestras como para disponer de ellas a nuestro antojo, sino que son de Dios.

3. No se debe consentir que los animales dañen la vida del hombre. Esto fue confirmado por la ley de Moisés (Éx. 21:28), y yo creo que sería bueno observarla todavía. Así mostraba Dios su odio hacia el

pecado de homicidio, para que los hombres lo odiasen con mayor motivo, y no sólo estuviesen prestos a castigarlo sino también a prevenirlo.

4. El homicidio voluntario debe ser castigado con la muerte. Este es el pecado que aquí se señala como algo que tiene que ser refrenado por temor al castigo. (A) Dios castigará a los homicidas. Tarde o temprano, en este mundo o en el otro, Él descubrirá los homicidios secretos, que están ocultos a los ojos de los hombres, y castigará los homicidios que la gente confiesa y justifica, pero que son demasiado grandes como para que el hombre se tome la justicia por su mano. (B) Los magistrados deben castigar a los homicidas (v. 6). Hay quienes son ministros de Dios a este fin para proteger al inocente e intimidar al malhechor, *porque no en vano llevan la espada* (Ro. 13:4). Es un pecado *del que Dios no quiere perdonar* a un príncipe (2 R. 24:3–4), y del que, por consiguiente un príncipe no debe perdonar a un súbdito. Esta ley lleva una razón aneja: *Porque a imagen de Dios es hecho el hombre* (v. 6). El hombre es imagen de Dios, y así debemos verlo. Si Dios puso en él honor, no pongamos nosotros en él desprecio. Incluso sobre el hombre caído resplandecen tales huellas de la imagen de Dios; que el que injustamente mata a un hombre, atenta contra la imagen de Dios y deshonra a Dios mismo.

Versículos 8–11

I. El establecimiento general del pacto de Dios con este mundo nuevo, y la extensión de dicho pacto (vv. 9–10). Obsérvese: 1. Que Dios se complace benignamente en tratar con la humanidad en términos de un pacto, con lo que estimula grandemente el sentido del deber y la obediencia del hombre. 2. Que Dios estipula sus pactos con el hombre por propia iniciativa: Yo, sí, yo (v. 9). 3. Que los pactos de Dios quedan establecidos más sólidamente que las columnas de los cielos o los cimientos de la tierra, y no pueden ser anulados. 4. Que los pactos de Dios se hacen con los destinatarios y con sus descendientes; la promesa es para ellos y para sus hijos.

II. La intención particular de este pacto. Fue instituido para preservar al mundo de otro diluvio: *No exterminaré ya más toda carne con aguas de diluvio* (vv. 11, 15). A la bondad y fidelidad de Dios se debe, y no a ninguna reforma introducida en el mundo el que la tierra no haya sido inundada muchas veces con diluvio, y aun el que no esté inundada al presente. Así como el viejo mundo fue destruido para que fuese un monumento de justicia, así también el mundo actual permanece hasta el día de hoy para ser monumento de misericordia, de acuerdo con el juramento de Dios de *que las aguas de Noé nunca más pasaran sobre la tierra* (Is. 54:9). Si el mar se abalanzara sobre la tierra durante unos pocos días al ritmo que lo hace durante unas pocas horas dos veces al día, ¡qué desolación se produciría! Glorifiquemos a Dios por su misericordia en prometer y por su fidelidad en cumplir.

Versículos 12–17

Las cláusulas de los acuerdos entre los hombres suelen sellarse. Así, pues, *queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su designio* (He. 6:17), ha confirmado su pacto con un sello. El sello de este pacto de naturaleza fue suficientemente natural: el *arco iris.* Respecto a este sello del pacto, obsérvese: 1. Este sello se imprime con repetidas seguridades de la verdad de la promesa cuya ratificación estaba destinado a ser: *Mi arco he puesto en las nubes* (v. 13); *se dejará ver en las nubes* (v. 14), para que el ojo afecte al corazón y confirme la fe; *y será la señal del pacto* (vv. 12–13), *y me acordaré del pacto mío … no habrá más diluvio de aguas para destruir toda carne* (v. 15). 2. El arco iris aparece cuando las nubes están más cargadas de lluvia, y se retira después de la lluvia. Así Dios aparta nuestros temores cuando más razón tenemos para temer que prevalezca la lluvia. 3. Cuanto más densa es la nube, más nítido se destaca en ella el arco iris. De igual modo, cuanto mayor es la amenaza de nuevas aflicciones, tanto mayor es el estímulo de abundantes consolaciones (2 Co. 1:5). 4. El arco iris aparece cuando ya está clara una parte del firmamento, lo cual insinúa el recuerdo de la misericordia en medio de la ira; y parece como si las nubes estuviesen cercadas por el arco para que no se extiendan por el cielo, pues el arco es la lluvia en color o como la orla ricamente festoneada de una nube. Un arco inspira terror, pero este arco no tiene cuerda ni flecha y un arco desnudo poco puede hacer. Es un arco, pero está apuntando al cielo, no a la tierra; porque las señales del pacto no están destinadas a atemorizar, sino a consolar.

Versículos 18–23

I. La familia y el oficio de Noé. El quehacer a que Noé se dedicó fue la labranza. El hebreo dice *hombre de la tierra*, ocupado en la tierra. Aunque los rabinos lo entienden como una degradación, un quehacer *profano*, no cabe duda de que Dios le llamaba al primer oficio del hombre en el paraíso, del cual Noé había tenido que prescindir para dedicarse a la construcción del arca y, después, a la construcción de una casa para sí y su familia. Durante mucho tiempo había sido carpintero, pero ahora volvía a la labranza.

II. El pecado y la vergüenza de Noé. *Plantó una viña* (v. 20); y, tras la vendimia, probablemente escogió un día de fiesta y alegría con su familia, y estarían con él sus hijos y nietos para regocijarse con él del incremento de la familia, así como del incremento de la viña; y quizás escogió esta fiesta con el propósito de clausurarla con una bendición especial a sus hijos. En esta fiesta bebió vino; pero bebió en tanta abundancia que *se embriagó* (v. 21). obsérvese aquí cómo llegó a ser atrapado por su propia falta. Fue culpa suya, y un gran pecado, tanto peor por cometerlo teniendo tan reciente tamaña liberación; pero Dios le dejó a merced de sí mismo y quiso que su entuerto quedase aquí registrado para enseñarnos: 1. Que la mejor página que un puro hombre ha dejado escrita desde la caída, tiene sus erratas y borrones. 2. Que a veces los que, a fuerza de vigilancia y resolución, han guardado su integridad, por la gracia de Dios, en medio de las tentaciones, han sido sorprendidos y atrapados por el pecado, a causa de una falsa seguridad, de descuido y negligencia de la gracia de Dios, una vez que ha pasado la hora de la tentación. 3. Que tenemos necesidad de andar con mucho cuidado cuando usamos en abundancia las criaturas de Dios, para no usarlas con exceso. La consecuencia del pecado de Noé fue la vergüenza. Quedó desnudo para su vergüenza, como había quedado Adán después de comer del fruto prohibido. Obsérvese aquí el gran mal del pecado de ebriedad. (A) Descubre y desnuda a los hombres. Al estar borrachos fácilmente manifiestan sus debilidades y desembuchan los secretos que se les han confiado. Porteros borrachos puertas abiertas. (B) Rebaja a los hombres y los expone a vituperio. Los hombres dicen y hacen cosas, cuando están borrachos, que sólo el pensarlas les causaría sonrojo cuando están serenos (Hab. 2:15–16).

III. Impudencia e impiedad de Cam. *Vio la desnudez de su padre, y lo dijo a sus dos hermanos* (v. 22). 1. Se regodeó en la vista. Quizás él había estado borracho alguna vez. Es cosa corriente entre los que dan malos pasos el alegrarse de los malos pasos que ven dar a otros. Pero *el amor no se goza de la injusticia* (1 Co. 13:6). 2. *Lo dijo a sus dos hermanos* en son de burla, de forma que su padre pudiera parecerles vil. Gran mal y necedad es mofarse del pecado (Prov. 14:9) y publicar las faltas ajenas, especialmente las de los padres, a quienes tenemos la obligación de honrar.

IV. El piadoso cuidado de Sem y de Jafet en cubrir la vergüenza de su pobre padre (v. 23). 1. Hay un manto de amor para cubrir multitud de pecados (1 P. 4:8). 2. Además de él hay otro manto de reverencia para cubrir las faltas de los padres.

Versículos 24–27

I. Noé vuelve en sí. *Despertó de su embriaguez* (v. 24).

II. Viene sobre él el espíritu de profecía y como Jacob en su lecho de muerte (49:1), dice a sus hijos lo que les ha de sobrevenir.

1. Pronuncia una maldición sobre Canaán el hijo de Cam (v. 25), en quien Cam mismo queda maldito: *Será a SUS hermanos siervo de siervos*, es decir, el más bajo y más despreciable de los esclavos. Nótese: (A) Dios visita a menudo la iniquidad de los padres sobre los hijos, cuando los hijos heredan las malvadas disposiciones de los padres e imitan las perversas prácticas de sus progenitores, sin hacer nada para cortar la conexión maldita. (B) Justamente cae el vilipendio sobre los que vilipendian a otros, especialmente sobre los que deshonran y entristecen a sus padres.

2. Vincula una bendición a Sem y a Jafet.

A) Bendice a Sem o, más bien, bendice a Dios por él. Obsérvese que (a) llama a *Jehová el Dios de Sem* (así dice el original). Todas las bendiciones están incluidas en ésta. Queda Sem suficientemente recompensado por el respeto que ha tenido hacia su padre, al poner Dios sobre él este honor de *ser su*

Dios. (b) Da a Dios la gloria por esta buena obra que Sem había hecho. Al ver las buenas obras de los hombres, debemos glorificar, no a ellos, sino a *nuestro Padre* (Mt. 5:16). Es un honor y un favor trabajar para el Señor y ser usados por Él para hacer el bien. (c) Prevé que el trato benévolo que Dios va a dispensar a Sem y a los suyos será un testimonio a todo el mundo de que Dios es el Dios de Sem. (d) Se insinúa que las bendiciones mesiánicas han de surgir y continuarse en la posteridad de Sem; pues de él salieron los judíos, quienes por mucho tiempo fueron los únicos en el mundo que profesaron la fe en el verdadero Dios.

B) Bendice a Jafet y, en él, a los gentiles, que descienden de él. *Ensanche Dios a Jafet y habite en las tiendas de Sem* (v. 27), donde tenemos un juego de palabras, pues *Jafet* significa *anchura*. Es curioso que *Europa*, donde se extendió preferentemente la descendencia de Jafet, signifique en griego *faz ancha*. También puede significar *belleza*, con lo que el arte y la cultura de Grecia (Europa) vendría a mezclarse con la religión y la sabiduría hebreas. De aquí que algunos interpretan la bendición a Jafet para denotar o, *en primer lugar*, la prosperidad exterior, por la que su descendencia había de ser tan numerosa y victoriosa como para enseñorearse de las tiendas de Sem, lo cual se cumplió cuando los judíos, la familia más eminente de la raza de Sem, fueron tributarios, primero de los griegos, y después de los romanos, ambos de la descendencia de Jafet; o, *en segundo lugar*, denota la conversión de los gentiles y su injerto en el olivo de Israel. Entonces podríamos leer: *Dios persuadirá a Jafet* (según otra significación probable de la palabra) y entonces, así persuadido, *habitará en las tiendas de Sem*, esto es, judíos y gentiles quedarán unidos en el redil del Evangelio. Nótese que sólo Dios puede hacer tornar a la iglesia a quienes se han separado de ella. Las almas son introducidas en la iglesia, no por la fuerza, sino por persuasión (Sal. 90:3).

Versículos 28–29

1. Cómo Dios prolongó la vida de Noé; esta longevidad fue una recompensa más por su señalada piedad, y una gran bendición para el mundo. 2. Cómo Dios puso finalmente término a su vida. Noé vivió lo suficiente para ver dos mundos, pero, siendo heredero de la justicia que es por la fe, fue a ver, cuando murió, otro mundo mejor que los dos que vio aquí.

CAPÍTULO 10

Este capítulo nos refiere el origen de las naciones; sin embargo, no hay nación, excepto quizá la de los judíos, que pueda jactarse de saber de cuál de estos setenta manantiales (pues no son menos las familias originales) deriva su corriente. Al no quedar registros de las genealogías, al estar tan mezclados los pueblos, tan revolucionadas las naciones y tan distantes las fechas, el conocimiento del respectivo linaje de los actuales habitantes de la tierra no es posible.

Versículos 1–5

A la posteridad de Jafet le fueron asignadas las *costas* de los gentiles o *islas* (v. 5). Todos los lugares allende los mares desde Judea, son llamadas en la Biblia *islas* (Jer. 25:22), y esto nos guía para entender la promesa de que *las islas esperarán sus enseñanzas* (Is. 42:4), donde se profetiza la conversión de los gentiles a la fe de Cristo.

Versículos 6–14

En estos versículos se nos habla de Nimrod (vv. 8–10), el cual aparece como un gran hombre en su tiempo, pues estaba decidido a sobrepujar a todos sus coetáneos. El mismo espíritu que albergaban los gigantes de antes del diluvio había revivido ahora en él. Hay personas en quienes la ambición y la ostentación de poder parecen congénitas. De este lado del infierno, no hay nada que pueda quebrantar el orgullo de tales personas. Así vemos que:

I. Nimrod era un gran cazador; por esto comenzó y por esto se hizo proverbial. 1. Hay quienes piensan que hizo mucho bien cazando, pues limpió su país de las fieras que lo infestaban. 2. Otros opinan que, bajo el pretexto de cazar, reunió hombres bajo su mando, para jugar otro papel distinto, que era constituirse en dueño del país. Nótese que los grandes conquistadores no han sido otra cosa que grandes cazadores. Alejandro y César (como Napoleón y Hitler) no serían tan relevantes en los libros de Historia si se les considerara en su historia más prosaica. Nimrod fue un vigoroso cazador *contra* Jehová—leemos en los LXX—; esto es: (A) Inició la idolatría. Para inaugurar un nuevo gobierno inauguró, una nueva religión. *Babel fue la madre de las rameras.* O: (B) Continuó en su opresión y violencia, al desafiar al mismo Dios.

II. Nimrod fue un gran gobernante: Y *fue el comienzo de su reino Babel …* (v. 10). De un modo o de otro, pero siempre por la fuerza de las armas, se hizo con el poder, y así puso los fundamentos de una monarquía. Si Nimrod y sus vecinos comenzaron, otras naciones aprendieron a cobijarse bajo una cabeza para su propia seguridad y bienestar, lo cual, fuese cual fuese el comienzo, demostró ser una bendición tan grande para el mundo, que se llegó a considerar que las cosas iban rematadamente mal cuando *no había rey en Israel.*

III. Nimrod fue un gran constructor. Probablemente hizo de arquitecto en la construcción de Babel, y allí comenzó su reino pero, cuando su plan de gobernar sobre todos los descendientes de Noé fracasó a causa de la confusión de las lenguas, *salió de esta tierra para Asiria, y edificó Nínive, etc.* (v. 11).

Versículos 15–20

1. El relato de la posteridad de Canaán, de las familias y naciones que descendieron de él, y de las tierras que poseyeron, situadas en lugares muy amenos y fértiles. Canaán tiene aquí mejor lote de tierras que Sem y Jafet, pero éstos tienen mejor lote de bendiciones.

Versículos 21–32

Dos cosas son especialmente dignas de observación en este relato de la posteridad de Sem:

I. La descripción de Sem (v. 21). Tenemos aquí, no sólo su nombre, *Shem,* que precisamente significa *un nombre,* sino también dos títulos más para distinguirle:

1. Fue *padre de todos los hijos de Heber.* Heber fue su bisnieto pero ¿por qué se le llama el padre de todos sus hijos, más bien que de todos los de Arfaxad, Sala, etc.? Probablemente, porque Abraham y su simiente, el pueblo del pacto de Dios no sólo descendía de Heber, sino que de él fueron llamados *hebreos* (14:13, «Abraham *el hebreo*»). Al ser el hebreo la sagrada lengua, llamada así de su nombre, es probable que la retuviera él en su familia cuando lo de la confusión de las lenguas, como especial señal del favor de Dios hacia él. Así que, cuando el autor inspirado hubo de imponer a Sem un título honroso, le llamó *el padre de los hebreos.* Así como Cam, aunque tenía muchos hijos es repudiado al ser llamado *el padre de Canaán,* así Sem, aunque tenía también muchos hijos, es dignificado con el título de *padre de Heber* a cuya descendencia estaba vinculada la bendición. La verdadera grandeza consiste en la bondad.

2. Era *hermano mayor de Jafet.* El historiador sagrado había mencionado como un título de honor que Sem era el padre de los hebreos; pero, para que no se creyese que la descendencia de Jafet iba a estar por siempre fuera de la Iglesia y de las bendiciones mesiánicas, nos recuerda aquí que era *hermano de Jafet,* no sólo por nacimiento, sino también en la bendición, pues *Jafet había de habitar en las tiendas de Sem.*

CAPÍTULO 11

Comienza este capítulo con el relato de la torre de Babel y la consiguiente dispersión de los hijos de Noé, tras la confusión de las lenguas. Trae después la genealogía de Abraham a partir de Sem, y termina con la salida de Taré, con Abraham su hijo, Sarai su nuera y Lot su nieto, de Ur de los caldeos.

Versículos 1–4

Al final del capítulo anterior leíamos que *de los hijos de Noé se esparcieron las naciones en la tierra después del diluvio;* es decir, estaban distribuidas en tribus distintas, y estaba decidido, ya sea por disposición de Noé ya por acuerdo tomado entre ellos, por qué camino había de dirigirse cada tribu o colonia para establecerse en sus respectivos lugares. Pero parece ser que los hijos de los hombres no estaban muy dispuestos a dispersarse hasta lugares distantes. Pensaron que estar juntos era más seguro y más feliz, y fraguaron un plan para lograrlo, teniéndose por más sabios que Noé o el mismo Dios. De modo que aquí tenemos:

I. Las ventajas que comportaba su plan de mantenerse juntos: 1. Tenían *una sola lengua* (v. 1). Así, mientras podían entenderse bien unos a otros, era lo más probable que se amasen unos a otros, que estuviesen dispuestos a ayudarse mutuamente, y cada vez menos inclinados a separarse. 2. Encontraron un lugar conveniente y cómodo para fijar en él su residencia, *una llanura en la tierra de Sinar* (v. 2), es decir, una explanada espaciosa y fértil, suficiente para contenerlos y mantenerlos a todos ellos, de acuerdo con las cifras de la población de entonces.

II. El método que usaron para unirse de esta manera y mantenerse juntos en una sola corporación. En lugar de ambicionar una progresiva expansión de sus fronteras, extendiéndose pacíficamente bajo la protección divina, trataron de fortificarse y la resolución unánime fue: *Edifiquémonos una ciudad y una torre* (v. 4). Obsérvese aquí:

1. Cómo se estimularon y animaron unos a otros a poner manos a la obra. Decían: *Vamos, hagamos ladrillo* (v. 3); y de nuevo: *Vamos, edifiquémonos una ciudad* (v. 4) animándose mutuamente, se hacían todos más atrevidos y resueltos.
2. Qué materiales usaron en su construcción. Siendo llano el terreno, no podía proporcionar piedra ni argamasa, pero esto no les hizo desistir de su empresa, sino que cocieron ladrillos en vez de piedra y usaron asfalto en lugar de argamasa. ¡Qué cantidad de recursos emplean los que están resueltos en sus propósitos! Si tan celosos fuésemos nosotros para lo bueno, no cejaríamos en nuestros trabajos con tanta frecuencia como lo hacemos, bajo pretexto de que necesitamos comodidades para continuar.
3. Qué objetivos perseguían con esta obra. Parece ser que pretendían tres cosas con la construcción de esta torre.

A) Parecía destinada a afrentar al mismo Dios, pues querían edificar una torre *cuya cúspide llegase al cielo* (v. 4), lo que comporta un desafío a Dios o, al menos, un intento de rivalizar con él.

B) Con ello esperaban *hacerse un nombre* y dar a conocer a la posteridad que habían existido tales hombres en el mundo. Querían legar este monumento de su orgullo, de su ambición y de su insensatez. El caso es que no hallamos en ningún libro de historia ni un solo nombre de estos edificadores de Babel.

C) Lo hicieron para impedir su dispersión. Es probable que en todo esto anduviese la mano del ambicioso Nimrod. Él deseaba una monarquía universal, para lo cual, bajo pretexto de una unión encaminada a dar seguridad a todos, se amañaba para guardarlos en un solo cuerpo, a fin de que, al tener a todos bajo su mirada, no le fallara el tenerlos a todos bajo su poder. Pero es prerrogativa de Dios ser monarca universal, Señor de todos y Rey de reyes; el hombre que ambiciona tal honor pretende escalar el trono del Altísimo, quien no dará su gloria a otro.

Versículos 5–9

I. El reconocimiento que Dios hizo de lo que se estaba tramando. Dios es inapelablemente justo y equitativo en todos sus procedimientos contra el pecado y contra los pecadores, y a nadie condena sin oírle. Eran hijos de *Adán,* como dice el hebreo; sí, de aquel Adán pecador y desobediente, cuyos hijos son por naturaleza hijos de desobediencia. El piadoso Heber no se encuentra entre esta impía caterva, pues él y los suyos son llamados los hijos de Dios.

II. Las consideraciones y resultados del Dios eterno acerca de este asunto.

1. Toleró el que avanzaran un buen trecho en su empresa antes de detenerla, para que así tuviesen tiempo de arrepentirse.

2. Dios había intentado, con sus mandatos y advertencias, hacerles desistir de este proyecto, pero en vano; por tanto, se ve obligado a tomar otras medidas para guardar el mundo en orden y atar por la fuerza las manos de quienes no quieren someterse a su ley. Obsérvese aquí cuán grande es la misericordia de Dios al moderar su castigo y no infligirlo en proporción a la ofensa; porque *no nos trata conforme a nuestros pecados.* No dice, *«Descendamos* ahora con truenos y relámpagos, y acabemos con esos rebeldes en un instante». No; sólo dice *«Descendamos y* esparzámoslos». Merecían la muerte, pero sólo son castigados con deportación; porque es muy grande la paciencia de Dios hacia un mundo provocador. Tres cosas sucedieron

A) Fue confundida su lengua. A esta malaventurada confusión de la lengua se deben tantas lamentables disputas, tantas desgraciadas controversias que surgen de un malentendido de frases y aun de palabras. Hay rabinos que opinan que fue ésta la mayor maldición de la historia del hombre.

B) La edificación hubo de suspenderse: *Dejaron de edificar la ciudad* (v. 8). Esto fue efecto de la confusión del lenguaje; porque no sólo les incapacitó para ayudarse mutuamente, sino que probablemente les produjo un impacto tan fuerte en su ánimo que ya no pudieron continuar, al ver en esto la mano del Señor que se abatía contra ellos. Es señal de sabiduría abandonar lo que vemos que es impugnado por Dios.

C) Los edificadores fueron esparcidos por toda la faz de la tierra (vv. 8–9). Se marcharon distribuidos por familias, cada cual según su lengua (10:5, 20, 31), a los diversos países y lugares que les fueron asignados. Dejaron tras sí un perpetuo memorial de su baldón, en el nombre dado al lugar, que fue llamado *Babel,* esto es, *confusión.* Quienes ambicionan un gran nombre, salen ordinariamente con un *mal* nombre. Los hijos de los hombres quedaban así definitivamente dispersados, y nunca más volvieron a reunirse, ni volverán jamás a hacerlo, hasta aquel gran día en que el Hijo del Hombre se sentará en el trono de su gloria y *serán reunidas delante de Él todas las naciones* (Mt. 25:31–32).

Versículos 10–26

Genealogía que termina en Abraham, el amigo de Dios y que conduce ulteriormente hasta Cristo, la simiente prometida, que era hijo de Abraham y desde Abraham es computada su genealogía (Mt. 1:1 y ss.). 1. Lo único que figura en esta lista es el nombre y la edad de los patriarcas, como si el Espíritu Santo tuviese prisa por llegar pronto a la historia de Abraham. Qué poco sabemos de los que nos han precedido en este mundo, aun de los que han vivido en los mismos lugares que nosotros, así como también sabemos muy poco de nuestros contemporáneos que viven en lugares distantes. Bastante tenemos con ocuparnos del trabajo de nuestro tiempo y lugar, y dejar a Dios la tarea de *restaurar el pasado* (Ec. 3:15). 2. Puede notarse un gradual descenso de la longevidad. Sem alcanzó todavía los 600 años, una edad muy por debajo de la de los patriarcas de antes del diluvio; sus tres más próximos descendientes ya no llegaron a los 500; los tres más próximos a éstos ya no alcanzaron los 300. Después de ellos, ninguno alcanzó los 200, excepto Taré; y no muchos siglos más tarde, Moisés calculaba que el límite ordinario de la mayoría de los hombres era 70 u 80 años. 3. Heber, de quien toman el nombre los hebreos, fue el más longevo de todos los que nacieron después del diluvio, lo cual fue quizás un premio a su singular piedad y a su estricta adhesión a los caminos de Dios.

Versículos 27–32

Comienza la historia de Abram cuyo nombre es famoso, de aquí en adelante, en ambos Testamentos.

I. Su país: *Ur de los caldeos.* Éste fue el país de su nacimiento, una región idólatra, donde hasta los descendientes de Heber se habían degenerado. Nótese que los que, por gracia, son herederos de la Tierra Prometida, deberían recordar cuál era su país de nacimiento, cuál era, por naturaleza, su estado pecaminoso y corrompido, la cantera de la que fueron cortados.

II. Sus parientes, mencionados por causa de él y por el interés que proporcionan a la historia que va a seguir. 1. Su padre era *Taré,* de quien se dice (Jos. 24:2) que servía a dioses extraños, aun después del diluvio; tan temprano puso pie la idolatría en el mundo, hasta resultarles duro el nadar contra corriente a muchos que están imbuidos de buenos principios. Se mencionan también: 2. Sus hermanos: (A) *Nacor,* de

cuya familia tanto Isaac como Jacob tomaron esposa; (B) *Harán,* el padre de Lot, de quien se dice aquí (v. 28) que *murió antes que su padre Taré.* Nótese que los hijos no pueden estar seguros de que sobrevivirán a sus padres; porque la muerte no tiene contemplaciones con la edad, ni se nos lleva por orden de nacimiento. También se dice que murió *en Ur de los caldeos,* antes de que la familia saliera de aquel país idólatra. 3. Su esposa fue *Sarai,* de la que Abraham mismo dijo que era hija de su padre, pero no hija de su madre (20:12). Era diez años más joven que Abram.

III. Su salida de Ur de los caldeos con su padre Taré, su sobrino Lot y el resto de su familia, en obediencia a la llamada de Dios, de la que veremos más en el capítulo 12:1 y ss. El presente capítulo los deja en Harán, lugar a medio camino entre Ur y Canaán, donde vivieron hasta la muerte de Taré. Si lo aplicamos al plano espiritual, podemos decir que muchos llegan hasta Harán, pero no alcanzan a llegar hasta Canaán; no están lejos del reino de Dios, pero tampoco entran jamás en él.

CAPÍTULO 12

De aquí en adelante, la historia sagrada se ocupa casi exclusivamente de Abram y de su posteridad. En este capítulo tenemos la llamada de Abram a ir a Canaán, su obediencia a la llamada, su llegada a Canaán, su viaje a Egipto y su cobardía, así como el peligro y liberación de Sarai.

Versículos 1–3

Llamamiento por el cual Abram fue retirado del país de su nacimiento a la tierra prometida. Este llamamiento estaba destinado a probar su fe y obediencia así como a separarle y ponerle aparte para Dios y para servicios especiales. Para el conocimiento de las circunstancias de esta llamada nos puede ayudar no poco el discurso de Esteban (Hch. 7:2), donde se nos dice: 1. Que el Dios de la gloria se apareció con tal alarde de gloria que no le dejó a Abram ningún lugar para dudar de la autoridad divina de tal llamamiento. Dios le habló después de diversas maneras; pero esta primera vez en que establecía su comunicación con él se apareció a él como *el Dios de la gloria y* le habló. 2. Que este llamamiento le fue hecho en Mesopotamia, antes de ir a vivir en Harán. Algunos piensan que Harán estaba en Caldea y, por tanto, era todavía parte del país de Abram, o que Abram, después de estar allí cinco años, comenzó a llamarle su país y a echar raíces en él, hasta que Dios le dio a entender que no era éste el lugar al que le destinaba. Nótese que, si Dios nos ama y tiene atesorada misericordia para nosotros, no tolerará que descansemos hasta que hayamos llegado a Canaán sino que benignamente repetirá sus llamamientos, hasta que lleve a feliz término la buena obra que comenzó en nosotros (Fil. 1:6) y nuestras almas reposen sólo en Dios. En la llamada misma tenemos un precepto y una promesa.

I. Un precepto para probarle: *Vete de tu tierra* (v. 1).

1. Con este precepto fue probado para ver si estaba apegado a su tierra nativa y a sus más queridos amigos, o si estaba dispuesto a dejarlo todo y marcharse con Dios. Su país se había vuelto idólatra, su familia era para él una tentación constante, y no podía continuar con ellos sin peligro de contagio. Este mandamiento que dio Dios a Abram es muy parecido a la llamada del Evangelio, por la que toda la simiente espiritual del creyente Abram es introducida al pacto con Dios. Porque: (A) Los afectos naturales deben dejar paso a la gracia divina. (B) el pecado, y todas las ocasiones de pecado, han de ser abandonados y en particular las malas compañías; debemos abandonar todos los ídolos de iniquidad que hemos instalado en nuestro corazón, desprendiéndonos de buena gana de todo lo que nos sea más querido, cuando no podamos conservarlo sin riesgo de nuestra integridad. (C) El mundo y todos sus deleites deben ser considerados con una santa indiferencia; ya no debemos tenerlo por nuestro país, o por nuestra casa, por más tiempo, sino como una posada y, por tanto, acostumbrarnos a vivir desligados de él, por encima de él, y fuera de él en nuestro corazón.

2. Con este precepto fue probado para ver si estaba dispuesto a confiar en Dios cuando ya no le viese, pues tenía que dejar su país *para ir a una tierra que Dios le había de mostrar.* Dios no le dice: «Es una tierra que te daré», sino «una tierra que te mostraré». Tiene que seguir a Dios con una fe implícita, a pesar

de que no se le da ninguna seguridad especial de que no va a perder nada dejando su tierra para seguir a Dios.

II. Hay luego una promesa estimulante, o, más bien, una combinación de promesas, muchas y sobremanera grandes y preciosas. Nótese que todos los preceptos de Dios van acompañados de promesas para el que obedece. Si nosotros obedecemos el mandamiento, Dios no dejará de cumplir la promesa. Aquí hay seis promesas:

1. *Haré de ti una nación grande.* Cuando Dios le sacó de su pueblo, prometió hacerle cabeza de otro; le arrancó de ser rama de olivo silvestre para hacerle raíz de un buen olivo. Esta promesa fue: (A) Un gran alivio para la carga de Abram, porque no tenía hijos en este momento. Nótese qué bien sabe Dios ajustar sus favores a las necesidades y deseos de sus hijos. El que tiene una venda para cada herida, proveerá primero para la herida más dolorosa. (B) Una gran prueba para su fe, porque Sarai era estéril.

2. *Te bendeciré.* Deja la casa de tu padre, y yo te daré una bendición paterna.

3. *Engrandeceré tu nombre.* Al abandonar su patria, dejó allí su nombre. Al no tener hijos, temía quedarse también sin nombre; pero Dios iba a hacerle una gran nación y, por consiguiente, un gran nombre.

4. *Serás bendición;* esto es: (A) «Tu felicidad será un modelo de felicidad, de suerte que quienes bendigan a sus amigos, orarán solamente para que Dios los haga como a Abram» (v. Rt. 4:11). (B) «Tu vida será una bendición para los lugares en que tú permanezcas.»

5. *Bendeciré a los que te bendigan, y a los que te maldigan maldeciré.* Esto implica una especie de coalición, ofensiva y defensiva, entre Dios y Abram.

6 *Serán benditas en ti todas las familias de la tierra.* Ésta fue la promesa que coronaba todas las demás, porque apunta hacia el Mesías, en quien *todas las promesas son Sí y Amén* (2 Co. 1:20). Nótese que: (A) Jesucristo es la gran bendición del mundo, la mayor que jamás el mundo haya podido disfrutar. (B) Es una bendición para la familia, pues por él entra la salvación en casa (Lc. 19:9).

Versículos 4–5

I. Traslado de Abram fuera de su país; primero, de Ur; después, de Harán, en sumisión al llamamiento de Dios. *Salió sin saber adónde iba* (He. 11:8), pero sabiendo a quién seguía.

II. Su edad cuando fue llamado a salir. *Era de edad de setenta y cinco años,* una edad en la que más bien debía tener descanso en una residencia fija. Pero si Dios quería que comenzase el mundo ahora que era viejo, estaba presto a someterse. Aquí un ejemplo de lo que pasa con uno que se convierte siendo ya anciano.

III. La compañía y los enseres que tomó consigo.

1. Tomó a su esposa y a su sobrino Lot consigo. Nótese cuán conveniente es que marido y mujer se pongan de acuerdo para marchar juntos por el camino del Cielo. También Lot, su pariente, fue estimulado por el buen ejemplo de Abram, quien era quizás el tutor de Lot después de la muerte del padre de éste, y así se ofreció voluntariamente a marchar con él.

2. Tomaron consigo *todos sus bienes que habían ganado.* Echar por la borda todo lo que habían ganado, con el pretexto de que Dios les había de bendecir, habría sido tentar a Dios, con confiar en Él.

IV. Aquí está su feliz llegada al final de su viaje: *Salieron para ir a tierra de Canaán, y a tierra de Canaán llegaron.* Ya se menciona tal salida en 11:31, pero con detención en Harán. Ahora se menciona la llegada, guiados por la buena mano de Dios que estaba sobre ellos. Allí en Canaán, Abram recibe una nueva revelación de Dios, en la que promete darle esta tierra, que antes dijo que le mostraría.

Versículos 6–9

Podría esperarse que, después de haber recibido un llamamiento tan extraordinario para ir a Canaán, le hubiese acontecido a Abram algo también extraordinario a su llegada a Canaán. Pero Dios no hace que suceda nada grande, pues quiere que Abram viva por fe.

I. Vemos qué pocas comodidades encontró en la tierra a la que había llegado; porque: 1. No la tuvo en propiedad, pues encontró el país poblado y poseído por los cananeos, que podía suponerse serían malos vecinos y peores propietarios. 2. No tuvo en ella residencia fija. Los hijos de Dios han de considerarse extranjeros y peregrinos en este mundo (1 P. 2:11), y estar desligados de él, por fe, como de un país extraño. Vamos siempre de viaje y marchamos siempre con renovado vigor, como quienes no han alcanzado todavía la meta.

II. Pero cuánto bienestar encontró en el Dios a quien seguía.

1. Dios le habló palabras amables y alentadoras: *A tu descendencia daré esta tierra.* Los enemigos nos pueden arrojar de nuestras viviendas, incluso de nuestros lugares de culto, pero no pueden apartarnos de nuestro Dios. Los favores mostrados a los hijos es como si lo fueran a los padres. «Daré, no a ti, sino a tu descendencia»; es una donación que ha de revertir a su simiente, lo cual Abram entendió como una concesión hecha a él personalmente porque él aspiraba a una patria celestial (He. 11:16).

2. *Abram edificó allí un altar a Jehová, quien se le había aparecido … e invocó el nombre de Jehová* (vv. 7, 8). Así le devolvió a Dios la visita y se mantuvo en comunicación con el Cielo, como quien ha resuelto no cejar en esto. Dondequiera que Abram tuvo una tienda de campaña, allí tuvo Dios un altar santificado por la oración. *Las personas que habían adquirido en Harán,* siendo seguidores, habían de ser buenos discípulos y seguir aprendiendo. El culto familiar es un método antiguo; no es una invención moderna, sino la vieja costumbre de todos los santos. Dondequiera que vayamos, no dejemos de llevar siempre con nosotros la devoción al Señor.

Versículos 10–13

I. Hambre, y *hambre grande,* en la tierra de Canaán, que fue una fuerte prueba para Abram, que examinó sus pensamientos. Sólo una fe fuerte pudo conservar buenos pensamientos acerca de Dios en tal coyuntura. Ahora era puesto a prueba para ver si podía preservar incólume la confianza en que el Dios que le había traído a Canaán, le mantendría allí, y para ver si podría regocijarse en él como en el Dios de su salvación aun cuando la higuera no floreciese (Hab. 3:17, 18). Es posible que un hombre se encuentre en el camino del deber, y en el camino hacia la felicidad, y que se enfrente con grandes problemas y desilusiones.

II. El viaje de Abram a Egipto por causa del hambre. Véase cuán sabio es Dios al proveer que haya abundancia en un lugar cuando hay escasez en otro. No debemos esperar milagros innecesarios. Cuando Abram tiene que dejar Canaán por algún contratiempo, escoge ir a Egipto, que cae al sudoeste, por el camino contrario al que vino, para que no parezca que se vuelve a mirar atrás (v. He. 11:15, 16).

III. Una gran falta de la que Abram fue culpable al negar a su esposa y pretender que era su hermana. La Escritura es imparcial al referir los pecados de los más celebrados santos, cosas registradas allí, no para nuestra imitación, sino para nuestra admonición, de que *el que piensa estar firme mire que no caiga* (1 Co. 10:12). 2. En el fondo de todo ello estaban los celos y el temor que tenía al imaginarse que algún egipcio quedase tan fascinado por la belleza de Sarai que, si se enteraba de que él era su marido, buscase algún modo de deshacerse de él para casarse con ella. La gracia más eminente de Abram era la fe y, a pesar de ello, cayó de este modo por falta de fe y de confianza en la divina Providencia, incluso *después que Dios se le había aparecido dos veces.* ¡Ay! ¿Qué acontecerá a los sauces, si los cedros son sacudidos de esta manera?

Versículos 14–20

I. El peligro en que estuvo Sarai de haber visto su castidad violada por el rey de Egipto. La recomendaron al rey e inmediatamente fue llevada a la casa de Faraón, como Ester lo fue al serrallo de Asuero (Est. 2:8), para ser introducida en su dormitorio.

II. Sarai fue liberada de este peligro. Si Dios no viniese en nuestro rescate, pronto estaríamos abocados a la ruina. Él no nos trata de acuerdo con lo que nos merecemos.

1. Dios castigó a Faraón, y así impidió que siguiese adelante en su pecado. Dichosos castigos, los que nos detienen a mitad de camino hacia el pecado, y nos devuelven eficazmente a la ruta de nuestro deber.

2. Faraón reprendió a Abram, y luego lo despidió respetuosamente.

A) La reprensión fue suave, pero muy justa: *¿Qué es esto que has hecho conmigo?* Faraón razona así con él: *¡Por qué no me declaraste que era tu mujer?,* con lo que insinúa que, si lo hubiese sabido, no la habría introducido en su casa. A veces encontramos más virtud, honor y conciencia en algunas gentes de lo que habíamos pensado que poseían; y debería ser para nosotros un placer sufrir una decepción de esta clase, como lo fue para Abram, al encontrar en Faraón una persona mejor de lo que esperaba. El amor nos en seña a esperar lo mejor.

B) La despedida fue amable y muy generosa. Le devolvió la mujer sin haber dañado en nada su honor. *Faraón dio orden a su gente acerca de Abram.* Les dio órdenes, cuando Abram se disponía a volver a su casa, después del hambre, para que le escoltaran hasta la frontera, conduciéndole a buen seguro.

Obsérvese la semejanza en la liberación de Abram de Egipto y la de su simiente también de allí, 430 años después; como él fue a Egipto a causa del hambre, también sus descendientes bajaron a Egipto por causa del hambre; Abram fue liberado de Egipto tras las *grandes plagas* infligidas por Dios a Faraón y a su casa (v. 17); ellos también salieron de Egipto tras terribles plagas. Porque el cuidado que Dios tiene sobre su pueblo es el mismo *ayer, hoy y por los siglos.*

CAPÍTULO 13

En este capítulo se nos da un ulterior relato acerca de Abram sobre su conducta, sus riquezas, su devoción, su prudencia y generosidad al zanjar las disputas entre los pastores suyos y los de Lot. Tenemos también la partida de Lot para Sodoma y la aparición de Dios a Abram para confirmar la promesa que le había hecho acerca de la tierra de Canaán.

Versículos 1–4

I. Abram vuelve de Egipto (v. 1). Volvieron a Canaán, él y los suyos, y todo lo que tenía.

II. Sus riquezas: *Era riquísimo* (v. 2). El hebreo dice que era *pesado,* es decir, cargado de posesiones; expresión muy justa, porque *las riquezas son una carga.* Hay una carga de cuidado en alcanzarlas, de miedo en conservarlas, de tentación en usarlas, de pecado en abusar de ellas, de pesar en perderlas y, finalmente, de cuentas que rendir a Dios por ellas. Dios, en su providencia, a veces hace ricos a los buenos, y les enseña a abundar, lo mismo que a escasear. Aunque es difícil para un rico ir al Cielo, no es, sin duda, imposible (Mr. 10:23–24). La prosperidad exterior si se aprovecha bien, proporciona muchas oportunidades de hacer el bien en abundancia.

III. Su traslado a Betel (vv. 3–4). Allá fue, no sólo porque anteriormente había tenido allí su tienda de campaña, sino porque allí había tenido su altar (v. 4). Andando el tiempo, Dios envió a Jacob al mismo lugar en su huida (35:1). Tenemos necesidad de que se nos recuerden nuestras promesas solemnes; y quizás el lugar donde las hicimos puede ayudarnos para refrescarnos la memoria y, así, puede hacernos mucho bien el visitarlo.

IV. Su devoción allí. Su altar había desaparecido y así no pudo ofrecer sacrificio sobre él, *pero invocó el nombre de Jehová* (v. 4), *como lo había hecho antes* (12:8). Abram no se dejó la religión en Egipto, como hacen muchos cuando viajan.

Versículos 5–9

Un desdichado incidente entre Abram y Lot, que hasta entonces habían sido compañeros inseparables.

I. La ocasión de reyerta fueron sus riquezas. Las riquezas son a menudo ocasión de discordias y peleas. La pobreza y el esfuerzo penoso, la escasez y los viajes no habían podido separar a Abram y a Lot, pero las riquezas sí que pudieron. Los amigos y allegados pueden perderse fácilmente; pero Dios es un amigo tal, que de su amor no nos separarán jamás ni la altura de la prosperidad ni la profundidad de la adversidad.

II. La contienda comenzó *entre los pastores del ganado de Abram y los pastores del ganado de Lot* (v. 7). Contendieron sobre quién habría de disponer de los mejores pastos o de las mejores aguas.

III. La contienda se agravó por el hecho de que *el cananeo y el ferezeo habitaban entonces en la tierra.* Esto hizo que la contienda fuese: 1. Muy Peligrosa. 2. Muy escandalosa. Las contiendas de los que profesan la religión resultan en reproche de la religión que profesan y dan ocasión, tanto como cualquier otra cosa, a los enemigos de Dios para blasfemar de Él.

IV. La solución de la contienda fue en extremo feliz. Es mejor preservar la paz que dejar que se quiebre. Pero, si surgen las diferencias, lo mejor es en este caso arreglarlas con la mayor presteza. La propuesta para detener la contienda fue hecha por Abram.

1. Su petición de paz fue muy afectuosa: *No haya altercado … Te ruego.* Abram sabía cómo calmar la ira con una respuesta blanda y abrir la vía de la reconciliación. Los hijos de Dios deben siempre manifestarse como pacificadores; sea cual sea la reacción de los demás, la suya debe ser por la paz.
2. Su apelación a la paz fue muy convincente. (A) «*No haya altercado entre nosotros dos.* Deja que los cananeos y los ferezeos contiendan por naderías; pero no caigamos en eso nosotros, que conocemos mejores cosas y aspiramos a una patria mejor.» El recuerdo de viejas amistades debería poner rápidamente punto final a las contiendas y altercados que puedan surgir en algún momento. (B) No se olvide que *somos hermanos.* Somos criaturas racionales, que deben guiarse por la razón. Somos hombres, no animales brutos; hombres, no chiquillos. En fin, somos hermanos. Hombres de la misma naturaleza de la misma familia, de la misma religión, compañeros en la obediencia y compañeros en la paciencia.
3. Su proposición de paz fue muy equitativa. «¿Por qué hemos de contender por espacio, cuando hay espacio suficiente para ambos?» Le ofrece así suficiente participación de la tierra en que estaban. Más aún, le da a elegir, y se ofrece a quedarse con lo que le deje: *Si te vas a la mano izquierda, yo iré a la derecha.* Abram tenía toda la razón del mundo para escoger él primero; sin embargo, cede de su derecho. Es una noble victoria el estar dispuesto a ceder por causa de la paz; es la victoria sobre nosotros mismos, sobre nuestro orgullo y nuestras pasiones (Mt. 5).

Versículos 10–13

La elección que Lot hizo cuando se separó de Abram. Habiéndole Abram ofrecido la vez, él aceptó sin cumplidos e hizo su elección. La pasión y el egoísmo hacen ineducados a los hombres.

I. Cuán puesta tenía la mirada en la bondad de la tierra. *Vio toda la llanura del Jordán* (v. 10), la explanada en que se asentaba Sodoma, y *que toda ella era de riego.* Seguramente le proveería de una cómoda residencia, y en un suelo tan fértil medraría y se haría rico; y esto era todo a lo que él aspiraba. Pero, ¿qué tal le fue? Pues bien, las próximas noticias que tendremos de él es que se encuentra allí como entre zarzas y que él y los suyos son llevados cautivos. Finalmente, Dios prendió fuego a la ciudad encima de su cabeza, y le forzó a huir por su vida a la montaña, cuando él había escogido la llanura en busca de la riqueza y el placer. Una elección sensual es una elección pecaminosa y raras veces tiene éxito. Siempre que escogemos algo, deberíamos regirnos por el siguiente principio: Lo mejor para nosotros es lo que sea mejor para nuestras almas.

II. *Mas los hombres de Sodoma eran malos y pecadores contra Jehová en gran manera* (v. 13). Algunos pecadores son peores por vivir en buena tierra. Así les pasaba a los de Sodoma. Los sucios sodomitas habitan en una ciudad, en una llanura fértil, mientras que el fiel Abram y su piadosa familia se cobijan en tiendas de campaña sobre los montes estériles. Por otro lado, la llegada de Lot a Sodoma podría ser considerada como un gran favor para los sodomitas, y un medio conveniente para inducirlos al

arrepentimiento, porque ahora tenían entre ellos a un profeta y predicador de justicia, y si le hubiesen escuchado, habrían podido ser reformados, y se habría evitado la ruina.

Versículos 14–18

Un relato de la benévola visita que Dios hizo a Abram, para confirmarle la promesa a él y a los suyos.

I. Cuándo renovó y ratificó Dios la promesa. 1. Cuando ya se había acabado la contienda. 2. Después de la humilde y altruista condescendencia de Abram con Lot para preservar la paz. 3. Después que Abram había perdido la confortable compañía de su pariente, y su corazón estaba entristecido, entonces fue cuando vino Dios a él con estas palabras tan bondadosas y tan consoladoras. Quizá Lot tenía mejor tierra, pero Abram tenía mejor *título.* Lot parecía tener el paraíso, pero Abram tenía la promesa.

II. Las promesas mismas con que Dios confortó y enriqueció a Abram ahora. De dos cosas le da seguridad: Una buena tierra, y una copiosa descendencia para disfrutar de ella.

1. Concesión de una tierra buena, una tierra famosa por encima de todas, porque iba a ser la Tierra Santa, y la tierra de Emanuel. Nótese que lo que Dios tiene para ofrecer es infinitamente mejor y más deseable que ninguna otra cosa que el mundo pueda ponernos ante los ojos. Le asegura esta tierra para él y para su descendencia por siempre (v. 15).

2. Aquí está también la promesa de una numerosa descendencia para llenar esta buena tierra, de modo que nunca se pierda por falta de herederos (v. 16). El mismo Dios que provee la herencia provee los herederos.

Se nos dice a continuación lo que hizo Abram cuando Dios le había confirmado así la promesa (v. 18). 1. *Removió su tienda.* En sumisión a la voluntad de Dios aquí, *removió su tienda,* acomodándose a la condición de peregrino. 2. *Edificó allí altar a Jehová,* en señal de su gratitud a Dios.

CAPÍTULO 14

Cuatro cosas nos ofrece el relato de este capítulo: una guerra con el rey de Sodoma y sus aliados; la cautividad de Lot en esta guerra; el rescate de Lot a manos de Abram, y la vuelta de Abram de la expedición.

Versículos 1–12

Un relato de la primera guerra que encontramos en las Escrituras.

I. Las partes comprometidas en ella. Los invasores eran cuatro reyes, dos de ellos nada menos que reyes de Sinar y Elam, esto es, Caldea y Persia. Los invadidos eran los reyes de las cinco ciudades situadas en las cercanías de la llanura del Jordán, a saber Sodoma, Gomorra, Adma, Zeboim y Zoar.

II. La ocasión de esta guerra fue la rebelión de los cinco reyes contra el dominio de Quedorlaomer. Por doce años le habían servido. Poco fruto le sacaban a su fértil tierra, eran tributarios de un poder extranjero, y no podían reclamar lo que era de ellos. En el decimotercer año, comenzaron a cansarse de tal sujeción, se rebelaron, le negaron los tributos, e intentaron sacudirse el yugo y recobrar sus antiguas libertades. En el decimocuarto año, luego de prepararse con calma, se dispuso Quedorlaomer, juntamente con sus aliados, a castigar y reducir a los rebeldes.

III. Proceso y final de la guerra. Los cuatro reyes devastaron las regiones vecinas y se enriquecieron con los despojos (vv. 5–7). 1. Las fuerzas del rey de Sodoma y de sus aliados fueron derrotadas. 2. Las ciudades fueron saqueadas (v. 11). 3. Lot fue llevado cautivo (v. 12). Se llevaron a Lot entre los demás, y todos sus bienes. Muchos hombres honestos lo pasan muy mal a causa de sus perversos convecinos. Es, pues, una muestra de sabiduría por nuestra parte separarnos y librarnos así de su destrucción (Ap. 18:4).

Nótese que, cuando nos salimos fuera del camino del deber, nos ponemos también fuera de la protección de Dios, y no podemos esperar que lo que hemos escogido siguiendo nuestras concupiscencias, resulte en beneficio nuestro.

Versículos 13–16

Relato de la única acción militar en que encontramos comprometido a Abram, y a ella se vio impulsado, no por avaricia o ambición, sino puramente por un sentimiento de caridad; no fue para enriquecerse, sino para ayudar a su amigo.

I. Las noticias que le llegan del apuro de su pariente. 1. Se le llama aquí *Abram el hebreo* (v. 13), esto es, hijo y seguidor de Heber en cuya familia se conservó la profesión de la religión verdadera en aquella época de degeneración. 2. Las noticias le llegaron por boca de uno que había salvado su vida al escapar.

II. Cómo se preparó para esta expedición. Esto muestra que Abram era: 1. Un gran hombre que tenía a sus órdenes servidores. 2. Un buen hombre, que no sólo servía a Dios, sino que instruía a todos los que le rodeaban en el servicio de Dios. 3. Un hombre sabio y prudente, porque, aunque era hombre de paz, dispuso a sus hombres para la guerra. Aunque nuestra religión nos enseña a estar a favor de la paz, no por eso nos prohíbe proveer para la guerra.

III. Sus aliados y confederados en esta expedición. Persuadió a sus vecinos, *Aner, Escol y Mamré,* a marchar con él. Quienes dependen de la ayuda de Dios deben, no obstante, en tiempo de apuro, echar mano de la ayuda de otros hombres, conforme se lo ofrezca la Providencia; de lo contrario, están tentando a Dios.

IV. Su coraje y la manera como se comportó fueron muy notables. 1. Se necesitaba una gran dosis de bravura en la empresa misma, si consideramos las desventajas que tenía. ¿Qué podía hacer una sola familia de agricultores y pastores contra los ejércitos de cuatro reyes, que venían envalentonados con la victoria conseguida? La religión tiende a hacer a los hombres, no cobardes, sino valientes de verdad. Un verdadero cristiano es un verdadero héroe. 2. También hubo una gran dosis de sagacidad en la gestión de tal empresa. Nótese que la sana sagacidad es un buen amigo, tanto para nuestra seguridad como para nuestra utilidad. Una cabeza de serpiente (con tal que nada tenga que ver con la serpiente antigua) bien puede figurar en el cuerpo de un creyente, especialmente si tiene ojos de paloma (Mt. 10:16).

V. Su éxito fue muy considerable (vv. 15–16). Derrotó a sus enemigos y rescató a sus amigos; y no encontramos que tuviese pérdidas.

1. Rescató a su pariente; dos veces se le llama aquí en el hebreo su *hermano Lot.* El recuerdo del parentesco que les unía, tanto por naturaleza como por gracia, le hizo olvidar el pequeño altercado que habían tenido. Nótese: (A) Debemos estar prestos, siempre que esté en nuestras manos hacerlo, para socorrer y aliviar a los que se encuentran en apuros. (B) Aunque otros no hayan cumplido con su obligación hacia nosotros, no por eso debemos nosotros negarles la obligación que tenemos con ellos. Hay quienes dicen que pueden perdonar a sus enemigos más fácilmente que a sus amigos; pero nosotros debemos sentirnos obligados a perdonar a ambos.

2. Rescató al resto de los cautivos, por amor de Lot, aunque le eran desconocidos y no tenía absolutamente ninguna obligación con ellos. Nótese que, siempre que tengamos oportunidad, debemos hacer el bien a todos.

Versículos 17–20

Este párrafo comienza con la mención de los respetos que el rey de Sodoma ofreció a Abram, pero, antes de referirla en detalle, la Escritura registra brevemente la historia de Melquisedec.

I. Quién era éste. Era *rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo;* y otras cosas gloriosas que se dicen de él (He. 7:1 y ss.): 1. Los escritores rabínicos concluyen que Melquisedec era Sem el hijo de Noé. Pero, ¿por qué habría cambiado su nombre? ¿Y cómo vino a fijar su residencia en Canaán? 2. Muchos

escritores cristianos han pensado que fue una aparición del mismo Hijo de Dios en figura de rey justo, que sale en defensa de una causa justa y da la paz. Piensan que es difícil imaginar un mero hombre de quien pueda decirse que es *sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida* (He. 7:3). 3. La opinión más común es que Melquisedec era un príncipe cananeo que reinó en Salem y conservó allí la verdadera religión; pero si es así, ¿por qué había de aparecer su nombre sólo aquí en toda la historia de Abram? La *Cadena Arábica* da de Melquisedec los siguientes datos: Que era el hijo de Heraclim, hijo de Peleg, hijo de Heber, y que el nombre de su madre era Salatiel, hija de Gomer, hijo de Jafet, el hijo de Noé.

II. Lo que hizo. 1. *Sacó pan y vino,* como refrigerio para Abram y sus soldados y como felicitación por su victoria. Esto lo hizo en cuanto rey. 2. En su calidad de sacerdote del Dios Altísimo, bendijo a Abram, lo que podemos suponer que sería para Abram un refrigerio mayor que el pan y el vino. Así Dios, después de resucitar a su Hijo Jesús le ha enviado a bendecirnos, como quien tiene autoridad; y aquéllos a quienes Él bendice, son benditos de veras.

III. Lo que dijo (vv. 19–20). Dijo dos cosas: 1. Bendijo a Abram de parte de Dios. Observa los títulos que da aquí a Dios, y que son muy gloriosos. (A) *El Dios Altísimo;* (B) *Creador de los cielos y de la tierra, o Dueño,* como dice el hebreo, lo que implica que es el justo Dueño y Soberano Señor de todas las criaturas, por ser el Creador y Hacedor de todas ellas. 2. Bendijo a Dios de parte de Abram (v. 20): y *bendito sea el Dios Altísimo.*

IV. Lo que le fue hecho: *Le dio Abram los diezmos de todo,* es decir, del botín (He. 7:4). Esto podría considerarse: 1. Como un presente voluntario a Melquisedec, en correspondencia a sus señales de respeto. 2. Como ofrenda prometida y dedicada al Dios Altísimo y, por ello, puesta en manos de Melquisedec, su sacerdote. Notemos: (A) Cuando hemos recibido de Dios algún señalado favor, está muy en su punto que expresemos nuestra gratitud con algún acto especial de piedad caritativa. (B) El diezmo de lo que Dios nos haya prosperado es una conveniente porción para ponerla aparte para el honor de Dios y el servicio del santuario. (C) Jesucristo, nuestro gran Melquisedec, se merece nuestro homenaje, y que todos y cada uno le reconozcamos como nuestro rey y sacerdote; y no sólo el diezmo de todo, sino todo lo que poseemos debemos ponerlo a sus pies y ofrecérselo.

Versículos 21–24

Relato de lo que pasó entre Abram y el rey de Sodoma.

I. La ofrenda agradecida del rey de Sodoma a Abram (v. 21): *Dame las personas, y toma para ti los bienes o,* como dice el hebreo, *Dame el alma y toma para ti la sustancia.* Aquí le ruega finamente que le conceda las personas, mientras ofrece libremente a Abram los bienes.

II. Abram rechaza generosamente esta oferta. No sólo le entrega las personas, sino que le devuelve todos los bienes también. No quiere quedarse ni *desde un hilo hasta una correa de calzado.*

¿Qué suponen las bellezas y los deleites de los sentidos para quien tiene siempre ante los ojos a Dios y al Cielo?

1. Abram ratifica esta resolución con un solemne juramento. La ceremonia usada en este juramento: *He alzado mi mano.* En un juramento religioso, apelamos al conocimiento que Dios tiene de nuestra veracidad y sinceridad, e imprecamos su ira si juramos en falso, y el *alzar la mano* es un gesto que significa y expresa muy bien ambas cosas.

2. Apoya su rechazo en una buena razón: *Para que no digas: Yo enriquecí a Abram,* lo que supondría un vituperio: (A) A la promesa y al pacto de Dios; (B) a la piedad y caridad de Abram. El pueblo de Dios debe, por su propio crédito, tener mucho cuidado de no hacer nada que parezca ruin y mercenario, o que huela a avaricia y egoísmo.

CAPÍTULO 15

En este capítulo tenemos un solemne convenio entre Dios y Abram con respecto al pacto que había de ser establecido entre ellos. En el capítulo anterior, veíamos a Abram en el llano con reyes; aquí le vemos en la montaña con Dios; y, aunque allí ya parecía grande, aquí parece mucho más grande todavía. El pacto que iba a ser establecido entre Dios y Abram era un pacto de promesas que aquí se detallan. La descendencia prometida y la tierra prometida, algo tan consolador para este gran creyente, son ambas tipo de aquellas dos inestimables bendiciones nuestras: Jesucristo y el Cielo.

Versículo 1

I. El tiempo en que hizo Dios este convenio con Abram. 1. Después de ese famoso acto de caridad generosa que Abram había hecho al rescatar del apuro a sus amigos y vecinos; y eso, *no por precio ni recompensa.* 2. Después de la victoria que había obtenido sobre cuatro reyes.

II. El modo como conversó Dios con Abram, pues tomó a Abram despierto y le otorgó alguna aparición visible de la *Shekibah*, o alguna señal sensible de la presencia de la divina gloria.

III. La benévola seguridad que Dios le dio de su favor hacia él.

1. Le llamó por su nombre: *Abram.* Las buenas palabras de Dios nos hacen mucho bien cuando, por Su Espíritu, nos son dirigidas a nosotros en particular. La palabra dice: *A todos los sedientos* (Is. 55:1); el Espíritu dice: *A ésta persona.*

2. Le previno contra la turbación y la inquietud: *No temas, Abram.* Deja que los pecadores de Sion estén atemorizados, pero tú, Abram, no temas.

3. Le garantizó seguridad y felicidad, para que siempre estuviese: (A) Tan seguro como Dios mismo podía conservarlo: *Yo soy tu escudo*; no sólo el Dios de Israel, sino un Dios para Israel. (B) Tan feliz como Dios mismo podía hacerle: Y *tu galardón sobremanera grande;* no sólo tu galardonador, sino tu galardón. Abram había rehusado generosamente las recompensas que el rey de Sodoma le ofrecía.

Versículos 2–6

La seguridad dada a Abram de una numerosa estirpe que descendería de él.

I. La queja repetida de Abram (vv. 1–2). Esto fue lo que dio ocasión para esta promesa. La gran aflicción que pesaba sobre Abram era la falta de un hijo. Aunque nunca debemos quejarnos *de* Dios, sí que podemos quejarnos *a* Dios, y para un espíritu fatigado y cargado es un alivio el abrirse y derramar su pena ante un amigo fiel y compasivo, como es Dios. La queja de Abram era cuádruple: 1. Que no tenía prole (v. 3). 2. Que no parecía haber esperanza de tenerla, al insinuar esto en ese: *Ando sin hijo* (v. 2), como si dijera: Estoy entrado en años y desciendo ya solitario por la vertiente que lleva al sepulcro. 3. Que sus siervos ocupaban al presente, y llevaban trazas de ocupar en el futuro, el lugar de hijos en su casa (vv. 2–4). 4. Que la carencia de prole constituía para él una pena tan grande, que le quitaba todo el gusto que pudieran proporcionarle sus satisfacciones, como si dijera: Todo eso no supone nada para mí, si me quedo sin hijo. Con todo, podemos suponer que Abram tenía aquí la vista puesta en la simiente prometida y, de este modo, la importunidad de su deseo tenía mucho de recomendable; todo eso no suponía nada para él, si no tenía seguridad de estar relacionado con el Mesías, del cual Dios le había animado ya a mantener la expectación. «Tengo esto y lo otro, pero ¿de qué me servirá todo ello, si ando sin Cristo?»

II. Benévola respuesta de Dios a su queja. 1. Dios le da promesa explícita de un hijo (v. 4): *Ése* que ha nacido en tu casa *no te heredará,* como temes, sino el que saldrá de tus entrañas, *un hijo tuyo será el que te heredará.* 2. Para impresionarle más con esta promesa, le sacó fuera, le mostró las estrellas, y le dijo: Así *será tu descendencia* (v. 5). (A) Tan numerosa; las estrellas parecen ya innumerables a simple vista. Abram temía quedarse sin siquiera un hijo. (B) Tan ilustre, pareciéndose a las estrellas en esplendor. La descendencia de Abram según la carne iba a ser *como el polvo de la tierra* (13:16), pero su descendencia espiritual iba a ser *como las estrellas del cielo,* no sólo numerosa, sino también gloriosa y muy preciosa.

III. La firme creencia de Abram en la promesa que Dios le hacía ahora, y la favorable aceptación que Dios hizo de su fe (v. 6). Véase cómo pondera y engrandece el Apóstol esta fe de Abram y la pone como ejemplo relevante (Ro. 4:19–21). Y *le fue contado*—por Dios—*por justicia;* es decir: sobre esta base fue aceptado por Dios y, como el resto de los patriarcas, por fe *alcanzó testimonio de que era justo* (He. 11:4). Esto es enfatizado en el Nuevo Testamento para probar que somos justificados por la fe sin las obras de la Ley (Ro. 4:6; Gá. 3:6). Todos los creyentes son justificados como lo fue Abram, y fue su fe lo que *le fue contado por justicia;* no que su fe ocupase el lugar de la justicia, sino que su fe fue un acto de justicia y le justificó delante de Dios.

Versículos 7–11

La seguridad dada a Abram de que obtendría la tierra de Canaán por herencia.

I. Dios declara su propósito respecto de ello (v. 7). Quienes estén seguros de tener interés en la simiente prometida no verán ningún motivo para dudar que tienen un título que les da derecho a la tierra prometida. Si Cristo es nuestro, el Cielo es nuestro. Cuando Abram creyó en la primera promesa (v. 6), Dios le explicó y ratificó entonces esto. Tres cosas le recuerda aquí Dios a Abram, para estimularle respecto a la promesa de esta buena tierra:

1. Lo que es Dios en sí mismo: *Yo soy Jehová.* «Yo te la puedo dar, se oponga quien se oponga, aunque sean los hijos de Anac.» Dios nunca promete cosa que no pueda cumplir, como hacen a menudo los hombres.
2. Lo que Dios había hecho por Abram. *Te saqué de Ur de los caldeos.* Los escritores judíos guardan una tradición según la cual Abram fue arrojado a un horno encendido por rehusar rendir culto a los ídolos, y fue milagrosamente librado. Éste fue un favor fundamental, principio de los demás favores, un favor particular a Abram y, por tanto, garantía y anticipo de ulteriores favores
3. Lo que Dios pensaba hacer aún por él: «Te traje aquí *para darte a heredar esta tierra,* no sólo para poseerla, sino para poseerla en herencia, que es lo más hermoso y lo más seguro». El gran designio de Dios en todos sus modos de proceder con los suyos es llevarlos con seguridad al Cielo.

II. Abram desea una señal: *¿En qué conoceré que la he de heredar?* (v. 8). 1. Para fortalecer y afianzar su fe; había creído (v. 6), pero ahora es como si rogara: *Señor, ayúdame* contra *mi incredulidad.* Sí, creía, pero deseaba una señal para atesorarla frente a horas de tentación. 2. Para ratificar la promesa a su posteridad, a fin de que también ellos fuesen inducidos a creer.

III. Dios dirige a Abram para que prepare un sacrificio, e intenta con ello darle una señal, y Abram lo prepara conforme a las instrucciones que recibe (vv. 9–11). Los que han de recibir las seguridades del favor de Dios, y han de ver confirmada su fe, deben atenerse a las ordenanzas instituidas, y esperar tener un encuentro con Dios en ellas. Abram hizo lo que Dios le mandó, aun cuando no sabía cómo aquellas cosas le habrían de servir de señal. No fue ésta la primera vez que Abram hubo de ejercitar una obediencia ciega o, mejor, implícita. Partió los animales por la mitad, conforme a la ceremonia empleada para confirmar pactos (Jer. 34:18–19), pues se dice que *dividieron en dos partes el becerro y pasaron por en medio de ellas.* Mientras Dios difería el aparecerse en el sacrificio, Abram continuó esperando y su expectación iba en aumento con la dilación; *cuando descendían aves de rapiña, Abram las ahuyentaba* (v. 11). Cuando sobre nuestros sacrificios desciendan los vanos pensamientos, como estas aves de rapiña, debemos ahuyentarlos y prestar atención a Dios sin distracciones.

Versículos 12–16

Un descubrimiento pleno y detallado es hecho a Abram acerca de los propósitos de Dios respecto a su descendencia.

I. El tiempo en que vino Dios a él para hacerle esta revelación: *A la caída del sol,* aproximadamente a la hora de la *oblación vespertina.* Dios mantiene, a veces, a los suyos por largo tiempo en espera de las

bendiciones que les tiene destinadas, para probar y afianzar su fe, pero aunque las respuestas a la oración, y el cumplimiento de las promesas, lleguen con lentitud, siempre llegan con seguridad.

II. Los preparativos para esta revelación. 1. *Sobrecogió el sueño a Abram,* no un sueño corriente, causado por el cansancio o la indolencia, sino más bien como un éxtasis. Las puertas de su cuerpo quedaron herméticamente cerradas, a fin de que su alma quedase más concentrada en su interior y actuase con más libertad. 2. Con este sueño, *el terror de una gran oscuridad cayó sobre él.* Esta gran oscuridad, que comportaba consigo terror, estaba destinada: (A) A llenar de santo pavor el espíritu de Abram e investirle de una sagrada reverencia. El santo temor prepara el alma para el gozo santo; el espíritu de esclavitud prepara el camino para el espíritu de adopción. (B) A ser una muestra de los métodos que Dios había de emplear con su descendencia. Iban a encontrarse primero en el horror y la oscuridad de la esclavitud egipcia, y después entrar con gozo en la tierra prometida.

III. La predicción misma. Varias cosas se predicen aquí.

1. El estado de sufrimientos de la descendencia de Abram por largo tiempo (v. 13). Debe saber que la descendencia prometida será una descendencia perseguida. Aquí tenemos:

A) Los detalles de dichos sufrimientos. (a) Serán extranjeros. Así, los herederos del Cielo son antes extranjeros en la tierra. (b) Serán esclavos. Los cananeos servían bajo maldición; los hebreos, bajo bendición. (c) Serán oprimidos; sufrirán mucho. Aquellos a quienes servirán los afligirán (v. Éx. 1:11).

B) La duración de sus sufrimientos—*cuatrocientos años*—. Era mucho tiempo, pero tendría un límite.

2. El juicio sobre los enemigos de la descendencia de Abram: *A la nación a la cual servirán, juzgaré yo* (v. 14). Aunque Dios soporte el que los perseguidores y opresores pisoteen a su pueblo por algún tiempo, sin embargo llegará con certeza el día en que ajustará cuentas con ellos, porque *le llega su día* (Sal. 37:12–13).

3. La liberación de la descendencia de Abram de Egipto. Aquí se predice ese gran acontecimiento: Y *después de esto saldrán con gran riqueza.* Aquí se promete: (A) Que serán enriquecidos. Dios se cuidó, no sólo de que tuvieran una buena tierra a la cual ir, sino también un buen abastecimiento que acarrear consigo.

4. Su feliz establecimiento en Canaán (v. 16). No sólo saldrán de Egipto, sino que *volverán acá,* a esta tierra de Canaán donde tú estás ahora.

5. La muerte pacífica y tranquila de Abram, y su sepelio, antes de que estas cosas sucedan (v. 15). Nótese que los buenos son, a veces, grandemente favorecidos al *ser recogidos de delante de la aflicción* (Is. 57:1). Quede Abram satisfecho con que, por su parte:

A) Vendrá a sus padres en paz. Nótese: (a) Ni los amigos y favoritos del Cielo quedan exentos del golpe de la muerte. (b) Los buenos mueren de buen grado; no son conducidos, ni marchan forzados, sino que *van.* (c) Tras la muerte, vamos a los padres *y a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos* (He. 12:23). Paz exterior, hasta el fin, es prometida a Abram, paz y verdad en sus días, venga lo que venga después (2 R. 20:19); paz con Dios, paz eterna, hay asegurada para toda su descendencia espiritual.

B) *Será sepultado en buena vejez.* No sólo morirá en paz, sino también en honor. La vejez buena es una bendición y una gran oportunidad para ser útil.

Versículos 17–21

I. Es ratificado el pacto (v. 17) y es dada la señal que Abram deseaba.

1. El *horno humeante* significaba la aflicción de su descendencia en Egipto.

2. La *antorcha de fuego* denota el consuelo en esta aflicción; y Dios la mostró a Abram al mismo tiempo que le mostró el horno humeando. (A) La luz denota liberación fuera del horno. (B) La antorcha, dirección en medio del humo. La palabra de Dios sería la luz de ellos (Sal. 119:105); así lo fue para Abram, pues fue una antorcha que brilla en lugar oscuro (2 P. 1:19). (C) El fuego de la antorcha denota la destrucción de sus enemigos que los retuvieron por tanto tiempo en el horno.

3. El paso de estos elementos por entre las piezas era la confirmación del pacto que Dios había hecho ahora con él. Es probable que el horno y la antorcha que pasaron por entre las piezas de los animales, las

quemaran y consumieran, completando así el sacrificio y testificando que Dios lo aceptaba como el de Gedeón (Jue. 6:21). Así esto insinúa: (A) Que los pactos de Dios con el hombre se hacen con sacrificio (Sal. 50:5) por medio de Cristo, que consumó el gran sacrificio; no hay acuerdo sin sacrificio. (B) Que el aceptar Dios nuestros sacrificios espirituales es un anticipo de ulteriores favores.

II. El pacto es repetido y explanado: A *tu descendencia daré esta tierra* (v. 18). Aquí hay

1. Una relación minuciosa de la concesión. Las promesas de Dios son dones de Dios, y como tales han de ser consideradas. La posesión, a su debido tiempo, es tan segura como si ya les fuese otorgada en el tiempo presente. Lo que Dios promete es tan seguro como si estuviese hecho; de ahí que se nos dice: *El que cree en el Hijo, tiene vida eterna* (Jn. 3:36), porque irá al Cielo tan seguro como si ya estuviese allí.
2. Un recuento detallado de cada cosa concedida, como suele hacerse en la concesión de tierras. La tierra concedida se describe aquí en toda su extensión, porque iba a ser un tipo de la herencia celestial, donde hay lugar suficiente: en la casa de nuestro Padre hay muchas mansiones (Jn. 14:2).

CAPÍTULO 16

Agar, una oscura egipcia, es la protagonista del presente capítulo. Es probable que fuese una de las esclavas que el rey de Egipto regaló a Abram (12:16). Acerca de ella, tenemos en este capítulo cuatro cosas: Su matrimonio con Abram, su amo; su mala conducta con Sarai, su dueña; su conversación con el ángel que le salió al encuentro en su huida; y el alumbramiento de un hijo.

Versículos 1–3

Casamiento de Abram con Agar, para que fuese su segunda esposa. Esta costumbre parece haber surgido del deseo desordenado de constituir familias numerosas para poblar el mundo con más rapidez. De cierto que no debe ser así ahora. Cristo ha restaurado este asunto a su primera institución, y hace que la unión matrimonial sea entre un hombre y una mujer solamente.

I. La instigadora de esta unión fue Sarai misma. Es táctica de Satanás el tentarnos por medio de nuestros más próximos y queridos allegados. Habría sido mucho mejor para los intereses de Sarai, si Abram se hubiese atenido a la promesa de Dios, y no a los insensatos proyectos de ella.

II. El pretexto para ello fue la esterilidad de Sarai. Éste fue el argumento que empleó para hacer que Abram se casase con la esclava; y él se dejó convencer por esa razón para llevar a cabo el matrimonio.

Tenemos motivos para pensar que el consentimiento de Abram a la propuesta de Sarai se debió a un intenso deseo de la prometida descendencia, a la que había de estar vinculado el pacto. Dios le había dicho que su heredero sería un hijo salido de su cuerpo, pero todavía no le había dicho que sería un hijo de Sarai; así que pensó: «¿Por qué no de Agar, puesto que Sarai misma lo ha propuesto?» La sabiduría de la carne, al adelantarse al tiempo de la misericordia de Dios, nos pone también fuera del camino de Dios. Esto podría evitarse felizmente, si pidiésemos consejo a Dios por medio de la Palabra y de la oración, antes de lanzarnos a decisiones presuntuosas y sospechosas.

Versículos 4–6

Las malas e inmediatas consecuencias del desdichado matrimonio de Abram. Rápidamente causó grandes daños. Cuando no obramos bien, tanto el pecado como la desazón llaman a la puerta. Veámoslo en este relato.

I. Sarai es despreciada y, por ende, provocada al resentimiento (v. 4). 1. Agar piensa ser mejor mujer que Sarai, más favorecida del Cielo y con mucha probabilidad de ser más amada de Abram; de ahí que no esté dispuesta a someterse como lo ha hecho hasta ahora. 2. Justamente sufrimos a manos de aquellos con

quienes hemos condescendido pecaminosamente, y es cosa justa que Dios haga ser instrumentos de nuestro tormento a quienes nosotros hemos hecho instrumentos de nuestro pecado.

II. Sobre Abram caen las quejas, y no se encuentra cómodo mientras Sarai continúa con su mal humor, echándole a él la culpa injustamente (v. 5). 1. Temerariamente apela a Dios en este caso: *Jehová entre ti y mí;* como si Abram hubiese rehusado hacerle justicia. Cuando la pasión reina, la razón se va de casa, y ni se la oye ni se le habla. 2. No siempre tienen razón los que levantan más la voz y se adelantan a apelar a Dios. Las imprecaciones atrevidas y precipitadas suelen ser señal evidente de culpabilidad y de causas perdidas.

III. Agar es afligida y echada de casa (v. 6). Ella misma fue la primera en provocar, al despreciar a su dueña.

Versículos 7–9

La primera mención que tenemos en la Escritura de la aparición de un ángel.

I. Cómo la detuvo el ángel en su huida (v. 7). 1. Ella había emprendido viaje con rumbo a su país nativo, a Egipto. Bien estaría que las aflicciones nos hicieran pensar en nuestra casa. Pero Agar estaba ahora fuera del camino del deber, y extraviándose más todavía. 2. Dios tolera que los que se salen del camino anden errantes por algún tiempo, para que cuando se den cuenta de su insensatez, estén mejor dispuestos a regresar. Agar no fue detenida hasta que no estuvo en el desierto. Dios nos lleva al desierto, y allí nos habla al corazón (Os. 2:14).

II. Cómo la interrogó (v. 8). Obsérvese:

1. La llamó *Agar, sierva de Sarai.* Aunque era mujer de Abram, sin embargo Él la llama *sierva de Sarai,* para humillarla. Nótese que, aunque la educación nos enseña a llamar a otros por los títulos más altos que poseen, sin embargo la humildad y la sabiduría nos enseñan a llamarnos a nosotros mismos por los más bajos. La sierva de Sarai debía estar en la tienda de Sarai, y no vagando por el desierto y haciendo el haragán junto a una fuente.
2. Las preguntas que el ángel le hizo eran muy apropiadas y puestas en razón. (A) *«¿De dónde vienes tú?»* Date cuenta de que estás huyendo de tu deber. (B) *«¿Adónde vas?»* Estás huyendo hacia el pecado, a Egipto, y hacia el peligro, en el desierto. Nótese que los que están abandonando a Dios y a sus deberes, harían bien en recordar, no sólo *de dónde han caído,* sino *adónde están cayendo.*
3. Su respuesta fue honesta, con una confesión sincera: *Huyo de delante de Sarai, mi señora.*
4. Cómo la hizo volver, dándole un consejo apropiado y compasivo: *«Vuélvete a tu señora, y ponte sumisa bajo su mano»* (v. 9).

Versículos 10–14

Podemos suponer que, habiéndole dado el ángel el buen consejo (v. 9) de *volverse a su señora,* ella prometió inmediatamente hacerlo así, y comenzó a volver a casa; y entonces el ángel continuó animándola con la seguridad de la misericordia que Dios tenía reservada para ella y para su descendencia; porque Dios sale con misericordia al encuentro de los que se vuelven a su deber. *Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado.* (Sal. 32:5.)

I. Para su consuelo en el presente apuro, el ángel le añade una predicción concerniente a su posteridad. Nótese que es un gran consuelo para las mujeres encinta el pensar que están bajo el particular conocimiento y cuidado de la divina Providencia. Ahora: 1. El ángel le asegura que tendrá un parto feliz, y de un *hijo,* que es lo que Abram deseaba. Dio a luz felizmente, no sólo por providencia, sino también por promesa. 2. Pone nombre al niño, lo cual era un honor, tanto para ella como para el niño: *Llamarás su nombre Ismael,* esto es: «Dios oirá»; la razón es, *porque Jehová ha oído tu aflicción.* Aun allí donde hay poco clamor de devoción, el Dios de compasión escucha a veces benignamente el clamor de aflicción. Las lágrimas hablan tan bien como las oraciones. 3. Le promete una numerosa descendencia (v. 10). Los árabes se tienen por descendientes de Ismael. Y son un pueblo muy numeroso. 4. Le declara el carácter

del niño que va a dar a luz. Será *hombre fiero o,* como dice el hebreo, *asno salvaje de hombre,* fiero y osado, rebelde, indolente y traicionero. *Su mano será contra todos*—éste es su *pecado—; y la mano de todos contra él*—éste es su *castigo*—. Nótese que los que tienen espíritus turbulentos, suelen tener vidas tormentosas. Con todo, vivirá a salvo. Nótese que muchos que, por su imprudencia, están expuestos a constantes peligros, son extrañamente preservados, aun así, por la divina Providencia, siendo Dios para ellos mucho mejor de lo que se merecen.

II. La piadosa reflexión de Agar sobre esta benigna aparición de Dios a ella (vv. 13–14). Presta atención a lo que dice:

1. Su respetuosa adoración de la omnisciencia y de la providencia de Dios, con aplicación de estos atributos divinos a sí misma: *Tú eres Dios que ve* o, como dice el hebreo, *de ver;* éste sería, para ella, el nombre de Dios por siempre. *Dios es* (como lo expresaban los antiguos) *todo ojo*. Él, que todo lo ve, me ve a mí; como dice David: *Oh Jehová, tú me has escrutado y me conoces* (Sal. 139:1). Para un arrepentido, como Agar es una expresión muy propia: «Tú ves la sinceridad y seriedad de mi conversión y de mi arrepentimiento».
2. Su humilde admiración del favor de Dios hacia ella: *¿No he visto también aquí al que me ve?* Probablemente no sabía quién era el que hablaba con ella hasta que él se marchó y entonces ella se apercibió de él con una reflexión semejante a la de los dos discípulos de Emaús (Lc. 24:31–32). ¿No sólo en la tienda de Abram y en su altar, sino también *aquí*, en este desierto? ¿Aquí, donde nunca lo esperaba, donde yo estaba fuera del camino de mi deber? *Señor, cómo es que …* (Jn. 14:22).

III. El nombre que ella dio a este lugar: *Beer-lahay-roí = Pozo del que vive y me ve* (v. 14). Éste fue el lugar en que el Dios de la gloria manifestó su especial cuidado por una pobre mujer en apuros …

Versículos 15–16

Relato de lo que pasó después que Agar hizo como le mandó el ángel, volviéndose a su señora. Cuando se le cumplió el tiempo, dio a luz a su hijo.

CAPÍTULO 17

Este capítulo contiene elementos del acuerdo pactado y concluido entre el Padre de las misericordias, por una parte, y Abram, el padre de los creyentes, por otra. Abram es llamado, por consiguiente, «el amigo de Dios», no sólo porque era el hombre de su consejo, sino porque era el hombre de su pacto; en ambas cosas tenía la exclusiva con Dios. Ya se hizo mención de este pacto (15:18), pero ahora es cuando se le da forma de pacto. Datos notables son: el cambio de nombre de Abram, la introducción de la circuncisión como señal del pacto, y la promesa de que tendría también un hijo de Sarai, a la cual, en prenda de ello, se le cambia también el nombre. El capítulo se cierra con la circuncisión de Abram y de todos los varones de su familia.

Versículos 1–3

I. El tiempo en que Dios hizo esta benévola visita a Abram: trece años cumplidos desde el nacimiento de Ismael. Hay consuelos especiales que no son el pan de cada día ni siquiera para los mejores hombres de Dios, pero ellos son favorecidos con dichos consuelos de vez en cuando. De este lado de la tumba, disfrutan de suficiente alimento, pero no gozan de un banquete continuo. Así pasó con esta larga dilación de la promesa de Isaac. Quizá fuese esto un correctivo para la precipitación de Abram en casarse con Agar.

II. El modo como Dios hizo este pacto con él: *Se le apareció Jehová,* en la *Shekibah,* con algún visible despliegue de la presencia gloriosa de Dios, dirigida particularmente a él.

III. La postura que Abram adoptó en esta ocasión: *Abram se postró sobre su rostro* (v. 3). 1. Como quien estaba sobrecogido por el resplandor de la gloria divina. 2. Como quien estaba avergonzado de sí mismo y abochornado al pensar en los honores que se le hacían, siendo él tan indigno.

IV. El objetivo general y compendio del pacto establecido como fundamento sobre el que lo demás fue edificado, y que no es otro que el pacto de gracia aún vigente con todos los creyentes en Jesucristo (v. 1).

1. Lo que podemos esperar que Dios sea para nosotros: *Yo soy el Dios Todopoderoso* o, mejor, *el Dios Todosuficiente* (hebreo: *El-Shadday*) (v. 1). Con este nombre prefirió darse a conocer a Abram más bien que con su nombre *Jehová* (Éx. 6:3). Lo usó también con Jacob (35:11). Y ellos lo llamaron con este nombre (28:3; 43:14; 48:3). Después de Moisés, se usa más frecuentemente *Jehová,* y este otro muy raras veces; nos habla del poder omnímodo de Dios, ya sea: (A) Como vindicador, o (B) como bienhechor. Efectivamente, es un Dios Todosuficiente y Todonecesario; con Él, nada es necesario; sin Él, nada es suficiente.

2. Lo que Dios requiere que seamos para Él. El pacto, en este sentido, es mutuo: *Anda delante de mí, y sé perfecto.* Obsérvese: (A) Que ser religioso es andar delante de Dios en nuestra integridad. Es estar *interiormente con Él* en todas las obligaciones pertinentes al culto, porque en ellas andamos especialmente delante de Dios (1 S. 2:30). No hay otra religión que la sinceridad en la creencia y en la vida. (B) Que un correcto caminar con Dios es la condición de nuestro interés en su todosuficiencia.

Versículos 4–6

El pacto de gracia es un pacto que Dios hace de su propia iniciativa (*a mi pacto*»—vv. 2, 4, 7, 10); ésta es su gloria, y ésta debe ser también la nuestra.

I. Se le promete a Abram que será *padre de muchedumbre de gentes;* esto es:

1. Que su descendencia según la carne será muy numerosa. 2. Que todos los creyentes de todas las edades serán considerados como su descendencia espiritual, y así será llamado, no sólo *el amigo de Dios,* sino *el padre de los creyentes.*

II. En prenda de esto le fue cambiado el nombre de *Abram, padre excelso,* a *Abraham, padre de muchedumbre.* Esto era: 1. Para honrarle. 2. Para animarle y confirmar su fe.

Versículos 7–14

I. La continuación del pacto, insinuada en tres cosas: 1. Es establecido; no será alterado ni revocado. 2. Es vinculado; es un pacto, no sólo con Abraham, sino también con su descendencia después de él, y no sólo con su descendencia según la carne, sino con su descendencia espiritual. 3. Es perpetuo en su sentido y significado evangélico. El pacto de gracia es perpetuo.

II. El contenido del pacto: es un pacto de promesas. Aquí hay dos que son verdaderamente todosuficientes: 1. Que Dios será el Dios de ellos (vv. 7–8). Lo que es Dios en sí mismo, eso será para su pueblo: su sabiduría será de ellos, para guiarles y aconsejarles; su poder será de ellos, para protegerles y sostenerles; su bondad será de ellos, para proporcionarles sustento consuelo y apoyo. 2. Que Canaán será su posesión perpetua (v. 8). Y debe considerarse a esta tierra como el tipo de la felicidad celestial, el reposo perpetuo que todavía le queda al pueblo de Dios (He. 4:9). Se dice aquí que Canaán es la tierra en que Abraham fue un extranjero y el Canaán celestial es la tierra de la cual todavía somos extranjeros, porque todavía no se ha manifestado lo que seremos (1 Jn. 3:2).

III. La señal del pacto, que es la circuncisión, por causa de la cual el pacto mismo es llamado *pacto de circuncisión* (Hch. 7:8). Es llamado *señal y sello* (Ro. 4:11), porque era: 1. Una confirmación a Abraham y a su simiente de las promesas que eran la parte de Dios en el pacto. (A) La circuncisión era una ordenanza sangrienta; porque todas las cosas, según la ley, eran purificadas con sangre (He. 9:22; v. Éx. 24:8). Pero, una vez derramada la sangre de Cristo, todas las ordenanzas sangrientas han quedado

abolidas. (B) Era sólo para los varones, aunque las mujeres estaban también incluidas en el pacto, porque el hombre es cabeza de la mujer. (C) Era la piel del prepucio la que se cortaba, ya que el pecado se propaga mediante la ordinaria generación. Como Cristo no se había ofrecido todavía por nosotros, Dios quería que el hombre entrase en el pacto mediante el ofrecimiento de alguna parte de su cuerpo. Es una parte oculta de su cuerpo, porque la verdadera circuncisión es la del corazón (1 Co. 12:23–24). (D) La ordenanza había de ser administrada a los niños cuando tenían ocho días. (E) Los hijos de los extranjeros, cuyo cabeza de familia era el dueño de la casa, tenían también que ser circuncidados (vv. 12–13), lo cual era una medida favorable para los gentiles, quienes a su debido tiempo habían de ser introducidos, por fe, en la familia de Abraham (v. Gá. 3:14.) (F) El desprecio de la circuncisión era un desprecio del pacto; si los padres no circuncidaban a sus hijos, se exponían al castigo, como le pasó a Moisés (Éx. 4:24–25).

Versículos 15–22

I. La promesa hecha a Abraham de tener un hijo de Sarai pues también ella *vendrá a ser madre de naciones; reyes de pueblos vendrán de ella* (v. 16). Nótese que: 1. Dios revela gradualmente a su pueblo sus propósitos de buena voluntad. Dios había dicho mucho antes a Abram que tendría un hijo, pero nunca hasta ahora que tendría un hijo de *Sarai.* 2. La bendición del Señor produce fertilidad y no le añade tristeza, al menos no la tristeza que hubo en el caso de Agar. 3. El gobierno y el orden del Estado son un gran bien para la Iglesia. Se promete aquí que no sólo *pueblos* sino *reyes de pueblos* vendrán de ella; no una chusma acéfala, sino una sociedad bien organizada y bien gobernada.

II. La ratificación de esta promesa fue el cambio del nombre de *Sarai* en *Sara* (v. 15). *Sarai* significa *mi princesa;* como si su honor estuviese confinado a una sola familia. *Sara* significa simplemente *princesa*—a saber, de *muchedumbres.*

III. El gozo y la gratitud con que Abraham acogió esta benévola promesa (v. 17). En esta ocasión manifestó: 1. Gran humildad: *Se postró sobre su rostro.* 2. Gran gozo: Y *se rió.* Fue una risa de gozo, no de incredulidad. Hay el gozo de la fe, como hay el gozo del disfrute. 3. Gran admiración: *¡A hombre de cien años le ha de nacer hijo!*

IV. Oración de Abraham por Ismael: *¡Ojalá Ismael viva delante de ti!* (v. 18). Esto lo dice, no como deseando que Ismael sea preferido al hijo que ha de tener de Sara, sino por miedo de que sea abandonado y desamparado de Dios. Aunque no debemos dar leyes a Dios, sin embargo Él nos permite, en oración, sentirnos humildemente libres con Él, y especialmente presentar delante de Él nuestras peticiones (Fil. 4:6). Es deber de los padres orar por sus hijos, por todos sus hijos, como Job, que ofrecía holocaustos según el número de todos ellos (Job 1:5). Lo mejor que podemos desear de Dios para nuestros hijos es que vivan delante de Él, esto es, que lleguen a ser partícipes del pacto con Él, y obtengan de Dios gracia para andar en integridad.

V. Respuesta de Dios a su oración; es una respuesta de paz.

1. Se le aseguran a Ismael bendiciones generales (v. 20): *Y en cuanto a Ismael,* de quien tan preocupado estás *también te he oído;* hallará favor en atención a ti: *he aquí que le bendeciré.* Su posteridad será numerosa: *le haré fructificar y multiplicar mucho en gran manera,* más que a sus vecinos. Su posteridad será prócer *doce príncipes engendrará.*

2. Las bendiciones del pacto son reservadas para Isaac, y le son otorgadas en propiedad (vv. 19, 21). (A) Dios le repite la promesa de tener un hijo de Sara. (B) Pone nombre a este niño—le llama *Isaac, risa,* porque Abraham se rió y se alegró en su espíritu cuando le fue prometido este hijo—. Los favores que Dios nos ha prometido serán a su debido tiempo nuestro gozo sobreabundante. Cristo será el gozo de los que le esperan. (C) Vincula el pacto a este niño.

Versículos 23–27

La obediencia de Abraham a la ley de la circuncisión. Se circuncidó él y toda su familia, recibiendo así la señal del pacto y distinguiéndose así de otras familias, que no tenían arte ni parte en este asunto. 1.

Fue una obediencia implícita. 2. Fue una obediencia rápida: *en aquel mismo día* (vv. 23, 26). La obediencia sincera no se anda con dilaciones (Sal. 119:60). 3. Fue una obediencia universal: No se eximió a sí mismo, al circuncidar a su familia, sino que se puso a sí mismo por ejemplo. Como Ismael obtiene bendición, también es circuncidado.

CAPÍTULO 18

En este capítulo tenemos otra entrevista entre Dios y Abraham. Lo más relevante es la comunicación que Dios le hace en cuanto a su ira con respecto a Sodoma, por lo que decide destruirla. Concluye con la intercesión de Abraham por la ciudad.

Versículos 1–8

Esta aparición de Dios a Abraham parece haber comportado mucha libertad y familiaridad y, por tanto, se asemeja a aquella gran visita que nos hizo el Verbo cuando se hizo carne y apareció como uno de nosotros.

I. Cómo Abraham estaba a la expectativa de extranjeros, y cuán ricamente fueron recompensadas estas expectaciones (v. 1). Dios bendice con sus visitas a aquellos en quienes primeramente ha suscitado expectación por Él. Los que han estado deseosos de hospedar extranjeros han tenido el inefable honor y la gran satisfacción de hospedar ángeles. Mientras no encontremos motivo para sospechar algo malo, el amor nos enseña a esperar lo bueno y a mostrar amabilidad de acuerdo con ello. Es mejor dar de comer a cinco zánganos o avispas, que dejar morir de hambre a una sola abeja.

II. Cómo hospedó Abraham a aquellos extranjeros, y cuán amablemente fue aceptado su hospedaje. Olvidando su edad y pesadez, *salió corriendo de la puerta de su tienda a recibirlos* del modo más persuasivo y con la mayor cortesía. La religión no destruye, sino que mejora las buenas maneras y nos enseña a honrar a todos (1 P. 2:17). A los que Dios ha bendecido con muchos bienes, les sienta bien ser generosos y magnánimos. Su hospedaje, además de ser muy cortés, fue llano y casero. Su comedor fue una enramada debajo de un árbol. Su menú fue uno o dos buenos trozos de becerro y algunos panes cocidos debajo del rescoldo. Nada de golosinas, sino alimento bueno, sencillo y sano, aunque Abraham era muy rico y sus huéspedes muy honorables. Él y su esposa estaban muy atareados en obsequiar a sus huéspedes con lo mejor que tenían. Sara hace de cocinera y panadera; Abraham mete prisa a Sara (*«Toma pronto …»,* v. 6), corre él mismo a la vacada para tomar el becerro (v. 7), trae la mantequilla y la leche (v. 8), y no tiene a menos el quedarse de pie junto a la mesa, como obsequioso servidor de sus huéspedes. La amistad cordial condesciende con todo, menos con el pecado. Cristo mismo nos enseñó a lavarnos mutuamente los pies en amor y humildad.

Versículos 9–15

Estos huéspedes celestiales recompensan la amabilidad de Abraham. Recibe ángeles y tiene galardón de ángeles, un benigno mensaje de parte de Dios (Mt. 10:41).

I. Tienen interés en que Sara pueda oír lo que dicen. Las mujeres no se sentaban a la mesa con los hombres, al menos no con extraños, sino que se retiraban a sus propias habitaciones; por eso, Sara no está presente; pero no debe estar tan lejos que no pueda oír: *¿Dónde está Sara tu mujer?*—dicen los ángeles—. *Aquí en la tienda*—responde Abraham—. «¿Dónde, si no va a estar? Está en el lugar donde suele estar». Quienes más probabilidades tienen de recibir de Dios bendiciones y promesas son los que están en su lugar y cumpliendo con su deber (Lc. 2:8).

II. Entonces le es renovada y ratificada la promesa de que tendrían un hijo (v. 10). Nótese que: 1. Las mismas bendiciones que otros obtienen de la providencia ordinaria de Dios, los creyentes las tienen además de la promesa de Dios, lo que acrecienta la calidad y la seguridad de esas bendiciones. 2. Los

descendientes espirituales de Abraham deben a la promesa su vida, su gozo, su esperanza y todas las cosas. Son nacidos de la Palabra de Dios (1 P. 1:23).

III. Sara piensa que estas noticias son demasiado buenas para ser verdaderas y, por ello, no puede aún resolverse a creerlas: *Se rió Sara entre sí (*v. 12), una risa de duda y desconfianza. La gran objeción que Sara no podía remontar era su edad: *«He envejecido, y he sobrepasado el tiempo de tener hijos según el curso de la naturaleza»*. Cuando el ser humano se empeña en tener algo por inverosímil, se pone a veces en contradicción con las promesas de Dios. Es difícil aferrarse a la Causa Primera, cuando las causas segundas parecen enteramente desfavorables.

IV. El ángel la reprende por las inconvenientes expresiones de su desconfianza (vv. 13–14). Dios dio esta reprensión a Sara por medio de su esposo Abraham, pues le dijo: *¿Por qué se ha reído Sara?* (v. 13). Nuestra incredulidad y desconfianza son una gran ofensa al Dios de los cielos. Justamente lleva a mal el que los sentidos exteriores pongan objeciones a sus promesas, como en Lucas 1:18: *¿Hay algo demasiado difícil para Dios?*

V. Los insensatos esfuerzos de Sara por ocultar su falta (v. 15): *Sara negó, diciendo: No me reí.* Dijo esta mentira, *porque tuvo miedo*. Parece como si Sara se retrajera ahora de su desconfianza. Ahora que se percató, por todo el conjunto de circunstancias, de que le habían hecho una promesa de parte de Dios con respecto a ella, dejó a un lado aquellos pensamientos de duda y desconfianza que antes la embargaban. Con todo, hubo en ella un intento culpable de cubrir con una mentira el pecado de desconfianza. El obrar mal es algo vergonzoso, pero es mayor vergüenza el negarlo.

Versículos 16–22

Los mensajeros celestiales habían ya despachado una parte de su quehacer, que era un mensaje de gracia para Abraham y Sara pero ahora tenían ante sí un trabajo de distinta naturaleza. Sodoma tiene que ser destruida.

I. El honor que Abraham tributó a sus huéspedes: *Abraham iba con ellos acompañándolos,* como quien estaba reacio a desprenderse de tan buena compañía, y deseoso de tributarles sus mayores respetos.

II. El honor que ellos le tributaron a él, porque Dios honra a los que le honran. Dios comunicó a Abraham su intención de destruir Sodoma.

1. Pero: ¿por qué tiene que pertenecer Abraham al consejo privado de Dios? Los judíos sugieren que, como Dios había otorgado la tierra de Canaán a Abraham y a su descendencia por eso no quería destruir estas ciudades que eran parte de aquella tierra sin el conocimiento y el consentimiento de Abraham. Pero Dios da aquí otras dos razones:

A) Abraham debe saberlo, porque es un amigo favorito. Los que viven por fe una vida de comunión con Dios, es natural que conozcan de los planes de Dios más que otras personas. Tienen mayor penetración que otros acerca de lo presente (Os. 14:9; Sal. 107:43), y mayor previsión de lo por venir.

B) Abraham ha de saberlo, para que instruya a su familia. Quienes esperan bendiciones familiares deben tomar conciencia de los deberes familiares. Si nuestros hijos han de ser del Señor, deben ser nutridos y criados por Él; si visten su librea, han de ser entrenados en su obra. Abraham tomó a pecho el encargarse de promover en su familia la religión práctica. No les llenó la cabeza con materias de sutil especulación o de dudosa aceptación, sino que les enseñó, a *guardar los caminos de Dios, y hacer juicio y justicia,* esto es, a ser seriamente devotos en el culto a Dios, y sinceramente honestos en su trato con los hombres. Abraham ponía todo su empeño en que su familia, a ejemplo suyo, guardase los caminos del Señor, para que floreciese la religión en su familia, cuando él estuviese ya en el sepulcro.

2. La conversación amistosa de Dios con Abraham. Le habla de las evidencias que hay contra Sodoma. Algunos pecados, y los pecados de algunos pecadores, claman muy alto al Cielo por venganza. Los hombres tienden a sugerir que los caminos de Dios no son equitativos, pero sepan que sus juicios son el resultado de un consejo eterno, y nunca resoluciones tomadas precipitadamente y a la ligera. Quizás el decreto de que aquí se habla no era todavía perentorio, a fin de dar a Abraham espacio y estímulo para interceder por ellos. Así Dios miró por ver si había alguien que intercediese (Is. 59:16).

Versículos 23–33

La comunión con Dios se conserva por medio de la palabra y la oración. En la Palabra, nos habla Dios, en la oración, le hablamos a Él. Dios había revelado a Abraham sus propósitos con respecto a Sodoma, ahora Abraham toma pie de esta revelación para hablarle a Dios en favor de Sodoma. Nótese que la Palabra de Dios nos hace bien cuando nos proporciona materia para la oración y nos anima a ella.

I. La solemnidad de la alocución que Abraham dirige a Dios en esta ocasión: *Se acercó Abraham* (v. 23). Esta expresión insinúa: 1. Un santo interés: *Puso su corazón* (es decir, se jugó la vida) para acercarse a Dios (Jer. 30:21; hebreo). 2. Una santa confianza: Se acercó *con seguridad de fe.*

II. El objetivo general de esta oración. Es la primera oración solemne, registrada en la Biblia; y es una oración para que se perdone a Sodoma. Aun cuando se ha de odiar el pecado, se ha de tener compasión de los pecadores y hay que orar por ellos. Dios no se complace en su muerte, así que nosotros no hemos de desear, sino lamentar, el lastimoso día que les espera. 1. Comienza con una plegaria para que queden exentos del castigo los justos que se hallen entre ellos, con la vista puesta especialmente en su sobrino Lot. 2. Da un paso más, y pide que perdone a todos por amor a los justos que haya entre ellos; Dios mismo da su aquiescencia a esta demanda.

III. Consideremos las grandes cualidades, gracias de Dios al fin, que resplandecen en esta oración:

1. Una gran fe; y es precisamente la oración de fe la que tiene un valor eficaz (Stg. 5:15–16). (A) Nótese: (a) Que los justos están mezclados con los malvados en este mundo. Entre los mejores hay, de ordinario, algunos malos; y entre los peores, algunos buenos; incluso en Sodoma, hay un Lot. (b) Aun cuando los justos estén entre los malvados, sin embargo Dios no destruirá a los justos con los malvados.

A) Que los justos no serán *como los impíos* (v. 25). Aunque sufran *con* ellos, no sufren *como* ellos.

2. Una gran humildad. (A) Un profundo sentido de su propia indignidad (v. 27): *He aquí ahora que he comenzado a hablar a mi Señor, aunque soy polvo y ceniza;* y de nuevo en el versículo 31 habla como si estuviese asombrado de su propia osadía. Nótese que el acceso que tenemos al trono de la gracia, y la libertad de palabra que se nos permite, son materia de humilde asombro (2 S. 7:18).

B) Un tremendo temor de desagradar a Dios. Pero Aquel con quien tenemos que tratar es *Dios y no hombre;* y, aunque parezca airado, no está realmente *indignado con las oraciones de los justos* (Sal. 80:4), porque *son su delicia* (Pr. 15:8), y le agrada que se luche con Él en oración.

3. Una gran caridad. (A) Una opinión caritativa del carácter de Sodoma; aun siendo tan malos, él pensó que habría allí unas cuantas buenas personas. Nos va muy bien el esperar lo mejor aun en los peores lugares. De los dos extremos, es preferible equivocarse por ese lado. (B) Un deseo caritativo del bienestar de Sodoma; puso todo su interés ante el trono de la gracia para alcanzar misericordia en favor de ellos.

4. Un gran atrevimiento y una confianza absoluta: *Quizá haya cincuenta justos* (v. 24). Una y otra vez fue arrancando a Dios mayores concesiones.

IV. El éxito de su oración. La buena voluntad universal de Dios se echa de ver en que consintió en perdonar a los impíos por amor a los justos. Nótese qué gran bendición son los buenos para cualquier lugar. El favor especial que dispensó a Abraham se manifestó en que no dejó de conceder hasta que Abraham dejó de pedir. Tal es el poder de la oración.

CAPÍTULO 19

El contenido de este capítulo es el relato de la destrucción de Sodoma, y el rescate de Lot de tal ruina. En el capítulo 18 veíamos la venida del Señor a echar un vistazo al actual estado de Sodoma. Aquí vemos el resultado de dicha investigación. Termina con el gran pecado de incesto de Lot y sus hijas.

Versículos 1–3

1. Sólo había un hombre bueno en Sodoma, y los mensajeros celestiales lo encontraron pronto. 2. Lot se distinguía suficientemente, en este tiempo, de sus conciudadanos lo cual le marcaba señaladamente entre todos los demás. (A) Lot estaba sentado a la puerta de Sodoma a la caída de la tarde. (B) Era hospedador, como su tío Abraham, y muy generoso en sus invitaciones para acoger a otros en su casa. Así pues salió a recibir cortésmente a estos extranjeros, y les acogió de la mejor manera posible y con lo mejor que tenía de mesa y lecho, dándoles de su sinceridad las mayores evidencias. Cuando los ángeles aceptaron su invitación, les trató opíparamente. Nótese que los hijos de Dios deben ser (con prudencia) personas generosas.

Versículos 4–11

El clamor de Sodoma no era tan fuerte como la causa que lo provocaba.

I. Todos ellos eran impíos (v. 4). Su maldad se había hecho general, pues todos consentían unánimemente en cualquier propósito malvado.

II. Habían llegado al punto más alto de su maldad. Eran *malos y pecadores contra Jehová en gran manera* (13:13), porque: 1. Estaban esclavizados por la perversidad más antinatural y abominable, un pecado que todavía lleva el nombre de ellos: *sodomía* (homosexualidad). Quienes pecan desvergonzadamente suelen permanecer impenitentes en su pecado, hasta que éste los arruina. Los que *ni aun saben lo que es sonrojarse* (Jer. 6:15), tienen de cierto el corazón muy duro. 2. Cuando se interpuso Lot con toda la mansedumbre imaginable, para ver de calmar el furor y el ardor de su concupiscencia, se volvieron todavía más insolentes y fieros contra él. Tan descompuesto quedó Lot con la vileza de su intento, que injusta e imprudentemente les ofreció en prostitución sus dos hijas (v. 8). Es cierto que, entre dos males, debemos escoger el menor, pero entre dos pecados, no debemos escoger ninguno, ni debemos Jamás hacer el mal para que resulte un bien. Ellos le amenazaron y le hicieron violencia.

III. Ninguna otra cosa sino el poder de un ángel pudo salvar a un hombre bueno de las manos de aquellos impíos. 1. Rescataron a Lot (v. 10). Incluso en la muerte, los santos son arrebatados, como Lot, a una casa de perfecta seguridad, y así se les cierra para siempre la puerta a los que les persiguen. 2. Castigaron la insolencia de los sodomitas: *Hirieron con ceguera desde el menor hasta el mayor* (v. 11). Con todo, estos sodomitas, aun después de haber sido cegados, continuaban buscando la puerta para echarla abajo, hasta que estuvieron rendidos de fatiga. No hay castigo que, por sí mismo, pueda cambiar la naturaleza corrompida y los perversos planes de los impíos. Si sus mentes no hubiesen estado tan cegadas como sus cuerpos, habrían dicho, como los magos de Egipto: *Este es el dedo de Dios* (Éx. 8:19), y se habrían sometido.

Versículos 12–14

Los ángeles preparan la liberación de Lot.

I. Se le hace saber la inminencia de la destrucción de Sodoma: *Vamos a destruir este lugar* (v. 13).

II. Se le dice que avise a sus amigos y familiares para que ellos, si quieren, puedan salvarse con él (v. 12). 1. Que quienes, por la gracia de Dios, han sido liberados de la esclavitud del pecado, deben hacer cuanto puedan para liberar a otros, especialmente a sus parientes. 2. Oferta de un gran favor. Le preguntan cuántos parientes tiene allí, para que puedan salvarse con él sin preguntar si son malos o buenos. Nótese que, muchas veces, los malos disfrutan de bendiciones en este mundo en atención a sus parientes buenos. Resulta bien ser pariente de un hombre piadoso.

III. De acuerdo con las instrucciones de los ángeles, Lot advierte a sus yernos (v. 14). Obsérvese: 1. La amable invitación que Lot les hizo: *Levantaos, salid de este lugar*. 2. La poca atención que ellos pusieron en las palabras de Lot: *Pareció a sus yernos como que se burlaba.* Quizás pensaron que el asalto que acababan de hacer los sodomitas contra su casa le había perturbado las facultades mentales. Con la vida tan alegre que llevaban, y acostumbrados a bromearse de todo, tomaron también a broma su advertencia y perecieron así en la ruina de la ciudad.

Versículos 15–23

I. El rescate de Lot fuera de Sodoma (Ez. 14:14). A la mañana temprano, sus huéspedes, por amor a él, le sacaron de casa y a su familia con él (v. 15).

1. Con qué benigna violencia fue sacado Lot de Sodoma (v. 16). Parece ser que no se dio tanta prisa como el caso requería. Podía haberle sido fatal, si no le hubieran *asido de la mano* los ángeles y le hubiesen *sacado de allí,* salvándolo con temor (Jud. 23). La salvación de los hombres más justos debe ser atribuida a la misericordia de Dios, no a sus propios méritos. *Somos salvos por gracia* (Ef. 2:8).

2. Con qué benigna vehemencia le urgieron a escapar cuando lo llevaron ya fuera (v. 17). No debe sentir nostalgia de Sodoma: *No mires tras ti.* No debe perder tiempo por el camino: *Ni pares en toda esta llanura.* No debe detenerse hasta que llegue al lugar del refugio que le ha sido señalado: *Escapa al monte.* Semejantes a estos son los mandatos que se dan a los que, por gracia son liberados de la esclavitud del pecado. (A) No vuelvas al pecado y a Satanás, porque eso es volverse a mirar a Sodoma. (B) No te detengas en ti mismo y en el pecado, porque eso es quedarse en el llano. (C) Refúgiate en Cristo y en el Cielo, porque eso es escapar al monte, y no debemos parar hasta que lo consigamos.

II. Le fijaron un lugar en el que había de refugiarse. Primeramente se le había indicado un monte para que escapase a él, pero: 1. Él pidió que fuese una ciudad de refugio, una de las cinco que están próximas entre sí, llamada *Bela* (14:2, 18–20). Fue una debilidad por parte de Lot pensar en una ciudad de su propia elección como más segura que el monte que Dios le había fijado. Él que le había salvado de mayores males, ¿acaso no podía salvarle de males menores? Él insiste en su petición sobre la pequeñez de la ciudad: *¿No es ella pequeña?* (v. 20). Eso le dio al lugar un nuevo nombre, pues se le llamó *Zoar,* es decir, *pequeña* (v. 22). 2. Dios le concedió lo que pedía, a pesar de la debilidad carnal que la petición entrañaba (vv. 21–22). Véase qué favor otorgó Dios a un verdadero justo, aunque débil. Y Zoar quedó exenta del castigo, en atención a él.

III. La Palabra de Dios hace notar el detalle de que *el sol salía sobre la tierra, cuando Lot llegó a Zoar*, porque cuando una persona buena entra en un lugar, es como si entrara una luz con ella, al menos así debería ser.

Versículos 24–25

Entonces, esto es, después que Lot llegó a Zoar sano y salvo, fue cuando llegó la destrucción a Sodoma; porque los justos son arrebatados del mal que se acerca. *Entonces*, cuando el sol había amanecido claro y brillante, presagiando un día maravilloso, es cuando surgió la tormenta para dar a entender que no procedía de causas naturales. Fue una tormenta sin precedentes y de tal magnitud que no la ha habido después igual. Fue un castigo que dejó todo asolado: *Destruyó las ciudades, y toda aquella llanura, con todos los moradores de aquellas ciudades, y el fruto de la tierra* (v. 25). Fue una ruina completa e irreparable. Aquel fructífero valle ha quedado hasta hoy convertido en un gran lago, o mar muerto. En Números 34:12, se le llama *el Mar Salado.* Tiene unos 48 km. de largo, y unos 16 de ancho; no alberga ningún ser vivo, no es agitado por el viento, despide mal olor y las cosas no se hunden fácilmente en él. Nadar en él es muy fácil, pero peligroso, porque una bocanada de agua puede ser fatal. Los griegos lo llamaban ya *Asfaltites,* por la especie de brea que despide. El Jordán cae en él y allí muere. Fue un castigo muy apropiado para sus pecados. Los que pecaban *yendo en pos de carne diferente* (Jud. 7 griego), fueron destruidos por fuego diferente. La Biblia alude con frecuencia a este castigo, y hace de él un ejemplo de la ruina de Israel (Dt. 29:23), de la de Babilonia (Is. 13:19), de la de Edom (Jer. 49:18), y de la de Moab y Amón (Sof. 2:9).

Versículo 26

Esto también está escrito para nuestra admonición. Nuestro Salvador se refiere a ello en Lucas 17:32: *Acordaos de la mujer de Lot.* Así como por el ejemplo de Sodoma, se advierte a los impíos que se vuelvan de su impiedad, así por el ejemplo de la mujer de Lot, se advierte a los justos a que no se vuelvan de su justicia (v. Ez. 3:18, 20).

I. El pecado de la mujer de Lot: *Miró atrás, a espaldas de él* (v. 26). Así desobedeció un mandamiento expreso. Probablemente tuvo nostalgia de su casa y de los bienes que dejaba en Sodoma, y se sintió remisa en dejarlos. Cristo insinúa que fue éste su pecado (Lc. 17:31–32); también ella tuvo en mucho sus *enseres. Su* mirar atrás evidenciaba una inclinación a volverse atrás y, por eso, nuestro Salvador la usa como una ilustración que nos amonesta contra la apostasía de nuestra profesión cristiana. Hemos renunciado al mundo y a la carne, y hemos afirmado nuestro rostro hacia el Cielo; estamos en la llanura, en estado de prueba; y nos enfrentamos a un gran peligro, si nos volvemos hacia los intereses que profesamos haber abandonado.

II. El castigo de la mujer de Lot por su pecado: *Se volvió estatua de sal.* Aunque era un monumento de la misericordia de Dios que la distinguió de sus paisanos liberándola de la destrucción de Sodoma, el Señor no hizo la vista gorda ante su pecado de desobediencia, sino que la convirtió en un monumento de amonestación para todos los que se vuelven *a las cosas de atrás* (Jn. 6:66). Puesto que mirar atrás es algo tan peligroso, extendámonos a lo que está delante, prosiguiendo hacia la meta (Fil. 3:13–14).

Versículos 27–29

I. El piadoso interés de Abraham. *Subió por la mañana* a mirar hacia Sodoma, por ver lo que había ocurrido después de sus oraciones a Dios. Debemos enviar nuestras oraciones como una carta, y luego esperar la respuesta; dirigir nuestras plegarias como flechas, y después mirar si han alcanzado el objetivo (Sal. 5:3).

II. Dios se muestra favorable a Abraham (v. 29). Como anteriormente, cuando oró por Ismael, Dios le oyó en cuanto a Isaac; así también ahora, cuando oró por Sodoma, Dios le oyó por Lot: *Dios se acordó de Abraham* y, en atención a él, *envió fuera a Lot de en medio de la destrucción.* Nótese que Dios, sin duda alguna, dará una respuesta de paz a la oración de fe, a su modo y en su tiempo; aunque, por algún tiempo, parezca haberla olvidado, tarde o temprano se verá claro que la recordaba.

Versículos 30–38

I. La gran dificultad y el gran apuro en que se vio Lot después de su liberación (v. 30). 1. Tuvo miedo de quedarse en Zoar probablemente porque halló que la ciudad era tan perversa como Sodoma, y de ahí concluyó que no había de permanecer por mucho tiempo. Nótese que las residencias y refugios de nuestra propia elección, en los que no seguimos la voluntad de Dios, resultan ordinariamente incómodos. 2. Se sintió constreñido a irse al monte y habitar allí en una cueva. Obsérvese que: (A) Ahora veía con gusto irse al monte, lugar que Dios le había fijado para su refugio. B) El que, no hace mucho, no encontraba en toda la tierra sitio suficiente para sí y para sus pertenencias, sino que tuvo que darse de codazos con Abraham y ausentarse de él cuan lejos pudo, se ve ahora confinado a un agujero en el monte, donde apenas tiene espacio para revolverse, y ahí se encuentra solitario y temblando.

II. El gravísimo pecado del que Lot y sus hijas fueron culpables, cuando se hallaban en este desierto lugar. Es una historia muy triste.

1. Sus hijas tramaron un perverso complot para hacerle pecar y, sin duda, ellas tuvieron la mayor culpa. (A) Hay quienes piensan que su intención era plausible. Su padre no tenía hijos, ellas no tenían marido, ni sabían dónde encontrar quienes fuesen de la santa descendencia y, por otra parte, si se casaban con extraños, los hijos que les naciesen no podrían llevar el nombre de Lot. Pero: (B) Cualquiera que fuese su intención, lo cierto es que su plan era una perversidad y una vileza, y un ultraje descarado a la luz y a la ley de la naturaleza.

2. Lot mismo, por su insensatez e imprevisión, fue miserablemente rendido hasta el punto de tolerar que sus propias hijas le embriagaran por dos noches consecutivas y cometiesen con él el pecado de incesto (vv. 33 ss.) *¡Señor, qué es el hombre!* ¡Lo que son los mejores hombres, cuando Dios los deja de su mano! (A) El peligro de la seguridad. Lot, que se había conservado en Sodoma sobrio y casto, ahora que estaba solo en el monte, fuera de toda tentación según él pensaba, fue sorprendido y derrotado vergonzosamente. Por tanto, quien piense que está firme y alto, *cuide no caiga.* Mientras vivimos en este

mundo, no hay monte que nos pueda poner fuera del alcance de los encendidos dardos de Satanás. (B) El peligro de la ebriedad. No es sólo un pecado en sí misma, sino que es el pasadizo hacia muchos otros pecados; puede, en efecto, conducir a los peores y más antinaturales pecados.

3. Al final, tenemos el relato del nacimiento de los dos hijos (y, a la vez, nietos) de Lot, Moab y Amón, padres de dos naciones vecinas de Israel, de las que leemos con frecuencia en el Antiguo Testamento; ambos juntamente son llamados *los hijos de Lot* (Sal. 83:8).

Por último obsérvese que, tras esto ya no vemos ni una sola palabra acerca de Lot, pero del silenció que la Escritura guarda de él en lo sucesivo, podemos aprender que la ebriedad, que hace a los hombres olvidadizos, también los hace, a los ojos de Dios, olvidados.

CAPÍTULO 20

Volvemos otra vez a la historia de Abraham, no toda ella es referida para honra de él. Los mejores mármoles tienen sus tachas y, si hay manchas en el sol, no podemos esperar cosas perfectas debajo del sol. Es muy de notar que la Escritura es absolutamente imparcial al referir las debilidades aun de los más notables caracteres. Abraham vuelve a negar que Sara sea su mujer, y vuelve a exponerla al peligro, aunque, por la misericordia de Dios, todo sale bien al final.

Versículos 1–2

Abraham se fue de Mamré. No se nos dice cuál fue el motivo de su traslado. Su pecado en negar a su esposa tuvo aquí dos agravantes: 1. Era reincidente en el mismo pecado, del cual ya había sido reprendido. Nótese que los buenos tienen la posibilidad, no sólo de caer en el pecado, sino de recaer en el mismo pecado, a causa del ataque imprevisto y de la fuerza con que la tentación puede asaltarnos, así como a causa de la debilidad de nuestra carne. 2. Sara estaba ahora encinta de Isaac, el hijo de la promesa. Por eso, debió haber tenido ahora un cuidado especial de ella (v. Jue. 13:4).

Versículos 3–7

I. Dios hace saber en sueños a Abimelec el peligro que corre (v. 3)—peligro de *pecado*—advirtiéndole que aquella mujer que ha tomado está casada. Con el pecado, va de la mano el peligro de muerte: *Muerto eres.* Si eres malo, de cierto que eres muerto.

II. Abimelec alega ignorancia de que fuesen otra cosa que hermanos (v. 6). Su corazón no le acusa (1 Jn. 3:21). Si la conciencia testifica de nuestra integridad y no pecamos voluntaria y conscientemente contra Dios, por grande que sea la trampa en que nos hayan hecho caer, podremos regocijarnos en el día malo.

III. Dios da una respuesta completa a lo que él acaba de decir.

1. Admite su apelación a que lo hizo en la integridad de su corazón: Yo *también sé …* (v. 6). Nótese que es motivo de consuelo para los que son honestos saber que Dios conoce su honestidad, y la ha de reconocer públicamente, aunque quizá los hombres que tengan prejuicios contra ellos no estén dispuestos a convencerse de dicha honestidad o no quieran confesar que están convencidos.

2. Le manda hacer una compensación: *Ahora pues,* que ya estás informado, *devuelve la mujer a su marido* (v. 7). Nótese que la ignorancia deja de ser una excusa desde el momento en que tenemos la necesaria información. Si, por ignorancia, hemos tomado un camino falso, salgamos de ese camino tan pronto como nos apercibamos del error (Lv. 5:3–5).

Versículos 8–13

Abimelec, después de ser avisado por Dios en sueños, toma buena nota del aviso y, con verdadero temor del pecado y de sus consecuencias, se levanta temprano para obedecer las órdenes que se le han dado.

I. Informa a todos sus siervos (v. 8).

II. Regaña fuertemente a Abraham.

1. La seria reprimenda de Abimelec a Abraham (vv. 9–10). Su razonamiento con Abraham, en esta ocasión, estuvo lleno de severidad y, al mismo tiempo, de mansedumbre. No pudo haberlo dicho mejor. No le vilipendia ni le insulta; no le dice: «¿Es ésta tu profesión? Ya veo que eres un gran mentiroso. Si así son los profetas, los quiero bien lejos de mi vista», sino que, con toda calma, expone la injuria que Abraham le ha hecho y cuánto lo ha sentido. (A) Llama *«tan grande pecado»*, al que ahora se da cuenta que ha estado a punto de cometer. (B) Confiesa que, si hubiese sido culpable de tal pecado, aun en su ignorancia, tanto él como su reino habrían estado expuestos a la ira de Dios. Nótese que los pecados de los reyes suelen resultar en plagas de sus reinos; por tanto, los reyes deberían temer el pecado en atención a sus súbditos. (C) Acusa a Abraham de hacer lo que no tiene ninguna justificación, al negar su estado de casado. (D) Tiene por injuria grandísima hacia sí y su familia el que Abraham le haya puesto así en peligro de pecar: *«¿En qué pequé yo contra ti?* Si yo hubiese sido tu peor enemigo, no habrías podido hacerme peor mal, ni usar un procedimiento más eficaz para que me vengase yo». (E) Le desafía a que presente algún motivo para sospechar que ellos eran gente peligrosa. «¿Qué razón tienes para pensar que, si hubiésemos sabido que era tu mujer, habrías estado expuesto a ningún peligro por ello?» Nótese que una sospecha sobre nuestra honradez es justamente tenida por mayor afrenta que un desaire a nuestra grandeza.

2. La pobre excusa que presentó Abraham.

A) Apeló a la baja opinión que le merecía el lugar (v. 11): *«Ciertamente no hay temor de Dios en este lugar, y me matarán»*. Hay muchos lugares y personas que tienen más temor de Dios del que nosotros pensamos; quizá no llevan el nombre de nuestra denominación, ni usan nuestros emblemas, no se atienen a las mismas rutinas que a nosotros nos parecen tan importantes y, por ello, concluimos que no tienen temor de Dios en su corazón, con lo cual injuriamos juntamente a Cristo y a los cristianos, y nos hacemos reos del juicio de Dios (Mt. 7:1). La falta de caridad y la sobra de crítica son pecados que, a su vez, causan muchos otros pecados. Los hombres no harían el mal si antes no pensaran mal.

B) Se excusó de la culpa de una mentira manifiesta, diciendo que, al fin y al cabo, también era su hermana (v. 12). Pero los que le oyeron decir: *Es mi hermana*, entendieron que era sólo su hermana, sin pensar por un momento que fuese también su mujer así que fue un equívoco, dicho con clara intención de engañar. Nótese que no hay peores mentiras que las medias verdades; por eso, Satanás nunca es más peligroso que cuando dice la verdad, porque la emplea para cubrir la mentira, como se cubre el anzuelo con el cebo.

C) Finalmente, quiere quedar limpio de la culpa de ultraje contra Abimelec y dice que era su costumbre hacer esto y que su mujer y él habían acordado practicar esta estratagema desde el primer día en que se pusieron a viajar (v. 13).

Versículos 14–18

I. La amabilidad que Abimelec mostró a Abraham, por donde se ve cuán injustos eran los recelos de Abraham. 1. Le da permiso real para habitar en el lugar de su país que le plazca. 2. Le da regalos reales, al devolverle a Sara, en compensación por el mal que había pensado hacer tomándola por mujer. La ley señalaba que, cuando se hiciese restitución, se añadiese algo a lo restituido (Lv. 6:5).

II. La amabilidad, propia de un profeta que Abraham mostró a Abimelec: *Oró a Dios* por él (vv. 17–18). Dios curó a María, cuando Moisés, al que ella había afrentado, oró por ella (Nm. 12:13), y quedó reconciliado con los amigos de Job, al que habían agraviado, luego que Job oró por ellos (Job 42:8–10). Nótese que las oraciones de los buenos pueden ser un gran servicio a los grandes, y como tal deben ser valoradas.

CAPÍTULO 21

En este capítulo tenemos, como asuntos principales, el nacimiento de Isaac, el hijo de la promesa, y el despido de Ismael, el hijo de la esclava.

Versículos 1–8

Pocas personas fueron traídas al mundo, en el Antiguo Testamento, con tanta expectación como Isaac lo fue, no precisamente por causa de ningún lugar eminente al que personalmente había de ascender, sino porque estaba destinado a ser tipo de Cristo, de aquel descendiente santo que el Dios santo había prometido hacía tanto tiempo, y que los santos hombres esperaron por tan largo tiempo.

I. Cumplimiento de la promesa de Dios en la concepción y en el nacimiento de Isaac (vv. 1–2). 1. Isaac nació conforme a la promesa, es decir, *en el tiempo que Dios le había dicho* (v. 2). Nótese que Dios es siempre puntual con su reloj; aunque sus promesas no se cumplan en el tiempo que nosotros les fijamos, ciertamente se cumplirán en el tiempo que Él les fija, y éste es el mejor tiempo. 2. El nacimiento de Isaac no fue debido al poder de la providencia ordinaria de Dios, sino al poder de una promesa especial. Nótese que los verdaderos creyentes, en virtud de las promesas de Dios, quedan capacitados para hacer cosas que están muy por encima del poder de la humana naturaleza, puesto que son hechos *partícipes de la naturaleza divina* (2 P. 1:4).

II. Obediencia de Abraham al precepto de Dios concerniente a Isaac.

1. Le puso por nombre, conforme Dios le había mandado, *Isaac, risa* (v. 3). Había buenas razones para llevar ese nombre, porque: (A) Cuando Abraham recibió la promesa de tenerlo, se rió de alegría (17:17). (B) Cuando Sara recibió la promesa, se rió de desconfianza. (C) Después, Ismael se rió de Isaac (v. 9) y quizás el mismo nombre incitaba a ello. (D) La promesa de la que él era heredero había de ser el gozo de todos los santos de todas las edades.

III. La impresión que este favor hizo en Sara.

1. La llenó de gozo (v. 6): *«Dios me ha hecho reír;* Él me ha dado un motivo para regocijarme y un corazón con que regocijarme». Así se expresó también la madre de nuestro Señor (Lc. 1:46–47). Cualquiera que sea el motivo de nuestro gozo debemos reconocer en Dios al autor de él, a no ser que nos riamos con la *risa del insensato.* El ver el gozo de nuestros amigos asociados al nuestro añade consuelo y gozo al disfrute de las mercedes recibidas: *Cualquiera que lo oiga, se reirá conmigo* (v. 6), porque la risa es contagiosa (v. Lc. 1:58).

2. También la llenó de admiración (v. 7). «El hecho era tan improbable, tan cercano a lo imposible, que si lo hubiese dicho cualquiera que no fuese Dios, habría sido increíble.» Nótese que los favores de Dios a sus hijos sobrepasan los pensamientos y la expectación de ellos y de los demás. ¿Quién habría dicho que Dios había de enviar a su Hijo a morir por nosotros, a su Espíritu para santificarnos, y a sus ángeles para servirnos? ¿Quién habría dicho que tan grandes pecados habían de ser perdonados?

IV. Un breve relato de la infancia de Isaac: *Creció el niño,* etc. (v. 8). Creció como para no necesitar siempre leche, sino para ser capaz de soportar alimento sólido y fuerte, y entonces fue destetado (v. He. 5:13–14). Abraham hizo un gran banquete el día en que fue destetado, porque la bendición de Dios sobre la crianza de los hijos, y su preservación a lo largo de los peligrosos años de la infancia, son ejemplos señalados del cuidado y de la ternura de la divina providencia (v. Sal. 22:9–10; Os. 11:1).

Versículos 9–13

Relato del despido de Ismael.

I. Ismael dio ocasión a este despido por las afrentas que hizo a Isaac su hermanito. Sara fue ella misma testigo de vista de ello. A Ismael se le llama aquí *hijo de la egipcia* porque, como muchos piensan

con razón, los 400 años de aflicción de la descendencia de Abraham a manos de los egipcios comenzaron ahora (15:13). Ismael era catorce años mayor que Isaac; y denotaba una ruin disposición en Ismael el burlarse de un niño que no podía habérselas con él.

II. Sara tomó la iniciativa en este asunto: *Echa a esta sierva y a su hijo* (v. 10). Esto parece dicho en un acaloramiento y, con todo, es citado (Gá. 4:30) como dicho en espíritu de profecía.

III. Abraham era reacio a hacerlo: *Este dicho apesadumbró en gran manera a Abraham* (v. 11). 1. Le apesadumbró el que se hiciese este reproche a Ismael. 2. Le apesadumbró el que Sara insistiese en tal castigo. «¿No sería suficiente corregirle?—se diría—¿No hay otro remedio menos drástico que echarles?»

IV. Dios lo determinó (vv. 12–13). La descendencia de Abraham según el pacto debe ser un pueblo especial, distinto de los demás desde el principio, no mezclado con los que no pertenecen al pacto; por esta razón, Ismael debía ser separado. El despedir a Ismael no tenía por qué ser su ruina. (v. 13). Será cabeza de una *nación, porque es tu descendiente.* Es una presunción decir que todos los que son excluidos de la externa dispensación del pacto de Dios están, por ello, excluidos de todas sus gracias. Aunque fue echado del pueblo elegido, no fue echado fuera de este mundo. Yo *haré de él una nación.* Nótese: 1. Las naciones son hechura de Dios; Dios las funda, las forma y las fija. 2. Muchos que son extraños a las bendiciones del pacto están llenos de las bendiciones de la providencia de Dios.

Versículos 14–21

I. El despido de la sierva y de su hijo fuera de la familia de Abraham (v. 14). La obediencia de Abraham al mandato divino en este asunto fue rápida—*muy de mañana*—. Se sometió totalmente, aunque era contrario a su inclinación el hacerlotan pronto como se dio cuenta de que esa era la mente de Dios, no opuso objeciones, sino que cumplió en silencio lo que se le mandaba.

II. El extravío por el desierto, no acertando a dar con el camino hacia el lugar que Abraham les había indicado para que fijaran su residencia.

1. Se encontraron allí en gran apuro. Se les acabaron las provisiones y el niño se puso enfermo. Agar se echa a llorar por tantas dificultades. Ya ha perdido la esperanza de alivio, pues sólo piensa en *la muerte del niño* (vv. 15–16).

2. En este apuro, *oyó Dios la voz del muchacho* (v. 17). Fue enviado un ángel a consolar a Agar, y no era la primera vez que ella se encontraba con el consuelo de Dios en un desierto (16:13). (A) El ángel le asegura que *Dios ha oído la voz del muchacho en donde está,* aunque está en el desierto (pues, dondequiera que estemos, siempre hay una vía abierta hacia el Cielo); por tanto, *alza al muchacho y sostenlo con tu mano* (v. 18). (B) Repite la promesa concerniente a su hijo, de que sería *una gran nación,* como un motivo para que se estimule a ayudar al niño. (C) La dirige a abastecerse de algo que está al alcance de su mano (v. 19); *Dios le abrió los ojos, y vio una fuente de agua.* Nótese que muchos que tienen abundantes motivos para sentirse animados, van lamentándose día tras día. Hay un manantial de agua junto a ellos en el pacto de gracia, pero no se aperciben de él hasta que el mismo Dios que les abrió los ojos para ver la herida, se los abre de nuevo para ver el remedio (Jn. 16:6–7). Ahora bien, el Apóstol nos dice que estas cosas concernientes a Agar e Ismael son *allegoroúmena* (Gá. 4:24), expresiones alegóricas; así que esto sirve para demostrar la insensatez, (a) de quienes, como los incrédulos judíos, van tras la justicia que es por la ley y tras las ordenanzas que le son anejas, y no tras la justicia que es por la fe de Cristo; (b) de quienes andan buscando satisfacción y felicidad en el mundo y en las cosas que hay en él. Quienes han abandonado las bendiciones del pacto y la comunión con Dios, vagan sin cesar en busca de satisfacción y, a la larga, yacen desfallecidos por no encontrarla.

III. El asentamiento de Ismael, por fin, en el desierto de Parán (vv. 20–21), un lugar salvaje, apropiado para un hombre salvaje; pues tal iba a ser (16:12). Obsérvese que: 1. Había disfrutado de ciertas señales de la presencia de Dios: *Dios estaba con el muchacho.* 2. Su oficio fue *tirador de arco.* 3. Se llevó bien con la parentela de su madre; ella *le tomó mujer de la tierra de Egipto;* a pesar de que era un gran arquero, no creyó que podría acertar bien al blanco, en el asunto de matrimonio, si se las arreglaba sin el consejo y el consentimiento de su madre.

Versículos 22–32

Relato del tratado que concertaron Abimelec y Abraham. A pesar de que comportaba la amistad de Abraham con un extraño, más aún, con cananeos y filisteos, esta amistad no es mal considerada en la Palabra de Dios.

I. La iniciativa del tratado parte de Abimelec y de Ficol, primer ministro del Estado y general en jefe de su ejército.

1. Lo que les indujo a proponerlo fue el favor que Dios mostraba a Abraham (v. 22): *«Dios está contigo en todo cuanto haces*, y no podemos menos de notarlo». Buena cosa es estar a favor de aquellos que gozan del favor de Dios. *Iremos contigo, porque hemos oído que Dios está contigo.* Mucho nos aprovechará tener comunión con quienes tienen comunión con Dios (1 Jn. 1:3).
2. El tenor del tratado era, en general, que habría de persistir entre las dos familias una firme y constante amistad. Del tratado habrían de beneficiarse, tanto el hijo como el nieto y la tierra misma de Abimelec.

II. Abraham consiente en el tratado, con tal de que inserte una cláusula especial acerca de un pozo. En esta parte de la transacción que corresponde a Abraham, observa que:

1. Estaba dispuesto a entrar en esta liga con Abimelec, al hallar en él un hombre de honor y conciencia, que tenía temor de Dios.
2. Fue prudente al dejar bien sentado el asunto concerniente al pozo de agua, que los siervos de Abimelec le habían quitado. Parece ser que los pozos de agua eran bienes muy estimados en aquel país. Abraham reconvino con mansedumbre a Abimelec acerca de esto (v. 25); y de un hombre honesto no se puede esperar más que el que esté dispuesto a rectificar tan pronto como se da cuenta que ha hecho mal.
3. Ofreció a Abimelec un buen presente (v. 27). El intercambio de favores sirve para aumentar la amistad: lo mío es también de mi amigo.
4. Ratificó el pacto con juramento, y lo dejó registrado mediante el nuevo nombre que impuso al lugar (v. 31), pues lo llamó *Beerseba, pozo del juramento.*

Versículos 33–34

Permaneció Abraham en tierra de filisteos muchos días, tantos como eran apropiados para aquel peregrino, que era *Abraham, el hebreo.* Allí hizo de su religión no sólo una práctica constante, sino una confesión manifiesta: *Allí invocó el nombre de Jehová, Dios eterno;* le invocó probablemente bajo aquel mismo tamarisco que había plantado, y que le servia de oratorio o casa de oración. Cristo oraba en un huerto, sobre un monte. Al invocar al Señor, debemos contemplarle como al *Dios eterno* (Is. 40:28), al que era antes de los mundos, al que es, y será para siempre, cuando ya no exista el tiempo; al que no cambia y, por eso, es fiable como Dios del pacto.

CAPÍTULO 22

Hemos llegado a la famosa historia del sacrificio de Isaac, ordenado por Dios para probar la fe y la obediencia de Abraham, con la contraorden posterior de no consumarlo, y la provisión de otro sacrificio sustitutivo. A consecuencia de ello, Dios renueva solemnemente su pacto con Abraham.

Versículos 1–2

Dios prueba aquí la fe de Abraham. Al principio fue probado para que se viese que amaba a Dios más que a su padre. Ahora es probado para que se vea que ama a Dios más que a su hijo.

I. Quizás Abraham comenzaba a pensar que se habían acabado todas las tormentas; pero ahora le sobreviene una prueba mucho más difícil que todas las anteriores.

II. El autor de esta prueba: *Dios* puso *a prueba a Abraham,* no para inducirle al pecado, sino para descubrir cuán grande era su gracia en él, *resultando en alabanza, gloria y honra* (1 P. 1:7). Así probó Dios a Job, para que se mostrase, no sólo como un buen hombre, sino como un gran hombre. *Dios tentó a Abraham,* como dice el hebreo o, según leen otros, *levantó a Abraham;* como un escolar que es promovido a una clase superior, después de haber pasado con toda brillantez la prueba de un examen difícil.

III. La prueba misma. Probablemente, Abraham esperaba ahora alguna nueva promesa como en 15:1 y 17:1. Pero, para su asombro, lo que Dios le dice es simplemente: *Abraham, anda y mata a tu hijo.* Cada palabra es como una espada que llega hasta los huesos; la prueba es endurecida con frases de acero.

1. La persona a quien tenía que ofrecer. (A) *«Toma tu hijo,* no tus becerros ni tus corderos». «No, *no tomaré de tu casa becerros»* (Sal. 50:9). «Quiero tu hijo.» «Toma a *Isaac,* tu *risa* tu *hijo* único» (17:19), *«a quien amas».* En el hebreo se percibe mejor el énfasis, y podría leerse así: *Toma ahora a ese hijo de ti, a ese único de ti, al que tú amas, a ese Isaac.*
2. El lugar: *En la tierra de Moria,* tres días de camino; para que tenga tiempo de reflexionar, y así el servicio de su fe y de su obediencia sea más razonable y más honorable.
3. El modo: *Ofrécelo allí en holocausto.* No sólo debe dar muerte a su hijo, sino que tiene que sacrificarlo en holocausto.

Versículos 3–10

Obediencia de Abraham a este severísimo precepto. *Cuando fue probado, ofreció a Isaac* (He. 11:17).

I. Las dificultades a que hubo de hacer frente en este acto de obediencia.

1. Parecía directamente contrario a una anterior ley de Dios que prohíbe el homicidio bajo pena muy severa (9:5–6). 2. ¿Cómo podía eso compaginarse con su afecto natural hacia su propio hijo? 3. Dios no le daba ninguna razón para ello. Cuando tuvo que despedir a Ismael, le fue expuesta una justa causa, pero ahora Isaac tiene que morir, Abraham tiene que matarlo, y ni el uno ni el otro deben saber por qué. Si Isaac hubiese tenido que morir como mártir de la verdad, o su vida hubiese servido para rescatar otra vida de más precio que la suya habría sido otra cuestión. Pero éste no es el caso; es un hijo sumiso, obediente, que tanto promete. «Señor, ¿qué provecho hay en su sangre?» 4. ¿Cómo podía esto compaginarse con la promesa? ¿No se le había dicho: *En Isaac te será llamada descendencia?* (12:12). 5. ¿Cómo se atrevería a mirar a Sara en la cara de nuevo? 6. ¿Qué dirían los egipcios, y los cananeos y los ferezeos que vivían entonces en la tierra? Sería un perpetuo baldón para Abraham y para sus altares. «Si esto es gracia, ¡viva la naturaleza!»

II. Los diversos pasos de su obediencia.

1. Se levanta temprano (v. 3), porque el mandato era perentorio y no admitía discusión. Nótese que quienes hacen la voluntad de Dios de todo corazón, la hacen con toda diligencia.
2. Prepara todo para el sacrificio.
3. Es muy probable que no le dijese nada de todo esto a Sara.
4. Miró en torno suyo cuidadosamente, para descubrir el lugar fijado para este sacrificio, cuando dijo: *«Iremos hasta allí, y oraremos»* (v. 5).
5. Dejó a sus siervos a cierta distancia (v. 5), para que no se interpusiesen en esta extraña oblación. Así también, cuando Cristo entró en agonía en el huerto, tomó consigo sólo a tres de sus discípulos, y dejó al resto a la entrada del huerto.
6. Obligó a Isaac a acarrear la leña, mientras él tomaba en su mano el fatídico cuchillo y el fuego (v. 6).
7. Sin irritarse ni descomponerse, va conversando con Isaac acerca del sacrificio, como si fuese a ofrecer un sacrificio corriente (vv. 7–8).

A) Fue una pregunta muy emocionante la que le hizo Isaac, cuando iban caminando juntos: *Padre mío*—dijo Isaac—; ¡qué palabra, capaz de derretir el hierro! Podemos pensar que esa frase penetraría en el pecho de Abraham más profundamente que el cuchillo podría hacerlo en el pecho de Isaac. Con todo, conserva su temple y su talante, hasta extremos que asombran, y con toda calma espera la pregunta de su hijo: *He aquí el fuego y la leña; más, ¿dónde está el cordero?* (a) Pregunta tremenda para Abraham; ¿cómo podía ni soportar el pensamiento de que Isaac mismo era el cordero? Así era, pero de momento, Abraham no se atreve a decírselo. (b) Pregunta instructiva para todos nosotros. Cuando vamos a dar culto a Dios, debemos considerar seriamente: ¿Dónde está mi corazón? ¿Estoy dispuesto a ofrecérselo a Dios, para que suba hasta Él como un holocausto? (c) Pregunta de largo alcance, cuya respuesta conocemos bien: El Cordero está en el trono (Ap. 22:1), después de haber sido sacrificado por nosotros (1 P. 1:19–20; Ap. 5:6, 13:8).

B) Fue muy prudente la respuesta que Abraham le dio: *Dios se proveerá de cordero, hijo mío* (v. 8). Este fue el lenguaje de la obediencia y de la fe. Otro sacrificio fue provisto en lugar de Isaac. *En primer lugar,* Cristo, el gran sacrificio de expiación, fue provisto por Dios. *En segundo lugar,* todos nuestros sacrificios de reconocimiento son provistos también por Dios. Él es quien prepara el corazón (Sal. 10:17). Un espíritu quebrantado y un corazón contrito es el sacrificio para Dios (Sal. 51:17), y provisto por Él.

8. Abraham sigue adelante con santa obstinación; después de tantos pasos fatigosos, y con un corazón abrumado por la pena, llega por fin al fatídico lugar, edifica el altar, el más triste de los que había construido en su vida, compone la leña que ha de arder en la pira funeraria, y ahora va a decirle a su hijo la asombrosa noticia: «Isaac, tú eres el cordero que Dios se ha provisto». Isaac, en cuanto podemos suponer, está dispuesto a obedecer tanto como su padre, pues no encontramos que intentase escapar ni ofrecer ninguna resistencia. Con todo, es menester que la víctima del sacrificio sea atada. Pero, ¡con qué corazón pudo Abraham tierno padre, atar aquellas manos inocentes, que quizá se habían levantado con frecuencia para pedir su bendición, y se habían extendido para abrazarle, y ahora estaban más estrechamente atadas con las cuerdas del amor y del deber! No obstante, hay que hacerlo. Después de atarlo, lo coloca sobre el altar, y pone su mano sobre la cabeza de su sacrificio; y ahora, como podemos suponer, entre torrentes de lágrimas, da y recibe el final adiós de un beso de despedida. Con un corazón decidido y los ojos levantados al Cielo, toma el cuchillo y extiende el brazo ¡Quedad atónitos, Cielos! ¡Pásmate de asombro, tierra, ante este espectáculo! Es un acto de fe y de obediencia que merece ser contemplado por Dios, por los ángeles y por los hombres. Ahora bien, esta obediencia de Abraham al ofrecer a Isaac es una vívida representación: (A) Del amor de Dios hacia nosotros, al entregar a su Hijo Unigénito para sufrir y morir por nosotros en sacrificio de holocausto y de expiación por nuestros pecados. *Jehová quiso quebrantarlo* (Is. 53:10; Zac. 13:17). (B) De nuestro deber hacia Dios, en agradecimiento a tal amor. Debemos poner nuestros pies en las huellas de esta fe de Abraham. Dios, por medio de su Palabra, nos invita a dejarlo todo por Cristo.

Versículos 11–14

Hasta ahora, este relato ha sido muy triste y parecía precipitarse hacia el más trágico final; pero de repente se rasgan las negras nubes, el sol se abre paso por entre ellas, y aparece ante nuestra vista la escena más agradable y espléndida. La misma mano que había herido y abatido, ahora cura y levanta.

I. Isaac es rescatado (vv. 11–12). El mandato de ofrecerlo fue sólo dado para probar a Abraham; por eso, la orden es ahora revocada: *No extiendas tu mano sobre el muchacho.* Cuando más inminente es el peligro, tanto más admirable y bien acogida es la liberación.

II. Abraham resulta, no sólo aprobado, sino aplaudido: *Ya conozco que temes a Dios.* La mejor evidencia de nuestro temor de Dios es nuestra pronta y voluntaria disposición a obedecerle, servirle y honrarle con lo más querido que tengamos.

III. En lugar de Isaac, es provisto otro sacrificio (v. 13). Hay que reconocer a Dios con agradecimiento por la liberación de Isaac. Las palabras de Abraham tenían un fondo profético, cuando dijo: *Dios se proveerá de cordero* (v. 8). Hay aquí una referencia al Mesías prometido, la simiente bendita. 1. Cristo fue sacrificado en nuestro lugar, como este carnero lo fue en lugar de Isaac, y su muerte fue nuestro descargo de culpa. 2. Aunque esa bendita simiente fue antes prometida, y ahora tipificada en

Isaac (He. 11:19), el ofrecimiento de ella, de Cristo, tenía que ser suspendido por algún tiempo, y en su lugar había de ser aceptado entre tanto el sacrificio de animales, como lo fue el de este carnero como prenda de aquella expiación que había de hacerse mediante el gran sacrificio de la cruz. Y es de notar que el templo, el lugar del sacrificio, fue edificado después sobre este mismo monte Moria (2 Cr. 3:1); y el monte Calvario, donde Jesús fue crucificado, no estaba lejos de él.

IV. El lugar recibe un nuevo nombre, para animar a todos los creyentes a que pongan toda su confianza, siempre y alegremente, en Dios: *Jehová-jireh, Jehová proveerá* (v. 14), aludiendo, con toda probabilidad, a lo que Abraham había dicho: *Dios se proveerá de cordero* (v. 8).

Versículos 15–19

La obediencia de Abraham fue acogida muy favorablemente por Dios; pero eso no es todo; aquí tenemos la recompensa que recibió. Obsérvese: 1. Que Dios se complace en hacer mención de la obediencia de Abraham con referencia al pacto, y habla de ella con encomio: *Por cuanto has hecho esto, y no me has rehusado tu hijo, tu único hijo* (v. 16). Dios confirma ahora la promesa con un juramento. Antes fue dicha y sellada; ahora es jurada: *Por mí mismo he jurado;* por cuanto no pudo jurar por otro mayor (He. 6:13). 2. Con toda reverencia podemos decir que incluso empeñó su propia vida, al jurar sobre ella (equivale al *«Vivo yo»* de Números 14:28, etc.), para que por medio de dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, él y los suyos tengan un fuerte consuelo (He. 6:18). 3. La promesa especial que aquí se renueva es la de una descendencia numerosa: *Multiplicaré tu descendencia* (v. 17) o, como dice el hebreo: *Multiplicando multiplicaré tu simiente.* ¡Qué cifras alcanza en la historia la descendencia de Abraham! ¡Cuán numerosos, cuán ilustres, fueron sus descendientes como quienes, hasta el día de hoy, se glorían de tener a Abraham por padre! 4. La promesa, sin duda, apunta hacia el Mesías y hacia la gracia del Evangelio. Este es el juramento hecho a nuestro padre Abraham, al que aludió Moisés (Éx. 32:13) y después Zacarías, el padre del Bautista (Lc. 1:73 y ss.). Y así tenemos aquí la promesa: (A) De la gran bendición del Espíritu: *Bendiciendo te bendeciré* (v. 17, hebreo), a saber, con la mejor de las bendiciones, que es el don del Espíritu Santo. (B) Del crecimiento de la Iglesia, pues los creyentes, descendientes espirituales de Abraham, habían de ser tan numerosos como las estrellas del cielo. (C) De las victorias espirituales. Probablemente Zacarías se refería a esta parte del juramento (Lc. 1:74): *Que, liberados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor.* Pero la que corona a todas las demás es la última promesa: (D) De la encarnación de Cristo: *En tu simiente* una persona individual que descenderá de ti (Gá. 3:16), *serán benditas todas las naciones de la tierra.*

Versículos 20–24

Esto es referido aquí para mostrar que, aunque Abraham vio a su propia familia tan altamente dignificada con especiales privilegios, también se alegró de tener noticias acerca del crecimiento y prosperidad de las familias de sus parientes.

CAPÍTULO 23

Aquí se nos refiere la muerte de Sara, y la heredad que Abraham compró para enterrarla.

Versículos 1–2

En estos versículos se nos habla de la edad de Sara (v. 1) y de su muerte (v. 2). Murió en la tierra de Canaán en la que había peregrinado por más de sesenta años. Después se nos refiere el duelo que hizo Abraham por ella. Se nos dice que *hizo duelo* por ella, y *la lloró.* Las lágrimas son un tributo debido a nuestros parientes y amigos difuntos. Cuando el cuerpo ha sido sembrado (1 Co. 15:36–44), bien está que sea regado. Pero no debemos ponernos tristes como los que no tienen esperanza (1 Ts. 4:13), pues

tenemos una buena y gloriosa esperanza, por gracia, tanto respecto a ellos como respecto a nosotros mismos.

Versículos 3–15

I. La humilde petición que hizo Abraham a sus vecinos, los hijos de Het, para que le concediesen, entre ellos, una propiedad para sepultura (vv. 3–4). Esto proporcionó a Abraham cierta distracción en medio de su duelo: Y *se levantó Abraham de delante de su muerta* (v. 3). Hay un tiempo para levantarse de delante del muerto y cesar de hacer duelo. El llorar no debe estorbar el sembrar. La muerte de nuestros allegados debería hacernos recordar que no tenemos nuestro hogar en este mundo. Cuando ellos se han ido, digamos: «Vamos también.»

II. La generosa oferta que los hijos de Het le hacen (vv. 5–6). 1. Usan con él de muchos cumplimientos y le dan título de mucho respeto: *Eres un príncipe de Dios entre nosotros.* 2. Le ofrecen lo mejor que tienen para sepultura de Sara. Nótese que incluso la luz de la naturaleza nos enseña a ser educados y respetuosos con todos, aunque sean extranjeros y peregrinos.

III. La propuesta especial que Abraham les hizo (vv. 7–9). Les agradece mucho todo ello. Aunque era un gran hombre, anciano y ahora está de duelo, con todo se pone de pie y se inclina humildemente ante ellos (v. 7). Nótese que la religión enseña buenos modales; en ella no deben hallar lugar la ordinariez ni la grosería.

IV. El presente que Efrón hizo de su heredad a Abraham: *Te doy la heredad* (vv. 10–11). Abraham pensaba hacer trato para comprarla; pero, tan pronto como menciona el asunto, Efrón se la ofrece sin contrato, gratis. Algunos tienen más generosidad que lo que otros piensan de ellos.

V. Abraham rechaza modesta y sinceramente la amable oferta de Efrón (vv. 12–13). Vuelve a darle efusivamente las gracias por ello (v. 12), pero insiste en pagarle por la heredad, incluso el precio justo por ella. Era rico en plata y oro (13:2) y bien podía pagar por el campo; así que no iba a aprovecharse de la generosidad de Efrón. Nótese que la honradez, tanto como el honor, nos prohíben aprovecharnos de nuestros vecinos.

VI. Efrón le dice el precio, pero no insiste en que le pague: *La tierra vale cuatrocientos siclos de plata; ¿qué es esto para ti y para mí?* (v. 15). Prefiere hacer un favor a su amigo antes que tener en su bolsa tanto dinero: (Aproximadamente, un millón de pesetas en nuestros días–1979.) Cuando nos sintamos tentados a hacer valer nuestros derechos, o seamos duros en denegar un gesto amable, respondamos a la tentación con la siguiente pregunta: «¿Qué es esto entre mí y mi amigo?»

Versículos 16–20

Aquí tenemos la conclusión del trato entre Abraham y Efrón acerca de la sepultura de Sara. El trato se llevó a cabo públicamente delante de todos los vecinos: *en presencia de los hijos de Het y de todos los que entraban por la puerta de la ciudad* (v. 18). Merced a este trato, Abraham toma posesión de la finca y sepulta a Sara en la cueva existente en dicha finca. Es digno de notarse: 1. Que el primer palmo de terreno que poseyó Abraham en Canaán fue una sepultura. Ello sugiere que, cuando entramos en este mundo, debemos comenzar a pensar en nuestro salir de él, puesto que, tan pronto como nacemos, comenzamos a morir. 2. Que ese fue el único terreno que allí poseyó, aunque toda aquella tierra le había sido prometida en propiedad. Abraham *aspiraba a una patria mejor, esto es, celestial* (He. 11:16). Por eso, prefiere contentarse con revolotear, por así decirlo, sobre la tierra y cambiar constantemente la residencia mientras vive, pero asegura un lugar donde, cuando muera, pueda reposar su cuerpo en espera de la resurrección.

CAPÍTULO 24

Matrimonios y funerales son las fases cambiantes de todas las familias al par que constituyen las noticias más corrientes entre los habitantes de aldeas y villorrios. En el capítulo anterior, veíamos a Abraham sepultando a su mujer; en el presente, le vemos casando a su hijo. La Palabra de Dios nos refiere con todo detalle, hasta las circunstancias más minuciosas, lo concerniente a esta familia, mientras que las historias de los reinos del mundo a la sazón existentes, con sus dinastías y revoluciones, quedan aquí sepultadas en el más profundo silencio.

Versículos 1–9

Tres cosas son aquí de notar respecto a Abraham:

I. El cuidado que tuvo de casar bien a su hijo. Este cuidado se mostró: 1. Procura que no se case con ninguna cananea, sino con una de su propia estirpe, pues se percata de que los cananeos degeneraban hacia una perversidad creciente. 2. No obstante, procura igualmente que no se fuese de la tierra de Canaán para irse a donde vivían sus parientes, ni siquiera con el pretexto de buscarse allí la esposa, no fuese que se sintiese tentado a quedarse allí.

II. El encargo que dio a su buen criado Eliezer de Damasco, de cuya conducta, fidelidad y sincero afecto a él y a su familia tenía pruebas abundantes. A él le confió este importante asunto, y no a Isaac mismo pues no podía consentir que Isaac se fuese en modo alguno al país aquel (v. 6), sino que se había de concertar la boda por poderes; y ¿quién mejor apoderado que este fiel *criado de su casa?* (v. 15:2). 1. El criado debe comprometerse con juramento a poner de su parte todo lo posible para conseguir para Isaac una esposa de entre sus parientes (vv. 2–4). Quedará libre del juramento si, después de hacer todo cuanto esté en su mano, no tiene éxito en su misión (v. 8).

III. La confianza que puso en su Dios, de quien no duda que dará a su criado el éxito de su empresa (v. 7). Recuerda también la promesa que Dios le había hecho y confirmado de que daría la tierra de Canaán a su descendencia, y de ahí deduce que Dios le ha de ayudar en sus esfuerzos por casar a su hijo no entre aquellos condenados pueblos, sino con quien fuese la mujer adecuada para ser la madre de tal descendencia. Las promesas de Dios, y nuestras propias experiencias, son suficientes para animarnos a depender totalmente de Dios en todos los asuntos de esta vida.

Versículos 10–28

Aunque no se nombra aquí al criado de Abraham, es mucho lo que se dice en su honor.

I. Cuán fiel a su amo demostró ser el criado de Abraham. Una vez recibido el encargo, él y todos los que le acompañaban se pusieron en camino, con un equipaje apropiado al objetivo de su negociación (v. 10).

II. Cuán devotamente reconoció a Dios en este asunto, como quien pertenecía a aquella feliz familia a la que Abraham había enseñado a *guardar el camino de Jehová* (18:19). Llegó a buena hora, por la tarde, después de varios días de viaje, al lugar de su destino, y se sentó junto a un pozo de agua, para considerar cómo se las arreglaría de la mejor manera a fin de llevar a buen término el asunto que tenía entre manos. Y:

1. Rinde a Dios reconocimiento en una singular oración (vv. 12–14), en la que: (A) Ora por la prosperidad y el feliz éxito en este asunto: *Dame el tener hoy buen encuentro.* Así debemos pedir cuando estamos en una situación similar. (B) Apela al pacto de Dios con su amo Abraham: *Jehová, Dios de mi señor Abraham … haz misericordia con mi señor Abraham.* Desea que la mujer para el hijo de su amo sea una doncella humilde y hacendosa, educada en la solicitud y el trabajo y dispuesta siempre a echar una mano a cualquier labor que se necesite; que sea de talante cortés, y caritativa con los extranjeros. Por eso, al ir en busca de una esposa para el hijo de su amo, no se dirige a un teatro o a un parque de paseo sino a una *fuente de agua,* esperando hallar allí a una mujer ocupada como conviene.
2. Dios le contesta con una providencia también singular. La respuesta a su oración fue: (A) Rápida—*antes que él acabase de hablar*—(v. 15). (B) Satisfactoria: la primera en venir a sacar agua era, y se

comportaba en todo, conforme a lo que él deseaba. (a) Estaba tan capacitada que, en todos los aspectos, respondía a los rasgos de carácter que él deseaba en la mujer que había de ser la esposa de su amo, hermosa y sana, humilde y laboriosa, muy cortés y educada con un extranjero, y llevaba todas las marcas de una buena disposición. Cuando vino al pozo (v. 16), *descendió a la fuente y llenó su cántaro y se volvía*, para ir a casa. No se detuvo a mirar al extranjero y a sus camellos, sino que iba a lo suyo, y no se hubiese distraído de su tarea, a no ser por la oportunidad de hacer el bien. (b) La Providencia ordenó las cosas de tal manera que ella hiciese exactamente lo que correspondía a la señal demandada, no sólo dio de beber al hombre, sino que, yendo más lejos de lo que podía esperarse, se ofreció también a dar de beber a los camellos, que era precisamente la señal que el hombre había propuesto. Por este detalle, y sin podérselo entonces imaginar ella, fue introducida Rebeca en la línea genealógica de Cristo y en el pacto de Dios con su pueblo. Puede haber una gran dosis de amabilidad y gentileza en cosas que nos cuestan poco: nuestro Salvador ha prometido recompensa por un vaso de agua fresca (Mt. 10:42). (c) A las primeras preguntas, halló el hombre, para su gran satisfacción, que la doncella era pariente cercana de su amo y que la familia a que pertenecía era importante y dispuesta a hospedarle (vv. 23–25).

3. Expresa su reconocimiento a Dios con una oración de acción de gracias. Primeramente ofreció sus respetos a Rebeca, en agradecimiento a su gentileza (v. 22). Hecho esto, convierte su asombro (v. 21) en adoración a Dios. Había orado por un buen encuentro (v. 12), y ahora que lo ha tenido, da gracias a Dios por ello. Lo que obtenemos por la oración, debemos usarlo con agradecimiento. Eliezer se tiene por muy feliz de haber sido guiado a *la casa de los hermanos de su amo* (v. 27).

Versículos 29–53

Aquí tenemos la concertación del matrimonio entre Isaac y Rebeca.

I. La amable acogida dada al criado de Abraham por los parientes de Rebeca.

1. La invitación fue amable: *Ven, bendito de Jehová* (v. 31). Quizá porque habían escuchado de labios de Rebeca (v. 28), las palabras piadosas que habían salido de su boca. Nótese que los que son bendecidos por Dios deberían ser bien acogidos por nosotros. Buena cosa es bendecir a los que Dios bendice.

2. El hospedaje fue también amistoso (vv. 32–33), con un especial cuidado de los camellos; porque *el justo cuida del sustento de sus bestias* (Pr. 12:10).

II. El relato completo que les dio de su viaje y el discurso que les hizo para pedir la mano de Rebeca.

1. Cuán absorto estaba en el encargo que se le había encomendado; aunque acababa de hacer un largo viaje, y había llegado a una casa acomodada, *no pensaba correr hasta que expusiese su mensaje* (v. 33).

2. Cuán hábil fue al exponer su mensaje.

A) Primero, hace un breve resumen de la situación de la familia de su amo (vv. 34–36). Dos cosas indica para recomendar su propuesta: (a) Que su amo Abraham, mediante la bendición de Dios, dispone de muy buena fortuna; y: (b) Que toda ella iría a parar a Isaac, su único hijo.

B) Les comunica el encargo que su amo le había dado de buscar esposa para su hijo de entre sus parientes, y da la razón de ello (vv. 37–38). El más alto grado de amor a Dios no debe despojarnos del afecto natural, sino al contrario, aumentarlo (2 Ti. 3:3).

C) Les refiere la maravillosa coincidencia de detalles providenciales, para defender y apoyar su propuesta, y muestra claramente que el dedo de Dios se hallaba allí.

D) Ellos muestran libre y gozosamente su acuerdo con la propuesta, basados en un principio muy sano: «*De Jehová ha salido esto* (v. 50). La Providencia está a favor, no podemos oponernos a ello.»

E) El criado de Abraham reconoce agradecido el buen éxito que ha tenido: *Se inclinó en tierra ante Jehová* (v. 52). Dios envió su ángel delante de él, y así le dio éxito (vv. 37, 40). Pero cuando disfruta del éxito apetecido, adora a Dios, no al ángel.

Versículos 54–61

Rebeca va a marcharse de casa de su padre. Los familiares de Rebeca, por afecto natural y de acuerdo con las acostumbradas expresiones de amabilidad en estos casos, solicitan que ella se quede por algunos días entre ellos (v. 55). Habían consentido en su casamiento, pero, no obstante, eran reacios a quedarse

sin ella quizá pensaban que no volverían a verla. Rebeca misma hubo de decidir el tiempo de su partida. Consintió, no sólo en irse, sino en irse inmediatamente. En consecuencia, es despedida con el criado de Abraham, con el acompañamiento conveniente y con cordiales y buenos deseos. Ahora que va a ser esposa, oran para que sea madre de una progenie tan numerosa como victoriosa.

Versículos 62–67

Isaac y Rebeca tienen, al fin, un feliz encuentro.

I. Isaac tenía una buena ocupación cuando se encontró con Rebeca: *Había salido a meditar, u* orar *al campo, a la hora de la tarde* (vv. 62–63). Fue a aprovecharse de una tarde silenciosa y de un campo solitario, para meditar y orar, esas divinas ejercitaciones en las que conversamos con Dios y con nuestro propio corazón. Nótese que: 1. Las almas santas gustan del retiro. Mucho bien nos haría el quedarnos con frecuencia solos, paseando a solas y sentados a solas; y, si poseemos el arte de beneficiarnos de la soledad, hallaremos que nunca nos encontramos menos solos que cuando estamos solos.

2. La meditación y la oración deberían ser tanto nuestro quehacer como nuestro placer cuando estamos solos. Los ejercicios de devoción habrían de ser el refrigerio y la recreación del atardecer, para aliviarnos de la fatiga ocasionada por la preocupación y la tarea de cada día, y para disponernos con miras al descanso y al sueño de la noche. Piensan algunos que Isaac estaba ahora orando por el buen éxito de la empresa que se estaba concertando, y ahora, cuando se coloca, por decirlo así, sobre su atalaya, para ver cuál es la respuesta de Dios a su oración, como el profeta (Hab. 2:1), *ve los camellos que venían* (v. 63).

II. Rebeca se comportó muy correctamente, cuando vio a Isaac; al saber quién era, *descendió del camello* (v. 64) y, luego *tomó el velo, y se cubrió* (v. 65), en señal de humildad, modestia y sumisión.

III. Comenzaron a vivir juntos para su mutuo consuelo y apoyo (v. 67). Obsérvese aquí: 1. Qué hijo tan afectuoso hacia su madre era Isaac; hacía unos tres años que ella había muerto, y todavía no se había consolado hasta ahora de la muerte de ella. 2. Qué esposo tan cariñoso fue para su mujer. 3. Es muy de notar el orden de los verbos: *Tomó a Rebeca por mujer, y la amó.* En la actual sociedad permisiva, suele invertirse el orden de dichos verbos, con lo que el galanteo anterior al casamiento suele ir en detrimento del amor posterior.

CAPÍTULO 25

El historiador sagrado comienza este capítulo con los últimos detalles de la vida de Abraham, e incluye su tardío casamiento con Cetura y, tras narrar brevemente su muerte y sepultura hace un breve relato de Ismael (los nombres de sus hijos y su muerte a la edad de ciento treinta y siete años), para pasar inmediatamente a ocuparse de Isaac, del nacimiento de sus dos hijos, con la profecía sobre el futuro mayorazgo de Jacob, y termina con la venta de la primogenitura de Esaú a Jacob.

Versículos 1–10

Vivió Abraham, después del casamiento de Isaac, treinta y cinco años, y todo lo que se refiere a él durante ese tiempo, queda aquí registrado en muy pocos versículos. No se nos dice nada de que tuviese más apariciones de Dios ni más pruebas difíciles de su mano; pues no todos los días, aun de los mejores y mayores santos, son extraordinarios y relevantes, sino que muchos se deslizan en silencio, yéndose tan inadvertidos como vinieron; tales fueron estos días últimos de Abraham.

I. Breve recuento de los hijos que Abraham tuvo de Cetura, otra mujer con la que se casó tras la muerte de Sara.

II. El arreglo que Abraham hizo de su fortuna (vv. 5–6). Después que le nacieron estos últimos hijos, puso en orden su casa con prudencia y justicia.

1. Hizo a Isaac su heredero universal, como estaba obligado en justicia a Sara su primera y principal esposa, y a Rebeca que se había casado con Isaac bajo condición de tal seguridad (24:36). Habiendo hecho Dios a Isaac heredero de la promesa, forzosamente tenía Abraham que hacerlo heredero de su hacienda.

2. Dio las porciones correspondientes, tanto a Ismael, al que anteriormente había despedido de vacío, como a los hijos que había tenido de Cetura. Era de justicia proveer para ellos; los padres que no le imitan en esto, son peores que los infieles. Era igualmente medida de prudencia el enviarles lejos de donde Isaac vivía, para que no se les ocurriese la pretensión de partir la herencia con él, ni resultasen una carga o una preocupación para él. Obsérvese que hizo esto *mientras él vivía* (v. 6), no fuese que, después de muerto él, o no se hiciese o no se hiciese bien.

III. Edad y muerte de Abraham (vv. 7–8). Vivió 175 años, justamente 100 años después de haber llegado a Canaán; por tanto tiempo fue peregrino en una tierra extranjera. 1. *Exhaló el espíritu* (v. 8). La vida no le fue arrebatada a la fuerza, sino que de buena gana la dejó, encomendando su espíritu al Padre de los espíritus. 2. *Murió en buena vejez, anciano y lleno de años;* así se lo había prometido Dios. Su muerte fue como descargarse del peso de su edad. Fue también la corona de gloria de su vejez. 3. También estaba *lleno de años,* o de *vida.* No vivió hasta que el mundo estuviese cansado de él, sino hasta que él estuvo cansado del mundo, había tenido bastante de él, y no deseaba más. Los buenos, aunque no mueran de viejos, mueren llenos de días, satisfechos de vivir aquí y deseando vivir en un lugar mejor. 4. *Y fue unido a su pueblo.* Su cuerpo fue unido a la congregación de los muertos, y su alma a la congregación de bendecidos por Dios. La muerte nos une a nuestro pueblo. Los que son nuestro pueblo mientras vivimos, ya sean los hijos de Dios o los hijos de este mundo, son el pueblo al que la muerte nos unirá.

IV. Su enterramiento (vv. 9–10). 1. Lo enterraron *sus hijos Isaac e Ismael* (v. 9). Fue la última muestra de respeto a su buen padre. Isaac e Ismael habían vivido distanciados el uno del otro durante bastante tiempo; pero parece ser que o Abraham mismo los reconcilió mientras vivía, o fue su muerte la que los reconcilió. Lo enterraron en la misma sepultura que había comprado y en la que él había sepultado a Sara.

Versículos 11–18

Inmediatamente después de referir la muerte de Abraham Moisés comienza la historia de Isaac (v. 11), y nos dice dónde vivía y cuán señaladamente le bendijo Dios. Pero, de momento, hace una pequeña disgresión para darnos un breve resumen de Ismael, por cuanto también él era hijo de Abraham, y Dios había hecho algunas promesas concernientes a él. 1. Respecto a sus hijos, los doce que tuvo son llamados *doce príncipes* (v. 16), cabezas de familia, que andando el tiempo vinieron a ser naciones, con distintas tribus, numerosas e importantes, que poblaron *Arabia.* Aquí se mencionan los nombres de los doce. De Nebayot cuyos descendientes son llamados después los nabateos, y de Cedar, leemos con frecuencia en la Escritura. En el Salmo 120:5, los de Cedar son puestos como prototipo de vecinos hostiles. Algunos expositores juegan con los nombres de los tres mencionados en el versículo 14, como un buen aviso para nosotros, pues *Mishma, Dumah y Massa* significan respectivamente en hebreo: *Oye, Calla y Aguanta; los* tenemos en el mismo orden en Santiago 1:19: *«Pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse».* La posteridad de Ismael no sólo tenía tiendas de campaña en el campo, donde se hicieron ricos en tiempo de paz, sino también villas y campamentos (v. 16), donde se fortificaban en tiempo de guerra. 2. En cuanto a Ismael mismo, se nos dice su edad: *Ciento treinta y siete años* (v. 17), referida aquí para mostrar la eficacia de la oración de Abraham por él (17:18): *«¡Ojalá Ismael viva delante de ti!»* Se nos refiere asimismo su muerte; también él *fue unido a su pueblo,* pero no se nos dice que muriera *lleno de años,* a pesar de que también tuvo larga vida. *Murió en presencia de todos sus hermanos, lo* cual es un consuelo.

Versículos 19–28

Tenemos ahora un relato del nacimiento de Jacob y Esaú los hijos gemelos de Isaac y Rebeca; su venida al mundo fue una de las más importantes partes de su historia (lo cual no es corriente). Parece ser que Isaac no era hombre activo, ni había experimentado muchas pruebas, sino que había pasado su vida en quietud y silencio. Respecto de Jacob y Esaú, se nos dice:

I. Que se había orado por ellos. Sus padres después de pasar algún tiempo sin tener hijos, los obtuvieron mediante la oración (vv. 20–21). Isaac tenía cuarenta años cuando se casó (v. 20), pero tenía ya sesenta cuando nacieron sus hijos (v. 26); así que estuvieron sin hijos durante veinte años. Pero: 1. «Oró *Isaac a Jehová por su mujer»* (v. 21). Una tradición judía dice que Isaac tomó consigo a su esposa y fueron al monte Moria, donde Dios había prometido que multiplicaría la descendencia de Abraham (22:17), y allí, en su oración por ella y con ella, apeló a la promesa hecha en aquel mismo lugar. 2. Dios escuchó su oración y la respondió favorablemente. Nótese que los maridos y las mujeres deben orar juntos.

II. Que hubo profecía acerca de ellos antes que naciesen, y en esa profecía se incluían grandes misterios (vv. 22–23). Rebeca estaba encinta de ellos; obsérvese aquí:

1. Cuán perpleja estaba en su mente acerca de su caso: *Los hijos luchaban dentro de ella* (v. 22). Esta lucha entre Jacob y Esaú en el vientre de su madre bien podría representar la lucha que se mantiene entre el reino de Dios y el reino de Satanás. Una guerra santa es mejor que la paz en el palacio del diablo.
2. Lo que hizo para encontrar alivio: *Fue a consultar a Jehová* (v. 22). Es un gran alivio para nuestra mente exponer nuestro caso delante del Señor y pedir consejo de sus labios: *Ir al santuario* (Sal. 73:17).
3. La información que se le dio, en respuesta a su demanda, y que explicaba el misterio: *Dos naciones hay en tu seno* (v. 23). Estaba encinta, no sólo de dos hijos, sino de dos naciones, las cuales no sólo iban a diferenciarse grandemente entre sí en sus costumbres y disposiciones, sino que habrían de enfrentarse entre sí por sus intereses respectivos; y el resultado de todo ello vendría a ser que el mayor serviría al menor, lo cual se cumplió en la sumisión de los idumeos, por mucho tiempo, a la casa de David, hasta que se rebelaron (2 Cr. 21:8). En la lucha que el pecado y la gracia mantienen en el alma, la gracia, más joven, ganará de cierto la última batalla.

III. Ya al nacer, había gran diferencia entre ellos.

1. Había gran diferencia en sus cuerpos (v. 25). Esaú salio *pelirrojo y velludo* como si ya fuese un hombre crecido. Era una indicación de una complexión muy fuerte y cabía esperar de él que sería robusto, atrevido y activo. El *Midrash* judío dice que los que tienen esta clase de pelo parecen predispuestos para la caza y el derramamiento de sangre. En cambio, Jacob salió suave y delicado, como cualquier otro niño normal. Dios suele escoger lo débil del mundo y dejar a un lado lo fuerte (1. Co. 1:27).
2. Hubo entre ellos pugna por salir el primero (v. Os. 12:3). Jacob trabó del talón de su hermano (v. 26), como si quisiera dejarlo atrás e impedir que fuese el primogénito.
3. Eran muy diferentes en su mentalidad y en el estilo de vida que cada uno escogió (v. 27). (A) Esaú era un hombre de mundo, deportista como buen cazador, y campestre como Nimrod e Ismael. (B) Jacob era hombre del mundo de arriba: no estaba hecho para estadista ni con ambición de grandezas mundanas, sino que era *quieto,* enemigo de pendencias, y *habitaba en tiendas* acostumbrado a pensar bien y a obrar honestamente, prefería los deleites de la soledad y del retiro a todo el pretendido placer del deporte inquieto y ruidoso. Habitaba en tiendas, (a) como pastor. Ligado a ese oficio sano y tranquilo de apacentar ovejas en el cual crió también a sus hijos (46:34): (b) como estudiante. Piensan algunos que frecuentaba las tiendas de Melquisedec o de Heber, para que le enseñasen las cosas de Dios. En todo caso, el *Midrash* judío explica que «tiendas» equivale a «escuelas de estudio religioso». Este fue el hijo de Isaac al que fue vinculado el pacto.
4. También fueron diferentes en el afecto de sus padres. No tenían más que estos dos hijos, y parece ser que el uno era el favorito del padre, y el otro el favorito de la madre (v. 28). (A) Isaac amaba a Esaú, porque era activo, sabía cómo agradar a su padre: le mostraba gran respeto y le conseguía aquella caza que tanto le gustaba a Isaac. (B) Rebeca recordaba la profecía de Dios, que daba la preferencia a Jacob, y, por eso, ella también le prefería en su afecto.

Versículos 29–34

Trato entre Jacob y Esaú acerca de la primogenitura, que pertenecía a Esaú por providencia, pero era de Jacob por promesa. Esta primogenitura era un privilegio espiritual por la bendición que comportaba y la promesa a la que estaba vinculada.

I. Jacob deseaba piadosamente la primogenitura aunque procuró alcanzarla con subterfugios. No obstante, es de alabar en cuanto que codició vivamente los mejores dones; con todo, no puede justificarse el aprovecharse de la necesidad de su hermano para hacerle concertar un duro contrato (v. 31): *Véndeme en este día tu primogenitura.* Nótese que los hombres llanos, que conversan sencilla y sinceramente, sin sabiduría mundana ni astucia aviesa, son con frecuencia los más sabios para las cosas del alma y de la eternidad. La sabiduría de Jacob aparece en dos cosas: 1. Escogió el tiempo más apto. 2. Hecho ya el trato, se aseguró de que quedase firme con el juramento de Esaú: *Júramelo en este día* (v. 33).

II. Esaú menospreció profanamente la primogenitura, y la vendió insensatamente. Por ello, es llamado *profano Esaú* (He. 12:16), porque *por una sola comida vendió su primogenitura*, la comida más cara que hubo después de la del fruto prohibido; y le pesó de ello cuando ya era demasiado tarde. Nótese que hay quienes son sabios de céntimo y necios de millón, expertos cazadores para engañar a otros y enredarlos en sus trampas, pero ellos mismos caen fácilmente en las artimañas de Satanás y son hechos cautivos por el demonio para seguir la senda del mal y de la perdición. Obsérvense los aspectos de la insensatez de Esaú:

1. Su apetito fue desordenado (vv. 29–30). El pobre Jacob tenía un poco de pan y potaje (v. 34) para comer, cuando llegó Esaú de cazar, cansado y hambriento. Dame de ese guiso rojo o, como dice el hebreo, de *eso rojo.* El satisfacer el apetito sensual es la ruina de miles de inapreciables almas. Si Esaú estaba cansado y hambriento, seguramente habría podido conseguir otra comida más barata que la que le costó la primogenitura.
2. Su razonamiento fue muy débil (v. 32): *Estoy a punto de morir; ¿para qué, pues, me servirá la primogenitura?* Aun cuando hubiese estado a punto de morir ¿no había otra cosa para mantenerlo en vida que este potaje? Si había ya hambre en la tierra (v. 26:1), como conjetura el Dr. Lightfoot, no podemos suponer que Isaac fuese tan pobre, o Rebeca tan mala ama de casa, como para no tener ningún otro alimento conveniente en reserva. Nótese que es una tremenda insensatez dejar a un lado nuestro interés por Dios, por Cristo y por el Cielo, a cambio de las riquezas, honores y placeres de este mundo, pues es un contrato tan malo como el del que vendió su primogenitura por un guisado de lentejas.
3. El arrepentimiento estaba entonces oculto a sus ojos (v. 34): *Él comió* v *bebió y se levantó y se fue* (v. 34). Después de darle gusto al paladar, se levantó despreocupado y se marchó, sin mostrar ningún pesar. Así despreció Esaú su primogenitura.

CAPÍTULO 26

Al comienzo de este capítulo, vemos a Isaac en adversidad pero Dios le ayuda y consuela. Luego, como antaño su padre Abraham, niega a su esposa. Le vemos después en gran prosperidad. Termina el capítulo con el desdichado casamiento de Esaú.

Versículos 1–5

I. Dios puso a prueba a Isaac en su providencia. Había *hambre en la tierra* (v. 1). ¿Qué pensará de la promesa, si la tierra prometida no le da pan? Sí, Isaac se mantendrá adherido al pacto. Nótese que el valor intrínseco de las promesas de Dios no puede quedar menguado a los ojos de un creyente por un revés de la providencia.

II. Dios le dirigió por medio de su palabra en medio de la prueba. Isaac debía ir en busca de provisiones. Así que marchó a Egipto, adonde su padre había ido en una ocasión similar, pero se detuvo primeramente en Gerar. 1. Entonces Dios le dijo que se quedase allí y no descendiera a Egipto (vv. 2–3).

Hubo hambre en los días de Jacob, y Dios le dijo *que bajase a Egipto* (46:34); hubo hambre en los días de Isaac, y Dios le dijo *que no bajase a Egipto* (26:2); hubo hambre en los días de Abraham, y Dios le dejó en libertad para que hiciese lo que mejor le pareciera (12:10). Esta variedad de procedimientos por parte de Dios encuentra cierta base en los distintos caracteres de estos tres patriarcas. Abraham era un hombre de grandes alcances y de íntima comunión con Dios así que para él todos los lugares y condiciones eran similares. Isaac era buena persona, pero no estaba hecho a grandes dificultades; por tanto, se le prohíbe ir a Egipto. Jacob estaba avezado a las dificultades; era fuerte y paciente; por ello, era necesario que fuese a Egipto. De esta manera, Dios proporciona a sus hijos las pruebas de acuerdo a sus respectivas fuerzas. «*Abraham oyó mi voz* (v. 5); haz tú lo mismo, y la promesa te será asegurada.» Aquí es alabada la obediencia de Abraham en honor suyo, porque por ella adquirió buen testimonio ante Dios y ante los hombres.

Versículos 6–11

Se estableció, pues, Isaac en Gerar (v. 6), la tierra donde había nacido, y enseguida le acomete la tentación de negar a su esposa, diciendo que era su hermana.

I. Su pecado (v. 7). Como su mujer era hermosa, se imaginó que los filisteos hallarían algún modo de deshacerse de él para casarse alguno con ella; por tanto, debía pasar por hermana suya.

II. Su mentira fue detectada por el rey mismo. Abimelec (no es el mismo de 20:2, pues esto sucedía con casi 100 años de diferencia)—nombre bastante corriente entre los reyes filisteos—vio a Isaac que trataba a Rebeca con mayor familiaridad que lo hubiese hecho de haberse tratado de una hermana (v. 8); le vio jugueteando con ella o, como dice el hebreo, *riéndose;* es el mismo verbo del que Isaac tenía el nombre. En ningún lugar mejor que con su mujer y sus hijos debe permitir un hombre sentirse inocentemente alegre. Abimelec le reprendió por el engaño (v. 9), le mostró las malas consecuencias que podía haber tenido (v. 10), y después, para convencerle de cuán infundados e injustos eran sus celos, le tomó a él y a su familia bajo su protección especial, y prohibió bajo pena de muerte hacer ninguna injuria a él o a su mujer (v. 11).

Versículos 12–25

I. Señales de la buena voluntad de Dios hacia Isaac. 1. Su siembra de cereales alcanzó aquel año una cosecha extraordinaria (v. 12). No poseía tierra propia, pero tomó tierra de los filisteos para sembrar en ella, y Dios le bendijo multiplicándola grandemente. Sirva esto de estímulo a pobres labradores, que ocupan tierra ajena, pero son honestos y laboriosos. Se nos dice que Isaac cosechó *ciento por uno* aquel *mismo año* en que había hambre en la tierra. 2. También aumentó su ganado (v. 14). Y además: 3. Tuvo *mucha servidumbre* (como puede leerse también en el hebreo; v. 14), que él empleaba y mantenía a su costa.

II. Señales de la mala voluntad de los filisteos hacia él. 1. *Le tenían envidia* (v. 14). Mala raíz es la que hace que los hombres se entristezcan por el bien ajeno, como si el bien del vecino significase el mal de uno mismo. Como los filisteos no tenían ganados de su propiedad que abrevasen en los pozos de agua, los cegaron para que no pudiese usarlos Isaac; así de absurda es la mala idea.

El rey de Gerar comenzó también a mirarle con ojos envidiosos. La casa de Isaac venía a ser como un palacio y, por lo tanto, debía marcharse de allí. Una persona prudente y buena prefiere retirarse a la oscuridad, como aquí Isaac a un valle, antes que estar en alto para ser el blanco de la envidia y de la mala voluntad.

III. Su constancia y perseverancia en sus quehaceres a pesar de todo.

1. Conservó su servidumbre y continuó laboriosamente en la tarea de hallar pozos de agua; asimismo propuso sacar el mejor partido del país en que se había establecido, como hace toda persona verdaderamente prudente.

A) Volvió a abrir los pozos que había abierto su padre (v. 18). Nótese que, al escudriñar la verdad—esa fuente de agua viva—, es bueno que nos aprovechemos de los descubrimientos de épocas anteriores, que a veces quedan obnubilados por la desidia y la corrupción de edades posteriores. Sondeemos los antiguos pozos que nuestros padres cavaron y que los adversarios de la verdad han obstruido.

B) Sus siervos cavaron nuevos pozos (v. 19). Nótese que, aun cuando usemos la luz de anteriores épocas, eso no quiere decir que vayamos a descansar en ella sin hacer nuevos avances. Debemos seguir construyendo sobre el fundamento que ellos echaron.

C) Al abrir los pozos, se encontraron con mucha oposición (vv. 20–21). Quienes abren manantiales de luz, han de esperar contradicción. Los dos primeros pozos que abrieron fueron llamados *Esek y Sitná*, que significan respectivamente *Rencilla y Odio.*

D) Finalmente, se trasladó a un lugar más tranquilo; prefirió la paz a la victoria. Nótese que los que buscan la paz, tarde o temprano la hallarán. Al pozo que aquí cavaron le llamaron *Rehoboth*, que significa *lugares anchos*, sitio más que suficiente, lo cual, en la Biblia, es símbolo de comodidad y seguridad. En los dos primeros pozos, podemos ver lo que es la tierra: *estrechez y odio.* Este otro pozo nos muestra lo que es el Cielo: *anchura y paz*, lugar suficiente, porque allí hay muchas mansiones (Jn. 14:2).

2. Allí continuó Isaac firme en su religión, conservando la comunión con Dios. Llegó cansado y desasosegado a Beerseba, pero Dios le dijo: *No temas, porque yo estoy contigo y te bendeciré* (v. 24). Bien pueden trasladarse cómodamente quienes están seguros de que la presencia de Dios estará con ellos dondequiera que vayan. *Y edificó allí un altar, e invocó el nombre de Jehová* (v. 25).

Versículos 26–33

Los altercados que habían existido entre Isaac y los filisteos terminaron felizmente en paz y reconciliación.

I. Abimelec hace una visita amistosa a Isaac, en prenda del respeto que le había guardado (v. 26).

II. Isaac, con toda prudencia y cautela, pone reparos a la sinceridad de esta visita (v. 27).

III. Abimelec afirma su sinceridad al dirigirse ahora a Isaac y busca con todo empeño su amistad (vv. 28–29). Isaac se había quejado de que *le habían aborrecido y le habían echado de allí* (v. 27). No—dice Abimelec—, *te enviamos en paz* (v. 29). Reconoce las muestras del favor de Dios hacia Isaac, y hace de esto la base de su deseo de aliarse con él: *Jehová está contigo … Tú eres bendito de Jehová* (vv. 28–29).

IV. Isaac les hace banquete a él y a sus acompañantes y hace alianza de amistad con él (vv. 30–31). Nótese que la religión nos enseña a portarnos como buenos vecinos y, *en cuanto esté de nuestra parte, a vivir en paz con todos* (Ro. 12:18).

V. La Providencia le sonrió a Isaac por lo que acababa de hacer; porque aquel mismo día en que firmó la alianza con Abimelec, sus siervos le trajeron las buenas nuevas de haber encontrado un pozo de agua (vv. 32–33).

Versículos 34–35

1. El insensato casamiento de Esaú, al unirse con cananeas, que eran ajenas a la bendición de Abraham por lo cual se le llama *profano* (He. 12:16), ya que con ello insinuaba que ni deseaba la bendición de la promesa ni temía la maldición de Dios. 2. El pesar y la amargura que esto produjo a sus buenos padres. Les apesadumbró que se casase con las hijas de los heteos, que no tenían religión.

CAPÍTULO 27

En este capítulo volvemos a la historia típica de la lucha entre Esaú y Jacob. Después de haber menospreciado la primogenitura, quiere obtenerla de nuevo, pero el complot de Rebeca y Jacob le hace

fracasar en sus intentos. Ante la amenaza de muerte por parte de Esaú, Rebeca aconseja a Jacob que huya a casa de su tío Labán.

Versículos 1–5

I. La decisión de Isaac de hacer testamento y declarar a Esaú su heredero.

II. Las orientaciones que dio a Esaú, en orden al cumplimiento de tal decisión. Le hace llamar (v. 1), porque, aun cuando Esaú había entristecido grandemente a sus padres con ocasión de su matrimonio ellos no le habían echado de casa, sino que sacaron de la situación el mejor partido posible. Los padres que están justamente enojados con sus hijos, no deben, aun así, mostrarse implacables con ellos.

1. Le explica qué razones ha tenido en cuenta para hacer eso ahora (v. 2).
2. Le pide que tenga todo a punto para la ejecución de su última voluntad mediante testamento, por el que ha decidido hacerle su heredero (vv. 3–4). Esaú debe salir a cazar y traer alguna pieza de la que su padre pueda comer, y bendecirle después.

Versículos 6–17

Rebeca está aquí urdiendo su plan para obtener a favor de Jacob la bendición que Isaac había decidido dar a Esaú.

I. El fin era bueno. Dios había dicho que así sería, que *el mayor serviría al menor* (25:23); por tanto, Rebeca resuelve que sea así. Pero:

II. Los medios eran malos y no tenían justificación alguna. Si no fue una injuria a Esaú el arrebatarle la bendición (puesto que él mismo la había perdido al vender la primogenitura), sí que era injuria a Isaac, al engañarle aprovechándose de su ceguera; también fue un daño a Jacob, enseñándole a engañar. Igualmente podía exponerle a escrúpulos interminables acerca de la bendición, por haberla obtenido mediante fraude. Si Rebeca hubiese ido a Isaac y le hubiese traído a la memoria lo que Dios había dicho concerniente a sus hijos, y le hubiese mostrado que Esaú había perdido el derecho a la bendición, tanto por vender la primogenitura como por casarse con mujeres extrañas, es probable que Isaac hubiese sido persuadido a conferir a Jacob la bendición.

Versículos 18–29

I. El arte y el aplomo con que ejecutó Jacob la intriga. ¿Quién podía imaginarse que este hombre sencillo pudiese jugar su papel tan astutamente en un plan de esta naturaleza? Nótese lo pronto que se aprende a mentir. Me asombra el que el honesto Jacob pudiese dirigir su lengua tan fácilmente para decir (v. 19): *Yo soy Esaú tu primogénito.* Y, ¿cómo pudo decir: *He hecho como me dijiste,* cuando no había recibido ningún encargo de su padre, sino que estaba haciendo lo que le había pedido su madre? ¿Cómo pudo decir: *Come de mi caza,* cuando sabía que no había venido del campo, sino del corral? Pero especialmente me asombra el que se atreviera a atribuírsela a Dios, y a usar el nombre de Jehová para cubrir la impostura: *Jehová tu Dios hizo que la encontrase delante de mí* (v. 20). ¿Es éste Jacob? ¿Es éste aquel Israel, de cierto, sin dolor? Verdaderamente, esto ha sido escrito, no para nuestra imitación, sino para nuestra amonestación.

II. El éxito de esta estratagema. Jacob consiguió, con alguna dificultad, su objetivo y obtuvo la bendición.

1. Isaac no se convenció al principio, y hubiese descubierto el fraude, si hubiese dado más crédito a sus oídos, porque *la voz era la voz de Jacob* (v. 22). Su voz era la voz de Jacob, pero sus manos eran las de Esaú. Habla el lenguaje de un santo, pero hace las obras de un pecador; pero el juicio será, como aquí, por las manos.

2. Al final se rindió al poder del engaño, *porque las manos eran vellosas* (v. 23), y no tuvo en cuenta lo fácil que era falsificar esa circunstancia. Y ahora Jacob continúa con toda destreza.

El único pequeño atenuante del pecado de Rebeca y Jacob está en que el fraude no tenía por objeto acelerar el cumplimiento tanto como impedir la frustración, del oráculo divino; la bendición iba precisamente a caer sobre la cabeza errónea y ellos pensaron que era hora de moverse y hacer algo para impedirlo. Veamos ahora cómo dio Isaac su bendición a Jacob (vv. 26–29). (A) Lo abraza, en señal de especial afecto hacia él. (B) Lo ensalza: *Olió Isaac el olor de sus vestidos y le bendijo, diciendo: Mira, el olor de mi hijo, como el olor del campo que Jehová ha bendecido.* (C) Ora por él y en esa oración, profetiza acerca de él. Con tres cosas es aquí Jacob bendecido: (a) Abundancia (v. 28). (b) Poder (v. 29). (c) Predominio ante Dios e influencia en el Cielo: *«Malditos los que te maldijeren, y benditos los que te bendijeren.»*

Versículos 30–40

I. La bendición del pacto negada a Esaú. El que tan a la ligera trató su primogenitura, quería ahora heredar *la bendición* (v. 31). Observa:

1. Con cuánto empeño la buscó. Cuando se enteró de que Jacob la había conseguido fraudulentamente *clamó con una muy grande y muy amarga exclamación* (v. 34). Quienes ahora no quieren pedir y buscar, pronto llamarán a gritos: *«¡Señor, Señor!»* (Mt. 7:21, 25:11). Los menospreciadores de Cristo serán entonces humildes aspirantes a seguirle.

2. Cómo fue rechazado. Al percatarse Isaac del engaño del que había sido objeto, *se estremeció grandemente* (v. 33), pero, recuperándose de la emoción, ratificó la bendición que había dado a Jacob: Yo *le bendije, y será bendito.* Al sentirse lleno, más que de ordinario, del Espíritu Santo cuando estaba dando la bendición a Jacob, parece como si percibiera que Dios había interpuesto su *Amén.* Con esto (A) Jacob quedó así confirmado en la posesión de la promesa. (B) Isaac accedió a los designios de Dios, aunque contradecían a su propia expectación y al afecto que sentía hacia Esaú. (C) Esaú quedó excluido de la esperanza que abrigaba respecto a la bendición que él creyó le sería reservada cuando vendió su primogenitura. Los judíos, a imitación de Esaú, iban a la caza de la bendición legal de justicia (v. 31), pero se quedaron sin la justicia de la bendición, porque la buscaban por medio de las obras de la ley y en la primogenitura de la carne (v. 32), mientras que los gentiles, a imitación de Jacob, la buscaron por fe en la Palabra de Dios, y así la alcanzaron por la fuerza, por esa violencia que el reino de los cielos sufre (Mt. 11:12). Es lo que el Apóstol dice en Romanos 10:2–8. Quienes subestiman su primogenitura espiritual hasta venderla por un plato de lentejas, pierden sus derechos a las bendiciones espirituales. Los que dejan a un lado la sabiduría y la gracia, la fe y la buena conciencia, con tal de conseguir honores, riquezas o placeres de este mundo, aunque aparenten deseos de conseguir la bendición, ya se han juzgado a sí mismos indignos de ella (Hch. 13:46).

II. Aquí tenemos una bendición corriente otorgada a Esaú.

1. Esaú la deseaba: *Bendíceme también a mí* (v. 34); *¿No has guardado bendición para mí?* (v. 36). La mayoría de los hombres son tan insensatos que están dispuestos a conformarse con cualquier bien (Sal. 4:6), como Esaú aquí, pues deseó una bendición de segunda clase, ya que era una bendición separada de la primogenitura. Como si dijese: «Me conformo con cualquier bendición del suelo, aunque haya perdido la bendición del Cielo.»

2. Esta es la bendición que tuvo, y de ella tenía que sacar el mejor partido posible (vv. 39–40).

A) Se le prometió: (a) Que dispondría de un mantenimiento más que suficiente—*grosuras de la tierra, y rocío de los cielos*—. Nótese que los que se quedan sin las bendiciones del pacto, pueden todavía disfrutar de una buena participación en las bendiciones temporales. (b) Que recobraría gradualmente su libertad. Servirá, pero no morirá de hambre; y, después de muchas escaramuzas, quebrará el yugo de su esclavitud y, al fin, llevará el indumento de la libertad. Esto se cumplió en la rebelión de los hijos de Edom (2 R. 8:20, 22).

B) Pero fue una bendición muy inferior a la de Jacob, a quien Dios había reservado algo mucho mejor. En la bendición de Jacob, *el rocío del cielo* va primero, que era lo que él más apreciaba. En la de Esaú, *las grosuras de la tierra* van en primer lugar, pues en ellas tenía él principalmente puesta la mirada.

Dios suele dar a cada uno lo que cada uno busca (Ro. 2:6–8). Jacob será señor de sus hermanos (v. 29); de aquí que los israelitas frecuentemente dominaron a los idumeos. Pero la gran diferencia está en que, en la bendición de Esaú, no hay nada que apunte hacia Cristo, nada que le introduzca en el pacto de Dios; sin lo cual, las grosuras de la tierra le van a servir de muy poca cosa.

Versículos 41–46

I. El odio que cobró Esaú contra Jacob a causa de la bendición que éste había conseguido (v. 41). Este odio de Esaú era: 1. Un odio injustificado. No tenía ninguna otra razón para odiarle sino el que su padre le había bendecido y Dios le había preferido. 2. Era un odio cruel. No se quedaría satisfecho con menos que matar a su hermano, como había hecho Caín con Abel. 3. Era un odio sagaz y astuto. Esperaría a que su padre muriese, y entonces se desempolvarían los documentos y se discutirían entre los hermanos los intereses de ambos y los bienes legados, lo cual le daría a Esaú una buena oportunidad para tomarse la revancha.

II. El método que usó Rebeca para impedir el crimen.

1. Avisó a Jacob del peligro y le aconsejó que se retirase por algún tiempo; que escapase para salvar la vida. Obsérvese aquí: (A) Lo que Rebeca esperaba: Que si Jacob se quitaba por algún tiempo de la vista de Esaú, la afrenta de la que tan ferozmente se resentía su hermano, iría desapareciendo también gradualmente de su mente.
2. Persuadió a Isaac de que era necesario que Jacob se fuese a vivir con los parientes, y alegó otro motivo, el de buscarse esposa allí (v. 46), y evitar así una nueva amargura, como la que les había producido Esaú, al buscarse esposas entre las hijas de Het.

CAPÍTULO 28

Este capítulo nos refiere el viaje de Jacob a Padán-aram, con el encargo que le dio su padre, y cómo influyó esto en el proceder de Esaú. Es también notable el sueño que tuvo Jacob durante el viaje, con la visión de la escalera, y las promesas que Dios le hizo por este medio.

Versículos 1–5

Inmediatamente que Jacob obtuvo la bendición, se vio forzado a huir de su país.
Huyó a Siria (Os. 12:12). Había recibido bendición de abundancia de trigo y de mosto, y se fue pobre; se le había prometido señorío, e iba a servir en un servicio duro. Esto era: 1. Quizá para disciplinarle por haber engañado a su padre. La bendición le será confirmada, pero habrá de pagar caro el modo tortuoso de conseguirla. Sobre todo, era: 2. Para enseñarnos que los que heredan la bendición han de esperar persecución; los que tienen paz en Cristo tendrán tribulación en el mundo (Jn. 16:33). Jacob es despedido por su padre:

I. Con un encargo solemne: *Lo bendijo, y le mandó diciendo, etc.* (vv. 1–2). Nótese que los que tienen la bendición, deben guardar el encargo anejo a ella y no pensar en separar lo que Dios ha unido. Si Jacob es heredero de la promesa, *no debe tomar mujer de las hijas de Canaán,* los creyentes no deben casarse con los incrédulos (2 Co. 6:14).

II. Con una bendición solemne (vv. 3–4). Antes le había bendecido sin saber que era él, ahora le bendice a sabiendas, para animarle más en aquella triste situación en que se encontraba. Esta bendición es más explícita y completa que la primera, y lleva vinculada la bendición de Abraham. Es una bendición de parte del Dios Todosuficiente, nombre con que se apareció Dios a los patriarcas (Éx. 6:3).
1. La promesa de herederos: *Dios te bendiga, y te haga fructificar y te multiplique* (v. 3). (A) Y nunca ha habido una multitud de gente tan a menudo reunida en asamblea, como la de las tribus de Israel en el desierto y después. (B) A través de él había de descender de Abraham aquella persona en quien todas las

familias de la tierra habían de ser bendecidas y todas las cosas del universo habían de ser resumidas y restauradas (Ef. 1:10).

2. La promesa de una herencia para esos herederos: *Para que heredes la tierra en que moras* (v. 4). Canaán quedaba así vinculada a la descendencia de Jacob y desvinculada de la de Esaú. Aquí se le dice que heredará la tierra en la que ahora está como peregrino. Quienes tienen el corazón desapegado de las cosas presentes, son los que mejor pueden disfrutar de ellas. Ésta es la patria mejor, que Jacob y los otros patriarcas miraban sobre la tierra (He. 11:13).

Así fue enviado Jacob a Padán-aram (v. 5).

Versículos 10–15

Jacob de camino para Siria, en una situación muy desolada. Al llegar la primera noche, había hecho una larga jornada desde Beerseba hasta Betel, y allí tuvo:

I. Una dura cama (v. 11), con piedras por almohada, y el firmamento por dosel y cortinas.

II. En esta dura cama tuvo un sueño agradable. De cierto que cualquier israelita estaría dispuesto a aceptar la almohada de Jacob con tal de tener el sueño de Jacob. Allí, y entonces, oyó las palabras de Dios, y vio las visiones del Omnipotente. Fue el mejor sueño de su vida.

1. La visión alentadora que vio Jacob (v. 12). Vio una escalera que llegaba desde la tierra hasta el cielo, y a los ángeles de Dios, que subían y bajaban por ella, y Jehová estaba en lo alto de ella. Esto representa: (A) la providencia de Dios, por la cual hay una comunicación constante entre el Cielo y la tierra. Providencia que obra, de ordinario, gradualmente y como por pasos o peldaños. La sabiduría de Dios está en lo más alto de la escalera, y dirige todos los impulsos de las causas segundas hacia la gloria de la Causa Primera. Esta visión alentó muy oportunamente a Jacob, y le hizo saber que tenía un buen guía y un buen guardián en su ir y venir. (B) La mediación de Cristo. Él es esta escalera, cuyo pie en la tierra es su naturaleza humana, y su extremo superior en el cielo es su naturaleza divina; o, también, el primero representa su humillación, y el segundo su exaltación. Si Dios habita con nosotros, y nosotros con Él es por medio de Cristo. No hay otro camino para ir al Cielo que ésta escalera; si queremos entrar por otro lado, somos ladrones y salteadores. A esta visión alude nuestro Salvador cuando habla de *los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre* (Jn. 1:51). Es muy de notar que los ángeles aparecen primeramente *subiendo* como si hubiesen estado acompañando a Jacob en su viaje. Los hijos de Dios pueden encontrarse a veces sin amigos humanos pero van acompañados de ángeles invisibles, que les protegen y les animan (He. 1:14).

2. Las palabras alentadoras que Jacob oyó.

A) Las promesas hechas anteriormente a su padre le fueron repetidas y ratificadas a él (vv. 13–14). En general, Dios le insinuó que sería para él el mismo que había sido para Abraham e Isaac. (a) Le es prometida la tierra de Canaán. (b) Le es prometido que su descendencia se multiplicaría de modo extraordinario *como el polvo de la tierra.* (c) Se le añade que el Mesías saldrá de sus lomos, ya que en él serán benditas todas las familias de la tierra.

B) Se le hacen también nuevas promesas. (a) Jacob veía con aprensión el peligro que corría de parte de su hermano Esaú; pero Dios promete guardarlo. (b) Tiene delante de sí un largo viaje, y ha de marchar solo por un camino desconocido, a un país distante; pero Dios le dice: *He aquí, yo estoy contigo* (v. 15). (c) No barruntaba las dificultades con que se iba a encontrar en el servicio de su tío, pero Dios las sabía de antemano y, por eso, promete *guardarlo por dondequiera que vaya.* (d) Marcha como un exiliado a un lugar muy distante, pero Dios le promete que lo volverá a traer a la tierra de donde partió. (e) Parecía de momento estar abandonado de todos sus amigos, pero Dios le asegura: *No te dejaré.* Nótese que Dios no abandona a quien ama.

Versículos 16–22

El sueño había sido maravilloso. Veamos ahora la devoción de Jacob en esta ocasión.

I. Expresó una gran sorpresa por las señales que había tenido de la presencia especial de Dios con él en aquel lugar: *Ciertamente Jehová está en este lugar y yo no lo sabía* (v. 16). Nótese que Dios puede dar innegables demostraciones de su presencia, experiencia no comunicable a otros, pero convincente para los que las reciben. No hay lugar inadecuado para las visitas de Dios (16:13 como aquí, y Jn. 2:1 y ss.); dondequiera que estemos, en la ciudad o en el desierto, en casa o en el campo, en una tienda o en la calle, allí está Dios con nosotros.

II. Esto le produjo un miedo reverencial (v. 17): *Tuvo miedo y dijo: ¡Cuán terrible es este lugar!* Y así es como lo vio entonces: *No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del Cielo.*

III. Se preocupó de preservar un recuerdo de él de dos maneras: 1. Alzó por señal la piedra (v. 18), porque no tenía tiempo ahora para levantar un altar allí, como hacía Abraham en los lugares en que se le aparecía Dios (12:7). Con todo, derramó aceite sobre la piedra, tanto para distinguirla de las demás como para dejar allí prenda y anticipo del altar que pensaba construir allí cuando tuviese oportunidad, como lo hizo después en gratitud a Dios por esta visión (35:7). 2. Dio nuevo nombre al lugar (v. 19). Se había llamado hasta entonces *Luz, almendro* en hebreo, pero él le puso el nombre de *Betel, casa de Dios.*

IV. Hizo un solemne voto en esta ocasión (vv. 20–22). Cuando Dios nos ratifica sus promesas, es justo que le repitamos nuestras promesas. Obsérvese en este voto: 1. La fe de Jacob. Dios había dicho: Yo *estoy contigo, y te guardaré.* Jacob toma nota de esta promesa, y viene a decir: «dependo de ella» es decir, «pongo toda mi confianza en ella». 2. La moderación de Jacob en sus deseos. Se contenta alegremente con *pan para comer y vestido para vestir* (v. 20). La naturaleza tiene bastante con poco, y la gracia con menos. 3. La piedad de Jacob y su atención puesta en Dios, lo que se echa de ver aquí: (A) En lo que deseaba: que Dios estuviera con él y le guardara (v. 20). (B) En lo que se proponía. Su resolución era: (a) En general, aferrarse al Señor, como a Dios del pacto: *Jehová será mi Dios* (v. 21). (b) En particular, realizar ciertos actos especiales de devoción, como muestra de su gratitud. *Primeramente,* «Esta piedra tomará posesión del lugar hasta que yo vuelva en paz, y después será erigido aquí un altar para honra y gloria de Dios». En segundo lugar, «La casa de Dios no quedará desabastecida, ni su altar quedará sin sacrificio: De todo lo que me dieres, el diezmo *apartaré para ti* (v. 22), para ser empleado o en el altar de Dios o en los pobres de Dios, pues éstos son los dos consignatarios de Dios en este mundo».

CAPÍTULO 29

Este capítulo nos refiere la providencia de Dios con Jacob. Cómo llegó felizmente al término de su viaje; su casamiento en buenas condiciones; y el nacimiento de sus cuatro primeros hijos.

Versículos 1–8

1. Jacob continuó gozosamente su viaje después de la dulce comunión que tuvo con Dios en Betel: *Entonces Jacob levantó sus pies* (v. 1), como también dice el hebreo. 2. Se nos dice también que llegó con felicidad al término de su viaje. La Providencia lo condujo al campo mismo en cuyo pozo iban a ser abrevados los ganados de su tío, y allí se encontró con Raquel, que iba a ser su esposa. (A) Debemos reconocer a la Providencia de Dios en todas las pequeñas circunstancias que concurren en un viaje, o en cualquier otra empresa, para que se lleve a cabo cómodamente y con éxito. Si nos encontramos oportunamente con quienes pueden guiarnos, no debemos decir que ha sido por casualidad, sino por providencia, y que Dios nos ha favorecido en ello. (B) Lo que aquí se dice del cuidado constante que los pastores tienen con sus ovejas (vv. 2, 3, 7, 8) puede servir para ilustrar el amoroso cuidado que nuestro Señor Jesús, el Gran Pastor de las ovejas (Jn. 10:1 y ss.; 1 P. 2:25), tiene con su rebaño, la Iglesia; pues Él es el buen pastor, que conoce a sus ovejas y es conocido por ellas (Jn. 10:14). (C) Cuando todos los pastores venían juntos con sus rebaños a la hora de abrevarlos, lo hacían juntamente como vecinos amistosos. (D) Está puesto en razón que hablemos a los extranjeros con cortesía y respeto. La ley de la bondad en la lengua tiene un poder instructivo (Pr. 31:26).

Versículos 9–14

1. La humildad y laboriosidad de Raquel: *Ella era la pastora* (v. 9). Es curioso observar que *Raquel* significa, en hebreo, *oveja.* 2. La ternura y el afecto de Jacob. Cuando supo que era pariente suya, se mostró admirablemente obsequioso en servirla (v. 10). Los rabinos explican que, cuando el verbo besar no lleva acusativo, significa besar la mano en señal de respeto, no de pasión. 3. El afecto familiar hacia Raquel, y la sorpresa de un encuentro tan temprano, hizo que Jacob no pudiese contener el llanto. 4. Labán, de cuyo mal carácter tenemos después pruebas suficientes, le concedió una efusiva acogida, quedó satisfecho del relato que hizo de sí mismo y del motivo que le trajo en tan pobres condiciones (los rabinos dudan de la sinceridad de Labán en esta ocasión).

Versículos 15–30

I. El amistoso convenio entre Labán y Jacob durante el mes que éste pasó allí como huésped (v. 14). Ahora tuvo Jacob una buena oportunidad para notificar a Labán el afecto que sentía por su hija Raquel, y al no tener en su mano bienes materiales con que dotarla, le promete servirle durante siete años, bajo condición de que, al final de los siete años, ha de concedérsela por esposa.

II. Honesto cumplimiento por parte de Jacob, de la tarea que le correspondía en el convenio (v. 20). Jacob le sirvió honradamente los siete años. *Le parecieron como pocos días, porque la amaba,* como si el deseo de ganarla fuese mayor que el de tenerla.

III. El engaño vil que Labán hizo a Jacob; le puso a Lea en los brazos en lugar de Raquel (v. 23). Labán cometió así un pecado contra Jacob, y a la vez, contra Raquel. Fácilmente puede observarse cómo le pagaron a Jacob con su misma moneda. Él había engañado a su padre, haciéndose pasar por Esaú, y ahora su suegro le engañaba a él, haciéndole pasar a Lea por Raquel.

IV. La excusa y la reparación que Labán hizo por su engaño: 1. La excusa fue frívola: *No se hace así en nuestro lugar* (v. 26). Pero no había en su país tal costumbre como él dice en su pretexto; sólo pretende burlarse de Jacob y reírse del error que ha sufrido. 2. Su manera de deshacer el entuerto fue todavía peor: *Se te dará también la otra* (v. 27). Con esto, indujo a Jacob al pecado, trampa, y desasosiego, de multiplicar esposas, lo que constituye un borrón en su blasón. El honrado Jacob no lo planeó, pero no pudo tampoco evitarlo. No podía rehusar a Raquel, porque se había comprometido con ella; menos aún podía rehusar a Lea, por cuanto se había casado con ella. La poligamia de los patriarcas tenía cierta excusa en ellos, porque, aun cuando había contra ella una razón tan antigua como el matrimonio de Adán (Mal. 2:15), con todo no había un mandato explícito contra ella; en ellos era pecado de ignorancia. No hay justificación alguna para practicarla ahora, cuando es notoria la voluntad de Dios de que, como en el principio, el matrimonio sea de uno con una (1 Co. 7:2). El doctor Lightfoot hace de Lea y Raquel figuras respectivamente de la sinagoga y de la Iglesia; los judíos bajo la Ley, y los gentiles en el Evangelio; la más joven es la más bella, y la que más estaba en el pensamiento de Cristo, cuando vino en forma de siervo; pero la otra, como Lea, la que primeramente estuvo en sus brazos.

Versículos 31–35

Nacimiento de cuatro hijos de Jacob, todos de Lea. Nótese: 1. Que Lea, que era menos amada, fue bendecida con hijos, cuando a Raquel le era negada esa bendición (v. 31). 2. Los nombres que les puso a sus hijos expresaban su atención respetuosa, tanto hacia Dios como hacia su marido. Llamó a su primer hijo *Rubén (mira, un hijo),* con este agradable pensamiento: *Ahora me amará mi marido* (v. 32); y a su tercer hijo le llamó *Leví (juntado),* con esta esperanza: *Ahora esta vez se unirá mi marido conmigo* (v. 34). Asimismo reconoce agradecida la benigna providencia de Dios en ello: *Ha mirado Jehová mi aflicción* (v. 32). Y, al tener a su segundo hijo, le llamó *Simeón (Oída),* porque dijo: *Por cuanto oyó Jehová que yo era menospreciada, me ha dado también éste* (v. 33). Al cuarto hijo le llamó *Judá (alabanza),* y dijo: *Esta vez alabaré a Jehová* (v. 35). Y éste fue aquel de quien, según la carne, vino Cristo. Descendió de aquel cuyo nombre era alabanza, porque Él es nuestra alabanza. ¿Está Cristo formado en mi corazón? *Ahora alabaré a Jehová.*

CAPÍTULO 30

Un relato del incremento de la familia de Jacob, pues le nacieron ocho hijos más y una hija. Luego se nos narra la gran prosperidad a que llegó Jacob bajo el servicio de Labán.

Versículos 1–13

Las malas consecuencias de aquel extraño casamiento que hizo Jacob con las dos hermanas. Vemos:

I. Un desdichado desacuerdo entre él y Raquel (vv. 1–2), ocasionado, no tanto por la esterilidad de Raquel, como por la fertilidad de su hermana.

1. Raquel se irrita: *Tuvo envidia de su hermana* (v. 1). La envidia es un pesar por el bien ajeno; no hay pecado tan ofensivo a Dios, ni tan injurioso a nuestro prójimo y aun a nosotros mismos.

2. Jacob se enoja, y con razón. Él amaba a Raquel y, en consecuencia, la reprendió por lo que había dicho fuera de lugar (v. 2). Nótese que las reprensiones fieles son producto y señal de verdadero afecto (Sal. 141:5; Pr. 27:5–6). Se enojó, no con la persona, sino con el pecado; así se expresó para mostrar su desagrado. Fue muy severa y, al mismo tiempo, piadosa la respuesta que dio Jacob a la rencillosa demanda de Raquel: *¿Soy yo acaso Dios?* La versión caldea lo parafrasea de la siguiente manera: *¿A mí me pides hijos? ¿No deberías pedirlos de delante de Dios?* La versión arábica dice así: *¿Soy yo por encima de Dios?* ¿Puedo darte yo lo que Dios te niega?

II. Un desdichado acuerdo entre él y las dos siervas.

1. Por persuasión de Raquel, *tomó a Bilha su sierva por mujer* (v. 4), a fin de que, según la usanza de aquellos tiempos, los hijos tenidos de ella fueran adoptados y reconocidos como hijos de su señora (v. 3 y ss.). Prefería Raquel tener hijos de aquella manera antes que no tenerlos de ninguna; hijos que pudiera imaginar que eran suyos, y llamarlos suyos, aunque no lo eran. Y es para ella un placer el ponerles nombres que no comportan otra cosa, sino muestras de la emulación con su hermana, como si la sobrepujara: (A) En la ley. Así llama al primer hijo de su sierva *Dan (juicio),* y dijo: *Me juzgó Dios* (v. 6); esto es, *ha dado sentencia a mi favor*. (B) En la batalla. Al siguiente le llama *Neftalí (mi lucha),* y dice: *He contendido con mi hermana, y he vencido* (v. 8); como si todos los hijos de Jacob hubieran de ser, por nacimiento, hombres de contienda.

2. Por persuasión de Lea, tomó también a Zilpa su sierva por mujer (v. 9). Dos hijos dio Zilpa a Jacob, que Lea tomó por suyos, en señal de lo cual llamó al uno *Gad (buena suerte), y* al otro *Aser (feliz),* prometiéndose en ellos fortuna y felicidad. Hubo muchas salidas de tono en la contienda y competición entre estas dos hermanas; sin embargo, Dios sacó bien de este mal. Así la familia de Jacob se llenó con doce hijos, cabezas de los millares de Israel, de los cuales descendieron y tomaron su nombre las famosas doce tribus.

Versículos 14–24

I. Fue Rubén, que era un niño todavía, al campo y halló unas mandrágoras, también llamadas *manzanas de amor,* pues se suponía que contenían algún hechizo o filtro amoroso, por lo que se explicaba el afán de Raquel en obtenerlas. Por fin llegaron a un contrato por el que Raquel le cedió el marido a Lea a cambio de las mandrágoras. El erudito obispo Patrick sugiere aquí que la razón de fondo de todas estas contiendas entre Raquel y Lea por la posesión del marido, y el darle por mujeres a sus siervas, era el vivo deseo que tenían de cumplir la promesa hecha a Abraham de que su descendencia sería tan numerosa como las estrellas del cielo. Y añade que, en su opinión, esta anécdota estaría por debajo de la dignidad de la historia sagrada si no comportase alguna consideración más profunda. A raíz de esto, Lea se vio bendecida con dos hijos más; al primero le llamó *Isacar (alquiler),* considerándose bien pagada por las mandrágoras. Al otro le llamó *Zabulón (morada),* con lo que reconocía el gran favor que Dios había hecho: *Dios me ha dado una buena dote* (v. 20). Considera a una familia con muchos hijos, no como una

lista de gastos, sino como una buena dote (Sal. 113:9). Se hace mención del nacimiento de una hija (v. 21), a causa del incidente concerniente a ella (cap. 34).

II. Raquel, por fin, fecunda (v. 22). Raquel llamó a su hijo *José*, que en hebreo está emparentado con dos palabras de signo contrario: *Asaf (quitó), y Yasaf (añadió)*, pues dijo: *Dios ha quitado (Asaf) mi afrenta* (v. 23); y, después: *Añádame* (*Yasaf*) Jehová *otro hijo* (v. 24).

Versículos 25–36

I. Jacob piensa en un hogar propio. Había servido fielmente a Labán por el tiempo que éste le exigió, y ahora sentía nostalgia de su tierra de Canaán, no sólo porque era su país natal, y allí vivían su padre y su madre, a quienes ansiaba ver, sino porque era la tierra prometida.

II. Labán desea que se quede allí (v. 27). Por egoísmo, no por amor a Jacob, ni siquiera por sus hijas y nietos, Labán se esfuerza en persuadirle que continúe siendo su pastor en jefe. Los hombres groseros y egoístas saben proferir buenas palabras cuando éstas sirven a sus propios intereses y fines. Labán se dio cuenta de que sus ganados se habían incrementado asombrosamente con la buena administración de Jacob, y lo reconoce con muy buenas expresiones de respeto, tanto hacia Dios como hacia Jacob: *He experimentado que Jehová me ha bendecido por tu causa*.

III. El nuevo contrato al que llegaron. La astucia y la codicia de Labán se aprovecharon de la llaneza, de la honradez y del buen natural de Jacob. En consecuencia, Jacob hace una propuesta.

1. Muestra cuánta razón tenía al insistir tanto, y considera: (A) Que Labán estaba obligado por gratitud a comportarse bien con él. Obsérvese aquí, con todo, cómo lo dice con toda modestia pues así es él. Los santos humildes tienen más placer en hacer el bien, que en volver a oírlo. (B) Que él mismo estaba obligado a preocuparse por su propia familia.
2. Está dispuesto a depender totalmente de la providencia de Dios, que, como bien sabe él, se extiende a las cosas más pequeñas, incluso al color del ganado; y se quedará satisfecho con no tener otro salario que las ovejas y cabras de tal y tal color, pintadas, manchadas y de color oscuro, las cuales podrán ser después reconocidas públicamente (vv. 32–33). Labán estaba dispuesto a consentir en este trato, porque pensaba que, si las pocas que tenía pintadas, manchadas y oscuras, eran separadas del resto (lo que, por mutuo acuerdo, había de hacerse inmediatamente), el conjunto principal del rebaño que Jacob tenía que cuidar, siendo de un solo color, o todo negro o todo blanco, produciría pocas o ninguna de colores mezclados, y así dispondría de los servicios de Jacob por nada o por poco menos que nada.

Versículos 37–43

Ahora bien, la estratagema de Jacob fue la siguiente: Poner delante del ganado, cuando había que abrevarlo, varas verdes descortezadas parcialmente, de modo que, mirando las ovejas y las cabras aquellas inusitadas varas de dos colores repartidos a trechos, pudiesen engendrar, por una especie de autosugestión, corderos y cabritos igualmente de distintos colores cada uno (vv. 37–39). Probablemente, el uso de esta estratagema era corriente entre los pastores de Canaán, quienes codiciaban tener su ganado de estos colores, moteados o listados. Cuando comenzó a tener una buena reserva de este ganado joven, pintado o moteado y oscuro, los ponía en primera fila para asegurar la tendencia a procrear pintados o moteados. Finalmente, escogía para sí lo nacido de las ovejas más fuertes, con lo que su ganado crecía extraordinariamente en número y en calidad. Así *se enriqueció el varón muchísimo (*v. 43), y en poco tiempo. Los que, aun cuando sus comienzos sean pequeños, son humildes y honrados, alegres y laboriosos, tienen grandes probabilidades de ver más adelante prosperidad e incremento de sus bienes. A quien es fiel en lo poco, le serán confiadas cosas mayores. A quien es fiel en administrar lo que pertenece a otro, le será confiado algo que le pertenezca a él. Jacob, que había sido un criado fiel, llegó a ser un amo rico.

CAPÍTULO 31

Jacob fue hombre de gran devoción e integridad; sin embargo, pasó por más aflicciones y trabajos que cualquiera de los patriarcas. En este capítulo vemos su partida clandestina, la persecución que sufrió de parte de su suegro Labán, con las frases agrias que se cruzaron, y el amistoso acuerdo al que finalmente llegaron.

Versículos 1–16

Jacob toma la resolución de dejar inmediatamente el servicio de su tío y suegro, para tomar sus posesiones y volver a Canaán. Tomó esta decisión:

I. A causa de la mala manera con que Labán y sus hijos se portaban con él.

1. Los hijos de Labán mostraron su mala voluntad en lo que dijeron (v. 1).
2. El propio Labán no dijo mucho, pero su semblante para con Jacob ya no era el de antes, y Jacob se apercibió de ello (vv. 2, 5). Siempre había sido Labán un avaro y un maleducado, pero ahora lo era más que anteriormente.

II. Bajo la dirección de Dios y escoltado por una promesa: *Jehová dijo a Jacob: Vuélvete … y yo estaré contigo* (v. 3). Vino acá por orden del Cielo, y aquí se estaría hasta que recibiera orden de volver. Es nuestro deber ponernos bajo la dirección de Dios, tanto en el salir como en el entrar. También animó a Jacob lo que se dice en el versículo 13, *Yo soy el Dios de Betel.* Este había sido el lugar en que Dios le había renovado el pacto. *Levántate ahora* (v. 13) … y *vuélvete:* (A) A tus devociones en Canaán; la solemnidad que habría quizás interrumpido en gran parte mientras estaba con Labán. (B) A tus comodidades en Canaán: *Vuélvete a la tierra de tu nacimiento.*

III. Con el conocimiento y consentimiento de sus esposas.

1. Envió a llamar a Raquel y a Lea al campo (v. 4), para consultar con ellas en privado. Los maridos que aman a sus esposas han de comunicarles sus planes e intenciones. Donde hay afecto mutuo, debe haber mutua confianza. Les dijo el mandato que Dios le había dado en sueños de volver a su país (v. 13), para que no sospecharan que su decisión era fruto de la inconstancia o de falta de afecto al país o a la familia de ellas, sino que vieran que se debía a la obediencia que había de prestar a su Dios.
2. Sus esposas consintieron de buena gana en lo que él había resuelto. Y deseaban marcharse con su marido y ponerse con él bajo la dirección divina: *Haz todo lo que Dios te ha dicho* (v. 16).

Versículos 17–24

I. Jacob huye de Labán. Fue un gesto de honradez por parte de Jacob el no llevarse consigo más que lo suyo, *el ganado de su ganancia* (v. 18). Se llevó lo que le había dado la Providencia, y se quedó satisfecho con ello. Pero Raquel no fue tan honesta como su marido, pues *hurtó los ídolos de su padre* (v. 19) y se los llevó consigo. En hebreo se llaman *terafim*. Algunos piensan que eran pequeñas estatuas o pinturas que representaban a los antepasados de la familia, y que Raquel les tenía afición y, por eso, se los quería llevar ahora que se marchaba a otro país. Pero parece ser que eran más bien imágenes para uso religioso, como los *penates* romanos, o dioses familiares, ya para darles culto, ya para consultarles como a oráculos; quizá podemos pensar—y así lo asegura el *Midrash* hebreo—que se los llevó para impedir que su padre los siguiese adorando y para que se diese cuenta de la insensatez que suponía el tener por dioses a quienes no podían cuidarse de sí mismos (Is. 46:1–2).

II. Que Labán persiguió a Jacob. Al tercer día le llegaron a Labán noticias de la huida de Jacob, e inmediatamente alertó a todo el clan familiar y se puso en marcha con todos sus parientes para darle alcance. Cuando ya habían recorrido el camino de siete días, Dios se interpuso, reprendió a Labán, resguardó a Jacob y encargó a Labán que se guardase de hablar a Jacob descomedidamente (vv. 23–24) o, como dice el hebreo, *ni bien ni mal,* hebraísmo que encontramos también en 24:50, y tiene sentido de

totalidad. Dios se aparece a Labán, y con una palabra le ata las manos, aunque no le cambia el corazón. La seguridad de los buenos se debe en gran parte al poder que Dios tiene sobre las conciencias de los malos y a la represión que ejerce sobre ellos.

Versículos 25–35

Altercado, con sus ribetes cómicos, que tuvieron entre sí Labán y Jacob cuando se encontraron en el monte que después se llamó *Guilead* (v. 25).

I. La fuerte acusación que presentó Labán contra Jacob. Le acusó:

1. Como a un renegado que había abandonado injustamente su servicio. Para hacerle pasar por un criminal, hace ver que tenía intenciones amables respecto a sus hijas (vv. 27–28). Es cosa corriente entre malas personas, cuando sus malvados proyectos quedan frustrados, aparentar que sólo tenían intenciones buenas y pacíficas.
2. Como a un ladrón (v. 30) *¿Por qué me hurtaste mis dioses?* ¡Insensato! ¡Llamar dioses a los que podían ser robados! ¿Podía esperar alguna protección de los que ni podían resistir ni descubrir a sus secuestradores? Los enemigos pueden arrebatarnos nuestros bienes, pero no a nuestro Dios.

II. La defensa que hizo Jacob de sí mismo. 1. En cuanto a la acusación de llevarse prisioneras a sus esposas, se justifica dando la verdadera razón. Temía que Labán se quedase por la fuerza con sus hijas, para obligarle así, mediante los lazos del amor a sus esposas, a continuar sirviéndole. 2. En cuanto a la acusación de robarle sus dioses, apela a su inocencia (v. 32). No sólo no los había quitado él (no les tenía ningún afecto), sino que no sabía que los hubiesen robado.

III. Las diligentes pesquisas que Labán llevó a cabo para tratar de hallar sus dioses (vv. 33–35). No vemos que investigase en los rebaños de Jacob para ver si le había robado ganado, pero buscó con toda diligencia entre sus enseres para hallar sus hurtados dioses. Labán, después de todas sus pesquisas, no logró encontrar sus dioses y salió avergonzado de su importuna investigación; pero nuestro Dios no sólo es hallado por los que le buscan, sino que es hallado por los que no le buscan (Ro. 10:20), y es siempre un generoso galardonador de los que le encuentran.

Versículos 36–42

I. El poder de la provocación. El temperamento natural de Jacob era manso y pacífico, pero el proceder irracional de Labán hacia él le hizo montar en cólera no exenta de vehemencia (vv. 36–37).

II. El consuelo de una buena conciencia. Quienes, en cualquier empleo, se portan fielmente, si no pueden alcanzar de los hombres el reconocimiento que se merecen, al menos tienen el consuelo de que Dios conoce los corazones.

III. El carácter de un buen criado y, en especial, de un fiel pastor. 1. Jacob ponía sumo cuidado en que las ovejas y las cabras del amo no abortaran. 2. Se mostraba muy honesto en lo que tomaba para su alimento, pues jamás tomó para comer de lo que pertenecía a Labán. 3. Fue muy laborioso (v. 40), pues cumplió su oficio con toda diligencia, sin acobardarse ante las inclemencias del tiempo.

IV. El carácter de un amo duro. Así lo fue Labán para Jacob. Son malos amos: 1. Los que exigen a sus criados lo que es injusto, y les obligan a pagar cualquier daño del que no han tenido ninguna culpa. Esto es lo que hizo Labán (v. 39). 2. Son también malos amos los que niegan a sus criados lo que es justo y equitativo. También esto lo hizo Labán (v. 41). No estuvo puesto en razón el obligar a Jacob a servirle por sus hijas, cuando en retorno obtuvo una fortuna tan grande, asegurada además por la propia promesa de Dios.

V. El cuidado de la Providencia en proteger a un inocente maltratado (v. 42). Dios tuvo conocimiento del daño inferido a Jacob, y recompensó al que, de otra manera, Labán habría hecho marchar con las manos vacías. Nótese que Jacob habla de Dios como del *Dios de Abraham y temor de Isaac*, pues

Abraham había muerto ya y su espíritu había marchado al otro mundo donde el perfecto amor echa fuera al temor (1 Jn. 4:18), pero Isaac vivía, todavía, y santificaba al Señor en su corazón con temor reverente.

Versículos 43–55

Compromiso acordado entre Labán y Jacob. Labán no tenía nada que replicar a la argumentación de Jacob; ni podía justificarse a sí mismo ni condenar a Jacob, sino que fue convencido por su propia conciencia del daño que le había hecho.

I. Así, pues, ahora hace una profesión de amabilidad hacia las esposas y los hijos de Jacob (v. 43): *Las hijas son hijas mías.* Cuando ya no puede excusarse de lo que ha hecho, reconoce que debería haberse portado de otra manera; debía haberlas reconocido como hijas suyas, pero las había tenido como por extrañas (v. 15).

II. Propone un pacto de amistad entre ellos, al cual se aviene Jacob fácilmente, sin insistir en que Labán se someta, mucho menos en que restituya. La paz y el amor son joyas tan valiosas que apenas hay precio demasiado alto para comprarlas. Mejor es sentarse y perder que caminar luchando.

1. El contenido de este pacto. Jacob le dejó a Labán la iniciativa para establecerlo. (A) Que Jacob sería un buen marido para sus esposas. Jacob nunca le había dado ningún motivo para sospechar que había de ser otra cosa que un buen marido; con todo, estaba dispuesto a pasar por este compromiso como si hubiese sido culpable. (B) Que nunca sería mal vecino para Labán (v. 52). Se acordó que Jacob perdonaría y olvidaría todas las injurias que había recibido.

2. La ceremonia de este pacto. Se hizo y ratificó con gran solemnidad, según las costumbres de aquellos tiempos. (A) Fue erigido un majano (v. 45), y fue levantado un montón de piedras (v. 46), para perpetuar la memoria del acuerdo. (B) Fue ofrecido un sacrificio (v. 54), una ofrenda de paz. Nuestra paz con Dios es la que nos proporciona verdadero consuelo y aliento para tener paz con nuestros amigos. Si hay alguna discordia, la reconciliación de ambas partes con Dios facilita la mutua reconciliación de las partes. (C) Comieron pan juntos (v. 46), y participaron también juntos de la comida sacrificial (v. 54). Los pactos de amistad eran ratificados antiguamente comiendo y bebiendo juntamente las partes contratantes. Era como un festín de amor o *ágape*. (D) Ambos apelaron solemnemente a Dios respecto a su sinceridad en concertar el pacto: (a) Como testigo: *Atalaye Jehová entre tú y yo* (v. 49). Cuando estamos lejos unos de otros, que nos sirva de freno el saber que, dondequiera que estemos, estamos bajo la mirada de Dios. (b) Como juez: *El Dios de Abraham* (de quien descendía Jacob) y *el Dios de Nacor* (de quien descendía Labán), *el Dios de sus padres* (de los ascendientes comunes a ambos), *juzgue entre nosotros* (v. 53). La relación de Dios con ellos se expresa así para insinuar que ambos adoraban a un mismo Dios y que, en atención a esto, no debería existir enemistad entre ellos. (E) Pusieron un nuevo nombre al lugar (vv. 47–48). Labán en siriaco, y Jacob en hebreo, le llamaron *majano del testimonio;* y fue también llamado *Mizpá, atalaya* (v. 49). Estos nombres son aplicables a los sellos del pacto de gracia del Evangelio, que nos son testigos favorables Si somos fieles, pero testifican contra nosotros si somos falsos. El nombre que Jacob dio al majano *(Galeed),* es el que permaneció, no el que le dio Labán. En todo este encuentro, Labán habló ruidosa y abundantemente; pretendía decir mucho, mientras que Jacob se mantuvo tranquilo y habló poco.

Finalmente, tras este enojoso parlamento, se separaron amistosamente (v. 55).

CAPÍTULO 32

Jacob se detuvo en su marcha. Nunca en una marcha ocurrieron a una familia cosas tan memorables como las que aquí se cuentan. Aquí le vinieron buenas noticias de parte de Dios, y malas de parte de su hermano. En medio de su apuro, Jacob dividió la compañía, elevó su oración a Dios y envió un presente a su hermano. Finalmente, tenemos el grandioso episodio de su lucha con el ángel, que le valió el cambio de nombre.

Versículos 1–2

Escolta de Jacob en su marcha: *Le salieron al encuentro ángeles de Dios* (v. 1), en forma visible, ya fuese en visión diurna o en sueños por la noche como cuando los vio subir y bajar por la escalera (28:12). 1. Le habían estado guardando invisiblemente todo el tiempo, pero ahora se aparecieron a él porque tenía ante sí mayores peligros que los que había afrontado hasta entonces. Dios nos provee de fuerzas en tiempo de prueba, especialmente cuando ésta se presenta súbitamente, ya que *por fe andamos, no por vista* (2 Co. 5:7); con todo, quiere que estemos alerta y preparados y, cuando la prueba se presente, podremos sacar provecho de las observaciones y experiencias anteriores. Nótese también que los hijos de Dios, al morir, vuelven al Canaán celestial, a la casa del Padre; y entonces, les salen al encuentro los ángeles. 2. El consuelo que le proporcionó el apercibirse de esta escolta: *Ejército de Dios es éste* (v. 2). Para conservar el recuerdo de este favor, Jacob puso por nombre al lugar *Mahanáyim*, es decir *los dos ejércitos* o campamentos, uno a cada lado, o uno a vanguardia y el otro a retaguardia, para protegerle de Labán, que le seguía, y de Esaú, al que tenía delante; o, como piensan otros, con el significado del campamento angélico y el de Labán lo cual es más probable. Lo cierto es que Jacob se ve rodeado de la protección divina. Tal vez encontramos en Cantares 6:13 una alusión a esto al hablar allí de *Mahanáyim*, en una descripción de la esposa, paralela a la del esposo (cap. 5), o en dos *coros* distribuidos simétricamente. Otros quieren ver aquí una imagen de la Iglesia militante, representada por la familia de Jacob, y de la Iglesia triunfante, representada por los ángeles, lo cual no pasa de ser una alegoría en sentido acomodaticio.

Versículos 3–8

En esta pausa del camino, Jacob hizo memoria de los enemigos que tenía en torno, especialmente de Esaú. Es probable que Rebeca le hubiese comunicado el asentamiento de Esaú en Seír y la enemistad, todavía persistente, de éste. ¿Qué hará el pobre Jacob? Está ansioso de ver a su padre, pero temeroso de ver a su hermano.

I. Envía a Esaú un recado muy amable y humilde. Los actos de cortesía pueden ayudar a destruir enemistades. 1. Llama a Esaú su señor, y a sí mismo su siervo, para insinuar que no tenía intención de hacer hincapié en sus prerrogativas de primogénito ni en la bendición paternal que había conseguido para sí. 2. Le hace un breve resumen de su propia situación, y le dice que no es un fugitivo, ni un vagabundo ni un mendigo, y que no venía a casa como el hijo pródigo, sólo con lo puesto y para ser una carga a los parientes. Y: 3. Con esta advertencia, ruega su favor: *Envío a decirlo a mi señor, para hallar gracia en tus ojos* (v. 5).

II. Recibe un comunicado de la formidable hueste con que Esaú le salía al encuentro: *«Él también viene a recibirte, y cuatrocientos hombres con él»* (v. 6). 1. Sin duda, Esaú recuerda el pasado incidente, y piensa vengarse ahora en Jacob de la pérdida de la primogenitura y de la bendición paterna, haciendo lo posible para desposeer a Jacob de ambas. Los hombres airados tienen buena memoria. 2. Seguramente que Esaú tiene envidia de la fortuna que Jacob ha amasado y, aunque él posee, sin duda, mayores bienes no quedará satisfecho hasta que vea a Jacob arruinado y beneficiado él mismo de los despojos de Jacob. 3. Esaú saca la conclusión de que le es fácil acabar con su hermano, ahora que va de camino como un viajero cansado, sin rumbo fijo y (según él cree) indefenso. 4. Resuelve, pues, atacar de inmediato antes de que Jacob llegue hasta su padre, para que así no pueda éste interponerse entre ellos y mediar a favor de Jacob. Marcha, pues, espoleado por su furor; lleva consigo cuatrocientos hombres armados, y no respira otra cosa que amenazas y muerte. Con la décima parte tenía bastante para acabar con el pobre Jacob y con su inocente e indefensa familia, cortando así las ramas y destruyendo las raíces mismas. Jacob, a pesar de ser hombre de gran fe, *tuvo gran temor y se angustió* (v. 7). Nótese que una viva aprensión del peligro es compatible con la confianza humilde en el poder y la promesa de Dios. Cristo mismo, en su agonía, sintió pavor y angustia.

III. Jacob adoptó la mejor postura defensiva que las circunstancias le permitían en aquella sazón. Era un absurdo pensar en presentar resistencia, así que puso todo su empeño en sufrir el menor daño posible; por lo tanto dividió su compañía, no para luchar como había hecho Abraham (14:15), sino para escapar.

Versículos 9–12

Nuestra norma debe ser invocar a Dios en tiempo de angustia. Aquí tenemos un ejemplo de la recta aplicación de esta norma, y el resultado debe animarnos a seguir el ejemplo de Jacob. En su aflicción, invocó a Dios, y Dios le oyó. Una situación precaria debe ser una situación de plegaria; cualquier cosa que nos atemorice debe inducirnos a doblar nuestras rodillas ante nuestro Dios. Vale la pena considerar qué hubo de extraordinario en esta plegaria, para que alcanzase tal favor y tal honor al que la profería.

I. La petición era una sola y muy explícita: *Líbrame ahora de la mano de mi hermano* (v. 11).

II. Las razones alegadas son muchas y muy poderosas; nunca causa alguna fue mejor presentada (v. Job 23:4). Eleva su petición con fe, fervor y humildad grandes.

1. Se dirige a Dios como al Dios de sus padres (v. 9). Era tal el sentido humilde y abnegado que tenía de su propia indignidad, que no llamó a Dios su propio Dios, sino al Dios que hizo la alianza con sus antepasados. La protección que Dios ha dispensado a nuestros padres creyentes puede ser para nosotros un consuelo y un estímulo cuando nos encontramos en apuros.
2. Presenta su justificante: *Me dijiste: Vuélvete a tu tierra* (v. 9). Podemos estar yendo a donde Dios nos llama, y pensar, sin embargo, que nuestro camino está cercado de espinas; pero, si Dios es nuestro guía, Él será nuestro guardián.
3. Humildemente reconoce su propia indignidad para recibir ningún favor de Dios: *«Menor soy*—dice el hebreo—*que todas las misericordias …».* (v. 10). Esta es una confesión muy poco corriente. Jesús nunca alabó a ninguno de los que fueron a pedirle algo, tanto como al que dijo: *Señor, no soy digno* (Mt. 15:27). Ahora observa: (A) De qué forma engrandece y tributa honor a las misericordias de Dios hacia él: (B) Con cuánta mansedumbre y humildad habla de sí mismo, y desecha todo pensamiento de mérito por su parte: *«No soy digno de la menor de tus misericordias;* mucho menos de una misericordia tan grande como la que ahora tienes conmigo». Los mejor preparados para las mayores misericordias son aquellos que se ven indignos de las menores. Sin duda aquellos veinte años de servicio dirigente, paciencia y humillación habían moldeado y purificado brillantemente el carácter de Jacob.
4. Reconoce agradecido la bondad de Dios hacia él en su destierro y el grado con que esta bondad ha sobrepasado su expectación: *«Con mi cayado pasé este Jordán,* pobre y desolado, como un peregrino desamparado y despreciado»; «y *ahora estoy sobre dos campamentos,* rodeado de un numeroso y acomodado grupo de hijos y criados».
5. Insiste en la gravedad del peligro en que se encuentra: *Líbrame ahora de la mano de mi hermano, de la mano de Esaú, porque le temo* (v. 11). Los hijos de Dios no se avergüenzan de exponerle sus temores. El temor que estimula a la oración es digno de exponerse en su presencia.
6. Insiste especialmente en la promesa que Dios le había hecho (v. 9): *Me dijiste: … yo te haré bien.* Y de nuevo, al terminar su oración: Y *tú has dicho: Yo te haré bien* (v. 12). Lo mejor que podemos decir a Dios en la oración es lo que Él mismo nos ha dicho.

Versículos 13–23

Jacob, después de haber conseguido piadosamente la amistad de Dios por medio de la oración, procura ahora con toda prudencia ganarse la amistad de Esaú con un presente. Había orado antes a Dios que le librara de la mano de Esaú, mas esta oración no le hizo tan presuntuoso de obtener el favor de Dios sin emplear otros medios. Cuando hayamos orado a Dios para alcanzar algún favor, debemos secundar nuestras oraciones con nuestros esfuerzos. Ya dice el antiguo refrán: A Dios rogando, y con el mazo dando.

Para apaciguar a Esaú:

I. Jacob le envió un sustancioso presente de ganado, en total 580 cabezas (vv. 13–15). Era un presente que él pensó que sería aceptable para Esaú, quien se había ocupado tanto en cazar bestias del campo, que quizás estaba poco provisto de ganado doméstico con el que poder abastecer a sus nuevos logros profesionales. La paz y el amor, aunque haya que comprarlos a un precio alto, demostrarán ser un buen negocio para el que los compre. Jacob perdona y olvida.

II. Le envió también un comunicado muy humilde, y encargó a sus criados que lo expresaran de la mejor manera posible (vv. 17–18). Debían llamar a Esaú *su señor,* y a Jacob su *siervo,* y decirle que el ganado que tenían para él era un pequeño presente que Jacob le enviaba. Especialmente debían no olvidar decirle que Jacob venía después de ellos (vv. 18–20), para que no sospechase que había huido de miedo. Si Jacob no parecía estar temeroso de Esaú, podía esperarse que Esaú no fuese un terror para Jacob.

Versículos 24–32

Extraordinario relato de la lucha que Jacob libró con el ángel y en la que prevaleció, a la cual se alude en Os. 12:4. Muy de mañana y mucho antes de que amaneciese, Jacob había tomado a sus mujeres y a sus hijos y les había ayudado a pasar el vado de Javoc, pero él se quedó a solas allí, para poder presentar, sin distracción alguna, con mayor detalle y urgencia, sus preocupaciones y sus temores ante Dios en oración. Mientras Jacob oraba con toda intensidad a Dios, un ángel le agarra y lucha con él. Unos piensan que se trata del *ángel de su presencia* (Os. 63:9), uno de los que rodean la *shekinah*, para servir a la Majestad Divina. Otros piensan que era Miguel, el príncipe del pueblo de Dios; otros, quizá con mejor acierto, creen que se trata del Verbo Eterno, una personificación visible del Hijo, el Ángel del pacto, con un nombre cuyo misterio no estaba aún maduro para ser revelado (v. 29).

I. Cómo se entabló la lucha entre Jacob y este ángel (v. 24). Jacob estaba ahora lleno de preocupación y temor por la entrevista que le esperaba, al día siguiente, con su hermano, y Dios mismo parece oponerse a que entre en la tierra de la promesa. Se nos dice por medio del profeta (Os. 12:3–4) que Jacob *luchó con un ser divino. Luchó con el ángel, y prevaleció; lloró y le rogó.* La oración y las lágrimas fueron sus armas.

II. Cuál fue el resultado de la lucha. 1. Jacob no perdió terreno, de tal manera que el ángel *no pudo con él* (v. 25), pues el desánimo no había podido sacudir la fe de Jacob ni silenciar su oración. No fue con una fuerza propia, sino con una fuerza derivada de lo alto, como Jacob luchó y prevaleció. Nótese que no podemos prevalecer con Dios si nos apoyamos en nuestras propias fuerzas; sólo es posible con las fuerzas mismas que Dios nos proporciona. Es su Espíritu el que intercede en nosotros y *nos ayuda en nuestra debilidad* (Ro. 8:26). 2. El ángel le descoyuntó a Jacob el muslo (v. 25). Algunos piensan que Jacob sintió poco o ningún dolor por ello, lo cual es probable, ya que no le impidió continuar la lucha (v. 26); si es así, ciertamente era evidencia de un toque divino, que hirió y curó al mismo tiempo. 3. El ángel, con admirable condescendencia, le pide a Jacob que le deje marchar, como dijo Dios a Moisés: *Ahora, pues, déjame* (Éx. 32:10). De este modo, honró la fe y la oración de Jacob, a la vez que ponía a prueba su constancia. 4. Jacob persiste en su santa importunidad: *No te dejaré, si no me bendices.* No le satisface el prestigio de una victoria sin el consuelo de una bendición. Al suplicar esta bendición, confiesa su inferioridad, a pesar de que parecía tener superioridad en la pelea. 5. El ángel le impone una especie de condecoración y marca perpetua de honor al cambiarle el nombre (vv. 27–28): «Tú eres un bravo combatiente» (viene a decirle el ángel), «un hombre de resolución heroica; *¿Cual es tu nombre?*—*Jacob*—, dice él, *suplantador* (pues eso quiere decir *Jacob* en hebreo). «Pues bien»—dice el ángel—«tú te llamarás *Israel: príncipe, o luchador, con Dios*». Así Jacob es armado caballero, por decirlo así, en el campo, y recibe un título de honor, que permanecerá, para alabanza suya, hasta el final de los tiempos. Pero esto no es todo; al haber tenido poder con Dios, tendrá también poder con los hombres (v. 28). 6. Le despide con una bendición (v. 29). En lugar de decirle su nombre, le da su bendición, que es por lo que había luchado. El interés por la bendición del ángel es mejor que el conocimiento de su nombre. El árbol de vida es mejor que el árbol de ciencia. 7. Jacob pone al lugar un nombre nuevo: *Peniel, cara de Dios* (v. 30). El nombre que le pone preserva y perpetúa, no el honor de su bravura o de su victoria, sino el honor de la libre y soberana gracia de Dios: «En este lugar vi *a Dios cara a cara y fue librada mi alma*». No dice: «Es mi gloria que salí vencedor», sino: «Es misericordia de Dios que escapé con vida». 8. El memorial que de esto conservó Jacob en sus huesos: *Cojeaba de su cadera* (v. 31). El honor y el consuelo que alcanzó con esta lucha fue más que suficiente para contrarrestar el daño sufrido, aunque fue hasta el sepulcro cojeando. Queda registrado el detalle de que *le salió el sol cuando había pasado Peniel*, porque realmente le amanece el sol al alma que tiene íntima comunión con Dios. El escritor inspirado menciona una costumbre tradicional entre los descendientes de Jacob de no comer jamás del tendón, o músculo de ningún animal, *que está en el encaje del muslo* (v. 31). Así han preservado el recuerdo de esta historia.

CAPÍTULO 33

En el capítulo anterior, leíamos cómo Jacob tuvo poder con Dios y venció, aquí vemos qué poder tuvo también con los hombres, y cómo su hermano Esaú se ablandó y, súbitamente, se reconcilió con él. Termina el capítulo con el establecimiento de su residencia en Canaán.

Versículos 1–4

I. Que Jacob se apercibió de que Esaú venía hacia él (v. 1). Algunos piensan que el *alzar sus ojos* denota su optimismo y confianza, en contraste con un semblante deprimido al haber encomendado a Dios su caso en oración, marchó por su camino, y *no estuvo más triste* (1 S. 1:18).

II. Puso a su familia en el mejor orden posible a fin de recibirle. Es de observar el diferente aspecto que presentan estos dos hermanos. Esaú va acompañado de una guardia de 400 hombres, y parece un hombre grande. Jacob es seguido por una modesta caravana de mujeres y niños que están a su cuidado, y parece débil y solícito por su seguridad; con todo, Jacob tenía la primogenitura y había de tener el dominio, y en todos los aspectos era mejor. Jacob, al frente de su familia, ofrecía mejor ejemplo que Esaú al frente de su tropa.

III. Al encontrarse, intercambiaron expresiones de amabilidad de la mejor manera que pudo darse entre ellos.

1. Jacob *se inclinó a tierra siete veces* (v. 3). Aunque temía a Esaú como a un enemigo, le rindió homenaje como a hermano mayor. Muchos preservan su posición, y hasta su vida, humillándose; el proyectil pasa por encima de la cabeza del que se agacha.

2. Esaú abrazó a Jacob (v. 4): *Corrió a su encuentro*, no con furor, sino con amor, y como quien estaba reconciliado de corazón con él. Por fuerza tuvo que haber un cambio admirable en el espíritu de Esaú en ese momento; de lo contrario, ¿cómo podría decirse que Jacob había adquirido, por medio de su lucha, tal poder sobre los hombres como para ser denominado un *príncipe?* Dios tiene en sus manos los corazones de todos los hombres, y puede cambiarlos cuando y como quiere, mediante un poder secreto y silencioso, pero irresistible. Puede convertir, de súbito, en amigos a los más acérrimos enemigos, como lo hizo con los dos Saules, con el uno por medio de una gracia refrenante (1 S. 26:21, 25), y con el otro por medio de una gracia renovante (Hch. 9:21–22).

Ambos lloraron. Jacob lloró de gozo al ser tan amablemente recibido por su hermano; Esaú lloró quizá de pena y de vergüenza. En realidad los rabinos opinan que el beso de Esaú no fue sincero; de ahí que, en las Biblias hebreas, figuren sendos puntos encima de las seis letras de la palabra *vayyishqehu = y le besó.*

Versículos 5–15

Conversación habida entre los dos hermanos al encontrarse. Conversaron:

I. Acerca de la comitiva de Jacob (vv. 5–7). Once o doce criaturas, todas ellas menores de catorce años, seguían de cerca a Jacob *¿Quiénes son éstos?*—pregunta Esaú. Jacob responde sencilla y seriamente: *Son los niños que Dios ha otorgado a tu siervo.* Jacob habla de sus hijos como de dones de Dios, son como herencia del Señor (Sal. 107:41).

II. Acerca del presente que Jacob le había enviado (vv. 8–11).

1. Esaú lo rehusó modestamente, porque ya tenía él bastante y no lo necesitaba (v. 9). Buena cosa es que, quienes tienen mucho, reconozcan que tienen bastante, aunque no tengan tanto como otros. Incluso Esaú pudo decir: *Tengo suficiente.*

2. Jacob le urge amablemente a que lo acepte, y así le obliga (vv. 10–11). Jacob se lo había enviado por miedo (32:20), pero, depuesto el miedo, le importuna ahora a que lo acepte por amor, para mostrar que desea la amistad de su hermano, y que no lo hace meramente por temor a su ira. Y, a la vez, le

prodiga el más alto cumplido: *He visto tu rostro como si hubiera visto el rostro de Dios* (v. 10). El sentido es que Jacob había visto el favor y el perdón de Esaú como si fuesen el favor y el perdón de Dios mismo. De ahí que le ofrezca el presente como un *minjah*, un sacrificio. Así tenía Jacob una señal bien clara de que Dios había aceptado sus oraciones. Se advierte también a quién atribuía Jacob el origen de sus bienes y lo que pensaba de las posesiones de este mundo: *Dios me ha hecho merced, y todo lo que hay aquí es mío* (v. 11). Lo suficiente de Esaú era mucho; pero lo suficiente de Jacob es *todo.* Tiene todo en perspectiva, y lo tendrá todo en posesión sin tardar mucho, cuando vaya al Cielo. Tras esta insistencia de Jacob, Esaú aceptó el presente.

III. Acerca de lo que restaba de viaje. 1. Esaú se ofrece a ser su guía y acompañante, en señal de reconciliación sincera (v. 12). Parece que Esaú está encantado con la compañía de Jacob y se ofrece a conducirle hasta Seír. Aprendamos a no desesperar de nadie y a no desconfiar de Dios, en cuyas manos están todos los corazones. Sin embargo, Jacob expresó con toda modestia sus razones para rehusar este ofrecimiento (vv. 13–14), y mostró una tierna preocupación por su familia y sus ganados, como buen padre y buen pastor. Debe tener consideración con los niños y con los rebaños con crías, para no conducirlos demasiado deprisa. Esta prudencia y delicadeza de Jacob debe ser imitada por quienes tienen el cuidado y el encargo de educar a los niños y a los jóvenes en las cosas de Dios. No hay que apresurarlos al principio con tareas duras en los servicios religiosos, sino guiarlos en la medida de sus fuerzas, y hacerles el trabajo lo más fácil posible. Así lo hace Cristo, el Buen Pastor (Is. 40:11). 2. Esaú ofrece algunos de sus hombres para que le sirvan de guardia y escolta (v. 15). (A) Jacob piensa, en su humildad, que no lo necesita para su dignidad. (B) Jacob se halla bajo la protección divina, así que tampoco lo necesita para su seguridad.

Versículos 16–20

1. Al separarse amistosamente de Esaú, que se había marchado a su país (v. 16), Jacob llega a un lugar en el que, al parecer, se quedó por algún tiempo. El lugar fue después conocido por el nombre de Sucot (que significa *tiendas o cabañas*), una ciudad en la tribu de Gad, al otro lado del Jordán, para que, cuando su posteridad habitase después en casas de piedra, se acordasen de que *un arameo a punto de perecer* fue su padre, el cual se contentó con vivir en cabañas (Dt. 26:5). 2. Después llegó a *Siquem.* Después de un peligroso viaje, en el que se había encontrado con muchas dificultades, llegó, por fin, sano y salvo a Canaán. Aquí: (A) Compró un campo (v. 19). Aunque la tierra de Canaán era suya por la promesa de Dios, como no había llegado aún el tiempo para tomar posesión de ella se contenta con pagar por ella. (B) *Allí erigió un altar* (v. 20): (a) En agradecimiento a Dios. (b) Para conservar el culto a Dios en su familia. Donde tengamos una tienda de campaña, allí debe Dios tener un altar al honor de *Dios, el Dios de Israel* (hebreo: *El-Elohe-Israel*). Dios había impuesto recientemente a Jacob el nombre de Israel, y ahora él llama a Dios *el Dios de Israel;* aunque él ha sido honrado con el título de *príncipe con Dios,* Dios será su Rey, su Señor y su Dios. En un momento en que Jacob va a habitar en medio de los idólatras cananeos, el gesto de Jacob expresa una firme profesión de fe en el único Dios verdadero.

CAPÍTULO 34

En este capítulo comienza la historia de las aflicciones que le vinieron a Jacob por causa de sus hijos. Con ello se muestra la vanidad de este mundo, al par que las pruebas que son comunes a todos los hijos de Dios. Comienza el capítulo con el relato de la grave injuria inferida a su joven y única hija Dina, y acaba con la drástica venganza llevada a cabo por Simeón y Leví.

Versículos 1–5

Dina, la única hija de Jacob, tendría por ahora quince o dieciséis años cuando en esta ocasión dio pie a tantas desdichas. Obsérvese: 1. Su vana curiosidad. Fue *a ver;* no sólo eso, sino que fue *a ser vista* también. Fue a ver a las hijas del país, pero es posible que abrigase el pensamiento de ver también a los

hijos del país. El hebreo indica que deseaba hacer amistad con las cananeas, sin duda, quería conocer sus costumbres. 2. La pérdida de su honra mediante la violación forzada (v. 2). Dina marchó a mirar los alrededores; pero si hubiese mirado por sí misma como debía, no habría caído en aquella trampa. 3. El galanteo que le hizo Siquem después de haberla deshonrado (v. 3–4). 4. Las noticias llegan al pobre Jacob (v. 5). El buen hombre *se calló,* como atónito que no sabe qué decir. Había dejado en manos de sus hijos mayores la gestión de sus negocios (según todos los indicios), y no se atrevía a hacer nada sin ellos. Fue una imprudencia. Las cosas no marchan bien cuando la autoridad del padre está de baja en una familia.

Versículos 6–17

Cuando los hijos de Jacob se enteraron de la injuria hecha a Dina, mostraron gran resentimiento por ello, llevados quizá por el celo del honor de su familia más bien que por el sentido de la virtud. Hay muchos que se inquietan por lo vergonzoso del pecado, pero nunca sienten de corazón lo pecaminoso de la culpa. Aquí se llama a este pecado *vileza;* el hebreo le llama *nebalah = insensatez:* una maldad perversa sin sentido (v. 7). 1. Nótese que la impureza es insensatez, porque sacrifica el favor de Dios, la paz de la conciencia y todo cuanto de sagrado y honorable pueda un alma alcanzar, en aras de una vil y brutal concupiscencia. 2. Esta insensatez es más ignominiosa en *Israel,* en una familia de Israel, donde se conoce y se adora al verdadero Dios.

Hamor, mismo padre de Siquem vino a Jacob para hablar con él (v. 6), pero Jacob dejó el asunto en manos de sus hijos. Y aquí se nos refieren los términos del convenio (vv. 8–12), en el que los cananeos fueron más honestos que los israelitas.

I. Hamor y Siquem propusieron equitativamente esta alianza a fin de formar una especie de coalición comercial. Siquem estaba profundamente enamorado de Dina, y dispuesto a casarse con ella a cualquier precio (vv. 11–12). Su padre, no sólo presta su consentimiento, sino que aboga en favor de su hijo, e insiste machaconamente en las ventajas que se seguirían de la unión de las familias (vv. 9–10).

II. Los hijos de Jacob aparentan vilmente proponer una alianza religiosa, cuando realmente nada estaba más lejos de su ánimo, pues sólo estaban tramando venganza. Insisten en que los siquemitas se deben circuncidar (v. 15), no para que sean santos (nunca intentaron esto), sino para que el consiguiente dolor les convierta en más fácil presa para la espada. 1. La propuesta era engañosa. 2. La intención era maliciosa, como se ve por la historia que sigue; todo lo que ellos pretendían era prepararlos para el día de la matanza. Nunca se inflige mayor injuria a la religión, que cuando se usa para encubrir la maldad.

Versículos 18–24

Hamor y Siquem consintieron en ser circuncidados (vv. 18–19). Quizá les movió también a ello lo que habrían oído de las sagradas y honorables implicaciones de esta señal en la familia de Abraham, de lo cual es probable que tuviesen nociones confusas. Nótese que muchos que saben poco de religión, saben lo bastante para hacerles desear el juntarse con personas religiosas. Los hijos de Jacob eran gente laboriosa y próspera, y se prometían a sí mismos y a sus vecinos grandes ventajas aliándose con ellos; ello mejoraría el suelo y el comercio, y procuraría ganancias económicas al país. Ahora bien: 1. Ya estaba lo suficientemente mal el casarse con base a estos principios. 2. Todavía era peor el circuncidarse basándose en estos principios. Hay muchos para quienes la ganancia es piedad devota, y que gobernados e influidos por sus intereses seculares más que por cualquier principio religioso.

Versículos 25–31

Simeón y Leví, tercero y cuarto hijos de Jacob, jóvenes de poco más de veinte años de edad, mataron a filo de espada a todos los siquemitas, y con ello produjeron tremenda pesadumbre al corazón de su padre.

I. La bárbara matanza de los siquemitas.

1. Mataron a todos los varones de Siquem (v. 25) y entre ellos, a Siquem y Hamor, con quienes habían concertado una amistosa alianza poco antes; pero llevaban ya la mala intención en sus corazones. Nótese que, así como nada nos proporciona mayor seguridad que la verdadera religión, así también nada nos expone a mayores males que las meras apariencias religiosas. Este era el caso de Simeón y Leví al portarse de una manera tan injusta. (A) Es cierto que Siquem *había hecho vileza en Israel* (v. 7), al deshonrar a Dina; pero era de tener en cuenta la parte que Dina misma había tenido en esta vileza. (B) Es verdad que Siquem había obrado mal; pero estaba dispuesto a expiarlo y, tras el hecho consumado, se presenta tan honesto y honorable como lo permitía el caso. (C) Por otro lado, por mal que se hubiese portado Siquem, ¿qué culpa tenían en ello todos los demás siquemitas? ¿Acaso han de pagar los inocentes por los malhechores? (D) Pero lo que, sobre todo, agravaba la crueldad del hecho era la perfidia traicionera con que fue llevado a cabo.

2. Cometido el enorme crimen, los hijos de Jacob saquearon la ciudad, se llevaron todo el ganado y los demás bienes, y tomaron también cautivos a los niños y a las mujeres (vv. 27–29). Los siquemitas estaban dispuestos a contentar a los hijos de Jacob sometiéndose al sufrimiento de la circuncisión, basándose en el materialista principio de: *Sus ganados, sus bienes y todas sus bestias serán nuestros* (v. 23); y ¿cuál fue el resultado? En vez de hacerse ellos dueños de las riquezas de la familia de Jacob, fue la familia de Jacob la que se hizo dueña de las riquezas de ellos.

II. Aquí tenemos el resentimiento que le causó a Jacob la conducta sanguinaria de Simeón y Leví (v. 30). De dos cosas se queja amargamente: 1. Del desprestigio que le han causado: ¿Qué dirán de nosotros y de nuestra religión? 2. De la ruina a que le han expuesto: ¿Qué otra cosa podía esperarse de los cananeos, que eran numerosos y temibles, sino que se aliaran contra él, y que él y su familia se convirtieran en fácil presa para ellos? Nótese que, cuando el pecado habita en casa, hay razones para temer que la ruina esté a la puerta. Podría pensarse que la reconvención de Jacob les habría de enternecer, pero, en vez de ello, todavía se justifican a sí mismos y le dan a su padre esta respuesta insolente: *¿Habría él de tratar a nuestra hermana como a una ramera?* (v. 31).

CAPÍTULO 35

En este capítulo tenemos tres episodios de comunión con Dios en los que Jacob rinde culto a Dios y recibe de Dios la confirmación de su cambio de nombre y la ratificación del pacto con él; tenemos también tres funerales: de Débora, el ama de Rebeca, de Raquel y de Isaac; finalmente, está el gravísimo pecado de incesto de Rubén, que le costó la pérdida de la primogenitura.

Versículos 1–5

I. Dios recuerda a Jacob la promesa que éste le hizo en Betel y le envía allá para que la cumpla (v. 1). Jacob había dicho cuando se encontraba en apuros: *Si vuelvo en paz … esta piedra que he puesto por señal será casa de Dios* (28:21–22). Hacía ahora siete u ocho años que había venido a Canaán; había comprado un terreno allí y construido un altar en recuerdo de la última aparición de Dios, cuando le puso el nombre de Israel (33:19–20). A pesar de tan señalado favor, parece ser que a Jacob se le ha olvidado Betel. Nótese: 1. A cuantos Dios ama, les hace recordar, de un modo o de otro—por la conciencia o por la providencia—, los deberes descuidados. 2. Cuando hayamos hecho alguna promesa a Dios, lo mejor es no diferir su cumplimiento (Ec. 5:4); sin embargo, más vale tarde que nunca. Nuestro deseo debería ser vivir en la casa de Dios, en *Betel* (Sal. 27:4). Ese debería ser nuestro hogar, no nuestra posada. Notemos que Dios no le recuerda explícitamente la promesa, sino la ocasión en que la hizo: *Cuando huías de tu hermano Esaú* (v. 1).

II. Jacob manda a su familia prepararse para esta solemnidad; no sólo para el viaje y el traslado, sino para los servicios religiosos que allí iban a llevarse a cabo (vv. 2–3). Obsérvense los mandatos que da a su familia, como Abraham (18:19). 1. Deben *quitar los dioses ajenos* (v. 2) ¡Dioses extraños en la familia de Jacob! ¡Extraña cosa, en verdad! ¿Cómo pudo esa familia, que había sido instruida en el recto

conocimiento de Dios, admitir dioses ajenos? También hoy, por desgracia, hay familias con apariencias religiosas y un altar erigido a Dios, en las cuales se echan de menos muchas cosas y hay más dioses extraños de los que uno podría sospechar. 2. Deben estar *limpios, y mudar sus vestidos.* Simeón y Leví, sin ir más lejos, tenían sus manos llenas de sangre; a ellos correspondía, de una manera especial, limpiarse y quitarse unos vestidos tan manchados. Estas eran meras ceremonias, que significaban la purificación y el cambio del corazón. ¿De qué servirían los vestidos limpios y nuevos, sin un corazón limpio y nuevo? 3. Deben ir con él a Betel (v. 3).

III. Sus familiares le entregaron todo lo que tenían de idolátrico y de supersticioso (v. 4). Jacob se encargó de enterrar todo ello, para que no lo encontrasen después y no se volviesen a las prácticas anteriores.

IV. Se traslada de Siquem a Betel sin que nadie les moleste (v. 5): *El terror de Dios estuvo sobre las ciudades.* Nótese que el camino del deber es un camino seguro. Mientras hubo pecado en casa de Jacob, tuvo él miedo de sus vecinos, pero ahora que habían quitado los dioses ajenos, y marchaban todos juntos a Betel los vecinos tenían miedo de él.

Versículos 6–15

Al llegar Jacob y su comitiva, sanos y salvos, a Betel, se nos dice ahora lo que pasó allí.

I. Edificó un altar (v. 7), y ofreció sacrificio sobre él. Al mismo tiempo profirió nuevas alabanzas y acciones de gracias por las mercedes anteriores. Y llamó al lugar (es decir, *al altar) El-Beth-El, el Dios de Betel* («El Dios de la casa de Dios»). Nótese que el consuelo que los santos obtienen de las santas ordenanzas, no es tanto por estar en *la casa de Dios* como por estar con *el Dios de la casa.* Las ordenanzas serían meras ceremonias vacías, si en ellas no tuviésemos comunión con Dios.

II. Enterró a Débora, el ama de Rebeca (v. 8). Rebeca había muerto ya, con toda probabilidad, pero su vieja nodriza, de la que se hace mención en 24:59, le había sobrevivido, y ahora la familia de Jacob le rinde honores en su funeral, aunque ya era muy vieja y no estaba ligada a ellos con lazos de parentesco. Obsérvese que, incluso cuando una familia está dedicada a su propia reforma y al servicio de Dios, pueden sobrevenirle aflicciones.

III. Se le apareció Dios (v. 9), para prestar su reconocimiento al altar, para corresponder al nombre con que Jacob le había llamado, *El Dios de Betel* (v. 7), y para consolarle en su aflicción (v. 8). También renovó y ratificó su pacto con Él, bajo el nombre de *El-Shadday*, el *Dios que es Todo-suficiente* (v. 11), capaz de cumplir sus promesas a su debido tiempo. Le promete dos cosas: 1. Que será padre de una gran nación (v. 11). 2. Que será dueño de una tierra buena (v. 12). No tendrá hijos sin hacienda, como es de ordinario el caso de los pobres, ni tampoco hacienda sin hijos, como es a menudo el caso de los ricos, sino ambas cosas a la vez. Estas dos promesas tienen un sentido espiritual, pues, sin duda, Cristo es la prometida descendencia, y el Cielo es la verdadera Tierra Prometida. Luego, *Dios se fue de él* (v. 13), *o de sobre él,* con algún visible despliegue de gloria, que había estado cerniéndose sobre Jacob cuando hablaba con él.

IV. Allí erigió Jacob un memorial de este hecho (v. 14), *una señal de piedra;* y, en prenda de que deseaba tenerla por monumento sagrado de su comunión con Dios derramó sobre ella aceite y los demás ingredientes propios de un sacrificio de libación. Su promesa fue: Esta piedra será *casa de Dios* (v. 15), es decir será levantada para honor de Dios, de la misma manera que las casas se erigen para alabanza de los arquitectos que las erigieron.

Versículos 16–20

Relato de la muerte de Raquel, la amada esposa de Jacob. 1. La tomaron de camino los dolores de parto, sin poder alcanzar la ciudad más próxima, que era Belén, a pesar de estar ya cerca de ella. El parto fue para la vida del hijo, pero para la muerte de ella misma. Su muerte es llamada aquí *salírsele el alma* (v. 18). Nótese que la muerte del cuerpo es sólo la partida del alma al mundo de los espíritus. Sus labios

moribundos dieron a la nueva criatura el nombre de *Benoni, El hijo de mi dolor,* pero Jacob, a fin de no renovar el triste recuerdo de la muerte de la madre cada vez que llamase al hijo por su nombre, se lo cambió y le llamó *Benjamín, El hijo de mi mano derecha,* es decir, «el hijo muy querido, sentado a mi diestra para bendición, para ser apoyo en mi vejez, como el bordón en mi mano derecha». El Targum samaritano—correctamente, según expertos rabinos—escribe *Benyomim, El hijo de mi vejez* (lit. *de mis días*). Jacob la sepultó cerca del lugar donde murió. Si el alma reposa después de la muerte, no importa gran cosa el lugar en que yazca el cuerpo. *Jacob levantó un pilar sobre su sepultura* (v. 20), y así fue reconocido como tal mucho después (1 S. 10:2) ordenó la Providencia; que este lugar perteneciera después al territorio de Benjamín.

Versículos 21–29

1. El traslado de Jacob (v. 21). Inmediatamente después del relato de la muerte de Raquel, se le llama aquí *Israel* (vv. 21–22), aunque el nombre le fue cambiado anteriormente por el mismo Dios (v. 10); después, ya no se le da este nombre con tanta frecuencia. Dicen los judíos: «El historiador le tributa aquí este honor porque soportó aquella aflicción con tan admirable paciencia y sumisión a la Providencia». 2. El pecado de Rubén. Fue culpable de una perversidad abominable (v. 22). Aunque quizá Bilha fuese la más culpable, y es probable que Jacob la abandonase por ello, el crimen de Rubén fue, con todo, tan terrible que a causa de él, perdió su primogenitura y la bendición consiguiente (49:4). El pecado de Rubén fue una gran aflicción para Jacob. 3. La lista completa de los hijos de Jacob, ahora que Benjamín, el más joven, había nacido. Esta es la primera vez que tenemos juntos los nombres de estas cabezas de las doce tribus. 4. La visita que Jacob hizo a su padre Isaac en Hebrón. Probablemente lo hizo ahora por haber fallecido Rebeca, con lo que Isaac se había quedado solo y ciego. 5. Se mencionan aquí la edad y la muerte de Isaac, quien, hombre tranquilo y pacífico, fue el más longevo de los patriarcas. Mención especial se hace del amistoso acuerdo entre Esaú y Jacob con ocasión del funeral de su padre (v. 29), para mostrar el modo admirable con que Dios había cambiado la mente de Esaú desde el día en que había jurado deshacerse de su hermano tan pronto como muriese su padre (27:41).

CAPÍTULO 36

En este capítulo se da una relación de la posteridad de Esaú, por razón del parentesco con Israel, así como por la vecindad de los edomitas con el pueblo de Israel, y también para mostrar el cumplimiento de la promesa hecha a Abraham de que había de ser «padre de muchas naciones». Este capítulo está resumido en 1 Crónicas 1:35 y ss.

Versículos 1–8

1. En cuanto a Esaú, se le llama *Edom* («rojo») en los versículos 1, 8, nombre con el que se perpetuó la memoria de aquel insensato trato en el que vendió su primogenitura por *eso rojo, ese guiso rojo,* como dice el hebreo (25:30). 2. En cuanto a sus mujeres y los hijos que le dieron en tierra de Canaán, se hace un recuento detallado desde el versículo 10 hasta el versículo 19:3. En cuanto a su traslado al monte Seír, era el país que Dios le había dado en posesión, cuando reservó para la descendencia de Jacob la tierra de Canaán. Dios mismo lo reconoce mucho después: *Yo he dado por heredad a Esaú el monte de Seír* (Dt. 2:5; Jos. 24:4). Esta es la razón por la que los edomitas no debían ser molestados en su posesión. Esaú se retiró, pues, al monte Seír, y tomó consigo cuanto le había pertenecido de la fortuna de su padre, dejando Canaán para Jacob, no sólo porque a él le había sido prometido, sino también porque Esaú se dio cuenta de que, si seguían prosperando como hasta entonces, no habría allí lugar suficiente para ambos (v. 13:6, para un caso similar).

Versículos 9–19

1. Que sólo se registran los nombres de los hijos y nietos de Esaú; sus nombres, no su historia. Y las genealogías no van más allá de la 3.ª o de la 4.ª generación. Sólo la estirpe de los israelitas, que habían de ser los herederos de Canaán, y de quienes había de proceder la prometida y santa simiente, es descrita con suficiente extensión, conforme se presentan las oportunidades, en todas sus doce tribus hasta la conquista de Canaán y el reparto de la tierra entre ellas, y en la línea dinástica hasta la venida de Cristo. 2. Que estos hijos y nietos de Esaú son llamados *jefes,* o capitanes, que tenían soldados a sus órdenes, pues a Esaú le había sido profetizado por su padre Isaac que *viviría por la espada* (27:40). Los hijos de Esaú eran jefes, o duques (pues también puede traducirse así), cuando los hijos de Jacob eran simples pastores (47:3). Esto no es razón para que los creyentes rechacen de plano tales títulos, pero sí para que no se atribuyan demasiado valor a sí mismos, ni lo atribuyan a otros, en razón de dichos títulos. 3. Esaú es el primero en crecer en familia y en fortuna. La promesa de Dios a Jacob comenzó a obrar más tarde, pero su efecto permaneció más tiempo y tuvo una agregación complementaria en el Israel espiritual.

Versículos 20–30

En medio de la genealogía de los edomitas, se inserta la genealogía de los horeos, de aquellos cananeos, o heteos (comp. 26:34), que eran los nativos del monte Seír. Esto viene aquí a cuento no sólo para arrojar luz sobre la Historia, sino para inducir a reflexionar sobre el caso de los edomitas, por los matrimonios que contrajeron con estas gentes. Al vender Esaú su primogenitura y perdido la bendición ajena, y al entrar después en alianza familiar con los heteos, no es extraño que su posteridad y la de los hijos de Seír aparezcan aquí mezcladas.

Versículos 31–42

Parece ser que, gradualmente, los edomitas se introdujeron solapadamente entre los horeos hasta apoderarse por completo del país y establecer allí un gobierno propio. 1. Eran gobernados por reyes, y parece que llegaban al trono por elección no por sucesión hereditaria. Estos reyes gobernaron *en Edom antes que reinase rey sobre los hijos de Israel* (v. 31). La sangre de Esaú se convierte en sangre real mucho antes que la de Jacob. Podemos suponer que constituiría una prueba muy grande para la fe del Israel de Dios el tener noticias de la pompa y del poder de los reyes de Edom mientras ellos estaban bajo esclavitud en Egipto; pero quienes esperan grandes cosas de Dios deben contentarse con aguardarlas porque el tiempo de Dios es el mejor. 2. Después fueron gobernados por duques, nombrados también aquí. Es de suponer que éstos gobernaban todos al mismo tiempo en diversas partes del país. Leemos en Éxodo 15:15 de los duques de Edom y, mucho después, otra vez de sus reyes. 3. El monte Seír es llamado *la tierra de su posesión* (v. 43). Mientras los israelitas vivían en la casa de la esclavitud, y su Canaán era sólo la tierra de la promesa, los edomitas vivían en sus propias mansiones, y Seír era su posesión. Nótese que los hijos de este mundo tienen todo lo suyo a mano, y nada en esperanza (Lc. 16:25), mientras que los hijos de Dios tienen todo lo suyo en esperanza, y casi nada al alcance de la mano. Pero, cuando todo se pondera como es debido es mejor tener Canaán en promesa que el monte Seír en posesión.

CAPÍTULO 37

En este capítulo comienza la historia de José que va a ser la figura principal en todos los 14 restantes capítulos de este libro, exceptuando sólo uno. Su historia se divide de una manera tan tajante entre el período de su humillación y el de su exaltación, que no podemos menos de ver en ella un tipo de la de Cristo, que fue primero humillado, y exaltado después. También nos muestra el destino de los creyentes, que deben entrar en el reino a través de muchas tribulaciones.

Versículos 1–4

Esta es la historia de la familia de Jacob (v. 2). No es una mera y estéril genealogía como la de Esaú (36:1), sino una *historia* útil y memorable. Aquí: 1. Se describe a Jacob como a un peregrino juntamente con su padre Isaac, cuando éste vivía (v. 1). 2. Se describe a José como *apacentando* (o, quizá, *supervisando*) *las ovejas con sus hermanos.* El hecho de que se mencione a los hijos de Bilha y Zilpa, las concubinas de su padre, da mayor probabilidad a la segunda traducción, y explica mejor la envidia de sus hermanos hacia el «señorito» de la familia. 3. José, tan amado de su padre (v. 3), era el mayor consuelo de Jacob en su vejez. No cabe duda de que José se aprovechó de este favoritismo para sus sueños de grandeza. Jacob expresó claramente su gran afecto hacia él al hacerle una túnica de varios colores o, mejor—según el original hebreo—*de mangas largas* (y sin duda, de largura talar), que era un signo de nobleza. 4. José era aborrecido por sus hermanos (v. 4). (A) Porque su padre lo amaba más que a ellos. Cuando los padres hacen estas diferencias, los hijos se dan cuenta pronto de ello, y así se ocasionan con tanta frecuencia pendencias y altercados en las familias. (B) Porque *informaba a su padre de la mala fama de ellos* (v. 2). Se ha especulado mucho sobre la maldad de la que José daba cuenta a su padre. Unos piensan que se trataba simplemente de negligencia en el cuidado de los rebaños, otros que de riñas entre ellos, y no faltan autores, incluso judíos que opinan sobre cosas mucho más graves como pecados de inmundicia sexual (¿sodomía o bestialidad?)

Versículos 5–11

I. A José refiriendo los sueños proféticos que tenía (vv. 6, 7, 9, 10). Sus sueños eran: 1. Que las gavillas de sus hermanos se inclinaban ante la suya, con lo que insinúa la ocasión futura en que vendrían a prestarle homenaje en busca de trigo; entonces las gavillas vacías de sus hermanos tendrían que inclinarse ante la llena de él. 2. Que el sol, la luna y once estrellas se inclinarían sumisamente ante él (v. 9). Aquí se mostró José más profeta que político; de lo contrario, se habría guardado para sí estos sueños, ya que sabía que sus hermanos le odiaban y que el contar estas cosas sólo serviría para exasperarles aún más.

II. En efecto, sus hermanos lo tomaron muy a mal, y le aborrecían más y más (v. 8): *¿Reinarás tú sobre nosotros?* Muestran así su resentimiento, como diciendo: «¿Reinarás tú, que eres uno, sobre nosotros, que somos muchos? ¿Tú, el más joven, sobre nosotros, los mayores?»

III. Su padre le reprende suavemente por ello, pero estos sueños le hacen meditar (vv. 10–11). Es probable que viese en ellos una confirmación de parte de la Providencia de lo que él había insinuado al vestir a José con la túnica de nobleza, propia del que había de obtener la jefatura sobre las tribus de sus hermanos a la muerte de Jacob. Así Jacob, como María (Lc. 2:51), guardaba estas cosas en su corazón, y no cabe duda de que las recordaría bien más tarde, cuando los hechos habían de responder a los sueños.

Versículos 12–22

I. La amable visita que, obedeciendo al encargo de Jacob, hizo José a sus hermanos, que estaban apacentando las ovejas en Siquem, muchos kilómetros lejos de donde vivían. Podemos ver en José un ejemplo: 1. De obediencia obsequiosa a su padre. Aunque era el hijo favorito de su padre, no desdeñaba ser también su obediente siervo, aprestándose inmediatamente a cumplir sus órdenes. 2. De amabilidad a sus hermanos. Aunque sabía que le odiaban y le tenían envidia, no puso ninguna objeción a la orden de su padre. Jacob le dice: *Mira cómo están tus hermanos* (v. 14) o, como dice el hebreo, *Ve la paz de tus hermanos.*

Quizá Jacob abrigaba sus temores de que saliese de Siquem algún grupo armado y les diese muerte en revancha por la bárbara matanza que algunos años antes habían cometido allí Simeón y Leví.

II. El malvado y sanguinario complot de sus hermanos contra él, cuando les devolvía bien por mal. No fue en el calor de un altercado o de una súbita provocación cuando pensaron ellos en matarle, sino con premeditación malvada y a sangre fría. Malo es cometer el mal, pero es peor el tramarlo y proyectarlo; la malicia aumenta en la medida de la programación del mal: *Conspiraron para matarle* (v. 18). ¡Y con qué burla se aprestan a cometer el crimen! *Aquí viene el soñador* (v. 19); *veremos qué será de sus sueños* (v. 20). Esto muestra cuál era el motivo de su enfado y de su rabia. No podían soportar el pensamiento de que

tuviesen un día que rendirle homenaje. Y, para mayor maldad, se ponen de acuerdo en encubrir el homicidio con una mentira: *Diremos: Alguna mala bestia lo devoró* (v. 20).

III. Rubén proyecta librarlo (vv. 21–22). De todos los hermanos, Rubén era el que más motivo tenía para estar celoso de José puesto que era el primogénito, sin embargo demuestra aquí ser su mejor amigo. Rubén hace una propuesta, que ellos pensaron que serviría eficazmente para llevar a efecto su propósito, pero que en realidad tenía por objeto servir al deseo de Rubén de rescatar a José de las manos de ellos y devolverlo sano y salvo a Jacob. Por encima de todo ello, estaba Dios, quien controlaba y movía sus peones para sus propios designios de hacer de José un instrumento valioso, a fin de salvar la vida de muchísimas personas, incluida su propia familia.

Versículos 23–30

Ejecución del complot contra José. 1. Primero se dieron prisa en quitarle la envidiada túnica que le señalaba como el jefe (v. 23). En la imaginación de ellos, este gesto era como una ceremonia de degradación, en que se le privaba de la primogenitura. Así fue nuestro Señor Jesús también desvestido de su túnica inconsútil; y así han sido muchos de sus santos desposeídos meticulosamente de todos sus honores y privilegios, antes de venir a ser *como la escoria del mundo, el desecho de todos* (1 Co. 4:13). 2. Después pensaron matarlo de hambre arrojándolo a una cisterna honda y vacía. Donde reina la envidia, desaparece la compasión y se olvidan todos los sentimientos de humanidad (v. Pr. 27:4) ¿Es a éste a quien habrán de rendir homenaje sus hermanos? Nótese que, a menudo, los pasos de la Providencia parecen contradecir a los designios de Dios, incluso cuando más están sirviendo a su cumplimiento. 3. Después de arrojarlo a la cisterna, se desentendieron completamente de él y *se sentaron a comer pan* (v. 25). Se ve que no sentían ningún remordimiento de su pecado; de haberlo sentido, les habría quitado el apetito, pero estaban tanto más complacidos cuanto que pensaban estar ya libres del temor de que su hermano llegase a dominar sobre ellos. 4. Finalmente, lo vendieron. No podía ser más oportuno el paso de la caravana de mercaderes ismaelitas, y fue Judá quien propuso venderlo a ellos, para que fuese llevado suficientemente lejos de allí, a Egipto, donde, con toda probabilidad, quedaría perdido y no volverían a saber de él jamás. (A) Judá lo propuso por compasión hacia José (v. 26): *¿Qué provecho hay en que matemos a nuestro hermano?* (B) Ellos accedieron a esta propuesta, pensando que si era vendido como esclavo, nunca llegaría a ser señor. Cuando Rubén volvió a la cisterna y no encontró a José, se sintió perdido: *El joven no aparece; y yo ¿adónde iré yo?* (v. 30). Siendo él el mayor, de él habría de esperar Jacob el relato de lo que le podía haber pasado a José. Sin embargo, los hechos demostraron que, en realidad, todos habrían estado perdidos, si José no hubiese sido vendido.

Versículos 31–36

I. Comoquiera que pronto se echaría en falta a José, y se haría una gran investigación para hallarle, sus hermanos tramaron otra gran mentira para hacer creer al mundo entero que José había sido despedazado por una fiera; y así lo hicieron: 1. Para ahuyentar de sí toda sospecha de que hubiesen cometido un crimen contra José. Nótese que, cuando el diablo induce a cometer un pecado, enseña al criminal a ocultarlo con otro el robo y el homicidio, con la mentira y el perjurio; pero el que encubre su pecado, no prosperará por largo tiempo. 2. Para apesadumbrar a su buen padre. Parece que lo hicieron adrede para vengarse del favoritismo que Jacob mostraba hacia José. Le enviaron la túnica de varios colores de José con un color más: púrpura de sangre (v. 32). Aparentaron haberla encontrado en el campo y le dijeron, con burla mal disimulada, a su padre: *¿Es ésta la túnica de tu hijo?* Ahora, los que tengan idea de lo que es el corazón de un padre podrán imaginarse la agonía del pobre Jacob. Despierto o dormido, se imagina ver a la fiera arrojándose sobre José, despedazándolo y devorándolo miembro a miembro hasta no dejar de él otra cosa que la túnica. Entonces, sus hijos aparentan vilmente querer consolarle (v. 35); en su hipocresía perversa, resultaron consoladores falsos y miserables, cuando podían haberle dicho: «José vive, y ha sido vendido a Egipto, pero no será difícil enviar allá y rescatarlo». Así fue que Jacob *no quiso recibir consuelo* (v. 35).

II. Después que ismaelitas y madianitas compraron a José, sólo para hacer mercancía de él, *lo vendieron a Potifar, oficial de Faraón* (v. 36). ¡Qué pronto se convirtió Egipto en casa de esclavitud para la descendencia de Jacob! Nunca se hubiese imaginado Jacob que su amado hijo José había de ser así comprado y vendido como esclavo.

CAPÍTULO 38

En este capitulo hallamos un relato de Judá y de su familia. Si hubiésemos de formarnos una idea del carácter de Judá por la historia que sigue, no podríamos decir: *«Judá, te alabarán tus hermanos»* (49:8). Pero, como sucede con frecuencia, también aquí «Dios escribe derecho con líneas torcidas».

Versículos 1–11

1. La amistad de Judá con un cananeo. 2. Su insensato casamiento con una cananea, concertado, no por su padre, que no parece haber sido consultado, sino por su nuevo amigo Hirá (v. 2). Tuvo de ella tres hijos: Er, Onán y Selá. Con toda probabilidad, Judá se casó muy joven y con mucha precipitación; asimismo casó a sus hijos demasiado jóvenes, cuando no tenían aún seso ni talante para comportarse debidamente, y las consecuencias fueron muy malas. (A) Su primogénito, *Er,* fue notoriamente malvado; y lo fue *ante los ojos de Jehová* (v. 7), como si dijera, en desafío a Dios y a su ley. (B) Su segundo hijo, *Onán,* se casó con la viuda, de acuerdo con la antigua costumbre para conservar el nombre de su hermano, que había muerto sin hijos. Esta costumbre de casarse con la viuda del hermano fue después incorporada a las leyes de Moisés (Dt. 25:5), y es conocida con el nombre de ley del *levirato* (del latín *lévir,* cuñado). Aunque consintió en casarse con la viuda, Onán rehusó dar descendencia a su hermano (v. 9), y abusó de su propio cuerpo, del de su mujer, y de la memoria de su fallecido hermano. (C) Selá, su tercer hijo, quedó prometido a la viuda (v. 11), pero a condición de que no se casase tan joven. Con esto, Tamar asintió por el momento, y esperó el resultado.

Versículos 12–13

Se cuenta de Judá una desdichada historia. Se portó injustamente con su nuera, por negligencia o adrede, al no darle el hijo sobreviviente, de acuerdo con lo prometido, y así la expuso a tentaciones.

I. Tamar se prostituyó malvadamente ante Judá como una ramera, a fin de que, si el hijo no quería, al menos el padre levantase descendencia a su primer marido. El obispo Patrick piensa que, probablemente, ella esperaba que Selá, que era legalmente su prometido, vendría con su padre, y quizás ella podría atraerlo con sus caricias. 1. Ella creyó llegada la oportunidad cuando Judá estaba de fiesta con los trasquiladores de sus ovejas. 2. Se exhibió como ramera en público (v. 14). Parece ser que, en aquel tiempo, era costumbre de las prostitutas sagradas de Astarté cubrirse el rostro con un velo, de modo que, aun no teniendo vergüenza, parecían tenerla. El pecado de impureza no se cometía tan descaradamente como se comete ahora.

II. Judá, viudo entonces (v. 12), cayó en la trampa, y aunque ignoraba que fuese su nuera y, por tanto, no cometió incesto culpablemente, sí fue culpable de fornicación, pues no era esposa suya y no debía tocarla. Nótese: 1. Que el pecado de Judá comenzó como el de David, por los ojos (v. 15): *La vio.* Necesitamos hacer un pacto con nuestros ojos, como Job (Job 31:1), y no permitir que se vayan tras la vanidad, para que el ojo no infecte al corazón. 2. Al escándalo de la fornicación añadió el pecado de alquilar por dinero a una ramera (¡nada más infamante!), pues el precio fue demandado, prometido y aceptado:—*cabrito del rebaño* (v. 17). ¡Buen precio para la honra y la castidad de ella! También en esto, es peor Judá que Tamar, porque ¿cuál es más de culpar—aunque cualquiera mal haga—la que peca por la paga o el que paga por pecar? Sí, aunque hubiese ofrecido miles de carneros y diez mil ríos de aceite, no habrían sido precio suficiente. El favor de Dios, la pureza del alma, la paz de la conciencia y la esperanza

del Cielo son demasiado preciosos para ponerlos a la venta a cualquier precio. 3. Todavía añadió Judá un nuevo motivo de reproche al dejar sus joyas y atributos de nobleza en prenda por un cabrito.

III. En el trato, perdió su prenda. Envió el cabrito, conforme a lo acordado, para redimir la prenda, pero la supuesta ramera no fue hallada. Judá queda satisfecho de perder su sello y el collar o brazalete del que éste pendía, además de su bordón de jeque, y prohíbe cualquier investigación posterior, *para que no seamos menospreciados* (v. 3). No parece preocupado por el pecado, para que le sea perdonado, sino por la vergüenza, para no verse confundido.

Versículos 24–30

I. Judá se muestra riguroso contra Tamar, cuando oye que es adúltera. Legalmente, era esposa de Selá y, por tanto, encontrarse encinta de otro hombre era considerado como injuria e infamia a la familia de Judá: *Sacadla*—dice Judá—, y *sea quemada* (v. 24). Como cabeza de familia, Judá tenía poder para aplicar la pena capital (v. 31:32). Nótese que es cosa muy corriente entre los hombres ser severos contra otros por los mismos pecados que ellos se permiten a sí mismos; de este modo, al juzgar a otros, se condenan a sí mismos (Ro. 2:1; 14:22).

II. La vergüenza de Judá, cuando quedó patente que él era el adúltero. Tamar presentó el sello, el cordón y el báculo, cuando la sacaban para ejecutar justicia contra ella lo cual evidenció que el padre de la criatura era Judá (vv. 25–26). Ante esta prueba contundente, Judá reconoció su pecado y cargó sobre sí la infamia del hecho. La Escritura no oculta los grandes pecados de los grandes hombres de Dios ni la confesión penitente de los mismos. Cuando el emperador Teodosio fue excomulgado por el obispo de Milán Ambrosio a causa de la matanza de Tesalónica, Teodosio replicó en su orgullo: «También David pecó». A lo que respondió Ambrosio: «Pues ya que has seguido a David en su pecado, síguele también en su arrepentimiento».

III. La edificación de la familia de Judá con el nacimiento de Pares (o Peres) y Zara, de quienes descendieron las numerosas familias de la ilustre tribu de Judá. Los cuatro primeros hijos de Jacob cayeron en asquerosos crímenes: Rubén y Judá cometieron incesto Simeón y Leví una matanza masiva. Con todo, figuran entre los patriarcas de Israel, y de Leví descendieron los sacerdotes, como de Judá descendieron los reyes y el propio Mesías. Así llegaron a ser modelos de arrepentimiento, y monumentos del perdón y de la gracia de Dios.

CAPÍTULO 39

En este capítulo, volvemos a la historia de José. Le vemos aquí hecho esclavo de Potifar, encumbrado por su amo, vencedor en grave tentación, traicionado por la mujer de Potifar, metido en la cárcel, y favorecido allí con grandes señales de la especial presencia de Dios con él.

Versículos 1–6

I. José fue vendido a un oficial de Faraón, en cuya casa tuvo oportunidad de conocer a personas prominentes y enterarse de negocios importantes del país, con lo cual iba siendo capacitado para el alto puesto que después había de ocupar. Cuando Dios destina a una persona para algún servicio, también se cuida de equiparla para él, de un modo u otro.

II. José es bendecido maravillosamente, incluso en la casa de su esclavitud.

1. Dios le prosperó (vv. 2–3). Aunque es de suponer que, al principio, sus manos tendrían que ocuparse en los oficios más bajos, aun en éstos se echaría de ver su diligencia, tanto como su competencia y honestidad; le acompañaba una bendición especial del Cielo, la cual se hacía cada vez más notoria conforme ascendía en su empleo. Sus hermanos le habían despojado de la túnica propia de la nobleza,

pero no pudieron despojarle de la nobleza del corazón, ni de su prudencia y virtud. José estaba separado de su familia, pero no estaba separado de Dios; estaba exiliado de la casa de su padre, pero *Jehová estaba con él* (vv. 2, 3), y esto le servía de consuelo y sostén.

2. Su amo comenzó a ascenderle, hasta hacerle *mayordomo de su casa* (v. 4). Es señal de sabiduría por parte de los que ocupan algún puesto de autoridad el poner los ojos en las personas fieles y favorecidas con una presencia especial de Dios y darles el empleo conveniente (Sal. 101:6). Potifar sabía lo que hacía al poner todo en manos de José.

3. Dios favoreció a su amo por causa de él (v. 5): *Bendijo la casa del egipcio,* a pesar de ser un extraño al pueblo de Israel y ajeno al verdadero Dios, *a causa de José.* Los buenos son una fuente de bendición para los lugares donde viven.

Versículos 7–12

I. La más vergonzosa muestra de imprudencia e inmodestia de la mujer de Potifar y dueña de José, vilmente entregada a su instinto sexual y desposeída de toda virtud y honor.

1. Su pecado comenzó por la vista: *Puso sus ojos en José* (v. 7). Ya hemos visto en ocasiones anteriores la importancia de los ojos como ventanas del alma, y la consiguiente necesidad de hacer un pacto con ellos, como lo hizo Job (Job 31:1).

2. Vemos también el atrevimiento y la desvergüenza de esta mujer.

3. Nótese la urgencia, la violencia y la persistencia con que acosaba a José. *Hablaba a José cada día* (v. 10). Esto hace ver: (A) La gran perversidad de ella, y (B) la gran tentación que esto suponía para José.

II. Vemos aquí uno de los más ilustres ejemplos de virtud y castidad, con admirable resolución, en José, quien fue capacitado por la gracia de Dios para resistir y vencer esta tentación. Considerando bien todo, su escape fue una muestra del poder divino tan grande como la liberación de los tres jóvenes del horno encendido (Dn. 3:20–27).

1. La tentación que sufrió José fue muy fuerte. La tentadora era su dueña, de clase alta, a quien tenía la obligación de obedecer e interés en complacer, y cuyo favor hubiese contribuido más que nada a un mayor encumbramiento. Por otra parte, correría el mayor peligro si la despreciaba y la convertía así en enemiga. Para colmo, la oportunidad no podía ser mejor: la tentadora se encontraba sola con él en casa; su empleo le había llegado, al margen de toda sospecha, a donde ella estaba.

2. Su resistencia a la tentación fue muy valiente, y su victoria quedó revestida del máximo honor.

A) No estaba dispuesto a hacerle mal a su amo ni a ofender a Dios. Éste es el principal argumento con que refuerza su aversión al pecado: *¿Cómo haría yo este gran mal?* (v. 9). No sólo ¿cómo haré? o ¿cómo me atreveré?, sino *¿Cómo podré? Id possumus quod jure possumus*—dice el adagio latino—. *Sólo podemos hacer lo que es según derecho.* En realidad, el argumento en que José apoya su negativa, es triple: *Primeramente,* considera quién es la persona tentada: «Yo». Quizás otros puedan tomarse esa libertad yo no. *Segundo,* a qué pecado se le inducía: *Esta gran maldad.* Otros pensarían que era cosa de poca importancia, un pecadillo excusable, una aventura propia de la juventud; pero José tenía de ello una idea muy diferente. ¡Que el pecado se muestre pecado! (Ro. 7:13). Hay que llamar al pecado por su nombre y no intentar rebajar su malicia. *Tercero,* contra quién se le tentaba a pecar: *Contra Dios,* contra su santidad y dominio, contra su amor, sus designios y su providencia. El amor de Dios conlleva necesariamente el odio al pecado.

B) Venció con prontitud y resolución. La gracia de Dios le capacitó para vencer la tentación y escapar de la tentadora. Ya dice el adagio latino: *Principiis obsta:* Resiste a los comienzos. No se entretuvo a conversar con la tentación, sino que huyó de ella con la mayor aversión: allí dejó su manto, como quien escapa por su vida. Nótese que es mejor perder un buen manto que una buena conciencia.

Versículos 13–18

La dueña de José, después de haber intentado en vano hacerle criminal, se esfuerza ahora en presentarlo como a tal, para vengarse así de su virtud. El amor casto y santo persiste aunque se vea

menospreciado, pero el amor pecaminoso, como el de Amnón a Tamar, fácilmente se cambia en odio profundo, también pecaminoso. Le acusa ante los consiervos de él (vv. 13–15), infamándole a los ojos de quienes estarían envidiosos de aquel extranjero que tan fácilmente había ascendido al puesto de mayordomo. Le acusó también ante el amo, que tenía en su mano el poder para castigarle. Obsérvese: 1. La historia tan poco probable, tan poco creíble, que cuenta, pero la dice para vengarse de la virtud de José con una mentira de las más maliciosas. 2. Consigue así encender el furor de su marido contra José (v. 19), haciendo repercutir, al mismo tiempo, sobre Potifar el ultraje que ella había sufrido—según su relato—de José: *El siervo hebreo que nos trajiste, vino a mí para deshonrarme* (v. 17). Cada palabra es una flecha envenenada: un esclavo, de esa maldita raza asiática, traído por ti mismo, que se viene a mí para herir mi honra y la tuya.

Versículos 19–23

1. José castigado por su amo. Potifar creyó la acusación, aunque quizá sólo en parte (¡la honra de las egipcias!); de estar seguro, hubiese condenado a José, no a prisión, sino a morir (vv. 19–20). Así se encontró José encerrado con los prisioneros del rey, presos del Estado. Fue echado a la cárcel del rey para que pudiese después ser presentado a la persona del rey. 2. José se encontraba ahora distanciado de todos sus amigos, *pero Jehová estaba con José y le extendió su misericordia* (v. 21). No hay puertas, cerrojos ni rejas que puedan separar de los hijos de Dios la Presencia benévola del Padre, porque Él ha prometido que *nunca los desamparará ni los dejará* (He. 13:5). Quienes, aun en la cárcel, tienen buena conciencia, tienen allí a un buen Dios. José no está en prisión mucho tiempo sin que se convierta en un pequeño jefe: *Jehová le dio gracia en los ojos del jefe de la cárcel* (v. 21). Nótese que Dios puede hacer surgir amigos para sus hijos, incluso donde ellos tienen poca esperanza de encontrarlos. El jefe de la cárcel vio que Dios estaba con él y que todo prosperaba bajo su mano y, en consecuencia, le encargó del cuidado de todo lo que se hacía en la prisión (vv. 22–23).

CAPÍTULO 40

En este capítulo, las cosas comienzan a obrar, aunque despacio, a favor del encumbramiento de José. En la cárcel, interpreta los sueños de dos sirvientes de Faraón. Ambos sueños tuvieron puntual realización, como había interpretado José. Pero el jefe de los coperos, una vez restituido a su cargo, no se acordó de la petición que José le había hecho.

Versículos 1–4

No encontraríamos registrada en la Escritura esta historia del jefe de los coperos y del jefe de los panaderos de Faraón, si no hubiese sido útil para el relato de la promoción de José a gobernador de Egipto. Obsérvese: 1. Que dos de los altos oficiales de la corte de Faraón son echados a la cárcel por haber ofendido al rey. Muchas conjeturas se han hecho acerca de la ofensa de estos sirvientes de Faraón; algunos piensan que se trataba nada menos que de quitarle la vida; otros, por el contrario, que fue sólo por haber encontrado casualmente el rey, o una mosca en su copa o un poco de arena en el pan. 2. Que *el capitán de la guardia*, que no era otro que el propio Potifar (v. 3, comp. con 39:1), *encargó de ellos a José* (v. 4), insinúa que comenzaba ahora a reconciliarse con José, y quizá se estaba convenciendo de su inocencia, aunque no se atreviera a soltarle por miedo de desagradar a su mujer.

Versículos 5–19

I. La especial providencia de Dios, llenó la cabeza de estos dos presos con sueños inusitados, tanto que hicieron en ellos una impresión extraordinaria y comportaban ciertas evidencias de su origen divino. Ambos los tuvieron la misma noche.

II. La impresión que hicieron en ellos estos sueños fue pesimista (v. 6*): Estaban tristes.*

III. José les mostró afecto y compasión, y les preguntó preocupado: *¿Por qué aparecen hoy mal vuestros semblantes?* (v. 7) José era su guardián, así como su compañero de prisión, y tambien él había sido un soñador. Participar en los sufrimientos ajenos ayuda a compadecerse de los que sufren. Por otra parte, es un consuelo y un alivio para los que están en apuros, el saber que hay quien hace caso de ellos.

IV. Los sueños y su interpretación. *No hay quien lo interprete*—le dicen a José—. Entonces José les da la pista para encontrar un intérprete: *¿No son de Dios las interpretaciones?* Como si dijera: «Si las interpretaciones pertenecen a Dios, Él es muy libre para comunicar su poder a quien le plazca; por tanto, decidme vuestros sueños». Ahora bien: 1. El sueño del jefe de los coperos era un feliz presagio de su liberación y de la restitución a su cargo en el término de tres días, y así se lo interpretó José (vv. 12–13). 2. El sueño del jefe de los panaderos mostraba proféticamente su muerte ignominiosa (vv. 18–19). La feliz interpretación del sueño del otro le animó a referir su sueño. No fue culpa de José el darle malas noticias. Así también, los ministros de Dios no son más que intérpretes; no pueden hacer que las cosas sean de otro modo del que son.

V. La ventaja que obtuvo José de esta oportunidad para tener un amigo en la corte (vv. 14–15). Modestamente imploró el favor del jefe de los coperos cuya restitución había predicho: *Acuérdate de mí cuando tengas ese bien* (v. 14). Y ¡cuán modestamente presenta también su propio caso! (v. 15). No acusa a sus hermanos que le habían vendido. Tampoco refiere el daño que le había causado su dueña, por cuya causa se encontraba en la cárcel, así como la credulidad de su amo, que se había convertido en su juez; se limita a confesar mansamente su inocencia. Cuando tengamos que vindicar nuestra conducta, debemos evitar al máximo, en la medida de lo posible el hablar mal de otros. Contentémonos con demostrar nuestra inocencia, sin tratar de afear la conducta, aunque sea mala, de otros.

Versículos 20–23

La realización de lo que José había interpretado acerca de los sueños, en el mismo día que él había fijado. El jefe de los coperos y el de los panaderos fueron promocionados; el uno, a su oficio; el otro, al cadalso; y ambos, a término de los tres días.

Algunos encuentran cierta semejanza entre José y Cristo en este relato. Los compañeros de prisión de José se asemejan a los dos malhechores que fueron crucificados con Cristo: el uno se salvó, y el otro—por todas las apariencias—se condenó. A uno de los encarcelados, cuando José le dijo: *Acuérdate de mí cuando tengas ese bien,* se le olvidó; en cambio, cuando uno de los ladrones dijo a Cristo: *Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino,* no sólo no fue olvidado, sino que le fue prometido el Paraíso para aquel mismo día.

CAPÍTULO 41

Dos cosas importantes realiza la Providencia a partir de este momento: 1. La elevación de José al cargo de supremo gobernador de Egipto. 2. El mantenimiento de Jacob y de su familia en tiempo de hambre severa.

Versículos 1–8

1. La demora que sufrió la liberación de José. Duró hasta *pasados dos años* (v. 1). Hay un tiempo señalado para la liberación de los hijos de Dios; ese tiempo ha de llegar, aunque parezca que se retrasa y, cuando llegue, será evidente que ése era el mejor tiempo. 2. Se refieren aquí los medios de la liberación de José, que fueron los sueños de Faraón. Si los hubiésemos de considerar como sueños ordinarios podríamos observar a través de ellos las necedades absurdas de una desbocada fantasía: unas vacas flacas, metidas a fieras de presa (sí, y más rabiosamente voraces que ninguna otra, hasta el punto de comerse a las de su misma especie), y unas espigas de grano que se comen a otras. Referir sueños necios no es mejor que tener necias conversaciones, pero estos sueños de Faraón llevaban la impronta divina y, por eso,

cuando se despertó, *estaba agitado su espíritu* (v. 8). Sus magos estaban desconcertados, pues no les servían para nada las artes mágicas. Esto sucedió para que la interpretación de José, por el Espíritu de Dios, resultase más admirable (comp. con Dn. 2:27; 4:7; 5:8). Los sueños de José fueron la causa de sus aflicciones, y ahora los sueños de Faraón iban a ser la ocasión de su engrandecimiento.

Versículos 9–16

1. Que José es recomendado, como intérprete, a Faraón. El jefe de los coperos lo hizo así, más por obsequio a Faraón y por complacerle que por gratitud o compasión hacia José. Lo que dijo de él, en resumen, fue que había en la cárcel del rey un oscuro joven hebreo que le había interpretado a él muy atinadamente un sueño, así como al jefe de los panaderos otro similar (correspondiendo, en cada caso, exactamente el hecho con la interpretación), y que él se lo recomendaría al rey su amo como intérprete. Si el jefe de los coperos hubiese mostrado inmediatamente su interés por la liberación de José y la hubiese obtenido es probable que, después de su salida de la cárcel, hubiese sido devuelto a *la tierra de los hebreos,* de la que tan sentidamente había hablado a sus compañeros de cárcel (40:15), y entonces, ni hubiese él recibido una bendición tan grande, ni habría sido de bendición de su familia, como lo fue después. Pero, al estar dos años más en la cárcel y salir, por fin, en esta ocasión para interpretar los sueños del Faraón, se le abrió el camino para su gran encumbramiento. Esto demuestra lo bien que ordena los tiempos la Providencia de Dios en favor de sus hijos. 2: Que José es introducido y presentado al Faraón. Y esto se hace con la máxima urgencia posible, de modo que José estaría casi tan sorprendido como Pedro cuando fue liberado milagrosamente de la cárcel (He. 12:9). Faraón, sin detenerse a preguntarle quién era ni de dónde procedía le comunica su sueño, y espera que se lo interprete (v. 15). A lo cual responde José con la mayor humildad (v. 16), pues: (A) Da toda la gloria a Dios: *No está en mí, Dios será el que de respuesta.* (B) Muestra su respeto a Faraón y una cordial buena voluntad hacia él y hacia su gobierno, al presuponer que la interpretación había de resultar provechosa para la paz y la prosperidad del reino.

Versículos 17–32

I. Faraón refiere su sueño. Soñó que estaba a la orilla del río Nilo y veía a las vacas, tanto las gordas como las flacas, salir del río. Así como que siete espigas crecían hermosas, y que otras espigas menudas devoraban a las siete espigas hermosas.

II. José le interpreta el sueño, y le dice que significaba siete próximos años de gran abundancia que serían inmediatamente sucedidos por otros siete de gran hambre. Obsérvese que: 1. Los dos sueños significaban la misma cosa, pero su repetición indicaba la certeza, la cercanía y la importancia del evento (v. 32). 2: Con todo, los dos sueños tenían una referencia distinta a las dos cosas en las que más experimentamos abundancia y escasez; a saber, la hierba y el grano. La abundancia y la escasez de hierba para el ganado estaban representadas por las vacas gordas y flacas; la abundancia y escasez de alimento para el hombre estaban representadas por las espigas llenas y las menudas. 3: Por aquí se ven los cambios a que están sujetas las comodidades de esta vida. Después de una gran abundancia puede venir una gran escasez. 4: Véase también la bondad de Dios al enviar los siete años de abundancia delante de los de hambre a fin de que pudiese hacerse a tiempo la necesaria provisión. ¡Con qué admirable sabiduría ha ordenado la Providencia, esa gran ama de casa los asuntos de esta numerosa familia desde el principio hasta ahora! Ha habido gran variedad de estaciones, y el producto de la tierra ha sido, y es a veces, más abundante a veces más escaso; sin embargo, al tomar la media de los años, lo que era un milagro respecto del maná se realiza ordinariamente en el curso común de la naturaleza por obra de la sabia Providencia: *No sobró al que había recogido mucho, ni faltó al que había recogido poco* (Éx. 16:18). 5: También nos muestra esto la naturaleza perecedera de los goces mundanos. El gran incremento de los días de abundancia fue completamente engullido en los años de hambre; y lo sobrante, que parecía tanto, apenas sirvió para mantener a los hombres con vida (vv. 29–31). Obsérvese que Dios reveló esto de antemano a Faraón quien, como rey de Egipto, debía hacer de padre de su patria, y proveer prudentemente para su pueblo.

Versículos 33–45

I. El buen consejo que dio José a Faraón: 1. En los años de abundancia debía almacenar para los años de hambre comprar grano cuando estuviese barato y, así, poder enriquecerse él y suministrarlo al país cuando estuviese caro y escaso. 2. Como suele ocurrir que lo que es negocio de todos viene a ser negocio de ninguno, aconseja al Faraón nombrar gobernadores que se ocupen con diligencia del asunto, y poner a la cabeza de todos ellos *un varón prudente y sabio*, que presida y controle todo el quehacer (v. 33).

II. El gran honor que dispensó Faraón a José. 1. Dio de él un honroso testimonio al reconocerle como un *hombre en quien estaba el espíritu de Dios* (v. 38). Esto inviste a cualquier persona de una gran excelencia; tales hombres deben ser estimados en lo que valen. Más aún, para Faraón, no hay nadie que le iguale en prudencia: *No hay entendido ni sabio como tú* (v. 39). Ahora queda José abundantemente compensado de la infamia que habían cometido con él. 2. Le puso en un oficio muy honroso; no sólo lo empleó en comprar grano, sino que le hizo primer ministro del Estado y lo puso al frente de la casa real. 3. También le invistió de todas las señales honoríficas imaginables, para recomendarle a la estima y al respeto del pueblo como favorito del rey, a quien el rey tenía el placer de honrar. Le impuso un nombre nuevo, para mostrar que tenía autoridad sobre José y, al mismo tiempo, para mostrar también cuán valioso lo consideraba. Le llamó *Safnat-Panéaj*, que significa *Declarador de lo oculto*.[8] Le dio también como esposa a la hija de un hombre principal con lo que le confería un nuevo honor. Al que Dios había mostrado su liberalidad, otorgándole sabiduría y otras grandes cualidades, Faraón no le escatimaba honores.

Versículos 46–57

I. La formación de la familia de José con el nacimiento de dos hijos, Manasés y Efraím (vv. 50–52). En los nombres que les puso, dio a entender su reconocimiento a la divina providencia por el giro tan favorable que había dado a sus asuntos, pues *le había hecho fructificar en la tierra de su aflicción* (v. 52). Egipto había sido la tierra de su aflicción y todavía lo era en algún sentido, pues no era Canaán, la tierra de la promesa. La lejanía de su padre era aún su aflicción. Pero las aflicciones de los santos les hacen rendir mayores y mejores frutos. *Efraím* viene a significar *fructífero; y Manasés, olvido.* Las dos cosas suelen ir juntas, porque fue precisamente cuando engordó Jesurún, que se olvidó de su Hacedor (Dt. 32:15).

II. El cumplimiento de las predicciones de José. Faraón tenía gran confianza en la veracidad de las mismas. Vinieron los siete años de abundancia (v. 47) y llegaron también a su fin (v. 53). Es una gran lección para el tiempo de abundancia. *Todo lo que esté al alcance de tu mano, esmérate en hacerlo según tus fuerzas* (Ec. 9:10), y recoge diligentemente, cuando es el tiempo de recoger. Y *comenzaron a venir los siete años del hambre* (v. 54). Parece ser que esta hambre no sólo cundió en Egipto, sino también en otros países, *por toda la tierra* (v. 57), es decir, en todos los países vecinos. *Mas en toda la tierra de Egipto había pan* (v. 54), gracias a la previsión y a la provisión de José.

III. Cómo cumplió José con el cargo que se le había confiado. Fue fiel como corresponde a un buen administrador (1 Co. 4:2). 1. Fue diligente en recoger alimento y guardarlo en las ciudades mientras hubo abundancia (vv. 48–49). 2. Fue prudente y cuidadoso al abrir los graneros cuando llegó el hambre, manteniendo el mercado bastante barato mediante un suministro de grano hábilmente racionado. El pueblo, al sentirse en apuros, clamaba a Faraón pero él les enviaba a su primer ministro y supremo administrador del reino: *Id a José* (v. 55). No cabe duda de que José fijaba con justicia y sabiduría el precio del grano que se vendía, de modo que el país no sufriese opresión y de que nadie se aprovechase de la necesidad que el pueblo padecía. Debemos fijar los precios de acuerdo con la regla de oro de la justicia; hagamos así a los demás lo que desearíamos que nos hiciesen a nosotros (Mt. 7:12).

---

[8] Según los egiptólogos, *Safnat* significa «hombre-alimento», y *Panéaj* significa «de la vida». Así José era tipo, también en esto, Cristo, quien pudo llamarse a sí mismo *«pan de la vida»* (Jn. 6:35, 48, 51)

CAPÍTULO 42

En este capítulo y en los siguientes, tenemos la realización de los sueños de José de que su familia habría de rendirle homenaje. La historia es referida con todo detalle, no sólo porque es sumamente instructiva, sino porque dio ocasión al traslado de su familia a Egipto, hecho del que muchos otros eventos posteriores habían de depender.

Versículos 1–6

Aunque todos los hijos de Jacob estaban casados (excepto Judá, que seguía viudo [es lo más probable]), permanecían asociados en corporación familiar, bajo la conducción y presidencia de su padre Jacob.

I. Las órdenes que les dio de ir a Egipto para comprar grano (vv. 1–2). Obsérvese: 1. El hambre se hizo sentir pesadamente sobre la tierra de Canaán (v. 5). Es de notar que los tres patriarcas (Abraham, Isaac y Jacob), para quienes Canaán era la tierra prometida, pasaron hambre en dicha tierra, lo cual estaba destinado, no sólo a poner a prueba su fe, por ver si estarían dispuestos a creer y confiar en Dios, incluso cuando parecía que estaba a punto de consumirlos de hambre, sino también a enseñarles a buscar otra tierra mejor, es decir, la celestial (He. 11:14–16). 2. Con todo, mientras había hambre en Canaán, había grano abundante en Egipto. Así lo dispone la Providencia, para que un lugar venga en socorro y ayuda de otros, pues todos somos miembros de la misma familia. 3. *Vio Jacob que en Egipto había alimentos* (v. 1) y 4. Reprochó a sus hijos el diferir aprovisionarse de trigo para sus familias: *¿Por qué os estáis mirando?* 5. Les urgió a marchar a Egipto: *Descended allá* (v. 2).

II. Ellos obedecieron sus órdenes (v. 3): *Descendieron a comprar trigo;* no enviaron a sus criados, sino que, con toda prudencia, fueron ellos mismos, para recoger el grano, y pagarlo directamente de su bolsillo. Que nadie piense ser demasiado grande o demasiado bueno para pasar fatigas y poner esfuerzos. Benjamín no marchó con ellos, porque era ahora el niño mimado de Jacob, después que José había desaparecido. Llegaron, pues, a Egipto y, como tenían que comprar un cargamento considerable de trigo, fueron llevados a la presencia de José, y *se inclinaron a él rostro a tierra* (v. 6). *Así, sus* gavillas vacías rindieron homenaje a la gavilla llena de su hermano.

Versículos 7–20

Nos podríamos preguntar cómo es que José, durante los veinte años que para estas fechas había pasado en Egipto, nunca hizo una excursión a Canaán a fin de visitar a su anciano padre, ya que estaba no muy lejos de la frontera de Egipto, país colindante con Canaán. Es una conjetura muy probable que ello se debiera a que todo su comportamiento en esta materia estaba dirigido especialmente por Dios, para que el propósito de Dios acerca de Jacob y su familia tuviese cabal cumplimiento. Cuando llegaron los hermanos de José, él los conoció por muchas señales notorias, pero ellos no lo reconocieron a él, pues mal podían imaginarse que lo iban a encontrar allí (v. 8). José tenía un ojo puesto en sus sueños, mientras tenía delante a sus hermanos, y deseaba conducirles a que se arrepintiesen de sus pecados anteriores.

I. Se mostró muy severo y duro con ellos, y les acusó de maquinar alguna iniquidad contra su gobierno, tratándolos como personas sospechosas: *Espías sois* (v. 9). ¿Por qué se mostraba José tan duro con sus hermanos? Podemos estar seguros de que no era por espíritu de revancha, sino por conducirlos al arrepentimiento. También, para sonsacar de ellos un relato del estado de su familia, algo que él estaba deseoso de conocer. Al no ver con ellos a su hermano Benjamín, quizá comenzó a sospechar si también se habrían deshecho de él y, por eso, les presta una oportunidad de hablar de su padre y de su hermano.

II. Ellos respondieron con mucha sumisión, hablándole con todo el respeto imaginable: *No, señor nuestro* (v. 10)—¡qué cambio tan grande, desde que dijeron: *He aquí, ¡viene el soñador!* (37:19)—. Negaron la acusación modestamente: *Tus siervos nunca fueron espías* (v. 11). Y le dijeron cuál era el motivo por el que habían ido a Egipto, que no era otro que el comprar alimentos (v. 10).

III No obstante, José *los puso juntos en la cárcel por tres días* (v. 17).

IV. Al tercer día, les propuso que uno de ellos se quedase como rehén, y que los demás marchasen a casa para volver con Benjamín. Sus primeras palabras fueron muy alentadoras: *Yo temo a Dios* (v. 18). Como si dijera: «Podéis estar seguros de que no os voy a hacer ningún daño; no me atrevería, porque sé que, aunque estoy en alta posición, hay otro más alto que yo». Nótese que, de los que temen a Dios, tenemos razón para esperar una conducta equitativa. El temor de Dios será un freno para los que están en el poder, impidiéndoles abusar de su posición para oprimir y tiranizar a los demás. Quienes no tienen en la tierra un superior que les inspire miedo, deben sentir el temor de Dios y el miedo a las acusaciones de la propia conciencia. Así lo hacía Nehemías: *Yo no hice así, a causa del temor de Dios* (Neh. 5:15).

Versículos 21–28

I. La reflexión, llena de arrepentimiento, que hicieron los hermanos de José acerca del mal que habían cometido antes contra él (v. 21). Hablaron en hebreo, sin sospechar que José, a quien creyeron nativo de Egipto, les entendía; menos aún sospechaban que él era precisamente la persona de la que estaban hablando.

Se acordaban con pesar de la bárbara crueldad con que le habían tratado. Aquí podemos ver: 1. El oficio de la conciencia. Así como no borra el tiempo la culpa del pecado, tampoco borra el registro de la conciencia. 2. El beneficio de las aflicciones que tan a menudo demuestran ser el medio eficaz y afortunado de despertar las conciencias.

II. La benignidad de José hacia ellos en esta ocasión, la cual es tipo de las misericordias de Dios hacia los pecadores arrepentidos: *Siempre que hablo de él, todavía me viene con fuerza a la memoria* (Jer. 31:20. V. Jue. 10:16).

III. El encarcelamiento de Simeón (v. 24). Lo escogió como rehén a él, probablemente porque recordaba que había sido su enemigo más acérrimo, o por observar que era ahora el menos humillado y preocupado.

IV. La despedida de los demás. Habían venido por grano, y ya lo tenían; y no sólo eso, sino que cada uno tenía el dinero devuelto en la boca del saco.

1. Fue realmente un hecho misericordioso, pues pienso que no se les hizo ningún mal con devolverles el dinero, sino que fue un gesto de amabilidad; sin embargo, esto les llenó de terror. Las malas conciencias son inclinadas a tomar en mal sentido las bondades de la Providencia. Seguramente que si les hubiesen robado el dinero, no se habrían sentido tan aterrorizados como lo estaban ahora al encontrar el dinero en sus sacos.

2. Ellos sabían que los egipcios odiaban a los hebreos (43:32) y, por eso, al no esperar recibir de ellos ningún gesto amable, concluyeron que esto tenía por objeto buscar querella contra ellos ya que el señor de la tierra les había acusado de espías. Sus conciencias estaban también despiertas, y sus pecados delante de ellos; todo lo cual ayudaba a sumirlos en confusión. Cuando los ánimos se hunden, todo parece cooperar a su hundimiento.

Versículos 29–38

1. Relato que los hijos de Jacob hacen a su padre del gran apuro que han pasado en Egipto; cómo han sido detenidos por sospechosos, se les ha amenazado y se les ha obligado a dejar allí como rehén a Simeón, hasta que traigan consigo a Benjamín. 2. La profunda impresión que esto hizo en el buen hombre. Los atados mismos de dinero que José había devuelto por atención a su padre, le atemorizaron (v. 35), pues pensó que esto tenía algún maléfico designio. (A) Sus reflexiones acerca del estado actual de la familia le llenan de melancolía. Jacob tiene a José por muerto, y a Simeón y Benjamín los ve en peligro; y concluye: *Contra mí son todas estas cosas* (v. 36). Los hechos demostraron cuán equivocado estaba, pues todas aquellas cosas estaban a su favor, y obraban conjuntamente para su bien y el de su familia (V. Ro. 8:28). A causa de nuestra ignorancia, de nuestras equivocaciones y de la debilidad de

nuestra fe, a menudo pensamos que está contra nosotros lo que realmente está a nuestro favor. (B) De momento, está resuelto a que Benjamín no vaya con ellos: *No descenderá mi hijo con vosotros* (v. 38). Sus siguientes palabras insinúan desconfianza hacia ellos; recuerda que ya no volvió a ver a José desde la última vez que estuvo con ellos.

CAPÍTULO 43

Continúa en este capítulo la historia de José y de sus hermanos.

Versículos 1–10

1. Jacob urge a sus hijos a que vayan a Egipto a comprar más grano (vv. 1–2). El hambre continúa, y ya han gastado todo el trigo que habían comprado. 2. Judá le urge a él a que consienta que Benjamín marche con ellos. A Judá le había remordido la conciencia últimamente por lo que había hecho a José tiempo atrás (42:21) y, en prueba de la sinceridad de su arrepentimiento, quería reparar de alguna manera, redoblando su cuidado con respecto a Benjamín, la irreparable injuria que había hecho a José.

Versículos 11–14

I. Jacob es persuadido y se rinde a la razón: *Pues que así es, hacedlo* (v. 11). Como si dijera: «Si no es posible obtener trigo sino con estas condiciones, es preferible exponerle a los peligros del viaje, antes que consentir que perezcamos todos con nuestras familias, y Benjamín entre los demás, por falta de pan». La constancia es una virtud, pero la obstinación es un vicio.

II. Se echan de ver en tres cosas la prudencia y la justicia de Jacob:

1. Devolvió el dinero que habían encontrado en la boca de los sacos, con esta discreta consideración: *Quizá fue equivocación* (v. 12). Aunque obtengamos algo por equivocación, si nos lo quedamos una vez que ha sido descubierta la equivocación, lo estamos guardando fraudulentamente. 2. Envió el doble de dinero, puesto que ahora tenían que pagar por el trigo ya comprado y por el que iban a comprar en este viaje, especificando de nuevo (no es *otro* dinero) lo *del dinero devuelto.* 3. Envió también un presente de cosas que se hallaban en cierta abundancia en Canaán, pero que escaseaban en Egipto como la miel de dátiles y las almendras o probablemente, los pistachos (v. 11), además de otras cosas muy apreciadas que Canaán exportaba (37:25). La miel y los aromas no podían sustituir al trigo. El hambre era terrible en Canaán y, sin embargo, tenían bálsamo, mirra, aromas, etc. Podemos vivir desahogadamente a base de alimentos corrientes, aunque no disfrutemos de exquisiteces; pero no podemos vivir de exquisiteces si nos faltan los alimentos básicos. Demos gracias a Dios de que lo más necesario y lo más útil suele ser lo más barato y abundante.

III. La piedad de Jacob se echa de ver en su oración: *El Dios Omnipotente* (*El-Shadday* = el Dios Todosuficiente) *os de misericordia delante de aquel varón* (v. 14). Jacob apela al nombre con que Dios se había revelado a su abuelo Abraham (17:1), pues nadie, excepto el Todosuficiente, podía ayudar a un pobre padre que temblaba por la pérdida probable de su hijo menor tras haber perdido a su favorito José. Jacob había cambiado, hacía tiempo, un hermano furioso en amable mediante un presente y una oración; y ahora usa los mismos medios, con el mismo feliz resultado.

Versículos 15–25

Los hijos de Jacob, después de conseguir el consentimiento de su padre para llevar consigo a Benjamín, descendieron por segunda vez a Egipto a comprar grano. Si supiésemos lo que significa tener hambre de la palabra de Dios, estaríamos más prestos a viajar lejos, si ello fuera necesario, en busca del alimento espiritual, que lo estuvieron ellos por ir en busca del alimento corporal. A continuación tenemos

el relato de lo que pasó entre ellos y el mayordomo de José. *Tuvieron temor, cuando fueron llevados a casa de José* (v. 18). Pensaban que se les iba a interrogar acerca del dinero encontrado en la boca de los sacos, y serían tenidos por unos timadores. Por consiguiente, expusieron el caso al mayordomo y como prueba evidente de su honradez, presentaron el dinero anterior juntamente con el que traían para comprar nuevo grano. El mayordomo les animó diciéndoles: *Paz a vosotros, no temáis.*

E inmediatamente les incita a ver en la devolución del dinero una bendición de la divina providencia: *Vuestro Dios y el Dios de vuestro padre os dio el tesoro en vuestros costales* (v. 23). Con esto les cierra la boca para que no pregunten sobre el dinero, como si les dijera: «No preguntéis cómo llegó aquí; la Providencia os lo trajo, y eso os debe bastar». Por lo que dijo parece ser que con las instrucciones de su buen amo fue atraído al conocimiento del verdadero Dios, el Dios de los hebreos.

Versículos 26–34

I. El gran respeto que los hermanos de José le mostraron. Cuando le trajeron el presente *se inclinaron ante él hasta la tierra* (v. 26), y de nuevo, al responderle acerca de la salud de su padre, *se inclinaron, e hicieron reverencia,* tras referirse a Jacob como *tu siervo, nuestro padre* (v. 28). Así, los sueños de José se iban cumpliendo más y más.

II. La gran amabilidad que José les mostró, cuando estaban lejos de pensar que fuese una amabilidad fraternal. Aquí tenemos:

1. Su amable interés por Jacob: *¿Vive todavía?* (v. 27).

2. El amable interés que mostró igualmente por su hermano Benjamín. (A) Elevó una oración por él: *Dios tenga misericordia de ti, hijo mío* (v. 29). (B) Derramó abundantes lágrimas por causa de él (v. 30). Las lágrimas de ternura y afecto no son ningún desdoro, incluso en ojos de grandes y sabios.

3. Cuando se calmó su llanto y se pudo contener, se sentó a comer con ellos, los trató con nobleza digna de su rango, pero dándose maña también para hallar cualquier medio de divertirles.

Ordenó preparar tres mesas, una para sus hermanos, otra para los egipcios que comían con él (—ya que para los egipcios era abominación comer con los hebreos—v. 32), y otra para sí, que no podía comer con los egipcios y, por otra parte, aún no se había declarado hebreo ante sus hermanos.

Colocó a sus hermanos por orden de edad, de mayor a menor (v. 33).

Les sirvió un opíparo banquete, *tomando viandas de delante de sí para ellos* (v. 34). Este fue un gesto tanto más generoso y obsequioso, cuanto que a la sazón era tan grande la escasez de provisiones. Las preocupaciones y temores habían pasado ya, y comieron y bebieron con gozo, y sacaron la conclusión de que caminaban sobre buen pie en su relación con aquel hombre, que era el señor de la tierra. José les dio a entender que Benjamín era su favorito, pues *la porción de Benjamín era cinco veces mayor que cualquiera de las de ellos* (v. 34).

CAPÍTULO 44

Después de haber obsequiado a sus hermanos, José les despidió; pero aquí les tenemos otra vez de vuelta con un susto mayor que cualquiera de los que habían tenido antes. El episodio sirvió para que José se convenciera de la sinceridad del arrepentimiento de sus hermanos, al ver la preocupación de todos ellos, especialmente de Judá, tanto por la seguridad de Benjamín como por el consuelo de su anciano padre.

Versículos 1–17

José muestra nuevas finezas hacia sus hermanos, les llena los sacos, les devuelve el dinero, y los despide llenos de alegría; pero los ejercita con una nueva prueba también. José ordena a su mayordomo que ponga su valiosa copa de plata, la copa sagrada, en la que bebía y por la que obtenía oráculos, en la

boca del saco de Benjamín, para que parezca como si él la hubiese robado de la mesa y la hubiese puesto allí, después que le fue entregado el trigo.

I. Cómo fueron perseguidos y arrestados los supuestos criminales, bajo sospecha de haber robado una copa de plata. El mayordomo les acusó de ingratitud.

II. Cómo hicieron ellos protestas de inocencia, y se ofrecieron a ser sometidos al castigo más severo si eran encontrados culpables (vv. 9–10).

III. Cómo quedó Benjamín inculpado del robo, pues la copa se halló en su saco. Entonces ellos no se atrevieron a inculpar a José de injusticia, ni siquiera a sugerir que quizás el que había puesto en sus sacos el dinero, habría puesto allí la copa, sino que se abandonaron totalmente a la misericordia de José.

IV. Aquí tenemos la humilde sumisión de ellos (v. 16). 1. Reconocen la justicia de Dios: *Dios ha hallado la maldad de tus siervos* (v. 16), quizá refiriéndose a la injuria que habían hecho anteriormente a José, por la que pensarían que Dios les estaba ahora ajustando las cuentas. 2. Se entregaron a José como prisioneros: *Nosotros somos siervos de mi señor.* Ahora los sueños de José se cumplían al máximo.

V. José, con aires de justicia, sentencia que sólo Benjamín se quede como esclavo, y que los demás sean despedidos, ya que ¿por qué habría de sufrir ningún otro, sino el culpable? Está claro que lo que intentaba con esto era poner a prueba el afecto de sus hermanos hacia Benjamín y hacia su padre. Si ellos se hubiesen marchado contentos, y hubieran dejado en prisión a Benjamín, no cabe duda de que José le habría soltado inmediatamente y le habría promovido a un alto cargo, enviando un comunicado a Jacob, y habría hecho que el resto de sus hermanos quedasen allí a sufrir por la dureza de sus corazones; pero ellos demostraron profesar hacia Benjamín un afecto más profundo de lo que él temía. Los que habían vendido a José no querían ahora abandonar a Benjamín. Las peores cosas pueden enmendarse a tiempo.

Versículos 18–34

Discurso habilísimo y extremadamente patético que dirigió Judá a José en favor de Benjamín para obtener su rescate. Quizá Judá era mejor amigo de Benjamín que los demás, o los demás eligieron a Judá como portavoz, por tener Judá mayor facilidad de lenguaje que ninguno de ellos.

I. El discurso carece de todo artificio y de retórica forzada. 1. Se dirige a José con todo respeto y deferencia. 2. Se refirió a Benjamín como a quien era digno de consideración compasiva (v. 20); era *pequeño aún,* en comparación con los demás; el más joven, criado tiernamente con su padre. Para mover con mayor fuerza a José a compasión, añadió que sólo él había quedado de los hijos de su madre, pues había muerto el único hermano que tenía, a saber, *José.* 3. Arguyó con gran acierto que José mismo les había constreñido a traer con ellos a Benjamín ¿No había sido traído a Egipto por obedecer el mandato de José? ¿Y no habría él de mostrar hacia Benjamín un poco de misericordia? 4. El argumento más fuerte en que insistió fue la pena insoportable que su anciano padre sufriría si Benjamín se quedaba allí como esclavo: *«El joven no puede dejar a su padre porque si lo dejara, su padre moriría»* (v. 22); mucho más le afectaría esto a su padre, si el joven quedase allí para no volver jamás a su casa. Esto es lo que Judá enfatiza con gran ahínco: *Su vida está ligada a la vida de él* (v. 30). 5. Judá, hace honor a la justicia de José, y para mostrar la sinceridad de su apelación, se ofrece a sí mismo a quedarse como esclavo en lugar de Benjamín (v. 33). Pero ni Jacob ni Benjamín necesitaban un intercesor ante José, porque él mismo les amaba.

II. Hagamos algunas consideraciones sobre todo esto. 1. Notemos con qué prudencia suprimió Judá toda mención del crimen por el que Benjamín había sido acusado. 2. Cuánta razón tenía Jacob cuando, en su lecho de muerte, dijo: *Judá, te alabarán tus hermanos* (49:8), porque él los superó a todos en denuedo, sabiduría, elocuencia y, especialmente, en ternura hacia su padre y su familia. 3. La fiel adhesión de Judá a Benjamín, que ahora se encontraba en tan grave apuro, fue recompensada mucho después por la constante adhesión de la tribu de Benjamín a la tribu de Judá, cuando las demás diez tribus se habían separado. 4. Cuán acertadamente observa el autor de la Epístola a los hebreos, cuando está hablando de la

mediación de Cristo, *que nuestro Señor surgió de Judá* (He. 7:14), porque, como su padre Judá, no sólo *intercedió por los transgresores,* sino que salió fiador por ellos.

CAPÍTULO 45

Es una pena que este capítulo esté separado del anterior, y que se lea aparte. En el capítulo anterior veíamos la intercesión de Judá a favor de Benjamín. José le dejó hablar sin interrumpirle y, después de oír todo lo que tenía que decir, le contestó a todo con estas tres solas palabras: «*Yo soy José*» (v. 3). Ahora veía José a sus hermanos, (a) humillados por sus pecados, (b) recordándole a él (pues Judá le había mencionado dos veces en su discurso), (c) respetuosos hacia su padre y (d) muy afectuosos hacia su hermano Benjamín. Tremenda fue la sorpresa, mezclada de terror, que tuvieron los hijos de Jacob al oír de labios del primer ministro de Egipto: *Yo soy José.*

Versículos 1–15

Judá y sus hermanos estaban esperando la respuesta de José.

I. José ordenó a todos los servidores que se retiraran (v. 1). Siempre resultan más sinceras y llenas de sana libertad las conversaciones a solas entre amigos. También el Señor manifiesta su gracia y su misericordia a su pueblo, de una manera especial, lejos de la vista y del ruido de este mundo.

II. Las lágrimas fueron el prólogo de las palabras de José (v. 2). Eran lágrimas de gran ternura y afecto.

III. Sin más preámbulos les dice quién es: *Yo soy José.* Sólo le conocían por su nombre egipcio, *Safnat-Panéaj,* habiéndose perdido y olvidado en Egipto su nombre hebreo; pero ahora les invita a llamarle por él. Así Cristo, cuando quiso convencer a Pablo, le dijo: *Yo soy Jesús;* y cuando quiso animar a sus discípulos, les dijo: *Soy yo, no temáis.* Así, cuando Cristo se muestra a los suyos les anima a que se acerquen a él *con corazón sincero* (He. 10:22).

IV. Se esfuerza en mitigar el pesar de ellos por las injurias que habían cometido contra él mostrándoles cuánto bien había sacado Dios de todo ello: *No os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá* (v. 5). Los pecadores deben apenarse por sus pecados; pero las personas verdaderamente arrepentidas habrían de sentirse profundamente afectadas al ver cómo saca Dios bienes de los males. A continuación, les dice José cuánto tiempo resta todavía de hambre: *cinco años* (v. 6), y qué oportunidades tenía él para favorecer a sus parientes y amigos: *Dios me envió delante de vosotros* (vv. 5, 7). 1. El Israel de Dios es objeto de un cuidado especial por parte de la Providencia de Dios. 2. La Providencia tiene una vista muy larga, y tiene asimismo un brazo muy largo. El salmista alaba a Dios por esto: *Envió a un varón delante de ellos, a José* (Sal. 105:17). Dios ve su propia obra desde el principio hasta el fin, pero nosotros no (Ec. 3:11). 3. Dios obra a menudo por medios que parecen contrarios. Muchos de los que dieron muerte a Cristo fueron salvos por su muerte. 4. A Dios debe ser toda la gloria: *No me enviasteis acá vosotros, sino Dios* (v. 8). No deben ellos estar orgullosos por lo sucedido, porque ha sido obra de Dios, no de ellos.

V. Promete tomar a su cargo a su padre y a toda la familia durante el resto de los años de hambre. 1. Sus hermanos deben darse prisa en ir a Canaán e informar a Jacob de que su hijo José es *gobernador en toda la tierra de Egipto* (vv. 8, 9). Si algo podía rejuvenecer a Jacob, sería esto. 2. Muestra gran interés en que su padre y toda su familia vengan a él, a Egipto: *Ven a mí, no te detengas* (v. 9). Los piensa alojar en Gosén y proveer allí para ellos: *Allí te alimentaré* (v. 11). También en esto es tipo de Cristo, quien habiendo sido exaltado a los más altos honores y poderes del más alto Cielo, quiere que todos los suyos estén donde está él (Jn. 17:24).

VI. Después intercambió con sus hermanos expresiones de ternura. Comenzó por el más joven, su propio hermano Benjamín que era todavía un niñito de poco más de un año cuando José fue vendido por sus hermanos. Después de abrazar a Benjamín también *besó a todos sus hermanos, y lloró sobre ellos* (v. 15); y *después sus hermanos hablaron con él.*

Versículos 16–24

I. La amabilidad de Faraón hacia José y hacia sus hermanos en atención a él, pues les dio la bienvenida (v. 16), aunque era tiempo de escasez y podía parecer que le iban a resultar una carga. Encargó igualmente a José que enviase a traer a su padre a Egipto, comprometiéndose a equiparle de todo lo necesario y conveniente tanto para su traslado como para su establecimiento allí. No tenía por qué preocuparse de sus enseres, pues toda la riqueza de la tierra de Egipto estaría a su disposición (v. 20). En comparación con lo que les reservaba en Egipto, todo lo que tenían en Canaán no era más que *enseres.*

II. La amable generosidad de José para con su padre y sus hermanos. Faraón respetaba grandemente a José, agradecido por el mucho bien que había recibido por medio de él. Este mismo respeto mostraba José, por los lazos de sangre, hacia su padre y sus hermanos. Les dio gran cargamento, con abundantes provisiones para la ida y para a la vuelta. A *cada uno de todos ellos dio mudas de vestidos, y a Benjamín dio trescientas piezas de plata, y cinco mudas de vestidos* (v. 22). A su padre envió un estupendo presente de todas las especialidades de Egipto (v. 23). Después les despidió con una advertencia muy sensata: *No riñáis por el camino* (v. 24). Después de perdonarles a todos, José les impone la obligación de que ya no se recriminen mutuamente por lo pasado. El Señor Jesús nos da el mismo encargo, después de habernos perdonado misericordiosamente: *Amaos los unos a los otros* (Jn. 23:34), porque: 1. Somos hermanos, ya que tenemos un mismo Padre. 2. Somos *sus* hermanos, y cubrimos de vergüenza nuestra relación fraternal con el que *es nuestra paz* (Ef. 2:14), si mantenemos discordia o enemistad entre nosotros. 3. Somos culpables, *muy culpables* y, en lugar de altercar unos con otros, tenemos todas las razones para reñirnos a nosotros mismos.

Versículos 25–28

Las buenas nuevas son llevadas a Jacob. Al principio, su *corazón se afligió, porque no los creía* (v. 26). Oír que *José estaba vivo* era una noticia demasiado buena para ser verdadera. Desfallece, porque no cree, lo mismo nos ocurre a nosotros: desfallecemos por no creer. Jacob había creído fácilmente a sus hijos cuando le dijeron: *José está muerto;* pero le resulta difícil creerles ahora que le dicen: *José está vivo.* El temor ejerce mayor influjo que la esperanza sobre las personas de ánimo débil y sensible. A la larga, Jacob se convence de la verdad del relato, especialmente cuando ve los carros que José enviaba para llevarlo (v. 27). No dice nada de la gloria de José, que tanto le han ponderado, le basta con saber que *José está vivo todavía* (v. 28).

CAPÍTULO 46

Este capítulo nos refiere el traslado de Jacob a Egipto con toda su familia, de la que se hace un recuento detallado, y la bienvenida que le dio su hijo José.

Versículos 1–4

I. De camino para Egipto, Jacob prestó su reconocimiento a Dios. *Vino a Beerseba,* desde Hebrón donde ahora vivía; y allí *ofreció sacrificios al Dios de su padre Isaac* (v. 1). Allí había invocado Abraham *el nombre de Jehová Dios eterno* (21:33), y lo mismo hizo Isaac (26:25). En este caso, Jacob: 1. Tenía puesta la mirada en Dios como el Dios de su padre Isaac, esto es, el Dios del pacto con él. 2. *Ofreció sacrificios:* (A) En prueba de agradecimiento por el bendito cambio operado recientemente en el rostro espiritual de su familia, por las buenas noticias que había recibido respecto de José, y por la firme

esperanza que abrigaba de volver a verle. (B) Para implorar que Dios le acompañase con su presencia en el viaje que iba a emprender. (C) Para consultar la voluntad de Dios. Los gentiles consultaban sus oráculos por medio de sacrificios. Jacob tampoco quería marchar sin obtener el consentimiento de Dios.

II. Dios dirigió todos sus pasos: *Habló Dios a Israel en visiones de noche* (v. 2). Si le hablamos a Dios como es debido, Él no dejará de hablarnos a nosotros. ¿Qué tenía Dios que decirle a Jacob?

1. Primeramente, le renueva el pacto con estas palabras: Yo *soy Dios, el Dios de tu padre* (v. 3).
2. Le anima a efectuar el traslado de su familia: *No temas descender a Egipto.* El gozo debe sustituir al temor cuando oímos la voz de Dios. Jacob estaba muy preocupado por este viaje, y Dios lo tenía todo en cuenta. (A) Él era viejo, y el viaje era largo. (B) Abrigaba ciertos temores de que sus hijos se contaminasen con la idolatría de Egipto y se olvidasen del Dios de sus padres, o que se enamorasen de los placeres de Egipto y se olvidasen de la tierra prometida.
3. Le promete consuelo y ayuda para el traslado diciéndole: (A) Que se multiplicarían grandemente en Egipto (v. 3). (B) Que Su presencia le acompañaría durante el viaje: *Yo descenderé contigo a Egipto* (v. 4). (C) Que ni él ni los suyos se perderían en Egipto. Aunque Jacob murió en Egipto, esta promesa se cumplió. (a) Cuando su cadáver fue traído desde Egipto para ser sepultado en Canaán. (b) Cuando su descendencia se estableció más tarde en Canaán. Por muy ensombrecido que esté el valle por el que tengamos que atravesar alguna vez bajo el llamamiento de Dios, podemos marchar confiados, pues si Dios desciende con nosotros al valle, de seguro que nos acompañará para remontarlo de nuevo. Incluso cuando descienda con nosotros hasta el sepulcro, de cierto nos hará ascender después hasta la gloria. (D) Que, vivo o muerto su amado José sería su apoyo y consuelo: *La mano de José cerrará tus ojos.*

Versículos 5–27

Los hijos de Jacob se llevan a su padre a Egipto. Nunca le habría pasado por la cabeza que tendría que marcharse de Canaán, pues, sin duda, esperaría *morir en su nido* y dejar a su descendencia en posesión de la Tierra Prometida; pero la Providencia lo ordenaba de otra manera. Buena cosa es estar preparado, no sólo para el sepulcro, sino para cualquier cosa que haya de ocurrir entre nuestro estado actual y el sepulcro. En los versículos siguientes, tenemos registrados los nombres no sólo de los hijos de Jacob, sino también de los hijos de sus hijos, la mayoría de los cuales son mencionados posteriormente como cabezas de familia en las distintas tribus. Ahora que Jacob se trasladaba a un país de abundancia, no iba a dejar tras sí a ninguno de los suyos en una tierra de escasez para que se muriesen de hambre. Hacía ahora 215 años desde que Dios había prometido a Abraham hacer de él una gran nación (12:2); con todo, aquella rama de su descendencia, a la que estaba vinculada la promesa, había crecido sólo hasta el número de setenta. Cuando a Dios le place, *El más pequeño vendrá a ser toda una tribu* (Is. 60:22).

Versículos 28–34

I. El gozoso encuentro entre Jacob y su hijo José, respecto al cual se puede observar:

1. La prudencia de Jacob en enviar delante de sí a Judá para ver a José y comunicarle su próxima llegada a Gosén (v. 28).
2. El respeto filial que mostró José a Jacob. Salió en su carroza al encuentro de su padre y en esa primera entrevista mostró: (A) Cuánto le honraba. (B) Cuánto le amaba. El tiempo no le había desgastado el sentido de sus obligaciones, pero las lágrimas que derramó abundantemente sobre el cuello de su padre, de gozo por verle, indicaban realmente el profundo y sincero afecto que le profesaba.
3. La gran satisfacción de Jacob al encontrarse con su hijo.

II. La prudencia de José en la preocupación por el establecimiento de la residencia de sus hermanos. Hubo un tiempo en que ellos maquinaban cómo deshacerse de él; ahora él está planeando el modo de asentarlos para su satisfacción y comodidad; esto es devolver bien por mal. 1. José quiso que viviesen en *Gosén*, que era la región del país más cercana a Canaán y que probablemente era la menos poblada por los egipcios, ademas de que en ella podían encontrar abundantes pastos para el ganado. Así conseguía que viviesen separadamente, a fin de que tuviesen menor peligro de ser infectados por los vicios de los

egipcios y menor peligro también de ser insultados o vejados por los nativos del país. 2. Quería que continuasen con su oficio de pastores y no se avergonzasen delante de Faraón de su oficio. Es preferible alcanzar prestigio en un puesto inferior que sufrir vergüenza en un puesto superior.

CAPÍTULO 47

En este capítulo se nos refiere primeramente la presentación que hizo José de sus hermanos y de su padre al Faraón, así como las medidas de gran prudencia que adoptó José en un asunto muy crítico entre el rey y el pueblo a causa de la creciente escasez de grano entre los particulares; las gentes llegaron a quedarse sin dinero para comprarlo de los graneros del Estado, y finalmente tuvieron que empeñar sus haciendas y sus personas para poder sobrevivir.

Versículos 1–12

I. El respeto que, como súbdito, mostró hacia el rey. Aunque había obtenido de él mandato explícito para que enviase a traer a su padre a Egipto, no quiso, sin embargo, que se estableciera allí sin notificarlo antes a Faraón (v. 1).

II. El respeto que, como hermano, mostró hacia sus hermanos.

1. Aunque era un hombre encumbrado en la más elevada posición del reino después de Faraón, y ellos ocupaban una posición despreciable y de poca importancia, especialmente para los egipcios, no desdeñó reconocerlos públicamente como hermanos suyos. No toda rama ocupa en un árbol la posición más elevada; pero, ¿acaso por no estar en la copa del árbol, será menos rama? El Señor Jesús, como aquí José, *no se avergüenza de llamarnos hermanos* (He. 2:11).

2. A pesar de que eran extranjeros y no eran cortesanos, los presentó a Faraón. Una vez introducidos a la presencia del rey, y conforme a las instrucciones que José les había dado, le dicen: (A) El oficio que tenían, que eran pastores (v. 3). Nótese que cuantos tienen un lugar en este mundo deberían tener en él un empleo de acuerdo a su capacidad. Los gobernantes habrían de investigar la ocupación en que se emplean sus súbditos, como quienes tienen el encargo de velar por el bienestar público, puesto que los holgazanes son como los zánganos en la colmena, cargas inútiles de la comunidad. (B) El motivo por el que se encontraban en Egipto, que no era sino morar allí por algún tiempo, mientras prevalecía tan agudamente el hambre en Canaán.

3. José obtuvo para sus hermanos el permiso real para asentarse en la tierra de Gosén (vv. 5–6). Esta fue una prueba de la gratitud de Faraón a José. Incluso les ofreció el rey el puesto de mayorales en su propio ganado.

III. El respeto que, como hijo, mostró José hacia su padre.

1. Lo presentó al Faraón (v. 7). En esta ocasión:

A) Faraón le hizo a Jacob una pregunta corriente: *¿Cuántos son los días de los años de tu vida?* (v. 8). Una pregunta que se hace comúnmente a los ancianos, porque es cosa natural el que admiremos y reverenciemos la ancianidad (Lv. 19:32).

B) Jacob da a Faraón una respuesta poco corriente (v. 9). Habla en tono patriarcal, y con aire de seriedad para instrucción de Faraón. Obsérvese: (a) Que llama a su vida *peregrinación,* considerándose a sí mismo extranjero en este mundo y viajero hacia otro mundo; esta tierra es su posada, no su morada. (b) Cuenta su vida por *días.* (c) Atribuye a sus días tres características, pues dice de ellos que eran: *Primeramente,* pocos. *En segundo lugar,* malos. La vida de Jacob, es cierto, estaba tejida de malos días; los días más placenteros estaban ahora delante de él. *En tercer lugar* menos que los días de los años de sus padres, menores en número y más llenos de aflicciones.

C) Jacob tomó la iniciativa en la conversación con Faraón tanto en el encuentro como en la despedida, *Jacob bendijo a Faraón* (vv. 7, 10) y oró por él, como quien tiene autoridad de profeta y de patriarca.

Versículos 13–26

Ahora José vuelve al desempeño de la gran tarea que Faraón había puesto en sus manos. Seguramente que le habría gustado marcharse a vivir con su padre y sus hermanos en Gosén; pero su cargo no se lo permitía. En las transacciones de José con los egipcios, son de observar:

I. El extremo al que Egipto y las regiones adyacentes habían sido reducidos por el hambre. 1. Aquí se ve la absoluta dependencia que tenemos de la Providencia de Dios. Si sus favores corrientes, ordinarios, se suspendieran por un momento, moriríamos, todos pereceríamos. Toda nuestra fortuna, por considerable que sea, no nos preservaría de morir de hambre, con sólo que la lluvia no descendiera del Cielo durante dos o tres años. Viendo cuán a merced de Dios estamos, deberíamos ofrecerle siempre nuestro amor. 2. Podemos ver también cuán cara pagamos nuestra falta de previsión. Si todos los egipcios hubiesen hecho por sí mismos en los siete años de abundancia lo que hizo José por Faraón, no se verían ahora en esta estrechura.

II. El precio que tuvieron que pagar para obtener el necesario suministro de grano. 1. Se desprendieron de todo el dinero que poseían (v. 14). El oro y la plata no les servían para comer, sino el grano. 2. Cuando se acabó el dinero, tuvieron que desprenderse de todo su ganado, tanto del necesario para las labores como los caballos y los asnos, cuanto del necesario para alimentarse, como los rebaños de ovejas y vacas (v. 17). Faraón vio entonces en la realidad lo que había visto en sueños: nada, sino vacas flacas. 3. Una vez que habían vendido los ganados y enseres de labor, fue fácil persuadirse a sí mismos a vender también sus tierras, pues ¿para qué les servían ya, cuando no tenían trigo para sembrar ni ganado para pastar ni comer? Así que las vendieron también, a fin de poder conseguir grano. 4. Cuando ya la tierra estaba vendida, de modo que ya no tenían de qué vivir, no les quedaba otro recurso que venderse a sí mismos, para poder vivir puramente de su trabajo. Nótese que *Piel por piel, todo lo que el hombre tiene* incluso su libertad y su propiedad (esos dos gemelos tan codiciados y conservados), *dará por su vida* (Job 2:4), porque la vida es muy dulce.

III. El método que usó José para realizar las transacciones entre el rey y el pueblo. 1. En cuanto a las tierras, no necesitó llegar a ningún arreglo con la gente mientras duraron los años de hambre; pero, después que éstos pasaron, llegó a un acuerdo del que parece ser que ambas partes quedaron satisfechas, pues la gente podía ocupar y disfrutar sus tierras, conforme a él le pareció bien asignárselas, y sembrarlas con el cupo de semilla de los graneros del rey para su propio uso y provecho, y pagar sólo una quinta parte de los productos anuales a la corona en concepto de renta. Esto se convirtió en una ley estable para el país (v. 26). Es fácil de observar cuán fiel fue José al que le había nombrado para el cargo. No se echó un céntimo a su bolsillo, ni dio un palmo de tierra a su familia, sino que todo lo puso enteramente en manos de Faraón. 2. En cuanto a las personas, las trasladó a las ciudades (v. 21). Las trasplantó. Por muy duro que esto les resultase, ellos lo tuvieron en aquellas circunstancias por un gran favor, y estaban agradecidos de no haber sido trasladados de peor modo: *La vida nos has dado* (v. 25).

IV. La excepción que hizo en favor de los sacerdotes, los cuales eran mantenidos a costa de Faraón y, por tanto, no necesitaron vender sus tierras (v. 22).

Versículos 27–31

1. La comodidad con que vivió Jacob (vv. 27–28); mientras los egipcios se estaban empobreciendo en su propio país, Jacob se estaba enriqueciendo en un país ajeno. 2. Los cuidados de que se vio rodeado antes de morir. Al fin, *llegaron los días de Israel para morir* (v. 29). Ahora la preocupación de Jacob se centraba en su funeral: (A) Quería ser enterrado en Canaán, pues ésa era la tierra prometida, y era también tipo del Cielo, esa mejor patria *que los que esto dicen, claramente dan a entender que la buscan* (He. 11:14). Aspiraba a una buena tierra, que sería su descanso y su felicidad más allá de la muerte. (B) Hizo jurar a José que le llevaría allá para sepultarlo (vv. 29, 31). (C) Hecho esto, *Israel se inclinó sobre la cabecera de la cama*, como si se ofreciera al golpe de la muerte (comp. con Jn. 19:30: «Y *habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu*»).

CAPÍTULO 48

Al acercarse la hora en que Jacob iba a morir, bendijo a Efraím y a Manasés, hijos de José, como si fuesen sus propios hijos, y lo hizo así cabezas de tribu, y dio la bendición de primogenitura a Efraím a pesar de ser el menor. Termina el capítulo con el legado especial que Jacob hace a favor de José.

Versículos 1–7

I. José visita a su anciano padre (v. 1). Visitar a los enfermos con quienes tenemos lazos que nos obligan o, simplemente, a quienes tenemos oportunidad de hacer algún bien, es nuestro deber. José tomó consigo a sus hijos para que recibiesen la bendición de su moribundo abuelo. Efraím y Manasés nunca olvidarían lo que pasó en aquellos momentos.

II. Jacob, al enterarse de la visita de su hijo, se preparó todo lo mejor que pudo para recibirle (v. 2). Nótese que es cosa muy buena para los enfermos y ancianos estar todo lo vivaces y alegres que puedan, para no desfallecer en el día de la adversidad. *Esfuérzate,* como Jacob en esta ocasión, y Dios te fortalecerá (v. Fil. 4:13).

III. En recompensa a José, por todas las atenciones que de él había recibido, adoptó a sus dos hijos. En esta cédula de adopción hay: 1. Una especial referencia a la promesa que Dios le había hecho: *«El Dios Omnipotente me bendijo»* (v. 3). Esta bendición era la que Jacob quería vincular a los hijos de José. 2. Una expresa recepción de los hijos de José en la familia, en condición porigual a la de los demás hijos de Jacob: *Míos son* (v. 5); «no son sólo mis nietos, sino que son también mis hijos». Explica esto en el versículo 16: *Sea perpetuado en ellos mi nombre, y el nombre de mis padres.* Así este anciano y moribundo patriarca enseña a estos jóvenes a no mirar a Egipto como su hogar y a no incorporarse al pueblo egipcio, sino a participar en la suerte del pueblo de Dios, como hizo después Moisés en una tentación similar (He. 11:24–26). Quienes, mediante la gracia de Dios, superan las tentaciones de la riqueza temporal y de los puestos eminentes en este mundo, y se abrazan a la pobreza y a la desdicha por causa de los valores espirituales, son dignos de doble honor. Jacob hace igualmente mención de Raquel, la madre de José y esposa bienamada suya (v. 7), y se refiere al episodio de su muerte y sepultura (35:19). Quienes eran para nosotros como parte de nuestro propio ser están muertos y enterrados, ¿y nos parecerá gran cosa el que les sigamos por la misma senda?

Versículos 8–22

I. La bendición que Jacob impartió a los dos hijos de José, la cual es más notable por la mención que de ella hace el autor de la Epístola a los Hebreos (He. 11:21).

1. Jacob estaba ciego a causa de su avanzada edad (v. 10), lo mismo que había sucedido a su padre en su ancianidad. Nótese que quienes tienen el honor de la longevidad, deben soportar con buen ánimo las cargas que tal privilegio comporta. Los ojos de la fe pueden estar muy claros y serenos cuando los ojos del cuerpo están oscuros y nublados.

2. Jacob estaba muy encariñado de los hijos de José. ¡Con qué satisfacción dice Jacob ahora (v. 11), *No pensaba yo ver tu rostro* (habiéndolo tenido por perdido durante muchos años), y *he aquí que Dios me ha hecho ver también a tu descendencia!*

3. Antes de pronunciar su bendición, hace un recuento de las experiencias de la bondad de Dios hacia él. (A) Dios le había mantenido desde el primer momento de su existencia hasta aquel día (v. 15). Nótese que, por todo el tiempo que hemos vivido en este mundo, hemos experimentado continuamente la bondad de Dios hacia nosotros, al proveer para el sustento de nuestra vida natural. Quien nos ha mantenido durante toda la vida, de cierto no nos abandonará al final. (B) Dios *le había libertado de todo mal* mediante su ángel (v. 16).

4. Al conferirles la bendición y el nombre de Abraham e Isaac, les recomienda seguir el ejemplo de ellos (v. 15). Llama a Dios *El Dios en cuya presencia anduvieron sus padres Abraham e Isaac,* esto es, en quien ellos creyeron, a quien ellos estuvieron atentos y obedecieron.

5. Al bendecirles, *cruzó sus manos*. José los había colocado de forma que la derecha de Jacob estuviese sobre la cabeza de Manasés, que era el mayor (vv. 12–13). Pero Jacob la puso sobre la cabeza de Efraím, el más joven (v. 14), y le explicó a José que sabía lo que hacía, y que no era una equivocación ni una broma, ni siquiera por favoritismo hacia Efraím, sino llevado por el espíritu de profecía y acomodándose a los designios de Dios. Manasés habría de ser grande, pero Efraím sería de cierto mayor. Josué era de esta tribu, y también lo fue Jeroboam. La tribu de Manasés se dividió, y quedó una mitad del otro lado del Jordán, y la otra mitad del otro lado, lo cual le restó poder y prestigio. En previsión de esto, Jacob cruzó las manos. Nótese que la gracia no sigue el orden de la naturaleza, ni prefiere Dios a los que pensamos que son más aptos para cualquier servicio, sino que hace las cosas conforme a su beneplácito. Es de notar cuántas veces ha puesto Dios al más joven por delante del mayor, al otorgar los favores distintivos de su pacto: Abel por encima de Caín, Sem sobre Jafet, Abraham sobre Nacor y Harán, Isaac sobre Ismael, Jacob sobre Esaú, Judá y José sobre Rubén, Moisés sobre Aarón, David y Salomón sobre sus respectivos hermanos mayores (v. 1 S. 16:7).

II. Las especiales señales de su favor a José. Le dejó, como un sagrado depósito, la promesa de su retorno de Egipto: Yo *muero, pero Dios estará con vosotros y os hará volver* (v. 21). Estas palabras de Jacob nos llenan de consuelo cuando contemplamos la muerte de nuestros amigos. Dios nos llevará a la tierra de nuestros padres, la Canaán celestial, adonde nuestros piadosos mayores han ido delante de nosotros. Si Dios está con nosotros mientras pasamos por este mundo, y nos ha de recibir en breve para estar con los que han marchado por delante para estar en otro mundo mejor, *no nos hemos de entristecer como los demás que no tienen esperanza* (1 Ts. 4:13).

CAPÍTULO 49

Este capítulo es todo él una profecía. Jacob está en su lecho de muerte, y pronuncia su testamento. Los doce hijos de Jacob fueron, en su día, hombres de renombre, pero las doce tribus de Israel, que descendían de ellos, y de ellos recibieron su nombre, fueron mucho más renombradas. Ante la visión profética de esto, su padre moribundo dice algo muy notable de cada hijo, o de la tribu que había de llevar su nombre. Termina el capítulo con el relato concerniente a su sepelio.

Versículos 1–4

I. El prefacio a esta profecía, en el cual Jacob hace juntar a sus hijos. 1. Fue un gran consuelo para Jacob, ahora que estaba a punto de morir, ver a todos sus hijos en torno de su lecho. Su repetida llamada a que se juntaran (vv. 1, 2) insinuaba un mandato a unirse con amor y formar todos un solo pueblo. 2. Se anticipa una idea general del discurso que va a pronunciar: *Os declararé lo que os ha de acontecer en los días venideros* (v. 1); no a sus personas, sino a su posteridad. 3. Les pide atención: *Oíd, y escuchad a vuestro padre Israel* (vv. 2). Como si dijera: «Israel, que ha prevalecido con Dios, ha de prevalecer también con vosotros».

II. La profecía concerniente a Rubén. Comienza por él porque era el primogénito (vv. 3–4); pero, por haber cometido aquella vileza con la mujer de su padre, perdía las prerrogativas de la primogenitura. Tendrá todos los privilegios de un hijo, pero no los de un primogénito. Ni juez, ni profeta, ni príncipe, se encuentran en esta tribu, ni persona alguna de renombre, excepto Datán y Abiram, que se mencionan por su impía rebelión contra Moisés (Nm. 16). Rubén mismo parece haber perdido toda influencia sobre sus hermanos, a pesar de ser el primogénito, pues *no le escucharon* cuando les habló (42:22). La marca característica, impuesta a Rubén, marca debida a su infamia, es que era *presuroso (o inestable) como las aguas* (v. 4). 1. Su virtud era inestable; no tenía dominio de sí mismo ni de sus instintos. Los hombres no medran cuando no se establecen y echan raíces. 2. Consiguientemente, su honor era inestable; se marchó de él y quedó como agua derramada en el suelo. Nótese que quienes arrojan por la borda su virtud, no deben esperar que quede a salvo su reputación.

Versículos 5–7

1. El carácter de Simeón y el de Leví: eran hermanos de cualidades similares; pero, a diferencia de su padre, eran apasionados y vengativos, fieros e incontrolables; sus espadas, que debieron haber sido solamente armas de defensa, fueron *armas de violencia* (como dice el hebreo). Muchas veces no está en manos de los padres y educadores el formar las disposiciones de los hijos; Jacob crió a sus hijos en mansedumbre y paz y, sin embargo, éstos mostraron una furia desmedida. 2. Prueba de esto fue la cruel matanza de los siquemitas, de la que tan profundamente se resintió Jacob (34:30), y aún se resentía ahora. Simeón y Leví no se dejaban guiar por la experiencia de su anciano padre; preferían gobernarse por su propia pasión antes que por la prudencia de su padre. 3. La protesta de Jacob contra el bárbaro hecho de sus hijos: *En su consejo no entre mi alma* (v. 6). Con esto, no sólo expresa su odio a tales prácticas en general, sino también su inocencia respecto a tal hecho en particular. 4. Su odio hacia los brutos apetitos que les condujeron a tal iniquidad: *Maldito su furor* (v. 7). No maldice sus personas, sino su furor. Debemos distinguir con todo esmero entre el pecado y el pecador, de tal modo que ni hemos de amar el pecado por consideración hacia el pecador, ni hemos de odiar a la persona por causa de su pecado. 5. En señal de desagrado grande, anuncia de antemano a la posteridad que *han de ser esparcidos en Israel* (v. 7). Los levitas fueron esparcidos por todas las tribus, y la tribu de Simeón no se mantuvo unida. Esta maldición se convirtió después en bendición para los levitas, pero gravitó sobre los descendientes de Simeón, a causa del pecado de Zimrí (Nm. 25:14).

Versículos 8–12

De Judá se dicen aquí cosas gloriosas. *Judá* significa *alabanza,* y en alusión a esto, dice: *Te alabarán tus hermanos* (v. 8). Profetiza que: 1. La tribu de Judá será victoriosa y cosechará éxitos en la guerra. 2. Será superior a las demás tribus no sólo por su número y su renombre, sino por su dominio sobre ellas. De Judá sería el cetro (v. 10. V. Sal. 60:7). Esta tribu fue en vanguardia a través del desierto y en la conquista de Canaán (Jue. 1:2). 3. Habría de ser una tribu de fuerza y coraje, con cualidades para el mando y la conquista: *Cachorro de león, Judá* (v. 9). El león es el rey de las fieras; cuando agarra una presa, no hay quien le resista. Con esto se predice que la tribu de Judá llegaría a ser muy temible y que no sólo obtendría grandes victorias, sino que disfrutaría quieta y pacíficamente de lo conseguido mediante dichas victorias—que harían la guerra, no por la guerra misma, sino por causa de la paz—. Judá es comparado, no a un león *rampante,* siempre apresando, siempre matando, siempre despedazando, sino a un león *agachado,* satisfecho de su poder y de su éxito, sin crear peligros a los demás; esto es ser verdaderamente grande. 4. Había de ser la tribu regia, y de la que el Rey Mesías iba a proceder: *No será quitado el cetro de Judá … hasta que venga Siloh* (v. 10). Aquí Jacob prevé y predice: (A) Que el cetro vendría a la tribu de Judá, lo cual se cumplió en David, a cuya familia quedó vinculada la corona. (B) Que Siloh sería de esta tribu—su simiente—, aquella descendencia prometida, en la que sería bendecida la tierra: Aquél a quien le pertenece, o a quien le está reservado el cetro—nuestro divino Salvador—, saldrá de Judá. (C) Que, tras el venir el cetro a la tribu de Judá, continuaría en esta tribu. Desde el tiempo de David hasta la deportación de Babilonia, el cetro estuvo en Judá y, posteriormente, los gobernadores de Judea eran de esta tribu o de los levitas anejos a esta tribu (lo cual es equivalente), hasta que Judea se convirtió en una provincia romana justamente al tiempo del nacimiento del Salvador, y así fue censada (Lc. 2:1). Y al tiempo de su muerte, los judíos confesaron y reconocieron explícitamente: *No tenemos otro rey que el César.* Pero el ángel declaró a María que el niño que había de nacer de sus entrañas *reinaría sobre la casa de Jacob para siempre, y que su reino no tendría fin* (Lc. 1:33). 5. Habría de ser una tribu muy fructífera, abundaría especialmente en leche para los infantes y en vino para alegrar el corazón de los hombres fuertes (v. 11). Sus montes centellearían con el rojo de sus viñedos mientras que los valles estarían blancos de mieses listas para la siega (v. 12). Mucho de lo que aquí se dice de Judá puede aplicarse al Señor Jesús. En Él hay abundancia de todo lo nutritivo para el alma y de todo lo que constituye un refrigerio para el corazón, todo lo que sirve para mantener en nosotros la vida divina con el fruto del Espíritu; en Él tenemos vino y leche, las riquezas de la tribu de Judá, sin dinero y sin precio (Is. 55:1). Sus ojos también centellean como el vino (Ap. 1:14) y sus dientes son más blancos que la leche, por su pureza inmaculada.

Versículos 13–21

Esta parte de la profecía de Jacob concierne a seis de sus hijos.

I. De Zabulón (v. 13) dice que a su posteridad habría de corresponder el terreno de la costa, y que sus descendientes habrían de ser mercaderes, marineros y negociantes por mar. Esto se cumplió cuando la tierra de Canaán fue distribuida por suertes, y su límite occidental subió hasta el mar (v. Jos. 19:11).

II. De Isacar (vv. 14–15) dijo que los hombres de esta tribu serían fuertes y laboriosos, hechos para el trabajo e inclinados al trabajo, especialmente al trabajo de labranza, como el asno, que lleva su carga pacientemente y la encuentra más llevadera al acostumbrarse a ella. Isacar se sometió a dos cargas, la agricultura y la tributación. Fue una tribu que trabajó duramente y, al prosperar por ello, fue cargada con rentas y tributos.

III. Lo que se dice de Dan (vv. 16–17), se refiere, o a la tribu en general, dando a entender que, aunque Dan era uno de los hijos de las concubinas, habría de obtener ventaja sobre sus enemigos, usaría de sus mañas, de su sagacidad, de su rapidez para caer por sorpresa sobre su víctima, como una serpiente que de repente muerde el talón del caminante; o podría referirse al personaje más importante de la tribu de Dan, Sansón (Jue. cap. 13 y ss.). Dan habrá de ser incorporado a la tierra prometida con un título tan bueno como el de las demás tribus. Es de notar que algunos, como Dan, destacan en sutileza como la de la serpiente, mientras que otros, como Judá, destacan en el arrojo propio del león; y ambos pueden prestar un buen servicio a la causa de Dios contra los cananeos.

Así iba procediendo Jacob en su discurso; mas ahora se detiene un poco y descansa con aquellas palabras que podrían ser, o como un paréntesis, o como parte de la bendición a Dan, tribu que, por su posición, habría de estar más expuesta que las demás a las incursiones del enemigo: *Tu salvación esperé, oh Jehová* (v. 18).

IV. Respecto de Gad (v. 19), alude a su nombre, que significa también «tropa», previendo el carácter futuro de esta tribu, que habría de ser de talante guerrero (de ella era Jefté), como encontramos en 1 Crónicas 12:8: *«Los de Gad … hombres de guerra muy valientes para pelea …».* Preveía con ello que esta tribu, situada al otro lado del Jordán, estaría expuesta a las incursiones de sus vecinos, los moabitas y amonitas; y predice que las tropas de sus enemigos, en algunas escaramuzas, los vencerían; pero les asegura que ellos obtendrían las victorias definitivas, lo cual se cumplió en tiempos de Saúl y David, cuando los moabitas y amonitas fueron totalmente subyugados (V. 1 Cr. 5:18 y ss.). Nótese lo del adagio latino: *Vincimur in praelio, sed non in bello = Somos vencidos en una batalla, pero no en la guerra.* Es cierto que la gracia que Dios ha puesto en nuestra alma es muchas veces abatida en sus conflictos, pero la causa es de Dios y la gracia de Dios saldrá, al fin, vencedora; sí, *más que vencedora* (Ro. 8:37).

V. Respecto de Aser (v. 20), dice que había de ser una tribu muy rica, llena de todo, no sólo de pan para lo necesario, sino también de grosura y de cosas deleitosas, que Aser exportaría a otras tribus, y aun a otros países. Su futuro correspondería así a su nombre, pues *Aser* significa *felicidad.*

VI. En cuanto a Neftalí (v. 21), es tribu que comporta *luchas* según su nombre, y la bendición vinculada a ella es que, con la gracia y rapidez de sus movimientos, como una *cierva suelta,* prevalecerá y escapará de las emboscadas. Barac era de esta tribu (V. Jue. 4:6). Sus hijos serían también famosos por su elocuencia. Esta tribu sería, pues:

1. Como cierva cariñosa, amistosa y complaciente. 2. Como cierva suelta, celosa de su libertad. 3. Como cierva rápida (V. Sal. 18:33), veloz en despachar sus asuntos. Nótese que, entre los hijos de Dios, ha de encontrarse una gran variedad de cualidades, diferentes, y aun contrarias, unas de otras, pero todas ellas contribuyen a la belleza y a la fortaleza del cuerpo: Judá como un león, Isacar como un asno, Dan como una serpiente y Neftalí como una cierva.

Versículos 22–27

Jacob termina sus bendiciones por sus dos bienamados hijos, José y Benjamín; después de esto, exhalará su último suspiro.

I. La bendición que impartió a José es la más larga y llena. Le compara (v. 22) a una *rama fructífera,* porque Dios le había hecho fructificar en la tierra de su aflicción, como él mismo reconoce (41:52). Sus dos hijos eran como dos ramas de una vid, o de cualquier otra planta trepadora, *extendiéndose sobre el muro* (v. 22).

1. La providencia de Dios para con José (vv. 23–24). Obsérvense aquí: (A) Las estrechuras y aflicciones de José (v. 23). Aunque ahora vivía con honor y comodidad, Jacob le recuerda las dificultades por las que pasó anteriormente. Había tenido muchos enemigos, llamados aquí *arqueros,* expertos en hacer daño. Sus hermanos en casa de su padre, pensaron que habían acabado con él. Su dueña en casa de Potifar le asaltó desvergonzadamente en su castidad, lanzándole dardos contra los que no hay otra defensa que la que Dios suministra, en momentos de apuro a los que le temen y acuden a Él en busca de auxilio. Sin duda que tendría también enemigos en la corte de Faraón, quienes le envidiarían por su encumbrado puesto y harían todo lo posible para socavar su reputación. (B) La fortaleza y el aguante de José bajo todas estas tribulaciones (v. 24): *Mas su arco se mantuvo poderoso, esto es, su fe no desfalleció. Los brazos de sus manos se fortalecieron,* es decir, sus otras gracias pusieron su parte: su sabiduría su coraje y su paciencia, que son mejores armas que las de la guerra. (C) La fuente y manantial de su fortaleza era *por las manos del Fuerte de Jacob.* Toda nuestra fuerza para resistir a las tentaciones y para soportar las aflicciones, nos viene de Dios: su gracia es suficiente, y su fuerza se perfecciona en nuestra debilidad (2 Co. 12:9). (D) El estado de honor y de servicio al que fue posteriormente promovido. En esto, José es tipo, (a) de Cristo; (b) de la Iglesia en general.

2. Las promesas de Dios a José. Nuestras experiencias del poder y de la bondad de Dios en fortalecernos hasta el presente, nos animan grandemente a esperar su socorro en lo por venir. Podemos edificar mucho sobre nuestro *Eben-ezer,* nuestra piedra de ayuda. Considera las bendiciones conferidas a José. *Bendiciones de los cielos de arriba* (v. 25), es decir, lluvia a su tiempo, y cielo sereno a su tiempo, y las benignas influencias de los cuerpos celestes; *bendiciones del abismo que está abajo,* el cual, comparado con el mundo de arriba, es un gran abismo, con fuentes y minas subterráneas. Eminentes y trascendentes bendiciones, que prevalecerán sobre las de sus progenitores (v. 26). Bendiciones duraderas y extensas: *Hasta el término de los collados eternos,* incluyen todas las producciones de los collados más fructíferos, y perduran tanto como ellos han de perdurar (Is. 54:10).

II. La bendición de Benjamín (v. 27): Será *lobo arrebatador;* está claro que Jacob dijo esto guiado por el espíritu de profecía y no por su afecto natural; de otro modo, habría hablado con más ternura de su amado hijo Benjamín, del que sólo prevé y predice esto, que su posteridad sería una tribu guerrera, fuerte y atrevida, y que se enriquecerían con los despojos de sus enemigos, que serían activos y atareados en el mundo, una tribu más temida de sus enemigos que cualquiera otra. El apóstol Pablo era de esta tribu (Ro. 11:1; Fil. 3:5), y en él se cumplió espiritualmente esta profecía, pues en la mañana de su vida, devoró la presa como perseguidor, pero en la tarde de su vida, repartió los despojos como predicador, según el ingenioso comentario de Agustín de Hipona.

Versículos 28–33

I. El versículo 28 resume las bendiciones impartidas por Jacob a sus hijos. Aunque Rubén, Simeón y Leví fueron señalados por el desagrado de su padre fueron con todo bendecidos con su bendición correspondiente, pues ninguno fue rechazado como lo había sido Esaú.

II. El encargo solemne que Jacob les dio con respecto a su sepultura, el cual es una repetición del que anteriormente había dado a José. Mira cómo habla de la muerte: *Voy a ser reunido con mi pueblo* (v. 29). Aunque la muerte nos separa de nuestros deudos en este mundo, nos reúne con nuestros padres y con los hijos de Dios en el otro mundo.

III. La muerte de Jacob (v. 33). Como quien se acomoda alegremente para descansar, ahora que estaba fatigado por el esfuerzo, podía decir: *Me acostaré y dormiré* (Sal. 4:8). Con toda espontaneidad

encomendó su espíritu en las manos de Dios el Padre de los espíritus: *expiró.* Su alma, separada del cuerpo, fue a reunirse con las almas de los fieles en la asamblea celestial, los cuales, después de haber sido liberados del peso de la carne, viven en gozo y felicidad: *fue reunido con sus padres* (v. 33).

CAPÍTULO 50

Comienza el capítulo con el funeral de Jacob y, después de referirnos el feliz entendimiento entre José y sus hermanos, termina con el funeral del propio José.

Versículos 1–6

José tributa sus últimos respetos a su difunto padre. 1. Con lágrimas y besos, con todas las tiernas expresiones de un afecto filial, se despide de su cuerpo exánime (v. 1). El alma que se marcha del cuerpo queda fuera del alcance de nuestras lágrimas y de nuestros besos, pero está muy puesto en razón mostrar nuestro respeto al pobre cuerpo, del cual esperamos una gloriosa y gozosa resurrección. 2. Ordenó que fuese embalsamado su cuerpo (v. 2), no sólo porque había muerto en Egipto, donde era ésa la costumbre, sino porque tenía que ser trasladado a Canaán. 3. También observó la ceremonia del solemne duelo por él (v. 3). Incluso los egipcios, muchos de ellos por el gran respeto que le tenían a José, hicieron también duelo por su padre. 4. Pidió y obtuvo permiso de Faraón para ir a Canaán, a fin de asistir allí al funeral de su padre (vv. 4–6), prometiéndole volver: *Volveré.* Cuando volvemos a nuestras casas después de haber dado sepultura a los cadáveres de nuestros familiares, decimos: «Les hemos dejado atrás»; pero si sus almas han marchado a la casa de nuestro Padre Celestial, podemos decir con mayor razón: «Nos ha dejado atrás.»

Versículos 7–14

Relato del funeral de Jacob. Ha muerto con honor, y es seguido hasta el sepulcro por todos sus hijos. 1. Fue un funeral de Estado. Fue acompañado hasta el sepulcro, no sólo por sus familiares, sino por los altos funcionarios de la corte, quienes, en señal de gratitud hacia José, tributaron a su padre estos respetos, honrándole aun después de muerto. El buen anciano Jacob se había comportado tan bien entre ellos, que había ganado estimación universal. Nótese que los que profesan la verdadera religión deben esforzarse, con sabiduría y amor, para hacer que desaparezcan los prejuicios que muchos han podido concebir contra ellos por no conocerlos de cerca. 2. Fue un funeral acompañado de tiernas endechas y de *grande y muy triste lamentación* (vv. 10–11). El solemne duelo por Jacob dio nombre al lugar, *Abel-Misráyim, duelo de los egipcios,* lo cual sirvió de testimonio contra la siguiente generación de los egipcios, que oprimieron a la posteridad de este Jacob, a quien sus antepasados habían mostrado tanto respeto.

Versículos 15–21

Establecimiento de unas relaciones francas y excelentes entre José y sus hermanos, ahora que su padre había muerto. Cuando la Providencia se lleva a los padres mediante la muerte, deberían adoptarse los mejores métodos posibles para salvar el amor y las buenas relaciones a fin de que continúe la unidad, incluso cuando haya desaparecido el que era el centro de dicha unidad.

I. Los hermanos de José imploran humildemente su favor. 1. Mientras vivía el padre, se creían a salvo bajo su sombra, pero ahora que había muerto temían de parte de José lo peor. Una conciencia culpable expone a los hombres a continuos sustos. Quienes quieran sacudirse el miedo deben conservarse sin culpa. 2. Se humillaron ante él, confesaron su falta y le pidieron perdón: *Te rogamos que perdones la maldad de los siervos del Dios de tu padre … Henos aquí por siervos tuyos* (vv. 17–18). 3. Así apelaron a su relación con Jacob y con el Dios de Jacob: (A) Con Jacob, insistían en que él les había mandado a decir esto a José: *Tu padre mandó* (v. 16). Si esto es cierto, no lo sabemos. (B) Con el Dios de Jacob:

Somos *los siervos del Dios de tu padre* (v. 17), no sólo hijos del mismo Jacob, sino también adoradores del mismo Jehová.

II. José, con una gran dosis de compasión, les confirma su reconciliación y su afecto; su compasión aparece en el versículo 17: *José lloró mientras hablaban.* Eran lágrimas de tristeza a causa de la suspicacia de ellos, y de ternura por su sumisión. En su respuesta: 1. Les conduce a mirar hacia Dios en su arrepentimiento: *¿Acaso estoy yo en lugar de Dios?* (v. 19). Como si dijera: «Haced la paz con Dios, y entonces os será fácil hallar paz conmigo». 2. Pone atenuantes a su pecado, considera cuánto bien y de qué modo tan admirable sacó Dios de él, lo cual, aunque no debía servir para aminorar su pesadumbre por el pecado cometido, sí que le daba a él un mayor motivo para estar dispuesto a perdonarles (v. 20). El viejo refrán dice: «El hombre propone, y Dios dispone». Con frecuencia saca Dios bienes de los males, y ejecuta los designios de su providencia sirviéndose incluso de los pecados de los hombres; no es que Él sea autor del pecado, ¡lejos de nosotros tal pensamiento! Sino que su infinita sabiduría de tal manera gobierna y controla los vientos, que, en última instancia, resulta ser para su gloria lo que en su propia naturaleza tendía directamente a deshonrarle; así pasó en la muerte de Cristo (Hch. 2:23). 3. José les asegura que continuará mostrándoles su amabilidad: *No tengáis miedo; yo os sustentaré* (v. 21).

Versículos 22–26

I. La prolongación de la vida de José en Egipto; vivió *hasta los ciento diez años* (v. 22). En los escritos egipcios, esta edad aparece como el modelo de la longevidad ideal.

II. El crecimiento de la familia de José; vivió hasta ver a sus biznietos, por la línea de sus dos hijos solemnemente reconocidos como jefes de tribu, al igual que cualquiera de sus hermanos.

III. La última voluntad y testamento de José pronunciado en presencia de sus hermanos, cuando vio que se acercaba el día de su muerte. A los que aún sobrevivían, y a los hijos de los que habían muerto, y que ocupaban el lugar de sus respectivos padres: 1. Les confortó con la seguridad de su retorno a Canaán a su debido tiempo: Yo voy *a morir, mas Dios ciertamente os visitará* (v. 24). 2. Les rogó que tuviesen confianza: *Dios … os hará subir de esta tierra;* y, por tanto: (A) No debían considerarla como si fuese su mansión y su descanso para siempre; debían fijar los ojos y el corazón en la tierra prometida; a ésta debían llamar su patria y su hogar. (B) No debían temer el hundirse y arruinarse allí, pues Dios les visitaría para bien, y les sacaría triunfantes de Egipto, cuando fuese la hora oportuna en el reloj de Dios. 3. Como una confesión, por su parte, de la fe que le sostenía, y para confirmar la fe de ellos, les encargó que le tuviesen sin sepultar hasta que se estableciesen en la tierra de la promesa (v. 25). Les hizo prometer con juramento que le sepultarían en Canaán.

IV. La muerte de José, y la conservación de su cadáver para ser enterrado en Canaán (v. 26). Fue puesto en un ataúd en Egipto, pero no fue enterrado hasta que los hijos de Israel recibieron su herencia en Canaán (Jos. 24:32). Lo cierto es que el mero hecho de conservar su ataúd sin enterrar debía servir a los israelitas, aun en medio de sus posteriores sufrimientos, para avivar su fe en la promesa de Dios, proféticamente expresada por José en este significativo detalle. Otro detalle digno de tenerse en cuenta es que la palabra hebrea para ataúd es aquí arón y es la misma que se usa para el Arca que contenía las Tablas de la Ley, como dando a entender que una persona que ha tratado constantemente de obedecer la Ley de Dios es como un receptáculo vivo de dicha Ley.

ÉXODO

El segundo libro de la Biblia fue llamado primeramente el libro de la salida de Egipto; pero en época muy temprana, se le llamó, en hebreo, *Shemoth*, por la frase inicial *Ve-eleh shemoth* = «Y estos son los nombres …». Los LXX le llamaron *Éxodos* = Salida.

El Éxodo es una continuación del Génesis. Éste describe las vidas de los patriarcas del pueblo de Israel, aquél refiere los comienzos del pueblo como tal: Su esclavitud en Égipto, su liberación por la mano poderosa de Dios, la institución de la Pascua, la promulgación de la Ley en el Sinaí, y la organización del culto público. Casi todos los fundamentos de la vida judía se encuentran en este libro: Los Diez Mandamientos, las fiestas religiosas, los principios morales de la vida privada, familiar, civil y social del pueblo.

El libro se divide cómodamente en cinco partes: la primera (capítulos 1–15) contiene la historia de la opresión y de la liberación; la segunda (capítulos 16–24) describe el viaje hasta el Sinaí, con la consiguiente entrega del Decálogo y de las demás leyes que habían de regular la vida del pueblo; la tercera (capítulos 25–31) contiene las direcciones divinas para la construcción del Santuario; la cuarta (caps. 32–34) refiere la apostasía de Israel a causa del becerro de oro; y la quinta (capítulos 35–40) describe la construcción del Santuario, lo que prepara así la materia para el tercer libro de Moisés, el Levítico.

CAPÍTULO 1

Aquí tenemos la benignidad de Dios hacia los hijos de Israel, al hacer que se multiplicasen prodigiosamente, juntamente con el odio que les cobraron los egipcios, con la opresión subsiguiente.

Versículos 1–7

Comienza el capítulo enumerando los nombres de los doce patriarcas, como se les llama (Hch. 7:8). 2. La cuenta del número de las personas que le nacieron a Jacob, que se menciona aquí para que se note mejor el enorme incremento que tomó la familia desde su llegada a Egipto. 3. La muerte de José (v. 6). *Toda aquella generación* pasó gradualmente. Quizá todos los hijos de Jacob murieron con poca diferencia de tiempo, porque del mayor al más joven no había más de siete años de diferencia, si exceptuamos a Benjamín. 4. El extraño incremento de Israel en Egipto (v. 7). Hay aquí cuatro sinónimos para expresarlo: *fueron fecundos, se multiplicaron, fueron aumentados, fueron fortalecidos en extremo.* Este incremento maravilloso fue el cumplimiento de la profecía hecha mucho antes a sus padres.

Versículos 8–14

La tierra de Egipto se convierte, a la larga, en casa de esclavitud para Israel, aunque hasta ahora había sido un venturoso lugar en el que guarecerse y establecerse.

I. La deuda de gratitud que el país había contraído con Israel por el gobierno benéfico de José, había sido olvidada: *Se levantó sobre Egipto un nuevo rey que no conocía a José* (v. 8). Si trabajamos sólo para los hombres, nuestras obras, cuanto más, morirán con nosotros; pero si trabajamos para Dios, nos acompañarán (Ap. 14:13).

II. Se sugirieron razones de Estado para comportarse duramente con Israel (vv. 9–10). 1. Se les presenta como más numerosos y más fuertes que los egipcios; ciertamente no lo eran, pero el rey de Egipto, cuando decidió oprimirlos, hizo pensar que así era para que les considerasen como una corporación temible. 2. De aquí se infiere que, si no se tomaban medidas para mantenerlos en sujeción, llegarían a ser peligrosos para el gobierno de la nación. Obsérvese que lo que ellos temían es que *se fuesen de la tierra* (v. 10) y se uniesen a los enemigos de Egipto. Probablemente habrían oído a algún hebreo hablar de la promesa hecha a sus padres de que habían de asentarse en la tierra de Canaán. 3. Por tanto, se propone el que se tomen las medidas necesarias para evitar su crecimiento: *Seamos sabios para con él, para que no se multiplique.*

III. El método que usaron para evitar el incremento y hacerles la vida imposible (vv. 11, 13, 14). 1. Se encargaron de que permanecieran pobres, cargándolos con pesados tributos. 2. De esta manera, empleaban una medida muy efectiva para convertirles en esclavos. Parece ser que los israelitas eran mucho más laboriosos y capacitados que los egipcios y, por ello, el Faraón de turno se proponía hacerles trabajar de recio, tanto en la construcción como en la agricultura, y a ello se les obligó con el mayor rigor y severidad. *Pusieron sobre ellos comisarios de tributos* (v. 11), con toda la mala intención de *molestarles con sus cargas. Les hacían servir con dureza* (v. 13); trataban con ello: (A) de desanimarles, (B) de arruinarles la salud, amargarles la vida, acortar sus días, y así menguar su número, y (C) de quitarle el deseo de casarse, puesto que sus hijos iban a nacer para ser esclavos. Y es de temer que la opresión a que se veían sometidos indujese a muchos a unirse con los egipcios en su culto idólatra. Sin embargo, permanecían como un pueblo distinto sin mezclarse con los egipcios, separados de ellos por la gran diferencia de costumbres, lo cual era obra maravillosa del Señor.

IV. El asombroso incremento de los israelitas: *Cuanto más le oprimían, tanto más se multiplicaban y crecían* (v. 12), para mayor temor y pesar de los egipcios. Algo parecido decía Tertuliano de los cristianos: *Sanguis martyrum, semen christianorum, La sangre de los mártires es semilla de cristianos.*

Versículos 15–22

La indignación de los egipcios ante el incremento de los israelitas a pesar del rigor con que les trataban, les llevó finalmente al empleo de los métodos más bárbaros e inhumanos para suprimirlos, mediante el asesinato de los varones nacidos. Faraón y Herodes demostraron suficientemente ser agente de aquel *gran dragón rojo, que se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese* (Ap. 12:3–4). También Pilato entregó a Jesús para que fuese crucificado, después de su propia confesión de que no había encontrado en Él falta alguna. Bueno será recordar aquí que, aunque los hombres tengan poder para matar el cuerpo, eso es todo lo que pueden hacer.

I. Se dio orden a las comadronas de que matasen a todos los niños que naciesen varones. Obsérvense: 1. Las órdenes que se les dieron (vv. 15–16). Para añadir una nueva nota de barbarie a las ejecuciones ordenadas, los verdugos debían ser las mismas parteras. El proyecto de Faraón era encargar secretamente a las comadronas que sofocasen a los niños varones tan pronto como naciesen, y después se excusasen con la dificultad del parto o de cualquier otro percance, común en tales casos (v. Job 3:11). 2. La piadosa desobediencia de las parteras a tan impío mandato (v. 17): *Temieron a Dios*, consideraron su ley, temieron su ira más que la de Faraón y, por consiguiente, preservaron la vida de los que nacían varones lo mismo que la de las hembras. 3. Cuando se les pidió cuentas por no cumplir las órdenes se excusaron diciendo que llegaban demasiado tarde para ello, porque generalmente los niños habían nacido ya cuando ellas llegaban (vv. 18–19). Hay antiguos escritores judíos que hacen la siguiente paráfrasis de este texto: *Antes de que llegue ta partera, oran a su Padre que está en los cielos, y les responde, haciendo que den a luz en seguida.* 4. La recompensa con que Dios les premió la atención que tenían con su pueblo: *Dios les hizo bien* (v. 20) y, en especial, *les hizo casas* (v. 21), es decir, les hizo prosperar en sus familias y bendijo a sus hijos.

II. Viendo que este proyecto no había surtido efecto, Faraón dio orden a todo su pueblo de que echasen al río a todo niño hebreo que naciese varón (v. 22).

CAPÍTULO 2

Este capítulo narra el comienzo de la historia de Moisés, aquel hombre de tanto renombre, famoso por su íntima comunión con el Dios de los cielos y por su eminente servicio en la tierra, a la vez que por ser el tipo más notable de Cristo en todo el Antiguo Testamento, como profeta, libertador, legislador y mediador. El capítulo termina con la alborada de la libertad para los hijos de Israel.

Versículos 1–4

Moisés era de la tribu de Leví, tanto por parte de su padre como de su madre. Jacob dejó a Leví con marcas de desgracia (Gn. 49:5); pero, no mucho después, aparece un descendiente suyo, Moisés, para ser tipo de Cristo, que vino en semejanza de carne de pecado y fue hecho maldición por nosotros (Ro. 8:3; Gá. 3:13). Esta tribu comenzó a distinguirse bien de las demás por el nacimiento de Moisés, como después llegó a ser también notable en muchos otros casos.

I. Cómo fue escondido. Los padres de Moisés tenían ya a María y Aarón, ambos mayores que Moisés, nacidos antes de que el presente decreto fuese promulgado. Probablemente la madre de Moisés estaba llena de ansiedad en su aceptación del parto, ahora que este edicto estaba vigente. Con todo, este niño demostró ser la gloria de la casa de su padre. Justamente al tiempo que la crueldad de Faraón llegaba a su límite, nacía el libertador. Nótese que, muchas veces, cuando los hombres están proyectando la ruina de la Iglesia, Dios está preparando su salvación. 1. Sus padres *vieron que era un niño hermoso* (v. 2), más que de ordinario; *hermoso a los ojos de Dios* (Hch. 7:20). 2. Por ello, estaban más solícitos aún por preservarle, porque veían en esto como una indicación de algún benigno designio de Dios respecto de él, y un feliz augurio de algo grande. Por *tres meses* le tuvieron escondido en algún aposento oculto de la casa. En esto fue Moisés tipo de Cristo, quien, en su infancia, se vio forzado a esconderse huyendo a Egipto (Mt. 2:13), y fue maravillosamente preservado, mientras muchos niños inocentes eran asesinados.

A nosotros nos pertenece cumplir con nuestro deber; de las consecuencias se encarga Dios. La fe en Dios nos colocará en alto, fuera del alcance de los temibles lazos que nos puedan tender los hombres.

II. Cómo fue expuesto a la orilla del río. Al final de los tres meses, lo colocaron en una arquilla de juncos a la orilla del río (v. 3), y su hermanita se colocó a cierta distancia, para ver lo que le acontecería (v. 4) y a qué manos iría a parar. Dios les puso en el corazón el hacer esto, para llevar a cabo su designio, a fin de que por este medio, fuese llevado Moisés a los brazos de la hija de Faraón. Moisés parecía ahora completamente abandonado por sus amigos; su misma madre no se atrevía a reconocerlo por hijo suyo; pero el Señor le tomó y le protegió (Sal. 27:10).

Versículos 5–10

I. Moisés salvado de la muerte. Yacía en la arquilla de juncos junto a la orilla del río. Si hubiese quedado abandonado allí, pronto habría perecido de hambre, o devorado por un cocodrilo, o anegado por las mismas aguas del río. Si, por otra parte, hubiese caído en otras manos diferentes de las que le acogieron, o no habrían querido, o no se habrían atrevido a hacer otra cosa que arrojarlo inmediatamente al río; pero la Providencia llevó allá nada menos que a la hija de Faraón e inclinó su corazón a que se apiadase de aquel pobre y abandonado niño atreviéndose a hacer lo que ninguna otra persona se habría atrevido. Nunca un indefenso bebé lloró tan a tiempo, y con tan feliz resultado como éste. Dios levanta con frecuencia amigos para los suyos, incluso de entre los enemigos. Faraón intenta cruelmente la destrucción de Israel, pero su propia hija se compadece caritativamente de un niño israelita y, no sólo eso, sino que, sin pretenderlo, está preservando al libertador de Israel.

II. Moisés es provisto de una buena nodriza, pues no es otra que su propia madre (vv. 7–9). La hija de Faraón cree conveniente que tenga una nodriza hebrea, y la hermana de Moisés, con arte y desenvoltura, ofrece a su madre como nodriza, con gran beneficio para el niño, porque las madres son las mejores nodrizas.

III. Moisés fue prohijado por la hija de Faraón (v. 10). Es tradición entre los judíos que la hija de Faraón no tenía hijos y que ella era el único vástago de su padre, de modo que, al prohijar a Moisés, promovía su accesión a la corona. Quienes son estimados por Dios a grandes servicios, son provistos por Él de oportunidades para prepararse de antemano y resultar aptos para las tareas que después han de desempeñar. No cabe duda de que, durante su crianza en casa de sus padres, Moisés sería bien instruido en los principios religiosos del judaísmo y en el conocimiento de la historia de los patriarcas de Israel. Después, con la más alta educación recibida en la corte, quedó cualificado, tanto para ser *príncipe en Jesurún*, como para ser un gran historiador y un competente embajador cerca de la corte en que había sido educado. No se olvide que, en este tiempo, la cultura egipcia era probablemente la más avanzada del mundo.

IV. Se le impone nombre a Moisés. La hija de Faraón le puso el nombre de *Moisés* que, en hebreo se asemeja mucho a la raíz *mashah* = sacar, pero parece ser la forma hebraizada de una palabra egipcia que podría significar «hijo del Nilo». Que el gran legislador de Israel fuese llamado con un nombre egipcio era un feliz augurio para el mundo gentil, ya que anticipaba la llegada de aquel día en que se iba a decir, *Bendito el pueblo mío Egipto* (Is. 19:25). Y su educación en la corte era prenda del cumplimiento de tal promesa, *Reyes serán tus ayos, y sus reinas tus nodrizas* (Is. 49:23).

Versículos 11–15

Moisés había pasado ahora los primeros cuarenta años de su vida en la corte de Faraón, preparándose para su cometido, y le llegaba la hora de pasar a la acción. Entonces:

I. Con todo denuedo y osadía, hacía suya la causa del pueblo de Dios: *Crecido ya Moisés, salió a sus hermanos, y los vio en sus duras tareas* (v. 11). Tenemos la mejor exposición de estas palabras en la porción inspirada de Hebreos 11:24–26, donde se nos dice que, con ello, expresó Moisés: 1. Su santo menosprecio de los honores y placeres de la corte egipcia; *rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón.* 2.

Su compasiva preocupación por sus pobres hermanos en esclavitud, con quienes *escogió* (aunque podía haberlo evitado fácilmente) *ser maltratado.*

II. Nos ofrece un anticipo de las grandes cosas que después iba a realizar por Dios y por Israel. Vemos aquí dos pequeñas muestras, referidas detalladamente por Esteban (Hch. 7:23 y ss.).

1. Moisés mató al egipcio que estaba golpeando a un hebreo (vv. 11–12). Probablemente era uno de los capataces, a quien encontró maltratando a su esclavo. Hay una leyenda judía, según la cual, Moisés no le mató con arma alguna, sino con la palabra de su boca, como hizo Pedro con Ananías y Safira.

2. Moisés iba después a ocuparse en el gobierno de Israel y, como muestra de su preparación, le tenemos aquí tratando de zanjar una discusión entre dos hebreos, en la que habían llegado a las manos.

A) La desdichada controversia que Moisés observó entre dos hebreos (v. 13). Es de notar que, cuando Dios levanta instrumentos de salvación para su Iglesia, éstos se las han de haber, no sólo con egipcios opresores (los inconversos), a quienes tienen que resistir cuando no es posible ganarlos para Cristo, sino también con israelitas pendencieros (los creyentes), a quienes tienen que tratar de reconciliar.

B) El modo de comportarse con ellos; se dirigió al que estaba maltratando al otro, y razonó mansamente con él de esta manera: *¿Por qué golpeas a tu prójimo?* El reproche de Moisés en esta ocasión es valedero para todos los tiempos. Trataba de ejercer el valioso oficio de reconciliar a hermanos enemistados.

C) El poco éxito que tuvo su buen intento: Y *él respondió: ¿Quién te ha puesto a ti por príncipe y juez sobre nosotros?* (v. 14). Una persona no necesita gran autoridad para dar un amistoso reproche, pues es un acto de bondad; pero este hombre lo interpretó como un acto de dominio, y tachó a Moisés de imperioso y usurpador de autoridad. Así también, cuando a una persona le desagrada un buen razonamiento o una oportuna admonición, le da el nombre de *sermón,* como si no se pudiese decir una buena palabra en favor de Dios y en contra del pecado sin subir al púlpito. El hebreo aquel le echó en cara a Moisés lo que había hecho al matar al egipcio: *¿Piensas matarme como mataste al egipcio?* Si los hebreos hubiesen entendido la insinuación que comportaba la conducta de Moisés, habrían acudido a él como a su jefe y capitán y es probable que hubiesen obtenido entonces la liberación; aunque no se puede pasar por alto el hecho de que Moisés mismo tenía que ser refinado por Dios durante otros cuarenta años, pues el tiempo de Dios no había llegado todavía. Lo cierto es que, al despreciar a su futuro libertador, su liberación fue justamente pospuesta y su esclavitud se prolongó durante cuarenta años, como después, al menospreciar la tierra de Canaán, quedaron sin entrar en ella durante cerca de cuarenta años más. También nosotros debemos evitar el albergar prejuicios contra los caminos y los hijos de Dios con el pretexto de la insensatez y de la displicencia de algunas personas que profesan ser creyentes. Cristo mismo fue rechazado por los edificadores, y todavía lo es por quienes se resisten a ser salvados por Él.

D) La huida de Moisés a Madián, como consecuencia del hecho referido. Dios lo dispuso así para sus sabios y santos fines. No habían madurado aún las condiciones para la liberación de Israel. Moisés tenía que ser dispuesto mejor para su futuro servicio, y por ello debe retirarse de la escena al presente. Dios guió a Moisés a Madián, porque los madianitas eran descendientes de Abraham. Allá fue y *se sentó junto a un pozo* (v. 15), cansado y pensativo, como perdido, y esperando a ver por qué camino le conducía la Providencia. Esto significó para él un gran cambio, pues el día anterior estaba en la corte de Faraón disfrutando de todas las comodidades; de esta manera puso Dios a prueba su fe.

Versículos 16–22

Moisés logra establecerse en Madián, justamente como lo había obtenido su antepasado Jacob en Siria (Gn. 29:2 y ss.). Sucesos que parecen insignificantes y puramente accidentales prueban después haber sido destinados por la sabiduría de Dios a óptimos objetivos. Algunas veces, un lance casual ha brindado la oportunidad de llevar a cabo el cambio más feliz y más importante en la vida de un hombre.

I. En cuanto a las siete hijas de Reuel, el sacerdote de Madián: 1. Eran humildes y laboriosas (v. 16). La ociosidad no honra a nadie. 2. Eran modestas, y así no invitaron al extranjero egipcio a acompañarlas a

casa de ellas hasta que tuvieron el consentimiento de su padre. La modestia es el mejor ornamento de la mujer.

II. En cuanto a Moisés, fue tenido por egipcio (v. 19). 1. Puede verse con qué prontitud ayudó a las hijas de Reuel a abrevar sus ganados. Quienes han obtenido una educación refinada no deberían tenerse a menos de ejercer un oficio servil, porque no saben si la Providencia los pondrá un día en la necesidad de trabajar para sí mismos, o en la oportunidad de ser útiles a otros. A Moisés le gustaba hacer el bien. Dondequiera que la Providencia nos ponga, debemos desear y tratar de ser útiles, y, cuando no podemos hacer todo el bien que querríamos, debemos estar dispuestos a hacer el bien que podemos. 2. Qué bien fue pagado por su servicio. Cuando las jóvenes notificaron el hecho a su padre, él envió a invitarle a su casa y le obsequió grandemente (v. 20). Pronto se ganó Moisés la estima y el afecto de este sacerdote, o príncipe, de Madián, quien le hospedó en su casa y, andando el tiempo, le dio una de sus hijas por mujer (v. 21), de quien tuvo un hijo al que llamó *Gershom*, que significa *extranjero allí* (v. 22). Este establecimiento de Moisés en Madián: (A) Fue designado por la Providencia para guarecerlo de momento. (B) También estaba destinado a prepararlo para los grandes servicios que Dios le tenía reservados para el futuro. Su estilo de vida en Madián había de servirle: (a) para habituarle a las dificultades y a la pobreza; (b) para habituarle también a la contemplación y a la devoción. Egipto había hecho de él un erudito, un caballero, un hombre de Estado y un soldado, pero le faltaba una cosa en la que la corte de Faraón no podía formarle. Debía aprender todavía lo que es una vida de íntima comunión con Dios; y para esto, había de serle de magnífica ayuda la soledad y el retiro propios de una vida pastoril en Madián. Por su primera educación, fue preparado a ser un príncipe en Jesurún; pero por la segunda, quedó cualificado para conversar con Dios en el monte Horeb, cerca del cual había pasado mucho tiempo de su vida.

Versículos 23–25

1. La continuación de la esclavitud de los israelitas en Egipto (v. 23), aunque probablemente no continuaba el asesinato de sus niños. Ahora los egipcios estaban contentos de su incremento, al ver que Egipto se enriquecía con el trabajo de ellos; con tal de tenerlos como esclavos no les importaba cuántos eran. Cuando uno de los faraones moría, le sucedía otro imbuido de las mismas máximas y tan cruel para con Israel como sus predecesores. 2. Por fin, vemos el prefacio para la liberación. (A) *Clamaron* (v. 23). Ahora—y ya era hora—comenzaron a pensar en Dios en medio de sus afIicciones, y a volverse a Él desde los ídolos a quienes habían servido (Ez. 20:8). Pero, antes de liberarlos, puso Dios en sus corazones que clamasen a Él como se explica en Números 20:16. (B) *Dios oyó* (vv. 24–25): (a) *oyó su clamor.* Él conoce el peso bajo el cual gimen y las bendiciones por las que gimen; (b) *se acordó de su pacto.* (C) *Miró Dios a los hijos de Israel.* Moisés los miró y tuvo compasión de ellos (v. 11) pero ahora Dios los miró y les ayudó eficazmente. (D) *Dios los reconoció,* los tuvo por suyos y se dispuso a favorecerles.

CAPÍTULO 3

Este importante capítulo nos refiere el memorable encuentro que tuvo Moisés con Dios en el monte Horeb, ante la zarza que ardía sin consumirse. Allí declaró Dios su nombre por antonomasia, *Jehová o Jehová,* el Yo *Soy.* Tras esto, Dios da instrucciones a Moisés acerca de lo que ha de decir a Faraón y al pueblo de Israel.

Versículos 1–6

Los años de la vida de Moisés se dividen curiosamente en tres cuarentenas: los primeros cuarenta años los pasó como príncipe en la corte de Faraón; los segundos, como pastor en Madián; los terceros, como rey en Jesurún. Había terminado la segunda cuarentena de años, cuando recibió de Dios la comisión de sacar de Egipto a Israel. A veces, pasa mucho tiempo antes de que Dios llame a sus siervos para la obra a los que les había destinado desde la eternidad. Es el tiempo en que su gracia los está preparando.

I. Cómo esta aparición de Dios a Moisés le sorprendió estando ocupado. Estaba apacentando las ovejas de su suegro (v. 1) cerca del monte Horeb. Este era un oficio muy bajo para un hombre de su educación y de sus cualidades. Esta era, en su opinión, la ocupación que le había tocado en suerte y no veía signo alguno en contra, sino que había de morir siendo un pobre y despreciado pastor, como había vivido estos últimos cuarenta años. Pero Moisés conoció a Dios en un desierto mucho mejor que le había conocido en la corte de Faraón. Cuanto más solos nos vemos, mejor nos percatamos de que nuestro Padre está con nosotros.

II. Cómo fue esta aparición. Para su gran sorpresa, vio una zarza ardiendo, aunque no se veía fuego alguno, ni desde la tierra ni desde el cielo, que la hubiese encendido; y, lo que es más extraño, la zarza no se consumía (v. 2). Fue una extraordinaria manifestación de la presencia y de la gloria de Dios. 1. Vio una llama de fuego. Cuando Dios prometió a Abraham la futura liberación de Israel de la tierra de Egipto Abraham vio una antorcha de fuego, que significaba la luz de gozo que tal liberación había de causar (Gn. 15:17); pero ahora brilla con mayor resplandor, como llama de fuego, porque Dios estaba purificando a su pueblo. 2. Este fuego no estaba en un cedro alto y majestuoso, sino en una *zarza* punzante, símbolo del Israel, pequeño, pero correoso y de dura cerviz. 3. *La zarza ardía, y no se consumía.* Aunque Dios estaba refinando a Israel, no quería acabar con él, sino que lo iba a salvar. Dios es fuego *consumidor* (He. 12:29), que destruye los materiales combustibles, pero refina y purifica los metales preciosos (1 Co. 3:12 y ss.).

III. La curiosidad que sintió Moisés de ver este fenómeno extraordinario: *Iré yo ahora y veré esta gran visión* (v. 3).

IV. La invitación que recibió a que se acercara, pero no demasiado ni precipitadamente.

1. Dios le llamó benévolamente, y Moisés respondió prontamente a este llamamiento (v. 4). Tan pronto como Moisés se volvió, Dios le llamó dos veces por su nombre: *Moisés, Moisés.* La palabra de Dios siempre vino uncida a la gloria de Dios, porque cada visión divina tenía por objeto una revelación divina (Job 4:16 y ss.; 33:4–16). Y, cuando Dios repite el nombre dos veces, lo cual ocurre *siete* veces en la Biblia (Gn. 22:11; 46:2; Éx. 3:4; 1 S. 3:10; Lc. 10:41; 22:31; Hch. 9:4), su mensaje tiene una solemnidad específica y peculiar. Moisés contestó prontamente. La llamada divina se hace efectiva cuando le damos una respuesta obediente, como aquí hace Moisés: *¡Heme aquí!*

2. Dios le manda tomar una necesaria precaución. Debe acercarse, pero no demasiado. Es su conciencia la que tiene que quedar satisfecha, no su curiosidad; y debe expresar su reverencia y su prontitud para obedecer: *Quita tus sandalias de tus pies,* como un criado. Quitarse el calzado era entonces una señal de respeto y sumisión, como lo es ahora el quitarse el sombrero.

V. La solemne declaración que hizo Dios de su nombre, por el cual sería conocido de Moisés: *Yo soy el Dios de tu padre* (v. 6). Abraham estaba muerto y, sin embargo, Dios es el Dios de Abraham; por consiguiente, el alma de Abraham vive, pues mantiene una relación viva con el Dios vivo (Mt. 22:32; Mr. 12:27; Lc. 20:38). Y, para que el alma sea completamente feliz, Dios hará que el cuerpo resucite un día. Mediante sus palabras, Dios demostró que se acordaba de su pacto (2:24).

VI. La solemne impresión que esto hizo en Moisés: *Cubrió su rostro,* como quien está avergonzado y, a la vez, temeroso de mirar a Dios. No tuvo miedo de mirar una zarza que ardía sin consumirse, hasta que se percató de que Dios estaba en ella.

Versículos 7–10

Ahora, después de varios siglos de esclavitud de Israel, y después de cuarenta años desde que Moisés se exilió de Egipto, cuando supondríamos que tanto él como los israelitas comenzaban a perder las esperanzas, llegó por fin el tiempo, el año de los redimidos.

I. Que Dios se da cuenta de las aflicciones de Israel (vv. 7, 9): *Viendo he visto,* como dice el hebreo; como si dijera: No sólo lo he visto, sino que lo he observado meticulosamente y con todo detalle. De tres cosas se dio perfecta cuenta Dios: 1. De la *aflicción* y de las *angustias* de su pueblo (v. 7). No parece ser

que se les permitiera protestar ante el Faraón del mal trato que se les daba, pero Dios observaba sus lágrimas (Sal. 56:8). 2. De su clamor: *He oído el clamor* (v. 7); *ha venido delante de mí* (v. 9). 3. De la tiranía de sus opresores: *He visto la opresión* (v. 9).

II. La promesa que Dios hace de liberarlos rápidamente: *He descendido para librarlos* (v. 8). Cuando Dios hace algo verdaderamente extraordinario, se dice que *desciende* a hacerlo, como en Isaías 64:1. Esta liberación era tipo de nuestra redención por Cristo, en la cual el eterno Verbo de Dios descendió ciertamente de los Cielos para librarnos. También promete Dios a Moisés que los asentará felizmente en la tierra de Canaán, y que cambiarían la esclavitud por libertad, la pobreza por abundancia, y la fatiga por el descanso.

III. La comisión que da a Moisés para que realice dicha liberación (v. 10). No sólo es enviado como profeta a Israel, sino también como embajador a Faraón, para tratar con él; y es enviado como príncipe a Israel, para conducirles y mandarles. La misma mano que sacó ahora del desierto a un pastor, para que pusiese los cimientos del pueblo de Israel, sacó después del mar a unos pescadores, para que echasen los cimientos de la Iglesia de Cristo.

Versículos 11–15

Dios, después de hablar a Moisés, le concede la palabra.

I. Moisés pone como objeción su insuficiencia para el servicio al que era llamado (v. 11): *¿Quién soy yo?* Se cree indigno de tal honor. Cree que le falta coraje y también talento y que, por tanto, no está capacitado para sacar de Egipto a los hijos de Israel; y ellos están desarmados, indisciplinados, desanimados completamente. 1. Moisés era con mucho el hombre más adecuado de su tiempo para esta tarea, eminente por su erudición, sabiduría, experiencia, valor, fe y santidad; sin embargo, dice: *¿Quién soy* yo? Ordinariamente, cuanto más apta es una persona para un servicio, tanto más baja es la opinión que tiene de sí misma (v. Jue. 9:8 y ss.). 2. Las dificultades de la obra eran ciertamente muy grandes. Pero, al fin, Moisés es el hombre que la lleva a cabo; porque Dios da su gracia a los humildes (Stg. 4:6).

II. Dios responde a esta objeción (v. 12). 1. Le promete su presencia: *Yo estaré contigo*, y eso es bastante. 2. Le asegura el éxito, y le dice que los israelitas habrán de servirle en este monte.

III. Moisés le pide instrucciones para llevar a cabo su comisión y desea saber con qué nombre quiere Dios darse a conocer ahora (v. 13).

1. Supone que los hijos de Israel le preguntarán: *¿Cuál es su nombre?* Y esto lo harían, o: (A) Para dejar perplejo a Moisés, o: (B) Para su propia información. En realidad, lo que iban a preguntar los israelitas era: ¿Cuáles son sus hechos *renombrados* para que escuchemos el mensaje que nos traes de su parte?
2. Desea instrucciones para saber qué contestación les va a dar: *«Qué les responderé?* ¿Qué pruebas les daré de tu poder y de mi autoridad?»

IV. Por dos nombres quiere ahora Dios ser conocido:

1. Por un nombre que denota lo que es en sí mismo (v. 14): YO SOY EL QUE SOY. Este es el equivalente de *Jehová o Yahveh,* y significa: (A) Yo soy el inefable. Conocer el nombre es, en la mentalidad semítica, sinónimo de poseer o dominar la cosa o la persona nombrada. Pero Dios no se deja dominar ni manipular; es infinitamente libre y soberano. (B) Yo soy el que existe por sí mismo; tiene en sí la razón y fuente de su propio ser, y no depende de ningún modo de ningún otro ser. Al existir por sí mismo es autosuficiente; más aún, Todosuficiente; la fuente inexhausta de todo ser y de toda felicidad. (C) Yo soy eterno e inmutable. Como no puede cambiar, es siempre de fiar, porque no puede volverse atrás. Él es *el de siempre.* Que Israel sepa esto: *EL YO SOY me ha enviado a vosotros.*
2. Por un nombre que denota lo que Él es para su pueblo: *El Dios de vuestros padres … me ha enviado a vosotros* (v. 15). Así se había dado Dios a conocer a él (v. 6), y así les debía él dar a conocer a los israelitas el nombre de su Dios: (A) Para hacer revivir entre ellos la religión de sus padres; (B) Para

que tengan segura esperanza en la rápida realización de las promesas hechas a sus padres. Dios quiere que éste sea su nombre para siempre; así ha sido, es y será su nombre, por el que sus adoradores le conocen y le distinguen de todos los dioses falsos (v. 1 R. 18:36).

Versículos 16–22

Moisés es aquí instruido más en particular acerca de su tarea, y es informado del éxito de antemano. 1. Debe ir a los ancianos de Israel y reavivar las expectaciones de un rápido traslado a Canaán (vv. 16–17). Debía tener éxito en estas conversaciones con los ancianos de Israel, pues Dios le dice: *Oirán tu voz* (v. 18), y no te echarán como hicieron hace cuarenta años. 2. Debe tratar con el rey de Egipto (v. 18), él y los ancianos de Israel, y en esto no debe comenzar con una exigencia, sino con una petición humilde; además, deben rogar a Faraón que les conceda tan sólo ir hasta el monte Sinaí para ofrecer sacrificio a Dios. Si no les daba permiso para ir a sacrificar en el Sinaí entonces iría sin permiso alguno a establecerse en Canaán. En cuanto a su éxito con el Faraón Dios le dice: (A) Que no escuchará sus ruegos: *Yo sé que no os dejará ir* (v. 19); (B) Pero que se verá forzado a dejarlos por las plagas: *Pero yo extenderé mi mano y heriré a Egipto* (v. 20), *y entonces os dejará ir.* (C) Que los egipcios les mostrarían, en la hora de partir, su favor, llenándoles las manos de presentes (vv. 21–22). Con esto, termina diciendo Dios, *salvaréis* (eso dice el hebreo, no *despojaréis*) *a los egipcios* (v. 22); es decir, vindicaréis el nombre de los egipcios de la mala fama que hayan podido adquirir por la opresión que han ejercido sobre vosotros.

CAPÍTULO 4

En este capítulo se continúa y se concluye la conversación de Dios con Moisés desde la zarza ardiendo. Después, Moisés toma a su familia y se pone en marcha hacia Egipto. Tiene problemas en el camino por no haber circuncidado antes a su hijo, pero también tiene la satisfacción de encontrarse con su hermano Aarón. Presenta finalmente su comisión ante los ancianos de Israel, con gran gozo para ellos, y así se pone en marcha el proceso de la gran liberación de Israel.

Versículos 1–9

I. Moisés objeta que, con toda probabilidad, el pueblo *no le creerá ni oirá su voz* (v. 1); esto es, no darán crédito a sus palabras, a no ser que les muestre alguna señal. Y, si hay entre ellos contradictores que pongan en duda su comisión, ¿qué tendrá que hacer con ellos?

II. Dios le da poder para hacer milagros, detallándole tres en particular, dos de los cuales son ahora inmediatamente realizados, para que así quede satisfecho.

1. La vara que tiene en su mano es objeto del primer milagro; milagro doble, porque, en arrojándola de su mano, se convierte en una culebra; y, en tomándola otra vez (y por la cola, no por el cuello, que es por donde las toman todos los domadores de serpientes), se vuelve a convertir en vara (vv. 2–4). Aquí Dios otorga un gran honor a Moisés, concediéndole realizar este milagro con sólo arrojar la vara y volverla a tomar; sin ninguna frase mágica, sin encantamiento de ninguna clase. El recibir este poder de parte de Dios, de actuar fuera del curso ordinario de la naturaleza y de la providencia, fue una demostración de la autoridad que Dios le otorgaba para establecer una nueva dispensación del pacto de gracia. Había también otro sentido simbólico en el milagro mismo: Faraón había convertido el cetro de su gobierno en serpiente de opresión, de la que Moisés mismo había huido a Madián; pero, mediante Moisés, Dios hacía cambiar la escena.

2. Su mano misma fue también objeto de otro milagro: La metió en su seno, y la sacó completamente leprosa; la volvió a meter en el seno, y la sacó ahora completamente sana (vv. 6–7). Esto significaba: (A) Que, por el poder de Dios, Moisés habría de producir graves enfermedades en los egipcios y que, con sus oraciones, los curaría de ellas. (B) Que mientras los hijos de Israel se habían vuelto en Egipto como

leprosos, manchados de pecado, al ser recibidos en el seno de Moisés quedarían limpios y curados. (C) Que Moisés no debía hacer milagros por su propio poder.

3. Es instruido para que, cuando llegue a Egipto, convierta en sangre parte del agua del río (v. 9).

Versículos 10–17

Moisés continúa todavía resistiéndose a realizar el servicio que Dios le ha encomendado; ahora ya no podemos achacárselo a humildad y modestia, sino que hemos de reconocer que se mostraba demasiado cobarde, indolente y hasta incrédulo.

I. Cómo trata Moisés de excusarse.

1. Apela a que no tiene facilidad de palabra: ¡Ay, *Señor!, nunca he sido hombre de fácil palabra* (v. 10). Dios se complace a veces en escoger como mensajeros suyos a quienes carecen de dotes naturales o artísticas. Los discípulos de Cristo no eran oradores hasta que el Espíritu Santo les hizo elocuentes.

2. Cuando esta apelación quedó sin efecto, y todas sus excusas fueron contestadas por Dios, Moisés rogó a Dios que enviase a otro con aquella comisión, y le dejase a él guardando pacíficamente ovejas en Madián (v. 13).

II. Cómo condescendió Dios a responder a todas sus excusas. Aunque *se enojó contra él* (v. 14), continuó razonando con él, hasta que le convenció.

1. Para contrarrestar la debilidad de Moisés, le hace memoria de su propio poder (v. 11): *¿Quién dio la boca al hombre? ¿No soy yo Jehová?* Moisés sabía que Dios hizo al hombre, pero hay que recordarle ahora que Dios hizo la boca del hombre. Las perfecciones de nuestras facultades son obra suya; por ejemplo, Él hizo la vista, Él formó el ojo (Sal. 94:4); Él abre el entendimiento, el ojo de la mente (Lc. 24:45).

2. Para animarle en esta gran empresa, repite la promesa de su presencia, no sólo en general, Yo *estaré contigo* (3:12), sino en particular, *«Yo estaré en tu boca* (v. 12), de modo que la imperfección de tu palabra no sea impedimento para el mensaje». Si otros hablaron con más elocuencia, nadie habló con más potencia.

3. Le da como adjunto, para esta comisión, a su hermano Aarón. Le promete que Aarón se encontrará con él oportunamente, y que se alegrará de verle, no habiéndose visto (es lo más probable) durante muchos años (v. 14). Le instruye para que se sirva de Aarón como de su portavoz (v. 16), a fin de que su mutuo afecto natural fortalezca la unión de ambos en la ejecución conjunta de su comisión. Cristo envió a sus discípulos de dos en dos, y algunas de las parejas eran hermanos. La lengua de Aarón, con la cabeza y el corazón de Moisés haría una sola cosa completamente apta para esta embajada. Dios le promete: *Yo estaré con tu boca y con la suya.* Tampoco Aarón, aunque podía hablar bien, podía hablar lo conveniente para el designio de Dios, a no ser que Dios estuviese con su boca.

4. Le pide que tome en su mano la vara (v. 17). La vara que usaba como pastor debe ser ahora su bastón de mando, y debe servirle tanto de espada como de cetro.

Versículos 18–23

I. Moisés obtiene permiso de su suegro para regresar a Egipto (v. 18).

II. Recibe de Dios nuevos ánimos y nuevas direcciones para su obra. Y: 1. Dios le asegura que el camino está expedito. Aunque pueda encontrar nuevos enemigos en el desempeño de su cometido, lo cierto es que *los que procuraban su muerte han muerto todos* (v. 19). 2. Le ordena que haga milagros, no sólo delante de los ancianos de Israel sino también delante de Faraón (v. 21). 3. Para que la obstinación de Faraón no le sorprenda ni le desanime Dios le dice de antemano que Él (Dios) *endurecerá el corazón de Faraón* (v. 21), no por una acción directa, sino por su voluntad permisiva de la rebeldía del rey, que se hará más resistente cuanto más avancen las señales divinas. Es la mala disposición de Faraón, no la gracia de Dios, la que produce el endurecimiento del pecador. 4. Dios pone en boca de Moisés las palabras que ha de dirigir a Faraón (vv. 22–23). (A) Tiene que dar su mensaje en nombre de Jehová: *Jehová ha dicho.*

Ésta es la primera vez que la Biblia pone este prefacio de mensaje en la boca de un hombre, más tarde, lo usarán con mucha frecuencia todos los profetas. (B) Debe dar a conocer a Faraón la relación que Israel tiene con Dios y la preocupación y cuidado que Dios tiene de Israel. (C) Debe intimar a Faraón que deje marchar al pueblo de Israel: «*Ya te he dicho que dejes ir a mi hijo* (v. 23); no sólo a mi siervo, al que tú no tienes derecho a retener, sino a mi hijo, de cuya libertad y honor soy celoso guardián y protector». (D) Debe amenazar a Faraón con la muerte del primogénito de Egipto, en caso de negativa: Yo voy *a matar a tu hijo, tu primogénito* (v. 23), por menospreciar a *mi hijo, mi primogénito* (v. 22).

III. Moisés se pone en marcha a Egipto con su mujer y su hijo.

Versículos 24–31

Mientras Moisés va de camino a Egipto, encontramos:

I. Que Dios se enfureció contra él (vv. 24–26). Es un pasaje bastante difícil a primera vista.

1. Moisés albergaba un pecado, que era la negligencia en circuncidar a su hijo, a pesar de ser ya mayorcito. Esto era probablemente efecto de haberse casado en yugo desigual con una madianita, la cual era demasiado indulgente con los gustos del niño.

2. Dios muestra su desagrado contra Moisés. También las omisiones son pecado (v. Mt. 25:41–46; Stg. 4:17). Y Dios tiene muy en cuenta los pecados de su pueblo, y le desagradan tanto más cuanto que son sus hijos, y no unos extraños, quienes le ofenden. Si descuidan sus deberes, la conciencia les ha de acusar claramente, y la providencia amorosa del Padre les disciplinará fuertemente (1. Co. 11:29–31; He. 12:5–11; Ap. 3:19).

3. El rápido cumplimiento del deber descuidado, por cuya causa Dios le había castigado con una grave enfermedad que le postró en cama. Ante la urgencia, intimada por Dios, de circuncidar al hijo, Siporá realiza la operación, ya que el marido, a quien correspondía hacerlo, no estaba ahora en condiciones de realizarla.

4. Hecho esto, Dios dejó partir a Moisés (v. 26), y todo marchó bien; únicamente Siporá no podría olvidar el susto que se había llevado, y es lo más probable que, a raíz de este episodio, tanto ella como el hijo se volviesen a Madián por indicación de Moisés.

II. El afectuoso encuentro de Aarón con su hermano Moisés (vv. 27–28). Dios mandó a Aarón que fuese al encuentro de Moisés y le guió al lugar en que le había de encontrar, en el desierto que está trente a Madián. *Le encontró en el monte de Dios* (v. 27), es decir, en Horeb, donde Dios se había manifestado a Moisés en la zarza ardiendo. Allí se abrazaron fraternalmente en prenda de la comisión conjunta que estaban llamados a desempeñar, y de la que Moisés informó detalladamente a su hermano (v. 28).

III. Cómo se reunieron con los ancianos de Israel, y éstos respondieron con fe y obediencia. Cuando Moisés y Aarón expusieron por primera vez su comisión en Egipto, se encontraron con una recepción mejor que la que ellos mismos podían prometerse (vv. 29–31). *El pueblo creyó* (v. 31), como Dios había predicho (3:18). *Se inclinaron y adoraron.*

CAPÍTULO 5

Moisés y Aarón frente al rey de Egipto, le piden que deje marchar al pueblo de Israel, para que vayan al desierto a sacrificar y adorar a su Dios.

Versículos 1–2

Moisés y Aarón van a tratar ahora con Faraón.

I. Su petición es piadosamente atrevida: *Jehová el Dios de Israel dice así: Deja ir a mi pueblo* (v. 1). Cuando trata con los ancianos de Israel, Moisés debe llamar a Dios *el Dios de sus padres* (3:15); pero, al tratar con Faraón, le llaman *el Dios de Israel.* Ésta es la primera vez que encontramos en la Escritura a Dios llamado por este nombre. Es cierto que, en Génesis 33:20, se llama *el Dios de Israel;* pero allí *Israel* es la *persona* de Jacob, mientras que aquí es el *pueblo.* Comienzan precisamente a ser estructurados como un pueblo cuando Dios es llamado su Dios. En este gran nombre es como ellos presentan su mensaje: *Deja ir a mi pueblo.*

II. La respuesta de Faraón es impíamente atrevida: *¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz?* (v. 2). No sólo se niega a tratar, sino que no soporta ni la mención de Dios. ¡Cuán despectivamente habla del Dios de Israel! «*¿Quién es Jehová? No lo conozco* ni me preocupa, ni le aprecio, ni le tengo miedo». La ignorancia y el desprecio de Dios están en el fondo de toda la maldad que hay en este mundo. ¡Y cuán arrogantemente habla de sí mismo! «*Para que yo oiga su voz.* ¿Yo, que gobierno al Israel de Dios, voy a escuchar y obedecer al Dios de Israel?» Aquí está el fondo de la resistencia del pecador: Dios debe reinar y gobernar, pero el hombre no quiere ser gobernado.

Versículos 3–9

Viendo que Faraón no tenía estima alguna de Dios, Moisés y Aarón tratan de ver ahora si quizá tendrá alguna compasión de Israel.

I. Su requisitoria es muy humilde y modesta (v. 3). No se quejan del rigor con que les ha recibido. Lo que piden es muy razonable para muy poco tiempo, *camino de tres días por el desierto,* con este propósito: «Ofreceremos *sacrificios a Jehová nuestro Dios,* como otros pueblos hacen con sus dioses».

II. La negativa de Faraón a la petición de Moisés y Aarón es muy inhumana y fuera de razón (vv. 4–9).

1. Responde que los israelitas eran unos holgazanes y por eso hablaban de ir a ofrecer sacrificios. Sin embargo, las ciudades que habían edificado para el Faraón eran un gran testimonio de que no eran holgazanes. La malicia de Satanás hace muchas veces que se presente el servicio y el culto de Dios como un empleo adecuado para los que no tienen otra cosa que hacer.
2. Las decisiones que tomó con ocasión de esta entrevista fueron de lo más crueles e inhumanas. (A) Les dice a Moisés y Aarón que no sólo el pueblo debe seguir trabajando, sino que ellos mismos *deben volverse a sus tareas* (v. 4); deben así participar de la esclavitud de su pueblo. (B) El cupo ordinario de ladrillos se les ha de seguir exigiendo, y desde ahora tampoco se les ha de dar el cupo de paja para mezclarla con el barro, o para cocer los ladrillos.

Versículos 10–14

Vemos aquí cómo se ejecutan las órdenes de Faraón; se les niega la paja, pero no se les disminuye el trabajo. 1. Los capataces egipcios eran muy severos. Insistían en que acabasen la obra de cada día como cuando se les daba la paja (v. 13). 2. En consecuencia, el pueblo tenía que dispersarse por toda la tierra de Egipto para recoger rastrojo (v. 12). 3. Los capataces de entre los mismos israelitas eran tratados con especial dureza (v. 14). ¡Qué cosa tan miserable es la esclavitud, y cuánta razón tenemos para estar agradecidos a Dios de disfrutar de libertad y no gemir bajo la opresión! Libertad y propiedad son joyas muy valiosas a los ojos de aquellos cuyos servicios y bienes están a merced de un poder arbitrario. ¡Qué pasos tan extraños da Dios a veces para librar a su pueblo! La bajamar precede a la pleamar, y las mañanas más nebulosas dan paso ordinariamente a los días más claros (Dt. 32:36).

Versículos 15–23

Los capataces de los hijos de Israel se encontraban, pues, en gran aprieto.

I. Con cuánta justicia se quejaron ante Faraón: *«Vinieron a Faraón y clamaron a él diciendo: ¿Por qué lo haces así con tus siervos?* (v. 15); tus siervos son golpeados y sin embargo la falta es de tu propio pueblo, los cuadrilleros, que nos niegan lo necesario para continuar nuestro trabajo». ¿Qué consiguieron con esta queja? Ir de mal en peor. Faraón los trató de *haraganes* (v. 7), cuando casi los mataban haciéndoles trabajar tan duramente y golpeándoles. ¡Qué bien que no son nuestros jueces los hombres, sino un Dios que conoce los corazones y los motivos que nos impulsan a obrar!

II. Cuán injustamente se quejaron de Moisés y de Aarón: *Mire Jehová sobre vosotros, y juzgue* (v. 21). Esto no fue correcto. Moisés y Aarón habían dado pruebas suficientes de su cordial buena voluntad en favor de las libertades de Israel; sin embargo, porque las cosas no iban tan de prisa como era de desear, les reprochaban el ser, de algún modo, cómplices de sus opresores. ¿Qué hizo Moisés en semejante aprieto? 1. *Se volvió a Jehová* (v. 22), para poner el asunto en su presencia. Cuando quiera que nos hallemos perplejos e indecisos sobre qué camino seguir en el cumplimiento de nuestro deber, retirémonos a Él, y a nadie más. 2. Y le pregunta a Dios: (A) *¿Por qué afliges a este pueblo?* (B) *¿Para qué me enviaste?* Así: (a) Se queja de su poco éxito: «Faraón está oprimiendo a este pueblo, y ni un solo paso parece que se está tomando para libertarlo». O, (b), inquiere qué más hay que hacer: *¿Para qué me enviaste?* Esto es, «¿Qué otro método habré de usar en el desempeño de mi comisión?». Lo primero es lo más probable.

CAPÍTULO 6

Este capítulo contiene especialmente la respuesta que Dios da a Moisés en relación con las quejas que éste le había presentado en el capítulo anterior. También le da más amplias instrucciones sobre lo que ha de decir a los hijos de Israel para satisfacerles.

Versículos 1–9

I. El modo como Dios responde a las quejas de Moisés asegurándole el éxito en esta negociación y repitiéndole la promesa hecha en 3:20 *(«Entonces os dejará ir»): Jehová respondió a Moisés,* Para tranquilizarle, *«Ahora verás lo que yo haré a Faraón»* (v. 1) (v. Sal. 12:5 *«Ahora me levantaré, dice Jehová»*.) Nótese que cuando el hombre ha llegado al extremo es la oportunidad de Dios para ayudar y salvar. Es entonces cuando Dios toma el asunto en sus manos. *Bajo mano fuerte,* es decir, obligado por una mano fuerte, *tendrá que dejarles ir.*

II. Le da más instrucciones, a fin de que tanto él como el pueblo se sientan animados a esperar un feliz y glorioso resultado en este asunto. Han de tomar aliento:

1. Del nombre de Dios, Jehová (vv. 2–3). Dios quería ahora ser conocido por su nombre de *Jehová,* es decir: (A) Un Dios que realiza lo que había prometido. (B) Un Dios que perfecciona lo que había comenzado (Fil. 1:6). En la historia de la creación, Dios nunca es llamado Jehová hasta que los cielos y la tierra fueron completados (Gn. 2:24). Cuando la salvación de los santos haya quedado completa en la vida eterna será también conocido por los epítetos equivalentes al nombre de Jehová (Ap. 22:13). Entretanto, le hallarán como proveedor de ayuda y de fuerza, bajo el nombre de *El-Shadday*, un *Dios Todosuficiente,* un Dios que basta para todo.
2. De su pacto: *También establecí mi pacto con ellos* (v. 4). Sobre este fundamento podemos arriesgar todo lo nuestro.
3. De sus misericordias: *Asimismo yo he oído el gemido de los hijos de Israel* (v. 5).
4. De sus decisiones presentes, señaladas con el énfasis de esos seis futuros resolutivos: *Yo os sacaré … y os libraré … y os redimiré … y os tomaré … y os meteré en la tierra … y yo os la daré* (vv. 6–8).
5. De sus intenciones benévolas en todo esto: (A) Intentaba la felicidad de ellos: *Os tomaré por mi pueblo.* (B) Intentaba su propia gloria: Y *vosotros sabréis que yo soy Jehová vuestro Dios.* Es cosa admirable que Dios tenga su gloria en nuestra felicidad. Pero ellos no tuvieron en cuenta las promesas de Dios: *Ellos no escuchaban a Moisés a causa de la congoja de espíritu* (v. 9). Si nos entregamos al

descontento y al mal humor, nos privamos de la ayuda y del consuelo que podríamos obtener de la Palabra y de la providencia de Dios, y sólo a nosotros hemos de echarnos la culpa de marchar por la vida sin consuelo y sin apoyo.

Versículos 10–13

I. Dios envió a Moisés por segunda vez a Faraón (v. 11) con el mismo comunicado que antes, para mandarle de nuevo *que deje ir de su tierra a los hijos de Israel.*

II. Moisés pone objeciones. Apela: 1. A la poca probabilidad de que le escuche Faraón: «Mira *que los hijos de Israel no me escuchan;* no atienden ni dan crédito a lo que les he dicho; *¿cómo, pues, me escuchará Faraón?»* Si los que profesan ser el pueblo de Dios no escuchan a los mensajeros de Dios, ¿cómo puede pensarse que vayan a escucharles los que profesan ser los enemigos de Dios? 2. Apela también a su dificultad y debilidad de palabra: *Siendo yo torpe de palabra* (v. 12). A estas objeciones había dado ya Dios respuesta suficiente, pues la suficiencia de su gracia puede suplir los defectos naturales en cualquier circunstancia.

III. Dios comisiona de nuevo a Aarón en unión con Moisés pone punto final al debate e interpone su propia autoridad pues da a ambos un solemne mandamiento. Moisés mismo necesitaba esta medida, como después la necesitó Timoteo (1 Ti. 6:13; 2 Ti. 4:1).

Versículos 14–30

I. Genealogía, no interminable, como las que el Apóstol condena (1 Ti. 1:4), pues termina en esos dos grandes patriotas Moisés y Aarón, y se intercala aquí para mostrar que eran israelitas, huesos de los huesos y carne de la carne de aquellos a quienes eran enviados a libertar. Los cabezas de familia de tres de las tribus son nombrados aquí, conforme a lo registrado en Génesis 46. El doctor Lightfoot opina que Rubén, Simeón y Leví quedan de este modo dignificados aquí en sus propias personas porque habían quedado señalados con marcas de infamia por su moribundo padre y, en consecuencia, Moisés les habría otorgado este honor especial, para engrandecer la misericordia de Dios en el arrepentimiento y el perdón de ellos. Los dos primeros parece más bien que son mencionados sólo por causa de un tercero, que era Leví, de quien descendían Moisés y Aarón y todos los sacerdotes del pueblo de Israel. Obsérvese aquí que: 1. Coat, de quien descendían Moisés y Aarón, y los demás sacerdotes, era segundo hijo de Leví (v. 16). 2. Aarón se casó con Eliseba, hija de Aminadab, uno de los jefes de la tribu de Judá (v. 23), pues eran frecuentes los matrimonios entre las tribus de Leví y de Judá.

II. Al final del capítulo, Moisés vuelve a su relato, del cual se había desviado de un modo un tanto abrupto (v. 13), y repite: 1. El encargo que Dios le había dado de entregar, su mensaje a Faraón (v. 29): *Di a Faraón … todas las cosas que yo te digo a ti,* como fiel embajador. 2. La objeción de Moisés a esto (v. 30). Nótese que quienes, en cualquier tiempo, hayan hablado imprudentemente con sus labios, deberían reflexionar sobre ello con pesar como parece ser que lo hace Moisés aquí al referirlo.

CAPÍTULO 7

Este capítulo termina la disputa entre Dios y Moisés, y éste se comienza a dedicar al cumplimiento de su misión, en obediencia al mandato de Dios. Comienza ahora la disputa entre Moisés y Faraón. Al negarse Faraón a cumplir las órdenes de Dios, tras haber demostrado Moisés su comisión divina mediante el milagro de convertir su vara en serpiente, tiene lugar la primera de las diez plagas, por la que las aguas se convierten en sangre. A pesar de ello, Faraón endurece su corazón contra Dios.

Versículos 1–7

I. Dios anima a Moisés a ir a Faraón. 1. Le inviste de gran poder y autoridad (v. 1): *Yo te he constituido Dios para Faraón;* esto es, mi representante en este asunto, como los jueces son llamados dioses, porque son vicegerentes de Dios en la administración de la justicia. Así fue autorizado Moisés a hablar y actuar en nombre y representación de Dios. Moisés era dios, pero sólo *hecho* dios, no como Dios que lo es esencialmente por naturaleza; sólo era dios por comisión, y sólo con relación a Faraón; el Dios vivo y verdadero lo es para todo el Universo. 2. De nuevo le nombra un ayudante, a su hermano Aarón, para que fuera su portavoz: «*Él será tu profeta. Tú* infligirás y retirarás, como dios, las plagas; y Aarón, como profeta, las anunciará, y amenazará a Faraón con ellas». 3. Le dice también que Faraón no le oirá, pero que la obra había que hacerla de todos modos. Aunque los egipcios no querían conocer a Dios, le habían de conocer para bien o para mal.

II. Moisés y Aarón se dirigen a comenzar su obra sin poner más objeciones: *Hicieron Moisés y Aarón como Jehová les mandó* (v. 6). Su obediencia fue encomiada por el salmista (Sal. 105:28, en la AV inglesa y en RV 1960, pero es más probable la lectura de la New International Version y RV 1977), quien menciona sus nombres en el versículo 26. Les pasó algo parecido a lo de Jonás quien al principio era reacio a cumplir las órdenes de Dios, pero fue, por fin, a Nínive.

Versículos 8–13

La primera vez que Moisés se presentó a Faraón le comunicó sólo sus instrucciones; pero ahora Dios le ordena que presente sus credenciales ante Faraón y así lo hace. 1. Faraón le dirá: *Mostrad milagro;* no por deseo de convencerse, sino con la esperanza de que no obren ninguno. 2. Se les dan órdenes, por tanto, para que conviertan la vara en serpiente, según las instrucciones de 4:3. Aarón arrojó su vara al suelo, y *se hizo culebra* (v. 10). Este milagro fue muy apropiado, no sólo para llenar de asombro a Faraón, sino para aterrorizarlo. 3. Aunque este milagro era demasiado evidente como para ser negado, se intenta quitarle fuerza persuasiva mediante la imitación que de él hicieron los magos (vv. 11–12). Moisés había sido instruido anteriormente en las ciencias y artes de los egipcios, y podía sospecharse que hubiese ejercitado, y aun mejorado, las artes mágicas en su largo retiro de Madián; por eso, se convoca a los magos para rivalizar con él. Sus varas también se convirtieron en culebras. Hay quienes opinan que lo hicieron por virtud divina, para endurecer más aún el corazón del Faraón pero es más probable que lo hicieran en virtud de sus poderes diabólicos, más bien a producir una ilusión óptica que un cambio real en el objeto; o a hipnotizar al animal hasta ponerlo rígido como una vara. Dios permite al espíritu de la mentira hacer cosas extrañas, a fin de que la fe de algunos pueda ser puesta a prueba y manifestada (Dt. 13:3; 1 Co. 11:19). En este torneo Moisés se llevó claramente la victoria, pues la serpiente en que había convertido la vara de Aarón devoró a las otras, lo cual era suficiente para haber convencido a Faraón de cuál lado estaba la verdad. Pero Faraón no se dejó persuadir por ello. Como los magos también habían convertido las varas en serpientes, él se aferraba seguramente a esto, pretextando que el caso entre los magos y Moisés era discutible.

Versículos 14–25

La primera de la diez plagas la conversión del agua en sangre, lo cual fue: 1. Una terrible y muy pesada plaga. El pescado es un alimento primordial en Egipto (Nm. 11:5), pero la conversión de las aguas en sangre supuso la muerte de todos los peces, pues esta plaga comportaba corrupción (v. 21): *Los peces murieron; y el río se corrompió.* Y cuando Dios amenaza, mucho tiempo después, a Egipto con otra destrucción, se hace notar el tremendo disgusto, no sólo de los pescadores, sino también de los tejedores de redes (Is. 19:5–10). 2. Esta era una plaga justamente enviada contra los egipcios. Porque: (A) El Nilo, el gran río de Egipto, era el ídolo de los egipcios; ellos y su tierra recibían de él tantos beneficios, que le servían y le adoraban más que a Dios, el Creador del Nilo. Dios les castigó convirtiendo en sangre aquello que ellos habían convertido en su dios. Nótese que cuando de una cosa creada nos hacemos un ídolo, Dios nos la arrebata justamente, o nos amarga con ello la vida. Convierte en azote nuestro lo que nosotros hemos convertido en un rival suyo. (B) Egipto dependía grandemente de su río (Zac. 14:18); de modo que, al herir al río, Dios les amonestaba de la destrucción que iban a sufrir todos los productos del país, hasta llegar al exterminio de los primogénitos; y este río, rojo de sangre, resultaba un terrible presagio de

la ruina de Faraón y de sus fuerzas armadas en el Mar Rojo. Uno de los primeros milagros que Moisés hizo fue convertir el agua en sangre, pero el primer milagro que hizo Jesús fue convertir el agua en vino; pues la Ley fue dada por medio de Moisés y era una dispensación de terror y de muerte; pero la gracia y la verdad que, como el vino, alegran el corazón, vinieron por medio de Jesucristo (Jn. 1:17).

I. Moisés recibe la orden de advertir a Faraón sobre esta plaga (v. 14): «El *corazón de Faraón está endurecido;* por tanto, anda y procura ablandarlo con esto» (v. 15). Dios manda a Moisés que vaya al encuentro de Faraón junto a la ribera del río adonde Dios sabía de antemano que Faraón vendría de mañana para ofrecer al río sus devociones matutinas. Allí debe Moisés estar listo para presentarle un nuevo ultimátum; y, en caso de que rehúse, ha de comunicarle el juicio que se cierne sobre ese mismo río en cuya orilla estaban conversando. Se le comunica así de antemano, para que nadie pueda invocar como pretexto que se trataba de una casualidad, o atribuirlo a otra causa cualquiera, sino que sea manifiesto que ha sido hecho por el poder de Dios de los hebreos. Dios avisa antes de herir; porque *es paciente, no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento* (2 P. 3:9).

II. Aarón (portador del azote) procede, bajo las órdenes de Dios a herir con su vara las aguas del río haciendo así venir la plaga (vv. 19–20). Aquí puede verse el poder omnímodo de Dios. Cada una de sus criaturas es para nosotros lo que Él quiere que sea agua o sangre. También se ve cuán mudables son todas las cosas que hay debajo del sol, y con qué cambios tan sorprendentes podemos topar en ellas. Un río es algo que pasa, que corre; pero la Justicia divina puede alcanzarlo en un momento y hacerlo maligno. Véase también cuán maléfica es la obra del pecado. Si las cosas que han sido para nuestro consuelo, resultan ser para nuestra aflicción, es a nosotros mismos a quien hemos de echar la culpa; es el pecado el que cambia nuestras aguas en sangre.

III. Faraón se esfuerza por hacer frente al milagro, porque ha resuelto no humillarse ante la plaga. Manda venir a los magos, quienes tratan de imitar el milagro con sus artes mágicas (v. 22). Probablemente sacaron agua subterránea (v. 24) y le aplicaron algún producto secreto, o produjeron otra ilusión óptica. Lo cierto es que esto sirvió de excusa a Faraón para no prestar atención al milagro y seguir endureciéndose (v. 22–23). No quería ver que Aarón había convertido *toda* agua en sangre. Por otra parte, los magos no podían volver a convertir en agua la sangre; si así lo hubiesen hecho, habrían demostrado un verdadero poder, y el Faraón les habría quedado muy obligado como a bienhechores suyos.

IV. Entretanto, los egipcios, que estaban buscando algún alivio contra la plaga, cavaban pozos en torno del río para beber (v. 24). Probablemente encontraron algo, tras denodados esfuerzos, con lo que Dios recordaba su misericordia en medio de su ira, pues Él está lleno de compasión, y no permitiría que los súbditos padecieran excesivamente por la obstinación de su rey.

V. La plaga duró siete días (v. 25) y, en todo este tiempo, el orgulloso corazón de Faraón no le permitió ni siquiera el desear que Moisés intercediera para que se retirase la plaga.

CAPÍTULO 8

En este capítulo se refieren otras tres plagas de Egipto: la de ranas que los magos imitan; la de mosquitos que los magos ya no pueden imitar; y la terrible plaga de moscas, de la cual había sido advertido Faraón, así como de que no había de azotar a la tierra de Gosén, donde habitaban los israelitas. A pesar de todas estas plagas, el corazón de Faraón siguió duro como antes.

Versículos 1–15

Faraón recibe aquí la amenaza, y después la plaga de ranas, como después, en este mismo capítulo, de mosquitos y de moscas, que son animales pequeños y aparentemente despreciables e indignos de ser tomados en consideración, pero que, sin embargo, debido a su incalculable número produjeron a los egipcios dolorosas y terribles plagas. Como ha dicho alguien, el poder de Dios se manifiesta lo mismo en

la creación de una hormiga que en la de un elefante. De igual modo su providencia al servicio de sus propios designios se muestra tan efectiva mediante las más insignificantes criaturas como mediante las más poderosas y notables. Así lo hizo con Faraón, mediante mosquitos y moscas, para humillar su orgullo y castigar su insolencia. ¡Qué mortificación debió de ser para Faraón, aquel altivo monarca, verse obligado a doblar sus rodillas y forzado a someterse por medio de tan despreciables animales! En cuanto a la plaga de ranas, podemos observar:

I. Que fue precedida de una amenaza. Dios ordenó a Moisés que advirtiese a Faraón de otro juicio que se cernía sobre él, en caso de que continuase obstinado. Dios no suele castigar a los hombres por sus pecados, sino sólo cuando persisten en ellos. En caso de que Faraón rehusara, la plaga se extendería de un modo formidable.

II. Que fue ejecutada con todas sus terribles consecuencias. Al rehusar Faraón atender a las demandas del Señor, le da orden a Aarón que desencadene la plaga. Innumerables ranas invaden el país, y los egipcios se ven incapaces de detener su avance. Compárese esto con la profecía del ejército de langostas en Jonás 2:2 y siguientes y véase Isaías 34:16–17.

III. Que los magos imitaron la plaga, por permisión de Dios (v. 7). Ellos también trajeron ranas, pero no pudieron retirar las que Dios había enviado. Los magos intentaban engañar. Pero Dios intentaba por medio de ellos destruir a los que preferían ser engañados.

IV. Que Faraón cedió al principio bajo esta plaga; fue la primera vez que lo hizo (v. 8). Ruega a Moisés que interceda para que se retiren las ranas, y promete dejar marchar al pueblo de Israel.

V. Que Moisés fija un plazo con Faraón, y obtiene de Dios en oración que retire las ranas. Faraón da plazo hasta *mañana* (v. 10), fatídica palabra en boca de muchos, pues sólo sirve para aplazar *sine die* una resolución firme que debería tomarse sin demora. En respuesta a la oración de Moisés, las ranas que causaban estragos en un día, habían perecido totalmente al día siguiente.

VI. Que el resultado final de esta plaga fue negativo (v. 15): *Viendo Faraón que le habían dado este respiro,* sin considerar lo que el día anterior había sentido, ni temer lo que al día siguiente podía ocurrirle endureció su corazón. Nótese: 1. Que mientras el corazón no es renovado por la gracia de Dios, las impresiones producidas por la aflicción no perduran; las aparentes convicciones se borran, y las promesas arrancadas en momentos de apuro se olvidan. 2. Que los pecadores impenitentes abusan vergonzosamente de la paciencia de Dios. Dios, generosamente les otorga una tregua, a fin de que obtengan paz con Él (Ro. 5:1); ellos, en cambio, aprovechan la oportunidad para reagrupar las cobardes fuerzas de su obstinada infidelidad (v. Ec. 8:11; Sal. 78:34 y ss.).

Versículos 16–19

Breve relato de la plaga de mosquitos.

I. Cómo descargó esta plaga sobre los egipcios (vv. 16–17). Las ranas salieron de las aguas, pero estos mosquitos fueron producidos *del polvo de la tierra.* El segundo ay había pasado, pero el tercero vino muy rápido.

II. Cómo se quedaron confusos y chasqueados los magos con esta plaga (v. 18). Intentaron imitarla, pero no pudieron. Sobrepujados por la evidencia, se vieron forzados a confesar: *Éste es el dedo de Dios* (v. 19). Tarde o temprano, Dios obliga a sus enemigos a reconocer su soberanía y su poder omnímodo. Incluso el impío emperador de Roma Juliano el Apóstata, tuvo que confesar, cuando herido de muerte se vio impotente para continuar luchando: *¡venciste, Galileo! Y* es que Dios, no sólo es lo bastante fuerte para vencer a sus oponentes, sino que les hace confesar que, en efecto, lo es.

III. Cómo, a pesar de esto, Faraón se endureció más y más (v. 19). Quienes no son hechos mejores mediante la Palabra y la Providencia de Dios, ordinariamente se hacen peores mediante esas mismas gracias.

Versículos 20–32

Historia de la plaga de moscas.

I. Como en el caso de las ranas, también ahora hubo aviso previo. Dios ordena a Moisés (v. 20) que se levante temprano y se vaya al encuentro de Faraón cuando éste salga del río. Moisés debía plantarse *delante de Faraón,* a pesar de lo altivo que éste era, y comunicarle algo sumamente humillante para él: si rehusaba dejar salir a los israelitas, habría de enfrentarse a un ejército de moscas, las cuales obedecerían las órdenes de Dios, si él, Faraón, no las obedecía.

II. En esta plaga, había de existir una notabilísima diferencia entre los egipcios y los israelitas (vv. 22–23). Hay que hacer saber a Faraón que *Dios es Jehová en medio de la tierra y* esto se conocerá precisamente por la manera en que va a infligirse la plaga, ya que afectará a los egipcios, pero no a los israelitas. Obsérvese cómo se repite, para que no haya ninguna duda: Yo *haré distinción entre mi pueblo y el tuyo* (v. 23). Nótese que el Señor conoce los que son suyos (2 Ti. 2:19), y hará que se manifieste, tal vez en este mundo, ciertamente en el otro, que los ha puesto aparte para sí. Vendrá un día en que *volveréis a discernir entre el justo y el malo* (Mal. 3:18), entre las *ovejas y los cabritos* (Ez. 34:17; Mt. 25:32), aunque ahora aparezcan mezclados.

III. La plaga sobrevino al día siguiente de ser anunciada: *Vino toda clase de moscas molestísimas* (v. 24).

IV. Faraón, ante un ataque tan terrible, quiere firmar la rendición ante Moisés y Aarón, y dejar partir a sus cautivos, pero puede observarse, desde el primer momento, con cuánta repugnancia hace su promesa.

1. Se contenta con que ofrezcan sacrificio a su Dios con tal que lo hagan en la tierra de Egipto (v. 25). Pero Moisés no aceptará esta condición, porque no puede aceptarla (v. 26). Por eso, insiste: *Camino de tres días iremos por el desierto* (v. 27). Quienes deseen ofrecer a Dios un sacrificio aceptable, deben retirarse de las distracciones del mundo. Israel no puede guardar la fiesta del Señor ni entre los ladrillales ni entre las ollas de carne de Egipto. Aunque estaban en el más profundo grado de esclavitud bajo Faraón, sin embargo, en el servicio de Dios, debían observar los mandatos de Dios, no los de Faraón.

2. Cuando esta propuesta es rechazada, consiente en que vayan al desierto, bajo la condición de que *no se marchen más lejos* (v. 28). Aquí observamos una especie de lucha, dentro de Faraón, entre su convicción y su corrupción; su convicción le dice: «déjalos marchar»; pero su corrupción añade: «Pero no muy lejos»; El resultado final fue que tomó partido con su corrupción contra su convicción, y esto le acarreó la ruina completa. Moisés aceptó esta propuesta, bajo promesa de orar para que la plaga fuese retirada (v. 29).

Como resultado de esta oración, Dios retiró benignamente la plaga (vv. 30–31), pero Faraón volvió pérfidamente a endurecer su corazón, y *no dejó ir al pueblo* (v. 32). Su orgullo no le permitió desprenderse de tal florón de su corona como era el dominio que ejercía sobre Israel, ni su codicia el dejar partir a una gente que, con su duro trabajo, tanto rendimiento le proporcionaba.

CAPÍTULO 9

En este capítulo tenemos el relato de otras tres plagas de Egipto: una plaga gravísima sobre el ganado, una pestilente plaga de úlceras en las personas, y la plaga de un granizo pesadísimo, que acabó con todo lo que había en el campo. Faraón, aterrorizado, renueva su trato con Moisés, pero bien pronto vuelve de nuevo a faltar a su palabra.

Versículos 1–7

I. El aviso de otra plaga inminente, la plaga sobre las bestias. 1. *Deja ir a mi Pueblo* (v. 1). Son mi pueblo; por tanto, déjalos marchar. 2. Describe la plaga que había de sobrevenir, si rehusaba dejarlos

partir (vv. 2–3). *La mano de Jehová estará contra tus ganados,* muchos de los cuales morirían de esta peste. *Mañana hará esta cosa* (v. 5). Nosotros no sabemos lo que nos va a traer un nuevo día y, por ello, no podemos decir lo que haremos mañana, pero para Dios es diferente.

II. La plaga cae sobre el país, y muere todo el ganado (v. 6). Más tarde, los egipcios dieron culto al ganado durante muchísimos siglos; fue de ellos de quienes aprendieron los israelitas a hacerse de un becerro de oro la imagen de Dios; en este punto, la plaga de que aquí se habla tiene algo que ver con ellos.

III. La diferencia que Dios hizo entre el ganado de los egipcios y el de los israelitas: *Del ganado de los hijos de Israel no murió uno* (vv. 6–7).

Versículos 8–12

La plaga de úlceras.

I. Cuando aún no se habían repuesto de la plaga que azotó al ganado, Dios les envió una plaga que atacó directamente a las personas, y les afectó en lo más vivo. Cuando los juicios de Dios no surten su efecto, Él envía castigos más severos.

II. El elemento por el cual fue traída la plaga. A veces, Dios muestra el pecado en el propio castigo, los egipcios habían oprimido a Israel en los hornos y les habían humillado hasta el polvo de la tierra. Ahora estas cenizas de los hornos y el polvo de la tierra, llevado fácilmente por el viento a todos los lugares, iban a ser para los egipcios un tormento más terrible que lo que los látigos de los cuadrilleros habían sido sobre las espaldas de los israelitas.

III. La plaga misma era muy dolorosa, maligna y pestilente; estas erupciones eran inflamaciones, como las de Job. Esto es llamado después *la úlcera de Egipto* (Dt. 28:27).

IV. Los magos mismos fueron heridos con esta plaga (v. 11). Así fueron castigados por cooperar al endurecimiento del corazón de Faraón. Dios trata con gran severidad a los que fortalecen las manos de los impíos en su impiedad.

V. Faraón continuó obstinado, pues ahora *Jehová endureció su corazón* (v. 12). Antes, él mismo había endurecido su corazón resistiendo a la gracia de Dios; ahora, Dios le entregó justamente a los malos deseos de su corazón.

Versículos 13–21

I. Una declaración general de la ira de Dios contra Faraón por su obstinación. Aunque Dios ha endurecido su corazón (v. 12), Moisés tiene que repetirle las demandas de Dios. Dios siempre se muestra como modelo de paciencia, y desea mostrarse benigno *hacia un pueblo desobediente y contradictor* (Ro. 10:21). Por seis veces habían resultado vanas sus demandas, pero Moisés va a repetirlas por séptima vez: *Deja ir a mi pueblo* (v. 13). Y Dios ordena a Moisés proclamar ante Faraón el más terrible mensaje, lo escuche o no lo escuche: «Yo *enviaré esta vez todas mis plagas a tu corazón,* no sólo plagas temporales a tu cuerpo, sino plagas espirituales a tu alma» (v. 14). Debe decirle que va a quedar en la Historia como monumento perpetuo de la justicia y del poder de la ira de Dios (v. 16). «Y *a la verdad yo te he puesto para mostrar en ti mi poder,* éste ha sido mi eterno designio al elevarte al trono de Egipto, y ponerte como blanco de mi ira, haciendo que caigan sobre ti todas estas plagas.» Todas las cosas concurrían a dar una clara indicación de que *el nombre de Dios* (esto es, su incontestable soberanía, su poder irresistible y su inflexible justicia) debía *ser anunciado en toda la tierra;* y no sólo en todos los lugares, sino a través de todos los siglos, mientras esta tierra exista. Faraón era un gran rey, y el pueblo de Dios se componía de pobres pastores, cuanto más, y ahora de pobres esclavos; sin embargo, Faraón será arruinado por completo si se exalta contra ellos, porque es como si se exaltase contra Dios mismo.

II. Una especial predicción de la plaga de granizo (v. 18), y una benigna advertencia a Faraón y a su pueblo para que recojan del campo el ganado y las personas para que puedan resguardarse del granizo (v. 19). Véase aquí él cuidado que Dios tiene, no sólo para hacer diferencia entre egipcios e israelitas, sino también entre unos egipcios y otros, puesto que algunos creyeron lo dicho *y tuvieron temor de la palabra de Jehová* (v. 20) e hicieron venir a casa a sus criados y al ganado, como hizo Noé (He. 11:7); eso fue una muestra de prudencia por parte de ellos. Incluso entre los siervos de Faraón, había quienes temblaban ante la palabra de Dios.

Versículos 22–35

La plaga de granizo.

I. La desolación que causó en la tierra. Mató a las personas y al ganado, y además *destrozó toda la hierba y desgajó todos los árboles* (v. 25). Fue destruido todo el grano que estaba ya crecido, y sólo se salvó el que aún no había salido (vv. 31–32). Se hace aquí referencia a la tierra de Gosén, la cual fue preservada del daño producido por esta plaga (v. 26).

II. Faraón quedó consternado con esta plaga, y se humilló ante Moisés con palabras propias de una persona arrepentida (vv. 27–28). Se condena a sí mismo y a su pueblo: «*He pecado esta vez Jehová; es justo, y yo y mi pueblo impíos*, y nos merecemos lo que nos ha sobrevenido». Ruega a Moisés y Aarón que oren por él para que desaparezca la plaga. Y, finalmente promete soltar a sus prisioneros: Yo *os dejaré ir.* Ante esto, Moisés intercede por él ante Dios. Aunque tenía toda la razón del mundo para imaginarse que Faraón se arrepentiría inmediatamente de su arrepentimiento, y así se lo dijo a él mismo (v. 30), le promete sin embargo ser su amigo en la corte celestial. Nótese que debemos persistir en orar incluso por aquellos de quienes abrigamos pocas esperanzas, e igualmente debemos amonestarlos (v. 1 S. 12:23). El lugar que Moisés escogió para su oración fue el descampado, donde tronaba y granizaba. La paz con Dios hace que los hombres sean a prueba de trueno porque el trueno es la voz de su Padre. Y su oración tuvo éxito: 1. *Extendió sus manos a Jehová, y cesaron los truenos y el granizo* (v. 33). Así prevaleció con Dios. Pero: 2. No pudo prevalecer con Faraón: *Se obstinó en pecar, y endurecieron su corazón él y sus siervos* (v. 34). Nótese que hay que dar poco crédito a las confesiones arrancadas en el tormento. Es «la contrición del patibulario», como llamaba Lutero a la atrición, es decir, al arrepentimiento por temor al Infierno.

CAPÍTULO 10

En este capítulo se refieren las plagas octava y novena que son la plaga de langostas y la de tinieblas respectivamente. De nuevo, hace Faraón confesión de su pecado, y de nuevo torna a endurecerse.

Versículos 1–11

I. Dios instruye a Moisés acerca de la finalidad de estas plagas (vv. 1 y 2), pues ellas son monumento de la grandeza de Dios, de la felicidad de su pueblo y de la culpabilidad del pecado, así como advertencias perpetuas para los hombres de todas las edades y épocas, a fin de que *no provoquen a celos a Dios* ni se empeñen en *luchar con su Hacedor.*

II. Reprimenda a Faraón (v. 3): «Así *ha dicho Jehová el Dios de los hebreos;* de los pobres, despreciados y perseguidos hebreos: *¿Hasta cuándo no querrás humillarte delante de mí?».* Quienes no se humillan ante Dios, serán humillados por Él.

III. Viene la amenaza de la plaga de langostas (vv. 4–6). El granizo había destrozado el fruto de la tierra, pero estas langostas iban a venir para devorarlo. Tan pronto como Moisés comunicó su mensaje, se marchó inmediatamente, pues no esperaba obtener mejor respuesta que en ocasiones anteriores: *Se volvió y salió de delante de Faraón* (v. 6). De manera semejante, mandó Cristo a sus discípulos que se

marchasen de quienes no quisieran recibirles y que sacudiesen el polvo de sus pies en testimonio contra ellos (Mt. 10:14; Lc. 9:5).

IV. Los siervos de Faraón, sus ministros o sus consejeros privados, se interpusieron para persuadirle que llegase a algún acuerdo con Moisés (v. 7). Los israelitas se habían convertido en una carga insoportable para los egipcios y ahora, por fin, los príncipes de Egipto estaban deseando deshacerse de ellos (Zac. 12:3).

V. Así, pues, se llega a un nuevo acuerdo entre Faraón y Moisés, en el que Faraón consiente en dejar marchar a los israelitas al desierto para ofrecer sacrificio, pero todavía era asunto de debate quiénes iban a ir (v. 8). 1. Moisés insiste en que tenían que salir todos y llevarse consigo todas sus pertenencias (v. 9). 2. Faraón no está dispuesto a conceder esto; él dejará marchar a los varones mayores, haciendo ver que esto era todo lo que ellos deseaban, aunque este punto nunca se había mencionado en ninguno de los acuerdos anteriores; pero, en cuanto a los niños, decide guardarlos como rehenes para obligar así a los mayores a volver (vv. 10–11). 3. De esta manera, el acuerdo se rompe abruptamente.

Versículos 12–20

I. Las langostas, ese gran *ejército de Jehová*, invaden el país (Jos. 2:11). Las langostas obedecen la orden de Dios, y vuelan sobre las alas del viento, del viento del Este y *el pulgón sin número* como se nos dice en Salmo 105:34–35. Un ejército formidable de caballería e infantería habría sido más fácil de resistir que esta innumerable hueste de insectos.

II. La desolación que produjeron (v. 15): *Cubrió la faz de todo el país … y consumió toda la hierba de la tierra y todo el fruto de los árboles.* La hierba crece para el servicio del hombre; pero, cuando a Dios le place, estos despreciables insectos no sólo le ayudarán a comerla, sino que lo saquearán y se le comerán el pan de la boca.

III. Faraón admite su culpa (vv. 16–17). 1. Confiesa su pecado: *He pecado contra Jehová vuestro Dios, y contra vosotros.* Se da cuenta ahora de su locura en el menosprecio y la burla que ha hecho de Dios y de sus embajadores y *parece* que, por fin, se arrepiente de ello. 2. Pide perdón, no a Dios como hacen las personas verdaderamente arrepentidas, sino a Moisés. 3. Ruega a Moisés y Aarón que oren por él. Faraón quiere que oren para que Dios quite de él *esta plaga mortal*, no su *pecado;* aborrece la plaga de las langostas, pero no la plaga de un corazón endurecido, que es mucho más peligrosa.

IV. Dios retira su castigo, ante la oración de Moisés (vv. 18–19). Esto fue una prueba del poder de Dios, tan grande como había sido el castigo mismo. Un viento del Este trajo las langostas, y ahora un viento del Oeste se las llevó. Nótese que, en cualquier parte de los puntos cardinales en que se encuentre, el viento siempre está cumpliendo la palabra de Dios, y se vuelve hacia donde le ordena Dios. 2. Fue también una prueba de la autoridad de Moisés, y una ratificación de la comisión que había recibido de Dios. 3. En fin, fue un argumento capaz de por sí para producir el arrepentimiento como lo había sido el castigo mismo, pues en ello se manifestó que Dios está pronto a perdonar y mostrar misericordia.

V. Faraón volvió a su impía resolución de no dejar marchar al pueblo (v. 20).

Versículos 21–29

I. La plaga de tinieblas. Obsérvese en especial tocante a esta plaga:

1. Que fue una oscuridad absoluta tanto que *se palpaba* (v. 21) y *nadie podía ver a su prójimo* (v. 23). El infierno es oscuridad profunda. Luz *de lámpara no alumbrará más en ti* (Ap. 18:23). 2. No cabe duda de que, ante esto, quedaron atónitos y aterrorizados. El Libro de la *Sabiduría* de Salomón, aunque no lo tenemos como inspirado por Dios, describe maravillosamente en formas brillantes de alta poseía, la turbación de los egipcios ante estas tinieblas, a las que se añadían aterradoras apariciones de espíritus malignos, con *ruidos escalofriantes y espectros sombríos de lúgubre aspecto,* pero más aterradora todavía era la voz de sus conciencias (Sab. 17 y 18:1–4. V. en *Biblia de Jerusalén* pp. 897–898). No se atrevían ni

siquiera a moverse (v. 23). 3. Duró *tres días o,* como dice el obispo Hall, fueron *seis noches en una.* Las tinieblas espirituales son una esclavitud espiritual, cuando Satanás ciega los ojos de los hombres para que no vean, ata también sus manos y sus pies para que no trabajen para Dios ni se dirijan al Cielo. *Están sentados en tinieblas y en sombra de muerte* (Lc. 1:79). Nunca hubo una mente tan ciega como la de Faraón, ni un aire tan entenebrecido como el de Egipto. Los egipcios, con su crueldad, se esforzaban por apagar la lámpara de Israel y extinguir sus brasas; por tanto, justamente apagaba Dios todas las luces de ellos.

II. La impresión que recibió Faraón con esta plaga: 1. Renovó su acuerdo con Moisés y Aarón y ahora, por fin, consintió en dejar que saliesen también con ellos los niños, y que sólo dejasen las ovejas y las vacas en prenda (v. 24). Pero Moisés estaba decidido a no aceptar esta condición: *Nuestros ganados irán también con nosotros* (v. 26). Y da una razón obvia y excelente para llevarse con ellos el ganado: *Porque de ellos hemos de tomar para servir a Jehová nuestro Dios.* 2. Esto exasperó de tal manera a Faraón, que, al no poder salirse con la suya, dio fin abruptamente a la entrevista y despidió con ira a Moisés, prohibiéndole venir a su presencia bajo pena de muerte. Moisés le tomó la palabra (v. 29): *Bien has dicho; no veré más tu rostro.* En efecto, Moisés ya no compareció más ante el Faraón, hasta que fue llamado.

CAPÍTULO 11

En este capítulo tenemos las instrucciones que Dios dio a Moisés para que el pueblo de Israel saliese al desierto provisto de lo necesario para su sustento. Viene después el anuncio de la décima y última plaga: la muerte de todos los primogénitos de Egipto. A pesar de todo, el corazón de Faraón continúa endurecido.

Versículos 1–3

I. El alto favor que Moisés e Israel disfrutan de parte de Dios. Moisés estaba deseando ver el final de este terrible trabajo, ver las plagas lejos de Egipto y a Israel libre de la opresión. Los israelitas eran los favoritos del Cielo. Éste era el último día de su esclavitud; estaban a punto de marcharse, y sus amos que tanto les habían maltratado en su trabajo, les habrían defraudado en sus jornales y les habrían enviado fuera de Egipto con las manos vacías. Aunque los pacientes israelitas estaban contentos con perder sus jornales, sin embargo Dios no quería dejarles ir sin ellos.

II. El alto favor que Moisés e Israel disfrutaron de parte de los egipcios (v. 3). 1. El pueblo que había sido despreciado e incluso odiado, venía ahora a ser respetado. 2. *También Moisés era tenido por gran varón* (v. 3). ¿Cómo podía ser de otra manera, cuando veían de qué poder estaba investido, y los milagros que se hacían por su mano? Del mismo modo, los apóstoles, aunque eran hombres socialmente irrelevantes, vinieron a ser engrandecidos (Hch. 5:13). Quienes honran a Dios serán honrados por Él (1 S. 2:30). Aunque Faraón odiaba a Moisés, había entre los siervos de Faraón algunos que le respetaban. Así también, en casa del César, de Nerón, había quienes estimaban al apóstol Pablo (Fil. 1:13).

Versículos 4–10

Se amonesta a Faraón acerca de la última y definitiva plaga que iba a ser ahora inflingida, y que consistía en *la muerte de todo primogénito en tierra de Egipto* (v. 5) de una vez. Esta plaga fue la primera en ser anunciada (4:23: «Yo voy *a matar a tu hijo, tu primogénito*»), e iba a ser la última en ser ejecutada. Si la muerte del ganado les hubiese humillado y reformado, los primogénitos habrían sido salvados de la muerte. La extensión de la plaga es referida en el versículo 5. Ni el príncipe que un día había de sentarse en el trono estaba demasiado alto como para que no le alcanzase la plaga, ni el hijo del esclavo que trabajaba en el molino estaba demasiado bajo para pasar desapercibido. Cuando Moisés acabó de comunicar su mensaje se nos dice que *salió muy enojado de la presencia de Faraón* (v. 8), aunque era el

más manso de todos los hombres de la tierra. Esperaba probablemente que la sola amenaza de la muerte del primogénito habría de inducir a Faraón a doblegarse. Pero no tuvo tal efecto; su orgulloso corazón rehusó rendirse, ni siquiera para salvar a todos los primogénitos de su reino. Por esta causa, Moisés montó en santa cólera, apesadumbrado (como después nuestro Salvador) *por la dureza de su corazón* (Mr. 3:5). Nótese que es una contrariedad muy grande para el corazón de los buenos ministros del Señor el ver que la gente se hace el sordo a todas las amables amonestaciones que se les hacen, y que se van derechos hacia su ruina, a pesar de todos los oportunos pasos que se toman para impedirlo. Así Ezequiel se *fue en amargura, en la indignación de su espíritu* (Ez. 3:14), porque le había dicho Dios que la casa de Israel no le querría oír (v. 7). El enfadarse por nada, sino por el pecado, es el remedio para no pecar al enfadarse.

CAPÍTULO 12

Ninguna de las ordenanzas de la nación judía era tan importante como la Pascua, ni hay otra que sea tan mencionada como ella en el Nuevo Testamento. En este capítulo se nos dan los detalles de su celebración. Así también, ningún hecho de la Providencia en favor de Israel es tan ilustre y tan mencionado en la Biblia como la liberación de los israelitas de la opresión de Egipto. Ninguno hay tan típico de la liberación de un pecador mediante la obra de Jesucristo, *nuestra Pascua* (1 Co. 5:7), de la esclavitud del pecado y del demonio.

Versículos 1–20

Moisés y Aarón *recibieron* aquí *del Señor lo* que después habían de *comunicar al pueblo* (v. 1 Co. 11:23) concerniente a la ordenanza de la Pascua, a la cual se le señala un orden para un nuevo estilo de computar los meses (vv. 1–2): *Será éste el primero en los meses del año.* Hasta ahora habían comenzado el año a mediados de septiembre, pero desde ahora habían de comenzarlo a mediados de marzo; al menos, en el cómputo de las fiestas. Nótese cuán bueno es comenzar el día, comenzar el año, y especialmente comenzar un nuevo período de nuestra vida, con Dios. Este nuevo cómputo hacía que el año comenzase con la primavera, que *renueva la faz de la tierra* (Sal. 104:30), y se usa como figura de la venida de Cristo (Cnt. 2:11–12). Mientras Moisés estaba descargando las diez plagas contra los egipcios, estaba instruyendo a los israelitas en la preparación para la marcha en un momento determinado. El asombro que tendrían y la prisa que se darían eran grandes, como es fácil suponer; con todo, tenían que dedicarse ahora a observar un rito sagrado, para honrar a Dios.

I. Dios lo señaló, y mandó que en la noche en que habían de salir de Egipto, *matasen un cordero* por familia o, si la familia era exigua, que se reuniesen dos o tres familias para matar y comer el cordero. El cordero debía estar preparado cuatro días antes, y en la tarde del cuarto día habían de matarlo (v. 6) en ceremonia religiosa, reconociendo la bondad de Dios para con ellos no sólo en reservarles de las plagas de Egipto, sino en liberarlos mediante ellas.

II. Debían comer el cordero, después de asarlo, con pan sin levadura y hierbas amargas—pan de aflicción y hierbas de amargura—, símbolo de las amarguras que habían padecido bajo la esclavitud de Egipto. Habían de comerlo *de prisa* (v. 11), como quien se apresura a estar listo para la marcha, y no habían de dejar nada para la mañana siguiente, porque Dios quería que su pueblo dependiese totalmente de su Dios en cuanto a su alimento cotidiano. El que les iba a conducir, les iba también a nutrir.

III. Antes de comer la carne del cordero, habían de poner la sangre en los dos postes y en el dintel de las casas (v. 7). Con esto, sus casas se distinguirían de las casas de los egipcios.

IV. Esto debía ser observado todos los años como fiesta del Señor por sus generaciones, con anexión de la fiesta de los ázimos, o panes sin levadura, pues no habían de comer pan leudo durante siete días, en recuerdo de la necesidad en que se habían visto de no comer otro pan, por muchos días, antes de su salida de Egipto (vv. 14–20).

1. El cordero pascual tenía sentido típico. Cristo es *nuestra Pascua* (1 Co. 5:7). (A) Tenía que ser un *cordero; y* Cristo es *el Cordero de Dios* (Jn. 1:29), y así se le llama con frecuencia en Apocalipsis; manso e inocente como un cordero, que no abre su boca ante los trasquiladores (Is. 53:7). (B) Tenía que ser *macho de un año* (v. 5), en fa flor de su edad; Cristo se ofreció también en la flor de su edad no en su infancia con los niños de Belén. (C) Había de ser *sin defecto* (v. 5), denotando la pureza del Señor Jesús, *Cordero sin mancha* (1 P. 1:19). (D) Había de ser apartado cuatro días antes (vv. 3, 6), lo cual denotaba la designación del Señor Jesús para ser nuestro Salvador. Es muy de notar que, habiendo de ser crucificado Cristo en la Pascua, entró solemnemente en Jerusalén cuatro días antes, el mismo día en que el cordero pascual era puesto aparte. (E) Había de ser muerto y *asado al fuego* (vv. 6–9), para indicar los tremendos sufrimientos del Señor Jesús, *hasta la muerte y muerte de cruz* (Fil. 2:8). (F) Había de ser matado por toda la comunidad. Cristo sufrió *«en la consumación de los siglos»* (He. 9:26), *a manos de los judíos, de toda la multitud* de ellos (Lc. 23:18), y para bien de todo Israel espiritual. (G) «Y *no le quebraréis ningún hueso*» (v. 46), lo cual expresamente se dice que se cumplió en Cristo (Jn. 19:33, 36), lo cual denota la fuerza inquebrantable del Señor Jesús.

2. El rociar con la sangre también tenía sentido típico. (A) No era bastante con derramar la sangre del cordero sino que tenía que rociarse con ella, lo que nos recuerda la aplicación de los méritos de la muerte de Cristo a nuestras almas; debemos *recibir la reconciliación* (Ro. 5:11). (B) Tenía que ser rociada con *un manojo de hisopo* (v. 22) *mojado en la sangre que estaba en el librillo.* La fe es el manojo de hisopo con el que nos aplicamos las promesas de salvación. (C) Había que rociarse *en los dos postes,* denotando la profesión pública, abierta, que hemos de hacer de nuestra fe en Cristo y de nuestra obediencia a Él. (D) Había de rociarse en los *postes y* en el *dintel,* pero no en el *umbral,* lo cual nos amonesta a tener cuidado de no pisotear la sangre del pacto (He. 10:29). (E) La sangre así rociada era el medio que preservaba a los israelitas del ángel exterminador, quien no tenía nada que hacer donde estaba la sangre.

3. La comida solemne del cordero era tipo de nuestro deber hacia Cristo. (A) El cordero pascual era matado, no para estarlo mirando, sino para comerlo; así nosotros debemos asimilar a Cristo por fe, como hacemos con lo que comemos, y debemos recibir de Él fuerza espiritual y alimento, como recibimos fuerza y alimento de la comida temporal (v. Jn. 6:53–55). (B) Todo él tenía que ser comido. Quienes se alimentan de Cristo por fe, deben alimentarse de Cristo *entero;* deben tomar a Cristo con su yugo, a Cristo con su cruz, y a Cristo con su corona. (C) Tenía que ser comido en el día, inmediatamente, sin dejarlo para el día siguiente (v. 10). Cristo se nos ofrece *hoy, y* ha de ser aceptado mientras se dice hoy (He. 3:13). (D) Había que comerlo *con hierbas amargas* (v. 8), en memoria de la amargura de su esclavitud en Egipto. Cristo nos será dulce si el pecado nos es amargo. (E) Había que comerlo en postura de marchar (v. 11). Cuando nos alimentamos de Cristo por fe, hemos de dejar totalmente la norma y el dominio del pecado, dispuestos a dejarlo todo por Cristo, teniéndolo por gran ganancia (He. 13:13–14), ceñidos y calzados (v. Ef. 6:14–15), y con el bordón de extranjeros y peregrinos (1 P. 2:11).

4. La fiesta de los panes sin levadura era tipo de la vida cristiana (1 Co. 5:7–8). Al recibir al Señor Jesucristo (Col. 2:6). (A) Hemos de guardar fiesta con santo gozo, deleitándonos continuamente en Cristo Jesús. Si los creyentes auténticos no disfrutan de una continua fiesta es culpa de ellos. (B) Debe ser una fiesta de pan sin levadura, observada en amor, sin la levadura de la maldad, y en sinceridad, sin la levadura de la hipocresía.

Versículos 21–28

I. Moisés está aquí como fiel administrador en la casa de Dios (He. 3:5).

1. Dice a los ancianos de Israel que esta noche, en la que los primogénitos iban a perecer, *ningún israelita salga de las puertas de su casa* (v. 22). No debían salir de casa, no fuese que alguno se extraviase o se rezagase, y no se encontrase en su sitio cuando se diese la señal de partir.

2. También les dice que, de allí en adelante, debían enseñar con todo esmero a sus hijos el significado de este rito (vv. 26–27).

A) La pregunta que los hijos iban a hacer: *¿Qué es este rito vuestro?* (v. 26), es decir: «¿Qué significa todo este cuidado y esta exactitud en comer este cordero, y este pan sin levadura, más que en cualquier otro alimento?» Esto es figura del empeño que hemos de poner en entender el sentido de aquellas santas ordenanzas con que rendimos culto a Dios, cuál es su naturaleza y cuál es su objetivo.

B) La respuesta que los padres habían de dar a tal pregunta (v. 27): Vosotros responderéis: *Es la víctima de la Pascua de Jehová*, esto es: «Con la muerte y sacrificio de este cordero, guardamos el recuerdo de la obra de poder y de gracia que Dios hizo en favor de nuestros padres, cuando (a) para llevar a cabo nuestra liberación de la esclavitud, mató a los primogénitos de los egipcios; y (b) aunque habíamos pecado contra Jehová nuestro Dios, Él nos mandó y aceptó benévolamente el sacrificio familiar de un cordero, como antiguamente el carnero en vez de Isaac, y en toda casa donde se sacrificaba el cordero, se salvaba el primogénito». La palabra *pesaj* (Pascua) se deriva del verbo *pasaj*, que significa *pasar de largo* (v. 13), en señal de protección y liberación; por eso, el ángel exterminador pasó por alto las casas de los israelitas, y no destruyó a sus primogénitos. Esta Pascua fue destinada a dirigir nuestra mira, como prenda y figura, hacia el gran sacrificio del Cordero de Dios en el cumplimiento del tiempo, en nuestro lugar. *Cristo, nuestra Pascua, fue sacrificado por nosotros; su* muerte fue nuestra vida, y así, el Cordero destinado desde antes de la fundación del mundo (1 P. 1:20) se convirtió en medio universal de salvación para todos los que habían de poner su fe en Él. Por eso, Moisés observó la Pascua por fe en Cristo (He. 11:28), puesto que *Cristo es el fin de la ley para justicia a todo el que cree* (Ro. 10:4).

II. El pueblo recibió estas instrucciones con reverencia y obediencia.

1. *El pueblo se inclinó y adoró* (v. 27). 2. *Fueron e hicieron puntualmente así, como Jehová había mandado* (v. 28). Aquí ya no hay nada de aquel descontento y de aquel murmurar entre ellos, de que leemos en 5:20–21. Las plagas de Egipto les habían hecho bien, y les proporcionaron la expectación de una liberación gloriosa, de la que antes habían desesperado, y ahora iban a su encuentro de la manera que Dios había prefijado.

Versículos 29–36

I. La muerte de los primogénitos de los egipcios (vv. 29–30). Si Faraón hubiese recibido el aviso que se le dio respecto a esta plaga, y, en consecuencia, hubiese dejado marchar a Israel, ¡cuántas vidas preciosas habrían sido preservadas! Pero esto es lo que la infidelidad obstinada acarrea a los hombres. Llegó desde el trono hasta la mazmorra. El príncipe y el labriego están al mismo nivel ante los juicios de Dios, porque con Él no hay acepción de personas (v. Job 34:19–20). Aprendamos de aquí: (A) A temblar ante Dios, y a *tener miedo de sus juicios* (Sal. 119:120). (B) A estar agradecidos a Dios por la preservación diaria de nosotros y de nuestras familias.

II. Ahora está abatido el orgullo de Faraón, y cede a todo aquello en que Moisés había insistido: *Id, servid a Jehová, como habéis dicho* (v. 31). *Tomad también vuestras ovejas y vuestras vacas, como habéis dicho* (v. 32). 1. Se les manda partir: *Salid de en medio de mi pueblo … e id* (v. 31). Faraón le había dicho a Moisés que no vería más su rostro (10:28), pero ahora manda hacerle venir. Que les mandó salir, no como a quienes se odia, sino como a quienes se teme, se ve claramente por el humilde ruego que les hace: «Y *bendecidme también a mí* (v. 32); permitidme tener vuestras oraciones, para que no vengan sobre mí más plagas por lo pasado, cuando os hayáis marchado». 2. Son apresurados a marchar por parte de los egipcios; porque clamaban: *Vamos a morir todos* (v. 33). Al urgirles los egipcios que se marcharan sin demora, por miedo a otras posibles plagas, les resultó fácil a los israelitas decir que los egipcios los habían tenido en la pobreza y que no podían emprender tal viaje con los bolsillos vacíos, pero que, si les daban lo necesario para subvenir a sus necesidades, se marcharían lo antes posible. Los israelitas podían así recibir y conservar honradamente lo que habían requerido de este modo a los egipcios, de manera similar a como los criados reciben de sus amos jornales por el trabajo hecho anteriormente y pagado con demora. Así, más bien que *despojar*—la palabra no refleja bien el sentido del original—a los egipcios (v. 36), les *liberaron o rescataron* (éste es el sentido del verbo hebreo *nasal* las 211 restantes veces que sale en la Biblia) de ser objeto perpetuo de sentimientos de odio y de venganza por parte de los israelitas.

Versículos 37–42

Aquí tenemos la salida de Egipto de los hijos de Israel. Faraón estaba ahora de buen ánimo; pero tenían buenas razones para suponer que no continuaría así por mucho tiempo y, por tanto, no había tiempo que perder. Se nos hace aquí un recuento, 1. De su número: como 600.000 hombres (v. 37), sin

contar las mujeres ni los niños, quienes, en mi opinión, no bajarían de 1.200.000 añadidos a los 603.550 que Números 1:46 nos da como cifra exacta de los varones mayores; ¡qué incremento tan colosal, desde 70 personas, en poco más de 200 años! 2. De su escolta (v. 38): *También subió con ellos una gran multitud de toda clase de gentes,* adhiriéndose a aquella gran familia; unos, quizás esclavos y prisioneros de guerra, aprovecharían esta oportunidad para escaparse del país; otros, tal vez sumidos en la miseria por afectarles las plagas más de lleno, en busca de aventura con aquel pueblo tan favorecido por su Dios; otros, en fin, por la curiosidad de presenciar las solemnidades religiosas de los hijos de Israel, de las que tanto habrían oído hablar, y a la espera quizá ver algunas de las gloriosas apariciones de Dios a su pueblo en el desierto. Probablemente, la mayoría de esta multitud heterogénea no sería otra cosa que una turba ruda y de poco seso, que seguiría a los hijos de Israel sin saber por qué; después encontramos que fueron para Israel un lazo y piedra de tropiezo (Nm. 11:4); y es probable que, cuando poco después se enteraron de que los hijos de Israel iban a continuar durante cuarenta años por el desierto, les abandonasen y se volviesen a Egipto. 3. De sus bienes. Llevaban consigo *ovejas y muchísimo ganado*. 4. De la provisión para la marcha, que por cierto era muy pobre y limitada: *masas envueltas en sus sábanas* (v. 34). Habían dispuesto cocerlas al día siguiente con vistas a su traslado, al comprender que estaba próximo; pero, al darles prisa para salir antes de lo que pensaban, tomaron las masas como estaban sin leudar; y cuando llegaron a Sucot, su primera parada, cocieron tortas sin levadura y, aunque eran insípidas, como es de suponer, les parecieron el más delicioso manjar que habían comido en su vida, a causa de la libertad en que ahora se encontraban. Hacía ahora justamente 430 años desde que le fue hecha la promesa a Abraham (como explica el Apóstol en Gá. 3:17), cuando vino por primera vez a Canaán. Así de prolongado fue el tiempo en el que la promesa de establecerlos en la tierra prometida se mantuvo como en hibernación y sin cumplir, pero ahora, por fin, revivía. La primera noche de Pascua fue una noche del Señor que había de ser observada esmeradamente, pero la última noche de Pascua en la que Cristo fue entregado, fue una noche del Señor, que había de ser observada con mayor esmero todavía, cuando se quebró en nuestro cuello un yugo más pesado que el de Egipto, y apareció ante nuestra vista una tierra mejor que la de Canaán. Aquella fue una liberación temporal para ser celebrada *durante sus generaciones* (v. 14); pero ésta es una redención eterna (He. 9:12) para ser celebrada en la alabanza de todos los gloriosos santos *para siempre.*

Versículos 43–51

Algunos preceptos más, concernientes a la Pascua, conforme debía ser observada en lo futuro.

I. *Toda la congregación de Israel la hará* (v. 47). Todos cuantos participan de las misericordias de Dios deben también participar en la gratitud y en la alabanza por ellas. La Pascua del Nuevo Testamento, que es la Cena del Señor, no debería ser descuidada por todo aquel que esté capacitado para celebrarla. 1. Ningún extranjero podía ser admitido a comer de ella, a menos que fuese circuncidado (vv. 43, 45, 48). De un modo similar, debemos nacer de nuevo—y tener circuncidado el corazón—por la Palabra y el Espíritu, si hemos de ser nutridos de Cristo (Col. 2:11). Sólo así se puede participar de los beneficios de la muerte de Cristo y tener fiesta a base de su sacrificio. 2. Cualquier extranjero que estuviese circuncidado, aunque fuese *esclavo* (v. 44) era invitado y bienvenido para comerla. Si con la sinceridad y el celo que esto requiere y merece nos damos completamente al Señor, le daremos también todo lo nuestro, y haremos todo lo posible para que todo lo que nos pueda pertenecer, sea también de Él. Aquí tenemos una temprana indicación del favor que Dios dispensaba a los pobres gentiles: que el extranjero, si se circuncidaba, estuviese en esto al mismo nivel que los nacidos de pura sangre israelita. Era la dedicación a Dios, no su descendencia de Abraham, lo que les calificaba para este privilegio.

II. *Se comerá en una casa* (v. 46), para que todos se regocijen juntamente y se edifiquen mutuamente al comerla.

El capítulo concluye con una repetición de todo el asunto, que los hijos de Israel hicieron como Jehová había mandado (v. 50), y que Dios hizo por ellos como había prometido (v. 51).

CAPÍTULO 13

Este capítulo refiere los preceptos de Dios concernientes a la consagración de los primogénitos de Israel, para terminar narrando el cuidado que Dios tuvo de Israel después de sacarle de Egipto.

Versículos 1–10

Solicitud en perpetuar el recuerdo:

I. De la preservación de los primogénitos de Israel. Dios demanda en particular los primogénitos de los israelitas, por derecho de protección: *Conságrame todo primogénito* (v. 2). Dios, que es el primero y el mejor, debe tener lo primero y lo mejor, y a Él debemos entregarle lo que nosotros más apreciamos y queremos. Los primogénitos eran el gozo y la esperanza de sus familias. Por eso, dice Dios: *Mío es* (v. 3). *Es la congregación de los primogénitos* (He. 12:23) la que es santificada para el Señor. Así Cristo es *el primogénito entre muchos hermanos* (Ro. 8:29) y, en virtud de su unión con Él, todos los que han nacido de nuevo, de arriba, son contados por primogénitos. Hay una excelencia de dignidad y de poder que les pertenece; y, *si hijos, también herederos* (Ro. 8:17).

II. También debe ser perpetuado el recuerdo de su salida de Egipto: «*Tened memoria de este día* (v. 3). Tened memoria de él como del día más notable de vuestra vida, la partida de nacimiento de vuestra nación, o el día de la mayoría de edad para no estar ya más bajo la vara». Así hay que recordar también el día de la resurrección de Cristo, porque en Él fuimos resucitados también con Él de la casa de esclavitud de la muerte.

1. Deben observar con toda exactitud la fiesta de los panes sin levadura (vv. 3, 5–7). No basta recordarlo, sino que debían celebrar su recuerdo del modo que Dios había fijado. Obsérvese cuán estricta es la prohibición de usar levadura (v. 7), no sólo no deben comer nada leudado, sino que en todo el territorio no se ha de ver tal cosa. De acuerdo con esto, era costumbre de los judíos, antes de la fiesta de Pascua, quitar de sus casas todo pan leudado: lo quemaban, o lo enterraban, o lo rompían en pedacitos y lo esparcían al viento; luego escudriñaban diligentemente con lámparas encendidas todos los rincones de la casa, para estar seguros de que no quedaba ni rastro de cosa leudada. Con esta misma diligencia, deberíamos nosotros estar seguros, cuando nos entregamos al Señor, de que no queda en nuestro corazón nada de la anterior corrupción mundana.
2. Deben instruir a sus niños en el significado de ello, y referirles la historia de su liberación de Egipto (v. 8). Cuando celebrasen la ordenanza, debían explicarla.

Versículos 11–16

I. Se dan nuevas instrucciones acerca de la dedicación de los primogénitos a Dios. 1. Todo lo primer nacido de sus ganados tenía que ser dedicado a Dios, como parte de sus posesiones. 2. Los primogénitos de sus hijos tenían que ser redimidos, y de ningún modo sacrificados, como sacrificaban los gentiles sus hijos a Moloc. El precio del rescate de los primogénitos estaba fijado por la ley (Nm. 18:16) en *cinco siclos.*

II. Nuevas instrucciones sobre el modo de catequizar a sus hijos y a todos los de la nueva generación, de tiempo en tiempo, en esta materia. 1. Que se debe guiar y animar a los niños a que hagan preguntas a sus padres acerca de las cosas de Dios. 2. Todos nosotros deberíamos estar capacitados para dar razón de lo que hacemos en materia religiosa. Como las ordenanzas son santificadas por la Palabra, deben también ser explicadas y entendidas de acuerdo con la Palabra. El culto a Dios es racional (Ro. 12:1), y es tanto más aceptable cuanto más inteligentemente lo realizamos, sabiendo lo que hacemos y por qué lo hacemos. Los favores dispensados a nuestros padres son favores dispensados a nosotros, pues nosotros cosechamos sus frutos. Si por el hecho conmemorado en la Pascua, eran redimidos los primogénitos de Israel, mucha más razón tenemos para decir que en la muerte y resurrección de Jesucristo, todos los creyentes hemos sido redimidos.

Versículos 17–22

I. El camino que Dios escoge para conducirlos (vv. 17–18). Él era su guía. Moisés les daba direcciones, pero él mismo las recibía del Señor. Había dos caminos desde Egipto a Canaán. Uno era desde el norte de Egipto hasta el sur de Canaán, un atajo breve que permitía hacer el viaje en cuatro o cinco días; el otro era mucho más largo, aunque debían dar la vuelta al desierto, y éste fue el camino que Dios escogió para conducir a su pueblo (v. 18). 1. Había muchas razones para que Dios les condujese *rodeando por el camino del desierto del Mar Rojo* (v. 18). Los egipcios iban a ser ahogados en el Mar Rojo. Los israelitas iban a ser humillados y puestos a prueba en el desierto (Dt. 8:2). Había que arreglar varios asuntos entre ellos y su Dios; habían de darse leyes, establecerse ordenanzas, sellar pactos y ratificar el contrato original. El camino de Dios es siempre el correcto aunque parezca que da muchos rodeos. Si pensamos que no guía a su pueblo por el camino más corto, podemos estar seguros de que lo guía por el camino mejor, y así lo veremos cuando hayamos llegado al final del camino. 2. Había también una razón muy poderosa para no conducirlos por el camino más corto, porque no estaban entrenados para la guerra todavía, mucho menos para la guerra contra los filisteos (v. 17). Sus ánimos estaban quebrantados por la esclavitud; no les era fácil acostumbrar de repente a sus manos a manejar la espada después de haber estado manejando por tanto tiempo las herramientas de la construcción. Los filisteos eran enemigos formidables, demasiado fieros como para combatirlos con reclutas bisoños. Se nos dice que Dios sacó a Israel de Egipto *como el águila que excita su nidada* (Dt. 32:11), y les enseñó poco a poco a volar. Una vez que se les dieron órdenes sobre el camino que habían de seguir, se nos dice que: (A) Subieron de Egipto, no como una turba desordenada, sino en buen orden, *armados* con lanzas, como dice el hebreo (v. 18). (B) Tomaron consigo *los huesos de José* (v. 19). José había ordenado en particular que sus huesos fuesen llevados cuando Dios les visitase (Gn. 50:25–26). Así podrían pensar: «El lugar del descanso final de los huesos de José será también el lugar de nuestro reposo».

II. Vemos la bendición de que disfrutaron en su viaje: Y *Jehová iba delante de ellos* (v. 21), es decir, la *shekinah* (o figura visible de la divina Majestad, que era tipo de Cristo Jn. 1:14), manifestación anticipada del Verbo eterno, quien, en la plenitud de los tiempos, había de *hacerse carne y acampar entre nosotros.* Así estuvo ya Cristo en el desierto (1 Co. 10:9). A quienes conduce Dios al desierto, no los deja ni los pierde allí, sino que se cuida de guiarles a través de él. Quienes han hecho de la gloria de Dios su objetivo, de la Palabra de Dios su norma, del Espíritu de Dios su guía, y de la providencia de Dios su seguridad y su descanso, pueden confiar en que *el Señor va delante de ellos,* tan cierto como que fue delante de Israel en el desierto, aunque no le veamos bajo forma sensible, pues hemos de vivir por fe. 1. Todos veían una columna, que en pleno día era de nube, y por la noche era de fuego. Dios les daba esta demostración ocular de su presencia, apiadado de la debilidad de la fe de ellos. 2. Así tenían efectos sensibles de que Dios iba delante de ellos en esta columna. Porque: (A) Les abría camino en el desierto, donde no había camino ni senda, y ellos no llevaban mapas ni tenían guías. Cuando marchaban, esta columna iba delante de ellos a una velocidad de marcha que ellos podían seguir fácilmente. (B) Les resguardaba del calor durante el día, les daba luz por la noche, y en todo tiempo les hacía el desierto menos temible.

III. Esto era un milagro constante: *Nunca se apartó de delante del pueblo la columna* (v. 22). Nunca los dejó hasta que los llevó a los límites de Canaán. Era una columna que el viento no podía dispersar a pesar de tener forma de nube. Había algo espiritual en esta columna de nube y de fuego. Hay quienes hacen de esta nube un tipo de Cristo. La nube de su naturaleza humana era como el velo del fuego y de la luz de su naturaleza divina. Cristo es nuestro camino, la luz de nuestro camino y el guía de nuestro camino.

CAPÍTULO 14

La salida de los hijos de Israel de Egipto (que fue el acta de nacimiento del pueblo y nación de Israel), se hace todavía más memorable con lo que nos refiere el presente capítulo, de cuyo contenido tenemos un maravilloso resumen en Hebreos 11:29.

Versículos 1–9

I. Se dan instrucciones a Moisés sobre los movimientos y paradas que los israelitas habían de hacer en su marcha. Para que no hubiese aprensiones ni descontento en ello, Dios le dijo a Moisés de antemano: 1. Adónde tenían que ir (vv. 1–2). Habían llegado *a la entrada del desierto* (13:20) y en una o dos marchas los habría llevado a Horeb, el lugar fijado para que le diesen culto; pero, en vez de marchar hacia delante se les ordena que se vuelvan a la derecha de Canaán en dirección al mar Rojo. 2. Moisés sabrá así: (A) Que Faraón ha resuelto destruir a Israel (v. 3); (B) que, por consiguiente, Dios ha resuelto destruir a Faraón, y toma este camino para llevar a cabo su designio (v. 4).

II. Faraón persigue a Israel; en lo cual, mientras él acaricia sus proyectos malvados y vengativos, facilitando el cumplimiento de los designios de Dios respecto de él. Y *fue dado aviso al rey de Egipto que el pueblo huía* (v. 5). En vista de ello:

1. Reflexiona con pesadumbre acerca de su debilidad en haberles dejado marchar. Él y sus siervos se enfadaban consigo mismos por ello: *¿Cómo hemos hecho esto de haber dejado ir a Israel?* (A) Les molestaba que Israel hubiese recobrado su libertad y que ellos hubiesen perdido el provecho de sus trabajos y el placer de atormentarlos. La libertad de los hijos de Dios es una grave molestia para sus enemigos (Est. 5:12–13 Hch. 5:17 23). (B) El pesar de los egipcios era tanto más amargo cuanto que ellos mismos habían consentido en la marcha. Así es como Dios hace que la envidia y el furor que los hombres tienen contra su pueblo se vuelva en tormento para ellos mismos (Sal. 112:10).
2. Resuelve hacer todo lo posible para hacerles volver o para destruirles; a este fin, levanta un ejército y dispone lo mejor de su armamento y de sus hombres de guerra, y así no le cabe ninguna duda de que los volverá a esclavizar (vv. 6–7). Se nos dice que *los hijos de Israel habían salido con mano poderosa* (v. 8) o, como dice el hebreo, *con mano alta*, que significa ánimo y confianza, sin miedo alguno, pero *los egipcios les siguieron* (v. 9). Todos aquellos que con ánimo y fervor afirman su rostro hacia el Cielo y deciden llevar una vida santa en Cristo Jesús, deben esperar ser molestados por las tentaciones y los terrores de Satanás, pues el diablo no se aviene fácilmente a prescindir de su servicio, ni se marcha sin enfurecerse (Mr. 9:26).

Versículos 10–14

I. El susto que se llevaron los hijos de Israel cuando se dieron cuenta de que les perseguía Faraón (v. 10). Conocían muy bien la fuerza y el furor del enemigo y su propia debilidad. A un lado estaba Pihahirot, con su irremontable fila de rocas escarpadas; al otro lado estaban Migdol y Baalsefón; delante de ellos estaba el mar; detrás, los egipcios. Así que no tenían otra opción que seguir delante, y de allí vendría su liberación. 1. Algunos clamaron al Señor; el miedo les hizo orar, y ese fue un buen efecto del miedo. Dios nos conduce a lugares estrechos para hacernos doblar las rodillas. 2. Otros clamaron contra Moisés; su miedo les hizo murmurar (vv. 11–12), ¡cuán inexcusable era su desconfianza! Estos expresan aquí: (A) Un incalificable desprecio de la libertad al preferir la esclavitud, sólo porque se presentaban aparentes dificultades. Un espíritu generoso habría dicho: «Mejor es vivir como hombres de Dios, libres a cielo raso en el desierto, que esclavos de los egipcios entre el humo de los hornos». (B) Una vil ingratitud hacia Moisés, quien había sido el fiel instrumento de su liberación. Habían olvidado los milagros de misericordia antes de que los egipcios hubiesen olvidado los milagros de ira; y, del mismo modo que los egipcios, habían endurecido sus corazones para su propia ruina, y estaban sentenciados a morir en el desierto tras diez provocaciones, de las que ésta era la primera (Nm. 14:22), así como los egipcios iban a ser destruidos en el mar, después de diez plagas.

II. El oportuno ánimo que les dio Moisés en este apuro (vv. 12, 14). No contestó a estos necios conforme a su necedad. En vez de regañarles, les da aliento, y con admirable presencia de ánimo y compostura de gesto, acalla su murmuración, asegurándoles una liberación rápida y completa: *No temáis* (v. 13). Es nuestro deber y nuestro interés, cuando no podemos salir de un apuro, superar nuestro miedo, para que el apuro sirva de acicate a nuestra oración y a nuestros esfuerzos, y no pueda prevalecer contra nuestra fe y nuestra esperanza. Luego les anima a que lo dejen en manos de Dios, en expectación

silenciosa de lo que iba a suceder: *«Estad firmes y* no penséis en salvaros ni por la lucha ni por la fuga; esperad en Jehová, pues Él va a hacer su obra en vuestro favor».

Versículos 15–20

I. Instrucciones que Dios da a Moisés.

1. Sobre lo que él mismo debe hacer. De momento, debe dejar la súplica para dedicarse a la acción: *¿Por qué clamas a mí?* (v. 15) ¿Es que le disgustaba a Dios la oración de Moisés? No; la pregunta que le hace va encaminada: (A) A satisfacer su fe: «¿Por qué continúas clamando, cuando tu petición ha sido concedida? Ya he aceptado tu oración». (B) A estimular su diligencia. Moisés tenía algo más que hacer además de orar; tenía que mandar a las huestes de Israel que marchasen, y era preciso que estuviese ahora en el sitio que las circunstancias demandaban.

2. Sobre lo que debía ordenar a los hijos de Israel que hicieran: *Di a los hijos de Israel que marchen.* Moisés les había pedido que se estuviesen quietos y esperasen órdenes de Dios, y ahora se les daban estas órdenes. Quizá pensaban que se les ordenaría marchar hacia la derecha o hacia la izquierda. «No—dice Dios—; diles que marchen hacia adelante, directamente hacia el mar»; como si tuviese lista una flota de naves de transporte para que se embarcaran.

3. Sobre lo que había de esperar que Dios hiciera. Que los hijos de Israel vayan tan lejos como puedan sobre tierra firme, y entonces Dios va a dividir el mar y abrir en él un camino por donde pasen a pie enjuto (vv. 16–18).

II. Dios pone un guardián sobre el campamento de Israel en el sitio en que el peligro es mayor, que es la retaguardia (vv. 19–20). *El Ángel de Dios,* cuyo ministerio fue usado en la columna de nube y de fuego, *se apartó e iba en pos de ellos,* pues ahora no necesitaban un guía por delante (no había peligro de equivocar el camino por mar, ni necesitaban otra orden que la de marchar adelante), y se puso detrás de ellos, donde ahora necesitaban un guardián, y así tendrían un muro de separación entre ellos y sus enemigos.

Versículos 21–31

Aquí tenemos la historia de aquella maravilla tantas veces mencionada tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo: la división del mar Rojo delante de los hijos de Israel. Esto causó el terror de los cananeos (Jos. 2:9–10), así como la alabanza y el triunfo de los israelitas (Sal. 106:9; 114:3; 136:13–14). Era tipo del bautismo (1 Co. 10:1–2). El paso de Israel a través de él era tipo de conversión de las almas, y en particular, de la liberación y triunfo de Israel en futuras vicisitudes (Is. 11:15).

I. Fue un ejemplo del poder infinito de Dios en el reino de la naturaleza, al dividir el mar. Fue seguramente el brazo de mar que une los lagos Amargos con el mar Rojo lo que fue dividido (v. 21). La señal natural fue un *recio viento del este,* una especie de tornado, dando a entender que era obra del poder de Dios, a quien los vientos y los mares obedecen.

II. Fue un ejemplo del maravilloso favor que Dios hizo a Israel. Fueron a través del mar hasta la orilla opuesta: *Fueron por en medio del mar en seco, teniendo las aguas por muro a su derecha y a su izquierda* (v. 29). De esta manera, los egipcios no podían atacarles por los lados, pues el agua les protegía por los flancos. El único modo de llegar hasta ellos era siguiéndolos. Es probable que Moisés y Aarón entrasen los primeros por esta senda nunca antes hollada por pies humanos, y tras ellos todo el pueblo de Israel; y esta marcha por entre dos muros de agua les haría menos temible la marcha que después iban a emprender a través del desierto. Los que siguen a Dios por el fondo del mar no pueden temer seguirle por dondequiera que se digne conducirles. Así que esto fue hecho, y registrado en la Palabra de Dios, para animar a los hijos de Dios de todos los tiempos a confiar en Él en medio de los mayores apuros. Y así vemos cómo los israelitas posteriores se hacen partícipes, por decirlo así, de esta marcha (Sal. 66:5–7).

III. Fue un ejemplo de la justa y santa ira de Dios contra los egipcios, enemigos suyos y de su pueblo. Obsérvese aquí: 1. Cuán infatuados estaban los egipcios, al ver la ventaja que les daba el ir provistos de

carros y caballos, mientras que los israelitas iban a pie. 2. Cuán trastornados y confusos se vieron después (vv. 24–25): *A la vigilia de la mañana*—de dos a seis de la madrugada—, *Jehová miró* (es decir, hizo relampaguear sobre) *el campamento de los egipcios … y trastornó el campamento de los egipcios.* (A) Habían braveado y se habían jactado como si la batalla fuese cosa suya pero ahora estaban desmayados y confusos, presas de tremendo pánico. (B) Habían avanzado furiosamente; pero ahora avanzaban pesadamente, y se veían hundidos, entorpecidos a cada paso. Tan pronto como los hijos de Israel llegaron a salvo a la otra orilla, las aguas volvieron a su lugar y cubrieron a todo el ejército de los egipcios (vv. 27–28). Faraón y sus siervos que se habían endurecido unos a otros en el pecado, ahora cayeron juntamente y ninguno de ellos escapó. Una antigua tradición dice que los magos de Faraón, Janés y Jambrés (2 Ti. 3:8), perecieron con los demás. Dios ajustó así las cuentas a Faraón por toda su orgullosa e insolente conducta con Moisés su embajador. No con agua, sino con pluma de hierro sobre roca, podría escribirse aquí la frase lapidaria que, a guisa de epitafio, estampó Ezequiel: *Este es Faraón y todo su pueblo* (Ez. 31:18).

IV. Los versículos 30 y 31 nos refieren la reacción del pueblo de Israel ante *aquel gran hecho que Jehová ejecutó* a su favor (v. 31). Ahora estarían avergonzados de su desconfianza y de sus murmuraciones; parecería que nunca más habrían de rebelarse contra Moisés, ni de mencionar el volverse a Egipto, ahora que habían sido bautizados en Moisés en el mar (1 Co. 10:2). Al haber sido sacados de Egipto tan triunfalmente, no dudarían de que en breve estarían en Canaán al tener tal Dios en quien confiar y tal mediador entre ellos y Dios. ¡Oh, si hubiese habido en sus pechos el mismo corazón que había ahora! ¡Qué bien nos iría si estuviésemos siempre en el buen estado de ánimo en que a veces nos encontramos!

CAPÍTULO 15

En este capítulo tenemos los cánticos de Moisés y de María, para alabar a Dios por la liberación de Israel. Finaliza el capítulo con el descontento del pueblo ante las aguas amargas de Mará, y su satisfacción ante las aguas de Elim.

Versículos 1–21

Después de leer el modo como fue obtenida aquella completa victoria de Israel sobre Egipto, aquí vemos el modo como fue celebrada. Moisés, sin duda por inspiración divina, compuso este cántico y lo entregó a los hijos de Israel para cantarlo antes de partir del lugar desde donde *habían visto a los egipcios muertos a la orilla del mar* (14:30). Obsérvese que expresaron su gozo en Dios, y su gratitud hacia Él, cantando. Fue un cántico de fe.

I. El cántico mismo:

1. Podemos observar acerca de este cántico: (A) Que es un cántico antiguo el más antiguo que conocemos. (B) Que está compuesto del modo más admirable, con un estilo elevado y magnífico, con imágenes vivas y apropiadas, y todo él muy impresionante. (C) Que es un cántico sagrado, consagrado al honor de Dios con la intención de exaltar su nombre y celebrar sus alabanzas, y sólo las alabanzas de Él.

2. Cuál es el primordial objetivo de Moisés en este cántico.

A) Da gloria a Dios y reconoce el triunfo como suyo esto es lo primero en su intención: *Cantaré yo a Jehová* (v. 1). Israel se regocijaba en Dios, (a) como en su propio Dios y, por tanto, su *fortaleza, cántico y salvación* (v. 2); (b) como en el Dios de su padre. De esto se aperciben porque, siendo conscientes de su propia indignidad y de sus provocaciones, tenían razón para pensar que lo que Dios había hecho ahora por ellos, lo había hecho en atención a sus padres (Dt. 4:37); (c) como en un Dios de poder infinito (v. 3); (d) como en un Dios de incomparable perfección (v. 11). Esto se expresa, *en primer lugar,* de un modo general: *¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses?* (v. 11). Egipto era bien conocido por la multitud de esos dioses, pero el Dios de los hebreos era demasiado duro para ellos y los había confundido a todos ellos (Dt. 32:23–39). Más en particular: (i) Él es *magnífico en santidad;* su santidad es su gloria. Dios es

rico en misericordia—ése es su tesoro—y es *glorioso en santidad*—ése es su honor; (ii) es también *terrible en alabanzas* (así dice el hebreo), es decir, inspira pavor por las grandes proezas dignas de alabanza. Lo que es materia de alabanza, aunque es gozoso para los hijos de Dios, es terrible y espantoso para sus enemigos (Sal. 66:1–3); (iii) es *hacedor de prodigios,* portentosos para todos, porque están por encima del poder, y fuera del curso natural, de todo lo creado. Eran prodigios de poder y prodigios de gracia; en ambos debe ser Dios humildemente adorado y gozosamente ensalzado.

B) Describe la liberación que ahora estaban celebrando, porque el cántico había sido compuesto con la intención no sólo de expresar y estimular su gratitud al presente, sino también de preservar y perpetuar el recuerdo de esta obra maravillosa para las futuras generaciones. Dos cosas eran de notar: (a) la destrucción del enemigo; se dividieron las aguas y *se juntaron las corrientes como en un montón* (v. 8), con lo que Faraón y sus huestes quedaron sepultados en el mar (vv. 8–12). Las enaltecidas aguas cubrieron a los enorgullecidos pecadores. Su pecado les había hecho ser duros como piedras, y ahora se hundían justamente como piedras; (b) la protección y guía de Israel (v. 13): *Condujiste en tu misericordia a este pueblo;* le condujiste fuera de la esclavitud de Egipto y fuera de los peligros del mar Rojo (v. 19).

C) Se propone dejar bella constancia de esta maravillosa manifestación de Dios en favor de ellos. Ya que Dios les había preservado, ellos resuelven no escatimar coste ni fatigas para erigir un santuario en su honor, y allí le ensalzarán. Tan confiado está este salmista en el feliz resultado de la salvación que tan gloriosamente había comenzado, que ya la ve como si estuviese llevada a su término: *Lo llevaste con tu poder a tu santa morada* (v. 13). De dos maneras era estimulante esta gran liberación: *Primeramente:* Era una prueba tan grande del poder de Dios, que había de aterrorizar a sus enemigos y descorazonarlos completamente (vv. 14–16). Tuvo el siguiente efecto: los hijos de Edom tuvieron miedo de ellos (Dt. 2:4), lo mismo que los moabitas (Nm. 22:3), y los cananeos (Jos. 2:9–10; 5:1). *En segundo lugar,* fue un comienzo tan estupendo del favor de Dios hacia ellos, que les dio como una señal y anticipo de lo que su benignidad había de perfeccionar. *Tú los introducirás* (v. 17). Si así *los sacó de Egipto,* a pesar de su indignidad y de las dificultades que tenían para escapar de allí ¿cómo dudar de que los había de introducir en Canaán? *Finalmente,* el fundamento más firme de la seguridad que ellos obtuvieron de esta obra portentosa era que *Jehová reinará eternamente y para siempre* (v. 18). Así el cántico se cierra, no con la expectación de conquistas materiales, sino con la promesa del Reino de Dios. Nótese que es un consuelo inefable para los hijos de Dios saber que Él reinara, y que su reino no tendrá fin.

II. La solemnidad del canto (vv. 20–21). Moisés condujo el canto del salmo y lo dio a los hombres para cantarlo; María, su hermana, hizo lo mismo con las mujeres. Las victorias famosas de Israel eran cantadas por las hijas de Israel (1 S. 18:6–7); y así debía serlo ésta. A María se la llama *hermana de Aarón,* por estar más ligada a Aarón que a Moisés (v. Nm. 12:1 y ss.).

Versículos 22–27

El versículo 22 nos da a entender que Moisés tuvo cierta dificultad en persuadir al pueblo a dejar aquel lugar victorioso en que habían entonado el cántico anteriormente comentado. Ahora se nos dice:

I. Que en el desierto de Shur no encontraron agua (v. 22).

II. Que en Mará encontraron agua, pero era amarga, de modo que anduvieron más de tres días sin probar el agua. En este apuro: 1. El pueblo se enojó y se querelló contra Moisés, como si él tuviese la culpa de este mal. Su clamor era: *¿Qué hemos de beber?* (v. 24). 2. Moisés oró: *Moisés clamó a Jehová* (v. 25). Dios es el guía de los guías de la Iglesia y a Él, que es el Príncipe de los pastores (1 P. 5:4), deben apelar en todas las ocasiones los pastores subalternos. 3. Dios condujo a Moisés hacia un árbol, que él arrojó al agua, con lo que, de repente, las amargas aguas de Mará se tornaron dulces. Hay quienes piensan que este árbol tenía en sí una peculiar virtud para este objetivo, pues hay ciertos arbustos que endulzan las aguas amargas. Hay que ser agradecidos a Dios, no sólo por haber hecho tantas cosas útiles, sino también por descubrirnos su utilidad. Hay quienes ven en este árbol un tipo de la Cruz de Cristo, que nos endulza las amarguras de la aflicción y nos capacita para gozarnos en las tribulaciones. *Allí les dio estatuto y ordenanza,* para asegurarles que, si obedecían sus mandamientos, Dios les libraría de todo mal, de la misma manera que les había endulzado el agua, y *allí los probó,* por cuanto Dios nos pone a prueba, no sólo por medio de aflicciones, sino también por medio de los favores que nos otorga, ya que todo favor

comporta responsabilidad. En suma, les dice (v. 26), (A) lo que esperaba de ellos y que puede resumirse en una palabra: obediencia. No debían pensar, ahora que habían sido libertados de la esclavitud de Egipto, que eran dueños de sí mismos, sino que debían considerarse como siervos de Dios, puesto que *Él había soltado sus ligaduras* (Sal. 116:16; Lc. 1:74–75). (B) Lo que ellos podían esperar de Él: *Ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios te enviaré a ti* (v. 26), es decir: «No traeré sobre ti ninguna de las plagas». Que no piensen los israelitas que Dios va a hacer la vista gorda con sus pecados y dejarles hacer lo que ellos quieran. No, Dios no tiene acepción de personas; un israelita rebelde no lo va a pasar mejor que un egipcio rebelde; y así lo comprobaron, para su mal, antes de llegar a Canaán.

III. Que en Elim encontraron agua buena y suficiente (v. 27). Aquí había *doce fuentes de aguas*, una para cada tribu, para que no riñeran por agua, como a veces habían hecho sus padres; y, para hacer más cómodo el lugar, también había setenta palmeras.

CAPÍTULO 16

Este capítulo nos da detalles sobre las provisiones del campamento de Israel. A la queja del pueblo por falta de alimento, responde Dios y envía el maná.

Versículos 1–12

Parece ser que el pueblo de Israel sacó consigo de Egipto provisiones para un mes, las cuales se habían terminado totalmente a los quince días del segundo mes.

I. El descontento y la murmuración por falta de alimentos (vv. 1–2).

1. Ya se tenían por muertos de hambre en el desierto—nada menos—a las primeras de cambio, lo cual demuestra una gran desconfianza en Dios. 2. Más aún, culpan envidiosamente a Moisés de haber tenido la intención de matarlos de hambre cuando los sacó de Egipto (v. 3). 3. Estiman en tan poco el haber sido libertados, que desean haber muerto en Egipto. ¡Recordaban las ollas de carne más que las cadenas de esclavitud! ¡Preferían morir junto a las ollas aquellas, donde podían saciar su hambre, antes que vivir bajo la guía de la columna celestial en un desierto, llevados y alimentados por la mano de Dios! Tenemos razones para suponer que no era mucha la abundancia de la que habían disfrutado en Egipto, por mucho que ahora recuerden las ollas de carne; ni podían temer una muerte por inanición en el desierto, cuando llevaban consigo abundante ganado. Pero el descontento engrandece lo pasado y envilece lo presente, sin atender a la realidad ni a la razón.

II. La provisión que benévolamente les otorgó Dios.

1. Dios hizo saber a Moisés sus benignas intenciones, para que no se desaliente por las murmuraciones de ellos, ni se vea tentado a pensar que era mejor haberlos dejado en Egipto. (A) Así Dios se apercibe de las quejas del pueblo. (B) Promete una provisión rápida, suficiente y constante (v. 4). Véase el designio de Dios al proporcionarles esta provisión: *Para que yo lo pruebe si anda en mi ley, o no.* (a) Así los probó para ver si confiarían en Él, y andarían por fe o no, y si quedarían satisfechos con el pan de cada día, al depender de Dios para la provisión del mañana. (b) Así los probaba también para ver si le servirían y le serían fieles siempre.

2. Moisés hizo saber a Israel estas intenciones como Dios le había ordenado. Aquí fue también Aarón su profeta, como lo había sido en relación con Faraón. Moisés comunicó a Aarón lo que *había de decir a la congregación de los hijos de Israel* (v. 9). Obsérvese que Dios condesciende en dar atenta audiencia incluso a los murmuradores. (A) Les convence de la maldad de sus murmuraciones. Ellos pensaron que éstas sólo incidían sobre Moisés y Aarón, pero aquí se les dice que Dios había tomado buena nota de ellas como que iban dirigidas *contra Jehová* (vv. 7–8). Cuando murmuramos contra los que son instrumentos de algo que nos causa molestia, incluso cuando pensamos que es injusta dicha molestia, haríamos bien en considerar hasta qué punto nuestra murmuración recae sobre Dios, puesto que los hombres son como la

mano de Dios. (B) Les asegura la provisión que demandan; y, puesto que tanta murga han dado con lo de las ollas de carne, aquella misma tarde tendrían carne en abundancia, y pan a la mañana siguiente, y así cada día en adelante (vv. 8, 12). Hay muchos de quienes decimos que es más fácil alimentarles que enseñarles; pero los israelitas eran alimentados así, para ser enseñados. (a) *En la tarde sabréis que Jehová os ha sacado de la tierra de Egipto* (v. 6). Que habían sido sacados de Egipto era evidente; pero era tanta su torpeza y su miopía, que decían haber sido sacados por Moisés y Aarón (v. 3). (b) *Sabréis que yo soy Jehová vuestro Dios* (v. 12). Cuando Dios envió las plagas a los egipcios, fue para hacerles saber que Él era el Señor; cuando hizo provisión para los israelitas, fue para hacerles saber que Él era su Dios.

3. Dios manifestó su gloria para acallar las murmuraciones del pueblo y respaldar la autoridad de Moisés y de Aarón (v. 10). Mientras Aarón hablaba al pueblo, *la gloria de Jehová apareció en la nube,* haciendo probablemente que la nube resplandeciese con el fulgor de la gloria de Dios.

Versículos 13–21

Comienza el pueblo a ser provisto de alimento por la intervención directa de la mano de Dios.

I. Dios les da un banquete por la noche con un plato exquisito. Vinieron codornices en tal cantidad que cubrieron totalmente el campamento, de modo que cada cual pudo tomar de ellas cuantas quiso.

II. A la mañana siguiente, hizo llover sobre ellos el maná y éste había de ser su pan cotidiano en su peregrinar por el desierto. 1. Este maná que Dios les daba era un alimento de fuerte poder nutritivo, tanto que no tenían necesidad de ninguna otra cosa para su sustento. Le llamaron *maná,* ya sea preguntándose: *¿qué es esto?,* como traducen nuestras versiones o, más probablemente: *Esto es man* (hebreo *«man hu»),* como llaman todavía los árabes a un jugo denso, dulce como la miel exudado por un arbusto de la península del Sinaí, aunque las características del maná son muy distintas, y muestran claramente que era algo muy similar provisto directamente por intervención milagrosa de Dios. 2. Tenían que recogerlo *cada mañana, cada uno según lo que había de comer* (v. 21), *diariamente la porción de un día* (v. 4). Parece ser que nuestro Salvador alude a este llover y recoger diario del maná cuando nos enseña a orar: *El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy* (Mt. 6:11; Lc. 11:3). Aquí se nos enseña a tener, (A) prudencia y diligencia para obtener el alimento conveniente para nosotros y para nuestra familia. Lo que Dios nos da benignamente, debemos recogerlo laboriosamente; (B) contentamiento y satisfacción con lo suficiente. Debían recogerlo, *cada uno según lo que había de comer;* lo que basta, ya es tan bueno como un banquete; y lo que es demasiado, ya es tan malo como un empacho; (C) depender de la Providencia: *Ninguno deje nada de ello para mañana (v.* 19), sino más bien que aprendan a irse a la cama y dormir tranquilamente, aunque no tengan una migaja en su tienda ni en todo el campamento, y que confíen plenamente en que Dios, con el día de mañana, les traerá el sustento de mañana. Véase aquí la necedad de acumular sin ton ni son. El maná que algunos dejaron para el día siguiente, se pudrió y crió gusanos (v. 20), no sirvió para nada sino para dar mal olor. 3. Meditemos aquí: (A) Sobre el gran poder de Dios, que alimentó a Israel en el desierto e hizo para ello milagros diarios. Nunca jamás hubo un mercado tan provisto como este campamento, donde tantos cientos de miles de personas eran alimentadas diariamente sin dinero y sin precio. Nunca jamás hubo una casa abierta que estuviese tan bien guardada como lo estuvo este campamento en el desierto durante cuarenta años continuos, ni se dio un festín tan barato y tan abundante. (B) Sobre la constante providencia de Dios. La misma sabiduría, el mismo poder y la misma bondad que, en aquella ocasión hicieron descender de las nubes el alimento día a día, están ocupados y empleados en el constante y ordinario curso de la naturaleza, para producir alimento de la tierra y darnos todo en abundancia para nuestro disfrute.

Versículos 22–31

Separación de un día a la semana, para ser *santo día de reposo, sábado consagrado a Jehová* (v. 23), como algo ya antiguamente fijado y establecido por Dios desde que Dios creó al hombre sobre la faz de la tierra. Es pues la más antigua de las leyes positivas. Por ello, Dios daba en el sexto día doble provisión a los israelitas: *En el sexto día os da pan para dos días* (v. 29). Al fijarles el séptimo día como día de reposo, se preocupó de que no perdieran nada por ello. Nadie pierde nada por servir a Dios. En ese día

tenían que recoger lo suficiente para dos días, y cocinarlo (v. 23). Era ley muy estricta que habían de cocerlo y cocinarlo el día anterior, y no en sábado. Esto no hace que ahora sea contra ley el preparar la comida el día del Señor, pero nos lleva a solucionar los asuntos familiares de modo que nos impidan lo menos posible el dedicar al Señor su día. Lo que guardaban para el sábado no se echaba a perder (v. 24). Algunos salieron a recoger maná en sábado, pero no lo hallaron (v. 27), porque los que quieren encontrar deben buscar en el tiempo señalado. En esta ocasión, dijo Dios a Moisés: *¿Hasta cuándo no querréis guardar mis mandamiento y mis leyes?* (v. 28) ¿Por qué le dijo esto a Moisés? Él no era desobediente, no, pero era el líder de un pueblo desobediente, y Dios se lo imputa a él, para que él pueda culpar al pueblo con mayor vehemencia y tenga cuidado de que la desobediencia de ellos no se deba a ninguna negligencia o falta de él.

Versículos 32–36

Después que Dios proveyó de maná a su pueblo para que ése fuera su alimento en el desierto, aquí se nos dice: 1. Cómo fue preservada la memoria de esto. Fue puesto en una *vasija de oro,* como se nos dice en Hebreos 9:4 un gomer de este maná y guardado *delante del Testimonio,* o en el Arca, cuando ésta fue fabricada después (vv. 32–34). Nótese que el pan comido no debe ser olvidado. Los milagros y las misericordias de Dios han de ser tenidos en perpetua memoria, para estimularnos a confiar en Él en todo tiempo. 2. Cómo el favor otorgado por Él continuó durante todo el tiempo que duró la necesidad. Nunca cesó de caer el maná hasta que llegaron a los límites de Canaán, donde había ya alimento suficiente para comer y guardar (v. 35). El maná es llamado *alimento espiritual* (1 Co. 10:3), porque era tipo de bendiciones espirituales en lugares celestiales y de cosas celestiales. Cristo mismo es el verdadero maná, el pan de vida, del que el maná era figura (Jn. 6:49–51).La Palabra de Dios es el maná del que se nutren nuestras almas (Mt. 4:4). Los consuelos y ayudas del Espíritu Santo son maná escondido (Ap. 2:17). Todas estas realidades descendieron del Cielo, como el maná, y son el sostén y el consuelo de la vida divina de nuestra alma, mientras caminamos por el desierto de este mundo. Pero es menester *recogerlo;* en la Palabra Cristo debe ser aplicado al alma, y los medios de gracia han de ser usados. Cada uno de nosotros debe recoger para sí mismo, y recogerlo en la mañana de nuestros días y en la mañana de nuestras oportunidades, porque si lo dejamos pasar, podría ser demasiado tarde para recogerlo. El maná que recogían no podía ser acumulado, sino comido; igualmente, los que han recibido a Cristo tienen que vivir por fe en Él, y no recibir en vano su gracia (1 Co. 15:10). Pero los que comieron el maná volvieron a tener hambre, murieron al fin, y *de los más de ellos no se agradó Dios* (1 Co. 10:5); mientras que los que se alimentan de Cristo por fe, no volverán a tener hambre, ni morirán para siempre (Jn. 6:48–51), y de todos ellos se agradará Dios eternamente. ¡Que el Señor nos de siempre de este pan!

CAPÍTULO 17

Ahora, la falta de agua vuelve a ser tropiezo para Israel, pues el pueblo altercó con Moisés. Dios les da agua de la peña de Horeb. La segunda parte del capítulo nos refiere la gran victoria que Israel obtuvo contra Amalec gracias a la poderosa intercesión de Moisés.

Versículos 1–7

I. Vemos el aprieto en que se encontraron los hijos de Israel por falta de agua.

II. También su descontento y desconfianza en medio de este aprieto. Se nos dice (v. 3) que *el pueblo tuvo allí sed.* Esto insinúa que su mala disposición de corazón agudizó las ganas de beber hasta hacerles violentos e impacientes en su deseo. Véase qué clase de lenguaje expresa este deseo desordenado. 1. Intimaron a Moisés y a Aarón a que les proporcionasen agua (v. 2), ya que el verbo está en plural: *Dadnos agua para beber* exigiéndolo como una deuda. 2. Altercaron con Moisés por haberlos sacado de Egipto, como si, en vez de libertarlos, los hubiese conducido al matadero. A tal punto llegó su maldad contra Moisés que estuvieron *a punto de apedrearle* (v. 4). 3. Comenzaron a poner en tela de juicio si

Dios estaba con ellos o no: *Tentaron a Jehová diciendo: ¿Está pues, Jehová entre nosotros, o no?* (v. 7). Es decir, pusieron en duda estas tres cosas fundamentales: (A) Su presencia *esencial:* si había Dios o no, (B) su providencia ordinaria: si Dios gobernaba el mundo o no; y (C) su promesa especial: si iba a ser para ellos tan bueno como era su Palabra. Esto es lo que se llama aquí *tentar a Dios.* Y esto comportaba la suposición de que Moisés era un impostor, que toda aquella larga serie de milagros con que los había rescatado, favorecido y alimentado era una cadena de fraudes, y que la promesa de Canaán era una burla; y así lo era en efecto, si *Jehová no estaba entre ellos.*

III. La forma en que obró Moisés: 1. Reprendió a los murmuradores: ¿Por qué altercáis conmigo? (v. 2–5). Obsérvese con qué mansedumbre les contesta. Les muestra contra quién iban a parar sus murmuraciones, y que los reproches que le hacían a él, caían sobre Dios mismo: *¿Por qué tentáis a Jehová?* Como si dijera: «Al desconfiar de su poder, ponéis a prueba su paciencia, y así provocáis su ira». 2. Puso su queja en la presencia de Dios: *Entonces clamó Moisés a Jehová* (v. 4). Cuando los hombres nos censuren injustamente y alterquen con nosotros, nos servirá de gran alivio ir a la presencia de Dios, poner en oración nuestro caso delante de Él, y dejarlo allí con Él, si los hombre no quieren oírnos, Dios ciertamente nos oirá. Moisés ruega a Dios que le muestre el camino a seguir, porque él no sabe realmente qué hacer.

IV. Dios se muestra benignamente a Moisés para aliviarle en aquella situación (vv. 5–6). Ordena a Moisés que vaya delante del pueblo. Debe tomar consigo su vara, no para hacer venir sobre ellos una plaga que les castigue, sino para sacar agua milagrosamente, con la que satisfagan su sed. ¡Oh, cuán admirables son la paciencia y la longanimidad de Dios! Si Dios le hubiese mostrado a Moisés una fuente de agua en el desierto, como hizo con Agar habría sido un gran favor; pero, para mostrar su poder, tanto como su compasión, y hacer del favor un milagro de su misericordia, hizo brotar para ellos agua de una roca. Indicó a Moisés adónde tenía que ir, y le encargó tomar consigo algunos de los ancianos (v. 5), para que fuesen testigos del milagro, y quedasen satisfechos con la certeza de la presencia de Dios entre ellos. Le prometió que estaría con él allí en la nube de su gloria, y le ordenó que golpeara la peña; obedeció Moisés, e inmediatamente salió de la roca agua en abundancia. Se la llama *manantial de aguas* en el Salmo 114:8. Esta agua que salió de la peña era de una finura tan especial, que se la llama *miel y aceite* (Dt. 32:13), porque la sed del pueblo la hizo doblemente agradable; por estar ellos en extrema necesidad, les fue tan dulce como la miel y tan suave como el aceite. Dios puede abrir fuentes para nuestra provisión donde menos las esperamos, *aguas en el desierto y ríos en la soledad* (Is. 43:20), porque Él *abre un camino en el desierto (Is.* 43:19). Quienes, en este desierto de la vida, siguen los caminos de Dios pueden confiar seguros en la provisión de Dios. Las gracias y consuelos del Espíritu Santo son comparados a los *ríos de agua viva* (Jn. 4:14; 7:38–39). Estos fluyen de Cristo, quien es la roca golpeada por la Ley de Moisés (1 Co. 10:4), Puesto que nació sujeto a la Ley (Gá. 4:45), y fue hecho maldición bajo ella (Gá. 3:13). No hay nada que pueda satisfacer las necesidades, ni contentar los deseos de un alma, sino el agua salida de esta roca, de esta fuente que fue abierta a nuestro favor. Los placeres de los sentidos son agua de charca, pero los deleites espirituales son agua de roca: puros, claros, refrescantes—ríos de placer.

V. Con esta ocasión, se le dio un nuevo nombre al lugar, para perpetuar el recuerdo del pecado que cometieron los hijos de Israel: *Massah,* que significa *tentación,* porque tentaron a Dios; y *Meribah, rencilla,* porque altercaron con Moisés (v. 7).

Versículos 8–16

Amalec fue la primera nación con la que tuvieron que luchar los hijos de Israel durante su peregrinación por el desierto (Nm. 24:20).

I. Provocación de Amalec: *Vino Amalec y peleó contra Israel* (v. 8). Los amalecitas eran una tribu nómada y predatoria; eran descendientes de Esaú, quien ya aborreció a su hermano Jacob por haberle arrebatado la primogenitura con la bendición consiguiente; así que este ataque de Amalec venía a ser un eco de enemistad hereditaria. Este episodio puede ser considerado en dos vertientes: como una tribulación para Israel, y como un gran pecado por parte de Amalec (Dt. 25:17–18). Cayeron cobarde y vilmente sobre la retaguardia de Israel, e hirieron a los más débiles, quienes no podían plantarles resistencia ni

escapar fácilmente; pero, en vano se atrevieron a atacar un campamento guardado y avituallado milagrosamente; verdaderamente, no sabían lo que hacían.

II. Defensa de Israel contra los agresores.

1. La tarea asignada a Josué, a quien se menciona ahora por primera vez; es nombrado comandante en jefe de esta expedición a fin de que pueda estar entrenado para los servicios que se le han de asignar cuando muera Moisés.

2. La tarea que Moisés asumió: *Yo estaré sobre la cumbre del collado, y la vara de Dios en mi mano* (v. 9). Mientras Josué lucha, Moisés ora, y *tiene la vara de Dios en su mano.* Moisés levantaba esta vara, para animar a los israelitas, era como una bandera izada que despertaba el entusiasmo de los soldados. Al mismo tiempo, esta vara levantada hacia lo alto era como una antena de oración y escucha alzada hacia Dios, porque Moisés no era sólo el alférez portador del estandarte, sino el intercesor que apelaba a Dios en demanda de éxito y victoria. Es así como la legión orante viene a ser la legión tonante. Una vez más resulta cierta la frase lapidaria de Agustín de Hipona: La oración es la fuerza del hombre y la debilidad de Dios (v. 32:9–14). Pero esa «debilidad» de Dios no es por falta de poder, sino por exceso de amor y condescendencia. Es como la debilidad de la rama que se dobla por la sobreabundancia del fruto que lleva. Así prevaleció Jacob con Dios (Gn. 32:28). (A) Moisés se cansaba: *Las manos de Moisés se cansaban* (v. 12); *estaban pesadas*—dice el hebreo—. No se nos dice que las manos de Josué estuviesen cansadas de pelear, pero sí que las de Moisés estaban cansadas de orar. Cuanto más espiritual es un servicio, mayor es el peligro que tenemos de fracasar o de flaquear en él. (B) La influencia que la vara de Moisés tenía en la batalla: *Cuando alzaba Moisés su mano en oración* (como dice la versión caldea), *Israel prevalecía;* pero *cuando él bajaba su mano, prevalecía Amalec* (v. 11). (C) La solicitud que tuvieron en sostener las manos de Moisés. Cuando ya no pudo más mantenerse de pie, se sentó sobre una piedra (v. 12); cuando no pudo sostener más sus manos en alto, hubo que sostenérselas. Moisés, el hombre de Dios, está contento de que le asistan Aarón su hermano y Hur quien, según suponen algunos, era su cuñado, marido de María, sin embargo, el Talmud le tiene por hijo de Caleb y María. *Así hubo en sus manos firmeza* (la misma palabra que se usa para decir *fe y fidelidad) hasta que se puso el sol.* No cabe duda de que sirvió de gran aliento para el pueblo de Israel el ver a Josué delante de ellos en el campo de batalla, y a Moisés en lo alto del monte orando por ellos. Cristo es para nosotros ambas cosas: es nuestro Josué, el capitán de nuestra salvación, que lucha nuestras batallas, y nuestro Moisés que, en lo más alto, *vive siempre para interceder por nosotros* (He. 7:25), *a fin de que nuestra fe no falle* (v. Lc. 22:32).

III. La derrota de Amalec. La victoria había estado en el aire por algún tiempo entre los dos campamentos, pero Israel siguió luchando hasta que *Josué deshizo a Amalec* (v. 13). Aunque Josué luchaba con grandes desventajas:—con soldados faltos de disciplina, mal armados, avezados por largo tiempo a la esclavitud y siempre prestos a murmurar—, Dios, sin embargo, obró por medio de ellos una gran salvación.

IV. Los trofeos de esta victoria. 1. Moisés se preocupó de que Dios tuviese la gloria de aquella victoria (v. 15), en vez de levantar un arco triunfal en honor a Josué, levantó un altar en honor de Dios, y lo que con mayor esmero se registra en el relato es la inscripción sobre el altar: *Jehová-nissí, Jehová es mi bandera,* lo que probablemente se refiere a la vara de Dios levantada como una bandera de esta acción militar. La presencia y el poder de Jehová eran la bandera bajo la cual estaban alistados, por ella habían sido alentados y se habían mantenido firmes, y por eso la habían izado en el momento del triunfo. 2. Dios procuró que la posteridad tuviese consuelo y provecho por medio del recuerdo de tal victoria: *Escribe esto para memoria en un libro y repítelo a los oídos de Josué* (así dice el hebreo), es decir, «encomiéndale este memorial, para que lo transmita a las generaciones venideras». Moisés ha de comenzar ahora a guardar un diario o agenda de lo que suceda (todo lo importante) al pueblo de Israel. Esta es la primera mención que encontramos en la Biblia acerca de escribir y quizás el mandato de hacerlo no se dio sino después de haber escrito la Ley sobre las tablas de piedra: *Escribe esto para memoria.* ¡Tantos libros y documentos se han escrito «*in perpetuam rei memoriam*» = para que el suceso sea recordado perpetuamente! Y es que, como dice el antiguo refrán: *Scripta manent, lo escrito permanece.* (A) «Escribe lo que se ha hecho. Que las edades venideras sepan que Dios lucha por su

pueblo, y que *el que toca a su pueblo, toca a las niñas de sus ojos»* (Zac. 2:8). (B) «Escribe lo que hay que hacer. (a) Que, al correr de los años, Amalec será totalmente destruido» (v. 14). Israel triunfará, sin duda, al fin, en la caída de Amalec. Esta sentencia fue ejecutada en parte por Saúl (1 S. 15), y completada por David (1 S. 30; 2 S. 1:1; 8:12). Después de eso, desaparece hasta el nombre de Amalec. (b) Que entretanto Dios tendría guerra constante contra Amalec (v. 16). Esto se escribió para advertir a Israel que nunca debía coligarse con los amalecitas.

CAPÍTULO 18

Este capítulo nos refiere cosas concernientes a Moisés y a los asuntos de su familia. Destaca en el relato el prudente consejo que le dio su suegro.

Versículos 1–6

Llega Jetro, el suegro de Moisés:

I. Para felicitar a Israel por todo lo que Dios había hecho por su pueblo, y en particular, por el honor que Dios había dispensado a Moisés su yerno. Jetro no pudo menos de oír lo que todo el país sabía: las gloriosas manifestaciones de Dios en favor de su pueblo Israel (v. 1); y viene con deseos de saber más, y de regocijarse con ellos, como quien profesaba gran respeto tanto a ellos como a su Dios. Aunque él, siendo madianita, no había de tener parte con ellos en la tierra prometida, sí que tenía parte con ellos en el gozo de su liberación.

II. Para traerle a Moisés la esposa y los hijos. Parece ser que les había hecho volver Moisés a casa de su suegro. Podemos suponer que Jetro estaba contento con la compañía de su hija y encantado con sus nietos; con todo, no quería tenerlos por más tiempo lejos de su esposo y padre (vv. 5–6). Moisés debía tener consigo a su familia, para que, mientras regía al pueblo de Dios, pudiese ser un buen ejemplo de prudencia en el gobierno de su casa (1 Ti. 3:5). Moisés tenía ahora sobre sí un aumento de honor y de responsabilidad, y convenía que su esposa estuviese con él para tener parte con él en ambas cosas. El texto sagrado pone cuidado en detallar el significado de los nombres de sus dos hijos. 1. El primero se llamaba *Gershom* (v. 3), que quiere decir *extranjero.*

2. Al otro lo llamó *Eliezer* que significa: *Mi Dios es ayuda,* y hace referencia a su anterior liberación de manos de Faraón. De modo que, cuando Moisés le puso el nombre, hubo de decir: *El Señor es mi ayuda, y me librará de la espada de Faraón.*

Versículos 7–12

I. El cariñoso saludo que se dieron mutuamente Moisés y su suegro (v. 7). Quienes ocupan un lugar alto en el favor de Dios, no están por eso descargados de los deberes que tienen para con los hombres. Moisés fue al encuentro de Jetro, *se inclinó y lo besó.* La religión no va contra los buenos modales. *Y se preguntaron el uno al otro cómo estaban.*

II. Moisés contó a su suegro todas las grandes cosas que Dios había hecho en favor de Israel (v. 8).

III. La impresión que este relato hizo a Jetro. 1. Felicitó al Israel de Dios: *Se alegró Jetro* (v. 9). No sólo se alegró por el honor hecho a su yerno, sino *de todo el bien que Jehová había hecho a Israel* (v. 9). Los hombres verdaderamente populares se gozan en las bendiciones del pueblo. Mientras los israelitas mismos estaban murmurando, no obstante toda la bondad de Dios hacia ellos, aquí estaba un madianita regocijándose. 2. Dio la gloria al Dios de Israel (v. 10). 3. Con esto, su fe quedó afianzada, y aprovechó esta ocasión para hacer una solemne profesión de ella: *Ahora conozco que Jehová es más grande que todos los dioses* (v. 11). Obsérvese: (A) El objeto de su fe: que el Dios de Israel es más grande que todas las pretendidas y falsas deidades. (B) La confirmación y progreso de su fe: *Ahora conozco;* ya lo conocía antes, pero ahora lo conoció mejor; su fe creció hasta el nivel de una seguridad plena, en virtud de esta

reciente y grandiosa experiencia. (C) El fundamento y motivo en que basó esta seguridad: *Porque en lo que se ensoberbecieron, prevaleció contra ellos.* Los magos quedaron chasqueados; los ídolos, sacudidos; Faraón, humillado; sus poderes, quebrantados y, a pesar de su gran ejército, el Israel de Dios fue rescatado de las manos de Faraón y de los suyos.

IV. La expresión de su gozo y de su agradecimiento. Tuvieron comunión mutua tanto en un banquete como en un sacrificio (v. 12). Jetro fue admitido gozosamente a la comunión con Moisés y con los ancianos de Israel, aunque era madianita, por cuanto también él era hijo de Abraham, aun cuando de una casa más joven. 1. Se juntaron en un sacrificio de acción de gracias: *Tomó Jetro holocaustos y sacrificios para Dios,* y probablemente los ofreció él mismo puesto que era sacerdote en Madián y adorador del verdadero Dios. 2. Fue una fiesta de regocijo, al mismo tiempo que una fiesta de sacrificio.

Versículos 13–27

I. El gran celo y competencia de Moisés como magistrado del pueblo de Dios.

1. Habiendo sido usado para redimir a Israel de la esclavitud, aquí es nuevamente tipo de Cristo, al ser usado como legislador y juez entre los israelitas. (A) Allí estaba para responder a las preguntas y para explicar las leyes de Dios dadas hasta entonces sobre lo concerniente al sábado, al maná etc., además de las leyes naturales, referentes tanto a la piedad como a la equidad (v. 15). Moisés les *declaraba las ordenanzas de Dios, y sus leyes* (v. 16). No era su oficio dar leyes, sino dar a conocer las leyes de Dios porque su cargo era el de un sirviente (He. 3:5). (B) Él tenía que decidir las controversias, al juzgar entre un hombre y su compañero (v. 16). Y, si el pueblo era tan pendenciero los unos con los otros como lo eran con Dios, no cabe duda que tendría delante de sí gran número de causas que juzgar.

2. Tal fue la tarea a la que Moisés había sido llamado, y es evidente que la desempeñó: (A) Con gran consideración; (B) con gran condescendencia hacia el pueblo que estaba delante de él (v. 14); (C) con gran constancia y exactitud.

II. La gran prudencia y consideración que brillan en el amistoso consejo de Jetro.

1. No le gustó el método que Moisés usaba, y así se lo dijo con toda libertad (vv. 14, 17, 18). Pensó que era demasiada tarea para que la desempeñara Moisés solo. Hasta en el bien hacer puede haber extralimitación.

2. Le aconsejó un tipo de gobierno que respondiera mejor a su objetivo, y consistía en que: (A) Reservará para sí todas las causas difíciles que requerían una decisión divina: *Está tú a favor del pueblo delante de Dios, y somete tú los asuntos a Dios* (v. 19). Este era un honor en el cual no era adecuado que ningún otro tuviera parte con él (Nm. 12:6–8). También tenía que pasar por su mano todo asunto que concerniera a toda la congregación en general (v. 20). Pero: (B) Que debía nombrar jueces en las distintas tribus y familias, los cuales habían de juzgar las causas comunes entre un hombre y su prójimo, y así todo marcharía con menos confusión y con más rapidez que en la congregación general en la que Moisés mismo presidía. Con todo, (C) siempre cabía apelación, si había causa justa que lo respaldase, desde estos tribunales inferiores a Moisés: *Todo asunto grave lo traerán a ti* (v. 22).

3. Añadió dos requisitos a su consejo: (A) Que había de tenerse gran cuidado en la elección de las personas a quienes hubiese de encomendarse este cargo (v. 21); habían de ser *varones de virtud,* etc. Había de exigirse que fuesen hombres del mejor carácter posible: (a) Para el juicio y la decisión, *hombre de virtud (o competencia).* Cabeza clara y corazón firme hacen buenos jueces. (b) Para la piedad y la religión, *temerosos de Dios;* hombres de conciencia, que no se atrevan a cometer ninguna vileza, aun cuando podrían hacerla sin ser descubiertos. (c) Para la integridad y honestidad, *varones de verdad.* (d) Para un noble y generoso menosprecio de las riquezas materiales, *que aborrezcan la avaricia.* (B) Que había de seguir la dirección de Dios en cada caso: *Si esto haces, y Dios te lo ordena* (v. 23).

Moisés no despreció este consejo, sino que *oyó la voz de su suegro* (v. 24).

III. Jetro se volvió a su tierra (v. 27). Se supone que los ceneos (v. 1 S. 15:6) eran descendientes de Jetro (comp. Jue. 1:16), y allí son tomados bajo especial protección, debido a la amabilidad que su antepasado mostró a Israel aquí.

CAPÍTULO 19

Este capítulo sirve de introducción a la solemne entrega de la Ley en el monte Sinaí, refiriéndose todos los preparativos ordenados por Dios para un hecho tan importante.

Versículos 1–8

I. La fecha de la gran constitución por la que Israel nació oficialmente como pueblo y nación. 1. El tiempo fue: *En el mes tercero de la salida de Egipto* (v. 1). 2. El lugar fue el *monte Sinaí,* el más alto en toda esa zona. Así Dios menosprecia las ciudades, los palacios y las estructuras majestuosas, y fija su pabellón en la cima de un gran monte, en un desnudo y estéril desierto, para establecer allí su pacto. Se llama *Sinaí* por la multitud de zarzas espinosas que cubren su superficie.

II. La cédula misma de constitución. Moisés fue llamado al monte y usado como mensajero del Pacto: *Así dirás a la casa de Jacob, y anunciarás a la casa de Israel* (v. 3). 1. Que el hacedor, y el que toma la iniciativa, del pacto es Dios mismo. En todas nuestras relaciones con Dios, su gracia soberana nos toma la delantera con las bendiciones de su bondad, y todo nuestro bienestar se debe, no a que nosotros hayamos conocido a Dios, sino a que nosotros *hemos sido conocidos por Él* (Gá. 4:9). 2. La materia del pacto es muestra de benevolencia y generosidad, y concede los mayores privilegios y ventajas imaginables. (A) Les hace memoria de lo que ha hecho por ellos (v. 4): *Os tomé sobre alas de águila,* una bellísima expresión de la admirable ternura que Dios les había mostrado. Es explicada en Deuteronomio 32:11–12. Denota gran rapidez. Dios no sólo vino volando a liberarlos, sino que se apresuró a sacarlos de allí volando. Lo hizo con la fuerza tanto como con la rapidez propias de un águila. Egipto, aquel horno de hierro, era como el nido en que estos polluelos estaban incubados, pues allí se formaron primeramente como el embrión de una nación, cuando, por su gran crecimiento numérico, se desarrollaron hasta cierta madurez, fueron tomados del nido. Otras aves transportan a sus polluelos con las garras, pero el águila—según dicen—los lleva sobre sus alas, de forma que, incluso cuando los arqueros las cazan al vuelo, no pueden hacer ningún daño a los polluelos sin que antes hayan atravesado el cuerpo de la madre. *Y os he traído a mí.* No sólo habían sido sacados a un estado de libertad y honor, sino a pacto y comunión con Dios. Esta fue, sí, la gloria de su liberación, como es la de la nuestra por Cristo, que Él murió, *el justo por los injustos, para llevarnos a Dios* (1 P. 3:18). Este es el objetivo de Dios en todos los pasos benévolos de su providencia y de su gracia, el llevarnos a Él, de quien nos hemos separado por nuestra rebeldía, y con Él a su hogar, fuera del cual no podemos ser felices. Hay quienes han observado con acierto que el pueblo de Israel, en el Antiguo Testamento, fue llevado—como dice la Palabra de Dios—sobre alas de águila, pero el Nuevo Testamento nos dice que Jesús quiso reunir a los hijos de Jerusalén *como la gallina junta sus polluelos debajo de sus alas* (Mt. 23:37), con lo que denota la gracia y compasión de la actual dispensación, y la admirable condescendencia y humillación del Redentor. (B) Les dice claramente (v. 5) que deben *dar oído a su voz y guardar su pacto.* Puesto que habían sido salvados por Él, es natural que insistiera en que habían de ser gobernados por Él. (C) Les asegura del honor que ha de otorgarles y de la benignidad que ha de mostrarles, si ellos observan su pacto (vv. 5–6): *Vosotros seréis mi especial tesoro,* etc. (v. 1 P. 2:9). (a) Dios afirma aquí su soberanía sobre, y su propiedad en, toda la creación visible: *Mía es toda la tierra.* (b) Hace de Israel su peculiar tesoro, un *reino de sacerdotes y gente santa* (v. 6). Al darles una revelación especial, establecerles ordenanzas divinas, y promesas que incluían la vida eterna, al enviarles sus profetas, y derramar de su Espíritu sobre ellos, los distinguía de todas las demás naciones y los dignificaba por encima de todos los pueblos.

III. Israel acepta esta constitución y se somete a las condiciones requeridas. 1. Moisés les comunicó fielmente el mensaje de Dios para ellos (v. 7): *Expuso en presencia de ellos todas estas palabras.* Ponerlas en su presencia significa ponerlas ante su conciencia. 2. Ellos consintieron prestamente en el pacto propuesto: *Todo lo que Jehová ha dicho, haremos* (v. 8). 3. Moisés, como mediador, *refirió a Jehová las palabras del pueblo.* Así también Cristo, el Mediador único entre Dios y los hombres, en su calidad de profeta nos revela la voluntad de Dios, y en su calidad de sacerdote eleva a Dios nuestros sacrificios espirituales. Así cumple con su bendito oficio de *árbitro que pone su mano sobre nosotros dos* (Job 9:33).

Versículos 9–15

I. Dios comunica a Moisés su decisión de bajar al monte Sinaí *en una nube espesa* (v. 9). Dios iba a descender *a ojos de todo el pueblo* (v. 11). Aunque no habían de ver ninguna forma de semejanza divina, sí que verían lo suficiente como para convencerles de que Dios estaba realmente entre ellos. Así que la comunicación había de ser establecida primeramente mediante una manifestación sensible de la gloria divina para ser continuada de una forma secreta y silenciosa mediante el ministerio de Moisés. De una manera semejante, el Espíritu Santo descendió en forma visible sobre Cristo en su bautismo, y todos los presentes oyeron a Dios que le hablaba (Mt. 3:17), para que después, sin necesidad de repetir tales señales visibles, pudiesen creer en Él. Y también de forma parecida el Espíritu descendió sobre los Apóstoles en forma de lenguas de fuego (Hch. 2:3), para que pudiesen ser creídos.

II. Ordena a Moisés que haga los preparativos para esta gran solemnidad, dándole dos días de plazo para ello.

1. Debe *santificar al pueblo* (v. 10); es decir, debe llamarlos de sus tareas profanas y convocarlos a ejercicios religiosos, meditación y oración, para que reciban la Ley de labios de Dios con devoción y reverencia. *Estén preparados para el día tercero* (v. 11). La mente distraída debe ser concentrada, los afectos impuros deben ser abandonados, las pasiones que perturban deben ser suprimidas, y todo el cuidado de las tareas profanas debe ser suspendido de momento y dejado a un lado, a fin de que nuestros corazones estén dispuestos *a recibir a Dios* (v. 17). En señal de su purificación, deben *lavar sus vestidos* (v. 10), como en efecto lo hacen (v. 14), no es que Dios se fije en nuestros vestidos, pero mientras lavaban sus vestidos habrían de estar pensando en la limpieza de sus almas mediante el arrepentimiento. El decoro exige que nos presentemos con ropas limpias cuando esperamos a personajes importantes; también se requieren corazones limpios cuando somos recibidos en audiencia por el gran Dios, quien ve los corazones con más claridad que como los hombres ven nuestras ropas.

2. Debe *señalar términos en derredor* del monte (vv. 12–13). Probablemente trazó una línea o zanja alrededor del pie del monte, que nadie había de traspasar bajo pena de muerte. Esto era para indicar el humilde y pavoroso respeto que debería prender en todas las mentes de quienes rinden culto a Dios.

3. Debe ordenar al pueblo que atienda las señales que se darán para la santa convocación: *«Cuando suene largamente el cuerno* (v. 13), que ocupen su lugar al pie del monte, y que permanezcan así sentados a los pies de Dios». Ninguna voz de hombre podía llegar a tan gran número, pero la voz de Dios, sí.

Versículos 16–25

Por fin, llega el día memorable. Nunca se predicó, ni antes ni después, un sermón igual a éste que fue predicado a todo el pueblo de Israel en el desierto. Porque:

I. El predicador era Dios mismo: *Jehová descendió sobre el monte en fuego* (v. 18). *Descendió Jehová sobre el monte Sinaí* (v. 20). La *skekinah*, o gloria de Dios, apareció a la vista de todo el pueblo.

II. El púlpito (o, mejor dicho, el trono) fue el monte Sinaí cubierto de *espesa nube* (v. 16); y *el humo subía como el humo de un horno* (v. 18), y *todo el monte se estremecía en gran manera.*

III. La congregación fue convocada con *sonido de trompeta muy fuerte* (v. 16), que *iba aumentando en extremo* (v. 19).

IV. Moisés condujo a los oyentes al lugar de la reunión (v. 17). Él que los había sacado de la esclavitud de Egipto los conducía ahora a recibir la Ley de labios de Dios. Moisés, a la cabeza de una congregación que rendía culto a Dios, era en verdad tan grande como cuando estaba a la cabeza de un ejército en el campo de batalla.

V. La introducción al servicio se hizo mediante *truenos y relámpagos* (v. 16). El trueno y el relámpago tienen sus causas naturales, pero la Biblia nos dirige de una manera especial a tomar nota, mediante ellos, del poder de Dios y del terror que tal poder infunde.

VI. Moisés es el diácono de Dios, y a él se le dice que mande guardar silencio y que mantenga en orden la congregación: *Moisés hablaba* (v. 19). Dios apaciguó su temor distinguiéndole con su favor al llamarle a la cima del monte (v. 20), con lo cual también él puso a prueba su fe y su ánimo. Ni los sacerdotes ni el pueblo podían traspasar los límites fijados *para subir a Jehová* (v. 24), sino sólo Moisés y Aarón, a quienes plugo a Dios honrar así. Qué es lo que Dios prohibía: traspasar los límites *para ver a Jehová* (v. 21); ya tenían lo suficiente para despertar sus conciencias, así que no les era permitido satisfacer su vana curiosidad. Podían ver lo que Dios mostrase, pero no mirar para ver lo que no mostrase. Es culpa nuestra si afrontamos un peligro por haber roto las barreras que Dios nos ha fijado, entremetiéndonos en lo que Él no nos permite.

CAPÍTULO 20

Hechos ya todos los preparativos para la solemne promulgación de la Ley, tenemos ya en este capítulo los Diez Mandamientos y la impresión recibida por el pueblo, además de algunas instrucciones complementarias, relativas a la idolatría y al culto de Dios.

Versículos 1–11

I. El prefacio de Moisés: *Habló Dios todas estas palabras* (v. 1). La ley de los Diez Mandamientos es: 1. Una ley hecha por Dios. 2. Es una ley proclamada por Dios. Dios tiene muchas maneras de hablar a los hijos de los hombres (Job 33:14); pero nunca habló como cuando dio los Diez Mandamientos. Dios había dado, en gran parte, esta ley desde que creó al hombre, escribiéndola en su corazón, pero el pecado había deteriorado esta escritura, de manera que era necesario reavivar de este modo el conocimiento de ella.

II. El prólogo del Legislador: *Yo soy Jehová tu Dios* (v. 2). Aquí: 1. Dios afirma su propia autoridad para decretar esta ley en general. 2. Se presenta a Sí mismo como el único objeto de ese culto religioso que se prescribe en los cuatro primeros mandamientos. En esto, el pueblo de Israel es ligado en obediencia por una triple cuerda: (A) Porque Dios *es Jehová.* Quien da el ser puede dar la ley del ser y, por tanto, puede mantenernos en obediencia. (B) Porque era *su Dios,* el Dios del pacto con ellos, y su Dios por consentimiento de ellos mismos. Aunque aquel pacto no tiene vigencia, como tal, en la presente dispensación (Col. 2:14), pero hay otro ahora, en virtud del cual todos los que han sido salvos por gracia mediante la fe son asumidos a una relación íntima con Dios y, por ello, son injustos, infieles e ingratos si no le obedecen.

(C) Porque *los había sacado de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre.* Al redimirlos, adquirió un nuevo derecho para regirlos; debían el servicio y la obediencia a quien le debían la libertad. Así Cristo, al habernos redimido de la esclavitud del pecado, tiene derecho al mejor servicio que podamos rendirle (Lc. 1:74).

III. La ley misma. Los cuatro primeros mandamientos que conciernen a nuestros deberes para con Dios (llamados comúnmente *la primera tabla*), los tenemos en los versículos 3–11. Era muy puesto en razón que estos mandamientos ocupasen los primeros lugares, puesto que el ser humano ha de amar a su Hacedor por encima de los otros seres creados como él; la justicia y el amor son aceptables como actos de obediencia a Dios únicamente cuando fluyen de un principio básico de piedad (1 Jn. 5:2). No puede esperarse que sea fiel a su hermano quien es falso para con Dios. Es cierto que el amor a Dios se hace notorio externamente mediante el sincero amor al prójimo (1 Jn. 4:20), pero es el amor a Dios el que cimenta interiormente un verdadero amor al prójimo.

1. El primer mandamiento concierne al objeto de nuestra adoración: Jehová, y sólo Él: *No tendrás dioses ajenos* (dioses diferentes, otros dioses) *delante de mí* (v. 3). Los egipcios, y otras naciones vecinas, tenían muchos dioses, que eran hechura de su propia imaginación, dioses extraños, nuevos dioses. El pecado en el que tenemos más peligro de caer, en relación con este mandamiento, es dar la gloria, el honor, el afecto y el interés debidos a solo Dios, a cualquier criatura. El orgullo hace del «Yo» un dios; la

avaricia hace del dinero un dios; la sensualidad hace del vientre un dios; cualquier cosa a la que estimemos o amemos, temamos o sirvamos, nos deleitemos en ella o dependamos de ella, más que a Dios o en Dios, *de eso* (sea lo que sea) nos estamos efectivamente haciendo un dios. En las últimas palabras, *delante de mí* se insinúa: (A) Que no podemos tener ningún otro dios sin que Él lo sepa; (B) que es un pecado que se lanza al rostro y, por tanto, no puede pasarlo por alto.

2. El segundo mandamiento concierne a las ordenanzas del culto, o al modo como Dios quiere ser adorado.

A) La prohibición: se prohíbe incluso adorar las imágenes del Dios verdadero (vv. 4–5). Los judíos (al menos, después de la cautividad) vieron en ello la prohibición de hacer ninguna imagen o pintura, cualquiera que fuese. De ahí que, al parecer, tenían por abominación las mismas imágenes que los ejércitos romanos tenían grabadas en sus estandartes. Se llama a esto cambiar la verdad de Dios en una mentira (Ro. 1:25), pues una imagen así es maestra de mentiras pues insinúa que Dios tiene cuerpo, cuando sabemos que es un Espíritu Infinito (Hab. 2:18; Jn. 4:24). También nos prohíbe hacernos de Dios una imagen en nuestra imaginación como si fuera un hombre parecido a nosotros. Nuestro servicio religioso debe ser regido por el poder de la fe, no por el poder de la imaginación.

B) Las razones para decretar esta prohibición (vv. 5–6), que son: (a) El celo de Dios en materia de adoración: *Yo soy Jehová tu Dios, celoso.* (b) El castigo de los idólatras. Dios los considera como gente que le odia. Él *visitará la maldad de los padres sobre los hijos.* Y no es injusto por parte de Dios (si los padres han muerto en su iniquidad, y los hijos siguen sus pasos y observan las falsas formas de culto por haberlas recibido por tradición de sus padres), cuando se ha llenado la medida, y Dios viene con sus juicios para ajustar cuentas con ellos. Aunque aguante por largo tiempo a un pueblo idólatra, no lo va a soportar siempre, sino que lo va a castigar incluso a la cuarta generación, supuesto que esta generación no sea inocente, sino que continúe transgrediendo la Ley por el mal ejemplo de sus padres. (c) El favor que Dios va a mostrar a sus fieles adoradores: Mientras que ha de castigar el mal incluso hasta la cuarta generación, va a mostrar su *misericordia a miles* de generaciones, es decir, hasta la milésima generación *de los que le aman y guardan sus mandamientos* (v. 6). Así como el primer mandamiento requiere el culto interior de amor, gozo, esperanza y admiración, así el segundo requiere el culto exterior de oración, alabanza y escucha solemne de la Palabra de Dios. Quienes de verdad aman a Dios, se preocuparán constantemente de guardar sus mandamientos, especialmente los que se refieren al culto. Quienes aman a Dios y guardan estos mandamientos, recibirán gracia para guardar también sus otros mandamientos. El culto evangélico tendrá una buena influencia en todas las clases de obediencia evangélica.

3. El tercer mandamiento tiene que ver con la manera de nuestro culto.

A) Hay primero una estricta prohibición: *No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano* (v. 7). Tomamos el nombre de Dios en vano, (a) por hipocresía, cuando hacemos profesión del nombre de Dios, pero no vivimos de acuerdo con tal profesión. Quienes se refieren al nombre de Cristo, pero no se apartan de la iniquidad, están tomando su nombre en vano; (b) por quebrantar su pacto; si hacemos promesas a Dios, ligando nuestras almas con promesas de cosas buenas y hacederas, pero no cumplimos a Dios nuestros votos, tomamos su nombre en vano (Mt. 5:23); (c) por negligencia, usando el nombre de Dios como un tópico o muletilla, sin objeto ninguno o con mala intención; (d) por falso juramento. Una parte del respeto religioso que los judíos debían tener hacia su Dios era *jurar por su nombre* (Dt. 10:20). Pero le afrentaban, en vez de honrarle, si invocaban su nombre como testigo de una mentira.

B) Un severo castigo: *No le dará Jehová por inocente.* Los magistrados, que castigan otras ofensas, pueden pensar que no les concierne percatarse de esto, porque no parece que perjudique directamente ni a la propiedad privada ni a la paz pública. El pecador puede quizá darse por inocente, pero *Dios no le dará por inocente,* y un día se dará cuenta de cuán *horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo* (He. 10:31).

4. El cuarto mandamiento concierne al tiempo del culto. Hay que servir y honrar a Dios todos los días, pero hay un día entre siete que ha de ser dedicado especialmente a su honor y observado en su servicio.

A) El mandamiento mismo: *Acuérdate del día del sábado para santificarlo* (v. 8). *Y: No hagas en él obra alguna* (v. 10). Leemos que Dios bendijo y santificó el séptimo día desde el principio (Gn. 2:3), de modo que esto no fue el decreto de una nueva ley, sino la confirmación de una ley antigua. (a) Se les dice cuál es el día que deben observar religiosamente—*el sábado, el séptimo día* después de seis días de trabajo—. No está claro si esté séptimo día se computaba a partir de la creación o de la salida de Egipto, lo cierto es que ahora queda incorporado a la ley mosaica. (b) Cómo ha de observarse. *Primero,* como día

de descanso, no habían de hacer ninguna clase de trabajo en sus profesiones y quehaceres seculares en este día. *Segundo,* como día santo puesto aparte para honrar al Dios santo, y para emplearlo en ejercicios santos. Al bendecirlo Dios, lo había hecho santo; al observarlo ellos, lo guardarían santo. (c) Quiénes habían de observarlo: *Tú, tu hijo, tu hija,* etc. No se menciona a la esposa, porque se la supone una misma cosa con el marido en su presencia y en su observancia. Dios toma nota de lo que hacemos, y particularmente de lo que hacemos en el día de descanso, incluso donde nos encontremos como extranjeros. (d) Hay un especial *memorándum* inscrito en este mandamiento: *Acuérdate del día del sábado* (v. 8). Se insinúa con esto que el sábado fue instituido y observado anteriormente. La razón principal de este *memorándum* es que este mandamiento es el único que requiere ser recordado conscientemente por ser el único de naturaleza exclusivamente cultual, no moral, por lo que no está escrito en el corazón del hombre como lo están los demás en su calidad de normas fundamentales de moralidad.

B) Las razones de este mandamiento. (a) Ya tenemos suficiente tiempo para nosotros y nuestros quehaceres en los otros seis días: *Seis días trabajarás* (v. 9), lo cual no es sólo una permisión, sino parte del cuarto mandamiento. Pero el séptimo día es para servir a Dios, y también para obligarnos benévolamente a nosotros mismos a descansar. (b) Es el día del Señor: *Es sábado para Jehová tu Dios,* no sólo instituido por Él, sino también consagrado a Él. (c) Está destinado a ser un recuerdo de la creación del mundo y, por tanto, a ser observado para gloria del Creador. Mediante la santificación del sábado, los judíos declaraban adorar al Dios *que* hizo el Universo y así se diferenciaban de todas las demás naciones, *que* adoraban a dioses hechos por ellos mismos. (d) Dios nos ha dado un ejemplo de descanso, puesto *que Él reposó en el séptimo día* (v. 11). (e) Dios *bendijo y santificó el sábado.* Dios ha puesto en él bendiciones, que nos anima a esperar de Él, si observamos religiosamente ese día. Es *el día que ha hecho el Señor;* no hagamos cuanto podemos para deshacerlo.

Versículos 12–17

Las leyes de la segunda tabla, como se las llama comúnmente, los seis últimos de los Diez Mandamientos, y que comprenden los deberes para con nosotros mismos y para con nuestros prójimos, constituyen así un comentario del segundo gran mandamiento: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.*

I. El quinto mandamiento concierne a las obligaciones que tenemos respecto a nuestros familiares, de las cuales sólo se especifican las de los hijos para con sus padres: *Honra a tu padre y a tu madre* (v. 12). Esto incluye: 1. Respeto a sus personas, apreciándoles interiormente con una estima que se exprese exteriormente en todo tiempo en nuestra conducta. 2. Obediencia a sus mandatos legítimos; así se expone en Efesios 6:1–3: *Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres,* desde un principio de amor. Aunque llegues a decir: *No quiero,* arrepiéntete después y obedece (Mt. 21:29). 3. Sumisión a sus reproches, instrucciones y correcciones; no sólo a los buenos y amables, sino también a los difíciles e impertinentes, por conciencia y en el Señor. Esforzándose en todo por servir de alivio y consuelo a sus padres, haciéndoles llevadera la vejez y manteniéndoles si se encuentran en necesidad, como recalcó especialmente nuestro Salvador al referirse a este mandamiento (Mt. 15:4–6). La razón aneja a este mandamiento es una promesa: *Para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da.* Al comienzo de la segunda tabla, menciona el introducirlos en Canaán. Se promete especialmente a los hijos obedientes una larga vida en esa excelente tierra.

II. El sexto mandamiento concierne a nuestra propia vida y a la del prójimo: *No cometerás homicidio* (v. 13). Es decir, no harás nada injurioso y perjudicial a la salud, libertad y vida, de manera injusta, a tu propio cuerpo o al de cualquier otra persona. No prohíbe matar en una guerra justa, ni en propia defensa, ni en el cumplimiento de una justa sentencia judicial o de Dios mismo, sino todo daño originado por la malicia o el odio a otra persona (pues *todo aquel que aborrece a su hermano es homicida* 1 Jn. 3:15), y toda venganza personal que surja de ahí; también toda furia inconsiderada ante una provocación súbita y todo daño hecho de palabra o de obra, de deseo o de hecho, bajo la pasión, como explica nuestro Salvador refiriéndose a este mandamiento (Mt. 5:22). Es muy de notar la gran diferencia entre los verbos hebreos *qatal* = matar simplemente, con su equivalente fonético castellano *cortar,* que supone la justa supresión de una vida socialmente nociva, y *rasaj* = cometer homicidio, que es el verbo aquí empleado y conecta fonéticamente con *rasgar,* que comporta la idea de injusticia, violencia y crueldad.

III. El séptimo mandamiento concierne a la castidad propia y de nuestro prójimo: *No cometerás adulterio* (v. 14). En Marcos 10:19, son muchos los MSS que ponen en boca del Señor este mandamiento delante del de no cometer homicidio, como si hubiese querido dar a entender que la castidad debería ser más estimada que la vida, pues deberíamos temer el contaminar nuestro entero ser con la impureza tanto o más que la destrucción del cuerpo.

IV. El octavo mandamiento concierne a los bienes nuestros y de nuestro prójimo: *No hurtarás* (v. 15). Este mandamiento prohíbe el robarnos a nosotros mismos nuestro patrimonio mediante un derroche culpable, ya sea gastándolo indebidamente o enajenándolo inconsideradamente, así como el robar a otros de muchas maneras: retirando, a nuestro favor, los antiguos linderos, invadiendo los derechos ajenos, apropiándonos los bienes del prójimo, de su persona, de su casa o campo, por la fuerza o solapadamente, excediéndonos en el precio, disminuyendo en el peso o en la calidad de los artículos, no devolviendo lo prestado o encontrado, no pagando a tiempo justas deudas, rentas o jornales y lo que es peor, robar al público en dinero o beneficios, o en lo que está dedicado al servicio de la religión.

V. El noveno mandamiento concierne a nuestro buen nombre y al de nuestro prójimo: *No hablarás contra tu prójimo falso testimonio* (v. 16). Esto prohíbe: 1. Hablar falsamente en cualquier materia, mentir y planear de cualquier forma el engañar al prójimo. 2. Hablar injustamente de nuestro prójimo, con perjuicio de su reputación. 3. Dar falso testimonio contra él, culpándole de cosas que ignora, difamándole, calumniándole, contando chismes de él, exagerando lo mal hecho y poniéndolo peor de lo que está, y cualquier modo de esforzarse en aumentar la propia reputación a costa de la del prójimo.

VI. El décimo mandamiento ataca a la raíz: *No codiciarás* (v. 17). Los mandamientos anteriores prohibían implícitamente todo deseo de hacer lo que podría ser perjudicial para nuestro prójimo; éste prohíbe todo deseo desordenado de poseer lo que no es nuestro para nuestra propia satisfacción. El apóstol Pablo cuando la gracia de Dios hizo que cayesen las escamas de sus ojos, se dio cuenta de que esta ley, *No codiciarás,* prohibía todos esos deseos y apetitos irregulares que son los comienzos de todo pecado que es cometido por nosotros.

Versículos 18–21

I. El extraordinario terror que acompañó a la proclamación del Decálogo. Estaba destinado a dar una manifestación sensible de la gloriosa majestad de Dios y preparar así las almas para los consuelos del Evangelio. Así fue dada la Ley mediante Moisés de tal manera que humillase a los hombres, para que *la gracia y la verdad que vinieron por medio de Jesucristo* (Jn. 1:17), fuesen mejor acogidas.

II. La impresión que hizo esto en el pueblo: *Viéndolo el pueblo, temblaron y se pusieron de lejos* (v. 18). 2. *Suplicaron que no se les hablase más* (He. 12:19), rogaron que no les hablase Dios, sino por medio de Moisés (v. 19). Con esto se nos enseña también a conformarnos con el método usado por la Infinita Sabiduría, de hablarnos por medio de hombres como nosotros.

III. El ánimo que Moisés les dio, al explicarles lo que Dios se proponía con este terror (v. 20): *No temáis,* esto es, «No penséis que el trueno y el fuego están destinados a consumiros». Estaban destinados: 1. Para ponerlos a prueba, para ver qué les parecía tener que tratar directamente con Dios, sin intervención de un mediador. 2. Para mantenerlos fieles a sus deberes e impedirles pecar contra Dios. Les anima diciendo: *No temáis* y, no obstante, les dice que Dios les ha hablado así *para que su temor esté delante de ellos.* Nuestro temor no debe ser de miedo o de terror, sino de reverencia a la majestad de Dios, de solicitud en no desagradarle, y de obediencia a su autoridad soberana; este temor nos mantendrá siempre alerta en el cumplimiento de nuestros deberes y nos hará circunspectos en todo nuestro caminar.

IV. El progreso de su comunión con Dios por la mediación de Moisés (v. 21). Mientras el pueblo siguió manteniéndose lejos, *Moisés se acercó a la oscuridad.* Dios le hizo acercarse. Hay rabinos que opinan que Dios envió un ángel para que lo tomara de la mano y lo condujera arriba.

Versículos 22–26

Habiendo subido Moisés a la oscuridad espesa *donde estaba Dios*, es decir, donde resplandecía la gloria de Dios tras la nube, le habló Dios a él solo y sin aterrorizarle, diciéndole todo lo que sigue hasta el final del capítulo 23, y que, en su mayor parte, es una exposición de los Diez Mandamientos; todo esto lo tenía que transmitir Moisés al pueblo, primeramente de palabra, y después por escrito. Las leyes que los presentes versículos contienen, se refieren al culto de Dios.

I. Se les prohíbe aquí hacer imágenes para el culto (vv. 22–23).

1. Esta repetición del segundo mandamiento viene aquí muy a punto, para recalcar que para comunicarse con Dios y oír su voz no necesitaban esos medios, como podía inferirse del modo como Dios acababa de hablarles. Así les había hecho una demostración suficiente de su presencia entre ellos; de modo que no necesitaban hacerse imágenes de Él, como si estuviese ausente.

2. Aunque intentaban venerar dichas imágenes como a representaciones de Dios, sin embargo las estaban convirtiendo en rivales de Dios, lo cual Él no estaba dispuesto a tolerar.

II. También se les dan aquí instrucciones sobre el modo de hacer altares para el culto.

1. Han de hacer los altares muy sencillos, de *tierra o* de *piedra sin labrar* (vv. 24–25). Para que no caigan en la tentación de pensar en una imagen esculpida, no deben labrar las piedras de las que vayan a hacer altares, sino apilarlas conforme son al natural. El Talmud explica de este modo la profanación que supone *alzar herramienta* sobre el altar: «El hierro acorta la vida, mientras que el altar la prolonga. La espada, o arma de hierro, es el símbolo de la discordia, mientras que el altar es el símbolo de la reconciliación y de la paz entre Dios y el hombre, y entre el hombre y su prójimo». La sencillez es el mejor ornamento de los servicios externos de la religión, y el culto evangélico no debe celebrarse con pompa exterior. La hermosura de la santidad no necesita coloretes.

2. Han de hacer los altares en bajo (v. 26), de forma que no suban por gradas a ellos. Pensar que cuanto más alto estuviese el altar y más cerca del cielo, tanto más aceptable había de ser el sacrificio, era una necia imaginación de los gentiles, quienes elegían, por ello, lugares altos; en oposición a esto, y para mostrar que Dios se fija, no en la elevación del sacrificio, sino en la del corazón, se les manda aquí hacer los altares en bajo. El texto sagrado especifica también una razón de decencia.

III. Se les asegura también la aceptación benévola, por parte de Dios, de sus sacrificios y devociones, dondequiera que se ofrezcan de acuerdo con la voluntad de Dios (v. 24). En la dispensación actual, en que se anima y exhorta a los hombres a orar en cualquier lugar, esta promesa se cumple en toda su extensión, que, dondequiera que dos o más discípulos de Cristo se reúnen en su nombre para orar y dar culto a Dios, allí está Él *en medio de ellos* (Mt. 18:20). Allí vendrá Él a ellos y les bendecirá, y ya no necesitamos ninguna otra cosa más para la hermosura de nuestras reuniones solemnes.

CAPÍTULO 21

Las leyes mencionadas en este capítulo se refieren a los mandamientos quinto y sexto. Y aunque no forman parte de la legislación del Evangelio ni nos conciernen los castigos anejos a su infracción, son sin embargo de gran utilidad para la explicación de la ley moral y de las normas de la justicia natural.

Versículos 1–11

El versículo 1 es el título general de las leyes contenidas en este capítulo y en los dos siguientes. La mayoría de ellas se refieren a asuntos entre un hombre y su prójimo. Estas leyes se llaman también *juicios*, porque están ideadas y compuestas con infinita sabiduría y equidad, y porque los magistrados habían de dictar sentencia de acuerdo con ellas. Dios las dio en privado a Moisés, para que él las comunicase al pueblo. Comienza con las leyes concernientes a los siervos, y ordena una actitud misericordiosa y moderada hacia ellos.

I. Es la primera una ley concerniente a los siervos varones, vendidos, por sí mismos o por sus padres, a causa de pobreza, o por los jueces, por causas criminales; pero incluso éstos (si eran hebreos) no podían continuar en esclavitud más de siete años. Al final de los siete años, el siervo había de quedar libre (vv. 2–3), a no ser que él escogiera con toda libertad permanecer en servidumbre.

1. Mediante esta ley, Dios enseñaba: (A) A los siervos hebreos, generosidad y un noble afán de libertad, porque eran libres para Jehová. También los cristianos, al haber sido *comprados por precio, y llamados a libertad,* no deben ser esclavos de los hombres, ni de las concupiscencias humanas (1 Co. 7:23). También enseñaba: (B) A los amos hebreos a no pisotear a sus pobres siervos.

2. Esta ley nos sirve además para ilustrar el derecho que Dios tiene sobre los hijos de los padres creyentes, como tales, para que sean criados de acuerdo con los principios expresados en su Palabra.

II. Hay también ley concerniente a las siervas, a quienes sus padres hayan vendido, por causa de extrema pobreza, cuando eran muy jóvenes, a quienes ellos esperaban que las habían de tomar por esposas cuando fuesen mayores; si no lo hacían así no debían venderlas a extraños sino más bien buscar el mejor modo de compensarlas por su desilusión; y si lo hacían, habían de mantenerlas como es debido (vv. 7–11).

Versículos 12–21

I. Ley concerniente al homicidio. Había dicho en el Decálogo; *No cometerás homicidio* (20:13). 1. Ahora especifica: *El que hiera a alguno, haciéndole así morir, él morirá* (v. 12). Éste es el castigo de homicidio voluntario. 2. Pero cuando el homicidio es involuntario, Dios provee ciudades de refugio para proteger a quienes, por un desgraciado accidente, pero sin intención culpable, ocasionaron la muerte de otra persona (v. 13). En cuanto a nosotros que no conocemos más vengadores de sangre que los magistrados, la ley sola es un santuario suficiente.

II. Ley concerniente a los hijos descastados. Han de ser castigados con la pena capital los hijos que hieran a sus padres (v. 15) o los maldigan (v. 17). La mala conducta de los hijos hacia sus padres es una gran provocación contra Dios nuestro Padre común y, si los hombres no la castigan, Dios no la dejará sin castigo.

III. Ley concerniente al robo de personas (v. 16): *El que robe una persona,* con el propósito de venderla a un gentil (porque ningún israelita la compraría), había de morir en virtud de esta disposición.

IV. Se toman las medidas necesarias para que se compense debidamente a quien se haya hecho daño personal, aunque no se haya seguido muerte (vv. 18–19). El que haya causado el daño debe pagar, no sólo por los gastos de la curación, sino también por la pérdida de ingresos a causa del tiempo en que estuvo sin poder trabajar.

V. Se dan instrucciones sobre lo que debe hacerse cuando muere un siervo a consecuencia del correctivo impuesto por su amo. Si muere bajo la mano del amo, éste será castigado por su crueldad, a discreción de los jueces, después de considerar todas las circunstancias (v. 20). A primera vista, esta ley parece cruel; pero bueno será tener en cuenta las siguientes observaciones: 1. Se trata de esclavos gentiles, mayormente cananeos. 2. El Targum observa que tales amos, bajo cuya mano muere el siervo, debían ser decapitados a espada. Al ser estimados como *propiedad (dinero,* dice el hebreo aquí) del amo, éste sale perdiendo si se le muere el siervo; de donde se colige que no tuvo intención de matarlo cuando le castigó.

Versículos 22–36

I. La solicitud que la ley tiene en favor de las mujeres embarazadas, para que no se les ocasione ningún daño que pueda provocar el aborto. A propósito de esto, se menciona aquella ley del talión, a la que se refiere nuestro Salvador (Mt. 5:38): *Ojo por ojo,* etcétera. De paso, digamos que la frase *sin haber muerte* se refiere, como es obvio, a la mujer. Así lo dice expresamente el Targum, el cual añade normas sobre el precio que se ha de pagar por la muerte de la criatura. Sobre la ilicitud y gravedad del aborto

voluntario, la Palabra de Dios insinúa lo suficiente al declarar que la vida humana tiene ya su destino y planificación por parte de Dios en el embrión mismo que se forma en el vientre de la madre a partir de la concepción (Sal. 139:16). En cuanto a la ley del talión, nótese: 1. Se trata, en realidad, de una compensación equitativa. 2. La ejecución de esta ley no estaba en manos de particulares. 3. Dios mismo la ejecuta a veces, en el curso de su Providencia, para castigar ciertos pecados (Jue. 1:7; Is. 13:1; Hab. 2:13; Mt. 26:52). 4. Los magistrados deberían tener en cuenta esta ley al castigar a los ofensores, para hacer justicia a los damnificados. Hay que tomar en consideración la naturaleza, cualidad y grado del daño hecho, a fin de que se repare convenientemente a la parte injuriada, y se intimide a los demás para que no cometan cosas semejantes.

II. El cuidado que Dios tenía de los siervos. Si sus amos les mutilaban de cualquier modo, aunque sólo fuese con la pérdida de un diente, ya era suficiente razón para que quedasen obligados a darle la libertad (vv. 26–27).

III. *¿Acaso tiene Dios cuidado de los bueyes?*—se pregunta Pablo en 1 Corintios 9:9—. Parece ser que sí, por las siguientes leyes que establece en este capítulo, aunque, como sigue diciendo Pablo en el versículo siguiente, lo hace *por causa de nosotros,* puesto que *el hombre* es el que ara y trilla, aunque se valga de los bueyes como de instrumentos de trabajo. Aquí se les dan a los israelitas instrucciones de lo que tienen que hacer:

1. En caso de daño ocasionado por bueyes o cualesquiera otras bestias domésticas. (A) Como ejemplo del cuidado que Dios tiene de la vida humana. Si un buey mataba a una persona: hombre, mujer o criatura, el buey había de ser *apedreado* (v. 28). De esta manera quería Dios tener bien arraigado en la mente de su pueblo el odio al pecado de homicidio y a toda cosa inhumana. (B) Para hacer que los hombres tuviesen buen cuidado de que ninguna bestia de su ganado hiciese daño, sino que, por todos los medios posibles, se evitase cualquier perjuicio.
2. En el caso de daño ocasionado a bueyes u otras bestias del ganado. (A) Si cae dentro de un pozo y muere allí, el que cavó el pozo debe resarcir al dueño (vv. 33–34). El daño que se hace por malicia es una gran culpa; pero el que se ocasiona por negligencia no está libre de culpabilidad. (B) Si dos bestias luchan entre sí, y la una mata a la otra, los respectivos dueños compartirán igualmente la pérdida (v. 35). En el desierto, donde acampaban muy cerca los unos de los otros, casos como éstos es natural que ocurriesen con alguna frecuencia.

CAPÍTULO 22

Las leyes de este capítulo se refieren al octavo y al séptimo mandamiento, así como a ciertas cosas que afectan a la primera tabla de la Ley, y termina con el establecimiento de otras leyes humanitarias.

Versículos 1–6

Tenemos leyes:

I. Sobre el robo, que son éstas: 1. Si alguien roba alguna cabeza de ganado (en lo que consistía principalmente la riqueza de aquel tiempo), y es encontrada en su poder, *pagará el doble* (v. 4). 2. Si había matado o vendido la oveja o el buey que había robado, y persistía así en su crimen, tenía que *pagar por aquella oveja cuatro ovejas, y por aquel buey cinco bueyes* (v. 1). 3. Si no tenía medios con que restituir, él mismo tenía que ser vendido como esclavo (v. 3). 4. Si un ladrón forzaba la entrada de una casa por la noche y, hallándolo *in fraganti,* le herían de muerte, el que lo mató quedaba libre de culpa.

II. En cuanto a la transgresión de propiedades (v. 5), el que voluntaria y conscientemente metía su bestia a pastar en campo ajeno, tenía que restituir de lo mejor de su campo.

III. En cuanto al daño ocasionado por incendio (v. 6), si alguien intentaba quemar sólo espinos, pero el fuego se propagaba hasta incendiar mieses contiguas, era tenido por culpable y había de pagar lo quemado. No sólo la malicia, sino también la negligencia, merece su castigo.

Versículos 7–15

I. Con respecto a los depósitos (vv. 7–13), si alguien daba a guardar a otro cualquier clase de bienes, en caso de que estos bienes se perdiesen o fuesen robados quedasen destruidos o dañados, si quedaba claro de que no había sido culpa de la persona a quien habían sido confiados el amo es el que tenía que soportar el daño; pero si había sido por malicia o negligencia del depositario, tenía que resarcir al dueño por el daño causado. Esto nos enseña: 1. Que es inicuo y vil, y tenido por todo el mundo como algo vergonzoso, traicionar la custodia de un depósito. 2. Que hay tal carencia de justicia y honradez en la tierra, como para dar pie a sospechar de la honradez de una persona cuando le interesa comportarse sin escrúpulos. 3. La práctica religiosa del juramento es algo muy antiguo y es una clara indicación de la creencia universal en un Dios, en una Providencia, y en un juicio venidero.

II. En cuanto a los préstamos (vv. 14–15), si, por ejemplo, un hombre prestaba a otro una bestia y a ésta le sucedía cualquier percance, el que la había recibido en préstamo había de resarcir al amo, si éste se la había prestado gratis; pero si el amo estaba presente cuando sucedió el percance, o había prestado la bestia a cambio de dinero, él asumía el riesgo de lo que ocurriera.

Versículos 16–24

I. Aquí se da una ley por la cual, quienquiera que violase a una doncella, quedaba obligado a casarse con ella (vv. 16–17). De esta manera, las doncellas quedaban libres de una ignominia a causa de una debilidad por su parte y de un crimen por parte del varón. Esto nos enseña también, de rechazo, la inconveniencia de casarse sin el consentimiento o el consejo de los padres.

II. También hay otra ley por la que se castiga la hechicería con pena de muerte.

III. Las abominaciones sexuales contra naturaleza han de ser castigadas también con la pena capital. Quienes se rebajen hasta aparearse con animales no son dignos de continuar con vida: *Cualquiera que cohabite con bestia, morirá* (v. 19).

IV. También la idolatría es penada con la muerte (v. 20).

V. Viene ahora una amonestación seria contra la opresión del prójimo. Comoquiera que los que tenían poderes legales para castigar los crímenes, estaban ellos mismos expuestos al peligro de cometer éste, Dios toma en sus propias manos el castigo de él.

1. No había que maltratar ni ultrajar al extranjero (v. 21), haciéndole injusticia en juicio, ni imponerle contratos a la fuerza ni aprovecharse de su ignorancia o de su necesidad; no, ni habían de mofarse de ellos, ni vituperarlos, ni tratarlos con desprecio ni atropellarlos por el hecho de ser extranjeros. (A) Que una conducta humanitaria es obligatoria, no sólo por ley de humanidad, sino por precepto de religión. Los que son extranjeros para nosotros, no lo son para Dios, y Él cuida de ellos (Sal. 146:9). (B) Quienes profesan sinceramente la religión deben favorecer a los extraños, para que éstos reciban una buena impresión acerca de la religión.

2. Tampoco se ha de oprimir ni maltratar a las viudas y a los huérfanos (v. 22): *A ninguna viuda ni huérfano afligiréis,* es decir, les consolaréis y asistiréis. Es menester percatarse de la situación en que quedan quienes han perdido a las personas en quienes tenían su apoyo y protección (v. Stg. 1:27). Es un gran consuelo para quienes sufren la opresión de los hombres, saber que tienen un Dios a quien acudir para recibir de Él algo más que buen oído o buenas palabras.

Versículos 25–31

I. Una ley contra la extorsión en los préstamos. Esta ley, en su sentido estricto, parece haber sido propia del Estado judío; pero, en su sentido de equidad, nos obliga a todos a mostrar compasión hacia aquellos de quienes podríamos aprovecharnos, y a estar contentos con compartir lo mismo las pérdidas que los beneficios. Tan legítimo aparece recibir interés por mi dinero cuando otra persona lo usa y se toma el trabajo de sacarle provecho, y se arriesga también a perder en el negocio, como legítimo es recibir renta por mi finca, en la que otra persona se esfuerza por sacarle rendimiento, y corre también los riesgos que la agricultura comporta. No se debe tomar en prenda el vestido del pobre, pero, si se da el caso, es menester devolverlo antes de la hora de acostarse, porque con él se ha de cubrir (vv. 26–27).

II. Otra ley contra el desprecio a la autoridad: *No injuriarás a los jueces* (el hebreo dice *dioses*, conforme al Sal. 82:6; Jn. 10:34) por cumplir con su cargo haciendo justicia en la ejecución de estas leyes; ellos han de cumplir con su deber, quienquiera que sea el que pague las consecuencias.

III. Ley concerniente a la ofrenda de los primeros frutos a Dios (vv. 29–30). Fue establecida anteriormente (cap. 13), y se repite aquí: *Me darás el primogénito de tus hijos;* y mucha más razón tenemos para darnos a nosotros mismos, y todo cuanto poseemos, a Dios, quien *no eximió ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros* (Ro. 8:32). Tampoco deben demorar la ofrenda de las *primicias de la cosecha y del lagar*. Dios quiere para sí lo primero y lo mejor, para que sus bendiciones desciendan más ricamente sobre nosotros. Por eso, los jóvenes no deben demorar el ofrecer a Dios las primicias de su tiempo y de su vigor juvenil.

IV. Como pueblo de Dios, del Dios tres veces santo los israelitas han de diferenciarse de los demás pueblos: *Me seréis varones santos* (v. 31); una de las señales de esta honrosa diferencia se establece en un detalle de su dieta alimenticia: *No comáis carne destrozada por las fieras;* no sólo porque era malsano sino también porque era mezquino y miserable, comerse las sobras de las fieras del campo.

CAPÍTULO 23

Este capítulo continúa y concluye los decretos promulgados en la primera sesión (por decirlo de alguna manera) del monte Sinaí. Tenemos aquí leyes que se refieren al noveno mandamiento. Otras se refieren al sábado y a las fiestas anuales. Finalmente, Dios promete proteger a su pueblo, bajo condición de obediencia y les amonesta contra los peligros de mezclarse con los pueblos de la tierra en la que los va a introducir.

Versículos 1–9

I. Cauciones que han de observarse en los procedimientos judiciales.

1. Se previene a los testigos a que no causen la condenación de un inocente mediante un falso testimonio contra él, ya sea admitiendo una calumnia acerca de él, ya jurando en falso como testigos del juicio contra él (v. 1). Dar falso testimonio bajo juramento, lleva consigo la culpa de mentir, perjurar, perjudicar maliciosamente, robar, y hasta de cometer homicidio, pues todo eso implica a veces. Escasamente se puede encontrar un acto de perversidad del que una persona sea culpable con una mayor combinación de villanías que las que comporta el jurar en falso ante los tribunales. Con todo, la primera parte de esta prevención se aplica del mismo modo a cualquier conversación, puesto que la calumnia y la detracción son una especie de falso testimonio. La reputación de una persona está a merced de cualquier tertulia, tanto como su fortuna o su vida lo está a merced de un juez o de un jurado; así que quien levanta, o extiende, un falso rumor (y aun una noticia verdadera, pero secreta) contra su prójimo, peca contra las leyes de la verdad, la justicia y la caridad, tanto como un testigo falso.

2. A los jueces se les advierte aquí que *no perviertan el derecho* (v. 6). (A) No se deben dejar dominar, ni por la fuerza ni por el número, para ir contra su conciencia al dictar sentencia (v. 2). Los más jóvenes votaban primero, para no ser influidos ni dominados por la autoridad de los mayores. Debemos mirar a nuestro deber, no a lo que haga la mayoría, porque hemos de ser juzgados por nuestro Señor, no

por nuestros consiervos, y es demasiada condescendencia el estar dispuestos a ir al Infierno por no desairar a un grupo. ¡Cuán cierto es aquello de que UNO CON DIOS, YA ES MAYORÍA! (B) No deben pervertir el derecho, no, ni siquiera por favorecer a un pobre, por cuanto los derechos de la justicia están por encima de los de la compasión (v. 3). Deben temer y ahuyentar hasta el pensamiento de apoyar o favorecer una causa injusta (v. 7), pues los jueces tendrán que dar cuenta al Supremo Juez. (C) No deben oprimir al extranjero (v. 9). Aunque los extranjeros no hayan de heredar la tierra juntamente con ellos, sin embargo se les debe hacer justicia para que disfruten de lo suyo en paz y se les resarza por los daños recibidos, aun cuando sean ajenos a la ciudadanía de Israel.

II. Preceptos concernientes a la amabilidad con los vecinos. Debemos estar dispuestos a hacer un favor a cualquiera, según se presente la ocasión, incluso a quienes nos odien y nos hayan hecho mal (vv. 4–5). El mandamiento de amar a nuestros enemigos no es *nuevo,* sino que es un *antiguo* mandamiento (Pr. 25:21–22). De donde inferimos que lo de *«aborrecerás a tu enemigo»* (Mt. 5:43) no era un mandamiento divino, sino un *«precepto de hombres»* (Mr. 7:7) y una distorsión de Deuteronomio 23:6. Ahora bien: 1. Si hemos de hacer un favor a un enemigo, mucho más a un amigo. 2. Si ya es pecado no impedir la pérdida o el daño de un enemigo, ¡cuánto peor será ocasionarle directamente el daño o la pérdida! 3. Si es nuestro deber hacer volver el ganado de nuestro vecino cuando se haya extraviado, mucho más debemos esforzarnos, con nuestras admoniciones prudentes y nuestras instrucciones oportunas hacer volver a ellos mismos, cuando se hayan extraviado por cualquier sendero pecaminoso (Stg. 5:19–20). Y, si hemos de poner nuestro empeño en ayudar a un asno que se haya caído, mucho más nos hemos de estorbar en ayudar a levantarse a un espíritu decaído, con el consuelo y el poder que da el Espíritu de Dios y la oración ferviente y confiada.

Versículos 10–19

I. La institución del año sabático (vv. 10–11). En cada séptimo año, la tierra había de descansar, no debía ararse ni sembrarse al comienzo del año, y entonces no podían esperar gran cosecha al final del año. Esto tenía por objetivo: 1. Mostrar qué tierra tan fértil era aquella en que Dios les introducía. 2. Recordarles la dependencia que tenían del gran dueño de la tierra, y la obligación de usar los frutos de la tierra del modo que Él les indicase. Después vemos que la desobediencia a este mandamiento ocasionó la pérdida de las promesas (2 Cr. 36:21). 3. Enseñarles a confiar en la Providencia de Dios.

II. La repetición de la ley del cuarto mandamiento en lo concerniente al descanso semanal (v. 12). Algunos se han esforzado en acabar con la observancia del día de reposo, y han intentado demostrar que todos los días deben ser días de reposo.

III. Se prohíbe aquí estrictamente toda clase de respeto a los dioses de los gentiles (v. 13). Se antepone a esto una advertencia general, que es aplicable a todos estos preceptos: Y *todo lo que os he dicho, guardadlo.*

IV. Se requiere también estrictamente aquí la solemne celebración de fiestas en honor de Dios en el lugar que Él ha de escoger (vv. 14–17). Tres veces al año, todos los varones han de reunirse en santa convocación. Han de presentarse *delante de Jehová el Señor* (v. 17) para rendirle homenaje. *No se presentarán delante de Dios con las manos vacías* (v. 15). Debían traer alguna ofrenda voluntaria. Así como ellos no debían acudir con las manos vacías tampoco nosotros podemos acudir a rendir culto a Dios con los corazones vacíos; nuestras almas deben estar llenas de gracia, de sentimientos piadosos y devotos, de santos deseos hacia Él y de una vida totalmente dedicada a su servicio. Las tres fechas fijadas para su asistencia religiosa, en primavera, verano y otoño respectivamente, eran la Pascua, Pentecostés y la Fiesta de los Tabernáculos.

V. Se dan también aquí algunas normas acerca de las tres fiestas, aunque no tan detalladamente como se verá después. 1. En cuanto a la Pascua, no se había de ofrecer con pan fermentado, ni había de quedar la grosura de la víctima hasta la mañana siguiente, para no resultar ofensiva (v. 18). 2. En Pentecostés, al comienzo de la cosecha, tenían que traer a Dios *las primicias de los primeros frutos,* con cuya presentación toda la cosecha quedaba santificada (v. 19). 3. En la fiesta de la recolección, cuando se

acababan de recoger los frutos de la tierra (v. 16), debían dar gracias a Dios por los beneficios recibidos en la cosecha, y no pensar en recibir ningún beneficio mediante los usos supersticiosos de los gentiles, entre los que quizá figuraba el *guisar el cabrito en la leche de su madre,* al que aquí se alude (v. 19). Parece ser que algunos gentiles practicaban esto, y rociaban después con el caldo de tal guiso sus campos y sus huertos, con fórmulas mágicas, a fin de obtener de sus dioses mejores cosechas aún para los próximos años. Seguramente es por oponerse a esta práctica por lo que los rabinos establecieron la prohibición de tomar juntamente carne y leche en cualquier forma (incluido el queso).

Versículos 20–33

Tres magnánimas promesas se hacen aquí a Israel, para animarles a cumplir sus deberes para con Dios.

I. Se les promete que serán guiados y guardados por un ángel en su peregrinación por el desierto hasta la tierra prometida: *He aquí yo envío mi ángel delante de ti* (v. 20), *porque mi ángel irá delante de ti* (v. 23). Algunos opinan que se trata de un ángel creado, ministro de la providencia de Dios, empleado en conducir y proteger el campamento de Israel. Otros opinan que se trata del Hijo de Dios, el ángel del pacto, el gran mensajero del Padre, nuestro adorable Redentor, antes de su Encarnación. Pero también podría referirse simplemente a Moisés, fiel mensajero de Dios y mediador del pacto. Se les promete que este ángel les ha de guardar y conducir a la tierra prometida que Dios les ha señalado. De manera semejante, Cristo nos conduce a la verdadera Tierra Prometida, que es la celestial (He. 11:13–16), a la que el Señor ha ido para prepararnos un lugar (Jn. 14:2–3).

II. También se les promete que tendrán un cómodo asentamiento en la tierra de Canaán. 1. Cuán razonables son las condiciones de esta promesa: sólo que sirvan a su Dios, que por cierto, es el único Dios verdadero. 2. Cuán llenos de bendiciones son los detalles de esta promesa: (A) La sanidad de sus alimentos: *Él bendecirá tu pan y tus aguas* (v. 25). (B) La conservación de su salud: *Yo quitaré toda enfermedad de en medio de ti,* protegiéndolos de las enfermedades o curándolos inmediatamente. (C) El incremento de sus bienes. Sus ganados no serán estériles. (D) Gran longevidad: *Yo completaré el número de tus días,* de modo que no serán arrebatados de esta vida por muerte prematura. De este modo, la santidad tenía promesa de vida, aun de la presente.

III. Se les promete igualmente que conquistarán y subyugarán a sus enemigos, los que entonces ocupaban la tierra de Canaán, que habían de ser expulsados de allí para dejarles sitio. Huestes de avispas abrirán paso a las huestes de Israel; Dios puede usar tan insignificantes criaturas para castigar a los enemigos de su pueblo, como lo hizo en las plagas de Egipto. Cuando a Dios place, lo mismo pueden expulsar a los cananeos las avispas que los leones (Jos. 24:12). El precepto anejo a esta promesa es que no habían de entablar ninguna amistad, ni tener ninguna familiaridad, con idólatras (vv. 32–33). Los idólatras no pueden habitar con ellos en la misma tierra, a no ser que renuncien a su idolatría. Quienes deben ser guardados de malos derroteros, deben ser guardados de malas compañías.

CAPÍTULO 24

Moisés baja al pueblo y les comunica los preceptos y leyes de Dios, obtiene el consentimiento de los israelitas, y ratifica después el pacto por medio de un sacrificio. Vuelve a Dios para recibir nuevas instrucciones, esta vez acompañado de Aarón, Nadad, Abiú y setenta ancianos, a quienes Dios se manifiesta en su gloria. Luego, Moisés sube solo a la cima y los demás descienden al pueblo. Moisés permaneció en el monte cuarenta días y cuarenta noches.

Versículos 1–8

Moisés recibe la orden de traer consigo a Aarón, a dos de sus hijos y setenta ancianos de Israel, para que sean testigos de la gloria de Dios, y su testimonio confirme la fe del pueblo. Todos ellos deben hacer reverencia *desde lejos* (v. 1).

En los versículos siguientes, tenemos el solemne pacto hecho entre Dios e Israel, y el intercambio de ratificaciones.

I. Moisés comunicó al pueblo las palabras de Dios (v. 3). Les expuso todos los preceptos, generales y particulares, que se detallan en los capítulos anteriores; luego les pidió su consentimiento para someterse a estas leyes.

II. El pueblo dio su consentimiento unánime a los términos propuestos, sin reserva ni excepción: *Haremos todas las palabras que Jehová ha dicho* (v. 3).

Éste es el tenor del pacto: Que, si observaban los preceptos antedichos, Dios les cumpliría también las promesas referidas: «Obedece, y serás feliz».

1. Cómo fue copiado en el libro del pacto: *Moisés escribió todas las palabras de Jehová* (v. 4).

2. Cómo fue sellado con la sangre del pacto, para que Israel recibiera gran consuelo al ratificarles Dios sus promesas, y quedasen bajo graves obligaciones al ratificarle ellos sus promesas a Dios. El pacto ha de celebrarse con sacrificio (Sal. 50:5), porque, puesto que el hombre ha pecado y ha perdido el favor del Creador, no puede haber comunión mediante pacto, mientras no haya primero reconciliación mediante sacrificio.

(A) Como preparación, pues, (a) Moisés erige un altar para honor de Dios, que era el principal objetivo en todos los altares que se erigían, y que era también lo primero que había de tenerse en consideración en el pacto que ahora iban a sellar. (b) Erige doce pilares de acuerdo con el número de las tribus. Estos pilares habían de representar al pueblo, que era la otra parte del pacto; y podemos suponer que estaban frente al altar y que Moisés, como mediador, pasaba por entre ellos. Es probable que cada tribu fijase y conociese su propio pilar, y que sus ancianos estuviesen en pie junto a él. (c) Ordenó también los sacrificios que habían de ofrecerse sobre el altar (v. 5), holocaustos y sacrificios de paz, que estaban destinados a ser también expiatorios.

B) Hechos así los preparativos, se llevaron a cabo las solemnes y recíprocas ratificaciones. (a) Parte de la sangre del sacrificio que el pueblo ofreció, fue rociada sobre el altar (v. 6), lo cual significaba que el pueblo se dedicaba a sí mismo (sus vidas sus bienes) a Dios y a su honor. (b) El resto de la sangre del sacrificio que Dios había aceptado, fue rociada o sobre el pueblo mismo (v. 8), o sobre los pilares que lo representaban, lo cual significaba que Dios les otorgaba benévolamente su favor. Así también nuestro Señor Jesús, el Mediador de un nuevo pacto (de quien era tipo Moisés), habiéndose ofrecido a sí mismo en sacrificio sobre la Cruz, para que su sangre fuese verdaderamente la sangre del pacto, rocía con ella el altar en su intercesión (He. 9:12), y rocía con ella a su Iglesia mediante su Palabra, sus ordenanzas, sus gracias y las operaciones del Espíritu de la promesa, por quien hemos sido sellados (Ef. 1:13). Él mismo parece haber aludido a esta solemnidad cuando, en la institución de la Cena del Señor, dijo: *Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre.* Compárese con Hebreos 9:19–20.

Versículos 9–11

Dios da aquí a los representantes del pueblo una prenda especial de su favor hacia ellos, y les admite a su presencia más cerca de lo que podían haber esperado. 1. Vieron de alguna manera al Dios de Israel (v. 10), es decir, tuvieron cierta vislumbre de su gloria, en luz y fuego, aunque no vieron ninguna imagen o semejanza de Él, *a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver* (1 Ti. 6:16). La *Septuaginta* dice que vieron el lugar donde el Dios de Israel estaba, algo que les indicó la presencia de Dios, pero no su semejanza; cualquiera que fuese el objeto que vieron, ciertamente no era algo de lo que podía hacerse una copia en pintura o escultura, aunque fue lo suficiente para satisfacerles, asegurándoles que Dios estaba de verdad con ellos. Sólo se describe lo que había bajo sus pies; porque todas nuestras concepciones de Dios están muy por debajo de Él, y quedan infinitamente distantes de todo lo que podría darnos de Él una idea propia y adecuada. Vieron al pie de su gloria, como pedestal, algo así *como un embaldosado de zafiro,* del color del cielo cuando está sereno (v. Ez. 1:26; Ap. 4:3). 2. *Mas no extendió su mano sobre los príncipes de los hijos de Israel* (v. 11). Aunque eran hombres, el resplandor de la gloria de Dios no les hirió, sino

que pudieron contemplarlo indemnes. 3. *Vieron a Dios, y comieron y bebieron.* Comieron del sacrificio que había servido para la ratificación del pacto, tras haber disfrutado de la comunión con Dios (aunque a distancia), y vieron sus vidas preservadas y su vigor y ánimo aumentados.

Versículos 12–18

Terminada la solemne ceremonia de sellar el pacto, Dios llama a Moisés para darle nuevas instrucciones.

I. Sube al monte, y allí permanece por seis días a cierta distancia. *Sube a mí … y te daré tablas de piedra, y la ley, y mandamientos que he escrito para que les enseñes* (v. 12). Al recibir estas órdenes: 1. Puso a Aarón y a Hur como jueces en su ausencia para guardar la paz y el buen orden en la congregación (v. 14). 2. Tomó consigo a Josué para subir al monte (v. 13). Josué era su ayudante, y sería para Moisés una gran satisfacción tenerle consigo como compañero durante los seis días que iba a pasar en la falda del monte, antes que Dios le llamase para subir. Por otra parte, Josué iba a ser su sucesor, y por eso fue honrado delante del pueblo, más que el resto de los ancianos, a fin de que posteriormente lo aceptasen con mayor facilidad por líder de todos; y así fue preparado para el servicio siendo adiestrado en la comunión con Dios. 3. Durante los seis días, el monte estuvo cubierto por una nube, señal visible de la especial presencia de Dios allí, y durante esos seis días, Moisés estuvo en el monte esperando la llamada a la audiencia de Dios dentro de la cámara secreta (vv. 15–16).

II. Al séptimo día, probablemente en sábado, Moisés fue llamado a entrar en la nube (v. 16). Ahora bien: 1. Por encima de la nube, y a la vista del pueblo, la gloria de Dios se manifestó *en forma de fuego* (v. 17). 2. La entrada de Moisés en la nube fue maravillosa: *Entró Moisés en medio de la nube* (v. 18), seguro de que quien le había llamado, también le protegería. 3. Su permanencia en la nube no fue menos maravillosa, estuvo allí *cuarenta días y cuarenta noches.* Cuando Moisés fue llamado a entrar en la nube, dejó fuera a Josué, quien continuó allí comiendo y bebiendo cada día mientras esperaba el regreso de Moisés, pero Moisés ayunó los cuarenta días.

CAPÍTULO 25

En este capítulo comienza el relato de las órdenes e instrucciones que dio Dios a Moisés en el monte para erigir y amueblar el tabernáculo que había de ser levantado en honor de Dios.

Versículos 1–9

Podemos suponer que cuando Moisés entró en medio de la nube y permaneció allí por tan largo tiempo, vería y oiría cosas muy gloriosas referentes al mundo superior, pero eran cosas que no está permitido ni es posible expresar.

En estos versículos, Dios hace saber a Moisés su intención de que los hijos de Israel le construyan un santuario, pues tenía el propósito de *habitar en medio de ellos* (v. 8). Dios había escogido al pueblo de Israel. Como Rey de Israel, les había dado ya leyes para su gobierno y para el comportamiento comunitario, con algunas normas generales para el culto.

I. Ordena que se levante en medio de ellos un palacio real como cámara suya; aquí se le llama *santuario, o lugar santo, o habitación,* y de él se dice (Jer. 17:12): *Trono de gloria, excelso desde el principio, es el lugar de nuestro santuario.* Este santuario ha de ser considerado:

1. Como ceremonial, en consonancia con las demás instituciones de aquella dispensación, que consistían en ordenanzas carnales (He. 9:10) de ahí que se le llame *santuario terrenal o mundano* (gr. *kosmikón*; He. 9:1). (A) Allí manifestó su presencia entre ellos, en señal o prenda de su presencia, para que, mientras tenían dicho santuario en medio de ellos, no volviesen a preguntar jamás: *¡Está Jehová en medio de nosotros o no!* Y, como en el desierto ellos vivían en tiendas de campaña, también se les ordenó

que este palacio real fuese igualmente una tienda de campaña o tabernáculo, para poder trasladarse juntamente con ellos. (B) Ordenó a sus súbditos que viniesen aquí a rendirle homenaje y tributo. Aquí debían traer sus ofrendas y sacrificios, y aquí debía congregarse todo Israel, para presentar conjuntamente sus respetos al Dios de Israel.

2. Como típico; los lugares santos hechos con mano de hombres eran *figura del verdadero* (He. 9:24). El cuerpo de Cristo en el cual y por medio del cual hizo la reconciliación era el *más amplio y más perfecto tabernáculo* (He. 9:11). *El Verbo se hizo carne y habitó* (gr. *eskénosen* = puso su tienda de campaña) *entre nosotros* (Jn. 1:14), como en un tabernáculo.

II. Cuando Moisés fue encargado de erigir este palacio, fue preciso que primero se le mostrase dónde había de encontrar los materiales y el modelo o plano del mismo.

1. El pueblo mismo se había de encargar de subvencionar el mobiliario, no mediante un impuesto, sino por contribución voluntaria.

A) *Di a los hijos de Israel que tomen para mí ofrenda* (v. 2). Puesto que vivimos por Él, debemos vivir para Él.

B) Esta ofrenda ha de ser voluntaria y de corazón. Debemos preguntarnos, no sólo: «¿Qué debemos hacer?», sino: «¿Qué podemos hacer por Dios?»

C) Se mencionan también aquí en detalle los objetos que debían ofrecer (vv. 3–7); todos ellos, cosas para el uso del santuario. Algunos hacen notar que había objetos de oro, plata y bronce pero no de hierro, por ser éste un metal de guerra, y este santuario había de ser casa de paz.

2. Dios mismo proveyó el modelo: *Conforme a todo lo que yo te muestre* (v. 9).

Versículos 10–22

Lo primero que Dios da es orden de construir el Arca con sus accesorios, el mobiliario del lugar santísimo, y la señal especial de la presencia de Dios, ya que el tabernáculo había de ser erigido como receptáculo de dicha presencia.

I. El Arca misma era una caja o cofre, en el que habían de quedar depositadas con todo honor y guardadas con todo esmero las dos tablas de la Ley. Sus medidas habían de ser: aproximadamente 1, 12 m. de largo por unos 0, 67 de ancho y otro tanto de altura. Estaba cubierta con láminas de oro puro por dentro y por fuera. Tenía en derredor una cornisa de oro, y en los extremos cuatro anillos también de oro por los que habían de introducirse las varas con que transportarla. Siendo el oro símbolo de pureza y santidad (al par que de nobleza), el hecho de que el Arca estuviese cubierta de oro por dentro y por fuera daba a entender que Dios exigía la santidad del corazón no menos que las apariencias exteriores. Como decían los romanos: La mujer del César no sólo ha de ser honesta, sino que ha de parecerlo. Dentro del Arca había de estar el *testimonio* (vv. 10–16). Las tablas de la Ley se llaman *el testimonio*, por ser evidencia del pacto que Dios había sellado con Israel al promulgar el Decálogo. También el Evangelio de Cristo es constituido en testimonio (Mt. 24:14). Es de observar: 1. Que las tablas de la Ley habían de ser guardadas cuidadosamente en el Arca, a fin de enseñarnos el aprecio que hemos de tener de la Palabra de Dios, especialmente de su santa Ley, y el afecto con que hemos de guardarla en lo profundo de nuestro corazón y en nuestros pensamientos más íntimos, así como el Arca fue colocada en el Lugar Santísimo. 2. Que el Arca era la principal señal de la presencia de Dios, lo cual nos enseña que la primera y mayor evidencia y seguridad del favor de Dios es poner su ley dentro del corazón. Dios habita y reina donde su ley gobierna (He. 8:10). 3. Que Dios proveyó al Arca de accesorios para ser transportada con ellos en todos sus traslados, lo cual nos insinúa que, adondequiera que vayamos, debemos llevar con nosotros nuestra devoción a Dios, el amor del Señor Jesucristo y su ley.

II. El propiciatorio (hebr. *kapporeth* = cubierta) era la cubierta del Arca, hecha de oro puro, y ajustada en sus medidas al Arca (vv. 17, 21).

III. De una pieza con el mismo propiciatorio había dos querubines de oro, con las alas extendidas hacia delante (v. 18). Así como los serafines, en derredor y por encima del trono de Dios (Is. 6:1–3), forman la clase más cercana a la gloria de Dios, de la que son custodios y defensores, los querubines son

seres angélicos que custodian y protegen la santidad de Dios en la observancia de su Ley; en este sentido, asisten siempre a la *shekinah* o majestad de Dios en su gloria. El texto sagrado sólo nos habla de sus alas, sin más referencia a su figura, aunque el Talmud afirma que tenían rostro de niño (ahí podría encontrarse el origen de la imaginería medieval en cuanto a los ángeles de los templos). Estaban colocados el uno frente al otro, ambos miraban hacia el Arca y con las alas extendidas de modo que se tocasen el uno al otro por las puntas de las alas; así cubrian del todo el propiciatorio e impedían que lo viese ser humano, ni siquiera el Sumo Sacerdote cuando, una vez al año, entraba en el Lugar Santísimo. En Hebreos 9:5 se les llama *los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio.*

En el Salmo 80:1 se dice que Dios *está sentado entre querubines,* y aquí es donde Él promete ahora (v. 22) declararse en adelante a Moisés y tener comunión con Él. En alusión a este propiciatorio se nos dice que tenemos libre acceso al *trono de la gracia* (He. 4:16); pues *no estamos bajo la ley, la cual está cubierta, sino bajo la gracia,* que está extendida; sus alas están desplegadas y se nos invita a refugiarnos bajo la sombra de ellas (Rut 2:12).

Versículos 23–30

1. Que Dios ordena hacer una mesa de madera de acacia, cubierta de oro, la cual había de ponerse, no en el Lugar Santísimo (pues en él sólo había de estar el Arca con sus accesorios), sino en la parte exterior del tabernáculo, llamada simplemente el *santuario* o (específicamente) el *lugar santo* (He. 9:2, 23, etc.). Allí debían estar también los correspondientes accesorios de anillos, varas, platos, cucharas, etc.; y todo ello, *de oro* (v. 29). 2. Esta mesa había de tener siempre *el pan de la proposición* (v. 30) *o «pan de la Presencia»;* eran doce hogazas, una por cada tribu puestas en dos hileras de a seis (v. en Lv. 24:6 y ss. la ley concerniente a esto). En el palacio real era conveniente que hubiese una mesa regia. Aunque su simbolismo sólo puede adivinarse por conjeturas, podemos aventurar que, así como el Arca era el símbolo de la presencia de Dios con ellos, así los panes de la proposición eran símbolo de la presencia de las doce tribus en dedicación constante a su Dios. Así este pan podría significar: (A) Un reconocimiento agradecido a la bondad de Dios para con ellos, al proveerles de su alimento diario: el maná en el desierto, donde les preparó mesa, el trigo y la uva, en la tierra prometida de Canaán. Así Cristo nos ha ordenado orar cada día por el pan de cada día. (B) Una señal de su comunión con Dios. Este pan expuesto en la mesa de Dios estaba hecho del mismo trigo que el pan que estaba sobre la mesa de sus respectivas casas, y así era como si Dios, el Dios de Israel y el Israel de Dios estuviesen comiendo juntos, en prenda de amistad y comunión; Él cenaba con ellos, y ellos con Él (v. Ap. 3:20). (C) Tipo de la provisión espiritual que tenemos en la Iglesia mediante el Evangelio de Cristo ya que todos hemos sido hechos sacerdotes para nuestro Dios. *Én la casa de nuestro Padre hay pan más que suficiente* (v. Lc. 15:17).

Versículos 31–40

I. El siguiente objeto que Dios mandó fabricar para el mobiliario del palacio de Dios fue *un candelero de oro puro.* Las detalladas instrucciones que aquí se dan respecto de él, muestran: 1. Que era un objeto altamente decorativo u ornamental; salían tres brazos de cada lado, que, con la caña central, hacían *siete* (número de perfección espiritual; el número divino), con sus correspondientes copas y lamparillas mantenidas con aceite. Además estaba adornado con flores de almendro y manzanas, todo de oro. 2. Que estaba admirablemente diseñado, y dispuesto muy convenientemente, tanto para esparcir la luz como para conservar el tabernáculo limpio de humo y pavesas. 3. Que era altamente simbólico. El tabernáculo no tenía ventanas por donde se filtrase la luz del día; toda su luz provenía del candelero. Con todo, Dios no se quedó sin testimonio, ni les dejó a ellos sin instrucción; el mandamiento era una lámpara; y la Ley, una lumbrera (Sal. 119:105), y los profetas eran brazos de ese candelero y hasta ramas de olivo junto al candelero (Zac. 4:14), pues daban luz en sus diversas épocas a la congregación del pueblo de Dios. La Iglesia en sí misma es todavía oscura, como lo era el tabernáculo, en comparación con el santuario celestial; pero la Palabra de Dios es el candelero, *lámpara que brilla en lugar oscuro* (2 P. 1:19), y por cierto, ¡cuán oscuro estaría este mundo sin ella! El Espíritu de Dios, con sus diversos dones y gracias es comparado a *siete lámparas de fuego ardiendo delante del trono* (Ap. 4:5). Las iglesias son también candeleros de oro, los *luminares de este mundo, manteniendo en alto la palabra de vida* (Fil. 2:15–16),

como los candeleros hacen con su luz. Los ministros de Dios son los encargados de encender las lámparas, hacen que *alumbren hacia delante* (v. 37), y abren las Escrituras ante el pueblo de Dios.

II. En medio de todas estas instrucciones, hay una expresa advertencia que Dios hace a Moisés, de que no se aparte del modelo que le ha propuesto: *Mira y hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte* (v. 40).

CAPÍTULO 26

Moisés recibe ahora instrucciones acerca de las cortinas interiores y exteriores del tabernáculo, así como acerca de lo concerniente al armazón del mismo.

Versículos 1–6

I. La casa de Dios había de ser, pues, un *tabernáculo o tienda de campaña.* Dios manifestó su presencia entre ellos en un tabernáculo: 1. En condescendencia con su presente condición en el desierto, para que le pudiesen tener consigo dondequiera que estuviesen. 2. Para que representase el estado de la Iglesia de Dios en este mundo, que es un *estado de tabernáculo* (Sal. 15:1). *No tenemos aquí una ciudad permanente* (He. 13:14). Al ser extranjeros en este mundo y peregrinos hacia uno mejor, nunca tendremos residencia fija hasta que lleguemos al Cielo.

II. Las cortinas del tabernáculo deben corresponder al modelo propuesto por Dios. 1. Tenían que ser muy valiosas, las mejores de su género, *de lino torcido*; y de colores muy agradables a la vista, *azul, púrpura y carmesí.* 2. Y habían de tener querubines bordados en ellas (v. 1), para dar a entender que los ángeles de Dios acampan en torno de la Iglesia (Sal. 34:7). 3. Habían de colgar en dos cuerpos, con cinco cortinas cada uno, unidas las cinco una con otra. Los dos cuerpos de cortinas habían de estar unidos por medio de cincuenta corchetes de oro, de modo que formasen un solo tabernáculo (v. 6). Así también las iglesias de Cristo, y los santos en ellas, aunque sean muchos, forman un solo cuerpo (1 Co. 10:17), estando *bien ajustados y trabados entre sí* (Ef. 4:16), *creciendo para ser un santuario sagrado en el Señor* (Ef. 2:21), mediante *la unidad del Espíritu, en amor* (Ef. 4:2–3).

Versículos 7–14

Se le ordena a Moisés que haga una cubierta doble para el tabernáculo, a fin de que no penetre en él la lluvia. 1. Había de ser una cubierta de cortinas de pelo de cabra más largas en todas las direcciones que las cortinas interiores, puesto que habían de cubrirlas sobradamente (vv. 7 y ss.). El enlace de estas cortinas se haría mediante corchetes de bronce. 2. Sobre esta cubierta había de haber otra y, por cierto, doble (v. 14), una *de pieles de carneros teñidas de rojo, y una cubierta de pieles de tejones encima,* esta última era una piel muy fina pues leemos en Ezequiel 16:10 que la mejor clase de calzado era de esta piel. Obsérvese aquí que el exterior del tabernáculo era basto y tosco, estando su belleza principal en las cortinas interiores. Aquellos en quienes Dios habita han de esforzarse en ser mejores de lo que parecen en su aderezo exterior. Que nuestro adorno sea *el del ser interior de la persona, que es de gran valor delante de Dios* (1 P. 3:4).

Versículos 15–30

Se dan instrucciones muy especiales acerca del maderamen del tabernáculo que había de soportar las cortinas como las estacas de una tienda de campaña, que necesitaban ser fuertes (Is. 54:2). Estas maderas tenían dos espigas cada una, con sendas muescas en las bases de plata donde habían de descansar. Dios se preocupó de que todo lo perteneciente al tabernáculo fuese fuerte, al mismo tiempo que fino. Las tablas estaban unidas desde abajo y por lo alto con goznes de oro (v. 24), y se mantenían firmes por medio de

cinco barras metidas por anillos de oro en cada madera (v. 26). Tanto las tablas como las barras estaban ricamente cubiertas de oro (v. 29).

Versículos 31–37

También se habían de hacer dos velos, como Dios ordena aquí. 1. Uno, para hacer separación entre el lugar santo y el lugar santísimo, y que impedía no sólo el entrar, sino incluso el mirar al lugar santísimo (vv. 31, 33). Bajo aquella dispensación, la gracia divina estaba velada, pero ahora todos nosotros podemos *mirar a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor* (2 Co. 3:18). El significado de este velo, como nos lo explica Hebreos 9:8–9, era que la ley ceremonial *no podía hacer perfectos a los que practicaban este culto,* ni tal observancia podía conducir al Cielo a ninguna persona, puesto que *aún no se había manifestado el camino al santuario, mientras el primer tabernáculo estuviese en pie;* la vida y la inmortalidad estaban ocultas, hasta que fueron sacadas a la luz por el Evangelio (2 Ti. 1:10), de lo cual fue señal el rasgarse el velo en la muerte de Cristo (Mt. 27:51). Ahora ya tenemos libertad para entrar en el Lugar Santísimo en todos nuestros actos de devoción, mediante la sangre de Cristo, aun cuando un privilegio tan alto nos obliga a una reverencia santa y a un sentimiento de humildad y de distancia por nuestra personal indignidad. 2. El otro velo era para la entrada exterior del tabernáculo (vv. 36–37). A través de este primer velo pasaban todos los días los sacerdotes para ministrar en el lugar santo, pero no el resto del pueblo (He. 9:6). Este velo, que era toda la defensa del tabernáculo contra los ladrones y salteadores, podía fácilmente ser rasgado, pues no podía ser cerrado con cerrojos ni defendido con rejas; por otra parte la abundancia de riqueza en el tabernáculo podía ser una tentación, como se puede suponer; pero al dejarlo expuesto de esta manera: (A) Los sacerdotes y levitas estarían tanto más obligados a velar estrictamente sobre él, y (B) Dios mostraría también su cuidado sobre él, lo mismo que sobre su pueblo, aun cuando su pueblo (y su Iglesia) es débil e indefenso, y expuesto continuamente a los peligros. Si Dios así lo dispone, una cortina puede servir de defensa para su casa, lo mismo que unas puertas de bronce y unas rejas de hierro.

CAPÍTULO 27

En este capítulo, Dios da a Moisés instrucciones sobre el altar de los holocaustos y sobre el atrio del tabernáculo, así como acerca del alumbrado.

Versículos 1–8

Así como Dios quería manifestar en el tabernáculo su presencia en medio de su pueblo, así también los israelitas habían de ofrecerle sus devociones a Él allí, no en el tabernáculo mismo (al que sólo los sacerdotes entraban como sirvientes del Señor), sino en el atrio delante del tabernáculo. Allí se le ordenó a Moisés que se erigiese un altar, al cual habrían de traer sus sacrificios. Los rabinos explican el simbolismo del altar haciendo que cada letra de la palabra hebrea *mzbj* (*mizbeaj*) = altar, sea el comienzo de las cuatro palabras: *majaylah* = perdón, *zacoth* = gratitud humilde y contrita; *berakhah*—bendición, y *jayyim* = vidas; así el altar apuntaba hacia la *vida,* y hacia las cosas que permanecen para siempre: verdad, justicia y santidad (comp. con la tríada de Ef. 5:9 y Tit. 2:12). En esta porción vemos que Moisés recibe instrucciones: 1. Acerca de las dimensiones del altar, había de ser cuadrado (v. 1). 2. Los cuernos del altar (v. 2). El cuerno es, en la Biblia, símbolo de abundancia y de poder. Por eso, el asirse a los cuernos del altar era símbolo de acogerse a la protección de Dios. De ahí que este altar de bronce era tipo de Cristo que muere para efectuar la reconciliación por nuestros pecados. A los cuernos de este altar han de acudir los pobres pecadores en busca de refugio y protección cuando se ven perseguidos por la justicia divina, y quedarán a salvo en virtud del sacrificio allí ofrecido. Estos cuernos estaban, pues, para adorno y para su uso antes aludido; no sólo acudían a ellos los malhechores en busca de refugio, sino que a ellos se ataban con cuerdas las víctimas que habían de ser ofrecidas sobre el altar (Sal. 118:27). 3. En cuanto a los materiales, había de ser de madera cubierta de bronce (vv. 1–2). 4. Todos sus accesorios habían de ser de

bronce (v. 3). 5. La rejilla o parrilla, que estaba en un hueco del altar, hacia la mitad de él, en la que se depositaba el fuego y sobre la que se quemaba el sacrificio. 6. Las varas con que había de ser transportado (vv. 6–7). 7. Finalmente, había de hacerse de la manera que Dios le mostró a Moisés en el monte (v. 8).

Versículos 9–19

Delante del tabernáculo debía haber un atrio cerrado con cortinas del más fino lino que se usaba para las tiendas. Este atrio medía cien codos de largo por cincuenta de ancho. Tenía veinte columnas con sus veinte basas, todo ello de bronce, mientras que los capiteles y la moldura de las columnas habían de ser de plata. Las mismas columnas habían de estar ceñidas de plata. La cortina para la puerta del atrio había de ser de materiales más finos que las demás (v. 16). Gracias a Dios que ahora, en el Evangelio esta cerca ha sido derribada. Es voluntad de Dios que los hombres *oren en todo lugar* (1 Ti. 2:8); y así hay espacio para todos los que en todo lugar invocan el nombre de Jesucristo.

Versículos 20–21

Se dan órdenes acerca del alumbrado del santuario. La llama debía arder constantemente en las lámparas del candelero. En cada candelero debería haber una luz que arda y brille; los candeleros sin luz son como los pozos sin agua y las nubes sin lluvia. 1. El pueblo debía suministrar el aceite. 2. Los sacerdotes eran los encargados de encender las lámparas y de tener cuidado de ellas. Así también es tarea de los ministros del Señor, mediante la predicación y la exposición de las Escrituras (que son lámpara; Sal. 119:105), iluminar a la iglesia, que es el tabernáculo de Dios en la tierra.

CAPÍTULO 28

En este capítulo y en el siguiente, Dios nombra a los sacerdotes que han de servir en su santuario, y describe detalladamente las vestiduras que se han de poner cuando ministren.

Versículos 1–5

I. Son nombrados los sacerdotes: *Aarón y sus hijos* (v. 1). Moisés, que había oficiado como tal hasta ahora, y por eso es contado entre los sacerdotes de Jehová (Sal. 99:6), tenía bastante que hacer como profeta del pueblo para consultar los oráculos divinos para ellos, y como juez y príncipe entre ellos; así que le agradó mucho ver a su hermano Aarón investido de este oficio. Aarón, que había servido humildemente de profeta a Moisés su hermano más joven y no había abandonado el oficio (7:1), es promovido ahora al sacerdocio, al sumo sacerdocio delante de Dios. Como era un requisito indispensable que los que ministraban al altar, se dedicasen totalmente a este servicio, y como, según dice el refrán, lo que es negocio de todos pronto se convierte en negocio de ninguno, Dios escoge aquí de entre ellos una sola familia para el sacerdocio, el padre y sus cuatro hijos; y de los lomos de Aarón descendieron todos los sacerdotes del pueblo de Israel, de los que tan a menudo leemos, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo.

II. Se describen las vestiduras de los sacerdotes *para honra y hermosura* (v. 2). Las vestiduras aquí ordenadas eran: 1. Cuatro que, tanto el sumo sacerdote como los sacerdotes inferiores habían de llevar: los calzones de lino, la túnica de lino, el cinturón de lino con que ceñirla, y el bonete o turbante; el que llevaba el sumo sacerdote se llama *mitra.* 2. Otras cuatro que eran privativas del sumo sacerdote, a saber: el efod, con sus curiosas hombreras y el cinto, el pectoral llamado «del juicio», porque contenía Urim y Tumim mediante los que el sumo sacerdote consultaba el juicio de Dios sobre cuestiones difíciles que afectaban al bienestar de la comunidad, el largo manto con campanillas y granadas en sus bordes, y la lámina de oro en su frente. Ahora en el Evangelio, nuestro adorno no ha de ser de oro, ni perlas o cualquier otro costoso atavío, sino *vestiduras de salvación y manto de justicia* (Is. 61:10; Sal. 132:9, 16).

Versículos 6–14

Se dan instrucciones acerca del efod, que era la vestidura más exterior del sumo sacerdote. Los sacerdotes inferiores llevaban efods de lino (1 S. 22:18). Samuel llevó uno cuando era niño (1 S. 2:18), y David cuando danzó delante del Arca (2 S. 6:14); pero éste que sólo el sumo sacerdote llevaba, se llamaba el *efod de oro,* porque había en él mucho bordado de oro. Era una túnica muy corta, sin mangas, muy ajustada y abotonada, con un curioso cinto del mismo material (vv. 6–8); las hombreras estaban unidas en sus dos extremos, y encima de cada una había una piedra de ónice engastada en oro, y grabados en ellas los nombres de los doce *hijos de Israel,* seis en cada una (vv. 9–12).

Versículos 15–30

El más notable de los ornamentos del sumo sacerdote era el pectoral, rica pieza de lino torcido, *de obra primorosa,* en que el oro se mezclaba artísticamente con la púrpura y el carmesí; era cuadrado y doble, de un palmo de largo y otro palmo de ancho (v. 16). Estaba unido al efod mediante engastes y cordones de oro fino (vv. 13, 14, 22, etc.), en los dos extremos superior e inferior *para que no se separara el pectoral del efod* (v. 28). El efod era una vestidura de servicio, mientras que el pectoral del juicio era un emblema de honor; honor y servicio no deben separarse jamás. En este pectoral:

I. Las tribus de Israel eran encomendadas al favor de Dios en doce piedras preciosas (vv. 17–21, 29). Aarón había de llevarlas *delante de Jehová por memorial* (v. 12), siendo *tomado de entre los hombres, constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere* (He. 5:1), siendo así tipo de nuestro gran Sumo Sacerdote, que siempre intercede en la presencia de Dios a nuestro favor. 1. Aunque se le prohibía al pueblo el acercarse, sin embargo entraban en el lugar santísimo mediante el sumo sacerdote, que llevaba los nombres de ellos en su pectoral; así también los creyentes, incluso cuando están en esta tierra, no sólo entran en el lugar santísimo, sino que por fe están sentados con Cristo en los lugares celestiales (Ef. 2:6). 2. El nombre de cada tribu estaba grabado en una piedra preciosa, para dar a entender cuán preciosos son los creyentes a los ojos de Dios y cuán honorables (Is. 43:4). 3. El sumo sacerdote llevaba los nombres de las tribus de Israel en los hombros y en el pecho; en los hombros, como sitio de fuerza y apoyo para llevar cargas; en el pecho, como sitio del afecto y de la compasión; de ambas maneras tipificaba el poder y el amor con que nuestro Señor Jesucristo intercede por los suyos. No sólo los lleva en sus brazos con fuerza omnipotente, sino que los lleva *sobre su corazón* (v. 29, comp. con Cnt. 8:6), *en su seno los llevará* (Is. 40:11), con el más tierno afecto.

II. El Urim y Tumim, que significan respectivamente «Luces» y «Perfecciones» = luz perfecta, y mediante los cuales se manifestaba la voluntad de Dios en casos difíciles y dudosos, estaba en este pectoral, que por eso se llamaba el *pectoral del juicio* (v. 30). No se sabe de cierto en qué consistía, pero, por Levítico 8:8, parece deducirse que no era cosa distinta de las piedras preciosas que había en el pectoral. Atendiendo a su significado, podemos ver que el sumo sacerdote era, de alguna manera, investido del poder de conocer y dar a conocer la voluntad de Dios en los casos dudosos y difíciles referentes al estado, tanto civil como religioso, de la nación israelita. El régimen era teocrático, Dios era su Rey; el sumo sacerdote era, como delegado de Dios, su gobernante; el Urim y Tumim era como el consejo de ministros; y de este modo, al tener a mano el consejo de Dios en cualquier emergencia que tuviese relación con el bien de la comunidad, el sumo sacerdote sería instruido por el mismo Dios para tomar las medidas y dar las amonestaciones que el mismo Dios quería. La respuesta se daría o mediante una voz desde el Cielo o mediante un impulso divino en la mente del sumo sacerdote. Este oráculo fue de gran utilidad y por ello fue empleado con frecuencia en Israel; Josué lo consultó (Nm. 27:21), y podemos suponer que, después de él, lo harían también los jueces que le sucedieron. Se perdió en la cautividad de Babilonia, y ya no se volvió a encontrar. Pero era sombra y figura de los bienes venideros, y su realidad se halla en Jesucristo. Él es nuestro oráculo, pues mediante Él se nos ha dado a conocer Dios en estos últimos días (Jn. 1:18, He. 1:1–2). En Él se centra la revelación divina, y nos llega a nosotros por medio de Él.

Versículos 31–39

1. Aquí se dan instrucciones acerca del *manto del efod* (vv. 31–35). Este manto estaba inmediatamente debajo del efod, era sin mangas y llegaba hasta las rodillas. El orificio superior, por el que había de introducirse la cabeza, estaba protegido con todo cuidado para que no se rasgase al ponerlo (v. 32). De sus bordes pendían campanillas de oro, alternando con granadas de azul, púrpura y carmesí. Las granadas multicolores daban belleza al manto, y el sonido de las campanillas advertía al pueblo situado en el atrio exterior cuando el sacerdote entraba en el lugar santo a quemar incienso, que ellos debían dedicarse a la oración al mismo tiempo. Algunos opinan que las campanillas del manto sacerdotal eran tipo del sonido del Evangelio de Cristo en el mundo, advirtiéndonos de su entrada a través del velo por nosotros. Las granadas, que son un fruto fragante, denotan el olor suave del Evangelio. 2. En cuanto a la lámina de oro sobre la frente de Aarón, en la que estaba grabado: *Santidad a Jehová* (vv. 36–37), se le recordaba por ella a Aarón que Dios es santo, y que los sacerdotes deben ser santos. Aarón debía llevarla sobre la frente, para *llevar las faltas cometidas en todas las cosas santas* (v. 38), *para que obtengan gracia delante de Jehová.* Aquí tenemos en el sumo sacerdote un tipo de Cristo, el gran Mediador entre Dios y los hombres, mediante el cual establecemos contacto con Dios. (A) Mediante Él queda perdonado todo lo que es defectuoso en nuestros servicios. En muchas cosas, nos quedamos muy por debajo de nuestro deber, de modo que no podemos menos de ser conscientes de la mucha iniquidad que se pega incluso a nuestras cosas santas. Pero Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, lleva esta iniquidad; la lleva por nosotros de forma que se la lleva de nosotros, y mediante Él se nos es perdonada y no es cargada a nuestra cuenta (2 Co. 5:19). (B) Mediante Él es aceptado cuanto es bueno: nuestras personas y nuestras acciones son agradables a Dios en virtud de la intercesión de Cristo, y no por otro motivo (1 P. 2:5). Teniendo *tal Sumo Sacerdote, nos acercamos confiadamente al trono de la gracia* (He. 4:14–16). 3. El resto de las vestiduras sólo se nombran (v. 39). La túnica de lino fino y bordada era la más interior de las vestiduras sacerdotales; llegaba hasta los pies, y las mangas llegaban hasta la muñeca, y estaba atada al cuerpo con un cinto de obra de recamador. La mitra, o diadema, era de lino, como las que llevaban antiguamente los reyes en el Este, y era tipo del oficio regio de Cristo.

Versículos 40–43

1. Instrucciones especiales acerca de las vestiduras de los sacerdotes inferiores. Habían de llevar túnicas, cintos y bonetes de los mismos materiales que los del sumo sacerdotepero había diferencia de forma entre los bonetes de los sacerdotes y la mitra del sumo sacerdote. También las de ellos, como las vestiduras del sumo sacerdote, eran *para honra y hermosura* (v. 40), sin embargo, toda esta gloria era nada en comparación con la gloria de la gracia, y esta hermosura era nada comparada con la hermosura de la santidad, de la cual eran tipo estas vestiduras sagradas. 2. Una norma general concerniente a las vestiduras, tanto del sumo sacerdote como de los inferiores sacerdotes, en que se las habían de poner por primera vez cuando fuesen consagrados, y las habían de llevar después siempre que ministrasen, y sólo entonces (v. 43). Para nosotros, estas vestiduras son símbolo: (A) De la justicia de Cristo, si no aparecemos delante de Dios revestidos de esta justicia, *llevaremos pecado y moriremos.* (B) De *la armadura de Dios*, prescrita en Efesios 6:13.

CAPÍTULO 29

Se dan instrucciones especiales acerca de la consagración de los sacerdotes y de la santificación del altar, así como acerca de las ofrendas diarias.

Versículos 1–37

I. La ley concerniente a la consagración de Aarón y de sus hijos para el oficio sacerdotal.

1. Las ceremonias con que esto se había de realizar fueron establecidas totalmente y con todo detalle, porque nada de esto se había hecho antes. Ahora bien:

A) La obra que había de realizarse era la consagración de las personas que Dios había escogido para sacerdotes, por la cual ellos se dedicaban y se ofrecían a sí mismos para el servicio de Dios, y Dios manifestaba que los aceptaba como a tales, y el pueblo había de saber que estos hombres *no se glorificaban a sí mismos* para ser hechos sacerdotes, sino que *eran llamados por Dios* (He. 5:4–5). Nótese que todos cuantos van a ser empleados en servir a Dios, tienen que ser santificados para Él. En primer lugar, ha de ser aceptada la persona; sólo después, puede ser aceptado su servicio.

B) La persona que había de hacerlo era Moisés, por orden de Dios. Por una orden especial de Dios, Moisés hizo una obra propia de sacerdote, y por ello la parte del sacerdote en el sacrificio fue suya (v. 26).

C) El lugar fue *a la puerta del tabernáculo de reunión* (v. 4). Fueron consagrados a la puerta, porque iban a ser guardianes de las puertas del santuario.

D) Se llevó a cabo con muchas ceremonias.

(a) Tenían que lavarse con agua (v. 4), dando a entender que deben estar limpios quienes *llevan los utensilios de Jehová* (Is. 52:11). Quienes aspiran a *santidad perfecta*, deben *limpiarse de toda contaminación de carne y de espíritu* (Is. 1:16–18; 2 Co. 7:1). *Limpio de manos y puro de corazón* ha de estar quien se atreva a llegarse al lugar santo (Sal. 24:3–4).

(b) Habían de vestirse de vestiduras sagradas (vv. 5, 6, 8, 9) para indicar que no les bastaba el limpiarse de las contaminaciones del pecado, sino que debían también revestirse de las gracias del Espíritu, *vestirse de la justicia* (Sal. 132:9).

(c) El sumo sacerdote debía ser ungido con el *aceite de la unción* (v. 7). Mientras los demás sacerdotes eran ungidos con algunas gotas de aceite rociadas con los dedos, el sumo sacerdote era ungido derramando el aceite sobre su cabeza. Sobre una piel quemada por el ardiente sol del Este, el aceite proporcionaba alivio y suavidad, de ahí que fuese ya símbolo de consuelo y felicidad y vino a ser después símbolo de las bendiciones divinas, especialmente por medio del Espíritu Santo, que por eso es llamado *«unción»* (1 Jn. 2:20, 27), y es el *Consolador* (Jn. 14:16, 26; 15:26; 16:7) y el que cualifica para el servicio de Dios.

(d) Había que ofrecer sacrificios por ellos. El pacto del sacerdocio, como todos los demás pactos, debía ser celebrado con sacrificios.

Primeramente, debía haber una ofrenda por el pecado, para hacer expiación por los pecados (vv. 10–14). Se ofrecía como las demás ofrendas por el pecado; solamente que, mientras que la carne de las otras ofrendas por el pecado era comida por los sacerdotes (Lv. 10:18), en señal de que el sacerdote se llevaba el pecado del pueblo, éste debía llevarse a cabo quemándolo todo fuera del campamento (v. 14), para indicar la imperfección de la dispensación de la Ley.

En segundo lugar, tenía que ofrecerse un holocausto, un carnero completamente quemado en honor de Dios, en señal de que iban a dedicarse enteramente a Dios y a su servicio, como sacrificios vivos (v. Ro. 12:1), inflamados con el fuego flameante de un amor santo (vv. 15–18).

En tercer lugar, debía haber una ofrenda de paz; se la llama *el carnero de la consagración*, porque había en él más peculiaridades conectadas con este acto que las que había en los otros dos que acaban de mencionarse. En el holocausto, Dios recibía la gloria del sacerdocio de ellos; mientras que en éste, ellos recibían el consuelo y el alivio del sacerdocio, y, en señal de un mutuo pacto entre Dios y ellos, (i) la sangre del sacrificio se repartía entre Dios y ellos (vv. 20–21); parte de la sangre era rociada sobre el altar, y otra parte era usada para untar con ella el lóbulo de la oreja, a fin de que estuviese consagrada a oír la Palabra de Dios, el dedo pulgar de la mano derecha, a fin de que pudiesen desempeñar correctamente los deberes conectados con el sacerdocio, y el dedo pulgar del pie derecho, a fin de que anduviesen por sendas de justicia. En un *«reino de sacerdotes»* (1 P. 2:9; Ap. 5:10), como es la Iglesia, todos los miembros reciben esta consagración del oído, de la mano y del pie. También las vestiduras eran rociadas con la sangre. El doble rociamiento de la sangre y del aceite (v. 21) significa que la luz y el gozo de la salvación dependen de la obra de la Cruz. La sangre y el aceite son inseparables. Sangre sin aceite sería sacrificio sin beneficio; aceite sin sangre, beneficio sin fundamento, pues la Iglesia—como dice McIntosh—«no podía recibir la unción del Espíritu Santo, sin que antes su Jefe resucitado no hubiese ascendido al Cielo, y depositado sobre el trono de la Majestad el testimonio del sacrificio que Él había cumplido». Así la sangre de Cristo y las gracias del Espíritu, que forman y completan la hermosura de la santidad, nos recomiendan delante de Dios; así leemos de *las ropas emblanquecidas con la sangre del Cordero* (Ap. 7:14). (ii) La *carne del sacrificio*, con la ofrenda aneja a él había de repartirse igualmente

entre Dios y ellos, a fin de que (digámoslo con reverencia) Dios y ellos pudiesen hacer banquete juntos, en señal de amistad y comunión. El comer de las cosas con las que *se había hecho la reconciliación,* significaba *recibir la reconciliación,* como expresa Pablo (Ro. 5:11), es decir, la aceptación agradecida de los beneficios de la obra de la Cruz, y la gozosa comunión con Dios a base de ella, pues ésta era la verdadera intención y el verdadero sentido de un banquete sacrificial.

2. El tiempo que había que emplear en esta consagración: *Por siete días los consagrarás* (v. 35). Aunque todas las ceremonias se celebraban el primer día, los sacrificios habían de repetirse cada día. De esta forma: (A) No habían de tener por completa su consagración hasta el séptimo día, poniendo así cierta distancia y pausa entre su estado anterior y su nuevo oficio, dándoles tiempo a considerar el peso de la carga y la seriedad de la responsabilidad que contraían. (B) Cada día de estos siete, había de ser ofrecido un becerro en sacrificio por el pecado, lo cual les daba a entender: (a) Que aunque estaba hecha la reconciliación, y ya disfrutaban de su consuelo, debían conservar aún un sentido de arrepentimiento del pecado y una repetida confesión del mismo. (b) Que esos sacrificios que se ofrecían diariamente para efectuar la expiación, *no podían hacer perfectos a los que los practicaban* (He. 9:9) pues, de no ser así, deberían haber cesado, como arguye el autor de la epístola a los Hebreos (10:1–2). Debía, por tanto, esperar a que fuese traída una mejor esperanza.

3. Esta consagración de los sacerdotes era una *sombra de los bienes venideros* (He. 10:1). (A) Nuestro Señor Jesucristo es el gran Sumo Sacerdote de nuestra profesión, vestido de vestiduras santas, revestido incluso de gloria y de hermosura, santificado por su propia sangre (Jn. 17:19), *no por medio de la sangre de machos cabríos ni de becerros* (He. 9:12), *perfeccionado,* o consagrado, *por medio de padecimientos* (He. 2:10). (B) Todos los creyentes son sacerdotes espirituales, para ofrecer sacrificios espirituales (1 P. 2:5), lavados en la sangre de Cristo. Es mediante Jesucristo el gran sacrificio, como son dedicados a su servicio.

II. La consagración del altar, que parece haber sido realizada al mismo tiempo que la de los sacerdotes, y las ofrendas por el pecado que fueron ofrecidas cada día durante diete días, hacían referencia conjuntamente al altar y a los sacerdotes (vv. 36–37). También el altar era *santificado,* no sólo siendo separado para usos sagrados, sino hecho santo como para *santificar las ofrendas* que se ofrecían sobre él (Mt. 23:19). Cristo es nuestro altar, por nosotros se santificó a sí mismo a fin de que nuestro servicio y nuestro ministerio quede santificado y sea acepto a Dios (Jn. 17:19).

Versículos 38–46

I. Se establece el servicio diario. Cada mañana había de ofrecerse sobre al altar un cordero y otro cordero a la caída de la tarde, *como ofrenda encendida a Jehová, en holocausto continuo por sus generaciones,* ambas con su correspondiente aderezo de harina, aceite y vino (vv. 38–41). 1. Esto era tipo de la continua intercesión que Cristo hace y para la cual vive (He. 7:25), en virtud de su satisfacción en la Cruz, para la continua santificación de su Iglesia; aunque se ofreció a sí mismo *una vez por todas* (He. 9:12, 26), aquella única ofrenda tiene un efecto perpetuo. 2. Esto nos enseña a ofrecer a Dios sacrificios espirituales de oración y alabanza cada día, mañana y tarde, en reconocimiento humilde de nuestra dependencia de Él y de nuestras obligaciones para con Él. El tiempo de la oración ha de observarse tan estrictamente como se observa el tiempo de comer.

II. Las grandes y valiosas promesas hechas benignamente a favor de Israel, y las señales de su presencia especial entre ellos. Es la constancia en nuestra devoción la que nos proporciona los consuelos y las bendiciones de la religión. Si nosotros ponemos lo que está de nuestra parte, Dios pondrá lo que es de su parte, y aceptará como cosa adecuada para Él lo que se le ha ofrecido con sinceridad y pureza de corazón.

CAPÍTULO 30

En este capítulo se le dan a Moisés instrucciones sobre el altar del incienso, sobre el dinero del rescate de las personas, sobre la pila de bronce, y sobre el aceite de la unción y el incienso.

Versículos 1–10

I. Las órdenes concernientes al altar del incienso son: 1. Que había de ser hecho de madera, y cubierto de oro, con cuernos a los extremos y una cornisa de oro en torno de él, y con anillos de oro, para introducir las varas con que transportarlo (vv. 1–5). La medida del altar del incienso en el templo de Ezequiel es doble que la de aquí (Ez. 41:22), y allí es llamado *el altar de madera,* sin mencionar al oro, para dar a entender que el incienso en los tiempos mesiánicos había de ser espiritual, el culto sencillo, y el servicio de Dios ampliado. 2. Que había de estar situado enfrente del propiciatorio, el cual estaba detrás del velo (v. 6). Porque, aunque el que estaba ministrando en el altar no podía ver el propiciatorio por interponerse el velo, debía sin embargo mirar hacia él y dirigir el incienso en aquella dirección, para enseñarnos que, aunque no podemos ver el trono de la gracia con nuestros ojos corporales, debemos situarnos en la oración ante él por fe, dirigir a él nuestras plegarias y elevar a él nuestra mirada. 3. Que Aarón tenía que quemar incienso de suave fragancia en este altar cada mañana y cada tarde, con el objetivo, no sólo de ahuyentar el mal olor de la carne que se quemaba cada día en el altar de bronce, sino para mostrar que le eran aceptables a Dios los servicios de su pueblo. En cuanto a los sacrificios que se ofrecían sobre el altar de bronce, se hacía satisfacción por todo lo que era desagradable a Dios, es decir, por los pecados cometidos por el pueblo; así también, con el incienso que se ofrecía en éste, es como si quedase recomendado a la aceptación de Dios todo lo bueno que había hecho el pueblo. En efecto, nuestros dos problemas en relación con Dios son que seamos absueltos de nuestro pecado, y que seamos tenidos por justos a sus ojos.

II. Este altar del incienso era tipo: 1. De la mediación de Cristo. El altar de bronce en el atrio era tipo de Cristo que muere en la tierra; el de oro en el santuario era tipo de Cristo que intercede en el Cielo. Este altar estaba delante del propiciatorio, porque Cristo siempre está en la presencia de Dios en favor de nosotros; Él es *nuestro abogado con el Padre* (1 Jn. 2:1), y su intercesión ante Dios es una ofrenda de olor suave. Este altar tenía una cornisa o *corona* de oro en derredor; porque Cristo intercede como *rey;* de ahí que no aparezca a la diestra de Dios de pie o postrado, sino *sentado* (He. 10:12), como quien ya terminó para siempre el sacrificio. 2. De las oraciones de los santos (Sal. 141:2, Ap. 5:8; 8:3–4). Los rabinos ven en las cuatro letras de la palabra hebrea *qtrt* = incienso, las iniciales de los prerrequisitos para una oración efectiva; *qdosh* = santidad; *thrh* = pureza; *rjmim* = compasión; y *tqog* = esperanza. Cuando el sacerdote quemaba el incienso, el pueblo oraba (Lc. 1:10), para indicar que la oración es el verdadero incienso. Las lámparas eran aderezadas o encendidas al mismo tiempo que el incienso era quemado, para enseñarnos que la lectura de las Escrituras (que son nuestra luz y lámpara) es parte de nuestra tarea diaria, y debe acompañar ordinariamente a nuestras oraciones y alabanzas. Cuando le hablamos a Dios, hemos de oír lo que Dios nos dice, y así la comunión es completa. Pero, si el corazón y la vida no son santos, incluso *el incienso es abominación* (Is. 1:13), y el que lo ofrece es *como si bendijese a un ídolo* (Is. 66:3).

Versículos 11–16

Se le ordena a Moisés hacer una leva de dinero en el pueblo, a tanto por cabeza, para el servicio del tabernáculo. Esto debe hacerse al contar al pueblo. Hay quienes opinan que esto se refiere sólo al primer recuento o censo. Otros piensan que se repetía en cualquier emergencia y siempre que se hacía recuento o censo. Pero muchos escritores judíos opinan que era una especie de tributo anual. Este fue el tributo que Cristo pagó, para no ofender a sus adversarios (Mt. 17:27). 1. El tributo que se había de pagar era *medio siclo.* Ni el rico había de pagar más, ni el pobre menos (v. 15), con lo que se insinuaba que tanto el alma del rico como la del pobre son del mismo precio para Dios, y que Dios no hace acepción de personas (Hch. 10:34). En otras ofrendas, cada uno había de dar según sus posibilidades; pero ésta, que era el *rescate del alma,* como dice el hebreo, debía ser igual para todos. 2. Este tributo había de pagarse como *rescate del alma, para que no hubiese entre ellos mortandad* (v. 12). Como la palabra hebrea *negef* = plaga o mortandad, viene de la misma raíz que la de *muerte en batalla,* parece dar a entender, según los más prestigiosos comentaristas, que el sentido es que se había de dar a Dios el rescate por la persona para

no sufrir derrota en las batallas. 3. Esta moneda que se recogía había de emplearse en el servicio del tabernáculo (v. 16); con ella se compraban víctimas para los sacrificios, harina, incienso, vino, aceite, combustible, vestiduras para los sacerdotes, etc. Nótese que quienes se benefician de las bendiciones del tabernáculo de Dios, deben estar dispuestos a costear voluntariamente las expensas de él.

Versículos 17–21

En esta porción se dan órdenes: 1. Para la construcción de una pila de bronce, con capacidad para bastante agua, en la que Aarón y sus hijos habían de lavarse las manos y los pies, y había de estar colocada cerca de la puerta del tabernáculo (v. 18). 2. Cada vez que Aarón y sus hijos entraban a ejercer su ministerio (o, al menos, cada mañana), debían lavarse las manos y los pies en esta pila (vv. 19–21). Esto tenía por objeto: (A) Enseñarles a mantenerse puros en todos los actos de su ministerio. Sólo quienes tienen *manos limpias y corazón puro* pueden estar en el santuario de Dios (Sal. 24:3–4). Es cierto que Aarón y sus hijos ya se habían bañado, ya estaban santificados, pero habían de repetir el lavamiento de las *manos,* que de un modo especial habían de emplearse en el servicio de Dios, y de los *pies,* que se manchan a menudo con el polvo de los caminos del mundo (comp. con Jn. 13:10). (B) Enseñarnos a nosotros a renovar el arrepentimiento y la confesión de nuestros pecados, para poder servir dignamente a Dios cada día, pues de este modo, *la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado* (1 Jn. 1:7). Para *acercarnos a Dios,* hemos de *limpiar las manos y purificar el corazón* (Stg. 4:8).

Versículos 22–38

Instrucciones para la composición del aceite santo de la unción y del incienso que se habían de usar en el servicio del tabernáculo. 1. Se dan instrucciones sobre el modo de componer el aceite de la unción, se prescriben los ingredientes y se declaran las cantidades (vv. 23–25). Se había de hacer *según el arte del perfumador* (v. 25). Las especias más finas entraban en esta mezcla con el aceite, y después filtradas, de modo que dejasen en el aceite un maravilloso perfume. Con este aceite debían ungirse el tabernáculo de Dios y todo su mobiliario; también había de usarse en la consagración de los sacerdotes (vv. 26–30). Salomón fue ungido con él (1 R. 1:39), y algunos otros reyes; y todos los sumos sacerdotes. Se nos dice (Cnt. 1:3) que el nombre del esposo—Cristo—es *como ungüento que se vierte;* y que el buen nombre de los cristianos es mejor que *el buen perfume* (Ec. 7:1). 2. El incienso que se quemaba sobre el altar de oro se preparaba igualmente con especias finas, aunque no tan raras ni valiosas como las empleadas para preparar el aceite de la unción (vv. 34–35). 3. Con respecto a ambas preparaciones, se da aquí la misma disposición (vv. 32, 33 37, 38), de que no habían de hacerse para ningún uso profano.

CAPÍTULO 31

En esta porción, Dios hace una especie de conclusión de todo lo dicho a Moisés en el monte, donde había estado con él durante cuarenta días y cuarenta noches. Muchas más cosas le diría, pero sólo quedan registradas aquí las que se contienen en los precedentes capítulos. El capítulo termina con el acto de entregar Dios a Moisés las dos tablas del testimonio, antes de descender a los hijos de Israel.

Versículos 1–11

Gran abundancia de detalles había declarado Dios acerca de la obra que mandó a Moisés hacer en el tabernáculo. Los materiales había de proporcionarlos el pueblo, pero ¿quién había de realizar la obra? Moisés había sido instruido en todos los aspectos de la cultura egipcia, pero no sabía esculpir ni bordar. Podemos suponer que habría entre los israelitas hombres expertos e ingeniosos, pero al haber vivido toda su vida en la esclavitud de Egipto, no podíamos pensar que ninguno de ellos estuviese instruido en estas curiosas artes. Conocían muy bien el arte de hacer ladrillos y trabajar el barro, pero trabajar el oro y cortar diamantes eran tareas que nunca habían tenido ocasión de aprender ni ejercitar. No había entre ellos

plateros ni joyeros, sino solamente horneros y albañiles. *Y para estas cosas, ¿quién está capacitado?* (2 Co. 2:16). Pero Dios se encarga también de esto.

I. Él nombra las personas que se habían de encargar de hacer la obra. 1. Bezaleel sería como el arquitecto o maestro de los obreros (v. 2). Era de la tribu de Judá, una tribu que Dios se complacía en honrar; nieto de Hur, con toda probabilidad el mismo que ayudó a Moisés a tener las manos levantadas (cap. 17). 2. Aholiab, de la tribu de Dan, es constituido compañero de Bezaleel (v. 6).

Quizá fue escogido de la tribu de Dan, una de las menos honorables, para que las tribus de Judá y de Leví no se envanecieran pensando que ellas iban a acaparar todas las preferencias. Hiram que fue el arquitecto del Templo de Salomón, era también de la tribu de Dan (2 Cr. 2:14). 3. Algunos otros más fueron empleados por éstos como subalternos en las distintas tareas que exigía la confección del tabernáculo (v. 6).

II. Él capacita también a estas personas para el servicio (v. 3): *Lo he llenado del Espíritu de Dios y* (v. 6): *He puesto sabiduría en el ánimo de todo sabio de corazón.* 1. Que el ingenio en las artes y oficios es un don de Dios; de Él se derivan tanto la facultad como la educación de la facultad. Dios instruye al labrador (Is. 28:26), lo mismo que al negociante; y a Él se le ha de dar la gloria y alabanza por ello. 2. Dios otorga sus dones con variedad; un don a uno, otro a otro, y todos para el bien de todo el cuerpo, tanto de la humanidad como de la Iglesia. Moisés era el más capacitado para gobernar a Israel, pero Bezaleel estaba más capacitado que él para construir el tabernáculo. 3. A quien Dios llama para algún servicio, o lo encontrará ya capacitado, o lo capacitará para él. El trabajo que había que hacer aquí era la construcción del tabernáculo y de sus utensilios, de los que se hace un breve recuento (vv. 7 y ss.). En relación con esta obra, las personas aquí citadas quedaban capacitadas para trabajar en oro, plata y bronce. Cuando Cristo envió a sus Apóstoles a construir el tabernáculo del Evangelio, derramó sobre ellos su Espíritu, para capacitarlos a hablar en diversas lenguas las maravillas de Dios; no para trabajar en metales, sino en mentalidades, y los dones eran tanto más excelentes cuanto más grande y perfecto era el tabernáculo que había de erigirse (He. 9:11).

Versículos 11–18

I. Mandato estricto para la santificación del sábado (vv. 13–17). La Ley del sábado les había sido dada antes que ninguna otra ley como una preparación (16:23), había sido después insertada en el cuerpo de la ley moral, en el cuarto mandamiento; había sido anexionada a la ley judicial (23:12), y aquí es añadida a la primera parte de la ley ceremonial, porque la observancia del sábado es en realidad el borde o vallado de toda la Ley; donde el pueblo no toma conciencia de ella, ya puede despedirse de la piedad y de la honradez, por eso en la ley moral, está en medio de las dos tablas. Así *que guardaréis el sábado, porque es santo a vosotros* (v. 14). Por mucha prisa que tengan en hacer la obra, no han de apresurarse más de lo debido; no deben quebrantar, en medio de sus prisas, la ley del sábado, incluso la obra del tabernáculo debe dar paso al descanso del sábado.

1. Naturaleza, sentido y objetivo del sábado, en cuya declaración Dios le rodea de tanto honor, y nos enseña a valorarlo debidamente. Varias cosas se dicen aquí del sábado: (A) Es *señal entre mí y vosotros* (vv. 13, 17). La institución del sábado era señal de que Dios les había distinguido a ellos de entre los demás pueblos. Al santificar este día entre ellos, les daba a entender que los santificaba a ellos, y los separaba para Sí y para su servicio. (B) *Santo es a vosotros* (v. 14), es decir: «Tiene por objetivo vuestro beneficio lo mismo que el honor de Dios»; *el sábado fue hecho para el hombre* (Mr. 2:27). (C) Es *sábado de reposo, consagrado a Jehová* (v. 15). Está separado del uso común y destinado al honor y servicio de Dios. (D) Había de celebrarse *por sus generaciones, por pacto perpetuo* (v. 16).

2. La ley del sábado. Deben *guardarlo* (vv. 13, 14, 16), como un tesoro que se les ha confiado.

3. La razón del sábado, porque las leyes de Dios no sólo están respaldadas por la más alta autoridad, sino que están cimentadas en las mejores razones. El ejemplo de Dios mismo es la mejor razón (v. 17).

4. El castigo que sería impuesto por el quebrantamiento de esta ley. *«Cualquiera que haga obra alguna en él»*—excepto obras de piedad y de misericordia—, *aquella persona será cortada de en medio de su pueblo* (v. 14), *ciertamente morirá* (v. 15).

II. La entrega de las dos tablas del testimonio a Moisés. 1. Los diez mandamientos que Dios había declarado de palabra en el monte Sinaí a oídos de todo el pueblo, estaban ahora escritos para perpetua memoria, porque *lo escrito permanece*—como dice el conocido refrán—. 2. Estaban escritos en *tablas de piedra* (v. 18), para indicar su perpetua duración, y también la dureza de los corazones de los israelitas (Ez. 36:26). Estaban escritos *con el dedo de Dios,* esto es, por su inmediato poder y voluntad. Sólo Dios puede escribir su ley en los corazones; por medio de su Espíritu, que es el dedo de Dios, escribe su voluntad en las *tablas de carne del corazón* (2 Co. 3:3). 4. Estaban escritos en dos tablas, pues tenían por objetivo guiarnos en nuestros deberes, tanto para con Dios como para con los hombres. 5. Se llaman *tablas del testimonio,* porque esta ley escrita testificaba, por una parte, de la voluntad de Dios con relación a ellos y de su bondad hacia ellos, y, por otra parte, sería un testimonio contra ellos, si eran desobedientes.

CAPÍTULO 32

Este capítulo se abre con el lamentable episodio de la fabricación del becerro de oro a manos de Aarón y a instancias del pueblo. A causa de este pecado la ira de Dios se encendió contra su pueblo, y da ocasión a una de las oraciones más bellas que vemos en la Palabra de Dios: la admirable oración de Moisés que hizo a Dios arrepentirse del mal que había pensado hacer (v. 14). Luego Moisés destruyó el becerro y trató de nuevo de aplacar a Dios con otra memorable súplica.

Versículos 1–6

Mientras Moisés estaba en el monte, recibiendo la Ley de manos de Dios, el pueblo tuvo tiempo para meditar sobre lo que se les había entregado, pero había entre ellos quienes ya maquinaban el modo de quebrantar las leyes que tan recientemente habían recibido. En el día trigésimo nono de los cuarenta, estalló el complot de rebelión contra el Señor.

I. El pueblo se dirigió tumultuosamente a Aarón, a quien le había sido confiado el gobierno del pueblo en ausencia de Moisés: *Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros* (v. 1).

1. El mal efecto sobre ellos de la ausencia de Moisés.

2. La furia y la violencia de una multitud cuando son influidos y pervertidos por una mentira tal que es capaz de engañar a multitudes. Puesto que Moisés había dejado encargados a Aarón y a Hur, algunos expositores deducen que Hur se resistió a satisfacer las demandas del pueblo y murió a manos de la multitud. En este sentido se expresa la Tradición judía.

A) Estaban cansados de esperar la tierra prometida. Querían apresurarse a entrar en la tierra *que fluye leche y miel,* pero no podían pararse a tomar consigo su norma religiosa. Debemos primero estar firmes en la espera y la observancia de la ley de Dios, antes de poder disfrutar de sus promesas

B) Estaban cansados de esperar el regreso de Moisés. Al ver que ya había pasado el cuadragésimo día, pensaron que algo malo le había pasado a Moisés y se desanimaron completamente. *A este Moisés, el varón que nos sacó de ta tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido.* (a) Con qué ligereza hablan de su persona—*este Moisés*—. Así de desagradecidos se muestran hacia Moisés, que tan tierna preocupación les había mostrado, y así marchaban en sentido contrario al de Dios. Si él se había detenido algo más de la cuenta, sería porque Dios tenía tanto que decirle para bien de ellos. (b) Él residía en el monte como embajador de ellos, y ciertamente volvería tan pronto como hubiese terminado el asunto que le llevó allá; sin embargo, esto les sirvió de pretexto para su malvada propuesta. El interpretar mal la demora de nuestro Señor en volver es motivo y ocasión para que algunos se endurezcan más en su maldad (2 P. 3:3–4). Nuestro Señor Jesucristo ha subido al monte de gloria, donde aparece en la presencia de Dios por nosotros, sin que nosotros le veamos; los Cielos deben albergarle y ocultarle de nuestra vista, para que vivamos por fe. El cansancio en esperarle puede entregarnos a muchas y grandes tentaciones. (c) Aquí Israel, si hubiese esperado sólo un día más habría visto lo que le había acontecido a Moisés.

C) Estaban cansados de esperar la institución divina de un culto religioso entre ellos. Se les había dicho que habían de *servir a Dios en este monte,* pero, como no se les cumplió tan pronto como ellos deseaban, decidieron poner a trabajar su propio ingenio para inventar señales de la presencia de Dios con ellos, y gloriarse en ellas, y tener un culto de su propia invención, probablemente parecido al que habían visto entre los egipcios. Decir: *Moisés se ha perdido ¡haznos un dios!* era el mayor absurdo que se podía imaginar. ¡Haznos *dioses que vayan delante de nosotros! ¡Dioses!* ¿Cuántos iban a tener? ¿No era suficiente con uno? ¡Haznos dioses! ¿Y qué bien podían proporcionarles dioses hechos con sus propias manos?

II. En respuesta a esto, Aarón les pide sus joyas: *Apartad los zarcillos de oro … y traédmelos* (v. 2). No encontramos una sola palabra de Aarón para disuadirles de su intento, sino que pareció aprobar la idea y no se mostró remiso en llevarles la corriente, ¿pensó quizá que pidiéndoles que se despojaran de todas sus joyas, se enfriarían sus ánimos? Lo cierto es que, lo mismo que sus descendientes, no tuvieron inconveniente en *sacar oro de la bolsa,* desprenderse de todas sus alhajas y *alquilar un orfebre para hacer un dios de ello, postrarse y adorarlo* (Is. 46:6). «¡Qué pueblo tan voluble!—dicen los rabinos—; un día dan su plata y su oro para el santuario de Dios; y al día siguiente lo dan para hacer un becerro de oro.»

III. A continuación leemos la fabricación del becerro de oro (vv. 3–4).

1. El pueblo trajo sus zarcillos a Aarón de buena gana, ya que, al pedirlos él, en vez de hacerles desistir de la propuesta, había quizás estimulado más su superstición, haciéndoles imaginarse que el oro quitado de sus orejas sería el más aceptable y serviría para fabricar el más valioso dios. 2. Aarón fundió los zarcillos y, teniendo ya preparado un molde para ello, echó en él el oro fundido y lo ajustó a la forma de un buey o becerro. Hay quienes piensan que Aarón escogió esta figura como señal de la presencia divina, porque pensó que la cabeza y los cuernos de un buey eran un buen emblema del poder divino y quizá confió en que, siendo una cosa tan común y ordinaria, la gente no sería tan imbécil como para adorarlo. Pero es probable que ellos hubieran aprendido de los egipcios a representar así a la deidad, pues se nos dice (Ez. 20:8): *Ni dejaron los ídolos de Egipto.* Y también: Y *no dejó sus fornicaciones comenzadas en Egipto* (Ez. 23:8). Así *cambiaron su gloria por la imagen de un buey que come hierba* (Sal. 106:20) y proclamaron su propia insensatez, mayor que la de otros idólatras que adoraban a ejército de los cielos.

IV. *Después de hacer un becerro en Horeb, se postraron ante una imagen de fundición* (Sal. 106:19). Aarón, al ver al pueblo encantado con su becerro, no quiso desencantarles, ya que temió que, si se oponía, se produjese algún tumulto que degenerase en violencia, y así les edificó un altar, y proclamó una fiesta de dedicación a Jehová (v. 5), porque, tanto él como el pueblo, no eran tan brutos como para imaginarse que este becerro era en sí mismo un dios, sino que lo tuvieron por representación del Dios verdadero al que pretendían adorar en y a través de esta imagen. Estaban quebrantando, no el primer mandamiento de la Ley, sino el segundo. Parece ser que Aarón quiso todavía dar largas al asunto y dejó la celebración para el día siguiente; esperaba que para entonces ya habría bajado Moisés del monte. El pueblo estaba deseoso de celebrar esta fiesta, puesto que *al día siguiente madrugaron* (v. 6), para mostrar cuán satisfechos estaban con la solemnidad y, de acuerdo con los antiguos ritos del culto, ofrecieron sacrificio a esta reciente deidad, y luego celebraron el correspondiente banquete sacrificial; así que, habiendo fabricado este dios a expensas de sus zarcillos, ahora se esforzaban en tenerle propicio a expensas de su ganado. Ahora bien: 1. Es extraño que alguien del pueblo, especialmente un número tan considerable de israelitas hicieran cosa semejante. ¿No habían oído hacía pocos días, en este mismo lugar, la voz del Señor Jehová que les decía desde en medio del fuego: *No te harás imagen ni ninguna semejanza?* (20:4). ¿Y no habían ellos sellado solemnemente el pacto con Dios, y prometido que harían todo cuanto Él les había dicho, y que serían obedientes? (24:7). *Hicieron un becerro en Horeb,* el mismo lugar en el que había sido dada la Ley. Hicieron lo contrario de lo que hacen los que reciben el Evangelio: inmediatamente *se convirtieron a Dios, abandonando los ídolos* (1 Ts. 1:9). 2. Es especialmente extraño que Aarón quedase tan implicado en este pecado, ¡hasta el punto de hacer él mismo el becerro y proclamar la fiesta para él! ¿Es éste el mismo Aarón, que estuvo con Moisés en el monte (19:24; 24:9), y vio que allí no había ninguna especie de semejanza, a base de la cual pudiesen hacer una imagen? ¿Pudo él ser cómplice y promotor de esta rebelión contra Dios? ¿Cómo es posible que fuese capaz de cometer semejante pecado? La tradición de

los judíos da la siguiente explicación: Su colega Hur se opuso a los deseos del pueblo y la gente enfurecida le apedreo hasta matarle (y ésta es la razón por la que no volvemos a saber nada de él); y como Aarón era un hombre de carácter pacífico, prefirió como mal menor acceder a los deseos del pueblo antes que provocar una división que habría tenido sangrientas consecuencias.

Versículos 7–14

I. Dios hace saber a Moisés lo que estaba pasando en el campamento durante su ausencia (vv. 7–8). Dios le dice a Moisés respecto a este pecado: 1. *Tu pueblo se ha corrompido* (v. 7). El pecado es la corrupción misma del pecador, obrada por él mismo. 2. *Se han apartado del camino que yo les mandé* (v. 8). El pecado es un extravío, una desviación del camino del deber a una senda de maldad (Is. 53:6). 3. Que se habían apartado muy deprisa al instante que habían recibido la Ley y habían prometido obedecerla. 4. Le dice en concreto lo que habían hecho: *Se han hecho un becerro de fundición, y lo han adorado.* Los pecados que quedan ocultos a nuestros semejantes y a nuestros gobernantes, están desnudos y abiertos delante de Dios. Nosotros no aguantaríamos ver la milésima parte de la provocación que Dios ve cada día, y sin embargo guarda silencio. 5. Parece desentenderse de ellos y dejar de reconocerlos por suyos, cuando le dice a Moisés: *Desciende, porque TU pueblo que sacaste de la tierra de Egipto se ha corrompido* (v. 7). Los que se corrompen a sí mismos, no sólo se avergüenzan a sí mismos, sino que hacen que Dios mismo se avergüence de ellos y de los favores que les otorga. 6. Le envía a ellos a toda prisa: *Anda, desciende.*

II. Expresa su disgusto contra Israel por este pecado (vv. 9–10). 1. Los retrata de cuerpo entero al decir de ellos: *«Es pueblo de dura cerviz».* El Dios justo ve, no sólo lo que hacemos, sino lo que somos. 2. Declara qué era lo que justamente se merecían—*que se encienda mi ira en ellos*—. El pecado nos expone a la ira de Dios, y esa ira, si no estuviese aliada con la misericordia divina, nos consumiría como si fuésemos estopa. 3. Llega a pedir a Moisés que no interceda por ellos: *Ahora, pues, déjame.* De este modo estaba ya dando gran honor a la oración, dando a entender que sólo la intercesión de Moisés podría salvarlos de la ruina.

III. Moisés intercede fervientemente ante Dios a favor de ellos (vv. 11–13). Si Dios no quería ser llamado *el Dios de Israel,* al menos podría dirigirse a Él como a su *Dios* (v. 11). Sabiamente se aferró a la insinuación que Dios le hizo al decirle: *Déjame,* expresión que, aunque a primera vista parecía prohibirle interceder en realidad le animó al mostrarle cuán grande es el poder que la oración de fe tiene para con Dios. Obsérvese: 1. Su petición: *Vuélvete del ardor de tu ira* (v. 12), no porque pensara que no era justa la ira de Dios, sino rogándole que no se airase hasta el punto de consumirlos. 2. Sus alegaciones. Llena su boca de sabios argumentos, no para mover a Dios, sino para expresar su fe y excitar el fervor de su propia oración. Recalca: (A) El interés que Dios ha tenido en ellos, por las grandes cosas que ha hecho ya por ellos. Dios le había dicho a Moisés: *Tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto* (v. 7); pero Moisés se los devuelve a Dios con toda humildad, diciendo: «Ellos son *tu pueblo,* tú eres su Señor y Dueño; yo soy sólo su servidor. *Tú los sacaste de la tierra de Egipto.* Yo no fui otra cosa que el instrumento en tus manos. *Tú los sacaste de Egipto,* aunque eran indignos y habían servido allí a los dioses de los egipcios (Jos. 24:15). Si tú hiciste eso por ellos, a pesar de sus pecados en Egipto, ¿vas a deshacerlo ahora por sus pecados de la misma naturaleza en el desierto?» (B) Apela a la repercusión que ello tendría sobre la gloria misma de Dios: *¿Por qué han de hablar los egipcios, diciendo: Para mal los sacó?* (v. 12). No puede soportar que eso repercuta contra Dios, y por eso insiste: *¿Por qué han de hablar los egipcios?* Si un pueblo tan extrañamente salvado fuese destruido súbitamente, ¿qué diría el mundo de ello, especialmente los egipcios, que tan implacablemente odiaban tanto a Israel como al Dios de Israel? Dirían: «Ese Dios, o es débil, y no pudo, o es voluble, y no quiso, completar la salvación que había comenzado». *¿Qué dirán los egipcios?* Deberíamos tener siempre mucho cuidado de que el nombre de Dios y su doctrina no sea blasfemado por causa nuestra. (C) Apela a la promesa que Dios hizo a los patriarcas de que multiplicaría su descendencia y les daría la tierra de Canaán. Las promesas de Dios deben ser el motivo de nuestras apelaciones en la oración. Esta oración de Moisés es perpetuamente un modelo ejemplar de oración fervorosa e inteligente.

IV. Dios depuso benignamente el ardor de su ira y el rigor de su sentencia, y *se arrepintió del mal que dijo que había de hacer* (v. 14). Este antropomorfismo sirve para darnos a entender el poder de la oración *que cambia las cosas.* Es cierto que Dios ha previsto y determinado desde la eternidad todo lo que había de hacer, pero ha incluido también en su programa eterno las oraciones de los suyos como ingredientes del plan de su providencia. Dios nunca se arrepiente de sus promesas, de sus planes, de su palabra (1 S. 15:29; Ro. 11:29), pero la Palabra de Dios nos dice que Él se arrepiente en relación con la actitud cambiante de las personas, pues al cambiar éstas cambia la actitud de Dios hacia ellas (1 S. 15:35), así que el cambio no afecta realmente a Dios sino a la relación con los demás. El mismo Sol que ablanda la cera, endurece el barro. 1. El poder de la oración Dios se deja vencer por la importunidad humilde y confiada de los intercesores. Nunca mejor que aquí se comprende la gran profundidad de aquella frase lapidaria de Agustín de Hipona: «La oración es la fuerza del hombre y la debilidad de Dios». 2. La compasión de Dios hacia los pobres pecadores, y cuán dispuesto está siempre a perdonar.

Versículos 15–20

I. El favor de Dios a Moisés, al confiarle las dos tablas de testimonio, las cuales, aunque eran de piedra corriente tenían mucho más valor que todas las piedras preciosas que adornaban el pectoral de Aarón.

II. La familiaridad entre Moisés y Josué. Mientras Moisés estaba dentro de la nube, como en la cámara secreta de Dios, Josué continuaba estando tan cerca como le era posible. Cuando Moisés descendió, lo hizo con él, y no antes. Josué, que era hombre de milicia temió que *hubiese alarido de pelea en el campamento* (v. 17) y que él fuese echado en falta; pero Moisés, al haber recibido directamente la información de Dios, distinguió mejor el sonido, percatándose de que era voz *de cantar* (v. 18).

III. El grande y justo descontento de Moisés contra Israel por su idolatría. Se resintió de ella, como de una ofensa contra Dios, y como un escándalo del pueblo mismo. Moisés era el hombre más manso de la tierra y, a pesar de ello, cuando *vio el becerro, y las danzas, ardió su ira* (v. 19). No hay ningún quebranto de la virtud de la mansedumbre en mostrar nuestro disgusto por la perversidad de los impíos. Es conveniente que nos mantengamos fríos en nuestra propia causa, pero calientes en la de Dios. 1. Para convencerles de que habían perdido el favor de Dios, *rompió las tablas* (v. 19) para que al ver esto, quedasen más afectados y llenos de confusión, y se diesen cuenta de las bendiciones que habían perdido. 2. Para convencerles de que habían recurrido a un dios que no podía ayudarles, *quemó el becerro* (v. 20); lo fundió y luego *lo molió hasta reducirlo a polvo;* y, para que todo el campamento se enterase de que ya no era más que polvo, lo mezcló con el agua, y lo dio a beber a todo el pueblo. Lo redujo a polvo, que era lo más próximo a la nada, para que quedase manifiesto que *un ídolo nada es en el mundo* (1. Co. 8:4).

Versículos 21–29

Después de mostrar su justa indignación contra el pecado de Israel quebrando las tablas de la Ley y reduciendo a polvo el becerro de oro, Moisés procede ahora a ajustar las cuentas con los prevaricadores, y actúa aquí como el representante de Dios. Para ello:

I. Comienza por Aarón, como Dios empezó por Adán, porque él era el personaje principal, aunque no era el primero en la transgresión, pues había sido arrastrado a ella.

1. La justa reprensión que le dio Moisés (v. 21). Y, habiendo prevalecido con Dios por él para salvarlo de la ruina, ahora le reprocha para traerle al arrepentimiento. Le incita a considerar: (A) Lo que había hecho a este pueblo: *Has traído sobre él tan gran pecado* (v. 21). Podría decirse que era el pueblo, como primer promotor, quien había traído el pecado sobre Aarón; pero siendo él el gobernante, que debía haberlo impedido, y sin embargo fue cómplice y patrocinador de él, bien puede decirse que lo trajo sobre el pueblo, porque endureció el corazón de ellos y fortaleció las manos de ellos para que pecasen. (B) Qué pudo moverle a ello: *¿Qué te ha hecho este pueblo?* Notemos que los hombres pueden tentarnos a pecar, pero no nos pueden forzar a cometer pecado. Igualmente pueden atemorizarnos, pero, si no consentimos, no nos pueden hacer ningún daño (1 P. 3:13).

2. La frívola excusa que dio Aarón: (A) Pide que se aplaque la ira de Moisés (v. 22): *No se enoje mi señor;* cuando debería pedir que se aplacase la ira de Dios en primer lugar. (B) Echa toda la culpa al pueblo: Tú *conoces al pueblo, que es inclinado a mal, porque me dijeron: Haznos dioses* (vv. 22–23). Es propio de nuestra naturaleza caída el querer transferir a otros nuestra culpabilidad (v. Gn. 3:12–13). El pecado es como una moneda falsa que todos quieren pasar a otros. (C) Y aún queda la duda de si intentó transferir parte de la culpa al propio Moisés por haber demorado el bajar del monte, pues repitió, sin ninguna necesidad de hacerlo aquel insidioso comentario del pueblo: *Porque a este Moisés … no sabemos qué le haya acontecido* (v. 23). (D) Trata de atenuar y ocultar su complicidad en el pecado e insinúa puerilmente que cuando echó el oro al fuego, le salió la figura del becerro (v. 24); pero no dice una palabra de su trabajo para moldearlo y esculpirlo.

II. Ahora le llega el turno al pueblo para ser juzgado por su pecado. Al ver acercarse a Moisés, la danza del pueblo se cambió en temblor. Quienes habían incitado a Aarón a ser cómplice en el pecado, no se atrevían ahora a mirarle a Moisés al rostro.

1. *Vio que el pueblo estaba desenfrenado*—rotos los vínculos de lealtad a su Dios—y expuesto a la vergüenza ante los enemigos (v. 25), no por haber perdido los zarcillos de las orejas, sino por haber perdido la integridad del corazón. Fue una vergüenza perpetua para ellos el *haber cambiado su gloria en la semejanza de un buey.*

2. El procedimiento que Moisés adoptó para quitar del pueblo este baldón, no ocultándolo ni excusándolo, sino castigándolo y dando así testimonio público contra él.

A) Por quién fue ejecutado el castigo: por los hijos de Leví (vv. 26, 28); no directamente por la mano de Dios, como en el caso de Nadab y Abiú, sino por espada de hombres, para enseñarles que la idolatría era *una maldad que ha de ser castigada por el juez, siendo una negación del Dios soberano* (Job 31:28; Dt. 13:9). Debe escogerse a los inocentes para ejecutar a los culpables. Aquí se nos dice, (a) que fueron los levitas los escogidos para este servicio. Lleno de celo, Moisés se puso a la puerta del campamento, y convocó a que se pusieran a su lado cuantos estuviesen de parte de Dios en contra del becerro: *¿Quién está por Jehová?* (v. 26). Quienes tienen su interés en el pecado y en la iniquidad, tienen el mismo interés que el diablo, y todos los malvados se ponen de parte del diablo; en cambio, el interés por la verdad y la santidad es el interés de Dios; por eso, todos los piadosos se ponen de parte de Dios; y en esto, no cabe neutralidad. (b) Cómo fueron comisionados para este servicio: *Matad cada uno a su hermano* (v. 27); como si dijera: «Matad a cuantos sepáis que han tenido parte activa en la fabricación y adoración del becerro de oro, aunque sean vuestros parientes más próximos y vuestros amigos más queridos.»

B) Sobre quiénes fue ejecutado el castigo: *Cayeron del pueblo en aquel día como tres mil hombres* (v. 28). Probablemente este número era pequeño en comparación con los muchos que eran culpables; pero éstos serían los que habían encabezado la rebelión, y así serían ejecutados para que sirviesen a los demás de ejemplo intimidador.

Versículos 30–35

Hecha justicia sobre los principales transgresores, Moisés pasa ahora a enderezar el entuerto, primero con el pueblo y después con Dios.

I. Con el pueblo, para incitarles al arrepentimiento (v. 30).

1. Cuando fueron matados los tres mil, pudieron imaginar los restantes que, puesto que habían quedado exentos de la pena capital eran considerados como libres de culpa. A estos sobrevivientes se dirige Moisés ahora para decirles: *Vosotros habéis cometido un gran pecado.* Para impresionarles con la grandeza de su pecado, les insinúa la dificultad que supondrá acabar con la contienda que Dios tiene con ellos por este motivo. La malignidad del pecado se echa de ver en la dificultad del perdón.

2. Con todo, servía de cierto aliento para el pueblo (después de oír que *habían cometido un gran pecado*) escuchar que Moisés *subiría a Jehová para aplacarle acerca del pecado de ellos.* Cristo el gran Mediador, subió con una mayor seguridad, por la obra consumada en el Calvario y porque Él estaba en el seno del Padre y conocía bien todos sus secretos.

II. Moisés intercede ante Dios para obtener misericordia.

1. ¡Cuán patético fue su discurso! *Volvió Moisés a Jehová,* no a recibir más instrucciones sobre el tabernáculo. En su conversación, Moisés expresa: (A) Su gran detestación del pecado del pueblo: *Este pueblo ha cometido un gran pecado* (v. 31). Dios se lo había dicho antes a él (v. 7), y ahora él se lo dice a Dios, lamentándose de ello. No presenta ninguna excusa ni atenuante, sino que lo mismo que había dicho al pueblo por vía de convicción, lo dice a Dios por vía de confesión: *Han cometido un gran pecado.* No viene a presentar defensa, sino a buscar reconciliación. (B) Su gran deseo del bienestar espiritual del pueblo: *Que perdones ahora su pecado* (v. 23), o, como dice el hebreo: Y *ahora, si perdonas su pecado,* puesto que no hay pecado demasiado grande para tu infinita misericordia … La frase queda abruptamente cortada; quizá como en Lucas 19:42, *¡Si también tú conocieses …!,* podría significar: *¡Oh, si tú quisieras perdonar! O,* más probablemente, como ocurre a veces en el hebreo, se podría suplir: *estaré contento de vivir.*

Y continúa: *Y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito;* esto es, «Si ellos han de ser cortados córtame a mí también con ellos; si todo Israel ha de perecer, perezca yo también con ellos; vivo para ellos, y no quiero sobrevivirles en la tierra prometida». Así expresa la ternura del amor que tiene a su pueblo, y es tipo del Buen Pastor, que *da su vida por las ovejas* (Jn. 10:11), y que *fue cortado de la tierra de los vivientes por la rebelión de mi pueblo* (Is. 53:8; Dn. 9:26). Moisés es aquí un excelente ejemplo para los pastores de todos los tiempos. Éste es uno de los versículos más hermosos e impresionantes de toda la Biblia, pero el amor, la generosidad y la negación de sí mismo alcanza todavía una cota más alta en el apóstol Pablo cuando dice: *Desearía yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos* (Ro. 9:3).

2. Cuánta fuerza tuvo esta apelación. Dios no le va a tomar la palabra; no, Él no va a raer de su libro, sino a quienes, por su voluntaria desobediencia se han hecho indignos de figurar en el libro de Dios (v. 33). Esto era también una insinuación de la misericordia que iba a tener con el pueblo. Además en respuesta a la súplica de Moisés: (A) Dios promete seguir en su intención de darles la tierra de Canaán. Por ello, envía a Moisés a ellos para que sea su guía, aunque eran indignos de Él, y les promete que su ángel irá delante de ellos. (B) Sin embargo, les amenaza con recordar contra ellos este pecado cuando encuentre después causa para castigarles por otros pecados. Los judíos tienen un dicho fundado en esto, de que de allí en adelante, en todo juicio de Dios contra Israel habría una onza del polvo del becerro de oro. Esteban dice que cuando *hicieron un becerro, y ofrecieron su sacrificio al ídolo, Dios se apartó y los entregó a que rindiesen culto al ejército del cielo* (Hch. 7:41–42); de modo que la extraña afición de ese pueblo al pecado de idolatría fue un justo juicio sobre ellos, por haber hecho y adorado el becerro de oro; juicio del que no se vieron libres hasta el tiempo de la deportación a Babilonia (v. Ro. 1:23–25). Aarón no sufrió la plaga, sino el pueblo, porque el suyo fue un pecado de debilidad, pero el de ellos fue de rebelión.

CAPÍTULO 33

En este capítulo, tenemos un relato adicional de la mediación de Moisés entre Dios e Israel, para taponar la brecha que el pecado había hecho entre ellos.

Versículos 1–6

I. El mensaje que Dios dio a los hijos de Israel por medio de Moisés.

1. En él, les pone un nombre mortificante, que les retrata de modo perfecto: *Pueblo de dura cerviz* (vv. 3 5). Dios quería someterlos al yugo de su Ley y ligarlos con el vínculo de su pacto, pero sus cuellos eran demasiado duros para doblegarse a estas exigencias divinas. Dios juzga a los hombres, se forma un juicio de ellos, por la disposición de sus mentes. Nosotros sabemos lo que el hombre *hace;* Dios sabe lo que el hombre *es;* nosotros vemos lo que procede del hombre, Dios ve lo que hay dentro del hombre, y no hay cosa que más le desagrade que la dureza de cerviz. 2. Les dice lo que se merecían. Si los hubiese tratado de acuerdo con sus pecados, los habría consumido con rápida destrucción. 3. Les manda subir de

allí y partir para la tierra de Canaán (v. 1). 4. Aunque promete cumplir su pacto con Abraham dándoles la tierra de Canaán, sin embargo les niega las señales extraordinarias de su presencia. «Yo *enviaré delante de ti el ángel,* como tu protector; de otro modo, los malos ángeles te destruirán pronto; *pero yo no subiré en medio de ti, no sea que te consuma en el camino* (vv. 2–3). La Justicia decía: «Córtalos, y consúmelos». La Misericordia decía: *¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín?* (Os. 11:8). Bien—dice Dios—; *quítate ahora tus atavíos, para que yo sepa lo que te he de hacer* (v. 5) como si dijera: «Ponte en actitud de arrepentimiento, para que la misericordia pueda regocijarse contra el juicio». Nótese que los llamamientos al arrepentimiento son indicaciones claras de que Dios tiene a punto su misericordia.

II. La melancolía del pueblo al recibir este mensaje. 1. *Vistieron luto* (v. 4), por su pecado, que había incitado a Dios a apartarse de ellos, e hicieron duelo por ello como por el más severo castigo de su pecado. De todos los frutos amargos y de las funestas consecuencias del pecado, lo que más lamentan y más temen todos los verdaderos creyentes arrepentidos es que Dios se aparte de ellos. 2. En señal de gran vergüenza y humillación, todos los que se habían vestido de luto, *dejaron de ponerse sus atavíos* (v. 4). Si perseveraban en esta actitud, Dios les mostraría su misericordia (v. 5).

Versículos 7–11

I. Una señal de desagrado que se les impone para mayor humillación: *Moisés tomó el tabenáculo* la tienda donde él tenía sus audiencias, oía las causas, y buscaba la respuesta de Dios, el consistorio (por llamarlo así) del campamento, *y lo levantó lejos, fuera del campamento* (v. 7), para darles a entender que se habían hecho indignos de Él y que, si no hacían las paces, no volvería más a ellos.

II. Sin embargo, les daba muchos ánimos, para que abrigasen la esperanza de que, al fin, Dios se reconciliaría con ellos.

1. Aunque el tabernáculo fue sacado fuera del campamento, todo el que estuviese dispuesto a buscar al Señor sería bien recibido en él (v. 7). Les fue fijado un lugar fuera del campamento, para que fuesen allá a solicitar que Dios se les manifestase. Cuando Dios prepara su misericordia, despierta espíritu de oración.

2. Moisés tomó a su cargo mediar entre Dios e Israel: *Salía al tabernáculo* (v. 8), el lugar de reunión, situado probablemente entre ellos y el monte, y *entraba en el tabernáculo* (v. 9).

3. El pueblo parecía estar bien dispuesto para una pronta reconciliación. (A) Cuando Moisés salía para ir al tabernáculo, el pueblo *miraba en pos de Moisés* (v. 1), en señal de respeto hacia aquel a quien antes habían tenido en poco, y también en señal de que dependían enteramente de su mediación. (B) Cuando veían la columna de nube, símbolo de la presencia de Dios, todos *adoraban, cada uno a la puerta de su tienda* (v. 10). Su adoración a la puerta de sus tiendas indicaba claramente que no se avergonzaban en público del respeto que tenían a Dios y a Moisés, como también en público habían adorado al becerro de oro.

4. Dios estaba en Moisés, reconciliaba consigo a Israel, y manifestaba su buena voluntad de hacer las paces. (A) Dios hablaba con Moisés en el lugar de reunión (v. 9). Si nuestros corazones salen en busca de Dios, Él descenderá benignamente para salir a nuestro encuentro. (B) *Dios hablaba con Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero* (v. 11), lo cual insinúa que Dios se reveló a Moisés, no sólo con mayor claridad y evidencia de luz divina que a cualquier otro de los profetas, sino también con más altas expresiones de especial benignidad y gracia. *Moisés volvía al campamento,* pero, como tenía intención de regresar rápidamente al tabernáculo de la congregación, dejaba a Josué allí, porque no estaba bien que quedase desatendido el lugar, mientras la nube de gloria *estaba a la puerta* (v. 9).

Versículos 12–23

Vuelto ya Moisés a la puerta del tabernáculo, se pone ahora a suplicar humilde e importunamente allí por dos favores muy grandes.

I. Pide fervientemente a Dios que garantice su presencia en medio de Israel para el resto de su viaje hasta Canaán, a pesar de las provocaciones de ellos. Obsérvese cuán admirablemente ordena Moisés la exposición de su causa delante de Dios: cómo apela ante Él, y cómo acelera la marcha.

1. Cómo apela. (A) Insiste en la comisión que Dios le había encomendado de *sacar aquel pueblo* (v. 12). Comienza diciendo: «Señor, eres tú mismo el que me has encomendado esta tarea, ¿y no me vas a reconocer?» (B) Toma pie del interés que Dios mismo tiene en él, y apela a las benignas expresiones de amabilidad que Dios ha tenido con él: Tú *dices: Yo te he conocido por tu nombre* (v. 12). *Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos*—añade Moisés—, si de verdad es así, *te ruego que me muestres ahora tu camino* (v. 13). De este modo, pues, le toma la palabra a Dios: «Señor, si quieres hacer algo por mí, hazlo también por el pueblo». Así también nuestro Señor Jesús, en su intercesión, se presenta al Padre como alguien en quien el Padre se complace siempre, y así obtiene misericordia para nosotros con quienes el Padre está justamente descontento; y así nosotros somos *colmados de gracia en el Amado* (Ef. 1:6). (C) Insinúa que también el pueblo, aunque es muy indigno, mantiene alguna relación con Dios: *«Mira que esta gente es pueblo tuyo,* un pueblo por el que tú has hecho grandes cosas, lo has rescatado para ti, y has sellado tu pacto con él, Señor, son tuyos, ¡no los dejes!» El padre ofendido se hace la siguiente consideración: «Mi hijo es insensato y díscolo pero es mi hijo y yo no puedo abandonarlo». (D) Expresa el gran valor que atribuye a la presencia de Dios. Al decir Dios: *Mi presencia irá contigo,* Moisés se aferra a esta promesa como a algo sin lo cual no puede moverse ni vivir: *Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí* (v. 21). Por donde se ve que el singular *conmigo* se refiere a todo el pueblo, como en el versículo 2. (E) Concluye con un argumento tomado de la gloria de Dios: ¿Y *en qué se conocerá aquí qu« he hallado gracia en tus ojos, yo y tu pueblo, sino en que tú andes con nosotros, y que yo y tu pueblo seamos apartados de todos los pueblos?* ¿Cómo se manifestará este honor, *sino en que tú andes con nosotros?*

2. Obsérvese cómo acelera la marcha en sus peticiones. Obtuvo seguridad del favor de Dios: (A) Hacia él mismo: *Te haré descansar* (v. 14). Moisés no entró jamás en Canaán; con todo, Dios hizo buena su palabra de que le haría descansar (Dn. 12:13). (B) Hacia el pueblo, por consideración a él. Las almas generosas piensan que no es bastante ir al cielo ellas mismas, sino que desean que todos sus amigos vayan allá también. Dios le va concediendo al mismo ritmo que él va pidiendo, porque Dios *da a todos abundantemente y sin reproche* (Stg. 1:5). Veamos aquí el poder de la oración, y sintámonos estimulados a *buscar,* a *pedir* y a llamar, a *orar sin cesar,* a *orar siempre sin desfallecer.* Véase también en Moisés como tipo de Cristo, el poder de la intercesión de nuestro gran Sumo Sacerdote quien siempre vive para interceder por todos aquellos que se allegan a Dios por medio de Él, y el fundamento de ese poder tan grande. Es puramente por su propio mérito, no por ninguna cosa que vea en aquellos por quienes intercede; es porque *has hallado gracia en mis ojos* (v. 12). Ahora el asunto queda clarificado Dios está perfectamente reconciliado con ellos, su presencia en la columna de nube vuelve a ellos y continuará con ellos, todo está bien y de aquí en adelante, ya no oiremos más del becerro de oro en la historia de Israel.

II. Después de alcanzar esta cota, Moisés pide a Dios *que le muestre su gloria,* y también en esto es oído.

1. Moisés hace humildemente esta petición: *Te ruego que me muestres tu gloria* (v. 18). Moisés había obtenido victoria tras victoria en su oración, y consigue de Dios admirables favores, y el éxito de sus plegarias le proporcionó atrevimiento para continuar buscando el favor de Dios; cuanto más obtenía, más pedía *«Muéstrame tu gloria».* O, como dice el hebreo, *«Hazme ver tu gloria»,* como si dijera: «Haz que sea visible para mí de alguna manera, y capacítame para soportar su vista». No que fuese tan ignorante como para pensar que la esencia divina podía verse con los OJOS del cuerpo, sino que deseaba adquirir un conocimiento más profundo de las cualidades eternas de Dios.

2. La benigna respuesta que Dios dio a su petición: (A) No le concedió lo que no podía ser otorgado, y para lo que Moisés no estaba capacitado: *No podrás ver mi rostro* (v. 20). Un descubrimiento completo de la gloria de Dios sobrepuja las facultades de cualquier mortal aunque se trate del gran Moisés. Hay un conocimiento y disfrute de Dios que está reservado para la vida eterna. Y aun entonces será imposible a toda criatura penetrar en lo más íntimo de la esencia divina (1 Ti. 6:16). (B) Le otorgó lo que le había de satisfacer abundantemente. (a) Oiría lo que tanto le había de agradar: *Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro* (v. 19). Ya le había dado admirables ejemplos de su bondad al reconciliarse con Israel; pero

esto era sólo la bondad en el arroyo; ahora le mostraría la bondad en su fuente: *todo mi bien*. Ésta fue una respuesta suficiente a su petición. «Muéstrame tu gloria—dice Moisés—. Yo *te mostraré todo mi bien»*—dice Dios. Nótese que el bien de Dios es su gloria; y Él quiere que le conozcamos por la gloria de su misericordia más bien que por la gloria de su majestad. Nunca leemos: «Estaré enfadado con quien estaré enfadado», por la sencilla razón de que su ira es siempre justa y santa, pero sí: *«Tendré misericordia del que tendré misericordia»* (v. 19), porque su gracia es siempre libre y soberana. Nunca condena por privilegio, pero sí salva por privilegio. (b) Podría ver lo que podía soportar, y lo que sería bastante para él. *Primeramente,* estar a salvo *en una hendidura de la peña* (v. 22). *Esta peña* o roca *era Cristo* (1 Co. 10:4). Y sólo a través de Cristo tenemos el conocimiento de la gloria de Dios. Nadie puede ver su gloria, sino los que están asentados en esta roca y resguardados por ella. *En segundo lugar,* Moisés pudo ver de Dios quizá más que ninguna otra persona aquí en la tierra, pero no tanto como los que están en el Cielo. La vista de Dios que Moisés tuvo es como la vista que tenemos de un hombre que ha pasado delante de nosotros, de modo que ya no le vemos más que la espalda. En la creación vemos las huellas de sus pies y la obra de sus manos, en nuestra propia naturaleza, vemos la imagen y semejanza de Él. *¿Y la espalda?* (v. 23). Cuando leemos en Isaías 38:17 que Dios echa *tras sus espaldas* los pecados; y después en Isaías 53:6, vemos que *cargó* sobre nuestro Salvador *la iniquidad de todos nosotros,* ya podemos entender que Jesucristo es la espalda de Dios; más aún *el resplandor de su gloria, y la fiel representación de su ser real* (He. 1:3). Por eso, a la pregunta de Felipe: *Muéstranos el Padre,* contesta Jesús: *El que me ha visto a mí, ha visto al Padre* (Jn. 14:9), puesto que *en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad* (Col. 2:9).

CAPÍTULO 34

Después de haber manifestado Dios a Moisés su buena voluntad en orden a reconciliarse con Israel, ahora le da pruebas de ello, y procede a confirmar su pacto y a establecer su comunión con ellos.

Versículos 1–4

Al haber roto los israelitas, con su adoración del becerro de oro, el tratado que acababa de sellarse entre Dios e Israel, ahora que se hacían de nuevo las paces, todo tenía también que renovarse.

I. Moisés debe prepararse para tener a mano otras dos tablas de piedra, una vez que las primeras quedaron rotas (v. 1). Así también, cuando Dios escribió primeramente su ley sobre el corazón del hombre en estado de inocencia, tanto las tablas como la escritura eran obra de Dios; pero, cuando estas tablas quedaron rotas y emborronadas por el pecado, y Dios decidió preservar su Ley en las Escrituras, echó mano del ministerio de hombres, y de Moisés el primero. Pero los profetas y los apóstoles sólo *alisaron las tablas,* por decirlo así; la escritura fue todavía obra de Dios porque *toda Escritura es dada por el aliento de Dios,* como indica el griego de 2 Timoteo 3:16. Cuando Dios se reconcilió con ellos, ordenó que se renovaran las tablas, y escribió su Ley en ellas, lo que claramente nos sugiere: 1. Que incluso en la dispensación del Evangelio de paz y reconciliación por medio de Cristo (del que era tipo la intercesión de Moisés), la ley moral continúa en vigor para los creyentes, aunque sublimada y compendiada en el mandamiento nuevo del Señor (Jn. 13:34), pues *el que ama al prójimo, ha cumplido la ley* (Ro. 13:8). Cuando nuestro Salvador, en el Sermón del Monte, expuso la ley moral, vindicándola de las glosas corruptoras con que los escribas y fariseos la habían quebrantado (Mt. 5:19) renovó en efecto las tablas y las hizo como las primeras; es decir, redujo la Ley a su primitivo sentido y a su genuina intención. 2. Que la mejor evidencia del perdón del pecado y de la paz con Dios es tener escrita en el corazón la Ley de Dios. 3. Que, si queremos que Dios escriba su Ley en nuestros corazones, debemos preparar nuestros corazones para recibirla.

II. Moisés debe subir de nuevo a la cima del monte Sinaí, y presentarse delante de Dios allí (v. 2). Por consiguiente, Moisés *se levantó de mañana* (v. 4), para ir al sitio fijado. Bueno es madrugar para nuestras devociones. La mañana es quizá tan buen amigo para las gracias como lo es para las musas.

Versículos 5–9

Tan pronto como Moisés llegó a la cima del monte le salió Dios al encuentro: *Jehová descendió en la nube* (v. 5), mediante alguna señal sensible de su presencia y alguna clara manifestación de su gloria. Dios descendió *en la nube,* e hizo de ella su pabellón, para dar a entender que, aunque era mucho lo que daba a conocer de sí mismo, era sin embargo mucho más lo que quedaba oculto.

I. Cómo proclamó Dios su nombre (vv. 6–7). Lo hizo *pasando por delante de él.* Las visiones estables de las cosas divinas están reservadas para la eternidad; lo mejor que podemos tener en este mundo es transitorio. Dios estaba ahora cumpliendo lo que había prometido a Moisés el día anterior, que haría pasar por delante de él todo su bien (33:22). *Proclamando el nombre de Jehová* (v. 5) mediante el cual quería darse a conocer. Se había dado a conocer a Moisés en la gloria de su autoexistencia y de su autosuficiencia cuando proclamó aquel nombre: YO SOY EL QUE SOY (3:14). Ahora se da a conocer en la gloria de su gracia, de su bondad y de su todosuficiencia para nosotros. Esta solemne proclamación se hace antes del despliegue de su misericordia para enseñarnos a pensar y a hablar incluso de la gracia y de la bondad de Dios con gran seriedad y un santo pavor. Su grandeza y su bondad se ilustran y se completan una a otra como las dos caras de una misma moneda. Se acumulan aquí términos y expresiones para instruirnos y convencernos de la bondad de Dios. 1. Es *misericordioso.* Esto nos habla de su tierna compasión, como la de un padre para con sus hijos. 2. Es *piadoso.* Su misericordia es gracia, pura y libre gracia, que salva, ayuda, consuela y levanta. 3. Es *tardo para la ira,* demora la ejecución de su justicia; nos espera con su gracia y alarga las ofertas de su misericordia. 4. Es *grande en misericordia y verdad,* es decir, rebosante de amor, misericordioso de gracias, dones y bendiciones, y fiel a su Palabra eternamente: una bondad comprometida por su promesa, y una promesa garantizada por su bondad y su lealtad. 5. *Que guarda misericordia a millares, o hasta la milésima generación,* y recuerda siempre las obras buenas de los antepasados. 6. *Que perdona la iniquidad* (heb. *avón* = maldad que nace de una mala disposición del corazón), *la rebelión* (heb. *peshá) y el pecado* (heb. *jattaah* = el pecado radical = errar el blanco). Especifica así la misericordia perdonadora porque es la que abre la puerta a todos los otros dones de su divina gracia.

II. Cómo recibió Moisés esta declaración que Dios le hizo de sí mismo, y de su gracia y misericordia. Parece ser que Moisés aceptó esto como una respuesta suficiente a su petición de que Dios le mostrara su gloria. Y aquí se nos dice:

1. La impresión que eso hizo en él: *Moisés, apresurándose, bajó la cabeza hacia el suelo y adoró* (v. 8).

2. El provecho que sacó de ello. Inmediatamente elevó una oración fundada en esa manifestación (v. 9). Se trata de una oración muy ferviente y afectuosa: (A) A fin de que la presencia de Dios estuviese con su pueblo Israel en el desierto: *«Vaya ahora el Señor en medio de nosotros,* porque tu presencia lo es todo y en todo nuestra seguridad y nuestro éxito». (B) Para perdón del pecado: *«Perdona nuestra iniquidad y nuestro pecado;* de lo contrario, no hay esperanza de que vayas con nosotros». Y (C), a favor de los privilegios de un pueblo singularmente de Dios: «Y *tómanos por tu heredad».* Dios ya había prometido estas cosas y le había dado a Moisés seguridades acerca de ellas; con todo, Moisés ora por ellas, no porque dude de la sinceridad de las garantías de Dios, sino como quien ansía que sean ratificadas. Quienes tienen buenas esperanzas, por la gracia de Dios, de que sus pecados son perdonados, deben continuar orando por perdón, por un perdón renovado, y por una conciencia cada vez más clara de su estado espiritual. Así Moisés, como hombre de un espíritu verdaderamente preocupado por su pueblo, intercede incluso por los niños que todavía no han nacido, pero habrían de ser herederos de las promesas. Pero añade una apelación muy extraña: *Porque es un pueblo de dura cerviz.* Precisamente Dios le había dado esta razón para no ir con ellos (33:3). «Sí—parece replicar Moisés—, tanto mayor razón para venir con nosotros; porque cuanto peores son, tanto más necesitan de tu presencia y de tu gracia para hacerlos mejores.»

Versículos 10–17

Hecha la reconciliación, se sella ahora un pacto de amistad entre Dios e Israel. Los traidores no sólo son perdonados, sino que son preferidos de nuevo y constituidos favoritos. Bien puede ser introducida la seguridad de esto con un *He aquí*, pues es una expresión que pide atención y admiración: *He aquí, yo hago pacto*

I. La parte de Dios en este pacto, es decir, lo que Él va a hacer por ellos (vv. 10–11). 1. En general: *Haré maravillas.* Verdaderamente eran maravillas, porque no tenían precedente, *que no han sido hechas en toda la tierra.* Serían el gozo de Israel, y la confirmación de su fe: *Verá todo el pueblo,* y reconocerá *la obra de Jehová.* Y serían el terror de sus enemigos: *Porque será cosa tremenda la que yo haré contigo.* Sí, incluso el pueblo mismo de Dios las vería con asombro. 2. En particular: *Echo de delante de tu presencia al amorreo, etc.* (v. 11).

II. La parte de ellos en el pacto: *Guarda lo que yo te mando hoy.* No podemos esperar el beneficio de las promesas, si no tomamos conciencia de los mandamientos.

No te has de inclinar a ningún *otro dios* (v. 14), ni dar honores divinos a ninguna criatura, ni a ningún otro nombre, pues son pura imaginación. No se puede adorar correctamente a Dios si no se le adora a Él sólo. Y para que no se sientan tentados a adorar a otros dioses, no se deben unir en parentesco ni amistad con los que los adoran: *Guárdate de hacer alianza con los moradores de la tierra* (v. 12). Si Dios, en su benignidad hacia ellos, echó fuera a los cananeos, ellos debían, en obligada correspondencia, no acogerlos. Especialmente debían guardarse muy mucho de establecer con ellos alianzas matrimoniales (vv. 15–16). Si acogían en sus casas a las hijas de los cananeos, estarían en constante peligro de erigir un altar a los dioses de los cananeos. Y para que no se sintieran tentados a hacer dioses de fundición (v. 17), debían destruir completamente cuantos hallasen, juntamente con sus altares (v. 13).

Versículos 18–27

Aquí se dan ciertas instrucciones acerca del modo de celebrar las fiestas solemnes anuales. Cuando hicieron el becerro, proclamaron una fiesta en honor de él; ahora, para que no vuelvan a cometer tal abominación, se les ordena de nuevo observar las fiestas que Dios había instituido. Nótese que los hombres no tienen por qué ser apartados de la religión por la tentación de regocijarse, puesto que servimos a un Señor que ha provisto abundantemente para el gozo de sus siervos.

I. Deben descansar un día a la semana, *aun en la arada y en la siega* (v. 21), que son los tiempos de ocupación más urgente del año. El mejor modo de obtener prosperidad en el trabajo de la cosecha es observar religiosamente el día de reposo en el tiempo de la cosecha.

II. Tres veces al año deben celebrar fiesta solemne (v. 23). Deben entonces *presentarse delante de Jehová el Señor, Dios de Israel.* Pero, ¿no quedaría el país expuesto a toda violencia y pillaje por parte de sus vecinos cuando todos los varones subiesen a Jerusalén para adorar? ¿Qué sería de las pobres mujeres, de los niños, de los ancianos y de los enfermos? ¡No hay por qué temer! *Ninguno codiciará tu tierra, cuando subas para presentarte delante de Jehová* (v. 24). Dios se cuidará de los que queden en sus hogares. No sólo no habrá quien invada el país, sino que no habrá quien desee hacerlo ni piense en ello. El camino de la obediencia es el camino de la seguridad.

III. Se mencionan aquí las tres fiestas con sus accesorios. 1. La Pascua y la fiesta de los panes sin levadura, en recuerdo de su liberación de Egipto; y a esto se anexiona la ley del rescate de los primogénitos (vv. 18–20). Esta fiesta ya había sido instituida (12:13), y ordenada de nuevo (23:15). 2. La fiesta de las semanas, es decir, Pentecostés, siete semanas después de la Pascua y a ésta es anexionada la ley de los primeros frutos. 3. La fiesta de la recolección final al término del año, que es la fiesta de los Tabernáculos (v. 22). También de éstas había hablado antes (23:16).

IV. Estas leyes se repiten para mostrar que *ni una jota ni una tilde pasarían de ningún modo de la ley* (Mt. 5:18). Y para cerrar esta sección, Dios ordena a Moisés que escriba estas palabras (v. 27), para que el pueblo esté más al corriente de ellas por el uso frecuente y puedan ser transmitidas a las generaciones venideras. Nunca estaremos lo bastante agradecidos a Dios por su Palabra escrita. 2. Dios le dice que

conforme a estas palabras ha hecho pacto con él y con Israel; no con Israel en directo, sino con ellos a través de Moisés como mediador.

Versículos 28–35

I. La permanencia de Moisés en el monte, donde fue sustentado milagrosamente (v. 28). Cuando nos encontramos fatigados de haber pasado una hora o dos en la presencia de Dios, orando o rindiéndole culto, hemos de considerar cuántos días y cuántas noches pasó Moisés con Él. Estuvo tanto tiempo sin comer ni beber (y probablemente sin dormir) porque: 1. El poder de Dios le sostenía para que no necesitara de ello. 2. Tenía una comida que el mundo no conoce, porque su comida y su bebida era escuchar la palabra de Dios y orar (comp. Jn. 4:34). Dios hizo a su favorito Moisés un banquete, no de comida y bebida, sino de luz, ley y amor, con el conocimiento de Dios y de su voluntad. Como Moisés, también Elías y Jesús ayunaron durante cuarenta días y cuarenta noches.

II. El descenso de Moisés del monte, grandemente enriquecido y milagrosamente ennoblecido.

1. Descendió enriquecido con el mejor de los tesoros, porque llevaba en sus manos las dos tablas de la ley.

2. Descendió ennoblecido y adornado con la mejor de las bellezas, pues *la piel de su rostro resplandecía* (v. 29).

A) Esto puede ser considerado: (a) Como un gran honor hecho a Moisés, a fin de que el pueblo no volviese a poner en duda su misión. Llevaba las credenciales en su propio rostro. Los israelitas no podían mirarle a la cara, pero podían leer allí la comisión que había recibido de Dios. No obstante, aun después de esto murmuraron contra él. (b) Fue también un gran favor hecho al pueblo, y un estímulo para ellos, el que Dios pusiera esta gloria sobre él, que era el intercesor del pueblo, dándoles con esto seguridad de que él era aceptado, y ellos a través de él. (c) Fue efecto de su íntima y larga comunión con Dios. Cuando hemos estado en el monte con Dios, ha de *brillar nuestra luz delante de los hombres,* para que todos cuantos conversen con nosotros *nos reconozcan que hemos estado con Jesús* (Hch. 4:13).

B) En cuanto al resplandor del rostro de Moisés, obsérvese aquí: (a) Que Moisés no se percataba de ello: *No sabía Moisés que la piel de su rostro resplandecía* (v. 29). Cualquier clase de hermosura que Dios nos conceda ha de suscitar en nosotros tal sentido de humildad y de reconocimiento de la propia indignidad y de nuestras debilidades, que nos haga pasar por alto y olvidar aquello que hace resplandecer nuestro rostro. Los hombres más grandes son inconscientes de su propia grandeza. (b) Aarón y los hijos de Israel lo vieron y *tuvieron miedo* (v. 30). Probablemente dudaron de si era una señal del favor de Dios o de su disgusto; siendo conscientes de su culpa, temían lo peor. (c) Moisés *puso un velo sobre su rostro* (vv. 33, 35), cuando se dio cuenta de que resplandecía. Esto nos enseña a todos una lección de humildad y de modestia. (d) *Cuando venía Moisés delante de Jehová para hablar con Él en el tabernáculo, se quitaba el velo* (v. 34). Entonces no había necesidad de él, y delante de Dios, todo varón debe aparecer sin velo. Esto significa también que, como se explica en 2 Corintios 3:16 *siempre que alguno se convierte al Señor, el velo se quita,* para que a rostro descubierto podamos contemplar su gloria.

CAPÍTULO 35

Entramos ahora en la sección final del libro del Éxodo, que trata en detalle de la construcción del santuario. Aquí se comienza insistiendo en la observancia del sábado, y se detalla después la obra del tabernáculo y la ofrenda que se hizo entre el pueblo para contribuir a su erección.

Versículos 1–19

Al ser la erección y el mueblaje del tabernáculo la obra a la que inmediatamente debían dedicarse, se dan aquí instrucciones respecto a ella en particular.

I. Se convoca a toda la congregación (v. 1).

II. Moisés les encarga todo lo que Dios le había mandado. Al haber puesto ambas partes su confianza en él, él fue fiel a esta confianza; con todo, él fue fiel sólo como siervo, pero *Cristo lo fue como Hijo* (He. 3:5–6).

III. Comienza con la ley del sábado: *Seis días se trabajará* para la obra del tabernáculo, *mas el día séptimo será santo* (v. 2); ese día no se dará ni un golpe. Es sábado de reposo, y es tipo del *reposo que queda para el pueblo de Dios* (He. 4:9); reposo espiritual en este mundo, de las obras de la carne; reposo eterno en el Cielo, donde un descanso perfecto estará unido al servicio activo y gozoso (Ap. 22:3, 5).

IV. Ordena que se hagan preparativos para la erección del tabernáculo. Dos cosas había que hacer en particular:

1. Todos cuantos disponían de medios debían contribuir: *Tomad de entre vosotros ofrenda para Jehová* (v. 5). La norma es: *Todo generoso de corazón la traerá.* No había de ser una contribución impuesta, sino de buena voluntad y espontánea, para sugerirnos: (A) Que Dios no ha hecho pesado nuestro yugo. (B) Que *Dios ama al dador alegre* (2 Co. 9:7), y se agrada con las ofrendas que libremente se le hacen. Los servicios más aceptables a Dios son los que surgen de un corazón generoso que se ofrece voluntariamente (Sal. 110:3).

2. Todos los que sean hábiles han de poner manos a la obra: *Todo sabio de corazón de entre vosotros vendrá y hará todas las cosas* (v. 10). Véase cómo Dios otorga sus dones con variedad; y, *cada uno, según el don que ha recibido minístrelo a los otros* (1 P. 4:10). Los que tenían medios de fortuna, habían de aportar los materiales para el trabajo; los que tenían cualidades artísticas debían servir al tabernáculo con su arte; así como ellos se necesitaban unos a otros, así también el tabernáculo los necesitaba a todos ellos (1 Co. 12:7–21).

Versículos 20–29

I. Las ofrendas que eran traídas para el servicio del tabernáculo (vv. 21 y ss.). 1. Se insinúa que trajeron sus ofrendas inmediatamente. No hay mejor oportunidad que la presente. 2. Se nos dice que su *espíritu les dio voluntad* (v. 21), y que tuvieron corazón voluntario (v. 29). 3. Cuando se dice que *vinieron todos los voluntarios de corazón* a presentar sus ofrendas (v. 22), parece darse a entender que había algunos que no tenían esta voluntad, sino que amaban a su dinero más que a su Dios, y no estaban dispuestos a desprenderse de su oro, ni siquiera para el servicio del tabernáculo. Son de los que están a favor de la religión, con tal de que les resulte barata y no les cueste nada. 4. Las ofrendas eran de distintas clases, de acuerdo a lo que poseían. Quienes no poseían piedras preciosas que traer, traían pelo de cabras o pieles de carneros. Dos moneditas de una pobre viuda fueron más agradables a Dios que muchos talentos de oro de un ricachón. Dios tiene la vista puesta en el corazón del dador más que en el valor de lo que da. Muchos de los objetos que ofrecieron eran ornamentos que usaban, como *cadenas y zarcillos, anillos y brazaletes* (v. 22); e incluso las mujeres se desprendían de esas cosas. Si pensamos que las normas del Evangelio en lo concerniente a nuestro vestido son demasiado estrictas (1 Ti. 2:9–10; 1 P. 3:3–4) me temo que no habríamos hecho lo que estos israelitas hicieron. Podemos suponer que estas cosas preciosas que ofrecieron procedían especialmente de lo que habían tomado de los egipcios antes de salir de Egipto. ¿Quién hubiera pensado que hasta la riqueza de Egipto había de ser tan bien empleada? Que *cada uno de según le haya prosperado Dios* (1 Co. 16:2). Los éxitos extraordinarios deben ser reconocidos con ofrendas extraordinarias. Pero hemos de tener mucho cuidado de que los dioses de los egipcios no se mezclen con el oro de los egipcios.

II. La obra que se llevó a cabo para el servicio del tabernáculo: *Todas las mujeres sabias de corazón hilaban con sus manos* (v. 25). Algunas hilaron en fino, como en púrpura violeta o carmesí; otras con material basto como pelo de cabras, pero incluso éstas se dice que fueron impulsadas por su corazón en sabiduría (v. 26). De la misma manera que Dios acepta no sólo ricos presentes así también acepta no sólo labores en fino. Aquí se hace mención del trabajo que hicieron por Dios las buenas mujeres, tanto como del que hicieron Bezaleel y Aholiab. La unción que María hizo sobre la cabeza de Jesús será anunciada

para perpetua memoria (Mt. 26:13); y también se mencionan las mujeres que trabajaron para el Evangelio (Fil. 4:3), y fueron colaboradoras de Pablo en Jesucristo (Ro. 16:3). Los pobres pueden aliviar a los pobres, y quienes no tienen otra fortuna que sus brazos y sus sentidos pueden poner mucha generosidad en su trabajo de amor (1 Ts. 1:3).

Versículos 30–35

Nombramiento que Dios hace de los obreros principales, para que no haya contienda por el oficio. *Dios es Dios de orden y no de confusión* (1 Co. 14:33). 1. Aquellos a quienes Dios llamó por su nombre para este servicio *los llenó del Espíritu de Dios* (v. 31). La habilidad para los empleos seculares es un don de Dios y viene de arriba (Stg. 1:17). Así cuando los apóstoles fueron nombrados para ser arquitectos del tabernáculo del Evangelio, fueron llenos del Espíritu de Dios en sabiduría y entendimiento. 2. Fueron nombrados, no sólo para proyectar, sino para trabajar (v. 32). 3. No sólo habían de proyectar y trabajar ellos, sino que habían de enseñar a otros (v. 34). No sólo tenía Bezaleel poder para mandar, sino que había de tomarse trabajo en enseñar. Los que gobiernan deben enseñar; y aquellos a quienes Dios ha dado conocimiento, deben estar deseosos de comunicarlo para beneficio de otros, sin codiciar el monopolizarlo.

CAPÍTULO 36

En este capítulo vemos cómo se comienza la construcción del tabernáculo. Las ofrendas son tan numerosas, que hay que ponerles tope.

Versículos 1–7

I. Los obreros ponen mano a la obra sin demora, conforme se les había mandado (v. 1). Comienzan cuando Moisés les llama (v. 2). Han de ser llamados a la edificación del tabernáculo del Evangelio aquellos a quienes Dios, por su gracia, ha equipado en alguna medida para la obra y están libres para comprometerse en ella. Suficiente habilidad y voluntad resuelta son las dos cualidades que han de tenerse en cuenta en el llamamiento de ministros del Señor. Los materiales que el pueblo había aportado fueron entregados por Moisés a los obreros (v. 3). Almas inmortales son los materiales del tabernáculo del Evangelio; *son edificadas como casa espiritual* (1 P. 2:5). A este fin han de ofrecerse a sí mismas como *ofrenda agradable* al Señor, para su servicio (Ro. 15:16), y entonces son encomendadas al cuidado de sus ministros, como edificadores, para ser trabajadas y ajustadas en el edificio mediante su crecimiento espiritual, hasta que lleguen a ser *en la unidad de la fe, un santuario sagrado* (Ef. 2:21–22; 4:12–13).

II. Se suspenden las ofrendas. El pueblo continuaba *trayendo ofrenda voluntaria cada mañana* (v. 3). 1. La honradez de los obreros. Cuando los maestros que estaban al frente de la obra tuvieron a mano los materiales que necesitaban y vieron que había suficiente, fueron todos a Moisés para decirle que no era menester hacer más ofrendas (vv. 4–5). Eran hombres de integridad, que desdeñaban hacer una cosa tan vil como vivir a costa del pueblo y enriquecerse con lo que había sido ofrecido al Señor. Los mayores timadores son los que timan a la comunidad. 2. La generosidad del pueblo, ¡caso raro! La mayoría necesitan ser espoleados para avivar su generosidad; pocos necesitan un freno para moderarla; pero éstos lo necesitaron.

Versículos 8–13

El primer trabajo que hicieron fue la erección de la casa, hecha, no de madera o de piedra, sino de cortinas curiosamente bordadas y unidas entre sí. Esto servía para simbolizar el estado de la Iglesia en este mundo, el palacio de Dios entre los hombres. Es en sí de poco valor y mudable y se encuentra como en estado de guerra (Iglesia militante). Los pastores vivían en tiendas de campaña, y Dios es el Pastor de Israel; los soldados vivían en tiendas de campaña, y el Señor es hombre de guerra (Jehová de los

ejércitos), y su Iglesia marcha a través de un territorio del enemigo, y debe luchar en el camino (Ef. 6:10 y ss.). Los reyes de la tierra se encerraban en palacios de cedro (Jer. 22:15), pero el Arca de Dios estaba alojada sólo entre cortinas. No obstante, hay hermosura en la santidad; las cortinas estaban bordadas; así también la Iglesia está adornada con los dones y gracias del Espíritu; *con vestidos bordados es llevada al rey* (Sal. 45:14).

Versículos 14–34

1. El resguardo y la especial protección de que disfruta la Iglesia están simbolizados por las cortinas de pelo de cabra extendidas sobre el tabernáculo, y por las cubiertas de pieles de carneros y de tejones que estaban encima de las cortinas (vv. 14–19). Dios ha provisto para su pueblo refugio y escondedero contra el turbión y contra el aguacero (Is. 4:6). Los que habitan en la casa de Dios encontrarán que, por muy violenta que sea la tempestad, o por muy continuo que sea el gotear, el agua no entra. 2. La fuerza y la estabilidad de la Iglesia, aunque no es más que un tabernáculo, están simbolizadas por las tablas de madera y por las barras con que se sostenían las cortinas (vv. 20–34).

Versículos 33–38

1. Había un velo para separar el lugar santo del santísimo (vv. 35–36). Esto daba a entender la oscuridad y la distancia de aquella dispensación, comparada con el Nuevo Testamento, que nos muestra la gloria de Dios con mayor claridad y nos invita a acercarnos a Dios. 2. Había también un velo para la puerta del tabernáculo (vv. 37–38). Junto a esta puerta se reunía el pueblo aunque les estaba prohibido entrar; porque, mientras nos hallamos en el estado presente, debemos acercarnos a Dios lo más posible.

CAPÍTULO 37

Bezaleel y sus obreros están todavía muy ocupados haciendo el Arca con el propiciatorio y los querubines, la mesa, el candelabro y el altar del incienso.

Versículos 1–9

I. Moisés había referido con todo detalle las instrucciones que se le habían dado en el monte sobre la construcción de todas estas cosas. Entonces, ¿por qué hay tantos empleados en esta narración? Debemos considerar: 1. Que Moisés escribió primordialmente para el pueblo de Israel, para quien sería de gran utilidad leer y oír a menudo de estos tesoros divinos y sagrados que se les habían encomendado. También nosotros necesitamos que se nos inculquen una y otra vez las grandes realidades del Evangelio con su ley de amor. 2. Moisés quería mostrar así el gran cuidado que él y sus obreros tuvieron en hacer cada cosa exactamente de acuerdo con el modelo que le había sido mostrado en el monte. Habiéndonos dado primero el original, ahora nos da la copia, para que los comparemos y veamos cuán exactamente se corresponden.

II. En estos versículos tenemos un relato de cómo se hizo el Arca, con sus gloriosos y significativos accesorios, el propiciatorio y los querubines. Si consideramos estas tres cosas juntamente, vemos que representan respectivamente la gloria del Dios santo, la sinceridad de un corazón santo, y la comunión que se establece entre ellos, en, y por medio de, un Mediador.

Versículos 10–24

1. La construcción de la mesa en la que habían de estar continuamente los panes de la proposición. Dios es un buen mantenedor de su casa, que siempre tiene una mesa bien provista. ¿Es el mundo su tabernáculo? Su providencia prepara en Él una mesa para todas las criaturas: *provee alimento para toda*

carne. ¿Es la Iglesia su tabernáculo? Su gracia prepara en ella una mesa para todos los creyentes, provista del pan de vida. Pero obsérvese cuánto supera la dispensación del Evangelio a la de la Ley Aunque aquí había una mesa preparada, sólo tenía *panes de proposición*, panes para ser expuestos, no para comer de ellos mientras estaban en la mesa, y después, sólo los sacerdotes los podían comer; pero a la mesa que Cristo ha preparado en el nuevo pacto todos los verdaderos cristianos están invitados como huéspedes; y a todos ellos se dice: *Venid, comed de mi pan* (Pr. 9:5). Donde 1. La Ley sólo dio una visión a distancia, el Evangelio da un disfrute cercano y una cordial bienvenida. 2. La fabricación del candelero, *todo él de oro puro labrado a martillo* (vv. 17, 22). La Biblia es un candelero de oro, de oro puro (Sal. 19:10). De él se difunde la luz a todas las partes del tabernáculo de Dios.

Versículos 25–29

1. La construcción del altar de oro, en el que había de quemarse incienso diariamente que significaba las oraciones de los santos y la intercesión de Cristo. Sus anillos y su cornisa eran de oro, y todos sus accesorios estaban copiosamente cubiertos de oro, como eran de oro el candelero y todas las vasijas de la mesa, porque se usaban en el lugar santo. 2. La preparación del incienso que había de quemarse en este altar, y, con él, la del aceite de la unción (v. 29).

CAPÍTULO 38

Construcción del altar de bronce y de la pila del mismo metal. Viene luego la disposición del atrio y, finalmente, un recuento de los materiales de oro, plata y bronce que se emplearon en la construcción del tabernáculo y de su mobiliario.

Versículos 1–8

Una vez que hubo terminado Bezaleel la obra de oro, que aun siendo la más rica había de estar en su mayor parte oculta a la vista del pueblo en el mismo tabernáculo, se dispone ahora a preparar el atrio, que estaría abierto a la vista de todos. El mobiliario constaba de dos objetos, ambos de bronce:

I. El altar de los holocaustos (vv. 1–7). En él se ofrecían todos los sacrificios.

II. Una pila, para que se lavaran los sacerdotes cuando entraban a ejercer su ministerio (v. 8). Aquí se dice que estaba hecha *de los espejos de las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo*, ya que estos espejos eran entonces de cobre bruñido.

1. Parece ser que estas mujeres eran eminentes y ejemplares en su devoción, como lo fue Ana mucho tiempo después, *la cual no se apartaba del templo, sirviendo de día y de noche con ayunos y oraciones* (Lc. 2:37).
2. Estas mujeres se desprendieron de sus espejos para uso del tabernáculo. Para que los obreros no careciesen de bronce ellas entregaron sus espejos, aunque les servían de gran utilidad. La tradición rabínica dice que al principio, Moisés no quería usarlos, porque habían servido a la vanidad femenina, pero Dios le recordó que la mujer israelita había compartido la amargura de la esclavitud de su esposo en Egipto y había hecho todo lo posible para alegrarlo. Entonces Moisés aceptó los espejos, pero utilizó el metal para la construcción de la pila, no para el tabernáculo mismo.

Versículos 9–20

Las paredes del atrio eran, como las del resto del tabernáculo, cortinas, según lo dispuesto anteriormente (27:9 y ss.). Esto representaba el estado propio del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento; era un jardín cerrado; los adoradores estaban entonces confinados a un pequeño espacio. Pero, siendo de cortinas el cierre, se insinuaba que el confinamiento del pueblo de Dios a una nación

particular no había de ser perpetuo. La dispensación misma era una dispensación de tabernáculo, movible y mudable, y que, a su debido tiempo, había de ser depuesta y enrollada cuando el lugar de la nueva habitación fuese ampliado y sus cuerdas alargadas, para hacer sitio para el mundo de los gentiles, como se anuncia en Isaías 54:2–3.

Versículos 21–31

Aquí tenemos un sumario de las cuentas que, por orden de Moisés, hicieron y guardaron los levitas del oro, la plata y el bronce que trajo el pueblo para el uso del tabernáculo y de cómo fue empleado todo ello. Itamar, hijo de Aarón, fue encargado de hacer esto teniendo a los levitas bajo su dirección. Por números 4:28 vemos que Itamar era el superintendente del tabernáculo. Bezaleel y Aholiab presentaron las cuentas (vv. 22–23) e Itamar las revisó para entregarlas después a Moisés. Y fue así: 1. Todo el oro procedía de ofrendas voluntarias. 2. La plata fue recogida por vía de leva o tributación, a siclo por cabeza.

CAPÍTULO 39

Este capítulo nos refiere la terminación de la obra del tabernáculo, después de resumir las características de las vestiduras sacerdotales.

Versículos 1–31

En este relato de la confección de las vestiduras de los sacerdotes, de acuerdo con las instrucciones dadas anteriormente (cap. 28), podemos observar: 1. Que las vestiduras de los sacerdotes son llamadas aquí *vestiduras del ministerio* (v. 1). De los que están cubiertos de vestiduras blancas se dice que *están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su santuario* (Ap. 7:13, 15). 2. Que todos los párrafos de las seis porciones que nos refieren la confección de estas vestiduras sagradas, concluyen con estas palabras: *como Jehová lo había mandado a Moisés* (vv. 5, 7, 21, 26, 29, 31). Es normativo para todos los ministros del Señor hacer de la Palabra de Dios su regla en todos sus ministerios, y actuar en obediencia al mandato de Dios. 3. Que estas vestiduras, en conformidad con el resto del mobiliario del tabernáculo, eran muy ricas y espléndidas; así fue enseñada la Iglesia en su infancia, y así se agradaba de los rudimentos de este mundo (Col. 2:8). 4. Que todas ellas eran sombra de las cosas venideras, pero la realidad es Cristo y la gracia del Evangelio. Por consiguiente, cuando ha llegado la realidad, es una burla seguir aficionados a la sombra. (A) Cristo es nuestro gran Sumo Sacerdote; cuando vino a emprender la obra de nuestra redención, se puso las vestiduras de servicio. (B) Los verdaderos creyentes son sacerdotes espirituales. El material con que tienen que ser hechas sus vestiduras son *las acciones justas de los santos* (Ap. 19:8).

Versículos 32–43

I. Los constructores del tabernáculo realizaron la obra con gran prontitud, pues emplearon no mucho más de cinco meses desde que la comenzaron hasta que la acabaron.

II. Observaron puntualmente las órdenes que habían recibido, sin apartarse en absoluto de ellas. Todo lo hicieron *como Jehová lo había mandado a Moisés* (vv. 32, 42).

III. Trajeron toda su obra a Moisés y la sometieron a su inspección y censura (v. 33). Aunque sabían hacer la obra mejor que Moisés, Moisés tenía del modelo una idea más exacta que ellos y, por eso, no podían estar completamente satisfechos de su obra hasta que no tuviesen su aprobación.

IV. Moisés, después de examinar toda su obra halló que *la habían hecho como Jehová había mandado* (v. 43). El mismo Ser que había mostrado el modelo a Moisés, había guiado las manos de ellos en la obra.

V. Moisés *los bendijo*. 1. Los alabó y expresó su aprobación por todo lo que habían hecho. No encontró falta donde no la había, al contrario que algunos, que piensan desacreditar su propio juicio si no encuentran algo a faltar en la mejor y más perfecta realización. Quizás habría alguna ligera imperfección en algún pequeño detalle, pero Moisés no era tan cicatero como para hacer notar pequeños defectos en una obra tan grande y tan bien acabada. 2. No sólo los alabó, sino que oró por ellos, pues expresó su alabanza y su agradecimiento e invocó sobre ellos una bendición de Dios. No los bendijo al comenzar la obra, sino al terminarla, porque los principios suelen ser fáciles, pero acabar una obra grande y acabarla bien es duro y más raro. La Tradición judía dice que Moisés compuso el Salmo 90 en esta ocasión (ver el v. 17 con que acaba el Salmo).

CAPÍTULO 40

En este capítulo, se dan órdenes para levantar el tabernáculo y poner en su sitio todos los accesorios. Viene después la consagración del tabernáculo y de los sacerdotes. Finalmente, Dios toma posesión de él por medio de la nube.

Versículos 1–5

Los materiales y el mobiliario del tabernáculo habían sido revisados escrupulosamente y aprobados, y ahora debían ser colocados en su lugar. 1. El tiempo estipulado para esto fue *el primer día del mes primero* (v. 2). Está muy bien comenzar el año con alguna obra buena. El que es el primero debe tener lo primero: *Buscad primero el reino de Dios* (Mt. 6:33). En tiempo de Ezequías, vemos que iniciaron a santificar el templo, comenzando por los sacerdotes mismos, *el día primero del mes primero* (2 Cr. 29:17). Se le ordena a Moisés que primero sea levantado el tabernáculo mismo en el que Dios quería habitar y ser servido (v. 2); luego poner el Arca en su lugar y correr el velo delante de ella (v. 3); después, fijar la mesa, el candelero y el altar del incienso fuera del velo (vv. 4–5), y poner la cortina delante a la entrada del tabernáculo. Luego, en el atrio, debe colocar el altar de los holocaustos y la pila de bronce (vv. 6–7); y, finalmente, debe poner el atrio alrededor, y la cortina a la entrada del atrio (v. 8). 2. Luego que el tabernáculo ha sido levantado, y ya están en su lugar las piezas del mobiliario, Dios da orden a Moisés de consagrar todo ello ungiéndolo con el aceite ya preparado con este objetivo (30:25 y ss.). Todas y cada una de las cosas fueron santificadas luego que estuvieron en el lugar que correspondía a cada una de ellas. Así como cada cosa es bella en su propia sazón, así también todo lo es en su propio lugar. 3. Ordena también a Moisés que consagre a Aarón y a sus hijos.

Versículos 16–33

Cuando el tabernáculo y su mobiliario estuvieron preparados, lo pusieron en medio del campamento, mientras ellos estaban en el desierto.

Aquí tenemos un relato del trabajo que hicieron aquel primer día del año. Velaron lo que tenía que estar velado (v. 21), y usaron inmediatamente lo que tenía que ser usado. Lo que Moisés hizo lo hizo con la dirección y con las garantías especiales de Dios, y actuó como profeta o legislador más bien que como sacerdote. Puso la cosa en marcha, y después dejó la obra en manos de los que habían sido nombrados para el ministerio. (A) Cuando terminó de poner la mesa, puso sobre ella el Pan de la proposición (v. 23). (B) Tan pronto como estuvo colocado el candelero, *encendió las lámparas delante de Jehová* (v. 25). (C) Después de poner en su sitio el altar de oro, inmediatamente *quemó sobre él incienso aromático* (v. 27). (D) Asimismo inmediatamente después de poner el altar de los holocaustos en el atrio del tabernáculo, *sacrificó sobre él holocausto y ofrenda* (v. 29). (E) Igualmente, después de poner la pila, Moisés mismo se lavó las manos y los pies.

Versículos 34–38

Después que Dios terminó la creación de este mundo, que Él había destinado a que fuese la habitación del hombre, creó al hombre y lo puso en posesión del mundo. Así también, después que Moisés terminó de hacer el tabernáculo, destinado a ser la morada de Dios entre los hombres, vino Dios y tomó posesión de él. Dondequiera que Dios tiene un trono y un altar en un alma, allí hay un templo vivo. Así, pues, cuando Dios descendió a tomar posesión de su casa, *la nube la cubrió* por fuera, y *la gloria de Jehová la llenó* por dentro.

I. *La nube cubrió el tabernáculo* (v. 34). Esta nube estaba destinada a ser: 1. Una señal de la presencia de Dios, visible constantemente día y noche (v. 38) a todo Israel, incluso a los que se hallaban en los más remotos rincones del campamento, para que nunca más volviesen a preguntar: *¿Está Jehová entre nosotros, o no?* 2. Una ocultación del tabernáculo, y de la gloria de Dios en él. Dios habita de veras entre ellos, pero habita en una nube. 3. Una protección del tabernáculo. Ellos lo habían guarecido con una cubierta sobre otra, pero, después de todo, la nube que lo cubría era su mejor guardián y protector. Quienes reposan en la casa de Jehová, están resguardados por la protección divina (Sal. 27:4–5). 4. Un guía para el campamento de Israel durante su marcha por el desierto (vv. 36–37). Mientras la nube continuaba sobre el tabernáculo, ellos descansaban; cuando la nube se levantaba, ellos se trasladaban en seguimiento de ella, ya que estaban pura y simplemente bajo la dirección de Dios.

II. *La gloria de Jehová llenó el tabernáculo (vv. 34–35). Esta gloria, la shekinah de Dios, se hacía visible en luz y fuego, y no de otro modo; porque Dios es luz (1 Jn. 1:5).*

LEVÍTICO

Este libro, que en un principio se llamó La Ley de los sacerdotes, describe las funciones del sacerdocio y de los deberes de una nación sacerdotal como era Israel. Se divide en dos partes: la primera trata de los sacrificios y de las leyes que salvaguardan el carácter sacerdotal de Israel (capítulos 1–18), la segunda trata de la santidad (19:2 «*Santos seréis, porque santo soy yo Jehová vuestro Dios*») y de la santificación de toda la vida humana (capítulos 19–27).

CAPÍTULO 1

El libro comienza con las leyes concernientes a los sacrificios de los cuales los holocaustos eran los más antiguos; acerca de ellos Dios da instrucciones a Moisés en este capítulo.

Versículos 1–2

1. Se da por supuesto que el pueblo estaría inclinado a traer sacrificios al Señor. La religión revelada, o revelación escrita, supone que la religión natural es una institución tan antigua como el hombre, pues la caída primera dirigió a los hombres a glorificar a Dios mediante el sacrificio, el cual era un reconocimiento implícito de que lo habían recibido todo de Dios como criaturas suyas, y de que lo habían perdido todo como pecadores. Dios provee para que los hombres no se entreguen a sus propias fantasías ni se vuelvan vanos en sus sacrificios, no sea que mientras pretenden adorar a Dios y honrarle estén en realidad cometiendo abominación y deshonrándole. Por consiguiente, todas las normas van encaminadas a que los sacrificios signifiquen del mejor modo posible, tanto el gran sacrificio de expiación que Cristo había de ofrecer en el cumplimiento del tiempo, como los sacrificios espirituales de reconocimiento que los creyentes habrían de ofrecer diariamente. 2. Dios dio estas leyes a Israel mediante Moisés. Mediante otros profetas Dios envió mensajes a su pueblo, pero por medio de Moisés les dio leyes. Tan pronto como la *shekinah* tomó posesión de su nueva morada, Dios habló a Moisés desde el propiciatorio, mientras él escuchaba desde fuera del velo o, más bien, a la puerta, oyendo sólo su voz. El tabernáculo fue construido para ser un lugar de comunión entre Dios e Israel; allí donde ellos realizaban sus servicios en honor de Dios, Dios les revelaba su voluntad. La ley moral fue dada con terror desde una montaña que ardía en medio de truenos y relámpagos; pero la ley medicinal del sacrificio fue dada más benignamente desde un propiciatorio, porque era tipo de gracia del Evangelio, que es la ministración de la vida y de la paz.

Versículos 3–9

Cuando un hombre era rico y estaba al alcance de sus posibilidades, es de suponer que traería su holocausto, con el que deseaba honrar a Dios, de su ganado mayor. 1. El animal que había de ser ofrecido debía ser macho, sin defecto, y el mejor que tuviese en su ganado. 2. Debía ofrecerlo voluntariamente. Lo que se hace en materia de religión, como para agradar a Dios, no debe hacerse por otro motivo que por el de amor. 3. Debía ofrecerse a la puerta del tabernáculo donde estaba el altar de bronce de los holocaustos que santificaba la ofrenda. Debía ofrecerlo en la puerta, como quien es indigno de entrar, y reconociendo que un pecador no puede ser admitido al pacto y a la comunión con Dios, a no ser por medio de un sacrificio. 4. El oferente debe poner la mano sobre la cabeza de la víctima que ofrece (v. 4), significando con ello: (A) Que el animal era el sustituto o representante del que ofrecía el sacrificio. El hombre debía morir y derramar su sangre en expiación del pecado que infectaba su vida; pero Dios prohíbe el suicidio y, por otra parte, sería una sangre inaceptable por ser viciada. Por eso, se sustituye por la de un animal inocente y sin defecto; (B) para transferir a Dios la propiedad y el servicio del animal, reconociendo que todo nos viene de Dios y a Él se lo debemos todo; (C) una entera dependencia del sacrificio, en cuanto que estaba instituido para ser tipo del gran sacrificio sobre el cual fue cargada la iniquidad de todos nosotros (Is. 53:6). Aunque los holocaustos no hacían referencia a ningún pecado en particular, como hacían las ofrendas por el pecado, con todo tenían por objeto hacer expiación por el pecado en general. 5. La víctima había de ser matada por los sacerdotes o por los levitas, delante del Señor, esto es, de un modo devoto y religioso. 6. Los sacerdotes habían de *rociar la sangre alrededor sobre el altar* (v. 5); porque, Al estar la vida en la sangre, era ésta la que hacía expiación por el pecado. 7. El animal debía ser desollado y cortado de una manera decorosa, partiéndolo en piezas por sus junturas, y luego todas las piezas, junto con la cabeza y la gordura, habían de ser quemadas juntamente sobre el altar (vv. 6–9). 8. Este holocausto es llamado *ofrenda encendida de olor grato para Jehová* (v. 9). La quema de la carne no tiene de por sí un olor suave, pero como acto de obediencia al mandato divino, y tipo de Cristo, era agradable a Dios, quien se reconciliaba con el oferente. Todo sacrificio que no implica directamente expiación por el pecado, es de *olor grato*, porque es el pecado lo que hace que nuestras ofrendas *huelan mal*, por decirlo así. El ofrecimiento que Cristo hizo de sí mismo a Dios es llamado *ofrenda y sacrificio*

de olor fragante (Ef. 5:2), y en 1 Pedro 2:5 se nos dice que los sacrificios espirituales de los creyentes son *aceptables a Dios por medio de Jesucristo.*

Versículos 10–17

Leyes concernientes a los holocaustos. Podían hacerse del ganado o de las aves. Quienes pertenecían a la clase media y no podían ofrecer un becerro, habían de traer una oveja o una cabra; y quienes no disponían de medios ni aun para eso, serían aceptados por Dios si traían una tórtola o un palomino. Es de notar que se escogían para el sacrificio aquellos animales que eran más mansos e inofensivos, para simbolizar la inocencia y la mansedumbre de Cristo, y para recalcar la inocencia y la mansedumbre que debe caracterizar a los cristianos. Aquí se dan instrucciones: 1. Con referencia a los holocaustos de ganado menor (v. 10). El método que se había de seguir para éstos era muy semejante al de los becerros. 2. Con referencia a los de aves, debían ser de tórtolas o de palominos. Todos ellos son llamados igualmente *ofrendas de olor grato.* Sin embargo, *amar a Dios de todo corazón, y al prójimo como a sí mismo es más que todos los holocaustos y sacrificios* (Mr. 12:33). En efecto, el holocausto significa la dedicación *total* del cristiano a su Dios, salida de lo íntimo de un corazón que se consagra por amor.

CAPÍTULO 2

Ley concerniente a la oblación de alimento. Se especifican sus ingredientes, y las normas para ofrecerlas.

Versículos 1–10

La ley de este capítulo concierne a las oblaciones ofrecidas con toda espontaneidad, siempre que una persona encontraba motivo para expresar así su devoción. La primera ofrenda de que leemos en la Escritura fue de esta clase: *Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová* (Gn. 4:3).

I. Esta clase de ofrenda fue establecida: 1. En condescendencia con los pobres, con sus posibilidades, a fin de que los que vivían sólo de pan y tortas pudiesen ofrecer a Dios una ofrenda aceptable de lo que era su comida basta y hogareña. 2. Como adecuado reconocimiento de la misericordia de Dios hacia ellos en su alimento. Esto era una especie de censo o renta, por la cual testificaban de su dependencia de Dios, de su gratitud hacia Él, y de la esperanza que tenían puesta en Él. Quienes ahora, con corazón agradecido y generoso comparten su pan con los pobres, ofrecen a Dios una oblación aceptable, pues esta ofrenda de presente simboliza todo acto en que, negándonos a nosotros mismos, ofrecemos un servicio útil a Dios y a nuestros hermanos.

II. Las leyes de estas ofrendas eran las siguientes: 1. Los ingredientes habían de ser flor de harina y aceite del fino, dos productos principales de la tierra de Canaán (Dt. 8:8). El aceite era para ellos en aquel tiempo lo que la mantequilla es para nosotros, especialmente en los países nórdicos de Europa. 2. Si la harina no estaba cocida, había de tener encima incienso, además del aceite; este incienso había de ser quemado sobre la ofrenda para perfumar el altar (vv. 1–2). 3. Si estaba ya preparada, esto se hacía de varias maneras: el oferente podía cocerla, o freírla o mezclar la harina y el aceite en un plato. La ley era muy exacta incluso acerca de estas ofrendas que eran las menos costosas. 4. Había de ser presentada por el oferente al sacerdote, lo cual es llamado *traerla a Jehová* (v. 8). 5. Parte de ella había de ser quemada sobre el altar, para recuerdo, esto es, en señal de que ellos recordaban la generosidad de Dios hacia ellos al darles abundantemente todas las cosas para disfrutar de ellas. 6. Lo que restaba de la ofrenda habían de darlo a los sacerdotes (vv. 3–10). Así proveía Dios que los que servían al altar, viviesen del altar, y viviesen con holgura.

Versículos 11–16

I. La levadura y la miel quedan excluidas de todas estas ofrendas.

1. La levadura estaba prohibida en recuerdo del pan sin levadura que comieron al salir de Egipto. Por otra parte, la levadura siempre tiene en la Biblia el simbolismo de la maldad sutilmente corruptora. 2. También estaba prohibida la miel aunque la tierra de Canaán abundaba en ella. La miel es símbolo de una dulzura natural, más a propósito para el placer corporal que para lo espiritual. Sus efectos son contrarios a los de la sal, la cual preserva de la corrupción. Además, la miel era muy usada en los sacrificios de los gentiles como un alimento favorito de los dioses y en este sentido, su prohibición tendía a preservar la mentalidad de los israelitas de la noción degradante de que los sacrificios puedan ser el alimento de Dios.

II. La sal se requiere en todas estas ofrendas (v. 13). La sal es símbolo de la verdad divina que neutraliza la acción de la levadura. Los antiguos decían que la sal se compone de agua y fuego (sodio y cloro) y en efecto, la verdad divina consta del agua de la Palabra y del fuego del Espíritu (Jn. 3:5). Además, el altar es la mesa del Señor; y, por tanto, al estar la sal siempre en nuestras mesas, Dios quiere tenerla también en la suya. Es llamada *la sal del pacto* (v. 13), porque, así como los hombres confirman sus pactos comiendo y bebiendo juntos y en todas estas comidas se usa la sal, así Dios, al aceptar los presentes de sus hijos y darles banquete a base de sus sacrificios y cenar con ellos y ellos con él (Ap. 3:20), confirmó su pacto con ellos. Entre los antiguos, comer sal juntos era un símbolo de amistad. La sal para los sacrificios no era traída por los oferentes, sino que era provista a cargo de la comunidad, como lo era la leña (Esd. 7:20–22). Y había una estancia en el atrio del templo llamada *la cámara de la sal,* en la cual estaba almacenada. Los cristianos son la sal de la tierra (Mt. 5:13).

III. Se dan instrucciones acerca de los primeros frutos. 1. La oblación de los primeros frutos en tiempo de la cosecha, de lo que leemos en Deuteronomio 26:2. Estos se ofrecían al Señor, no para ser quemados en el altar, sino para darlos a los sacerdotes como emolumentos de su oficio (v. 12). 2. Ofrenda de los primeros frutos. La primera era requerida por la Ley; ésta era de libre voluntad (vv. 14–16). (A) Habían de traer las primeras espigas llenas y maduras, no las que fuesen pequeñas y medio marchitas. (B) Estas espigas, aún verdes, debían secarse al fuego, para que soltaran el grano. (C) Había de ponerse encima de ellas aceite e incienso. La oración ferviente de acción de gracias da a nuestros servicios la suavidad y el olor fragante que agrada a Dios, el cual se deleita especialmente en los primeros frutos maduros del Espíritu y en las expresiones de una devoción temprana. (D) Debe usarse como las demás ofrendas de presente (v. 16, comp. con v. 9). Ha de quemarse *todo el incienso, es ofrenda encendida.* El santo amor a Dios es el fuego con que deben hacerse todas nuestras ofrendas, de lo contrario no son de olor fragante para Dios. El incienso denota la mediación y la intercesión de Cristo, por la cual quedan perfumados todos nuestros servicios y son aceptados benévolamente por Dios.

CAPÍTULO 3

Ley concerniente a las ofrendas de paz.

Versículos 1–5

Los holocaustos expresaban adoración y dedicación completa a la voluntad de Dios por eso se quemaban completamente. Pero las ofrendas de paz hacían referencia a Dios como a bienhechor de sus criaturas y dador de todas las cosas buenas que poseemos y de las que disfrutamos; por consiguiente, se dividían entre el altar, el sacerdote y el donante. Paz significa aquí: 1. Reconciliación, concordia y comunión, basadas en la sangre de la expiación. Y así se llamaban *ofrendas de paz,* porque en ellas Dios y su pueblo, por decirlo así, comían juntos en señal de amistad. 2. Prosperidad y toda clase de felicidad, pues el saludo: *La paz sea con vosotros,* es como decir: Toda clase de bien sea con vosotros, y así las ofrendas de paz se ofrecían: (A) Por vía de súplica por algún bien que se necesitaba y se deseaba, o: (B) Por vía de acción de gracias por algún favor especial recibido de Dios. En este caso se llama *ofrenda de paz de acción de gracias,* pues así lo era a veces como en otros casos era *voto* (7:15–16). El sacrificio de alabanza agrada a Dios más que el de un buey. La paz con Dios mediante la sangre de Cristo, que efectúa

la reconciliación (Ro. 5:1), estriba en que el pecador arrepentido, al aceptar y apropiarse la obra del Calvario por fe, demuestra estar satisfecho con lo que deja satisfecho a Dios.

Versículos 6–7

Se dan instrucciones acerca de la ofrenda de paz, si ésta era de oveja, cordero o cabra. Las tórtolas y los palominos, que podían traerse para el sacrificio de holocausto no estaban permitidos para las ofrendas de paz, porque no tenían gordura suficiente para ser quemada sobre el altar. Las normas concernientes a los corderos y las cabras, para ser ofrecidos en ofrenda de paz son muy semejantes a las que se observaban en el caso de los becerros.

CAPÍTULO 4

Este capítulo trata de las ofrendas por el pecado, y que estaban destinadas propiamente a hacer expiación por un pecado cometido por ignorancia.

Versículos 1–12

Comienzan los estatutos de otra sesión, celebrada otro día. Estas órdenes fueron dadas por Dios desde el trono de gloria de en medio de los querubines. Los holocaustos, las ofrendas de presente y las ofrendas de paz, parece ser que ya habían sido ofrecidas antes de darse la Ley en el monte Sinaí.

I. Primero se expone el caso general (v. 2). 1. Con referencia al pecado en general, que se le describe como algo contra *alguno de los mandamientos de Jehová;* porque *el pecado es transgresión de la ley* (1 Jn. 3:4), de la ley divina. También dice el hebreo: *Si un alma peca,* porque no sería pecado, si no interviniese de alguna manera el alma para que fuese un acto del hombre, aunque no sea un acto propiamente humano (pues falta la deliberación). De ahí que se llame *el pecado del alma* (Mi. 6:7), y *arruina su alma* el que lo comete (Pr. 8:36). 2. Con referencia a los pecados por los que estaban establecidas estas ofrendas: (A) Se supone que eran actos externos y públicos; porque, si se hubiese requerido un sacrificio por cada pensamiento y palabra pecaminosos, cometidos inadvertidamente muchos de ellos, ni entre todos los sacerdotes habrían dado abasto para la enorme tarea que ello supondría, habiendo además un solo lugar donde ofrecerlos. Ya se hacía expiación por los pecados en su conjunto, una vez al año, el Día de la Expiación; pero éstos se dice que eran contra alguno de los mandamientos. (B) Se supone que eran pecados de comisión, cosas que no se debían hacer. (C) Se supone que son pecados cometidos por ignorancia o inadvertencia. Si el ofensor ignoraba la ley, como podemos suponer que ocurriría en muchos casos, siendo tan numerosas y diversas las prohibiciones, o cometían una acción pecaminosa sin percatarse de su maldad, había remedio en ambos casos mediante la ley de las ofrendas por el pecado.

II. La ley comienza con el caso del sacerdote ungido, es decir, del sumo sacerdote, siempre suponiendo que comete pecado por ignorancia, *porque la ley constituye sumos sacerdotes a débiles hombres* (He. 7:28). Aunque su ignorancia era la menos excusable de todas, sin embargo le era permitido traer su ofrenda. Ahora bien la ley concerniente a la ofrenda por el pecado en el caso del sumo sacerdote es: 1. Que debía traer *un becerro sin defecto para expiación* (v. 3), es decir, había de traer una ofrenda tan valiosa como la de toda la congregación (v. 14). 2. La mano del oferente debe ponerse sobre la cabeza de la víctima (v. 4), con una solemne y arrepentida confesión del pecado que ha cometido, poniéndolo sobre la cabeza de la ofrenda por el pecado (16:21). 3. Hay que matar al becerro, y el uso de la sangre debe hacerse con gran solemnidad (vv. 5–7); porque era *la sangre la que hacía expiación* (17:11), *y sin derramamiento de sangre no hay remisión* (He. 9:22). Parte de la sangre de la ofrenda por el pecado del sumo sacerdote había de ser *rociada siete veces delante del velo,* es decir, en dirección al propiciatorio, aunque éste estaba velado, parte había de ser puesta sobre los cuernos del altar de oro, porque en ese mismo altar ministraba el sacerdote; y de este modo se significaba el quitar la polución que de su pecado

se pegaba a sus servicios. Hecho esto, el resto de la sangre era derramada a los pies del altar de bronce. Con este rito, el pecador reconocía que merecía tener su sangre derramada de la misma manera. También significaba el derramamiento del corazón delante de Dios con verdadero arrepentimiento, y era tipo de nuestro Salvador cuando *derramó su alma hasta la muerte* (Is. 53:12). 4. La gordura de sobre las vísceras había de ser quemada sobre el altar de los holocaustos (vv. 8–10). Con esto la intención de la ofrenda y de la expiación llevada a cabo por ella era dirigida a la gloria de Dios, quien, al haber sido deshonrado por el pecado, era así honrado por el sacrificio.

Versículos 13–21

Esta es la ley para la expiación de la culpa de un pecado nacional, por medio de una ofrenda por el pecado. Si los líderes del pueblo, a causa de un error acerca de la ley, les inducían a errar, cuando se descubría el error había de traerse una ofrenda, para que no viniese la ira sobre toda la congregación. 1. Así es posible que la Iglesia yerre, y que sus guías la descarríen. Aquí se supone que toda la congregación puede errar y pecar por ignorancia. Dios siempre tendrá una Iglesia en la tierra en la presente dispensación, pero nunca dijo que sería infalible o perfecta y pura de la corrupción en este mundo (Ef. 5:27 tiene sentido escatológico). 2. Cuando el sacrificio se ofrecía por toda la congregación, los ancianos (al menos, tres) habían de poner sus manos sobre la cabeza de la víctima, como representantes del pueblo. 3. La sangre de esta ofrenda, lo mismo que la de la primera, había de ser *rociada siete veces delante de Jehová hacia el velo* (v. 17). No había que derramarla allí, sino sólo rociarla; porque la virtud purificadora de la sangre de Cristo estaba entonces, y está aún representada suficientemente, por el rociar. Había de ser rociada siete veces. Siete es el número de la perfección divina, porque cuando Dios hizo el mundo en seis días, descansó en el séptimo; así que esto significa la perfecta satisfacción que hizo Cristo y la completa purificación de las almas de los fieles por medio de ella (v. He. 10:14). Cuando la ofrenda se ha realizado se nos dice que se hace *expiación por ellos y obtendrán perdón* (v. 20). La promesa de perdón se funda en la expiación.

Versículos 22–26

1. Que Dios se da cuenta de los pecados de los gobernantes y muestra su desagrado por ello. 2. Que se supone que el pecado cometido por el gobernante en ignorancia, viene después a su conocimiento (v. 23), lo cual puede suceder o por acusación de su propia conciencia o por reprensión de sus amigos. 3. La ofrenda por el pecado de un gobernante debía ser *un macho cabrío,* no un becerro, como para el sumo sacerdote y para la congregación entera; ni se había de llevar la sangre de su ofrenda al interior del tabernáculo, como las otras dos, sino que se había de poner sobre los cuernos del altar de bronce, y el resto de ella derramada al pie del mismo altar (v. 25), ni se había de quemar la carne de la ofrenda fuera del campamento, como la de las otras dos, lo cual sugería que el pecado del gobernante, aunque era peor que el de una persona cualquiera del pueblo, no era tan nefando ni tenía tan perniciosas consecuencias como el del sumo sacerdote o el de toda la congregación. 4. Se promete que será aceptada la expiación, y perdonado el pecador (v. 26), se entiende, si él se arrepiente y se enmienda.

Versículos 27–35

I. La ley de la ofrenda por el pecado de una persona del pueblo, que se diferencia de la de un gobernante en esto: En que una persona del pueblo puede traer cabra o cordero, mientras que el gobernante había de traer un macho cabrío; y en que, para un gobernante, debía ser macho; para un hombre del pueblo hembra. El caso, como los demás, es un pecado de inadvertencia (v. 27). Todos tenemos necesidad de orar como David, para ser limpiados de los *errores ocultos* (Sal. 19:12), de los pecados que pasan inadvertidos por nuestra conciencia, por falta de conocimiento o de atención. 2. Que también los pecados de ignorancia de un simple y oscuro ciudadano requieren un sacrificio. 3. Que la ofrenda por el pecado, no sólo era admitida, sino aceptada de manos incluso de un individuo cualquiera del pueblo, y por ella se hacía expiación por el pecado (vv. 31–35). En esto se igualaban el rico y el pobre, el príncipe y el vasallo; todos ellos son acogidos igualmente por Cristo bajo las mismas condiciones (v. Job 34:19).

II. De todas estas leyes acerca de las ofrendas por el pecado, podemos aprender: 1. A odiar el pecado, y a vigilar para evitarlo. 2. A apreciar más y más a Cristo, la grande y verdadera ofrenda por el pecado, cuya sangre nos limpia de todo pecado (1 Jn. 1:7), cosa que no podían hacer por sí mismos los becerros y los machos cabríos con su sangre (He. 9:13; 10:4). Y quizás había alguna alusión a esta ley concerniente a los sacrificios por los pecados de ignorancia en aquella oración de Cristo cuando Él estaba ofreciendo su sacrificio: *Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen* (Lc. 23:34).

CAPÍTULO 5

Este capítulo y parte del siguiente tienen que ver con los sacrificios por ciertos pecados, más exactamente llamados sacrificios de expiación. Las diferencias entre las ofrendas por el pecado, de las que se ha tratado en el capítulo anterior, y estos sacrificios son las siguientes: 1. En las primeras, se trataba de pecados en general; en éstos, se tratan casos de pecados particulares; 2. en las primeras, se trataba de pecados por inadvertencia; en éstos, no se hace ninguna distinción; 3. en aquéllas, se hacía referencia especialmente a la *culpa* de la persona por ofender a Dios, en éstos se hace referencia especialmente a los *efectos* dañinos del pecado sobre el que lo comete; de ahí que, 4. el objetivo directo de las primeras era *propiciar* a Dios; en éstos, *expiar*, es decir, purificar al pecador.

Versículos 1–6

I. Las ofensas de que aquí se habla son: 1. El ocultamiento de la verdad por parte de un testigo que ha jurado decir la verdad toda la verdad, y nada más que la verdad. Entre los judíos, los jueces tenían autoridad para conjurar, no sólo a los testigos, como pasa entre nosotros, sino también a la persona encausada, como se ve por lo que hizo el sumo sacerdote conjurando a nuestro Salvador a responder, por lo que Él respondió, aunque hasta entonces había permanecido callado (Mt. 26:63–64). Pues bien, *si un alma peca* (como dice el hebreo), es decir, una persona puesto que alma equivale aquí, como en otros muchos lugares, a persona (v. 1), *por haber sido llamado a testificar* (es decir, si es conjurado a testificar de lo que sabe, y en tal caso rehúsa presentar evidencia, o dice sólo una parte de la verdad), *quedará cargado con el pecado.* Todos los que, en cualquier ocasión, son llamados a dar testimonio, deben pensar en esta ley para presentar evidencia libre y abiertamente y tener sumo cuidado en no prevaricar. Un juramento del Señor es una cosa sagrada, con la cual no se puede jugar. 2. Si un hombre tocaba algo que era ceremonialmente inmundo (vv. 2–3). Si una persona así contaminada, entraba inconsideradamente en el santuario, o descuidaba lavarse conforme a la ley, debía considerarse a sí mismo culpable y traer su ofrenda de expiación. 3. Jurar a la ligera. Si un hombre se obligaba por juramento a hacer o no hacer tal cosa o la otra, y se ve después que el cumplimiento de su juramento es ilegítimo o impracticable, por lo cual queda descargado de su obligación, debe traer una ofrenda para hacer expiación por su insensatez al jurar a la ligera.

II. 1. El ofensor debe confesar su pecado y traer su ofrenda (vv. 5–6). La ofrenda no era aceptada, a menos que fuese acompañada de una confesión arrepentida y una humilde petición de perdón. 2. El sacerdote debe *hacer expiación por él.*

Versículos 7–13

Quienes no tenían medios suficientes para traer un cordero, podían traer para la ofrenda por el pecado un par de tórtolas o dos palominos. Y si aún no tuviesen suficientes medios para esto, podían traer un poco de flor de harina, y les sería aceptado. Así las expensas para la ofrenda por el pecado podían rebajarse más que las de ninguna otra ofrenda, para enseñarnos que ni aun la extrema pobreza es un obstáculo para el perdón de una persona. Nadie podrá decir que no ha dispuesto de los medios suficientes para soportar las cargas de un viaje al Cielo.

I. Si el pecador traía dos tórtolas, una era para ser ofrecida en expiación por el pecado; la otra, como holocausto (v. 7). 1. Que antes de ofrecer el holocausto, que era para el honor y la alabanza de Dios, debía ofrecer el de expiación por el pecado, porque la expiación ha de preceder a la reconciliación. 2. Después de la expiación por el pecado, venía el holocausto, como un reconocimiento de la gran misericordia de Dios al establecer y aceptar la expiación.

II. Si traía flor de harina, había de ser ofrecido un puñado de ella, pero sin aceite ni incienso (v. 11), no sólo porque esto haría la ofrenda demasiado costosa para el pobre, sino porque era una ofrenda por el pecado y, por eso, para mostrar la asquerosidad del pecado por el que era ofrecida, no debía hacerse agradable, ni al gusto por el aceite, ni al olfato por el incienso.

Versículos 14–19

Ley concerniente a las que propia y peculiarmente eran *ofrendas por transgresiones,* que se ofrecían para expiar infracciones en cosas santas. Si alguien enajenaba o se apropiaba para su uso alguna de las cosas dedicadas a Dios, había de ofrecer esta clase de sacrificio, suponiendo que lo hubiese hecho inadvertidamente; por ejemplo, si por ignorancia había hecho uso de los diezmos, de los primeros frutos o de los primogénitos de su ganado, o si había comido de las partes de los sacrificios que estaban reservadas a los sacerdotes; esto era una infracción. Pero si lo había hecho a sabiendas, presuntuosamente, con desprecio de la ley, el ofensor había de morir sin remedio (He. 10:28). Pero en caso de descuido o ignorancia, estaba establecido este sacrificio. El infractor debía traer una ofrenda al Señor, la cual, en todos los casos citados, era *un carnero sin defecto.* También debía hacer restitución al sacerdote, de acuerdo a una justa estimación de lo que había defraudado, y añadir a ello una quinta parte.

CAPÍTULO 6

Los siete primeros versículos de este capítulo son una continuación de la última sección del capítulo anterior, pues tratan de las ofrendas por transgresión o infracción, aunque ahora se refieren a las infracciones cometidas contra el prójimo. Desde el versículo 8 en adelante, se detallan los ritos y ceremonias correspondientes a diversos sacrificios. La Biblia hebrea comienza este capítulo en el versículo 8.

Versículos 1–7

I. Aunque todas las infracciones especificadas en los versículos 2–3 se refieren a pecados contra el prójimo sin embargo se las llama *prevaricación contra Jehová.* Leemos que la maledicencia contra el hermano es maledicencia contra la Ley y, por consiguiente, contra el Legislador (Stg. 4:11). Las infracciones especificadas son: 1. Negar un crédito o depósito: *Si niega a su prójimo to encomendado o dejado en su mano* o, lo que es peor, lo que le fue prestado para su uso. 2. Defraudar a un socio, entendiendo así la palabra *prójimo,* por reclamar como exclusivamente propio lo que era común a los dos en capital, interés, trabajo y beneficio. 3. Negar algo tan malo como haber robado o calumniado al prójimo, cosas que no pueden quedar ocultas. 4. Explotar a alguien en transacciones comerciales, como podría entenderse la palabra *calumnie,* que equivaldría a *oprima* (así se puede traducir también). 5. Retener algo que se ha encontrado, y negarlo después (v. 3).

II. La ofrenda establecida para estas infracciones. 1. *En el día de su expiación* (v. 5) ha de hacer satisfacción y restitución a su hermano, devolviendo todo lo que se apropió con fraude o violencia, añadiendo una quinta parte. 2. Hecho esto *traerá a Jehová para expiación de su culpa un carnero sin defecto;* y el sacerdote hará expiación por él (vv. 6–7). Nótese algo que muchos, incluso creyentes, parecen ignorar u olvidar: Sin restitución, no hay expiación; ni antes ni ahora.

Versículos 8–13

Comienza propiamente una sección diferente. Dios da a Moisés instrucciones para los sacerdotes: *Manda a Aarón y a sus hijos* (v. 9).

En estos versículos tenemos la ley del holocausto diario, en cuanto que éste estaba especialmente a cargo de los sacerdotes. Diariamente, cada mañana y cada tarde, había de ofrecerse en holocausto un cordero por toda la congregación de Israel.

I. El sacerdote ha de cuidarse de que se traten decentemente las cenizas del holocausto (vv. 10–11). Debe apartarlas del altar cada mañana, y ponerlas a un lado junto al altar. Esto ha de hacerlo con sus vestiduras de lino, que siempre ha de llevar puestas cuando efectúa algún servicio en el altar; después debe quitarse estas ropas y ponerse otras, para *sacar las cenizas a un lugar limpio fuera del campamento* (v. 11). El sacerdote mismo no sólo debe encender el fuego, sino limpiar el fogón y llevarse las cenizas. Los siervos de Dios han de pensar que no hay nada demasiado bajo para ellos, excepto el pecado.

II. El sacerdote ha de preocuparse del fuego que ha de arder sobre el altar. *El fuego arderá continuamente en el altar; no se apagará* (v. 13). Aunque no siempre estemos sacrificando, debemos conservar siempre ardiendo el fuego del amor santo; y así debemos orar siempre.

Versículos 14–23

La ofrenda de presente era o la que ofrecía el pueblo o la que ofrecían los sacerdotes en su consagración.

I. En cuanto a la ofrenda común:

1. Sólo un puñado era quemado sobre el altar, el resto era concedido a los sacerdotes para su alimento.

2. Las normas para comerla eran: (A) Que se había de comer *sin levadura* (v. 16). (B) Había de comerse *en el atrio del tabernáculo.* (C) Sólo los varones habían de comer de ella (v. 18). (D) Sólo los sacerdotes que estaban puros podían comer de ella.

II. En cuanto a la ofrenda de la consagración, que había de ser ofrecida por los sacerdotes mismos había de ser *enteramente quemada; no se comerá* (v. 23). Los sacerdotes ordinarios la ofrecían solamente el día de su consagración, pero el sumo sacerdote la ofrecía diariamente a sus expensas, en nombre de toda la casta sacerdotal. Dice Flavio Josefo: «El sumo sacerdote sacrificaba dos veces cada día a sus expensas, y éste era su sacrificio». La ofrenda de presente del sacerdote había de ser cocida como para ser comida, aunque debía ser enteramente quemada.

Versículos 24–30

Aquí tenemos muchos detalles de la ley del sacrificio expiatorio, por lo que especialmente concernía a los sacerdotes que lo ofrecían. 1. *En el lugar donde se degüelle el holocausto, será degollada* (v. 25). 2. El sacerdote que la ofrecía por el pecador tenía que comer (con sus hijos u otros sacerdotes (v. 29) la carne de ella después que la sangre y la gordura habían sido ofrecidas a Dios *en el atrio del tabernáculo* (que, en todos estos lugares, es llamado *lugar santo*); versículo 26. 3. La sangre de este sacrificio expiatorio había de ser lavada con gran reverencia en las ropas a las que hubiese salpicado (v. 27). 4. La vasija en la que había sido cocida la carne del sacrificio de expiación, había de ser quebrada si era de barro; si era de bronce, había de ser bien fregada y lavada (v. 28).

CAPÍTULO 7

En este capítulo tenemos las normas para el sacrificio por la culpa, así como para la ofrenda de paz y de acción de gracias; se repite la prohibición de comer la sangre y la gordura; se habla de la participación

de los sacerdotes en dichas ofrendas, y se hace un resumen y conclusión sobre esta materia de los sacrificios, al final del capítulo.

Versículos 1–10

1. En cuanto al sacrificio por la culpa, que, pareciéndose mucho al sacrificio expiatorio, se regía por las mismas normas (v. 6). La principal diferencia entre ambos era que el sacrificio por la culpa no estaba destinado a procurar completa expiación, como lo estaba el expiatorio; más bien era ofrecido, (A) o como pena por alguna infracción; cuando había de ser ofrecido además de la necesaria restitución (7:14–16; 20–26), o (B) en casos dudosos (5:17–19), cuando su objetivo era suspender los efectos del pecado, 2. Cuando la sangre y la gordura eran ofrecidas a Dios para hacer expiación, los sacerdotes tenían que comer la carne, como la del sacrificio expiatorio, en el lugar santo. Los judíos tienen una tradición, mencionada por el obispo Patrick, acerca del rociamiento de la sangre del sacrificio por la culpa *alrededor sobre el altar* (v. 2), de que «había una línea escarlata que estaba alrededor del altar, exactamente a la mitad de su altura, y que la sangre de los holocaustos era rociada alrededor por encima de dicha línea, mientras que la sangre de los sacrificios por la culpa era rociada por debajo de dicha línea». Esto significaba precisamente que, como hemos dicho antes, el objetivo del sacrificio por la culpa no era expiar completamente la culpa, mientras que en el holocausto la dedicación era completa, y en el sacrificio expiatorio la expiación también era completa. 3. Parece ser que, en este sacrificio por la culpa, el oferente no participaba en la ofrenda, como lo hacía en la ofrenda de paz, sino que se repartía toda entre el altar y el sacerdote. La razón es que ofrecían las ofrendas de paz en agradecimiento por la misericordia divina, y entonces era apropiado el comer de la ofrenda; pero los sacrificios por la culpa los ofrecían con pesadumbre por el pecado, y entonces era más apropiado el ayuno, en señal de santo duelo, y como resolución de abstenerse del pecado. 4. En cuanto al holocausto, se establece aquí que el sacerdote que lo ofrezca se quede con la piel del animal (v. 8), de la cual no cabe duda de que podría sacar algún dinero. 5. En cuanto a la ofrenda de presente, si ya estaba cocida, estaba preparada para comerla inmediatamente; y, por consiguiente, el sacerdote que la había ofrecido había de comerla (v. 9).

Versículos 11–34

I. La naturaleza y la intención de las ofrendas de paz se detallan aquí más distintamente. Eran ofrecidas: 1. En agradecimiento por alguna gracia particular recibida, como recuperación tras una enfermedad, preservación de peligros en un viaje, liberación de la cautividad, etc. 2. En cumplimiento de algún voto que alguien hizo al estar en un apuro (v. 16). 3. En súplica de alguna gracia especial, lo cual se llama aquí *sacrificio voluntario.* Este acompañaba a la plegaria del oferente, como en el primer caso acompañaba a su alabanza.

II. Se detallan largamente los ritos y ceremonias de las ofrendas de paz.

1. Si la ofrenda de paz se ofrecía en acción de gracias, había de ofrecer con ella ofrenda de presente de diversos manjares (v. 12): tortas, hojaldres y flor de harina frita, *todo sin levadura.* A esta ofrenda sacrificial, se añadía como acompañamiento (v. 13) una comida ordinaria *con tortas de pan leudo,* las cuales, por supuesto, no se ofrecían sobre el altar (2:11).

2. La carne de las ofrendas de paz, tanto la que comía el oferente como la que comía el sacerdote, había de comerse deprisa ya que no debía dejarse enfriar, ya estuviese cruda o cocida. Aunque no estaban obligados a comerla en el lugar santo, como las ofrendas que se llaman muy santas, sino que se la podían llevar a sus tiendas para comerla allí; Dios quería, no obstante, darles a conocer mediante esta ley la diferencia que había entre esta carne y la ordinaria: (A) Porque Dios no quería que esta carne ya santificada se pudriera; (B) porque Dios no quería que su pueblo fuese tacaño y desconfiado de su providencia. (C) La carne de las ofrendas de paz era festín de Dios y, por consiguiente, Dios ordena que se use generosamente para obsequiar a sus amigos y para aliviar caritativamente la necesidad de los pobres.

3. Pero la carne, lo mismo que los que la comen, ha de ser limpia y pura. (A) La carne *no debe tocar ninguna cosa inmunda;* de lo contrario, *no se comerá; al fuego será quemada* (v. 19). (B) No debe ser

comida por ninguna persona inmunda. Si alguna persona estaba inmunda ceremonialmente por cualquier causa, arriesgaba su vida si se atrevía a comer de la carne de las ofrendas de paz (vv. 20–21). Si algún creyente se atreve a participar de la Mesa del Señor, contaminado por algún pecado del que no está verdaderamente arrepentido, al profanar así las cosas sagradas, *come y bebe su propio juicio* (1 Co. 11:29), como aquellos que comían de las ofrendas de paz estando inmundos.

4. Se prohíbe aquí de nuevo comer la sangre y la gordura de las entrañas; y la prohibición aparece aneja, como anteriormente, a la ley de las ofrendas de paz (3:17). Comer de la carne de animal muerto o despedazado por las bestias, estaba prohibido; el comer de la gordura de tales animales estaba doblemente prohibido (v. 24). La prohibición de la sangre es más general (vv. 26–27), porque la gordura era ofrecida a Dios sólo en reconocimiento, pero la sangre *hacía expiación por el pecado,* y así era tipo de Cristo mucho más que podía serlo la gordura. A ella, pues, había de prestarse mayor reverencia, hasta que estos tipos tuviesen su cumplimiento en la ofrenda del cuerpo de Cristo una vez por todas.

5. Se prescribe aquí la participación del sacerdote en las ofrendas de paz. Jesucristo es nuestra gran ofrenda de paz; porque Él mismo fue sacrificio, no sólo para expiar por el pecado y salvarnos así de la maldición, sino para alcanzarnos una gran bendición y toda clase de bienes. Al participar gozosamente de los beneficios de la redención, disfrutamos de un banquete sacrificial, para significar el cual fue instituida la Cena del Señor.

Versículos 35–38

Conclusión de estas leyes concernientes a los sacrificios. Deben ser considerados: 1. Como porción de los sacerdotes (vv. 35–36). 2. Como estatuto perpetuo para el pueblo, para que ellos traigan estas ofrendas de acuerdo con las normas prescritas y den de buena gana a los sacerdotes la parte que les corresponda. Dios *mandó a los hijos de Israel que ofreciesen sus ofrendas a Jehová* (v. 38). Los actos más solemnes del culto religioso están mandados. La observancia de la Ley de Cristo no puede ser menos necesaria que lo era la observancia de las leyes de Moisés.

CAPÍTULO 8

Este capítulo nos refiere la solemne consagración de Aarón y de sus hijos para el oficio sacerdotal.

Versículos 1–13

Dios había dado orden a Moisés de consagrar a Aarón y a sus hijos para el oficio sacerdotal, cuando estuvo con él por primera vez en el monte Sinaí (Éx. caps. 28 y 29).

I. Se repite la orden. El tabernáculo había sido levantado recientemente, pero, sin sacerdotes, habría sido como un candelero sin lámparas; se había dado recientemente la ley concerniente a los sacrificios, pero no podía ponerse por obra sin sacerdotes. Aarón y sus hijos eran parientes próximos de Moisés, y por eso él no habría de consagrarlos hasta que recibiese las órdenes precisas para hacerlo, no fuese a parecer que estaba impaciente por tributar honores a su familia.

II. La congregación fue reunida *a la puerta del tabernáculo* (v. 4), es decir, en el atrio. Se había de hacer públicamente: 1. Porque era una solemne transacción entre Dios e Israel, y, por consiguiente, era apropiado que ambas partes estuviesen presentes, para consenso mutuo, a la puerta del tabernáculo de reunión. 2. Los espectadores de esta solemnidad no podían menos de estar poseídos, a la vista del acto, de una gran veneración hacia los sacerdotes y su oficio. Es extraño que algunos de los que fueron testigos de lo que aquí se hizo, dijeran más tarde, como lo hicieron, *«¡basta ya de vosotros!»* (Nm. 16:3) ¡Tan antigua es la demagogia!

III. Moisés leyó la orden dada por Dios (v. 5). Moisés, que era el representante de Dios en esta solemnidad, presentó la orden de Dios delante de la congregación: *Esto es lo que Jehová ha mandado hacer.*

IV. La ceremonia se realizó de acuerdo al ritual divino. 1. Aarón y sus hijos fueron *lavados con agua* (v. 6), para significar que debían ahora purificarse de todas sus disposiciones e inclinaciones pecaminosas y conservarse después siempre puros. 2. Fueron revestidos con los ornamentos sagrados Aarón con los suyos (vv. 7–9), que tipificaban la dignidad de Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote; y sus hijos, con los suyos (v. 13), que tipificaban la decencia de los cristianos, que somos sacerdotes espirituales. Cristo lleva el pectoral del juicio y la corona santa, porque el Sumo Sacerdote de la Iglesia es su Profeta y su Rey. Todos los creyentes están vestidos con la vestidura de justicia, y deben ejercitar la justicia y ceñirse el cinto de la verdad sincera; también sus cabezas están *atadas,* como el hebreo dice aquí, con la tiara o diadema de hermosura, la hermosura de la santidad. 3. El sumo sacerdote era ungido. El tabernáculo y todos sus utensilios recibían algo del aceite de la unción, que Moisés ponía en ellos con el dedo (v. 10), y lo mismo el altar (v. 11); pero sobre la cabeza de Aarón lo derramaba en abundancia (v. 12), hasta llegar al borde de su vestido, porque su unción era tipo de la unción de Cristo por el Espíritu, el cual no le es dado a Cristo por medida (Jn. 3:34).

Versículos 14–30

En la consagración de los sacerdotes, debía ofrecerse por ellos toda clase de sacrificios, para que ellos fuesen amables y benévolos cuando ofreciesen los sacrificios y los presentes del pueblo, *sintiendo compasión a nivel de los ignorantes y extraviados* (He. 5:2), recordando que también por ellos se habían ofrecido sacrificios, *estando también ellos rodeados de debilidad.* 1. Un becerro, la víctima más grande, era ofrecida en expiación (v. 14). Los ministros del Señor, encargados de declarar a otros la remisión de sus pecados, deben ser diligentes en asegurarse primero ellos mismos de que sus propios pecados están perdonados. Aquellos a quienes ha sido encomendado *el ministerio de la reconciliación* (2 Co. 5:18), deben primero reconciliarse ellos con Dios. 2. Un carnero era ofrecido como holocausto (vv. 18–21). Con esto, daban a Dios la gloria de este gran honor que se les tributaba, y le daban a Él la alabanza, como Pablo daba gracias al Señor Jesucristo por *haberle puesto en el ministerio* (1 Ti. 1:12). 3. Otro carnero, llamado *el carnero de la consagración,* era ofrecido en ofrenda de paz (vv. 22 y ss.). Todas las ceremonias de esta ofrenda, lo mismo que de las anteriores, habían sido establecidas por expreso mandato de Dios.

Versículos 31–36

Una vez que Moisés cumplió la parte que le correspondía en la ceremonia, dejó que Aarón y sus hijos cumplieran la suya.

I. Tenían que cocer la carne de su ofrenda de paz, y comerla en el atrio del tabernáculo; lo que sobraba, había de quemarse al fuego (vv. 31–32).

II. No debían salir de la puerta del tabernáculo durante siete días (v. 33). Siendo el sacerdocio una santa milicia, habían de aprender así a *sufrir penalidades y desenredarse de los negocios de la vida* (2 Ti. 2:3–4). Esto había de durar siete días, porque era una especie de creación; y este tiempo estaba fijado en honor del sábado, que, probablemente, era el último de los siete, para el cual se estaban preparando durante los otros seis días. Habían de *guardar la ordenanza de Jehová* (v. 35). Todos nosotros tenemos ordenanzas que guardar, un Dios eterno a quien glorificar, un alma inmortal para la que proveer, deberes necesarios que cumplir y una generación a la que servir; y debe ser nuestra solicitud cotidiana el observar estas ordenanzas, porque son encargo de nuestro Dios y Señor. Finalmente, se nos dice (v. 36) que *Aarón y sus hijos hicieron todas las cosas que mandó Jehová.* Pero, después de todas las ceremonias llevadas a cabo en su consagración, había un punto de ratificación que estaba reservado para ser el honor y el establecimiento perpetuo del sacerdocio de Cristo, como era el que todos éstos *fueron hechos sacerdotes sin juramento* pero Cristo *con juramento* (He. 7:21), puesto que ni aquellos sacerdotes ni su sacerdocio podían continuar, mientras que el de Cristo es un sacerdocio perpetuo e inmutable.

CAPÍTULO 9

Aarón y sus hijos, después de haber sido consagrados solemnemente para el sacerdocio, comienzan en este capítulo a ejercer su oficio al día siguiente de haberse completado la ceremonia de su consagración.

Versículos 1–7

Se dan órdenes para otra solemnidad en el octavo día. Los sacerdotes no habían tenido ni el respiro de un día entero, sino que al día siguiente ya estaban enteramente ocupados en su oficio, porque su consagración era *llenarles las manos,* como indica el hebreo. En esta ocasión: 1. Moisés les despierta la expectación de una gloriosa manifestación de Dios a ellos en este día (v. 4): *«Jehová se aparecerá hoy a vosotros,* los sacerdotes». Ahora no tenemos que esperar tales apariciones; los cristianos andamos más por fe, y menos por vista, que ellos anduvieron; pero podemos estar seguros de que Dios se acerca a quienes se acercan a Él (Stg. 4:8), y de que las ofrendas de fe son aceptables a Él, aunque, al ser los sacrificios espirituales, las señales de aceptación son también, como parece adecuado que sean, espirituales. 2. Para recibir debidamente este favor que Dios les otorga, Moisés prepara tanto a los sacerdotes como al pueblo: *Moisés llamó a Aarón y a sus hijos y a los ancianos de Israel* (v. 1). (A) Ordena a Aarón que prepare sus ofrendas: *Un becerro para expiación* (v. 2). Los escritores judíos sugieren que le fue designado un becerro para expiación por el pecado para recordarle su pecado al hacer el becerro de oro. (B) Aarón debía dar órdenes al pueblo para que preparasen sus sacrificios (v. 3). (C) Aarón debía ofrecer primero su sacrificio, y después el del pueblo (v. 7). (a) El sumo sacerdote hizo expiación por sí mismo, como quien es uno de los pecadores; pero nosotros tenemos un Sumo Sacerdote que estaba moralmente *separado de los pecadores* (He. 7:26) y no necesitaba hacer expiación por sí mismo. Cuando *se quitó la vida al Mesías* en su sacrificio, *no fue por sí mismo,* y tampoco fue para sí mismo (Dn. 9:26), porque *no conoció pecado* (2 Co. 5:21). (b) Debe *hacer la reconciliación por el pueblo,* y ofrecer sus sacrificios. Y debe hacerla *como ha mandado Jehová* (v. 7). La misericordia de Dios, no sólo permite hacer reconciliación, sino que la manda. Por consiguiente, no queda lugar a duda de que la reconciliación o expiación que es mandada será aceptada.

Versículos 8–22

Siendo éstas las primeras ofrendas que eran ofrecidas por el sacerdocio levítico, conforme a la recientemente promulgada ley de los sacrificios, se refiere aquí detalladamente el modo de ofrecerlas. 1. Aarón *degolló el becerro* con sus propias manos (v. 8), e hizo el trabajo de sacerdotes inferiores. Por consiguiente, igual que Moisés antes, Aarón ofreció ahora alguno de cada una de las distintas clases de sacrificios que habían sido designados. 2. Los ofreció *además del holocausto de la mañana,* que era lo primero que se ofrecía cada día (v. 17). Después que Aarón hizo todo lo que le correspondía hacer con respecto a los sacrificios, *alzó sus manos hacia el pueblo y lo bendijo* (v. 22). Aarón alzó sus manos al bendecirlos, para insinuar de dónde deseaba y esperaba que viniese la bendición, a saber, del Cielo, que es el trono de Dios. Aarón sólo pudo implorar una bendición; es prerrogativa de Dios el hacerla descender. Aarón, después de bendecir, *descendió* (v. 22); Cristo, al bendecir, *ascendió* (Lc. 24:51).

Versículos 23–24

No se nos dice para qué entraron Moisés y Aarón en el tabernáculo (v. 23). Algunos de los escritores judíos dicen que «entraron a orar para que se manifestara la gloria de Dios». Pero, cuando volvieron a salir, ambos a una bendijeron al pueblo, que estaba esperando la prometida aparición de la gloria divina; y fue entonces (cuando Moisés y Aarón habían orado juntos y bendecido juntos al pueblo) cuando tuvieron lo que habían estado esperando. Las manifestaciones que Dios hace de sí mismo, de su gloria y de su gracia; ordinariamente se dan en respuesta a la oración. La gloria de Dios apareció, no mientras se estaban ofreciendo los sacrificios, sino cuando oraron los sacerdotes lo cual nos sugiere que las oraciones y las

alabanzas que elevan los sacerdotes espirituales de Dios, son más agradables a Dios que todos los holocaustos y sacrificios.

I. *La gloria de Jehová se apareció a todo el pueblo* (v. 23). No se nos dice en qué forma se apareció; no cabe duda que fue tal que comportó su propia evidencia, probablemente mediante un resplandor salido de la nube. Quienes habitan en la casa de Dios, pueden captar con los ojos de la fe la hermosura del Señor.

II. *Salió fuego de delante de Jehová, y consumió el holocausto* (v. 24). Ya sea que este fuego descendiese del Cielo, ya saliese del lugar santísimo, o de aquella aparición visible de la gloria de Dios, que todo el pueblo vio (y es lo más probable), lo cierto es que fue una señal manifiesta de que Dios había aceptado el servicio que habían realizado.

1. Este fuego *consumió* (como dice el hebreo) *devoró* el sacrificio. (A) Ello significaba que Dios había apartado de ellos su ira. El unirse el fuego al sacrificio y devorarlo significaba que Dios lo aceptaba como expiación por los pecados y como reconciliación del pecador. (B) También significaba que Dios entraba en pacto y comunión con ellos.
2. Este fuego actuó como si tomara posesión del altar. También esto era figura de los bienes venideros. El Espíritu descendió sobre los Apóstoles *en fuego* (Hch. 2:3). Y el descenso de este santo fuego a nuestras almas, para encender en ellas piadosos y devotos afectos hacia Dios, y un celo tan santo que consuma la carne con sus concupiscencias, es una señal cierta de que Dios acepta benévolamente nuestras personas y nuestras acciones.

III. Aquí se nos dice la impresión que causó en el pueblo esta manifestación de la gloria y de la gracia de Dios; la recibieron: 1. Con el mayor gozo: *alabaron* ruidosamente, estimulándose mutuamente a alabar a Dios. 2. Con la más humilde reverencia: *Se postraron sobre sus rostros* y adoraron humildemente la majestad de aquel Dios que se había dignado manifestarse a ellos de esta manera.

CAPÍTULO 10

La historia de este capítulo es una interrupción triste dentro de la institución del sacerdocio levítico, como lo fue la del becerro de oro dentro de la promulgación de la Ley. Aquí tenemos el pecado y la muerte de Nadab y Abiú, hijos de Aarón, con los detalles correspondientes a su funeral y al duelo por ellos. Vienen después las órdenes a los sacerdotes de que no beban nada embriagante antes de ir a ministrar para el Señor, así como instrucciones acerca de algunos detalles de su trabajo.

Versículos 1–2

I. El gran pecado del que se hicieron culpables Nadab y Abiú. ¿Cuál fue su pecado? Todo lo que aquí se nos dice es que *ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que Él nunca les mandó* (v. 1). Lo mismo se dice en Números 3:4. 1. Nadab y Abiú estaban tan orgullosos del honor que recientemente se les había otorgado, y ambicionaban tanto el realizar inmediatamente la parte más noble y honorable de su trabajo, que, aunque el servicio de este día era extraordinario, y realizado bajo la especial dirección de Moisés, no obstante, sin haber recibido orden alguna, tomaron cada uno su incensario y se atrevieron a entrar en el tabernáculo y quemar incienso. Así que el *ofrecer fuego extraño* era lo mismo que *ofrecer incienso extraño, lo* cual estaba expresamente prohibido (Éx. 30:9). 2. Una vez que se atrevieron a quemar su propio incienso sin recibir orden para hacerlo, no es extraño que cometiesen otro desatino más, y, en lugar de tomar el fuego del altar, que había sido recientemente encendido de delante del Señor y que de allí en adelante había de ser usado tanto para ofrecer el sacrificio como el incienso (Ap. 8:5), tomaron fuego común, probablemente del que había servido para cocer la carne de las ofrendas de paz, y éste es el que usaron para quemar incienso; al no ser fuego santo, es llamado *fuego extraño.* 3. El incienso tenía que ser quemado siempre por un solo sacerdote cada vez, pero en esta ocasión ambos entraron a la vez para quemarlo. 4. Lo hicieron con ligereza y precipitación. Agarraron sus incensarios sin la debida reverencia,

cuando todo el pueblo estaba postrado sobre sus rostros delante de la gloria del Señor. 5. Hay motivo para sospechar que habían bebido más de la cuenta cuando hicieron eso, por la ley que fue dada en esta ocasión (v. 8). Habían estado comiendo de las ofrendas de paz y bebiendo de las libaciones, y por eso tendrían la cabeza tan ligera. 6. No cabe duda de que lo hicieron con toda presunción. El hecho de que no dijesen una palabra a Moisés ni a Aarón muestra que estaban poseídos de una impía ambición de tomar ellos mismos las riendas de la congregación, al mismo tiempo que pensaban que aquellos viejos tardaban demasiado en morirse. Esto es lo que los propios rabinos aventuran a suponer.

II. El tremendo castigo de este pecado: *Salió fuego de delante de Jehová y los quemó* (v. 2). Éste fue un fuego santo, porque salió del lugar santo, de Jehová, y fue, en cierto modo, un fuego extraño, porque los devoró por dentro, sin consumir sus cuerpos ni sus ropas. Probablemente tomó la forma de un rayo. Es bien sabido que los rayos obran de maneras muy diversas y extrañas; hay rayos, como éste, que matan sin tocar los vestidos; y otros, que dejan a la persona desnuda, y hasta funden los objetos metálicos que lleva, sin herirla.

Pero, ¿por qué obró el Señor tan severamente con ellos? ¿No eran los hijos de Aarón, el santo de Jehová, y sobrinos de Moisés, el gran favorito de Dios? Sí, pero: 1. Era un pecado con muchas agravantes, pues comportaba un manifiesto desprecio hacia Moisés y hacia la ley divina que había sido dada por medio de Moisés. Hasta ahora, se había hecho notar expresamente respecto de cada cosa que se había llevado a cabo, que la habían hecho *conforme Jehová mandó a Moisés;* ahora leemos todo lo contrario, pues se dice que hicieron lo *que Él nunca les mandó,* sino que lo hicieron de su propia iniciativa. Dios, pues, quería ahora enseñar a su pueblo obediencia, y hacer cada cosa según la norma, como compete a los siervos; por tanto, el que los propios sacerdotes quebrantaran las normas y desobedecieran era una provocación tal, que no podía quedar sin castigo de ninguna manera. 2. Su castigo fue obra de una justicia necesaria, ahora que se establecían por primera vez las instituciones ceremoniales. Y no cabe duda de que esta obra ejemplar de justicia en los comienzos, impidió que se cometieran después muchas irregularidades. Así fueron castigados también Ananías y Safira, cuando se atrevieron a mentir al Espíritu Santo, aquel fuego recientemente descendido.

Versículos 3–7

Podemos suponer que cuando Nadab y Abiú fueron presa de la muerte, todos los que estaban presentes fueron presa del terror. Moisés guardó su calma, aunque le afectaba el hecho en lo más íntimo. Tuvo suficiente dominio propio.

I. Moisés hace lo posible para calmar a Aarón en este triste trance (v. 3).

1. Lo que sugirió Moisés a su pobre hermano en esta ocasión fue: *Esto es lo que habló Jehová.* ¿Y qué es lo que Dios habló? (y lo habla a todos nosotros): *En los que a mí se acercan me santificaré,* quienesquiera que sean, y *en presencia de todo el pueblo seré glorificado.* ¿Qué había en estas Palabras que pudiera calmar a Aarón? Dos cosas: (A) Debe dejarle sin queja el que sus hijos merecían morir, pues fueron cortados de su pueblo por el hecho de no haber santificado ni glorificado a Dios. (B) Debe dejarle satisfecho el que la muerte de sus hijos haya redundado en honor de Dios, y que su Justicia imparcial vaya a ser adorada por esto a través de todas las edades.

2. El buen efecto que estas palabras hicieron en él: *Aarón calló,* esto es, se sometió pacientemente a la santa voluntad de Dios en esta triste ocasión. Cuando Dios nos corrige a nosotros o a los nuestros por algún pecado, es nuestro deber permanecer en silencio bajo la corrección, sin altercar con Dios, ni denunciar su injusticia o acusarle de insensatez, sino asintiendo a todo lo que dice y hace; no sólo soportar, sino aceptar, el castigo de la iniquidad. Los argumentos más eficaces para calmar el espíritu de un hijo de Dios en medio de la aflicción son los que están derivados de la gloria de Dios. Lejos esté de cada uno de nosotros honrar a los hijos más que a Dios, o desear que el nombre de Dios, su casa o su ley se vean expuestos a la ofensa o al desprecio por el afán de preservar la reputación de nuestras familias.

II. Moisés da órdenes acerca de los cadáveres. No estaba bien que se quedasen donde habían caído. Por eso, Moisés se hizo cargo de este asunto, pues aunque habían muerto a manos de la justicia en el acto

de su pecado, debían ser no obstante sepultados decentemente, y así lo fueron (vv. 4–5). Se los llevaron fuera del campamento para enterrarlos. Debió de ser un espectáculo imponente e impresionante para el pueblo. Los nombres de Nadab y Abiú habían llegado a ser muy grandes y honorables entre ellos. Nadab y Abiú (que habían estado en el monte con Dios. Éxodo 24:1) eran considerados como los grandes favoritos del Cielo, y como las esperanzas de su pueblo; y ahora, de repente, cuando apenas habían llegado a sus oídos las noticias del suceso, al ver a ambos llevados ya muertos, con las señales visibles de la venganza divina sobre ellos, sacrificados a la justicia de Dios, no podrían decir otra cosa que lo que dijeron después los de Bet-semes: *¿Quién podrá estar delante de Jehová el Dios santo?* (1 S. 6:20).

III. Moisés da órdenes acerca del duelo.

1. Los sacerdotes no debían hacer duelo. Aquí era prohibido a Aarón y sus restantes hijos: (A) Porque estaban a la sazón oficiando, haciendo una gran obra, que de ninguna manera debía cesar (Neh. 6:3); y el honor de Dios requería que el servicio que estaban realizando prevaleciese sobre la consideración debida a sus familiares, y que todas las demás tareas cediesen su puesto a la tarea de su ministerio. Precisamente por esto, hubieron de ser encargados de retirar los cadáveres dos primos de Aarón, los parientes más próximos que no pertenecían a la casta sacerdotal, porque si los sacerdotes hubiesen tocado los cadáveres, habrían quedado ceremonialmente inmundos para continuar ejerciendo sus funciones sagradas. (B) Sus hermanos habían sido ejecutados directamente por la mano de Dios a causa de su transgresión y, por consiguiente, no debían hacer duelo por ellos, para que no pareciese que defendían el pecado o recriminaban a la justicia de Dios por haberles castigado. No cabe duda de que resultó muy duro para Aarón y sus hijos reprimir su dolor en esta circunstancia tan dolorosa, pero la razón y la gracia se impusieron a la emoción, y soportaron la aflicción con una paciencia obediente. Dichosos los que se ponen así bajo el gobierno de Dios, y tienen sus pasiones bajo su propio control.

2. El pueblo debe hacer duelo: *Vuestros hermanos, toda la casa de Israel, sí lamentarán por el incendio que Jehová ha hecho.* La congregación debe lamentarse, no sólo por la pérdida de sus sacerdotes, sino especialmente por el desagrado de Dios a causa del pecado que ellos habían cometido.

Versículos 8–11

Después de haber observado Aarón exactamente lo que Dios le había dicho por medio de Moisés, ahora Dios le honra hablándole a él directamente: *Jehová habló a Aarón, diciendo: Tú y tus hijos contigo, no beberéis vino ni licor fuerte cuando entréis en el tabernáculo* pues habrían de atenerse a las consecuencias: *para que no muráis* (vv. 8–9). Probablemente habían visto el desastroso efecto que esto había tenido en Nadab y Abiú y, por tanto, debían escarmentar en cabeza ajena. Obsérvese aquí: 1. La prohibición misma: *No beberéis vino ni licor fuerte.* En otras circunstancias les era permitido (no era de esperar que cada sacerdote fuese un nazareo), pero durante el tiempo de su ministerio les estaba prohibido. Esta era una de las leyes en el templo de Ezequiel (Ez. 44:21). También se exige a los ministros del Evangelio que *no sean dados al vino* (1 Ti. 3:3). 2. La pena aneja a la prohibición: *Para que no muráis; «para que no muráis cuando estéis bebidos, y venga de repente sobre vosotros aquel día»* (Lc. 21:34). O, al menos, «para que no hagáis lo que os expondrá a ser cortados por la mano de Dios». 3. Las razones que fundamentan esta prohibición. Necesitan ser sobrios; de otro modo, no podrían desempeñar su oficio, pues estarían en peligro de *desvariar con el vino* (Is. 28:7). Deben estar seguros de su sobriedad. (A) Para que sean capaces de distinguir, en su ministerio, entre lo que es sagrado y lo que es común, sin peligro de confundirlos (v. 10). (B) Para que puedan enseñar al pueblo (v. 11), pues esto era parte de la tarea de los sacerdotes (Dt. 33:10), y quienes son dados al alcohol, están muy descalificados para enseñar al pueblo los preceptos de Dios, tanto porque quienes viven conforme a la carne no pueden tener conocimiento espiritual de las cosas del Espíritu, como porque tales maestros derriban con una mano lo que están edificando con la otra.

Versículos 12–20

Moisés ordena a Aarón que continúe con su servicio después de esta interrupción. Las aflicciones deben estimularnos a cumplir con nuestro deber, más bien que a apartarnos de él. Obsérvese que habló a

Aarón y a sus hijos *que habían quedado* (v. 12). El dar cuenta de esta supervivencia insinúa: 1. Que Aarón debía consolarse de la pérdida de dos de sus hijos y considerar que Dios benignamente le había conservado los otros dos. 2. Que el hecho de haberlos conservado Dios con vida debía ser para ellos un estímulo a servirle con más celo, sin rehuir el hombro al deber. Cuatro eran los sacerdotes que habían sido consagrados juntos; dos habían sido tomados, y dos habían sido dejados; por consiguiente, los dos que habían quedado debían esforzarse en cubrir el espacio que los otros habían dejado, y poner doble empeño y diligencia en los servicios del sacerdocio.

I. Moisés repite las instrucciones que les había dado anteriormente acerca de comer su parte en los sacrificios.

II. Investiga acerca de una desviación de lo establecido, que parece que había ocurrido en esta ocasión, y que era la siguiente: Había un macho cabrío para ser sacrificado en *sacrificio de expiación por el pueblo* (9:15). Ahora bien, la ley del sacrificio de expiación era que, si la sangre era introducida en el lugar santo, como lo era la del sacrificio de expiación por el sacerdote, entonces la carne tenía que ser quemada fuera del campamento. Pero la sangre de este macho cabrío no había sido introducida en el lugar santo y, sin embargo, parece ser que su carne fue quemada fuera del campamento. Moisés culpó de esto a Eleazar e Itamar (v. 16), pero es muy probable que lo hiciesen por orden de Aarón, y por eso fue él quien se disculpó. Puso como excusa su aflicción A *mí me han sucedido estas cosas* (v. 19); aquellas cosas tan tristes que no pudieron menos de llegarle al corazón y apesadumbrarle mucho. Era un sumo sacerdote *tomado de entre los hombres*, y no podía despojarse de su afecto natural cuando se vestía las vestiduras sagradas. Se calló (v. 3), pero no pudo acallar su pesar. Hace de ello un pretexto para hacer una variación en lo que estaba establecido acerca del sacrificio de expiación. No habría podido comerlo, sino con duelo y en la pesadumbre de su espíritu ¿y habría sido esto aceptado? Moisés mostró su asentimiento a esta excusa: *Se dio por satisfecho* (v. 20). Quizá pensó que lo que habían hecho tenía cierta justificación. Dios proveyó para que lo que no había sido comido, fuera quemado.

CAPÍTULO 11

La ley ceremonial consistía, no sólo en sacrificios y ofrendas, sino *en comidas y bebidas, en diversas abluciones* (He. 9:9–10) para limpiarse de la inmundicia ceremonial. Las leyes concernientes a esto comienzan en este capítulo, que establece las diferencias entre las distintas carnes: permiten comer las unas como limpias, y prohiben las otras como inmundas.

Versículos 1–8

Ahora que Aarón había sido consagrado como sumo sacerdote sobre la casa de Dios, Dios le habló a él y a Moisés juntamente, y nombró a ambos apoderados suyos para comunicar su voluntad al pueblo. Se impuso a los sacerdotes como obligación especial que distinguieran entre lo limpio y lo inmundo, y que enseñaran al pueblo a distinguirlos igualmente. Podían comer carne, pero no toda clase de carnes; debían considerar unas carnes como inmundas y, por tanto, prohibidas; otras, como limpias y permitidas. Pero, ¿qué razón puede darse para esta ley? La mayoría de las carnes prohibidas aquí como inmundas, son realmente nocivas a la salud por eso, la dieta judía ha demostrado ser la más sana. Hay otra razón más profunda: Hay un elemento de dominio propio (Gá. 5:23; 2 P. 1:6), conectado con la santidad, que es el tema general del Levítico. El Apóstol nos advierte que *el cuerpo es para el Señor, y el Señor para el cuerpo* (1 Co. 6:13). De ahí la obligación que tiene el creyente en mantener su cuerpo sano y limpio. Quizás esta diferencia de dietas explica bien el caso de Génesis 43:32, de que hebreos y egipcios no comiesen nunca juntos teniendo en cuenta, además, que muchos de los animales prohibidos aquí como inmundos y abominables, eran tenidos en gran veneración por los gentiles, no tanto por razón de alimento cuanto por usarlos para la adivinación y el sacrificio a sus dioses. No es extraño pues, que se mencionen aquí algunos animales, de los que difícilmente sentirían tentación de comer, pero, al mencionarlos se les estimulaba a los israelitas a mirar con horror y abominación lo que para los gentiles tenía un valor

supersticioso. Así, sabemos que el cerdo llegó a ser animal consagrado a Venus, el búho a Minerva, el águila a Júpiter, el perro a Hécate, etc., todos ellos, animales inmundos según la ley judía. En cuanto a los animales de tierra, se establece una regla general, por la que son legalmente comestibles todos los que tienen pezuña y rumian, excluyéndose los que no cumplen ambos requisitos. Esta norma se repite especialmente en la nueva mención de esta ley (Dt. 14:4–5), cuando parece ser que los israelitas tenían suficiente variedad de animales limpios para su alimento, y no podían quejarse de los límites que les imponía su confinamiento en el desierto. De todos los animales aquí prohibidos como inmundos, ninguno ha sido, y es, detestado con tanto horror por los judíos como el cerdo. Muchos de ellos fueron ejecutados a manos de Antíoco Epífanes por negarse a comer carne de cerdo, como vemos en el Segundo Libro de los Macabeos, capítulos 6 y 7, pues aunque no lo tenemos como inspirado por Dios, es un libro que merece crédito como histórico. Hay, finalmente, quienes sugieren que, en la prohibición de muchos animales como inmundos, hay como una cierta insinuación de precaverse de ciertas cualidades de ellos. Si, en cierto modo, uno llega a ser un poco *lo que come,* debe evitar el cerdo, porque, además de ser insano como alimento, es sucio y «cochino» en vida; la liebre es propensa a la timidez y apocada de corazón; el conejo gusta de vivir escondido en la tierra; el perro es sucio y desvergonzado (del gr. *kuón* = perro, viene la palabra *cínico),* etc. ¡Que el hombre, creado honorable e inmortal, no se haga semejante a estas bestias, inmundas y perecederas!

Versículos 9–19

I. Una norma general acerca de los peces, para discernir cuáles son limpios y cuáles no. Son considerados limpios y comestibles los que tienen aletas y escamas; inmundos, los que carecen de las dos o de una de estas peculiaridades (vv. 9–10). Respecto a los peces prohibidos, se dice: *Los tendréis en abominación* (vv. 10–12); esto es: «Los consideraréis como inmundos, y no sólo no los comeréis, sino que os mantendréis a distancia de ellos». Así también, el Israel espiritual de Dios, al haber recibido mayor honor que los demás por el pacto de adopción del Evangelio, debe también mortificarse más que los demás sometiéndose a la voluntad de Dios, que nos manda negarnos a nosotros mismos y llevar la cruz tras de Cristo.

II. Respecto a las aves, no se da una regla general, sino que se enumeran en detalle aquellas que están prohibidas como inmundas, lo cual implica que están permitidas todas las demás. De las aves aquí prohibidas: 1. Unas son aves de presa, como el águila, el buitre, etc., y Dios quería que su pueblo aborreciese todo lo que es bárbaro y cruel y evitase toda violencia y rapiña. Las palomas que eran apresadas eran carne adecuada para el alimento del hombre y para el sacrificio de Dios, pero los milanos y halcones, que hacen presa sobre ellas, habían de ser considerados como abominables ante Dios y los hombres. 2. Otras son aves solitarias que habitan en lugares oscuros y desolados, como el búho y el pelícano (Sal. 102:6), y la lechuza y el cuervo (Is. 34:11); porque el pueblo de Dios no debe tener melancolía, ni apego a la tristeza y a una constante soledad. 3. Otras se alimentan de cosas impuras, como la cigüeña de serpientes, y muchas otras de gusanos; y nosotros, no sólo debemos abstenernos de toda cosa impura, sino que debemos también abstenernos de tener comunión con quienes se permiten a sí mismos tales impurezas. 4. Otras, en fin eran usadas por los egipcios y otros gentiles para sus adivinaciones. Algunas de ellas eran consideradas como venturosas, otras como siniestras; y sus adivinos prestaban mucha atención al vuelo de estas aves; todo lo cual debe ser, consiguientemente abominable para el pueblo de Dios, que no debe aprender los caminos de los gentiles.

Versículos 20–42

I. La ley concerniente a los insectos voladores como moscas, avispas, abejas, etc. De éstos no deben comer (v. 20), ni son apropiados para ser comidos; pero había varias clases de langostas que en aquellos países constituían buen alimento y se usaban mucho; Juan el Bautista se alimentaba de ellas en el desierto y están aquí permitidas (vv. 21–22).

II. Acerca de los animales que se mueven sobre la tierra estaban prohibidos (29–30, 41–42). El polvo es el alimento que conviene a estos animales (Gn. 3:14), y por ello no son alimento adecuado para el hombre.

III. En cuanto a los cadáveres de todos estos animales inmundos: 1. Todo el que los tocase quedaba inmundo hasta la noche (vv. 24–28). Contraían una impureza *ceremonial*, que, durante ese tiempo, les impedía venir al tabernáculo de reunión, o comer de alguna de las cosas santas, o incluso conversar familiarmente con sus vecinos. Pero esta impureza duraba sólo hasta la noche. Y nosotros debemos aprender, al renovar nuestro arrepentimiento cada noche por los pecados del día, a quedar limpios por la sangre de Cristo de la contaminación que ocasionan a nuestro ser, para que así no nos acostemos en nuestra impureza. 2. Incluso las vasijas, u otros objetos, en los que cayesen dichos cadáveres, quedaban impuros hasta la noche (v. 32), y si se trataba de objetos de barro, habían de ser rotos (v. 33). Deberíamos preservar nuestras almas de infinito precio de las contaminaciones del pecado y limpiarlas de las ya contraídas con la misma diligencia y rapidez con que ellos tenían que preservar y limpiar sus cuerpos y los objetos de sus casas de esas inmundicias ceremoniales.

Versículos 43–47

I. La exposición de esta ley, o como una clave para hacer que podamos entender su significado. No tenía por objeto meramente presentar una lista de platos, o como instrucciones de un médico acerca de su dieta, sino que Dios quería mediante esto enseñarles a santificarse y ser santos (v. 44). Estos *rudimentos del mundo* (Col. 2:8) eran sus *tutores y administradores* (Gá. 4:2–3), para conducirlos a lo que es como la restauración de nuestro primer estado en Adán y las arras de nuestro mejor estado con Cristo, esto es, la *santidad, sin la cual nadie verá al Señor* (He. 12:14). Este es en realidad el objetivo de todas las ordenanzas, que mediante ellas nos santifiquemos y aprendamos a ser santos. Incluso esta ley acerca de su alimentación, que parecía rebajarse tanto, apuntaba tan alto.

II. Las razones de esta ley. 1. *Yo soy Jehová vuestro Dios* (v. 44). «Por consiguiente, estáis obligados a hacer esto por pura obediencia.» 2. *Yo soy santo* (vv. 44–45). Si Dios es santo, también nosotros debemos serlo; de lo contrario, no podemos esperar ser aceptados por Él. Si el proverbio dice que «la amistad, o encuentra iguales o los hace», ¿cómo no vamos a esforzarnos por ser semejantes a Dios, cuando Él se ha dignado a tenernos, no sólo por amigos, sino por hijos? Todas estas restricciones ceremoniales tenían por objeto enseñarnos que no debemos *amoldarnos a los deseos que antes teníamos estando en nuestra ignorancia* (1 P. 1:14). 3. *Yo soy Jehová, que os hago subir de la tierra de Egipto* (v. 45). Quien había hecho por ellos más que por ningún otro pueblo, justamente podía esperar más de ellos.

III. La conclusión de este estatuto: *Esta es la ley acerca de las bestias, y las aves,* etc. (vv. 46–47). Esta ley era estatuto para ellos siempre, es decir, mientras durase aquella economía; pero bajo el Evangelio lo encontramos expresamente abrogado por una voz del Cielo a Pedro (Hch. 10:15), como ya lo había sido antes virtualmente por la muerte de Cristo, con las otras ordenanzas que perecen con el uso. En general, la ley fue clavada en la Cruz, para que ya no fuera nuestro adversario (Col. 2:14). Ahora sabemos que *la comida no nos hace más aceptos ante Dios* (1 Co. 8:8), y que *nada es inmundo en sí mismo* (Ro. 14:14), ni contamina al hombre lo que entra en su boca, sino lo que sale del corazón por su boca (Mt. 15:11). Por consiguiente: 1. Demos gracias a Dios de que no estamos bajo ese yugo, sino que para nosotros toda criatura de Dios nos es permitida como buena. 2. *Estemos firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres* (Gá. 5:1). 3. Seamos estricta y concienzudamente moderados en el uso de las buenas cosas que nos permite Dios. La naturaleza se contenta con poco; la gracia, con menos; pero la concupiscencia, con nada.

CAPÍTULO 12

Después de las leyes acerca de los alimentos limpios e inmundos, vienen las leyes acerca de las personas limpias e impuras; y la primera está en este capítulo, concerniente a la impureza ceremonial de las mujeres que han dado a luz, y al modo de purificarse de tal impureza.

Versículos 1–5

La ley declara aquí inmundas a las mujeres que hayan dado a luz. Dicen los judíos: «La ley se extendía incluso al caso de aborto, si la criatura estaba lo suficientemente formada como para que se pudiese distinguir su sexo». 1. Había cierto tiempo de separación estricta inmediatamente después del parto. Durante esos días, estaba separada de su marido y de sus amigas, y quienes por necesidad tenían que asistirla quedaban también ceremonialmente inmundos, lo cual era una razón para que los varones no fuesen circuncidados hasta el octavo día, porque participaban en la impureza de la madre durante los días de su separación. 2. Había también un plazo más largo para su purificación. Durante este tiempo, sólo estaban separadas del santuario y se les prohibía comer la Pascua, o las ofrendas de paz o, si era esposa de un sacerdote, no podía comer ninguna cosa que era santa para el Señor. Si no hubiese entrado el pecado, sólo la pureza y el honor habrían acompañado a todos los productos de aquella gran bendición y mandamiento de *Fructificad y multiplicaos* (Gn. 1:28). La exclusión de la mujer del santuario por tantos días, y de toda participación de las cosas santas, significaba que nuestra corrupción original nos habría excluido para siempre del disfrute de la comunión con Dios y de sus favores, si Él no hubiese provisto benignamente para nuestra purificación.

Versículos 6–8

Toda mujer que hubiese dado a luz, cuando llegaba el tiempo fijado para poder entrar de nuevo en el santuario, debía traer sus ofrendas (v. 6). 1. *Un holocausto;* un cordero, si tenía medios; si era pobre, un palomino o una tórtola. Esto tenía que ofrecerlo en agradecimiento a Dios por el favor que había recibido de Él al sacarla con bien de todos los dolores del parto y de los peligros del sobreparto, y en deseo y esperanza de que Dios siguiese favoreciéndola tanto a ella como al niño. Cuando nace una criatura, hay gozo y hay esperanza, y, por consiguiente, estaba muy puesto en razón el traer esta ofrenda. Pero, además de esto: 2. Tenía que ofrecer un *sacrificio de expiación,* que había de ser el mismo para ricos y pobres: una tórtola o un palomino, porque, cualquiera que fuese la diferencia entre ricos y pobres en los sacrificios de reconocimiento, éste de la expiación era el mismo para todos, pues, en cuanto al pecado, todos estamos en la misma condición delante de Dios (Ro. 3:23). Este sacrificio de expiación tenía por objetivo completar su purificación de la inmundicia ceremonial, que, aunque en sí misma no era pecado, era sin embargo tipo de la contaminación moral. Así la expiación significaba que, en virtud del sacrificio, la causa que le había impedido venir al santuario había sido anulada. De acuerdo con esta ley, hallamos que la madre de nuestro bendito Salvador, aunque no había concebido por obra de varón, y el Señor no había sido concebido en pecado como los demás, sin embargo cumplió los días de su purificación (Lc. 2:22), y luego presentó su hijo al Señor, siendo primogénito y llevó como ofrenda *un par de tórtolas* (Lc. 2:22–24). Tan pobres eran los padres de Jesús que no pudieron traer un cordero para el holocausto. Tan tempranamente fue Cristo puesto bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley (Gá. 4:4–5).

CAPÍTULO 13

La siguiente impureza ceremonial es la de la lepra, respecto de la cual la ley es muy prolija y detallada. En este capítulo se dan instrucciones para diagnosticarla, y en el próximo para la limpieza del leproso.

Versículos 1–17

I. En cuanto a la plaga de la lepra, podemos observar en general: Que es más bien una impureza que una enfermedad; o, al menos, así la consideraba la ley y, por consiguiente requería los buenos oficios de un sacerdote, no de un médico. Así de Cristo se dice que limpió leprosos más bien que los curó. No leemos que nadie muriese de lepra, sino más bien que los sepultaban vivos, dejándolos incapaces de conversar con nadie, excepto los infectados de la misma plaga. Se dice que comenzó primero en Egipto, de donde se extendió a Siria. Los judíos retuvieron las costumbres idolátricas que habían aprendido en Egipto, y por eso, Dios hizo justamente que esta enfermedad les siguiera juntamente con otras enfermedades de Egipto. Pero también leemos de Naamán de Siria, que era leproso (2 R. 5:1). Había otras enfermedades de la piel que se parecían mucho a la lepra, pero no lo eran; éstas podían incomodar y atormentar al hombre, pero no lo hacían ceremonialmente inmundo. El diagnóstico estaba reservado a los sacerdotes. Se consideraba a los leprosos como estigmatizados por la justicia de Dios y, por eso, los casos de lepra eran puestos en manos de los ministros de Dios, de los que se esperaba que conociesen mejor que nadie los síntomas de la enfermedad, y poder así pronunciarse sobre los que eran leprosos y los que no lo eran. La lepra era figura de la polución moral de la mente humana por el pecado, que es la lepra del alma, ambos se parecen por su impureza, su infección y su contagio, así como por su curación—la lepra, por los sacerdotes; el pecado, por la sangre de Cristo—. Según los rabinos, la lepra era una aflicción de la Providencia en castigo de la calumnia o de la detracción, que se extiende fácilmente como la lepra. El poder de la gracia de Cristo transciende infinitamente al del sacerdocio levítico, pues el sacerdote sólo podía diagnosticar la lepra (como la ley nos da el diagnóstico del pecado *porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado;* Ro. 3:20), pero Cristo puede curar al leproso, y puede quitar el pecado: *Señor, si quieres, puedes limpiarme* (Mt. 8:2), que era mucho más de lo que los sacerdotes podían. Es una obra de gran importancia pero de gran dificultad, juzgar de nuestro estado espiritual; todos tenemos razones para sospecharlo, siendo conscientes de nuestras manchas y de nuestros dolores, pero lo difícil está en decidir si son limpios o inmundos.

II. Aquí se dan varias reglas por las que debe regirse el juicio de los sacerdotes. 1. Si la mancha estaba sólo en la piel, había esperanza de que no fuese lepra (v. 4). Pero si era más profunda que la piel, la persona debía ser declarada inmunda (v. 3). Las debilidades que son compatibles con la gracia de Dios, no penetran mucho en el alma, sino que *la mente sirve* todavía *a la ley de Dios, y el hombre interior se deleita en ella* (Ro. 7:22, 25). Pero si la cosa es más grave de lo que parece, y el interior del hombre queda infectado, el caso es peligroso. 2. Si la llaga conservaba el mismo aspecto y no se extendía, no era lepra (vv. 5–6). Pero si se extendía mucho, y continuaba así después de varias inspecciones, el caso era malo (vv. 7–8). Si una persona no se vuelve peor, sino que se le pone un tope al curso de sus pecados y se le hace un buen diagnóstico de sus corrupciones, es de esperar que se ponga mejor; pero si el pecado se extiende y la persona se vuelve peor cada día el deslizamiento hacia abajo es seguro, aunque a veces pase inadvertido. 3. Si hay tumor blanco en la piel, que cambie el color del pelo, el sacerdote no tiene por qué esperar más tiempo, pues es lepra de cierto (vv. 10–11). No hay señal tan segura del mal estado espiritual de una persona como la hinchazón de su corazón en arrogancia, la confianza en la carne y la resistencia a las reprensiones de la Palabra y a los impulsos del Espíritu. 4. Si la erupción, cualquiera que fuese, cubría toda la piel de pies a cabeza, no era lepra propiamente dicha (vv. 12–13), porque entonces era evidente que los órganos vitales estaban sanos y fuertes y la naturaleza podía ayudarse a sí misma y arrojar de sí todo lo molesto y pernicioso. Hay esperanzas en unas viruelas cuando las pústulas aparecen claras; así también, si los hombres confiesan sinceramente sus pecados y no los ocultan, no es el mismo peligro que cuando hacen todo lo posible por ocultarlos. Hay quienes concluyen de esto, que hay más esperanza de un mundano sincero que de un profesante hipócrita. Y es cierto, puesto que los cobradores de impuestos y las prostitutas entran en el reino de los cielos—según el mismo Cristo—delante de los escribas y fariseos. Hasta cierto punto, los repentinos arrebatos de la pasión, aunque son bastante malos de por sí, no son tan peligrosos como la malicia oculta. Otros concluyen que, si nos juzgamos a nosotros mismos, no seremos juzgados; si vemos y reconocemos que *nada hay sano en nuestra carne a causa de nuestro pecado* (Sal. 38:3), encontraremos gracia a los ojos del Señor. 5. El sacerdote tenía que tomarse tiempo para dar su diagnóstico, y no darlo precipitadamente.

Versículos 18–37

Se dan aquí instrucciones al sacerdote para que sepa el diagnóstico que debe hacer cuando aparecen señales de lepra, o: 1. En una úlcera o divieso que se haya curado, pero aparezca después hinchazón, etc. (vv. 18 y ss.). Cuando viejas heridas, que parecían curadas, reaparecen, es de temer que se trate de lepra; tal es el peligro de aquellos que, *después de haber escapado de las contaminaciones del mundo, se enredan otra vez en ellas y son vencidos* (2 P. 2:20). O: 2. En una quemadura por accidente, pues esto parece ser que es lo que se indica (vv. 24 y ss.). El ardor de la discordia y de la contienda ocasiona muchas veces la erupción de algo corrompido e infecto, que da testimonio en el rostro mismo de los hombres de que son inmundos.

Versículos 38–46

I. Se dan cauciones para que ni la piel pecosa ni la calvicie limpia se confundan con la lepra (vv. 38–41). No toda deformidad física ha de tomarse como impureza ceremonial.

II. Pero hay una marca especial de lepra cuando una hinchazón de mancha blanca rojiza aparece en la calva: *Leproso es, es inmundo; en su cabeza tiene la llaga* (vv. 44). Si la lepra del pecado se apodera de la cabeza, si el juicio se corrompe y se acogen principios perversos, que favorecen y apoyan prácticas perversas, la inmundicia es completa. Una fe mantenida con pureza, preserva de lepra la cabeza.

III. ¿Qué ha de hacerse cuando alguien es leproso cierto y convicto? Cuando el sacerdote, después de serio examen y deliberación madura, le ha declarado solemnemente inmundo:

1. Él mismo debe declararlo públicamente (v. 45). Debe adoptar la actitud del que guarda duelo y gritar: *¡Inmundo inmundo!* Por consiguiente: (A) Debe humillarse bajo la mano poderosa de Dios y no pretender que está limpio, cuando el sacerdote le ha declarado inmundo. Ha de dar a entender esto *rasgando sus vestidos, descubriendo su cabeza y embozándose,* todas ellas señales de vergüenza y confusión de rostro, pues indican la repugnancia y humillación de sí mismo que deberían llenar el corazón de toda persona sinceramente arrepentida, dispuesta a juzgarse a sí misma. (B) Debe avisar a otros para que tengan cuidado y no se acerquen. Por dondequiera que vaya, debe gritar a quienes vea a cierta distancia: «Soy inmundo, inmundo, ¡cuidado con tocarme!» No es que la lepra fuese necesariamente contagiosa, pero por tocar a un leproso se contraía la impureza ceremonial. Y esto es todo lo que la ley podía hacer. La ley sólo nos muestra nuestra enfermedad, el Evangelio nos muestra la curación en Cristo.

2. Después, el leproso debía ser echado fuera del campamento, y, más tarde, cuando entraron en la tierra de Canaán, fuera de la ciudad o aldea donde vivía, y *habitar solo* (v. 46), juntándose solamente con quienes fuesen leprosos como él.

Versículos 47–59

Ahora viene la ley concerniente a la plaga de lepra en un vestido, ya sea éste de lana o de lino. Lepra en un vestido, aun con todas las señales claras de ella, es algo que, para nosotros, hoy en día es del todo inconcebible. El proceso se parecía mucho al de una persona leprosa. El vestido sospechoso de lepra no había de quemarse inmediatamente, sino que había de *mostrarse al sacerdote.* Si, después de atento examen, se hallaba que la mancha era de lepra, había de *quemarse.* Si la causa de la sospecha se había desvanecido, debía *lavarse, y* entonces se podía usar (v. 58).

CAPÍTULO 14

Este capítulo trata del método que ha de seguirse para purificar, tanto a las personas, como a las vestiduras, infectadas de lepra.

Versículos 1–9

I. Se tiene por cierto que la plaga de la lepra no es una enfermedad incurable. El rey Uzías continuó leproso hasta el día de su muerte, pero María sólo lo estuvo durante siete días; podemos suponer que, muchas veces, desaparecía por sí sola con el tiempo.

II. El dictamen de la curación, como el del diagnóstico, estaba reservado al sacerdote, quien debía salir al campo en busca del leproso, para ver si se le había curado la lepra (v. 3). Era una medida de compasión hacia los pobres leprosos el que los sacerdotes tuviesen especiales órdenes para atenderles. Al estar el leproso apartado de la sociedad, y no poder ir a los sacerdotes, estaba puesto en razón que los sacerdotes fuesen a él. *¿Está enfermo alguno de vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia,* los ministros de Dios (Stg. 5:14). Si lo aplicamos a la lepra espiritual del pecado esto insinúa que, cuando nos retiramos de los que andan desordenadamente para que sean avergonzados, no debemos tenerlos por enemigos, sino amonestarlos como a hermanos (2 Ts. 3:15). Y también, que, cuando Dios por medio de su gracia, ha traído de nuevo al arrepentimiento a quienes estaban fuera de comunión por escándalo, hay que recibirlos de nuevo con ternura, gozo y afecto sincero. Así Pablo ordena acerca del corintio puesto fuera de comunión que, cuando había dado señales evidentes de su arrepentimiento, debían perdonarle y consolarle, y *reafirmar su amor hacia él* (2 Co. 2:7–8).

III. Cuando se veía que la lepra estaba curada, el sacerdote debía declararlo con especial solemnidad. El leproso o sus amigos tenían que presentar *dos avecillas vivas,* cazadas con este objetivo (cualquier clase de aves que fuesen limpias), y *madera de cedro, grana e hisopo.* 1. Había de hacerse un preparado de sangre y agua, con el que se rociaba al leproso. Una de las aves había de *ser inmolada sobre un vaso de barro que contuviese agua viva* (agua de manantial). 2. La avecilla viva, con el cedro, la grana y el hisopo, eran mojados en la sangre vertida sobre el agua, con la que había que rociar siete veces sobre el que se purificaba de la lepra (vv. 6–7). Parece ser que la madera de cedro significaba la restauración del leproso a su salud y fuerza, porque es la clase de madera que mejor resiste a la putrefacción. La grana significaba que el leproso había recuperado su color sano, pues la lepra le había vuelto blanco como la nieve. Y el hisopo, que absorbe fácilmente el líquido y lo suelta después cuando se rocía con él, perfumándolo con su buen olor indicaba que se había retirado del leproso el mal olor que suele acompañar a esa enfermedad. El cedro, que es el árbol más noble y majestuoso, se usaba en este servicio junto con el hisopo, que es la más ruin de las plantas (1 R. 4:33). El leproso tenía que ser rociado *siete veces,* para significar una purificación perfecta, en alusión a lo cual ora David, diciendo: *Lávame a fondo de mi maldad* (Sal. 51:2). A Naamán se le ordenó que se lavara *siete veces* (2 R. 5:10). 3. La avecilla viva tenía que ser suelta entonces a campo abierto, para significar que el leproso, una vez purificado, no sólo volvía a la vida normal, sino que, al no estar ya bajo restricción ni confinamiento, podía dirigirse libremente a donde mejor le pareciese. Pero, como el vuelo del ave viva era hacia arriba, eso le sugería que, de allí en adelante, había de buscar *las cosas de arriba* (Col. 3:1–2), y no emplear esta nueva vida que Dios le había otorgado, meramente en la búsqueda de las cosas terrenales. Aquellos cuyas almas estaban *hundidas hasta el polvo* (Sal. 44:25), en aflicción y miedo, ahora vuelan por el amplio firmamento de los cielos y se remontan con las alas de la fe, la esperanza, el gozo y el amor. 4. El sacerdote debía, con esto, declararlos limpios. Limpios son en verdad los que Cristo declara tales, y no necesitan tener en cuenta lo que los hombres digan de ellos. Pero, aunque Cristo era *el fin de la ley para justicia* (Ro. 10:4), en los días de su carne fue puesto *bajo la ley* (Gá. 4:4) que todavía estaba en vigor, y, por eso, ordenó a los leprosos que había curado milagrosamente que fueran a *mostrarse al sacerdote y presentar la ofrenda que ordenó Moisés* (Mt. 8:4; Lc. 5:14). 5. Cuando el leproso era declarado limpio, debía lavarse el cuerpo y los vestidos y *raerse todo el pelo* (v. 8), y permanecer todavía otros siete días fuera del campamento, y al séptimo día debía repetir el lavado y el rapado (v. 9). Una vez que el sacerdote le había declarado limpio de la enfermedad, él debía limpiarse lo mejor posible de todos los restos de ella y de cualquier otra contaminación.

Versículos 10–20

I. Para completar la purificación del leproso, al octavo día, después de la anterior ceremonia solemne realizada fuera del campamento, tenía él que esperar *a la puerta del tabernáculo y* allí había de ser *presentado delante de Jehová* con su ofrenda (v. 11). 1. Que las misericordias de Dios nos obligan a presentarnos a Él (Ro. 12:1). 2. Cuando Dios nos ha restaurado a la libertad de las ordenanzas, después de

estar impedidos por enfermedad, la distancia o cualquier otra causa legítima, deberíamos aprovechar la primera oportunidad para testificar de nuestro respeto a Dios y de nuestro afecto al santuario.

II. El leproso había de traer tres corderos con una ofrenda de presente y una alcuza de aceite, que sería algo menos de medio litro. 1. Lo más especial de la ceremonia en este caso era el sacrificio por la culpa en el cual se ofrecía el primer cordero (v. 12). Los judíos dicen que el leproso se situaba fuera de la puerta del tabernáculo, y el sacerdote estaba dentro, de modo que la ceremonia se celebraba a través de la puerta, lo que significaba que ahora era admitido con los demás israelitas para asistir de nuevo a los atrios de la casa de Jehová; el mismo sacrificio por la culpa tenía por objetivo renovar su pacto con Dios, como buen israelita después que había sido cortado de la comunión con el pueblo de Dios, a causa de su enfermedad. Podía suceder que el nombre fatídico se le quedase como apodo de por vida (como leemos de uno que probablemente había sido sanado por el Señor Jesús, pero todavía después es llamado *Simón el leproso;* Mt. 26:6). Los leprosos limpiados son admitidos a la sangre y al aceite, tanto como los sacerdotes consagrados. 2. Además de esto, debía ofrecerse un sacrificio de expiación y un holocausto con un cordero para cada uno de ellos (vv. 19–20). Con cada uno de estos sacrificios se dice que los sacerdotes *harán expiación por él.* (A) Su culpa moral será quitada. (B) Su impureza ceremonial será retirada, la cual le había tenido apartado de la participación de las cosas santas. Y a esto se llama *hacer expiación por él,* porque nuestra restauración a los privilegios de los hijos de Dios, que en esto están tipificados, se debe pura y únicamente a la gran propiciación. El holocausto, además de la expiación que se hacía con él, era un agradecido reconocimiento a Dios por la misericordia que había tenido con él y cuanto más directa había sido la intervención de la mano de Dios, tanto en la enfermedad como en su curación, tanto mayor razón tenía él para darle gloria y, así, como dice nuestro Salvador, *ofrecer por su purificación lo que Moisés ordenó, para que les sirviera de testimonio* (Mr. 1:44).

Versículos 21–32

La benigna provisión que la ley hacía para la purificación de los *leprosos pobres.* Si no tenían medios para traer tres corderos y tres décimas de efa de flor de harina, debían traer un cordero y una décima de efa de flor de harina y, en lugar de los otros dos corderos, dos tórtolas o dos palominos (vv. 21–22). 1. Que la pobreza de la persona no podía excusarla de presentar sus ofrendas. Que nadie piense que, por ser pobre, Dios no le exige ningún servicio, puesto que les tiene consideración y exige solamente lo que el más pobre puede dar. *«Dame, hijo mío, tu corazón* (Pr. 23:26), y así *los becerros de tus labios* serán aceptados en lugar de *los becerros de tus establos».* 2. Que Dios esperaba de los pobres sólo lo que ellos pudiesen traer. Cuando existe una voluntad generosa y un corazón honesto, dos palominos, cuando son lo más que una persona puede dar, son tan aceptables a Dios como dos corderos.

Versículos 33–53

Esta es la ley concerniente a la lepra de una casa. La lepra de una casa es considerada como la de un vestido. 1. Se supone que incluso en Canaán, la tierra prometida, sus casas podían estar infectadas de lepra. 2. También se da por supuesto que el dueño de la casa lo hará saber al sacerdote tan pronto como vea la menor causa para sospechar que su casa tiene lepra. Cuando el pecado reina en una casa, es allí una plaga como lo es en el corazón. Y los cabezas de familia deberían estar alerta y con temor a la primera aparición de graves pecados en sus casas y alejar la iniquidad cualquiera que sea, de sus tabernáculos (Job 22:23). 3. Si el sacerdote, después de un examen diligente, hallaba que la lepra se había metido en la casa, debía tratar de sanarla arrancando la parte del edificio que estuviese infectada (vv. 40–41). Esto era como amputar un miembro gangrenado para preservar la salud del resto del cuerpo. 4. Si, a pesar de esto, todavía quedaba lepra en la casa, todo el edificio tenía que ser derribado, y los materiales habían de ser sacados fuera de la ciudad a un lugar inmundo (vv. 44–45). 5. Por el contrario, si el quitar las piedras infectadas había sido suficiente para sanar la casa, y la lepra no se había extendido más, entonces la casa debía ser limpiada; no sólo ventilada, para que fuese sana, sino purificada de la contaminación ceremonial, para que fuese morada conveniente de un israelita. La ceremonia de su purificación era muy parecida a la de una persona leprosa (vv. 49 y ss.). El mismo cuidado deberíamos tener para reformar todo

lo que deje algo que desear en nuestras familias, para que nosotros y nuestras casas sirvan al Señor (v. Gn. 35:2).

Versículos 54–57

Conclusión de esta ley concerniente a la lepra. Podemos ver en esta ley: 1. El cuidado benévolo que Dios tenía de su pueblo Israel. Cuando Naamán de Siria fue curado de su lepra, no se le pidió que se mostrase al sacerdote, aunque fue curado en el Jordán, como tenían que mostrarse los judíos que eran sanados por nuestro Salvador. 2. El cuidado religioso que hemos de tener de nosotros mismos, para preservar nuestra mente del dominio de todas las aficiones y disposiciones pecaminosas, que hacen enfermar nuestra mente y la contaminan, para que así estemos bien dispuestos para el servicio de Dios.

CAPÍTULO 15

En este capítulo tenemos leyes concernientes a otras impurezas ceremoniales, contraídas ya por enfermedad física, como era el caso de la lepra, ya por otras causas naturales que aquí se detallan.

Versículos 1–18

Ley concerniente a la impureza ceremonial que se contraía por flujo de semen de los hombres, lo cual suele ser efecto de una vida disoluta, al menos en pensamientos y deseos de actos sexuales. Una vil enfermedad, por méritos viles. Todo el que padecía de este flujo. 1. Era inmundo (v. 2). No podía atreverse a acercarse al santuario. 2. Hacía inmunda a toda persona o cosa que tocase o que le tocase a él (vv. 4–12). Esto significaba el contagio del pecado, el peligro en que nos encontramos de quedar contaminados al conversar con los impuros. 3. Después que era curado de su enfermedad, todavía no podía ser limpiado de su impureza sin sacrificio, para el cual había de prepararse bañándose en agua viva (agua corriente de manantial o arroyo natural), y lavar también sus vestidos (vv. 13–15). Esto simbolizaba los grandes deberes del Evangelio, de fe y de arrepentimiento, y los grandes privilegios del Evangelio, de aplicarnos la sangre de Cristo a nuestras almas para nuestra justificación, y la gracia de Cristo para nuestra santificación.

Versículos 19–33

Esta porción concierne a la impureza ceremonial de las mujeres cuando tienen el flujo de sangre. Esto hacía inmunda a la mujer (v. 25) y a todo lo que tocara (vv. 26–27). Y si se le había pasado y, después de siete días, se hallaba perfectamente libre de su flujo, tenía que ser purificada por medio de la ofrenda de dos tórtolas o de dos palominos, para hacer expiación por ella (vv. 28–29).

Por estas leyes, se les enseñaba que debían ser un pueblo especial purificado para Dios, quien, siendo santo, quería hacer de ellos un reino de sacerdotes, una nación santa. También se les enseñaba a preservar el honor de su pureza, y a guardarse de todas las poluciones pecaminosas. En todas estas leves parece que hay una referencia especial al honor del tabernáculo, al que nadie debía acercarse cuando estaba en su impureza, para no *contaminar mi tabernáculo* (v. 31). Así se les enseñaba a no acercarse jamás a Dios, sino con un sentido humilde y reverente de su distancia y de su indignidad.

Demos gracias a Dios por no estar bajo el yugo de estas ordenanzas carnales, ya que lo único que puede contaminarnos, como lo único que puede destruirnos, es el pecado. Ahora pueden participar de la Cena del Señor quienes no se habrían atrevido entonces a comer de las ofrendas de paz. Veamos todos cuán indispensablemente necesaria es la verdadera santidad para nuestra felicidad futura, y tengamos nuestro corazón purificado por la fe, para que podamos ver al Señor.

CAPÍTULO 16

En este capítulo tenemos la institución de la solemnidad anual del día de la expiación, que albergaba en su significación mayor contenido de Evangelio que cualquier otra institución de la ley ceremonial, como se ve por las referencias que encontramos en Hebreos 9:7 y siguientes. Concierne al sacrificio anual, en el que toda la nación estaba involucrada e interesada. Todo el servicio de este día estaba encomendado al sumo sacerdote. El pueblo tenía que observar este día religiosamente con santo reposo y con santa lamentación por el pecado; y esto debía ser para ellos por estatuto perpetuo (vv. 29 y ss.).

Versículos 1–4

I. La fecha de esta ley concerniente al día de la expiación: fue *después de la muerte de los dos hijos de Aarón* (v. 1), de la que leemos en el capítulo 10, versículo 1. 1. A fin de que Aarón no tema que alguna culpa remanente de aquel pecado quede adherida a su familia, se le dan instrucciones sobre el modo de hacer expiación por su casa. 2. Advertidos los sacerdotes por la muerte de Nadab y Abiú de que han de acercarse a Dios con reverencia y santo temor, se les instruye ahora del modo como acercarse lo más posible.

II. El objetivo de esta ley. Parte de este objetivo era preservar la veneración del lugar santísimo, dentro del velo donde plugo a la gloria de Dios, o *shekinah*, habitar entre los querubines. Adentro del velo, nadie podía jamás allegarse, excepto el sumo sacerdote, y aun eso sólo una vez al año. Pero veamos qué feliz cambio ha sido operado por el Evangelio de Cristo; todo buen cristiano tiene ahora libertad para entrar en el lugar santísimo a través del velo, cada día (He. 10:19–20) y *nos acercamos confiadamente* (no como Aarón, con temor y temblor) *al trono de la gracia,* o propiciatorio (He. 4:16). Cuanto mayor familiaridad adquirimos con los objetos de la fe, tanto mejor manifiestan su grandeza y su bondad; por eso, ahora somos invitados a allegarnos en todo tiempo, *al santuario no hecho de manos.* Entonces Aarón no podía acercarse en todo tiempo, *para no morir;* ahora nosotros debemos acercarnos en todo tiempo, para vivir; sólo en la distancia está nuestra muerte.

III. La persona a la que estaba encomendada la obra de este día la cual era exclusivamente el sumo sacerdote: *Con esto entrará Áarón en el santuario* (v. 3).

IV. El atuendo del sumo sacerdote en este servicio. No debía estar revestido de sus ricos ornamentos no tenía que ponerse el efod con sus piedras preciosas, sino sólo las vestiduras de lino que llevaba en común con los inferiores sacerdotes (v. 4). Éste era el atuendo que mejor le iba en este día de humillación.

Versículos 5–14

Los escritores judíos dicen que durante los siete días anteriores al día de la expiación, el sumo sacerdote tenía que morar en una cámara del templo para prepararse debidamente. Durante estos siete días, hacía él mismo la obra de los sacerdotes inferiores. 1. Tenía que comenzar el servicio del día muy temprano con el acostumbrado sacrificio matutino, después de haberse lavado primero todo el cuerpo antes de vestirse, y las manos y los pies de nuevo después. Luego quemaba el incienso diario, encendía las lámparas y ofrecía el sacrificio extraordinario establecido (Nm. 29:8). 2. Después tenía que quitarse las ricas vestiduras, bañarse, ponerse las vestiduras de lino y presentar ante el Señor su propio becerro, que había de hacer expiación por sí y por su casa (v. 6). 3. Luego, tenía que echar suertes sobre los dos machos cabríos, con los que había de hacer (ambos juntos) un sacrificio de expiación por el pecado del pueblo. Uno de estos machos cabríos había de ser degollado en señal de la necesaria satisfacción a la justicia divina por el pecado; el otro debía ser enviado al desierto, en señal de la remisión y despido del pecado por parte de la misericordia de Dios. Ambos eran presentados conjuntamente a Dios (v. 7), antes de que echara la suerte sobre ellos, y de nuevo después el que había de permanecer vivo (v. 10). Hay quienes opinan que se escogían machos cabríos para la expiación por el pecado a causa de lo desagradable de su olor, que simboliza lo ofensivo que es el pecado. 4. Luego venía el sacrificio del becerro que Aarón tenía que ofrecer por sí y por su casa (v. 11). 5. Después tomó un incensario lleno de

brasas, y sus puños llenos del incienso aromático molido, y entró luego en el lugar santísimo, puso las brasas en el suelo y desparramó el incienso sobre ellas, de modo que la habitación quedó llena inmediatamente del humo del incienso. Dicen los judíos que tenía que entrar *de lado*, para no mirar directamente al Arca, donde estaba la gloria de Dios, y que debía de salir *de espaldas*, por reverencia a la majestad divina; y, después de una breve oración, había de mostrarse al pueblo. 6. Luego tomó de la sangre del becerro y entró con ella por segunda vez en el lugar santísimo, que estaba aún lleno del humo del incienso y esparció la sangre con su dedo hacia el propiciatorio, una vez a la parte alta, y después siete veces hacia la parte baja de él (v. 14).

Versículos 15–19

Cuando el sumo sacerdote salía después de esparcir la sangre del becerro delante del propiciatorio: 1. Debía proceder a degollar el macho cabrío que era el sacrificio por el pecado del pueblo (v. 15), y entrar por tercera vez en el lugar santísimo para esparcir la sangre del macho cabrío, como había hecho con la del becerro; y así hacía expiación por el santuario (v. 16). Una vez que Dios estaba reconciliado con ellos, podía continuar habitando entre ellos. 2. Luego tenía que hacer con la parte exterior del tabernáculo lo mismo que había hecho con la parte interior. La razón alegada es porque *el tabernáculo reside entre ellos en medio de sus impurezas* (v. 16). Dios quería mostrarles con esto cuán purificados necesitaban estar sus corazones. 3. Después tenía que mezclar parte de la sangre del becerro y del macho cabrío y poner de la mezcla sobre los cuernos del altar que está delante del Señor (vv. 18–19).

Versículos 20–28

1. La siguiente ceremonia que tenía que realizar el sumo sacerdote, después de presentar al Señor los sacrificios expiatorios mediante el rociamiento de su sangre, era confesar los pecados de Israel y poner ambas manos sobre la cabeza del macho cabrío que había quedado vivo (vv. 20–21); y cuandoquiera que se ponían las manos sobre la cabeza de cualquier sacrificio, siempre se hacía confesión. En tiempos posteriores, esta confesión improvisada degeneró en una fórmula ya fija para uso del sumo sacerdote. Con esta confesión, *ponía los pecados de Israel sobre la cabeza del macho cabrío* (v. 21). 2. Entonces el macho cabrío era enviado inmediatamente al desierto por una mano diestra para ello, a una tierra no habitada; y Dios les permitió dramatizar mediante este despido del macho cabrío el despido de sus pecados mediante una remisión libre y plena: *Llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos* (v. 22). Los judíos posteriores tenían la costumbre de atar un hilo de ropa de color escarlata a los cuernos del macho cabrío y otro a la puerta del Templo o a la cima de la roca por donde fue costumbre después precipitar al macho cabrío (ya que no era posible encontrar lugar deshabitado del que no pudiese volver), y concluían que si se volvía blanco (según dicen ellos que acostumbraba ocurrir), los pecados de Israel quedaban perdonados como está escrito: *Aunque sean rojos* (vuestros pecados) *como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana* (Is. 1:18). Y añaden que, durante los cuarenta años anteriores a la destrucción de Jerusalén por los romanos, el hilo escarlata nunca más cambió de color lo cual es una franca confesión de que al haber rechazado la realidad, no hallaban sustitución en la sombra. 3. Después el sumo sacerdote tenía que quitarse las vestiduras de lino en el tabernáculo, y dejarlas allí, para no volver a ponérselas ni él ni ningún otro, según dicen los judíos, pues las hacían nuevas cada año; debía luego lavar su cuerpo con agua, ponerse las vestiduras ricas, y entonces ofrecer su holocausto y el del pueblo (vv. 23–24). Una vez que tenemos el consuelo del perdón, debemos dar a Dios la gloria que le corresponde por ello. 4. La carne de los sacrificios de expiación, cuya sangre había sido introducida en el lugar santísimo, tenía que ser quemada a cierta distancia fuera del campamento, para significar, por una parte, el despojarnos del pecado por medio de un sincero arrepentimiento y un espíritu ferviente, y, por otra, la remisión completa del pecado por la gracia de Dios, alejando para siempre de nosotros el pecado, de modo que nunca pueda volver a levantarse contra nosotros en el juicio. 5. La persona que se llevó el macho cabrío vivo al desierto, y los que quemaron el sacrificio de expiación, habían de ser considerados como ceremonialmente inmundos y no podían entrar en el campamento hasta que se hubiesen lavado las ropas y el cuerpo con agua, lo cual simbolizaba la naturaleza contaminadora del pecado. 6. Hecho todo esto, el sumo sacerdote entraba de nuevo en el lugar santísimo para recoger su incensario, y así se volvía a su casa con gozo, porque había realizado su servicio y no había muerto.

Versículos 29–34

I. Instrucciones adicionales con referencia a esta gran solemnidad; en especial:

1. El día señalado para esta solemnidad. Debía ser observada cada año *en el mes séptimo, a los diez días del mes* (v. 29).

2. El deber del pueblo en ese día. (A) Debían descansar de todos sus trabajos: *Día de sábado es para vosotros* (v. 31). (B) Debían *afligir sus almas.* Debían abstenerse de todos los deleites corporales, en señal de la humillación interior y de la contrición de corazón por sus pecados. Todos (excepto los niños y los enfermos) ayunaban en ese día y dejaban a un lado sus ornamentos. Es muy de notar que el arrepentimiento personal era (y es) la condición indispensable para el perdón de los pecados delante de Dios, puesto que el día de la expiación, de suyo, sólo globalmente apartaba la ira de Dios de los pecados del pueblo, como sucedió en el Gran Día de la Expiación llevada a cabo en la cruz del Calvario (v. 2 Co. 5:19–20; donde a la reconciliación hecha en el Calvario globalmente, ha de unirse la reconciliación personal de cada uno).

3. La perpetuidad de esta institución: *Esto tendréis por estatuto perpetuo* (vv. 29, 34). No debía interrumpirse ningún año, ni cesar jamás hasta que dicha constitución y dispensación quedase disuelta, y el tipo fuese sustituido por el antitipo. La repetición anual de los sacrificios mostraba que había en ellos sólo una fuerza pequeña e imperfecta para hacer expiación, la cual sólo podía realizarse perfectamente por *la ofrenda del cuerpo de Cristo una vez por todas* (He. 9:26, 28; 10:12, 14); como esta sola vez fue suficiente, el sacrificio ya no necesitó ser repetido.

II. Veamos ahora cuánto Evangelio había en todo esto.

1. Aquí están tipificados los dos grandes privilegios de la remisión del pecado y del acceso a Dios; ambos los debemos a la mediación de nuestro Señor Jesucristo. Veamos, pues, aquí:

A) La expiación de la culpa que Cristo hizo por nosotros. Él es, a un mismo tiempo, el hacedor y la materia de la expiación, porque Él es: (a) El sacerdote, el sumo sacerdote, que *hace propiciación por los pecados del pueblo* (He. 2:17). Nadie podía estar junto al sumo sacerdote cuando éste hacía la expiación (v. 17); así nuestro Señor Jesucristo ofreció en soledad su sacrificio, pues todos sus discípulos le abandonaron y huyeron, ya que, si alguno de ellos hubiese sido arrestado y llevado a la muerte juntamente con Él, habría podido considerársele como que de alguna manera le asistía al hacer la expiación; y también estaba destinado a *pisar el lagar* en soledad el día de la venganza (Is. 63:3–6, Ap. 14:20; 19:15). Pero, mientras que la expiación llevada a cabo por el sumo sacerdote alcanzaba solamente a la congregación de Israel, Cristo es la propiciación, no sólo por los pecados de los judíos, sino por los de todo el mundo gentil (1 Jn. 2:2). También supera Cristo infinitamente a Aarón en que Aarón necesitaba primero ofrecer sacrificio por sus propios pecados, de los cuales tenía que hacer confesión sobre la cabeza del macho cabrío, pero nuestro Señor Jesucristo no tenía ningún pecado propio del que responder. (b) Así como Él es el Sumo Sacerdote, así también es Él mismo la víctima del sacrificio con la que se lleva a cabo la expiación; porque Él lo es todo en todo en nuestra reconciliación con Dios. Así fue Él tipificado por los dos machos cabríos que hacían conjuntamente una sola ofrenda: el macho cabrío degollado era tipo de Cristo que moría por nuestros pecados; el macho cabrío vivo era tipo de Cristo que resucitaba para nuestra justificación (Ro. 4:25). *Primeramente,* vemos que la expiación se completaba poniendo los pecados de Israel sobre la cabeza del macho cabrío. El pueblo merecía haber sido abandonado y enviado a una tierra olvidada, pero este castigo era transferido al macho cabrío que llevaba sus pecados, con referencia a lo cual leemos que Dios *cargó sobre Él* (nuestro Señor Jesucristo) *la iniquidad de todos nosotros* (Is. 53:6), y también leemos que *llevó Él mismo nuestros pecados* (pues asumió la responsabilidad de ellos y pagó la pena de ellos) *en su cuerpo sobre el madero* (1 P. 2:24). *En segundo lugar,* la consecuencia de esto era que todas las iniquidades de Israel eran llevadas a una tierra de olvido. Así Cristo, el Cordero de Dios, *quita el pecado del mundo* (Jn. 1:29), al mismo tiempo que lo carga sobre sí. Y, cuando Dios perdona el pecado, se dice que ya no se acuerda más de él (He. 8:12), que se lo echa a la espalda (Is. 38:17), que lo arroja a lo profundo del mar (Mi. 7:19), y que lo aparta tan lejos como el oriente del occidente (Sal. 103.12).

B) La entrada del sumo sacerdote en el lugar santísimo era tipo de la entrada que Cristo hizo en los cielos a favor nuestro. Lo expone así Hebreos 9:7 y siguientes, donde se muestra: (a) Que el Cielo es el

verdadero Lugar Santísimo, no el de un edificio hecho por manos humanas, y que la entrada en él por medio de la fe, la esperanza y la oración, en virtud y a través de un Mediador Jesucristo Hombre, no estaba entonces tan claramente manifiesta como lo está ahora para nosotros por el Evangelio. (b) Que Cristo nuestro gran Sumo Sacerdote, entró en los cielos el día de su Ascensión de una vez por todas. (c) Que entró *por medio de su Propia sangre* (He. 9:12), y esparció su sangre, por decirlo así, delante del propiciatorio, donde habla mejor que la sangre de los becerros y de los machos cabríos. Por eso leemos que apareció en medio del trono como *el Cordero que ha sido inmolado* (Ap. 5:6). La intercesión de Cristo allí aparece como *incienso, mucho incienso* (Ap. 8:3). Y así como el sumo sacerdote intercedía primero por sí, luego por su casa, y después por todo Israel, así también nuestro Señor Jesucristo, en el capítulo diecisiete de San Juan, se encomendó primero a sí mismo al Padre, luego a sus discípulos, que eran como su familia, y después a todos los que habían de creer por la palabra de ellos.

2. También están aquí tipificados los dos grandes deberes del Evangelio, que son la fe y el arrepentimiento mediante los cuales somos cualificados para participar de la expiación y apropiarnos sus beneficios. (A) Por la fe debemos poner nuestras manos sobre la cabeza de la ofrenda, y descansar y poner toda nuestra confianza en el Señor que es nuestra Justicia (Jehová *Tsidqenú)*, y apelar a su satisfacción como a lo único capaz de expiar nuestros pecados y procurarnos el Perdón. ¡Él responde por nosotros! (B) Por el arrepentimiento debemos afligir nuestras almas; no sólo absteniéndonos por algún tiempo de los deleites del cuerpo, sino tener pesar interno por nuestros pecados, y vivir una vida de negación de nosotros mismos y de mortificación.

CAPÍTULO 17

En este capítulo tenemos dos prohibiciones necesarias para preservar el honor de la expiación: 1. Que nadie, sino los sacerdotes, se atreva a ofrecer ningún sacrificio, y en ninguna otra parte que no sea a la puerta del tabernáculo; 2. Que nadie se atreva a comer sangre. Ambas cosas están prohibidas bajo pena de muerte.

Versículos 1–9

Este estatuto obligaba a todo el pueblo de Israel a llevar todos sus sacrificios al altar de Dios, para ser ofrecidos allí.

I. Cuál era la norma anterior. 1. Estaba permitido a todos erigir altares donde mejor les pareciera, y ofrecer allí sacrificios a Dios. 2. Esta libertad había ocasionado la idolatría. Los israelitas mismos habían aprendido en Egipto a sacrificar a los demonios. Y algunos de ellos parece ser que lo practicaron incluso después que el Dios de Israel se había aparecido tan gloriosamente en favor de ellos, y con ellos.

II. Qué normas fijó la presente ley. No es fácil hablar de esta ley como de una ley temporal, cuando expresamente se dice que *es estatuto perpetuo de generación en generación* (v. 7); por consiguiente, parece ser que prohíbe solamente inmolar animales en sacrificio en cualquier otro lugar que no sea el altar de Dios. No deben ofrecer sacrificio, como lo habían hecho antes, *en medio del campo* (v. 5), al verdadero Dios, sino que deben traerlo al sacerdote, para ser ofrecido en el altar del Señor. Si alguien infringe esta ley y ofrece sacrificio en otro lugar que no sea el tabernáculo: 1. La culpa es muy grave: *Será culpado de sangre el tal varón; sangre derramó* (v. 4). Los sacrificios idolátricos eran considerados, no sólo como adulterio, sino como homicidio: *El que sacrifica buey es como si matase a un hombre* (Is. 66:3). 2. El castigo era muy severo: *Será cortado el tal varón de su pueblo.*

III. Cómo fue observada esta ley. 1. Mientras los israelitas guardaron su propia integridad, tuvieron un respeto amoroso y celoso de esta ley como aparece por el celo que desplegaron contra el altar que habían erigido las dos tribus y media y únicamente lo dejaron quedar de pie después de recibir las explicaciones necesarias de que aquel altar nunca se había erigido, ni había de ser usado, con la intención de ofrecer en él sacrificios de ninguna clase, sino sólo como memorial para las futuras generaciones (Jos. 22:12 y ss.). 2. El quebrantamiento de esta ley fue por muchos años la señal de corrupción del pueblo de

Israel, como atestigua la queja que la Palabra de Dios hace durante la historia incluso de buenos reyes: *Con todo eso los lugares altos no se quitaron* (por ej. 2 R. 15:4). Y esto era un portillo por el que se colaban las más groseras costumbres idolátricas.

IV. Cómo está ahora este asunto y qué uso hemos de hacer de esta ley. 1. Es cierto que los sacrificios espirituales que hemos de ofrecer ahora, no están confinados a un lugar determinado. No tenemos templo ni altar que santifiquen la ofrenda, ni la unidad del Evangelio consiste en un solo lugar, sino en un corazón, y en *la unidad del Espíritu* (Ef. 4:3). 2. Cristo es nuestro *altar, y* el *verdadero tabernáculo* (He. 8:2; 13:10); en Él mora Dios entre nosotros, y en Él, sólo en Él, son aceptables a Dios nuestros sacrificios (1 P. 2:5).

Versículos 10–16

Repetición y confirmación de la ley que prohíbe comer sangre. Ya habíamos visto anteriormente esta prohibición, por dos veces, en la ley levítica (3:17; 7:26), además del lugar que ocupa en los preceptos dados a Noé (Gn. 9:4). Pero aquí: 1. La prohibición se repite una y otra vez, y se hace referencia a anteriores prohibiciones (v. 12). Se carga sobre ella un gran énfasis, como sobre algo que tiene mucha más importancia de lo que parece a primera vista. 2. Se la impone como obligatoria, no sólo para *la casa de Israel,* sino también para *los extranjeros que moran entre ellos* (v. 10). 3. La pena aneja a esta ley es muy severa: pena de muerte (v. 10). 4. Se da, del modo más completo, la razón de esta ley: Porque es *la sangre la que hace expiación de la persona* (v. 11), ya que *la vida de la carne está en la sangre.* En efecto, el pecador merece morir por su pecado, pero no puede quitarse a sí mismo la vida; entonces debe morir la víctima del sacrificio que sustituye al hombre pecador. Al estar, pues la vida en la sangre, y haber vida mientras hay sangre, Dios estableció que la sangre del sacrificio se derramara sobre el altar para indicar que la vida de la víctima sacrificada era ofrecida a Dios en lugar de la vida del pecador, como rescate y contrapartida por ella; por eso, *sin derramamiento de sangre, no hay perdón de pecados* (He. 9:22). Por esta razón no debían comer sangre, y: (A) Era entonces muy buena razón, porque Dios quería preservar por este medio el honor de aquel modo de expiación que Él había instituido. Pero: (B) Esta razón no tiene ya lugar, lo cual indica que la ley misma era ceremonial, y ya no está vigente en modo alguno, la sangre de Cristo es la única que hace expiación de la conciencia, y de ella era un tipo imperfecto la sangre de los antiguos sacrificios. La sangre está ahora permitida como alimento de nuestro cuerpo, con tal que esté preparada de tal modo que no sea perjudicial para la salud, porque ya no está destinada por más tiempo a realizar la expiación de los pecados.

CAPÍTULO 18

Se dan ciertos preceptos contra diversos actos de inmoralidad que eran corrientes entre los pueblos gentiles.

Versículos 1–5

Después de dar las anteriores instrucciones ceremoniales, Dios vuelve ahora a sancionar preceptos morales. Las primeras nos son útiles como tipos; los segundos nos obligan como leyes englobadas en la suprema ley del Evangelio. 1. Primero vemos la autoridad sagrada por la que estas leyes son promulgadas: Yo *soy Jehová vuestro Dios* (vv. 2, 4, 30). 2. Una severa advertencia para que se guarden de los restos de idolatría de Egipto, donde por tanto tiempo habían vivido, y de la infección de las idolatrías de Canaán, adonde ahora se dirigían (v. 3). Si guardamos sinceramente los mandamientos de Dios, aunque siempre estaremos lejos de la perfección, hallaremos que el camino del deber es el camino del bienestar, y llegará un día a ser el camino de la felicidad. Tenemos aquí la descripción de la justicia que es por la ley: *El hombre que haga estas cosas, vivirá por ellas* (lit. *en ellas;* Ro. 10:5), donde se cita para probar que *la ley no procede de la fe* (Gá. 3:12); es decir, no se cumple por fe, sino por obras. La alteración que el Evangelio ha introducido está en las dos últimas palabras de la frase en Levítico 18:5 y

Romanos 10:5: *por ellas;* puesto que el creyente que hace obras buenas, *vive*, pero no *por ellas,* puesto que vive *por la fe.* La ley no podía dar vida, puesto que nadie podía ni puede cumplirla perfectamente, de acuerdo con el nivel de santidad que Dios justamente requiere, pero nosotros debemos nuestra vida espiritual a la gracia de Cristo (Ef. 2:8), y no al mérito de nuestras propias obras (Gá. 3:21–22).

Versículos 6–18

Estas leyes se refieren al séptimo mandamiento.

I. Los actos prohibidos con familiares se especifican aquí como *llegarse a ellos para descubrir su desnudez* (v. 6).

1. El objetivo primordial de estos preceptos es prohibir el matrimonio con estos parientes. El matrimonio es una institución divina, que tiene por objeto la decente y honorable propagación de la raza humana, con la íntima cooperación de una ayuda idónea para el hombre, con lo que la vida humana alcance un bienestar y una efectividad como conviene a la dignidad de la naturaleza del hombre que está por encima de la de las bestias. Estas prohibiciones, además de estar promulgadas por una autoridad incontestable, están en sí mismas muy puestas en razón y equidad, porque: (A) Por el matrimonio, dos personas llegan a ser una sola carne, es decir, como una sola persona; por consiguiente, quienes anteriormente ya eran de algún modo una carne por naturaleza, no podían, sin gran absurdo, hacerse una carne por institución. (B) El matrimonio pone cierta igualdad entre el marido y la mujer. La desigualdad entre amo y criado, entre noble y vasallo, se funda en el consentimiento y la costumbre y, por eso, no hay ningún inconveniente en que desaparezcan al contraer matrimonio, pero la que existe entre padres e hijos, tíos y sobrinas, tías y sobrinos, ya sea por consanguinidad o afinidad, se funda en la naturaleza y no puede sin alguna confusión, desaparecer por la igualdad que establece el matrimonio. (C) No se prohíbe el matrimonio entre parientes de línea colateral, excepto entre hermanos y hermanas, tanto uterinos, como medios hermanos, como por afinidad (cuñados). Querer usar la institución del matrimonio para abogar por uniones incestuosas está tan lejos de dar motivo para justificarlas o atenuar su culpabilidad que añade a ello la culpa de profanar algo que ha sido instituido por el mismo Dios, y de prostituir para los más viles objetivos aquello que fue instituido para los más nobles fines.

2. La impureza sexual llevada a cabo con cualquiera de estos parientes fuera de matrimonio, está igualmente prohibida aquí.

II. La mayoría de los grados de parentesco prohibidos están descritos claramente; y se establece como regla general que la misma clase de parentesco que impide casarse a una persona por su línea natural o de sangre, se lo impide también por la línea de su cónyuge (suegra, cuñada, etc.), puesto que ambos son una sola carne. Pero la ley que prohíbe casarse con una cuñada (v. 16) tenía una excepción peculiar del pueblo de Israel, ya que, si un hombre casado moría sin dejar descendencia, su hermano o el pariente más próximo debía casarse con la viuda, y levantar descendencia al nombre de su hermano (Dt. 25:5), para que no se extinguiera la línea familiar ni pasase a manos ajenas la hacienda de aquella casa.

Versículos 19–30

I. Se prohíbe el acto sexual mientras la mujer tiene el flujo de la menstruación (v. 19), por la impureza ceremonial que esto comporta.

II. Desde este mismo punto de vista de la contaminación ceremonial, se prohíbe aquí el adulterio, ya sancionado en el séptimo mandamiento del Decálogo (v. 20; v. Éx. 20:14).

III. Viene luego una ley contra la más antinatural idolatría la de *ofrecer a un hijo por fuego a Moloc* (v. 21). Moloc (según opinan algunos) era el ídolo en que se adoraba al sol, ese gran fuego del mundo; por eso, al tributarle culto, presentaban sus hijos para ofrecerlos en sacrificio a este ídolo, quemándolos ante él o sus devotos, haciéndolos pasar por entre dos fuegos, como algunos piensan, o simplemente arrojándolos a un fuego para honor de esta pretendida deidad, imaginándose que, al consagrar a Moloc de

esta manera aunque no fuese más que uno de sus hijos, podían conseguir buena suerte para el resto de sus hijos.

IV. Otra ley contra los vicios que son contra naturaleza, como son la sodomía (homosexualidad) y la bestialidad o ayuntamiento con animales, pecados que no se pueden nombrar ni pensar sin el mayor horror imaginable (vv. 22–23). Otros pecados hacen descender al hombre al nivel de las bestias, pero éstos le rebajan mucho más aún.

V. Motivos por los que se prohíben estas abominables perversidades y otras semejantes. 1. Los pecadores se profanan a sí mismos con estas abominaciones. Todo pecado contamina la conciencia, pero estos pecados comportan una peculiar impureza. 2. *Las personas que las hagan serán cortadas de entre su pueblo* (v. 29). Los deseos de la carne batallan contra el alma, y ciertamente la llevarán a la ruina, a menos que lo impidan la gracia y la misericordia de Dios. Por éstos y otros pecados semejantes, debían ser destruidos los cananeos.

VI. El capítulo concluye con un soberano antídoto contra esta infección: *Guardad, pues, mi ordenanza, no haciendo las costumbres abominables que practicaron antes de vosotros* (v. 30). Una constante adhesión obediente a las ordenanzas de Dios es el más eficaz preservativo contra la infección de los pecados más groseros. Sólo la gracia de Dios puede mantenernos libres de ellos, y esta gracia hay que demandarla por medio de la oración y hacerla eficaz por medio de la obediencia (1 Co. 15:10).

CAPÍTULO 19

Este capítulo ocupa un lugar central en el libro del Levítico y, por tanto, en todo el Pentateuco, y encabeza la segunda parte del libro, encuadrada en el concepto clave de *santidad,* atributo que refleja, mejor que ningún otro, el carácter esencial de Dios. Los judíos titulan a la porción que incluye los capítulos 19 y 20 *kedoshim,* que significa «santidades». El presente capítulo contiene numerosos preceptos que recorren todos los mandamientos del Decálogo. Son cosas que no requieren mucho esfuerzo para entenderlas, pero demandan constante cuidado para observarlas.

Versículos 1–10

Se ordena aquí a Moisés que entregue un compendio de las leyes *a toda la congregación de los hijos de Israel* (v. 2). Muchos de los preceptos aquí dados, ya los habían recibido antes, pero era conveniente que se repitiesen, para que los recordasen mejor. En estos versículos se requiere:

I. Que Israel sea un pueblo santo, porque el Dios de Israel era un Dios santo (v. 2). Ninguna aspiración hay tan noble para el ser humano como el llegar a la imitación de Dios en el atributo que mejor compendia su perfección moral. Y ésta es también la ley de Cristo: *Escrito está: Sed santos, porque yo soy santo* (1 P. 1:15–16). Israel fue santificado por medio de tipos y sombras (20:8), pero nosotros somos *santificados por la verdad,* o realidad de todas estas sombras (Jn. 17:17; Tit. 2:14).

II. Que los hijos sean obedientes a sus padres: *Cada uno temerá a su madre y a su padre* (v. 3). 1. El temor aquí requerido incluye reverencia y estima, expresiones exteriores de respeto, obediencia a los legítimos mandatos de los padres, cuidados y esfuerzos para agradecerles y hacerles la vida agradable, y evitar todo cuanto pueda ofenderles, contristarles y desagradarles. Los doctores judíos preguntan: «¿En qué consiste este temor debido a los padres?» Y contestan: «Consiste en no estorbarle, en no sentarse en su lugar, en no contradecir lo que dice, en no criticarle ni llamarle por su propio nombre, ya esté vivo o muerto, sino: "padre mío" o: "señor"; consiste en proveer para él, si es pobre, y cosas semejantes». 2. Cuando los niños se hacen hombres, no deben pensar que están descargados de este deber; toda persona, aunque llegue a ser un sabio o un gran personaje, debe respetar a sus padres, puesto que siguen siendo sus padres. 3. La madre figura primero en el precepto, lo cual no es corriente, para mostrar que el cariño y la ternura propios de la madre no deben menoscabar en el hijo el mismo respeto debido a ambos

progenitores. 4. Se añade: Y *mis sábados guardaréis.* Si Dios provee, mediante esta ley, para preservar el honor de los padres, bien está que los padres usen de su autoridad sobre los hijos, para preservar el honor de Dios, especialmente en la santificación del día del Señor. Se ha observado que la ruina de los jóvenes comienza frecuentemente por el desprecio a sus padres y la profanación del día del Señor. 5. La razón añadida a ambos preceptos es: «*Yo Jehová vuestro Dios; el Señor del sábado y el Señor de vuestros padres*».

III. Que sólo Dios ha de ser adorado, y no por medio de imágenes: *No os volveréis* (hebreo no *dirigiréis vuestro rostro*) *a los ídolos* (hebreo *elilim* = naderías, cosas que no existen en realidad y, por tanto, no tienen poder ni valor alguno) *ni haréis para vosotros dioses de fundición* (v. 4). Como si dijera: Vosotros sois obra de las manos de Dios; no cometáis tal absurdo como es adorar a dioses que son obra de vuestras manos.

IV. Que los sacrificios de sus ofrendas de paz habían de ser ofrecidos y comidos de acuerdo con la ley (vv. 5–8).

V. Que dejasen para los pobres y los extranjeros los rebuscos de su mies y de su viña (vv. 9–10). Cuando recojan su trigo, deben dejar algo en un rincón de la finca. Los doctores judíos dicen que «debería ser una sexagésima parte del campo». Deben dejar asimismo los rebuscos de las viñas que pasaron desapercibidos en la vendimia.

Versículos 11–18

Nos enseña:

I. A ser honestos y sinceros en todos nuestros tratos (v. 11). Todo lo que poseamos en el mundo, hemos de cuidar que sea honestamente adquirido, porque no podemos ser ricos de verdad, ni por mucho tiempo, con lo mal adquirido.

II. Mantener un respeto muy reverente al sagrado nombre de Dios (v. 12).

III. No robar ni retener lo ajeno (v. 13). No debemos apropiarnos, mediante fraude o robo, de lo que no es nuestro; ni retener lo que pertenece al prójimo. El jornalero debe percibir su jornal diario tan pronto como haya acabado su trabajo diario, si así lo desea.

IV. Hay que cuidar con especial delicadeza del crédito y de la seguridad de quienes no pueden ayudarse a sí mismos (v. 14). 1. El buen nombre del sordo: *No maldecirás al sordo,* esto es, no sólo al que es en sí tal que no puede oír ni de cerca, sino también al ausente, que no puede oír de lejos. 2. También hay que procurar salvaguardar la integridad física del ciego no poniendo ningún tropiezo delante de él; porque esto es añadir nueva aflicción al afligido. Esta prohibición implica el precepto de ayudar al ciego retirando los obstáculos que haya en su camino. Los escritores judíos, al tener por imposible que alguien sea tan bárbaro y cruel como para *poner tropiezo delante del ciego,* lo han entendido en sentido figurado de prohibir dar mal consejo a los simples e inexpertos, con lo que pueden ser inducidos a hacer algo que resulte en su propio perjuicio.

V. A los jueces y a los constituidos en autoridad se les manda dar un veredicto imparcial y administrar justicia sin acepción de personas (v. 15). *Ni al pobre distinguirás en su causa* (Éx. 23:3). Aunque no haya medida en la limosna que se puede dar a un pobre, no puede concedérsele como un derecho nada que no se le deba legalmente, ni puede hacerse de su pobreza una excusa para eximirle de un justo castigo por alguna falta que haya cometido. Dicen los judíos: «Los jueces quedan obligados por esta ley a ser tan imparciales, que no permitan a una de las partes en contienda sentarse mientras la otra permanece de pie, ni permitir a uno decir lo que le plazca y pedir a otro que sea breve» (V. Stg. 2:1–4).

VI. A todos se prohíbe injuriar de alguna manera el buen nombre del prójimo (v. 16), ya sea: 1. En conversación corriente: *No andarás chismeando entre tu pueblo.* La palabra hebrea para «chismoso» significa «ir de una parte a otra como un revendedor», porque los chismosos toman chismes de una casa y los llevan a otra y ordinariamente truecan allí su mercancía. Este pecado es condenado en Proverbios

11:13; 20:19; Jeremías 9:4–5; Ezequiel 22:9. Dice un escritor judío: «No existe un carácter tan despreciable como el de un chismoso; tal persona es una peste para la sociedad y debería ser exiliado de la habitación de los hombres». Y el Talmud añade que «el calumniador, el hombre de mala lengua, es peor que un asesino, porque destruye la reputación, que es más preciosa que la vida». De ahí que el Libro de Oración de los judíos contiene esta plegaria, para recitarla tres veces al día: «Oh, Dios mío, guarda mi lengua de todo mal, y mis labios de hablar engaño». O: 2. Al dar testimonio, como ya está sancionado en el Decálogo (Éx. 20:16). La frase siguiente de este versículo (Lv. 19:16) dice en hebreo: *No estarás sin hacer nada ante la sangre de tu prójimo;* es decir, no mirarás con indiferencia a un semejante que esté en peligro mortal de ahogarse, ser atacado por fieras o ladrones, etc., sin hacer nada para rescatarlo del peligro. Este es también el claro sentido de Proverbios 24:11–12.

VII. Se nos manda corregir a nuestro prójimo con amor (v. 17). 1. Es preferible, y así está aquí mandado, corregir al prójimo que odiarle por algo en que nos haya injuriado. Si pensamos que nuestro prójimo nos ha perjudicado en algo, no debemos albergar una secreta ojeriza contra él ni alejarnos de él. Más bien debemos esforzarnos en convencerle del daño que nos ha causado y razonar el caso amablemente con él. Esta es la norma que nuestro Salvador nos propone para estos casos (Lc. 17:3). 2. Por tanto, *repréndele;* repréndele por su pecado contra Dios, precisamente porque le amas. La corrección fraterna es una obligación que nos debemos unos a otros y deberíamos darla lo mismo que recibirla, con amor: *Que me corrija el recto, será óleo excelente que no rehusará mi cabeza* (Sal. 141:5). No cabe negar que es un precepto sumamente difícil, puesto que necesita mucha humildad por parte del que recibe la corrección; y mucho amor, mucha humildad, mucha delicadeza y mucho tacto por parte del que corrige.

VIII. Nos manda deponer todo sentimiento de venganza y de rencor, y revestirnos de amor fraternal (v. 18). 1. No debemos abrigar malos sentimientos contra nadie. 2. Debemos tener buenos sentimientos para todos: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo,* y en él consiste la Regla de Oro de Mateo 7:12, por la que hemos de hacer a nuestro prójimo como querríamos que nos hiciesen a nosotros. Si *vuestra alma estuviera en lugar de la mía*—decía Job—(16:4). «Póngase en mi lugar»—solemos decir—, cuando pasamos por un apuro. Ya en el Antiguo Testamento encontramos casos de sublime magnanimidad, como los de José y David, que supieron devolver bien por mal. Pero el Nuevo Testamento va mucho más lejos con el nuevo mandamiento del Señor (Jn. 13:34–35). Pues si Cristo puso su vida por nosotros, *también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos* (1 Jn. 3:16), amemos así, amemos así al prójimo más que a nosotros mismos. Sin duda que, después del Señor, nadie como Pablo ha cumplido este precepto del amor que llega hasta la total negación de sí mismo (V. 2 Co. 12:15; ¡versículo conmovedor!).

Versículos 19–29

I. Una ley contra las mezclas (v. 19). En el principio, Dios hizo los animales *según su especie* (Gn. 1:25), y debemos acomodarnos al orden natural que Dios ha establecido, y creer firmemente que es suficiente y es el mejor, sin ambicionar la formación de monstruos. También se prohíbe el sembrar semillas mezcladas y tejer vestidos (o, al menos, llevarlos) de dos clases de material—lino y lana—, ya fuese a causa de las costumbres supersticiosas de los gentiles, o para insinuar cuánto cuidado habían de tener de no mezclarse con los gentiles ni entretejer ninguno de los usos de los gentiles idólatras con las ordenanzas de Dios. Ainsworth sugiere que esta ley tenía por objeto conducir a Israel a la simplicidad y sinceridad de la religión.

II. Ley para castigar el adulterio cometido con una *sierva desposada* (vv. 20–22). Para los judíos, los desposorios tenían valor de matrimonio a todos los efectos, excepto la cohabitación bajo el mismo techo; por eso, este crimen era castigado como adulterio, en honor del estado matrimonial; pero, por otro lado, no era castigado como cuando la mujer era libre; así que la pena quedaba rebajada en honor de la libertad, tan grande era entonces la diferencia entre esclavo y libre (Gá, 4:30), pero el Evangelio de Cristo ha eliminado esa diferencia (Col. 3:11).

III. Ley concerniente a los árboles frutales, que durante los tres primeros años después de ser plantados, aunque lleguen a dar fruto en ese tiempo, no se ha de usar (vv. 23–25). Por consiguiente, era

costumbre entre los judíos arrancar el fruto tan pronto como aparecía, como algo prematuro e indigno de ser ofrecido a Dios. Así hacen a veces los hortelanos, porque estos frutos prematuros pueden impedir y retrasar el normal crecimiento del árbol. En el cuarto año todo el fruto había de ser consagrado a Dios, para ser entregado a los sacerdotes o para ser comido delante del Señor gozosamente, como lo era el segundo diezmo; de allí en adelante el fruto era para ellos. Esta ley acerca de los árboles frutales es paralela a la que concernía a los animales, de que ninguna criatura debía ser aceptada como ofrenda hasta que no hubiese cumplido ocho días, que era también el plazo para la circuncisión de los niños (v. 22:27). Dios tenía las primicias de los árboles, pero, como durante los tres primeros años, eran considerados como un cordero o un becerro de menos de ocho días, Dios no los admitía porque estaba puesto en razón que Él recibiese cada ofrenda en su sazón; tampoco permitía que ellos los usasen, porque todavía no se habían ofrecido a Dios los primeros frutos; por tanto, debían ser considerados como incircuncisos, esto es, como el animal que no tiene aún ocho días y no sirve todavía para nada.

IV. Ley contra las costumbres supersticiosas de los gentiles (v. 26–28). 1. Comer con sangre, o comer en torno a la sangre, como hacían los gentiles, quienes recogían la sangre de sus sacrificios en una vasija, imaginándose que los espíritus venían a bebérsela. La sangre de los sacrificios ofrecidos a Dios había de ser rociada sobre el altar, y el resto derramada al pie del altar de los holocaustos. 2. Los encantamientos, las adivinaciones, y la observación supersticiosa de los tiempos, tenían algunos días o algunas horas por afortunadas, y otras por adversas. Estas prácticas procedían especialmente de Egipto, donde desde antiguo habían sido practicadas por los sacerdotes. Sería algo imperdonable en aquellos *a quienes fue confiada la palabra de Dios* (Ro. 3:2), pedir consejo al diablo. Con todo, estas prácticas son más graves en los cristianos, a quienes *se ha manifestado el Hijo de Dios,* quien *vino a destruir las obras del diablo.* Que los creyentes confíen en horóscopos, en predicciones de buena ventura, en echadoras de cartas o examinadoras de las rayas de la mano, o que hagan uso de fórmulas mágicas para curar enfermedades o ahuyentar los malos espíritus, que se vean afectados por el derramamiento de la sal o la rotura de un espejo o por el número trece, etc., es una intolerable afrenta al Señor Jesús, un voto a favor del paganismo y de la idolatría, y un baldón contra sí mismos y contra el nombre honorable por el que son conocidos y llamados. 3. También había una superstición en el modo de raparse usado por los gentiles, que no debe ser imitada por el pueblo de Dios: *No raparéis en redondo vuestra cabeza, ni os recortaréis los bordes de la barba* (v. 27). Estas costumbres, que expresaban duelo por los muertos, eran al mismo tiempo señales de adoración del ejército de los cielos, en cuyo honor se rapaban así la cabeza para que se pareciese de algún modo al globo celeste. Esta costumbre, ya insensata por sí misma, resultaba idolátrica al ser llevada a cabo por respeto a los dioses falsos. 4. Los ritos y ceremonias con que los gentiles expresaban su duelo en los funerales, no debían ser imitados por el pueblo de Dios (v. 28). No debían hacerse incisiones ni tatuajes como hacían los gentiles para aplacar a sus deidades infernales. Cristo, con sus sufrimientos y su muerte, ha transferido la propiedad de la muerte («*… sea la muerte … todo es vuestro»;* 1 Co. 3:22), convirtiéndola en amiga de todo verdadero creyente; y, como ya no tenemos necesidad de hacer que la muerte nos sea propicia, tampoco tenemos por qué lamentarnos *como los demás que no tienen esperanza* (1 Ts. 4:13). *Finalmente,* profanar la sagrada condición de una hija, entregándola a un hombre sin la previa formalización del matrimonio, lo cual está aquí prohibido (v. 29), para señalar la dignidad de la persona humana, la santidad del matrimonio y la malicia de la fornicación, tan practicada por los gentiles en sus cultos idolátricos.

Versículos 30–37

I. Ley para preservar el honor del tiempo y lugar apropiados para el servicio de Dios (v. 30). 1. Los sábados debían ser observados devotamente. 2. El santuario debía ser respetado con toda reverencia. Aunque ahora ya no hay «piedras sagradas», excepto las personas de los creyentes (1 P. 2:50, ni lugares santos, como lo eran el tabernáculo y el Templo, con todo, esta ley nos indica la obligación que tenemos de respetar las solemnes asambleas de los creyentes para el culto, puesto que se reúnen bajo la promesa de una presencia especial de Cristo entre ellos (Mt. 18:20).

II. Una advertencia contra toda comunión con quienes invocan a los espíritus familiares: *«No os volváis* a ellos, *no los consultéis;* no temáis nada malo, ni esperéis nada bueno, que os pueda venir de ellos» (v. 31).

III. Encargo a los jóvenes para que respeten a los ancianos: *Delante de las canas te levantarás* (v. 32). Debemos honrar a quienes Dios ha honrado con la bendición ordinaria de la longevidad. Quienes a esa edad son sabios y buenos, merecen doble honor; su experiencia, su prudencia y su prestigio les hacen acreedores a que se les respete, se les consulte y se les atienda (Job 32:6–7). Nótese que la religión enseña buenos modales, y nos manda honrar a quienes merecen honor.

IV. Encargo a los israelitas de ser amables con los extranjeros (vv. 33–34): *«No le oprimiréis … lo amarás como a ti mismo,* como a uno de tu propio pueblo». ¡Cuán diferente concepto tenían del extranjero las demás naciones! Los romanos tenían primitivamente una sola palabra para enemigo y extranjero = *hostis. Y* el Derecho Germánico llamaba al extranjero *rechtsunfähig = incapaz* (sin derechos). Dios tiene especial cuidado del extranjero, como lo tiene de la viuda y del huérfano, porque pertenece a su honor el ayudar a los que se encuentran sin ayuda (Sal. 146:9). Por eso, el ser generoso con los extranjeros es señal de una buena disposición y de piadoso respeto a Dios, común Hacedor y Señor de todos. Pero aquí se les da una razón especial a los judíos: *«Porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto* (v. 34). Dios os favoreció entonces; por consiguiente, favoreced vosotros ahora a los extranjeros».

V. Se ordena aquí ser justos en pesos y medidas. Que no defrauden con ello (v. 35), y que sean muy exactos en ello (v. 36).

VI. El capítulo concluye con un precepto general: *Guardad, pues, todos mis estatutos y todas mis ordenanzas, y ponedlos por obra* (v. 37).

CAPÍTULO 20

Este capítulo es un apéndice natural de los capítulos 18 y 19, y enumera los actos que rebajarían, degradarían, la vida moral de Israel, y destruirían completamente su ideal de *santidad.*

Versículos 1–9

I. En estos versículos figuran tres pecados sancionados con la pena de muerte:

1. Sacrificar los hijos a Moloc (vv. 2–3). No era suficiente decirles que debían respetar la vida de sus hijos, sino que había que intimidarles: (A) Que el que cometiese tal crimen había de ser ejecutado como homicida: *El pueblo de la tierra lo apedreará* (v. 2), lo cual estaba considerado como la más terrible ejecución entre los judíos. (B) Que todos sus cómplices y encubridores habían de correr la misma suerte por la mano justiciera de Dios. Si sus vecinos lo ocultaban, y no venían a dar testimonio contra él—si los magistrados hacían la vista gorda, y no dictaban sentencia contra él compadeciéndose más bien de su insensatez que aborreciendo su maldad—, Dios mismo les ajustaría las cuentas (vv. 4–5).
2. Los hijos que maldijeran a sus padres (v. 9). Si los hijos se atrevían a hablar mal de sus padres o a desearles algún mal o a expresarse con burla o desprecio hacia ellos, era una iniquidad que los jueces debían castigar, cuyo oficio era preservar el honor de Dios, así como la paz pública, cosas ambas que eran atacadas por esta insolencia antinatural.
3. Las personas que consultaran a encantadores y adivinos (v. 6). Con esto, tanto como con lo peor que existe, un hombre se rebaja, se desacredita, se engaña a sí mismo y, por tanto, se maltrata. ¿Qué mayor locura puede una persona cometer, que ir a un mentiroso en busca de información y a un enemigo en busca de consejo? Esto hacen quienes practican la magia negra y tratan de conocer *las profundidades de Satanás* (Ap. 2:24).

II. En medio de estos preceptos particulares, aparece el encargo general de los versículos 7 y 8, donde vemos:

1. Los deberes requeridos, que son dos: (A) Que en nuestros principios, sentimientos y objetivos, seamos santos: *Santificaos y sed santos* (v. 7). (B) Que en todas nuestras acciones, y en todo el curso de

nuestra conducta seamos obediente a las leyes de Dios: *Guardad mis estatutos, y ponedlos por obra* (v. 8). Haced bueno el árbol, y será bueno el fruto.

2. Las razones que fundamentan estos deberes: (A) «Yo *Jehová soy vuestro Dios* (v. 7); por consiguiente, sed santos, para que os parezcáis a Aquél cuyo pueblo sois, y le agradéis. La santidad es su morada, y santos deben ser los que con Él moran y en los que mora Él». (B) Yo *Jehová que os santifico* (v. 8). Dios nos santifica por medio de sus peculiares privilegios, leyes y favores, que les distinguían de todas las otras naciones, y les dignificaban como a pueblo separado de Dios. Les dio su Palabra y sus ordenanzas como medios de santificación, y su buen Espíritu para instruirles.

Versículos 10–21

Los pecados contra el séptimo mandamiento son aquí sancionados con severos castigos.

I. Cometer adulterio con la mujer del prójimo es tenido por crimen capital. Los dos cómplices del mismo pecado deben caer igualmente bajo la misma sentencia: *Indefectiblemente serán muertos* (v. 10).

II. Conexiones incestuosas, en matrimonio o fuera de él (vv. 1 1–12).

III. Los vicios antinaturales de sodomía y bestialidad (cuya sola mención horroriza) habían de ser castigados con la muerte, así como el que se atreviese a cometer la enormidad de tomar juntamente a una mujer y a su madre; todos ellos debían morir (vv. 13–21). También se menciona, con la misma pena de muerte para ambos, el acto sexual con mujer menstruosa (v. 18).

Versículos 22–27

El último versículo contiene una ley especial, que viene después de la conclusión general, como si se omitiese en su lugar propio; está colocado de esta manera, para hacer énfasis especial en esta superstición, que ataca mortalmente a las religiones especialmente elevadas espiritualmente; los que tratan de evocar a los espíritus de los muertos de la familia, han de morir (v. 27). Quienes hacen pacto con el diablo, están haciendo pacto con la muerte.

El resto de estos versículos repite e inculca lo que ya se ha dicho con anterioridad.

I. Dignidad del pueblo de Israel: *Yo Jehová vuestro Dios que os he apartado de los pueblos* (v. 24). Eran suyos, su cuidado, elección y tesoro.

II. Su deber: éste se infiere de la dignidad que Dios les había otorgado; Dios había hecho por ellos mucho más que por los demás y, por consiguiente, esperaba de ellos más que de los demás.

III. Su peligro. Marchaban a una tierra infectada: *Vosotros poseeréis la tierra de ellos … tierra que fluye leche y miel* (24) en la que tendrían bienestar si guardaban su integridad; pero, al mismo tiempo, era una tierra llena de ídolos, de idolatrías y costumbres supersticiosas, a las cuales podían aficionarse, al haber traído consigo de Egipto una extraña disposición a contagiarse de tales infecciones.

CAPÍTULO 21

Este capítulo contiene una ley que obliga a los sacerdotes a preservar la dignidad de su sacerdocio con el mayor celo y la mayor diligencia.

Versículos 1–9

Quedó anteriormente establecido (10:10–11) que los sacerdotes enseñaran al pueblo los estatutos que Dios les había dado acerca de la *diferencia entre lo inmundo y lo limpio.* Aquí se les ordena que observen ellos mismos lo que habían de enseñar al pueblo. Los sacerdotes tenían que acercarse a Dios más que

nadie del pueblo y familiarizarse con las cosas sagradas con mayor intimidad; por consiguiente, se requería de ellos que se guardasen de cualquier cosa inmunda a mayor distancia que los demás.

I. Deben cuidar de no degradarse en el duelo por los difuntos. Era tenido por ceremonialmente inmundo todo el que se acercase a un cadáver en un radio de unos dos metros; y se declara en Números 19:14, que todos los que entren en la tienda donde yace el cadáver, serán inmundos durante siete días. l. Los sacerdotes no deben jamás hacerse incapaces, por este motivo, de entrar en el santuario, a no ser que se trate de los familiares más próximos (vv. 1–3). 2. No serán extravagantes en las expresiones de su duelo. Su duelo no debe ser: (A) Supersticioso, al estilo de los gentiles, que se rapaban, se tatuaban y se hacían incisiones, en honor de las deidades imaginarias, que, según ellos, presidían en la congregación de los muertos y a las cuales tenían que propiciar en favor de sus deudos difuntos, (B) ni debe ser inmoderado en las expresiones de su aflicción. Nótese que los ministros de Dios deben ser modelos de paciencia bajo la aflicción, en especial la aflicción que nos afecta en lo más hondo, como es la muerte de nuestros familiares más próximos.

II. Deben cuidar de no degradarse en su matrimonio (v. 7). Un sacerdote no debe casarse con una mujer de mala fama, por ser culpable de impureza o por ser sospechosa de tal culpabilidad. Tampoco puede casarse con una repudiada por el marido. En cambio, no quedan excluidas las viudas.

III. Sus hijos deben evitar hacer algo que les deshonre: *La hija del sacerdote, si comienza a fornicar, a su padre deshonra* (v. 9). Su crimen es muy grande; no sólo se contamina, sino que se profana a sí misma y deshonra a su padre. Otras mujeres no tienen este honor específico que ella tiene, como miembro de una familia sacerdotal, de comer de las cosas santas y de haber sido educada como se ha de suponer, mejor que las demás.

Versículos 10–15

Si mucho más se esperaba de un sacerdote que de las demás personas, mucho más se esperaba del sumo sacerdote que de los demás sacerdotes, pues *sobre su cabeza fue derramado el aceite de la unción* (v. 10). Esto era como una corona sobre su cabeza (v. 12). En efecto, la unción del Espíritu es, para todos los verdaderos cristianos, una *corona de gloria* y una *diadema de hermosura.*

I. Al tener esta dignidad tan alta, el sumo sacerdote no debía contaminarse por los muertos, ni siquiera por sus familiares más próximos (v. 11). Así no podía ni siquiera acompañar la procesión funeral de su padre o de su madre. Por 1 Samuel 3:2 y siguientes, parece muy probable que el sumo sacerdote permanecía constantemente en los aledaños del santuario. En cambio, nuestro Señor Jesucristo, el gran Sumo Sacerdote de nuestra profesión, tocó el cadáver de la hija de Jairo y el féretro del hijo de la viuda de Naín, y se acercó a la tumba de Lázaro, ya hedionda, para mostrar que había venido a cambiar la propiedad de la muerte y a quitarle el terror que inspiraba, quebrantando su poder. Ahora que no puede destruir, tampoco puede contaminar.

II. No podía casarse con una viuda (excepción no hecha a los demás sacerdotes); mucho menos, con una divorciada o con una mujer de mala fama (vv. 13–14). La razón de esto era el poner una diferencia notoria entre él y todos los demás en esta materia.

III. Aquí se apunta otra razón: *Para que no profane su descendencia* (v. 15). Era una precaución que había de tomar, puesta la mira en sus hijos, para no profanarlos mediante un matrimonio inconveniente. Los hijos de los ministros quedan profanados con todo lo que, de algún modo, degrada la santidad que debe caracterizar de un modo especial a sus padres.

Versículos 16–24

Al estar confinado el sacerdocio a una sola familia, y vinculado en exclusiva a la línea masculina de esta familia a lo largo de todas las generaciones, era de esperar que, al paso del tiempo, alguno que otro de los nacidos para el sacerdocio padeciese algún defecto o deformidad de tipo físico, como los que se mencionan en los versículos 17–20.

I. La ley concerniente a los sacerdotes que tenían alguno de dichos defectos era: 1. Que podían *vivir del altar* (v. 22), podían comer de los sacrificios, como los demás sacerdotes, incluso de las cosas más santas, como los panes de la proposición y de los sacrificios por el pecado y, desde luego, de las cosas santas como las ofrendas de paz, los diezmos y las primicias. Los defectos que tenían eran inculpables por parte de ellos y, por eso, aunque no podían oficiar no por ello se habían de morir de hambre. 2. No podían servir al altar, a ninguno de los dos altares, ni ser admitidos a asistir o a ayudar a otros sacerdotes para ofrecer sacrificio ni para quemar incienso (vv. 17, 21, 23). El prestigio del santuario exigía que ninguna persona deforme, por nacimiento o por accidente, apareciese allí.

II. En el Evangelio: 1. Cuantos padecen defectos como los mencionados, tienen muchos motivos para dar gracias a Dios de que no están excluidos, por dicha causa, de ofrecer a Dios sacrificios espirituales, ni siquiera de ejercer el ministerio, si están cualificados para él. Hay muchas almas sanas y hermosas, albergadas dentro de un cuerpo enfermizo o deforme. 2. En cambio, podemos inferir de aquí cuán incapaces son de servir al Señor aceptablemente aquellos cuyas mentes y cuyos corazones están manchados y deformados por algún vicio que los domine. Son indignos de ser llamados al ministerio, y aun de ser apellidados cristianos, quienes son en el orden espiritual ciegos, cojos, jorobados, etc., cuyos pecados les hacen deformes y escandalosos, hasta el punto de que las ofrendas al Señor caen en descrédito y son aborrecidas por causa de ellos.

CAPÍTULO 22

En este capítulo tenemos diversas leyes concernientes a los sacerdotes y a los sacrificios, todo ello para mejor preservar el honor del santuario.

Versículos 1–9

Quienes tenían un defecto natural, aunque no podían ejercer el oficio de sacerdotes, eran sin embargo admitidos a comer de las cosas santas; y los escritores judíos dicen que «para preservarlos de la haraganería, se les empleaba en la habitación de la madera, para separar toda la leña que fuese comida de la polilla, para no usarla en el fuego del altar; también podían ser empleados en los exámenes de los leprosos».

I. Pero los que estaban bajo contaminación ceremonial, que posiblemente habían contraído por culpa suya, no podían comer de las cosas santas mientras continuaban en su contaminación.

II. En cuanto al objetivo de esta ley, hemos de observar: 1. Que esto obligaba a los sacerdotes a preservar su pureza con todo esmero, y a temer cualquier cosa que pudiese profanarles. 2. Esto hacía que el pueblo adquiriese mayor respeto hacia las cosas santas.

Versículos 10–16

Comer de las cosas santas estaba reservado a los sacerdotes y a sus familias.

I. Aquí hay una ley de que ningún extraño comiese de ellas; es decir, nadie, excepto los sacerdotes y sus familias (v. 10). Los sacerdotes reciben este encargo, para *no profanar las cosas santas* (v 15) al permitir que los extraños coman de ellas, *pues les harían llevar la iniquidad del pecado* (v. 16). Nótese que no sólo debemos cuidar de no llevar nosotros la iniquidad, sino que hemos de hacer lo posible para impedir que otros la lleven.

II. Tenemos también la explicación de la ley, para mostrar quiénes en realidad pertenecían a la familia del sacerdote, y quiénes no. 1. Los huéspedes ocasionales y los jornaleros alquilados no moraban constantemente con el sacerdote estaban en la familia pero no eran de la familia y, por consiguiente, no debían comer de las cosas santas (v. 10); pero el esclavo nacido en la casa, o comprado por dinero para

vivir permanentemente en ella sí podía comer de ellas (v. 11). 2. En cuanto a los hijos, no había duda, puesto que eran también sacerdotes; pero en cuanto a las hijas, había que hacer una distinción. Mientras continuaban en casa de su padre, podían comer de las cosas santas; pero, si se casaban con alguien que no fuese sacerdote, perdían su derecho (v. 12). 3. Hay también una ley de restitución, por la que toda persona que hubiese comido de cosa santa por yerro, sin tener derecho a ello, había de restituir el equivalente y añadir una quinta parte (v. 14).

III. Esta ley podía tener dispensa en caso de necesidad, como cuando David y sus hombres comieron de los panes de la proposición (1 S. 21:6). Nuestro Salvador justificó tal excepción, y dio para ello una razón que puede servirnos de norma constante en casos parecidos, al decir que Dios *quiere misericordia, y no sacrificio* (Mt. 12:3, 4, 7). Lo ritual debe estar supeditado a lo moral.

Versículos 17–33

Cuatro leyes concernientes a los sacrificios:

I. Todo cuanto se ofrecía en sacrificio a Dios había de ser sin defecto; de lo contrario, no sería aceptado. Además se hace diferencia entre lo que era presentado como ofrenda voluntaria y lo que era en pago de voto (v. 23). Conforme a esta ley, se tomaba muy a pecho el examinar minuciosamente todos los animales que eran traídos para el sacrificio para estar seguros de que no tenían ningún defecto. Los sacerdotes gentiles no eran tan estrictos en esta materia, sino que recibían para sus dioses sacrificios que eran un verdadero escándalo; pero era necesario que los extraños se enterasen de que el Dios de Israel no permitía ser servido de esta manera. Esto es para nosotros una lección de que, en nuestros sacrificios espirituales, hemos de ofrecer a Dios lo mejor que tenemos. Si nuestras devociones son ignorantes, frías, frívolas y llenas de distracciones, estamos ofreciendo *lo ciego, lo cojo, y lo tarado, para sacrificio* (Dt. 15:21).

II. Que no se había de ofrecer en sacrificio ningún animal que no tuviese ocho días (vv. 26–27). Ya se había ordenado anteriormente que los primogénitos del ganado, que habían de ser dedicados a Dios, no se llevasen a Él hasta después del octavo día (Éx. 22:30). Aquí se establece que no se ofrezca en sacrificio ningún animal que no tenga ocho días completos. Antes de este tiempo, no era apropiado para las mesas de los hombres; por consiguiente, tampoco lo era para el altar de Dios.

III. Que la madre y el hijo no debían ser degollados el mismo día, ya fuese para sacrificio o para el uso común (v. 28). Parecía algo antinatural con respecto a la especie el matar dos generaciones de una vez, como si se intentase la desaparición de la especie.

IV. Que la carne de sus ofrendas de acción de gracias se había de comer el mismo día que era sacrificada (vv. 29–30). Esto es una repetición de lo que ya vimos anteriormente (7:15; 19:6–7). El capítulo concluye con el precepto general, ya visto con frecuencia, de *guardar los mandamientos de Dios, y no* en *profanar su santo nombre* (vv. 31–32). Así como los cristianos opinamos con Lutero que Juan 3:16 es la Biblia en miniatura, los judíos dicen que Levítico 22:32 es la Biblia de Israel en miniatura. Los rabinos hacen de ello toda una filosofía de la historia judía, y dicen que «bestias salvajes visitan y afligen el mundo a causa de la profanación del nombre de Dios».

CAPÍTULO 23

Hasta ahora, la ley levítica había tratado primordialmente de personas santas, de cosas santas y de lugares santos; en este capítulo tenemos la institución de los tiempos santos.

Versículos 1–3

I. Un informe general de los tiempos sagrados que Dios estableció (v. 2), y sólo un nombramiento divino puede hacer santo un tiempo determinado, porque Él es el Señor del tiempo; y tan pronto como hizo correr las ruedas del tiempo, Él santificó y bendijo un día determinado por encima de los demás (Gn. 2:3). El hombre puede establecer *un día de regocijo* (Est. 9:19), pero sólo Dios puede establecer *un día de santidad.* Concerniente a los días y tiempos sagrados que aquí se ordenan, obsérvese: 1. Se les llama *fiestas.* El Día de la Expiación que era uno de ellos era día de ayuno; sin embargo, como la mayoría de ellos estaban designados para alegría y regocijo, se les llama en general fiestas. 2. Son *las fiestas solemnes de Jehová.* 3. Eran proclamadas públicamente, porque no eran para que las guardasen solamente los sacerdotes que servían al santuario, sino todo el pueblo. 4. Habían de ser santificadas y solemnizadas con santas convocaciones, para que los servicios de estas fiestas apareciesen más honorables y augustos, y el pueblo más unánime en la celebración de ellos.

II. En primer lugar se repite la ley del día de reposo. Aunque las fiestas anuales se hacían más de notar por la asistencia general al santuario, no debían, sin embargo, eclipsar el esplendor del sábado (v. 3) Cristo, al hacer nuevas todas las cosas (2 Co. 5:17) quiso que *el día del Señor* fuese un día de *santa convocación*, apareciéndose a sus discípulos una y otra vez (y quizás otras que no sabemos) en ese día. Ya sea que tengamos oportunidad de santificarlo en santa convocación o no, ese día *es de Jehová en dondequiera que habitemos* (v. 3), y en cualquier cosa que hagamos. Hagamos, pues, diferencia entre ese dia y los demás, en nuestras familias.

Versículos 4–14

De nuevo se llama aquí a las fiestas de Israel *fiestas solemnes de Jehová* (v. 4), porque fue Él quien las instituyó. Como ya dijimos, la mayoría eran días de alegría y regocijo. Tanto el sábado como todas las fiestas anuales lo eran, con excepción del Día de la Expiación. Dios quería enseñarles con eso que *los caminos de la sabiduría son caminos deleitosos* (Pr. 3:17), y a estimularles a servirle animándoles a estar alegres y a cantar durante el trabajo. Había siete días de reposo completo y santa convocación: los días primero y séptimo de la fiesta de los panes sin levadura, el día de Pentecostés, el día de la fiesta de las trompetas, los días primero y octavo de la fiesta de los Tabernáculos, y el Día de la Expiación; seis, para santo regocijo; uno, para santa lamentación.

I. Repetición de la ley de la Pascua, que había de observarse el día decimocuarto del primer mes, en recuerdo de la liberación de Egipto y de la preservación diferencial de los primogénitos de Israel, mercedes que nunca se habían de olvidar.

II. Orden para el ofrecimiento de la primera gavilla de los primeros frutos el segundo día de la fiesta de los panes sin levadura; al primero se le llama *sábado* (v. 11), porque había de observarse como día de reposo y, al día siguiente, tenían esta solemnidad. Una gavilla o un puñado del nuevo grano era llevado al sacerdote, que había de levantarlo, en señal de que lo presentaba al Dios de los cielos, y mecerlo delante del Señor a los cuatro puntos cardinales, en señal de que era presentado al Señor de toda la tierra, y esto significaba por parte de ellos un reconocimiento agradecido del favor de Dios hacia ellos al vestir de mieses sus campos, y de su dependencia de Dios al preservarlo hasta el fin para alimento del pueblo. La ofrenda de esta gavilla de los primeros frutos en nombre de toda la congregación, les santificaba, por decirlo así, toda la cosecha. Vemos que, cuando llegaron a Canaán, el maná dejó de caer el mismo día en que fue ofrecida la gavilla de los primeros frutos; habían comido del grano viejo el día anterior (Jos. 5:11), y en este otro día ofrecieron los primeros frutos, con lo que quedaron capacitados para comer también del nuevo grano, de modo que ya no había razón de que cayera el maná por más tiempo. Esta gavilla de los primeros frutos era tipo del Señor Jesucristo, que ha resucitado de los muertos como *primicias de los que durmieron* (1 Co. 15:20). Los israelitas no habían de comer del nuevo fruto hasta que se hubiese ofrecido a Dios la parte que le correspondía de la nueva cosecha (v. 14), porque debemos comenzar siempre por Dios, comenzar nuestra vida con Él, comenzar cada día con Él, comenzar cada comida con Él, comenzar cada quehacer con Él; *buscad primeramente el reino de Dios* (Mt. 6:33).

Versículos 15–22

Institución de la fiesta de *Pentecostés, o de las semanas,* como se la llama en Deuteronomio 16:10, porque era observada cincuenta días, o siete semanas, después de la Pascua. También se la llama *la fiesta de la siega* en Éxodo 23:16. Porque así como la presentación de la gavilla de los primeros frutos era una introducción para la cosecha, y les daba libertad para meter la hoz, así también solemnizaban el final de la cosecha de grano con esta fiesta. 1. Entonces ofrecían un puñado de espigas de cebada, pero ahora ofrecían *dos panes de flor de harina* (v. 17). Eran panes con levadura. Por Pascua comían pan sin levadura, pero en Pentecostés lo comían con levadura, porque era un reconocimiento a la bondad de Dios hacia ellos en el sustento ordinario, que incluía la levadura; siendo ésta, sin embargo, un símbolo de la corrupción introducida por el pecado, es de notar que el sacerdote mecía la ofrenda, antes de reservarla él para su uso, pero no la podía ofrecer sobre el altar (2:11). 2. Con aquella gavilla de los frutos primeros, ofrecían sólo un cordero en holocausto, pero con estos panes de los primeros frutos ofrecían siete corderos, dos carneros, y un becerro, todo ello en holocausto, dando así gloria a Dios, como al Señor de su cosecha. También ofrecían un macho cabrío por expiación, y dos corderos como ofrenda de paz, para rogar bendición sobre el grano que acababan de almacenar. 3. Ese día había de ser observado con santa convocación (v. 21). Era uno de los días en que todo Israel tenía que encontrarse con su Dios y los unos con los otros, en el lugar que el Señor escogiese. Algunos sugieren que, mientras la fiesta de los panes sin levadura duraba siete días, la fiesta de Pentecostés se celebraba en un solo día, porque en ese tiempo estaban muy atareados, y Dios les permitía volver rápidamente a su trabajo. Esta fiesta anual fue instituida en recuerdo de la Promulgación de la ley en el monte Sinaí, a los cincuenta días después de haber salido de Egipto. Pero esta fiesta adquirió su sentido pleno cuando, precisamente en este día, descendió el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, y en él se inauguró la era de la nueva Ley, cincuenta días después de que Cristo, nuestra Pascua, fue sacrificado por nosotros.

A la institución de la fiesta de Pentecostés se añade una repetición de aquella ley por la que se les ordenaba dejar para los pobres los rebuscos de sus campos, y el grano que crecía en los rincones (v. 22). Esto les enseñaba también que el regocijo de la cosecha debía expresarse en la caridad hacia los pobres.

Versículos 23–32

I. Institución de la fiesta de las Trompetas en el primer día del mes séptimo (vv. 24–25). Lo que aquí se declara como algo peculiar de este día es que comportaba *una conmemoración al son de trompetas* (v. 24). Tocaban la trompeta en cada novilunio (Sal. 81:3), pero en el novilunio del séptimo mes había de hacerse con solemnidad extraordinaria, porque comenzaban a tocarla a la salida del sol y continuaban hasta la puesta del sol. Sin embargo, es de notar que los novilunios se diferenciaban de las demás fiestas en que no eran días de reposo ni había en ellos santa convocación. 1. Se dice que era una *conmemoración,* porque este toque de trompeta era completamente distinto de los toques gozosos de todas las otras fiestas y novilunios (Nm. 10:10), y era una llamada al arrepentimiento y, por ello, un recuerdo del toque de la trompeta cuando la ley fue promulgada en el monte Sinaí, acontecimiento que nunca debía ser olvidado. 2. Los escritores judíos suponen que tenía también otro profundo significado: Al comienzo del año eran convocados con este toque de trompeta a sacudir su modorra espiritual, para escudriñar y probar sus caminos, y reformar su vida; el Día de la Expiación era el noveno día después de esto, y así se les despertaba para prepararse, con sincero y serio arrepentimiento, con miras a ese día. 3. Era tipo de predicación del Evangelio, pues con el sonido de tan buenas nuevas, habían de ser convocadas las almas a rendirse a Dios, a servirle y a guardarle una continua fiesta espiritual.

II. Repetición de la ley del Día de la Expiación; es decir, en lo que concernía al pueblo. 1. En este día, debían descansar de toda clase de trabajo. La razón es: *Porque es día de expiación* (v. 28). Para llevar a cabo la obra propia de ese día como era necesario, había que dejar a un lado los pensamientos de cualquier otra ocupación. 2. Habían de afligir sus almas con el arrepentimiento, sin el cual la expiación no surte efectos personales; era condición necesaria para celebrar debidamente este día; los infractores habían de ser *cortados del pueblo* por la mano de Dios (vv. 27, 29, 32). Tenían que someter también el cuerpo, negándole la satisfacción de sus apetitos. 3. Había de observarse el día entero: *De tarde a tarde guardaréis vuestro reposo* (v. 32).

Versículos 33–34

I. La institución de la fiesta de los Tabernáculos, que era una de las tres grandes fiestas en las que todos los varones estaban obligados a asistir, y era celebrada con mayores expresiones de júbilo que ninguna otra.

1. En cuanto a las instrucciones para celebrar esta fiesta, obsérvese: (A) Que había de celebrarse cinco días después del Día de la Expiación. Podemos suponer que, aunque no todos estaban obligados a asistir en el Día de la Expiación como en las tres grandes fiestas, muchos judíos devotos subían, sin embargo, bastantes días antes de la fiesta de los Tabernáculos, para disfrutar de la oportunidad de asistir el Día de la Expiación. La aflicción de sus almas en ese Día les preparaba para el gozo de la fiesta de los Tabernáculos. Cuanto más afligidos y humillados estemos a causa de nuestros pecados, tanto mejor preparados estaremos para los consuelos del Espíritu Santo. (B) Había de continuar por ocho días, el primero y el último de los cuales habían de ser observados como días de reposo. (C) Durante los siete primeros días de esta fiesta, todo el pueblo tenía que abandonar sus casas y habitar en enramadas o cabañas hechas de ramas de árboles frondosos y de palmeras (vv. 40–42). (D) Habían de *regocijarse delante de Jehová su Dios* durante todo el tiempo de esta fiesta (v. 40). Es tradición de los judíos que habían de expresar su regocijo danzando y cantando himnos de alabanza a Dios, acompañados de instrumentos musicales.

2. En cuanto al objetivo de esta fiesta:

A) Había de guardarse en recuerdo de su morada en tiendas de campaña durante su peregrinación por el desierto.

B) Era una fiesta de recolección, como se la llama en Éxodo 23:16.

II. El resumen y conclusión de estas instituciones.

1. Dios instituyó estas fiestas, *además de los sábados de Jehová* (v. 38), *de vuestros dones, etc.Las* instituciones de Dios dejan sitio para ofrendas voluntarias. Las fiestas del Señor, al ser nuestra vida cristiana una fiesta constante, ni están ahora ligadas a ceremonias obligatorias ni a viajes penosos y costosos, como lo eran entonces, sino que tienen un sentido espiritual, con anticipos más seguros y más dulces de aquella fiesta eterna en el Cielo, cuando esté allí reunida la cosecha final.

CAPÍTULO 24

En este capítulo tenemos una repetición de las leyes concernientes a las lámparas y a los panes de la proposición, y también el triste caso de un blasfemo, con los detalles de su arresto, enjuiciamiento, condena y ejecución.

Versículos 1–9

Se ordena el sumo cuidado y las instrucciones que han de observarse en el decoroso aderezo del candelero y de la mesa en la casa de Dios.

I. Las lámparas debían estar ardiendo siempre. 1. El pueblo tenía que suministrar aceite (v. 2), del mejor, *aceite puro de olivas machacadas*, probablemente refinado dos veces. Los ministros de Dios son lámparas que arden y alumbran (Jn. 5:35) en la Iglesia de Cristo, pero es deber de la congregación proveer convenientemente para ellos, como el pueblo de Israel para las lámparas del candelero. Un sostenimiento escandaloso da lugar a un ministerio escandaloso. 2. Los sacerdotes tenían que preparar las lámparas: ellos debían despabilarlas, limpiar el candelero y ponerles aceite tarde y mañana (vv. 3–4). Así también, la tarea del ministerio del Evangelio es *asirse de la palabra de vida* (Fil. 2:16), no para encender nuevas luces, sino para hacer que la luz del Evangelio se extienda y brille más y más mediante la correcta predicación y exposición de la Palabra de Dios.

II. La mesa debe estar siempre preparada. Esto ya fue ordenado antes (Éx. 25:30). 1. Había una hogaza por cada tribu, porque *en casa de nuestro Padre hay abundante pan* (Lc. 15:17). Aun después de la rebelión de las diez tribus, continuó este número de hogazas (2 Cr. 13:11), en atención a los pocos de

cada tribu que conservaron su afecto hacia el Templo y continuaron asistiendo a él. 2. Sobre la *mesa limpia* (hebreo *pura*; es decir, cubierta de oro; Éx. 25:24) y, en dos hileras, estaban colocados los panes y, sobre ellos, se ponía el incienso. Cuando se retiraba el pan, para dar paso a otro nuevo, el pan se daba a los sacerdotes, y el incienso se quemaba en el altar de oro para recuerdo en lugar del pan, en reconocimiento humilde. 3. El pan se renovaba cada sábado. Los ministros de Cristo deben proveer para la casa de Dios, la Iglesia, nuevo pan cada semana, el producto de sus nuevos estudios de la Palabra de Dios, para que así *cumplan su ministerio* (2 Ti. 4:5).

Versículos 10–23

Como solemos decir las malas costumbres engendran buenas leyes. Aquí tenemos el relato de las malas maneras de un cierto israelita innominado y mestizo, y las buenas leyes a las que su conducta dio ocasión.

I. El ofensor aludido era hijo de padre egipcio y de madre israelita (v. 10); su madre era de la tribu de Dan. Se recoge este detalle de su parentela, o: 1. Para insinuar qué fue lo que motivó el incidente en que se vio envuelto. Los judíos dicen: «Propuso levantar su tienda entre los de la tribu de Dan al apelar a los derechos de su madre, pero fue rechazado justamente por alguno que otro de esta tribu, e informado de que, siendo su padre egipcio, no tenía arte ni parte en este asunto, sino que debía considerarse como extranjero». O: 2. Para mostrar el mal que, ordinariamente, resulta de tales matrimonios mixtos.

II. La ocasión próxima de la ofensa fue una contienda: *El hijo de la israelita y un hombre de Israel riñeron* (v. 10).

III. El pecado fue de blasfemia y maldición: *Blasfemó el Nombre, y maldijo* (v. 11). Es probable que sintiéndose agraviado por la ordenación divina, que hacía separación entre los israelitas y los extraños, censurase desvergonzadamente la ley y al Legislador, desafiándolo con su blasfemia.

IV. El procedimiento que se siguió contra su pecado. Moisés no se atrevió a dar él mismo una sentencia precipitada, sino que puso en custodia al ofensor, hasta que hubiese consultado al Señor sobre el caso. Esperaron a conocer la mente del Señor, sobre el modo de proceder contra él por si habría de morir por sentencia de la magistratura de Israel o si se había de dejar al juicio directo de Dios.

V. La sentencia decretada contra él por el justo Juez de cielos y tierra fue la siguiente: *Apedréelo toda la congregación* (v. 14).

VI. Con ocasión de este pecado, Dios estableció una ley especial para apedrear a los blasfemos (vv. 15–16). Los magistrados son los guardianes de ambas tablas de la ley, y deberían ser tan celosos del honor de Dios contra los que hablan con desprecio del mismo Dios y de su Providencia, como de la paz y seguridad públicas contra los perturbadores de las mismas.

VII. Repetición de algunas otras leyes conectadas con esta nueva ley. 1. Que el homicidio debía ser castigado con la muerte (vv. 17, 21). 2. Que los que lesionasen a otra persona fuesen castigados conforme a la ley del talión (vv. 19–20). Esta ley ya existía anteriormente (Éx. 22:4–5). Esto era apropiado para aquella dispensación en la cual se revelaba el rigor de la ley contra la perversidad del pecado, mientras que en la dispensación en que nos encontramos ahora, se revela la gracia del Evangelio en el perdón de los pecados; y, por eso, nuestro Salvador ha abrogado dicha ley (Mt. 5:38–39), no para impedir que los magistrados ejecuten públicamente justicia, sino para constreñirnos a no devolver personalmente injuria por injuria, y a perdonar a los demás como nosotros hemos sido y somos perdonados por Dios. 3. Que el perjuicio hecho voluntariamente al ganado del prójimo sea castigado mediante la reparación de los daños causados (vv. 18, 21). 4. Que los extranjeros tengan derecho al beneficio derivado de esta ley, tanto como los israelitas nativos, en cuanto al perjuicio sufrido, y, del mismo modo, que tanto el extranjero como el nativo estén sujetos al castigo de esta ley en caso de que la infrinjan.

CAPÍTULO 25

La ley de este capítulo concierne a las tierras y posesiones de los israelitas en Canaán, cuya ocupación y transferencia habían de hacerse, lo mismo que la ordenación del culto religioso, bajo la dirección de Dios, puesto que, así. como el tabernáculo era una casa santa, así también Canaán era una tierra santa.

Versículos 1–7

La ley de Moisés ponía un gran énfasis en la observancia del sábado; esa ley no sólo reavivaba la observancia del sábado semanal, sino que, dando un paso más en honor del día de reposo, añadía la institución del año sabático: El *séptimo año la tierra tendrá descanso, sábado para Jehová* (v. 4). Este año sabático comenzaba en septiembre, al final de la cosecha en el séptimo mes de su año cultual; y la ley ordenaba: 1. Que al tiempo de la siembra, que seguía inmediatamente al final de la recolección, no habían de sembrar grano en la tierra, ni habían de podar las viñas en primavera, y, por consiguiente, no habían de esperar ni cosecha ni vendimia al año siguiente. 2. Que lo que el suelo produjese de sí, no lo habían de reclamar como de su propiedad o uso privados, excepto lo que se llevasen de la mano a la boca, sino que lo habían de dejar para el pobre, el siervo, el extranjero y el ganado (vv. 5–7). Debía ser sábado de descanso para la tierra, ni debían hacer en ella ningún trabajo, ni habían de esperar de ella ningún fruto; todos los trabajos anuales habían de interrumpirse en el séptimo año del mismo modo que los trabajos diarios habían de interrumpirse el séptimo día. Era un favor que se le hacía al suelo dejándolo descansar de tiempo en tiempo y, al mismo tiempo, era un reconocimiento de que el verdadero propietario de la tierra es Dios. También tenía fines educacionales, puesto que, durante ese año, había mayor oportunidad para todos de dedicarse al estudio de la Palabra de Dios. 3. Este año era tipo del descanso espiritual en el que todos los creyentes entran mediante el Señor Jesucristo nuestro verdadero Noé, que nos proporciona *consuelo y descanso* (pues eso significa el nombre de Noé), *aliviándonos de nuestras obras y del trabajo de nuestras manos* (Gn. 5:29).

Versículos 8–22

I. Institución general del jubileo (vv. 8 y ss.).

1. Cuándo había de ser observado: Después de *siete semanas de años* (v. 8).

2. Cómo había de ser proclamado a son de trompeta en todas las partes del territorio (v. 9), tanto para notificarlo a todos, como para expresar su gozo triunfal por él (de ahí viene nuestra palabra «júbilo»); y el vocablo *yobel* (de donde, *jubileo o,* más exactamente, *yubileo)* parece ser que significa algún sonido particular del *sofar* (cuerno, a guisa de trompeta), claramente diferenciado de todo otro sonido. La trompeta sonaba el Día de la Expiación, al término de su celebración. Cuando habían hecho la paz con Dios, entonces era proclamada su libertad.

3. Qué es lo que hacían en ese día extraordinario además del descanso ordinario de la tierra, que había de observarse en cada año sabático (vv. 11–12), y de la remisión de las deudas personales (Dt. 15:2–3), había de efectuarse la recuperación legal, para todo israelita, de toda la propiedad y de toda la libertad que hubiese tenido que enajenar desde el último jubileo.

A) La propiedad que a cada persona correspondía como parte alícuota de la tierra de Canaán, no podía ser enajenada por más tiempo que el año del jubileo. Esto no causaba ningún perjuicio al comprador, puesto que el año del jubileo estaba fijado y todos sabían en qué año iba a caer, y así cerraban sus contratos convenientemente, con miras a dicho año. No tenían poderes para vender, sino sólo para hacer arriendos por cierto número de años, sin exceder nunca el límite del próximo jubileo. Por este medio se proveía para que la distribución de la propiedad por familias y por tribus se conservase equitativamente, y para que nadie se hiciese rico de un modo desorbitado, *juntando casa a casa* (Is. 5:8), sino que se ocupasen en cultivar lo que poseían, más bien que en ensanchar desmedidamente sus posesiones. Era una ley tan extraordinariamente sabia en el terreno economicosocial, que resultaba demasiado buena para la maldad del hombre, hasta el punto de que muchos ponen en duda que se cumpliese por mucho tiempo. Ezequiel habla de su no-observancia como de una de las señales de que había llegado el fin de la nación a causa de sus pecados.

B) La libertad con que cada persona había nacido, si era vendida o perdida, le había de ser devuelta el año del jubileo: *Cada cual volverá a su familia* (v. 10). Quienes habían sido vendidos a otras familias, se habían vuelto forasteros para la suya propia pero en este día de rescate, habían de volver.

II. Con ocasión de esta ley, se ordena también que nadie se aproveche de su prójimo en el comprar o vender; ni el comprador ni el vendedor deben aumentar el precio ilegalmente (vv. 14–17). Debe fijarse claramente el justo valor anual de la tierra, y entonces establecer el precio de acuerdo con los años que faltaban para el jubileo. Cuanto más cerca estaba el jubileo, tanto más bajo había de ser el precio en que se había de estimar el valor de la tierra: *Cuanto menor sea el número* (de los años), *disminuirás el precio* (v. 16).

III. La seguridad que se les daba de que, por observar estos días de reposo, no habían de perder nada, sino que habían de ganar mucho. Se les promete: 1. Que disfrutarían de seguridad: *Habitaréis en la tierra seguros* (vv. 18, 19). El vocablo significa, tanto seguridad exterior como interior, en confianza de ánimo. 2. Que tendrían en abundancia: *Comeréis hasta saciaros* (v. 19). 3. Que no les faltaría el alimento conveniente ese año en que no iban a sembrar ni a cosechar: *Yo os enviaré mi bendición el sexto año, y hará fruto por tres años* (v. 21). Esto tenía por objetivo a largo plazo el estimular al pueblo de Dios de todas las épocas a confiar totalmente en Dios por el camino del deber, *echando sobre Él toda nuestra ansiedad, porque Él tiene cuidado de nosotros* (1 P. 5:7).

Versículos 23–38

I. Una ley concerniente a las haciendas de los israelitas en la tierra de Canaán, y a la transferencia de las mismas. Ninguna finca podía venderse a perpetuidad por parte de la familia a la que le había correspondido en suerte al hacer la distribución de la tierra. Y la razón que para ello se da es que *la tierra es mía, pues vosotros forasteros y extranjeros sois para conmigo* (v. 23). Si alguien, por su pobreza, se veía constreñido a vender su tierra para poder mantener a su familia, y después se veía con medios suficientes para recuperarla, podía rescatarla antes del año del jubileo (vv. 24, 26, 27), y el precio había de fijarse de acuerdo con el número de años transcurridos desde la venta y antes del jubileo. Si la persona misma no tenía medios para rescatarla, podía hacerlo su pariente más próximo: Su *pariente más próximo vendrá y rescatará lo que su hermano haya vendido* (v. 25). Este pariente se llama en hebreo *goel* = redentor (Nm. 5:8, Rt. 3:9), al que pertenecía el derecho de rescatar la tierra. Era tipo de Cristo, quien asumió nuestra naturaleza para ser nuestro *goel*, nuestro Redentor, siendo nuestro hermano (He. 2:14, 17). Si la tierra no era rescatada antes del año del jubileo, entonces había de volver, como es natural, al que la había vendido o hipotecado: Él *volverá a su posesión* (v. 28). Esto es figura de la gracia soberana de Dios para con nosotros en Cristo, por medio del cual somos restaurados al favor de Dios y nos hacemos acreedores al Paraíso, del que nuestros primeros padres fueron expulsados a causa de su desobediencia. Se establecía cierta diferencia entre las casas dentro de ciudades amuralladas y las fincas en la campiña, o las casas de las aldeas campesinas. Las casas de las ciudades amuralladas eran más bien fruto de su propio ingenio que las fincas del campo, que eran don inmediato de la bondad y munificencia de Dios. Por consiguiente, si alguien vendía una casa en dicha ciudad, podía rescatarla en cualquier tiempo *en el término de un año desde la venta;* de lo contrario, quedaba a perpetuidad en posesión del comprador, y no había de volver ni siquiera en el año del jubileo (vv. 29–30). Esta estipulación se hizo para animar a los extranjeros y a los prosélitos a venir y establecer su residencia entre ellos. Aunque no podían comprar en Canaán tierra, ni para sí ni para sus herederos, podían comprar, sin embargo, casas en las ciudades amuralladas. Se añade una cláusula en favor de los levitas exceptuándolos de esta normativa.

II. Ley para aliviar la situación de los pobres, y tratar compasivamente a los pobres endeudados; esta ley es de carácter perpetuo y más general que la anterior.

1. Los pobres deben ser aliviados (v. 35). Aquí tenemos: (A) El caso del hermano pobre y en dificultad. Es cierto que sólo son hermanos nuestros, espiritualmente hablando, quienes *han nacido de Dios* (Jn. 1:12–13), pero el Apóstol nos exhorta diciendo: *Hagamos el bien a todos, y mayormente a nuestros familiares en la fe* (Gá. 6:10). (B) Se nos impone una obligación: Tú *lo ampararás* (v. 35). Con

tu simpatía, teniéndole compasión; con tu servicio, haciendo algo para aliviar su situación; con tus bienes, dándole de acuerdo con su necesidad y con los medios de que dispongas.

2. No se debe oprimir a los pobres endeudados: *Cuando tu hermano empobrezca,* y te pida prestado dinero para el sustento necesario de su familia, *no le darás tu dinero a usura, ni tus víveres a ganancia,* no le cobrarás interés ni en dinero ni en especie (vv. 35–37).

Versículos 39–55

Leyes concernientes a la esclavitud, destinadas a preservar el honor de la nación judía como pueblo libre y rescatado por el poder de Dios de la casa de esclavitud a la gloriosa libertad de los hijos de Dios, siendo Israel el primogénito. La ley era como sigue:

I. Que un israelita nativo nunca podía ser hecho esclavo a perpetuidad. Si había sido vendido por deudas, o por crimen, por el tribunal competente, había de servir durante seis años solamente, y salir al séptimo. Esto ya estaba establecido en Éxodo 21:2. Pero si él se había vendido a sí mismo a causa de extrema pobreza, no quedándole nada en absoluto para mantenerse con vida, y era de su propia nación aquél a quien se había vendido, en este caso se estipula aquí: 1. Que no *se le haga servir como esclavo* (v. 39), *ni sea vendido a manera de esclavo* (v. 42), sino que servirá a su hermano como *criado alquilado* (v. 40), de quien el amo sólo tiene el uso, no el dominio. Dios los había rescatado de Egipto y, por consiguiente, nunca debían estar expuestos a la venta como esclavos. 2. Que mientras servía como criado, no se le había de tratar con rigor, como los israelitas habían sido tratados en Egipto (v. 43). Su trabajo y sus servicios debían ser los que correspondían a un hijo de Abraham. 3. Que en el año del jubileo, *saldría libre, él y sus hijos consigo, y volvería a su familia* (v. 41). Durante los diez días anteriores al toque de trompeta para el jubileo, los criados que por él iban a ser exonerados de su servidumbre, expresaban su gran gozo haciendo fiesta y llevando guirnaldas en la cabeza.

II. Que podían comprar esclavos de las naciones gentiles que estaban en derredor de ellos, puesto que no tendrían que desprenderse de ellos el año del jubileo; más aún, podrían dejarlos en herencia a sus hijos (vv. 44–46).

III. Que si un israelita se vendía como siervo a un prosélito rico que vivía entre ellos, había que procurar que tuviese las mismas ventajas que si se hubiese vendido a un israelita, y en algunos aspectos, mayores. 1. Que no había de servir como esclavo, sino como criado alquilado. También podía marcharse libre el año del jubileo (v. 54). 2. Que tuviese además la ventaja de poder ser rescatado antes del año del jubileo (vv. 48, 49).

CAPÍTULO 26

Este capítulo es una solemne conclusión del conjunto más importante de las leyes levíticas. Los preceptos que figuran en este libro y en el que sigue, son repeticiones y explicaciones. El capítulo presente contiene una sanción general de todas aquellas leyes, con promesas de recompensa en caso de obedecer y con amenazas de castigo por desobediencia; las primeras actúan sobre la esperanza, las segundas sobre el miedo; esperanza y miedo son como las dos manecillas del alma, con las que se sujeta y se maneja.

Versículos 1–13

I. Se inculcan los preceptos que son la quintaesencia de las leyes levíticas y por los que se había de poner a prueba especialmente la obediencia de los israelitas (vv. 1–2). Son el compendio de los mandamientos segundo y cuarto. 1. La prohibición de hacer imágenes para adorarlas (v. 1). A la creencia en que hay un solo Dios, que todo lo hizo y todo lo gobierna, sigue inmediatamente el creer que Dios es Espíritu (Jn. 4:24). Espíritu infinito. Por consiguiente, representarlo en una imagen, obra de manos

humanas, sacralizar una imagen para confinarlo en ella, y adorarlo en una imagen inclinándose ante ella, es *cambiar su verdad en mentira y su gloria en vergüenza,* más que con ninguna otra cosa. 2. *Guardad mis sábados, y tened en reverencia mi santuario* (v. 2). Así como nada tiende a corromper la religión tanto como el uso de las imágenes para prácticas devotas, así también nada contribuye tanto a mantener la religión como guardar el día del Señor y tener reverencia al santuario donde se manifiesta especialmente su presencia. Esto forma parte importante del aspecto instrumental de la religión, mediante lo cual se guardan mejor los aspectos esenciales de la vida religiosa.

II. Se les anima grandemente a vivir en constante obediencia a todos los mandamientos de Dios. Los gobiernos humanos sancionan sus leyes con penas para los que las quebrantan; pero Dios desea ser conocido como el *galardonador de los que le buscan* y le sirven (He. 11:6). 1. Abundancia de frutos de la tierra. Antes de que acaben de trillar el grano que hayan recogido, estará presta la vendimia; y antes de que hayan acabado la vendimia, ya será tiempo de sembrar. La abundancia será tal, que tendrán que *poner fuera lo añejo* para darlo a los pobres, y así tener sitio en sus graneros *para guardar lo nuevo* (v. 10). 2. Habrá paz bajo la protección divina: *Habitaréis seguros en vuestra tierra* (v. 5); no sólo seguros, sino ciertos de su seguridad, se acostarán para descansar en el poder y la promesa de Dios, y no solamente no les hará daño nadie, sino que *ni aun habrá quien los espante* (v. 6). Dormir en paz es fruto de la confianza en Dios (Sal. 4:8). 3. Victorias y éxitos en las guerras que tengan que librar fuera, mientras que gozarán de paz y tranquilidad en su propio territorio (vv. 7–8). 4. El incremento numérico de la población: *Os haré crecer, y os multiplicaré* (v. 9, comp. Gn. 1:28). 5. El favor de Dios, que es el manantial de todos los bienes: *Yo me volveré a vosotros* (v. 9). Si el ojo de nuestra fe está puesto en Dios, el ojo de su favor estará puesto en nosotros. 6. Señales de su presencia en y por sus ordenanzas: *Pondré mi morada en medio de vosotros* (v. 11). 7. La gracia del pacto, como fuente y fundamento, dulzura y seguridad, de todas estas bendiciones: *Afirmaré mi pacto con vosotros* (v. 9). Si ellos cumplen con la parte que les corresponde en el pacto, no hay duda de que Dios cumplirá fielmente la suya. Todas las bendiciones del pacto están cimentadas y resumidas en la relación peculiar que el pacto ha establecido: Yo *seré vuestro Dios,* y *vosotros seréis mi pueblo* (v. 12). Esta relación peculiar ha surgido de la maravillosa redención que Dios les otorgó: Yo *Jehová vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto* (v. 13).

Versículos 14–39

Después de haber puesto delante de ellos la bendición, ahora Dios pone delante de ellos la maldición, la muerte y el mal que les harían sumamente desgraciados si eran desobedientes.

I. Cómo se describe el pecado que les acarrearía toda esa miseria. No serían pecados de ignorancia o debilidad; Dios había provisto sacrificios para ellos. Ni tampoco serían pecados de los que ellos estuviesen ya arrepentidos con propósitos de abandonarlos; sino pecados que cometiesen con presunción y en los que persistiesen con obstinación. Dos cosas habrían de acarrearles ciertamente esta ruina:

1. El desprecio de los mandamientos de Dios (v. 14). Se supone que su pecado habría de comenzar por mero descuido, negligencia y omisión. (A) *Desdeñando sus decretos* (v. 15), los deberes impuestos y la autoridad que los imponía, pensando así bajamente, tanto de la ley como del Legislador. (B) *Menospreciando mis estatutos,* con repugnancia y odio en sus almas. Los que se apartan de su mandamiento, se vuelven contra su mandamiento y se levantan en sus corazones contra su mandamiento. (C) *Invalidando mi pacto.* Cuando los hombres llegan a tal extremo de impiedad, que desprecian y odian el mandamiento de Dios, el próximo paso es desconocer a Dios y toda relación con Él. Quienes rechazan el precepto, terminarán renunciando al pacto.

2. El desprecio a los correctivos de Dios. La desobediencia del pueblo no habría sido destructiva, si no se hubiesen obstinado en ella con toda dureza de corazón y de cerviz sin abrirse al arrepentimiento a pesar de los métodos que Dios usó para traerlos al buen camino. De tres maneras se expresa esto: (A) *Si aun así no me oís* (vv. 18, 21, 27). (B) *Si seguís en vuestra rebeldía contra mí* (vv. 21, 23, 27). Todos los pecadores son rebeldes contra Dios, sus verdades, sus leyes, sus consejos; pero especialmente los que no quieren corregirse bajo los juicios de Dios. (C) *Si con estas cosas no os corregís* (v. 23). El objetivo de Dios al castigar es corregir dando a los hombres convicciones sensatas acerca de la maldad del pecado, y

obligándoles a acudir a Él en busca de alivio; ésta es su intención primordial; pero los que no quieren ser reformados por los juicios de Dios, han de esperar ser arruinados por los castigos de Dios.

II. Se describe bajo dos aspectos la miseria y la desgracia que el pecado les habría de acarrear:

1. Dios mismo estaría contra ellos y ésta es la raíz y causa de toda esa desgracia. *Si Dios está por nosotros* (Ro. 8:31), es la suprema seguridad; pero si Dios está contra nosotros, es la más completa ruina. Quienes rechazan a Dios, merecen ser rechazados por Él. Los que son obstinados e incorregibles, tras capear un fuerte temporal deben esperar otro más violento.

2. La creación entera guerreará contra ellos.

A) Se les amenaza con castigos temporales: (a) Enfermedades del cuerpo, que se harán epidémicas. (b) Hambre y escasez de pan. (c) Sus hombres escogidos caerán en la batalla, y *los que os aborrecen se enseñorearán de vosotros* (v. 17), y justamente, puesto que no queréis que el Dios que os ha amado reine sobre vosotros (2 Cr. 12:8). (d) Bestias feroces, leones, osos y lobos se multiplicarán entre vosotros. (e) La cautividad o la deportación y la dispersión del pueblo: *Os esparciré entre las naciones* (v. 33), *en la tierra de vuestros enemigos* (v. 34). Jamás ningún pueblo estuvo tan unido y tan corporativamente organizado como ellos; pero, por su pecado, Dios los habría de dispersar, de modo que andarían perdidos entre los gentiles, de los que Dios los había distinguido y separado benignamente, pero con los que se habían mezclado en sus maldades y prácticas abominables. (f) La ruina total y la desolación de su tierra, tan terrible y extraordinaria que sus propios enemigos, que habían contribuido a ella, se quedarían pasmados ante ella (v. 32). *Primeramente, sus* ciudades quedarán desiertas (v. 31). *En segundo lugar, sus* santuarios serán asolados. *Tercero,* la tierra misma quedará abandonada, sin que nadie la cultive (vv. 34, 35). (g) La destrucción de sus ídolos: *Destruiré vuestros lugares altos* (v. 30). Los que no abandonan sus pecados a la vista de los mandamientos de Dios, tendrán que abandonarlos como consecuencia de los juicios de Dios; ya que ellos no querían destruir sus lugares altos, Dios mismo los destruirá.

B) Se les amenaza con juicios espirituales. Éstos harán presa en sus mentes; porque quien hizo la mente del hombre, puede, cuando le place, hacer que su espada llegue hasta la mente. Se les amenaza aquí con que: (a) No serían aceptados por Dios: *No oleré la fragancia de vuestro suave perfume* (v. 31). (b) No tendrían valor cuando saliesen a la guerra, sino que estarían completamente desalentados y descorazonados. (c) Que habían de languidecer sin esperanza del perdón de sus pecados (v. 39).

Versículos 40–46

El capítulo concluye con la promesa benévola de que Dios les devolvería su favor si se arrepentían, para que no se consumiesen de pena (a no ser que ellos se empeñaran en eso con sus pecados). Por mala que fuese la situación, aún había remedio. ¡Todavía hay esperanza para Israel!

I. Se describen los pasos del arrepentimiento que les habría de disponer para el ejercicio de la misericordia divina en el perdón de sus pecados (vv. 40–41). Estos pasos serían tres: 1. Confesión, por la cual debían dar gloria a Dios, y avergonzarse de sí mismos. Al confesar sus pecados, debían considerarlos en su aspecto más repugnante, como es *andar oponiéndose contra Dios* (v. 40). 2. Un santo pesar por el pecado: *Se humillará su corazón incircunciso* (v. 41). Un corazón impenitente, incrédulo y no humillado es llamado *incircunciso,* como corazón de un gentil que es extranjero para Dios, más bien que el corazón de un israelita que tiene pacto con Él. La verdadera circuncisión es *la del corazón* (Ro. 2:29), sin la cual la circuncisión de la carne no sirve para nada (Jer. 9:26). Un corazón humilde bajo una Providencia que humilla prepara el camino de la liberación y del verdadero consuelo y bienestar. 3. Sumisión a la justicia de Dios en todos sus caminos: *Se someterán al castigo de sus iniquidades* (v. 43), ya que *reconocerán su pecado* (v. 41). Estarán arrepentidos de veras cuando justifiquen a Dios y se condenen a sí mismos. «Convertirse—venía a decir Agustín de Hipona—es ponerse en línea con Dios. Dios aborrece el pecado; si tú amas el pecado, vas en contra de Dios; pero si aborreces el pecado, te pones en línea con Dios. Dios te acusa; si tú te excusas, vas contra Dios; pero si tú te acusas, te pones en línea con Dios.»

II. Se describe la misericordia que obtendrán si se arrepienten. 1. No serán abandonados: *Yo no los desecharé, ni los abominaré para consumirlos* (v. 44). Habla Dios como un tierno Padre que no puede sufrir en su corazón el desheredar a un hijo que le ha provocado gravemente. 2. Los recordará para bien:

Me acordaré de mi pacto … y haré memoria de la tierra (v. 42); *me acordaré de ellos por el pacto antiguo* (v. 45). Se dice que Dios *recuerda el pacto* cuando cumple las promesas del pacto, llevado únicamente por su fidelidad. Tres veces se repite el vocablo «pacto», para dar a entender que Dios se acuerda siempre de él y quiere que nosotros nos acordemos también de él. Cuando los que han caminado en contra de Dios por el camino del pecado se vuelven a Él con su sincero arrepentimiento, aunque Él ha tenido que caminar en contra de ellos por el camino del juicio, se volverá hacia ellos por el camino de una misericordia especial, en virtud del pacto de la redención y de la gracia. Nadie está tan presto a arrepentirse como Dios lo está para perdonar, en Cristo, que nos es dado por pacto, al arrepentido.

CAPÍTULO 27

El Levítico se concluye, como se empezó, con un capítulo concerniente a normas sobre el santuario. Este capítulo trata de las contribuciones voluntarias para el sostenimiento del santuario tales ofrendas; son la expresión sincera de la devoción a la casa de Dios.

Versículos 1–13

Esto es parte de la ley concerniente a los votos personales, no comunes, en los que, aunque Dios no insistía expresamente para que se emitiesen, se compadecía si se ajustaban debidamente a los preceptos generales.

I. Se presenta el caso de personas ofrecidas a Dios por un voto especial (v. 2). Si un hombre se consagraba a sí mismo, o a un hijo, al servicio del tabernáculo, para ser empleado allí en oficios inferiores, como barrer el suelo, sacar las cenizas, hacer recados, o cosas semejantes, tal persona será consagrada *a Jehová,* lo cual da a entender que «Dios aceptará benignamente su buena voluntad»: *Bien has hecho en haber tenido esto en tu corazón* (2 Cr. 6:8). Pero, comoquiera que muchos no tenían oportunidad de cumplir su voto de servir así al tabernáculo, al haber una tribu entera dedicada a tal servicio, los que habían sido ofrecidos de esta manera habían de ser redimidos, y el dinero que se pagaba por su rescate se empleaba en la reparación del santuario, y otros usos en el mismo, como se ve por 2 Reyes 12:14, donde se llama a este dinero (según lectura alternativa del texto), el *dinero de las almas de su estima.* Se establece para ello una tabla o rollo de proporciones numéricas, como tarifa a la que habían de ajustarse los sacerdotes al hacer la valoración de las personas. Los pobres han de ser estimados según sus posibilidades (v. 8). Deben pagar algo, para que aprendan a no ser precipitados en sus ofrecimientos a Dios; pero no más de lo que puedan, de forma que, en su celo, no se arruinen a sí mismos y a sus familias.

II. Después se expone el caso de animales ofrecidos a Dios.

Versículos 14–25

Ley concerniente a fincas, rústicas o urbanas, dedicadas al servicio de Dios por voto particular.

I. Si un hombre, en su celo por el honor de Dios, *dedica su casa consagrándola a Jehová* (v. 14), la casa debe ser valorada por el sacerdote, y el dinero producto de la venta será empleado para uso del santuario, que de esta manera se fue enriqueciendo grandemente con las cosas *dedicadas* (1 R. 15:15). Si el dueño de la cosa dedicada llegaba a pensar en rescatarla, podía hacerlo, pero en este caso tenía que añadir una quinta parte del precio estimado, porque debió haberlo pensado antes de hacer el voto de dedicarla (v. 15).

II. Si un hombre quería consagrar al Señor una parte de sus tierras, para que fuese empleada en usos piadosos, debía establecerse una diferencia entre la hacienda que pertenecía al donante por herencia, y la que había obtenido por compra; según fuese el caso, era también la valoración.

Versículos 26–34

I. Se establece que nadie se atreva a tomar a la ligera esto de consagrar a Dios cosas o personas, como para consagrarle ningún primogénito, porque los primogénitos ya eran de Dios por ley (v. 26).

II. Se establece cuidadosamente una distinción entre cosas y personas *dedicadas y* cosas o personas *santificadas.* Una mera presentación en el tabernáculo o en el Templo, servía para *santificar;* pero una dedicación tenía efectos irrevocables. Así, pues: 1. Las cosas dedicadas a Dios eran *cosas santísimas para Jehová;* no podían rescatarse ni enajenarse (v. 28). 2. Las personas dedicadas a Dios como *anatema, indefectiblemente habían de ser muertas* (v. 29). Esto se refiere a las sentencias judiciales dictadas por las legítimas autoridades contra malhechores tales como los blasfemos (24:16) y los idólatras (Éx. 22:19). Nadie más tenía autoridad para hacer esta *dedicación,* que equivalía a una *condenación.*

III. Ley concerniente a los diezmos, que pagaban para el servicio de Dios antes de ser promulgada la Ley como se ve por el pago que hizo de ellos Abraham (Gn. 14:20) y la promesa que hizo de ellos Jacob (Gn. 28:22). Aquí se establece que habían de pagar diezmo de todo aquello en que el fruto se multiplicase, como era el caso del trigo, de la fruta y del ganado (vv. 30–32). Se nos enseña en general a *honrar a Jehová con nuestros bienes* (Pr. 3:9), y en particular a mantener a sus ministros y estar prestos así a *hacerles partícipes de toda cosa buena* (Gá. 6:6, comp. con 1 Co. 9:11). Y no hay manera más fácil y equitativa de hacerlo, proporcionalmente a lo que Dios nos haya prosperado, que con esto de los diezmos.

IV. El último versículo parece hacer referencia a todo este libro del Levítico, del que parece un compendio y una conclusión: *Estos son los mandamientos que ordenó Jehová a Moisés para los hijos de Israel, en el monte Sinaí* (v. 34). Muchos de estos mandamientos son de orden moral y tienen perpetua vigencia, aunque para los creyentes están englobados y superados en la ley del amor, que es el mandamiento nuevo (Jn. 13:34); otros, que eran ceremoniales y peculiares de la economía judía, tienen, no obstante, un sentido espiritual, y son instructivos para nosotros que estamos equipados con una clave que nos introduce en los misterios que contienen. Respecto de todo ello, tenemos muchos motivos para bendecir a Dios por no haber tenido que *acercarnos al monte que se podía palpar* (He. 12:18). 1. Gracias a Dios, ya no estamos bajo las oscuras sombras de la Ley, sino que disfrutamos de la clara luz del Evangelio, que nos muestra a *Cristo el fin de la Ley para justicia* (Ro. 10:4). La doctrina de nuestra reconciliación con Dios por medio de un Mediador, no está nublada con el humo de los holocaustos, sino clarificada con el *conocimiento de Cristo, y éste crucificado* (1 Co. 2:2). 2. Gracias a Dios, ya no estamos bajo el pesado yugo de la Ley y de sus *prescripciones carnales,* como se las llama en Hebreos 9:10, *impuestas hasta el tiempo de reformar las cosas; un yugo que ni sus padres ni ellos pudieron llevar* (Hch. 15:10), sino bajo las instituciones suaves y fáciles del Evangelio que declara ser *verdaderos adoradores los que adoran al Padre en espíritu y en verdad* (Jn. 4:23–24), por Cristo y en su nombre, ya que Él es nuestro sacerdote, templo, altar, sacrificio, purificación, y todas las cosas. Así, *que, hermanos teniendo entera libertad para entrar en el Lugar Santo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que Él abrió para nosotros a través del velo, esto es, de su carne …, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe (He. 10:19–20, 22), rindiendo culto a Dios con santa alegría y humilde confianza, diciendo: ¡BENDITO SEA DIOS POR NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO!*

NÚMEROS

El cuarto libro del Pentateuco, y de la Biblia, lleva este título por la repetida mención que en él se hace del número de los hijos de Israel. La mayor parte de este libro está dedicada a narrar las vicisitudes de los israelitas en su vagar por el desierto de una parte a otra desde el pie del monte Sinaí hasta que, treinta y ocho años más tarde, estuvieron para entrar en la Tierra Prometida. Es una mezcla de episodios históricos y de leyes, que muestran la fidelidad de Dios al proteger a su pueblo en los momentos de apuro, así como la severidad de los juicios divinos contra la rebelión y la apostasía.

CAPÍTULO 1

Dios manda a Moisés hacer el recuento de todos los varones de veinte años para arriba, es decir, todos los hombres en edad militar, por tribus, familias y cabezas; lo cual era muy conveniente, ya que aquel numeroso pueblo (603.550 varones mayores de 20 años) iba a emprender su errabundo caminar por el desierto.

Versículos 1–16

I. Dios encarga aquí a Moisés la comisión de censar al pueblo de Israel. Siglos después, David pagó muy caro hacer esto mismo sin haber recibido para ello ninguna comisión de parte de Dios.

1. La fecha de esta comisión (v. 1). (A) El lugar: Se da en la corte de Dios, en el *desierto de Sinaí,* desde su palacio real, *en el tabernáculo de reunión.* (B) El tiempo: *en el segundo año de su salida de la tierra de Egipto;* podríamos llamarlo el segundo año de su reinado. Las leyes del Levítico fueron dadas en el primer mes de ese año; estas otras órdenes fueron dadas al comienzo del segundo mes.

2. Las órdenes dadas para su ejecución (vv. 2–3). (A) Sólo habían de ser contados los varones; y, de ellos, sólo los que fuesen aptos para la guerra. (B) No habían de entrar en el recuento quienes por la edad, debilidad corporal, ceguera, cojera o cualquier enfermedad crónica, no fuesen aptos para la milicia. (C) El recuento había de hacerse *por sus familias,* para saber, no sólo cuántos eran y cómo se llamaban, sino de qué tribu y familia e, *incluso, por las casas de sus padres.* En términos militares, podríamos decir que para saber a qué regimiento, batallón, compañía, etc., pertenecía cada uno, a fin de que ellos supieran el lugar que les correspondía, y el gobierno supiese dónde encontrarles. Ya se había hecho el recuento seis meses antes (Éx. 38:25–26), cuando el censo se hizo para que cada uno pagase la cuota correspondiente para el servicio del tabernáculo. Pero parece ser que entonces no fueron censados *por las casas de sus padres,* como se hace ahora.

3. Se comisiona a varias personas para la ejecución de este trabajo. Moisés y Aarón habían de presidir la operación (v. 3), y habían de asistirles en ello un hombre por cada tribu, *cada uno jefe de la casa de sus padres* y, por tanto, que fuese de renombre en la tribu respectiva y se pudiese suponer que la conocía bien.

II. ¿Por qué se ordenó hacer este recuento y dejarlo consignado por escrito? Por varias razones. 1. Para mostrar el cumplimiento de la promesa hecha a Abraham, de que Dios multiplicaría su descendencia extraordinariamente (Gn. 13:16), promesa que fue renovada a Jacob (Gn. 28:14). 2. Para insinuar el cuidado singular con que Dios mismo iba a guiar y proteger a su pueblo Israel. Dios es llamado el *Pastor de Israel* (Sal. 80:1). Ahora bien, los pastores siempre llevan la cuenta del número de sus ovejas y las entregan a sus subalternos dándoles cuenta de dicho número, a fin de que sepan cuándo les falta alguna; de un modo semejante, lleva Dios la cuenta de los suyos. 3. Para establecer diferencia entre los genuinos israelitas y la gran multitud de toda clase de gentes que había entre ellos; sólo se hizo recuento de los israelitas. 4. Para su mejor distribución en distintos grupos o distritos, a fin de facilitar la administración de la justicia y organizar la marcha a través del desierto.

Versículos 17–43

Rápida ejecución de las órdenes dadas para el recuento del pueblo. Se comenzó el mismo día que había sido ordenado: *El día primero del mes segundo* (v. 18, comp. con v. 1).

Sobre los detalles aquí registrados, podemos observar: 1. Que los números están registrados en palabras, no en cifras, en cada tribu se repite, para dar más ceremonia y solemnidad al recuento, que fueron contados *por su descendencia, por sus familias, según las casas de sus padres, conforme a la cuenta de sus nombres.* Así, cada uno podía conocer quiénes eran sus parientes próximos, dato importante para el cumplimiento de algunas leyes que ya hemos visto. 2. Que todos los números terminan en centenas, excepto Gad que acaba en cincuenta (v. 25); ninguna cuenta desciende a unidades ni decenas. 3. Que Judá es la tribu más numerosa de todas, más del doble que la de Benjamín y que la de Manasés, y casi 12.000 más que ninguna otra tribu (v. 27). Era a Judá a quien *sus hermanos habían de alabar* (Gn.

49:8), porque de él había de descender el Mesías, a quien le estaría reservado el cetro. Judá era la tribu que había de ocupar la vanguardia en la marcha por el desierto y, por eso, estaba equipada de mayor fuerza que cualquier otra tribu.

Versículos 44–46

Resultado de la suma total al final del recuento; como ya hemos dicho, eran 603.550 varones hábiles para la guerra. Hay quienes piensan que, al hacer el recuento seis meses antes (Éx. 38:26) los levitas fueron contados con ellos, pero ahora que la tribu había sido separada para el servicio de Dios, había ya otros tantos que tenían cumplidos los veinte años, hasta el punto de permanecer todavía, sin contar los levitas, el mismo número, lo que mostraría, llevado al sentido espiritual, que, por mucho que sea aquello de lo que nos desprendamos para entregarlo al Señor, consagrándolo a su honor y servicio, siempre obtendremos de Dios una cumplida compensación. Otros sugieren, con mucha más probabilidad, que el recuento registrado en Éxodo 38:26 es el mismo de aquí. La tribu de Leví, con *22.000 varones de un mes arriba* (3:39), no figuran en la cuenta, porque, como dice un escritor judío, «ellos constituían la Legión del Rey Divino y, por ello, merecían disfrutar de la distinción de un censo aparte».

Versículos 47–54

Con sumo cuidado se distingue aquí a la tribu de Leví del resto de las tribus, pues dicha tribu ya se había distinguido a sí misma en el episodio del becerro de oro (Éx. 32:26). Nótese que Dios premia con singulares honores los servicios singulares.

I. Fueron los levitas quienes tuvieron el honor de ser hechos los custodios de las cosas espirituales; a ellos fue encomendado el cuidado del tabernáculo y de sus tesoros, tanto cuando acampaban como cuando marchaban. 1. Cuando se trasladaban de un lugar a otro, eran los levitas quienes desmontaban el tabernáculo y lo transportaban con todas las pertenencias del mismo, y ellos eran también quienes lo montaban de nuevo en el lugar designado (vv. 50–51). En honor de las cosas santas, a nadie le estaba permitido verlas ni tocarlas, sino sólo a los que habían sido llamados por Dios para su servicio. 2. Cuando se detenían en algún lugar, los levitas *habían de acampar alrededor del tabernáculo* (vv. 50, 53), para que estuviesen cerca de su trabajo, atentos a su cometido peculiar, siempre prestos para el servicio y para ser guardianes del tabernáculo, a fin de preservarlo del pillaje o de la profanación.

II. Un nuevo honor era para los levitas el que, así como Israel, siendo una nación santa, no era contada entre las naciones así también ellos, al ser una tribu santa, no eran contados entre los demás israelitas, sino en censo aparte (v. 49).

CAPÍTULO 2

En este capítulo, tenemos la disposición de las tribus de Israel en el campamento, según orden del mismo Dios.

Versículos 1–2

Dios señala en general el modo como las tribus de Israel habían de acampar cuando se detenían y de marchar cuando se trasladaban. 1. Todos moraban en tiendas de campaña y, cuando se ponían en marcha, todos ellos transportaban consigo sus tiendas. 2. Los de cada tribu habían de acampar juntos, *cada uno junto a su bandera* (v. 2). Quienes son parientes por lazos de sangre deben tratarse y ayudarse en la medida de lo posible y los lazos de la sangre deben mejorarse y sublimarse para fortalecer los lazos de la comunión cristiana. 3. Cada uno debe conocer su puesto y echar raíces en él. 4. Cada tribu tenía su bandera, estandarte o enseña, y parece ser que cada familia tenía alguna enseña particular de su casa paterna. No se sabe con certeza cómo se distinguían entre sí estos estandartes. Hay quienes opinan que el

estandartae de cada tribu era del mismo color que la piedra preciosa en que estaba inscrito el nombre de la tribu respectiva en el efod del sumo sacerdote. Según el Talmud, en la enseña de cada tribu figuraba un emblema pictórico; así, en la de Judá figuraba un león; en la de Rubén, un hombre; en la de José (Efraín), un buey; y en la de Dan, un águila, con lo que los animales de la visión de Ezequiel corresponderían a los de estas enseñas. 5. Habían de acampar en torno al tabernáculo, el cual había de estar en medio de ellos, lo que simbolizaba la unidad del pueblo en torno a la presencia de su Dios, de la misma manera que la tienda o pabellón del general en jefe en medio de su ejército. De este modo, podían custodiar y defender el tabernáculo y a los levitas desde los cuatro puntos cardinales. 6. Sin embargo, debían acampar a cierta distancia del tabernáculo, por reverencia al santuario. Se supone (por Jos. 3:4) que la distancia entre la parte más cercana del campamento y el tabernáculo era de unos 850 metros.

Versículos 3–34

Distribución en detalle de las doce tribus en cuatro escuadrones, de tres tribus cada uno; una de las tribus estaba al frente de las otras dos como guía. 1. Dios mismo les señaló su sitio, para evitar la contienda y la envidia entre ellas. Si Dios, en los planes de su sabia providencia, levanta a otros por encima de nosotros debemos estar contentos con el puesto que nos asigne y con el modo como lo haga, tanto como lo estaban las distintas tribus de Israel con el sitio que Dios mismo les asignó. Y si el lugar queda a nuestra elección, debemos seguir la norma que nuestro Salvador nos dio en Lucas 14:8: *No te sientes en el primer lugar;* y también en Mateo 20:27: *El que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro siervo* (lit. esclavo). Los que son los más humildes y serviciales, son en realidad los más honorables. 2. Cada tribu tenía un jefe o capitán, a quien Dios mismo había nombrado, y que era el mismo que había sido designado para hacer el recuento de la tribu respectiva (1:5). La mayoría de ellos tenían nombres en cuya composición entraba el vocablo *El* = Dios; *Natanael,* Dios ha dado; *Eliab,* mi Dios es Padre, *Elisur, mi* Dios es roca; *Selumiel,* en paz con Dios (mi paz es Dios o mi amigo es Dios); *Eliasaf,* Dios ha añadido; *Elisamá,* mi Dios ha oído; *Gamaliel,* Dios es mi recompensa; *Pagiel,* mi suerte (lote) es Dios. 3. Bajo cada bandera estaban las tribus más afines entre sí: Judá, Isacar y Zabulón eran los tres hijos más jóvenes de Lea y, por eso, estaban juntos los tres. Isacar y Zabulón no sentirían repugnancia de estar bajo Judá, pues eran más jóvenes que él. Rubén y Simeón no habrían estado a gusto en el puesto de ellos. Por consiguiente, Rubén, el hijo mayor de Jacob, es puesto como jefe del siguiente escuadrón; sin duda que Simeón, más joven que él, no tendría inconveniente en estar bajo él, y Gad, el hijo de Zilpa, la sierva de Lea, les hace compañía en lugar de Leví. Efraín, Manasés y Benjamín son los tres descendientes de Raquel. Dan, el hijo mayor de Bilha, está a la cabeza de otras tribus, a pesar de ser hijo de una concubina, para dar mayor honor a la que había hasta entonces carecido de hijos; y como Dan significa *juicio,* de él dijo Jacob: *Dan juzgará a su pueblo* (Gn. 49:16); a él le fueron añadidos los dos hijos menores de las concubinas. Así de preciso fue el orden en que las tribus fueron colocadas. 4. La tribu de Judá estaba en el primer puesto de honor, acampada mirando al sol naciente y ocupando la vanguardia en las marchas, no sólo por ser la tribu más numerosa, sino principalmente porque de esta tribu había de surgir el Mesías. Judá fue el primero de los hijos de Jacob que recibió bendición de su moribundo padre. Al ser, pues, el primero en la bendición, aunque no en el nacimiento, es puesto el primero, para enseñar a los hijos el aprecio que han de tener a las bendiciones paternas y la diligencia con que han de procurar agradarles. 5. La tribu de Leví acampaba la más cercana al tabernáculo y en torno de él dentro del resto de las tribus (v. 17). Ellos debían defender el santuario así como el resto de las tribus debían defenderlos a ellos. Los poderes civiles deben proteger los intereses religiosos de una nación para que exista completa libertad en la proclamación del Evangelio y en la enseñanza de la Palabra de Dios. 6. El campamento de Dan, aunque situado al lado izquierdo cuando acampaban, tenía orden de marchar a la retaguardia cuando se trasladaban de una parte a otra (v. 31). Siendo la tribu más numerosa después de la de Judá, se le asignaba un lugar que, después del de la vanguardia, requería la mayor fuerza.

CAPÍTULO 3

Este capítulo y el siguiente detallan los deberes de los levitas, tribu aparte de las demás, y las tareas de los tres clanes de la tribu.

Versículos 1–13

I. La familia de Aarón es confirmada en el oficio sacerdotal (v. 10). Ya habían sido llamados anteriormente a este oficio y consagrados para él; aquí se les instituye *para ejercer su sacerdocio.* El Apóstol alude a esto cuando dice de los dones: *Si de servicio, en servir* (Ro. 12:7). El oficio del ministerio requiere constante asistencia y gran diligencia; tiene tantas y tan variadas oportunidades y, a la vez, son tan pasajeras las ocasiones favorables, que es preciso estar alerta para aprovecharlas. *El extraño que se acerque, morirá* (v. 10); lo cual prohíbe a cualquier persona entremeterse en el oficio sacerdotal, nadie debe acercarse a ministrar, sino sólo Aarón y sus hijos; todos los demás son extraños. Esto impone a los sacerdotes como guardianes de la casa de Dios la responsabilidad de cuidar que no se acerque nadie a quien le esté prohibido por la ley.

II. Se nos refieren los nombres de los hijos de Aarón, que ya se han mencionado anteriormente. Los dos más jóvenes, *Eleazar e Itamar, ejercieron el sacerdocio delante de Aarón su padre* (v. 4). Se mantuvieron bajo la mirada de su padre, y recibieron de él instrucciones en todo lo que hacían porque probablemente Nadab y Biú estaban fuera de la vigilancia de su padre cuando ofrecieron fuego extraño.

III. Se hace concesión a los levitas de asistir a los sacerdotes en su trabajo: *Darás los levitas a Aarón y a sus hijos* (v. 9). Aarón había de tener sobre los hombres de la tribu de Leví mucha más autoridad y mayor poder que los que tenían los demás jefes sobre sus tribus respectivas. 1. El servicio al que estaban destinados los levitas: Servir al sumo sacerdote Aarón y desempeñar el encargo que éste les hiciese (vv. 6–7). Los levitas mataban las víctimas para el sacrificio, y así los sacerdotes sólo necesitaban rociar la sangre y quemar la gordura, en lo cual, juntamente con el resto del aderezo de las víctimas, consistía la *inmolación* y la *oblación* del sacrificio. Esto reviste enorme importancia para entender la obra de nuestro gran Sumo Sacerdote, Jesucristo, quien, siendo la víctima de su propio sacrificio, no se mató a sí mismo pero *se inmoló* a sí mismo, derramando voluntariamente toda su sangre en la Cruz. En cuanto a los perfumes, los levitas preparaban el incienso, y los sacerdotes lo quemaban. Los levitas tenían que desempeñar el encargo, no sólo de Aarón, sino también de toda la congregación. 2. La razón por la cual los levitas servían en el tabernáculo: *eran tomados en lugar de todos los primogénitos* (v. 12).

Versículos 14–39

Al ser concedidos los levitas a Aarón para que le sirviesen, se le dan con sus propios nombres, para que sepa quiénes tiene y cómo emplearlos de acuerdo con las aptitudes de cada uno.

I. Norma por la que eran contados: *Todos los varones de un mes arriba* (v. 15). En las demás tribus eran contados de veinte años para arriba, y de ellos, sólo los que eran aptos para la guerra; pero en el número de los levitas entraban los niños y los débiles; al estar exentos de la milicia, no se hacía hincapié en que tuviesen más edad o fuesen más fuertes. Aunque después vemos que sólo un poco más de la tercera parte de los levitas (unos 8.000 de un total de 22.000), eran empleados en el servicio del tabernáculo Dios quería tenerlos contados a todos como reservistas en su familia. Ello nos da a entender que no todos son aptos para servicios de fuerza y de especiales conocimientos, pero todos los hijos de Dios son aptos para servirle y consagrarle por entero su vida.

II. Estaban distribuidos en tres clases, de acuerdo con el número de los hijos de Leví: Gersón, Coat y Merarí; estas tres clases estaban, a su vez, subdivididas en varias familias (vv. 17–20).

1. Respecto a cada una de estas tres clases tenemos una relación: (A) De su número. (B) De su lugar en tornó al tabernáculo al que habían de servir. Los descendientes de Gersón acampaban detrás del tabernáculo, miraban al occidente (v. 23). Los de Coat, a la derecha, miraban hacia el sur (v. 29). Los de Merarí, a la izquierda, miraban al norte (v. 35). Y, para completar el cuadro, Moisés y Aarón, con los sacerdotes, acampaban al frente, hacia el oriente (v. 38). (C) Así como cada clase tenía su propio puesto,

también tenía su jefe. (D) Cuando el pueblo se ponía en marcha, los gersonitas tenían a su cargo la custodia y el transporte de todas las cortinas, de las cubiertas y de las cuerdas (vv. 25–26); los coatitas, de todo el mueblaje del santuario: el Arca, el altar, la mesa, etc. (vv. 31–32), y los meraritas, lo más pesado, como las barras, las columnas, las tablas, etc. (vv. 36–37).

2. (A) Los de Coat, aunque eran de la segunda casa, eran preferidos a los de la primera, que eran los de Gersón. Además de que Aarón y los demás sacerdotes eran de la familia de Coat, eran también más numerosos, y su puesto y cometido eran más honorables, lo cual fue establecido de esta manera por Dios para honrar a Moisés, que era de esa familia. (B) Los descendientes de Moisés no gozaron de ningún privilegio o dignidad especiales, sino que quedaron al nivel común de los demás levitas.

III La suma total de los varones de esta tribu. Fueron computados en total 22.000 (v. 39). Fácilmente se puede observar que la tribu de Leví era con mucho la menos numerosa de todas las tribus de Israel.

Versículos 40–51

Sustitución de los primogénitos por los levitas. 1. Los primogénitos eran contados de un mes arriba (vv. 42–43). El obispo Patrick opina con toda decisión que sólo fueron contados los que habían nacido desde la salida de Egipto, cuando fueron santificados los primogénitos (Éx. 13:2). La mejor solución es que el número de 22.273 primogénitos—número muy corto, comparado con el total de varones—se refiere únicamente a los primogénitos por debajo de veinte años al tiempo de hacer el censo, pues la ley no tenía fuerza retroactiva como para incluir a los que ya eran para entonces padres o abuelos. 2. El pequeño número de excedentes (273) sobre el número de los levitas, habían de ser redimidos independientemente *a cinco siclos por cabeza* (v. 47), y el dinero del rescate se dio a Aarón porque no estaba bien que fuesen añadidos a los levitas. 3. Se habrá notado que la suma total de levitas (v. 39) es inferior en 300 al número que resulta sumando los de las tres familias (vv. 22, 28, 34). El Talmud explica esta discrepancia y dice que la cifra de 300 corresponde a los primogénitos de los propios levitas y que, por lo tanto, no eran aptos para rescatar a los primogénitos de las otras tribus. 4. A primera vista el número total de los que acampaban en la península del Sinaí era enorme, pues puede calcularse en unos dos millones, pero es menester observar dos factores que facilitaban el sustento de tal multitud en el desierto: (A) Todos éstos fueron sustentados milagrosamente por Dios hasta que llegaron a Canaán. (B) «Desierto» no significa terreno estéril y no cultivado, sino simplemente no habitado, aunque podía ser fértil. Recientes investigaciones historicogeográficas han demostrado que esta región disfrutaba de abundantes lluvias y era en tiempos del Éxodo mucho más fértil de lo que es ahora.

CAPÍTULO 4

Así como en el capítulo precedente veíamos el recuento general de la tribu de Leví, en éste se nos refiere el recuento de los que tenían entre los treinta y los cincuenta años de edad, para que fuesen los primeros en comenzar su servicio en el tabernáculo.

Versículos 1–20

Nuevo recuento dentro de la tribu de Leví. Así como la tribu había sido tomada de entre las demás tribus de Israel para el servicio especial de Dios, así ahora se toman los hombres de mediana edad de la tribu, del resto de los demás, para ser los primeros en emplearse en el servicio del santuario.

I. Quiénes fueron tomados en este número. Todos los varones de treinta a cincuenta años. El servicio de Dios requiere lo mejor de nuestras fuerzas, y las primicias de nuestro tiempo, que no puede ser mejor empleado que en honor de Aquél que es el primero y el mejor. Y un hombre puede ser un buen soldado mucho antes que pueda ser un buen ministro.

1. No se les había de emplear hasta que tuviesen treinta años. Entraban como aprendices a los veinticinco años (8:24), y en tiempo de David, cuando había más trabajo que hacer, a los veinte (1 Cr.

23:24; Esd. 3:8); pero tenían que estar por cinco años aprendiendo y esperando, y haciéndose así aptos para el servicio; en tiempo de David, tenían diez años de aprendizaje, desde los veinte hasta los treinta. Juan el Bautista comenzó su ministerio público a los treinta años de edad y lo mismo hizo el Señor Jesucristo. Esto nos da dos buenas normas: (A) Que los ministros no deben ser neófitos (1 Ti. 3:6). Es una tarea que requiere madurez de juicio y estabilidad emocional. (B) Que deben aprender antes de ponerse a enseñar, y servir antes de mandar, y *sean sometidos a prueba primero* (1 Ti. 3:10).

2. Eran descargados a los cincuenta años de la parte más fatigosa del servicio, especialmente de tener que transportar el tabernáculo.

II. Cómo se describe su trabajo. Se dice de ellos que *entran en compañía* (v. 3); el hebreo dice literalmente: que *entran en la milicia para trabajar en el tabernáculo.* Quienes entran en el ministerio deben considerarse a sí mismos como ingresados en la *milicia* y demostrar que son *buenos soldados* (2 Ti. 2:3). En cuanto a los hijos de Coat en particular:

1. El servicio que se les encomendaba en los traslados que era desmontar el tabernáculo. Después, cuando el tabernáculo estaba ya montado, tenían asignada otra clase de trabajo; pero el trabajo de este día es el que se describe aquí. En los traslados, los hijos de Coat tenían a su cargo el transporte de todas las cosas santas del tabernáculo. (A) Aarón y sus hijos, los sacerdotes, tenían que recoger las cosas que los levitas de Coat habían de transportar, según las instrucciones que aquí se dan (vv. 5 y ss.). (B) Todas las cosas santas habían de ser cubiertas: el Arca y la mesa, con tres cubiertas; el resto, con dos. Incluso las cenizas del altar, en el que el fuego santo había de ser cuidadosamente preservado y recogido, debían estar cubiertas con un paño de púrpura (v. 13). También el altar de bronce, aunque estaba a la vista de todos en el atrio del santuario, era cubierto para su transporte. Esto era símbolo de la oscuridad de aquella dispensación. Lo que ahora ha sido sacado a la luz por el Evangelio, y revelado a los niños pequeños, estaba entonces oculto a los ojos de los sabios y prudentes. Veían la sombra, las cubiertas, no las realidades mismas de las cosas santas (He. 10:1); pero ahora Cristo ha destruido ya *la cubierta y el velo* (Is. 25:7). (C) Cuando todas las cosas santas estaban cubiertas, los levitas de Coat las transportaban a hombros.

2. Eleazar, que era ahora el hijo mayor de Aarón, es nombrado supervisor de los coatitas en este servicio (v. 16).

3. Hay que tomar las más serias precauciones para preservar la vida de estos levitas, impidiendo que se acerquen irreverentemente a las cosas más santas: *No haréis que perezca la tribu de las familias de Coat de entre los levitas* (v. 18). (A) Los levitas de Coat no debían ver las cosas santas hasta que los sacerdotes las hubiesen cubierto (v. 20). Y, (B) una vez que las cosas santas estuviesen cubiertas, no debían tocarlas (al menos, no el Arca), bajo pena de muerte (v. 15). Así eran sometidos al miedo los ministros mismos del Señor, pues era una dispensación de terror, lo mismo que de oscuridad; pero ahora, por la obra de Cristo, el caso es muy otro; Juan pudo decir: *Lo que hemos visto con nuestros ojos … y palparon nuestras manos del Verbo de vida* (1 Jn. 1:1), y a todos se nos anima a *acercarnos confiadamente al trono de la gracia* (He. 4:16).

Versículos 21–33

La tarea encomendada a los levitas de las otras dos familias, la cual, aunque no era tan honorable como la de los hijos de Coat, era también necesaria, y había de ser realizada con toda regularidad. 1. A los de la familia de Gersón les fue encomendado transportar todas las cortinas y cubiertas, etc. (vv. 22–26). 2. A los de la familia de Merarí se les encomendó el transporte de las cosas de mayor peso, como las tablas del tabernáculo, las columnas, las barras y las basas, etc., y todos los utensilios les eran consignados por sus nombres (vv. 31–32).

Versículos 34–49

Registro detallado de los números de las tres familias de los levitas por su orden, esto es, de los varones en activo de treinta a cincuenta años de edad. La suma total de los varones hábiles para entrar inmediatamente en este servicio o milicia de Dios, de la tribu de Leví, era de 8.580, mientras que los

hombres hábiles de las otras tribus que entraron en la milicia de Israel para hacer su propio servicio eran muchísimos más. La menor de las tribus tenía casi cuatro veces más varones hábiles que la de Leví; y algunas de las otras tribus, más de ocho veces más porque los que están alistados en la milicia y servicio de esté mundo, y pelean según la carne son mucho más numerosos que los que están dedicados al servicio de Dios, y *pelean la buena batalla de la fe* (2 Ti. 4:7).

CAPÍTULO 5

En este capítulo tenemos instrucciones para expulsar del campamento a los impuros, una repetición de las leyes concernientes a la restitución, así como una nueva ley concerniente a la prueba que había de hacerse a una esposa sospechosa de adulterio, a instancias de un marido celoso.

Versículos 1–10

I. Orden para la purificación del campamento, mediante la separación y expulsión de todos los que estuviesen ceremonialmente inmundos, ya por lepra, ya por flujos o por haber tocado cadáveres, hasta que estuviesen limpios de acuerdo con la ley (vv. 2–3).

1. Esta orden se ejecuta inmediatamente (v. 4). El campamento estaba ahora recién organizado y puesto en diferente orden y, por consiguiente, para completar su reforma, el próximo paso a dar era la limpieza del campamento. El tabernáculo de Dios estaba ahora ya montado en medio de ellos y, por tanto, debían tener sumo cuidado para que el campamento se conservase limpio. La persona o el lugar en medio del cual habita Dios, no deben ser profanados; porque, si esto sucede, Él quedará afrentado y ofendido, y se le provocará a retirarse (1 Co. 3:16–17).

2. Esta expulsión de los impuros fuera del campamento era un anticipo y símbolo: (A) De lo que los supervisores de las iglesias deben hacer: deben hacer separación entre lo sagrado y lo profano, y limpiar la casa de Dios; la iglesia, poniendo fuera de comunión a los escandalosos, hasta que se arrepientan de su pecado, reparen el daño causado y den público testimonio ante su congregación de que ha quedado restaurada su correcta relación con Dios y con los hermanos. Así lo exige la gloria de Cristo y la edificación de la Iglesia. (B) De lo que hará en su gran día: *Limpiará con esmero su era* (Mt. 3:12), y *recogerán de su reino todo lo que sirve de tropiezo* (Mt. 13:41). Así como aquí los inmundos eran expulsados fuera del campamento, así también en la nueva Jerusalén *no entrará ninguna cosa inmunda* (Ap. 21:27).

II. Ley concerniente a la restitución, en caso del daño hecho a un prójimo. 1. El que cometa pecado contra otro, *ofendiendo así a Jehová* (v. 6), *confesará el pecado que cometió* (v. 7), lo confesará ante Dios y ante su prójimo, avergonzándose de lo hecho. 2. Traerá como sacrificio un carnero para expiación (v. 8). Ha de hacerse satisfacción por la ofensa inferida a Dios, cuya ley ha sido quebrantada, así como por el daño causado a nuestro prójimo; en este caso, no es suficiente la restitución sin fe ni arrepentimiento. 3. Con todo, los sacrificios no serían aceptos a Dios si no se reparase enteramente el daño causado a la parte perjudicada, debiendo añadir además una quinta parte (v. 7). Si la persona perjudicada había muerto y no quedaba ningún pariente próximo con derecho a lo que había de ser restituido, debía darse al sacerdote (v. 8). Nótese que los que son conscientes de haber producido algún daño, pero no saben a quién hay que restituir, deben reparar la injusticia cometida, por medio de alguna obra de piedad o de caridad.

III. Norma general referente a las cosas santas que son dadas a los sacerdotes, como en la ocasión anterior, de las cuales se dice que, todo lo que se de de este modo al sacerdote, *será de éste* (vv. 9–10).

Versículos 11–31

Ley concerniente a la prueba que había de efectuarse solemnemente sobre una esposa cuyo marido tuviese celos de ella.

I. Cuál era el caso del que se trata: Que un hombre tuviese algún motivo para sospechar que su esposa había cometido adulterio (vv. 12–14). El pecado de adulterio es presentado con toda justicia como un pecado extraordinariamente grave. Es cometer una transgresión contra el marido, despojarle de su honra, arrebatarle su derecho marital y, con frecuencia, introducir prole espuria dentro de la familia para compartir la herencia con los hijos legítimos, además de violar su pacto matrimonial. De ahí que: 1. Todas las esposas deben ser advertidas para que no den la menor ocasión para que se sospeche de su castidad. 2. Todos los maridos deben ser advertidos para que no sospechen de la fidelidad de sus esposas, sin tener causa justa y bien fundada para ello. Si el amor en general ya enseña a *no pensar mal (o a no tomar en cuenta el mal;* 1 Co. 13:5), esto es, a no ver malas intenciones sin motivo, mucho más lo exige el amor conyugal.

II. Cuál era el procedimiento que se seguía en este caso, para que si la esposa era inocente, no continuase bajo el reproche y la constante incomodidad de los celos de su marido; y, si era culpable, pudiese quedar descubierto su pecado, y los demás lo supiesen, temiesen y tomasen aviso y escarmiento. El marido tenía que *traerla al sacerdote* (v. 15), acompañado de los testigos que pudiesen probar que tal sospecha tenía fundamento, y debía manifestar que deseaba que su mujer fuese puesta a prueba. Si ella confesaba, diciendo: «Soy impura», no era condenada a muerte, pero era repudiada y perdía su dote; si decía: «Soy pura», el procedimiento seguía su curso. Dios ha de encontrar un medio u otro para poner en claro la rectitud del inocente. *Todas las cosas son puras para los puros, mas para los contaminados e incrédulos nada es puro* (Tit. 1:15). *«El agua santa»* (v. 17) es símbolo de la Palabra de Dios (Jn. 3:5), que es *discerniente* (He. 4:12).

CAPÍTULO 6

En este capítulo tenemos la ley concerniente a los nazareos. El capítulo termina con una de las porciones más estimadas por los judíos, como debe serlo, con mayor razón, por los cristianos: la fórmula de bendición con que los sacerdotes habían de bendecir al pueblo.

Versículos 1–21

Después de la ley acerca de la investigación para descubrir y avergonzar a quienes, por el pecado de adulterio, se habían envilecido, sigue ahora esta otra ley para instrucción y aliento de quienes por su eminente piedad y devoción, se han hecho dignos de honor. Había quienes se dedicaban de un modo especial haciendo voto de *nazareo,* y eran conocidos por este nombre como personas que profesaban una moral más estricta y un mayor celo religioso que los demás. José es llamado *apartado* (hebreo *nazareo) de entre sus hermanos* (Gn. 49:26).

I. Cualidad general de un nazareo: es una persona separada *para dedicarse a Jehová* (v. 2). Algunos eran nazareos de por vida, ya por designación de Dios, como Sansón (Jue. 13:5), y Juan el Bautista (Lc. 1:15), o por voto de sus padres, como Samuel (1 S. 1:11). La presente ley no se refiere a éstos. Otros lo eran por algún tiempo, y por su voluntaria dedicación personal, y a éstos se refieren las instrucciones que se dan en la presente ley. Una mujer podía ligarse con el voto de nazareo, bajo las condiciones y limitaciones que encontramos en otro lugar (30:3). Los nazareos estaban: 1. Dedicados a Dios durante el tiempo de su nazareato y, probablemente, pasaban mucho tiempo estudiando la ley, dedicados a actos de devoción, e instruyendo a otros. 2. Separados de los demás por el voto que habían emitido. Todo israelita estaba obligado por ley divina a amar a Dios con todo su corazón, pero los nazareos se obligaban además a ciertas prácticas devotas, como frutos y expresiones de ese amor, a lo cual no se obligaban los demás israelitas. El Señor Jesucristo no era nazareo en el sentido de esta ley, pues tomaba vino y tocaba cadáveres; sin embargo, fue el antitipo más cumplido del nazareo, porque en Él la pureza y la dedicación a Dios llegaron a su mayor perfección; y todo fiel cristiano es un nazareo espiritual, separado para Dios por el voto de su profesión cristiana.

II. Obligaciones particulares que el nazareo contraía.

1. Debía abstenerse de vino y de todo licor embriagante, así como de las uvas y, en general, *de todo lo que se hace de la vid* (vv. 3–4). Quienes daban a los nazareos vino para beber hacían la obra del tentador, al persuadirles a que bebieran del fruto prohibido (Am. 2:12). Que el abstenerse del vino era tenido por algo perfecto y digno de alabanza, consta por el ejemplo de los recabitas (Jer. 35:66). No habían de beber vino: (A) Para ser modelos de templanza y dominio propio. Beber *un poco de vino por causa del estómago* está permitido para ayudar a la digestión (1 Ti. 5:23). Pero beber *mucho vino* por dar gusto al paladar, no está bien para los que profesan no andar conforme a la carne, sino conforme al Espíritu (Ro. 8:4). (B) Para estar mejor dispuestos a dedicarse al servicio de Dios. Han de abstenerse de beber, *para no olvidar la ley* (Pr. 31:5), *para no desvariar y para no entontecerse* (Is. 28:7). Todos los cristianos han de imponerse a sí mismos una gran moderación en el uso del vino y del licor; porque si estas cosas llegan a adueñarse de la voluntad de un creyente, se convierte en fácil presa de Satanás. No estará de más advertir que es incorrecta la versión del término hebreo *sekhar* por *sidra.* El error se debió a que los LXX vertieron dicha palabra al griego *sikera* (cualquier bebida fermentada) a pesar de que el hebreo *sekhar* significa *licor fuerte.* La Vulgata latina vertió el griego *sikera* por *sicera* = sidra, y así pasó a nuestras versiones castellanas.

2. El nazareo no había de cortarse el pelo durante todo el tiempo de su nazareato (v. 5). Esto se refiere tanto al pelo de la parte superior de la cabeza como a la barba; éste fue el distintivo peculiar de Sansón, como nazareo, según leemos repetidamente en su historia. Ahora bien: (A) Esto significa una noble negligencia del ornato exterior del cuerpo, lo cual era conveniente para quienes, al estar totalmente dedicados a Dios, debían estar completamente concentrados en el cuidado de su alma para asegurar la paz y la verdadera belleza, ya que el mejor ornato es el del *ser interior de la persona* (1 P. 3:4). (B) Algunos observan que el pelo largo es tenido en la Biblia como distintivo de sumisión (1 Co. 11:5 y ss.); por eso, el pelo largo de los nazareos denotaba su total sumisión a Dios *con todas sus fuerzas* (Dt. 6:5; Mr. 12:30; Lc. 10:27), ya que el pelo era considerado entre los judíos como símbolo del poder vital en su completo desarrollo natural.

3. No había de acercarse a ningún cadáver (vv. 6–7).

4. *Todo el tiempo de su nazareato, había de ser santo para Jehová* (v. 8).

III. El procedimiento para purificar a un nazareo, si no había podido evitarse que contrajera impureza ceremonial mediante el contacto de un cadáver. Había de purificarse, como los demás, rayendo su cabeza al séptimo día (v. 9). Pero, en este caso, se requería de él mucho más que de cualquier otra persona, pues había de traer un sacrificio por el pecado y un holocausto, y se había de *hacer expiación por él* (vv. 10–11). Esto nos enseña que los pecados de debilidad y las faltas que nos toman por sorpresa, no son cosa *venial* o de poca importancia, sino que hemos de confesarlos al Señor con sincero arrepentimiento, y aplicar a nuestras almas la virtud efectiva del sacrificio de Cristo para el perdón de dichos pecados (1 Jn. 1:7; 2:2).

IV. Ley para exonerar a un nazareo de su voto, una vez cumplido el plazo que él mismo se fijó. Dicen los judíos que el tiempo del voto de un nazareo no puede ser inferior a treinta días, y si alguien dice: «Voy a ser un nazareo, pero sólo por dos días», está obligado, no obstante, a serlo por treinta; pero parece ser que el voto de Pablo fue sólo por siete días (Hch. 21:27). Cuando se había terminado el tiempo de su separación como nazareo, había de ser puesto en libertad: l. Públicamente, *a la puerta del tabernáculo* (v. 13). 2. Había de formalizarse con sacrificios (v. 14). Debía traer uno de cada una de las clases de sacrificio. (A) Un holocausto. (B) Un sacrificio en expiación por el pecado. (C) Una ofrenda de paz en agradecimiento a Dios, que le había capacitado para cumplir su voto. (D) A éstos debían añadirse ofrendas de presente y libaciones. (E) Parte de la ofrenda de paz, acompañada de torta y hojaldre, había de ser *mecida delante de Jehová* (vv. 19–20) lo cual había de ser entregado al sacerdote por su labor. (F) Además de todo esto, podía traer otras ofrendas voluntarias *a tenor de lo que sus recursos le permitieran* (v. 21). Para completar la solemnidad era frecuente que, en dicha ocasión, estuviesen acompañados de sus mejores amigos, que se encargaban de los gastos (Hch. 21:24). Y, para terminar, quedaba una ceremonia más, que era como la cancelación del voto una vez cumplida la condición, y consistía en el corte de pelo (v. 18), que había crecido durante todo el tiempo del nazareato, quemándolo a continuación en el fuego que estaba debajo de la ofrenda de paz. Esto venía a sugerir que el cumplimiento de su voto era aceptable a Dios en Cristo, nuestro gran sacrificio, y no de otra manera.

Versículos 22–27

I. Los sacerdotes, entre otros buenos servicios que habían de desempeñar, reciben de Dios mandamiento solemne de bendecir al pueblo en nombre de Jehová. Aunque el sacerdote, por sí mismo, no podía hacer otra cosa que implorar la bendición de Dios, al ser, sin embargo, intercesor en virtud de su oficio, y haciéndolo en nombre de quien mandaba dar la bendición, su oración comportaba una promesa y por eso, él la pronunciaba como quien tenía autoridad para ello, alzaba sus manos a la altura del rostro y extendidas hacia el pueblo. Esto era: 1. Tipo de la comisión encargada a Cristo al venir a este mundo, que era *bendecirnos* (Hch. 3:25), como gran Sumo Sacerdote de nuestra profesión. Nótese que el *bendecir* de Dios no es un mero *bien-decir* como el nuestro, ya que nuestra palabra sólo tiene poder para *invocar,* sino que es un *bien-hacer,* es decir, un *beneficio,* porque la Palabra de Dios tiene poder para hacer lo que expresa. 2. Un modelo para los ministros del Evangelio, los líderes de las asambleas, que han de despedir las reuniones de la congregación con una oración en que se invocan las bendiciones de Dios. Quienes sirven a Cristo de labios para enseñar y amonestar a su pueblo, han de servirle también para bendecirlo. Nótese que, cuando el ministro bendice al pueblo de parte de Dios, cumple con el oficio de profeta, en cambio, cuando bendice a Dios de parte del pueblo, cumple con el oficio de sacerdote (He. 5:1).

II. Se prescribe también la fórmula de la bendición. 1. Que la bendición tiene un término singular: *Jehová te bendiga, etc.* Esto indica, no sólo que cada persona ha de apropiarse en singular los frutos de esta bendición, sino que la bendición congregacional cae sobre la asamblea como sobre un solo cuerpo orgánico; entonces, el *qahal* de Israel; ahora, la Iglesia de Dios y de Cristo. 2. Que el nombre de *Jehová* se repite *tres* veces en esta bendición y (¡curiosamente!) con distinto acento en cada una en el hebreo. Si tenemos en cuenta que, en el versículo 24 se expresa la *protección* de Dios; en el versículo 25, la *gracia* de Dios; y en el versículo 26, la *paz* de Dios, no es aventurado ver en esta fórmula un anticipo de la bendición trinitaria empleada por Pablo (por ej. en 2 Co. 13:14; 1 Ti. 1:2; 2 Ti. 1:2; Tit. 1:4). 3. Que el favor de Dios, en una u otra faceta, lo es todo en todo en esta bendición, puesto que ese favor divino es la fuente de todo bien. (A) *¡Jehová te bendiga!* Esta es la fórmula general, como el común denominador de los tres aspectos siguientes. (B) *¡Y te guarde!* (v. 24). Se implora aquí la protección divina contra todo mal: el pecado, la enfermedad, la miseria y la calamidad. Dios era el Guardián de Israel, y es el protector de su Iglesia. (C) *¡Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti!* (v. 25), lo que significa, en el lenguaje bíblico, una actitud amistosa, de favor y gracia, por parte de Dios hacia alguien. Hay también una interpretación rabínica de esta frase, en sentido totalmente espiritual, que implica el don del conocimiento espiritual y del discernimiento moral, en la misma forma que la luz de la Torah ilumina los pies y los caminos del hombre (Sal. 119:105). (D) La segunda parte de este versículo añade, como algo que completa la misma idea, una invocación para que Dios se muestre benigno y favorable, más bien que misericordioso (la raíz es *jen* = gracia, no *jesed* = misericordia). (E) *¡Jehová alce sobre ti su rostro!* (v. 26), lo que indica la actitud de un padre que se vuelve a mirar a su hijo con una sonrisa llena de cariño, o de un amigo íntimo a otro. (F) La frase final: *¡Y te de* (lit. *establezca para ti) paz!* es un magnífico colofón de esta maravillosa bendición sacerdotal, ya que el concepto bíblico de paz *(shalom,* del verbo *shalam* = estar completo), comporta el cúmulo total de bendiciones que nos vienen de nuestro Padre Celestial *(«toda dádiva y todo don perfecto»;* Stg. 1:17). «Grande es la paz—dice el Talmud—, porque es el sello de todas las bendiciones.» 4. Que los frutos espirituales de esta bendición incluyen una especial protección del demonio, del pecado y de sus peligros (v. 24), el perdón de los pecados cometidos, con la admisión a la amistad y a la adopción divinas (v. 25), y una completa felicidad, ya en esta vida, como efecto de esa paz con Dios (Ro. 5:1), con nosotros mismos (Is. 26:3) y con los demás (Ro. 12:18).

III. Dios promete aquí ratificar y confirmar la bendición: *Pondrán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré* (v. 27).

CAPÍTULO 7

Al haber fijado Dios su residencia regia, por decirlo así, en medio del campamento de Israel, vienen ahora los príncipes de Israel, los jefes de las casas de sus padres (v. 2), a rendirle pleitesía trayéndole sus

ofrendas. Si los dos capítulos anteriores nos referían algunas leyes adicionales que Dios dio a su pueblo Israel, el presente capítulo refiere algunos servicios adicionales que Israel prestó a su Dios.

Versículos 1–9

La ofrenda de los príncipes para el servicio del tabernáculo.

I. Cuándo se hizo. Cuando estuvo asentado y santificado el tabernáculo, e igualmente el altar, con todos los utensilios de ambos (v. 1).

II. Quiénes la ofrecieron: *Los príncipes de Israel, jefes de las casas de sus padres (v. 2).*

III. Qué es lo que ofrecieron. Un buey por cada uno de los doce jefes de las casas, y un carro cubierto por cada dos de ellos (v. 3), en total, seis carros cubiertos y doce bueyes.

IV. Qué uso se hizo de estas ofrendas. Los carros y los bueyes fueron entregados a los levitas, para usarlos en el transporte del tabernáculo. 1. A los de la familia de Gersón, que estaban encargados del transporte de las cosas más ligeras como las cortinas y cubiertas, se les dieron sólo dos carros y dos parejas de bueyes (v. 7). 2. A los de Merarí, que tenían a su cargo el transporte de las cosas pesadas y difíciles de llevar, como las columnas, las barras, etc., les fueron entregados cuatro carros y cuatro parejas de bueyes (v. 8). Cuán sabia y benignamente ordenó Dios que los que tenían mayor trabajo tuviesen también a su disposición más fuertes medios de transporte. Cada uno tuvo carros y bueyes *conforme a su ministerio* (vv. 5, 7, 8). 3. Los hijos de Coat, que habían de transportar la carga más sagrada no recibieron carros ni bueyes, puesto que habían de llevar todo a hombros (v. 9), con especial cuidado y veneración.

Versículos 10–89

Nos refiere la gran solemnidad de la dedicación de los altares, tanto del de los holocaustos, como del de los perfumes; ya habían sido santificados anteriormente, cuando fueron ungidos (Lv. 8:10–11), pero ahora fueron estrenados, por decirlo así, por los príncipes con sus ofrendas voluntarias. Comenzaron a usarse con ricos presentes, expresiones elevadas de gozo y alegría, y de extraordinario respeto hacia las señales de la presencia de Dios en medio de ellos.

I. Que los príncipes de las casas de Israel fueron los primeros en adelantarse a ejercitar el servicio de Dios. Esto nos enseña que con toda razón y justicia se espera de quienes tienen y pueden más que hagan y den más; de lo contrario, son administradores infieles y no darán cuenta *con alegría* (He. 13:17).

II. Las ofrendas que trajeron eran muy ricas y valiosas.

1. Algunas cosas eran de uso permanente, como los doce grandes platos de plata, los doce jarros de plata (los primeros, para las ofrendas de comida; los segundos, para las ofrendas de bebida; los primeros, para la carne de los sacrificios; los segundos, para la sangre), y las doce cucharas de oro con incienso, para el servicio del altar de oro.

2. Otras cosas eran de consumo inmediato, ofrendas de cada clase. Con ellas indicaba el pueblo su aceptación agradecida de, y su gozosa sumisión a, todas aquellas leyes concernientes a los sacrificios, las cuales les habían sido entregadas recientemente de parte de Dios por mano de Moisés. Y, aunque éste era tiempo de alegría y regocijo, se puede observar, sin embargo, que en medio de sus sacrificios encontramos también un *sacrificio de expiación por el pecado.*

3. Trajeron sus ofrendas cada uno en un día distinto y por el orden que se les había prefijado de antemano, de modo que la solemnidad duró doce días.

4. Todas sus ofrendas fueron exactamente las mismas, aunque es probable que ni los príncipes ni las tribus eran todos igualmente ricos; pero así se daba a entender que todas las tribus de Israel tenían igual parte en el altar, y un interés también igual en los sacrificios que eran ofrecidos sobre él. Los antiguos rabinos sostenían que, aunque todas las ofrendas eran idénticas, tenían diferente significado para cada tribu de acuerdo con los detalles peculiares que simbolizaban aspectos de la futura historia de Israel y que

ellos conocían hasta cierto punto por la bendición profética que Jacob había impartido, en su lecho de muerte, a cada uno de sus hijos.

5. Naasón, el príncipe de la tribu de Judá, ofreció el primero, porque Dios había conferido a esta tribu el primer puesto de honor en el campamento, y las demás tribus asintieron a ello. El Midrash añade que se le confirió este honor a Naasón por el arrojo y valentía con que mostró la confianza total que tenía en Dios durante el paso del mar Rojo. Cuando Israel llegó a la orilla del mar perseguido por los egipcios, muchos vacilaban en echarse al agua y unos a otros se urgían a hacerlo los primeros. Entonces Naasón se arrojó sin miedo el primero, plenamente confiado en que Dios cumpliría su promesa.

6. Aunque las ofrendas son todas idénticas, su recuento se repite en detalle para cada una de las tribus con las mismas palabras, para que no pase desapercibido ningún detalle. En el Evangelio, vemos a Cristo dándose perfecta cuenta de lo que se echaba en el tesoro del Templo (Mr. 12:41). Por insignificante que parezca lo que ofrecemos a Dios, si lo hacemos de acuerdo con nuestras posibilidades, estemos seguros de que ha de quedar registrado en los Cielos.

7. La suma total se añade al final del recuento (vv. 84–88) para mostrar cuán satisfecho quedó Dios con la mención de las ofrendas voluntarias, y a qué cantidad tan grande ascendió la suma total, cuando cada príncipe trajo su parte alícuota.

8. Dios dio a entender que aceptaba benignamente estos presentes que le habían traído, hablando familiarmente a Moisés, como un hombre habla a un amigo suyo, desde el propiciatorio (v. 89; 12:8); y al hablarle a él, habló en realidad a todo Israel, mostrándoles esta señal para bien (Sal. 103:7).

CAPÍTULO 8

Este capítulo trata de las lámparas del candelero, que eran las luces del santuario, y de la dedicación de los levitas.

Versículos 1–4

Anteriormente se habían dado instrucciones para la fabricación del candelero de oro (Éx. 25:31), y fue hecho de acuerdo con el modelo que le fue mostrado a Moisés en el monte (Éx. 37:17). Pero ahora es la primera vez que se dio orden de encender las lámparas, cuando comenzaron a usarse otras cosas. 1. Quién debía encender las lámparas. Aarón mismo *encendió las lámparas* (v. 3). Como representante del pueblo ante Dios, hizo el oficio de un siervo en la casa de Dios, y encendió la lámpara de su Dueño y Señor. La Escritura es *lámpara que alumbra en un lugar oscuro* (2 P. 1:19). La labor de los ministros es encender estas lámparas, mediante la exposición y aplicación de la Palabra de Dios. El sacerdote encendía la lámpara de en medio del fuego del altar; y el resto de las lámparas, lo cual significa según Ainsworth, que la fuente de toda luz y de todo conocimiento está en Cristo, quien tiene *los siete espíritus de Dios,* simbolizados en *las siete lámparas de fuego* (Ap. 4:5) pero en la exposición de las Escrituras, un pasaje oscuro recibe luz de otros. Es de notar también, según el mismo autor, que, siendo *siete* número de la perfección espiritual (el número de Dios), con las siete lámparas del candelero (la *Menorah),* se muestra la completa perfección de la Escritura (la *Torah*), *que nos puede hacer sabios para salvación* (2 Ti. 3:15). 2. Para qué se encendían las lámparas. No se encendían como candelas en un jarrón para que se fueran quemando en sí mismas, sino para proyectar su luz al otro lado del tabernáculo porque para eso se encienden las lámparas (Mt. 5:15). Tenemos luz, para poder dar luz.

Versículos 5–26

Ya leímos anteriormente lo de la separación de los levitas de entre los hijos de Israel, cuando fueron contados (3:6, 15), para ser empleados en el servicio del tabernáculo. Ahora tenemos aquí las instrucciones para su dedicación solemne (v. 6), y la realización de la ceremonia (v. 20). Todo Israel debía saber que no se habían arrogado tal honor, sino que habían sido llamados por Dios para tal oficio; tampoco era bastante que fuesen separados de entre sus hermanos de otras tribus, sino que debían ser

dedicados solemnemente a Dios. Todos cuantos están al servicio de Dios deben estar dedicados a Él, conforme a la medida del oficio que desempeñan. Si los creyentes han de ser bautizados, los ministros deben recibir una inducción al ministerio. Primero debemos darnos nosotros mismos al Señor, y después hemos de ofrecerle nuestros servicios. Obsérvese el método con que se hizo esta dedicación de los levitas:

I. Primero debían ser purificados. Los ritos y ceremonias de esta purificación debían ser realizados: 1. Por ellos mismos. Así leemos: *Purificaos los que lleváis los utensilios de Jehová* (Is. 52:11). 2. Por Moisés. Él tenía que *rociar sobre ellos el agua de la expiación* (v. 7), la cual estaba preparada bajo la dirección de Dios. Es nuestro deber purificarnos, como hay promesa de Dios que Él nos purificará. Nuestra es la disposición; suya, la realización.

II. Al Estar así ya preparados, los levitas habían de ser presentados delante de Dios en una asamblea solemne de todo Israel, y los hijos de Israel habían de poner sus manos sobre ellos (v. 10) para indicar que toda la comunidad se identificaba con ellos y los ofrecía al servicio de Dios como representantes de todo el pueblo. Esta imposición de manos a los levitas por parte de los representantes de las tribus de Israel, no los constituía ministros del santuario (v. Hch. 13:3), sino que, tras identificarse con ellos, era como una despedida de en medio de la vida secular, para consagrarse a la milicia de Dios; despúes eran entregados a Aarón, para que éste los ofreciera al Señor.

III. Se ofrecía por ellos un sacrificio de expiación y un holocausto, *para hacer expiación por los levitas* (v. 12). 1. Que todos somos totalmente indignos e incapaces de ser admitidos y empleados en el servicio de Dios, hasta que la expiación hecha por el pecado nos sea personalmente aplicada a fin de, por ella, tener paz para con Dios (Ro. 5:1). 2. Que es por medio de un sacrificio, por el gran sacrificio de Cristo, como somos reconciliados con Dios, y hechos aptos para ser ofrecidos a Él. Por Él son santificados los creyentes para las obras de su cristianismo, y los ministros para la obra de su ministerio.

IV. Los levitas mismos fueron *ofrecidos por Aarón delante de Jehová en ofrenda de los hijos de Israel* (v. 11). Aarón los ofreció a Dios, después que ellos se ofrecieron a sí mismos, y después que fueron ofrecidos por los hijos de Israel.

V. Dios declaró que los aceptaba: *Serán míos los levitas* (v. 14). Todos los que son de Dios, son usados por Él; los ángeles mismos tienen sus servicios peculiares.

VI. Luego, son *dados en don a Aarón y a sus hijos* (v. 19), aunque sus servicios habían de redundar en beneficio de todos los hijos de Israel. 1. Los levitas habían de actuar como subalternos de los sacerdotes Para asistir a éstos. Aarón los ofrece a Dios (v. 11), y luego Dios se los devuelve a Aarón (v. 19). De la misma manera, nuestros corazones, nuestros hijos, nuestros bienes, etc., nunca son tan verdaderamente nuestros, como cuando los ofrecemos de antemano a Dios, porque de su mano se nos devuelven enriquecidos con las mejores bendiciones divinas. 2. Deben actuar en favor del pueblo. Los ministros de Dios, mientras se mantienen dentro de la esfera de su oficio y lo desempeñan concienzudamente deben ser considerados como unos de los más útiles servidores de la comunidad nacional.

VII. Se fijan la edad y tiempo de su ministerio. 1. Habían de tener veinticinco años cuando comenzasen su ministerio (v. 24). Esta es una buena edad para que los ministros del Señor comiencen su ministerio público. Como dato curioso de información, es digno de notarse que la Iglesia de Roma ha tomado de la ordenación levítica la edad canónica de sus ministros, pues su Código fija en 25 años la edad para el presbiterado—como la de los levitas—y en 30 la de los obispos—como la de los sacerdotes levíticos—. 2. Los levitas habían de jubilarse a los cincuenta años, para no volver a ejercer su ministerio (v. 25), aunque habían de seguir haciendo las guardias en el tabernáculo (v. 26). Según los rabinos, estaba a su cargo el cerrar las puertas del santuario y asistir al canto coral con los demás levitas. De esta manera quedaban descargados del trabajo más pesado, para darles algún descanso conforme a su edad. Si la gracia de Dios provee para que los hombres tengan capacidad conforme al trabajo que han de desempeñar, la prudencia de los hombres ha de cuidar para que los hombres desempeñen su trabajo conforme a la capacidad que tengan. Los de más edad suelen ser más aptos para tomar responsabilidades; los más jóvenes, para los trabajos que requieren vigor y fuerza.

CAPÍTULO 9

Este capítulo tiene una primera parte concerniente a varios detalles sobre la celebración de la Pascua, y una segunda parte en que se nos narra el modo como la nube se posaba sobre el tabernáculo desde que éste fue erigido, y cómo se levantaba cuando los hijos de Israel se debían de trasladarse con él de una parte a otra.

Versículos 1–14

I. La orden que da Dios a Moisés para solemnizar la Pascua un año después de haber salido de Egipto, en el decimocuarto día del mes primero del segundo año, unos días antes de ser contados, pues esto último se llevó a cabo al comienzo del mes segundo. 1. Que Dios dio órdenes especiales para la celebración y observancia de esta Pascua. Y, por lo que parece, ya no guardaron ninguna otra Pascua hasta que llegaron a Canaán (Jos. 5:10). Esto era quizás una indicación anticipada de la final abolición de las instituciones ceremoniales. La ordenanza de la Cena del Señor (que vino en lugar de la Pascua) no fue interrumpida o dejada a un lado en los primeros días de la Iglesia cristiana, aunque éstos eran días de mayor dificultad y apuro que los que Israel conoció en el desierto; más aún, en tiempos de persecución, la Cena del Señor se celebraba con mayor frecuencia que después. Los israelitas no podían olvidar en el desierto su liberación de la esclavitud de Egipto. Todo el peligro surgió cuando llegaron a Canaán. No obstante, comoquiera que la primera Pascua había sido celebrada con gran precipitación, era voluntad de Dios que, al comenzar otro año después de la salida, cuando estaban más tranquilos y con mayor conocimiento de la ley divina, la observasen de nuevo, para que así sus hijos pudiesen entender mejor la solemnidad y recordarla mejor después. 2. Moisés transmitió fielmente al pueblo las órdenes que se le habían dado (v. 4). 3. El pueblo observó igualmente las órdenes dadas (v. 5). Observaron la Pascua, a pesar de estar en el desierto, pues Dios provee para su pueblo incluso en ese lugar (Ap. 12:6, anuncio profético para el final).

II. Las instrucciones concernientes a quienes eran ceremonialmente impuros cuando iban a comer la Pascua. La ley de la Pascua requería que todo israelita comiese de ella. Debía, pues, lavarse primero, y después acercarse al altar de Dios. Ahora bien *había algunos que estaban inmundos a causa de muerto* (v. 6), y estaban bajo contaminación durante siete días (19:11), por lo que no podían comer en este tiempo de las cosas santas (Lv. 7:20). Por parte de ellos, no era iniquidad, sino infelicidad. Las instrucciones que Dios dio en este caso, como en casos similares, eran una explanación de la ley de la Pascua. Este desagradable accidente produjo buenas leyes. Cuantos estaban ceremonialmente inmundos en el tiempo en que había de comerse la Pascua, tuvieron permiso para hacerlo al mes siguiente, en el mismo día, cuando ya estarían limpios; la misma ley había de aplicarse a quienes *estuviesen de viaje lejos* (vv. 10–11).

Versículos 15–23

La historia de la nube; no de una nube corriente—*¡quién sabe cómo están suspendidas las nubes?* (Job 37:16)—sino la historia divina de una nube singular cuyo destino era ser signo visible de la presencia de Dios en medio de Israel.

I. Cuando la obra del tabernáculo estuvo acabada, esta nube, que anteriormente pendía en lo alto sobre el campamento, se posó sobre el tabernáculo y lo cubrió, para mostrar que Dios manifiesta su presencia en medio de su pueblo mediante las ordenanzas que Él mismo ha instituido.

II. Lo que aparecía como nube durante el día, aparecía como fuego durante la noche. Así se nos enseña a tener a Dios siempre presente ante nosotros, para que sintamos su cercanía tanto de noche como de día. En comparación con la luz y la paz que la revelación del Evangelio por medio del Señor Jesucristo nos ha proporcionado, podemos decir que aquella antigua dispensación estaba bien caracterizada por los signos visibles de la presencia de Dios sobre el tabernáculo, pues la nube simbolizaba también la oscuridad, y el fuego significaba el terror, *porque nuestro Dios es un fuego consumidor* (He. 12:29).

III. Esta columna de nube y de fuego dirigía y determinaba todos los movimientos, marchas y campamentos de Israel en el desierto. La dirección proporcionada por esta nube era símbolo de la dirección que nos suministra el Espíritu Santo. No podemos esperar ahora señales visibles de la presencia y de la conducción de Dios como era esta nube, pero hay promesa de Dios a todos sus hijos de que *los guiará según su consejo* (Sal. 73:24), como *guía perpetuo y para siempre* (Sal. 48:14), pues todos los hijos de Dios *son guiados por el Espíritu de Dios* (Ro. 8:14). En todos nuestros actos: pensamientos, deseos y acciones debemos seguir la dirección que nos señalan la Palabra y el Éspíritu de Dios; todos los movimientos de nuestra vida deben ser guiados por la voluntad de Dios, *siendo transformados por medio de la renovación de nuestro entendimiento para comprobar cuál es la voluntad de Dios* (Ro. 12:2).

CAPÍTULO 10

El capítulo comienza con las instrucciones que Dios dio a Moisés sobre la fabricación y el uso de las trompetas de plata, con lo que parecen cerrarse las instrucciones, órdenes y leyes dadas por Dios a Israel al pie del monte Sinaí pues inmediatamente el relato sagrado nos narra el traslado de Israel desde el lugar en que estaba acampado hasta el desierto de Parán.

Versículos 1–10

Las instrucciones sobre las trompetas que habían de servir para dar al pueblo, en diversas ocasiones, ciertos comunicados de tipo general para todo Israel. Las trompetas habían de sonar para convocar a toda la congregación (v. 2). En Joel 2:15, encontramos el anuncio de *tocar trompeta en Sion* para santificar ayuno y convocar asamblea solemne. Mas, para que la trompeta no de *un sonido confuso* (1 Co. 14:8), se les advierte que, cuando hayan de reunirse sólo los príncipes de las tribus, se toque una sola trompeta, pero si ha de reunirse toda la congregación, entonces hay que tocar las dos trompetas. También se habían de tocar cuando tuviesen que ponerse en marcha, para que cada escuadrón supiese cuándo había de moverse. En este caso, las trompetas habían de sonar toque de alarma (v. 5), que significa una sucesión de notas cortas, agudas y separadas (hebreo *teruah*), muy a propósito para despertar los ánimos y estimular los espíritus en sus marchas contra los enemigos; mientras que un sonido igual y continuo era más propio para convocar asamblea (v. 7). Es de notar que cuando el pueblo era convocado para implorar el favor de Dios ante la inminencia de sus juicios, encontramos que el toque es *de alarma* (Jl. 2:1). Al primer toque, se ponía en movimiento el escuadrón de Judá; al segundo, el de Rubén; al tercero, el de Efraín; y al cuarto, el de Dan (vv. 5–6). Así se animaban también cuando salían a las guerras (v. 9). Igualmente se usaban para dar solemnidad a las fiestas sagradas (v. 10). Incluso tenían una fiesta que es llamada *conmemoración al son de trompetas* (Lv. 23:24). Esto nos muestra que el trabajo santo ha de hacerse con gozo santo.

Versículos 11–28

I. Un relato genérico del levantamiento del campamento de Israel desde el monte Sinaí, frente al que habían estado acampados durante un año; en este tiempo y en este lugar habían ocurrido muchas cosas memorables. 1. La señal dada: *La nube se alzó* (v. 11). 2. La marcha comenzó: *Partieron al mandato de Jehová* (v. 13), conforme les guiaba la nube. Hay quienes opinan que, en este capítulo y en el anterior, se menciona con frecuencia el *mandato de Jehová,* que les dirige y les gobierna en todos sus desplazamientos, para salir al paso de la calumnia que más tarde fue lanzada contra Israel, de que se habían detenido por tan largo tiempo en el desierto a causa de haberse perdido allí y no haber podido encontrar la salida. Nótese que los que se entregan a sí mismos a la dirección de la Palabra y del Espíritu de Dios, van por camino rápido y seguro, aunque a veces parezcan aturdidos y desconcertados. 3. El lugar en que descansaron, después de una marcha de tres días: *Partieron del desierto de Sinaí, y* se detuvieron *en el desierto de Parán* (v. 12).

II. Un esquema del orden de su marcha, de acuerdo con el modelo anterior. 1. El escuadrón de Judá se puso en marcha el primero (vv. 14–16). La enseña que iba en cabeza, adjudicada ahora a esa tribu, era anticipo y arras del cetro que en tiempo de David se le había de encomendar, y apuntaba más lejos hacia el Capitán de nuestra salvación, del cual estaba igualmente profetizado que a Él había de acudir la reunión del pueblo. 2. Después seguían las dos familias de los levitas a las que estaba encomendado el transporte del tabernáculo. 3. Venía después el escuadrón de Rubén (vv. 18–20), todo ello *al mandato de Jehová* (v. 13). 4. Seguían luego los de Coat con su cargamento, el mueblaje sagrado del tabernáculo que ocupa el lugar central, sitio el más seguro y honorable (v. 21). 5. Detrás de éstos y, por tanto, del Arca, marchaba el escuadrón de Efraín (vv. 22–24). 6. Cerraba la marcha el escuadrón de Dan (vv. 25–27), *a retaguardia de todos los campamentos,* no sólo porque en él marchaban las tres últimas tribus, sino también porque tenía como tarea especial recoger a los rezagados, prestar auxilio a los que desfalleciesen y recuperar los objetos que se hubiesen perdido por el camino. También marcharía a la zaga de ese escuadrón *la multitud de toda clase de gentes,* salidas de Egipto con ellos (Éx. 12:28). En cambio, las mujeres y los niños de los que nada se dice es de suponer que marcharían con sus respectivas tribus y a cargo de los jefes de las familias respectivas.

Versículos 29–36

I. Un relato de la conversación que Moisés mantuvo con *Hobab, hijo de Reuel madianita, su suegro* (v. 29). Aunque la construcción de esta frase parece un poco confusa, parece lo más probable, al comparar este lugar con Éxodo 2:18; 3:1; 4:18; 18:1, que este Reuel es el nombre propio de Jetró, es decir, del suegro de Moisés y, por tanto, Hobab era cuñado de Moisés. No faltan, sin embargo, quienes opinan que este Hobab era el mismo que Jetró, y que Reuel era el padre de Jetró; no importaría lo que se dice en Éxodo 2:18, puesto que al abuelo se le llama a veces *padre* en el Antiguo Testamento (y lo mismo digamos de la abuela, como veremos en su lugar). En este caso, tendríamos que este Hobab suponiendo que era cuñado de Moisés, quedó con Moisés cuando su padre Jetró, ya entrado en años, se volvió a su tierra (Éx. 18:27). Mientras estuvieron acampados al pie del Sinaí, cerca de los términos de Madián parece ser que Hobab estaba satisfecho de estar con su cuñado; pero ahora que se ponían en marcha, deseaba volverse a su tierra con su familia, esto es a casa de su padre. Entonces: 1. Moisés le invita amablemente a marchar con ellos a Canaán (v. 29). Nótese que los llamados a marchar a la celestial Canaán deben invitar y animar a todos sus amigos y conocidos a marchar con ellos al mismo lugar. 2. Hobab se siente inclinado y resuelto a volverse a su propio país (v. 30). También él procedía de los lomos de Abraham (puesto que los madianitas procedían de Abraham por Cetura; Gn. 25:1–2), pero no era heredero de la fe de Abraham (He. 11:8); de otra manera, no habría dado a Moisés esta contestación. 3. No obstante, Moisés le instó e importunó a quedarse (vv. 31–32), arguyendo sabiamente que Hobab podía prestarles un notable servicio: Tú *conoces los lugares … y nos serás en lugar de ojos* (v. 31). No encontramos aquí que Hobab replicase a esto y por ello, es de suponer que, al callar, otorgó su consentimiento y no los dejó. Por Jueces 1:16 y 1 Samuel 15:6, vemos que su familia salió bien parada, y ello es otra indicación de que, en efecto, Hobab se quedó con ellos. Esto nos enseña: (A) Cuán bueno es instar e importunar amablemente para conseguir un servicio o una bendición que se tiene en gran estima, como hicieron con Jesús los discípulos de Emaús (Lc. 24:29). (B) Que el mejor incentivo para persuadir a una persona para que siga nuestro consejo es hacerle ver que puede ser útil para algo, puesto que ninguna otra cosa teme tanto un ser humano como el sentirse tenido por inútil por parte de los demás.

II. Una referencia implícita a la comunión habida entre Dios e Israel durante esta marcha. Partían del *monte de Jehová* (v. 33), de aquel monte Sinaí, al pie del cual habían visto su gloria y oído su voz; pero, al dejar *el monte de Jehová,* se llevaban consigo *el Arca del pacto de Jehová,* por la que se había de conservar la comunión que habían establecido con su Dios, ya que:

1. Por ella, Dios dirigía sus pasos: *Fue delante de ellos …* (v. 33). El único sentido posible de esta frase es que, cuando los israelitas se pusieron en marcha, el Arca estuvo delante de ellos (hay quienes opinan que, por esta vez, siguió delante durante los tres días de camino), hasta que se organizó la marcha de todos los escuadrones, puesto que el lugar que le correspondía era el centro de la formación (v. 21). Lo cierto es que el Arca *guiaba,* con influencia recibida del mismo Dios, los pasos de los israelitas; por eso, se añade que *les buscó lugar de descanso.*

2. Por ella, reconocían a Dios en todo. Moisés, al servir de boca a toda la congregación, elevaba a Dios una plegaria, tanto cuando el Arca se comenzaba a mover como cuando se detenía en algún lugar. Esto nos sirve de ejemplo para que comencemos y terminemos con oración la andadura y el quehacer de cada día.

A) Ésta era la plegaria de Moisés cuando el Arca se movía: *Levántate, oh Jehová, y sean dispersados tus enemigos* (v. 35). (a) Que hay en el mundo muchos que son enemigos de Dios y le odian; enemigos abiertos y encubiertos; enemigos de sus verdades, de sus leyes, de sus ordenanzas, de su pueblo. (b) La dispersión y derrota de los enemigos de Dios es algo que todos los hijos de Dios han de desear con anhelo y esperar con fe y confianza, teniendo en cuenta que la derrota más deseable para un enemigo de Dios es cuando el Espíritu Santo lo derriba y humilla con la convicción de pecado, para que se arrepienta y pase así a ser amigo de Dios y hermano nuestro en la fe del Señor.

B) Esta era la plegaria de Moisés cuando el Arca se detenía: *Vuelve, oh Jehová, a las miríadas de millares de Israel* (v. 36), siendo «*millares*» equivalente a «*familias*». Teniendo en cuenta la falta de la preposición «a» en el original, otros piensan que habría de traducirse: Tú *que eres las miríadas* (los diez millares) *de los millares de Israel*, siendo así toda la frase como un sinónimo de Dios, equivalente a *Jehová de los ejércitos* (Comp. 2 R. 2:12, donde se llama a Elías «*carro de Israel, y su gente de a caballo*»). En todo caso el sentido es que el bienestar y la felicidad victoriosa de Israel dependían de la continua presencia de su Dios entre ellos.

CAPÍTULO 11

Hasta ahora, las cosas habían marchado bastante bien para Israel y, desde el incidente del becerro de oro, pocas interrupciones habían ocurrido en la manifestación que Dios les había hecho de su gracia y favor; el pueblo parecía dócil; los jefes, devotos y generosos; había buenas esperanzas de que pronto se hallarían a las puertas de Canaán. Pero el presente capítulo nos ofrece una triste escena. Las murmuraciones y los pecados del pueblo encienden la ira de Dios y el gran pesar de Moisés, quien una y otra vez tuvo que aplacar con sus oraciones a Dios.

Versículos 1–3

I. El pecado del pueblo: *El pueblo se quejó* (v. 1). La ley diagnosticaba el pecado, pero no lo sanaba; lo hallaba, pero no lo destruía. Cuando el pueblo tenía tantos motivos para dar gracias, *se quejó* ¿De qué? ¿Dónde pudo encontrar motivo de queja?

II. Justa ira de Dios ante la afrenta que le causó este pecado: *Lo oyó Jehová, y ardió su ira.*

III. El juicio con que Dios les castigó por su pecado. Vemos que el pueblo murmuraba con frecuencia (Éx. caps. 15, 16 y 17). Pero no leemos que Dios les infligiese ninguna plaga por estas murmuraciones, como ahora, porque ahora habían experimentado grandemente el cuidado de Dios hacia ellos y, por tanto, la desconfianza de ellos tenía ahora menos excusa.

IV. *Entonces el pueblo clamó a Moisés* (v. 2), quien era su bien probado intercesor (v. Éx. 32, por ej.). *Si los hacía morir, entonces buscaban a Dios* (Sal. 78:34), y acudían a Moisés para que rogase a favor de ellos.

V. Poder de la intercesión de Moisés a favor del pueblo: *Moisés oró a Jehová, y el fuego se extinguió.* Por aquí vemos, una vez más, qué poder tiene delante de Dios la oración de un hombre justo (Stg. 5:16).

VI. Para perpetuar el vergonzoso incidente de un pueblo murmurador, se le dio un nuevo nombre al lugar aquel: *Taberah*, que quiere decir *incendio* (v. 3). No sabemos si el *fuego* de Jehová consistió en rayos (Job 1:16), o en una llamarada milagrosa (Lv. 10:2), o en un incendio de carácter corriente; pero debía haberles servido de serio aviso para que no volviesen a murmurar.

Versículos 4–15

I. Pronto volvió el pueblo a pecar; a quejarse y a revolverse contra Dios.

1. ¿Quiénes eran estos criminales? (A) Comenzó *la gente extranjera que se había mezclado con ellos* (v. 4; v. Éx. 12:38), quienes se dejaron llevar de su concupiscencia. Toda esta gente de diverso origen y talante, gente incrédula, tenía puesta la vista en las ventajas materiales de la tierra prometida, pero no estaba dispuesta a pasar por las pruebas de la marcha por el desierto. Éstos fueron como ovejas roñosas que contagiaron al rebaño, y como levadura que leudó toda la masa. (B) Así vemos que los hijos de Israel contrajeron la infección (v. 4).

2. ¿Cuál fue el crimen cometido? (A) Ensalzaron la abundancia y, según ellos, exquisitez de las viandas que comían en Egipto (v. 5), como si Dios les hubiese perjudicado al sacarles de allí. Se acordaron de *los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos* (¡vaya golosinas, para estar añorándolas!), pero no se acordaban de los ladrillales ni de los duros capataces, ni de las voces del opresor ni del restallar del látigo. (B) Les daba náuseas la estupenda provisión que Dios les había otorgado (v. 6). Era pan del cielo, alimento de ángeles (Éx. 16:15; Sal. 78:24–25; Jn. 6:31). Mientras se alimentaron del maná, parecían exentos de la maldición pronunciada por Dios sobre la tierra e, indirectamente, sobre el hombre, cuando dijo que *habría de comer el pan con el sudor de su rostro* (Gn. 3:19). Y, sin embargo, hablan del maná con tal desprecio, como si no fuera lo suficientemente bueno ni siquiera para cerdos: *Nuestra alma se seca* (v. 6). (C) No se habían de quedar satisfechos hasta que tuviesen carne para comer. (D) Desconfiaban del poder y de la bondad de Dios, como si no fuese el Todosuficiente para cubrir sus necesidades: *¡Quién nos diera a comer carne!* (v. 4), como si Dios no pudiese hacerlo. (E) Estaban impacientes y agitados en sus deseos: *Se dejaron llevar de su apetito o,* como dice el hebreo, *apetecieron con apetito,* dando a entender cuán grande e importuna era su concupiscencia, hasta llevarles a llorar amargamente, como si estuviesen próximos a morir de inanición. (F) No quiere esto decir que la carne sea alimento nocivo o prohibido, pero lo que es de suyo bueno puede volverse malo cuando Dios no nos lo concede por alguna razón, y ello nos es ocasión para revolvernos contra Él.

II. Moisés, a pesar de su bondad y mansedumbre, se siente muy molesto en esta ocasión: *También le pareció mal* (le desagradó) *a Moisés* (v. 10). 1. Hay que confesar que la provocación fue tremenda. Estas murmuraciones causaban un gran deshonor a Dios y expresaban un grave reproche contra Moisés, a quien le llegaron al corazón estas quejas. 2. Pero también hay que decir que Moisés no estuvo a su altura de gran amigo de Dios y de poderoso líder de Israel en las precipitadas frases que pronunció (vv. 11–15). (A) Subestima el honor que Dios le había conferido. (B) Se queja desmesuradamente ante un agravio corriente y toma muy a pecho un poco de ruido y fatiga. (C) Exagera su responsabilidad al decir que *pesaba sobre él la carga de todo el pueblo* (v. 11). (D) No advierte, como debía, la obligación que tenía, por comisión y mandato de Dios, de hacer todo lo posible en favor del pueblo, pueblo de Dios, pero también pueblo de Moisés. (E) Se arroga demasiadas facultades cuando dice: *¿De dónde conseguiré yo carne para dar a todo este pueblo?* (v. 13) como si él fuese el cabeza de familia, o el ama de gobierno, de todo Israel, sin contar con Dios. (F) Habla con desconfianza de la gracia de Dios al desesperar de poder *soportar a todo el pueblo* (v. 14). (G) Lo peor de todo es que, en su desesperación cobarde, desee apasionadamente que Dios le quite la vida de una vez. ¿Éste es Moisés? ¿Es éste el *muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra,* como pronto veremos? (12:3). No lancemos demasiadas acusaciones contra él sino aprendamos que los mejores hombres tienen sus debilidades y defectos (v. Stg. 5:17), y que fracasan a veces en el ejercicio de las virtudes y de la gracia en que, precisamente, más sobresalían, y repitamos como dijo el Señor: *No nos metas en tentación* (Mt. 6:13; Lc. 11:4).

Versículos 16–23

Dios responde con admirable benignidad a las quejas, tanto del pueblo como de Moisés.

I. Dios provee para reparar los agravios de que se queja Moisés. Si ve que el peso del liderazgo le resulta demasiado gravoso, aunque se había expresado con demasiada pasión en su queja, se lo va a

aligerar, no descargándole de su puesto de general en jefe, sino poniéndole asistentes que le ayuden a soportar la carga.

1. Dios ordena a Moisés que nombre él mismo las personas que le han de ayudar (v. 16). El número de personas que ha de escoger es de *setenta varones de los ancianos de Israel*, conforme al número de personas que descendieron de Canaán a Egipto.
2. Dios promete capacitarlos para el cargo.

II. También el malhumor de aquel descontento va a quedar satisfecho, *para que toda boca se cierre* (Ro. 3:19). Se les ordena (v. 18) *santificarse*, es decir, ponerse a punto, en debida disposición, para recibir de la mano de Dios la prometida dádiva que va a ser una prueba del poder de Dios, y una señal de misericordia y, a la vez, de juicio.

1. Dios promete y, en cierto modo, podemos decir que más bien amenaza, que van a tener más carne que la que desearon y que, si no dominan sus apetitos mejor que ahora, van a quedar hartos de ella, hasta aborrecerla (vv. 19–20).
2. Moisés pone objeciones a esta posibilidad (v. 21–22), de forma muy semejante a como las pusieron los discípulos de Jesús cuando le dijeron: *¿De dónde podrá alguien sacar suficiente pan para satisfacer a éstos?* (Mr. 8:4). Menciona el gran número de los israelitas como un obstáculo para ello, como si el que les había provisto de pan, no pudiese también proveerles de carne con el mismo poder infinito. Piensa sólo en carne de ovejas y bueyes, y en pescado, sin pensar en que la carne de las aves, y no muy grandes, podía servir a este propósito.
3. Dios responde breve, pero suficientemente, a la objeción que Moisés presenta en esta ocasión: *¿Acaso se ha acortado la mano de Jehová?* (v. 23). Aquí Dios hace que Moisés recapacite sobre este primer principio y aprenda de nuevo, si lo ha olvidado, aquel antiguo nombre de Dios, *El-Shadday*, el *Todosuficiente* (Gn. 17:1).

Versículos 24–30

El cumplimiento de la palabra de Dios a Moisés, de que había de tener quienes le ayudasen en el gobierno de Israel.

I. El caso de los setenta consejeros privados en general. Moisés, aunque se había visto algún tanto perturbado por el tumulto del pueblo, se encontraba ya completamente tranquilo por la comunión que había tenido con el Señor, y pronto volvió en sí de nuevo. 1. Cumplió su parte, y presentó a los setenta ancianos delante del Señor, en torno al santuario (v. 24), para que estuviesen allí preparados para recibir la gracia de Dios, en el lugar en que Él se manifestaba al pueblo. 2. Dios, por su parte, *tomó del espíritu de Moisés* (de su poder espiritual profético) y *lo puso en los setenta varones ancianos* (v. 25), de manera parecida a como de una lámpara se encienden otras, sin que disminuya la luz de la primera. Así, todos juntos pudieron dar su testimonio profético en el campamento, silenciando las voces de los murmuradores.

II. Aquí hay un caso particular acerca de dos ancianos, *Eldad y Medad*, probablemente hermanos.

1. Éstos habían sido nombrados por Moisés, entre los setenta, para asistirle, pero se quedaron en el campamento, declinando quizás el honor que se les confería.
2. Sin embargo, el mismo espíritu que fue puesto sobre los demás, les apresó también a ellos en el campamento, y profetizaron como los otros, ejercitando los mismos dones, para testimonio al pueblo de Israel. En esto se manifestó una providencia especial de Dios, para que se viese que la participación del espíritu profético de Moisés no era comunicada por el mismo Moisés, sino por Dios.
3. Un joven informó a Moisés de lo que ocurría: *Eldad y Medad profetizan en el campamento* (v. 27). Quienquiera que fuese la persona que llevó la noticia, parece ser que vio en ello cierta irregularidad.
4. Josué, el ayudante de Moisés, le pide a éste que les haga callar (v. 28) *Señor mío Moisés, impídelos.* Es probable que Josué mismo fuese uno de los setenta. No le pide a Moisés que les castigue por lo que han hecho, sino que les impida continuar profetizando. Seguramente que Josué temía que el

honor y la autoridad de Moisés sufriesen mengua, si había quienes profetizaban sin haber recibido el espíritu de Moisés.

5. Moisés rechaza la petición y lanza un reproche al que se la había hecho: *Tienes tú celos por mí?* (v. 29). Aunque Josué era amigo particular y confidente de Moisés, y a pesar de que lo había dicho por respeto a Moisés, cuyo honor estaba poco dispuesto a ver menguado con el llamamiento de estos ancianos, Moisés le reprendió, sin embargo. Esto nos enseña que no debemos adelantarnos a condenar y silenciar a quienes son diferentes de nosotros, como si por *no seguirnos a nosotros* (Mr. 9:38), ya no siguieran a Cristo. ¿Vamos a rechazar a quienes son del Señor, o a impedirles hacer algo bueno, porque no piensan en todo como nosotros? Moisés era de otro espíritu; tan lejos estuvo de silenciar a aquellos dos, y de apagar en ellos el Espíritu, que desea que *todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su espíritu* (de Moisés) *sobre ellos.*

6. Con esta capacitación por parte de Dios, los setenta ancianos fueron inmediatamente con Moisés al campamento para ejercitar su don (v. 30). Tan pronto como su llamamiento fue suficientemente puesto a prueba por medio del ejercicio del don profético, fueron al pueblo para ejercitar dicho don en medio de Israel.

Versículos 31–35

Una vez que Dios hubo cumplido su promesa a Moisés, y le otorgó los ancianos que habían de asistirle en el gobierno del pueblo, cumple ahora su promesa al pueblo, dándoles la carne que apetecían. 1. Cómo satisfizo Dios al pueblo con abundancia de carne: *Vino un viento* (del S. E., parece ser Sal. 78:26) *de Jehová, y trajo codornices* (v. 31). Al remitir el viento, las codornices, exhaustas seguramente por el largo viaje a través del mar, cayeron en picado sobre el campamento de los israelitas. Así el pueblo tuvo carne para un mes, de manos de un Padre tan benigno hacia unos hijos tan insolentes y rebeldes. 2. Tan deseosos estaban de la carne que Dios les había enviado, que se pasaron *todo aquel día, y toda la noche, y todo el día siguiente, atrapando codornices* (v. 32). No hicieron caso de las palabras que Moisés les había dicho de parte de Dios, de que se habían de hartar hasta que les saliera la carne por las narices (v. 20). 3. Qué caro pagaron aquel banquete, cuando llegó el momento de ajustar cuentas: *Hirió Jehová al pueblo con una plaga muy grande* (v. 33), alguna grave enfermedad, debida probablemente a la fuerte indigestión que sufrieron y que causó la muerte a muchos de ellos (Sal. 78:29–31; 106:13–15). El recuerdo de esto quedó perpetuado en el nuevo nombre que Moisés dio al lugar, llamándolo *Kibroth-hattaavah* que significa *sepulcros de concupiscencia* (v. 34).

CAPÍTULO 12

En el capítulo anterior, hemos visto la aflicción que el pueblo causó a Moisés. En el presente vemos que su paciencia fue puesta a prueba por sus mismos hermanos Aarón y María.

Versículos 1–3

I. La indecorosa e improcedente pasión de Aarón y María: *Hablaron contra Moisés* (v. 1). Parece ser que María comenzó la reyerta, y que Aarón, quizá por no haber sido consultado o empleado en la elección de los setenta ancianos, estaba a la sazón algo disgustado, y así se vio atraído más fácilmente a tomar partido al lado de su hermana. La reyerta contra Moisés se debía a dos motivos: 1. Su matrimonio con una extranjera. No se sabe si Moisés había contraído un segundo matrimonio con una mujer etíope *(cusita), o si s*e trata, como es más probable, de la propia Siporá (Éx. 2:21), en vista de que Cusán es sinónimo de Madián (Hab. 3:7). Quizá pensaban que Siporá había influido notablemente en el ánimo de Moisés en el asunto de la elección de los setenta ancianos. 2. Su gobierno; no por llevarlo mal, sino por monopolizarlo: *¿Solamente por Moisés ha hablado Jehová?* (v. 2).

II. La gran paciencia que Moisés mostró ante tamaña provocación. Él se hizo el sordo (v. Sal. 38:13). Cuando estaba en juego el honor de Dios, como en el caso del becerro de oro, no hubo nadie tan celoso

como Moisés; pero cuando se trató de su propio honor, nadie tan manso como él. Tan osado como un león en la causa de Dios, pero tan manso como un cordero en su propia causa. A veces, la malevolencia de nuestros amigos es, para nuestra mansedumbre, una prueba más fuerte que toda la maldad de nuestros enemigos.

Versículos 4–9

Moisés no se resintió de la injuria que se le hacía, ni se quejó de ella a Dios, ni apeló a la justicia divina; pero Dios sí que se resintió. Cuanto mayor silencio guardamos en nuestra propia causa, tanto mayor empeño pone Dios en defenderla. El inocente que es acusado no necesita hablar mucho cuando sabe que el juez es también su abogado.

I. Se incoa el expediente, y ambas partes son requeridas a esperar al Juez a la puerta del tabernáculo (vv. 4–5).

II. Dios hace saber a Aarón y a María que, por elevada que fuese la posición que ellos ocupasen (Aarón, sumo sacerdote; María, líder de las profetisas de Israel), no debían aspirar al mismo nivel que Moisés, ni a competir con él como rivales (vv. 6–8). 1. Es cierto que Dios otorgaba gran honor a los profetas, *apareciéndose a ellos en visión, y hablando en sueños con ellos* (v. 6), y por medio de ellos se daba a conocer a los demás. Ahora ya no lo hace por sueños o visiones, sino por medio del *Espíritu de sabiduría y de conocimiento* (1 Co. 12:8), y *revelándonos* las cosas *por medio del Espíritu* (1 Co. 2:10). 2. Sin embargo, el honor que Dios otorgó a Moisés era mucho mayor que el otorgado a los demás profetas: *No así a mi siervo Moisés* (v. 7) porque él está por encima de ellos. Para recompensar a Moisés por su mansedumbre y paciencia en soportar la afrenta que sus propios hermanos Aarón y María le habían causado, Dios no sólo le defiende, sino que le alaba grandemente. (A) Dios da testimonio de la gran integridad y de la probada fidelidad de Moisés: *Es fiel en toda mi casa.* Este es el rasgo que se destaca en primer lugar acerca de su carácter, porque la gracia está por encima de los dones; el amor por encima del conocimiento; y la sinceridad e integridad en el servicio de Dios revisten a una persona de mayor honor, y la disponen para recibir de Dios mayor favor que la erudición, las especulaciones abstrusas y la habilidad para *hablar en lenguas.* (B) Moisés era favorecido, por consiguiente, con manifestaciones más claras de la mente de Dios, y con una comunión con Dios más íntima que la de cualquier otro profeta.

En vista de todo ello, Aarón y María debían reflexionar sobre la persona a quien habían insultado: *¿Por qué no tuvisteis temor de hablar contra mi siervo Moisés?* (v. 8).

III. Después de haberles manifestado su insolencia y su insensatez, Dios les muestra a continuación su propio desagrado: *La ira de Jehová se encendió contra ellos* (v. 9). Por cierto que ya lo mostró suficientemente, al marcharse sin esperar a que presentasen alguna excusa: *Y se fue.* Que se aparte de nosotros la presencia de Dios es la señal más segura y más triste del desagrado de Dios hacia nosotros. ¡Ay de nosotros, si Él se va! Pero Él nunca se marcha hasta que nosotros mismos le ahuyentamos por medio de nuestro pecado y de nuestra insensatez.

Versículos 10–16

I. El juicio de Dios contra María: *La nube se apartó del tabernáculo* (v. 10), en señal del desagrado de Dios, y al punto, *María quedó leprosa.* Como dice el obispo Hall, su lengua inmunda fue castigada con un rostro inmundo. Mientras Moisés necesitaba un velo para cubrir su gloria, María lo necesitaba para cubrir su vergüenza. No fue Aarón el castigado con lepra, sino María, porque ella fue la que inició la rebelión, y Dios quería establecer una diferencia entre los que extravían a otros, y los que son extraviados. Aarón, como sacerdote, había de juzgar sobre la lepra de su hermana y, en cierto modo, juzgarse a sí mismo a través de ella, pues no podría declararla leprosa sin temblar y sonrojarse, al saber que era culpable como ella.

II. La sumisión y confesión de Aarón (vv. 11–12). Se humilló ante Moisés, confesó su pecado y pidió perdón. Quien hacía poco se había unido a su hermana en la rebelión contra Moisés, se ve obligado ahora

a dirigirse a Moisés en actitud arrepentida y sumisa de su parte y de la de su hermana. En su acto de sumisión: 1. Confiesa su propio pecado y el de su hermana (v. 11). 2. Pide perdón a Moisés: *No pongas sobre nosotros este pecado.* 3. Hace ver a Moisés la deplorable condición de su hermana, para moverle a compasión: *No quede ella ahora como el que nace muerto* (v. 12).

III. La intercesión en favor de María: *Moisés clamó a Jehová, diciendo: Te ruego, oh Dios, que la sanes ahora* (v. 13). Moisés clamó a gran voz, porque la nube, símbolo de la presencia de Dios, se había apartado de allí, y también para expresar el fervor de su ruego: *Que la sanes ahora.* Así que María fue sanada mediante la oración de Moisés, a quien ella había tratado tan mal.

IV. La resolución de este caso, de forma que se diese satisfacción juntamente a la misericordia y a la justicia de Dios. 1. La misericordia entra en juego en cuanto que María va a ser sanada; Moisés la perdona, y Dios también la perdonará (v. 2 Co. 2:10). Pero: 2. La justicia también se cumple, puesto que María va a ser humillada: *Sea echada fuera del campamento por siete días* (v. 14).

V. El estorbo que esto causó al avance del pueblo: *El pueblo no pasó adelante hasta que se reunió María con ellos* (v. 15). Dios no levantó la nube y, por consiguiente, ellos no pudieron trasladar el campamento. Esto tenía por objeto: 1. Reprender al pueblo, pues eran conscientes de haber pecado a semejanza de la transgresión de María, cuando hablaron contra Moisés. 2. Indicar el respeto que Dios otorgaba a María. Si el campamento hubiese sido trasladado durante los días en que ella estaba fuera de la congregación, su pena y su vergüenza habrían sido mucho mayores. Quienes se hallan bajo disciplina y corrección por su pecado deben ser tratados con mucho afecto, sin sobrecargarles con la vergüenza que se han merecido, y *sin tenerles por enemigos* (2 Ts. 3:15), sino, *al contrario, perdonándoles y consolándoles* (2 Co. 2:7). Los pecados deben ser echados con pena, y los arrepentidos deben ser acogidos con gozo.

CAPÍTULO 13

Sumamente triste es la historia que se nos narra en este capítulo y en el siguiente. Cuando ya estaban los israelitas a punto de poner sus pies en Canaán, hubieron de volver atrás, para vagar por el desierto durante treinta y ocho años más, hasta perecer allí todos los mayores de veinte años (con la excepción de Josué y Caleb), a causa de su murmuración e incredulidad.

Versículos 1–20

I. La orden que da Dios a Moisés de enviar espías que reconozcan la tierra de Canaán. Se dice aquí que Dios se lo ordenó (vv. 1–2), pero parece ser, por Deuteronomio 1:22, que la sugerencia partió primeramente del pueblo mismo, pues vinieron a Moisés y le dijeron: *Enviemos varones delante de nosotros.* Por otra parte, el hebreo dice: *shelaj lejá = Envía para ti,* como si dijera—según los rabinos—«si deseas enviar espías, hazlo». Por ello vemos que el pueblo, en general, no confiaba plenamente en la Palabra de Dios, quien había dicho que era buena tierra. ¡Qué absurdo fue enviar espías a una tierra que Dios había espiado ya para ellos! Pero así es como nos arruinamos muchas veces, ya que damos más crédito a nuestras propias ideas e imaginaciones, y a los informes ajenos, que a la revelación de Dios; queremos andar por vista, en vez de andar por fe. Al hacer el pueblo a Moisés la referida sugerencia, él lo consultó con Dios, quien le ordenó contentar al pueblo en este asunto, enviando espías delante de ellos. Así les dejaba andar según sus propios consejos.

II. Las personas nombradas para este servicio (vv. 4 y ss.), una de cada tribu, para mostrar que era cosa de todo el pueblo. Así se hizo con la mejor intención, pero tuvo tanto peor resultado cuanto que las personas enviadas, al dar, en su mayoría, el mal informe que después veremos, hicieron que el pueblo les creyera, influido por el prestigio de que gozaban los espías enviados. Al ser grande la importancia que el libro de Números da a los nombres, aparecen aquí los de todos los espías. Es de notar (v. 16), el cambio de nombre de Josué, hecho por Moisés—sin duda—antes en el tiempo de la victoria sobre Amalec (Éx. 17:9 y ss.); por lo cual, la traducción correcta debería ser: Y *a Oseas hijo de Nun le había puesto Moisés*

el nombre de Josué = Jesús. Comoquiera que *Osheas* (u *Hosheá*) significa: *Él ayudó* (*o Él salvó*), *y Josué* (*Yehoshuá*) significa: *Él* (Dios) *ayudará* (o Jehová salvará), vemos que el pensamiento de Moisés era el siguiente: Dios, que nos ha ayudado hasta aquí, nos ayudará también en adelante. Según el Midrash, Moisés, al cambiar el nombre de Josué, expresó la siguiente oración: «Dios te libre del consejo de los espías». En este caso, la oración iría unida a la promesa; tal es la relación que hay entre oración y promesa, puesto que las oraciones alcanzan promesas; y las promesas orientan y animan a las oraciones. Al ser, pues, el nombre de *Josué* equivalente al de *Jesús*, vemos que Josué fue tipo de Cristo, al suceder a Moisés en el puesto de capitán de Israel y de introductor del pueblo en la tierra de Canaán, después de conquistarla. Josué fue el salvador del pueblo de Dios de los poderes de Canaán, pero Cristo es el Salvador de ese mismo pueblo de los poderes de Satán.

III. Las instrucciones que se dieron a los espías mencionados. Fueron enviados a la tierra de Canaán para reconocerla y observar cuál era su estado a la sazón (v. 17). Dos puntos de investigación les fueron encargados: 1. Respecto a la tierra misma: *Cómo es el terreno, si es fértil o estéril* (v. 20). Moisés estaba seguro de que Canaán era buena tierra, porque él creía a Dios, pero envió a los espías a hacer este reconocimiento para dar satisfacción al pueblo. 2. Respecto a los habitantes: acerca de su número, *si poco o numeroso;* acerca de su condición, *si fuerte o débil* (v. 18).

IV. Moisés despidió a los espías con este encargo: *Esforzaos* (v. 20); es decir, ¡ánimo!, con ello insinuaba que habían de traer un informe que sirviese para animar al pueblo y sacar el mejor partido de la situación.

Versículos 21–25

Breve relato del reconocimiento que los espías hicieron de la tierra prometida. 1. La reconocieron toda, *desde el desierto de Zin,* al N. E. del desierto de Parán y, por tanto, en los límites meridionales de Canaán, *hasta Rehob,* norte de Canaán, en la base del Hermón, junto a las fuentes del Jordán, *a la entrada de Hamat* (v. 21), el estrecho pasadizo entre el Hermón y el Líbano, del que se habla en la Biblia como del límite más septentrional de la Tierra Santa (34:8). Se dividieron allí en varios grupos, y así pasaron inadvertidos, como viajeros. 2. Se fijaron especialmente en Hebrón (v. 22), probablemente porque cerca de allí estaba el campo de Macpelá, donde estaban sepultados los patriarcas (Gn. 23:19). Se encontraron con que allí habitaban los hijos de Anac. Allí donde los cuerpos de sus antepasados habían tomado posesión para ellos, los gigantes habían ocupado después la tierra en posesión contra ellos. 3. Trajeron consigo un *racimo de uvas,* y algunos otros frutos de la tierra (v. 23), como muestra de la extraordinaria bondad de la tierra. El sitio donde lo cortaron fue llamado el *Valle de Escol,* que quiere decir *racimo,* el famoso racimo que fue para Israel como el anticipo o arras y como el paradigma de todos los frutos de Canaán. De ahí su frecuencia en los grabados que sirven para ilustrar los lugares bíblicos.

Versículos 26–33

Al cabo de cuarenta días, volvieron los espías, pero su informe no era coincidente.

I. La mayor parte, diez de doce (más del 80%), desanimó al pueblo, para disuadirle de entrar en Canaán.

1. Fijémonos en el informe que dieron. (A) No pudieron negar que la tierra de Canaán era muy fructífera; el racimo de uvas que traían consigo era una estupenda prueba ocular (v. 27). Sin embargo, se contradicen después al decir: *Es tierra que traga a sus moradores* (v. 32); es decir, que no produce lo suficiente para mantenerlos. Hay quienes piensan que, en el tiempo en que estos espías exploraron la tierra, había alguna plaga o epidemia, y ellos pensaron que eso se debía a lo insano de la atmósfera, con lo que tomaron de ahí ocasión para desanimar al pueblo. (B) Por otra parte, ellos presentaron la conquista de Canaán como prácticamente imposible, de modo que no tenía ningún objeto el intentarla. Para conseguir mejor su propósito, describieron a los gigantes de allí, a los hijos de Anac, con notoria exageración (v. 33), para recalcar así que la única decisión prudente era abstenerse de acometer la empresa de conquistar

la tierra: *No podremos subir contra aquel pueblo* (v. 31), como el que dice: Habrá que intentar otra solución y seguir otro camino.

2. Pero, lo cierto es que, vistas las cosas desde un punto de vista meramente humano, no tenían excusa alguna para defender su tremenda cobardía. ¿Acaso no eran suficientemente numerosas las huestes de Israel? ¿No eran hombres eficientes, bien entrenados y organizados, estrechamente unidos en principios, motivos, intereses afectos? ¿No era sabio y valiente Moisés, su comandante en jefe? Si el pueblo ponía en la empresa resolución y bravura, ¿quién podía resistirles?

3. Esto no es lo peor. Aunque bien se merecían el apelativo de cobardes, la Escritura los estigmatiza como incrédulos. (A) Tenían suficientes señales de la presencia de Dios en medio de ellos. Supongamos que los cananeos fuesen más fuertes que los israelitas, pero ¿acaso eran más fuertes que el Dios de Israel? Las ciudades estaban fortificadas contra ellos (v. 28), según decían, pero ¿podían estar fortificadas contra el Cielo? (B) Además, ya tenían bastante experiencia de la largura y de la fuerza del brazo de Dios, extendido y remangado para liberarles y defenderles. ¿No eran los egipcios más fuertes que los cananeos? No obstante, sin que Israel tuviese que desenvainar una sola espada ni dar un solo golpe, los carros y jinetes de Egipto habían sido derrotados y destruidos. También los amalecitas habían sido desconcertados y vencidos. (C) Por si esto fuera poco, tenían de parte de Dios promesas especiales de victorias y éxitos en sus futuras luchas contra los cananeos. Dios había dado ya a Abraham todas las seguridades posibles de que había de poner a su descendencia en posesión de aquella tierra (Gn. 15:18; 17:8). También por medio de Moisés les había prometido expresamente que *había de echar fuera al cananeo, etc.* (Éx. 33:2), y que *los había de echar poco a poco* (Éx. 23:30). Después de esto, decir: *No podremos subir contra aquel pueblo,* equivalía a decir: «Dios mismo no podrá mantener su palabra.»

II. Pero Caleb les animó a seguir adelante, aunque sólo contó con el respaldo de Josué: *Caleb hizo callar al pueblo* (v. 30). *Caleb* significa algo así como *intrépido* (de *keleb* = perro, por la fuerza de su aullido), pero hay quien pretende hacerlo derivar, más ingeniosa que correctamente, de *«kol leb» = todo corazón,* con lo cual haría honor a su nombre, por ser cordial y animoso y habría podido hacer animoso a todo el pueblo, si le hubiesen escuchado. 1. Vemos que Caleb habla con toda confianza del éxito: *Más podremos nosotros que ellos* (v. 30), por fuertes que sean. 2. Anima al pueblo a seguir adelante y, colocándose en vanguardia, habla como quien está resuelto a conducirles con toda valentía: *Subamos luego, y tomemos posesión de ella.*

CAPÍTULO 14

Este capítulo nos refiere la fatal contienda entre Dios e Israel, en la que, a causa de la murmuración e incredulidad del pueblo, Dios les juró en su ira que no habían de entrar en su reposo. *«Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga, imitando este ejemplo de desobediencia»* (He. 4:11).

Versículos 1–4

¡Qué daño causaron los malvados espías con su falso reportaje!

I. Vemos la agitación que el informe produjo en el pueblo: *Toda la congregación gritó y dio voces* (v. 1) dando crédito a los espías más que a Dios. Los que se quejan sin causa merecen tener causa para quejarse. Y esto es precisamente lo que le pasó aquel día al pueblo de Israel.

II. Con qué atrevimiento se encararon con sus líderes: *Se quejaron contra Moisés y contra Aarón* (v. 2) y expresamente contra Dios (v. 3). 1. Miraban hacia atrás con descontento inmotivado, y deseaban haber muerto en Egipto, o morir entonces mismo en el desierto. Nunca habían pasado un tiempo tan bueno y agradable como aquellos meses desde que habían salido de Egipto. ¡Cuán viles eran los ánimos de aquellos degenerados israelitas, para desear la muerte antes que entrar, con la promesa de Dios, en la tierra que fluía leche y miel! ¡Qué ingratos e insensatos somos, cuando, después de tantos beneficios y de tan maravillosas promesas de Dios, al menor asomo de la más insignificante adversidad, enseguida nos sentimos deprimidos y nos quejamos, más o menos conscientemente, de la sabia y amorosa providencia

de nuestro Padre Celestial. 2. Miraban el porvenir con desesperación infundada, y daban por seguro que si seguían adelante iban a *caer a espada* (v. 3). No dudaron incluso en pronunciar la más impía blasfemia al insinuar malévolamente que el propósito de Dios al conducirlos por el desierto, era llevarlos a una muerte segura a ellos, a sus mujeres y a sus niños inocentes.

III. Finalmente, llegaron a la decisión desesperada de volverse a Egipto, en lugar de seguir adelante hacia Canaán: *Designemos un capitán, y volvámonos a Egipto* (v. 4). 1. Era la mayor locura del mundo desear volverse a Egipto, y pensar que allí les iba a ir mejor que les iba en el desierto. 2. Era lo más ridículo del mundo hablar de volverse a través del desierto. 3. En fin, era lo más perverso del mundo, pretender elegir un capitán, al margen de Moisés y de Dios mismo, pensando en su rebeldía y en su ingratitud que el capitán «democráticamente» elegido por ellos les iba a conducir con mayor prudencia y seguridad. También nosotros nos encontramos muchas veces a disgusto con lo que tenemos, nos quejamos de nuestro lugar y de nuestra suerte, y pensamos enseguida cambiar de residencia o de trabajo; pero, ¿es que hay algún lugar o estado en este mundo que no tengan nada que pueda disgustarnos, si llevamos dentro la disposición al disgusto? El único modo de mejorar nuestra condición es poner nuestro ánimo en mejor disposición y, en lugar de decir: ¿No sería mejor volvernos a Egipto?, preguntarnos: ¿No sería mejor contentarme con lo que tengo, y sacar el mejor partido posible de lo que hay frente a mí?

Versículos 5–10

Los mejores amigos de Israel se interponen ahora para intentar salvarles de la ruina, pero en vano.

I. Sus mayores esfuerzos se pusieron en juego para acallar el tumulto.

1. El clamor estridente del pueblo era tan grande, que no era posible oír a Moisés ni a Aarón; por ello, a fin de expresarse de alguna manera frente a toda la congregación, y manifestar al mismo tiempo su tremendo pesar y su confusión, *se postraron sobre sus rostros,* dando así a entender: (A) Sus humildes oraciones a Dios, para que Él acallase el tumulto del pueblo. (B) La gran aflicción y preocupación de su ánimo. Cayeron como atónitos y como heridos por un rayo, asombrados de ver a un pueblo arrojar lejos de sí los favores y misericordias de Dios. Lo que, por fin, dijeron al pueblo, lo refiere Moisés en la repetición de este relato: *No os asustéis; Jehová vuestro Dios, Él peleará por vosotros* (Dt. 1:29–30).

2. Caleb y Josué hicieron también lo que estaba en su mano: *Rompieron sus vestidos* (v. 6), porque estaban santamente indignados por el pecado del pueblo, y temían justamente la ira de Dios, que ellos veían próxima a estallar contra Israel. Su discurso al pueblo no pudo ser más pertinente ni más patético (vv. 7–9), hablando y razonando con toda autoridad.

A) Les dieron seguridades de la bondad de la tierra que habían explorado y de que era realmente digna de aventurarse a conquistarla.

B) Les hicieron ver que no tenían importancia las dificultades que parecían oponerse a que entrasen a poseerla: *No temáis a pueblo de esta tierra* (v. 9). Por muy negro que os hayan pintado éstos el panorama, nunca es tan fiero el león como lo pintan. *Nosotros los comeremos como pan;* como si dijeran: «Están delante de nosotros más bien para devorarlos que para derrotarlos». Como dice expresivamente nuestro refrán castellano, similar a la expresión de Josué y Caleb: «Son pan comido». Aunque los cananeos vivan en ciudades fortificadas, están al descubierto: *Su amparo se ha apartado de ellos.* Los otros espías se habían fijado en la fuerza y en la estatura de los cananeos, pero éstos se habían fijado en su perversidad, y de ahí inferían que Dios los había desamparado de antemano y, por eso, su *amparo* (lit. *sombra) se había marchado.* En un país cálido, como Canaán, la *sombra* era un refugio.

C) Mostraron claramente al pueblo que todo el peligro en que se hallaban se debía únicamente a su descontento y rebeldía contra Dios, y que tendrían éxito en subyugar a todos sus enemigos, con tal que no se empeñasen en hacer de Dios un enemigo.

II. Todos sus esfuerzos fueron inútiles; estaban sordos al más lógico y prudente razonamiento; más aún, las palabras de Josué y Caleb les exasperaron todavía más hasta llevarlos al colmo del ultraje: Toda la multitud habló de apedrearlos (v. 10). Caleb y Josué sabían que se manifestaban así por Dios y por su gloria, y por eso no dudaban de que Dios se manifestaría por ellos y por su seguridad. Y no quedaron

decepcionados, pues inmediatamente *la gloria de Jehová se mostró en el tabernáculo* para terror y confusión de los que estaban ya dispuestos a apedrear a los siervos de Dios.

Versículos 11–19

I. Cuando la gloria de Dios *se mostró en el tabernáculo,* podemos suponer que Moisés entendió por ello que Dios le llamaba a que fuese inmediatamente a la puerta del tabernáculo y esperara allí. Ahora se nos refiere lo que le dijo Dios allí.

1. Le mostró la gran maldad del pecado del pueblo (v. 11). De dos cosas se querella Dios justamente ante Moisés: (A) Del pecado del pueblo: *¿Hasta cuándo no me creerán?* (v. 11). Fue la incredulidad de ellos lo que hizo de este día un día de provocación en el desierto (Heb. 3:8). (B) De que el pueblo continúe en el pecado: *¿Hasta cuándo?* Cuanto más hace Dios por nosotros, mayor es el insulto y la provocación que le hacemos, si no creemos y no confiamos en Él.

2. Le mostró la sentencia que la justicia divina pronunciaba sobre el pueblo a causa de su pecado (v. 12). ¿Qué me queda por hacer, sino acabar del todo con ellos? ¿Quieren morir? Pues ¡que mueran! ¡Que no quede de ellos ni raíz ni rama!

II. La humilde intercesión que Moisés hizo en favor de ellos.

1. El contenido de su oración es, en una palabra, *perdón. Perdona ahora la iniquidad de este pueblo* (v. 19); esto es, «no traigas sobre ellos la ruina que se merecen». Esta fue la oración de Cristo por los que le crucificaron: *Padre, perdónales* (Lc. 23:34).

2. Las razones que expone en su oración son muchas y expuestas fuerte e insistentemente.

A) Alega que la propia gloria de Dios está en juego (es el mismo alegato que en Éx. 32:12): *Lo oirán luego los egipcios …* (vv. 13–16). Es como si dijera: «Si este pueblo que ha levantado tan gran tumulto es consumido por completo y todas sus estupendas ilusiones se quedan en nada, y su luz termina en pavesas será publicado con placer en Gat, y referido con gozo en las calles de Ascalón. ¿Y qué leyenda forjarán los gentiles con ello? Será imposible hacerles comprender que es un acto de la justicia divina, pues pensarán más bien que es un fracaso del poder de Dios».

B) Apela a la proclamación que Dios hizo de su nombre en Horeb: *Te ruego que sea magnificado el poder del Señor …* (vv. 17–18). Para dar mayor fuerza a su petición alude a las palabras que Dios había pronunciado: *Jehová, tardo para la ira y grande en misericordia.* Allí había hablado Dios de su misericordia como que era su gloria; Dios se gloriaba de ello (Éx. 34:6–7). Ahora Moisés le pide que glorifique también su misericordia en esta ocasión. No pide que no los corrija, sino que no los desherede.

C) Apela a las experiencias pasadas: *Como has perdonado a este pueblo desde Egipto hasta aquí* (v. 19). Moisés considera esto como un buen alegato: *Perdona … como has perdonado.* Como si dijera: Sé fiel a tu propio carácter. No será mayor reproche a tu justicia, ni menor alabanza a tu misericordia, el perdonar ahora, que lo ha sido el haber perdonado antes.

Versículos 20–35

La respuesta de Dios a Moisés es como un canto a la misericordia, lo mismo que a la justicia.

I. La sentencia de exterminarlos a todos de inmediato es retirada (v. 20). Por aquí se puede ver qué apoyo y ánimo da Dios a nuestra intercesión en favor de otros, para que nuestras oraciones sean generosas y comunitarias. Aquí tenemos a toda una nación salvada de la ruina inminente, por la efectiva oración ferviente de un justo (Stg. 5:16). También vemos la importancia de orar apoyados en la propia Palabra de Dios. Moisés había orado según la Palabra de Dios. Dios ahora concede y perdona según la palabra de Moisés: *Conforme a tu palabra* (v. 20). Cuando hemos ofendido a una persona, y nos ha perdonado, pero le volvemos a ofender ¡qué vergüenza nos da pedirle perdón de nuevo! Pero la puerta del Cielo siempre está abierta (He. 4:15–16), para que puedan entrar libremente las oraciones, y puedan salir benignamente las gracias y los perdones.

II. La gloria de Dios queda totalmente a cubierto con la resolución que la justicia divina ha tomado (v. 21). Moisés había mostrado en su oración un interés especial por la gloria de Dios. Todo el mundo verá cuánto aborrece Dios el pecado, incluso en su propio pueblo, y cómo va a pedirle cuentas por él, pero al mismo tiempo verá también cuán benigno y misericordioso es, y tardo en airarse. Dios da respuesta inmediata cuando es invocada su gloria. Así también, cuando nuestro Salvador oró al Padre, diciendo: *Padre, glorifica tu nombre,* se le respondió inmediatamente: *Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez* (Jn. 12:28).

III. El pecado del pueblo que provocó a Dios a entablarles proceso, tiene aquí notables agravantes (vv. 22, 27).1. Habían tentado a Dios, y puesto a prueba su poder. Habían tentado también a su justicia, a ver si se iba a resentir de la provocación y castigarles, o no. 2. Habían murmurado contra Él; Dios insiste en esto (v. 27). 3. Cometieron este pecado después de haber visto los milagros de Dios en Egipto y en el desierto (v. 22). 4. Habían repetido las provocaciones *diez veces* (v. 22); es decir, con frecuencia (v. Gn. 31:7).

IV. La sentencia pronunciada contra ellos por su pecado. 1. No habían de *ver* la tierra prometida (v. 23), ni *entrarían* en ella (v. 30). La promesa de Dios se cumpliría para la descendencia de ellos, pero no para ellos. 2. Iban a volver de nuevo por el camino del desierto (v. 25). El próximo traslado iba a ser una retirada. 3. Que todos los que habían sido contados de veinte años arriba morirían en el desierto; no todos a la vez, sino poco a poco. Habían deseado morir en el desierto, y Dios respondía con un *Amén* a su deseo imprudente y apasionado. 4. Que habían de estar vagando por el desierto durante cuarenta años (con los dos que ya llevaban), conforme a los cuarenta días en que habían explorado la tierra de Canaán. Por el desierto andarían durante todos esos años, como viajeros que se han perdido. (A) Para que así pudieran ser movidos al arrepentimiento, y encontrar misericordia en la otra vida, cualquiera que fuese su ventura en la vida presente. (B) Para que pudiesen experimentar en cabeza propia cuán peligroso es para un pueblo ligado a Dios con pacto, romper este pacto. Dios no abandona a ninguna persona, a no ser que esta persona le haya abandonado a Él. (C) Para que en este tiempo surgiera una nueva generación, la cual no podía surgir de una vez sin un gran milagro. Y para que los menores de edad, viendo cómo se había manifestado el desagrado de Dios contra sus padres, tomasen aviso para no seguir las pisadas de desobediencia de los mismos.

V. La misericordia incluida en esta severa sentencia.

1. Misericordia hacia Caleb y Josué. Aunque habían de vagar por el desierto con los demás, iban a ser los únicos mayores de veinte años que sobrevivirían hasta después de entrar en Canaán (vv. 24, 30). Sólo Caleb es mencionado en primer lugar (v. 24), y Dios le señala con un honor especial, tanto: (A) En la descripción que hace de él: *Hubo en él otro espíritu,* diferente del resto de los espías, y *decidió ir en pos de Dios,* cumplió exactamente con su deber, a pesar de estar en minoría y amenazado de muerte. Sabía que «uno con Dios es mayoría». (B) Como también en la recompensa que le promete: *Yo le meteré en la tierra donde entró* (v. 24). En la segunda mención que Dios hace de Caleb (v. 30), menciona también junto a él a Josué, prometiéndole los mismos favores y coronándole con los mismos honores, por haber cumplido junto a él los mismos servicios.

2. Misericordia hacia los hijos de estos mismos rebeldes. Dios iba a preservar una descendencia, a la que daría en posesión la tierra de Canaán: *Pero a vuestros niños,* de veinte años abajo, *de los cuales dijisteis,* en vuestra incredulidad, *que serían por presa, yo los introduciré* (v. 31).

Versículos 36–45

I. La muerte súbita de los diez espías malvados. Mientras se estaba pronunciando la sentencia contra el pueblo, y antes que fuese publicada, ellos *murieron de plaga delante de Jehová* (vv. 36–37). 1. Habían cometido un enorme pecado, al hablar calumniosamente de la tierra prometida. Nótese cuánto provocan a Dios quienes contribuyen a formar una imagen falsa de la religión, vilipendiándola, haciendo surgir prejuicios contra ella, o dando ocasión a quienes buscan pretextos para atacarla. 2. Hicieron pecar a Israel: Conscientemente *habían hecho murmurar contra Él* (contra Moisés y, de rechazo, contra Dios) *a toda la congregación* (v. 36).

II. La especial preservación de Caleb y Josué: *Quedaron con vida* (v. 38).

III. La publicación de la sentencia a todo el pueblo (v. 39). Les dijo cuál era el decreto de Dios respecto a ellos, decreto irrevocable, de que habían de morir todos en el desierto, y que Canaán estaba reservado para la generación siguiente.

IV. El insensato y vano intento de algunos israelitas de entrar por su propia cuenta en Canaán, a pesar de la sentencia de Dios.

1. Ahora estaban impacientes por entrar en Canaán (v. 40). Se levantaron muy temprano, se armaron de coraje, se reunieron en grupo y le pidieron a Moisés que los condujera contra el enemigo. Pero, aunque Dios era glorificado por este comportamiento audaz, llegaba demasiado tarde y sin el mandato divino; de ahí que no sacasen de ello ningún beneficio, sino perjuicio total.

2. Moisés desaprobó rotundamente esta sugerencia, y les prohibió emprender la expedición que pretendían: *No subáis* (v. 42). Les advierte del peligro que ello comporta: *«Porque el amalecita y el cananeo están allí delante de vosotros* para atacaros *y Jehová no está en medio de vosotros* para protegeros y luchar por vosotros. Por tanto, mirad por vosotros mismos, *no seáis heridos delante de vuestros enemigos»* (vv. 42–43). Quienes están fuera del camino del deber, están fuera de la protección de Dios, y caminan expuestos siempre al peligro.

3. No obstante esta advertencia, se aventuraron a marchar. Nunca hubo un pueblo tan perverso como éste, y tan desesperadamente decidido a hacer en todo lo contrario de lo que Dios quería. Les pide Dios que vayan, y no quieren ir; les prohíbe Dios que vayan, y van.

4. La expedición salió mal, como era de suponer (v. 45). Los enemigos estaban apostados en la cima del monte para hacer frente a los invasores y, al ser informados por sus avanzadillas de que se acercaba el enemigo, descendieron contra ellos y los derrotaron, matando, con toda probabilidad, a la mayoría de los israelitas que se habían aventurado en esta loca empresa.

CAPÍTULO 15

Este capítulo, que trata principalmente de sacrificios y ofrendas, está intercalado entre los relatos de dos rebeliones (una en el capítulo anterior y otra en el siguiente), para darnos a entender que estas instituciones de la Ley eran tipo de los dones que Cristo había de recibir incluso en favor de los rebeldes (Sal. 68:18). En el capítulo anterior, a causa de la provocación de Israel, Dios había determinado destruir al pueblo, y dando rienda suelta a su ira, los sentenció a perecer en el desierto. Pero, por la intercesión de Moisés, dijo: *Lo he perdonado; y,* en señal de su amplia misericordia repite y explica en este capítulo algunas de las leyes concernientes a los sacrificios, para mostrar que estaba reconciliado con ellos.

Versículos 1–21

I. Se dan instrucciones completas acerca de las ofrendas de presente y de las libaciones, que solían añadirse a todos los sacrificios de animales. El comienzo de esta ley es muy alentador: *Cuando hayáis entrado en la tierra de vuestra habitación que yo os doy, etc.* (v. 2). Esto era una clara indicación, no sólo de que Dios estaba reconciliado con ellos, sino de que garantizaba a los descendientes de la generación aquella la posesión de la tierra prometida. El objeto de esta ley es declarar en qué proporción habían de entrar las ofrendas de presente y las libaciones en los distintos sacrificios a los que estaban anejas.

II. Los extranjeros son puestos al mismo nivel que los nativos, en esta materia como en otras (vv. 13–16): *Un mismo estatuto tendréis vosotros de la congregación y el extranjero que con vosotros mora* (v. 15). 1. Esto era una invitación a los gentiles a que se hiciesen prosélitos y abrazasen así la fe y el culto del verdadero Dios. En el plano civil y social había diferencia entre los extranjeros y los israelitas nativos, pero no en las cosas de Dios. 2. Esto imponía a los judíos la obligación de ser amables con los extranjeros y no oprimirlos, al ver que Dios los reconocía y aceptaba como suyos. La comunión en las cosas espirituales debe acabar con todas las enemistades. Era un feliz presagio del llamamiento de los gentiles y

de su admisión en la Iglesia. Si la Ley hacía tan poca diferencia entre el judío y el gentil en lo que concernía a la salvación mucho menos había de hacerla el Evangelio, al ser derribada la pared intermedia de separación y ser reconciliados con Dios en uno por medio de un solo sacrificio, sin tener que observar ya más las ceremonias legales.

III. Ley para ofrecer a Dios las primicias de la masa. Esta ley, como la anterior, implica la venturosa suposición de que *habrán entrado en la tierra* (v. 18). No sólo deben ofrecer a Dios las primicias y los diezmos del grano de sus campos, sino que, cuando ya tengan el pan amasado en sus artesas, casi a punto de ser puesto en la mesa, Dios ha de recibir otro tributo más, una parte de la masa debe ser ofrecida a Dios (vv. 20–21), y el sacerdote debe recibirla para cocerla y comerla en familia. De esta manera tenían que mostrar su dependencia de Dios en el pan cotidiano. Así también Cristo nos enseñó a pedir, no diciendo: *Danos este año nuestra cosecha anual,* sino: *Danos hoy nuestro pan de cada día.*

Versículos 22–29

Leyes concernientes a los sacrificios por pecados de ignorancia. Los judíos lo aplican al pecado de idolatría o culto a falsos dioses, a causa de una enseñanza errónea por parte de sus maestros. El hecho de que se aluda aquí al quebrantamiento de *todos los* mandamientos se debe a que, siendo la idolatría una apostasía general de la doctrina nuclear del judaísmo, equivalía al quebrantamiento de toda la Torah. Si no traían las ofrendas que se les habían mandado, debían ofrecer un sacrificio de expiación, aunque la omisión se debiese a ignorancia o error. 1. El caso es considerado como pecado nacional (v. 24), puesto que toda la congregación interviene en cierto grado y, por tanto, toda la congregación ha de ofrecer el sacrificio. 2. Si se trata de una persona particular, *ha de hacerse expiación por la persona que haya pecado por yerro* (vv. 27–28). Los pecados de ignorancia son perdonados por medio de Cristo, el Gran Sacrificio, quien, al ofrecerse a sí mismo, una vez por todas, en la Cruz, parece que explicó la intención de su ofrenda en este sentido, cuando dijo: *Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.* Y Pablo parece aludir también a esta ley concerniente a los pecados de ignorancia, cuando escribe: *Fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad* (1 Ti. 1:13). Y fue una consideración favorable hacia los gentiles el que esta ley de la expiación por los pecados de ignorancia se extendiese expresamente a los que eran extranjeros a la ciudadanía de Israel (v. 29), pero se suponía que eran *prosélitos de justicia.* Así les llega a los gentiles la bendición de Abraham (Gá. 3:14).

Versículos 30–36

I. La sentencia pronunciada contra los que pecan con todo conocimiento y malicia o, como dice el texto, *con mano levantada* (v. 30), es decir, con soberbia presuntuosa, en desafío a Dios y a su ley (v. Job 15:25). Ello equivale a atribuir insensatez a la Sabiduría de Dios, e iniquidad al recto Juez de cielos y tierra; tal es la malignidad del pecado hecho con todo conocimiento y deliberación. La sentencia pronunciada contra tal pecado es terrible: no queda ya sacrificio para él (comp. He. 10:26 y ss.).

II. Un caso particular de pecado voluntario en el quebrantamiento del sábado. La ofensa consistía en estar recogiendo leña en día de reposo (v. 32), lo cual, probablemente, tenía por objeto hacer fuego para cocinar, cuando estaba mandado cocer y cocinar el día anterior todo lo que necesitasen para el sábado (Éx. 16:23). Por el contexto se ve que esto fue hecho voluntaria y conscientemente, lo que afrentaba así a la Ley y al Legislador. Parece ser que, incluso los más ordinarios israelitas, aunque dejaban mucho que desear, no veían con buenos ojos la profanación del sábado. La ley había sancionado ya la profanación del sábado con la pena capital (Éx. 31:14; 35:2), pero estaban perplejos, o respecto a la ofensa (si lo que aquel hombre había hecho había de ser considerado como profanación o no), o respecto al castigo, qué clase de muerte había de dársele (v. Lv. 24:12, para un caso similar).

III. Fue pronunciada la sentencia. El individuo fue juzgado como quebrantador del sábado, de acuerdo con el objetivo de tal ley, y como tal había de morir; y para mostrar cuán grande era el pecado que había cometido, y cuánto desagradaba a Dios, y para que otros lo oyesen, tuviesen temor y no se atreviesen a pecar de manera tan presuntuosa, fue sentenciado a morir de la muerte considerada como la más terrible: por apedreamiento (v. 35). Nótese que Dios es celoso del honor de sus días de reposo, y no

está dispuesto a tener por inocentes, piensen los hombres lo que piensen, a los que los profanen. La sentencia fue ejecutada inmediatamente después de ser pronunciada: toda la congregación lo apedreó (v. 36). Seguramente que intervino en la ejecución de la sentencia el mayor número posible de ellos, a fin de que aquellos, al menos, que habían arrojado una piedra contra este quebrantador del sábado, abrigasen el temor de quebrantar el sábado. Esto sugiere que la profanación voluntaria del sábado es un pecado que merece repudio por parte de toda la sociedad. Cualquiera podría pensar que recoger un poco de leña no tenía importancia, fuese cual fuese aquel día, pero Dios quería que el castigo ejemplar de aquel hombre fuese para todos nosotros una constante amonestación para concienciarnos de la necesidad de santificar el día del Señor.

Versículos 37–41

Vimos hace poco la provisión que la ley hacía para los pecados de error, ignorancia y debilidad. Ahora vemos el procedimiento para prevenir tales pecados. Los israelitas debían hacerse franjas en los bordes del vestido y poner en cada franja un cordón azul (v. 38), lo cual había de servirles de recordatorio de su deber de cumplir los mandamientos de Dios. Nuestro Salvador, puesto en sumisión a la Ley (Gá. 4:4), llevó también estas franjas o flecos por eso leemos acerca del *borde de su manto* (Mt. 9:20). Estos flecos son los que los fariseos alargaban (Mt. 23:5), para que los considerasen como más santos y devotos que los demás. Muchos hacen de sus ornamentos un motivo para fomentar su orgullo, cuando habrían de mirarse como incentivos para despertar la conciencia y estimular el sentido de la responsabilidad en el cumplimiento del deber. No estará de más añadir dos notas aclaratorias: 1. Sólo los varones habían de llevar dichas franjas, ya que las mujeres estaban ocupadas en las faenas del hogar. 2. Es muy significativo el color azul de los cordones, que es un color de simbolismo celestial. De ahí que se usase para unir los anillos del pectoral con los del efod (Éx. 28:28). El azul es asimismo el color simbólico del pensar filosófico. «El color azul de las franjas—dicen los rabinos—se asemeja al mar; el mar se asemeja al Cielo, y el Cielo se asemeja al Trono de la Gloria. Así, el acto exterior de mirar las franjas era para el israelita un acto interior de espiritual conformidad con los preceptos de Dios.» Podemos añadir que, sea cual sea la interpretación que se de a Apocalipisis 4:3, el azul es allí un color importante (quizás un azul violáceo, como en el extremo del arcoiris).

Después de la repetición de estas instrucciones ceremoniales, el capítulo termina con aquella grande y fundamental ley religiosa: *Que seáis santos a vuestro Dios* (v. 40).

CAPÍTULO 16

La fecha de la historia referida en este capítulo es incierta. Es probable que estos motines sucedieran después de su retirada desde Cadés-barnea. Por extraña coincidencia, después de nuevas leyes viene una nueva rebelión.

Versículos 1–11

I. Un registro de los rebeldes, quiénes y qué clase de personas eran, hombres de renombre. Coré era la principal figura de la conspiración; él la formó y la encabezó. A él se unieron Datán, Abiram y On, de la tribu de Rubén, el hijo mayor de Jacob. Probablemente, Coré estaba disgustado, tanto por la preferencia que se dio a Aarón en el sacerdocio como por el nombramiento de Elizafán para ser el jefe de los coatitas (3:30); y quizá los rubenitas estaban molestos de que la tribu de Judá ocupase el primer lugar de honor en el campamento. Las leyendas rabínicas ofrecen gran cantidad de conjeturas acerca del trasfondo de esta rebelión. Lo cierto es que, siendo *varones de renombre*, indujeron a *doscientos cincuenta varones* a unirse a la conspiración (v. 2). En vista de que *On hijo de Pelet* no vuelve a salir ya más, hay una leyenda rabínica, según la cual, fue salvado de la destrucción por su mujer. Ella le habría dicho: «¿Y qué vas a sacar con eso? O se va a quedar Moisés de jefe, y tú serás su seguidor, o será Coré el nuevo jefe, y tú serás su seguidor».

II. La protesta de los rebeldes (v. 3). De lo que se querellaban era del nombramiento de Aarón y de su familia para el sacerdocio. 1. Se jactaban orgullosamente (y demagógicamente) de la santidad de la congregación y de la presencia de Dios en medio de ella. Menguados motivos tenían para jactarse de la santidad del pueblo o del favor de Dios, cuando el pueblo se había contaminado con tantos pecados y tan recientemente. 2. Era injusta y falsa la inculpación de Moisés y Aarón de haberse arrogado tal honor cuando era evidente, y fuera de toda duda, que habían sido llamados a él por Dios mismo (He. 5:4). Por aquí puede verse: (A) Qué clase de espíritu tienen los levantiscos, los que menosprecian a las autoridades y resisten a los poderes que Dios les ha constituido; son gente orgullosa, envidiosa, ambiciosa, turbulenta, perversa y sin razón. (B) Qué pueden esperar de la comunidad incluso los hombres mejores y más útiles.

III. Conducta de Moisés, una vez que salió a la luz pública esta rebelión contra él.

1. *Se postró sobre su rostro* (v. 4), como hizo anteriormente (14:5). Se dirigió a Dios en oración, para que le manifestase qué es lo que debía decir y hacer en esta triste ocasión.

2. Dio su conformidad para que el caso fuera expuesto a Dios, para que Él decidiera, como quien estaba seguro de la legitimidad de su título y, por otra parte, contento con dejar el cargo, si Dios lo creía conveniente, para satisfacer con un nuevo nombramiento a aquella gente descontenta.

3. Trató de discutir el caso con los rebeldes, para ver de impedir que el motín llegase a mayores, y les dio muy buenas razones para que desistiesen de ello antes de que el caso llegase al tribunal de Dios, pues sabía que, si seguían adelante, seguramente tendrían un final horrible.

A) Les llama *hijos de Leví* (vv. 7, 8). Levitas ¡y rebeldes!

B) Les devuelve la inculpación que le hacían a él y a su hermano Aarón. Ellos habían inculpado a Moisés y Aarón de arrogarse demasiadas facultades, aunque no habían hecho otra cosa que aceptar el cargo que Dios les había confiado, y les dice a ellos: *Hijos de Leví, ¿os es poco que el Dios de Israel os haya apartado … acercándoos a Él, etc.?* (vv. 8–10). Así les mostró el gran privilegio que, como levitas, tenían; siendo esto suficiente para ellos, no tenían por qué aspirar también al sacerdocio.

C) Trató de convencerles del pecado que suponía subestimar aquellos privilegios: *¿Os es poco?* (v. 9).

D) Les hizo ver que su motín representaba una rebelión contra Dios: *Os juntáis contra Jehová* (v. 11). Mientras ellos pretendían afirmar la santidad y la libertad del Israel de Dios, estaban en realidad levantándose en armas contra el Dios de Israel.

Versículos 12–22

I. La insolencia de Datán y Abiram, y su rebelión traicionera. Moisés había escuchado lo que Coré había dicho, y le había respondido convenientemente; ahora convoca a Datán y a Abiram a que presenten sus quejas (v. 12); pero ellos desobedecen y se niegan a acudir, a la vez que envían su requisitoria contra Moisés, acusándole de cosas muy serias. 1. Le acusan de haberles hecho mucho daño con sacarles de Egipto, y hablan de este país con palabras que son un plagio insolente e irónico de las que Moisés había empleado para describir la tierra prometida (v. 13). 2. Le acusan de abrigar una intención malévola respecto a ellos, y dicen que lo que intentaba era *hacerlos morir en el desierto.* 3. Le acusan del intento de menoscabarles la libertad al *enseñorearse de ellos imperiosamente.* ¡Señor imperioso sobre ellos! ¿No era Moisés para ellos como un padre lleno de ternura y abnegación? Aún más, ¿no era para ellos un siervo fiel y plenamente dedicado a procurar su bien, por amor a Jehová y a Israel su pueblo? 4. Le acusan de engañarles, estimulando su esperanza de entrar en una tierra tan buena, y después defraudarles miserablemente: *No nos has metido,* como prometiste, *en tierra que fluya leche y miel* (v. 14). Es cierto que no los había introducido todavía, pero ¿de quién era la culpa? Les había conducido hasta los mismos límites de Canaán y, con la ayuda de Dios, estaba a punto de darles posesión de aquella tierra, pero ellos la habían rechazado lejos de sí y se habían cerrado a sí mismos las puertas; de modo que era pura y totalmente culpa de ellos el no estar ya ahora en Canaán ¡y aún se atreven a echarle la culpa a Moisés!

II. El justo enojo de Moisés ante tal insolencia (v. 15). En estas circunstancias:

1. Apela a Dios respecto a su propia integridad, Dios le era testigo de que: (A) Nunca había tomado nada de ellos: *Ni aun un asno he tomado de ellos,* ni siquiera como recompensa o regalo por todos los

buenos servicios que les había prestado; mucho menos, por vía de soborno o extorsión. Ganó más hacienda siendo pastor del rebaño de Jetró, que siendo príncipe en Jesurún. (B) Que no habían sufrido ningún perjuicio de su mano: *Ni a ninguno de ellos he hecho mal* (v. 15).

2. Ruega a Dios que defienda su causa, y le descargue de todas esas acusaciones, y que muestre su desagrado cuando vayan a ofrecer el incienso, con quienes habían conspirado Datán y Abiram: Señor, dice Moisés, *no mires a su ofrenda.*

III. Moisés propone una especie de careo entre los acusadores y Aarón. 1. Moisés les reta a presentarse con Aarón a la mañana siguiente al tiempo de ofrecer el incienso matutino, y dejar el asunto en manos del juicio de Dios (vv. 16–17). 2. Coré acepta el reto, y se presenta con Moisés y Aarón *a la puerta del tabernáculo,* para hacer buenas sus pretensiones (vv. 18–19). *Tomó cada uno su incensario.* Quizás estos incensarios eran los que los jefes de las familias habían usado en sus altares hogareños.

IV. Se celebra el juicio, el Juez ocupa su lugar en el tribunal y amenaza con dictar sentencia contra toda la congregación. 1. *La gloria de Jehová apareció a toda la congregación* (v. 19). La misma gloria que se apareció para dar primeramente posesión de su oficio a Aarón (Lv. 9:23), se apareció ahora para confirmarle en él y para confundir a quienes se le oponían. 2. Dios amenazó con *consumirlos* a todos ellos *en un momento* (v. 21) y, para ejecutarlo, pidió a Aarón y a Moisés que se apartaran de ellos.

V. La humilde intercesión de Moisés y de Aarón en favor de la congregación (v. 22). 1. Su actitud fue de terror y de oración ferviente: *Se postraron sobre sus rostros,* se postraron delante de Dios, suplicando ansiosamente que Dios manifestase su misericordia. Aunque el pueblo les había abandonado traicioneramente y había hecho causa común con quienes se habían levantado en armas contra ellos, ellos sin embargo se mostraron dignos de la confianza que se había depositado en ellos como pastores de Israel, dispuestos a estar en la brecha cuando vieron que el rebaño estaba en peligro. Nótese que, cuando otros dejan de cumplir las obligaciones que tienen con nosotros, no por eso quedamos nosotros descargados de nuestra obligación hacia ellos, ni nos excusa del deber de procurar su bienestar. 2. Su oración fue una plegaria bien razonada, y demostró, por los resultados su eficacia. Obsérvese en esta oración: (A) El título que dan a Dios: *Dios de los espíritus de toda carne;* es decir, el Hacedor y Conocedor infinito de todos los corazones humanos y que puede, por tanto, distinguir muy bien entre los verdaderos culpables y los que son descarriados por los culpables. Espíritu y carne; de ahí lo que es el hombre: espíritu en la carne, una criatura maravillosamente compuesta de cielo y tierra; he ahí lo que es Dios: el Dios de los espíritus de toda carne, de toda la humanidad. (B) El argumento en que ponen el énfasis se parece mucho al de Abraham cuando intercedía por Sodoma: *¿Destruirás también al justo con el impío?* (Gn. 18:23). De modo parecido, dicen éstos ahora: *¿No es un solo hombre el que pecó? ¿Por qué airarte contra toda la congregación?* (v. 22).

Versículos 23–34

La decisión de la controversia contra Coré, Datán y Abiram, que se rebelaron contra Moisés, así como en la siguiente porción tenemos la decisión de la controversia con la compañía de Coré, que aspiraban al sacerdocio, como rivales de Aarón. Parece, por el texto hebreo, que Coré, Datán y Abiram habían erigido en medio de las tiendas de sus respectivas familias un amplio tabernáculo (hebreo *mishkan,* de la misma raíz que *shekinah*), donde ellos celebraban sus reuniones e izaban la bandera del desafío contra Moisés; aquí es llamado *el tabernáculo de Coré, Datán y Abiram* (vv. 24, 27).

I. Se amonesta públicamente a la congregación a que se retire inmediatamente de las tiendas de los rebeldes. 1. Dios ordena a Moisés que lo haga saber así (v. 24). Esto lo hacía en respuesta a la oración de Moisés. Había rogado él a Dios que no destruyera a *toda la congregación* (v. 22). Dios no ha prometido nunca salvar milagrosamente a nadie que no esté dispuesto a poner los medios necesarios para recibir la salvación. Moisés que había rogado por ellos, debe ahora proclamarles el mensaje, exhortándoles a *huir de la ira inminente* (Lc. 3:7). 2. En consecuencia, Moisés, deja a su hermano Aarón a la puerta del tabernáculo, y se encamina al cuartel general de los rebeldes, acompañado (o, más bien, seguido) *de los ancianos de Israel* (v. 25), probablemente los setenta ancianos que, según 11:16, 17, asistían a Moisés ayudándole a llevar las cargas del pueblo. Datán y Abiram habían rehusado con toda contumacia venir a

él (v. 12); sin embargo él condesciende humildemente a llegarse a ellos, por ver si puede aún convencerles y traerles de nuevo al buen camino. 3. Se insta a toda la congregación para que, por su propia seguridad, *se aparten de las tiendas de aquellos hombres impíos* (v. 26).

II. La congregación hace caso del aviso, pero los rebeldes continúan obstinados en su actitud arrogante y blasfema (v. 27). 1. Dios, en su misericordia, incitó al pueblo a abandonar a los rebeldes. 2. Dios, en su justicia, abandonó a los rebeldes a la obstinación y al endurecimiento de su corazón. Desvergonzadamente, *salieron y se pusieron a las puertas de sus tiendas* (v. 27), como desafiando al mismo Dios.

III. Apelando al nombre de Jehová, Moisés pronuncia solemnemente la sentencia contra ellos y la decisión de la controversia tiene su punto final con la ejecución de dicha sentencia a cargo de la omnipotencia de Dios.

IV. Ejecución inmediata de la sentencia. Se ve que Dios y su siervo Moisés se entendieron mutuamente muy bien, porque, tan pronto como Moisés había pronunciado su última palabra, Dios hizo su obra: *Se abrió la tierra* (v. 31); *la tierra abrió su boca, y los tragó a ellos, y* a los suyos (v. 32), y *los cubrió la tierra* (v. 33). Este castigo fue: 1. Sin par. 2. Cuán terrible cosa fue para los rebeldes descender vivos a sus sepulcros. 3. Fue una medida severísima contra sus pobres hijos, aunque no podemos decir si eran tan malos que merecían ese castigo, o si Dios fue tan bueno con ellos como para compensar de otra manera esta desgracia; quizá pudieron así salvar sus almas, sin llegar a los años de discreción cuando con cierta probabilidad, habrían seguido los malos pasos de sus perversos padres. Lo cierto es que la Justicia Divina no les perjudicó sin causa. Por otra parte, leemos después (26:11), que *los hijos de Coré no murieron.*

V. Todo Israel quedó aterrado del castigo: *Huyeron al grito de ellos* (v. 34). La ruina ajena debe ser para nosotros un aviso serio. Hemos de aprender a escarmentar en cabeza ajena, si no queremos vernos castigados en la propia.

Versículos 35–40

Volvamos ahora nuestra vista a la puerta del tabernáculo donde dejamos a los aspirantes al sacerdocio, con sus incensarios en la mano y prestos a ofrecer el incienso.

I. El castigo que les sobrevino (v. 35). Este castigo no fue menos extraño ni menos terrible que el anterior, y en él se manifestó: 1. Que *nuestro Dios es fuego consumidor* (He. 12:29). 2. Que nos exponemos al peligro, si nos entremetemos en lo que no nos pertenece. Dios es celoso del honor de sus propias instituciones, y no permitirá intrusos en ellas. Si se hubiesen contentado con su oficio de levitas, que también era sagrado y honorable, más de lo que ellos se merecían, habrían podido vivir y morir con gozo y buena reputación.

II. Dios cuida de que se perpetúe el recuerdo de este castigo. Da órdenes acerca de los incensarios: 1. Para que se guarden, porque están santificados. Eleazar se encarga de ello (v. 37). Se le ordena derramar el fuego, con el incienso que había sido puesto en él, y llevarlos lejos del altar, para indicar el desagrado con que Dios miraba aquella ofrenda como cosa inmunda: *El sacrificio de los impíos es abominación* (Pr. 21:27). Se le ordena también recoger los incensarios, porque, al haberse ofrecido en ellos el incienso, habían quedado *santificados* (vv. 37, 38). 2. Para que sean usados en el servicio del santuario. Debían hacerse de ellos *planchas batidas para cubrir el altar* de bronce (vv. 38–40). Esos vanos aspirantes al sacerdocio pensaron en arruinar el altar, haciendo que el sacerdocio fuese de nuevo una cosa común, pero para mostrar que el oficio de Aarón estaba tan lejos de ser sacudido por su maldad impotente, que por el contrario, su maldad había servido más bien para confirmarlo, sus incensarios, que habían tomado para competir con Aarón, fueron usados para adornar y reforzar el altar en el que se habían atrevido a ministrar. Así, estos incensarios fueron conservados, bajo forma diferente, para recordatorio en Israel, a fin de que nadie se atreviese más a obrar con tal presunción. Digamos, para terminar esta porción, que la Biblia hebrea comienza el capítulo 17 con el versículo 36 del presente.

Versículos 41–50

I. Una nueva rebelión contra Moisés y Aarón, justamente al día siguiente de la anterior: *El día siguiente* (v. 41), nuevo motín del pueblo, y vuelta a murmurar de sus líderes. 1. A pesar del terror que les había tomado el día anterior, a la vista del tremendo castigo de los rebeldes, volvían a pecar de la misma forma y a tener en poco las muchas advertencias que se les habían hecho. 2. A pesar de que habían sido salvados de la destrucción tan recientemente, vuelven a la carga contra Moisés y Aarón: *Vosotros habéis dado muerte al pueblo de Jehová.* ¿Podían decirse palabras más injustas y maliciosas? Estaba suficientemente claro que Moisés y Aarón no habían puesto su mano en la muerte de los rebeldes (al contrario, habían hecho todo lo posible para salvarles la vida), así que, al culparles de homicidio a ellos, en realidad estaban culpando de homicidio a Dios mismo. Los juicios aterradores que habían sido ejecutados sobre los rebeldes no fueron suficientes para hacerlos entrar en vereda. Esto demuestra lo necesaria que es la gracia de Dios para efectuar un cambio real en el corazón y en la vida del hombre. Sólo el amor puede hacer lo que el miedo no consigue. Y sólo se puede amar de veras, cuando se ha nacido de nuevo, pasando de muerte a vida (1 Jn. 3:14).

II. Dios se manifiesta rápidamente contra los rebeldes. Cuando ya se había *juntado la congregación contra Moisés y Aarón* (v. 42), quizá con la intención de deponerlos o de asesinarlos, *miraron hacia el tabernáculo,* como si sus conciencias recelaran de encontrar allí fruncido el entrecejo de Dios, y, he aquí que *apareció la gloria de Jehová* (v. 42), para proteger a sus siervos y confundir a sus acusadores y adversarios.

III. Moisés y Aarón intercedieron por ellos. 1. Ambos *se postraron sobre sus rostros* (v. 45), Para rogar humildemente a Dios que tuviese misericordia. Ya lo habían hecho varias veces antes en ocasiones parecidas, y, aunque el pueblo les había recompensado tan vilmente por ello, ellos, no obstante, ya que Dios había aceptado benignamente sus plegarias, de nuevo recurrían al mismo método. Esto también es *orar siempre*. 2. Al percatarse Moisés de que *la mortandad había comenzado* en la congregación, envió a Aarón a fin de que, en función de su oficio sacerdotal, hiciese expiación por ellos (v. 46). Aarón se dio prisa a tomar el incensario que usaba para entrar en el Lugar Santísimo el día de la Expiación, y corrió al lugar por el que la ira de Dios, como un terrible mensajero de muerte y exterminio, estaba pasando, y tomó posiciones en la frontera entre la muerte y la vida, colocándose frente a la Ira Divina. Quedaban atrás los muertos (*catorce mil setecientos* v. 49); delante, los que no habían sido tocados aún por la ira exterminadora. Con esto se manifestó: (A) Que Aarón era muy bueno y profesaba verdadero amor a los hijos de Israel, a pesar del odio y de la envidia que le tenían. (B) Que también era muy valiente, tanto para aventurarse a colocarse en medio de aquella turba enfurecida, como para atreverse a ponerse en medio de la infección de la plaga mortífera. Para salvar la vida de ellos puso en peligro la suya propia, teniéndola en menos estima que el cumplimiento de su ministerio. (C) Que era un varón de Dios *constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere* (He. 5:1). Su llamamiento al sacerdocio quedó con esto sólidamente afianzado y confirmado sobre toda contradicción. (D) Que era tipo de Cristo, quien vino a este mundo para hacer expiación por el pecado.

IV. El resultado de todo esto fue que Dios les mostró lo que era capaz de hacer con su poder infinito, y lo que podía hacer con su justicia también infinita, pero por entonces les manifestó más bien lo que podía hacer su infinito amor y su inmensa compasión; a pesar de todos los pesares, estaba resuelto a preservar para sí un pueblo en y mediante un mediador.

CAPÍTULO 17

Bastantes cosas habían sucedido en el capítulo anterior para suprimir todas las pretensiones de las familias pertenecientes a la tribu de Leví, en su rivalidad contra Aarón, pero los jefes de las demás tribus empezaron a murmurar. Si el jefe de una tribu había de ser sumo sacerdote, ¿por qué no lo podía ser el jefe de cualquier otra tribu que no fuese la de Leví? El que escudriña los corazones sabía que este pensamiento anidaba en el pecho de algunos, y antes de que se manifestase al exterior, se anticipó a ellos,

para impedir así el derramamiento de sangre. Dios hace un milagro, pero no es un milagro de ira, como antes, sino un milagro de gracia.

Versículos 1–7

I. La orden que Dios da a Moisés para que de cada tribu se traiga una vara, a fin de que Dios haga saber a todos, mediante un milagro, a quién había conferido el honor del sacerdocio. 1. Parece ser que el sacerdocio era un ministerio digno de ser buscado a toda costa, incluso por parte de los príncipes de las tribus. 2. Parece ser también que había quienes no estaban de acuerdo con el nombramiento que Dios había hecho, sino que tenían interés de oponerse a Él. Dios quería regir a Israel, pero Israel no se avenía a ser regido por Dios y éste era el motivo de las pendencias. 3. Es un ejemplo más de la gracia de Dios el que, habiendo realizado diversos milagros para castigar el pecado, hiciese ahora uno más, con la intención de prevenir el pecado. Las instrucciones eran: (A) Que se trajeran doce varas, que los príncipes solían llevar como símbolo de la autoridad tribal. Es probable que todas ellas estuviesen hechas de ramas de almendro. Parece ser que eran doce, contando también la de Aarón, puesto que, cuando la tribu de Leví viene a cuento, Efraín y Manasés hacen una sola tribu, bajo el nombre de José. (B) Que se inscribiese el nombre de cada príncipe sobre la vara respectiva. (C) Que se pusiesen en el tabernáculo y estuviesen allí durante una noche delante del Arca la cual, con su propiciatorio, era símbolo, señal o testimonio, de la presencia de Dios con ellos. (D) La vara de la tribu, o del príncipe, que Dios hubiese escogido para el sacerdocio, había de florecer (v. 5).

II. De acuerdo con lo que Dios había dispuesto, los príncipes trajeron las varas, y *Moisés las puso delante de Jehová en el tabernáculo del testimonio* (vv. 6–7).

Versículos 8–13

I. El punto final puesto mediante un milagro a la discusión sobre el sacerdocio (vv. 8–9). Las varas fueron sacadas del Lugar Santísimo en el que habían sido depositadas, y presentadas delante del pueblo; y, mientras todas las demás varas aparecían como estaban antes, sólo la de Aarón, que era un palo seco, se convirtió en una rama viva, pues *había reverdecido, echado flores, arrojado renuevos y producido almendras.* Esto era un milagro evidente, pues ahuyentaba toda sospecha de fraude ya que ni Moisés ni nadie podía haber sacado durante la noche la vara de Aarón para colocar en su lugar una rama viva de almendro puesto que ninguna rama ordinaria podía tener, a un mismo tiempo, renuevos, flores y frutos.

1. Esto era una clara indicación, a la vista de todo el pueblo, de que Aarón había sido escogido para el sacerdocio. El obispo Hall hace notar aquí que la fructuosidad es la mejor evidencia del llamamiento divino, y que las plantas que Dios ha plantado, así como las ramas desprendidas de ellas, han de florecer (Sal. 92:12–14). Los árboles de Dios, aunque parezcan secos, están llenos de savia.

2. Era un signo muy apropiado para representar el sacerdocio que, por él, fue confirmado Aarón. (A) Para que fuese fructífero y muy útil para el pueblo de Dios. (B) Para que hubiese sucesión en el sacerdocio, pues la vara de Aarón no sólo tenía almendras para el presente, sino también renuevos y flores para el futuro. (C) Con todo, este sacerdocio no había de ser perpetuo, sino que, al correr de los años, había de marchitarse y caer, como las ramas y las flores de cualquier otro árbol.

3. Era tipo y figura de Cristo y de su sacerdocio. También Cristo *creció como un retoño delante de Jehová, y como raíz de tierra seca* (Is. 53:2).

II. El recuerdo de esta decisión divina, que había puesto final a la discusión sobre el sacerdocio. La vara viva de Aarón fue vuelta al Lugar Santísimo, *delante del testimonio,* como recuerdo perpetuo (vv. 10–11). El designio de Dios en todas sus providencias es quitar el pecado, y también prevenirlo. 2. Lo que Dios hace para quitar el pecado, lo hace llevado de su gran amor hacia nosotros, *para que no muramos* (v. 10). Las amargas pócimas que nos propina, y los métodos severos que usa con nosotros, todo ello es para curarnos de enfermedades que, de otro modo, serían fatales sin duda.

III. El clamor que los hijos levantaron en esta ocasión: *He aquí nosotros somos muertos, estamos perdidos … ¿Es que acabaremos por perecer todos?* (vv. 12, 13). Estos versículos, más bien que una

consecuencia de lo sucedido con la vara de Aarón, son como una transición enlazada con el capítulo siguiente, en que se les encarga a los levitas la custodia del tabernáculo para que ninguna otra persona se acerque a él con peligro de su vida. En respuesta a este clamor angustioso, se dan a Aarón y a los levitas las órdenes que aparecen a continuación. Con ello, pondrá Dios fin al pánico del pueblo.

CAPÍTULO 18

Al estar ya Aarón completamente establecido en su oficio sacerdotal, y confirmado en tal oficio, Dios le da ahora completas instrucciones concernientes a su ministerio, o más bien repite las que le había dado anteriormente. Le dice cuál será su trabajo, y la asistencia que ha de tener en él por parte de los levitas, así como los derechos y emolumentos, tanto suyos como de los levitas.

Versículos 1–7

La coherencia de este capítulo con el que antecede es muy notoria.

I. El pueblo, al final del capítulo anterior se había quejado de la dificultad y del peligro en que se ponían si querían acercarse a Dios. Ahora, en respuesta a estas quejas, Dios les da a entender, por medio de Aarón, que los sacerdotes son los que se acercarán al santuario, como sustitutos y representantes del pueblo.

II. Recientemente, Dios había otorgado a Aarón un gran honor. Ahora Dios se dirige a él para recordarle la responsabilidad que pesa sobre él y las obligaciones que requiere de él como sacerdote. Así podría ver la razón de recibir con temor y temblor los honores de su oficio, cuando considerase cuán grande era la carga que se le imponía.

1. Dios le hace ver la responsabilidad aneja a su oficio (v. 1). (A) Que tanto los sacerdotes como los levitas *(tú y tus hijos, y la casa de tu padre) cargarían con la iniquidad del santuario* (así dice el hebreo); es decir, si el santuario era profanado por la intrusión de extraños, o de personas ceremonialmente inmundas, la culpa sería imputada a los levitas y a los sacerdotes, que tenían el deber de no dejarlos acercarse. (B) Que los sacerdotes *llevarían el pecado de su sacerdocio;* esto es, que se les acusaría a ellos, si permitían que cualquier otra persona, ni aun los levitas, usurpara las funciones sacerdotales, que eran prerrogativa exclusiva de Aarón y de sus hijos; igualmente, si descuidaban ellos mismos alguna parte de su trabajo.

2. Le dice cuáles eran los deberes anejos a su dignidad. (A) Que él y sus hijos *han de servir delante del tabernáculo del testimonio* (v. 2); esto es, según explica el obispo Patrick, *delante del Lugar Santísimo,* en el que estaba el Arca, en la parte de afuera del velo de dicho lugar, pero dentro de las puertas del tabernáculo de reunión de la congregación. Tenían que asistir al altar de oro, a la mesa y al candelero, lugares a los que ningún levita podía asistir ni acercarse. *Ministraréis* (v. 7), no «Gobernaréis». Los ministros deben recordar que son eso: ministros, es decir, servidores, de quienes se requiere que sean humildes, diligentes y fieles (1 Co. 4:1 y ss.). (B) Que los levitas deben asistirle a él, y a sus hijos, y servirles en todo lo concerniente al servicio del tabernáculo (vv. 2–4), aunque de ningún modo pueden acercarse a los utensilios del mismo. (C) Que tanto los sacerdotes como los levitas han de vigilar con todo cuidado para que no se profanen las cosas sagradas. Los levitas tendrán a su cargo *el cuidado del tabernáculo* (v. 3), y los sacerdotes tendrán a su cargo *el cuidado del santuario* (v. 5). Estos deben instruir al pueblo y advertirle en lo concerniente a la distancia que deben guardar.

Versículos 8–10

Al servicio del sacerdote se le llama *milicia* ¿y quién va a la guerra a su propia costa? Siendo tan alto el empleo que tenían, también se les proveía abundantemente. *Los que servían al altar, vivían del altar.* Así también *los que predican el Evangelio, han de vivir del Evangelio, y vivir confortablemente* (1 Co.

9:13–14). Un sostenimiento vergonzoso produce ministros vergonzosos. 1. Que gran parte de la provisión que se les daba, procedía de los sacrificios que ellos ofrecían por oficio. 2. La subvención que se les daba era suficiente para que se desentendiesen por completo de los negocios seculares. Cuando Cristo dio a su Iglesia la gran comisión de anunciar el Evangelio a todo el mundo, les prometió su presencia entre ellos mientras dure este mundo: *He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo* (Mt. 28:20). De esta manera, Cristo proveía para que el ministerio del Evangelio continuase hasta que Él venga. Por consiguiente, ya que Cristo ha provisto a la Iglesia y al mundo de un ministerio perpetuo, con una especificación clara y manifiesta para los *pastores y maestros* (Ef. 4:11), encargados de equipar convenientemente al resto de la congregación para la gran tarea de la edificación de la Iglesia (Ef. 4:12–13), está muy puesto en razón que los pastores y maestros sean atendidos, respetados y obedecidos, para que *desempeñen su ministerio con alegría, y no quejándose, porque esto no es provechoso para la congregación* (He. 13:17).

Versículos 20–32

Continúa con el asunto de la provisión hecha para los levitas y para los sacerdotes.

I. No habían de tener parte en la distribución de la tierra (v. 20). Sólo se les dieron después ciudades en las que habitar, pero no tierras para cultivarlas. Dios otorga sus favores de maneras muy diversas. Los levitas tenían el honor de servir al tabernáculo, lo cual se negaba a los demás israelitas, pero los israelitas tenían el honor de heredar la tierra de Canaán, lo que les era negado a los levitas.

II. Pero tanto los sacerdotes como los levitas tenían derecho a los diezmos de la tierra. Además de las primicias de los productos, que eran exclusivas de los sacerdotes, los diezmos pasaban también a ser propiedad de las personas. 1. Los levitas recibían los diezmos de todo el pueblo (v. 21). Pertenecían a la más pequeña de las tribus; sin embargo, además de todas las otras ventajas, tenían los diezmos de todos los productos anuales, sin el trabajo, la preocupación y las expensas de sembrar y segar. 2. Los sacerdotes tenían los diezmos de los diezmos de los levitas. Moisés es encargado por Dios para comunicarlo así a los levitas, pues el Señor quería que éstos los dieran voluntaria y alegremente, sin que los sacerdotes tuviesen que ordenárselo autoritativamente. (A) Los levitas habían de cumplir así su deber con Dios en este punto, y ofrecer de sus diezmos, como el resto de los israelitas lo hacía de sus ganancias. Los que tienen por oficio estimular y nutrir la vida espiritual de los demás, deben también dar lo que les corresponde, como una ofrenda al Señor. Nuestras ofrendas al Señor son ahora las oraciones y alabanzas o, más bien, la elevación de nuestro corazón en ellas. (B) La ofrenda de los levitas había de ser entregada al sumo sacerdote Aarón (v. 28), y a sus sucesores, para que las distribuyeran convenientemente entre los sacerdotes inferiores.

CAPÍTULO 19

Este capítulo trata especialmente de la preparación y del uso de las cenizas que habían de mezclarse con el agua de las purificaciones. El pueblo se había quejado de una ley tan estricta como lo era la que les prohibía acercarse al tabernáculo (17:13). En respuesta a esta queja, se les ordena estar siempre limpios, a fin de que puedan acercarse sin miedo, en la medida en que la necesidad lo demande.

Versículos 1–10

La orden de Dios acerca de la solemne reducción a cenizas de *una vaca roja* (v. 2), y de la preservación de dichas cenizas, para hacer de ellas una composición acuosa, que sirva, no para embellecer, sino para purificar exteriormente, pues esto era lo máximo que la Ley alcanzaba a efectuar; no podía embellecer interiormente, como lo hace el Evangelio, sino sólo purificar exteriormente.

I. Había de ponerse mucho cuidado y esmero en la elección de la vaca (o, más bien *ternera*) que había de ser quemada, mucho más que en la elección de cualquier otra ofrenda (v. 2). No sólo debía ser sin defecto, como tipo de la pureza inmaculada y de la perfección absoluta del Señor Jesús, sino que había de ser una ternera roja totalmente, que es un color bastante raro en las vacas para que así se destacase más lo singular de la ceremonia, además de ser un color simbólico del pecado (Is. 1:18). Había de ser también «virgen» en el sentido de no haber sido usada *bajo yugo* para fines profanos o seculares, cosa en la que no se insistía en otros sacrificios, pero era también, de algún modo, tipo de Cristo, quien, al venir a este mundo, dijo al Padre: *He aquí que vengo para hacer tu voluntad* (He. 10:7), pues era un Cordero que venía atado sólo con las cuerdas del amor.

II. La reducción a cenizas de la ternera roja comportaba un ceremonial muy complejo. La operación corrió a cargo de Eleazar, que era el segundo en la dignidad sacerdotal, después de su padre Aarón. El texto sagrado no nos dice por qué fue Eleazar, y no Aarón, quien celebró la ceremonia, pero la tradición rabínica explica que Aarón no era la persona conveniente para este rito, puesto que él había hecho pecar al pueblo al fundir el becerro de oro. Ahora bien:

1. La ternera había de ser degollada fuera del campamento, como cosa impura, a pesar de no tener defecto alguno; esto nos habla, por una parte, del color rojo de la ternera, que simbolizaba el pecado; y por otra, de la insuficiencia de los métodos prescritos por la ley ceremonial para quitar el pecado.
2. Eleazar había de *tomar de la sangre con el dedo y rociar hacia la parte delantera del tabernáculo* (v. 4). Esto constituía una especie de expiación, puesto que el rociamiento de la sangre delante del Señor era la ceremonia más solemne en todos los sacrificios de expiación. Había que rociar *siete veces* como en todos los casos de sacrificios por el pecado (Lv. 4:6, 17).
3. La ternera había de ser quemada totalmente (v. 5). Y mientras se quemaba, el sacerdote había de echar en el fuego *madera de cedro, hisopo y púrpura escarlata* (v. 6), que se usaban en la limpieza de los leprosos (Lv. 14:6–7), para que sus cenizas se mezclasen con las de la ternera, puesto que estaban destinadas a servir para la purificación. Hay quienes ven en el cedro del Líbano el símbolo del orgullo, y en el hisopo el de la humildad (v. 1 R. 4:33); al ser la púrpura escarlata símbolo del pecado (Is. 1:18), tenemos asociadas las ideas de impureza, pecado y muerte por una parte; por otra, las de purificación y santidad. Todo ello es una explicación plástica de la eterna verdad de que un Dios Santo quiere ser servido sólo por un pueblo santo.
4. Las cenizas de la ternera—sin huesos ni carbones—habían de ser recogidas cuidadosamente por manos de una persona limpia (muchos piensan que había de ser un levita), y guardadas fuera del campamento en un lugar limpio, para uso de la congregación, cuando hubiese necesidad de purificar a alguien (v. 9).
5. Cuantos tomaban parte en esta ceremonia, quedaban ceremonialmente impuros por ella, incluso Eleazar, a pesar de que no hizo otra cosa que rociar la sangre (v. 7). Todos los sacrificios que se ofrecían por el pecado eran considerados como impuros, ya que los pecados de los hombres estaban cargados sobre ellos, como fueron cargados en realidad sobre Cristo, de quien leemos que Dios *lo hizo pecado por nosotros* (2 Co. 5:21). Por eso, *las cenizas de la ternera* (o becerra) *sólo purificaban la carne, pero la sangre de Cristo purifica nuestras conciencias* (He. 9:13–14).

Versículos 11–22

Se dan instrucciones acerca del uso y de la aplicación de las cenizas que habían sido preparadas para la purificación.

I. En qué casos se necesitaba la purificación con estas cenizas. Sólo se menciona aquí el caso de impureza ceremonial a causa de haber tocado cadáver, hueso humano o sepulcro, o de haber estado en tienda o casa en que yacía un cadáver (vv. 11, 14–16). La Ley no podía vencer a la muerte ni abolirla ni alterar su propiedad, mientras que el Evangelio de Cristo fue el medio por el que el Señor *abolió ta muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad* (2 Ti. 1:10), de tal manera que, en lugar de estar ahora bajo el dominio de la muerte, es la muerte la que está bajo nuestro dominio (1 Co. 3:22). Desde que Jesucristo fue muerto y sepultado, la muerte ya no puede contaminar a quienes han sido sepultados con Él (Ro. 6:4) y, por consiguiente, ya no nos contaminan los cadáveres. Mientras que, en la dispensación de la Ley, la

muerte vencía y, así, su pensamiento producía una inevitable melancolía; el creyente ha vencido, por medio de Cristo, a la muerte, y puede cantar triunfalmente: *¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?* (1 Co. 15:55). Podríamos añadir: ¿Dónde está, oh muerte, tu contaminación?

II. Cómo habían de ser usadas y aplicadas las cenizas en estos casos.

1. Se tomaba una pequeña cantidad de las cenizas y se ponía en un recipiente con agua de manantial (agua viva); la mezcla es llamada *el agua de la purificación* (lit. *de la impureza,* porque había de ser rociada sobre los que eran impuros ceremonialmente y no podían acercarse al tabernáculo). El *agua viva* es símbolo del poder y de la gracia del Espíritu Santo (Jer. 2:13; Jn. 4:10; 7:38; Ap. 22:1); por su operación, se nos aplica la justicia de Cristo para nuestra purificación. 2. Esta agua había de ser aplicada con un manojo de hisopo (v. 18); aludiendo a esto, ruega David: *Purifícame con hisopo* (Sal. 51:7). La mano de la *fe* toma el *agua* viva de la gracia con el hisopo de la *humildad,* para rociar la conciencia y purificar el corazón. A la sangre de Jesús se la llama, en Hebreos 12:24, *la sangre rociada, y,* en Hebreos 10:22, se nos dice que han sido *rociados nuestros corazones de una conciencia malvada;* es decir, al ser purificados nuestros corazones por la sangre de Cristo (1 Jn. 1:7), hemos quedado liberados de la ansiedad que producía en nuestra conciencia el sentimiento de nuestra culpabilidad. Aunque su sentido no sea el de purificar, es curioso que el hebreo de Isaías 52:15 diga que Él, el Mesías, *rociará a muchas gentes.* Lo cierto es que, todo aquel que se vuelve a Dios en sincera conversión, queda rociado con la sangre de Cristo.

CAPÍTULO 20

En este capítulo comienza la historia del cuadragésimo y último año de la peregrinación de los israelitas por el desierto. Al comienzo del segundo año de su peregrinación, fueron sentenciados a morir en el desierto (todos los mayores de veinte años, con las dos únicas excepciones de Josué y Caleb). Así que este capítulo empalma cronológicamente con el 14. Los 38 años intermedios son una gran página en blanco de la historia de Israel, años de silencio en que Israel purgaba su gran pecado y se preparaba para emerger como gran nación; pero estos años de muerte no ofrecían ninguna otra lección para la vida, de ahí que no aparezcan en las páginas del Libro Sagrado. Por contraste, la historia de este año cuadragésimo es casi tan larga como la del primer año.

Versículos 1–13

Después de treinta y ocho años de tediosas marchas (o, más bien, de tediosos descansos) en el desierto, yendo hacia el mar Rojo, las huestes de Israel dirigen, por fin, sus rostros de nuevo hacia Canaán, y no se hallaban ya lejos del lugar en que, por justa sentencia del Juez Divino, fueron condenados a empezar su prolijo vagar por el desierto. Hasta ahora se habían encontrado como metidos en un enredoso laberinto. De nuevo se veían ahora en el camino correcto: *Acampó el pueblo en Cadés* (v. 1).

I. Aquí murió María la hermana de Moisés y de Aarón y, con toda probabilidad, de mayor edad que ambos. Debía ser bastante mayor que Moisés, si era ella la hermana que estuvo vigilándole cuando éste fue puesto en la arquilla de juncos (Éx. 2:4). *Allí murió María* (v. 1). Fue profetisa, y había hecho mucho bien a Israel (Mi. 6:4). Cuando Moisés y Aarón fueron con su vara delante de los israelitas, para obrar maravillas por ellos, María fue con su pandero delante de ellos alabando a Dios por esas obras maravillosas (Éx. 15:20), y con eso les hizo un buen servicio; con todo, en una ocasión murmuró gravemente contra Moisés (12:1), y no debía entrar en Canaán.

II. Aquí hay otro Meribah.

1. *No había agua* para *la congregación* (v. 2). Es probable que, por algún tiempo, hubiesen estado en algún lugar donde tenían suficiente provisión de agua, y, siéndoles suministrada por providencia ordinaria

era comprensible que el milagro cesase. Pero en este lugar resultó que no había agua, o que no la había en cantidad suficiente para la congregación.

2. Por este motivo murmuraron y se amotinaron: *Se juntaron contra Moisés y Aarón* (v. 2). (A) Preferían haber muerto como malhechores a manos de la justicia divina antes que parecer olvidados por un poco de tiempo por la divina misericordia. (B) Estaban enfadados por haber sido sacados de Egipto y conducidos a través de este desierto. En ese momento, sólo les escaseaba el agua; sin embargo, dispuestos a encontrar faltas en todo, también les resultaba insoportable el no tener sementera, ni viñas ni higueras.

3. Moisés y Aarón no les respondieron, sino que se retiraron a la puerta del tabernáculo para conocer lo que pensaba Dios en este caso (v. 6).

4. Dios se manifestó para decidir en la materia; no en su tribunal de justicia para sentenciar a los rebeldes conforme a lo que se merecían, sino que se manifestó: (A) En su trono de gloria, para silenciar su injusta murmuración (v. 6). Una sola mirada de fe a la gloria del Señor sería un freno eficaz para nuestras pasiones y concupiscencias, y controlaría nuestras bocas como con una brida. (B) En su trono de gracia, para satisfacer sus justos deseos. Estaba puesto en razón que tuviesen agua. Moisés tuvo que mandar por segunda vez, en nombre de Dios, que saliese agua de una roca para darles de beber, a fin de mostrar que Dios era tan poderoso como siempre para suministrar buenas cosas a su pueblo. (C) Dios pide a Moisés que hable a la peña, la cual haría lo que se le mandase, para avergonzar al pueblo, al que tantas veces se había hablado, y no habían querido escuchar ni obedecer. (D) Promete que la peña *dará su agua* (v. 8), y así lo hizo (v. 11).

5. Moisés y Aarón actuaron impropiamente en el desempeño de este asunto, tanto que Dios en su desagrado les dijo inmediatamente que no tendrían el honor de introducir a Israel en Canaán (vv. 10–12).

A) A primera vista no se ve claro qué fue lo que en esta ocasión provocó la ira de Dios. Por eso, algunos comentaristas han dicho que, en honor de Moisés, las Escrituras silencian su pecado como silencian su sepulcro. Sin embargo su pecado está claro en el texto sagrado. *En primer lugar, su* pregunta: *¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?* (v. 10), expresada en un momento de impaciencia e irritación, entraña una duda, frente a toda la congregación, de que Dios fuese a cumplir la promesa hecha. De ahí que Dios les diga: *Por cuanto no creísteis en mí* (v. 12). Este pecado tuvo una circunstancia notablemente agravante, y es que fue cometido *delante de los hijos de Israel*, para quienes debieron haber sido ejemplos de fe, esperanza y mansedumbre. El doctor Lightfoot opinaba que esta incredulidad de Moisés y de Aarón se debió a que dudaron de si, ahora que había expirado el plazo de los cuarenta años, habían de entrar en Canaán, o si no habían de ser condenados, a causa de la murmuración del pueblo, a un nuevo período de penoso caminar, puesto que se les abría una nueva roca para aprovisionarles de agua, lo que ellos tuvieron como indicación de un retraso más largo. *En segundo lugar,* añadieron a su pecado de incredulidad un nuevo pecado de desobediencia, nuesto que Dios les había mandado simplemente que *hablasen a la peña* (v. 8), pero ellos *hablaron al pueblo y golpearon la peña* (vv. 10–11), lo cual no se les había mandado, aunque ellos pensaron que debían hacerlo. También este pecado fue agravado por haberse arrogado el poder de hacer esta maravilla en la forma que hablaron a la congregación: *¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?* (v. 10), como si fueran ellos, y no Dios, quienes iban a realizar el milagro.

B) De todo esto hemos de aprender: (a) Que los mejores pueden tener sus fallos, los cuales son más relevantes en los grandes hombres. Como dice S. R. Hirsch: «El judaísmo enseña que cuanto más grande es una persona, tanto más estricta es la norma por la que se le juzga, y tanto más grave es la culpa y el castigo que ha de sufrir, si llega a apartarse de dicha norma». (b) Que el juicio de Dios acerca del pecado no es como el de los hombres.

Finalmente: El lugar se llamó, a consecuencia de este motín, *Meribah = rencilla.* Se le llama *Meribá de Cadés* (Dt. 32:51), para distinguirlo del otro Meribá. Así quedó como *aguas de rencilla* (v. 13), para perpetuar el recuerdo del pecado del pueblo, y del de Moisés, y también el recuerdo, no obstante, de la misericordia de Dios, que les dio agua y honró a Moisés, a pesar de todo.

Versículos 14–21

Envío de embajadores al rey de Edom, para que les concediese pasar pacíficamente por su tierra, puesto que, desde el lugar donde los israelitas se encontraban a la sazón, el camino más corto para entrar en Canaán era a través del país de los edomitas.

I. Moisés envía embajadores para tratar con el rey de Edom que les de permiso para pasar a través de su territorio. Invocaba razones de parentesco: Así *dice Israel tu hermano.* Efectivamente tanto Israel como Edom (Esaú) tenían como antepasados comunes a Abraham e Isaac. 2. Presentan un breve relato de la historia y del estado presente de Israel, e incluyen un doble alegato: (A) Israel había sido salvado maravillosamente por Jehová y, por consiguiente, debía ser respetado y favorecido (v. 16). 3. Ruegan humildemente que se les de un salvoconducto para pasar por el país. 4. Dan toda clase de seguridades de la buena conducta de los israelitas durante esta marcha.

II. Los embajadores vuelven con una negativa. (v. 18). Edom, es decir, el rey de Edom, les responde amenazándoles con salir armados contra ellos, si se atreven a entrar en su país. Esta actitud se debía: 1. A la envidia que tenían a los israelitas. 2. A la vieja enemistad de Esaú contra su hermano Israel. Aunque no tenían razón para temer que los israelitas les causasen daño alguno, sin embargo no estaban dispuestos a darles ninguna muestra de amabilidad. Como antaño, Esaú odiaba a Jacob a causa de la bendición que éste recibió.

Versículos 22–29

El capítulo comienza con el funeral de María, y termina con el funeral de su hermano Aarón.

I. Dios anuncia a Aarón que va a morir (v. 24). 1. Hay algo en las órdenes e instrucciones que aquí da Dios, que muestra el desagrado del Señor. Aarón no debe entrar en Canaán, porque no cumplió con su deber en las aguas de la rencilla. No cabe duda de que la mención de este triste episodio le llegó a Moisés muy adentro, pues quizá pensaría que, en dicha ocasión, él había sido el más culpable de los dos. 2. Por otra parte, había también mucha misericordia en las palabras de Dios, puesto que, aunque Aarón moría por su transgresión, no murió como un malhechor, de plaga o por fuego bajado del Cielo, sino cómodamente y con honor. No es *cortado de su pueblo,* según la expresión corriente en relación con los que mueren a manos de la justicia divina, sino que es *reunido a su pueblo* (v. 24), como quien muere en los brazos de la gracia divina. 3. También hay en las palabras del Señor mucho de tipología y simbolismo. Aarón no debía entrar en Canaán, para mostrar que el sacerdocio levítico no podía perfeccionar nada (He. 7:19); eso debe hacerse mediante la introducción de una mejor esperanza.

II. Aarón se somete, y muere de la manera que Dios le había fijado y, por lo que se entrevé en el texto sagrado, con tanta alegría como si se fuese al lecho a descansar.

1. Se pone las vestiduras sagradas de sumo sacerdote, para quitárselas luego, y sube con su hermano y con su hijo Eleazar a la cima del monte Hor. No consta por el texto sagrado que subiesen con ellos algunos de los ancianos del pueblo. El subir al monte a morir significaba que la muerte de los santos (y Aarón es llamado *el Santo de Jehová*) es su ascensión, pues suben al Cielo más bien que bajan al sepulcro.
2. Moisés, cuyas manos habían vestido por primera vez a Aarón de sus vestiduras sacerdotales, le desviste ahora de ellas, porque, en reverencia al sacerdocio, ni estaba bien que otro se las quitara, ni que muriese con ellas puestas.
3. Inmediatamente le puso Moisés las vestiduras sacerdotales a Eleazar hijo de Aarón, poniéndole también los ornamentos específicos del sumo sacerdote y *ciñéndole el talabarte* (Is. 22:21). (A) Esto fue de gran consuelo para Moisés, y un feliz anticipo del cuidado que Dios había de tener de su Iglesia, que hace que a medida que va pasando una generación de ministros y de simples creyentes, que son sacerdotes espirituales, otra generación venga a sucederle y ocupe su mismo lugar. (B) También fue una gran satisfacción para Aarón ver a su hijo amado preferido para el sumo sacerdocio, y asegurado y preservado así el oficio mismo, que le era todavía más querido que su hijo. (C) Finalmente, fue un gran servicio y favor hechos al pueblo todo de Israel.

CAPÍTULO 21

Las huestes de Israel emergen ya del desierto y comienzan a penetrar en territorio habitado; entran en acción y toman posesión de las fronteras de la tierra prometida. En medio de las peripecias guerreras, en las que Israel derrota a cuantos reyes les hacen resistencia, tenemos una grave murmuración del pueblo, que da lugar al episodio de las serpientes venenosas, y a la salvación otorgada mediante la serpiente de bronce.

Versículos 1–3

El incidente que se nos narra en estos primeros versículos no pudo suceder en el contexto cronológico del capítulo anterior, sino que, por razones especialmente geográficas, ha de situarse treinta y ocho años atrás, antes del capítulo 14. Siguiendo a un eminente comentarista judío, podemos recomponer la escena de la siguiente manera: Tras partir del Sinaí, los israelitas llegaron a Cadés-barnea. Desde esta base, pudieron invadir, marchando hacia el norte, la parte sur de Palestina, esto es, el Neguev. Esto es lo que hicieron, y el resultado se nos narra en estos tres primeros versículos del presente capítulo. El episodio terminó con la aniquilación del jefe cananeo y, desde entonces, su principal ciudad se llamó *Hormá*, que quiere decir *destrucción.* Entonces fueron enviados a explorar la tierra de Canaán propiamente dicho por los espías de los que se nos habla en el capítulo 13. Ante el informe desfavorable de la mayoría de los espías, los israelitas pierden ánimo y se hace evidente que no habrá éxito mientras no haya surgido una nueva generación. Por ello, se da la orden de evacuar Cadés y ponerse en marcha hacia Edom. Pero el pueblo desobedece y de repente se embarca en una campaña de conquista sin el mandato ni el consentimiento de Dios. El resultado fue desastroso, como ya sabemos, pues fueron derrotados y cazados en Hormá (14:45), que había sido el escenario de su primer triunfo. Esto es un ejemplo más de lo peligroso que es el que un creyente o una congregación se empeñe en actuar al margen de la voluntad de Dios pues entonces no puede esperar buenos resultados; en cambio si se actúa según la voluntad de Dios y en obediencia a su Palabra, y a través, muchas veces, de algunas derrotas—debidas a nuestra falta de fe y a nuestra debilidad espiritual—, la victoria final está siempre asegurada. Como decía el antiguo adagio latino: *Vincimur in praelio, sed non in bello* = Somos vencidos en alguna batalla, pero no en la guerra.

Versículos 4–9

I. Israel, fatigado por la larga marcha en torno a las fronteras de Edom, ya que no se les permitió pasar a través del país, que era el camino más corto: *Se desanimó el pueblo por el camino* (v. 4).

II. Por esta causa, el pueblo volvió a murmurar en su incredulidad: *No hay pan ni agua y nuestra alma tiene fastidio de este pan tan liviano* (v. 5). Así hablan cuando tienen suficiente pan para comer y guardar, ya que, aunque están alimentándose del *pan de los ángeles,* sienten fastidio de él, y le llaman despectivamente *liviano,* es decir bueno para los niños pero no para hombres maduros y soldados. ¿Qué podrá satisfacer a quienes no se sienten satisfechos con el maná? No imitemos a los que desprecian o, al menos, descuidan la Palabra de Dios, que es pan de vida, pan sustancioso, apto para nutrir suficientemente a todos cuantos por fe se alimentan de él. Como es alimento espiritual, a él se aplican las sabias frases de un antiguo escritor eclesiástico que decía: Las cosas materiales difieren de las espirituales en que las materiales hartan y hastían en la medida en que satisfacen, y así quitan el apetito cuando nos llenan, en cambio, las espirituales satisfacen en la medida en que nos van llenando, excitando más y más nuestro apetito para seguir nutriéndonos de ellas, siempre satisfechos, pero nunca hartos.

III. El justo juicio que Dios trajo sobre ellos por su murmuración: *Envió entre el pueblo serpientes ardientes* (v. 6), es decir, feroces, que con su mordedura producían violenta y mortal inflamación, *muriendo mucho pueblo* a causa de ello. El desierto que habían atravesado estaba todo él infectado de estas serpientes venenosas (Dt. 8:15), pero, hasta el presente, Dios había preservado de ellas maravillosamente a su pueblo, hasta ahora que volvían a murmurar. En su orgullo y rebeldía, se levantaban contra Dios y contra Moisés, y ahora Dios les humillaba y les mortificaba, haciendo que estos despreciables animales fuesen para ellos una terrible y mortífera plaga.

IV. Su arrepentimiento y súplica a Dios bajo los efectos de este juicio (v. 7). 1. Confiesan su pecado: *Hemos pecado* (v. 7). Es de temer que no hubiesen reconocido su pecado, si no hubieran sentido el

escozor. 2. Ruegan a Moisés para que interceda por ellos. Las aflicciones cambian a menudo los sentimientos de los hombres con respecto a los hijos de Dios y les enseñan a estimar las oraciones que, en otro tiempo, eran para ellos objeto de burla. 3. Moisés, para mostrar que les perdonaba de corazón, bendice a quienes habían maldecido de él, y *ora por el pueblo* (v. 7). En esto es tipo de Cristo, quien intercedió por sus perseguidores, y también es un modelo para nosotros, a fin de que le imitemos y demostremos que *amamos a nuestros enemigos.*

V. La admirable provisión que Dios hizo para aliviar a su pueblo, pues ordenó a Moisés a que hiciese de bronce una imagen de *serpiente feroz,* y la pusiese sobre un asta en un lugar elevado, de modo que todos pudiesen verla, y que todo aquel que hubiese sido mordido por una serpiente feroz, quedase repentina y totalmente curado con sólo mirar a la serpiente de bronce. El pueblo había rogado a Dios que *quitase de ellos aquellas serpientes* (v. 7), pero Dios no creyó oportuno este remedio, pues Él actúa del mejor modo, que no siempre es nuestro modo. Dice la Mishná de los judíos: «¿Tenía, pues, la serpiente de bronce el poder de matar o de dar la vida? No, sino que eran curados si, al mirar hacia arriba a la serpiente, elevaban sumisos sus corazones a su Padre Celestial. En cambio morían si rehusaban hacerlo». No hace falta decir cuán grande es la dosis de mensaje evangélico encerrado en este episodio, pues el mismo Salvador nuestro lo expresó claramente cuando dijo: Y *como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también tiene que ser levantado el Hijo del Hombre, para que todo aquel que cree en él, no perezca, sino que tenga vida eterna* (Jn. 3:14–15). Obsérvese, pues, el parecido:

1. Entre su dolencia y la nuestra. El diablo es *la serpiente antigua* (Gn. 3:1 y ss.; Ap. 12:9), serpiente feroz; de ahí que aparezca en Ap. 12:3 como *un gran dragón rojo.* La mordedura de esta serpiente feroz es el pecado; el pecado es doloroso para la conciencia estremecida y alarmada, y es venenoso para la conciencia endurecida y cauterizada (1 Ti. 4:2). A las tentaciones de Satanás se las llama *dardos encendidos* (Ef. 6:16), ya que proceden de una serpiente *ardiente.*

2. Entre su remedio y el nuestro. (A) Fue Dios mismo quien ideó y prescribió este antídoto contra las serpientes ardientes; así también nuestra salvación por medio de Cristo fue planeada por la Sabiduría Infinita, Dios mismo ideó y pagó el rescate. (B) El remedio prescrito para la curación fue muy extraño y, a primera vista, poco apropiado; así también nuestra salvación por medio de la muerte en la Cruz de Jesucristo, *es para los judíos tropezadero, y para los gentiles locura* (1 Co. 1:23). (C) Lo que curó fue hecho a imagen de lo que mordió. Así también Cristo, aunque en sí mismo estaba completamente libre de pecado, fue *enviado en semejanza de carne de pecado* (Ro. 8:3), tan semejante que sus enemigos daban por seguro *que ese hombre es pecador* (Jn. 9:24). (D) La serpiente de bronce fue levantada en alto; también lo fue Cristo, quien fue levantado en la Cruz (Jn. 12:33–34), para ser espectáculo al mundo entero, y es levantado en alto mediante la predicación del Evangelio. Es significativo que el término hebreo usado aquí para decir «asta» (vv. 8, 9), sea el mismo que, en Isaías 11:12, figura como «pendón», enseña o estandarte, pues Cristo crucificado, levantado como *señal que es objeto de disputa* (Lc. 2:34), es decir, contra la cual se habla, será, cuando venga a reinar, el Señor victorioso y glorioso que *levantará pendón a las naciones* (Is. 11:12), porque él mismo *estará puesto por pendón a los pueblos* (Is. 11:10). (E) La serpiente de bronce, que contrarresta la acción mortífera de las serpientes venenosas, es también figura de Cristo triunfando sobre Satanás, la serpiente antigua, cuya cabeza aplastó cuando en la Cruz *despojó a los principados y a las potestades* y *los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos* (Col. 2:15), y así *llevó cautiva la cautividad* (Ef. 4:8). Este carácter triunfal de la Cruz de Cristo es especialmente notorio en el Evangelio de Juan pues en él la crucifixión es, ante todo, un ser *levantado,* como un hecho necesario (3:14), como un hecho revelado (8:28), y como un hecho atractivo (12:32).

3. Entre la aplicación de su remedio y la del nuestro. Ellos miraban y, por mirar, vivían; nosotros, si creemos, no perecemos, sino que tenemos vida eterna (Jn. 3:15–16); es por fe como miramos a Jesús, *el autor y consumador de la fe* (He. 12:2). Ya había dicho el Señor, en Isaías 45:22, *«miradme a mí, y sed salvos».* Cualquiera que mirase a esta señal curativa, salvífica, aunque fuese desde el punto más remoto del campamento de Israel, aunque fuese con ojos débiles, mortecinos o nublados por las lágrimas, era curado con toda certeza; de la misma manera, todo el que cree en Cristo aunque su fe todavía sea débil, pero confiada, no ha de perecer jamás, sino que tendrá vida eterna. Como dice nuestro himno:

«La mirada de fe al que ha muerto en la cruz, infalible la vida nos da
Mira, pues, pecador, mira pronto a Jesús, y tu alma la vida hallará.»

Versículos 10–20

Relato de las diversas etapas y de los traslados de los hijos de Israel, hasta que avistaron los llanos de Moab, desde los cuales, por fin, llegaron al Jordán y, después de vadearlo, entraron en Canaán, conforme leemos en el comienzo del libro de Josué. Por la ley de la gravedad, un cuerpo acelera su marcha en la medida en que se va acercando a su centro. Los israelitas se estaban acercando ahora al reposo prometido y, por eso, la marcha se va acelerando progresivamente en el relato de estos versículos. ¡Qué bien nos iría a nosotros, si actuásemos así en nuestro camino hacia el Cielo, de modo que, conforme nos vamos acercando a él, llevásemos mayor y mejor fruto en la obra del Señor! Dos cosas son especialmente de observar aquí:

1. El gran éxito con que bendijo Dios a su pueblo cerca de los arroyos de Arnón (vv. 13–15). Habían rodeado ahora el territorio de Edom. Es cosa buena que haya más de un camino para entrar en Canaán. Los enemigos del pueblo de Dios pueden retrasar la llegada, pero no pueden impedir la entrada en el reposo prometido. El Espíritu Santo puso cuidado en hacernos notar que los israelitas, en esta marcha, observaron religiosamente las órdenes que Dios les había dado en cuanto a no mostrarse hostiles contra los moabitas (Dt. 2:9), porque eran descendientes del justo Lot.

2. La admirable provisión con que Dios bendijo a su pueblo en *Beer* (v. 16), que significa *pozo o manantial*. Hasta aquí hemos visto que, siempre que han tenido necesidad de agua, la han pedido con murmuración y descontento, y Dios la ha concedido con justo desagrado; pero aquí encontramos: (A) Que Dios la dio libre y amorosamente (v. 16): *Reúne al pueblo,* para que sean testigos del prodigio y partícipes del beneficio, *y les daré agua*. Dios se la concedió antes que ellos la pidieran. (B) Que ellos la recibieron con gozo y gratitud, lo cual hizo que les resultase doblemente grato el beneficio (v. 17). Entonces entonaron este cántico para dar gloria a Dios y animarse los unos a los otros: *¡Sube, oh pozo!* Así pidieron que ascendiera el agua, porque las gracias prometidas han de ser alcanzadas a golpes de oración. Así como la serpiente de bronce era figura de Cristo, levantado para nuestra salud, así este pozo es figura del Espíritu Santo, que es derramado para nuestro alivio pues de Él brotan en nosotros *ríos de agua viva* (Jn. 7:38; Ap. 22:1). (C) Que, mientras anteriormente el recuerdo de los milagros se perpetuaba en los nombres impuestos a los lugares, lo cual indicaba la contienda y la murmuración del pueblo, ahora este prodigio fue perpetuado en un cántico de alabanza. *Lo cavaron los príncipes del pueblo* (v. 18), es decir, los setenta ancianos; *con sus báculos* hicieron hoyos en aquel terreno blando, arenoso, y Dios hizo que brotara milagrosamente el agua por los hoyos que ellos habían cavado. Dios prometió darles agua pero ellos hubieron de abrir el terreno para recibirla y darle salida. Hemos de esperar que los favores de Dios nos vengan mientras usamos los medios que están a nuestro alcance, pero, aun así, la excelencia del poder es de Dios.

Versículos 21–35

Narración de las victorias obtenidas por Israel sobre Sehón y Og.

I. Israel envió una embajada de paz a Sehón rey de los amorreos (v. 21), pero recibió una respuesta hostil. Como consecuencia, el ejército de Sehón fue derrotado; y no sólo esto, sino que todo su país cayó en manos de Israel (vv. 24–25). Esta ocupación estaba justificada: 1. Contra los mismos amorreos, pues ellos eran los agresores, que provocaron a los israelitas a la batalla. 2. Contra los moabitas que habían sido anteriormente los ocupantes y dueños de este territorio. (A) La razón por la que esta ocupación estaba justificada es la siguiente: Aunque es cierto que este país había pertenecido a los moabitas, fueron los amorreos quienes después se lo arrebataron algún tiempo antes de esta narración, y lo ocupaban ahora en pacífica posesión (v. 26). Ahora bien al estar esta tierra destinada a ser ocupada en su tiempo por Israel, fue puesta de antemano en posesión de los amorreos, quienes mal podían pensar que iban a ser meros depositarios y tutores de ella hasta que Israel alcanzase la mayoría de edad, y entonces habrían de entregarla al que, en los designios de Dios, era su legítimo dueño. No podemos comprender el vasto alcance de la providencia de Dios, pero este caso nos muestra una vez más hasta qué punto y con qué detalle conoce Dios el fin desde el principio, y todo lo controla y orienta hacia sus arcanos objetivos. (B) En prueba de su alegato, hace referencia a los anales auténticos del país, contenidos en proverbios y cantares y cita algunos pasajes de uno de ellos (v. 27–30), que prueban suficientemente lo atestiguado, a saber: (a) Que tales y tales lugares que aquí se nombran, aunque habían estado en posesión de los

moabitas, habían pasado a ser, por derecho de conquista, del dominio de Sehón, rey de los amorreos. (b) Que los moabitas fueron totalmente derrotados, e incluso Quemós su dios los había abandonado, y había sido incapaz de rescatarlos de las manos de Sehón (v. 29).

II. Og rey de Basán, en vez de escarmentar en cabeza ajena y hacer paces con Israel a la vista de lo que había sucedido a sus vecinos, se siente espoleado por eso mismo a hacerles la guerra, cuyo resultado fue asimismo su propia destrucción. También Og era amorreo y, de acuerdo con la leyenda hebrea, era un gigante de fuerza y longevidad sobrehumanas, que había llegado a la edad de 500 años. Notemos en el texto sagrado: 1. Que es él quien provoca la batalla (v. 33). Su territorio era muy fértil y ameno. Basán era famoso por su madera inmejorable (testigos los robles de Basán), y por su insuperable ganado vacuno, como lo atestiguan los toros, las vacas, los corderos y los carneros de dicho país, tan celebrados en Deuteronomio 32:14. 2. Que Dios pone su parte en esta causa y dice a Israel, por medio de Moisés, que no tengan miedo, porque va a entregar en sus manos a Og con todo su ejército. Ante el poder de Dios, los gigantes son miserables gusanos como los demás hombres. 3. Que Israel, no sólo derrota a los ejércitos enemigos, sino que toma posesión del territorio de los enemigos, el cual, en este caso, iba a ser después parte de la herencia que correspondería a las dos tribus v media que estuvieron primeramente asentadas al otro lado del Jordán.

CAPÍTULO 22

En este capítulo comienza la famosa historia de Balac y Balaam, de su empeño en maldecir a Israel, y de su tremendo fracaso, puesto que Dios cambió la maldición, en la misma boca de Balaam, en espléndida bendición. Mucho después, Dios pide a su pueblo, por boca del profeta Miqueas, que se acuerde de lo que maquinaba Balac y de lo que le respondió Balaam (Mi. 6:5), para que comprenda mejor la misericordia y la fidelidad de Dios.

Versículos 1–14

Los hijos de Israel por fin, habían, terminado su vagar por el desierto del que habían subido (21:18), y estaban ahora acampados en las llanuras de Moab, cerca del Jordán, donde continuaron hasta pasar el río conducidos por Josué, después de la muerte de Moisés.

I. El pánico que sobrecogió a los moabitas ante el avance de Israel (vv. 2–4). A pesar del parentesco y la amistad entre Abraham y Lot, los moabitas decidieron destruir a Israel si podían, sospechando, sin ningún motivo para ello, que los israelitas tenían intención de destruirlos a ellos. Bien dice el antiguo refrán: Piensa el ladrón que todos son de su condición. Y no sólo se preparan para la lucha, sino que comunican sus temores a sus vecinos, los ancianos de Madián, a fin de tomar juntos las medidas pertinentes para su común seguridad. Los moabitas tenían muchos motivos para procurar la amistad de Israel y venir en su ayuda; pero, al haber abandonado la religión de su antepasado Lot, y habiéndose hundido en la idolatría, odiaban al pueblo del Dios de Abraham.

II. El plan que maquinó el rey de Moab para obtener su objetivo: Que el pueblo de Israel quedase maldito, es decir, que Dios se pusiese en contra de Israel. Confiaba más en sus artes que en sus armas, y se había imaginado que, si podía hacerse con algún profeta o encantador que, con sus hechizos poderosos, imprecase el mal contra Israel, y pronunciase bendición sobre sí y sus menguadas huestes, entonces, aun siendo débil, podría habérselas con éxito con aquel ejército temible. Este concepto tenía su base: 1. En restos de algún sentido religioso, puesto que demuestra reconocimiento de cierta dependencia de algunos poderes soberanos, visibles o invisibles, que gobiernan el destino de los hombres. 2. En algunas ruinas de la religión verdadera, pues si los madianitas y los moabitas no hubiesen degenerado perversamente de la fe y del culto de sus devotos antepasados Abraham y Lot, no habrían podido imaginar que era posible maquinar el mal por medio de sus maldiciones, contra un pueblo que era el único en permanecer fiel al servicio del Dios verdadero, de cuyo servicio ellos mismos habían desertado.

III. Las dádivas y el galanteo adulador que Balac hizo a Balaam hijo de Beor, un famoso conjurador, para contratarle a fin de que maldijese a Israel. Este Balaam vivía muy lejos, en el país del que salió Abraham y en el que vivía Labán. *Petor* aparece como *Pitru*, ciudad de Mesopotamia, que se menciona en las inscripciones babilónicas y egipcias. Para ganarse a Balaam, Balac: 1. Le hace su amigo. 2. En realidad, le hace su dios, por el gran poder que atribuye a su palabra.

IV. El freno que Dios pone a Balaam, prohibiéndole que maldiga a Israel. Balaam da hospedaje a los mensajeros y se toma una noche de tiempo para considerar lo que va a hacer y recibir instrucciones de Dios. (v. 8). En aquella noche, Dios le habla, probablemente en sueños, y le pregunta quiénes son aquellos huéspedes y qué han venido a hacer. Dios ya lo sabe, pero quiere oírlo de los labios de Balaam. Éste le hace un resumen del asunto que llevaban entre manos (vv. 9–11) y, después de oírle, Dios le manda que no vaya con ellos, ni se atreva a maldecir al pueblo que es bendito de Jehová (v. 12). Dios, no sólo le prohíbe marchar a donde está Balac, sino también maldecir al pueblo, lo cual él podía intentar hacer a distancia; la razón que Dios le da es: *Porque bendito es.*

V. El regreso de los mensajeros sin Balaam. 1. Balaam no transfiere con fidelidad a los mensajeros la respuesta de Dios (v. 13). Sólo les dice: *Jehová no me quiere dejar ir con vosotros.* No les dijo, como era su deber, que Israel era un pueblo bendito, y que de ninguna manera debía maldecirlo.

Versículos 15–21

Balaam recibe una segunda embajada para ver de persuadirle que maldiga a Israel.

I. La tentación que Balac puso delante de Balaam. Ahora le tentó con honores, y puso un cebo no sólo para su codicia, sino para su orgullo y ambición. Artimañas con que adobó Balac la tentación: 1. Envió *más* mensajeros, y *más honorables* que los primeros (v. 15). 2. La petición era muy urgente. Este poderoso príncipe le dice con tono suplicante: *Te ruego que no dejes de venir a mí* (v. 16); *o,* como dice el hebreo, *«que nada te impida venir a mí* ¡nada! ni Dios, ni tu conciencia, ni el temor del pecado o de la vergüenza». 3. Las propuestas eran muy elevadas: *Sin duda te honraré mucho y haré todo lo que me digas* (v. 17).

II. Balaam, a primera vista, resiste a la tentación, pero en realidad cede a ella. Podríamos discernir aquí en el interior de Balaam una lucha entre sus convicciones y sus corrupciones. 1. Sus convicciones le inclinaban a adherirse al mandato de Dios, y ellas hablaron por su boca cuando dijo: *Aunque Balac me diese su casa llena de plata y oro, no puedo traspasar la palabra de Jehová mi Dios* (v. 18). Nadie habría podido decirlo mejor. 2. Pero sus corrupciones le inclinaban con fuerza al mismo tiempo a quebrantar el mandamiento de Dios. Es cierto que pareció rechazar la tentación, pero incluso en sus palabras citadas no expresó aborrecimiento al pecado, como lo expresaron claramente el Señor Jesús, cuando el diablo le ofreció los reinos de este mundo. (*«Vete de mí, Satanás»;* Lc. 4:8), y Pedro, cuando Simón Mago le ofreció dinero («Tu *dinero vaya contigo a la perdición»;* Hch. 8:20). Balaam en cambio, parece (v. 19) que sentía una fuerte inclinación a aceptar la oferta, puesto que deseaba esperar para ver lo que Dios quería decirle, pensando que quizás el Señor cambiaría de parecer y le daría permiso para marchar con los mensajeros. Esto suponía un concepto muy bajo del carácter del Dios Todopoderoso, como si fuese capaz de cambiar sus propósitos. Nótese que es una gran afrenta a Dios, y una evidencia cierta de que la corrupción ejerce el dominio en el corazón de una persona, rogar o, al menos esperar, cierta especie de permiso de Dios para pecar. Cuando damos largas a desligarnos de un pecado conocido, o no nos decidimos a dar un *no rotundo* a la tentación, es segura nuestra derrota en la primera ocasión. Dícese que el Infierno está embaldosado con «buenas intenciones» de los muchos que pasaron la vida diciendo «querría», sin resolverse jamás a decir de corazón «quiero» ¡Cuán diferente fue la conducta del Hijo Pródigo, quien, tras decir: *«Me levantaré e iré a mi padre»,* lo cumplió sin dilación: «Y *levantándose, marchó hacia su padre»* (Lc. 15:18, 20)! ¡Quiera el Señor que algún lector, en situación peligrosa para su salvación eterna, sienta ahora la urgencia de ponerse en el buen camino, antes de que sea demasiado tarde!

III. El permiso que Dios le dio para que marchara (v. 20). Dios vino a él, probablemente mediante un ángel, y le dijo que podía marcharse, si así lo deseaba, con los mensajeros de Balac. Así *lo entregó Dios a la concupiscencia de su corazón* (Ro. 1:24). Como dice el Talmud sobre este punto: «La audacia puede prevalecer incluso delante de Dios». Así como a veces Dios no contesta por amor, las oraciones de los suyos así también concede a veces, por ira, lo que desean los malvados.

Versículos 22–35

Relato de la resistencia que Dios opuso a Balaam en su viaje a Moab.

I. Desagrado de Dios contra Balaam por emprender este viaje: *La ira de Dios se encendió porque él iba* (v. 22). 1. No ha de pensarse que el pecado de una persona es menos provocativo contra Dios por el hecho de que Dios lo permita. 2. No hay nada que desagrade tanto a Dios como los designios malvados contra su pueblo, porque quien toca a los suyos, toca a la niña de su ojo.

II. El método que Dios empleó para mostrar a Balaam su desagrado contra él: *El ángel de Jehová se puso en el camino por adversario suyo* (v. 22).

1. Balaam se percató del desagrado de Dios por medio del asna, y esto no le asustó ni le hizo recapacitar. *El asna vio al ángel* (v. 23). ¡Cuán vanamente se jactó Balaam de ser *varón de ojos abiertos y ver la visión del Omnipotente* (24:24) cuando el asna que montaba vio más de lo que él veía, ya que los ojos de Balaam estaban cegados por la codicia y la ambición! ¡Que nadie se ensoberbezca con fantasías de visiones y revelaciones, cuando incluso una burra vio a un ángel! Para salvarse a sí misma y al insensato que sobre ella cabalgaba: (A) *Se apartó del camino* (v. 23). Balaam debía haber tomado buena nota de ello y considerar si él no estaba fuera del camino de su deber; pero, en vez de hacerlo así, *azotó al asna para hacerla volver al camino.* De modo parecido se comportan quienes, corriendo a precipitarse en la perdición eterna por el camino del pecado deliberado, se enfadan contra los que se esfuerzan en evitar que consumen su ruina. (B) No habían caminado largo trecho, cuando el asna volvió a ver al ángel y, para evitar su encuentro, se arrimó mucho a una pared, y *apretó contra la pared el pie de Balaam* (v. 25). Al apretarle el pie a Balaam, aunque con ello le salvaba la vida, le provocó tal enfado, que golpeó al asna por segunda vez. (C) Por tercera vez se encontraron con el ángel y entonces el asna *se echó debajo de Balaam* (v. 27). También por tercera vez Balaam azotó al asna, aunque ésta le había cumplido ahora el mejor servicio de su vida al salvarle de la espada del ángel y enseñarle, con su actitud de echarse cuerpo a tierra, a que él hiciese lo mismo. (D) Como no hiciese mella en él ninguno de estos procedimientos, *abrió Dios la boca del asna* (v. 28), y ésta le habló una y otra vez; y ni siquiera esto hizo efecto en él. Ainsworth comenta aquí que, cuando el demonio tentó a nuestros primeros padres, usó una astuta serpiente para inducirles al pecado, pero cuando Dios quiso convencer a Balaam de su mal camino usó una pobre asna, obtusa y torpe hasta servir de refrán insultante. (a) El asna se quejó de la crueldad de Balaam: *¿Qué te he hecho, que me has azotado estas tres veces?* (v. 28). El Dios justo no ve con buenos ojos la violencia que se hace a la más baja y débil de sus criaturas sino que, o la capacitará para que hable en defensa propia, o hablará él por ella de una manera u otra. La brutal y testaruda pasión de Balaam le cegó de tal manera, que le impidió observar o considerar lo sumamente extraño del caso. Nada embrutece más a un hombre que la furia desenfrenada. (b) El asna razonó incluso con él (v. 30). Dios capacitó a un bruto animal, no sólo para que hablase, sino para que razonase con sentido.

2. Por fin, Balaam se percató, por medio del ángel, del desagrado de Dios, y esto le asustó. Cuando Dios le abrió los ojos, vio *al ángel* (v. 31), y entonces *se inclinó sobre su rostro.* Dios tiene muchos medios para quebrantar y humillar el más duro y ensoberbecido corazón. (A) El ángel le reprendió por su conducta cruel: *¿Por qué has azotado tu asna?* (v. 32). (B) Pareció ceder Balaam entonces (v. 34): *«He pecado,* he pecado al emprender este viaje, y he pecado al proceder tan violentamente», pero se excusó con que no había visto al ángel; ahora que lo veía, estaba dispuesto a desandar el camino. No hay señal de que su corazón haya cambiado aunque ahora se halle con las manos atadas. Así les pasa a muchos, que dejan el pecado sólo cuando el pecado les ha dejado a ellos; a primera vista parece que han reformado su vida, pero ¿de qué les va a servir esto, si no se les ha renovado el corazón? (C) Sin embargo, el ángel le repite la orden que Dios le había dado: *Ve con esos hombres* (v. 35). Como si dijera: Ve si estás resuelto a hacer el necio, y quedar avergonzado delante de Balac y de todos los príncipes de Moab. Y añade el

ángel: *«Pero la palabra que yo te diga, esa hablarás,* te guste o no», puesto que esta intimación del ángel, más bien que una orden, es una profecía del evento, pues no sólo iba a ser incapaz de maldecir a Israel, sino que iba a verse forzado a bendecirle.

Versículos 36–41

Encuentro de Balaam con Balac; ambos, enemigos coligados contra el Israel de Dios, pero parecen diferir en cuanto al éxito de la operación. 1. Balac habla con absoluta confianza, y no duda de que va a salirse con la suya ahora que Balaam ha llegado. 2. Balaam abriga muchas dudas al respecto, y pide a Balac que no confíe demasiado en él: *«¿Podré ahora hablar alguna cosa?»* (v. 38). Como si dijera: «Muy a gusto maldeciría a Israel; pero no debo, ni puedo, porque Dios no me lo va a permitir». 3. Inmediatamente ponen manos a la obra. Balac trata con toda esplendidez a Balaam. Después de ofrecer a los dioses de Moab sacrificios de gratitud por la llegada de tan esperado y bienvenido huésped, se da un banquete para Balaam y los príncipes que estaban con él (v. 40). A la mañana siguiente para no perder tiempo, Balac toma a Balaam consigo en un carro y lo lleva a los lugares altos de su reino, desde donde se podía divisar el campamento de Israel. Ahora Balaam está realmente deseoso de agradar a Balac, más que lo estuvo jamás de agradar a Dios.

CAPÍTULO 23

En este capítulo vemos a Balac y a Balaam enteramente ocupados en hacer a Israel el mayor daño posible mientras que Moisés y los ancianos de Israel no parecen darse cuenta de nada de lo que sucede; pero Dios echa por tierra los planes del enemigo, y troca en bendición la maldición que Balac y Balaam proyectaban. Así los israelitas aseguran sus posiciones, sin que ni siquiera medie la intercesión de Moisés.

Versículos 1–12

I. Grandes preparativos para maldecir a Israel. Lo que se pretendía era comprometer al Dios de Israel a que desamparase a su pueblo y que se pusiera de parte de Moab o permaneciese neutral, como si Dios deseara comer carne de becerros y beber sangre de carneros. Era ridículo esperar agradar a Dios con estas cosas y obtener su favor, cuando no había en ellas el ejercicio de la fe o de la obediencia. Con todo parece ser que ofrecen estos sacrificios al Dios de los Cielos, no a sus falsas divinidades.

II. La maldición se cambia en bendición, por el omnímodo poder de Dios que todo lo controla, llevado del amor hacia su pueblo, como lo atestigua Moisés en Deuteronomio 23:5.

1. Dios pone la bendición en la boca de Balaam. Mientras ardían los sacrificios, y Balac se quedaba allí según la costumbre babilónica, Balaam se retira *a una altura pelada o a solas* (pues el hebreo puede significar ambas cosas—hay incluso quienes piensan que el término *shef* y es abreviatura de *shol fi y'* = inquirir de la boca de Jehová—). Esto es todo lo que sabía, que la soledad proporciona buena oportunidad para la comunión con Dios. Pero Balaam abrigaba sólo conjeturas de que Jehová le saliese al encuentro (v. 3), puesto que, al ser consciente de su pecado y saber que Dios le había salido al encuentro con ira la vez anterior, tenía muchas razones para hablar con dudas: *Quizás Jehová me vendrá al encuentro.* Lo cierto es que, fuese cual fuese su intención, Dios estaba decidido a hacer de él un instrumento de su gloria y de la de Israel y, por eso *vino Dios al encuentro de Balaam* (v. 4). Dios iba a constreñirle a pronunciar en honor de Jehová y de Israel una alabanza tan estupenda, que dejase para siempre sin excusa a cuantos quisiesen levantarse en armas contra el Israel de Dios y el Dios de Israel. Al encontrarse con Dios, Balaam se jactó del preparativo que había hecho: *Siete altares he ordenado y en cada altar he ofrecido un becerro y un carnero* (v. 4). Todos estos sacrificios eran gran abominación para Dios, pero Dios para cumplir su propio designio, *puso palabra en la boca de Balaam* (v. 5).

2. Balaam pronuncia su bendición en los oídos mismos de Balac. Ve a los israelitas dichosos y a salvo, y les bendice.

A) Declara implícitamente que Israel está a salvo, fuera del alcance de los venenosos dardos de maldición que él mismo le preparaba. (a) Reconoce que su designio era maldecirles; que Balac le llamó de Aram, su país, y que él vino con esta intención (v. 7). (b) Reconoce que el intento ha fracasado, y confiesa su propia incapacidad para llevarlo a la práctica. No puede pronunciar contra Israel ni una sola mala palabra: *¿Por qué maldeciré yo al que Dios no maldijo?* (v. 8). No da a entender Balaam que no quiere maldecir, sino que no puede maldecir. Esto comporta una clara confesión. *Primero:* De la debilidad e impotencia de sus poderes mágicos. *Segundo:* De la soberanía y el dominio del Dios Omnipotente. Viene a decir que él no puede hacer más de lo que Dios le permite hacer. *Tercero,* de la inviolable seguridad del pueblo de Dios.

B) Declara también que Israel es dichoso por tres conceptos: (a) Dichoso en su peculiaridad, y por ser distinto del resto de las naciones: *Desde la cumbre de las peñas lo veré* (v. 9). Parece ser que fue una gran sorpresa para Balaam ver un campamento tan extenso con señales tan excelentes de disciplina, de buen orden y distribución tan armoniosa, cuando es muy probable que se lo hubiesen presentado como una turba ruda y desordenada, que infectaba los países circunvecinos en partidas de vagabundos. Es deber honorable de cuantos están dedicados al Señor, estar separados del mundo y mantener un buen testimonio ante el mundo. Quienes tienen conciencia de sus deberes peculiares, son los que mejor han de disfrutar de los privilegios peculiares.

(b) Dichoso en su número; no tan pocos ni tan despreciables como pudieron decirle, sino una formidable compañía que nadie podía contar: *¿Quién contará el polvo de Jacob?* (v. 10). El gran número de los israelitas era precisamente lo que más le preocupaba a Balac (22:3). Se percata *primero:* Del *polvo de Jacob* aludiendo sin duda a la descendencia de Jacob, de la cual se había profetizado que sería tan numerosa como el polvo de la tierra (Gn. 28:14); *en segundo lugar: Del número de la cuarta parte de Israel,* aludiendo quizás a la formación del pueblo en cuatro escuadrones. Los judíos suelen traducir el término *rabá* como *progenie.* A primeros del siglo XX, un erudito rabino encontró que, en el arameo de los cristianos de Palestina, dicho término es sinónimo de *polvo,* lo cual es confirmado por el Targum samaritano, que lo traduce por *cenizas* en Génesis 18:27, como lo hace nuestra Reina-Valera.

(c) Dichoso en su final: *Muera yo la muerte de los rectos,* es decir, de los israelitas, y *mi postrimería sea como la suya.* Aquí, *en primer lugar:* Se da por supuesto que todos los hombres han de morir también los rectos han de morir. Bueno es para todos nosotros el aplicarnos personalmente, como hace Balaam, el pensamiento de esta ley general de la muerte, aunque él lo dijo bajo la incoercible influencia del poder de Dios, no porque él estuviese en disposición de morir como los rectos, ya que tuvo la muerte de los malvados (31:8). *En segundo lugar:* Pronuncia implícitamente dichosos a los rectos, no sólo mientras viven, sino también cuando mueren. Y *en tercer lugar:* Muestra que sus opiniones religiosas son mejores que sus resoluciones prácticas. Hay muchos que desean morir la muerte de los rectos, pero no se esfuerzan por vivir la vida de los rectos; desean su final, pero no su camino o, lo que es lo mismo, querrían ser santos en el cielo, pero pecadores en la tierra, como si el cristianismo fuese únicamente una religión *para bien morir.*

III. Se nos dice a continuación cuál fue la reacción de Balac ante las palabras de Balaam (v. 11). Pretendía honrar a Dios con sus sacrificios y obtener de Dios una respuesta favorable conforme a sus deseos; pero, al ver que Dios no ha respondido como él quería, se olvida de Jehová. Pero Balaam viene a decirle que no ha tenido más remedio que pronunciar lo que Dios *había puesto en su boca* (v. 12).

Versículos 13–30

I. Por segunda vez, se hacen preparativos para maldecir a Israel. 1. Se cambia de lugar (v. 13). 2. Se repiten los sacrificios, se eligen nuevos altares, se ofrece un becerro y un carnero en cada uno, y Balac se queda junto a los sacrificios (parece ser que más cercano que antes) (v. 14–15). 3. Igualmente Balaam sale, como antes, a encontrar a Dios. Dios mismo le sale al encuentro por segunda vez, y *pone palabra en su boca,* no para que se retracte de la primera, sino para que la ratifique (vv. 16–17).

II. De nuevo, el Dios Todopoderoso cambia la maldición en bendición; y esta bendición es más amplia y más fuerte que la primera, con lo que acaba con toda esperanza de alterarla. Y, puesto que Balac le había dicho ahora: *¿Qué ha dicho Jehová?* (v. 17), Balaam le dirige a él personalmente la palabra: *Balac, levántate y oye* (v. 18).

1. De dos cosas va a informar Balaam a Balac en su discurso:

A) De que no hay esperanza alguna de arruinar a Israel.

(a) En efecto, no tenía objeto intentarlo:

Primero: Porque Dios es inmutable. Nunca cambia de opinión y, por tanto, nunca se vuelve atrás en sus promesas.

Segundo: Porque Israel es ahora irreprochable ante Dios. No ve allí idolatría, que es la iniquidad principal; esto sólo podía separar a Israel de su Dios.

Tercero: Porque Balaam veía a Israel *como Dios lo veía,* desde la altura. Dios veía a Israel hermoso sobremanera por la gracia, el amor misericordioso y la elección soberana que en él había depositado; de ahí su fuerza y su poder invencible. El Dios Omnipotente estaba en medio de su pueblo (v. 21). Como Balaam hablaba la palabra que Dios había puesto en su boca, no tenía más remedio que ver a Israel como Dios lo veía, a pesar de todos sus defectos.

(b) De todo esto infiere que no tenía objeto pensar en hacer ningún mal a Israel con todas las artes mágicas que él podía emplear (v. 23). Las maldiciones del Infierno nunca pueden tener cumplimiento contra las bendiciones del Cielo.

B) Balaam le muestra ahora a Balac que, lejos de poder éste aniquilar a Israel, tiene muchos motivos para temer que sea Israel quien arruine a Moab, pues estaba visto que iban a derramar mucha sangre en los pueblos limítrofes de Moab y, si por entonces escapaba Moab de la ruina, no era porque intimidase a los invasores, sino porque éstos no habían recibido orden de hacerlo por el momento (v. 24). ¡Allí estaba el león de Judá, presto para el ataque (Gn. 49:9), y el lobo arrebatador de Benjamín! (Gn. 49:27).

2. ¿Cómo terminó este segundo incidente?

A) Tanto Balac como Balaam vuelven a repetir sus palabras y sus acciones. Balac le dice a Balaam que, ya que no quiere maldecir a Israel, por lo menos no lo bendiga. Balaam le replica que no tiene más remedio que hacer lo que Jehová le diga (vv. 25–26) ya se lo había dicho al comienzo de toda esta operación (22:28).

B) No obstante, deciden ambos hacer un nuevo intento. El lugar al que Balac llevó ahora a Balaam fue *la cumbre de Peor* (v. 28), el sitio más alto del país, en las cercanías del Pisgá, donde es probable que fuese adorado Baal, y de ahí el repetido lugar de *Baal-peor* (21:20; 25:18; 31:16; Dt. 3:27–29; Jos. 22:17).

CAPÍTULO 24

En este capítulo continúa y concluye la historia del fracaso de los designios de Balac y Balaam contra Israel, derrotados, *no con la fuerza, ni con el poder, sino con el Espíritu de Jehová* (Zac. 4:6).

Versículos 1–9

La bendición que Balaam pronuncia aquí sobre Israel es muy parecida a las dos del capítulo anterior, pero la introducción que hace es distinta.

I. Varía el método del procedimiento. Balaam deja a un lado los encantamientos en los que había confiado hasta ahora; no se retira, como antes, a un monte en busca de augurios, viendo que de nada le sirven. No tenía objeto impetrar del diablo una maldición, cuando estaba claro que Dios había decidido irrevocablemente bendecir a Israel (v. 1). De grado o por fuerza, «ahora—dice Abarbanel—se elevó desde el carácter de un vidente gentil al de un verdadero profeta». En vez de retirarse a un lugar solitario, *pone su rostro hacia el desierto,* donde acampaba el pueblo de Israel. Ahora, *el Espíritu de Dios vino sobre él* (v. 2), esto es, el Espíritu de profecía. La introducción que Balaam pronuncia ahora antes del oráculo propiamente dicho distinta de la empleada en los dos oráculos anteriores, tiene, según algunos, resabios de orgullo y vanagloria; pero quizás indica más bien la seguridad que tiene de estar investido del Espíritu de Dios. Es de notar, a este respecto, la frase: *Caído, pero abiertos los ojos* (v. 4). «Sobrecogido—dice Hertz—por la invasión del Espíritu Divino, que torna débil al recipiente e incapaz de sostenerse sobre sus pies. Es el éxtasis espiritual cuando los sentidos corporales quedan embotados, y sólo

los ojos de la mente quedan abiertos para contemplar la visión divina y comprender el mensaje profético.» Esto no quiere decir que Balaam fuese santificado por esta irrupción del Espíritu. Hay muchos que tienen abiertos los ojos, pero tienen cerrado el corazón; están iluminados, pero no están santificados. Los dones espirituales más elevados pueden coexistir en una persona con el pecado y la perdición. Balaam es un ejemplo, y el Señor Jesús dejó bien claro que el echar demonios en su nombre y hacer milagros no es señal de salvación (Mt. 7:21–23). No hay otro «test» que la obediencia, que produce frutos—por el amor—(Gá. 5:6) de una vida auténticamente cristiana (v. también 1 Co. 13:1–3).

II. La bendición en sí es sustancialmente la misma de las dos ocasiones anteriores. Varias son las cosas que Balaam admira en Israel:

1. Su hermosura: *¡Cuán hermosas son tus tiendas, oh Jehová!* (v. 5). Aunque no moraban en palacios de mármol, sino en vulgares tiendas de campaña, con pocas comodidades y muchas molestias ambientales, Balaam ve una peculiar hermosura en esas tiendas, a causa de su admirable orden y distribución (v. 2). De igual manera, nada hay que tanto contribuya a formar buena opinión de una comunidad cristiana a los ojos de los que la ven a distancia, como la unidad y armonía de sus miembros (Sal. 133:1).

2. Su fertilidad e incremento. Esto parece desprenderse de los símiles que emplea de valles, jardines o huertos y árboles frondosos (v. 6), así como de las expresiones del versículo 7, que indican fertilidad de un terreno abundantemente irrigado. Dios los regará con sus más ricas bendiciones, para que su *descendencia se extienda como las muchas aguas.*

3. Su gran honor y poderío. Así como la multitud del pueblo es el honor del príncipe, así la magnificencia del príncipe es el honor del pueblo. Por eso, dice Balaam que *enaltecerá su rey más que Agag* (v. 7). Es una metáfora para indicar poder y fuerza, pues *Agag* era el título común de todos los reyes de Amalec, como *Faraón* lo era de los de Egipto.

4. Sus éxitos victoriosos (v. 8). (A) Se retrotrae al pasado para alabar lo que Dios ha hecho por ellos: *Dios los sacó de Egipto* (v. 8). Esto ya lo había dicho anteriormente (23:22). (B) Se fija después en su fuerza presente: *Tiene fuerzas como de búfalo.* Como consecuencia de lo que Dios hace por Israel, y de su presencia en medio de su pueblo, Israel es irresistible como el búfalo (hebreo *re'em*, especie de búfalo ya extinto). (C) Finalmente, fija sus ojos en el futuro: *Devorará a las naciones enemigas, etc.* (v. 8).

5. Su coraje y seguridad: *Se encorvará para echarse como león, y como leona ¿quién lo despertará?* (v. 9). Es una imagen de la majestad de Israel en tiempo de paz, así como, en 23:24, describe su tremenda fuerza en tiempo de guerra. Los leones no se retiran para dormir a lugares de refugio, sino que se acuestan en cualquier lugar, seguros de que nadie se atreverá a meterse con ellos.

6. Su influencia en la felicidad o desgracia de sus vecinos. Lejos de ser afectado por las bendiciones o maldiciones que le vengan de fuera, Israel será una fuente de bendición o de maldición para otros, de acuerdo con la forma que le traten. Esto es una advertencia para Balac como lo había de ser en el decurso de los siglos para todos los enemigos de Israel.

Versículos 10–14

La conclusión de este vano intento de maldecir a Israel, con el total abandono de la empresa por parte de Balac. 1. Éste rompió en un acceso de furor contra Balaam (v. 10). Le echa de su presencia, le despide a su país, y le niega los honores que había prometido hacerle (v. 11). 2. Pero Balaam no se resiente por esto. (A) Le hace notar que no tiene por qué enfadarse, ni puede decir que ha sido engañado, pues ya le avisó de antemano por medio de los mensajeros (22:18). (B) Para no decepcionarle del todo, y satisfacer su curiosidad con vaticinios concernientes a Moab y a otros países limítrofes, Balaam le ofrece de propina la más grande de sus cuatro profecías. En ella, le asegura Balac que lo que Moab ha de sufrir a manos de Israel, no está próximo, sino que ocurrirá pasadas algunas centurias. Por su parte, va a inventar un método de hacer daño a Israel, sin tener que recurrir a ceremonias de adivinación y encantamiento. Ya que no ha obtenido de Dios permiso para maldecirles, le va a ofrecer de parte del diablo un método para tentarles con eficacia.

Versículos 15–25

El oficio de los profetas era bendecir y profetizar (amonestando o animando) en el nombre de Jehová.

I. Balaam cumple el oficio de profeta admirablemente bien, al dirigirle Dios para que lo hiciera así, puesto que, aunque él era como era, la profecía, sin embargo, era verdadera: *Vio la visión del Omnipotente* (v. 16) e incluso, como dice antes: *Conoce el conocimiento del Altísimo* (*Elyón*), como dice el hebreo, de acuerdo con Amós 3:7. Con todo esto, Balaam no teme en realidad a Dios, ni le ama ni ejercita una verdadera fe en Él. ¡Tan cerca del Cielo puede llegar un hombre y, con todo, quedarse fuera! Balaam vio la visión del Omnipotente, pero no fue transformado a la misma imagen del Señor (2 Co. 3:18).

II. Balaam emite una profecía acerca del que había de ser la corona y la gloria de Israel, quien es: 1. David, el tipo y figura bajo quien las huestes de Israel *se portarán varonilmente* (v. 18). Esto se cumplió cuando David derrotó a Moab y lo sometió (2 S. 8:2). En ese mismo tiempo, fueron sometidos igualmente los edomitas al dominio de Israel (2 S. 8:14). Pero: 2. El Señor Jesucristo, el prometido Mesías, es el principalmente aludido como anticipo en la profecía, pues era la voluntad de Dios que se diese así referencia a su primera Venida, mucho tiempo antes de ocurrir, no sólo para que lo supiesen los judíos, sino también otras naciones, así como su Evangelio se había de extender muy lejos de los límites de la tierra de Israel. Se predice aquí: (A) Que su Venida no será aún por mucho tiempo: *Lo veré, mas no ahora* (v. 17); como si dijera: «Lo contemplo en visión, pero a muchísima distancia», ya que habían de pasar 14 o 15 siglos. (B) Que saldría de Jacob, como ESTRELLA y como cetro, lo que denota su gloria y esplendor: *La estrella resplandeciente de la mañana* (Ap. 22:16), por cuyo fulgor habían de ser guiados los magos (Mt. 2:2), quienes, sin duda, conocían de alguna manera esta profecía, el cetro denota su poder y autoridad, pues *él tendrá el dominio, y su reino será eterno* (Dn. 2:44; 7:14, 27; Lc. 1:33). (C) Que su reino será universal y victorioso sobre toda oposición (Sal. 2:8–9; Ap. 2:27; 19:15), lo cual estaba tipificado en las victorias de David sobre Moab y Edom, porque Cristo había de ser rey, no sólo de Israel, sino de todo el mundo.

III. Balaam continúa su profecía; se refiriere ahora a los amalecitas y ceneos, y es probable que tuviese a la vista parte de esos países. 1. Los amalecitas eran ahora *cabeza de naciones* (v. 20), o por su preeminencia o, como opina Onkelos, por ser los primeros en atacar a Israel. Con esto confirmaba Balaam la destrucción futura de Amalec, conforme había leído Moisés casi cuarenta años antes (Éx. 17:14, 16). 2. Los ceneos eran ahora la más segura de las naciones; su situación geográfica era tan privilegiada, que la misma naturaleza les había servido de admirable ingeniero, ya que hacía de su país una fortaleza inexpugnable: *Fuerte es tu habitación; pon en la peña*—como las águilas—*tu nido* (v. 21). A pesar de esta supuesta seguridad, los ceneos *(Caín* dice el texto hebreo, dando el nombre poético de esta tribu, que curiosamente tiene las mismas letras que el Caín de Gn. 4:1 y ss.) *serán echados* (o *devastados*, como dice el hebreo), es decir gradualmente puestos en decadencia, hasta que se los lleven cautivos los asirios, lo que sucedió cuando tuvo lugar la deportación de las diez tribus del norte. Así se ve que ni siquiera un nido en lo alto de una roca es garantía de perpetua seguridad.

IV. Viene después una profecía que se adelanta hasta el tiempo de los griegos y de los romanos, puesto que *tas costas de Quitim* (v. 24) no son otras que las de Italia.

1. La introducción a esta parábola es digna de notarse: ¡Ay! *¿Quién vivirá cuando haga Dios estas cosas?* (v. 23). Es un versículo oscuro. Hay quienes lo interpretan como si diese a entender que estos eventos están tan distantes en el tiempo, que es difícil pronosticar quién vivirá cuando sucedan. Pero la interpretación más probable es la siguiente: ¿Quién podrá sobrevivir a las terribles catástrofes que Asiria ha de causar a Israel (Is. 10:5), cuando Dios haga de Asiria la *vara* de su furor?

2. También es digna de notarse la profecía misma. Tanto Grecia como Italia dependen grandemente del mar y, por ello, sus ejércitos viajaban especialmente en grandes barcos. Por eso, parece ser que Balaam predice aquí: (A) Que las huestes de Grecia habían de humillar y derrotar a los asirios que estaban unidos a los persas, lo cual se cumplió cuando el Oriente fue conquistado por Alejandro Magno. Piensan muchos que *Kittim* (como aparece en el hebreo) se deriva de Kitión, ciudad de Chipre, y se aplicaba en general a Grecia. (B) Que las huestes griegas y romanas habían de afligir a los israelitas, llamados aquí *los hijos de Heber* (v. Gn. 10:21, 25); esto se cumplió en parte cuando el imperio griego oprimió a la nación judía, pero especialmente cuando el imperio romano la arruinó. (C) Que Kittim (que,

según otros, representa a Italia) significa el Imperio Romano, que más tarde se apoderó de Grecia, y que este Imperio había de perecer para siempre, cuando la piedra desprendida del monte sin la intervención de manos humanas desmenuzara todos estos reinos y, en particular, *los pies de hierro y barro* (Dn. 2:34).

CAPÍTULO 25

Al escapar Israel de la tramada maldición de Balaam sufre ahora gran perjuicio debido a su consejo. Parece ser que antes de separarse de Balac, Balaam le aconsejó un método más efectivo para separar a los israelitas de su Dios. No hay embrujo tan fatal como el que producen las propias concupiscencias (Stg. 1:14).

Versículos 1–5

I. El pecado de Israel, al que fueron atraídos por las hijas de Moab y de Madián. *El pueblo acudió* con ellas *a Baal-peor* (v. 3), con lo que se hicieron culpables de fornicación corporal y espiritual. No todos, ni la mayoría pero ciertamente muchos cayeron en esta trampa. En relación con esto obsérvese que la fornicación y la idolatría iban de la mano. En lugar de «*acudió*» el hebreo dice «*se unció*» lo que nos recuerda 2 Corintios 6:14. Vemos que estos israelitas aceptaron la invitación de las moabitas para asistir a los cultos de Baal, de los que formaban parte los ritos más licenciosos, con lo que la iniquidad era doble, ya que añadían a la impureza moral la adoración de los dioses falsos, con gran desprecio del Dios de Israel, el único Dios vivo y verdadero. Una circunstancia sumamente agravante de estos pecados era el que los cometiesen en Sitim, teniendo a la vista la tierra prometida, en la última parada antes de cruzar el Jordán.

II. No es de extrañar que *el furor de Jehová se encendiera contra Israel* (v. 3) a causa de este pecado. Las fornicaciones de Israel tuvieron poder para lo que los encantamientos de Balaam fueron incapaces. 1. Cundió una plaga entre ellos, pues esto es lo que el texto da a entender. Las enfermedades epidémicas son justo castigo de pecados epidémicos; una infección sigue a la otra. 2. Los cabecillas hubieron de ser ahorcados a manos de la justicia pública, pues era el único medio de detener la plaga (v. 4). La mayor parte de los comentaristas interpretan así el versículo 4, pero es mucho más probable la interpretación corriente entre los rabinos, secundada por el erudito pastor bautista J. Gill, de que Moisés reunió consigo a los príncipes del pueblo, no para ahorcarlos a ellos, sino para dictar en consejo la pena de ahorcamiento contra los prevaricadores del pueblo. Dice Paterson: «El sentido común nos impide referir el pronombre *los* a todos los jefes del pueblo». Por el versículo 5 vemos que, antes de ser colgados sus cuerpos, habían de ser *matados a espada* los infractores, a fin de que el resto de los israelitas adquiriesen un sentido más profundo de la maldad del pecado.

Versículos 6–15

En esta porción tenemos un marcado contraste entre la perversidad y la rectitud; vence la rectitud, como sin duda ha de vencer al final.

I. Ningún vicioso se atrevió a tanto como *Zimrí, jefe de una familia de la tribu de Simeón* (v. 14), quien se presentó en público con una ramera madianita, a la vista de Moisés y de todo lo mejor del pueblo de Israel. Era una afrenta y un desafío a la justicia de la nación judía, como era una afrenta y un desprecio absoluto a la religión de la nación de Israel.

II. Pero si fue atrevido sobremanera el pecado de Zimrí, fue también atrevida sobremanera la virtud de Fineés (el hebreo dice *Pinjás).* Percatado de la insolencia de Zimrí se levanta de la oración poseído de una santa indignación contra los transgresores, toma en su mano una lanza, les sigue hasta su tienda y los alancea a ambos (vv. 7–8). No resulta difícil el justificar a Fineés por su acción rápida, pues al ser el heredero del sumo sacerdocio, no cabe duda de que sería uno de los jueces nombrados por Moisés para

ejecutar a los transgresores de Baal-peor nombramiento que Moisés hizo siguiendo órdenes divinas. Dios mismo atestiguó su aceptación del piadoso celo de Fineés, concediéndole honor especial. Aunque no hizo otra cosa que cumplir con su deber como juez de Israel, comoquiera que lo hizo con extraordinario celo contra el pecado, y sin respeto alguno al carácter de Zimrí como príncipe (lo cual fue quizá motivo para que los otros jueces no actuasen con la prontitud de Fineés), Dios se mostró especialmente complacido con él, y *le fue contado por justicia* (Sal. 106:31). En realidad su obra fue un hecho notable por su celo, su heroísmo y su patriotismo (v. 11). Por ello, Dios le confirmó solemnemente, para él y su descendencia, el sumo sacerdocio que ya de suyo le pertenecía. El versículo 9 dice que cayeron de aquella mortandad 24.000, mientras que Pablo dice (1 Co. 10:8) que cayeron 23.000 seguramente porque no incluyó el probable *millar* de los que cayeron a espada (25:5).

Versículos 16–18

Dios había castigado con una plaga a los israelitas por su pecado; como buen Padre, corrigió a sus hijos con vara. En cuanto a los madianitas, el perjuicio que hicieron a Israel incitándole a la fornicación y a la idolatría había de ser recordado y castigado con tanta severidad como lo fue el que le hicieron los amalecitas luchando contra los israelitas cuando éstos acababan de salir de Egipto (Éx. 17:14).

CAPÍTULO 26

Este libro se llama Números, por el recuento de los hijos de Israel, el cual se nos refiere en él. Ya se hizo la cuenta de ellos al pie del monte Sinaí, el primer año después de su salida de Egipto (caps. 1 y 2). Ahora son contados por segunda vez en la llanura de Moab, justamente antes de entrar en Canaán; este recuento queda registrado en el presente capítulo.

Versículos 1–4

Moisés no censó al pueblo, sino cuando Dios se lo mandó. David lo hizo sin el consentimiento de Dios, y lo pagó muy caro. Habían pasado ya casi 40 años desde el censo anterior, y se hacía necesario un nuevo censo, ya que ahora iba a ser distribuida la tierra prometida por tribus y familias, además de que resultaba imprescindible saber el número de hombres de edad militar con los que se podía contar para las próximas campañas. Así pues, Dios mandó a Moisés hacer el censo, ordenando que en esta tarea le hiciese compañía el sumo sacerdote Eleazar, hijo de Aarón, de la misma manera que éste había acompañado antes a su hermano Moisés. Esta era una confirmación de Eleazar, por parte de Dios, como sumo sacerdote. El censo había de hacerse lo mismo que la vez anterior, es decir, contando sólo los hombres de veinte años arriba, hábiles para la guerra.

Versículos 5–51

Este es el registro de las tribus, conforme eran alistadas ahora en el mismo orden en que fueron censadas en el capítulo 1.

I. Fijémonos primero en el registro de las familias de cada tribu; al decir: familias, no se debe entender como lo que hoy llamamos por tal nombre, como un grupo de personas que viven bajo el mismo techo, sino cada una de las ramas de los inmediatos descendientes (de los hijos) de los doce patriarcas de Israel. Así vemos que quedan registradas como familias de las doce tribus excepto la de Leví, ya que los levitas no iban a la guerra, sino que estaban enteramente dedicados al servicio de Dios. De ellos, se hace después recuento aparte. El recuento por familias se hace así: De Dan sólo una, puesto que Dan sólo tuvo un hijo; sin embargo, su tribu era la más numerosa de todas, excepto Judá (vv. 42–43). Zabulón estaba distribuido en tres familias, Efraín en cuatro, como también Isacar, Neftalí y Rubén; Judá, Simeón y Aser tenían cinco familias cada uno, Gad y Benjamín siete cada uno, y Manasés ocho. Benjamín descendió a

Egipto con diez hijos (Gn. 46:21), pero tres de ellos o murieron sin descendencia o se extinguieron después sus familias, ya que aquí encontramos sólo siete.

II. Vemos luego el número de israelitas de cada tribu. En este recuento podemos observar: 1. Que las tres tribus que estaban acampadas bajo la enseña de Judá, que era el antepasado de Jesús, habían aumentado. 2. Que ninguna de las tribus había crecido tanto como la de Manasés, que en el primer censo era una de las menos numerosas, sólo 32.200, mientras que ahora era una de las mayores. 3. Que ninguna de las tribus había menguado tanto como la de Simeón; de 59.300 había bajado a 22.000, poco más de la tercera parte de lo que había sido antes. Hay quienes sugieren que la mayoría de los 24.000 que cayeron por la plaga ocasionada por la iniquidad de Baal-peor, eran de esa tribu; jefe de una familia de esta tribu era Zimrí, el más osado cabecilla de aquella prevaricación.

III. En el censo de la tribu de Rubén se menciona la rebelión de Datán y Abiram, que eran de dicha tribu, y que se conjuraron con Coré, el levita (vv. 9–11).

Versículos 52–56

Si alguien insiste en preguntar por qué se hizo este censo especial del pueblo de Israel, registrando las tribus, las familias y el número de los individuos, aquí está la respuesta; en la medida en que se habían aumentado, se les había de repartir la tierra, no por providencia ordinaria, sino por promesa y estatuto de Dios; y para garantizar el honor de la revelación divina, Dios hará que quede registrado el cumplimiento de la promesa, tanto en lo que concierne al incremento de cada tribu como en lo relativo a la porción asignada en herencia.

Versículos 57–62

Leví era, por decirlo así, la tribu de Dios, una tribu que no había de tener porción alguna asignada en la distribución de la tierra; por eso, no es censada con las demás tribus, sino en censo aparte; así lo había sido ya al comienzo de este libro de Números al pie del monte Sinaí; en virtud de esto, no pesaba sobre ella la sentencia pronunciada contra todos los que entonces fueron censados, de que no entraría en la tierra prometida ninguno de ellos, excepto Josué y Caleb; así vemos que Eleazar e Itamar, y quizás otros que ya tenían entonces más de veinte años (como parece por 4:16, 18), entraron en Canaán, aunque no son exceptuados junto a Josué y Caleb porque ni habían entrado en el censo común, ni habían de ir a la guerra. A pesar de todo, esta tribu había aumentado sólo en 1.000 desde el primer censo, y era todavía en este segundo censo una de las menos numerosas. Es de notar que dos familias de esta tribu: la de los simeítas (3:21) y la de los uzielitas (3:27), son omitidas en el presente censo, posiblemente porque se habían extinguido.

Versículos 63–65

Digna de observar en la conclusión de este censo es la ejecución de la sentencia pronunciada contra los murmuradores (14:29), de que ninguno de los que habían sido contados de veinte años arriba habían de entrar en Canaán (14:29), excepto Caleb y Josué. Efectivamente, en este censo segundo pudo observarse que ninguno de los que entonces se mencionaron por su nombre, fue mencionado ahora, excepto Josué y Caleb (vv. 64–65). De este modo se mostraba: 1. La justicia de Dios, y su total fidelidad a su Palabra, tanto en las promesas como en las amenazas, una vez que el decreto sale de su boca. 2. La bondad de Dios para con su pueblo, a pesar de todas las provocaciones de ellos. Y aunque el número de varones adultos, aptos para la guerra, era ahora un poco inferior al de los censados al pie del Sinaí, los censados ahora tenían, sin embargo la ventaja de que todos ellos eran de mediana edad, entre los veinte y los sesenta años, en lo mejor de su tiempo para el servicio; además, durante los treinta y ocho años de su vagar por el desierto, habían tenido la oportunidad de familiarizarse con las leyes y ordenanzas de Dios.

CAPÍTULO 27

Tenemos, además del caso de las hijas de Zelofehad, la noticia que se le da a Moisés de la inminencia de su muerte y la provisión de un sucesor en la primera magistratura del pueblo.

Versículos 1–11

Se hace ya mención del caso de estas hijas de Zelofehad en el versículo 33 del capítulo anterior. Era un caso singular, tal como no se había dado por este tiempo en Israel, de que un cabeza de familia no tuviese ningún hijo, sino sólo hijas. El caso pasa a ser debatido de nuevo en el capítulo 36 sobre un nuevo aspecto del mismo; de acuerdo con los juicios pronunciados en el caso, vemos después a las hijas de Zelofehad puestas en posesión de la porción correspondiente (Jos. 17:3, 4). Podríamos suponer que el carácter personal de ellas añadió peso a la justicia de su causa.

I. Son ellas mismas las que presentan el caso, y elevan su petición al más alto tribunal de la judicatura. No hallamos que buscasen abogado que defendiese su causa, sino que se las arreglaron para presentar el caso con suficiente habilidad, lo cual no era difícil dado lo justo de su demanda.

1. Qué pedían: Poder tener parte en la tierra de Canaán *entre los hermanos de su padre* (v. 4). Dios había dicho a Moisés (26:53) que la tierra de Canaán había de ser dividida entre los que eran censados ahora; ellas sabían que no estaban censadas y, por consiguiente, no podían esperar herencia en virtud de dicha norma. Si hubiesen tenido algún hermano, no habrían apelado a Moisés para que les diese porción en la herencia. Pero, al no tenerlo, le rogaron que les diese su parte. De esta manera honraban la memoria de su padre, un deber que los hijos tienen para con sus padres, en virtud del quinto mandamiento: *Honra a tu padre y a tu madre.*

2. Qué alegaban: Que su padre no había muerto bajo ningún hecho deshonroso que corrompiese su sangre y le privase del derecho a su hacienda, *sino que murió por sus propios pecados* (v. 3), es decir, como el resto de su generación, sobre la que recayó la sentencia general de que habían de morir en el desierto (14:29), pero no había estado sujeto a proceso especial delante de Moisés y de los príncipes de las tribus.

II. E1 caso fue decidido por Dios mismo. 1. Les fue concedida la petición (v. 7). 2. Se sentó jurisprudencia para casos similares. Estas hijas de Zelofehad tuvieron en cuenta, no sólo sus propios intereses y el prestigio de su familia, sino también el honor y buen nombre de su sexo; así, en esta ocasión, se dio una ley general de que, en caso de que alguien no tuviese hijos varones, su hacienda pasase a sus hijas (v. 8); no a la mayor, como es el caso de los primogénitos, sino a todas ellas solidariamente. Además, esta ley se complementó de la siguiente manera: Si alguien no tenía hijos ni hijas, la hacienda pasaría a sus hermanos; si no tenía hermanos, a los hermanos de su padre; y si tampoco los había, al pariente más próximo (vv. 9–11).

Versículos 12–14

1. Dios le recuerda a Moisés su pecado, cuando habló indebidamente en lo de las aguas de rencilla, cuando no expresó de la forma en que debía, su consideración hacia el honor de Dios y de Israel (v. 14). 2. También le hace saber su muerte próxima. Se lo dice de la manera más conveniente para endulzar y suavizar la sentencia, y hacérsela más llevadera. (A) Moisés va a morir, pero tendrá la satisfacción de ver antes la tierra prometida (v. 12). (B) Moisés va a morir, pero la muerte no le va a *cortar* del pueblo, sino que lo va a *reunir al pueblo* (v. 13), es decir, lo va a introducir al reposo en que se hallan los patriarcas que murieron antes que él. (C) Moisés va a morir, pero de la misma manera que su hermano Aarón murió antes que él (v. 13). Moisés había visto cuán fácil y gozosamente se había despojado su hermano, primero del sacerdocio y después de su cuerpo; por tanto, Moisés no tenía por qué temer la muerte, ya que iba a ser agregado a la compañía de los santos, como lo había sido ya su hermano Aarón. Comoquiera que Aarón murió por expresa declaración de Dios (20:23–24), «por boca de Dios», dicen los rabinos que tanto Aarón como Moisés murieron «por un beso de Dios».

Versículos 15–23

I. Moisés ruega aquí a Dios que nombre un sucesor. A los envidiosos no les gusta hablar de sucesores, pero Moisés no era envidioso. Todos debemos preocuparnos, en nuestras oraciones y con nuestro esfuerzo, por las nuevas generaciones, para que el testimonio del Evangelio siga floreciente. En su oración, Moisés expresó: 1. Una tierna y abnegada preocupación por el pueblo de Israel: *Para que la congregación de Jehová no sea como ovejas sin pastor* (v. 17). 2. Una absoluta y confiada dependencia de Dios, como *Dios de los espíritus de toda carne* (v. 16). Es la misma frase que, en otra ocasión, habían pronunciado Moisés y Aarón (16:22). Su sentido—según Ibn Ezra—es el siguiente: «El Dios que conoce bien los distintos espíritus de los hombres, conoce que clase de espíritu se requiere en el hombre que ha de ocupar el lugar de Moisés». Nótese que Moisés no pide a Dios que envíe un ángel, sino *un varón sobre la congregación,* es decir, que lo nombre y lo capacite para ser el jefe y guía de su pueblo Israel.

II. En respuesta a esta oración, Dios nombra un sucesor en la persona de Josué, quien hacía tiempo que se había señalado por su bravura en la lucha contra Amalec por su humildad en el servicio de Moisés, y por su fe y sinceridad en testificar contra el informe de los malos espías.

1. Dios instruye a Moisés sobre el modo de instituir a Josué como su sucesor. (A) *Pondrás tu mano sobre él* (v. 18), lo cual siempre es símbolo de transferencia. Significaba, pues, que Moisés le transfería el gobierno, así como el poner las manos sobre la víctima del sacrificio denotaba que la ofrenda era un sustitutivo de la persona del oferente. También respondía Dios a la oración de Moisés, en que le invocaba como *Dios de los espíritus,* dándole un sucesor *en el cual hay espíritu* (v. 18), espíritu de sabiduría, de capacidad, de piedad y de bravura (v. 2 Ti. 1:7). Se dice en Deuteronomio 34:9 que *Josué hijo de Nun fue lleno del espíritu de sabiduría, porque Moisés había puesto sus manos sobre él.* Este rito de imponer las manos lo hallamos en el Nuevo Testamento usado para *apartar* ministros del Evangelio (Hch. 13:2–3), y denotaba una identificación por parte de la iglesia local y una designación solemne de dichos ministros para el oficio que se les encomienda, con el deseo ferviente de que Dios los capacite y bendiga la obra como suya. La misma identificación se expresa en Hechos 8:17 donde la imposición de manos de Pedro y Juan sobre los samaritanos evangelizados y bautizados por Felipe no significaba un «segundo» bautismo del Espíritu Santo, sino una garantía de identificación con quienes habían recibido el Espíritu Santo, con acompañamiento de fenómenos extraordinarios, el día de Pentecostés. (B) Y *lo pondrás delante del sacerdote Eleazar, y delante de toda la congregación* (v. 19). Tiene que presentarlo así, para que todos sepan que Dios mismo le ha designado y le ha encargado una comisión tan importante. (C) *Le darás el cargo en presencia de ellos* (v. 19), *y pondrás de tu dignidad sobre él* (v. 20). Moisés había de conferir públicamente a Josué honor y dignidad, para que, al ver el pueblo cuánto le honraba Moisés, se sintiesen más obligados a honrarle también ellos y obedecerle. El hebreo dice: *Pon algo de tu majestad sobre él,* ya que ningún hombre era digno de recibir *toda* la majestad de Moisés. La superioridad de Moisés sobre Josué es evidente por el versículo 21, pues Josué ha de consultar a Dios por medio de Eleazar. Moisés, sin embargo, hablaba con Dios *«cara a cara».* (D) Había de tener Josué a Eleazar el sumo sacerdote por consejero privado de parte de Dios, con su pectoral del juicio (v. 21, comp. con Éx. 28:30). Esto serviría a Josué de dirección segura. Aunque estaba lleno del Espíritu y tenía sobre sí tan gran honor, no podía hacer nada sin pedir consejo a Dios, ya que en situaciones nuevas no podía apoyarse en su propio discernimiento. De esta forma, el gobierno de Israel era enteramente teocrático, pues tanto la designación de sus jefes como las instrucciones y órdenes para el pueblo provenían directa y enteramente de Dios.

2. Moisés actúa de acuerdo con estas instrucciones (vv. 22–23). Él instituye a Josué por sucesor: (A) Aunque en aquel momento parecía como una dimisión por su parte y una mengua de su personalidad. (B) Aunque, a primera vista, pudiese parecer que menospreciaba a su propia familia, al consagrar primeramente a Eleazar como sumo sacerdote e instituir ahora a Josué—que era de otra tribu—como su sucesor en la primera magistratura de Israel, mientras que sus propios hijos quedaban sin promoción alguna, sino que permanecían en el rango común de los levitas, sin embargo esto mismo constituía un ejemplo tal de abnegación y de sumisión a la voluntad de Dios, que con ello quedaba acrecentada su gloria mucho más que hubiera podido serlo con la más elevada promoción de su familia.

CAPÍTULO 28

Ahora que el pueblo había sido censado, se habían dado instrucciones para el reparto de la tierra y se había nombrado un nuevo general en jefe de las fuerzas de Israel, podría esperarse que el próximo paso fuese el comienzo de la campaña. Sin embargo, el presente capítulo contiene las ordenanzas del culto, para garantizar, ahora que estaban a punto de entrar en Canaán que llevarían consigo sus prácticas religiosas, sin que las inminentes campañas bélicas les hiciesen olvidar lo que debía ocupar en la vida del pueblo el lugar preeminente.

Versículos 1–8

I. Instrucción general concerniente a las ofrendas al Señor las cuales habían de ser presentadas a sus debidos tiempos (v. 2). Dios creyó conveniente repetir aquí la ley de los sacrificios: 1. Porque había surgido una nueva generación de israelitas, la mayoría de los cuales no habían nacido cuando se dieron las primeras leyes. 2. Porque ahora iban a entrar en guerra, y podían sentirse inclinados a pensar que mientras estuviesen comprometidos en el uso de las armas, estaban exentos de la obligación de ofrecer sacrificios. Dice el proverbio latino: *Inter arma silent leges:* Cuando chocan las armas, callan las leyes. Sin embargo, ellos debían procurar de una manera especial guardar su paz para con Dios cuando se hallaban en guerra con sus enemigos. 3. Porque ahora iban a entrar en posesión de la tierra prometida, aquella tierra que fluía leche y miel, en la que tendrían abundancia de todo. Por eso viene a decirles Dios: «Ahora que vais a tener banquete, no os olvidéis del pan de vuestro Dios».

II. La ley especial sobre el sacrificio cotidiano: un cordero por la mañana, y otro a la caída de la tarde, lo cual, por la continuidad diaria con que esta ley había de observarse, es llamado *el holocausto continuo* (v. 3); esto nos insinúa que, cuando se nos exhorta a *orar siempre y* a *orar sin cesar* (1 Ts. 5:17), la intención es que conservemos y ejercitemos continuamente un espíritu de oración—comunión espiritual con el Señor—, que se exprese, al menos, en plegarias de cada mañana y de cada atardecer.

Versículos 9–15

Los sábados y los novilunios son mencionados con frecuencia juntos, como grandes solemnidades del pueblo de Israel. Aquí se nos dice cuáles eran los sacrificios designados para dichas solemnidades. 1. Cada sábado la ofrenda había de ser doble que para cualquier otro día. 2. En cuanto a los novilunios algunos sugieren que, así como el sábado era observado con referencia a la creación del mundo, así también los novilunios eran santificados por cierta referencia a la providencia divina que *hizo la luna para los tiempos* (Sal. 104:19), es decir, para regular los tiempos sagrados y festivos (hebreo *mo'adim*), mientras que los tiempos naturales, ordinarios corren a cargo del sol, que con su ocaso cierra el día natural.

Versículos 16–31

Se señalan a continuación los sacrificios de la Pascua; no el principal, que era el del cordero pascual (concernientes al cual se habían dado ya antes suficientes instrucciones), sino de los que habían de ofrecerse en los siguientes siete días de los panes sin levadura (vv. 17–25) Los días primero y último de estos siete habían de santificarse como *sábados* por medio de reposo santo y de santa convocación, y en cada uno de los siete días habían de ser generosos en sus sacrificios, en señal de grande y constante gratitud por haber sido liberados de Egipto. Se señalan también los sacrificios que habían de ofrecerse en la fiesta de Pentecostés, llamada aquí *el día de las primicias* (v. 26). Durante la fiesta de los panes sin levadura, ofrecían una gavilla de sus primicias de cebada (cereal que era el primero en madurar), presentándola al sacerdote (Lv. 23:10), como una especie de introducción a la cosecha; pero ahora, siete semanas después, al final de la cosecha de cereal, habían de traer una *ofrenda nueva* de presente (Lv. 23:16) al Señor. Fue precisamente en esta fiesta cuando se derramó el Espíritu Santo sobre los discípulos

(Hch. 2:1 y ss.) y millares de personas fueron convertidas por la predicación de los Apóstoles y así presentadas a Cristo como una ofrenda de primicias de sus criaturas.

CAPÍTULO 29

Este capítulo determina las ofrendas encendidas al Señor en las tres grandes solemnidades del séptimo mes: la fiesta de las Trompetas, el Día de la Expiación, y la fiesta de los Tabernáculos.

Versículos 1–11

Había en el mes séptimo más solemnidades que en cualquier otro mes del año no sólo porque había sido el primer mes del año hasta el tiempo en que Israel fue liberado de Egipto, sino porque aún continuaba siendo el primer mes en el registro civil de los jubileos y años de libertad, y también porque era el tiempo de vacaciones entre la cosecha y la siembra, cuando tenían mayores oportunidades de asistir a los servicios del santuario. 1. Tenemos aquí señalados los sacrificios que habían de ofrecerse el primer día del mes, el día del toque de trompetas, que era la preparación para las dos grandes solemnidades siguientes: la de santa lamentación en el Día de la Expiación, y la de santo gozo en la fiesta de los Tabernáculos. 2. En el Día mismo de la Expiación, además de los servicios Pertinentes, mencionados en Levítico 16, tenemos aquí la orden de ofrecer holocaustos (vv. 8–10).

Versículos 12–40

Poco después del Día de la Expiación, en el que los israelitas debían *afligir sus almas,* venía la fiesta de los Tabernáculos, en la que habían de regocijarse delante de Jehová; porque *los que siembran con lágrimas, segarán con regocijo* (Sal. 126:5). A las leyes anteriores sobre esta fiesta, que vemos en Levítico 23:34 y siguientes, se añaden aquí instrucciones sobre las *ofrendas encendidas,* que habían de ofrecerse al Señor durante los siete días de dicha, fiesta (Lv. 23:36). Obsérvese aquí: 1. Que los días de gozo habían de ser días de sacrificios. 2. Debían ofrecer sacrificios todos los días que habitasen en tiendas. 3. Se señalan con todo detalle los sacrificios para cada uno de los siete días por separado, aunque la única diferencia estaba en el número de becerros. 4. E1 número de los becerros (que era la parte más costosa del sacrificio) disminuía cada día. La multitud de los sacrificios de Israel había de terminar en un gran sacrificio, de mérito infinitamente mayor que todos ellos juntos. Fue en el último día de esta fiesta después que habían sido ofrecidos todos estos sacrificios, cuando nuestro Señor Jesucristo se puso en pie para dirigirse a voz en grito a cuantos todavía tenían sed de justicia (y eran conscientes de la insuficiencia de estos sacrificios para alcanzarles la justificación) para que *fuesen a Él y bebiesen* (Jn. 7:37). 5. Todos los sacrificios iban acompañados de ofrendas y libaciones. 6. Cada día había de ofrecerse un sacrificio de expiación, como hemos visto en las demás fiestas. 7. Aun cuando todos estos sacrificios eran ofrecidos, no por eso había de omitirse el holocausto continuo, ni por la mañana ni por la tarde, sino que cada día había de ser ofrecido antes que ningún otro por la mañana, y después de todos ellos por la tarde. Esto nos muestra que los servicios extraordinarios no deben desplazar a nuestras devociones ordinarias. 8. Aunque se requería que todos estos sacrificios fuesen presentados corporativamente por la congregación, a expensas del pueblo, las personas particulares debían glorificar a Dios, además, con sus votos y ofrendas voluntarias (v. 39).

CAPÍTULO 30

En este capítulo tenemos una ley concerniente a los votos que han sido mencionados al final del capítulo anterior.

Versículos 1–2

Esta ley fue declarada a los jefes de las tribus, para que ellos, a su vez, instruyeran en ella a cuantos estaban a su cargo.

1. El caso que aquí se trata es el de una persona que hace voto al Señor, comprometiéndose a hacer algo permitido o, como suele decirse, mejor que lo contrario, pues nadie puede comprometerse lícitamente a hacer algo que Dios ha prohibido, a no ser que Dios mismo se lo mande. El que hace tal voto se dice aquí que *liga su alma con obligación* (v. 3). Es un voto a Dios, que es Espíritu, y a Él debe ligarse el espíritu con todas sus facultades y todos sus poderes. La promesa hecha a un hombre es una obligación sobre la hacienda, pero la promesa hecha a Dios es una obligación sobre el alma. Aquí cuadra bien lo del clásico:

«Al rey la hacienda y la vida se ha de dar, mas el honor es patrimonio del alma y el alma sólo es de Dios.»

2. El precepto que se da en relación con estos votos es que se cumplan concienzudamente.

Versículos 3–16

Se da por supuesto que todas esas personas que hacen tales votos son *sui juris,* gozan de plenos derechos civiles y están en pleno uso de sus facultades, como condiciones indispensables para que tengan validez los votos que emitan sobre cosas legítimas y posibles; pero, si la persona que emite un voto está bajo el dominio legal y la disposición de otra persona, el caso es diferente. Tres son los casos que pueden presentarse, relativos a mujeres bajo autoridad: 1. de mujeres solteras; 2. de mujeres casadas; 3. de viudas y divorciadas.

I. En el caso de una soltera que se encuentra en casa de su padre, su voto queda en suspenso mientras su padre no lo sepa; como es natural, se supone que lo sabrá por decírselo ella. En el momento que su padre se entera, está en su poder de el ratificarlo o anularlo. La ley favorece al voto, en cuanto que, si el padre no dice nada en contra, el silencio es suficiente para ratificar el voto (v. 5), pues, según el adagio latino, *qui tacet, consentire videtur,* el que calla, otorga. Pero si el padre se opone, el voto es nulo, porque es posible que el tal voto sea perjudicial para los intereses de la familia. Ella ya mostró su buena voluntad al hacer el voto y, si sus intenciones eran sinceras, su persona misma será acepta al Señor, y el obedecer a su padre le será contado por cosa mejor que el sacrificio.

II. El caso de una mujer casada es muy parecido. El mismo poder del padre respecto a la soltera, lo tiene también el marido respecto a su mujer, con los mismos condicionamientos establecidos en el caso anterior.

III. En el caso de una viuda o divorciada, la mujer no tiene padre ni marido que ejerza dominio sobre ella y, por consiguiente, *todo voto con que ligue su alma, será firme* (v. 10).

Para el varón no hay excepción, sino que vale siempre la regla general: *Hará conforme a todo lo que salió de su boca* (v. 3).

CAPÍTULO 31

Este capítulo pertenece al «libro de las guerras de Jehová», en el que es probable que estuviese inserto. Es la historia de una guerra santa, la guerra con Madián.

Versículos 1–6

I. El Dios de los ejércitos, o *Jehová de las huestes,* da a Moisés orden de hacer la guerra a los madianitas, quienes eran descendientes de Abraham por Cetura (Gn. 25:2). Algunos de ellos se habían asentado al sur de Canaán entre los cuales vivía Jetró el suegro de Moisés, y éstos habían retenido el culto

del Dios verdadero; pero estos otros estaban situados al este de Canaán y habían caído en la idolatría; eran vecinos de los moabitas, con quienes estaban confederados. Se habían hecho odiosos a Israel, por haber enviado a sus malas mujeres para que incitasen a los israelitas a la fornicación y a la idolatría. Esto fue una provocación que se merecía una respuesta armada. Por esta causa Dios ordenó a Moisés: *Haz la venganza de los hijos de Israel contra los madianitas* (v. 2). 1. Dios quiso que los madianitas fuesen castigados severamente. La contienda de Israel con los amalecitas, que habían luchado contra ellos, no fue ultimada hasta mucho tiempo después, pero la contienda con los madianitas, que los habían corrompido moralmente, fue ultimada con toda rapidez, ya que se consideraba que eran enemigos mucho más peligrosos y malvados. 2. Dios quiso que esta campaña se llevase a cabo en vida de Moisés, y por orden suya, para que quien tan hondamente había sufrido la injuria, pudiese tener la satisfacción de ver la venganza.

II. Moisés da órdenes al pueblo a fin de que se prepare para esta campaña (v. 3).

III. En conformidad con dichas órdenes, se recluta un destacamento de 12.000 hombres, 1.000 por cada tribu, un número muy pequeño en comparación con el que podían haber enviado. Pero Dios quería enseñarles que *no es difícil para Jehová salvar con muchos o con pocos* (1 S. 14:6).

IV. Fineés, el hijo de Eleazar, es enviado con ellos. Al tratarse de una guerra santa, su jefe natural era el hijo mayor y representante del sumo sacerdote. Llevó consigo *los vasos del santuario* (v. 6), y es probable que llevase también el pectoral del juicio, para consultar a Dios en caso de emergencia. Ya vemos en 1 Samuel 4:3 y siguientes que el Arca y lo contenido en ella acompañaba frecuentemente a los israelitas en sus expediciones militares. *Con las trompetas en su mano* no significa, en realidad, que las llevase en la mano, sino que estaban cerca y a su disposición.

Versículos 7–12

I. La invasión que este pequeño ejército de Israel hizo en el país de Madián. Es muy probable que publicasen primeramente una especie de manifiesto mostrando los motivos de esta guerra y requiriendo que les fuesen entregados los cabecillas del ardid que habían empleado antes para perjudicar a los israelitas, para hacer en ellos la justicia adecuada; ésta fue posteriormente la *ley* (Dt. 20:10), y también la *práctica* (Jue. 20:12, 13). Cabe, sin embargo, la posibilidad de que, en esta ocasión, no hiciesen ninguna advertencia previa, pues el texto sagrado no menciona ninguna. La actuación anterior de los madianitas había sido especialmente grave, y ello demandaba medidas de venganza especialmente severas. Conviene hacer tres advertencias necesarias para entender este caso, así como muchos otros que recurren en la Biblia: 1. Los madianitas afectados fueron sólo los pertenecientes a los clanes que vivían en la vecindad de Moab; así se explica la pervivencia de madianitas en posteriores períodos de la historia de Israel. 2. La guerra era «venganza de Dios», guerra santa, puesto que la causa de Israel era la causa de Dios ya que había sido también el honor de Dios el injuriado juntamente con la injuria hecha al honor de Israel. 3. No siempre es achacable a Dios la forma cruel de actuar de los individuos; tal fue, en muchas ocasiones, el defecto de David, de Salomón, etc. y aun de Elías, hombre violento, a quien el Señor mismo hubo de enseñar a ser manso (1 R. 19:11–12).

II. La ejecución militar, sumarísima, que llevaron a cabo en esta campaña: 1. *Mataron a todo varón* (v. 7), es decir, a todos cuantos hallaron a su paso. 2. *Mataron también a los reyes de Madián* (v. 8), seguramente a los principales jefes o *ancianos* mencionados en 22:4, y llamados también *príncipes de Sehón* en Jos. 13:21. Entre ellos, cinco son citados por sus nombres, y uno de ellos es Zur, el mismo de quien era hija Cozbí (25:15). 3. *También a Balaam hijo de Beor mataron a espada* (v. 8). Fuese cual fuese la razón por la que Balaam se hallaba allí, lo cierto es que así lo dispuso la providencia divina, para que le alcanzase justa venganza. 4. Se llevaron cautivos a mujeres y niños (v. 9). 5. *Incendiaron todas sus ciudades y viviendas* (v. 10). 6. Saquearon el país, y se trajeron un valioso botín, tanto en personas como en animales y bienes de toda clase, y regresaron al campamento de Israel bien cargados de despojos (vv. 9, 11, 12).

Versículos 13–24

Regreso triunfal de la expedición:

I. Vemos que son recibidos con grandes honores (v. 13).

II. Por contraste, son severamente reprendidos por haber conservado con vida a las mujeres. Siendo aquella campaña una justa venganza por el crimen de Madián, en el que las mujeres eran las más culpables, por haber inducido a los israelitas a fornicar y a rendir culto a Baal en Peor, es evidente que ellas eran las menos indicadas para ser conservadas con vida; tanto menos cuanto que la supervivencia de ellas era un continuo peligro para ellos, como sabiamente advierte Moisés (vv. 15–16), como si dijera: De cautivas han de pasar a ser de nuevo vuestras conquistadoras y destructoras.

III. Los expedicionarios fueron obligados a purificarse conforme al ceremonial de la Ley, quedaron fuera del campamento durante siete días, hasta que se cumpliera el plazo de su purificación. Así quería Dios conservar en las mentes de ellos el horror y la detestación del homicidio.

IV. También debían purificar el botín que habían tomado, los cautivos (v. 19) y todos los demás bienes (vv. 21–23). Lo que resistía al fuego, había de ser pasado por fuego; y lo que no, había de ser lavado con agua.

Versículos 25–47

Distribución del botín tomado en la expedición contra Madián.

I. Se manda dividirlo en dos partes; una para los 12.000 hombres que llevaron a cabo la campaña; la otra, para la congregación. Parece ser que la parte del botín que fue distribuida se refería solamente a los cautivos y al ganado. En cuanto a los metales preciosos y joyas, cada uno guardó para sí el botín que había tomado, según se insinúa en el texto (vv. 50–53). Sólo se distribuyó lo que había de ser útil para abastecer la buena tierra en que se disponían a entrar.

II. Dios había de tener su tributo de todo ello, como reconocimiento de su soberanía en general, y por ser su Rey, a quien es debido el tributo.

Versículos 48–54

Gran ejemplo de piedad y devoción por parte de los jefes del ejército. Vinieron a Moisés como a su comandante en jefe y se dirigieron a él con toda humildad y respeto, llamándose sus *siervos* (v. 49). 1. Le dieron cuenta de la admirable bondad de Dios hacia ellos en la expedición, al preservar no sólo sus vidas, sino también las de todos los hombres que se hallaban a su cargo, de forma que, hecho el debido recuento, *ninguno faltaba* (v. 49). 2. Tuvieron como misericordia hecha en ellos mismos el que ninguno de los hombres a su cargo se echase en falta. En lugar de venir a Moisés para demandar recompensa por el buen servicio que habían prestado *haciendo la venganza de Jehová en Madián* (v. 3), o que se eligiesen trofeos de la victoria para inmortalizar sus nombres, traen ofrenda para hacer expiación por sus almas delante de Jehová (v. 50).

CAPÍTULO 32

En este capítulo tenemos la humilde petición de las tribus de Rubén y de Gad para que se les concediese posesión en el lado del Jordán en que estaba ahora acampado Israel. Moisés interpreta mal esta petición, pero una vez que ellos explican llanamente sus intenciones, se les otorga, bajo las estipulaciones y limitaciones propuestas por ellos mismos.

Versículos 1–15

Las tiendas de Israel estaban ahora instaladas en la llanura de Moab. Mientras disfrutaban de un pequeño reposo, se llevó a cabo la adjudicación de los terrenos conquistados hasta ahora; no se hizo esto por orden o disposición divina, sino a petición de dos de las tribus, consintiendo Moisés en ello.

I. Petición de los hijos de Rubén y de Gad, de que el territorio que habían ocupado recientemente y que, por derecho de conquista, pertenecía en común a todo el pueblo de Israel, se les asignase a ellos por heredad. Dos cosas que son del mundo indujeron a estas tribus a elegir esta tierra y a elevar su petición para poseerla: *la codicia de los ojos y la soberbia de la vida* (1 Jn. 2:16). 1. *La codicia de los ojos.* Este territorio que ellos codiciaban, no sólo era hermoso por su situación y agradable a la vista, sino también de excelentes pastos para el ganado, del cual ellos poseían gran abundancia, más que las demás tribus. Por eso, deseaban un espacio proporcional al número de sus ganados y rebaños. 2. Quizás había también un poco de *orgullo* en ello. Rubén era el primogénito de Jacob, pero había perdido el derecho de primogenitura. Ahora se aferra a la primera porción aunque estaba situada fuera de los límites de Canaán y lejos del tabernáculo. Por su parte, la tribu de Gad descendía del primogénito de Zilpa (Gn. 30:11); por eso, se unían a los rubenitas en su petición. Finalmente, Manasés también era primogénito de José, pero sabía que, al pasar la bendición de primogénito a su hermano Efraín, quedaba eclipsado por éste y, por consiguiente, también codiciaba parte de este territorio, para tener cierta precedencia.

II. A Moisés le disgustó esta petición, y les dirigió un severo reproche, como fiel príncipe y profeta del pueblo de Dios.

1. Hay que confesar que, a primera vista, la petición parecía mala y pecaminosa, especialmente en su última frase: *Y no nos hagas pasar el Jordán* (v. 5), pues parecía proceder de un principio culpable: algo así como cierto menosprecio de la tierra prometida. También parecía comportar demasiado interés por las cosas materiales, ya que ponían tanto énfasis en que era una tierra muy conveniente para sus ganados. Incluso parecía indicar despreocupación por sus hermanos, como si no les importara mucho lo que fuese a suceder al resto de las tribus, con tal que ellos obtuviesen lo que deseaban.

2. Como consecuencia de estas consideraciones que, a primera vista, eran obvias, Moisés se acaloró mucho contra ellos. (A) Les hizo ver el mal que entrañaba tal petición, pues tendía a desanimar el corazón de sus hermanos (vv. 6–7). (B) Les recordó las fatales consecuencias de la falta de fe y de ánimo de sus padres, cuando estaban a punto de entrar en Canaán, como estaban ellos ahora y les contó la historia con todo detalle (vv. 8–13). (C) Les advirtió noblemente del perjuicio que se seguiría de esta separación que ellos pretendían hacer del campamento de Israel, ya que comportaba el peligro de atraer sobre toda la congregación la ira de Dios, pues si ellos se quedaban atrás, Dios volvería otra vez a dejarlos en el desierto (vv. 14–15).

Versículos 16–27

Acuerdo al que finalmente llegó Moisés con las dos tribus acerca de la petición que le habían hecho de quedarse en el lado del Jordán en que se hallaban entonces. Tras las palabras de Moisés, el texto insinúa que tuvieron alguna deliberación y fueron de nuevo a Moisés con la siguiente propuesta: Todos los hombres de guerra de las dos tribus pasarían el Jordán con sus hermanos para ayudarles en la conquista de Canaán, y dejarían a sus familias y ganados en el lugar en que ahora estaban; de esta manera podrían conseguir lo que pedían, sin causar perjuicio a nadie.

I. La propuesta era noble y generosa y, lejos de descorazonar a sus hermanos de las otras tribus, serviría para animarles. 1. Los hombres de guerra irían armados *marchando con diligencia delante de los hijos de Israel* a la tierra de Canaán (v. 17). 2. Dejarían atrás a sus familias y ganados (ya que si los pasaban con ellos, no servirían sino de estorbo en el campamento), y así estarían en condiciones de servir mejor a sus hermanos (v. 16). 3. Que no regresarían a sus posesiones hasta que se completase la conquista de Canaán (v. 18). 4. Que no ambicionaban ninguna participación en la heredad de la tierra que quedaba todavía por conquistar (v. 19).

II. Con estas explicaciones, Moisés no tuvo ningún inconveniente en concederles lo que pedían, bajo condición de que habían de cumplir su palabra. 1. Les insiste mucho en el cumplimiento de la promesa

que habían hecho de que no abandonarían las armas hasta que sus hermanos hubiesen dejado las suyas. Ellos habían prometido que *irían con diligencia delante de los hijos de Israel* (v. 17), pero Moisés les corrige diciendo: *Si os disponéis para ir delante de Jehová a la guerra, y todos vosotros pasáis armados el Jordán delante de Jehová* (vv. 20–21). Como si dijese: «De Dios es la causa, más bien que de vuestros hermanos». Además de que, yendo en vanguardia, irían ellos delante del Arca, sobre la cual se manifestaba de una manera especial la presencia de Dios en medio de ellos. 2. Con esta condición, les concede aquella tierra en posesión. Pero: 3. Les advierte del peligro en que se verían envueltos si quebrantaban su promesa: *Si así no lo hacéis, mirad que habréis pecado ante Jehová,* no sólo ante Israel, y *sabed que vuestro pecado os alcanzará* (v. 23). El pecado alcanza al pecador tarde o temprano; por consiguiente, nos conviene mucho hallar nuestros pecados, para arrepentirnos de ellos y abandonarlos, antes de que ellos nos *hallen* (como dice el hebreo) para nuestra ruina y confusión. 4. En cambio, si cumplen su palabra, *serán libres de culpa para con Jehová, y para con Israel* (v. 22). Esta frase llegó a formar un proverbio entre los rabinos: «El hombre debe ser irreprochable, no sólo delante de Dios, sino también delante de sus semejantes». No es suficiente tener pura la propia conciencia; es preciso que la conducta exterior quede al abrigo de toda justa sospecha. Ya decían los antiguos romanos: La mujer del César, no sólo ha de ser honesta, sino que ha de parecerlo. Por eso, estampó Virgilio en su *Eneida,* refiriéndose a Juno, aquella frase inimitable: *Incessu patuit dea:* Con sólo su andar, mostró claramente que era una diosa.

III. Como un solo hombre, ellos dieron su consentimiento a las condiciones bajo las cuales se les concedía lo que deseaban y se ligaron, como si fuese con voto solemne, a cumplir fielmente lo que habían prometido: *Tus siervos harán como mi señor ha mandado.*

Versículos 28–42

1. Moisés determina este asunto con Eleazar el sumo sacerdote, y Josué, que iba a ser su sucesor, sabiendo que él no viviría para verlo terminado (vv. 28–30). Les concede la heredad bajo condición, y dejar a cargo de Josué el declarar firme la posesión, una vez que la condición se hubiese cumplido. Tras esto, ellos repiten su promesa de ayudar a sus hermanos en la conquista de Canaán (vv. 31–32). Así pues, Moisés les concede *la tierra* que deseaban, *con sus ciudades y territorios* (v. 33). Aquí se hace mención por primera vez de la porción que, con las tribus de Rubén y de Gad, iba a tener la mitad de la tribu de Manasés en este lado del Jordán. En cuanto a la instalación de estas tribus, obsérvese: (A) Que *edificaron* ciudades, es decir, las restauraron. (B) También cambiaron los nombres de algunas (v. 39). Nebó y Baal eran nombres de dioses falsos, de los que había en la Ley prohibición de mencionarlos (Éx. 23:13); así, a cambiar los nombres de esas ciudades, los israelitas se esforzaron por sepultar en el olvido los nombres de sus dioses.

CAPÍTULO 33

En este capítulo hallamos el registro detallado de todos los traslados y campamentos de los hijos de Israel, desde su salida de Egipto hasta su entrada en la tierra prometida. Termina el capítulo con la seria advertencia que Dios hace a los israelitas por medio de Moisés para que al tomar posesión de Canaán, echen de allí sin falta a los moradores del país.

Versículos 1–49

Este es un breve recuento de las jornadas de los hijos de Israel a través del desierto.

I. Moisés registró todas estas salidas por mandato de Dios (v. 2). Es de gran utilidad para los cristianos en general, y especialmente para los que desempeñan ministerios específicos, conservar por escrito un registro de las providencias de Dios con respecto a ellos, la serie constante de misericordias que han experimentado, particularmente las vicisitudes que han prestado un relieve más saliente a ciertos días

de su vida. Nuestra memoria es frágil y necesita de estas ayudas *para que nos acordemos de todo el camino por donde nos ha traído Dios en el desierto* (Dt. 8:2).

II. El registro de salidas y campamentos comienza por la salida de Egipto, continúa en la marcha a través del desierto y termina en la llanura de Moab, donde estaban acampados ahora.

1. Se mencionan aquí algunos detalles especiales concernientes a la salida de Egipto, y que se han repetido una y otra vez en cada oportunidad, como una obra asombrosa que nunca se debía olvidar: *Salieron con sus ejércitos* (v. 1), de forma perfectamente organizada. *No salieron a la desbandada ni huyendo* (Is. 52:12), sino dando la cara al enemigo, para el que resultaban una carga tan pesada, gracias a la intervención poderosa de Jehová, que los egipcios no pudieron, ni quisieron, ni osaron oponerse a su partida.

2. Respecto a sus jornadas en dirección a Canaán: (A) Que estaban continuamente de traslado. Tal es también nuestra situación en este mundo, ya que *no tenemos aquí ciudad permanente* (He. 13:14). (B) Pasaron la mayor parte del viaje en un desierto deshabitado, sin pista fija y desprovisto incluso de lo más necesario para la vida, en lo que se echa de ver la sublime grandeza de la sabiduría y del poder de Dios, por cuya munificencia admirable aquellos cientos de miles de israelitas, no sólo sobrevivieron durante cuarenta años en tan desolado lugar, sino que salieron de él tan numerosos y vigorosos, por lo menos, como habían entrado. Al comienzo de sus jornadas *acamparon en el confín del desierto* (v. 6), pero después llegaron hasta el corazón del desierto; de esta manera, a través de dificultades pequeñas, Dios va preparando a los suyos para dificultades mayores. (C) Estuvieron vagando de una parte a otra, hacia adelante y hacia atrás, como en un laberinto y, sin embargo, todo el tiempo marchaban bajo la dirección de la columna de nube y de fuego. El camino que Dios emplea para llevar a los suyos hacia Sí, es siempre el mejor, aunque no siempre nos parezca que es el camino más corto. Muchas veces, como dice el refrán, «Dios escribe derecho con líneas torcidas».

Versículos 50–56

Mientras los hijos de Israel caminaron por el desierto, su total separación de otros pueblos les preservó de cualquier tentación de idolatría. Pero ahora que estaban a punto de pasar el Jordán, de nuevo se acercaban a esa tentación; por este motivo: 1. Dios da a Moisés órdenes estrictas para que los israelitas destruyan todo resto de idolatría que encuentren en el país. 2. Dios les asegura que, si así lo hacen, les pondrá progresivamente en plena posesión de la tierra prometida (vv. 53–54). 3. Si por el contrario, no echan a los ídolos o a los idólatras, les advierte que se van a herir con las mismas espinas que acaricien y que, en su mismo pecado van a encontrar el castigo. Si no echamos fuera el pecado, el pecado nos echará fuera de nosotros mismos (v. Lc. 15:17: *«volviendo en sí»;* luego estaba *fuera de sí*); *si* nuestra alma no acaba con nuestros malos deseos, nuestros malos deseos acabarán con nuestra alma (1 P. 2:11).

CAPÍTULO 34

Este capítulo trata de las fronteras de Israel en Canaán, y de los varones que Dios constituyó por repartidores de la tierra entre las tribus de Israel.

Versículos 1–15

Esbozo de la línea por la que fue medida y delimitada, por todos sus lados, la tierra de Canaán. Se les había prometido mayor extensión de territorio, que a su debido tiempo habrían entrado a poseer si hubiesen sido obedientes, hasta llegar incluso al el río Éufrates (Dt. 11:24). Por cierto, hasta allí se extendió el dominio de Israel en tiempos de David y de Salomón (2 Cr. 9:26). Pero el territorio que aquí se describe se refiere sólo a Canaán, que era la heredad adjudicada a las nueve tribus y media, porque las otras dos y media estaban ya establecidas (vv. 14–15). En cuanto a los límites de Canaán:

I. Que estaba limitado por ciertas fronteras: 1. Para que supieran a quiénes tenían que desposeer del terreno, y hasta dónde se extendía la comisión que se les había dado (33:53) de *echar a los moradores de la tierra.* 2. Para que supieran cuál era la posesión que les correspondía.

II. Que la superficie del territorio era relativamente muy pequeña; de acuerdo con el cómputo registrado en este capítulo, vendría a tener unos 250 km. de largo por unos 80 de ancho, es decir, unos 20.000 km^2, que es aproximadamente la extensión del Estado de Israel, anterior a la guerra de 1967 (¡menor que la provincia española de Badajoz!). Sin embargo, éste es el país prometido al Padre de los creyentes y poseído por la descendencia de Jacob. Este pequeño punto de nuestro planeta fue, durante muchos siglos, el único lugar donde *Dios era conocido, y su nombre era grande* (Sal. 76:1). Por aquí se puede ver: 1. Qué pequeña parte del mundo posee Dios para Sí. 2. Qué pequeña parte del mundo da con frecuencia Dios a sus hijos.

III. Son de notar las fronteras mismas del país. 1. Canaán era una *tierra gloriosa* (Dan. 8:9) y, sin embargo, estaba bordeada de mares y desierto y con tristes panoramas. 2. Muchos de sus puestos fronterizos eran sus defensas y fortificaciones naturales. 3. Por el sudoeste llegaba *hasta el torrente de Egipto* (v. 5), para que la vista de aquel país les recordase la servidumbre que habían padecido allí y las maravillas que Dios había obrado para rescatarlos de la esclavitud. 4. Por el lado opuesto, descendía hasta *el Mar Salado* (vv. 3, 12). Lo que antaño fuera un ameno y fértil valle, donde estaban ubicadas las nefandas ciudades de la Pentápolis, era ahora un lago estéril, donde no soplaba viento alguno, cuyas aguas no surcó ningún navío, ni albergó en su seno seres vivientes de ninguna clase, por lo que era conocido, por ello, con el nombre de *Mar Muerto.* 5. El límite occidental era *el Mar Grande* (v. 6), que ahora conocemos con el nombre de *mar Mediterráneo.*

Versículos 16–29

Dios nombra encargados para distribuir la tierra. Se da por segura la conquista del territorio, aunque no habían librado ni una sola batalla para obtenerla. 1. Los principales encargados de esta labor fueron Eleazar y Josué (v. 17). 2. Además de éstos, y para que no surgiese sospecha de parcialidad, fue nombrado un príncipe de cada tribu para inspeccionar la tarea y tener la garantía de que su tribu respectiva no sufría ningún injusto menoscabo.

CAPÍTULO 35

Después de las instrucciones dadas para la distribución de la tierra entre las tribus se hace ahora la provisión necesaria en favor de los levitas cuya tribu estaba enteramente dedicada al servicio del santuario y, por eso, no entraban a la parte en la distribución general de la tierra.

Versículos 1–8

Las leyes concernientes a los diezmos y ofrendas habían provisto ampliamente para el mantenimiento de los levitas; pero no había de pensarse, ni convenía para el bien común de la nación que, al entrar en Canaán, hubiesen de vivir todos en torno al tabernáculo, como lo habían hecho en el desierto; por consiguiente, había que procurarles lugares en que habitar cómoda y provechosamente. De esto trata la presente porción.

I. Les fueron concedidas ciudades con sus suburbios (v. 2) y lugares de pasto, pero no terrenos de labor. 1. Les dieron ciudades para que pudiesen vivir cerca unos de otros, conversar juntos acerca de la Ley y consultarse mutuamente en casos dudosos. 2. Con las ciudades, les dieron también los contornos anejos a ellas a fin de que tuviesen suficiente pasto para sus ganados (v. 3): mil codos alrededor desde los muros de las ciudades para corrales de los ganados; y otros dos mil codos más, para campo donde apacentar a los animales (vv. 4–5).

II. Estas ciudades les habían de ser asignadas de entre las heredades de cada tribu, proporcionalmente a la extensión de la heredad correspondiente (v. 8). 1. De este modo, cada tribu podía manifestar prácticamente su reconocimiento a Dios, el verdadero amo de la tierra. 2. Y cada tribu podía así disfrutar del beneficio de tener habitando entre ellos levitas que les enseñasen convenientemente el conocimiento de Jehová.

III. El número de las ciudades concedidas a los levitas fue de 48 en total, con una media de cuatro ciudades por tribu.

Versículos 9–34

Órdenes dadas respecto a las ciudades de refugio.

I. En esta porción hay leyes muy buenas para casos de homicidio.

1. Todo homicidio voluntario había de ser castigado con la muerte, y en este caso no había santuario que sirviese de refugio ni se había de admitir rescate ni conmutación de la pena. Donde se ha perpetrado un daño voluntario, hay que hacer restitución; y, puesto que el homicida no puede restituir la vida que alevosamente quitó, debe pagar con su propia vida, no para satisfacer a los males del prójimo ni al espíritu de la persona asesinada, sino para satisfacer a la ley y a la justicia pública, y para que todos los demás que se sientan tentados a cometer homicidio tomen aviso y escarmienten en cabeza ajena. No sólo la persecución del criminal, sino también su ejecución, quedaban encomendadas al pariente más próximo de la víctima, quien, de la misma manera que debía ser el redentor de la hacienda de su pariente si llegaba a estar hipotecada, también había de ser el *vengador* (lit. *redentor*) *de la sangre* de su pariente; él había de *dar por su propia mano muerte al homicida* (v. 19).

2. Pero si el homicidio no había sido voluntario, sino que había sido cometido sin intención de perpetrarlo, *casualmente, sin asechanzas, sin verlo, ni sin ser su enemigo* (vv. 22–23), en este caso había ciertas ciudades de refugio, a las que podía acogerse el homicida involuntario. Las leyes modernas suelen condenar al infractor involuntario al pago de cierta cantidad por supuesta imprudencia, pero no incurre en las penas fijadas contra los homicidas voluntarios. Respecto a las ciudades de refugio, la ley era:

A) Que, si alguien mataba involuntariamente a otra persona, estaba seguro en estas ciudades y bajo la protección de la ley hasta que se hubiese celebrado el juicio *delante de la congregación;* es decir, delante de los jueces en audiencia pública.

B) Si, celebrado el juicio, resultaba ser homicidio voluntario, ya no le servía de ninguna protección al homicida la ciudad de refugio, pues ya estaba determinado que *se le había de quitar del altar para darle muerte* (Éx. 21:14).

C) Pero si se hallaba que había ocurrido por error o accidente, y que se había hecho sin intención de hacerle daño a la víctima o a cualquier otra persona, entonces el homicida podía continuar a salvo en la ciudad de refugio, y el vengador de la sangre no tenía ningún derecho a meterse con él (v. 25). Allí debía permanecer exiliado de su casa y patrimonio *hasta la muerte del sumo sacerdote* (v. 25). Ahora bien:

(a) Mediante la preservación de la vida del homicida involuntario, Dios nos quería enseñar que los hombres no deben sufrir por lo que es más bien una desdicha que un crimen.

(b) Mediante el exilio del mismo fuera de su ciudad, y su confinamiento en la ciudad de refugio, Dios quería enseñarnos a concebir un santo horror a los crímenes de sangre, y a estimar debidamente la vida propia y ajena.

(c) Mediante la limitación del confinamiento del homicida involuntario hasta la muerte del sumo sacerdote Dios quería honrar este sagrado oficio. Comoquiera que todas las ciudades de refugio eran ciudades de los levitas y el sumo sacerdote era el jefe de la tribu, los que estaban confinados en dichas ciudades bien podían ser considerados como prisioneros del sumo sacerdote y así, a la muerte de éste, recuperaban su libertad plena.

II. Estas ciudades de refugio tenían para nosotros un sentido típico altamente simbólico, y a ellas parece aludir el Apóstol cuando habla de *ser encontrado en Cristo* (Fil. 3:9), mientras que el autor de Hebreos (6:18) habla más explícitamente de *los que nos hemos refugiado para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros.* 1. Había varias ciudades de refugio, y estaban ubicadas de tal forma en

distintas partes del país, que el homicida, fuese cual fuese el lugar donde se hallase, pudiese en pocas horas llegar a una u otra de ellas; de un modo todavía más conveniente aunque hay un solo Cristo establecido para nuestro refugio, este refugio está siempre al alcance de nuestra mano para nuestro perdón, consuelo y ayuda, dondequiera que nos encontremos, puesto que *cerca de nosotros está la Palabra* (Ro. 10:8), y en la Palabra, Jesucristo. 2. El homicida estaba a salvo en cualquiera de aquellas ciudades; así también, cualquier persona que, con fe se refugia en Él y descansa en Él, está a salvo de la ira de Dios y de la maldición de la Ley, porque *ninguna condenación* (ni mucha ni poca) *hay para los que están en Cristo Jesús* (Ro. 8:1). 3. Todas ellas eran ciudades de levitas; era una muestra de bondad hacia el pobre prisionero el que los levitas pudiesen acogerle con benevolencia, consolarle y animarle; así también es tarea de los ministros del Evangelio acoger benignamente a los pobres pecadores para llevarlos a Cristo, y asistir con su enseñanza y consejo a quienes, por la gracia de Dios, ya están en Cristo. 4. También los extranjeros y peregrinos, aun cuando no eran israelitas, podían beneficiarse de estas ciudades de refugio (v. 15). De la misma manera, para buscar refugio en Jesucristo, no hay diferencia entre griego y judío (Ro. 1:16, 3:21; 1 Co. 12:13; Gá. 3:28; Ef. 2:14–16). 5. Incluso los suburbios (ejidos y campos) de las ciudades de refugio ofrecían al ofensor involuntario suficiente seguridad (vv. 26–27). Así también incluso en la orla del manto de Jesús había suficiente virtud para curar y salvar a los pobres pecadores.

CAPÍTULO 36

En este capítulo final, tenemos la decisión tomada sobre otra cuestión que surgió en relación con el caso de las hijas de Zelofehad. Dios había determinado que ellas tuviesen parte en la heredad (27:7). Ahora se presenta un nuevo aspecto de este mismo caso: Si se casaban con hombres de otras tribus su heredad vendría a desaparecer, andando el tiempo, de la tribu de Manasés a la que ellas pertenecían. Entonces Moisés, por mandato de Dios les da libertad de escoger marido, pero que sea dentro de las familias de la tribu de su padre. Este caso viene a sentar jurisprudencia en Israel, por disposición divina.

Versículos 1–4

Humilde petición que los jefes de la tribu de Manasés hicieron a Moisés y a los jefes de las otras tribus, con ocasión de la disposición recientemente dada en el caso de las hijas de Zelofehad. 1. Primeramente mencionan la disposición antedicha y muestran su conformidad con ella (v. 2). 2. A continuación, hacen ver la inconveniencia que podría seguirse de ello, si a las hijas de Zelofehad se les ocurriera casarse con hombres de otras tribus (v. 3). Dos son las razones que alegan para que se les conceda la petición que presentan: (A) Si, al casarse ellas con hombres de otras tribus, la parte que les correspondía en la tribu de Manasés era transferida a las tribus respectivas de los varones entonces se quebrantaba la disposición divina a favor de las hijas de Zelofehad y de cualesquiera otras que se encontrasen en circunstancias similares; (B) Si ahora no se establecía una norma segura para este caso y otros semejantes, no podrían evitarse las disputas y contiendas en las generaciones venideras.

Versículos 5–13

I. En esta porción, vemos que Dios da expresamente las órdenes precisas para resolver este asunto entre las hijas de Zelofehad y el resto de la tribu de Manasés. Dios muestra su conformidad con la petición presentada, y establece las medidas que se han de tomar para prevenir los inconvenientes que se temían: *La tribu de los hijos de José habla rectamente* (v. 5). 1. No se obliga a las mujeres a que se casen con personas determinadas; tienen bastante donde elegir en las familias de la tribu de su padre: Cásense como a ellas les plazca (v. 6). Así como los hijos deben respetar el consejo y autoridad de sus padres, y procurar no casarse contra la justa estimación de ellos así también los padres deben tener en cuenta los sentimientos de los hijos cuando éstos han llegado a la edad apta para emanciparse, y no tratar de forzarles a casarse con alguien hacia quien no sienten ninguna inclinación amorosa. Los casamientos

forzados no suelen dar buenos resultados. 2. Por otra parte se les pone un límite a las mujeres disponiendo que se casen dentro de las familias de su tribu, para que su heredad no sea transferida a otra tribu.

II. La ley dada en esta ocasión, quedó por estatuto perpetuo en el pueblo de Israel.

III. Las hijas de Zelofehad se sometieron gustosamente a esta orden.

IV. El libro de Números concluye refiriéndose de modo específico a su última parte: a los mandamientos y estatutos que mandó Jehová (v. 13). En cualquier nueva situación en que la providencia divina nos coloque, debemos pedirle a Dios que nos enseñe los deberes que dicha situación comporta, y que nos capacite con su gracia para cumplirlos, a fin de que podamos ejecutar el deber de cada día en su día, y la obligación de cada lugar en su lugar.

DEUTERONOMIO

Este Libro se llamó primeramente «*La Repetición de la Ley*», frase basada en 17:18. Los LXX lo vertieron por «Deuteronomio», que significa «Segunda Ley». Contiene tres discursos de Moisés, en los cuales pasa revista a los acontecimientos de los cuarenta años de peregrinación por el desierto, y exhorta patéticamente a los israelitas de la nueva generación a observar fielmente los mandamientos divinos advirtiéndoles del gravísimo peligro que comportaba la desobediencia. En los capítulos 12 al 26, se incluye un resumen de todas las leyes principales, que necesitaban ser bien recordadas ahora que estaban a las puertas de Canaán (comp. con Fil. 3:1). Digno de destacarse es: el capítulo 5, en que se repiten los diez mandamientos, y 6:25, compendio de la teología y de la ética de Israel. Todo israelita ortodoxo lo repite en sus devociones diarias. Son también memorables los tres últimos capítulos del Deuteronomio: el 32 contiene un cántico de Moisés; el 33, su bendición final a las doce tribus, el 34 su muerte y sepultura, con una alabanza extraordinaria de este gran líder y profeta (34:10–12).

El libro se divide en cinco partes: 1.ª, introductoria (1:1–5); 2.ª, contiene el primer discurso de Moisés (1:6–4:40); 3.ª, incluye el 2.º discurso de Moisés (4:44–26:19); 4.ª, con el tercer discurso de Moisés (27:1–30:20); 5.ª, contiene lo sucedido en los últimos días de Moisés.

Cuando el Señor contestó al diablo, al ser tentado por éste en el desierto, tomó todas sus referencias del libro del Deuteronomio (v. Mt. 4:4, 7, 10).

CAPÍTULO 1

En este capítulo comienza el primer discurso de despedida de Moisés, para continuar hasta el final del capítulo 4. En los cinco primeros versículos tenemos el lugar y la fecha en que Moisés pronunció este discurso.

Versículos 1–5

Lugar y la fecha de este discurso. 1. El lugar en que estaban acampados ahora era el *Arabá* (v. 1), es decir, en el hondo valle que bordea el mar Muerto por el sur hasta extenderse hacia el golfo de Aqaba, que ocupa la parte septentrional del mar Rojo; estaban *en tierra de Moab* (v. 5), listos para entrar en Canaán, y empeñarse en una guerra contra los habitantes de aquella tierra prometida. Con todo, Moisés no les habla de asuntos militares, sino de sus deberes para con Dios. 2. El tiempo era próximo al final del año cuadragésimo desde que habían salido de Egipto. Ahora que se ofrecía a la vista un nuevo y agradable escenario, como un buen auspicio, Moisés les repite la ley (v. 3).

Versículos 6–8

Moisés comienza su discurso a partir del traslado desde el Sinaí (v. 6), y refiere: I. Las órdenes que Dios les había dado de levantar el campamento y comenzar la marcha: *Habéis estado bastante tiempo en este monte* (v. 6). Hasta aquí los había traído Dios para humillarlos y disponerlos por medio de los terrores de la Ley para su entrada en la tierra prometida. Aun cuando Dios conduce a los suyos a las aflicciones del espíritu, Él sabe muy bien cuándo es tiempo de sacarlos de ellas y va a prepararles la mejor oportunidad de hacerles avanzar desde los terrores de la esclavitud hasta los consuelos del espíritu de adopción (Ro. 8:15). 2. La perspectiva que puso delante de ellos, de un feliz y pronto establecimiento en Canaán. Cuando Dios nos manda marchar adelante en el curso de nuestra vida cristiana, pone delante de nosotros el Canaán celestial para animarnos a olvidar lo que queda atrás (Fil. 3:13).

Versículos 9–18

Moisés les recuerda la ventajosa constitución de su gobierno, capaz de darles seguridad y felicidad, con sólo que ellos hiciesen lo que se les mandaba (v. 18). En esta parte de su relato les indica:

I. Que se alegraba grandemente del aumento numérico del pueblo. En ello reconoce el cumplimiento de la promesa hecha a Abraham: *Sois como las estrellas del cielo en multitud* (v. 10). *Jehová Dios os haga mil veces más de lo que ahora sois* (v. 11). En el poder y en la bondad de Dios, no estamos estrechos, ¿por qué lo habremos de estar en nuestra fe y en nuestra esperanza, que deberían ser tan amplias como la promesa? Más amplias no necesitan ser. Podrían llegar a ser mil veces más numerosos de lo que eran ahora, siendo ahora diez mil veces más numerosos que cuando descendieron a Egipto.

II. Que no tenía ninguna ambición de monopolizar el honor de la primera magistratura, y de gobernarles él sólo como si fuese un monarca absoluto (v. 9).

III. Que no deseaba preferir a sus propios hijos, o a cualquiera que tuviese con él relación de parentesco o servidumbre, sino que, después de tomar consejo de ellos (v. 13), escogió de entre ellos los más sabios y expertos (v. 15).

IV. Que, en todo este asunto, trató siempre de agradar al pueblo. Y ellos consintieron en la propuesta (v. 14). El gobierno contra el que habían contendido era el mismo en que habían consentido.

V. Que sólo le había movido el deseo de edificarles e instruirles y, en lo posible, de contentarles; puesto que:

1. Les había constituido por jefes a hombres de excelentes cualidades (v. 15), *sabios y expertos:* que conociesen lo que llevaban entre manos y fuesen fieles al cometido que se les había encomendado en provecho del bien común.

2. El encargo que había hecho a dichos jefes era justo y oportuno (vv. 16–17). (A) Les había encargado ser diligentes y pacientes: que oyesen a ambas partes con todo cuidado y diligencia. A la lengua del sabio le hace falta tener oído de sabio (Is; 50:4), por eso, Dios nos ha provisto de una sola boca y de dos orejas. (B) Les había encargado también ser justos e imparciales. Pintan a la justicia con los ojos vendados, para que no afecte a la sentencia la vista del rostro ajeno, sino el dictado de la propia conciencia, y así triunfe la equidad contra el peligro de soborno y de perjuicio. (C) Finalmente, les había encargado que fuesen valientes, que temisensólo a Dios, ya que eran sus vicegerentes y, por tanto, habían de juzgar como juzga Dios; si no juzgaban justamente, tergiversarían ante el pueblo la propia imagen de Dios. Juzgar es un atributo divino (Ec. 3:17); por eso, los jueces de Israel son llamados *dioses e hijos del Altísimo* (Sal. 82:6) por cuanto participaban de este tributo (v. Jn. 10:34), del cual participan ahora todos los hijos de Dios (1 Co. 2:15, 6:2–3; 14:29).

3. Les permitió que les trajesen a él los casos más difíciles, con la promesa de oírles y atenderles, y hacer así más fácil la labor de los jueces y la audiencia del pueblo.

Versículos 19–46

Moisés hace un amplio resumen del grave quebranto que sufrió el bien común de la nación por los pecados del pueblo. Tenemos en Números capítulos 13 y 14 la historia de estos hechos fatales, pero aquí encontramos varias circunstancias que no se narran allí.

I. Les hace memoria primeramente de la marcha desde Horeb hasta Cadés-barnea (v. 19), a través de *aquel grande y terrible desierto.* Menciona esto para que recuerden la gran bondad de Dios hacia ellos, al guiarles a través de un desierto grande, inhóspito y peligroso. El recuerdo de los peligros en que nos hemos encontrado debería hacernos agradecidos a las liberaciones que Dios nos ha otorgado.

II. Les muestra cuán propicia era la ocasión entonces para haber entrado en Canaán sin demora (vv. 20–21). Les hace ver cuán próximos estaban a establecerse felizmente cuando ellos mismos levantaron una valla frente a su propia puerta.

III. Les reprocha el haber tomado la iniciativa, por su propia cuenta, de enviar espías a Canaán (v. 22); con lo que se completa el relato de Números 13:1 y siguientes. Moisés dice que le pareció bien la idea (v. 23), pero no le pareció bien a Dios, pues suponía una desconfianza en la promesa divina, y el texto hebreo de Números 13:2 da a entender que Dios se disoció de esta aventura, pues dice: *«Envíate* (para ti) *hombres ...».* Así que, al permitirles subir a Canaán por su propia cuenta, Dios les entregó a sus propios deseos. Moisés les había dado palabra de parte de Dios (Dt. 1:20–21), de que podían subir a Canaán confiados, pero ellos no tuvieron fe en la palabra de Dios. Los planes humanos pudieron en ellos más que la sabiduría divina, como quien enciende una antorcha para añadir luz al sol.

IV. Repite el informe de los espías acerca de la bondad de la tierra que habían ido a explorar (vv. 24–25). Sin embargo, la mayoría de ellos presentaron como insuperables las dificultades para conquistarla (v. 28).

V. Les dice que se esforzó en animarles a subir, cuando sus hermanos los espías habían exagerado las dificultades para desalentarlos (v. 29). Les había asegurado que Dios estaría con ellos y en prueba del poder divino contra los enemigos, les refirió lo qué Dios había hecho por ellos en Egipto. Ahora, en prueba de la bondad divina, les hace ver lo que Dios ha hecho por ellos en el desierto (vv. 31, 33), a través del cual les había conducido con el mismo cuidado y ternura con que lleva en sus brazos un buen padre a su hijo pequeño (comp. Os. 11:1–3). ¿Podría alguien desconfiar de un Dios como éste?

VI. Les censura por los pecados de que se hicieron culpables en aquella ocasión. 1. De desobediencia y rebelión contra la ley de Dios. 2. De suspicacia contra la bondad de Dios. 3. En el fondo de todo esto, de incredulidad de corazón: *No creísteis a Jehová vuestro Dios* (v. 32).

VII. Les repite la sentencia pronunciada contra ellos. 1. Todos fueron condenados a morir en el desierto (los que entonces eran de veinte años arriba), y Dios no permitió que entrasen en Canaán ninguno de ellos (con las excepciones explícitas de Caleb y Josué, y las implícitas de Eleazar y, Probablemente otros de la tribu de Leví, que no se habían sumado a la rebelión), como dice en los versículos 34–38. No fue, no, el quebrantamiento de algún mandamiento del Decálogo lo que les cerró las puertas de Canaán, ni siquiera lo del becerro de oro, sino únicamente su incredulidad, no creer las promesas de Dios, especialmente la Promesa de entrar en la Tierra Prometida, algo típico del Evangelio de la gracia, para mostrar que el único pecado que provoca nuestra ruina es la incredulidad, porque es el pecado que ataca directamente al remedio que Dios ha provisto (v. Jn. 3:16–21, 8:24, 9:41, etc.). Este es el pecado para el cual no hay ya más sacrificio (He. 10:26 y ss.). 2. Moisés mismo desagradó a Dios por las palabras inconsideradas que ellos le provocaron a decir: *También contra mí se airó Dios por causa de vosotros* (v. 37). 3. Sin embargo, se ve que la ira de Dios va mezclada con misericordia: (A) En que, aunque Moisés no los iba a introducir en Canaán, Josué lo haría (v. 38); (B) en que aunque aquella generación no había de entrar en Canaán, la siguiente lo haría (v. 39).

VIII. Les recuerda el insensato y estéril intento de hacer que se revocase esta sentencia cuando ya era demasiado tarde. 1. Trataron de enmendar su conducta, desearon subir contra los cananeos por su cuenta, cuando antes no habían querido subir por orden de Dios. Esto, que parecía una reforma, era sin embargo una nueva rebelión; por ello, fueron cazados y destruidos. 2. Trataron de nuevo, con súplicas y lágrimas, de hacer revocable la sentencia: *Volvisteis y llorasteis delante de Jehová* (v. 45). Pero Dios no les oyó, porque eran lágrimas de pesar por las *consecuencias* del pecado (lo que llaman «contrición» en la Iglesia de Roma), pero no mostraban un sincero arrepentimiento («contrición») por el *pecado* mismo (v. 2 Co. 7:10).

CAPÍTULO 2

Moisés sigue en este capítulo mencionando las providencias de Dios para con Israel durante el viaje hacia Canaán. Tampoco en este relato aparece mención alguna acerca de lo ocurrido durante aquellos treinta y ocho años que mediaron entre la primera llegada a Cadés-barnea y su marcha atrás hacia el mar Rojo, sino que empalma su narración con lo que sucedió después a su llegada al extremo oriental de Edom en dirección a Moab (v. Jue. 11:18).

Versículos 1–7

I. Breve resumen de la larga estancia de Israel en el desierto: *Rodeamos el monte de Seír por mucho tiempo* (v. 1). Cerca de 38 años estuvieron vagando por el desierto de Seír; probablemente, en algunos de los lugares permanecieron por varios años.

II. Reciben orden de volverse hacia Canaán.

III. Se les encarga que no molesten a los edomitas.

1. No deben mostrar hacia ellos ninguna hostilidad como si fuesen enemigos: *No os metáis con ellos* (v. 5).
2. Deben comerciar con ellos como vecinos, han de comprar de ellos todo lo que necesiten, pagando hasta por el agua (v. 6). La religión no debe servir de capa para cubrir injusticias.

Versículos 8–23

Puede observarse aquí que Moisés, al hablar de los edomitas (v. 8), les llama *nuestros hermanos, los hijos de Esaú.* Aunque éstos no habían sido amables con Israel al rehusar concederles paso por su territorio, con todo los llama hermanos. En estos versículos tenemos:

I. El relato que Moisés da del origen de los moabitas, edomitas y amonitas. Nos dice aquí cómo llegaron a estos países donde los encontró Israel; no eran aborígenes, es decir, primeros habitantes de esos territorios, sino que: 1. Los moabitas vivían en un país que había pertenecido antes a una numerosa raza de gigantes, llamados *Emim*, que quiere decir *terribles*, tan altos como los hijos de Anac, y quizá más fieros que ellos (vv. 10–11). 2. Los edomitas habían desposeído igualmente de su territorio a los horeos y se asentaron allí, en Seír (vv. 12, 22), lugar mencionado en Génesis 36:20. 3. Los amonitas, por su parte se posesionaron de una tierra habitada anteriormente por unos gigantes llamados zonzomeos *(zanzummim)*, a los que en Génesis 14:5 se les llama *zuzitas* y viene a significar, probablemente, lo que el vocablo «bárbaro» significaba para los griegos y romanos, es decir, gente de habla tosca o ruda. Ilustra estos detalles con un ejemplo de otra raza más antigua que éstas: los caftoreos *(kaftorim)*, que eran descendientes de Mizraím, hijo de Cam, lo mismo que los filisteos (Gn. 10:14), y que ya habían desposeído antes del territorio a los aveos *(«avvim»*, mencionados en Jos. 13:3 y siguientes como filisteos), como dice el versículo 23. El erudito obispo Patrick opina que estos aveos, al haber sido expulsados de allí, se asentaron en Asiria, y que son los mismos que bajo ese nombre aparecen en 2 Reyes.

II. Las marchas que hizo Israel hacia Canaán: *Tomaron el camino del desierto de Moab* (v. 8). Después *pasaron el arroyo de Zéred* (v. 13), y hace notar Moisés que allí se cumplió la palabra que Dios había dicho respecto a ellos, de que ninguno de los que habían sido contados al pie del Sinaí vería la tierra que Dios había prometido (Nm. 14:23).

III. La advertencia que se les hace de que no se metan con los moabitas ni con los amonitas, a quienes no deben molestar ni tratar de desposeerlos de sus tierras: *No molestes a Moab, ni te empeñes con ellos en guerra* (v. 9). Pero, ¿por qué no habían de meterse con los moabitas ni con los amonitas? 1. Porque eran *los hijos de Lot* (vv. 9, 19), el justo que no perdió su integridad en Sodoma. 2. Porque el territorio que ocupaban les había sido dado por Dios y no estaba destinado a ser posesión de Israel.

Versículos 24–37

Habiendo comprobado Dios la obediencia de su pueblo al no meterse con los moabitas y amonitas, y haber pasado junto a sus territorios con paz y generosidad, cuando, siendo tan superiores en número, podrían haberles atacado y expoliado, Dios le recompensa ahora dándole posesión del país de Sehón rey de Hesbón, en tierra de los amorreos.

I. Dios les encarga apoderarse de la tierra de Sehón rey de Hesbón (vv. 24–25). Dios quería entonces disponer de los reinos de esta manera, pero nadie puede esperar ahora de parte de Dios que le conceda un permiso semejante para invadir territorios ajenos.

II. Moisés envió a Sehón un mensaje de paz, y sólo le pidió permiso para pasar por su territorio, y le prometió no causar ningún trastorno a su país; al contrario, le ofrecía la oportunidad de hacerse fácilmente con mucho dinero, al comerciar con un cuerpo expedicionario tan numeroso (vv. 26–29).

III. Pero *Dios había endurecido su espíritu, y obstinado su corazón* (v. 30), de modo similar al de Faraón (Éx. 7:3). No es que Dios endurezca directamente el corazón de ninguna persona. Como hace notar Harper, «nunca leemos que Dios endurezca el corazón de un hombre bueno». Lo que ocurre es que, cuando un malvado, en su protervia, resiste a la voz de Dios y se rebela contra Él, los mensajes y las señales de Dios que, de suyo, son para bien, provocan una mayor resistencia, lo que aumenta la maldad al mismo tiempo que vuelve cada vez más insensible el corazón a la voz de la conciencia. Sin embargo, esta resistencia, en vez de frustrar los planes de Dios, sólo sirve de instrumento a los planes de su providencia; por eso, se dice que Dios mismo *endurece* el corazón del impío.

IV. Israel sale victorioso de esta guerra. 1. A todos los amorreos de aquel lugar los pasaron a espada sin dejar ni uno (v. 34). El hebreo dice que «los trataron como *herem*, es decir los proscribieron para ser exterminados. Aunque parezca bárbaro el método, debe tenerse en cuenta lo que ya hemos dicho en otro lugar: era una violencia necesaria (sin excusar la saña con que pudo llevarse a cabo, cosa corriente en aquellos tiempos), a fin de que los israelitas pudiesen habitar *en reposo* en la tierra prometida, sin

contaminarse con las idolatrías y los vicios de los nativos. Era una especie de guerra santa y, como alguien ha dicho, los exterminaron, no por ser enemigos de Israel, sino como sacrificio (anatema) a la divina justicia, dignamente airada contra la perversidad de los habitantes. 2. Se apoderaron de todo lo que los enemigos poseían: sus ciudades (v. 34), sus bienes (v. 35) y su territorio v. 36).

CAPÍTULO 3

En este capítulo, Moisés refiere la derrota de Og rey de Basán, con lo cual se completa la conquista de la Transjordania por parte de Israel.

Versículos 1–11

Otro territorio, el de Basán, es ahora entregado en manos de Israel.

I. Se nos refiere cómo entregó Dios en manos de Israel a Og, un hombre verdaderamente temible. 1. Era muy fuerte, pues era remanente de la raza de los gigantes (v. 1). Cuando Dios aboga por la causa de su pueblo, Él es poderoso para habérselas con gigantes como si fuesen saltamontes. No hay fuerza humana que pueda resistir el poder de Dios ni poner al hombre a salvo del juicio del Todopoderoso. El ejército de Og era muy poderoso, pues tenía bajo su mando nada menos que sesenta ciudades fortificadas, sin contar las ciudades sin muro (v. 5). 2. Era muy atrevido. Confiaba en su propia fuerza, y así fue endurecido para su propia destrucción. Dios dijo a Moisés que no tuviese miedo de él (v. 2). Si Moisés mismo tenía una fe tan fuerte como para no necesitar esta advertencia, es probable que el pueblo la necesitase, y al pueblo estaba destinada esta palabra de seguridad: *«En tu mano he entregado a él, y a todo su pueblo»* (v. 2).

II. Se nos refiere también cómo tomaron posesión de Basán, una tierra tan fértil y deseable. Tomaron todas las ciudades (v. 4) y sus despojos (v. 7), todo pasó a ser posesión del pueblo de Israel (v. 10). Así que ahora tenían en sus manos todo el fértil territorio situado al este del Jordán, *desde el arroyo de Arnón hasta el monte de Hermón* (v. 8).

Versículos 12–20

Después de haber mostrado cómo fue conquistada esta tierra en la que estaban ahora, muestra luego cómo se habían asentado en ella los rubenitas, los gaditas y la media tribu de Manasés, que ya se mencionaron antes (Nm. 32). 1. Moisés especifica detalladamente la parte que le correspondió en la tierra a cada tribu, en particular la que correspondió a la media tribu de Manasés, donde se advierte la subdivisión de dicha tribu. 2. Repite la condición bajo la cual les fue concedida y en la que habían consentido (vv. 18–20); a saber, que habían de enviar un fuerte destacamento al otro lado del Jordán, para marchar en vanguardia durante la conquista de Canaán, con orden de no regresar a sus familias mientras no hubiesen visto a sus hermanos asentados en sus respectivas heredades, como ellos estaban ya en las suyas. Una persona buena no puede regocijarse plenamente en las comodidades de su familia mientras no vea *paz sobre Israel* (Sal. 128:6).

Versículos 21–29

I. El ánimo que dio Moisés a Josué, quien le iba a suceder en el gobierno (vv. 21–22). Le encargó que no tuviera miedo. Para sentirse animado, había de considerar dos cosas: 1. Lo que Dios había hecho. Josué había visto la derrota total que Dios había concedido a las huestes de Israel sobre aquellos dos reyes. De aquí ha de inferir, no sólo lo que Dios puede hacer en todo lo demás, puesto que su brazo no se había acortado, sino lo que Dios va a hacer, puesto que su propósito no ha cambiado. 2. Lo que Dios había prometido: *Jehová vuestro Dios, Él es el que pelea por vosotros* (v. 22). Cuando el Dios de los ejércitos lucha por una causa, esa causa tiene asegurada la victoria.

II. La oración que Moisés hizo para sí mismo, y la respuesta que Dios dio a dicha oración.

1. Su oración era que, si ésa era la voluntad de Dios pudiese pasar el Jordán con el resto de Israel hasta Canaán: *Pase yo, te ruego, y vea aquella tierra buena.* No basa su demanda en los servicios prestados al pueblo de Israel, sino que ruega un favor basado en la pura gracia de Dios. Tampoco dice: «Haz que yo pase y conduzca al pueblo como comandante en jefe», pues no buscaba su propio honor, una vez que había resignado ya sus poderes en manos de Josué, sino que viene a decir: «Déjame pasar como un espectador de tu bondad hacia Israel, para ver lo que ya creo firmemente respecto a la bondad de la tierra prometida».

2. Dios responde a su petición con una mezcla de disciplina y misericordia, a fin de que pueda ensalzar tanto la gracia de Dios como su Justicia.

A) El juicio de Dios, e incluso su ira se echan de ver en la negativa a dicha petición: *Jehová se había enojado contra mí a causa de vosotros* (v. 26). Esto puede entenderse de varias maneras: (a) Por el pecado al que le habían provocado (v. Sal. 106:32–33); (b) la remoción de Moisés en el preciso momento en que parecía haber más falta, era como un reproche a todo Israel, y un castigo por su pecado; (c) al atender a la construcción gramatical, algunos de los más expertos rabinos opinan que el sentido es *«por vuestro bien»* (hebreo *lema'anjem).* «Si la incredulidad de Moisés—dice Dummelow—hubiese quedado sin castigo, el pueblo se habría endurecido en su propia transgresión.» En todo caso, Moisés, buen descendiente del luchador Israel, no buscó en vano, aun cuando no obtuviese precisamente lo que pedía. El hecho de que Dios no nos conceda a veces lo que le pedimos, no significa que no haya aceptado nuestras oraciones (v. He. 5:7).

B) Pero hay también una buena dosis de misericordia mezclada con la ira de Dios en este caso: (a) Dios tranquilizó el ánimo de Moisés: *¡Bástete esto!* (v. 26). Aunque, a primera vista, parezca que estas palabras insinúan una reprensión, podemos estar seguros de que sirvieron para que Moisés se conformase completamente con la voluntad de Dios, dada su íntima comunión con Él. Si Dios, en los sabios y amorosos designios de su providencia, no nos concede lo que le pedimos, será una gracia importante de su parte el que nos otorgue quedar satisfechos sin lo que deseábamos. (b) Al decirle: *Basta, no me hables más de este asunto,* Dios mostró el honor que concedía a las oraciones de Moisés, rogándole que no insistiera en su petición y dando a entender que no quería verse forzado por sus súplicas a volverse atrás de su propósito. (c) Le prometió una vista de Canaán *desde la cumbre del Pisgá* (v. 27). Aunque no había de entrar a poseer la tierra prometida, satisfaría su deseo de *verla;* no lo hacía Dios por ponerle los dientes largos, como suele decirse, sino para proporcionarle una visión de Canaán que le produjese verdadera satisfacción y le capacitase para formarse una idea clara y agradable de aquella hermosa tierra. (d) Le proveyó de sucesor en alguien que habría de mantener en alto el honor de Moisés y llevar a cabo aquella obra gloriosa que tan metida tenía Moisés en su corazón, hasta completarla con el asentimiento de Israel en Canaán (v. 28).

CAPÍTULO 4

En este capítulo tenemos la seria y patética exhortación de Moisés al pueblo de Israel, basada en los más afectuosos y conmovedores argumentos, repetidos una y otra vez, a fin de que obedeciesen fielmente los preceptos de Dios.

Versículos 1–40

Esta elocuente y vívida apelación de Moisés se repite con insistencia.

I. En general, significa una aplicación sacada de la historia que acaba de referir. Así deberíamos usar también nosotros una especie de revisión de las providencias de Dios respecto a nosotros, a fin de que nos sirviese para reavivarnos y dedicarnos más al cumplimiento de nuestros deberes en obediencia fiel a la voluntad de Dios.

II. El principal objetivo de este discurso es persuadirles a que se mantengan estrechamente unidos a su Dios y dedicados a su servicio, y firmemente decididos a no abandonarle por ningún otro dios.

1. Les muestra y recomienda lo que Dios requiere de ellos.

A) Les pide primero diligente atención a la Palabra de Dios: *Oh Israel, escucha* (v. 1). Es menester que pongan oído atento, para recordarlos bien y ponerlos por obra fielmente (en ello les va la *vida*), *los estatutos y decretos* (hebreo *el-hajuqim veel-hamishpatim*), significa los primeros algo así como preceptos informativos cuya razón queda oculta, y los segundos una especie de decisión judicial sobre algo nuevo y que va a sentar precedente para el futuro.

B) Les encarga que preserven completamente pura e íntegra la ley de Dios (v. 2). Que la mantengan pura, no añadiéndole nada; que la mantengan íntegra, no quitándole nada (comp. Ap. 22:18–19).

C) Les encarga *que guarden los mandamientos de Jehová su Dios* (v. 2), *para ponerlos en práctica* (vv. 5, 14), que los *guarden y pongan por obra* (v. 6), para *cumplir así el pacto* (v. 13). El escuchar ha de ser para poner por obra; el conocimiento ha de ser *práctico.*

D) Les encarga que guarden estrictamente, con toda diligencia la ley de Dios. *Guárdate, y guarda tu alma con diligencia* (v. 9). *Guardad, pues, mucho vuestras almas* (v. 15). *Guardaos* (v. 23).

E) En especial, les encarga que se guarden del pecado de idolatría. Les advierte contra dos clases de idolatría: (a) Contra la adoración de las imágenes, aunque intenten por medio de ellas adorar al verdadero Dios, como hicieron con el becerro de oro, *cambiando la verdad de Dios por una mentira, y la gloria de Dios por una vergüenza* (v. Ro. 1:23–26). Esto va directamente contra el segundo mandamiento del Decálogo, el cual se detalla en los versículos 15–19. Representar el Espíritu Infinito con una imagen material, y al Creador inmenso con la imagen de una débil criatura, es la mayor afrenta que podemos hacer a Dios y el mayor engaño que podemos hacernos a nosotros mismos. Como argumento contra la fabricación de imágenes para representar a Dios, insiste mucho en hacerles ver que, cuando Dios quiso mostrárseles en Horeb, lo hizo *por medio de palabras que oyeron,* para enseñarles que *la fe viene por el oír* (Ro. 10:17), y que Dios está cerca de nosotros en su palabra (Ro. 10:8, comp. con Dt. 30:14), pero *no vieron ninguna figura* (v. 12), pues no hay figura que pueda representar a Dios como es en sí; de ahí que su presencia se hiciese notar mediante una nube, tras la cual se vela al revelarse, y de la que no podía hacerse figura estable, ya que las nubes cambian constantemente de forma y de figura. Dios es absolutamente invisible (1 Ti. 6:16), y tratar de representarlo en una figura sólo sirve para engañarnos a nosotros mismos, con grave peligro para la idea que nos podamos forjar de Dios y, por consiguiente, para el modo de relacionarnos con Él. El versículo 15 repite: *Ninguna figura visteis.* (b) La adoración del sol, de la luna y las estrellas es otra clase de idolatría contra la que se les amonesta igualmente (v. 19). Esta era la especie más antigua de idolatría y Ea que parecía más plausible, era la más peligrosa, puesto que la altura, el brillo, la regularidad de movimientos y la incuestionable influencia de los astros puede tentar fuertemente a los hombres a que les den la gloria y les otorguen la eficacia que sólo a Dios competen y sólo a Él se han de atribuir. Es notorio que los israelitas necesitaban que se les inculcase con mucho énfasis lo peligrosa que era esta clase de idolatría, ya que era tan débil la fe de ellos en un Dios invisible y en un mundo también invisible. Estas pretendidas deidades: *el sol, la luna y las estrellas,* eran bendiciones de Dios a la humanidad en general (v. Gn. 1:14–18). Es, pues, absurdo adorarlas, cuando Dios las hizo para que fuesen servidoras del hombre, para que diesen luz a la tierra y ejercieran otras influencias favorables para la vida en general. No está de más advertir que nuestro porvenir no está escrito en las estrellas, aunque las estrellas tengan cierta influencia en la constitución y funcionamiento de nuestro organismo. Por eso, los horóscopos de moda sólo sirven para engaño de incautos y artimaña de Satanás.

F) Les encarga que enseñen a sus hijos a guardar las leyes de Dios: *Las enseñarás a tus hijos y a los hijos de tus hijos* (v. 9); *y las enseñarán a sus hijos* (v. 10).

G) Les encarga que jamás se olviden de sus deberes como pueblo de Dios: *Guardaos, no os olvidéis del pacto de Jehová vuestro Dios* (v. 23).

2. Veamos ahora los motivos o argumentos con que sustenta Moisés sus exhortaciones.

A) Insiste en la grandeza, en la gloria y en la bondad de Dios. Si considerásemos cómo es ese Dios con quien nos las hemos de haber, de seguro procuraríamos concienciarnos de nuestros deberes para con Él, y no nos atreveríamos a ofenderle con nuestros pecados. Les recuerda aquí que el Señor Jehová es el único Dios vivo y verdadero. Todas las deidades de los gentiles son imitaciones caricaturescas y usurpadoras; y ni siquiera tienen la pretensión de ser monarcas universales en cielos y tierra, sino sólo

divinidades locales. Los israelitas, que adoraban nada menos que al supremo *Numen-Divinidad,* no tenían excusa si renunciaban a su Dios o lo menospreciaban. Tened cuidado de no ofenderle—les viene a decir Moisés—, pues Él debe tener todo vuestro afecto y toda vuestra adoración, y no consentirá en modo alguno que le opongáis un rival. Incluso en el Nuevo Testamento encontramos el mismo argumento con que se nos constriñe *a servir a Dios agradándole con temor y reverencia* (He. 12:28–29), porque, aunque es nuestro Dios y una luz regocijante para quienes le sirven fielmente, es también un fuego que consume a quienes se burlan de Él. Con todo, *es un Dios misericordioso* (v. 31), lo cual considera Moisés muy apropiado para estimularles al arrepentimiento, pero debe servir también como una incitación a la obediencia y como una consideración apta para impedir la apostasía.

B) Insiste en la relación con este Dios, en la autoridad que Dios tiene sobre ellos, y en las obligaciones que ellos tienen para con Él. *Jehová* es *el Dios de vuestros padres* (v. 1), así que sois suyos por herencia; vuestros padres le pertenecían, y vosotros habéis nacido en su casa. *Jehová* es *vuestro Dios* (v. 2), así que también le pertenecéis por consentimiento a nivel personal. *Jehová* es *mi Dios* (v. 5), así que yo os trato como su agente y embajador.

C) También les hace ver que la devoción al verdadero Dios es la suprema sabiduría: *Guardar los mandamientos Y ponerlos en obra es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos* (v. 6). Con toda razón y justicia han de esperarse grandes cosas de aquellos que son guiados por la revelación divina, y *a quienes ha sido confiada la palabra de Dios* (Ro. 3:2).

D) Les hace ver las peculiares ventajas de que ellos disfrutaban, debido al privilegiado régimen bajo el cual se hallaban (vv. 7–8). Nuestra comunión con Dios (que es el mayor honor y la mayor felicidad que podemos obtener en este mundo) se mantiene mediante la oración y el estudio y lectura de la Palabra, en ambas cosas llevaba Israel enorme ventaja a todas las naciones del mundo. La Ley de Dios es inmensamente más excelente que las leyes de las naciones. No hay ninguna ley tan ajustada a la equidad natural y a los dictados imparciales de la recta razón, ni tan consecuente consigo misma en todas sus partes, ni tan conveniente para el bienestar y el interés de la humanidad, como lo es la ley de la Escritura (Sal. 119:128). Los que glorifican a esta ley y la obedecen, serán glorificados por ella con toda clase de bendiciones.

E) Les recuerda cómo se les manifestó Dios gloriosamente en el monte Sinaí, cuando les dio esta ley. En esto insiste mucho Moisés: *El día que estuviste delante de Jehová tu Dios en Horeb* (v. 10). Por lo que sabemos de Dios mediante la razón natural, tenemos suficiente fundamento para creer en Él como en un Ser de infinito poder y perfección infinita, pero no podíamos sospechar que Él pudiese dirigirse a alguien con voz audible, ya que resultaba evidente que no tiene cuerpo como nosotros. Ellos le oyeron al pie del Sinaí: *Habló Jehová con vosotros de en medio del fuego, oísteis la voz de sus palabras* (v. 12). Dios se manifiesta a todo el mundo en las obras de la creación sin lenguaje propiamente dicho, aunque de algún modo se oye su voz (Sal. 19:1–3), pero a Israel se manifestó con voz *de palabras,* con lenguaje audible e inteligible, condescendiendo con la condición de los que le escuchaban.

F) Insiste en la benignidad que Dios manifestó hacia ellos al sacarlos de Egipto, *del horno de hierro,* es decir, de un horno de tan elevada temperatura como para derretir el hierro (símbolo de intenso padecer y de amarga esclavitud), para hacer de ellos un pueblo santo, sacerdotal, *para ser el pueblo de su heredad* (v. 20); eso implica una relación por la que esa heredad es doblemente inalienable, pues ni Israel puede renunciar a ella, ni Dios ha de renunciarla; de esto tenemos plena seguridad (v. 1 S. 12:22, Ez. 20:32–33). A esto vuelve a referirse en los versículos 34, 37, 38. Dios tenía el propósito de asentarlos felizmente en Canaán: *Para introducirte y darte su tierra por heredad* (v. 38).

G) También les recuerda la manifestación de un Dios airado contra ellos a causa de sus pecados. En particular, especifica el caso de Peor (vv. 3–4). Esto había ocurrido recientemente; sus ojos habían visto hacía pocos días la súbita destrucción de los que se habían involucrado en el asunto de Baal-peor, y la preservación de los que se habían mantenido fieles a Jehová; de ello podían deducir fácilmente el peligro de apostasía y el beneficio de permanecer en comunión con su Dios.

H) Les señala también las ventajas de la obediencia.

I) Una vez más insiste en las fatales consecuencias de la apostasía ya que apostatar de su Dios comportaría sin duda alguna la ruina de la nación (vv. 25–31). Obsérvese aquí: (a) Que desde cualquier lugar en que nos encontremos podemos *buscar a Jehová nuestro Dios* (v. 29), por muy alejados que estemos de nuestro propio país y del lugar en que solemos reunirnos a rendirle culto en compañía de nuestros hermanos. No hay ningún lugar en el mundo, que represente un foso infranqueable entre la tierra

y el cielo. El único foso que hace separación entre Dios y nosotros es el pecado (Is. 59:1–2). (b) Sólo los que buscan a Dios con todo su corazón, lo hallarán para bendición y felicidad. (c) Las aflicciones que nos salen al paso, sirven para avivarnos y estimularnos a dedicarnos más al Señor. Son muchos los que, por medio de la tribulación y de la gracia de Dios que opera conjuntamente con ella, son *vueltos en sí y* traídos al buen camino (v. Lc. 15:17–18).

Pongamos ahora juntos delante de nuestra vista todos estos argumentos, y veremos que la verdadera devoción a Dios tiene su justa razón por cualquier lado que se la mire. Nadie se sacude el ligero yugo de un buen Dios, sin haberse antes sacudido el sentido común de una mente sana.

Versículos 41–49

I. La institución de las ciudades de refugio situadas en este lado del Jordán donde ahora estaban acampados. Tres son las ciudades designadas aquí para este propósito, una para los rubenitas; otra para los gaditas, y otra para la media tribu de Manasés (vv. 41–43).

II. La introducción de otro discurso de Moisés a Israel, el cual hallamos en los capítulos siguientes. Probablemente lo pronunció en el sábado siguiente, cuando la congregación de Israel se reunía para recibir instrucción. En el discurso anterior, les había exhortado a la obediencia en general; aquí les repite la Ley que habían de observar, porque Dios demanda una obediencia universal, pero no una obediencia implícita. ¿Cómo podemos cumplir nuestros deberes, si no los conocemos? Así pues, ahora pone ante ellos la Ley que ha de servir de norma para toda su conducta.

CAPÍTULO 5

En este capítulo tenemos una segunda edición del Decálogo, junto con algunos detalles históricos que Moisés les recuerda, para estimularles más eficazmente a la obediencia.

Versículos 1–5

1. Moisés convoca a la congregación: *Llamó Moisés a todo Israel* (v. 1). 2. Les pide atención. 3. Les hace recordar el pacto hecho con ellos en Horeb, como la norma por la que habían de regirse. Véase aquí la gran condescendencia de la gracia divina al convertir en pacto un mandato. (A) Las partes que intervienen en este pacto: «Este pacto se hizo con *nosotros*, los que estamos vivos, ya que la generación pasada que lo recibió en el Sinaí, ha caído en el desierto». (B) La promulgación de este pacto. Dios mismo les leyó el articulado: *Cara a cara habló Jehová con vosotros* (v. 4). El caldeo añade: *palabra a palabra.* Muchos de los que ahora escuchaban a Moisés, habían escuchado de niños la proclamación del Decálogo en Horeb. (C) El mediador del pacto: *Moisés estaba entre Dios y ellos* (v. 5) al pie del monte: *«Para declararos la palabra de Jehová»*. Moisés aparece aquí como el *intérprete* de Dios, tipo de Jesucristo, que está entre Dios y los hombres, para poner sobre ambos su mano (1 Ti. 2:5, comp. con Job 9:33) y hacernos la *exégesis* de Dios, como dice el original de Juan 1:18. (Es curioso que la versión hebrea del Nuevo Testamento use en Juan 1:18 la misma palabra *haguid* que aparece aquí en Dt. 5:5), de modo que al oír a Cristo, podamos oír al mismo Dios y hablarle con toda confianza (He. 4:16), sin temblar.

Versículos 6–22

En esta porción tenemos la repetición de los Diez Mandamientos, en lo cual se puede observar: 1. Que aunque ya habían sido promulgados antes, y escritos, se repiten aquí: 2. Que hay algunas variantes con lo registrado en Éxodo 20. 3. Que la mayor variación aparece en el 4.º mandamiento. En Éxodo 20, la razón que se alega está tomada de la creación del mundo en seis días mientras que aquí se hace referencia a la liberación de Egipto, la cual era tipo de nuestra redención mediante la obra de Jesucristo, en recuerdo de la cual observamos ahora el domingo, como nuevo día de reposo: *Acuérdate que fuiste siervo en tierra*

de Egipto y que Dios te sacó de allí (v. 15). Por consiguiente: (A) Es una señal de gratitud, al poder disfrutar del descanso de un día a la semana, después de la esclavitud en que el trabajo, además de ser extremadamente duro y fatigoso, no cesaba ni un solo día. (B) Es también señal de gratitud, al considerar todas las grandes cosas que Dios ha hecho con nosotros por medio del Señor Jesús. En la resurrección de Cristo fuimos introducidos a la gloriosa libertad de hijos de Dios, *con mano poderosa y brazo extendido.* Ese acontecimiento que *hizo nuevas todas las cosas* (2 Co. 5:17), acabó por completo con todo lo ceremonial de la Ley, para que podamos dedicar al Señor, no un día de la semana, sino todos los días y todos los instantes de nuestra vida. 4. En el 5.º mandamiento se añade *«para que sean prolongados tus días y para que te vaya bien sobre la tierra que Jehová tu Dios te da»* (v. 16). En esta forma cita el 5.º mandamiento el Apóstol (Ef. 6:3). Longevidad y prosperidad eran las dos grandes bendiciones (podría añadirse la fertilidad) que la observancia de este mandamiento comportaba en el Antiguo Testamento; estas bendiciones aparecen sublimadas espiritualmente en el Nuevo, donde una vida corta y atribulada puede igualmente ser bendición de Dios (v. Ro. 5:3–5; Fil. 1:21–23). 5. Los cinco últimos mandamientos están unidos por la conjunción y («No *cometerás homicidio, y no cometerás adulterio, etc*.), la cual falta en Éxodo. Con ello se da a entender que todos los mandamientos de la segunda tabla, la que se refiere al deber hacia nuestro prójimo, están conectados entre sí, puesto que quien no ama a su prójimo, estará dispuesto a inferirle un agravio en sus múltiples formas: contra la vida, contra la honra y fidelidad, contra los bienes, contra la fama, así como a codiciar todo eso. 6. Que estos mandamientos se volvieron a promulgar en medio de una solemnidad (v. 22) que inspiraba pavor.

Versículos 23–33

I. Moisés les recuerda el consentimiento de ambas partes en el pacto del que ahora trataban, y que les fue dado por mediación de Moisés.

1. Primeramente es de observar la consternación del pueblo ante la pavorosa solemnidad con que les era promulgada la Ley. Reconocieron que no podían soportar la voz de Dios: *Este gran fuego nos consumirá; si seguimos oyendo la voz de Jehová nuestro Dios, moriremos* (v. 25).

2. Ruegan encarecidamente que, de allí en adelante, les hable Dios por medio de Moisés, con la promesa de hacer todo lo que él les diga, como si oyeran al mismo Dios (v. 27).

3. Dios otorga su aprobación a este ruego, y nombra a Moisés mensajero suyo para que reciba la ley de los labios de Dios y la comunique al pueblo (v. 31). De ahí en adelante, Dios les iba a hablar por medio de hombres como nosotros, por medio de Moisés y de los profetas, y a nosotros por medio de los apóstoles y de los evangelistas y, si no les creemos a ellos, tampoco nos dejaremos persuadir aun cuando Dios mismo nos hable como lo hizo a Israel en el Sinaí, o realice milagros ante nuestra vista (v. Lc. 16:31).

II. De toda la exposición que acaba de hacerles, infiere Moisés como conclusión el encargo de que observen con toda diligencia, *sin apartarse a diestra ni a siniestra,* todo lo que Dios les ha mandado (vv. 32–33).

CAPÍTULO 6

En este capítulo, Moisés continúa urgiendo al pueblo a guardar los mandamientos, estatutos v decretos de Dios, con aquel temor que es el principio de la sabiduría (Pr. 1:7). Este capítulo contiene los dos pilares fundamentales de la doctrina y de la ética respectivamente, tanto para el antiguo Israel, como para la Iglesia de Dios: la unidad exclusiva de nuestro Dios v. 4, y el apego exclusivo a nuestro Dios (v. 5).

Versículos 1–3

1. Que Moisés enseñó al pueblo todo y sólo lo que Dios le había mandado que enseñase (v. 1). De la misma manera, los ministros de Cristo han de enseñar a las iglesias *todo lo que Él ha mandado* (Mt. 28:20). 2. Que el objetivo de dicha enseñanza era que *guardaran* los mandamientos de Dios (v. 2), y los *pusieran por obra* (v. 3). 3. Que Moisés se esforzó denodadamente en que la mente y el corazón de los hijos de Israel quedasen afianzados en su fe y lealtad al Dios que les sacó de Egipto, hizo de ellos su heredad, una nación santa, y estaba a punto de introducirlos en Canaán.

Versículos 4–16

I. Un breve compendio de la verdadera religión, resume los dos primeros principios de fe y obediencia (vv. 4–5). Los judíos tienen estos dos versículos como la porción más importante de la Escritura; los tienen inscritos en sus filacterias, y se sienten obligados a repetirlos por lo menos dos veces cada día, lo que expresa, en una bienaventuranza, el gozo extraordinario que tal repetición les proporciona: *Bienaventurados somos los que cada mañana y cada tarde decimos: Oye Israel: Jehová es nuestro Dios; Jehová es uno.*

1. *Lo que se nos enseña aquí a creer acerca de Dios:* (A) *Que Jehová es nuestro Dios.* El Dios a quien amamos y servimos, por el que somos protegidos y cuidados, es *Jehová* (o *Yahweh*), es decir, el Ser infinita y eternamente perfecto, autoexistente y todosuficiente. (B) Que Él es el *único* Dios vivo y verdadero. Nadie ni nada puede arrogarse la Deidad, sino sólo Él, en exclusiva. La fe firme en esta verdad debía ser suficiente para mantenerlos libres de toda idolatría, y debería ser suficiente para mantenernos a los creyentes libres del apego idolátrico a las cosas de este mundo. ¡Dichosos los que tienen a Éste por su único Dios, a Él aman por encima de todo, y a Él sirven con todo su ser; porque tienen al único amo que ni cambia ni se les puede morir, y al único bienhechor de quien asirse y en quien refugiarse (Stg. 1–17). (C) Los judíos inconversos y los unitarios de todos los tiempos (como los actuales *Testigos de Jehová,* etc.) han visto en este versículo una negación de la Trinidad de personas en Dios. Sin meternos en argumentos teológicos, podemos asegurar que Deuteronomio 6:4 no es contrario a la Trina Deidad: (a) porque el desdoblamiento de *Jehová* en dos personas es patente en el Antiguo Testamento, no sólo en las varias menciones del divino *Ángel de Jehová,* sino en lugares como Zacarías 3:2, donde el desdoblamiento es evidente; (b) porque la palabra *uno* expresa la *unidad de naturaleza individual* (Jn. 10:30); *«somos UNO …».* (el mismo *uno* de Dt. 6:4; Jn. 17:3), compatible con una misteriosa pluralidad de personas, bien atestiguada en el Nuevo Testamento (por ej. Mt. 28:19). (c) porque el término hebreo *ejad* = uno, proviene del verbo *ajad* = unir; de donde se deduce que el concepto es de *unidad compacta,* que puede darse en una *unidad compuesta.* (d) Que este Dios *único* en las personas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, es la única fuente de aguas vivas (Jer. 2:13); el único Hacedor y Salvador necesario y suficiente de cada ser humano. Por ser el único *necesario,* todos los demás son insuficientes; por ser el único *suficiente,* todos los demás son innecesarios.

2. Lo que aquí se nos enseña referente a la conducta que Dios requiere del hombre, está compendiado en el versículo 5: *Amarás a Jehová tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas.* Ningún rey demandó de sus súbditos *amor.* Más aún, en ninguna otra religión se había jamás demandado el *amor* a sus dioses. Pero la condescendencia de la gracia divina es tal que ha hecho del primer mandamiento (el l.º en orden e importancia) un mandamiento de amor, para que todos nuestros deberes para con Dios se cumplan por amor. El códice alejandrino de la versión de los LXX sustituye *kardías* = corazón, por *dianoias* = mente, por lo que el Señor Jesucristo, al citar de los LXX, añadió *mente* a los tres vocablos de Deuteronomio 6:5. El *corazón* indica el centro de la personalidad y, por tanto, de la conducta; el *alma* es el centro de los deseos e inclinaciones; las *fuerzas* representan las *energías* operativas del ser humano y, con mucha probabilidad, las *posesiones* o bienes de fortuna. La *mente* es el centro del discernimiento (1 Co. 2:14–16).

II. También se prescriben aquí los medios para conservar y observar la verdadera religión en el corazón y en el hogar, para que no se marchite ni decaiga. Estos medios son principalmente dos: 1. La meditación de la Palabra de Dios: *Estas palabras que yo te mando estarán sobre tu corazón* (v. 6). 2. La educación religiosa de los hijos: *Las repetirás a tus hijos* (v. 7). Además, al repetirlas, crece el conocimiento de ellas. Esto nos enseña a aprovechar todas las oportunidades para conversar con quienes nos rodean, no de materias intrincadas ni de opiniones discutibles, sino de las verdades llanas y sencillas

de Dios, que constituyen el *«saber de salvación»* (2 Ti. 3:15). Cuanto más nos familiaricemos con las Santas Escrituras, más las amaremos, las admiraremos, nos alimentaremos de ellas y estaremos deseosos de comunicarlas a otros, comenzando por nuestros familiares. Aquí (vv. 8–9) se dan instrucciones a los hijos de Israel, con el objeto de que tuviesen siempre bien presentes las enseñanzas de Dios. Las *filacterias* eran precisamente las cintas que se ataban a la frente, y en las que se inscribía lo más importante del *shemá*, para tener Deuteronomio 6:4–5 *como un recordatorio ante tus ojos* (v. 8). El Señor Jesucristo censuró a los fariseos (Mt. 23:5), no por llevarlas, sino por la orgullosa ostentación (mera fachada) que hacían de ellas, al llevarlas más anchas que los demás. Con todo, es una costumbre digna de encomio el tener sobre las paredes de los lugares de culto, lo mismo que sobre las paredes de nuestras casas algunas porciones escogidas de la Palabra de Dios, que nos recuerden constantemente la bondad del Señor y nuestro deber de serle agradecidos.

III. Se añade a continuación una exhortación a no olvidarse de Dios en los días de prosperidad y abundancia (vv. 10–12). Estimula la esperanza que habían de tener en la bondad de su Dios dando por seguro que había de introducirles en aquella buena tierra que les había prometido (v. 10), para que no habitasen por más tiempo en tiendas de campaña como los nómadas y los pastores, sino que se asentasen en ciudades y se acomodasen en casas *llenas de todo bien;* así no andarían ya vagando por inhóspitos desiertos, sino que disfrutarían de mansiones convenientemente edificadas y amuebladas, y de huertos y campos bien plantados. Y todo ello, por pura gracia y obra de su Dios: *Ciudades que tú no edificaste, casas que tú no llenaste, cisternas que tú no cavaste, viñas y olivares que no plantaste* (vv. 10–11).

IV. Siguen algunos preceptos y ciertas prohibiciones. 1. En toda ocasión, han de temer, servir y honrar a Dios (v. 13). Esta porción es la que Jesús lanzó al rostro del diablo, cuando éste le tentó en el desierto (v. Mt. 4:10; Lc. 4:8), con el señuelo de obtener los reinos de este mundo y su gloria a trueque de servir a los planes de Satanás y adorarle. 2. También habían de cuidar mucho de no deshonrar a Dios *tentándole,* esto es, poniendo en duda su poder, su providencia, su protección, etc., como en Éxodo 17:2; Isaías 7:12–13, o como si esperasen presuntuosamente la protección divina exponiéndose por propia iniciativa a un peligro al margen de la voluntad de Dios, como es el caso de lo que le proponía el diablo al Señor en otra de las tentaciones, y al que replicó Jesús con el versículo 16 de esta misma porción (v. Mt. 4:7; Lc. 4:12).

Versículos 17–25

I. Moisés les encarga una vez más que guarden los mandamientos de Dios: *Guardad cuidadosamente los mandamientos de Jehová vuestro Dios, etc.* (vv. 17–19).

II. Les encarga que instruyan a sus hijos en los mandamientos divinos, para que no sólo puedan en su tierna edad acompañarles en los servicios religiosos gozosamente y con conocimiento de causa, sino que puedan después en su edad madura cumplir la Palabra de Dios y transmitirla igualmente a los que han de venir después de ellos. Ahora bien:

1. Hay una pregunta apropiada que se supone que los niños han de hacer: *¿Qué significan los estatutos y decretos que Jehová nuestro Dios os mandó?* (v. 20) ¿Qué significan las fiestas que cumplimos, los sacrificios que ofrecemos, y las peculiares costumbres que observamos? Obsérvese aquí: (A) Que todas las instituciones divinas tienen su significado, y que algo muy importante se contiene en ellas. (B) Nos interesa conocer y entender dicho significado, para que podamos rendir al Señor un culto espiritual razonable (Ro. 12:1), no sea que *ofrezcamos animal ciego para sacrificio* (Mal. 1:8).

2. Tenemos aquí la correcta respuesta que ha de haber en los labios de los padres cuando los hijos les hagan una pregunta tan pertinente. ¿Han preguntado los hijos por el significado de las leyes divinas? Díganles que deben ser observadas: (A) En agradecido recuerdo de los favores que recibieron de Dios, especialmente de la maravillosa liberación de Egipto (vv. 21–23). (B) Como condición prescrita por Dios para que pudiesen gozar de posteriores bendiciones: *Para que nos vaya bien todos los días* (v. 24). Si pudiésemos cumplir perfectamente ese solo mandamiento de amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, y poder decir: «Nunca lo he dejado de cumplir», nuestra justicia personal sería tan grande que nos calificaría para disfrutar de los beneficios que comportaba el

estado de inocencia; si continuásemos en la observancia de todo lo que está escrito en el libro de la Ley, estaríamos justificados por la Ley. Pero nadie puede albergar semejante pretensión; así que nuestra obediencia sincera ha de ser aceptada a través de un Mediador, como a través de un Mediador hemos recibido, mediante la sola fe, la gracia de la salvación (Ef. 2:8).

CAPÍTULO 7

En este capítulo, Moisés exhorta a los israelitas a guardar, en general, los mandamientos de Dios, pero muy especialmente a guardarse de toda comunión con los idólatras, y les muestra los muchos motivos que tienen para conducirse de esta manera.

Versículos 1–11

I. Han de precaverse muy estrictamente de toda amistad y comunión con ídolos e idólatras.

1. Se nombran primeramente y se numeran los siete pueblos que habitan la tierra prometida a quienes han de echar de en medio de ellos para de esta manera poder disfrutar en paz y obediencia del beneficio que Dios les otorga (v. 1). Se los especifica con todo detalle, para que Israel sepa los límites y fronteras de la comisión que se les encarga. Ello insinúa que esta operación de limpieza que Dios les encomienda no ha de servir de precedente para justificar las bárbaras leyes que, sin motivo alguno, presentan a otros pueblos guerra sin cuartel. Pero, si Dios les manda ahora que echen de su territorio a esas naciones, no deben ellos permitirles su permanencia en él, ni como colonos, ni como tributarios ni como esclavos. La iniquidad de los amorreos había llegado ya a su límite, y cuanto más se había prolongado la perpetración de dicha iniquidad, tanto más duro había de ser el castigo y más severa la venganza cuando llegase la hora fijada por Dios. La descendencia santa de Abraham no podía mezclarse con los pueblos que cometían tales abominaciones, so pena de ser corrompida por ellos. Así hemos de proceder nosotros con las concupiscencias que combaten contra nuestras almas; Dios las ha puesto en nuestras manos mediante la promesa que dice: *Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros* (Ro. 6:14), a no ser que nosotros nos rindamos a él cobardemente. No hagamos, pues, pacto con nuestros malos deseos, ni les mostremos compasión alguna, sino démosles muerte crucificándolos (Gá. 5:24) y destruyéndolos por completo. No tratemos de engañarnos a nosotros mismos concediéndoles tregua con una indulgencia solapada. Es preciso asegurar el triunfo con un NO rotundo y decidido. Es preciso quemar las naves, para evitar el viaje de vuelta a la condición anterior de pecado y mundanalidad.

2. No deben emparentar con los nativos al celebrar matrimonios mixtos con los que hayan escapado a la espada (vv. 3–4). En los matrimonios mixtos, es más de temer que la parte buena se pervierta, que de esperar a que la parte mala se convierta. Es cierto que, a veces, surge la excepción. Son bendiciones que se deben a la condescendencia divina, pero no disculpan la desobediencia humana. Hay una paráfrasis caldea del versículo 3, que da la razón de este mandamiento: *Porque el que se casa con idólatras, se casa en realidad con sus ídolos.*

3. Deben destruir todos los restos de idolatría que encuentren en el territorio (v. 5): sus altares y estatuas, sus imágenes y sus ídolos; todo ha de ser destruido en señal de abominación y como preventivo contra la infección.

II. Hay muy buenos y fuertes motivos para insistir en esta preocupación.

1. La elección que Dios ha hecho de este pueblo para que sea su pueblo (v. 6).

2. La libre y soberana gracia de la elección de tal pueblo por parte de Dios. Dios ha escogido a Israel por puro amor (v. 8). Todo lo que Dios ama, lo ama así, puesto que no existe un bien anterior que pueda merecer la atención de Dios (v. Os. 11:1; 14:4).

3. Todo el tenor del pacto que Dios había concertado con ellos, en el fondo del cual subyacía la estipulación de que, según se portasen ellos con Dios, así se portaría Dios con ellos.

Versículos 12–26

I. Se repite la advertencia contra la idolatría, y contra la comunión con los idólatras. También se repite el encargo de destruir las imágenes (vv. 25–26). Los ídolos que los gentiles adoraban eran abominación para Dios y, por tanto, debían ser abominación también para ellos; pues todos cuantos aman de veras a Dios, deben aborrecer lo que Él aborrece.

II. Se les promete y se les asegura a todos los niveles el favor de Dios, si son obedientes a los mandamientos que les ha dado. Si ellos son constantes en la obediencia Dios será constante en su beneficiencia. Si ellos se guardan puros de las idolatrías de Egipto, Dios los conservará sanos de *las enfermedades de Egipto* (v. 15). No se refiere a las plagas de Egipto, mediante las cuales actuó milagrosamente Dios para liberarlos, sino a las enfermedades corrientes en Egipto, ya que el clima de este país es muy insano, especialmente en ciertas estaciones del año; tanto que el historiador Plinio describe a Egipto como «la madre de las peores enfermedades» (v. 28:27, 60).

III. La promesa de Dios es de echar a los nativos de la tierra *poco a poco* (v. 22). Así se les dice, para que no se descorazonen por el lento progreso de la conquista, ni piensen que los cananeos no van a ser expulsados, por el hecho de que no sean subyugados al primer año de la entrada en la tierra prometida. Tampoco nosotros debemos pensar que, por el hecho de que la Iglesia se vea perseguida, Dios no va a efectuar jamás su liberación. Dios efectúa su obra a su manera y a su tiempo y podemos estar seguros de que siempre llega a tiempo, porque, desde las alturas de su eternidad, vigila las sazones y controla los tiempos. Podemos descansar seguros, como David, y decir: *«En tu mano están mis tiempos»* (Sal. 31:15). Lo mismo hemos de decir de la santificación; es un proceso paulatino, que ha de hacerse *poco a poco.* Dice un himno inglés: «Tómate tiempo para ser santo». La santificación, como la educación, no se puede atropellar por una impaciencia poco inteligente. A un estudiante que pretendía hacer en seis meses los estudios de tres años, le dijo el rector del Colegio Bíblico en que deseaba matricularse: «Eso depende de lo que quiera usted hacer de su vida. Cuando Dios piensa en hacer una calabaza le sobra con seis meses; pero cuando piensa en formar un roble, le dedica cien años». Finalmente, el *poco a poco* no significa negligencia, sino seguridad (v. 22).

CAPÍTULO 8

Moisés había encargado a los padres que enseñasen la Ley a sus hijos (6:7), repitiéndoles frecuentemente las mismas cosas. Aquí, él mismo hace de padre de los hijos de Israel, inculcándoles insistentemente los mismos preceptos y las mismas precauciones.

Versículos 1–9

El encargo que les hace Moisés aquí es el mismo de antes: que guarden y pongan por obra todos los mandamientos de Dios. Les instruye y exhorta:

I. A que vuelvan la vista al desierto por el que Dios les ha traído. Ahora que ya han llegado a la mayoría de edad y van a entrar en posesión de la herencia, deben recordar la disciplina a que han estado sometidos durante los años pasados y el método que Dios ha usado para llevarlos a la madurez de un pueblo escogido para servirle en santidad. El desierto había sido la escuela en que habían sido formados y alimentados durante cuarenta años, bajo tutores y rectores; y ahora era la ocasión propicia para recordarlo.

1. Debían recordar las estrechuras en que, a veces, se habían encontrado: (A) Para mortificar su orgullo. (B) Para manifestar su perversidad. Dios les había sometido a prueba con todo ello, a fin de que confiaran en sus promesas y obedecieran sus preceptos.
2. Debían recordar igualmente la continua provisión que Dios les había otorgado. Aunque Dios ha destinado el pan para fortalecer el corazón del hombre y ser el alimento básico de su dieta diaria, Dios puede, con todo, mantener y alimentar sin él al hombre, y emplear para ello las cosas más extrañas. El

texto tiene una referencia clara al maná, pero desborda el sentido de cualquier alimento corporal, ya que las necesidades espirituales del hombre son más importantes que las corporales, y sólo pueden ser satisfechas mediante la *Palabra* de Dios, revelación de su voluntad, de su gracia, de su amor. Y esa Palabra, recibida por fe y observada con obediencia, es el alimento de nuestras almas. Por eso, el Señor Jesús tomó de esta porción (v. 3) la respuesta que dio a la primera tentación del diablo (v. Mt. 4:4; Lc. 4:4). De esta Palabra de Dios se alimentaba nuestro Salvador (Jn. 4:34), y de ella hemos de alimentarnos nosotros mediante el mismo Señor Jesús, de quien era tipo el maná (Jn. 6:31–51); Él es *el Verbo de Dios,* es decir, *la Palabra viva y personal del Padre,* por la cual vivimos y somos salvos.

3. Deben también recordar las reprensiones que han recibido de parte de Dios (v. 5). Durante estos años de educación en su infancia espiritual, han sido sometidos a estricta disciplina, y bien que la necesitaban. Fueron disciplinados para no ser condenados (v. 1 Co. 11:32), castigados con vara humana, pero no con la vara que hiere para destruir, sino con la de un padre que desea corregir al hijo cuya felicidad y cuyo bienestar persigue con amor (v. Sal. 94:12–13; He. 12:5 y ss.).

II. Les exhorta a mirar hacia delante, a la tierra de Canaán en la que Dios los iba a introducir. A dondequiera que miremos tanto los recuerdos como las esperanzas nos equiparán con suficientes argumentos para que obedezcamos al Señor.

Versículos 10–20

Después de mencionar la gran abundancia que habían de encontrar en la tierra de Canaán Moisés se ve en la necesidad de precaverles contra el abuso de tal abundancia, pues era un pecado al que se sentirían tanto más inclinados ahora que entraban en aquella viña del Señor, cuanto que venían de un desierto estéril.

I. Les exhorta a que cumplan el deber que impone una condición próspera (v. 10). De todo lo que habían de disfrutar, de Dios había de ser la gloria, y a Él habían de darle las gracias. Así como nuestro Salvador nos enseñó a dar gracias antes de comer (Mt. 14:19–20), así también se nos enseña aquí a darlas después de comer. *Dando siempre gracias por todo*—dice el Apóstol—(Ef. 5:20), especialmente al recibir de Dios el sustento diario (v. Ro. 14:6, 1 Co. 10:30–31; 1 Ti. 4:3–4). De esta ley tomaron los judíos piadosos la costumbre laudable de bendecir a Dios, no sólo en sus comidas, sino en muchas ocasiones; si bebían una copa de vino, levantaban sus manos y decían: *Bendito sea el que creó el fruto de la vid que alegra el corazón.* Incluso al oler una flor, decían: *Bendito el que hizo esta flor suave y fragante.*

II. También les previene contra las tentaciones de una condición próspera. 1. *Cuídate de no olvidarte de Jehová tu Dios … no suceda que comas y te sacies … y se enorgullezca tu corazón* (vv. 11–14). Cuando sube la fortuna y crece la hacienda, hay peligro de que se suba la mente y se hagan altivos los ojos en autosuficiencia, autocomplacencia y también en autoconfianza. 2. *No sea que … te olvides de Jehová tu Dios.* Cuando una persona se enriquece, le viene la tentación de pensar que no necesita de la religión. En efecto, la palabra *salvación* connota un aprieto, una necesidad, un estado miserable del que se sale con la ayuda de otro. Pero, el que ve que sus necesidades presentes están ampliamente cubiertas y se siente seguro en su posición económica y social, ¿qué entenderá por *salvación,* a menos que no pierda de vista su constante necesidad espiritual? (v. Ap. 3:17). ¡Desgraciado del que se cree feliz sin Dios! Será un impío y un egoísta; su falso concepto de la dignidad le impedirá agacharse, y su falso concepto de la libertad le impedirá servir.

CAPÍTULO 9

El objetivo de Moisés en este capítulo es convencer al pueblo de Israel de su completa indignidad para recibir de Dios aquellos favores que ahora les iba a otorgar. Les asegura la victoria sobre los enemigos, pero les advierte que no se deberá a sus méritos, sino a la justicia, a la misericordia y a la fidelidad de Dios. Les recuerda sus grandes pecados y rebeliones y la intercesión que él ha tenido que ejercitar por ellos delante de Dios.

Versículos 1–6

La llamada de atención: *Oye, Israel* (v. 1) insinúa que se trata de un nuevo discurso de Moisés.

I. Moisés pone delante de la consideración del pueblo la formidable fuerza de los enemigos con quienes se van a encontrar muy pronto (v. 1). Esta representación es muy parecida a la que hicieron los malos espías (Nm. 13:28, 33), pero está hecha con muy diferente intención; aquélla iba encaminada a apartarlos de Dios y arruinar las esperanzas que tenían en Él; ésta tenía por objeto acercarlos más a Dios y a poner toda su esperanza solamente en Él.

II. Les da por segura la victoria, en virtud de la presencia de Dios en medio de ellos, a pesar de toda la fuerza de los enemigos (v. 3).

III. Les previene contra cualquier pensamiento de su propia justicia y suficiencia, como si a ello se debiesen estos favores de la mano de Dios. Nótese que nuestra posesión del Canaán celestial, así como ha de atribuirse al poder de Dios y no a nuestra propia fuerza, así también ha de atribuirse a la gracia de Dios y no a nuestros propios méritos.

IV. Les da a entender las verdaderas razones de por qué Dios iba a quitarles de las manos a los cananeos esta buena tierra, y a ponerla en manos de Israel.

Versículos 7–29

Para que no se les ocurra jamás pensar que Dios los ha traído a Canaán por *la justicia de ellos,* Moisés les muestra aquí qué gran milagro de la misericordia de Dios ha sido el que no hayan perecido todos en el desierto: *Acuérdate; no olvides que has provocado la ira de Jehová tu Dios en el desierto* (v. 7). Como si dijera: Lejos de merecer el favor de Dios, no has hecho otra cosa que provocar su ira y exponerte a su desagrado. Habían sido un pueblo provocador desde su misma salida de Egipto (v. 7). Aunque Moisés sólo registra algunas incidencias del primero y del último de los 40 años que pasaron en el desierto, parece ser por estas palabras que no fueron mejores en el resto de dicha peregrinación, sino que fue una continua provocación.

Si tomaban esto en consideración, se percatarían de que, cualquiera que fuese el favor que Dios les otorgase en lo venidero, al someter a los enemigos y ponerles a ellos en posesión de la tierra de Canaán, no sería debido a la integridad de ellos. También a nosotros nos conviene recordar, de vez en cuando nuestros pecados de antaño, y revisar con pena y con vergüenza el archivo de nuestra conciencia, para que veamos cuánto le debemos a la pura, libre y soberana gracia de Dios, y reconocer con toda humildad que, a los ojos de Dios, no hemos merecido otra cosa que ira y maldición.

CAPÍTULO 10

En este capítulo, Moisés pone delante de los israelitas la gran misericordia que Dios ha tenido con ellos, no obstante las rebeliones con que le han provocado. Así les hace ver la obligación que tienen de temer, amar y servir a Dios.

Versículos 1–11

Cuatro eran las cosas por las que Dios mostró que estaba reconciliado con Israel, para hacer de ellos un pueblo grande y feliz.

I. Les dio por escrito su Ley en prenda firme de su favor. Al poner Dios su Ley en nuestros corazones y escribirla en lo más recóndito de nuestro interior, nos da la evidencia más segura de que estamos reconciliados con Él, y las mejores arras de nuestra futura felicidad en Él. Dios enviará su Ley y su Evangelio a aquellos cuyos corazones estén preparados como arcas para recibirlos y guardarlos. Cristo es,

de modo especial, el Arca en que nuestra salvación está guardada con seguridad, para que en sus manos no se pierda como se perdió en las manos del primer Adán. Las dos tablas de la Ley, labradas por las manos de Moisés, fueron colocadas fielmente dentro del Arca. Y *allí están*—añadió Moisés—(v. 5), y apuntan probablemente hacia el santuario. De acuerdo con la tradición rabínica, Moisés depositó también en el Arca, los fragmentos de las primeras tablas. Así quedaría más patente el quebrantamiento de la Ley cuando adoraron el becerro de oro. Moisés les recuerda que aquel tesoro que le fue encomendado, él se lo transmitió a ellos fielmente y allí estaba en manos de ellos, con la responsabilidad que esto entrañaba. Así también nosotros hemos de decirles a los de la nueva generación: Dios nos ha confiado su Palabra, su Ley y sus ordenanzas, etc., como señales de su presencia y de su favor, y ahí están; las confiamos a vosotros (v. 2 Ti. 1:13–14).

II. Fue delante de ellos guiándolos a Canaán, aunque ellos se volvían hacia Egipto en sus corazones, y bien podía Dios haberles complacido en sus engaños (vv. 6–7).

III. Constituyó un ministerio estable entre ellos, para tratar con ellos en lo concerniente a las cosas santas. Un ministerio estable es una gran bendición para el pueblo de Dios y una señal especial del favor de Dios. Bajo la Ley, se mantenía la sucesión del ministerio vinculando el oficio a una determinada tribu y a una determinada familia; pero ahora, bajo el Evangelio, después que el Espíritu Santo ha sido derramado con toda abundancia y poder, la sucesión se mantiene mediante la operación del Espíritu en los corazones de los hombres, cualificando debidamente a las personas e inclinándolas al ministerio, en todo lugar y tiempo.

IV. Aceptó a Moisés como abogado e intercesor en favor de ellos, y lo constituyó príncipe y guía del pueblo (vv. 10–11): *Jehová me escuchó y desistió de destruirte. Y me dijo Jehová: Levántate anda, para que marches delante del pueblo.* Fue una gran bendición para ellos tener un amigo así, tan fiel para el que le había consituido y tan fiel para aquellos en favor de los cuales había sido constituido.

Versículos 12–22

Aquí tenemos una exhortación sumamente patética a obedecer.

I. Nos vemos aquí confrontados directamente con nuestros deberes hacia Dios, hacia el prójimo y hacia nosotros mismos.

1. Se nos enseñan primero nuestros deberes para con Dios. Debemos *temer a Jehová nuestro Dios* (vv. 12, 20). Temerle como a un gran Dios y Señor, y amarle como a un buen Dios y Padre. *A Él sólo hemos de servir* (v. 20), *con todo corazón y con toda el alma* (v. 12). Todo lo que hemos de hacer para con Él, lo hemos de hacer gozosamente y de buen grado. Debemos *guardar sus mandamientos y sus estatutos* (v. 13).

2. Se nos enseñan después nuestros deberes para con el prójimo: *Amaréis al extranjero* (v. 19). Esta demanda de amar al extranjero no tiene par en las leyes antiguas de ningún pueblo. En tiempos posteriores, este término (hebreo *ger)* vino a representar especialmente al *prosélito,* a quien se había de acoger con peculiar afecto. Pero, si hemos de amar al extraño, ¡cuánto más a nuestros hermanos! Dos razones se dan aquí como bases de este deber:

(A) La providencia ordinaria de Dios, que se extiende a todos los pueblos (v. 17), pues los ha hecho a todos *de una misma sangre* (Hch. 17:26). Dios *ama al extranjero* (v. 18), es decir, a todos da la vida, la respiración y todas las cosas (Hch. 17:25) y, por ello, también a los gentiles, excluidos *de la ciudadanía de Israel y extranjeros en cuanto a los pactos de la promesa* (Ef. 2:12). (B) La condición angustiosa en que los israelitas mismos se habían encontrado, cuando eran extranjeros en Egipto. Quienes se han encontrado en apuros y han sido liberados por la misericordia de Dios, han de simpatizar profundamente con quienes se hallan en apuros parecidos y se han de mostrar compasivos y amables con ellos.

3. Se nos enseñan finalmente nuestros deberes para con nosotros mismos: *Circuncidad el prepucio de vuestro corazón* (v. 16), es decir, echad de vosotros—cortad y arrancad—todo afecto mundano e inclinación corrompida, que os impida temer, amar y servir a Dios. La circuncisión del corazón sirve para

hacernos dóciles al yugo de Dios y *no endurecer nuestra cerviz.* Una cerviz endurecida denota un talante altivo, incapaz de doblegarse en humildad.

II. Viene después la más patética exhortación a cumplir fielmente esos deberes.

1. Hay que considerar la grandeza y majestad de Dios y, por ello, hay que temerle y, en consecuencia, servirle y obedecerle (vv. 20–21).

2. Hay que considerar igualmente la bondad y la gracia de Dios y, por ello, hay que amarle, servirle y obedecerle. Su bondad pertenece a Su gloria tanto como Su majestad, pues estas dos son las vertientes de la *santidad* de Dios: un Ser infinito, infinitamente lejano por su pureza y su trascendencia; un Ser infinito, infinitamente cercano por su bondad y por su inmanencia.

CAPÍTULO 11

Con este capítulo concluye Moisés el prólogo a la repetición de los estatutos que el pueblo de Israel ha de observar. Tras haber mencionado al final del capítulo precedente las grandes cosas que Dios había hecho en favor de ellos, y repetir al comienzo del presente capítulo el mandato general de amar a Dios y guardar sus ordenanzas (v. 1), pasa a detallar algunas de las grandes obras que había realizado Dios ante los ojos de ellos, y termina poniéndoles en la alternativa de escoger el mal o el bien, la muerte o la vida, la maldición o la bendición.

Versículos 1–7

Guardarás sus ordenanzas (v. 1), esto es los oráculos de Su Palabra y las ordenanzas de Su culto, que a ellos habían sido confiadas y de las cuales eran responsables. Es una frase que se usa con frecuencia en lo concerniente al oficio de los sacerdotes y levitas, en cuanto a que todo Israel era un reino de sacerdotes, una nación santa. Obsérvese la conexión entre estas dos frases: *Amarás a Jehová tu Dios; y: Guardarás sus ordenanzas,* ya que el amor se ha de mostrar en obediencia y, por otra parte, sólo es aceptable la obediencia que fluye del amor (v. 1 Jn. 5:3).

Versículos 8–17

Moisés sigue e insiste en lo mismo, sin decidirse a dar por rematado el asunto mientras no haya conseguido su propósito: *Para entrar en la vida,* para entrar en Canaán tipo de la vida verdadera en Cristo, en aquella tierra buena, *guarda los mandamientos* (Mt. 19:17). *Guardad, pues, todos los mandamientos que yo os prescribo hoy* (v. 8); *amando a Jehová vuestro Dios, y sirviéndole con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma* (v. 13).

No les va a enseñar el arte de la guerra, cómo tensar el arco cómo empuñar la espada, cómo guardar las filas, para que sean fuertes y entren a poseer la tierra; no, sino que basta con que observen los mandamientos de Dios *para que sean fortalecidos y entren a poseer la tierra* (v. 8). Es el pecado el que tiende a debilitar a una persona y acortarle los días; como es el pecado el que debilita la prosperidad de un pueblo y le acorta los éxitos, pero la obediencia prolonga la vida, asegura la paz y fomenta la prosperidad. En abundancia o escasez, todo favorece a que amemos y sirvamos a Dios; si Dios ha provisto abundantemente para nuestra comodidad y conveniencia, tanto más hemos de abundar nosotros en gratitud y servicio para Él y, cuanto menos tengamos que preocuparnos de nuestro cuerpo, tanto más podremos preocuparnos de nuestra alma y de las cosas de Dios; por otra parte, la escasez de medios de fortuna nos ha de tener más pendientes de la providencia divina, más confiados en su bondad, menos apegados a las cosas de este mundo, menos propensos a infatuarnos (v. 16).

Para exhortarles a mantenerse; *apartados de los dioses ajenos,* Moisés les advierte muy seriamente que, si se vuelven a otros dioses: 1. *Se encenderá el furor de Jehová sobre ellos.* 2. Y todas las cosas buenas les serán retiradas; los cielos retendrán su lluvia, y la tierra no dará su fruto, con lo cual ellos mismos habrán de perecer (v. 17).

Versículos 18–25

I. Moisés repite las instrucciones que había dado para dirección y ayuda del pueblo en su obediencia. A todos nosotros van dirigidas las tres normas que aquí se dan: 1. Que nuestro corazón se llene de la Palabra de Dios: *Pondréis estas mis palabras en vuestro corazón y en vuestra alma* (v. 18). 2. Que nuestros ojos estén fijos en la Palabra de Dios: *Las ataréis como señal en vuestra mano,* la cual siempre está a la vista (Is. 49:16), y *serán por frontales entre vuestros ojos,* para que, a dondequiera que dirijamos la mirada, tengamos siempre presentes los mandamientos de Dios. 3. Que nuestra lengua se use para la Palabra de Dios: Y *las enseñaréis a vuestros hijos, hablando de ellas, etc.* (v. 19). *Si* la Palabra de Dios es el asunto constante y primordial de nuestras conversaciones, especialmente delante de nuestros hijos, la difícil sumisión de la lengua (Stg. 3:8), que es un *deber* (Stg. 3:10), llegará a ser una realidad en la medida que lo permite nuestra condición actual.

II. Repite también las seguridades que antes les había dado en nombre de Dios, de prosperidad y éxito, bajo la condición de que sean obedientes. No hay cosa que tanto contribuya al bienestar de una nación, presentándola como valiosa para sus aliados y como formidable para sus enemigos, como la observancia de la Ley de Dios, porque, si Dios está con ella, ¿quién estará (se mantendrá de pie) contra ella? Y Dios está de cierto con los que sinceramente le aman y le sirven.

Versículos 26–32

Moisés concluye en esta porción su exhortación general a la obediencia.

I. Resume todos sus argumentos en favor de la obediencia en dos palabras: *bendición y maldición* (v. 26), y la maniobra así sobre la esperanza y el temor, que son los dos asideros del alma, con los que se la agarra, se la retiene y se la maneja.

II. Señala para un plazo determinado una pública y solemne proclamación de la bendición y de la maldición que ha puesto delante de ellos, y que se llevará a cabo sobre los montes Gerizim y Ebal (vv. 29–30), que son las montañas más prominentes a ambos lados de lo que es territorialmente el centro natural de Palestina. Instrucciones más detalladas para esta solemnidad se encuentran en 27:11 y siguientes y el relato de su realización se halla en Josué 8:33 y siguientes. Se llevó a cabo inmediatamente después de su entrada en Canaán, a fin de que al comenzar a tomar posesión de la tierra, supiesen cuáles eran las condiciones para disfrutarla felizmente y el riesgo que entrañaba el incumplimiento de tales condiciones.

CAPÍTULO 12

En este capítulo Moisés pone delante del pueblo los estatutos y decretos en cuya observancia habían de poner un cuidado especial después de su entrada en Canaán, y comienza por los que se refieren al culto de Dios, y especialmente por los aspectos detallados en el segundo mandamiento, en los que Dios se mostraba particularmente celoso.

Versículos 1–4

De aquellas verdades básicas: Que Jehová es el Dios de Israel y que el Dios vivo y verdadero es único, surgen las leyes fundamentales: Que a ese Dios hay que adorar, y a Él solamente; y que, por consiguiente, no hemos de servir ni adorar a otro dios fuera de Él, éste es el primer mandamiento. El segundo mandamiento está puesto como salvaguardia del primero. A fin de prevenirnos contra el peligro de acogernos a dioses falsos, se nos prohíbe adorar al verdadero Dios a la manera que son adorados los falsos dioses, y se nos manda atenernos a las ordenanzas instituidas para observar un culto correcto, a fin de que podamos alcanzar el objetivo mismo del culto, que es adorar en espíritu y en verdad al Dios verdadero que es Espíritu (Jn. 4:24). Esta es la razón por la cual Moisés se extiende tanto en la exposición

del segundo mandamiento, ya que a esto se refiere principalmente lo contenido en este capítulo y en los cuatro siguientes.

I. Encarga a los israelitas que destruyan y extirpen todo aquello con que los cananeos habían dado culto a sus ídolos (vv. 2–3). Los lugares altos que ahora habían de ser demolidos eran estelas o pilares de piedra colocados en la cima de los montes y collados, como si la altura del suelo les pusiese en contacto más cercano con sus dioses, y debajo de los árboles, a los que se atribuía cierta influencia mágica, ya favorable, ya adversa, y donde el culto a los ídolos era acompañado de ritos obscenos y abominables (v. 31; Os. 4:13). Moisés comienza por aquí los estatutos que se refieren al culto divino, porque debe existir un profundo aborrecimiento de lo que es malo, antes de que se de una permanente adhesión a lo que es bueno (Ro. 12:9). El reino de Dios ha de establecerse, tanto en personas como en lugares, sobre las ruinas del reino del diablo, por cuanto no pueden existir juntos, ya que no puede haber comunión alguna entre Cristo y Belial (2 Co. 6:14–16).

II. Les encarga que no introduzcan en el culto de Dios ritos y costumbres de los que usan los idólatras, ni siquiera con el pretexto de embellecer de alguna manera el culto al verdadero Dios. Aquí se muestra la equivocación, y aun profanación, que cometen quienes, so pretexto de modernizar, atraer y amenizar los cultos, introducen en ellos ciertas cosas más apropiadas para una discoteca que para un lugar de adoración a la majestad divina (v. 4).

Versículos 5–32

No hay, que yo recuerde, ningún otro precepto en la Ley de Moisés en que tanto se insista y que tanto se inculque como éste por el que se obliga a los israelitas a traer todos sus sacrificios al altar erigido en el atrio del tabernáculo, y sólo a él, y a celebrar allí todos los ritos de la religión judaica; porque, en cuanto a las devociones privadas, no cabe duda de que los hombres podían orar, como nosotros ahora, en cualquier lugar, según lo hacían en las sinagogas. El mandato de hacerlo así, y la prohibición de contravenir esta orden, se repiten aquí: 1. Por la extraña inclinación del pueblo hacia la idolatría y la superstición. 2. Por la gran utilidad que tendría la observancia de este precepto en orden a preservar entre ellos la unidad y el amor fraternal, ya que al reunirse todos en un mismo lugar, se había de mantener más fácilmente la unanimidad de mente, corazón y conducta. 3. Por el significado que tenía la designación de este solo lugar, ya que ello comportaba la creencia en aquellas dos grandes verdades que después encontramos juntas (1 Ti. 2:5): *Que hay un solo Dios, y un solo Mediador entre Dios y los hombres.*

Vengamos ya a los aspectos particulares que este precepto incluye en su parte positiva.

I. Se les promete aquí que, cuando ya estén asentados en Canaán y *hayan reposado de todos sus enemigos,* Dios va a escoger un cierto lugar que Él señalará para que sea el centro de sus reuniones y a Él lleven todos sus sacrificios y ofrendas (vv. 10–11). No señala de momento el lugar, como había hecho con los montes Gerizim y Ebal para pronunciar las bendiciones y las maldiciones (11:29), sino que reserva para después el hacerlo, para que así estén dispuestos a esperar del Cielo posteriores instrucciones y la dirección personal de Dios, una vez que Moisés les haya sido arrebatado. De momento, el Arca era la señal de la presencia divina, y dondequiera que se encontrase el Arca, allí se invocaba el nombre de Dios, y allí residía Él. El primer lugar que Dios escogió para su residencia en el Arca fue Siló; y, después que aquel lugar quedó deshonrado por el pecado, la hallamos en Quiryat-jearim (1 S. 7:1) y otros lugares. Todos estos lugares eran residencia *provisional* del Arca, ya que sólo durante el reinado de David alcanzó Israel reposo completo de sus enemigos; de ahí que fuese entonces cuando surgió en el corazón de David el deseo de edificar el Templo (2 S. 7:1 y ss.). Por eso dijo Dios a Salomón, refiriéndose a dicho Templo: *He elegido para mí este lugar por casa de sacrificio* (2 Cr. 7:12, comp. con 2 Cr. 6:5). Ahora, en esta dispensación de la gracia, no tenemos templo que santifique al oro (ya no son *sagradas* las piedras muertas, sino que el templo de Dios se levanta con piedras vivas; 1 P. 2:5), ni altar que santifique a la ofrenda, sino sólo a Cristo, que se ofreció una vez por todas en el altar de la Cruz (He. 13:10); y en cuanto a lugares de culto y clases de sacrificios, ya predijo Dios por medio del profeta Malaquías, que *en todo lugar se ofrecería a su nombre incienso y ofrenda limpia* (v. 1 Ti. 2:8; Ro. 12:1). Y el Señor declaró a la mujer de Samaria que los adoradores aceptos a Dios eran los que le adoraban en espíritu y en verdad, sin consideración ni al monte Gerizim ni al Templo de Jerusalén (Jn. 4:23–24).

II. Se les manda traer todos sus holocaustos, ofrendas y sacrificios de expiación al lugar que Dios había de escoger (vv. 6, 11).

III. Se les manda que se alegren y celebren fiesta en sus solemnidades sagradas delante del Señor, con gozo santo. El *gozo* es fruto del Espíritu Santo (Gá. 5:22) y, por eso, con gozo hemos de glorificar a Dios, edificarnos a nosotros mismos, cultivar nuestras mentes mediante la gracia de Dios, el estudio de Su Palabra y la fe en Su providencia, avivar los santos afectos y resoluciones de nuestro corazón, y confirmar las buenas costumbres de nuestra vida cristiana, de esta manera se alimenta el alma. Por eso se les mandaba a los israelitas regocijarse delante de Jehová (v. 12). Sí, es la voluntad de Dios que le sirvamos con gozo. Nada desagradaba a Dios tanto como el que *cubrieran de lágrimas el altar* (Mal. 2:13). Por aquí se ve cuán bueno es el Señor a quien servimos, pues nos ha impuesto como un deber cantar mientras trabajamos para Él.

Parece ser que, mientras vagaban por el desierto, no comían la carne de los animales que se usaban para los sacrificios sin que dichos animales fuesen primeramente degollados a la puerta del tabernáculo, y parte de la víctima se presentase a Dios como ofrenda de paz (Lv. 17:3–4). Pero al llegar a Canaán, donde la mayoría había de vivir a gran distancia del tabernáculo, podían matar de sus rebaños y ganados lo que bien les pareciese para su sustento, sin tener que traer al altar parte de ello con la única condición de que no comiesen la sangre (vv. 16, 23). Si no podían traer la sangre al altar para derramarla ante el Señor, como algo que le pertenecía (la vida), la habían de derramar en tierra, en señal de que la vida no les pertenecía a ellos, sino a Dios, el Dador de la vida y el único a quien hay que entregarla en señal de expiación por el pecado. El obispo Patrick opinaba que había un motivo adicional en esta prohibición de comer la sangre, y era el impedir que se contagiasen con el error supersticioso de los antiguos idólatras, quienes creían que sus falsos dioses se deleitaban en la sangre de sus sacrificios y, por eso, al beber sangre se imaginaban que tenían comunión con ellos.

Nunca hubo un gobernador tan bueno como Moisés, y estaríamos inclinados a pensar que nunca tendrían tan buena oportunidad de guardar el buen orden y la disciplina en el pueblo de Israel como ahora que se encontraban tan juntos, acampados bajo la mirada de su gobernador; sin embargo, parece ser que dejaban mucho que desear y se habían deslizado entre ellos muchas irregularidades. «Pero cuando entréis en Canaán—dice Moisés—, *no harás así a Jehová tu Dios*» (v. 31). Cuando el pueblo de Dios se halla en una situación inestable, se pueden pasar por alto algunas cosas que no se deben tolerar en tiempo normal. Moisés estaba ahora a punto de acabar su vida mortal y, con ella, su gobierno sobre el pueblo, y era para él un consuelo prever que Israel se vería durante la época siguiente en mejor situación que durante la presente que estaba a punto de acabar.

CAPÍTULO 13

En este capítulo, Moisés previene al pueblo contra el peligro de idolatría y les incita a que acaben rápidamente contra todo brote de esta maldad, provenga de donde provenga.

Versículos 1–5

I. Una extraña suposición (vv. 1–2). 1. Es realmente extraño que pudiera surgir entre ellos mismos alguien que al pretender haber tenido alguna visión profética, pudiese instigarles a *ir en pos de otros dioses y servirles* (v. 2). ¿Es posible que un israelita, y con capa de profeta, pudiese hacerse culpable de tal impiedad? Con todo, algo parecido podemos ver en nuestros días, sin que nos resulte extraño; pues vemos multitudes que profesan creer y practicar el cristianismo y, sin embargo, se estimulan a sí mismos y a otros, no sólo a adorar a Dios por medio de imágenes, sino también a rendir honores divinos a santos y ángeles. 2. Así que Moisés quiere fortalecerles contra los peligros de imposturas *y prodigios mentirosos* (2 Ts. 2:9).

II. Dos cosas les encarga con la mayor insistencia:

1. No dar oído a la tentación: *No darás oído a las palabras de tal profeta* (v. 3). No sólo no harás lo que te diga el tentador, sino que ni siquiera te detendrás a escuchar lo que te diga, sino que lo rechazarás con el mayor desdén y aborrecimiento. Cumple fielmente con tu deber, y estarás a salvo de todo daño. Dios nunca nos desamparará si antes no le dejamos nosotros a Él.

2. No tener compasión del tentador (v. 5). Hay que impedir que se extienda la infección, y para eso es menester amputar pronto el miembro gangrenado, pues, con casos tan peligrosos como éste, han de tomarse rápidamente todas las medidas necesarias.

Versículos 6–11

En esta porción, se previene al pueblo contra el peligro de recibir la infección idolátrica de parte de los más allegados, como un hijo o la propia esposa. Recordemos que Satanás tentó a Adán por medio de Eva, y a Jesucristo por medio de Pedro.

Versículos 12–18

Aquí se trata del caso de toda una ciudad que hubiese sido persuadida a abandonar al Dios de Israel *para servir a dioses ajenos* (v. 13).

I. Se supone que tal crimen sería cometido: 1. Por una de las ciudades de Israel, es decir, de las situadas dentro de los límites de la tierra prometida. Se trata de una ciudad que se supone haber adorado al verdadero Dios y darse después al crimen de idolatría volviéndose a otros dioses para servirlos, con lo que se da a entender la magnitud del delito. 2. Se supone que el delito lo cometen los habitantes de la ciudad en general. *3.* Se supone que han sido incitados a la idolatría *por ciertos hombres impíos* (lit. *«hijos de Belial»). Belial* equivale al *diablo* (2 Co. 6:15), así que los hijos de Belial son los hijos del diablo (v. Jn. 8:44).

II. El procedimiento para encausar a los culpables ha de seguirse con toda diligencia y paciente investigación: *Inquirirás, y buscarás y preguntarás con diligencia* (v. 14).

III. Si se prueba el delito, supuesta la contumacia, la ciudad debe ser completamente destruida. Si hubiese allí algunos pocos hombres rectos, no cabe duda de que ellos mismos se retirarían juntamente con sus familias, de un lugar tan peligroso. Los fieles adoradores del verdadero Dios deben aprovechar todas las oportunidades para mostrar su justa indignación contra la idolatría lo mismo que contra el ateísmo y la incredulidad que comporte actitudes antirreligiosas. Puede haber quien juzgue esta conducta como impolítica y contra los intereses de la nación. ¿Acaso no es impolítico destruir toda una ciudad por un delito que tiene que ver meramente con la religión? ¿No se ha de escatimar algo mejor la sangre de los israelitas? Sin embargo, Moisés no piensa así. «No temáis—viene a decirles—. Dios os multiplicará más y mejor; el cuerpo de vuestra nación no perderá nada con hacer salir de él la sangre corrompida.» Aun cuando los idólatras puedan escapar del castigo que imponen los hombres, Dios nuestro Señor no permitirá que escapen de sus justos juicios.

CAPÍTULO 14

En este capítulo, Moisés enseña al pueblo la manera en que se han de distinguir de los pueblos vecinos en cuanto al modo de hacer duelo por los difuntos y en cuanto a las carnes de que se pueden alimentar. El capítulo termina detallando la ley de los diezmos.

Versículos 1–21

Moisés le dice al pueblo de Israel:

I. La alta dignidad que Dios le ha concedido, distinguiéndolo, como a pueblo suyo especial, con tres privilegios exclusivos: 1. Su elección como pueblo escogido: *Jehová te ha escogido* (v. 2). No los había escogido porque, entre todas las demás naciones, ellos se hubiesen dedicado y sometido a Él fielmente, sino que los había elegido Él por su pura, libre y soberana gracia para que fuesen su pueblo. 2. Su adopción como hijos de Dios: *Hijos sois de Jehová vuestro Dios* (v. 1). Era un pueblo que Él mismo había elegido y formado, para reconocerlo como su familia peculiar en la tierra, *los que estaban cerca* (Ef. 2:17). En efecto, Dios está cerca de todos (Hch. 17:27–28), pero no todos están cerca de Dios, sino sólo los que, por el sacrificio de Cristo, tienen acceso al trono de la gracia (He. 4:15–16). 3. Su santificación, como hijos de un Dios Santo: *Porque eres pueblo santo a Jehová tu Dios* (v. 2). Es decir, un pueblo separado y puesto aparte para Dios, dedicado a Su servicio, destinado para Su gloria y alabanza, gobernado por Su santa Ley, favorecido con Su santo tabernáculo, ocupado primordialmente en las sagradas ordenanzas concernientes al santuario.

II. La alta responsabilidad que sobre ellos había depositado más que a ninguna otra nación, en el modo de comportarse de modo diferente a los demás pueblos. En dos cosas habían de distinguirse, en particular, de las demás naciones:

1. En el modo de hacer duelo por los difuntos: *No os sajaréis ni os raparéis a causa de muerto* (v. 1). Los gentiles se sajaban como signo de pesar, no sólo en los funerales por sus difuntos, sino en señal de lamentación suplicante ante sus ídolos (1 R. 18:28). Pensaban, sin duda, que con el derramamiento de su sangre y el sufrimiento del dolor podían aplacar a sus dioses infernales. En cambio, a los israelitas se les prohíbe lamentarse de esta manera: (A) Porque no les estaba permitido desfigurar su cuerpo en modo alguno. (B) Porque, como hijos de un Dios bueno y providente, debían acatar sus designios con paciente resignación. Esto tiene todavía mayor fuerza para nosotros, que hemos recibido una revelación más completa de la patria celestial y de la bienaventuranza que acompaña a los que mueren en el Señor (Ap. 14:13). Animados por una esperanza tan gloriosa no debemos dejarnos dominar por la tristeza en la muerte de nuestros seres queridos (1 Ts. 4:13), sino anhelar compartir la suerte de quienes pasan a la presencia del Señor (2 Co. 5:6–8).

2. Deben distinguirse también en su alimentación. (A) Que habían de abstenerse, como de cosa ceremonialmente inmunda, de muchas clases de carne que otros pueblos comían ordinariamente y que son lo suficientemente sanas, aunque no cabe duda de que había también alguna razón sanitaria en la prohibición de la mayoría de dichas carnes. (a) En cuanto a los cuadrúpedos, se enumeran aquí más detalladamente que en el Levítico los que estaban permitidos para comer. (b) En cuanto a los peces, sólo se da una regla general: Únicamente se puede comer *lo que tiene aleta y escama*, todo lo demás que vive en el agua es *inmundo y prohibido* (vv. 9–10). (c) En cambio, no se da regla general en cuanto a las aves, sino que se mencionan en detalle las que no podían comer, por no ser limpias, dándose el caso de que ninguna de las que se prohíben se come ordinariamente entre nosotros. (d) Además de esto, hay dos cosas más que aquí se prohíben: *Primera*, comer de cualquier animal que haya muerto de muerte natural, por no haberle sido extraída la sangre, y además de ser inmundo, ceremonialmente (Lv. 11:39) no es sano para la salud. *Segunda, cocer el cabrito en la leche de su madre* (v. 21), de acuerdo con lo de Éxodo 23:19; 34:26, y ya comentado en su lugar. (B) En cuanto a todos estos preceptos concernientes a la alimentación: (a) Está claro en la Ley misma que tenían que ver sólo con los judíos, y tenían, por consiguiente, carácter ceremonial, no moral, puesto que, aun cuando ellos no podían comer de los animales prohibidos, podían dar a comer de su carne o venderla a un extranjero, tanto si éste venía de fuera como si vivía en medio de ellos (v. 21). (b) Está claro igualmente que, como todo lo ceremonial (Col. 2:16), ya no tienen vigencia en la era del Evangelio, *porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias* (1 Ti. 4:4, comp. con Mr. 7:19—según la lectura más probable—; Hch. 10:15).

Versículos 22–29

Parte del estatuto concerniente a los diezmos. Los productos del campo rendían dos veces el diezmo, de modo que, en conjunto, una quinta parte de la producción era dedicada a Dios y las otras cuatro quintas partes eran para el uso común de los israelitas. El primer diezmo estaba destinado al mantenimiento de los levitas. Este segundo diezmo había de extraerse una vez que se hubiese entregado a los levitas el primero.

I. Se les encarga separarlo y ponerlo aparte para Dios: *Indefectiblemente diezmarás todo el producto del grano que rinda tu campo cada año* (v. 22).

II. Se les instruye acerca del modo de usarlo, una vez que lo hayan separado. Este segundo diezmo ha de usarse:

1. Para consumirlo ellos mismos en la Ciudad Santa (Jerusalén), que Dios había de escoger (v. 23), en señal de dependencia de Dios: *Para que aprendas a temer a Jehová tu Dios.* El comerlo en la Ciudad Santa había de ayudar a todo israelita a considerar que el producto del campo se debía a la bondad de Dios.
2. Para ejercitar la caridad con el necesitado. En los años tercero y sexto del período sabático (un año cada tres; v. 28), esa tercera parte del segundo diezmo del que estamos hablando, que debía estar convenientemente guardada en casa había de sacarse para sustento del necesitado—*el extranjero, el huérfano y la viuda*—(v. 29), al mismo tiempo que se entregaba al *levita su* parte anual correspondiente al primer diezmo (Nm. 18:21). Esta parte había de estar almacenada dentro del recinto de las ciudades (v. 28).

CAPÍTULO 15

En este capítulo, Moisés da instrucciones acerca del año sabático, excepto en los cinco últimos versículos que tratan de la dedicación a Dios de los primogénitos del ganado.

Versículos 1–11

I. Una ley para aliviar a los deudores pobres. Cada siete años, había un año de remisión, en el cual los campos no se labraban y los siervos quedaban libres; y entre otros actos de misericordia, se liberaba a quienes habían pedido dinero prestado y no habían podido devolverlo antes, de la obligación de pagarlo; y aunque, si después estaban en condiciones de pagar, estaban obligados a ello en conciencia; sin embargo el acreedor no podía reclamarlo por la ley. La opinión más probable, avalada por la tradición rabínica es que la remisión de la deuda se hacía *al final* del año sabático ya que aquel año la tierra había estado sin cultivar y era natural que, quien ya estaba en situación económica apurada, se encontrase todavía peor al final de dicho año. Con el aumento de la vida comercial, las deudas contraídas podían revestir algún aspecto que la presente ley no había tenido en cuenta. Por ello, al comienzo de nuestra era, el famoso fariseo Hillel instituyó una norma por la que la remisión del año sabático no afectaba a las deudas que hubiesen sido reclamadas ante los tribunales en los años anteriores a dicho año. Téngase en cuenta que la ley no prohibía recibir el pago de la deuda de manos del deudor, o de sus amigos por él, sino sólo exigir el pago mediante proceso legal. Los objetivos de esta ley eran: 1. Honrar el año sabático: *Porque es pregonada la remisión de Jehová* (v. 2). 2. Para impedir que un hijo de Israel cayera en la extrema pobreza: *Para que así no haya ningún pobre en medio de ti* (v. 4). 3. Afianzar la confianza en la providencia paternal de Dios, pues se añade a la ley la promesa divina a los acreedores de que, si cumplen con esta ley, Dios les resarcirá con holgura de la pérdida que les haya ocasionado la remisión de la deuda. Es cierto que *no habían de faltar menesterosos en medio de la tierra* (v. 11, que Jesús tuvo en mente: Mt. 26:11; Mr. 14:7; Jn. 12:8), pero eso se debía (y se debe) al incumplimiento de la condición expresada en el versículo 5.

II. Se añade una nueva ley en favor de los pobres que se veían forzados a pedir prestado, a fin de que no sufran ningún perjuicio a causa de la ley anterior. 1. Se da por supuesto que habrá entre ellos menesterosos que necesitarán algún préstamo (v. 7) y, por eso, nunca cesarán las oportunidades de ejercitar la caridad, por la causa antes expresada (v. 11). 2. En tales casos se mandaba (y se nos recomienda) prestar o dar según las posibilidades de cada uno y la necesidad del prójimo: *No endurecerás tu corazón* (comp. con 1 Jn. 3:17–18), *ni cerrarás tu mano contra tu hermano pobre, sino que abrirás a él tu mano liberalmente y en efecto le prestarás lo que necesite* (vv. 7–8). A veces, resulta más caritativo prestar que dar, pues así se estimula al deudor a que trabaje honradamente y pueda ayudarse a sí mismo.

Alguien ha dicho que es mejor dar una caña de pescar que un pescado, y tenía mucha razón. De todos modos, si a veces no podemos confiar en la persona a quien prestamos algo, hagámoslo y pongamos nuestra confianza en Dios, sin esperar nada a cambio en este mundo, pero seguros de que seremos recompensados en la resurrección de los justos (Lc. 6:35; 14:14).

III. La ley comporta el mandato de dar alegremente lo que damos por caridad: *No serás de mezquino corazón cuando le des* (v. 10, comp. con Pr. 19:17; 2 Co. 9:5, 7).

Versículos 12–18

I. Aquí tenemos una repetición de la ley ya existente acerca de los siervos hebreos que se habían vendido a sí mismos por esclavos, o habían sido vendidos por sus padres a causa de extrema pobreza, o por los tribunales de justicia por haber cometido algún crimen. La ley mandaba: 1. Que sólo sirviesen así durante seis años, y fuesen despedidos libres al séptimo (v. 12 comp. con Éx. 21:2). Y, si el año del jubileo ocurría antes de que ellos terminasen el tiempo de su servidumbre, quedarían igualmente libres. 2. Que si cuando expiaba el plazo de sus seis años de servidumbre, preferían continuar en su servicio antes que recobrar la libertad, entonces se obligaban a servir de por vida al amo y, como señal de esta determinación, *el amo le había de horadar la oreja contra la puerta* (vv. 16–17 v. Éx. 21:5–6). Es aquí donde la conjunción de textos como Salmo 40:6 *«has horadado* (lit. *excavado*) *mis oídos»*, y Hebreos 10:5 *«me preparaste cuerpo»* (para el sacrificio; v. 10), a la luz de Juan 10:18; Filipenses 2:7–8 (*«esclavo»*, *«obediente hasta la muerte»*), nos ofrece una maravillosa visión de nuestro Señor Jesucristo como *esclavo voluntario hasta la muerte*, por nosotros en obediencia al Padre, ya que *vivía* de hacer la voluntad de Dios (Jn. 4:34), como un esclavo vive de la mesa de su amo. La discrepancia entre el hebreo *«excavaste mis orejas»* del Salmo 40:6, y el griego de los LXX *«me preparaste cuerpo»* de Hebreos 10:5, se desvanece si nos percatamos de que ambas expresiones completan un mismo y profundo pensamiento, pues si el oído es el órgano mediante el cual se recibe la orden del amo, el cuerpo es el instrumento con el que la orden se cumple.

II. Como complemento de esta ley, se añade una requisitoria a los amos, para que cuando hayan de despedir libres a sus siervos, al llegar el año del jubileo sabático, *no les envíen con las manos vacías*, sino que les abastezcan de lo necesario (vv. 13–14).

Versículos 19–23

I. Una repetición de la ley concerniente a los primogénitos del ganado. 1. Como explicación de dicha ley, se añaden algunas instrucciones sobre lo que había que hacer con dichos animales: (A) No se habían de servir para el trabajo del primogénito de las vacas, ni habían de trasquilar el primogénito de las ovejas. (B) Si tenían algún defecto (v. 21), no podía ser llevado al santuario porque no era decoroso para sacrificio, ni apto para honrar a Diós. (C) En los versículos 22 y 23, se sobrentiende que quienes habían de comerlo eran los sacerdotes (Nm. 18:17 y ss.). ¡Qué bendición tan grande la nuestra, pues no estamos bajo el yugo de la Ley! No tenemos restringida la dieta como ellos la tenían; no tenemos que hacer diferencias entre primogénitos y no primogénitos, entre lo que tiene defecto y lo que no lo tiene, entre lo que todos pueden comer y lo que sólo una casta puede comer, etc. Tomemos, sin embargo, lo espiritual de esta ley, dedicándónos totalmente al Señor: lo primero de nuestro tiempo y lo mejor de nuestras fuerzas, como una especie de primicias de sus criaturas.

CAPÍTULO 16

En este capítulo tenemos una repetición de las leyes concernientes a las tres fiestas anuales, así como ciertas disposiciones sobre la administración de la justicia. Termina el capítulo con una seria advertencia contra el culto idolátrico.

Versículos 1–17

Las tres fiestas anuales de Israel ayudaban en gran manera a conservar la comunión del pueblo con su Dios y a preservar el testimonio de pueblo escogido, «separado», que Israel había de ofrecer ante las naciones. Esta es la razón por la que se repite tantas veces la mención de dichas fiestas, como se hace aquí una vez más.

I. Tenemos primero la ley de la Pascua, que constituía una solemnidad tan grande, que todo el mes en que tenía lugar adquiría una especial relevancia a causa de ella: *Guardarás el mes de Abib* (v. 1). Aunque sólo una semana de este mes había de observarse como festividad, su preparación y la forma en que su celebración afectaba a la vida del pueblo revestían tal solemnidad, que todo el mes era objeto de una observancia peculiar. Las leyes concernientes a esta fiesta eran: 1. Habían de celebrar el sacrificio de la Pascua en el lugar que Dios escogiese (v. 2), y en modo alguno podían hacerlo en cualquier otro lugar (vv. 5–7). 2. Debían comer pan sin levadura durante siete días; no se había de ver levadura *en todo el territorio* durante ese tiempo (vv. 3, 4, 8). El sentido evangélico de esta fiesta nos lo da el Apóstol cuando dice: *Nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad* (1 Co. 5:7–8). Pablo tiene en cuenta el mal testimonio de un miembro podrido, que puede corromper la masa de una congregación, pero la enseñanza tiene aplicación directa al corazón de cada creyente, para que eche de sí toda levadura de malicia y maldad, restos del viejo fermento malo que a toda costa debe desaparecer.

II. Siete semanas después de la Pascua, había de observarse la fiesta de Pentecostés. Habían de traer ofrenda a Jehová: *«De la abundancia voluntaria de tu mano será lo que des, según Jehová tu Dios te haya bendecido»* (v. 10). La ley no determinaba la *cantidad,* sino que se dejaba a la generosidad de cada uno lo que había de traer, y todo lo que trajese lo había de dar *con alegría* (v. 11).

III. Debían observar igualmente la fiesta de los Tabernáculos (vv. 13–15). Cuando nos regocijamos en el Señor, debemos hacer todo lo posible para ayudar a otros a fin de que también ellos se regocijen en Dios; eso lo podemos hacer al consolar y ayudar a los que están de duelo o necesitados (*«el huérfano y la viuda»;* v. 14; v. Job. 29:13; Stg. 1:27). Quienes tienen su gozo en Dios, *se gozan en la esperanza* (Ro. 12:12), pues es fiel el que ha prometido.

IV. Las leyes concernientes a las tres fiestas solemnes del año están resumidas en los versículos 16–17. Los preceptos generales con respecto a ellas son: 1. Que todos los varones han de aparecer personalmente delante de Jehová. 2. Que nadie debe presentarse delante de Dios con las manos vacías, sino que todos han de traer alguna ofrenda según les haya bendecido Dios.

Versículos 18–22

I. Las previsiones divinas para que se administre entre ellos la debida justicia, se decidan las controversias, se lleven a un arreglo los asuntos en discusión, se indemnice a los damnificados y se castigue a los malhechores. Mientras estaban acampados en el desierto, tenían *jueces y oficiales* según su número, jefes de millar y de centena (Éx. 18:25). Cuando lleguen a Canaán, han de tenerlos *en todas sus ciudades* (v. 18). El hebreo dice: *en todas tus puertas,* porque los jueces se sentaban a ejercer su oficio en las puertas de entrada a la ciudad.

II. También se amonesta severamente a que no se acomoden a las costumbres idolátricas de los gentiles (vv. 21–22). No deben hacer de ningún árbol objeto de culto para Astarté, la diosa de la fertilidad, en competición con el altar levantado a Jehová, con lo que el culto al verdadero Dios tendría un aspecto parecido al dedicado a los falsos dioses. Esto nos enseña: 1. Que nada corrompe y pervierte la mente y el corazón del hombre tanto como representar y adorar mediante una imagen al Dios que es Espíritu infinito y eterno. 2. Que el ser humano no puede servir a dos señores. Todo lo que seduce y arrastra al corazón humano a apegarse a alguna persona o cosa, está levantando un altar a un ídolo en el mismo lugar donde sólo Dios debe ser adorado, servido y obedecido. Donde hay un ídolo, no puede

morar el Espíritu de Dios o, al menos, no puede hacerlo con alegría (v. Ef. 4:30), porque aquello no pertenece al Templo de Dios. (v. 1 Co. 6:19).

CAPÍTULO 17

Cuatro materias se tocan en este capítulo: 1. La pureza y perfección de los animales que se han de ofrecer en sacrificio; 2. el castigo de los que adoren a los ídolos; 3. el recurso de alzada desde los tribunales ordinarios de justicia hasta el sanedrín superior; y 4. las instrucciones que han de seguir cuando deseen tener un rey sobre ellos.

Versículos 1–7

I. Una ley para preservar el honor del culto al verdadero Dios, manda que no se le ofrezca en sacrificio ningún animal que tenga algún defecto (v. 1). Los sacrificios del Antiguo Testamento eran tipo de Cristo de una manera especial, ya que Cristo es *el Cordero sin mancha y sin contaminación* (1 P. 1:19). En los tiempos posteriores a la cautividad de Babilonia cuando ya estaban curados de la idolatría, todavía se les acusaba de profanar y quebrantar esta ley, *ofreciendo el animal ciego, el cojo y el enfermo* (Mal. 1:8).

II. Ley para castigar a los que adorasen a dioses falsos. Se especifica la idolatría más antigua y, al parecer más razonable: el adorar al sol, a la luna y a las estrellas; y, si esto era una cosa tan detestable, mucho más lo era el adorar troncos o piedras, o las representaciones de imágenes de animales bajos y despreciables. Por muy nefando y peligroso que fuese el crimen nadie podía, sin embargo, ser castigado por él a menos que hubiese suficientes pruebas, bajo palabra de dos téstigos, al menos. Un castigo tan grande como la pena de muerte, y una muerte tan terrible como la muerte por lapidación, habían de ser impuestos a los idólatras, ya fuesen varones o mujeres, porque en este caso la debilidad del sexo no constituía atenuante para el castigo (v. 5).

Como en los demás casos, las manos de los testigos habían de ser las primeras en arrojar la piedra, para avalar así su propio testimonio, y lanzar la solemne imprecación de que cayese sobre sus cabezas la culpa por el derramamiento de la sangre, si la evidencia que habían presentado resultaba ser falsa (v. Mt. 27:25). Esta costumbre era útil para disuadir a los hombres de decir falso testimonio.

Versículos 8–13

Había tribunales de juicio, que después habían de ejercer justicia y dictar sentencia en las puertas de las ciudades (16:18). Estos tribunales tenían poderes para oír y decidir causas según la ley, tanto si el litigio era personal contra alguna ley, como si lo era entre persona y persona; podemos suponer que estos tribunales decidían ordinariamente los asuntos de un modo definitivo pero: 1. Se da aquí por supuesto que, a veces, se pueden presentar casos demasiado difíciles como para que los tribunales inferiores puedan determinar lo legalmente correcto. Estos casos difíciles, cuyo recurso de alzada había sido presentado hasta ahora a Moisés, conforme al consejo que le dio su suegro, habían de ser presentados, después de la muerte de Moisés, al tribunal supremo, dondequiera que se estableciese, ya estuviese incorporado en una sola persona, llamada por Dios y capacitada especialmente para ello, como era el caso de Otoniel, Débora, Gedeón, etc., o en el sumo sacerdote, cuando por la excelencia de sus dones era llamado por Dios para ejercer tal oficio, como fue el caso de Elí, Samuel, etc., o si Dios no otorgaba tal honor a ninguna persona en particular, en la corporación sagrada de los sacerdotes y levitas.

Versículos 14–20

Después de las leyes referentes a los súbditos con toda razón siguen las leyes referentes a los reyes; porque quienes gobiernan a otros, deben recordar que también ellos están bajo autoridad. Estas leyes afectan:

I. A los electores, dándoles normas sobre el modo como deben hacer la elección (vv. 14–15). 1. Se supone aquí que, andando el tiempo, el pueblo deseará tener un rey, cuya pompa y cuyo poder serían considerados como el mejor medio para hacer que la nación judía tuviese grandeza y prestigio entre los países vecinos. 2. Se les dan instrucciones para dicha elección. Si quieren tener rey sobre ellos, conforme Dios preveía que habían de desearlo algunos siglos después, entonces deben: (A) Pedir consejo a Dios mismo, y poner por rey al que Dios escoja. Consiguientemente, cuando el pueblo deseó un rey, recurrió a Samuel, el profeta del Señor, y tuvo a Saúl por rey; después de él, David, Salomón, Jeroboam, Jehú, y otros, fueron escogidos por los profetas. (B) No deben escoger a un extranjero, bajo pretexto de fortalecer sus alianzas, no sea que un rey extranjero introduzca usos y costumbres extraños al pueblo de Dios.

II. También se dan leyes para el príncipe que haya de ser elegido, para la debida administración de su gobierno.

1. Debe evitar con toda diligencia todo aquello que pueda apartarle de Dios y del cumplimiento de su santa Ley. Las riquezas, los honores y los placeres son los tres grandes obstáculos contra la piedad (v. 1 Jn. 2:16), especialmente para quienes ocupan altos lugares; por eso, se le advierte al rey contra todas estas cosas.

2. Tiene que aplicarse con todo esmero a estudiar la Ley de Dios, y hacer de ella su norma. Ella debe ser para él de mayor estima que todas las riquezas, todos los honores y placeres, todos los caballos y todas las esposas, mejor que millares de piezas de oro y plata.

A) Debe escribir esta Ley, copiándola del ejemplar que obraba, para su custodia, en poder de los sacerdotes que servían al santuario (v. 18). Nótese que nos es de mucha utilidad escribir en agendas o cuadernos lo que más nos impresiona y edifica tanto de las Escrituras, como de los buenos libros y de los sermones que oímos. Una pluma inteligente y selectiva suple bien las deficiencias de nuestra memoria, y nos equipa con ricos tesoros, de donde podamos extraer a su tiempo *cosas nuevas y cosas viejas* (Mt. 13:52).

B) Su escritura y su lectura no servían de nada, si no ponía en práctica lo que había escrito y leído (vv. 19–20). Debía percatarse del dominio que la Ley había de ejercer en su vida y de la influencia que había de tener en toda su conducta. *Primeramente,* había de imbuirle pavor reverencial ante la majestad y la autoridad de Dios. *En segundo lugar,* debía comprometerle a una constante observancia de la Ley de Dios, y a una consciente obediencia a ella, como efecto de aquel temor reverencial. Y *en tercer lugar,* debía mantenerle siempre en humildad. Por muy encumbrado que se hallase, su espíritu había de conservarse humilde, *para que no se eleve su corazón sobre sus hermanos* (v. 20). En especial, los ministros del Señor, pastores y maestros, han de considerarse, según la recomendación del propio Señor (Mt. 20:26–27, 23:11) y de su gran Apóstol (1 Co. 3:5, 21–22) como *servidores.*

CAPÍTULO 18

Este capítulo detalla, en su primera parte, cuáles han de ser las porciones de los levitas, para amonestar en la segunda parte contra algunas costumbres paganas.

Versículos 1–8

La magistratura y el ministerio son dos instituciones divinas de gran utilidad para dar apoyo y avance al reinado de Dios entre los hombres. Al final del capítulo anterior veíamos las leyes concernientes a la primera magistratura de la nación judía; al comienzo de éste, vemos las instrucciones que se dan respectó al ministerio. Se marca así la línea divisoria entre las haciendas del pueblo y la heredad de los sacerdotes.

I. Se toman precauciones para que los sacerdotes no se enreden en los negocios de esta vida, ni acumulen riquezas de este mundo; tienen mejores cosas en que pensar, y tesoros más valiosos que poseer y compartir.

II. También se toman precauciones para que nada les falte de todo lo conveniente para la vida material. Aunque su herencia es Dios, el cual es Espíritu, no por eso se sigue que hayan de alimentarse del aire. El pueblo debe proveer para ellos, y este deber del pueblo es el derecho de los sacerdotes de parte del Pueblo (v. 3). Su mantenimiento no debe depender de la generosidad del pueblo, sino que deben tener derecho a él *por ley*.

Versículos 9–14

Después de tantas amonestaciones, podría pensarse que no hacía falta insistir aquí de nuevo en el cuidado que el pueblo había de tener en no contaminarse con las costumbres idolátricas de los cananeos, pero la insistencia en estas advertencias demuestra el peligro constante en que se habían de encontrar (v. 9)

I. Se especifican aquí algunos detalles, como por ejemplo: 1. La consagración de sus hijos a Moloc, un ídolo que representaba al sol, al que daban culto *haciendo pasar a sus hijos por fuego* (v. 10), y, a veces, los consumían como sacrificios en dicho fuego (v. Lv. 18:21). 2. El uso de artes adivinatorias, a fin de conseguir un conocimiento innecesario del porvenir, *sortilegios, hechicerías, encantamientos, etc.* (vv. 10–11).

II. Se presentan las razones para que no se acomoden a las costumbres de los gentiles. 1. Porque les harían abominables a los ojos de Dios. 2. Porque dichas prácticas abominables habían sido la ruina de los cananeos de cuya ruina ellos mismos, los israelitas, eran no sólo testigós, sino instrumentos. 3. Porque al pueblo de Israel le habían enseñado cosas mucho mejores (vv. 13–14). Es un argumento parecido al empleado por el Apóstol contra los creyentes que andaban como gentiles inconversos (Ef. 4:17–18), y les dice: *Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo* (v. 20).

Versículos 15–22

I. La promesa del gran Profeta, con el mandato de recibirle y escucharle.

1. Hay quienes piensan (en general, los judíos inconversos) que se trata de una sucesión de profetas que en cada generación habían de surgir en Israel, no del mismó rango que Moisés (34:10) aunque sí en la línea de profetas, de los que podría decirse que Moisés era como el «padre». En este caso, además de los sacerdotes y levitas, sus ministros ordinarios, cuyo oficio era enseñar a Israel la ley y propiciar a Dios por el pueblo, estarían estos otros ministros extraordinarios, los profetas, encargados de recriminarles por sus pecados, recordarles sus deberes, y predecirles cosas venideras, ya sean juicios para su aviso, ya sean liberaciones para su consuelo.
2. No sabemos si en esta promesa está de algún modo incluida la antedicha sucesión de profetas, pero lo cierto es que, primordialmente, se trata de una promesa referente a Cristo, y es la promesa más clara acerca de Él, que encontramos en todo el Pentateuco, puesto que es explícitamente aplicada a Él como al Mesías prometido (Hch. 3:22; 7:37), y el pueblo tenía un ojo puesto en esta promesa, al decir de Él: *Éste es verdaderamente el profeta que había de venir al mundo* (Jn. 6:14); y fue su Espíritu el que habló por medio de todos los otros profetas (1 P. 1:11). Está también el encargo y el precepto que se dan al pueblo todo, de oírle y creerle, de oírle y obedecerle, a este gran Profeta prometido aquí: A *Él oiréis* (v. 15). Y a todo aquel que no le escuche, le será contado severamente como gran desprecio: *Mas a cualquiera que no oiga mis palabras que Él hable en mi nombre, yo le pediré cuenta* (v. 19).

II. Viene después una advertencia contra los falsos profetas. Todo lo que vaya directamente contra el sentido común, contra la luz y la ley de la naturaleza, así como contra el sentido claro de la Palabra de Dios, podemos estar seguros de que Dios no lo ha hablado; tampoco, por supuesto, lo que suponga

connivencia con el pecado o incite a él, o manifieste simplemente una tendencia a destruir el amor o la verdadera piedad.

CAPÍTULO 19

Las leyes que Moisés había estado repitiendo y urgiendo hasta ahora, se referían principalmente a los actos de religión y devoción hacia Dios; pero ahora va a recalcar con insistencia los deberes de la justicia entre los hombres, especialmente en lo concerniente a los mandamientos sexto, octavo y noveno del Decálogo.

Versículos 1–13

Uno de los preceptos dados a Noé y a sus hijos fue que *el que derrame sangre de hombre, su sangre será derramada por el hombre* (Gn. 9:6), esto es, por el vengador de la sangre. En el presente capítulo, se establece una ley entre sangre y sangre, entre la sangre del muerto y la sangre del homicida, y provee eficazmente a fin de que:

I. Las ciudades de refugio sirvan de protección a quien haya matado a otro involuntariamente, por accidente, para que no muera por ello, como si hubiese cometido un crimen quien tuvo la desdicha de ocasionar, sin quererla, la muerte de un semejante.

1. Para proteger al criminal involuntario, se señalan tres ciudades en Canaán. Esta región iba a ser dividida en tres distritos con una ciudad de refugio en el centro de cada uno, para que desde cualquier punto del territorio se pudiese llegar a tiempo a uno de ellos.

2. El uso que había de hacerse de tales ciudades (vv. 4–6). (A) Podía ocurrir que alguien causase la muerte de su prójimo, sin ninguna intención de hacerle daño, sino meramente por un accidente desdichado; por ejemplo, al dar un golpe con el hacha para cortar un leño, que es el caso que aquí se menciona; la cabeza del hacha podía saltar y matar a alguien que se encontrase muy cerca del lugar. (B) Se supone que los parientes del fallecido, al tener en cuenta el hecho de la muerte, se dispondrían a vengar la sangre del muerto. Si conseguían dar alcance al homicida antes de que éste llegase a una ciudad de refugio, el pariente más próximo que vengase la sangre y diese muerte al agresor, quedaría libre del cargo de homicidio, ya que no le sería contado como crimen el haber derramado la sangre de quien, a su vez, había derramado la sangre de un hombre, aunque hubiese sido sin querer. (C) En este caso, se proveía una protección para que, si el vengador de la sangre estaba tan furioso que no atendía a razones, sino que se obstinaba en demandar satisfacción por la sangre vertida accidentalmente, el homicida involuntario encontrase una ciudad de refugio en que guarecerse.

3. Se establecen otras tres ciudades más, con este mismo objetivo, para que, si Dios tenía a bien ensanchar más adelante los límites del territorio, aquellas ciudades gozasen del mismo privilegio que éstas, y quienes tuviesen la misma desdicha de derramar involuntariamente sangre ajena, pudiesen escapar a tiempo del vengador de la sangre (vv. 8–10). Una condición se señala para que puedan disfrutar de estos privilegios: *siempre y cuando guarden los mandamientos de Dios: amar a Jehová y andar en sus caminos todos los días,* porque para que alguien disfrute del privilegio de dicha protección, es preciso que se encuentre dentro de los términos en que se practica la verdadera religión.

II. Se hace también provisión para que las ciudades de refugio no vengan a servir de defensa y protección para los homicidas voluntarios, sino que incluso de allí se les había de sacar y ponerlos en manos del vengador de la sangre (vv. 11–13). Antes de la Reforma, había algunas iglesias y casas religiosas (como las llamaban), que se convertían en santuarios de protección para toda clase de criminales que se refugiaban en ellas, sin exceptuar los homicidas voluntarios, de tal modo que, como escribe Stamford, al referirse a Inglaterra, el gobierno no seguía a Moisés sino a Rómulo, y fue sólo al final del reinado de Enrique VIII cuando el privilegio de santuario para el homicida voluntario fue abolido.

Versículos 14–21

Ley para prevenir los fraudes y perjurios; porque la Ley de Dios se preocupa de los derechos y de la propiedad de los seres humanos, y los ha vallado con un seto de protección.

I. Primeramente, hay una ley contra el fraude (v. 14). 1. Encontramos implícita aquí una norma dada a los primeros ocupantes israelitas de la tierra de Canaán en el sentido de fijar bien los límites de las heredades, de acuerdo con la distribución de la tierra entre las distintas tribus y familias, lo cual se hizo echando suertes. 2. Bien explícita está la orden que se da a los descendientes de los primeros ocupantes, de que no reduzcan los límites de las heredades ajenas. De esta forma: (A) Se prohíbe que alguien invada el círculo de los derechos ajenos y se apropie de lo que no es suyo, y use de fraude o malas artes, como encubrir, falsear, alterar escrituras, testamentos o cualesquiera otros documentos a los que apelar en caso de duda o discusión, o a adelantar setos y mojones. (B) Prohíbe igualmente sembrar discordias entre vecinos, o hacer otras cosas que ocasionen contiendas y litigios ante los tribunales.

II. Hay otra ley contra el perjurio, la cual ordena dos cosas: 1. Que nunca se admita un testigo solo para deponer en causa criminal, para que no se de sentencia por el testimonio de una sola persona (v. 15). 2. Que al testigo que se atreva a proferir falso testimonio contra alguna persona, se le imponga la misma pena que había de ser infligida a la persona a la que él acusó (vv. 16–21).

CAPÍTULO 20

Este capítulo fija las leyes de la guerra, y establece las ordenanzas referentes al ánimo con que han de entrar en batalla así como las normas que han de seguir, tanto en el reclutamiento de los soldados, como en la manera de proceder con las ciudades conquistadas.

Versículos 1–9

En el tiempo al que se refiere esta porción, Israel había de ser tenido por un campamento, más bien que por un pueblo o un reino, ya que se disponía a entrar en territorio enemigo, sin estar aún asentado en ningún territorio propio; además, incluso después de terminada la guerra en que iban a empeñarse para establecerse en el país en que iban a entrar, habrían de estar por mucho tiempo en constante alarma para protegerse a sí mismos y, por otra parte, ir ensanchando los límites de sus conquistas hasta los límites marcados por Dios mismo. Por consiguiente, era necesario recibir instrucciones precisas por las que regirse en sus asuntos militares.

I. Quienes estuviesen dispuestos a luchar, debían ser alentados a entrar en batalla sin ningún temor al enemigo. Había muchas razones para tener buen ánimo: 1. La presencia de Dios en medio de ellos: *Está contigo Jehová tu Dios* (v. 1). Como si dijese: No estás en peligro ni tienes por qué abrigar ningún temor (v. Is. 41:10). 2. La experiencia que ellos y sus padres habían tenido del poder y de la bondad de Dios *al sacarlos de la tierra de Egipto,* desafiando o a Faraón con todas sus huestes. *Que no se enternezcan vuestros corazones* (según dice el hebreo), para que no recibáis las impresiones del miedo, sino que vuestro corazón se muestre duro con una fe enteramente confiada en el poder y en la promesa de Dios. *No temáis y no os apresuréis* (como también dice el hebreo), porque el que tiene fe, no se da mayor prisa que la que le marca la velocidad impuesta por Dios. Es preciso no anticiparse antes de tiempo a gozar de las ventajas, o a huir vergonzosamente a la primera desventaja. El que fuese precisamente el sacerdote quien diese ánimos al pueblo antes de entrar en batalla, nos insinúa la necesidad de que los ejércitos tengan sus capellanes, no sólo para orar por los soldados, sino también para predicarles la buena doctrina y las buenas prácticas, así como para reprenderles por todo lo que podría impedir sus éxitos y para darles ánimos, y contar sobre todo, con que estén en paz con Dios, requisito necesario para entrar en batalla sin tener miedo a la muerte. Especialmente, han de ayudarles en sus luchas entre la carne y el espíritu, cosa que deben hacer los ministros de Dios con todos los miembros de sus respectivas congregaciones, pues

todo creyente es un soldado de Cristo y debe aprender, no sólo a luchar contra las asechanzas del enemigo, sino a ser más que vencedores por medio de Cristo que nos amó y se entregó por nosotros.

II. Quienes no estuviesen, por alguna causa, bien dispuestos para la lucha, debían ser descargados de tal obligación. Frente al militarismo cruel de los pueblos y de los gobiernos sin temor de Dios están estas normas de una condescendencia admirable con las flaquezas naturales y con las diversas circunstancias que hacen del servicio militar una grave inconveniencia: poder estrenar una casa nueva, disfrutar de las primicias de la viña que uno mismo plantó, gozar de la llamada «luna de miel» con la esposa que Dios proveyó para disfrutar de la vida, son los casos que la Palabra de Dios menciona, y nos dan idea de la magnanimidad divina.

III. Si la mala disposición para luchar era motivada por el miedo y la debilidad de ánimo, no sólo se les permitía volverse a sus casas, sino que se les imponía como una obligación (v. 8). En parte, era una medida de bondad para ellos el descargarles de la milicia, porque, aunque se fuesen avergonzados, se veían liberados; pero, sobre todo, era una medida de bondad para el resto del ejército, pues así se veían libres de la rémora que suponía la compañía de soldados cobardes, inútiles y perjudiciales, ya que el miedo suele ser más contagioso que la bravura.

IV. Se ordena igualmente que, cuando hayan sido retirados todos los cobardes, sean nombrados capitanes (v. 9), que se pongan al frente de los distintos destacamentos en que había de dividirse el ejército, porque era especialmente necesario que los jefes y comandantes fuesen hombres de ánimo y valor militar.

Versículos 10–20

Ahora se les instruye sobre la norma que han de seguir respecto a las ciudades que vayan conquistando (v. 10). Sólo se mencionan *ciudades,* pero no cabe duda de que el caso era aplicable a los ejércitos en el campo de batalla y a las naciones mismas a las que se veían obligados a declarar la guerra. No debían lanzar ningún ataque contra los enemigos, sin antes proponerles, mediante un manifiesto público, una retirada pacífica, haciéndoles ver claramente las razones por las que tenían que enfrentarse con ellos.

I. Antes de proclamar la guerra, los israelitas se veían así obligados a proponer una paz honrosa, si el enemigo estaba dispuesto a aceptarla en términos razonables. Primero, paz. Esto nos muestra: 1. La gracia de Dios en el modo de comportarse con los pecadores aunque con toda justicia y con suma.facilidad podría destruirlos, comoquiera que no se deleita en la ruina de ellos, les proclama paz, y les exhorta a reconciliarse con Él (v. 2 Co. 5:20). 2. Nuestro deber de comportarnos pacíficamente con nuestros hermanos y, en general, con todos (Ro. 12:18). Si surge alguna contienda, estemos dispuestos, no sólo a prestar oídos a las propuestas de paz, sino a ser nosotros los primeros en hacer tales propuestas. Nunca deberíamos echar mano de los recursos legales, sin antes haber tratado por todos los medios de encontrar una solución amistosa al problema planteado, sin los dispendios, las vejaciones y el mal testimonio que un litigio ante los tribunales civiles comporta. Hemos de estar siempre a favor de la paz, sea quienquiera el que esté a favor de la guerra.

II. Si las ofertas de paz no eran escuchadas, entonces había que proceder a las medidas de orden militar, e iniciar la guerra.

III. Estas disposiciones benignas eran aplicables a las ciudades que se encontrasen distantes del territorio que iban a ocupar pero no eran válidas para el territorio de Canaán. Incluso de las ciudades lejanas con las que se hubiesen visto obligados a entrar en guerra, habían de dejar un resto con vida (v. 15), puesto que de parte de estas ciudades no había tanto peligro de infección de idolatría, pero de las ciudades que habían sido asignadas a Israel en la tierra prometida no había de quedar ningún resto (v. 16), puesto que, comoquiera que no había esperanza de que se curasen de su idolatría, si se les dejaba con vida, serían siempre entre ellos una llaga contagiosa en constante peligro de infectar a Israel, que siempre se había mostrado demasiado predispuesto a recibir la infección.

IV. Se ordenan después ciertas medidas para que, en el asedio de las ciudades no se destruyan los árboles frutales (vv. 19–20). Israel no debía usar los crueles métodos de «tierra calcinada», propios de las guerras modernas. Sólo los árboles que no fuesen necesarios para la vida humana, podían ser talados si así lo exigían las necesidades de la guerra. Los preceptos divinos siempre tienen en cuenta la preservación de la vida y del alimento necesario para ella, a no ser que un principio de orden superior imponga medidas más drásticas. Tanto el ejército como sus jefes deben, pues, obedecer este precepto: *No destruirás* (v. 19). No les está permitido sembrar la desolación por donde pasen. ¡Quede eso para los imitadores de Atila rey de los hunos, de quien dice la leyenda que, donde pisaba su caballo, ya no volvía a nacer la hierba!

CAPÍTULO 21

En este capítulo se dan normas para descargar de culpabilidad a un lugar donde es hallado algún muerto a mano airada, cuando ha huido el que cometió el crimen; también para preservar el honor de una doncella, para asegurar el derecho de primogenitura, para castigar a un hijo díscolo, y para mantener el honor del cuerpo humano mediante el precepto de enterrar decentemente los cuerpos humanos, incluso los de los peores malhechores.

Versículos 1–9

Ya se habían tomado las medidas oportunas mediante algunas de las leyes antedichas, para dar eficaz alcance al homicida voluntario (19:11 y ss.), cuya muerte comportaba expiar la culpabilidad contraída en el país por la sangre derramada; pero, si esto no era posible, por no haber sido encontrado el asesino no habían de pensar que con eso quedaban sin peligro de contraer la polución respectiva, por el mero hecho de que la impunidad del crimen no se debía a negligencia por parte de ellos; no había de ser así, sino que se impone una solemne ceremonia para expiar el delito, como una clara expresión de la profunda detestación con que aborrecían tal pecado.

I. El caso de que se trata es *cuando alguien es hallado muerto tendido en el campo, y no se sabe quién lo mató* (v. 1).

II. Se dan instrucciones concernientes a lo que se debe hacer en tal caso. Los sacerdotes tenían que orar a Dios por la ciudad y por la nación, para que Él tuviese misericordia de ellos y no trajese sobre ellos los juicios que habría merecido la connivencia con el crimen de homicidio.

Versículo 10–14

Por medio de otra ley, se permitía a un soldado casarse con una cautiva que él hubiese apresado, si así le placía. Por la dureza de su corazón, les dio Moisés este permiso, no fuese que, si no les concedía esa libertad de contraer matrimonio decentemente se contaminasen con ellas y, con esa perversidad, el campamento entero se encontrase en grave aprieto y tribulación bajo la mano y el juicio de Dios. Se supone que el individuo tenía ya esposa legítima, y tomaba a esta otra por concubina o, como la llamaban los judíos esposa secundaria. Esta condescendencia con los deseos desordenados, en los que el corazón se iba tras de los ojos, no es ya permitida en modo alguno en la Ley de Cristo, la cual supera en gran medida a la Ley de Moisés, tanto en pureza como en gloria.

Versículos 15–17

Viene ahora otra ley por la que se prohibía desheredar a un primogénito por mero capricho de su padre, sin provocación por parte del hijo.

I. El caso aquí expuesto (v. 15) es muy instructivo. 1. Muestra el gran mal de tener más de una esposa, aunque este mal estaba permitido por la ley de Moisés. 2. Muestra también que la Providencia

toma partido ordinariamente del lado del más débil. En cuanto al hijo primogénito, se supone que es *hijo de la que es aborrecida;* así pasó en la familia de Jacob: *Vio Jehová que Lea era menospreciada* (Gn. 29:31).

II. La ley que se menciona en este caso está vigente todavía. Así que están obligados los padres a respetar imparcialmente los derechos de los hijos. En el caso que aquí se menciona, el hijo mayor, aunque había sido tenido con la esposa menospreciada, había de tener sus derechos de primogenitura resguardados, lo cual comportaba una porción doble en la herencia del padre puesto que era el principio de su fuerza procreadora. Ningún hijo debe ser abandonado por su padre mientras no haya sido abandonado por Dios, lo cual nadie puede asegurar de nadie mientras tiene vida en este mundo.

Versículos 18–23

I. Una ley para castigar a un hijo *contumaz y rebelde* (v. 18). Después de la ley en que se preceptúa que los padres no priven de sus derechos a los hijos, era conveniente otra ley en la que se mandase que los hijos no privasen a sus padres del honor y la obediencia que les deben.

1. Se describe al hijo díscolo como *contumaz y rebelde.* Ningún hijo había de ser castigado por la escasez de sus aptitudes, ni por lo obtuso de su inteligencia, sino por su obstinación rebelde. Se le describe igualmente como *glotón y borracho* (v. 20). Esto insinúa que: (A) O que éstos eran los vicios de los que de manera especial le reprendían sus padres, o: (B) Que el ser *glotón y borracho* era la causa de su insolencia y su obstinación contra sus padres, pues el término hebreo indica, más que *glotón*, una *vida licenciosa y perdida* (comp. con Lc. 15:13). Cuando los hombres se entregan a la bebida, *olvidan la ley y pervierten el derecho* (Pr. 31:5), incluso la ley fundamental de honrar a los padres.

2. Se describe cómo había que proceder contra este criminal. Sus propios padres habían de ser sus acusadores (vv. 19–20). Cuando se compara este caso con el de Lucas 15:11 y siguientes, no podemos menos de sorprendernos del agudo contraste: En Deuteronomio 21, el mal hijo es acusado por su padre y por su madre, y es presentado a los ancianos del lugar para que sea apedreado y muera; en cambio, al mal hijo de Lucas 15, su padre le echa los brazos al cuello, y celebra una fiesta por haberlo recobrado. Es cierto que el hijo de vida disoluta de Deuteronomio 21, es descrito siempre como *contumaz y rebelde*, mientras que el hijo de vida disoluta de Lucas 15 *volvió en sí*, se arrepintió, se levantó y se volvió a su padre; pero aun así, ¡qué diferencia! En el primer caso impera la justicia de la Ley; en el segundo, domina la misericordia del Evangelio.

II. Ley que regula el enterramiento de los cadáveres de malhechores que habían sido colgados de un madero, después de muertos por lapidación (v. 22). Los cadáveres de tales individuos eran colgados de un madero, por orden judicial, y allí estaban por algún tiempo, expuestos públicamente al vituperio general, como expresión de la ignominia de su crimen. Aquí se dicta la norma de que, sea cual sea la hora del día en que hayan sido colgados, han de ser descolgados y sepultados antes de la puesta del sol. Con esto: 1. Dios quería preservar el honor del cuerpo humano y mostrar su compasión y delicadeza al vislumbrar en aquel criminal ciertos rasgos, aunque borrosos, del ser humano hecho a imagen y semejanza de Dios. 2. Es obvio que, en este acto, estaba implicada también la ley ceremonial; por ley de Moisés el contacto de un cadáver contaminaba legalmente y, por ello, los cadáveres no habían de permanecer colgados así por mucho tiempo, ya que su putrefacción y el mero hecho de ser pasto de las aves de rapiña, contaminaría la tierra que Dios había dado por heredad a Israel (v. 23). 3. *«Porque maldito por Dios es el colgado»*—dice el mismo versículo—. No significa que fuese maldito por Dios por estar colgado, sino que el estar colgado, al mismo tiempo que era espectáculo de ignominia para la vista humana, era expresión evidente de la maldición divina por haber violado la Ley. Podemos pues, ver que, con esta maldición divina sobre el criminal, la justicia que la Ley demandaba quedaba satisfecha. Por eso, el Apóstol Pablo, aplica a Cristo este versículo (Gá. 3:13), para demostrar que, al haber sido Él *colgado de un madero* (Hch. 5:30; 1 P. 2:24; que fuese *clavado*, no meramente *suspendido*, no entrañaba diferencia), había llevado sobre sí la maldición que la Ley proclamaba contra nosotros, miserables pecadores, *«muertos por nuestros delitos»* (Ef. 2:1), de forma que, por la sustitución redentora de su sacrificio en la Cruz, pasase a nosotros la *bendición* de las promesas divinas en Abraham, mientras Cristo cargaba con la *maldición* que nosotros merecíamos por nuestros pecados. Aquí radica el *escándalo de la Cruz*, que Pablo menciona (1 Co. 1:23;

Gá. 5:11), ya que todo judío que no haya quedado convicto por el Espíritu Santo del sentido de la obra del Calvario, se ve forzado a decir, por Deuteronomio 21:23, *«Jesús es maldito»* (1 Co. 12:3).

CAPÍTULO 22

Podríamos resumir en tres palabras las leyes promulgadas en el presente capítulo: caridad, pureza y castidad, ya que aquí se dan normas: 1ª. Para preservar en el pueblo de Dios las normas de buena vecindad y caridad con el prójimo. 2ª. Para evitar toda mezcla que vaya, al menos simbólicamente, contra la pureza y sinceridad, libre de toda doblez, que Dios exige de los suyos. 3ª. Para garantizar el honor que la castidad, tanto dentro como fuera del matrimonio, requiere para sí.

Versículos 1–4

La benignidad que, de acuerdo con la Ley (Éx. 23:4 y ss.), ha de mostrarse hacia los enemigos, se requiere aquí, con mucha mayor razón en relación con los vecinos, aun en el caso de que no fuesen israelitas. Esta buena voluntad había de mostrarse en que: 1. Si se extraviaba alguna cabeza de ganado, y la encontraba un israelita, había de devolverla, o a su amo o al lugar donde había estado pastando (vv. 1–2). Si tal cuidado hay que tener del ganado del prójimo, para ir en busca de un buey extraviado, ¡cuánto mayor habremos de tenerlo de la persona misma del prójimo que se haya descarriado de Dios y de su deber! Deberíamos poner todo nuestro empeño en volver al buen camino a los extraviados (Stg. 5:19; Jud. vv. 22–23), y en restaurar a los débiles considerándonos a nosotros mismos (Gá. 6:1). 2. Los bienes perdidos deben ser devueltos a su dueño (v. 3). Los judíos dicen que «quien encuentra bienes perdidos debe anunciarlos tres o cuatro veces». Nótese que se dice: *Le ayudarás a levantarlo* (v. 4), con lo que se da a entender que el amo no puede cruzarse de brazos al ver trabajar a otros en beneficio de él. Con estas normas, Dios quería mostrar a su pueblo cuán incorrecta es la actitud de quienes, como Caín dicen: *¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?* (Gn. 4:9). Más aún la Ley (Lv. 6:1–5) tenía por ladrón a quien no devolviese lo perdido que él hubiese hallado, castigándole con una multa de 1/5, además del valor del objeto, si lo negaba con juramento. El Señor Jesucristo nos enseñó que la persona misma del prójimo es *un bien nuestro,* que perdemos si se extravía, y recobramos si se restaura, al decir: *«Si te escucha, has ganado a tu hermano»* (Mt. 18:15).

Versículos 5–12

En estos versículos hay varias leyes que parecen volar muy bajo y hacerse cargo de cosas pequeñas y sin importancia.

I. Hay que mantener bien clara la distinción de los sexos mediante el vestido, para mejor preservar la castidad propia y la ajena (v. 5). Hay quienes opinan (y es muy probable) que aquí se tiene en cuenta la costumbre pagana de vestir a las mujeres con arreos de soldado, pues el hebreo *dice: instrumentos de guerrero.* Pero también podría referirse a las *filacterias* que sólo los varones usaban. No debe olvidarse, por otra parte, que en aquel tiempo, tanto los hombres como las mujeres usaban *faldas;* y que, en ocasiones, pueden resultar más modestos en una mujer unos pantalones no demasiado ajustados que una falda, especialmente si ésta es corta. 2. La ley tenía por objeto preservar una clara distinción entre el ropaje y el porte exterior de los sexos. 3. Es probable que la confusión en el ropaje hubiese servido de ocasión para cometer ciertas inmoralidades y, por este motivo, es objeto de especial prohibición.

II. Si se encontraba algún nido podían tomarse los huevos o los polluelos, pero se había de dejar libre a la madre (vv. 6–7). Pero, *¿se cuida Dios de los pájaros?*—podríamos preguntar, a imitación de Pablo—(v. 1 Co. 9:9). A esta pregunta responde el propio Salvador, cuando, quizás aludiendo a esta porción, dice: *¿No se venden cinco pajarillos por dos cuartos? Con todo, ni uno de ellos está olvidado delante de Dios* (Lc. 12:6). Esta ley: 1. Prohíbe ser crueles con los animales, o gozarse en destruirlos. 2. Nos educa así para sentir compasión hacia nuestros propios semejantes, y para aborrecer hasta el pensamiento de todo

cuanto tiene apariencias de bárbaro, de cruel, especialmente si se trata del sexo más débil, al que siempre hay que considerar con el mayor respeto, teniendo en cuenta, además de su calidad humana y su condición parigual a la del varón en cuanto a la *herencia de la gracia de la vida* (1 P. 3:7), sus trabajos y fatigas en dar a luz y criar a los hijos (Gn. 3:16; 1 Ti. 2:15).

III. Al edificar una casa, hay que poner sumo cuidado en que no haya peligro de caerse de la azotea (v. 8). Comoquiera que las casas remataban en azoteas o terrados, por los que los dueños y sus amigos solían pasear (y dormir), era necesario ponerles un pretil alrededor para evitar caídas que podían ser mortales. Según los rabinos, dicho pretil o parapeto había de tener, al menos, dos codos de altura. La negligencia en cumplir esta ley hacía al dueño culpable de la muerte que pudiese ocasionarse. De aquí puede verse: 1. En cuánto aprecio tiene Dios la vida humana pues la protege, no sólo con su providencia, sino también con su ley. 2. En cuánto aprecio, por consiguiente, hemos de tener también nosotros la vida de nuestro prójimo, y procurar evitar todo aquello que pueda ponerla en peligro, poner pretiles en puentes y espacios vacíos, cubrir pozos, reparar muros, guardar a buen recaudo, o sujetar con cadenas, etc. los animales que puedan atacar a las personas, y cualquier otro caso similar.

IV. Se prohíben las mezclas que no conglutinan decentemente (vv. 9–10). Ya vimos algo de esto en Levítico 19:19. Aparentemente, no hay nada inmoral en estas mezclas, excepto su carácter ceremonial y simbólico de la pureza y sinceridad. Por ello, carecen de vigencia actualmente; podemos sembrar juntamente trigo y avena o centeno, arar con caballos y bueyes, vestir de lino y lana, con conciencia tranquila. No olvidemos, además, que estas leyes tenían en cuenta a la sazón costumbres paganas de los pueblos vecinos y, por ello, los hijos de Israel habían de distinguirse también en esto, como pueblo *separado* para Dios.

V. Hay otra ley concerniente a los flecos que habían de ponerse en los bordes del manto, como recordatorio de los mandamientos de Dios. Se repite así lo dicho en Números 15:38–39. Por todo esto, habían de distinguirse de los demás pueblos de modo que, a primera vista, pudiese decirse con seguridad: ¡Ahí va un israelita! En el Talmud se halla una bien conocida historia de cierto joven de vida licenciosa que, al fijarse un día en los flecos de su manto, volvió en sí hasta el punto de abandonar su vida depravada. Es cierto que, como dice el viejo refrán, «el hábito no hace al monje», pero también es verdad que, en muchas ocasiones, ayuda a mantener el respeto propio.

Versículos 13–30

Estas leyes se refieren al séptimo mandamiento, y pone un freno, mediante la imposición de un duro castigo, a los deseos carnales que militan contra el alma.

I. Si un hombre, seguramente por haber puesto sus ojos en otra mujer, trata de deshacerse de la que ya es legalmente su esposa por compromiso formal, valiéndose para ello de la calumnia, una vez que se pruebe que es falsa su acusación, sera castigado con una fuerte multa y además perderá el derecho a divorciarse de ella en lo sucesivo (vv. 13–19). Esto nos enseña que, cuanto más próxima es la relación que una persona tiene con nosotros, tanto más grave el pecado de calumniarla y manchar su reputación.

II. Si la mujer que se había comprometido en matrimonio en calidad de virgen resultaba no serlo, a requisitoria del esposo debía morir apedreada a la puerta de su padre (vv. 20–21). 1. Esto constituía un freno poderoso para ayudar a las jóvenes a huir de la fornicación, puesto que, por mucho que quisieran ocultarlo antes, a fin de no echar a perder un futuro enlace matrimonial, había muchas probabilidades de que se descubriera después, con la consiguiente infamia y su ruina total. 2. Con ello, se intimaba a los padres el deber de preservar por todos los medios la castidad de sus hijos, dándoles los oportunos avisos y amonestaciones, presentándoles buenos ejemplos, reguardándoles de malas compañías, orando por ellos, y teniéndolos a raya constantemente.

III. Si algún hombre, soltero o casado, yacía con una mujer casada, ambos habían de morir (v. 22). Ya vimos antes esta ley en Levítico 20:10.

IV. Si una doncella estaba comprometida en matrimonio, pero no convivía todavía con su prometido, estaba bajo la protección de la ley, ya que su esposo no podía observarla constantemente. Si ella admitía voluntariamente la violación de castidad por parte de cualquier otro hombre, ambos habían de morir, puesto que legalmente pertenecía ya a su prometido; por eso, se la trataba a ella (y al hombre que se acostó con ella) como en caso de adulterio.

CAPÍTULO 23

El presente capítulo contiene muy diversas leyes sobre diferentes materias: personas que deben ser excluidas de la congregación de Israel, algunas normas sanitarias, contra la prostitución y la usura, contra el quebrantamiento de los votos hechos a Dios, y finaliza con una ley de gran condescendencia con las necesidades vitales, sobre lo que una persona puede tomar del campo o de la viña del prójimo, y lo que no puede tomar.

Versículos 1–8

Discuten mucho los intérpretes sobre lo que significa eso de *no entrar en la congregación de Jehová* (v. 1), en el contexto de esta porción, pero la opinión más probable, avalada por el testimonio de los rabinos, es que significa simplemente la prohibición de incorporarse a la comunidad de Israel mediante casamiento con una mujer israelita. Por temor a que el entronque con extranjeros condujese al pueblo a la idolatría, era regla general que los extraños no fuesen admitidos, a no ser que se convirtiesen a la fe judaica. Pero aquí se matizan algunos detalles que imponen ciertos límites a la regla general. Los primeros en ser excluidos de la comunidad israelita eran los que se habían mutilado a sí mismos en el servicio de algún culto pagano. Sin embargo, si su mutilación no había sido voluntaria de su parte, estarían capacitados algún día a entrar en la congregación (v. Is. 56:3 y ss.). *«Bastardo» o «mestizo»* parece significar, más bien que un hijo de israelita y de nativo del país de Canaán, el fruto de una unión ilegítima por haberse contraído el matrimonio dentro de los grados de parentesco prohibidos por la Ley (Lv. caps. 18 al 20). Parece no caber duda, según la exégesis más probable, que el Señor se refirió a estas uniones ilegítimas, cuando dijo la frase parentética de Mateo 5:32; 19:9 *(excepto en caso de concubinato»). «En la décima generación»* significaría el límite (v. Gn. 31:7); por tanto, la prohibición es a perpetuidad. En cuanto a los moabitas y amonitas, al tener en cuenta que el hebreo está en masculino, pero no en femenino, se deduce que no estaban excluidas las mujeres, y tenemos un ejemplo claro en Rut la moabita. Edom es admitido en la tercera generación (v. 8), por varias razones: 1ª. Porque su parentesco con Israel era más cercano que el de los moabitas y amonitas; 2ª. Porque éstos habían surgido de una unión incestuosa en el máximo grado; 3ª. Por no haber procedido contra Israel con la misma saña y malicia con que lo habían hecho amonitas y moabitas (v. 4). La primera y la tercera de estas razones están explícitas en esta porción.

Versículos 9–14

Israel estaba ahora acampado, y este vasto ejército velaba sus armas en este momento y las había de velar por algún tiempo, antes de entrar en acción contra el enemigo. Era, pues, muy conveniente darles algunas instrucciones para el buen orden del campamento. Estas instrucciones podrían resumirse en una sola palabra: *limpieza.* Habían de cuidar con todo esmero conservar el campamento limpio de toda polución, tanto moral como ceremonial y natural.

I. Habían de conservarse limpios de la polución moral, que es el pecado: *Cuando salgas a campaña contra tus enemigos, te guardarás* (de manera especial, dado lo especial de la ocasión) *de toda cosa mala* (v. 9). 1. Los soldados deben cuidarse mucho para no cometer pecado, al cual están más expuestos, tanto por las malas compañías, como por estar lejos de la vigilancia de sus padres. 2. Por otra parte, el pecado embota el valor, pues la culpabilidad agudiza la cobardía, y el peligro de muerte en la batalla debería estimular una comunión íntima con el Señor, a cuya presencia puede pasar en cualquier momento. 3.

Además, la milicia es ocasión de despojo y pillaje, más peligroso aún en aquel tiempo, cuando era corriente encontrar, en el campo de los vencidos, ídolos y otras cosas que habían de darse al *anatema.* 4. Finalmente, el campamento de Israel estaba santificado por la presencia de Dios y, por tanto, debía ser un lugar de pureza total. Los tiempos de guerra habrían de ser tiempos de reforma espiritual; de otro modo, ¿cómo vamos a esperar que Dios escuche nuestras oraciones y nos conceda la bendición de la victoria? (v. 1 S. 7:3; Sal. 66:18).

II. Habían de estar limpios también de polución ceremonial. Por este motivo, era necesario mantener los ojos y el corazón libres de deseos carnales, así como de excesiva comida o bebida, con lo que se evita la frecuencia de poluciones involuntarias nocturnas.

III. En cuanto a la limpieza natural, el campamento de Israel había de estar libre de excrementos, etc. En este aspecto, las leyes sanitarias del pueblo de Israel suponían un adelanto de *tres* milenios sobre la propia civilización occidental. Espíritu, alma y cuerpo constituyen la integridad del individuo humano, y en los tres niveles ha de conservarse la pureza. *Porque Jehová tu Dios anda en medio de tu campamento* (v. 14). Si estamos acostumbrados a considerarnos siempre bajo la mirada de nuestro Dios, lo estaremos a mantenernos limpios en su divina presencia.

Versículos 15–25

Se dan aquí instrucciones sobre cinco materias muy distintas, que no tienen ninguna relación entre sí:

I. La tierra de Israel era toda ella un santuario, o ciudad de refugio, para todo esclavo maltratado por su amo, y que huyese a guarecerse en Israel desde los países vecinos (vv. 15–16). 1. Es cosa honorable y caritativa ofrecer refugio y protección a los débiles que no son viles. El ángel ordenó a Agar que se volviese a su señora, y Pablo devolvió a Filemón su siervo Onésimo, porque ninguno de los dos tenía motivo para marcharse de casa, ni se exponían a peligro alguno si volvían a ella. 2. Si el sobredicho siervo había sido maltratado por su amo, no sólo se le debía proteger sino que, si se suponía que quería libremente abrazar la religión judaica, se le había de animar a que fijase su residencia entre los hijos de Israel (v. 16).

II. Por el contrario, la tierra de Israel no había de ser lugar de refugio para los impuros; ni la prostitución ni la sodomía habían de tener entrada en el pueblo de Dios. Una cosa es ser refugio de pecadores, y otra muy distinta, ser refugio de pecados, ya que todo pecador es admitido a comunión con Dios, con tal que se arrepienta y crea, mientras que el pecado no puede tener comunión con Dios, como no la pueden tener las tinieblas con la luz (2 Co. 6:14; 1 Jn. 1:5). Todo antro de maldad es un tumor maligno en el corazón de la sociedad humana ¡cuánto más, en medio del pueblo de Dios!

III. También se establecen aquí las normas para el préstamo a interés (vv. 19–20). 1. No debían prestar a usura a sus hermanos de raza, es decir, a los de su propio pueblo. Escasamente se presentaba la ocasión en que se necesitase el préstamo de una fuerte suma, pues se trata del caso de un israelita cuyos campos o viñas hubiesen sufrido algún considerable revés. En estos casos, un israelita había de mostrar sincera compasión hacia su hermano prestándole dinero o comestibles sin esperar nada a cambio (Lc. 6:35). Otra cosa muy distinta es cuando se necesita reponer lo suficiente para seguir adelante con un negocio, y hay esperanza segura de salir de apuro en un futuro próximo. En cambio, al *extraño* (hebreo *najrí*, distinto del que, no siendo nativo de Israel, residía entre ellos; hebreo *ger*), que solía ser un mercader transeúnte, se le podía prestar a usura, puesto que pedía para incrementar su negocio y, por ello, era muy puesto en razón que hiciese partícipe de su ganancia al que le prestó el dinero. De todo esto se desprende que el prestar a interés no es ilegítimo, con tal que se guarden las normas que aparecen descritas de alguna manera en esta porción.

IV. En la porción siguiente (vv. 21–23), se urge el cumplimiento de los votos con que se hayan ligado nuestras propias almas en la presencia de Dios. 1. Somos enteramente libres para emitir votos o no. Dios había ya indicado que estaba pronto a aceptar ofrendas que se le presentasen con buen ánimo, aunque fuese solamente de un poco de flor de harina (v. Lv. 2:4 y ss.). Pero, a fin de evitar que los sacerdotes, quienes recibían la mayor parte de lo presentado en dichas ofrendas, abusasen de su oficio y presionasen

sobre el pueblo como si fuese una obligación el hacer dichos votos, sin tener en cuenta las posibilidades o la voluntad de las personas, se declara aquí para conocimiento de todos, que *no hay ningún pecado en abstenerse de prometer* (v. 22). 2. Pero, una vez hecho el voto, la persona queda estrictamente obligada a cumplirlo.

V. Se da permiso (vv. 24–25) para comer uvas o espigas de trigo en la viña o el campo, respectivamente, del prójimo; pero queda prohibido el abastecerse de la heredad ajena, y poner en el cesto o aplicar la hoz al campo de mies. 1. Esta ley venía a insinuarles la gran abundancia de trigo y vino que habían de tener en la tierra de Canaán. 2. Era una provisión benigna para el caminante pobre, quien, después de un viaje extenuador, necesitaba urgente alivio para el hambre y la sed. 3. También servía para recordarles que la tierra es del Señor, y que nosotros somos meros administradores, que debemos estar siempre dispuestos a compartir con el necesitado. De esta manera, se acostumbra uno mejor a la hospitalidad (v. Ro. 12:13; 1 Ti. 5:10; He. 13:2; 1 P. 4:9).

CAPÍTULO 24

En este capítulo tenemos diversas leyes, como la ley acerca del divorcio, la dispensa del servicio militar para los recién casados, de nuevo sobre préstamos, sobre trata de esclavos, acerca de la lepra, etcétera.

Versículos 1–4

La ley que aquí aparece no es para instituir, permitir o preceptuar el divorcio. El divorcio se supone ya permitido en Levítico 21:7 y Números 30:10. La norma que aquí se da es simplemente que, si un hombre se ha divorciado de su mujer, no puede volver a casarse con ella, en el caso de que su posterior marido muera o se divorcie de ella. Aunque las palabras de Mateo 19:7 *«mandó Moisés …»* pueden entenderse en el sentido de que una vez decidido el divorcio, había la obligación de dar carta de repudio a la mujer, no puede pasarse por alto el hecho de que, al *«mandó»* de los fariseos, respondió Jesús con un *«permitió repudiar»* (v. 8) que puso en claro la correcta normativa de la ley del divorcio, y añadió que dicha ley se debía únicamente a la dureza de los corazones de ellos, no a la buena voluntad de Dios hacia su pueblo; ya que el divorcio en sí no es causa de bienes, sino de males, se trataba, pues, de un *mal menor* que Dios permitía, ya que el hombre, de propia iniciativa, no puede escoger el *mal menor,* sino que debe elegir el *mayor bien* posible, con plena fe en el Dios vivo y verdadero, que tiene poder para dirigir y controlar todas las situaciones. Como decía Spurgeon: «Cada uno debe cumplir con su deber; de las consecuencias se encarga Dios». En la norma presente encontramos: 1. Que, para que un hombre pudiese legalmente divorciarse de su mujer, necesitaba *haber hallado en ella alguna cosa vergonzosa* (hebreo *ʾervath dabar*). Se necesitaba, pues, alguna causa; no se podía dar carta de repudio simplemente por desagradarle ya la actual esposa, o por agradarle más otra mujer. Sin embargo; el sentido de la frase *ʾervath dabar* se prestaba a distintas interpretaciones, de ahí que se formasen distintas escuelas rabínicas, como las de Shammay y la de Hillel al comienzo de nuestra era. El rabino Shammay (que hoy llamaríamos «de manga estrecha») opinaba que dicha frase debía traducirse por «cosa de *indecencia»,* con lo que la única causa legal sería el adulterio de la mujer; en cambio, el rabino Hillel traducía «indecencia» *en alguna cosa,* con lo que se daba ocasión de interpretar, con «manga más o menos ancha», cualquier cosa que desagradara al marido como encontrar mal cocinada la comida del día. 2. La ley ordenaba que el comunicado de repudio se diera por escrito, ya que las palabras pueden proferirse precipitadamente, en un momento de ira; el escrito debía, además, formalizarse delante de testigos, lo cuál demandaba la intervención de la autoridad pública. 3. El marido debía poner el documento en manos de ella lo que le obligaba también, de algún modo, a proveerla de lo necesario. 4. Una vez repudiada, ella podía casarse con otro (v. 2). El divorcio disolvía el matrimonio como podría haberlo hecho la muerte. Por eso, *«carta de divorcio»* (v. 1) es literalmente, en hebreo, «escrito *de amputación»,* para dar a entender una especie de operación quirúrgica para separar lo que era *«una sola carne»* (Gn. 2:24). 5. Si el marido posterior moría o se divorciaba de ella, podía casarse todavía con un tercero, pero su primer

marido no podía volver a tomarla. Vemos, en 2 Samuel 4:14, que David volvió a tomar a su mujer Mical, pero ha de notarse que ella no había sido repudiada por su marido, sino que le había sido robada. Los escritos judíos dicen que esta preocupación estaba establecida a fin de que los hombres no se acostumbraran a tratar a la mujer como un *objeto* que pasa de mano en mano, sino como a una *persona.* Esto contrasta con la costumbre abominable de los egipcios, quienes intercambiaban sus esposas con la mayor facilidad.

Versículos 5–13

I. Se hace provisión para preservar y fomentar el amor entre los recién casados (v. 5). Muy apropiadamente viene esta ley después de la del divorcio, el cual podría impedirse fácilmente si el mutuo afecto entre los esposos estuviese bien afianzado desde el principio. Si el marido estaba ausente de casa por mucho tiempo el primer año de su vida conyugal, había peligro de que el cariño de ambos se enfriase y surgiesen nuevas ocasiones de romance amoroso, que pondrían en peligro la fidelidad conyugal. Por esta ley, pues, quedaba dispensado el esposo, en el primer año de su matrimonio, de ir a la milicia o a cualquier otro negocio que le impidiese *alegrar a la mujer que tomó.* Esto nos enseña: 1. Cuán importante es la preservación del mutuo cariño entre los cónyuges. 2. Que uno de los deberes conyugales es animarse y alegrarse mutuamente bajo los cuidados y las penas que la vida cotidiana depara; porque un corazón alegre es la mejor medicina.

II. Ley contra la compraventa de esclavos (v. 7). La pena establecida para el delito de robar ganado u otros bienes no era la muerte; pero robar un niño o una persona débil o simple, o un siervo propio, y hacer mercancía de ellos, estaba castigado, bajo la ley de Moisés, con la pena capital, puesto que suponía privar a un israelita de su libertad, casi de tanto valor para él como su vida.

III. Un memorándum concerniente a la lepra (vv. 8–9). Las leyes acerca de la lepra habían de observarse escrupulosamente (v. Lv. 13:14).

IV. Algunas instrucciones necesarias acerca de las prendas prestadas, para asegurar el dinero del préstamo. 1. No podía tomarse en prenda *la muela del molino* (v. 6), pues era necesaria para moler el trigo con que fabricar el pan de cada día; lo mismo había de hacerse respecto a cualquier otra cosa sin la cual el hombre no pudiese satisfacer las necesidades perentorias suyas y de su familia. Todo acreedor que no se preocupe de la necesidad de sus deudores, sino que sólo le trae cuenta su propio interés, aunque su prójimo se muera de hambre, no sólo va contra la ley de Cristo, sino contra la ley de Moisés y contra la misma ley natural. 2. El acreedor no debe ir a casa del deudor a tomarle prenda, sino que ha de esperar a que éste le entregue aquello de que pueda disponer sin grave perjuicio. Por ejemplo, la ropa que alguien necesita para cubrirse en el lecho no puede tomarse en prenda (vv. 12–13 v. Éx. 22:26–27). Pero si llegaba a tomarse, de ninguna manera había de retenerla ni aun hasta el día siguiente, sino que había de devolverla antes de la puesta del sol.

Versículos 14–22

I. Se manda a los amos que traten con justicia a sus pobres siervos (vv. 14–15). 1. No deben oprimirles, sino *acordarse de que ellos fueron siervos en Egipto* (v. 18). Como si dijera: «Por propia experiencia, sabes qué cosa tan terrible es estar bajo la servidumbre de un capataz; por eso, no oprimirás a un siervo». 2. Deben ser justos y puntuales al pagarles el salario. El que vive del jornal diario, se supone que vive «de mano a boca», como suele decirse y no puede tener el pan de mañana para su familia, si no se le paga por el trabajo de hoy (v. Stg. 5:4).

II. A los magistrados y jueces se les manda que administren justicia según derecho (v. 17); esto se les recalca más expresa y directamente en 25:1.

III. A los ricos se les encarga que sean compasivos y caritativos con los pobres. En la ley de Moisés, se insiste mucho en este punto. Como dice Houghton, «ningún otro sistema de jurisprudencia en ningún otro país y en ninguna otra época de la Historia está imbuido de tanta benignidad para con los

desdichados». El precepto especial de compasión que aquí se impone es que no deben ser avaros al recolectar el grano, la uva y la oliva, hasta el punto de rebuscar codiciosamente lo que vaya quedando atrás, sino que han de estar bien dispuestos a no fijarse en menudencias, y dejar el rebusco *para el extranjero, para el huérfano y para la viuda* (vv. 19–21), es decir, para los más necesitados.

CAPÍTULO 25

En este capítulo, encontramos diversas leyes: A los magistrados se les encarga que administren la justicia con misericordia; se promulga la ley del levirato; se dispone el castigo que han de llevar los que cometen ciertos delitos contra el honor y la propiedad de las personas, etc. El capítulo termina con la orden de exterminar a Amalec.

Versículos 1–4

I. Se instruye a los jueces respecto al número de azotes que han de darse a los malhechores, junto con otros detalles acerca del modo de ejecutar este castigo (vv. 1–3). Nos hemos encontrado ya con muchos preceptos que no llevaban anejo ningún castigo especial y cuya violación, de acuerdo con la práctica constante de los judíos, era castigada con la pena de azotes. Las instrucciones que aquí se dan para la aplicación de esta pena son: 1. Que se había de aplicar con toda solemnidad; no de forma tumultuaria por las calles, sino delante del tribunal, a los ojos mismos de los jueces, quienes habían de deliberar incluso sobre el número de azotes que habían de darse, de acuerdo con el delito cometido. Los judíos dicen que, mientras era llevada a cabo la ejecución de la sentencia, el juez principal del tribunal leía en alta voz Deuteronomio 28:58–59 y 29:9, y concluía con las palabras del Salmo 78:38. *«Pero Él, misericordioso, perdonaba la maldad»*. De esta manera, resultaba una especie de acto religioso, y así parecía tener mayor eficacia, tanto para reformar al ofensor como para servir de advertencia a otros. 2. Que, por muy grave que fuese el delito, dentro de este género, el número de azotes no debía exceder de *cuarenta* (v. 3). La costumbre ya tradicional era aplicar *cuarenta menos uno,* como se ve por 2 Corintios 11:24. Se había rebajado *uno,* por temor de contar mal en alguna ocasión y excederse así en aplicar un castigo mayor que el que imponía la ley. Los azotes se aplicaban con un cinturón de cuero, no con varas o cualquier otro material que pudiese producir heridas mortales.

II. Se encarga a los labradores que no impidan al ganado comer cuando el animal está trabajando, y el alimento está al alcance de su boca (v. 4). Esta prohibición se extiende a todo animal de labranza y no sólo al buey. Con ello se muestra que Dios quería un pueblo con sentimientos humanitarios, no sólo hacia sus semejantes, sino también hacia los animales, mientras que el hijo pródigo del Evangelio no gozaba del beneficio que aquí se ordena otorgar a los animales (v. Lc. 15:16). Dice Proverbios 12:10: *«El justo cuida del sustento de sus bestias; mas el corazón de los impíos es cruel»*. Esta disposición de la ley mosaica contrasta con las leyes y costumbres de otros pueblos aun de los llamados «civilizados» y en nuestro tiempo, en los cuáles hay todavía criados y jornaleros que son tratados peor que las bestias. El Apóstol cita este versículo para aplicarlo a los obreros del Señor que trabajan en la expansión del Evangelio (1 Co. 9:9). Por cierto Pablo no quiere decir que Dios no tenga providencia de los animales, sino que la Ley apuntaba a un sentido más elevado, en el que la norma adquiría la suprema vigencia.

Versículos 5–12

I. Se establece una ley concerniente al casamiento con la viuda de un hermano. Es lo que se llama la ley del *levirato,* de la palabra latina *levir*, que significa *cuñado.* La ley sanciona, y modifica en algunos detalles, lo que ya era costumbre en algunos pueblos antiguos, y ya se practicaba en Israel en tiempos de los patriarcas, como se ve por Génesis 38:8. Se trata de un caso que ocurre a veces en el que un hombre casado muere sin dejar descendencia, pero deja hermanos todavía solteros. Entonces: 1. La viuda no podía volver a casarse dentro de otra familia, a no ser que todos los parientes varones de su difunto marido rehusasen casarse con ella para que la hacienda que ella poseía de parte del marido, no pasase a

manos de ajenos. 2. El hermano del difunto marido, o el pariente más próximo debía casarse con ella, en parte por respeto hacia ella, ya que había dejado su propio pueblo y la casa de su padre y, por eso, era apropiado que la familia en que se había casado, le mostrase esta deferencia; en parte también, por respeto al propio marido fallecido para que su nombre no quedase olvidado ni se perdiese, descontado de las genealogías de su tribu. Por eso, el primogénito que en su caso tuviese de la viuda el nuevo marido, había de llevar el nombre del difunto, así entraba en la genealogía como hijo suyo (vv. 5–6). 3. Pero si el hermano o el pariente cercano declinaba prestar este buen servicio al difunto ¿qué había que hacer? (A) No se le debía obligar a ello (v. 7). (B) Sin embargo, había de ser públicamente avergonzado por negarse a ello (v. 7–10).

II. Hay otra ley muy severa contra la mujer que se atreva a cometer el delito deshonroso que se detalla en el versículo 11. En este caso, único en la Ley, se aplica la pena de amputación de la mano (v. 12). Los rabinos conmutaron más tarde esta pena por la de una multa cuya cantidad había de calcularse según la condición, tanto del reo como de la víctima.

Versículos 13–19

I. Una ley contra los falsos pesos y medidas; no sólo no se deben usar, sino que tampoco se deben tener, no sea que, teniéndolos, se vean fuertemente tentados a usarlos. Menos aún debían tener peso grande y medida grande para comprar, y peso pequeño y medida pequeña para vender, porque entonces el fraude era doble. Sino que, *pesa exacta y justa tendrás* (v. 15).

II. Otra ley para exterminar a Amalec.

1. El daño que Amalec causó a Israel, debía ser recordado aquí (vv. 17–18). Los amalecitas no tenían ningún motivo para luchar contra Israel, y además le atacaron sin previo aviso ni declaración de guerra, sino que se aprovecharon de la desventaja en que el pueblo de Dios se encontraba al llevar a los más débiles en la retaguardia, cuando estaban recién salidos de Egipto (Éx. 17:8–16), y desbaratarle precisamente esa parte del pueblo, ya de por sí *cansado y trabajado* (v. 18). Un pueblo tan despiadado y tan carente de religión como para salir a atacar a gente que marchaba pacíficamente, merecía *ser borrado de debajo del Cielo* (v. 19). Contrasta lo de borrar «la memoria» de Amalec, con el encargo a Israel de «*no lo olvides*».

2. Esta cobarde agresión había de ser vindicada a su debido tiempo. Algunos siglos después se le ordenó a Saúl que pusiese por obra la ejecución de esta sentencia (1 S. 15), y fue rechazado por Dios por no haberla llevado a cabo en la forma que se le había mandado. En aquella ocasión, Saúl añadió nuevos pecados, pues se excusó malamente (1 S. 15:20–21), en contraste con la actitud de David, quien confesó sinceramente su pecado (2 S. 12:13).

CAPÍTULO 26

Con este capítulo, termina Moisés de dar los preceptos especiales que había considerado conveniente encargar a Israel poco antes de marchar al sepulcro. Lo que sigue es una especie de sanción y ratificación.

Versículos 1–11

I. La orden de hacer una buena obra, como era la de ofrecer a Dios cada año, una canasta con los primeros frutos de la cosecha (vv. 1–2). Cuando alguien iba a su campo y a su viña al tiempo en que los frutos estaban madurando, había de señalar los que observaba más adelantados y destinarlos para ser las primicias que debían ser ofrecidas a Dios. Estos frutos, según se desprende de la enumeración hecha en 8:8 como típica de la tierra prometida, eran *siete:* trigo, cebada, uvas, higos, granadas, olivas y dátiles. De todos ellos había de ponerse algo en la canasta con algunas hojas entre ellos, y ser presentados a Dios en el lugar que Él había de escoger. De esta ley debemos aprender: 1. A reconocer a Dios como al Dador de

todos los bienes que constituyen el sustento y alivio de nuestra vida natural (v. Stg. 1:17). 2. A negarnos a nosotros mismos. Los primeros frutos nos atraen de un modo especial, y con ellos solemos obsequiar a quienes nos visitan, cuando son personas de alguna relevancia o hacia quienes sentimos un afecto especial. 3. A dar a Dios lo primero y lo mejor de lo que tenemos. Quienes consagran a Dios los días de su juventud y las primicias de su tiempo diario, le están ofreciendo sus *primeros frutos.*

II. A esta buena obra, habían de acompañar buenas palabras salidas de sus labios. Para cumplir bien este objetivo, habían de reconocer dos cosas: 1. La baja condición racial de su común antepasado: *Un arameo a punto de perecer fue mi padre* (v. 5). Jacob es llamado aquí *arameo o sirio,* porque vivió durante veinte años en Padán-aram. 2. La miserable condición en que se encontró la nación israelita durante su infancia: habían descendido a Egipto como extranjeros, y sirvieron allí como esclavos (vv. 5–6).

Versículos 12–15

Ya vimos en 14:28–29 la ley acerca del modo de disponer del diezmo al tercer año. El segundo diezmo que, en los dos primeros años de cada trienio, había de ser llevado por su poseedor a la ciudad santa, que Dios había de escoger, y consumido allí en familia delante del Señor, o rescatado con dinero, había de ser reservado en casa al tercer año, para ponerlo a disposición de los necesitados.

I. A este fin, habían de formular una pública confesión de haber llevado a cabo lo que estaba preceptuado por la Ley (vv. 13–14). 1. Proclamado que no habían retenido para sí nada de lo «sagrado» (hebr. *kodesh): «He sacado de mi casa lo que era sagrado* (v. 13). No he guardado nada secretamente para mi uso personal, sino que lo he entregado a aquellos a quienes la Ley me manda darlo». 2. Así quedaba manifestado que los pobres, en particular los ministros de Dios, los extranjeros, las viudas y los huérfanos, habían tenido su parte, conforme al mandamiento. 3. Que nada absolutamente de este diezmo había sido empleado en ningún uso profano; mucho menos, en ningún uso pecaminoso. Dicen los judíos que esta protesta de integridad por parte de los que daban el diezmo había de formularse en voz baja, ya que comportaba el carácter de una autoacusación, mientras que la anterior confesión (vv. 3–10) de la bondad de Dios había de hacerse en voz alta para glorificarla a Jehová. 4. Que no habían comido del segundo diezmo *durante el luto* (lit. *como un enlutado;* v. 14), puesto que este segundo diezmo había de comerse *con alegría* (14:26). 5. Que nada de ello se había ofrecido a los muertos, lo cual podría entenderse de varias maneras, según las diversas exégesis rabínicas: unos piensan que se trata de usar parte del dinero del segundo diezmo para comprar un ataúd o ropas para amortajar a un difunto, o para comer en la casa del duelo; otros, que se refiere a la costumbre que tenían los egipcios de colocar alimentos en las tumbas; otros, a la reprobable práctica de ofrecer sacrificios a los espíritus de los difuntos para hacerlos propicios hacia los supervivientes. El culto a los muertos es opuesto al espíritu y a la letra de la Ley (v. 18:11; Sal. 106:28). 6. El que no se atrevía a hacer esta pública y solemne confesión había de ofrecer *sacrificio por la culpa,* conforme a Levítico 5:15.

II. A esta solemne protesta, habían de añadir una solemne oración (v. 15), no precisamente por ellos mismos, sino *por el pueblo de Dios;* al fin y al cabo, dentro de la común paz y prosperidad, toda persona particular tiene paz y prospera.

Versículos 16–19

En dos cosas insiste aquí Moisés para urgir el cumplimiento de todos estos preceptos: 1. En que eran mandamientos de Dios (v. 16); no eran dictados de su propia sabiduría o autoridad, sino ordenados por la infinita sabiduría de Dios, y hechos obligatorios por la suprema autoridad del Rey de reyes. 2. Que el pacto que Jehová había hecho con ellos les obligaba a guardar estos mandamientos.

CAPÍTULO 27

Comienza aquí el tercer discurso de Moisés en este libro (caps. 27–30) en el que va a poner todo su empeño en responsabilizar al pueblo respecto al cumplimiento fiel de los mandamientos que le acaba de dar de parte de Dios. En este capítulo, prescribe ciertos medios: l.º, para venir en auxilio de la memoria de ellos, y poner por escrito los mandamientos que acaba de prescribir; 2.º, impresionar los sentimientos de ellos, mediante el mandato de proferir bendiciones y maldiciones respectivamente sobre los observantes e incumplidores de los mandamientos divinos; bendiciones y maldiciones que habían de proferirse sobre los montes Gerizim y Ebal, luego que hubiesen entrado en la tierra prometida.

Versículos 1–10

I. Un encargo general al pueblo a fin de que guarden los mandamientos de Dios, intimado con toda autoridad: *Moisés, con los ancianos de Israel*, los jefes de cada tribu (v. 1) y de nuevo, *Moisés, con los sacerdotes levitas* (v. 9), mandaron al pueblo que cumpliesen la Ley de Dios.

II. Les instruye en especial con gran solemnidad a *escribir todas las palabras de esta ley* (v. 3), tan pronto como entren en Canaán. Ya se había realizado una ratificación solemne del pacto entre Jehová e Israel en el Sinaí, cuando fue erigido un altar al pie del monte y doce columnas (Éx. 24:4), y fue presentado el libro del pacto. La solemnidad de ahora es similar a la de entonces.

1. Han de levantar un monumento (piedras grandes, revocadas con cal v. 2), en el que se escriban *todas las palabras de esta ley.*
2. Han de erigir también un altar (v. 5). Por las palabras de la ley, escritas sobre las piedras encaladas, *Dios les hablaba a ellos;* mediante el altar, y los sacrificios que iban a ofrecer sobre él *ellos le hablaban a Dios;* así se conservaba y fomentaba la comunión entre ellos y su Dios.

Versículos 11–26

Había en Canaán, en la parte que después tocó por suerte a la tribu de Efraín (la tribu de Josué), dos montañas cercanas la una a la otra, con un pequeño valle por medio, llamada la una *Gerizim,* y la otra *Ebal.* Las seis tribus mencionadas en el versículo 12 habían de colocarse sobre el monte Gerizim y, de cara a ellas, las otras seis mencionadas en el versículo 13 habían de colocarse sobre el Ebal. Según la tradición rabínica, en un lugar del valle, intermedio entre ambos montes, estaban los levitas en torno al Arca. Hecho el silencio, tras el toque de atención, los levitas habían de volverse hacia la multitud situada sobre el Ebal, y pronunciar en voz alta una de las maldiciones aquí registradas y todo el pueblo sobre la cima y la falda del monte había de contestar: *Amén.* A continuación, habían de volverse los levitas hacia la multitud situada en la cima y en la falda del Gerizim, y pronunciar la bendición correspondiente, y toda la multitud situada allí había de contestar: *Amén.*

I. Es menester hacer algunas observaciones generales respecto a esta solemnidad, la cual había de tener lugar una sola vez pero había de ser narrada muchas veces a la posteridad. 1. Dios mismo nombró las tribus que habían de estar sobre cada uno de los dos montes (vv. 12–13). Las seis tribus nombradas para refrendar las bendiciones eran todas de los hijos de las mujeres libres de Jacob (Lea y Raquel), porque a ellas les pertenece la promesa (v. Gá. 4:31). Es de notar que, entre ellas, aparece la de Leví, con lo que se nos enseña que los ministros de Dios han de aplicarse a sí mismos las bendiciones y los juicios que ellos proclaman y predican a los demás y añadir, por fe, su correspondiente *Amén.* 2. De las tribus que habían de decir *Amén* a las bendiciones, se dice que *estarán de pie para bendecir al pueblo,* pero de las otras se dice simplemente que *estarán de pie para pronunciar la maldición,* sin mencionar al pueblo, como dando a entender que era difícil de suponer que alguien a quien Dios había tomado por hijo, se colocase a sí mismo bajo maldición. Los levitas que fuesen nombrados para el oficio, habían de pronunciar las maldiciones lo mismo que las bendiciones. 4. En esta porción, tenemos las maldiciones expresadas, pero no las bendiciones. En cambio, en el Sermón de Cristo sobre el monte, que era el verdadero Gerizim, tenemos sólo bendiciones (Mt. 5:3 y ss.). Por algo, el Antiguo Testamento, que contiene la Ley, termina con la palabra *«maldición»* (Mal. 4:6); en cambio, el Nuevo Testamento, en el que domina el Evangelio = «Buena Nueva», termina con una bendición (Ap. 22:21). 5. A cada una de las maldiciones, el pueblo había de decir *Amén.* Los judíos tienen dos refranes referentes a esto: (A) «Todo el

que responde *Amén* a un voto o juramento, es como si él mismo hubiese pronunciado ese voto o juramento». (B) «A todo el que dice *Amén* con toda su fuerza, a ése le serán abiertas las puertas del Paraíso». Pero, ¿cómo podrían decir *Amén* a las maldiciones? Sí, porque *Amén,* no sólo significa: *Es cierto que así será,* sino también: *Es cierto que así debe ser.*

II. Consideremos ahora cuáles son en detalle los pecados contra los que se pronuncian estas maldiciones. Son doce en total y se distribuyen del modo siguiente:

1. Pecados contra el segundo mandamiento. Esta espada flameante se alza primeramente para defender este mandamiento (v. 15). Quedan malditos aquí, no sólo los que adoran imágenes, sino también los que las hacen o las conservan, si son como las que los idólatras usaban en el servicio de sus dioses.
2. Contra el quinto mandamiento (v. 16). El desprecio a los padres es algo tan abominable, que figura inmediatamente después del desprecio a Dios mismo.
3. Contra el octavo mandamiento. Aquí, la maldición de Dios cae: (A) Sobre el injusto vecino que reduce el límite de la heredad ajena (v. 17; v. 19:14). (B) Sobre el injusto consejero. (C) Contra el injusto juez, *que pervierte el derecho del extranjero, del huérfano y de la viuda* (v. 19), precisamente de los que debería proteger y vindicar.
4. Contra el séptimo mandamiento. Pecado maldito es el incesto, y aquí se especifican los cometidos con la madrastra, con la hermana y con la suegra (vv. 20, 22, 23).
5. Contra el sexto mandamiento. Se especifican aquí dos de las peores clases de homicidio: (A) El homicidio con alevosía, cuando un hombre no planta cara a su adversario, sino que *lo hiere ocultamente,* matándolo a traición (v. 24), ya sea con veneno, ya de cualquier otro modo en que el atacado no pueda ver quién es el que le ataca (v. Sal. 10:8–9). (B) El homicidio cometido «legalmente»; es decir, el de quien es comprado por dinero para acusar, presentar falso testimonio, o condenar, *para quitar así la vida al inocente* (v. 25; v. Sal. 15:5).
6. La solemnidad concluye con una maldición general sobre todo aquel *que no confirme las palabras de esta ley para hacerlas* (v. 26). Con nuestra obediencia a la Ley, ponemos nuestro sello sobre ella y la confirmamos, mientras que con nuestra desobediencia, hacemos todo lo que está de nuestra parte para anularla (v. Sal. 119:126).

CAPÍTULO 28

Este capítulo no es otra cosa que una larga exposición de dos palabras relevantes del capítulo anterior: bendición y maldición. Moisés pone ante los ojos del pueblo las profundas y definitivas consecuencias que comporta la gran alternativa de cada ser humano al escoger el bien o el mal.

Versículos 1–14

Aparecen las bendiciones delante de las maldiciones, para indicar: 1. Que Dios es tardo para la ira, pero presto a mostrar misericordia; Él ha dicho, y ha jurado por su vida, que es infinita y eterna, que su voluntad es que obedezcamos y vivamos, no que pequemos y muramos. 2. Que la obediencia más agradable a Dios es la que surge de un principio de contentamiento en la bondad de Dios. Veamos dichas bendiciones en detalle:

I. Se promete que la providencia de Dios les hará prosperar en todos sus quehaceres y menesteres. Si obedecen los mandamientos de Dios, estas bendiciones *les alcanzarán* (v. 2). Más aún, les sobrepasarán hasta llenarlos de gratas sorpresas, como aquellos a quienes les será impartida la bendición de Dios, y responderán al Rey: *Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te alimentamos?* (Mt. 25:37). El hebreo dice que *les adelantarán,* como adelanta un coche a otro, se pone delante y va en cabeza. Este es el sentido de Apocalipsis 14:13 *«siguen con ellos»,* como escolta de gloria frutos manifiestos de una fe viva, y probada en la tribulación (allí la Gran Tribulación).

1. Se enumeran varias cosas en las que Dios, con su providencia, les había de bendecir: (A) Estarían a salvo en cualquier parte, ya fuese *en la ciudad o en el campo* (v. 3). Quedarían protegidas sus personas, y saldría bien el quehacer en que estuviesen ocupados (v. 6). (B) Sus familias aumentarían en número y en bienestar (v. 4). (C) Tendrían abundancia de todos los bienes de esta vida. Se les promete bendición, (a) en todo lo que tuviesen fuera de casa: el grano y el ganado en el campo (vv. 4, 11), en especial, sus vacas y ovejas; (b) en todo lo que tuviesen dentro de casa: *la canasta y la artesa de amasar* (v. 5), lo mismo que en los almacenes *o graneros* (v. 8). Dependemos de Dios y de sus bendiciones, no sólo para la cosecha anual del trigo en el campo, sino también para el pan de cada día y la cesta de cada día; por eso, se nos enseña a orar por ello cada día. (D) Tendrían éxito en todos sus quehaceres, pues Dios tomaría a su cargo las empresas de ellos y *bendeciría toda obra de sus manos* (v. 12). (E) Tendrían mucho honor entre sus vecinos (v. 1). Dos cosas les ayudarían grandemente a hacerles grandes en medio de las naciones: (a) Sus riquezas: *«Prestarás a muchas naciones»* (v. 12); mientras que ellos disfrutarían siempre de tal abundancia, que *no tendrían que pedir prestado.* (b) Su poder: *«Te pondrá Jehová por cabeza, y no por cola; y estarás encima solamente, y no estarás debajo»* (v. 13). Es decir, habrían de imponer su ley a los demás y exigirles tributo, y hasta servir de árbitro en sus controversias, mientras que ellos no estarían bajo ninguna de estas servidumbres. Su religión y la bendición de Dios sobre ellos, harían que todos sus enemigos les temiesen, y que los ejércitos más numerosos y mejor pertrechados huyesen acobardados delante de ellos (v. 7): *«por siete caminos huirán delante de ti»,* donde se emplea el número *siete* como número redondo de perfección para indicar una cantidad indefinida de vías de escape y huida, en contraste con la compacta formación (*«por un camino»*) con la que el enemigo avanzaba confiado. Así, pues, se les promete que habrían de salir victoriosos de todos sus enemigos, y prosperar en todas sus guerras.

2. De todo esto aprendemos (¡ojalá los hombres lo creyeran y se persuadiesen de ello!) que la religión y la piedad verdaderas son el mejor aliado de toda prosperidad. Aunque las promesas acerca de los bienes de este mundo no ocupan en el Nuevo Testamento tanto lugar como ocupaban en el Antiguo, nos basta sin embargo con la palabra que el Señor Jesucristo nos ha dado, refrendándola con su autoridad divina, de que *si buscamos primero el reino de Dios y su justicia, todas las otras cosas nos serán añadidas* (Mt. 6:33), en la medida en que la Sabiduría Infinita ve que son buenas para nosotros, y ¿quién puede desear más que eso?

II. Se les promete igualmente que la gracia de Dios los había de *confirmar por pueblo santo* (v. 9), es decir, *separado* para Jehová y, por consiguiente, inviolable. El establecimiento de su devoción será también el establecimiento de su reputación y seguridad

Versículos 15–44

Después de ver el lado resplandeciente, las luces del cuadro que son para los obedientes, veamos ahora el lado oscuro, que se cierne sobre los desobedientes. Si no guardamos los mandamientos de Dios, no sólo no vamos a participar de las bendiciones prometidas, sino que nos ponemos a nosotros mismos bajo maldición, la cual es el compendio de todos los males, como la bendición lo es de todos los bienes.

I. Equidad de esta maldición. No es una maldición sin motivo, o por motivos ligeros; Dios no busca ocasión de hacernos daño ni le apetece contender con nosotros. Lo que aquí se menciona como motivo de la maldición es: 1. Despreciar a Dios, *rehusando oír su* voz (v. 15), lo que comporta el mayor desprecio imaginable. 2. Desobedecer a Dios, *no cumpliendo sus mandamientos.* 3. Abandonar a Dios. Dios nunca nos abandona, si antes no le abandonamos nosotros a Él.

II. Extensión y eficacia de esta maldición.

1. En general, se declara: *«Vendrán sobre ti* (desde arriba) *todas estas maldiciones, y te alcanzarán* (v. 15); es decir, *te adelantarán* (como dice el hebreo), te cerrarán el paso, de manera que no podrás escapar de ellas, por mucho que te esfuerces en conseguirlo». No hay escape posible de Dios, a no ser que escapemos a refugiarnos en Dios; no hay otra huida posible de Su justicia, que no sea la huida hacia Su misericordia (v. Sal. 21:7–8). *Para quienes tienen contaminadas la mente y la conciencia, todo es malo y*

contaminado (Tit. 1:15). Así, pues, esta maldición es el reverso de la bendición que hemos visto en la primera parte de este capítulo.

2. Se enumeran después en detalle muchos castigos, como frutos de esta maldición. Comoquiera que todos ellos son el reverso de las bendiciones anteriores, no necesitan especial explicación. Sin embargo, es notable la maldición del versículo 29, «y *palparás al mediodía como palpa el ciego en la oscuridad*». Podría preguntarse, ¿qué más le da al ciego palpar al mediodía que a la medianoche? La respuesta la da el Talmud judío, al referir la anécdota de cierto rabino llamado José (¿español?), quien dijo en cierta ocasión: «Toda mi vida estuve apenado por no poder comprender el sentido de esta frase, hasta que una noche en que yo iba por la calle, me encontré a un ciego con una antorcha encendida en la mano. Le pregunté: Hijo, ¿por qué llevas esa antorcha, si no puedes ver su luz? Y me respondió: Amigo, es cierto que yo no puedo ver nada, pero al llevar esta antorcha, los demás me pueden ver a mí, compadecerse de mí, y librarme de caer en un pozo o de ser lastimado con zarzas o espinos». Al ser la ceguera física símbolo de la ignorancia y del error, podemos notar por todas estas maldiciones que los juicios de Dios alcanzan a la mente humana, llenándola de oscuridad y horror, así como alcanzan a cuerpo y a la hacienda; y los juicios más severos y dolorosos son los que constituyen a los hombres en terror y destrucción para sí mismos.

Versículos 45–68

Podría pensarse que ya se había dicho lo bastante para impresionarles poderosamente y llenarles de temor a *la ira de Dios, que se revela desde el Cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres* (Ro. 1:18). Pero para mostrar la amplitud de los almacenes de dicha ira (*«atesoras para ti mismo ira …»;* Ro. 2:5), y que todavía quedaba mucho más por decir, Moisés comienza de nuevo, cuando podría pensarse que habría concluido ya con este lúgubre asunto, y añade a esta larga lista de maldiciones muchas palabras de repetición e insistencia, con nuevos detalles, como haría después Jeremías (Jer. 36:32). En esta última parte, Moisés les predice la destrucción a manos de los romanos y la dispersión subsiguiente. Y el actual estado deplorable de los judíos, y de todos los que se han unido a ellos y han abrazado su religión, responde tan plena y exactamente a la predicción contenida en estos versículos que sirve de prueba incontestable de la verdad de esta profecía, y consiguientemente de la autoridad divina de las Escrituras. Al ser representada esta última destrucción como mucho más terrible que la anterior, esto muestra que el pecado de los judíos, al rechazar a Cristo y a su mensaje de salvación, fue mucho más grave. Bajo esta destrucción, agudizada a mediados del presente siglo por el inhumano antisemitismo de Hitler y de sus esbirros, continúan los judíos por más de 1.900 años hasta que *venga de Sion el Libertador, que aparte de Jacob la impiedad* (Ro. 11:26).

I. Es asombroso que un pueblo tan bendecido por Dios, que por tantos siglos fue el favorito del Cielo (y no ha sido revocada su elección; Ro. 11:29), haya sido tremendamente abandonado y rechazado; que un pueblo tan compactamente aglutinado, esté tan universalmente dispersado y, que al mismo tiempo, al haber estado (y estar aún) tan dispersado entre todas las naciones, se haya preservado racialmente distinto, sin mezclarse con ninguno; fugitivos y vagabundos como Caín, después que mató a su hermano, también los judíos, que se hicieron a sí mismos responsables de la sangre de su hermano Jesús, llevan como Caín una especie de *marca* (no se olvide que la marca de Caín no fue para maldición, sino para protección; Gn. 4:15). Las dos últimas guerras de los judíos con los árabes (1967 y 1973) muestran claramente que Dios les protege en estos tiempos próximos a la venida del Libertador. Cuando los árabes atacaron a Israel por sorpresa en el Yom Kippur (Día de la Expiación) de 1973 contaba un general sirio que, al llegar con sus ejércitos cerca del lago de Genesaret, vio en el Cielo como una gigantesca mano que se cernía sobre ellos; el ejército se detuvo, como extasiado ante la maravilla de aquel panorama de Galilea, y esta pausa les fue fatal, puesto que dio al ejército israelí el tiempo suficiente para reaccionar a tiempo y repeler triunfalmente la agresión.

II. Se describe a continuación la destrucción profetizada. Moisés trata ahora sobre el mismo triste tema que nuestro Salvador expuso a sus discípulos en su discurso de despedida (Mt. 24), a saber, la destrucción de Jerusalén y de la nación judía.

1. Aquí se describen cinco pasos en el proceso de la ruina de Israel:

A) Que serán invadidos por un enemigo *lejano* (vv. 49–50). Aunque muchos rabinos entienden estos versículos de la invasión asiriobabilónica, no cabe duda de que tienen un fondo más lejano, y se aplican mejor al sitio y toma de Jerusalén por parte de los romanos el año 70 de nuestra era: *Una nación de lejos, del extremo de la tierra* (el remoto occidente), *que vuele como águila* (el águila en la enseña de los romanos), *nación cuya lengua no entenderás* (v. 49). Nuestro Salvador echó mano de este símil poco después de referirse a esta destrucción, cuando dijo: *«Dondequiera que esté el cadáver, allí se juntarán las águilas»* (Mt. 24:28), aunque es más probable que se refiera al final de la «Gran Tribulación» (Mt. 24:21), a la vista de Apocalipsis 19:17–19.

B) Que el país quedará desolado, y todos sus frutos serán comidos por el ejército enemigo, lo cual es consecuencia natural de la invasión, especialmente cuando ésta se lleva a cabo, como fue la de los romanos, para sofocar el levantamiento de rebeldes.

C) Que sus ciudades serán sitiadas, y que será tal la obstinación de los sitiados y el vigor de los sitiadores, que la nación será reducida al último extremo, para caer finalmente en manos del enemigo (v. 52).

D) Que perecería una gran muchedumbre de ellos, de modo que *quedarían pocos en número* (v. 62).

E) Que el resto sería dispersado entre las naciones: *Y Jehová te esparcirá por todos los pueblos, desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo* (v. 64). Es aquí donde todos los comentaristas, incluidos los rabinos judíos, admiten que se trata de la dispersión en que Israel se encuentra en los últimos diecinueve siglos.

2. La triste condición del pueblo judío durante la presente era se echa de ver con toda su aflicción angustiosa en los versículos 66–68. (A) *Tendrás tu vida como pendiente de un hilo* (v. 66), es decir, como un objeto que pende de un débil hilo ante los ojos de la persona (¿quién no recuerda lo de la espada de Damocles?) siempre a punto de romperse y caer en cualquier momento. (B) El versículo 67 describe el dolor agudo que sufre un paciente, y que le hace suspirar por el paso rápido del tiempo. (C) El versículo 68 contiene una profecía asombrosa en todos sus detalles. Cuando Jerusalén fue destruida en el año 70, tanto Tito como después Adriano sumieron en la esclavitud a una multitud ingente de israelitas, gran número de los cuales fue llevado a Egipto. Por otra parte en esa misma fecha, las tropas romanas, como el mismo Flavio Josefo atestigua, hartas ya de tanta matanza, reservaron de los prisioneros un número de unos 97.000. Los mayores de 17 años fueron enviados a las minas o a luchar con las fieras en el Circo de Roma como gladiadores. Los menores de 17 años fueron destinados a ser vendidos en el mercado de esclavos pero el mercado rebosa de esclavos hasta los topes, de modo que *¡no hubo quien los comprara!* (v. 68, al final). Los sobrantes fueron confinados en una especie de campo de concentración, en el que murieron de hambre por millares.

3. Al resumir nuestras consideraciones sobre todo este tema hemos de decir: (A) Que el cumplimiento de todas estas predicciones sobre el pueblo de Dios muestra que Moisés habló llevado y movido por el Espíritu de Dios (2 P. 1:21). (B) Que de aquí hemos de aprender a sentir, no sólo miedo, sino pavor al pecado. Se cuenta de un malvado que, después de leer las amenazas de esta porción, se puso tan furioso que arrancó esta hoja de la Biblia, del mismo modo que Joacim rompió y quemó el rollo de Jeremías (Jer. 36:23); pero, ¿de qué sirve romper una copia, cuando el original está bien guardado en el archivo de los decretos divinos por los cuales está dictaminado inalterablemente que *«la paga del pecado es muerte»* (Ro. 6:23), lo escuchen o no los hombres?

CAPÍTULO 29

Las primeras palabras de este capítulo resumen bien su contenido: *Éstas son las palabras del pacto que Jehová mandó a Moisés que celebrase con los hijos de Israel … «Éstas»* se refiere a las que siguen, no a las que anteceden.

Versículos 1–9

Ahora que Moisés había repetido ampliamente los mandamientos que el pueblo debía observar como la parte que a ellos les correspondía en el pacto, y las promesas y amenazas de Dios (según se condujeran

ellos), que era la parte que correspondía a Dios cumplir, todo ello se resume aquí en una transacción federal. El pacto hecho anteriormente, es renovado ahora, y Moisés, que fue mediador del pacto antes, lo es también ahora (v. 1). Es probable que algunos de los que aún vivían ahora, pero demasiado viejos para ser educados, tenían ya la edad suficiente para dar su consentimiento personal cuando el pacto se hizo en Horeb, y ahora han de consentir en su renovación. Pero la gran mayoría pertenecían a la nueva generación y, por eso, para ellos era cosa enteramente nueva, en la que especialmente habían de tomar ahora parte activa, pues está puesto en razón que el pacto sea renovado a los hijos del pacto, y que ellos den su consentimiento personal a él.

I. Es corriente en las escrituras y documentos contractuales comenzar por una relación o descripción; y así lo encontramos aquí, con un resumen de las grandes cosas que Dios había hecho por ellos: 1. Para animarles a creer que Jehová seguiría siendo para ellos su Dios, porque no habría Él hecho tan grandes cosas por ellos, si no hubiese resuelto hacer más todavía, puesto que todo lo que había hecho hasta entonces no era sino el prólogo de lo que pensaba hacer. 2. Para comprometerles a ser para Dios un pueblo obediente y agradecido, en consideración a lo que Él había hecho por ellos.

II. Para demostrarles todo lo que dice, apela al testimonio de los ojos de ellos: *Vosotros habéis visto todo lo que Jehová ha hecho* (v. 2). Sus propios sentidos constituían una evidencia incontestable de los hechos: *Guardaréis, pues, las palabras de este pacto* (v. 9). No había excusa posible.

III. Detalla estas cosas, para mostrar el poder y la bondad de Dios en las manifestaciones que había tenido a bien hacerles. 1. Al liberarlos de Egipto (vv. 2–3). 2. Al conducirles por el desierto durante cuarenta años (vv. 5–6). Allí habían sido guiados, vestidos y alimentados por medio de milagros. El carácter milagroso de aquellos beneficios les demostraba que Jehová era Dios, y el carácter beneficioso de aquellos milagros les daba a entender que Jehová era su Dios. 3. La victoria que recientemente habían conseguido sobre Sehón y Og, y la buena tierra de la que acababan de tomar posesión (vv. 7–8).

IV. En contraste con todas estas memorias maravillosas de amor y poder por parte de Dios, Moisés lamenta la estupidez de ellos: *Pero hasta hoy Jehová no os ha dado corazón para entender* (v. 4). 1. El oído para oír, el ojo para ver, y el corazón para entender son un don de Dios. 2. Dios da no sólo alimento y vestido, sino riquezas y grandes posesiones, a muchos a quienes no da su gracia. Hay muchos que disfrutan de grandes dones que sólo Dios puede dar y, sin embargo, carecen de un corazón lo bastante sensato como para apercibirse del Dador, y carecen también de la buena intención y del uso correcto de dichos dones. 3. La buena voluntad de Dios para otorgarnos sus beneficios en otros terrenos, es una evidencia clara de que si no tenemos su gracia que es el mejor de todos los beneficios, no es por culpa de Él, sino de nosotros.

Versículos 10–29

Se echa aquí de ver por la largura de las frases, y por la abundancia y contundencia de las expresiones, que Moisés, ahora que estaba llegando al final de su discurso, estaba muy celoso y deseoso de inculcar y grabar fuertemente en las mentes del pueblo lo que acababa de decir; tanto más cuanto que aquel pueblo carecía del necesario entendimiento. Para ligarlos más estrechamente a su Dios y a los deberes que tenían para con Él, ajusta un trato (por decirlo así) entre ellos y Dios, pero un trato que debería ser un pacto perpetuo. No les demanda consentimiento explícito, sino que deja el asunto ante ellos, y apelan a sus conciencias en la presencia de Dios.

I. Las partes de este pacto. 1. Aquel con quien van a hacer el pacto es *Jehová* su *Dios* (v. 12). 2. Todos ellos habían de entrar en este pacto con Dios, pues a todos ellos se les había convocado (v. 2). (A) Incluso sus grandes hombres, los jefes de sus tribus, sus ancianos y sus oficiales, no han de tener por desdoro el poner su cerviz bajo el yugo de este pacto, y caminar con él puesto. (B) No sólo los hombres, sino también sus mujeres e hijos deben entrar en este pacto (v. 1). (C) Y no sólo los israelitas, sino también los extranjeros que residen en el campamento de Israel, con tal que sean prosélitos de la religión judía, al menos en el punto de haber renunciado a todos los dioses falsos. Esta era una indicación muy temprana del favor y de la benignidad que Dios tenía reservados para los gentiles. (D) No sólo las

personas libres, sino también los siervos ocupados en los oficios más bajos, *«desde el que corta tu leña hasta el que saca tu agua»* (v. 11). (E) No sólo los que estaban allí presentes delante de Dios en aquella solemne asamblea, sino los que no estaban allí, habían de entrar en el pacto (v. 15), es a saber: (a) Los que se veían recluidos en casa, ya por enfermedad ya por un trabajo que no se podía dejar. (b) Los de las sucesivas generaciones. En la presente dispensación de gracia, vemos que el pacto de la redención sellado en el Calvario (2 Co. 5:19) incluye a todos los seres humanos (Jn. 1:9; 3:16; Hch. 17:30; 1 Ti. 2:4–6; 1 Jn. 2:2, etc.). Este es también un pacto perpetuo, porque *Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos* (He. 13:8), y Él es el Mediador del nuevo pacto (Jn. 1:17; 1 Ti. 2:5).

II. El resumen de este pacto. Todos los preceptos y todas las promesas del pacto están incluidos en la relación contractual de este pacto entre Dios y ellos (v. 13).

III. El principal objetivo de la renovación del pacto en este momento era fortalecerlos contra las tentaciones de idolatría. Los idólatras eran como borrachos, apegados sin tino ellos mismos a los ídolos y trataban de arrastrar a otros a la misma insensatez. El Apóstol Pedro enumera toda clase de excesos entre las cosas que agradaban a los gentiles (1 P. 4:3). Efectivamente, vemos que la embriaguez es un pecado que endurece el corazón y corrompe la conciencia tanto como pueda hacerlo cualquier otro, al que los hombres se sienten extrañamente tentados y atraídos, incluso después de haber experimentado todas las nocivas consecuencias que comporta, y al que tienen especial empeño por atraer a otros.

IV. La idolatría habría de ser la ruina de la nación, acarrearía toda clase de plagas al país que consintiera en esta raíz de amargura y recibiera su infección; tanto como se extienda el pecado, se extenderá también el juicio de Dios. El versículo 29 nos enseña a no inquirir por pura curiosidad en los secretos designios de Dios. A la pregunta: *¿por qué hizo esto Jehová a esta tierra?* (v. 24) se le da (vv. 25–28) una respuesta suficiente para justificar a Dios y amonestarnos a nosotros. Pero si alguien vuelve a preguntar por qué quiso Dios, mediante un despliegue tan vasto de obras portentosas, milagrosas, formarse un pueblo de tal talante, cuya apostasía y consiguiente ruina previó claramente desde toda la eternidad, o por qué no lo impidió con su gracia omnipotente, o qué es lo que pretende todavía hacer con ellos, que sepa la tal persona que éstas son preguntas que no se pueden contestar (v. 29, comp. con Jn. 21:22; Hch. 1:7; Ro. 9:20; 11:33–34; Col. 2:18). Todo lo que nos es necesario y conveniente *nos ha sido revelado por su Espíritu* (1 Co. 2:10). *Las* cosas *reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre* (v. 29). 1. Que, aunque Dios se ha reservado muchos de sus secretos, nos ha revelado lo suficiente para satisfacernos y salvarnos. No se ha reservado nada de cuanto nos es útil y conveniente. 2. Que debemos anhelar el conocer y poner por obra todo lo que Dios nos ha revelado, así como enseñarlo a nuestros hijos y procurar, con nuestro ejemplo y con nuestras palabras, que ellos lo conozcan bien y lo cumplan. No es que meramente se nos permita hacerlo, sino que se nos manda, para mostrar cuánto hemos de preocuparnos de ello. Y no es extraño que así sea, puesto que son cosas que nos interesan más que ninguna otra cosa, ya que son normas según las que hemos de vivir, y promesas por las que hemos de vivir; por eso, hemos de aprenderlas con diligencia nosotros mismos, y enseñarlas con la misma diligencia a quienes son los más allegados a nosotros. 3. Que todo nuestro conocimiento ha de estar orientado hacia la práctica (v. 1 Co. 8:1–3), porque este es el objeto de toda la revelación divina, no precisamente el equiparnos con materias de sutil especulación, en las cuales disfrutar nosotros y entretener a nuestros amigos, sino en que *cumplamos todas las palabras de esta ley* (v. 29). Se puede asegurar que, si cada hijo de Dios pusiese en práctica la cuarta parte de lo que conoce, seríamos espiritualmente ricos. ¿No es nuestro destino *ser partícipes de la naturaleza divina* (2 P. 1:4)? ¿Quién se sentirá indolente ante una perspectiva tan amplia, cuyos límites se desplazan indefinidamente hasta la misma infinitud de Dios?

CAPÍTULO 30

Podría pensarse que las serias amenazas con que se cierra el capítulo anterior iban a acabar para siempre con el pueblo de Israel, y dejar ya por desesperado su caso; pero en este capítulo tenemos una

clara insinuación de la misericordia que Dios tiene en reserva para ellos en los últimos días; de manera que, a la larga, la misericordia prevalezca contra el juicio y tenga la última palabra.

Versículos 1–10

Estos versículos se pueden considerar como una promesa condicionada o como una predicción absoluta.

I. Primordialmente han de considerarse como una promesa condicionada, y en ese sentido tienen aplicación, no sólo para Israel, sino también para todos los países y para todos los individuos humanos; y tienen por objeto darnos la seguridad de que los más grandes pecadores, si se arrepienten y se convierten, tendrán perdonados sus pecados y serán restaurados al favor de Dios. Este es el objeto del pacto de gracia; deja lugar al arrepentimiento en caso de mala conducta, y promete el perdón a todo el que se arrepienta.

1. Cómo se describe aquí al arrepentimiento que es la condición de estas promesas. (A) Comienza por una seria reflexión: *«Cuando hayan venido sobre ti* (cuando recuerdes) *todas estas cosas, la bendición y la maldición que he puesto delante de ti»* (v. 1). La consideración es el primer paso hacia la conversión: *Volved en vosotros, prevaricadores* (Is. 46:8). El hijo pródigo *volvió en sí* (Lc. 15:17), antes de volver a casa de su padre. Lo que se debe considerar es la bendición y la maldición. Si los pecadores considerasen seriamente la felicidad que han perdido por el pecado, y la miseria que han traído sobre sí, y que, mediante el arrepentimiento, pueden escapar de la miseria y recobrar la felicidad no demorarían *convertirse a Jehová su Dios* (v. 2). El hijo pródigo recordó *la bendición y la maldición* cuando consideró su *necesidad presente* y la *abundancia de pan en casa de su padre.* (B) Consiste en una sincera conversión. El efecto directo de la reflexión no puede ser otro que un santo pesar y una santa vergüenza (Ez. 6:9; 7:16). Pero lo que constituye el alma y la vida del arrepentimiento, y sin lo cual las más apasionadas expresiones no son más que una burla, es *volverse a Dios* (v. 2); *si te conviertes a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma* (v. 10). (C) El verdadero arrepentimiento se demuestra con una vida de constante obediencia a la santa voluntad de Dios. (a) Esta obediencia ha de estar atenta a la voz de Dios: *Oirás la voz de Jehová* (v. 8); *si obedeces a la voz de Jehová* (v. 10). (b) Ha de ser sincera, gozosa y total; *con todo tu corazón y con toda tu alma* (vv. 2, 6, 10). Como ha dicho un escritor moderno, todos nuestros problemas espirituales residen en que no nos hemos decidido a una entrega total. (c) Debe surgir de un principio de amor, y ese amor ha de ser *con todo el corazón y con toda el alma* (v. 6).

2. Qué favor se promete a los que se arrepientan de este modo. Aunque son atraídos a Dios por su sufrimiento y su aflicción en medio de las naciones a las que Dios les haya arrojado (v. 1), Dios les acogerá con toda benignidad a pesar de todo, porque con este objetivo se nos envían las aflicciones con el de llevarnos al arrepentimiento. Como dice el adagio latino: *Undique ad coelos tantumde est viae* = Desde cualquier parte hay el mismo camino al cielo. Aquí se promete: (A) Que Dios tendrá compasión de ellos como objetos propios de su misericordia (v. 3). (B) Que Dios dará la vuelta a su cautividad, como da a entender el hebreo; es decir, hará cambiar la suerte de ellos y los restaurará a su primer estado, *recogiéndolos de entre todos los pueblos adonde los haya esparcido* (v. 3) por muy remoto que sea el país donde se encuentren (v. 4). (C) Que *los hará volver a la tierra que heredaron sus padres* (v. 5). Los pecadores arrepentidos, no sólo son liberados de su miseria, sino restaurados a la verdadera felicidad en el favor de Dios.

II. Todo esto puede considerarse también, y en primer plano, como una predicción del arrepentimiento y restauración final de los judíos: *Cuando hayan venido sobre ti TODAS ESTAS COSAS* (v. 1), primero las bendiciones, y después las maldiciones, entonces entrará en acción la misericordia de Dios atesorada y reservada durante siglos. Aunque sus corazones se hayan endurecido perversamente, la gracia de Dios tendrá poder para ablandarlos y cambiarlos (Jer. 31:33–37; Ez. 36:26). Entonces aun cuando su caso sea deplorable, la providencia de Dios enderezará todos los entuertos de ellos. Ahora bien, es cierto que esto se cumplió en cierto grado a su vuelta de la cautividad de Babilonia. Fue un ejemplo maravilloso de su arrepentimiento y de su reforma el que Efraín, que se había entregado a los ídolos, renunciase a ellos y dijese: *¿Qué tengo yo que ver ya más con ídolos?* La deportación de Babilonia los sanó completamente de la idolatría; y entonces Dios los plantó de nuevo en su tierra y les hizo bien. Pero: 2. Muchos opinan que ha de cumplirse de manera plena en la conversión final de los judíos, que todavía

andan dispersos entre las naciones y que, mediante el arrepentimiento del pecado que cometieron sus padres al crucificar a su Mesías, y del que ellos mismos son partícipes al no aceptarle como su Salvador, escucharán por fin el Evangelio y se volverán a su Dios a través *del único Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre* (1 Ti. 2:5). Este es precisamente el tema que el Apóstol Pablo desarrolla en el capítulo 11 de su epístola a los fieles de Roma.

Versículos 11–14

Moisés les urge ahora a que obedezcan, y atiendan a la sencillez y facilidad del mandamiento.

I. Esto es verdad en relación con la Ley de Moisés. Nunca pudieron alegar, para excusar su desobediencia, que Dios les había mandado algo ininteligible, esotérico, o impracticable fuera del alcance de la vida cotidiana: *No es demasiado difícil para ti* (v. 11); esto es: 1. No está demasiado alto para ti como para que tengas que enviar mensajeros al Cielo, para inquirir lo que debes hacer para agradar a Dios (v. 12), ni necesitas *ir al otro lado del mar* (v. 13), a una isla distante, como hacían los filósofos, que viajaban por muchas y distantes regiones, en busca de erudición. 2. No es *demasiado duro o pesado* para ti, como lee la versión de los LXX en el versículo 11. Hay algo dentro de ti *que está de acuerdo con la Ley* (Ro. 7:16). Por tanto, no tienes razón para quejarte de que su observancia entrañe ninguna dificultad insuperable.

II. Es verdad también en relación con el Evangelio, y a ello lo aplica el Apóstol, y hace de ello la expresión de *la justicia que es por la fe* (Ro. 10:6–8). En esta dispensación del Evangelio, *éste es* ahora *el mandamiento de Dios: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado* (1 Jn. 3:23). La Palabra de Dios está cerca de nosotros y Cristo está en esa Palabra, y el Espíritu está en esa Palabra y la llena de vida, y calienta nuestro corazón para recibirla. El israelita no podía siempre llevar consigo el santuario, pero sí la Ley, en sus labios y en su corazón. Nosotros tenemos un mayor privilegio, porque, además de eso, nuestro corazón es morada de la Trina Deidad (Jn. 14:17, 23). Por consiguiente, si creemos de corazón que las promesas de la encarnación y de la resurrección del Mesías se han cumplido en el Señor Jesucristo y, de acuerdo con esto, le recibimos en nuestro corazón y le confesamos con nuestros labios, tendremos a Cristo con nosotros y seremos salvos. Está cerca, muy cerca, el que nos justifica. La Ley era sencilla y fácil, pero el Evangelio lo es mucho más todavía.

Versículos 15–20

Moisés concluye ahora con una luz muy brillante y con un fuego muy ardiente, para que si es posible, todo lo que ha dicho tenga entrada en el entendimiento y en el corazón de este pueblo tan endurecido.

I. Expone el caso con toda claridad. 1. Todo ser humano ambiciona obtener la vida y el bien, y escapar de la muerte y del mal, desea la felicidad y teme la miseria y la desgracia. «Pues bien—dice Moisés—*yo he puesto delante de ti* el camino para obtener todo el bien que deseas y evitar toda la miseria que temes. Obedece, y todo te saldrá bien, sin que eches en falta nada» (v. 15). 2. Todo ser humano es movido y regido en sus acciones por una de estas dos grandes fuerzas: la esperanza o el miedo, la esperanza de obtener el bien, y el miedo de ser atrapado por el mal, real o aparente. «Ahora bien—viene a decir Moisés—, yo he probado ambos caminos; si quieres ser atraído a obedecer por la esperanza segura de obtener así grandes ventajas, o ser constreñido a obedecer por la no menos segura ruina en caso de que desobedezcas; por cualquiera de los dos lados que lo mires desearás mantenerte cerca de Dios y del deber de amarle y servirle; pero, si no lo haces así, no tendrás ninguna excusa.»

II. Al haber presentado así el caso, lo deja ahora a la elección de ellos, invitándoles a elegir bien (v. 19). Cualquiera que sea la opinión que se sustente acerca del difícil problema de la gracia de Dios y de la responsabilidad humana, no cabe duda de que, así como *la salvación es de Jehová, la condenación está en que los hombres prefirieron las tinieblas a la luz* (Sal. 3:8, Jn. 3:19). Los rabinos judíos tienen una máxima que dice: «Todo está en las manos de Dios, excepto el temor de Dios». Y otra máxima judía dice: «Someter nuestra voluntad a la voluntad de nuestro Padre que está en los Cielos, es el gran objetivo de la

vida del hombre sobre la tierra» (comp. con Jn. 4:34). Es cierto que, sin la gracia, no podemos hacer nada (Jn. 15:5), pero también es verdad que, sin nuestra colaboración, la gracia queda estéril (1 Co. 15:10).

III. En el último versículo (v. 20), Moisés les dice, en pocas palabras, cuál es su deber: *amar a Dios;* amarle como al *Dios* que es Señor de todo y lo más amable de todo; y amarle como a su *Dios*, el Dios del pacto con ellos: *«Él es vida para ti, y prolongación de tus días»*.

CAPÍTULO 31

En este capítulo, Moisés una vez terminado su discurso, anima al pueblo que está para entrar en Canaán, y anima también a Josué, que los va a introducir en aquella tierra prometida; se cuida además de que todas estas cosas permanezcan siempre en la memoria de ellos, ahora que él va a morir.

Versículos 1–8

Dice un proverbio inglés que "quien está remiso en partir, dice adiós muchas veces" (*loth to part bids of to farewell*). Así hace Moisés con los hijos de Israel no porque esté remiso en ir a la presencia de Dios, sino porque lo está en dejar solos a los hijos de Israel, y teme que, cuando él los deje, dejen ellos a Dios (para un caso similar, comp. Fil. 1:21–24). Aquí los llama a *todos* (v. 1), para darles a todos una palabra de aliento. Era causa de desánimo para ellos el que Moisés se les fuera en el momento que más falta les hacía. Aunque Josué continuaría luchando con ellos y por ellos en el valle, ellos preferían tener a Moisés el cual intercedía por ellos en el monte como ya lo había hecho (Éx. 17:10). 1. Pero él *tiene 120 años, y* es hora de que piense en dejar el cargo y marchar al reposo. 2. Muere por sentencia de Dios: *No pasarás este Jordán* (v. 2).

I. Moisés anima al pueblo; nunca hubo general que pudiese arengar a sus soldados, espoleándoles con promesas tan sustanciosas y seguras como las que puso Moisés delante de los hijos de Israel. 1. Les asegura la presencia constante de Dios entre ellos: *Jehová tu Dios,* el que te ha guiado y te ha guardado hasta aquí, *Él pasa delante de ti* (v. 3). Él *no los dejará ni los desamparará* (v. 6); palabras que el autor de Hebreos dirige a los creyentes, para alentarles en su fe y en su esperanza (He. 13:5). 2. Les deja por jefe a Josué, de cuya conducta, valentía y sincera preocupación por ellos, tenían ya larga experiencia; además, Dios mismo le había llamado y capacitado para que fuese el sucesor de Moisés y, por ello, no cabía ninguna duda de que le había de bendecir a él, y hacer de él una gran bendición para ellos (v. Nm. 27:18). 3. Les asegura el éxito. Había dos motivos principales para alimentar gran esperanza en el éxito: (A) Las victorias ya conseguidas sobre Sehón y Og (v. 4), de las que podían inferir, tanto el poder de Dios, que podría seguir obrando como hasta entonces, como el propósito de Dios que había de llevar a buen término lo que había comenzado (Fil. 1:6). (B) El mandato que Dios les había dado de destruir a los cananeos (7:2; 12:2), de lo cual podían inferir también que, sin duda ninguna, había de poner en las manos de ellos el poder necesario para llevar a cabo lo que les mandaba.

II. Anima también a Josué (vv. 7–8). 1. Que Josué era ya un experto general, un hombre de bien probada bizarría y muy satisfecho de ser exhortado por Moisés a *esforzarse y tener buen ánimo* (v. 7). 2. Le da este encargo *en presencia de todo Israel,* para que estén tanto mejor dispuestos a marchar bajo las órdenes de quien habían visto investido de un modo tan solemne. 3. Le da las mismas seguridades de la presencia de Dios con ellos y, consiguientemente, del mismo glorioso éxito, con que había animado al pueblo.

Versículos 9–13

La Ley fue dada por medio de Moisés—dice Juan—(Jn. 1:17). No sólo se le encomendó que la diera a aquella generación, sino que la transmitiera a las generaciones venideras. Aquí queda manifiesto que fue fiel en el desempeño de tal comisión.

I. *Y escribió Moisés esta ley* (v. 9). 1. Para que los que la habían oído, pudiesen ellos mismos leerla y memorizarla. 2. Para que fuese transmitida con mayor seguridad a la posteridad. Nótese que la Iglesia ha recibido abundantes bendiciones de la escritura, así como de la predicación, de las cosas divinas, la fe viene, no sólo por el oír, sino también por el leer. El mismo cuidado que se tuvo respecto de la Ley, se ha tenido también, gracias a Dios, respecto del Evangelio; poco después de haber sido predicado, fue escrito para que pudiese llegar hasta los últimos confines de la tierra, y hasta los últimos momentos del tiempo; *hasta la consumación de los siglos.*

II. Después de escribirla, la encomendó al cuidado y a la custodia de los sacerdotes y de los ancianos. Entregó una copia auténtica a los sacerdotes, *para ponerla al lado del Arca* (v. 26), a fin de que quedase allí como modelo original al que habían de ajustarse todas las copias que hubiesen de hacerse de la Ley.

III. Mandó que se leyese toda la Ley una vez cada siete años en la asamblea general de Israel, precisamente en el año sabático. Es probable que los judíos piadosos leyesen diariamente la Ley en familia. Santiago asegura que, *desde generaciones antiguas, Moisés es leído en las sinagogas cada sábado* (Hch. 15:21). Pero para tributar un honor especial, en una solemnidad singular, a la Ley, Moisés manda que se lea una vez cada siete años en asamblea general del pueblo. Para ello, da las siguientes instrucciones:

1. En cuanto al tiempo en que esta lectura solemne de la Ley ha de hacerse, se ha de efectuar: (A) En el año de la remisión. En ese año, la tierra descansaba, de modo que quedaba mucho más tiempo para dedicarlo a este servicio. Los siervos que en este año adquirían la libertad, y los pobres deudores que en ese año obtenían la remisión de sus deudas, habían de entender que, al obtener dichos beneficios gracias a la Ley, con toda razón y justicia había de esperarse que le rindiesen obediencia y, por consiguiente, se ofreciesen a Dios como sus siervos, ya que Él se había dignado romper las cadenas de su servidumbre. El año de la remisión era tipo del Evangelio de la gracia, que por eso se llama *el tiempo favorable del Señor* (Lc. 4:19, 2 Co. 6:2), ya que la remisión de nuestros pecados y la libertad que nos regala la verdad de Cristo (Jn. 8:32) nos comprometen a guardar sus mandamientos (Lc. 1:74–75). (B) En la fiesta de los tabernáculos del año sabático. En esa fiesta, se les exigía de un modo especial *regocijarse delante de Jehová* (Lv. 23:40).

2. A quiénes había de leerse: *Delante de todo Israel* (v. 11); *varones, mujeres, niños y extranjeros* (v. 12). Las mujeres y los niños no estaban obligados a subir a las otras fiestas, sino sólo a ésta en que se leía la Ley. Dice el rabino Rashi que los hombres se reunían para *aprender;* las mujeres, para *escuchar;* los niños, para *recompensar* a los que los llevaban. Los rabinos judíos daban (y dan) mucha importancia a la instrucción que se da a los niños por el poder espiritual que sale *de la boca de los niños y de los que maman*—eso dicen—, y citan precisamente el Salmo 8:2, que el propio Señor Jesucristo citó también (Mt. 21:16, comp. con Mt. 11:25). Uno de los proverbios rabínicos es que «el universo moral descansa sobre el aliento de los niños en edad escolar».

3. Quién había de leerla: *Les mandó …* (v. 10): *leerás esta ley* (v. 11). Toda la nación queda responsabilizada de este mandato aunque habían de delegar en sus representantes este servicio. Josué mismo cumplió esta función (Jos. 8:34–35). Un antiguo Mishná atribuye esta función al rey, y así vemos a Josías leyéndola (2 Cr. 34:30), y después a Esdras (Neh. 8:3). Josefo atestigua que, en su tiempo, esta función era desempeñada por el sumo sacerdote.

4. Con qué objeto había de leerse solemnemente. Para que la generación que la escuchaba, aprendiese a temer a su Dios y a guardar todos los mandamientos que en ella estaban contenidos (v. 12). Lo mismo debemos hacer nosotros: hemos de oír la Palabra de Dios para aprender y crecer en el conocimiento; y cada vez que leamos y estudiemos las Escrituras, nos daremos cuenta de que siempre queda más y más que aprender de ellas.

Versículos 14–21

I. Que Moisés y Josué son convocados al tabernáculo de reunión, a esperar una manifestación de la majestad divina (v. 14). A Moisés le repite Dios que va a morir en breve. Por eso, ha de traer consigo a Josué, para que sea presentado como su sucesor a Dios, y reciba de Él la comisión y el encargo.

II. Dios se les manifiesta benignamente: Y *se apareció Jehová en el tabernáculo, en la columna de nube* (v. 15). Allí estaba la *shekinah*, el signo visible de la presencia de Dios.

III. Dios le dice a Moisés que, después de su muerte, el pacto entre Dios e Israel, en cuya celebración tanta parte y tantas fatigas había tenido él mismo, habría de ser quebrantado por Israel: *Este pueblo se levantará y fornicará tras los dioses ajenos* (v. 16). Adorar los dioses de Canaán era la más abominable idolatría y el más alevoso quebrantamiento del pacto. De modo semejante, se rebelan contra Cristo, ya sea al hacer de su dinero un ídolo a quien servir con la codicia (Mt. 6:24; Col. 3:5), ya sea hacer de su vientre un dios a quien satisfacer con toda clase de sensualidad (o con su dieta judaizante); Filipenses 3:19. Los que se *vuelven a dioses ajenos* (v. 18), *dejando a Jehová* (v. 16), dejan a un lado toda bendición (*«esconderé mi rostro»* vv. 17, 18, comp. con Stg. 1:17). 2. Si ellos dejan a Dios, justamente les *abandonará Él* (v. 17). Quienes dejan a Dios para entregarse al pecado, harán caer sobre sus cabezas toda clase de males.

IV. Instruye a Moisés para que les lea un cántico, para cuya composición Dios promete su ayuda a fin de que, al ser divinamente inspirado, quede para siempre como un testimonio permanente de la fidelidad y bondad de Dios al darles su paternal amonestación. La sabiduría humana ha ideado muchas maneras de comunicar los conocimientos tanto del bien como del mal: leyes, historias, predicciones, proverbios, novelas, cánticos, y todos los medios audiovisuales de la sociedad moderna; cada uno tiene sus ventajas. De igual manera, la sabiduría de Dios ha echado mano en las Escrituras, de todas las figuras y modos de expresión, a fin de que *los indoctos e inconstantes* (2 P. 3:16) queden sin excusa. 1. Este cántico, si se le presta atención, puede ser un buen medio de impedir la apostasía. 2. Si, a pesar de todo, no impedía que cayesen en la apostasía, podría ayudar a conducirlos al arrepentimiento. *Cuando les vengan muchos males y angustias, entonces este cántico responderá en su cara como testigo* (v. 21), es decir, será recordado por ellos y podrá servirles de espejo en que mirarse la cara (Stg. 1:23–25), para reconocerse pecadores (manchados), humillarse delante de su Dios, y volver al que es fuente de aguas vivas, a quien abandonaron para cavarse cisternas rotas (Jer. 2:13). Nótese que Dios puede permitir, por sus inescrutables designios, que algún hijo suyo deje la casa paterna y se aleje, pero para su mal; como buen Padre, tiene ya en reserva los medios para hacer que se recupere y vuelva. Dios prepara la medicina de antemano, incluso antes de que se produzca la enfermedad.

Versículos 22–30

I. Ahora se le da a Josué la comisión que Dios había dicho (v. 14) le había de dar. Josué acababa de oír de labios de Dios cuán perverso iba a ser el pueblo al que tendría la misión de conducir, y esto podía ser para él un motivo de desánimo. Pero Dios le dice: «Por malos que hayan de ser, tú podrás desempeñar tu cometido, porque yo *estaré contigo.* Así que, *esfuérzate y anímate*

II. La entrega solemne del libro de la Ley a los levitas, para ser depositado al lado del Arca, es registrada de nuevo aquí (vv. 24–26). Se les instruye aquí para que sepan dónde han de guardar este valioso original, no dentro del Arca (en la que sólo las tablas del Decálogo habían de estar), sino en otro recipiente junto al Arca. Este fue, sin duda, el libro que se encontró en la casa de Dios (desplazado seguramente de su propio lugar) en los días de Josías (2 Cr. 34:14).

III. El cántico que aparece en el capítulo siguiente, *lo escribió Moisés aquel día, y lo enseñó a los hijos de Israel* (v. 22). Por lo demás: 1. Les declara que pocas satisfacciones tuvo, mientras anduvo con ellos (v. 27). No hace mención ahora de las muchas veces que se habían rebelado contra él; estas rebeliones las había perdonado y las había olvidado; pero no puede pasar por alto las veces que se habían rebelado contra Jehová, a fin de que se arrepientan de ellas y no las vuelvan a cometer. 2. También les dice cuán pocas esperanzas tenía en ellos en estos momentos de su despedida: *Yo sé que después de mi muerte, ciertamente os corromperéis* (v. 29). Así también, nuestro Señor Jesucristo, poco antes de morir, predijo que se levantarían falsos cristos y falsos profetas (Mt. 24:24), a pesar de lo cual, y de todas las apostasías del tiempo presente, podemos estar seguros de que *las puertas del Hades no prevalecerán contra la Iglesia* (Mt. 16:18), porque *el fundamento de Dios está firme* (2 Ti. 2:19).

CAPÍTULO 32

En este capítulo, encontramos el ya aludido cántico de Moisés.

Versículos 1–6

I. En esta porción, podemos apreciar como una introducción o prefacio de Moisés a su cántico (vv. 1–2). 1. Comienza con una solemne apelación a los cielos y a la tierra respecto a la verdad y a la trascendencia de lo que iba a decir, y respecto a la justicia de los procedimientos divinos contra un pueblo rebelde (*«generación torcida y perversa»;* v. 5). El Cielo y la tierra serán testigos contra los pecadores, testigos de los avisos que se les han dado, y de su negativa a recibir tales avisos (v. Job 20:27). 2. Comienza también con una solemne aplicación de la forma en que las enseñanzas del cántico iban a fluir de sus labios: *Goteará como la lluvia mi enseñanza* (v. 2). Como una lluvia mansa que poco a poco empapa la tierra (v. He. 6:7, comp. con Sal. 65:10), como *un rocío,* que cae suave y desapercibido, pero contiene gran poder vivificante como *llovizna* sobre la hierba recién nacida, que no aguanta los fuertes aguaceros, y como *chaparrones* (mejor que *gotas*) sobre la hierba ya crecida, así caerá la enseñanza de Moisés sobre las mentes y los corazones de los israelitas para refrescarlos, estimularlos, confortarlos y reavivarlos. Es lluvia para bendición, que añade una tremenda responsabilidad para quien se endurece y se vuelve impermeable a la gracia (He. 6:8), y produce espinos y abrojos de maldad, en lugar de la buena cosecha de los frutos del Espíritu (Gá. 5:22–23). (A) Que el contenido de este cántico es doctrinal, ya les había pronunciado otro cántico de alabanza y acción de gracias (Éx. 15), pero éste es un himno de instrucción, porque en los himnos, salmos y cánticos espirituales, no sólo hemos de dar gloria a Dios, sino también hemos de *enseñarnos y amonestarnos unos a otros en toda sabiduría* (Col. 3:16). De ahí que muchos de los salmos de David lleven por título *mashil = para dar instrucción.* (B) Muy apropiadamente se compara esta doctrina a la lluvia y a los aguaceros que descienden de arriba para fertilizar la tierra. (C) También promete que esta doctrina fluirá como el rocío y la llovizna, que descienden silenciosamente, sin hacer ruido. Del mismo modo, la predicación que tiene mayores probabilidades de penetrar en los corazones y sacar buen provecho es la que fluye mansamente y se insinúa suavemente, como *un silbo apacible y delicado,* pues en él *está Dios* (1 R. 19:12). Los fuertes gritos y las amplias gesticulaciones suelen ser el sucedáneo estéril de un contenido claro, vivo y convincente. (D) Comporta una urgente peroración a escuchar, aceptar y cumplir.

II. También encontramos en esta porción una solemne declaración de la grandeza y de la justicia de Dios (vv. 3–4).

1. Esta declaración es como el principio y fundamento de todo el mensaje contenido en este cántico: *Todos sus caminos son rectitud* (v. 4). Dios queda completamente justificado (Sal. 36:6; 51:4; Jer. 12:1, etc.) en todo cuanto hace, aunque muchas veces nos parezca extraño su modo de obrar.

2. Moisés se dispone a *proclamar* valientemente *el nombre de Jehová* (v. 3), para que nunca se le ocurra a Israel la locura de cambiar este Dios admirable por los dioses falsos que son pura *nada.* ¡Cuán útil nos sería, tanto para prevenirnos contra el pecado, como para preservarnos dentro del camino del deber, albergar siempre un alto concepto del carácter de Dios y aprovechar toda oportunidad para expresar este concepto (v. Is. 40:21–31). Lo curioso es que, al expresar la grandeza de Dios no lo hace Moisés con una descripción de su eternidad, su inmensidad o el resplandor de su gloria arriba en los Cielos, sino muestra la fidelidad a su palabra, la perfección de sus obras en este mundo y la sabiduría y equidad de todas sus medidas de gobierno; porque en todas estas cosas es como mejor se nos manifiesta su gloria, y en ellas se nos revelan las que sirven de provecho *para nosotros y para nuestros hijos* (v. 4, comp. con 29:29).

A) Él *es la Roca* (v. 4). Nueve veces se repite en el decurso de este cántico esta figura, extraída quizá de los graníticos riscos del Sinaí y celebrada a través de los salmos de la Biblia y de los himnos de los creyentes a lo largo del tiempo y a lo ancho del espacio, como símbolo de la estabilidad firme de un Dios que no cambia y es el refugio seguro, e inaccesible al enemigo, para todo aquel que a Dios se allega en busca de perdón y de salvación por medio de Jesucristo.

B) Su *obra es perfecta.* No hay defecto en ella, es irreprochable, como dice el hebreo. Así lo fue la obra de su *creación: muy buena* (Gn. 1:31, *«buena en gran manera»*); así lo fue la obra de su *redención,* por medio del sacrificio de Jesús (He. 10:14); así lo es la obra de su *providencia* (Ro. 8:28). Nunca deja su obra a medio hacer (Fil. 1:6); *todo lo hizo hermoso en su sazón* (Ec. 3:11), de forma que sus obras no admiten, porque no la necesitan, reparación ni enmienda: *sobre ello no se añadirá, ni de ello se disminuirá* (Ec. 3:14). Hay muchas cosas que no entendemos, pero cuando el Señor se manifieste en el último día, la perfección de todas sus obras será evidente a los ojos de todo el mundo.

C) *Todos sus caminos son rectitud.* El término hebreo *mishpat,* que aquí traducimos por *rectitud,* comporta *prudencia y justicia,* para indicar que los objetivos de Dios son siempre *rectos,* y que los medios de que se vale son *sabios.* Es de notar que el texto no dice que *los caminos* de Dios (su modo de comportarse) son *rectos* (adjetivo), sino *rectitud* (sustantivo); con lo que se nos da a entender que su propio Ser Divino es *rectitud,* como es *verdad,* es luz, es *amor,* es *vida,* etc. (comp. con Jn. 14:6; 1 Jn. 1:5; 4:8, 16). Todo esto no es en Dios *accidental* y transitorio como lo es en nosotros, sino tan *sustantivo,* tan entrañado en su propia esencia, que si, por un imposible, le fallara alguno de esos benditos atributos, ello equivaldría a *negarse a sí mismo* (2 Ti. 2:13).

D) Él es *Dios de verdad* (mejor, *de fidelidad;* hebr. *emunah)* cuyas palabras comportan plena garantía, porque el que es fiel a toda prueba, ni puede mentir, ni puede faltar a sus promesas, ni hay nada ni nadie que pueda impedirle cumplir lo que ha prometido, ya sea salvación para el que le obedezca, ya sea condenación para el que le rechace.

E) *No hay* ninguna *iniquidad en Él.* El término hebreo indica más bien, *injusticia.* Dios nunca engaña al que confía en Él, nunca perjudica al que apela a Su justicia, nunca es duro para el que se refugia en Su misericordia.

F) *Es justo y recto.* Los latinos de principios de nuestra era tenían un axioma que llegó a cristalizar en el mismo Derecho Romano: *Summum jus, summa injuria,* que podríamos traducir: La justicia a secas puede convertirse en una gran injusticia, ya que la justicia ha de ser «humana» para ser, en verdad, justa y equitativa. En este sentido, la justicia de Dios siempre está impregnada de misericordia, hasta confundirse con ella (Dn. 9:7–9). Por eso, como decían los teólogos medievales, «Dios siempre castiga por debajo de lo merecido, y premia por encima de lo merecido». Si sustituimos el concepto de «mérito» por el de recompensa, nos acercaremos mejor a la expresión bíblica de dicho axioma.

III. Hace un cargo muy grave contra el Israel de Dios, cuyo carácter era, en todos los aspectos, el reverso del carácter del Dios de Israel (v. 5). 1. *La corrupción de Israel no es suya;* no puede achacarse a Dios ninguno de los pecados con que Israel se ha corrompido a sí mismo; Él es santo en todos sus procedimientos. 2. *De sus hijos es la mancha.* (A) Cuán deshonroso es para Dios, y cuánto daño hace al testimonio, el que *sus hijos* dejen tanto que desear. (B) Que los hijos de Dios tienen sus *manchas* mientras peregrinan por el desierto de esta vida; *si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos* (1 Jn. 1:8). Pero el pecado de Israel no era uno de esos *actos* pecaminosos que las imperfecciones del estado presente ocasionan en los creyentes más piadosos y delicados; no era una debilidad contra la cual combatiesen velando y orando, sino una perversidad hondamente arraigada en sus corazones y a la que conscientemente estaban inclinados, y hasta decididos a cometerla, puesto que: 3. Eran una *generación torcida y perversa,* que actuaba por espíritu de rebeldía y contradicción; hacían lo que estaba prohibido, precisamente porque estaba prohibido.

IV. Termina esta porción con una patética reconvención a este pueblo provocador, por su ingratitud: *¿Así pagáis a Jehová, pueblo loco e ignorante?* (v. 6). 1. Les recuerda así las obligaciones que Dios les ha impuesto para que le sirvan y le sigan, puesto que había sido para ellos un verdadero Padre. ¿Y no son nuestras obligaciones, como creyentes bautizados, tan grandes o mayores hacia nuestro Creador que nos hizo, hacia nuestro Redentor que nos compró, y hacia nuestro Santificador que nos ha establecido en la vida eterna, nos ha regenerado y mora en nosotros? 2. De ahí infiere Moisés la maldad que hay en dejar a Dios y rebelarse contra Él, puesto que es: (A) Una tremenda ingratitud. (B) Una prodigiosa locura.

Versículos 7–14

Después de haber presentado a Dios como el gran Bienhechor, en general, de Israel, ahora Moisés refiere en estos versículos algunos casos de la bondad de Dios hacia ellos, y del cuidado que ha tenido de

ellos. 1. Había casos antiguos, a los que apela: *Acuérdate de los tiempos antiguos* (v. 7). Las historias auténticas de los tiempos antiguos son de gran provecho, en especial la historia de Israel y la historia de la primitiva Iglesia. 2. Otros casos eran más recientes y, a este respecto, apela a la memoria de sus padres y de los ancianos de Israel que todavía vivían y estaban entre ellos.

Tres son específicamente los casos de bondad de Dios hacia su pueblo Israel, a los que desciende Moisés con particular detalle:

I. La temprana designación de la tierra de Canaán para que fuese la heredad de ellos, pues ella era tipo y figura de la herencia espiritual que nosotros habíamos de tener en Cristo. Esta designación estaba determinada y preparada en los divinos designios (v. 8).

1. Que, cuando la tierra fue dividida entre los hijos de los hombres Dios tenía ya a Israel en su pensamiento, pues reservó para él una heredad *proporcional a lo numeroso del pueblo actual.*

2. La razón que se da del cuidado singular que Dios tuvo con su pueblo, antes de que entrase en la escena de la historia humana, razón que exalta en gran manera la bondad de Dios y obliga a un profundo agradecimiento, es que *la porción de Jehová es su pueblo* (v. 9). Aunque Dios es el Dueño y Señor de cielos y tierra, ha querido reservarse como *heredad peculiar* a Israel en un sentido mucho más íntimo que cualquier otro pueblo de la tierra.

II. Hacer de ese pueblo una nación un pueblo corporativamente bien organizado, para que estuviesen a punto para entrar en posesión de la herencia, como un primogénito llegado a la mayoría de edad, en el tiempo prefijado por el Padre. Y, en este sentido, era Canaán también tipo de nuestra herencia espiritual porque, al haber nacido de nuevo por la Palabra y el Espíritu también se nos ha adoptado por hijos mayores de edad, para que disfrutemos conscientemente de los privilegios que nos otorga la participación de la naturaleza divina, con el ingreso pleno en las actividades de la familia de Dios (Ro. 8:15–17; Gá. 4:5–7; Col. 1:12). ¡Cuánto tiempo y trabajo se necesitó para moldear a este pueblo, darle una forma bien definida, y adaptarlo a las grandes cosas destinadas para ellos en la tierra prometida!

1. *Le halló en tierra de desierto* (v. 10). Aquí se describe a Israel como una criatura abandonada y famélica, destinada a morir en el desierto, y a Dios se le presenta como a un viajero rico, poderoso y misericordioso, que se encuentra a esta pobre criatura, la rescata y se cuida de ella con todo cariño (v. Ez. 16:3–9). Efectivamente, Israel se hizo *pueblo* en el desierto, allí comienza propiamente su historia, en aquellos cuarenta años durante los cuales Dios le sostuvo con sobrenatural alimento y solícita protección sin los que necesariamente hubiese perecido por completo. Se le llama *la congregación en el desierto* (Hch. 7:38). Allí nació, fue criado y educado. (A) Su condición era desesperada. Era un *yermo de horrible soledad* (v. 10), en el que no habría podido sobrevivir por sí mismo. (B) Su natural disposición era muy poco prometedora. La mayoría de ellos eran tan ignorantes de las cosas divinas, tan estúpidos e ineptos para entenderlas, tan volubles, displicentes y antojadizos, que bien podría deducirse que habían nacido en un desierto o en una selva, y allí habían sido descubiertos.

2. *Lo trajo alrededor y lo instruyó.* Lo condujo por medio de la columna de nube; pero no lo introdujo directamente en la tierra de Canaán, sino que, por la incredulidad de ellos, les obligó a dar un gran rodeo y de este modo les instruyó y educó. Los que aprenden cualquier asignatura, han de tomarse el tiempo necesario para aprender bien la materia. Mediante esta escuela, les puso a prueba la fe y la paciencia, así como su dependencia de Dios, y les acostumbró a la dureza del desierto, para fortalecerles el carácter. Cada etapa comportaba alguna instrucción. Podemos imaginarnos cuán poco preparado habría estado este pueblo para entrar en Canaán, si no hubiese pasado por la dura disciplina del desierto.

3. Lo *guardó como a la niña de su ojo* con todo el cuidado y toda la ternura posibles, y los protegió de las malignas influencias de los elementos en un campamento al aire libre, y de todos los peligros de un inhóspito desierto. La columna de nube y fuego era guía y protección para ellos.

4. Hizo con ellos lo *que el águila hace con sus polluelos* (vv. 11–12). Se alude a este símil en Éxodo 19:4: «*Os tomé sobre alas de águilas*». Aquí se detalla mejor este símil. El águila se caracteriza por el gran afecto que muestra hacia sus polluelos, ya que los protege y provee para ellos, y enseñándoles a volar. Para ello, *excita la nidada revoloteando sobre ellos,* a fin de que salgan de su sopor y se lancen al espacio, no sin antes tomarlos sobre sus alas para acostumbrarlos a surcar los aires apoyados en la madre, para que aprendan así a mover las alas, y puedan hacerlo después, sin peligro, por sí mismos. De paso,

esto es un ejemplo para los padres, a fin de que sepan cómo educar a sus hijos y prepararlos para la vida, no permitiendo que se acostumbren a gustar de la ociosidad y educándoles con su ejemplo a seguir el camino recto y volar siempre hacia las alturas. Esto es lo que hizo Dios con Israel; cuando estaban ya acostumbrados a la esclavitud, y poco inclinados a dejarla, los excitó por medio de Moisés, a que aspiraran a la libertad. Los sacó de Egipto, les condujo a través del desierto, y ahora los puso a las puertas de la tierra prometida.

III. Los estableció en una buena tierra. Esto ya estaba realizado en parte, con la feliz instalación de las dos tribus y media, anticipo de lo que segura y rápidamente iba a hacerse con el resto de las tribus, que habían de disfrutar de gran abundancia de todo lo bueno: *Miel de la peña, y aceite del duro pedernal* (v. 13). Incluso de las rocas les había dado miel, y del terreno silicoso de Palestina emergían abundantes olivos. Pastos y ganados, mieses y viñedos de aquella tierra del otro lado del Jordán, eran ya proverbiales por su exquisita calidad. Todo ello es, una vez más, tipo y figura de las abundantes y valiosísimas *riquezas* que en Cristo poseemos nosotros, especialmente el pan de su cuerpo, el vino de su sangre y el aceite de su Espíritu.

Versículos 15–18

En esta porción tenemos una descripción de la apostasía de Israel, al abandonar a su Dios, hecho que iba a suceder en breve, y a lo que ya estaban de antemano inclinados. Aquí tenemos dos ejemplos notables de tal perversidad.

I. La abundancia y la prosperidad iban a ser, como suele suceder, ocasión de suficiencia y sensualidad, de orgullo e insolencia y otros abusos (v. 15). Irónicamente se llama a Israel *Jesurún,* que significa *el Recto* (comp. con v. 5 e Is. 44:2). Se dice que *tiró coces* como buey bien engordado, que se vuelve intratable y se niega a llevar el yugo de su amo, se atrevió a *tirar coces* contra el mismo Dios, incluso en medio del dolor que produce el cocear contra el aguijón de una evidencia que hiere porque confunde (Hch. 9:5), al par que enfurece. Con esta misma furia, persiguieron los israelitas a los profetas que Dios les enviaba y con esta misma furia llevaron a la Cruz al mismo Hijo de Dios.

II. El otro ejemplo notable de su apostasía fue la idolatría. Fue precisamente la idolatría la que les llevó a abandonar al Dios verdadero, pues al querer seguir sus propios caminos y al hacerse 2amantes de novedades, se hastiaron de servir y adorar al único Dios verdadero.

1. Los versículos 16–17 nos describen la clase de dioses a los que siguieron y ofrecieron sacrificios, después que abandonaron al Dios que los había creado. Los servicios que debían haber ofrecido a Dios, los ofrecieron: (A) *A dioses ajenos* (v. 16), que nada habían hecho por ellos, y para quienes eran unos desconocidos. (B) *A nuevos dioses venidos de cerca;* es decir, recientemente inventados o importados. ¡Un dios nuevo! ¿Cabe un absurdo más monstruoso? ¡O es el Dios eterno, o no es dios de ninguna clase! (C) No eran dioses en modo alguno, sino pura invención humana, obra de artífices, que de un leño sacaban un dios y con el resto se calentaban al fuego (v. Is. 44:19). (D) Más aún; eran *abominaciones* (v. 16) y *demonios* (v. 17). El término *shedim*, usado aquí para «demonios», transcribe el asirio shidu con el que se designaba a las imágenes de los semidioses encarnados en figuras de animales enormes, con las que se decoraban los frontispicios o las escalinatas de los palacios.

2. ¡Qué gran afrenta era esto para Jehová su Dios! (A) Suponía *olvido* imperdonable del que era *la Roca* de su defensa, seguridad y protección: *De la Roca que te creó te olvidaste* (v. 18).

(B) *Suponía menosprecio;* la ofensa mayor que puede inferirse. El amor y el odio son pasiones extremas en las que el movimiento pendular de la psicología humana hace pasar, con cierta frecuencia, del uno al otro; pero la indiferencia es algo que nadie puede soportar, porque equivale a negar prácticamente la existencia del ser menospreciado.

Versículos 19–25

Las estancias de este cántico siguen el mismo curso que las predicciones del capítulo anterior.

I. Dios se había deleitado en ellos, pero ahora los iba a rechazar. Nótese que cuanto más cerca de Dios se halla alguien en la profesión de su fe, tanto más desagradable resulta para Dios si se mancha con los pecados del mundo (Sal. 106:39–40; Stg. 1:27b).

II. Les había dado abundantes pruebas de Su presencia en medio de ellos, y de Su gracia y favor para con ellos; pero ahora se iba a retirar de en medio de ellos: *Esconderé de ellos mi rostro, los* dejaré de mi mano y de mi favor (v. 20), y *contemplaré impávido su fin;* veré en qué vienen a parar. 1. *Porque son una generación perversa*, es decir que escapan de la verdad y de lo recto, perversos. 2. *Hijos infieles,* desleales a un Padre tierno y amante, gente que no es de fiar.

III. Dios había hecho todo lo posible para hacerles fácil el camino de la obediencia (v. Is. 5:4), pero ahora, como suele decirse, «en el pecado van a llevar la penitencia», el pecado les alcanzará. 1. Ellos habían provocado a celos a Dios con dioses que no merecen el nombre de dioses. 2. Dios los iba a provocar a celos por medio de pueblos que no merecen el nombre de pueblos así de despreciables eran los enemigos que, en manos de Dios, habían de ser los instrumentos de su ira. Cuanto más viles fuesen los enemigos que les tiranizasen, más bárbaro y cruel sería el yugo que les impusieran. Dice un proverbio inglés: Nadie tan insolente como un menesteroso a lomo de caballo. Y en nuestro país se dice: No hay peor amo que el pobre llegado de pronto a rico; o no hay peor ama que la criada que llega a ser señora.

IV. Los había instalado en una tierra óptima y los había llenado de toda cosa buena, pero ahora iba a *amontonar males sobre ellos* (v. 23), hasta llevarlos a la más completa ruina. Los castigos con que les amenaza específicamente son: 1. Hambre. 2. Peste. 3. Ataque de parte de las bestias: *Diente de fieras enviaré sobre ellos* (v. 24). 5. La guerra, con todas sus fatales consecuencias (v. 25).

Versículos 26–38

Después de tan terribles amenazas de una ira y de una venganza bien merecidas, nos encontramos en esta porción con sorprendentes insinuaciones de misericordia, de una misericordia no merecida (o, mejor, desmerecida), la cual prevalece contra el juicio, y por ella se echa de ver que Dios *no se deleita en la muerte del impío, sino más bien en que se convierta y viva* (Ez. 33:11).

I. Celoso de su honor, no acabará del todo con ellos (vv. 26–28). La misericordia va a prevalecer para reservarse un remanente y salvar de la destrucción total a un pueblo indigno: *De no haber temido la provocación del enemigo* los habría destruido por completo; pero no podía tolerar que ello envalentonase a los enemigos de Israel (que eran también enemigos de Dios). No necesitó que Moisés se lo recordase ahora, como cuando le dijo: *¿Qué dirán los egipcios?* (Éx. 32:12 y otros lugares). Por mucho que merezcamos ser privados del favor de Dios, Él nunca dejará en mal lugar el trono de su gloria.

II. Preocupado por el bienestar de ellos, desea ardientemente que se conviertan. Dios no se complace en la ruina de los malvados, sino que desea que vuelvan en sí y echen por el buen camino; y, en el momento en que se vuelven a Él, les ayuda a caminar y los acoge favorablemente. Si el pecador reflexionase atentamente, con toda seriedad, lo que ha de ser de él por toda la eternidad, no tardaría en volverse a Dios. En esta porción se trata directamente de los enemigos de Israel (vv. 28–29), que no se dan cuenta de lo que se dice en los versículos 30–31. Así lo ha entendido siempre la exégesis rabínica, y es la más probable, no obstante las referencias de nuestras Biblias.

III. Les explica cuál ha sido el motivo por el cual han sido vencidos a veces por los enemigos, y lo habían de ser también en lo futuro, por su infidelidad. Si Jehová no hubiese abandonado a su pueblo, ¿cómo podría *un* gentil idólatra *perseguir a mil israelitas, y dos hacer huir a diez mil?* (v. 30). Sólo fue posible porque Jehová mismo se convirtió en *enemigo* de su pueblo (v. Is. 63:10). Dios habría sometido rápidamente a los enemigos de Israel, si no hubiese sido por la perversidad de éste (Sal. 81:14). Al fin y al cabo, la *roca* de *los* enemigos, su protección y refugio (sus ídolos), no era como la *Roca* de Israel, y los propios enemigos habían sido *jueces* (no tenían más remedio que dictaminarlo) de que las maravillas que Jehová había hecho por Israel no tenían paralelo (Éx. 14:25). Si los presentes y futuros enemigos de Israel no fuesen insensatos (vv. 28–29), se darían cuenta de esta realidad, y no se atribuirían a sí mismos una

gloria que no les pertenece; si derrotaban a Israel, no era por su propia fuerza, sino porque Dios había abandonado de momento a su pueblo.

IV. Pero esta situación no va a durar para siempre. Dios resuelve, al fin, destruir a los que habían perseguido y oprimido a Israel.

1. Por el sumo desagrado con que ve la perversidad de ellos (vv. 32–33). No se le escapa a Dios el recuerdo de esta perversidad, porque la tiene escrita, sellada y bien guardada en sus archivos (v. 34) y, cuando llegue su tiempo, les retribuirá conforme a su maldad (v. 35). Que no piense el pecador que su maldad pasa desapercibida para Dios. De la misma manera que Dios atesora con todo cariño, en su redoma, las lágrimas de los suyos (Sal. 56:8), así también guarda en reserva, *para el día de la ira*, el castigo que el propio pecador está atesorando para sí (Ro. 2:5).

2. Por la suma compasión que siente hacia su pueblo. Es cierto que Israel ha provocado mucho y constantemente a Jehová, pero sigue siendo su pueblo, y la propia *miseria* de Israel apela a la *misericordia* de su Dios (v. 36). Esto apunta claramente a las liberaciones que Dios obró en favor de Israel, por medio de los jueces, y los sacó de las manos de aquellos a quienes los había vendido por sus pecados (Jue. 2:11–18), pues Dios *fue movido a compasión a causa del sufrimiento de Israel* (Jue. 10:16). Cuando la fuerza del pueblo estaba ya *agotada* (v. 36), Dios prestó su ayuda amorosa y todopoderosa a quienes ya no podían en modo alguno ayudarse a sí mismos.

3. Por su desprecio y aborrecimiento a los dioses falsos (vv. 37–38): *¿Dónde están sus dioses?* (v. 37). De dos maneras se puede entender este apóstrofe: (A) Que Dios haría por su pueblo lo que los dioses falsos no podían hacer por sus adoradores. (B) Que Dios haría contra los enemigos de Israel lo que los dioses de sus enemigos no podían hacer para librarles de las manos de Jehová. Senaquerib y Nabucodonosor desafiaron osadamente al Dios de Israel a que librara a sus adoradores (Is. 37:10; Dn. 3:15), y los libró para confusión de sus enemigos. En cambio, el Dios de Israel retó a Bel y a Nebó, a sus sacerdotes y hechiceros, a que librasen a sus adoradores, a levantarse para ayudarles y protegerles (Is. 47:12–13); pero lejos de protegerlos, ellos mismos, es decir, sus imágenes, que constituían todo su ser, *tuvieron ellos mismos que ir en cautiverio* (Is. 46:1–2).

Versículos 39–43

Esta conclusión del cántico de Moisés nos habla de tres cosas:

I. De la gloria de Dios (v. 39). Aquí el gran Dios de Israel demanda para sí: 1. La gloria de su autoexistencia: *Sólo yo soy* (hebr. Yo, sí, yo, *él*). Esto significa directamente que Jehová es el único Dios verdadero, pero no podemos menos de ver en esta expresión un eco de aquel YO SOY EL QUE SOY (Éx. 3:14), con que se había manifestado a Moisés desde la zarza ardiendo. Como si dijera: «Yo soy el que siempre he sido, el que soy, el que he prometido ser, el que he amenazado con ser; siempre fiel a mí mismo y a mi palabra». El Targum de Uzzielides lo parafrasea así: *«Cuando la Palabra de Dios se revelará para redimir a su pueblo, dirá a todas las gentes: Ved que ahora soy lo que soy, y lo que he sido, y yo soy lo que seré»*. Nosotros sabemos muy bien cómo aplicarlo al que dijo a Juan: Yo *soy el que es y que era y que ha de venir … el primero y el último* (Ap. 1:8, 17). Estas palabras: «*Yo soy*» las encontramos con frecuencia en los capítulos de Isaías en que Dios está animando a su pueblo a esperar ser liberados de la cautividad de Babilonia (Is. 41:4; 43:11, 13, 25; 46:4). 2. La gloria de su supremacía única: *No hay ningún otro dios conmigo* (v. 39); ni para ayudarme, porque no los necesito; ni para acompañarme, porque no están a mi altura (v. Is. 43:10–11). 3. La gloria de su absoluta soberanía y universal providencia: *Yo hago morir, y yo hago vivir; yo hiero, y yo sano.* 4. La gloria de un poder irresistible: *Y no hay quien pueda librar de mi mano.*

II. Del terror que invadirá a sus enemigos (vv. 40–42). Terror, sí, para quienes odian a Dios, como son todos los que sirven a otros dioses, los que persisten en su voluntaria desobediencia a la ley divina, y que dañan y persiguen a los fieles siervos de Dios. A fin de darles la voz de alarma para que se arrepientan a tiempo: 1. La sentencia divina se ratifica con un juramento: *Alzo al cielo mi mano, y digo: Vivo yo para siempre* (v. 40). Alza las manos al Cielo, domicilio de su santidad y majestad; era una antigua y corriente fórmula de juramento (v. Gn. 14:22). Permanecer en el odio a Dios (v. 41c) es el

colmo del pecado, pues acarrea una ruina total. 2. La justicia divina se prepara para la ejecución de la sentencia: *Cuando afile mi espada reluciente* (v. 41; v. Sal. 7:12). 3. La ejecución misma de la sentencia será terrible en gran manera (v. 42).

III. Del consuelo y ánimo para su pueblo: *Alabad, naciones, a su pueblo* (v. 43). Concluye su cántico Moisés con palabras de gozo; porque en Israel hay un remanente al que espera un final dichoso. El pueblo de Dios tendrá gozo al fin, y lo tendrá para siempre; su liberación será perpetua; tanto que Moisés convoca a todas las naciones a que se unan a Israel en su canto de liberación. Tres cosas se mencionan en particular como motivo de gozo para el pueblo: 1. El ensanchamiento de las fronteras del Israel de Dios. Por eso el Apóstol Pablo, citándolo de los LXX, aplica a la conversión de los gentiles las primeras palabras de este versículo. *«Alegraos, gentiles, con su pueblo»* (Ro. 15:10). 2. La vindicación de la sangre de los suyos, derramada por manos de sus adversarios: *Hará expiación por la tierra de su pueblo* (v. 43c). Aquí la Tierra Prometida aparece empapada por la sangre inocente de israelitas injustamente masacrados. 3. Implícita va la gloriosa manifestación de misericordia en favor de su pueblo al que va a otorgar una liberación completa y definitiva. Esta será también la suerte final de cuantos le teman y le sirvan.

Versículos 44–52

I. La solemne recitación de este cántico *a oídos del pueblo* (vv. 44–45). Parece ser que Moisés leyó una parte del cántico a una parte del pueblo, y Josué leyó otra a otra parte del pueblo. Así ambos, el líder que iba a morir y el que le iba a suceder, tomaron parte en esta recitación solemne. El texto dice *Oseas,* que era el nombre anterior de *Josué* (v. Nm. 13:8, 16). Dice el rabino Sifri: «¿Por qué se llama aquí Oseas a Josué? Para mostrar su modestia. Aunque estaba a punto de asumir sus funciones como nuevo líder de Israel, nombrado por Dios mismo, él se consideraba a sí mismo todavía como el humilde joven que era en los días de su oscuridad».

II. Sigue un encargo muy serio que Moisés les hace de que recuerden bien éstas y todas las demás palabras que les había dicho.

1. Los deberes que les impone son: (A) Que guarden con toda diligencia las palabras que les ha testificado (v. 46), como si les dijera: «Ligad vuestros corazones a estas leyes; recordad bien, tanto las promesas como las amenazas; tened en cuenta, tanto las bendiciones como las maldiciones, y ahora, atended bien a este cántico». (B) Que transmitan fielmente todas estas cosas a sus descendientes. Quienes disfrutan de los favores de Dios, necesariamente han de desear para los suyos unos favores semejantes.

2. Los argumentos que usa para persuadirles a cumplir todas las palabras de la ley y perseverar en el temor y servicio del verdadero Dios: (A) La gran importancia de las cosas mismas que les encarga: No *os es cosa vana; es vuestra vida* (v. 47; v. Lv. 18:5; Dt. 30:19; Jn. 6:63, 68; 12:50). No es algo indiferente, sino de absoluta necesidad. (B) El gran beneficio que les reportaría: *Por medio de esta ley haréis prolongar vuestros días* en Canaán, tipo de la promesa de vida eterna que Cristo asegura para los que guarden los mandamientos de Dios (Mt. 19:17).

III. Moisés recibe instrucciones de Dios respecto de su muerte. Ahora que este relevante testigo de Dios ha terminado su testimonio, debe ir al monte Nebó a morir (vv. 48–49). Había cumplido su tarea ¿para qué seguir en este mundo? (v. 2 Ti. 3:6–8). Es cierto que anteriormente había rogado a Dios que le permitiese pasar el Jordán y ver aquella hermosa tierra que iban a poseer los hijos de Israel (3:25). No iba a pasar, pero la había *visto, y* había quedado satisfecho y ya no volvió a hablar a Dios de tal asunto, de acuerdo con el ruego de Dios: *No me hables más de este asunto* (3:26). 1. Aquí Dios vuelve a recordarle el pecado del que Moisés había sido culpable, y por el que había quedado excluido de entrar en Canaán (v. 51). El pecado había sido tanto más grave cuanto que había sido cometido *en medio de los hijos de Israel.* Moisés había engrandecido el nombre de Dios ante Faraón y ante los demás enemigos de Israel, pero había dado mal testimonio en medio del propio pueblo de Dios. 2. También le recuerda la muerte de su hermano Aarón (v. 50), para que pueda familiarizarse mejor con la muerte, después de haber sido testigo de ella en la persona de su hermano. 3. Le hace subir a un monte, al pico de Nebó que destaca en la cadena montañosa de Abarim, para que vea la tierra de Canaán antes de morir. Ya la había visto antes (3:27), pero ahora le sería de gran provecho y consolación, porque si el recuerdo de su pecado le hacía ver

más terrible el momento de su muerte, la visión que Dios le otorgaba de Canaán tendía a serenarle, al ser ésta una clara señal de que Dios le había reconciliado consigo y de que, si el pecado le había cerrado las puertas del Canaán terrenal, no le había privado de aquella patria mejor (He. 11:16), que sólo por la fe se puede vislumbrar en este mundo.

CAPÍTULO 33

Todavía no había terminado Moisés todas sus funciones con los hijos de Israel. Les había echado un sermón de despedida; después del sermón, les había recitado un salmo o cántico; sólo queda ahora despedirlos con una bendición; la pronuncia en el presente capítulo, y así se parte de ellos.

Versículos 1–5

Las primeras palabras del primer versículo nos dan el título del capítulo: es una bendición. En el capítulo anterior, había lanzado los truenos terroríficos de la ira de Dios contra Israel por su pecado. Ahora, para que no parezca que se marcha a la muerte airado, termina con una bendición. Así también, lo último que el Señor hizo al subir a los Cielos fue bendecir a sus discípulos (Lc. 24:50), como quien se despide de amigos. Moisés los bendijo: 1. Como profeta—*varón de Dios*—(v. 1, comp. con 1 S. 9:6). 2. Como un padre de Israel, como lo son los buenos reyes para sus súbditos. Así bendijo Jacob a sus hijos en su lecho de muerte (Gn. 49:1), de acuerdo con cuyo ejemplo Moisés bendice aquí a las tribus que descendían de ellos. Les desea toda felicidad, aunque él no ha de participar de ella porque va a morir pronto—*antes de morir—;* probablemente el mismo día de su muerte (v. Gn. 27:7).

Comienza su bendición con una elevada descripción de las manifestaciones gloriosas que Dios les había hecho de sí mismo al darles la Ley; también describe el honor y el provecho que Dios les había otorgado con su santa Ley.

I. Fue una visible y radiante manifestación de la majestad divina, suficiente para convencer y silenciar para siempre a incrédulos y ateos, para despertar y avivar a los más indolentes y negligentes, y para sacar a pública vergüenza todas las secretas inclinaciones hacia otros dioses (v. 2). Su escolta era gloriosa; vino *con sus miríadas de santos, o con sus santas decenas de millares* (las huestes angélicas que hacen guardia a su Trono Celeste), como había profetizado Enoc muchos siglos antes, que había de venir en el último día a juzgar al mundo (Jud. v. 14). Por eso leemos que la Ley fue dada *por disposición de ángeles* (Hch. 7:53; He. 2:2), aun cuando también puede tratarse de la sustitución de la teofanía por una angelofanía («El ángel de Jehová» podría tener aquí una de sus manifestaciones; comp. Jn. 1:17).

II. Les dio Dios esta Ley, la cual: 1. Es llamada *ley de fuego* (v. 2), porque fue dada *de en medio del fuego* (4:33). En sentido espiritual, puede también decirse *de fuego,* porque actúa como el fuego: si se recibe, derrite, calienta, purifica, y quema la escoria de corrupción; si se la rechaza, endurece, seca, atormenta y destruye. El Espíritu Santo descendió *en lenguas como de fuego* (Hch. 2:3), porque el Evangelio es también un mensaje de fuego que calienta los corazones iluminados por la Palabra. 2. Se dice que la llevaba *a su mano derecha,* para denotar el poder y la energía de la Ley, y la fuerza divina de que está investida, para que no vuelva a Él vacía. Vino como un buen regalo para ellos; un precioso regalo, un don de la mano derecha. 3. Era un ejemplo del cariño especial con que les amaba: *De cierto ama a su pueblo* (v. 3). Por eso, aunque era una *ley de fuego,* era *para ellos,* como añade el hebreo al final del versículo 2, es decir, a favor de ellos. La Ley de Dios escrita en el corazón (Ro. 2:15), es evidencia cierta del amor que Dios ha depositado allí, por eso, hemos de tener a la Ley de Dios como uno de los dones de su gracia, por más que en la Biblia no se le llame a la Ley *gracia,* sino que, antes bien, se la contrapone claramente a ella (Ro. 6:14). *Todos los consagrados estaban en tu mano* (v. 3). Ya se trate de los *santos* de Israel o de todas las naciones, lo cierto es que los hijos de Dios están cubiertos y protegidos por la mano de Dios (comp. Ap. 1:16).

III. Los dispuso convenientemente para recibir la Ley que les daba. *Estaban sentados a tus pies* (como dice el hebreo; v. 3), como discípulos a los pies del maestro, para recibir instrucción, y en actitud

de atención, humildad y reverencia. Así estuvo Israel al pie del Sinaí, y prometió oír y hacer cuanto Dios le mandase. Esa era entonces su buena disposición, como lo fue cuando Josué volvió a leerles la Ley (Jos. 8:34).

1. Se les enseña a hablar de la Ley con gran respeto, llamándola *heredad a la congregación de Jacob* (v. 4). No dice *herencia,* que podría entenderse como algo que ellos podrían gastar y consumir, sino *heredad,* como un patrimonio vinculado a la familia, inalienable, que ha de pasar sin falta de padres a hijos.

2. Se les enseña a hablar de Moisés con gran respeto; y estaban tanto más obligados a guardar con respeto su nombre, cuanto que él no había provisto para que se guardase en su familia; así vemos que sus descendientes nunca son llamados *los hijos de Moisés,* mientras que los sacerdotes son llamados *los hijos de Aarón.*

Versículos 6–7

I. La bendición a Rubén. Aunque Rubén había perdido el honor de la primogenitura, sin embargo Moisés comienza por él (v. 6), ya que no hay que ensañarse con el caído, ni desear a nadie las marcas de una infamia perpetua. Moisés desea y predice: 1. La preservación de dicha tribu, allá al otro lado del Jordán, tan expuesta a los ataques de sus vecinos. 2. Lo numeroso de su descendencia si se traduce: Y *no sean pocos sus varones.* La traducción más probable es: *Viva Rubén, y no muera, al hacerse pocos sus varones.* Parecida a esta traducción, es la que da el obispo Patrick: *Aunque sean pocos sus varones.* Lo cierto es que la tribu de Rubén fue muy a menos con el paso del tiempo; en tiempo de Moisés, sus varones en edad militar eran 46.500 (Nm. 1:21), en el segundo censo, habían descendido a 43.730 (Nm. 26:7); y en tiempo de David, gran parte de su territorio fue conquistado por los moabitas. Sin embargo, en Apocalipsis 7:5, conservan su correspondiente cuota de 12.000 sellados, mientras que la tribu de Dan desaparece allí del recuento. Lo curioso es que todas las paráfrasis caldeas de Deuteronomio 33:6 refieren esta bendición al otro mundo: *Viva Rubén en la vida eterna, y no muera en la segunda muerte*—dice la paráfrasis de Onkelos—. Y la de Jonatán, junto con el Targum de Jerusalén dicen: *Viva Rubén en este mundo, y no muera la muerte, que los malvados mueren en el mundo venidero.*

II. La bendición a Judá, que es antepuesto a Leví (en Ap. 7:5, va en cabeza Judá) porque el Señor había de surgir de Judá. Esta bendición no se puede entender, si no se tiene en cuenta la historia de la conquista de Canaán. 1. *Llévalo a su pueblo.* Para entender esta oración, es preciso recordar que Judá fue el primero en emprender la conquista de Canaán, de tal modo que, durante algún tiempo, el territorio conquistado por dicha tribu fue un *enclave,* rodeado de cananeos por todas partes. De ahí la oración para que sea reunido a las demás tribus. 2. *Sus manos le basten.* Necesita la ayuda especial de Dios, ya que va a luchar, él solo, la lucha de todo Israel. 3. Es de notar la omisión de Simeón. Hay quienes piensan que ello se debió a que Jacob, en su lecho de muerte, maldijo a Simeón y a Leví (Gn. 49:5–7); pero, mientras Leví puso mucho de su parte para recobrar su honor (y su mayor honor, sin duda, fue que de él descendían Moisés, Aarón y María), Simeón no hizo nada que le liberase del reproche. Fue disminuido en el desierto más que ninguna otra tribu, y de esa tribu procedía el malvado Zimrí, tan escandalosamente culpable en el enojoso incidente de Baal-peor (Nm. 25:6–15). Sin embargo, es más probable que la omisión de Simeón se deba a que las heredades de Simeón consistían en sólo unas 19 ciudades desconectadas entre sí y diseminadas por todo el territorio de Judá (Jos. 19:2–9), del que llegó a ser como un apéndice.

Versículos 8–11

Al bendecir a la tribu de Leví, Moisés se extiende algo más, no tanto por ser él de esa tribu (pues no menciona su relación cor ella), cuanto por ser la tribu de Dios. La bendición a Leví hace referencia:

I. Al sumo sacerdote, llamado aquí *varón piadoso tuyo* (v. 8) *porque su oficio era de piedad y santidad, en señal de lo cual llevaba* escrito sobre su frente, en la lámina de oro de su mitra, *SANTIDAD A JEHOVÁ.* 1. Hay quienes piensan que la mención de Meribá podría significar que Dios podía haber destituido justamente a Aarón (y a su posteridad) del oficio sacerdotal a causa de su pecado (Nm. 20:12),

pero es mucho más probable la opinión sostenida por los rabinos y por la mayoría de los exegetas cristianos de que, por el contrario, apela al celo y a la fidelidad de Aarón (y del propio Moisés), cuando la piedad de los dos grandes hijos de Leví que puesta a severa prueba en Massá (Éx. 17:1–7) y Meribá (Nm. 20:1–13). Todas las paráfrasis caldeas están de acuerdo en que, durante aquellas pruebas, Leví *fue encontrado perfecto* (íntegro) y *fiel.* 2. Ruega que el oficio del sumo sacerdote sea permanente: Tu *Tumim y tu Urim sean con él* (hebr. *para él*); como si dijese: «No dejes que le sean arrebatados». Se le habían dado para un servicio eminente, como era el consultar la voluntad de Dios, lo cual era propio del *santo de Dios* (Sal. 106:16) y quizá se aluda a esto en Malaquías 2:5. A pesar de esta bendición, los Urim y Tumim se perdieron en la cautividad de Babilonia, y no se encuentran restaurados jamás en el segundo Templo. Si atendemos al significado de los términos, *Tumim* significa *integridades; y Urim iluminaciones,* así que la bendición de Moisés, en forma de plegaria vendría a decir: «Señor, haz que el sumo sacerdote sea siempre un hombre íntegro y sabio». Es una oración muy apta para ser elevada en favor de los ministros del Evangelio, para que tengan mente clara y corazón honesto; la luz y la sinceridad hacen completo a un ministro de Dios.

II. A los sacerdotes inferiores a los levitas (vv. 9–11).

1. Ensalza el celo por Dios de esta tribu, cuando se situaron del lado de Moisés (y, por tanto, del de Dios) contra los adoradores del becerro de oro (Éx. 32:26 y ss.). Todos aquellos que, no sólo se conservan puros de las iniquidades comunes en los lugares y tiempos en que viven, sino que, en la medida de sus posibilidades, testifican contra ellas y se ponen de parte de Dios contra los malhechores, recibirán del Señor especiales distinciones honoríficas. Quizá tenía Moisés en su mente en este momento a los hijos de Coré, que rehusaron unirse a su padre en la rebelión que éste provocó (Nm. 26:11). También a Fineés, que ejecutó justicia, e hizo *cesar la mortandad* (Nm. 25:8).

2. Confirma la comisión encargada a esta tribu de ministrar en las cosas santas, lo cual fue una recompensa a su celo y fidelidad (v. 10). (A) Ellos habían de encargarse de instruir al pueblo en las cosas de Dios: *«Ellos enseñarán tus juicios a Jacob y tu ley a Israel,* tanto en calidad de predicadores en las asambleas religiosas ya que leyeron y explicaron la Ley (Neh. 8:7–8), como en calidad de jueces, al decidir los casos complicados y difíciles que el pueblo les presentase» (2 Cr. 17:8–9). (B) También habían de encargarse de propiciar a Dios a favor del pueblo, quemarían el incienso para alabanza y gloria de Dios, y ofrecerían sacrificios para hacer expiación por el pecado y obtener el favor divino. Esto era oficio de los sacerdotes, pero los levitas les asistían en todo ello.

3. Ruega por ellos (v. 11): (A) Para que tengan fuerza y eficacia en su labor: *Bendice, oh Jehová, lo que hagan, y recibe con agrado la obra de sus manos.* Pide para ellos capacidad suficiente para el desempeño de sus obligaciones, y aceptación del oficio que realizan por el honor de Dios y el servicio del pueblo. (B) Pide también que les proteja contra sus enemigos, de los que les aborrezcan como había sido el caso de Coré (Nm. 16). *«Los lomos»* indica la sede del vigor corporal.

Versículos 12–17

I. En el versículo 12 tenemos la bendición a Benjamín. La bendición de éste viene inmediatamente después de la bendición a Leví, porque el Templo, donde se ejercía el oficio sacerdotal, estaba sobre el límite rocoso de la tribu de Benjamín, aunque los atrios del Templo estaban ya sobre el territorio de la tribu de Judá. Se le pone delante de la bendición a José, en parte por la preeminencia de Jerusalén (parte de la cual pertenecía a Benjamín) sobre Samaria, donde residía la tribu de Efraín; y en parte también, porque Benjamín se adhirió a la casa de David y al Templo de Jehová cuando las diez tribus desertaron para unirse a Jeroboam. 1. A Benjamín se le llama aquí *el amado de Jehová* porque el patriarca de esta tribu era el amado de Jacob, *el hijo de su mano derecha,* que es lo que *Ben-jamín* significa (Gn. 35:18). Moisés ve en el cariño de Jacob hacia su hijo menor, un reflejo del amor de Dios hacia su tribu. Saúl, el primer rey de Israel, y Pablo el gran Apóstol de los gentiles, eran de esta tribu. 2. Le es asegurada la protección divina: *Lo cubrirá siempre,* como con un dosel de protección. 3. Se dice que Dios *morará entre sus hombros,* con lo que se insinúa que, como hemos dicho antes, el Templo estaría situado sobre el borde del territorio de Benjamín, como se deduce de Josué 18:16, 28. El monte Sion de Jerusalén estaba sobre el territorio de Judá, pero el monte Moria estaba situado en su mayor parte sobre el territorio de Benjamín. Por eso, se dice que Dios *morará entre sus hombros,* como lo hace la cabeza de un hombre ya

que el Templo estaría situado sobre aquel lado del monte. Es de notar que Josué emplea el mismo vocablo usado aquí como «hombro», al aludir a ese «lado» (Jos. 15:8).

II. La bendición a José, que incluye tanto a Manasés como a Efraín. En la bendición de Jacob (Gn. 49), la de José es la más amplia, y también lo es aquí, y de allí toma Moisés prestado aquí el título que da a José, de que *es príncipe entre sus hermanos* (v. 16). Sus hermanos le odiaron y le vendieron por esclavo, pero Dios le distinguió haciéndole príncipe.

1. Bendice a José con gran abundancia (vv. 13–16). En general: *Bendita de Jehová sea tu tierra* (v. 13). Ya eran muy fértiles los territorios que les habían caído en suerte a Efraín y a Manasés pero Moisés ora todavía para que sean regados con las bendiciones de Jehová.

A) Enumera muchos detalles por los que ora que contribuyan a la riqueza y abundancia de estas dos tribus. Ora: (a) Por el sol y la lluvia, *lo mejor de los cielos,* dones tan preciosos, aunque no los apreciemos por ser tan corrientes, que sin ellos no habría frutos de la tierra; (b) *por el rocío,* que cae manso y calladamente sobre la tierra, mencionado también por Isaac en la bendición de primogenitura dada a Jacob (Gn. 27:28); (c) por múltiples fuentes de aguas, que ayudan a fertilizar la tierra, llamadas aquí *el abismo que está abajo;* (d) por las benignas influencias de los cuerpos celestes (v. 14): *Con los más escogidos frutos del sol,* madurados por la fuerza vivificante del sol; y *lo que brota a cada luna,* es decir, el fruto y la vegetación que corresponde a las sucesivas estaciones; (e) *por el fruto de los montes y de los collados* (v. 15), que en otros países estaban secos y estériles; (f) y *con las mejores dádivas de la tierra y de su plenitud* (v. 16); es decir, con los preciosos productos de las llanuras y de los valles.

B) Corona todas estas bendiciones, con la de la benevolencia y aceptación *del que habitó en la zarza* (v. 16), esto es, de Jehová que se apareció a Moisés en la zarza que ardía y no se consumía (Éx. 3:2–10), en señal de que era el Redentor de Israel, que refina a su pueblo, pero no lo consume del todo, y por eso enviaba a Moisés con la comisión de sacar a Israel de la esclavitud de Egipto. Aunque la gloria de Dios se manifestó en la zarza por un poco de tiempo se dice aquí *la gracia del que habitó en la zarza* literalmente: *la buena voluntad* (hebr. *ratsón*, comp. con Is. 60:10; Lc. 2:14 y Fil. 2:13, donde las versiones hebreas emplean dicho vocablo para verter el griego *eudokía) de la shekinah en la zarza.* Muchas veces se apareció Dios a Moisés, pero ahora que Moisés está a punto de morir, parece tener el más agradable y memorable recuerdo de aquella primera vez que se le apareció; cuando comenzó su comunicación más íntima con Dios fue un tiempo de amor jamás olvidado. Así que, al orar por la buena voluntad *del que habitó en la zarza,* tiene en cuenta el pacto que fue renovado entonces allí, en el cual estaban fundadas todas las esperanzas de Israel, como las nuestras están fundadas en el pacto de la redención en Cristo (2 Co. 5:19).

2. Bendice a José también con gran poder (v. 17). Aquí se predicen tres aspectos de este poder: (A) Su autoridad sobre sus hermanos: *Como el primogénito de su toro es su gloria;* se entiende de un toro joven, que era símbolo de la fortaleza, con lo que impone temor por su porte majestuoso, por lo cual era antiguamente emblema de la majestad real. (B) La fuerza que Efraín tendrá (pues a él, como primogénito legal de José, se refiere todo esto) contra sus enemigos, y las victorias que conseguirá sobre ellos: *Sus astas como astas de búfalo; con ellas acorneará a los pueblos juntos hasta los confines de la tierra;* es decir, su fuerza será formidable e irresistible, como la del *re'em,* especie de búfalo ya extinto del que se habla en Números 23:22. (B) Lo numeroso de su pueblo, en lo cual Efraín excedía con mucho a su hermano Manasés, ya que había sido ya predicha esta superioridad por Jacob, cuando después de cruzar las manos y bendecir a Efraín como a primogénito, a pesar de ser Manasés el mayor, dijo: *Pero su hermano menor será más grande que él, y su descendencia formará multitud de naciones* (Gn. 48:19). Aquí Moisés especifica la superioridad numérica de Efraín, y dice: *Tales son los diez millares de Efraín, y tales son los millares de Manasés.*

Versículos 18–21

I. Tenemos juntas las bendiciones de Zabulón y de Isacar, porque ambos eran hijos de Jacob por Lea, y sus territorios en Canaán eran contiguos; de ellos se predice:

1. Que ambos habrían de disfrutar de una residencia ventajosa y de un quehacer próspero (v. 18). Zabulón debe alegrarse, porque tendrá motivos para ello; y Moisés ruega para que Zabulón tenga éxito en

sus salidas, ya que había de ser tribu de hombres de acción y negociantes. Ya Jacob había señalado que Zabulón sería *puerto de naves* (Gn. 49:13). En cambio, Isacar había de alegrarse *en sus tiendas,* con vida pacífica y tranquila, dedicado a la agricultura, a la consideración de la naturaleza y a la reflexión sobre las cosas del espíritu. En 1 Crónicas 12:32 vemos que los hombres de Isacar habían sido los maestros espirituales de Israel. Por eso, el Talmud interpreta *tiendas* como «hogares para el estudio de la Ley». (A) Que la providencia de Dios al disponer las diversas residencias de los hombres a unos en las ciudades y a otros en las aldeas de la campiña, a unos en los puertos de mar y a otros en tierra adentro, prepara sabiamente las inclinaciones y aptitudes humanas para los diferentes oficios y quehaceres. La inclinación, el temperamento y las aptitudes diversas llevan a uno a enfrascarse en los libros, a otro a ocuparse en barcos de pesca, y a otro a dedicarse a la milicia; unos se encuentran a gusto en zonas rurales, otros en el comercio, otros tienen especiales habilidades e inclinación a la mecánica. Y es bueno que así sea, como dice Pablo al hablar de los dones en la Iglesia: *Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído?* (1 Co. 12:17). Tanto contribuyó al bien común de Israel el que los hombres de Zabulón fuesen mercaderes, como el que los hombres de Isacar fuesen agricultores. (B) Que cualquiera que sea el lugar en que nos hallemos y el quehacer en que nos ocupemos, es norma de sabiduría y urgencia de deber que nos ajustemos a las circunstancias y tratemos de echar raíces (por así decir) donde el Señor nos ha colocado con el asiento suficiente para llevar a cabo una obra perdurable. Gran felicidad hay en contentarse con ello; lo más importante es que, como creyentes, sigamos la dirección que nos da ese bello himno que dice:

«Nunca esperes el momento de una gran acción,
Ni que pueda lejos ir tu luz
De la vida a los pequeños actos da atención,
Brilla en el sitio donde estés.»

2. Que, en consecuencia, ambos han de prestar un buen servicio en sus respectivos lugares, para el honor de Dios y para los intereses espirituales de la nación (v. 19). Se ha observado con frecuencia que los que viven en lugares de confluencia de muchas gentes, como son los puertos de mar y las grandes áreas comerciales tienen más luz de conocimiento, aun espiritual; mientras que quienes, como los hombres de Isacar, viven en lugares pequeños y en el campo, tienen más *vida y* más *calor* espiritual. (A) Aquí se predice que ambas tribus se harían ricas, Zabulón *extraerá* (hebr. *chupará*) *la abundancia de los mares,* que se comparan aquí a las ubres llenas de ganancia para los mercaderes, mientras que Isacar extraerá su riqueza de *los tesoros escondidos en la arena,* ya sea que esto se refiera a frutos de la tierra, o a minerales y metales o (más probablemente) a la manufactura de objetos de vidrio que según Flavio Josefo, el Talmud y el Targum de Jonatán, se hacía en Acre, dentro del territorio asignado a Isacar. (B) Se predice que estas tribus, del producto de sus riquezas, les sobrará para *invitar a los pueblos a su monte* (a Sion, donde había de estar el santuario), cuando fuesen a *sacrificar allí sacrificios de justicia;* es decir, como era *justo* según la Ley (v. Sal. 4:5). En esto cumplirían lo que se dice en Miqueas 4:13 (al final).

II. Inmediatamente después viene la bendición a la tribu de Gad (vv. 20–21). Esta era una de las tribus que estaban ya asentadas en el lado del Jordán en que Moisés se encontraba ahora.

1. Primero predice lo que esta tribu había de ser (v. 20): (A) Que *Dios* había de ensanchar el territorio de Gad. En efecto, su territorio llegó a ser más amplio que el de las otras tribus del otro lado del Jordán, por el éxito que tuvo en sus guerras contra los agarenos (1 Cr. 5:19, 20, 22). (B) Que había de ser una tribu de hombres valientes y victoriosos; de ahí el simbolismo de *león* (hebr. leona) *que arrebata brazo* (la fuerza del ejército) y testa (los jefes); aunque no entraría en guerra por propia iniciativa, sino provocado; por eso se dice de él que *como león reposa.*

2. Ensalza a esta tribu por lo que habían hecho y por lo que estaban haciendo (v. 21). Cada una de las frases de este versículo tiene un sentido muy específico, aunque a veces resulte algún tanto incierto. Gad tuvo vista para *escoger* un rico territorio (Nm. 32:1 y ss.), ocupó un distrito digno de un líder (*legislador*), fue en la *delantera,* o vanguardia, del pueblo, para ayudar a sus hermanos en la conquista de Canaán, y *ejecutó los mandatos,* es decir la promesa hecha de cruzar el Jordán para ayudar al resto de las tribus.

Versículos 22–25

I. La bendición a Dan (v. 22). Jacob, en su bendición, le había comparado a una serpiente por su astucia; Moisés lo compara aquí a un león por su coraje y resolución; y ¿qué cosa habrá que pueda sostenerse delante de quienes tienen cabeza de serpiente y corazón de león? Dan es comparado al *cachorro de león que salta desde Basán,* monte famoso por sus fieros leones, que descendían de allí para lanzarse sobre su presa en la llanura. Un grupo de danitas, por la información recibida acerca de Lais. *«el pueblo tranquilo y confiado»* (Jue. 18:7, 27), cayeron sobre él por sorpresa, *los hirieron a filo de espada, y quemaron la ciudad.* Sansón era de esta tribu (Jue. 13:2). Un dato extraño acerca de esta tribu es que no figura en la enumeración en Apocalipsis 7. La explicación con mayores visos de probabilidad es que fue una de las primeras en darse a la idolatría, la más alejada del santuario, pequeña en número y, probablemente, fue después incorporada a la de Neftalí, que era hermano uterino de Dan.

II. La bendición a Neftalí (v. 23). Moisés considera a esta tribu con admiración y la ensalza: *Saciado de favores, y lleno de la bendición de Jehová.* Jacob la había descrito como *cierva suelta,* por la gracia de su porte, *que pronunciará dichos hermosos* (Gn. 49:21). Efectivamente, los hombres de la tribu de Neftalí parece ser que brillaban por su elocuencia. Moisés asegura aquí que, mediante la gracia y gentileza de los hombres de esta tribu, y por el interés mostrado por los demás, se van a ganar el afecto de sus vecinos: *Posee el occidente y el sur,* el occidente aquí es propiamente *el mar,* es decir, el mar de Tiberíades o lago de Genesaret, con su incomparable clima, la belleza de su paisaje y la fertilidad de su suelo. Dicen los judíos que «la porción de la tribu de Neftalí era tan fértil, y sus productos tan tempranos, a pesar de estar situada al norte, que de las primicias que se llevaban al Templo, las de Neftalí solían ser las primeras, y así ellos eran los primeros en llevarse la bendición del sacerdote, que era la bendición de Jehová». A esta tribu pertenecía Capernaúm, en la que residía principalmente Jesús. Se menciona *el sur,* que era la parte occidental del lago, y la parte más fértil de la región. Betsaida y Capernaúm eran las ciudades más ricas de Galilea.

III. La bendición a Aser (vv. 24–25). Cuatro cosas destacan en la oración y profecía de Moisés acerca de esta tribu, que comportan la bendición indicada en el nombre, ya que Lea llamó al patriarca de esta tribu *Asher,* que significa *feliz* (Gn. 30:13): 1. Su prosperidad excepcional: *Bendito sobre los hijos* (quizás aluda también a su proliferación). 2. El interés y el favor de sus vecinos hacia ellos: *Sea el amado de sus hermanos.* 3. La riqueza de su suelo: (A) En su superficie: *Moje en aceite su pie.* Era proverbial la abundancia y buena calidad de los olivos situados en la porción de Aser. De tal manera se recalca esta abundancia de aceite, que Moisés parece decir: «Que tenga tanta abundancia de aceite, que no sólo le baste para ungir su cabeza, sino que, si le place pueda bañarse los pies en él». (B) En el subsuelo. A esto podría aludir la abundancia de minas allí: *Hierro y bronce serán tus cerrojos* (v. 25); aunque es mucho más probable que se refiera a la necesaria fortificación de sus ciudades, por estar situado en el extremo norte y en la costa; de ahí, la necesidad de estar preparado para defenderse del exterior. La paráfrasis caldea lo entiende en sentido figurado: «Serás fuerte y brillante, como el hierro y el bronce». 4. La continuidad de su fuerza y de su vigor: *Como tus días serán tus fuerzas;* lo cual suele ser parafraseado de la manera siguiente: «El vigor de tu ancianidad será como el de tu juventud; no sentirás decaimiento, ni sufrirás deterioro, sino que renovarás tu juventud; como si, no sólo tu calzado, sino también tus huesos, fuesen hierro y bronce». ¿Tienen asignado algún trabajo? Tendrán fuerzas para llevarlo a cabo. ¿Tienen muchas cargas, muchos problemas delante? Tendrán fuerzas para soportarlos; y *nunca serán tentados más de lo que puedan resistir* (1 Co. 10:13).

Versículos 26–29

Moisés, el hombre de Dios, engrandece en los últimos hálitos de su pecho, tanto al Dios de Israel como al Israel de Dios.

I. *«No hay*—dice—*como el Dios de Jesurún»* (v. 26). Ninguno de los dioses de las naciones eran capaces de hacer por sus adoradores lo que Jehová había hecho por los suyos. 1. Su poder y autoridad soberanos: *Cabalga sobre los cielos.* Moisés compara a Dios con un rey que avanza en su carro de guerra para dar rápida y completa victoria a su pueblo. *Va sobre las nubes con su grandeza* (lit. *excelencia),* con su grandiosa, infinita majestad. No hay enemigo que pueda impedir el avance del que *cabalga sobre los cielos.* 2. Su eternidad sin límites; es un Dios *eterno, y sus* brazos, por tanto, son *eternos* (v. 27). Los

dioses de los gentiles habían sido inventados muy recientemente, e iban a perecer prontamente; pero el Dios de Jesurún es eterno; Él ya existía antes de los mundos, y continuará existiendo cuando ya no exista el tiempo (Hab. 1:12).

II. ¡No hay pueblo como Israel! Después de haber profetizado, felicidad sobre cada una de las tribus, pronuncia gran felicidad sobre el conjunto de ellas: *¡Bienaventurado tú, oh Israel!* (v. 29). Una nación tan feliz, en todos los aspectos, que no había bajo el cielo una nación que pudiese compararse a ella: *¿Quién como tú?* Si Israel honra a su Dios como al Dios sin par, Dios también honrará a Israel como al pueblo sin par. Lo que aquí se dice de Israel tiene aplicación segura a *la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos* (He. 12:13), la Iglesia de Cristo.

1. Nunca hubo un pueblo tan bien establecido y protegido: *El eterno Dios es tu refugio* (v. 27) o, como dice el hebreo, *tu mansión,* en la cual una persona se encuentra a salvo, en reposo y tranquilidad, como en su propia casa, como el mismo Moisés dice: Tú *nos has sido, Señor, por mansión en todas las generaciones* (Sal. 90:1). Todo israelita se sentía con su Dios como en casa; el alma retorna a Él y reposa en Él, como en su lugar de reposo (Sal. 116:7) y como en su lugar de refugio (Sal. 32:7).
2. Nunca hubo un pueblo tan bien sostenido y llevado a cuestas: Y *acá abajo los brazos eternos* (v. 27) es decir, la omnipotencia de Dios. El pacto perpetuo y las perpetuas consolaciones y bendiciones que fluyen de Él, ciertamente son brazos eternos, que no se fatigan ni se decepcionan (v. Is. 43:2). Por esos brazos están sostenidos aquí abajo los creyentes, y permanecen siempre gozosos en medio de las mayores dificultades, porque con la gracia divina nos basta (2 Co. 12:9).
3. Nunca hubo un pueblo tan bien conducido y mandado en la batalla: *«Él echó delante de ti al enemigo* con su poder omnipotente, para hacerte sitio a ti». De esta forma es como los creyentes *somos más que vencedores* (lit. *triunfamos completamente) por medio de aquél* (Cristo) *que nos amó* (Ro. 8:37). *El autor de nuestra salvación* (He. 2:10; 5:9) echó de delante de nosotros al enemigo, cuando venció al mundo y despojó a los principados y potestades en la Cruz (Jn. 16:33; Col. 2:15).
4. Nunca hubo un pueblo tan bien protegido y puesto a salvo: *Israel habitará confiado* (v. 28). *Cada uno,* sin necesidad de protección masiva, *se sentará debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien los amedrente* (Mi. 4:4). El que pone a Dios como torre de su refugio *habita confiado; baluarte de rocas será su lugar de refugio* (Is. 33:16). Sólo se requiere que se mantengan (y nos mantengamos) puros, separados de todo lo malo, y sin mezclarse con los idólatras.
5. Nunca hubo un pueblo con el sustento tan seguro: *La fuente de Jacob aparte brota en tierra de grano y de vino* (v. 28). Aquí, como dice Driver, «la sucesión de generaciones en Israel es semejante a la corriente de un río de aguas frescas, que están continuamente brotando de su fuente» (v. Ap. 22:1). Es curioso que la misma palabra significa *fuente y ojo.* Así, también el ojo de Jacob estaba *sobre tierra de grano y de vino,* ya que, delante de ellos, al otro lado del río, estaba aquella tierra de Canaán, con abundancia de todo fruto de la tierra.
6. Nunca hubo un pueblo tan bien provisto de ayuda y de socorro. Si se encontraban en algún aprieto, Dios mismo cabalgaba sobre los cielos *para su ayuda* (v. 26). Era *pueblo salvo por Jehová* (v. 29).
7. Nunca hubo un pueblo tan bien armado. Dios mismo era *el escudo de su socorro,* para disfrutar de una defensa segurísima, *y la espada de su triunfo* (v. 29) o, como dice el hebreo, *de su excelencia,* una espada que siempre triunfa gloriosamente, sea cual sea el enemigo al que haya que vencer.
8. Nunca hubo un pueblo que pudiese estar tan seguro de la victoria sobre sus enemigos: *Tus enemigos serán humillados* (v. 29) o, como dice el hebreo, *serán encontrados mentirosos delante de ti* (nótese la semejanza con Ro. 3:4 y Sal. 116:11); es decir, «se verán forzados a someterse a ti contra su voluntad, a prestar un homenaje insincero, como lo hacen los vencidos en batalla, al someterse al vencedor. Y *tú hollarás sobre sus alturas.* Es la figura más expresiva para dar a entender el dominio de un territorio enemigo, puesto que el que domina las alturas, tiene segura la posesión de la tierra desde sus fortalezas (v. 32:13).

CAPÍTULO 34

Al haber leído cómo terminó Moisés su testimonio aquí leemos cómo terminó su vida en este mundo. Hemos visto el relato de las palabras de un moribundo y ahora vemos el relato de la obra de un moribundo, obra que todos hemos de hacer, y que conviene hacer bien.

Versículos 1–4

I. Vemos ya a Moisés que sube hasta la cumbre del Pisgá pues ése era el lugar fijado por Dios para que allí muriese (32:49–50); sube como para llegar más cerca del Cielo. Israel quedaba abajo acampado en las llanuras de Moab, mientras Moisés ascendía. Podemos suponer que Moisés se despidió solemnemente de Josué, de Eleazar y de los demás amigos más íntimos, que probablemente le acompañaron hasta la falda del monte, pero no a la cumbre. 1. Allá se dirigiría, a solas con Dios, y con paso alegre, para mostrar que, lejos de atemorizarse ante la muerte, estaba dispuesto a subir por un empinado repecho para salirle al encuentro. 2. Así mostraba también que consideraba su muerte como una ascensión. El alma del hombre, del hombre recto, va *hacia arriba* cuando deja el cuerpo (Ec. 12:7). A todos nosotros nos dice, de algún modo, Dios: *Sube y muere.*

II. Desde la cumbre del monte, Moisés baja los ojos de nuevo, hacia la tierra, para ver el Canaán terrestre en el que nunca había de entrar, pero al ver desde allí, con los ojos de la fe, aquel otro Canaán celestial en el que iba muy pronto a entrar. 1. Aunque subía él solo a la cumbre del Pisgá sin embargo *no estaba enteramente solo, porque el Padre estaba con él* (v. Jn. 16:32). 2. Nótese que todas las vislumbres que poseemos de la *patria mejor* nos son otorgadas por la gracia de Dios; Él nos imparte *el espíritu de sabiduría* lo mismo que *el espíritu de revelación;* es decir, nos provee del *ojo,* al mismo tiempo que del *objeto.* 3. Moisés vio Canaán *a distancia,* pero al aire claro de Palestina, vislumbró desde la cumbre del Nebó, el pico prominente de la cadena de montañas del Pisgá los ondulantes bosques de Galaad, las cumbres nevadas del Hermón, del Tabor, del Ebal y del Gerizim, las alturas de Judá y Benjamín, Sion, Belén, el Hebrón, Beerseba, el monte de los Olivos, etc. Y, según opinan muchos vio también proféticamente más allá del estado actual de la tierra, la historia futura de Israel en Canaán, tanto en los días de prosperidad como en los días de adversidad. Así también los hijos de Dios tenemos, mediante el telescopio de la fe, y el vigor que da a nuestros ojos espirituales una segura y gloriosa esperanza, un atisbo de la gloria de aquella eterna mansión que el Señor ha ido a prepararnos (Jn. 14:2–3). 4. Moisés vio la tierra prometida, pero no llegó a disfrutar de ella. ¡Cuántas veces pasa algo parecido, cuando unos siegan lo que otros sembraron! (Jn. 4:37–38). 5. Canaán era *la tierra de Emanuel* (hebr. *Immanuel* = Dios con nosotros), conforme vemos en Isaías 8:8, de modo que, al ver Canaán Moisés pudo vislumbrar, en cierto modo, las bendiciones de que disfrutamos en Cristo.

Versículos 5–8

I. Aquí se nos refiere la muerte de Moisés: *Murió allí Moisés, siervo de Jehová* (v. 5). Cosa dura hubo de ser para Moisés, después de todas las fatigas y aflicciones del desierto, verse impedido de disfrutar de la tierra prometida. Pero aquel varón era *muy manso;* y, como Dios lo había dispuesto así, él se sometía de buena gana. 1. Aquí se le llama *siervo de Jehová* no sólo por ser un hombre bueno (todos los creyentes son siervos de Dios), sino también por ser un hombre *útil* (que *sirve* para algo) y él había sido eminentemente útil, pues había estado al servicio de los planes de Dios en sacar a Israel de Egipto y conducirlo a través del desierto. 2. Y con todo, *muere.* Ni su piedad ni sus útiles servicios le eximen del golpe de la muerte. Los siervos de Dios mueren por tres razones: para descansar de sus labores, para recibir su recompensa, y para dejar su lugar a otros. Pero, cuando los siervos de Dios son retirados del servicio de esta tierra van a servirle mejor en otra patria mejor, en otro santuario mejor: *Delante del trono de Dios, le sirven día y noche en su santuario* (Ap. 7:15). 3. Moisés muere *conforme al dicho de Jehová* (v. 5. lit. *según la boca de Jehová*). Como dicen los judíos «murió de un beso de la boca de Dios». «Dios—dicen los rabinos—evita a los suyos la amargura de la muerte, llevándoseles el alma con un beso.» Así vemos que, aquel Jehová que, con un aliento de su pecho, hizo del vaso de arcilla una persona viva, pensante y hablante (Gn. 2:7), con un beso de su boca se lleva del hombre el espíritu que le dio (Ec. 12:7). ¡Dichosos de nosotros si, en la hora de la muerte, podemos decir, como Jesús: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!* (v. también Hch. 7:59).

II. Su sepultura (v. 6). Dios se cuida de los cadáveres de sus siervos. Si *estimada es a los ojos de Jehová la muerte de sus santos* (Sal. 116:15), también lo es su cadáver, pero su pacto con él será recordado y el sello del Espíritu nos da la garantía de la resurrección (Ro. 8:11). Moisés fue sepultado por el mismo Dios (v. 6), *en el valle, en la tierra de Moab, enfrente de Bet-peor.* Si el alma descansa con Dios, no es de mucha monta el lugar donde esté sepultado el cadáver. No se conoce el lugar de su sepultura, como refiere probablemente Josué en este mismo versículo (v. Jud. v. 9). Además del honor que Dios quería otorgar a Moisés, al darle Él mismo sepultura, está el importante motivo de ocultar el lugar de su sepultura, para impedir que los hijos de Israel, tan inclinados a la idolatría, hiciesen del sepulcro de Moisés un lugar nacional de peregrinación y llegasen a tributar honores divinos al cadáver del que había sido el gran fundador, bienhechor y guía del pueblo de Israel. Es también la última expresión de su proverbial abnegación: Yace en un sepulcro ignorado, en una tumba que nadie puede visitar.

III. Su edad (v. 7). 1. Vivió hasta una edad muy avanzada, pues tenía 120 años, lo cual, lejos ya de los tiempos de los patriarcas, más longevos que él, no era ya corriente entre sus contemporáneos. Su vida quedó así distribuida en tres grupos de cuarenta años: los primeros cuarenta años los pasó como un príncipe en la corte de Faraón; los segundos cuarenta años los vivió en el solitario oficio de un pobre pastor de Madián; y los últimos cuarenta años los vivió como un rey en Jesurún, con mucho honor y poder, pero también con gran responsabilidad, con pesadas fatigas y continuos disgustos. 2. Vivió hasta una ancianidad muy bien llevada, pues *sus ojos nunca se oscurecieron, ni perdió su vigor* (v. 7).

IV. El solemne duelo que se hizo por él (v. 8). 1. Quiénes hicieron el duelo: *Los hijos de Israel.* 2. Por cuánto tiempo le hicieron duelo: *Por treinta días.* Pero, al fin, *se cumplieron los días del llanto y del luto por Moisés.* Esto nos da a entender que, por muy graves que sean nuestras pérdidas, y por muy queridos que nos sean nuestros familiares, no debemos abandonarnos a un duelo perpetuo; hemos de permitir que las heridas se cicatricen. Si esperamos ir gozosamente al Cielo, ¿por qué se ha de bajar tristemente al sepulcro?

Versículos 9–12

Termina el Deuteronomio y, por tanto, el Pentateuco (La Ley por antonomasia) con un encomio lleno de honor para Moisés tanto como para Josué; cada cual tiene su alabanza, en su respectivo servicio y en su sazón respectiva, como debe ser. ¡Que Dios sea glorificado en ambos!

I. Josué es ensalzado como un hombre admirablemente cualificado para la obra a la que fue llamado (v. 9). Moisés condujo a Israel hasta las fronteras de Canaán y allí los dejó para morir indicando así que *la Ley no llevó nada a la perfección* (He. 7:19). Lleva al ser humano hasta el desierto de la convicción de pecado, pero no lo introduce en el Canaán del reposo y de la paz permanente. Este honor estaba reservado a Josué = Jesús, de quien Josué era tipo en esto, para que él hiciera por nosotros *lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil a causa de la carne* (Ro. 8:3). A través de Cristo, *del camino nuevo y vivo que Él abrió para nosotros* (He. 10:20), entramos en descanso, en la paz con Dios, en descanso espiritual de nuestra conciencia, sin miedo a la condenación (Ro. 8:1), y en descanso eterno de los cielos (Col. 3:1). Dos cosas concurrieron para que se viese claro el llamamiento de Dios para esta gran empresa: 1. Dios le equipó para ello: *Fue lleno del espíritu de sabiduría* (v. 9). Sabiduría divina es el requisito indispensable, lo mismo que el valor y la bravura, en un general del ejército de Dios. 2. Moisés, por orden de Dios, le transmitió la comisión: *Moisés había puesto sus manos sobre él,* instituyéndole así por sucesor y rogaba a Dios que le capacitase para el servicio al que le había llamado.

II. Moisés es ensalzado con mucho encomio (vv. 10–12), y con mucha razón.

1. Fue de veras un hombre muy grande, especialmente en dos aspectos: (A) En su comunión íntima con Dios: *Con quien trataba Jehová cara a cara* (v. 10), *como habla cualquiera a su compañero* (añade Éx. 33:11). *Boca a boca hablaré con él, y no por figuras, y verá la apariencia de Jehová* (Nm. 12:8, comp. con Éx. 33:19). Y con la misma intimidad con que Dios le trataba, trataba él a Dios. Basta con recordar su maravillosa oración en Éxodo 32:11–14, y la del día siguiente (Éx. 32:31–32). (B) El poder que Dios le concedió para obrar sobre la naturaleza. Los milagros de juicio que llevó a cabo en Egipto

delante de Faraón, y los milagros de gracia y misericordia que llevó a cabo en el desierto delante de Israel, sirvieron para demostrar que era un favorito especial del Cielo, y tenía que desempeñar en este mundo una comisión extraordinaria, como así lo hizo. Nunca jamás hubo otro hombre a quien Israel tuviese mayores motivos para amarle, ni los enemigos de Israel mayor razón para temerle.

2. Fue más grande que ningún otro profeta del Antiguo Testamento. Es cierto que el Señor Jesús dijo de Juan el Bautista: *«Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista»* (Mt. 11:11). Y poco antes había dicho que era *«más que profeta»* (v. 9); pero ha de tenerse en cuenta que a Juan no se le puede poner en la misma fila que los profetas del Antiguo Testamento, cuya lista se acaba con Malaquías muchos años antes, sino que se halla a caballo entre ambos Testamentos, introducido ya en los *«últimos tiempos»* (Mr. 1:15), con el privilegio singular de ser el *Precursor,* el primero que había de señalar con el dedo al *«Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo»* (Jn. 1:29), y sirve al divino Esposo de «padrino» (Jn. 3:29) para sus nupcias con la Iglesia. Por tanto, ni su persona ni su comisión pueden ponerse en la misma línea con Moisés. Con esta advertencia por delante, podemos ver que, aunque hubo antiguamente hombres de gran interés en el Cielo, y de gran influencia en la tierra, ninguno puede compararse con este gran hombre; ninguno de ellos presentó evidencias, ni llevó a cabo el fiel cumplimiento de una comisión de parte del Cielo como lo hizo Moisés. Este encomio de Moisés pudo ser escrito, en parte, mucho tiempo después de su muerte, por la afirmación de que *«nunca más se levantó profeta en lsrael como Moisés»* (v. 10), pues la expresión no parece admitir un sentido meramente retrospectivo. Por medio de Moisés, dio Dios su Ley (Jn. 1:17), y moldeó y formó el pueblo de Israel; mientras que, por medio de los demás profetas, envió reprensiones, instrucciones, promesas y predicciones particulares. El último de los profetas del Antiguo Testamento, Malaquías, casi al final de su profecía, pone en boca de Dios la siguiente intimación: *Acordaos de la ley de Moisés mi siervo* (Mal. 4:4). Jesucristo mismo apeló con frecuencia a los escritos de Moisés, y le puso por testigo, como quien vio su *día* a distancia, y *escribió acerca de él* (por ej. Lc. 16:29–31, en boca de Abraham, Jn. 5:47–49, en sus propias palabras). Moisés fue fiel como siervo, pero Cristo como Hijo (He. 3:5–6). La historia de Moisés termina dejándolo sepultado en los llanos de Moab, y concluye así con el período de su gobierno sobre Israel; pero la historia de nuestro Salvador le muestra sentado *a la diestra de la Majestad en las alturas* (He. 1:3), y se nos asegura que lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite (Is. 9:7). Nótese el contraste establecido en Juan 1:17: La Ley FUE DADA por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad VINIERON por medio de Jesucristo. Moisés, con toda su grandeza, fue un mero vehículo, portador comisionado de la Ley que condena; Jesús encarnó en Sí mismo la gracia y la verdad que salvan.

«AL QUE ESTÁ SENTADO EN EL TRONO, Y AL CORDERO
SEA LA ALABANZA, EL HONOR, LA GLORIA Y EL DOMINIO,
POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS.» ¡AMÉN!

JOSUÉ

Tenemos delante de nosotros la historia de la nación judía a partir de la muerte de Moisés en adelante. Esta historia continúa hasta el libro de Ester inclusive, es parte de los oráculos divinos, los cuales fueron encomendados a los judíos, y como tales fueron recibidos por nuestro Salvador y sus Apóstoles; a ellos, en efecto, hicieron copiosas referencias.

En los cinco libros de Moisés vimos un detallado relato del surgimiento, progreso y establecimiento de la nación judía como tal. Allí veíamos la familia de la que surgió, la promesa que la acompañó, los milagros con que fue establecida y las leyes y ordenanzas con que había de gobernarse. Habríamos de pensar que una nación que estaba gobernada con base en tales mandamientos y estatutos fuese una nación santa y dichosa. Pero, ¡ay!, gran parte de esta historia consiste en la exposición melancólica de sus pecados y miserias. Si comparamos con ella la historia de la Iglesia cristiana, encontraremos la misma causa y razón para asombrarnos, ya que, a pesar de una fundación tan santa, han sido muchos los errores y graves las corrupciones que en ella han entrado en el decurso de los siglos. En efecto, tampoco el Evangelio *perfecciona* las cosas en este mundo, sino que nos deja en expectación de una *mejor esperanza* en el estado futuro.

El primero de los libros históricos después del Pentateuco es el *libro de Josué*, llamado así, no precisamente porque lo escribiese Josué, sino porque él es el protagonista y fue compuesto en base a sus «memorias» o «diario». El Dr. Lightfoot piensa que lo escribió Fineés (hebreo, *Pinjás)*, mientras que el obispo Patrick opina que lo escribió el propio Josué. Sea como sea, el libro contiene la historia de Israel bajo el mando y gobierno de Josué, quien actuaba como general en jefe de los ejércitos de Israel. Así lo vemos: 1. Durante la entrada del pueblo en Canaán (caps. 1–5). 2. En la conquista de Canaán (caps. 6–12). 3. En la distribución de la tierra de Canaán entre las tribus de Israel (caps. 13–21). 4. En el establecimiento de la religión entre ellos (caps. 22–24).

En este libro podemos ver igualmente: 1. Mucho acerca de Dios y de su providencia: su poder, su justicia su fidelidad y su misericordia con su pueblo Israel, a pesar de las provocaciones de ellos. 2. Mucho acerca de Cristo y de su gracia. Aunque Josué no es mencionado expresamente en el Nuevo Testamento como tipo de Cristo, todos están de acuerdo, sin embargo, en que fue tipo eminente de Cristo. Llevó el mismo nombre que nuestro Salvador, como lo llevó también otro tipo de él, el sumo sacerdote Josué (v. Zac. 6:11, 12). Los LXX le dieron a Josué la terminación griega en *ous* llamándole *Iesous* = Jesús, y así aparece en Hechos 7:45 y Hebreos 4:8. Significa, pues, Yahweh salvará. Josué salvó de los cananeos al pueblo de Israel; nuestro Señor Jesús nos salva de nuestros pecados. Cristo, como Josué, es el capitán de nuestra salvación, el jefe y comandante de la Iglesia, para que podamos tener a Satanás bajo nuestros pies y entremos en posesión de la Canaán celestial, en la cual nos dará Cristo el reposo que Josué no pudo dar (v. He. 4:8).

CAPÍTULO 1

En este capítulo: I. Dios designa a Josué para gobernar al pueblo en lugar de Moisés, le da amplia comisión, detalladas instrucciones y le anima grandemente (vv. 1–9). II. Josué acepta el gobierno que se le encomienda y comienza inmediatamente el desempeño de su cargo, da órdenes a los oficiales del pueblo en general (vv. 10, 11) y, en particular, a las dos tribus y media (vv. 12–15). III. El pueblo presta su consentimiento y se juramenta a ser fiel a Josué (vv. 16–18).

Versículos 1–9

Vemos aquí el honor que se le confiere a Josué y el gran poder depositado en su mano por orden del que es la fuente de todo honor y poder y por quien los reyes reinan. Dios le habla (v. 1), probablemente como le habló a Moisés (Lv. 1:1), *desde el tabernáculo de reunión.* Para darle mayores ánimos, Dios le habla sin intermediarios—según opinión de algunos, en sueño o en visión (como en Job 33:15). Con respecto al llamamiento de Josué:

I. El tiempo en que se le dio: *Después de la muerte de Moisés.* Tan pronto como Moisés murió, tomó Josué sobre sí la administración, en virtud de su solemne ordenación en vida de Moisés. Dios no le habló, sino para que marchase hacia Canaán después que se acabaron los treinta días de duelo por Moisés. Dios quería darle al pueblo tiempo, no sólo para lamentarse de la gran pérdida con la muerte del caudillo, sino también para arrepentirse de lo mucho que le habían ofendido.

II. El lugar que Josué había ocupado antes de ser promovido. Era el asistente de Moisés. Los LXX traducen el vocablo hebreo por *hypourgos* = un obrero bajo dirección de otro. 1. Que había estado por largo tiempo en el oficio. 2. Que había sido entrenado bajo sujeción y mando. Los que mejor han aprendido a obedecer son los mejor equipados para mandar. 3. Que quien había de suceder a Moisés estaba íntimamente relacionado con él a fin de que tomase las mismas medidas y caminase en el mismo espíritu, al haber de seguir adelante en la misma tarea. 4. Que era en esto tipo de Cristo, a quien podemos llamar ministro de Moisés, ya que fue hecho bajo la Ley y la cumplió a la perfección.

III. El llamamiento mismo que Dios le hizo:

1. La razón por la que fue llamado al gobierno: *Mi siervo Moisés ha muerto* (v. 2). Moisés, una vez acabado su trabajo como siervo, va a *descansar de sus trabajos y entra en el gozo de su Señor.*

2. El contenido del llamamiento: *ahora, pues levántate.* (A) «Aunque Moisés está muerto, la obra ha de seguir adelante; por consiguiente, levántate y pon manos a la obra.» Cuando Dios tiene una obra que hacer, hallará, o creará, los instrumentos apropiados para llevarla a cabo. Moisés, *el siervo,* está muerto; pero Dios, *el Dueño,* no lo está: vive por siempre. (B) «Como Moisés está muerto tú quedas encargado de la obra como sucesor suyo.» Josué ha de levantarse para dar cima a lo que Moisés comenzó. Así es como una generación posterior entra en las labores de la generación anterior. Así es como Cristo, como nuestro Josué, lleva a cabo por nosotros lo que nunca podría hacerse mediante la Ley de Moisés: *justifica* (Hch. 13:39) y *santifica* (Ro. 8:3). La vida de Moisés abrió el camino a Josué y preparó al pueblo para lo que Josué había de llevar a cabo. También la Ley es nuestro ayo hasta llevarnos a Cristo.

3. El servicio especial al que es llamado ahora: *«Levántate y pasa este Jordán,* este río que tienes a la vista y a cuya orilla habéis acampado». Esto fue una prueba para la fe de Josué, ya que carecía de pontones y de barco con los que formar un puente para que el pueblo pasara; no obstante, debe creer que Dios, que le ha ordenado pasar, ha de abrirles un camino, pues para entrar en Canaán era preciso cruzar el Jordán.

4. Se repite aquí la donación de la tierra de Canaán a los hijos de Israel (vv. 2–4): A *la tierra que yo les doy.* A los patriarcas les había sido prometida: *Te daré.* Pero ahora que había expirado la cuarta generación, había llegado el tiempo del cumplimiento de la promesa (v. 3): «Yo *os he entregado.* Aunque todavía está sin conquistar, la tenéis tan segura como si estuviese ya en vuestras manos». (A) Las personas a quienes es entregada: *a los hijos de Israel* (v. 2)., puesto que son la descendencia de Jacob, quien fue llamado *Israel* en el tiempo en que le fue hecha esta promesa (Gn. 35:10, 12). (B) La tierra que fue concedida: Desde el Éufrates por el oriente, hasta el Mediterráneo por el occidente (v. 4). Si hubiesen

sido obedientes, Dios les habría dado esto y mucho más. De todos los países comprendidos en esos términos, y de otros más, saldrían en el decurso del tiempo prosélitos de la religión judía, como vemos en Hechos 2:5, etc. (C) La condición bajo la que se hace dicha donación está implicada en las palabras *«como lo había dicho a Moisés»* (v. 3); esto es, «en los términos que Moisés os expuso con mucha frecuencia, *si guardáis mis estatutos,* entraréis a poseer esa buena tierra. Tomadla en esas condiciones, no de otra manera». (D) *«Todo lugar que pise la planta de vuestro pie* será vuestro (dentro de dichos límites). Con sólo poner el pie allí, ya lo tenéis».

5. Las promesas que Dios hace aquí a Josué para animarle: (A) Que podía estar seguro de la presencia de Dios con él (v. 5): *«Como estuve con Moisés, estaré contigo.* Como estuve con él para sacar al pueblo de Egipto y conducirlo a través del desierto, así estaré contigo para que lo establezcas en el país de Canaán». Lo que Moisés llevó a cabo fue en virtud de la presencia de Dios con él, y aunque Josué no siempre tuvo la misma presencia de ánimo que Moisés poseía, sí que había de tener la misma presencia de Dios para llevar a cabo su obra como era menester. Nótese que es un gran consuelo para una nueva generación de siervos de Dios, ministros o, simplemente, creyentes, saber que la misma gracia que fue suficiente para quienes les precedieron, estará también a disposición de ellos si son igualmente fieles al Señor. Dios lo repite de nuevo en el v. 9. Los que van al lugar al que Dios les envía, tendrán consigo a Dios dondequiera se hallen. (B) Que la presencia de Dios no le sería jamás retirada: *No te dejaré ni te desampararé* (v. 5). Ya le había asegurado Moisés esto mismo (Dt. 31:8), que, aunque él le iba a dejar, Dios no le dejaría. De esto podemos estar seguros: *Que el Señor estará con nosotros mientras nosotros estemos con Él.* Esta promesa hecha aquí a Josué tiene aplicación con respecto a todos los creyentes. (C) Que había de vencer a todos los enemigos de Israel (v. 5): *Nadie te podrá hacer frente en todos los días de tu vida.* No hay quien pueda hacer frente a quienes tienen a Dios de su parte. *Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?* (Ro. 8:31). (D) Que él mismo habría de llevar a cabo el reparto de la tierra entre los hijos de Israel (v. 6). Había de estar de buen ánimo, a causa del mal carácter del pueblo a quien había de poner en posesión de la tierra. Sabía bien cuán díscolo y descontentadizo era el pueblo y cuán ingobernable había sido en tiempo de su predecesor.

6. El encargo que da a Josué es:

(A) Que cuide de hacer siempre todo conforme a la Ley de Dios y hacer de ella su norma (vv. 7, 8). Es como si Dios pusiera en manos de Josué el libro de la Ley; y le encarga: (a) que *de día y de noche medite en él.* Si hubo alguna vez hombre de negocios que pudiera excusarse de meditar y de otros actos de devoción a causa del mucho quehacer, bien podríamos pensar que ese era el caso de Josué. La tarea que se le encomendaba era enorme, tanto como para tenerle ocupado aunque tuviese diez almas; con todo, había de hallar tiempo para meditar en la Ley de día y de noche. (b) No había de permitir que *se apartase de su boca;* es decir, de dar órdenes al pueblo en consonancia con la Ley de Dios; en todas las ocasiones había de *decir conforme a esto* (Is. 8:20). No era de su incumbencia hacer nuevas leyes, sino que había de *guardar el buen depósito* (2 Ti. 1:14). (c) Siempre había de *hacer conforme a toda la Ley.* Aunque Josué era hombre de gran poder y autoridad, debía someterse a lo mandado. No hay ser humano con dignidad o dominio suficientes para colocarle por encima de la Ley de Dios. *Primero* ha de hacer lo que está escrito. *Segundo,* ha de hacerlo conforme a lo que está escrito. *Tercero,* ha de hacerlo conforme a todo lo que está escrito sin excepción ni reserva. *Cuarto,* ha de observar el juicio de su conciencia, los signos de la Providencia y las oportunidades de la circunstancia. *Quinto,* no se ha de apartar de él, el libro de la Ley, ni en su conducta personal ni en sus actos de gobierno, y ha de tener en cuenta que la virtud está en el medio, es decir, lejos de los extremos. *Sexto,* ha de ser fuerte, valiente y esforzado. Y, *séptimo,* que al obrar así *será prosperado en todo* (vv. 7, 8).

(B) Que se anime con la promesa y la presencia de Dios, y que se ampare en ellas (vv. 6, 7, 9). Josué se había hecho notar por su valor hacía mucho, tanto en la guerra contra Amalec como en su disconformidad con el informe de los espías malvados. Josué era humilde no desconfiaba de Dios, pero sí de sí mismo y de su competencia para la obra; por eso, le repite Dios tantas veces: *«Esfuérzate y sé valiente»; «mira que te mando que te esfuerces y seas valiente»* (vv. 6, 7, 9). Como diciendo: «Te he mandado lo que has de hacer; por consiguiente, será hecho». Nos ayudaría mucho a animarnos y alentarnos si tuviésemos la vista fija en la garantía divina, y oyésemos a Dios que nos dice: «*¿No te lo he mandado?* Por tanto, yo te ayudaré, te aceptaré, te prosperaré y te galardonaré.»

Versículos 10–13

Una vez que ha sido instalado en el gobierno Josué se pone de inmediato a proseguir la obra de Dios entre el pueblo que le había sido confiado por Dios.

I. Da órdenes al pueblo para que proceda a ponerse en marcha. Los oficiales del pueblo que, bajo el mando de Josué, estaban al frente de las distintas tribus y familias, habían de atender a las órdenes del superior para transmitirlas al pueblo. ¿Qué habría podido hacer Josué sin subalternos? Se nos requiere someternos, no sólo *al rey, como a superior,* sino también *a los gobernadores, como enviados por Él* (1 P. 1:13, 14). Por medio de estos subalternos: 1. Josué hace saber en público que *han de pasar el Jordán dentro de tres días.* Obsérvese con qué seguridad lo comunica Josué al pueblo, puesto que Dios le había dicho que pasase a poseer la tierra. La mejor manera de honrar la verdad de Dios es no titubear ante la promesa de Dios. 2. Les ordena que preparen víveres, pero no vehículos para transportarlos. El que los llevó al salir de Egipto, les llevaría igualmente al entrar en Canaán (Éx. 19:4). Pero los que deseaban tener otros víveres además del maná, que no había cesado de caer, habían de prepararlos y tenerlos a mano en el tiempo señalado. Quizás, aunque el maná no cesó hasta que entraron en Canaán (5:12), al encontrarse ya en *tierra habitada* (Éx. 16:35), donde podían proveerse, en parte, de otros víveres, el maná no caía en la misma abundancia de antes (v. Éx. 19:10, 11).

II. Les recuerda a las dos tribus y media la obligación que tenían de pasar el Jordán con sus hermanos, aunque dejaban sus posesiones y sus familias en este lado. Era un acto de negación de sí mismos; por eso era conveniente recordarles el acuerdo al que había llegado Moisés con ellos (v. 13): *Acordaos de la palabra que Moisés … os mandó.* Aunque Moisés estaba muerto, sus mandatos y sus promesas estaban aún vigentes. Les hace memoria: 1. De los beneficios que habían recibido al terminar su peregrinaje para adquirir residencia fija: *«Jehová vuestro Dios os ha dado reposo.* Ha dado reposo a vuestra mente; no es como con las demás tribus, que han de esperar primero al resultado de la guerra antes de obtener su porción. También ha dado reposo a vuestras familias, dándoos esta tierra, esta buena tierra». Cuando Dios, en su providencia nos da reposo, deberíamos considerar qué servicio podemos ofrecer a aquellos hermanos nuestros que no tienen hogar fijo. Cuando Dios había dado reposo a David (2 S. 7:1), véase cuán intranquilo estuvo hasta encontrar casa para el Arca (Sal. 132:4, 5). 2. También les hace memoria del acuerdo pactado de ayudar a sus hermanos en las guerras de Canaán, hasta que Dios les diera reposo también a las demás tribus (vv. 14, 15). Esto era: (A) Muy puesto en razón. (B) Mandado por Moisés, el siervo de Dios. (C) Era también el único expediente que tenían para salvarse de la culpabilidad de un gran pecado al asentarse en aquel lado del Jordán, pecado que, más tarde o más temprano, les había de alcanzar (Nm. 32:23). (D) Era la condición bajo la cual Moisés les había concedido *la tierra de su herencia,* como es llamada en el v. 15. (E) Ellos mismos se habían comprometido a hacerlo así (Nm. 32:25): *Tus siervos harán como mi señor ha mandado.*

Versículos 16–18

La respuesta es dada por los oficiales del pueblo (v. 10), como representantes de todos los israelitas.

I. Le prometen obediencia (v. 16) como los súbditos al príncipe y los soldados al general. De este modo, el pueblo se compromete aquí a seguir a Josué: *«Nosotros haremos todas las cosas que nos has mandado,* sin murmurar ni disputar». También nosotros debemos jurar lealtad al Señor Jesús como a capitán de nuestra salvación, y ponernos a nosotros mismos bajo obligación de observar cuanto nos manda en su Palabra, y de ir adondequiera que nos envíe por medio de su Providencia. El pueblo no tenía ningún motivo para jactarse de haber obedecido a Moisés, ya que éste sabía muy bien que era un pueblo duro de cerviz (Dt. 9:13). Más bien, daban a entender que prestarían a Josué la obediencia que deberían haber prestado a Moisés. No debemos engrandecer a los que ya se fueron, hasta el punto de empequeñecer a los que les han sucedido, no dándoles el respeto y la obediencia que les debemos. La obediencia por razones de conciencia debe continuar, aunque la Providencia cambie las manos por medio de las que gobierna y actúa.

II. Oran para que la presencia de Dios acompañe a Josué (v. 17): *«Solamente que Jehová tu Dios esté contigo,* que te bendiga, prospere y te de éxito, *como estuvo con Moisés»*. Lo mejor que podemos pedir a Dios para nuestros magistrados es que puedan tener consigo la presencia de Dios. Aquellos de quienes

tenemos razón para suponer que gozan del favor de Dios, son también dignos de nuestro honor y respeto. Algunos, sin razón ninguna, lo entienden como una limitación de la obediencia: «Obedeceremos únicamente si percibimos que Dios está contigo, no más allá. Mientras tú estés en comunión con Dios, nosotros estaremos en comunión contigo; hasta ahí llegará nuestra obediencia, no más allá».

III. Se comprometen incluso a que se aplique la pena de muerte a todo israelita que contravenga las órdenes de Josué o se rebele contra su mandamiento (v. 18). Había una razón especial para esta especie de ley ahora que estaban a punto de emprender las guerras de Canaán, porque la severidad de la disciplina militar es más necesaria en tiempo de guerra que en otros tiempos.

IV. Sirve de gran ánimo a los líderes de una buena obra el ver buena voluntad en sus seguidores. Aunque Josué era de valor probado no tomó como ofensa—sino como gran amabilidad—de parte del pueblo el que le animaran a esforzarse y ser valiente (v. 18).

CAPÍTULO 2

En este capítulo tenemos el relato acerca de los espías empleados para informar a Josué del estado de ánimo en que se hallaban los habitantes de Jericó. I. Su envío por orden de Josué (v. 1). II. El recibimiento y la protección que les dispensó Rahab (vv. 1–7). III. El informe que ésta les dio acerca del estado de ánimo de sus conciudadanos así como del pánico que les había producido la cercanía de los hijos de Israel (vv. 8–11). IV. El pacto que Rahab hizo con ellos a fin de que se respetase la vida a ella y a sus familiares (vv. 12–21). V. La vuelta a salvo de los espías, y el informe que dieron de su expedición (vv. 22–24). Rahab es mencionada dos veces en el Nuevo Testamento: como gran creyente (He. 11:31) y como alguien cuya fe demostró ser genuina por producir buenas obras (Stg. 2:25).

Versículos 1–7

I. La prudencia de Josué al enviar espías para observar este importante lugar de paso, que había de ser conquistado a la entrada misma de la tierra de Canaán: *Andad, reconoced la tierra, y a Jericó.* Moisés había enviado antes espías (Nm. 13) Josué mismo era uno de ellos. Los espías que ahora envía Josué no han de observar, como los de antaño, toda la tierra, sino sólo Jericó. Josué quería extremar sus medidas para dar bien el primer paso y no tropezar en el umbral. Hemos de observar: 1. Que los hombres puestos en alto lugar han de ver también con los ojos de otros, lo cual implica que han de ser muy cautos al escoger a los subordinados. 2. Que la fe en las promesas de Dios no debe suplantar nuestra diligencia, sino animarnos a usar los medios más apropiados. Si nuestras expectaciones sirven de freno a nuestro esfuerzo, no estamos confiando en Dios, sino tentándole. 3. Véase cuán prestos estaban estos hombres a empeñarse en tan ardua empresa, en obediencia a Josué su general, con celo por servir al campamento y dependiendo del poder de Dios.

II. La providencia de Dios al dirigir a los espías a casa de Rahab. No se nos dice cómo pasaron el Jordán, pero llegaron a Jericó, que distaba unos once o doce kilómetros del río, y allí buscaron un mesón que fuese conveniente, lo hallaron en casa de Rahab llamada aquí *ramera.* Hay expositores que traducen este término por *tabernera o posadera,* pero, aparte del uso bíblico constante de este término, está el argumento contundente (v. el comentario de Jamieson-Fausset-Brown) de que los mesones orientales nunca son dirigidos por mujeres. Fue seguramente la excelente ubicación de la casa de Rahab la que dirigió a los espías a ella, sin conocer la catadura moral de la dueña. Por otra parte, tenemos aquí importantes lecciones: 1. Que la gravedad de un pecado no es una barrera contra el perdón misericordioso de Dios cuando la fe y el arrepentimiento de una persona llegan a tiempo. Leemos en el Evangelio acerca de cobradores de impuestos y de rameras en camino del Reino de los Cielos, los cuales son bienvenidos a todos los privilegios de dicho Reino (Mt. 21:31). 2. Que son muchos los que antes de su conversión son muy viciosos y de baja catadura moral, pero después llegan a sobresalir por su fe y santidad. 3. Que incluso los que, por la gracia de Dios, se han arrepentido de los vicios de su juventud han de esperar llevar encima el estigma que los marcó. Por lo qué parece, el Dios de Israel tenía en toda la ciudad de

Jericó un solo partidario, y ese era Rahab la ramera. Con mucha frecuencia, Dios se sirve, para llevar adelante sus propósitos y los intereses de su Iglesia, de personas de moral dudosa o perversa. Si estos espías se hubiesen dirigido a otra casa, es casi seguro que habrían sido traicionados. Pero Dios sabía dónde podían encontrar una persona amiga, aunque ellos no lo sabían, y dirigirles a ella. Quienes reconocen fielmente a Dios en sus caminos, serán guiados por su ojo providente (v. Jer. 36:19, 26).

III. La piedad de Rahab al recibir y proteger a estos israelitas. Rahab mostró a sus huéspedes algo más que buenas maneras. *Por fe recibió en paz* (He. 11:31) a personas contra quienes el rey y el país de ella habían declarado la guerra. 1. Les acogió y les acomodó en su casa, a pesar de conocer de dónde venían y cuál era la empresa que les traía allá. 2. Los escondió por separado, como da a entender el original, en su terrado, que era plano, y los cubrió bajo manojos de lino (v. 6). Es curioso que entre las buenas cualidades de la mujer hacendosa, Proverbios 31:13 cite el trabajo en lana y lino. 3. Cuando los enviados del rey le preguntaron a Rahab sobre los espías, ella negó que estuviesen en su casa. No es extraño que el rey de Jericó ordenase una investigación a fondo (vv. 2, 3). No sólo negó Rahab conocer a los espías, sino que, a fin de impedir que siguiesen buscándoles por la ciudad, dijo que habían salido de la ciudad, pero que, con toda probabilidad, podrían darles alcance (vv. 4, 5). Ahora bien:

(A) Estamos seguros de que esta fue una buena obra, pues la refrenda Santiago en su epístola (2:25) donde dice que Rahab *fue justificada por obras,* y las especifica diciendo que esto ocurrió *cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino,* lo cual hizo por fe, con la que superó el miedo a los hombres e incluso la ira del rey. Creyó, por los informes llegados acerca de las maravillas obradas a favor de Israel, que el Dios de Israel era el único Dios verdadero y que, por consiguiente, el designio de ocupar la tierra de Canaán había de ser llevado a efecto. Nótese que quienes toman al Dios de Israel por su Dios, toman también al pueblo de Dios por su pueblo y echan su suerte entre la de los de este pueblo. Y quienes tienen a Dios por refugio, han de ofrecer refugio al pueblo de Dios cuando se presente la ocasión. *Esconde a los desterrados … Moren contigo los fugitivos* (Is. 16:3, 4). Incluso a los enemigos se ha de hacer el bien. Hemos de acoger con alegría las oportunidades de dar testimonio de la sinceridad y del celo de nuestro amor a Dios y rendir arduos servicios a su Iglesia y a su reino entre los hombres.

(B) También hallamos en Rahab algunas cosas que no son fáciles de justificar, pero son fáciles de explicar: (a) Está claro que traicionó a su país al dar cobijo a los enemigos de ese país. Lo que la justifica en esto es que *sabía que Jehová le había dado a Israel aquella tierra* (v. 9); lo sabía por haber oído (y la fe entra por el oír—Ro. 10:17) que Dios había hecho por ellos irrefutables milagros, los cuales eran garantía de aquella empresa; y sus obligaciones para con Dios eran más altas que sus obligaciones hacia cualquier otra cosa, persona o país. Si sabía que Dios les había dado aquella tierra, habría sido un grave pecado unirse a quienes trataban de impedirles el poseerla. (b) Está claro que engañó a los enviados del rey, al decirles repetidas mentiras. ¿Qué diremos a esto? Si hubiese dicho la verdad o hubiese permanecido en silencio, habría traicionado a los espías, y no parece ser que se le pudiese ocurrir otra cosa para evitarlo que el desorientar a los oficiales del rey indicándoles direcciones falsas. Es un caso realmente extraordinario, que no puede servir de precedente. Con todo, hay dos circunstancias atenuantes de dichas mentiras: *Primera,* que en una persona gentil y de baja catadura moral, desconocedora de la Ley de Dios, dicho pecado perdía mucha fuerza, aunque no toda, ya que el fin no justifica los medios (Ro. 8:3). Por Santiago 2:25 vemos que Dios aceptó, sin embargo, lo que ella intentaba con toda sinceridad y honestidad. *Segunda,* que la hospitalidad entre los orientales era cosa tan sagrada, que toda otra consideración había de ceder a esta. Como comentan Jamieson-Fausset-Brown, «las leyes de hospitalidad orientales obligan a proteger al peor enemigo, en caso de que éste haya comido la sal de uno. Juzgada por la ley divina, su respuesta fue un expediente pecaminoso; pero al estar su flaqueza unida a la fe, ella fue perdonada por gracia, y fue aceptado su servicio».

Versículos 8–21

Ahora llegamos al pacto entre Rahab y los espías con respecto al servicio que ella les iba a prestar y el favor que ellos, a su vez, le habían de hacer.

I. Después de despedir mal informados a los oficiales del rey subió Rahab al terrado de su casa, en el que había escondido a los espías, y allí: 1. Les dio a conocer que el informe de las grandes cosas que Dios

estaba haciendo por ellos había llegado a Jericó (v. 10), y que había asombrado a toda la gente. 2. Les declara la impresión que las noticias de todas estas cosas habían hecho en los cananeos: *El temor de vosotros ha caído sobre nosotros* (v. 9); *ha desmayado* (lit. *se ha derretido) nuestro corazón* v. 11). El oficio pecaminoso que ella desempeñaba le daba muchas oportunidades para percibir el estado de ánimo de los que acudían a ella y para enterarse de lo que pasaba en otras partes del país. El israelita más cobarde habría de cobrar ánimos oyendo cuán desmayado se hallaba el espíritu de sus enemigos, pues era fácil concluir que quienes así desmayaban antes de que ellos llegasen, infaliblemente habían de caer delante de ellos, y esto sería un anticipo del cumplimiento de todas las demás promesas que Dios les había hecho. Ni el Israel de Dios ni la Iglesia de Cristo tienen por qué temer ante sus más poderosos y formidables enemigos. 3. Sobre esta base, Rahab hace profesión de fe en Dios y en sus promesas. (A) Cree en el poder de Dios y en su dominio sobre todo el mundo (v. 11): «Jehová vuestro Dios, a quien adoráis e invocáis, está por encima de todos los otros dioses, pues es el único Dios verdadero; *porque Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra,* y es servido por los ejércitos de ambos lugares». (B) Cree la promesa hecha a Israel (v. 9): *Sé que Jehová os ha dado esta tierra.* Los más poderosos medios de convicción carecerán de fuerza sin la divina gracia, pero con esta gracia, Rahab la ramera, que sólo de oídas conocía las maravillas de Dios, habla de la verdad de esas promesas con mayor seguridad que todos los ancianos de Israel juntos, a pesar de que estos eran testigos de vista de las maravillas de Dios, pues la inmensa mayoría de ellos había caído en el desierto a causa de su incredulidad en la promesa de Dios.

II. A continuación, Rahab pacta con los espías ciertas estipulaciones a fin de que los israelitas tomen bajo su protección a ella y a sus familiares (vv. 12, 13). 1. Esto era una evidencia de la sinceridad y de la fuerza de su fe. Quienes de veras creen lo que Dios nos ha revelado sobre la inminente ruina de los pecadores y sobre la garantía del cielo otorgada a los creyentes arrepentidos, por fuerza han de ser diligentes en huir de la ira venidera y echar mano de la vida eterna, uniéndose al Dios verdadero y al pueblo de Dios. 2. La provisión que ella hizo para la preservación de sus parientes, así como de sí misma, es un ejemplo laudable de afecto natural y una invitación que se nos hace a los creyentes a que hagamos cuanto esté de nuestra parte para la salvación de las personas que nos son más queridas. 3. Su requisitoria de que se lo jurasen por Jehová (v. 12) es una señal de su reconocimiento del único Dios verdadero y de su fe en Él. 4. Su petición era muy justa y puesta en razón, ya que, si ella les había protegido a ellos, era obligado que ellos la protegieran a ella. Nótese que los que hacen misericordia pueden esperar misericordia. Rahab llegó a ser después una mujer notable en Israel, la mujer de Salmón, contándose así entre los antepasados de Cristo (Mt. 1:5).

III. La solemnidad de la promesa que le hacen de preservarla de la común destrucción: *«Nuestra vida responderá por la vuestra»* (v. 14). Ella había arriesgado por ellos su vida, y ahora ellos, a la recíproca, arriesgan su vida por la de ella. Más aún, al ser representantes oficiales del pueblo de Israel ponen en ese riesgo todo el peso de la fe y del crédito de la nación israelita. La ley de la gratitud es una de las leyes naturales. 1. Las promesas que le hicieron los espías a Rahab. En general: *«Nosotros haremos contigo misericordia y verdad* (v. 14). Te haremos misericordia, no sólo en prometerte, sino también en cumplirte todas tus demandas y expectaciones». 2. Las cláusulas y limitaciones de tales promesas. Aun cuando tenían mucha prisa tomaron toda clase de precauciones antes de llegar a un acuerdo, a fin de no obligarse a más de lo que podían cumplir. Nótese que los pactos han de hacerse con mucha precaución. Quienes hayan de ser hombres de conciencia en el cumplimiento de las promesas, han de ser también cautos a la hora de hacerlas. La promesa de los espías va acompañada aquí de tres estipulaciones. Protegerán a Rahab y a sus familiares, a condición de que: (A) Ella ate un cordón de grana a la ventana por la que iba a descolgarlos (v. 18. De ahí que el v. 16 haya de traducirse: *«Y ella les había dicho …»,* como lo hace la Nueva Versión Internacional. Nota del traductor). Así, ningún soldado israelita cometería ninguna violencia en la casa que de este modo estaba señalada. Era algo parecido a la sangre rociada sobre la puerta, la cual preservaba la vida de los primogénitos de Israel de la ira del ángel exterminador. La misma cuerda o cordón de grana, puesta inmediatamente sería una pública proclamación de la fe de Rahab, así como lo había de ser de su seguridad personal y de la de sus familiares. (B) Que había de guardar consigo dentro de su casa a todos aquellos cuya preservación había requerido ella, de forma que, al tiempo de ocupar la ciudad los israelitas, ninguno de ellos se atreviese a salir por sus puertas (vv. 18, 19). (a) Era una cláusula muy *razonable,* puesto que, al ser ellos salvos en atención a Rahab, su casa había de tener el

honor de ser también su castillo de refugio. (b) Era también una cláusula muy *significativa,* dándonos a entender que los que son añadidos a la iglesia siendo salvos, han de mantenerse unidos en la congregación de los creyentes. (C) Que había de guardar secreto acerca de todo esto (vv. 14, 20): *«Si tú denuncias este nuestro asunto,* esto es, si tú nos traicionas cuando nos hayamos ido, *quedaremos libres de este tu juramento».* Son indignos de recibir los secretos del Señor quienes no saben cómo guardárselos cuando hay ocasión.

IV. Ella se esmeró en prestar seguridad a sus nuevos amigos, y *los envió por otro camino* (Stg. 2:25), como vemos en el v. 15. La ubicación de la casa en los muros mismos de la ciudad facilitó la operación. De un modo semejante pudo escapar Pablo de Damasco (2 Co. 11:33). También les indicó por dónde habían de marchar para su seguridad (v. 16). Habían de dejar el camino real y marchar directamente al monte hasta que regresaran los perseguidores. Los que van por el camino que Dios les señala, pueden esperar que la Providencia les proteja, pero ello no les excusa de tomar todas las medidas que sean necesarias para su seguridad. Hay que confiar en la Providencia, pero no hay que tentarla.

Versículos 22–24

Regreso de los espías, sanos y salvos, que Josué había enviado, y los grandes ánimos que infundieron a todo el pueblo de Israel para que procediesen a entrar en Canaán. Podían haberles dicho lo que habían observado en cuanto a la altura y solidez de las murallas de Jericó, pero eran de muy diferente espíritu y, al depender ellos mismos de la promesa divina, animaron igualmente al propio Josué. 1. Su regreso mismo a salvo era en sí un gran aliento para Josué y un buen anticipo, para bien, del éxito posterior que se avecinaba. El haber vuelto ellos en paz era un ejemplo tal del gran cuidado que Dios había mostrado al protegerles en atención a Israel, que bien podía estar seguro el pueblo de que había de gozar de la protección y guía de Dios. El que tan estupendamente había protegido a sus espías, había de proteger igualmente a sus soldados. 2. El informe que trajeron era todavía más alentador (v. 24): *«Todos los moradores del país,* aunque piensen oponernos resistencia, *desmayan delante de nosotros;* carecen tanto de la estrategia para acometer, como del coraje para luchar o de la prudencia para rendirse de una vez». Por lo que sacan en conclusión: *«Ciertamente Jehová ha entregado toda la tierra en nuestras manos».* El miedo de los pecadores suele ser presagio seguro de su caída. En cambio, si resistimos de corazón a nuestros enemigos espirituales, huirán de nosotros.

CAPÍTULO 3

Este capítulo y el siguiente nos refieren la historia de Israel a su paso por el Jordán para entrar en el país de Canaán. Por orden de Josué, marchan hasta la orilla del río (v. 1) y después el poder omnipotente les abre paso por el río a pie enjuto. Habían pasado el mar Rojo sin esperarlo y en su huida nocturna, pero ahora quedan enterados de antemano del paso del Jordán con lo que sus expectaciones son levantadas. I. Se ordena al pueblo que sigan, aunque a distancia, el Arca (vv. 2–4). II. Se les manda que se santifiquen (v. 5). III. Los sacerdotes, portando el Arca, han de ir a la cabeza de la expedición (v. 6). IV. Josué es engrandecido por Dios y designado comandante en jefe (vv. 7, 8). V. Se anuncia públicamente lo que Dios está a punto de hacer por ellos (vv. 9–13). VI. El paso se lleva a cabo, el Jordán es dividido, e Israel es llevado a salvo por en medio de él (vv. 14–17). Esta es la actuación de Dios, y es maravillosa a nuestros ojos.

Versículos 1–6

Al mencionar Rahab a los espías el paso del mar Rojo en seco (2:10), daba a entender que los que estaban en aquel lado tenían serias razones para temer que el Jordán, aquella gran defensa de su país, tampoco les iba a cerrar el paso a los israelitas. Dios había hecho con frecuencia *cosas terribles cuales nunca esperaban* (Is. 64:3). Aquí se nos dice:

I. Que *vinieron hasta el Jordán y reposaron allí antes de pasarlo* (v. 1). Aun cuando todavía no se les había dicho cómo habían de pasar el río, marcharon por fe ya que se les había dicho que lo pasarían (1:11). Caminemos tanto como podamos y dependamos en todo de la suficiencia divina. En esta marcha los condujo Josué y se menciona en particular el detalle de que *se levantó de mañana* (v. también 6:12; 7:16; 8:10), lo cual indica cuán poco buscaba su propia comodidad. Quienes han de llevar a cabo grandes empresas, han de levantarse temprano.

II. Que se le ordenó al pueblo seguir al Arca.

1. Así, había de depender, en su caminar, de la conducción del Arca, esto es, de Dios mismo, de cuya presencia era el Arca una señal clara y establecida por Dios. Se la llama aquí *el Arca del pacto de Jehová su Dios* (v. 3). ¿Con qué podían cobrar mayores ánimos que con esto, que Jehová era el Dios de ellos, un Dios del pacto con ellos? Aquí estaba *el Arca del pacto.* Anteriormente, el Arca era transportada en el centro de los acampados, pero ahora iba delante de ellos *buscándoles lugar de descanso* (Nm. 10:33) y, por decirlo así, para darles oficialmente la toma de posesión de la tierra prometida. Dentro del Arca estaban las tablas de la ley, y sobre ella estaba el propiciatorio, pues cuando la ley y la gracia de Dios reinan en el corazón, hay prenda segura del favor y de la presencia de Dios.

2. Habían de depender también de los sacerdotes y levitas, designados para transportar el Arca delante de ellos. La obra de los ministros de Dios consiste en proclamar la palabra de la vida y administrar fielmente las ordenanzas que son señales de la presencia del Señor e instrumentos de su poder y de su gracia.

3. El pueblo había de seguir al Arca: *Saldréis de vuestro lugar y marcharéis en pos de ella* (v. 3). (A) Dondequiera estén las ordenanzas de Dios, allí debemos estar nosotros; si ellas se mueven, nosotros hemos de movernos e ir en pos de ellas. (B) Así, hemos de caminar siempre según la norma de la Palabra y la dirección del Espíritu, así habrá paz sobre nosotros como la había entonces sobre el pueblo de Israel. Habían de seguir a los sacerdotes a la distancia en que éstos transportaban el Arca, no más adelante; así, debemos nosotros seguir a los ministros del Señor únicamente en lo que ellos sigan al Señor.

4. En el seguimiento del Arca habían de guardar cierta distancia (v. 4). Ninguno de ellos debía aproximarse al Arca más de un kilómetro, poco más o menos. (A) De este modo habían de expresar su reverencia, a fin de que la familiaridad no les hiciese degenerar en menosprecio. Este mandato era apropiado a la antigua dispensación de oscuridad, esclavitud y terror; pero ahora tenemos libre y confiado acceso, por medio de Cristo, al Lugar Santísimo. (B) El Arca era capaz de defenderse a sí misma y no necesitaba ser protegida por hombres de guerra, sino que era ella la que les protegía a ellos. (C) Así se la podía ver mejor, al ir delante de todo el pueblo: *a fin de que sepáis el camino por donde habéis de ir.* Todos tendrían la satisfacción de verla, y cobrarían ánimos al verla. *Por cuanto vosotros no habéis pasado antes de ahora por este camino.* No era un camino trillado, especialmente el Jordán. Nuestro camino a través del *valle de sombras de muerte* es un camino por el que nunca hemos pasado. Pero si estamos seguros de la presencia de Dios con nosotros, no tenemos por qué temer.

III. Se les ordenó que se santificaran, *porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros* (v. 5). Josué podía decirles de antemano lo que Dios iba a hacer y cuándo lo iba a hacer. Veamos cómo hemos de prepararnos para recibir los descubrimientos de la gloria de Dios y las comunicaciones de su gracia: Debemos santificarnos, separarnos de toda otra preocupación, dedicarnos enteramente al honor de Dios y limpiarnos de toda suciedad de cuerpo y de espíritu.

IV. A los sacerdotes se les ordenó que *tomasen el Arca y pasaran* con ella *delante del pueblo* (v. 6). Transportar el Arca era ocupación propia de los levitas (Nm. 4:15), pero en esta ocasión fueron encargados de llevarla los sacerdotes, quizá por el cambio que había sido introducido en el orden de marcha, así como por lo solemne de la ocasión, ya que eran ahora los representantes de todo el pueblo. Podemos ahora suponer que usaron la oración de Moisés al poner en marcha el Arca (Nm. 10:35): *Levántate, oh Jehová y sean dispersados tus enemigos.* Aquí se enseña a los magistrados a que espoleen a los ministros en el cumplimiento de su obra. Los ministros, por su parte, han de aprender a ir delante en el camino de Dios. Al estar delante, han de esperar recibir los más duros golpes, pero también *saben en quién han confiado.*

Versículos 7–13

Dios honra a Josué, y Josué honra a Dios. Así son honrados por Dios los que le honran a Él.

I. (Vv. 7, 8.) 1. Fue un gran honor el que otorgó Dios a Josué al hablarle, como le había hablado a Moisés desde el trono de gracia sobre el propiciatorio. 2. También al tener a bien *engrandecerle delante de los ojos de todo Israel.* Ya le había dicho anteriormente que estaría con él (1:15); pero ahora todo Israel había de verlo. Grandes verdaderamente son aquellos con quienes Dios está y a quienes Él reconoce y usa en su servicio. Los magistrados piadosos han de ser honrados y estimados altamente como bendiciones públicas, y cuanto más veamos de Dios en ellos, tanto más debemos honrarlos. Mediante la división del Jordán, quedarán convencidos de que Dios está con Josué al introducirlos en Canaán, como estaba con Moisés al sacarlos de Egipto. Fue en la ribera del Jordán donde comenzó Dios a engrandecer a Josué, y en el mismo lugar comenzó a engrandecer a nuestro Señor Jesús como Mediador, Señor y Cristo, pues Juan bautizaba en Betábara, *la casa del paso,* y allí fue donde, al ser bautizado Jesús, proclamó Dios: *«Éste es mi Hijo amado».* 3. También honró Dios a Josué al dar órdenes a los sacerdotes por medio de él, a fin de que se detuviesen a la orilla del Jordán mientras se dividían las aguas, *a la presencia de Jehová* (Sal. 114:5, 7). Dios pudo haber dividido el río sin los sacerdotes, pero ellos no podían hacerlo sin Él.

II. Josué habla al pueblo, y con ello honra a Dios.

1. Les había mandado que se santificasen y, por tanto, les convoca a *oír la palabra de Dios,* pues ella es el medio ordinario de santificación (Jn. 17:17).

2. Les declara ahora detalladamente en qué forma van a pasar el Jordán (v. 13): *Las aguas del Jordán se dividirán.* Se repite aquí la división ya hecha en el mar Rojo, para mostrar que Dios tiene el mismo poder para dar cima a la salvación de su pueblo que el que tuvo al iniciarla, y que *la palabra de Jehová* estaba con Josué tan realmente como había estado con Moisés. El Dios a quien adoraban era el mismo Dios que había hecho el mundo con el mismo poder que ahora empleaba para protegerlos a ellos.

3. Se le había dicho al pueblo que había de seguir al Arca. Ahora se le dice que *el Arca había de pasar delante de ellos en medio del Jordán.* (v. 11). (A) Que el Arca del pacto había de ser su guía. La gracia divina, durante la dispensación mosaica, estaba como envuelta en una nube y cubierta con un velo, mientras que ahora, por medio de Cristo, está revelada en el Arca del pacto sin velo. (B) Se la llama *el Arca del pacto del Señor de toda la tierra.* Como si dijese: «Es para vosotros un honor y una gran dicha estar unidos a ese Señor mediante un pacto: si Él está de vuestra parte todas las criaturas estarán a vuestro servicio, y serán empleadas para vuestro beneficio según su beneplácito». (C) Se les dice que el Arca *ha de pasar delante de ellos en medio del Jordán.* Si les guía el Arca del pacto, bien pueden ellos aventurarse, incluso a meterse en el Jordán. *Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán* (Is. 43:2).

4. De lo que Dios estaba a punto de hacer ahora por ellos infiere Josué una firme seguridad de lo que hará Dios por ellos después. La división del Jordán tenía por objeto ser para ellos: (A) Una señal segura de la presencia de Dios en medio de ellos. (B) Prenda y arras de la futura conquista de Canaán. Si el Dios viviente está en medio de vosotros, *echando echará Él* (como dice el hebreo) *de delante de vosotros al cananeo ...* El forzar la barrera de contención era presagio infalible de la ruina de todas las huestes enemigas. Esta seguridad que Josué les da aquí estaba tan bien fundada, que podía capacitar a un solo israelita para dar caza a mil cananeos. Nótese que las manifestaciones gloriosas de Dios a favor de su pueblo y de su Iglesia hemos de aprovecharlas como medio de fortalecer nuestra fe y nuestra esperanza en el futuro. *En cuanto a Dios, su obra es perfecta.* Si las aguas del Jordán no los pueden detener, tampoco podrán detenerles las fuerzas armadas de Canaán.

5. Les ordena que tengan prestos doce hombres, uno por cada tribu, para que reciban las instrucciones que les serán dadas en tiempo oportuno.

Versículos 14–17

Breve relato de la división del río Jordán.

I. Este río estaba ahora más ancho y profundo que en otras épocas del año (v. 15). Al derretirse la nieve de las montañas del Líbano, cerca de las cuales el Jordán tiene sus fuentes, *se desborda el río por todas sus orillas todo el tiempo de la siega,* esto es, de la siega de la cebada que se llevaba a cabo en la primavera. Esta gran avenida de aguas engrandecía el poder y la misericordia de Dios para con su pueblo Israel. Por mucho que el Jordán se desborde por todas sus orillas, le resulta al Todopoderoso tan fácil el dividir el río y secarlo como si fuera estrecho y somero en gran manera.

II. Tan pronto como tocaron los pies de los sacerdotes la superficie de las aguas, la corriente se detuvo de inmediato (vv. 15, 16). Las aguas que venían de arriba surgieron, se acumularon en un montón y se echaron para atrás, sin que por ello se inundara el país; y las aguas que descendían desaparecieron, con lo que dejaron seco el álveo del río. Cuando el pueblo de Israel pasó a través del mar Rojo, las aguas formaron un muro a ambos lados; ahora, sólo por el lado derecho. ¿Hay algo que Dios no pueda hacer? ¿Qué no hará Dios para dar cima a la salvación de su pueblo? Cuando hayamos terminado nuestra peregrinación por el desierto de esta vida, la muerte será como este Jordán entre nosotros y la Canaán celeste, pero el Arca del pacto nos ha preparado una fácil vía a través de la muerte; ésta será el último enemigo que será destruido.

III. *El pueblo pasó en dirección de Jericó* (v. 16), lo cual era: 1. Un ejemplo de su valentía y un noble desafío a sus enemigos. 2. Aventurarse a pasar el Jordán les alentó sobremanera, ya que Jericó era una ciudad muy importante y todos sus contornos eran agradables en extremo. 3. Al mismo tiempo, contribuía a incrementar el terror y la confusión de los enemigos.

IV. *Mas los sacerdotes que llevaban el Arca del pacto de Jehová estuvieron en seco, firmes en medio del Jordán, hasta que todo el pueblo acabó de pasar el Jordán* (v. 17). Aquí había dispuesto Dios que se detuviera el Arca, para mostrar que el mismo poder que había dividido las aguas, las mantenía separadas hasta que pasara el último israelita de la expedición. A los sacerdotes se les había ordenado que permanecieran firmes en medio del río: 1. Para poner a prueba su fe. Así como habían dado un gran paso de fe al poner el pie en las aguas del río, así ahora habían de mostrar una gran permanencia de fe al quedar firmes por largo tiempo en medio del río; pero ellos sabían que llevaban consigo lo que les servía de segura protección. 2. Para dar ánimos a la fe del pueblo y hacer que entrasen triunfalmente en Canaán, *no temiendo mal alguno al pasar por este valle de sombras de muerte*, estaban seguros de la presencia de Dios, que se interpuso entre ellos y las altivas corrientes del río, las cuales les habrían cubierto por completo si no hubiese sido por la milagrosa intervención de Dios.

CAPÍTULO 4

Este capítulo nos ofrece ulteriores detalles del milagroso paso del Jordán. I. Son levantadas doce piedras en medio del Jordán (v. 9), y son sacadas del Jordán otras doce piedras (vv. 1–8). II. El pueblo pasa a través del río (vv. 10–14). III. Las aguas vuelven a su sitio (vv. 15–19). Es erigido en Guilgal un monumento (vv. 20–24).

Versículos 1–9

Cuán ocupados estaban Josué y todos sus hombres de guerra al pasar el Jordán en dirección al país enemigo. Tenían que pasar con ellos a sus mujeres, niños, ganados, tiendas y enseres a través de este extraño camino que ningún pie había antes pisado; no obstante, han de tomarse la molestia de erigir un monumento que perpetúe el recuerdo de esta maravillosa obra de Dios. Nótese que, por muchos que sean los quehaceres que nos ocupen, no hemos de omitir lo que hemos de hacer para la gloria de Dios, pues ése es nuestro negocio principal.

I. Dios mismo dio la orden de que se preparase este monumento. Si Josué lo hubiese levantado sin mandato de Dios, habría podido pensarse que intentaba perpetuar el recuerdo de su propio nombre. Las obras maravillosas de Dios deben ser recordadas perpetuamente. Es probable que algunos israelitas no

tuviesen ningún interés en que tal obra quedase así expuesta para perpetuo recuerdo. Otros, quizá, habían recibido una impresión tan profunda que pensaban no haber necesidad de tal memorial. Pero Dios, buen conocedor de lo propenso que era su pueblo a olvidar las maravillas pasadas, ordenó que se levantase este monumento como memorial para las generaciones venideras. Vemos, pues, que:

1. Josué, como comandante en jefe, había de dar las oportunas órdenes (v. 1): *Cuando toda la gente acabó de pasar el Jordán, Jehová habló a Josué* en orden a preparar los materiales necesarios para este monumento.
2. Para preparar los materiales, se había de echar mano de un hombre por cada tribu, a fin de que los israelitas de la tribu respectiva obtuviesen el relato de la historia de tal acontecimiento de labios de uno de ellos, y para que así cada tribu pudiese contribuir con algo a la gloria de Dios (vv. 2, 4): *uno de cada tribu.*
3. Las piedras que habían de ser levantadas para la construcción de este memorial, habían de ser sacadas de en medio del álveo de río, lo más cerca posible del lugar en que los sacerdotes habían permanecido firmes *con el Arca* (vv. 3, 5). Que sepa, por este medio, la posteridad que el Jordán fue echado para atrás, ya que estas piedras fueron sacadas de su fondo.
4. Estas piedras son usadas como *señal* (v. 6) y como *monumento* (v. 7). Ellas darían ocasión a los hijos para preguntar a sus padres: *¿Cómo llegaron acá estas piedras?*

II. La cosa se llevó a efecto de acuerdo con las órdenes recibidas. 1. Se tomaron del fondo del Jordán doce piedras. Por medio de estas piedras, es como si Dios quisiera darles toma de posesión de la tierra prometida; es toda de ellos; que entren a posesionarse de ella; por eso se nos dice que *los hijos de Israel hicieron* lo que estos doce hicieron (v. 8), ya que ellos eran los representantes de sus tribus respectivas. Cuando el Señor Jesús nuestro Josué, una vez vencida la amargura de la muerte y secado ese Jordán asfixiante abrió el Reino de los Cielos a todos los creyentes, designó doce Apóstoles que, mediante el memorial del Evangelio, transmitiesen el conocimiento de la salvación a los lugares más remotos y las más lejanas épocas de la historia. 2. Otras doce piedras fueron colocadas *en medio del Jordán* (v. 9), para dar a conocer el lugar exacto sobre el que había estado el Arca.

Versículos 10–19

Josué puso por obra las órdenes que Dios le había dado, y nada llevó a cabo sin la dirección divina, terminando *todo lo que Jehová había mandado* (v. 10).

I. *El pueblo se dio prisa y pasó* (v. 10). 1. Es posible que algunos se diesen prisa por falta de confianza en Dios. 2. Otros, por no querer tentar a Dios, y hacer que el milagro continuase por más tiempo que el necesario. 3. Otros, por el deseo que tenían de entrar en Canaán. 4. Otros, en fin, sin pensarlo más, por seguir a los que se apresuraban. El hombre de fe no *se anticipa* a los designios de Dios, pero *se apresura* a obedecer sus mandatos (Sal. 119:32).

II. Las dos tribus y media iban en vanguardia de toda la tropa (vv. 12, 13). Todos ellos eran guerreros escogidos y bien armados. No tenían razón para quejarse, pues el puesto del peligro es también el puesto de honor.

III. Cuando todo el pueblo había pasado, salieron también del Jordán los sacerdotes con el Arca. Josué no les dio permiso para salir del río mientras Dios no se lo ordenara (vv. 15, 17). Por penosa que sea la situación en que la providencia de Dios ponga a sus sacerdotes o a su pueblo, han de esperar pacientemente hasta que la misma providencia los saque de allí, y que no se cansen de esperar en lo más duro de su adversidad, sabiendo que tienen consigo la señal segura de la presencia de Dios.

IV. Tan pronto como los sacerdotes, con el Arca, salieron de en medio del Jordán, las aguas del río, que habían estado acumuladas en un montón, fluyeron gradualmente en descenso, de acuerdo con su naturaleza y su curso habitual (v. 18). Una vez que cumplieron su servicio al pueblo de Israel y fue removida de allí la señal de la presencia de Dios, las aguas siguieron de nuevo su curso.

V. Se hace especial mención del honor que, con todo esto, otorgó Dios a Josué (v. 14): *En aquel día Jehová engrandeció a Josué a los ojos de todo Israel,* tanto por la comunión consigo, como por la autoridad que le confirió sobre los sacerdotes mismos, no sólo sobre el pueblo llano. El mejor y más seguro modo de imponer respeto a los subordinados no es con altanería y amenazas, sino con santidad y amor, así como con un interés constante por el bienestar espiritual y material de ellos, y por honor y obediencia a la voluntad de Dios. Los santificados son realmente engrandecidos y hechos dignos de doble honor.

VI. Se nos detalla el tiempo exacto de este gran acontecimiento (v. 19): *el día diez del mes primero,* justamente cuarenta años, menos cinco días, desde que salieron de Egipto. Había dicho Dios en su ira que estarían vagando por el desierto durante cuarenta años y, por fin, los introdujo en Canaán cinco días antes que se cumpliesen los cuarenta años, para mostrar cuán poco se agrada Dios de castigar y cuán presto está a mostrar misericordia. Dios lo ordenó así a fin de que entrasen en Canaán cuatro días antes de la solemnidad anual de la Pascua, y en el día preciso en que había de comenzar la preparación de la misma (Éx. 12:3), porque deseaba que recordasen bien su liberación de Egipto.

Versículos 20–24

Las doce piedras que *habían levantado* en Guilgal (v. 8) son ahora *erigidas* (v. 20) ya sea unas sobre otras o una por una en fila, puesto que, una vez puestas, no se las llama *montón de piedras,* sino simplemente *las doce piedras* (v. 20), *estas piedras* (v. 21).

I. Las sucesivas generaciones habían de preguntar cuál era su significado (v. 21): *Cuando mañana pregunten vuestros hijos a sus padres, y digan: ¿Qué significan estas piedras?…* Los que quieran ser sabios cuando viejos, han de ser preguntones e investigadores cuando jóvenes. Nuestro Señor Jesús, aunque en Él se hallaba la plenitud del conocimiento (en cuanto Dios), quiso enseñar con su ejemplo a niños y jóvenes a escuchar bien y a hacer preguntas (Lc. 2:46).

II. A continuación se instruye a los padres sobre la respuesta que han de dar a tal pregunta (v. 22): *«Se lo explicaréis a vuestros hijos,* les haréis saber lo que habéis aprendido de la palabra escrita y de la enseñanza de vuestros padres». Los padres tienen el deber de instruir a sus hijos en la Palabra y en las obras de Dios.

1. Han de hacer saber a sus hijos que *Dios secó las aguas del Jordán delante de Israel,* y que éste era el lugar por el que pasaron al otro lado. Nótese que las mercedes hechas por Dios a nuestros antepasados fueron mercedes hechas a nosotros, y que debemos reavivar el recuerdo de las grandes cosas que hizo Dios por nuestros padres en los tiempos antiguos.
2. De este prodigio obrado por Dios en el paso del Jordán, han de tomar los padres ocasión para decirles a los hijos lo que hizo Dios al secar el mar Rojo cuarenta años antes: *lo mismo que había hecho Jehová vuestro Dios en el mar Rojo.* (A) Por medio de esta comparación se pone en evidencia que Dios es el mismo ayer, hoy y por los siglos. (B) Las mercedes recientes deben traernos a la memoria gracias anteriores, y reavivar así nuestro agradecimiento al Señor por ellas.
3. El poder de Dios fue así grandemente reconocido. Las liberaciones del pueblo de Dios son instrucciones para todos los pueblos, y suaves amonestaciones a no contender con el Todopoderoso. El recuerdo de esta obra prodigiosa de Dios debería haber refrenado eficazmente a los israelitas de adorar a dioses falsos, constriñéndolos a permanecer en la adoración y el servicio a su Dios, el único Dios verdadero.

CAPÍTULO 5

Israel ha cruzado ya el Jordán. Ha puesto el pie en Canaán. El pueblo ha de aprestarse ahora a conquistar el país. En cuanto a esto, el presente capítulo nos refiere: I. Cuán desanimados estaban los enemigos de Israel (v. 1). II. Lo que se llevó a cabo, tan pronto como pusieron pie en tierra cananea, para

darles seguridad y ánimos. 1. Fue renovado el pacto de la circuncisión (vv. 2–9). 2. Se celebró la fiesta de la Pascua (v. 10). 3. El campamento se proveyó de víveres con el grano del país; entonces cesó la caída del maná (vv. 11, 12). 4. El capitán mismo de las huestes de Dios se apareció a Josué para animarle e instruirle (vv. 13–15).

Versículos 1–9

No hay duda de que el numeroso ejército de Israel ofreció un amplio alarde de fuerza en los llanos de Jericó, donde habían desplegado ahora sus tiendas. *La asamblea en el desierto ha subido ahora del desierto.* Se nos dice aquí cuán formidable resultaba a los ojos de sus enemigos (v. 1). Y en los versículos siguientes se nos declara cuán hermosa y majestuosa resultaba a los ojos de sus amigos, al echar lejos de sí el vituperio de Egipto.

I. La impresión que las noticias de la llegada de Israel produjo en los reyes de este país: *Desfalleció su corazón* (lit. *se derritió*, como la cera al calor del sol), y *no hubo más aliento en ellos delante de los hijos de Israel.* Hasta ahora, los reyes habían conservado el ánimo suficientemente elevado, pues estaban en posesión de la tierra, su país estaba bien poblado, sus ciudades bien fortificadas, y confiados en que podrían hacer frente a los invasores, pero cuando oyeron, no sólo que habían pasado el Jordán, sino que lo habían cruzado mediante un portento sobrenatural, manifestándose así que el Creador de la naturaleza luchaba a favor de Israel, su corazón desmayó y se dieron cuenta de que había llegado su fin. Ciertamente: 1. Tenían suficiente razón para temer; Israel formaba un formidable cuerpo de ejército; mucho más al tener a la cabeza al verdadero Dios, a un Dios Todopoderoso. 2. Dios mismo metió este miedo en el corazón de ellos y los desanimó como lo había prometido (Éx. 23:27).

II. *En aquel tiempo* (v. 2), cuando el país a la vista estaba lleno de consternación, ordenó Dios a Josué que se circuncidaran los hijos de Israel.

1. ¿Cuál fue el motivo de esta circuncisión general? Todos los que salieron de Egipto habían sido circuncidados (v. 5). Es probable que, bajo el edicto del rey de Egipto de acabar con todos los niños varones, no resultase viable el rito de la circuncisión; por lo que se alude aquí (v. 2) a una anterior circuncisión que, aunque no mencionada explícitamente, debió de llevarse a cabo antes de la promulgación de la ley en el Sinaí. Es inconcebible que Moisés hubiese tenido sin circuncidar a todos los niños nacidos con anterioridad a la salida de Egipto. *Los que habían nacido en el desierto, por el camino, no estaban circuncidados* (v. 5). Hay diversas opiniones acerca de la causa de esta omisión: (A) Algunos piensan que se omitió la circuncisión por creerla innecesaria, ya que estaba señalada como marca de distinción entre los israelitas y otras naciones y, por consiguiente, no había razón para tal distinción mientras caminaban por el desierto. (B) Otros opinan que no consideraron el precepto como obligatorio mientras no llegasen a Canaán. (C) Otros piensan que Dios les dispensó de la observancia del rito por consideración al estado especial en que se hallaban, sin residencia fija en ninguna parte. (D) Lo más probable es que fuese una señal del desagrado de Dios por la incredulidad y las frecuentes murmuraciones de ellos. Así, resultaba una indicación muy significativa de la ira de Dios, semejante a la que había mostrado por medio de Moisés en la rotura de las tablas de la ley, por haber quebrantado Israel el pacto al fabricarse el becerro de oro. Sea cual fuese la razón, vemos que esta ordenanza fue omitida en Israel por casi cuarenta años enteros, lo cual indica claramente que no era de absoluta necesidad y que no había de ser objeto de perpetua obligación.

2. Las órdenes que dio Josué para llevar a cabo esta circuncisión general (v. 2). ¿Por qué había de hacerse precisamente ahora? (A) Porque ahora se cumplía la promesa de que la circuncisión había sido instituida para ser el sello, pues la descendencia de Israel había sido traída a salvo al país de Canaán. (B) Porque ahora la amenaza de Dios había sido plenamente ejecutada con el paso de los cuarenta años, así que el sello y señal del pacto habían de reavivarse. (a) Con esto quería Dios mostrar que el campamento de Israel no se gobernaba por ordinarias normas y medidas de guerra, sino bajo la dirección inmediata de Dios. (b) Dios quería asimismo animar de este modo a su pueblo contra las dificultades que le iban a salir ahora al encuentro; por eso confirmaba así su pacto con ellos, lo que les daba una incuestionable seguridad de victoria y de éxito en la empresa de tomar plena posesión de la tierra prometida. (c) También quería Dios enseñarles con esto (y a nosotros también) a *empezar con Dios* todas las grandes empresas,

para obtener su favor ofreciéndonos a Él en *sacrificio vivo,* pues tal clase de ofrecimiento y dedicación estaba significada por la sangre de la circuncisión. (d) La restauración del rito de la circuncisión, después de haber caído en desuso por tan largo tiempo, estaba destinada a reavivar la observancia de otras instituciones. (e) Esta *segunda* circuncisión, como aquí se la llama, era tipo de la circuncisión espiritual con que los creyentes son marcados cuando entran en el reposo del Evangelio; apunta a Jesús como al autor de una nueva circuncisión, diferente de la de la carne, la cual era mandada por la ley, *la del corazón* (Ro. 2:29) llamada *la circuncisión de Cristo* (Col. 2:11).

3. La obediencia del pueblo a estas órdenes. Josué *circuncidó a los hijos de Israel* (v. 3), y aquí tenemos un ejemplo de su sentido del deber al someterse a esta operación tan dolorosa.

4. Vemos que esta circuncisión quitó de ellos el reproche de Egipto. Habían estado impregnados de la idolatría de Egipto, y éste era el vituperio de ellos; pero ahora que estaban circuncidados era de esperar que se habían de dedicar tan por entero a Dios, que su reproche quedaría completamente quitado. También fue quitado su reproche mediante la llegada a salvo a la tierra de Canaán, porque con ella se silenciaba la maliciosa y despectiva sugerencia de los egipcios de que, por estar aparentemente dejados de la mano de Dios, *«encerrados están en la tierra, el desierto los ha encerrado»* (Éx. 14:3).

Versículos 10–12

Bien podemos imaginarnos el asombro de la gente de Canaán. Josué abre la campaña con un acto de devoción tras otro. Lo que empieza con Dios tiene, por fuerza, trazas de que ha de terminar bien.

I. Viene ahora la observancia de una Pascua solemne en el tiempo señalado por la Ley, *a los catorce días del mes, por la tarde,* y en el mismo lugar en que habían sido circuncidados (v. 10). Mientras vagaban por el desierto, estaban privados del beneficio y consuelo de esta ordenanza, pero ahora les proveía Dios de nuevo consuelo y, por eso, se restablece la gozosa ordenanza. A una solemne circuncisión le siguió inmediatamente una solemne Pascua; del mismo modo, a los que fueron bautizados después de recibir el mensaje de salvación, los hallamos inmediatamente *partiendo el pan* (Hch. 2:41, 42). Observaron esta Pascua *en los llanos de Jericó* como en desafío a los cananeos, pues ahora *Dios les había preparado mesa en presencia de sus enemigos* (Sal. 23:5).

II. El campamento fue aprovisionado con *el fruto de la tierra* (v. 11) y, por ello, *el maná cesó al día siguiente* (v. 12). El maná fue un favor maravilloso mientras lo necesitaron; pero era una marca de su condición de peregrinos por el desierto; ahora ya podían comer del fruto de la tierra, más apropiado para gente establecida en un país.

1. La gente del país, al retirarse al interior de la ciudad por razones de seguridad, había abandonado sus almacenes y campos, con todo lo que había en ellos. Así que la provisión les vino muy a tiempo a los israelitas, porque: (A) Después de la Pascua tenían que observar *la fiesta de los panes sin levadura* (v. 11), lo cual no habían podido hacer cuando sólo tenían el maná como alimento; ahora habían hallado en los almacenes de los cananeos suficiente grano de la cosecha anterior para aprovisionarse del que necesitaban para esta ocasión. (B) Al día siguiente del sábado de la Pascua, tenían que llevar al sacerdote un omer de los primeros frutos de la siega, para que el sacerdote lo meciera delante de Jehová (Lv. 23:10, 11). Esto era precisamente lo que se les había ordenado para cuando entrasen en la tierra prometida, y lo pudieron llevar a cabo con *el fruto de la tierra de aquel año* (v. 12), el cual estaba entonces comenzando a madurar.

2. Se nos hace referencia de la cesación del maná tan pronto como pudieron comer del fruto de la tierra (del año anterior): (A) Para darnos a entender que había comenzado a caer cuando lo necesitaron, y que había continuado cayendo mientras dicha necesidad persistía, no por más tiempo. (B) Para enseñarnos que no hemos de esperar provisiones por medios extraordinarios cuando las podemos obtener por medios corrientes. Ahora que ya no necesitaban el maná, Dios lo retiraba. Él es un Padre infinitamente sabio por lo que conoce bien las necesidades de sus hijos y les proporciona sus dones según sus necesidades, no según sus caprichos. La Palabra y las ordenanzas de Dios son como un maná espiritual, con el que Dios alimenta a su pueblo en el desierto de esta vida, pero cuando lleguemos a la Canaán celestial, cesará este maná, porque ya no necesitaremos más de él.

Versículos 13–15

Hasta ahora hemos visto que Dios le hablaba con frecuencia a Josué, pero no hemos leído que le ofreciese ninguna manifestación visible de su gloria. Ahora que las dificultades iban a aumentar, también iban a aumentar proporcionalmente los medios con que Dios quería animarle.

I. Vemos primero el tiempo en que Josué fue favorecido con esta visión. Fue inmediatamente después de terminar las solemnidades de la circuncisión y de la Pascua. Las manifestaciones especiales de la divina gracia son de esperar cuando vamos por el camino recto del cumplimiento de nuestro deber.

II. El lugar donde tuvo la visión. Fue *cerca de Jericó* (v. 13). Allí estaba Josué, al parecer solo, sin miedo al peligro, porque estaba seguro de la protección divina. Piensan algunos que estaba meditando y orando. Quizás echaba un vistazo a la ciudad y calculaba la estrategia para tomarla. Fue entonces cuando Dios vino a instruirle. Nótese que Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos. Dice el adagio latino: *Vigilantibus, non dormientibus succurrit lex:* «La ley socorre a los que velan, no a los que duermen». Josué se hallaba en su puesto como general, cuando Dios mismo vino a él y se presentó como Generalísimo.

III. La aparición misma. 1. Josué, como suele ocurrir con los que se hallan concentrados en su ocupación, estaba mirando al suelo, cuando de repente quedó sorprendido por la presencia de alguien que se paró a poca distancia de él, lo que le obligó a alzar la vista. Ahora bien, hay suficientes razones para afirmar que este varón era el propio Hijo de Dios en persona, Verbo eterno del Padre, el Cristo preencarnado, quien se aparecía frecuentemente en forma humana, antes de tomar una verdadera naturaleza humana, en la que murió, resucitó y está ascendido a la diestra del Padre. 2. Aquí se apareció en forma de soldado, con *una espada desenvainada en la mano* (v. 13). A Abraham, en su tienda se le apareció como un viajero; pero a Josué, en el campo de batalla, como un hombre de guerra. Cristo es para los suyos aquello precisamente que ellos esperan y desean con fe. Vino a Josué para animarle a proseguir con valor y vigor, porque la espada desenvainada en la mano de Cristo denota cuán presto está para defender y salvar a los suyos, quienes por medio de Él podrán ser más que vencedores.

IV. La pregunta, sincera y franca, que Josué le hizo: *¿Eres de los nuestros, o de nuestros enemigos?* (v. 13). Esto nos muestra: 1. Su gran valor y resolución, pues no se espantó con lo súbito de la aparición. 2. Su gran interés por el pueblo de Dios y por su causa. Parece ser que llegó a sospechar que fuese alguien de los enemigos. Solemos estar inclinados a mirar como contrarios a quienes, con frecuencia, son de los más amigos. Notemos también que la causa y la lucha entre israelitas y cananeos, entre Cristo y Belial, no admite neutrales. *El que no está con nosotros, está contra nosotros.*

V. Las señas que el aparecido dio de sí mismo (v. 14): *«No,* no de vuestros enemigos, puedes estar seguro, *mas como Príncipe del ejército de Jehová he venido ahora;* no sólo como amigo vuestro, sino como el comandante en jefe vuestro». Es doblemente capitán, pues está al mando de las huestes de Israel y de las huestes celestiales que ayudan a las de Israel. Quizás es en alusión a esto por lo que se llama a Cristo el *capitán (o autor) de nuestra salvación* (He. 2:10) y *jefe y caudillo de las gentes* (Is. 55:4).

VI. Josué se dio cuenta de inmediato de que el aparecido era persona divina, no humana, pues: 1. Le rindió homenaje de adoración: *Se postró rostro en tierra y le adoró.* Josué era el general de las fuerzas armadas de Israel, pero se rindió inmediatamente a Él como a su comandante supremo. 2. Le expresó su disposición a recibir de Él mandatos e instrucciones: *¿Qué dice mi Señor a su siervo?* La primera pregunta de Josué estaba llena de valor y franqueza, esta segunda estaba llena de piedad y obediencia. Su humildad, lejos de redundar en desprestigio de Josué, era una muestra de la grandeza de su carácter. Incluso las cabezas coronadas han de rendirse ante el trono del Señor Jesús, quien es el *Rey de reyes* (Sal. 2:10–11; 72:10–11; Ap. 19:16). (A) La relación que Josué reconoce entre él mismo y Cristo: Que Cristo es el Señor, y él es un siervo bajo su mando; que Cristo es su capitán, y él es un soldado a su servicio, para hacer cuanto Cristo le mande (V. Mt. 8:9). (B) La pregunta que le hace conforme a la relación que le liga a su Señor: *¿Qué dice mi Señor …?;* esta pregunta implica un ferviente deseo de conocer la voluntad de Cristo, y una gozosa prontitud y resolución de ponerla por obra. Este temple de ánimo le muestra como

perfectamente equipado para el puesto que ocupa, ya que los que mejor saben cómo obedecer son los mejor dispuestos para saber cómo mandar.

VII. Las posteriores expresiones de reverencia que este capitán divino requiere de Josué: (v. 15): *Quita el calzado de tus pies.* Ésta era una señal de reverencia y respeto, como lo es entre nosotros el descubrirse la cabeza. Solemos decir de una persona por la que sentimos un afecto muy grande, que amamos hasta el suelo que pisa.

Siempre son apropiadas las expresiones externas de la reverencia interior; por eso nos las exige el Señor. Como muy bien observa en este punto el obispo Patrick, las mismas órdenes que Dios dio a Moisés desde la zarza ardiente (Éx. 3:5) las da aquí a Josué; como había estado con Moisés, iba a estar también con él (1:5).

CAPÍTULO 6

Josué abre la campaña con el sitio de Jericó, ciudad que de tal modo confiaba en la fortaleza de sus murallas, que se sentía sobradamente defendida dentro de ellas. Aquí tenemos el relato de su captura. I. Las instrucciones y seguridades que, en cuanto a esta empresa, le dio a Josué el capitán de los ejércitos de Dios (vv. 1–5). II. La puesta a prueba de la paciencia y de la obediencia del pueblo al tener que dar vueltas en torno a la ciudad en seis días consecutivos (vv. 13–14). III. La forma estupenda en que el Señor entregó la ciudad en manos de los israelitas al séptimo día, con el encargo solemne de darla al anatema, es decir, de destruirla completamente (vv. 15–21, 24). IV. La preservación de Rahab y de sus parientes (vv. 22, 23, 25). V. La maldición pronunciada sobre quienquiera que se atreviese a reedificar esta ciudad (vv. 26, 27). Encontramos un breve compendio de esta historia entre los trofeos de la fe (He. 11:30).

Versículos 1–5

Disposiciones divinas para el ataque a Jericó.

I. Jericó confiaba en que Israel no había de dominarla (v. 1). Nadie salió de allí para desertar ni para entablar negociaciones de paz, y nadie fue admitido para ofrecer esas negociaciones.

II. Pero Dios ha decidido que Israel va a dominar a Jericó, y eso por la vía rápida.

1. El capitán de las huestes de Dios da instrucciones sobre el modo como ha de efectuarse el asedio de la ciudad: No han de levantarse trincheras ni han de hacerse otras preparaciones de carácter propiamente militar, sino que ha de ser llevada el Arca de Dios a hombros de los sacerdotes en torno a la ciudad, una vez cada día durante seis días consecutivos, y siete veces el séptimo día, estarán en silencio los hombres de guerra mientras los sacerdotes tocan las trompetas hechas de cuernos de carnero (vv. 3–4). Esto era todo lo que tenían que hacer.

2. Les asegura que, al séptimo día, antes de que caiga la noche, serán sin falta dueños de la ciudad. Cuando se de la señal, todos a una han de gritar, e inmediatamente caerá el muro de la ciudad (v. 5). Dios había designado este método: (A) Para engrandecer su poder, a fin de que *Jehová sea engrandecido en su poder* (Sal. 21:13), no en el de los instrumentos humanos. (B) Para honrar a su Arca, la señal que había establecido como indicadora de su presencia, y para dar razón de las leyes con que había obligado al pueblo a mirarla con el mayor respeto y la más profunda veneración. (C) Para honrar a los sacerdotes, designados en esta ocasión para llevar el Arca y tocar las trompetas. (D) Para poner a prueba la fe, la obediencia y la paciencia del pueblo, y ver si estaban dispuestos a observar un precepto que a la humana razón parecía insensato, y a creer una promesa que, según el cálculo humano de probabilidades, parecía imposible que pudiese llevarse a cabo. Así es como cayeron los muros de Jericó, no por la fuerza, sino *por la fe.* (E) Para dar ánimo y fundadas esperanzas al pueblo de Israel con respecto a las restantes dificultades que les iban a salir al paso. Las murallas más altas y fuertes son incapaces de hacer frente al Omnipotente.

Versículos 6–16

Se nos refiere ahora la puesta en práctica de las instrucciones dadas a Josué con respecto al sitio de Jericó, con el próspero resultado infaliblemente predicho por la palabra de Dios.

I. Por dondequiera que iban los sacerdotes con el Arca, iban también los israelitas (v. 9). Los hombres armados iban delante despejando el camino, como pioneros delante del Arca de Dios. Es un honor para los que ocupan puestos elevados en un país prestar sus buenos oficios al Arca de Dios y favorecer los intereses religiosos de la nación. La retaguardia, iba detrás del Arca, ya fuese el escuadrón de Dan u otro cuerpo de ejército cualquiera de entre los que cerraban la marcha cuando el pueblo se movía por el desierto, o, según opinan otros, el grueso de la multitud que caminaba sin armas.

II. Justamente delante del Arca iban siete sacerdotes con trompetas hechas de cuernos de carnero, que tocaban continuamente durante la marcha (vv. 4, 5, 9, 13). De este modo: 1. Proclamaban guerra contra los cananeos y les infundían terror. Así también los ministros de Dios, mediante la solemne proclamación de su ira contra toda impiedad e injusticia de los hombres, deben tocar trompeta en Sion, a fin de que los pecadores de Sion se atemoricen. 2. También proclamaban la favorable presencia de Dios en medio de Israel, infundiéndoles así vida y valentía.

III. Las trompetas que usaban no eran de plata, sino, como hemos dicho, de cuernos de carnero, vaciados para este fin. Estas trompetas eran, pues, en sí, de ínfima calidad, de pobre sonido y modestísima apariencia, para que la excelencia del poder fuese de Dios. Así también, mediante la locura de la predicación, aptamente comparada al sonido de estos cuernos de carnero, es derribado el reino de Satanás; y *las armas de nuestra milicia,* aunque no son fuertes según la carne, *son poderosas en Dios para destrucción de fortalezas* (2 Co. 10:4–5).

IV. A todo el pueblo se le ordenó que permaneciese callado, sin pronunciar una palabra ni emitir un solo ruido (v. 10), para que así estuviesen más atentos al sonido de las trompetas sagradas a las que habían de considerar como la voz de Dios entre ellos, pues no nos está bien el hablar cuando Dios mismo nos está hablando.

V. Tenían que hacer esto una vez cada día durante seis días consecutivos, y siete veces al séptimo día. Así lo hicieron (vv. 14, 15). Las liberaciones que Dios promete, así como hay que esperarlas a la manera que Dios quiere, también hay que esperarlas en el tiempo que Él designa.

VI. Uno de estos días fue necesariamente sábado. Los judíos dicen que fue el último día, pero no se sabe con certeza qué día fue. Sea el que fuese, si quien les mandó descansar en otros sábados, les mandó caminar en éste, eso era suficiente para justificar esa excepción, ya que Dios nunca intentó quedar obligado por sus propias leyes, sino que es siempre libre para dispensar de ellas cuando le place. Además, la ley del sábado prohibía el trabajo servil y secular, pero éste era un acto religioso. Llevar a cabo la tarea propia del día de reposo no es quebrantamiento del día de reposo.

VII. Continuaron haciendo esto durante el tiempo señalado, y siete veces en el séptimo día, aunque no veían ningún resultado. Podemos suponer que una ceremonia tan extraña debió de divertir al principio a los sitiados. Es probable que se mofasen de los sitiadores, como hicieron los mencionados en Nehemías 4:2: «*¿Qué hacen estos débiles judíos?*»

VIII. Al final de la última vuelta del séptimo día tenían que gritar como un solo hombre; así lo hicieron, e inmediatamente se cayeron los muros (v. 16). Fue éste un grito triunfal; un grito también de oración, como un eco del sonido de las trompetas que proclamaban la promesa de que Dios se acordaría de ellos. Así también, al final de los tiempos, cuando el Señor descienda de los cielos con gran aclamación y el sonar de la final trompeta, el reino de Satanás quedará en completa ruina, no antes, ya que entonces todos los principados, potestades y dominadores de maldad serán derrotados eficaz y eternamente.

Versículos 17–27

El pueblo había observado religiosamente las órdenes que se le habían dado en lo concerniente al sitio de Jericó, y ahora, por fin les había dicho Josué (v. 16): *«Jehová os ha entregado la ciudad*, entrad a tomar posesión de ella».

I. Normas que habían de observar al tomar posesión de la ciudad:

1 La ciudad había de ser «una cosa dedicada» (hebreo *jérem),* esto es, sustraída al uso de los hombres para ser dedicada completamente a Dios mediante la destrucción total de la misma con todo lo que se hallase vivo en ella. Ninguna cosa viva había de preservarse de la muerte bajo ningún pretexto. Solamente quedaba exceptuada de esta severidad la casa de Rahab con sus ocupantes: *Solamente Rahab la ramera vivirá, con todos los que estén en casa con ella* (v. 17). Ella se había distinguido de todos sus conciudadanos por el favor que había dispensado a los hijos de Israel.

2. Todos los tesoros de la ciudad, el dinero, los utensilios y demás cosas de valor, habían de ser consagrados al servicio del tabernáculo. Dios les había prometido una tierra *que fluía leche y miel,* y no un país que abundase en oro y plata. Habían de considerarse suficientemente ricos con el enriquecimiento del tabernáculo.

3. Se les da un aviso muy especial y serio de que no se apropien de ninguna cosa prohibida: *«Guardaos del anatema;* vigilaos y atemorizaos a vosotros mismos, de forma que no os apropiéis de nada». Habla como si previese el pecado de Acán, del que se nos informa en el capítulo siguiente.

II. Con la súbita caída de los muros les quedó franco el acceso a la ciudad. Lo que los sitiados consideraban su defensa demostró ser su destrucción. No cabe duda de que el súbito e inesperado derrumbamiento de los muros dejó tan consternados a los habitantes de la ciudad, que no tuvieron fuerzas ni ánimo para ofrecer ninguna resistencia, por lo que resultaron fácil presa para la espada de Israel. Así caerá también el reino de Satanás, y no prosperará nadie que se endurezca contra Dios.

III. Ejecución de las órdenes dadas en cuanto al anatema de la ciudad. 1. Todo viviente fue pasado por las armas. Si no hubiesen tenido para ello la garantía divina, sellada con prodigios esta ejecución masiva no habría tenido justificación, ni puede justificarse hoy cosa semejante, al estar seguros de que nadie puede presentar pruebas de que Dios la autoriza. El espíritu del Evangelio es muy diferente, ya que Cristo no vino a destruir vidas, sino a salvarlas (Lc. 9:56). Las victorias de Cristo habían de ser de naturaleza muy diferente. 2. *La ciudad, y todo lo que en ella había, fue consumida con fuego* (v. 24). 3. Toda la plata y el oro, así como todos los utensilios purificables a fuego, fueron llevados al tesoro de la casa de Dios.

IV. Preservación de Rahab la ramera, la cual *no pereció juntamente con los desobedientes* (He. 11:31). Su seguridad había sido garantizada por los espías mediante un pacto de lealtad recíproca. Las mismas personas que habían sido acogidas por ella, fueron escogidas para salvarle la vida a ella, a sus parientes y a todo lo que ella tenía (vv. 22, 23, 25). Toda su parentela se salvó con ella. Una vez que se le preservó la vida: 1. Tuvo que quedar por algún tiempo fuera del campamento para ser purificada de las supersticiones paganas, a las que hubo de renunciar, y ser preparada, como todo prosélito, para su admisión dentro del pueblo. 2. Luego fue incorporada al pueblo de Israel, donde habitó ella y también su posteridad, la cual no pudo ser más noble. Hecha esposa de Salmón, príncipe de la tribu de Judá, fue madre de Booz y tatarabuela del rey David, con lo cual contada entre los antepasados de nuestro Salvador (Mt. 1:5).

V. Jericó quedó condenada a perpetua desolación o, más bien, a no ser edificada como ciudad fortificada, siendo pronunciada maldición, en este sentido, sobre quien se atreviese a reedificarla (v. 26). La situación de la ciudad era muy agradable, y es probable que su cercanía del Jordán le resultase ventajosa, lo que podía tentar a cualquiera a edificar en el mismo lugar, aunque ya se ve por esta porción que lo había de hacer a costa de grandes expensas. Los hombres edifican para su posteridad, pero el que edificase a Jericó quedaría sin posteridad que disfrutase de lo edificado. Esta maldición se cumplió en Jiel, el hombre que, andando el tiempo, había de reedificar Jericó (1 R. 16:34). A ello se añadía la superstición pagana de que, para dar solidez a los cimientos y al resto de la edificación, era necesario ofrecer sacrificios humanos, con lo que Jiel perdió así sus dos hijos. Sin embargo, no hemos de pensar que por ello resultase inhóspita la ciudad, ni que a sus nuevos habitantes se les siguiese ningún perjuicio

especial por tal maldición. Hallamos después a Jericó favorecida con la presencia, no sólo de los dos grandes profetas Elías y Eliseo, sino también con la de nuestro bendito Salvador (Mt. 20:19; Lc. 18:35; 19:1).

CAPÍTULO 7

Más de una vez hemos visto a Israel perplejo y turbado por el pecado, incluso en los días de mayor bendición y prosperidad, y en este capítulo tenemos un ejemplo más de la interrupción de las bendiciones divinas a causa del pecado. Vemos también el efecto, benigno o maligno, que sobre una comunidad produce la actuación de un miembro de esa comunidad. I. El pecado de Acán, al contravenir la orden del anatema (v. 1). II. La derrota de Israel frente a Hay a consecuencia de ello (vv. 2–5). III. El duelo y la oración de Josué con ocasión de tan lamentable desastre (vv. 6–9). IV. Las instrucciones que Dios le dio para expiar la culpa (vv. 10–15). V. El descubrimiento, la interrogación, la convicción, la condenación y la ejecución del delincuente (vv. 16–26). Por esta historia se echa de ver que, del mismo modo que la Ley, tampoco Canaán *perfeccionó cosa alguna* en cuanto a la santidad y la paz con el Dios de Israel, al estar esta perfección reservada únicamente a la Canaán celestial.

Versículos 1–5

El relato de este capítulo comienza con un *pero. Estaba pues Jehová con Josué, y su nombre se divulgó por toda la tierra. PERO los hijos de Israel cometieron una prevaricación,* y con ello atrajeron sobre sí la enemistad de Dios. Si perdemos la amistad de Dios, hemos perdido a nuestros amigos, pues éstos no nos pueden ayudar a menos que Dios esté por nosotros.

I. Pecado de Acán (v. 1). Se nos dice aquí que el pecado de Acán consistió en *tomar del anatema,* en desobediencia al mandato pactado y en desafío a la sanción con que estaba protegido (6:18). En el saqueo de Jericó se observó el olvido de la compasión en obediencia a la ley, pero prevaleció sobre la ley la codicia. La codicia de los bienes del mundo es aquella raíz de amargura que, entre todas las demás, es la más fuertemente arraigada. Con todo, la historia de Acán es clara indicación de que, entre todos los muchos millares de israelitas, él fue el único delincuente en esta ocasión. Y, sin embargo, a pesar de ser una sola la persona que pecó, se nos dice que *los hijos de Israel cometieron esta prevaricación,* porque la cometió uno de la comunidad, unido a ellos y reconocido por todos como miembro de tal comunidad. Ellos la cometieron en el sentido de que, por lo que Acán hizo, la culpabilidad se extendió a toda la comunidad de la que él era miembro. Esto debe servirnos de seria advertencia, a fin de que nos guardemos de pecar, con lo que *muchos sean contaminados* (He. 12:15). Más de un buen negociante ha hecho quiebra por el descuido de un socio. Ha de ser, pues, objeto de nuestro interés lo que otros hagan, a fin de impedir que el pecado se extienda.

II. Como consecuencia del pecado de Acán, todo el campamento de Israel hubo de soportar la ira de Dios: Y *la ira de Jehová se encendió contra los hijos de Israel.* Aunque ellos no se percataron de la ofensa, Dios la vio y tomó las medidas necesarias para que también ellos la vieran.

1. Josué envió un destacamento para ocupar la ciudad más próxima, que era Hay. Sólo 3.000 hombres fueron enviados, tras el informe de los espías de que la ciudad no era importante y, por ello, no era menester enviar un contingente mayor (vv. 2, 3). Eran *pocos,* según los espías, los habitantes de Hay, pero, aun siendo pocos fueron demasiados para ellos. En nuestra milicia cristiana, hemos de considerar que *tenemos lucha contra huestes espirituales de maldad* (Ef. 6:12), para espolear así nuestra preparación y vigilancia.

2. El destacamento enviado a Hay fue repelido con algunas pérdidas (vv. 4, 5). Ello sirvió: (A) Para humillar al Israel de Dios. (B) Para endurecer a los cananeos y darles mayor seguridad. (C) Para mostrar el desagrado de Dios contra Israel y convocarles a *purificarse de la vieja levadura* (V. 1 Co. 5:7). Éste fue el principal objetivo de esta derrota.

3. La retirada desordenada de este destacamento sembró el pánico en todo el campamento de Israel: *El corazón del pueblo desfalleció y vino a ser como agua* (v. 5). No fue tanto por los hombres que se habían perdido, cuanto por la decepción que habían sufrido. Para todo hombre sensato entre ellos, fue una indicación de que Dios estaba disgustado con ellos.

Versículos 6–9

Se nos refiere la gran preocupación que a Josué le causó este triste acontecimiento.

I. Cómo se lamentó: *Rompió sus vestiduras* (v. 6) en señal de gran pesadumbre por este desastre público, y especialmente por temor al desagrado de Dios, que era ciertamente la causa. El autor del Salmo 119 muestra ser un valiente israelita; sin embargo, dice: *Mi carne se estremece por temor de ti, y de tus juicios tengo miedo* (Sal. 119:120). Así es como se humilló Josué bajo la poderosa mano de Dios, y *se postró en tierra sobre su rostro delante del Arca de Jehová hasta caer la tarde.* Los ancianos de Israel por su común interés en la causa y bajo la influencia del ejemplo de Josué, se postraron también con él y, en señal de humillación profunda, *echaron polvo sobre sus cabezas,* no sólo en señal de duelo, sino también de arrepentimiento. Les tortura el pensamiento del desagrado de Dios.

II. Cómo oró, inquiriendo humildemente la causa del desastre en ferviente súplica a Dios, no al estilo hosco de David en el caso de Uzá (v. 2 S. 6:8–10), aunque sí profundamente afectado por lo sucedido. Su ánimo desfalleció algún tanto, aunque no hasta el punto de quitarle las ganas de orar; desahogó, más bien, su corazón delante de Dios y acabó su oración con perfecta compostura. En su oración:

1. Parece desear que todos los israelitas se hubiesen quedado al otro lado del Jordán como las dos tribus y media (v. 7). Las palabras *¿Por qué hiciste pasar a este pueblo el Jordán … para que nos destruyan?* suenan de forma parecida a las de los murmuradores de Éxodo 14:11, 12; 16:3; 17:3; Números 14:2, 3; pero el que escudriña los corazones sabía que procedían de un espíritu diferente y, por eso, no tomó en cuenta lo que en tales expresiones había de amargo.
2. Habla como quien no encuentra ninguna explicación a lo que había sucedido (v. 8). ¿Es que se había acortado el brazo de Dios? Nótese que los métodos de la providencia de Dios son muchas veces intrincados e incomprensibles, tales que los mejores y más sabios hombres no saben cómo explicarlos; pero *lo sabrán después* (Jn. 13:7).
3. Alega que Israel se halla ahora en peligro de completa destrucción. Así es como incluso los mejores, cuando las cosas se tuercen un poco se sienten inclinados a temer lo peor. Pero aquí la súplica de Josué tiene el tono de una apelación: «Señor, no permitas que sea cortado el nombre de Israel, que ha sido tan querido para ti y tan temible para el mundo».
4. Alega también, como Moisés (v. Éx. 32:11–13), el reproche que sufrirá el propio nombre de Dios, pues la ruina de Israel repercutiría desfavorablemente en la gloria del Dios de Israel. Temía que sufriesen detrimento la sabiduría, el poder, la bondad y la fidelidad de Dios; ¿qué dirían los enemigos? Nótese que no hay nada que entristezca tanto a una persona espiritual como ver deshonrado el nombre de Dios. No podemos presentar al Señor una apelación tan efectiva como ésta: «Señor, *¿qué harás tú a tu gran nombre?»* (v. 9). ¡Sea Dios glorificado en todo y ante todo, y sea entonces aceptado cuanto su voluntad disponga!

Versículos 10–15

Dios responde a la súplica de Josué. Quienes se encuentren con señales del desagrado de Dios, aprendan aquí a no querellarse *de* Dios, sino a querellarse *a* Dios, y recibirán entonces una respuesta de paz. La respuesta de Dios no se hizo esperar.

I. Dios anima a Josué contra su actual desánimo: *Levántate,* no dejes que tu ánimo sucumba de esa manera; *¿por qué te postras así sobre tu rostro?* (v. 10). Dios le dice que ya basta, que no tiene que continuar por más tiempo en esa postura melancólica, porque Dios no se deleita en el pesar de los arrepentidos cuando éstos afligen su alma más de lo necesario para obtener perdón y paz. Josué había estado en aquella postura de lamentación *hasta caer la tarde* (v. 6). Era ya tiempo de dejar a un lado el

vestido de luto y ponerse las ropas de juez celoso del cumplimiento de la ley. El llanto no debe impedir la siembra, ni debe un deber religioso cerrar el paso a otro.

II. A continuación le informa de la verdadera y única causa del desastre (v. 11): *Israel ha pecado.* No se nombra aún al pecador, aunque se describe el pecado, pero se habla de él como de un acto de Israel en general. El pecado se manifiesta aquí extremadamente pecaminoso:

1. *Han quebrantado mi pacto que yo les mandé,* un precepto explícito, con su sanción aneja. Se había acordado que Dios había de tener todo el despojo de Jericó, y que ellos tendrían el despojo de las demás ciudades de Canaán; pero, al robarle a Dios su parte, *habían quebrantado este pacto.*
2. *También han tomado del anatema, y hasta han hurtado;* lo habían hecho clandestinamente, como si pudiesen ocultarlo a la omnisciencia divina.
3. *Han mentido* también. Acán se había unido a los demás en la general profesión de inocencia, sin inmutarse, como la adúltera *que come, se limpia la boca y dice: No he hecho nada malo.*
4. *Y aun lo han guardado entre sus enseres,* como si fuera una más de sus legítimas pertenencias. Dios pudo haberle dicho en este momento quién era el delincuente, pero no lo hizo: (A) Para ejercitar el celo de Josué y de todo Israel en investigar quién era el autor del hecho. (B) Para darle al pecador tiempo suficiente para arrepentirse y confesar el hecho. Pero, al no descubrirse a sí mismo hasta que se echaron suertes, mostró claramente la dureza de su corazón y, por consiguiente, no hubo para él misericordia.

III. A continuación, Dios espolea a Josué a que haga investigación, y le dice: 1. Que ésta era la única causa del desastre sufrido, de forma que, tan pronto como se enderece este entuerto, no tendrá ya más motivo para temer. 2. Que si no es destruido el anatema, no han de esperar que retorne a ellos la presencia favorable de Dios. Mediante el arrepentimiento y el firme propósito de enmendarnos, destruimos el anatema que anida en nuestro corazón y, a menos que hagamos esto, es inútil que esperemos el favor y las bendiciones del Dios bendito.

IV. Le instruye sobre el método que ha de usar en la investigación del criminal. 1. Ha de *santificar al pueblo,* antes de la mañana próxima, esto es, ha de mandarles que *se santifiquen,* como se ve por el contexto (v. 13). ¿Qué otra cosa pueden hacer, con respecto a la santificación, tanto los magistrados como los miembros de Dios? Han de ponerse en forma conveniente para comparecer en presencia de Dios y someterse a su minucioso escrutinio. 2. Ha de traerlos a todos, al día siguiente, a que se sometan al escrutinio de las suertes (v. 14); éstas son las que descubrirán, primeramente, la tribu; después, la familia; luego, la casa; finalmente, la persona. De este modo, la convicción caía sobre el delincuente de una forma gradual, a fin de que tuviese tiempo para presentarse y entregarse a sí mismo, porque *el Señor es paciente … no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento* (2 P. 3:9). 3. Cuando sea hallado el criminal, *ha de morir sin compasión* (He. 10:28). El pecado en cuestión era un *sacrilegio;* este crimen había de ser castigado con la mayor severidad, para amonestar a toda la gente de todas las épocas a que se guarden mucho de robar a Dios.

Versículos 16–26

I. Las suertes echadas descubren a Acán. Respecto de este escrutinio.

1. Que el delincuente pertenecía a la tribu de Judá, la cual era y debía ser la más honorable e ilustre de todas las tribus. Dice la tradición judía que, cuando la suerte cayó sobre la tribu de Judá, los valientes de esta tribu desenvainaron su espada y protestaron que no la envainarían de nuevo mientras no viesen castigado al criminal, y a sí mismos exculpados del crimen como inocentes. 2. Que, finalmente Acán quedó al descubierto, como si la suerte echada le dijese: Tú *eres ese hombre* (v. 18, comp. con 2 S. 12:7). Es extraño que, teniendo conciencia de su culpabilidad, no tuviese Acán la astucia de intentar un escape ni la gracia de hacer confesión cuando vio que las suertes iban cayendo cada vez más cerca de él. Por aquí ha de verse: (A) La insensatez de quienes se prometen seguridad en el ocultamiento de sus pecados; el Dios justo tiene muchos medios para sacar a luz las ocultas obras de las tinieblas. (B) Cuánto hemos de preocuparnos, cuando Dios nos vuelve el rostro al otro lado, de investigar diligentemente cuál es el

pecado que nos priva de su comunión, y suplicar urgentemente como Job: *Hazme entender por qué contiendes conmigo* (Job 10:2).

II. Josué conjura y examina a Acán (v. 19). Al hacer de juez, urge Josué a Acán a que confiese su pecado, a fin de que, por la confesión y el arrepentimiento, su alma pueda ser salva para el otro mundo.

1. Con qué ternura se dirige a él. Podía justamente haberle llamado «ladrón», «rebelde», «insensato», etc., pero le llama *«hijo mío»*. Aun cuando la frase *«da gloria a Jehová el Dios de Israel»* es, con gran probabilidad, una forma suave de conjuro (comp. con Jn. 9:24), no tiene la forma explícita de un conjuro amenazante como el del sumo sacerdote Caifás a nuestro bendito Salvador, sino de una súplica amable: *declárame ahora* (o: *declárame, te ruego*) *lo que has hecho.* Esto nos enseña a no añadir aflicción al afligido, aunque la aflicción se deba a su propia maldad. También enseña a los magistrados a no dejarse llevar jamás a indecencias de conducta o de lenguaje contra los que les hayan provocado. *La ira del hombre no obra la justicia de Dios* (Stg. 1:20).

2. Lo que desea de él que haga: confesar el hecho: *Declárame ahora lo que has hecho.* Josué ha sido delegado por Dios mismo para recibir la confesión de Acán, como si éste lo declarase a Dios mismo. Al confesar nuestro pecado, así como nos avergonzamos de él, así también glorificamos a Dios, reconociéndole como Dios justo y justamente indignado contra nosotros y, al mismo tiempo, como Dios bondadoso y perdonador, quien no va a recordarnos constantemente las transgresiones que contra Él hemos cometido, sino que es fiel y justo para perdonarnos siempre que reconozcamos que habría sido igualmente fiel y justo si nos hubiese castigado. Por el pecado, hemos ofendido al honor y a la santidad de Dios. Cristo, mediante su muerte, ha satisfecho por nuestra injuria; pero a nosotros se nos requiere que, mediante la fe y el arrepentimiento, mostremos nuestra buena voluntad para honrarle y, en cuanto está de nuestra parte, glorificarle.

III. Confesión de Acán, quien, al fin, dándose cuenta de que de nada le servía continuar ocultando su pecado, lo confiesa libre y francamente (vv. 20–21). Lo confiesa arrepentido y con todo detalle: *Así y así he hecho* (v. 20). Al confesar nuestros pecados a Dios, no hemos de contentarnos con decirle: *Padre he pecado contra ti,* sino que hemos de especificarle: *He cometido contra ti esto y lo otro, etc.* No porque Él no lo sepa, sino para que nosotros mismos tomemos conciencia de las muchas cosas en que le hemos ofendido. Vemos que Acán confiesa:

1. Lo que ha tomado. Al saquear una casa en Jericó, halló *un manto babilónico muy bueno.* El hebreo da a entender una ropa rozagante, tal como la llevaban los magnates de Babilonia cuando aparecían en traje de gala; sin duda, tejida de oro y seda. «¡Qué lástima!—pensaría Acán—que esto tenga que ser consumido a fuego, cuando podría servirme por muchos años de traje de gala.» Una vez puesta la mano en el despojo, Acán se había apropiado también de *doscientos siclos de plata* (unos dos kilos y trescientos gramos), y de *un lingote de oro de peso de cincuenta siclos* (unos 600 gramos). No podía apelar a que, al tomar todos estos objetos, los salvaba del fuego, pues quienes ponen una ligera excusa para cometer un pecado, pronto se aventuran a cometer otro pecado sin excusa alguna; porque el camino del pecado es un camino de descenso, como un plano inclinado. Puede notarse bien la secuencia del pecado en el versículo 21: «vi … *codicié ... tomé ... escondí»* (comp. con Stg. 1:14, 15). Qué menguado precio pagó Acán por haber cobrado un riesgo tan temible (v. Mt. 16:26).

2. La forma en que lo ha tomado, ya compendiada en el punto anterior. (A) Comenzó por la vista. Vio estos objetos de valor a través de los mismos cristales por los que Eva vio el fruto prohibido y quedó encantado y fascinado con su vista. Qué sufrimientos sobrevienen al corazón por seguir los pasos de la vista, y cuánta necesidad tenemos de hacer un pacto con nuestros ojos, porque si los dejamos vagar, de seguro ha de ser para después llorar. *No mires al vino cuando rojea,* ni al rostro de la mujer hermosa. (B) Con la vista del objeto prohibido, el corazón concibió el pecado. Él mismo admite: *lo cual codicié.* Así es como la concupiscencia, tras concebir, dio a luz este pecado. Los que deseen verse libres de acciones pecaminosas deben mortificar en sí mismos los deseos pecaminosos. No fue el ver, sino el desear, lo que le causó la ruina. (C) Luego que cometió el pecado, se dio prisa y maña para ocultarlo. Con eso se ve *lo engañoso del pecado;* placentero al cometerlo, pero hay heces de amargura en el fondo de la copa; al final, muerde incluso como una serpiente.

IV. Acán queda así convicto de pecado. Dios le ha traído esa convicción mediante la suerte echada, y le ha convencido también ahora su propia confesión. Pero Josué quiere también que sea convencido por el escrutinio de su tienda, en la que se hallaron todos los bienes que él había confesado.

V. Josué pronuncia después la sentencia (v. 25): *¿Por qué nos has traído desgracia?* Nótese que el pecado causa desgracia no sólo al propio pecador sino también a sus prójimos más cercanos. Ahora (dice Josué) *caiga la desgracia de Jehová sobre ti en este día.* Por qué fue castigado Acán tan severamente: no sólo porque había robado a Dios, sino también porque había traído la desgracia sobre Israel; es como si quedase inscrita sobre su cabeza esta acusación: «Acán, *el perturbador de Israel»,* como dice de Acab el profeta Elías (1 R. 18:18). No faltan doctores judíos que de la expresión *«en este día»* infieren que no le alcanzará la desgracia en la otra vida; la carne fue destruida para que el espíritu continuase vivo (comp. con 1 P. 4:6, conforme a la opinión más probable).

VI. Su ejecución.

1. El lugar de la ejecución. Acán fue ejecutado a cierta distancia de donde se encontraban, a fin de que el campamento que se había visto perturbado por su pecado, no quedase contaminado con su muerte.
2. Las personas empleadas para ejecutar la sentencia. Todos los israelitas tomaron parte en la ejecución de la sentencia, así como todos habían sufrido la desgracia de la ofensa (vv. 24, 25).
3. Los que con él participaron del castigo porque *no pereció solo en su iniquidad* (22:20). (A) Con él fueron destruidos sus bienes que había robado. (B) También fueron destruidos igualmente todos sus demás bienes, no sólo la tienda con todos sus enseres, sino también *sus bueyes, sus asnos y sus ovejas.* Quienes se apoderan de lo que no es suyo, se hacen acreedores a perder lo que es suyo. (C) También sus hijos e hijas fueron apedreados y quemados con él. Hay quienes opinan que *los sacaron* (como dice el hebreo del v. 24) solamente para que fuesen espectadores de la ejecución de su padre, pero es mucho más probable que fuesen ejecutados con él por haber sido cómplices si no del robo, al menos del ocultamiento de lo robado (V. Dt. 24:16).
4. La clase de castigo que le fue impuesto. Fue apedreado (hasta hay quienes opinan que el robo fue cometido en sábado, con lo que el pecado tendría otra circunstancia peculiarmente agravante). Después, su cadáver fue quemado.
5. Con esto se aplacó la ira de Dios (v. 26): *Jehová se volvió del ardor de su ira.* Retirada la causa, cesó el efecto.

VII. El informe escrito de su convicción y ejecución. Hubo interés en conservar un memorial del hecho, para advertencia e instrucción de futuras generaciones. 1. *Levantaron sobre él un montón de piedras,* en el mismo lugar en que había sido ejecutado; quizá contribuyó cada miembro de la comunidad con una piedra, en señal de pública detestación del crimen. 2. Se le impuso al lugar un nuevo nombre, pues se le llamó *Valle de Acor, o de la desgracia,* pues el término hebreo *acor* significa aflicción o desgracia. *Valle de Acor* viene a ser también sinónimo de *puerta de esperanza,* porque cuando se destruye el objeto del anatema, es entonces cuando comienza a haber esperanza en Israel (V. Esd. 10:2; Os. 2:15).

CAPÍTULO 8

I. El avance glorioso de las fuerzas israelitas en la toma de Hay, donde antes habían sufrido una vergonzosa derrota. 1. Dios anima a Josué a atacar la ciudad, asegurándole el éxito (vv. 1, 2). 2. Conforme a esto, Josué da las oportunas órdenes a sus hombres de guerra (vv. 3–8). 3. La estratagema da su resultado (vv. 9–22). 4. Josué se adueña de la ciudad, pasa a filo de espada a todos sus habitantes, la incendia cuelga de un árbol a su rey y reparte entre los soldados los despojos (vv. 23–29).

II. Vemos a continuación la gran solemnidad de la escritura y lectura de la ley ante la asamblea general de todo Israel, congregado con este objetivo en los montes Gerizim y Ebal (vv. 30–35).

Versículos 1–2

Al comenzar este capítulo, se tiene la impresión de que Josué no se atrevía ahora a avanzar por temor de que quedase en el campamento algún otro Acán. Por eso Dios volvió a hablarle, ya fuese por medio de una visión, como anteriormente (cap. 5), en figura de un varón con la espada desenvainada o, simplemente, mediante el efod del juicio. Nótese que cuando, con toda sinceridad y fidelidad, hemos alejado de nosotros el pecado, podemos esperar que Dios nos hable para consuelo nuestro. Y cuando Dios nos instruye sobre el modo de conducirnos en la obra y en la milicia cristiana, es una buena señal de que ha apartado de nosotros su ira.

I. El ánimo que da Dios a Josué para que siga adelante (v. 1): *No temas ni desmayes.* Cuando hay alguna corrupción dentro de la iglesia, se debilitan las manos y se entumecen los ánimos de los guías y obreros, mucho más que cuando hay oposición desde fuera de la iglesia; los israelitas traidores son más de temer que los malvados cananeos. Pero Dios le pide a Josué que no desmaye; el mismo poder que preserva a Israel de su destrucción interna, le preservará también de la oposición externa. Para darle ánimo: l. Le asegura del éxito contra Hay, le dice que está en su mano, pero ha de recibirlo como regalo de Dios. 2. Da permiso para que el pueblo tome para sí los despojos, ya que no han de ser consagrados a Jehová como lo fueron los de Jericó.

II. Las instrucciones que le da para el ataque a Hay. No ha de llevarse tanto tiempo como duró el asedio de Jericó. Ni ha de tomarse por medio de un milagro tan portentoso como el ocurrido con los muros de Jericó, sino que han de poner en juego su estrategia y su valor. Después de ver lo que Dios ha hecho por ellos, han de atacar como lo exige el arte militar. Dios ordena: 1. Que todo el pueblo tome parte en el ataque. 2. Que pongan emboscada a la ciudad.

Versículos 3–22

Relato de la toma de Hay por medio de una estratagema militar. Una parte del ejército había de quedar emboscada, mientras los demás simulasen una retirada. Si el enemigo hubiese sido prudente, se habría puesto en guardia, dispuesto a defenderse dentro de los muros de la ciudad, en lugar de aventurarse a perseguir a un ejército mucho más numeroso, y dejar así desguarnecida la ciudad. Pero, como decía un antiguo proverbio latino «cuando los dioses quieren perder a alguien, lo ciegan primero».

I. Hay cierta dificultad en ajustar los números que se barajan en la operación militar. Se nos dice que *escogió Josué treinta mil hombres fuertes, los cuales envió de noche* (v. 3) con el encargo de poner emboscada a la ciudad y tomarla por sorpresa tan pronto como viesen que había sido evacuada (vv. 4, 7, 8). Pero después leemos (v. 12) que Josué *tomó cinco mil hombres y los puso en emboscada entre Betel y Hay.* Estos hombres son los que entraron en la ciudad y le prendieron fuego (v. 19). Ahora bien: 1. Hay quienes opinan que ambos cuerpos de ejército pusieron la emboscada, y que Josué llevó a cabo el ataque abierto a la ciudad con todo el resto del ejército de Israel. 2. Otros piensan que todo el grueso del ejército quedó acampado delante de la ciudad, y que de ellos escogió Josué 30.000 hombres para emplearlos en la acción de guerra, 5.000 de los cuales fueron enviados de incógnito a poner la emboscada. 3. Lo más probable es, como sugiere el Dr. Ryrie, que la emboscada fuese puesta solamente por treinta oficiales escogidos, ya que: (A) 30.000 hombres son demasiados para una emboscada; (B) las letras hebreas para el vocablo «millares» son las mismas que las del vocablo «jefes». Un comando selecto de 30 capitanes era suficiente para la operación. (C) Los 5.000 hombres del versículo 12 son un cuerpo distinto, destinado a evitar un ataque por parte de los habitantes de Betel. De ahí su posición entre Betel y Hay.

II. Los demás detalles del relato son suficientemente claros: un destacamento, más o menos numeroso, se situó detrás de la ciudad, al lado opuesto del que ocupaba el grueso del ejército. Josué y las fuerzas que estaban con él daban cara a la ciudad; la guarnición hizo una salida vigorosa contra ellos; se retiraron en aparente desorden hacia el desierto, con lo que los hombres de Hay salieron en persecución de ellos con todos los soldados de que disponían. Esto dio a los emboscados la magnífica oportunidad de entrar en la ciudad y adueñarse de ella, mientras daban a Josué la consigna acordada del humo, con lo que él, con todo el contingente militar que conducía, se volvió para atacar de frente a los perseguidores, y éstos se dieron cuenta demasiado tarde de la trampa en que habían caído, pues al tener interceptada la retirada, todos ellos murieron sin que ninguno pudiera escapar.

1. Qué valiente jefe era Josué. Aunque un contingente militar de Israel había sido repelido anteriormente por los hombres de Hay, toma ahora la resolución de conducirlos en persona esta segunda vez (v. 5); después, *Josué avanzó aquella noche hasta la mitad del valle* (v. 12), para hacer los preparativos necesarios para el ataque. Es una piadosa conjetura del erudito obispo Patrick que se fue al valle solo, para orar al Señor. Cuando extendió contra la ciudad la lanza que llevaba en la mano (v. 18), una lanza tan formidable y fatal para los enemigos de Israel como lo había sido la vara de Moisés, no retiró la mano hasta que se llevó a cabo la operación entera. Los que extienden sus manos contra sus enemigos espirituales, no las deben retirar jamás, bajo pena de ser derrotados. Josué venció al ceder terreno como si él mismo fuese derrotado, así también nuestro Señor Jesús, cuando inclinó la cabeza y entregó el espíritu, parecía como si la muerte hubiese triunfado sobre Él y como si Él y toda su causa hubiesen hecho quiebra y fuesen a la ruina pero, en su resurrección, reunió de nuevo sus fuerzas e infligió a los poderes de las tinieblas una completa derrota, aplastó la cabeza de la serpiente, al ser herido por ella en el talón (Gn. 3:15). ¡Cuán gloriosa estratagema!

2. Cuán obediente resultó en esta ocasión el pueblo de Israel. Lo que *Josué les había mandado, conforme a la palabra de Jehová* (v. 18) lo llevaron a cabo sin murmurar ni disputar.

3. Qué insensatez la del rey de Hay. No se apercibió de la emboscada que se le tendía, cuando la prudencia más elemental exigía escudriñar bien todos los accesos a la ciudad (v. 14). De la victoria anterior, cuando mataron 36 hombres de la primera expedición de 3.000, dedujo que podía derrotar igualmente al numeroso ejército que tenía delante: *Huyen de nosotros como la primera vez* (v. 6); de seguro que lo pensaron así. De este modo es como la prosperidad misma de los necios los endurece y los arruina hasta su completa destrucción.

4. Cuán completa fue la victoria de Israel sobre Hay, mediante el favor y la bendición de Dios. Cada uno hizo lo que estaba de su parte.

Versículos 23–29

Partido que los israelitas sacaron de su victoria sobre Hay.

I. Mataron a todos a filo de espada. Se nos dice (v. 26) que *Josué no retiró su mano que había extendido con la lanza.* 1. Algunos opinan que la lanza que extendió no era para matar a los enemigos, sino para dar ánimos a sus propios soldados. Mediante este gesto, instruía al pueblo a esperar de Dios la ayuda y darles a Dios la alabanza por la victoria. El Dr. Ryrie comenta que la lanza o jabalina de Josué, puesta en alto, servía de señal al comando de la emboscada mediante el reflejo de los rayos del sol en la hoja del arma. El versículo (nota del traductor) no dice que Josué continuase en esa postura durante toda la operación, cosa naturalmente imposible (comp. con Éx. 17:12), sino que no retrajo su mano de perseguir y destruir al enemigo.

II. A continuación, saquearon la ciudad y tomaron para sí todos los despojos (v. 27). Quemaron luego la ciudad, la redujeron a cenizas, estado en que continuaba cuando se escribió el libro de Josué. Israel había de vivir todavía en tiendas y, por tanto, esta ciudad, lo mismo que Jericó, había de ser quemada y reducida a escombros.

III. El rey de Hay fue hecho prisionero y, como principal criminal, fue ahorcado en un árbol. Su cuerpo fue echado después a la puerta de la ciudad, donde quedó bajo *un gran montón de piedras* (vv. 23, 29). Es muy probable que fuese especialmente perverso y vil, y un notorio blasfemador del Dios de Israel, especialmente a partir de la derrota que había infligido a las fuerzas de Israel en el primer ataque.

Versículos 30–35

La solemnidad religiosa que a continuación se nos refiere sorprende al lector como algo inesperado en medio de la historia de las guerras de Canaán. Se abre aquí una escena de naturaleza completamente diferente. El campamento de Israel es reunido ahora, no para combatir al enemigo, sino para ofrecer sacrificios, escuchar la lectura de la Ley y decir *Amén* a las bendiciones y a las maldiciones. Es un ejemplo notable, por una parte, del celo de Israel por el servicio y el honor de Dios. Las armas han de descansar mientras hacen esta larga marcha al lugar señalado para asistir a esta solemnidad. El camino de

la prosperidad comienza por Dios (Mt. 6:33). Por otra parte, es un ejemplo del cuidado que Dios tiene de sus fieles servidores y adoradores. Aunque estaban en territorio enemigo, pues no lo habían conquistado aún, están a salvo en el servicio de Dios. Iban a firmar una transición pactada; el pacto era ahora renovado con ocasión de tomar posesión de la tierra prometida, a fin de que se animasen a conquistarla y conociesen bajo qué cláusulas era estipulado, y venir así a obligarse de nuevo a prestar obediencia a los mandamientos de Dios. En señal de este pacto con Dios:

I. Erigieron un altar y ofrecieron sacrificios a Dios (vv. 30–31), mostraron así que se consagraban a Jehová como sacrificios vivos en su honor, mediante la mediación del altar, que es el que santifica al sacrificio. Este altar fue erigido en el monte *Ebal.* Las maldiciones pronunciadas en este monte habrían tenido inmediato cumplimiento si no se hubiese hecho expiación mediante el sacrificio. Con los sacrificios ofrecidos en este altar, glorificaron igualmente a Dios por las victorias que hasta este punto habían alcanzado, como en Éxodo 17:15. El altar que erigieron era, conforme a la Ley (Éx. 20:25), de piedras enteras y sin labrar, pues lo que más agrada a Dios en el culto que se le tributa es lo llano y natural, y lo que más carece de artificio y afectación.

II. Allí escucharon la lectura de la ley que habían recibido de Dios. Esto es lo que deben hacer cuantos deseen hallar favor a los ojos de Dios y esperar que sean aceptos a Dios sus sacrificios.

1. Que la ley de los diez mandamientos fue escrita en piedras en presencia de todo Israel. Mediante la lectura atenta del capítulo 27 del Deuteronomio, nos percatamos: (A) De que no escribieron sobre las piedras toda la ley, sino un resumen importante de la misma. (B) Las piedras estaban revocadas con cal, a fin de que la escritura resaltase suficientemente y todos pudiesen enterarse de lo que estaba escrito.

2. Las bendiciones y las maldiciones, a saber, las sanciones de la ley, fueron leídas públicamente, y es de suponer que, conforme a las instrucciones de Moisés, todo el pueblo las confirmaría con su *Amén* (vv. 33, 34).

(A) Lo numeroso del auditorio. (a) El príncipe más exaltado no pudo excusarse de asistir. (b) El más pobre extranjero no fue excluido de la reunión. Esto sirvió para animar a los prosélitos, y fue un feliz presagio del favor que Dios iba a dispensar a los gentiles en la era mesiánica.

(B) Las tribus fueron colocadas, como Moisés había señalado: seis hacia el monte Gerizim, y otras seis hacia el Ebal. Y allí en el fondo del valle, en medio de los dos grupos, estaba el Arca, pues era *el Arca del pacto,* y en ella estaban encerrados los rollos de la ley, de los que se había sacado copia sobre las piedras encaladas, así quedaban a la vista de todos los circunstantes. El pacto fue mandado y el mandato fue pactado. Los sacerdotes que servían al Arca, o algunos de los levitas que les asistían, luego que todo el pueblo ocupó sus respectivos lugares y se impuso silencio, pronunciaron con toda claridad las bendiciones y las maldiciones, conforme había ordenado Moisés, a las que el pueblo puso su *Amén.*

C) Es muy de notar que, al final del versículo 33, se nos dice que Moisés había mandado esto *para que bendijesen primeramente al pueblo de Israel;* con esto se nos llama la atención al hecho de que el designio primordial de Dios, al dar la ley, era de *bendición para su pueblo.* Si incurría en la maldición, sólo podía achacarlo a su propia culpa.

3. Se recalca de nuevo, en el versículo 35, la lectura de la ley, sin omitir nada de lo que Moisés había mandado. El verbo hebreo parece indicar que fue el propio Josué quien dio lectura, delante de todos los asistentes, a los mandamientos respecto a los que se habían pronunciado las bendiciones y las maldiciones.

CAPÍTULO 9

I. La confederación de los reyes de Canaán contra Israel (vv. 1–2). II. La astucia de los habitantes de Gabaón, quienes: 1. Simularon venir de un lejano país (vv. 3–13). 2. Engañaron así miserablemente a Josué y al pueblo, con gran disgusto de la congregación al percatarse del fraude (vv. 14–18). 3. Consiguieron, por medio de un pacto, salvar la vida, aunque fueron privados de su libertad por haber cometido tal fraude (vv. 19–27).

Versículos 1–2

Hasta ahora los cananeos se habían mantenido a la defensiva; los israelitas habían sido los atacantes, tanto en Jericó como en Hay. Pero ahora los reyes cananeos se reúnen en consulta para coligarse contra Israel y hacer un esfuerzo vigoroso, y unir sus fuerzas, para impedir el avance de las victoriosas fuerzas enemigas. *Cuando oyeron*, pues, *estas cosas* (v. 1), no sólo la conquista de Jericó y Hay, sino también la solemne ceremonia en las laderas de los montes Ebal y Gerizim, percibieron que Josué, al tenerse ya por amo y dueño de la tierra había convocado al pueblo para indicarles las leyes con las que habían de gobernarse y había obtenido del pueblo la promesa de obedecer a dichas leyes. Había que actuar, pues, sin pérdida de tiempo y unir sus fuerzas contra un enemigo común. Aun cuando eran varios reyes de muy diferentes naciones y, sin duda, de muy diversos objetivos e intereses—y es probable que hubiesen mantenido entre ellos disputas y aun guerras—, no obstante, por unanimidad, *se concertaron para pelear contra Josué e Israel.*

Versículos 3–14

I. Los gabaonitas, alarmados por las noticias recibidas acerca de la destrucción de Jericó y Hay (v. 3), desearon hacer la paz con Israel. Otros pueblos habían oído las mismas noticias y se sentían incitados a coligarse en guerra contra Israel, pero los gabaonitas consideraron más prudente intentar el método de la paz. El mismo sol que ablanda la cera endurece el barro. Las cuatro ciudades de los gabaonitas, mencionadas en el v. 17, parece ser que estaban gobernadas por senadores o *ancianos* (v. 11), quienes miraron por la seguridad pública, más bien que por su dignidad personal, con lo que los habitantes de Gabaón sacaron buen provecho.

II. El método que emplearon para llevar a cabo su plan. Sabían que todos los habitantes del país de Canaán estaban abocados a la destrucción y, por consiguiente, que no había modo de salvar la vida de la espada de Israel, a menos que, por medio de algún disfraz, hiciesen creer a Josué que venían de algún país remoto, respecto del cual no se había mandado a los israelitas hacerle la guerra ni se les había prohibido concertar la paz sino que incluso se les había ordenado *ofrecer la paz* (Dt. 20:10, 15). No les quedaba, pues, a los gabaonitas otra carta que jugar, y obsérvese:

1. Que la jugaron con gran tino y acierto. Difícilmente podía imaginarse un método más astuto.

(A) Vinieron en carácter de embajadores de un país extranjero lo que pensaron había de agradar a los príncipes de Israel y sentirse orgullosos por el honor de ser cortejados hasta de países distantes.

(B) Simularon haber pasado por las fatigas de un larguísimo viaje, y ofrecieron aparentes evidencias oculares de ello. Dijeron que las provisiones que llevaban, ahora secas y mohosas, estaban frescas y recientes cuando salieron de su país. El vestido y el calzado que llevaban estaba viejo, roto y remendado, mucho peor que el de los israelitas después de cuarenta años de marchar por el desierto (vv. 4, 5, 12, 13).

(C) Cuando se sospechó de ellos y se les interrogó sobre el país del que venían, se cuidaron muy bien de dar el nombre de su país mientras no se acordase el pacto. En efecto: (a) Los hombres de Israel sospecharon fraude (v. 7): *«Quizás habitáis en medio de nosotros* y, en tal caso, no podemos ni debemos hacer pacto con vosotros». (b) Josué les preguntó (v. 8): *¿Quiénes sois vosotros, y de dónde venís?* (c) Ellos no quisieron decir de qué país venían, sino que repitieron (v. 9) lo que habían dicho antes (v. 6): *Hemos venido de tierra muy lejana.*

(D) Profesan tener respeto al Dios de Israel para congraciarse así con Josué, y quizá no debamos poner en duda la sinceridad de su profesión: *Tus siervos han venido … por causa del nombre de Jehová tu Dios* (v. 9).

(E) Plantean sus conclusiones con base en lo que Dios había hecho a favor de su pueblo muchos años antes, en vida de Moisés: las plagas de Egipto y la destrucción de Sehón y Og (vv. 9, 10), pero se callan con toda astucia lo de Jericó y Hay, con lo que dan a entender que habían salido de su país con anterioridad a la destrucción de estas últimas ciudades.

(F) Hablan en términos de sumisión general y buscan una alianza sin condiciones previas (v. 11): *Nosotros somos vuestros siervos; haced ahora alianza con nosotros.*

2. Pero en la conducta de estos gabaonitas hay una mezcla de bien y de mal. (A) Su falsedad no puede justificarse ni puede usarse como un buen precedente. Es de notar que, después de decir que venían de

una *tierra muy lejana* (v. 6), se vieron en la necesidad de repetirlo (v. 9) y añadir todas las otras falsedades acerca de las provisiones y del vestido (vv. 12, 13), pues una mentira necesita de otra para poder sostenerse por algún tiempo, y la segunda mentira necesita de otra tercera, y así sucesivamente. Sin embargo: (B) Su fe y su prudencia son dignas de recomendación, más aún que la astucia del mayordomo infiel, del que el Señor dijo que se había comportado con sagacidad (Lc. 16:8. Aunque fue su jefe el que alabó la sagacidad del mayordomo, Cristo la reconoció implícitamente, como puede verse por el contexto posterior. Nota del traductor). Al someterse a Israel, los gabaonitas se sometían implícitamente al Dios de Israel, lo cual comportaba la renuncia a los dioses que ellos adoraban. No esperaron a que Israel pusiese sitio a sus ciudades, porque entonces habría sido demasiado tarde para firmar una capitulación, sino que propusieron condiciones de paz cuando aún se hallaban a cierta distancia de tiempo y lugar.

3. Por aquí vemos, en aplicación espiritual, que el modo de evitar el juicio y la condenación es salir al encuentro del juez con humildad y arrepentimiento. Imitemos en esto a estos gabaonitas y busquemos la paz con Dios vestidos de los harapos de nuestra miseria con humillación, mortificación y santo pesar, de forma que nuestra iniquidad no nos llegue a arruinar. Hagámonos siervos de nuestro Josué, el Señor Jesús, y hagamos pacto con Él y con los suyos, para que tengamos vida.

Versículos 15–21

I. La conclusión rápida del tratado con los gabaonitas (v. 15). No se guardaron muchas formalidades, sino que en breve: 1. Israel acordó dejarles con vida, pues los gabaonitas no pedían más. 2. El acuerdo se llevó a cabo no sólo por Josué, sino también por los príncipes de la congregación en unión con él. 3. Fue ratificado mediante juramento; les juraron, no por los dioses de Canaán, sino únicamente por el Dios de Israel (v. 19). 4. El pecado de Josué y de los príncipes de Israel no estuvo precisamente en la forma rápida de concertar el pacto, sino en que lo hicieron *sin consultar el oráculo de Jehová* (v. 14). Hicieron uso de sus sentidos, pero no de su razón al aceptar las provisiones de los gabaonitas. Nótese que cualquier cosa que emprendamos sin buscar antes el rostro y la voluntad del Señor por medio de la oración, no podemos esperar que tenga buenos resultados.

II. Pronto se descubrió el fraude mediante el que se había firmado el pacto. *La lengua mentirosa sirve sólo para un momento, y* la verdad es hija del tiempo. *Pasados tres días,* hallaron, con gran sorpresa por su parte, que las ciudades de las que estos hombres habían venido como embajadores estaban muy cerca, sólo el camino de una noche desde el campamento de Guilgal (10:9).

III. El disgusto de la congregación ante este descubrimiento. Se sometieron, es cierto, a las obligaciones que el contrato les había impuesto, y no atacaron a las ciudades de los gabaonitas, ni mataron a las personas ni saquearon sus bienes, pero les molestó grandemente verse con las manos atadas de esta manera. *Y toda la congregación murmuraba contra los príncipes* (v. 18).

IV. El prudente esfuerzo de los príncipes por apaciguar a la descontenta congregación dispuso, sin duda, al pueblo a dar su aprobación.

1. Resolvieron, pues, perdonar la vida a los gabaonitas, pues así les habían jurado que les dejarían con vida (v. 15). En efecto: (A) El juramento era legítimo. (B) Siendo legítimo el juramento, tanto los príncipes como el pueblo del que habían actuado como delegados quedaron obligados a guardarlo, obligados a conciencia, obligados por el honor del Dios de Israel por quien lo habían jurado, nombre que habría sido blasfemado por los cananeos si los israelitas hubiesen quebrantado el juramento. Los príncipes tenían que guardar su palabra: (a) aunque fuera con perjuicio suyo, porque un ciudadano de Sion, *aun jurando en daño suyo, no por eso cambia* (Sal. 15:4). (b) Aun cuando el pueblo no se sentía satisfecho y su descontento podía haber acabado en un motín, los príncipes no podían violar el pacto hecho con los de Gabaón. No debemos ser llevados, por miedo a las autoridades o a las masas, a cometer algo pecaminoso y obrar contra nuestra conciencia. (c) Aunque habían sido inducidos a este pacto mediante fraude, y habría parecido esto una buena excusa para tenerlo por nulo, se mantuvieron firmes en él. Esto debe convencernos a todos de cuán religiosamente debemos cumplir nuestras promesas y tener por buenos nuestros acuerdos, así como la obligación que tenemos en conciencia de guardar nuestra palabra una vez

que la hemos dado. Si un pacto obtenido mediante tantos engaños y mentiras no pudo ser quebrantado, ¿cómo podremos excusarnos de cumplir los que hemos hecho con toda honestidad posible?

2. Aunque les perdonaron la vida, les quitaron la libertad y los sentenciaron a ser *leñadores y aguadores para toda la congregación* (v. 21). Con este arreglo quedó apaciguada la descontenta congregación.

Versículos 22–27

Queda zanjado el asunto entre Josué y los gabaonitas.

I. Josué les reprende por el fraude (v. 22). Y ellos se excusan lo mejor que pueden (v. 24) y, por lo que parece, ambos bandos quedan satisfechos. 1. Josué les reprocha suavemente: *¿Por qué nos habéis engañado?* 2. Ellos ponen como excusa la consideración de que la soberanía de Dios es irrefutable, su justicia es inflexible y su poder es irresistible; por lo que habían resuelto intentar saber cuál era su misericordia, y habían hallado que no habían confiado en vano en ella. No tratan de justificar su mentira, sino que, en realidad, piden perdón por ella, y apelan a que lo habían hecho únicamente para salvar la vida.

II. Josué los condena a servidumbre, como castigo por el fraude (v. 23), y ellos se someten de buen grado a la sentencia (v. 25).

1. Josué los declara esclavos a perpetuidad. Obsérvese la forma en que se les pronuncia la sentencia: (A) Su servidumbre es definida como maldición. (B) Con todo esta maldición se torna bendición; aunque van a ser siervos lo serán *para la casa de Dios* (v. 23). Los príncipes querían tenerlos como esclavos *para toda la congregación* (v. 21), pero Josué mitigó la sentencia, tanto por honor a Dios como por favor a los gabaonitas. Incluso el trabajo servil se torna honroso cuando se lleva a cabo por la casa de nuestro Dios. (a) Quedarían así excluidos de los privilegios y de las libertades propias de los israelitas de nacimiento. (b) Quedaban encargados de servicios que exigirían su asistencia personal cerca del *altar de Jehová en el lugar que Jehová eligiese* (v. 27), lo cual les conduciría al conocimiento de la ley de Dios. (c) Esto sería una gran ventaja para los sacerdotes y los levitas, pues tendrían a su servicio a estos hombres forzudos que les asistirían constantemente en los oficios de aportar leña y agua para las funciones del santuario. Era grande la cantidad de leña cortada que se necesitaba como combustible para la casa de Dios, así como la de agua que había de usarse para los muchos lavamientos que la ley prescribía. (d) De esta forma servían igualmente a la congregación, porque todo lo que promueve y exalta el culto a Dios es un gran servicio a la comunidad. Los gabaonitas son llamados más tarde *nethinim*, hombres dados como asistentes a los levitas del mismo modo que los levitas habían sido dados a los sacerdotes (Nm. 3:9) para asistirles en el servicio de Dios. (e) Esto puede considerarse como tipo de la futura admisión de los gentiles en la Iglesia.

2. Ellos se sometieron a esta condición (v. 25): Lo *que te pareciere bueno y recto hacer de nosotros, hazlo.* Con esto el asunto se dio por acabado. Y de este modo los esclavos de Israel fueron libertos de Dios, puesto que el ínfimo servicio a Dios es honorable libertad, y es una obra que comporta su propia recompensa. De modo semejante, sometámonos al Señor Jesús y dediquémosle nuestra vida. Si Él decide que llevemos su cruz y pongamos el cuello bajo su yugo para servirle en su altar, esto no será después para nosotros motivo de vergüenza ni de pesar.

CAPÍTULO 10

En este capítulo tenemos un relato de la conquista de los reinos de la parte sur del país de Canaán, así como en el próximo capítulo tendremos el relato de la conquista de la parte norte. Ahora se nos refiere: I. La derrota de los enemigos en el campo de batalla en la cual es de observar: 1. La confederación contra los gabaonitas (vv. 1–5). 2. La petición de socorro de los gabaonitas a Josué (v. 6). 3. La rápida marcha de Josué, bajo la protección de Dios, para prestarles auxilio (vv. 7–9). 4. La derrota de los reyes confederados (vv. 10, 11). 5. La milagrosa prolongación del día en favor de los conquistadores (vv. 12–

14). II. La ejecución de los reyes que habían escapado de la batalla (vv. 15–27). III. La toma de las ciudades y la total destrucción de cuanto fue hallado en ellas: Maqueda (v. 28) Libná (vv. 29–30), Laquís (vv. 31–32) y el rey de Guézer que intentó librarla (v. 33), Eglón (vv. 34–35), Hebrón (vv. 36–37) y Debir (vv. 38–39), y la caída de toda esta parte del país en manos de Israel (vv. 40–42). Finalmente, el regreso del ejército a su cuartel general (v. 43).

Versículos 1–6

Josué y sus huestes se habían apoderado de Jericó mediante un milagro, de Hay mediante una estratagema y de Gabaón por rendición previa, y eso era todo. Es probable que hubiese entre los israelitas algunos más o menos impacientes que se quejasen de la lentitud de Josué y preguntasen por qué no se penetraba inmediatamente en el corazón del país, antes de que el enemigo pudiese reunir sus fuerzas. Quizá censuraban la prudencia de Josué, teniéndola por apatía, cobardía o falta de ánimo. Pero Canaán no había de ser conquistado en un día, sino que los cananeos habían de ser expulsados *poco a poco* (Éx. 23:30). Además, Josué esperaba a que los cananeos tomasen la ofensiva. Después que Israel aguardó por algún tiempo la ocasión de presentar batalla a los cananeos, éstos le ofrecieron en bandeja la oportunidad.

I. Cinco reyes se confederaron contra los gabaonitas. Adonisedec, rey de Jerusalén, fue el primer promotor de esta confederación. Por lo que se ve, era un malvado, un implacable enemigo de la posteridad de aquel Abraham de quien su predecesor Melquisedec había sido tan fiel amigo. *Subid a mí*—dice—y *ayudadme, y combatamos a Gabaón.* El motivo para ello pudo ser: 1. Político, esto es, hacerse con la ciudad, ya que era un fuerte bastión y de gran importancia para el país en cuyas manos cayese; o 2. Pasional, es decir, para castigar implacablemente a los gabaonitas por haber hecho las paces con Josué, pues podía acusarles de haber traicionado los intereses de toda la comarca.

II. Los gabaonitas enviaron a Josué recado del peligro en que se hallaban (v. 6), pues consideraban que Josué estaba obligado a prestarles auxilio: 1. En conciencia, por ser sus servidores. 2. Por honor, ya que el motivo por el que les atacaban los enemigos era el respeto que habían mostrado a Israel. Cuando se coliguen contra nosotros nuestros enemigos espirituales y amenacen con tragarnos, acudamos en fe y oración a Cristo, nuestro Josué, para obtener fuerza y socorro, como lo hizo Pablo, y recibiremos la misma respuesta de paz: *Bástate mi gracia* (2 Co. 12:8, 9).

Versículos 7–14

I. Josué decide socorrer a los gabaonitas y Dios le anima en esta decisión. 1. Subió desde Guilgal (v. 7), determinado a socorrer a Gabaón. Sabía que al haber ellos abrazado la fe y el culto al Dios de Israel, habían venido a cobijarse bajo la sombra de sus alas (Rut 2:12) y, por tanto, como a siervos suyos, él se había obligado a protegerles. 2. Dios animó a Josué en esta empresa (v. 8): *No tengas temor de ellos;* es decir: (A) «No dudes de la bondad de tu causa ni de la claridad de tu llamamiento». (B) «No temas el poder del enemigo; *porque yo los he entregado en tu mano …»*

II. Josué se dispone a ejecutar su decisión, y Dios le ayuda en la ejecución de su propósito.

1. La gran habilidad de Josué y el poder de Dios que obra eficazmente para derrotar al enemigo. En esta acción Josué mostró su buena voluntad en la prisa que se dio para socorrer a Gabaón (v. 9).

Ahora que la cosa estaba madura para llevarla a cabo, nadie estaba tan presto como Josué, aunque antes pareciese lento. Marchó durante toda la noche, decidido a no dar descanso a sus ojos ni sopor a sus párpados hasta haber llevado a cabo su empresa. Aprendan aquí los soldados de Cristo a sufrir dificultades en el seguimiento de su Señor, y a no tenerse por maltrechos si su fidelidad al Maestro les exige de cuando en cuando perder el sueño de una noche; ya tendrán tiempo suficiente para descansar cuando lleguen al Cielo. Pero ¿por qué tenía que ponerse Josué a sí mismo y a sus hombres en tal aprieto? ¿No le había prometido Dios que, sin falta, *había de entregar a los enemigos en su mano?* Cierto que lo había prometido, pero las promesas de Dios no están para hacernos holgazanes, sino esforzados. *Y Jehová los llenó de consternación delante de Israel.* Israel hizo lo que pudo, pero Dios llevó a cabo la victoria.

2. La gran fe de Josué, y el poder de Dios hace al coronar la fe de Josué con el estupendo milagro de detener la marcha del sol, hace así que se prolongase el día de la victoria de Israel hasta la total derrota del enemigo. Las piedras de granizo no caían de un lugar más alto que las nubes, pero, para mostrar que el auxilio le venía a Josué de un lugar más alto, el sol mismo, que con su constante moción presta sus servicios a la tierra entera, se detuvo en esta ocasión para hacer un favor especial a los israelitas. *El sol y la luna se pararon en su lugar, a la luz de tus saetas que volaban* (Hab. 3:11).

(A) Vemos que: (a) Fue grandiosa en los labios de Josué la frase: *Sol, detente*. *Su* antepasado José había soñado que el sol y la luna le prestaban homenaje; pero ¿quién habría de pensar que, tras haberse cumplido en sentido figurado, se había de cumplir a la letra después en uno de su posteridad? Manda al sol que se detenga en Gabaón, el lugar de la acción bélica, y da a entender que lo que intentaba con esta petición era que Israel cobrase ventaja sobre sus enemigos.

(B) La maravillosa respuesta a la petición de Josué. Tan pronto como Josué pronunció la frase, *el sol se detuvo, etc.* (v. 13). ¿Cómo se realizó el fenómeno? El Dr. Ryrie (nota del traductor) resume así las distintas opiniones: «Las opiniones acerca de este fenómeno se dividen en dos clases. La primera sostiene que hubo una suspensión o un retraso de la rotación normal de la Tierra, de forma que hubiese ciertas horas (12 o 24) extra en la duración de aquel día. Dios obró así a fin de que las fuerzas de Josué pudiesen completar su victoria antes de que el enemigo tuviese una noche para descansar y reagrupar sus fuerzas. El hebreo para "se detuvo" (v. 13) es un verbo en movimiento, e indica un retraso o paro de la rotación de la Tierra en torno a su eje (lo cual no impediría el movimiento de traslación de la Tierra en torno al Sol). El versículo 14 indica que éste fue un día único en la historia del mundo. La segunda clase incluye opiniones que niegan toda forma de irregularidad en la rotación de la Tierra. Una de estas opiniones fundamenta la prolongación de la luz del día por medio de una singular refracción de los rayos solares, con lo que habría más horas de luz solar, pero no más horas del día. Otra opinión supone que consistió en prolongar la luz crepuscular para aliviar a los hombres de Josué de los ardientes rayos de un sol estival, mediante el envío de una tormenta de granizo, cosa desacostumbrada en verano. Esta opinión entiende el "se detuvo" del versículo 13 en sentido de "se estuvo quieto", o "cesó" lo que indicaría así que el Sol quedó arropado por las nubes de la tormenta sin que se añadiesen horas extra al día». A veces Dios completa en un solo día la salvación de su pueblo, como si fuese labor de un día. Se nos dice que esto quedó *escrito en el libro de Jaser,* una especie de colección de poemas oficiales, de los que nos fue preservado precisamente el que se compuso con este motivo. El sol, que es como el ojo del mundo, tuvo que detenerse por algunas horas (según antigua opinión. Nota del traductor) sobre Gabaón, y la luna sobre el valle de Ajalón, como para contemplar las maravillas de Dios en favor de Israel y, de este modo, hacer que los hijos de Israel mirasen en aquella dirección *para saber el prodigio que había acontecido en el país* (2 Cr. 32:31). También quería convencer y confundir a esos idólatras que adoraban al sol y a la luna y les rendían honores divinos, demostrándoles que estaban sujetos al mandato del Dios de Israel. También significaba este milagro que, en los días postreros, cuando la luz del mundo tendía a ser una noche de oscuridad, *el Sol de justicia,* nuestro Josué, había de levantarse (Mal. 4:2) para vencer a los poderes de las tinieblas y ser la luz verdadera que alumbra a todo hombre (Jn. 1:9).

Versículos 15–27

Los cinco reyes fueron completamente derrotados. Y Josué pensaría, tras la misión cumplida, que podía volver con sus fuerzas al campamento, pero pronto se da cuenta de que tiene otra tarea delante de él. Hay que perseguir a los fugitivos, para repartir los despojos.

I. Había que perseguir a las fuerzas que se habían dispersado. Josué da instrucciones a sus hombres para que persigan a los soldados enemigos e impedir así que escapen hasta sus guarniciones. El resultado de esta vigorosa persecución fue: 1. Que se llevó a cabo una gran matanza de los enemigos de Dios y de Israel. 2. El campo fue despejado de enemigos, quedando sólo los que estaban dentro de las ciudades fortificadas (v. 20). 3. Y *nadie osó hablar contra los hijos de Israel* (v. 21). Esta frase da a entender: (A) La perfecta seguridad y paz en que quedaron los hijos de Israel, pues después de aquella victoria se vieron libres de amenaza exterior; no había peligro ni de que les ladrase un perro. (B) La perfecta reputación y el honor de que gozaron, pues nadie se atrevió a lanzarles ningún reproche ni a dirigirles ninguna mala palabra.

II. Los reyes que se habían escondido tienen que salir a rendir cuentas como rebeldes contra el Dios de Israel.

1. Cómo quedaron aprisionados. La cueva en la que se habían refugiado, y confía en que sería su refugio, se convirtió en su prisión, en la que quedaron encerrados hasta que Josué se sentó para pronunciar sentencia contra ellos (v. 18).

2. Cómo fueron destruidos. Josué ordenó que los sacasen de la cueva, y los pusiesen delante de él uno por uno (vv. 22, 23). Y ya fuese que los atasen y echasen al suelo, o que ellos mismos se postrasen para pedir clemencia, lo cierto es que Josué llamó a los principales de la gente de guerra y les mandó que pusiesen el pie sobre el cuello de los así postrados. La escena se antoja bárbara a primera vista, al insultar así a hombres caídos del pináculo de la gloria a la más miserable ignominia. Ciertamente no debería servir de precedente, pero ha de tenerse en cuenta que lo extraordinario del caso requería extraordinarias medidas:

(A) Por medio de este acto público de justicia, ejecutada sobre los jefes de una confederación inicua, quería Dios que su pueblo se penetrase de un profundo sentimiento de horror y detestación de los pecados de *las naciones que Dios echaba delante de ellos*, pecados que ellos se sentirían tentados a imitar.

(B) también quería dar por buena la promesa hecha por Moisés (Dt. 33:29): *«Así que tus enemigos serán humillados, y tú hollarás sus alturas»*.

(C) Quería asimismo fortalecer y animar la fe y la esperanza de su pueblo Israel con relación a las guerras que todavía les esperaban. Por eso les dijo Josué: *No temáis ni os atemoricéis* (v. 25). Como si dijese: (a) «No temáis estas cosas, ni ninguna otra cosa de ellos». (b) «No temáis a otros reyes cualesquiera, que puedan en algún momento confederarse contra vosotros, pues veis aquí tan humillados a los que teníais por tan temibles».

(D) Finalmente, quería ofrecernos así un tipo y una figura de las victorias de Cristo sobre los poderes de las tinieblas, y de las victorias de los creyentes por medio de Él. Todos los enemigos del Redentor serán puestos un día por *escabel de sus pies* (Sal. 110:1). Tarde o temprano veremos todas las cosas puestas bajo sus pies (He. 2:8), y la *exhibición pública de triunfo sobre los principados y las potestades* (Col. 2:15).

3. Cómo fue cumplida en ellos la sentencia de muerte. Josué los hirió a espada y colgó sus cadáveres en sendos árboles hasta caer la tarde. Y antes de que se pusiese el sol fueron descolgados y arrojados *en la cueva donde se habían escondido* (vv. 26, 27). Si estos cinco reyes se hubiesen humillado a tiempo y hubieran pedido paz en lugar de guerra, habrían podido salvar la vida.

Versículos 28–43

I. Relato del modo como Josué se adueñó rápidamente de varias ciudades: 1. Las ciudades de tres de los reyes a quienes había derrotado en el campo de batalla fueron ocupadas por él: Laquís (vv. 31, 32), Eglón (vv. 34, 35) y Hebrón (vv. 36, 37). Las otras dos, Jerusalén y Jarmut, no fueron tomadas en este tiempo. 2. También se apoderó de otras tres ciudades de rango regio: Maqueda (v. 28), Libná (vv. 29, 30) y Debir (vv. 38, 39). 3. Horam, rey de Guézer, que había venido con sus fuerzas para librar a Laquís, fue destruido con todo su pueblo hasta no quedar ningún superviviente (v. 33).

II. La región que cayó ahora en manos de Israel (vv. 40–42) estaba ubicada al sur de Jerusalén y cayó más tarde en suerte, en su mayor parte, a la tribu de Judá.

1. La gran rapidez con que se adueñó Josué de estas ciudades.

2. La gran severidad con que trató a los pueblos conquistados. No dio cuartel a hombre, mujer o niño, sino que *pasó a filo de espada todo lo que tenía vida, y sin dejar nada* (vv. 28, 30, 32, 35, 40, etc.). Con esto quería Dios: (A) Manifestar su rechazo a las idolatrías y las otras abominaciones de las que habían sido culpables los cananeos. (B) Mostrar su gran amor hacia su pueblo Israel.

3. El gran éxito de esta expedición. El Señor, *Jehová el Dios de Israel peleaba por Israel* (v. 42). Ellos no habrían podido obtener la victoria si Dios no hubiese tomado por su cuenta la batalla.

CAPÍTULO 11

En este capítulo se continúa y se concluye el relato de la conquista de Canaán. I. La confederación de los reinos del norte contra Israel (vv. 1–5). II. El ánimo que Dios dio a Josué para que los venciese (v. 6). III. La consecución de dicha victoria (vv. 7–9). IV. La toma de las ciudades de dichos reinos (vv. 10–15). V. La destrucción de los anaceos (vv. 21–22). VI. La conclusión general de la historia de estas guerras de Canaán (vv. 16–20, 23).

Versículos 1–9

Entramos ahora en el relato de otra campaña que Josué llevó a cabo. En lo tocante a milagros, fue inferior a la otra en gloria. Las maravillas y portentos que Dios había llevado a cabo anteriormente, tenían por objetivo animar a los israelitas a que actuasen con valor. De modo semejante, la guerra contra el reino de Satanás mediante la predicación del Evangelio, fue comenzada con acompañamiento de muchos milagros; pero, una vez que se demostró suficientemente que era una guerra de Dios, los ministros o agentes de ella son dejados en manos de la gracia divina ordinaria, en el uso de la espada del Espíritu y no han de esperar súbitas tormentas de granizo ni retraso del sol en su carrera. En este relato tenemos:

I. Los cananeos toman la iniciativa en la agresión contra Israel. Los pecadores atraen la ruina sobre su propia cabeza, de forma que *Dios es justificado cuando habla, y* ellos no pueden echar la culpa a otro que a sí mismos. Aquí vemos que: 1. Varias naciones se unen en esta confederación; unas, en las montañas; otras, en el llano (v. 2). Se unen contra Israel como contra un enemigo común. Así es como *los hijos de este siglo* son más unidos y, por tanto, *más sabios, que los hijos de la luz.* La unanimidad de los enemigos de la Iglesia debería avergonzar a los amigos de la Iglesia para que se dejasen de discordias y divisiones y se esforzaran por ser unánimes. 2. El jefe de esta confederación era *Jabín rey de Hazor* (v. 1). Cuando hubieron reunido todas sus fuerzas formaban un gran ejército; también tenían muchos caballos y carros de combate, lo cual no hallamos que tuvieran los reyes del sur.

II. El ánimo que Dios dio a Josué para que se dispusiese a la batalla (v. 6): *No tengas temor de ellos.* Josué era notable por su valentía—era una de sus principales cualidades—; con todo, parece ser que necesitaba ser animado una y otra vez a no tener miedo. Para animarle: 1. Dios le asegura el éxito y fija la hora: *Mañana a esta hora.* 2. Le indica lo que podrá y deberá hacer: *Desjarretarás sus caballos, y sus carros quemarás a fuego,* no sólo para que Israel no los use después, sino también para que no los teman ahora. Israel debe considerar los carros enemigos como si fuesen madera podrida que sólo sirve para el fuego, y sus caballos de guerra como animales inválidos, inútiles para tirar de una carreta.

III. La marcha de Josué contra estas fuerzas confederadas (v. 7). *Vino de improviso contra ellos,* y los sorprendió en sus propios cuarteles.

IV. Su éxito (v. 8). Obtuvo el honor y el beneficio de una completa victoria; los persiguió y los hirió hasta acabar con ellos, hasta que no les quedó ninguno.

V. Su obediencia a las órdenes que se le habían dado de destruir caballos y carros (v. 9), lo cual era ejemplo del afán que tenía por inducir al pueblo a confiar únicamente en Dios quitándoles lo que podría haberles tentado a confiar más de la cuenta en medios materiales. Esto era como *cortarse la mano derecha* cuando ésta nos sirve de tropiezo.

Versículos 10–14

Tenemos el mismo aprovechamiento de la victoria que vimos en el capítulo anterior. 1. Se nos ofrece con particular detalle la destrucción de Hazor, porque fue allí, por iniciativa de su rey, donde se fraguó esa atrevida campaña contra Israel (vv. 10–11). 2. Del resto de las ciudades de aquella parte del país se dice solamente, en general, que Josué las tomó todas, pero no las quemó como hizo con Hazor, pues Israel había de habitar *en ciudades grandes y buenas que no había edificado* (Dt. 6:10), como eran éstas que fueron dejadas intactas.

Versículos 15–23

Ahora tenemos la conclusión de todo este asunto.

I. Se nos refiere brevemente en cuatro cosas lo que se llevó a cabo:

1. La obstinación de los cananeos en su oposición contra los israelitas. Se da a entender que otras ciudades habrían podido llegar a términos ventajosos, incluso sin venir con vestidos y calzados andrajosos, si se hubiesen humillado a pedir paz, pero nunca desearon condiciones de paz. Para castigarles por sus muchas iniquidades, Dios les abandonó a su insensatez, para que fuesen enemigos de Israel, en lugar de que Israel los tuviese por amigos.

2. La constancia de los israelitas en proseguir esta guerra (v. 18): *Por mucho tiempo tuvo guerra Josué con estos reyes.* Algunos piensan que fue por un tiempo de cinco años; otros opinan que se necesitaron siete años para subyugar a todo el país.

3. La destrucción final de los anaceos (vv. 21, 22). Esto se llevó a cabo ya fuese porque les saliesen al encuentro en los lugares donde estaban dispersos, como piensan algunos, o más bien, como opinan otros, porque fueron cazados en las fortalezas en que se habían refugiado, y fueron destruidos después del resto de los enemigos de Israel. Las montañas de Judá y de Israel eran la morada de estos hombres gigantescos; pero ni su estatura, ni la solidez de sus refugios, ni la dificultad de los lugares de paso hasta donde ellos se encontraban, pudo preservar de la espada de Josué a estos gigantes. Se menciona de un modo especial esta destrucción de los hijos de Anac porque habían aterrorizado a los espías cuarenta años antes, y además sus ventajas físicas, su estatura y su fuerza extraordinarias parecían un obstáculo insuperable para la conquista del país de Canaán (Nm. 13:28, 33). Los gigantes no son otra cosa que pigmeos para el Todopoderoso; con todo, la lucha con estos anaceos fue reservada para la última etapa de la guerra, cuando los israelitas se habían hecho más expertos en las artes de guerrear y habían tenido más y mejor experiencia del poder y de la bondad de Dios. Nótese que, muchas veces, Dios reserva a sus hijos las pruebas más duras, de aflicciones y tentaciones, para los últimos días de su vida. La muerte, ese tremendo engendro de Anac, es el último enemigo al que hay que hacer frente, pero también será destruida (1 Co. 15:26).

4. El fin y el resultado de esta larga guerra: *Josué tomó toda aquella tierra, etc.* (vv. 16, 17). Y hemos de suponer que los israelitas se distribuyeron, con sus familias, por las regiones conquistadas, al menos por las más cercanas al cuartel general en Guilgal.

II. Lo que ahora se había llevado a cabo es comparado con lo que había sido dicho a Moisés. Se hace referencia, al final del relato, de que: 1. Todos los preceptos que Dios había dado a Moisés con respecto a la conquista de Canaán fueron obedecidos por los hijos de Israel, al menos mientras vivió Josué. Josué mismo era un gran jefe; pero, con todo, lo más digno de alabanza en él fue su obediencia. En su celo por Jehová, Josué no perdonó ni a los ídolos ni a los idólatras. La desobediencia de Saúl, o, más bien, su obediencia parcial al mandato de Dios de destruir totalmente a los amalecitas, le costó el reino. 2. Todas las promesas que hizo Dios a Moisés con respecto a esta conquista fueron cumplidas de su parte (v. 23). Dios había prometido echar de delante de ellos a todas las naciones del país (Éx. 33:2; 34:11) y destruirlas y humillarlas delante de ellos (Dt. 9:3), y lo había cumplido ahora.

CAPÍTULO 12

Este capítulo es un compendio de las conquistas de Israel. I. Sus conquistas bajo el mando de Moisés, al otro lado del Jordán (vv. 1–6). II. Sus conquistas bajo el mando de Josué, en este lado del Jordán. 1. Las regiones que subyugaron (vv. 7, 8). 2. Los reyes a los que derrotaron, treinta y uno en total (vv. 9–24). Y esto se refiere aquí como prefacio al relato del reparto de la tierra de Canaán, para poner juntamente todo aquello que iba a ser distribuido.

Versículos 1–6

Josué, o quienquiera fuese el historiador, antes de compendiar las conquistas recientes que Israel había realizado, recita en estos versículos las anteriores conquistas en tiempo de Moisés, bajo cuyo mando los israelitas se hicieron dueños de los grandes y poderosos reinos de Sehón y Og. Hay que confesar que los servicios y éxitos de Josué fueron grandes, pero los de Moisés no pueden pasarse por alto ni ser relegados al olvido.

1. Descripción de la región anteriormente conquistada (v. 1): *Desde el arroyo de Arnón* en el sur *hasta el monte Hermón* en el norte. En particular, hallamos aquí una descripción del reino de Sehón (vv. 2, 3) y del de Og (vv. 4, 5). Moisés había descrito esta región con mucho detalle (Dt. 2:36, 3:4, etc.), y la descripción que aquí se nos ofrece concuerda con la suya. Se nos dice que el rey Og vivía en Astarot y en Edreí (v. 4), probablemente porque ambas ciudades eran regias; es decir, tenía palacio en las dos. Pero Israel le arrebató las dos ciudades y deparó un solo sepulcro a quien no se contentaba con un solo palacio.

2. Distribución de esta región. Moisés la había asignado a las dos tribus y media, a petición de ellas, dividiéndola entre ellas (v. 6), de lo que hallamos un detallado relato en Números 32. Se menciona aquí la división de la región cuando fue conquistada por Moisés, como ejemplo para Josué de lo que él debe hacer ahora que ha conquistado la región de este otro lado del Jordán. Moisés, en su tiempo, dio a una parte de Israel una comarca muy rica y fructífera, mas fue al otro lado del Jordán; pero Josué dio a todo Israel la tierra santa, la montaña del santuario de Dios, de este lado del Jordán.

Versículos 7–24

Compendio de las conquistas de Josué.

I. Los límites de la región que conquistó. La comarca limita con el Jordán por el este, y con el mar Mediterráneo por el oeste, extendiéndose desde Baal-gad, cerca del Líbano, al norte, hasta Halac, asentado sobre el país de Edom en el sur (v. 7). Estas fronteras se describen con más detalle en Números 34:2 y siguientes. Dios había quedado tan bueno como su palabra, y les había dado posesión de todo cuanto les había prometido por medio de Moisés.

II. Las diversas clases de suelo que se hallaron en esta región, lo cual contribuía grandemente tanto a su belleza como a su fertilidad (v. 8). Había montañas, pero no eran montes escarpados, rocosos, estériles, sino collados fértiles, de los que dan *el fruto más fino* (Dt. 33:15). Tampoco los valles eran musgosos ni pantanosos, sino *cubiertos de mieses* (Sal. 65:13). Había llanuras campestres y fuentes para regarlas; pero incluso en tierras tan ricas había desiertos o, más bien, bosques densos sin población.

III. Los diversos grupos étnicos que habían habitado en este país—heteos, amorreos, cananeos, etc.—, todos los cuales descendían de Canaán, el maldecido hijo de Cam (Gn. 10:15–18). Se habla de ellos como de siete naciones (Dt. 7:1), pero aquí se mencionan sólo seis, al ser eliminados (o quizá perdido) los gergeseos, aunque los hallamos en Gn. 10:16 y 15:21. Ya sea que fuesen incorporados a alguna de las otras naciones aquí enumeradas o que, según una tradición judía, ante el avance de Josué y de los israelitas bajo su mando, se retirasen al África, lo cierto es que no se nos habla de ellos en este lugar.

IV. Lista de los reyes que fueron derrotados y subyugados por la espada de Israel; los reyes de Jericó y Hay, el rey de Jerusalén y los príncipes del sur que entraron en coalición con él, y después los de la confederación del norte. Esto muestra cuán fértil era esta región de Canaán para poder mantener a tantos reinos.

CAPÍTULO 13

En este capítulo comienza el relato de la distribución de la tierra de Canaán, por suertes, entre las tribus de Israel. La preservación del reparto llevado entonces a cabo había de ser muy útil para la nación judía, pues quedaban obligados por la ley a guardar esta distribución para evitar transferencias de propiedad de una tribu a otra (Nm. 36:9). También nos es útil a nosotros para la explicación de otros pasajes de la Escritura, pues los expertos saben cuánta luz arroja sobre la historia de un país la descripción

geográfica de dicho país. En este capítulo: I. Dios le informa a Josué de la tierra que queda todavía por conquistar (de la que le había sido prometida a Israel) en el país de Canaán (vv. 1–6). II. No obstante, le ordena proceder al reparto de la ya conquistada (v. 7). III. Para completar la narración, se nos repite la distribución que Moisés había llevado a cabo en el otro lado del Jordán; primero, en general (vv. 8–14); después, en particular: lo que le cayó en suerte a Rubén (vv. 15–23), a Gad (vv. 24–28) y a la media tribu de Manasés (vv. 29–33).

Versículos 1–6

I. Dios le recuerda a Josué que se está volviendo viejo (v. 1).

1. Se nos dice que *era viejo, entrado en años.* Él y Caleb eran los únicos viejos entre los muchos millares de Israel pues sólo ellos habían sobrevivido de entre los que fueron contados al pie del Sinaí. (Nota del traductor: M. Henry, como la mayoría de los comentaristas, no se percata de que aquel recuento al pie del Sinaí *no incluye* a los de la tribu de Leví. En efecto, Eleazar, hijo de Aarón, tenía más de treinta años cuando salieron de Egipto y lo encontramos con vida varios años después de la entrada en Canaán.) Josué no tenía en su ancianidad el mismo vigor que Moisés tenía a los 120 años de edad. No todos los que llegan a viejos conservan las mismas fuerzas y salud. 2. Dios le hace percatarse de esto: *Tú eres ya viejo* (v. 1). Se lo dice: (A) Como razón por la que no debía proseguir personalmente la conquista de Canaán. Así como él había entrado en las labores de Moisés, otros tenían que entrar ahora en las de él y seguir adelante con una empresa que sólo en el tiempo de David tendría perfecto acabamiento. (B) Como una razón por la que debía darse prisa a llevar a cabo la distribución del territorio conquistado. Esta tarea había de ser llevada a cabo, y pronto; puesto que él ya *era viejo y entrado en años* (entre los 90 y los 100) y, al parecer, no iba a vivir por mucho más tiempo, debía dedicar sus últimos días a este servicio para la gloria de Dios y el provecho de Israel.

II. Le hace un breve recuento de la tierra que queda por conquistar, tierra que había sido prometida a Israel y de la que habían de adueñarse a su debido tiempo, a no ser que quisieran levantar una barrera en sus propias puertas. Se mencionan aquí diversos lugares; algunos al sur, como la región de los filisteos, gobernada por cinco príncipes, y el territorio que da al nordeste de Egipto (vv. 2, 3); otros, en el lado occidental, de cara a los sidonios (v. 4); otros, de cara al oriente, como todo el Líbano (v. 5); otros, en fin, hacia el norte, como el que estaba en la entrada de Hamat (v. 5). El Dr. Ryrie hace notar que la mención de los filisteos aquí, en territorio cananeo, parece ser una especie de nota editorial para llamar la atención de que era allí donde habían de establecerse, *andando el tiempo*, los filisteos.

III. Dios le promete hacer a los israelitas dueños de todas esas regiones que están todavía sin conquistar (v. 6): *Yo los arrojaré de delante de los hijos de Israel.* Esta promesa de arrojarlos de delante de Israel supone como condición necesaria que los hijos de Israel han de dedicarse a extirpar de sus límites a dichas naciones, y no permitir que queden dentro de su territorio; de lo contrario, no podía decirse que los arrojaba *de delante de ellos.* Si, más tarde, ya fuese por pereza o por cobardía, Israel no proseguía la tarea de extirparlos, sino que los dejaba en paz, no podían culpar de ello a Dios, sino a sí mismos, de que no fueran arrojados de delante de ellos. Nótese cómo une el Apóstol Pablo los dos conceptos básicos de la soberanía de Dios y de la responsabilidad humana cuando escribe a los fieles de Filipos (Fil. 2:12–13): *«... procurad vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros opera tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad».* Dios obra *por medio* de nosotros lo que obra *en* nosotros.

Versículos 7–33

I. Dios da orden a Josué de que asigne a cada tribu la porción que le corresponde en el país, incluido lo que queda por conquistar.

1. La tierra ha de ser distribuida entre las distintas tribus; no siempre han de vivir en común, como lo han hecho hasta ahora.

2. La tierra debe ser distribuida como heredad, aunque ha sido adquirida por medio de conquista. (A) La promesa de darles la tierra les ha llegado como una herencia de sus mayores, Ia tierra de la promesa pertenecía a los hijos de la promesa. (B) La posesión de la tierra había de ser transmitida a sus hijos igualmente por herencia.

3. No había de ser distribuida a capricho de Josué, aun cuando era un hombre prudente, justo y bueno, sino que había de hacerse echando suertes, a fin de que todo el asunto fuese dejado en las manos de Dios. Pero Josué había de tener el honor de ejecutar la distribución de lo que Dios determinase: (A) Porque él había pasado por la fatiga de la conquista. (B) Para que fuese en esto tipo de Cristo, quien no sólo ha derrotado en nuestro favor las puertas del Infierno, sino que también nos ha abierto las puertas del Cielo y, al haber comprado la herencia eterna para todos los creyentes, nos pondrá a todos nosotros, a su debido tiempo, en posesión de ella.

II. Se nos refiere luego la distribución de la tierra del otro lado del Jordán entre los hijos de Rubén, los de Gad y de media tribu de Manasés.

1. Por qué se intercala aquí esta distribución. (A) Como una razón por la que el territorio de esta parte del Jordán ha de ser repartido entre nueve tribus y media, porque las otras dos tribus y media habían obtenido ya su lote. (B) Como un modelo de la forma en que Josué había de distribuir el resto de la tierra. (C) Como una exhortación a Josué, a fin de que se diese prisa en distribuir esta parte del territorio, para que, de este modo, a las otras nueve tribus y media no se les impidiese tomar posesión de la tierra por más tiempo del necesario, ya que sus hermanos de las otras dos tribus y media estaban ya establecidos cómodamente en las fértiles tierras del otro lado del Jordán.

2. Los detalles relevantes de esta narración:

(A) Se nos da aquí una descripción general de la región que había sido otorgada a las dos tribus y media: *«la cual les dio Moisés ... según se la dio Moisés ...»* (v. 8). La repetición implica la ratificación de la concesión, hecha por medio de Josué. (a) La fijación de las fronteras de esta parte del país, por las cuales quedaban separados de las demás naciones (vv. 9 y ss.). Israel debe saber cuáles son sus fronteras y guardarlas celosamente. (b) Una excepción, en cuanto a la posesión plena de la tierra por parte de Israel, a pesar de que les había sido concedida: los gesureos y los maacateos no fueron echados de allí (v. 13).

(B) Un relato muy detallado de las heredades correspondientes a las dos tribus y media. Se refiere con tanta minuciosidad a fin de que la posteridad, al leer esta narración, se sienta más impresionada por la bondad que Dios tuvo para con sus antepasados, y también para que, al estar tan puntualmente detallados en este registro los límites de cada tribu, se eviten más eficazmente las posibles disputas acerca de la propiedad.

(a) Nos refiere primero el lote que le cayó en suerte a la tribu de Rubén, el primogénito de Jacob, quien, a pesar de haber sido desposeído de la dignidad y del poder anejos a la primogenitura, parece ser que tuvo la ventaja de ser servido el primero. La separación de esta tribu de las demás, por el río Jordán, fue algo que Débora lamentó posteriormente, así como la preferencia que los rubenitas dieron a sus propios intereses sobre los comunes de la nación (Jue. 5:15, 16). Dentro de los límites de esta tribu caían Hesbón y Sibmá, famosas por sus fértiles campos y sus viñedos. Tanto esta tribu como la de Gad fueron terriblemente sacudidas por Hazael, rey de Siria (2 R. 10:33), y después fueron desalojadas y llevadas cautivas por el rey de Asiria, veinte años antes de la general cautividad de las diez tribus del reino del norte (1 Cr. 5:26).

(b) El lote o heredad asignada a la tribu de Gad (vv. 24–28). Cae al norte de la heredad correspondiente a la tribu de Rubén; en esta tribu estaba la comarca de Galaad, tan famosa por su bálsamo, y las ciudades de Jabés-Galaad y Ramot-Galaad, de las que tantas veces hallamos mención en la Escritura. Sucot y Penuel, mencionadas en la historia de Gedeón, estaban también en esta tribu así como Sarón, famosa por sus rosas. Dentro de los límites de está tribu vivían aquellos ganaderos que amaban a sus cerdos más que al Salvador, dignos de ser llamados *gergeseos* más bien que *israelitas*.

(c) La heredad de la media tribu de Manasés (vv. 29–31). Basán, el reino de Og, estaba dentro de esta tribu. Basán era famosa por sus encinas que proveían excelente madera, y por su ganado: los toros y los carneros de Basán. Esta tribu caía al norte de la de Gad, llegaba hasta el monte Hermón y abarcaba parte de la comarca de Galaad. Mizpá estaba en esta tribu, y entre los que fueron honra y ornamento de dicha tribu se cuentan Jefté, Elías y Jaír. En un extremo de la tribu estaba Corazín, que tuvo el honor de que en ella obrase el Señor Jesús grandes maravillas, pero fue arruinada por la justa maldición que el mismo

Señor pronunció sobre ella por no haber sacado provecho de los milagros y de las enseñanzas del Maestro.

(d) A la tribu de Leví *no le dio Moisés heredad* (vv. 14, 33), pues así lo había dispuesto Dios (Nm. 18:20). Sus lugares de residencia habían de ser esparcidos por todas las tribus, y su mantenimiento había de estar también a cargo de todas las tribus (Dt. 10:9; 18:2).

CAPÍTULO 14

I. El método general que fue empleado en la división de la tierra (vv. 1–5). II. La demanda de Caleb de que se le diese Hebrón, según le había sido prometido; por ello, no había de entrar en suerte con el resto de la tierra (vv. 6–12). Josué se lo otorgó (vv. 13–15). Esto se llevó a cabo en Guilgal, que era todavía el cuartel general.

Versículos 1–5

El historiador nos cuenta ahora lo que se hizo de los territorios del país de Canaán. No se habían conquistado para dejarlos desiertos. En vano se habría conquistado la tierra si no hubiese de ser habitada. Pero nadie debía ocuparla a su capricho, sino que habían de seguirse las instrucciones que Dios había dado a Moisés para su distribución (Nm. 26:53, etc.).

I. Los agentes o albaceas de este gran asunto fueron Josué, en su calidad de primer magistrado; Eleazar, que era el sumo sacerdote, y diez príncipes, uno por cada tribu de las que iban a recibir ahora su heredad, y que habían sido nombrados con anterioridad por Dios mismo (Nm. 34:17 y ss.).

II. Las tribus entre las que había de ser distribuida esta parte del territorio eran nueve y media. No entraba en el reparto la tribu de Leví, cuya provisión no había de ser determinada de este modo pero José formaba dos tribus, Manasés y Efraín, conforme a la adopción de ellos por Jacob como si fuesen hijos suyos, con lo que el número de las tribus continuó siendo de doce, a pesar de no dar tierra a los hijos de la tribu de Leví (v. 4).

III. La forma de hacer el reparto fue *a suertes* (v. 2). Como leemos en Proverbios 16:33, *las suertes se echan en el regazo; mas de Jehová es la decisión de ellas.* Se usó aquí este método en un asunto de mucho peso e importancia suma; de otro modo, no habría sido posible dar satisfacción a todos; además, se usó de una manera solemnemente religiosa como una apelación a Dios, con el consentimiento de todo el pueblo, a fin de que él tomase la decisión.

Versículos 6–15

Antes de echar las suertes en el regazo para determinar la porción correspondiente a cada tribu, le fue asignada a Caleb la que le pertenecía. Caleb era ahora, exceptuando a Josué, el hombre más viejo de todo Israel (recuérdese lo dicho arriba con respecto a Eleazar, etc. Nota del traductor), pues todos los que tenían de veinte años para arriba cuando él tenía cuarenta años habían muerto en el desierto. Era muy apropiado, pues, que este fénix de su tiempo tuviese algún honor especial en la distribución de la tierra.

I. Caleb presenta su petición o, más bien, hace su demanda de que se le entregue Hebrón como posesión suya *(este monte,* la llama en el v. 12), y que no se eche a suertes como el resto del país. Para justificar su demanda, muestra que hacía mucho que Dios, por medio de Moisés, se lo había prometido.

1. Para dar mayor fuerza a su petición: (A) Trae consigo a los hijos de Judá, es decir, a los cabezas y principales jefes de dicha tribu. (B) Apela a Josué mismo tocante a la verdad de las alegaciones sobre las que fundamenta su petición: Tú *sabes …* (v. 6).

2. En su petición, presenta:

(A) El testimonio de su conciencia en lo referente al asunto de los espías. (a) Que dio el informe de acuerdo con lo que había en su corazón, como lo hallamos en Números 13:30; 14:7–9. No lo hizo por agradar a Moisés ni por apaciguar al pueblo; mucho menos por afán de contradecir a los otros espías, sino por plena convicción de la verdad de su informe y por una fe inconmovible en la promesa de Dios. (b) Que, con esto, *cumplió siguiendo a Jehová su Dios,* por tanto, no era vanagloria de parte de él hablar de este modo, como no lo es para los hijos de Dios declarar humildemente que lo son ya que *el Espíritu de Dios lo testifica junto con su propio espíritu* (Ro. 8:16) y, por tanto, pueden declarar muy agradecidos al Señor, y para dar ánimo a otros, lo que Dios ha hecho por ellos. (c) Que obró así cuando todos sus demás hermanos y compañeros en aquel servicio, exceptuando a Josué, habían dado un mal informe.

(B) La experiencia que había tenido desde aquel día de la bondad de Dios para con él. (a) Que le fue preservada la vida en el desierto, no sólo entre los comunes peligros y fatigas de aquella tediosa marcha, sino cuando toda una entera generación de israelitas exceptuando a él y a Josué, había caído en el desierto de una forma u otra ¡con qué acentos de gratitud a la bondad de Dios para con él lo dice! (v. 10): *Ahora bien* (lit. *Mira), Jehová me ha hecho vivir como Él dijo, estos cuarenta y cinco años,* ¡treinta y ocho años en el yermo, a través de las plagas y peligros del desierto, y cinco años en Canaán, a través de los peligros de la guerra! Nótese que cuanto más tiempo vivamos, más agradecidos debemos estar a la bondad de Dios en conservarnos la vida, a sus cuidados en prolongarnos esta vida tan frágil, y a su paciencia en soportar lo mucho que le ofendemos a lo largo de nuestra vida. (b) Que todavía estaba en condiciones de luchar ahora en Canaán. Aunque tenía ochenta y cinco años, se sentía tan animoso y vigoroso como cuando tenía cuarenta (v. 11): *Todavía estoy tan fuerte como el día que Moisés me envió.* Esto era fruto de la promesa de Dios, el cual siempre da más de lo que promete; cuando promete vida no sólo da vida, sino salud, fuerza y todo lo demás que hace que la vida prometida sea una bendición y un consuelo.

(C) La promesa que Dios le había hecho, por medio de Moisés, de que poseería este monte (v. 9). Éste era precisamente el lugar del que, más que de ningún otro sitio de Canaán, habían tomado los espías materia para su informe, pues fue aquí donde se encontraron con los hijos de Anac (Nm. 13:22), cuya vista tanto espantó a los otros espías (Nm. 13:33). Podemos suponer que Caleb, al observar el énfasis que ellos ponían en la dificultad de conquistar Hebrón, cuya guarnición era de gigantes, deseó valientemente que esa ciudad, considerada por ellos *invencible,* le fuese asignada a él por heredad, como si dijese: «Yo me encargaré de ella y si no puedo conquistarla para que sea mi heredad, me quedaré sin herencia». Escogió este lugar solamente porque era el más difícil de conquistar. Y, para mostrar que su ánimo no había decaído más que su cuerpo cuarenta años después se adhiere a la elección que había hecho entonces y conserva todavía el mismo estado de ánimo.

(D) La esperanza que tenía de hacerse con Hebrón, a pesar de que este monte estaba en poder de los hijos de Anac (v. 12): *Si Jehová está conmigo, los echaré, como me prometió Jehová.* Josué había conquistado ya la ciudad de Hebrón (10:37), pero el monte cercano, donde habitaban los hijos de Anac, estaba todavía sin conquistar. (a) Parece como si dudase de que Dios estaría con él (el hebreo dice: *Quizás Jehová estará conmigo*), pero no es que ponga en duda la palabra de Dios, sino que expresa el sentido de su propia indignidad, sin presunción por su parte. (b) En realidad, está completamente seguro de que así será, pues depende por completo de la soberanía y todosuficiencia de Dios quien puede fácilmente echar a los hijos de Anac de delante de él.

II. Josué le otorga lo que pide (v. 13): *Josué entonces le bendijo,* ensalzó su bravura, aplaudió su demanda y le concedió lo que pedía. Hebrón fue adjudicada a Caleb y a sus herederos (v. 14), *por cuanto había seguido cumplidamente a Jehová Dios de Israel.* Hebrón había sido la ciudad de Arbá, el mayor gigante entre los hijos de Anac (v. 15). En Génesis 23:2 es llamada *Quiryat-Arbá,* como sitio en que murió Sara. Por aquellos alrededores vivieron Abraham, Isaac y Jacob la mayor parte de su vida, y cerca de allí estaba la cueva de Macpelá, donde fueron sepultados. Quizá fue esto lo que llevó a Caleb a esta parte del país, cuando fueron a espiar, y le hizo desearla como heredad con preferencia a cualquier otra de aquel territorio. Fue después una de las ciudades asignadas a los sacerdotes (Jos. 21:23), y una de las *ciudades de refugio* (Jos. 20:7). Cuando estuvo en poder de Caleb se contentó con la comarca en torno de la ciudad y cedió gozoso la ciudad a los sacerdotes, ministros de Dios. Era ciudad regia y, en los comienzos del reinado de David, fue la metrópoli del reino de Judá; aquí es donde el pueblo acudía a él, y aquí es donde reinó por espacio de siete años.

CAPÍTULO 15

En este capítulo se nos dan detalles de la heredad que correspondió a la tribu de Judá, la cual tuvo en esto, como en otras cosas la precedencia. I. Las fronteras de la heredad de Judá (vv. 1–12). II. La asignación particular de Hebrón y su comarca a Caleb y a su familia (vv. 13–19). III. Los nombres de varias ciudades que cayeron dentro de la heredad de Judá (vv. 20–63).

Versículos 1–12

Judá y José fueron los dos hijos de Jacob sobre los que recayó la primogenitura, al ser desposeído Rubén de ella. A Judá le correspondió el cetro, pero a José le tocó la doble porción del primogénito. Por eso, estas dos tribus fueron las primeras en ser asentadas; la de Judá, en la parte sur del país; y la de José, en la parte norteña.

En estos versículos vemos las fronteras de la heredad de Judá, que, como las demás, fue establecida *conforme a sus familias* (v. 1), esto es, de forma proporcional al número de sus familias. Esto da a entender que Josué y Eleazar, con los demás delegados, luego que dieron a cada tribu, por suertes, su heredad, subdividieron estas heredades para dar a cada familia su lote y, finalmente, a cada casa.

1. El límite oriental era siempre *el mar Salado* (v. 5), es decir, el mar Muerto.

2. El límite del lado sur era siempre el del país de Canaán en general, como puede verse comparando los vv. 1–4 con Números 34:3–5. Así pues, esta fuerte, numerosa y guerrera tribu de Judá quedaba constituida la guardiana de la frontera de todo el país por el lado que caía hacia sus más jurados enemigos, los edomitas.

3. La frontera del norte la separaba de la tribu de Benjamín. En este punto se hace mención de *la piedra de Bohán,* un rubenita (v. 6) que murió en el campamento de Guilgal y fue enterrado no lejos de esta piedra. También está cerca de esta frontera el valle de Acor (v. 7), para refrescar la memoria de los hombres de Judá acerca del desastre que Acán, un miembro de su tribu, causó a toda la congregación de Israel. Este límite septentrional llegaba tan cerca de Jerusalén, que incluía en la heredad de la tribu de Judá el monte Sion, pero no el monte Moria (donde se erigió el altar para el sacrificio de Isaac—Gn. 22—y donde se edificó el Templo), que con la mayor parte de la ciudad, correspondieron a la tribu de Benjamín.

4. El límite occidental llegó al principio (v. 12) hasta el Mediterráneo, pero la tribu de Dan tomó más tarde una buena parte de la heredad de Judá en ese lado.

Versículos 13–19

Parece ser que al historiador le agrada mencionar a Caleb siempre que tiene ocasión, porque Caleb había honrado a Dios.

I. Josué le cedió a Caleb, como ya vimos, el Hebrón como heredad para él y sus descendientes. Aquí se repite el relato de dicha cesión (v. 13).

II. Una vez que Caleb obtuvo esta cesión, se nos refiere:

1. Cómo dio a conocer su valentía en la conquista de Hebrón (v. 14): *Echó de allí a los tres hijos de Anac*. Es decir, los echó él y los que le asistían en esta lucha.

2. Cómo dio ánimos a los que estaban empeñados en la conquista de Debir (vv. 15 y ss.). Aunque Josué se había adueñado antes (10:39) de Debir ello había sido una operación parcial y como de paso, pues los cananeos habían vuelto a tomarla al no haber allí una guarnición permanente, por lo que se necesitó otra operación para conquistarla definitivamente. Por eso Caleb, una vez que se adueñó de Hebrón para sí y su familia, se interesó en la conquista de Debir, y mostró así que no miraba solamente por el interés suyo personal y de su familia, sino también por el bien de la comunidad.

3. La oferta que Caleb hizo de su hija como esposa, y con buena dote para cualquiera que se atreviese a tomar la ciudad. La familia de Caleb, no sólo era piadosa, sino también rica y honorable. Tomó la ciudad valientemente Otoniel (después juez en Israel), sobrino de Caleb y a quien éste tenía

probablemente en su pensamiento cuando hizo la oferta de su hija (v. 17). Así fue como Otoniel se casó con su prima hermana Acsá hija de Caleb. El historiador nos informa de la dote de Acsá. Su padre le cedió espontáneamente parte de la tierra, en el Néguev (v. 19). Pero era tierra de secano por lo que ella le pidió *las fuentes de aguas, de arriba y de abajo,* divididas por el río o torrente, hoy llamado Wad-el-Dilbeh, a unos 10 kilómetros al suroeste de Hebrón.

4. Esta petición la hizo Acsá cuando su padre la llevaba a la casa de su futuro marido. *Ella se bajó del asno* en señal de respeto a su padre. Estaba segura de que su padre no le negaría esta petición, ya que ella se casaba, no sólo con el consentimiento de su padre, sino también en obediencia a su mandato. Sólo le pide *agua,* ya que, sin ella, el terreno de poco le serviría. Por supuesto al pedirle *fuentes de agua,* quería decir terreno donde hubiese tales fuentes. Acsá obtuvo lo que pedía, y más de lo que pedía, pues su padre le concedió las de ambos lados del río.

5. De esta historia aprendemos que no se quebranta el décimo mandamiento por desear ordenadamente aquellas conveniencias materiales que pueden obtenerse de forma honesta y normal. Maridos y esposas deben aconsejarse mutuamente, y llegar a un acuerdo conjunto, sobre las materias que interesan al bien de la familia. Y los padres no han de pensar jamás que pierden aquello que conceden a sus hijos para lo que a éstos les conviene realmente.

Versículos 20–63

Lista de ciudades que tocaron en suerte a la tribu de Judá.

I. Dichas ciudades se nombran y se enumeran de distintas formas.

1. Algunas de ellas se hallaban *en el extremo sur, hacia la frontera de Edom* (vv. 21–32). Aparecen los nombres de 38 y, sin embargo, se nos dice que eran 29 (v. 32), por la sencilla razón de que nueve de ellas fueron transferidas posteriormente a la heredad de Simeón. 2. De otras se dice que estaban *en las llanuras* (v. 33), de éstas se dice que eran *catorce* (v. 36), aunque contamos quince. Lo más probable es que la última, Gederotaim, fuese simplemente una extensión, o dependencia, de Gederá. 3. Dieciséis más son enumeradas sin epígrafe alguno (vv. 37–41); y a continuación, nueve más (vv. 42–44). 4. Después, las tres ciudades de los filisteos: Ecrón Asdod y Gaza (vv. 45–47). 5. Finalmente, las ciudades *en las montañas* (vv. 48 y ss.).

II. Ciertos detalles son de notar aquí. 1. No hallamos Belén que fue después la ciudad de David, y ennoblecida más aún posteriormente con el nacimiento de nuestro Salvador. Pero esta ciudad era *pequeña para ser contada entre las familias de Judá* (Mi. 5:2), a pesar del gran honor que había de recibir. Cristo vino a dar honor a lugares que no tenían ningún honor que darle a Él. 2. De Jerusalén se nos dice que continuó en manos de los jebuseos (v. 63), porque *los hijos de Judá no pudieron arrojarlos,* debido a su pereza, estupidez e incredulidad. 3. Entre las ciudades de Judá (114 en total) encontramos Libná, que se sublevó en tiempo de Joram y, probablemente, se constituyó en ciudad independiente (2 R. 8:22). También hallamos Laquís, donde mataron al rey Amasías (2 R. 14:19). Ella fue la pionera de la idolatría en Judá: *principio de pecado a la hija de Sion* (Mi. 1:13). Muchas de estas ciudades son mencionadas en la narración de las aflicciones por las que hubo de pasar David: Zif, Siclag, Adulam, Keilá (o Queilá), Maón, Engadí.

CAPÍTULO 16

En este capítulo y en el siguiente hallamos las heredades que correspondieron a las tribus de Efraín y Manasés, los hijos de José, quienes, junto a Judá, habían de tener los puestos de honor y, por ello, la primera y mejor porción al norte del país, así como Judá tenía la mejor porción en el sur. I. Un informe general de la heredad de ambas tribus en conjunto (vv. 1–4). II. Las fronteras de Efraín en particular (vv. 5–10), mientras que las de Manasés se nos detallan en el capítulo siguiente.

Versículos 1–4

Aunque José era uno de los más jóvenes entre los hijos de Jacob era el hijo querido de Jacob, por ser el mayor de los dos que le dio a luz su mujer preferida, Raquel. Por eso, la posteridad de José quedó muy favorecida en el reparto, pues les correspondió la heredad en el corazón mismo del país de Canaán. Por el este se extendía hasta el Jordán (v. 1); por el oeste, hasta el Mediterráneo. La fertilidad del suelo correspondía a las bendiciones pronunciadas por Jacob (Gn. 49:25, 26) y Moisés (Dt. 33:13 y ss.). Pero las porciones de Efraín y Manasés no se nos describen con tanto detalle como las de las otras tribus; sólo se mencionan las fronteras, pero no las ciudades.

Versículos 5–10

I. La descripción de la frontera de Efraín por la que quedaba separada de las tribus de Benjamín y Dan por el sur, y de la de Manasés por el norte. De este a oeste llegaba desde el Jordán hasta el mar Mediterráneo.

II. Se habla también de algunas *ciudades que se apartaron,* es decir, fueron reservadas, para los hijos de Efraín, aunque no caían dentro de sus fronteras, al menos si se tiraba una línea recta, sino que caían en territorio de Manasés (v. 9).

III. Se marca a los efrainitas con el reproche de que no expulsaron a los cananeos que habitaban en Guézer (v. 10), sino que los hicieron tributarios. Esto demuestra que obraron así llevados de la codicia, para aprovecharse del trabajo de estos cananeos; pero al tener que tratar con ellos por razón de los tributos se ponían en peligro de quedar infectados de su idolatría. Hay, sin embargo quienes opinan que, al ponerles bajo tributo, les obligaron a renunciar a sus ídolos. Samaria, edificada por Omrí después del incendio de su palacio en Tirsá (1 R. 16:24), estaba en esta tribu y fue por largo tiempo la capital del reino de las diez tribus del norte. No lejos de allí estaba Siquem, así como los montes Ebal y Guerizim, y Sicar cerca del pozo de Jacob, donde estuvo el Señor hablando con la samaritana. Se nos habla repetidas veces del monte Efraín en el libro de los Jueces, y de una ciudad llamada *Efraín,* es de suponer dentro de esta tribu, a la que se retiró en cierta ocasión Jesús con sus discípulos (Jn. 11:54). Todo el reino del norte es decir, de las diez tribus, es llamado con frecuencia en los profetas, especialmente en Oseas, *Efraín.*

CAPÍTULO 17

Aquí se hace provisión para la media tribu de Manasés. I. Las familias de esta tribu a las que se asignó heredad en este lado (vv. 1–6). II. El territorio que les correspondió (vv. 7–13). III. La demanda conjunta de ambas tribus descendientes de José de que se les ampliara la heredad, y la respuesta de Josué a tal demanda (vv. 14–18).

Versículos 1–6

Aunque Manasés era ya una mitad de la tribu de José, fue dividida y subdividida, a pesar de ello.

I. Fue dividida en dos partes una de ellas ya establecida al otro lado del Jordán, la cual constaba de los descendientes de Maquir (v. 1). Este Maquir le había nacido a Manasés en Egipto y es señalado aquí como hombre de guerra; quizá tomó parte en la lucha entre los efrainitas y los hombres de Gat (1 Cr. 7:21).

II. Esa parte de este lado del Jordán fue subdividida en *diez partes* (v. 5).

1. La reclamación que hicieron las hijas de Zelofehad, fundada en la orden que Dios dio a Moisés con respecto a ellas (v. 4). En fecha anterior, ellas habían abogado por su causa ante Moisés y obtenido la

garantía de que se les daría heredad entre sus hermanos y, no queriendo perder el privilegio que se les había concedido, se presentaron al sumo sacerdote, a Josué y a los príncipes del pueblo.

2. Su demanda fue atendida y se les asignaron las heredades que les correspondían según la garantía previamente dada. Josué sabía muy bien lo que Dios había ordenado en este caso y no puso ninguna objeción; no había razón para que se les negase su parte en la posesión de la tierra prometida, por el mero hecho de que no habían servido militarmente para conquistar la tierra. Así que *les dio heredad entre los hermanos del padre de ellas, conforme al dicho de Jehová* (v. 4).

Versículos 7–13

Breve narración de las heredades que le tocaron a esta media tribu. Llegaban desde el Jordán en el este hasta el Gran mar por el oeste; por el sur, seguían una línea continua adyacente a la tribu de Efraín, pero al norte lindaban con Aser e Isacar. Respecto a este territorio hay algunos detalles dignos de observación:

I. Había intercomunicación entre esta tribu y la de Efraín. La ciudad de Tapuá pertenecía a Efraín, pero la tierra circundante era de Manasés (v. 8); había igualmente otras ciudades de Efraín que caían dentro del territorio de Manasés (v. 9), de lo cual ya hemos leído en 16:9.

II. Manasés tenía igualmente ciudades que caían dentro de las heredades asignadas a Isacar y Aser (v. 11). Dios lo había ordenado así para que, aun poseyendo cada tribu su heredad respectiva, no se enajenasen unas de otras, sino que se mezclasen en matrimonio, etc., y mostrasen así que pertenecían a un solo Israel.

III. Soportaron que los cananeos viviesen entre ellos, en contra del mandamiento de Dios y en servicio de sus propios intereses, pues los hicieron tributarios (vv. 12, 13). La persona más importante de esta media tribu fue, posteriormente, Gedeón, cuyas grandes hazañas fueron llevadas a cabo dentro de los límites de su tribu.

Versículos 14–18

I. Los hijos de José se querellan acerca de su porción y Josué les hace ver que, en el desempeño de su oficio, y al actuar de forma oficial, no podía beneficiar a su propia tribu más que a cualquiera otra. Dos cosas le proponen: 1. Que, gracias a la bendición de Dios sobre ellos, se habían hecho muy numerosos (v. 14): *Siendo nosotros un pueblo tan grande, y que Jehová nos ha bendecido hasta ahora.* Como si dijese: «Si Dios nos ha dado tantas bocas, hemos de esperar que se nos de alimento para llenarlas». 2. Que una buena parte de la heredad que les había tocado en suerte estaba aún en manos de los cananeos, y que éstos eran allí formidables enemigos, pues podían poner en el campo de batalla *carros herrados* (v. 16); es decir, con chapas de hierro cortantes clavadas a los lados, o arboladas en el eje, de forma que causaban una carnicería a los que se les acercaban, trillándolos como si fuesen trigo.

II. Josué, con gran penetración psicológica, les anima a que luchen por su causa, precisamente por el hecho de que son *un gran pueblo*, y de *gran poder* (v. 17). Les reconoce que son un gran pueblo y que, siendo dos tribus, les corresponde más de una parte, pero a la vez les hace ver que lo que les ha caído en suerte les bastaría para todos, con tal que luchasen por conquistar todo el territorio. Es como si les dijera: «Si tienes muchas bocas que llenar, también tienes el doble de manos que emplear; ganaos primero lo que habéis de comer». Así pues:

1. Les pide que pongan manos a la obra: «*Subid al bosque* (v. 15), que está dentro de vuestro territorio, y cortad allí los árboles; *haceos desmontes* para allanar el terreno y, con arte y laboriosidad, tendréis buena tierra y fácil de arar». Hay muchos que tienen grandes posesiones y ambicionan tener más, cuando les bastaría con cultivar y sacar el mejor partido de lo que ya tienen.

2. Les pide igualmente que luchen para obtener más terreno. Ellos se quejaban de que no podían arrimarse a los bosques de los que Josué les hablaba, ya que, en el valle que mediaba entre ellos y el

bosque, se hallaban los temibles cananeos con sus carros herrados, con los que no se atrevían a entrar en combate.

CAPÍTULO 18

En este capítulo se nos refiere: I. El asentamiento del tabernáculo en Silo—mejor, Siló—(v. 1). II. Josué incita a las siete tribus que todavía estaban sin establecerse a que miren por sí mismas y les indica la forma en que deben preparar la descripción de la tierra que faltaba por repartir, a fin de echar suertes sobre ella (vv. 2–7). III. Distribución de la tierra en siete lotes por mano de los hombres que habían sido encargados de esta tarea (vv. 8, 9). IV. La adjudicación, por suertes, de dichos lotes a las siete tribus que todavía carecían de heredad (v. 10). V. Las fronteras de la heredad de Benjamín (vv. 11–20). VI. Las ciudades de la heredad de Benjamín (vv. 21–28). En el capítulo próximo hallaremos la provisión hecha para las seis tribus restantes.

Versículo 1

En medio de la narración del reparto de la tierra, se introduce aquí este informe de la erección del tabernáculo de reunión en Siló, el cual había permanecido hasta ahora en su antiguo lugar, el centro del campamento; pero ahora que tres de los cuatro escuadrones que lo rodeaban en el desierto habían quedado rotos y disminuidos, era ya hora de pensar en trasladar el tabernáculo a una ciudad. Muchas veces lo habían llevado y asentado los sacerdotes y levitas en el desierto, de acuerdo con las instrucciones que se les daban (Nm. 4:5 y ss.), pero ahora era necesario asignarle residencia fija.

I. El lugar al que fue trasladado el tabernáculo y en el que fue asentado era Siló, ciudad de la heredad de Efraín, pero muy cerca de la frontera con Benjamín. Fue elegido este lugar: 1. Porque estaba en el corazón del país. Así como había estado en el centro del campamento cuando peregrinaban por el desierto, así también debía estar ahora en el centro del país. 2. La erección del tabernáculo en Siló (hebreo *Shiloh*) podía servirles de indicación de que en aquel otro Shiloh del que les había hablado a sus hijos Jacob, todas las ordenanzas de este santuario terrenal tendrían su cumplimiento en un tabernáculo mayor y más perfecto (He. 9:1, 11).

II. La manera solemne de llevar a cabo esta operación: *Toda la congregación de los hijos de Israel se reunió en Siló* para asistir a la solemnidad y rendir honor al Arca de Dios, que era la señal de su presencia entre ellos. Era un buen presagio de próspero establecimiento de ellos mismos en Canaán el que su primera preocupación fuese ver el Arca bien asentada, tan pronto como tuvieron un lugar conveniente y seguro donde colocarla. Aquí continuó el Arca durante unos 300 años, hasta que los pecados de los hijos de Elí dieron motivo para que se perdiese el Arca y sobreviniese la destrucción de Siló, de tal forma que sus ruinas sirvieron mucho tiempo después como amonestación severa a Jerusalén: *Andad ahora a mi lugar en Siló … y ved lo que le hice por la maldad de mi pueblo Israel* (Jer. 7:12, comp. con Sal. 78:60).

Versículos 2–10

I. Josué reprocha a las tribus que todavía no estaban establecidas el que no hacen nada por obtener residencia en la tierra que Dios les ha dado. Josué les arguye (v. 3): *¿Hasta cuándo seréis negligentes?* 1. Parecían demasiado satisfechos con su actual condición. El botín que habían tomado de las ciudades conquistadas les servía para vivir en comodidad y abundancia al presente hasta el punto de no pensar en el porvenir. 2. Se mostraban negligentes y demoradores. Nótese que hay muchos que, por aparentes dificultades, no cumplen con sus obligaciones perentorias y se privan a sí mismos de las verdaderas conveniencias. Dios, por su gracia, nos ha otorgado el título de posesión de una buena tierra, la Canaán celestial, pero somos *negligentes en tomar posesión;* no entramos en el reposo, como podríamos hacerlo por fe, en esperanza y con santo gozo; no vivimos en el Cielo, como podríamos hacerlo, si pusiésemos la mira en las cosas de arriba (Col. 3:1–3), pues allí tenemos la ciudadanía.

II. Les indica un método para que puedan llevar a cabo debidamente su necesario establecimiento.

1. La tierra que quedaba por ocupar debía ser recorrida y descrita después de tomar nota de sus ciudades y de los territorios respectivos (v. 4). Las heredades habían de dividirse en siete partes iguales, teniendo en cuenta que los levitas no habían de poseer heredad temporal. Gad, Rubén y media tribu de Manasés estaban ya establecidos. Ahora bien: (A) Los supervisores de la tierra habían de ser tres varones de cada tribu de las que estaban por establecer (v. 4). (B) La tarea se llevó a cabo, y el informe fue presentado a Josué (vv. 8, 9). Vemos aquí: (a) La fe y la bravura de las personas empleadas para esta operación: quedaban numerosos cananeos en la tierra, y todos ellos estaban furiosos contra Israel, como una osa a la que han robado sus cachorros. (b) La buena providencia de Dios al protegerles de tantos peligros a que habían estado expuestos, y al traerlos a Siló sanos y salvos.

2. Recibido el informe y dividida la tierra en siete lotes, Josué invocaría el auxilio y la dirección de Dios para que determinase qué lote había de tocar a cada tribu (v. 6): Y yo *os echaré suertes aquí delante de Yahveh nuestro Dios.* Era una transacción sagrada.

Versículos 11–28

La heredad de Benjamín, que la providencia hizo caer cerca de la de José por uno de los lados, ya que Benjamín era el único hermano de padre y madre de José, pues el pequeño Benjamín (Sal. 68:27) necesitaba la protección del gran José. Por el otro lado, estaba cerca de la tribu de Judá, a fin de que, más tarde, se uniese a Judá en su adhesión al trono de David y al templo de Jerusalén.

1. Las fronteras exactas de esta tribu. El límite occidental, por la descripción que se nos hace, parece ser que corría en línea paralela al Mediterráneo, aunque a distancia.

2. Las ciudades incluidas en el territorio de esta tribu son mencionadas aquí, no todas, sino las 26 más importantes. Aparece en cabeza Jericó, aun cuando ya estaba desmantelada, y estaba prohibida su edificación con portones y murallas. También estaba dentro de esta tribu Guilgal, donde acampó primero Israel cuando fue hecho rey Saúl (1 S. 11:15). Fue después un lugar muy profano: *Toda la maldad de ellos apareció en Guilgal* (Os. 9:15). También Betel, lugar famoso, estaba en esta tribu.

CAPÍTULO 19

En la descripción de las heredades de Judá y Benjamín se nos informaba tanto de las fronteras que las rodeaban como de las ciudades que contenían. En cuanto a Efraín y Manasés, se nos mencionan las fronteras, pero no las ciudades; en este capítulo se nos describen las ciudades pertenecientes a las tribus de Simeón y de Dan, pero no se mencionan sus fronteras, porque estaban dispersas, especialmente la de Simeón, por el territorio de Judá; en cuanto al resto de las tribus, se nos mencionan los límites y las ciudades, especialmente las que eran fronterizas. I. La heredad de Simeón (vv. 1–9). II. La de Zabulón (vv. 10–16). III. La de Isacar (vv. 17–23). IV. La de Aser (vv. 24–31). V. La de Neftalí (vv. 32–39). VI. La de Dan (vv. 40–48). VII. Finalmente, la herencia asignada al propio Josué y a su familia (vv. 49–51).

Versículos 1–9

La heredad de Simeón fue sacada a suertes después de las de Judá, José y Benjamín, porque Jacob había profetizado desgracia para esta tribu. Ni un solo personaje de nota, ni un juez, ni un profeta, fue de esta tribu, que nosotros sepamos.

I. Que la situación de la heredad de Simeón caía dentro de los límites de la tribu de Judá (v. 1), y de dicha tribu la obtuvieron (v. 9). 1. Los hombres de Judá no se opusieron a que se les quitaran ciudades que en la primera distribución habían caído dentro de sus fronteras, al ser convencidos de que poseían mayor territorio del que necesitaban (v. 9). 2. Las ciudades que se restaron a Judá le tocaron, por disposición de la Providencia, a la tribu de Simeón, lo cual les llevó a entrar en confederación con la tribu

de Judá (Jue. 1:3) y, más tarde, les fue ocasión feliz para que muchos hombres de esta tribu se adhiriesen a la casa de David, cuando las diez tribus rebeldes se adhirieron a Jeroboam.

II. Se mencionan los nombres de las ciudades que correspondieron al lote de Simeón. En primer lugar figura Beerseba, probablemente una extensión de Sebá, que figura en segundo lugar, ya que leemos en el v. 6 que eran *trece ciudades,* siendo así que en la enumeración aparecen catorce. Una de las ciudades de esta tribu es Siclag, mencionada en la historia de David.

Versículos 10–16

Ahora llegamos a la heredad de Zabulón, quien, aun cuando nació de Lea después de Isacar, fue bendecido antes que él por Jacob y por Moisés.

I. La heredad de esta tribu lindaba con el Mediterráneo por el oeste, y con el lago de Genesaret por el este, conforme a la profecía de Jacob (Gn. 49:13): *Zabulón ... será para puerto de naves,* naves mercantes en el Mediterráneo, y naves de pesca en el mar de Tiberíades.

II. Aunque ya en el Antiguo Testamento hubo lugares ilustres dentro de los términos de esta tribu, especialmente el monte Carmel, fue mucho más ilustre en el Nuevo Testamento, ya que en esta tribu caía Nazaret, donde nuestro bendito Salvador pasó la mayor parte de su vida terrenal, así como la región costera del lago de Genesaret, donde Cristo predicó tantos mensajes y llevó a cabo tantos milagros.

Versículos 17–23

La heredad de Isacar se extendía desde el Jordán por el oriente hasta el Mediterráneo por el poniente, y tenía a Manasés en el sur, y a Zabulón en el norte. Lugares importantes dentro de esta tribu fueron: 1. Jizreel, donde estaba el palacio de Acab, y cerca de allí, la viña de Nabot. 2. Sunem, donde vivía la buena sunamita que hospedó a Eliseo. 3. El arroyo de Cisón, en cuyas riberas Débora y Barac derrotaron a Sísara (Jue. 4). 4. Las montañas de Guilboa, donde cayeron Saúl y Jonatán, no lejos de Endor, donde Saúl fue a consultar a la bruja. 5. El valle de Meguidó, donde fue muerto Josías cerca de Hadad-Rimón (2 R. 23:29; Zac. 12:11).

Versículos 24–31

La heredad de Aser caía sobre la costa del Mediterráneo. La única persona notable de esta tribu, que sepamos, fue Ana la profetisa, tan constante en su asistencia al templo en los días en que nació nuestro Salvador (Lc. 2:36). Muy cerca de la frontera de esta tribu estaban los celebrados puertos marítimos de Tiro y Sidón.

Versículos 32–39

Neftalí era la tribu que caía más al norte que todas las demás, ya que estaba muy cerca del monte Líbano. La ciudad de Lésem estaba en el rincón más septentrional de la tribu, por lo que, cuando los danitas se hicieron dueños de ella, le cambiaron el nombre por el de *Dan* (v. 47), por lo que la largura del país de Canaán, de norte a sur, es descrita como *desde Dan hasta Beerseba.* Fue dentro de los límites de esta tribu, cerca de las aguas de Merom, donde Josué derrotó a Jabín (11:1 y ss.). En esta tribu caían también Capernaúm y Betsaida, al norte del lago de Genesaret, ciudades en las que Cristo obró tantos milagros.

Versículos 40–48

Aunque la tribu de Dan había estado al frente de uno de los cuatro escuadrones del campamento de Israel durante la marcha por el desierto, el escuadrón que iba a la retaguardia, fue la última en obtener su heredad en Canaán, la cual le correspondió en la parte sur del país, entre Judá por el este y el país de los

filisteos por el oeste, con Efraín al norte y Simeón al sur. La Providencia colocó a esta tribu en lugares de peligro por ser tan numerosa y fuerte para habérselas con aquellos vecinos tan vejatorios como eran los filisteos. Por eso hallamos allí a Sansón. La ciudad de Jope caía en esta heredad.

Versículos 49–51

Finalmente la heredad que le fue asignada especialmente a Josué. 1. Él fue el último en ser servido, a pesar de ser el hombre más anciano y más grande de todo Israel. En todo lo que hizo, sólo miró por el bien del país, sin buscar su propio interés, y se contentó con carecer de heredad mientras todos los demás no tuviesen fijada la de ellos. 2. Le dieron la heredad que pidió, *según la palabra de Jehová* (v. 50). Es probable que, cuando Dios le asignó a Caleb, por medio de Moisés, la heredad que había de recibir (14:9), hiciera lo propio con respecto a Josué. 3. Escogió el monte de Efraín, que pertenecía a su tribu. 4. Se nos dice que *se la dieron los hijos de Israel* (v. 49), lo cual dice mucho en favor de su humildad, ya que no la tomó para sí sin el consentimiento y la aprobación del pueblo. 5. Era una ciudad que necesitaba ser edificada antes de que estuviese en condiciones de poder habitar en ella.

CAPÍTULO 20

Este breve capítulo trata de las ciudades de refugio, de las que leemos con frecuencia en los escritos de Moisés, pero esta es la última vez que se nos mencionan, ya que ahora todo el asunto estaba enteramente concluido. I. La ley que Dios dio acerca de dichas ciudades (vv. 1–6). II. Las ciudades que fueron señaladas por el pueblo para ese fin (vv. 7–9). El remedio provisto mediante esta ley era figura de mejores cosas para más adelante.

Versículos 1–6

La ley de Moisés ordenaba varias cosas que habían de llevarse a cabo cuando el pueblo entrase en posesión de la tierra prometida; entre ellas estaba señalar santuarios para proteger a los culpables de homicidio involuntario. El interés de la nación exigía que el vengador de la sangre no derramase la sangre de un inocente, cuya mano era culpable pero no su corazón. Acerca de esta ley tan favorable y misericordiosa, Dios les recuerda:

I. El mandato de señalar las ciudades pertinentes (v. 2, comp. con Dt. 19:3). Es probable que esto no se llevase a cabo mientras los levitas no estuviesen establecidos en las ciudades que les fueron asignadas, ya que las ciudades de refugio habían de ser todas ellas ciudades de levitas. Tan pronto como Dios les dio ciudades de reposo, les ordenó señalar ciudades de refugio, a las cuales ninguno de ellos sabía si tendrían que escapar algún día. Esto es figura de lo que los creyentes en Cristo tienen y tendrán especialmente en el Cielo, no sólo para reposar de los trabajos, sino también para refugiarse de los peligros de esta vida.

II. Las direcciones que se dan para el uso de estas ciudades. Las tenemos ya en Números 35:10 y ss., donde se describen con todo detalle. Si se probaba, después de cuidadosa investigación, que el homicidio había sido meramente un accidente, no adrede, por causa de algún resentimiento antiguo o de alguna pasión súbita, entonces el homicida había de buscar refugio en una de estas ciudades (vv. 4–6). En virtud de esta ley, se le permitía habitar en tal ciudad, pero quedaba confinado en ella, como un preso.

Versículos 7–9

Tenemos aquí el nombramiento de las ciudades de refugio en el país de Canaán.

I. Para *«señalaron»,* el verbo hebreo significa *santificaron,* esto es, *consagraron* estas ciudades (v. 7). Ello no quiere decir que celebrasen ninguna ceremonia especial para señalarlas, sino que, mediante el

solemne y público acto, las declaraban ciudades de refugio y, por consiguiente, consagradas al honor de Dios como protector de la supuesta inocencia del malhechor.

II. Estas ciudades, como las del otro lado del Jordán, estaban situadas en tres lugares del país, tan convenientemente distantes el uno del otro, que en muy pocas horas cualquier hombre podía refugiarse desde el más apartado rincón de la nación.

III. Todas ellas eran ciudades de los levitas, con lo que la tribu de Dios quedaba grandemente honrada, pues eran constituidos jueces en aquellos casos que afectaban tan de cerca a la providencia de Dios, así como protectores de un inocente injustamente perseguido. Si éste debía quedar confinado provisionalmente (hasta que muriese el sumo sacerdote), había de serlo en una ciudad levítica donde tendría buena oportunidad de aprovechar bien ese tiempo.

IV. Dichas ciudades estaban ubicadas en colinas, fáciles de ser vistas desde lejos, ya que, aunque el último trecho de la fuga sería cuesta arriba, el poder hallar rápidamente el lugar de refugio sería suficiente alivio para el fugitivo.

V. Algunos comentaristas hallan un significado muy expresivo en los nombres de estas ciudades, con aplicación a Cristo como refugio nuestro: *Cedes* (hebreo *Quédesh*) significa *santo,* y nuestro refugio es Jesús, el Santo. *Siquem* (hebreo *Shekhem)* significa *hombro* y el principado es sobre el hombro de Jesús (Is. 9:6). *Hebrón* (hebreo *Jebrón*) significa *asociación, y los* creyentes son llamados a ser asociados con Jesucristo nuestro Señor. *Béser* (hebreo *Bétser*) significa *fortificación,* y Cristo es un gran baluarte y fortaleza para los que confían en Él. *Ramoth* significa *exaltado, elevado,* y Dios ha exaltado a Cristo hasta ponerle a su diestra. *Golán* significa gozo o *exultación,* y en Cristo hallan todos los santos el motivo y la esperanza de su gozo.

VI. Además de todas estas ciudades de refugio, una persona podía refugiarse en los cuernos del altar, donde éste estuviese, si el crimen era de tal condición que el santuario le permitía el refugio. Esto es lo que da a entender la ley (Éx. 21:14) al ordenar que alguien sea quitado del altar para que muera.

CAPÍTULO 21

Se lee muchas veces en la Biblia que la tribu de Leví no había de tener heredad con sus hermanos, es decir, una porción asignada a esta tribu de entre los lotes en que fue distribuida la tierra, en la forma que fue asignada a las demás tribus; pero vemos, por la provisión que se les señala en este capítulo, que no por estar dispersos entre las demás tribus, eran por eso perdedores. Tenemos aquí: I. La demanda que hicieron para que se les asignasen ciudades, como había ordenado el Señor (vv. 1–2). II. El consiguiente nombramiento de las ciudades de entre varias tribus y su distribución a las respectivas familias de esta tribu (vv. 3–8). ÍII. Un catálogo de las ciudades, que eran 48 en total (vv. 9–42). IV. Una especie de recibo o certificado de que Dios había cumplido plenamente lo que había prometido a su pueblo Israel (vv. 43–45).

Versículos 1–8

I. La petición que los levitas presentaron a esta convención general del Estado de Israel, asentado ahora en Siló (vv. 1, 2).

1. No se les asignó ninguna heredad hasta que ellos la reclamaron. Hicieron esta reclamación con muy buen fundamento, no sobre sus méritos ni sobre sus servicios, sino sobre el precepto de Dios: «*Jehová mandó por medio de Moisés que nos fuesen dadas ciudades;* mandó que nos las dieseis, con lo que se nos garantizaba el derecho de pedirlas». Nótese que el mantenimiento de los ministros de Dios no es algo dejado al albur de la buena voluntad de los miembros de la iglesia, quienes igualmente podrían permitir que sus pastores se muriesen de hambre, sino que, del mismo modo que el Dios de Israel mandó

que a los levitas se les proveyera de lo necesario, así también está mandado en la Iglesia de Cristo que *los que anuncian el Evangelio, vivan del Evangelio* (1 Co. 9:14).

2. No hicieron su reclamación mientras el resto de las tribus estaba sin provisión, pero lo hicieron inmediatamente después. Estaban prestos a ser servidos los últimos, y no por eso les tocó la peor parte. Los ministros de Dios no se han de quejar si alguna vez se hallan pospuestos en los pensamientos y cuidados de los demás, sino que han de procurar el favor de Dios y el honor que procede solamente de Dios, con ello tendrán suficiente para soportar la despreocupación de los hombres en cuanto a ellos.

II. La petición de los levitas fue escuchada sin objeción alguna y se les concedió inmediatamente lo que pedían.

1. Se nos dice que *los hijos de Israel dieron de su propia herencia a los levitas,* pero Dios lo había mandado (v. 3), e incluso había señalado cuál había de ser el número, cuarenta y ocho en total (Nm. 35:8): *Cada uno dará de sus ciudades a los levitas.* Por el catálogo que sigue a continuación, parece ser que las ciudades que dieron a los levitas eran de las mejores y más notables de cada tribu.

2. Se las dieron *conforme al mandato de Jehová* (v. 3), pues así lo había ordenado Dios de antemano.

3. Después de ser señaladas las cuarenta y ocho ciudades, fueron distribuidas en cuatro lotes; luego, por suertes, fueron asignadas a las cuatro distintas familias de la tribu de Leví.

(A) La familia de Aarón formaba grupo aparte, pues constaba sólo de sacerdotes, y obtuvo trece ciudades que le fueron dadas por las tribus de Judá, Simeón y Benjamín (v. 4).

(B) Los restantes coatitas (entre los que se hallaban los descendientes de Moisés, aunque no se les distinguió de sus parientes de la familia de Coat) obtuvieron diez ciudades, que les fueron dadas por la tribu de Dan, fronteriza con la de Judá, por la de Efraín y por la media tribu de Manasés, fronteriza con la de Benjamín. De este modo, los descendientes del abuelo de Aarón, Coat (o Quehat), quedaron cerca de los hijos de Aarón (v. 5).

(C) Guersón era el hijo mayor de Leví, pero fueron pospuestos a los de Coat, sin duda por ser éstos de la misma rama que Aarón, el sumo sacerdote y, especialmente, de la misma rama que Moisés el gran caudillo del pueblo de Israel. A los guersonitas les fueron dadas trece ciudades de las tribus de Isacar, Aser, Neftalí y de la otra media tribu de Manasés (v. 6).

(D) Los hijos de Merarí, el hijo menor de Leví, obtuvieron doce ciudades, que les fueron dadas por las tribus de Rubén, Gad y Zabulón (v. 7).

Versículos 9–42

En el recuento que sigue hay varias cosas dignas de observación, además de lo ya prescrito en la ley acerca de ello (Nm. 35).

I. Los levitas estaban dispersos por todo el país, entre todas las demás tribus, no permitiéndoseles vivir juntos en ninguna parte de la nación. De forma semejante, Cristo dejó a sus doce Apóstoles unidos en un solo cuerpo, pero les dio órdenes para que, a su debido tiempo, se dispersasen por todo el mundo para *predicar el evangelio a toda criatura* (Mr. 16:15–16).

II. Cada una de las tribus de Israel estaba honrada y enriquecida por el número de ciudades entregadas a los levitas dentro de su territorio y en proporción a su espacio. De esta manera, tenían oportunidad:

1. De mostrar su acogida a los ministros del santuario, como Dios les había ordenado (Dt. 12:19; 14:29).

2. De recibir consejo e instrucción de los levitas; cuando no podían subir al tabernáculo para consultar a los que asistían al santuario, podían ir a una de las ciudades de los levitas y aprender allí el verdadero conocimiento del Señor. De esta forma, Dios encendía una lámpara en cada habitación de su casa, para dar así luz a toda la familia.

III. A los sacerdotes, los hijos de Aarón les fueron asignadas trece ciudades, entre las mejores de ellas (v. 19). A Aarón le habían quedado sólo dos hijos, Eleazar e Itamar, pero su familia era ya muy numerosa y se preveía que, andando el tiempo, sería suficientemente multiplicada como para llenar dichas ciudades. En ambos Testamentos hallamos tal número de sacerdotes, que podemos suponer que ninguna de las

familias de Israel que salieron de Egipto aumentó más tarde tanto como la de Aarón. A ellos va dirigida especialmente la promesa que leemos en el Salmo 115:12, 14: *Bendecirá a la casa de Aarón … Aumentará Jehová bendición sobre vosotros; sobre vosotros y sobre vuestros hijos.*

IV. Algunas de las ciudades de los levitas fueron después famosas por otros motivos. Hebrón fue la ciudad en la que David comenzó a reinar, y en Mahanáyim, otra ciudad de los levitas (v. 38), puso David su cuartel general cuando iba huyendo de su hijo Absalón. El primer israelita que ostentó el título de rey (a saber, Abimélec, el hijo de Gedeón) reinó en Siquem, otra ciudad de los levitas (v. 21).

Versículos 43–45

Compendio de toda la historia precedente:

I. Dios había prometido dar en posesión a la descendencia de Abraham la tierra de Canaán, y ahora acababa de cumplir su promesa (v. 43): *Y la poseyeron y habitaron en ella.*

II. Dios había prometido también darles reposo en esta tierra y ahora lo tenían: reposo de su vagar por el desierto y reposo de su guerrear en Canaán. Ahora residían, no sólo en moradas propias, sino también tranquilas y pacíficas. Este reposo continuó hasta que ellos, por su pecado y locura, pusieron espinas en sus propios lechos y en sus mismos OJOS.

III. Dios les había prometido, en fin victoria y éxito en las guerras, y esta promesa quedó cumplida igualmente (v. 44): *Ninguno de todos sus enemigos pudo hacerles frente.* Queda registrada aquí la experiencia que Israel tuvo de la fidelidad de Dios, al mismo tiempo que un descargo que Dios hace a favor de su propio honor bajo las manos de ellos, vindicando así la promesa que tantas veces habían puesto ellos en duda (y hasta desconfiado por completo), y dándonos ánimo a todos los creyentes de todas las épocas hasta el fin del mundo, puesto que esa es la forma como obra con cada uno de nosotros (v. 45): *No faltó palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho a la casa de Israel; TODO SE CUMPLIÓ.*

CAPÍTULO 22

Muchos detalles hemos visto concernientes a las dos tribus y media, a pesar de que nada las distinguía de las otras, excepto la separación hecha por el río Jordán, pero este capítulo está totalmente dedicado a dichas tribus. I. Josué despide a los militares de dichas tribus del campamento de Israel, desde el que habían ayudado a sus hermanos durante las guerras de Canaán, con lo que ellos se vuelven a sus puntos de residencia (vv. 1–9). II. Erigen un altar a las orillas del Jordán, en señal de comunión con el resto de Israel (v. 10). III. Las demás tribus se ofendieron por la erección de dicho altar y así lo comunicaron (vv. 11–20). IV. La excusa que las dos tribus y media presentaron por la erección del altar (vv. 21–29). V. Con esa excusa, las demás tribus quedaron satisfechas (vv. 30–34).

Versículos 1–9

Terminada la guerra, y terminada gloriosamente, Josué, como prudente general, licencia a su ejército, pues Israel no estaba destinado a hacer de las armas su oficio, y envía a casa a los soldados, a fin de que disfruten de lo que han conquistado y *vuelvan* (lit. *forjen) sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces* (Is. 2:4). Esta orden de desmovilización de fuerzas era especialmente aplicable a estas tribus que ya habían recibido sus respectivas heredades al otro lado del Jordán. Pública y solemnemente, allí en Siló, Josué las descarga de su servicio anterior. Esto no se llevó a cabo, sino después que Siló fue convertido en cuartel general, adonde se había trasladado desde Guilgal (14:6).

Es probable que este regimiento de rubenitas, gaditas y de la media tribu de Manasés, que iban en vanguardia en todas las batallas libradas en Canaán, se asomasen de vez en cuando al otro lado del Jordán, pues no estaban lejos del río, para visitar a sus familias. Con todo, esta tropa, de unos 40.000

hombres, siempre estaba presta, cuando llegaba la ocasión, a presentarse en sus respectivos puestos de servicio, y ahora acudía, como un solo cuerpo, a recibir su orden de licenciamiento. De manera semejante, también nosotros hemos de estar en nuestros lugares de milicia hasta que se acabe nuestra lucha en este mundo, aguardemos el día de nuestro relevo y no tratemos de adelantar la fecha de nuestro traslado.

I. Josué los despide *a la tierra de sus posesiones* (v. 4). Los que habían sido los primeros en la asignación de las heredades, eran los últimos en comenzar el disfrute de ellas.

II. Los despide con el pago correspondiente, pues, ¿quién hace la milicia a su propia costa? *Volvéis a vuestras tiendas con grandes riquezas* (v. 8). *«Volvéis*—les dice—no sólo *con mucho ganado,* que es despojo de este país, sino también *con plata, con oro, con bronce,* del saqueo de las ciudades; de todo ello habéis de hacer partícipes a los que se quedaron custodiando vuestras posesiones; *compartid, pues, con vuestros hermanos el botín de vuestros enemigos.»*

III. Los despide con muy buena recomendación: 1. Por su buena disposición a obedecer sus órdenes (v. 2). 2. Por la constancia de su afecto y adhesión a sus hermanos (v. 3): *No habéis dejado a vuestros hermanos en este largo tiempo. 3.* Por su fidelidad en obedecer a la ley de Dios. No sólo habían cumplido con su obligación hacia Josué e Israel, sino, lo mejor de todo, habían cumplido a conciencia con su deber para con Dios: *Habéis guardado celosamente* (lit. *habéis guardado el guardar*) *los mandamientos de Jehová vuestro Dios* (traducción personal. Nota del traductor). Como si dijese: «Habéis guardado con todo esmero y con toda circunspección el mandamiento de Jehová vuestro Dios, no sólo en este caso particular de continuar sirviendo a Israel hasta el final de la guerra, sino que, en general, habéis obrado religiosamente en vuestra parte del campamento, cosa excelente y poco frecuente entre soldados y, por ello, digno de alabanza».

IV. Los despide con un buen consejo: No les exhorta a que cultiven sus tierras y fortifiquen sus ciudades, ni a que, ahora que sus manos estaban acostumbradas a la guerra, invadiesen el territorio de sus vecinos para ensanchar el suyo propio, sino a que vivan entre ellos una vida piadosa y santa (v. 5).

V. Los despide, finalmente, con una bendición (v. 6), particularmente a la media tribu de Manasés, a la que Josué, como buen efrainita, estaba ligado más estrechamente que a las otras dos, y que era, quizá, la menos inclinada a marchar, ya que dejaba atrás una mitad de su tribu y, por eso, al alargar demasiado su despedida tuvo un segundo despido y una segunda bendición (v. 7). Josué oró por ellos, no sólo como amigo, sino también como un padre, en el nombre de Jehová, encomendándoles a ellos, a sus familias e intereses, a la gracia de Dios.

Versículos 10–20

I. El piadoso esmero con que las tribus separadas por el Jordán se esforzaron por mantener sus vínculos religiosos con el resto del pueblo de Israel. Para ello, erigieron un gran altar junto a las orillas del Jordán, como testimonio de que también ellos eran israelitas y por tanto, *en comunión con el altar* (1 Co. 10:18). Cuando llegaron al Jordán (v. 10), muestran solicitud por preservar su relación con la asamblea del pueblo de Dios, así como su interés en la comunión de los santos; por ello, sin demora alguna erigen este altar, que les ha de servir como de puente para mantener con las demás tribus su mutua comunión en las cosas de Dios.

II. La intención de erigir este altar fue inocente, honesta y piadosa, pero habría sido mejor si, precisamente por sus apariencias pecaminosas, hubiesen consultado el oráculo de Dios sobre él antes de erigirlo o, al menos, hubiesen declarado a sus hermanos lo que planeaban, para impedir así toda ocasión de ofenderles y concitar sus celos. Con una explicación previa, como la dieron después, se habrían evitado la molestia del incidente que a continuación se nos refiere.

III. El santo celo de las otras tribus por el honor de Dios y de su altar en Siló. Inmediatamente fue dado aviso a los príncipes de Israel de la erección del altar (v. 11). Y pronto surgió entre ellos la sospecha de que la erección de otro altar fuese una afrenta a la elección que Dios mismo había hecho recientemente

de un lugar en que poner su nombre, y de que ello indicase una inclinación a dar culto a cualquier otra divinidad. Ahora bien:

1. Esa sospecha estaba fundada, pues es menester confesar que, *a primera vista,* no estaba bien y parecía indicar el propósito de erigir y mantener un competidor con el altar de Siló.

2. Ese celo, basado en tal sospecha, era de recomendar (v. 12). Se reunió en Siló toda la congregación, puesto que aquel lugar era el que Dios mismo había señalado como centro actual del culto y ellos estaban decididos a defender la constitución que Jehová les había otorgado a favor de aquel lugar. La resolución que tomaron era la adecuada para un reino de sacerdotes que habían de poner los intereses de Dios y del culto a Dios por encima de los intereses familiares (Dt. 33:9). Estaban dispuestos *a subir a pelear contra ellos,* si se demostraba que se habían rebelado contra el Dios de Israel.

3. No es menos de recomendar la prudencia con que obraron en la prosecución de este delicado asunto. No enviaron tropas para presentar batalla, sino embajadores para entablar conversaciones e inquirir los motivos de la cosa. La embajada constaba de once personas prominentes: Fineés (hebreo *Pinjás),* hijo y sucesor del sumo sacerdote Eleazar, y un príncipe por cada una de las diez tribus de este lado del Jordán (vv. 13, 14).

4. La forma en que los enviados desempeñaron su cometido habla muy alto a favor de su celo y prudencia:

(A) El cargo que presentaron contra sus hermanos fue muy grave y no admitía otra excusa que el haber emprendido esta querella movidos del celo por el honor de Dios, lo que explicaba el resentimiento de la congregación reunida en Siló, y su embajada estaba destinada a despertar a los supuestos delincuentes para que justificasen su modo de actuar.

(B) La circunstancia agravante del delito que imputan a sus hermanos (v. 17): *¿No ha sido bastante la maldad de Peor …?* (V. Nm. 25). La erección de este altar podía parecer cosa insignificante, pero quizá conduciría a una iniquidad tan grave como la de Baal-peor y, por eso, debía ser atacada en sus comienzos.

(C) La razón que dan por el acaloramiento con que se preocupan de este asunto. Estaban obligados a ello, no sólo por lo que significaba de desafío al Dios de Israel, sino también de amenaza contra el bienestar de todo el Israel de Dios (v. 18): *Vosotros os rebeláis hoy contra Jehová, y mañana se airará Él contra toda la congregación de Israel.* Y, más adelante (v. 20), les recuerdan el triste caso de Acán: *Aquel hombre no pereció solo en su iniquidad.*

(D) La oferta que les hacen (v. 19): Que, si pensaban que la tierra era inmunda por falta de un altar que la santificase, era preferible que se pasasen al lado occidental del Jordán, *donde estaba el tabernáculo de Jehová,* y establecerse entre sus hermanos por quienes serían bien recibidos aunque tuviesen que vivir más apretados antes que levantar otro altar en competición con el de Siló.

Versículos 21–29

La respuesta que las dos tribus y media dieron a sus hermanos del otro lado del río fue sincera y puesta en razón. No les reprochan el cargo de que les acusan ni les censuran por la precipitación con que les recriminan, sino que les dan una respuesta suave de las que calman la ira (Pr. 15:1). No les objetan que no estaban sujetos a la jurisdicción de las otras tribus, ni que no tenían por qué rendir cuentas a otros, ni les piden que se metan en sus propios asuntos, sino que con una sencilla aclaración del propósito sincero que les había movido a erigir el altar, se justifican de la inculpación que se les hace y aparecen libres de toda sospecha ante la opinión de sus hermanos. En efecto:

I. Testifican solemnemente que no tienen intención alguna de usar este altar para sacrificios u ofrendas y, por tanto, estaban lejos de erigirlo en competencia con el altar de Siló, o de abrigar ni aun el pensamiento de despreocuparse de él. En realidad, lo habían erigido en forma de altar, pero no estaba destinado a usos religiosos. Para que se convenciesen mejor de la razón que alegaban,

1. Apelan solemnemente a Dios, y comienzan así la defensa de su posición en este asunto, intentan con ello primeramente la gloria de Dios, y después dar satisfacción a sus hermanos (v. 22). (A) Expresan profundo respeto y reverencia al nombre de Dios en la forma en que hacen su apelación: *Jehová Dios de los dioses, Jehová el Todopoderoso lo sabe bien.* Esta breve confesión de su fe habría de contribuir a que sus hermanos abandonasen la sospecha de deserción del Dios de Israel para ir en pos de otros dioses. (B)

Expresan gran confianza en su propia integridad al interponer de un modo tan solemne el nombre de Dios. Sólo con una conciencia clara y limpia se habrían atrevido a imprecar sobre sí la justicia divina para vengar la rebelión, si ésta se hubiese intentado.

2. Presentan sobriamente su excusa a sus hermanos: Y *que to sepa también Israel.*

3. Niegan seria y solemnemente que tuviesen la intención de cometer el delito del que se les sospechaba culpables, con lo que cierran la argumentación de su propia defensa (v. 29): «Nunca tal acontezca que nos rebelemos contra Jehová». Como si dijesen: «Estimamos y veneramos el altar de Jehová en Siló tanto como lo pueda hacer cualquier otra de las tribus de Israel, y estamos tan resueltos como ellas a adherirnos a él y acudir a las solemnidades. Tenemos el mismo interés que vosotros en la pureza del culto a Dios y en la unidad de su pueblo; lejos, muy lejos de nosotros está pensar en volvernos de seguir a Jehová nuestro Dios».

II. Explican con todo detalle su intención sincera y lo que querían dar a entender en la edificación de este altar. Para defenderse de toda sospecha, dejan bien claro que la erección del altar, lejos de ser un paso más para separarse de sus hermanos y del altar de Jehová en Siló, tenía, por el contrario, la finalidad de ser una garantía de que deseaban continuar en comunión con sus hermanos y con el altar de Dios, y una señal de su resolución de *hacer el servicio de Jehová delante de él* (v. 27) y de continuar prestando dicho servicio. Por eso:

1. Les declaran los temores que abrigaban de que, andando el tiempo, sus descendientes, establecidos de antiguo a tal distancia del santuario, fuesen considerados y tratados como ajenos a la comunidad de Israel (v. 24). Así también, los que son alejados de las ordenanzas eclesiales están en peligro de olvidar sus deberes religiosos y perder poco a poco el temor de Dios. Aunque es cierto que muchos tienen la forma y la profesión de la piedad sin la vida y la eficacia de ella, también es cierto que la vida y la eficacia de la piedad no se pueden conservar por mucho tiempo sin la forma y la profesión de la misma. Prescindir de los medios de gracia perjudica grandemente a la gracia misma.

2. Les explican las medidas que pensaban tomar para evitar que lo que ellos temían, sucediera (vv. 26–28). «Por consiguiente—vienen a decir—, para asegurar que los que han de venir después de nosotros conservarán el mismo interés por el altar de Dios y mostrarán el título que les acredita al respecto, *dijimos: Edifiquemos ahora un altar, no para holocausto ni para sacrificio, sino para que sea testimonio entre nosotros y vosotros.»* Así, al tener una como copia del altar cerca de ellos, podían mostrarla como evidencia de su derecho a los privilegios del original.

Versículos 30–34

Feliz resultado de esta controversia que, de no haber habido por ambas partes una disposición pacífica, así como por ambas partes hubo sincero celo de Dios, podía haber tenido consecuencias funestas, ya que las disputas sobre religión suelen ser, por falta de prudencia y amor, las más fieras y más difíciles de arreglar.

I. Los embajadores quedaron completamente satisfechos cuando las dos tribus y media dieron pruebas de su inocencia en los motivos que las impulsaron a edificar este altar, pues vemos: 1. Que los comisionados no pusieron en duda la sinceridad de los requeridos. 2. Tampoco les afrentaron por la forma precipitada con que llevaron este asunto. 3. Ni siguieron adelante en sus pesquisas para obtener pruebas de primera mano acerca de su sinceridad, sino que se contentaron con la explicación que ellos les dieron y se alegraron de que se aclarase el equívoco, así como los otros no se avergonzaron de confesar de que habían dado motivo para sospechar. Las personas orgullosas y altivas, una vez que han llegado a censurar a algún hermano injustamente, por muchas pruebas que se les presenten de la injusticia de tal censura, se aferran a ella y no hay quien les persuada a retractarse de ella.

II. La congregación quedó también abundantemente satisfecha con el informe que los embajadores les dieron acerca de la excusa que sus hermanos habían alegado para la erección del altar.

III. Las dos tribus y media quedaron igualmente satisfechas, y puesto que estaba decididas a conservar entre ellas esta como copia del altar de Dios, aun cuando no era probable que sirviese para los

objetivos que ellos se habían imaginado, Josué y los príncipes, sin embargo, les consintieron que siguieran con sus ilusiones y no dieron órdenes para que lo demoliesen de inmediato. Sólo tomaron la precaución, una vez que se les explicó el significado del altar y que no tenía otro objetivo que servir de testimonio de su comunión con el altar de Siló, de que dicha explicación quedase consignada por escrito, dándole un nombre que lo expresaba todo concisa pero magníficamente (v. 34): llamaron al altar *Ed,* es decir, *testigo;* no más que un testigo de la relación que continuó ligándolos al Dios de Israel y al Israel de Dios.

CAPÍTULO 23

En este capítulo y en el que le sigue, tenemos dos mensajes de despedida que predicó Josué al pueblo de Israel poco antes de morir. Si hubiese intentado satisfacer la curiosidad de las generaciones venideras, habría consignado por escrito el método que empleó el pueblo de Israel para instalarse en los lugares recién conquistados, pero prefirió que quedasen registradas en este libro sus exhortaciones a que el pueblo conservase el sentido de su religiosidad y de sus deberes para con Dios; por eso, lo que quiso transmitir a los lectores fue el método que empleó en persuadir a Israel a que fuese fiel al pacto con su Dios. En este capítulo tenemos: I. Una convocación general de Israel (vv. 1, 2). II. El discurso que Josué pronunció ante la congregación, ya fuese en la apertura o, más bien, en la clausura de las sesiones, para explicarles cuál era el principal objetivo de esta reunión. En este discurso: 1. Josué les trae a la memoria lo que Dios había hecho por ellos (vv. 3, 4, 9, 14), y lo que estaba dispuesto a hacer todavía (vv. 5, 10). 2. Les exhorta con toda prudencia y firmeza a que perseveren y cumplan sus obligaciones con Dios (vv. 6, 8, 11). III. Les previene contra toda familiaridad con sus idólatras vecinos (v. 7). IV. Les advierte de las fatales consecuencias que se seguirían si se rebelasen contra Dios y se volviesen a los ídolos (vv. 12, 13, 15, 16).

Versículos 1–10

En cuanto a la fecha y demás circunstancias de este discurso de Josué:

I. No se hace ninguna mención del lugar en que se pronunció. Hay quienes opinan que fue en Timnat-sera, la ciudad donde vivía. Siendo ya viejo, no es probable que estuviese en condiciones de trasladarse a otro lugar. Sin embargo, es más probable que esta reunión se celebrase en Siló, donde estaba el tabernáculo de la reunión.

II. Sólo se hace una vaga mención del tiempo en que se celebró: *Muchos días después que Jehová diera reposo a Israel,* aunque no se dice cuánto tiempo después (v. 1). Ciertamente: 1. Lo bastante para que Israel dispusiese del tiempo necesario para disfrutar de las conveniencias del reposo y de las posesiones en Canaán, una tierra tan fértil. 2. Lo bastante también para que Josué pudiese observar cuál era el flanco por el que amenazaba el peligro a Israel, a saber, la intimidad con los cananeos que se habían quedado en el país; contra este peligro quiere, pues, Josué advertirles.

III. Las personas a quienes dirigió Josué este discurso: *Llamó a todo Israel.* Así comienza el versículo 2, pero el contexto posterior da a entender claramente que convocó únicamente a los principales del pueblo: A *sus ancianos, sus príncipes, sus jueces y sus oficiales,* los cuales representaban efectivamente a *todo Israel.*

IV. Las circunstancias en que pronunció Josué este discurso: *Siendo ya viejo y avanzado en años* (v. 1). Probablemente, era el último año de su vida, y vivió 110 años (24:29). Él mismo dice (v. 2): *Yo ya soy viejo y avanzado en años.* Lo dice: 1. Como un motivo para darse prisa en transmitirles estas advertencias e instrucciones, ya que, siendo tan viejo, no podía esperar estar con ellos por mucho más tiempo. 2. Como una razón para que le prestasen más atención, pues la edad le había dado gran experiencia; se había hecho viejo en el servicio que había prestado a la nación, sin preocuparse de su propio interés ni de su comodidad, por lo que debían guardarle tanto mayor consideración.

V. El discurso mismo, en el cual podemos observar lo siguiente:

1. Les hace memoria de las grandes cosas que Dios ha hecho por ellos recientemente. Para probar esto, apela a los ojos mismos de ellos (v. 3): «Y *vosotros habéis visto todo lo que Jehová vuestro Dios ha hecho;* no lo que yo he hecho ni lo que vosotros habéis hecho, sino lo que Dios ha hecho a favor de vosotros por medio de mí». (A) Muchas, grandes y poderosas naciones (conforme se las consideraba entonces) fueron expulsadas de un país tan fértil y excelente como pudiera haber otro en todo el mundo, a fin de hallar acomodación para Israel. (B) No sólo habían sido echadas de delante de Israel, sino que habían sido vencidas y subyugadas, lo cual hizo tanto más gloriosa la posesión de la tierra. (C) No sólo habían echado y derrotado a los cananeos, sino que habían tomado plena posesión de su país (v. 4).

2. Les da seguridades de que Dios estaba dispuesto a llevar adelante y completar a su debido tiempo esta gloriosa obra. Les dice cuán poco tendrán que preocuparse del número de las fuerzas armadas (v. 10): *Un varón de vosotros perseguirá a mil,* como hizo Jonatán (1 S. 14:13). Y añade: *«Porque Jehová vuestro Dios es quien pelea por vosotros,* y ¿qué ejército podrá resistirle, por numeroso que sea?»

3. Bajo estas premisas, les encarga con todo encarecimiento que cumplan con su deber de amar a Dios y perseverar en los caminos de Dios, en los que tan estupendamente habían sido colocados. Les exhorta:

(A) A que sean esforzados (v. 6): «Ya que Jehová pelea por vosotros contra vuestros enemigos, *esforzaos, pues, mucho …»*

(B) A que sean muy precavidos: (a) No deben relacionarse con los idólatras, ni visitarles ni estar presentes en ninguna de las fiestas que ellos celebren, porque ello comportaría el peligro de infección. (b) No deben mostrar ningún respeto por ningún ídolo, ni siquiera mencionar el nombre de sus dioses (v. 7), sino esforzarse en sepultar en olvido perpetuo la memoria de ellos, a fin de que nunca más reviva el culto a ellos. (c) No deben permitir que otros pongan en práctica tales cosas. No sólo no deben jurar por el nombre de esos dioses falsos, sino que no han de dar ocasión de que otros juren por ellos, lo cual supone que no han de hacer ningún pacto con los idólatras, ya que éstos, al confirmar tales pactos, jurarán por sus propios dioses, y los israelitas no deben jamás admitir tales juramentos.

(C) A que sean muy constantes en la adhesión al verdadero Dios (v. 8): *Mas a Jehová vuestro Dios seguiréis.* Como si dijese: «Deleitaos en Él, depended de Él, dedicaos a su gloria, y continuad haciéndolo así hasta el final».

Versículos 11–16

I. Josué les instruye sobre lo que han de hacer para perseverar en la verdadera religión (v. 11). Si hemos de adherirnos a Dios y no dejarle: 1. Debemos estar siempre en vela, porque muchas almas de precio infinito se arruinan a causa del descuido: *Guardad, pues, con diligencia vuestras almas.* 2. Lo que hacemos en materia de religión, hemos de hacerlo por motivo de amor, no por imposición ni por un temor servil de Dios, sino espontáneamente y con alegría: *«… para que améis a Jehová vuestro Dios,* y no os apartéis de Él».

II. Les insiste en la fidelidad de Dios hacia ellos, como una razón poderosa para que ellos le sean fieles a Él (v. 14): «*Yo estoy para entrar por el camino de todo el mundo,* es decir, voy a morir pronto. Ahora que me acerco al término de mis días, es el tiempo adecuado para volver la vista atrás, a los años pasados; *reconoced, pues … que no ha faltado una palabra de todas las buenas palabras que Jehová vuestro Dios había dicho de vosotros»* (v. 21:45) ¡Y había dicho muchas!

III. Les amonesta con todo afecto sobre las fatales consecuencias que se seguirían de su apostasía (vv. 12, 13, 15, 16): «Si Os apartáis—viene a decirles—, será vuestra ruina». Obsérvese:

1. Cómo describe la apostasía contra la que les amonesta. El primer paso sería (v. 12) relacionarse amistosamente con los idólatras. El próximo sería concertar matrimonios con ellos. Y la consecuencia sería (v. 16) honrar a dioses ajenos e inclinarse ante ellos.

2. Cómo describe la ruina sobre la que les amonesta. Les dice: (A) Que estos resabios de los cananeos les serían por lazos y trampas, tanto para inducirles a pecar como para comprometerse en negociaciones insensatas, proyectos necios y toda clase de desventajas e inconvenientes. (B) Que se había de encender

contra ellos la ira de Dios. El asociarse con los cananeos no sólo les daría a estos idólatras la oportunidad de hacerles muchos y grandes perjuicios, como quien cría culebras en su seno, sino que provocarían a Dios, y harían que se volviese enemigo de ellos y se encendiese contra ellos el fuego del desagrado divino. (C) Que se habrían de cumplir todas las amenazas de la palabra de Dios, como Él lo había prometido, pues el Dios de la verdad eterna es fiel, tanto en cumplir las promesas como las amenazas (v. 15): «*Así como se os han cumplido las excelentes promesas,* mientras os habéis conservado fieles a Dios, *también traerá Jehová sobre vosotros todas sus amenazas si os* apartáis de Él».

CAPÍTULO 24

Con este capítulo se concluye la narración de la vida y gobierno de Josué. Aquí tenemos: I. La diligencia que puso en asegurar la fe y el verdadero culto a Dios en los corazones israelitas, a fin de que cuando él muriese, perseverasen fieles a Jehová. Para ello, convocó de nuevo al pueblo en la persona de los representantes (v. 1) y: 1. En forma narrativa, declara las grandes cosas que había hecho Dios por ellos y por sus padres (vv. 2–13). 2. En vista de esto les encarece que sirvan a Dios (v. 14). 3. Les encarga: (A) Que escojan espontáneamente el Dios a quién servir, y añade las razones para hacer esta elección (vv. 15–18). (B) Los resultados respectivos de tal elección en uno u otro sentido, y la respuesta del pueblo, que resuelve adherirse a Jehová (vv. 19–24). 4. Les obliga bajo pacto (vv. 25–28). II. La conclusión de esta historia con: 1. La muerte y sepultura de Josué (vv. 29–30) y la de Eleazar (v. 33), así como la mención del sepelio de los huesos de José (v. 32). 2. Una breve relación del estado del pueblo de Israel durante el tiempo de aquella generación (v. 31).

Versículos 1–14

Josué pensaba, cuando dijo «Yo *estoy para entrar hoy por el camino de todo el mundo»* (23:14), que aquella era la última vez que se iba a despedir del pueblo reunido en convocación, pero Dios le otorgó la gracia de conservarle la vida por algún tiempo más de lo que él esperaba, por lo que deseó aprovechar ese tiempo para bien de Israel. Convocó, pues, de nuevo a los representantes del pueblo a fin de insistir en el encargo que les había hecho de que se adhiriesen a Jehová su Dios.

I. El lugar designado para esta convocación fue *Siquem,* no sólo por caerle a Josué más cerca que Siló, ahora que seguramente estaba débil y en malas condiciones para viajar, sino también porque aquél era el lugar en que Abraham, el primer depositario del pacto de Dios con su pueblo, se había establecido allí a su llegada a Canaán, y allí se le había aparecido Dios (Gn. 12:6, 7). Además, cerca de allí estaban los montes Ebal y Guerizim, donde el pueblo había renovado su pacto con Dios a su llegada al país de Canaán (Jos. 8:30).

II. Los delegados del pueblo se presentaron allí, no sólo delante de Josué, sino también *delante de Dios* (v. 1), en esta convocación. Es posible que Josué ordenara a los sacerdotes trasladar el Arca desde Siló a Siquem (unos 16 km), pero no puede deducirse del v. 26 que fuese así de cierto, como veremos después. En la presente dispensación no tenemos tales señales visibles de la presencia de Dios, pero sabemos que *donde están dos o tres congregados* en nombre de Cristo, allí está Él *en medio de ellos,* del mismo modo que Dios estaba presente donde estaba el Arca; por eso, es posible, se nos dice que *se presentaron delante de Dios.*

III. Josué les habló en nombre de Dios y como por boca de Dios, como lo hacían los profetas (v. 2): *«Así dice Jehová».* Nótese que la Palabra de Dios ha de ser recibida realmente como tal, sea cual sea el mensajero que la proclame, pues ni la grandeza del predicador puede añadirle nada, ni su pequeñez puede restarle nada.

1. La parte doctrinal del discurso de Josué es un relato de los hechos gloriosos que Dios había llevado a cabo a favor de su pueblo y de los antepasados de los que estaban convocados allí.

(A) Dios sacó a Abraham de Ur de los caldeos (vv. 2, 3). Abraham, que fue después el amigo de Dios y favorito de los Cielos, fue criado en la idolatría y vivió por largo tiempo en ella, hasta que Dios, por su gracia, lo arrancó de allí como a una rama destinada a ser devorada en un incendio. De ahí que el Apóstol haga de la justificación de Abraham un ejemplo del *Dios que justifica al impío*

(B) Le condujo después a Canaán, allí le levantó descendencia, le llevó a través de la región de Siquem, donde estaban ellos en este momento, multiplicó su posteridad por medio de Ismael, de quien salieron doce príncipes y, por fin, le dio a Isaac como hijo de la promesa y en él prometió multiplicar extraordinariamente su descendencia. Cuando Isaac tuvo dos hijos, Jacob y Esaú, Dios proveyó heredad para Esaú en la comarca del monte Seír, a fin de que la tierra de Canaán quedase toda ella reservada para la descendencia de Jacob y, así, la posteridad de Esaú no pretendiese tener parte en ella.

(C) Libró después, con mano fuerte (vv. 5–6), a la posteridad de Jacob de la opresión de Egipto, y los rescató de las manos del Faraón y de su ejército junto al mar Rojo (vv. 6, 7). Las mismas aguas que sirvieron a Israel de defensa, sirvieron de sepulcro a los egipcios; y ello, en respuesta a la oración, pues, aunque en la historia de tal acontecimiento leemos que, en su apuro, murmuraron de la providencia de Dios (Éx. 14:11, 12), aquí sólo se hace mención de que *clamaron a Jehová.* Dios aceptó de este modo las oraciones de quienes clamaban, y pasó por alto la insensatez de los que murmuraban.

(D) Les protegió constantemente en el desierto, donde no se dice aquí que estuvieron vagando, sino que allí *estuvieron muchos días* (v. 7).

(E) Les dio la tierra de los amorreos, al otro lado del Jordán (v. 8), y deshizo allí el complot de Balac y Balaam contra ellos, de forma que Balaam no pudo maldecirles como era su deseo y, por ello, Balac no se atrevió a combatir contra ellos como tenía planeado; por tenerlo así planeado, se dice aquí que *peleó contra Israel* (v. 9), esto es, se puso en pie de guerra contra Israel.

(F) Les introdujo a salvo y en triunfo en Canaán, y entregó a los cananeos en manos de ellos (v. 11), y envió delante de ellos una plaga de abejones o avispones (v. 12) cuando estaban empeñados en la pelea, los cuales les atormentaron con sus picaduras y los aterrorizaron con el ruido que hacían, de forma que el enemigo vino a ser fácil presa de Israel.

(G) Finalmente, estaban ahora en posesión pacífica de la tierra y vivían confortablemente del fruto de las labores de otros (v. 13).

2. El recuerdo de todas estas mercedes que Dios les había otorgado en el pasado tenía por objeto exhortarles a temer y servir a Dios en agradecimiento a tales favores, y para que continuasen fieles al Señor (v. 14). Por el requerimiento del versículo 14, repetido en el versículo 23, parece ser que algunos de ellos guardaban secretamente en sus moradas las imágenes o idolillos a los que sus padres habían dado culto en Mesopotamia y en Egipto, como amuletos protectores de las familias, aun cuando es probable que no les rindieran ahora culto. Con todo, ante el peligro de idolatría, Josué les urge severamente a que los quiten de en medio de ellos.

Versículos 15–28

Nunca hubo un contrato mejor concertado y con mejores resultados que éste de Josué con el pueblo, a fin de persuadir a Israel a que perseverasen en el servicio de Dios.

I. ¿Contraerían alguna obligación, si escogían servir a Jehová?—este es el punto que Josué pone a consideración del pueblo ya que, si actuaban ahora con plena deliberación y con firme resolución, esta elección habría de influir grandemente en la constancia con que habían de continuar en ese servicio. Expone, pues, a la consideración de ellos los dos puntos siguientes:

1. Les exhorta a que se adhieran al servicio de Dios de una manera razonable e inteligente, pues es un servicio razonable (comp. con Ro. 12:1). Por consiguiente:

(A) Deja el asunto a la elección de ellos (v. 15). Vemos aquí que: (a) Propone los candidatos que se presentan a la elección: Por un lado, el Señor Jehová y, por el otro, los dioses a los que sirvieron sus antepasados o los dioses de sus vecinos los amorreos, en cuya tierra habitaban ahora ellos; esto último les atraería la simpatía y la amistad de los antiguos moradores, especialmente si ellos estaban bien dispuestos a corresponder a tales muestras de amistad y simpatía. (b) Parece suponer que, entre el pueblo, habría algunos a quienes *les parecía mal servir a Jehová* (v. 15). Hay algunos que siempre están dispuestos a poner objeciones y dejarse llevar de prejuicios. A éstos les parece poco razonable obligarse a negarse a sí

mismos, mortificar la carne y tomar su cruz, etc. (c) Les urge a que se decidan: *«Escogeos hoy a quién sirváis;* escoged ahora mismo, cuando el asunto es expuesto claramente delante de vosotros; no estéis perplejos y titubeando, sino llegad cuanto antes a una conclusión». Algo parecido hizo Elías en una ocasión semejante (1 R. 18:21). Con esta urgencia Josué da a entender dos cosas: *Primera* que es voluntad de Dios el que cada uno de nosotros hagamos de nuestra profesión cristiana un asunto de la más seria y deliberada elección. *Segunda,* que la religión cristiana tiene de su parte tales pruebas, razones y normas de perfecta ética, que se recomienda por sí misma a quienquiera se pare a pensar libremente sobre la opción de aceptarla o rechazarla. (No se olvide, sin embargo, la necesidad de la operación del Espíritu Santo en el corazón del ser humano, el cual, por naturaleza, está oscurecido y entenebrecido por el pecado.) (d) En cuanto a sí mismo, Josué declara abiertamente a qué candidato va a dar su voto: *«Pero yo y mi casa,* no importa lo que vosotros hagáis, *serviremos a Jehová,* y espero que todos vosotros hagáis lo mismo.»

(B) Puesto así el asunto a elección del pueblo, ellos se deciden, mediante una declaración libre, racional e inteligente, por el Dios de Israel, y en contra de cualquier competidor (vv. 16–18): *Nosotros también serviremos a Jehová.* Dan poderosas razones de los motivos que les han decidido a escoger al Dios de Israel (vv. 16–18), para mostrar que no lo hacían meramente por complacer a Josué, sino plenamente convencidos de lo razonable y equitativo de tal elección.

2. Para animarles a que robustezcan más aún su resolución de adherirse a Jehová su Dios, ahora que los ve bien dispuestos, remacha bien el clavo a fin de que no se suelte fácilmente lo que con tanto esfuerzo se ha conseguido. Como dice nuestro refrán: «A hierro candente, batir de repente». En efecto:

(A) A fin de que consideren bien la obligación que han contraído y las dificultades de observarla, les advierte sin rodeos: *No podréis servir a Jehová, porque Él es Dios santo y Dios celoso; no sufrirá vuestras rebeliones y vuestros pecados. Si dejáis a Jehová … Él se volverá y os hará mal* (vv. 19–20). De seguro que Josué no intenta aquí desanimar al pueblo presentando el servicio a Jehová como impracticable y peligroso. Pero: (a) Quizás intenta aquí hacerse eco de las malvadas insinuaciones de los seductores que trataban de apartar a los israelitas de su Dios presentándolo como un Dios duro, que mandaba cosas imposibles y a quien no se le podía complacer. O: (b) Expresa un santo celo por ellos y abriga ciertos temores de que, a pesar de la profesión decidida que acaban de hacer de su adhesión a Jehová, después se han de volver atrás. O: (c) Como lo dirá explícitamente después (v. 23), les expone claramente la alternativa inevitable: *«No podréis servir a Jehová,* a menos que quitéis de en medio de vosotros todos los otros dioses». De un modo parecido, nuestro Maestro nos asegura que su *yugo es fácil* pero a fin que no nos descuidemos, también nos dice que son estrechos la puerta y el camino que conducen a la vida, para que nos esforcemos en entrar, no sólo en buscar. Y: (d) Previendo los obstáculos que pueden desanimarles en la observancia de los mandamientos de Dios, quiere robustecer la resolución que han tomado.

(B) A pesar de la exposición que Josué hace de las dificultades que le pueden salirles al paso, ellos expresan su firme y decidida resolución de perseverar en la elección hecha (v. 21): *No, sino que a Jehová serviremos.*

II. Una vez que ellos han escogido deliberadamente servir a Dios, Josué les obliga mediante un pacto solemne (v. 25). Moisés había ratificado públicamente, por dos veces, el pacto entre Dios e Israel: en el monte Sinaí (Éx. 24), y en los llanos de Moab (Dt. 29:1). Del mismo modo, Josué lo había hecho antes (8:31 y ss.) y lo hace ahora por segunda vez. Y para observar las formalidades de un pacto: 1. Convoca testigos, no ajenos, sino ellos mismos (v. 22): *Vosotros sois testigos contra vosotros mismos de que habéis elegido a Yahveh para servirle.* 2. Lo pone por escrito y se inserta, como podemos ver, en el canon sagrado de las Escrituras: Y *escribió Josué estas palabras en el libro de la ley de Dios.* Y levantó una gran piedra bajo la encina, como monumento de este pacto; quizá puso también en la piedra una inscripción (pues de esta manera se dice que «hablan» las piedras) con la que fuese patente a todo viandante la significación del acto.

Versículos 29–33

I. El sepelio de José (v. 32). Había muerto unos 600 años antes en Egipto, pero había juramentado a los hijos de Israel que habían de llevar de allí sus huesos (Gn. 50:25), de forma que éstos no hallasen

definitivo descanso mientras el pueblo de Israel no tuviese su reposo en la tierra prometida; ahora, pues, los hijos de Israel, que habían sacado de Egipto este ataúd lleno de huesos y lo habían llevado consigo en todas sus marchas por el desierto, lo habían guardado en el campamento hasta la conquista total del país de Canaán. Por fin, depositaban ahora los huesos de José en la pieza del terreno que su padre le había dado cerca de Siquem (Gn. 48:22). Es probable que el discurso de Josué en esta ocasión sirviese, a un mismo tiempo, de oración fúnebre en el funeral de José y de sermón de despedida del propio Josué.

II. Muerte y sepelio de Josué (vv. 29, 30). Es llamado aquí *siervo de Jehová,* el mismo título dado a Moisés (1:1), en la mención que se hace de su muerte. Leemos aquí que la sepultura de Josué se llevó a cabo *al norte del monte de Gaás,* o «colina temblorosa»; dicen los judíos que se la llamó así porque tembló en el sepelio de Josué, para reprochar a los hijos de Israel por su estupidez al no guardarle el duelo que debían haber observado en honor de un hombre tan grande y tan bueno.

III. Muerte y sepelio del sumo sacerdote Eleazar, el cual es probable que muriese el mismo año que Josué, así como murió Aarón el mismo año que Moisés (v. 33). Fue sepultado en un collado perteneciente a su hijo Fineés (hebreo *Pinjás).*

IV. Finalmente, se nos da una idea general de la situación espiritual del pueblo de Israel en este tiempo (v. 31). Mientras vivió Josué, los hijos de Israel sirvieron al verdadero Dios; pero cuando desapareció aquella generación, también decayó la devoción del pueblo. ¡Cuán grande es nuestro privilegio, al ver que Cristo, nuestro Josué, está siempre con su Iglesia, por medio de su Espíritu, y que lo estará siempre, hasta el fin del mundo! (Mt. 28:20).

JUECES

Este libro, que en hebreo se llama *Shofetim* (Jueces), y en el griego de los LXX *Kritaí*, contiene la historia de Israel desde la muerte de Josué hasta el nacimiento de Samuel, con el que comienza el primer Libro de Samuel. Discuten los comentaristas sobre la duración de este período. Mientras el Dr. Lighfoot opina que abarcó el espacio de 299 años, el Dr. L. Wood fundamenta bien su opinión de que fueron 340. Los jueces fueron líderes providencialmente levantados por Dios para salvar a Israel del acoso de sus enemigos, cuando éstos prevalecían a causa de los pecados del pueblo. Estos líderes surgieron de ocho diferentes tribus. Así se difundió este honor ampliamente por todo Israel hasta centrarse posteriormente en Judá. Los dos últimos jueces, que no aparecen en este libro, surgieron de la tribu de Leví. Parece ser que no surgió ningún juez de las tribus de Rubén, Simeón, Gad y Aser.

En cuanto a la situación espiritual de Israel durante este período: I. No aparece tan elevada como podríamos esperar que fuese, al estar regidos por leyes tan justas y animados con promesas tan buenas, sino que los hallamos malamente corrompidos por dentro y malamente oprimidos desde fuera por los enemigos circundantes. II. Sin embargo, no todo es sombrío en este libro; aun cuando había muchos que caían en la idolatría, había también muchos que continuaban fieles, y el servicio o culto en el tabernáculo nunca fue interrumpido, sino conservado de acuerdo con la ley de Moisés. III. Por lo que vemos, cada tribu actuaba con cierta independencia, sin un jefe ni una asamblea común, lo cual ocasionó graves diferencias entre ellos y les impidió obrar grandes cosas conjuntamente. IV. El gobierno de los jueces no era, de ordinario, constante, sino que surgían y eran capacitados por el Espíritu de Dios cuando llegaba la ocasión de vengar a Israel de sus enemigos y purificar al pueblo de sus idolatrías. Débora, la profetisa, parece haber sido una excepción, pues juzgaba constantemente al pueblo, aun antes de presentarse la oportunidad de defender a Israel de sus enemigos. V. Durante el gobierno de los jueces, Dios era, de una manera especial, el Rey de Israel, como les hace ver Samuel al pedir ellos tener un rey como las demás naciones (1 S. 8:5; 12:12). En Hebreos 11:32, se mencionan los nombres de cuatro jueces: Gedeón, Barac, Sansón y Jefté. El erudito obispo Patrick opina que el escritor de este libro fue Samuel.

CAPÍTULO 1

Este capítulo nos refiere el avance que algunas tribus de Israel llevaron a cabo, después de la muerte de Josué, en la conquista de la tierra de Canaán. Como suele decirse, Josué quebró el cuello del enemigo y puso a Israel en situación favorable para haber alcanzado pronto la victoria completa, si no hubiese sido por la apatía de la mayoría de las tribus en expulsar al enemigo. Se nos dice: I. Que las tribus de Judá y Simeón actuaron bravamente, pero: II. Las otras tribus actuaron cobardemente. III. No se nos dice cómo actuaron las tribus de Isacar y las dos tribus y media de allende el Jordán.

Versículos 1–8

I. Los hijos de Israel consultaron el oráculo de Dios para saber cuál de las tribus había de comenzar la campaña de limpieza de enemigos en el país. La pregunta fue: *¿Quién de nosotros subirá primero?* (v. 1). Podemos suponer que, para este tiempo, ya se habían multiplicado en los lugares que ocupaban, de tal forma que el espacio que ocupaban les resultaba estrecho. No sabemos si es que cada tribu deseaba el honor de ser la primera en comenzar la campaña, o si cada tribu tenía más bien miedo de ser la primera.

II. Dios ordenó que Judá subiese primero y les prometió éxito en la empresa (v. 2): *«He aquí que yo he entregado la tierra en sus manos* para que sea poseída; por tanto, entregaré en sus manos al enemigo que de momento está en posesión de ella». ¿Por qué había de ser Judá la primera tribu en subir? 1. Por ser la tribu más numerosa y poderosa. 2. Por ser la primera en dignidad, por lo que también debía ser la primera en cumplir con este deber. Era la tribu de la que había de surgir el Señor según la carne. Así que, en Judá, el León de esa tribu había de acometer el primero. De modo similar, Cristo fue el primero en enfrentarse con los poderes de las tinieblas y vencerlos, y así nos animó para vencer en nuestras luchas con esos poderes; en Cristo, *somos más que vencedores* (Ro. 8:37).

III. Así pues, Judá se dispone a subir, pero pide a su hermano y vecino Simeón que suba con él uniéndose así en la empresa las fuerzas de las dos tribus (v. 3). Los fuertes no han de despreciar la ayuda de los débiles. Judá era la tribu más considerable de todas y Simeón la menos considerable, a pesar de lo cual Judá pide ayuda a Simeón. La cabeza no le puede decir al pie: *No te necesito*, puesto que somos *miembros los unos de los otros.*

IV. Las fuerzas confederadas de Judá y Simeón salen al campo de batalla (v. 4): *Y subió Judá.* Y Simeón subió con él (v. 3). Es probable que el comandante en jefe de esta expedición fuese Caleb. Por lo que sigue (vv. 10, 11), parece ser que él no estaba aún en posesión de la heredad que le correspondía. Fue una bendición tener un general tan valiente.

V. Dios les dio éxito completo. Ya sea que ellos invadiesen primero el campo del enemigo, o que fuese éste el primero en tocar alarma, lo cierto es que *Jehová entregó en sus manos al cananeo y al ferezeo* (v. 4). Respecto de esta campaña se nos dan los siguientes detalles:

1. El ejército enemigo fue derrotado en Bézec o cerca de la ciudad, el lugar al que los soldados de Judá y Simeón habían subido, y en el que, más adelante, tuvo Saúl una especie de cuartel general (1 S. 11:8). Allí mataron a 10.000 hombres. Gran victoria, conseguida no con propias fuerzas, sino con la ayuda de Dios.
2. El rey enemigo fue hecho prisionero. Su nombre era Adoní-Bézec, que significa *Señor de Bézec*. Después de capturarlo, le cortaron los pulgares de manos y pies a fin de que, en lo sucesivo, no pudiese batallar ni huir (v. 6). Sería bárbaro este modo de proceder con un hombre ya vencido y a merced de ellos, si no fuese porque era un corrompido cananeo que había abusado de setenta reyes de un modo similar. (A) Cuán elevada había sido hasta entonces la posición de este hombre pero ahora era un desdichado prisionero, reducido a la miseria y al dolor. (B) Cuán extensa era la desolación que había llevado a cabo anteriormente, pues había subyugado a setenta reyes; de forma que, como dice Lightfoot, «Judá, al subyugar a Adoní-Bézec, subyugó en realidad a setenta reyes más». (C) Cuán justamente fue tratado del mismo modo que había tratado a otros. (D) Cuán sinceramente confesó la justicia de Dios en ello: *Como yo hice, así me ha pagado Dios* (v. 7). (v. 8).

VI. Se hace especial mención de la conquista de Jerusalén.

Versículos 9–20

Sigue un ulterior relato de la gloriosa campaña de Judá y Simeón:

I. La heredad de Judá quedó limpia de enemigos, pero no por completo. Fueron expulsados *los que habitaban en las montañas* (vv. 9, 19), las que rodean Jerusalén, pero los que habitaban en el valle les hicieron resistencia, pues poseían *carros herrados,* como los que vimos en Josué 17:16. Pensaron los de Judá que no era buena medida combatir contra ellos, olvidando que *los carros de Dios se cuentan por veintenas de millares* (Sal. 68:17). Permitieron así que el miedo prevaleciera contra la fe y no pusieron su confianza en el poder de Dios contra toda fuerza material, batiéndose en retirada cuando con una sola embestida podían haber completado sus victorias.

II. Caleb fue puesto en posesión de su heredad de Hebrón. Ésta le había sido otorgada por Josué hacía unos diez o doce años, pero, como él prefirió servir antes a los intereses de la comunidad, y ayudar al pueblo a establecerse, antes que mirar por su propio interés, parece ser que no había tomado aún posesión de su heredad. Tan contento estaba de servir a los demás, que no le importó ser servido el último. Pero ahora los hombres de Judá venían en su ayuda para la conquista de Hebrón (v. 10) y le pusieron a Caleb en posesión de la ciudad (v. 20). Ahora Caleb, para corresponder a la amabilidad de sus paisanos, está impaciente por ver la ciudad de Debir en manos de los de Judá y, para darles ánimo, ofrece su hija por mujer al hombre que tome el mando de las tropas que vayan a conquistar la ciudad (vv. 11, 12). Se ofrece valientemente Otoniel y conquista así la ciudad y la mujer (v. 13).

III. Simeón, por su parte, ayudado por Judá, derrotó a los cananeos que moraban en sus fronteras (vv. 17, 18). En la parte oriental de la heredad de Simeón, conquistaron Sefat y le pusieron por nombre *Hormá,* que significa *destrucción.* En la parte occidental, tomaron Gaza, Ascalón y Ecrón (según el texto masorético, corregido por los LXX en el sentido de que *no* las tomaron, como puede verse por el versículo siguiente. Posteriormente, las habitaron los filisteos. Nota del traductor).

IV. Los cineos ganaron una heredad dentro de la tribu de Judá, pues se unieron a esta tribu por ser la más fuerte, y así esperaban estar más seguros (v. 16). Estos cineos eran descendientes de Jetró el suegro de Moisés. Al principio se habían asentado en Jericó *la ciudad de las palmeras* (Dt. 34:3), ciudad que no había de ser reedificada y, por ello, muy adecuada para los acostumbrados a vivir en tiendas de campaña y a no echar de menos las viviendas cómodas. Pero después se trasladaron al desierto de Judá. Al ser un pueblo pacífico y que se contentaba con poco, Israel le prestó esta atención. Los que a nadie molestaban, por nadie fueron molestados. *Bienaventurados los apacibles, porque ellos heredarán la tierra* (Mt. 5:5).

Versículos 21–36

Nos refiere en qué forma actuaron las demás tribus en lo tocante a los cananeos que se quedaron en el país.

I. Benjamín descuidó expulsar a los jebuseos de la parte de la ciudad de Jerusalén que había tocado en suerte a dicha tribu (v. 21). Judá les había dado un buen ejemplo (v. 9) pero ellos no les imitaron por falta de resolución.

II. En cuanto a la casa de José:

1. Se esforzaron por posesionarse de Betel (v. 22). Esta ciudad es mencionada, en Josué 18:22, como perteneciente a la tribu de Benjamín. Pero aquí la vemos tomada por los de José (v. 23). Como ciudad fronteriza, parece ser que la línea de demarcación pasaba así por en medio de la ciudad, perteneciendo una mitad a Benjamín, y la otra a Efraín. En este relato de la expedición de los efrainitas contra Betel es de observar:

(A) Su interés en el favor de Dios: *Jehová estaba con ellos lo* mismo que habría estado con las demás tribus si se hubiesen comportado como Dios había mandado.

(B) Las prudentes medidas que tomaron para conquistar la ciudad. Enviaron espías para hallar qué parte de la ciudad era la más débil (v. 23). Estos espías adquirieron buena información de un hombre que les mostró una entrada privada a la ciudad. Parece ser que este hombre no quiso unirse al pueblo de Dios, sino que se retiró a una colonia de los heteos, los cuales se habían marchado a Arabia cuando Josué invadió el país. Allá se fue este hombre a vivir y edificó allí una ciudad a la que puso por nombre Luz, que era el antiguo nombre de Betel. Prefirió así conservar el antiguo nombre de su ciudad nativa, que significa *almendro,* más bien que Betel, que significa *casa de Dios.*

(C) Éxito de los efrainitas. Los espías trajeron o enviaron recado del informe que les había dado el hombre, tomaron la ciudad por sorpresa y la pasaron a filo de espada (v. 25).

2. Aparte de este éxito, no parece que los hijos de José hiciesen ninguna otra cosa digna de mención.

III. Zabulón, quizá por su inclinación al comercio marítimo (pues le había sido predicho que sería puerto de barcos), descuidó arrojar a los habitantes de Quitrón y de Naalal (v. 30), y se contentó con hacerlos tributarios.

IV. Aser se portó peor que todas las demás tribus (vv. 31, 32), ya que no sólo dejó en manos de los cananeos mayor número de ciudades que los demás, sino también se conformó con morar entre los enemigos, en lugar de hacerlos tributarios.

V. Neftalí permitió igualmente que los cananeos se quedasen entre ellos (v. 33), aunque poco a poco les fue exigiendo contribución.

VI. Dan, por su parte, lejos de extender sus conquistas en el terreno que le había tocado en suerte, no tuvo ánimos para hacer frente a los amorreos y fue acosado por ellos hasta retirarse a los lugares de la montaña y vivir allí sin aventurarse a bajar al valle donde, con toda probabilidad, el enemigo poseía carros herrados (v. 34). Al bendecir Jacob en su lecho mortuorio a Judá, lo comparó a un león; a Dan lo comparó a una serpiente; obsérvese cómo Judá, con su bravura comparable a la del león, prevaleció y prosperó, mientras que Dan, con su astucia serpentina, no pudo ganar terreno. No siempre consigue la maliciosa astucia llevar a cabo los portentos que pretende hacer.

VII. En conjunto, vemos que el pueblo de Israel descuidó, hablando en términos generales, su deber y su interés en la conquista de la tierra prometida; no hicieron lo que podían haber hecho para echar a los cananeos y hacerse sitio en Canaán. La misma causa que impidió a sus padres llegar pronto a la tierra y les detuvo durante cuarenta años en el desierto, les impidió ahora tomar plena posesión de la tierra. Esta causa fue la incredulidad. Por desconfiar del poder y de las promesas de Dios, perdieron los beneficios que podían haber obtenido y se ocasionaron a sí mismos miles de perjuicios.

CAPÍTULO 2

I. Dios envía un mensaje especial por medio de un ángel (vv. 1–5).

II. Se nos da también una idea general de la situación de Israel durante la época de los jueces. 1. Su adhesión a Dios mientras vivieron Josué y los ancianos de la anterior generación (vv. 6–10). 2. Su posterior idolatría (vv. 11–13). 3. El desagrado de Dios y los castigos que les envió (vv. 14–15). 4. La compasión que tuvo de ellos, mostrada en los líderes que hizo surgir entre ellos para librarles (vv. 16–18). 5. Su recaída en la idolatría (vv. 17–19). 6. El punto final que Dios, en su ira, puso a los éxitos primeros de su pueblo (vv. 20–23).

Versículos 1–5

Uno de los grandes privilegios de Israel fue recibir del Cielo frecuentes mensajes, ya de reproche, de corrección o de instrucción, según los casos. Además de la palabra escrita que tenían delante, con frecuencia *oían a sus espaldas palabra que decía: Éste es el camino* (Is. 30:21). De este modo comienza

aquí el modo como obraba Dios con ellos. En estos versículos tenemos un sermón de avivamiento que les fue predicado cuando su estado espiritual se iba enfriando.

I. El predicador fue *el ángel de Jehová* (v. 1). Por la nomenclatura y el contexto, no cabe duda de que se trata del «ángel del pacto», esto es, el propio Señor preencarnado, como se había aparecido antes a Josué (Jos. 5:14–15) y, después, a Gedeón (6:11 y ss.), a los padres de Sansón (13:3 y ss.), etc.

II. Las personas a las que fue predicado el sermón: *Todos los hijos de Israel* (v. 4). ¡Gran congregación para tan gran predicador! El lugar es llamado *Boquim* (v. 1), pues se ganó el nombre en esta ocasión. Todo Israel merecía el reproche y la advertencia que aquí se le dieron.

III. El mensaje fue corto, pero muy directo. Dios les dice aquí claramente: 1. Lo que había hecho por ellos (v. 1). Los había sacado de Egipto, país de esclavitud y fatigas, a Canaán, tierra de reposo, libertad y abundancia. 2. Lo que les había prometido: *No invalidaré jamás mi pacto con vosotros.* 3. Lo que esperaba razonablemente de ellos (v. 2): Que, al haber entrado en pacto con Jehová su Dios no habían de pactar con los moradores de la tierra, que eran enemigos de Dios y de Israel: y que, al haber levantado altar y santuario a Dios, debían derribar los idolátricos altares de los cananeos, para que no sintieran la tentación de adorar y servir a los dioses. 4. Que, precisamente en esto, en lo que más había insistido Dios, ellos le habían desobedecido: *Vosotros no habéis atendido mi voz.* 5. Lo que ellos habían de esperar a causa de esta locura (v. 3). Se engañan los que esperan sacar provecho de la amistad de los enemigos de Dios.

IV. Es muy notable el éxito que tuvo este sermón: *El pueblo alzó su voz y lloró* (v. 4). Pero esto no bastaba; lloraron, pero no se enmendaron, pues no se nos dice que destruyesen los vestigios de idolatría que había en medio de ellos. Debían haber roto sus relaciones con sus enemigos cosa que no hicieron. Siempre nos es más fácil emprender un camino malo que dejarlo una vez emprendido. Más fácil es al creyente formar amistades con los no creyentes que romperlas después de formadas. Hay muchos que parecen derretirse por la acción de la Palabra de Dios, pero se endurecen de nuevo antes de ser echados en el nuevo molde. No obstante, este llanto general: 1. Dio al lugar un nuevo nombre (v. 5): lo llamaron *Boquim* que significa *los que lloran.* 2. Les impulsó a *ofrecer allí sacrificios a Jehová,* bajo la llamada *encina del llanto* (Gn. 35:8), al norte de Betel, sin intentar por eso levantar allí un nuevo santuario, diferente del de Siló, donde estaba el altar de Dios.

Versículos 6–23

El ángel había predicho que los cananeos y sus ídolos les habían de ser lazo y trampa a los israelitas. Ahora, el historiador va a demostrar que así fue; y, para que esto aparezca más claro, echa una mirada retrospectiva para que se tome nota: 1. Del feliz asentamiento del pueblo en el país de Canaán. Después de bendecir al pueblo, Josué les había despedido para que fuesen a tomar pacífica posesión de la tierra (v. 6). 2. De su perseverancia en la fe y el temor del santo nombre de Dios mientras vivió Josué (v. 7). 3. De la muerte y sepultura de Josué, lo cual fue un golpe fatal para los intereses de la verdadera religión en Israel (vv. 8–9). 4. Del surgimiento de una nueva generación (v. 10), la cual estaba tan enteramente entregada a las cosas del mundo, que les importaba muy poco del verdadero Dios y del servicio que debían prestarle, por lo que fácilmente se desviaron hacia los falsos dioses y sus abominables supersticiones.

Se nos da, a continuación, una idea general de la secuencia histórica de Israel durante el período de los jueces:

I. Israel abandonó a su Dios. En general, *hicieron lo malo;* nada peor pudieron hacer que provocar así a Dios, y nada más perjudicial para ellos mismos, y lo hicieron *ante los ojos de Jehová* (v. 11). En particular:

1. *Dejaron a Jehová* (v. 12; y, de nuevo, en el v. 13); éste fue uno de los dos grandes males que hicieron (V. Jer. 2:13). Se habían unido, por pacto, a Jehová, pero ahora lo abandonaron, como una mujer que se separa traidoramente de su marido.

2. Después de abandonar al verdadero Dios, no se hicieron ateos, pues no eran tan necios como para decir: *No hay Dios* (Sal. 14:1; 53:1), sino que se fueron tras otros dioses; les quedaba algo de su antigua condición, puesto que deseaban tener algún dios, pero estaban tan corrompidos que multiplicaban sus dioses, cualesquiera fuesen éstos, y seguían así la forma, no la norma, del culto religioso. *Baalim* significa *señores*, *Ashtaroth* significa *estrellas,* de la raíz babilónica *Istar*, ya que los israelitas cambiaron el primitivo nombre *Astarté* en *Ashtoreh,* que es el singular (deidad femenina) de *Ashtaroth*. Así se hicieron muchos dioses y muchos señores.

II. El Dios de Israel fue provocado a ira por ello, y los entregó en manos de sus enemigos (vv. 14, 15). 1. La balanza de la victoria se inclinó de la parte contraria. Dios estaba dispuesto a conceder el éxito a quienes no le habían conocido ni le habían pertenecido, antes que a quienes, después de conocerle y pertenecerle, le habían abandonado. 2. La balanza del poder se volvió igualmente, por supuesto, contra ellos.

III. El Dios de infinita misericordia tuvo compasión de ellos en sus momentos de apuro, aunque ellos se habían metido en el apuro por su insensatez y su pecado, y les proporcionó liberación.

1. La fuente de esta liberación. Brotó puramente de la tierna compasión de Dios; la razón se hallaba dentro de Sí mismo, no en los merecimientos de ellos. Ellos mismos gemían bajo la opresión de sus enemigos (v. 18), más bien que bajo la opresión de sus pecados, pero aun así *Jehová era movido a misericordia,* puesto que ahora es el día de su paciencia y de nuestra prueba, a pesar de que ellos (como también nosotros) no merecían otra cosa que perecer bajo la maldición de Dios.
2. Los instrumentos de su liberación. Dios levantaba jueces de entre ellos, conforme lo requería la ocasión; hombres a quienes Dios capacitaba por modos extraordinarios y con poderes especiales para reformar y libertar a Israel, y con quienes *Jehová estaba* para coronar sus empresas con magníficos resultados. Obsérvese: (A) Que, aun en los días de mayor degeneración y de mayor agobio para la Iglesia, habrá quienes sean capacitados por Dios para reavivar lo mortecino y enderezar lo torcido. (B) Que Dios reviste de prudencia y valor a ciertos hombres, y les da corazón y ánimos para actuar y aventurarse a empresas difíciles. Todos los que de alguna manera son una bendición para su país, han de ser considerados como un regalo de Dios.

IV. Los degenerados israelitas no se reformaban de modo efectivo y permanente, ni siquiera mediante la acción de los jueces (vv. 17–19). Habían sido desposados con Dios, pero quebrantaban el vínculo conyugal y se prostituían con otros dioses. La idolatría es adulterio espiritual. *Se corrompían más que sus padres* (v. 19), como esforzándose en superarles, en multiplicar dioses extraños e inventar formas de adoración profanas e impías, en flagrante contradicción a los esfuerzos de los reformadores.

V. La justa decisión de Dios, por ese motivo, de continuar castigando al pueblo con la vara del escarmiento. Después de la muerte de Josué, fue poco lo que se hizo, durante mucho tiempo, para echar del país a los cananeos: Israel era indulgente con éstos y se iba familiarizando con ellos, por lo que Dios resolvió *no volver a arrojarlos* (v. 21). Dios abandonó a Israel a sus propios temores y a sus propios engaños (V. Is. 66:3, 4). De manera semejante, los hombres ceden a sus malvados deseos y corruptas pasiones, por lo que Dios les entrega justamente en manos de su propia corrupción bajo el poder del pecado (v. Ro. 1:28), con lo que se precipitan rápidamente en la más completa ruina.

CAPÍTULO 3

I. Una relación general de los enemigos de Israel y del daño que causaron al pueblo de Dios (vv. 1–7). II. Un informe particular de las bravas hazañas llevadas a cabo por los tres primeros jueces: 1. Otoniel, a quien Dios levantó para luchar contra el rey de Mesopotamia (vv. 8–11). 2. Eúd, que fue usado para rescatar a Israel de manos de los moabitas (vv. 12–30). 3. Samgar, que se señaló en un encuentro con los filisteos (v. 31).

Versículos 1–7

Se nos refiere aquí quiénes quedaron de los antiguos habitantes de Canaán. Algunos quedaron unidos en cierta especie de corporación, como *los cinco príncipes de los filisteos* (v. 3), a saber, de Gaza, Asdod, Ascalón, Gat y Ecrón (Jos. 13:3; 1 S. 6:17). Había un grupo llamado específicamente *cananeos,* limítrofes de los sidonios, en las costas del Mediterráneo. Y, al norte, los heveos ocupaban buena parte del monte Líbano. Aparte de éstos, estaban dispersos por el país muchos otros grupos étnicos (v. 5). Respecto de todos estos grupos de nativos que se quedaron en el país, obsérvese:

I. Cuán sabiamente permitió Dios que se quedasen. Al final del capítulo anterior, se menciona este hecho como un acto de la justicia de Dios a fin de que sirviesen de correctivo a Israel. Pero aquí se añade que lo hizo *para probar a Israel,* como un acto de sabiduría, a fin de que *los que no habían conocido ninguna de las guerras de Canaán … conociese,* esto es, aprendiese, *la guerra* (vv. 1, 2). Como el terreno de Israel caía en medio de naciones enemigas, era necesario que fuesen bien entrenados en la milicia, no sólo para defenderse cuando algún enemigo invadiese sus fronteras, sino también para poder ensanchar sus límites conforme al espacio que Dios les había prometido.

II. Cuán malvadamente se mezcló Israel con los grupos que habían permanecido en el país. 1. Se unieron en matrimonio con los cananeos (v. 6), aunque estas uniones no convenían ni a su honor espiritual ni a su ventaja material. 2. Así fueron conducidos a unirse a ellos en la adoración y servicio de los falsos dioses (v. 6): *los baales y las imágenes de Aserá* (v. 7), es decir, las imágenes que adoraban en el hueco formado en el interior de gruesos árboles, lo que les servía como una especie de santuario natural. Bajo un yugo tan desigual, era de temer que los malos corrompieran a los buenos más bien que el que los buenos reformasen a los malos, lo mismo que ocurre cuando se colocan juntas dos peras una corrompida y la otra sana. Al servir a los dioses falsos, *olvidaron a Jehová su Dios* (v. 7).

Versículos 8–11

Llegamos ahora al informe del gobierno de los primeros jueces; en primer lugar, de Otoniel, en quien el relato de este libro se une con el del libro de Josué. Tenemos en esta breve narración del gobierno de Otoniel:

I. El apuro por el que Israel estaba pasando a causa de su pecado (v. 8). Dios estaba justamente descontento de Israel, y *los vendió* a las naciones, como quien vende bienes que han perdido su valor, y el primero que acudió a la compra fue Cusán-Risatáyim, rey de Mesopotamia, país llamado así por caer *en medio de los ríos* Tigris y Éufrates. Con afán de ensanchar sus dominios, invadió primero las dos tribus de allende el Jordán que eran limítrofes con su reino y, después, tal vez gradualmente, penetró en el corazón del país, exigió rigurosos tributos por donde pasaba y, quizá, dejó guarniciones de soldados.

II. Bajo esta aflicción, Israel clamó a Jehová (v. 9). Los que en días de fiesta y jolgorio acudían a los baales y a las imágenes de Aserá, en tiempo de aflicción y apuro se volvían a Jehová.

III. Dios se volvió a ellos en su misericordia para libertarlos. 1. El libertador humano fue Otoniel, el que se casó con la hija de Caleb y uno de los pertenecientes a la anterior generación, que había visto las maravillas de Jehová. Podemos suponer que ya estaba entrado en años cuando Dios le confió esta empresa y le otorgó tal honor. 2. No fue comisionado de hombre ni por hombre, sino por *el Espíritu de Jehová* (v. 10), el espíritu de sabiduría y de fortaleza que le equipó para este servicio. 3. El método que empleó: Primero, *juzgó a Israel,* los reprendió y los reformó y, después, los condujo a la guerra. Este era el método correcto. El enemigo interior, el pecado, ha de ser vencido antes, para que el enemigo exterior pueda ser derrotado con facilidad. Si Jehová es nuestro Juez, nuestro Legislador y nuestro Rey, *Él nos salvará* (Is. 33:22). Ése es el camino de la liberación, y no hay otro. 4. El éxito que tuvo. Quebrantó el yugo de la opresión, pues leemos que *Jehová entregó en su mano a Cusán-Risatáyim.* 5. Las felices consecuencias de los buenos servicios de Otoniel: *Reposó la tierra cuarenta años* (v. 11). Y el beneficio obtenido habría sido perpetuo, si ellos hubiesen cumplido con su deber de mantenerse fieles a su Dios.

Versículos 12–30

El siguiente juez es Eúd, y aquí tenemos un informe de las hazañas que llevó a cabo.

I. Siempre que Israel peca, Dios hace surgir un nuevo opresor (vv. 12–14). Quizá pensaron los israelitas que, al haberse debilitado el antiguo opresor, podían vivir a sus anchas en sus antiguos vicios. Pero *Jehová fortaleció a Eglón rey de Moab contra Israel* (v. 12). Este opresor estaba más cerca que el anterior, con lo que podía hacerles mayor daño. El rey de Moab tomó por ayudantes a los amonitas y a los amalecitas (v. 13) y, con este refuerzo, prevaleció contra Israel. 1. Batió a los israelitas en el campo de batalla (v. 13), no sólo a las tribus cercanas de la otra orilla del Jordán, sino también a las de este lado del Jordán, pues *tomó la ciudad de las palmeras,* cerca de donde había estado situada Jericó (Dt. 34:3). 2. *Y le sirvieron los hijos de Israel* (v. 14), esto es, le pagaron tributo, ya fuese en dinero o en frutos de la tierra, *durante dieciocho años.*

II. De nuevo clamó Israel a Dios, y de nuevo levantó Dios a otro libertador, llamado *Eúd* (v. 15). De él se nos dice:

1. Que era benjaminita. La ciudad de las palmeras caía dentro de esta tribu, con lo que es probable que esta tribu sufriera más que ninguna otra y, por ello, se preparó a sacudirse el yugo. Al ser la tribu más débil, Dios hizo surgir de ella un libertador.

2. Que era zurdo, como parece que lo eran muchos de esta tribu (20:16). *Benjamín* significa *hijo de la mano derecha;* sin embargo, es curioso que tantos hombres de esa tribu fuesen zurdos, pues no siempre corresponde la naturaleza de un hombre al nombre que lleva. Dios escogió a un *zurdo* (lit. *impedido de la mano derecha,* lo que no quiere decir otra cosa sino que tenía el brazo izquierdo más fuerte o, quizá, que era ambidextro) para que fuese *el varón de su diestra* (Sal. 80:17). Fue *la diestra de Dios* la que ganó la victoria para Israel (Sal. 44:3), no la diestra de los instrumentos que empleó.

3. Lo que hizo Eúd para librar a Israel de las manos de los moabitas:

(A) *Dio muerte* a Eglón. Digo que *dio muerte,* no que lo asesinó, porque obró como juez de la justicia divina, y ejecutó sobre él el justísimo juicio de Dios. Para ello:

(a) Buscó la ocasión de tener fácil acceso al rey. Se ve que era hombre muy hábil y, por eso, los de su tribu le comisionaron a él para llevar al rey de Moab un presente, aparte de los tributos que le pagaban, y congraciarse así a los ojos de él (v. 15). Eúd cumplió a maravilla su comisión, sin levantar sospechas de ninguna clase.

(b) Desde el principio, planeó Eúd matar a Eglón, como se ve por las precauciones que adoptó, ya que se proveyó de una daga lo bastante corta para poder disimularla bajo los vestidos (v. 16), y la ciñó al lado derecho, con lo que podía usarla más cómodamente al ser zurdo, y más disimuladamente por llevarla en un lado que no era el corriente.

(c) Se las arregló para quedarse con el rey a solas, ahora que podía hacerlo más fácilmente por haberse congraciado con Eglón por medio de la presentación del regalo. Le pidió audiencia privada, que le fue concedida en *la sala de verano* del rey (v. 20). Le dijo que tenía un secreto que comunicarle, por lo que el rey despachó a todos sus ayudantes (v. 19).

(d) Cuando se quedó a solas con Eglón, Eúd le dijo que tenía un *mensaje de Dios para él* (v. 20). Este mensaje era la daga que llevaba y le fue comunicado no a la oreja, sino a las entrañas mismas donde quedó totalmente encerrado (vv. 21, 22). Eglón significa *ternero y,* como ternero bien cebado (*«era hombre muy grueso»*—v. 17) cayó a punta de cuchillo en sacrificio agradable a la justicia divina. En nuestro tiempo, Dios no da tales comisiones y pretenderlas en nombre de Dios es la peor de las villanías.

(e) La providencia de Dios ayudó estupendamente a Eúd para que escapase después de la ejecución. El tirano cayó sin decir palabra y Eúd, con admirable calma, cerró tras sí la puerta y la aseguró con el cerrojo, luego atravesó por entre la guardia de palacio con aire de inocencia, audacia y despreocupación. Cuando los sirvientes vinieron a la puerta de la sala y la encontraron cerrada, pensaron que el rey estaba haciendo sus necesidades (éste es el sentido del eufemismo *«cubre sus pies»*—v. 24. Comp. con 1 S. 24:3, 4). Para el tiempo en que ellos abrieron la puerta, Eúd estaba ya a buen recaudo, en Seirat (v. 26).

(B) Después de matar al rey, Eúd dio buena cuenta de las fuerzas moabitas que estaban entre ellos, de forma que quebrantó completamente el yugo de la opresión bajo la que gemía el pueblo de Israel: (a) Formó inmediatamente un ejército en el monte Efraín a cierta distancia del cuartel general de los

moabitas, y *al frente* (v. 27) de las tropas de Israel, se lanzó contra el enemigo. La trompeta de *cuerno* que tocó fue verdaderamente trompeta de jubileo que proclamaba libertad a los hijos de Israel, quienes por tan largo tiempo no habían oído otras trompetas que las de sus enemigos. (b) Como hombre piadoso que era, y guiado por fe en todo lo que hacía, tomó ánimo él mismo, y lo comunicó a sus soldados, del poder con que Dios le había capacitado (v. 28): *«Seguidme, porque Jehová ha entregado a vuestros enemigos los moabitas en vuestras manos».* (c) Como general experto en estrategia, aseguró primero los vados del Jordán, y puso guardia en todos los pasos, a fin de cortarle al enemigo las comunicaciones. Luego, cayó sobre ellos y los pasó a filo de espada: *no escapó ninguno* (v. 29).

(C) La consecuencia de esta victoria fue que el poder de los moabitas fue totalmente quebrantado en la tierra de Israel. El país permaneció libre de sus opresores y *quedó tranquilo por ochenta años* (v. 30).

Versículo 31

El otro lado del país que da al suroeste estaba por este tiempo infestado de filisteos, contra los que combatió Samgar. 1. Parece ser que esta parte de Israel necesitaba urgentemente liberación, pues leemos que Samgar *salvó a Israel.* Posteriormente, fue Débora la que, en su cántico, expresó el aprieto en que Israel se halló entonces (5:6): *«En los días de Samgar … quedaron abandonados los caminos».* 2. Dios le levantó a él para que librase a Israel cuando, según parece, todavía vivía Eúd. No era muy considerable el número de los enemigos, pues leemos que *mató a seiscientos hombres de los filisteos con una aguijada de bueyes,* y con ello adquirió libertad y salvación esta parte del territorio de Israel. El que después capacitó, con su Espíritu, a unos pescadores para que fuesen los Apóstoles del Cordero, capacitó también a unos boyeros para que fuesen jueces y generales cuando así le plugo. No importa la debilidad del arma cuando es Dios quien da fuerza al brazo y dirección a la mente. Cuando a Dios le place, una aguijada de buey puede hacer más que la espada de Goliat.

CAPÍTULO 4

Historia de Débora y Barac. I. Israel se aparta de Dios (v. 1). II. Israel, bajo la opresión de Jabín (vv. 2–3). III. Débora, juez de Israel (vv. 4–5). IV. Israel es rescatado de las manos de Jabín por la acción concertada de Débora y Barac (vv. 6–24).

Versículos 1–3

I. Apostasía de Israel: *Volvieron a hacer lo malo.* 1. La extraña fuerza de la corrupción, que precipita a los hombres en el pecado, por mucha que sea la frecuencia con que ellos experimentan sus fatales consecuencias. 2. Los malos efectos que suele tener una tranquilidad demasiado larga. El país había estado tranquilo durante ochenta años (3:30), lo cual debería haberlos confirmado en su adhesión a Dios, pero, por el contrario, los volvió presuntuosos y confiados. 3. La gran pérdida que supone para una nación la muerte de los buenos gobernantes: *Después de la muerte de Eúd, los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová.*

II. Israel es oprimido por sus enemigos. Como ellos abandonaron a Dios, Dios los abandonó a ellos, y vinieron a ser presa fácil de cualquier opresor. Jabín era rey de Hazor, como lo había sido otro del mismo nombre, quizás antepasado suyo, al que Josué derrotó y mató, incendiando después su ciudad (Jos. 11:1, 10). Parece ser que andando el tiempo, la ciudad fue reedificada. Jabín y su general Sísara oprimieron con crueldad a los hijos de Israel por veinte años (vv. 2–3). Lo que agravó esta opresión fue que estos cananeos habían sido vencidos y subyugados anteriormente por los israelitas, conforme habían sido sentenciados de antiguo a ser siervos de los semitas (Gn. 9:25), y habrían estado ahora bajo los pies de Israel si no hubiese sido por la pereza, la cobardía y la incredulidad del pueblo de Dios.

III. Israel se vuelve a Dios: *Clamaron a Jehová* (v. 3), cuando se vieron en apuros, sin vislumbrar otra salida.

Versículos 4–9

Por fin llegó el día feliz de los redimidos, cuando Israel iba a ser librado de las manos de Jabín.

I. La preparación del pueblo para esta liberación, mediante el gobierno y el don profético de Débora (vv. 4–5). Su nombre significa *abeja,* y ella correspondió a su nombre por su laboriosidad, sagacidad y gran utilidad para la nación; dulce para sus amigos y dolorosa para sus enemigos. Era esposa de un tal Lapidot, que significa *lámparas.* Dicen los rabinos que se había dedicado antes a confeccionar mechas para las lámparas del tabernáculo, con lo que *Lapidot* vendría a ser un apelativo de oficio, más bien que el nombre de su marido. En todo caso, le venía muy bien ese apelativo, como mujer de *luces,* por su extraordinaria prudencia y sabiduría. Lo que de cierto se nos dice de ella es que:

1. Era una mujer que tenía comunión íntima con Dios, pues era *profetisa.*
2. Estaba dedicada totalmente al servicio de Israel. Era juez de Israel en el tiempo en que Jabín los oprimía. Juzgaba, no como princesa que ostenta una autoridad gubernativa, sino como *profetisa* (hebreo *nebiah*—femenino de *nabí*), es decir, transmisora de los mensajes de Dios al pueblo.
3. Se nos dice que *habitaba* (o, según prefieren traducir otros, *se sentaba), debajo de una palmera,* la cual se llamó, a raíz de esto, *la palmera de Débora.* Ya fuese que su casa estuviese cercana a esa palmera, o que ejerciese su oficio al aire libre, lo cierto es que la palmera era un buen emblema de la justicia que administraba, la cual se crece ante la oposición, como la palmera bajo presión.

II. El plan proyectado para la liberación de Israel. Débora no era la persona adecuada para ponerse al frente de un ejército, al ser mujer, pero ella fue la que designó como general a Barac de Neftalí. Ni éste podía hacer nada sin la cabeza de Débora, ni ella podía hacer nada sin las manos de Barac; pero entrambos formaron un libertador completo y obtuvieron una liberación total.

1. Bajo la dirección de Dios, ella ordenó a Barac juntar una tropa y hacer frente a las fuerzas de Jabín, mandadas por Sísara (vv. 6, 7). Es posible que Barac hubiese meditado por largo tiempo sobre el modo de combatir al enemigo, pero había dos cosas que le desanimaban:

(A) Necesitaba que se le comisionase para formar un ejército. Y esto es lo que hizo Débora bajo la dirección de Dios y el sello del Cielo, ya que, como profetisa, podía darle la garantía necesaria: *«¿No te ha mandado Jehová Dios de Israel, diciendo: Ve, junta a tu gente en et monte de Tabor ...?»* (a) Le indica el número de hombres que ha de emplear: *Diez mil* (b) De dónde los ha de sacar: Únicamente de su tribu y de la de Zabulón que era colindante. (c) Dónde los ha de juntar: En el monte de Tabor, en la próxima vecindad.

(B) Cuando él tuvo preparada la tropa, no sabía de qué forma había de atacar al enemigo, pero Débora le dijo: *«Yo atraeré hacia ti ... a Sísara ... con sus carros y su ejército».* Además, le prometió completo éxito: *«Y lo entregaré* (ella hablaba de parte de Dios) en tus manos.

2. A petición de Barac, ella promete acompañarle hasta el campo de batalla, ya que:

(A) Barac insistía mucho en la necesidad de que ella estuviese presente, con lo que él se sentiría más confiado que con todo un consejo de guerra (v. 8): *«Si tú vienes conmigo* para instruirme y aconsejarme, haciéndome saber la voluntad de Dios en cualquier dificultad, yo *iré* de muy buena gana y no temeré los carros herrados; *pero si no vienes conmigo, no iré».* Ninguna satisfacción mayor para él que tener consigo a la profetisa, para dar ánimo a los soldados y para pedirle consejo cuando lo requiriese la oportunidad.

(B) Débora le prometió ir con él (v. 9). No había peligro ni fatiga que pudiera desanimarla de hacer todo cuanto estuviera en su mano para el servicio de su país. Débora era el «vaso más frágil», sin embargo, su fe era más fuerte. Y aun cuando condesciende a ir con Barac, ante la insistencia de éste, le echa en cara con suave ironía, su falta de resolución y bravura. *«Mas no será tuya la gloria de la jornada que emprendes,* como lo habría sido si hubieras marchado solo, *porque en mano de mujer entregará Jehová a Sísara»,* esto es: (a) El mundo atribuirá la victoria a las manos de Débora. (b) Dios completará la victoria por mano de Jael. La labor de estas dos mujeres eclipsará la gloria de Barac.

(C) No obstante esta reconvención de Débora, Barac estima el éxito de su empresa mucho más que su propio honor y, por consiguiente, no retira su petición.

Versículos 10–16

I. Barac pide voluntarios y pronto tiene presta su cuota de soldados (v. 10). Aunque las tribus de Zabulón y Neftalí fueron las principales en aportar fuerzas, del cántico de Débora se desprende que algunos soldados habían venido de las tribus de Manasés e Isacar también (5:14–17), mientras que Rubén no había enviado los refuerzos que se esperaban de esa tribu. El versículo 11, paréntesis acerca del traslado de Héber al valle de Zaanaim, junto a Cedes, tiene por objeto introducir lo que sigue después acerca de la hazana de Jael, mujer de Héber cineo.

II. Sísara entra en el campo de batalla con un ejército muy numeroso y poderoso (vv. 12, 13). La confianza de Sísara estaba principalmente en sus carros herrados; por eso se hace mención especial de sus 900 *carros herrados* (v. 13) tan efectivos para la destrucción del enemigo, como ya explicamos en otro lugar.

III. Débora da la orden de ataque (v. 14). Dice Flavio Josefo que, cuando Barac vio desplegado el ejército de Sísara, y en ademán de rodear el monte de Tabor en el que se hallaban las tropas de Israel, su corazón desfalleció, pero Débora le animó a descender contra el enemigo: *«Jehová ha entregado a Sísara en tus manos»*. Bien le vino a Barac tener consigo a Débora, pues ésta suplió lo que a él le faltaba: 1. De sabiduría, pues le dijo: *«Éste es el día»*. 2. De valentía, pues le dijo: *«¿No ha salido Jehová delante de ti?»*

IV. Es Dios mismo quien derrota al ejército enemigo (v. 15). No fue tanto lo que hizo Barac con su ataque por sorpresa, como lo que hizo Dios desde el Cielo, para derrotar completamente a Sísara. *«Desde los cielos pelearon las estrellas»*—cantó después Débora (5:20). Dice Josefo que estalló una tremenda tormenta de granizo, y grandes piedras cayeron sobre los rostros de los enemigos haciéndoles retroceder; de tal forma que vinieron a ser fácil presa de Israel con lo que se cumplió la profecía de Débora: *«Jehová ha entregado a Sísara en tus manos»*.

V. Barac persiguió al ejército en fuga, hasta el cuartel general de las fuerzas enemigas en Haroset (v. 16) y no perdonó la vida a ninguno de los que Dios había entregado en su mano: *No quedó ni uno.*

Versículos 17–24

Hemos visto la completa derrota del ejército cananeo. Ahora vemos:

I. La caída de su general, Sísara. Observemos los pasos contados de la caída de este poderoso capitán:

1. *Descendió del carro, y huyó a pie* (vv. 15, 17). ¡Qué miseria de hombre, vencido y desmontado! El que tanto confiaba en sus carros herrados para atacar, tiene que confiar en sus propios talones para escapar.

2. Al no tener baluarte ni lugar propio donde refugiarse, buscó cobijo en las tiendas de los cineos. Lo que le animó a cobijarse allí fue que, en aquel tiempo, *había paz entre Jabín rey de Hazor,* el amo de Sísara, y *la casa de Héber cineo,* en la que Sísara se refugió. Pensó, con falso fundamento, que allí estaría a salvo.

3. Jael le invitó a entrar y le dio la bienvenida. Es probable que estuviese ella a la puerta de la tienda para ver si alguien le daba noticias del resultado de la batalla. Con todo disimulo: (A) Jael le invitó a entrar. Es probable que, al ser su marido descendiente del suegro de Moisés, esperase la oportunidad de hacer algún favor a los hijos de Israel. (B) Le trató con toda amabilidad, como huésped invitado, para que se sintiera seguro en su casa. Podemos suponer que procuró que no se hiciese ningún ruido allí, a fin de que él se durmiese profundamente y cuanto antes. Ahora que Sísara se creía tan seguro, es cuando menos estaba a salvo.

4. Al estar él profundamente dormido, tomó Jael una *estaca* puntiaguda, como las usadas para fijar en el suelo las tiendas de campaña, y un martillo o *mazo,* y le metió la estaca por las sienes hasta coserlo con el suelo (v. 21). Tenía, sin duda, la garantía divina para hacer esto (V. el v. 23), por lo que su caso no puede, sin más, ser imitado, puesto que nadie puede arrogarse ahora una similar comisión de parte de Dios. Se deben observar religiosamente las leyes de la amistad y de la hospitalidad, y hemos de aborrecer aun el pensamiento de traicionar a cualquier persona a la que hayamos invitado y animado a poner su confianza en nosotros. Lo mismo que en el caso de Eúd con respecto a Eglón, podemos estar seguros de

que Jael era consciente del impulso divino que la movía a llevar a cabo aquella acción y a quedar satisfecha con el feliz resultado de su estratagema. El que pensaba destruir a Israel con la multitud de sus carros herrados, quedó destruido con una estaca de madera.

II. La gloria y el gozo de Israel por este triunfo. 1. Barac, el general del ejército israelita, encuentra muerto a su enemigo (v. 22); no cabe duda de que se quedaría ampliamente satisfecho de la parte que le cabía en este triunfo y de la gloria que se le seguía a Dios, así como de la confusión de sus enemigos. 2. Israel quedó totalmente libre de las manos de Jabín, rey de Canaán (vv. 23, 24). Con la victoria de este día, no sólo se sacudió de encima su yugo, sino que prosiguieron después victoriosamente contra él, hasta destruirle por completo.

CAPÍTULO 5

Cántico triunfal que fue compuesto y cantado con ocasión de la gloriosa victoria que Israel había obtenido contra las fuerzas de Jabín. I. Comienza con alabanza a Dios (vv. 2–3). II. El núcleo del poema nos transmite el recuerdo de este gran acontecimiento, y se compara la intervención sobrenatural de Dios en este caso con la aparición de Dios en el Sinaí (vv. 4–5). III. Expone la situación calamitosa en que se hallaban antes y se invita a alabar a Dios a los que eran beneficiarios de tal éxito al presente (vv. 6–13). IV. Se tributa honor a las tribus que participaron en la batalla, y reproche a las que se negaron a contribuir (vv. 14–19). V. Se menciona de modo especial el hecho de que Dios luchó a favor de Israel, y el honor que le cupo a Jael de acabar con Sísara (vv. 20–30). VI. El poema (y el capítulo) acaba con una oración a Dios (v. 31).

Versículos 1–5

I. Dios es aquí alabado por medio de un cántico. 1. Medio natural de expresar el regocijo: *¿Está alguno alegre? Cante alabanzas* (Stg. 5:13). El gozo santo es el alma y la raíz misma de la alabanza y de la acción de gracias. 2. Procedimiento muy apropiado para perpetuar la memoria de grandes acontecimientos. El vecino aprenderá este canto de otro vecino, y los hijos lo aprenderán de sus padres: *Una generación encomiará tus obras a la siguiente generación, y anunciará tus portentosos hechos* (Sal. 145:4).

II. Como se ve por el versículo 7, Débora misma compuso este cántico. 1. Usó el don de profetisa al componer el cántico, el cual, según los expertos, sobrepasa a todos los cánticos de la literatura hebrea, no sólo extrabíblica, sino también bíblica, pues el tenor general del poema es muy bello y elevado, son muy vivas las imágenes, elegantes las mismas expresiones, y hallamos en él una excelente mezcla de dulzura y majestad. 2. Podemos suponer que usó también su don de princesa, de juez de Israel, al incitar al victorioso ejército de Israel a aprender y cantar el poema. Ella había sido la primera en la acción de guerra, y es también la primera en la acción de gracias.

1. Ya al comienzo (final del v. 2) tenemos una invitación a alabar a Dios: *«Load* (lit. *bendecid*) *a Jehová»*. El objetivo del poema es dar gloria a Dios; por eso, se pone al principio, para explicar y dar carácter a todo lo que sigue, lo mismo que en la oración dominical o Padrenuestro, cuya primera petición es: *Santificado sea tu nombre.*

2. Invita a los grandes de este mundo, a reyes y príncipes, a que escuchen su cántico y tomen buena nota del tema del mismo (v. 3): *Oíd, reyes; escuchad, oh príncipes.* (A) Quiere notificarles que carros y caballos son cosas vanas para proporcionar seguridad. (B) Quiere que tomen buena nota de la suerte que le ha cabido a Sísara, para que no se atrevan a provocar al pueblo de Dios.

3. Echa una mirada retrospectiva a las anteriores manifestaciones de Dios y las compara con esta reciente. Lo que Dios hace ahora debería traernos a la mente lo que ha hecho hasta ahora, porque Él es el mismo, ayer, hoy y por lo siglos (v. 4): *Cuando saliste de Seír, oh Jehová …* Esto puede entenderse de tres maneras:

(A) Con referencia a las manifestaciones del poder y de la justicia de Dios contra los enemigos de Israel, a fin de vencerlos y subyugarlos. Dios había guiado a su pueblo desde el país de Edom y sometió bajo sus pies a Sehón y Og, aterrorizándoles a ellos y a sus ejércitos de tal manera, que les pareció que todos los elementos, del cielo y de la tierra, se unían contra ellos.

(B) Con referencia al glorioso alarde de majestad y poder con que Dios hizo que la tierra temblara, los montes se derritieran como la nieve delante del sol y los mismos elementos celestes parecieron descomponerse y chorrear agua ante el furor de la ira de Dios.

(C) Con referencia a la manifestación de gloria y majestad con que Dios se presentó ante Israel en el Sinaí al darles su ley. Fue entonces cuando literalmente *se estremeció el monte, etc.* (V. Éx. 19:16 y ss.; Sal. 68:8 y ss.; Hab. 3:6 y ss.; He. 12:26). La paráfrasis caldea lo aplica a la donación de la ley al pueblo pero hace un extraño comentario a la frase *«los montes se derritieron»* pues añade: *«El Tabor, el Hermón y el Carmel contendieron entre sí; el uno decía: Que la majestad de Dios habite sobre mí; el otro decía: Que habite sobre mí; pero Dios hizo que habitase sobre el monte Sinaí, el menor y menos importante de todos los montes».* Supongo que quiere decir el de menos valor, por cuanto es rocoso y estéril.

Versículos 6–11

I. Débora describe ahora la situación de apuro y aflicción en que se hallaba Israel bajo la tiranía de Jabín. Desde *los días de Samgar,* que hizo lo que pudo para librar a Israel de los filisteos, hasta los actuales días de Jael, quien se había señalado por su astucia y valor, el país había pasado por un período de angustia y desolación. 1. Sin comercio, porque los mercaderes no se atrevían a transitar por los caminos reales. 2. Sin atreverse siquiera a viajar, por la dificultad que suponía apartarse siempre por senderos tortuosos. 3. Sin labores agrícolas, ya que los labradores abandonaron las aldeas para buscar refugio en ciudades amuralladas y defendidas con cercas. 4. Sin administración de justicia, puesto que la guerra estaba constantemente a las puertas (v. 8), en las que se constituían los tribunales de juicio y justicia. 5. Sin paz para los que entraban ni para los que salían ya que las puertas estaban infestadas de enemigos, y hasta las fuentes y los abrevaderos estaban a merced de los temibles arqueros que infundían terror a los que se acercaban a sacar agua. 6. Sin armas ni ánimos para proveerse de ellas: *ni una lanza ni un escudo entre cuarenta mil* (v. 8).

II. En una breve frase compendia Débora cuál era la causa de toda esta miseria que le había sobrevenido a Israel: *«Cuando escogían nuevos dioses»* (v. 8). Fue la idolatría del pueblo lo que provocó a Dios para entregarlos en manos de sus enemigos.

III. Se hace eco de la gran bondad de Dios hacia Israel al levantar libertadores que les sacasen del apuro. Primeramente a ella misma: *Hasta que yo Débora me levanté* (v. 7), para frenar y castigar a los que perturbaban la paz pública. De este modo, se convirtió ella en una *madre en Israel,* madre que nutre y protege, tal era el afecto que la ligaba a su pueblo (comp. con 1 Ts. 2:7, 11). Bajo el mando de ella había otros jefes de los que ella misma dice: *Mi corazón es para vosotros, jefes de Israel* (v. 9).

IV. Invita a cuantos han participado especialmente en los beneficios de esta salvación tan grande, a que presenten su gratitud a Dios por ello (vv. 10–11):

1. *Vosotros los que cabalgáis en asnas blancas* es decir los nobles y los jefes. Éstos tienen doble motivo para alabar a Dios, pues no sólo han recuperado su libertad como los demás israelitas, sino también su antigua dignidad.

2. *Los que presidís en juicio.* También éstos tienen una especial razón para dar gracias a Dios, ya que la espada de la justicia no les ha sido quitada para siempre por la espada de la guerra.

3. *Y vosotros los que viajáis, hablad.* Ahora que ya pueden transitar seguros por los caminos sin encontrarse con nadie que les pueda hacer daño, deben hablar agradecidos a la bondad de Dios, que ha tenido a bien despejar sendas y caminos de los bandidos que los habían infestado por tanto tiempo.

4. Y los que, *lejos del ruido de los arqueros,* pueden acercarse ya sin miedo a *los abrevaderos* sin que nadie se los ciegue con piedras o les impida sacar agua de allí, han de *repetir allí los triunfos de Jehová* (v. 11). No dice «los triunfos de Débora y de Barac», sino *de Jehová.*

V. Obsérvese en todos estos actos de Dios: 1. Su justicia contra los enemigos de Israel, 2. Su bondad hacia los temblorosos israelitas, especialmente los habitantes de *las aldeas;* o, como da a entender el original hebreo, se trata, más bien, de los actos justos de los mismos aldeanos, quienes, al estar en mayor peligro que los de las ciudades, respondieron con mayor presteza y valentía al llamamiento de Barac. En todo caso, significa una mayor gloria para Dios el proteger a los que están en mayor peligro, y ayudar a los más débiles.

Versículos 12–23

I. Débora se exhorta ahora a sí misma y a Barac a celebrar esta victoria del modo más solemne. 1. Como profetisa, ella debe hacerlo mediante un cántico, y a ello se anima diciendo: *Despierta, despierta, Débora* y de nuevo añade: *Despierta, despierta.* 2. Barac, como general, ha de hacerlo mediante un alarde triunfal: *Levántate, Barac, y lleva tus cautivos* (comp. con Ef. 4:8 *llevó cautiva la cautividad*). Aunque el ejército de Sísara fue destruido en el campo de batalla y no se le dio cuartel, podemos suponer que, cuando la guerra fue llevada al territorio enemigo muchos que fueron hallados sin armas en la mano fueron arrestados y hechos prisioneros de guerra.

II. Da una razón muy buena para celebrar este triunfo (v. 13). 1. Los israelitas eran débiles e inermes, pero Dios les dio dominio sobre los poderosos. Mientras quede un remanente de Dios (y ha de quedar en el peor de los tiempos), habrá esperanza por pequeño que sea dicho remanente, pues Dios puede hacer que triunfe, aun cuando sólo quedase una persona, contra los más orgullosos y poderosos. 2. Débora misma era del sexo débil; sexo que desde el principio había sido sentenciado a sumisión (Gn. 3:16); sin embargo, Dios la comisionó para que gobernase sobre el pueblo de Israel, incluidos los jefes, quienes se sometieron voluntariamente a la dirección de ella y la ayudaron a triunfar contra los poderosos de Canaán.

III. Especifica algunos detalles acerca de los grupos involucrados en esta acción militar, toma nota de quiénes lucharon en contra de Israel, quiénes lucharon a favor y quiénes se mantuvieron neutrales.

1. Quiénes lucharon contra Israel. Jabín y Sísara habían sido ya mencionados en el relato, pero de aquí (v. 14) se desprende que quizá los amalecitas, entre los que estaban radicados los de Efraín, prestaron alguna ayuda a Sísara, aunque esto no puede asegurarse con el texto a la vista (la traducción de la AV inglesa, que M. Henry sigue, es en este versículo 14 incorrecta. Nota del traductor). Parece ser (v. 19) que otros reyes cananeos prestaron ayuda a Jabín. Quizá se habían recuperado algún tanto desde los tiempos de Josué y quisieron unir sus fuerzas a las de Sísara. De ellos se dice que *«no llevaron ganancia alguna de dinero»*, lo cual puede entenderse de dos maneras: (A) Que no eran tropas mercenarias (así piensa el propio M. Henry); (B) Que no pudieron llevarse ningún botín, pues fueron derrotados. Esto es lo más probable.

2. Quiénes lucharon de parte de Israel. Las tribus que aportaron sus fuerzas para esta empresa son mencionadas con gran honor:

(A) Efraín y Benjamín, tribus entre las que Débora vivía, se armaron de valor y se portaron bravamente. Benjamín tomó la delantera, pues de Efraín se dice que fue *en pos de él.* Aunque Benjamín era inferior, en número y riqueza, a Efraín, especialmente en esta época, dieron un buen ejemplo, tomaron la delantera e incitaron, de este modo, a Efraín a seguirle.

(B) Roto el hielo por estas dos tribus, les siguieron los de Maquir (la media tribu de Manasés de allende el Jordán) y los de Zabulón. Los que vinieron de estas tribus son descritos como lo más noble y lo más útil para esta empresa militar.

(C) También Isacar prestó buenos servicios. Aunque de Isacar había dicho Jacob (Gn. 49:15) que le apetecía el descanso y bajaba su hombro al yugo, aquí prefirió sacudirse el yugo de Jabín y acudir generosamente a las fatigas de la guerra, más bien que a un descanso servil.

(D) Zabulón y Neftalí fueron las tribus más atrevidas y activas de todas las tribus, no sólo por afecto especial a su paisano Barac, sino también por ser las más cercanas a Jabín, cuyo yugo pesaba sobre el cuello de ellas más que sobre el de cualquier otra tribu.

(E) Incluso las estrellas, es decir, los cuerpos celestes actuaron de parte del ejército de Israel (v. 20), ya fuese mediante malignas influencias contra Sísara, ya mediante el envío de la gran tormenta de granizo, que tanto contribuyó a sembrar la confusión y la derrota en el ejército de Jabín.

(F) El torrente de Cisón peleó también contra los enemigos de Israel, pues barrió a numerosos soldados que pensaban escapar a través de él (v. 21). De ordinario, era un arroyo somero, pero ahora, por la gran lluvia que cayó, creció de tal manera, que llegó a convertirse en un profundo y rápido torrente; así que se ahogaron cuantos intentaron atravesarlo vadeando o nadando.

(G) La propia Débora se enardeció para la lucha, como lo expresa ella misma en el versículo 21: *«Marcha, oh alma mía, con poder»*.

3. También menciona Débora a las tribus que permanecieron neutrales y no se pusieron del lado de Israel como había de esperarse. Nada dice de Judá ni de Simeón, porque estas tribus estaban tan lejos del campo de batalla, que no tuvieron oportunidad de acudir a tiempo. Pero:

(A) Rubén cometió la vileza de negarse a prestar sus servicios y se contentó con buenos deseos por parte de algunas familias (vv. 15, 16). Dos factores dificultaron el que se comprometiera en esta lucha: (a) Sus divisiones internas. No fue precisamente su separación, por el Jordán, del país de Canaán, ya que esto no debería haber sido causa de su ausencia si ellos hubiesen puesto el corazón en esta causa, sino que, al parecer, no había entre ellos acuerdo sobre quién debía ir y quién no, o sobre si merecía la pena o no embarcarse en esta empresa, ya que pensaban que el intento no era justificable o no era practicable. (b) Su interés por los negocios de este mundo: *Se quedaron entre los rediles para oír los balidos de los rebaños* (v. 16). En los rediles estaban más calientes y más seguros que en el campo de batalla, y se excusaron de acudir por resultarles inconveniente el dejar sus rebaños.

(B) Gad, mencionada en versículo 17a en la expresión de *Galaad* prefirió reposar en la altiplanicie de dicho nombre, al otro lado del Jordán, antes que acudir a prestar su ayuda contra el enemigo común.

(C) Dan y Aser se negaron igualmente a acudir (v. 17). Ambas tribus estaban asentadas a orillas del Mediterráneo. (a) Dan estaba muy a gusto comerciando con sus naves, y no quiso renunciar a las ventajas del negocio terrenal. (b) Aser, por su parte, se había contentado con unos primeros intentos de invasión (1:31–32), y se hallaba muy tranquila junto a los fenicios *en sus ensenadas.* Seguramente que sus excusas eran parecidas a las de la tribu de Aser.

(D) Pero quien se lleva la mayor maldición de la poetisa es Meroz (v. 23): *Porque no vinieron en ayuda de Jehová.* Meroz es, con la mayor probabilidad, la actual Jirbet-Marús, al sur de Cedes de Neftalí, cerca precisamente del camino de los fugitivos de la batalla por lo que sus habitantes tenían una magnífica oportunidad de ayudar al ejército de Israel. De seguro que tuvieron miedo a los carros herrados de Jabín y prefirieron salvar el pellejo. Parece ser que esta ciudad era a la sazón, no sólo de posición estratégica, sino también de población alta, por lo que se esperaba mucho de ella y, por eso, es digna de especial maldición.

Versículos 24–31

Débora concluye ahora su brillante y triunfal cántico:

I. Con grandes alabanzas para Jael, cuya valentía coronó la victoria de Israel. La poesía de Débora alcanza su cota más alta en estos últimos versos del cántico. ¡Con cuánto honor habla de Jael (v. 24), quien prefirió su paz con el Dios de Israel a la paz con el rey de Canaán! *«Entre las mujeres que habitan en tiendas, bendita sea.»* A pesar de lo limitado del campo de acción en una tienda de campaña, el servicio que prestó esta mujer fue sumamente valioso. Esto nos enseña a no menospreciar la esfera en que nos haya tocado desarrollar nuestra actividad, si servimos a Dios de acuerdo con nuestra capacidad y de nuestras oportunidades, no por eso perderemos nuestro galardón. (Nota del traductor: Desde el punto de vista puramente humano, la acción de Jael no tuvo nada de valentía, sino que fue una infame cobardía y una horrible traición a las leyes de la hospitalidad. Suscribo la opinión expresada por Jamieson, Fausset y Brown en su *Comentario de la Biblia*, Jueces 4:21: «Fue una violación de todas las ideas de honra y amistad que se consideraban sagradas entre los pueblos pastoriles … Aunque fue predicha por Débora, fue sólo el resultado de la presciencia divina, no del decreto divino ni de la aprobación de Dios. Aunque el hecho fue alabado en un cántico, se debe considerar el elogio como pronunciado, no por el carácter moral de la mujer y de su obra, sino por los beneficios públicos que, en la soberana providencia de Dios, resultaron de ello». Como escribía el misionero Payne: «Ninguna obra de Dios puede ser ayudada por medios contrarios al carácter de Dios. Tales medios pueden entrar, y a nosotros nos parece que se mezclan con lo que es verdadero. Pero Dios sabe separar lo uno de lo otro. Él no rechaza el grano

precioso, por causa de lo vil que haya allí mezclado. Tal es su gran misericordia para con nosotros en todo tiempo. Léase un resumen de la historia de hombres de fe en el capítulo 11 a los Hebreos, y nótese allí cómo queda separado lo precioso de lo vil. En la historia de Abraham, como la hallamos en el Génesis, leemos que mintió respecto a su mujer, y en Éxodo hallamos que Moisés mató a un egipcio, pero estas manchas no aparecen en el capítulo citado. Ambos perdieron mucho por su incredulidad, y cuando llegaron a creer y a confiar en Dios con toda sencillez, ¡cuánto ganaron!»)

II. Después de mencionar los detalles de la acción llevada a cabo por Jael, Débora pasa a cantar, con ironía no disimulada, la perplejidad de la madre de Sísara ante la tardanza de su hijo en regresar a casa (vv. 28–30). Por las celosías con que la ventana está enrejada, grita: *¿Por qué tarda en venir?* Animada a mantener un resquicio de esperanza, gracias a la respuesta optimista de *las más avisadas* (o sabias) *de sus damas*, se hace la ilusión de que la tardanza se debe a que los guerreros se están repartiendo el botín de doncellas y vestidos. Así es como, con mucha frecuencia, las ilusiones de los mundanos se tornan en amargas decepciones no sólo en la hora de la muerte, sino también en la quiebra súbita de negocios y empresas que parecían descansar en base segura.

III. Débora concluye su cántico con una plegaria a Dios (v. 31): 1. Por la destrucción de todos los enemigos de Dios: «Así, de esta manera tan vergonzosa y tan miserable, *perezcan todos tus enemigos, oh Jehová*». 2. Por la exaltación y las bendiciones de todos los amigos de Dios: *«Mas los que te aman,* y desean de corazón que el reino de Dios sea un hecho entre los hombres, *sean como el sol cuando nace con todo su fulgor».*

IV. Tras el cántico, se cierra el capítulo con una frase que expresa las felices consecuencias que esta victoria, tan celebrada por Débora, tuvo para toda aquella generación de israelitas: *Y la tierra reposó cuarenta años.*

CAPÍTULO 6

Nada se nos refiere de lo que sucedía en los años de paz y reposo de la tierra. Los cuarenta años de reposo tras la derrota de Jabín pasan sin mención en la Biblia, y a continuación tenemos el relato de una nueva aflicción de Israel y de una nueva liberación de Dios, esta vez por mano de Gedeón, el cuarto de los jueces. I. La calamitosa situación de Israel ante las incursiones de los madianitas (vv. 1–6). II. El mensaje de Dios por medio de un profeta (vv. 7–10). III. La designación divina de Gedeón como nuevo libertador del pueblo, hasta las preparaciones que hizo para la guerra (vv. 11–40).

Versículos 1–6

I. De nuevo, el pecado de Israel (v. 1): *Hicieron lo malo ante los ojos de Jehová.*

II. De nuevo, también, la aflicción de Israel. Esto había de seguirse, por supuesto. Los que pecan, han de sufrir; si no es aquí, en la otra vida. Los que vuelven a la insensatez, deben volver a la miseria. En lo que concierne a esta nueva aflicción, vemos que:

1. Surgió por obra de un enemigo digno del mayor desprecio. Dios los entregó en manos de Madián (v. 1), que estaba junto a Moab (Nm. 22:4). Madián era un pueblo inculto, ignorante y despreciado por todos. Israel lo había subyugado anteriormente y, hasta cierto punto, lo había destruido (Nm. 31:7). Sin embargo, ahora se habían hecho tan fuertes que eran un temible azote para Israel.
2. Seguramente por la multitud presente de sus soldados, *la mano de Madián prevaleció contra Israel* (v. 2). Dios había prometido multiplicar a Israel como la arena que está a la orilla del mar, pero el pecado del pueblo detuvo su crecimiento y los menguó, y entonces sus enemigos que, de otro modo, serían en todo inferiores a ellos, prevalecieron contra ellos en número y fuerza. (A) A los israelitas oprimidos, más bien por sí mismos que por mano de extraños, y como prisioneros *en cuevas en los montes cavernas y lugares fortificados* (v. 2). Esto se debía a su falta de ánimo, pues preferían huir a luchar; era el efecto de

una conciencia culpable. (B) También los vemos grandemente empobrecidos (v. 6). Los madianitas hacían frecuentes incursiones en el país de Canaán. Esta fructífera tierra era para ellos una gran tentación. Subían contra ellos (v. 3), acampaban allí y destruían los frutos de la tierra (v. 4), y penetraban hasta el otro lado, hasta Gaza en el límite occidental. Dejaban que los israelitas sembrarán, y venían al tiempo de la recolección para consumir el fruto sin dejar ni la hierba, y se llevaban después las ovejas, los bueyes y los asnos. En esto vemos: (a) La justicia de Dios en castigar el pecado de Israel. (b) Las consecuencias de la desaparición de la presencia benéfica de Dios. Cuando Dios aparta su rostro de un pueblo, todo bien desaparece, y toda clase de mal sobreviene.

III. Al sentir la pesada mano de Dios por medio de Madián, Israel revivió al fin. Durante siete años, año tras año, habían llevado a cabo los madianitas estas incursiones (v. 1). Podemos suponer que cada año resultaría más pesada la mano de Madián, hasta que, fallidos todos los recursos, *los hijos de Israel clamaron a Jehová* (v. 6).

Versículos 7–10

I. Dios se dio por enterado del clamor de Israel cuando, por fin, el pueblo se volvió hacia Él. Con esto daba a entender cuán presto está a perdonar, cuán dispuesto a mostrar misericordia y cuán inclinado a escuchar la oración.

II. El método que usó Dios para llevar a cabo la liberación de Israel.

1. Antes de enviarles un ángel para suscitar un salvador, les envió un profeta para reprenderles por su pecado y traerlos al arrepentimiento (v. 8). La misión del profeta era convencerles de pecado, a fin de que, en su clamor a Dios, confesasen con pesadumbre y vergüenza, y no gastasen todo su aliento en quejarse de su aflicción. (A) Tenemos razón para esperar que Dios planee mostrarnos su misericordia, si vemos que, con su gracia, nos está preparando para ella. (B) El envío de profetas a un pueblo y el equipar de fieles ministros a un país, es buena señal, una evidencia de que Dios guarda para ellos un arsenal de misericordia.

2. Tenemos a continuación los epígrafes del mensaje que este profeta llevó a Israel en nombre de Dios:

(A) Pone ante ellos las grandes cosas que Dios ha hecho por Israel (vv. 8, 9). (a) Los sacó de Egipto, donde habrían continuado en pobreza y esclavitud. (b) *Los libró de mano de todos los que les afligieron.* Se menciona esto para dar a entender que la razón por la que no habían sido librados ahora de las manos de los opresores madianitas no era por falta de poder o de buena voluntad de parte de Dios. (c) Dios los había puesto en posesión del país, una tierra tan buena, esto agravaba el pecado de Israel, por una parte, y añadía la nota de vil ingratitud, pero, por otra parte, vindicaba el honor de Dios al eximirle de todo reproche por la aflicción en que ahora se encontraban.

(B) Les muestra la facilidad y equidad de las demandas que Dios les hacía, así como lo que esperaba de ellos (v. 10): *«Yo soy Jehová vuestro Dios,* a quien estáis ligados con el más alto deber; *no temáis a los dioses de los amorreos».*

(C) Les acusa de rebelión contra Dios, quien les había dado orden de obedecerle y servirle: *«pero no habéis obedecido a mi voz».*

Versículos 11–24

No se nos dice el efecto que tuvo en el pueblo este mensaje del profeta, pero podemos suponer que lo tuvo y que, al menos algunos de ellos se arrepintieron y cambiaron de conducta, ya que, inmediatamente después, tenemos el alborear de su liberación mediante el llamamiento efectivo de Gedeón para que se pusiera al frente de las fuerzas de Israel a fin de luchar contra los madianitas.

I. La persona comisionada para este servicio fue Gedeón, hijo de Joás (v. 14). Su padre observaba en el seno de la familia el culto a Baal (v. 25), contra el que hemos de suponer que Gedeón daba testimonio en cuanto estaba en su mano. Era de la media tribu de Manasés que se había establecido en Canaán, y de la familia de Abiezer, la casa más antigua de esta tribu (Jos. 17:2).

II. La persona que le dio la comisión fue *el Ángel de Jehová.* Este ángel es llamado aquí *Jehová,* el nombre incomunicable de Dios (vv. 14, 16); y le dijo: *Ciertamente estaré contigo.*

1. Esta persona divina se apareció aquí a Gedeón y es de notar cómo le halló: (A) Gedeón estaba solo. Dios se muestra con frecuencia a los suyos cuando están retirados del ruido y de las prisas de este mundo. (B) Estaba dedicado a sacudir el trigo con un bastón o báculo, probablemente porque era muy poco el trigo que tenía que sacudir y, por eso, no necesitaba bueyes para esa labor. El trabajo en que estaba ocupado era como una figura del trabajo mucho más importante al que ahora iba a ser llamado, algo semejante a lo que les sucedió a los discípulos cuando estaban pescando y los llamó el Salvador para que fuesen pescadores de hombres. De sacudir el trigo fue llamado a trillar a los madianitas (comp. con Is. 41:15). (C) Estaba bajo opresión, pues sacudía el trigo, no en la era, que es su propio lugar, sino *en el lagar,* en un rincón escondido, por miedo a los madianitas.

2. Veamos ahora lo que pasó entre el ángel y Gedeón, quien no se dio cuenta de que era el Angel de Dios hasta que éste desapareció, sino que supuso que era un profeta.

(A) El ángel le saludó con todo respeto y cortesía, asegurándole de la presencia de Dios con él (v. 12). Con esas palabras: (a) Le da la comisión. (b) Le atribuye las cualidades necesarias para llevar a cabo la comisión. (c) Le asegura el éxito, porque, *si Dios está por nosotros, ¿quién* puede prevalecer *contra nosotros?*

(B) Gedeón correspondió con una respuesta muy melancólica a tan gozoso saludo (v. 13): *Ah, señor mío, si Jehová está con nosotros, ¿por qué nos ha sobrevenido todo esto?* El ángel le había dicho en particular: *Jehová está contigo,* pero él generaliza: *Si Jehová está con nosotros …*, contándose a sí mismo como una oveja perdida entre los miles y miles de israelitas, sin admitir un consuelo personal que no pueda ser compartido por todo el pueblo. Gedeón era *varón esforzado* en valor, pero de fe débil. Es cierto que no hemos de esperar que los milagros obrados en la plantación de la Iglesia continúen hoy que la Iglesia está establecida de antiguo por todo el mundo, como también es verdad que no hemos de esperar que las grandes misericordias de Dios mostradas a nuestros mayores sean compartidas por nosotros, si nos rebelamos contra Él y no caminamos como es propio de un cristiano.

(C) El ángel le dio una réplica contundente a sus objeciones, al comisionarle para librar a Israel de las manos de los madianitas, y al asegurarle el éxito en tal empresa (v. 14). Ahora el ángel es llamado *Jehová,* como quien habla con toda autoridad, y no como un simple mensajero:

(a) Hubo algo de extraordinario en la tierna mirada que ahora le lanzó a Gedeón: Y *mirándole Jehová le dijo …* como sonriendo ante la respuesta de Gedeón y hablándole con tal seguridad, que pronto había de sentir Gedeón un poder con el que contestarse a sí mismo y avergonzarse de haber hablado tan melancólicamente. Fue una mirada de las que hablan, como la de Jesús a Pedro (Lc. 22:61), una mirada poderosa que atravesó el pecho de Gedeón hasta llenar de luz y vida su corazón.

(b) Pero hubo algo más en lo que le dijo de palabra. *Primero,* le comisionó para aparecer y actuar como libertador de Israel, tal como muy pocos en Israel, y el mismo Gedeón entre ellos, esperaban que se levantase. Y ahora se le dice a Gedeón: «Tú eres el hombre, *ve con esta tu fuerza,* con la misma que empleas para sacudir el trigo, y empléala en otra tarea más noble; te voy a hacer trillador de hombres; no vas con tu fuerza, sin con *esta* tu fuerza, la que acabas de recibir de Dios y con la que has de fortalecerte a ti mismo». *Segundo,* le asegura el éxito: *«Salvarás a Israel de la mano de los madianitas;* no sólo serás testigo de vista de ello, sino que serás glorioso instrumento de maravillas semejantes a las que tus mayores te narraron». Podemos suponer que Gedeón se quedaría atónito ante el extraño y sorprendente poder con que era investido.

(D) Gedeón opuso todavía una modesta objeción a la comisión que se le encomendaba (v. 15)*: «Ah, señor mío, ¿con qué salvaré yo a Israel?»* Con esta pregunta daba a entender: (a) Ya fuese desconfianza en el poder de Dios, lo cual no es probable. (b) Ya fuese meramente el deseo de conocer la estrategia que había de emplear. (c) Ya fuese, más bien, una humilde desconfianza de sí mismo, como le había ocurrido a Moisés (Éx. 3:11 y ss.). Aunque el ángel le había honrado y exaltado, él se ve todavía pequeño e insignificante: *«He aquí que mi familia es pobre en Manasés, y yo el menor en la casa de mi padre.* ¿Qué voy a intentar hacer yo, cuando me falta toda cualificación para ese servicio y, además, soy indigno de tal honor?» Pero a Dios le place exaltar a los humildes.

(E) Esta objeción es también rápidamente contestada mediante una repetición de la promesa de que Dios estaría con él (v. 16): *«Ciertamente yo estaré contigo* para instruirte y fortalecerte, dándote además la seguridad de que *derrotarás a los madianitas como si fuera un solo hombre,* tan fácil y tan

efectivamente como si en realidad tuvieses que luchar con un solo madianita. Todos los millares de Madián serán para ti como un solo cuello que cortar».

(F) Gedeón desea ver confirmada su fe tocante a esta comisión y pide humildemente a esta persona, quienquiera que sea: (a) Una señal (v. 17). En la presente dispensación, no hemos de esperar tales señales ante nuestros ojos, como pidió Gedeón, sino orar a Dios, por medio del Espíritu Santo, con todo afán que, si hemos hallado gracia a sus ojos, nos muestre una señal en lo íntimo del corazón, mediante la poderosa acción del mismo Espíritu, que complete y perfeccione *la obra de la fe.* (b) También le pide que le de una oportunidad más amplia de conversar con él (v. 18). Ante la promesa del ángel de quedarse con él para aceptar su ofrenda, está deseoso: *Primero,* de ofrecer sus agradecidos y generosos respetos a este extraño personaje y, en él, a Dios que le ha enviado. De lo poco que los madianitas le habían dejado, quiere hacer partícipe a un amigo, especialmente siendo éste un mensajero celestial. *Segundo,* de investigar más a fondo quién era este personaje extraordinario. Lo que le presentó fue una *ofrenda* (v. 18), y el término usado es el mismo que el empleado para la oblación de Lv. 2:1. Si se la comía, estaría claro que era un hombre, un profeta; si no se la comía, como así fue, es que se trataba de un ángel.

(G) El ángel le ordenó que tomara la carne y los panes y lo pusiera todo sobre una peña, y que vertiera el caldo encima (v. 20), y *así lo hizo él,* creyendo, sin duda, que el ángel iba a darle entonces una señal: (a) El ángel tornó la oblación en *ofrenda encendida, de olor grato a Jehová* (Lv. 2:2). (b) Sacó fuego de la roca para consumir la oblación, con lo que le dio una señal de que había hallado gracia en sus ojos. La aceptación del sacrificio significaba la aceptación de la persona y así confirmaba la comisión que le había dado. (c) Inmediatamente después, *el Ángel de Jehová desapareció de su vista.*

(H) Gedeón tuvo entonces un miedo tremendo, a pesar de que su fe había sido confirmada. Por la forma en que el ángel aceptó y consumió el sacrificio, Gedeón se percató de que había visto a Dios en la forma del Ángel de Jehová, y pensó que iba a morir (v. 23), como lo pensó después (13:21), en ocasión similar, el padre de Sansón. Le falló ahora el valor a Gedeón, pero Dios le aquietó el turbado ánimo dándole palabra de paz: *«Paz a ti; no tengas temor, no morirás».* Al que los israelitas temían ver, bajo pena de muerte, lo vieron, ya encarnado, lo contemplaron y lo palparon los discípulos (1 Jn. 1:1–2) y nosotros, que ahora andamos por fe, lo veremos también un día (1 Jn. 3:2) y *estaremos siempre con el Señor* (1 Ts. 4:17).

3. Como memorial de esta visión, *edificó allí Gedeón un altar a Jehová* (v. 24), siendo así un monumento de la extraordinaria experiencia que había tenido, y le puso al altar el nombre de *Yahweh shalom,* que significa *Dios (es) paz.* Con esto se daba a entender no sólo que Dios había llevado la *paz* al ánimo turbado de Gedeón, sino, en el sentido bíblico del vocablo *«paz»,* bienestar completo y prenda segura de liberación para Israel.

Versículos 25–32

I. Se le ordena a Gedeón que comience su gobierno empezando por la reforma de la casa de su padre (vv. 25, 26). La noche misma después de haber estado con el Ángel de Dios, cuando él estaba lleno de pensamientos acerca de lo que había acontecido aquel día, le dijo Dios (sin duda, en sueños) que hiciera lo que vemos en los vv. 25 y 26. Si damos la bienvenida a Dios, de seguro que vendrá a nosotros de nuevo. Dios ordena a Gedeón:

1. Que derribe el altar a Baal que parece ser que su padre tenía, ya fuese para el culto de su casa ya fuese para el de toda la ciudad. También había de cortar la imagen de Aserá que estaba junto al altar.

2. Que erigiese un altar a *Jehová su Dios.* Dios mismo le dice dónde lo ha de erigir: *en la cumbre de este peñasco.* El vocablo que vemos aquí para «peñasco» significa un baluarte o fortaleza, que habían levantado, según piensan algunos, para defenderse de los madianitas. Sobre este altar: (A) Había de ofrecer en sacrificio dos toros de su padre. El primero (podemos suponer) había de ofrecerlo por sí mismo, y el otro por los pecados del pueblo al que iba a libertar. (B) El altar de Baal había de ser derribado, y la imagen contigua debía ser cortada y quemada para servir de combustible al sacrificio. Dios ordenó a Gedeón hacer esto, con el fin de: (a) Poner a prueba su celo religioso, del que tenía que presentar evidencia antes de comenzar la batalla. (b) Dar los primeros pasos para emprender la reforma de Israel, con la que había de prepararse la liberación. Si no se quitaba de en medio el pecado, que era la causa, ¿cómo iba a llegar a su término la aflicción, que no era sino su efecto?

II. Gedeón *fue obediente a la visión celestial* (v. 27). El que había de ostentar el mando del Israel de Dios, debía salvar al pueblo de sus pecados antes de salvarle de sus enemigos: 1. Le ayudaron diez siervos suyos en quienes podía confiar. 2. No tuvo escrúpulos en tomar el toro de su padre y ofrecerlo en sacrificio sin el consentimiento de su padre, porque Dios, que se lo había ordenado expresamente, tenía derechos más elevados que los de su padre y, además, el mejor servicio que podía prestar a su padre era quitarle lo que era continua ocasión de pecado. 3. Esperaba incurrir en la indignación de la casa de su padre por motivo de lo que estaba haciendo, pero al estar seguro del favor de Dios, no tenía miedo a la ira de los hombres. Sin embargo: 4. Para prevenirse de la resistencia que pudiesen hacerle, escogió llevarlo a cabo por la noche.

III. Vemos que lo hizo con peligro de su vida (vv. 28–30).

1. Pronto se descubrió lo que había hecho, pues los hombres de la ciudad *se levantaron temprano,* como para recitar sus Maitines junto al altar de Baal. 2. Vieron que el altar había sido derribado y cortada la imagen de Aserá que estaba junto a él. 3. Al saber que Gedeón era el culpable, estos degenerados israelitas demandaron a su padre que lo entregara para darle muerte.

IV. Fue librado de sus perseguidores por su propio padre (v. 31).

1. Había quienes estaban contra Gedeón y querían darle muerte. A pesar del severo castigo que estaban sufriendo por causa de su idolatría, aborrecían que se pretendiera reformarlos.

2. Pero Joás, su padre, salió en su favor. Él era uno de los principales de la ciudad.

(A) Este Joás había sido promotor o cómplice en la erección del altar de Baal, pero ahora protegía al que había destruido el altar: (a) ya fuese por el afecto natural hacia su hijo, (b) ya fuese para preservar la paz pública. La turba se amotinaba, y era de temer que la cosa pasara a mayores; por consiguiente (piensan algunos), sacó fuerzas de flaqueza para reprimir el tumulto. O: (c) Llegó a la convicción de que Gedeón había obrado bien. Cumplamos con nuestro deber y confiemos en Dios en cuanto a nuestra seguridad personal.

(B) Joás presenta dos fuertes argumentos: (a) Que era un absurdo demandar defensa para Baal. Malo es cometer pecado, pero todavía es mayor iniquidad querer defenderlo, especialmente defender a Baal, el ídolo, cualquiera que éste sea, que ocupa en el corazón el lugar que sólo Dios tiene derecho a ocupar. (b) Que no era necesario defender a Baal. Si no era dios, nada tenían que alegar en su defensa; y si lo era, de seguro que sería capaz de defenderse a sí mismo.

(C) Con ocasión de esta discusión, el padre de Gedeón le puso un nuevo nombre (v. 32) a su hijo; le llamó Jerobaal (hebreo *Yerub-baal* = defiéndase Baal), como diciendo: *«Contienda Baal contra él* si puede; si algo tiene que decir contra el que ha destruido su altar, que lo diga».

Versículos 33–40

I. Vemos ahora la incursión de los enemigos confederados contra Israel (v. 33). Un numeroso ejército de madianitas, amalecitas y sus aliados del oriente acamparon en el valle de Jizreel, y pusieron allí su cuartel general, en el corazón mismo de la tribu de Manasés, no lejos de la ciudad de Gedeón. Pero se demostró que la medida de sus iniquidades estaba colmada y había llegado el día de su retribución; ahora tenían que cesar de despojar para ser ellos despojados, *como gavillas en la era,* para que los trillase Gedeón (comp. con Mi. 4:12, 13).

II. La preparación que Gedeón llevó a cabo para atacar el campamento enemigo (vv. 34, 35). 1. Dios, por medio de su Espíritu, puso vida en el interior de Gedeón: *Entonces el Espíritu de Jehová vino sobre* (lit. *revistió a) Gedeón; lo* revistió como con un manto, para otorgarle honor, y lo revistió como con una cota de malla, para su defensa. Cuando Dios llama a alguien para un servicio, también le equipa, le anima y le protege. 2. Tocando la trompeta, Gedeón puso vida en sus vecinos, al obrar Dios por medio de él y con él. (A) Los hombres de Abiezer, aun cuando habían estado recientemente enojados con él por destruir el altar de Baal, y le habían condenado a muerte, como si fuese un criminal, estaban ahora convencidos de su error y acudieron bravamente en su ayuda. (B) Algunas tribus distantes, como las de Aser y Neftalí, que caían tan lejos, acudieron también a su convocatoria (v. 35).

III. Las señales con que Dios le favoreció, para confirmar su fe y la de sus seguidores.

1. Su petición de una señal (vv. 36, 37): *«Si has de salvar a Israel por mi mano …, yo pondré un vellón de lana* extendido *en la era,* y que *el rocío esté en el vellón solamente, quedando seca toda la otra tierra* en derredor de él». El significado de esta petición es como si dijera: *«Señor, creo, ayuda a mi incredulidad».* Cuando repitió su petición de un nuevo signo, ahora el reverso del primero, lo hizo rogando antes a Dios que no se enfadara por ello (v. 39), ya que parecía un necio juego de desconfianza en Dios. El favor de Dios ha de ser buscado con gran reverencia, el debido sentido de nuestra distancia y un temor religioso.

2. Dios le otorgó benignamente su petición. Véase aquí cuán tierno es con los verdaderos creyentes, aunque sean débiles. Gedeón pidió primero que el vellón estuviese mojado, y la tierra en derredor seca; pero luego, para que nadie objetase: «Es natural que el vellón de lana, por poca humedad que caiga, se la beba y la retenga, por consiguiente no hay nada de extraordinario en ello», aun cuando la cantidad caída sobre el vellón era suficiente para refutar dicha objeción, desea sin embargo que, a la noche siguiente, el suelo aparezca húmedo y el vellón esté seco y así se hizo, porque plugo a Dios *mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su designio* (He. 6:17, 18), lo hizo *por medio de dos cosas inmutables.* Él soporta, no sólo que prevalezcamos sobre Él con nuestras importunidades, sino también que le indiquemos lo que ha de hacer para satisfacción de nuestras dudas. ¿Desea Gedeón que el rocío de la gracia divina caiga sobre él en particular? Entonces ve el vellón húmedo con el rocío que se lo asegura. ¿Desea que Dios provea de ese rocío a todo Israel? Entonces todo el suelo está húmedo.

Es de notar que en estos cinco versículos, que tratan de las señales, no se emplea el nombre de Jehová ni una sola vez, sino el de Dios. Esto no es por casualidad, porque el Espíritu Santo inspiró a los escritores de las sagradas letras, no sólo comunicándoles el asunto, sino también las palabras que debían emplear para expresarlo. El nombre o título de Jehová, que significa «Ser eterno», se halla particularmente en relación con el hombre aparte de lo demás de la creación, y luego en relación con el pueblo redimido como pueblo distinto de todos los demás pueblos, mientras que Dios (heb. *Elohim*, fuerte) se halla en relación de un modo general con todo lo creado y como obrando saludes por todos los medios que Él quiere en favor de los redimidos. En nuestros versículos de meditación Gedeón desea asegurarse por medio de las señales propuestas que el Dios que creó los cielos y la tierra con todo lo que en ellos hay, es en verdad Jehová, quien le envía a librar a Israel. Véanse Génesis 7:16; 2 Crónicas 18:31, donde se hallan los dos títulos o nombres de Jehová y Dios juntos.

CAPÍTULO 7

Tenemos ya a Gedeón en el campo de batalla, al mando de las tropas de Israel, y derrotando al ejército enemigo. Vemos: I. Las instrucciones que le da Dios para la formación de su ejército, el cual queda reducido a 300 hombres (vv. 1, 8). II. El ánimo que Dios le dio mediante el extraño sueño que oyó contar a un madianita (vv. 9–15). III. Cómo formó a sus hombres en plan de ataque, no para presentar batalla al enemigo, sino para asustarle (vv. 16–20). IV. El éxito de este ataque puso a los enemigos en fuga y les infligió una completa derrota.

Versículos 1–8

I. Gedeón se pone a desempeñar el cargo de un buen general. Acampa junto a una fuente, para que el ejército no se acobarde por falta de agua, y en lugar elevado, para cobrar ventaja sobre el enemigo, ya que los madianitas estaban *en el valle* (v. 1). Nótese que la fe en las promesas de Dios no debe servir para amenguar, sino para avivar nuestro esfuerzo.

II. El ejército de Israel constaba de 30.000 hombres, muy pocos en comparación con los que el pueblo podía haber reunido, y especialmente pocos en comparación con el ejército enemigo (v. 12); sin embargo, a Dios le parecieron *demasiados* (v. 2), *pues quería silenciar y excluir toda jactancia por parte de Israel.*

Ésta es la razón que da aquí el que conoce bien el orgullo que hay en el corazón del hombre: No sea que se alabe Israel contra mí, diciendo: Mi mano me ha salvado. Dios empleó dos metodos diferentes para reducir el número de los soldados de Israel:

1. Ordenó que fuesen despedidos todos los que se sintiesen tímidos y acobardados (v. 3). Podríamos suponer que, contra un enemigo como Madián, con tales señales y promesas como las de Dios, y con un líder como Gedeón, escasamente se hallaría un israelita que se delatase a sí mismo como cobarde; con todo, más de dos terceras partes se aprovecharon de este pregón y se retiraron a sus casas. Hay quienes opinan que la opresión bajo la cual habían vivido por tanto tiempo había minado la moral de sus ánimos. Otros con mayor probabilidad, piensan que la conciencia de su culpabilidad les privó del coraje necesario para entrar en batalla. El pecado les salía al rostro y, por eso, no se atrevían a mirarle a la cara a la muerte.

2. Ahora emplea Dios un segundo método e indica a Gedeón cómo ha de conocer a los que ha de seleccionar: *«Aún es mucho el pueblo»*, dice Dios (v. 4), con lo que nos enseña a no valorar demasiado el número y a entender aquellos designios de la Providencia que parecen ir en mengua de la Iglesia y de sus intereses. Dios ordena a Gedeón que lleve a los diez mil soldados restantes a una fuente, probablemente la de Harod (v. 1) y al arroyo que fluye de ella. Dice el Señor: «*Llévalos a las aguas y allí yo te los probaré*». La palabra hebrea empleada aquí, y traducida *probaré*, es la que se emplea para expresar el acto de refinar o ensayar metales preciosos. Se halla en este sentido en el Salmo 12:6, y en Isaías 1:25: «*Limpiaré* hasta lo más puro de tus escorias». Así Dios iba a ensayar y limpiar el ya reducido ejército de Gedeón. Al mismo tiempo, ¡cuán severa era la prueba para la fe del mismo Gedeón!; porque, ¿qué podía esperar, sino más disminución? Pero ¡cuán preciosa es la pequeña palabra *te* en este v. 4! Es como si dijera: «Quiero darte los más escogidos entre diez mil, hombres, según tu propio corazón, dispuestos a obedecerme a mí, y a confiar en mí como tú mismo lo haces, por esto los pongo en el horno para ensayarlos». No cabía duda de que la mayoría se habían de arrodillar para beber, bajando la boca al agua como hacen los caballos. Otros, los menos, preferirían darse prisa y no tomarse mucho tiempo en formalidades, por lo que se contentarían con llevar un poco de agua con la mano a la boca, de manera semejante a como beben los perros el agua, lamiéndola con la lengua. Solamente 300 hombres bebieron de este segundo modo y, por este medio (sólo conocido por Gedeón), le mostró Dios a quiénes había de seleccionar para derrotar a los madianitas (v. 7). Fueron seleccionados:

(A) Hombres duros, dispuestos a soportar la fatiga, sin quejarse de sed ni de cansancio.

(B) Hombres presurosos, que pensaron que no había que detenerse en beber cómodamente, sino prestos a avanzar rápidamente contra el enemigo, y que preferían el servicio a Dios y a su país más bien que la comodidad del refrigerio.

(C) Hombres animosos y valientes, que no temieron permanecer en pie para beber, aun a costa de exponerse a la vista del enemigo. Fue una gran prueba para la fe de Gedeón cuando Dios le dijo que *con estos 300 hombres* había de salvar a Israel, y que todos los demás se marcharan *cada uno a su lugar*. De esta manera tan extraña fue purgado el ejército de Gedeón, modelado y reducido en lugar de ser ampliado.

3. Veamos ahora cómo fue equipado este pequeño y despreciable regimiento. (A) *Tomaron provisiones* (v. 8), se cargaron cada uno con sus víveres, y mostraron así su fe en Dios de que tendrían bastante para subsistir, y no demasiado para ir sobrecargados, con lo que mostrarían también su prudencia y diligencia en no llevar más de lo que requería la oportunidad. Esto sí que era vivir de la mano a la boca. (B) Cada soldado había de tomar su trompeta, como si fueran a un Juego en lugar de ir a una batalla.

Versículos 9–15

Al estar el ejército de Gedeón disminuido hasta el extremo que hemos visto, sólo le quedaba el luchar por fe o no luchar de ninguna forma. De ahí que Dios les provea de recursos para su fe en lugar de proveerles de recursos para sus fuerzas.

I. Le provee de una buena base para su fe. Sólo la Palabra de Dios proporciona sólida base para la fe. 1. Una palabra de mando para dar garantía a la acción: *Levántate y desciende al campamento* (v. 9). 2. Una palabra de promesa para dar garantía al éxito: *Porque yo lo he entregado en tus manos.* Esta palabra de Dios le vino a Gedeón aquella misma noche, cuando estaría agitado cavilando cómo saldría de esta peligrosa empresa.

II. Le provee también de una buena prueba con que sostener su fe.

1. Si tiene miedo de comenzar la batalla, le ordena que baje con su criado a espiar, en lo oscuro de la noche, en el campamento de Madián y verá lo que aprende con esto: *«Oirás lo que hablan»* (v. 11), insinuándole que lo que va a oír le dará mucho ánimo y fortalecerá su fe.

2. Después de darle ánimo, le muestra algo que, de suyo, habría sido desanimador, pues era bastante para asustar a cualquiera el ver, quizás a la luz de la luna, el numeroso ejército enemigo (v. 12), como langostas en multitud, como plaga de langostas abatidas sobre un campo, aunque, en cuanto a fuerza y valentía, iban a demostrar que no eran más que langostas; y *sus camellos eran innumerables como la arena que está a la ribera del mar*.

3. Luego le hace escuchar algo que le había de animar sobremanera. Oyó a dos soldados enemigos que mantenían una interesante conversación: (A) Uno de ellos le contaba al otro un sueño que había tenido: Vio un pan de cebada que rodaba hasta el campamento de Madián y golpeó a una tienda con tal violencia que la trastornó completamente, cayendo sobre los que estaban dentro (v. 13). (B) El compañero comprendió de inmediato el significado del sueño y dio su interpretación: *Esto no es otra cosa sino la espada de Gedeón* (v. 14). Gedeón, que sacudía el grano para su familia y cocía panes para su amigo (6:11–19), estaba bien representado aquí por un pan de cebada, de lo más pobre, como el minúsculo regimiento que mandaba y que, desde el punto de vista humano, era muy improbable que pudiese derrotar al numeroso y bien equipado ejército de Madián. Pero el sueño, y su interpretación, eran una muestra de que los de Madián estaban faltos de ánimo, pues el nombre solo de Gedeón les resultaba ahora tan temible como para perturbarles el sueño.

III. Finalmente, Gedeón cobró con esto ánimos extraordinarios. No le importó que le comparasen con un pan de cebada, si tales efectos había de producir. Dio a Dios la gloria por ello y *adoró;* esto es, en una breve jaculatoria, dio al Señor alabanza y gratitud por la victoria de la que ahora estaba tan seguro. Así que hizo partícipes a sus amigos del ánimo que había cobrado (v. 15): *Levantaos, porque Jehová ha entregado el campamento de Madián en vuestras manos.*

Versículos 16–22

I. Vemos ahora la alarma que dio Gedeón a las huestes de Madián en medio de la noche. Los que por tanto tiempo habían oprimido y aterrado a los israelitas, bien estaba que fuesen ahora aterrorizados en medio de la noche. Vemos, pues, que Gedeón:

1. Dividió su ejército, aunque era tan pequeño, en tres batallones (v. 16), uno de los cuales estaba bajo su mando personal (v. 19).

2. Ordenó a todos que hicieran lo que le viesen hacer a él (v. 17). Así es la voz de mando que nos da el Señor Jesús, el Capitán de nuestra salvación, pues *nos ha dejado ejemplo para que hagamos como Él hizo* (Jn. 13:15).

3. Descendió al campamento por la noche, cuando menos lo esperaba el enemigo y cuando más difícil era que este pequeño ejército pudiese ser descubierto. Por la noche, todos los sustos se agrandan. Gedeón equipó a sus soldados con sendas trompetas y cántaros vacíos con teas ardiendo dentro de los cántaros de barro cocido.

4. Tres factores iban a sembrar el terror y la confusión en el ejército enemigo: (A) Un gran ruido. Cada soldado había de tocar la trompeta lo más fuerte posible y, al mismo tiempo, quebrar los cántaros que llevaban en la mano. Todos a una debían hacerlo. (B) Un súbito resplandor de luces. Rotos los cántaros, las teas que ardían dentro de ellos brillarían sin obstáculo en medio de la noche con tremendo resplandor. Quizá les sirvieron después para pegar fuego a las tiendas del enemigo. (C) Un gran clamor. Todos debían gritar al unísono: *«¡Por Jehová y por Gedeón!»* (v. 18); *«¡Por la espada de Jehová y de Gedeón!»* (v. 20). La espada de Dios estaba en todos los éxitos de Gedeón, pero la espada de Gedeón debía ser también usada en obediencia y subordinación a la de Dios.

5. El método que Gedeón usó aquí para derrotar a los madianitas puede ser aplicado espiritualmente, en figura, a la destrucción del reino del diablo en este mundo, llevada a cabo mediante la proclamación del evangelio eterno, el sonido de esa trompeta en boca de los heraldos de Cristo, y la luz que llevamos en estos *vasos de arcilla* (2 Co. 4:7). Así es como *Dios escogió lo necio del mundo para avergonzar a los*

sabios (1 Co. 1:27), del mismo modo que un pan de cebada bastó para desbaratar las tiendas de Madián, a fin de que *la excelencia del poder sea de Dios* (2 Co. 4:7); solamente. El Evangelio es una espada, no en la mano, sino en la boca (comp. con Ap. 1:16; 19:15).

II. El maravilloso éxito de esta alarma. Los soldados de Gedeón observaron las órdenes que les dio: *Y se estuvieron firmes cada uno en su puesto en derredor del campamento* (v. 21), y hacían sonar la trompeta de forma que, en su aturdimiento, los enemigos comenzaron a luchar entre sí mismos, y llevando las teas encendidas, con lo que el enemigo pudiese contemplar mejor el espectáculo de su propia ruina. Obsérvese el efecto que obtuvo esta estratagema:

1. Temieron a los israelitas (v. 21): *Todo el ejército echó a correr dando gritos y huyendo.* Tenían motivo para sospechar que un numeroso y bien equipado ejército se les echaba encima. Pero había otro elemento, éste sobrenatural, para infundir terror al enemigo. Dios mismo les trastornó la imaginación, la cual tiene un tremendo poder, unas veces para dar terror, otras veces para añadir placer.
2. Cayeron ellos mismos unos sobre otros: *Y Jehová puso la espada de cada uno contra su compañero en todo el campamento* (v. 22). Con frecuencia, Dios hace que los enemigos de la Iglesia sean instrumentos de destrucción entre sí mismos.
3. Así que todo el ejército de Madián huyó para salvar la vida, aun cuando no lo consiguieron.

Versículos 23–25

Prosecución de esta gloriosa victoria. 1. Los soldados de Gedeón que habían sido despedidos anteriormente, se juntaron de nuevo y persiguieron con vigor a los que antes no tuvieron el valor de atacar de frente. Los que antes temblaban (v. 3), ahora cobraron ánimo, cuando lo peor había pasado y llegaba la hora de repartir el botín. 2. Los efrainitas, convocados por Gedeón, acudieron como un solo hombre y tomaron los vados de Betbará y del Jordán, para cortar la retirada del enemigo. 3. Dos de los principales comandantes de las huestes de Madián fueron tomados prisioneros y ejecutados por los efrainitas en el lado del Jordán que cae dentro de Canaán (v. 25). Sus nombres significaban quizá sus respectivas características personales, pues *Oreb* significa *cuervo, y Zeeb* significa *lobo.*

CAPÍTULO 8

Este capítulo continúa la historia de Gedeón, tanto en su seguimiento de los restos del ejército de Madián, como en su gobierno del pueblo hasta el fin de su vida. I. Gedeón apacigua prudentemente a los de Efraín (vv. 1–3). II. Persigue bravamente a los madianitas (vv. 4, 10–12). III. Castiga justamente la insolencia de los hombres de Sucot y Peniel (vv. 5–9 y 13–17). IV. Ejecuta honorablemente a los dos reyes de Madián (vv. 18–21). V. Después de todo esto declina humildemente la corona real (vv. 22, 23). VI. Comete la insensatez de satisfacer la superstición del pueblo, y hace un efod en su propia ciudad (vv. 24–27). VII. Hubo paz en los cuarenta años de su gobierno (v. 28). VIII. Murió con honor y dejó una familia numerosísima (vv. 29–32). IX. Tanto él como su Dios fueron olvidados pronto por el ingrato Israel (vv. 33–35).

Versículos 1–3

Tan pronto como el enemigo común fue subyugado, vemos a los hijos de Israel dispuestos a querellarse unos contra otros. Los efrainitas, al llevar a Gedeón las cabezas de Oreb y Zeeb, le mostraron el gran enfado que sentían contra él.

I. La acusación que presentaron carecía de toda base y razón: *¿Qué es esto que has hecho con nosotros, no llamándonos cuando ibas a la guerra contra Madián?* (v. 1). Efraín estaba muy celoso de Manasés, pues temía que el honor de esta tribu eclipsara el suyo. ¡Cuán injusta fue la reconvención que hicieron a Gedeón! 1. Gedeón había sido llamado por Dios, y a Dios había atribuido el honor y la gloria.

Así que los efrainitas estaban reconviniendo a Dios mismo. 2. ¿Por qué no se habían ofrecido antes voluntariamente? El caso mismo lo requería; no tenían por qué esperar a que Gedeón los llamara. Los cobardes parecen valientes cuando ha pasado el peligro y tratan de defender su reputación cuando no la han merecido por su cobardía.

II. La respuesta de Gedeón tenía por objeto apaciguar a los de Efraín más bien que justificarse a sí mismo (vv. 2, 3). Les responde: 1. Con gran mansedumbre, y gana así sobre su propia pasión una victoria tan grande como la que había ganado contra los madianitas. 2. Con gran modestia, engrandece las hazañas de los efrainitas por encima de las suyas propias: *¿No es el rebusco,* lo que queda de la vendimia, *de Efraín, mejor* de mayor honor y servicio *que la vendimia de Abiezer?* Con esto nos muestra Gedeón: (A) Que la humildad es el mejor remedio para curar la envidia ajena. (B) Que es igualmente el mejor remedio para terminar una disputa. 3. En efecto, los mismos que *le habían reconvenido fuertemente* (v. 1), *se aplacaron luego que él habló esta palabra* (v. 3), un ejemplo del principio que leemos en Proverbios 15:1.

Versículos 4–17

I. Gedeón, como valiente general, persigue al resto de los madianitas. Parece ser que los dos reyes de Madián estaban mejor provistos que los demás y pudieron cruzar el Jordán con 10.000 hombres antes que los efrainitas cerraran los pasos. Pero Gedeón piensa que no ha llevado plenamente a cabo su comisión de salvar a Israel, si los deja escapar.

1. Su firmeza fue muy ejemplar bajo las desventajas con que actuaba. (A) Sólo llevó consigo sus 300 hombres, de quienes esperaba más, por razón de la especial promesa divina que de todos los demás millares, de quienes sólo podía esperar lo que le ofrecieran con su tornadizo valor humano. (B) Estaban *cansados, mas todavía persiguiendo* (v. 4). (C) Además, halló oposición, en lugar de ánimos en algunos del pueblo mismo de Israel. Pero, si los que deberían sernos de ayuda nos sirven de obstáculo no por eso hemos de desistir de nuestros buenos propósitos. (D) Llevó a cabo una larga marcha *por el camino de los que habitaban en tiendas* (v. 11). Tenía la ventaja de llevar consigo unos pocos hombres que podían soportar el cansancio, el hambre y la sed.

2. Su éxito fue rotundo y le animó a proseguir con resolución su lucha por una buena causa. Derrotó completamente al enemigo (v. 11) y tomó prisioneros a los dos reyes de Madián (v. 12).

II. Vemos también a Gedeón como justo juez de Israel, cómo castiga la insolencia de los hombres de Sucot y de Peniel.

1. El crimen de estos hombres fue muy grande, pues se negaron a dar unos bocados de pan a los soldados de su propio pueblo, que iban en persecución del enemigo común (v. 5). Aun cuando hubiesen sido viajeros extranjeros que se hallaban en apuros, ya habría sido razonable que les prestasen socorro. ¡Cuánto más a soldados de su propio pueblo que iban en persecución del enemigo común! Pero los príncipes de Sucot *no temían a Dios ni respetaban a hombre.* Porque: (A) En desprecio a Dios se negaron a satisfacer las justas demandas del hombre a quien Dios había levantado para salvarles, y creían que el resto de las huestes de Madián, que habían visto pasar a través de su región, sería demasiado duro para Gedeón. (B) Cerraron sus entrañas de compasión contra sus hermanos (v. 1 Jn. 3:17); estaban tan destituidos de amor como de fe al negarse a dar unos bocados de pan a quienes estaban en peligro de morir de hambre. Los de Peniel dieron la misma respuesta que los de Sucot, y desafiaron *la espada de Jehová y de Gedeón* (v. 8).

2. El aviso que Gedeón les dio de que su crimen había de tener el merecido castigo. (A) No los castigó de inmediato, porque no quería hacerlo en el arrebato de la pasión y, además, tenía prisa por seguir al enemigo. Pero: (B) Les dijo cómo les iba a castigar (vv. 7, 9); el batidor del grano era un buen trillador. Les mostraba así la confianza que tenía en el éxito con la fuerza de Dios, por si cambiaban de parecer y se arrepentían de su dureza de corazón. Dios nos advierte del peligro y nos da espacio para arrepentirnos, a fin de que los pecadores puedan *huir de la ira venidera.*

3. Al ser menospreciado el aviso, el castigo, aun siendo muy severo, fue absolutamente justo.

(A) Los principales de Sucot fueron castigados primero. Los castigó Gedeón con *espinos y abrojos del desierto;* no parece que los matase. Así: (a) Les atormentó el cuerpo y, (b) les instruyó la mente (v. 16), pues el verbo hebreo significa *les hizo saber;* les enseñó así a entrar en razón y conocer su deber para con Dios y para con el prójimo. Nótese que hay muchos que sólo aprenden mediante los espinos y abrojos de la aflicción.

(B) Después castigó a los de Peniel. (a) *Derribó la torre de Peniel* (v. 17), en la cual ellos confiaban; quizás habían advertido antes con burla a Gedeón que más les valía a él y a sus hombres refugiarse en la torre que seguir a los fugitivos de Madián. (b) Y *mató a los de la ciudad,* esto es, a los más insolentes, para que los demás cobraran respeto; de este modo *corrigió* también a los hombres de Peniel.

Versículos 18–21

Ahora les llega la hora a los reyes de Madián. 1. Pesaba sobre ellos el crimen que habían cometido anteriormente, ya que habían matado a los hermanos de Gedeón en el Tabor. Cuando los hijos de Israel, por miedo a los de Madián, se habían hecho *cuevas en los montes* (6:2), parece ser que aquellos jóvenes se refugiaron en una de ellas, donde fueron hallados por estos dos reyes, quienes les dieron bárbara muerte a sangre fría. 2. Hallados culpables de este crimen, a confesión propia, el pariente más próximo debía derramar la sangre de ellos, aunque eran reyes. 3. Gedeón quiso ceder este honor a su hijo primogénito, pero: (A) El joven se excusó, *porque tenía temor, pues era aún un muchacho* (v. 20). (B) Ellos mismos prefirieron tener el honor de que fuese él mismo quien los ejecutase; *porque como es el varón, tal es su valentía* (v. 21).

Versículos 22–28

I. Laudable fue la modestia de Gedeón, después de su gran victoria, al rehusar el honor que su pueblo quería conferirle ofreciéndole el gobierno del país en forma de monarquía hereditaria. 1. Fue honroso de parte de ellos el ofrecérselo (v. 22): *Sé nuestro señor tú … pues que nos has librado.* 2. Fue también honroso de parte de él rehusarlo (v. 23): *No seré señor sobre vosotros.* Lo que él había hecho tenía por objeto servirles, no gobernarles; hacerles bien a ellos no hacerse grande a sí mismo. «*Jehová señoreará sobre vosotros,* y constituirá sobre vosotros jueces por especial designación de su Espíritu, como lo ha hecho ahora». Esto da a entender: (A) Su modestia, y la humilde opinión que tenía de sí y de sus propios méritos. (B) Su piedad, y la elevada opinión que tenía del gobierno de Dios.

II. Pero no fue laudable la forma en que quiso Gedeón perpetuar la memoria de esta victoria mediante un efod hecho de los despojos de Madián. 1. Pidió a los israelitas que le dieran los anillos del botín. 2. Él mismo aportó lo que había capturado a los reyes de Madián. 3. De ello hizo el efod (v. 27). (A) Es cierto que nada tenía de malo preservar un memorial de tan gloriosa y divina victoria en la propia ciudad del juez, pero: (B) era muy imprudente confeccionar para ello un efod, ornamento sagrado que tendría anejo como de costumbre, los terafines (Os. 3:4), y que, al tener ya un altar, edificado por mandato de Dios (6:26), que Gedeón pensó equivocadamente que podía usarse para otros sacrificios, intentase servirse del efod como de oráculo para consultarlo en casos difíciles. Esto es lo que el erudito Dr. Spencer supone. Además, al tener cada tribu cierta autonomía, fácilmente podían ser inclinados a codiciar cada una su propia forma de religión. En todo el libro de los Jueces, leemos muy poco de Siló y del Arca que estaba allí. Muchos son extraviados por un mal paso dado por un buen hombre. El comienzo del pecado, especialmente del de idolatría, es como *el soltar las aguas;* así ha pasado en las fatales corrupciones de la Iglesia de Roma. (C) El efod llegó a ser tropezadero para el propio Gedeón y su familia, con pérdida del celo por la casa de Dios, ahora que se iba haciendo viejo, y con gran ruina para su propia familia, llevada así al pecado.

III. No se echa por eso al olvido el provecho que se le siguió a Israel por la feliz intervención, aunque instrumental, de Gedeón (v. 28). Aunque rechazó la corona de rey, gobernó como juez y sirvió a su pueblo lo mejor que pudo, excepto en lo del efod. De forma que *reposó la tierra cuarenta años en los días de Gedeón.* El número cuarenta va apareciendo con frecuencia en el libro de los Jueces y aun después. Otoniel fue juez durante 40 años; tras Eúd, hubo descanso por 80 años, que es el doble de 40,

Barac fue juez por 40 años, Gedeón lo mismo, ordenándolo así la providencia divina para traerles continuamente a la memoria los 40 años de peregrinación por el desierto. Después de éstos, también Elí gobernó durante 40 años (1 S. 4:18), así como Samuel y Saúl (Hch. 13:21), y también David y Salomón. Cuarenta años viene a ser el tiempo de una generación.

Versículos 29–35

Conclusión de la historia de Gedeón. 1. Se retiró a la casa donde había vivido antes de su exaltación. 2. Su familia se multiplicó de modo extraordinario. 3. Murió después en buena vejez y honrado por el pueblo. 4. Después de su muerte, el pueblo volvió a corromperse y todo paró en nada. Tan pronto como Gedeón desapareció, *los hijos de Israel volvieron a prostituirse yendo tras los baales* (v. 33). Los falsos cultos abren el camino a los falsos dioses. Volvieron a *escoger nuevos dioses* (5:8), un dios con un nombre nuevo: *Baal-berit*, que quiere decir *Señor del Pacto.* Quizá lo llamaron así porque sus adoradores se ligaron a él por pacto, para imitar de este modo el pacto de Jehová con Israel, ya que el diablo es como la mona de Dios. Con esta rebelión idolátrica, Israel mostró: (A) Gran ingratitud al verdadero Dios (v. 34): *No se acordaron los hijos de Israel de Jehová su Dios.* (B) Gran ingratitud a Gedeón (v. 35). No es extraño que los que olvidan a su Dios olviden también a sus propios amigos.

CAPÍTULO 9

La apostasía de Israel tras la muerte de Gedeón es castigada con guerras intestinas entre los mismos israelitas. I. Aquí vemos cómo Abimelec, hijo bastardo de Gedeón, se constituyó a sí mismo rey en Siquem (vv. 1–6). II. Pero su desastroso final fue profetizado en una alegoría por Jotam, el menor de los hijos legítimos de Gedeón (vv. 7–21). III. Las peleas que hubo entre Abimelec y los siquemitas (v. 22–41). IV. Cómo todo esto desembocó en la ruina de los siquemitas (vv. 42–49), y del propio Abimelec (vv. 50–57).

Versículos 1–6

Aquí se nos dice por qué medios consiguió Abimelec hacerse con el mando. Quizá su madre había inspirado al joven pensamientos ambiciosos y, con el nombre que su padre le había dejado *(Abimelec = Mi padre, rey),* las chispas se habían convertido en llamaradas. Pero él no había sido llamado a este honor como lo había sido su padre, ni había ahora la oportunidad para que surgiese un juez para librar a Israel, como la hubo cuando su padre fue constituido juez.

I. Cuán astutamente supo usar la parentela de su madre para sus propios intereses. Siquem era una ciudad muy notable en la tribu de Efraín. Josué había celebrado allí su última gran asamblea. Si esta ciudad le era favorable—pensó Abimelec—, tendría casi seguro el puesto que ambicionaba. Nadie habría soñado en hacer rey a tal persona, si él mismo no hubiese acariciado tal sueño. 1. La astucia con que maniobró a los de Siquem (vv. 2, 3). Como Gedeón había dejado setenta hijos, les sugirió que era mucho mejor tener un solo rey que no setenta. Y añadió: *Acordaos que yo soy hueso vuestro y carne vuestra* (v. 2). El plan le salió a las mil maravillas, pues los magistrados de Siquem se vieron halagados con el pensamiento de que su ciudad fuese capital regia y metrópoli de Israel. Así que se inclinaron a favor de él, *porque decían: Nuestro hermano es* (v. 3). 2. Cómo consiguió dinero para financiar sus propósitos (v. 4): Y *le dieron setenta siclos de plata,* dinero del templo de Baal-berit, es decir, del erario público, que, por respeto a su ídolo, habían depositado en su templo para ser protegidos por él. ¡Mala cualificación para reinar sobre Israel, porque no era probable que los defendiese quien, en lugar de refrenar y castigar la idolatría, tan tempranamente se constituía en pensionista de un ídolo! 3. La clase de soldados que reclutó: *Alquiló hombres ociosos y vagabundos que le siguieron;* la escoria de la sociedad, hombres en quiebra y de vida disoluta.

II. Con qué crueldad se deshizo de los hijos de su padre, medio hermanos suyos.

1. Lo primero que llevó a cabo con la gentuza que había alquilado fue dar muerte a todos sus hermanos de una vez y públicamente, *setenta varones, sobre una misma piedra,* escapando con vida solamente uno. (A) ¡Cómo convierte a los hombres en bestias el poder de la ambición! (B) ¡Qué peligros comporta el honor de la alta cuna!

2. Despejado el camino para la elección de Abimelec, los siquemitas procedieron a coronarle por rey (v. 6). No consultaron a Dios sobre si habían de tener o no rey; mucho menos sobre la persona que había de ocupar tal cargo. Pero: (A) Los siquemitas le ayudaron con su favor y consintieron en el asesinato de los setenta hijos de Gedeón (v. 24), y así fue hecho rey. (B) El resto de los israelitas estaban como aletargados, sin reaccionar contra tales felonías. Por esto se les acusa de ingratitud con Gedeón (8:35).

Versículos 7–21

Sólo Jotam, el hijo menor de Gedeón, que, por especial providencia, escapó de la común ruina de su familia (v. 5), prestó buen servicio a los siquemitas, pues les habló con toda claridad y sinceridad. No se puso a reclutar un ejército para oponerse a Abimelec, sino que se contentó con reconvenir fielmente a los de Siquem, advirtiéndoles de las fatales consecuencias que habría de tener la decisión que habían tomado.

I. La introducción del discurso de Jotam es muy seria y solemne: *«Oídme, varones de Siquem, y así os oiga Dios»* (v. 7).

II. La alegoría (no «parábola») que expone es sumamente ingeniosa. Cuando los árboles quisieron tener rey, ofrecieron la corona a los más útiles, como el olivo, la higuera y la vid, pero éstos rehusaron, preferían servir a reinar. Pero, al ofrecerla a la zarza, ésta la aceptó llena de vanagloria.

1. Con ello aplaude la modestia de Gedeón, y la de otros jueces antes de él, y quizá la de los hijos del propio Gedeón, que habían declinado el honor y el cargo que les habrían venido a las manos. (A) Del mismo modo que no había ninguna razón para que los árboles eligieran rey, tampoco la había para que Israel lo hiciera pues *Jehová era su rey* (8:23). (B) Puestos a escoger, los árboles no eligieron por rey al robusto cedro, ni al altivo pino, que sólo sirven de adorno y sombra, sino a los de mayor utilidad, a los frutales: la higuera, la vid y el olivo. Quienes llevan fruto para el bien común, deben ser también honrados con el respeto común.

2. La razón por la que todos estos árboles declinaron la oferta fue la misma. El olivo respondió: *¿He de dejar mi aceite?* (v. 9). De modo semejante respondió la vid (v. 13): *¿He de dejar mi mosto?* Ambos alegan su utilidad y servicio, no sólo para los hombres, sino también para Dios, pues el vino y el aceite se usaban en los altares de Dios y en las mesas de los hombres. La higuera dijo: *¿He de dejar mi dulzura?* (v. 11). Con todo esto se da a entender: (a) Que el gobierno comporta gran cantidad de preocupación y fatiga. (b) Que quienes son promovidos a los puestos públicos de confianza y de poder tienen que dar de mano a sus intereses y beneficios personales y sacrificarlo todo al bien de la comunidad. (c) Que quienes son exaltados a esos puestos están en peligro de perder su fructuosidad pues se ven tentados a soberbia y holganza, con lo que echan a perder su utilidad; por lo que quienes desean hacer mucho bien se sienten temerosos de estar muy bien en grandeza y elevación social.

3. Con esta alegoría expone a plena luz la ridícula ambición de Abimelec, a quien compara con la zarza (v. 14), planta indigna de figurar entre los árboles, pues no sólo es inútil y sin fruto, sino que sólo sirve para hacer daño. Comenzó a existir cuando la tierra fue maldita, y debe terminar en el fuego. Así era Abimelec y, con todo, fue elegido para gobernar *por los árboles, por todos los árboles.* No nos extrañe que esté *la necedad colocada en grandes alturas* (Ec. 10:6) y *la vileza exaltada entre los hijos de los hombres* (Sal. 12:8). Los hombres están ciegos cuando escogen tales guías que van contra sus intereses.

III. La aplicación que Jotam hace es muy clara y certera. En ella: 1. Les trae a la memoria los buenos servicios que su padre les había hecho (v. 17). 2. Esto agravaba la forma cruel con que habían tratado a la familia de su padre. No le habían *pagado conforme a la obra de sus manos* (v. 16). Gedeón había dejado muchos hijos que eran un honor para su nombre y el de su familia y, sin embargo, habían sido bárbaramente asesinados; había dejado un hijo de una concubina (8:31), al que todos cuantos guardaban algún respeto a Gedeón se habrían esforzado por ocultar, y a éste precisamente era al que ahora escogían por rey. 3. Les dice que el tiempo demostrará si han obrado mal o bien. (A) Si prosperaban por largo

tiempo después de esta villanía, podían decir que habían obrado bien (v. 19). Pero: (B) Si habían obrado vilmente en este asunto (como era el caso), no podían esperar jamás prosperidad (v. 20). 4. Una vez que les habló así, Jotam escapó por su vida (v. 21) y vivió en el exilio por miedo a Abimelec.

Versículos 22–49

Abimelec reinó tres años sin mayores disturbios. No se dice que juzgara a Israel ni prestase al país ningún servicio útil, pero disfrutó durante ese tiempo del título y de la dignidad de rey. Pero el triunfo de los malvados dura poco. La justa mano de Dios sembró la ruina en aquellos malvados conspiradores (v. 23): *Envió Dios un espíritu de discordia entre Abimelec y los hombres de Siquem;* esto es, se llenaron de celos unos contra otros hasta enemistarse completamente. Esto vino de Dios, quien permitió al diablo, el gran malhechor, sembrar discordia, pues Dios no sólo restringe la acción de Satanás, sino que le hace servir, muchas veces, a los propósitos de Dios. Las ambiciones y odios de aquellos hombres eran fruto de inmundos espíritus en el corazón de ellos. Y de esas malas pasiones salen las guerras y los pleitos (Stg. 4:1). Dios les entregó justamente a sus pasiones y, con ello, *envió espíritu de discordia* entre ellos. Cuando los hombres hallan en su pecado el castigo, Dios es el autor del castigo, aunque no sea el autor del pecado. Los siquemitas que habían estimulado y nutrido las pretensiones de Abimelec y le habían ayudado en sus inicuos proyectos, que habían añadido maldad con hacerle rey después de tales iniquidades, debían caer con él.

I. Los siquemitas comenzaron a afrentar a Abimelec.

1. *Los de Siquem se levantaron contra Abimelec* (v. 23). No se dice que se arrepintieran del pecado que habían cometido al promoverle.
2. Quisieron echarle mano cuando estaba en Arumá (v. 41) su sede regia. Esperando que viniera a la ciudad, pusieron asechadores en las cumbres de los montes (v. 25). Los que así estaban aposentados, aunque no le echaban a él (pues no venía), no perdían el tiempo, pues *robaban a todos los que pasaban.*
3. Estimularon a un tal *Gaal, hijo de Ebed* (que significa *«siervo*», mientras que Gaal significa *«asco»*). Así que, tal para cual, tenemos una zarza contendiendo con otra. Gaal era ambicioso y se fue a Siquem para avivar allí el fuego de la rebelión, y *los de Siquem pusieron en él su confianza* (v. 26).
4. Cometieron cuantas afrentas pudieron contra el nombre de Abimelec (v. 27), pues fueron a la casa de su dios para solemnizar la fiesta, y *allí comieron y bebieron, y maldijeron a Abimelec;* esto es, imprecaron al dios para que destruyera a Abimelec. En este mismo templo, de cuyo tesoro habían sacado el dinero para promover a Abimelec, estaban ahora reunidos para maldecirle y tramar su ruina.
5. Les satisfizo el altivo desafío de Gaal contra Abimelec (vv. 28, 29). Les agradó oír a este hombre desvergonzado y ambicioso, que hablaba con burla y desdén: (A) De Abimelec. (B) De su buen padre Gedeón: *¿No es hijo de Jerobaal?* (C) Del primer ministro de Abimelec: *¿Y no es Zebul ayudante suyo?* No es que Gaal intentase dar a Siquem libertad, sino sólo cambiar de tirano: *«Ojalá estuviera este pueblo bajo mi mano»* (v. 29). Todo esto agradó a los siquemitas, quienes estaban ahora asqueados de él, tanto como habían estado antes encantados de él. Los hombres sin conciencia son hombres sin constancia.

II. Abimelec volvió todas sus fuerzas contra ellos y, en poco tiempo, los destruyó por completo. Observemos sus movimientos.

1. El confidente de Abimelec y gobernador de la ciudad, Zebul, *se encendió en ira* (v. 30) y avisó a su amo del plan que tramaban los de Siquem (v. 31). Le aconsejó que cayera de noche sobre la ciudad (v. 32). ¿Cómo podían los siquemitas acelerar la ejecución de su plan, cuando el propio gobernador de la plaza estaba sirviendo a los intereses del enemigo de ellos?
2. Gaal, que era el jefe de la sedición, fue traicionado y engañado miserablemente por Zebul: *«Tú ves la sombra de los montes como si fueran hombres»* (v. 36). Con esto, trataba: (A) De ridiculizarle. (B) De detenerle, mientras las fuerzas de Abimelec caían sobre la ciudad. (C) Luego apeló Zebul a otra táctica, y desafió a Gaal a mantener la bravata que había lanzado, uno o dos días antes, contra Abimelec (v. 38): *«Sal, pues, ahora y pelea con él, si* es que te atreves».

3. Abimelec derrotó completamente a las fuerzas de Gaal que salieron de Siquem (vv. 39, 40). Aquella misma noche, Zebul expulsó de Siquem a Gaal y a los que habían seguido a éste hasta la ciudad (v. 41).

4. Al día siguiente puso emboscadas cerca de Siquem y atacó a los que salían de la ciudad, castigando así a los que le habían traicionado. (A) Le dieron aviso de que los de Siquem habían salido *al campo (v.* 42), a arar y sembrar, más bien que a pelear (como opinan algunos). (B) Él, entonces, cortó las comunicaciones de la ciudad y luego envió dos de las compañías que había formado las cuales *acometieron a todos los que estaban en el campo, y los mataron* (v. 44). (C) Él mismo, con la compañía que le quedaba, cayó sobre la ciudad y, después de matar a la gente, *asoló la ciudad y la sembró de sal,* para que quedase estéril y fuese así un monumento perpetuo del castigo que había sufrido por su perfidia. (D) Pero el propósito de Abimelec no prevaleció en cuanto a conseguir que fuese perpetua la desolación de la ciudad, ya que fue después reedificada y llegó a ser una ciudad tan importante, que todo Israel se reunió allí para coronar por rey a Roboam (l R. 12:1).

5. Los que se habían retirado al templo del ídolo, como a un baluarte de seguridad, fueron destruidos allí. Son llamados *«los hombres de la torre de Siquem»* (vv. 46, 47), una especie de castillo perteneciente a la ciudad, pero a cierta distancia de ella. Lo que ellos imaginaron servir de refugio, sólo les sirvió de trampa, como ocurre a cuantos acuden a refugiarse en los ídolos. Todos los que estaban allí murieron, o quemados por el fuego o sofocados por el humo. ¡Cuántos inventos poseen los hombres para destruirse unos a otros! Unos 1.000 hombres y mujeres perecieron en aquellas llamas; muchas de estas personas, es probable, nada tenían que ver con la discordia entre los siquemitas y Abimelec, pero en esta especie de guerra civil tuvieron el mismo fin miserable, porque los hombres de espíritu faccioso y turbulento no perecen solos en su iniquidad, sino que envuelven en su propia calamidad a muchos otros que les siguen en simplicidad.

Versículos 50–57

Tebes era una ciudad pequeña; es probable que no distase mucho de Siquem, que dependiese de ella y que estuviese confederada con ella.

I. Abimelec se dispuso a destruir también esta ciudad (v. 50) y consiguió que los habitantes se retirasen a la torre que servía de fortaleza a la ciudad (v. 51).

II. En el intento, él mismo fue destruido, pues le rompieron el cráneo con una piedra de molino (v. 53). Tres circunstancias son dignas de observación en la muerte de Abimelec: 1. Que murió de una gran pedrada, así como había matado a todos sus hermanos *sobre una misma piedra* (v. 5). 2. Que le rompieron el cráneo; cayó así la venganza sobre la misma perversa cabeza que había ostentado una corona usurpada. 3. Que la piedra fue arrojada por una mujer, y esto fue lo que más le ofendió. Por donde puede verse: (A) Su necio orgullo en darle tanta importancia a este detalle. Nada le importaba del estado de su alma, ni de lo que le esperaba detrás de la muerte; no oró ni pidió misericordia, sino que se mostró extremadamente solícito en remendar su prestigio, cuando ya no podía remendar su cráneo. Pensaba: «¡Que no se diga que un hombre tan poderoso como Abimelec fue muerto por una mujer!» (B) Su necio remedio contra esta supuesta desgracia no pudo ser más ridículo; su propio escudero había de traspasarle con su espada, no para acabar antes de sufrir, sino sólo *«para que no se diga de mí: Una mujer lo mató»* (v. 54).

III. El resultado de todo esto fue que, con la muerte de Abimelec: 1. Fue restaurada la paz de Israel y se puso fin a la guerra civil. 2. Fue glorificada la justicia de Dios (vv. 56, 57). Aunque la perversidad prospere por algún tiempo, no ha de prosperar para siempre, ni siempre ha de prosperar necesariamente.

CAPÍTULO 10

I. La paz de que disfrutó Israel bajo los jueces Tolá y Jaír (vv. 15). II. La aflicción que sobrevino después, a causa del pecado del pueblo (vv. 6–9). III. Arrepentimiento y humillación, oraciones y reforma

del pueblo, y la misericordia que Dios tuvo de ellos (vv. 10–16). IV. La preparación del recurso que les había de librar de manos de sus opresores (vv. 17–18).

Versículos 1–5

Quietos y apacibles fueron los tiempos en que gobernaron estos dos jueces, Tolá y Jaír, cuya personalidad aparece sin relieve, y cuya historia ocupa muy poco espacio en la narración bíblica. Pero no cabe duda de que ambos fueron suscitados por Dios para servir al país en calidad de jueces, sin abrigar pretensiones de grandeza ni ambiciones de realeza, como Abimelec las había tenido. 1. En cuanto a Tolá, se nos dice que *se levantó, después de Abimelec, para librar a Israel* (v. 1). Dios hizo que surgiera este buen hombre para reformar abusos, derribar la idolatría, apaciguar los ánimos y curar las heridas producidas al país durante el usurpado gobierno de Abimelec. 2. Jaír era galaadita, como su sucesor Jefté, ambos de la media tribu de Manasés que estaba al otro lado del Jordán. Lo más notable con respecto a este Jaír fue el número y el honor de sus hijos: *Tuvo treinta hijos* (v. 4). Y: (A) Por cierto con grandes honores, pues *cabalgaban sobre treinta asnos,* lo que era indicio de su dignidad como líderes de sus respectivas ciudades o, como sugieren otros, en calidad de jueces itinerantes, para administrar justicia como delegados de su padre. (B) También eran grandes sus posesiones, ya que tenían una ciudad para cada hijo; estas ciudades se llamaban *«ciudades de Jaír»,* con la mayor probabilidad, del nombre de uno de los antepasados de Jaír. El hebreo dice *«ciudades»* en la primera parte del versículo, y «aldeas» en la segunda, en lo que se ve cómo las aldeas parecen ciudades cuando uno está satisfecho.

Versículos 6–9

Mientras estos dos jueces gobernaron a Israel, todo fue bien pero después:

I. Israel volvió a la idolatría. 1. Adoraban a muchos dioses, no sólo a los antiguos y diabólicos baales y Astarot, a quienes habían dado culto los cananeos, sino que, como si desearan proclamar su necedad ante todos sus vecinos, sirvieron también a los dioses de Siria, de Sidón, de Moab, de Amón y de los filisteos. Parece como si su principal negocio hubiese sido la importación de dioses de todos los países. Es difícil acertar a decir cuál de los dos errores era más obvio, si su impiedad o su falta de visión política, pues aquellas naciones cuya amistad querían ganarse por medio de tan malvadas artes, llegaron a ser, por los justos juicios de Dios, sus enemigos y opresores. 2. No dejaron ningún lugar al Dios de Israel entre tantas deidades, sino que *«dejaron a Jehová y no le servían»* (v. 6). Quienes piensan que pueden servir juntamente a Dios y a Mamón pronto abandonarán del todo a Dios y servirán únicamente a Mamón. Si Dios no tiene nuestro corazón por entero, pronto no lo tendrá ni en parte.

II. Dios renovó también sus castigos, poniéndolos bajo el poder de opresores enemigos. Dios había ordenado que, si alguna ciudad de Israel se entregaba a la idolatría, las demás habían de hacerle la guerra para destruirla (Dt. 13:15). Dios trajo contra ellos a las naciones vecinas para castigar a Israel por su apostasía. La opresión que sufrieron a manos de los amonitas, descendientes de Lot fue: 1. Muy prolongada, pues duró dieciocho años. 2. Muy pesada. Comenzaron por las tribus que tenían cerca, al otro lado del Jordán *«en la tierra del amorreo»* (v. 8), porque los israelitas habían degenerado tan perversamente que se habían hecho iguales a los gentiles en cierto modo, totalmente amorreos (Ez. 16:3). Gradualmente fueron empujando hacia adelante, pasaron el Jordán e invadieron los territorios de Judá, Benjamín y Efraín (v. 9), tres de las más famosas tribus de Israel, pero tan venidas a menos por causa de su idolatría que no tenían fuerzas para resistir al invasor.

Versículos 10–18

I. La confesión humilde que, en su aflicción, hizo Israel a su Dios (v. 10). Confiesan primero su omisión: *«Hemos dejado a nuestro Dios»;* después, el pecado de comisión: *«y servido a los baales»*.

II. Ante esta confesión, Dios les envía un mensaje de áspera reprensión, no sabemos si por medio de un ángel, como en 2:1, o de un profeta, como en 6:8. En este mensaje:

1. Les echa en cara su ingratitud, trayéndoles a la memoria las grandes cosas que ha hecho por ellos. En el pasado les había corregido con justicia y les había librado con misericordia, por lo que había de esperarse razonablemente que, por temor o por amor, se adhiriesen a Él y le sirviesen.

2. Les muestra cuán justamente podría abandonarlos para su ruina, dejándoles al arbitrio de *los dioses que habían elegido para sí.* Para despertar en ellos un genuino arrepentimiento y un verdadero deseo de reforma, les hace ver: (A) Su necedad en servir a los baales (v. 14). Para que haya un verdadero arrepentimiento, es menester que haya plena convicción de la total insuficiencia de aquellas cosas a las que nos hemos apegado, pues ninguna de ellas nos puede salvar. Hemos de convencernos de que los placeres de los sentidos no pueden dar estable y genuina satisfacción, y de que las riquezas del mundo no son perenne heredad. Sólo podemos ser plenamente felices con Dios, como dijo Agustín de Hipona: «Nos hiciste, Señor, para ti, y está intranquilo nuestro corazón hasta que descanse en ti». (B) Su gran miseria y su tremendo peligro al abandonar a Dios.

III. Israel se somete ahora humildemente a la justicia de Dios, y apela también humildemente a su misericordia (v. 15). No sólo repiten su confesión: *«Hemos pecado»,* sino que se entregan sin condiciones a la justicia divina, y suplican, a la vez, que tenga misericordia: *«Haz tú con nosotros como bien te parezca; sólo te rogamos que nos libres en este día».*

IV. Ponen inmediatamente en práctica un principio de reforma, por el que muestran frutos dignos de arrepentimiento (v. 16): *«Quitaron de entre sí los dioses de extranjeros* (lit.) y *sirvieron a Jehová».*

V. Dios se volvió a ellos en gracia y misericordia, como se expresa aquí con gran ternura: *«Y Él fue movido a compasión a causa del sufrimiento de Israel».* Del mismo modo que le agrada ponerse en relación con su pueblo mediante un pacto, así también le agrada ponerse en relación de un padre para con sus hijos, mostrando su bondad hacia ellos mediante la compasión que siente por ellos; pues no sólo es *el Padre de las luces* (Stg. 1:17), sino también *Padre de misericordias* (2 Co. 1:3).

VI. El terreno está así preparado para que sean librados de la opresión de los amonitas (vv. 17, 18). Dios había dicho: *«Yo no os libraré más»* (v. 13). Pero como ellos ya no son lo que eran, sino que son otros hombres, hombres nuevos, Él los va a librar ahora. 1. Los amonitas se endurecieron para su propia ruina. Se juntaron como un solo cuerpo, para ser destruidos de un solo golpe (comp. con Ap. 16:16). 2. Los israelitas cobraron ánimos para acudir a su propia liberación: Se reunieron igualmente (v. 17). Durante los dieciocho años de opresión fueron abatidos por sus enemigos, como en otras ocasiones, porque no querían formar un solo cuerpo; cada familia, ciudad o tribu deseaba ser autónoma y obrar independientemente, con lo que todos venían a ser presa fácil de los opresores, por falta de un consenso común en un interés general que los uniera y cimentara; pero cuando se unían, como lo hicieron ahora, siempre les iba bien. Cuando la Iglesia de Dios viene a ser como un solo hombre para el servicio de una causa común frente a un único enemigo, ¿qué obstáculo podrá resistir al empuje de ellos?

El capítulo concluye, no con palabras tales como las que hallamos al principio del libro, cuando el pueblo consultó a Jehová, y dijo: *«¿Quién de nosotros subirá el primero a pelear contra los cananeos?»,* sino con palabras más en consonancia con el decaído estado espiritual de los tiempos a que habían llegado. Así, dijeron: *«¿Quién será el que comenzará la batalla contra los hijos de Amón? Él será cabeza sobre todos los que habitan en Galaad».* En otras palabras: Falta un hombre que se ponga al frente de la congregación, y bajo contrato se le dará el sueldo señalado. Es un nivel bajo, por cierto.

CAPÍTULO 11

Historia de Jefté, que, por fe, hizo grandes cosas (He. 11:32). I. Su origen oscuro (vv. 1–3). II. Los de Galaad lo eligen comandante en jefe contra los amonitas (vv. 4–11). III. Jefté intenta arreglar las cosas con el rey de Moab sin derramamiento de sangre (vv. 12–28). IV. La guerra con los amonitas, en la que Jefté se compromete con un voto (vv. 29–31), la prosigue con bravura (v. 32) y la termina con una

gloriosa victoria (v. 33). V. El aprieto en que se ve al volver a casa, a causa del voto que había hecho (vv. 34–40).

Versículos 1–3

Al final del capítulo anterior dejamos a los príncipes y al pueblo de Galaad tomando consejo para ver de escoger general. Vemos ahora el acuerdo que tomaron de elegir a Jefté, galaadita, hombre muy valiente y capacitado para la empresa que llevaban entre manos, aunque tenía tres puntos en contra suya:

I. *Era hijo de una ramera* (v. 1), ya fuese concubina o, simplemente, mujer extranjera (v. 2: *«otra mujer»).* Los judíos opinan que ella era descendiente de Ismael. Si su madre era una prostituta, esto era una desdicha suya, pero no una iniquidad que él hubiese cometido. Nadie debería ser reprochado por desgracias de su parentela o de su raza. El hijo de una ramera, si ha nacido de nuevo, de arriba, será aceptado por Dios y hecho partícipe de las gloriosas libertades de los hijos de Dios, tanto como cualquier otro.

II. Había sido expulsado de su país por sus propios hermanos. Los hijos legítimos de su padre, al aferrarse al rigor de la ley, no le permitieron tener herencia alguna con ellos, sin tener consideración a sus magníficas cualidades, que merecían una excepción, con lo que toda la familia hubiese adquirido fuerza y honor grandes. Dios humilla, muchas veces, a los que se propone exaltar y hace de la piedra que los edificadores rechazan la piedra angular del edificio; así ocurrió con José, Moisés y David, los tres pastores más eminentes de Israel, quienes fueron maltratados por los hombres antes de ser llamados por Dios a los altos oficios que desempeñaron.

III. En su destierro había sido algo así como capitán de bandidos (v. 3). Echado fuera por sus hermanos, su espíritu animoso no le permitió cavar ni mendigar, sino que había de vivir de la espada. Y muchos otros que estaban animados del mismo espíritu y reducidos al mismo aprieto, se alistaron bajo su mando. Se les llama *hombres ociosos* (lit. *vacíos*); esto es, aventureros, vagos y sin escrúpulos, que no tenían nada que perder (comp. con 9:4 y 1 S. 22:2); quizás habían derrochado lo que tenían y ahora se dedicaban a la vagancia. No se nos dice si robaban o no, pero es lo más probable que lo hicieran para sobrevivir. Éste era el hombre que iba a salvar a Israel.

Versículos 4–11

I. El apuro en que se hallaban los hijos de Israel a causa de la invasión de los amonitas (v. 4).

II. La invitación que hicieron los ancianos de Galaad a Jefté para que viniese a ayudarles. No le enviaron un recado, sino que fueron personalmente a verle. Sabían que era valiente y acostumbrado a manejar la espada, por lo que éste era el hombre que les convenía. Así es como Dios prepara con frecuencia a los hombres a quienes destina para un servicio importante, y hace que los apuros por los que pasan les sirvan de provecho. Si Jefté no hubiese sido objeto de mal trato por parte de sus hermanos, no habría tenido la oportunidad de ejercitar su genio militar y, con ello, de señalarse y hacerse famoso. Una tropa sin general es como un cuerpo sin cabeza. Toda comunidad debería rogar humildemente el favor de ser bien gobernada, más bien que hacer cada uno lo que le venga en gana. Demos gracias a Dios por un buen gobierno.

III. Las objeciones que puso Jefté a esta oferta (v. 7): *¿No me aborrecisteis vosotros y me echasteis?* Jefté estaba bien dispuesto a servir a su país, pero creyó oportuno reprocharles el mal trato que anteriormente le habían dado a fin de que se diesen cuenta del mal que habían obrado y se arrepintiesen de su pecado. De modo similar, humilló José a sus hermanos antes de darse a conocer a ellos. Hay muchos que menosprecian a Dios y a los hombres buenos hasta que se encuentran en grave aprieto, y entonces apelan a la misericordia de Dios y a la ayuda y oraciones de los hombres justos y santos.

IV. Ellos le urgen a que acepte el mando que le ofrecen (v. 8). Esto debe servirnos: 1. De aviso para no despreciar ni tratar mal a nadie por su baja condición social o familiar. No hagamos de nadie un enemigo nuestro, pues no sabemos si, a no tardar mucho, nos veremos en algún aprieto del que

precisamente tal persona es la que podría venir en nuestra ayuda. 2. De ánimo para hombres de valer que son despreciados o tratados de mala manera. Súfranlo con mansedumbre y calma y dejen que Dios se encargue de sacarlos a la luz desde su actual oscuridad.

V. El trato que hace con ellos. Dios había perdonado a Israel las afrentas que el pueblo le había hecho (10:16). También Jefté les iba a perdonar. 1. Les hace una pregunta muy apropiada (v. 9): «Si vuelvo vencedor, *¿seré yo vuestro caudillo?»* Como si dijera: «Si, con la bendición de Dios, os libro de la opresión de los enemigos, ¿me dejaréis que os reforme?» La misma pregunta se hace a quienes desean ser salvos por Cristo: «Si Él os ha de salvar, ¿dejaréis que Él os gobierne? Pues no podéis ser salvos sin someteros a Él. El que da salvación, exige santificación. Si Él es vuestro ayudador, ¿será vuestro caudillo?» Ellos le responden afirmativamente de inmediato (v. 10): «Jehová *sea testigo entre nosotros, si no hacemos como tú dices.* Dirígenos en la guerra, y mándanos en la paz». Éste fue el contrato ratificado entre Jefté y los de Galaad, con el consentimiento posterior, según parece, de todo Israel, pues leemos que *juzgó a Israel* (12:7). Así pues, fue con ellos (v. 11) al lugar donde estaban todos reunidos (10:17) y allí *el pueblo lo eligió por su caudillo y jefe.* Para obtener este honor, Jefté estaba dispuesto a arriesgar su vida por ellos (12:32). ¿Y nos dejaremos nosotros desanimar en nuestra milicia cristiana por cualquier dificultad que nos salga al paso, cuando Cristo ha prometido a sus fieles seguidores *la corona de la vida?* (Ap. 2:10).

VI. Jefté reconoció a Dios y lo puso por testigo del trato que había hecho con los de Galaad (v. 11): *Repitió todas sus condiciones delante de Jehová en Mizpá.* Sin duda, fue allá con los ancianos para solemnizar en algún santuario lo que había de pactar. De esta manera: 1. Jefté comprometía solemnemente al pueblo en lo que le habían prometido. 2. Comenzaba la campaña con la bendición de Dios. Era seguro que acabaría gloriosamente lo que había comenzado piadosamente.

Versículos 12–28

I. Al hallarse ya en posición de mando, Jefté envía a decir al rey de Amón, que en este caso era el agresor, qué razones tenía para invadir el país de Israel. Este modo de proceder de Jefté muestra: 1. Que Jefté no deseaba la guerra, aunque era valiente y fuerte, sino que quería impedirla mediante pacífica avenencia La guerra debería ser siempre el último recurso después que todos los medios de asegurar la paz se han agotado. Lo mismo hay que decir con respecto a los tribunales de justicia. A la espada de la justicia como a la de la guerra, no se debería apelar sin que las partes contendientes trataran primero de entenderse pacíficamente y concertar un arreglo equitativo (1 Co. 6:1). 2. Que a Jefté le gustaba la equidad y no tenía otro propósito que hacer justicia.

II. Ahora el rey de Amón expone sus demandas, cosa que debería haber hecho antes de invadir Israel (v. 13). Exige que se le devuelva la tierra que, según él, le arrebató Israel *cuando subió de Egipto.*

III. Jefté da a esta demandas una respuesta cumplida y satisfactoria, y muestra que los amonitas no tenían derecho alguno sobre la tierra que va desde Arnón hasta Jaboc y el Jordán, la cual estaba ahora en poder de las tribus de Rubén y Gad. Le dice:

1. Que Israel nunca les tomó territorio alguno a los moabitas ni a los amonitas. Los menciona juntos porque eran hermanos, descendientes ambos de Lot, vivían vecinos, tenían los mismos intereses, adoraban al mismo dios, Quemós, y quizá tenían, a veces, un mismo rey. Las tierras en cuestión se las habían tomado los israelitas a Sehón, rey de los amorreos. Si los amorreos las habían arrebatado a los moabitas y a los amonitas, como parece ser (Nm. 21:26; Jos. 13:25), antes de que Israel llegase allá, eso era un asunto que a Israel no le concernía investigar ni tenía por qué responder de ello.
2. Que estaban tan lejos de invadir territorios ajenos que no fuesen los de la posteridad del Canaán maldecido (una de cuyas ramas eran los amorreos—Gn. 10:16—), que ni siquiera había forzado el paso a través de los edomitas, descendientes de Esaú, ni de los moabitas, que descendían de Lot.
3. Que en la guerra en que arrebataron el territorio de los amorreos, su rey Sehón había sido el agresor no Israel (vv. 19, 20), ya que ellos le habían hecho modestamente un ruego de que les permitiera pasar por su país, dándole seguridades de que se comportarían bien durante la marcha; pero Sehón, no sólo les

negó el paso, sino que reunió todas sus fuerzas y presentó batalla a Israel (v. 20). Por consiguiente, en aquella guerra Israel actuó en legítima defensa y, por ello, al haber derrotado al enemigo, bien pudo tomar la tierra, ya abandonada, como despojo. Era, pues, de todo punto puesto fuera de razón el que los amonitas discutieran ahora los derechos de Israel y exigieran la devolución de tales territorios.

4. Apela al poder supremo de Dios, que garantizó de aquel modo la toma de posesión del territorio en litigio (vv. 23, 24). Dios les había conferido los derechos sobre la tierra que estaban dispuestos a defender contra el mundo entero (Dt. 2:24): *«He aquí he entregado en tu mano a Sehón … amorreo y a su tierra».* Corrobora su apelación con un argumento *ad hominem* (= directo al hombre), como poniéndose en el lugar del contendiente: *«Lo que te hiciere poseer Quemós tu dios, ¿no lo poseerías tú?»* No es que Jefté tuviese a Quemós por verdadero dios, sino que dice *«tu dios»* porque los adoradores de tales deidades falsas, que no podían hacer beneficio ni perjuicio, pensaban, no obstante, que a ellas les debían todo lo que tenían (Os. 2:12).

5. Apela también a la prescripción (que hace ley). (A) El derecho a tal territorio no les había sido discutido desde que entraron allí (v. 25). (B) Su posesión de la tierra nunca había sido perturbada (v. 26). Ya hacía 300 años que la poseían y, en todo este tiempo, nunca habían intentado los amonitas quitársela. Así que, en el caso de que sus derechos no hubiesen sido al principio legítimos (y lo eran), al no haberse interpuesto ninguna reclamación durante tres siglos, los amonitas no tenían ahora ningún derecho para reclamarla.

6. Con estos argumentos vindica Jefté su propia causa y condena el proceder de los amonitas (v. 27): *«Así que, yo nada he pecado contra ti, mas tú haces mal conmigo peleando contra mí».* Los hijos de Israel, en sus tiempos de paz y prosperidad (como había sido el caso durante muchos años en la época de los Jueces), se habían comportado pacíficamente con todos sus vecinos. Así que el rey de Amón, para buscar una ocasión de querellarse contra Israel, tenía que volver la vista atrás hasta no menos de 300 años.

7. Para decidir la controversia, Jefté apela al juicio de Dios (v. 27): *Jahveh, que es el juez, juzgue hoy entre los hijos de Israel y los hijos de Amón.* Pero ni la paz que Jefté proponía, ni las razones que alegó en favor de los derechos de la tierra que el rey de Amón demandaba, hicieron mella en éste. Los hijos de Amón habían gustado durante dieciocho años de las dulzuras que les proporcionaban los despojos de Israel (10:8) y esperaban apoderarse ahora del árbol cuyos frutos tan dulces le resultaban, y con los que se habían enriquecido.

Versículos 29–40

Jefté victorioso, pero puesto después en aprieto y aflicción a causa del imprudente voto que había hecho.

I. La victoria de Jefté fue clara y rotunda. 1. Dios le dio excelente ánimo y se comportó bravamente (v. 29): *El Espíritu de Jehová vino sobre Jefté,* con lo que sus facultades naturales cobraron un nuevo vigor, al ser revestido de poder de lo alto. Con esto le confirmó Dios en su oficio y le aseguró el éxito de su empresa. Animado de este poder, no pierde tiempo, sino que sale al campo de batalla con indomable resolución. 2. Dios le dio igualmente un éxito rotundo, empleándose también Jefté bravamente (v. 32). Después de derrotar en el campo de batalla a las fuerzas enemigas, las persiguió hasta las ciudades. Pero no parece ser que destruyese a la gente ni que intentara subyugar bajo su mando al país. Aunque estemos autorizados a defender nuestros derechos cuando otros intentan conculcarlos, no por eso estamos autorizados a tomar la revancha haciéndoles perjuicio.

II. Si la victoria de Jefté fue clara, el voto que hizo fue muy oscuro. Cuando partía para la batalla, Jefté hizo voto de ofrecer a Dios en holocausto el primer ser viviente que saliese a recibirle desde las puertas de su casa, si Dios le confería la victoria. A su regreso, como ya habían llegado a su casa nuevas de la victoria, la primera en recibirle, con las naturales expresiones de regocijo, fue su única hija (tampoco tenía ningún hijo). Esto le llenó de confusión, pero se sintió obligado a cumplir el voto. La hija, por su parte, después de haber lamentado su infortunio por cierto tiempo, se sometió resignadamente al cumplimiento de dicho voto. Ahora bien:

1. De esta historia se pueden aprender varias buenas lecciones:

(A) Parece ser que en el corazón de Jefté quedaba algún resquicio de desconfianza, pues dio a entender que no estaba tranquilo, a menos que ofreciese a Dios algún don considerable a fin de asegurarse de la victoria. Por aquí vemos que, aun en el corazón de creyentes genuinos, pueden quedar resabios de duda y desconfianza.

(B) Ello no significa que sea malo comprometerse con Dios con algún voto o una solemne promesa de prestarle un servicio especial, cuando esperamos de Él algún favor especial, no como para comprarle el favor que deseamos, sino como expresión de nuestra gratitud y del hondo sentimiento que abrigamos de nuestro deber en cumplir lo que hemos prometido.

(C) Necesitamos ser muy cautos y avisados a la hora de hacer tales votos, no sea que, por impulso de una fuerte emoción momentánea, nos pongamos en grave aprieto ante los dictados de nuestra conciencia.

(D) Lo que hemos prometido solemnemente a Dios, hemos de cumplirlo a conciencia, por muy duro y difícil que nos resulte, con tal que se cumplan estas tres condiciones: (a) que sea cosa legítima; (b) que sea posible; (c) que sirva para beneficio espiritual, no para obstáculo.

(E) Cuán bien sienta a los hijos someterse obedientemente a los padres en el Señor (Ef. 6:1), particularmente en el cumplimiento de las piadosas costumbres que la familia guarde para el honor de Dios y para el provecho espiritual de los miembros de la familia, aunque parezcan duras y severas, como hicieron los recabitas, quienes guardaron durante muchas generaciones las buenas costumbres de su padre Jonadab en cuanto a abstenerse del vino, y como hizo aquí la hija de Jefté, al entregarse alegremente (v. 36) en sacrificio, para satisfacer la conciencia de su padre, y teniendo en cuenta el honor de Dios y del país.

(F) Debemos hacer nuestras las aflicciones de nuestros amigos (Ro. 12:15). Cuando la hija de Jefté se fue a llorar su virginidad por los montes, sus compañeras fueron con ella para acompañarla en su dolor (v. 38). No merecen el nombre de amigos quienes no están dispuestos a compartir las penas, lo mismo que las alegrías, de los amigos.

(G) El celo heroico por el honor de Dios y de Israel que la hija de Jefté abrigaba en su pecho a pesar de la indiscreción de su padre, es digno de perpetuo recuerdo. Hicieron bien las doncellas de Israel en endechar cada año a la hija de Jefté con una especial solemnidad, ya que ella menospreció su vida con valor extraordinario.

2. De esta historia surgen también algunos puntos oscuros:

(A) Se discute qué es lo que, en realidad, hizo Jefté para cumplir su voto. (a) Hay quienes opinan que la consagró a perpetuidad al servicio de Dios mediante especiales actos de devoción, retirándola de todos los asuntos temporales y, por consiguiente, de contraer matrimonio. Apelan a frases como «*lloró su virginidad*» (vv. 37, 38) y «nunca *conoció varón*» (v. 39). Pero: (b) Es mucho más probable que la ofreciese realmente en holocausto, conforme al sentido literal de su voto, quizá porque interpretó malamente la ley de Levítico 27:29 (*«Ninguna persona condenada como anatema podrá ser rescatada; indefectiblemente ha de ser muerta»*). Pensó que quedaba obligado en conciencia por el voto y, por tanto, que era preferible matar a su hija antes que quebrantar el voto, excusándose ante los designios de la Providencia, que había dispuesto que fuera su hija la primera en salirle al encuentro.

(B) Pero, suponiendo que Jefté ofreció realmente a su hija en holocausto, la cuestión es si obró bien o mal. (a) Hay quienes le justifican, diciendo que obró bien, ya que prefirió el honor de Dios a cualquier otra cosa de este mundo, incluso a su única hija. (b) Otros, en cambio, y con toda razón condenan a Jefté en esto. Hizo mal en proferir el voto, y todavía peor en cumplirlo, pues no estaba obligado a cumplir un voto que iba derechamente en contra de la letra del sexto mandamiento: *«No matarás»*. Como dice el Dr. Lightfoot, Dios había prohibido severamente los sacrificios humanos; así que éste fue, en realidad, un sacrificio a Moloc. (No se olvide—nota del traductor—que los sacrificios humanos eran práctica corriente entre los cananeos, en medio de los cuales vivía Jefté. Este ambiente impedía que Jefté viese claro en este asunto, pues su conciencia no estaba suficientemente formada.)

CAPÍTULO 12

I. Los efrainitas recriminan a Jefté por no haberlos llamado, y esto da ocasión a una sangrienta lucha intestina (vv. 1–6). II. Muerte y sepultura de Jefté (v. 7). III. Breve relato acerca de otros tres jueces de Israel: Ibzán, Elón y Abdón (vv. 8–15).

Versículos 1–7

I. Querella injustificada de los efraimitas contra Jefté, porque no les había llamado a que le ayudasen contra los amonitas, a fin de que también ellos tuviesen parte en los despojos de la victoria (v. 1). En el fondo de esta querella no había otra cosa que orgullo. Los orgullosos piensan perder todos los honores que son conferidos a otras personas; de ahí nace la envidia, y ¿quién puede estar delante de la envidia? El enojo de los efrainitas contra Jefté era: 1. Injusto. Dicen: *¿Por qué no nos llamaste para que fuéramos conti*go? Por muy buena razón. Porque habían sido los hombres de Galaad no los de Efraín los que le habían hecho jefe, por lo que no tenía autoridad para llamarlos a ellos. 2. Cruel. Se reúnen de forma tumultuosa, pasan el Jordán hasta Mizpá en Galaad, donde vivía Jefté, y están dispuestos a no satisfacerse con menos que con quemarle la casa con él dentro. De ordinario, los resentimientos que tienen menor razón son los que albergan mayor furia. La gente salvaje se complace en añadir aflicción al afligido.

II. Vindicación que hace Jefté de su conducta.

1. Les hace ver que no tienen razón en querellarse contra él (vv. 2, 3), porque: (A) Se había metido en esta guerra, no para su propia gloria, sino para defender el país. (B) Había invitado a los de Efraín a unirse con él, pero ellos habían declinado la oferta. Era él quien tenía razón de querellarse contra ellos, por no haber acudido a defender los intereses comunes de Israel en tiempo de necesidad.

No es cosa nueva que los más culpables sean los que más griten en contra del inocente. (C) La empresa era muy ardua. El honor que ellos envidiaban se compró a precio muy alto, así que no había razón para que tuviesen celos, pues pocos de entre ellos se habrían aventurado a llegar tan lejos para alcanzarlo. (D) No se atribuye a sí mismo la gloria de la victoria, sino que da el honor a Dios: «*Jehová me los entregó*». Como diciendo: «Si a Dios le plugo usarme para su gloria, ¿por qué os habéis de ofender de ello?»

2. Si comparamos esta respuesta de Jefté con la que les dio Gedeón (8:2–3), se observa inmediatamente que le faltó a Jefté la mansedumbre y la prudencia de Gedeón, por lo que los resultados fueron también muy diferentes en ambas ocasiones. Gedeón los apaciguó, pero Jefté (aunque tenía razón) no tuvo tacto, con lo que los resultados fueron en extremo deplorables. Como los efrainitas no quedaron satisfechos con la respuesta de Jefté, éste se dispuso a castigar con la espada su insolencia, en virtud de la autoridad que tenía como juez de Israel.

(A) Los efrainitas se habían querellado, no sólo contra Jefté, sino que, cuando los amigos y vecinos de él se pusieron de su lado, les afrentaron también a ellos, diciéndoles: *«Vosotros sois fugitivos de Efraín»* (v. 4). Como diciendo: «Vosotros no merecéis apoyo. Todos vuestros vecinos saben quiénes sois, tan malos como una banda de fugitivos y vagabundos, separados de vuestros hermanos y acorralados aquí en un rincón». Por aquí se ve cuán mala cosa es poner motes o apelativos insultantes a personas o países, como es cosa corriente, especialmente a quienes deben sus desventajas a circunstancias exteriores, pues esto suele ocasionar querellas y disputas de terribles consecuencias como pasó en este lugar.

(B) La afrenta de los efrainitas les encendió la sangre a los de Galaad, por lo que se dispusieron a vengar la indignidad que se les hacía a ellos y a su capitán. Así que: (a) Pelearon contra los de Efraín y los derrotaron en el campo de batalla. (b) Al conocer, con toda probabilidad, los pasos del Jordán mejor que los efrainitas, pusieron guardias que matasen a todo efrainita que se aventurase a cruzar el río. Para ello emplearon, *primero,* crueldad, pues no había necesidad de usar de tal severidad como para destruir a todo fugitivo; *segundo,* astucia redomada, pues, por lo que se ve, los efrainitas habían adquirido un acento peculiar en la pronunciación del hebreo, de forma que, al hablar, no distinguían entre el *Shin* y el *Sámec.* Así que su modo de hablar les traicionaba, como le pasó a Simón Pedro con su acento galileo, en el patio del sumo sacerdote. A todo fugitivo que negaba ser de Efraín le hacían decir *shibbolet* (= espiga), pero él decía *sibbolet,* con lo que mostraba ser efrateo y era degollado sin compasión.

3. De este modo fueron castigados estos orgullosos y pendencieros efrainitas, que tantas veces llevaron en el pecado el castigo. (A) Estaban siempre muy orgullosos de su tribu, pero ahora que huían, estaban avergonzados o, más bien, atemorizados de pertenecer a esa tribu. (B) Habían pasado el Jordán

con la intención de quemar la casa de Jefté con él dentro, pero ahora que intentaban cruzarlo de nuevo para huir a sus casas, la espada vengativa de los galaaditas les cortaba la retirada y el cuello. (C) Habían afrentado a los de Galaad con el apelativo de «fugitivos de su tribu», colocados a mucha distancia en un rincón entre Efraín y Manasés, pero ahora ellos sufrían una desventaja mucho mayor a causa del acento de su propio lugar, pues no podían pronunciar la palabra *shibbolet*. (D) Los que habían llamado injustamente «fugitivos» a los galaaditas, eran ahora realmente unos fugitivos sin esperanza de escape. Quienes reprochan injustamente a otros, merecen que la piedra que arrojan se vuelva contra ellos.

III. Final del gobierno de Jefté. Murió después de haber juzgado a Israel seis años (v. 7). Es muy probable que la muerte de su hija, a la que se añadió la terrible venganza de los galaaditas contra Efraín (la cual es probable que se llevase a cabo sin el consentimiento de Jefté), parece que le acortaron la vida y le hicieron bajar al sepulcro con dolor.

Versículos 8–15

Breve narración del gobierno, también breve, de otros tres jueces de Israel, de los que el primero gobernó siete años, el segundo diez y el tercero ocho.

I. Ibzán, de Belén (con toda probabilidad, la de Judá, no la de Zabulón), gobernó durante siete años. Los datos más notables acerca de él son: 1. Tuvo muchos hijos, sesenta en total. 2. Que tuvo igual número de hijos que de hijas, treinta de cada sexo, lo cual no es corriente en un número tan grande. 3. El interés que tuvo por ver casados tanto a los hijos como a las hijas. Dicen los judíos que todo padre le debe a su hijo tres cosas: enseñarle a leer la ley, darle un oficio y procurarle mujer.

II. Elón de Zabulón, en el norte de Canaán, surgió tras de Ibzán, para presidir los asuntos públicos, administrar justicia y reformar abusos. Murió después de haber juzgado a Israel durante diez años. El Dr. Lightfoot calcula que, al principio de su gobierno, comenzaron los cuarenta años de opresión de Israel a manos de los filisteos (13:1) y en ese tiempo, aproximadamente, nació Sansón.

III. Le sucedió Abdón, de la tribu de Efraín, y con él comenzó dicha tribu a recobrar su reputación. También este Abdón fue famoso por su numerosa descendencia (v. 14): *cuarenta hijos y treinta nietos,* a quienes él vio crecer (es posible que le nacieran más nietos después). Fue para él una satisfacción ver a los hijos de sus hijos, pero no lo fue ver cómo los filisteos comenzaban a oprimir a Israel.

IV. Es muy extraño que, en la historia de todos estos jueces, así como de los anteriores, no se haga mención ni una sola vez del sumo sacerdote o de algún sacerdote, ni aun siquiera de un levita, que apareciesen en público para dar su consejo, o tomar una decisión, en los asuntos del país, desde Fineés (mencionado en 20:28) hijo de Eleazar, hasta Elí, entre los que hubo un espacio como de dos siglos y medio. Únicamente los nombres de los sumos sacerdotes (no todos) durante este período quedan registrados en 1 Crónicas 6:4–7 y Esdras 7:3–5. Un ministerio que había comenzado con tanto relieve y singular solemnidad en tiempo de Moisés parece ahora totalmente eclipsado. Pero este eclipse nos da a entender que la institución del sacerdocio levítico era tipo del sacerdocio perpetuo de Jesucristo, en comparación de cuya gloria el sacerdocio del Antiguo Testamento no tenía gloria (2 Co. 3:10). Parece que hay una ley general de decadencia, de corrupción gradual de costumbres, de la cual es imposible que uno se libre, sino por una constante comunión con Dios y por una aplicación continua de toda la Palabra de Dios a todo nuestro ser, a fin de que esta Palabra incorruptible obre en nosotros a manera de sal que nos preserve de las tentaciones innatas nuestras y de las costumbres corruptas que nos rodean. Pero este curso, por necesidad, nos expone al ridículo y oprobio de parte del mundo, y también, muchas veces, a ser mal entendidos por nuestros hermanos. Nada de esto nos es agradable, pero hay que soportarlo so pena de entrar por la vía de la decadencia y, finalmente, exponernos a ser como el tamo que arrebata el viento. «Guárdame, oh Dios, porque en ti he confiado» (Sal. 16:1).

CAPÍTULO 13

Sansón es el último juez cuya historia queda registrada en el libro de los Jueces. Su carácter es muy distinto del de sus predecesores, y también fueron muy diferentes los episodios en que se vio envuelto. Lo extraordinario de este personaje se echa ya de ver en que, mientras la historia de los demás jueces comienza con su elevación al cargo la de Sansón comienza antes de su nacimiento con el relato del cual termina el presente capítulo. I. La ocasión por la que surgió (v. 1). II. El anuncio de su nacimiento, comunicado a su madre por un ángel (vv. 2–5). III. Ella lo comunica a su marido (vv. 6, 7). IV. Ambos son favorecidos con una segunda aparición del ángel (vv. 8–23). V. Nacimiento de Sansón (vv. 24, 25).

Versículos 1–7

El primer versículo nos refiere brevemente el apuro en que Israel se hallaba, lo cual dio ocasión a que surgiera un libertador. Israel volvió, como otras veces, *a hacer lo malo ante los ojos de Jehová.* Los enemigos a los que Dios los había vendido ahora eran los filisteos, sus inmediatos vecinos, pueblo despreciable en comparación con Israel, pues sólo tenían cinco ciudades de alguna consideración; con todo, cuando Dios los usó como bastón de castigo en su mano, fueron muy opresores y vejatorios. Y este apuro de Israel duró más que ningún otro aprieto de los que habían sufrido anteriormente, pues continuó durante cuarenta años, aunque es probable que no siempre fuese igualmente violento. Fue durante estos años de aflicción cuando nació Sansón. Su nacimiento fue anunciado por un ángel.

I. Su origen. Era de la tribu de Dan (v. 2). *Dan* significa *juez o juicio* (Gn. 30:6). La heredad de esta tribu caía cerca del país de los filisteos y, por ello, era muy apropiado que alguien de esa tribu fuese constituido freno y brida de la opresión de los filisteos. Sus padres habían carecido por largo tiempo de descendencia. Muchas personas de eminencia en la Biblia nacieron de madres que habían carecido por largo tiempo de la bendición de los hijos, como Isaac, José, Samuel y Juan el Bautista, para que la misericordia de Dios fuese más apreciada cuando su favor fuese otorgado.

II. La estupenda noticia que su madre recibió de que iba a tener un hijo. El mensajero fue *el Ángel de Jehová* (v. 3) en figura de hombre, con el aspecto y el talante de profeta. No fue principalmente en atención a Manoa y su esposa, oscuros danitas, por lo que este extraordinario mensajero fue enviado, sino en atención a Israel, cuyo libertador iba a ser su hijo; y no sólo por eso, sino también porque este niño iba a ser tipo del Mesías, cuyo nacimiento fue anunciado igualmente por un ángel. Notemos que este ángel, en el mensaje que comunica,

1. Toma nota de la aflicción de Manoa y de su mujer: *«He aquí que tú eres estéril y nunca has tenido hijos.* Ahora eres estéril, pero no lo vas a ser para siempre, como temes».
2. Le asegura que va a tener descendencia: *«pero concebirás y darás a luz un hijo»* (v. 3). Y repite la promesa, confirmándola en el v. 5. Para demostrar el poder de las promesas de Dios, el hombre más fuerte que jamás ha existido fue *un hijo de la promesa.*
3. Señala las condiciones que han de observar. El niño ha de ser nazareo desde su nacimiento y, por ello, la madre ha de someterse a la ley de los nazareos (aunque no al voto de los nazareos): *No ha de beber vino ni licor* mientras el niño esté en su seno y mientras le de de mamar (vv. 4, 5). Los demás jueces tuvieron que corregir las apostasías del pueblo, pero Sansón debe estar, con mayor razón que los demás, apartado y consagrado para Dios; y, no obstante lo que leemos de sus defectos y pecados, hemos de pensar que, siendo nazareo por voluntad de Dios, sirvió de modelo no sólo para entender lo que la ceremonia significaba, sino también de la realidad de la separación propia del nazareo como lo vemos en Números 6:2. La madre de este gran libertador debía, por consiguiente, negarse a sí misma y *no comer cosa inmunda;* lo que quizás era lícito en otro tiempo, no lo era ahora. Las mujeres encinta deben evitar en conciencia todo aquello de lo que tengan razón para pensar que puede ser perjudicial para la salud o para la buena constitución del fruto de su vientre. Es posible que la madre de Sansón tuviese que abstenerse del vino y del licor, no sólo porque el hijo había de ser nazareo, sino también porque estaba destinado a ser hombre de fuerza extraordinaria, a lo que la sobriedad de su madre había de contribuir.
4. Predice el servicio que este niño había de prestar a su país: *Comenzará a salvar a Israel de manos de los filisteos* (v. 5). Nótese que dice: *«Comenzará»*, con lo que se insinúa que la opresión de los filisteos se prolongaría todavía. Vemos aquí hasta qué punto fue Sansón tipo de Cristo: (A) Sansón fue nazareo desde el vientre de su madre. Cristo no fue nazareo, pero fue tipificado por los nazareos en que fue

concebido sin pecado y dedicado enteramente al honor de su Padre. (B) Sansón comenzó a librar a Israel de los filisteos (David era el destinado a completar esa liberación), pero Jesús fue un Salvador perfecto, pues nos salvó de nuestros pecados, y un Salvador completo (como Sansón y David en una sola persona), puesto que Él es *el autor y consumador de nuestra fe* (He. 12:2).

III. El informe que la mujer de Manoa, en un transporte de gozo, se apresuró a llevar a su marido acerca del asombroso mensaje del ángel (vv. 6, 7). 1. En cuanto al mensajero, le dijo que era *«un varón de Dios»* (v. 6). Le describió su aspecto: *«como el aspecto de un ángel de Dios, temible en gran manera»*. Tenía tal majestad en su mirada que, conforme a la idea que ella tenía de un ángel, de seguro que lo era. Pero no pudo decir cómo se llamaba, porque ni ella se había atrevido a preguntárselo, ni él se lo había declarado. Ella se quedó satisfecha con el hecho de que era un varón de Dios, pues su persona y su mensaje bastaban para convencerla, y no necesitaba preguntarle más. 2. En cuanto al mensaje, le da un informe detallado, tanto de la promesa como del precepto (v. 7), para que mejor creyese él la promesa. Así es como los que están unidos con el mismo yugo del matrimonio habrían de comunicarse recíprocamente sus experiencias de la comunión con Dios, para poder ayudarse mutuamente en los caminos santos de Dios.

Versículos 8–14

Relato de una segunda visita que el Ángel de Dios hizo a Manoa y a su mujer.

I. Manoa oró fervientemente por esta visita (v. 8). 1. Da por supuesto, como garantizado por el ángel, que el niño prometido les sería dado a su debido tiempo, y habla, sin dudar, del *niño que ha de nacer. Bienaventurados los que,* como Manoa aquí, *no han visto y han creído.* 2. Lo que le interesa a Manoa es *lo que han de hacer con el niño.* Nótese que las personas buenas están más solícitas y deseosas de saber la obligación que han de cumplir que los acontecimientos que les han de ocurrir; porque el deber es nuestro, pero los sucesos son de Dios. 3. Por eso, ruega a Dios que envíe de nuevo al bendito mensajero, para que les de nuevas instrucciones sobre el modo como han de tratar a este nazareo, y teme que el gozo que su esposa sentía por la promesa le hiciera olvidar alguna parte del precepto sobre el que él quería estar bien instruido y no cometer ningún error. ¿Deseamos tener mensajeros de Dios, los ministros de su evangelio, que nos traigan palabra sazonada y provechosa para instruirnos? Roguemos al Señor que nos los envíe para enseñarnos (Ro. 15:30, 32).

II. Dios le concedió benignamente lo que pedía: Y *Dios oyó la voz de Manoa* (v. 9).

1. El ángel se aparece de nuevo a la mujer cuando ella estaba en el campo, probablemente apacentando el rebaño. La soledad es, con frecuencia, una buena oportunidad para tener comunión con Dios. Si Dios está con nosotros, nunca estaremos menos solos que cuando estemos solos.

2. Ella se apresuró a llamar a su marido; a no dudar, rogó al mensajero que no se marchase hasta que ella volviese en compañía de su marido (vv. 10, 11). El varón de Dios consintió de buena gana en que ella volviese con su marido (comp. con Jn. 4:16). Manoa no se disgustó porque el ángel no se le apareciese a él esta segunda vez, sino que acompañó de buena gana a su mujer para ver al varón de Dios. En todo lo que sea espiritual y digno de alabanza, un marido no ha de pensar que se le hace de menos si ha de seguir a su mujer, siendo ella quien guíe.

3. Una vez que Manoa llegó a donde estaba el ángel y quedó contento de saber que era el mismo que se había aparecido a su mujer, con toda humildad: (A) Da por garantizada la promesa: *Cuando tus palabras se cumplan …* (v. 12). Éste es el lenguaje de la fe como el de la Virgen María (Lc. 1:38). (B) Le ruega que repita las instrucciones que dio a su mujer: *¿Cómo debe ser la manera de vivir del niño?* Ya le habían sido dadas las instrucciones a su mujer, pero él se considera también responsable en ayudarla en todo lo concerniente a la manera de criar al niño. Todo esfuerzo conjunto de los progenitores para la buena educación de los hijos y su dedicación al Señor nunca es demasiado. Ninguno de los dos debe cargar al otro toda la responsabilidad, sino que ambos han de hacer todo cuanto esté de su parte. Aquellos a quienes Dios ha concedido la bendición de los hijos han de esmerarse en criarlos bien, para desarraigar la insensatez que está ligada al corazón, acostumbrarles a pensar y actuar con buenas maneras e instruirles

en el camino por el que deben ir. Por eso, los padres piadosos rogarán a Dios que les ayude y asista: «Señor, enséñanos a criar bien a nuestros hijos, para que sean nazareos, es decir, sacrificios vivos para ti».

4. El ángel repite las instrucciones que había dado anteriormente (vv. 13, 14). Es menester echar mano de una buena dosis de precaución y de observación para el recto ordenamiento de nuestra vida y de la de nuestros hijos. Quienes deseen conservarse puros, han de mantenerse a distancia de todo cuanto sea cercano al pecado o conduzca a él. Al estar encinta con un nazareo, la mujer *no había de comer ninguna cosa inmunda;* del mismo modo, aquellos *en quienes Cristo es formado* han de purificarse esmeradamente *de toda inmundicia de cuerpo y espíritu* y no hacer nada que sea en perjuicio del nuevo hombre.

Versículos 15–23

I. Vemos ahora otras cosas que ocurrieron durante esta segunda visita entre el ángel y Manoa. En amable atención a Manoa, el ángel ocultó en principio que era un ángel. Como no podemos soportar la vista de seres sobrenaturales, plugo a Dios hablarnos por medio de hombres como nosotros, profetas y ministros suyos, de tal modo que, incluso cuando habló por medio de ángeles y aun de su Hijo, aparecieron en forma humana y fueron tenidos por varones de Dios. En este caso:

1. El ángel rehusó aceptar el presente de Manoa y le dijo que lo ofreciera en sacrificio al Señor. Manoa quería prepararle un cabrito (v. 15), pero el ángel le dijo que no había de comer de su *pan* (v. 16), es decir, del alimento que le presentara Manoa, sino que, como en el caso de Gedeón (6:20, 21), le ordenó que, si quería ofrecer holocausto lo ofreciera a Dios. Aun cuando no podemos vivir sin comer ni beber, aun eso lo hacemos para la gloria de Dios, con lo que podemos hacer de nuestro alimento ordinario un sacrificio al Señor.

2. También rehusó el ángel decir su nombre. Manoa deseaba saberlo (v. 17), *«para que cuando se cumpla tu palabra te honremos»*. Lo que Manoa preguntó para su instrucción, le fue prontamente declarado (vv. 12, 13), pero lo que preguntó por curiosidad, le fue denegado. Dios nos ha dado en su Palabra plenas instrucciones con respecto a nuestras obligaciones, pero nunca ha prometido responder a las preguntas de mera especulación intelectual, y nosotros no debemos dar pábulo a la vana curiosidad en lo concerniente a tales cosas (Col. 2:18).

3. El ángel asistió al sacrificio y lo recibió él mismo, mostrando así que era Dios mismo, es decir, el Señor Jesús antes de su encarnación, pues *subió en la llama del altar* (v. 20), como más tarde había de subir *por medio de su sangre* (He. 9:12). La oración es la elevación del alma a Dios, pero es Cristo en el altar del corazón del creyente quien hace de la oración un sacrificio de olor suave a Dios. Sin Él, nuestro culto sólo sería humo ofensivo; con Él, es llama aceptable.

II. A continuación se nos dice la impresión que esta visión causó en Manoa y en su mujer.

1. A Manoa le causó *mucho miedo* (v. 22). Recordaba, sin duda los lugares en que se habla de que nadie puede ver a Dios y vivir (Gn. 32:30; Éx. 33:20; Dt. 5:24; Jue. 6:22. V. también Is. 6:5).

2. Su mujer, en cambio, fue fortalecida en su fe para no temer. El vaso más frágil fue aquí el creyente más fuerte; quizá fue ésta la razón por la que el ángel se apareció a ella con mayor frecuencia. Los esposos han de ayudarse mutuamente en la fe, lo mismo que en el gozo. De ordinario, el varón se guía más por la razón, y la mujer por el sentimiento y el instinto, pero aquí fue la mujer la que arguyó con perfecta lógica. Dice Manoa: *«Ciertamente moriremos»*. Responde su mujer de inmediato: «No, por cierto, las señales que hemos recibido de su favor nos prohíben pensar que tenga intención de destruirnos. Si lo hubiese intentado: (A) No habría aceptado nuestro sacrificio. (B) No nos habría mostrado todas estas cosas, ni nos habría hecho la gloriosa promesa de un hijo que va a ser nazareo y libertador de Israel».

3. Dios no desea la muerte de los pecadores pues ha aceptado el gran sacrificio que el Señor Jesucristo ofreció para la salvación de los pecadores, y todo creyente que esté pasando por días nublados y oscuros tome ánimo de aquí, y sepa que Dios se manifiesta benignamente a todo hijo suyo que busca su rostro en oración y en el estudio y meditación de la Palabra. Aprendamos a razonar como la mujer de Manoa y digámonos a nosotros mismos: «Dios no habría hecho lo que ha hecho por mi alma, si tuviese la intención de abandonarme y dejar que perezca, porque su obra es perfecta, y nunca deja sin acabar lo que ha comenzado (Fil. 1:6); nunca intenta burlarse cuando nos otorga sus favores».

Versículos 24–25

1. Nacimiento de Sansón. La mujer que había sido estéril por largo tiempo (v. 3), *dio a luz un hijo* (v. 24), conforme a la promesa. 2. Su nombre, *Sansón* (hebreo *Shimshón),* se deriva, según algunos, del hebreo *shémesh = sol,* quizá porque al haber nacido como Moisés, para ser un gran libertador de Israel su rostro era hermoso y resplandecía como un pequeño sol. Además había de ser el más fuerte de los hombres, y el sol es presentado en el Salmo 19:5 como un *atleta* olímpico. En cambio, Flavio Josefo lo asocia con el verbo *shamén* = ser fuerte. Tanto en el significado de «sol» como en el de «fuerte», Sansón es tipo de Cristo, el «Sol de justicia» y «el más fuerte, que desarma al fuerte armado». 3. De niño recibió especial bendición de Dios; por lo que podemos suponer que aventajaba a los niños de su edad, como quien estaba destinado a un designio extraordinario. 4. Ya en su juventud (tendría unos 18 o 19 años) *el Espíritu de Jehová comenzó a agitarte* (lit.)—es decir, a investirle de extraordinaria fuerza para oponerse a las incursiones de los filisteos—*en los campamentos de Dan.* Allí manifestó su fuerza y su celo contra los enemigos del pueblo de Dios.

CAPÍTULO 14

Desde el principio de sus actividades públicas, el carácter de Sansón aparece paradójico; no es lo que esperaríamos de un nazareo y de un libertador de Israel, pero hemos de advertir que muchos de sus caprichos, a primera vista pecaminosos, estaban controlados y hasta ordenados por Dios, como veremos en seguida. I. Sansón se enamora de una filistea y celebra las bodas (vv. 1–5, 7, 11). II. Da muerte a un león, y halla después miel en la boca del cadáver del animal (vv. 5, 6, 8, 9). III. Propone un enigma a sus compañeros (vv. 10–15), el cual lo descifran con la ayuda traicionera de su mujer (vv. 16–18). IV. Esto le dio a Sansón la ocasión de matar a treinta filisteos (v. 19) y romper con la mujer (v. 20).

Versículos 1–9

I. Bajo la conducción extraordinaria de la Providencia, Sansón busca la oportunidad de atacar a los filisteos, y lo hace mediante un método muy extraño: emparentando con ellos al casarse con una filistea.

1. En cuanto a los preparativos para la boda de Sansón, obsérvese: (A) Que fue una insensatez enamorarse de una filistea. ¿Cómo es posible que un israelita, más aún, un nazareo, dedicado enteramente a Dios, desee hacerse una carne con una adoradora de Dagón? Uno que ha sido designado por Dios como libertador de Israel ¿va a mezclarse con los que son jurados enemigos de Israel? Sus padres hicieron bien en tratar de disuadirle de su propósito de unirse en yugo desigual con idólatras: *«¿No hay mujer entre las hijas de tus hermanos, ni en todo nuestro pueblo, para que vayas tú a tomar mujer de los filisteos incircuncisos?»* (v. 3). (B) Si no hubiese habido una razón especial, cierto que habría sido improcedente que él insistiera en cumplir su deseo, y que sus padres le hubiesen permitido llevarlo a la práctica. Este nazareo hizo bien en pedir consentimiento a sus padres, pero mal en no seguir el aviso que le dieron. Esto ha de servir de lección para todos los hijos.

2. Pero se nos dice que *esto venía de Jehová* (v. 4). *No sólo usó* Dios esta inclinación de Sansón para llevar a cabo sus designios contra los filisteos, sino que de algún modo había puesto en el corazón de Sansón tal deseo, *«porque Él* (Jehová) *buscaba ocasión contra los filisteos».* Parece ser que la forma en que los filisteos oprimían a Israel no era por medio de grandes ejércitos, sino mediante incursiones clandestinas de sus gigantes y pequeños grupos de salteadores. De un modo semejante convenía que Sansón actuara contra ellos; al casarse con una filistea, vendría a ser una espina en el costado de ellos.

II. También por especial providencia de Dios, Sansón es animado y envalentonado para atacar a los filisteos. Dios lo preparó para ello por medio de dos oportunidades extrañas.

1. Le capacitó en un viaje a Timnat, para matar un león (vv. 5, 6). (A) Vio Sansón un león joven que venía rugiendo hacia él. Quizá para comer uvas, se había apartado de sus padres y se hallaba solo en la viña. Si este leoncillo le hubiese salido en el camino Sansón habría podido esperar mejor ayuda de Dios y

de los hombres que en una viña solitaria, lejos del camino. (B) Pero había una razón especial en ello, y cuanto más arduo era el encuentro, tanto más ilustre sería la victoria: *despedazó al león como quien despedaza un cabrito* (v. 6). Cristo se enfrentó con el león rugiente en el comienzo de su ministerio público (Mt. 4:1 y ss.; Lc. 4:1 y ss.) y, después, despojó a los principados y potestades, y triunfó sobre ellos en la cruz (Col. 2:15). (C) Sansón no se jactó de ello, pues no lo declaró ni a su padre ni a su madre. Muchos lo habrían publicado por todo el país. La modestia y la humildad añaden la corona más brillante a las grandes hazañas.

2. Le proveyó, en el viaje siguiente, de miel en el cuerpo muerto del león (vv. 8, 9). Las bestias del campo o las aves de presa habían devorado la carne del animal y un enjambre de abejas habían fabricado una colmena en el esqueleto del león. No habían estado ociosas, pues habían dejado abundante cantidad de miel, que era una de las delicias del país de Canaán. Sansón, al tener más derecho que nadie a la miel, la tomó de allí; el que no había tenido miedo a los zarpazos de un león, tampoco tenía miedo a los aguijones de las abejas; con ello aprendió a no temer a la multitud de los filisteos, aunque llegaran a rodearle como abejas. De la miel que halló: (a) Comió sin escrúpulos de conciencia. También Juan el Bautista, nazareo del Nuevo Testamento, vivía de langostas y miel silvestre. (b) Dio de ella a sus padres; no se la comió toda él. Quienes, por la gracia de Dios, han hallado suavidad en las prácticas piadosas han de comunicar sus experiencias a sus amigos y parientes e invitarles a participar en ellas. No les dijo a sus padres dónde la había hallado, no fuera que ellos tuviesen escrúpulo en comerla. La miel sigue siendo miel aun dentro de un león muerto.

Versículos 10–20

Relato de la fiesta de bodas de Sansón y de la ocasión que con ella tuvo de ser burlado por los filisteos y de caer después sobre ellos.

I. Sansón se acomodó a las costumbres del país; celebró la fiesta de nupcias durante siete días (v. 10). No es contrario a la religión acomodarse a las costumbres inocentes de los lugares donde residimos; más aún, un creyente debe mostrarse en todas partes como buen vecino y compañero, y no es buen testimonio el de los que, profesando ser cristianos, dan ocasión a otros para llamarles avaros, insociables y antipáticos.

II. Los parientes de la novia le ofrecieron el respeto de costumbre en tales casos y le trajeron treinta jóvenes que le acompañasen en la solemnidad como *amigos del novio. «Cuando ellos le vieron»* (v. 11), insinúa, especialmente a la vista de algunos MSS que traducen *«le temieron»,* que se los llevaron, bajo capa de compañeros de boda, para que le espiasen y le hiciesen guardia.

III. Para entretener a los compañeros, Sansón les propuso un enigma muy difícil con una especie de apuesta (vv. 12–14). Parece que esto era uso corriente en tales casos. Ahora bien: 1. El enigma de Sansón era de su propia invención; aprovechó la oportunidad que había tenido hacía poco: *«Del devorador salió comida, y del fuerte salió dulzura»* (v. 14). 2. Este enigma es aplicable a muchos métodos de la providencia y de la gracia de Dios. Cuando Dios, por su soberana providencia, hace que de los males salgan bienes para sus hijos y para su Iglesia, y lo que parece grave amenaza se convierte en gran ventaja, entonces *sale comida del devorador, y dulzura del fuerte* (v. Fil. 1:12).

IV. Sus compañeros, incapaces de resolver el enigma, obligaron a la mujer de Sansón a que le sonsacara la interpretación (v. 15). Si ella no lo conseguía por las buenas, la obligarían por las malas: *si no quieres que te quememos a ti y a la casa de tu padre.* ¿Puede darse mayor brutalidad?

V. Su mujer, a fuerza de insistir, obtuvo de Sansón la solución del enigma. El Dr. Lightfoot proporciona una solución aceptable al problema que plantea la aparente diferencia de cómputo en los vv. 14 (*«a los tres días»*), 15 (*«al séptimo día»*) y 17 (*«al séptimo día»* de nuevo), y dice que el «séptimo» del versículo 15 era el séptimo de la semana—el sábado—, pero el cuarto de la solemnidad nupcial. La mujer de Sansón obtuvo lo que deseaba: 1. Usó de todas sus artes femeninas (v. 16). 2. Con gran éxito, pues cansado de la importunidad de la mujer, Sansón le reveló el significado del enigma. No cabe duda de que él le prohibió comunicarlo y de que ella le prometió guardar el secreto; pero *ella lo declaró*

inmediatamente *a los hijos de su pueblo. No* podía esperarse otra cosa de una filistea. Al séptimo día (de la solemnidad), los de la ciudad le dieron a Sansón la interpretación: *¿Qué cosa más dulce que la miel? ¿Y qué cosa más fuerte que el león?* (v. 18). Sansón reconoció que había perdido la apuesta, pero añadió: Si *no araseis con mi novilla, nunca hubierais descubierto mi enigma;* es decir, «sólo con la traición de mi novia, habéis podido acertar». Satanás no podría hacernos tanto daño con sus tentaciones si no arase con nuestra novilla, que es nuestra naturaleza corrompida.

VI. Sansón pagó la apuesta a estos filisteos con los despojos que hizo a otros filisteos (v. 19).

VII. Este episodio le dio a Sansón ocasión de deshacerse de sus nuevos parientes. Al ver cómo sus compañeros se habían aprovechado de él y su novia le había traicionado, *encendido en cólera se volvió a la casa de su padre* (v. 19). Así que «su *amigo más íntimo*» esto es, el padrino de boda, fue el encargado de consumar el matrimonio (v. 20). ¡Cuán bien nos iría si las amarguras que el mundo nos proporciona tuvieran este buen efecto en nosotros: que nos obligaran a regresar a la casa de nuestro Padre y hallar allí descanso. Los inconvenientes que nos salen al paso deberían hacer que amásemos nuestro hogar y anhelásemos estar pronto allí.

CAPÍTULO 15

Sansón continúa hallando ocasiones contra los filisteos (14:4). I. De la perfidia de su mujer y del padre de ésta, tomó ocasión para quemar las mieses de los filisteos (vv. 1–5). II. De la crueldad que los filisteos emplearon contra su antigua novia y su padre, tomó ocasión para vengarse de ellos con gran mortandad (vv. 6–8). III. De la traición de sus propios paisanos, que lo entregaron atado a los filisteos, tomó ocasión para matar a mil filisteos con una quijada de asno (vv. 9–17). IV. Del aprieto en que se halló por falta de agua, Dios tomó ocasión para mostrarle su favor al proveerle milagrosamente de agua (vv. 18–20).

Versículos 1–8

I. Sansón vuelve a su mujer, a la que había dejado en su cólera. Cuando se enfrió su furia, *fue a visitar a su mujer llevando un cabrito* (v. 1). Lo hizo en señal de reconciliación, y quizá lo comieron amistosamente. Cuando haya alguna diferencia que nos separe de nuestros parientes, los más prudentes han de tomar la iniciativa para perdonar y olvidar las injurias.

II. La repulsa que halló. El padre de la novia no le permitió que se acercara a ella, pues había sido dada como mujer a otro. 1. El hombre trató de justificarse, y dijo: *Me persuadí de que no la amabas* (v. 2). Para apaciguar a Sansón, le ofreció que tomara por mujer a su hija menor. Pero Sansón no aceptó; sin duda, no quería *tomar mujer juntamente con su hermana* (Lv. 18:18).

III. Por esta repulsa Sansón tomó cumplida venganza (vv. 4, 5). 1. El método que usó fue extraño y rudimentario, pero muy eficaz. Cazó 300 zorras, en números redondos, y las ató cola con cola, y puso una tea encendida entre cada dos colas. Aterrorizadas por el fuego, las zorras se dispersaron refugiándose en los sembrados y pegándoles fuego. En ninguna ocasión hallamos a Sansón echando mano de otras personas para llevar a cabo sus planes contra los filisteos. Al usar zorras, animales despreciables, en esta ocasión, quería mostrar el desprecio que sentía hacia los enemigos contra los que peleaba. *«Las pequeñas raposas que echan a perder las viñas»* (Cnt. 2:15) son comparadas a las estratagemas que los enemigos de la Iglesia usan a menudo para sembrar la discordia entre los mismos creyentes, como las zorras de Sansón en los sembrados. 2. El perjuicio que causó, de este modo, a los filisteos fue muy grande pues era precisamente *el tiempo de la siega del trigo* (v. 1), de forma que al estar ya seca la mies, el fuego halló buen combustible en las mieses amontonadas, propagándose hasta las viñas y los olivares (v. 5).

VI. Los filisteos se vengaron ahora y quemaron a la mujer de Sansón y al padre de ella. Al darse cuenta de que ellos habían sido la causa del daño que les había hecho Sansón, las turbas fueron a la casa y

le pegaron fuego con ellos dentro (v. 14:15). La mujer había querido evitar esto al declarar el secreto del enigma de Sansón y traicionó así a su marido, pero lo mismo que temía, cayó sobre ella. El mal que procuramos evitar mediante prácticas pecaminosas, se vuelve con frecuencia contra nuestra cabeza.

V. De esta venganza de los filisteos tomó ocasión Sansón para llevar a cabo una venganza mayor, pues atacó a las turbas, haciendo gran mortandad. La frase *«los hirió en cadera y muslo»* expresa un castigo muy severo y extenso (vv. 7, 8). Después se retiró a una *cueva de la peña de Etam,* para ver si los filisteos habían escarmentado con el duro correctivo que les había aplicado.

Versículos 9–17

I. Los filisteos, persiguieron a Sansón (v. 10), acamparon en Judá y se extendieron por el país para ver de hallarle, ya que sabían que se había refugiado por allí (v. 9). Aquí tenemos a un ejército entero buscando a un solo hombre, ya que, en realidad, él era tan fuerte como un ejército. Así es como toda una banda de guardias y soldados vinieron a prender al Señor Jesús, nuestro bendito y divino Sansón, aun cuando un solo hombre habría bastado para ello, ahora que su hora había llegado, mientras que un millón no habría sido suficiente si Él no se hubiera ofrecido voluntariamente a la muerte.

II. Sansón fue cobardemente traicionado y entregado a los filisteos por los hombres de Judá (v. 11). ¿De Judá? ¡Degeneradas ramas de tan valiente tribu tendrían que ser! Quizá no le tenían mucho afecto a Sansón porque no era de su tribu; por una necia adhesión a su antigua precedencia, prefieren ser oprimidos por los filisteos antes que ser rescatados por uno de la tribu de Dan. ¡Cuántas veces se ha impedido la liberación y el bienestar de la Iglesia por la obra de personas celosas y puntillosas! El pecado desanima a los hombres y hasta los entontece, escondiéndoles de los ojos las cosas que pertenecen a su paz. Es probable que Sansón se llegase a los confines de Judá para ofrecer sus servicios, *pensando que sus hermanos comprenderían que Dios les estaba dando libertad por mano suya,* como le pasó a Moisés (Hch. 7:25). Pero no fue así, sino que le rogaron que se dejase atar por ellos y ser entregado a los filisteos. ¡Cobardes, ingratos, malvados!

III. Sansón permitió mansamente que sus propios paisanos le ataran y lo entregaran en manos de sus enfurecidos enemigos (vv. 12, 13). Se sometió pacientemente: 1. Para dar ejemplo de gran mansedumbre, mezclada con tan gran fuerza y valentía; sabiendo gobernarse a sí mismo, también sabía cómo conquistar, tanto como rendirse, cuando era necesario. 2. Para que, al ser entregado a los filisteos, tuviese oportunidad de ejecutar en ellos mayor matanza. Justamente se prolonga la miseria de aquellos que, por obsequiar a los enemigos, traicionan a su mejor amigo. Del mismo modo, nunca tuvieron los hombres mayor estupidez que los que trataron villanamente a nuestro amado Salvador.

IV. Sansón sacó partido de las circunstancias, a pesar de que fue entregado *atado con dos cuerdas nuevas* (v. 13). Cuando los filisteos le tuvieron en su poder, *lanzaron gritos de júbilo* (v. 14). Pero, precisamente cuando más confiaban que se habían apoderado de él, *el Espíritu de Jehová vino sobre él.* Entonces: 1. Se deshizo de las cuerdas. A pesar de ser nuevas, *se volvieron como lino quemado con fuego, y las ataduras se cayeron (se derritieron,* dice el hebreo) *de sus manos,* con gran asombro de los filisteos, quienes ahora cambiarían sus gritos de júbilo en gritos de terror. Obsérvese que, *donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad* (2 Co. 3:17), y los que así son libres son los verdaderamente libres (comp. con Jn. 8:36). Esto era figura de la resurrección de Cristo, en la que, por el poder del Espíritu de santidad (Ro. 1:4), fueron desatadas las cuerdas de la muerte, y los lienzos con que fue amortajado se desprendieron de su cuerpo sin haber sido desenrollados (al contrario que los de Lázaro), porque era imposible que el poderoso Salvador fuese retenido por ellos; así triunfó de los poderes de las tinieblas que gritaban contra Él cuando creían tenerlo seguro y sujeto. 2. Sansón hizo una gran matanza entre los filisteos que se habían reunido para divertirse con él (v. 15). Véase qué armas llevaba: No tenía a mano otra cosa que una quijada de asno y, sin embargo, ¡qué estrago hizo con ella! No la soltó de la mano hasta que no mató con ella allí mismo un millar de enemigos. Si hubiese sido una quijada de león no habría sido tan humillante la derrota del enemigo, pero con una quijada de asno demostró que Dios puede hacer maravillas con lo necio del mundo (1 Co. 1:27), *para que la excelencia del poder sea de Dios,* no de los hombres (2 Co. 4:7).

V. Sansón celebró esta victoria suya, ya que los hombres de Judá no hicieron ni siquiera eso en su honor. Compuso un pequeño poema, que él mismo cantó con toda probabilidad. Traducido literalmente del hebreo, donde hace cadencia por paronomasia de *asno* con *montón,* hace también cierta cadencia en castellano:

«Con la quijada del asno, montón de montones, con la quijada del asno, maté mil varones» (lit.).

De esta forma (v. 16) se representa a los filisteos cayendo mansamente como asnos. También dio Sansón nombre al lugar, para perpetuar el estrago que hizo en los filisteos (v. 17): *Rámat-leji = Colina de la Quijada, o: Levantamiento de la Quijada.*

Versículos 18–20

I. El apuro en que se halló Sansón después de esta hazaña (v. 18). Se vio reducido a una extrema necesidad por falta de agua. Dice Flavio Josefo que eso fue para castigarle por no haber hecho mención de la ayuda de Dios al componer el poema que perpetuaba su victoria, sino que se atribuyó a sí mismo toda la gloria: *«... maté mil varones».*

II. Su oración a Dios en este apuro. Quienes olvidan a Dios en sus alabanzas, es posible que se vean impelidos a recordarle con oraciones. Las aflicciones son enviadas a menudo con el fin de llevar hasta Dios a los corazones desagradecidos. Dos motivos menciona Sansón para acudir a Dios en esta ocasión: 1. Se reconoce a sí mismo como siervo de Dios en lo que acaba de hacer y confiesa que *Dios ha dado esa grande salvación,* pues si Dios no le hubiese ayudado no sólo no habría derrotado a los filisteos, sino que habría sido devorado por ellos. Nótese que las pasadas experiencias del poder y de la bondad de Dios son excelentes razones para apelar al favor de Dios en los apuros presentes. 2. Se ve ahora expuesto al furor de sus enemigos: *«... caeré en manos de los incircuncisos?»,* y, si triunfan, lo dirán en Gat y en las calles de Ascalón.

III. El oportuno refrigerio que le otorgó Dios, quien oyó su oración y le proveyó de agua (v. 19): *Entonces abrió* (lit. *hendió) Dios el hoyo que hay en Lehi.* Incluso antes del episodio que dio nombre al lugar, hallamos ya dicho nombre (vv. 9, 14). Y de allí hizo Dios que brotase agua en abundancia. De esta agua milagrosa bebió Sansón y recobró su espíritu. Deberíamos ser agradecidos por el beneficio del agua y no desperdiciarla.

IV. Sansón dio también a este lugar, como memorial de su apuro y del favor que Dios le otorgó: *En-hacoré = La fuente del que clamó.* Dios abre muchas fuentes de consuelo para los suyos, las cuales podrían llamarse como aquella: *fuente del que clamó.* Sansón había dado al lugar un nombre que recordaba su gran triunfo: *Rámat-leji = el levantamiento de la quijada;* pero ahora le pone otro nombre que da a entender su necesidad y dependencia de Dios.

V. La continuación del gobierno de Sansón después de estos sucesos (v. 20). Por fin, Israel se sometió al hombre a quien había entregado a traición. Fue un gran favor para Israel el que, aunque estaban bajo la opresión de un enemigo duro y extranjero, al menos tenían un juez que preservaba el orden y les impedía arruinarse unos a otros. Su gobierno continuó veinte años, de los que no conocemos más detalles que los que se nos refiere en el capítulo siguiente, en cuyo final se narra la muerte de Sansón.

CAPÍTULO 16

Sansón significa un pequeño sol. Le hemos visto en el resplandor de su brillo matutino, y podríamos suponer que en el cenit del mediodía habría de brillar más todavía, pero este capítulo nos refiere más bien su ocaso, tras un crepúsculo sumamente triste. Este pequeño sol se puso tras una nube; sin embargo, al ponerse, todavía lanzó uno de sus más potentes rayos, como tipo de Cristo, que obtuvo su mayor victoria mediante su muerte. I. Sansón se ve en gran peligro por enredarse con una ramera (vv. 1–3). II. Sansón se ve arruinado por completo al enredarse con otra ramera, Dalila (vv. 4–20). III. Los filisteos se hacen con

él, le sacan los ojos, lo encarcelan y les sirve de juguete en un festival de su dios (vv. 21–25). IV. Pero, al fin, se venga de ellos al derrumbar el edificio y matar con una gran multitud de filisteos (vv. 26–31).

Versículos 1–3

I. Pecado de Sansón (v. 1). El tomar una filistea por esposa en el comienzo de su vida pública tuvo alguna excusa, pero el unirse a una ramera que casualmente vio entre ellos fue una profanación de su honor de israelita y, más aún, de nazareo.

II. Peligro de Sansón. Los magistrados de Gaza recibieron noticia, quizá por conducto de la ramera misma, de la llegada de Sansón (v. 2). Se cerraron, pues, las puertas de la ciudad, se pusieron guardias y se guardó silencio, para que Sansón no sospechara ningún peligro. Pensaban ya tenerlo seguro y presto para la ejecución a la mañana siguiente. ¡Oh, si los que se entregan a sus inclinaciones sensuales en embriagueces, impurezas y toda clase de concupiscencias de la carne se viesen rodeados, presos y en peligro de condenación eterna por sus enemigos espirituales!

III. Huida de Sansón. Se levantó a medianoche, quizá despertado por el remordimiento de su conciencia, y es de esperar que saliese de aquella casa arrepentido y con la piadosa resolución de no volver allá. Se dirige a las puertas y no se detiene a descerrajarlas, sino que las arranca de cuajo con sus dos pilares y su cerrojo y se las lleva a la cumbre de un monte, en señal de desprecio a las medidas que habían tomado para retenerle, y de la enorme fuerza que Dios le había dado. Fue así tipo de Cristo, quien no sólo hizo rodar la piedra del sepulcro, sino que salió de allí llevándose consigo las puertas de la muerte con sus postigos y cerrojo, de forma que quedara para siempre como una prisión abierta para todos los suyos.

Versículos 4–17

Un niño que sufre una quemadura, teme al fuego y huye de él, pero Sansón, a pesar de ser un hombre de fuerza extraordinaria, carece hasta de la prudencia de un niño pequeño porque a pesar de haberse visto en tantos apuros por su inclinación sexual hacia las mujeres, no escarmienta, sino que lo tenemos de nuevo prendido en la misma trampa; y esta tercera vez no va a tener escape. Esta mala mujer, que causó la ruina de Sansón, se llama Dalila. El significado de su nombre es incierto (¿pobre?, ¿delicada?), pero el nombre mismo nos ha llegado como epíteto de infamia, apto para describir a toda mujer que siembra la destrucción por medio de halagos y falsedades.

I. La afición que Sansón cobró a esta mujer: *se enamoró de ella* (v. 4). Es casi seguro que esta mujer era también filistea. En todo caso, tenía corazón de filistea.

II. El interés que los cinco príncipes de los filisteos tuvieron en que Dalila les entregase a Sansón (v. 5). 1. Lo que deseaban de ella es que se enterase del secreto de su fuerza; así, prometieron no matarlo, sino dominarlo y tenerlo a raya. Como sugiere L. Wood, esto nos hace sospechar que Sansón se había jactado imprudentemente en alguna ocasión, de que su fuerza consistía en algún poder secreto. 2. Por eso, deseaban conocer dónde radicaba esa fuerza secreta para cegar la fuente de tal poder. Convencieron, pues, a la mujer de que, con ese descubrimiento, haría un enorme beneficio a todo el país, sin que ella sufriera ninguna mala consecuencia por ello. 3. Por este favor le ofrecían una suma cuantiosa: *mil cien siclos de plata por cabeza;* es decir, 5.500 siclos en total.

III. Las artes que Sansón desplegó para no descubrir su secreto. Ella le preguntó en qué consistía su fuerza y cómo podría ser sujetado (v. 6).

1. Al urgirle ella Sansón respondió: (A) Que perdería su fuerza si le ataban con *siete cuerdas de mimbres verdes sin secar* (v. 7). El experimento fracasó pues las rompió como estopa quemada (vv. 8, 9). (B) Como ella seguía importunándole, le dijo que perdería su poder si le ataban *con cuerdas nuevas no usadas* (vv. 10, 11). También esto fracasó, pues las rompió como si fuesen un hilo delgado (v. 12). (C) Importunado de nuevo por Dalila, dijo que perdería su fuerza si tejía *siete quedejas de su cabeza* con la tela y las aseguraba con la estaca (v. 13). Esto ya se acercaba un poco a la verdad, pues el secreto de su

fuerza estaba en el pelo, pero el método fracasó como en las ocasiones anteriores, pues arrancó la estaca del telar con la tela. (v. 14).

2. En el decurso de todos estos experimentos no se sabe qué es más de admirar, si la debilidad de Sansón o la perversidad de Dalila. (A) ¿Puede haber algo más perverso que la pertinacia e importunidad con que esta ramera trataba de arrancarle a Sansón un secreto, con cuyo descubrimiento ella sabía que la vida de Sansón corría peligro? ¿Qué traición más vil que la de hacer que Sansón se durmiese sobre las rodillas de ella como alguien a quien se ama para entregarle a los que le odiaban a muerte? (B) ¿Y puede imaginarse mayor debilidad que la de este hombre, al continuar este peligroso juego con una mujer de la que sabía con toda certeza que planeaba entregarle a sus mayores enemigos?

IV. El descubrimiento, por fin, de su gran secreto. 1. La presión de Dalila fue en aumento. Su astucia femenina llegó al colmo: *¿Cómo dices: Yo te amo, cuando tu corazón no está conmigo?* (v. 15). Aunque no se nos dice, podemos sospechar que a las palabras (v. 16) añadiría lágrimas, hasta que él sucumbió a la tortura psicológica: *Su alma fue reducida a mortal angustia.* 2. Así que, esta vez, Sansón *le descubrió todo su corazón,* cosa que Dios permitió para castigarle por su pecado. No cabe duda de que Sansón había perdido su comunión con Dios, al no observar su voto de nazareo con tanta contaminación. Su dedicación a Dios era la fuente de su fuerza. Descubrir el secreto de su nazareato equivalía a menospreciar su condición de nazareo: «Si fuere rapado, perderé mi condición de nazareo y mi fuerza se apartará de mí». El que la fuerza de este hombre consistiese en su cabellera nos enseña a esperar el favor de Dios en la observancia de los medios de gracia que Él ha tenido a bien instituir: la Palabra, las ordenanzas y la oración.

Versículos 18–21

Fatales consecuencias de la insensatez de Sansón al descubrir el secreto de su fuerza.

I. El interés que puso Dalila en hacer suyo el dinero que le habían prometido, sin tener compasión de uno de los hombres más bravos de la historia, sino que lo vendió por dinero, como a oveja que se lleva al matadero.

II. La forma en que llevó a cabo su traición. Segura de que Sansón le había dicho esta vez la verdad (v. 18), le hizo dormir sobre sus rodillas. Así es como arruina Satanás a muchos, acunando suavemente a los hombres para que se duerman, haciéndoles sentirse a buen seguro en medio de sus vicios, y robándoles después la fuerza y el honor para llevárselos cautivos a su arbitrio. Es de notar que Dalila misma no le cortó el pelo, sino que, para asegurar mejor la operación mandó llamar a un experto barbero que le cortase el pelo tan hábil y rápidamente, que él no se despertó con la maniobra.

III. La poca preocupación que él sintió por la pérdida de su cabellera, la cual no pudo menos de notar (v. 20). Pensó que iba a escapar como en ocasiones anteriores. *«Pero no sabía que Jehová se había apartado de él». No* se le ocurrió que ésta fuese la razón del cambio que se había operado en él. Gran tragedia es perder la comunión con Dios. Peor todavía, no ser consciente de esta pérdida. Quienes provocan a Dios a que se retire de ellos, sufren el castigo de la insensibilidad ante esa retirada.

IV. El provecho que sacaron inmediatamente los filisteos de las ventajas que ahora se les ofrecían contra Sansón (v. 21). Se lo llevaron los filisteos después que Dios se había retirado de él. Si nos dormimos en las rodillas de nuestras pasiones, despertaremos en las manos de los filisteos. Es probable que le prometiesen a Dalila no matarle, ni aun herirle, pero tomaron drásticas medidas para incapacitarle. Lo primero que hicieron, tan pronto como le echaron mano, fue *sacarle los ojos.* La versión arábiga añade que lo cegaron *aplicándole fuego a los ojos.* Consideraron que, aun en el caso de que le volviera a crecer el pelo, no le volverían los ojos, y que los brazos más fuertes pueden poco sin ojos que los guíen. Sus ojos habían sido la ocasión de sus pecados: *«... vio ... vio ...»* (14:1; 16:1). Ahora sufría en sus ojos el castigo. *Le llevaron a Gaza,* para que allí apareciese en toda su debilidad el mismo que allí había dado pruebas de su enorme fuerza (v. 3). *Y le ataron con cadenas* de bronce, al que había quedado ya aprisionado con las cuerdas de su propia iniquidad. Le destinaron en la cárcel a moler: a dar vueltas y más vueltas, como un

esclavo, a la piedra del molino de la cárcel. ¡Pobre Sansón cómo has caído! ¡Cómo está tu honor por el suelo!

Versículos 22–31

Aunque las últimas etapas de la vida de Sansón carecieron de gloria, todavía hubo honor en la recta final. No hay duda de que se arrepintió grandemente de su pecado, pues Dios se reconcilió con él, según se echa de ver: 1. En el retorno de la señal de su nazareato: Y *el cabello de su cabeza comenzó a crecer, después que fue rapado* (v. 22). 2. En el uso que Dios hizo de Sansón para destruir a los enemigos de su pueblo y en una hora en que el honor mismo de Dios debía ser vindicado.

I. Con qué insolencia afrentaron los filisteos al Dios de Israel. 1. Ofrecieron sacrificios a su dios, pues este Dagón es llamado su *dios* repetidamente (vv. 23, 24), un dios hecho por ellos, representado en una imagen de «ciencia-ficción»: mitad hombre, mitad pez, a quien pretendían poner como rival del Dios vivo y verdadero. A tal dios, tal villanía, como la que Dagón iba a patrocinar en esta ocasión. 2. Hicieron burla de Sansón, el campeón de Dios, con lo que la burla se dirigía contra Dios mismo. No sabemos de qué forma les sirvió de juguete (v. 25), pero las risas de los numerosos asistentes y los gritos de júbilo y alabanza al dios de ellos debieron de ser muy humillantes para el pobre ciego. Su santo arrepentimiento le hacía ahora paciente hasta aceptar la indignidad con que le trataban como castigo de su propia iniquidad.

II. Cuán justamente el Dios de Israel trajo sobre ellos repentina destrucción por manos de Sansón. Miles de filisteos se hallaban allí reunidos para asistir con sus magnates a los sacrificios y al regocijo de aquel día y ser así espectadores de esta comedia. Todos ellos murieron.

1. Quiénes fueron destruidos. Todos los asistentes; entre ellos, *los príncipes de los filisteos* (vv. 4, 27), que habían sobornado a Dalila para que engañase a Sansón y se les entregase. El pecado al que Sansón había sido inducido por mujeres filisteas no iba a pagarlo él solo, sino también los miles de mujeres y hombres que se hallaban presentes.

2. Cuándo fueron destruidos. (A) Cuando más contentos y satisfechos se hallaban, sin imaginarse que corrían ningún peligro. (B) Cuando se estaban burlando de un israelita nazareo; cuando insultaban y perseguían al que Dios había castigado. Quienes se burlan de las buenas personas no saben lo que están haciendo ni a quién están afrentando.

3. Cómo fueron destruidos. Sansón derribó sobre ellos el edificio. (A) Para ello, ganó fuerzas mediante la oración (v. 28). La fuerza que había perdido por el pecado la ganó con la oración. Oró a Dios que se acordase de él y le diese fuerza sólo por esta vez confesando así que la fuerza con la que había obrado los anteriores prodigios le venía de Dios, y rogaba que se la concediese para el último golpe que iba a dar al morir. Sansón murió orando, como Jesús, pero Sansón pidió venganza, mientras que Jesús imploró perdón para los que le crucificaban. (B) Aprovechó la ocasión de estar entre las dos columnas en que se apoyaba el edificio. La gran cantidad de gente que se hallaba en el piso alto contribuiría al derrumbamiento del edificio. Con esto: (a) Los filisteos sufrieron gran mortandad y deshonor, pues no sólo murieron ellos con sus príncipes, sino que la propia imagen de su dios (si es que era su templo, como opinan muchos) quedó sepultada bajo los escombros. (b) Sansón quedó justificado con este acto, pues no se le ha de culpar ni de la muerte de los enemigos de Dios ni de la suya propia, ya que no intentó directamente matarse a sí mismo. (c) Dios quedó glorificado al perdonar las graves transgresiones de Sansón, de lo que este acto fue una evidencia, en respuesta a su oración. (d) En esto fue tipo de Cristo quien derribó el imperio del diablo, del mismo modo que Sansón derribó el templo de Dagón, y, al morir, obtuvo la más gloriosa victoria sobre el poder de las tinieblas. Y cuando sus brazos fueron extendidos en la Cruz, como los de Sansón entre las dos columnas, dio una mortal sacudida a las puertas del infierno y, *por medio de la muerte, destruyó* (lit. *anuló*) *el poder al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo* (He. 2:14, 15), y así superó a Sansón en que, no sólo murió con los filisteos, sino que resucitó para mejor triunfar sobre ellos.

III. Finalmente, la historia de Sansón concluye con una breve referencia a su sepelio y con la repetición de la frase con que se hablaba al final del capítulo anterior (15:20) de la duración de su gobierno: Y *él juzgó a Israel veinte años* (v. 31).

CAPÍTULO 17

Lo que se narra en los restantes capítulos de este libro aconteció poco después de la muerte de Josué, cuando era sumo sacerdote Fineés, el hijo de Eleazar (20:28). Pero se pone aquí para no interrumpir la historia de los Jueces y para que mejor se vea cuán grande era el desorden de la nación cuando no había juez que les gobernara. I. La idolatría comenzó en la casa de Micá (cap. 17). II. Se extendió por la tribu de Dan (cap. 18). III. Una tremenda villanía fue cometida en Guibeá de Benjamín (cap. 19). IV. Casi toda la tribu fue destruida por connivencia con el crimen (cap. 20). V. Hubo de recurrirse a un extraño procedimiento para conservar dicha tribu (cap. 21). En el capítulo presente se nos dice cómo el efrainita Micá se proveyó: 1. De una imagen para que fuese su dios (vv. 1–6), y 2. De un levita, para que le sirviese de sacerdote (vv. 7–13).

Versículos 1–6

I. La discusión de Micá con su madre. 1. El hijo le había robado a la madre, la cual, a fuerza de sudor y ahorro, poseía mil cien siclos de plata. Es de suponer que pensaba dejarlos, al morir, a su hijo. 2. La madre maldijo al que había robado el dinero. Véase qué daños causa la avaricia, y cómo las pérdidas materiales, mientras a los buenos les inducen a orar, a los malos les llevan a maldecir.

II. Reconciliación de madre e hijo. El hijo estaba tan aterrado con las maldiciones de su madre, que le restituyó el dinero. 2. La madre quedó tan satisfecha con el arrepentimiento del hijo, que retiró sus maldiciones y las cambió en bendición: *Bendito seas de Jehová, hijo mío* (v. 2).

III. Micá y su madre convinieron en hacer de la plata una imagen, e instaurar en la familia la idolatría. Aun cuando querían adorar en la imagen al verdadero Dios, contra el segundo mandamiento del Decálogo, esto abría la puerta al culto de los dioses ajenos, contra el primero y principal mandamiento.

1. Como planteó la madre el asunto. Al serle devuelta la suma de dinero, dio a entender que la había dedicado a Dios antes de que le fuese robada (v. 3). Así venía a decirle: «Mira, hijo mío; el dinero es mío, pero a ti también te apetece; que no sea ni mío ni tuyo, sino hagamos con él una imagen para el uso religioso familiar». Es probable que esta mujer fuese una de las que salieron de Egipto en su juventud, y que hubiese visto allí imágenes como la que ella quería hacer; hasta pudo, quizá, decirle al hijo que esta forma de adorar a Dios por medio de imágenes era, por lo que ella recordaba, la antigua religión.

2. Cómo estuvo de acuerdo el hijo con ella. Parece ser que, cuando ella propuso la cosa por primera vez, el hijo no puso buena cara, al saber que iba contra el segundo mandamiento. Pero una vez hecha la imagen, fue persuadido por su madre a que la acéptara. Pero nótese la avaricia de esta vieja, que prevaleció sobre su superstición, pues, después de dedicar toda la suma para la fabricación de una imagen tallada (en madera) y chapeada (de metal), solamente ofreció 200 siclos, es decir, ni siquiera la quinta parte de la suma total (v. 4).

(A) Cuál fue la corrupción introducida aquí (v. 5). Este Micá hizo de su casa un santuario (hebreo *Bet Elohim* = Casa de Dios), con lo que hacía la competencia a Siló, y pensó que su santuario era mejor que el de Siló, porque a la gente le suelen gustar sus formas religiosas más que las de los demás, porque así las pueden manipular como mejor les plazca. Es curioso que la versión caldea traduzca *casa de error,* pues realmente lo era siendo una desviación flagrante del verdadero culto a Dios. Se hizó efod, no para llevarlo, sino como objeto de culto, y terafines, para recibir información, instrucciones y predicciones. Sin más escrúpulos, él mismo consagró sacerdote a uno de sus hijos, seguramente al mayor. Aquí comenzó la idolatría y se propagó como la lepra. El Dr. Lighfoot hace notar que el mismo número de piezas de plata que fueron ofrecidas para formar un ídolo que fue la ruina de la religión en Israel, especialmente en la tribu de Dan, fue también dado por cada uno de los príncipes de los filisteos para la ruina de Sansón.

(B) Cuál fue la causa de esta corrupción (v. 6): *No había rey en Israel;* no había soberano ni juez que se percatase de la fabricación de estas imágenes; *cada uno hacía lo que bien le parecía,* y bien pronto hicieron *lo que era malo a los ojos de Jehová.* Ellos podían hacer lo que querían, tener ídolos o no tenerlos, esto era una cuestión que cada uno tenía que determinar por sí como *mejor le pareciese.* La conciencia ya no ocupaba su propio puesto, sujeta a la autoridad suprema de la voluntad revelada de Dios,

sino que había usurpado el puesto que no le pertenecía para juzgar por sí lo que mejor le conviniese. Se había emancipado, según se dice en nuestros tiempos. Cierto es que nuestros días son como los días de la última parte del Libro de los Jueces. ¿Es cosa buena? ¿Es agradable a los ojos? ¿Es lo que me conviene? Tales son las consideraciones que la conciencia se cree llamada a juzgar y determinar con las balanzas en la mano; y no reconoce autoridad superior. Es un principio que halaga, pero es fatal; y el Espíritu de Dios lo ha expuesto en los últimos capítulos del Libro de los Jueces, con sus terribles consecuencias para que seamos avisados. Véase qué bendición tan grande es el gobierno de la nación y cuánta razón hay para que *se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias ... por los reyes y por todos los que están en eminencia* (1 Ti. 2:1, 2). Después de Dios, nada contribuye tanto a la protección de la religión en el mundo como la recta administración de esas dos grandes instituciones: la magistratura y el gobierno de la nación.

Versículos 7–13

Micá consigue tener como capellán suyo a un levita.

I. Por parte de su madre, este levita era de la familia de Judá y habitaba en Belén. De aquí se fue *para ir a vivir donde pudiera encontrar lugar* y, durante su viaje, llegó a casa de Micá en el monte de Efraín (v. 8). Algunos opinan que para él fue un infortunio el verse obligado a trasladarse de Belén, por hallarse en extrema necesidad a causa del descuido de la gente del lugar. Israel comenzó a abandonar a Dios cuando comenzó a abandonar a los levitas. Una señal de la decadencia de la religión es que los buenos ministros del Evangelio se vean mal atendidos y pasen necesidad.

II. El trato que Micá hizo con él. Le dio la bienvenida (v. 10) y le prometió: 1. Un oficio honorable: *Serás para mí padre y sacerdote.* No le exige credenciales, pues bien podía ser sacerdote para una imagen tallada, como los sacerdotes del pueblo llano de Jeroboam (1 R. 12:31). No es extraño que los que se sirven de cualquier cosa para que sea su dios, se sirvan también de cualquier persona para que sea su sacerdote. 2. Un mantenimiento tolerable. Le daría comida y bebida, vestidos, es decir, un juego de dos vestidos, como indica el hebreo (uno para diario y otro para las solemnidades), y diez siclos de plata por año—muy pobre en comparación con lo que Dios había prescrito para los levitas que cumpliesen según la ley; pero quienes abandonan el servicio del Dios verdadero no han de mejorar su situación ni han de encontrar mejor amo. También es de notar que el ministerio sagrado es el mejor oficio del mundo, pero el peor negocio temporal.

III. El levita se quedó con él: *Agradó, pues, al levita morar con aquel hombre* (v. 11), a pesar de que su trabajo esa supersticioso y su salario era escandaloso. Micá, creyéndose así más santo que cualquiera de sus vecinos, procedió a consagrar a este levita (v. 12).

IV. Micá quedó sumamente satisfecho con esto (v. 13): *Ahora sé que Jehová me prosperará.* 1. Pensó que era una señal del favor de Dios hacia él y hacia sus imágenes el que le hubiese puesto un levita a la puerta de su casa. 2. También pensó que, ahora que su falta de sacerdote había sido corregida, todo iba bien, aunque retuviese su imagen fundida y tallada. Muchos se engañan a sí mismos en cuanto al estado de su alma por haber hecho una reforma parcial. Piensan que son suficientemente buenos porque, en algunos aspectos de su vida, no son tan malos como habían sido antes. 3. Consideró que la consagración de un levita para que fuese sacerdote era un acto altamente meritorio, cuando realmente era una grosera y presuntuosa usurpación. 4. Pensó finalmente que, al tener consigo un levita en su casa, le daría derecho, por supuesto, a los favores divinos. Los que tienen por sacerdote a un levita no tienen derecho a pensar que Dios les vaya a conceder su gracia, a menos que ellos mismos estén a bien con Dios y saquen provecho de los beneficios que Dios les dispensa.

CAPÍTULO 18

En este capítulo se nos refiere cómo la idolatría que había comenzado en la casa de Micá pasó de allí a la tribu de Dan. A esta tribu se le había asignado heredad en último lugar, y se le había añadido una ciudad importante en el extremo norte de Canaán. Vemos: I. Que, para reconocer el lugar, enviaron espías, quienes, de paso, se entrevistaron con el sacerdote de Micá (vv. 1–6). II. Que estos espías volvieron con un informe muy alentador (vv. 7–10). III. Las fuerzas que fueron enviadas para conquistar Lais (vv. 11–13). IV. Que, de paso, arrebataron a Micá sus dioses (vv. 14–26). V. La fácil conquista de Lais (vv. 27–29), y la erección allí de la imagen tallada (vv. 30, 31).

Versículos 1–6

I. La tribu de Dan, aunque instalada en Palestina, se había visto amenazada por sus vecinos y no había podido tomar posesión de la heredad que le había tocado en suerte. Les resultaba más difícil hacerse con ella por el hecho de que, *en aquellos días, no había rey en Israel* (v. 1) para que les gobernara y dirigiera. Pero, al fin, la necesidad les forzó a tomar ánimo y coraje para tratar de hacerse con una heredad en la que pudiesen morar.

II. *Enviaron cinco hombres de entre ellos* (v. 2) para reconocer la tierra. Eran hombres valerosos que sabían valérselas si caían en manos de los enemigos, pues estaban hechos al peligro.

III. Al llegar cerca de la casa de Micá, entablaron conversación con el recién consagrado sacerdote. Parece ser que conocían de antes a este levita, pues quizás había pasado por la región de ellos en sus correrías. Así se explica que reconocieran su voz (v. 3). Enterados de que tenía consigo un oráculo, desearon que les dijese si tendrían éxito en la empresa que llevaban entre manos (v. 5). Con ello mostraban que tenían de los terafines de Micá mejor opinión que de los Urim de Jehová, pues habían pasado por Siló, pero, por lo que parece, no habían preguntado al sumo sacerdote, en cambio deseaban que este zarrapastroso levita les sirviera de oráculo. Él les hizo creer que tenía un alentador mensaje de Dios para ellos, asegurándoles el éxito (v. 6).

Versículos 7–13

I. La exploración que los espías hicieron de Lais (v. 7). Jamás hubo lugar tan mal gobernado y tan mal guardado que pudiera ser presa más fácil para un invasor.

1. Estaba mal gobernado, pues cada ciudadano podía ser tan malo como le pluguiese, pues *no había quien les frenase,* como da a entender el hebreo. A esto se añadía la prosperidad económica que se trasluce en la descripción somera del estado de la población, con lo que la ociosidad y el libertinaje campaban por sus respetos; provocaban a Dios con sus inmoralidades, y consumíanse unos a otros con sus vicios y violencias. Por aquí se ve:

(A) Lo que implica el oficio de magistrado. Como dice el hebreo, es *el heredero del freno;* es decir, el destinado a frenar el mal y el poseedor del freno, pues se les ha confiado esta autoridad con el fin de que investiguen y supriman todo vicio y logren infundir temor a los malhechores (Ro. 13:3, 4). Sólo la gracia de Dios puede renovar las mentes réprobas y cambiar los corazones depravados, pero el poder del magistrado puede frenar las prácticas viciosas y atar las manos criminales, de forma que la perversidad de los malvados no resulte tan dañosa ni tan infecciosa como lo sería de otro modo.

(B) El método que se ha de usar para frenar la maldad. Los malhechores deben ser avergonzados, a fin de que, quienes no quieren ceder al freno de lo vergonzoso que es el pecado ante Dios, y desoyen la voz de la conciencia, se vean frenados por la vergüenza del castigo que sufran ante los hombres. Es preciso echar mano de todos los métodos posibles para desterrar de la luz pública el pecado y cubrirlo de vergüenza y desprecio, para que la gente se avergüence de su ociosidad, ebriedad, fraude, mentira y otros vicios, y para conseguir que la reputación y el buen nombre estén siempre del lado de la virtud.

(C) Cuán miserables y próximos a la ruina son aquellos lugares que carecen de magistrados o de quienes lleven espada para fines legítimos.

2. Estaba mal guardado. El pueblo de Lais estaba descuidado, ocioso, alegre y confiado, con las puertas sin cerrar, los muros sin reparar, etc., porque no avizoraban ningún peligro desde ninguna parte. Esto era también una señal de que los israelitas, por su pereza y cobardía, no eran ya para los cananeos

tan temibles como habían sido cuando llegaron al país; de otro modo, esta ciudad de Lais, cuya población es muy probable que supiera que había sido asignada a los israelitas, no se habría sentido tan confiada. Además *no tenían negocios con nadie* (v. 7), lo cual muestra su holgazanería y su independencia económica. Es probable que, así como se mofaban de la sumisión a un gobierno, menospreciasen también cualquier alianza con alguno de sus vecinos. No sentían interés por nadie; así que nadie sentía interés por ellos. Tal era la gente de Lais.

II. El ánimo que los espías dieron a sus paisanos con el informe que les llevaron de Lais (vv. 8–10). 1. Les dijeron que la comarca era *muy buena* (v. 9), mejor que la región montañosa en que se veían amontonados y acorralados por los filisteos. 2. Les dijeron que era fácil de conquistar, pues estaban seguros de que, con la bendición de Dios, pronto tomarían posesión de ella, pues el pueblo de allí estaba *confiado* (v. 10).

III. Expedición de Dan contra Lais. Estos danitas a quienes había sido asignada la ciudad, se dirigieron por fin a ella (vv. 11–13). Los hombres armados eran solamente seiscientos. Es extraño que no acudiesen en su ayuda los demás, o al menos algunos, hermanos de la misma tribu. Poco espíritu comunitario hubo en la nación hasta mucho tiempo después de la llegada de Israel a Canaán. Parece ser, por el v. 21, que estos 600 hombres eran todos los que marcharon a asentarse allí, pues llevaron consigo sus respectivas familias, ganados y enseres. Al segundo día de su marcha *llegaron al monte de Efraín, y vinieron hasta la casa de Micá* (v. 13).

Versículos 14–26

Los danitas habían enviado espías para encontrar región donde morar. Ahora que habían explorado la región, los espías les comunican otro importante descubrimiento: Dónde había «dioses» (v. 14): *«¿No sabéis que en estas casas hay efod y terafines, y una imagen tallada y chapeada,* y toda clase de objetos de devoción, cuales no los tenemos en nuestro país? *Mirad, por tanto, lo que habéis de hacer.* Los hemos consultado, y hemos recibido de ellos buena respuesta; vale la pena tenerlos, y si podemos adueñarnos de estos dioses, podemos esperar el éxito y hacernos con la ciudad de Lais». Iban por buen camino en lo de desear que la presencia de Dios estuviese con ellos, pero se equivocaban miserablemente en tomar estas imágenes por señales de la presencia de Dios, cuando eran más apropiadas para ser juguetes de teatro guiñol, más bien que como objetos de verdadera devoción. Al estar tan lejos de Siló el lugar en que iban a residir, pensaron que necesitaban, más que Micá, una *casa de dioses,* pues Micá vivía más cerca de Siló. Una vez resueltos a llevarse los dioses, persuadieron al sacerdote a que se marchase con ellos y asustaron a Micá para que no intentase rescatar sus objetos de devoción.

I. Los cinco hombres que conocían la casa y los caminos que a ella conducían (y, especialmente, el santuario), fueron y tomaron las imágenes, con el efod, los terafines y demás enseres, mientras los 600 hombres de armas entrevistaban al sacerdote en la puerta (vv. 16–18). Véase aún cuán poco cuidado tenía este sacerdote de sus dioses, y cuán mal se pudieron defender estos dioses, pues ni siquiera impidieron ser robados. ¡Qué insensatos eran estos danitas! Querían tener dioses que fuesen delante de ellos, dioses no hechos por ellos, sino, lo que es igualmente malvado y estúpido, robados por ellos. Su idolatría comenzó por el robo, buen preludio para tal ópera. A fin de quebrantar el segundo mandamiento del Decálogo, comenzaron por el octavo, y se llevaron las posesiones del vecino para hacer de ellas sus dioses.

II. Puestos al habla con el sacerdote, le halagaron con la perspectiva de una promoción, no sólo para que permitiera que se llevasen los dioses, sino para que se fuera él también con ellos, pues sin él no sabían cómo usar los dioses bien. Obsérvese: 1. Cómo le tentaron (v. 19). Le ofrecieron un puesto mejor que el que tenía de momento. 2. Cómo le ganaron. No necesitaron mucho para persuadirle: *Se alegró el corazón del sacerdote* (v. 20). Como dice el obispo Hall, si bastaron diez siclos para ganarlo, once bastarían para perderlo, porque ¿quién puede retener a los que han hecho de su conciencia naufragio y bancarrota? *El asalariado huye, porque es asalariado* (Jn. 10:13).

III. Asustaron a Micá y le hicieron volverse a casa cuando salió en persecución de ellos para recuperar sus dioses. Se le unieron sus vecinos y persiguieron a los ladrones, quienes, al llevar por delante

sus niños y su ganado (v. 21), no podían escapar más aprisa. Los perseguidores les dieron voces, pero los que iban a retaguardia se volvieron y le preguntaron a Micá qué le pasaba (v. 23). Él respondió y apeló al derecho que tenía a poseer sus dioses y el sacerdote, pero ellos le intimidaron.

1. Él insistía en el perjuicio que le habían causado (v. 24): *«Tomasteis mis dioses que yo hice y al sacerdote».* ¡Qué insensatez fue llamar *dioses* a lo que él mismo había hecho, cuando sólo el que nos hizo merece ser adorado como Dios!

2. Pero ellos insistieron en que, si seguía gritando, lo iba a pasar mucho peor. No querían atender a razones ni hacerle justicia, ni siquiera estaban dispuestos a pagarle algo por el trabajo que se había tomado al hacer tales imágenes. Ni aun buenas palabras le dieron, sino que le amenazaron de muerte si no cesaba en sus reclamaciones (v. 25). Micá no tuvo el coraje suficiente para rescatar sus dioses a costa de su vida, tan baja era la opinión que tenía del poder de sus dioses para protegerle. Así que los cedió mansamente (v. 26). Si la pérdida de nuestros ídolos nos sanase del amor que les tenemos, ése será el día de nuestra ganancia (v. Is. 30:22).

Versículos 27–31

I. Conquista de Lais por los danitas. Ellos prosiguieron su marcha y, al no sufrir ningún percance, pensaron quizá que no habían hecho nada malo al quitarle a Micá sus dioses y su sacerdote. Hay muchos que hallan en su prosperidad una justificación de su impiedad. Nótese: 1. Cuán confiada y segura se creía la gente de Lais, con lo que resultaron fácil presa de un pequeño grupo de hombres que cayeron sobre ellos (v. 27). 2. Cuán completa fue la victoria que los danitas obtuvieron sobre Lais: *Los hirieron a filo de espada* y quemaron la parte de la ciudad que creyeron más apropiada para ser reedificada (vv. 27, 28). 3. Cuán bien se establecieron los conquistadores en la ciudad (vv. 28, 29). Al reedificar la ciudad, le pusieron el nombre de *Dan,* el padre de la tribu, para que les sirviese de testimonio de que, aun cuando estaban separados geográficamente de sus hermanos de tribu, eran, no obstante, danitas de nacimiento.

II. Inmediatamente se estableció allí la idolatría. Dios había cumplido benignamente su promesa de ponerlos en posesión de la heredad que les había tocado en suerte. Pero lo primero que hicieron después de establecerse allí fue quebrantar los estatutos de Dios: *Levantaron para sí imagen de talla* (v. 30), y atribuyeron perversamente al ídolo el éxito que habían tenido. Ahora aparece con todo detalle el nombre del levita que les servía de sacerdote: *Jonatán hijo de Guersón, hijo de Manasés.* Así dice el original hebreo, pero la letra *n* aparece en alto, como para dar a entender que los copistas la introdujeron ilegítimamente, y que no debe leerse *Manasés,* sino *Moisés.* El cambio se debió, sin duda alguna, a que los copistas creyeron indigno del gran Moisés el carácter de este degenerado levita. Pero no es la primera vez que salen nietos, y aun hijos, indignos de santos y prestigiosos antepasados. Esta corrupción duró *todo el tiempo que la casa de Dios estuvo en Siló* (v. 31). Esta expresión parece dar a entender que lo del *cautiverio de la tierra,* del v. 30, se refiere a la deportación del Arca (1 S. 4:11), en el siglo XI antes de C., más bien que a la deportación llevada a cabo por Tiglat-Peleser III de Asiria en 733–732 (v. 2 R. 15:29), sin que pueda negarse alguna probabilidad a la opinión que sostiene esto último. Sea como sea, puede verse por aquí cuán peligroso es ser poco precavidos en evitar una infección, pues las enfermedades espirituales no se curan tan prontamente como se contraen.

CAPÍTULO 19

Los tres capítulos restantes de este libro contienen la historia terriblemente trágica de la perversidad de los hombres de Guibeá, respaldados por la tribu entera de Benjamín. Todas estas iniquidades, como la idolatría de los danitas y la inmoralidad de los benjaminitas, tuvieron lugar cuando no había ni rey ni juez en Israel (17:6; 18:1; 19:1; 21:5), y produjeron la apostasía general que vemos en 3:7. En el presente capítulo se nos refiere la historia de un levita y su concubina: I. La infidelidad de la concubina (vv. 1, 2). II. A pesar de ello, él se reconcilió con ella (v. 3). III. El padre de ella se alegró de ello y los trató muy

bien (vv. 4–9). IV. El abuso que de ella hicieron los hombres de Guibeá (vv. 10–28). V. El método que el levita usó para comunicar a todas las tribus la villanía cometida (vv. 29, 30).

Versículos 1–15

Este levita era *del monte de Efraín* (v. 1). A pesar de que a la mujer se la llama *concubina,* no parece ser que tuviera ninguna otra mujer.

I. La concubina de este levita se fue de él, no sabemos por qué causa, y *le fue infiel,* abandonándole (v. 2). La versión caldea dice solamente que *se portó insolentemente con él* o que lo menospreció; al resentirse él de ello, ella *se fue a casa de su padre, a Belén de Judá* donde fue bien recibida. Su padre tenía la obligación de reprenderla por haberse portado infielmente con el marido, pero no se nos dice que lo hiciera. La ruina de los hijos se debe muchas veces a la indulgencia de los padres.

II. El levita fue en busca de ella. El amor triunfó en él sobre el resentimiento y se tomó toda molestia necesaria *para hablarle al corazón* (lit.) y *hacerla volver* (v. 3). Una de las características de la sabiduría que es de arriba es ser *llena de misericordia* (Stg. 3:17). El contexto posterior muestra el arrepentimiento de la mujer.

III. El padre de ella le dio al levita la más cordial bienvenida:

1. Se alegró de verle y *salió a recibirle gozoso* (v. 4), y le trató generosamente durante tres días. El levita, para mostrar que estaba perfectamente reconciliado con ella, aceptó la amabilidad del suegro y no leemos que les reprendiese ni a él ni a la hija por la forma en que ésta se había portado. A todos les está bien, pero especialmente a los ministros del Señor, perdonar como Dios nos perdona. Todo parecía presagiar un futuro feliz en el recompuesto matrimonio.

2. El suegro estaba muy interesado en que ambos prolongaran allí la estancia, con lo que confirmaba la cordial bienvenida que había dispensado al yerno. El afecto que le tenía y el placer que sentía con su compañía procedían:

(A) De su condición civil de suegro del hombre, ya que le consideraba como miembro de la propia familia. Nótese que a los que se relacionan con nosotros por medio del matrimonio (suegros, yernos, cuñados, etc.) les debemos el amor y las obligaciones semejantes a las que debemos a quienes son carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos.

(B) De un piadoso respeto a la condición levítica del yerno, al ver en él a un ministro de la casa de Dios. Así que: (a) Le insta a que permanezca con él por tanto tiempo como pudiese. Pero el levita, aunque le trataban magníficamente, tenía urgencia por marcharse. El corazón de un hombre recto está donde se lo pide su oficio o su ministerio. Ceder a las comodidades o a la ociosidad es señal de que una persona tiene poco que hacer o muy pocas ganas de hacer lo que debe. (b) Le fuerza a que se quede allí hasta el atardecer del quinto día, lo cual, como se demostró después, fue una desconsideración (vv. 8, 9). Si hubiesen salido antes, habrían llegado a un lugar más apropiado para hospedarse que el que encontraron; incluso habrían podido llegar a Siló.

IV. A su regreso, se vieron forzados a buscar hospedaje en Guibeá, ciudad de la tribu de Benjamín, llamada después *Guibeá de Saúl,* que se halla junto al camino que lleva a Siló y al monte de Efraín. Al caer la tarde, no pudieron proseguir su viaje. El criado que llevaban les propuso que se hospedaran en Jebús (después Jerusalén), que se hallaba en manos de los jebuseos. Es muy probable que allí hubiesen encontrado mejor acogida que la que hallaron entre los benjaminitas. Los israelitas degenerados son peores y más peligrosos que los mismos cananeos. 2. Pero pasaron de Jebús y se detuvieron en Guibeá (vv. 13–15); allí se sentaron en plena calle, sin que nadie les ofreciera hospedaje. Este viajero, a pesar de ser levita (y Dios había mandado que se les tuviera especial consideración), halló en Guibeá muy fría acogida: *No hubo quien los acogiese en casa* (v. 15).

Versículos 16–21

Cuando el levita, su mujer y su criado comenzaban a temer que se tendrían que quedar a pasar la noche en plena calle (y les habría valido tanto como quedarse en un foso de leones), fueron invitados, por fin, a hospedarse en una casa. Se nos dice:

I. Quién fue el amable hombre que les invitó. 1. *Era del monte de Efraín, y moraba como forastero en Guibeá* (v. 16). Entre todas las tribus de Israel, la que mayor motivo tenía para portarse bien con los que iban de viaje era la de Benjamín, pues su antepasado había nacido en un camino, cuando su madre iba de viaje, y muy cerca de este lugar (Gn. 35:16, 17). Sin embargo, eran tan duros con este viajero en apuros, mientras que un compasivo efrainita había tenido piedad de él, más aún al enterarse de que era del monte de Efraín, como él. 2. Era un hombre ya mayor, alguien que había conservado algo de la virtud, casi ya fenecida, de un verdadero israelita. La nueva generación estaba enteramente corrompida; lo poco bueno que aún quedaba estaba en los ancianos, prontos a desaparecer. 3. Venía del campo al atardecer. Los demás estaban entregados a la ociosidad y a la lascivia; no es extraño que hubiese entre ellos tanta inmoralidad como en Sodoma, ya que había entre ellos la misma abundancia de haraganes que en Sodoma (Ez. 16:49).

II. Cuán generoso se mostró en su invitación. No aguardó a que ellos le rogasen, sino que les ofreció hospedaje antes de que se lo pidieran. Así es como nuestro buen Dios nos responde antes de que le llamemos. Una disposición caritativa espera solamente una oportunidad, no una importunidad, para hacer el bien, y está presta a socorrer al que ve necesitado, aun cuando no se lo pidan. El amor no está inclinado a desconfiar, sino que *todo lo espera* (1 Co. 13:7).

Versículos 22–30

I. La gran perversidad de los hombres de Guibeá. Estos malvados son llamados aquí *perversos* (lit. *hijos de Belial*), que aquí significa «hombres sin provecho»; es decir, libertinos e ingobernables, nunca dispuestos a someterse al yugo, hijos del diablo (pues él es Belial. 2 Co. 6:15), parecidos a Satanás y unidos a él en la rebelión contra Dios y contra su gobierno.

1. Estos malvados asaltaron con toda rudeza e insolencia la casa de este hombre honesto, tan pronto como llegó la noche, cuando este buen efrainita no sólo vivía pacíficamente entre ellos, sino que tenía allí una honesta casa y era para la ciudad una bendición grande y un conspicuo ornamento.
2. Sentían singular desprecio hacia los forasteros que estaban dentro de sus muros y que sólo deseaban hospedarse por una noche entre ellos, y violaban así las leyes de la hospitalidad, las cuales eran tenidas por sagradas en todos los países civilizados, como vino a recordarles el amo de la casa (v. 23).
3. Quisieron abusar del levita del modo más asqueroso y abominable (cuyo solo pensamiento debería llenarnos de horror y detestación): *Saca al hombre que ha entrado en tu casa, para que lo conozcamos* (v. Gn. 19:5). *Ahora bien:* (A) *Éste fue el pecado de Sodoma, por lo cual es llamado sodomita.* ¿De qué les servía tener el Arca de Dios en Siló, cuando tenían a Sodoma en la calle? ¿Qué provecho obtenían de llevar la ley de Dios en la franja del vestido, cuando llevaban al diablo en el centro del corazón? (B) Este era el castigo de su idolatría, pues de este pecado se deriva, más que todos los demás, el otro (v. Ro. 1:23–27). Les entregó Dios a esta vil afición, con la que se deshonraban a sí mismos, así como, por medio de la idolatría, le deshonraban a Él y cambiaban su gloria en vergüenza.
4. Se hicieron el sordo a los reproches y razonamientos del buen hombre, quien, al estar enterado de la historia de Lot (como podemos suponer), trató de imitar a Lot (vv. 23, 24; comp. con Gn. 19:6–8). Como Lot, también este hombre se extralimitó al ofrecerles su hija para que hiciesen de ella como les pareciese. No tenían autoridad para prostituir a su hija de este modo, pues no deben hacerse males para que resulten bienes. Pero, aun así, *aquellos hombres no le quisieron oír* (v. 25). Esta clase de pasiones son como el que se tapa los oídos para no oír; cauterizan la conciencia para hacerla insensible.
5. Se conformaron, por fin, con obtener la mujer del levita y abusaron de ella tan ferozmente, que la dejaron moribunda, retirándose únicamente cuando saciaron su pasión y temieron quizá que se les responsabilizara de la muerte de la mujer.

II. La noticia que de esta perversidad fue enviada a todas las tribus de Israel. Al amanecer, cuando el despuntar del alba ahuyentó a estos hijos de Belial y de las tinieblas (pues las tinieblas odian la luz), la

pobre mujer sólo tuvo fuerzas para arrastrarse hasta la puerta de la casa para caer allí muerta, donde la hallaron (vv. 26 27). Pronto se dio cuenta su marido de que estaba muerta (v. 28), por lo que tomó el cadáver y, en lugar de dirigirse a Siló, se puso en camino de su casa. No había rey ni juez a quien apelar en demanda de justicia. No le quedaba, pues, otro recurso que apelar al pueblo. A cada una de las tribus envió, como muestra palpable del crimen cometido, una parte del cadáver de su esposa, después de cortarlo con un cuchillo (v. 29). Todos cuantos vieron los pedazos del cadáver y supieron lo que había ocurrido, expresaron los mismos sentimientos sobre este asunto:

1. Que los hombres de Guibeá eran culpables de un crimen de singular perversidad, tal como nunca se había conocido en Israel (v. 30).

2. Que debía convocarse asamblea general en Israel para debatir lo que debía hacerse en orden a castigar esta perversidad como se merecía y poner así punto final a esta amenazante inundación de vil libertinaje, a fin de que la ira de Dios no se descargase por ello sobre toda la nación. Aquí tenemos las tres grandes normas por las que deberían regirse en todo asunto difícil cuantos se sientan en concejo: (A) *«Considerad esto.* Que cada uno se retire a ponderar el asunto con toda imparcialidad, seriedad y calma, sin prejuicios en contra, ni a favor, de ningún lado». (B) *«Pedid consejo.* Que traten el asunto con toda franqueza, y pida cada uno consejo a su vecino y compañero, para conocer su opinión y pesar bien sus razones.» (C) *«Y decid lo que decidáis.* Que cada uno exprese su decisión y de su voto de acuerdo con su conciencia.» En la multitud de tales consejeros, es de esperar que se hallen soluciones justas y resoluciones seguras.

CAPÍTULO 20

Por triste que sea la historia narrada en este capítulo, ha de incluirse entre los anales de las guerras del Señor. Nada hallamos aquí que sirva de lustre ni de agrado, especialmente cuando consideramos que ocurrió no mucho después del glorioso establecimiento de Israel en la tierra de la promesa, época de la que cabría esperar solamente prosperidad y serenidad. Aquí tenemos, I. La convocación de todas las tribus para escuchar la causa del levita (vv. 1–7). II. La resolución unánime de ejecutar justicia contra los hombres de Guibeá (vv. 8–11). III. La reunión de los hombres de Benjamín para salir en defensa de los hombres de Guibeá (vv. 12–17). IV. La derrota de Israel en los dos primeros días de esta guerra (vv. 18–25). V. La humillación que se impusieron a sí mismos delante de Dios ante lo sucedido (vv. 26–28). VI. Y la derrota total que infligieron a los benjaminitas, mediante estratagemas, en la tercera y final acometida, en la que perecieron todos los hombres de Benjamín, excepto 600 (vv. 29–48).

Versículos 1–11

I. Asamblea general de toda la congregación de Israel, a fin de examinar el asunto concerniente a la concubina del levita y considerar lo que había de hacerse en este caso (vv. 1–2). Todos dieron su consentimiento, como un solo hombre, acerca de lo que había de hacerse, llevados de santo celo por el honor de Dios y de Israel.

1. El lugar de la reunión fue *Mizpá.* Allí se reunieron en la presencia de Dios, ya que aquel lugar caía tan cerca de Siló, que podemos suponer que el campamento de tan gran multitud se extendería desde Mizpá hasta Siló. Siló era una ciudad pequeña y, por ello, siempre que había asamblea general del pueblo para presentarse delante de Jehová, escogían Mizpá como cuartel general.

2. Allí se reunió todo Israel, *desde Dan hasta Beerseba y la tierra de Galaad* (es decir, las tribus del otro lado del Jordán). En esta asamblea general estaban presentes, como representantes de toda la nación, los *jefes,* que el hebreo llama literalmente *pinnoth = piedras angulares,* pues ése es el oficio de los jefes, para que todo el pueblo se mantenga fuertemente unido. Estaba cada uno al frente de sus respectivos regimientos, a la cabeza de los millares, los centenares, las cincuentenas y las decenas de soldados, sobre quienes presidían; ya que, no teniendo rey que hiciera de comandante en jefe, hemos de suponer que guardarían el mejor orden posible dentro del ámbito familiar, como lo habían observado para tomar la

común resolución. Así, pues, tuvieron: (A) Un congreso general de los estados para tomar consejo, y (B) una organización general de la milicia para pasar a la acción de los *hombres de guerra*, (vv. 2, 17).

II. La tribu de Benjamín se enteró de esta reunión (v. 3): *Oyeron que los hijos de Israel habían subido a Mizpá.* La noticia de esta reunión los endureció y exasperó, en lugar de estimularles a que reflexionaran y consideraran las cosas que pertenecían a su paz y a su honor.

III. El solemne examen que los reunidos llevaron a cabo acerca del crimen que habían cometido los hombres de Guibeá. El levita dio a conocer los detalles de la perversa acción y concluyó su informe con una apelación al juicio del tribunal (v. 7): *«Todos vosotros sois hijos de Israel; dad aquí vuestro parecer y consejo,* ya que *sabéis la ley y el derecho»* (Est. 1:13).

IV. Los reunidos decidieron no volver ninguno a su casa sin haber vengado antes en Guibeá el crimen cometido, el cual era una infamia y un escándalo para toda la nación. 1. Su celo contra el delito de lascivia que se había perpetrado, pues no quisieron volver a sus casas, por mucho que sus familias y sus negocios los necesitasen, mientras no quedase vindicado el honor de Dios y de Israel. 2. Su prudencia en enviar un considerable número de personas para que tomaran provisiones para el resto (vv. 9, 10). 3. La unanimidad de su resolución (v. 8): *Todo el pueblo, como un solo hombre, se levantó. Su* gloria y su fuerza estribaban en el hecho de que las diversas tribus tenían un interés común en lo que concernía al bien común.

Versículos 12–17

I. La justa demanda que las tribus de Israel, ya acampadas, hicieron a la tribu de Benjamín, de que entregara a la justicia los malhechores de Guibeá (vv. 12, 13). Los israelitas ardían en celo de vengar la maldad que se había cometido, pero era un celo discreto, pues pensaron que no tenían excusa en caer sobre la tribu de Benjamín, a no ser que los benjaminitas se hiciesen culpables rehusando entregar a los criminales.

II. La perversa obstinación de los hombres de Benjamín, quienes se mantuvieron tan celosos y unánimes en su resolución de tomar partido por los criminales como el resto de las tribus se habían mantenido en su resolución de castigarles; lo cual muestra el poco sentido que tenían de su honor, de su deber y de su interés. Tomaron a mal que las otras tribus se interfirieran en asuntos de su tribu; rehusaron cumplir con su deber, precisamente porque se lo exigían sus hermanos de otras tribus, por quienes no estaban dispuestos a ser enseñados ni gobernados.

III. Eran tan prodigiosamente presuntuosos y estaban tan envanecidos como para oponerse en el campo de batalla contra las fuerzas unidas de todas las demás tribus. ¿Cómo podían esperar tener éxito, cuando iban a luchar contra la justicia y, por tanto, contra el mismo Dios justo y contra los que tenían a su favor al sumo sacerdote y el oráculo divino? ¿Cómo iban a prosperar al actuar en manifiesta rebeldía contra la sagrada y suprema autoridad de la nación? Parece ser que confiaban en la habilidad de sus hombres, especialmente en aquellos 700 que eran tan diestros con la honda que tiraban una piedra a un cabello y no erraban (v. 16). Pero estos expertos honderos no podían tener éxito al respaldar una causa injusta.

Versículos 18–25

La derrota de los hombres de Israel en los dos primeros días de su lucha con los benjaminitas.

I. Antes de entablar la lucha, buscaron el consejo de Dios acerca del orden en que habían de presentar la batalla y recibieron de Dios contestación favorable; sin embargo, fueron batidos terriblemente. Todo el ejército puso sitio a Guibeá (v. 19), pero salieron los de Benjamín con un ímpetu tan inesperado que *derribaron por tierra aquel día 22.000 hombres de los hijos de Israel* (v. 21).

II. Antes de presentar batalla de nuevo, volvieron también a consultar a Dios, y esta vez lo hicieron con mayor solemnidad, pues *lloraron delante de Jehová hasta la noche* (v. 23). No preguntaron ahora

quién subiría primero, sino simplemente si volverían a pelear. Dios les permitió hacerlo, pues, aun cuando Benjamín era una tribu hermana, era, sin embargo, un miembro gangrenado del cuerpo de Israel y, por tanto, debía ser amputado. Con esta respuesta se animaron a pelear, quizá fiados en su superioridad numérica, más bien que en la comisión de Dios. Pero también esta segunda vez fueron derrotados y perdieron 18.000 hombres (v. 25). ¿Qué diremos a esto? ¿Por qué eran derrotados una y otra vez, cuando luchaban por una causa justa y con el beneplácito de Dios? ¿No estaban luchando las batallas de Dios contra el pecado? A esto hay que responder:

1. Los juicios de Dios son inescrutables, pero podemos estar seguros de su justicia, aunque no veamos las razones por las que obra de un modo determinado.

2. Dios quería enseñarles que no debían confiar en números. Si hubiesen consultado a Dios antes de hacer los preparativos para la guerra, quizá les habría indicado un método semejante al que usó Gedeón. Nunca hemos de conceder demasiado valor a un brazo de carne ni ponerle un peso que sólo la Roca de los siglos puede soportar (v. Jer. 17:5).

3. Dios deseaba, por este medio, corregir los pecados de Israel. Israel mostraba mucho celo contra la fechoría de Guibeá, pero ¿no tenían ellos muchos pecados contra su Dios? Algunos opinan que Dios les reprochaba el no haber mostrado el mismo celo contra la idolatría de Micá y de los danitas. Este principio constitutivo estaba del todo olvidado por Israel en esta ocasión, como lo ha sido, desgraciadamente, olvidado por la Iglesia de Dios en los tiempos actuales. «Echa primero la viga de tu ojo, y entonces mirarás en echar la mota del ojo de tu hermano», es un principio divino desde los primeros siglos. El olvidarlo es traer sobre nosotros mismos los juicios de Dios. El rey Jehú (2 R. 10) ejecutó un justo juicio en contra de la casa de Acab; sin embargo, el Señor le dijo: «De aquí a poco yo visitaré las sangres de Jizreel sobre la casa de Jehú, y haré cesar el reino de la casa de Israel» (Os. 1:4). ¿Por qué? Pues porque al hacerlo fue movido por el orgullo de su propio corazón, y, mientras tanto, se jactaba de ser celoso por el nombre y honor de Dios; por consiguiente, trajo sobre sí y su casa una ruina completa. Los reyes de Asiria y Babilonia fueron instrumentos de Dios para llevar a cabo el castigo merecido por Israel; pero se jactaron, y fueron quebrantados.

4. Dios quería enseñarnos con esto que no nos ha de extrañar el que una buena causa sufra reveses por algún tiempo, y que no hemos de juzgar del mérito de dicha causa por el éxito que tengamos al defenderla. El interés de la gracia en el corazón, y el de la religión en el mundo, pueden sufrir pérdidas y parecer derrotados pero, al final, Dios hará brillar la justicia en una completa victoria. Podemos ser vencidos en una batalla, pero no podemos perder la guerra.

Versículos 26–48

Relato de la completa victoria que los israelitas obtuvieron sobre los hombres de Benjamín en el tercer intento; por fin, triunfó la justicia.

I. Cómo se obtuvo la victoria. Había dos elementos en los que habían puesto demasiada confianza: la justicia de su causa y la superioridad numérica de sus fuerzas. Es cierto que la justicia y la fuerza estaban de parte de ellos, pero dependieron demasiado de estos dos factores y descuidaron algo que, por fin, descubrieron esta tercera vez.

1. Desde el principio dieron por garantizado que, siendo la causa justa, no necesitaban otra cosa para que Dios les bendijera. Sólo le preguntaron: primero, quién subiría antes; después, si subirían o no. En cambio, ahora imploraron el favor de Dios: oraron, ayunaron y ofrecieron sacrificios de holocaustos y ofrendas de paz (v. 26), para expiar sus pecados y reconocer su dependencia de Dios. Preparados de este modo, y habiendo buscado debidamente el rostro de Dios, no sólo les ordenó Dios que subieran, sino que les dio promesa segura de victoria: *Subid, porque mañana yo os los entregaré* (v. 28).

2. Anteriormente, habían confiado tanto en el número, que no se habían preocupado de la estrategia, con lo que un número menor de combatientes, pero mejor organizado y dirigido, había derrotado a una masa demasiado compacta e incapaz de maniobrar. Ahora, por fin, se percataban de que tenían que usar de estratagemas especiales, como si luchasen contra un ejército más numeroso: *Y puso Israel emboscadas alrededor de Guibeá* (v. 29). Esto es lo que habían hecho sus padres, bajo el mando de Josué, para la conquista de Hay (Jos. 8).

(A) Obsérvese el método que usaron. El grueso del ejército tomó posiciones frente a Guibeá, como lo había hecho antes (v. 30). Los de Benjamín salieron de Guibeá, para atacarles con la misma bravura que en días anteriores. Los sitiadores se retiraron precipitadamente, como si se les desfalleciera el corazón ante el ataque de los hombres de Benjamín. Pero, cuando todos los benjaminitas habían salido de la ciudad en persecución del enemigo, los emboscados acometieron a la ciudad (v. 37) y dieron señal al grueso del ejército (vv. 38, 40), con lo que los, al parecer, fugitivos se volvieron contra los de Benjamín (v. 41), mientras el grupo apostado en Baaltamar (v. 33) caía también contra los de Guibeá, con lo que los benjaminitas se vieron rodeados por todas partes y eso les llenó de consternación.

(B) Obsérvese también: (a) Que los benjaminitas, al comienzo de la batalla, estaban tan confiados como en los días anteriores. Dios permite, a veces, que los malvados se sientan exaltados en sus éxitos y en sus esperanzas, a fin de que su caída sea más dolorosa y humillante. Vemos aquí cuán poco les duró el regocijo, pues su triunfo duró sólo un par de días. (b) Que el mal les acechaba y ellos no se daban cuenta de ello (v. 34). (c) Que, aun cuando los hombres de Israel organizaron bien la batalla esta tercera vez la victoria es atribuida a Dios: *Y derrotó Jehová a Benjamín delante de Israel* (v. 35). Así es como los hijos de Israel pudieron acosar y hollar a los de Benjamín (vv. 43, 44).

II. Cómo se prosiguió la batalla y se completó la victoria en una expedición militar contra los malvados. 1. Primero fue destruida Guibeá, que había sido también la primera en el crimen. 2. El ejército de Benjamín fue completamente derrotado en el campo de batalla. 3. Los que habían escapado de la batalla, fueron perseguidos y destruidos en su huida. 4. Incluso los que se quedaron en casa no escaparon de la espada, lo cual fue una medida injusta y exagerada por parte de los vencedores. Así que toda la tribu de Benjamín fue destruida, con la sola excepción de 600 hombres que se refugiaron en la peña de Rimón, en la que permanecieron durante cuatro meses (v. 47).

III. De este lamentable asunto de Guibeá se nos habla dos veces en la profecía de Oseas, como de algo que fue el comienzo de la corrupción de Israel y como un mal modelo de todo lo que después se siguió: *Llegaron hasta lo más bajo, como en los días de Guibeá* (Os. 9:9). *Desde los días de Guibeá has pecado, oh Israel; allí tomaron posiciones; ¿no los alcanzará la batalla en Guibeá a estos hijos de iniquidad?* (Os. 10:9).

CAPÍTULO 21

En el capítulo anterior hemos visto la ruina de la tribu de Benjamín. En el presente tenemos: I. La lamentación que Israel hizo por esa ruina (vv. 1–4, 6, 15). II. La provisión que hicieron para reconstruir la tribu, procurando esposas a los 600 hombres que habían escapado (vv. 5, 7–14, 16–25).

Versículos 1–15

I. El ardiente celo que los hombres de Israel habían expresado contra la perversidad de los hombres de Guibeá, de la que todos los hombres de Benjamín se habían hecho cómplices por su consentimiento.

1. Cuando se habían reunido en Mizpá, se habían ligado con voto de que ninguno había de dar su hija por mujer a los de Benjamín (v. 1). Esto fue jurado sin tener en cuenta la futura destrucción de toda la tribu, en lo que los de Israel se excedieron al matar también a las mujeres, a los niños y al ganado (20:48). Los trataron, pues como si fueran cananeos. 2. Igualmente se comprometieron a dar al anatema (hebreo *jérem*) la ciudad transjordánica de Jabés de Galaad, de la que nadie había acudido a la reunión de Mizpá (v. 8), pues los consideraban como cómplices de una villanía que afectaba a todos los hijos de Israel.

II. La profunda preocupación que sintieron los israelitas por la destrucción de la tribu de Benjamín, una vez consumada su ruina.

1. Tanto como había sido el enojo de Israel a causa del crimen de Benjamín, fue también su tristeza por la destrucción de la tribu: *Se arrepintieron a causa de Benjamín su hermano* (v. 6, v. también el v.

15). No se arrepintieron del celo que habían sentido contra el pecado, sino de las tristes consecuencias de lo que habían llevado a cabo, pues habían sembrado la destrucción más de lo justo y necesario. Habría sido bastante con matar a los que fueron hallados con las armas en la mano; pero no debieron matar a pacíficos pastores, a inermes mujeres y a niños inocentes. Nótese: (A) Que es posible un obrar excesivo en un buen obrar. Es menester tener sumo cuidado en el control de nuestro celo, no sea que lo que pareció sobrenatural en sus causas resulte antinatural en sus efectos. No es buena teología la que se sorbe la humanidad. Más de una guerra que comenzó bien termina mal. (B) Que incluso la justicia necesaria ha de ser ejecutada con compasión. Dios no se complace en el castigo, y los hombres no deberían complacerse tampoco en castigar. (C) Que las pasiones fuertes trabajan para tener que arrepentirse. Lo que decimos y hacemos en el ardor de la pasión, cuando se calman nuestros pensamientos desearíamos de ordinario no haberlo dicho o no haberlo hecho.

2. Cómo expresaron la preocupación que sentían. (A) Con su pesar por la destrucción llevada a cabo. Vinieron a la casa de Dios pues allá llevaban todas sus dudas, sus consultas, sus preocupaciones y sus pesares. Y dijeron: *Cortada es hoy de Israel una tribu* (v. 6). Benjamín se había convertido en Benoní, el hijo de la mano derecha, en el hijo de mi dolor. En su aflicción, edificaron un altar para expiar por su locura en la fiera persecución del enemigo y para implorar el favor divino en el aprieto presente. Todo lo que nos apesadumbra debería llevarnos a la presencia de Dios. (B) Con su amistoso tratado con los pobres refugiados en la peña de Rimón, a los que enviaron recado de paz (v. 13), asegurándoles así que no volverían a tratarles como a enemigos, sino que los recibirían como amigos. (C) Con el interés con que procuraron proveerles de esposas, para que su tribu pudiese ser reconstruida, y reparadas sus ruinas. Todas las cabezas se pusieron a trabajar para ver de hallar un medio apropiado para reconstruir la tribu sin faltar a los juramentos proferidos. Se hallaron en Jabés-Galaad 400 doncellas núbiles, y con ellas se casaron otros tantos de los benjaminitas que habían quedado (v. 14). Quizá la alianza así concertada entre Benjamín y Jabés de Galaad influyó más tarde en el interés que Saúl, benjaminita, sintió por dicho lugar (1 S. 11), aun cuando estaba habitado por nuevas familias.

Versículos 16–25

Método que se usó para proveer de esposas a los 200 restantes benjaminitas.

I. En los campos de Siló, todas las jóvenes de ese lugar salían a danzar en una *fiesta solemne de Jehová* (v. 19), probablemente la fiesta de los Tabernáculos, pues ésa era la única solemnidad en que a las doncellas judías se les permitía danzar; y eso, no tanto por recreo cuanto como expresión de regocijo santo, como cuando danzó David delante del Arca. La danza era modesta y casta. Sin embargo, al danzar en público se expusieron a ser fácil presa de los que tenían el propósito de raptarlas.

II. Los ancianos de Israel dieron permiso a los benjaminitas para que se emboscaran en las viñas y *arrebatara cada uno mujer para sí de las hijas de Siló* y se las llevaran a tierra de Benjamín (vv. 20, 21). Éste fue un caso extraordinario de arreglar matrimonios, pues al tomar esposa no tuvieron en cuenta si las jóvenes les amaban o no, ni si los padres darían su consentimiento. El caso se resolvió bien, pero no debe servir de precedente. Los matrimonios que se contraen deprisa ocasionan frecuentemente un tardío arrepentimiento. ¿Qué ventajas pueden esperarse de un contrato hecho con fraude o por la fuerza?

III. Hicieron todo lo posible para apaciguar a los padres de las jóvenes. El juramento con que se habían ligado de no dar a sus hijas a los benjaminitas es fácil que crease escrúpulos a los que tenían delicada la conciencia. La necesidad era urgente (v. 22): *Hacednos la merced de concedérnoslas, pues que nosotros en la guerra no tomamos mujeres para todos.* Parece como si ahora reconocieran que habían hecho mal en matar también a las mujeres, a la vez que deseaban expiar por el rigor de su voto de destrucción mediante la más favorable interpretación que pudieron hallar del voto de no dar sus hijas en casamiento a los benjaminitas.

IV. Finalmente, al término del libro tenemos: 1. La reconstrucción de la tribu de Benjamín. Los pocos que quedaron *volvieron a su heredad* (v. 23). Y, poco después, de esa tribu surgió Eúd, que fue famoso en su generación y el segundo juez de Israel (3:15). 2. La dispersión y licenciamiento del ejército de Israel (v. 24). No pretendían sostener un ejército permanente, ni hacer ninguna alteración ni nuevos estatutos en

su gobierno, sino que, tan pronto como fue cumplida la misión emprendida por todos, se marcharon tranquilamente en la paz de Dios, *cada uno a su heredad. El versículo final nos advierte una vez más que en aquellos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía. Queda así señalada la causa principal de los desastres de todo orden que se sucedieron en este azaroso período de la historia de Israel.*

RUT

Esta breve historia de los episodios domésticos de una familia está colocada en nuestras Biblias inmediatamente después del libro de *Jueces* y con mucha razón, pues, por una parte, refiere hechos sucedidos durante la época de los jueces y, por otra, enlaza admirablemente con el Libro Primero de Samuel, por la breve genealogía desde Rut hasta David, que aparece al final. No se nos refieren aquí milagros, leyes, guerras ni revoluciones, sino las peripecias de dos mujeres: Noemí, primero en su aflicción y después en su consuelo; Rut, primero en su conversión a la fe de Israel y después en su promoción a figurar en la genealogía del Mesías. El propósito de este libro es: I. Mostrarnos la admirable línea que la providencia de Dios sigue hasta en los menores detalles de nuestra vida (v. 1 S. 2:7 8; Sal. 113:7–9). II. Llevarnos a Cristo, descendiente de Rut (Mt. 1), parte de cuya genealogía hallamos al final de este libro. En la conversión de Rut la moabita y su inclusión entre los antepasados de Jesús, hallamos como un tipo del llamamiento de los gentiles a entrar a su debido tiempo en comunión con nuestro Señor Jesucristo. En el capítulo 1 vemos las aflicciones de Noemí y Rut. En el 2, algunos ejemplos de la laboriosidad y humildad de estas mujeres. En el 3, la alianza que vinieron a concertar con Booz. Y en el 4, el feliz asentamiento en aquel lugar. Recordemos que la escena se lleva a cabo en Belén, lugar donde nació nuestro Salvador.

CAPÍTULO 1

En este capítulo vemos la aflicción de Noemí: I. Forzada a emigrar al país de Moab, a causa del hambre que se abatió sobre Israel (vv. 1, 2). II. Luego la vemos de luto por la muerte de su esposo y de sus dos hijos (vv. 3–5). III. Como buena suegra, deseosa de hacer el bien a sus nueras (vv. 6–18). IV. Como pobre anciana, que regresa a su país de origen (vv. 19–22).

Versículos 1–5

Las primeras palabras del libro nos fijan la fecha de este relato: *Aconteció en los días en que gobernaban los jueces* (v. 1). Y, por cierto, debió de ocurrir hacia el comienzo de dicha época, ya que Booz el que se casó con Rut, era hijo de Rahab, la que recibió a los espías en tiempo de Josué. (Nota del traductor: Si la genealogía de 4:21–22—así como la de Mt. 1:5—carece de «huecos», resulta muy difícil aceptar la cifra de 340 años, propuesta por L. Wood, Charles Ryrie, etc., para el período de los jueces. Tiene mayores probabilidades la opinión de que varios jueces actuaron en diversas partes del país con lo que las respectivas fechas se solaparían lo suficiente para darnos una cronología aceptable.) La fecha más probable es la de tiempos de Gedeón, pues sólo en su tiempo leemos que se cerniese sobre Israel el hambre a causa de la invasión de los madianitas (Jue. 6:3–4).

I. Vemos, pues, *hambre* en el país de Canaán, *que fluía leche y miel.* Éste era uno de los castigos con que Dios había amenazado a su pueblo a causa de sus pecados (Lv. 26:19, 20). Tenía el país reposo, pero no tenía pan, ni siquiera en Belén, que significa *casa del pan.* Una tierra fértil se torna estéril, para correctivo y freno de la lujuria y vana ostentación de sus habitantes.

II. Relato de una familia azotada por el hambre: la de Elimélec, que significa *mi Dios es rey.* Su mujer se llamaba Noemí, que significa *dulce, amable o placentera.* Pero los nombres de los hijos eran (hebr.) Mahlón y Khilyón, que significan, respectivamente, *enfermizo y consumido,* quizá por alguna debilidad congénita.

III. Traslado de la familia de Belén a Moab, al otro lado del Jordán, a causa del hambre (vv. 1, 2). Parece ser que había suficientes víveres en Moab, mientras en Israel reinaba la escasez. Allá se fue Elimélec a vivir por algún tiempo, como lo habían hecho, en ocasiones similares, Abraham a Egipto e Isaac al país de los filisteos.

1. El interés de Elimélec por proveer para su familia, llevándose consigo a su mujer y a sus dos hijos, lo cual es digno de alabanza.
2. Pero ya no es tan recomendable su traslado al país pagano de Moab. Al estar Israel bien aposentado en Canaán, ¿qué motivo tenía él para emigrar a Moab, que no lo tuvieran también sus vecinos? Igual que muchos de sus paisanos, si se hubiese contentado con la misma parquedad de provisiones y hubiese tenido esperanza de mejores días, no habría deshonrado a Dios con su impaciencia, ni habría debilitado las manos de sus hermanos con este mal ejemplo. Cansarse pronto del lugar en que Dios nos ha colocado, y pensar en traslados tan pronto como surge el menor inconveniente, es señal de un ánimo inestable, desconfiado y descontentadizo. Y, si tenía que trasladarse, ¿por qué al país de Moab? Si hubiese preguntado e investigado, es muy probable que hubiese hallado acomodo y sustento en alguna tribu de Israel, especialmente en las del otro lado del Jordán, que lindaban precisamente con el país de Moab.

IV. Casamiento de sus dos hijos con dos moabitas, después de la muerte de él (v. 4). Esto estuvo mal hecho, en lo que están de acuerdo los comentaristas. La versión caldea dice: *Transgredieron el decreto de la palabra de Dios al tomar mujeres extrañas.* No se ve que las mujeres fuesen prosélitas de la religión israelita, pues de Orfá se nos dice que *se volvió a sus dioses* (v. 15). Una tradición, sin fundamento alguno, de los judíos dice que Rut era hija de Eglón, rey de Moab.

V. Muerte de Elimélec y de sus dos hijos, y la condición de desconsuelo a la que se vio reducida, por ello, Noemí. Murió su marido (v. 3) y, poco después de casarse, murieron sus dos hijos (v. 5). La versión caldea dice: *Sus días fueron acortados;* sin duda, por haber transgredido la ley al casarse con mujeres

extranjeras. Al perder al marido, Noemí dependía completamente de sus hijos. ¡Cuán desconsolada debió de quedar Noemí al verse *desamparada de sus dos hijos y de su marido!* Al *venir estas dos cosas de repente, pérdida de hijos y viudez, ¿quién la consolará?* (Is. 47:9; 51:19). Sólo Dios puede consolar a quienes de tal manera se hallan abatidos.

Versículos 6–18

I. El afecto que Noemí conservaba hacia su país de origen (v. 6). Aunque el país de Moab le había ofrecido por algún tiempo sustento y cobijo en días de necesidad, no pensaba en permanecer allí para siempre; sólo podía satisfacerla la tierra santa, en la que se hallaba el santuario de Dios.

1. Dios, por fin, tuvo misericordia de su pueblo y *les visitó dándoles pan* (v. 6). La abundancia es don de Dios. Su misericordia en visitarles con pan, es decir, con alimento corporal, era tanto más apreciada cuanto más severa había sido el hambre, pues los bienes se aprecian mejor cuando nos han faltado anteriormente.

2. Noemí recibió, pues, buenas noticias de que en Belén había pan; así que pensó volver de inmediato allá. Aunque tengamos razones buenas para hallarnos en algún mal lugar, no debemos quedarnos allí cuando las razones han cesado de existir. Una ausencia forzada de las ordenanzas de Dios, y una presencia forzada entre los malvados, son grandes aflicciones; pero sólo se convierten en pecado cuando cesa la fuerza mayor, y la persona continúa allí por su propia elección. El país de Moab se había convertido para Noemí en un lugar de melancolía, y desea volver a Canaán. Si la tierra nos resulta amarga es para que suspiremos por ir al Cielo.

II. El afecto que le profesaban sus nueras, especialmente Rut, al que ella correspondía con el mismo afecto.

1. Fueron tan amables que se ofrecieron a acompañarla en el viaje de regreso a la región de Judá. Con esto vemos, por una parte que ella, como fiel israelita, se había portado amablemente con ellas y se había ganado su cariño y, por otra parte, que Orfá y Rut tenían un justo sentido de la amabilidad de su suegra. Habían permanecido unidas, aun después de la muerte de aquellos por quienes les venía la mutua relación. Aunque las nueras retenían su devoción a los dioses del país (v. 15), y Noemí se mantenía fiel al Dios de Israel, esta discrepancia no era obstáculo al afecto que se tenían, mostrado en la práctica de los mutuos deberes. Nueras y suegras se hallan, con frecuencia, enfrentadas (Mt. 10:35), por lo que resulta más digno de alabanza el que convivan en paz y amor.

2. Cuando habían caminado juntas algún trecho, Noemí las invitó tiernamente a que volvieran *cada una a la casa de su madre* (v. 8), con esto les sugirió que sus respectivas madres les resultarían más agradables que la suegra, especialmente cuando sus madres tenían casa y ella no tenía por ahora ni siquiera un lugar propio donde reclinar la cabeza. Las despidió, pues:

(A) Con agradecimiento: *Jehová haga con vosotras misericordia, como la habéis hecho con los muertos y conmigo* (v. 8).

(B) Con oración. Cuando dos amigos se despiden, bueno es que se despidan con oración. Las despide con una bendición en que menciona por dos veces el nombre de Jehová, el Dios de Israel, único Dios verdadero, a fin de exhortarlas a que alcen sus ojos a quien es la única fuente de todo bien (Stg. 1:17). Y añade: *Os conceda que halléis descanso, cada una en casa de su marido* (v. 9); con ello les deseaba un feliz y próspero nuevo matrimonio.

(C) Con gran afecto: *Las besó,* y desea tener mucho más y mejor que dejarles, pues no tenía ni plata ni oro. No obstante este beso de despedida era el sello de una profunda y sincera amistad.

3. Las dos jóvenes viudas no querían separarse de su buena suegra, tan fuertemente las había ganado la buena conducta de esta piadosa israelita: *Ciertamente nosotras iremos contigo a tu pueblo* (v. 10). Es un ejemplo, poco frecuente, de afecto a una suegra y una evidencia de que, a través de ella, se habían formado una buena opinión del pueblo de Israel. Incluso Orfá, que después se volvió a sus dioses, parecía ahora resuelta a marchar con Noemí.

4. Noemí resolvió disuadirlas de que marchasen con ella (vv. 11–13).

(A) Les hizo ver la desolación en que se hallaba. Si hubiese tenido otros hijos en Canaán con quienes ellas pudieran casarse de nuevo, les serviría de aliento para esperar asentarse cómodamente en Belén.

Pero una de las mayores penas que sentía era que, en la pobre condición a la que se veía reducida, no estaba en su mano hacer por ellas lo que desearía, por lo que se lamenta de la aflicción que, por esta causa, les había sobrevenido a ellas. Los ánimos generosos soportan sus propios reveses mejor que el pesar que de ellos se les deriva a otras personas. Noemí soportaba su indigencia mejor que el pesar de sus nueras.

(B) ¿Hizo bien Noemí al tratar de disuadir a sus nueras de que marchasen con ella, cuando habría podido salvarlas de la idolatría de Moab y llevarlas a la fe y a la adoración de Israel si hubiesen venido con ella? No cabe duda de que Noemí lo deseaba, pero: (a) Si venían con ella, no podía tomarlas a su cargo ni imponerles las creencias. Quienes hacen profesión de fe sólo por complacer a sus parientes o amigos, suelen ser conversos de poco valor y de corta duración. (b) Si venían con ella, había de ser porque así lo deseaban libremente y, en tal caso, convenía que se sentasen primero a calcular el costo, como deben hacer todos los que profesan la fe cristiana.

Siempre es bueno que se nos advierta del lado oscuro de las cosas, no sólo del lado rosa. Éste es el método que siguió nuestro Salvador con aquel que, en un momento de gran entusiasmo, le dijo: *Maestro, te seguiré adondequiera que vayas.* «Ven, ven—vino a decirle el Señor—, ¿te atreves a llevar la vida que yo llevo? *El Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza.* Toma nota de esto, y considera luego si tendrás corazón para compartir su suerte» (Mt. 8:19, 20). Y así es como trata Noemí con sus nueras. Los pensamientos que maduran en resoluciones mediante seria consideración llevan las de perdurar en el corazón, mientras que los que maduran demasiado pronto suelen corromperse con suma facilidad.

5. Orfá no necesitó muchas razones para persuadirse a seguir la corrupción de su corazón y volverse a su país, a la casa de su padre y a su parentela y, con ello, a sus dioses falsos, ahora que tenía la oportunidad de escuchar un llamamiento eficaz para dejarlos. Ambas *alzaron otra vez su voz y lloraron* (v. 14), profundamente impresionadas por las palabras de Noemí. Pero tuvieron en una y otra un efecto distinto: mientras los inconvenientes expuestos por Noemí retrajeron a Orfá y la inclinaron a volverse a su país, a Rut la corroboraron en su resolución de marchar con su suegra. En efecto:

(A) *Orfá besó a su suegra,* esto es, se despidió afectuosamente de ella, pero la dejó para siempre. Este beso mostraba que sentía mucho partirse de ella, pero no lo suficiente para dejar su país en atención a ella. Así es como muchos tienen cierta estima de Cristo y sienten algún afecto hacia Él, pero no llegan a salvarse por falta de decisión a dejarlo todo, o lo que más aman, por seguirle. Le aman, pero le dejan, porque no le aman lo suficiente para preferirlo a todo lo demás, como le pasó al joven rico que se marchó, aunque triste, de Cristo (Mt. 19:22).

(B) *Pero Rut se quedó abrazada a ella.* No se nos dice si ya tenía resuelto seguirla desde el momento en que salieron de casa, pero lo cierto es que tomó su resolución correcta en el momento oportuno.

6. Todavía intentó Noemí persuadir a Rut a que se volviera, tratando de convencerla con el ejemplo de su compañera: *He aquí tu cuñada se ha vuelto a su pueblo y a sus dioses; vuélvete tú tras ella* (v. 15). Como si dijese: «Si has de volverte, ésta es la hora. Ésta es la prueba más dura de tu constancia; si pasas esta prueba, serás mi hija para siempre».

7. Rut pone fin a este debate con la más solemne profesión de la decisión que había tomado de no dejarla y de no volver a su país ni a sus dioses: *No me insistas* (lit.), donde el hebreo usa el adverbio fuerte *al* para expresar la negativa (vv. 16, 17).

(A) No existen expresiones más hermosas ni valientes que las que usa Rut en esta ocasión. Como dice el Dr. Ryrie, «la afirmación que hace Rut de su compromiso es quizá la más bella de toda la literatura». Y el profesor barcelonés C. Muñoz Espinalt ha escrito que una mujer que no se emocione al leer este pasaje denota un nivel muy bajo de femineidad. Ahora precisamente que su cuñada se ha marchado, parece Rut cobrar nuevos ánimos y expresarse con mayor valentía, lo cual es un ejemplo de la inclinación que la gracia de Dios puede llevar a cabo en un corazón para que resuelva escoger la mejor parte, como María de Betania. (a) Suplica a su suegra: *No me insistas a que te desampare para volverme de seguirte* (lit.). No quiere de ningún modo que siga rogándole que se marche de ella. (b) Especifica con todo detalle su resolución de adherirse a ella y no dejarla jamás; habla el lenguaje de quien ha resuelto entregarse a Dios e ir al Cielo. *Primero,* irá con ella *adondequiera que vaya,* aunque sea a un país que nunca ha visto, por muy lejos que esté de su propio país y por áspero que sea el camino que su suegra siga. *Segundo,* vivirá con ella *dondequiera que viva,* aunque sea en una cabaña y aun con un alojamiento similar al de Jacob cuando éste tuvo una piedra por almohada. *Tercero,* compartirá los intereses, los gozos y las penas de su pueblo: *Tu pueblo será mi pueblo. Cuarto,* lo que es más importante, renuncia para siempre a los ídolos y

abraza la fe del verdadero Dios, el Dios de Israel: *Y tu Dios será mi Dios. Quinto,* no sólo quiere estar unida a su suegra en vida, sino también en muerte y sepultura: *Donde tú mueras, moriré yo y allí seré sepultada.* Está gozosa de dormir el sueño de la muerte en el mismo lecho de su suegra, sin desear que ni aun sus huesos sean devueltos a su país de origen, Moab. (c) Finalmente, respalda su resolución con un voto solemne: *Así me haga Jehová, y aun me añada* (antigua forma de imprecación), *que sólo la muerte hará separación entre nosotras dos.*

(B) La actitud de Rut es un modelo de conversión absoluta a Dios. Como ella, nosotros también hemos de estar dispuestos: (a) A tomar al Señor por nuestro Dios para siempre y ser consecuentes con esta decisión. (b) Al tomar al Señor por Dios nuestro, hemos de tomar también por nuestro su pueblo, sin condiciones, aunque sean pobres, despreciados, imperfectos. (c) Resueltos a compartir la suerte del pueblo de Dios, hemos de soportar las vicisitudes y adversidades que ellos hayan de soportar, y compartir sus penas y sus alegrías.

8. Noemí no tuvo nada más que replicar a las palabras de Rut: *Y viendo Noemí que estaba tan resuelta a ir con ella, no dijo más* (v. 18). Esto era precisamente lo que Noemí deseaba; que Rut tomase conciencia de lo que significaba marchar con ella a un país extraño y resolviese acompañarla con toda libertad.

Versículos 19–22

Noemí y Rut, tras un fatigoso viaje, llegaron, por fin, a Belén. Y llegaron muy a tiempo: *al comienzo de la siega de la cebada* (v. 22), que era la primera de las cosechas, antes de la del trigo. Así tenían la oportunidad de proveerse para el invierno.

I. La conmoción del vecindario de Belén ante la llegada de ellas: *Toda la ciudad se conmovió por causa de ellas* (v. 19). Sus convecinas se reunieron en torno de ella, para darle la bienvenida y preguntarle cómo se hallaba. Al verla ahora viuda y sin hijos, y acompañada de una nuera, también viuda, suscitó la compasión del vecindario de la pequeña ciudad. Por eso decían: *¿No es ésta Noemí?* Como dice el adagio español: ¡Quién te ha visto y quién te ve! Quienes la conocían de antiguo estaban sorprendidas de verla envejecida y alterada por las aflicciones. Los pesares y las aflicciones alteran el rostro de las personas hasta hacerlas irreconocibles. Dios, por medio de su gracia, nos prepara para tales cambios, especialmente para el gran cambio que es la muerte.

II. La reacción de Noemí ante las preguntas de antiguas vecinas y compañeras: *No me llaméis Noemí (*que significa *placentera), sino llamadme Mara* (es decir, *amarga), porque en grande amargura me ha puesto el Shadday (Todopoderoso o, mejor, Todosuficiente)* (v. 20).

1. Menciona primero, aunque sin murmurar contra la Providencia, su cambio de situación económica: *me fui llena* (al menos, con el marido y los hijos vivos), *pero Jehová me ha vuelto con las manos vacías:* viuda y sin hijos y, probablemente, sin otros bienes que el vestido que llevaba, después de haber tenido que vender sus bienes y sus enseres (v. 21). En esto reconoce la mano de Dios, lo cual es una buena consideración, pues quien tiene fe en el Dios que vacía, puede confiar en el Dios que sabe cómo volver a llenar.

2. En conformidad con este cambio que se ha obrado en su situación, les pide que no la llamen por su antiguo nombre, sino con otro que cuadre mejor a su estado actual: *«No me llaméis Noemí* pues ya no hay en mí nada placentero, ni para mí misma ni para mis amistades, *sino llamadme Mara,* pues estoy llena de amargura». Si Dios ha decidido amargarla de momento, se somete a sus inescrutables designios. Una aflicción bien llevada, siempre nos hace bien: *«La tribulación produce paciencia»* (Ro. 5:3).

CAPÍTULO 2

I. La humildad y laboriosidad de Rut al espigar, y cómo la Providencia la dirigió al campo de Booz (vv. 1–3). II. E1 gran favor que Booz le mostró en varias ocasiones (vv. 4–16). III. E1 regreso de Rut a casa de su suegra (vv. 18–23).

Versículos 1–3

Noemí se halla ahora aposentada en Belén entre sus antiguas amistades. Se nos hace referencia:

I. De un pariente suyo rico, Booz: *«hombre fuerte de riqueza o fuerza»* (v. 1, lit.), como su propio nombre designa, pues *Booz* (hebreo *Bóaz)* significa *en él (hay) fuerza.* Este hombre era de la familia de Elimélec, el difunto marido de Noemí, tan venida a menos ahora.

II. De su pobre nuera, Rut:

1. Su condición era muy humilde y pobre, lo cual es siempre una dura prueba para un joven prosélito. Noemí y su nuera no tenían otro medio de proveerse de víveres que espigando.

2. Su carácter, que, en estas condiciones, era admirable (v. 2). No siente nostalgia de su país nativo; de no ser así, ahora se sentiría tentada a volverse allá. El Dios de Israel ha de ser su Dios pase lo que pase; en Él ha de confiar y nunca le ha de dejar. Así qué le dice a su suegra: *Te ruego que me dejes ir al campo y recogeré espigas donde me acojan benévolamente.*

3. El ejemplo que de ella hemos de tomar: (A) De su humildad. Al verse pobre por la mano de la Providencia, no dijo: *«De mendigar, me avergüenzo»*. No le dice a su suegra que no la criaron para vivir de migajas. Aunque no fue educada para mendigar, no tiene inconveniente en rebajarse a espigar, ni le resulta difícil el oficio de pordiosera. (B) De su laboriosidad: *«Recogeré espigas»*. Una disposición diligente sirve mucho, tanto para este mundo como para el otro. No hemos de avergonzarnos de ningún oficio, por modesto que sea, con tal que sea honesto. (C) De su consideración hacia su suegra. Aunque no era madre suya, se porta con ella como si lo fuera y aun mejor que muchas hijas con sus madres. (D) De la dependencia que mostró de la Providencia: *«recogeré espigas en donde me acojan benévolamente»*. No sabe qué camino tomar, ni a qué campo llegar, pero confía que Dios le proporcionará alguna persona que la acoja benévolamente. Y le fue muy bien, por cierto, pues *«aconteció que aquella parte* (a la que fue a espigar) *del campo era de Booz»* (v. 3). Quizá le pareció una casualidad, pero la Providencia guió sus pasos al campo aquel. Muchas bendiciones nos han venido mediante lo que parecían pequeñas coincidencias, pero el propósito de la Providencia era seguro.

Versículos 4–16

Entra en escena Booz, y también con rasgos muy favorables:

I. Por lo que respecta a su relación con los criados y demás empleados en la cosecha de su grano. El tiempo de la recolección es tiempo de mucha ocupación y se requieren muchas manos para esa labor. Booz es modelo de buen amo: 1. Tenía un mayordomo a cuyo cargo estaban los demás criados (v. 6), pero: 2. Él mismo vino a ver cómo se llevaba el trabajo, lo cual era una señal de prudencia y de amabilidad. 3. El intercambio de saludos con los segadores fue muy piadoso: (A) Les dijo: *Jehová sea con vosotros. Y ellos respondieron: Jehová te bendiga* (v. 4). Esto expresaba: (a) El mutuo respeto que se tenían. Hay muchas probabilidades de que las cosas marchen bien en una casa en que hay tal respeto entre el amo y los criados. (b) Su común dependencia de Dios, pues expresaban su buena voluntad mutua mediante una oración. (B) Aprendamos de aquí: (a) a ser corteses en nuestros saludos, (b) a ser piadosos en nuestros saludos, y cuidemos únicamente de que tales expresiones religiosas no se conviertan en mero formulismo. 4. Obtuvo de su mayordomo información acerca de Rut y ordenó a sus criados que no la molestaran (v. 9), ni la avergonzaran (v. 15), sino que la permitieran incluso *recoger espigas de entre las gavillas.*

II. Booz se portó muy amablemente con Rut, inducido a ello por el buen informe que de ella recibió y por lo que él mismo pudo ver.

1. El mayordomo dio a Booz un buen informe de ella, con lo que la recomendó al favor de él (vv. 6, 7). Le dijo: (A) Que era extranjera y, por ello, de aquellas a las que la ley de Dios permitía espigar y rebuscar (Lv. 19:9, 10). (B) Que estaba relacionada con la familia de él, pues había vuelto con Noemí, mujer de Elimélec, pariente de Booz. (C) Que era prosélita, pues había venido a morar en Israel. (D) Que

era modesta, pues no había comenzado a espigar hasta que le dieron permiso. (E) Que era muy laboriosa, pues había estado espigando desde la madrugada, *sin descansar ni aun por un momento.*

2. Ante este informe, Booz se portó muy amablemente con ella. (A) Le pidió que se juntase a las criadas de él y no fuese a espigar a otro campo (v. 8). (B) Ordenó a sus criados que la respetaran aun siendo una extranjera, y es probable que su lenguaje y aderezo personal fuesen diferentes de los de ellos. (C) Le dio la bienvenida a su mesa (v. 14), después de haberle permitido beber del agua que sacaban los criados (v. 9). Él mismo le dio del potaje que comían. (D) La alabó mucho por el comportamiento que había tenido hacia su suegra, por lo que él había oído (v. 11). La alabó, sobre todo, por haber dejado padre, madre y patria, y haber venido a *refugiarse bajo las alas de Jehová, el Dios de Israel* (vv. 11, 12). (E) Oró por ella: *Jehová recompense tu obra* (v. 12). Quienes, por fe, se refugian bajo las alas de la gracia divina, pueden estar seguros de que tendrán plena recompensa por ello. Los judíos describen a un prosélito como alguien que *se ha juntado bajo las alas de la majestad divina.* (F) La animó a que continuase espigando y ordenó a sus criados que la dejasen espigar incluso entre las gavillas.

3. Rut recibió estas señales de amabilidad con gran humildad y gratitud. Le mostró el máximo respeto y le dio el honor acostumbrado en el país (v. 10): *Bajando su rostro, se inclinó a tierra.* Y se declaró indigna de tales mercedes, ya que era extranjera (v. 10) e inferior a las criadas de él (v. 13). Sólo le pide continuar hallando gracia a los ojos de él (v. 13). Y, cuando Booz la invitó a compartir su mesa, comió lo suficiente (v. 14), e inmediatamente se levantó para volver a espigar (v. 15).

Versículos 17–23

I. Rut termina su tarea cotidiana (v. 17). 1. Puso interés en no perder el tiempo, pues estuvo espigando *hasta la noche.* 2. Puso también interés en no perder nada de lo que había recogido, ella misma lo desgranó, a fin de llevarlo más fácilmente a casa y tenerlo presto para el uso. Había recogido espiga por espiga, pero cuando lo juntó todo, era *como un efa de cebada* (v. 17), unos 35 litros, con lo que las dos mujeres tenían para comer varios días.

II. Tan pronto como llegó a casa, mostró a su suegra lo que había recogido, así como lo que le había sobrado de la comida. Le contó todo lo sucedido aquel día y los favores que la Providencia le había concedido. Noemí le preguntó dónde había espigado (v. 19), y ella le dio informe detallado del magnífico trato que había recibido de Booz y del favor que todavía esperaba de él, pues le había concedido que continuase espigando allí con sus criadas *«hasta que hayan acabado toda mi siega»* (v. 21).

III. Noemí bendijo a Booz por haberse portado tan bien con Rut aun antes de saber quién era (v. 19), y le recomendó ante Rut por lo bien que él se había portado igualmente con los ya fallecidos. También le dijo a Rut el parentesco que las ligaba a aquel hombre: *Nuestro pariente es aquel varón* (v. 20). Obsérvese el contraste y la cadena de providencias: Rut habla de Booz como de alguien que ha sido tan amable con ella, y Noemí habla de Booz como de alguien que es pariente cercano y, por tanto, uno de los que pueden rescatar la hacienda y casarse con Rut. Por ello, exhorta a Rut a que continúe espigando en el campo de Booz y no marche a otro campo (v. 22). ¿Nos ha mostrado Dios su bondad y munificencia? No permitamos ser hallados en otro campo, buscando felicidad y satisfacción en las criaturas. Rut observó fielmente las instrucciones de su suegra, pues continuó espigando, no sólo hasta el final de la siega de la cebada, sino también de la del trigo (v. 23), y preparó para el invierno, como la hormiga en el verano (Pr. 6:6–8).

CAPÍTULO 3

I. Instrucciones que dio Noemí a Rut sobre el mejor modo de reclamar a Booz por esposo (vv. 1–5). II. La puntual observancia con que cumplió Rut esas instrucciones (vv. 6–7). III. El amable trato que le dispensó Booz (vv. 8–12). IV. Regreso de Rut a casa de su suegra (vv. 16–18).

Versículos 1–5

I. Es admirable y digno de imitación el interés que tiene Noemí por el bienestar de su nuera, y está decidida a verla bien casada. En su prudencia, planeó para su nuera lo que la modestia de ésta le impedía planear para sí misma (v. 1). Obró así: 1. En atención al hijo difunto, para que alguien levantase descendencia por la que se preservara de la extinción la familia. 2. En atención y gratitud a la propia nuera, que tan fiel y respetuosamente se había comportado con ella. *«Hija mía*—le dice, considerándola como hija suya—, ¿no *he de buscar hogar* (lit. *Lugar de descanso) para ti donde te vaya bien?»;* es decir, el acomodo de un buen matrimonio, ya que el estado matrimonial es, o debería ser, un estado de descanso, no de ocio, para la juventud. Es así como se asientan los afectos volubles y reposa el corazón. Son verdaderamente casquivanos los que no se asientan con el matrimonio.

II. El método que usó para procurar el matrimonio de su nuera fue muy extraordinario y hasta puede parecer sospechoso. Si en él se halla algo impropio, la culpa ha de cargarse a Noemí, quien empujó a su nuera a ello, sabiendo, o debiendo saber, mejor que Rut, los usos y costumbres de Israel.

1. Es cierto que Booz, al ser pariente cercano del muerto y (por lo que Noemí sabía) el más próximo de los vivos, estaba obligado por la ley a casarse con la viuda de Mahlón, hijo mayor de Elimélec, y muerto sin descendencia. Noemí viene a decir: «¿Por qué no le hemos de recordar la obligación que tiene?»

2. Era el tiempo apropiado para recordarle esto a Booz, ahora que él se había puesto en contacto con Rut por estar ella continuamente espigando durante toda la siega, y él se disponía a aventar las cebadas en la era (v. 2).

3. Noemí pensó que Rut era la persona apropiada para hacer la petición; quizás era la costumbre en el país que fuese la mujer quien tomase la iniciativa en la propuesta de matrimonio en casos como éste, como parece respaldado por Deuteronomio 25:7–9. *«Lávate, pues, y úngete, y vistiéndote tus vestidos, vete a la era»* (v. 3), le dijo. Es probable que estuviese invitada a cenar allí. Pero no debía hacer saber sus propósitos hasta que se dispersara la compañía y se retirase Booz a descansar.

4. La forma en que Rut se acercó a Booz para descubrirle los pies y acostarse junto a él, parece a primera vista sospechosa y no muy casta; pero no cabe duda de que esas expresiones son correctas y no implican un eufemismo para cubrir el acto sexual. Noemí no pretendió otra cosa, ni Rut la llevó a cabo, que dar a entender a Booz que le correspondía tomar por esposa a Rut. Por otra parte, sabía que Booz era un hombre virtuoso y temeroso de Dios, y que Rut era una joven modesta, *casta y cuidadosa de su casa* (Tit. 2:5). Si lo que Rut hizo hubiese implicado algo poco decente, podemos estar seguros de que Noemí no habría sido tan imprudente como para incitar a su nuera a ello y enajenarse así el afecto y la amistad de un hombre tan bueno y tan importante como Booz. Por otra parte, Rut tenía el suficiente sentido y más que la suficiente virtud para haber rechazado la idea de Noemí si en ella hubiese visto algo pecaminoso. Al ser algo correcto, Rut no dudó en responder a su suegra: *Haré todo lo que tú me mandes* (v. 5).

Versículos 6–13

I. Cuán bien llevaba Booz su negocio. 1. Como era costumbre, estaba con sus criados, mientras éstos aventaban la parva, para dirigir la faena y hacer que se llevase a cabo con el debido esmero. 2. Al haber mayor faena que de ordinario, trataba a sus criados de modo también más que ordinario y, para animarles, comía y bebía con ellos. 3. Después de la cena y, probablemente, de una breve sobremesa, Booz *se retiró a dormir* a hora conveniente, ya que había tenido su primer sueño *a medianoche* (v. 8). 4. Tenía su lecho *a un lado del montón* de grano (v. 7). Era sencillo, como su antepasado Jacob y, como él, si era conveniente, podía dormir en el granero o sobre la paja.

II. Vemos también cuán perfectamente cumplió Rut con lo que su suegra le había mandado. Al despertar Booz y percatarse de que alguien dormía a sus pies, preguntó quién era; a lo que Rut respondió declarándole su nombre y el objetivo que perseguía (v. 9): ponerse bajo su protección, ya que él era la persona designada por la ley de Dios para tal cometido: *«Extiende el borde de tu capa sobre tu sierva, por cuanto eres pariente cercano* (lit. *redentor)* y, por tanto, tienes el derecho y el deber de redimir de la ruina una familia y una hacienda».

III. El favor que Rut halló a los ojos de Booz. Éste sabía que la petición de ella era justa y honesta, y correspondió como debía, sabedor que no era una pasión sensual lo que la había llevado a los pies de él, por lo que mantuvo valientemente su honor y el de ella.

1. La alabó y le habló amablemente, llamándola *«hija mía»* (v. 10), como a mujer de virtud eminente, pues había obrado excelentemente al dejar su propio país y venirse a Israel con su suegra, para vivir con ella y mantenerla. Ya la había bendecido por esto (2:12); pero ahora dice: *Has hecho mejor tu postrera gracia que la primera* (v. 10), puesto que no se había visto atraída por deseos juveniles, sino por el bien de la familia, al desear un segundo casamiento.

2. *Le prometió casarse con ella* (v. 11): *«No temas* que yo te reproche o menosprecie; yo *haré contigo lo que tú digas,* pues eso es lo que la ley demanda y no tengo razón alguna para rehusar, *pues toda la gente de mi pueblo sabe que eres mujer virtuosa»* (v. 11).

3. Se lo prometió condicionalmente, ya que había otro pariente, más próximo que él, a quien pertenecía el derecho de redención (v. 12). Booz mismo se ofreció a hacerle al otro la propuesta y ver cómo pensaba. Si el otro rehusaba cumplir con su obligación, él estaba dispuesto a redimir la hacienda, casarse con la viuda y reconstruir así la familia. El obispo Hall compendia así todo el asunto: «Booz, en lugar de tocarla como un lascivo, la bendice como un padre, la anima como amigo, se ofrece como pariente cercano, la recompensa como patrono y la despide cargada de esperanzas y regalos, no menos casta, sino más feliz de lo que vino».

Versículos 14–18

I. Cómo despidió Booz a Rut. 1. Con una buena advertencia (v. 14): *No se sepa que vino la mujer a la era,* no tanto por visos de indecencia como para respetar el derecho del otro pariente más cercano. Aunque el texto parece insinuar que Booz dijo estas palabras en su interior, caben pocas dudas de que también se lo dijo a Rut. 2. Con un buen presente, muy apreciable para su suegra, prueba evidente de que la enviaba sin disgusto, sino muy complacido con la visita de Rut. Hizo que ella se quitara el manto (o, más bien, velo grueso) que llevaba encima, y en él depositó Booz *seis medidas de cebada.* Si atendemos al peso que podía llevar una mujer, aun siendo joven y fuerte, estas medidas no podían ser *efás* (habrían sido un peso de unos 250 kilos), sino *omeres* (unos 20 litros) o *seahs* (unos 70 litros) y aun esto último sería demasiado peso para ella. Es, por ello, lo más probable que la medida fuese el *omer.*

II. Cómo recibió Noemí a Rut. Le preguntó: *¿Qué hay, hija mía?* (v. 16). Como si dijese: «¿Eres ya novia o no? ¿Hemos de regocijarnos o no?» Así que Rut le contó cómo estaba el asunto (v. 17), a lo que la suegra: 1. Le aconsejó que estuviese satisfecha con lo hecho hasta entonces (v. 18): *Estate tranquila, hija mía, hasta ver cómo acaba la cosa.* 2. Le aseguró que Booz era digno de toda confianza como hombre que habría de hacer cuanto estuviese en su mano para llevar a feliz término este asunto: *porque ese hombre no descansará hasta terminar hoy mismo este asunto.*

CAPÍTULO 4

I. Booz se deshace limpiamente de su rival (vv. 1–8). II. Se casa con Rut y la boda se celebra solemnemente y acompañada de los buenos deseos del vecindario (vv. 9–12). III. El feliz resultado de este matrimonio, con el nacimiento de Obed, el abuelo de David (vv. 13–17). IV. El libro termina con una breve genealogía de David (vv. 18–22).

Versículos 1–8

I. Booz, tan pronto como pudo, llamó al otro pariente más cercano de Elimélec, para que acudiese a la puerta (esto es, al tribunal del pueblo) a discutir el asunto de Rut. Es muy probable que Booz fuese uno de los ancianos o jueces del pueblo. Podemos preguntarnos: ¿Por qué tenía Booz tanta prisa en solventar el caso, cuando Rut era una extranjera y, además, pobre? Lo que había enamorado a Booz y le espoleaba a

resolver cuanto antes este asunto era que *«toda la gente de mi pueblo sabe que eres mujer virtuosa»* (3:11). No era día de tribunal, pero él buscó con toda diligencia *diez varones de los ancianos de la ciudad* (v. 2) para discutir el asunto junto a la puerta. *Diez* es el número requerido, según la costumbre de los judíos, para formar un grupo. Aun hoy (1986), no se puede comenzar el servicio religioso, propiamente dicho, en las sinagogas judías, mientras no se hallan presentes diez varones judíos. Este detalle arroja bastante luz sobre el hecho de que Abraham no siguió adelante en sus rebajas al llegar a *diez* (Gn. 18:32).

II. Reunido el consejo de los diez, Booz invitó a su rival a escuchar la propuesta de rescate (v. 1). Es probable que la hacienda de Noemí estuviese ahora bajo hipoteca, por la necesidad de emplear dinero para comprar víveres durante la época de hambre en el país (v. 3): *Noemí ... vende una parte de las tierras que tuvo nuestro hermano Elimélec.* De este modo, Booz comunica al otro pariente la materia que se debate, a fin de que el anónimo *«fulano de tal»* (hebreo *ploní almoní)* del v. 1 tuviese conocimiento legal de la causa y expusiera delante del tribunal su deseo de rescatar o de rehusar. Como hace notar L. Wood, aun cuando el término *aj* = hermano del v. 3, no se puede tomar siempre al pie de la letra, es probable que Booz fuese realmente hermano de Elimélec, así como el «fulano» aludido (quien, en tal caso, sería mayor que Booz. Nota del traductor). Así se explicaría mejor lo del v. 17: *Le ha nacido un hijo a Noemí.* En cuanto a la extraña expresión *«fulano»* del v. 1, es lo más probable que Booz lo llamase por su nombre, al ser pariente tan cercano, pero el redactor del libro lo omitió, ya fuese por serle desconocido, como opinan algunos, ya por no merecer la pena el citarlo a causa de su egoísmo y tacañería al rechazar casarse con Rut.

III. El pariente más cercano estaba dispuesto a redimir la hacienda (v 4), pero al oír que, en tal caso, tendría que casarse con la viuda, se echó para atrás, ya que la hacienda era conveniente para aumentar la heredad de los hijos que ya tenía, mientras que el casamiento daría lugar a tener mayor número de herederos entre quienes repartirla. Así lo dijo con toda claridad, y renunció de este modo al derecho que le asistía (v. 6).

IV. Cumplidos los requisitos necesarios, Booz quedó así con derecho legal a redimir tanto la hacienda como la viuda. Si este desconocido pensó que hacía mal negocio con tal matrimonio, a nadie tuvo que echar la culpa si después se arrepintió de no haber tomado una mujer de tal valía como Rut, mientras que Booz le quedaría sumamente agradecido por haberle cedido el derecho a una hacienda y, sobre todo, a una mujer a la que ya amaba de todo corazón. En aquel tiempo no existía aún la costumbre de poner por escrito estas transacciones, como lo fue después (v. Jer. 32:10 y ss.), por lo que, como señal de cesión de derechos, *el uno se quitaba el zapato y lo daba a su compañero* (v. 7), con lo que se simbolizaba que el nuevo dueño podía «pisar», entrar y salir por la heredad transferida. Y esto es lo que se hizo en este caso (v. 8).

Versículos 9–12

Con el camino libre para cumplir plenamente su promesa, Booz toma por testigos del contrato, a las puertas de la ciudad, *a los ancianos y a todo el pueblo* (ya que cualquiera podía presenciar estos juicios). Todos fueron testigos de que Booz redimía, no sólo la hacienda, sino también a la viuda, *Rut la moabita, para restaurar el nombre del difunto.* Con respecto a este matrimonio de Booz con Rut, vemos que:

I. Fue solemnizado o, al menos, publicado delante de muchos testigos (vv. 9, 10). Booz declara: 1. Que se hace cargo de la hacienda que fue propiedad de Elimélec y de sus hijos (v. 9). 2. Que también rescata (hebreo *qaniti* = he adquirido) a Rut, la viuda de Mahlón. Bien puede decir que la adquiere por suya, ya que Rut no tenía dote que aportar al matrimonio. Pero ella valía para él más que la dote de una millonaria. Al casarse con ella, deseaba preservar la memoria del difunto de forma que el nombre de Mahlón fuese preservado así de desaparecer, a pesar de no haber dejado descendencia. Obsérvese que, por haber cedido Booz este derecho, para que el nombre de Mahlón fuese preservado, Dios hizo que el nombre de Booz fuese honrado al ser incluido en la genealogía del Salvador por lo que su familia adquirió una dignidad superior a la de todas las demás familias de Israel, mientras que el otro pariente tan temeroso de perder algo si se casaba con la viuda, perdió la hacienda, una mujer virtuosa, el honor de su familia y hasta su nombre fue dado al olvido, de forma que no apareciese en las Sagradas Escrituras.

Nuestro Señor Jesucristo es nuestro *Goel o Redentor*, un Redentor eterno, quien, a semejanza de Booz con Rut, nos miró con tierna compasión y nos sacó del deplorable estado de miseria y de pecado en que nos hallábamos. A muy alto precio, al precio de su sangre, nos compró (1 P. 1:18–19) para una herencia eterna, hipotecada por el pecado y puesta en manos de la justicia divina, de la que nadie ni nada la habría podido rescatar jamás.

II. El casamiento fue acompañado de las oraciones y bendiciones de los ancianos y del pueblo presente a la ceremonia (vv. 11, 12).

1. Es de suponer que el anciano más viejo recitase la bendición y que los demás ancianos, con el resto del pueblo, se uniesen a él por lo que parece como si todos hubiesen pronunciado las bendiciones que aparecen en el texto sagrado, ya que, en las oraciones públicas, aunque sea uno solo el que ore en voz alta, o varios por turno, todos los presentes deben orar interiormente con él. También hemos de aprender de aquí a bendecir y acompañar con oraciones los casamientos de los creyentes. Hemos de orar unos por otros, a fin de que el Señor prospere y bendiga nuestras familias.

2. La oración-bendición de los vv. 11–12 contiene tres partes: (A) En la primera se le desea a Rut, la nueva israelita una fecundidad parecida a la de Raquel y Lea, las esposas de Jacob. (B) En la segunda, se le desea a Booz que adquiera nuevo lustre y nueva fuerza (hebreo *jayil)*, que le hagan prosperar en los negocios familiares y le den honor, sabiduría y éxito entre todas las familias de Belén de Efrata. (C) En la tercera, se desea a la familia de Booz y Rut una descendencia como la de *Fares (o Peres)*, el primogénito de Judá, como si dijesen: *«Que tu casa sea como la de Fares*, tan numerosa e ilustre como la de Fares». Los de Belén eran descendientes de Fares. Ahora oraban para que la familia de Booz, que era una sola de las familias de Belén, se hiciese, al correr de los años, tan numerosa e ilustre como era ahora la descendencia entera del patriarca.

Versículos 13–22

Tenemos aquí a Rut:

I. Como esposa. Booz *la tomó y*, tras las solemnidades de costumbre, la llevó a su casa, y *ella fue su mujer* (v. 13). Booz había orado que esta piadosa prosélita recibiese plena recompensa del Dios de Israel por su bravura y constancia, ya que había venido a *refugiarse bajo las alas de Jehová* (2:12). Ahora era él precisamente el instrumento ordenado por Dios para darle a Rut la recompensa que Booz había deseado para ella. La plegaria de Booz había sido escuchada y respondida.

II. Como madre. *Jehová le dio que concibiese y diese a luz un hijo*, porque es *recompensa de Dios el fruto del vientre* (Sal. 127:3).

III. Como nuera. Rut seguía siendo nuera de Noemí, pues ésta no sólo no había quedado relegada al olvido, sino que era ahora la principal partícipe en la alegría y las alabanzas de las mujeres de Belén. Así como el matrimonio fue dirigido y celebrado por medio de una oración, así también el nacimiento del hijo fue celebrado con acción de gracias. Es una pena que el piadoso lenguaje que leemos en estos versículos esté ausente de las solemnidades de los creyentes o haya degenerado en rutinario formalismo. *«Loado sea Jehová*—dicen a Noemí las mujeres de Belén—, *que hizo que no te faltase hoy un pariente redentor …»* (vv. 14, 15). El niño pasa ahora a ser «el redentor» o *goel*, porque significa el porvenir seguro de la familia, hijo de una nuera *que ama a su suegra* más que a su madre, y *es de más valor para ella que siete hijos.* Los lazos del amor son más fuertes que los de la naturaleza. Noemí responde *tomando al niño en su regazo y siendo su aya* (v. 16). Si Booz era hermano de Elimélec, lo cual entra dentro de lo probable, conforme a lo dicho en el comentario al versículo 3, el poner al niño en su regazo sería un símbolo de adopción del niño por Noemí, aunque esto no puede afirmarse con seguridad. En todo caso, las vecinas: 1. Llaman al niño *hijo de Noemí* (v. 17). 2. Le ponen por nombre *Obed* = «servidor» (se sobrentiende, de Dios). Si no fueron directamente las vecinas quienes le pusieron el nombre (pues ello es muy poco probable), al menos lo sugirieron. El nombre era muy apropiado para el hijo de unos padres tan piadosos.

IV. Finalmente, Rut entra así a formar parte del linaje de antepasados de David y de Jesucristo, lo cual fue su mayor honor. En los vv. 18–22 tenemos un compendio de genealogía, que va desde Fares a

Obed, y de Obed a David. Ya hemos aludido en otro lugar de este comentario al libro de Rut a la dificultad de incluir una genealogía «completa» desde Salmón a David si se admite, para la época de los Jueces, un espacio de 340 años. Otra solución de esta dificultad puede hallarse si aceptamos como incompleta (lo mismo que en otras ocasiones) la genealogía que aquí se nos ofrece. Tenemos un ejemplo claro de esto en Mt. 1:8, donde Mateo (quizá por razones de simetría = 14 + 14 + 14. V. Mt. 1:17) se salta nada menos que tres generaciones entre Joram y Uzías, a saber, Ocozías, Joás y Amasías, como puede verse con una somera lectura del 2 Libro de Reyes.

1 SAMUEL

Este libro y el que le sigue llevan en el título el nombre de Samuel, no porque los escribiera él, sino porque el primero de ellos comienza con una amplia referencia a su persona, a su nacimiento e infancia, a su vida y gobierno; y el segundo de los volúmenes contiene la historia de los reinados de *Saúl* y de *David*, que fueron ambos ungidos por él. Y, por cuanto la historia de estos dos reyes ocupa la mayor parte de estos libros, la Vulgata Latina los llama *Primero y Segundo Libros de los Reyes,* y a los otros dos que les siguen los llama *Tercero y Cuarto de los Reyes.* Los LXX llaman al 1 y 2 de Samuel *Primero y Segundo de los Reinos.* Estos libros contienen la historia de los dos últimos jueces, *Elí y Samuel,* que no fueron, al contrario que los anteriores, hombres de guerra, sino sacerdotes (con lo que resultan, en parte, como un apéndice al libro de los Jueces), así como la historia de los dos primeros reyes, *Saúl y David* (por lo que, en gran parte, son como una introducción a la historia de los reyes). Este primer libro nos ofrece un informe de la caída de Elí y de la elevación y buen gobierno de Samuel (caps. 1–8); de la dimisión de Samuel (no como profeta, sino como gobernador) y del nombramiento y la mala administración de Saúl (caps. 9–15); finalmente, de la elección de David, sus conflictos con Saúl, de la ruina final de Saúl y de la plena apertura del camino al trono para David (caps. 16–31).

CAPÍTULO 1

La historia de Samuel comienza aquí antes de nacer. El relato mismo nos lo presenta como un hijo de oración. El nacimiento de Sansón fue anunciado a su madre por medio de un ángel, mientras que Samuel fue pedido a Dios por su madre. La madre de Samuel fue Ana, que es el personaje principal en el relato de este capítulo. Aquí tenemos: 1. La aflicción de Ana—no tenía hijos—, y esta aflicción aumentaba con la insolencia de su rival, aun cuando, en cierta medida, era contrapesada por el amor de su marido (vv. 1–8). 2. La oración y el voto que Ana hizo a Dios bajo el peso de su aflicción, en lo que el sumo sacerdote Elí la censuró al principio, pero la animó después (vv. 9–19). 3. El nacimiento y crianza de Samuel (vv. 19–23). 4. Su presentación al Señor (vv. 24–28).

Versículos 1–8

Nos declara el estado de la familia en la que nació el profeta Samuel. Su padre se llamaba Elcaná, de la tribu de Leví y del clan de los coatitas (el más honorable de dicha tribu) como vemos por 1 Crónicas 6:33, 34. Su antepasado Suf era efratita, esto es, de Belén de Judá, la cual es llamada *Efratá* («efrateos») en Rut 1:2. Aquí se estableció primeramente este clan de los levitas, pero, al correr del tiempo, una rama del clan se trasladó al monte Efraín, de donde procedía Elcaná. Este Elcaná vivía en Ramá (que significa «altura»), llamada más tarde *Ramatáyim* («dos alturas») y coincide con la Arimatea del Nuevo Testamento.

I. Se trata de una familia piadosa. Todas las familias de Israel debían serlo, pero, en especial, las de los levitas. Los ministros de Dios deberían ser promotores de piedad en sus familias. Elcaná subía en las fiestas solemnes al tabernáculo de Siló *para adorar y ofrecer sacrificios a Jehová de los ejércitos.* Probablemente fue el profeta Samuel el primero en usar este título de Dios para consuelo de Israel, cuando las huestes de Israel, en su tiempo, eran poco numerosas y débiles, mientras que las de sus enemigos eran numerosas y poderosas, es entonces cuando les animaría pensar que el Dios a quien servían era Jehová de las huestes, de todas las huestes, tanto del cielo como de la tierra. Elcaná era un levita de la campiña y, por lo que parece, no tenía un oficio que requiriese su presencia en el tabernáculo, sino que subía allí como un israelita cualquiera, con sus sacrificios, para animar a sus vecinos y dar buen ejemplo. Y lo que hacía su ejemplo más recomendable era: 1. Que era una época de decadencia religiosa en la nación. 2. Que Ofní y Fineés, los hijos de Elí, eran quienes ocupaban los principales cargos en el servicio de la casa de Dios, y eran hombres que se comportaban muy mal; con todo, Elcaná subía a ofrecer sus sacrificios. Aun cuando los sacerdotes no cumpliesen con su deber, Elcaná quería cumplir con el suyo.

II. Sin embargo, era una familia dividida, y esta división llevaba consigo pecados y pesares.

1. La causa original de esta división era el haberse casado Elcaná con dos mujeres, lo cual iba contra la institución original del matrimonio, como lo declaró nuestro Salvador (Mt. 19:5, 8—«no *fue así desde el principio*»), aunque la poligamia estaba tolerada en la ley de Moisés. Lo mismo que trajo problemas en las familias de Abraham y de Jacob, también los trajo en la de Elcaná.

2. Lo que resultó de este error fue que las dos mujeres estaban en malas relaciones. Diferían en sus bendiciones: Peniná, como Lea, era fértil y tenía varios hijos, por lo que debería haber sido amable y agradecida, aun cuando era como una segunda esposa y menos estimada; Ana, como Raquel, era estéril, pero era muy estimada de su marido. Diferían igualmente en temperamento: Peniná no se contentaba con la bendición de su fertilidad, sino que se volvió altiva e insolente; Ana no podía soportar la aflicción de su esterilidad, sino que se volvió melancólica y descontentadiza. Así que a Elcaná le resultaba difícil mantener la paz entre ambas.

(A) A pesar de estas desventuradas diferencias dentro de la familia, Elcaná continuó asistiendo al altar de Dios, y llevaba consigo a sus esposas e hijos para que, ya que no podían estar de acuerdo en otras cosas, al menos lo estuvieran en el culto al Señor, yendo juntas al santuario. Si las devociones de una familia no tienen fuerza bastante para poner fin a las divisiones, que, al menos, las divisiones no tengan vía libre para impedir las devociones.

(B) Hizo también cuanto estuvo en su mano para animar a Ana y procurar que no se desalentase bajo su aflicción (vv. 4, 5). Durante la festividad ofrecía sacrificios de paz, y pedía a Dios paz para su familia. (a) Mostraba hacia Ana tanto mayor amor cuanto más afligida, insultada y desanimada la veía. (b) Le manifestaba su gran amor dándole la porción más escogida de sus sacrificios de paz. Así habríamos de mostrar nosotros nuestro afecto a nuestros familiares y amigos, recordándoles siempre en nuestras oraciones y haciéndoles todo el bien que esté en nuestras manos.

(C) Peniná era muy rencillosa y provocadora. (a) Afrentaba a Ana en su aflicción, la despreciaba por ser estéril y la irritaba con malas palabras, como a quien no era favorecida por el Cielo. (b) Le tenía envidia por el afecto que Elcaná le mostraba. (c) Todo esto lo hacía principalmente *cuando subía a la casa de Jehová* (v. 7), quizá porque entonces estaban juntas más que en otras ocasiones, o porque era precisamente entonces cuando Elcaná mostraba más ostensiblemente su afecto hacia Ana. Lo que Peniná procuraba era poner a Ana de mal humor, quizá con la esperanza de amilanarla completamente, a fin de poseer en solitario el corazón de su marido.

(D) Ana, la pobre, no podía soportar la provocación: *lloraba y no comía* (v. 7). Con todo, era una debilidad inexcusable entregarse a la tristeza según el mundo, hasta el punto de hacerse a sí misma incapaz de gozarse santamente en Dios. Los que son de espíritu mohíno y toman muy a pecho los insultos que reciben, son enemigos de sí mismos y se privan a sí mismos de las alegrías que brindan tanto la vida como la piedad.

(E) Elcaná trató de consolarla: *Ana, ¿por qué lloras?* (v. 8). Los que por el matrimonio llegan a ser una sola carne deben ser también de un solo espíritu y ánimo, a fin de compartir las aflicciones y los problemas del cónyuge, de forma que el uno no se encuentre a sus anchas mientras el otro se halla en apuros. Elcaná da a entender que, por su parte, está dispuesto a compensarla de su pesar: «*¿No te soy yo mejor que diez hijos?*» Como si dijese: «Tú sabes que tienes todo mi afecto, y eso debe bastar para consolarte». Nótese que debemos tomar nota de nuestras bendiciones, a fin de no apesadumbrarnos demasiado por nuestras cruces, puesto que las cruces las tenemos merecidas, mientras que no tenemos ningún derecho a reclamar las bendiciones. Si queremos mantenernos en equilibrio, hemos de mirar a lo que está a nuestro favor lo mismo que a lo que está en contra nuestra; de no hacerlo así, seremos injustos y desagradecidos con la Providencia y nos haremos daño a nosotros mismos.

Versículos 9–18

Vemos el buen efecto que produjo en Ana el reproche que le dirigió su marido por el excesivo pesar que mostraba ella.

I. Por fin, hizo que comiera: «*comió y bebió*» (v. 9). No se puso terca en su aflicción, ni se enojó al ser reprendida. Controlar las emociones es una muestra de negación de sí mismo, tan buena como lo pueda ser controlar nuestras aficiones.

II. Hizo que, en vez de querellarse inútilmente, recurriera a la oración. En lugar de atar más y más apretadamente la carga al hombro, ¿por qué no descargarla sobre el Señor en oración? Ninguna ocasión mejor que ésta para dirigir al trono de la gracia una petición solemne y urgente. Se hallan en Siló, a la puerta del tabernáculo en que Dios ha prometido salir al encuentro de su pueblo pues es *casa de oración.* Ya han ofrecido sus ofrendas de paz. En cuanto a la oración de Ana:

1. La ferviente y viva devoción que aparece en ella: (A) Como el justo medio de desahogar la aflicción de su espíritu y de avivar sus piadosos afectos: *con amargura de alma oró …* (v. 10). De este medio deberíamos echar mano en nuestras aflicciones, con lo que nos servirían para sacudir nuestra apatía y nuestra rutina cuando nos dirigimos a Dios. Nuestro bendito Salvador, *estando en agonía, oraba más intensamente* (Lc. 22:44). (B) Ana mezcló con lágrimas sus oraciones. No fue una oración seca: *lloró abundantemente.* (C) Su petición fue muy especial sin dejar de ser modesta. Pidió al Señor un hijo varón para dedicarlo al servicio del santuario. (D) Hizo un voto solemne de que, si Dios le concedía un hijo, lo *dedicaría a Jehová* (v. 11). Ya por nacimiento iba a ser levita, pero por el voto de su madre sería nazareo, con lo que su infancia misma sería sagrada. Nótese que está muy puesto en razón, cuando esperamos de Dios alguna merced, que nos atemos con una promesa, no porque podamos pretender con ella merecer el don, sino por estar así mejor preparados para recibirlo y disfrutar de su bendición. Al esperar favor, he de

sentirme deudor y prometer obligación en lo que parece únicamente devoción. (E) Oró tan quedamente que nadie la oyó: *Se movían sus labios, y su voz no se oía* (v. 13). Sabía que Dios conoce el corazón. Nuestros pensamientos son palabras para Él.

2. Recibió por ello áspera reprimenda. Elí era ahora el sumo sacerdote y juez en Israel. Estaba sentado en el templo para supervisar lo que allí se hacía (v. 9). El tabernáculo es llamado aquí *templo,* por estar ahora en lugar fijo y servir para todos los objetivos del templo. Allí estaba sentado Elí para estar a disposición de cuantos necesitasen su consejo como sacerdote y como juez. Desde allí pudo espiar a Ana y, por el modo desacostumbrado en que ella oraba, se imaginó que estaba borracha y por eso se dirigió a ella de aquel modo: *¿Hasta cuándo estarás ebria?* (v. 14)—la misma imputación que hicieron a Pedro y a los demás Apóstoles cuando el Espíritu Santo les dio que se expresasen con todo denuedo (v. Hch. 2:13)—. Quizás en aquel lamentable estado de cosas no era infrecuente ver mujeres ebrias a la entrada del santuario. Cuando una enfermedad se convierte en epidemia de cualquiera se sospecha que esté infectado. Ana había sido reprendida por su marido por no querer comer ni beber; ahora la reprendía Elí como si hubiese comido y bebido demasiado.

3. La humilde vindicación que Ana hizo del delito que se le imputaba. (A) Niega justa y rotundamente el cargo que se le hace: *«No, señor mío, no es lo que tú sospechas, no he bebido vino ni licor … No tengas a tu sierva por una mujer impía»* (lit. «por una hija de Belial»). Nótese que el modo mismo de hablar en defensa propia era suficiente para mostrar que no estaba ebria. (B) Para dar a Elí una respuesta satisfactoria le declara cuál es el motivo de su actual comportamiento: A causa de su aflicción y de la magnitud de su congoja, el fervor de su oración había sido desacostumbrado y ésa era la única razón de que su comportamiento pudiese parecer impropio y desordenado.

4. Las excusas que Elí presentó implícitamente por la censura tan áspera que antes le había propinado, ya que, tras la aclaración de Ana, Elí la bendijo afectuosa y paternalmente (v. 17). Ahora animó a Ana en su devoción, tanto como antes la había desaprobado, y dio a entender que estaba satisfecho de su inocencia, pues le dijo: *Ve en paz, y el Dios de Israel te otorgue la petición que le has hecho.*

5. La gran satisfacción y la tranquilidad mental con que Ana se fue de allí (v. 18): *Y se fue la mujer por su camino, y comió y no estuvo más triste.* ¿De dónde este súbito cambio? Tan pronto como ella dejó su caso en las manos de Dios, ya se acabaron sus congojas. Había orado por sí misma, y también Elí había orado por ella. Así que ella quedó convencida de que Dios le concedería el favor que le había pedido o le compensaría de algún otro modo por lo que echaba en falta. La oración es como un bálsamo para el corazón de una persona piadosa.

Versículos 19–28

I. Regreso de Elcaná y su familia a su hogar cuando se cumplieron los días de la festividad (v. 19). Tenían ante sí un viaje y un cierto número de hijos que llevaban consigo, pero no se pusieron en camino hasta que se acabó la solemnidad en que dieron culto juntos al Dios de Israel. Oración y forraje no estorban el viaje.

II. Nacimiento del hijo deseado y el nombre que se le puso. Por fin, *Jehová se acordó* de Ana, pues concibió y dio a luz un hijo, al que la madre puso el nombre de *Samuel* (v. 20). Hay quienes opinan que la etimología de este nombre es la misma que la de *Ismael* («escuchado por Dios»), porque la oración de su madre fue escuchada de un modo notable, y el niño fue la respuesta misma a tal oración. Otros, por el motivo que ella misma señala, opinan que significa *pedido a Dios.* Los favores recibidos en respuesta a las oraciones deben ser recordados con alguna expresión especial de agradecimiento, como en Salmos 96:1, 2. ¡Cuántos favores y cuántas liberaciones podrían llamarse *Samueles, pedidos a Él!* Este niño fue pedido a Dios e inmediatamente, dedicado a Dios. (Téngase en cuenta—nota del traductor—que estamos ante una etimología de corte «popular», sin pretensiones científicas, ya que «pedido», en hebreo, no es *Samuel*, sino *Saúl*.)

III. La exquisita diligencia que Ana puso en la crianza del niño, no sólo por serle a ella muy querido, sino también por estar dedicado a Dios. Aunque sentía respeto sumo (y más, ahora) por los atrios de la casa de Jehová, Ana pidió permiso a su marido para quedarse en casa, ya que las mujeres no tenían obligación de subir a las tres fiestas anuales, como la tenían los hombres. Aunque Ana estaba acostumbrada a subir también, ahora deseaba que se la excusara: 1. Porque no quería ausentarse de su

casa mientras estaba criando. Dios prefiere la misericordia al sacrificio. Quienes no pueden asistir a los cultos y a las ordenanzas de la congregación por impedírselo el cuidado de sus pequeñuelos, pueden consolarse con este ejemplo, en la confianza segura de que, si lo hacen con recta intención y con la vista puesta en el Señor, Él las aceptará en su gracia en el lugar donde están. 2. Porque no quería subir a Siló hasta que su niño fuese de suficiente edad, no sólo para ser llevado allí, sino para ser dejado allí; pues, una vez que lo llevase allá, pensaría que le iba a ser muy difícil decidirse a traerlo a casa de nuevo.

IV. La solemne entrada de este niño en el servicio del santuario. La opinión corriente es que fue llevado tan pronto como su madre lo destetó, esto es, a la edad de tres años, según costumbre de los judíos. No faltan quienes opinan, con menos razón, que la frase significa ser destetado de las cosas infantiles, a la edad de ocho o diez años. El texto nos dice que *el niño era pequeño* (v. 24). Obsérvese cómo presentó al niño:

1. Con un sacrificio, no menos de tres becerros, con sus respectivas ofrendas de grano (v. 24), quizás un becerro por cada año del niño. O uno como holocausto, otro como ofrenda por el pecado, y un tercero en ofrenda de paz. Sin embargo los LXX dicen *un becerro de tres años,* y es muy probable que ése sea el sentido correcto.
2. Muy agradecida a la bondad de Dios por haber dado a su oración respuesta favorable. Esto es lo que ella declara a Elí, ya que él la había animado a esperar una respuesta de paz (vv. 26, 27): *«Por este niño oraba».*
3. Dedicó a Jehová todo el interés que ponía en el niño: *«Todos los días que viva, será de Jehová»* (v. 28). (A) Todo cuanto damos a Dios, lo hemos recibido previamente de Él: *«De lo recibido de tu mano te damos»* (1 Cr. 29:14, 16). (B) Cuanto damos a Dios puede decirse, sobre esta base, que lo *prestamos* a Él. Cuando dedicamos al Señor los hijos, recordemos que son ya suyos por derecho divino, soberano, sin dejar de ser así mucho más nuestros para consuelo y responsabilidad.

V. Finalmente, el niño Samuel hizo de su parte más de lo que cabía esperar de un niño de su edad, pues de él se dice en el texto hebreo que *adoró allí a Jehová,* esto es, desde entonces comenzó a decir sus oraciones en el santuario. A los niños se les ha de enseñar, desde muy pequeños, a rendir culto a Dios. Sus padres deben instruirles en la oración y en la adoración y traerlos al lugar del culto, y hacer que se acostumbren, en la medida de su edad, a orar al Señor; y Dios aceptará gustoso sus oraciones y les enseñará a orar cada vez mejor.

CAPÍTULO 2

Tenemos aquí: I. El cántico de gratitud de Ana (vv. 1–10). II. El regreso de la familia a casa, con la bendición de Elí (vv. 11, 20). El aumento de la familia (v. 21); el crecimiento y aprovechamiento de Samuel (vv. 11, 18, 21, 26); y el cuidado que puso Ana en vestir al niño convenientemente (v. 19). III. La gran perversidad de los hijos de Elí (vv. 12–17, 22). IV. La reprensión demasiado suave que les dio Elí (vv. 23–25). V. El terrible y justo mensaje que le envió Dios por medio de un profeta (vv. 27–36).

Versículos 1–10

Acción de gracias de Ana, dictada, no sólo por el espíritu de oración, sino por el espíritu de profecía. Obsérvese en general: 1. Reconoció el favor que había recibido de Dios y le tributó alabanzas con gratitud. La alabanza es como la renta o tributo del capital de favores que Dios nos otorga. Somos injustos si no le pagamos ese tributo. 2. El favor que había recibido era una respuesta a la oración y, por consiguiente, se sintió especialmente obligada a dar las gracias por él. 3. Su acción de gracias es llamada aquí oración: *Y Ana oró y dijo* (v. 1), ya que la acción de gracias es una parte esencial de la oración. Anteriormente (1:13) Su voz *no se oía,* pero en su acción de gracias habló para que todos pudieran oírla. Anteriormente había proferido su súplica *con gemidos indecibles* (Ro. 8:26), pero ahora se abrían sus labios para proclamar las alabanzas de Dios. Tres cosas podemos observar en esta oración de acción de gracias:

I. El regocijo de Ana en Dios, en sus gloriosas perfecciones y en las grandes cosas que ha hecho por ella (vv. 1–3).

1. Cuán grandes cosas dice de Dios. Muy poco se detiene en la merced particular que era la causa de su regocijo. Casi pasa por alto el don, para mejor alabar al donante, mientras la mayoría de los hombres se olvidan del dador para adherirse únicamente al regalo. Cuatro son los atributos gloriosos de Dios que Ana celebra aquí: (A) Su santidad absoluta: *No hay santo como Jehová* (v. 2). (B) Su poder omnímodo: *Y no hay refugio* (lit. roca) *como el Dios nuestro* (v. 2). (C) Su inescrutable sabiduría: *Porque el Dios de todo saber es Jehová* (v. 3). (D) Su justicia infalible: *Y a Él toca el pesar las acciones* (v. 3).

2. Cómo se solaza en estas cosas. La gloria que a Dios damos es, a la vez, nuestro consuelo y ánimo. Ana glorifica a Dios: (A) Con santo gozo: *Mi corazón se regocija en Jehová* (v. 1); no tanto en su hijo como en su Dios. (B) En tono triunfal: *Jehová ha levantado mi frente* (lit. mi cuerno. V. 1); no sólo se ha salvado mi reputación al tener un hijo, sino que se ha puesto muy en alto al tener tal hijo. El cuerno de los animales es el símbolo de su fuerza, de su poder; cuando es levantado el cuerno de un ser humano, simboliza su posición fuerte, segura y confiada. *Mi boca se ensancha sobre mis enemigos.* Como si dijese: Ahora puedo contestar cumplidamente a los que me echaban en cara el oprobio.

3. Cómo cierra la boca a los que se exaltaban en rivalidad y rebelión contra Dios: *No multipliquéis palabras de grandeza y altanería; cesen las palabras arrogantes de vuestra boca* (v. 3).

II. La percepción que tiene de la sabiduría y de la soberanía de la divina Providencia en la manera de disponer los asuntos de la humanidad.

1. Los fuertes son debilitados, y los débiles son fortalecidos cuando Dios lo tiene a bien (v. 4). Por una parte, al mandato de Dios, *se quiebran los arcos de los fuertes;* se quedan desarmados, impotentes para llevar a cabo lo que hacían antes y lo que planeaban hacer después. Por otra parte, al mandato de Dios, los que antes tropezaban de pura debilidad y ni aun se podían tener en pie, *se ciñen de poder* en cuerpo y alma y se sienten capaces de llevar a cabo grandes cosas.

2. Los ricos se empobrecen rápidamente, mientras que, cosa extraña, los pobres se enriquecen de repente (v. 5). *Las riquezas son fugaces* (Pr. 23:5) y, al huir, dejan en la miseria a quienes habían puesto en ellas su felicidad. Para quienes han estado hartos y se han movido a sus anchas, la pobreza y la esclavitud por fuerza han de ser doblemente gravosas. Pero, por otra parte, la Providencia dispone que *los hambrientos dejen de tener hambre,* esto es, que tengan que alquilarse por pan como lo habían hecho antes. A veces, estos cambios ocurren en una misma persona, como en Job, quien fue primero rico; después, pobre; y, al final, rico de nuevo; Dios le dio, le quitó y le volvió a dar. Que los ricos no se vuelvan orgullosos y confiados, porque Dios los puede empobrecer rápidamente; y que los pobres no sean desconfiados ni se desesperen, porque Dios los puede enriquecer a su debido tiempo.

3. Hogares vacíos quedan llenos, y familias numerosas disminuyen hasta casi desaparecer. Mientras *la estéril da a luz siete hijos* (v. 5), siendo siete número simbólico de una bendición completa de Dios a una madre judía (v. Rut 4:15), *la que tenía muchos hijos, languidece.* Aquí se ve Ana a sí misma, pues, aun cuando al presente sólo tenía un hijo, como este hijo estaba completamente dedicado al Señor era para ella tan bueno como siete. También puede verse aquí el lenguaje de la fe, ya que, al haber tenido uno, cobró esperanzas de tener más, y no quedó defraudada (v. 21).

4. Dios es el Dueño soberano de la vida y de la muerte (v. 6): *Jehová mata, y Él da vida.* Para Dios no hay nada demasiado difícil, ni siquiera resucitar a los muertos y poner vida en huesos secos y dispersos (Ez. 37).

5. Subir y bajar en la vida, a Dios se deben también. A unos los hace descender y a otros los levanta: *Abate y enaltece* (v. 7); humilla al orgulloso, y da gracia y honor al humilde. Sólo Dios tiene poder suficiente para abatir a los orgullosos y quebrantar a los impíos (Job 40:11–14). También es Él quien levanta con su salvación a los que se humillan delante de Él (Stg. 4:10). De esta forma tan extraña fueron elevados José y Daniel de una prisión a un palacio, y Moisés y David lo fueron de un cayado de pastor a un cetro de gobernante.

6. La razón última de todas estas disposiciones divinas, que nos obligan a someternos a ellas, es que *de Jehová son las columnas de la tierra, y Él afirmó* (esto es, estableció, aseguró) *sobre ellas el mundo* (v. 8). (A) Si entendemos esto al pie de la letra, indica el poder omnipotente de Dios, que no puede ser resistido ni manipulado. Él sostiene la creación entera con su palabra poderosa (comp. He. 1:3). ¿Qué no

podrá hacer en los asuntos de las familias y en las vicisitudes de las naciones el que *cuelga la tierra sobre la nada?* (Job 26:7) (B) Pero si lo entendemos en sentido figurado, nos muestra su soberanía indiscutible. Los príncipes y los magnates de la tierra, los jefes de Estado y de gobierno, son como columnas y quicios en torno a los cuales parecen girar los avatares del mundo, pero todos ellos están bajo el control de Dios. De Él han recibido su poder y autoridad y, por eso, Él puede elevar o abatir a quien le plazca.

III. Una predicción de la preservación y del bienestar de los fieles amigos de Dios, y de la destrucción de todos los enemigos de Dios y de ellos. Después de haber expresado su júbilo triunfal por lo que Dios ha hecho y está haciendo, concluye con la alegre esperanza de lo que Dios ha de hacer en lo futuro (vv. 9–10). En aquellos días, los afectos piadosos se elevaban muchas veces hasta las alturas de la profecía. Esta profecía puede referirse:

1. En una perspectiva cercana, al gobierno que Samuel había de ejercer en Israel y, después, David, quien había de ser ungido por Samuel. Israel (que en el tiempo de los Jueces había llegado tan a menos y a duras penas podía subsistir como nación) iba a convertirse en breve en una nación grande e importante, que impondría su ley a las naciones vecinas. Éste iba a ser un cambio extraordinario y el nacimiento de Samuel venía a ser como el alborear de ese día.

2. Pero tenemos razones para pensar que esta profecía era de más largo alcance, que apuntaba al reino de Cristo y a la administración de ese reino de gracia del que ahora va a hablar, después de haber hablado profusamente del reino de la providencia. Por vez primera en la Biblia aparece aquí el vocablo *Mesías* (el «Ungido») del versículo 10. Los expositores antiguos, tanto judíos como cristianos, veían en este Mesías al «Hijo de David», más bien que a David mismo. De este reino del gran Mediador se nos dicen aquí cosas gloriosas, pues se nos asegura:

(A) Que todos sus súbditos leales serán protegidos con todo cuidado y toda seguridad (v. 9): *Él guarda los pies de sus santos.* Y si guarda los pies, mucho mejor guardará el corazón y la cabeza. Guardará sus pies al establecerlos en terreno firme del que no resbalen ni caigan; su caminar será seguro y confiado, sin peligro de desvíos ni frustraciones. Él les pondrá en guardia de gracia en sus afectos y acciones, a fin de que no tropiecen.

(B) Que todos los poderes empeñados en la destrucción de ese reino no serán capaces de llevar a cabo su ruina. Al contrario, los enemigos de ese reino serán quebrantados y abatidos: *Delante de Jehová serán quebrantados sus adversarios, y sobre ellos tronará desde los cielos* (v. 10). Al contrario que los súbditos leales, quienes caminarán seguros a la luz de la Palabra de Dios (v. Sal. 119:105), los *impíos perecen en tinieblas* (v. 9).

(C) Que las conquistas de este reino se extenderán a lejanos confines: *Jehová juzgará los confines de la tierra.* Las conquistas de David se extendieron mucho, pero *los confines de la tierra* le son prometidos al Mesías *como posesión suya* (Sal. 2:8).

(D) Que el poder y el honor del Mesías Rey aumentarán más y más: *Dará poder a su Rey,* para que pueda llevar a cabo su gran empresa (Sal. 89:21; comp. con Lc. 22:43), le fortalecerá en medio de las dificultades de su humillación y hará que *levante la cabeza* (Sal. 110:7) porque Jehová *exaltará el poderío* (lit. cuerno), la fuerza y el honor, *de su Ungido,* y hará que sea *el más excelso de los reyes de la tierra* (Sal. 89:27).

Versículos 11–26

En estos versículos tenemos el buen carácter de la familia de Elcaná, y el mal carácter de la familia de Elí.

I. Veamos qué bien marcharon las cosas en la familia de Elcaná y cuánto mejor que antes:

1. Después que dejaron a su pequeñuelo en la casa de Jehová, Elí los despidió con una bendición (v. 20). Si Ana hubiese tenido entonces muchos hijos no habría mostrado tanta generosidad y devoción al desprenderse de un hijo entre tantos, para dedicarlo al servicio del tabernáculo; pero al tener ahora sólo uno, dedicarlo al Señor suponía un acto heroico de piedad, el cual no iba a quedar sin recompensa. Así como cuando Abraham ofreció a Isaac recibió la promesa de una descendencia numerosa (Gn. 22:16, 17), así le pasó a Ana después que presentó a Jehová su hijo Samuel como un sacrificio vivo.

2. Después de regresar a su casa (lo cual se menciona dos veces, vv. 11 y 20), tanto Ana como su marido asistían cada año a la casa de Dios para ofrecer *el sacrificio acostumbrado* (v. 19). No pensaban que el ministerio de su hijo les excusase a ellos de subir a la casa de Dios. Podemos suponer que subirían allá a ver al niño más de una vez al año, ya que el santuario no distaba de Ramá más de quince kilómetros; pero se nos declara la visita anual al tabernáculo por razón del sacrificio anual que ofrecían y del *pequeño manto* (lit.) que Ana le llevaba al niño *cada año* (v. 19), no faltan quienes opinan que le llevaba ropa más de una vez al año.

3. El niño Samuel se comportaba muy bien. Cuatro veces es mencionado en estos versículos, y se nos dicen de él dos cosas: (A) El servicio que ejercía: y *el niño ministraba a Jehová* (vv. 11, 18) *delante del sacerdote Elí.* El término hebreo *seret* designa ministerios sagrados, no precisamente servir a Elí, sino servicios acomodados a su edad, como encender las luces, sostener un plato del templo, etc. No cabe duda de que todo esto lo cumplía de la mejor manera en que un niño puede hacerlo. (B) La bendición que por ello recibió de Jehová: *Crecía delante de Jehová* (vv. 21, 26), como una tierna planta, en fuerza y en estatura, pero, sobre todo, en sabiduría y entendimiento: *era acepto delante de Dios y delante de los hombres* (v. 26). Lo que aquí se dice de Samuel, se dice de nuestro bendito Salvador, el gran modelo, en Lucas 2:52.

II. Veamos ahora qué mal iban las cosas en la familia de Elí, aun cuando él estaba sentado a la puerta misma del tabernáculo. A veces, cuanto más cerca de la iglesia, tanto más lejos de Dios.

1. La abominable perversidad de los hijos de Elí (v. 12): *Los hijos de Elí eran hijos de Belial* (v. 12, lit.). Se nos añade enfáticamente que *no tenían conocimiento de Jehová.* Residían en el centro mismo del magisterio y del ministerio y, no obstante, eran *hijos de Belial,* tanto peores cuanto mayor era el honor, el poder y el saber que poseían. Es difícil determinar qué es lo que más deshonra a Dios, si la idolatría o la profanación, especialmente la profanación llevada a cabo por los sacerdotes.

(A) Profanaban las ofrendas de Jehová, y hacían de ellas negocio, o más bien satisfacción de su glotonería. (a) Robaban a los que iban con las ofrendas, haciéndose con parte de los sacrificios de paz, aun antes de ser ofrecidos. Según Levítico 7:34, la porción de los sacerdotes era *el pecho mecido y la pierna levantada* (no la «espaldilla»), pero ellos no se contentaban con estas porciones. (b) Al demandar la carne antes de ser ofrecida, se adelantaban al Señor y usurpaban sus derechos. Podía decirles como a Acaz le dijo Isaías: *¿Os es poco el ser molestos a los hombres, para que también lo seáis a mi Dios?* (Is. 7:13). El resultado fue: *Primero,* que Dios se disgustó: *Era, pues, muy grande delante de Jehová el pecado de los jóvenes* (v. 17). *Segundo,* que con eso sufría la verdadera religión: *los hombres trataban con desprecio las ofrendas de Jehová.* (La versión de los LXX omite *los hombres,* con lo que se da a entender que eran los mismos hijos de Elí quienes trataban con desprecio las ofrendas. Nota del traductor.) En medio de este triste relato, surge la repetida mención del ministerio de Samuel (v. 18) como un ejemplo del poder de la gracia de Dios, al preservarle puro y piadoso en medio de estos malvados; esto ayudó a que no se derrumbara del todo el crédito del santuario en la mente del pueblo.

(B) Profanaban a las mujeres que venían a rendir culto a las puertas del santuario (v. 22), abusando sexualmente de ellas.

2. El reproche que dirigió Elí a sus hijos por su conducta perversa: *Elí era muy viejo* (v. 22) y no podía inspeccionar por sí mismo el servicio del tabernáculo como lo había hecho con anterioridad; dejaba así todo en manos de sus hijos, quienes, aprovechándose de la debilidad de su padre, no le hacían caso, sino que obraban como les venía en gana. Parece ser que no les reprendió hasta que se enteró de lo que hacían con las mujeres. Fue entonces cuando creyó conveniente darles una reprimenda. Dos cosas son de observar en esta reprensión:

(A) Que estaba muy puesta en razón. Lo que les dijo era muy justo. (a) Les dice que los hechos eran demasiado claros para ser negados, y demasiado notorios para ser encubiertos: «yo *oigo de todo este pueblo vuestros malos procederes*» (v. 23). (b) Les muestra las malas consecuencias de todo ello, pues no sólo pecaban, sino que también hacían pecar a Israel, con lo que tendrían que dar cuenta de los pecados del pueblo además de los suyos propios. (c) Les advierte del peligro que corren por ello (v. 25). Les da a entender lo que Dios mismo le dijo a él posteriormente, que su *iniquidad no sería expiada jamás, ni con sacrificios ni con ofrendas* (3:14).

(B) Que fue demasiado suave y débil. Tenía que haberlos reprendido más duramente. Sus crímenes merecían trato duro. La suavidad con que los reprendía sólo iba a servir para que ellos se endurecieran más. Lo que dijo estaba bien, pero no era suficiente.

3. La obstinación de ellos después de la reprensión de su padre: *Mas ellos no hicieron caso a su padre* (lit. no oyeron la voz de su padre), a pesar de que era también el juez del pueblo. Por contraste, se nos refiere otra vez la buena conducta de Samuel (v. 26), para poner de relieve la obstinación de ellos, y añadirles mayor vergüenza: Y *el joven Samuel iba creciendo, etc.* La gracia de Dios es soberana; la negó a los hijos del sumo sacerdote, y la otorgó al hijo de un oscuro levita de la campiña.

Versículos 27–36

Como Elí reprendió a sus hijos de una forma demasiado suave, sin corregirles, como era su obligación, Dios envió un profeta que le reprendiera a él duramente. El mensaje es enviado al propio Elí, porque Dios quería traerlo al arrepentimiento y salvarlo; no a sus hijos, *porque Jehová había resuelto hacerlos morir* (v. 25).

I. Le trae a la memoria las grandes cosas que había hecho Dios por la casa de sus padres y por su familia. Se apareció a Aarón en Egipto (Éx. 4:27), en la casa de esclavitud, como señal de un favor ulterior que había determinado otorgarle (v. 27). Le escogió para el sacerdocio, asignó el ministerio sacerdotal a sus descendientes y, con ello, le confirió una dignidad muy por encima de cualquier otra familia de Israel.

II. Presenta luego un cargo muy grave contra él y su familia. Sus hijos han obrado con perversidad y él ha hecho la vista gorda, con lo que se había implicado a sí mismo en la culpa; por tanto, la sentencia se pronuncia contra todos ellos (v. 29). 1. Sus hijos han profanado impíamente las cosas santas de Dios: *¿Por qué habéis hollado mis sacrificios y mis ofrendas que yo mandé ofrecer en el tabernáculo …?* 2. Elí les había apoyado en ello al no castigar su insolencia e impiedad: *Has honrado a tus hijos más que a mí* (v. 29). 3. Todos ellos se habían repartido las ganancias del sacrilegio. Es de temer que el propio Elí, aun cuando desaprobaba los abusos que ellos cometían, comiese también de la carne que ellos asaban después de haberla conseguido de forma sacrílega (v. 15).

III. Le declara que el sumo sacerdocio va a ser cortado de su familia (v. 30): *Yo había dicho que tu casa y la casa de tu padre* (esto es, de Itamar, de quien Elí era descendiente) *andarían delante de mí perpetuamente.* No se nos dice cuándo y por qué pasó la dignidad de sumo sacerdote de la familia de Eleazar a la de Itamar pero el hecho es cierto y, de haberse comportado como debía, este honor conferido a Elí se hubiese perpetuado en su posteridad. Pero obsérvese que la promesa comportaba una condición: *andar en la presencia de Dios* (v. 30); es decir, tendrían el honor mientras cumpliesen los deberes de su ministerio. *«Andar en la presencia de Dios»* es la gran condición del pacto (Gn. 17:1; 48:15). *Mas ahora ha dicho Jehová: Nunca yo tal haga.* Como si dijese: «Ahora que tú me desprecias y deshonras, no puedes esperar otra cosa que yo también te quite a ti el honor; como no has andado delante de mí como debías, en lo futuro no estarás delante de mí».

IV. Le da una buena razón de esta decisión divina tomada en conformidad con una regla fija del gobierno de Dios, según la cual todos deben esperar ser tratados (como la que puso a prueba a Caín, Gn. 4:7): *Yo honraré a los que me honran, y los que me desprecian serán tenidos en poco.* La forma de llegar a ser verdaderamente grande es siendo verdaderamente bueno. Si nos humillamos y nos negamos a nosotros mismos en algo para honrar a Dios, y tenemos el ojo de la intención puesto únicamente en Él, podemos estar seguros de su promesa de que nos honrará espléndidamente (v. Jn. 12:26).

V. Predice los juicios que van a caer sobre su familia para su perpetua ignominia.

1. Que va a ser quebrantado su poder (v. 31): *Cortaré tu brazo y el brazo de la casa de tu padre.* Tenían que ser despojados de toda su autoridad, depuestos de su cargo y privados de toda la influencia que habían tenido sobre el pueblo.

2. Que van a ser acortadas sus vidas. Tres veces se declara esto: *«de modo que no haya anciano en tu casa»* (v. 31 y 32); y, de nuevo (v. 33): *«todos los nacidos en tu casa,* de generación en generación, *morirán en la edad viril»*.

3. Que todos sus consuelos quedarán amargados. (A) La posición que ocupaban en el santuario, rodeada de riqueza y prosperidad: *«Verás un enemigo en mi morada»* (v. 32 lit.). Esto se cumplió en las invasiones de los filisteos (por ej. 4:11) y en todos los perjuicios que ocasionaron a Israel (13:19). (B) El consuelo de los hijos: *«El varón de los tuyos que yo no corte de mi altar, será para consumir tus ojos y llenar tu alma de dolor»* (v. 33), es decir, sólo servirá de carga y miseria para la familia. El pesar por un hijo muerto es grande, pero por un hijo malo es, a menudo, mayor.

4. Que sus posesiones vendrán a menos hasta quedar reducidos a extrema pobreza (v. 26): *«El que haya quedado en tu casa* tendrá poco de qué disfrutar en esta vida por falta de subsistencias, pues *vendrá a postrarse delante de él* (el sumo sacerdote): (A) *por una moneda de plata* (y el original indica la *menor* de las monedas) y *un bocado de pan»*. La indigencia es el justo castigo de la lascivia y la glotonería. Quienes no se contentan con lo necesario, sino que derrochan en golosinas y diversiones, llegarán un día (ellos o sus hijos) a carecer de lo necesario; (B) por el puesto más humilde en el servicio del santuario: *«Te ruego que me agregues a alguno de los ministerios, para que pueda comer un bocado de pan»*. Suplica que le admitan como jornalero, el oficio más apropiado para un hijo pródigo. Cuando se abusa del dinero y del poder, se pierde el derecho a usarlos. Probablemente, esto tuvo su pleno cumplimiento cuando Abiatar, descendiente de Elí, fue depuesto por Salomón bajo cargo de traición, y tanto él como los suyos fueron privados de su oficio en el templo (1 R. 2:26, 27).

5. Que Dios iba a ejecutar en breve estos juicios en la muerte de Ofní y Fineés. Elí mismo iba a vivir lo suficiente para oír esta mala noticia (v. 34): «Y *te será por señal esto …»*

VI. En medio de todas estas amenazas contra la casa de Elí Dios promete misericordia a Israel (v. 35): *Y yo me suscitaré un sacerdote fiel.* 1. Esto se cumplió en Sadoc, de la familia de Eleazar que fue puesto en lugar de Abiatar al comienzo del reinado de Salomón, y fue fiel a su cargo. Si hay quienes hacen traición a su ministerio, Dios suscita otros que sean fieles a Él. La obra del Señor nunca se derrumba por falta de manos que la sostengan. 2. Tuvo su pleno cumplimiento en el sacerdocio de Jesucristo.

CAPÍTULO 3

En el capítulo anterior pudimos contemplar en Samuel al joven sacerdote (aun cuando, por nacimiento, era sólo levita), puesto que ministraba delante de Jehová con un efod de lino (2:18). En el presente capítulo le contemplamos como joven profeta, pues Dios se reveló a él de forma que, por medio de él, reviviese en Israel la profecía. Vemos aquí: I. La primera manifestación de Dios a Samuel en una forma extraordinaria (vv. 1–10). II. El mensaje que, por medio de Samuel, envió Dios a Elí (vv. 11–14). III. La fiel comunicación de dicho mensaje a Elí, y la sumisión de éste a la justa voluntad de Dios (vv. 15–18). IV. El establecimiento de Samuel como profeta en Israel (vv. 19–21).

Versículos 1–10

1. Cuán diligente era Samuel en el servicio de Dios. Una de las circunstancias agravantes de la mala conducta de los hijos de Elí era la buena conducta de Samuel, pues con ella les avergonzaba. Ellos se rebelaban contra Jehová, pero Samuel *ministraba a Jehová* (v. 1); ellos menospreciaban las advertencias de su padre, mientras que Samuel era obediente a las instrucciones de Elí; *ministraba en presencia de Elí,* esto es, bajo su supervisión y obedeciendo sus órdenes. Los más aptos para gobernar son los que han aprendido a obedecer. 2. Cuán escasa era la profecía entonces, lo cual hizo que la llamada a Samuel fuese una sorpresa tanto mayor para él, y un favor tanto mayor para Israel: *La palabra de Jehová escaseaba en aquellos días* (v. 1). Era muy de apreciar, porque si había alguna indicación de parte de Dios, parece ser que no era notoria: *no había visión con frecuencia.* Quizá la impiedad y la impureza que prevalecían en el tabernáculo y que, a no dudar, habían corrompido a toda la nación, obligaron a Dios a retirar, en señal de desagrado, el Espíritu de profecía.

La manera en que se manifestó Dios a Samuel se nos refiere aquí con todo detalle, precisamente porque no era corriente. Veámoslo:

I. Elí se había retirado a descansar (v. 2) y también Samuel estaba ya durmiendo (v. 3), en algún aposento cercano a la habitación de Elí, presto para cualquier llamada que el anciano sacerdote pudiese hacerle durante la noche. Mientras sus propios hijos le causaban pesadumbre, este pequeño asistente le servía de gozo.

II. Dios llamó a Samuel por su nombre, y él lo tomó por llamada de Elí y corrió al lado de éste (vv. 4, 5). Aquí tenemos un ejemplo: 1. De la diligencia de Samuel y de su prontitud para obedecer a Elí. *«Heme aquí»,* le dice—buen ejemplo para los criados, para que acudan pronto cuando se les llama; y para los jóvenes, no sólo para que se sometan a los de más edad, sino también para que sean atentos con ellos—. 2. De su ignorancia con respecto a las visiones del Señor, al tomar por llamada de Elí lo que era realmente un llamamiento de Dios. También nosotros sufrimos esta clase de equivocación con mayor frecuencia de lo que nos imaginamos. Nos llama Dios por medio de su Palabra y la tomamos sólo como palabra de su ministro, y reaccionamos conforme a nuestro error. Dios nos llama también por medio de su providencia, y nosotros nos fijamos únicamente en los instrumentos por medio de los que Dios obra. Elí le aseguró que no le había llamado y le rogó que volviera a acostarse. Así que Samuel *se volvió y se acostó.*

III. La misma llamada se repitió, con la misma equivocación de Samuel, por segunda y tercera vez (vv. 6–9). 1. Dios continuó llamando al niño *otra vez* (v. 6) y por *tercera vez* (v. 8). 2. Samuel ignoraba todavía que era Dios quien le llamaba (v. 7): *Samuel no había conocido aún a Jehová.* El testimonio del Espíritu en el corazón de los creyentes pasa a veces desapercibido, con lo que pierden el consuelo del que hubiesen podido disfrutar; como también pasan desapercibidas las mociones del Espíritu en la conciencia de los pecadores, con lo que se pierde el beneficio de la convicción. Samuel se fue hacia Elí por segunda y tercera vez, diciéndole con toda seguridad: *«¿para qué me has llamado?»* (vv. 6–8). ¡No podía ser otro!, pensaría él. Pero fue una providencia especial el que fuese a Elí tan repetidamente, pues de este modo, por fin, *entendió Eli que Jehová llamaba al joven* (v. 8). Esto le serviría de mortificación y pudo darse cuenta de que ello significaba un paso hacia la degradación de su familia, puesto que, cuando Dios tenía que decir algo había decidido decirlo por medio de su asistente, el niño Samuel en vez de dirigirse a él personalmente.

IV. Por fin, Samuel quedó en disposición de recibir un mensaje de Dios. 1. Al apercibirse de que la voz que Samuel había oído era la voz de Dios, Elí le dio instrucciones sobre lo que había de decir (v. 9). Las instrucciones eran que, si Dios le llamaba otra vez, dijese: *Habla, Jehová, porque tu siervo escucha.* Podemos esperar que Dios nos hable si nos disponemos a escuchar lo que nos diga (Sal. 85:8; Hab. 2:1). Cuando nos ponemos a leer la Palabra de Dios o a escuchar el mensaje del predicador, debemos llegarnos con esta disposición, sometiéndonos a la luz y al poder imperiosos de dicha palabra, y decir: *Habla, Señor, que tu siervo escucha.* 2. Al parecer, Dios habló la cuarta vez de modo diferente a las otras, pues se nos dice que *se paró y llamó,* lo cual insinúa que Samuel percibió alguna manifestación visible, objetiva, de la gloria de Dios. Para satisfacción suya, no era ahora Elí quien le llamaba. Esta cuarta vez, la llamada de Dios fue doble: *¡Samuel, Samuel!* Como si Dios se deleitase en la repetición de su nombre y, especialmente, como ocurre en los otros seis casos en que Dios (o Jesús) se dirige a una persona en la Biblia, para dar a entender que se trataba de algo muy importante. 3. Samuel contestó como se le había ordenado: *Habla, porque tu siervo escucha.* Samuel no tuvo ahora que levantarse y echar a correr como antes cuando pensó que le llamaba Elí, sino que se quedó quieto y atento. Cuanto más tranquilo y sereno nuestro ánimo, tanto mejor dispuestos estamos para descubrir las cosas de Dios. Todo debe estar en silencio cuando Dios habla. Pero obsérvese que Samuel omitió una palabra; no dijo: *Habla, Jehová,* sino sólo: *Habla.* El obispo Patrick sugiere que ello se debió a la incertidumbre de si el que le hablaba era Dios o no.

Versículos 11–18

I. Tenemos ya el mensaje que, después de toda esta introducción, entregó Dios a Samuel con respecto a la casa de Elí. El mensaje es breve, más corto que el que había traído el *varón de Dios* (2:27–36). Pero

es un mensaje amargo, que ratifica el mensaje del capítulo anterior y confirma la sentencia allí pronunciada.

1. En cuanto al pecado: Es una *iniquidad que él* (Elí) *sabe* (v. 13). El varón de Dios se lo había dicho, y él mismo lo había oído de boca de todo el pueblo (2:23), por lo que más de una vez se lo repetiría también su propia conciencia. Como dice literalmente el hebreo (v. 13): *porque sus hijos se han envilecido y él no les ha puesto mala cara.*

2. En cuanto al castigo: *todas las cosas que he dicho sobre su casa* (v. 12); yo *juzgaré su casa* (v. 13). Cuando comience a ejecutarse la sentencia, llenará de asombro y pavor a todo Israel (v. 11): *haré yo una cosa en Israel que, quien la oyere, le retiñirán ambos oídos.* Es una metáfora que se usa para anunciar calamidades repentinas (v. 2 R. 21:12; Jer. 19:3). Todo israelita quedará lleno de terror y asombro al oír de la muerte de los hijos de Elí, de la rotura del cuello de Elí y de la dispersión de su familia: *la iniquidad de la casa de Elí no será expiada jamás, ni con sacrificios ni con ofrendas* (v. 14). ¡No habrá expiación por este pecado, ni rebaja del castigo! Era debido a la imperfección de los sacrificios legales el que no alcanzasen a expiar ciertos pecados, pero *la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado* (1 Jn. 1:7) y a todos los que, por fe, le reciben, les preserva de la muerte eterna que es el salario del pecado (Ro. 6:23).

II. La entrega del mensaje a Elí.

1. Samuel lo oculta modestamente (v. 15). (A) *Estuvo acostado hasta la mañana,* y podemos suponer que se mantendría despierto ponderando lo que había oído. (B) Ya de mañana *abrió las puertas de la casa de Jehová,* como solía hacerlo, siendo el primero en ejercer su ministerio en el tabernáculo. Que lo hiciese otras veces, es un ejemplo de extraordinaria disposición en un niño, pero que lo hiciera así esta mañana es un ejemplo de extraordinaria humildad. Dios le había honrado muchísimo más que a todos los demás niños de su pueblo; con todo, no estaba orgulloso de este honor, sino que, con la misma compostura de siempre se levantó a abrir las puertas del tabernáculo. (C) *Temía descubrir la visión a Elí;* temía llenar de pesadumbre y de aflicción al pobre viejo.

2. Elí tiene gran interés en conocer el mensaje (vv. 16–17). Tan pronto como se apercibió de los movimientos de Samuel, le llamó. Tenía buenas razones para suponer y temer que el mensaje no le traía profecía de bendición, sino de maldición; con todo, puesto que era un mensaje de parte de Dios no se iba a contentar con desconocerlo. Toda persona buena desea conocer la voluntad de Dios, ya le procure dulzuras o amarguras.

3. Samuel le comunicó fielmente el mensaje que había recibido (v. 18): *Samuel se lo manifestó todo, sin encubrirle nada.*

4. Elí se sometió piadosamente a la voluntad de Dios. No puso en duda la integridad de Samuel, no se enfadó con él ni puso objeción alguna contra la equidad de la sentencia: *Jehová es, haga lo que bien le parezca. Jehová es;* como si dijese: En Él no cabe injusticia y nunca hace daño a ninguna de sus criaturas ni impone mayor castigo del que la iniquidad merece. *«Haga lo que bien le parezca.* No tengo nada que oponer a sus procedimientos.»

Versículos 19–21

Así comenzó Samuel a familiarizarse con las visiones de Dios pues:

I. Dios continuó honrándolo. Al haber comenzado a otorgarle su favor, continuó favoreciéndole y coronó en él su obra: *Samuel creció, y Jehová estaba con él* (v. 19). Dios honró a Samuel: l. Manifestándose a él: *Jehová volvió a aparecérsele en Siló* (v. 21). 2. Cumpliendo todo lo que hablaba por medio de él: *Y no dejó* (Dios) *que cayera a tierra* (esto es, que dejara de cumplirse) *ninguna de sus palabras* (v. 19). Cuanto decía Samuel en calidad de profeta, resultaba cierto y se cumplía a su debido tiempo.

II. También Israel le honró. Todos reconocieron *que Samuel era fiel profeta* (lit. estaba acreditado como profeta—verdadero—) *de Jehová* (v. 20). 1. Se hizo, pues famoso en Israel. 2. Se hizo cada vez más provechoso y servicial para su generación. El que comienza *siendo* bueno, pronto comienza a *hacer lo* que es bueno.

CAPÍTULO 4

Las predicciones concernientes a la ruina de la casa de Elí comienzan a cumplirse. Leemos aquí: I. La desgracia que sobrevino a Israel en un encuentro con los filisteos (vv. 1, 2). II. El necio proyecto de los israelitas de hacerse fuertes mediante la presencia del Arca de Dios en el campamento, llevada allí a hombros de Ofní y Fineés (vv. 3, 4), lo cual les dio falsas seguridades (v. 5) y asustó en un principio a los filisteos, pero se envalentonaron luego (vv. 6–9). III. Las fatales consecuencias: Israel fue derrotado, y el Arca fue llevada en cautiverio (vv. 10, 11). IV. Llegada de las noticias a Siló, las cuales fueron recibidas con amargura. 1. La ciudad fue presa del pánico (vv. 12, 13). 2. Elí se cayó de espaldas y se desnucó (vv. 14–18). 3. Al enterarse de lo ocurrido, su nuera sintió los dolores de parto y, tras dar a luz un hijo, murió inmediatamente (vv. 19–22).

Versículos 1–9

I. Israel tuvo un encuentro con los filisteos (v. 1). Fue un intento de sacudirse la opresión de éstos, y habría tenido éxito si primero se hubiesen arrepentido y reformado, comenzando así la empresa por el extremo correcto.

II. La derrota de Israel en dicho encuentro (v. 2). Israel, que era el agresor, fue derrotado, y quedaron muertos en la batalla cuatro mil hombres. El pecado, el anatema, estaba en el campamento y les dio a los enemigos todas las ventajas que podían desear para vencer a Israel.

III. Las medidas que tomaron para tener éxito en otro encuentro. 1. Se quejaron de ponerse Dios en contra de ellos (v. 3): *¿Por qué nos ha herido hoy Jehová delante de los filisteos?* Le piden descaradamente cuentas a Dios, se disgustan por lo que Dios ha hecho y se ponen a discutir con Él. 2. Se imaginan que pueden ponerle de parte de ellos la próxima vez si traen al campamento el Arca. Enviaron a Siló por el Arca, y Elí no tuvo el valor de frenarles, sino que envió a sus dos malvados hijos, Ofní y Fineés, con el Arca; o, al menos, no impidió que se la llevasen. Véase aquí: (A) La profunda veneración en que el pueblo tenía al Arca: *«Traigamos el Arca»* (v. 3). Como si dijesen: «Si tenemos el Arca con nosotros, vamos a hacer maravillas». El Arca era, por su misma institución, una señal visible de la presencia de Dios. Pensaban, por tanto, que al prestar gran respeto a este sagrado cofre, demostrarían que eran israelitas de veras y empeñarían al Omnipotente a que actuara en favor de ellos. Es cosa corriente entre quienes se han alejado de los fundamentos vitales de la piedad el mostrar un ostentoso afecto a los ritos y a las ceremonias exteriores. En realidad los israelitas estaban haciendo del Arca un ídolo, como si fuese tan imagen del Dios de Israel como lo eran sus dioses los ídolos que las otras naciones veneraban. (B) Su enorme necedad al pensar que, si tenían el Arca en el campamento, ciertamente *les salvaría de la mano de sus enemigos* y les aseguraría una completa victoria. ¿De qué les podía salvar el Arca, la cáscara sin la fruta? En lugar de honrar a Dios con esta medida no hicieron otra cosa que afrentarle todavía más. Si no hubiese habido ninguna otra cosa para anular las esperanzas que tenían puestas en el Arca, el mero hecho de venir a hombros de Ofní y de Fineés era suficiente para que desesperaran de obtener de ella ninguna bendición.

IV. El júbilo que se extendió por el campamento de Israel cuando entró en él el Arca (v. 5): *Todo Israel gritó con tan gran júbilo que la tierra tembló.* Ahora pensaron que estaban seguros de la victoria.

V. La consternación que experimentaron los filisteos al saber que había sido traída el Arca al campamento de Israel. Los dos ejércitos estaban acampados tan cerca el uno del otro, que los filisteos pudieron oír los gritos de júbilo de los israelitas en esta ocasión. Pronto se dieron cuenta del motivo de tanto júbilo (v. 6) y se asustaron de las consecuencias. Porque: 1. Nunca había ocurrido tal cosa en aquellos días: *Ha venido Dios al campamento. ¡Ay de nosotros!, pues antes de ahora no fue así* (v. 7). De nuevo (v. 8) repiten: *¡Ay de nosotros!* Véase qué idea tan falsa tenían de la presencia divina, como si el Dios de Israel no hubiese estado en el campamento antes de venir el Arca; pero se les puede excusar esta ignorancia, ya que no era mejor la idea que los israelitas mismos tenían de la presencia de Dios. 2. Cuando esto había sucedido antaño, se habían producido portentos: *Éstos son los dioses que hirieron a Egipto con toda plaga en el desierto* (v. 8). En esto eran tan ignorantes con respecto a la historia de Israel

como lo eran con respecto a la naturaleza del Dios de Israel, puesto que las plagas de Egipto ocurrieron antes de que se confeccionase el Arca y antes de que Israel echase a caminar por el desierto. Además, se puede poner en duda la sinceridad de sus exclamaciones sobre aquellos *dioses poderosos*, puesto que se animaron y esforzaron a luchar con toda valentía (v. 9).

Versículos 10–11

Breve relato del resultado de esta batalla.

I. *Israel fue vencido, su* ejército se dispersó vergonzosamente y con gran mortandad. 1. Aunque defendían una causa mejor y eran el pueblo de Dios, no pudieron triunfar porque su *roca los había vendido.* A menudo, una causa buena sufre por culpa de los malos hombres que la defienden. 2. A pesar de su mayor confianza y de sentirse tan fuertes, fueron vencidos. Poca fuerza puede suministrar el Arca al campamento cuando hay en él un Acán.

II. El Arca misma cayó en manos de los filisteos, y *fueron muertos los dos hijos de Elí* (v. 11). 1. La muerte de los sacerdotes, dada su impiedad, no fue gran pérdida para Israel, pero fue un terrible juicio sobre la casa de Elí. Se cumplió así la palabra que Dios había hablado (2:34). Pero: 2. La captura del Arca fue un tremendo juicio sobre Israel, y una segura señal del ardiente furor de Dios contra ellos. Ahora podían ver su insensatez en confiar en sus privilegios externos, cuando habían perdido el derecho a disfrutar de ellos por su perversidad, y en imaginarse que podía salvarlos el Arca, cuando se había apartado de ellos el Dios del Arca.

Versículos 12–18

Llegan ahora a Siló noticias del fatal resultado de la batalla con los filisteos. Las malas noticias vuelan ligeras. Inmediatamente llega un correo improvisado; era un hombre de la tribu de Benjamín; en la opinión infundada de algunos judíos, este hombre era el propio Saúl. *Llegó con los vestidos rotos y la cabeza cubierta de tierra* (v. 12) indicaba con estas señales; el trágico suceso. En esta forma *llegó el mismo día,* derechamente, *a Siló.* Veamos:

I. Cómo le recibió la ciudad. *Elí estaba sentado en una silla al lado de la puerta* (vv. 13, 18), pero el mensajero pasó de largo junto a él, y contó en la ciudad lo sucedido, con todas las circunstancias agravantes, y ahora es cuando retiñeron los oídos de todos, como estaba predicho (3:11). A todos se les desfallecía el corazón y se les oscurecía el rostro: *toda la ciudad gritó* (v. 13). Bien podían gritar, pues era una pérdida especial para Siló; la ruina de tal lugar, pues, aun cuando el Arca fue rescatada pronto de las manos de los filisteos, ya no regresó más a Siló. De esto se le hace memoria a Jerusalén mucho tiempo después como una seria advertencia: *Andad ahora a mi lugar en Siló, donde hice morar mi nombre al principio, y ved lo que le hice por la maldad de mi pueblo Israel* (Jer. 7:12).

II. Qué golpe tan tremendo fue para el anciano Elí.

1. Con qué temor esperaba las noticias. Aunque era muy viejo y estaba ciego y pesado, no quiso quedarse en su habitación, pues se percataba de que entraba en juego la gloria de Dios, así que se situó junto al camino para poder recibir así el primer comunicado: *porque su corazón estaba temblando por causa del Arca de Dios* (v. 13). También se daba cuenta del inminente peligro. Israel había perdido el derecho a tener el Arca (especialmente, sus hijos) y venía a su mente aquella terrible amenaza de que iba a *ver un adversario en la morada de Dios* (2:32); quizá le reprochaba su corazón por no haber hecho uso de su autoridad para impedir que se transportase el Arca al campamento. Todo hombre bueno coloca los intereses de la iglesia de Dios por encima de todo interés personal o secular. ¿Cómo estar a sus anchas cuando el Arca de Dios corría peligro?

2. Con qué pesar recibió las noticias. Aunque no podía ver pudo *oír el estruendo de la gritería* del pueblo, y percibir que era un griterío de lamentación. Le dicen que ha venido un hombre del campo de batalla, quien le refiere con todo detalle lo sucedido (vv. 16, 17), y que ha sido testigo de vista de lo ocurrido. El relato de la derrota del ejército y la mortandad de gran número de los soldados era muy

penoso para él, pues era el juez de Israel; la noticia de la muerte de sus dos hijos, de quienes tenía motivo para pensar que habían muerto impenitentes, era un golpe muy severo para su corazón de padre. Con todo, no interrumpe al narrador con apasionada lamentación por sus hijos, como haría después David con respecto a Absalón, sino que está impaciente por escuchar el final del relato, y no duda de que el hombre, al ser israelita, diría también algo sobre el Arca; y si hubiese podido decir: «Sin embargo, el Arca de Dios está a buen seguro y la traen ahora a su lugar», su gozo por esta noticia habría podido contrapesar su pesadumbre por los demás desastres. Pero, al concluir el mensajero su relato con lo de: *y el Arca ha sido tomada* (v. 17), su corazón sufrió un durísimo golpe y cayó de espaldas, rompiéndose la nuca. De esta forma murió, aunque no carezca de probabilidad la opinión de que murió de ataque al corazón. En todo caso, podemos afirmar que se le rompió el corazón antes que el cuello. Así, fueron su ruina final la insensatez y la perversidad de aquellos hijos suyos, a quienes no reprendió con la severidad que se merecían. Con todo, hemos de tener presente, para encomio de Elí, que no fue la muerte de sus hijos lo que le produjo la muerte, sino la pérdida del Arca.

Versículos 19–22

Otro relato melancólico, que añade un nuevo tinte de tristeza a las desolaciones de la casa de Elí y a los sentimientos de pesadumbre que había suscitado la noticia de la pérdida del Arca, es el concerniente a la muerte de la mujer de Fineés, uno de los malvados hijos de Elí, que tanto mal habían traído sobre Israel.

I. Era una mujer de corazón muy sensible y estaba próxima a dar a luz. Cuando oyó la noticia de la muerte de su suegro, a quien respetaba, la de la muerte de su marido, a quien amaba a pesar de ser un malvado, pero especialmente la de la pérdida del Arca, *se inclinó y dio a luz, porque le sobrevinieron sus dolores de repente* (v. 19), y aunque tuvo fuerzas suficientes para dar a luz al hijo desfalleció poco después y murió, no importándole morir una vez que había perdido los mayores consuelos de su vida.

II. También era una mujer de espíritu piadoso. Su pesar por la muerte de su marido y de su suegro era señal de su afecto natural, pero su pesar, mucho mayor, por la pérdida del Arca, era evidencia de su piedad y devoción hacia Dios y las cosas sagradas. Por eso dijo: *¡Traspasada es la gloria de Israel!*

1. Las mujeres que la asistían, le dijeron: *No tengas temor* (como diciendo: «lo peor ya ha pasado»), *porque has dado a luz un hijo* (que, quizás, era el primogénito; al menos, el primer varón). *Mas ella no respondió ni se dio por enterada.* ¿Qué suponía aquello para quien se estaba lamentando de la pérdida del Arca? Mal consuelo podía ella tener por un hijo nacido en Israel, en Siló, cuando el Arca se había perdido y estaba en poder de los filisteos.
2. Esto hizo que le pusiera al niño un nombre que perpetuara el recuerdo de la calamidad y del impacto que había producido en ella. Ordenó que le llamaran *Icabod,* que significa: *¿Dónde está la gloria?* Lo cual ella misma explica así con sus labios moribundos: *¡Traspasada es la gloria de Israel! Puesto que había sido tomada el Arca de Dios* (v. 21—frases que se repiten en el v. 22—), signo de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Si se marcha Dios, se marcha su gloria y, con ella, la fuente de todo bien.

CAPÍTULO 5

Es ya tiempo de preguntarnos qué se ha hecho del Arca de Dios; pero no hallamos en el texto que se hiciese nada para rescatarla. ¡Tan pequeño era el interés, o el valor, que les había quedado! Como si dijeran: «Se marchó; que se marche, pues». Indignos eran del nombre de israelitas quienes tan mansamente se dejaban arrebatar la gloria de Israel. Pero Dios iba a tomar la obra en sus propias manos. I. Los filisteos triunfaron sobre el Arca (vv. 1, 2), pero muy pronto: II. El Arca triunfó sobre los filisteos: 1. Sobre su dios Dagón (vv. 3–5). 2. Sobre los filisteos mismos, quienes sufrieron una terrible plaga, primero los de Asdod (vv. 6, 7); después, los de Gat (vv. 8, 9); y, finalmente, los de Ecrón, lo cual les forzó a tomar la resolución de devolver el Arca al país de Israel.

Versículos 1–5

I. Los filisteos el capturaron el Arca y se la llevaron, tanto más gozosos de haberse hecho con ella, cuanto que, antes de la batalla, temblaron de miedo al oír que la habían traído los israelitas al campamento (4:7). Pero, cuando la tuvieron en sus manos, no les permitió Dios que le hiciesen ninguna violencia, sino que la llevaron con todo cuidado a un lugar seguro. La transportaron a Asdod, una de sus cinco ciudades, en la que estaba el templo de Dagón, allí colocaron el Arca de Dios, *junto a Dagón* (v. 2). Esto lo hicieron:

1. Quizá por ser una cosa sagrada, a la que pensaban pagar sus respetos religiosos, junto con Dagón; ya que los dioses de los paganos no eran considerados como contrarios a compartir el lugar con otros dioses. Aunque las naciones paganas no cambiaban sus dioses, no tenían, sin embargo, empacho en multiplicarlos añadiendo nuevos dioses. Pero se equivocaban si intentaban honrar al Dios de Israel al poner su Arca junto a la imagen de Dagón; porque al verdadero Dios no se le honra en modo alguno si no se le rinde culto únicamente a Él.
2. Más bien podemos pensar que colocaron el Arca en el templo de Dagón como un trofeo de victoria en honor de su dios. (A) Dios mostrará de qué poco sirve el Arca del pacto cuando el pacto mismo es descuidado y quebrantado; incluso las señales sagradas no son cosas a las que Dios se vincula sin más, ni en las que podemos poner una confianza absoluta. (B) Por algún tiempo, Dios puede obtener tanto mayor gloria al ajustar las cuentas a los que de esta manera le afrentan, cuanto más piensan ellos que van a recibir de Él honor y beneficio. Después de castigar a Israel, que había traicionado al Arca, y de permitir que ésta cayese en manos de los filisteos, pronto castigará a los que la retienen y la rescatará de sus manos de nuevo.

II. Pero el Arca triunfó sobre Dagón. Una y otra vez, Dagón cayó delante de ella. A la mañana siguiente, cuando los adoradores de Dagón acudieron a rendir culto a su imagen, se encontraron con lo efímero de su triunfo (v. Job 20:5).

1. *Dagón estaba postrado en tierra delante del Arca de Jehová* (v. 3). Se tomaban grandes precauciones al erigir las imágenes de sus dioses para que quedasen firmes en su lugar. El profeta toma buena nota de esto cuando dice: *Lo sujetó con clavos para que no se moviese* (Is. 41:7); y de nuevo: *Lo colocan en su lugar; allí se está y no se mueve de su sitio* (Is. 46:7). Pero a Dagón poco le valió que le sujetaran. El reino de Satanás ha de caer de cierto delante del reino de Cristo; el error, delante de la verdad; la profanidad, delante de la piedad; y la corrupción, delante de la gracia en el corazón de los fieles. Cuando los intereses de la religión parecen estar en decadencia y próximos a hundirse, aun entonces podemos estar seguros de que llegará el día en que triunfen.
2. Los sacerdotes, al hallar en el suelo a su ídolo, se apresuraron a colocarlo de nuevo en su lugar, antes de que se supiese lo ocurrido. Triste y necia cosa es hacer un dios que, si se cae, necesita de ayuda ajena para levantarse; y cuán miserables y desgraciados son los que llegan a suplicar la ayuda de un dios que necesita, en todo, la ayuda de ellos mismos. ¿Cómo podían atribuir su victoria al poder de Dagón, cuando el propio Dagón no pudo tenerse en pie delante del Arca? Pero estaban resueltos a que Dagón continuase siendo su dios y, por tanto, lo colocaron de nuevo en su lugar.
3. A la noche siguiente, Dagón se cayó por segunda vez: (v. 4): *Y la cabeza de Dagón y las dos palmas de sus manos estaban cortadas sobre el umbral;* de forma que le quedaba *el tronco solamente; o,* como dice el margen de la AV inglesa, *sólo lo que Dagón tenía de pez* (hebreo, *dag = pez*), porque, según conjetura de muchos expertos, la parte superior de su imagen tenía figura de hombre, pero la parte baja tenía figura de pez. Con esta caída, el desventurado monstruo se muestra: (A) Muy ridículo y digno de desprecio. ¡Vaya figura la que ahora presenta Dagón, ahora que la caída ha puesto al desnudo su anatomía, y muestra que la parte de hombre y la parte de pez estaban unidas por el artificio! (B) Muy impotente e indigno de que se le orase o se pusiese en él ninguna confianza, porque al perder la cabeza y las manos, demostraba estar completamente destituido de sabiduría y de poder, e incapacitado por siempre, tanto para aconsejar como para actuar en favor de sus adoradores.
4. El umbral del templo de Dagón era considerado siempre sagrado y en el que no se debía poner el pie (v. 5). Algunos opinan que hay aquí una referencia a la superstición que parece aludida en Sofonías 1:9, donde Dios amenaza con castigos a los que *saltan por encima del umbral* (lit.). En este caso,

tendríamos una transferencia de respeto supersticioso. En lugar de despreciar a Dagón por haber sido descabezado por el umbral de la puerta, estaban casi dispuestos a venerar el umbral, por ser el saliente en el que había sido descabezado. La razón más probable, como afirma F. Buck (nota del traductor), es que en las religiones antiguas existía cierto miedo a los espíritus que creían instalados en el umbral mismo.

Versículos 6–12

Si los filisteos de Asdod hubiesen tomado buena nota de esta caída de Dagón y, por ella, se hubiesen arrepentido de su idolatría y se hubiesen humillado ante el Dios de Israel y buscado su rostro, habrían podido preservarse de la venganza que Dios va a tomar contra ellos por la indignidad con que han tratado el Arca. Pero, al no servirles de aviso, *los destruyó* Jehová (v. 6). Con respecto a los de Gat, se nos habla de *gran quebrantamiento* (v. 9). Expresamente se dice (v. 12) que *los que no morían, eran heridos de tumores.* Estos tumores, ya citados en el versículo 6, pueden traducirse al final del versículo 9 por *hemorroides,* aun cuando la plaga ofrece más bien cierto parecido con la peste bubónica. Lo cierto es que la plaga era tan tremenda que *el clamor de la ciudad subía al cielo,* lo cual insinúa que, en el extremo de su dolor y de su miseria, gritaban, no a Dagón, sino, quizás, al Dios del cielo.

No cabe duda que aquellos tumores eran dolorosos y vergonzosos. Con ellos quería Dios humillar su orgullo y exponerlos a la pública vergüenza, según el desprecio que ellos habían mostrado al Arca de Dios. Era una epidemia, y de una enfermedad que, por lo que parece, era nueva entre ellos. La epidemia se declaró primero no sólo en la misma Asdod, sino también *en todo su territorio* (v. 6). Pronto se percataron los de Asdod de que era *la mano del Dios de Israel* (v. 7) la que pesaba sobre ellos y sobre su dios Dagón. Así se vieron constreñidos a reconocer su poder y dominio y a confesar que estaban bajo su jurisdicción; con todo, no querían renunciar a Dagón y someterse a Jehová, sino, más bien, ahora que les había asentado la mano en la carne y en los huesos, estaban dispuestos a maldecirle y blasfemar de Él y, en lugar de hacer las paces con Él y prestar reverencia al Arca, lo único que desearon fue deshacerse de ella cuanto antes. Los corazones carnales, cuando se sienten bajo el juicio de Dios, prefieren que, si fuera posible, se marchase bien lejos de ellos, en vez de entrar en pacto y comunión con Él, haciendo de Él un amigo en lugar de un duro enemigo.

Así es como los hombres de Asdod resolvieron: *No quede con nosotros el Arca del Dios de Israel* (v. 7). Igualmente decidieron que fuese trasladada a Gat (v. 8). Quizá les entró un miedo supersticioso al lugar mismo, y pensaron que sería mejor para ellos si llevaban el Arca a otro lugar, lejos del templo de Dagón; por consiguiente, en lugar de devolverla a su propio lugar, como debían, tratan de llevarla a otro lugar y escogen *Gat,* lugar famoso por una raza de gigantes, pero su fuerza y estatura no resultaron ser barrera suficiente contra los tumores, pues la plaga *afligió a los hombres de aquella ciudad desde el chico hasta el grande* (v. 9); enanos y gigantes son lo mismo para los juicios de Dios.

Por fin, se cansaron de tener el Arca y se dispusieron de buena gana a deshacerse de ella. De Gat fue trasladada a Ecrón. Como venía por orden del concejo, los ecronitas no pudieron rehusar recibirla, pero se exasperaron en seguida contra los que les habían enviado un regalo tan indeseable: *Han pasado a nosotros el Arca del Dios de Israel para matarnos a nosotros y a nuestro pueblo* (v. 10). Inmediatamente convocaron asamblea general de *todos los príncipes de los filisteos* (v. 11) para tomar el acuerdo de *volver a su lugar el Arca del Dios de Israel.* Mientras tomaban el acuerdo, la mano de Dios estaba dando ejecución a su juicio, y todos los medios que ellos emplearon para escapar del castigo sirvieron solamente para extenderlo, ya que fueron muchos los que murieron; y los que no morían, eran heridos de tumores (v. 12).

CAPÍTULO 6

Regreso del Arca al país de Israel. I. Los filisteos la enviaron a su lugar, acompañada, por consejo de sus sacerdotes (vv. 1–11), de ricos presentes al Dios de Israel, para hacer expiación por su pecado (vv. 3–5); con todo, proyectaban poseerla de nuevo, a no ser que la Providencia hiciese que las vacas en contra de su natural inclinación, fuesen al país de Israel (vv. 8, 9). II. Los israelitas la recibieron: 1. Con gran

regocijo y sacrificios de alabanza (vv. 12–18). 2. Con una insana curiosidad de mirar el interior del Arca, por lo que una gran multitud de ellos cayeron muertos (vv. 19–21).

Versículos 1–9

Estuvo el Arca de Jehová en la tierra de los filisteos siete meses (v. 1). Durante el tiempo que la tuvieron en cautiverio, hallaron que era para ellos una maldición. 1. Durante siete meses fue castigado Israel con la ausencia del Arca, que era la señal especial de la presencia de Dios. Sin duda fue un tiempo de melancolía, pero tenían el consuelo de que, dondequiera está el Arca, *Jehová está en su santo templo;* por fe y con oración, tenemos allí acceso a Él con toda libertad (v. He. 4:15–16). Podemos tener a Dios cercano a nosotros aun cuando el Arca esté lejos. 2. Durante siete meses fueron castigados los filisteos con la presencia del Arca; la plaga duró todo ese tiempo, porque no quisieron enviarla antes a su lugar. Los pecadores alargan sus miserias por rehusar obstinadamente alejarse de sus pecados.

I. Por fin, los filisteos decidieron devolver el Arca, y consultaron a sus sacerdotes y adivinos acerca de ello (v. 2). Se les suponía ser los mejor informados acerca de las normas de la sabiduría, así como acerca de los ritos de adoración y expiación; por eso, les preguntaron: *¿Qué haremos del Arca de Jehová?*

II. Los sacerdotes y los adivinos les aconsejaron con todo detalle, y parece ser que dieron su consejo por decisión unánime.

1. Hicieron ver a los filisteos que era absolutamente necesario devolver el Arca, poniéndoles el ejemplo de lo que les pasó a Faraón y a los egipcios (v. 6).

2. Les aconsejaron que, al devolver el Arca, la enviasen con una ofrenda de expiación (v. 3). Sabían que el Dios de Israel era un Dios celoso; así que aquellos con quienes Él estaba enojado, debían *pagar la expiación,* y no podían esperar ser sanados por cualquier otro medio. Pero cuando comenzaron a tratar de fijar la satisfacción que habían de pagar, se hicieron miserablemente vanos en sus necias imaginaciones.

Entonces les dijeron que su ofrenda de expiación había de ser un reconocimiento del castigo que habían sufrido por su iniquidad. Tenían que hacer imágenes de los *tumores* con que habían sido afligidos, y hacer así un memorial perpetuo del castigo que habían sufrido con aquella plaga vergonzosa (v. Sal. 78:66). También debían hacer imágenes de los *ratones* que habían infestado el país para reconocer así el poder omnímodo del Dios de Israel, que tenía tal dominio sobre todos los reinos de la naturaleza como para castigarles y humillarles, incluso en sus días de aparente triunfo, por medio de tan pequeños y despreciables animales. Estas imágenes habían de fabricarse con oro, el metal más precioso, para insinuar que habían de estar dispuestos a comprar alegremente, y a cualquier precio, su paz con el Dios de Israel. Los *tumores de oro* habían de ser cinco *conforme al número de los príncipes de los filisteos* (v. 4), que habían sido castigados todos ellos, según parece, con dichos tumores también los *ratones de oro* habían de ser cinco, conforme a los territorios respectivos sobre los que dichos príncipes tenían dominio.

4. Les animan a esperar que, de esta forma, habrán puesto los medios necesarios para librarse de la plaga: *entonces seréis sanos* (v. 3). Y sabrán también *por qué no se apartó de ellos la mano de Jehová;* es decir, con eso se mostraría si la plaga se debía a la retención del Arca; porque, si era así, la plaga cesaría tan pronto como devolviesen el Arca.

5. Pero todavía quieren hacer otra prueba para ver si era o no la mano del Dios de Israel la que les había herido con aquellas plagas. En honor del Arca, deben ponerla sobre *un carro nuevo* (v. 7), que sea tirado por un par de vacas no acostumbradas al yugo e inclinadas a marchar a su propia casa. No ha de haber quien las guíe, sino que ellas mismas han de escoger la dirección en que han de marchar, la cual era de suponer, con toda razón, que sería la de su propia casa; así que, a no ser que el Dios de Israel, después de todos los milagros que ha obrado, lleve a cabo uno más y, por medio de un poder invisible, guíe estas vacas, en contra de su instinto e inclinación, hacia el país de Israel y, en especial, a Bet-semes, todavía retractarán su anterior opinión y creerán que no fue la mano de Dios la que los hirió, sino que *les sucedió por pura casualidad* (vv. 8, 9).

Versículos 10–18

I. Vemos ahora cómo despidieron los filisteos el Arca (vv. 10, 11). Estaban tan contentos de verla marchar como lo habían estado al hacerse con ella. 1. No recibieron por su rescate dinero o cualquier otro precio, como esperaban sin duda; habrían exigido un rescate más que regio. 2. Por el contrario, fueron ellos los que, para verse libres del Arca, dieron joyas de oro, como las habían dado los egipcios a los israelitas.

II. Cómo llevaron las vacas el Arca al país de Israel (v. 12): *Y las vacas se encaminaron por el camino de Bet-semes,* la ciudad más próxima del país de Israel, ciudad sacerdotal, y anduvieron por el camino *sin apartarse ni a derecha ni a izquierda.* Fue éste un ejemplo maravilloso del poder de Dios sobre los brutos animales, al hacer que unas vacas no acostumbradas al yugo fueran derechamente por el camino de Bet-semes, ciudad distante unos quince kilómetros sin apartarse ni a derecha ni a izquierda hacia los campos para apacentarse a sí mismas, ni volviéndose a casa para alimentar a sus terneros.

III. Cómo se le dio al Arca la bienvenida en el país de Israel: *Los de Bet-semes segaban el trigo en el valle* (v. 13). Seguían con sus quehaceres seculares, sin preocuparse por el Arca. De modo semejante, Dios efectuará a su debido tiempo la liberación de su Iglesia, no sólo de las garras de sus enemigos, sino también de la negligencia de sus amigos. La misma mano invisible que dirigió las vacas al país de Israel, las llevó al campo de Josué por la gran piedra que había en aquel campo y que tan conveniente era para poner encima de ella el Arca, como se nos refiere en los vv. 14, 15 y 18.

1. Cuando los segadores *vieron el Arca, se regocijaron* (v. 13). Aunque no poseían el celo ni el valor suficientes para intentar rescatarla, cuando llegó allí, sin embargo, le dispensaron la más cordial bienvenida.

2. Ofrecieron las vacas en holocausto, para honrar a Dios, y usaron como combustible para el sacrificio la madera del carro (v. 14). Es probable que los filisteos tuviesen la intención de que tanto las vacas como el carro sirvieran para una ofrenda por el pecado, a fin de hacer expiación (vv. 3, 7).

3. Depositaron el Arca, junto con el cofre de joyas que los filisteos habían traído sobre la gran piedra a campo abierto, frío hospedaje para el Arca de Jehová y demasiado modesto; con todo, estaba mejor allí que en el templo de Dagón o en manos de los filisteos. Así como el quemar el carro y las vacas que llevaron allá el Arca podía tomarse como signo de la esperanza que tenían de que nunca más habría de ser arrebatada de nuevo del país de Israel, así también el asentarla sobre una gran piedra podía ser signo de la esperanza que tenían de que había de ser colocada de nuevo sobre firme fundamento. La Iglesia está edificada sobre una Roca.

4. Ofrecieron los sacrificios de alabanza a Dios sobre la gran piedra (v. 15). Hay quienes opinan que los ofrecieron sobre un altar de tierra, construido para ello, pero el texto mismo no da ningún pie para esta opinión. No fue por casualidad el que las vacas trajeran el Arca a este lugar, sino una indicación divina de que allí había de estar, andando el tiempo, su residencia. Bet-semes era una de las ciudades asignadas, de entre la heredad de Judá, a *los hijos de Aarón* (Jos. 21:16). ¿Adónde mejor podía ir el Arca que a una ciudad de sacerdotes? Además, era muy conveniente tener allí las personas consagradas a Dios para bajar del carro el Arca y ofrecer los sacrificios.

5. Los príncipes de los filisteos regresaron a Ecrón y podemos suponer que les habría impresionado lo que habían visto de la gloria de Dios y del celo de los israelitas, sin embargo, no renunciaron al culto de Dagón.

Versículos 19–21

1. El pecado de los hombres de Bet-semes: *Miraron dentro del Arca de Jehová* (v. 19). La ruina de la humanidad se debió a la ambición de un conocimiento prohibido. Lo que constituyó un gran pecado en este mirar dentro del Arca fue que procedía de una opinión menospreciadora del Arca. Quizás influyó en esto el ver las humillantes circunstancias en que se hallaba el Arca, como recién llegada del cautiverio y sin estar decentemente instalada. Cometemos una ofensa contra Dios si tenemos en poco sus ordenanzas a causa de su sencillez y de la modesta manera de su administración. Si hubiesen discernido el alto significado del Arca y no hubiesen juzgado meramente por las apariencias exteriores, se habrían percatado de que nunca había brillado el Arca con tanta majestad como ahora.

2. El castigo que sufrieron por su pecado: *Dios hizo morir a hombres de Bet-semes;* los castigó con gran mortandad. El texto hebreo actual dice que Dios hizo morir *setenta hombres y cincuenta mil hombres.* El escritor judío del primer siglo de nuestra era, Flavio Josefo, dice que fueron *setenta*, y ésta parece ser la cifra correcta. (El Dr. C. C. Ryrie, en su Biblia Anotada, dice: «La cifra de 50.070 es puesta en duda por expertos conservadores y es probablemente error de un copista». No sólo es probable, sino seguro, ya que el texto no dice 50.070, sino 70 *hombres* y 50.000 *hombres*, construcción gramatical a todas luces forzada. Bet-semes era una ciudad modesta que no llegaba, ni con mucho, a tal cifra de habitantes. Nota del traductor.)

3. El terror que se apoderó de los habitantes por tan severo golpe. Dijeron, y con toda razón: *¿Quién podrá estar delante de Jehová el Dios santo?* (v. 20) ¡Bendito sea su nombre, que no es imposible estar delante de Dios para rendirle adoración! Por medio de Cristo, se nos invita, anima y capacita para ello; pero estar delante de Dios para contender con Él no nos es posible (v. Ro. 9:20; 1 Co. 10:22).

4. Como consecuencia del miedo que les entró, desearon desprenderse cuanto antes del Arca. Preguntaban: *¿A quién considerará digno después de nosotros?* (v. 20). Enviaron, pues, mensajeros a los ancianos de Quiryat Yearim, ciudad fuerte, situada más al norte en el país, y les pidieron que vinieran a llevársela (v. 21). Dicha ciudad cae en el camino que lleva de Bet-semes a Siló, y es la más meridional de las de los gabaonitas, quienes, como sabemos (v. Jos. 9:27), habían sido destinados al servicio del tabernáculo. ¿Por qué no fue llevada a Siló? Quizá porque Siló fue ocupada por los filisteos después del desastre referido en el cap. 4. Más tarde, los sacerdotes aparecen en Nob (cap. 21). Resulta, con todo, un misterio el que Samuel convoque luego al pueblo en Mizpá (7:5), no en Nob ni en Quiryat Yearim. En cualquier caso, una cosa parece clara: el Arca es llevada de ciudad en ciudad sin que el pueblo se interese por ella, una señal de que *no había rey en Israel* (Jue. 21:25).

CAPÍTULO 7

En este capítulo vemos: I. El eclipse de la gloria del Arca, por la prolongada, y privada, estancia en Quiryat Yearim (vv. 1, 2). II. La manifestación de la gloria de Samuel en sus servicios públicos para el bien de Israel, donde ejerció como el último de los Jueces-Jefes del pueblo. Aquí le vemos activo: 1. En la reforma de Israel que había caído en la idolatría (vv. 3, 4). 2. En el reavivamiento religioso (vv. 5, 6). 3. En su oración por el pueblo, para que Dios les protegiese contra la invasión de los filisteos (vv. 7–9); en respuesta a dicha oración, Dios les concedió una gloriosa victoria (vv. 10, 11). 4. En la erección de un memorial de gratitud por tal victoria (v. 12). 5. En el aprovechamiento de la victoria (vv. 13, 14). 6. En la administración de justicia (vv. 15–17).

Versículos 1–2

En estos dos versículos vemos mencionada el Arca, para no volver a oír una sola palabra acerca de ella, con una sola excepción (14:18), hasta que, cuarenta años más tarde (1 Cr. 13:6), la trajo David de allí y, finalmente, fue llevada a Jerusalén (1 Cr. cap. 15). Vemos que:

I. Los hombres de Bet-semes, por su insensatez, hicieron del Arca de Dios una carga, cuando les debería haber servido de gran bendición.

1. Los de Quiryat Yearim se la llevaron alegremente consigo (v. 1). Sus vecinos los betsemitas no estaban tan deseosos de desprenderse de ella, como ellos lo estaban de recibirla, ya que sabían muy bien que la mortandad que el Arca había ocasionado en Bet-semes no era un acto de poder arbitrario, sino de necesaria justicia, y que los que habían sufrido por ello debían echarse la culpa a sí mismos, no al Arca.

2. Pusieron toda diligencia en procurar al Arca decente acomodación en Israel, con verdadero afecto y con todo respeto y reverencia, pues:

(A) Buscaron para recibirla el sitio apropiado, la casa de Abinadab, situada en lo alto y que, probablemente, era la mejor casa del lugar. Los de Bet-semes la habían dejado expuesta al público sobre una gran piedra a campo abierto, pero los de Quiryat Yearim le procuraron una acomodación digna en

una buena habitación de una buena casa. Dios ha de hallar para su Arca un digno lugar de reposo; si hay quienes la quieren echar de sí, habrá otros corazones inclinados a recibirla. No es cosa nueva para el Arca de Dios ser alojada en una casa particular.

(B) Buscaron para cuidarla la persona apropiada: *Santificaron a Eleazar su hijo para que guardase el Arca de Jehová,* no a su padre, porque era viejo y estaba enfermo. Quedaba, pues, encargado de guardar el Arca, no sólo para que no fuese capturada por los malvados filisteos, sino también para que no fuese profanada por curiosos israelitas. Debía también guardar limpia y decente la habitación en la que estaba el Arca, para que no pareciese un objeto descuidado. Aunque nada dice el texto sagrado, es de suponer que ésta fuese una familia levita, aunque no de la casa de Aarón. Podemos suponer que algunos piadosos israelitas acudirían allí a orar delante del Arca y serían bien atendidos por Eleazar. Con este objeto le *santificaron,* esto es, le pusieron aparte para que ejerciera este ministerio en nombre de todos los ciudadanos. No era lo normal, pero era excusable en las presentes circunstancias.

II. Es cierto que nos da lástima ver el Arca allí pues nos gustaría verla en Siló de nuevo, pero Siló estaba desolada (Jer. 7:14), así que debía quedarse a medio camino, quizá por falta de hombres lo bastante valientes para llevarla a su propio lugar.

1. Su estancia en Quiryat Yearim fue prolongada. Por más de cuarenta años quedó en un lugar remoto, oscuro, particular, poco frecuentado y casi descuidado (v. 2). Resulta muy extraño que, durante todo el tiempo en que gobernó Samuel, nunca fuese llevada el Arca a su sitio en el Lugar Santísimo, una evidencia de la decadencia de santo celo entre los israelitas. Dios lo permitió así, para castigarles por su descuido del Arca cuando ésta se hallaba en su propio lugar.

2. Pasaron veinte años antes que el pueblo de Israel echase en falta la presencia del Arca. La versión de los LXX nos lo traduce así para mayor claridad: Y *fueron veinte años, y* (esto es, cuando) *toda la casa de Israel alzó la vista en pos de Jehová.* Mientras estuvo ausente del tabernáculo, se echaba en falta la señal de la presencia especial de Dios y no podían observar el Día de la Expiación como debía ser observado. Se contentaban con los altares sin el Arca; con tanta facilidad pueden quedar satisfechos los creyentes nominales y aun carnales, con una serie de ritos exteriores sin señal alguna de la presencia y de la aceptación de Dios. Pero, al fin, volvieron en sí y comenzaron a lamentarse en pos de Jehová, avivados, como es muy probable, por la predicación de Samuel, acompañada de una extraordinaria operación del Espíritu de Dios. Ahora comienza a notarse por todo Israel una disposición general al arrepentimiento y a la reforma de vida. La verdadera conversión comienza con un lamento hacia Dios, a causa de la convicción de pecado. Les fue mejor a los israelitas cuando echaron en falta el Arca y se lamentaron delante de Dios, que cuando tenían el Arca, pero no se cuidaban de ella o se sentían orgullosos de tenerla, no por piedad, sino por soberbia.

Versículos 3–6

Podemos ya preguntarnos dónde estaba Samuel y qué estaba haciendo durante todo este tiempo, pero su labor entre el pueblo no se menciona hasta que aparecen sus frutos. Cuando se dio cuenta de que el pueblo había comenzado a *lamentarse en pos de Jehová,* decidió batir de repente mientras el hierro estaba candente, como suele decirse. Dos cosas procuró hacer por ellos.

I. Procuró apartar al pueblo de sus ídolos, pues *por ahí* debe comenzar toda reforma seria. *Habló Samuel a toda la casa de Israel* (v. 3), y fué, al parecer, de un lugar a otro, como predicador itinerante (pues no hallamos que se reunieran en asamblea hasta el v. 5) y, a dondequiera que iba, ésta era su exhortación: *«Si de todo vuestro corazón os volvéis a Jehová,* sabed:

1. Que debéis renunciar a vuestros ídolos y abandonarlos. *Quitad los dioses ajenos,* los baales, y *a Astarot,* esa diosa extranjera, *de entre vosotros»,* pues hasta esos dioses tenían. Se nombra en especial a Astarot por ser el ídolo más amado. El genuino arrepentimiento golpea con la mayor fuerza al pecado preferido y quita de en medio, con especial celo y resolución, *el pecado que* más *nos asedia* (He. 12:1).

2. Que debéis tomar muy a pecho el volver a Dios, y hacerlo así con seria dedicación y firme resolución, pues ambas cosas se incluyen en *preparar el corazón* (v. 3), esto es, en dirigir, disponer y establecer el corazón hacia Dios.

3. Que debéis ser enteramente para Dios y solamente para Él: *y sólo a Él servid;* de lo contrario, no le serviréis en modo alguno como a Él le agrada. Hacedlo así, y *os librará de la mano de los filisteos.* Éste era el objetivo de la predicación de Samuel y tuvo un efecto maravilloso (v. 4): *Entonces los hijos de Israel quitaron a los baales y a Astarot.* No sólo dejaron de adorarlos, sino que también destruyeron sus imágenes, demolieron sus altares y los abandonaron completamente.

II. Procuró que se dedicasen para siempre a Dios y a su servicio.

1. Samuel convoca a todo Israel o, al menos, a sus ancianos como representantes del pueblo, a que se encuentren con él en Mizpá (v. 5), y allí promete orar por ellos. Cuando nos reunimos en asamblea, hemos de recordar que es nuestra obligación unir en público nuestras oraciones tanto como oír el mensaje.

2. Ellos secundaron la convocatoria de Samuel y, no sólo acudieron a la reunión, sino que se mostraron de acuerdo con los objetivos de la convocatoria y en muy buena disposición (v. 6). En efecto:

(A) *Sacaron agua y la derramaron delante de Jehová* y dieron a entender con esto: (a) Su humillación y arrepentimiento por el pecado, ya que así se reconocían como agua derramada en el suelo, que no puede volver a recogerse (2 S. 14:14). La versión caldea dice: *Derramaron sus corazones en arrepentimiento delante de Jehová,* y salieron así del corazón mismo las lágrimas que derramaban en la presencia de Dios (comp. con Lam. 2:19). (b) Sus fervientes súplicas a Dios para obtener misericordia. (c) Su reforma general y total, lo que expresaba así su disposición a abandonar todos sus pecados y a no retener de ellos más resabio que el que deja el agua en la vasija después de ser derramada. (d) Hay quienes opinan que significa también su gozo en la esperanza de la misericordia de Dios, de la que Samuel les había dado seguridades.

(B) *Ayunaron aquel día;* al abstenerse del alimento, afligieron sus almas, y añadieron así nueva expresión de sincero arrepentimiento.

(C) Hicieron pública confesión: *Y dijeron allí: Contra Jehová hemos pecado. Así* daban gloria a Dios y se reprochaban a sí mismos.

3. En esa ocasión, *Samuel los juzgó en Mizpá* (v. 6); es decir, les aseguró, en nombre de Dios, que, una vez arrepentidos, les eran perdonados sus pecados y, con ello, Dios quedaba reconciliado con ellos. Fue, pues, un juicio de absolución. Mientras que, hasta el momento, había actuado entre ellos sólo como profeta, ahora comenzaba a actuar como magistrado, para impedir que recayesen en los pecados a los que ahora habían renunciado.

Versículos 7–12

I. Aprovechando la ocasión de la convocatoria de Israel para arrepentimiento y oración, los filisteos invadieron el país (v. 7); juzgaron que era ésta una oportunidad propicia para caer sobre los israelitas por sorpresa. 1. ¡Cuán cierto es que, a veces, el bien sirve de ocasión para el mal! La convocatoria de los israelitas en Mizpá les trajo molestias de parte de los filisteos. Cuando los pecadores comienzan a arrepentirse y reformarse, han de esperar que Satanás reúna contra ellos todas sus fuerzas y ponga a trabajar a sus mensajeros, a fin de que procuren por todos los medios desanimarles y hacerles desistir de sus buenos propósitos. Pero: 2. En fin de cuentas, hasta de ese mal ha de salir algún bien. Nunca pudo ser amenazado Israel en mejor oportunidad que ahora, cuando estaban orando arrepentidos, y nunca mejor preparados para recibir al enemigo que ahora.

II. En este apuro, Israel se adhiere decididamente a Samuel como a su mejor amigo después de Dios; aunque no era hombre de guerra ni es mencionado jamás como persona de extraordinaria valentía, le piden, sin embargo, que ore insistentemente por ellos: *No ceses de clamar por nosotros a Jehová nuestro Dios* (v. 8). Se encontraban aquí sin armas ni preparación para la guerra, pues se habían reunido a orar y ayunar, no a luchar. Recurren, pues, a las mejores armas que poseen, como son las oraciones y las lágrimas delante de Dios.

III. Samuel intercede por ellos delante de Dios, y lo hace mediante un sacrificio (v. 9). El sacrificio de Samuel sin la oración, habría sido una sombra vacía; su oración, sin el sacrificio, habría carecido de la fuerza necesaria en esta ocasión, pero unidas ambas cosas nos enseñan cuán grandes beneficios podemos esperar de Dios en respuesta a las oraciones que elevemos con fe en el sacrificio de Cristo. Fue un

sacrificio de holocausto, ofrecido únicamente para la gloria de Dios. Ofreció solamente *un cordero de leche*, el cual debía tener, al menos, siete días (Lv. 22:27). Lo que Dios mira es la integridad y la intención del corazón, más que el volumen o el número de las víctimas. Samuel no era sacerdote, sino levita y profeta, pero el caso era extraordinario y su sacrificio fue aceptado por Dios, por cuanto lo ofreció por especial indicación divina.

IV. Dios otorgó respuesta favorable a la oración de Samuel (v. 9): *Y Jehová le oyó.* Dios honró la oración de Samuel, pues en el mismo momento en que Samuel sacrificaba el holocausto y se elevaba su oración, comenzó la batalla, que terminó con una completa derrota de los filisteos, Dios mismo luchó por los israelitas *con gran estruendo de truenos*, lo que parece indicar una tormenta semejante a la de Jos. 10:10 y ss. Así como en el encuentro anterior con los filisteos Dios castigó la presuntuosa confianza de los israelitas en la presencia del Arca, llevada a hombros de dos perversos sacerdotes, así ahora aceptó favorablemente la humilde dependencia que mostraron en la oración de fe, salida de los labios y del corazón de un piadoso profeta.

V. Samuel erigió un memorial de gratitud por esta victoria, para gloria de Dios y aliento de Israel (v. 12). El memorial consistió en una piedra que levantó y le puso por nombre *Eben-ha-Ézer*, que significa *Piedra de la ayuda.* A pesar del parecido, este lugar es distinto del mencionado en 4:1, donde el nombre resultó en fracaso. La razón que Samuel da para la imposición del nombre es que *«Hasta aquí nos ayudó Jehová»*, con lo que, junto al agradecimiento por la victoria obtenida, parecen expresarse ciertas reservas acerca del futuro, como diciendo: «Hasta aquí las cosas han marchado bien, pero no sabemos aún lo que Dios hará con nosotros; dejémoslo a Él y alabémosle por lo que ha hecho hasta ahora». Como dice Pablo en Hechos 26:22, *«habiendo obtenido auxilio de Dios, persevero hasta el día de hoy»*.

Versículos 13–17

Parece ser (v. 2 Cr. 35:18) que, en los días del profeta Samuel, los israelitas observaron la ordenanza de la Pascua con gran devoción, a pesar de la distancia del Arca y de la desolación de Siló. Aquí se nos dice solamente cuán importante fue el ministerio de Samuel; 1. En asegurar la paz pública (v. 13): *Los filisteos no volvieron a entrar en el territorio de Israel … todos los días de Samuel.* Samuel fue un protector y libertador de Israel, no a filo de espada como Gedeón, ni por la fuerza de su brazo como Sansón, sino por el poder de la oración ante Dios y por la obra de reforma que llevó a cabo entre el pueblo. La piedad genuina es la mejor seguridad. 2. En recuperar los derechos públicos (v. 14). Por su influjo, tuvo Israel la valentía de reclamar las ciudades que los filisteos les habían arrrebatado. Se añade: *Y hubo paz entre Israel y el amorreo,* es decir, el remanente de los nativos de Canaán. 3. En administrar pública justicia (vv. 15, 16): *Y juzgó a Israel todo el tiempo que vivió.* Incluso después del nombramiento de Saúl como rey, les prometió (12:23): *Os instruiré en el camino bueno y recto.* Vemos que celebraba juicio en Betel, Guilgal y Mizpá, ciudades todas en la tribu de Benjamín, pero su residencia estaba en Ramá, la ciudad de su padre, *Y allí juzgaba a Israel* (v. 17). 4. En procurar la observancia pública de la religión, pues *edificó allí* (en Ramá, donde vivía) un *altar a Jehová*, no por menosprecio del altar que había en Nob o en Gabaón. Hizo como los patriarcas, erigió un altar donde vivía, tanto para uso de su familia como para bien de los que acudirían allí.

CAPÍTULO 8

Los días buenos de Israel rara vez duraban mucho. Vemos aquí: I. A Samuel envejecido (v. 1). II. A sus hijos, degenerados (vv. 2, 3). III. A Israel descontento con el actual régimen y deseoso de cambio. 1. Piden a Samuel que les instituya la monarquía (vv. 4, 5). 2. Samuel presenta el asunto a Dios (v. 6). 3. Dios le dice lo que les ha de responder, en forma de reproche (vv. 7, 8), haciéndoles ver las consecuencias de tal cambio de régimen, y cuán duras les habían de resultar bien pronto las condiciones de la monarquía (vv. 9–18). 4. Ellos insisten en su petición (vv. 19–20). 5. Samuel les promete, de parte de Dios, que pronto verán satisfechos sus deseos (vv. 21, 22).

Versículos 1–3

Hallamos dos cosas tristes, aunque no nos son extrañas:

I. Un hombre bueno y provechoso que se vuelve viejo e inhábil para el ministerio (v. 1): *Habiendo Samuel envejecido.* Ya no podía juzgar a Israel, como lo venía haciendo. No tenía todavía sesenta años; es muy probable que no pasase de los cincuenta y cuatro, pero parece ser que las dificultades que hubo de arrostrar y las preocupaciones que, ya desde niño, experimentó, le hicieron envejecer prematuramente. Los frutos primeros en madurar suelen ser los más expuestos a echarse a perder. Había gastado sus fuerzas y sus ánimos en el servicio a la comunidad y ahora se siente demasiado fatigado para seguir adelante. Quienes están en la flor de la vida deben aprovechar bien el tiempo, pues no saben por cuánto tiempo gozarán de salud y de fuerza suficiente.

II. Los hijos de un hombre bueno que se desvían y no siguen las huellas de su padre. Tenemos razones para suponer que Samuel les comisionó para el oficio, no porque fuesen hijos suyos, sino porque, por lo que parecía, eran lo suficientemente aptos para desempeñarlo. Pero, ¡ay!, *no anduvieron los hijos por los caminos de su padre* (v. 3), y al ser el carácter de ellos tan diferente del de su padre, el ser hijos suyos, lo que de otro modo les habría servido de honor fue para ellos, en realidad, una desgracia. Al ser constituidos jueces y residir lejos de la familia, se descubrió lo que eran. Muchos que se han portado bien en un estado de sujeción, se han echado a perder con el ejercicio del poder, pues los honores cambian la mentalidad de los hombres y, con mucha frecuencia, la cambian en peor. No parece ser que los hijos de Samuel fuesen tan malvados y viciosos como los hijos de Elí, pero, fuesen como fuesen en otros aspectos, eran jueces corruptos *que se volvieron tras la avaricia, dejándose sobornar y pervirtiendo el derecho.* La versión caldea dice que *se volvieron tras el mammón de injusticia.* Aun cuando el sagrado texto no reprocha a Samuel por la mala conducta de sus hijos, es muy fácil que, en su afán por servir los intereses de la comunidad, descuidase la educación de los mismos, lo cual, después de su experiencia de primera mano sobre lo sucedido a los hijos de Elí, no deja de ser una circunstancia agravante.

Versículos 4–22

Comienzo de un asunto totalmente nuevo y sorprendente cual fue el establecimiento de la monarquía en Israel.

I. La petición de los ancianos a Samuel (vv. 4, 5). Acudieron a su casa en Ramá con un comunicado que contenía:

1. Un cargo de agravios; bien breve: *Tú has envejecido, y tus hijos no andan en tus caminos.* (A) Era cierto que Samuel había envejecido, pero esto le daba prudencia y experiencia y por tanto, competencia para seguir gobernando. (B) Era cierto que sus hijos no andaban en los caminos de su padre, lo cual no dejaría de apenarle, pero no se nos dice que estuviese enterado de la conducta de sus hijos como lo estaba Elí de la conducta de los suyos. Si hubo alguna negligencia previa por su parte, no hubo indulgencia como en el caso de Elí.

2. Una petición para resarcir los sobredichos agravios mediante la constitución de un rey sobre ellos: *Constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones.* Es cierto que no se sublevaron en rebelión contra Samuel ni intentaron nombrar ellos mismos al rey. Pero, por lo que sigue, se muestra que fue una malvada propuesta, y arrogantemente presentada, que no agradó a Dios. Quieren tener un rey que los juzgue con pompa exterior y poder ostentoso, *como todas las naciones.* Un modesto profeta con su manto, aun cuando era favorecido con la comunión y las visiones del Omnipotente, resultaba despreciable a los ojos de los que juzgaban por las apariencias externas; pero un rey vestido de púrpura, con su guardia y sus ministros de Estado, les parecía algo muy grande; y eso es lo que apetecían y pedían.

II. El resentimiento de Samuel ante esta petición (v. 6). 1. Fue algo que le llegó a lo profundo del corazón. Probablemente fue una sorpresa para él. *No agradó a Samuel esta palabra que dijeron: Danos un rey que nos juzgue,* porque, al menos indirectamente, era una queja contra el gobierno y el honor de

Dios. 2. Le incitó a orar. No les dio respuesta de momento, sino que se tomó tiempo para considerar la propuesta y orar al Señor para que le instruyese sobre lo que debía hacer.

III. Las instrucciones que Dios le dio con respecto a este asunto. Le dijo:

1. Algo que podía servirle de alivio a su resentimiento. Samuel estaba muy disgustado con la propuesta, pero Dios le dice que no debe considerarla dura ni extraña. (A) No ha de pensar que sea cosa dura el que le hayan menospreciado de esta manera, pues a quien en realidad han menospreciado es a Dios mismo. Si Dios mismo se preocupa de las indignidades que se cometen contra nosotros, bueno será que nos dispongamos a soportarlas con paciencia. Samuel no debe quejarse de que estén cansados de su gobierno, porque realmente estaban cansados del gobierno de Dios. El régimen de Israel había sido hasta entonces una teocracia, esto es, un gobierno divino; los jueces recibían directamente de Dios su llamamiento y su comisión, y los asuntos de la nación estaban bajo la dirección especial de Dios. (B) Tampoco ha de parecerle extraña la propuesta, pues se comportan ahora como siempre se han comportado. Siempre habían sido rudos con sus gobernadores, cosa que experimentaron Moisés y Aarón en su propia carne.

2. Le dice también cómo ha de responder a las demandas de ellos. Samuel no habría sabido qué decirles si Dios no le hubiese dado instrucciones, pero ahora puede comunicarles con toda seguridad la respuesta que Dios les daba.

(A) Debe decirles que tendrán rey: *Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan* (v. 7; y, de nuevo, en el v. 9). Dios mandó a Samuel que les diera gusto en esto: (a) A fin de que fuesen golpeados con su propio bastón y sintiesen, a costa suya la diferencia entre el gobierno de Dios y el de un rey. (b) A fin de prevenir algo peor. Si no se les daba gusto en esto, podían sublevarse en rebelión contra Samuel, o desertar en masa de su religión y adherirse a los dioses de las naciones para poder tener reyes como ellas.

(B) Pero ha de decirles también que, cuando hayan tenido un rey, pronto se cansarán de él y se arrepentirán, cuando sea demasiado tarde, de la decisión que han tomado.

IV. Samuel les transmitió fielmente lo que Dios pensaba sobre el asunto (v. 10): *Y refirió Samuel todas las palabras de Jehová al pueblo;* cómo se había resentido de la propuesta, tomándola como si le rechazasen a Él mismo, lo que equivalía a *servir a dioses ajenos* (v. 8). Y les expone con todo detalle cuáles habían de ser, no los derechos de un rey en general, sino la forma en que había de reinar el rey que iban a tener, conforme al modelo de los reyes de las otras naciones (v. 11).

1. Si desean tener un rey como lo tienen las naciones, que tengan en cuenta: (A) Que un rey ha de tener una guardia numerosa y una multitud de ayudantes. ¿Y de dónde los va a sacar? Por supuesto, *«tomará vuestros hijos»* (v. 11) y los pondrá *a que aren sus campos y sieguen sus mieses* (v. 12), y tenerlo además como un privilegio (v. 16). (B) Ha de disfrutar de buena mesa. (C) Necesitará un gran ejército para guardias y guarniciones. (D) «Habéis de esperar también que tenga un gran número de favoritas y cortesanas, a las que, después de haberlas ennoblecido con títulos, las enriquecerá a costa de vuestras heredades (vv. 13, 14). ¿Os gustará eso?» (E) «Necesitará también copiosos ingresos para mantener su pompa y su poder. Tomará el diezmo de los frutos de vuestras tierras (v. 15) y de vuestro ganado (v. 17)».

2. No tardarán en percatarse de lo gravoso de las cargas que ellos mismos se han echado encima. Pero, cuando se quejen a Dios a causa de ello, Dios no les hará caso (v. 18).

V. El pueblo se obstinó en su demanda (vv. 19, 20): *«Tendremos un rey sobre nosotros,* digan lo que digan en contra tanto Dios como Samuel; lo tendremos a toda costa y por muchos que sean los inconvenientes que nos sobrevengan a nosotros y a nuestra posteridad por ello». Se hicieron el sordo a las razones, y el ciego a sus propios intereses. No pudieron atenerse al tiempo fijado por Dios, pues Dios había dado a entender en la Ley (Dt. 17:14, 15) que Israel habría de tener rey a su debido tiempo. Si hubiesen aguardado unos diez o doce años más, habrían tenido por rey a David, un «rey según el corazón de Dios», es decir, elegido por Dios y se habrían visto libres de todas las calamidades que sufrieron con el nombramiento de Saúl.

VI. Samuel los despidió con una insinuación de que pronto tendrían lo que deseaban. l. *Samuel refirió todas las palabras del pueblo en oídos de Jehová* (v. 21). Esto nos habla de una santa familiaridad, a la que Dios admite benévolamente a su pueblo: los creyentes hablan en los oídos de Dios, como cuando

alguien susurra algo al oído de un amigo. 2. Dios dio orden de que tuvieran rey, ya que tan empeñados estaban en tenerlo (v. 22): *«Pon rey sobre ellos,* y que saquen de él las mayores ventajas que puedan». *Así los entregó Dios a las concupiscencias de sus corazones* (Ro. 1:24). De momento, Samuel los envió a sus casas: *«cada uno a vuestra ciudad»,* porque el modo de designar a la persona se había de dejar en manos de Dios; ellos no tenían nada que hacer por ahora.

CAPÍTULO 9

La mayoría de los gobiernos comienzan por la ambición de un príncipe que codicia gobernar, pero la monarquía de Israel comenzó por la ambición de un pueblo que codició ser gobernado. Dios no se dejó tomar por sorpresa en la elección de Saúl como rey sino que, en su misteriosa Providencia, le llevó a Samuel para que éste le ungiera en privado, antes de echar suertes delante del pueblo, lo que veremos en el próximo capítulo. Aquí tenemos: I. Un breve relato del linaje y de la persona de Saúl (vv. 1, 2). II. Un amplio relato de cómo fue llevado hasta Samuel, para quien hasta ahora había sido un desconocido. 1. Dios, mediante revelación, le había dicho a Samuel que lo esperase (vv. 15, 16). 2. Dios, por su providencia, le llevó a Samuel: (A) Enviado a buscar las asnas de su padre, no logró encontrarlas (vv. 3–5). (B) Por consejo de su criado, decidió consultar a Samuel (vv. 6–10). (C) Mediante las instrucciones que le dieron unas jóvenes, le halló (vv. 11–14). (D) Samuel, informado por Dios acerca de él (v. 17), le trató con respeto (v. 17).

Versículos 1–2

1. Que Saúl era de buena familia (v. 1). Era de la tribu de Benjamín, como el Saúl del Nuevo Testamento, que también fue llamado *Pablo* (su nombre romano) y menciona con honor el pertenecer a dicha tribu, pues Benjamín era un hijo favorito de Jacob (Ro. 11:1; Fil. 3:5). Dicha tribu, aunque era la menos numerosa, era muy grande en dignidad. Su padre era *Cis* (hebreo, *Qish), hombre valeroso,* aunque el vocablo hebreo puede traducirse también por «rico» (v. Rut 2:1). Flavio Josefo dice que Cis «era de buena familia y de honestas costumbres». 2. Que Saúl era *joven, apuesto, gallardo* y de gran estatura (v. 2), cosa que siempre impresiona, especialmente a los pueblos antiguos; *de hombros arriba sobrepasaba a cualquiera del pueblo.* No se mencionan ni su sabiduría, ni su erudición, ni su virtud, ni su piedad, sino sólo sus cualidades físicas. Cuando Dios escogió un rey «según su corazón», no eligió a alguien muy notable por su estatura ni por otras cualidades físicas, excepto la dulzura y la inocencia que se transparentaban en su rostro (16:7, 12). Pero cuando escogió un rey «según el corazón del pueblo», el cual sólo ambicionaba presencia física imponente, buscó un mozo muy alto que, aun cuando no tuviera otras cualidades buenas, al menos pareciera grande.

Versículos 3–10

I. Un hombre grande que surge de pequeños comienzos. No parece ser que Saúl hubiese ocupado ningún cargo de importancia hasta que fue elegido rey de Israel.

II. También vemos un gran acontecimiento que surge de pequeñas circunstancias. No puede ser más insignificante el comienzo de esta historia. Si seguimos las huellas de Saúl hasta el trono, le vemos primeramente ocupado en algo tan bajo, que nadie podría pensar que de eso pudiera salir una promoción a tan alto cargo como el de rey.

1. Su padre le envía, con uno de los criados, a buscar unas asnas que se habían perdido. Saúl y su criado anduvieron por largo tiempo en busca de las asnas, pero en vano, no las pudieron hallar. No halló lo que buscaba, pero se encontró con lo que jamás pudo soñar: un trono.
2. Al no poder hallar las asnas, decidió regresar a su padre (v. 5), ya que consideró la preocupación que su padre tendría ahora por él, más que por las asnas.

3. Pero el criado le propuso que, puesto que estaban ahora cerca de Ramá, fuesen a consultar a Samuel sobre el importante asunto de las asnas (v. 6): *Hay en esta ciudad un varón de Dios, que es hombre insigne.* Era, en efecto, un honor para Samuel, como varón de Dios, que *«todo lo que dice, acontece sin falta».* Acuerdan, pues consultarle: *«Quizá nos dará algún indicio acerca del objeto por el cual emprendimos nuestro camino».* La mayoría de la gente prefiere que les adivinen la suerte, más bien que el deber; cómo hacerse rico, más bien que cómo ser salvo. Si el oficio de los ministros de Dios fuese instruir a los hombres a recobrar unas asnas perdidas, o cosa por el estilo, de seguro que les consultarían mucho más de lo que les consultan en su propio oficio de instruirles en la recuperación de las almas perdidas.

Saúl consideraba qué presente podían llevar al varón de Dios. No podían ofrecerle panes y tortas (1 R. 14:3), porque se les había acabado el pan, pero el criado observó que llevaba en el bolsillo una moneda de cuarto de siclo y se la podían dar al vidente. *«Dices bien»,* le respondió Saúl, *«anda, vamos»* (v. 10). Fueron a Samuel como a un adivino, más bien que a un profeta y pensaron así que era bastante darle un cuarto de siclo. A la mayoría de la gente le gusta una religión barata; sobre todo, cuando consiguen que alguna otra persona les pague los gastos. El historiador hace aquí un paréntesis para explicarnos que, en la antigüedad, llamaban *videntes* a los profetas (v. 9). No quiere decir que no se usase antes el nombre de *profeta* (hebreo, *nabí),* con el que se expresa primordialmente el hecho de recibir mensajes de Dios y proclamarlos en su nombre (Abraham, Moisés y otros son llamados ya «profetas»—Gn. 20:7; Nm. 12:6; Dt. 18:15, 18—), pero el vocablo hebreo *roeh* = vidente, se aplica especialmente a Samuel (9:9, 11, 18, 19; 1 Cr. 9:22; 26:28; 29:29). También se usó después, para «vidente», el hebreo *jozeh*, que implica el matiz de «tener visiones», más bien que conocer lo oculto o el futuro.

Versículos 11–17

I. Saúl, mediante una investigación ordinaria, es dirigido a Samuel (vv. 11–14). Guibeá de Saúl distaba menos de 30 kilómetros de Ramá, donde vivía Samuel, y estaba cerca de Mizpá, donde Samuel juzgó con frecuencia a Israel.

1. Las jóvenes de Ramá, a las que hallaron cerca de los abrevaderos, les pudieron dar a Saúl y a su criado la dirección de Samuel, pues: (A) les dijeron que se celebraba aquel día un sacrificio en el lugar alto. Samuel había erigido un altar en Ramá (7:17), y aquí le tenemos haciendo uso de tal altar. (B) También les dijeron que Samuel había llegado aquel día a la ciudad. (C) Que aquella era la hora en que se iba a celebrar la reunión para hacer fiesta delante de Dios con el banquete del sacrificio, y (D) Que la gente no comenzaría a comer hasta que llegara Samuel, por cuanto él era *quien había de bendecir el sacrificio:* (a) no sólo como banquete común, (b) sino también como reunión religiosa. Cuando se ofrecía el sacrificio, se requería que se pronunciase sobre él una bendición especial, como ocurre ahora en la Cena del Señor.

2. Saúl y su criado siguieron las instrucciones de las jóvenes, y se encontraron con Samuel cuando *venía hacia ellos, saliendo para subir al lugar alto* (v. 14).

II. Samuel, mediante una revelación extraordinaria, fue informado por Dios acerca de Saúl. Samuel era un vidente y, por consiguiente, había de ver esto de una manera especial, propia de un vidente.

1. Dios le había dicho el día anterior que, en este día y a esta hora, le había de enviar el hombre que serviría como rey a Israel, pues ésta era la clase de rey que el pueblo deseaba. Se lo *había revelado al oído* (v. 15), esto es, en secreto, como un susurro a su mente o, quizá, como una voz queda. El hebreo dice literalmente que Dios *descubrió el oído de Samuel.* Cuando Dios se manifiesta a una persona, le descubre el oído, diciendo: *Efatá, es decir, ábrete* (Mr. 7:34), y entonces *quita el velo del corazón* (2 Co. 3:15–16). Aunque les había otorgado con desagrado lo que le pedían, Dios habla, sin embargo, con ternura acerca de Israel. (A) Una y otra vez lo llama «mi pueblo» (cuatro veces en dos versículos: 16, 17); «a pesar de ser un pueblo rebelde y provocador, es mi pueblo». (B) Les envía el hombre que había de ser el rey de ellos. (C) Lo hace interesado por el pueblo y por su clamor: *He mirado a mi pueblo, por cuanto su clamor ha llegado hasta mí.*

2. Cuando Saúl subió por la calle en dirección a Samuel, de nuevo le susurró Dios al oído de Samuel: *Éste es el varón del cual te hablé* (v. 17). Y para que no le cupieran a Samuel dudas sobre la identidad del

futuro rey, añadió: *Este gobernará a mi pueblo.* Es curioso que el vocablo hebreo para «gobernar» sea aquí *atsar*, que significa «frenar» o «contener», lo que indica cuál es la principal función del magistrado.

Versículos 18–27

Una vez que la Providencia ha llevado a cabo el encuentro entre Samuel y Saúl, tenemos aquí un relato de lo que pasó entre ellos en la puerta, en la fiesta y en privado.

I. En la puerta de la ciudad. Al pasar por ella, encontró Saúl a Samuel (v. 18) y le preguntó la dirección del vidente. A lo que Samuel contestó: «*Yo soy el vidente;* yo soy la persona por la que preguntas» (v. 19). Samuel le conoció antes que él conociese a Samuel.

1. Samuel le hizo quedarse con él hasta el día siguiente. Saúl no tenía en el pensamiento otra cosa que el hallar las asnas, pero Samuel le quita esta preocupación y le dispone para los ejercicios de piedad; por eso le dice: *sube delante de mí al lugar alto.*
2. Le da satisfacción en cuanto a las asnas, para que no se moleste más en buscarlas (v. 20): *Y de las asnas que se te perdieron hace ya tres días, pierde cuidado de ellas, porque se han hallado.* Con esto podía darse cuenta Saúl de que Samuel era profeta.
3. A continuación le depara una tremenda sorpresa, dándole a entender que tenía delante de sí la promoción más alta que pudiera codiciar: *¿Para quién es todo lo que hay de codiciable en Israel, sino para ti?* Como si dijese: «¿No se está tratando de buscar un rey, y ningún otro hay en Israel que sea tan apropiado para ello como tú?»
4. A esta extraña insinuación contestó Saúl con palabras de una modestia que rayaba en molestia (v. 21), pues pensó que Samuel se burlaba de él en razón de su extraordinaria estatura, pero muy poco apto para ser rey: *¿No soy yo hijo de Benjamín, de la más pequeña de las tribus de Israel?*—le dijo—. *¿Y no es mi familia la más pequeña de todas las familias de la tribu de Benjamín?* Recuérdese que la tribu de Benjamín había sufrido un exterminio casi completo en tiempos de los Jueces (Jue. 20:46; 21:6) y ocupaba el territorio más pequeño de Israel. Por otra parte, las palabras de Saúl dan a entender que su familia era la más pequeña, probablemente, por ser la más reciente o por no hallarse en ningún lugar distinguido.

II. En la fiesta pública. Samuel llevó a la fiesta a Saúl y a su criado. Samuel le trata ya, no como a una persona cualquiera, sino como a persona de distinción y rango, para prepararle a él y al pueblo con vistas a lo que había de seguirse. Le otorgó dos señales de honor: 1. Le colocó *a la cabecera de los convidados;* es decir, en el lugar de mayor honor. 2. Le reservó el mejor bocado. ¿Y cuál había de ser este bocado para un rey electo? Nada menos que *la pierna* del carnero (vv. 23, 24). La pierna derecha (no la espaldilla) de las ofrendas de paz correspondía a los sacerdotes como recipiendarios de Dios (Lv. 7:32). La segunda porción, en cuanto al honor, era la pierna izquierda, la que probablemente se asignaba a quienes ocupaban la cabecera de la mesa, y ésa sería la porción de Samuel en otras ocasiones; así que, al darla ahora a Saúl, era un símbolo de que también le entregaba el gobierno de la nación.

III. Lo que pasó entre ellos en privado. Terminada la fiesta descendieron a la casa de Samuel. Ambos, Saúl y Samuel, se quedaron aquella noche en el terrado de la casa (vv. 25, 26). Podemos suponer que entonces le contaría Samuel a Saúl toda la historia del deseo del pueblo de tener un Rey, de los motivos de ese deseo y de cómo les había otorgado Dios lo que pedían. De madrugada, le despidió Samuel, no sin acompañarle en una parte del camino y pedirle que se adelantase el criado para poder decirle a solas (v. 27) lo que veremos al comienzo del capítulo siguiente.

CAPÍTULO 10

I. La unción de Saúl (v. 1). Las señales que Samuel le dio (vv. 2–6), así como ciertas instrucciones (vv. 7, 8). II. El cumplimiento de dichas señales, para satisfacción de Saúl (vv. 9–13). III. Su regreso a la

casa de su padre (vv. 14–16). IV. Su pública elección por suertes, y su solemne inauguración (vv. 17–25). V. Su retorno a su ciudad (vv. 26–27).

Versículos 1–8

Samuel ejerce ahora el oficio de profeta, y da a Saúl plena seguridad, de parte de Dios, de que iba a ser rey.

I. *Le ungió y le besó* (v. 1). Esto no ocurrió en pública asamblea, pero se hizo por designación divina, con la que se suplían todas las formalidades exteriores. 1. Al ungir a Saúl, Samuel le aseguró de que era *Jehová quien le había ungido por príncipe sobre su pueblo Israel.* 2. Al besarle, le aseguraba su afecto y su aprobación, aunque con eso disminuía su propio poder y eclipsaba su gloria y la de su familia. Fue también un beso de respeto y homenaje, pues así manifestaba ser súbdito suyo; en este sentido se nos manda *besar al Hijo* (Sal. 2:12, lit.). Le trae a la memoria: (A) La naturaleza del gobierno al que es llamado. Era ungido para ser *«Príncipe»,* es decir jefe en la lucha contra los enemigos de Israel, lo que implica diligencia, esfuerzo y peligros. (B) El fundamento de su autoridad: *Jehová te ha ungido.* Por Dios iba a gobernar y, por tanto, para Él había de gobernar, y depender de Él y para su gloria. (C) El objetivo de tal gobierno. Iba a gobernar sobre la heredad de Jehová, para cuidarla, protegerla y ordenar todos sus asuntos del mejor modo posible, como un buen administrador a quien un magnate pone al frente de su hacienda.

II. Para su mayor satisfacción, le da ciertas señales que habían de verificarse aquel mismo día.

1. Iba a hallar ciertos hombres que le darían noticias sobre el hallazgo de las asnas y la preocupación que su padre tenía ahora por él (v. 2). Los iba a hallar *junto al sepulcro de Raquel.*

2. Después se iba a encontrar con otros que subían a Betel donde parece ser que había un lugar alto para dar culto a Dios, y estos hombres llevaban allá sus sacrificios y ofrendas (vv. 3, 4), como se da a entender por los cabritos, las tortas de pan y la vasija de vino que llevaban consigo. Estos hombres le darían a Saúl *dos panes.* Saúl los había de recibir como primer presente ofrecido al nuevo rey, de manos de unos hombres que le eran desconocidos, pero a los que Dios, sin saber ellos mismos por qué lo hacían, les había puesto en el corazón que lo hiciesen, con lo que la señal era tanto más convincente para Saúl, por ser un caso tan extraordinario.

3. La más notable de las señales iba a ser el unirse a una compañía de profetas que, descendiendo del lugar alto, vendrían a su encuentro profetizando, y también sobre él mismo vendría el Espíritu de profecía. Lo que Dios obra en nosotros por medio de su Espíritu sirve para robustecer nuestra fe mucho más que cualquier otra cosa que obre por nosotros por medio de su Providencia. Aquí (vv. 5, 6) le dice:

(A) Dónde había de suceder esto: *En el collado de Dios, donde está la guarnición de los filisteos.* Después de haber sido sometidos con anterioridad, ahora habían ganado terreno de nuevo, hasta el punto de establecer allí una guarnición, y de allí suscitó Dios el hombre que había de castigarlos. Había un lugar llamado *collado de Dios* a causa de una de las escuelas de profetas que había sido edificada allí. Y tal respeto mereció de parte de los mismos filisteos que una guarnición de soldados suyos pudo vivir pacíficamente junto a una escuela de profetas de Dios sin perturbar el ejercicio público de sus devociones.

(B) En qué circunstancias. Encontraría *una compañía de profetas* que llevaban instrumentos musicales e irían *profetizando,* a los cuales había de juntarse él, para profetizar con ellos. Estos profetas se dedicaban al estudio de la ley, a instruir a sus vecinos y a varios actos de devoción, especialmente a alabar a Dios. ¡Qué lástima fue que Israel se cansase del gobierno de un hombre tal que como varón de Dios, había instituido las escuelas de profetas! Estos profetas habían estado en un lugar alto, probablemente ofreciendo sacrificio, y ahora regresaban cantando salmos. Saúl se había de sentir movido interiormente a unirse a ellos y *sería cambiado en otro hombre,* esto es, diferente de como había sido cuando vivía como un israelita cualquiera.

III. Finalmente, Samuel le da instrucciones sobre la forma en que ha de proceder en la administración de su gobierno según la Providencia le dirija y según le aconseje Samuel. 1. En los casos ordinarios, ha de seguir la dirección de la Providencia (v. 7): *Haz lo que te venga a mano, porque Dios está contigo;* es decir, toma las medidas que tu prudencia te dicte como más convenientes. Pero: 2. En los casos

extraordinarios, como ocurriría luego en Guilgal, donde necesitaría de un modo especial la ayuda divina, habría de *esperar siete días hasta que viniese a él Samuel y le enseñara lo que tenía que hacer* (v. 8). Más tarde, su falta de obediencia en una ocasión semejante (13:11) provocó su caída.

Versículos 9–16

Lleno de asombro, se separa ahora Saúl de Samuel.

I. Lo que le ocurrió en el camino (v. 9). Las señales que Samuel le había dado se cumplieron con toda puntualidad; pero lo que mayor satisfacción le produjo fue hallar inmediatamente que Dios le había dado *otro corazón.* Un nuevo fuego se enciende en su pecho y siente el corazón lleno de valentía. Ya se le ha olvidado lo de las asnas, y sólo piensa en luchar contra los filisteos, quitar el oprobio de Israel, promulgar decretos, administrar justicia y procurar el bienestar y la seguridad del pueblo; éstas son las cosas que llenan ahora su cabeza. Ya no tiene el corazón de un labriego, bajo, estrecho, ocupado en el trigo y en el ganado, y hasta acomplejado, si no de su estatura, al menos de su origen (9:21), sino el corazón de un hombre de Estado, de un general, de un príncipe. A quien Dios llama para algún servicio, también le capacita para él.

II. Lo que le ocurrió cerca de casa. *Llegaron al collado* (v. 10), es decir, a Guibeá, que, por cierto, significa «altura». Allí se encontró con los profetas de que le había hablado Samuel, y vino sobre él *súbita y fuertemente,* como indica el hebreo, el Espíritu de Dios, aunque no para establecer en él su morada. No obstante, de momento, produjo en él un extraño efecto, pues *profetizó entre los* profetas a los que se había juntado.

1. Esta extraña conducta de Saúl fue pronto del dominio público (vv. 11, 12). Se hallaba ahora entre sus conocidos, los cuales cuando le vieron entre los profetas, llamaron unos a otros para que salieran a ver este extraño fenómeno. Esto podía prepararlos a recibirle por rey. (A) Todos ellos se asombraron de ver a Saúl entre los profetas: *¿Qué le ha sucedido al hijo de Cis?* Aunque esta escuela de profetas estaba cerca de la casa de su padre nunca había estado él asociado con ellos. Así que, al verle entre ellos, y profetizando, se llevaron una gran sorpresa, semejante a la que tuvieron los creyentes en el Nuevo Testamento al ver a otro Saúl predicar el Evangelio que anteriormente había perseguido con tanta saña (Hch. 9:21). Cuando Dios da otro corazón, pronto se echa de ver. (B) Alguno de allí, más listo que los demás, preguntó: *«¿Quién es el padre de ellos?»* Como si dijese: «¿De dónde les viene este don?» A lo que podía contestarse: «No se sabe, porque el don de la profecía no se transmite de padres a hijos, sino que Dios distribuye sus dones como le place, y al no tener limitaciones, ¿no podía otorgar también a Saúl el don de profecía, si era ésa su voluntad?» (C) Ante suceso tan extraño, surgió en Israel un proverbio o refrán, que se aplicaba para expresar el asombro ante el hecho de ver a una persona mala obrar bien o, al menos, encontrarse en buena compañía: *¿También Saúl entre los profetas?*

2. La unción que había recibido se guardó en secreto. Después de profetizar: (A) Se fue derechamente *al lugar alto* (v. 13), para dar gracias a Dios por los favores que le concedía y para orar por la continuación de dichos favores. Pero: (B) Ocultó prudentemente a sus parientes lo de la unción. Su tío, que se lo encontró, ya fuese cuando iba al lugar alto o cuando volvía a casa, le interrogó lleno de interés y de curiosidad (vv. 14, 15). Saúl confesó, puesto que su criado había estado con él, que habían ido a ver a Samuel, y que éste les había dicho que se habían hallado las asnas, pero no le dijo nada de lo del reino, de lo que su criado no estaba enterado. Esto fue un ejemplo, por parte de Saúl: (a) De su humildad. (b) De su prudencia. Si se hubiese adelantado a proclamar lo de la unción, le habrían tenido envidia y no sabía cuántas dificultades podían crearle.

Versículos 17–27

Se hace público el nombramiento de Saúl para el trono, en una asamblea general de los ancianos de Israel, los representantes de las tribus respectivas en Mizpá. Reunido el pueblo en solemne asamblea, en la que Dios estaba presente de una manera especial (y por eso se dice que Samuel convocó al pueblo *delante de Jehová*—v. 17—), Samuel actúa en medio de ellos como representante de Dios.

I. Les reprende por haber desechado el gobierno de un profeta y desear el de un capitán. 1. Les muestra (v. 18) cuán felices habían sido bajo el gobierno de Dios; cuando Dios les gobernaba, *les libró de mano de todos los reinos que les afligieron.* ¿Qué más podían desear? 2. Igualmente les muestra (v. 19) cuán grande es la afrenta que han hecho a Dios: *Pero vosotros habéis desechado hoy a vuestro Dios.* Nada menos que eso es lo que han hecho al pedir un rey como las otras naciones.

II. Les invita a acercarse para que escojan por suertes a su rey. Cae la suerte sobre la tribu de Benjamín (v. 20) y, de esa tribu, cae la suerte sobre Saúl hijo de Cis (v. 21). De esta forma se percatará el pueblo, como ya lo sabía Samuel, de que Saúl es el designado por Dios para ser rey: *Las suertes se echan en el regazo, mas de Jehová es la decisión de ellas* (Pr. 16:33).

III. Solamente después de consultar una vez más a Dios, fue hallado Saúl. Cuando la suerte cayó en él, todos esperarían que contestase a la primera al mencionarse su nombre, pero, en lugar de eso, ni aun buscándolo, fue encontrado (v. 21); *estaba escondido entre el bagaje* (v. 22). 1. Se escondió, esperando que, al no presentarse, procederían a escoger a otro. Podemos suponer que, por este tiempo, sentía aversión a tomar sobre sí el gobierno de la nación: (A) Porque era consciente de su incapacidad natural para un cargo de tanta responsabilidad. (B) Porque quedaría expuesto a la envidia de sus vecinos. (C) Porque entendió, por lo que había dicho Samuel unos momentos antes, que el pueblo había pecado al pedir rey. (D) Porque los asuntos de Israel estaban a la sazón malparados; los filisteos se habían hecho fuertes, y los amonitas amenazadores: y hace falta ser muy atrevido para hacerse a la mar en medio de una tempestad. 2. Pero la asamblea, segura de que la suerte echada por Dios estaba bien echada, no dejó de buscar por todos los medios al que había sido favorecido por la suerte.

IV. Samuel lo presentó al pueblo, y ellos lo aceptaron. No necesitó subirse a una plataforma para ser visto, pues *desde los hombros arriba era más alto que todo el pueblo* (v. 23). Así que dijo Samuel: *«¿Habéis visto al que ha elegido Jehová, que no hay semejante a él en todo el pueblo?»* (v. 24). Como si dijese: «¿No es como vosotros lo queríais, lleno de majestad en su semblante y de tanta gallardía en todo su porte? ¿No es como un cedro en medio de arbustos?» El pueblo mostró su aprobación y *clamó con alegría, diciendo: ¡Viva el rey!* Como si dijese: «¡Que viva mucho tiempo reinando sobre nosotros con salud y prosperidad!»

V. Samuel entonces establece el contrato original entre ellos y lo pone por escrito (v. 25). Fija los derechos y deberes de rey y súbditos, para que nadie se aproveche de los demás. Que cada uno sepa a qué atenerse con respecto a la otra parte, y que el acuerdo quede bien claro en blanco y negro, sin medias tintas; así se preservará un buen entendimiento, para siempre, entre ambas partes.

VI. Terminada la solemnidad, se disolvió la convención: *Y envió Samuel a todo el pueblo, cada uno a su casa. Saúl también se fue a su casa en Guibeá* (v. 26), esto es, a casa de su padre sin hincharse por la dignidad que le había sido conferida. En Guibeá no tenía palacio, ni trono, ni corte; sin embargo, allá se va. Si ha de ser rey, sin perder de vista la roca de la que ha sido cortado, hará de su propia ciudad la ciudad regia, ni se avergonzará de sus modestos parientes, al revés de lo que hacen muchos cuando son promovidos a un alto cargo. Vemos ahora:

1. Cómo mostró el pueblo sus sentimientos hacia el nuevo rey. Parece ser que la mayoría no mostró mucho interés en él, sino que *se fue cada uno a su casa.* Pero: (A) Hubo algunos que le mostraron su lealtad yéndose con él: *Fueron con él los hombres de guerra cuyos corazones Dios había tocado* (v. 26). Fue con él hasta Guibeá una pequeña compañía haciéndole guardia; los que se habían sentido movidos por Dios para cumplir con este deber. (B) En cambio, hubo otros que le menospreciaron hasta afrentarle; *«perversos»* (v. 27—lit. *hijos de Belial*), que no querían someterse al yugo del gobernante. También se observan estas diferencias en los hombres con respecto a nuestro bendito Salvador, a quien Dios ha entronizado sobre el santo monte de Sion. Hay un remanente *cuyos corazones Dios ha tocado,* disponiéndoles a someterse a Él *en el día de su poder.* Pero hay otros que le desprecian, y dicen: *¿Cómo nos ha de salvar éste?*

2. Cómo reaccionó Saúl ante la mala conducta de los que se mostraban desafectos a su gobierno: *Mas él disimuló* (lit. *se hizo como el que no oye*).

CAPÍTULO 11

I. El gran aprieto en que se halló la ciudad de Jabés de Galaad, al otro lado del Jordán, por el asedio al que la sometieron los amonitas (vv. 1–3). II. La prontitud con que acudió Saúl a socorrer a Jabés (vv. 4–10). III. La gran victoria que Dios le concedió (v. 11). IV. La mansedumbre de Saúl hacia los que se habían opuesto a él anteriormente. (vv. 12, 13). V. La pública confirmación y el general reconocimiento de su elección para el gobierno de la nación (vv. 14, 15).

Versículos 1–4

Los amonitas eran malos vecinos de las tribus de Israel que estaban cerca de ellos, aun cuando eran descendientes de Lot, por lo que eran bien tratados por los israelitas (v. Dt. 2:19). La ciudad de Jabés de Galaad había sido destruida, tiempo atrás, por la espada justiciera de Israel, por no haber comparecido para castigar la perversidad de Guibeá (Jue. 21:10); y al haber sido habitada de nuevo, probablemente por los descendientes de los que habían escapado de la espada, está ahora en peligro de ser destruida por los amonitas, como si una mala estrella se cerniera sobre el lugar. Nahás, rey de Amón, puso asedio a la ciudad. Flavio Josefo dice que Nahás murió en la batalla. Si esto fuera cierto, el Nahás de 1 Crónicas 19:1 sería hijo o nieto de éste.

I. Los sitiados suplican parlamento (v. 1): «Haz alianza con nosotros y te serviremos». Esto significaba la rendición sin condiciones. Sin duda, habían perdido la virtud de israelitas, de lo contrario, no habrían perdido el valor de los israelitas ni se habrían sometido tan mansamente a un amonita.

II. Los sitiadores les imponen una condición bárbara y degradante. Les conservarán la vida y los aceptarán por siervos bajo condición de que *se saquen el ojo derecho* (v. 2). Los galaaditas se resignaban a perder su libertad y su hacienda. Pero tan abyecta sujeción hizo que los amonitas se volvieran más insolentes en sus demandas. 1. Debían imponerse la tremenda tortura de sacarse todos el ojo derecho. 2. Con eso se incapacitaban para la guerra, ya que, en aquellos tiempos, luchaban con el escudo en la mano izquierda, con lo que cubrían el ojo izquierdo; de forma que un soldado sin el ojo derecho era prácticamente ciego.

III. Los sitiados piden, y obtienen, una prórroga de siete días a fin de considerar la propuesta (v. 3). Nahás, no imaginándose que, durante ese plazo, pudiesen obtener ningún socorro, y sintiéndose seguro de la posición ventajosa que pensaba tener contra ellos, les concedió jactancioso los siete días, a fin de que la ignominia de Israel resultase más vergonzosa, al no conseguir ayuda, y su propio triunfo resultase más glorioso.

IV. Entretanto, los sitiados envían recado a Guibeá. Dijeron que *enviarían mensajeros por todo el territorio de Israel* (v. 3), lo que aumentaría la confianza de Nahás, pues pensaría que eso se había de llevar demasiado tiempo. Pero los mensajeros, ya fuese por orden de los ancianos, ya fuese por su propia cuenta, se fueron derechamente a Guibeá y, al no hallar allí a Saúl, dieron la noticia al pueblo, y *todo el pueblo,* al oír las noticias, *alzó la voz y lloró* (v. 4).

Versículos 5–11

Lo que se nos refiere aquí dice mucho a favor de Saúl y muestra los espléndidos frutos de ese otro espíritu con el que había sido investido.

I. Su humildad. Aunque había sido ungido rey y aceptado como tal por el pueblo, no pensó que se rebajase por ir al campo a ver el estado de su ganado, sino que fue allá, y volvió por la tarde, con sus criados, *del campo, tras los bueyes* (v. 5). Como Pablo, el otro Saúl, trabajaba con sus manos, pues si, de momento, descuidaba sus quehaceres domésticos, ¿con qué iba a mantenerse él mismo y su familia?

II. Su preocupación por sus vecinos. Cuando se dio cuenta de sus lágrimas, preguntó *«¿Qué tiene el pueblo, que llora?»* Como si dijese: «Decídmelo, para que, si es un apuro que tiene remedio, pueda ayudarles; y, si no, para llorar con ellos».

III. Su celo por el bienestar y el honor de Israel. Cuando se enteró de la insolencia de los amonitas, y del aprieto en que se hallaba la ciudad, una de las metrópolis de Israel, *el Espíritu de Dios vino sobre él,* y le puso grandes pensamientos en la mente, y *él se encendió en ira en gran manera* (v. 6). Se encolerizó de la insolencia de los amonitas, enojado también de la bajeza y de la cobardía de los hombres de Jabés de Galaad, y hasta del llanto de sus vecinos, quienes debían estar preparados para la guerra, en lugar de lamentarse.

IV. La autoridad y el poder que mostró en esta importante ocasión. Pronto hizo saber a Israel que estaba preocupado por el bien público y que sabía cómo llevar los hombres al campo de batalla lo mismo que sabía traer los bueyes del campo de labranza (vv. 5, 7). Convocó a los israelitas de todo el país y ordenó que todos los hombres de guerra compareciesen armados para pasarles revista en Bézec. Obsérvese: 1. Su modestia, al requerir a Samuel para compartir con él el mando de la expedición. No quería ejercer el oficio de rey sin la debida consideración al oficio del profeta. 2. Su suavidad en el castigo con que amenaza a los que desobedezcan sus órdenes. Corta en trozos una yunta de bueyes y envía los trozos por todo Israel, y dice de todo aquel que no salga en pos de él y de Samuel, no «Así se hará con *él»*, sino «Así se hará con *sus bueyes*». El efecto de esta convocatoria fue que todo el pueblo, es decir, todos los hombres de armas de la nación, *salieron como un solo hombre;* y la razón que se nos da es que *«cayó temor de Jehová sobre el pueblo».* Quienes tienen temor de Dios es de suponer que tengan también conciencia de su deber hacia los demás hombres, especialmente hacia los gobernantes.

V. La prudencia de sus procedimientos en este grave asunto (v. 8). Pasó revista a los que vinieron a él, para saber con qué fuerzas contaba y cómo había de distribuirlas de la mejor manera para la batalla. En esta revista la tribu de Judá no aportó la cifra de hombres que cabía esperar, pues fueron 30.000, es decir, la onceava parte del total de 330.000, a pesar de que la revista se pasó en Bézec, que pertenecía a la tribu de Judá.

VI. Su fe, confianza, valentía y resolución en esta empresa. Envió mensajeros con esta seguridad (en lo que es probable que Samuel le animará): *«Mañana,* a tal hora, antes de que el enemigo pueda alegar que han pasado ya los siete días, *seréis librados* (v. 9). Estad listos para desempeñar vuestro cometido, que nosotros no dejaremos de hacer lo que nos pertenece. Haced una salida contra los sitiadores, mientras nosotros los cercamos». Saúl sabía que peleaba por una causa justa, que había recibido un claro llamamiento y que Dios estaba de su parte; por ello, no dudó del éxito. Éstas fueron buenas noticias para los sitiados galaaditas. Cuando las oyeron se alegraron mucho, apoyados en las seguridades que les habían sido prometidas. Y enviaron recado al campamento enemigo (v. 10), para decirles que al día siguiente estarían prestos para salir a su encuentro, lo cual fue entendido por los enemigos como una insinuación de que desesperaban de ser socorridos, con lo que ellos se sintieron todavía más confiados.

VII. Su estrategia en llevar a cabo la empresa. Cuando el Espíritu del Señor viene sobre alguien, le hace experto, incluso sin previas experiencias. Saúl tenía ahora a sus pies un gran ejército, y una larga marcha ante sí, unos noventa kilómetros; además, había de pasar el Jordán. En su ejército no había gente de a caballo, sino sólo infantería, que dividió en tres batallones (v. 11). Se fue hacia el enemigo con increíble rapidez, mejorando su promesa, pues había asegurado que les socorrería al día siguiente *«al calentar el sol»* (v. 9), pero llegó *«a la vigilia de la mañana»* (v. 11). Atacó al enemigo con increíble valentía. De madrugada, antes de salir el sol, ya estaba en medio de los enemigos; y sus hombres, al marchar en tres columnas, rodearon al enemigo por todos los lados, sin dejarle respiro ni tiempo para hacerles frente.

VIII. Finalmente, para completar su honor, Dios coronó todas estas virtudes con el éxito más completo. Jabés de Galaad fue rescatada, y los amonitas fueron completamente derrotados.

Versículos 12–15

Aprovechamiento de la victoria que había obtenido Saúl.

I. El pueblo aprovechó entonces la ocasión para mostrar su celo por el honor de Saúl y su resentimiento por las indignidades que se habían cometido contra él; pidieron que se diese muerte a los malvados que no querían que Saúl reinase sobre ellos (v. 12). Cuando Saúl parecía aún demasiado modesto para ocupar el trono, estos hombres no habían tenido la valentía necesaria para cerrar la boca a los *«hijos de Belial»* (lit.) que habían dicho: *«¿Cómo nos ha de salvar éste?»* (10:27); pero, ahora que la victoria había engrandecido a Saúl, querían ejecutar a sus opositores.

II. Saúl aprovechó esta ocasión para mostrar su clemencia, ya que, sin esperar a la respuesta de Samuel, rehusó secundar la moción (v. 13): *No morirá hoy ninguno.* 1. Porque era día de gozo y triunfo: *Porque hoy Jehová ha dado salvación en Israel.* Como si dijese: «Puesto que Dios ha sido tan bueno para todos nosotros, no seamos duros para nadie del pueblo». 2. Porque esperaba que, con el éxito de este día, aquellos hombres habrían cambiado de parecer y estarían convencidos de que, con la ayuda de Dios, este hombre podía salvarlos, y así estarían dispuestos a honrar al que antes habían despreciado. Mayor provecho se saca haciendo de un enemigo un amigo que matándole.

III. Samuel aprovechó la ocasión para convocar al pueblo *delante de Jehová en Guilgal* (vv. 14, 15). 1. Para dar públicamente gracias a Dios por la reciente victoria. 2. Para confirmar a Saúl en el gobierno con mayor solemnidad que la de antes, a fin de que no volviera a retirarse a su vida oscura de labriego.

CAPÍTULO 12

Tenemos aquí el discurso de Samuel para poner el gobierno en manos de Saúl. I. Se descarga a sí mismo de cualquier sospecha o imputación de mal gobierno mientras la administración del país estaba en su mano (vv. 1–5). II. Les trae a la memoria las grandes cosas que ha hecho Dios por ellos y por sus padres (vv. 6–13). III. Pone ante los ojos de ellos el bien y el mal, la bendición y la maldición (vv. 14 15). IV. Les despierta y asusta con respecto a lo que acaba de decirles mediante la petición a Dios de truenos y lluvias (vv. 16–19). V. Les anima con la esperanza de que todo vaya a marchar bien (vv. 20–25). Este discurso de Samuel es su sermón de despedida ante esta augusta asamblea, y su sermón de la coronación de Saúl.

Versículos 1–5

I. Samuel les hace un breve relato de la pasada revuelta y de la presente situación de gobierno, como prefacio de lo que después va a decirles (vv. 1–2). 1. Por su parte, ha empleado sus días al servicio del pueblo: *«Yo he andado delante de vosotros,* para guiaros y dirigiros, como un pastor delante de su rebaño (Sal. 80:1), *desde mi juventud hasta este día»* (v. 2). «Ahora, mis mejores días se pasaron ya. *Yo soy ya viejo y lleno de canas»;* él estaba dispuesto a dimitir, tanto mejor inclinado a hacerlo cuanto peor se habían portado ellos con él al pedir que les diera rey y se retirara del gobierno. 2. En cuanto a sus hijos, les dice: *«Mis hijos están con vosotros»* (v. 2), como dando a entender que podían pedirles cuentas por cualquier delito que hubiesen cometido. 3. En cuanto al nuevo rey, les había dado gusto al ponerle sobre ellos, conforme ellos mismos habían pedido (v. 1). «Ahora que os habéis hecho como las demás naciones en cuanto al régimen civil, político y militar, y habéis renunciado así a la directa administración de Dios, tened sumo cuidado, no sea que os hagáis como las demás naciones en cuanto a la religión y renunciéis al culto del verdadero Dios.»

II. Apela solemnemente al pueblo en cuanto a su propia integridad en la administración del gobierno (v. 3): *«Atestiguad contra mí … si he tomado el buey de alguno, etc.».*

1. Objeto de esta apelación. Con ella procuraba: (A) Convencerles de la injuria que le habían inferido al pedir su retiro. (B) Preservar su propia reputación. Quienes se enterasen de la forma en que Samuel había sido rechazado, podrían sospechar que había hecho alguna cosa mala, ya que, de no ser así, no le

habrían tratado tan mal. (C) Así como, de este modo, quería dejar tras de sí un buen nombre, también quería dejar a su sucesor un buen ejemplo; que obre según el modelo, y obrará bien.

2. Contenido de la apelación. En ella es de notar:

(A) De qué se descarga aquí Samuel: (a) Nunca había tomado lo que no era suyo, fuese buey, asno u otra cosa, con pretexto de tributación; ni había usado los servicios de nadie sin pagar por ello. (b) A nadie había perjudicado mediante fraude, etc., ni había oprimido a los que estaban bajo su mando. (c) Nunca había aceptado soborno para cometer una injusticia.

(B) Cómo invita a quienes le han menospreciado a que den testimonio con respecto a su conducta: *«Aquí estoy; atestiguad contra mí»*.

III. En respuesta a esta apelación, sale absuelto con todos los honores. Todo lo que deseaba era que le hiciesen justicia, y se la hicieron cumplidamente (v. 4).

IV. Este honorable testimonio prestado a la integridad de Samuel queda registrado para honor suyo (v. 5): *«Jehová,* que escudriña el corazón, *es testigo contra vosotros, y su ungido,* a quien compete juzgar las causas, *también es testigo en este día»*. *Y* el pueblo, de acuerdo con ello, respondió: *«Es testigo»*.

Versículos 6–15

Después de haber puesto a salvo su propia reputación, Samuel en lugar de extenderse en reproches al pueblo por la indignidad que habían cometido con él, pasa a instruirles en los caminos del deber.

I. Les trae a la memoria la gran bondad de Dios con ellos y con sus padres, les presenta un compendio de la historia de la nación, a fin de que, mediante la consideración de las grandes cosas que Dios había hecho con ellos, se sintieran inclinados a amarle y servirle. No sólo les pone delante lo que Dios había hecho por ellos recientemente, sino también lo que había hecho antiguamente, en los días de sus antepasados, ya que la época presente disfrutaba de los beneficios que los anteriores favores de Dios le habían proporcionado.

1. Les recuerda la gran liberación de Egipto, llevada a cabo por Dios a favor de sus antepasados.

2. Les recuerda las miserias y calamidades que sus padres atrajeron sobre sí mismos por olvidar a Jehová y servir a dioses ajenos (v. 9).

3. Les recuerda el arrepentimiento y la humillación de sus padres en la presencia de Dios a causa de sus idolatrías: *Y ellos clamaron a Jehová, y dijeron: Hemos pecado* (v. 10).

4. Les recuerda las gloriosas liberaciones que Dios había llevado a cabo por ellos, las victorias con que les había bendecido y las muchas veces que, tras días de aprieto y apuro, les había concedido *habitar seguros* (v. 11). Les menciona, en particular, varios de los jueces, Barac, Jefté y Gedeón, grandes conquistadores en su tiempo.

5. Finalmente, les recuerda el reciente favor de Dios a la actual generación al otorgarles un rey, pues le habían pedido que con un rey serían salvos de la mano de Nahás rey de Amón (vv. 12, 13). Parece ser que ésta fue la razón inmediata por la que ellos deseaban rey: Nahás les amenazaba, ellos desearon que Samuel nombrase un general; él les respondió que Dios era el comandante en jefe en todas las guerras que ellos libraban y que no necesitaban otro, ya que su poder era suficiente para sacarles de este aprieto como siempre: *Jehová vuestro Dios era vuestro rey.* Pero ellos insistieron: *«No, sino que ha de reinar sobre nosotros un rey»*. *«Ahora, pues*—les responde Samuel—, *ahí tenéis el rey que habéis elegido, el cual pedisteis*—dicho sea para vergüenza vuestra—, pero que Dios ha hecho—dicho sea para su honor y para la gloria de su gracia.»

II. Les muestra que ahora dependen, ellos y su rey, de su buena conducta. Que no piensen que, por tener rey, ya se han cortado de toda dependencia con respecto a Dios.

1. Si obedecen a Dios, de seguro que serán dichosos (v. 14). Si no se rebelan contra Dios para marcharse tras los ídolos, sino que le son leales, entonces, tanto ellos como su rey, serán felices. (A) *«Os irá bien,* frase que falta en el original, quizá porque, como en otros casos, Samuel no sabe cómo describir la dicha y prosperidad de Israel si se deja llevar de la mano de Dios (comp. con Lc. 13:9, donde detrás de: *Y si da fruto,* no hay nada, pero nuestras versiones lo suplen con *«bien»*). (B) Por contraste con el v.

siguiente (comp. con Dt. 28), puede añadirse: *«la mano de Jehová estará con vosotros como estuvo con vuestros padres»*.

2. Pero si desobedecen, atraerán sobre sí mismos la ruina (v. 15).

Versículos 16–25

Dos cosas se propone Samuel en estos versículos:

I. Convencer al pueblo de su pecado al desear rey. Estaban ahora regocijándose delante de Dios por, y con su rey (11:15); y al ofrecer a Dios sacrificios de alabanza, esperan que le serían aceptos; y esto fue quizá lo que les hizo pensar que no hacían nada malo al pedir rey. Pero tenemos:

1. La expresión del desagrado de Dios contra ellos por pedirle rey. A una palabra de Samuel, Dios envió sobre ellos una tormenta milagrosa de truenos y lluvia en un tiempo del año en que, en aquel país, nunca se había visto ni oído cosa semejante (vv. 16–18). El trueno y la lluvia tienen causas naturales y producen a menudo terribles efectos. Pero Samuel hizo que esto se mostrase como algo destinado por el poder omnímodo de Dios a convencerles de que *habían obrado perversamente al pedir rey* (vv. 16, 17). *«Quedaos para ver el gran prodigio»*, les dijo. Si lo que les había dicho en voz queda no les había hecho ningún efecto, ni su enseñanza que caía como el rocío, van a oír a Dios hablándoles en el tremendo estrépito de los truenos y en el gran poder de su lluvia. Samuel, aquel hijo de oración, era todavía famoso por su éxito en la oración. Venía con esto a insinuar que, por muy serena y próspera que pareciese su condición ahora que tenían rey, como el buen tiempo en la época de la cosecha del trigo, sin embargo, si a Dios le parecía bien, pronto podía cambiar la faz del cielo.

2. La impresión que esto hizo en el pueblo. Les asustó muchísimo, como era de suponer. (A) *«Todo el pueblo tuvo gran temor de Jehová y de Samuel»* (v. 18). (B) Confesaron su pecado y su insensatez al pedir rey: «A *todos nuestros pecados hemos añadido este mal de pedir rey para nosotros»* (v. 19). (C) Pidieron a Samuel con vehemencia que orase por ellos: *«Ruega por tus siervos a Jehová tu Dios, para que no muramos»* (v. 19). Estaban asustados ante el peligro de incurrir en la cólera divina y no podían esperar que Dios escuchara las oraciones de ellos; por eso le piden a Samuel que ore por ellos. Ahora reconocen la necesidad que tienen de uno a quien hacía poco habían menospreciado.

II. Asegurar al pueblo en su religión y comprometerle a adherirse para siempre a Jehová. El propósito de este discurso es muy semejante al de Josué (Jos. caps. 23 y 24).

1. No quiere que el miedo les aparte de Jehová, pues el portento estaba destinado a persuadirles a adherirse más fuertemente a Jehová (v. 20): *«No temáis; vosotros habéis hecho todo este mal;* aun cuando Dios está enojado por ello con vosotros, *no os apartéis de en pos de Jehová». No temáis.* Como si dijese: «No desesperéis de hallar misericordia y alivio; tras la tempestad, vendrá la calma. No temáis, porque, aun cuando Dios se enoje con su pueblo, *no lo desamparará, por su gran nombre* (v. 22). No le abandonéis, pues, a Él vosotros».

2. Les advierte contra la idolatría: *«No os apartéis de Dios* y de su culto» (vv. 20, 21), «porque si os apartáis de Dios, a cualquier cosa que os apartéis, hallaréis que es una cosa vana, que nunca podrá satisfacer vuestras esperanzas, sino que de cierto os engañará si ponéis en ella vuestra confianza; es una caña quebrada y una cisterna rota».

3. Les consuela con la seguridad de que él mismo continuará orando por ellos e instruyéndoles en el buen camino (v. 23). Ellos le habían suplicado únicamente que orase por ellos, pero él les promete hacer más que eso: no sólo orar por ellos, sino también instruirles; aunque no deseaban estar bajo su gobierno como juez, no les negaría él sus instrucciones como profeta.

4. Concluye con una vehemente exhortación a la práctica sincera de la religión y a una genuina piedad (vv. 24, 25).

CAPÍTULO 13

Mientras Samuel acompañó a Saúl en el gobierno del pueblo, las cosas marcharon bien (11:7). Pero, ahora que Saúl comenzó a reinar solo, todo comenzó a decaer y se empezaban a cumplir aquellas palabras de Samuel: «Vosotros y vuestro rey pereceréis» (12:25). I. Saúl muestra aquí su insensatez: 1. Infatuado con sus propios planes (vv. 1–3). 2. Invadido por sus vecinos (vv. 4, 5). 3. Abandonado de sus soldados (vv. 6, 7). 4. Desordenado en su propio espíritu y ofreciendo sacrificio en desobediencia (vv. 8–10). 5. Regañado por Samuel (vv. 11–13). 6. Repudiado, como rey, por Dios (v. 14). II. El pueblo muestra aquí su estado miserable: 1. Descorazonado y disperso (vv. 6, 7). 2. Disminuido en su fuerza militar (vv. 15, 16). 3. Saqueado (vv. 17–18). 4. Desarmado (vv. 19–23).

Versículos 1–7

El pueblo de Israel ofendió a Dios; de lo contrario, no les habría dejado Él de su mano, como se muestra aquí que lo hizo, ya que:

I. Saúl carecía ahora de valor y de tacto político, así como de discreción en el modo de ordenar sus asuntos. La versión de los LXX omite el v. 1, excepto en unos pocos MSS, en los que se dice que *Saúl tenía treinta años cuando comenzó a reinar, lo* cual es probable. Según Hechos 13:21, Saúl reinó 40 años (probablemente, un número redondo—una generación—, como en otras ocasiones). La cifra de *treinta y dos* años es probable respecto a la duración del reinado de Saúl. No cabe duda de que entre el capítulo 12 y el 13 ha pasado un lapso de tiempo de varios años, pues aquí tenemos ya a Jonatán, hijo de Saúl, al frente de un regimiento. Es muy posible que los años de paz causasen notable deterioro en el carácter de Saúl, algo parecido a lo que le pasó a David (2 S. cap. 11). En los versículos 2–4 vemos que:

1. Saúl escogió un contingente de 3.000 soldados, y puso 1.000 bajo el mando de su hijo Jonatán y quedando él mismo al mando de los 2.000 restantes (v. 2). «Y *envió al resto del pueblo cada uno a sus tiendas*». Si fue su intención tener a estos 2.000 hombres como sus guardaespaldas y asistentes, fue una falta de tacto político tener tantos. Y si fue su intención formar un ejército suficiente para resistir el ataque de los filisteos, fue igualmente una falta de tacto político tener tan pocos. Y quizá la confianza que puso en este cuerpo militar selecto, al enviar a sus casas el resto de aquel bravo ejército con que anteriormente había derrotado a los amonitas (11:8–11), fue considerada como una afrenta al reino, y suscitó el disgusto general, y fue la razón principal por la que fueron tan pocos los que acudieron a su llamamiento cuando tuvo necesidad de ellos.
2. Ordenó a su hijo Jonatán que cayese por sorpresa sobre los filisteos y destruyese la guarnición que éstos tenían en el collado de Guibeá de Benjamín (vv. 2, 3).
3. Después que exasperó de esta manera a los filisteos, comenzó a reunir más fuerzas, cosa que debió hacer antes si hubiese tenido la prudencia necesaria. Todos los que estaban prestos para luchar se juntaron en pos de Saúl en Guilgal (v. 4). Pero podemos suponer que la mayor parte se retiró, ya fuese por estar disgustados con la política de Saúl, o por miedo al poder de los filisteos.

II. Nunca se habían presentado los filisteos con un ejército tan formidable como ahora, debido a la provocación de Saúl. Si Saúl hubiese consultado a Dios antes de provocar a los filisteos, tanto él como el pueblo habrían estado mejor dispuestos para esta amenaza que había provocado con su propia insensatez.

III. Nunca se había sentido el pueblo de Israel tan cobarde como ahora. Es posible que fuera muy considerable el número de los que acudieron en pos de Saúl a Guilgal; pero al enterarse de la preparación y del número de los filisteos, se les acobardó el ánimo y se les hundió la moral, quizá—según opinan algunos—porque no hallaron a Samuel junto a Saúl. Ahora que veían a los filisteos decididos para la guerra, y que Samuel no venía en ayuda del pueblo, no sabían qué hacer: *«Se vieron en gran aprieto»* (v. 6). 1. Algunos se escondieron. Miles de desmoralizados israelitas temblaban ante el avance de tan numeroso ejército de los filisteos. El pecado hace cobardes a los hombres. 2. Otros huyeron (v. 7): *«Pasaron el Jordán»,* hacia Galaad, tan lejos como pudieron del peligro, y a un lugar donde anteriormente habían salido victoriosos de los amonitas. 3. Los que se quedaron con Saúl, *iban tras él temblando,* no esperaban otra cosa que la derrota, ya que tenían las manos y el corazón completamente debilitados por la deserción de tantos soldados en sus tropas.

Versículos 8–14

I. Pecado de Saúl por ofrecer sacrificio antes que Samuel llegase. Cuando Samuel le ungió, le ordenó que le esperase en Guilgal durante siete días (10:8). En aquella ocasión Saúl obedeció. Por lo que se deduce del texto, Samuel le dio en está ocasión una orden semejante. Esta vez, Saúl la quebrantó. 1. Se atrevió a ofrecer el sacrificio sin estar Samuel presente. 2. Resolvió comenzar el ataque contra los filisteos sin recibir instrucciones de Samuel. Tanta confianza tenía Saúl en sí mismo, que pensó que no merecía la pena esperar a que llegase el profeta de Jehová para orar por él y aconsejarle. (A) No envió ningún mensajero a Samuel para conocer su parecer. (B) Cuando llegó Samuel, más bien que arrepentirse de lo que había hecho, Saúl se jactó de ello como si hubiese cumplido con su deber pues *salió a recibirle, para saludarle* como a un camarada en el oficio sacerdotal. (C) Acusó a Samuel de no haber guardado su palabra (v. 11): *«Vi … que tú no venías dentro del plazo señalado».* (D) Al ser acusado él mismo de desobediencia, pretendió justificarse en lo que había hecho, sin mostrar en absoluto ningún arrepentimiento. Véanse las excusas que da (vv. 11, 12); hace pasar por acto de gran prudencia y de piedad este acto de desobediencia. Quería ser considerado como muy piadoso y prudente al no comenzar el ataque contra los filisteos sin tener a Dios de su parte por medio de la oración y el sacrificio: *«Me dije: Ahora descenderán los filisteos contra mí a Guilgal, y yo no he implorado el favor de Jehová. Me esforcé, pues, y ofrecí holocausto»* (v. 12).

II. Sentencia pronunciada contra Saúl por este pecado. 1. Samuel le muestra las circunstancias agravantes de su crimen y le acusa de haber sido un enemigo de su misma persona y de su propio interés—«locamente *has hecho*»—y de haber sido un rebelde contra Dios y su gobierno—*«no guardaste el mandamiento de Jehová tu Dios»*—, mandamiento con que Dios quería poner a prueba la obediencia de Saúl. El pecado es una locura, y los pecadores son los mayores insensatos. 2. Samuel le lee la sentencia (v. 14): Le muestra que no hay pecado pequeño, pues no es pequeño el Dios contra quien se peca, sino que todo pecado es, de suyo, una renuncia a los derechos de herencia del reino de Dios. Saúl perdió su corona por falta de paciencia en esperar dos o tres horas. Como dice McKay: «Saúl, en un momento crítico, prefirió obrar *autocráticamente*, no *teocráticamente.* Fue esta debilidad interior lo que le llevó a la gran tragedia de su vida».

Versículos 15–23

I. Samuel se marcha disgustado. Saúl se ha propuesto obrar por sí y ante sí, y ahora es dejado para sí (v. 15): *Y levantándose Samuel, subió de Guilgal a Guibeá de Benjamín.*

II. Al marchar a Guibeá, ciudad de Saúl, Samuel daba a entender que no había abandonado por completo a Saúl. Así que Saúl subió tras él a Guibeá y pasó revista a los hombres que le quedaban, los cuales no pasaban de 600 (vv. 15, 16).

III. Los filisteos se dedicaban al pillaje. El cuerpo principal de su ejército acampaba en el estratégico punto de Micmás, pero desde allí enviaron tres escuadrones de merodeadores, en diferentes direcciones, para saquear el país. Con esto el país de Israel se vio aterrorizado y empobrecido, y los filisteos se sintieron animados y enriquecidos.

IV. Los israelitas que seguían a Saúl iban desarmados, puesto que sólo disponían de hondas y estacas; no tenían más espadas o lanzas que las que llevaban Saúl y Jonatán (v. 22). 1. Qué astutos eran los filisteos. Habían acabado con todo el negocio de herrería que había en Israel, y al ser ellos mismos expertos en la fabricación de objetos de hierro habían logrado impedir que hubiese forjadores en Israel, por lo que todo el que tenía que afilar reja de arado, azadón, hacha u hoz, tenía que acudir a los filisteos y pagar un alto precio por el trabajo (vv. 20, 21). 2. Qué insensato fue Saúl por no preocuparse al principio de su reinado de arreglar este asunto. 3. Qué holgazanes y cobardes eran los israelitas por consentir que los filisteos les impusieran tales condiciones sin hacer nada por sacudirse este yugo. Si hubiesen tenido ánimos, habrían tenido también armas, pero fue el pecado lo que los desarmó para su propia vergüenza.

CAPÍTULO 14

I. Jonatán, con su paje de armas solamente (vv. 1–3), emprendió un atrevido ataque al campamento de los filisteos, esforzándose en Jehová su Dios (vv. 4–7). Los retó (vv. 8–12) y, al aceptar ellos el reto, cargó contra ellos con tal furia o, mejor dicho, con tal fe, que los puso en fuga y en tal desorden que cundió el pánico entre ellos (vv. 13–15), lo que dio a Saúl y sus fuerzas la oportunidad de perseguir al enemigo y ganar una completa victoria (vv. 16–23). II. El ejército de Israel se halla luego en aprieto y perplejidad a causa de la precipitación e insensatez de Saúl, quien conjuró al pueblo a no probar bocado hasta la noche, lo cual: 1. Condujo a Jonatán a una situación desesperada (vv. 24–30). 2. Condujo al pueblo a sucumbir a la tentación de comer carne con sangre, una vez que expiró el plazo del ayuno (vv. 31–35). 3. El error de Jonatán, debido a la ignorancia, pudo costarle la vida, pero el pueblo le consiguió el indulto (vv. 36–46). III. Al final del capítulo tenemos un resumen general de los hechos de guerra de Saúl (vv. 47, 48) y de sus familiares (vv. 49–52).

Versículos 1–15

Tenemos aquí un testimonio:

I. De la bondad de Dios en frenar a los filisteos, que poseían un ejército numeroso y bien equipado, a fin de que no cayeran sobre un pequeño puñado de temblorosos israelitas que tenía Saúl consigo.

II. De la debilidad de Saúl, quien parece aquí hallarse totalmente incapaz de hacer nada por aliviar su situación y la de Israel. 1. Puso su tienda debajo de un árbol, y sólo tenía consigo 600 hombres (v. 2). No se atrevió a quedarse en Guibeá, sino que se fue a un extremo de la ciudad, cerca de *Migrón o,* con mayor probabilidad, a una era (hebreo *migrán*), situándose *debajo de un granado.* 2. Desde allí envió a traer un sacerdote y el Arca; el sacerdote, de Siló; el Arca, de Quiryat Yearim (vv. 3, 18). Samuel, el profeta de Jehová, le había abandonado, pero Saúl pensó que podía compensar esta pérdida llamando al sacerdote Ahías, bisnieto de Elí, para que le asistiese con el efod. También quiso tener cerca de sí el Arca, para compensar la pequeñez de su ejército. Podríamos suponer que nunca se habían atrevido a traer de nuevo el Arca al campamento, puesto que la última vez que la habían traído, no sólo no les había salvado, sino que había caído en manos de los filisteos; pero es corriente entre los que han perdido la sustancia de la religión tener gran afición a las sombras de la religión, así como tenemos aquí a un abandonado príncipe que busca el apoyo de un abandonado sacerdote.

III. De la bravura y piedad de Jonatán, el hijo de Saúl, mucho más apto que su padre para llevar la corona. Como dice el obispo Hall, aquí tenemos «un racimo dulce de una cepa agria».

1. Resolvió pasar de incógnito al campamento de los filisteos. Se nos describe el acceso al campamento de los filisteos (vv. 4, 5) como especialmente difícil e inexpugnable, pero esto no le desanima; la solidez y aspereza de las rocas sólo sirven para endurecer su resolución y excitar su bravura. Las almas generosas se crecen ante la oposición y sienten placer en quebrantarla.

2. Animó a su escudero o paje de armas a que le acompañara en esta arriesgada empresa (v. 6): *Ven, pasemos a la guarnición de estos incircuncisos.* Como si dijese: Con la ayuda de Dios, veamos lo que podemos hacer contra los enemigos de Israel y de Dios. En efecto: (A) «Son *incircuncisos.* No son de temer, porque no están bajo la protección del pacto de Dios, como estamos nosotros». Si los que son enemigos nuestros son extraños para Dios, no tenemos por qué temerles. (B) «Dios puede darnos la victoria sobre regimientos numerosos, *pues no es difícil para Jehová salvar con muchos o con pocos».* Ésta es una verdad que, en general, todos reconocen; sin embargo, no es fácil aplicarla a un caso particular. Cuando somos pocos, el creer que Dios puede, no sólo salvarnos, sino capacitarnos para hacer que otros se salven, es un ejemplo de fe que, dondequiera se halla, obtiene buen testimonio y éxito seguro. (C) «¿Quién sabe si el que puede usarnos para su gloria lo va a hacer? *Quizás haga algo Jehová por nosotros»* Una fe activa puede aventurarse a mucho en la causa de Dios sobre un *«quizá».* El paje de armas o escudero, de Jonatán, como si hubiese aprendido a llevar, no sólo sus armas, sino también su corazón, promete acompañarle a cualquier parte a donde él vaya (v. 7).

3. Aun cuando su resolución era atrevida, determinó seguir a la providencia de Dios en la ejecución de su empeño. «Ven», le dice a su confidente «nos mostraremos al enemigo como quienes no temen mirarle a la cara» (v. 8), y entonces, si son lo suficientemente cautos como para pedirnos que nos paremos, no avanzaremos más tomándolo como una insinuación de la Providencia de que Dios quiere que actuemos a la defensiva (v. 9); pero si nos retan, y el primer centinela que nos aviste nos pide que subamos, marcharemos adelante con un ataque rápido; deduciremos de ahí con seguridad que es la voluntad de Dios que actuemos a la ofensiva, y no dudaremos de que *Él los ha entregado en nuestras manos* (v. 10) Y así deja la cosa, creyendo firmemente: (A) Que Dios rige y controla el uso del corazón y de la lengua de todos los hombres. Jonatán sabía que Dios podía descubrirle su mente por boca de un filisteo con la misma seguridad que por boca de un sacerdote. (B) Que Dios ha de dirigir, de una manera o de otra, los pasos de quienes *le reconocen en todos sus caminos.*

4. La Providencia le dio la señal que buscaba, y él respondió a la señal. Él y su escudero no cayeron por sorpresa sobre los filisteos cuando éstos estaban durmiendo, sino que se mostraron a ellos a la luz del día (v. 11). Entonces los centinelas de los filisteos: (A) Mostraron desdén hacia ellos: *Mirad los hebreos, que salen de las cavernas donde se habían escondido.* (B) Los desafiaron (v. 12): *Subid a nosotros, y os haremos saber una cosa.* Así se burlaban de ellos, pero con esto animaron todavía más a Jonatán y a su paje de armas; antes, había dicho Jonatán con alguna perplejidad (v. 6): *Quizás haga algo Jehová por nosotros;* pero ahora habla con toda seguridad (v. 12): *Jehová los ha entregado en manos de Israel.* Fortalecida así su fe, ninguna dificultad podía resistirle; sube a la roca; trepa con pies y manos (v. 13), aunque no tiene nada con que cubrirse, sin que nadie le acompañe, excepto su escudero, y sin probabilidad humana de ninguna otra cosa, excepto la muerte ante él.

5. El éxito maravilloso de tan atrevida empresa. Los filisteos, en lugar de caer sobre Jonatán para matarle o hacerle prisionero caen delante de él (v. 13), inexplicablemente, al primer golpe que les sacude. Cayeron, es decir: (A) Muchos de ellos fueron muertos por él y por su escudero (v. 14). La mano derecha y el brazo de Dios le proporcionaron esta victoria. (B) Los demás fueron puestos en fuga y cayeron unos sobre otros (v. 15): *Hubo pánico en el campamento.* El hebreo dice que fue *un espanto de Dios,* para expresar que fue un miedo producido por Dios o, con mayor probabilidad, para expresar que fue un espanto extraordinario. Quien hizo el corazón sabe perfectamente cómo hacerle temblar. Para completar la confusión del enemigo, también *la tierra tembló,* Dios produjo un terremoto que incrementó el terror de los filisteos ante la posibilidad de que la tierra se los tragara.

Versículos 16–23

I. El poder de Dios sembró tal confusión entre los filisteos que iban de un lado a otro, deshaciéndose unos a otros. Se derretían como la nieve ante el sol, hasta el punto de que *la espada de cada uno estaba vuelta contra su compañero* (vv. 16, 20). Ahora Dios les mostraba su insensatez en confiar en las armas, y hacía de sus espadas y lanzas los instrumentos de su destrucción, pues resultaron más fatales en sus propias manos que si hubiesen estado en manos de los israelitas.

II. Con esto se animaron los israelitas a pelear contra ellos.

1. De ello se dieron pronto cuenta los centinelas de Saúl, que estaban en Guibeá haciendo guardia desde el collado (v. 16).

2. Saúl comenzó entonces a inquirir respuesta de Dios, pero desistió pronto. Mandó traer el Arca (v. 18), y deseó saber si sería prudente atacar a los filisteos, a la vista del desorden en que percibieron que se hallaban. Hay muchos que desean consultar a Dios acerca de su seguridad, pero no le consultan acerca de su deber. Pero al darse cuenta, por noticia de sus exploradores, de que crecía el alboroto en el campamento del enemigo, mandó al sacerdote oficiante: *«Detén tu mano»* (v. 19), es decir, no consultes, porque no necesitamos ya de ninguna respuesta. Le prohibió tirar las suertes: (A) O porque pensó que ya no necesitaba respuesta, pues el caso estaba claro, (B) o porque estaba tan impaciente en caer sobre un enemigo ya caído, que no quería detenerse a terminar la consulta.

3. Con todas las fuerzas de que disponía, Saúl lanzó ahora un vigoroso ataque contra el enemigo. *Juntando Saúl a todo el pueblo que con él estaba, o,* como dice el hebreo, *fueron gritados juntamente* (v. 20), *llegaron al lugar de la batalla.* El texto hebreo da a entender que ese *grito general* se debió a la ausencia de las trompetas de plata con las que, según mandato de Dios, había de tocarse alarma en días de

batalla (Nm. 10:9). Fueron convocados a gritos para que pudieran reunirse cuanto antes, aun cuando su número no era grande.

4. Todos los israelitas, incluso aquellos de los que menos podía esperarse, se lanzaron ahora contra los filisteos. (A) Los que habían desertado tiempo atrás pasándose al enemigo, y que se encontraban ahora entre los filisteos, lucharon contra ellos (v. 21). Algunos serían cautivos de los filisteos y ahora les resultaban como aguijones en los costados. (B) Los que habían huido a esconderse en el monte, regresaron a sus puestos y se unieron a los perseguidores (v. 22). No era muy de alabar que apareciesen tan tarde, pero su reproche habría sido mayor si no hubiesen aparecido nunca. Así que todas las manos de Israel se pusieron a trabajar contra los filisteos; no obstante, se nos dice (v. 23) que *fue Jehová quien salvó a Israel aquel día.* Lo hizo también por medio de ellos, pero ellos no habrían podido hacer nada sin Él.

Versículos 24–35

Relato de un aprieto en que se hallaron los hijos de Israel, incluso en el día de su triunfo.

I. Saúl prohibió, bajo pena de muerte, gustar aquel día cualquier alimento (*«pan»*, término genérico para cualquier alimento sólido—v. 24). Lo hizo con buena intención, a fin de que el pueblo, que por algún tiempo había tenido poco que comer, al encontrar abundancia de víveres en el abandonado campamento de los filisteos, no se sintiera tentado a atiborrarse de comida, y perdiese así tiempo en la persecución del enemigo. Con todo, esta severa orden fue imprudente, pues aunque así ganase tiempo, iba a perder fuerzas para continuar la marcha. Fue además impío al reforzar la prohibición juramentando al pueblo bajo maldición. ¿No disponía de otra medida disciplinaria que el riguroso anatema?

II. El pueblo obedeció la orden, por muy dura que les resultase.

1. Los soldados tuvieron que vencer una grave tentación, pues, al perseguir al enemigo, pasaron por un bosque tan lleno de miel silvestre que fluía de los árboles hasta el suelo, pero por miedo a la maldición no se atrevieron a gustarla (vv. 25, 26).

2. Jonatán, por ignorancia, cayó bajo la maldición. Él no había oído la orden que había dado su padre, ya que, después de abrir brecha en las fuerzas enemigas, había continuado dándoles caza. Así que, al ignorar el peligro, tomó un poco de miel con la punta de la vara que llevaba en la mano y la llevó a la boca (v. 27), obteniendo así un refrigerio notable. No pensó haber hecho nada malo, ni temió daño alguno, hasta que uno del pueblo le enteró de la orden y entonces se encontró metido en una trampa. Más de un buen hijo se ha visto en apuros por la precipitación de un padre irreflexivo; Jonatán, por su parte, perdió, por la necedad de su padre, la corona que le pertenecía por herencia.

3. *El pueblo desfallecía* (v. 28). Los soldados de Israel se iban debilitando más y más mientras perseguían al enemigo, por falta de la necesaria alimentación; con las fuerzas corporales se les iban también los ánimos. Esto es lo que Jonatán había previsto.

4. Lo peor de todo fue que, al anochecer, cuando fue levantada la prohibición y pudieron comer de nuevo, estaban tan hambrientos que comieron carne con sangre, lo cual era expresamente contrario a la Ley de Dios (v. 32). «Hambre y esperar hacen rabiar», dice nuestro refrán castellano; y así pasó aquí. Cuando Saúl fue informado de ello, les reprendió por su pecado (v. 33). Y para poner punto final a tal irregularidad, ordenó Saúl que levantaran delante de él una piedra grande y que todos los que tuvieran ganado para matarlo en esta ocasión, lo trajeran allí y lo mataran ante sus ojos sobre la piedra (v. 34); y así lo hizo el pueblo (v. 34). De este modo tan sencillo fueron refrenados y reformados cuando su príncipe puso diligencia en cumplir con lo que a él le competía.

III. En esa misma ocasión Saúl edificó un altar (v. 35) para ofrecer sacrificio, ya fuese como reconocimiento por la victoria, lo cual es lo más probable, o en expiación por el pecado, como opinan otros. *Este fue el primer altar que edificó a Jehová.* Saúl se estaba apartando de Dios y, sin embargo, comenzó ahora a edificar altares, con tanto mayor celo (como les pasa a muchos) por la forma de la piedad cuanto más negaba el poder de la piedad. Véase Oseas 8:14: *«Israel olvidó a su Hacedor y edificó templos»*.

Versículos 36–46

I. Jactancia de Saúl en contra de los filisteos. Propuso perseguirlos durante toda la noche hasta *no dejar de ellos ninguno* (v. 36). En esto mostró mucho celo, pero poca discreción, ya que su ejército, fatigado como estaba, difícilmente podía pasar una noche sin dormir, así como difícilmente había pasado un día sin comer. Solamente el sacerdote creyó conveniente seguir adelante con las devociones que habían sido interrumpidas de súbito con anterioridad (v. 19), y consultar a Dios: *Acerquémonos aquí a Dios*. Los príncipes y los magnates necesitan tener junto a sí personas que les hagan a la memoria llevar a Dios consigo adondequiera que vayan. Cuando el sacerdote lo propuso, Saúl no pudo (al menos, por vergüenza) rechazar la propuesta, sino que *consultó a Dios* (v. 37).

II. Su necedad en entablar proceso a su hijo Jonatán; pues, mientras llevaba a cabo el proceso, escaparon los filisteos.

1. Al mostrar Dios su desagrado, Saúl se puso a investigar el anatema y juró por Jehová que salva a Israel que, quienquiera fuese el Acán que había atraído sobre el campamento esta desgracia, comiendo del fruto prohibido, de cierto había de morir, aunque se tratase de su propio hijo Jonatán (v. 39).

2. Las suertes descubrieron que Jonatán era el ofensor. Al principio, propuso que él y Jonatán estuviesen en un lado, y el pueblo en otro, quizá porque confiaba en la inocencia de Jonatán en este asunto tanto como en la suya propia. Pero, al fin, la suerte señaló a Jonatán (v. 42); aquí el designio de la Providencia respaldó el derecho de la autoridad legalmente constituida; y se reservó, por otro camino, el medio de preservar la vida de quien no había hecho nada digno de muerte.

3. Jonatán confiesa sinceramente el hecho; y Saúl, con airada maldición, decreta contra él la sentencia. Jonatán no niega el hecho, pero piensa que es demasiado fuerte que *tenga que morir por eso* (v. 43). Bien pudo haber apelado a su ignorancia de la orden de su padre, pero se sometió con mente noble y corazón generoso, como si dijese: «Que se haga la voluntad de Dios y la de mi padre». Se muestra tan bravo para someterse en unas ocasiones como para pelear en otras. Pero Saúl no se ablanda ni por la filial sumisión de Jonatán ni por lo duro de la sentencia, sino que, con otra imprecación, pronuncia sentencia de muerte contra Jonatán: *«Así me haga Dios y aun me añada, si* no ejecutó la sentencia contra ti, *que sin duda morirás, Jonatán»* (v. 44).

(A) Que Saúl pronunció esta sentencia con demasiada precipitación, sin consultar el oráculo. Jonatán tenía muy buenas razones que alegar en su favor, pues lo que había hecho no era algo *intrínsecamente malo;* además, ignoraba la prohibición; de forma que no podía ser acusado de rebelión ni desobediencia.

(B) Que la pronunció llevado de un furor insano. Si Jonatán hubiese sido reo de muerte, la manera apropiada de pronunciar una sentencia por parte de un juez, y mucho más por parte de un padre, era hacerlo con delicadeza y compasión. Cuando la justicia es administrada con enojo y amargura, resulta envilecida.

(C) La reforzó con una imprecación sobre sí mismo si dejaba de ejecutar la sentencia; y esta imprecación recayó sobre su misma cabeza. Jonatán escapó de la muerte, pero Dios le hizo a Saúl y le añadió, pues cayó él mismo bajo el anatema y fue rechazado por Dios. Que nadie se atreva, en ninguna ocasión, a lanzar imprecaciones como ésta, no sea que Dios diga Amén a ellas y disponga que *sus propias lenguas les hagan caer* (Sal. 64:8). Con todo, tenemos motivos para pensar que las entrañas de Saúl se conmovían a favor de Jonatán; así que, en realidad, se castigó a sí mismo, y con toda justicia, mientras actuaba con tanta severidad contra su hijo. Por medio de todos estos accidentes molestos, parece como si Dios le aplicase correctivos por su anterior presunción en ofrecer sacrificio sin Samuel.

4. El pueblo rescató a Jonatán de las manos de su padre (v. 45). Hasta ahora se habían mostrado respetuosos y obedientes con Saúl, y se habían sometido a él en todo lo que parecía ser cosa buena (vv. 36, 40). Pero, al estar Jonatán en peligro, la palabra de Saúl ya no es para ellos ley, sino que se oponen con la mayor energía a la ejecución de la sentencia: *«¿Ha de morir Jonatán,* el instrumento de salvación de su país? ¿Va a ser sacrificada a las rígidas exigencias de un insensato decreto y de un honor puntilloso una vida que tan bravamente se ha expuesto por el bien público, y a la que debemos nuestra vida y el triunfo conseguido? ¡No! ¡De ningún modo consentiremos que sea tratado de esa manera aquel a quien Dios se ha complacido en honrar!» Es una bendición ver a los israelitas inflamados de ese celo por la protección de quienes han sido usados por Dios como instrumentos de salvación: *«Vive Jehová que no ha de caer,* no sólo su cabeza, sino ni siquiera *un cabello de su cabeza en tierra»*. No le rescatan por la

fuerza, sino por la razón y la resolución. Añade Flavio Josefo que oraron a Dios para que le indultase del anatema. Apelaron a su favor diciendo: *«Ha actuado hoy con Dios»* (lit.); es decir: «Él ha defendido la causa de Dios, y Dios ha bendecido el ánimo que Jonatán ha mostrado, por tanto, su vida es demasiado preciosa como para destruirla por una minucia».

5. La persecución del enemigo es detenida con este incidente (v. 46): *Saúl dejó de seguir a los filisteos;* así, se perdió la oportunidad de conseguir una completa victoria.

Versículos 47–52

Tenemos ahora un sumario de las actividades de Saúl y de las personas de su corte. 1. En cuanto a su familia y las personas de su corte, se nos dan los nombres de sus hijos, de sus hijas y de su mujer, así como el del general en jefe del ejército, quien era primo hermano suyo (vv. 49, 50). En 2 Samuel 21:8 se menciona otra mujer de Saúl, Rizpá, así como los hijos habidos de ella. Sin duda, Saúl tuvo alguna otra (u otras) mujer (v. 2 S. 12:8), pues en 1 Samuel 31:2; 1 Crónicas 8:33; 9:39 se menciona a Abinadab, el cual no es identificable con ninguno de los mencionados en los otros lugares. 2. En cuanto a los hechos de armas de Saúl, se nos dice: (A) La forma en que escogía sus soldados: A *todo el que veía que era hombre esforzado y apto para combatir, lo juntaba consigo* (v. 52), conforme a lo que Samuel había predicho al pueblo cuando pidieron rey (8:11). (B) La forma en que empleó su ejército. Guardó al país de los ataques de todos sus enemigos e impidió las incursiones enemigas (vv. 47, 48). Pero los enemigos contra los que más tuvo que combatir fueron los filisteos, pues *hubo guerra encarnizada contra los filisteos todo el tiempo de Saúl* (v. 52).

CAPÍTULO 15

Saúl es finalmente rechazado como rey. I. Encargo que le encomendó Dios de destruir completamente a los amalecitas (vv. 1–3). II. Saúl se prepara para esta expedición (vv. 4–6). III. Su éxito y la parcial ejecución del encargo que Dios le dio (vv. 7–9). IV. El interrogatorio que le hizo Samuel y la sentencia que pronunció contra él, a pesar de las muchas frívolas excusas que Saúl presentó (vv. 10–31). V. Muerte de Agag, rey de los amalecitas (vv. 32–33). VI. Despedida final de Samuel a Saúl (vv. 34–35).

Versículos 1–9

I. Samuel, en nombre de Dios, exige solemnemente a Saúl obediencia a las órdenes de Dios, y le da a entender claramente que es ahora cuando le va a poner a prueba, en un caso particular, para ver si es obediente o no (v. 1). 1. Le trae a la memoria lo que ha hecho Dios por él: *«Jehová me envió a que te ungiese por rey»*. Como si dijese: Dios te dio poder y autoridad y, por consiguiente, espera de ti que los uses para Él. Cualquier promoción, en lugar de relevar a los hombres de la obediencia que deben a Dios, les obliga a ello con tanta mayor razón. 2. Le dice, en general, que, en atención a esto, debe estar presto a cumplir todo cuanto Dios le mande hacer: *Ahora, pues, está atento a las palabras de Jehová.*

II. Le encomienda un servicio especial, en el que tiene que mostrar su obediencia a Dios más que en cualquier otra ocasión del pasado. Le explica también el motivo de esta orden, a fin de que no le parezca dura la severidad con que debe actuar: *He decidido castigar lo que hizo Amalec a Israel* (v. 2). Dios estaba resentido contra los amalecitas por las injurias que habían inferido a su pueblo Israel (Éx. 17:8 y ss.) y esta actitud criminal se había agravado posteriormente (Dt. 25:18). Esta es la tarea que Saúl debía llevar a cabo ahora (v. 3): *«Ve, pues, y hiere a Amalec.* Israel es ahora fuerte; ve, pues, y deshazte de esa criminal nación».

III. Entonces Saúl pasa revista a sus fuerzas y desciende al país de Amalec. *Saúl … les pasó revista en Telaím* (probablemente el *Télem* de Jos. 15:24). *Telaím* significa *corderos.* Según la Vulgata, *los contó como corderos.* Según la versión caldea, *los contó por corderos de Pascua;* diez por cada cordero, que

era un modo de contar usado por los judíos en los últimos días de su nación. Saúl condujo todas estas fuerzas *a la ciudad de Amalec* (v. 5).

IV. Aconsejó amistosamente a los ceneos (o quenitas) que se apartasen de los amalecitas entre los cuales vivían. Los ceneos eran del clan de Jetró, suegro de Moisés, y vivían en tiendas, lo que les facilitaba, en cualquier contingencia, trasladarse fácilmente a otro lugar. Muchos de ellos vivían, por ahora, en medio de los amalecitas, y tenían por fortificación la que les ofrecía la naturaleza, pues *«pusieron en la roca su nido»* (Nm. 24:21). Saúl no debía acabar con ellos: 1. Reconoce la misericordia que antaño mostraron hacia los israelitas, cuando éstos salían de Egipto. Jetró y su familia les habían prestado valiosos servicios en su marcha a través del desierto pues les sirvieron de ojos (Nm. 10:31), y esto ha quedado en la memoria de Israel durante muchas generaciones. Así es como un hombre bondadoso deja las bendiciones divinas por herencia a los hijos de sus hijos; los que nos han de suceder pueden recoger el beneficio de nuestras buenas obras cuando nosotros estemos ya en el sepulcro. 2. Desea que retiren sus tiendas de en medio de los amalecitas.

V. Saúl prevaleció contra los amalecitas, porque aquello fue una ejecución de criminales condenados a muerte, más bien que una guerra entre enemigos contendientes. Eran idólatras y reos de muchos otros pecados, por los que merecían caer bajo la ira de Dios.

VI. Pero Saúl cumplió el encargo a medias (v. 9). 1. Conservó la vida a Agag (v. 8) porque era rey como él, o quizá porque esperaba obtener por él un subido rescate. 2. También reservó lo mejor del ganado, y destruyó sólo lo inútil y despreciable (v. 9). Podemos suponer que muchos amalecitas pudieron escapar y llevarse consigo sus efectos a otros países, pues más adelante se vuelve a hablar de los amalecitas.

Versículos 10–23

Samuel llama ahora a Saúl para que rinda cuentas sobre el encargo que le fue encomendado con respecto a los amalecitas.

I. Lo que pasó entre Dios y Samuel, en secreto, en esta ocasión (vv. 10, 11). 1. Dios determina rechazar a Saúl y comunica su decisión a Samuel: *Me pesa haber puesto por rey a Saúl.* El arrepentimiento de Dios no significa, como sucede con nosotros, un cambio de mentalidad, sino un cambio de método en sus procedimientos. No altera su querer, sino que quiere una alteración. El cambio se había efectuado en Saúl: *Porque se ha vuelto de en pos de mi;* así es como expresa Dios la falta de obediencia de Saúl y la sobra de su codicia. De esta forma hizo que Dios se convirtiese en enemigo suyo. 2. Samuel se lamenta de esto: *Se apesadumbró Samuel* de que Saúl hubiese perdido el favor de Dios y de que Dios hubiese resuelto rechazarle; y *clamó a Jehová toda aquella noche.* La condenación de los malos debe causar pesar a los buenos, pues si Dios *no se complace en la muerte del impío,* tampoco debemos complacernos nosotros.

II. Lo que pasó entre Samuel y Saúl en público. Dios envió a Samuel para que llevase a Saúl estas malas noticias, y Samuel fue al encuentro de Saúl, como Ezequiel, *con amargura de alma.* Pero Samuel fue informado de que Saúl estaba erigiendo un monumento de su victoria en Carmel, una ciudad en la región montañosa de Judá, a unos 11 kilómetros al sur de Hebrón. Buscaba así su honor más que el honor de Dios. También había marchado a Guilgal con gran pompa, pues eso es lo que da a entender la expresión hebrea: *Ha dado la vuelta, ha pasado adelante y ha descendido a Guilgal* (v. 12). Allí es donde le salió al encuentro Samuel.

1. Saúl se jacta ante Samuel de su obediencia: *«Bendito seas tú de Jehová,* porque me diste un estupendo encargo, en el cual he obtenido un éxito completo y *he cumplido la palabra de Jehová».* Es muy probable que, si su conciencia no le hubiese acusado de desobediencia, no se habría extendido tanto en proclamar su obediencia, pues esperaba de este modo impedir que Samuel le reprendiera. Así es como piensan los pecadores que, si se justifican a sí mismos, van a escapar de *ser juzgados por el Señor,* mientras que el único modo de escapar de ese juicio es *juzgándonos a nosotros mismos* (v. 1 Co. 11:31, 32).

2. Samuel le deja convicto de pecado mediante una plena demostración de su desobediencia: «¿Que has cumplido la palabra de Jehová? *¿Pues qué balido de ovejas y mugido de vacas es éste que yo oigo con mis oídos?»* (v. 14). Samuel apela a ello como testimonio en contra de Saúl. El ruido que hacía el ganado era *testigo contra él.*

3. Saúl insiste en justificarse de este cargo (v. 15). No puede negar el hecho; las ovejas y las vacas fueron tomadas a los amalecitas, pero: (A) No fue falta suya, *porque el pueblo* fue quien lo hizo; como si se hubieran atrevido a hacerlo sin la orden expresa de Saúl, cuando sabían que era contra la expresa orden de Samuel. El pecado es como un niño abandonado que nadie desea reconocer como echado a su puerta (comp. con Gn. 4:7). El corazón impenitente que no quiere confesar su culpa, acude al socorrido subterfugio de echar esa culpa a quienes son simplemente cómplices o seguidores. (B) Apela a su buena intención: *«Fue para sacrificarlas a Jehová tu Dios»* (nótese ese *«tu»*). Pero ésta era una falsa excusa, puesto que tanto Saúl como el pueblo pensaban en su propio provecho al perdonar la vida al ganado. Además, aun cuando hubiese sido verdad, habría sido todavía frívolo y pecaminoso, porque Dios aborrece el holocausto que proviene del hurto.

4. Samuel no tiene en cuenta esta excusa y procede, en nombre de Dios, a dictar sentencia contra él. (A) Le trae a la memoria el honor que Dios le confirió al hacerlo rey (v. 17), cuando él *era pequeño en sus propios ojos* (donde se insinúa el inicial complejo de inferioridad de Saúl). Quienes prosperan en honor y riquezas deberían recordar a menudo sus humildes orígenes, para no pensar nunca altamente de sí mismos, sino tratar siempre de hacer grandes cosas por el Dios que les ha engrandecido. (B) Pone ante sus ojos la claridad de las órdenes que tenía que poner por obra (v. 18): *Jehová te envió por el camino.* Daba así a entender que la expedición era tan fácil, y tan seguro el éxito, que no merecía el nombre de *guerra,* sino de *viaje.* Si se hubiese negado a sí mismo y hubiese apartado de sí la codicia del botín y hubiese destruido todas las pertenencias de Amalec no habría salido perdiendo en modo alguno, ni habría librado la batalla a sus propias expensas. Por consiguiente: (C) Le muestra cuán inexcusable era en su deseo de sacar provecho de esta expedición y enriquecerse con ella (v. 19): *«¿Por qué, pues, no has oído la voz de Jehová, sino que lanzándote al botín has hecho lo malo ante los ojos de Jehová?* Has convertido en algo útil para tu provecho lo que debiste haber destruido para honor de Dios».

5. Saúl repite una vez más su propia vindicación como algo a lo que había resuelto aferrarse en desafío a toda convicción (vv. 20, 21). Niega la acusación (v. 20): *«Antes bien he obedecido la voz de Jehová;* he hecho lo que debía». Había hecho, en efecto, todo lo que pensó que necesitaba hacer, teniéndose por más sabio a sus propios ojos que Dios mismo. En cuanto a los despojos, reconoce que debían haber sido destruidos, pero pensó que eso era un necio derroche; el ganado de los madianitas fue tomado como botín en tiempo de Moisés (Nm. 31:32 y ss.); ¿por qué no se había de hacer lo mismo ahora con el ganado de los amalecitas? Mejor era que se aprovechasen de él los israelitas antes que dejarlo a las aves de presa y a las alimañas del campo; por consiguiente, consintió en que el pueblo lo tomara *para ofrecer sacrificios en Guilgal,* adonde lo traían ahora.

6. Samuel responde con todo pormenor a esta excusa, ya que Saúl se empeña en vindicarse con ella (vv. 22, 23), y apela a su conciencia: *«¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová?»* Aquí se nos dice lisa y llanamente: (A) Que la humilde, sencilla y concienzuda obediencia a la voluntad de Dios le es más agradable y aceptable que todos *los holocaustos y sacrificios.* Una conformidad diligente con los preceptos morales nos recomienda ante Dios más que todas las observancias ceremoniales (Os. 6:6; Mi. 6:6–8). La obediencia era la ley de la inocencia (v. Gn. 2:16, 17), pero el sacrificio supone la entrada del pecado en el mundo y es sólo un débil intento por retirar lo que la obediencia habría podido prevenir. Es mucho más fácil traer un buey o un cordero para que sea quemado sobre el altar, que traer todo alto pensamiento a la obediencia de Dios, y toda voluntad a la sujeción de la voluntad de Dios. (B) Que ninguna cosa provoca a Dios tanto como la desobediencia, al poner nuestra voluntad en oposición a la suya. Por eso se la llama aquí *rebelión y obstinación,* y es tenida, respectivamente, por tan mala como la *brujería* y la *idolatría* (v. 23). Vivir en desobediencia al verdadero Dios es equivalente a servir a otros dioses. Fue la desobediencia lo que nos constituyó pecadores a todos (Ro. 5:19); y ésta es la malignidad del pecado, que es la *transgresión de la ley y,* por tanto, *es enemistad contra Dios* (Ro. 8:7).

7. Finalmente, Samuel le lee la sentencia: *«Por cuanto tú desechaste la palabra de Jehová (la despreciaste* como dice la versión caldea; o *la tuviste en nada,* como traducen los LXX), *Él también te ha*

desechado (despreciado y tenido en nada) *para que no seas rey»* (v. 23). Los que no están dispuestos a ser gobernados por Dios, son ineptos e indignos de gobernar a los hombres.

Versículos 24–31

Por fin, Saúl se ve obligado a ponerse el traje de penitente, aun cuando es demasiado evidente que está haciendo el papel de penitente, pues no está arrepentido de verdad.

I. Cuán pobremente expresó su arrepentimiento. Costó mucho costó hacerle confesar que había pecado, y aun eso, sólo cuando escuchó la amenaza de ser depuesto del trono. Esto le tocó en lo más vivo y comenzó a ceder. 1. Hizo su confesión a Samuel en privado y se mostró solícito en conservar la buena opinión de Samuel únicamente para preservar su propia reputación ante el pueblo, ya que todos sabían que Samuel era profeta y el hombre mediante el cual había llegado Saúl al puesto que ocupaba. Al pensar agradar así a Samuel, y como en una especie de soborno, le hace su confesión: *Yo he pecado, pues he quebrantado el mandamiento de Jehová y tus palabras* (v. 24). Habla como si Samuel estuviese en lugar de Dios. También apela a Samuel en súplica de perdón: *Perdona, pues, ahora mi pecado.* Como si alguien pudiese perdonar los pecados, excepto Dios únicamente. La más caritativa suposición que podemos hacer con respecto a estas frases de Saúl es que veía en Samuel una especie de mediador entre él y Dios e intentaba dirigirse a Dios mientras hablaba con Samuel. 2. Puso excusas incluso en la confesión de su culpa, lo cual no es jamás señal de verdadero arrepentimiento (v. 24): «*Lo hice porque temí al pueblo y consentí a la voz de ellos*». 3. Toda su preocupación era salvar su prestigio y preservar su interés en el pueblo, no fuera que se rebelaran contra él o, al menos, le despreciaran. Por eso requiere con tanto empeño que Samuel le acompañe (v. 25); tenía miedo de que, si Samuel le dejaba solo, también el pueblo le abandonaría.

II. Cuán poco consiguió con estas pobres muestras de arrepentimiento. 1. Samuel le repitió la sentencia pronunciada contra él; tan lejos estaba de darle esperanzas de que fuese revocada (v. 26—lo mismo que en el v. 23). 2. Para hacer más expresiva la sentencia la ilustra por medio de una señal. Cuando Samuel se dio la vuelta para apartarse de Saúl, éste rasgó el manto de Samuel en su intento por impedir que se separara de él (v. 27). Samuel le interpretó este accidente en una forma que sólo un profeta podía hacerlo, pues le dio la significación de *rasgarse* de igual manera *el reino de Israel* de las manos de Saúl (v. 28): «*Jehová ha rasgado hoy de ti el reino de lsrael y lo ha dado a un prójimo tuyo mejor que tú*». Este prójimo era David, quien posteriormente, en diferentes circunstancias, *cortó la orla del manto de Saúl* (24:4); en esa ocasión dijo Saúl (24:20): *Yo me doy cuenta de que tú has de reinar,* y recordó, quizá, la presente señal, esto es, cuando se rasgó el manto de Samuel. 3. Samuel ratificó la sentencia mediante una solemne declaración de su irreversibilidad (v. 29): *El que es la Gloria de Israel no mentirá.* El vocablo hebreo *nesaj* tiene dos significados: «gloria» y «duración». Por ello, la frase tiene doble sentido: Jehová es la Gloria de Israel por las obras maravillosas que hace a favor de su pueblo, y, por otra parte, es la Duración eterna de Israel, porque Dios no cambia sus designios (v. el contexto posterior y comp. con Ro. 11:29).

Versículos 32–35

Samuel, como profeta de Jehová, es puesto aquí sobre reyes (comp. Jer. 1:10), puesto que:

I. Destruye al rey Agag. 1. Cómo se frustran las vanas esperanzas de Agag. *Agag vino a él* (Samuel) *alegremente*, como si su dignidad regia o su vida no estuviesen en peligro. *Y dijo Agag* (sin duda, para sus adentros): *Ciertamente ya pasó la amargura de la muerte.* Al haber escapado de la espada de Saúl, que era hombre de guerra, pensó que no le esperaba ningún peligro de parte de Samuel, anciano profeta, que era hombre de paz. Sin embargo, el versículo 32 admite otra, más probable traducción: *«… Y Agag vino a él temblando (o encadenado). Y dijo Agag: Ciertamente ya está a la mano la amargura de la muerte».* 2. Cómo son castigadas ahora sus anteriores prácticas perversas. Samuel le toma cuentas no sólo de los pecados de sus antepasados, sino de sus propios pecados: *Tu espada dejó a las mujeres sin hijos …* (v. 33).

II. Después de ejecutar esta sentencia, Samuel se aparta de Saúl (v. 34). Y *nunca después vio Samuel a Saúl hasta el día de su muerte* (v. 35, lit.). Le tuvo por rechazado de Dios y, por tanto, le abandonó. Sin embargo, *Samuel lloraba a Saúl,* y pensó que era cosa muy de lamentar el que un hombre que tan bien se había portado en grandes empresas, se arruinase tan neciamente.

CAPÍTULO 16

En este capítulo comienza la historia de David. Aquí: I. Samuel es comisionado para ungir rey a uno de los hijos de Isaí en Belén (vv. 1–5). II. Pasan delante de Samuel todos los hijos mayores, pero es elegido y ungido el más joven (vv. 6–13). III. Saúl se está volviendo melancólico y es llamado David para que le alivie del mal mediante la música (vv. 14–23).

Versículos 1–5

Samuel se había retirado a su casa en Ramá, resuelto a no meterse más en asuntos públicos, sino a dedicarse por completo a instruir a «los hijos de los profetas», cuya escuela había él, sin duda, fundado y al frente de la cual estaba, como vemos en 19:20.

I. Dios le reprende por continuar haciendo duelo por la deposición de Saúl: «No hagas más duelo por Saúl, *porque … me he provisto de rey»* (v. 1). El pueblo se había provisto de rey por sí mismo y le había salido malo, pero ahora Dios se iba a proveer él mismo de rey: *«según su corazón»* (13:14) es decir según elección del mismo Dios (no quiere decir «de corazón semejante al de Dios», como vulgarmente se interpreta).

II. Le envía a Belén para ungir a uno de los hijos de Isaí, a una persona probablemente desconocida para Samuel. *Llena tu cuerno de aceite.*

III. Samuel expresa el peligro que supone el cumplimiento de este encargo (v. 2): *Si se entera Saúl, me matará.* Por aquí se deduce: 1. Que Saúl se había vuelto muy malvado y violento desde su deposición; de lo contrario, Samuel no se habría expresado de esta manera. ¿Y de qué impiedad no sería reo el que se atreviese a matar a Samuel? 2. Que la fe de Samuel no era tan fuerte como podía esperarse; de lo contrario, no habría temido el furor de Saúl.

IV. Dios le ordena que encubra su objetivo con un sacrificio (v. 3): *Di: A ofrecer sacrificio a Jehová he venido.* Y así fue, en verdad, pues era cosa muy apropiada que lo hiciera cuando venía a ungir a un rey (11:15). Debe dar noticia de ello, especialmente al invitar a Isaí al sacrificio (es probable que Isaí fuese el hombre principal de la ciudad), así como a su familia. Y añade Dios: *Y yo te enseñaré lo que has de hacer.* Los que van haciendo la obra de Dios en el camino de Dios, serán dirigidos paso a paso.

V. Fue, pues, Samuel a Belén, no con pompa ni con escolta, sino sólo con un criado que trajera la becerra para el sacrificio. *Los ancianos de la ciudad salieron a recibirle con miedo* (v. 4) ya que temían que tal viaje fuese indicio del desagrado de Dios contra ellos, y que Samuel viniese para anunciar el juicio de Dios por alguna iniquidad del lugar. Por eso le preguntaron: *«¿Es pacífica tu venida?»* Él respondió: «Sí, es pacífica, pues *vengo a ofrecer sacrificio a Jehová;* no con un mensaje de ira contra vosotros, sino con métodos de paz y reconciliación; por tanto, podéis darme la bienvenida sin temor alguno; *santificaos y venid conmigo al sacrificio,* para que podáis participar de sus beneficios» (v. 5).

VI. Tuvo una invitación especial para Isaí y sus hijos, pues a ellos concernía el objetivo especial de su viaje, de lo que es de suponer enteraría a Isaí inmediatamente después de su llegada, y en su casa se hospedaría. Samuel les ayudó en la preparación de la familia para el sacrificio público y es probable que ungiese a David durante la fiesta familiar, antes de ofrecer el sacrificio o antes de comenzar las solemnidades públicas de la festividad sagrada. Quizás ofreció algunos sacrificios en privado, como Job,

conforme al número de todos ellos (Job 1:5), lo cual le serviría de excusa para hacer pasar a todos los hijos de Isaí delante de él.

Versículos 6–13

I. Vemos cómo todos los hijos mayores, que parecían los favoritos, fueron pasados por alto.

1. Eliab, el mayor, fue presentado el primero a Samuel en privado; estaba presente, probablemente, sólo Isaí. Samuel pensó que éste era el designado (v. 6): *De cierto delante de Jehová está su ungido.* Cuando Dios resolvió complacer al pueblo concediéndoles rey, hizo que saliera elegido un mozo alto y gallardo; pero cuando decidió elegirlo Él mismo, no quiso que fuese escogido por las apariencias exteriores. *Jehová mira el corazón* (v. 7); es decir: (A) Conoce el corazón de cada uno. Nosotros podemos decir cómo parecen los hombres, pero Dios puede decir cómo son en realidad. Dios mira el corazón, y ve allí los pensamientos y las intenciones. (B) Juzga a los hombres por el corazón. Reconozcamos que la verdadera belleza es la interior (Pr. 31:30; 1 P. 3:3–4) y juzguemos a las personas, en cuanto seamos capaces, por su mente, no por su porte.

2. Una vez eliminado Eliab, le fueron presentados, a Samuel, Abinadab y Samá y, tras éstos, otros cuatro hijos de Isaí, siete en total, para ver cuál era el designado por Dios; pero Samuel, que ahora estuvo más atento a la dirección de Dios que primeramente, los rechazó a todos ellos: *Jehová no ha elegido a éstos* (vv. 8, 10).

II. Vemos después cómo, al fin, fue David el designado. Era el más joven de todos los hijos de Isaí. Su nombre significa, según unos, «jefe militar», conforme al acádico *dawidum* (etimología más probable); según otros, es un vocablo parecido a *Dodavá* (2 Cr. 20:37), que significa *predilecto,* con lo que resulta tipo del «Predilecto Hijo de Dios».

1. David estaba en el campo *apacentando las ovejas* (v. 11) y allí fue dejado, a pesar de que se estaba celebrando en casa de su padre una solemnidad con sacrificio. David fue tomado *de detrás de las ovejas, para que apacentase a Jacob* (Sal. 78:71), como había sido tomado Moisés de apacentar el rebaño de su suegro. Nosotros pensaríamos que la mejor preparación para el oficio de rey es una vida de soldado, pero Dios pensó que la mejor preparación era una vida de pastor (la cual ofrece mayores ventajas para la contemplación y la comunión con el Cielo), pues los reyes son, como ya advertía Homero, «pastores de pueblos» y, para ello, necesitan de los dones espirituales que capacitan para el desempeño de un oficio tan delicado y de tanta responsabilidad.

2. Samuel pidió que enviaran por él inmediatamente: *«Envía por él, porque no nos sentaremos a la mesa hasta que él venga aquí;* porque si los demás han de ser rechazados, él ha de ser el elegido».

3. La impresión que causó cuando llegó. Nada se nos dice de la ropa que llevaba, pero no cabe duda de que iba vestido como lo que era; zamarra y calzón de paño basto y ordinario, como cumple a los pastores; pero tenía rostro muy agradable, no de la gallardía del de Saúl, sino suave, dulce y atractivo (v. 12): *Era rubio (o,* mejor, *sonrosado), hermoso de ojos y de buena presencia.* Aun cuando no usaba afeites ni otros artificios para realzar su hermosura, ya que por su empleo estaba expuesto al sol y al viento, tenía la tez sonrosada, e incluso cierto sonrojo de modestia, al ser presentado a Samuel, lo cual le haría parecer todavía más hermoso.

4. La unción de David. El Señor le había dicho a Samuel al oído, como lo había hecho antes (9:15), que éste era al que había de ungir; con esto daba a entender: (A) Una designación divina del gobierno que había de ejercitar a su debido tiempo. (B) Una comunicación divina de gracias y dones, a fin de capacitarlo para el gobierno y hacerle tipo del que había de ser el Mesías, esto es, el Ungido, quien recibió el Espíritu, no con medida, sino sin medida (Jn. 3:34). Se nos dice (v. 13) que Samuel *lo ungió en medio de sus hermanos,* es decir, en presencia de sus hermanos. Hasta qué punto comprendieron sus hermanos, y aun él mismo, lo que esta unción significaba, es muy difícil averiguarlo. Por lo menos Eliab (17:28) ciertamente no lo entendió. El Dr. Lightfoot deduce que David tenía entonces unos veinticinco años y que sus apuros, a causa de los celos de Saúl, duraron unos cinco años.

5. El feliz resultado de esta unión (v. 13): *Y desde aquel día en adelante el Espíritu de Jehová vino sobre David.* La unción de David no fue una ceremonia meramente exterior, vacía de contenido, sino que con el símbolo instituido vino sobre él el poder de Dios y se halló a sí mismo creciendo interiormente en

sabiduría, bravura e interés por el pueblo, aun cuando las circunstancias exteriores le fueran por algún tiempo adversas. Hay quienes opinan que su valentía en matar al león y al oso, y su extraordinaria destreza en el arte musical, fueron efectos y evidencias de que el Espíritu había venido sobre él con poder.

6. Una vez realizada la unción de David, Samuel se fue a Ramá sin novedad y, desde entonces, sólo una vez (19:18) volvemos a oír de él hasta que se nos entera de su muerte; se retira ahora para morir en paz, pues sus ojos han visto el cetro llevado ya a la tribu de Judá.

Versículos 14–23

Ahora vemos a Saúl que cae y a David se eleva.

I. Saúl comienza a ser atormentado en su interior (v. 14): *El Espíritu de Jehová se había apartado de Saúl.* Perdió todas sus buenas cualidades. Ello fue efecto de haber rechazado a Dios y evidencia de haber sido rechazado por Dios. La consecuencia inmediata de esto fue que *le atormentaba un espíritu malo de parte de Jehová.* Quienes, por su maldad, echan de sí al buen Espíritu se convierten, por supuesto, en fácil presa del mal espíritu. Se tornó melancólico, asustado, descontento, temeroso, suspicaz y tembloroso.

II. David viene ahora a ser una especie de médico que le ayudó contra la peor de las enfermedades, lo cual ninguna otra persona podía hacer.

1. Los criados de la corte recomendaron a Saúl (v. 16) como remedio para su mal el empleo de la música: *«Busquen a alguno que sepa tocar el arpa»* (mejor, *la cítara*, de donde procede «guitarra», aunque el hebreo *kinur* significa hoy «violín»). Los criados de Saúl no hicieron mal en recomendarle un músico para levantarle el ánimo, aunque mejor habría sido recomendarle un profeta que le diera buen consejo junto con la música.

2. Uno de los criados le recomendó a David como persona diestra en el uso de instrumentos musicales, no imaginándose ni de lejos que éste era el hombre al que se refería Samuel cuando le dijo a Saúl que un prójimo suyo, mejor que él, había de recibir el reino (15:28). Aunque David regresó, después de su unción, a su oficio de pastor, la obra del Espíritu, significada por el aceite, no pudo quedar escondida, sino que le hizo brillar en medio de la oscuridad, de forma que sus vecinos observaron con asombro los grandes progresos que su talento mostraba de repente. David, incluso con su zamarra de pastor, se ha convertido en un oráculo, en un campeón y en todo cuanto hace grande a una persona. Su fama llegó pronto a la corte, pues Saúl buscaba con empeño a jóvenes que tuviesen tales cualidades (14:52). Cuando el Espíritu de Dios viene sobre un hombre, hace que le brille el rostro.

3. Así que David fue enviado a la corte. (A) Su padre le dio permiso de muy buena gana para que marchase y le dejó partir en seguida, dándole un presente para Saúl (v. 20). El presente fue, conforme a la costumbre de aquel tiempo, pan y vino (comp. 10:3, 4), dignos de ser aceptados por ser expresión de homenaje y pleitesía de parte del que los enviaba. (B) *Saúl le cobró mucho afecto, y le hizo paje de armas* (v. 21). Luego envió a decir a su padre que le dejase continuar a su servicio (v. 22): *Yo te ruego que esté David conmigo.* La música de David era el remedio de Saúl. La música tiene la virtud especial de aquietar y alegrar la mente perturbada y entristecida. En algunas personas hace mayor efecto que en otras, y probablemente Saúl era de las que reciben gran beneficio de la música. Era un sedante para su espíritu y un alivio para los ataques con que el mal espíritu le atormentaba. No es que la música tenga un poder directo contra el diablo, pero sirve, muchas veces, para cerrar las puertas por las que el diablo tiene acceso a la mente humana. Incluso después de haberle entrado aquellos celos tan tremendos contra David, hallamos que ninguna otra persona podía prestarle este servicio sino él (19:9, 10).

CAPÍTULO 17

David era el hombre a quien Dios se deleita en honrar, pues es el hombre a quien ha escogido. En la corte era el médico de Saúl, pero en el campamento de Israel fue el campeón, pues allí luchó bravamente y acabó con el gigante Goliat de Gat I. Qué aterradora figura presenta Goliat y con qué atrevimiento reta a las tropas de Israel (vv. 1–11). II. Qué humilde figura presenta David cuando la Providencia lo trae al

campamento (vv. 12–30). III. La bravura sin par con la que tomó a pechos David salir al encuentro de este filisteo (vv. 31–39). IV. La piadosa resolución con que le atacó (vv. 40–47). V. La gloriosa victoria que obtuvo sobre él con una honda y una piedra y el triunfo que alcanzaron con ello los israelitas contra los filisteos (vv. 48–54). VI. La noticia de tal hazaña llega a la corte de Saúl (vv. 55–58).

Versículos 1–11

No hacía mucho que los filisteos habían sido derrotados en toda la línea, pero aquí les vemos de nuevo empeñados en presentar batalla.

I. Vemos cómo desafiaron con sus tropas a Israel (v. 1). Descendieron hasta el país de Israel y se apoderaron, al parecer, de alguna parte del territorio pues acamparon en un lugar *que es de Judá.* Es probable que los filisteos se hubiesen enterado de que Saúl había caído del favor de Samuel y había sido abandonado por él, y, quizá, de que Saúl se había vuelto melancólico e incapaz de presentar batalla. Pero Saúl reunió a sus hombres y se dispuso a luchar contra los filisteos (vv. 2, 3). El espíritu malo se había apartado, de momento, de él (16:23). El arpa de David le había proporcionado gran alivio, y hasta es posible que la noticia del ataque del enemigo y los preparativos para la batalla impidiesen que le volviese la melancolía, contra la cual es buen antídoto la ocupación. David había regresado a Belén a cuidar el rebaño de su padre, esto fue un raro ejemplo de humildad y afecto a sus padres en un joven que disfrutaba del favor del rey.

II. Vemos también cómo desafiaron los filisteos a Israel y usaron para ello a su gran campeón, el gigante Goliat; con él esperaban recobrar la reputación y el dominio que anteriormente habían perdido. Es probable que el ejército de Israel fuese superior en número y fuerza al de los filisteos y que, por eso, desistieran de presentar batalla formal y propusieran el combate singular (como ha sucedido en muchas ocasiones históricas) de una persona de cada uno de los dos ejércitos, con ello esperaban obtener la victoria, ya que poseían un campeón excepcional. Respecto de este campeón se nos dicen:

1. Su extraordinaria estatura. Era uno de los hijos de Anac quienes ocupaban Gat en tiempos de Josué (Jos. 11:22). Su altura se indica en *codos y palmos: tenía seis codos y un palmo* (v. 4). El codo tenía unos 45 centímetros, el palmo, unos 22. Así que Goliat medía unos 2, 92 metros de altura. Era una estatura extraordinaria, pero no monstruosa.

2. Las medidas de su armadura (vv. 5–7): *Traía un casco de bronce en su cabeza y llevaba una cota de malla,* hecha de láminas de bronce, unas sobre otras como las escamas de un pez; comoquiera que sus piernas alcanzarían la altura equivalente a la estatura de un hombre normal, las llevaba cubiertas con grebas de bronce. También llevaba *una jabalina de bronce entre sus hombros,* es decir, colgada a la espalda. Se nos dice que la cota pesaba *cinco mil siclos de bronce,* es decir, unos 57 kilogramos. Sus armas ofensivas eran igualmente extraordinarias, de las que sólo la lanza se describe aquí (v. 7): *El asta de su lanza era como un rodillo de telar.* Solamente el hierro de su lanza pesaba *600 siclos,* esto es, unos siete kilogramos. Así que podía manejar con el brazo un arma que cualquier otro hombre escasamente podía alzar del suelo. El escudo lo llevaba, delante de él, su escudero, no porque él lo necesitase para defenderse, puesto que iba prácticamente vestido de bronce, sino, probablemente, para infundir más respeto.

3. El reto que lanzó. Habiéndole escogido los filisteos por campeón, a fin de salvarse del albur de una lucha desigual, arroja él el guante y desafía a las tropas de Israel (vv. 8–10). Descendió al valle que había entre los dos campamentos y, como su voz sería mucho más fuerte que la de otros, como lo era su brazo, gritó de forma que todos le oyeran (v. 8): *«Escoged de entre vosotros un hombre que venga contra mí».* Al mirar con desdén al ejército de Israel, les desafía a que hallen entre ellos un hombre lo suficientemente valiente para entrar en liza con él. (A) Les increpa como si fuese una insensatez el haber reunido todo un ejército. (B) Propone jugar la guerra a la carta del duelo singular de un hombre contra otro (v. 9): «Si vuestro campeón me mata, *seremos vuestros siervos; si yo* le mato a él, *seréis nuestros siervos».* Como dice el obispo Patrick, esto era, en el fondo, una fanfarronada. La paráfrasis caldea le describe jactándose de ser el que había matado a Ofní y Fineés y se había llevado cautiva el Arca.

4. El terror que este reto infundió a las tropas de Israel (v. 11): *Oyendo Saúl y todo Israel estas palabras del filisteo, se turbaron y tuvieron gran miedo.* Quizás el pueblo no habría desmayado tanto si

no hubiese observado que a Saúl le faltaba el valor. No es de esperar que los soldados sean valientes cuando el general que los manda es cobarde. Jonatán debe permanecer quieto, porque el honor de enfrentarse con Goliat está reservado a David.

Versículos 12–30

Durante cuarenta días acamparon los dos ejércitos, el uno enfrente del otro, aunque no se puede descartar que hubiese escaramuzas entre algunas partidas sueltas. Mientras tanto (v. 16), el filisteo repetía su reto *por la mañana y por la tarde.* También durante todo este tiempo continuaba David al cuidado de las ovejas de su padre, pero al término de esos días la Providencia lo trae al campo de batalla para ganar y llevarse el laurel que ningún otro israelita se aventura a ganar.

I. La situación de su familia. Su padre era anciano (v. 12). Sus tres hermanos mayores, quienes estaban posiblemente envidiosos del lugar que ocupaba él en la corte, consiguieron que su padre lo dejase en casa, mientras salían ellos con las tropas al campo de batalla, donde esperaban señalarse y eclipsarle a él (vv. 13, 14), mientras David regresa a las fatigas y, por lo que se ve (v. 34), a los peligros de cuidar las ovejas de su padre. El texto silencia misteriosamente dónde se hallaban los restantes tres hermanos.

II. El recado que su padre le dio de ir a visitar a sus hermanos en el campamento. Debía llevarles pan y queso; diez panes con un efá de trigo tostado para sus hermanos (v. 17) y diez quesos para el coronel *(«jefe de mil»)* del regimiento (v. 18). David tiene que ser todavía el ganapán de la familia, a pesar de ser el miembro más distinguido de ella. No tenía bajo su mando ni un asno que le llevase la carga, sino que había de llevarla a la espalda y marchar deprisa con ella al campamento (v. 20). Debía observar cómo estaban de salud sus hermanos y «tomar *prendas de ellos»,* es decir, respuesta o señal de recibo de parte de ellos.

III. Obediencia concienzuda de David; había aprendido muy bien a obedecer, antes de ser promovido a mandar. La providencia de Dios le trajo al campamento muy oportunamente, precisamente cuando *se pusieron en orden de batalla Israel y los filisteos* (v. 21). Ambos lados se disponían ahora a luchar. Vemos ahora:

1. Qué vivo y activo era David (v. *22).* Aunque había hecho un largo viaje con una pesada carga, *corrió al ejército* para ver lo que pasaba y cómo estaban sus hermanos.
2. Cuán osado y atrevido era el filisteo (v. *23).* Ahora que los dos ejércitos estaban ya en orden de batalla, aparecía una vez más para repetir su reto.
3. Qué miedosos y acobardados estaban los hombres de Israel. Cuando se acercó Goliat *todos los varones de Israel que veían aquel hombre huían de su presencia y tenían gran temor* (v. 24).
4. Cuán alto ponía Saúl el premio para un campeón. Quien venza al filisteo será favorecido por el rey en la forma más espléndida de que el rey es capaz (v. *25).*
5. Cuán interesado estaba David en afirmar el honor de Dios y de Israel contra el desvergonzado reto de este gigante. Parece ser que fueron dos consideraciones las que hicieron hervir la santa indignación de David: (A) Que el retador era un incircunciso, extraño al verdadero Dios y a su pacto. (B) Que los retados eran los ejércitos del Dios vivo, dedicados a Él, empleados por Él y para Él, de forma que la afrenta hecha a ellos afectaba de rechazo a Dios mismo, y esto no lo podía soportar David. Por eso, cuando le notificaron la recompensa ofrecida por matar al filisteo (v. 27), preguntó a otros (v. 30) con el mismo interés, y a la espera de que sus palabras llegaran finalmente a los oídos de Saúl.
6. Cómo trató su hermano mayor Eliab de desanimarle dirigiéndole injustos reproches (v. 28). En ello vemos: (A) Un fruto de los celos de Eliab, quien era el hermano mayor, mientras que David era el más joven de todos. Le dolía a Eliab escuchar de labios de su hermano menor unas frases tan atrevidas que él mismo no se había arriesgado a pronunciar contra el filisteo. Sus celos eran tan grandes, que parecía como si prefiriese que Goliat triunfase sobre Israel antes que fuese su hermano David quien triunfase sobre el filisteo. Por lo que dijo, Eliab quería que los que estaban con él considerasen a David como un joven perezoso y orgulloso. Le da a entender que su obligación es cuidar las ovejas, e insinúa falsamente que era un pastor infiel y despreocupado. (B) Una prueba para la mansedumbre, la paciencia y la constancia de David. Fue una prueba de breve duración, y en ella se mostró él digno de completa aprobación, puesto

que: (a) Soportó la provocación con ánimo admirable (v. 29): *«¿Qué he hecho yo ahora?»* Tenía de su parte la razón y el derecho, lo sabía bien y, por eso, con una respuesta suave aplacó la ira de su hermano. Este dominio de sí mismo fue, en muchos aspectos, más honroso que el dominio que ejercitó sobre Goliat. (b) Siguió adelante en su propósito con admirable resolución. La mala voluntad de su hermano no había de quitarle la idea de aceptar el reto del filisteo.

Versículos 31–39

Por fin, David es presentado a Saúl como campeón de Israel (v. 31) y él acepta bravamente la empresa de luchar con el filisteo (v. 32). Un modesto pastor, llegado aquella misma mañana de guardar las ovejas, resulta más valiente que todos los hombres de guerra de Israel y les da ánimos. Dos cosas tenía que hacer David en su encuentro con Saúl:

I. Deshacerse de la objeción que Saúl le hizo en contra de esta empresa. «¡Ay!—viene a decir Saúl—, tienes grandes ánimos, pero en modo alguno puedes enfrentarte con ese filisteo.» Para responder a esta objeción, David recurre a la experiencia; aunque es cierto que era un muchacho y no estaba avezado a la guerra, quizás había hecho algo más difícil que matar a Goliat, puesto que, con la ayuda de Dios, había tenido valor y fuerza suficientes para dominar y matar, en varias ocasiones, a un león y a un oso, arrebatándoles la presa que habían tomado del rebaño (vv. 34–36). Compara al filisteo con esas fieras, teniéndole por una bestia semejante al león y al oso y, por consiguiente, no duda de que saldrá igualmente victorioso de él; con ello le da a entender a Saúl que no era un muchacho tan inexperto como suponía Saúl.

1. Le refiere unos episodios que le muestran como hombre animoso y concienzudo. Cuando David guardaba el rebaño: (A) Se mostraba muy diligente y con mucho interés por el bien de su rebaño. No podía ver a un cordero en apuros sin que se lanzase a arriesgar su propia vida para rescatarle de las fieras. Estas cualidades le equipaban de modo estupendo para el oficio de rey, para quien las vidas de sus súbditos deben ser preciosas (Sal. 72:14); así resultaba un espléndido tipo de Cristo, el Buen Pastor (Jn. 10), *que recoge en su brazo los corderos y los lleva en su seno* (Is. 40:11), y que no sólo arriesgó, sino que *dio su vida por sus ovejas.* (B) Se mostraba muy valiente en la defensa de su rebaño (v. 36): *«Fuese león, fuese oso, tu siervo lo mataba».*

2. Le refiere unos episodios que le muestran como hombre de fe. Reconoce (v. 37) que *Jehová le había librado de las garras del león y de las garras del oso;* a Él le da la gloria y la alabanza por tan grandes logros; y de ahí infiere: *«Él también me librará de la mano de este filisteo».*

3. Con estas razones, apoyadas en la propia experiencia, deshace la objeción de Saúl y gana su consentimiento para luchar contra el filisteo (v. 37): *«Y dijo Saúl a David. Ve, y Jehová esté contigo».*

II. Deshacerse de la armadura con la que Saúl quería, a todo trance, que se vistiera para llevar a cabo tan difícil empresa (v. 38). Al no estar todavía seguro de los medios que había de emplear para atacar a su enemigo, David se ciñó la espada (v. 39) después de estar vestido con todas las armas defensivas, pero se dio cuenta de que no podía ni andar con tales impedimentos, que le iban a servir de carga más que de defensa. Así que *echó de sí aquellas cosas,* y dijo: *«Yo no puedo andar con esto, porque nunca lo practiqué».*

Versículos 40–47

I. Preparaciones hechas por ambas partes para el encuentro. Goliat estaba ya preparado, como lo había estado cotidianamente durante cuarenta días. Bien podía andar con su armadura, pues lo había probado suficientemente. Pero, ¿cuáles eran las armas y municiones de que iba provisto David? Ciertamente ningunas otras, sino las que había llevado como pastor; no coraza, sino zamarra; no lanza, sino cayado; no espada ni arco, sino su honda; no flechas, sino *cinco piedras lisas del arroyo* (v. 40). Con esto demostraba que toda su confianza estaba puesta puramente en el poder de Dios.

II. La conversación que precedió al encuentro:

1. Goliat se mostró orgulloso, despectivo y fanfarrón. Obsérvese: (A) Con qué desprecio miró a su adversario (v. 42). Observó que era *un muchacho, y rubio y de hermoso aspecto,* más apropiado para acompañar a las doncellas de Israel en sus danzas que para conducir a los varones de Israel en sus batallas. También observó sus arreos con gran enojo (v. 43): *«¿Acaso soy un perro para que vengas a mí con palos?»* (B) Con qué confianza presumió de salir victorioso. *Maldijo a David por sus dioses* y añadió (v. 44): *«Ven a mí y daré tu carne a las aves del cielo y a las bestias del campo;* esa carne tan tierna va a ser para ellas un delicioso banquete».

2. Cuán piadosa fue la contestación de David. Su respuesta no sabe a ostentación de ninguna forma, sino que Dios es todo en todo en ella (vv. 45–47). (A) Hace derivar su autoridad de la de Dios: *«Yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos,* por la gracia especial de su pacto, *el Dios de los escuadrones de Israel».* Mientras Goliat confiaba en su espada y en su lanza, David confiaba solamente en el nombre de Dios. (B) Hace depender de Dios el éxito (v. 46). David habla con la misma seguridad que Goliat, pero sobre base más firme; es su fe la que le hace decir: *«Jehová te entregará hoy en mi mano,* y no sólo tu carne, sino también *los cuerpos de los filisteos daré a las aves del cielo y a las bestias de la tierra».* (C) Dedica a Dios la alabanza y la gloria de esta empresa: (a) Todo el mundo sabrá que hay un Dios y que el Dios de Israel es el único Dios vivo y verdadero, y que todas las demás supuestas deidades no son sino vanidad y mentira. (b) Todo Israel sabrá *que Jehová no salva con espada y con lanza* (v. 47), sino que puede salvar, cuando le place, con ellas o contra ellas (Sal. 46:9). David se apresta a este combate más como un sacerdote que va a ofrecer un sacrificio a la justicia de Dios, que como un soldado que va a enfrentarse con un enemigo de su país.

Versículos 48–58

I. El encuentro entre los dos adalides (v. 48). El filisteo avanzó con gran pompa y majestad; aunque, para él, David es un pigmeo, echó a andar hacia él cubierto materialmente de bronce y hierro como una montaña de metal. David avanzó con no menos ánimo y actividad, como quien está más interesado en la ejecución del enemigo que en lanzar bravatas y poner gesto solemne: *«David se dio prisa y corrió a la línea de batalla contra el filisteo».* Como iba vestido más ligero, podía ir más deprisa. Podemos imaginarnos con cuánta compasión verían los israelitas a un muchacho tan tierno metiéndose, como suele decirse, en la boca del lobo, pero él sabía en quién creía y por quién actuaba.

II. La caída de Goliat en este encuentro. No tenía prisa, pues no tenía miedo, sino que confiaba en rebañarle la cabeza a David al primer golpe de su espada; pero, mientras Goliat se preparaba despacio y con solemnidad, David actuó rápidamente y sin aspavientos: le lanzó con la honda una piedra a la frente, la cual, en un abrir y cerrar de ojos, dio con Goliat en tierra (v. 49). Goliat sabía que había buenos honderos en Israel (Jue. 20:16); no obstante, fue tan olvidadizo o tan presuntuoso que dejó abierta la visera de su yelmo. Para completar su ejecución, sacó David la espada del filisteo y, con ambas manos, *le cortó con ella la cabeza* (v. 51). La victoria de David sobre Goliat fue tipo de los triunfos del Hijo de David sobre Satanás y los poderes de las tinieblas, *a los que despojó y los exhibió públicamente* (Col. 2:15); también nosotros *triunfaremos enteramente* (Ro. 8:37, lit.) *por medio de aquel que nos amó.*

III. La derrota de los filisteos como consecuencia de la muerte de su adalid. Como dependían enteramente de la fuerza de su paladín, al verle muerto, no pensaron siquiera en tirar las armas y entregarse por siervos (v. 9), como el propio Goliat había prometido, sino que pusieron pies en *polvorosa,* completamente desanimados y pensando que mal podían oponerse a un hombre ante quien su gran campeón había caído: *«Cuando los filisteos vieron a su paladín muerto, huyeron»* (v. 51). Esto animó a los israelitas, quienes gritaron y siguieron a los filisteos (v. 52). Después de derrotarlos, *saquearon su campamento* (v. 53), y se enriquecieron con el botín.

IV. Uso que de los trofeos hizo David (v. 54). Trajo a Jerusalén la cabeza del filisteo, a fin de infundir terror a los yebuseos, en cuyas manos estaba todavía la fortaleza de Sion, pero las armas de Goliat *las puso en su tienda;* solamente la espada fue conservada detrás del efod en el tabernáculo, como dedicada a Dios (21:9).

V. La fama que cobró David. Saúl se había olvidado de él, debido a su enfermedad mental (pues sólo a pérdida de la memoria puede achacarse la ignorancia que aparece en Él v. 58), sin imaginarse que su músico hubiese tenido bravura suficiente para enfrentarse a Goliat. Abner era anteriormente un desconocido para David, pero *le tomó y lo presentó a Saúl* (v. 57), y él se identificó modestamente ante el rey (v. 58): *Yo soy hijo de tu siervo Isaí de Belén.* Así fue presentado a la corte con mucho mayor prestigio que antes, en lo cual pudo él reconocer la mano de Dios que llevaba a cabo todas las cosas en su favor.

CAPÍTULO 18

I. El provecho que sus triunfos le reportaron a David, pues pronto se convirtió en: 1. Siervo permanente de Saúl (v. 2). 2. Amigo íntimo y pactado de Jonatán (vv. 1, 3, 4). 3. El hombre más apreciado del país (vv. 5, 7, 16). II. Las dificultades que le ocasionaron sus triunfos: 1. Saúl le aborreció y trató de matarle (vv. 8–11). 2. Pero le tuvo miedo y procuró acabar por otros medios (vv. 12–17). Le propuso darle su hija por esposa, pero: (A) Le engañó, y no le dio la mayor para provocarle (v. 19); y (B) Le dio la menor bajo condiciones que habían de poner en peligro su vida (vv. 20–25). III. Sin embargo, David cumplió bravamente las condiciones impuestas (vv. 26–27) y se hizo de estimar más y más (vv. 28–30).

Versículos 1–5

David había sido ungido para tomar la corona de la mano de Saúl y de sobre la cabeza de Jonatán; sin embargo, tenemos:

I. Que Saúl, quien estaba ahora en posesión de la corona, puso en él su confianza, lo cual ordenó así el Señor a fin de que, mediante su promoción a la corte, pudiera prepararse para su futuro servicio. Saúl le retuvo y *no le permitió volver a casa de su padre* (v. 2). También *le puso sobre gente de guerra* (v. 5). No es que le hiciera general del ejército (este cargo lo ocupaba Abner), sino, quizá, capitán de su guardia. Le empleó en asuntos del gobierno: Y *salía David adondequiera que Saúl le enviaba.* Buen siervo, para llegar a ser buen amo.

II. Que Jonatán, el heredero de la corona, entró en pacto con él, lo cual ordenó Dios así, para que el camino de David quedase expedito, al ser amigo suyo su rival.

1. Jonatán concibió hacia él un afecto extraordinario y duradero (v. 1): *El alma de Jonatán quedó ligada* (lit. *se apegó a) con la de David.* En un episodio anterior, Jonatán se había lanzado contra el ejército filisteo con la misma fe y la misma valentía con que David había atacado ahora a un gigante filisteo; de forma que había entre los dos una gran semejanza. Nadie tenía mayor motivo para aborrecer a David que Jonatán, ya que, por causa de David, iba a ser privado él de la corona; no obstante, *lo amó como a sí mismo.*

2. Mostró el amor que le tenía haciéndole un regalo extraordinario (v. 4). Procuró que se acostumbrase rápidamente a las funciones de un príncipe de la corte, pues *le dio un manto,* y a las de soldado, pues *le dio su espada, su arco y su talabarte,* para sustituir así a la honda y al cayado de pastor. La armadura de Saúl no le iba bien a David, pero sí la de Jonatán. Parece ser que sus cuerpos eran aproximadamente de la misma estatura, circunstancia que estaba bien de acuerdo con la semejanza de sus mentes. David aparece, así, con las ropas de Jonatán, para que todos se den cuenta de que es como un doble de Jonatán. En el oriente, entregar a otro los propios vestidos es una acción simbólica que expresa la donación de la propia persona. Así también, nuestro Señor Jesucristo, por el amor que nos tuvo, se despojó a sí mismo y se vació (Fil. 2:6–7) a fin de enriquecernos (2 Co. 8:9); pero hizo más que Jonatán, pues se vistió de nuestros harapos (v. 2 Co. 5:21), mientras que Jonatán no se puso las ropas de David.

3. A fin de perpetuar el afecto que sentía hacia David, quiso confirmar con un pacto esta amistad (v. 3).

III. Que tanto la corte como el país acordaron bendecirle de consuno. Y ciertamente es un ejemplo maravilloso del poder de la gracia de Dios el que David se viese colmado de repente de respeto y honor sin que se ensoberbeciera. Los que ascienden muy deprisa necesitan buena cabeza para evitar el vértigo, y buen corazón para no despreciar la escalera.

Versículos 6–11

Ahora empiezan las dificultades de David, no sólo pisándoles los talones a los triunfos, sino precisamente al surgir a causa de ellos.

I. Fue engrandecido extraordinariamente por el pueblo llano. Algún tiempo después de su triunfo, salió también Saúl en marcha triunfal por las ciudades de Israel. Y cuando entraba en algún lugar, cantaban las mujeres un cántico que decía así: *Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles* (v. 7).

II. Esto desagradó enormemente a Saúl y le hizo envidiar a David (vv. 8, 9). Aunque la susceptibilidad de Saúl le hizo reaccionar en una medida desproporcionada, no se puede ocultar que estas mujeres cometieron una gran indiscreción al exaltar así al súbdito a costa del soberano. Al matar a Goliat, David había matado a decenas de millares de filisteos el mismo día y causó la derrota de todo el ejército enemigo. Saúl expresó su desagrado de la manera siguiente (v. 8): *«A David dieron diez miles, y a mí miles; no le falta más que el reino».*

III. En su furia, Saúl intenta dar muerte a David (vv. 10, 11).

1. Volvieron sobre él los ataques de frenesí. Quienes ceden a la envidia y al odio *dan lugar al diablo* y preparan la casa para la entrada de los malos espíritus, los siete que son peores que el anterior que se marchó y después vuelve con ellos. Saúl parecía profetizar pero, en realidad, *deliraba en medio de la casa* (v. 10). Por sus gestos y expresiones, parecía estar en éxtasis, lo que podía engañar a David y hacer que bajara la guardia; quizá tenía el propósito de achacar a impulsos divinos el ataque a David, cuando la verdad era que sus impulsos furiosos procedían del Infierno, pues actuaba en él un espíritu malo.

2. Mientras tanto, *David tañía con su mano como los otros días.* En anteriores ocasiones la música de David había sido un sedante para la enfermedad de Saúl, pero ahora que Saúl le aborrecía con toda el alma, aquella música no producía en Saúl ningún efecto favorable.

3. Saúl aprovechó la oportunidad para intentar la muerte de David. Tenía en su mano la lanza y se la arrojó con el propósito de clavarlo con ella en la pared. Habría de esperarse, puesto que obraba con toda deliberación, que se hubiese permitido a sí mismo considerar el servicio que ahora mismo le prestaba David, ya que trataba, como ninguna otra persona podía hacerlo, de aliviarle de su mal. Compárese a David, con la cítara en la mano, con la que procura aliviar a Saúl, y a Saúl, con la lanza en la mano, con la que procura matar a David, y obsérvese, así, la mansedumbre y la servicialidad del perseguido pueblo de Dios, frente a la brutalidad bárbara de sus perseguidores.

4. David pudo escapar felizmente, por dos veces, del ataque de Saúl. No le devolvió el golpe arrojándole la lanza, aunque tenía valentía, fuerza suficiente y hasta razón para ofrecerle resistencia, pero no hizo otra cosa que esquivar el golpe.

Versículos 12–30

Saúl comienza las hostilidades contra David al arrojarle la lanza. Su enemistad prosigue, y David soporta sus ataques.

I. Cómo expresó Saúl su animosidad contra David.

1. *Saúl estaba temeroso de David* (v. 12). Tenía temor de David, como Herodes lo tenía del Bautista (Mr. 6:20). Se daba cuenta de que había perdido el favor de Dios hacia él, mientras que David había ganado ese favor; por esta razón le temía. El medio para ser temido y amado a un mismo tiempo; temido de aquellos a quienes desearíamos aterrorizar, y amado de aquellos a quienes desearíamos deleitar, es *conducirse con prudencia en todo* (vv. 5, 14).

2. Le apartó de la corte y le dio un empleo militar, *nombrándole jefe de mil* (v. 13), algo así como coronel, a fin de que no suscitara el interés de los cortesanos. Pero fue una medida impolítica, porque le dio a David la oportunidad de congraciarse con el pueblo, que *le amaba, porque él salía y entraba delante de ellos* (v. 13).

3. Le incitó a que aprovechase todas las oportunidades de pelear con los filisteos (v. 17), dándole a entender que prestaría así grandes servicios a su príncipe y a su Dios además ése era el medio de ganarse la mano de la hija mayor de Saúl, como había prometido el rey.

4. Hizo cuanto pudo para provocarle, pues quebrantó la promesa que había hecho ya que dio a otro la hija mayor.

5. Al quedar David decepcionado por el quebrantamiento de la promesa, Saúl le ofreció la hija menor. (A) Quizás esperaba que, incluso después de estar casada con David, se pusiera ella de parte de su padre y contra su marido. (B) La condición para este matrimonio con la hija menor era que había de matar cien filisteos y, como prueba de que los muertos eran incircuncisos, había de presentar sus prepucios. De esta manera esperaba Saúl que, aun cuando David tuviese éxito en dicha acción, atraería sobre sí la ira vengativa de los filisteos (v. 25): *Saúl pensaba hacer caer a David en manos de los filisteos.* Según el texto hebreo, David mató 200 filisteos (v. 27), pero la versión griega dice 100; en todo caso, 2 S. 3:14 dice expresamente que el número de prepucios presentados por David fue 100. (a) Por los versículos 17 y 21 vemos que Saúl no se atrevía a poner su mano de nuevo contra David (por miedo—v. 12—más que por conciencia); por eso, dejaba en manos de los filisteos acabar con él (v. 17): *No será mi mano contra él, sino que será contra él la mano de los filisteos.* (b) Incluso cuando planeaba la ruina de David, Saúl pretendía aparecer como que le estaba dando muestras de extraordinaria amabilidad, pues le dice (v. 21): *Tú serás mi yerno hoy.*

II. Cómo se condujo David cuando la marea del desagrado de Saúl hacia él alcanzaba proporciones tan gigantescas.

1. *David se conducía prudentemente en todos sus asuntos* (v. 14).

No se quejó de la dureza de las condiciones impuestas, ni se convirtió en jefe de un partido antigubernamental, sino que desempeñó todos los cargos que le fueron encomendados como quien tiene el mayor interés en servir a su rey y a su nación. *Y Jehová estaba con él* para darle éxito en todas sus empresas.

2. Cuando se le propuso ser yerno del rey, una y otra vez recibió la propuesta con la mayor modestia y humildad posible. (A) Qué alto habla del honor que se le ofrece (v. 21): *«¿Os parece a vosotros que es poco ser yerno del rey?»,* les dice a los criados de Saúl. El verdadero creyente, lejos de ser rudo y de malas maneras, debe ser considerado y respetuoso, *pagando honor al que se le debe honor* (Ro. 13:7). (B) Qué bajo habla de sí: *«Yo soy un hombre pobre y de ninguna estima».* Por mucho que Dios nos engrandezca, no es conveniente tener baja opinión de nosotros mismos.

3. Cuando David cumplió la condición de presentar 100 prepucios de filisteos, *para llegar a ser yerno del rey* (v. 26), no sospechaba que el rey buscase su mal en dicha empresa. Sabía que Dios estaba con el y, por eso, fuesen cuales fuesen los propósitos y las esperanzas de Saúl David no tuvo miedo de caer en manos de los filisteos a pesar de lo mucho que se exponía al llevar a cabo tal empresa.

4. Incluso después de estar casado con la hija del rey, David continuó prestando sus buenos servicios a Israel. Cuando los príncipes de los filisteos salieron a campaña una y otra vez, David estuvo siempre presto a hacerles frente y *tenía más éxito que todos los siervos de Saúl* (v. 30). La ley dispensaba de ir a la guerra durante el primer año del matrimonio (Dt. 24:5), pero David amaba a su país demasiado como para hacer uso de tal dispensa.

III. Cómo sacó Dios bienes para David aun de los malos planes de Saúl contra él. 1. Saúl le dio su hija para que le sirviera de lazo y de trampa. Pero en este punto le salieron mal a Saúl sus planes. 2. Saúl pensaba que, encargándole servicios peligrosos, se desharía de él, pero cuantas más batallas libraba contra los filisteos, *más famoso se hacía su nombre* (v. 30), con lo que el futuro acceso al trono se le hacía más fácil.

CAPÍTULO 19

Inmediatamente después de su matrimonio, la muerte de David estaba jurada. Cuatro veces escapó de la espada de Saúl: la primera, por la prudente mediación de Jonatán (vv. 1–7); la segunda, por su propia calma (vv. 8–10); la tercera, por la fidelidad de su esposa Mical (vv. 11–17); la cuarta, por la protección de Samuel, con un cambio que Saúl experimentó momentáneamente (vv. 18–24).

Versículos 1–7

Saúl y Jonatán presentan aquí caracteres contrapuestos con referencia a David.

I. Nunca hubo un enemigo tan sin razón cruel como Saúl. Sus planes para deshacerse de David le fracasaban, pero eso le enfurecía más aún y llegó a apelar a la lealtad que le debían a la corona sus hijos y sus siervos, a fin de que le ayudasen a acabar con David a la primera oportunidad que tuviesen. Es extraño que, al saber bien cuánto amaba Jonatán a David, esperase de él que matase a su mejor amigo; pensaba, sin duda, que, al ser Jonatán el heredero del trono, debía tenerle a David la misma envidia que él le tenía.

II. Nunca hubo un amigo tan sorprendentemente fiel como Jonatán. No sólo continuó estimando a David como al principio, aun cuando la gloria de David eclipsaba a la suya propia, sino que tomó partido bravamente a favor de él ahora que la corriente iba tan fuertemente en contra suya.

1. La primera medida que tomó en pro de la seguridad de David fue notificarle el peligro que corría (v. 2).

2. Tomó a pecho aplacar a su padre y tratar de reconciliarle con David, para lo cual se aventuró a hablarle acerca de David a la mañana siguiente (v. 3).

(A) Su intercesión a favor de David fue muy prudente. Apeló: (a) A los buenos servicios que David había prestado al pueblo y especialmente, a Saúl, como lo demostraban el alivio que le había proporcionado, por medio de la música, en su enfermedad, y su valiente encuentro con Goliat en aquella memorable acción, con la que, en realidad, salvó la vida y el reino de Saúl. (b) También apeló a la inocencia de David. Si se le daba muerte, era sin causa alguna. Jonatán no quería implicar a su familia en un hecho tan criminal y vergonzoso como el derramamiento de sangre inocente.

(B) Su intercesión, a fuerza de su misma prudencia, surtió de momento su efecto. Dios inclinó el corazón de Saúl para que prestase atención a las palabras de Jonatán. (a) Revocó la cruenta orden de su ejecución (v. 6): *Vive Jehová, que no morirá.* Podemos suponer que habló así llevado de la impresión que le causaron de momento las palabras de Jonatán, pero pronto prevaleció su corrupción sobre su convicción. (b) También le otorgó de nuevo su puesto en la corte. Jonatán le llevó a Saúl, y *estuvo delante de él como antes* (v. 7), y en la confianza de que la tormenta hubiese amainado definitivamente.

Versículos 8–10

I. David continúa prestando sus buenos servicios a su rey y a su país. 1. Usa su espada con la misma valentía de siempre en servicio de su nación (v. 8). De nuevo estalló la guerra contra los filisteos, lo que dio a David otra oportunidad de señalarse. 2. Usa su arpa con la misma alegre maestría de siempre en servicio de su príncipe. Cuando Saúl sufría sus ataques de melancolía, David tocaba el arpa para aliviarle (v. 9). Había aprendido a devolver bien por mal y a confiar en Dios, en cuanto a su seguridad personal, mientras cumplía con su deber.

II. Saúl continúa albergando malos sentimientos contra David. El mismo que había jurado por Jehová, hacía poco, que *David no moriría*, ahora se empeña de nuevo en matarle él mismo. El miedo y la envidia eran para Saúl un tormento tan tremendo que no podía estar con una lanza en la mano, supuestamente para su protección sin que la empleara para intentar la destrucción de David; pues de nuevo trató de clavarlo con ella en la pared, arrojándosela con tanta fuerza que la clavó efectivamente en la pared, pero no a David (v. 10).

III. Dios continúa protegiendo a David y saca bienes de males a favor de él. Saúl erró el golpe porque David era demasiado rápido para él y escapó a tiempo aquella noche. A estas preservaciones de Dios, entre otras, se refiere David frecuentemente en sus salmos, cuando dice que Dios era su escudo y adarga, su roca y su fortaleza, que libraba *de la muerte su alma.*

Versículos 11–17

I. Nuevo intento de Saúl de acabar con David. Después que David escapó del golpe de la lanza, Saúl envió algunos de sus guardias para que vigilasen a las puertas de la casa de David y le asesinasen por la mañana tan pronto como él se levantase (v. 11).

II. Maravillosa liberación de David del peligro que se cernía contra él. Su esposa Mical, que Saúl le había dado con la intención de que fuese para David una trampa en que cayera su vida, demostró ser su protectora y ayudadora, pues fue el instrumento para que escapara de la muerte. Al conocer el odio que su padre había concebido contra David, pronto sospechó lo que se tramaba y se dispuso a tomar las medidas para poner a salvo a su marido.

1. Sacó a David del peligro, avisándole de su inminencia (v. 11): *si no salvas tu vida esta noche, mañana estarás muerto.* David estaba mejor versado en el arte de luchar que en el de huir, pero *Mical lo descolgó por una ventana* (v. 12), y así pudo huir y escapar.
2. Para salvar la vida de David, Mical practicó una estrategia especial para engañar a Saúl y a quienes él usaba como instrumento de su crueldad. Cuando se abrieron por la mañana las puertas de la casa y no apareció David, los mensajeros registraron la casa, pero Mical se adelantó a decirles que David estaba en cama enfermo (v. 14), y si así lo deseaban, podían verle (v. 13), pues ella había puesto en la cama una imagen de madera y la había acomodado de tal manera que pareciera como que David estaba en cama necesitado de calor y abrigo y en condiciones que aconsejaban que no se le hablase; el pelo de cabra sobre la almohada era para simular el pelo de David, a fin de mejorar el engaño. Cuando Saúl se enteró, dio una orden tajante (v. 15): *Traédmelo en la cama para que lo mate.* Pero cuando volvieron de nuevo los mensajeros, se descubrió el engaño (v. 16). Mas para entonces se hallaba David a salvo y Mical inventó ahora una mentira para justificarse de la huida de David (v. 17).

Versículos 18–24

I. Lugar de refugio de David. Cuando hubo escapado de su casa por la noche, no huyó a Belén, sino que se fue derechamente *a Samuel en Ramá y le dijo todo lo que Saúl había hecho con él* (v. 18). 1. Así lo hizo porque Samuel era el hombre que le había asegurado que para él sería la corona. Al huir adonde Samuel, David puso a Dios por refugio, pues *se amparó en la sombra de sus alas;* ¿en qué *otro* lugar podía una buena persona considerarse a salvo? 2. Al ser profeta, Samuel era el más apropiado para aconsejar a David lo que tenía que hacer en estos días de apuro. 3. Además, Samuel tenía allí un colegio de profetas a los que podría unirse David en las alabanzas a Dios, y éste podría ser para David el mayor alivio imaginable en la presente aflicción. En la corte de Saúl no podía hallar reposo ni satisfacción; por eso acudía a buscarlos en el santuario de Samuel.

II. Protección que halló David en este lugar (v. 18): *Y él y Samuel se fueron y moraron en Nayot* cerca de Ramá pues allí estaba la escuela de los profetas *(Nayot* significa *habitaciones).* Pero Saúl, enterándose de ello por medio de unos espías (v. 19), *envió mensajeros para que trajeran a David* (v. 20). Como éstos no le trajeron, envió otros; pero como tampoco éstos regresaron, envió otros por tercera vez (v. 21), y al no recibir tampoco noticias de éstos, fue él mismo en persona (v. 22). ¿Cómo iba a ser librado David ahora que estaba a punto de caer (como antaño su cordero) en la boca de los leones? No como libró él a su cordero, al matar al león, ni, como después fue librado Elías, mediante fuego del Cielo que consumió a los mensajeros, sino al convertir de momento los leones en corderos. En efecto:

1. Cuando llegaron los mensajeros al lugar donde se hallaba David entre los profetas, *vino el Espíritu de Dios sobre los mensajeros de Saúl,* y se unieron a Samuel y a quienes le acompañaban en las alabanzas de Dios. En lugar de asir a David, ellos mismos fueron asidos. Y así: (A) Dios puso a salvo a David,

puesto que en el estado de exaltación en que los mensajeros se hallaban, no pudieron pensar en otra cosa y olvidaron por completo el encargo que habían recibido. (B) Dios honró a los «hijos de los profetas» y la comunión de los santos, y mostró cuán fácil le resulta poner en trance a los peores hombres por medio de las señales de su presencia en las asambleas. Véase también en esto el beneficio de las sociedades religiosas. (C) Dios engrandeció así su poder sobre el espíritu de los hombres.

2. El propio Saúl fue asido por el espíritu de profecía. Nadie podía imaginarse que un hombre tan malo fuese presa de la exaltación profética; sin embargo, lo fue igual que sus mensajeros. Pero es de advertir que su exaltación profética no tiene ahora el mismo sentido y objetivo que tuvo en el episodio narrado en 10:10–13, pues allí era para su bien con el objeto de que perdiera su timidez y quedase equipado con las cualidades que deben adornar a un príncipe y jefe militar, mientras que en este episodio que comentamos, su exaltación tenía por objeto proteger la vida de David (v. 23). En dicho estado probablemente exhausto por el trance y los movimientos, Saúl *se despojó de sus vestidos* (v. 24), y *quedó desnudo* (es decir, «en paños menores») *en tierra*, completamente impotente para hacer daño a David. Se repite en este versículo el proverbio ya citado en 10:12: *«¿Conque también Saúl entre los profetas?»* Aunque en 15:35 leímos que *«nunca después vio Samuel a Saúl»*, puede explicarse, más bien que como una excepción, en el sentido de que, hallándose Saúl en el estado en que se nos muestra aquí, el encuentro entre ambos no tuvo importancia, puesto que ni se hablaron ni se trataron en forma alguna.

CAPÍTULO 20

Después de haber escapado varias veces «por las justas» de la furia de Saúl, David comienza a considerar, por fin, si no le será mejor retirarse al interior del país y tomar las armas en defensa propia. Pero no se atreve a tomar esta resolución sin consultar antes a su amigo Jonatán. I. David se queja ante Jonatán de las dificultades por las que está pasando y apela al afecto que Jonatán le tiene para que venga en su ayuda (vv. 1–8). II. Jonatán, por su parte, le promete tenerle enterado de la disposición en que se halle su padre con respecto a él y renueva con él su pacto de amistad (vv. 9–23). III. Después de hacer la prueba, Jonatán halla, con gran disgusto por su parte, que su padre está implacablemente enfurecido contra David (vv. 24–34). IV. Así se lo hace saber a David, según la señal convenida entre ambos (vv. 35–42).

Versículos 1–8

I. Mientras Saúl quedaba en trance, tendido en el suelo, en Nayot, David escapa a la corte y consigue hablar con Jonatán. Fue para él una gran bendición tener en la corte tal amigo, cuando tenía en el trono tal enemigo. Si hay quien nos odie y nos desprecie, no perdamos ánimos por ello, pues también habrá quien nos ame y nos respete. 1. David apela a su inocencia delante de Jonatán (v. 1): *¿Qué he hecho yo?* 2. Trata de convencerle de que, a pesar de su inocencia, Saúl intenta matarle. Jonatán, como es propio de un buen hijo, procura cubrir la vergüenza de su padre en la medida en que es posible sin traicionar su lealtad hacia David ni los valores de la justicia y de la verdad. Ante esto, David le asegura con juramento el peligro en que se halla su vida (v. 3): *«Y ciertamente, vive Jehová y vive tu alma, que apenas hay un paso entre mí y la muerte»*.

II. Jonatán se ofrece generosamente a servir a David en lo que pueda (v. 4): *«Lo que desee tu alma, haré por ti»*.

III. David le pide únicamente que le entere de los propósitos de su padre, de si realmente Saúl está empeñado en matarle o no.

1. La forma en que Jonatán propuso hacer la prueba fue muy sencilla. Los dos días siguientes Saúl iba a comer en público para celebrar la solemnidad de la luna nueva cuando se ofrecían especiales sacrificios y se celebraban banquetes con ocasión de los sacrificios. En estas fiestas Saúl sentaba a su mesa a todos sus hijos y a David, su yerno, con ellos, o a todos sus oficiales de alto rango, entre los que también se contaba David. Pero, fuese como fuese, David había resuelto que su asiento quedase vacío. Si Saúl

admitía alguna excusa por tal ausencia, podía concluir que había cambiado de opinión y se había reconciliado con él; pero si se resentía y se enojaba por ello, era fácil concluir que tramaba algún mal contra él.

2. La excusa que David propuso a Jonatán para que la presentara a su padre era que había sido invitado por su hermano mayor para celebrar en Belén, su ciudad, *el sacrificio anual* junto con los demás familiares (v. 6). Parece ser que celebraban voluntariamente este sacrificio conforme a Deuteronomio 12:5–7. Es posible que esto fuese cierto, pero lo que no fue cierto es que David asistiese a tal sacrificio. Por consiguiente, la explicación que después dará Jonatán a su padre (v. 29) es una pura mentira, explicable en la situación de David, pero no justificable.

3. Los argumentos que usó para persuadir a Jonatán de que le hiciera este favor eran muy fuertes (v. 8): (A) Le recuerda el pacto de amistad que el mismo Jonatán propuso en un principio. (B) Le dice que no le urgiría a secundar su causa si no estuviese seguro de que era una causa justa. Ninguna pesona honesta urgirá a un amigo a que cometa una acción deshonesta a su favor.

Versículos 9–23

I. Jonatán confirma su lealtad hacia David en estos momentos de gran apuro para su amigo y cuñado. Le promete fielmente enterarle del estado de ánimo en que se halle su padre con respecto a él, ya sean buenas las noticias que pueda darle (v. 12), o malas (v. 13). De todos modos, le ayudará a ponerse a salvo. Jonatán añade una oración a Dios a favor de David: *«Y esté Jehová contigo, como estuvo* (aunque desgraciadamente ya no está) *con mi padre»*.

II. Pide a David que, por efecto del pacto entre ambos, cuando le llegue a David la hora del triunfo, tenga misericordia de Jonatán, y de su posteridad cuando él falte (vv. 14–16). La casa de David debe igualmente quedar ligada a la casa de Jonatán de generación en generación: *Hizo Jonatán pacto con la casa de David* (v. 16). A este favor que le pide a David: 1. Lo llama Jonatán (v. 14) *misericordia de Jehová* para enfatizar su grandeza, una misericordia semejante a la que muestra Jehová. 2. Lo asegura por medio de una imprecación (v. 16): *Requiéralo Jehová de la mano de los enemigos de David*, si llegan éstos a mostrarse tan enemigos de David como para tratar desconsideradamente a la posteridad de Jonatán, el gran amigo de David. Al haber jurado él mismo fidelidad a David, le exige a David que le jure asimismo fidelidad a él, lo cual hizo David de muy buena gana por el afecto que le tenía y que para David era cosa sagrada. Jonatán sentía tal preocupación por este asunto que, cuando hubieron de despedirse concluyó con una solemne apelación a Dios (v. 23): *«En cuanto al asunto de que tú y yo hemos hablado, esté Jehová entre nosotros dos para siempre»*. Fue en cumplimiento de este pacto por lo que David se mostró amable con Mefi-bóset, hijo de Jonatán (2 S. 9:7; 21:7).

III. Le dio la contraseña mediante la cual le notificaría cuál era la disposición de su padre con respecto a él. Saúl echaría en falta a David y preguntaría por qué no se hallaba presente (v. 18). Al tercer día, cuando se supondría que había regresado de Belén, había de estar en un determinado lugar (v. 19), y Jonatán vendría a ese lugar con arco y flechas, como quien viene a practicar el tiro al arco (v. 20), enviaría al criado a recoger las flechas, y si éstas no llegaban hasta donde se encontraba el criado, David tenía que tomarlo como señal de seguridad y podía aparecer sin temor (v. 21); pero si caían más allá de donde estaba el criado, era señal de peligro y debía escapar por su vida (v. 22).

Versículos 24–34

Jonatán se convence ahora de veras de lo que tanto le costaba creer: que su padre abrigaba una implacable enemistad contra David y ciertamente procuraría su muerte si estaba en su mano matarle.

I. David es echado en falta el primer día de la fiesta, pero nada se comenta sobre ello (v. 25): *Se sentó el rey en su asiento, como de costumbre en el asiento junto a la pared.* El asiento izquierdo junto a la pared es todavía el lugar de honor entre los orientales, pues aunque la mano izquierda se halla restringida, la derecha se halla libre del todo. Cuando llegó el rey, Jonatán se levantó en señal de reverencia no sólo al padre, sino también al soberano; cada uno conocía su puesto, pero el asiento de David estaba vacío. No

obstante, *aquel día Saúl no dijo nada,* sino que se limitó a pensar en su interior: *«De seguro que no está purificado* (v. 26). Habrá sufrido alguna contaminación ceremonial».

II. Al segundo día se pregunta por él. Saúl interroga a Jonatán de quien sabía que era confidente de David, y dice: *«¿Por qué no ha venido a comer el hijo de Isaí hoy ni ayer?»* (v. 27).

III. Jonatán presenta la excusa convenida (vv. 28, 29). 1. Que estaba observando la fiesta en otro lugar y que había ido a presentar sus respetos a sus parientes. 2. Alega que no se marchó sin haber pedido y obtenido el permiso suyo, de Jonatán, como oficial de más alto rango que David.

IV. *Entonces se encendió la ira de Saúl contra Jonatán,* su furor era como el de un león al que le han arrebatado la presa. David no estaba al alcance de su mano pero su furia cayó sobre Jonatán al considerarle cómplice de David (vv. 30, 31). Llama, en efecto, a su propio hijo: 1. Bastardo: «Hijo de mujer perversa y rebelde» (lit. *Hijo de perversa rebelión*). No insulta con esto a su esposa, sino que quiere decir que Jonatán se muestra tan degenerado y perverso como si hubiera nacido de la mujer más perversa. 2. Traidor, puesto que el texto dice literalmente, como ya hemos indicado: «Hijo de perversa rebelión» lo cual equivale también a decir: «Eres el rebelde más perverso que puede darse». 3. Loco: *«¿Acaso no sé yo que tú has elegido al hijo de Isaí para confusión tuya, y para confusión y vergüenza de tu madre? Porque todo el tiempo que el hijo de Isaí viva sobre la tierra, ni tú estarás firme, ni tu reino»* (vv. 30, 31). Como si dijese: «No sólo es una vergüenza para ti haber escogido como confidente a quien ha de ser tu rival en cuanto al trono, sino que tu propia madre se avergonzará de haberte traído al mundo».

V. Jonatán se disgustó muchísimo y tomó muy a mal las palabras de su padre; tanto más cuanto que esperaba mejores cosas (v. 2). Con todo, habló con calma a su padre, a pesar de los terribles insultos que éste le había dirigido. Al yunque le corresponde permanecer quieto. Pero lo que no pudo soportar fue la enemiga de su padre contra David; a eso replicó apasionadamente (v. 32): *«¿Por qué ha de morir? ¿Qué ha hecho?»* Los corazones generosos sufren mejor las injurias que van dirigidas a ellos mismos que las que van dirigidas a sus amigos. Pero Saúl estaba tan enfurecido que le arrojó la lanza a Jonatán (v. 33), por lo que éste *se levantó de la mesa con exaltada ira y no comió* (v. 34), pues le dolía la afrenta que su padre había hecho a David más que la lanza que su padre le arrojó a él mismo.

Versículos 35–42

1. Después de dicha escena, Jonatán marchó al lugar convenido (v. 35), a la vista del lugar en que sabía que David estaba escondido, envió a su paje a recoger las flechas que él tirase y dio a David la fatal contraseña al arrojar una flecha más allá de donde se hallaba el muchacho (v. 37). Aunque la señal indicaba que David tenía que escapar por su vida, se entretuvo un par de minutos en conversación personal con él, ya que consideró que no había peligro de ser descubiertos.

2. Tenemos a continuación la triste separación de los dos amigos, quienes, por lo que se ve, sólo volvieron a verse una vez furtivamente (23:16). Se despidieron con el mayor dolor y con el mayor afecto que se puede imaginar, entre besos y lágrimas. Entre los semitas (hebreos, árabes, etc.) es costumbre saludarse y despedirse con besos en la mejilla entre personas del mismo sexo, lo que aclara textos como Romanos 16:16; 1 Corintios 16:20; 2 Corintios 13:12 y 1 Tesalonicences 5:26. (¡Nada de promiscuidad en la exhortación de Pablo ni en la costumbre de la primitiva Iglesia!) La separación de tan fieles amigos fue igualmente gravosa para ambos, pero el caso de David era más deplorable que el de Jonatán, porque mientras Jonatán regresaba a su familia y a sus amigos, David dejaba tras sí todos los consuelos, incluidos los del santuario de Dios. Por eso, dice el texto hebreo que David *«se excedió»,* es decir, lloró mucho más.

CAPÍTULO 21

David desaparece ahora completamente de la corte de Saúl, y desde aquí hasta el final de este libro es considerado y tratado como un proscrito, y denunciado como un traidor. Sus grandes dificultades durante

este período de su vida pueden leerse abiertamente o entre líneas en algunos de los salmos. Vemos a David en su huida: I. Engaña al sacerdote Ahimélec, para conseguir de él víveres y armas (vv. 1–9). II. Engaña al rey de Gat, Aquís, al fingirse loco (vv. 10–15). Con razón se llama «tentaciones» a los apuros en que una persona se ve, pues muchos caen, a causa de ello, en diversos pecados.

Versículos 1–9

I. David, en su apuro, huye al tabernáculo de Dios, que estaba ahora en Nob, ciudad sacerdotal de la tribu de Benjamín, entre Jerusalén y Guibeá. Desde que Siló quedó abandonada, el tabernáculo fue trasladado con frecuencia, aunque el Arca permanecía aún en Quiryat Yearim. Allá llegó David huyendo de la furia de Saúl (v. 1) y se dirigió al sacerdote Ahimélec. Ni el profeta Samuel ni el príncipe Jonatán podían protegerle, así que tuvo que recurrir al sacerdote. Prevé que va a ser luego un desterrado y, por eso, viene ahora al tabernáculo: 1. Para despedirse afectuosamente de él, pues no sabe cuándo lo volverá a ver. 2. Para averiguar allí, en consulta a Jehová, qué dirección había de tomar, tanto en el camino del deber, como en el de su propia seguridad.

II. El sacerdote Ahimélec, según el texto hebreo, *«salió temblando al encuentro de David»* (v. 1, comp. con 16:4), quizá por estar enterado de que David había caído en desgracia en la corte y temer incurrir en el desagrado de Saúl si obsequiaba de alguna manera a David. Esto es lo que la mayoría de la gente hace con sus amigos cuando éstos se hallan perseguidos o despreciados por el mundo. *«¿Cómo vienes tú solo, y nadie contigo?»*, le pregunta. El que tan de repente había subido de la soledad propia de la vida pastoril a los honores de la corte y a las multitudes de los campamentos militares, se ve ahora reducido a la triste y desolada condición de un exiliado.

III. David, bajo pretensión de ser enviado por el rey a un servicio público solicita de Ahimélec que le suministre víveres para aliviar su presente necesidad (vv. 2, 3).

1. David no se comportó en esto como solía. Fue una gran mentira la que David contó a Ahimélec: Que el rey le había encomendado un asunto, que nadie supiera de qué se trataba y que había señalado a los criados un cierto lugar donde encontrarse con ellos. Además de ser todo esto falso tuvo terribles consecuencias pues ocasionó la muerte de los sacerdotes de Jehová, como reconoció después David con remordimiento (22:22). David era hombre de gran fe y valentía; sin embargo, ambas cosas le faltaron ahora, por lo que cayó neciamente por miedo y cobardía, precisamente por falta de fe en el Señor, que siempre le había protegido y sacado de todos los apuros.

2. Dos cosas le pidió David a Ahimélec: *pan y espada.*

(A) Quería pan: *Cinco panes* (v. 3). El sacerdote objetó que sólo tenía a mano pan sagrado, *el pan de la presencia* (lit.), que había estado durante una semana sobre la mesa de oro del santuario, de donde se sacaba para uso de los sacerdotes y de sus familiares (v. 4). Sin embargo, al ser un caso de necesidad (al cual apelará más tarde el Hijo de David en un caso semejante—Mt. 12:3, 4), el sacerdote le pregunta únicamente si los criados se habían abstenido de relaciones sexuales, a lo que David responde que *«los vasos* (lit.) *de los jóvenes eran puros»* (en ese sentido) desde hacía tres días; *«aunque el viaje es profano»* (v. 5), dice David, esto es, no se trata de una expedición militar en la que la abstinencia de relaciones sexuales estaba mandada por la ley (Dt. 23:10). El sacerdote obró aquí con misericordia, que es preferible al sacrificio, y con generosidad, pues de doce panes le dio a David cinco, pues confiaba en la Providencia.

(B) Quería también *lanza o espada* (v. 8). Resulta que no llevaba consigo armas; pone por excusa otra mentira: *«Por cuanto la orden del rey era apremiante»*. En el tabernáculo no había otra arma que la espada de Goliat, *envuelta en un velo detrás del efod.* Es probable que David lo tuviese en cuenta cuando preguntó a Ahimélec si tenía a mano lanza o espada, pues al decirle el sacerdote (v. 9) que estaba allí *la espada de Goliat el filisteo,* David se apresuró a decir: *«Ninguna como ella; dámela»*. Dos cosas podemos observar acerca de esta espada: (a) Siempre que la mirase, suscitaría en él la fe, trayéndole a la memoria aquel memorable caso en que la providencia de Dios cuidó de él y le dio fuerza, valor y acierto para vencer a Goliat. (b) Las buenas experiencias sirven de gran ánimo para ocasiones posteriores. David la había dedicado agradecido a Dios, y ahora, en su apuro, estaba allí a su disposición.

3. De este modo quedó David abastecido de víveres y de armas; pero fue gran infortunio el que estuviese allí presente uno de los siervos de Saúl, por nombre Doeg, que resultó ser un traidor, tanto

contra David como contra Ahimélec. Era edomita de nacimiento (v. 7) y prosélito de la religión judía bajo Saúl, pero llevaba en la sangre la enemistad hereditaria de Edom (Esaú) contra Israel. Era *el principal de los pastores de Saúl* y estaba allí «*detenido delante de Jehová*», ya fuese por un voto, o a la espera de un oráculo, o necesitado de purificación ritual o por sospechoso de lepra (Lv. 13:4). Mejor habría sido que se hubiese encontrado en cualquier otro lugar que delante de Jehová, pues es probable que reconociese a David y hasta que escuchase su conversación con Ahimélec. A ambos iba a causar tremendo daño.

Versículos 10–15

David en el exilio a pesar de ser el rey electo de Israel. Así es como muchas veces las providencias de Dios parecen ir en contra de sus promesas.

1. Huida de David al país de los filisteos, donde esperaba permanecer de incógnito en el campamento de Aquís, rey de Gat (v. 10). A él se fue David directamente, como a alguien en quien podía confiar ahora, así como después (27:2, 3). El pueblo de Dios, al estar perseguido, encuentra a menudo mejor acogida entre filisteos que entre los israelitas; en los teatros de los gentiles, que en las sinagogas de los creyentes. El rey de Judá encarceló a Jeremías, y el rey de Babilonia le puso en libertad.

2. El descontento de los siervos de Aquís ante la presencia de David entre ellos, y la queja con que fueron al rey (v. 11): «*¿No es éste David, el rey de la tierra?* ¿No es éste el que derrotó a los filisteos?» Como si dijesen: «Si es así, por fuerza ha de ser enemigo de nuestro país, y ¿será honroso y seguro para nosotros admitir o proteger a tal persona?» Es probable que Aquís les diese a entender que era una medida de buena política admitir y proteger a David, puesto que ahora era enemigo de Saúl y, por tanto, podía ser para ellos un amigo útil en lo futuro. Es cosa corriente que los proscritos de una nación sean protegidos por los enemigos de esa nación.

3. El susto que se llevó David al oír lo que de él se decía. Aunque tenía ciertas razones para poner su confianza en Aquís, cuando, por otro lado, se dio cuenta de que los siervos de Aquís sospechaban de él y hasta le tendrían envidia, comenzó a temer que Aquís se sintiese obligado a entregarle a ellos (v. 12).

4. La medida que tomó para salvarse de este peligro (v. 13): *se fingió loco*. su actitud en esto puede excusarse hasta cierto punto, pues era semejante a una estratagema en tiempo de guerra, con la que engañaba a sus enemigos para salvar su propia vida.

5. Su escape por este medio (vv. 14, 15). Es posible que Aquís llegase a sospechar que la locura de David era fingida, pero, ya que estaba deseoso de protegerle (como lo demostró después—28:1, 2; 29:6—), hizo como que se lo creía, y pensaba para sí: «Yo no voy a protegerle, pero ellos no le harán ningún daño, porque, si realmente está loco, merece compasión». Que Aquís lo echó de sí se colige por el título del Sal. 34, aunque en el Salmo no se halla ninguna alusión a este incidente. También el Salmo 56 alude a esto, pues en el título se habla de que los filisteos le tenían preso en Gat.

CAPÍTULO 22

Echado de Gat, David regresa a Israel para ser perseguido por Saúl. I. Fija su morada en la cueva de Adulam, donde recibe a sus parientes (v. 1), alista soldados (v. 2) y consigue que sus ancianos padres tengan una residencia menos incómoda y más segura (vv. 3, 4); y tiene por consejero al profeta Gad (v. 5). II. Saúl decide perseguirle y ver de hallarle, se queja de la deslealtad de sus siervos y de Jonatán (vv. 6–8) y enterado por la información que le suministró Doeg de que Ahimélec se había portado amablemente con David, ordena que se de muerte a Ahimélec y a todos los sacerdotes que estaban con él, 85 en total, y que se destruyesen todas sus pertenencias (vv. 9–19). De la bárbara masacre que se ejecutó por orden de Saúl, escapó Abiatar al lugar donde estaba David (vv. 20–23).

Versículos 1–5

I. David se refugia en la cueva de Adulam (v. 1). No se dice si esta caverna era una fortaleza natural o si había sido excavada por mano de hombre; lo cierto es que su acceso era lo suficientemente difícil como

para que David se sintiese seguro y capaz de defender la entrada, con la espada de Goliat, contra las fuerzas de Saúl, mientras aguardaba a ver (como dice él en el v. 3) lo que Dios quería hacer con él. La promesa del reino implicaba la promesa de preservarle para el reino, por lo que las anteriores mentiras de David no tenían excusa, pero la medida que toma ahora para preservar su vida es legítima, pues exponerse, sin más, ante Saúl equivaldría a tentar a Dios. Por otra parte, no hizo nada para matar a Saúl, sino solamente para proteger su propia vida. Fue entonces cuando escribió el Salmo 142, cuyo título dice: «*Masquil de David. Oración que hizo cuando estaba en la cueva*».

II. Allí fueron a verle sus parientes: *Sus hermanos y toda la casa de su padre.* Fueron a asistirle, a ser protegidos por él, a compartir con él su condición de proscrito. Con sus hermanos vendrían también sus sobrinos Joab, Abisay, etc.

III. Allí comenzó a reunir fuerzas para su propia defensa (v. 2). Por las pasadas experiencias aprendió que no podía salvarse por la huida; necesitaba, por tanto, defenderse por la fuerza, en lo que no actuó a la ofensiva, ni atacó a su príncipe, ni produjo ninguna sedición ni perturbación del orden o de la paz del reino, sino que usó sus tropas únicamente como guardia personal. Su regimiento no estaba formado por hombres grandes, ricos o de alta posición social, ni aun siquiera de buena conducta, sino de *oprimidos, endeudados y amargados;* hombres en quiebra de finanzas o de ánimos, los cuales se veían en tal aprieto que no sabían qué hacer de sí mismos. Allí en su cuartel general de la cueva de Adulam llegó a tener a sus órdenes *unos cuatrocientos hombres.*

IV. Se preocupó de establecer a sus padres en un lugar seguro. No pudo hallar tal lugar en todo el territorio de Israel mientras Saúl continuó tan tremendamente enfurecido contra él y contra todos los suyos; así que fue con ellos al rey de Moab y los puso bajo su protección (vv. 3, 4). Lo primero que hace es tratar de hallarles una morada cómoda y tranquila, pase lo que pase a él y a sus seguidores. Con qué fe y humildad espera el resultado de los presentes apuros (v. 3): «*Hasta que sepa lo que Dios hará de mí*».

V. Allí tuvo el consejo y la ayuda del profeta Gad, que probablemente era uno de «los hijos de los profetas» (estudiantes de profetas) que habían sido educados por Samuel. Más tarde (2 S. 24:11; 1 Cr. 21:9) es llamado «*vidente de David*». También fue uno de los cronistas del reino de David (1 Cr. 29:29), y, junto con Natán, tuvo a su cargo dirigir los servicios musicales del templo (v. 2 Cr. 29:25). Es probable que el propio Samuel le recomendara a David para ser su consejero espiritual. Gad (v. 5) le aconsejó a David *irse a tierra de Judá,* ya que Adulam era una ciudad cananea (Jos. 12:15) y estaba situada en la vecindad del territorio de los filisteos. *Vino,* pues, *al bosque de Haret,* y confió en su propia inocencia y en la protección divina, y también deseoso, aun en las presentes difíciles circunstancias, de poder ser útil a su país y a su propia tribu.

Versículos 6–19

El aumento de la perversidad de Saúl. Parece ser que se despreocupó totalmente de los demás asuntos y se dedicó únicamente a perseguir a David. Se enteró, por fin, por noticias que habían corrido de boca en boca por todo el país, de que David había sido descubierto. Llamó, pues, a todos sus servidores y se sentó en medio de ellos *debajo de un tamarisco sobre un alto* en Guibeá, con su lanza en la mano en lugar de cetro, con lo que daba así a entender cuál era el estado de su ánimo, que no era otro que la determinación de matar a todo el que se le pusiera por delante. En esta corte sangrienta de inquisición:

I. Saúl busca información contra David y contra Jonatán (vv. 7, 8). Dos cosas sospechaba: 1. Que su siervo David *estaba acechándole* para quitarle la vida, lo cual era completamente falso pues era precisamente Saúl el que acechaba a David para matarle. 2. Que su hijo Jonatán no sólo era cómplice de David en ese intento, sino que había incitado a David a planear el complot para matar al rey. También esto era totalmente falso. Saúl daba por seguro que Jonatán y David conspiraban contra él, contra su trono y su corona y estaba disgustado con sus siervos porque no le informaban de ello; así que les dijo: (A) Que eran muy insensatos, pues David nunca estaría en condiciones de darles tales recompensas como las que él les tenía reservadas. (B) Que eran muy desleales: *Todos vosotros habéis conspirado contra mi* (v. 8).

(C) Que eran muy duros con él. Pensaba que, hablándoles así, les movería el corazón: *«Ni haya entre vosotros quien se duela de mí y me descubra, etc.».*

II. Aunque no pudo sonsacar de sus siervos nada contra David ni contra Jonatán, obtuvo de Doeg información contra el sacerdote Ahimélec.

1. Doeg presenta evidencia contra Ahimélec (vv. 9, 10) y le declara a Saúl la ayuda que Ahimélec prestó a David, de lo cual él mismo era testigo. *«Él* (Ahimélec) *consultó por él a Jehová* (cosa que el sacerdote hacía únicamente por personas en el gobierno y acerca de asuntos del bien común) y *le dio provisiones, y también le dio la espada de Goliat el filisteo».* Todo esto era verdad, pero no era toda la verdad, pues Doeg tenía la obligación de haberle dicho también a Saúl que David le hizo creer a Ahimélec que iba encargado por el rey; de forma que el servicio que prestó a David, fuese cual fuese, redundaba en honor de Saúl, con lo que Ahimélec habría quedado descargado de toda culpabilidad.

2. Ahimélec es llamado a comparecer ante el rey. Saúl manda traerle, así como a todos los sacerdotes que a la sazón estaban en funciones en el santuario, de los cuales sospechaba que habían sido cómplices en ocultar y ayudar a David. Saúl se dirige a Ahimélec con desdén e indignación (v. 12): *Oye ahora, hijo de Ahitub.* No lo llama por su nombre ni, mucho menos, por su título de distinción. Ahimélec responde con toda modestia: *«Heme aquí, señor mío,* dispuesto a oír el cargo que se me impute y sabedor de que no he cometido ningún delito».

3. El cargo que se le hace (v. 13) es que ha cometido alta traición al conspirar con *el hijo de Isaí* (tampoco llama a David por su nombre) para deponer y matar al rey. «Su designio», dice Saúl «era *levantarse contra mí y acecharme,* y a eso le ayudaste tú, *dándole pan y espada y consultando por él a Dios».* Véase cuán torcidamente pueden interpretarse las más inocentes acciones; cuán inseguros están los que viven bajo un gobierno tiránico y cuán agradecidos debemos estar por la libertad y seguridad de que disfrutamos bajo los buenos gobiernos.

4. Contra este cargo responde el acusado: (A) Que no es culpable (vv. 14, 15). Confiesa el hecho, pero niega haber obrado con traición o maliciosamente, o con el propósito de perjudicar al rey. Insiste en la bien ganada reputación de David y en el honor que como al más fiel de sus siervos, le había conferido el propio Saúl al darle su hija por mujer, así como en los servicios que frecuentemente le había prestado David al rey y en la confianza que el rey había puesto en él. Apela igualmente a la costumbre de consultar por él a Dios siempre que el rey le había enviado con algún cometido y que lo hizo esta vez con toda inocencia, como siempre lo había hecho.

5. Sin atender a ninguna de las razones, Saúl pronuncia sentencia contra él (v. 16): *Sin duda morirás, Ahimélec, tú y toda la casa de tu padre.* ¿Puede darse cosa más injusta? (A) Era injusto que el propio Saúl, y él solo, pronunciase sentencia en su propia causa. (B) Que los descargos tan modesta y honestamente presentados por Ahimélec fuesen rechazados sin dar ninguna razón. (C) Que se dictase sentencia, no sólo contra Ahimélec la única persona acusada por Doeg, sino contra *toda la casa de su padre,* contra personas a quienes nadie había acusado de ningún delito. (E) Que la sentencia se pronunciase no en favor de la justicia, sino para satisfacer el brutal enojo de Saúl.

6. Saúl ordena de inmediato la ejecución sumarísima de su cruel sentencia.

(A) Ordena a la gente de su guardia que ejecute la sentencia, pero ellos se niegan (v. 17). (a) Nunca jamás emanó de un príncipe una orden tan bárbara: *Volveos y matad a los sacerdotes de Jehová.* Parece complacerse en la oportunidad de vengarse de los sacerdotes de Jehová, puesto que Dios mismo está fuera del alcance de su ira. (b) Nunca fue más honorablemente desobedecida la orden de un príncipe. Los hombres de la guardia de Saúl tenían más sensatez y más gracia que su señor. No se prestaron a poner las manos sobre los sacerdotes de Jehová, por la reverencia en que tenían su oficio y por la convicción que tenían de su inocencia.

(B) Entonces ordena a Doeg (el acusador) que ejecute la sentencia; y él obedeció. Los más crueles tiranos han hallado siempre instrumentos de su crueldad tan bárbaros como ellos mismos. Tan pronto como se le ordena a Doeg caer sobre los sacerdotes, lo hace él de buen grado y, no ofreciendo ellos resistencia alguna, mata con su propia mano (por lo que se ve) en aquel mismo día a ochenta y cinco sacerdotes en edad de ministrar ante el Señor, esto es, entre los treinta y los cincuenta años de edad, pues *vestían el efod de lino* (v. 18) y es probable que compareciesen ante Saúl con sus vestiduras sacerdotales, con las que hallaron con ellas la muerte.

(C) Tras matar a los sacerdotes y, sin duda, por orden del propio Saúl, marchó Doeg a Nob, ciudad de los sacerdotes, y mató allí a filo de espada (v. 19) *hombres, mujeres, niños hasta los de pecho, bueyes, asnos y ovejas.* ¡Cuán deplorable era el estado de la religión en ese tiempo en Israel! Ver a los sacerdotes bañados en su propia sangre, y a los herederos de los sacerdotes también, y la ciudad de los sacerdotes en completa desolación, de forma que el altar quedaba sin servicios por falta de ministros, y todo esto por orden injusta y cruel de su propio rey para satisfacer su furia brutal—esto no pudo menos de llegarles al corazón a todos los israelitas piadosos y hacerles desear mil veces no haber pedido rey, sino haberse contentado con el gobierno de Samuel y de sus hijos.

Versículos 20–23

1. De entre la desolación de la ciudad de los sacerdotes escapa Abiatar, hijo de Ahimélec. Es probable que, cuando fue llamado su padre a comparecer ante Saúl, quedase él para hacer guardia en el tabernáculo aquel día, por lo que pudo escapar de la primera ejecución y, antes de que llegase Doeg a Nob para matar a todo ser vivo que en ella se hallaba, estuviese avisado del peligro y tuviese tiempo para escapar rápidamente, llevándose el efod. ¿Y adónde iba a huir, sino al lugar en que se hallaba David? (v. 20).

2. Allí notificó Abiatar a David la matanza de los sacerdotes, ordenada por Saúl, suceso que apesadumbró enormemente a David, quien se lamentó del hecho en sí, pero especialmente por haber dado él mismo ocasión, aunque involuntaria, para ello: *Yo he ocasionado la muerte a todas las personas de la casa de tu padre* (v. 22).

3. David ofreció a Abiatar su protección (v. 23): *Conmigo estarás a salvo.* Con tiempo suficiente para recobrarse y reflexionar, David habla ahora confiadamente de su propia seguridad y promete a Abiatar el beneficio cierto y pleno de la protección que le va a prestar. Tenía ahora David, no sólo un profeta, sino también un sacerdote consigo, un sumo sacerdote, para quienes él era una bendición, así como lo eran ellos para él, y ambos eran feliz presagio de sus futuros éxitos. Por lo que leemos en 28:6, se deduce que Saúl tenía también su sacerdote, pues promovió a Ahitub, el padre de Sadoc de la familia de Eleazar (1 Cr. 6:8); por donde se ve que incluso los que aborrecen la eficacia de la piedad no quieren pasar sin la forma de ella.

CAPÍTULO 23

Ebrio con la sangre de los sacerdotes de Jehová, Saúl continúa en persecución de David para darle muerte. David aparece en este capítulo haciendo el bien, mientras sufre el mal. I. El buen servicio que hizo a su rey y a su país al rescatar de manos de los filisteos la ciudad de Queilá (o Keilá) (vv. 1–6). II. El peligro en que se metió por ello y su liberación de tal peligro por la dirección divina (vv. 7–13). III. David recibe en un bosque la visita de Jonatán, quien le visita para darle ánimos (vv. 14–18). IV. Información que pasaron a Saúl los zifeos acerca del paradero de David, y la expedición que emprendió Saúl por ver de darle alcance (vv. 19–25). V. David escapa por las justas de caer en sus manos (vv. 26–29).

Versículos 1–6

El profeta Gad había ordenado a David que huyese a tierra de Judá (22:5). Puesto que Saúl descuidaba los intereses del país, David podía hacerse cargo de ellos a pesar del mal trato que estaba recibiendo.

I. Le llegan noticias a David de que los filisteos han hecho una incursión contra la ciudad de Queilá y habían saqueado las eras, y robado la cosecha a quienes estaban ocupados en las faenas propias del tiempo (v. 1). El único medio para que un país conserve la paz es que la Iglesia de Dios cumpla en paz su obligación en el país. Si Saúl lucha contra David, es seguro que los filisteos lucharán contra Israel.

II. David acude rápidamente en ayuda de la ciudad. 1. La generosidad de David y su interés por los asuntos del bien común de Israel; no se queda de brazos cruzados, sino que acude a salvar la situación a

pesar de que Saúl, cuya obligación era defender las fronteras de su nación, odiaba a David y lo buscaba para matarle. 2. La piedad de David y su respeto a Dios. Antes de lanzarse a la empresa, consulta a Dios por medio del profeta Gad (v. 2): *¿Iré a atacar a esos filisteos?*

III. Dios le respondió una y otra vez aprobando su decisión de ir contra los filisteos y le prometió el éxito: *Ve, ataca a los filisteos* (v. 2). Sus hombres tratan de hacerle desistir de la empresa (v. 3). Para convencerles, *consulta de nuevo a Jehová* (v. 4) y recibe ahora no sólo completa aprobación que le permite ir a luchar, aun cuando no tiene orden de Saúl (*«Levántate, desciende a Queilá»*), sino también plena seguridad de la victoria: *Pues yo entregaré en tus manos a los filisteos.*

IV. Fue, pues, contra los filisteos, los derrotó y rescató a Queilá (v. 5); por lo que se ve, hizo también una incursión en el país de los filisteos, pues les arrebató el ganado en represalia por el daño que los filisteos habían causado a los de Queilá al saquearles las eras. En cuanto a la identidad de dichos «ganados», lo más probable es que se trate del ganado que los filisteos habían robado a los habitantes de Queilá, aun cuando hay autores que opinan que eran los animales de carga que los filisteos habían llevado a Queilá para transportar a su país el grano y otras cosas robadas a los queilitas.

Versículos 7–13

I. Aquí vemos a Saúl planeando constantemente la destrucción de David (vv. 7, 8). ¿No le dijo nadie que David había recuperado bravamente la ciudad de Queilá de manos de los filisteos? Esto debería haber inducido a Saúl a considerar que David merecía ser honrado, no matado. Pero, en lugar de ello, piensa que dicha acción de David le sirve a él de oportunidad para echarle mano. 1. De qué forma abusa Saúl del nombre de Dios (v. 7): *Dios lo ha entregado en mi mano;* como si el que había sido rechazado por Dios pudiese obtener el favor de Dios en esta ocasión. Con toda impiedad une su causa a la de Dios, y piensa que Dios le permitía aprovecharse de las circunstancias. 2. De qué forma abusa Saúl de Israel al convocar al pueblo para ir en contra de David y marcha hacia Queilá con la excusa de atacar a los filisteos, cuando en realidad lo hace con la intención de atrapar a David y a sus hombres.

II. David consulta a Dios acerca de su propia seguridad. Tan pronto como tiene el efod a mano hace uso de él (v. 9): *Trae el efod,* le dice al sacerdote Abiatar. Nosotros tenemos las Escrituras a mano, el oráculo para los casos dudosos, en los que hemos de decir: «Trae acá la Biblia».

1. La consulta de David a Dios en esta ocasión es: (A) Solemne y reverente. Dos veces llama a Dios *Jehová Dios de Israel,* y tres veces se llama a sí mismo *tu siervo* (vv. 10, 11). Viene a decirle: «Señor, ven en mi ayuda en este asunto, en el cual me siento ahora perdido». Si hubiese preguntado a los magistrados o a los ancianos de Queilá, no le habrían podido responder, no sólo porque desconocían lo que Saúl planeaba, sino también porque ellos mismos le habrían hecho traición, aunque previamente le hubieran asegurado que le protegerían. Pero Dios pudo decirle infaliblemente que Saúl tenía la intención de descender a Queilá y que en tal caso, los queilitas le entregarían en manos de Saúl, antes que resistir el embate de la furia de Saúl. Advirtamos de paso que este pasaje es el texto bíblico más claro para demostrar que Dios conoce las acciones libres de los hombres *incluso en los casos en que no se realizan las condiciones que provocan las decisiones humanas;* es decir, conoce perfectamente, no sólo lo que cada ser humano ha hecho, hace y hará, sino también lo que haría si se diesen unas determinadas circunstancias que no se dan ni se darán. Esto es lo que técnicamente se llama en teología «futuribles», para distinguirlos tanto de los meros «posibles» (independientes de toda circunstancia) como de los «futuros» (que de hecho sucederán y, por tanto, ya están «presentes» ante la mente eterna de Dios).

2. Enterado así David del peligro que corría, se marchó de Queilá (v. 13). Sus seguidores habían aumentado, y llegaban ahora a la cifra de 600; con ellos se fue, no sabía adónde, pero resuelto a seguir las indicaciones de la Providencia. Esto frustró los planes de Saúl, quien pensaba que Dios había entregado a David en su mano (v. 7), pero resultó que Dios le había librado de su mano como a un pájaro del lazo del cazador.

Versículos 14–18

I. David estableció su morada *en el desierto … en un monte, en Hores* (que significa *bosque), en el desierto de Zif* (vv. 14, 15). No reunió sus tropas para ir contra Saúl, sorprenderle con una estratagema u otra y poner así punto final a su propia peligrosa situación y a las calamidades del país bajo el tiránico gobierno de Saúl. Va por el camino de Dios, espera el tiempo de Dios y se contenta con resguardarse en bosques y desiertos. ¿Qué diremos a esto? Que sirva de lección incluso a hombres grandes y activos, a fin de que se refrenen y se limiten a la vida privada cuando las circunstancias lo demanden, y a todos nosotros nos estimule a sentir anhelo por aquel reino en el que la bondad estará por siempre en gloria y la santidad tendrá su honor.

II. Saúl continúa persiguiendo a David como su más implacable enemigo (v. 14): *lo buscaba todos los días.* Tan incansable era su perversidad.

III. Dios continúa defendiéndole como su más poderoso protector. No le entrega en manos de Saúl, como éste esperaba (v. 7).

IV. Jonatán continúa consolándole como su más fiel y constante amigo. La verdadera amistad no se escabulle ante el peligro, sino que se aventura osadamente; ni rehúye condescender, sino que fácilmente se agacha y cambia las comodidades de un palacio por las molestias de un bosque, para ayudar a un amigo. Solamente volver a ver a Jonatán fue bastante para hacer revivir a David. 1. Como amigo piadoso, *fortaleció su mano en Dios* (v. 16). Aunque David era un buen creyente, necesitaba la ayuda de sus amigos para perfeccionar lo que le faltaba a su fe; y en esto le ayudó Jonatán grandemente, trayéndole a la memoria la promesa de Dios. Jonatán no estaba en condiciones de hacer nada para fortalecer a David, pero le aseguró que Dios sí podía hacerlo. 2. Como amigo generoso, tomó contentamiento en la perspectiva de la promoción de David a un honor que pertenecía por nacimiento al propio Jonatán (v. 17): *«Tú reinarás sobre Israel, y yo seré segundo después de ti;* nunca seré para ti un rival». 3. Como amigo constante, renovó el pacto de amistad con él (v. 18). El verdadero amor se goza en repetir sus compromisos. Nuestro pacto con Dios debería ser renovado con frecuencia, y con ello se conservaría mejor nuestra comunión con Él. A continuación, Jonatán y David se separaron el uno del otro y nunca más volvieron a encontrarse en este mundo.

Versículos 19–29

1. Los zifeos ofrecen sus servicios a Saúl para entregarle a David en sus manos (vv. 19, 20). David estaba refugiado en el desierto de Zif (vv. 14, 15), y había puesto cierta confianza en la gente del lugar, pues eran de su misma tribu. Pero, para congraciarse con Saúl, fueron a él y no sólo le informaron de su paradero (v. 19), sino que le invitaron a venir a la región de ellos y le prometieron entregárselo (v. 20).

2. Saúl recibió agradecido la información y se alegró de que le dieran la oportunidad de cazar a David en el desierto de Zif. Les insinúa el poco interés que la generalidad del pueblo sentía por él (v. 21): *Benditos seáis de Jehová vosotros, que habéis tenido compasión de mí.* Es extraño que Saúl no descendiera inmediatamente con ellos, pero los zifeos pusieron espías en todos los lugares en que era probable que David fuera descubierto y, por tanto, Saúl se consideró seguro de su presa.

3. El inminente peligro que, de este modo, se cernió sobre David. Al enterarse de la traición que tramaban los zifeos contra él, se fue de Haquilá al desierto de Maón (v. 24) y, por este tiempo, escribió el Salmo 54, como se ve por el título; y luego, en el v. 3, les llama *«extranjeros»,* pues, aun cuando eran israelitas, se portaron con él como los más bárbaros enemigos de David y de Israel. Pero en seguida añade (v. 4): *«He aquí, Dios es el que me ayuda»,* por lo que conservaba la calma de ánimo. Saúl le persiguió muy de cerca (v. 25), hasta llegar tan cerca de él que sólo un monte los separaba (v. 26). David y sus hombres iban huyendo por un lado del monte, y Saúl y los suyos les iban persiguiendo por el otro lado. Pero este monte era un símbolo de la divina Providencia que se interponía entre David y su perseguidor, como la columna de nube entre los israelitas y los egipcios. El mismo monte que escondía a David, confundía a Saúl. Saúl esperaba encerrar a David con sus numerosas fuerzas, pero el terreno no resultó propicio a sus designios y, así, fracasó. En memoria de esto se le dio al lugar un nuevo nombre (v. 28): *Sela Hamajlecot,* que significa «Peña de las divisiones» (o separaciones), puesto que separaba a Saúl de David.

4. Cómo fue librado David del peligro. La Providencia entretuvo a Saúl cuando estaba a punto de echar mano de David: Le notificaron que *los filisteos habían hecho una irrupción en el país* (v. 27), con lo que David quedó por ahora en libertad (v. 28). Así como este Saúl fue apartado por esta irrupción, así otro Saúl fue acercado en conversión justamente cuando iba por el camino de Damasco *respirando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor* (Hch. 9:1).

5. Después de escapar de Saúl de este modo, David fue a refugiarse en una fortaleza natural que encontró en el desierto de Enguedi (v. 29).

CAPÍTULO 24

David tiene una buena oportunidad de acabar con Saúl, pero se portó honorablemente al no hacer uso de ella; y el perdonarle a Saúl la vida fue un gran ejemplo de la gracia de Dios en él, así como la preservación de su propia vida fue un gran ejemplo de la providencia de Dios sobre él. I. Con qué perversidad buscó Saúl dar muerte a David (vv. 1, 2). II. Con qué generosidad salvó David la vida de Saúl (cuando le tenía en su mano) y se contentó con cortarle la orla del manto (vv. 3–8). III. Con qué patetismo razonó con Saúl, con ocasión de esto, para tratar de que cambiase sus sentimientos hacia él (vv. 9–15). IV. La buena impresión que esto causó de momento a Saúl (vv. 16–22).

Versículos 1–8

I. Saúl vuelve a perseguir a David (vv. 1–2). Enterado de que estaba en el desierto de En-guedi, reúne 3.000 hombres escogidos y *va en persecución de David y de sus hombres por las cumbres de los peñascos de las cabras monteses.*

II. La Providencia lleva solamente a Saúl a la misma cueva en que estaba escondido David con sus hombres (v. 3). En estos países había cuevas muy grandes en las laderas de las rocas o de las montañas, en parte naturales, en parte ampliadas por mano del hombre para guarecer las ovejas del ardor del sol. Por eso se lee en Cantares 1:7 de lugares donde *sestear al mediodía*, y parece ser que esa cueva era una de las que servían como *«redil de ovejas»* (v. 3). Al pasar por ella, vio Saúl que era un lugar apropiado para *hacer sus necesidades,* pues eso es lo que significaba el hebraísmo *«cubrir los pies»*, ya que, al ponerse en cuclillas, la túnica formaba una cubierta en derredor de la persona.

III. Los hombres de David le incitan a que aproveche la estupenda ocasión que se le presenta (v. 4). Ahora tiene a Saúl a merced suya. Cuán inclinados estamos a entender mal: 1. Las promesas de Dios. El Señor le había prometido a David que le había de librar de la mano de Saúl, y los hombres de David lo interpretan como una autorización para que David acabe con Saúl. 2. Las providencias de Dios. Por estar ahora en su mano matar a Saúl, los hombres de David concluyen que podía hacerlo legítimamente.

IV. Al haberse quitado Saúl el manto exterior, David aprovechó la oportunidad para *cortarle la orla del manto* (v. 4), pero pronto sintió remordimiento por lo que había hecho (v. 5), ya que el vestido era un símbolo de la propia persona (18:4), por lo que tocar el vestido era como tocar a la persona y, en tal caso, constituía una afrenta a la dignidad regia de Saúl.

V. Luego razona consigo mismo y con sus hombres sobre los fuertes motivos que le impulsan a no hacer ningún daño a Saúl. 1. Razona consigo mismo (v. 6): *«Jehová me guarde de hacer tal cosa»*. Considera ahora a Saúl, no como a un enemigo suyo, sino como al *«ungido de Jehová»*, esto es, aquel a quien Dios ha designado para reinar mientras viva y que, como tal, estaba bajo especial protección de la ley divina. 2. Razona igualmente con sus hombres, pues *no les permitió que se levantasen contra Saúl* (v. 7). De esta manera devuelve bien por mal, con lo que amontona ascuas de fuego sobre la cabeza de su enemigo (Ro. 12:20) y es así tipo de Cristo quien salvó a sus perseguidores. También es un bello ejemplo para todos los creyentes.

VI. Salió después detrás de Saúl, fuera de la cueva, y aun cuando no quería aprovechar la oportunidad de acabar con su enemigo, sí que aprovechó la oportunidad para razonar con él sabiamente, por ver de acabar con su enemistad; trata de persuadirle de que no había razón alguna para que le persiguiese a muerte. 1. Incluso al mostrarse abiertamente a Saúl, dio testimonio de que tenía alta opinión del rey. 2. Además, se mostró altamente respetuoso con él en lo que hizo (v. 8): *Inclinó su rostro a tierra e hizo reverencia.*

Versículos 9–15

Cálida y patética alocución con que se dirige David a Saúl con el fin de persuadirle a que deponga su actitud.

I. Llama a Saúl *padre* (v. 11); no sólo porque, como rey, era una especie de padre para el país, sino, especialmente, porque era suegro suyo.

II. Culpa a los consejeros de Saúl de la enemistad que éste le tiene (v. 9): *¿Por qué oyes las palabras de los que dicen: Mira que David procura tu mal?*

III. Confiesa solemnemente su propia inocencia y dice que está muy lejos de tramar ningún mal contra Saúl (v. 11): *«Ve que no hay mal ni traición en mi mano».* Quizá fue ahora cuando escribió David el Salmo 7 donde se menciona al benjaminita Cus (en el título del salmo), que probablemente estaba, como Doeg, en la corte de Saúl y le acompañaba en la persecución de David.

IV. Presenta una prueba innegable para demostrar la falsedad de la sospecha sobre la que se basaba la enemistad de Saúl contra él. Se acusaba a David del intento de hacer daño a Saúl, pero él dice (v. 11): *«Mira, padre mío, mira la orla de tu manto en mi mano».* Si el cargo del que se le acusaba hubiera sido cierto, la cabeza de Saúl habría estado en la mano de David. Anteriormente a esta frase había dicho: *«Jehová te ha puesto hoy en mis manos … y me dijeron que te matase, pero te perdoné»* (v. 10). Rehusó matarle porque se apoyó en un noble principio: el temor de Dios, que le impedía hacer daño al ungido de Jehová. Tan perfecto control de sí mismo poseía que, aun en medio de tan gran provocación por parte de Saúl, y de tan fuerte incitación por parte de sus propios hombres, no cedió a la tentación de obrar en contra de los principios que motivaban su conducta.

V. Declara su firme resolución de no tomar jamás venganza por su mano (v. 12): *«Juzgue Jehová entre mí y ti, y véngueme de ti Jehová,* es decir, líbreme Él de tu mano; *pero,* pase lo que pase, *mi mano no será contra ti».* De los buenos se pueden esperar acciones buenas, pero de los malos se han de esperar acciones malas, pues las acciones de los hombres proceden de sus principios y de las disposiciones del corazón.

VI. Trata de convencer a Saúl de que era indigno de un rey salir en persecución de una persona tan poco importante como era él (v. 14): *«¿Tras quién ha salido el rey de Israel? ¿A quién persigues* con tanta saña e insistencia? *¿A un perro muerto? ¿A una sola* (lit.) *pulga?»* No era digno de un rey tan grande entrar en liza tan desigual con uno de sus siervos, un pobre pastorcillo, exiliado ahora, que ni podía ni quería ofrecer resistencia alguna. ¿Qué prestigio podía ganar Saúl al atrapar un perro muerto? ¿Qué satisfacción podía obtener al cazar una sola pulga, difícil de encontrar cuando se busca, difícil de cazar cuando se encuentra, y muy pobre presa, especialmente para un príncipe, si se caza?

VII. Una y otra vez apela David a Dios como al justísimo Juez (vv. 12, 15): *Juzgue Jehová entre mí y ti.*

Versículos 16–22

I. Respuesta de Saúl a la alocución de David. 1. Rompe a llorar, en señal de aparente arrepentimiento. Habla como abrumado por la bondad de David (v. 16): *Alzó Saúl su voz y lloró.* 2. Reconoce sinceramente la integridad de David y su propia iniquidad (v. 17): *Más justo eres tú que yo.* Esta confesión de Saúl era suficiente para demostrar la inocencia de David por boca de su propio enemigo,

pero no era bastante para probar que Saúl estaba realmente arrepentido. 3. Pide a Dios que recompense a David por este acto de generosa bondad (v. 19): *Jehová te pague con bien por lo que en este día has hecho conmigo*. 4. Profetiza la promoción de David al trono (v. 20): *Yo me doy cuenta de que tú has de reinar*. Esto lo sabía ya antes por las palabras de Samuel en 15:28, que Saúl veía cumplidas en el excelente espíritu que observaba en David lo cual agravaba enormemente el pecado y la locura de Saúl al perseguirle tan despiadadamente. Este reconocimiento de Saúl, con respecto al incontestable derecho de David a la corona, hubo de servir a éste de gran estímulo y de firme soporte para su fe y para su esperanza. 5. Obliga a David con juramento para que muestre a la posteridad de Saúl la misma magnanimidad y bondad que le ha mostrado a él (v. 21). David observó religiosamente este juramento, tanto en el apoyo que otorgó a Mefi-bóset, como en la ejecución de los traidores que asesinaron a Is-bóset.

II. Se parten en paz el uno del otro. 1. Saúl desiste de momento de perseguir a David. Se marchó convencido, pero no convertido; avergonzado de su envidia hacia David, pero reteniendo en su pecho la misma raíz de amargura; incluso despechado de que, cuando por fin había hallado a David, no pudo hallar en su propio corazón, en dicha oportunidad determinación suficiente para acabar con él como era su designio. 2. David continuó huyendo para salvar su vida. Conocía a Saúl demasiado bien como para fiarse de él y, por ello, *él y sus hombres subieron al lugar fuerte* (v. 22).

CAPÍTULO 25

Siguen los apuros de David. I. La noticia de la muerte de Samuel hubo de ser un mal trago para David (v. 1). Pero: II. Lo más notable de este capítulo es el mal trato que recibió de Nabal. 1. Carácter de Nabal (vv. 2, 3). 2. La humilde demanda que le fue hecha (vv. 4–9). 3. Su grosera respuesta (vv. 10–12). 4. La justa cólera de David por ello (vv. 13, 21, 22). 5. Prudente actuación de Abigail para impedir el mal que, como consecuencia de la insensatez de su marido, veía cernirse sobre su familia (vv. 14–20). 6. Su alocución a David para calmarle (vv. 23–31). 7. La favorable recepción que le concedió David (vv. 32–35). 8. Muerte de Nabal (vv. 36–38). 9. Casamiento de Abigail con David (vv. 39–44).

Versículo 1

Breve referencia de la muerte y sepultura de Samuel. 1. Aunque fue un gran hombre, pasó sus últimos días en retiro y oscuridad a causa de haberle rechazado Israel, por lo cual castigó Dios severamente al país. 2. Aunque era amigo fiel de David, por lo que Saúl le odiaba, murió en paz en los peores días de la tiranía de Saúl, el cual, aun cuando no le amaba, le temía, como Herodes a Juan el Bautista, y temía también al pueblo, pues todos sabían que era profeta. 3. Todo Israel hizo duelo por él. Sus méritos personales le acreditaron para recibir este honor en su muerte. Sus servicios al bien común, cuando fue Juez de Israel, hicieron que este respeto a su nombre y a su memoria fuese una justa deuda. Los hijos de los profetas perdían al fundador de sus escuelas, e Israel perdía a su constante intercesor (12:23) y al mejor amigo que tenían. 4. Le sepultaron, no en la escuela de profetas de Nayot, sino en su casa de Ramá donde había nacido. 5. David, entonces, *se fue al desierto de Parán (o de Maón)*, y se retiró quizá para hacer duelo por la muerte de Samuel. Al perder a tan buen amigo, consideró que su peligro era mayor que nunca y, por ello, se retiró a un desierto fuera de las fronteras de Israel (a no ser que admitamos la lectura, más probable, de *«Maón»*, como lo muestra el contexto siguiente, con lo que tenemos a David y a sus hombres, de nuevo, al sur de Hebrón, donde ya se habían encontrado antes—13:14 y ss.).

Versículos 2–11

Comienza aquí la historia de Nabal, donde tenemos:

I. Una breve referencia de un hombre de quien jamás habríamos sabido nada si no hubiese sido por su conexión con la historia de David. 1. Su nombre: *Nabal*, que significa *necio*, es una mezcla de *insensato* e

impío (v. el mismo vocablo hebreo en Sal. 14:1, 53:1). 2. Su familia: Era de la familia de Caleb y había heredado su hacienda, pero no sus virtudes. Maón y Carmel caen cerca de Hebrón, que fue dado a Caleb (Jos. 14:14; 15:54, 55). Los LXX y otras versiones antiguas dicen que era un *«cínico»* (lit.), en el sentido de que tenía «un genio de perros», siempre brusco y regañón. 3. Sus riquezas: *Era muy rico* (v. 2); lit. *muy grande,* porque las riquezas hacen que uno aparezca grande a los ojos del mundo, aun cuando su carácter era muy ruin y menguado, y ésa era su verdadera medida. 4. Su mujer: *Abigail,* que significa *«el gozo de mi padre»,* nombre muy apropiado, pues se nos dice (v. 3) que *«Era aquella mujer de buen entendimiento y de hermosa apariencia».* Con todo no podía prometerse a sí misma mucho gozo al casarse con tal hombre, al que probablemente la atrajo su riqueza más que otra cosa, con lo que mostró que su «buen entendimiento» distaba de ser perfecto. Son muchos los jóvenes y, especialmente, las jóvenes que se lanzan sobre un montón de riquezas mundanas, y se casan con ellas más que con una persona o con cualquier otra cosa que sea más deseable. ¡Cuántas Abigailes se ven atadas a sendos Nabales! 5. Su carácter: No tenía sentido alguno del honor ni de la honestidad, pues era *«duro y de malas obras»* (además de lo dicho arriba).

II. La humilde petición que David le hizo de que les diese algunos víveres a sus emisarios para él y para sus hombres.

1. Por lo que se ve, David se hallaba en grave aprieto para tener que mendigar el pan a la puerta de Nabal.

2. Escogió una buena oportunidad para ello, pues Nabal tenía que mantener a sus esquiladores, y se hacían grandes fiestas y suculentos banquetes en esas ocasiones, como vemos por la fiesta que hizo Absalón en una ocasión semejante (2 S. 13:24).

3. David ordenó a sus hombres que hiciesen la petición con todo respeto y cortesía: *«Id a Nabal y saludadle en mi nombre»* (v. 5); *«Sea paz a ti* (con el cúmulo de bienes que el vocablo hebreo significa), y *paz a tu familia, y paz a todo cuanto tienes»* (v. 6). Y habla de sí como de *«tu hijo David»* (v. 8), con lo que insinuaba que le honraba y respetaba como a un padre.

4. Apela a la protección que los pastores de Nabal habían recibido de David y de sus hombres. (A) No les habían hecho nunca daño alguno ni les habían quitado ningún cordero, a pesar de la escasez de provisiones y del carácter mismo de los seguidores de David (22:2), lo cual habla muy alto en favor de David, quien había acostumbrado a sus hombres a abstenerse de apropiarse de lo ajeno. (B) Incluso les habían protegido de cualquier daño que otros hubiesen intentado hacer a los pastores de Nabal, como estos mismos confesaron (v. 16): *Noche y día han sido para nosotros como un muro.* Sin duda, los hombres de David fueron buenos guardianes de los pastores de Nabal cuando las bandas de filisteos descendían *a robar las eras* (23:1) y, quizás, a llevarse el ganado. De tales saqueadores se veían libres los pastores de Nabal gracias a la protección de David y sus hombres; por eso, dice: *Hallen estos jóvenes gracia en tus ojos* (v. 8).

5. Se muestra muy modesto en su petición (v. 8): *«Te ruego que des lo que tengas a mano a tus siervos y a tu hijo David».* Como si dijese: «Danos lo que puedas para que salgamos de este apuro, y te quedaremos sumamente agradecidos». A pesar de la protección que había prestado a los pastores de Nabal, David no demanda nada como una deuda, ni como un tributo (pues era rey electo y ungido), ni como una contribución (pues era un general), sino como un favor que se presta a un amigo y a un siervo.

III. Grosera respuesta de Nabal a tan modesta petición (vv. 10, 11). Nabal, no sólo se negó, sino que le contestó de la forma más grosera. 1. Habla de David con el mayor desdén, como de una persona sin ninguna importancia, en la que no merece la pena fijarse. Los filisteos habían dicho de él: *¿No es éste el rey de la tierra,* el que *hirió a sus diez miles?* (21:11); sin embargo, este Nabal, su vecino y de la misma tribu, aparenta no conocerle o, al menos, no conocerle como hombre de mérito ni distinción (v. 10): *¿Quién es David y quién es el hijo de Isaí?* 2. Más aún, le echa en cara el aprieto por el que está pasando y toma de ello ocasión para presentarlo como un mal hombre, digno de ser castigado por vago, más bien que socorrido por necesitado. ¡Cómo le sale del corazón el lenguaje rudo y villano de los que odian la misericordia y la limosna! David estaba reducido a esta estrechez, no por culpa suya, sino precisamente por los buenos servicios que había prestado a su país y por los honores que Dios le había otorgado; pero Nabal le presenta como a un vagabundo y haragán. 3. Insiste en los derechos que tiene sobre las cosas de su propiedad y las provisiones de su mesa y se niega en redondo a compartirlas con otros. Nos

equivocamos si creemos que somos dueños absolutos de nuestras posesiones para hacer de ellas lo que queramos. No, sino que somos administradores y debemos usar nuestras cosas según la voluntad de Dios, y recordemos que no son realmente nuestras, sino que nos han sido encomendadas para usarlas debidamente.

Versículos 12–17

I. Informe que los emisarios dan a David de la forma en que les ha tratado Nabal (v. 12): *«Se volvieron por su camino».* Mostraron su desagrado sin decir palabra y se dieron media vuelta para no seguir tratando con un tipo tan grosero. Cuando los siervos de Cristo son tratados con grosería, deben *encomendar su causa al que juzga justamente* (1 P. 2:23) y esperar a que Dios actúe (Sal. 37:5).

II. Rápida reacción de David ante este ultraje. Se ciñó la espada y ordenó a sus hombres que cada uno hiciera lo mismo (v. 13). 1. Se arrepintió de toda la bondad que había mostrado con Nabal, y la consideró como un despilfarro (v. 21): *«Ciertamente en vano he guardado todo lo que éste tiene en el desierto».* 2. Resolvió destruir a Nabal y todas sus pertenencias (v. 22). En esto no actuó David conforme a su propio carácter. Fue una resolución sangrienta, pues decidió matar a todos los varones de la casa de Nabal. La ratificación de su resolución fue igualmente apasionada (v. 22): *«Así haga Dios a los enemigos de David y aun les añada …».* Esto es lo que dice el actual texto hebreo, pero es preferible la lectura de los LXX: *«Así haga Dios a David y aun le añada …».* En efecto, siempre que en la Biblia aparece esta fórmula imprecatoria, se invoca la venganza divina sobre la propia persona (20:13) o sobre la persona misma conjurada (3:17). Por consiguiente, quedan pocas dudas de que el texto actual fue corregido tardíamente por algún escriba que deseó evitar que cayera sobre David la maldición, puesto que no ejecutó el juramento que había proferido. En todo caso, podemos preguntarnos: *«¿Es ésta la voz tuya, David?»* (comp. con 24:16). ¿Es éste el mismo que hace pocos días perdonó la vida a quien le perseguía para matarle, y ahora no quiere perdonar la vida ni (con alguna probabilidad) de los perros del hombre que se ha limitado a ultrajar de palabra a sus emisarios? El que otras veces solía ser tan pacífico y considerado, arde de cólera ahora por unas pocas frases, de tal modo que sólo puede calmarle la sangre de toda una familia. ¿Qué son los mejores hombres si Dios los deja de su mano? Como de Nabal esperaba nobleza y bondad, la afrenta que recibió de él le tomó tan de sorpresa que, al bajar la guardia, sufrió un ataque repentino que puso en desorden todas sus emociones. ¡Cuánta necesidad tenemos de orar: *Señor, no nos metas en tentación!*

III. El informe que de todo esto le dio a Abigail uno de sus criados, más considerado que los demás (v. 14). Abigail al ser una mujer de buen entendimiento, se percató de la situación por lo que le dijo el criado, el cual: 1. Hizo justicia a David al recomendar a él y a sus hombres por la humanidad con que se habían comportado con los pastores de Nabal (vv. 15, 16): *«Aquellos hombres han sido muy buenos con nosotros,* y, a pesar de hallarse ellos en necesidad, *no nos faltó nada en todo el tiempo que anduvimos con ellos,* y aun cuando ellos mismos estaban expuestos al peligro *noche y día han sido para nosotros como un muro».* 2. No hizo ninguna injuria a Nabal al condenarle por su rudeza con los emisarios de David (v. 14): *«… y él los ha zaherido»* (lit. *ha volado sobre ellos,* es decir, se ha lanzado contra ellos con insultos y vituperios). Posteriormente, viene a decir que no se puede esperar otra cosa de él, pues ésa es su costumbre (v. 17): *«Es un hijo de Belial, que no hay quien pueda hablarle».* 3. Hizo un gran servicio a Abigail y a toda la familia al hacer que ella se diese cuenta de lo delicado de la situación y de las terribles consecuencias que la actitud de su marido podía acarrear. Había que hacer algo para calmar a David.

Versículos 18–31

Veamos ahora la prudencia con que actuó Abigail para preservar a su marido y a toda la familia de la destrucción que se cernía sobre ellos. En un caso como éste la prudencia es mejor que las armas. 1. Ya fue una muestra de prudencia el que actuó rápidamente, sin dilación. Los que deseen buenas condiciones de paz, deben acordarlas cuando el enemigo está todavía lejos (Lc. 14:32). 2. Otra muestra de su prudencia fue actuar por sí misma, sin enviar a otros, puesto que era mujer de entendimiento y sabía cómo expresarse. Abigail se dispone, pues, a expiar las culpas de Nabal.

I. Con un espléndido presente, Abigail expía la negativa de su marido a la petición de David. Abigail prepara en abundancia lo mejor que tenía en casa (v. 18), no sólo lleva una copiosa provisión de *pan y carne*, sino también de *pasas* e *higos*. Nabal rehusó darles ni aun *agua* (v. 11), pero ella les llevó *dos odres de vino, lo cargó todo sobre unos asnos* y lo envió por delante (v. 19). Abigail obró, no sólo legítimamente, sino también laudablemente, al disponer de todos estos bienes de su marido sin conocimiento de éste, porque lo hizo en defensa necesaria de él mismo y de toda la familia, la cual, de no haber tomado ella estas medidas, se habría visto irremisiblemente abocada a la ruina. Maridos y esposas, por el bien y el beneficio de la familia, han de tener el mismo interés en el uso y consumo de sus posesiones materiales; pero si uno de ellos derrocha o gasta en lo que no debe, está robando a su cónyuge.

II. Con su porte impresionante y su palabra encantadora, expía por el lenguaje grosero con que Nabal les había tratado. Salió al encuentro de David cuando éste venía lleno de resentimiento y planeba la muerte de Nabal (v. 20). Con todas las muestras posibles de cortesía y respeto le ruega humildemente que se digne escucharla y le pide que excuse la ofensa.

1. Todo el tiempo se dirige a él con deferencia y respeto. No le echa en cara el furor que le domina, sino que procura calmarle el genio.
2. Echa sobre sí misma el reproche por el mal tratamiento que habían recibido los emisarios de David (v. 24): *«Sobre mí sea el pecado»*. Abigail muestra así la sinceridad y la fuerza de su afecto conyugal y el interés que tiene por su familia; por malo que fuese Nabal, al fin era su marido.
3. Excusa la falta de su marido y apela a lo rudo de su carácter natural y a su falta de entendimiento (v. 25): *«Él se llama Nabal* (es decir, insensato), y *la insensatez está con él»*. *Como* si dijese: «En él prevalece la simpleza más que la maldad. Perdónale, pues no sabe lo que se hace».
4. Se excusa a sí misma por no estar enterada primeramente de lo que había pasado: *«Mas yo tu sierva no vi a los jóvenes que tú enviaste.* De haberlos visto yo, se habrían llevado mejor respuesta».
5. La mención que Abigail hace del derramamiento de sangre (v. 26) que David estaba a punto de llevar a cabo para vengarse, bastó para enternecer un corazón tan bien dispuesto como el de David y, por lo que él mismo dice (v. 33), es evidente que le impresionó mucho. Abigail alaba a David por los buenos servicios que ha prestado contra los comunes enemigos de la nación (v. 28): *«Mi señor pelea las batallas de Jehová* contra los filisteos y, por consiguiente, Jehová se encargará de pelear contra los que afrenten a David». Le predice también el feliz resultado de los apuros que sufre de momento, pues le asegura:

(A) Que Dios le conservará a salvo (v. 29): *«La vida de mi señor será ligada en el haz de los vivos delante de Jehová tu Dios»*. Dios es el que, como dice literalmente el Salmo 66:9, *«coloca nuestra alma en la vida»*, como una joya que se guarda en un relicario. El vocablo hebreo *seror*, que se traduce por *haz* (esto es, *gavilla)*, significa *bolsa* en que se guarda el dinero (v. Gn. 42:35; Hag. 1:6, etc.), o la bolsita de perfumes que llevaban las mujeres sobre el pecho (Cant. 1:13).

Es, en cierto modo, un sinónimo del «libro de la vida» (Sal. 69:29; Is. 4:3; Dn. 12:1; Ap. 3:5). La vida del creyente es como un «tesoro» que Dios guarda con cariño (comp. con Sal. 116:15). Los judíos lo entienden no sólo de esta vida, sino también de la vida futura. Por eso, hacen grabar sobre sus tumbas las cinco primeras letras de las respectivas palabras que corresponden en hebreo a la frase: «que su alma sea guardada en el haz de la vida». La frase se halla también en los rollos de Qumrán.

(B) Que Dios le dará la victoria sobre sus enemigos: *«Él* (Dios) *arrojará la vida de tus enemigos como de en medio del hueco de una honda»* (v. 29) y le hará *«casa estable»* (v. 28). La imagen del *haz de los vivos*, conservado como un relicario en poder de Dios, contrasta con la imagen, aplicada a los enemigos de David, de la piedra que viene a ser arrojada lejos con la honda. Con estas razones, Abigail confía en que David perdonará la ofensa y no se arrepentirá después de haber perdonado, sino que, más bien, tendrá una inefable satisfacción por haber dominado su pasión con la prudencia de su espíritu y la gracia de Dios.

Versículos 32–35

«Como zarcillo de oro y joyel de oro fino es el que reprende al sabio que tiene oído dócil» (Pr. 25:12). Abigail dio un sabio reproche a la pasión de David, y David prestó un oído dócil al reproche de ella conforme al principio que él mismo propuso (Sal. 141:5): *«Que el justo me castigue será un favor»*.

I. David da gracias a Dios por haberle enviado este feliz impedimento contra la explosión de su ira pecaminosa (v. 32): *Bendito sea Jehová Dios de Israel, que te envió para que hoy me encontrases.* Hemos de agradecer a Dios todos los favores y beneficios que nos hacen nuestros amigos, ya sea para nuestro cuerpo o para nuestra alma.

II. Da también gracias a Abigail por haberse interpuesto oportunamente entre él y el mal que había pensado hacer (v. 33): Y *bendito sea tu razonamiento, y bendita tú, etc.*

III. Parece muy consciente del gran peligro en que se hallaba lo que engrandecía la merced que ella le había hecho en librarle de él. Habla de su pecado como de algo muy grave, pues estaba a punto de derramar sangre, algo que le horrorizaba cuando estaba en su sano juicio, como lo atestigua su oración (Sal. 51:14): *Líbrame de la sangre derramada* (aun cuando es probable que aquí signifique una *muerte prematura,* como castigo por el pecado que se narra en 2 S. 11).

IV. La despide con respuesta de paz (v. 35), como abrumado por la elocuencia de ella: *«Sube en paz a tu casa, y mira que he oído tu voz* (es decir, he escuchado tu razonamiento), por lo que no ejecutaré la venganza que pensaba tomarme, *y te he tenido respeto* (lit. he levantado tu rostro): he aceptado tu petición. Estoy satisfecho de ti y de lo que has dicho».

Versículos 36–44

Tenemos ahora el funeral de Nabal y el casamiento de Abigail.

I. Funeral de Nabal.

1. *«Nabal se hallaba completamente ebrio»* (v. 36). Llegó Abigail a su casa y parece ser que halló a su marido con tanta gente y con tal abundancia de manjares en torno de él, que ni echó en falta a su mujer ni los manjares que le había llevado a David. Su misma ebriedad daba testimonio de que era *Nabal,* esto es, un *insensato* pues no sabía usar de sus muchos bienes sin abusar de ellos, ni hacerse agradable a sus amigos sin hacer de sí mismo una bestia. No hay señal más segura del poco sentido de una persona, ni camino más seguro para perder el poco que le queda, que el beber con exceso. Nabal, que nunca pensó en gastar un poco a favor de los necesitados, tampoco pensaba que fuera demasiado lo que gastaba en despilfarro y crápula.

2. El que ayer estaba ebrio de vino, a la mañana siguiente estaba lleno de melancolía (v. 37). Cuando, al amanecer, volvió en sí un poco, le contó su mujer lo ocurrido y cuán cerca de la destrucción se había puesto a sí mismo y a su familia por su rudeza, y qué dificultad había tenido que arrostrar ella misma para impedir tal destrucción; al oírlo él, *desmayó su corazón* (lit. *se murió su corazón) en él, y se quedó como una piedra.* Se quedó sombrío y taciturno, aterrado, más que avergonzado, de su necedad.

3. Finalmente, Nabal murió (v. 38): «*Unos diez días después*, sin salir del terror que le había entrado, *Jehová hirió a Nabal, y murió»*.

II. Casamiento de Abigail. David se había prendado de la hermosura de su persona y de la extraordinaria prudencia de su conducta y de su conversación. La requirió por medio de emisarios, al no permitir, sin duda, sus asuntos venir él mismo en persona. Ella recibió la solicitud con gran modestia y humildad (v. 41), y se reconoció indigna de tal honor. Estuvo de acuerdo con la propuesta de matrimonio, marchó con los emisarios después de haber tomado consigo cinco doncellas que la escoltaron conforme a su nuevo rango, y *fue su mujer* (v. 42). Se casó con él por fe, sin importarle el que de momento no tenía él domicilio, pues confiaba firmemente en que la promesa de Dios a David se cumpliría a la larga.

III. Con ocasión de este casamiento, se nos da una breve referencia de las esposas de David. 1. La primera fue Mical hija de Saúl, a la cual habría sido David fiel si ella lo hubiese sido a él, pero Saúl la había dado a otro (v. 44) en señal de desagrado contra él y renunciando así a ser su suegro. 2. Otra que tuvo antes de Abigail (v. 43), pues se la nombra primero en 27:3; 2 S. 3:2, fue *Ahinoam de Jizreel.* 3. La tercera fue esta Abigail. David se dejó llevar de la corrompida costumbre de su tiempo. Al no poder conservar su primera mujer, pensó que tenía excusa si tomaba otra además de la segunda. Pero se engaña quien pretenda cubrirse con las faltas de otros.

CAPÍTULO 26

Le vuelven a David las dificultades por causa de Saúl. I. Los zifeos informaron a éste del paradero de David (v. 1), por lo que marchó con una tropa considerable en persecución de él (vv. 2, 3). II. David se enteró de sus movimientos (v. 4) y se fue a ver dónde acampaba (v. 5). III. Tomó David consigo a un sobrino suyo y se aventuraron ambos a llegar de noche hasta el campamento de Saúl y le hallaron dormido, lo mismo que a sus guardias (vv. 6, 7). IV. A pesar de la incitación de su acompañante, David no quiso dar muerte a Saúl, sino que se limitó a quitarle la lanza y la vasija de agua (vv. 8–12). V. Las mostró después como prueba evidente de que no intentaba hacer ningún daño a Saúl, y razonó con él para hacerle desistir de su persecución (vv. 13–20). VI. Saúl pareció, una vez más, convencido de su error, y desistió de seguir en persecución de David (vv. 21–25).

Versículos 1–5

1. Saúl obtiene información de los movimientos de David y se lanza de nuevo a la ofensiva. Vinieron a él los zifeos y le dijeron dónde estaba David, en el mismo lugar en que estaba cuando le traicionaron anteriormente (23:19). Quizás habría continuado Saúl en la misma buena disposición que mostró antes (24:17) y no le habría creado a David nuevas dificultades, si no hubiesen ido los zifeos con el cuento. Saúl cayó enseguida en la tentación y marchó con una tropa al lugar donde estaba escondido David (v. 2).

2. David obtiene información de los movimientos de Saúl y se pone a la defensiva. Procuraba únicamente su propia seguridad, no la ruina de Saúl; por eso, *estaba en el desierto* (v. 3); dominaba la bravura de su propio ánimo mediante un silencioso retiro, y mostraba así mayor valor que el que habría mostrado mediante una resistencia no tan digna. (A) Envió espías que le informasen de la llegada de Saúl (v. 4), pues se resistía a creer que Saúl continuara comportándose tan vilmente hasta tener de ello la más clara evidencia. (B) Observó con sus propios ojos la forma en que Saúl estaba acampado con sus tropas (v. 5).

Versículos 6–12

I. Atrevida aventura de David al internarse de noche en el campamento de Saúl, acompañado solamente de su sobrino Abisay, hijo de Sarvia, su hermana. Como Gedeón, se aventuró a pasar a través de la guardia enemiga, seguro de la protección de Dios.

II. Cómo halló acampado al enemigo: *Saúl estaba durmiendo en el campamento* (lit. *en la barricada—o en el centro—del campamen*to), con *la lanza clavada en tierra a su cabecera*, y todos sus soldados incluidos los centinelas, *dormían* con *profundo sueño* (vv. 6, 7, 12). Algo extraordinario ocurría (v. el final del v. 12) para que todos a la vez estuviesen profundamente dormidos, hasta el punto de que David y Abisay hablaban y caminaban en medio de ellos sin que ni uno siquiera se despertara. ¡Cuán impotentes yacen Saúl y todos sus soldados, en efecto, desarmados y encadenados por el sueño!

III. Abisay pide permiso a David para despachar a Saúl con la lanza que estaba clavada a su cabecera. Era—pensaba él—una especial providencia la que le daba esta oportunidad y no debía dejar que se le escapase.

IV. David rehúsa generosamente permitir que se haga ningún daño a Saúl y se adhiere resueltamente a sus principios de lealtad (v. 9): «*¿Quién extenderá su mano contra el ungido de Jehová y será inocente?*» Lo que más temía era el pecado, pues le preocupaba su inocencia más que su seguridad. Decidió esperar hasta que Dios tuviese a bien librarle de Saúl en vez de vengarse él mismo (vv. 10–11). De este modo, prefiere la paz de su conciencia a su propio interés y confía el resto a Dios.

V. David y Abisay se llevaron la lanza y la vasija de agua que tenía Saúl a su cabecera (v. 12).

Versículos 13–20

Después de escapar a salvo del campamento de Saúl, y llevarse pruebas suficientes de que había estado allí, David se aposta en un lugar conveniente, de forma que puedan oírle, pero no puedan echarle mano (v. 13), y comienza a razonar con ellos sobre lo que acaba de suceder.

I. Razona irónicamente con Abner y se burla de él mordazmente. Se había levantado Abner y preguntaba quién estaba estorbando el sueño del rey (v. 14). «Soy yo», viene a decir David, y luego le reprocha que haya estado durmiendo cuando debería haber estado de guardia. Para avergonzarle, le dijo David: 1. Que había perdido el honor (v. 15). 2. Que merecía perder la cabeza (v. 16): *«Vive Jehová, que sois dignos de muerte,* por ley marcial, *porque no habéis guardado a vuestro señor. Mira, pues, ahora* la señal evidente; mira *dónde está la lanza del rey:* en las manos de aquel a quien el rey considera su peor enemigo. Los que se llevaron estas cosas, habrían podido quitar con la misma facilidad y seguridad la vida del rey. Ve ahora quiénes son los mejores amigos del rey, si vosotros que le descuidasteis y le dejasteis expuesto al peligro, o yo que le protegí cuando estaba así expuesto».

II. Luego razona seria y afectuosamente con Saúl. Para entonces, éste estaba lo suficientemente despierto como para oír lo que se decía y para darse cuenta de quién lo decía (v. 17): «*¿No es ésta tu voz, hijo mío David?»* Le había dado a otro su hija Mical, esposa de David y, con todo, le llama *hijo;* está sediento de su sangre y, sin embargo, aparenta alegrarse de oír su voz. Ahora tiene David tan buena oportunidad de llegar hasta la conciencia de Saúl como la había tenido hacía poco de quitarle la vida.

1. Se queja de la tristísima condición en que se ve a causa de la enemistad de Saúl contra él. De dos cosas se lamenta: (A) De que se ve apartado de su amo y de su oficio (v. 18): *«¿Por qué persigue así mi señor a su siervo?* En lugar de ser reconocido como siervo, soy perseguido como rebelde». (B) De que se ve separado de su Dios y de su religión, pues se ve obligado a vivir entre adoradores de dioses falsos y metido así en la tentación de unirse a ellos en su culto idolátrico. Si David no hubiese sido un hombre de gracia extraordinaria y de firmeza en sus convicciones religiosas, el mal trato que sufrió a manos de su propio rey y de su mismo pueblo, el Israel que adoraba al verdadero Dios, le habría predispuesto en contra de la religión que Israel profesaba y a favor de unirse con los idólatras.

2. Insiste una vez más en su propia inocencia (v. 18): *«¿Qué he hecho? ¿Qué maldad hay en mi mano?»*

3. Procura convencer a Saúl de que la persecución que ha emprendido contra él es, no sólo malvada, sino vil e indigna de su regia persona. Se compara a sí mismo a una perdiz, que es un ave completamente inofensiva, ya que, cuando la van a cazar, vuela en la medida que le es posible, pero no ofrece ninguna resistencia. ¿Y tendrá que sacar Saúl al campo lo mejor de sus tropas con el único objeto de cazar una pobre perdiz? *«Ruego, pues, que el rey mi señor oiga las palabras de su siervo* (v. 19). Hagamos primero paz con Dios juntamente, reconciliémonos con Él, cosa que podemos hacer mediante un sacrificio, y entonces será perdonado el pecado de quien lo esté cometiendo y llegará a su término este sufrimiento que ambos estamos padeciendo». Este es el método correcto de hacer las paces; es menester primero hacer las paces con Dios mediante Jesucristo, el Gran Sacrificio, y así morirán todas las demás enemistades (Pr. 16:7; Ef. 2:16). Por el versículo 16:14 podemos entender la frase de David: *«Si Jehová te incita contra mí»* lo cual puede hacer mediante un espíritu malo, el que atormenta a Saúl. Esta interpretación es más probable que la que sostiene una especie de «reto» para ver quién es el culpable, por lo que parece aconsejar a Saúl que procure librarse del mal espíritu por medio de sacrificios.

4. Pero cabe otra alternativa: Que la persecución de Saúl contra David se deba a la malevolencia de ciertos hombres. Si es así, David excusa, en alguna medida, a Saúl, para echar toda la culpa a los malvados consejeros de Saúl, que le incitaban a llevar a cabo la acción más indigna, deshonesta y deshonrosa; por ello, viene a insinuar que tales hombres sean removidos de su cargo y echados de la presencia del rey, como *malditos en la presencia de Jehová* (v. 19).

Versículos 21–25

I. Saúl confiesa su culpa y su insensatez en perseguir a David y promete no hacerlo más. Reconoce que lo ha hecho muy mal en procurar darle alcance, pues ha contravenido la ley de Dios *(«he pecado»)* y ha ido en contra de sus propios intereses *(«he hecho neciamente y he errado en gran manera»),* al perseguir como a un enemigo al que se había portado como el mejor de sus amigos. Así que le invita a

regresar a la corte: *«Vuélvete, hijo mío David»* (v. 21), y promete que no volverá a perseguirle más: *«Ningún mal te haré más.»*

II. David no se fía del aparente arrepentimiento de Saúl. Es de notar que Saúl no confiesa haber perseguido a David «por malicia», sino «por error». El verbo hebreo correspondiente a «errar» es *sagá* y significa *«pecar por inadvertencia»* (v. Lv. 4:13). No bastan palabras para dar evidencia de la sinceridad de una confesión. Así que David pide que pase uno de los criados del rey a recoger la lanza de Saúl (v. 22), y después (v. 23): 1. Apela a Dios como árbitro de la controversia: *«Jehová pague a cada uno su justicia y su lealtad»*. 2. Trae de nuevo a la memoria de Saúl el respeto que le tiene por principios de piedad y lealtad, como lo prueba la forma con que se ha comportado con él en este caso: *«No quise extender mi mano contra el ungido de Jehová»*. Con esto le da a entender que la unción recibida era lo que protegía a Saúl, por lo que debía expresar su gratitud al Señor, con quien estaba en deuda por ello. 3. Al no fiarse de las promesas de Saúl, se pone bajo la protección de Dios, cuyo favor ruega (v. 24): «Así *sea mi vida preciosa a los ojos de Jehová y me libre de toda aflicción»*. Como si dijese: «Que sea mi vida estimada a los ojos de Dios, ya que tú la tienes en tan poca estima».

III. Saúl predice la futura promoción de David. Le ensalza (v. 25): *Bendito eres tú, hijo mío David.* Le anuncia futuras victorias: *Sin duda emprenderás tú cosas grandes y prevalecerás.* Las cualidades principescas que se echaban de ver en David: su generosidad al perdonar la vida a Saúl, su autoridad militar al reprender a Abner por dormirse, su interés por el bien común del pueblo, y las señales de la presencia de Dios con él, convencieron a Saúl de que David terminaría siendo promovido al trono, de acuerdo con las profecías acerca de él.

IV. Finalmente, después de la cura paliativa efectuada en la herida de la enemistad, se apartaron en paz el uno del otro. Saúl regresó a Guibeá, y *David se fue por su camino.* Por lo que se desprende del texto sagrado, ya no volvieron a verse más.

CAPÍTULO 27

David era de carácter recto pero tenía sus defectos, los cuales quedan registrados en la Biblia, no para que los imitemos, sino para que los evitemos. I. Hallamos, para alabanza suya, que cuidó sabiamente de su propia seguridad y de la de su familia (vv. 2–4) y que luchó valientemente las batallas de Israel contra los cananeos (vv. 8–9). Sin embargo: II. Hallamos, para deshonra suya: 1. Que comenzó a perder la esperanza en su liberación (vv. 1–2). 2. Que desertó de su país y se fue a vivir en el país de los filisteos (vv. 1, 5–7). 3. Que engañó a Aquís con un equívoco, si no fue con una mentira, acerca de su expedición (vv. 10–12).

Versículos 1–7

I. La fuerza del miedo de David, que era el efecto de la debilidad de su fe (v. 1). Con temple melancólico, deduce la siguiente conclusión: Al *fin seré muerto algún día por la mano de Saúl.* Pero podríamos decirle: *«¡Oh, hombre de poca fe! ¿Por qué dudas?»* Aunque tenía motivos para dudar de las promesas de Saúl, no los tenía para dudar de las de Dios. La incredulidad es un pecado que fácilmente acecha incluso a los buenos. *¡Señor, auméntanos la fe!*

II. La decisión que tomó en consecuencia. Ahora que Saúl se había retirado a su lugar, resolvió aprovechar esta oportunidad para retirarse él al país de los filisteos. Al tomar esta decisión, David se hacía daño a sí mismo. El Señor quería verle *en la tierra de Judá* (22:5). ¿Cómo podía esperar obtener la protección del Dios de Israel, si se salía de las fronteras del país de Israel?

III. La amable acogida que encontró en Gat. Aquís le dio la bienvenida, en parte por generosidad, orgulloso de tener junto a sí a un hombre tan valiente, en parte por política, ya que esperaba tenerle por siempre a su servicio y que también otros siguiesen su ejemplo y desertasen de Israel. No cabe duda de

que Aquís prometió solemnemente su protección a David, y éste podía fiarse de las promesas de un rey pagano y extranjero, cuando no podía fiarse de las de su propio monarca, el rey de Israel.

IV. Al enterarse Saúl de que David había huido a Gat, cesó de ir en su busca (v. 4), y se contentó con tenerle fuera de las fronteras de Israel.

V. David se traslada de Gat a Siclag.

1. Con toda prudencia y gran modestia David pide a Aquís el traslado (v. 5). (A) Realmente, era una medida de gran prudencia. David sabía lo que era ser envidiado en la corte de Saúl, y tenía mayores motivos para temer en la corte de Aquís, por lo cual declina el honor que le había ofrecido el rey. En una ciudad de su propiedad, tendría mayor libertad para practicar su religión, así como para mantener más fácilmente a sus hombres en ella, y su espíritu recto no se sentiría abrumado, como en Gat, con las idolatrías de los filisteos (comp. con 2 P. 2:7). (B) También fue muy humilde la forma en que presentó su petición a Aquís. No le prescribe la ciudad que debería asignarle, sino que ruega la concesión de la *aldea* que el rey tenga a bien darle, y añade: *«¿Por qué ha de morar tu siervo contigo en la ciudad real,* para retener tu atención y distraerla de los que te sirven?»

2. La concesión que le otorgó Aquís, en respuesta a su ruego, fue generosa y benévola (vv. 6, 7): *Aquís le dio aquel día Siclag.* De este modo: (A) Israel recobró su antiguo derecho, pues Siclag caía en la heredad de la tribu de Judá (Jos. 15:31), y después fue extraída, con otras ciudades, de dicha tribu y asignada a Simeón (Jos. 19:5). Pero se ve que no había sido sometida o, más probablemente que los filisteos se habían apoderado de ella. (B) David obtuvo un cómodo alojamiento, no sólo a cierta distancia de Gat, sino también en la frontera misma de Israel. Aun cuando no parece que aumentase sus fuerzas militares en vida de Saúl, puesto que todavía, poco antes de la muerte de éste, contaba con *seiscientos* hombres (30:10) después de la muerte de Saúl, sin embargo, Siclag fue el punto de reunión de sus amigos.

Versículos 8–12

Relato de las actividades de David mientras vivió en el país de los filisteos; los fieros ataques que llevaba a cabo, y la falsa información que de ellos daba a Aquís.

1. Hay quienes eximen a David de injusticia y crueldad en estas actividades, y alegan que tanto los guesuritas como los guezritas, y, especialmente, los amalecitas, estaban condenados por Dios al «anatema», esto es, a la destrucción completa. Saúl mismo había sido rechazado por conservar la vida a los amalecitas, con lo que David estaría supliendo con su obediencia actual la anterior desobediencia de Saúl. Sin embargo, la mayoría de los autores destacan la brutalidad de David en la forma de *asolar el país* (v. 9). No hay por qué justificar todas las acciones de David. Por otro lado, hemos de percatarnos de la diferencia entre la moral del Antiguo Testamento y la moral cristiana.

2. Menos puede todavía justificarse la información falsa que David suministraba a Aquís acerca de esas expediciones: (A) Se ve que David no quería que Aquís supiera la verdad y, por eso, no dejaba con vida a nadie que pudiese llegar a Gat (v. 11), no porque estuviese avergonzado de lo que hacía, sino por miedo a que se enterasen los filisteos y, al ver el peligro que, para ellos mismos o para sus aliados, implicaba tener entre ellos a David, acabasen con él o, al menos, lo echasen de su país. (B) Ocultó la verdad a Aquís por medio de un subterfugio equívoco, poco honroso para la rectitud de su carácter, pues preguntado por Aquís en qué lugares había llevado a cabo sus incursiones, respondía que *en el Néguev de Judá,* etc. (v. 10). Como *néguev* significa «sur», era cierto que había merodeado por territorios que caían al sur de Judá, pero no dentro mismo de Israel, según lo entendió Aquís, infiriendo de ahí (v. 12) que David *se había hecho abominable a su pueblo de Israel y sería siempre su siervo,* al buscar solamente proteger los intereses de Aquís.

CAPÍTULO 28

En este capítulo comienza la preparación de la guerra que pondrá fin a la vida y al reinado de Saúl y, por consiguiente, hará vía libre para la accesión de David al trono. En esta guerra: I. Los filisteos son los

agresores, y Aquís su rey hace a David su confidente (vv. 1, 2). II. Los israelitas se preparan a hacerles frente y Saúl su rey hace de una adivina del diablo su confidente, con lo cual llena así la medida de su iniquidad. 1. La condición desesperada en que se hallaba Saúl (vv. 3–6). 2. Su recurso a una adivina para que le traiga a Samuel (vv. 7–14). 3. Su conversación con la aparición (vv. 15–19). 4. El enorme desaliento que le causó (vv. 20–25).

Versículos 1–6

I. La decisión que tomaron los filisteos en contra de Israel (v. 1): *«Aconteció en aquellos días que los filisteos reunieron sus fuerzas para pelear contra Israel»*.

II. La esperanza que abrigaba Aquís de que David le ayudara en esta guerra: *«Ten entendido que has de salir conmigo a campaña, tú y tus hombres»*. Como si dijese: «Si yo te estoy protegiendo, tú tienes que estar a mi servicio.» Se siente feliz de tener a su lado a un hombre tan valiente como David. Pero David le dio una respuesta ambigua: «Ya veremos lo que hay que hacer; tendremos tiempo de hablar acerca de eso; pero *tú sabrás lo que hará tu siervo*» (v. 2). De esta forma se considera a sí mismo libre de la promesa de servir a Aquís y, no obstante, le permite conservar la esperanza de contar con David.

III. La salida de ambos ejércitos al campo de batalla (v. 4): *Los filisteos vinieron y acamparon en Sunem*, que era una ciudad de la tribu de Isacar (Jos. 19:18), en la ladera sudoeste del pequeño Hermón. En los cercanos montes de Guilboa, Saúl pasó revista a sus tropas y acamparon allí, dispuestos a entrar en batalla con los filisteos.

IV. El terror que acometió a Saúl (v. 5): Vio el campamento de los filisteos, un ejército mejor armado, más numeroso y con mejores ánimos que el suyo. Si se hubiese adherido al Señor, no habría tenido necesidad de temer ante la vista del ejército filisteo, pero ahora su interés había decaído, sus tropas estaban mermadas y le parecieron exiguas y, lo que es peor, le faltaron ánimos. Ahora recordaría la culpable sangre de los amalecitas que él había perdonado, y la inocente sangre de los sacerdotes, que él había derramado. Ante sus ojos aparecían en siniestra fila sus pecados, y esto le robó todo el coraje que necesitaba para presentar batalla. En este aprieto, *consultó Saúl a Jehová* (v. 6). Lo hizo de tal forma que fue como si no le hubiese consultado; por eso se dice en 1 Crónicas 10:14 que *«no consultó a Jehová»* pues fue una consulta débil y fría y con el secreto designio de consultar al diablo si Dios no le daba respuesta. No consultó con fe, sino con mente inestable y llena de doblez. ¿Y podía esperar respuesta *por medio de profetas* el que había aborrecido y perseguido a Samuel y a David, siendo profetas ambos? ¿Podía esperar respuesta *por medio de Urim* el asesino del sumo sacerdote y de todos los 85 sacerdotes de Nob? ¿Podía esperar respuesta *por medio de sueños* el que había ultrajado al Espíritu de gracia, de forma que éste se había apartado de él?

V. Mención de algunos sucesos ocurridos algún tiempo atrás, pero que sirven como introducción al relato siguiente (v. 3). 1. La muerte de Samuel. Samuel había muerto, lo cual alentó a los filisteos y aterró a Saúl. 2. El edicto de Saúl contra la brujería puesto en ejecución por él mismo: *Saúl había arrojado de la tierra a los encantadores y adivinos.* Algunos opinan que Saúl cumplió dicha ley cuando estaba todavía bajo la influencia de Samuel. Quizá cuando Saúl mismo estuvo atormentado por un espíritu malo, sospechó que estaba embrujado y, por eso, procuró acabar con brujas, adivinos y encantadores. Hay muchos que parecen celosos contra el pecado, cuando el pecado les hace daño a ellos mismos (dan informes contra los que juran, si éstos juran contra ellos, o contra los borrachos, si éstos les perjudican mientras están ebrios), pero si un pecado no les afecta personalmente, no les desagrada por ser pecado pues no sienten ningún interés por la santidad ni por la gloria de Dios.

Versículos 7–14

I. Por fin, Saúl busca *«una mujer que tenga espíritu de adivinación»* (v. 7), una pitonisa o, más exactamente, nigromante. Al no responderle Dios, si Saúl se hubiese humillado y perseverado en buscar sinceramente el rostro de Dios con arrepentimiento y confesión de sus pecados, ¿quién sabe si, al fin, no habría conseguido obtener respuesta divina? Pero sumido como estaba en las tinieblas del pecado y al no

poder hallar consuelo ni en el cielo ni en la tierra (Is. 8:21, 22), resuelve llamar a las puertas del infierno y ver si alguien puede tenderle una mano amistosa y procurarle información: *«Buscadme una mujer que tenga espíritu de adivinación».* Sus siervos le recomiendan una que vive en Endor, y a ella acude, haciéndose así culpable: 1. De desprecio al Dios de Israel. 2. De contradicción consigo mismo.

II. Se apresura a llegar hasta ella, pero va de noche y disfrazado; acompañado únicamente de dos hombres y probablemente, a pie (v. 8), aun cuando para llegar allá tuvo que hacer una buena marcha de unas cuatro horas. Los que son llevados cautivos por Satanás se ven forzados: 1. A rebajarse. Nunca apareció Saúl tan vil como cuando fue a consultar a una hechicera para saber su fortuna. 2. A disimular. Tal es el poder natural de la conciencia que hasta los malhechores parecen avergonzarse de obrar el mal; por eso, tratan siempre de excusarse.

III. Le comunica el objeto de su viaje y le promete impunidad.

1. Todo lo que desea de ella es que le traiga a alguien de los muertos. Esperaba que la nigromancia le serviría para sus propósitos. Esto estaba terminantemente prohibido en la Ley (Dt. 18:11): *«Yo te ruego que … me hagas subir a quien yo te diga»* (v. 8). Se entendía comúnmente que las almas continúan existiendo después de la muerte, por lo que su aparición caía dentro del ámbito de lo posible, si Dios lo quería o lo permitía.

2. La mujer expresa su temor a la Ley y la sospecha de que este personaje extraño le va a tender una trampa (v. 9): *Tú sabes lo que Saúl ha hecho, etc.* Se siente en peligro de transgredir el edicto de Saúl y eso es lo único que la preocupa, no el transgredir la ley de Dios e incurrir así en su ira. Considera lo que *Saúl ha hecho,* no lo que Dios ha dicho contra tales prácticas, y sospecha una trampa puesta a su vida, no a su alma.

3. Saúl le promete con juramento que no la descubrirá (v. 10). Pero le promete más de lo que él mismo puede cumplir, al decirle: *Ningún mal te vendrá por eso,* puesto que mal podía dar seguridades, de la divina venganza en especial, quien no tenía ninguna.

IV. Samuel, recientemente muerto, era la persona con la que Saúl quería hablar.

1. Tan pronto como Saúl dio a la mujer seguridad, ella se dispuso a desempeñar su oficio y preguntó: *¿A quién te haré venir?* (v. 11).

2. Saúl desea hablar con Samuel: *Hazme venir a Samuel.* Samuel le había ungido por rey y había sido primeramente su amigo y consejero. Mientras Samuel vivía en Ramá no lejos de Guibeá de Saúl, y estaba al frente de la escuela de profetas nunca leemos que Saúl fuese a consultarle. ¡Cuánto mejor le habría ido si lo hubiese hecho!

3. Tan pronto como la mujer vio la sombra de Samuel (v. 12) adivinó que el desconocido visitante era Saúl y le dijo (v. 13): *«¿Por qué me has engañado* disfrazándote, *pues tú eres Saúl,* precisamente el hombre al que temo más que a ningún otro?»

4. Saúl le dice que no tenga miedo y que le refiera lo que ha visto. Ella dice entonces: *He visto dioses que suben de la tierra* (lit.). La mujer emplea el plural *elohim,* quizá para designar a un ser sobrenatural y muy distinto de un hombre en su estado ordinario no está de más recordar que la Biblia Hebrea llama *dioses* a los jueces (Sal. 82:6, comp. con Jn. 10:34, 35). Por la forma en que la mujer describe a la sombra o espectro que sube, Saúl entiende que es Samuel (v. 14): un anciano, envuelto en su típico manto (15:27). Por ello, se postra *rostro en tierra y le hace gran reverencia.*

5. Hay autores, antiguos sobre todo, que sostienen, o que la pitonisa imitó con sus artes mágicas la voz de Samuel, o que Dios permitió que fuese el diablo quien respondiera a Saúl. Sin embargo, el texto mismo y algunas otras referencias han inclinado a la mayoría de los comentaristas modernos a admitir que fue el propio Samuel quien se apareció a Saúl. En efecto: (A) Sólo una aparición totalmente imprevista puede explicar el grito de sorpresa de la mujer (v. 12). (B) Sólo alguien en comunión con Dios podía asegurar con toda certeza lo que iba a ocurrir al día siguiente (v. 19). (C) El aparecido usa nada menos que siete veces el nombre de Jehová cosa muy improbable en un demonio (vv. 16–19). (D) El texto de 1 Crónicas 10:13, en la versión de los LXX, dice que *«le contestó Samuel»,* lo cual se halla confirmado en el apócrifo Eclesiástico (46:20) donde se dice de Samuel: *«Y después de dormido, todavía profetizó y anunció al rey su fin».* El que no admitamos los evangélicos la canonicidad de tal libro, no significa que hayamos de rechazar de plano su historicidad.

Versículos 15–19

Conversación entre Saúl y Samuel.

I. Samuel pregunta a Saúl (v. 15): *¿Por qué me has inquietado haciéndome venir?* Aunque Samuel venía con el permiso de Dios, reprocha a Saúl haberle hecho venir del *seol,* lugar de reposo de las almas de los justos hasta que fue cumplida la obra de la redención (probable alusión en Ef. 4:8).

II. Saúl se excusa y alega el aprieto en que se encuentra y su abandono por parte de Dios: *«Dios se ha apartado de mí …».* No podía esperar otra cosa quien tan grave y obstinadamente se había apartado de Dios. Si estuviese verdaderamente arrepentido, reconocería en esto la justicia de Dios, pero como un hombre rabioso de furor, parece echar la culpa al mismo Dios del miserable estado en que se halla. Con todo, espera que Samuel pueda ayudarle, sin percatarse de que, cuando Dios ha apartado su rostro de una persona, ni el mejor servidor de Dios, sea Moisés o Samuel (v. Jer. 15:1), puede prestarle ninguna ayuda (v. 16).

III. Samuel le recuerda a Saúl lo que ya le había dicho (15:28) a causa de la desobediencia de éste en la campaña contra los amalecitas. Por esta desobediencia, Saúl perdió el reino y Dios lo dio a David (v. 17). Al no haber escuchado Saúl la voz de Dios en aquella ocasión, Dios no le escucha a él ahora (v. 18). Finalmente, le predice la derrota de Israel a manos de los filisteos, y la muerte de él y de sus hijos en la batalla (v. 19): *«Mañana estaréis conmigo tú y tus hijos»;* es decir, en el *seol,* en el reino de los muertos, pero no en el mismo estado o compartimento (v. Lc. 16:26).

Versículos 20–25

Cómo recibió Saúl el terrible mensaje que Samuel le comunicó. Había preguntado qué es *lo que tenía que hacer* (v. 15), pero le dicen lo que no había hecho (v. 18) y lo que le iban a hacer (v. 19).

I. Cómo se hundió bajo el peso de tan aciago mensaje (v. 20). Estaba en muy malas condiciones físicas para soportarlo: *Estaba sin fuerzas, porque no había comido nada en todo aquel día y aquella noche.* Salió del campamento en ayunas y continuó en ayunas, no por falta de comida, sino por falta de apetito; y al oír el comunicado de Samuel, *cayó en tierra cuan largo era* (y, por cierto, era bien largo—v. 10:23—), como si los arqueros de los filisteos le hubiesen herido ya. Fue a la adivina de Endor en busca de consejo y de consuelo, y se encontró más confuso y desconsolado de lo que estaba.

II. Cuánto costó persuadirle a que comiera lo necesario para poder regresar a su puesto en el campamento. La mujer insistió mucho en que comiera algo, a fin de que pudiera marcharse de allí, ya que temía quizá que si enfermaba en su casa y, especialmente, si se moría allí, podría ella ser acusada de traición, aun cuando se viese libre del cargo de hechicería. Así pues:

1. Le importunó con insistencia a que tomase algo. Ella tenía a mano *un ternero engordado* (el vocablo hebreo indica que era usado para trillar el grano y, por tanto, del que era gran desventaja desprenderse) y *lo mató en seguida* para prepararle de comer (v. 24).
2. Él se resistía con la misma insistencia a probar bocado (v. 23): *Él rehusó diciendo: No comeré.* Si hubiesen sido sólo fuerzas corporales las que le faltaban, aquella suculenta comida le habría aliviado mucho; pero, ¡ay!, su caso estaba fuera del alcance de tales remedios. ¿Qué ayuda puede prestar una deliciosa vianda a una conciencia mortalmente herida?
3. Porfiaron más la mujer y los siervos de Saúl hasta vencer su resistencia: *Pero porfiaron con él sus siervos juntamente con la mujer, y él les obedeció,* contra su voluntad y su falta de apetito. Con ello, adquirió fuerzas suficientes para levantarse y marchar con sus hombres antes de que fuese de día (v. 25), a fin de llegar cuanto antes al campamento. Flavio Josefo admira aquí la valentía y la magnanimidad de Saúl en este punto, pues, a pesar de que le habían asegurado que iba a perder el honor y la vida, no quiso abandonar a sus tropas, sino que regresó resueltamente al campamento y se preparó para entrar en batalla.

CAPÍTULO 29

En este capítulo hallamos la forma providencial en que David en comunión con Dios, fue sacado del aprieto en que se encontraba y Dios le proveyó la solución, sin que él tuviera que idear ninguna estratagema. Le vemos aquí: I. Marcha con los filisteos (vv. 1, 2). II. Halla la oposición de los príncipes de los filisteos (vv. 3–5). III. Afortunado en ser despedido por Aquís del servicio que tan mal le caía, pero del que no sabía cómo deshacerse (vv. 6–11).

Versículos 1–5

I. El gran aprieto en que se hallaba David. El ejército de los filisteos y el de los israelitas estaban acampados ambos y listos para entrar en batalla (v. 1). Aquís, que tan bien se había portado con David, le había obligado a acompañarle y traer consigo las fuerzas de las que disponía. Obedeció David, y al pasar revista a las compañías, los príncipes de los filisteos hallaron que *David y sus hombres iban en la retaguardia con Aquís* (v. 2). El aprieto en que se hallaba David era mayúsculo. Si al entrar en batalla se retiraba con sus hombres, caería sobre él el indeleble reproche de ser, no sólo cobarde y traidor, sino también villano e ingrato con Aquís. Si, como se esperaba de él, luchaba en las filas de los filisteos contra Israel sería culpable de enemistad con su propio pueblo, el Israel de Dios y de alta traición contra su país y su rey, con lo que los israelitas le aborrecerían y se opondrían unánimemente a que se le concediera la corona. Si Saúl moría en la batalla (como efectivamente ocurrió), David podría ser acusado de haberle dado muerte. Así que por todos los lados le acechaban el pecado y el escándalo. En este aprieto se metió él mismo por su imprudencia y su desconfianza en Dios al marcharse de la tierra de Judá. Por tanto, bien podía Dios haberle dejado justamente en esta grave dificultad para castigarle por su insensatez, pero, como Dios le amaba y el corazón de David estaba recto con Dios, *no permitió el Señor que fuese tentado más de lo que podía resistir, sino que le proveyó también juntamente con la tentación la vía de escape* (1 Co. 10:13).

II. La puerta que se le abrió para ser librado de este aprieto. Dios inclinó el corazón de los príncipes de los filisteos a oponerse a la entrada de David y de sus hombres en la batalla y a insistir en que fueran despedidos. 1. La pregunta que hicieron no pudo ser más apropiada: *¿Qué hacen aquí estos hebreos?* (v. 3). Verdaderamente, no era aquel el lugar propio y digno para David y sus hombres. Al Responder a esta pregunta Aquís dio de David un testimonio muy honorable, pues habló de él como de un refugiado, exiliado injustamente de su propio país y puesto bajo su protección, y que le había prestado desde entonces muy buenos servicios. 2. No obstante, los príncipes de los filisteos se mostraron intransigentes y le exigieron a Aquís que le despidiera: (A) Porque había sido anteriormente enemigo de los filisteos, como lo atestiguaba lo que de él se cantaba en las danzas de Israel (v. 5): *«Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles»*. (B) Porque podía, en cualquier momento, convertirse en el mayor enemigo y hacerles más daño que todas las tropas de Saúl juntas, al poder sorprenderles por la retaguardia (v. 4): *No sea que en la batalla se nos vuelva enemigo; porque ¿con qué cosa volvería mejor a la gracia de su señor que con las cabezas de estos hombres?*

Versículos 6–11

Aquís, aun cuando era el jefe supremo del ejército y el único de los príncipes que ostentaba el título de rey, era, al fin y al cabo, uno entre cinco; así que, en el consejo de guerra celebrado en esta ocasión, le venció el voto de la mayoría y, muy a pesar suyo, se vio obligado a despedir a David.

I. La despedida que le da Aquís es muy honrosa y no parece terminante, sino como de momento. 1. Con una exageración corriente entre los orientales, le expresa la gran satisfacción que ha sentido al tenerle en su compañía (v. 9): *Tú eres bueno ante mis ojos, como un ángel de Dios.* 2. Le da de palabra certificado de buena conducta (v. 6): *«Tú has sido recto,* y toda tu conducta ha sido *buena ante mis ojos, y ninguna cosa mala he hallado en ti desde el día que viniste hasta hoy»*. 3. Echa toda la culpa de esta dimisión a los príncipes, quienes de ningún modo soportan que continúe en el campamento. 4. Le ordena que se marche de madrugada temprano (v. 10).

II. La forma en que recibió David este comunicado parece muy obsequiosa, pero caben pocas dudas de que estaba disimulando; protesta de esta despedida como si estuviese ansioso de hacer lo que, en realidad, no tenía el menor deseo de llevar a cabo. Pero no está libre, por eso, de culpa; es una de las muchas inconsecuencias de David por este tiempo, a causa de confiar más en sus maniobras que en la protección de Dios.

III. Sin embargo, la providencia de Dios ordenó las cosas de tal modo que David saliese fácilmente del aprieto en que se hallaba, pues, además de quebrarse la trampa que le amenazaba, se le facilitó una rápida huida a su propia ciudad para rescatarla de la desolación a la que la habían sometido los amalecitas. Siclag necesitaba urgentemente a David, aunque David no se había enterado de la necesidad antes. De esta forma, la descortesía con que le habían tratado los príncipes de los filisteos resultó, en muchos aspectos una ventaja para él. *Por Jehová son afianzados los pasos del hombre, y Él aprueba su camino* (Sal. 37:23). No sabemos ahora lo que Dios hace con nosotros, pero lo sabremos después y veremos que todo era para nuestro bien (Ro. 8:28).

CAPÍTULO 30

Cuando David fue despedido del ejército de los filisteos, no se fue al campamento de Israel, sino que, al haber sido expulsado por Saúl observó completa neutralidad y se retiró pacíficamente a su ciudad, Siclag, y dejó a los ejércitos dispuestos a enfrentarse. I. Halló la ciudad en lamentable estado, asolada por los amalecitas, lo cual le causó gran pesar, así como a sus hombres (vv. 1–6). II. Consultó a Dios y, tras obtener del Señor respuesta favorable (vv. 7, 8), persiguió al enemigo (vv. 9, 10), recibió de un egipcio valiosa información (v. 11–15), atacó y derrotó a los amalecitas (vv. 16, 17) y recobró todo lo que éstos se habían llevado (vv. 18–20). III. Método que observó en el reparto de los despojos (vv. 21–31).

Versículos 1–6

I. Los amalecitas invaden Siclag en ausencia de David. Entraron por sorpresa en la ciudad, la cual había quedado desguarnecida, la saquearon, la incendiaron y se llevaron cautivas a las mujeres, así como a los niños (vv. 1, 2). Con esta acción intentaban vengarse de las incursiones que recientemente había llevado a cabo David en su territorio (27:8). Sin embargo, la providencia de Dios inclinó de forma maravillosa los corazones de estos amalecitas a llevarse en cautiverio las mujeres y los niños, en lugar de darles muerte.

II. La confusión y la consternación que experimentaron David y sus hombres cuando hallaron sus casas reducidas a cenizas, y a sus mujeres y niños llevados en cautiverio. Después de una marcha de tres días desde el campamento de los filisteos hasta Siclag, ahora que llegaban fatigados en extremo, pero con la esperanza de hallar reposo en sus casas y gozo en sus familias, ¡qué escenario tan negro y descorazonador tenían a la vista! (v. 3). Ello les hizo llorar amargamente (sin exceptuar a David), aunque eran hombres de guerra, *hasta que les faltaron las fuerzas para llorar* (v. 4).

III. *Los hombres de David murmuraron de él y se amotinaron contra él* (v. 6): *David se angustió mucho* porque además de las pérdidas que él mismo había experimentado, *el pueblo hablaba de apedrearlo:* 1. Porque le consideraban causante de aquella calamidad, por la forma en que había provocado a los amalecitas y por haber dejado sin ninguna guarnición a la ciudad. 2. Porque comenzaban ahora a perder la esperanza de la promoción que se habían prometido al seguir a David. Tenían todos la ilusión de llegar un día a ser príncipes, y ahora se veían como mendigos. Saúl le había expulsado de su propio país, los filisteos le habían expulsado de su campamento, los amalecitas habían saqueado su ciudad, llevándose también prisioneras a sus mujeres, y ahora para completar su tragedia, sus amigos incondicionales en quienes había puesto su confianza y a quienes había dado protección, refugio y alimento, en lugar de compartir sus penas, *levantaban el calcañar contra él* y amenazaban con apedrearle. Tan negro panorama requería una fe muy grande. Con frecuencia, tanto los creyentes como las mismas iglesias se hallan como en las últimas antes de que comiencen a reponerse.

IV. David pone toda su confianza en la providencia divina en medio de tan tremendo aprieto (v. 6): *«Mas David se fortaleció en Jehová su Dios». Sus* hombres estaban irritados: *Estaba amarga el alma de todo el pueblo* (lit.). La impaciencia y el descontento añadían hiel y ajenjo a su aflicción y miseria, con lo que hacían el caso doblemente gravoso. Pero David lo soportó con mejor ánimo, aunque tenía mayor motivo que ninguno de ellos para lamentarse; ellos dieron rienda suelta a sus pasiones, pero él puso en práctica su fe y su gracia y, al fortalecerse así en Dios, guardó en su interior la calma mientras los demás se quitaban los ánimos unos a otros. Ésta era la costumbre de David, y así hallaba él el consuelo y el ánimo que necesitaba: *«En el día en que tengo miedo, yo en ti confío»* (Sal. 56:3). Así, ni las mayores calamidades acababan con su fe.

Versículos 7–20

I. David consulta a Dios para ver qué debe hacer: *«¿Perseguiré a estos merodeadores?»* También le pregunta cuál será el resultado: *«¿Los podré alcanzar?»* (v. 8). David no abrigaba ninguna duda de que fuese justa esta guerra contra los amalecitas, y su inclinación era lo bastante fuerte para lanzarse contra ellos a fin de recuperar lo que más amaba en este mundo; con todo, no quería lanzarse a esta empresa sin pedir antes consejo a Dios, con lo que mostraba así que de Él dependía y a Él se sometía.

II. Al frente de todos los hombres que estaban a sus órdenes, se puso en marcha contra los amalecitas (vv. 9, 10). Véase cuán rápidamente su paciencia y su fe apaciguaron el motín de sus soldados. Cuando *el pueblo hablaba de apedrearlo* (v. 6), si él hubiese amenazado con ahorcarles o, al menos, que cayeran las cabezas de los promotores del motín, a pesar de lo justo de la sentencia, habrían resultado perniciosas consecuencias para sus propios intereses en tan crítica coyuntura. Ahora, todos sus hombres estaban dispuestos a marchar con él en persecución de los amalecitas, y a todos los necesitaba; pero se vio obligado a dejar atrás 200 hombres, un tercio de su ejército, pues se hallaban tan fatigados de la marcha que *no pudieron pasar el torrente de Besor* (v. 9). Esto fue para David:

1. Una gran prueba para su fe: ¿Podía seguir adelante, confiado únicamente en la palabra de Dios, cuando tantos de sus hombres se le habían quedado atrás desfallecidos? Cuando nos hallemos decepcionados y desalentados en las esperanzas que hayamos puesto en las causas segundas, sigamos adelante con buen animo, y confiemos en el poder de Dios, pues así se le da gloria *«creyendo en esperanza contra esperanza»* (Ro. 4:18).
2. Una gran prueba de la delicadeza de David hacia sus hombres, ya que no les urgió a seguirle sacando fuerzas de flaqueza, aun cuando el caso era grave y urgente. Así es como el Hijo de David nos muestra la compasión del Padre *«porque Él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo»* (Sal. 103:14). No todos los seguidores de Cristo tienen el mismo vigor en sus empresas y conflictos espirituales, pero, cuando somos débiles, Él es compasivo; más aún, Él es fuerte (2 Co. 12:9, 10).

III. La Providencia les puso en el camino un pobre y malparado joven egipcio que les dio información de los movimientos de los enemigos y les sirvió de guía para los movimientos de ellos.

1. La crueldad que le mostró su amo. Después de haber servido fielmente a su señor, éste le había abandonado porque estaba enfermo, dejándole que se muriera en pleno campo. Justamente se sirvió la Providencia de Dios de este pobre siervo, tan mal tratado de su amo, como instrumento para la destrucción de todo el ejército de los amalecitas y, entre ellos, de su propio amo.
2. La compasión que tuvo David de él. Aunque tenía motivos para sospechar que este hombre fuese uno de los que habían intervenido en la destrucción de Siclag, al hallarle, no obstante, en este apuro, le asistió generosamente, le dio, no sólo *pan y agua* (v. 11), sino también *higos y pasas* (v. 12). A pesar de que los israelitas tenían prisa y no llevaban muchos víveres, no quisieron abandonarle, sino que se apresuraron a *salvar al que estaba en peligro de muerte* y no dijeron: *No nos dimos cuenta* (Pr. 24:11, 12).
3. La información que recibió David de este pobre egipcio tan pronto como se recobró de su extrema debilidad, pues le refirió, en cuanto a los de su propio bando: (A) Lo que habían hecho (v. 14): *Hicimos una incursión, etc.* (B) Adónde se habían marchado los demás (vv. 15, 16). Prometió a David informarle de ello bajo condición de que no le mataría ni le entregaría en manos de su amo, el cual si se enteraba de

su paradero, añadiría nuevas crueldades a las anteriores (al menos, así lo pensaba él). Tan alta opinión tenía este pobre egipcio de lo sagrado de un juramento, que no deseaba para su vida mayor seguridad que ésta: «*Júrame por Dios*» (v. 15); no por los nombres de los dioses de Egipto ni de Amalec, sino por el Dios supremo, vivo y verdadero.

IV. Enterado por el egipcio del lugar donde estaban los amalecitas, los cuales celebraban su triunfo sin sospechar ningún peligro, cayó sobre ellos y, como él solía orar, *vio su deseo sobre sus enemigos.* 1. Los bandidos cayeron allí casi todos. Alegres con el botín que habían acaparado, estaban *comiendo, bebiendo y haciendo fiesta* (v. 16). En esta forma los sorprendió David, resultándole así más fácil batirles. Sólo 400 hombres, lo suficientemente jóvenes y avisados para darse prisa, montaron en los camellos y huyeron. 2. Fue recuperado el botín y no se perdió nada (vv. 18, 19); por el contrario, todavía ganaron con el botín que les tomaron a los incursores, se hace especial mención de *las dos mujeres de David* (v. 18), pues esto era lo que él estimaba más que ninguna otra cosa, y del nuevo botín que tomaron a los amalecitas (v. 20). Los que recientemente querían apedrear a David, ahora iban proclamando: *Éste es el botín de David,* porque habían ganado con él más de lo que antes habían perdido. Así es como el mundo y los sentimientos de los mundanos son gobernados por el interés material.

Versículos 21–31

Relato de la distribución del botín que fue tomado a los amalecitas. David lo repartió como quien sabe que la justicia y la caridad deben ser nuestra norma en el uso que hacemos de todo cuanto tengamos en este mundo.

I. David fue justo y generoso con aquellos de sus hombres que se habían quedado atrás a causa de la fatiga: *Les saludó con paz* (v. 21), o, como dice literalmente el hebreo, *les preguntó por paz,* esto es, si se encontraban bien, les pidió que no se entristecieran, pues no iban a perder nada por haberse quedado atrás. Parece ser que ellos temían eso, como quizá lo notó David por la expresión de sus rostros.

1. Había quienes se oponían a que estos hombres participasen del botín; algunos de entre los soldados de David, probablemente los mismos que antes hablaron de apedrearle, hablaban ahora de defraudar a sus hermanos; son llamados aquí *hijos de Belial* (lit.), es decir, perversos (v. 22). Éstos proponían que los 200 hombres que se habían quedado atrás no participasen del botín, sino solamente que se les devolvieran sus mujeres e hijos.

2. David no quiso admitir esta proposición, sino que ordenó que los que se habían quedado atrás participasen por igual, con los demás que habían ido a la batalla, de los despojos obtenidos en ella (vv. 23, 24). La misericordia de Dios hacia nosotros debería hacernos misericordiosos los unos con los otros. Es cierto que se habían quedado atrás, pero: (A) No fue por falta de ánimo a favor de la causa o por pereza en ayudar a sus hermanos, sino porque carecían de fuerzas físicas para seguir adelante. (B) Aunque ahora se habían quedado atrás, muchas veces habían entrado en batalla anteriormente y se habían portado tan bien como el mejor de sus hermanos. (C) Aun ahora habían prestado un buen servicio, pues se habían quedado y guardado el bagaje (v. 24), algo que era necesario hacer para que no cayese en manos de algún otro enemigo. No todos los puestos de servicio son puestos de honor, pero los que de cualquier modo sirven al bien de la comunidad, aun cuando no sea en oficios de alto rango, deben participar de los beneficios de la comunidad, de la misma forma que, en nuestro cuerpo natural, cada miembro cumple con su función y comparte con los demás el alimento del organismo.

3. Así es como quedó esto por norma para futuras generaciones, como estatuto para su reino (v. 25): *Desde aquel día en adelante fue esto por ley y ordenanza en Israel, hasta hoy;* aunque esta costumbre es mencionada ya en Números 31:27.

II. David fue generoso y benévolo con todos sus amigos. Después de haber repartido a cada uno lo suficiente, quedaba aún considerable cantidad de botín; es probable que gran parte del botín tomado de las tiendas de los amalecitas consistiera en joyas (Jue. 8:24, 26), y de ellas consideró conveniente hacer un regalo a sus amigos *los ancianos de Judá* (v. 26) y los de otros lugares (v. 31). Se mencionan varios lugares a los que envió presentes, todos ellos en la tribu de Judá o en sus cercanías. El lugar mencionado primero es *Betel* según el texto hebreo, pero es indudable que no puede tratarse del Betel de Efraín, sino

de una ciudad mucho más al sur; con la mayor probabilidad, *Betul* (Jos. 19:4). *Hebrón* se menciona en último lugar, precisamente la ciudad en que muy pronto iba a fijar su cuartel general (2 S. 2:1). En este envío de los presentes.

1. La generosidad de David. No pensaba en enriquecerse él mismo, sino en servir a su país. Los hombres de espíritu piadoso son de corazón generoso.
2. Su gratitud. Envió presentes a *todos los lugares donde había estado con sus hombres* (v. 31), esto es, a todos los que le habían prestado cobijo, provisiones, información y otros favores.
3. Su piedad. Llama al presente que envía a dichos lugares *bendición* (v. 26, lit.), porque ningún regalo que hagamos a nuestros amigos les va a servir de provecho si no lleva la bendición de Dios; con ello da a entender que el regalo iba acompañado de las oraciones por ellos.
4. Su política. Envió estos presentes a sus hermanos de tribu (en especial) para ganárselos mejor, a fin de que estuvieran dispuestos a ponerse de su parte en la accesión al trono, la cual estaba ahora, por cierto, al alcance de su mano.

CAPÍTULO 31

En este capítulo tenemos la derrota y muerte de Saúl. Quizás el mismo día en que David triunfaba sobre los amalecitas, triunfaban los filisteos sobre Saúl. Se aprecia en el texto sagrado el contraste, a fin de que los hombres puedan ver lo que resulta de confiar en Dios y lo que resulta de abandonar a Dios. Dejamos antes a Saúl presto a combatir con los filisteos, pero con mano trémula y corazón dolorido, pues le había sido leído desde ultratumba su destino fatal, ya que no quiso obedecer el que le había sido leído desde el cielo. I. Derrotado su ejército (v. 1). II. Tres hijos suyos, muertos (v. 2). III. Él mismo, herido (v. 3), comete suicidio (v. 4). IV. La muerte de su escudero y de todos sus hombres (vv. 5, 6). V. Su país, en manos de los filisteos (v. 7). VI. Su campamento, saqueado; su cadáver, abandonado (v. 8); su cuerpo, decapitado; su derrota, celebrada y divulgada (v. 9). VII. Su cadáver, expuesto al público y rescatado con dificultad después, gracias a la valentía de los hombres de Jabés de Galaad (vv. 11–13). Así cayó el hombre que había sido rechazado por Dios.

Versículos 1–7

Ha llegado ahora el día de la retribución, en el que Saúl iba a descender a la batalla y perecer en ella (v. 26:10).

I. Ve a sus soldados caer en torno suyo (v. 1). Lo mejor de sus tropas fueron puestos en fuga y murieron grandes multitudes de ellos.

II. Ve a sus hijos caer delante de él. Los victoriosos filisteos presionaron con su mayor brío contra el lado donde se hallaba el rey de Israel. Sus hijos estaban cerca de él y fueron muertos en presencia suya. Jonatán, aquel prudente, valiente y honesto hombre, el gran amigo de David, tanto como Saúl era su enemigo, cayó con los demás. La obligación hacia su padre no le permitió quedarse en casa o retirarse antes de que comenzase la batalla. Si la familia había de caer, la lealtad a su familia le inducía a caer él también, como miembro de la familia. De esta manera, además, dejaría completamente expedito el acceso de David al trono, puesto que, aun cuando Jonatán habría cedido a David de muy buena gana todos sus derechos, es probable que muchos de entre el pueblo hubiesen enarbolado su nombre para mantener en alto la casa de Saúl o, al menos, habrían tardado más en reconocer a David. Si Is-bóset (quien no acudió a la batalla o escapó de ella con vida, lo mismo que Abner) tenía tantos amigos, ¿cuántos no habría tenido Jonatán, que había sido siempre tan estimado por el pueblo, cuyo favor nunca había perdido? Ello habría supuesto una situación delicada para David.

III. Saúl es herido gravemente por los filisteos y muere luego por su propia mano. Le hirieron los arqueros (v. 3), de forma que ya no pudo huir ni seguir luchando, con lo que inevitablemente iba a caer en manos del enemigo. 1. Prefería morir a manos de su escudero antes que a manos de los filisteos, no fuese

que se burlaran de él como hicieron con Sansón. Como había vivido, orgulloso y envidioso, así murió, siendo el espanto de cuantos le rodeaban y de sí mismo. ¡Verdaderamente triste y deplorable es la condición de aquellos que, para escapar del infierno que llevan dentro, se lanzan antes de tiempo al infierno que tienen delante! 2. Al no poder obtener de su escudero ese favor, se convirtió en su propio verdugo. Su escudero no quiso rematarlo, no sabemos si por respeto al ungido de Jehová (comp. con 24:7; 26:9) o por respeto y afecto a su señor.

IV. Su escudero, que no quiso matarle, quiso morir con él: *Él también se echó sobre su espada y murió con él* (v. 5). Es tradición judía que el escudero de Saúl era Doeg. Si es así, se suicidó con la misma espada con la que había dado muerte a los sacerdotes de Nob (22:18).

V. El país quedó en tal confusión con la derrota de las tropas de Saúl, que los israelitas *que eran del otro lado del valle y del otro lado del Jordán … dejaron las ciudades y huyeron* (v. 7), con lo que los filisteos, por algún tiempo, tomaron posesión de ellas, hasta que las cosas volvieron a su cauce en Israel.

Versículos 8–13

La Escritura no hace mención de las almas de Saúl y de sus hijos, sino solamente de sus cuerpos.

I. Los filisteos abusaron vilmente de sus cadáveres. Al día siguiente de la batalla, cuando habían recobrado fuerzas después de la fatiga del día anterior, vinieron a ensañarse en los muertos y, entre los demás, hallaron los cadáveres de Saúl y de sus tres hijos (v. 8). La narración se centra ahora en el cadáver de Saúl.

1. Le cortaron la cabeza. (A) Con eso se vengaban de la muerte de su gran paladín, Goliat. Así como David le cortó la cabeza a Goliat después de derribarle en tierra con la honda, así le cortaban ellos la cabeza a Saúl después de tenerle derribado en tierra. (B) También se burlaban así de los israelitas, quienes es probable que confiasen en que una cabeza ungida les salvaría de los filisteos. (C) Era una burla especial contra el propio Saúl, quien es probable que se jactara de sobrepasar a los demás de los hombros para arriba (9:2; 10:23). Sin cabeza, quedaba a la altura de los demás.

2. Le despojaron también de las armas (v. 9) y las llevaron, como trofeo de la victoria, al templo de su diosa Astarot (v. 10). En 1 Cr. 10:10 se añade que *colgaron su cabeza en el templo de Dagón.*

3. Enviaron mensajeros por todo el país, a fin de que llevaran las buenas noticias *al templo de sus ídolos* para darles gracias por la victoria alcanzada sobre Israel, y *al pueblo,* para que se organizasen grandes festejos públicos (v. 9).

4. Por lo que se desprende del v. 12, los filisteos colgaron en los muros de Bet-Sán los cadáveres de Saúl y de sus hijos. Era ésta una ciudad no distante de Guilboa y muy cercana al río Jordán. Allí solían colgar los cadáveres para que fuesen devorados por las aves de presa, y para que quedasen expuestos a la vergüenza pública.

II. Los hombres de Jabés de Galaad rescataron valientemente los cadáveres. Les era fácil vadear el Jordán por aquella parte; así que se arriesgaron bravamente a pasar el río por la noche, tornar los cadáveres y darles una decente sepultura (vv. 11, 13). Esto lo hicieron:

1. Por el honor de Israel y por el carácter sagrado de la tierra que no debía ser contaminada por la exposición prolongada de cadáveres; y, especialmente, por el honor de la corona de Israel, que de tal modo había sido profanada por los incircuncisos.

2. Por un sentimiento especial de gratitud hacia Saúl, quien se había apresurado con celo y valentía a rescatarles de los amonitas en su llegada al trono (cap. 11). Quemaron los cadáveres. Aunque no era éste el modo de sepultar entre los israelitas, vemos que no se trata de una incineración completa como la que condenó Amós (Am. 2:1), puesto que *sepultaron sus huesos debajo de un árbol* (v. 13). *Y ayunaron siete días,* e hicieron así duelo por la muerte de Saúl y, al mismo tiempo, por la triste situación en que quedaba Israel. En Jabés de Galaad terminó la historia de Saúl, el mismo lugar donde había comenzado su actividad como rey.

Este libro comenzó con el nacimiento de Samuel y termina con la muerte de Saúl. Al comparar ambos, aprendemos a preferir el honor que viene de Dios, a todos los honores que este mundo pretenda otorgarnos.

2 SAMUEL

Este libro es la historia del rey David. En el libro anterior vimos su designación para el trono y su tirantez con Saúl, la cual acabó por fin, con la muerte de su perseguidor. En el actual tenemos su accesión al trono y sus principales actividades durante los 40 años de su reinado. Nos refiere tanto los triunfos de David como los apuros que pasó. I. Sus triunfos sobre la casa de Saúl (caps. 1–4), sobre los jebuseos y los filisteos (cap. 5), con la traída del arca (caps. 6–7) y sus triunfos sobre las naciones vecinas que se le oponían (caps. 8–10), en todo esto la historia marcha del modo que esperábamos del carácter de David. Pero su nube tiene un lado oscuro. II. Tenemos sus calamidades, cuya causa primera fue su pecado en el asunto de Urías (caps. 11 y 12); vino después el pecado de Amnón su hijo primogénito (cap. 13), después la rebelión de Absalón (caps. 14–19) y la de Seba (cap. 20). Finaliza el libro con la plaga sufrida por Israel por el censo pecaminoso de David (cap. 24), además del hambre, debida a la matanza de los gabaonitas, ordenada por Saúl (cap. 21). Tenemos, en fin, su cántico de liberación (cap. 22) y sus palabras finales, con la enumeración de sus valientes (cap. 23). Hay en esta historia muchas cosas instructivas, pero en cuanto al protagonista, es preciso confesar que su honor brilla más y mejor en sus Salmos que en sus Anales.

CAPÍTULO 1

Hemos de mirar ahora hacia el sol naciente e inquirir dónde está David y qué está haciendo. I. Le llegan a Siclag noticias de la muerte de Saúl y de Jonatán. Las trae un amalecita que se inventó un cuento para ver de obtener una recompensa (vv. 1–10). II. La tristeza que embargo a David al recibir estas noticias (vv. 11, 12). III. La justicia que ejecutó sobre el falso mensajero (vv. 13–16). IV. La elegía que compuso David en esta ocasión (vv. 17–27).

Versículos 1–10

I. David se establece de nuevo en Siclag, su ciudad actual después de haber rescatado de manos de los amalecitas a su familia y a sus amigos (v. 1); allí estaba presto a recibir a cuantos se adherían a su causa: no hombres oprimidos, amargados y endeudados como antes (1 S. 22:2), sino hombres aguerridos y capitanes de millares, como hallamos en 1 Crónicas 12:1, 8, 20.

II. Allí recibió la noticia de la muerte de Saúl. A primera vista parece extraño que no dejase algunos espías en torno al campamento para que le trajesen pronto las noticias, pero esto mismo indica que no deseaba el trágico final de Saúl ni estaba impaciente por llegar sin trabas al trono.

1. El mensajero se presentó a David como un correo rápido, con gesto de duelo por el rey fallecido y en actitud de súbdito del sucesor. Llegó con los vestidos rotos e hizo reverencia en señal de pleitesía a David (v. 2), contento al imaginarse que era el primero en rendir homenaje al soberano, pero resultó ser el primero en recibir de él la sentencia de muerte en función de juez.
2. Le refiere en general el resultado de la batalla: la derrota del ejército de Israel, la muerte de muchos de sus soldados y, entre los demás, de Saúl y Jonatán (v. 4). Mencionó sólo a Saúl y a Jonatán, porque sabía que David estaría muy ansioso de saber lo que les había ocurrido, pues Saúl era el hombre a quien más temía, y Jonatán era el hombre a quien más amaba.

3. Le da especiales detalles de la muerte de Saúl. Por lo que le pregunta David: *¿Cómo sabes que han muerto Saúl y Jonatán su hijo?* (v. 5), a lo que el joven contesta, y pone como evidencia de ello, no sólo que él mismo había sido testigo de vista, sino también instrumento de la muerte de Saúl. No da detalles de la muerte de Jonatán, sino sólo refiere los detalles de la de Saúl, y piensa (como lo entendió David muy bien—4:10—) que sería bienvenido por ello y recompensado como quien trae buenas noticias. El informe que presenta es:

(A) Muy detallado: Que llegó casualmente al lugar donde estaba Saúl (v. 6) y que le halló cuando procuraba quitarse la vida con su misma lanza, ya que ninguno de sus asistentes se atrevía a rematarle por lo cual, Saúl le llamó a él (v. 7). Enterado de que era amalecita (v. 8), esto es, ni de sus súbditos ni de sus enemigos, le pidió por favor (v. 9): *Te ruego que te eches sobre mí y me mates.* «Por lo cual, añade el joven, *me eché sobre él y le maté*» (v. 10). Al notar, quizá, que al oír estas palabras hizo David algún gesto de desagrado, añadió para excusarse: *«Porque sabía que no podía vivir después de su caída».*

(B) Muy improbable. La gran mayoría de los comentaristas opinan que eso era falso y que, aun cuando entraba dentro de lo probable que él estuviese presente, o cercano al lugar, no fue él quien remató a Saúl, pues el texto sagrado no deja lugar a dudas de que Saúl se remató a sí mismo (1 S. 31:4, 5), pero inventó la historia a la espera de que David le recompensase por ello, como a quien le había prestado un buen servicio.

(C) Para confirmar lo que acababa de decir, presentó pruebas irrefutables de la muerte de Saúl: la corona que llevaba en la cabeza y el brazalete que llevaba en el brazo. Estos objetos cayeron en manos de este amalecita. La tradición judía sostiene que este amalecita era hijo de Doeg, el cual, según la misma tradición, era el escudero de Saúl y que, antes de suicidarse, habría dado a su hijo la corona y el brazalete (las insignias de la realeza) para que se las llevase a David y viera así de granjearse su favor.

Versículos 11–16

I. Cómo recibió David estas noticias. Lejos de prorrumpir en transportes de gozo, como esperaba el amalecita, prorrumpió en lamentos; *asiendo de sus vestidos, los rasgó* (v. 11). *Y lloraron y lamentaron y ayunaron hasta la noche* (v. 12), no sólo por Israel y por Jonatán el amigo, sino también por Saúl el enemigo. Esto hizo David, no sólo como hombre de honor, sino como hombre de buena conciencia, que había perdonado todo el mal que Saúl le había hecho y no le había guardado rencor. Él sabía antes de que su hijo lo escribiera (Pr. 24:17, 18), que *no hay que alegrarse cuando caiga el enemigo, no sea que Jehová lo mire y le desagrade,* y que *el que se alegra de la calamidad no quedará sin castigo* (Pr. 17:5). Por lo que hizo cuando se enteró de la muerte de Saúl, podemos percibir que el temperamento de David era compasivo y benigno y se portaba generosamente incluso con los que le odiaban.

II. La retribución que dio al que le trajo la noticia. En lugar de premiarle, mandó darle muerte, juzgándole *por su misma boca* (v. 16) como *asesino del ungido de Jehová.* David obró aquí con toda justicia. El hombre era amalecita como él mismo confesó por dos veces en su narración (vv. 8, 13). También confesó él mismo su crimen, con lo que era evidente su convicción de delito, de acuerdo con todas las leyes, pues se presume que todo reo habla bien de sí mismo y trata de excusarse. Si cometió lo que él mismo dijo, mereció morir por traición (v. 14), al hacer, según su testimonio, lo que el propio escudero de Saúl no se atrevió a hacer lo que es probable que él oyera. Y al jactarse de lo que, con la mayor probabilidad, no había hecho, sólo por agradar a David, mostraba la baja opinión que tenía de él, pues pensaba que se iba a alegrar como él mismo se alegraba, lo cual era una intolerable afrenta contra el que una y otra vez había rehusado *extender su mano contra el ungido de Jehová.*

Versículos 17–27

Después que David se rasgó los vestidos, lamentó, lloró y ayunó por la muerte de Saúl y de Jonatán, podríamos pensar que ya había rendido suficiente tributo a la memoria de ellos. Pero eso no fue todo; tenemos también el poema que compuso (y fue redactado después) en esta ocasión. Con esta elegía, no sólo trataba de expresar su dolor por la gran calamidad, sino también de imprimir el mismo dolor en la mente de otros y guardarlo en el corazón. Los que no leen la historia, es posible que se informen de los hechos por medio de un poema.

I. La orden que David dio con respecto a esta elegía (v. 18): *Ordenó que se enseñara a los hijos de Judá el Arco* (lit.). «El Arco» viene a ser el título de la elegía de David, quizá por la importancia que se da en ella al arco de Jonatán, quien aparece especialmente diestro en el manejo del arco (1 S. 18:4; 20:35 y ss.). Del mismo poema se nos dice que *está escrito en el libro de Jaser* (o *Yasar*, que significa *justo).* Este libro era probablemente una colección de poemas o documentos estatales en forma poética. En Josué 10:12–13 hallamos otra referencia a dicho libro, en conexión con otro poema histórico.

II. La elegía en sí. No es propiamente un himno divino, ni dado por inspiración de Dios para ser usado en el culto público, ni hay en él ninguna mención de Dios (lo que, de paso, prueba su autenticidad y su antigüedad). Es una composición humana y, por eso, se inserta, no en el libro de los Salmos, sino en el libro de Jaser, el cual, al ser una colección de poemas ordinarios, no nos ha sido conservado. Esta elegía demuestra que David era:

1. Hombre de espíritu excelente, y ello en cuatro aspectos:

(A) Generoso hacia Saúl, su jurado enemigo. (a) Oculta sus defectos; y aunque no era posible impedir que se publicasen en la narración de su historia, no quiso David que aparecieran en su elegía. La caridad nos enseña a hablar lo mejor posible de los buenos y a callarnos cuando no podemos decir nada bueno de los malos, especialmente cuando se han muerto. El refrán latino dice: *De mortuis nil nisi bonum* = «De los muertos no se diga nada, sino lo bueno». (b) Publica lo que en él había de bueno (v. 21): que *había sido ungido con aceite,* con el óleo o aceite sagrado, el cual manifestaba su elevación a la dignidad regia. Dice que era gran hombre de guerra: *valiente* (vv. 19, 21, 25, 27), victorioso con frecuencia sobre los enemigos de Israel: *Adondequiera que se volvía, era vencedor* (1 S. 14:47). Aunque su estrella se tornó oscura, brilló al principio con gran resplandor. Poniéndole junto a Jonatán, dice de ambos que eran *amados y amables* (lit.—v. 23—). Jonatán lo era siempre, y Saúl lo era en conjunción con Jonatán. Tomados ambos a la par, y en cuanto a perseguir al enemigo, no había quien les superase en valentía: eran *más ligeros que águilas, más fuertes que leones.* En sus buenos tiempos, Saúl había sido un padre afectuoso hacia un hijo que siempre había sido leal a su padre, y, así, *inseparables en su vida, tampoco en su muerte fueron separados,* sino bien unidos en la batalla contra los filisteos, y cayeron juntos por la misma causa.

(B) Inmensamente agradecido hacia Jonatán. Hizo gran duelo y lamento por lo que Jonatán había sido para él (v. 26): *Angustia tengo por ti, hermano mío* (cuñado, por lazos del matrimonio con Mical, y más que hermano—v. Pr. 18:24—), *que me fuiste muy agradable.* Tenía razón para decir que el afecto que Jonatán le tenía era *maravilloso,* pues no tenía par. ¡Amar de tal forma a un hombre de quien sabía que le había de quitar de su cabeza la corona, y aun así, ser tan leal a su rival! (a) Ciertamente, nada hay en este mundo que sea tan agradable como un amigo bueno, leal a nuestra persona y a nuestros intereses, y prudente y comprensivo, que amablemente recibe y devuelve el afecto, que nos trata con familiaridad y, al mismo tiempo, con respeto. (b) Nada hay asimismo tan doloroso como la pérdida de un tal amigo; es como perder una parte de sí mismo. Cuanto más amamos a una persona, más nos duele perderla.

(C) Estaba profundamente preocupado por el honor de Dios pues eso es lo que tiene en cuenta cuando teme que *las hijas de los incircuncisos* (v. 20), que están fuera del pacto de Dios puedan celebrar el triunfo sobre Israel y, de rechazo, sobre el Dios de Israel, pues si *ha perecido la gloria de Israel* (v. 19), ha quedado malparado el nombre de Aquel que es la gloria de Israel. Las buenas personas sienten en lo más vivo los reproches de quienes reprochan a Dios.

(D) Estaba también profundamente preocupado por el bien público. Si había perecido la gloria de Israel, habían perecido también la belleza, el honor, el orden, la paz y el bienestar de la nación. David se lamenta de todo esto, aun cuando esperaba ser, en las manos de Dios, instrumento para reparar tales pérdidas.

2. También nos muestra la elegía a David como hombre de talento y de fina imaginación poética, así como de piedad. (A) ¡Cuán sublime es la forma en que intenta cerrar los caminos de la fama para tan infausta noticia: *No lo anunciéis en Gat!* (v. 20). Muchos años después, el profeta Amós repetirá esta frase (Am. 1:10). Le llegaba a lo más hondo del corazón pensar que tal noticia fuese divulgada en voz alta por las ciudades de los filisteos. (B) Igualmente sublime es la forma en que apostrofa a los montes de Guilboa, el teatro en que se había realizado la tragedia: *Ni rocío ni lluvia caiga sobre vosotros, ni seáis tierras de ofrendas* (v. 21). Este es el reproche que David lanza sobre aquellos montes, como si, al quedar

teñidos con la sangre del ungido de Dios, hubiesen perdido por ello el derecho a recibir el rocío del Cielo y a producir frutos dignos de ser ofrecidos a Jehová.

CAPÍTULO 2

Saúl ha caído y ahora, por consiguiente, se alza David. I. Guiado por Dios, fue a Hebrón y allí fue ungido rey (vv. 1–4). II. Dio las gracias a los hombres de Jabés de Galaad por haber dado sepultura a Saúl (vv. 5–7). III. Is-bóset, hijo de Saúl, es proclamado rey como rival de David (vv. 8–11). IV. Encuentro bélico entre el partido de David y el de Is-bóset, en el cual: 1. Doce hombres de cada lado lucharon mano a mano, y todos ellos murieron (vv. 12–16). 2. El partido de Is-bóset fue derrotado (v. 17). 3. Asael, del lado de David y sobrino suyo, murió a manos de Abner (vv. 18–23). 4. A petición de Abner, Joab tocó a retirada (vv. 24–28). 5. Abner y los suyos se marcharon a salvo (v. 29). 6. Cómputo de las pérdidas por ambas partes (vv. 30–32). Así que tenemos aquí el relato de una guerra civil en Israel la cual, poco después, terminó con el completo establecimiento de David en el trono.

Versículos 1–7

Después que Saúl y Jonatán murieron, aunque David sabía que había sido ungido para ser rey, no se apresuró a enviar mensajeros por todos los términos de Israel para convocar al pueblo a fin de que todos le juraran homenajes de sumisión. Muchos habían venido en su ayuda, de varias tribus, mientras él permanecía en Siclag, como vemos por 1 Crónicas 12:1–22, y con tales fuerzas bien podía haber conquistado el trono. Pero todo el que haya de gobernar con mansedumbre no subirá al poder por la violencia.

I. En tan crítica coyuntura, David buscó y halló la dirección de Dios (v. 1). No dudaba del éxito, pero aun así, echó mano de los medios adecuados, tanto divinos como humanos. 1. Consultó a Jehová en la forma de costumbre, pues Abiatar estaba con él. Hemos de dirigirnos al Señor, no sólo cuando estamos en apuros, sino también cuando nos sonríen las circunstancias y actúan a nuestro favor las causas segundas. Su pregunta fue: *¿Subiré a alguna de las ciudades de Judá?* Aunque Siclag estuviese en ruinas, él no pensaba marcharse de allí sin la dirección de Dios. 2. Dios, conforme a su promesa, le dio las instrucciones precisas, y le indicó que la ciudad a la que había de subir era Hebrón, ciudad muy importante por varias razones: Allí había construido Abraham un altar (Gn. 13:18), allí había recibido la visita de mensajeros celestiales (Gn. 18:1 y ss.), allí habían recibido sepultura los restos de los patriarcas (Gn. 49:29–32), era ciudad sacerdotal y una de las ciudades de refugio; así lo fue para David, como una insinuación de que Dios mismo sería para él refugio y santuario.

II. En su traslado a Hebrón, se preocupó por su familia y sus amigos. 1. Tomó consigo a sus mujeres (v. 2) para que le acompañasen en el reino, así como le habían acompañado en la tribulación. Parece ser que no tenía hijos todavía, pues el primogénito le nació en Hebrón (3:2). 2. También tomó consigo a sus amigos y seguidores (v. 3). Le habían acompañado cuando era un vagabundo, y, por consiguiente, cuando él pudo tener una residencia fija, ellos se establecieron con él.

III. El honor que le prestaron los hombres de Judá: *Le ungieron allí por rey sobre la casa de Judá* (v. 4). La tribu de Judá se había mantenido con frecuencia como un cuerpo aparte, y así había sido contada en tiempo de Saúl (1 S. 15:4). Por ello los hombres de esta tribu estaban ya acostumbrados a actuar separadamente, y así lo hicieron en esta ocasión. No obstante, no intentaron ungirle por rey sobre todo Israel (comp. con Jue. 9:22), sino sólo *sobre la casa de Judá.* Tres veces fue David ungido como rey: La primera, en vida de Saúl, como «con derecho a sucesión»; la segunda aquí, sobre una tribu, ya en pleno gobierno; la tercera, sobre todo Israel. Así también el reino del Mesías, el Hijo de David, se establece por grados: Primero, es designado por Dios (Sal. 110:1); después, es manifestado públicamente (Hch. 2:36); finalmente, reinará sobre todo el mundo con cetro de hierro (Ap. 11:15), pues *ahora todavía no vemos que todas las cosas le estén sometidas* (He. 2:8).

IV. El respetuoso mensaje que envió a los hombres de Jabés de Galaad para darles las gracias por la misericordia que habían mostrado con Saúl. No deja de honrar la memoria de su predecesor, con lo que muestra que no desea la corona por ambición o por enemistad hacia Saúl, sino sólo por designación de Dios. Por eso llama a Saúl *«vuestro señor»* (v. 5). Pide a Dios que les bendiga y les recompense por ello, así como él mismo les ha de recompensar: *«Benditos seáis vosotros de Jehová … Ahora, pues, Jehová haga con vosotros misericordia y verdad, y yo también os haré bien por esto que habéis hecho»* (vv. 5, 6). No se contenta con desearles las bendiciones de Dios, sino que pasa de las palabras a los hechos. Los buenos deseos son cosa buena y señales de agradecimiento, pero resultan muy baratos cuando hay posibilidades para hacer algo más.

Versículos 8–17

I. Tenemos aquí otro pretendiente al trono: Is-bóset (o Isbaal, también llamado Isví—1 S. 14:49—), a quien Abner hace rey, surge como rival de David, a quien Dios ha hecho rey. Podría pensarse que David había de llegar al trono sin oposición alguna, puesto que todo Israel sabía cuán manifiestamente le había asignado Dios por rey, pero tal suele ser la oposición de los hombres a los propósitos de Dios, que un hombre tan mal cualificado y preparado como Is-bóset, que ni aun fue considerado apto para ir a la batalla con su padre, es tenido ahora por apto para suceder a su padre en el trono, antes que aceptar pacíficamente a David por rey.

1. Abner fue la persona que levantó a Is-bóset como rival de David, quizá por interés en la sucesión hereditaria o, más aún, por razón de parentesco (ya que Abner era primo hermano de Saúl—v. 1 S. 14:50–51—) y porque no veía otro modo de conservar el alto puesto que ocupaba como general de las fuerzas armadas. Por lo que vemos, Is-bóset no se habría sublevado por sí mismo si Abner no le hubiese levantado para hacer de él un instrumento que sirviese a sus propios intereses.
2. Mahanáyim, lugar donde primeramente se llevó a cabo el levantamiento, estaba al otro lado del Jordán, donde suponían que David tenía el menor interés por gobernar, y al estar a buena distancia de las fuerzas de David, pensaron que tendrían tiempo suficiente para reagruparse y fortalecerse a sí mismos. Pero, una vez levantada allí la enseña de Is-bóset, se le sometió la mayoría insensata de todas las tribus de Israel (v. 9), con lo que quedó solamente Judá enteramente leal a David.

II. Encuentro armado entre los dos bandos.

1. No parece ser que ninguno de los dos bandos llevase al campo de batalla el grueso de sus fuerzas pues la mortandad fue pequeña (vv. 30, 31). Es probable que David no quisiese pasar de lleno a la ofensiva, y prefiriese esperar a que la cosa se arreglase por sí misma o, más bien, hasta que Dios actuara por él sin dar ocasión al derramamiento de sangre israelita. Es extraño que la mayoría de los israelitas, hombres fuertes, avezados a la guerra y de reconocida sensatez, se aviniesen a someterse durante tanto tiempo a Is-bóset y, por lo que se ve, viesen con indiferencia la marcha de las cosas, como importándoles poco las manos en que se hallase la administración de los asuntos públicos. Se nos dice (v. 10) que *Is-bóset era* entonces *de cuarenta años.* Es probable que tengamos aquí, una vez más, un número redondo, pues era mucho más joven que Jonatán, quien, a su vez, era aproximadamente de la misma edad que David (de 30 años a la sazón—v. 5:4—). También se nos dice que *reinó dos años.* Comparados con los *siete años y seis meses* del reinado de David en Hebrón (v. 11), parece una anomalía. Se han propuesto dos soluciones: (A) Que la guerra entre Israel y Judá comenzó a los dos años de reinado de Is-bóset. (B) Que Is-bóset tardó cinco años más en rescatar de manos de los filisteos el territorio del norte.
2. El agresor en esta guerra fue Abner. David estaba quieto hasta ver qué es lo que iba a pasar, pero la casa de Saúl, con Abner a la cabeza, lanzó el desafío.

(A) El campo de batalla fue Gabaón. Lo escogió Abner porque caía en la heredad de Benjamín, en la que tenía Saúl la mayor parte de sus amigos; con todo, al responder al reto, Joab, el general y sobrino de David, no se echó atrás, sino que fue a su encuentro junto al *estanque de Gabaón* (v. 13). La causa de David, al estar fundada sobre la promesa de Dios, no tenía por qué temer la desventaja del terreno. El estanque que se hallaba entre ambos bandos les dio tiempo para deliberar. Abner propuso que el combate se celebrase entre doce hombres de cada lado y Joab aceptó la propuesta.

(B) Parecía como si esta batalla hubiera de comenzar como un deporte, al estilo de los gladiadores romanos, pues dijo Abner (v. 14): *Levántense ahora los jóvenes y maniobren delante de nosotros.* Joab, como se había entrenado bajo David, tenía la suficiente prudencia para no hacer tal propuesta, pero no se atrevió a rehusarla por pundonor, ya que pensó que mancharía su propia reputación si no aceptaba el reto. Así que respondió: *Levántense.* El texto sagrado insinúa que los doce hombres de parte de Abner fueron los primeros en salir al campo de batalla (v. 15).

(C) Pero lo que parecía haber comenzado en deporte, terminó en la más sangrienta lucha (v. 16). Se dieron tanta prisa a actuar los veinticuatro hombres, que cada uno agarró de la cabeza a su contrario y le metió la espada por el costado, de forma que todos ellos *cayeron a una,* esto es, murieron los 24. *Por eso, fue llamado aquel lugar Helcat-hazzurim,* que significa, con la mayor probabilidad «campo de las dagas» (o «campo de los filos de espada»). Otros autores conjeturan que la verdadera lectura es *Helcat-hassid im* = «campo de los costados», al tener en cuenta la extrema semejanza entre las letras hebreas «d» y «r» (D) Al quedar así indeciso el resultado de la batalla, se generalizó la lucha entre los dos bandos, y el ejército de Abner sufrió una completa derrota.

Versículos 18–24

El encuentro entre Abner y Asael. Asael, hermano de Joab y Abisay, y sobrino de David, era uno de los principales comandantes del ejército de David, y era famoso por su agilidad: *«Era ligero de pies como una gacela del campo»* (v. 18), pero no tenía la experiencia militar de Abner.

I. Se precipitó demasiado en su anhelo de apoderarse de Abner. Le siguió solamente a él, *sin apartarse ni a derecha ni a izquierda* (v. 19). Seguramente que, orgulloso de su parentesco con David y Joab, confiado en su agilidad y envalentonado por la victoria de su partido, pensó que ningún trofeo podía ser más apetecible para un joven guerrero que el propio Abner, vivo o muerto, y que de este modo se pondría punto final a la guerra civil, al tener David acceso inmediato al trono y al gobierno sobre todo Israel.

II. Muy generoso se mostró Abner al advertirle del peligro al que se exponía (comp. con 2 Cr. 25:19). 1. Le pidió primero que se contentase con una presa menor (v. 21). 2. Le rogó después que no le pusiera en la necesidad de matarle en propia defensa, lo cual no quería hacer, pero se vería obligado a ello si Asael persistía en su imprudente intento (v. 22).

III. Muy fatal le resultó a Asael su terquedad. Se negó a retirarse, ya que pensó que Abner le hablaba con tanta cortesía porque le tenía miedo; pero, ¿qué le sucedió? Tan pronto como estuvo al alcance de Abner, le asestó éste un golpe mortal *con el regatón de la lanza* (v. 23), de donde menos pensaba Asael que le podía sobrevenir ninguna herida. Joab y Abisay, en lugar de desanimarse por esta pérdida, se exasperaron aún más y persiguieron a Abner con mucha más furia (v. 24) y le tuvieron a su alcance cuando se ponía el sol.

Versículos 25–32

I. Abner, confiesa implícitamente su derrota y pide humildemente un alto el fuego. Después de reunir el remanente de sus fuerzas en la cima de un collado (v. 25), como si se preparase para un nuevo encuentro, suplica a voces a Joab que el ejército de Judá cese de perseguir a sus hermanos israelitas (v. 26). El que tanta prisa tenía en comenzar la lucha, tiene ahora prisa por verla terminada. Quien pensaba recrearse en el espectáculo de una lucha deportiva (v. 14), que terminó en gran desastre con copioso derramamiento de sangre, está horrorizado ahora que ha salido perdedor. Antes era como si jugase con la espada; ahora dice: *«¿Consumirá la espada perpetuamente?»* Ahora apela directamente a Joab para que considere las desastrosas consecuencias de una guerra civil: *«¿No sabes tú que el final será amargura?»* Ruega a Joab que toque a retirada, recordándole que son «hermanos» que no deberían morderse y devorarse unos a otros. ¡Qué bien razonan los hombres cuando les conviene! ¡Qué distinto es cuando las cosas les salen bien! Si Abner hubiese salido vencedor, no estaría quejándose de la voracidad de la espada, ni de lo desastroso de una guerra civil, ni alegaría que los hombres de ambos bandos eran hermanos.

II. Joab, aunque era el vencedor, concede generosamente lo que se le pide y manda tocar a retirada (vv. 27, 28), ya que conoce muy bien la mentalidad de David y la aversión que sentía hacia el derramamiento de sangre.

III. Se retiraron, pues, los dos ejércitos a sus respectivos lugares de los que habían salido, e hicieron de noche la marcha, Abner con los suyos, a Mahanáyim, en el otro lado del Jordán (v. 29); Joab, a Hebrón, donde estaba David (v. 32). Se menciona aquí el funeral de Asael, los demás caídos fueron enterrados en el campo mismo de batalla, pero el cadáver de Asael fue llevado a Belén y enterrado en el sepulcro de su padre (v. 32).

CAPÍTULO 3

I. Avance gradual de la causa de David (v. 1). II. Aumenta su familia (vv. 2–5). III. Ruptura entre Abner e Is-bóset, y pacto de Abner con David (vv. 6–12). IV. Preparativos para un arreglo (vv. 13–16). V. Intento de Abner de poner a todo Israel bajo el gobierno de David (vv. 17–21). VI. Mientras esto se lleva a cabo, Joab asesina traidoramente a Abner (vv. 22–27). VII. Pesadumbre de David por la muerte de Abner (vv. 28–39).

Versículos 1–6

I. La larga guerra que hubo de sostener David con la casa de Saúl antes de que se completase su asentamiento en el trono (v. 1). La larga persistencia de esta lucha puso a prueba la fe y la paciencia de David. Pero *la casa de Saúl se iba debilitando* progresivamente, perdía lugares, perdía hombres, se hundía su reputación y su ejército salía malparado en cada encuentro. Mientras que *David se iba fortaleciendo.* Eran muchos los que desertaban de la casa de Saúl como de una causa perdida. La lucha que se libra entre la gracia divina y la corrupción humana en el corazón de los creyentes santos y pecadores, puede de algún modo compararse al proceso que aquí se nos refiere; hay una larga guerra entre la carne y el espíritu (Gá. 5:17), pero cuando la obra de la santificación progresa en el corazón del cristiano, la corrupción, como la casa de Saúl, se debilita, mientras que la gracia, como la casa de David, se fortalece, hasta llegar a la madurez, a la estatura de un varón perfecto (Ef. 4:13).

II. El aumento de la familia de David. Aquí tenemos una breve información de los seis hijos que le nacieron en Hebrón de seis esposas distintas, en los siete años que reinó allí. David contravino la ley deuteronómica (17:17) contra la multiplicación de esposas del rey, con lo que, además, dio un mal ejemplo a sus sucesores. De los seis hijos que tuvo en Hebrón, tres de ellos dejaron mala fama (Amnón, Absalón y Adonías), mientras que los otros tres no dejaron ninguna fama. El hijo que tuvo de Abigail se llamaba *Quiteab (o Quilab* = «el padre es poderoso»), pero en 1 Crónicas 3:1 se le llama *Daniel* («Dios es mi juez»), quizá para conmemorar el juicio de Dios contra Nabal, y a favor de David. Parece ser que su primer nombre era *Daniel,* mas los enemigos de David le vituperaban al decir: «Es hijo de Nabal, no de David»; pero, conforme crecía, se asemejaba mucho a David, por lo que algunos autores traducen *Quileab* por *«como su padre».* Caben pocas dudas de que murió joven; en todo caso, antes que David; de lo contrario, no se explica el que no hiciese valer sus derechos al trono, al ser mayor que Absalón y Adonías. La madre de Absalón era *hija de Talmay, rey de Guesur,* esto es, un rey pagano. Quizás con este enlace David esperaba fortalecer su posición y sus intereses, pero el resultado de esta unión fue catastrófico, pues le llenó de pesadumbre y vergüenza. La sexta es llamada *Eglá, mujer de David,* lo que ha inducido a muchos a pensar que fue anteriormente mujer de otro y que el nombre de éste ha sido sustituido (erróneamente o de intento) por el de David.

Versículos 7–21

I. Abner rompe con Is-bóset por una reprensión que éste le dio. 1. Is-bóset acusó a Abner de un crimen tan grande como el de haberse llegado a una de las concubinas de su padre, lo cual era tanto como

pretender el trono de Saúl (comp. con 16:22 y 1 R. 2:22), aun cuando el supuesto derecho a heredar las mujeres del padre era contrario a la ley (v. Dt. 22:30). 2. A esta acusación de Is-bóset (v. 7) Abner contestó con gran enojo y le hizo saber: (A) Que no consentía ser reprendido por él (v. 8). Los orgullosos no pueden soportar que les reprendan y, sobre todo, se enojan de que les reprenda alguien que, según ellos, le debería estar agradecido. (B) Que se había de vengar de él (vv. 9, 10). Con la mayor arrogancia le hace saber que, así como le había levantado en alto, así ahora le haría caer. La misma ambición que había llevado a Abner a tomar partido por Is-bóset, le llevaría ahora, en su represalia contra Is-bóset, a tomar partido por David. Si hubiese tomado en cuenta la promesa de Dios a David y hubiese actuado de acuerdo con ella, habría permanecido firme y constante en sus propósitos. 3. Si Is-bóset hubiese sido un hombre de veras, especialmente tratándose de un príncipe, podía haberle respondido que los méritos que alegaba sólo servían para agravar sus crímenes y, por tanto, que se alegraba de poder prescindir de sus servicios. Pero como era consciente de su propia debilidad de carácter, no le respondió palabra.

II. Abner hace pacto con David. Podemos suponer que estaba cansado de mantener la causa de Is-bóset y buscaba una oportunidad para dejarle. *Envió mensajeros a David* (v. 12), para decirle que se ponía a su servicio. Nótese que Dios puede hallar medios de hacer que sirvan a la causa del reino de Cristo quienes no sienten verdadero afecto por ella y se han opuesto antes vigorosamente a ella. Los enemigos son a veces como un escabel, no sólo para ser pisado, sino para subir por medio de él. Así es como *la tierra ayudó a la mujer* (Ap. 12:16).

III. David acepta el trato de Abner, pero con la condición de que le consiga la restitución de su esposa Mical (v. 13). De este modo:

1. David mostró la sinceridad de su amor conyugal a su primera y legítima esposa; ni el que ella estuviese casada con otro, ni el que él mismo estuviese casado con otras, le había enajenado el afecto que tenía a Mical. Las muchas aguas no habían apagado aquel primer amor (Cnt. 8:7).
2. También mostró así el respeto que tenía hacia la casa de Saúl, pues no se contenta con los honores del trono sin tener a Mical, la hija de Saúl, compartiéndolos con él, tan lejos estaba de guardar rencor a la familia de su enemigo. Abner le envió recado de que debía pedírsela a Is-bóset, lo cual hizo David (v. 14) con el alegato de que la había adquirido a un precio muy alto y le había sido quitada injustamente.
3. Is-bóset no se atrevió a negársela, sino que se la quitó a Paltiel, con quien Saúl la había casado (v. 15), y Abner la condujo a David, y no dudó de que así sería doblemente bienvenido, pues le traía con una mano la esposa, y la corona con la otra. Paltiel no estaba dispuesto a desprenderse de ella, pero no tuvo más remedio que dejarla partir; al fin y al cabo, él tenía la culpa de su pesadumbre, pues cuando la tomó, sabía que Mical le pertenecía a otro con todo derecho. Si, por algún desacuerdo, se separan la mujer y el marido, que se reconcilien y se reúnan otra vez si esperan la bendición de Dios; que se olviden las antiguas rencillas y vivan juntos en paz y amor, como Dios manda (1 Co. 7:10, 11).

IV. Abner echa mano de su influencia con los ancianos de Israel para traerlos a la causa de David, sabe que el pueblo llano había de seguir el camino que ellos tomasen. Nadie, en este caso, tenía tantos méritos como David, ni tan pocos como Is-bóset, para atraer hombres a su causa. Abner pudo decir a los hombres de Israel: Comparad a los dos príncipes y no dudaréis a quién seguir. Como dice el proverbio latino: *Detur digniori* = «Dad la corona al que mejor se la merezca». David debe ser vuestro rey. Puesto que Dios ha prometido salvar a Israel por mano de David, es vuestra obligación, en cumplimiento de la voluntad de Dios, así como vuestro interés, para obtener victoria sobre vuestros enemigos, que os sometáis a él; y el oponerse a él es la mayor locura del mundo.

V. David ratifica su pacto con Abner. Abner informa a David de los sentimientos del pueblo y del éxito que ha tenido en la empresa de persuadirles a que sigan a David (v. 19). Llegó ahora con una escolta de veinte hombres y David les hizo un banquete (v. 20) en señal de reconciliación y gozo y como prenda del acuerdo entre ellos; fue un banquete con ocasión de un pacto, como el de Génesis 26:30.

Versículos 22–39

Asesinato de Abner a manos de Joab y la gran pesadumbre de David por ello.

I. Con la mayor insolencia, Joab reprochó a David el haber hecho trato con Abner. Se informó de que Abner acababa de marcharse (vv. 22, 23) después de haber tenido con David una amistosa conversación y una pacífica despedida, y reprochó a David por ello en su cara (vv. 24, 25): *«¿Qué has hecho?»* Como si David tuviese que darle cuentas por eso. *«¿Por qué, pues, le dejaste que se fuese?»* como si diese a entender que debía haberlo hecho prisionero. «Ha venido sólo a espiar—viene a decirle—(v. 25), y acabará haciéndote traición.» El texto no nos dice que David le diera respuesta alguna, no por miedo, como Is-bóset con Abner (v. 11), sino por desprecio.

II. Traicioneramente, Joab hizo volver a Abner y, bajo pretexto de tener con él una conversación en privado, le asesinó bárbaramente con su propia mano. Por la frase *sin que David lo supiera* (v. 26), podemos inferir que Joab llamó a Abner con la pretensión de darle ulteriores instrucciones de parte de David. Con toda inocencia Abner regresó a Hebrón y, halló a Joab que le esperaba en medio de la puerta, se retiró con él aparte y, sin mediar palabra, le asestó Joab una puñalada en el costado, causándole la muerte instantánea (v. 27). Del v. 30 se desprende que Abisay no sólo conocía el propósito de su hermano Joab, sino que de alguna manera le ayudó a cometer el homicidio.

III. Abner había obrado malvadamente al oponerse anteriormente a David, contra los dictados de su conciencia. Después había abandonado y traicionado vilmente a Is-bóset bajo pretexto de consideración hacia Dios y hacia Israel, pero, en realidad, por motivos de orgullo, de revancha y de impaciencia. Mas es igualmente cierto que Joab era un inicuo y, en este caso, obró perversamente. Es verdad que Abner había matado a Asael, por lo que Joab y Abisay querían ahora ser los vengadores de la sangre de su hermano (vv. 27, 30); pero Abner lo había hecho en guerra abierta, en propia defensa y no sin previo aviso; en cambio, Joab ahora *había derramado en tiempo de paz la sangre de guerra* (1 R. 2:5).

IV. Lo que había en el fondo de esta enemistad de Joab contra Abner agravaba el crimen del primero. Joab era ahora el general de las fuerzas de David; pero si Abner se ponía al servicio de David, es posible que fuese promovido al supremo mando del ejército al ser un oficial más antiguo y más experto en las artes militares. Otra agravante fue el que lo matara a traición y bajo pretexto de hablarle amistosamente (Dt. 27:24). Si le hubiese retado abiertamente, se habría portado como un soldado, pero al asesinarlo a traición, se portó como un villano y un cobarde. Abner estaba ahora a las órdenes de David; de modo que, a través de su costado, Joab fue a herir al propio David. Finalmente, otra agravante fue el hacerlo en la puerta de la ciudad, abiertamente y sin avergonzarse de derramar la sangre en público.

V. David llevó muy a mal el crimen y expresó de muchas maneras su detestación de tan execrable villanía.

1. Se confesó públicamente inocente de tal derramamiento de sangre (v. 28): *«Inocente soy yo y mi reino, delante de Jehová, para siempre, de la sangre de Abner, hijo de Ner»*.
2. Pronunció maldición sobre Joab y sobre su familia (v. 29): *«Caiga sobre la cabeza de Joab, etc.»*. Con todo, mejor que su apasionada imprecación a Dios contra la posteridad de Joab, hubiese sido el castigo inmediato del propio asesino.
3. Ordenó a todos los que se hallaban con él, incluido a Joab, que hiciesen duelo por Abner (v. 31). No alabó al difunto por ser un santo, ni siquiera un hombre honrado, pero dijo de él lo que era verdad (v. 38): *«un príncipe y un hombre grande»*. (A) Que todos hagan por él lamentación. Una pérdida pública debe causar pesadumbre a toda la comunidad puesto que cada individuo de la comunidad la comparte. Así procuró David que se hiciese honor a la memoria de un hombre de mérito, a fin de animar a otros. (B) Que lo lamente especialmente Joab, quien tiene menos corazón, pero más razón, que los demás.
4. El propio David marchó detrás del féretro como jefe del duelo y pronunció la oración fúnebre junto al sepulcro: *«Y alzando el rey su voz, lloró junto al sepulcro de Abner»* (vv. 31, 32). Puesto que Abner había sido un bravo guerrero en el campo de batalla y podía haber prestado grandes servicios al pueblo en esta crítica coyuntura, David olvida todas las anteriores desavenencias y se duele sinceramente de su pérdida. Las palabras que pronunció junto al sepulcro arrancaron lágrimas de los ojos de todos los presentes (v. 33): *«¿Había de morir Abner como muere un villano?»*

(A) Habla como quien está apenado de que Abner haya muerto de forma tan insensata, asesinado de improviso, bajo pretexto de amistad. Los hombres más sabios y valientes no disponen de defensa contra la traición. Ver a Abner, quien se tenía por el quicio en torno al que giraban todos los asuntos importantes

de Israel, caer insensatamente a manos de un vil rival, como presa de la ambición y de los celos de Joab, basta para desdorar el orgullo de toda gloria humana y debería poner a cualquiera al abrigo de los caprichos de las grandezas mundanas.

(B) Por otra parte, habla como quien se jacta de que Abner no murió como un insensato, pues el texto hebreo dice literalmente: *«¿Había de morir Abner como un insensato* (¡hebreo, *nabal!)?»* ¡No! Abner no murió como un criminal, traidor o felón. Los LXX traducen: *«¿Es que había de morir Abner conforme a la muerte de Nabal?»* Nabal murió como cumplía a su nombre, como un insensato pero la muerte de Abner fue como la que podría acontecer al hombre más sabio y más honesto de este mundo.

5. David ayunó todo aquel día y nadie pudo persuadirle a que comiese cosa alguna hasta después de la puesta del sol (v. 34).

6. Deploraba el que no podía ejecutar a los asesinos (v. 30) sin perjuicio del interés público. David estaba ahora en posición débil y su reino era todavía como una tierna planta; una pequeña sacudida habría bastado para derribarlo. La familia de Joab era muy allegada a la causa de David, como parientes próximos que eran del rey; eran valientes y osados, y enemistarse con ellos en esta coyuntura podía acarrearle fatales consecuencias. David, pues, se contenta, como persona privada, con dejarles en manos de la justicia divina (v. 39): *«Jehová de el pago al que mal hace, conforme a su maldad»*. Pero esto va en descrédito: (A) De la grandeza de David. (B) Y de la bondad de David. Él tenía que haber cumplido con su obligación, y haber confiado en Dios en cuanto a las consecuencias. Como dice el proverbio latino: *Fiat justitia ruat coelum* = *«Hágase* la justicia aunque se hunda el firmamento». Si la ley se hubiese cumplido sobre la cabeza de Joab, quizá se habría impedido el asesinato de Is-bóset, el de Amnón y de otros. Perdonar la vida a Joab fue una política carnal y una compasión cruel.

CAPÍTULO 4

Asesinato de Is-bóset. I. Lo matan dos criados suyos y le llevan la cabeza a David (vv. 1–8). II. David, en lugar de recompensarles los manda ejecutar por lo que habían hecho (vv. 9–12).

Versículos 1–8

I. Extrema debilidad de la casa de Saúl. 1. En cuanto a Is-bóset, eran débiles *sus manos* (v. 1). Toda la fuerza que le quedaba le venía del apoyo de Abner, y ahora que éste había muerto, no le quedaban ánimos, pues no volvería a recobrarle. Se ve, pues abandonado de sus amigos y a merced de sus enemigos. 2. En cuanto a Mefi-bóset, quien por la línea de su padre Jonatán tenía mejores derechos al trono, sus pies eran débiles, pues era *cojo* y, por ello, inhabilitado (según las costumbres orientales) para ejercer el oficio de soberano (v. 4). Tenía sólo cinco años cuando murieron su padre y su abuelo, y su nodriza, al enterarse de la victoria de los filisteos, tuvo miedo de que se hicieran también con su joven amo que era el más directo heredero de la corona. Así que huyó con el niño en brazos y, apresurándose más de lo debido *se le cayó el niño y quedó cojo* de por vida, por habérsele hecho mal la juntura de los huesos que se le rompieron.

II. Asesinato del hijo de Saúl.

1. Quiénes fueron los asesinos: *Baaná y Recab* (vv. 2, 3). Eran hermanos y siervos ambos de Is-bóset tomados a su servicio, por lo que fue tanto mayor la traición y la villanía que cometieron con él. Además eran benjaminitas, de la misma tribu que su señor. Procedían de la ciudad de Beerot. El texto sagrado nos recuerda que Beerot *«se considera como de Benjamín»* (v. 2—v. Jos. 18:25—), pero fue Saúl, probablemente, quien persiguió a los habitantes de Beerot que eran gabaonitas (21:1–2), y ellos se refugiaron en Guitáyim, cuya ubicación nos es desconocida; allí se hallaban (v. 3) cuando se escribía la porción que comentamos.

2. Cómo se cometió el asesinato (vv. 5–7). Is-bóset era un haragán, amigo de la comodidad y enemigo del quehacer; y cuando debía haber estado al frente de sus fuerzas en el campo, en esta crítica coyuntura, o al frente de sus consejeros para hacer trato con David estaba en cama echando la siesta,

porque su corazón y su cabeza eran tan débiles como sus manos (v. 1). En este momento llegaron a su casa Baaná y Recab traicioneramente, bajo pretexto de recoger víveres para el regimiento. La habitación del rey y la habitación donde se guardaba el grano eran contiguas. Además la portera se había dormido. Todas las circunstancias les fueron favorables para el propósito que abrigaban; así que, sin preocuparse del trigo (por lo que se ve), asesinaron a Is-bóset en su propio lecho y se marcharon.

3. Los asesinos se regocijaron en el triunfo que habían conseguido. Como si hubieran llevado a cabo una acción muy gloriosa, llevaron a David como regalo la cabeza de Is-bóset (v. 8). No es que tuviesen miramiento alguno hacia el honor de Dios o hacia el de David. Sus miras estaban puestas únicamente en hacer fortuna y ver de alcanzar algún alto puesto en la corte de David.

Versículos 9–12

Justa ejecución de los asesinos de Is-bóset.

I. Pronunciamiento de la sentencia. No necesitaban ser convencidos del crimen, pues su propia lengua testificó contra ellos. Tan lejos estaban de negar el hecho que se gloriaban de él. Por tanto, David les echa en cara lo abominable de su acción. Is-bóset se había comportado rectamente con ellos, no les había hecho ningún daño ni intentaba hacérselo. En este sentido llama David a Is-bóset *«hombre justo»* (v. 11), a pesar de que a él personalmente le había creado injustos problemas. La forma en que habían llevado a cabo el crimen era una circunstancia agravante, pues le habían asesinado en su propia casa y en su lecho, cuando no podía ofrecerles ninguna resistencia. Les cita un precedente de otra traición similar (v. 10): Al que le trajo nuevas de la muerte de Saúl, le mató en Siclag. Ratifica con un juramento la sentencia (v. 9): *Vive Jehová que ha redimido mi alma de toda angustia.* Se expresa con esta resolución para impedir que nadie interceda a favor de los asesinos, a la vez que indica piadosamente que sólo dependía de Dios en cuanto a llegar a la posesión del trono prometido y que, por eso, no permitía que hombre alguno intentase ayudarle por medio de acciones ilícitas.

II. Ejecución de la sentencia. Inmediatamente ordena David la ejecución, conforme a ley y justicia, de los asesinos (v. 12) ¡Qué horrible decepción y vergüenza para los dos criminales! La misma suerte aguarda a quienes piensen servir a la causa del Hijo de David por medio de prácticas inmorales, por guerra y persecución, por fraude y rapiña, como son los que, incluso bajo capa de religión, asesinan a príncipes, quebrantan solemnes pactos, devastan países y aborrecen a los verdaderos creyentes hasta *matarlos creyendo que rinden servicio religioso a Dios* (Jn. 16:2). Por mucho que los hombres canonicen tales métodos de servir a la Iglesia y a la causa católica, Cristo les hará saber, en su día, que la cristiandad no se fundó para destruir a la humanidad, y que quienes piensen por ese medio merecer el cielo no escaparán de la condenación en el Infierno.

CAPÍTULO 5

En este capítulo: I. David es ungido rey por todas las tribus (vv. 1–5). II. Se adueña de la fortaleza de Sion (vv. 6–10). III. Edifica para sí una casa y se fortalece en su reino (vv. 11, 12). IV. Los hijos que le nacieron después de venir de Hebrón (vv. 13–16). V. Sus victorias sobre los filisteos (vv. 17–25).

Versículos 1–5

I. La humilde sumisión de todas las tribus a David, rogándole que asuma las riendas del gobierno de la nación y reconociéndole por rey. Judá se había sometido al gobierno de David hacía algo más de siete años, y la libertad y felicidad que había hallado bajo su administración animó a las demás tribus a someterse también. El recuento de los que vinieron a él de cada tribu, el celo y la sinceridad con que se presentaron a él y la hospitalidad que él les prestó en Hebrón durante tres días cuando en el corazón de todos estaba hacerle rey sobre todo Israel, se nos narran con todo detalle en 1 Crónicas 12:23–40. Aquí tenemos las razones que presentaron para hacer rey a David.

1. Alegaron la relación que tenían con él (v. 1): *«Henos aquí, hueso tuyo y carne tuya somos»;* no le dicen: «tú eres hueso nuestro y carne nuestra; no eres un extraño, descalificado por la ley (Dt. 17:15) para ser rey nuestro», sino lo que es más: «nosotros somos tuyos. Tú estarás tan contento como nosotros en poner fin a esta larga guerra civil; y tú te apiadarás de nosotros, nos protegerás y harás todo lo posible por nuestro bien común». Quienes toman a Cristo por su rey pueden decirle igualmente: *«Hueso tuyo y carne tuya somos,* pues te has hecho *en todo semejante a tus hermanos* (He. 2:17); por consiguiente, *tú serás nuestro príncipe, y toma en tus manos esta ruina»* (Is. 3:6).

2. Los anteriores buenos servicios que había prestado a la nación (v. 2) eran un nuevo motivo para reconocerle como rey. Pero la razón principal era la promesa de Jehová: *«Además Jehová te ha dicho: Tú apacentarás a mi pueblo Israel, y tú serás príncipe sobre Israel»*.

II. Pública y solemne entronización de David (v. 3). Fue convocada una convención de principales, todos los ancianos vinieron a él; se fijó y selló el pacto, y fue suscrito por ambas partes. David se obligó a protegerles como juez en paz y capitán en guerra; y ellos se obligaron a obedecerle. Jehová fue testigo. Y así es como fue ungido rey por tercera vez. Su promoción al trono se llevó a cabo, no de una vez, sino gradualmente, a fin de que su fe fuese puesta a prueba y, al mismo tiempo, ganase experiencia. De este modo, su reino fue tipo del de Cristo, quien había de llegar a la cima por grados, pues aunque no veamos aún todas las cosas sometidas a Él (He. 2:8), un día las hemos de ver (1 Co. 15:25).

III. Informe general de su edad y del tiempo de su reinado. Tenía treinta años cuando comenzó a reinar, a la muerte de Saúl (v. 4). Ésta era la edad en que los levitas entraban a servir en el ministerio del santuario (Nm. 4:3). También fue a esa edad aproximadamente (Lc. 3:23) cuando comenzó el Hijo de David a ejercer su ministerio público. Es la edad de la madurez vigorosa; como suele decirse, «la flor de la vida». Reinó en total, según el texto sagrado, cuarenta años y medio: siete y medio en Hebrón; treinta y tres en Jerusalén (v. 5). Hebrón había sido famosa (Jos. 14:15) y era una ciudad sacerdotal. Pero Jerusalén iba a ser más famosa: la ciudad regia y la ciudad santa.

Versículos 6–10

Si Salem el lugar donde Melquisedec fue rey, es Jerusalén (como parece probable por el Sal. 76:2) ya era famosa en tiempo de Abraham. Josué halló que era la principal ciudad de la parte sur de Canaán (Jos. 10:1–3). Cayó dentro de la heredad de Benjamín (Jos. 18:28), pero estrechamente unida a Judá (Jos. 15:8). Los hombres de Judá la habían tomado (Jue. 1:8), pero luego los benjaminitas dejaron a los jebuseos vivir entre ellos (Jue. 1:21), y se establecieron y se multiplicaron allí de tal forma que llegó a llamarse *ciudad de los jebuseos* (Jue. 19:11). Ahora bien, lo primero que hizo David, tan pronto como fue ungido por rey de todo Israel, fue conquistar Jerusalén de las manos de los jebuseos, lo cual no pudo hacer antes porque la ciudad pertenecía a Benjamín, tribu que se había adherido a la causa de Saúl (1 Cr. 12:29).

I. Los jebuseos desafiaban a David y a sus fuerzas. Decían: *Tú no entrarás acá, pues aun los ciegos y los cojos bastan para rechazarte (queriendo decir: David no podrá entrar acá)* (v. 6). Así traducen, poco más o menos (nota del traductor), todas las versiones, tanto inglesas como castellanas, pero el texto hebreo y los LXX favorecen la opinión de Bullinger, según el cual los jebuseos tenían tal confianza en la inexpugnabilidad de la fortaleza, que pusieron en la salida del acueducto a ciegos y cojos que decían: David no entrará (lit.) acá. Es digno de compararse este lugar con Lamentaciones 4:12. Ya sea que confiaran en sus dioses o en la solidez de sus fortificaciones, la arrogancia de los jebuseos (propiamente, yebuseos) no tenía límites.

II. Éxito de David contra los yebuseos. El orgullo e insolencia de éstos, lejos de desanimar a David, le envalentonaron y, al preparar el asalto, dio la siguiente orden: *«Cualquiera que combata al yebuseo, que alcance a través del acueducto a los ciegos y a los cojos que David aborrece. Por eso dicen: Ni cojo ni ciego entrarán en la casa»* (v. 8, lit.). Al comparar este texto con 1 Crónicas 11:4–6, se ilumina lo oscuro del presente lugar. Por allí vemos que David prometió elevar a un rango militar superior a quien derrotase a los yebuseos; y el primero que subió por el acueducto fue Joab. Por esta razón, Bullinger opina con bastante fundamento (v. también la Biblia de Jerusalén—nota del traductor—) que en 2 Samuel 5:8 hay

una elipsis (falta la apódosis) que es preciso rellenar con los datos de 1 Crónicas 11. Otros autores opinan que no se debe modificar el texto de 1 Samuel, aun concediendo que se trata de un versículo muy oscuro en el original mismo.

III. David fija su residencia regia en Sion. Él mismo habitó en la fortaleza y edificó casas en torno suyo, probablemente para sus guardias y ayudantes *«desde Miló hacia adentro»* (v. 9). Para la referencia de Miló puede verse 1 Reyes 9:15. Es probable que se implique aquí la construcción de la muralla o la reparación de las antiguas fortificaciones. Así que David actuó incansablemente y prosperó en cuanto llevaba a cabo, creció en honor, fuerza y riquezas, y fue más y más honorable a los ojos de sus súbditos, y más y más formidable a los ojos de sus enemigos, porque *Jehová Dios de los ejércitos estaba con él* (v. 10).

Versículos 11–16

I. Construcción del palacio real de David, apto para la audiencia de la corte y para el homenaje que se le prestaba (v. 11). Hiram, rey de Tiro y hombre muy rico, al enviar su felicitación a David por la accesión de éste al trono de Israel, le ofreció obreros y materiales para que se edificase una casa digna de tal rey. David aceptó agradecido la oferta, y los obreros de Hiram le edificaron una casa a gusto de él. Siempre ha habido grandes artistas y científicos que fueron extraños a los pactos de la promesa. Pero no por eso fue la casa de David mejor o peor, ni más o menos apropiada para ser dedicada a Dios, por haber sido construida por los súbditos de un rey extranjero. En la profecía de Isaías, con respecto a la futura gloria de Sion, leemos: *Hijos de extranjeros edificarán tus muros, y sus reyes te servirán* (Is. 60:10).

II. El gobierno de David es afianzado (v. 12). 1. Su reino estaba ya tan firme que nada podía sacudirlo. El que lo hizo rey, lo afianzó a él y a su reino, porque había de ser tipo del reinado de Cristo, que no tendrá fin (Lc. 1:32, 33). 2. Fue exaltado a los ojos de amigos y de enemigos. Nunca apareció tan grande como entonces la nación de Israel. Pero Dios no puso a los israelitas como súbditos de David para que él fuese grande, rico y monarca absoluto, sino para que él pudiese mejor conducirles, guiarles y protegerles.

III. Incremento de la familia de David. Son mencionados aquí (vv. 14–16) todos los hijos, once en total, que le nacieron después que se estableció en Jerusalén. A éstos hay que añadir los seis que le habían nacido en Hebrón (3:2, 5). También se nos dice (v. 13) que *tomó más concubinas y mujeres de Jerusalén;* en otras palabras, formó un harén al estilo de los reyes orientales. ¿Le alabaremos por ello? ¡Ciertamente, no! No podemos alabarle, ni justificarle, ni siquiera excusarle. Quizá pensaba que de esta forma fortalecería sus intereses, multiplicaría sus alianzas e incrementaría la familia real, pero iba claramente contra la ley de Dios (Dt. 17:17). Y aun teniendo tantas mujeres y concubinas, todavía codició la única mujer de su prójimo (cap. 11; v. 12:1–3) y abusó de ella. Una vez que los hombres rompen la barrera, no hay nada que les contenga.

Versículos 17–25

El especial servicio por el que David fue exaltado al trono de Israel fue que salvase a la nación de manos de los filisteos (3:18). Aquí se nos refieren dos grandes victorias que obtuvo contra los filisteos, por las que no sólo contrarrestó la pérdida y la desgracia sufridas en la batalla en que Israel fue derrotado y Saúl halló la muerte juntamente con sus hijos, sino que llegó a la dominación casi total de estos peligrosos enemigos.

I. En ambas acciones los filisteos fueron los agresores. 1. En la primera vinieron *a buscar a David* (v. 17) porque *oyeron que había sido ungido por rey sobre Israel.* Pensaban, pues, aplastar su gobierno en la misma infancia, antes de que se afianzara del todo. Se unieron *todos* para esta empresa, pero *fueron quebrantados* (v. Is. 8:9, 10). 2. En la segunda *volvieron a venir* (v. 22) y esperaban recuperar lo que habían perdido en el primer encuentro, ya que su corazón estaba endurecido para la destrucción de ellos mismos (v. 25). 3. En ambas ocasiones *se extendieron por el valle de Refaím* (vv. 18, 22) que caía muy

cerca de Jerusalén. Esperaban hacerse dueños de la ciudad antes de que completara David el trabajo de las fortificaciones. Con el verbo «se extendieron» da a entender el texto que eran muy numerosos.

II. En ambos casos, aunque David era lo bastante valiente para marchar contra el enemigo, no entró en acción sin antes *consultar a Jehová* (vv. 19, 23) por medio del efod. Su consulta abarcaba dos puntos: 1. En cuanto a su deber: *«¿Iré contra los filisteos?»* Aquís le había tratado muy bien cuando David se hallaba en apuros, y le había protegido. Parece, pues, preguntar: «En recompensa de aquella fineza, ¿no debería yo buscar las paces con ellos, más bien que hacerles frente en el campo de batalla?» «¡No!», le dice Dios, «son enemigos de Israel; sube, pues». 2. En cuanto al éxito de la campaña. Su conciencia le había inclinado a preguntar: *«¿Subiré?»* (lit.). Ahora su prudencia le hacía preguntar: *«¿Los entregarás en mi mano?»* Con esto reconoce su total dependencia de Dios en cuanto a la victoria. «¡Sí!», le responde a esto Dios; *«Ve, porque ciertamente entregaré a los filisteos en tu mano».* Si Dios nos envía a un lugar con un cometido cualquiera, Él nos protegerá y estará con nosotros. La seguridad que Dios nos ha dado de victoria sobre nuestros enemigos espirituales nos debería animar en nuestras luchas con Satanás y sus huestes de maldad. David tenía ahora a su disposición un grande y animoso ejército; con todo, confió en la promesa de Dios más que en sus propias fuerzas.

III. En el primero de estos encuentros David derrotó a los filisteos a filo de espada (v. 20) y, después de la victoria: 1. Dio al Señor la gloria por el triunfo, pues puso por nombre al lugar: *Baal-perasim*, que significa «Señor de las roturas» (o de los quebrantamientos), porque, al haber quebrantado Dios a las fuerzas enemigas, fácilmente pudo él obtener la victoria sobre las mismas. 2. Cubrió de vergüenza los ídolos del enemigo. Los filisteos habían traído al campo de batalla las imágenes de sus dioses para que les protegiesen, así como los israelitas habían llevado al campo de batalla el Arca de Jehová; pero, al ser puestos en fuga, no se detuvieron a llevarse las imágenes, porque les resultaban una *carga sobre las bestias cansadas* (Is. 46:1), por lo que las abandonaron en el campo de batalla, juntamente con el resto del bagaje en manos del vencedor. David y sus hombres hicieron uso del resto del botín pero a las imágenes *las quemaron* (v. 21), como había ordenado Dios (Dt. 7:5). El obispo Patrick hace notar aquí muy bien que cuando el Arca cayó en manos de los filisteos los consumió, pero cuando estas imágenes cayeron en manos de Israel, no pudieron salvarse a sí mismas de ser consumidas.

IV. En el segundo de estos encuentros Dios concedió a David algunas señales sensibles de su presencia con él, le ordenó que no cayera de frente sobre el enemigo, como la vez anterior, sino que *los rodease* (v. 23). 1. Dios le ordena que se detenga. Y, como en otro tiempo, *Israel se estuvo quieto para ver la salvación de Jehová* (Éx. 14:13). 2. Le prometió que Él mismo (Dios) cargaría contra el enemigo por medio de un invisible ejército de ángeles (v. 24): *«cuando oigas ruido como de pasos en la cima de las balsameras, entonces te moverás»* (comp. con 2 R. 7:6). La gracia de Dios debe despertar en nosotros la prontitud para actuar. El ruido de los pasos era: (A) Una señal para que David se pusiera en movimiento. Bien podemos ponernos en marcha cuando Dios va delante de nosotros. Y (B) Quizás, alarma para el enemigo, a fin de ponerle en desorden y confusión. Al oír como pasos de un ejército que marchaba contra ellos, se retiraron precipitadamente y cayeron en manos de las fuerzas de David que estaban a la retaguardia del enemigo. (C) El éxito de esta estratagema se nos narra brevemente en el versículo 25. David actuó *conforme Jehová se lo había mandado,* esperó a que Dios se moviese, y sólo entonces atacó al enemigo. Hirió a los filisteos hasta la misma frontera del país de ellos. Cuando el reinado del Mesías comenzó su primera fase, los Apóstoles encargados de abatir el reinado de Satanás hubieron de esperar hasta recibir la promesa del Espíritu (esto es, el Espíritu prometido), el cual *vino del Cielo con un estruendo como de un viento recio que soplaba* (Hch. 1:4, 8; 2:2), del cual era, en alguna forma, tipo este *ruido como de pasos en la cima de las balsameras.*

CAPÍTULO 6

Después de humillar a los filisteos, David se dispone a traer a Jerusalén el Arca, no sólo para tenerla cerca de él, sino también para que añadiese ornamento y fuerza a la nueva fundación. I. Un primer intento que se frustró. El propósito era bueno (vv. 1–2), pero: 1. Cometieron un grave error al transportar el Arca

en una carreta (vv. 3–5). 2. Este error fue seguido de otro, y Uzá murió por haber tocado el Arca (vv. 6–7). 3. Esto aterrorizó a David (vv. 8–9), quien detuvo la marcha y dejó el Arca en casa de Obed-edom (vv. 10–11). II. Tras las bendiciones derramadas sobre la casa de Obed-edom, se reanudó la marcha con gran júbilo y satisfacción (vv. 12–15), y en ella vemos: 1. El buen entendimiento entre David y el pueblo (vv. 17–19). 2. El altercado entre David y su esposa Mical en esta ocasión (vv. 16, 20–23). Y cuando consideramos que el Arca era la señal de la presencia de Dios y, al mismo tiempo, tipo de Cristo, vemos cuán instructivo es este relato.

Versículos 1–5

El Arca estaba alojada en Quiryat-Yearim desde su regreso de su cautividad entre los filisteos (1 S. 7:1, 2). Aunque 1 Samuel 14:18 parece indicar que el Arca fue llevada una vez desde allí, pero no es probable que el Arca fuese transportada en aquella ocasión, sino sólo el efod. Lo que antaño había significado tanto para Israel, era una cosa que los israelitas habían descuidado por muchos años. La visibilidad en sí no es una nota de la verdadera Iglesia. Dios se hace presente, con su gran amor, en medio de sus hijos y dentro de sus almas, incluso cuando faltan las señales exteriores de su presencia. Pero ahora que David está afianzado en su trono, comienza a revivir el honor del Arca.

I. Precisamente porque habían sido muy escasas las menciones del Arca en años recientes, se la describe aquí más ampliamente (v. 2): *«el Arca de Dios, sobre la cual era invocado el nombre de Jehová de los ejércitos, que mora entre los querubines»*. Aprendamos de aquí: 1. A pensar y hablar de Dios altamente, pues su nombre está sobre todo otro nombre (comp. con Fil. 2:9): *Jehová Tsebaoth* = «Jehová de las huestes» (ángeles y estrellas), que tiene bajo su mando a todas las criaturas del cielo y de la tierra, y, no obstante, condesciende a morar entre los querubines, con lo que reconcilia al mundo con vistas a un Mediador y dispuesto siempre a hacerles bien. 2. A pensar y hablar con honor acerca de las santas ordenanzas, las cuales son para nosotros, como el Arca para Israel, señal de la presencia del Señor entre nosotros (Mt. 28:20) *y* medios de su gracia de nuestra comunión con Él (Sal. 27:4). Cristo es nuestra Arca.

II. Honroso acompañamiento que tuvo el Arca al ser trasladada. David propuso el traslado (1 Cr. 13:1–3). Todos los hombres escogidos de Israel son convocados a solemnizar la fiesta, a pagar sus respetos al Arca y a dar testimonio de su regocijo por el traslado a Jerusalén. Esto serviría para infundir en el corazón de la juventud de la nación, que escasamente habrían oído hablar del Arca, una gran veneración hacia ella.

III. Grandes expresiones de gozo en el traslado del Arca (v. 5). Así como el culto privado es tanto mejor cuanto más privado es, así también el culto público es tanto mejor cuanto más público es; ciertamente tenemos motivos para regocijarnos cuando se retiran los impedimentos para el libre ejercicio de la religión, y el Arca de Dios halla alegre acogida en la ciudad de David, donde no sólo disfruta de la protección, sino también del estímulo, de los poderes públicos. Para mejor expresar su gozo, *danzaban delante de Jehová.* El Dr. Lightfoot opina que fue entonces cuando David compuso el Salmo 68, puesto que comienza con la antigua oración de Moisés en el traslado del Arca: *«Levántese Dios, sean esparcidos sus enemigos»;* también se hace mención aquí (v. 25 del mismo Salmo) de los cantores y músicos que acompañaban, y (v. 27) de los príncipes de varias tribus. Quizás incluso las palabras con que se cierra el Salmo (v. 35): *«Temible eres, oh Dios, desde tu santuario»,* fueron añadidas con ocasión de la muerte de Uzá.

IV. Vemos, sin embargo, un grave error del que fueron culpables en este traslado, pues transportaron el Arca en una carreta tirada por bueyes, cuando debía ser transportada siempre a hombros de los levitas (v. 3, comp. con Nm. 3:29 y ss.). A los coatitas, que tenían a su cargo el Arca, no se les había asignado ninguna carreta «*porque llevaban sobre sí en los hombros el servicio del santuario*» (Nm. 7:9). El Arca no era una carga tan pesada como para que no pudieran llevarla a hombros hasta el monte Sion; por tanto, no necesitaban cargarla en una carreta como si fuese un objeto profano. No tenían excusa en que así lo habían hecho los filisteos sin ser castigados por ello pues los filisteos no conocían el valor, la importancia y el significado del Arca. Los filisteos podían transportarla así impunemente, pero si los israelitas les

imitaban, no podían quedar impunes. Poco mejoraban el caso con transportarla en una carreta nueva; nueva o vieja, no era ése el modo que Dios había ordenado.

Versículos 6–11

Uzá es herido de muerte por tocar el Arca durante el traslado a la ciudad de David; fue una trágica experiencia que empañó el gozo de la solemnidad, impidió el avance de la marcha y, de momento ocasionó la dispersión de esta gran asamblea, congregada para asistir con gozo a la fiesta y despedida a sus casas con terror.

I. La culpa de Uzá parece pequeña a primera vista. Él y su hermano Ayó, hijos (o, más probablemente, nietos—v. 1 S. 7:1—) de Abinadab, en cuya casa había estado alojada el Arca por largo tiempo (unos 70 años), acostumbrados a tenerla a su cargo, guiaban la carreta en que el Arca era transportada, siendo éste, quizás, el último servicio que habían de prestarle, puesto que habrían de ser encargados de ello otros levitas cuando el Arca llegase a la ciudad de David. *Ayó iba delante* (v. 4), a fin de abrir paso y, si era preciso, guiar los bueyes. Uzá iba detrás, muy cerca del Arca. Sucedió que los bueyes dieron una sacudida. Discrepan los autores sobre el significado del verbo hebreo *shamat:* unos traducen «tropezaron»; otros, «resbalaron»; otros, «cocearon» contra la aguijada, quizá, con que Uzá les aguijaba; otros, en fin, «se atascaron». Por un accidente de una u otra forma, el Arca estuvo en peligro de ser sacudida de la carreta. Entonces fue cuando Uzá le echó mano para sostenerla. Él era levita, pero sólo los sacerdotes podían tocar el Arca. La ley estaba clarísima en este punto (Nm. 4:15) concerniente a los coatitas; habían de transportar todos los utensilios del santuario, *pero no podían tocar las cosas santas, pues morirían.*

II. El castigo que sufrió por tal ofensa parece muy grande a primera vista (v. 7): *«cayó allí muerto junto al Arca de Dios»;* ni siquiera el propiciatorio le salvó de la muerte. ¿Por qué se portó Dios tan severamente con él? 1. Tocar el Arca, como hemos visto, estaba vedado expresamente a los levitas, bajo pena de muerte. 2. Dios vio en el corazón de Uzá una cierta presunción e irreverencia. Quizá quiso mostrar delante de toda la asamblea cuán bien podía manejar el Arca, al haber estado por largo tiempo a su servicio. 3. David reconoció después que Uzá había sido castigado por un pecado del que todos eran culpables, esto es, por haber transportado el Arca sobre una carreta. Pero aun en esto tenía Uzá mayor culpa, pues de él y de su hermano parece ser que partió la iniciativa de transportarla de aquella manera. 4. Dios quería inculcar con ello en los israelitas una mayor veneración de las cosas santas y convencerles de que no era el Arca menos digna de respeto por haberse hallado hasta entonces en circunstancias humildes; así aprenderían a regocijarse con temor y a tratar las cosas santas con reverencia y temor santo.

III. David se resintió tremendamente de esta desgracia y no podemos decir que sus sentimientos fuesen del todo apropiados como deberían haber sido.

1. Se disgustó mucho (v. 8): *«Se encendió la ira de David»* (lit.). Es el mismo vocablo hebreo que se emplea para expresar la ira de Dios (v. 7). Porque Dios estaba airado, David también se airó y se puso de mal humor. Es cierto que la muerte de Uzá eclipsó algún tanto la gloria de la solemnidad, pero el deber de David era someterse a la sabiduría y a la justicia de Dios en el episodio, en lugar de desagradarle lo que Dios hizo. Cuando estamos bajo la ira de Dios, hemos de soportarla con mansedumbre.

2. Le entró miedo (v. 9). Parece ser que le sorprendió lo sucedido, pues dijo: *«¿Cómo ha de venir a mí el Arca de Jehová?»* Como si Dios fuese tan extremadamente escrupuloso en cuanto a su Arca que mejor era mantenerse a distancia de ella. La reacción apropiada habría sido: «Que venga a mí el Arca, y yo aprenderé de este episodio a tratarla con mayor reverencia». Así que *no quiso traer para sí el Arca de Jehová* (v. 10) mientras no estuviese en mejor disposición de ánimo.

3. Se preocupó de perpetuar la memoria de este golpe y puso al lugar un nuevo nombre: *Peres-Uzá* (v. 8), que significa «quebrantamiento de Uzá». Anteriormente, después de derrotar a los filisteos, llamó al lugar *«Baal-perasím»,* esto es, «Señor de los quebrantamientos». Pero ahora era el quebrantamiento de uno de sus amigos. El memorial serviría de aviso a la posteridad para evitar toda precipitación e irreverencia en el trato de las cosas santas.

4. Alojó el Arca en buena casa, la casa del levita Obed-edom que caía cerca del lugar en que había acaecido el desastre, y allí: (A) Fue bien acogida y atendida, y permaneció por *tres meses* (vv. 10, 11). Obed-edom conocía la matanza que el Arca había llevado a cabo entre los filisteos y los betsemitas. Había visto caer a Uzá por tocarla y se dio cuenta de que el propio David tenía miedo de seguir adelante con ella; sin embargo, le abrió de par en par las puertas de su casa sin temor alguno; sabía que era *«olor de muerte para muerte»* (2 Co. 2:16) únicamente para quienes la tratasen sin respeto. (B) Obtuvo por ello gran bendición: *«Y bendijo Jehová a Obed-edom y a toda su casa»*. La misma mano que había castigado la orgullosa presunción de Uzá, recompensó la humilde osadía de Obed-edom e hizo que el Arca fuera para él *«olor de vida para vida»*. El Arca de Dios es huésped con cuya acogida nadie pierde. Buena cosa es vivir en una familia que presta al Arca buena acogida, pues todo será bendición allí.

Versículos 12–19

Segundo intento de traer el Arca a Jerusalén; esta vez, con éxito.

I. La bendición que cayó sobre la casa de Obed-edom era una señal de que Dios estaba reconciliado con su pueblo y de que su ira había cesado. Si Dios estaba en paz con ellos, bien podían seguir gozosamente con su empresa. 1. Era una evidencia de que el Arca no era una carga tan pesada como ellos creían; al contrario, era una bendición para quien estaba cerca de ella. 2. Cristo es también *piedra de tropiezo y roca de escándalo* (1 P. 2:8) para los desobedientes; pero, para los que creen, es *principal piedra del ángulo, escogida, preciosa* (1 P. 2:6).

II. Cómo se las arregló David ahora. 1. Ordenó que el Arca fuese llevada a hombros de los levitas, en las barras, como estaba mandado. Esto se halla aquí implícito (v. 13), pero está expreso en 1 Crónicas 15:15. 2. Cada seis pasos que andaban los que llevaban el Arca, David ofrecía sendos sacrificios a Dios (v. 13) para expiar por los anteriores errores. 3. Él mismo asistió a la solemnidad con las más elevadas expresiones de gozo que puedan darse, pues *danzaba con toda su fuerza delante de Jehová* (v. 14). Su danza no fue premeditada según ciertas normas ni ejecutada con artificio formalista, sino que fue una expresión natural y espontánea de su gran alegría y de la exultación de su corazón. 4. Todo el pueblo acompañó con júbilo al Arca (v. 15). 5. El Arca fue traída a salvo y depositada honrosamente en el lugar preparado para ella (v. 17): *Metieron el Arca de Jehová y la pusieron en su lugar en medio de una tienda que David le había levantado*. E inmediatamente que fue colocada allí, *sacrificó David holocaustos y ofrendas de paz delante de Jehová,* en agradecimiento a Dios y con súplica para que continuara su favor. 6. Después de esto, el pueblo fue despedido en medio de general satisfacción. Les despidió David: (A) Con una piadosa oración (v. 18): *Bendijo al pueblo en el nombre de Jehová de los ejércitos.* Por medio de esta oración mostró su deseo de bienestar para ellos, para que así supiesen que tenían un rey que de veras les amaba. (B) Con un generoso regalo (v. 19). Fue un copioso reparto de víveres, no una menguada distribución de limosnas.

Versículos 20–23

Después de despedir a la congregación, David regresó a su casa para bendecirla (v. 20) con una acción de gracias familiar por esta merced nacional. Nunca había regresado David a su casa con tanta alegría y satisfacción como ahora que había traído el Arca a su vecindad; sin embargo, incluso este día tan jubiloso acabó con cierto malestar, ocasionado por su esposa Mical, a quien desagradó la danza de David delante del Arca, ya que pensaba que su esposo se había degradado con ello.

I. Cuando Mical vio a David en la calle, danzando delante del Arca, *le menospreció en su corazón* (v. 16). Pensó que este entusiasmo por traer el Arca de Dios a la ciudad era excesivo y muy impropio de un soldado, hombre de estado y monarca tan grande.

II. Cuando él llegó a casa con la mejor de las disposiciones, ella salió a su encuentro para cubrirle de reproches. Vemos:

1. Con qué ironía se burló de él (v. 20): «*¡Cuán honrado ha quedado hoy el rey de Israel!* ¡Cómo has hecho hoy el necio delante de todas las turbas!» Le desagradaba a Mical el entusiasmo de David por el Arca y tildaba de inmodesta, y hasta de lasciva, su forma de comportarse delante del Arca. Pero estos reproches no tenían ningún fundamento, puesto que no cabe duda que David observó el debido decoro en su danza y, además, sólo se despojó de sus vestiduras regias, pues iba *vestido con un efod de lino* (v. 14); es decir, no en función de monarca, sino de sacerdote que ministra delante de Jehová. El reproche de Mical era tanto más injusto cuanto que David le había mostrado un afecto tan grande que no quiso aceptar la corona sobre todo Israel sin que antes le fuera devuelta la esposa de su juventud (3:13). Con esto echaba de ver Mical que tenía más de hija de Saúl que de esposa de David y hermana de Jonatán.

2. Cómo reaccionó David ante este reproche de ella. Le dio a entender:

(A) Que su intención había sido honrar a Dios (v. 21): *Fue delante de Jehová,* esto es, con la atención puesta en Dios solamente. Fuese cual fuese la forma maliciosa en que ella había interpretado el gesto de David, él tenía el testimonio de su conciencia de que lo había hecho sinceramente por la gloria de Dios. Y para que no se meta a juzgar la conducta de su esposo, le recuerda que Dios mismo había retirado su apoyo a la casa de Saúl prefiriéndole a él para hacerle rey sobre Israel, y si le parecían viles y despreciables las expresiones de júbilo que había mostrado en la calle delante del Arca él las tenía por tan apropiadas que estaba dispuesto a repetirlas. *«Por tanto, danzaré delante de Jehová»*. (a) Si somos aprobados delante de Dios, y lo que hacemos en nuestras expresiones de piedad lo hacemos por Él, no hemos de temer las censuras ni los reproches de los hombres. (b) Cuanto más se nos vilipendie y menosprecie por hacer el bien, tanto mayor ha de ser nuestra resolución en continuar fieles al Señor y dispuestos a servirle.

(B) Que su intención incluía su propia humillación (v. 22). *«Y aun me haré más vil que esta vez, y seré bajo a tus ojos*, pensando que no hay nada demasiado bajo a lo que no esté yo dispuesto a rebajarme por el honor de Dios».

(C) Que, lejos de tomar en consideración su reproche, prefería ser honrado *delante de las criadas de sus siervos* (v. 20), que era lo que precisamente Mical le echaba en cara: *«Pero seré honrado delante de las criadas de quienes has hablado»*.

3. Para Mical fue muy triste la consecuencia de este altercado (v. 23): Y *Mical, hija de Saúl, no tuvo hijos hasta el día de su muerte* (lit.). Aunque el adverbio «ya» no aparece en el texto hebreo, la posición de la frase al final de todo el episodio da a entender como si Dios la hubiese condenado a la esterilidad, la mayor causa de pesadumbre para una mujer semita. Sin embargo, es más probable que David renunciase a tener relaciones con ella. Lo cierto es que tampoco antes había tenido hijos, lo cual explicaría, hasta cierto punto, como comenta el rabino Hertz, su frialdad de corazón. Ella había reprochado injustamente a David, pero ella tenía un mayor y más duradero reproche. *Dios honra a quienes le honran a Él;* pero quienes le desprecian a Él y a sus siervos, *serán menospreciados.*

CAPÍTULO 7

El Arca de Dios es el cuidado de David como había sido su gozo. I. Su consulta a Natán sobre edificar casa para el Arca, da a entender su intención de construirla (vv. 1–2), y Natán aprueba su intención (v. 3). II. Su conversación con Dios sobre ello en la que: 1. Recibe de Dios un benévolo mensaje acerca de este asunto (v. 4–17). 2. Ofrece a Dios una oración muy humilde en contestación al mensaje divino, y acepta agradecido las promesas de Dios para él, y ora con anhelo para que Dios las lleve a cabo (vv. 18–29).

Versículos 1–3

I. David descansa (v. 1): *Estaba el rey asentado en su casa* (lit.), tranquilo, sin que nadie turbase su reposo ni le acosase para salir al campo de batalla. Por largo tiempo no había disfrutado de una calma como ésta. Y estaba en su elemento cuando, sentado en su casa, podía meditar en las cosas de Dios y en su Ley.

II. Fue entonces cuando pensó en edificar un templo para el honor de Dios. Había ya edificado una casa para sí y una ciudad para sus siervos; ahora piensa en edificar morada para el Arca. 1. Así podría corresponder agradecido a los honores que Dios le había otorgado. 2. También podría de este modo hacer buen uso de la calma que Dios le concedía. David consideró (v. 2) la opulencia de su propio palacio («yo *habito en casa de cedro*»), comparada con la modestia de la morada del Arca (*«el Arca de Dios está entre cortinas»*), y pensó que era muy poco apropiado el que él morara en un palacio, y el Arca de Dios en una tienda de campaña. David había estado desasosegado hasta encontrar *una morada para el Fuerte de Jacob* (Sal. 132:4, 5), y ahora está también desasosegado hasta hallar para el Arca otro lugar mejor. Las personas piadosas no pueden disfrutar con sosiego de sus comodidades mientras ven a la Iglesia de Dios en apuros y bajo densas nubes. Por eso, David no tiene contentamiento en su casa de cedro mientras el Arca no tenga mejor acomodo.

III. Comunica su pensamiento al profeta Natán. Se lo dijo para, por medio de él, conocer la mente de Dios. Era ciertamente una buena obra, pero ya no era tan cierto que fuese la voluntad de Dios el que David hubiese de construirla.

IV. A Natán le pareció buena, en un principio, la idea (v. 3): *Anda, y haz todo lo que está en tu corazón, porque Jehová está contigo.* Al ver que lo que David se proponía era cosa muy buena, Natán le dio ánimos para que llevase adelante su proyecto. También nosotros debemos hacer cuanto podamos para animar y promover los buenos propósitos y planes de otros, alentándoles con buenas palabras cuando tengamos oportunidad. Natán le dio estos ánimos, no en nombre de Dios, sino de su propia cuenta; no como profeta, sino como hombre bueno y prudente.

Versículos 4–17

Plena revelación del favor de Dios para con David por medio de un mensaje que le fue enviado mediante el profeta Natán. El propósito de este mensaje era quitarle a David de la cabeza la idea de edificar el templo, y por eso le fue comunicado: 1. Por la misma mano que le había animado a llevar a cabo la idea, no fuese que, si el mensaje le era comunicado por medio de otra persona, Natán quedase menospreciado y David se sintiese perplejo. 2. La comunicación le vino a David aquella misma noche, para que Natán no continuase por más tiempo en su equivocación y para que David no siguiera llenándose la cabeza con ideas que nunca había de llevar a la práctica.

I. El propósito de David de edificar para Dios una casa es dado de lado. Dios tomó buena nota de tal propósito, ya que sabe muy bien lo que hay dentro del hombre, y se agradó en él, como vemos por 1 Reyes 8:18: *«Bien has hecho en tener tal deseo»;* con todo, no le permitió que lo llevase a la práctica: *«¿Tú me has de edificar casa en que yo more?* ¡No! *Tú no me edificarás casa en que habite* (v. el lugar paralelo, 1 Cr. 17:4); tengo designado para ti otro trabajo, que ha de ser llevado a cabo primero». David es un hombre de guerra y debe continuar con sus conquistas para ensanchar las fronteras de Israel. David es también un buen salmista y tiene que preparar salmos para el uso del templo cuando éste haya sido edificado y fijar los turnos de los levitas. Para la edificación del templo, será más apropiado el talento genial de su hijo (aún por nacer), y él dispondrá de mayor cantidad de dinero para los gastos de la obra; por consiguiente, a Salomón le será reservado llevar a cabo esa obra. Cada uno ha de servir conforme al don que haya recibido (v. Ro. 12:3 y ss.; 1 Co. 12:7 y ss.). La edificación del templo iba a ser obra de mucho tiempo y necesitaba la adecuada preparación; pero era algo de lo que jamás se había hablado hasta ahora. Dios le dice a David:

1. Que hasta ahora nunca había tenido una casa edificada para Él (v. 6); un tabernáculo había servido para ello, y podía continuar sirviéndole por algún tiempo más. Dios no tiene en mucho la pompa exterior del culto; la presencia de Jehová era tan segura y eficaz cuando el Arca moraba en una tienda como cuando estuvo en un templo. Cristo, como el Arca, *«acampó con nosotros»* (Jn. 1:14, lit.) cuando estuvo en este mundo, y verdaderamente *pasó* por el mundo *haciendo el bien* (Hch., 10:38), pero pasó como peregrino, pues no tuvo morada de su propiedad hasta que subió a los cielos, a las mansiones de arriba en la casa del Padre (Jn. 14:2), y allí se sentó a su diestra (Sal. 110:1; He. 1:3; 8:1; 10:12). También la Iglesia, como el Arca y como Cristo, es peregrina en este mundo (v. 1 P. 2:11) y mora en una tienda de

campaña, porque su estado presente es pastoril y, al mismo tiempo, militar; su ciudad o residencia fija está por venir (He. 11:16; 13:14). En sus Salmos, David llama con frecuencia al tabernáculo «templo» (por ej. Sal. 5:7; 27:4; 29:9; 65:4; 138:2), porque respondía a los objetivos de un templo, aun cuando estuviese hecho de cortinas.

2. Que nunca había dado órdenes ni instrucciones, ni aun la más leve insinuación, a ninguno de los anteriores jefes de Israel, esto es, a ninguno de los *jueces* (1 Cr. 17:6) o *cetros* (pues así son llamados los gobernantes, como en Ez. 19:14, y así es llamado el Supremo Cetro, el del Mesías, en Nm. 24:17), en cuanto a la edificación del templo (v. 7).

II. Dios le trae a la memoria las grandes cosas que ha hecho por David. 1. Le levantó desde una condición baja y modesta (v. 8): *Yo te tomé del redil, de detrás de las ovejas.* 2. Le ha dado éxito y victoria sobre sus enemigos (v. 9): *«He estado contigo en todo cuanto has emprendido,* para protegerte cuando eras perseguido, y para prosperarte cuando ibas persiguiendo». 3. Le ha coronado, no sólo con poder y dominio sobre Israel, sino también con honor y reputación entre las naciones circunvecinas: *Y te he dado un nombre grande, como el nombre de los grandes que hay en la tierra.*

III. Al Israel de Dios le es prometido que será establecido felizmente (vv. 10, 11). Esto viene como en un paréntesis, antes de las promesas hechas a David personalmente, para que entienda que todo lo que Dios ha determinado hacer por él lo ha hecho por amor a Israel, a fin de que el pueblo pueda vivir felizmente bajo la administración y gobierno de David, y para que él tenga la satisfacción de ver en lontananza paz sobre Israel (comp. con Sal. 128:6). Dos cosas le son prometidas a Israel: 1. Un lugar tranquilo: Canaán será de ellos, sin que nadie les eche de allí. 2. Un tranquilo disfrute del lugar *«… ni los hijos de perversidad* (lit.)—con lo que alude especialmente a los filisteos, que habían sido una verdadera plaga para ellos—*le aflijan más, como al principio».*

IV. La principal razón por la que Dios niega a David el privilegio de erigirle un templo no se halla aquí, pero se repite varias veces en 1 Crónicas 22:8; 28:3: *«Porque tú has derramado mucha sangre».* Aunque, con toda probabilidad, Dios se refiere aquí a la sangre derramada en defensa de la nación, las manos manchadas de sangre no son las más apropiadas para una función casi sacerdotal de edificar el templo del Dios verdadero. Hay autores que piensan que Dios incluye la muerte de Urías (cap. 11) en lo del «derramar sangre».

V. Vienen a continuación las promesas vinculadas a la familia y a la posteridad de David. Él se había propuesto edificar una casa a Dios; ahora, Dios se propone, y promete, *edificar casa a David* (v. 11); es decir, una dinastía sin fin (v. 16).

1. Algunas de estas promesas se refieren a Salomón, su inmediato sucesor, y al linaje real de Judá. En cuanto a Salomón, vemos: (A) Que Dios le hará heredero del trono de su padre David. (B) Que le afianzará en el trono: *«Afirmaré su reino»* (v. 12), *«afirmaré para siempre el trono de su reino»* (v. 13). (C) Que le había de usar en la honrosa y excelente obra de edificar el templo, del que David tuvo sólo la satisfacción de intentarlo: *«Él edificará casa a mi nombre»* (v. 13). (D) Que entrará con él en un pacto de adopción (vv. 14, 15): *Yo le seré a él por padre, y él me será a mí por hijo.* No hay cosa mejor para la felicidad nuestra y la de los nuestros que tener a Dios por Padre. La promesa tiene que ver, no con una adopción «de gracia» como es la de los creyentes, sino en sentido impropio de adopción, el mismo nombre que se le impuso (hebreo, *Yedidiyah)* únicamente significa «escogido», no para el Cielo, sino para el trono. En cuanto a dicha adopción como «hijo», vemos: (a) Que Dios, como Padre, le corregirá (v. 14), pues *¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?* (He. 12:7). (b) Con todo no le había de desheredar (v. 15). La revuelta posterior de las diez tribus y su separación de la casa de David fue, más bien, una corrección y un gran castigo de dichas tribus por su iniquidad, pero la constante adhesión de las dos restantes tribus a la casa de David perpetuó la merced de Dios a su familia la cual, aunque se acortó, no fue cortada del todo, como lo fue la casa de Saúl.

2. Otras promesas se refieren a Cristo, que varias veces es llamado *David* y, con mayor frecuencia, *Hijo de David,* a quien apuntaban en último lugar, estas promesas y en quien tuvieron su pleno cumplimiento. *Él era de la descendencia de David* (Hch. 13:23). La promesa: *Yo le seré a él por padre, y él me será a mí por hijo,* es expresamente aplicada a Cristo en Hebreos 1:5. Además, el establecimiento de su trono y de su reino *para siempre* (vv. 13, 16) no puede aplicarse a nadie más que a Cristo y a su

reino (Lc. 1:33). La casa y el reino de David se derrumbaron hace muchísimos siglos; sólo el reino del Mesías es eterno (v. 16). (A) Natán comunicó fielmente a David este mensaje (v. 17) y, al prohibirle edificar el templo, tuvo que contradecirse a sí mismo (comp. el v. 17 con el 3). (B) Dios cumplió fielmente, a su debido tiempo, estas promesas a favor de David y de su descendencia.

Versículos 18–29

La solemne alocución que dirigió David a Dios en respuesta al benévolo mensaje que Dios le había enviado.

I. El lugar al que se retiró: *«Entró el rey David»;* esto es, entró en el tabernáculo donde estaba el Arca, que era la señal de la presencia de Dios; se puso frente al Arca.

II. La postura que adoptó: *«Se sentó* (lit.) *delante de Jehová».* La Biblia nos presenta tres posturas de oración: 1. De pie, que es la postura sacerdotal, de mediación. 2. De rodillas, que es postura de sumisión y súplica, como hacía el Apóstol Pablo (Ro. 14:11; Ef 3:14). 3. Postrado, rostro en tierra, como vemos en el propio Señor Jesucristo (Mt. 26:39). La postura de David aquí es postura más bien de adoración (v. Éx. 17:12; 1 S. 4:13; 1 R. 19:4). Dice el comentario de Jamieson, Fausset y Brown sobre este lugar: «En cuanto a la actitud particular, David se sentó, más probablemente, *sobre sus talones.* Esta era la postura de los antiguos egipcios ante sus santuarios; en el Oriente, ésta es la postura que indica más profundo respeto ante los superiores. Personas de la más alta dignidad se sientan así en presencia de reyes, y es la única actitud asumida por los modernos mahometanos en sus lugares y ritos de devoción». Otros autores piensan (entre ellos, el propio M. Henry) que se sentó primeramente para meditar, antes de levantarse para orar.

III. La alocución (u oración) misma, que rebosa piadosos afectos hacia Dios.

1. Habla muy humildemente de sí mismo y de sus méritos personales. Comienza como quien se ha quedado atónito al oír lo que le ha dicho Dios: *«¿Quién soy yo, y qué es mi casa?»* (v. 18). Tenía baja opinión: (A) De sus méritos personales: *«¿Quién soy yo?»*; sin embargo, era un hombre de cualidades excepcionales, extraordinariamente dotado en cuerpo y alma. Pero, cuando se aproxima a Dios, piensa de sí como de alguien indigno de que Dios se fije en él. (B) De los méritos de su familia: *«¿Qué es mi casa?»* Sin embargo, su familia era de la tribu de Judá, la tribu del cetro. Vimos una reacción similar en Gedeón (Jue. 6:15). De aquí hemos de aprender a considerar todos nuestros éxitos como concesiones gratuitas de Dios.

2. Habla muy altamente de los favores de Dios hacia él: (A) En lo que ha hecho por él: *«… ¿para que tú me hayas traído hasta aquí?»;* es decir, hasta esta posición de tan gran dignidad y poder. (B) En lo que ha prometido hacer por él. Muchas cosas había hecho ya Dios por él; pero, como si todo ello no fuera nada le promete hacer por él mucho más (v. 19). Debemos reconocer, como lo hace aquí David: (a) Que esto supera toda expectación: «¿Y (es) *ésta la ley del hombre, Señor Jehová?»* (lit.). Esto puede interpretarse de dos maneras: *Primera:* «¿Puede el hombre esperar que Dios se porte así con él? ¿Es ésta la manera ordinaria que tienes de tratar con los hombres?» Ha sido puesto tan cerca de Dios, comprado a tan alto precio, ha entrado en pacto y comunión con Dios. ¿Es imaginable todo esto? *Segunda:* «¿Es así como proceden los hombres, unos con otros?» ¡No! El proceder de Dios está infinitamente por encima del proceder de los hombres (Is. 55:8–9). Al ser infinitamente alto, Dios condesciende hasta lo más bajo. Al ser él el ofendido, nos suplica que nos reconciliemos con él, pues él está en principio, por la obra de la Cruz, reconciliado con nosotros (2 Co. 5:19–20). Donde abundan nuestros pecados, sobreabunda su perdón y su gracia (Ro. 5:20) y, así, los puntos más negros de nuestra vida se convierten en constelaciones de perdón. (b) Que más allá de esto no cabe esperar más (v. 20): *«¿Y qué más puede añadir David hablando contigo?»* Como si dijese: «¿Qué más puedo pedir, y qué más puedo desear?» *«Pues tú conoces a tu siervo, Señor Jehová.* Tú sabes lo que puede hacerme feliz, y lo que me has prometido es más que suficiente para ello.» Así también la promesa de Cristo incluye todos los bienes. ¿Qué más podemos pedir para nosotros en nuestras plegarias que lo que nos ha dicho en sus promesas?

3. Todo lo atribuye a la libre y soberana gracia de Dios (v. 21), tanto las grandes cosas que ha hecho por él como las grandes cosas que ha prometido hacer por él y por su familia.

4. Adora la grandeza y la gloria de Dios (v. 22): *«Tú te has engrandecido, Jehová Dios; por cuanto no hay como tú»*. La condescendencia de Dios para con él y el honor que Dios le había otorgado no habían abatido su veneración pavorosa de la majestad divina; pues cuanto más cerca está alguien de Dios, tanto más le deslumbra el resplandor de su gloria, y cuanto más preciosos somos a sus ojos, tanto más grande debería ser Él a los nuestros.

5. Expresa una gran estima hacia el Israel de Dios (vv. 23, 24). Así como no había ninguno entre los dioses que pudiese compararse a Jehová, así tampoco había ninguna entre las naciones comparable a Israel, si tenemos en cuenta:

(A) Las obras que Dios había llevado a cabo por ellos, desde el momento en que los rescató de la esclavitud de Egipto hasta el presente. La redención de Israel, conforme se describe aquí, era tipo de nuestra redención mediante la obra de Cristo en que: (a) Ellos fueron rescatados de las naciones y de sus dioses, nosotros somos rescatados de toda iniquidad y de toda conformidad con el presente mundo (Ro. 12:1, 1 Jn. 2:17). Cristo vino a salvar a su pueblo de sus pecados. (b) Israel fue rescatado para ser un pueblo de la exclusiva propiedad de Dios, santo y purificado, para obtener Él un alto nombre y hacer por ellos grandes cosas. Lo mismo ocurre con nosotros (1 P. 2:9).

(B) El pacto que había hecho con ellos (v. 24). Este pacto era: (a) Mutuo. Ellos habían de ser el pueblo de Jehová, y Jehová había de ser el Dios de ellos. Todos los intereses de Israel habían de estar centrados en Dios; y todas las perfecciones divinas habían de actuar a favor de Israel. (b) Inmutable: *«Porque tú estableciste …».* Es algo fijado en los designios divinos. El mismo Dios que asegura el pacto, asegura también, de su parte, el cumplimiento del pacto.

6. David concluye con humildes peticiones a Dios.

(A) Fundamenta sus peticiones en el mensaje mismo que ha recibido de Dios (v. 27): *«Porque tú, Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, has hecho esta revelación a tu siervo»*. Como si dijese: «Tú has tenido a bien hacerme estas grandes promesas; de lo contrario, yo no habría hallado en mi corazón unas peticiones como éstas», demasiado grandes para que yo las haga, pero no demasiado grandes para que tú las concedas.

(B) Su fe y su esperanza alzan el vuelo hasta comprometer a la fidelidad de Dios en el cumplimiento de la promesa (v. 25): *«Ahora, pues, Jehová Dios, confirma para siempre la palabra que has hablado … y haz conforme a lo que has dicho»*. Sea tu promesa firme, como es mi petición osada.

(C) Así afincada la raíz de su fe, brotan de sus labios importantes plegarias: (a) Pide que se cumpla la promesa que acaba de hacerle (v. 25), como si dijese: «No deseo más ni espero menos». Así es como también nosotros hemos de convertir en oraciones las promesas de Dios, y así se tornarán feliz cumplimiento, puesto que en Dios el decir y el hacer no son dos cosas diferentes, como suele ocurrir con los hombres, sino que su Palabra es, por sí misma, eficaz (He. 4:12): *«Que sea engrandecido tu nombre para siempre»*. (b) Éste debería ser el centro y compendio de todas nuestras oraciones, como el Alfa y Omega de nuestras plegarias. Como el mismo Señor Jesucristo nos enseñó, debemos comenzar por *«Santificado sea tu nombre»* y terminar por «y *la gloria por todos los siglos. Amén»* (Mt. 6:9, 13). (c) Pide por su casa, a la que la promesa hacía especial referencia; *primero,* que sea bendecida (v. 29): *«Ten ahora a bien bendecir la casa de tu siervo»; segundo,* que dicha bendición sea permanente (v. 26): *«Y que la casa de tu siervo David sea firme delante de ti»*. *Y* de nuevo (v. 29): *«Para que permanezca perpetuamente delante de ti»*. Esto tiene pleno cumplimiento en la perfección y total firmeza eterna del reino de Cristo. Cuando fue prometido a María (Lc. 1:33) que el reino del Mesías *no tendrá fin,* quedó abundantemente respondida esta petición del hijo de Isaí a favor de su descendencia.

CAPÍTULO 8

Después de haber buscado primero el reino de Dios, Y colocado en su apropiado lugar el Arca de Dios, David, ya bien establecido en el trono, comenzó a extender sus dominios. Aquí tenemos un informe. I. De sus conquistas, con sus triunfos: 1. Sobre los filisteos (v. 1). 2. Sobre los moabitas (v. 2). 3. Sobre el rey de Sobá (vv. 3, 4). 4. Sobre los sirios (vv. 5–8, 13). 5. Sobre los edomitas (v. 14). II. De los regalos que le fueron traídos y de las riquezas que adquirió de las naciones subyugadas, riquezas que dedicó a

Dios (vv. 9–12). III. De su corte: la administración de su gobierno (v. 15) y sus más altos oficiales (vv. 16–18). Con esto tenemos una idea general de la prosperidad del reinado de David.

Versículos 1–8

El quehacer de David ahora es hacer la guerra para vengar a Israel de las molestias causadas por sus enemigos, y para que hagan valer sus derechos, puesto que todavía no habían tomado plena posesión de la tierra que les había sido asignada por la promesa de Dios.

I. Subyugó completamente a los filisteos (v. 1). Por largo tiempo habían oprimido y vejado a Israel. Saúl no llegó a imponerse a ellos, pero David completó la liberación de Israel de las manos de ellos, que Sansón había comenzado mucho antes (Jue. 13:5). *Méteg-amá* es una frase de muy discutido significado, pero 1 Crónicas 18:1 dice *Gat, cuyo* sentido ya conocemos. En 2:24 hallamos una referencia al *«collado de Amá»;* por lo que algunos traducen *Méteg-amá* por «la brida de Amá», con lo que se daría a entender que allí había una guarnición de filisteos que «frenaba» la expansión de Israel por aquel lado. Al tomarla David de manos de los filisteos, les arrancó la «brida» para frenarles a ellos.

II. *Derrotó también a los de Moab* (v. 2), y los hizo tributarios suyos. Dividió el territorio en tres partes, dos de las cuales destruyó y conservó la tercera a fin de que los moabitas les sirvieran para cultivar el terreno para Israel. Se cumplía así la profecía de Balaam (Nm. 24:17): *«Se levantará cetro de Israel y herirá las sienes de Moab».* Los moabitas continuaron siendo tributarios de Israel hasta después de la muerte de Acab (2 R. 3:4, 5). Después se rebelaron y nunca fueron ya sometidos.

III. Derrotó también a los sirios o arameos (Siria es, en hebreo *Aram*, aunque, con el nombre de Aram, se designa también la Mesopotamia septentrional; por lo que, para precisar bien, se dice «Aram de Damasco» cuando se refiere a Siria). Los sirios se dividían en dos reinos, según el sentido de *Aram*, como aparece en el título del Salmo 60: *Aram de Naharáyim* (esto es, *de los dos ríos*), cuya capital era Damasco (famosa por sus ríos—v. 2 R. 5:12—) y *Aram de Sobá*, contigua a la primera, pero que se extendía hasta el Éufrates. Éstos eran dos reinos norteños de Israel. 1. David comenzó con los sirios de Sobá (vv. 3, 4). 2. Según iba a establecer su frontera en el río Éufrates, conforme a la promesa hecha a Abraham con respecto a la extensión de su descendencia (Gn. 15:18), el rey de Sobá se le opuso, pero David le derrotó completamente e hizo prisionero a lo mejor de su ejército, y le arrebató también los carros y desjarretó a los caballos de los carros, excepto doscientos que reservó para el tiro de cien carros.

IV. En todas estas guerras: 1. David gozaba de la protección de Dios (v. 6): «*Jehová dio la victoria a David por dondequiera que iba».* 2. Se enriqueció considerablemente. Tomó los escudos de oro que los siervos de Hadad-ézer traían (v. 7) y mucho bronce de distintas ciudades de Siria (v. 8), a las que tenía derecho por estarle prometidas estas regiones en la profecía hecha a Abraham.

Versículos 9–14

I. El rey de Hamat se muestra obsequioso con David, pues parece ser que aquél se hallaba entonces en guerra con el rey de Sobá. Al enterarse de la victoria que David había conseguido contra su enemigo, le envió su propio hijo como embajador (vv. 9, 10) para solicitar su amistad. Y David no perdió nada al tomar bajo su protección a este joven príncipe, pues la riqueza que adquiría como despojo de los territorios que conquistaba, ahora la obtenía de éste como presente de regalo: *«Trajo como obsequio utensilios de plata, de oro y de bronce».* Mejor es conseguir las cosas por las buenas que por las malas.

II. La ofrenda que hizo David a Dios de los despojos de las naciones (vv. 11, 12): *Lo dedicó todo a Jehová.* De este modo coronaba todas sus victorias, pues las hacía brillar mucho más que las de Alejandro Magno y César, quienes buscaban su propia gloria, mientras que David buscaba primeramente la gloria de Dios. Todos los utensilios de metal precioso que llegaban a su mano los *dedicaba,* es decir, los destinaba a la obra futura de la construcción del templo. David quemaba los dioses de oro de los paganos, puesto que eran algo intrínsecamente malo (v. 5:21), pero dedicaba los utensilios de oro, pues de suyo son éticamente neutrales (comp. con 1 Co. 10:25 26). Así también, en la conquista de un alma mediante la

gracia del Hijo de David, todo lo que es contrario a la ley de Dios debe ser destruido, toda concupiscencia ha de ser mortificada y crucificada, pero todo cuanto pueda servir para la gloria de Dios debe ser dedicado a su servicio, aunque cambiando de dueño: lo que antes se usaba para el servicio de uno mismo, debe usarse ahora para el servicio de Dios.

III. La reputación que adquirió, de modo especial, por su victoria sobre los sirios y los aliados de éstos, los edomitas: *«Así ganó David fama»* (v. 13). Algo extraordinario hubo en esta acción de guerra que le consiguió mucho honor, pero David daba a Dios la gloria de sus victorias.

IV. Su éxito contra los edomitas. Todos ellos le quedaron sometidos (v. 14). Los edomitas, descendientes de Esaú (Edom), continuaron por largo tiempo siendo tributarios de los reyes de Judá, como lo fueron los moabitas de los reyes de Israel, hasta que, en tiempo de Joram, se rebelaron (2 Cr. 21:8) y quebraron el yugo de sobre sus hombros, como había profetizado Isaac (Gn. 27:40). Así que David, mediante estas conquistas:

1. Aseguró la paz para su sucesor, a fin de que éste tuviera tiempo y tranquilidad para edificar el templo.
2. También aseguró riquezas para su hijo, a fin de que tuviese con que cubrir las expensas de la construcción. Dios usa a sus siervos de muy distintas maneras: a unos, en batallas espirituales; a otros, en edificios espirituales; y uno prepara trabajo para el otro (por ej. el evangelista para el pastor), para que Dios tenga la gloria de todo. Todas las victorias de David eran tipo del éxito del Evangelio contra el reino de Satanás, quien fue completamente derrotado por medio de la obra de Cristo.

Versículos 15–18

David no estaba tan inmerso en las batallas que libraba al exterior como para descuidar los asuntos del interior, esto es, la administración del gobierno de Israel.

I. Su cuidado se extendía a todas las partes de su reino (v. 15): *«Y reinó David sobre todo Israel»*.

II. Administró justicia con una imparcialidad a toda prueba: *«David administraba justicia y equidad a todo su pueblo»*. Esto insinúa: 1. Su esmero y diligencia en juzgar, la facilidad con que el pueblo tenía acceso al trono, y la disponibilidad del rey para escuchar todas las apelaciones que se le hiciesen. 2. Su imparcialidad al administrar justicia y su equidad en los procedimientos (v. Sal. 72:1, 2).

III. Guardó buen orden y buenos oficiales en la corte. Al ser David el primer rey que disponía de un gobierno firmemente establecido (ya que el reinado de Saúl fue más breve y turbulento), tuvo la oportunidad de modelar la administración. En tiempo de Saúl únicamente se nos habla de Abner como comandante en jefe del ejército, pero David designó más oficiales (vv. 16–18):

1. Dos jefes militares: Joab, que era jefe de las fuerzas de campo, y Benayahu, que estaba al frente de los cereteos y peleteos, quienes eran, con la mayor probabilidad, una especie de milicia pretoriana o guardias de corps de la corte de David. Éstos eran mercenarios extranjeros que, al haber acompañado a David durante su exilio entre los filisteos, fueron hechos ahora sus guardaespaldas, y asistían al rey en palacio, en la administración de la justicia y en la guarda del orden público.
2. Dos jefes religiosos: *«Sadoc, hijo de Ahitub, y Ahimélec, hijo de Abiatar»*. Así dice el texto hebreo actual, pero, a la vista de 1 Samuel 22:20–23; 1 Reyes 1:8; 2:27, etc., es más probable que haya de leerse: *Abiatar, hijo de Ahimélec.* Así permitió David que hubiese a un mismo tiempo dos sumos sacerdotes; el primero, en Gabaón; el segundo, junto al Arca, en Jerusalén. Sadoc era descendiente de Eleazar (1 Cr. 6:4–8), mientras que Abiatar era descendiente de Itamar, rama que ostentaba el sumo sacerdocio en tiempos de Elí. Durante la rebelión de Absalón, ambos permanecieron del lado de David (15:24–29; 17:15–22; 19:12). Pero, más tarde, Abiatar se puso de parte de Adonías (1 R. 1:7), mientras que Sadoc permaneció fiel a Salomón (1 R. 1:8), por lo que David ordenó que Sadoc y el profeta Natán ungieran por rey a Salomón (1 R. 1:34). Después de la muerte de David, Salomón depuso de su oficio a Abiatar (1 R. 2:27) y así retornó el sumo sacerdocio a su rama legítima (1 R. 2:35).

3. Dos jefes civiles: Uno, *Sisá (o Sausá*—v. 1 R. 4:3; 1 Cr. 18:16—) que hacía de secretario, encargado del archivo real y de traer a la memoria del rey los asuntos que habían de ser despachados, otro, *Serayá,* que hacía de escriba, o redactor de los documentos, órdenes y despachos del rey. Sin embargo, los modernos exegetas opinan que se trata del mismo individuo, al que se atribuyen distintos nombres en los distintos lugares del texto sagrado, como ocurre con cierta frecuencia.

4. Los hijos de David, conforme iban haciéndose mayores, eran nombrados consejeros u oficiales de la corte, según el sentido de 1 Crónicas 18:17, aunque el hebreo dice *kohanim* = sacerdotes, lo cual podría significar que asistían o sustituían a su padre en las funciones, de algún modo sacerdotales, que competían a David, conforme a 6:13–20. Que no eran propiamente sacerdotes es evidente, por cuanto no eran levitas ni descendientes de Aarón. Así es como todos los creyentes somos hechos *para nuestro Dios reyes y sacerdotes* (Ap. 1:6).

CAPÍTULO 9

El favor que David dispensó al hijo de Jonatán en atención a su padre. I. Preguntó si quedaba alguien de la descendencia de Saúl, y halló que quedaba Mefi-bóset (vv. 1–4). II. La favorable acogida que dispensó a Mefi-bóset cuando le fue traído a su presencia (vv. 5–8). III. La generosa provisión que le otorgó para él y para los suyos (vv. 9–13).

Versículos 1–8

I. Investigación de David para ver si había quedado alguien de la arruinada casa de Saúl (v. 1). Esto ocurrió bastantes años después de su accesión al trono, puesto que Mefi-bóset, que tenía cinco años cuando murieron su padre y su abuelo, era lo bastante mayor ahora como para tener, a su vez, un hijo (v. 12). Parece ser que David, llevado de otras preocupaciones, había olvidado su obligación con respecto al pacto hecho con Jonatán, pero ahora, hallándose más tranquilo, recordó la promesa hecha a su gran amigo y cuñado.

1. Buscó una oportunidad para hacer el bien (v. 1): *«¿No ha quedado nadie de la casa de Saúl, a quien haga yo misericordia por amor de Jonatán?»* No se contenta con hacer justicia, sino que quiere hacer misericordia. Y busca a quien hacerla, porque los más necesitados suelen ser los que menos claman.

2. Es al remanente de la casa de Saúl a quienes quiere David hacer misericordia por amor de Jonatán. Deseaba hacer esto, no sólo porque confiaba en Dios y no temía que algún descendiente de Saúl le hiciese daño, sino porque era de espíritu caritativo y estaba dispuesto a perdonar el daño que le hubiesen ocasionado. De él debemos aprender a devolver bien por mal (Ro. 12:17–21; 1 P. 3:9). Ésta es la manera de vencer al mal y hallar misericordia para nosotros y para los nuestros cuando la necesitamos. Jonatán era amigo íntimo de David, ligado a él con pacto; por eso, quería David hacer misericordia a su casa. Hemos de cumplir a conciencia el favor que hayamos prometido, aun en el caso de que no nos sea reclamado. Dios es fiel con nosotros; no seamos nosotros infieles con nuestros semejantes. Aun cuando no haya entre nosotros y los demás un pacto solemne que nos obligue a esta constancia en el amor, hay una ley de amistad, igualmente sagrada y no menos obligatoria, que nos manda mostrar compasión hacia el atribulado (Job 6:14). El amigo, como el hermano, es nacido para el día de la adversidad. La amistad nos obliga a investigar la situación de los familiares supervivientes de aquellos a quienes amábamos.

3. La misericordia que ha prometido hacer la llama (v. 3) *«misericordia de Dios»;* es decir: (A) Una misericordia muy grande; y éste parece ser el primer sentido según uso corriente en la Biblia. (B) Una misericordia conforme al pacto entre David y Jonatán, del que Dios había sido testigo (1 S. 20:42). (C) Misericordia a ejemplo de la de Dios, pues debemos ser misericordiosos como Él lo es. Jonatán había comprometido a David a que hiciera con él *«misericordia de Jehová, para que yo no muera, y no apartarás tu misericordia de mi casa para siempre»* (1 S. 20:14–15).

II. La información que le fue dada a David acerca de Mefi-bóset, hijo de Jonatán. Sibá era un antiguo criado de Saúl y conocía bien la situación actual de la familia. Así que informó al rey de que el hijo de

Jonatán estaba vivo, aunque *lisiado de los pies* (v. 3), por la causa que hemos visto en 4:4 y que estaba en Lodebar (v. 4), al otro lado del Jordán, probablemente con los parientes de su madre.

III. Mefi-bóset es traído a la corte. El rey envió a que lo trajesen (probablemente por medio del mismo Sibá) a Jerusalén lo antes posible. Así relevó a Maquir de una preocupación y quizá le recompensó por lo que había hecho a favor de Mefi-bóset. Parece ser que este Maquir era un hombre de corazón muy generoso y que acogió al hijo de Jonatán, no por desafecto hacia David o su gobierno, sino por compasión al vástago empobrecido y venido a menos de un príncipe de Israel. Parece ser que la bondad que mostró David hacia Mefi-bóset influyó en el buen recibimiento que Maquir hizo a David cuando éste huía de Absalón (17:27).

1. Mefi-bóset se presentó a David y, lisiado como estaba, *se postró sobre su rostro* delante de David *e hizo reverencia* (v. 6). David había prestado un homenaje semejante a Jonatán, padre de Mefi-bóset, como a príncipe heredero (1 S. 20:41), pues *se inclinó tres veces* ante él *postrándose hasta la tierra.* Ahora que se han vuelto las tornas, Mefi-bóset se presenta ante David de un modo semejante.

2. David le recibió con toda la bondad posible. (A) Le habló como sorprendido de verle, pero contento de que hubiese venido.

(B) Le pidió que no tuviera miedo (v. 7): *«No tengas temor»*. Le asegura que le ha mandado llamar, no para hacerle daño, sino para mostrarle misericordia. (C) Le otorgó toda la hacienda de su abuelo Saúl, la cual había pasado a ser propiedad de David después de la rebelión de Is-bóset. La amistad verdadera es siempre generosa. (D) Aunque con esto ya le proveía de suficiente hacienda como para poder vivir cómodamente, le invitó a comer de la mesa regia *siempre,* honor que únicamente correspondía a los hijos del rey. David no se avergonzó de sentar a su mesa a un lisiado y, además, nieto de su mayor enemigo, sino que, por amor a su buen padre, lo tomó como a uno de su propia familia.

3. Mefi-bóset aceptó estos favores con gran humildad (v. 8): *«¿Quién es tu siervo, para que mires a un perro muerto como yo?»* ¡Cómo enaltece esta declaración de Mefi-bóset la magnanimidad de David!

Versículos 9–13

David establece ahora las normas que se habían de observar en todo este asunto de Mefi-bóset. 1. Llama a Sibá para que sea testigo de la donación que hace a Mefi-bóset de la hacienda de Saúl (v 9) la cual era considerable por lo que vemos en 1 Samuel 22:7. De todo ello va a ser amo el hijo de Jonatán. 2. Sibá es constituido mayordomo de Mefi-bóset, encargado de cuidar de su hacienda. Después veremos (16:3) cuán desleal fue Sibá hacia su amo. 3. Puesto que David era tipo de Cristo, quien era Hijo y Señor suyo, su raíz y progenie, esta misericordia que David usó con Mefi-bóset sirve para ilustrar la misericordia y el amor de nuestro Dios y Salvador hacia los hombres caídos en pecado, aun cuando no estaba obligado a ello, como lo estaba David con Jonatán. El hombre estaba convicto de rebelión contra Dios y, como la casa de Saúl, bajo sentencia de ser rechazado por Dios, no sólo empobrecido, lisiado y desvalido por la caída original, sino *muerto en delitos y pecados* (Ef. 2:1). El Hijo de Dios es enviado por el Padre para hacerse cargo de nuestra situación, y *viene a buscar y a salvar loque se había perdido* (Lc. 19:10). A los que se humillan delante de Él y se encomiendan a Él les restaura la perdida herencia, les da derechos a un paraíso mejor que el que Adán perdió, y los toma en comunión consigo, los sienta como hijos a su mesa y les sacia con los más exquisitos manjares celestiales.

CAPÍTULO 10

Guerra que tuvo David contra los amonitas y sus aliados los sirios. I. David envió una embajada amistosa a Hanún, rey de los amonitas (vv. 1, 2). II. Los emisarios de David fueron vilmente ultrajados bajo pretexto de infundadas sospechas de espionaje (vv. 3, 4). III. Ante el esperado resentimiento de David (v. 5), los amonitas se prepararon para hacerle la guerra (v. 6). IV. David llevó la guerra hasta el territorio enemigo y envió contra ellos a Joab y Abisay, quienes se dirigieron a la batalla con gran valentía y confianza en Dios (vv. 7–12). V. Los amonitas, y sus aliados los sirios, fueron completamente

derrotados (v. 13, 14). VI. Reunidas de nuevo las tropas enemigas, salieron a pelear contra Israel, pero fueron derrotadas por segunda vez (vv. 15–19).

Versículos 1–5

I. David quiso presentar sus respetos a su vecino el rey de los amonitas (vv. 1, 2), para devolverle el favor que Nahás, padre del rey, había prestado a David (v. 2). David era muy agradecido y, si recibía un favor, sabía corresponder muy bien. Al mismo tiempo, le enviaba *el pésame por la muerte de su padre.* Es un consuelo para los hijos, cuando se muere el padre o la madre, hallar que los amigos de los padres son también amigos suyos y desean conservar las buenas relaciones con ellos.

II. La gran afrenta que hizo Hanún, rey de los amonitas, a David y a sus embajadores. 1. Dio oídos a la malévola sugerencia de sus príncipes, que le dieron a entender que los emisarios de David, con pretexto de traer un mensaje de condolencia de David, venían como espías (v. 3). Como dice el antiguo refrán, «piensa el ladrón que son todos de su condición». El obispo Patrick hace notar sobre esto que «no hay nada tan bien intencionado que no pueda ser mal interpretado, y eso es lo que sucede con personas que sólo se aman a sí mismas». 2. En consecuencia, afrentó vilmente a los embajadores de David, quienes habían venido desarmados, y confiados en que los amonitas les tratarían con respeto; pero Hanún, un sórdido villano, los trató peor que a bribones y vagabundos, pues *les rapó la mitad de la barba, les cortó los vestidos por la mitad hasta las nalgas y los despidió* (v. 4), exponiéndolos así al desprecio y a la burla de sus criados.

III. Interés y preocupación de David por sus servidores, que de tal manera habían sido ultrajados. Envió recado de que se dirigieran a Jericó y se quedasen allí, donde, por ser un lugar apartado, no tendrían ocasión de hallarse con mucha gente, hasta que les creciera la barba lo suficiente como para que la otra mitad pudiese ser cortada al mismo nivel (v. 5). Los judíos y, en general, los orientales consideran la barba como un signo de virilidad y madurez; de modo que raparle a uno la barba era grave injuria, pero cortar sólo una mitad era doble insulto. Aprendamos aquí a no resentirnos demasiado de los insultos que recibamos, pues, sin tardar mucho, se volverán contra los que nos los han lanzado, mientras que nuestra buena reputación se recobrará pronto de nuevo, como les pasó a las barbas de estos emisarios. Dios *«exhibirá tu justicia como la luz …* Por tanto, *guarda silencio ante Jehová, y espera en Él»* (Sal. 37:6, 7).

Versículos 6–14

I. La preparación que los amonitas hicieron para la guerra (v. 6). No sintiéndose con fuerzas suficientes para oponerse ellos solos a los israelitas, se vieron obligados a alquilar fuerzas de otros países para que les ayudasen en la empresa.

II. La rápida reacción de las fuerzas de David contra el enemigo (v. 7). Cuando David se enteró de los preparativos militares de los amonitas envió a Job *con todo el ejército de los valientes* (lit.). Lo más probable es que la frase haya de leerse: *«con todo el ejército* (esto es, la masa del pueblo) y *los valientes»*, es decir, los guerreros veteranos o profesionales (comp. con 15:18; 20:7). Fue prudente la medida de llevar la guerra al territorio del enemigo, en la puerta misma de la ciudad de ellos, donde había acampado para guardar su frontera. Según 1 Crónicas 19:7, la ciudad era *Medebá* (la actual Madabá).

III. Por ambas partes se hicieron los preparativos para el encuentro bélico. 1. El enemigo se organizó en dos cuerpos: uno, compuesto de amonitas, quienes, como era de suponer, se apostaron en la puerta de la ciudad; el otro, compuesto de sirios a quienes habían alquilado para esta guerra, los cuales quedaron apostados a cierta distancia en el campo de batalla, para cargar contra los israelitas por el flanco, mientras los amonitas cargaban de frente (v. 8). Joab, como experto general, dividió sus fuerzas del mismo modo: tomó bajo su mando a lo más escogido de las tropas para combatir contra los sirios, y encargó a su hermano Abisay el mando del resto de las fuerzas para luchar contra los amonitas (v. 10).

IV. Breve arenga de Joab antes de la batalla (vv. 11, 12).1. Con toda prudencia concertó con su hermano la forma en que habían de llevar la lucha. En caso, aunque improbable, de que uno de los dos

cuerpos se viese obligado a retroceder, el otro cuerpo, a una señal convenida, enviaría un destacamento para ayudarle. Así es como los soldados de Cristo deben fortalecerse las manos unos a otros en su lucha espiritual; el fuerte ha de socorrer y ayudar al débil. Quienes, por la gracia de Dios, salen vencedores de la tentación, deben aconsejar, ayudar y confortar a los débiles y orar por los que son tentados como ellos (Lc. 22:32): *«Y tú, cuando te hayas vuelto, fortalece a tus hermanos»*. 2. Se envalentona a sí mismo y también a su hermano y al resto de las tropas, sin importarle el número de las tropas que había frente a ellos. Lejos de pensar en una retirada, exhorta a cargar contra el enemigo con toda bravura (v. 12): *«Esfuérzate, y esforcémonos,* no por la paga, la promoción, el honor o la fama, sino *por nuestro pueblo, y por las ciudades de nuestro Dios;* por el bien de la nación, en el cual están implicados el honor y la gloria de Dios». *«¡Por Dios y por la patria!»,* viene a decir Joab. 3. Piadosamente deja el resultado en las manos de Dios: *«y haga Jehová lo que le parezca»*. Si cumplimos en conciencia con nuestro deber, bien podemos dejar, con la mayor confianza y satisfacción, los resultados en las manos de Dios.

V. La victoria que obtuvo Joab contra las fuerzas confederadas de Siria y Amón (vv. 13, 14). Primero, fueron derrotados los sirios por Joab y, luego, los amonitas por Abisay. En realidad, parece ser que los amonitas no llegaron a luchar, sino que, al ver a los sirios derrotados y en retirada, huyeron ellos a su ciudad.

Versículos 15–19

1. Nuevo intento de los sirios por recuperar el honor perdido y oponerse al progreso amenazante de las armas victoriosas de David. 2. El fracaso de este intento por la vigilancia y el valor de David, quien, en batalla campal, derrotó a los sirios (v. 18). El general de éstos murió en el campo de batalla, y David regresó triunfante a casa. 3. Consecuencias de esta victoria sobre los sirios: (A) David ganó nuevos tributarios (v. 19). *Los reyes* (o reyezuelos) que habían estado sometidos a Hadad-ézer, cuando vieron lo poderoso que David era, fueron lo bastante prudentes para *hacer paz con Israel,* con el que vieron que no daba resultado mantener guerra, y *le sirvieron,* como quienes tenían necesidad de ser protegidos por Israel. Así se cumplió, por fin, la promesa hecha a Abraham (Gn. 15:18), y repetida a Josué (Jos. 1:4), de que las fronteras de Israel se extenderían hasta el río Éufrates. (B) Los amonitas perdieron sus antiguos aliados: Y *de allí en adelante los sirios no osaron ayudar más a los hijos de Amón.*

CAPÍTULO 11

Las Escrituras son fieles en declararnos las faltas incluso de las personas a las que más aplauden, lo cual es una evidencia de la sinceridad de los escritores sagrados, así como de que no escribieron para favorecer a ninguna persona ni a ningún grupo; y estas narraciones, como el resto de la Biblia, «se escribieron para nuestra enseñanza», a fin de que, «el que piensa estar firme, mire que no caiga» (1 Co. 10:12) y que las caídas de otros nos sirvan de aviso. Los pecados de los que vemos aquí culpable a David, son pecados muy graves y grandemente agravados. I. Cometió adulterio con Betsabé, la mujer de Urías (vv. 1–5). II Hizo cuanto pudo para que pareciese que Urías era el padre de la prole concebida espuriamente (vv. 6–13). III. Cuando este proyecto fracasó, planeó la muerte de Urías a manos de los amonitas, plan que resultó efectivo (vv. 14–25). IV. Y se casó con Betsabé (vv. 26–27). ¿Es David este hombre? Quien lea esto, se de cuenta de lo que son los mejores hombres cuando Dios los deja de su mano.

Versículos 1–5

I. Gloria de David en la prosecución de la guerra contra los amonitas (v. 1). Rabá, la capital, ofreció fuerte resistencia y allá fue enviado Joab para poner sitio a la plaza. Fue durante este asedio cuando cayó David en pecado. El texto hace notar que era «la época en que salen los reyes a campaña», esto es, la primavera. Si David hubiese salido a campaña, no habría estado ocioso en su palacio y expuesto así a la tentación.

II. Vergüenza para David al dejarse conquistar y ser llevado cautivo por su propia concupiscencia (v. Stg. 1:14–15), hasta cometer adulterio, pecado grave contra el séptimo mandamiento del Decálogo.

1. Obsérvense las circunstancias que concurrieron a ocasionar este pecado: (A) Negligencia en los asuntos de gobierno. Cuando debería haber estado con sus tropas en el campo de batalla, en las luchas de Jehová, encargó a otros este menester, *«pero David se quedó en Jerusalén»* (v. 1). Si hubiese estado ahora en su puesto al frente de sus tropas, no habría estado expuesto a la tentación. Siempre que nos hallamos fuera del camino de nuestro deber, nos encontramos en el camino de la tentación. (B) Amor a la comodidad y al ocio: «Al *caer la tarde, se levantó de su lecho»* (v. 2), es decir, de echarse la siesta. El ocio, como dice el refrán castellano, es la madre de todos los vicios. Las aguas estancadas se corrompen fácilmente. La cama de la pereza resulta con frecuencia la cama de la impureza. (C) Unos ojos sin control, al contrario que los de Job (Job 31:1): *«Vio desde el terrado a una mujer que se estaba bañando»,* probablemente limpiándose de alguna polución ceremonial, conforme a la ley (v. el v. 4).

2. Las etapas del pecado. Cuando David vio a la mujer, concibió inmediatamente su concupiscencia y: (A) *«Envió a preguntar por aquella mujer»* (v. 3), trató quizá de casarse con ella, si no estaba casada. (B) Su corrupto deseo se tornó más violento y, aunque se le dijo que estaba casada y con quién *envió mensajeros que la trajeran* (v. 4). (C) Y, *cuando llegó, David se acostó con ella,* consintiendo ella con toda facilidad, por tratarse del rey, de un rey tan grande y tan bueno y magnánimo.

3. Las agravantes del pecado. (A) David ya tendría unos cincuenta años. (B) Tenía muchas esposas y concubinas. (C) Urías, a quien hizo traición, era uno de sus mejores servidores y soldados que estaba exponiendo su vida en lo más recio de la lucha por el honor y la seguridad del rey y del reino, precisamente en el lugar donde David debería estar. (D) Betsabé, de la que abusó, era mujer de buena reputación. El adúltero no sólo arruina su propia alma, sino también la de su cómplice. (E) David era un rey a quien Dios había encargado la espada de la justicia y la ejecución de los criminales, especialmente de los adúlteros, conforme a la ley de Dios. Sólo tuvo una circunstancia atenuante: que lo cometió una sola vez, pues no era ésa su costumbre, y lo hizo bajo el tremendo influjo de una fuerte pasión; fue sorprendido por la tentación, más bien que bajo el influjo de un plan fríamente calculado. No era de aquellos que, como dice el profeta Jeremías, *relinchaban, como caballos bien alimentados, tras la mujer de su prójimo* (Jer. 5:8); pero esta vez Dios lo dejó de su mano. Con este ejemplo se nos enseña la necesidad que tenemos de orar cada día: *«Padre ... no nos metas en tentación»* (lit. Mt. 6:13) y de orar para que no entremos en ella.

Versículos 6–13

Podemos suponer que Urías había estado ausente de su mujer por varias semanas. La situación de su mujer iba *a sacar a luz las ocultas obras de las tinieblas;* y cuando regresase Urías y se diese cuenta de la infidelidad que se había cometido contra él, y por quién, era de esperar: 1. Que llevase a su mujer a los tribunales, conforme exigía la ley, y que fuese ejecutada a pedradas. Esto ya se lo temía Betsabé cuando envió recado a David de que había concebido, insinuando que era su deber hacer lo posible por protegerla. 2. Podía también esperarse que, al no poder proceder contra el rey por una ofensa de esta índole, tratase de vengarse por otros medios, quizás al encabezar una rebelión contra él. Para impedir este doble perjuicio, David intenta un medio de hacer que aparezca Urías como padre de la criatura concebida y, por eso, envía a llamar a Urías para que venga a pasar una noche o dos con su mujer. Veamos:

I. Cómo urdió David el complot. Urías debía abandonar su puesto en el campo de batalla y regresar a su casa, bajo pretexto de interrogarle *«por la salud del pueblo y por el estado de la guerra»* (v. 7), esto es, cómo iba el asedio de Rabá. Después de conversar con él lo suficiente para cubrir el pretexto, David le envió a su casa para que *«se lavara los pies»,* expresión que indicaba, no sólo la necesidad de higiene, sino también reposo, descanso en cama. Parece ser que Urías, fatigado de la lucha, prefirió dormir a la puerta de palacio, con los de la guardia, antes que ir a casa. No se nos dice si comió o no el *presente de la mesa real.* Los autores hacen notar la posibilidad de que Urías hubiese oído rumores acerca de las relaciones de su mujer con el rey, y sus sospechas aumentarían ante el frívolo interrogatorio de David y su insistencia en que Urías se fuese a dormir a su casa. Fracasado el proyecto de David aquella noche, al día siguiente *invitó a Urías a comer y a beber con él hasta embriagarlo* (v. 13). Fue una malvada acción, lo

es siempre, sea cual sea el objetivo, embriagar a una persona. Privar de la razón a un hombre es peor que robarle el dinero.

II. Cómo fracasó el plan de David por la firme resolución de Urías de no ir a dormir con su mujer. Ni siquiera la embriaguez le hizo cambiar de propósito. Ya había dicho anteriormente (v. 11): *«El Arca, Israel y Judá están bajo tiendas, y mi señor Joab, y los siervos de mi señor, en el campo; ¿y había yo de entrar en mi casa para comer y beber, y acostarme con mi mujer? Por vida tuya, y por vida de tu alma, que yo no haré tal cosa».* No cabe duda de que: 1. Ésta era en sí una resolución generosa y mostraba a Urías como hombre de gran temple, hecho a sacrificar los deleites de los sentidos al provecho del interés de la nación. 2. Su resolución debería haber despertado la conciencia de David y herirle el corazón por el crimen que había cometido.

Versículos 14–27

Cuando fracasó el proyecto de David de aparentar que Urías era el padre de la criatura concebida, y ante la perspectiva de que, andando el tiempo, Urías conocería de cierto la villanía que se había cometido contra él, el diablo puso en el corazón de David eliminarle. Este hombre, tan inocente, tan valiente y tan galante, que estaba dispuesto a morir por el honor de su rey, tiene que morir a manos de su rey. Véase de aquí cómo los deseos de la carne luchan contra el alma y qué destrucción tan enorme causan en esa guerra, cómo ciegan la vista, endurecen el corazón, cauterizan la conciencia y privan de todo sentido del honor y de la justicia a los hombres. El diablo, después de poner, como venenosa serpiente, en el corazón de David el matar a Urías, pone ahora, como astuta serpiente, en la cabeza de David, el medio más sutil de llevar a cabo su plan mortífero.

I. Se envía recado a Joab de que ponga a Urías en el lugar más peligroso de la lucha y lo abandone allí a fin de que muera a manos del enemigo (vv. 14, 15). Este segundo crimen: 1. Fue plenamente deliberado. 2. El recado fue enviado por mano del propio Urías, algo de lo más vil y bárbaro que pueda cometerse, al hacer a la propia víctima causa instrumental inconsciente de su propia muerte. 3. Con ello se abusaba de la valentía y del celo de Urías por su rey y su nación, ya que, en lugar de promoverle y recompensarle por tan preclaras cualidades, se le entregaba tanto más fácilmente a su propia muerte. 4. Muchas otras personas tenían que ser involucradas en el crimen, pues tanto Joab, el general que dio la orden como los compañeros de Urías que tenían que retirarse de él, cuando debían en conciencia estar a su lado y ayudarle, incurrían en culpabilidad por su muerte. 5. Urías no iba a morir solo, los soldados que estaban a su lado, o a su mando, quedaron en el mismo peligro, y es posible que a ellos se refiera el v. 17. 6. Esto servirá de gran gozo y triunfo a los amonitas, los enemigos jurados de Dios y de Israel.

II. Joab ejecuta estas órdenes. En el siguiente asalto contra la ciudad, asigna a Urías el puesto más peligroso y allí muere (vv. 16, 17). Es extraño que Joab se comportara así, solamente con base en una carta, sin conocer el motivo. Pero: 1. Quizá supuso que Urías había cometido algún grave crimen, o: 2. Como Joab había sido culpable de derramar sangre, es de suponer que le agradase bastante ver al propio David caer en el mismo crimen.

III. Consumado el proyecto, Joab envía un despacho a David. Envía a un mensajero que lleve inmediatamente a David informe de la reciente derrota (v. 18) y, si ve que el rey comienza a enfadarse, que le comunique a renglón seguido que *«también murió tu siervo Urías heteo»* (v. 21). El mensajero comunicó fielmente el informe a David (vv. 22–24). Le dio a entender que el enemigo hizo una salida sobre los sitiadores *(«salieron contra nosotros al campo»*), pero que éstos les hicieron retroceder con gran bravura (*«aunque les hicimos retroceder hasta la entrada de la puerta»*), y concluyó con la mención, de pasada, de que *los flecheros tiraron contra tus siervos desde el muro, y murieron algunos de los siervos del rey* y, particularmente (ahora viene la tan esperada noticia), *murió también tu siervo Urías heteo* (v. 24).

IV. David recibe el despacho con mal disimulada satisfacción (v. 25). Según el texto de los LXX, David se enfadó muchísimo al principio e hizo todas las preguntas que Joab había supuesto (vv. 20, 21), pero el texto hebreo no tiene más de lo que aparece en nuestras versiones RV.

V. Poco después, David se casó con la viuda de Urías. Ella se sometió a la ceremonia de hacer duelo por su esposo por el mínimo tiempo que la costumbre permitía (v. 26), y luego la llevó David a palacio, fue su mujer y le dio a luz a un hijo. Todo *el asunto de Urías* (como se le llama literalmente en 1 R. 15:5), es decir, el adulterio, las falsedades, el asesinato y aun el posterior matrimonio con Betsabé, fue desagradable a los ojos de Dios. Dios aborrece siempre el pecado, pero, sobre todo, el pecado de sus hijos. En efecto, cuanto más cerca de Él están en su profesión de fe, tanto más le ofenden en su pecado. Que nadie, pues, se anime a pecar con el ejemplo de David, porque quienes cometen pecados de la gravedad de los suyos, caen bajo el desagrado de Dios como él cayó. Del emperador Teodosio el Grande cuenta la historia que, al ser reprendido y puesto fuera de comunión por el obispo Ambrosio de Milán por la drástica ejecución de miles de sediciosos llevada a cabo en Tesalónica, alegó que «también David pecó», a lo que replicó Ambrosio: «Pues si has seguido a David en el pecado, síguele también en el arrepentimiento».

CAPÍTULO 12

El capítulo anterior nos informaba del pecado de David; el presente nos informa de su arrepentimiento. Aunque cayó, no quedó en tierra, sino que, por la gracia de Dios, se recuperó y recobró el favor de Dios. I. Su convicción de pecado se debió a un mensaje de Dios por medio de Natán, quien lo expuso en una parábola por la que obligó a David a condenarse a sí mismo (vv. 1–6), y, al aplicarle la parábola, Natán le culpó del pecado que había cometido (vv. 7–9) y pronunció contra él la sentencia (vv. 10–12). II. Su arrepentimiento y el perdón que Dios le otorgó del pecado, no sin anunciarle la muerte del niño (vv. 13, 14). III. Enfermedad y muerte de éste, y extraña conducta de David en este caso (vv. 15–23), con la que demostró su sincero arrepentimiento. IV. Nacimiento de Salomón y benévolo mensaje de Dios tocante a él, con el que Dios mostró que estaba reconciliado con David (vv. 24–25). V. Toma de la ciudad de Rabá (vv. 26–31), lo cual se menciona como una prueba más de que Dios no trató a David conforme a su pecado.

Versículos 1–14

Parece ser que pasó bastante tiempo desde que David cometió el adulterio con Betsabé antes de llegar a ser convicto de pecado y arrepentirse de él, puesto que, cuando Natán fue enviado a él, ya había nacido el niño (v. 14). ¿Qué habremos de pensar del estado de David durante todo ese tiempo? Podemos suponer que, al quedar interrumpida su comunión con Dios, quedaron suspendidos sus consuelos espirituales y la sinceridad de sus ejercicios de devoción. Sabemos que durante todo ese tiempo no compuso ningún salmo, su arpa quedó desafinada y su alma era como un árbol en invierno, cuando la vida no se manifiesta y solamente aparece en la sanidad de las raíces.

I. El mensajero que Dios le envió. Le envió un profeta—Natán, su fiel amigo y confidente—para que le instruyese y aconsejase (v. 1). Aun cuando Dios permite que los suyos caigan en pecado, no permite que queden tranquilos en él. Nos envía algo o alguien que nos despierte del marasmo y nos busca antes de que nosotros le busquemos; si así no fuese, estaríamos perdidos. Natán era el mismo profeta por medio del cual le había notificado Dios sus intenciones con respecto a él y a su casa (7:4 y ss.); ahora, de la misma mano, le envía este mensaje de enojo.

II. El mensaje que Natán le comunicó.

1. Introdujo el caso mediante una parábola, que a David le pareció consistir en una queja que le presentaban con respecto a uno de sus súbditos que había perjudicado a un prójimo necesitado.

(A) Natán presentó a David el caso de un ricachón que había cometido una villanía contra un honesto y pobre vecino suyo, quien no podía llevarlo a los tribunales por miedo a represalias. *El rico tenía numerosas ovejas y vacas* (v. 2), *pero el pobre no tenía más que una sola corderita* (v. 3), carecía, a no dudar, de recursos para comprar otras, además, la corderita era para él y para sus hijos un animalito mimado, hasta el punto de que *la tenía como a una hija*. El ricachón, en una ocasión en que tuvo que dar

una comida a un amigo, en lugar de tomar de su rebaño, variado y copioso, arrebató al pobre con violencia la única cordera que éste poseía, para hacer uso de ella en la comida (v. 4), ya fuese por codicia, por escatimar el hacer uso de su propio rebaño o, más bien, por capricho, por parecerle que aquella corderita tenía que ser tan tierna y delicada al paladar como lo era al afecto del pobre y de sus hijos.

(B) Así mostró Natán a David la gravedad del pecado que había cometido al abusar de Betsabé. Tenía muchas esposas y concubinas; quizás, a cierta distancia, como el rico que guardaba su rebaño en los campos y corrales. El matrimonio es un remedio contra la fornicación; pero el casarse con muchas mujeres no lo es, pues, una vez que se ha transgredido la ley de la unidad, rara vez encuentra barreras la concupiscencia sin freno. Obsérvese que esta mala disposición es comparada, en la parábola, a un *caminante* (v. 4), porque así se comporta a los principios, pero, con el tiempo, se convierte en un huésped y, finalmente, llega a hacerse el amo de la casa.

(C) Con esta parábola condujo a David al punto de que pronunciase sentencia contra sí mismo, porque, al pensar David que se trataba de un caso real, y al no dudar de que era verdad al oírlo de labios del mismo Natán, pronunció inmediatamente juicio contra el ofensor y confirmó la sentencia por medio de un juramento (vv. 5, 6): (a) Por cometer tal injusticia al llevarse la cordera, debía restituir el cuádruplo (v. 6), conforme a la Ley (Éx. 22:1, Lc. 19:8). (b) Por su tiranía y crueldad en abusar del pobre, debía sufrir la pena de muerte.

2. De la forma más breve y directa, aplicó la parábola a David: *«Tú eres ese hombre»* (v. 7). Como si dijese: «Tú has hecho algo parecido, y aun mucho peor, a tu prójimo. ¿Merecería morir el que tomó la única cordera de su vecino, y no lo merecerás tú que tomaste la única esposa de tu prójimo?» Ahora habla Natán directamente de parte de Dios, no como un intercesor a favor de un pobre hombre, sino como embajador del gran Dios, con quien no hay acepción de personas.

(A) Dios, por medio de Natán, le trae a la memoria a David las grandes cosas que ha hecho, y ha resuelto hacer, por él, al ungirle por rey y al preservarle su vida para que llegase al trono (v. 7). Le había dado la casa de Judá y la de Israel. Las riquezas del reino estaban a su disposición y todo el pueblo estaba presto a obedecerle.

(B) Le acusa de haber menospreciado la autoridad de Dios con los pecados que ha cometido (v. 9): *«¿Por qué, pues, tuviste en poco la palabra de Jehová?»* (a) Dos veces se menciona el asesinato de Urías: *«A Urías heteo heriste a espada … lo mataste con la espada de los hijos de Amón,* de esos incircuncisos que son enemigos de Dios y de Israel». (b) El casamiento con Betsabé es mencionado también dos veces, porque él pensó que no había ningún mal en ello: *«Y tomaste por mujer a su mujer»* (v. 9); *«Y tomaste la mujer de Urías heteo para que fuese tu mujer»* (v. 10). Casarse con ella después de haber abusado de ella y a cuyo marido había matado, era una afrenta contra el carácter sagrado del matrimonio, desecrándolo villanamente, en lugar de paliar su abuso.

(C) Le amenaza con severos juicios contra su familia a causa de este pecado (v. 10): *«Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada,* ni en tus días ni posteriormente». En efecto, el hijo segundo de David, Queilab o Daniel, debió de morir muy joven y no sabemos que muriera de muerte violenta, pero los otros tres primeros hijos, Amnón, Absalón y Adonías, murieron trágicamente, esto aparte de las muchas tragedias sufridas por su posteridad. ¿Pueden acaso convivir la misericordia y la espada? Sí, es posible que quienes sufren grandes y largas tribulaciones no por eso sean excluidos de la gracia del pacto. La razón para estas amenazas es (v. 10): *«por cuanto me menospreciaste»*. En particular se le amenaza: (a) Con que sus hijos le causarán pesadumbre (v. 11): «Yo *haré levantar el mal sobre ti de tu misma casa»*. Con que sus esposas le servirán de vergüenza, pues alguien abusará de ellas a plena luz (vv. 11, 12, comp. con 16:22).

3. Entonces David confiesa arrepentido su pecado (v. 13): *«Pequé contra Jehová»*. De ello nos da testimonio inmortal el Salmo 51, que David compuso a raíz de esto. También Saúl había confesado su pecado, pero no estaba sinceramente arrepentido, pues únicamente deseaba conservar su reputación ante el pueblo (1 S. 15:2430), pero el arrepentimiento de David fue sincero. Nótese que, tanto ahora como más expresamente en el salmo, David confiesa haber pecado *contra Jehová*, porque su pecado contra Urías y contra Betsabé eran primordialmente violaciones de la ley de Dios.

4. Después de esta confesión, Natán le declara que Dios ha perdonado su pecado, pero no sin predecirle también las funestas consecuencias del mismo. Al percibir Natán que David había dicho sinceramente: *«He pecado»:*

(A) Le asegura, de parte de Dios que su pecado ha sido perdonado (v. 13): *«También Jehová perdona tu pecado* y lo retira de su ira justiciera; *no morirás»*. No quiere decir que no haya de morir un día, sino que no ha de morir precisamente a causa de este pecado; en especial, no había de sufrir la muerte eterna, por cuanto su pecado había sido perdonado. Con esto le aseguraba que aun cuando la espada no se apartaría jamás de su casa (v. 10), a él no le cortaría, sino que bajaría en paz al sepulcro y que, aunque había de ser castigado dolorosamente en vida, no sería condenado con el mundo (1 Co. 11:32).

(B) Pero, por otro lado, pronuncia sentencia de muerte sobre el niño que le había nacido de Betsabé (v. 14). ¡Misterios de la soberanía de Dios! El padre, tan enormemente culpable, queda con vida, mientras el niño inocente va a morir. (a) David, con su pecado, había deshonrado a Dios: *«Por cuanto con este asunto diste ocasión de blasfemar a los enemigos de Jehová»* (v. 14). Así dice—nota del traductor—el texto hebreo actual, al que siguen todas las versiones. Pero éste es uno de los 18 textos (en la lista oficial, pues hay otros más) enmendados por los Soferim (los escribas antiguos). El texto primitivo decía: *«Por cuanto con este asunto blasfemaste de Jehová»*. Por respeto al gran David, un escriba interpoló en el texto lo de *«los enemigos»*. En todo caso, uno de los grandes males de los pecados de los creyentes, o de los que profesan la religión cristiana, es que dan a los enemigos de Dios y de la religión oportunidades para endurecerse y blasfemar (Ro. 2:24). (b) Por consiguiente, Dios va a vindicar su honor y mostrar su desagrado contra David por este pecado al hacer que todos vean que, aunque ama a David, odia el pecado de David; y resuelve llevar a cabo esta vindicación mediante la muerte del niño.

Versículos 15–25

Después de comunicar su mensaje, Natán no se detuvo en la corte, sino que se marchó a su casa, probablemente para orar por David, a quien había antes predicado. Es notable que David llamase a uno de los hijos que tuvo de Betsabé, *Natán*, en honor de este profeta (1 Cr. 3:5), y fue a través de este hijo precisamente como descendió de David el Gran Profeta, Jesucristo (Lc. 3:31). Cuando Natán se retiró, es de suponer que también David se retiró a llorar su pecado y a escribir el Salmo 51, al que antes hemos aludido.

I. Enfermedad del niño (v. 15): *«Y Jehová hirió al niño que la mujer de Urías había engendrado de David, y enfermó gravemente»*.

II. Humillación de David ante esta señal del desagrado de Dios, y la oración que elevó a Dios por la vida del niño (vv. 16, 17): *«Ayunó … y pasó la noche acostado en tierra».* Esto era una prueba evidente de la sinceridad de su arrepentimiento. Porque: 1. Con esto se ve que estaba dispuesto a sufrir la vergüenza por su pecado, ya que este niño habría sido un continuo memorándum del pecado; por tanto, estaba tan lejos de desear su muerte, como la desean la mayoría de los hombres en tales casos, que oró ardientemente y ayunó para que Dios le conservase la vida. 2. Mostraba también un espíritu tierno y compasivo hacia los pequeñitos; ésta era otra señal de un espíritu contrito y humillado. Un sincero arrepentimiento comporta compasión hacia los demás. David ora fervientemente, pues no quiere que caiga sobre el niño el castigo de su propio pecado.

III. Muerte del niño. *«Y al séptimo día murió el niño»* (v. 18), es decir, al séptimo día del mensaje de Natán a David, no precisamente cuando el niño tenía siete días de edad (como supone el propio M. Henry).

IV. La sorprendente calma y compostura de David cuando se enteró de que había muerto el niño.

1. Lo que hizo. (A) Dejó a un lado las expresiones de dolor, se bañó y ungió, y mandó que le trajesen ropa limpia para cambiarse y poder así presentarse más decentemente delante de Jehová. (B) Luego *«entró en la casa de Jehová* (esto es, donde estaba el Arca) y *adoró»* (v. 20). Lo mismo había hecho Job cuando se enteró de la muerte de sus hijos e hijas (Job 1:20). (C) *«Después vino a su casa, pidió que le trajesen de comer, y comió»*. Tomó su refrigerio, como quien ha encontrado la paz del Señor en el día de su aflicción.

2. La razón que dio de este modo de comportarse. A sus criados les pareció extraño que, después de estar tan afligido durante la enfermedad del niño, tuviese ahora tanta compostura después de la muerte del

hijo, y le preguntaron la razón (v. 21), en respuesta a lo cual: (A) David alega que, mientras el niño vivía, creyó que era su deber importunar a Dios para ver de obtener de Él el beneficio de la vida de su hijo (v. 22). Cuando nuestros parientes y amigos están enfermos, hemos de orar por ellos, al saber que *la oración eficaz del justo tiene mucha fuerza* (Stg. 5:16); mientras hay vida, hay esperanza; y mientras queda esperanza, hay lugar para la oración. (B) Añade que, ahora que el niño ha muerto, piensa que es también su deber quedar satisfecho con los designios de Dios (v. 23): *«Ahora que ha muerto, ¿para qué he de ayunar?» y* añade: (a) *«¿Podré yo hacerle volver?»;* y, de nuevo, *«él no volverá a mí»*. Los que han muerto están ya fuera del alcance de nuestra oración; ni plegarias, ni lágrimas, ni ayunos les pueden ser de ningún provecho. (b) *«Yo voy a él»;* en primer lugar, al sepulcro como él; en segundo lugar, a la presencia del Señor como él. Quizá sea demasiado deducir de sólo este texto la inmortalidad del alma y la vida futura, pero la frase, frecuente en el Antiguo Testamento, «ser reunidos a sus padres», aun en casos en que los sepulcros de los hijos están muy lejos de los de los padres, y, sobre todo, las palabras del Señor en Mateo 22:31–32 y paralelos, nos dan plena seguridad de la vida futura y de la misma resurrección como «de algo que estaba ya, de alguna manera, en el texto del Antiguo Testamento». De aquí hemos de sacar dos provechosas consideraciones: *Primera*, la muerte de nuestros deudos y amigos nos ha de traer a la memoria el hecho inevitable de nuestra propia muerte, así como el pensar en nuestra propia muerte nos ha de aliviar el dolor que nos cause la muerte de los nuestros. *Segunda*, la muerte de los creyentes nos ha de hacer pensar, sobre todo, en su estado de felicidad eterna junto al Señor; ésta es la esperanza que ha de suavizar nuestra tristeza (1 Ts. 4:13).

V. Nacimiento de Salomón. Aunque el matrimonio de David con Betsabé había desagradado al Señor, no le mandó que se divorciara de ella. No cabe duda de que también Betsabé estaba muy afligida por su pecado y por la muerte de su hijo que era la señal del desagrado de Dios por el pecado. Pero, una vez que Dios le devolvió a David *el gozo de su salvación* (Sal. 51:12), él consoló a su mujer (v. 24) con el mismo consuelo con que había sido consolado por Dios (2 Co. 1:4): 1. Puesto que, por su providencia, les concedió otro hijo, al cual pusieron por nombre *Salomón*, que significa *pacífico*, puesto que su nacimiento fue una señal de que Dios estaba en paz con ellos, por la prosperidad y la paz que había de disfrutar en su reinado, y porque había de ser un tipo de Cristo, el *«Príncipe de Paz»* (Is. 9:6). David se había sometido humilde y pacientemente a la voluntad de Dios en la muerte del otro hijo, y Dios ahora le compensaba sobradamente con el nacimiento de este otro. Aun cuando en la enumeración de los hijos de David (5:14; 1 Cr. 3:5; 14:4), Salomón aparece en último lugar de los cuatro hijos que tuvo de Betsabé (después del que murió, conforme al relato del presente capítulo), opinan comentaristas expertos que Salomón nació antes que los otros tres, pero que se menciona el último por ser el sucesor de David y, por ende, el más importante, de acuerdo con las normas del hipérbaton (comp. con Hch. 13:1, donde aparece Saulo en último lugar). 2. Puesto que, por su gracia, Dios favoreció de una manera especial a este hijo (vv. 24, 25): *«Al cual amó Jehová … Quien le puso por nombre Yedidyá* (esto es, Predilecto), *por orden de Jehová»*. (Nota del traductor. Pienso que es necesario hacer notar que esto no significa nada a favor o en contra de la salvación eterna de Salomón, sino sólo de la predilección de Dios a favor de Salomón «en cuanto a suceder a su padre en el trono».)

Versículos 26–31

Relato de la conquista de Rabá y de otras ciudades de los amonitas. Aunque lo hallamos aquí después del nacimiento de Salomón, ello ocurrió, con la máxima probabilidad, inmediatamente después de la muerte de Urías, quizás en los días en que Betsabé hacía duelo por su marido.

I. Que Dios fue muy benévolo con David al darle este éxito contra sus enemigos. Justamente podría haber hecho que su espada trajese una plaga sobre David, por su pecado, y sobre su reino; sin embargo, no usa su espada para traer plaga, sino que hace victoriosa la espada de David, incluso antes de que éste se arrepienta, a fin de que la *benignidad de Dios le guíe al arrepentimiento* (Ro. 2:4).

II. Que Joab obró muy honesta y honorablemente pues cuando había tomado la parte baja de la ciudad, que estaba sobre el río Yacob y, por eso, se llamaba *«la ciudad de las Aguas»* (donde estaba el palacio real y de donde se surtía de agua toda la ciudad), envió recado a David para que viniese en

persona a tomar la parte alta de la ciudad, para que obtuviese la gloria y alabanza por ello (vv. 26–28). Una vez cortado el suministro de agua, la ciudad alta no podría resistir por mucho tiempo.

III. Que, en esta ocasión, David fue demasiado orgulloso y severo, en lugar de portarse con humildad, agradecimiento y benignidad.

1. Parece ser que se aficionó mucho a la corona del rey de Amón (v. 30). Como era de extraordinario valor por las piedras preciosas que tenía engastadas en el oro, David mandó que se la pusieran en la cabeza, cuando debería haberla puesto a los pies del Señor y, en esta ocasión, también su boca en el polvo, bajo el peso de su culpa.

2. También parece ser que se mostró muy severo con sus prisioneros de guerra (v. 31). Al tomar la ciudad tras las pérdidas sufridas y un asedio prolongado, ya habría usado de suficiente severidad si hubiese matado a filo de espada a cuantos hallase con las armas en la mano, pero si atendemos a una probable lectura de la preposición hebrea *be* (como hacen los LXX, la Vulgata Latina, La AV inglesa y la ASV americana, así como la antigua Reina-Valera) mató a todos los habitantes de las ciudades amonitas después de torturarlos cruelmente, conforme a lo que los propios amonitas solían hacer (1 S. 11:2; Am. 1:13). Esta crueldad de David ha sido suavizada por la mayoría de los comentaristas modernos, quienes (es cierto) han tenido que cambiar, no sólo lo preposición *be* por *le,* sino también el verbo *«pasar por»* por *«trabajar en»*. No obstante, es preciso confesar que se trata de un versículo difícil.

CAPÍTULO 13

El Dios infinitamente justo le había dicho recientemente a David, por medio del profeta Natán, que, para castigarle por su pecado en el asunto de Urías, *«haría levantar el mal sobre él de su misma casa»* (12:11). Aquí hallamos ya el mal levantándose y siendo seguido de otro mal, y de otro, etc. Adulterio y asesinato fueron los pecados de David, y ahora tendremos estos, o semejantes, pecados en sus hijos (Amnón al violar a su hermana Tamar, y Absalón al asesinar a su hermano Amnón) como comienzo del castigo anunciado por Dios. En este capítulo vemos: I. A Amnón que anhela el estupro de su hermana Tamar y, con la ayuda de su pariente Jonadab, lleva a cabo villanamente su plan (vv. 1–20). II. A Absalón que asesina a Amnón por ello (vv. 21–39). Ambos sucesos llenaron de pesadumbre el corazón de David, tanto más cuanto que, con imprudencia notoria, se hizo inconscientemente cómplice de ambos, al permitir que Tamar fuese a ver a su hermano Amnón, y a Amnón que asistiese al banquete de Absalón.

Versículos 1–20

Relato de la abominable perversidad de Amnón al violar a su hermana. Tenemos razón para pensar que el carácter de Amnón era perverso también en otros aspectos; si hubiese tenido temor de Dios, no se habría entregado a esta vil pasión.

I. El diablo, como espíritu inmundo que es, puso en el corazón de Amnón la pasión carnal hacia su hermana Tamar. La belleza es un lazo para muchos, y así lo fue para Tamar. El deseo de Amnón era: 1. En sí mismo, contra la naturaleza, pues lo que intentaba era un incesto. Tal es el espíritu de rebeldía que anida en la corrompida naturaleza del hombre, que tiende a desear el fruto prohibido; y cuanto más fuertemente prohibido está, tanto más vehementemente es deseado. 2. Para Amnón era una tortura. Tan atormentado estaba por no hallar el medio de violar la virginidad de su hermana, que *se angustiaba hasta enfermarse* (v. 2).

II. El diablo, como serpiente astuta, puso en su mano el medio de conseguir lo que deseaba. Amnón tenía un primo muy *astuto* (v. 3).

1. Este primo, y amigo, que se llamaba Jonadab, se dio cuenta de que Amnón enflaquecía y obtuvo de él la confesión de que estaba prendado de Tamar (v. 4): *«Hijo del rey»,* le dice, con lo que da a entender

que, como príncipe heredero, tenía poder suficiente para conseguir lo que deseara; por tanto, sólo necesitaba poner en práctica dicho poder.

2. Amnón tuvo la desvergüenza de descubrir a Jonadab su pasión, llamándola falsamente *amor («Yo amo a Tamar»),* y Jonadab le dijo lo que tenía que hacer para obtener lo que deseaba (v. 5). Amnón, aunque se sentía enfermo, iba y venía sin guardar cama; ahora debía fingirse tan enfermo como para no levantarse del lecho. Los mejores manjares de la mesa del rey no le satisfarán, a no ser que le sean llevados por mano de su hermana Tamar.

3. Siguió Amnón estas instrucciones y así tuvo a Tamar al alcance de su mano. David estaba muy encaprichado de sus hijos, y preocupado si enfermaban; tan pronto como supo que Amnón estaba enfermo, vino a visitarle. Al marcharse el rey (siempre excesivamente indulgente con sus hijos), es de suponer que le diría a su hijo: «¿Necesitas algo que yo te pueda procurar?» «Sí, padre, contestó Amnón;.te *ruego que venga mi hermana Tamar, y haga delante de mí dos pastas* (u *hojuelas*) *fritas, para que yo coma de su mano»* (v. 6). David no vio razón para sospechar nada malo y, por tanto, dio órdenes inmediatas a Tamar para que fuese a casa de su hermano (v. 7) y le asistiese en su enfermedad. Vemos, de paso, que los hijos del rey habitaban en casa propia (v., además, v. 20 y 14:24).

4. Al haber conseguido que viniera su hermana, pide y consigue quedarse a solas con ella (v. 9 esto es, sin criados). Tamar no se imagina todavía los corrompidos deseos que anidan en el corazón de su hermano y, por eso, no tiene escrúpulo en estar sola con él *en la alcoba* (v. 10). Y ahora Amnón se quita la máscara, deja a un lado la comida y el malvado la llama *«hermana»* cuando tiene la desvergüenza de pedirle que *se acueste con él* (v. 11).

III. El diablo, como fuerte tentador, cierra los oídos de Amnón a todas las razones con que su hermana resiste su asalto e intenta persuadirle para que desista de su malvado propósito. 1. Le llama *hermano,* trayéndole a la memoria el cercano parentesco que hacía ilegal la unión con ella (Lv. 18:9; 20:17), aunque el contexto posterior indica que lo que Tamar le reprochaba era el estupro como «*insensatez pecaminosa»* (v. 12), ya que el hebreo dice: *nebalá* (de «*nabal»*). 2. Le suplica que no la fuerce, ya que ella no está dispuesta a consentir en lo que para ella sería una *deshonra,* y para él una *infamia propia de perversos* (v. 13). 3. Como último recurso, *le ruega que hable al rey, pues el rey no se la negará* para casarse con ella. De la petición de Tamar se deduce: (A) Que ella pensaba que, en un caso tan excepcional, el rey podría dispensar de la ley divina. Aunque esto no era cierto, es preciso tener en cuenta la ofuscación de Tamar en aquel momento de apuro, y el somero conocimiento de la ley que tenían las mujeres. (B) O que, en aquel tiempo, algunas de las leyes mosaicas habían caído en desuso. (C) Quizá Tamar quería dar largas al asunto hasta salir del atolladero en que se hallaba, aun en el caso de que supiera que la unión matrimonial con su hermano era ilegal. *«Mas él no la quiso oír.»* Todas las razones de Tamar resultaron ineficaces, y al ser Amnón *más fuerte que ella, la sujetó y se acostó con ella, violándola* (v. 14). Es probable que Amnón fuese anteriormente un joven de vida licenciosa, pues cuesta creer que súbitamente llegase a tal grado de perversidad.

IV. El diablo, como torturador traicionero, inmediatamente convierte en odio el amor que sentía Amnón hacia Tamar (v. 15).

1. La echó de su casa por la fuerza (vv. 15–17). Despedirla de su casa, como si ella hubiese cometido alguna perversidad, la obligó a ella, en defensa propia, a declarar el crimen. De aquí hemos de aprender las terribles consecuencias del pecado (fascina como serpiente, para terminar dejando su veneno). No es un caso excepcional el de Amnón. El pecado, dulce al cometerlo, se vuelve después amargo y odioso y, aun en el caso de que la conciencia del pecador no quede herida, suele ocurrir que lo que con tanta vehemencia se desea, se desprecie y odie una vez conseguido.

2. ¿Y cómo queda la pobre víctima? (A) Se lamentó amargamente de la injuria recibida, pues era una mancha sobre su honra aunque sin desdoro de su virtud. *Rasgó su fino vestido* (la frase hebrea *ketonet passim,* como en Génesis 37:3, 23, 32, significa «túnica de mangas largas», más bien que «vestido de diversos colores») en señal de pesadumbre, se puso ceniza en la cabeza, en señal de disgusto de su propia belleza, y finos ornamentos, causa de la detestable pasión que Amnón había concebido hacia ella, y *se fue gritando* (v. 19), con lo que expresaba en alta voz la humillación que había recibido. Comenta Hummelauer: «Si ella hubiera vuelto silenciosa a su casa, todos la habrían considerado culpable, y parece que Amnón intentaba justamente eso». (B) Se retiró a casa de su hermano (de padre y madre) Absalón, y

allí vivió en pena y soledad (v. 20), en señal de su modestia y de su detestación de la impureza. Absalón le habló con ternura, le pidió que no se acongojara por esto, y tramó en su corazón vengarla de la injuria inferida por Amnón.

Versículos 21–29

Lo que dice Salomón (Pr. 17:14) del que comienza la discordia, es aplicable al comienzo de todo pecado, que *es como quien suelta las aguas.* Una maldad engendra otra.

I. *«Luego que el rey David oyó todo esto, se enojó mucho»* (v. 21). Pero, ¿era suficiente con enojarse? Su obligación era castigar a Amnón como se merecía (v. Lv. 20:17; Dt. 22:28), y reprenderle hasta avergonzarlo.

II. Resentimiento de Absalón. Resolvió desempeñar ya el oficio de juez en Israel; y puesto que su padre no castigaba a Amnón, él lo va a hacer, no por principio de justicia o por celo de la virtud, sino por espíritu de venganza, ya que se considera a sí mismo afrentado en el abuso cometido con su hermana.

1. Cómo concibió su designio: *«Absalón aborrecía a Amnón»* (v. 22). El odio de Absalón por el crimen de su hermano habría tenido su justa medida si le hubiese encausado conforme a la ley, para dar así cierta compensación a su hermana y dar ejemplo a otros; pero odiar a su hermano hasta el punto de llegar al asesinato era una gran afrenta a Dios, ofrecer reparar el quebrantamiento del séptimo mandamiento mediante la violación del sexto, como si no fuesen igualmente sagrados. *Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también dijo: No cometerás homicidio* (Stg. 2:11).

2. Cómo ocultó su designio. No le dijo nada a Amnón. Si Absalón hubiese razonado con Amnón quizá le habría convencido de su pecado y le habría conducido al arrepentimiento. Durante dos años enteros Absalón alimentó en su corazón esta raíz de amargura (v. 24). Es posible que, al principio, no intentase matar a su hermano y sólo esperase a tener una ocasión de desgraciarle o causarle algún otro daño; pero, con el tiempo fue madurando su odio (sin descartar la envidia que le tendría como a primogénito) hasta llegar a no contentarse con otra cosa que con asesinarle.

3. Cómo planeó la ejecución de su designio. (A) Absalón tenía una fiesta en su casa de campo como en otro tiempo Nabal, con ocasión del esquileo de las ovejas (v. 23). (B) A esta fiesta invitó al rey su padre y a todos los príncipes de sangre (v. 24), para hacerse así más de respetar de sus vecinos. El rey declinó la invitación para no causarle más dispendio (v. 25). Absalón entonces insistió en que viniese Amnón, con todos los demás hermanos, a la fiesta (vv. 26, 27). De tal manera ocultó Absalón sus planes, que David no vio ninguna razón para sospechar que se intentase algo contra Amnón en esta invitación.

4. Cómo ejecutó finalmente su designio (vv. 28, 29). (A) Quiso Absalón que el banquete fuera opíparo y que se bebiera en abundancia. Pero: (B) Dio órdenes a sus criados, en cuanto a Amnón, para que *cuando su corazón estuviese alegre por el vino, le matasen,* sin darle tiempo a pedir misericordia. De esta forma hizo a sus criados cómplices de su bárbaro crimen. Así se hizo en presencia de los demás príncipes, con afrenta hacia la justicia pública y a la persona del rey a quien ellos representaban. Cuando Absalón dio la orden, los criados no dejaron de cumplirla, seguros de que, ahora que su amo tenía expedito el acceso al trono, les preservaría de todo castigo. Así es cómo la amenaza de espada, lanzada por Dios contra la casa de David, comenzaba para continuar por largo tiempo. Notemos que así como el adulterio de David con Betsabé tuvo un eco maligno en el incesto de Amnón con Tamar, así también el asesinato de Urías por orden de David lo tuvo en el asesinato de Amnón por orden de Absalón. (C) Todos los demás príncipes al no saber hasta dónde se iba a extender el sangriento designio de Absalón, *montaron cada uno en su mula y huyeron* (v. 29).

Versículos 30–39

I. El susto que le dieron a David con el informe falso, llegado a Jerusalén, de que *Absalón había dado muerte a todos los hijos del rey* (v. 30). De momento, esta falsa noticia causó a David tanto dolor como si hubiera sido cierta (v. 31).

II. La rectificación del error, la cual se llevó a cabo de dos maneras: 1. Por medio del sobrino del rey, Jonadab, quien le aseguró: *Sólo Amnón ha sido muerto,* no los demás, y que Absalón se lo tenía jurado desde el día en que Amnón había violado a Tamar (vv. 32, 33). Es curioso que Jonadab relate tan fríamente todo esto, cuando él era culpable, por lo menos indirectamente, del asesinato de Amnón, pues había sido cómplice en la violación de Tamar. Así resultan esos *amigos* tan duros como para aconsejar perversidades; el que no fue bastante bueno para impedir el pecado de Amnón, tampoco lo era para impedir su ruina, cuando habría podido impedir ambas cosas. 2. Con la llegada de los demás hijos del rey, quienes confirmaron la noticia de la muerte de Amnón a manos de los criados de Absalón. El informe puso en duelo al rey y a la corte (v. 36). Nunca hay mayor razón para hacer duelo que cuando se ha cometido un crimen.

III. Absalón huyó de la justicia. Ahora tenía tanto miedo a los hijos del rey como ellos lo habían tenido de él; ellos habían huido de la maldad de él, pero él huía de la justicia de ellos. Al temer que no estaría seguro en ninguna parte del territorio de Israel, huyó a refugiarse en casa de su abuelo materno *Talmay, rey de Guesur* (v. 37), y allí permaneció bajo su protección durante tres años (v. 38).

IV. Tristeza de David por la ausencia de su hijo (v. 39). Después de guardar el luto por la muerte de Amnón, David comenzó a lamentarse de la ausencia de Absalón y pronto comenzó a olvidar el crimen de éste. En lugar de prepararle el debido castigo como a homicida, *«el espíritu de David anhela irse hacia Absalón»* (lit. según traducción de Brown-Driver-Briggs).

CAPÍTULO 14

En el capítulo anterior vimos cómo suscitó Absalón el enojo de su padre por el crimen cometido contra su hermano. Ahora veremos las astutas artimañas que se pusieron en juego para reconciliarle con su padre, descritas aquí para mostrar la insensatez de David por no castigarle como se merecía. David pagó muy cara esta indulgencia con la posterior rebelión de Absalón. I. Joab empleó a una astuta mujer de Tecoa para fingir ante el rey un caso que ganase para Absalón un juicio general favorable de su padre (vv. 1–20). II. Al aplicar el caso general a la situación de Absalón Joab obtuvo del rey una orden para que Absalón volviese a Jerusalén, aunque sin serle permitido regresar a la corte (vv. 21–24). III. Finalmente, fue introducido por Joab a la presencia del rey, y David se reconcilió completamente con él.

Versículos 1–20

I. Plan de Joab para acabar con el exilio de Absalón (v. 1). 1. Como alto oficial de la corte, Joab, al ver cómo estaba inclinado el corazón de David, se dispuso a emplear sus buenos oficios. 2. Como amigo de Absalón, primo suyo, se dio cuenta de que David no tardaría en reconciliarse con él y, por ello, pensó que era una buena ocasión de hacerse más amigo del rey y de su hijo si lograba ser buen mediador en el asunto de la reconciliación. 3. Como hombre de estado e interesado en el bien común de la nación, sabía que Absalón era el favorito del pueblo y, si David moría mientras su hijo estaba en el exilio podía ocasionarse una guerra civil, pues es probable que, aun cuando todo Israel estuviese encantado con su persona las opiniones estarían divididas con relación a su caso. 4. Como quien había sido él mismo un criminal en el asesinato de Abner. Todo cuanto pudiese hacer en favor de Absalón, corroboraría el perdón que él mismo había obtenido.

II. La artimaña que usó al exponer al rey un caso semejante, y con tal astucia, que David lo tomó por caso realmente sucedido y pronunció juicio sobre él, como lo había hecho con la parábola de Natán.

1. La persona que empleó para este menester no se cita por su nombre, pero se dice que era *una mujer de Tecoa* (vv. 2, 4, 9). Se la llama *astuta* (lit. *sabia),* es decir, bien conocida por la agudeza de su ingenio y la facilidad de expresión, con lo que aventajaba en esto a la mayoría de sus conciudadanos. Viniendo de labios de esta mujer, cabrían menos sospechas sobre la verdad del caso.

2. La mujer se presentó como si fuese una viuda sin consuelo (v. 2). Joab sabía que una mujer así hallaría fácil acceso al rey, quien siempre estaba presto a consolar a los afligidos.

3. El caso que había de presentar al rey era de tal naturaleza que sólo él podía resolverlo, ya que hasta su propia familia estaba contra ella. Le cuenta al rey que su marido había muerto hacía poco (v. 5); que tenía dos hijos que eran el sustento y el consuelo de su viudez; que uno de ellos, en riña con el otro, le mató, pues no había quien los separase (v. 6); que, por su parte, estaba dispuesta a proteger al asesino, pero toda su familia requería que se vengase la sangre del muerto dando muerte al único hijo que le quedaba, pues eso era lo que la ley mandaba. Al matar al único heredero, sus parientes se harían con la hacienda, con lo que ella quedaría destituida: (A) del sustento: *«Apagarán el ascua que me ha quedado,* privándome del sostén que necesito en mi ancianidad, y terminarán con todo mi consuelo en este mundo, pues sólo me queda esta *ascua»*.

(B) de la memoria de su marido. *«No dejando a mi marido nombre ni descendencia sobre la tierra»*. Su familia quedará extinguida, y la hacienda pasará a nombre de otros (v. 7).

4. El rey le promete su favor y protección para el hijo que le queda: (A) Tras la presentación del caso, promete considerarlo y dar órdenes acerca de él (v. 8). (B) La mujer no se contenta con esto sino que pide que pronuncie inmediatamente sentencia a favor de ella. (C) En tal aprieto, el rey le promete protegerla de toda injuria o molestia por parte de sus familiares (v. 10). (D) Todavía no se queda satisfecha la mujer mientras no obtenga también para su hijo perdón y protección. Los padres no se sienten cómodos mientras los hijos no estén a salvo, tanto en este mundo como en el otro: *«Que el vengador de la sangre no aumente el daño y no destruya a mi hijo* (v. 11), pues estoy perdida si lo pierdo a él; quitarle la vida es como quitármela a mí». Si el rey ha encontrado misericordia después de derramar la sangre de Urías, debe mostrar también misericordia. (E) Esta viuda importuna, como la del Evangelio (Lc. 18:1–5), al ir estrechando al rey cada vez más, obtuvo por fin perdón completo para el hijo, y David lo ratificó con juramento como ella deseaba. Si David hizo bien o mal al proteger a un criminal, no es fácil decirlo. Pero hay lugar para un juicio favorable en la forma en que presentaba el caso la mujer, pues daba a entender que el asesino no había odiado a su hermano anteriormente, sino que lo había hecho en el hervor de la pasión y, por lo que parece, en defensa propia.

5. Juzgado así el caso a favor de su hijo, es ya tiempo de aplicarlo al caso de Absalón, el hijo del rey. Se arroja la máscara y comienza otra escena. El rey se sorprende, pero de ningún modo se disgusta, al ver que esta humilde suplicante se convierte en abogada del príncipe. Ella le pide perdón y paciencia por lo que todavía le queda por decir (v. 12).

(A) Compara el caso de Absalón con el que ella ha fingido ser el caso de su propio hijo, y, por consiguiente, si el rey está dispuesto a proteger al hijo de ella, aunque haya matado a su hermano, mucho más debe proteger a su propio hijo y *hacer volver al desterrado* (v. 13). Es cierto que el caso de Absalón es muy diferente del que ella ha expuesto, pues Absalón no había matado a su hermano en un momento de furia, sino premeditándolo desde hacía mucho tiempo; además, Absalón no era hijo único, como el de la mujer, pues David tenía muchos más. Pero David se sentía todavía más deseoso que ella de emitir un juicio favorable para su hijo, como lo había emitido para el hijo de ella.

(B) Razona con el rey para persuadirle a que haga volver del exilio a Absalón, le perdone y le restaure su favor. (a) Apela al interés que el pueblo de Israel tenía en él. (b) Apela también a la mortalidad del ser humano (v. 14): *«Porque todos hemos de morir.* Amnón había de morir algún día aunque Absalón no le hubiese dado muerte; y si Absalón ha de ser ejecutado ahora por haberle matado, no por eso ha de volver Amnón a la vida». (c) Apela a la misericordia y clemencia de Dios hacia los pobres pecadores (v. 14). Aquí tenemos dos grandes ejemplos de la misericordia de Dios con los pecadores: *Primero:* La paciencia que tiene con ellos. Aunque se quebrante su ley, no por eso quita inmediatamente la vida a quienes la quebrantan. *Segundo:* La provisión que ha hecho para que sean restaurados a su favor y gracia, pues aunque por el pecado se han desterrado a sí mismos de Dios, no hay que perder la esperanza de que vuelvan a gozar de su favor, pues *provee medios para que vuelva a sí el desterrado.* Los pobres pecadores quedarían por siempre desterrados de Dios si Dios mismo no proveyese el medio para impedirlo. No es voluntad de Dios que queden desterrados para siempre, pues Él *no quiere que nadie perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento* (2 P. 3:9).

6. Concluye su alocución con grandes cumplidos al rey y fuertes expresiones de la seguridad que ella tiene de que él hará lo que es justo y bueno en el caso real como en el ficticio (vv. 15–17). (A) No habría ella causado esta molestia al rey si no fuese porque *el pueblo le había metido miedo.* Al referirse así al

caso de Absalón, hace saber al rey algo de lo que él no se había percatado antes: que la nación estaba tan disgustada con la severidad del rey con Absalón, que ella tenía realmente miedo de que esto diese ocasión a una insurrección o a un motín general. (B) Apela con gran confianza a la sabiduría y a la clemencia del rey. Lo que esta mujer dijo por cumplido, el profeta lo dijo como promesa para el futuro (Zac. 12:8): *«El que entre ellos sea débil, en aquel tiempo será como David; y la casa de David … como el ángel de Jehová delante de ellos»*.

7. El rey sospecha que la mano de Joab está detrás de todo esto, y así lo confirma la mujer (vv. 18–20). (A) El rey lo sospechó de inmediato. (B) La mujer lo reconoció honestamente: «Tu *siervo Joab, él me mandó»*. Dice la verdad y nos da ejemplo para hacer lo mismo, de forma que nunca digamos una mentira para ocultar el designio de un plan bien tramado. Es preciso tener el coraje de decir la verdad. No hay nada que necesite una mentira.

Versículos 21–27

I. Se dan órdenes para que vuelva Absalón. Después de recibir la orden del rey: 1. Joab agradece al rey haberle otorgado el honor de emplearle en un asunto tan del agrado de todos (v. 22). 2. No demora cumplir la orden de David, sino que trae inmediatamente a Jerusalén a Absalón (v. 23). No se ve cómo puede quedar justificado David en suspender la ejecución de la antigua ley (Gn. 9:6): *«El que derrame sangre de hombre, por el hombre será su sangre derramada»*. Las leyes divinas nunca fueron promulgadas para que fuesen como frágiles telarañas que atrapan las moscas pequeñas, pero dejan pasar las grandes. Con todo, aunque le permitió volver del destierro le prohibió volver a la corte, para que no viese su rostro (v. 24). Le puso así en una especie de entredicho: (A) Para su propio honor de rey, a fin de que no pareciera que le perdonaba con demasiada facilidad, y (B) para mayor humillación de Absalón.

II. El escritor sagrado aprovecha esta oportunidad para decirnos algo de la persona misma de Absalón. Nada se nos dice de su prudencia, de su piedad o devoción. Todo lo que aquí se nos dice de él es: 1. Que *no había en todo Israel ninguno tan alabado por su hermosura como él* (v. 25), pobre recomendación de un hombre que no tenía en sí ninguna otra cosa de valor. Hermosos verdaderamente son los que hacen cosas hermosas. En cuerpos hermosos habitan con frecuencia almas impuras y deformes; testigo, el alma de Absalón, manchada de sangre y deformada con la desnaturalizada desafección contra su padre y contra su hermano. En su cuerpo *no había defecto*, pero en su mente no había otra cosa que heridas infectadas. 2. Que tenía un hermoso pelo, no la cabellera de un nazareo (¡bien lejos estaba él de una vida tan estricta!), sino la de un galán. Se la dejaba crecer hasta que no podía soportar su peso, y sólo consentía en cortarla cuando ya le parecía excesiva su largura; la vanagloria no siente el calor ni el frío, y no se queja de cuanto sirva para alimentarla y satisfacerla, por incómodo que sea. Dice el refrán castellano: «Sarna con gusto no pica». La pesaba cada año, a fin de que se viese cuánto aventajaba a todos en esto, y *pesaba 200 siclos*, esto es unos dos kilogramos y trescientos gramos; aunque, si se considera el siglo «de peso real» idéntico al siclo de oro (1 S. 17:5), el peso sería de unos tres kilogramos y trescientos sesenta gramos, lo cual no es de extrañar si, como Josefo dice, era costumbre adobarlo con aceite y polvo de oro. Tan hermoso pelo quizá le sirvió de trampa fatal (18:9). 3. Que su familia comenzaba a crecer. Es probable que pasase algún tiempo hasta que tuvo el primer hijo, y en ese tiempo sería cuando, al perder la esperanza de tener descendencia, erigió el monumento que se menciona en 18:18, para que llevara su nombre. Después, sin embargo, *tuvo tres hijos y una hija* (v. 27).

Versículos 28–33

Por tres años había estado Absalón exiliado en casa de su abuelo materno, y ahora prisionero por dos años en su propia casa; en ambos lugares fue tratado mejor de lo que se merecía; sin embargo, seguía sin humillarse. Incluso pensaba que hacían muy mal en no devolverle su lugar en la corte. Anhelaba ver el rostro de su padre el rey, bajo pretexto de que le amaba, pero, en realidad, era para buscar una oportunidad de suplantarle. Sabe que no puede causar ningún daño a su padre mientras no aparezca reconciliado con él; esta, es, pues, la primera etapa para llevar a cabo su complot; esta víbora no puede volver a morder mientras no haya hallado calor en el seno de su padre. Y consiguió lo que quería, no con promesas de reformarse, sino con insultos e injurias.

1. Consiguió que Joab mediase a su favor precisamente haciéndole daño en sus bienes. Cualquier persona en las circunstancias de Absalón habría enviado a Joab un mensaje de gratitud, pero, en lugar de esto, manda a sus criados que prendan fuego al campo de cebada de Joab (v. 30). Es extraño que Absalón llegase a pensar que, al hacer daño a Joab, conseguiría hacerle interceder por él. Por de pronto, consiguió así hacer venir a Joab (v. 31). Ahora Joab, asustado quizá de la furia y del atrevimiento de Absalón y al temer que pusiera al pueblo en contra de él, no sólo aguanta esta injuria, sino que intercede por él ante el rey (v. 33).

2. Por medio de un insolente mensaje al rey, recobra Absalón su puesto en la corte para ver el rostro del rey, goza de su favor y llega a ser su consejero privado (Est. 1:14). (A) Su mensaje fue altivo e imperioso, muy impropio tanto de un hijo como de un súbdito (v. 32). No apreció el favor que se le había dispensado en llamarle del destierro y dejarle habitar en su propia casa, y eso en Jerusalén. Llega a desafiar la justicia del rey (v. 32): *«Si hay culpa en mí, que me haga morir». (B)* No obstante, con este mensaje obtuvo lo que deseaba (v. 33). El afecto tan fuerte que David le profesaba le hacía ver en todo esto al rey como si fuesen muestras de gran respeto y un enorme anhelo de conseguir su favor cuando, en realidad, era muy al contrario. Absalón, al llegar a la presencia de su padre, mostró hipócritamente su sumisión: *«Inclinó su rostro a tierra delante del rey»*. Y David selló su perdón con un beso.

CAPÍTULO 15

Absalón significa «padre de paz», pero no piensa en paz, sino en promover disturbios. La espada anunciada contra la casa de David había actuado hasta ahora entre sus hijos, pero ahora iba a volverse contra su propia persona. Si hubiese hecho justicia con el asesino, habría atado las manos del traidor. En este capítulo comienza la historia de la rebelión de Absalón. I. Las artes de que se valió Absalón para ganarse el afecto del pueblo (vv. 1–6). II. Su abierta confesión de que aspiraba a ser coronado rey en Hebrón, adonde fue con pretexto de un voto, y la gran multitud que se congregó allí a su favor (vv. 7–12). III. La noticia que de ello fue llevada a David, y la huida de éste de Jerusalén al enterarse de lo ocurrido (vv. 13–18). En esta huida se nos dice: 1. Lo que pasó entre él e Itay (vv. 19–22). 2. La preocupación del país por él (v. 23). 3. Su conversación con Sadoc (vv. 24–29). 4. Sus lágrimas y oraciones en esta ocasión (vv. 30, 31). 5. Los asuntos que trató con Husay (vv. 32–37).

Versículos 1–6

Tan pronto como Absalón es restaurado a su lugar en la corte, ya desea verse en el trono. Si hubiese tenido algún sentido de gratitud, habría procurado comportarse con su padre lo mejor posible, y mostrar así que David había hecho bien en reconciliarse con él; pero, por el contrario, sólo piensa en rebajar su autoridad, arrebatándole el afecto de sus súbditos. Dos cosas son las que más estima el pueblo en un jefe: grandeza y bondad.

I. Absalón aparece grande (v. 1). Había aprendido de su abuelo el rey de Guesur a tener muchos carros y caballos (cosa prohibida a los reyes de Israel), lo cual le hacía aparecer como personaje de gran importancia, mientras que su padre, en su mula, parecía despreciable. El pueblo deseaba un rey como el de las naciones. Ya les había predicho Samuel lo que haría el rey que reinaría sobre ellos (1 S. 8:11): *«Tomará vuestros hijos, y los pondrá en sus carros y en su gente de a caballo, para que corran delante de su carro»*. *Y* esto es lo que Absalón quería hacer. *Cincuenta hombres que corriesen delante de él* darían pábulo a su orgullo y excitarían la necia fantasía de la gente. David cree que este alarde tiene por único objeto encumbrar la corte y consiente en ello.

II. Absalón aparece también muy bueno, pero con muy mala intención. Si se hubiese mostrado como un buen hijo y humilde súbdito, habría probado que era digno de futuros honores después de la muerte de su padre. Quienes saben obedecer como es debido, sabrán mandar como es justo. Son verdaderamente buenos los que lo son en su propio lugar, no los que intentan hacer ver lo buenos que serían si ocupasen el lugar de otros.

1. Deseaba Absalón ser *juez en la tierra,* es decir, rey en Israel (v. 4). El que debió haber sido juzgado y sentenciado a muerte por asesinar a su hermano, tiene la desvergüenza de ambicionar ser juez de los demás. No vemos que Absalón poseyese las cualidades de prudencia, virtud, justicia y conocimiento de las leyes; y, con todo, ambiciona ser juez. Es cosa corriente que los menos aptos para un cargo sean los más ambiciosos, mientras que los mejor cualificados son los más modestos y menos confiados en sí mismos.

2. Tomó un mal camino para el cumplimiento de sus deseos. Quiere ser un juez tal que todo el que tenga algún pleito o negocio venga a él; él tiene que presidir todas las causas. Para ganar el poder que tanto ambiciona, procura meterle en la cabeza al pueblo:

(A) Lo mal que marcha la presente administración, como si los asuntos del reino estuvieran completamente descuidados y nadie se preocupara de ellos (v. 3): *«No tienes quien te oiga de parte del rey»*. Como si dijese: «El rey se está volviendo viejo para el oficio y tan dedicado a sus devociones que no le queda tiempo para los asuntos de gobierno; y sus hijos son tan amigos de la buena vida que, aunque lleven el nombre de príncipes y de jefes, no se preocupan de los asuntos que se les encarga». A todo el que viene con alguna reclamación, se le hace creer que nunca se le hará justicia hasta que Absalón sea el rey o, al menos, el juez supremo de la corte. Éste es el modo de proceder de los ambiciosos y sediciosos: lanzar siempre reproches contra el gobierno que está en el poder.

(B) Lo bien que lo haría él si gobernase. Para que el pueblo pueda decir: «¡Oh, si Absalón fuera rey!», se recomienda a sí mismo: (a) Como muy diligente. (b) Como muy interesado en los casos del pueblo. (c) Como muy humilde y campechano. *Siempre que alguien se acercaba a él para inclinarse a él, él extendía la mano, y lo tomaba y lo besaba* (v. 5). Nadie tan condescendiente, en apariencia, como él, cuando en su corazón era tan orgulloso como Lucifer. Shakespeare, en su *Ricardo II,* acto 1, escena 4, pone en boca del rey, acerca de su rival Bolingbroke, palabras que bien pueden aplicarse a Absalón: «¡Cómo penetró en sus corazones con cortesía humilde y familiar! ¡Qué reverencia prodigó a los esclavos! Con el arte de las sonrisas se ganó a los artesanos». El versículo 6 dice que *así robaba Absalón el corazón de los de Israel.* El verbo «robar» no significa «ganarse el afecto», sino «engañar» (comp. con Gn. 31:20).

Versículos 7–12

Estalla la rebelión de Absalón que por tanto tiempo había estado planeando. El complot estaba listo *«al cabo de cuatro años»* (v. 7); contando, probablemente, desde que Absalón volvió de Gesur. El texto hebreo actual y la mayoría de los MSS de los LXX leen: *«cuarenta años»,* pero esto es un error evidente de algún copista. Tanto la versión siríaca, como la arábiga, algunos MSS de los LXX y Flavio Josefo dicen *«cuatro años»*.

I. El lugar que escogió para la convención de su partido fue Hebrón, donde él había nacido y donde había reinado su padre los siete y medio primeros años de su reinado. Todos sabían que Hebrón era una ciudad real. Además, caía en la heredad de Judá, en cuya tribu es natural que pensase tener mayor soporte.

II. La excusa para ir allí y para invitar a sus amigos a que le acompañaran en aquel lugar fue ofrecer a Jehová un sacrificio en cumplimiento de un voto que había hecho cuando se hallaba en el exilio (vv. 7, 8). Con este pretexto: 1. Se marchó del lado de su padre para dirigirse a Hebrón. A David le agradaría saber que su hijo, vuelto a casa, recordaba su voto y estaba dispuesto a cumplirlo. Hasta exultaría de gozo al oír a su hijo decirle que iba a *servir* (lit.) *a Jehová* (v. 8). Así que de muy buena gana le permitió ir allá y hacerlo con toda solemnidad. 2. Consiguió llevar consigo un buen número de honestos y bienintencionados ciudadanos (v. 11). Sabía muy bien que no podía incitarles a la rebelión, pues eran inviolablemente fieles a David. Pero los llevó consigo con toda astucia, a fin de que el pueblo creyese que eran de su partido y que habían desertado de David algunos de sus mejores amigos. Cuando la religión sirve de máscara para servir turbios intereses, no es de extrañarse si gente bienintencionada, como lo eran estos acompañantes de Absalón, se ve arrastrada con engaño a dar su nombre y su consentimiento a una causa cuya maldad no sospechan por ignorar *las profundidades de Satanás* (Ap. 2:24).

III. El proyecto que expuso allí fue ser proclamado rey por todas las tribus de Israel a una señal dada (v. 10). Fueron enviados *mensajeros o emisarios* (éste es el sentido del *«espías»* del hebreo) a fin de que

en todos los puntos del territorio nacional fuesen acogidas las noticias con satisfacción y aclamaciones de gozo. Incluso habrían quienes dedujesen que había muerto David o, al menos, que había dimitido en manos de su hijo; pero no faltarían quienes, al entender bien el asunto, sintiesen repugnancia contra el pensamiento mismo de tal complot.

IV. La persona a quien con mayor interés llamó a su lado para que le aconsejara fue *Ahitófel, consejero de David* (v. 12). Comoquiera que en 11:3 se menciona a Eliam como padre de Betsabé y en 23:34 se dice que Eliam era hijo de Ahitófel, varios comentaristas opinan que Ahitófel era abuelo de Betsabé y que, por eso, se había apartado de David desde que éste violó a su nieta. Lo cierto es que Ahitófel se hallaba a la sazón en Guiló, lo que indica que ya no desempeñaba el oficio de consejero del rey. Absalón no pudo hallar mejor instrumento en todo el reino que este experimentado hombre de estado y, además, desafecto al rey. Absalón lo *tuvo consigo mientras ofrecía los sacrificios.*

V. El texto sagrado añade (v. 12) que *la conspiración se hizo poderosa, y aumentaba el pueblo que seguía a Absalón.* Todos aquellos a quienes él había halagado durante cuatro años vendrían a nutrir sus filas, después de haber hecho propaganda a favor de su causa. Así que no le faltaban adeptos. Si era cuestión de números, Absalón parecía llevar la ventaja.

Versículos 13–23

I. David se entera de la rebelión de Absalón (v. 13). Ya era mala noticia el que Absalón se hubiese sublevado, pero todavía era peor el que *el corazón de todo Israel se fuese tras Absalón.* La expresión no significa una totalidad, sino (según el estilo hebreo) una mayoría. Los príncipes astutos procuran ganarse el corazón de sus súbditos, porque, si tienen el corazón, también tendrán su bolsillo y sus brazos a su servicio.

II. David se alarma ante esto y toma las precauciones necesarias. Podemos imaginarnos que se quedaría como herido por un rayo al saber que aquel hijo a quien tanto amaba se había levantado en armas contra él. ¡Hijo ingrato y desnaturalizado! David no reunió consejo, sino que encomendándose únicamente al Dios que le había otorgado la corona y al instinto de su propio corazón, resolvió abandonar inmediatamente Jerusalén (v. 14). Su, al parecer, extraña resolución se explica: 1. Como la de un penitente que se somete a la vara de la justicia correctiva de Dios, o: 2. Como la de un político-militar. Jerusalén era una gran ciudad, pero difícil de defender, pues era demasiado extensa para ser custodiada por una guarnición tan menguada como la que le quedaba. 3. Como la de un benigno pastor de su pueblo, que no quería ver a la ciudad santa hecha escenario de guerra y expuesta a las calamidades de un asedio.

III. Su precipitada fuga de Jerusalén. 1. Se marchó de Jerusalén a pie, mientras su hijo Absalón disponía de numerosos carros y caballos. 2. Tomó consigo a su familia (v. 16): sus mujeres y sus hijos, a fin de protegerles en estas horas de peligro, y para que ellos le sirvieran de consuelo en este día de aflicción. 3. Tomó también consigo a los miembros de su guardia personal, los cereteos y los peleteos, quienes estaban bajo el mando de Benayahu, y los gueteos, bajo el mando de Itay (v. 18). Estos gueteos, de nacimiento filisteos, habían conocido a David durante la estancia de éste en Gat y se habían adherido a él, y abrazada la religión judía, después de haber visto la virtud y piedad de David. Así que le fueron leales en esta aflicción. 4. Con él salieron también de Jerusalén todos cuantos le eran afectos, y *se detuvieron en un lugar distante* (v. 17), para reagruparse y para que David pasase revista a sus fuerzas. No obligó a nadie a seguirle. Tampoco Cristo quiere alistar en sus filas, sino a voluntarios. 5. Sólo *dejó diez mujeres concubinas, para que guardasen la casa* (v. 16). De ellas abusaría luego Absalón (16:22), en señal de su derecho al trono y en cumplimiento de la profecía de Natán (12:11, 12).

IV. Conversación de David con Itay, que estaba al frente de los gueteos.

1. David trató de disuadirle de que le siguiera (vv. 19, 20). (A) Quería ponerle a prueba, por ver si le seguía de corazón o si estaba más inclinado hacia Absalón. O, al ser extranjero, no quería mezclarle en este asunto de familia. Así que le pide que se vuelva a Jerusalén y se ponga a las órdenes del nuevo rey (v. 19). Notemos que David llama «rey» a Absalón, y no hay motivo para sospechar que hable así por ironía, sino al responder a la triste realidad del momento. (B) Si era fiel a David, no quiere exponerle a los

peligros en que él mismo se encuentra: *«Ayer viniste, ¿y he de hacer hoy que salgas errante con nosotros?»* (v. 20). Las almas generosas están más preocupadas por el peligro en que puedan hallarse otros por su causa que por el peligro que ellas mismas puedan correr al compartir las aflicciones de otros. Y le despide con una bendición: *«Haya contigo misericordia y verdad»* (lit.). Así dice el texto hebreo, pero es preferible la traducción de los LXX, pues expresa mejor el sentido del original: *«Jehová te muestre amor permanente y fidelidad»*. Así como David dependía de la misericordia y de la fidelidad para su consuelo y felicidad, así también las desea para sus amigos (v. Sal. 61:7).

2. Pero Itay resuelve valientemente no abandonarle (v. 21): *«Vive Dios, y vive mi señor el rey, que o para muerte o para vida, donde mi señor el rey esté, allí estará también su siervo»*. Tres cosas son de notar aquí: (A) A pesar de que David mismo ha llamado «rey» a Absalón, Itay llama repetidamente a David *«mi señor el rey»*. (B) Nótese el parecido de estas frases con las de Rut a Noemí (Rut 1:16, 17). (C) Mientras el hijo ahora primogénito de David se subleva contra su padre, este extranjero se adhiere a David con todo su corazón. Así, debemos nosotros adherirnos al Hijo de David de todo corazón para que *ni la vida ni la muerte nos separe de su amor* (Ro. 8:38, 39).

V. El pueblo que sigue a David comparte su aflicción. Cuando él y los que le seguían pasaron *el torrente de Cedrón* (v. 23), el mismo que Cristo pasó para comenzar sus sufrimientos (Jn. 18:1) *al camino que va al desierto,* es decir, entre Jerusalén y Jericó, *todo el país lloró en alta voz.* Ver a un príncipe tal, reducido a esta estrechez, forzado a abandonar su palacio y a huir con temor de perder la vida, con una pequeña escolta, buscar refugio en el desierto, y ver la ciudad de David, la que él mismo conquistó, edificó y fortificó, ser una morada insegura para él mismo, por fuerza había de suscitar el llanto y el lamento de todo el país.

Versículos 24–30

I. Lealtad de los sacerdotes y de los levitas a David y su firme adhesión a su persona y a su causa. Sadoc y Abiatar y todos los levitas están dispuestos, no sólo a acompañarle, sino también a llevar consigo el Arca de Dios, a fin de, por medio de ella, poder consultar a Dios (v. 24).

II. Pero David los despidió para que se volvieran a la ciudad (vv. 25, 26). Abiatar era el sumo sacerdote a la sazón (1 R. 2:35), pero Sadoc era su asistente y tenía el Arca a su cargo mientras Abiatar ejercía sus funciones específicas, por lo que David se dirigió a Sadoc. 1. Está solícito por la seguridad del Arca (v. 25): *«Vuelve el Arca de Dios a la ciudad»*. Como si dijese: «Aquél es su lugar apropiado. De seguro que Absalón, por malo que sea, no le hará ningún daño». 2. Se muestra deseoso de volver a disfrutar de los privilegios de la casa de Dios. 3. Se somete humildemente a la santa voluntad de Dios con respecto al resultado de esta maligna situación. Podemos verle aguardar pacientemente el final de todo esto (v. 26): *«Aquí estoy,* como un criado que espera órdenes, *haga de mí lo que bien le parezca»*. Todo lo que Dios hace, lo hace bien. Así lo comprende David y no tiene nada que objetar a Dios. Veamos la mano de Dios en todo cuanto ocurre y así no nos quejaremos de nada en lo presente, y veamos todo cuanto ocurre en las manos de Dios y así no tendremos miedo de nada que nos pueda acaecer en lo futuro.

III. La confianza que David pone en que los sacerdotes estarán al servicio de la justa causa, que es la suya propia, del mejor modo posible mientras él está ausente. Llama a Sadoc *«el vidente»* (v. 27). Un amigo que sea «vidente» en estas aciagas circunstancias, vale más que veinte que sean cortos de vista. 1. Le dice también a quiénes han de enviar para que le traigan noticias: A su hijo (de Sadoc) Ahimaas, y a Jonatán, hijo de Abiatar. Es curioso que el suegro de Saúl se llamase también Ahimaas (1 S. 14:50), y su hijo se llamase Jonatán. 2. El lugar al que ésos han de traer información a David será *los vados del desierto* (v. 28), y de allí se trasladarán David y los suyos de acuerdo con la información que hayan recibido y el consejo que le den a él.

IV. La melancolía que se apoderó de David y de cuantos le acompañaban cuando subieron la cuesta del monte de los Olivos (v. 30).

1. David mismo iba descalzo, como un prisionero o un esclavo y lloraba. ¡Cómo no iba a llorar al considerar que el que había salido de sus entrañas y había estado tantas veces en sus brazos, había de

levantar contra él el calcañar! ¡Cómo vería él aquí las señales del disgusto de Dios por el pecado cometido contra Betsabé y Urías! Su pecado estaba siempre delante de él (Sal. 51:3), pero nunca lo había visto tan claro y tan negro como ahora. Nunca lloró así cuando Saúl le perseguía, pero esta huida de ahora le despertaba la voz de una conciencia gravemente herida, que es lo que hace que las aflicciones se tornen más difíciles de soportar (Sal. 38:4): *«Porque mis iniquidades han sobrepasado mi cabeza; como carga pesada gravitan sobre mí»*.

2. Cuando David rompió a llorar, todos los que le acompañaban lloraron también con él, afligidos por la aflicción de él y al desear compartirla: *«Todos … iban llorando mientras subían».*

Versículos 31–37

Parece ser que ninguna otra cosa le pareció a David tan peligrosa en el complot de Absalón como el que Ahitófel estuviera con él, porque una buena cabeza, en tales situaciones, vale más que mil manos. Absalón no tenía la experiencia de un político, pero ganó para su causa a uno de enorme experiencia. Por consiguiente si los consejos de éste son frustrados, Absalón está abocado a la derrota y se acabó la rebelión. Eso es precisamente lo que David trata de procurar:

I. Por medio de la oración. Cuando se enteró de que Ahitófel era de los sublevados, levantó el corazón a Dios con esta breve oración: *«Entorpece ahora, oh Jehová, el consejo de Ahitófel»* (v. 31). Notemos que David oró, no contra la persona de Ahitófel, sino contra el consejo de Ahitófel.

II. Por medio de su prudencia política. En circunstancias difíciles no hemos de contentarnos con orar, sino que hemos de actuar; de no hacerlo así, estamos tentando a Dios. Ahora es cuando escribió David el Salmo 3, como se ve por el título. Hay incluso autores que opinan que, en su adoración en la cumbre del monte (v. 32), David cantó este salmo. Y ahora la providencia de Dios le traía un buen amigo: *Husay* (que significa «apresurado», o «apresúrate, Jehová») *arquita*, esto es, de la familia arquí, que vivía al sudoeste de Betel. Esta persona vino a condolerse con David de la aflicción que éste sufría, por lo que venía *con los vestidos rasgados y cubierta de tierra su cabeza.* Este Husay iba a ser el instrumento por el que el consejo de Ahitófel iba a ser trastornado. David lo envió a la ciudad a presentarse a Absalón y ofrecerle sus servicios como si fuese un desertor de David (v. 34). Hasta qué punto esta mentira que David puso en la lengua de Husay como estratagema de guerra puede justificarse, no se ve fácilmente. Lo único que puede decirse a favor de ella es que Absalón, al rebelarse contra su padre, tiene que sufrir las consecuencias de ello por los medios que sean, aun cuando algunos no parezcan muy honestos, y si es engañado, que lo sea. David recomendó Husay a Sadoc, y, con estas instrucciones de David, Husay se fue a Jerusalén (v. 37), adonde llegó también Absalón con sus fuerzas poco después.

CAPÍTULO 16

I. Sigamos a David en su melancólica huida. Le veremos: 1. Engañado por Sibá (vv. 1–4). 2. Maldecido por Simeí (vv. 5–14). II. En cambio, vemos a Absalón que entra triunfalmente en la ciudad; y allí le hallamos: 1. Engañado por Husay (vv. 15–19). 2. Aconsejado por Ahitófel para que entre a las concubinas de su padre

Versículos 1–4

Ya vimos con qué benignidad trató David a Mefi-bóset, el hijo de Jonatán, y con qué prudencia encargó a Sibá la administración de la hacienda de su amo, y ofreció también a éste un puesto permanente en la mesa del rey (9:10). Parece ser, no obstante, que Sibá no se contentó con ser administrador de la hacienda de Mefi-bóset, sino que aspiró a ser el amo. Y ahora es cuando piensa que se le presenta la mejor oportunidad para conseguir su propósito. Si puede obtener una concesión de la corona al respecto, sea David o Absalón el que triunfe, a él lo mismo le da con tal de asegurar su presa.

1. Salió al encuentro de David para hacerle un espléndido presente de provisiones, tanto mejor acogido cuanto que llegaba en el momento oportuno (v. 1). David dedujo de esto que Sibá era un hombre muy discreto y generoso, además de ser afecto a la causa de David, cuando lo que se proponía en realidad era hacer su negocio y conseguir que la hacienda de Mefi-bóset pasase a sus amos. Pero, fuese cual fuese la intención de Sibá al traer este presente, lo cierto es que la Providencia hizo que, por este medio, se proveyera espléndidamente a David y a los suyos. Dios puede usar hombres malos para cumplir los buenos designios que tiene para los suyos, de la misma manera que envió carne al profeta Elías por medio de cuervos.

2. Una vez ganado el afecto de David mediante este presente el próximo paso que Sibá planeaba era enemistarle con Mefi-bóset, lo cual hace mediante una falsa acusación, ya que presenta a su amo como ingrato traidor que pensaba recobrar la corona de su abuelo en este río revuelto de la sublevación de Absalón contra David. David había preguntado por Mefi-bóset como si fuese uno de sus familiares, lo que dio a Sibá ocasión para inventar esta falsa historia acerca de él (v. 3). David da crédito a la calumnia sin más investigación, juzga a Mefi-bóset reo de traición, se hace cargo de la hacienda de éste y la transfiere a Sibá. Fue éste un juicio demasiado precipitado por parte de David, que sólo se explica por el estado de tremenda aflicción en que se encontraba. Después se avergonzaría de haber actuado así, cuando la verdad saliera a plena luz (19:29). Al haber obtenido lo que deseaba, Sibá se reiría para sus adentros de la credulidad del rey.

Versículos 5–14

David soporta las maldiciones de Simeí mucho mejor que como había recibido las adulaciones de Sibá. Con lo de Sibá pronunció un falso juicio sobre otra persona; con lo de Simeí pronunció un justo juicio sobre sí mismo. Las sonrisas del mundo son más peligrosas que sus iras.

I. Cuán insolente fue la furia de Simeí y cuán malvada su actitud al aprovecharse de la presente aflicción de David para mejor llenarle de insultos. En su huida, David y los suyos habían llegado a Bahurim, ciudad de Benjamín, en la que (o cerca de la que) vivía Simeí (hebreo, *Shimî*), quien, al pertenecer a la tribu de Saúl, con cuya caída toda esperanza de promoción a mejores puestos se había acabado para él, abrigaba contra David una implacable hostilidad y le consideraba injustamente como el causante de la ruina de Saúl y de toda su familia. Es probable que le tuviese por culpable de la muerte de Abner, de Is-bóset, de Urías y hasta del propio Saúl.

1. Por qué aprovechó esta ocasión para dar rienda suelta a sus insultos. (A) Porque pensó que ahora podía hacerlo impunemente. (B) Porque ahora le resultaría más penoso a David, ya que añadiría aflicción al afligido y echaría vinagre en las heridas que estaban en carne viva. (C) Porque pensó que la Providencia justificaba estos insultos y que la presente aflicción de David era la prueba de que era un perverso. Es el mismo falso principio en que se basaron los «amigos» de Job para condenarle.

2. Cómo expresó el rencor de su corazón. (A) *Arrojaba piedras contra David* (v. 6), como si el rey fuera un perro. (B) El versículo 13 añade que iba *esparciendo polvo,* el cual, probablemente, le caería a sus propios ojos, como le caerían a su misma cabeza las maldiciones que profería contra David. Así, mientras su maldad resultaba odiosa, su impotencia resultaba ridícula y despreciable. (C) Acompañaba con insultos las piedras y el polvo que arrojaba (vv. 7, 8). Lo único que le traía a la memoria era el cargo infundado de haber causado la ruina de la casa de Saúl, precisamente porque con eso él salía perdedor. Nadie tan inocente como David de la sangre de la casa de Saúl. Una y otra vez le había perdonado la vida a Saúl, cuando Saúl trataba de dar muerte a David. Nada tan injusto como acusar a David de la sangre derramada en la familia y los allegados de Saúl, llamándole: (a) *hombre de sangre e hijo de Belial* (lit.—v. 7—); (b) *sorprendido en su maldad* (v. 8), como castigado por Dios: *Jehová te ha dado el pago de toda la sangre de la casa de Saúl.* Véase cómo se atreven los malvados a poner al servicio de su rencor y venganza lo que a ellos les parece juicios de Dios contra otros. (c) Depuesto del trono y privado de la corona, en favor de Absalón, por obra de la Providencia justiciera: *Jehová ha entregado el reino en mano de tu hijo Absalón.* Quiere así quitarle toda esperanza de recuperar el trono.

II. Cuán pacientemente y con qué sumisión a los designios de Dios soportó David los insultos de Simeí. Los hijos de Sarvia, especialmente Abisay, como sobrinos del rey y generales de su ejército, no

pudieron aguantar la afrenta (v. 9): *¿Por qué maldice este perro muerto a mi señor el rey?* Si David les hubiese dado licencia, habrían silenciado pronto aquellos labios maldicientes y le habrían cortado la cabeza a Simeí. Pero el rey no lo consintió: *«¿Qué tengo yo con vosotros* (lit. *¿Qué a mí y a vosotros), hijos de Sarvia? Déjale que maldiga».* De modo semejante hubo de reprender Cristo a sus discípulos cuando, celosos del honor de Él, querían hacer descender fuego del cielo sobre la ciudad que le afrentó (Lc. 9:55). Nótese de paso que la expresión *«¿Qué a mi y a ti?» o «¿Qué a mí y a vosotros?»* sale en la Biblia once veces: seis en el Antiguo Testamento (Jue. 11:12; 2 S. 16:10, 19:23, 1 R. 17:18; 2 R. 3:13; 2 Cr. 35:21) y cinco en el Nuevo Testamento (Mt. 8:29, Mr. 1:24; 5:7; Lc. 4:34; Jn. 2:4). Según declara el jesuita J. Leal (sobre Jn. 2:4), «esta expresión siempre equivale a una negativa, a veces muy categórica y resuelta, a veces suave e indulgente». Veamos ahora con qué consideraciones conservó David la calma.

1. La principal fue que reconoció merecer esta aflicción; de ahí que la considerase como venida de la mano de Dios: *«Déjale que maldiga, pues Jehová se lo ha dicho»* (vv. 10, 11). En cuanto a que era pecado de Simeí, no era de parte de Dios, sino del diablo y de su propio malvado corazón; pero David veía más allá del instrumento de su aflicción, hasta llegar al supremo director de los acontecimientos, y, como Job, cuando se vio despojado de cuanto tenía, reconoció: *«Jehová me lo dio, Jehová me lo quitó»* (Job 1:21). No hay nada tan eficaz para llevar la calma a un hijo de Dios que se halla en grave aflicción como ver en ella la mano de Dios.

2. También le sirvió para calmarse en la presente aflicción la consideración de otra mayor (v. 11): *«He aquí, mi hijo que ha salido de mis entrañas acecha mi vida; ¿cuánto más ahora un hijo de Benjamín?»*

3. Se consuela con la esperanza de que Dios, de una manera u otra, sacará bien de este mal (v. 12): *«Quizá mirará Jehová mi aflicción, y me dará Jehová bien por sus maldiciones de hoy».* Hemos de depender de Dios como de un amo que es buen pagador (lo contrario del diablo—v. Ro. 6:23—), pues nos recompensa, no sólo por nuestros servicios, sino también por nuestros sufrimientos. Al fin, David y los suyos pudieron refugiarse en Bahurim y verse a salvo de lenguas malignas.

Versículos 15–23

Absalón se enteró pronto por alguno de sus amigos de Jerusalén de que David había huido de la capital con una pequeña escolta, así que podía tomar posesión de Jerusalén cuando le pluguiera. Así lo hace sin demora (v. 15), extremadamente exaltado sin duda con este primer éxito. Los más celebrados políticos de aquel tiempo eran Ahitófel y Husay. Al primero lo trae Absalón consigo a Jerusalén (v. 15); el segundo le sale al encuentro en la misma ciudad (v. 16); de modo que no puede pensar, sino en tener un éxito completo. Pero ambos resultaron miserables consejeros, porque:

I. Husay no estaba dispuesto a aconsejarle lo más prudente. Era, en realidad, enemigo suyo y había resuelto hacerle traición. 1. Husay le felicitó por su accesión al trono como si Absalón estuviese ya abundantemente satisfecho con el título y con haber tomado posesión de la corona (v. 16): *«¡Viva el rey, viva el rey!»* 2. Absalón se sorprendió de hallar allí al que se sabía que era íntimo amigo y confidente de David. 3. Husay le aseguró en la creencia de que estaba de todo corazón de su parte. «Es cierto—viene a decirle—que he sido amigo de tu padre, pero ya se pasó su día; ¿por qué no habré de ser también amigo de su sucesor?» Así aparentó tener razón para dar un paso que nunca había pensado dar.

II. Ahitófel aconsejó a Absalón que obrase con perversidad, con lo que le traicionó tan efectivamente como el que lo hacía de intento; pues quienes aconsejan a otros cometer pecado, ciertamente les aconsejan para su mal; y el gobierno que se funda sobre el pecado es como si se edificara sobre la arena.

1. Por lo que dice el texto sagrado, Ahitófel era conocido como político extraordinario; sus consejos eran tenidos por oráculos de Dios (v. 23). Basados en este informe de la fama de Ahitófel como político, observemos: (A) Que hay muchos que descuellan en sabiduría mundana, pero están completamente destituidos de la gracia divina, pues quienes tienden a ponerse a sí mismos como oráculos, son proclives a despreciar los oráculos de Dios. (B) Que, con frecuencia, los más hábiles políticos actúan del modo más necio con respecto a sí mismos.

2. Su política en este caso hizo fracasar su propio intento.

(A) El perverso consejo que dio Ahitófel a Absalón. Al ver que David había dejado a sus concubinas el cuidado del palacio, le aconsejó que *se llegara a ellas* (v. 21), porque con esto daría seguridades a todo Israel: (a) De que estaba firme en sus pretensiones al trono. El mero hecho de llegarse a las concubinas de su padre era símbolo de que todo lo de su padre le pertenecía a él. (b) De que había resuelto no hacer las paces con su padre bajo ninguna condición. Después de haber desenvainado la espada, arrojaba de sí, con esta provocación, también la funda, con lo que fortalecería las manos de su partido y aseguraría para sí la lealtad de ellos. Así animó Hernán Cortés a sus soldados al quemar las naves, pues no cabía la retirada. Este consejo de Ahitófel, notoriamente perverso, le mostró como *oráculo del diablo más bien que de Dios.*

(B) Satisfacción de Absalón con este consejo. Estaba enteramente de acuerdo con su perversa y lasciva mente; así que no tardó en ponerlo por obra (v. 22). Con todo, en ello se cumplió la palabra de Dios por medio de Natán, de que, por violar a Betsabé, las mujeres de David serían públicamente violadas (12:11, 12); y, como ya dijimos, no faltan quienes opinan que, al dar este consejo, Ahitófel intentaba vengarse de David por la injuria cometida contra Betsabé, que era nieta suya (11:3; 23:34).

CAPÍTULO 17

El encuentro entre David y Absalón va a precipitarse rápidamente y va a ser resuelto a filo de espada. I. Absalón convoca consejo de guerra, en el que Ahitófel aconseja actuar con prisa (vv. 1–4), mientras Husay recomienda calma y deliberación (vv. 5–13). Se aprueba el consejo de Husay (v. 14), por lo que Ahitófel se siente tan ofendido y frustrado que se ahorca (v. 23). II. Aunque con grandes dificultades, son comunicados secretamente a David los planes del enemigo (vv. 15–21). III. David marcha al otro lado del Jordán (vv. 22–24) y allí recibe su campamento víveres de parte de algunos amigos suyos en aquella zona (vv. 27–29). IV. Absalón y sus fuerzas marchan al encuentro de David y los suyos a la región de Galaad al otro lado del Jordán (vv. 25, 26).

Versículos 1–14

Absalón se halla ya en posesión pacífica de Jerusalén; ya es suyo el palacio real. Su buen padre había reinado siete años y medio en Hebrón; solamente sobre la tribu de Judá, y sin ninguna prisa por destronar a su rival; su gobierno estaba apoyado en la promesa de Dios y, por eso, aguardó pacientemente a que llegara su hora. Pero Absalón, no sólo se apresura a llegar desde Hebrón a Jerusalén, sino que está impaciente por destruir a su padre, pues no se contenta con ocupar su trono mientras no le quite la vida. David y cuantos le siguen han de ser exterminados. Nadie se atreve a mencionar los méritos personales de David ni los grandes servicios que ha prestado a la patria. Nadie se atreve a proponer que basta con que sea desterrado. Está fuera de discusión que David debe ser destruido; la cuestión está en cómo ha de llevarse a cabo.

I. Ahitófel aconseja que se le persiga inmediatamente aquella misma noche con rápida maniobra de todo el ejército, de forma que sólo el rey sea muerto y se dispersen sus fuerzas; entonces, los mismos que ahora siguen a David, se adherirán a Absalón. Nada podía ser tan fatal para David como la ejecución de este consejo. Era muy probable que, ante un ataque por sorpresa, especialmente de noche las menguadas fuerzas que le seguían se dispersaran en desorden y confusión, con lo que resultaría sumamente fácil *matar al rey solo* (v. 2). Compárese con el complot de Caifás contra el Hijo de David: *«Nos conviene que un solo hombre muera por el pueblo»* (Jn. 11:50).

II. Husay aconseja que no se precipiten demasiado en perseguir a David, sino que se tomen tiempo para reunir fuerzas contra él y prevalecer contra él por medio de la cantidad de tropas, así como Ahitófel había aconsejado prevalecer contra él por medio de la sorpresa. Pero, al dar este consejo, Husay intentaba realmente servir a David y a su causa, a fin de tener tiempo suficiente para enviarle recado acerca de lo que se tramaba en Jerusalén y para que David pudiese también ganar tiempo y reagrupar fuerzas abundantes en la región allende el Jordán, donde es probable que Absalón no tuviera tantos adictos.

1. Absalón invitó cortésmente a Husay a que diera su consejo. El consejo de Ahitófel *había parecido bien a Absalón y a todos los ancianos de Israel* (v. 4), no obstante, Absalón quiso oír también el consejo de Husay, pues Dios había inclinado su corazón para no actuar inmediatamente (v. 5): *«Llamad también ahora a Husay arquita, para que asimismo oigamos lo que él dirá»*.

2. Husay acompañó con plausibles razones el consejo que dio.

(A) Se opuso al consejo de Ahitófel y mostró los peligros que comportaba: (a) Insistió mucho en que David era buen soldado, hombre valiente y experto en las lides militares, y no tan fatigado y débil como Ahitófel suponía. Su retirada de Jerusalén había de achacarse a su prudencia, no a su cobardía. (b) Los que le seguían, aunque eran pocos en número, eran *valientes* (v. 8) *y esforzados* (v. 10), hombres de reconocida bravura y versados en las artes de la guerra. (c) Estaban todos ellos exasperados contra Absalón, *amargados* por su rebelión (v. 8), acalorados *como una osa a la que han quitado sus cachorros y* dispuestos a luchar con toda furia; no habría modo de resistirles, especialmente con los soldados bisoños que seguían a Absalón. (d) Sugirió que, probablemente, David y algunos de sus mejores hombres tenderían una emboscada *en alguna cueva* (v. 9), a lo que David estaba acostumbrado, o en otro lugar, y caerían de improviso sobre las fuerzas de Absalón, y aunque sólo un grupo sufriera la derrota, se desanimarían los demás y correría la voz de que *«el pueblo que sigue a Absalón ha sido derrotado»*.

(B) Ofreció su propio consejo y dio sus razones: (a) Aconsejó lo que sabía que había de halagar al temperamento orgulloso y vanidoso de Absalón, aunque no iba a ser, en realidad, provechoso para su causa. *Primero,* aconsejó que se hiciese una leva general de todas las tribus de Israel. *Segundo,* que Absalón marchase a la batalla al frente de todas las tropas, como mejor soldado y más experto político que el propio Ahitófel (v. 11, comp. con vv. 1–3). (b) También aconsejó lo que mejor aseguraba el éxito de la expedición sin correr ningún riesgo, puesto que, si llegaban a reunir un ejército tan numeroso como se prometían a sí mismos, dondequiera que estuviese David, no marrarían el golpe, sino que, de seguro, le aplastarían. *Primero:* Si la batalla se libraba en pleno campo, acabarían con todos los hombres que le acompañaban (v. 12). Quizá la razón principal por la que agradó a Absalón este consejo fue porque así se quitaría de en medio a muchos de los amigos de David, contra los que abrigaba especial antipatía. Así ganaba Husay un punto muy importante, azuzando el deseo de venganza de Absalón, tanto como su orgullo. *Segundo:* Si se refugiaba en una ciudad, no había miedo de que se les escapara, pues dispondrían de manos suficientes para, si era necesario, arrastrar la ciudad misma con sogas hasta el arroyo (v. 13).

(C) Con todas estas artes ganó Husay, no sólo la aprobación de Absalón para su consejo, sino también la aprobación unánime de *todos los de Israel* (v. 14): «El *consejo de Husay arquita es mejor que el consejo de Ahitófel»*.

Versículos 15–21

Husay comunica a los sacerdotes lo que se había acordado en el consejo (v. 15). Pero parece ser que no estaba completamente seguro de que el consejo de Ahitófel hubiese quedado definitivamente orillado y, por eso, tenía prisa en que se comunicase inmediatamente a David lo que se había discutido en consejo (v. 16), *«para que no sea destruido el rey y todo el pueblo que con él está»*. Tan segura guardia había puesto Absalón en todos los accesos a Jerusalén, que resultaba difícil comunicarse con David. 1. Los jóvenes sacerdotes que habían de llevarle el recado se vieron forzados a retirarse en secreto de la ciudad y reunirse *junto a la fuente de Roguel* (v. 17). 2. Las instrucciones les fueron comunicadas por medio de una criada, que probablemente fue a la fuente bajo pretexto de sacar agua. 3. Aun así, debido a la vigilancia de los guardias de Absalón, fueron descubiertos y fue informado Absalón de los movimientos de los jóvenes (v. 18): *«Pero fueron vistos por un joven, el cual lo hizo saber a Absalón»*. 4. Sabiéndose descubiertos, los sacerdotes se refugiaron en casa de un amigo en Bahurim, lugar en que poco antes había descansado David (16:14). Allí fueron hábilmente escondidos en un pozo (v. 18), el cual, por ser verano, estaría seco. La mujer de la casa extendió ingeniosamente una tela o cortina (quizá la que servía de puerta) sobre el pozo; pondría, sin duda, piedras en los extremos para sujetarla, y *tendió sobre ella el grano trillado,* de forma que los perseguidores no pudiesen sospechar que allí había un pozo; de lo contrario, lo habrían registrado (v. 19). Preservados de esta manera, llevaron fielmente el recado a David (v. 21) con el aviso, de parte de sus amigos, de que no demorase pasar el Jordán, junto al que parece ser que ahora se hallaba.

Versículos 22–29

I. David y sus fuerzas pasan el Jordán. Pasaron de noche sin que le desertara un solo hombre. Llegados al otro lado, marcharon durante algún tiempo hasta Mahanáyim, a muchos kilómetros de distancia pero era una ciudad estratégicamente bien situada. En ella moraban los levitas que caían dentro de la tribu de Gad. En esta ciudad, que Is-bóset había escogido como capital de su reino (2:8), puso ahora David su cuartel general (v. 24). Aquí tenía tiempo para reunir un buen ejército con que oponerse a los rebeldes y tributarles una calurosa acogida.

II. Ahitófel se suicida (v. 23). Se ahorcó de rabia de que no se hubiese seguido su consejo, pues pensó: 1. Que eso era el mayor desprecio que podía hacerse a su reputación de experto político. 2. Que su vida peligraba, pues, al no seguirse su consejo, se dio cuenta de que estaba perdida la causa de Absalón y entonces, por mucha que fuese la piedad que David mostrase hacia otros ciertamente no le había de perdonar a él, después de haber aconsejado a Absalón que entrase a las concubinas de su padre. Así que, como había orado David (15:31), *fue entorpecido el consejo de Ahitófel.* Nótese el gran parecido de Ahitófel con Judas (Mt. 27:5).

III. Absalón persigue a muerte a su padre. No contento con haber hecho huir a su padre al último rincón de su reino, resuelve darle caza para exterminarlo del orbe. *Absalón nombró jefe de su ejército a Amasá* (v. 25), hijo de Itrá. De éste se dice aquí que era *«un varón de Israel»,* aun cuando en 1 Cr. 2:17 se le llama *Yéter* y se añade que era *«ismaelita».* Una probable solución a esta aparente contradicción es que su nombre de nacimiento fuese Yéter de raza ismaelita, y que, por haber abrazado la religión judía se le cambiase el nombre por el de *Itrá,* y apareciese así como *«israelita».* Otra solución, preferida por los autores modernos, es la discrepancia entre los distintos MSS. Por la relación que se nos da aquí de este Amasá vemos que era primo de Joab y que ambos eran primos de Absalón y sobrinos de David.

IV. Los amigos con que David se encontró en esta remota parte del país. Incluso Sobí, el amonita e hijo (o descendiente) del rey Nahás, se mostró generoso con él. Es probable que David le hubiese ayudado a subir al trono tras la muerte del desgraciado Hanún (10:1 y ss.). Así habríamos *de hacer nosotros el bien a todos los hombres,* según tengamos oportunidad. Maquir, hijo de Amiel, era el que había mantenido antes a Mefi-bóset (9:4), hasta que David le descargó de este cuidado, por lo que ahora es ayudado él mismo por este hombre generoso, que parece haber sido patrón común de príncipes que se hallaban en desgracia. De Barzilay oiremos más después. Todos estos hombres, compadecidos de David y de sus hombres, ahora que estaban exhaustos después de una marcha tan larga, le trajeron mueblaje para su casa *(«camas, tazas, vasijas de barro») y* provisiones para su mesa *(«trigo, cebada, etc.»)* en señal del afecto que le profesaban (vv. 28, 29). Aprendamos de aquí a ser generosos y no encoger el brazo, conforme a nuestras posibilidades, para socorrer a cuantos se hallan en extrema necesidad. Con frecuencia, Dios provee para los suyos consuelo y ayuda de parte de extraños, en casos en que sus propias familias no les prestan ningún apoyo.

CAPÍTULO 18

Este capítulo pone punto final a la rebelión y a la vida de Absalón y de este modo nos pone a David de nuevo en su trono. I. David se prepara para el encuentro con los rebeldes (vv. 1–5). II. Completa derrota de las fuerzas de Absalón (vv. 6–8). III. Muerte y sepultura de Absalón (vv. 9–18). IV. Le llegan las noticias a David, quien se había detenido en Mahanáyim (vv. 19–32). V. Su amarga lamentación por la muerte de su hijo (v. 33).

Versículos 1–8

David pasó revista al ejército que había reunido, pues de seguro le habían llegado considerables refuerzos de muchos puntos del país, especialmente de las tribus vecinas.

I. El número de sus tropas (v. 1, 2). Josefo dice que eran, en total, unos 4.000. Los dividió en regimientos y compañías, al frente de las cuales puso los jefes más aptos, y dispuso los regimientos, como era corriente, en tres alas: a la derecha, a la izquierda y en el centro. Al mando de dos de ellas puso a sus sobrinos y expertos generales Joab y Abisay, y al mando de la tercera puso a Itay, quien fue preferido a Benayahu por varias razones: era muy afecto a David y a Joab y había contribuido con gran número de efectivos. Buen orden y buena conducta son más útiles en un ejército que buena cantidad.

II. El pueblo convenció a David para que no fuese en persona a la batalla. Los fieles amigos de David, al recordar lo que se les había dicho del consejo de Ahitófel de *matar únicamente al rey,* no querían exponer su vida. David les había mostrado su afecto ofreciéndose a ir con ellos a la batalla (v. 2), pero ellos le mostraron su afecto oponiéndose a ello. Podía prestarles mejor servicio quedándose en la ciudad con una reserva de soldados, de donde podía enviarlos como refuerzo si los necesitaban. No todos los puestos de verdadero servicio son puestos de peligro.

III. El encargo que David les dio con respecto a Absalón (v. 5). Cuando el ejército estuvo en orden de batalla, dice Josefo que el rey les animó, oró por ellos y les bendijo, pero les pidió con insistencia que no hiciesen ningún daño a Absalón. Absalón quería ver a David solo muerto, conforme al consejo de Ahitófel, pero David quería ver a Absalón vivo, aunque muchos otros hubieran de morir. Cada uno hizo lo que pudo para conseguir su objetivo, y mostró así cuán malo puede ser un hijo para el mejor de los padres, y cuán bueno puede ser un padre para el peor de los hijos, como si fueran un reflejo de la maldad del hombre hacia Dios, y de la misericordia de Dios para con los hombres. ¿Tratar benignamente a un traidor? Y, entre todos los traidores, ¿tratar bien a un hijo traidor? Pero, ¿no era éste un tipo de aquella inmensa misericordia que mostró el verdadero Rey y Redentor de Israel cuando oró por sus perseguidores y ejecutores: *«Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen»?* (Lc. 23:24). Cuando Dios envía un correctivo a sus hijos, es siempre con la siguiente cláusula: «Trátales benignamente por amor de mí», pues *«Él conoce nuestra condición»* (Sal. 103:14).

IV. Completa derrota de las fuerzas de Absalón. La batalla se libró en el bosque de Efraín (v. 6), llamado así por alguna acción memorable llevada a cabo allí, aunque caía dentro de la heredad de la tribu de Gad. Quizá tenga que ver con el incidente entre los de Galaad y los de Efraín, cuando Jefté hizo matar a 42.000 hombres de Efraín (Jue. 12:6). David consideró conveniente que sus fuerzas se encontrasen con el enemigo a cierta distancia de Mahanáyim para no traer la guerra a la ciudad que le había prestado refugio y protección. La causa había de decidirse a campo abierto. Josefo dice que la lucha fue muy dura, pero los rebeldes fueron, al fin, completamente derrotados; murieron 20.000 hombres de ellos (v. 7). Véase aquí lo que resulta de *conspirar juntamente contra Jehová y contra su ungido, diciendo: Rompamos sus ligaduras* (Sal. 2:2, 3). Y para que se convenzan de que Dios luchó contra ellos: 1. Han sido derrotados por un ejército muy inferior al de ellos en número. 2. Con la misma huida con que intentaban escapar se expusieron al mayor peligro, porque el espeso bosque de encinas y terebintos obstruía la huida y daba tiempo a los vencedores a alcanzar a los fugitivos.

Versículos 9–18

Tenemos a Absalón ya perdido, agotados sus recursos, dispersas sus fuerzas en fuga y, peor que todo, al final de su vida. Aunque les había sido prohibido a los vencedores hacer daño a Absalón no se atrevió a mirarles a la cara, sino que, al ver que le alcanzaban, clavó espuelas a su mulo y trató de escapar como fuese, encaminándose a su completa destrucción.

I. Quedó colgado del cuello. El texto dice que *«se le enredó la cabeza en la encina»,* debajo de la cual pasó deprisa montado en su mulo (v. 9). Contra lo que generalmente se cree, aun entre los autores, no se dice, ni es probable, que se le enredara la cabellera en las ramas, sino que su cabeza quedó atrapada fuertemente entre dos ramas, con lo que no tuvo más remedio que soltar la brida al mulo para que éste pudiese pasar delante sin estrangularle. Así quedó *suspendido entre el cielo y la tierra,* como indigno de ambos o como si ambos le abandonasen. También el Señor Jesucristo quedó así cuando le clavaron en la cruz, pero su situación se debía a que *Dios le hizo pecado por nosotros, sin haber conocido el pecado* personalmente (2 Co. 5:21).

II. Fue encontrado vivo por uno de los siervos de David, quien fue directamente a Joab para decirle en qué postura había encontrado al jefe de la rebelión (v. 10). Joab reprende al hombre por no haber despachado prontamente a Absalón *echándole a tierra y matándolo* (v. 11). La recompensa que Joab le ofrecía equivalía a un ascenso en la escala militar, además de la suma de dinero *(«diez siclos de plata»).* El hombre le trae a la memoria a Joab la orden de David y, por eso, él no quería obedecer a Joab por mucho dinero que le diera, pues si mataba al hijo del rey, expondría su vida, no sólo porque el rey se había de enterar, sino porque el mismo Joab le echaría a él la culpa de haber desobedecido la orden del rey (vv. 12, 13). En efecto, es cosa corriente que quienes aman la traición, odian al traidor. Joab no pudo negarlo y ya no arguye más contra el hombre.

III. Absalón se ve ahora en la situación más triste posible. Sin poder escapar, ve acercarse la muerte, una muerte horrible por su dolor y su ignominia. 1. Joab *le clava tres dardos en el corazón* (v. 14), pero le deja todavía vivo, pues los escuderos de Joab *acabaron de matarle* (v. 15). Aunque Joab quebrantó la orden de David, hizo, en realidad, un buen servicio al país y al mismo rey (demasiado indulgente con los graves crímenes de sus hijos), pues si hubiese dejado a Absalón con vida habría puesto en peligro el bien de la patria y del rey. No ha de olvidarse que Joab conocía bien (v. 14:30–32) el pésimo carácter de Absalón, joven orgulloso, insolente, ingrato y vengativo. 2. Muerto Absalón, Joab tocó a retirada (v. 16) a fin de que no muriera más gente del pueblo, y para que los enemigos que habían sobrevivido a la batalla pudieran volver fácilmente a someterse a David.

IV. El cadáver de Absalón fue enterrado de manera ignominiosa (vv. 17, 18), pues no fue traído a su padre (lo que habría aumentado el pesar de éste), ni fue guardado para ser enterrado decentemente, sino que *le echaron en un gran hoyo en el bosque y levantaron sobre él un montón muy grande de piedras* (v. 17). Lo mismo se había hecho en el caso de Acán (Jos. 7:26) y del rey de Hay (Jos. 8:29). El hecho de amontonar piedras sobre el sepulcro de Absalón podía dar a entender que ése era el castigo que merecía como hijo rebelde (Dt. 21:18–21). ¿Dónde queda ahora la hermosura de la que tanto se preciaba y por la que era tan admirado? ¿Dónde sus ambiciosos proyectos como castillos en el aire? Perecieron sus proyectos y él con ellos. Para agravar la ignominia de la sepultura de Absalón, el historiador sagrado se retrotrae aquí a la época en que no tenía esperanza de prole, por lo que *había erigido una columna* (v. 18) como monumento que, a falta de hijos, perpetuara su nombre. Quizás esperaba ser sepultado al pie de dicha columna. ¡Cuánto se preocupan muchas personas de lo que ha de hacerse con sus cuerpos después de muertos, y no se preocupan en absoluto de lo que será de sus almas mientras están vivos! Absalón consiguió que su nombre se perpetuara, pero no para honor, como él pensaba, sino para deshonra y vergüenza.

Versículos 19–33

I. Cómo fue informado David de la muerte de su hijo. Se había quedado en Mahanáyim y por otro lado, las dispersas fuerzas de Absalón habían huido hacia el Jordán, en dirección contraria a la de Mahanáyim, de forma que sus centinelas no pudieron apercibirse del resultado de la batalla hasta que llegó un emisario con las noticias, mientras David esperaba impaciente *sentado entre las dos puertas* (v. 24).

1. Joab envió un cusita, es decir, *un etíope* (v. 21) a dar las nuevas a David. La Vulgata Latina conserva el vocablo hebreo *Cusí* como nombre propio. F. Buck comenta que «Joab quiere mandar a este cusita, puesto que es en un sentido muy especial “siervo del rey” (v. 29) y tiene poco que temer de su reacción».

2. Ahimaas, el joven sacerdote, hijo de Sadoc (uno de los que trajeron a David noticias de los movimientos de Absalón—17:17—), quiso ser el primero en llevar al rey las noticias; esperaba que David las recibiría con gran satisfacción, pero Joab conocía a David mejor que Ahimaas, y sabía que la noticia de la muerte de Absalón serviría para echar a perder lo bueno que contenía el resto de las noticias; por eso, no quería que Ahimaas, a quien profesaba gran afecto, fuese el primero en llegar al rey con las nuevas (v. 20). Sin embargo, tan pronto como el etíope marchó, marchó también Ahimaas tras él, pues insistió en ir el primero y obtuvo de Joab el permiso para correr hacia el rey (vv. 22, 23). Quizá lo hizo por afecto hacia el rey, preparándole mediante una vaga referencia de lo que había ocurrido, antes de que

llegase el etíope con la cruda verdad de lo sucedido a Absalón. La razón por la que Ahimaas llegó antes que el etíope no fue precisamente porque fuese más ligero de piernas que éste, como algunos suponen, sino porque *corrió por el camino de la llanura* (v. 23), el cual, aunque era más largo, era más fácil mientras que el etíope habría escogido marchar en línea recta, a través de valles y montes, por donde no era tan fácil ir deprisa.

3. Ambos fueron descubiertos por el centinela o atalaya que vigilaba desde el terrado que había encima de la puerta exterior; primero, Ahimaas. Cuando lo comunicó al rey, éste dijo: *«Si viene solo, buenas nuevas trae»* (v. 25). Pero, al ver que venía otro corriendo tras el primero, parece ser que comenzó a sospechar lo peor y no se atrevió a comunicarlo directamente al rey, sino que se lo dijo *al portero* (v. 26). Sin embargo, el rey no sospechó nada malo con la llegada de este segundo mensajero.

4. Ahimaas llegó gritando: *«Paz»* (v. 28). Esta palabra, y el hecho de que Ahimaas era *hombre de bien* (v. 27), animó a David. Llegado al rey, comenzó con una bendición de parte de Jehová, como cumplía a un sacerdote hacerlo, le refirió después la derrota de los enemigos del rey y, preguntado por la suerte que había corrido Absalón, evadió la respuesta con vaguedades. Al bendecir a Dios por la victoria, Ahimaas preparaba a David para recibir con mayor resignación la noticia de la muerte de su hijo. Cuanto más inclinado esté nuestro corazón a dar gracias a Dios por los beneficios que de Él hemos recibido tanto mejor preparados estaremos para soportar las aflicciones que vienen mezcladas con los beneficios. ¡Pobre David! Es tan padre que se olvida de que es rey y, por eso, no puede regocijarse con las nuevas de la victoria mientras no sepa si *está bien el joven Absalón* (vv. 29, 32). Ahimaas se percató pronto, como lo había insinuado Joab, de que la noticia de la victoria, juntamente con la de la muerte de Absalón, haría que las nuevas no fueran bien acogidas; por eso contestó con evasivas: *«Vi yo un gran alboroto cuando envió Joab al siervo del rey* (es decir, al etíope) *y a mí tu siervo; mas no sé qué era»* (v. 29).

5. Inmediatamente llega el etíope (v. 31) y, además de confirmar la noticia de la victoria, que Ahimaas había comunicado, le dijo al rey la verdad de lo sucedido, aunque la dijo tan discretamente que, aun siendo para el rey mala noticia, le insinuaba que Absalón había sido un enemigo del rey y un sedicioso: *«Como aquel joven sean los enemigos de mi señor el rey, y todos los que se levanten contra ti para mal»*. Como si dijese: «¿Preguntas si está bien? Pues sí, está bien enterrado».

II. Cómo recibió David el comunicado. Se olvida de regocijarse en su propia liberación, y se siente abrumado por la triste noticia de la muerte de su hijo (v. 33). Bullinger *(Figures of Speech Used in the Bible, p.* 193) hace ver cómo expresa aquí el texto sagrado la tremenda pesadumbre de David por medio de la figura *epizeuxis* (repetición de las mismas palabras en el mismo sentido): *«¡Hijo mío Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Quién me diera que muriera yo en lugar de ti, Absalón, hijo mío, hijo mío!»* Estas expresiones resultan tanto más conmovedoras cuanto que la lengua hebrea es sumamente concisa y enemiga de redundancias. Damos fin a este capítulo y hacemos notar que, en la Biblia Hebrea, este v. 33 es el primero del capítulo 19.

CAPÍTULO 19

Hemos dejado el ejército de David en triunfo y al mismo David en llanto. Ahora tenemos aquí: I. La forma en que Joab le persuade a que vuelva en sí (vv. 1–8). II. También vuelve a su reino después de su accidentado destierro. 1. Los hombres de Israel son los primeros en pedir que vuelva el rey (vv. 9, 10). 2. Los hombres de Judá son invitados por los emisarios de David a que hagan lo mismo (vv. 11–14), y así lo hicieron (v. 15). III. Al llegar el rey al Jordán, es perdonada la traición de Simeí (v. 16–23); es excusada la anterior ausencia de Mefi-bóset (vv. 24–30) y es reconocida la generosidad de Barzilay y recompensada en su hijo (vv. 31–39). IV. Los hombres de Israel se querellan contra los hombres de Judá por no haberles llamado a la ceremonia de la pública restauración del rey (vv. 40–43).

Versículos 1–8

Poco después de que los emisarios llevasen al rey las noticias, llegó Joab con su ejército victorioso.

I. Vemos aquí qué desilusión se llevaron al encontrar al rey que lloraba por la muerte de Absalón, lo que ellos tomaron muy a mal, como si David estuviese disgustado con ellos por lo que habían hecho, cuando esperaban haberlo hallado con muestras de alegría y de gratitud por el buen servicio que le habían prestado (v. 1): *Dieron aviso a Joab.* La noticia corrió por todo el ejército (v. 2) de *que el rey tenía dolor por su hijo.* No se pusieron a murmurar contra el rey, porque *todo lo que el rey hacía agradaba a todo el pueblo* (3:36), pero lo tomaron como una gran mortificación para ellos: *«Se volvió aquel día la victoria en luto para todo el pueblo»* (v. 2). *«Y entró el pueblo aquel día en la ciudad escondidamente, como suele entrar a escondidas el pueblo avergonzado que ha huido en la batalla»* (v. 3). En obsequio a su soberano, no quisieron regocijarse en lo que vieron que tanto le afligía.

II. Pero Joab reprendió clara y vehementemente a David por su actitud indiscreta en esta crítica coyuntura. Nunca había necesitado David ganarse el afecto del pueblo tanto como ahora. Joab alaba el servicio que habían prestado los soldados de David (v. 5): *«Estás cubriendo de vergüenza el rostro de todos tus siervos, que hoy han salvado tu vida».* Como si dijese: «¿Qué cosa hay tan absurda como amar a tus enemigos y aborrecer a tus amigos?» Y le aconseja que se presente inmediatamente a la cabeza de sus tropas para ofrecerles su bienvenida, su sonrisa, su felicitación por el éxito y su gratitud por el servicio que le habían prestado.

III. David aceptó con toda prudencia y mansedumbre el reproche y el consejo que se le daba (v. 8). Como se hacía en casos similares, después de sacudir de su rostro la tristeza, se ungiría la cabeza y se lavaría la cara para no aparecer ante el pueblo como si estuviese de duelo, y así hizo su aparición en público *sentado a la puerta* (v. 8). *Todo el ejército,* es decir, los que le habían sido leales *vinieron allí delante del rey* a felicitarle por haber quedado sano y salvo tras la refriega; *pero Israel,* esto es, los que habían apoyado a Absalón, *había huido, cada uno a su tienda.*

Versículos 9–15

Es extraño que David no volviese inmediatamente a Jerusalén. ¿Acaso no pudo hacerlo, con este ejército victorioso que tenía consigo en Galaad? Sí que podía hacerlo, pero no como un conquistador que se abre paso por la fuerza, sino como un príncipe que vuelve con el consentimiento y la unánime aprobación de su pueblo. Quería volver con honor, como le competía, no a la cabeza de sus soldados, sino en brazos de sus súbditos; porque el príncipe que posee suficiente prudencia y bondad para ganarse el afecto de su pueblo aparece, sin duda, más grande y majestuoso que el que posee solamente la fuerza suficiente para concitarse el terror del país.

I. Los hombres de Israel (esto es, los de las diez tribus) fueron los primeros en hablar de hacerle volver a la capital del reino (vv. 9 10). David les había ayudado anteriormente; había estado al frente de ellos en sus batallas, había sometido a sus enemigos y les había prestado innumerables servicios; por consiguiente, era una gran vergüenza que estuviese exiliado del país quien tantos beneficios le había reportado. Absalón les había decepcionado (v. 10): *«Y Absalón, a quien habíamos ungido sobre nosotros* (es significativo que no digan *«como rey»), ha muerto en la batalla».* Como si dijesen: «Estábamos neciamente cansados del cedro, y escogimos para que reinase sobre nosotros una rama de dicho cedro; pero no hay nada que esperar de dicha rama. Absalón ha muerto, y a punto hemos estado todos nosotros de morir con él. Volvamos, pues, a nuestro anterior vasallaje y devolvamos al rey a su casa». Es probable que toda la discusión entre ellos se centrase, no en si habían de hacer volver al rey o no (todos estaban de acuerdo en que había que hacerlo), sino de quién era la culpa de que no se hubiese hecho antes.

II. Los hombres de Judá no estaban tan decididos como los demás. David había recibido noticias de la buena disposición en que se hallaban hacia él las demás tribus, pero no tenía ninguna noticia de Judá, y no quería regresar a la capital mientras no conociese la disposición de su propia tribu. Para que su regreso a casa no encontrase ningún estorbo:

1. Encargó a Sadoc y Abiatar, los principales sacerdotes, que fuesen a los ancianos de Judá y les incitasen a enviar una invitación al rey para que regresase a su casa, la cual era la gloria de la tribu de Judá (vv. 11, 12). Quizás eran tan conscientes de la gran provocación que habían hecho a David al

adherirse a Absalón, que temían invitarle a volver, pues habían perdido la esperanza de que les mostrase de nuevo su favor. Por eso, él comisiona a sus agentes para que den toda clase de seguridades a los ancianos de Judá, diciéndoles (v. 12): *«Vosotros sois mis hermanos; mis huesos y mi carne sois* (comp. Ef. 5:30). *¿Por qué, pues, seréis vosotros los últimos en hacer volver al rey? No* temáis que sea severo con vosotros, cuando sois mis huesos y mi carne».

2. Tenía especial interés en que diesen un comunicado similar a Amasá, quien había sido general de Absalón, pero era sobrino suyo, lo mismo que Joab (v. 13). Le reconoce como a próximo pariente y le promete que, si se pone ahora de parte suya, le nombrará capitán general de todas sus fuerzas en lugar de Joab. Es cierto que, con esto, David daba un buen paso político, puesto que Amasá influiría decisivamente para devolverle el afecto de los vencidos (vv. 13, 14) y, por otra parte, Joab se estaba volviendo demasiado insolente y altivo, pero no fue tan prudente al hacer que dicho nombramiento se hiciese público tan pronto, pues ocasionó el asesinato de Amasá a manos de Joab (20:10).

3. De momento, consiguió David lo que quería, pues obtuvo la cordial sumisión de todos los hombres de Judá (v. 14), de forma que le invitaron a volver. La providencia de Dios, por medio de la persuasión efectuada por los sacerdotes y por medio del interés personal de Amasá, inclinó a los de Judá a tomar esta resolución. David no se movió de su lugar hasta que recibió esta invitación, y entonces regresó hasta el Jordán (v. 15), que era el sitio convenido para encontrarse con él.

Versículos 16–23

David, en su huida, recordaba a Jehová especialmente *desde la tierra del Jordán* (Sal. 42:6), y ahora era esta región favorecida, más que ninguna otra, con la gloria de su regreso triunfal. Los de Judá se habían reunido en Guilgal (v. 15) y, junto con mil hombres de Benjamín (v. 17), *cruzaron el vado para pasar a la familia del rey* (v. 18). Dos personas de especial interés en toda la narración salieron al encuentro de David en los bancos del Jordán; ambas, aunque de diverso modo, habían abusado de la credulidad y de la mansedumbre del rey cuando éste huía de Absalón.

I. Sibá, quien, al acusar a su amo, había obtenido del rey concesión para hacerse con la hacienda de Mefi-bóset (16:4), había abusado de la credulidad de David, al inducirle a actuar en perjuicio del hijo de su gran amigo Jonatán. Ahora se apresura a presentarse al rey (v. 17), a fin de obtener su favor y adelantarse a Mefi-bóset, quien pronto vendrá a presentar sus excusas y descubrir al rey la verdad (v. 26).

II. Simeí, que de forma tan perversa e insolente le había maldecido y le había arrojado piedras y polvo (16:5–8, 13), piensa que le es de todo punto necesario hacer las paces con David. Para ganarse el favor del rey, Simeí: 1. Vino con buena compañía: con los hombres de Judá. 2. Trajo consigo un regimiento de hombres de Benjamín, y ofreció al rey sus propios servicios y los de sus hombres. 3. Se apresuró a llevar a cabo el objetivo que le había traído a la presencia de David. Y lo hizo públicamente. La ofensa había sido en público; por tanto, también la sumisión debía hacerse en público. Confiesa su delito: *Yo tu siervo reconozco haber pecado* (v. 20), y le pide perdón al rey: *No me culpe mi señor de iniquidad* (v. 19); es decir, «no me trates como lo merece mi culpa». Abisay quien había estado dispuesto a arriesgar su vida y pasar a dar muerte a Simeí, cuando éste maldecía a David (16:9), pidió a David que castigase a Simeí con la muerte, como se merecía (v. 21), pero David rechazó con desagrado esta petición (v. 22): *«¿Qué tengo yo con vosotros, hijos de Sarvia* (la misma expresión de 16:10), *para que hoy me seáis adversarios?»* Cuanto menos no sigamos los consejos de quienes son de espíritu vengativo y quieren que nos comportemos con la misma dureza. Es una gloria para los reyes el perdonar a los que humildemente se rinden. Como dice el proverbio latino: *Satis est prostrasse leoni* = «Le basta al león tener a su víctima abatida». El gozo que sentía ahora David le inclinó a perdonar al culpable. No sólo esto, sino que, con la experiencia del favor de Dios al restaurarle el trono, cuando había atribuido a su propio pecado la exclusión del mismo, se sentía tanto más inclinado a mostrar misericordia con Simeí. Así que éste obtuvo su perdón firmado y rubricado con juramento (v. el comentario a 1 R. 2:8–9).

Versículos 24–30

El día del regreso de David fue un día de despertar recuerdos. Entre otras cosas, después del caso de Simeí, viene el de Mefi-bóset.

I. *También Mefi-bóset hijo* (esto es, nieto) *de Saúl descendió a recibir al rey* (v. 24). Vino entre la muchedumbre y, en prueba de la sinceridad de su gozo por el regreso de David, se nos dice que había estado haciendo duelo por el destierro del monarca: *No se había lavado los pies, ni se había cortado la barba, ni se había lavado los vestidos* (señales todas ellas de duelo) *desde el día en que el rey salió.* Así demostraba su sincero pesar por la aflicción del rey y la miseria del reino.

II. Cuando el rey llegó a Jerusalén, Mefi-bóset vino a recibirle (v. 25); y cuando el rey le preguntó por qué, siendo él como uno de los de su familia, se había quedado atrás sin acompañarle en el exilio Mefi-bóset le explicó el caso con toda claridad. 1. Se quejó de que Sibá, su siervo, que debería haber sido su amigo, había sido su enemigo de dos maneras: (A) Le había impedido ir con el rey, llevándose el asno que debía haber preparado para su amo (v. 26) y se había así aprovechado de la cojera de Mefi-bóset. (B) Le había calumniado delante del rey de querer aprovecharse de la insurrección de Absalón para reclamar el derecho a la corona (v. 27). 2. Reconoció agradecido el gran favor que le había hecho David cuando tanto él como toda la casa de su padre se hallaban a merced del nuevo rey (v. 28). 3. Dejó el asunto en manos del rey, y se encomendó a la sabiduría del rey y a su capacidad para discernir entre la verdad y la mentira, y reconoció que no tenía ningún derecho a reclamar la protección del rey.

III. Ante esta explicación David revoca la orden de transferir a Sibá la hacienda de Mefi-bóset y confirma lo que había establecido anteriormente (9:10), ya que la frase: *«He determinado que tú y Sibá os dividáis las tierras»* (v. 29), parece dar a entender que Mefi-bóset tendría el título de propiedad, y Sibá el arriendo de las tierras, de modo que ambos se beneficiaran equitativamente de la hacienda. Discuten los autores: 1. Sobre la sinceridad de Mefi-bóset. Mientras algunos le llenan de elogios, y dicen que era «el hijo digno de Jonatán», otros piensan que su conducta no estuvo exenta de malicia y astucia. 2. Sobre la solución que ofreció David. Unos piensan que su sentencia fue injusta contra Mefi-bóset y que no debió haber favorecido al calumniador Sibá. Otros opinan que debió investigar el asunto más a fondo. Otros, que obró con gran prudencia política, pues, por una parte, no quería enajenarse la confianza de Sibá y por otra, dudaba algún tanto de la completa sinceridad de Mefi-bóset.

IV. Mefi-bóset abandona todas sus pretensiones a la hacienda, pues le basta con ver que el rey ha vuelto sano y salvo (v. 30): *«Deja que él* (Sibá) *las tome todas* (las tierras), *pues que mi señor el rey ha vuelto en paz a su casa»*. ¿Fue este gesto pura generosidad? ¿Fue ardid astuto para seguir gozando de la confianza y del favor de David? La respuesta depende de la forma como se enjuicie lo dicho en el punto anterior.

Versículos 31–39

Barzilay, el galaadita, que tenía una posición civil y económica acomodada en Roguelim no lejos de Manaháyim era el hombre que, con toda la gentileza y generosidad de aquella región, había prestado muy buenos servicios a David cuando éste se hallaba exiliado, y huía de Absalón. Si éste hubiera triunfado, es seguro que Barzilay habría padecido por su lealtad, pero ahora ni él ni los suyos salían perdiendo por ello.

I. El gran respeto de Barzilay a David como a su legítimo soberano (v. 32): *Había dado provisiones al rey cuando estaba en Mahanáyim.* Dios le había dado gran hacienda, *«porque era hombre muy rico»* y, por lo que vemos, tenía un gran corazón para disponer de su hacienda y hacer el bien, pues, ¿de qué sirve una gran hacienda si no es para eso?

II. La amable invitación que le hizo David para que viniera a la corte (v. 33): *«Pasa conmigo»*. Le invitó: 1. Para tener el placer de su compañía y el beneficio de su consejo. 2. Para tener la oportunidad de devolverle las atenciones que había tenido Barzilay con él: *«Yo te sustentaré conmigo en Jerusalén»*.

III. Respuesta de Barzilay a esta invitación, en la que:

1. Admira la generosidad del rey al hacerle este ofrecimiento, no da importancia al servicio que él le había prestado antes y alaba la forma en que el rey le correspondía ahora.

2. Declina la invitación, y pide al rey que acepte sus excusas por rechazar tan generoso ofrecimiento, ya que: (A) Es demasiado viejo y no se siente con fuerzas para un traslado, especialmente a la corte. (B) Ve próxima su muerte (v. 37) y prefiere ser sepultado cerca de sus padres. Bueno es pensar a menudo en ese último viaje, para mejor disponer todas nuestras cosas y usar el tiempo que nos queda en el servicio de Dios y el provecho del prójimo.

3. Desea que el rey dispense a su hijo Quimam el favor que le ofrece a él: *«Que pase él con mi señor el rey, y haz a él lo que bien te parezca».* El favor que David dispense a Quimam lo toma Barzilay como hecho a él mismo.

IV. David se despide de Barzilay. 1. Le envía de regreso a su país con un beso y una bendición (v. 39), señales de gratitud por el trato amable que le había dispensado y de promesa de guardarle afecto y de orar por él; también le promete estar a su disposición para todo aquello en que pueda servirle en lo futuro (v. 38): *«Todo lo que tú pidas de mí, yo lo haré».* 2. Toma consigo a Quimam y deja a Barzilay la decisión de aconsejarle la forma en que quiere que se trate a su hijo (v. 38): *«Pues pase conmigo Quimam, y yo haré con él como bien te parezca».* Por otros datos que poseemos, podemos deducir que Barzilay pidió para su hijo un lugar en la campiña de Jerusalén (1 R. 2:7), y después leemos de un lugar que se llamaba «*Guerut-Quimam*» (Jer. 41:17); es decir, «habitación, o albergue, de Quimam», cerca de Belén; con toda probabilidad, concedida a Quimam, no de las tierras de la corona, sino del patrimonio personal de David.

Versículos 40–43

David llegó al Jordán acompañado y asistido únicamente por los hombres de Judá; pero cuando llegó hasta Guilgal, su primera etapa en este lado del río, *la mitad del pueblo de Israel* (v. 40), es decir de sus ancianos y jefes, habían venido a rendir homenaje (besarle la mano—comp. con Sal. 2:12—), pero se encontraron con que llegaban demasiado tarde para asistir a la solemnidad de su primera entrada. Esto ocasionó una disputa entre ellos y los hombres de Judá, la cual fue el comienzo de una posterior sublevación. Aquí tenemos:

1. La querella que los hombres de Israel presentaron al rey contra los hombres de Judá (v. 41), de que habían efectuado la ceremonia de pasar al rey al otro lado del Jordán sin notificarles a ellos lo que se iba a celebrar, como si ellos no fueran igualmente afectos al rey, cuando el propio David sabía que ellos habían hablado de hacerlo antes de que los hombres de Judá ni siquiera pensaran en ello (v. 11).

2. La excusa que dieron los hombres de Judá (v. 42). (A) Apelan a su especial relación con el rey: *«Porque el rey es nuestro pariente»,* esto es, de la misma tribu. Por eso, en un asunto de mera ceremonia, como era éste, reivindicaban su precedencia. (B) Negaban la insinuación de que buscaban su propio interés en lo que habían hecho: *«¿Hemos nosotros comido algo del rey?* ¡No! Nos hemos sustentado a nuestras expensas. *¿Hemos recibido de él algún regalo?* ¡No! No hemos intentado aprovecharnos de su regreso; habéis llegado con tiempo suficiente para compartir los beneficios de su vuelta».

3. Los hombres de Israel vuelven a la carga en defensa de su queja (v. 43), alegan que ellos *tenían en el rey diez partes,* mientras Judá tenía sólo dos: la suya y la de Simeón, cuya heredad caía dentro de los límites de los de Judá; por ello, se quejan de nuevo de que no se les notificara la ceremonia del paso del Jordán con el rey. El v. 43 (y el capítulo) termina así: *«Pero las palabras de los hombres de Judá fueron más violentas que las de los hombres de Israel».* Con ello el autor sagrado carga sobre los de Judá la responsabilidad mayor por la disensión que, al paso del tiempo, daría lugar a la ruptura en dos del reino. Era muy peligrosa la arrogancia de los de Judá, en su afán de monopolizar el cuidado y el servicio del rey.

CAPÍTULO 20

Tan pronto como termina una de las calamidades de David, surge otra. I. Antes de que llegue a Jerusalén, Seba encabeza una nueva rebelión (vv. 1, 2). II. Lo primero que hace David, al llegar a

Jerusalén, es condenar a sus concubinas a perpetua reclusión (v. 3). III. Amasá, a quien el rey encarga la formación de un ejército contra Seba, es demasiado lento en sus movimientos, lo cual asusta a David (vv. 4–6). IV. Mientras el ejército de David avanza para tomar posiciones contra el enemigo, uno de sus generales asesina bárbaramente al otro (vv. 7–13). V. Seba queda, por fin, encerrado en la ciudad de Abel-bet-maacá (vv. 14, 15), donde los ciudadanos le entregan en manos de Joab, con lo que es aplastada su rebelión (vv. 16–22). VI. El capítulo concluye con una breve referencia a los oficiales de alto rango de David (vv. 23–26).

Versículos 1–3

David, en medio de sus triunfos, tiene que ver su reino perturbado de nuevo.

I. Se rebelan contra él sus súbditos, por instigación de un perverso (lit. *hijo de Belial*), a quien siguieron en lugar del hombre escogido por Dios. No nos ha de extrañar, mientras vivimos en este mundo, que el fin de un conflicto sea el comienzo de otro. Cuando se quiebra un hueso necesita cierto tiempo para unirse. El cabecilla de esta rebelión es Seba, benjaminita de nacimiento (v. 1), que vivía en el monte de Efraín (v. 21). Tanto él como Simeí eran de la misma tribu que Saúl, y ambos guardaron el antiguo resentimiento de aquella casa. La ocasión de esta nueva sublevación fue la insensata disputa que vimos al final del capítulo anterior, entre los ancianos de Israel y los de Judá, sobre la ceremonia de pasar el Jordán con el rey. La proclama de Seba (v. 1), quien probablemente era uno de los notables de la tribu y había tomado parte en la rebelión de Absalón, venía a decir: «Si el rey aguanta ser monopolizado por los hombres de Judá, allá se las compongan ellos; nosotros pondremos otro rey para nuestras tribus». Los disgustados israelitas respondieron a esta llamada y *abandonaron a David, siguiendo a Seba* (v. 2). Las reyertas de palabra llevan a la subversión de la paz, y son muchos los males que se derivan de interpretar mal lo que se dice o se escribe, y de sacar conclusiones que nunca pasaron por las mentes de los que iniciaron la discusión. Los de Judá habían dicho: *«El rey es nuestro pariente»*. «Con eso, insinúan los de Israel, dais a entender que *nosotros no tenemos parte en David»*; cosa que los de Judá no habían querido decir.

II. Son recluidas de por vida sus concubinas, ya que se vio obligado David a ello, por cuanto habían sido profanadas por Absalón (v. 3). Así que quedaron, como dice el texto, *«en viudez perpetua»*. La reclusión no era gran castigo para ellas, pues la vida de las concubinas de un harén oriental ya es, de suyo, una vida de encierro, pero el mayor castigo fue que *«nunca más se llegó a ellas David»*, lo que añadía a su situación un desprecio absoluto (comp. con 6:23).

Versículos 4–13

Caída de Amasá, justamente cuando había comenzado a elevarse. Había sido general de Absalón, pero se adhirió después a David con la promesa que éste le hizo de nombrarle capitán general dei ejército en lugar de Joab.

I. Amasá recibe el encargo de organizar las fuerzas armadas para aplastar la rebelión de Seba, y se le ordena que lo haga en el plazo de tres días (v. 4). Sea porque los de Judá fueron remisos en obedecerle o, más probable, porque él no era tan hábil como David creía, lo cierto es que *se detuvo más tiempo del que le había sido señalado* (v. 5).

II. Ante este retraso de Amasá, David encarga a su otro sobrino Abisay, el hermano de Joab, que tome consigo las fuerzas que formaban la guardia del rey y persiga a Seba (vv. 6, 7), pues nada peor puede ocurrir que darle tiempo a organizarse y, según David, Seba puede hacer más daño que Absalón, puesto que le arranca de cuajo, sin ambages, diez tribus. Es probable que David comisionase a Abisay, en lugar de a Joab, para mortificar a éste por lo de Absalón. Aunque afrentado con este nombramiento, Joab sigue con su hermano.

III. Cerca de Gabaón, Joab se encuentra con Amasá (v. 8), a quien asesina bárbaramente (vv. 9, 10). 1. Lo hizo astutamente y a traición, sin que mediase provocación por parte de Amasá. Se ciñó el manto

para que no le impidiera los movimientos, y sobre el manto se puso el cinto a fin de tener más a mano la daga que llevaba en una vaina demasiado ancha para que, cuando bien le pareciese, se le cayese con un pequeño golpe, como casualmente, y pudiera recogerla sin sospechas, pues parecería que la iba a volver a la vaina. 2. Lo hizo bajo pretexto de amistad, de modo que Amasá no se pusiera en guardia. Le llamó *hermano* e hizo ademán de besarlo. 3. Lo hizo con desvergüenza, no en un rincón ni a oscuras, sino en pleno día y a la cabeza de las tropas. 4. Finalmente, lo hizo con desprecio (y hasta con desafío) hacia David y hacia la comisión que había encargado a Amasá. Joab no podía olvidar que Amasá había estado al servicio de Absalón.

IV. Joab toma de inmediato el mando de las fuerzas y, con su hermano Abisay (reducido al papel de segundón, a pesar de la orden de David—v. 6—), se pone en persecución de Seba. Sabía que la mayor parte del ejército estaba dispuesta a seguirle a él más bien que a Amasá, quien antes había estado en el bando de Absalón y, por ello, era tenido aún por traidor. ¿Quién de los hombres de Judá no preferiría luchar por su rey de siempre y bajo las órdenes de su general de siempre? (v. 11). Pero uno no puede menos de asombrarse de que un asesino tenga la suficiente cara para perseguir a un traidor. El cadáver de Amasá es retirado a un lado del camino y cubierto con una vestidura para distraer la curiosidad de los viandantes, y prosigue la marcha contra Seba. Los malvados se consideran seguros en su perversidad si logran ocultarla a los ojos del mundo. Con tal de que quede oculta, para ellos es como si no la hubieran cometido.

Versículos 14–22

I. El cabecilla de la rebelión, después de haber pasado por todas las tribus de Israel con esperanza de recabar su apoyo para el triunfo de su causa, se halla con que los de Israel tras pensarlo bien, no le siguen y, quizás, hasta se ríen de él, por lo que, seguido de los de su clan, se refugia en Abel-bet-macá (llamada en 2 Cr. 16:4 «Abel-máyim»), ciudad bien fortificada y situada en el límite norte del país (v. 14).

II. Joab, con las fuerzas bajo su mando, lanza un ataque a la ciudad, la sitia y levanta contra ella baluarte, al mismo tiempo que se pone a derribar la fuerte muralla de la ciudad (v. 15). Estos preparativos hicieron ver a los habitantes de la plaza la seriedad de la situación y se sintieron hondamente preocupados, como se ve por las palabras de la mujer en vv. 18, 19.

III. Esta mujer *«sabia»* (v. 16), esto es, astuta y experta (comp. con 14:2), lleva el asunto a buen puerto, satisface los deseos de Joab y, al mismo tiempo, salva de la destrucción a la ciudad.

1. Su trato con Joab, a fin de que éste levante el sitio, bajo promesa de que Seba le será entregado. Parece ser que ninguno de los hombres de la ciudad se atrevió a parlamentar con Joab, pero esta mujer, con su prudencia y astucia, salvó a la ciudad. Las almas no conocen discriminación de sexos. Aunque el hombre sea la «cabeza», no se sigue de ahí que tenga el monopolio del cerebro y, por ello, no debería tampoco, por cualquier ley sálica, tener el monopolio de la corona. Muchos corazones masculinos, y más que masculinos, se han hallado en pechos femeninos; ni es menos valioso el tesoro de la sabiduría por hallarse alojado en vasos más frágiles. En el diálogo de esta anónima heroína y Joab:

(A) Ella consigue ser escuchada y atendida por Joab (vv. 16, 17).

(B) Razona con él a favor de la ciudad, y lo hace con gran ingenio, pues le dice: (a) Que esta ciudad es famosa por su sabiduría, pues eso es lo que viene a significar el v. 18. (b) Que sus habitantes eran de antiguo pacíficos y fieles en Israel (v. 19). (c) Que la ciudad era como una *madre en Israel*, importante dentro de la *heredad de Jehová*, no sólo por ser como una *metrópoli* (= ciudad madre) en posición, fuerza y número de habitantes, sino también por ser como guía y nodriza de las ciudades y aldeas circunvecinas. (d) Que todos los habitantes de la ciudad esperaban que Joab ofreciese la paz antes de comenzar el ataque, como lo requería la ley (Dt. 20:10).

(C) Joab y esta abogada de la ciudad pronto se ponen de acuerdo en que la cabeza de Seba sea el pago por la preservación de la ciudad. Joab (vv. 20, 21) viene a decirle: «Nuestro ataque no es contra la ciudad, sino contra el traidor que se ha refugiado entre vosotros; entregadlo, y se acabó el asunto». ¡Cuántos males se impedirían si las partes contendientes llegasen a tiempo a un mutuo entendimiento! La única condición para la paz era que el traidor se rindiese o fuese entregado. Así pasa en el trato de Dios con el

alma, cuando se halla asediada por la convicción de pecado y la aflicción consiguiente: el traidor es el pecado; la acariciada concupiscencia es el cabecilla de la rebelión; que este cabecilla sea mortificado, que la transgresión sea arrojada, y todo marchará bien.

2. Su trato con los conciudadanos. Con la misma prudencia que había mostrado en su conversación con Joab, les persuadió a que se le cortase la cabeza a Seba. Cumplido este requisito, levantó Joab el asedio y regresó con sus fuerzas a Jerusalén trayendo consigo el trofeo de la paz, que es mucho más valioso que el de la victoria.

Versículos 23–26

En estos versículos hallamos una lista de los principales oficiales de la corte de David. La lista ofrece muy pocos cambios, comparada con la de 8:16–18, pero se pone aquí por tres razones: 1. Para hacer ver que Joab ha recobrado el mando supremo del ejército. 2. Para que se observe el cambio de lugares. Benayá (o Benayahu) ocupa ahora el segundo lugar, en lugar del quinto en la lista anterior, quizá para mostrar los buenos servicios que había prestado con sus fuerzas de mercenarios. En cambio, los sacerdotes, que anteriormente figuraban en tercer lugar, se ven aquí en el sexto, lo que parece indicar que el aspecto militar predominaba en la actual situación. 3. Adoram (o Adoniram—v. 1 R. 4:6; 5:14—) ocupaba el nuevo cargo como jefe de los exactores de tributos, pues sólo al final de su reinado es cuando comenzó a exigir tributos o contribuciones. Algunos autores opinan que su cargo consistía en supervisar los trabajos forzados. Desde luego, en 1 Reyes 5:14 le vemos haciendo *levas* de hombres para dichos trabajos. Es posible que ejerciese ambos cargos.

CAPÍTULO 21

La fecha de los acontecimientos narrados en este capítulo es incierta. Hay opiniones para todos los gustos. Me inclino a pensar que sucedieron en la forma que están colocados aquí, después de la rebelión de Absalón y de la de Seba y hacia el final del reinado de David. Sin embargo, no se puede descartar (nota del traductor) la opinión de los que piensan que el hambre de que aquí se habla es posterior al encuentro de David con Mefi-bóset (9:1 y ss.), pues el versículo 7 nos dice que *perdonó el rey a Mefi-bóset hijo de Jonatán, etc.* pero, con toda probabilidad, el hambre ocurrió antes de la rebelión de Absalón, ya que tanto Simeí (16:7) como Mefi-bóset (19:28) parecen aludir a la matanza de los *cinco hijos de Merab hija de Saúl* y de los *dos hijos de Rizpá* y Saúl (vv. 8, 9). Tenemos aquí: I. La venganza de los gabaonitas: 1. Por medio del hambre que sobrevino al país (v. 1). 2. Por medio de la muerte de siete descendientes de Saúl (vv. 2–9). Con todo, se cuidó de que se diese decente sepultura a los cadáveres de los ahorcados, juntamente con los huesos de Saúl y de Jonatán (vv. 10–14). II. Se hace luego mención de ciertos gigantes filisteos, muertos en diversas batallas (vv. 15–22).

Versículos 1–9

I. El crimen que Saúl había cometido contra los gabaonitas. Como hace notar el texto sagrado (v. 2), los gabaonitas eran «*del resto de los amorreos*» y, por medio de una astuta estratagema, habían hecho un tratado de paz con Israel y les había sido sellado con juramento (Jos. 9:15), aunque, en castigo del engaño con que habían procedido, se les destinó a ser leñadores y aguadores de Israel (Jos. 9:23, 27), privándoseles de tierras y de libertad. Saúl, bajo pretexto de celo por el honor de Israel, para que no se dijera que había sangre extranjera entre los hijos de Israel, trató de exterminarlos del país y, con este propósito, mató a muchos de ellos. Tal vez creyó que, por medio de este castigo a los gabaonitas, podía expiar su lenidad hacia los amalecitas. Lo que hizo que este crimen de Saúl fuese especialmente grave fue que, no sólo derramó sangre inocente, sino que, con ello, quebrantó un solemne juramento por el que la nación entera se había comprometido a conservarles la vida.

II. Por este crimen de Saúl vemos a la nación castigada mucho tiempo después, con un hambre severa. 1. Incluso en el país de Israel, tierra que manaba leche y miel, y durante el glorioso reinado de

David, hubo hambre, con gran escasez de provisiones, durante tres años consecutivos que nos recuerdan los años de sequía en tiempos de Elías. 2. *David consultó a Jehová* acerca de este castigo. Aunque él mismo era profeta, hubo de consultar al Señor para conocer con certeza la mente de Dios en este asunto. A pesar de que David había sido lento en la investigación, Dios fue rápido en la respuesta: *«Es por causa de Saúl»*. El tiempo no borra las marcas del pecado, ni podemos prometernos impunidad por la demora de los juicios de Dios.

III. Para apartar del país azotado por el hambre la ira de Dios, es preciso vengar en la casa de Saúl el pecado cometido por él contra los gabaonitas.

1. David, probablemente por instrucciones recibidas de Dios, pregunta a los gabaonitas qué satisfacción demandan por el crimen cometido contra ellos (v. 3). El verbo hebreo por *«dar satisfacción»* es *kipper* = borrar, expiar, forma *Piel* (intensiva) del verbo *kaphar* = cubrir. Por la frase de David *(«para que bendigáis, etc.»)* deducimos que, a raíz del crimen de Saúl habían pronunciado contra Israel una *maldición*, que ahora surtía sus efectos, y habían de ser reparados por medio de una *bendición* (retractación de la maldición anterior).

2. Los gabaonitas demandan que siete descendientes de Saúl sean ejecutados, y David cumple esta demanda. (A) Ellos no quieren *plata ni oro* (v. 4) como compensación. Tampoco piden libertad, cuando tenían una magnífica oportunidad para descargarse de su servidumbre; aunque el pacto había sido roto por la otra parte, ellos no quieren quebrantarlo por su parte. (B) No reclaman otra sangre que la de la casa de Saúl, y ellos mismos se encargarán de la ejecución (v. 6), a fin de que, si en algo faltan, no se eche la culpa a David ni a su casa. (C) No lo hacen por pura venganza (de ser así, lo habrían demandado antes), sino por amor al pueblo de Israel al que ven castigado con aquella terrible plaga. (D) Dejan al arbitrio de David señalar las personas que ellos iban a ajusticiar. David señala siete descendientes de Saúl; conserva con vida a Mefi-bóset, hijo de Jonatán, para no quebrantar un pacto (v. 7), con excusa de vengar el quebrantamiento de otro. (E) La designación del lugar, tiempo y modo de la ejecución añadieron solemnidad al acto por el cual se daba satisfacción a los perjudicados y a la justicia de Dios. (a) Los señalados fueron *ahorcados delante de Jehová* (v. 6), es decir, como «anatemas» bajo la maldición especial del desagrado de Dios, pues la ley había dicho: *«Maldito por Dios es el colgado»* (Dt. 21:23; Gá. 3:13). (b) Fueron ajusticiados *en Guibeá de Saúl*, para mostrar que morían por el pecado de Saúl.

Versículos 10–14

I. Los dos hijos y los cinco nietos de Saúl no sólo fueron ajusticiados, sino que *«murieron juntos»* (v. 9), es decir, los siete a la vez, ya fuese que los colgasen encadenados o, más verosímil, puesto que el hebreo dice textualmente *«cayeron juntos»*, es probable que, como opina Bressan, al lado de cada uno se pusiera un gabaonita espada en mano; así que, dada una señal, las siete espadas atravesaron a un mismo tiempo a las siete víctimas y las colgaron después. Además quedaron los cadáveres expuestos hasta que terminase la plaga (v. 10) sobre el país. Los ajusticiaron como en sacrificio, aunque no fueron consumidos rápidamente y por fuego, sino lentamente por efecto de los elementos atmosféricos.

II. Rizpá, la madre de dos de ellos, quedó velando los cadáveres durante mucho tiempo. Tuvo que ser para ella una gran aflicción ahora que era anciana, ver ejecutados de esta forma tan terrible a sus dos hijos, los cuales, según podemos suponer, habían sido el consuelo y el apoyo de ella. Nadie sabe lo que le espera en el futuro, y hemos de dar gracias a Dios por ello, para no acumular los temores del mañana sobre las aflicciones de hoy: *«Le basta a cada día su propio mal»* (Mt. 6:34). Aun cuando ella no podía verlos decentemente enterrados, quería verlos decentemente atendidos. No intenta violar la sentencia ejecutada sobre ellos de que estuviesen suspendidos hasta que lloviera. No descuelga ni se lleva los cadáveres, aunque podrían hallar excusas para el corazón de una madre los propios escribas en la ley, sino que se somete pacientemente. Vestida de saco, como iría, en señal de duelo, tomó otro saco y lo tendió sobre el peñasco para que le sirviera de colchoneta, más bien que de tienda de campaña. Allí estuvo velando para espantar a las aves de rapiña y a las fieras del campo. Así quería dar a entender a todos que sus hijos habían muerto, no por sus pecados personales, sino por los de su padre y, por eso, su cariño no había menguado por el fatal destino que a sus hijos había cabido. Ya que no pudo librarlos de la muerte, quiere librarlos del abandono.

III. El solemne sepelio de los huesos de los ahorcados, junto con los huesos de Saúl y de Jonatán (vv. 13, 14), en el sepulcro familiar. Tan lejos estaba David de desaprobar la conducta de Rizpá que, tan pronto como se enteró de lo que hacía Rizpá (v. 11), procuró que se honrase de alguna manera a la casa de Saúl y, en especial, a estas ramas de ella. Así mostraba que no había entregado las víctimas por enemistad o venganza personal, sino porque se había visto obligado a hacerlo por el bien público. 1. Procuró que fuesen traídos los restos de Saúl y de Jonatán del lugar en que los hombres de Jabés de Galaad los habían enterrado decentemente, aunque en forma privada (v. 12), *debajo de un árbol* (1 S. 31:13). 2. Junto con los restos de ellos, enterraron los de los recientemente ahorcados (vv. 13, 14), puesto que, una vez que había cesado la ira de Dios, ya no había que considerarlos como bajo el anatema. Cuando *llovió sobre ellos agua del cielo* (v. 10), esto es, cuando Dios envió agua para regar la tierra, fueron quitados de allí, por cuanto era manifiesto que *Dios era* de nuevo *propicio a la tierra* (v. 14).

Versículos 15–22

Tenemos ahora el relato de algunas luchas con los filisteos las cuales ocurrieron, probablemente, inmediatamente después de la conquista de Rabá (12:30), ya que, en el lugar paralelo de 1 Crónicas 20:4–8, se narran en dicho contexto histórico.

I. David en persona luchó con uno de los gigantes de los filisteos cuando éstos *volvieron a hacer la guerra a Israel* (v. 15). Aunque ya entrado en años, no quiso dispensarse de luchar, pero halló que ya no era el joven que hizo frente a Goliat, sino que pronto *se halló extenuado.* Percatado de ello, uno de los gigantes, de nombre Isbí-benob, fuerte y bien armado, *trató de matar a David* (v. 16), pero Dios no lo permitió pues Abisay vino en ayuda de su tío y soberano y *mató al filisteo* (v. 17). Por el v. 22 deduce M. Henry (nota del traductor) que, aun cuando Abisay ayudó de algún modo a David, fue éste quien mató al filisteo, pero el texto no da pie para eso, por lo que es mucho más probable que fuese Abisay quien lo matara. En todo caso, David aun hallándose extenuado, no huyó; le faltaron las fuerzas, pero no la bravura, y entonces Dios le envió el socorro en tiempo de necesidad. Así Cristo, en su agonía, fue confortado por un ángel. En las luchas espirituales, aun los mayores santos se fatigan a veces; Satanás entonces les ataca furiosamente, pero quienes no se acobardan y resisten al diablo (Stg. 4:7), serán aliviados y resultarán *«más que vencedores»* (Ro. 8:37).

II. El resto de los gigantes cayó a manos de los ayudantes de David.

1. Saf murió a manos de Sibecay, uno de los valientes de David (v. 18; 1 Cr. 11:29). 2. Otro, que era hermano de Goliat, fue muerto por Elhanán, que es mencionado en 23:24. 3. Otro, que era más bien deforme, pues tenía seis dedos en cada mano y en cada pie (v. 20) y que era de tal insolencia que desafió (o vilipendió) a Israel, aun después de ver caer a los otros gigantes, murió a manos de Jonatán, hijo de Simá (que es, probablemente, abreviación del Samá de 1 S. 16:9). Este Simá o Samá tenía otro hijo llamado Jonadab (13:3), conocido por su astucia, mientras que su hermano lo era por su bravura. Estos gigantes eran sin duda, del clan de Anac, clan que, por fin, era exterminado, después de ser tan temido. Es insensato el fuerte que se gloría en su propia fortaleza. Los ayudantes de David eran de estatura normal y de fuerza similar a la de los demás hombres, pero, con la ayuda de Dios, abatieron a un gigante tras otro. Los enemigos más poderosos son, con frecuencia, reservados para las últimas luchas. David comenzó su gloria triunfal con la victoria sobre un gigante y la concluyó (o la continuó) con la victoria sobre cuatro. Al menos, a él se atribuye esta victoria (v. 22), aunque, a la vista de 12:28, vemos que era costumbre atribuir al rey las victorias conseguidas por sus ayudantes. También la muerte es un enemigo gigantesco, como un hijo de Anac; pero, mediante Aquel que mató a la muerte y murió por nosotros, podemos decir con el Apóstol: *«Sorbida es la muerte con victoria»* (1 Co. 15:54).

CAPÍTULO 22

Este capítulo es algo así como un salmo o un cántico de alabanza; lo hallamos después inserto entre los salmos de David (Sal. 18), con ligeras variaciones. Aquí lo tenemos compuesto para su arpa; después

fue entregado al jefe de los músicos para el servicio del santuario y para nuestra propia edificación. El autor sagrado, después de referirnos en este libro y en el anterior (especialmente al final del capítulo precedente) las muchas ocasiones en que David fue librado o preservado de las manos de sus enemigos, pensó que era muy apropiado insertar aquí este cántico o poema sagrado como memorial de todo lo que nos había referido con anterioridad. Muchos piensan que David lo compuso cuando ya era muy viejo, como un repaso general de los muchos favores y de las grandes preservaciones con que Dios le había bendecido, desde la primera hasta la última. En nuestras alabanzas y acciones de gracias a Dios deberíamos mirar hacia el pasado, para no consentir que el tiempo borre o diluya nuestros sentimientos de gratitud a Dios por los favores recibidos de su mano. I. Prefacio o título del salmo (v. 1). II. El salmo, o cántico, mismo, en el cual David: 1. Da gloria y alabanza a Dios. 2. Pone en Dios su esperanza, su consuelo y su protección; y halla materia para ambos aspectos: (A) En la experiencia de los favores recibidos hasta entonces. (B) En la expectación de los que esperaba recibir en lo futuro.

Versículo 1

I. Ha sido el patrimonio de gran número de hijos de Dios tener gran número de enemigos y estar en inminente peligro de caer en manos de ellos. David era un hombre amado y escogido por Dios, pero hubo muchos que le odiaron y buscaron su ruina. Que no se asombren los amados de Dios si el mundo los aborrece (v. Jn. 15:18, 19).

II. Quienes confían en Dios en el cumplimiento de su deber, hallarán en Él socorro inmediato en los mayores peligros. Es cierto que nunca nos veremos completamente libres de enemigos hasta que vayamos al Cielo, pero podemos estar contentos de que Dios preserva para su reino celestial a los que son suyos (2 Ti. 4:18).

III. Los que han recibido señaladas mercedes de la mano de Dios, deben darle por ellas la merecida alabanza. Cada nuevo favor en nuestra mano debería poner un nuevo cántico en nuestros labios, en alabanza y acción de gracias a nuestro Padre de los cielos.

IV. No debemos demorar el agradecer a Dios los beneficios que nos otorga. David compuso este cántico, *«el dia que Jehová le había librado»*.

Versículos 2–51

I. David adora a Dios y le alaba por sus perfecciones infinitas. No hay nadie que pueda comparársele (v. 32): *«¿Quién es Dios, sino sólo Jehová?»* Todo lo demás que es adorado como deidad no es sino pretensión vana y falsedad inútil: *«¿Y qué roca* (hebreo, *tsur) hay fuera de nuestro Dios?»* (v. 32b). Los dioses ajenos están muertos, pero *«Jehová vive» (o ¡Viva Jehová!*—v. 47—). Dios acabará la obra que comenzó (Fil. 1:6), y su Palabra es firme, por lo que podemos confiar en ella.

II. Cómo se gloría en el hecho de que Jehová es su Dios y en la relación que guarda con Él, en lo que pone el fundamento de todos los beneficios que ha recibido de Él: *«Clamé a mi Dios»* (v. 7); *«No me aparté impíamente de mi Dios»* (v. 22). *«Y,* si es *mi Dios,* es *mi roca»* (vv. 2, 3—lit. por el segundo *«fortaleza»* en nuestra Reina Valera, aunque David usa *selá* en el v. 2 y *tsur* en el 3, para evitar repeticiones—). Por eso, es *«el que me ciñe de fuerza y quien despeja mi camino»* (v. 33). Es «la roca en la que me refugio y en la que pongo mi confianza y edificó mi esperanza», viene a decir en el v. 3. Él es *«el Dios de mi salvación»* (v. 47). David se refugió más de una vez en una roca (1 S. 24:2), pero su principal refugio era Dios: Su *«fortaleza o* baluarte» (v. 2); su *«torre de salvación»* (v. 51, lit.), tan alta que ningún enemigo puede escalarla ni abatirla. Cristo es llamado *«cuerno* (lit.) *de salvación»* (Lc. 1:69) pues el cuerno es símbolo de fuerza y poder. También David llama a Dios *«cuerno* (lit.) *de mi salvación»* (v. 3). «Me veo cargado, ¿voy a hundirme? ¡No! *Jehová es mi apoyo* (v. 19), por el que me tengo en pie». ¿Estoy a oscuras, perdido en las tinieblas de la duda y de la ansiedad? *«Tú eres mi lámpara, oh Jehová; mi Dios alumbrará mis tinieblas,* y disipará la niebla de la ansiedad y de la desesperación» (v. 29). Si de veras tomamos al Señor por nuestro Dios, todas estas cosas, y muchas más, será él para nosotros, y tendremos todo lo que necesitemos y podamos desear (Sal. 23:1).

III. Cómo se beneficia de su comunión con Dios. Si Él es mío: 1. *«En Él confiaré»* (v. 3). 2. *«Invocaré a Jehová»* (v. 4), porque *«es digno de ser alabado»*. 3. «A Él le daré gracias públicamente: *Yo te confesaré entre las naciones»* (v. 50).

IV. El informe detallado que nos ofrece de las grandes cosas que ha hecho Dios por él. Este aspecto ocupa la mayor parte del cántico. Da a Dios la gloria, no sólo de sus liberaciones, sino también de sus éxitos.

1. Engrandece la gran salvación que, con tanta frecuencia, ha llevado a cabo Dios a su favor. Al exaltar esta salvación, hace la observación de que:

(A) El peligro del que fue librado era muy grande y amenazador. Los enemigos *«se levantaban contra él»* (vv. 39, 49), *«le aborrecían»* (v. 41). Le libró Dios *«del varón violento»* (v. 49). Aunque algunos piensan que se refiere aquí a Saúl, es más probable que se refiera a sus enemigos en general, ya que, de lo contrario, la transición de lo general a lo particular sería demasiado abrupta. Tan fiera era la oposición de sus enemigos que describe los ataques de ellos como *«ondas de muerte y torrentes de perversidad»* (v. 5), *«lazos del Seol» y «trampas de muerte»* (v. 6). Se veía tan impotente como un pájaro en la trampa y un cadáver en el sepulcro.

(B) Que su liberación era en respuesta a su oración: *«En mi angustia invoqué a Jehová»* (v. 7). Aquí nos dejó David un buen ejemplo para que, cuando nos veamos afligidos y atribulados, invoquemos a Dios hasta importunarle, como clama a sus padres un niño pequeño cuando está asustado.

(C) Que Dios se manifestó de una manera singular y extraordinaria a favor de él y en contra de sus enemigos. En este punto toma prestadas las expresiones que leemos del descenso de la majestad de Dios sobre el monte Sinaí (vv. 8, 9, etc.).

(D) Que Dios le mostró particular favor y benignidad en estas liberaciones (v. 20): *«Me libró porque puso en mí su complacencia»*. Su liberación no provenía de la providencia general de Dios, sino del pacto de amor de Dios hacia él. En esto era tipo de Cristo, a quien Dios *sostuvo,* porque *en él tenía su alma contentamiento* (Is. 42:1).

2. Engrandece los grandes éxitos con que Dios le había favorecido. No sólo le había preservado, sino que le había prosperado. Le había bendecido: (A) Con plena libertad de movimientos (v. 20): *«Me sacó a lugar espacioso»* (lit. *ancho).* «Anchura» es una metáfora que significa liberación, de la misma manera que «estrechura» indica peligro (v. Sal. 118:5). (B) Con talento militar. Aunque se había criado como pastorcillo, se instruyó bien en las artes de la guerra y se adaptó a la vida de fatigas y peligros que la guerra comporta. El mismo Dios que le llamó para que luchara las batallas de Jehová, le cualificó para este servicio. (C) Con victorias sobre sus enemigos, no sólo sobre Saúl y Absalón, sino sobre los filisteos, moabitas, amonitas, sirios y otros pueblos vecinos, a los que sometió e hizo tributarios de Israel. Estas victorias son descritas en los vv. 38–43. (D) Con promoción a gran honor y poder (v. 33): *«Despeja mi camino»* de obstáculos (lit. *hizo perfecto mi camino*); es decir, le dio éxito en todas sus empresas y (v. 34) *le sostuvo en las alturas,* esto es, en las difíciles fortalezas que ocupó. Así que la bondad, la gracia y la misericordia de Dios *le engrandecieron* (v. 36), sacándole del aprisco hasta llevarle al trono de Israel.

V. Las reflexiones que hace sobre su propia integridad, reconocida por Dios en las grandes liberaciones que le otorgó (vv. 21–25). David alude aquí especialmente a su modo de conducirse con Saúl, Absalón, Is-bóset y Seba, así como con todos los demás que, o se oponían a que ascendiese al trono de Israel, o querían destronarle. Le acusaban falsamente y malentendían sus palabras, pero tenía el testimonio de su propia conciencia de que no era un ambicioso ni sanguinario como le llamaban. Su conciencia era testigo de que: 1. *Había guardado los caminos de Jehová* (v. 22). Dondequiera se hallaba, *los decretos de Dios estaban delante de él* (v. 23), y hacía de la ley de Dios la norma de su vida. 2. De que se había guardado de la maldad, no apartándose de los mandamientos divinos (vv. 22, 23, 24). El rabino Hertz opina que, al comparar las palabras de este cántico, en que David atestigua su inocencia, con la angustiosa convicción de pecado del Salmo 51, «resulta evidente que estas palabras no pudieron ser compuestas después del crimen cometido contra Urías, por el que David busca allí expiación». David se extiende aquí sobre sus victorias contra el pecado, porque en ellas halla mayor consuelo y alegrías que en sus victorias sobre Goliat y todas las huestes de los incircuncisos filisteos.

VI. La expectación consoladora con que David avizora ulteriores favores de parte de Dios. Así como al mirar hacia atrás lo hace con agrado y agradecimiento, así también al mirar hacia delante lo hace con gozo y esperanza, seguro de que la bondad de Dios tiene en reserva ulteriores favores para él y para su descendencia, así como para todos los santos.

1. Para todos los buenos hijos de Dios (vv. 26–28). Aprovecha la oportunidad para declarar la norma con la que Dios trata a los hombres:

(A) Trata con misericordia y justicia al que es misericordioso, recto y limpio, pues imita la conducta de Dios: *«Seréis santos, porque yo soy santo»* (Lv. 11:44; 19:2; 20:7, 26; 21:8; 1 Ts. 4:7; 1 P. 1:15, 16). Aquí está el secreto de la verdadera felicidad y de la genuina libertad.

(B) Trata con rigidez y severidad al que es perverso y altivo. *Perverso* (v. 27) es sinónimo de «tortuoso» o «torcido», lo mismo en castellano que en hebreo, como puede verse por Deuteronomio 32:5 *(«generación torcida y perversa»),* ya que aquí (2 S. 22:27b) dice literalmente: *«Y con el perverso te harás tortuoso»,* esto es, lo enredarás en sus propios enredos. Dice Teodoreto, al comentar el Salmo 18:26, que es paralelo de 2 Samuel 22:27: «A todos los que se han apartado de la senda recta y caminan por la opuesta, tú les preparas el final de camino que se merecen». Y el experto judío Davidson comenta: «Si un hombre atraviesa por sendas opuestas a la justicia, hallará que la Providencia, tarde o temprano, lo atravesará a él».

2. Para sí mismo. David pudo prever que su poderío había de aumentar en lo futuro y más pueblos se someterían a él (vv. 45, 46. Sin embargo, los futuros hebreos de estos versículos—nota del traductor—pueden muy bien traducirse por presentes y aun por pretéritos—v. 8:9 y ss., episodio al que parece aludirse aquí).

3. Para su descendencia (v. 51): *«A David y a su descendencia para siempre».* David había sido designado por Dios y ungido por orden de Dios; por eso, no dudaba de que Dios *usaría de misericordia con su ungido,* así como con su posteridad, conforme a la promesa de 7:15, 16. De esa promesa depende, con una mirada profética hacia el *Hijo de David, cuyo* reino no había de tener fin (Lc. 1:33). De esta forma concluye su cántico de gozos y esperanzas, como deberíamos hacer también nosotros, con la mira puesta en el gran Redentor.

CAPÍTULO 23

El historiador sagrado se dirige ahora hacia la conclusión del reinado de David y nos refiere aquí: I. Una especie de «testamento espiritual», así como en 1 Reyes 2:1–9 hallamos su «testamento político». II. Una relación de los «valientes» o «adalides guerreros bravos y experimentados» de David.

Versículos 1–7

Especie de testamento de David, después de haber dejado su corona en las sienes de Salomón, y sus tesoros en el templo que iba a ser edificado.

I. Se nos describe aquí a David: 1. En la modestia de su origen (v. 1): *«El hijo de Isaí».* 2. En la altura de su elevación posterior: *«El varón que fue levantado en alto»,* como quien ha sido escogido por Dios para ser grande como rey y como profeta, pues era: (A) *«El ungido del Dios de Jacob»,* puesto así al servicio del pueblo de Dios en sus intereses públicos, para protección del país y administración de la justicia entre ellos. (B) *«El dulce cantor de Israel»,* puesto así al servicio de los intereses religiosos del pueblo. Dice F. Buck: «Este elogio quiere exaltar los méritos de David, que con sus cantos y salmos formó y desarrolló la vida religiosa de su pueblo».

II. También se nos describe aquí su comunión con Dios.

1. Lo que Dios le había dicho, tanto para su instrucción y aliento como rey, como para uso igualmente de sus sucesores. Veamos quién y qué hablaba por medio de él.

(A) Quién hablaba: *«El Espíritu de Jehová»* (comp. 2 P. 1:21), *«El Dios de Israel», «La Roca de Israel»* (vv. 2, 3). En los términos «Dios», «Roca» (comp. con Mt. 16:18; 1 P. 2:5 y ss.) y «Espíritu» ven algunos una insinuación trinitaria. David confiesa aquí paladinamente que, en esta composición y, por supuesto, en sus Salmos, hablaba inspirado por el Espíritu Santo, quien *habló por medio de los profetas.* Estas palabras honran grandemente el libro de los Salmos y lo recomiendan para usarlo en nuestras devociones, ya que sabemos que son enseñanzas del Espíritu Santo.

(B) Qué hablaba. Parece ser que se distingue aquí entre lo que el Espíritu de Dios habló *por medio de* David, lo cual incluye sus Salmos, y lo que la Roca de Israel habló *a* David sobre lo concerniente a él y a su familia. Quienes tienen por oficio enseñar a otros lo que deben hacer, deben aprender ellos mismos lo que deben hacer y ponerlo por obra. Ahora bien, lo que aquí se dice (vv. 3, 4) puede considerarse:

(a) Como aplicado a David y a su familia regia; y así tenemos en primer lugar, el deber de los magistrados. Dios está hablando a un rey, no para halagarlo con alabanzas por su alto cargo y la grandeza de su poder, sino para declararle cuál es su deber: *Ha de ser justo el que gobierne entre los hombres, que gobierne en el temor de Dios* (v. 3). Lo mismo digamos de los jefes subalternos. Recuerden los que mandan, que no están puestos para domeñar bestias, sino para dirigir personas. Gobiernan sobre hombres que tienen sus necedades y debilidades, y no hay más remedio que aguantarlas y corregirlas lo mejor que puedan. No es bastante con que ellos mismos no hagan el mal, sino que no deben consentir que los demás lo hagan. Han de *gobernar en el temor de Dios,* esto es, con la reverencia debida al supremo Señor (Ef. 6:9). También deben promover en los súbditos el mismo temor de Dios, sin el cual una sociedad pacífica y próspera no puede subsistir. El que así gobierna *será como la luz de la mañana* (v. 4). La luz es dulce, agradable; así que el que cumple con su deber tendrá en su cumplimiento el consuelo y la satisfacción; su gozo dará testimonio de la paz de su conciencia. La luz resplandece, y un buen gobernante es *ilustre,* esto es, brillante y limpio, según la etimología de dicho término. La justicia y la piedad del príncipe son su brillo y su honor. La luz es una bendición, pues hace ver las cosas como son y nos precave de los peligros y obstáculos que se cruzan en nuestro camino (Sal. 119:105); por eso, no hay en la sociedad bendiciones más grandes ni más extensas que las que proporciona un príncipe que *gobierna en el temor de Dios. Es* una luz *que brota como el alba* después de las tinieblas de la noche (Is. 58:8), lo que es así más apreciada.

(b) Como aplicado a Cristo, el Hijo de David, toma así las palabras de David como una profecía, pues, aunque el verbo hebreo está en participio, que indica un tiempo presente, los términos en que se expresa David son aplicables a Cristo mejor que a ningún otro gobernante: Él es *el Sol que resplandece en una mañana sin nubes* (comp. Lc. 1:78, 79), pues es *la luz del mundo* (Jn. 8:12, etc.), *y como la lluvia que hace brotar la hierba* (v. 4), pues Él es el Verbo, Palabra personal de Dios, que cumple el destino del Padre (Is. 55:10, 11), y también es *renuevo y fruto de la tierra* (Is. 4:2). Es posible que Dios, por medio de su Espíritu, otorgase a David un presagio de esto, para consolarle en medio de las muchas calamidades de su familia y de la melancólica perspectiva de la futura degeneración de su descendencia.

2. A continuación vemos el buen uso que hizo David de todas estas cosas que Dios le dijo y cómo meditó sobre ellas devotamente, por lo que responde en el versículo 5, y expone:

(A) Su problema familiar: *«Aunque no es así mi casa para con Dios» y «Aunque todavía no haga Él* (Dios) *florecer toda mi salvación y mi deseo»* (v. 5). La familia de David no estaba con Dios tan a buenas como vemos en los vv. 3, 4, ni como deseaba David; no era tan buena ni tan feliz; no lo había sido en vida de él, y preveía que no lo había de ser después que él muriera; su descendencia no iba a ser tan piadosa ni tan próspera como cabría esperar de la posteridad de un padre como David. Ésta era la preocupación que anidaba en el corazón de David, cuyo mayor deseo era que sus descendientes tuviesen temor de Dios y le fuesen fieles.

(B) Su gran consuelo a pesar de todo: *«Sin embargo, Él* (Dios) *ha hecho conmigo pacto perpetuo»* (v. 5). Cualesquiera sean las aflicciones que un hijo de Dios tenga en perspectiva, siempre tiene un consuelo u otro con que contrapesarlas (2 Co. 4:8, 9). Dios ha hecho con nosotros un pacto de gracia en Cristo, y aquí se nos dice: (a) Que es un pacto *perpetuo,* desde toda la eternidad en los consejos de Dios, y hasta toda la eternidad en su continuidad y sus consecuencias. (b) Que es un pacto *ordenado en todas las cosas,* admirablemente ordenado para la gloria de Dios, el honor del Mediador, la santidad y el consuelo de los creyentes. (c) Que el pacto *será guardado,* pues los favores prometidos son seguros si se cumplen las condiciones del pacto (Sal. 103:17, 18). (d) Que es *toda nuestra salvación.* Ninguna otra cosa nos puede salvar, pues ninguna es suficiente; y de esto solo depende nuestra salvación; ninguna otra cosa es necesaria. (e) Por consiguiente, Él debe ser *todo nuestro deseo.*

3. Finalmente, vemos predicho el fatal destino de los perversos o impíos (vv. 6, 7); lit. *hijos de Belial.* Serán arrojados afuera *como espinos,* rechazados, abandonados por peligrosos. (A) Como instrucción para los magistrados, a fin de que usen su poder en el castigo y supresión de la impiedad y de toda maldad. Que *extirpen a los autores de iniquidad* (Sal. 101:8). O: (B) Como advertencia a los mismos magistrados y, en especial, a los hijos y sucesores de David, para que se guarden de ser *hijos de Belial* (como lo fueron muchos de ellos) ya que entonces ni la dignidad de su oficio ni su parentesco con David les había de librar de ser arrancados y arrojados lejos por los justos juicios de Dios.

Versículos 8–38

I. El catálogo que el historiador sagrado nos ha dejado registrado aquí de los «valientes» de David, tiene por objeto poner de relieve: 1. El honor de David, quien los tenía bien entrenados en las artes de la guerra y les había dado ejemplo de bravura con su conducta. 2. El honor de los mismos valientes quienes habían intervenido eficazmente en la accesión de David al trono, en su protección personal y en el éxito de sus hazañas militares. 3. La emulación generosa que la lectura de esta porción puede suscitar en las generaciones posteriores. 4. Lo mucho que la religión verdadera contribuye a infundir bravura en el corazón de los hombres. Con sus Salmos y sus ofrendas para el servicio del santuario David promovió grandemente la piedad entre los magnates de la nación (1 Cr. 29:6), y cuando se hicieron famosos por su piedad, se hicieron también famosos por su valentía.

II. Estos hombres valientes se dividen en tres clases:

1. Los tres primeros, que habían llevado a cabo las mayores hazañas y por eso, habían ganado la más alta reputación, son *Adino* (v. 8), *Eleazar* (vv. 9, 10) y *Samá* (vv. 11, 12). Se detallan aquí las hazañas de este bravo triunvirato. Se señalaron en las guerras de Israel con sus enemigos, especialmente con los filisteos. (A) Adino mató a 800 en una sola ocasión. (B) Eleazar desafió a los filisteos así como los filisteos habían desafiado antes, por medio de Goliat, a los de Israel, pero lo hizo con mayor bravura y mejor éxito que los filisteos, porque cuando *los hombres de Israel* se habían acobardado *y se habían alejado,* no sólo se mantuvo en su puesto, sino que *se levantó e hirió a los filisteos* en quienes puso Dios un terror igual al que la bravura de este valiente les había inspirado. Se le cansó la mano hasta quedarse *pegada a la espada;* es decir, se le crispó la mano, al ser incapaz de flexión. Así es como nosotros deberíamos conservar, en el servicio de Dios, nuestra resolución de ánimo a pesar de la debilidad y fatiga del cuerpo, *«cansados, pero todavía persiguiendo»* (Jue. 8:4); crispada la mano, pero sin soltar la espada. (C) Samá se encontró con una banda de forajidos, también filisteos, y los derrotó completamente (vv. 11, 12). Pero obsérvese en este episodio, como en el anterior, la frase: *«Y Jehová dio una gran victoria».* También es de observar (nota del traductor) la nueva información, y aun corrección, que nos suministra el lugar paralelo de 1 Crónicas 11:10 y ss., donde vemos cierta variación en nombres, cifras, lugares, tiempo y actitudes. La frase misma *«los que le ayudaron … para hacerle rey»* (1 Cr. 11:10) nos hace sospechar que podría bien tratarse de la batalla que se nos refiere en 1 Samuel 17.

2. Los tres siguientes se distinguieron en bravura y rango de los otros treinta que siguen después, pero no llegaron al nivel de los tres primeros (v. 23). De este segundo triunvirato sólo se nombra a Abisay y Benayá, a quienes ya conocemos por referencias anteriores.

(A) Se narra una valiente hazaña de estos tres juntos. Asistían a David cuando éste se encontraba en apuros en la cueva de Adulam (v. 13), con él sufrieron las penalidades y por eso fueron después preferidos por él. Cuando David y sus hombres, que tan bravamente habían actuado contra los filisteos, se vieron obligados a refugiarse en cuevas y fortalezas por la persecución de Saúl, los filisteos establecieron una guarnición en Belén (v. 14).

(a) Con qué vehemencia expresó David su anhelo de beber del agua del pozo de Belén. Era *el tiempo de la siega* y hacía mucho calor; tenía sed y el agua andaba escasa; por eso dijo: *«¡Quién me diera de beber del agua del pozo de Belén que está junto a la puerta!»* (v. 15). Con aquella agua había refrescado sus fauces muchas veces en su juventud. Lo mismo habría podido calmarle la sed cualquier otra agua, pero el agua del pozo de Belén tenía para él un gusto especial.

(b) Con qué bravura se aventuraron estos tres hombres (Abisay, Benayá y otro que no se nombra) a cruzar por en medio del campamento de los filisteos, metiéndose en la boca del lobo para tomar agua del pozo de Belén sin que David lo supiera (v. 16). Sin duda, se quedaron atónitos los filisteos si llegaron a

verles, y el mismo asombro, además de la protección de Dios, les dejó parados sin hacer ningún daño a los bravos intrusos. ¡Cuánto estimaban a su príncipe y con qué placer se atrevían a correr los mayores riesgos y vencer las mayores dificultades por servirle! ¿Y no estaremos nosotros dispuestos a servir a nuestro Señor Jesucristo y obedecer toda insinuación de su voluntad que nos sea declarada mediante su Palabra, su Espíritu y su Providencia? ¡Cuán poco temieron ellos a los filisteos! ¿Y temeremos nosotros al «qué dirán» los hombres?

(c) Con qué abnegación se abstuvo David de beber del agua de Belén: *«No quiso beberla»* (vv. 16, 17) sino que *«La derramó para Jehová»* (v. 16) como una ofrenda de libación, porque para él equivalía a *la sangre de los varones que fueron con peligro de su vida* (v. 17), y la sangre no se podía tomar, porque *«en la sangre está la vida»* (Lv. 17:10–14; 1 S. 14:33), y estos hombres habían expuesto su vida por traer el agua. De esta manera mortificaba David su insensato deseo y daba a Dios la gloria y el honor debidos.

(B) Se narran otras bravas acciones de dos de estos tres en otras ocasiones. Abisay mató con su lanza, en una sola batalla, a 300 hombres (vv. 18, 19). Benayá, por su parte llevó a cabo varias hazañas: (a) *Mató a los dos hijos de Ariel de Moab* (v. 20. Así ha de leerse la frase, al suplir el vocablo «hijos» que falta, por elipsis, en el hebreo). (b) También *mató a un león en un foso.* También David había hecho lo mismo (1 S. 17:34), pero quizá la hazaña de Benayá revestía especial dificultad porque se enfrentó con el león *en un foso y estaba nevando.* No se nos dice si lo hizo en propia defensa como Sansón, o para que no hiciese daño a nadie. (c) En otra ocasión cuyas circunstancias no se declaran, mató a un egipcio en combate desigual, pues el egipcio era *hombre de gran estatura* e iba armado de una lanza, mientras que Benayá sólo llevaba un palo, y aun así le atacó con el palo, le quitó la lanza de las manos y le mató con su propia lanza (v. 21). Por estas y otras bravas acciones David le nombró *jefe de su guardia personal* (v. 23).

3. Inferiores a estos dos grupos de tres, pero todavía dignos de especial mención, fueron los treinta y uno siguientes (vv. 24–39). El total de *treinta y siete* (v. 39) se obtiene añadiendo a los 31 de la lista los tres de los vv. 8–12, Abisay y Benayá (vv. 18–23) y Joab, que era el comandante en jefe del ejército de David. Se les cita por sus nombres y sus lugares de origen, que sirven así de apellidos, como ocurre con muchos de los apellidos que hoy tenemos. De todos los puntos del país, los más valientes eran escogidos para asistir al rey. Lo mismo había hecho Saúl (1 S. 14:52). Algunos de los nombrados en esta lista se hallan después como capitanes de las divisiones que David dispuso para cada uno de los doce meses del año (1 Cr. 27). Son de notar en la lista algunos aspectos notables: (A) Comienza por Asael y termina con Urías; al menos estos dos habían muerto y ambos tenían algo especial: Asael era hermano de Joab y Abisay y, por tanto, sobrino de David. Murió por su propia necedad. Urías fue un valiente y hombre de honor, y murió por la criminal pasión de David. (B) Jamieson, Fausset y Brown suponen que estos nombres constituyen «una legión de honor, compuesta del número fijo de treinta, y cuando quedaban vacantes, se llenaban con nuevos nombramientos», por lo que es probable que, al hacerse esta lista, los muertos fuesen ya «siete». (C) ¿Por qué no se nombra a Joab? ¿Fue, quizá, porque su nombre se había hecho odioso, tras lo que leemos en 1 Reyes 2:5–6, 28–34?

También Cristo, el Hijo de David, tiene sus «valientes» quienes como los de David, han recibido la benéfica influencia dei ejemplo de Cristo, luchan bravamente contra los enemigos espirituales de su reino y, con la fuerza que Él les da, son *más que vencedores* (Ro. 8:37). Los apóstoles fueron los inmediatos asistentes de Cristo y sufrieron grandemente por Él, como les había anunciado, por el testimonio que dieron de la resurrección del Señor y por la proclamación de su Evangelio. Por eso son citados con todo honor en el Nuevo Testamento, especialmente en Apocalipsis 21:14. En general, todos los buenos soldados de Cristo tienen sus nombres preservados con mayor garantía que los de la presente lista, pues los nombres de éstos están escritos en la tierra, pero los nombres de los creyentes están escritos en los cielos.

CAPÍTULO 24

Las últimas palabras de David fueron buenas, pero algunas de sus últimas obras, como las que vemos en este capítulo, no fueron buenas, aunque se arrepintió y terminó bien. Tenemos aquí: I. Su pecado de orgullo al censar al pueblo (vv. 1–9). II. Su convicción de pecado y su arrepentimiento (v. 10). III. El

juicio que Dios ejecutó por dicho pecado (vv. 11–15). IV. El cese del castigo (vv. 16, 17). V. La erección de un altar en señal de la reconciliación de Dios con él y con el pueblo (vv. 18–25).

Versículos 1–9

I. La orden que David dio a Joab de censar al pueblo de Israel y de Judá (vv. 1, 2). Dos cosas aquí parecen extrañas:

1. La pecaminosidad de este censo. ¿Qué mal había en él? (A) Hay quienes piensan que la falta estuvo en censar también a los menores de veinte años que tenían talla y fuerzas suficientes para llevar armas, y ésta fue la causa de que el censo resultase ilegal (1 Cr. 27:23, 24). (B) Otros opinan que el pecado estuvo en no requerir el medio siclo que se pagaba para el servicio del santuario siempre que se censaba al pueblo como *rescate de su persona* (Éx. 30:12). (C) Otros dicen que David lo hizo con el objeto de imponer un tributo a la nación, a fin de enriquecer su tesoro. Pero no hay ninguna razón para pensar esto, pues nunca fue David amigo de imponer tributos. (D) O que la falta estuvo en que no había recibido orden de Dios para hacer este censo. (E) Hay incluso quienes opinan que fue una afrenta a la antigua promesa que Dios había hecho a Abraham de que su descendencia sería innumerable como las estrellas del cielo y la arena que está a la orilla del mar (Gn. 15:5; 22:17). (F) La opinión más probable es que David hizo el censo con espíritu de vanidad y arrogancia, y ser además la usurpación de un derecho divino, pues sólo Dios tenía derecho a conocer el número de posesiones y ordenar censos, como verdadero rey de un país que se regía, al fin y al cabo, por «teocracia». Algo semejante es lo que hizo después Ezequías al mostrar sus tesoros a los embajadores de Babilonia (Is. 39:1–8).

2. También parece extraña la causa primera de este censo, según aparece en el texto (v. 1). No es extraño que *«volviese* (una alusión, sin duda, al cap. 21) *a enojarse Jehová contra Israel»*. Pero que, en medio de su desagrado, *incitase a David* a hacer el censo es muy extraño. En todo caso, estamos seguros de que Dios no puede ser el autor del pecado, ni puede siquiera tentar al pecado (Stg. 1:13). Por otra parte, en 1 Crónicas 21:1 se nos dice claramente que *«Satanás incitó a David a que hiciese censo»*. Satanás, el adversario se lo sugirió a David para pecar, como le puso a Judas en el corazón el entregar a Cristo (Jn. 13:2). Dios, como Justo Juez, se lo permitió con el objeto de que David aprendiera una buena lección y para que de este pecado de David pudieran aprender los príncipes de este mundo que, cuando se ciernen sobre su país los juicios de Dios, tengan motivo para sospechar que sus pecados son la causa de la calamidad y puedan así arrepentirse y reformarse. La razón por la que, en este capítulo, el texto da a entender que fue Dios quien *movió* (lit.) a censar al pueblo, es que los judíos no podían concebir aún que otro poder (el del diablo) pudiese actuar por su cuenta contra la voluntad de Dios (comp. con Job, cap. 1), mientras que cuando se escribió, varios siglos después, el 1 Crónicas 21 la intervención del diablo ya no causaba desasosiego a la mentalidad judía. Bullinger (ob. cit., p. 5) sugiere que aquí hay una elipsis, pues falta el sujeto del verbo *«movió»*, ese sujeto se suple con base en 1 Crónicas 21:1. Sin embargo, la mayoría absoluta de los autores opinan que el sujeto implícito es *«Jehová»*, en clara conformidad con el contexto anterior.

II. Joab se opuso a esta orden de David. Incluso él se dio cuenta de la insensatez y vanagloria de David al dar semejante orden. No había ningún motivo para este censo, ya que no había necesidad de imponer un tributo ni organizar una distribución de funciones; todos estaban tranquilos y felices. El deseo de Joab (v. 3) era que el número de los israelitas aumentara más y más y que el rey, aunque viejo, tuviese tiempo para verlo y quedar satisfecho. Pero, *¿por qué se complace en esto mi señor el rey?*, dice Joab. Como si dijese: «¿Qué necesidad hay de hacer esto?» Dice el proverbio latino: *Pauperis est numerare pecus* = Al pobre compete contar su ganado. Comenta agudamente F. Buck: «La protesta de Joab podría entenderse en el sentido de que temiese una rebelión y resistencia de parte de las tribus contra la demasiada organización y centralización que bajo el rey se estaba haciendo». No es, pues, que Joab viese en el censo precisamente un pecado (no tenía tantos escrúpulos de conciencia), sino una mala medida política.

III. A pesar de todo, se pone por obra la orden de David (v. 4): *«La palabra del rey prevaleció»*. Joab, aunque con repugnancia, se puso a dar ejecución a una tarea que no le agradaba, y tomó a los capitanes del ejército para que le ayudasen. La cifra total fue comunicada al rey en Jerusalén (v. 9): *«Y fueron los de*

Israel 800.000 hombres fuertes que sacaban espada, y los de Judá quinientos mil hombres». La diferencia entre estas cifras y las que vemos en 1 Crónicas 21:5 es explicada sabia y brevemente por el Dr. C. C. Ryrie en su *The Ryrie Study Bible*, nota a 1 Crónicas 21:5, del modo siguiente: «Los 800.000 de Israel en 2 Samuel 24:9 quizá no incluyen los 300.000 enlistados en 1 Crónicas 27, lo que harían un total (como aquí) de 1.100.000. Los 470.000 de Judá quizá no incluyen los 30.000 de 2 Samuel 6:1, con lo que tendríamos un total (como aquí) de 500.000. O tal vez la cifra de Crónicas representa un número redondo». Una explicación más detallada puede verse en el comentario de Jamieson-Fausset-Brown. M. Henry reserva para el comentario a 1 Crónicas 21:5 una explicación diferente: Joab dejó sin censar dos tribus (1 Cr. 21:5, 6) considerables: Leví y Benjamín, y quizá no fue exacto en su cuenta porque no lo hacía con gusto, lo cual explicaría la diferencia entre las cifras de aquí y las de 2 Samuel 24:9. Un dato que no puede pasar desapercibido (nota del traductor) es la frase que hallamos en 1 Crónicas 27:24: *«Joab, hijo de Sarvia, había comenzado a contar; pero no acabó»;* por lo cual, *«el número no fue puesto en el registro de las crónicas del rey David»*. Con esta mala gana de hacer el censo, no es extraño que las cifras no resulten claras. No se nos dice si la cifra comunicada al rey halagó su vanidad o la mortificó.

Versículos 10–17

I. Reflexión sabia de David, su arrepentimiento y la confesión de su pecado en haber censado al pueblo. Cuando le fue comunicado el resultado, quizás aquella misma noche, se despertó su conciencia. 1. Quedó convicto de pecado en su corazón (v. 10) *«Le pesó en su corazón»* antes de que viniera a él el profeta Gad. 2. Confesó a Dios su pecado y pidió sinceramente perdón por él. Reconoció que había obrado *muy neciamente,* pues es cosa sumamente necia obrar contra la voluntad de Dios.

II. La justa y necesaria corrección que sufrió por su pecado. Quizá durmió mal, acosado por su conciencia, y se levantó muy de mañana con el propósito de hablar con su confidente el profeta Gad acerca de ello. Pero fue Gad el que, instruido por Dios, fue a ver a David (vv. 11 y ss.) para decirle que el castigo era inevitable, aunque todavía sin definir la naturaleza del mismo.

1. Tres cosas se suponen ciertas: (A) Que David debe ser castigado por su pecado. De las siete cosas que más aborrece Dios, la primera es la altivez (Pr. 6:17) o soberbia. (B) El castigo debe ser conforme a la culpa. (C) Debe ser un castigo compartido por todo el pueblo, a causa de la condición corporativa, solidaria del pueblo de Israel. Por eso, leemos (v. 1) que se enojó Jehová *contra Israel* como en el caso de Acán, etc. David abrió las compuertas del pecado, y todo el pueblo sufrió la inundación.

2. En cuanto a la clase de castigo que va a ser enviado:

(A) Se le dice a David que escoja con qué vara quiere ser azotado (vv. 12, 13). Su Padre de los cielos se ve obligado a imponerle un correctivo, pero para mostrar que no lo hace de buen gusto, le da a David la opción de escoger entre guerra, hambre o peste, a fin de que pueda soportar con mayor paciencia el azote, al ser uno que él mismo ha escogido. El profeta le aconseja que *piense bien,* para que pueda él *dar respuesta al que le ha enviado.*

(B) David ruega que se descarte el castigo de la guerra; en cuanto a los otros dos, deja la elección en manos de Dios, aunque es probable que insinuara (vv. 14, 15) su preferencia por la peste. (a) Pide *no caer en manos de hombres* (v. 14). (b) Se pone en manos de Dios: *«Caiga ahora en mano de Jehová, porque sus misericordias son muchas»*. David deja en manos de Dios escoger entre hambre y peste, y Dios escoge lo más breve, para poder mostrar más prontamente su voluntad de reconciliación. Pero otros opinan que, con sus palabras, dio David a entender que prefería la peste. Esta clase de castigo era, por otra parte, más general, pues a él estaba expuesto David, y también su familia, lo mismo que el más humilde y pobre de sus súbditos, mientras que él y su familia podían librarse mejor del hambre y de la espada; por lo que, consciente de su culpa, David escoge la peste. No obstante, como hombre sinceramente arrepentido David se pone en manos de Dios porque sabe que *sus misericordias son grandes* (v. 14); *«son nuevas cada mañana»* (Lm. 3:23). Los verdaderos creyentes, aunque se hallen bajo el enojo de Dios, no tienen sino buenos pensamientos acerca de Él: *«Aunque Él me mate, en él esperaré»* (Job 13:15).

(C) Dios envía, pues, la peste (v. 15), que duró *desde la mañana hasta el tiempo señalado;* es decir, según la opinión más probable, desde la mañana de aquel día hasta la tarde del tercer día; Dios acortó el plazo por la oración de David (v. 17).

III. Dios acorta benignamente el tiempo del castigo, cuando ya se iba a extender la plaga en la capital (v. 16): *«El ángel extendió su mano sobre Jerusalén para destruirla»*. Quizás había allí mayor maldad y, especialmente, mayor orgullo (que era el pecado castigado en esta ocasión) que en cualquier otro lugar del país y por eso estaba extendida sobre la gran ciudad la mano del ángel exterminador; pero entonces *«Jehová se arrepintió del estrago» y* dijo al ángel: *«Basta ya, detén tu mano»*. Es de notar que *el ángel estaba junto a la era de Arauna jebuseo,* esto es, en el monte Moria. Observa el Dr. Lightfoot que en el preciso lugar en que una contraorden del Cielo previno a Abraham de matar a su hijo, este otro ángel, por una especie de contraorden, fue prevenido de destruir Jerusalén.

IV. David confiesa de nuevo su pecado en esta ocasión (v. 17). Una vez que Dios le abrió los ojos, vio al ángel con la mano extendida para destruir, le vio después envainar la espada por la orden recibida de detener su mano y dijo a Jehová: *«Yo pequé, yo fui quien cometió el pecado … Te ruego que tu mano se vuelva contra mí, y contra la casa de mi padre»*. Como si dijese: «Mío es el crimen, mía debe ser la cruz». De este modo intercede por su pueblo, ya que siente en su corazón las amargas lamentaciones de los israelitas: *«Pero estas ovejas, ¿qué culpa tienen de ello?»* Que esto nos traiga a la memoria la gracia del Señor Jesús, quien se entregó a Sí mismo por nuestros pecados, dispuesto a que la mano de Dios pesara sobre Él, a fin de que nosotros escapásemos del castigo. Fue herido el pastor para que las ovejas hallasen la salud (Is. 53:5, 6).

Versículos 18–25

I. David recibe la orden de erigir un altar en el lugar en que estaba el ángel cuando él lo vio (v. 18). Esto fue para dar a entender a David:

1. Que Dios estaba ahora completamente reconciliado con él, porque *«si Jehová le hubiera querido matar, no habría aceptado de sus manos un sacrificio»* (Jue. 13:23) y, por consiguiente, no le habría ordenado *levantar un altar.* Cuando Dios nos anima a que le ofrezcamos sacrificios espirituales (Ro. 12:1; He. 13:15, 16), es evidente que está reconciliado con nosotros. 2. Que por medio del sacrificio se hace la paz entre Dios y los pecadores, especialmente mediante la *propiciación* que es Cristo (1 Jn. 2:2), de quien eran tipo todos los sacrificios de la Ley. 3. Que cuando Dios detiene benignamente la mano de sus castigos, deberíamos reconocerlo con gratitud y alabanza.

II. La compra que David hizo de aquel terreno. El terreno (una era) pertenecía a un jebuseo llamado Arauna, quien, aun cuando era pagano de nacimiento; no hay duda de que era prosélito de la religión judía y, por ello, se le permitía, no sólo vivir entre los israelitas, sino también poseer terreno propio en una ciudad (Lv. 25:29, 30). Aunque una era parecía un terreno de poca dignidad, era un terreno de labor, con lo que quedaba dignificada.

1. David fue en persona a tratar con el propietario. Véase la justicia de David, pues no quería obtener de balde ni siquiera el uso de este terreno, a pesar de que el propietario era un extranjero y él era el rey de Israel; además había recibido de Dios la orden de levantar allí un altar. *Dios aborrece el robar para ofrecer holocausto.* Véase su humildad también, pues, aunque era el rey no envió a otro sino que fue él en persona (v. 19), sin perder por ello ningún honor. Cuando lo vio Arauna, *«se inclinó delante del rey, rostro a tierra»* (v. 20). Los hombres verdaderamente grandes nunca serán menos respetados por ser humildes, sino que se les respetará y se les amará más.

2. Cuando Arauna se enteró de lo que traía a David allá (v. 21), le ofreció generosamente, no sólo el terreno para erigir el altar, sino también *los bueyes para el holocausto,* y otras cosas que podían serle útiles para el sacrificio (v. 22); todo esto, *gratis y* acompañado de una oración: *«Jehová tu Dios te sea propicio»* (v. 23). Esto lo hizo: (A) Por su espíritu generoso. Era un súbdito, pero tenía corazón de príncipe. (B) Porque estimaba altamente a David, aunque era el hombre que había conquistado la ciudad de manos de los jebuseos, y Arauna era un jebuseo. (C) Porque tenía afecto a Israel y deseaba ardientemente que cesara la plaga; y el que cesara precisamente en su era, resultaba un honor muy grande para él.

3. David insistió en pagar el precio justo por la era y así lo hizo (v. 24). No quería ofrecer a Dios una cosa que no le costase nada. Le pagó a Arauna *cincuenta siclos de plata* por la era y los bueyes usados

para el sacrificio, pero le pagó además (v. 1 Cr. 21:25) *seiscientos siclos de oro* por el terreno adyacente, para edificar sobre él el templo (2 Cr. 3:1), con lo que le facilitó la tarea a su hijo Salomón. Cerca de allí el Hijo de David iba a ser sacrificado.

III. Erección del altar y ofrecimiento de sacrificios sobre él (v. 25): Holocaustos para la gloria de la justicia de Dios, y ofrendas de paz para la gloria de su misericordia.

1 REYES

Los dos libros de Samuel, en los que se nos narra el comienzo de la monarquía con Saúl y su estabilización con David, y que originalmente formaban un solo libro, sirven de antecedente histórico a los dos libros de los Reyes, que también formaban originalmente un solo libro. Mientras los libros de Samuel nos refieren acontecimientos que ocurrieron en un espacio de menos de un siglo (1060–970 a. de C., aproximadamente), los de los Reyes, en cambio, abarcan un espacio de cerca de cuatro siglos (971–586 a. de C.). Todo este tiempo puede dividirse fácilmente en tres partes: 1) Reino unido de todo Israel bajo Salomón (971–931 a. de C.). 2) Reino dividido en dos: los reinos de Judá (sur) y de Israel (norte), espacio que se prolonga hasta la caída de Samaria, capital del reino del norte (931–722). 3) Reino superviviente de Judá hasta la destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor (722–586). Este primer libro de los Reyes alcanza hasta la muerte de Josafat, rey de Judá (848 a. de C.), por una parte, y el comienzo del reinado de Ocozías, rey de Israel (853 a. de C.), por otra.

CAPÍTULO 1

En este capítulo tenemos: I. La debilitación de la salud de David (vv. 1–4). II. Las aspiraciones de Adonías al trono (vv. 5–10). III. Natán y Betsabé procuran, y consiguen, asegurar la sucesión a favor de Salomón (vv. 11–31). IV. Unción de Salomón y regocijo del pueblo con ocasión de esta solemnidad (vv. 32–40). V. Se pone fin al complot de Adonías para usurpar el trono (vv. 41–49). VI. Salomón despide a Adonías sin hacerle ningún daño, bajo promesa de buena conducta (vv. 50–53).

Versículos 1–4

David enfermo en su vejez. 1. David había envejecido prematuramente (tenía 70 años), quizá por las muchas guerras y las dificultades que inquietaron su vida, tanto por la enemiga de Saúl como por las calamidades domésticas. Guardaba cama pero las ropas no le calentaban (v. 1). *Sus siervos,* médicos o ministros, aconsejaron que tomase por esposa o concubina a una joven que durmiese con él y le mantuviese caliente. Este remedio era corriente en la antigüedad, pero no vemos que se consultase a Jehová sobre esto por medio de Natán u otro profeta, con lo que se habría obtenido algún remedio mejor y se habría evitado un problema que pronto veremos.

Versículos 5–10

David hubo de sufrir mucho (en castigo por su gran pecado—v. 2 S. 12:10—) por parte de sus hijos. Amnón y Absalón, el primero y el tercero, respectivamente, habían muerto violentamente después de causar a su padre gran aflicción. Del segundo, habido de Abigail, podemos suponer que murió siendo aún muy joven. El cuarto era Adonías (2 S. 3:4), nacido, como los otros tres, en Hebrón. Era parecido a Absalón en gallardía, edad y mal carácter. A los ojos de su padre había sido una joya («consentido», como los otros dos), pero ahora iba a ser una espina.

I. Adonías campaba por sus respetos (vv. 5, 6): *«Su padre nunca le había entristecido en todos sus días»*. Era falta del hijo el que le desagradase la reprensión y perdía así el beneficio de ella, pero era especialmente falta del padre el no reprenderle cuando debía, y ahora iba a pagar el precio por su indulgencia.

II. Al corresponder mal al desordenado afecto de su padre Adonías se aprovechó de que su padre estaba enfermo y encamado para tratar de usurpar el trono (v. 5): *«Se rebeló, diciendo: Yo reinaré»*.

1. Al esperar que su padre se muriese pronto, se preparó a sucederle a pesar de saber que por designación, tanto de Dios como de David, el sucesor había de ser Salomón (1 Cr. 22:9; 23:1).
2. Consideró a su padre como a un viejo ya decrépito e inútil y, por tanto, pensó que era hora de asumir el gobierno de la nación. Su padre ya no podía gobernar por demasiado viejo, ni Salomón por ser, en opinión de Adonías, demasiado joven. Así que él era el sucesor, según su propia lógica.
3. Para conseguir lo que pretendía: (A) Se hizo con una gran escolta (v. 5): *«Carros, gente de a caballo y cincuenta hombres que corriesen delante de él»*, para asistirle en la corte y en la guerra. (B) Consiguió para su partido nada menos que a Joab, general del ejército, y Abiatar, sumo sacerdote (v. 7). Estos dos hombres, fieles a David en los tiempos más difíciles de su vida, eran veteranos y experimentados, de los que no podía esperarse que fueran atraídos a formar parte de una conspiración. Pero Dios les dejó ahora de su mano, para corregirles de anteriores desórdenes de conducta con un azote que ellos mismos se estaban ahora haciendo. Se nos dice también (v. 8) quiénes, entre los que habían sido de probada fidelidad hacia David, no eran de la confianza de Adonías: Sadoc, Benayá, Natán, etc. (C) Preparó un gran banquete (v. 9) para los de su partido en Roguel, no lejos de Jerusalén. Fueron invitados sus hermanos y los siervos de su padre, pero no invitó a Salomón ni a los del partido de éste (v. 10). No cabe duda de que este banquete encerraba cierto sentido religioso, con lo que evitaba sospechas, y comenzó su usurpación con esas muestras de devoción, más notorias cuando tenía a su lado al sumo sacerdote.

Versículos 11–31

Natán y Betsabé se apresuran a obtener de David una ratificación de la promesa de sucesión a favor de Salomón, para aplastar así en sus comienzos el complot de Adonías. 1. David no sabía lo que estaba ocurriendo. 2. Parece ser que Betsabé vivía algún tanto retirada de la corte y, por eso, ignoraba también lo que ocurría hasta que le dio informes Natán. 3. Parece ser que Salomón lo sabía, pero, aunque tenía edad (por lo menos 16 años) y una sabiduría superior a su edad, no quiso intervenir activamente, dejando que Dios y los de su partido pusieran en orden las cosas.

I. Natán el profeta alarmó a Betsabé dándole cuenta de lo que ocurría y le sugirió que fuese al rey para obtener la confirmación del juramento que le había dado con respecto a los derechos de Salomón al trono. Natán conocía la mente de Dios y los intereses de David y de Israel. Precisamente por medio de él había puesto Dios a Salomón el nombre de *Yedidyah* = escogido de Jehová (2 S. 12:25) y, por tanto, no podía permanecer sentado y ver usurpado por otro el trono que le pertenecía a Salomón. Natán apeló a Betsabé, no sólo porque a ella le iba en el asunto el futuro de su hijo (y probablemente la vida de ella misma), sino también porque ella era la que tenía más fácil acceso a David. La informó del intento de Adonías (v. 11) y de que éste no tenía el consentimiento de David para la usurpación que intentaba. Le dio a entender que no sólo estaba Salomón en peligro de perder el trono, sino que tanto él como ella misma estaban en peligro de perder la vida si Adonías lograba prevalecer (v. 12): *«Toma mi consejo, para que conserves tu vida y la de tu hijo Salomón»*. Le dice (v. 13) que se presente al rey, le traiga a la memoria la promesa y el juramento de que Salomón había de ser quien le sucediera, y le pregunte con mansedumbre: *«¿Por qué, pues, reina Adonías?»* Quizá pensó que con todo esto se calentaría un poco el viejo y frío rey. La conciencia y el sentido del honor pondría vida en aquel organismo prematuramente envejecido. Prometió también a Betsabé que, mientras estuviese ella hablando con el rey, entraría él mismo a confirmar sus razones (v. 14), como si llegase allá casualmente.

II. Conforme al consejo e instrucciones de Natán, Betsabé no perdió tiempo, sino que se fue inmediatamente al rey para interceder por sí misma y por su hijo. Sabía que sería bien acogida a cualquier

hora. Su alocución al rey, en esta ocasión fue muy prudente. 1. Le recordó la promesa que le había hecho, ratificada con juramento, de que le había de suceder Salomón (v. 17). Sabía que a un hombre tan concienzudo como David estas razones le harían efecto. 2. Le informó del intento de Adonías, lo que él ignoraba (v. 18). Le dijo también quiénes eran los invitados al banquete de Adonías, como gente de su partido, y añadió (v. 19): *«Mas a Salomón tu siervo no ha convidado»,* lo cual indicaba claramente que le tenía por rival y quería dejarle de lado. 3. Apela a que David tiene autoridad y poder para evitar esta maldad (v. 20): *«Los ojos de todo Israel están puestos en ti»,* no sólo por ser el rey, sino por ser profeta. Todo Israel sabía que David era, no sólo *el ungido del Dios de Jacob,* sino también aquel *por quien hablaba el Espíritu de Jehová* (2 S. 23:1, 2); por eso, en un asunto de tal importancia, cuando dependían de la designación divina, las palabras de David serían para ellos oráculo y ley. 4. Le dio a entender el inminente peligro que tanto ella como Salomón corrían si este asunto no quedaba zanjado en vida de David (v. 21).

III. El profeta Natán, como había prometido, llega en el momento oportuno, cuando Betsabé estaba todavía hablando y el rey no había dado aún respuesta (v. 22). *«Dieron aviso al rey»* de que había llegado el profeta Natán, quien estaba seguro de que siempre era bien acogido por David, y «se *postró delante del rey inclinando su rostro a tierra»* (v. 23). 1. Natán da al rey un informé similar al que le había dado Betsabé (vv. 25, 26) y añade que el partido de Adonías había llegado a tal confianza en el triunfo de la rebelión que ya gritaban: *«¡Viva el rey Adonías!»,* como si David hubiese muerto ya. No le habían invitado a él a la fiesta *(«Pero a mí, tu siervo … no ha convidado»*—v. 26—), y da a entender con esto que habían resuelto no consultar ni a Dios ni a David sobre este asunto. 2 Hace que el rey se percate del interés que tiene en que se le considere ajeno totalmente a lo que se está tramando. Por eso insiste (v. 24): «*¿Has dicho tú: Adonías reinará después de mí?»* Y de nuevo (v. 27): «*¿Se hace esto por orden de mi señor el rey?»* como si dijese: «Si es así, no eres fiel ni a la palabra de Dios ni a la tuya propia como todos esperábamos de ti; pero, si no es así, es ya tiempo de que nos opongamos a la sublevación y sea declarado Salomón tu sucesor». De este modo procura Natán avivar el enojo de David contra los sublevados, a fin de que actúe con autoridad y rapidez en favor de los intereses de Salomón.

IV. Persuadido con estas razones, David declara solemnemente su firme adhesión a la decisión que había tomado tiempo atrás de que Salomón había de sucederle en el trono. Hace llamar a Betsabé (v. 28) y le da nuevas garantías de lo que ya le había jurado anteriormente. 1. Repite su anterior promesa, con nuevo juramento (v. 29), y reconoce que *había jurado por Jehová Dios de Israel que Salomón reinaría después de él* (v. 30) y que, conforme a esta palabra, *así lo haría aquel mismo día,* sin discusión y sin demora. La fórmula que usa en el versículo 29 parece ser que es la que usaba en ocasiones solemnes, como vemos en 2 Samuel 4:9. Va acompañada de un reconocimiento agradecido a la bondad que Dios le ha mostrado. Quizá se expresa así en esta ocasión con el objeto de animar a su hijo y sucesor a confiar en Dios en todas las dificultades que puedan salirle al encuentro.

V. Betsabé recibe estas seguridades (v. 31) con cordiales deseos de que la vida de su esposo y señor se prolongue todavía por mucho tiempo: *«Viva mi señor el rey David para siempre».* Tan lejos estaba de pensar que ya había reinado por bastante tiempo, que todavía ora para que *viva para siempre, si* fuera posible, para honor de la corona que llevaba y para bendición del pueblo al que gobernaba.

Versículos 32–40

Medidas efectivas que tomó David para asegurar los derechos de Salomón y preservar la paz pública mediante el aplastamiento de la rebelión de Adonías.

I. Dio orden expresa de que se proclamase rey a Salomón. 1. las personas a quienes encomendó la ejecución de su orden fueron Sadoc, Natán y Benayá, hombres de autoridad y poder, a quienes siempre había hallado David leales a su causa. David les ordena que, con la mayor rapidez y solemnidad posibles, proclamen rey a Salomón. Han de tomar consigo a los siervos de David, tanto a los guardaespaldas como a los sirvientes de palacio, y montar a Salomón en la mula en que David solía montar. Sadoc y Natán, los representantes de la religión, deben ungir en nombre de Dios, al nuevo rey. 2. Los oficiales de más alto rango, civil y militar, han de dar pública noticia del acto y expresar, mediante solemne toque de trompeta,

de acuerdo con la ley de Moisés, el regocijo popular en esta ocasión; a esto debía añadirse la aclamación del pueblo: *«¡Viva el rey Salomón!»* (v. 34). 3. Después han de traerle con la misma solemnidad a la ciudad de David y debe ser entronizado como virrey mientras su padre vivía, para despachar los asuntos públicos durante la enfermedad de David, y sucederle como rey cuando él muera (v. 35). *«Él reinará en mi lugar.»* Sería una gran satisfacción para David mismo y para todos los interesados en la causa de Salomón ver que esto se hiciera inmediatamente, a fin de que, al ocurrir la defunción de David, no hubiese ninguna disputa ni perturbación del orden ni de los intereses del pueblo.

II. La gran satisfacción con que acogió estas órdenes Benayá en nombre de los demás comisionados. David había dicho: *«Él* (Salomón) *reinará en mi lugar»*. (v. 35), y Benayá responde animoso: *«Amén.* Como lo dice el rey, así lo decimos nosotros también; y, puesto que nada podemos llevar a cabo sin el concurso de la divina providencia, *así lo diga Jehová, Dios de mi señor el rey»*. (v. 36). Este es el lenguaje de la fe en la promesa de Dios, sobre la que se fundaba la sucesión de Salomón al trono. A esto añade Benayá una oración por Salomón (v. 37), a fin de que Dios esté con él como ha estado con David y haga que el trono de Salomón sea todavía *mayor que el trono de David.* Sabía que David no era de los que envidian la grandeza de sus hijos y que, por consiguiente, no le desagradaría esta oración ni la tomaría como una afrenta, sino que respondería a ella con un «Amén» de todo corazón.

III. Inmediata ejecución de las órdenes de David (vv. 38–40). No se perdió tiempo, sino que Salomón fue traído solemnemente al lugar señalado, y allí le ungió Sadoc (v. 39) conforme a las instrucciones del profeta Natán y del propio David. En el tabernáculo donde estaba ahora el Arca, se guardaba, entre otros objetos sagrados, el aceite que se usaba para muchos servicios religiosos; de allí tomó Sadoc *el cuerno del aceite* (símbolo, a la vez, de poder y de abundancia) y ungió con él a Salomón. Éste no era el aceite con que se ungía a los sacerdotes. A continuación, el pueblo expresó su satisfacción y su alegría por la entronización de Salomón, rodeándole de hosannas: *«¡Viva el rey Salomón!»,* acompañando con música de *flautas sus* aclamaciones de alegría, las cuales eran tan ruidosas que, con una hipérbole, muy del estilo semita, dice el autor sagrado que *parecía que la tierra se hundía con el clamor de ellos* (v. 40).

Versículos 41–53

I. Las noticias de la solemne entronización de Salomón llegaron pronto a los oídos de Adonías y de sus partidarios, *cuando ya habían acabado de comer* (v. 41), y, por lo que se ve, era mucho lo que habían comido, puesto que toda la ceremonia de la unción de Salomón fue ordenada y llevada a cabo mientras ellos estaban banqueteando. Cuando estaban más alegres, después de comer y beber en abundancia, dispuestos a proclamar a su rey y traerlo en triunfo a la ciudad, oyeron *el sonido de la trompeta* (v. 41). Joab ya se iba haciendo viejo y se alarmó, pero Adonías todavía confiaba en que el emisario, al ser *hombre valiente* (v. 42), *traería buenas nuevas.* Pero el joven trajo *ciertamente* las peores nuevas que Adonías podía esperar: *«Nuestro señor el rey David ha hecho rey a Salomón»* (v. 43), con lo que las pretensiones de Adonías se venían al suelo. Refiere el joven Jonatán a los allí reunidos: 1. La gran solemnidad con que había sido proclamado rey Salomón (vv. 44, 45) y que *ya se había sentado en el trono del reino* (v. 46). 2. La gran satisfacción con que el pueblo había acogido este nombramiento. Los siervos del rey habían felicitado a David por ello (v. 47), habían orado por el nuevo rey (v. 47) del mismo modo que lo había hecho Benayá (v. 37). Y el rey mismo estaba satisfecho. David hace un gesto de *adoración en la cama* (como en otro tiempo Jacob—v. Gn. 47:31—) en señal de gratitud y reconocimiento a Dios *por haberle concedido ver a un hijo suyo sentado en su trono* (v. 48).

II. La forma con que dio fin a las ilusiones de Adonías. Echó a perder las alegrías del banquete, dispersó a los invitados y obligó a cada uno de sus partidarios a buscar en la fuga la salvación de su vida (v. 49).

III. El propio Adonías, aterrorizado, fue a refugiarse en el santuario, *asiéndose a los cuernos del altar* (v. 50). Había despreciado a Salomón, no considerándole digno de asistir a su banquete (v. 10), pero ahora le temía como a juez: *«temiendo de la presencia de Salomón».* El santuario era considerado como lugar de refugio (en concreto, el altar de los holocaustos—Éx. 21:14—), excepto en caso de homicidio voluntario. Con ello daba a entender que no se atrevía a ser llevado a juicio, sino que se ponía a merced

del príncipe, al no tener otra cosa que apelar sino a la misericordia de Dios, la cual se manifestaba en la institución y aceptación de los sacrificios que en aquel altar se ofrecían y en el consiguiente perdón de los pecados.

IV. Desde el santuario, Adonías envió a Salomón un mensaje con el que imploraba perdón (v. 51): *«Júreme hoy el rey Salomón que no matará a espada a su siervo»*.

V. Las instrucciones que dio Salomón acerca de él. Le despidió sin hacerle daño alguno, bajo promesa de buena conducta (vv. 52, 53). Se contentaba con que se alejara de la corte, *yéndose a su casa*, no para quedar confinado en ella como arrestado, sino para que no se inmiscuyese en los asuntos políticos. Todavía le considera como a hermano y tiene en cuenta que es la primera ofensa que ha cometido contra él. Así es como el Hijo de David, Jesucristo, recibe con misericordia a los que han sido rebeldes pecadores; con tal que sean fieles a su Soberano, sus pecados anteriores no serán mencionados contra ellos; pero si continúan impenitentes, entregados a sus concupiscencias, terminarán en completa ruina.

CAPÍTULO 2

I. David va a morir pronto y dispone su testamento político. 1. El encargo general que hace, en su lecho de muerte, a Salomón, es servir a Dios (vv. 1–4); en particular, da órdenes acerca de Joab, Simeí y Barzilay (vv. 5–9). 2. Su muerte y sepultura y el cómputo de los años de su reinado (vv. 10, 11). II. Comienzo del reinado de Salomón (v. 12). Aun cuando había de ser un príncipe de paz, conforme a su nombre, empieza por ejecutar notables actos de justicia vindicativa: 1. Sobre Adonías, a quien manda ejecutar por sus pretensiones peligrosas (vv. 13–25). 2. Sobre Abiatar, a quien depone de su cargo de sumo sacerdote, por haber tomado partido por Adonías (vv. 26, 27). 3. Sobre Joab, a quien también da muerte por su reciente traición y sus anteriores crímenes (vv. 28–35). 4. Sobre Simeí, a quien, por haber maldecido a David, confinó en Jerusalén (vv. 36–38) y, tres años después, le dio muerte por haber transgredido la orden de confinamiento (vv. 39–46).

Versículos 1–11

Aquel gran hombre—y buen hombre—que fue David, aparece aquí (v. 1) próximo a morir y, poco después (v. 10), muerto. Es una bendición que haya otra vida después de ésta, porque la muerte mancha la gloria presente arrojándola al polvo.

I. Instrucciones que David, próximo a morir, dio a Salomón, su hijo y sucesor. Se siente próximo a su ocaso y así lo reconoce (v. 2): *«Me voy por el camino de toda la tierra»* (lit.). Es un bello eufemismo para expresar el destino común de los mortales. La muerte es un camino; no es sólo un episodio de la vida, sino una senda que conduce a otra vida mejor. También los hijos de Dios y herederos del Cielo tienen que pasar por ese camino; han de morir (He. 9:27); pero pueden ir gozosos por ese camino, *por valle de sombra de muerte* (Sal. 23:4). Los profetas, y también los reyes, tienen que ir por ese camino hacia una luz más brillante y un honor más alto que la profecía o la soberanía. David se va, pues, por ese camino, y da instrucciones a Salomón sobre lo que debe hacer.

1. Le encarga, en general, que guarde los mandamientos de Dios y cumpla a conciencia con su deber (vv. 2–4). Le prescribe: (A) Una buena norma para obrar: la voluntad de Dios (v. 3): *«Guarda los preceptos de Jehová tu Dios, etc»*. (B) Un buen espíritu con el que actuar (v. 2): *«Esfuérzate y sé hombre»*. Esto era necesario para un jovencito como era Salomón, de unos 16 o 17 años. (C) Un buen motivo para todo esto (v. 3): *«Para que prosperes en todo lo que hagas y en todo aquello que emprendas»*. Que cada uno cumpla, en sus días, la voluntad de Dios; podemos entonces estar seguros de que Dios cumplirá su palabra. Nunca cae la promesa mientras no caiga el precepto. Dios había prometido a David que el Mesías había de salir de sus lomos, y esta promesa era absoluta; pero la promesa de que *no le faltaría a David varón en el trono de Israel* era condicionada: *«Si tus hijos guardan mi camino»* (v. 4).

Si Salomón, en sus días cumplía la condición, pondría lo que estaba de su parte para que se perpetuase la promesa. La condición es que *andemos delante de Dios con verdad, de todo corazón y con toda el alma.*

2. Le da instrucciones particulares con respecto a ciertas personas, para que sepa lo que ha de hacer con ellas.

(A) En cuanto a Joab (v. 5). David se daba cuenta de que no había hecho bien perdonándole la vida después que había contravenido gravemente, una y otra vez, la ley de Dios mediante el asesinato de Abner y de Amasá, grandes hombres ambos, *generales del ejército de Israel.* Los había matado a traición *(«derramando en tiempo de paz sangre de guerra»),* con lo que había injuriado también a David: *«Ya sabes lo que me ha hecho Joab».* Los crímenes de Joab se agravaban por el hecho de que ni se avergonzaba de ellos ni tenía miedo al castigo, sino que se atrevía a llevar desvergonzadamente *la sangre inocente en el cinturón de sus lomos y en las sandalias de su pies.* David lo deja a la prudencia de Salomón (v. 6), indicándole que no debe dejarle sin castigo.

(B) En cuanto a la familia de Barzilay, a la que le ordena que se muestre benigno por amor a Barzilay, quien, por lo que se ve (v. 7), ya había muerto. Los beneficios que hemos recibido de nuestros amigos no deben quedar sepultados en nuestra tumba ni en la de ellos, sino que nuestros hijos deben corresponder con beneficios a los hijos de ellos.

(C) En cuanto a Simeí (vv. 8, 9): *«Me maldijo con una maldición fuerte».* Tanto más fuerte cuanto que le insultó cuando David se hallaba en su mayor aprieto, y puso vinagre en sus heridas. David le había jurado (2 S. 19:23) que no le había de matar, pero ahora encarga a Salomón que, *siendo hombre sabio, sabrá lo que debe hacer con él, «y harás descender sus canas con sangre al Seol»* (v. 9). Esta última frase ha dado mucho que hablar. El propio rabino Hertz hace notar que, «cualesquiera sean *las razones de Estado* que puedan presentarse para mitigar la acción de David, no es un acto que haya de imitarse en la vida de ningún individuo ordinario», y apela a Levítico 19:18: *«No te vengarás ni guardarás rencor, etc».* Bullinger llega a interpolar un *«no»* delante de *«harás descender ...»,* y alega que es un caso de elipsis del adverbio de negación, por continuación del primer *«no»* del versículo (nota del traductor), pero difícilmente se hallará un hebraísta en el mundo entero que esté de acuerdo con esta suposición en el presente texto. Es cierto, por otra parte, que Salomón no mandó matar a Simeí precisamente por la maldición que había echado a David, sino por quebrantar cierta orden de Salomón, como veremos en su lugar. Lo que es de notar es la frase *«sabes cómo debes hacer con él»;* es decir, «al conocer su espíritu rebelde y turbulento, hallarás algún modo de quitarlo de en medio sin que yo tenga que faltar a mi juramento». No olvidemos que estamos hablando de una época muy antigua dentro del Antiguo Testamento.

II. Muerte y sepultura de David (v. 10): *«Fue sepultado en su ciudad»,* no en Belén, donde había nacido, sino en Jerusalén, ciudad que él había fundado. Allí se habían erigido los tronos, y allí también se excavaron las tumbas, de la casa de David. Su epitafio podría tomarse de 2 Samuel 23:1: «Aquí yace *David, hijo de Isaí, el varón que fue levantado en alto, el ungido del Dios de Jacob, el dulce cantor de Israel»,* y añadir aquellas otras palabras suyas del Salmo 16:9: *«Mi carne también reposará confiadamente».*

Versículos 12–25

I. Accesión de Salomón al trono (v. 12). Llegó al trono con mucha más facilidad y paz que su padre, y también vio su gobierno establecido mucho más temprano que su padre. Bien van las cosas para un país cuando el fin de un buen reinado es el comienzo de otro, como sucede aquí.

II. La justa y necesaria remoción de su rival Adonías, a fin de establecer su reinado sobre bases firmes.

1. Proyecto traicionero de Adonías. Consistía en solicitar la mano de Abisag, la última concubina de su padre, más que por el amor que le tenía, por la esperanza de renovar sus pretensiones al trono, ya que entrar a las esposas o concubinas del rey equivalía a usurpar su trono, como vimos en el caso de Absalón, quien siguió el consejo de Ahitófel y entró a las concubinas de su padre. Adonías se hacía la ilusión de que, si lograba suceder a su padre en el lecho nupcial, tal vez podría aspirar de nuevo a sucederle en su trono triunfal.

2. La estratagema que usó para obtener su propósito. No se atrevió a pedir de inmediato la mano de Abisag, sino que puso el asunto en manos de Betsabé, quien podría pensar que era una cuestión de amor, sin sospechar que encerrase ninguna intención política. Betsabé se sorprendió de ver a Adonías en su apartamento y le preguntó si venía con buena intención pues ella misma había intervenido para desbaratar la anterior rebelión de Adonías. Él respondió que su venida era *de paz* (v. 13). En seguida le hace la petición (v. 14) para que la haga llegar al rey (vv. 15–17), y use su influencia de reina madre; de que se le de Abisag por esposa. Se presenta a sí mismo como objeto de compasión, pues ha sido privado de la corona (v. 15) y, por tanto, bien merece que se consuele con una de las esposas de su padre. Así parece quedar satisfecho de que el reino haya sido *traspasado a su hermano por voluntad de Jehová,* cuando está maquinando precisamente el modo de arrebatárselo. Palabras de mantequilla, salidas de un corazón de piedra.

3. Betsabé intercede ante Salomón a favor de Adonías, después de haber prometido a éste que llevaría su ruego al rey (vv. 18–21). Este la recibió con todo el respeto debido a su madre (la reina madre gozaba, en los países orientales, de gran honor e influencia): *«El rey se levantó a recibirla y se inclinó ante ella … e hizo traer una silla para su madre, la cual se sentó a su diestra»* (v. 19). Ella le dice entonces el objeto que la trae al rey su hijo (v. 21): *«Que den a Abisag sunamita por mujer a tu hermano Adonías».* Era extraño que no considerase el incesto que la propuesta implicaba, aunque es posible que no tuviera a Abisag por verdadera esposa o concubina de David, por cuanto el matrimonio no había sido consumado (v. 1:4: *«el rey nunca la conoció»*) y, por ello, pensaría que bien podía ser dada a Adonías, al tener en cuenta la mansa sumisión de éste.

4. Salomón rechaza justa y juiciosamente la propuesta. Convence a su madre de lo insensato de la petición y le muestra la intención que la propuesta implicaba, de la cual ella no se había percatado. La respuesta de Salomón a su madre llega a resultar, a primera vista, un tanto áspera (v. 22): *«Demanda también para él el reino».* Esto era, en fin de cuentas, lo que la petición de Adonías comportaba. Luego, con una fórmula ya clásica en el redactor de los libros de Samuel, Reyes y Rut (en los que ocurre 12 veces): *«Así me haga Dios y aun me añada»* (v. 23), jura por Jehová que *Adonías ha de morir* (vv. 23, 24) *aquel mismo día.* Al ser evidente que Adonías aspiraba todavía al trono, Salomón no podía estar a salvo mientras viviese su hermano. Los hombres de espíritu ambicioso y turbulento suelen prepararse a sí mismos los instrumentos de su propia muerte. Más de una cabeza ha caído por aspirar a una corona.

Versículos 26–34

Abiatar y Joab habían sido de los que habían apoyado la causa de Adonías en su rebelión anterior y, por las palabras de Salomón en el v. 22, puede sospecharse que habían sugerido a Adonías que adoptase esta otra estratagema. Esto era por parte de ambos (el sumo sacerdote y el general en jefe del ejército), una intolerable afrenta a Dios y al rey, tanto mayor cuanto más alta era la posición que ocupaban y de mayor influencia el ejemplo que daban al pueblo. Ambos eran reos de alta traición, pero, en el juicio pronunciado contra ellos, se observa una diferencia establecida con buena razón.

I. Abiatar, en consideración a su carácter sacerdotal y por los grandes servicios prestados antaño a David, és únicamente degradado (vv. 26, 27). 1. Salomón, con gran sabiduría, le deja convicto de culpabilidad. 2. Le hace a la memoria el oficio que había desempeñado delante de Dios *(«por cuanto has llevado el Arca de Jehová el Señor»),* y la participación que había tenido en los sufrimientos de David (*«Y además has sido afligido en todas las cosas en que fue afligido mi padre»*). 3. Por estas razones le conserva la vida pero lo confina *en Anatot,* su territorio, apartándolo de la corte, y lo depone de su cargo de sumo sacerdote, incapacitándolo para asistir al tabernáculo y al altar y para interferirse en los asuntos públicos. 4. Con esta deposición de Abiatar se cumplía la amenaza pronunciada contra la casa de Elí (1 S. 2:30), pues él era el último sumo sacerdote de dicha familia, descendiente de Itamar; así volvía el sumo sacerdocio a su legítima rama, por medio de Sadoc, descendiente de Eleazar.

II. Joab, en cambio, en consideración de sus anteriores crímenes, a los que sumaba el apoyo prestado a la causa de Adonías, es ejecutado.

1. Su conciencia culpable le envió a asirse de los cuernos del altar. Se enteró de que Adonías había sido ejecutado (vv. 24, 25) y Abiatar depuesto (vv. 27, 28), y, por eso, al temer que a él le tocara ahora el turno, huyó a refugiarse en el altar.

2. Salomón ordenó que se le diera muerte por los asesinatos cometidos contra Abner y Amasá (vv. 31, 32), pues éstos eran los crímenes que el propio David había mencionado como dignos de muerte (vv. 5, 6); por eso no menciona Salomón la adhesión que había prestado últimamente a Adonías: *«Había dado muerte a dos varones más justos y mejores que él»* (v. 32), ya que a él no le habían hecho ningún daño y, si hubiesen sobrevivido, le habrían prestado a David, probablemente, mejores servicios que los que le prestó Joab. Por estos crímenes: (A) Debe morir, y morir por la espada de la justicia pública. (B) Debe morir en el mismo altar en el que ha preferido refugiarse (v. 30). Benayá tenía cierto escrúpulo de matarle allí, pero Salomón, que conocía mejor la ley, sabía que el altar de Dios no podía servir de refugio a criminales notorios, esto es, asesinos voluntarios. Ordena, pues, que se le mate allí mismo. La santidad de cualquier lugar nunca debe servir para encubrir la perversidad de ninguna persona. Los que, con fe viva, se asen de Cristo y de su justicia, resueltos a perecer allí, si es que han de perecer, hallarán en Él una protección más poderosa que la que halló Joab en los cuernos del altar. Benayá lo mató allí con toda la solemnidad, a no dudar, de una pública ejecución.

3. Salomón se quedó satisfecho con este acto de justicia, no por motivo de venganza personal, sino en cumplimiento de las órdenes de su padre y al saber que prestaba un buen servicio a la corona y al gobierno de la nación. Así se aseguraba *la paz* (v. 33) *sobre David, su descendencia, su casa y su trono.* Ahora que un hombre tan turbulento como Joab ha sido quitado de en medio, habrá paz. Salomón mira hacia Jehová como la fuente de donde ha de manar esta paz: *«Habrá paz perpetuamente de parte de Jehová»;* paz de Jehová, y paz perpetua de Jehová; Él es, así, autor y consumador de la verdadera paz. *«La paz de Dios y el Dios de la paz»* (Fil. 4:7, 9) estén siempre con nosotros.

Versículos 35–46

I. Promoción de Benayá y Sadoc, dos fieles amigos de Salomón y de su gobierno (v. 35). Al haber sido ejecutado Joab, Benayá pasó a ser comandante en jefe del ejército y, con Abiatar depuesto de su cargo, Sadoc fue nombrado sumo sacerdote, con lo que se cumplió la palabra de Dios (1 S. 2:35): *«Y yo me suscitaré un sacerdote fiel … y yo le edificaré casa firme».*

II. El curso que tomó el asunto de Simeí. Salomón envió por él, por medio de un mensajero, para hacerle venir de su casa en Bahurim. Es probable que Simeí no esperase del rey mejor trato que el que había tenido Adonías, conocida su enemistad hacia la casa de David. Pero Salomón es suficientemente sabio para hacer distinción entre crímenes y criminales. David había jurado a Simeí conservarle la vida. Salomón no estaba ligado con el juramento de su padre, pero tampoco quiso ir inmediatamente en contra de dicho juramento.

1. Lo confinó en Jerusalén, y le prohibió salir de la ciudad bajo ningún pretexto. Si pasaba el torrente de Cedrón se hacía reo de muerte (v. 37). Si se contenta con vivir en Jerusalén, no le pasará nada. Bien poca cosa se le pide.

2. Simeí se somete al confinamiento y agradece que se le conserve la vida bajo tales condiciones. Dos siervos suyos se escaparon de él a tierra de los filisteos (v. 39). Hasta allí los persiguió y los trajo a casa (v. 40). Se informa a Salomón de lo sucedido (v. 41). Si él hubiese presentado el caso a Salomón y le hubiese pedido permiso para salir, es posible que el rey se lo hubiese permitido, pero pensar que podía salvar la vida por ignorancia o connivencia del rey, era una afrenta del más alto grado contra el soberano. Así que, después de reprocharle el quebrantamiento de lo pactado (vv. 41–43) y traerle a la memoria lo que antaño había hecho a David (v. 44), dio orden que se le diese muerte inmediatamente (v. 46).

CAPÍTULO 3

Después de los sangrientos sucesos, aunque a favor de la justicia, del capítulo anterior, el presente capítulo muestra una faz distinta. I. Matrimonio de Salomón con la hija de Faraón (v. 1). II. Una vista general de su carácter religioso (vv. 2–4). III. La oración que elevó a Dios pidiéndole sabiduría, y la respuesta divina a dicha oración (vv. 5–15). IV. Un ejemplo particular de su sabiduría al decidir una controversia entre dos rameras (vv. 16–28). Salomón aparece grande aquí tanto en el altar como en el tribunal; lo es en el tribunal porque lo ha sido en el altar.

Versículos 1–4

I. Algo que es bueno sin discusión y por lo que Salomón es de alabar: 1. *«Amaba a Jehová»* (v. 3). Es una correspondencia al amor que Dio le había mostrado (2 S. 12:24), de donde le vino el nombre de *Yedidyah* = amado (más bien predilecto) de Dios. Salomón era hombre sabio, rico y grande; pero el mayor encomio que de él puede hacerse es éste: *Amaba a Jehová.* O, como dice la versión caldea, *«amaba el culto de Jehová»*. Todos cuantos aman a Dios aman su culto: les agrada oírle, hablarle y tener comunión con Él. Sin embargo (nota del traductor), dada su idolatría posterior y, al parecer, final, es muy problemático que Salomón tuviese un corazón verdaderamente regenerado; por lo que dichas expresiones podrían significar simplemente una preferencia. 2. *Andaba en los estatutos de su padre David.* Esto se refiere, como es obvio, a los comienzos de su reinado. *Los estatutos de su padre* no puede significar únicamente las órdenes que le había dado antes de morir (2:2, 3; 1 Cr. 28:9, 10), sino también la conducta general de David en la observancia de los estatutos de Dios. Quienes de veras aman a Dios de seguro guardarán sus estatutos (v. Sal. 119 y comp. con Jn. 14:15). 3. Era muy generoso en lo que hacía por el honor de Dios (v. 4). Nunca debemos pensar que es un derroche lo que gastamos en el servicio del Señor.

II. Algo que es discutible. 1. Su matrimonio con la hija de Faraón (v. 1). Debemos pensar que ella se hizo seguidora del verdadero Dios, como todo prosélito. En todo caso, era una buena baza política; por otra parte, como hace notar F. Rodríguez Molero: «La ley judía no prohibía expresamente el matrimonio con una extranjera no cananea (cf. Éx. 34:16; Dt. 7:3)». Hay quienes piensan que Salomón compuso, en esta ocasión, el Salmo 45 y aun el Cantar de los Cantares. Esto último es claramente falso, ante un análisis somero del Cantar. 2. Su adoración en lugares altos, los cuales eran motivo de adoración para los cananeos, por lo que Salomón en esto seguía una costumbre reprochable (vv. 2, 3). Es cierto que Abraham había erigido sus altares en montañas (Gn. 12:8; 22:2) y daba culto a Dios bajo un tamarisco (Gn. 21:33), pero eso era válido antes de que la ley de Dios estableciera un lugar especial (Dt. 12:5, 6). David se atuvo únicamente al Arca de Dios y no se cuidó de los lugares altos, pero Salomón no siguió en esto los estatutos de su padre. Mostró gran celo por los sacrificios, pero habría sido mejor la obediencia (1 S. 13:13; 15:22).

Versículos 5–15

Informe de una visita que hizo Dios a Salomón y la comunión que éste tuvo con Dios.

I. Circunstancias de esta visita (v. 5). 1. El lugar: *Gabaón,* era éste *el lugar alto principal* (v. 4), porque allí estaba el tabernáculo con el altar de bronce (2 Cr. 1:3). Allí ofrecía Salomón sus copiosos sacrificios, y allí le reconoció Dios. Cuanto más nos acercamos a la correcta norma en nuestro culto, tanto mayor es la razón que tenemos para esperar señales de la presencia de Dios. 2. El tiempo: Fue de noche, después de un día en que había ofrecido sacrificios (vv. 4, 5). Cuanto más abundemos en la obra de Dios, mayores consuelos podemos esperar de Él; si el día ha sido laborioso al servicio de Él será fácil el reposo de la noche en Él. El silencio y el retiro favorecen nuestra comunión con Dios. 3. El modo: Fue en un sueño, mientras estaba dormido, con los sentidos encerrados en sus cámaras, a fin de que el acceso de Dios a su mente fuese directo y libre de obstáculos. De este modo solía Dios hablar a los profetas (Nm. 12:6) y a personas particulares, para su beneficio (Job 33:15, 16). Estos sueños de visitación divina eran fáciles de distinguir de aquellos otros en que aparecen diversas vanidades (Ec. 5:7).

II. La generosa oferta que Dios le hizo (v. 5). Vio la gloria de Dios que brillaba sobre él y oyó la voz de Dios que le decía: «Pide lo que quieras».

III. La petición que Salomón hizo a Dios tan pronto como le fue hecha la oferta. Con la gracia de Dios, Salomón pudo orar mientras dormía, y fue una oración viva y alertada. La gracia de Dios le puso en el corazón estos buenos deseos:

1. Reconoce la gran bondad de Dios con su padre David (v. 6). Los favores de Dios son doblemente dulces cuando los reconocemos como transmitidos a nosotros mediante las manos de los que nos han precedido.

2. Reconoce su propia insuficiencia para el cumplimiento del gran encargo que se le ha encomendado (vv. 7, 8). Apela a dos razones para dar mayor fuerza a su petición de sabiduría: (A) Que su oficio la requería, pues era el sucesor de David en el trono. (B) Que la necesitaba urgentemente, porque era muy joven (tendría ahora entre los 18 y los 20 años): *«Yo soy joven y no sé cómo comportarme»* (lit. *no sé salir y entrar*). La pregunta de Pablo (*«Y para estas cosas, ¿quién está capacitado?»*—2 Co. 2:16—) es semejante a la que hace Salomón a continuación (v. 9): *«¿Quién será competente para juzgar a este tu pueblo tan grande?»* Absalón, que era un insensato, se creía competente para juzgar a Israel; Salomón, joven sabio, tiembla ante el quehacer que le espera y se siente insuficiente para desempeñar el cargo.

3. Pide a Dios que le de sabiduría (v. 9): *«Da, pues, a tu siervo corazón entendido* (lit. *escuchante) para juzgar a tu pueblo».* Así oraba su buen padre (Sal. 119:125. O el autor del salmo—Nota del traductor—): *«Tu siervo soy yo, dame entendimiento».* Un corazón sabio y entendido es un don de Dios (Pr. 2:6). Hemos de pedir a Dios sabiduría (Stg. 1:5) y orar para que sepamos aplicarla en el servicio al que hayamos sido llamados. Una pregunta se nos ofrece en seguida (nota del traductor): ¿No pudo Salomón haber pedido algo todavía mejor? Si consideramos su posterior apostasía y comparamos su petición con las de Moisés (Éx. 33:13) y de Pablo (Fil. 3:8, 10), vemos que a Salomón se le escapó *lo único necesario:* una constante comunión con Dios.

4. Con todo, Dios quedó suficientemente satisfecho (v. 10) con esta petición y le concedió lo que pedía, pues, al fin y al cabo, pedía algo del orden espiritual, sin importarle las cosas temporales. Y además de la sabiduría le dio *riquezas y gloria* (v. 13). Este versículo aclara igualmente la comparación que se hace en el v. 12, para que entendamos (quizá son pocos los que se percatan de esto) que Salomón aventajó en sabiduría, riquezas y gloria *a los reyes,* no necesariamente a todos los sabios que en el mundo han sido. Aprendamos de Salomón a pedir cosas realmente convenientes y, especialmente, algo mejor que lo que él pidió, a saber, comunión con Dios, pues *«la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente y de la venidera»* (1 Ti. 4:8). Notemos que la promesa de Dios (explícitamente, en cuanto a la vida, implícitamente, en cuanto a la sabiduría) era condicionada: *«Si andas en mis caminos … como anduvo David tu padre, yo prolongaré tu vida»* (v. 14). Desgraciadamente, Salomón no cumplió la condición. Advirtamos también: (A) Que el modo de obtener las bendiciones de orden espiritual es importunar a Dios, y luchar con Él en oración, como Jacob. (B) Que el modo de obtener las bendiciones de orden temporal es dejarlas al arbitrio de Dios para que Él nos las conceda según nos convenga para nuestra salud espiritual. Así vemos que Salomón tuvo sabiduría porque la pidió, y tuvo riquezas porque no las pidió.

5. Agradecimiento de Salomón por la visita que Dios le había hecho (v. 15). Podemos suponer que se despertó transportado de gozo, contento y satisfecho por el favor que Dios le había otorgado, y en seguida pensó qué podría dar al Señor por este favor. Aunque la oración y su respuesta habían tenido lugar en Gabaón, *vino a Jerusalén* para dar gracias *ante el Arca del pacto de Jehová.* Quizá se reprochó a sí mismo por no haber orado allí, al ser el Arca la señal de la presencia de Dios. Quizá también habría sido mejor el sueño allí. En fin, el hecho de que Dios no tenga en cuenta nuestras equivocaciones, nos debería espolear a evitarlas en lo futuro. En Jerusalén, Salomón: (A) *Ofreció sacrificios a Dios.* (B) *E hizo también banquete a todos sus siervos,* a fin de que también ellos se regocijasen con él de la gracia que Dios le había otorgado.

Versículos 16–28

Se nos muestra ahora un ejemplo de la sabiduría de Salomón. La prueba no es sobre asuntos misteriosos del Estado aunque no cabe duda de que también en ellos se manifestaba su sabiduría, sino en el juicio sobre una querella entre dos partes.

I. El proceso se inicia, no por medio de abogados, sino por las partes mismas implicadas en el caso; dos *mujeres, y rameras* (v. 16). No se nos dice si el caso fue llevado antes a otro tribunal inferior, aunque el texto parece indicar que fue llevado directamente al monarca, pues ésta era la costumbre en los países orientales, especialmente en casos difíciles como éste. Estas dos mujeres, que vivían en una misma casa, habían dado a luz un hijo cada una, con un intervalo de dos días (*«al tercer día …»*—v. 18—) entre ambos nacimientos. Una de ellas se acostó inadvertidamente sobre su hijo y lo mató; al darse cuenta, lo cambió de noche por el de la otra (vv. 19, 20), pero ésta, tan pronto como se levantó, se percató del fraude, por lo que vino al rey para reclamar su derecho al niño vivo (v. 21).

II. Dificultad del caso. La cuestión era: ¿Quién es la verdadera madre del niño vivo? Ambas lo reclamaban con la misma vehemencia y mostraban el mismo interés por él. Ninguna de las dos quiere reconocer por suyo al niño muerto, aun cuando resultaba más barato dar sepultura al muerto que mantener al vivo, pero es por el vivo por el que contienden. Los vecinos, aunque es posible que estuviesen presentes cuando los niños nacieron y quizá también cuando los circuncidaron, no se habrían interesado lo suficiente como para recordar los rasgos que los diferenciaban.

III. La sentencia del rey en este caso. Después de haber escuchado pacientemente lo que decían la una y la otra (y el hebreo, donde falta el adverbio *«así»* da a entender que fue mucho lo que *hablaron delante del rey),* después de resumir la conclusión del juicio (v. 33), Salomón pidió *una espada* (v. 24) y dio orden de que partiesen por medio al niño vivo y diesen la mitad a cada una de las contendientes (v. 25). Con esta sencilla propuesta se descubrió claramente la verdad. Hay quienes opinan que Salomón se percató de antemano, por la forma de hablar y por los gestos, de quién era la verdadera madre del niño vivo, pero lo cierto es que las sometió a ambas a una prueba que no podía fallar: (A) La que sabía que el niño vivo no era suyo, pero mantenía su derecho por pundonor, se contentaba con que se llevara a cabo la partición. (B) Pero la verdadera madre, antes que ver al niño despedazado, prefirió que le fuese dado a la otra mujer. Cómo muestra sus sentimientos maternales al clamar: *«¡Ah, señor mío! Dad a ésta el niño vivo, y no lo matéis.* Que lo vea yo vivo en brazos de ella, antes que verlo muerto» (v. 26). Con estas tiernas expresiones estaba claro que ella era la verdadera madre del niño vivo. Así que la sentencia resultó sumamente fácil para Salomón (v. 27): *«Dad a aquélla el hijo vivo, y no lo matéis; ella es su madre».*

IV. A continuación se nos dice la gran reputación que adquirió Salomón entre su pueblo por éste y otros ejemplos de su sabiduría con lo que le resultaría más y más fácil el desempeño del alto cargó (v. 28): *«Temieron* (es decir, respetaron grandemente) *al rey, porque vieron que había en él sabiduría de Dios* (es decir, muy grande) para juzgar».

CAPÍTULO 4

En el presente capítulo se nos muestran las grandes riquezas y la prosperidad de Salomón. I. Magnificencia de su corte (vv. 1–6) y los proveedores de su casa (vv. 7–28). II. Extensión de sus dominios (vv. 21–24) y paz de sus súbditos (v. 25). III. Sus establos (v. 26). IV. La gran reputación de que gozaba por su sabiduría y entendimiento (vv. 29–34).

Versículos 1–19

I. Salomón en su trono (v. 1): *«Reinó, pues, el rey Salomón sobre todo Israel».* Es decir, fue reconocido, confirmado y establecido como tal sobre todo el país.

II. Los altos oficiales de su corte. Es de observar que en esta lista aparecen algunos que ya lo eran en la corte de David. *Sadoc y Abiatar eran los sacerdotes* (v. 4). Esto se refiere, como es obvio, no al tiempo que se describe ahora, sino al del comienzo del reinado de Salomón, puesto que Abiatar fue depuesto muy pronto de su cargo (v. 2 S. 20:25, comp. con 1 R. 2:27). Josafat era *canciller*, una especie de «jefe de protocolo» de la corte (v. 3). Benayá era el *comandante en jefe del ejército* (v. 3). Tenía *dos secretarios* (v. 3): Elihóref y Ajías; un *superintendente de los gobernadores:* Azarías, hijo del profeta Natán (o, más

probable, de Natán, el hermano del propio Salomón); y un *ministro principal y amigo* (es decir, consejero privado—comp. con 2 S. 15:37—) *del rey:* Zabud, también hijo de Natán. En el versículo 2, el texto hebreo dice: *«Azarías, hijo de Sadoc* (era) *el sacerdote»;* es decir, era el sumo sacerdote a la sazón, al estar ya su padre y su abuelo Sadoc (v. 1 Cr. 6:8, 9) jubilados por haber cumplido la edad reglamentaria.

III. Los proveedores de la casa real. Aquí, como en los versículos 1–19, hemos de trasladarnos a tiempos muy posteriores en el reinado de Salomón, pues vemos ya casadas algunas de sus hijas (vv. 11, 15). Así como los personajes de los vv. 2–6 componían lo que llamaríamos hoy el gabinete o poder ejecutivo del reino (hebreo *sarim* = príncipes), los que se nombra ahora como *«gobernadores»* (hebreo, *nissabim*) eran propiamente los jefes de recaudación de tributos y provisiones del reino, uno por cada tribu (v. 7). Con esto, no sólo la casa real estaba bien abastecida de provisiones, sino también toda la gran cantidad de asistentes y siervos de la corte, por lo que éstos podían dedicarse a sus quehaceres específicos sin preocuparse del problema del abastecimiento. Al dividir el trabajo entre doce exactores, no había tanto peligro de que pesase la carga sobre unos cuantos hombros, ni de que una o dos personas se hicieran excesivamente ricas. Por otra parte, se daba así oportunidad a todas las tribus de Israel de cooperar por igual al sustento de la corte y de participar en los beneficios que había de comportar esto para la producción del país y la circulación del dinero. La riqueza se incrementaría incluso en las tribus más distantes de la capital.

Versículos 20–28

De seguro que ninguna corte y ningún reino tuvo jamás un rey como Salomón.

I. En cuanto al reino, el informe que aquí se nos da responde con creces a las profecías que tenemos acerca de él en el Salmo 72 aunque su pleno cumplimiento se refiere al reino de Cristo. 1. El territorio era amplio y muchísimos los tributarios pues estaba escrito que *dominaría de mar a mar* (Sal. 72:8–11). Salomón reinó sobre todos los reinos circundantes que fueron sus tributarios forzosos. Todos los príncipes *desde el Éufrates hasta el límite con Egipto le servían y le traían presentes* (v. 21). *«Tuvo paz por todos los lados alrededor»* (v. 24). 2. Los súbditos de su reino eran muchos y felices. (A) La población de Israel se hizo *muy numerosa* (v. 20). (B) Vivían en una paz idílica, como lo expresa el vesículo 25: *«Vivían seguros, cada uno debajo de su parra y debajo de su higuera»*, anticipo de lo que será el reino mesiánico, como puede verse por Miqueas 4:4; Zacarías 3:10. Cada uno disfrutaba de su hacienda, pues el rey no se apropiaba de la de ninguno de sus súbditos. (C) Así disfrutaban *«comiendo, bebiendo y alegrándose»* (v. 20). En todas partes se veían las marcas de la abundancia. Esto era tipo de la paz espiritual, del gozo verdadero y de la santa seguridad de que disfrutan todos los fieles seguidores del Señor Jesucristo. *El reino de Dios no es comida y bebida* como era el de Salomón, sino *justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo* (Ro. 14:17), lo cual es infinitamente mejor.

II. En cuanto a la corte, escasamente puede hallarse jamás algo semejante. Asuero hizo una vez un banquete, *para mostrar las riquezas de su reino* (Est. 1:3, 4). Pero Salomón celebraba cada día un banquete mayor que el de Asuero (vv. 22, 23). Cristo alimentó milagrosamente una vez a 5.000 hombres, sin contar las mujeres ni los niños, esto es, a muchas más personas que las que tuvo Salomón a su mesa. Y todos los creyentes tienen en Jesús una continua fiesta. Y sobrepasa a Salomón especialmente en que alimenta a sus seguidores, *no con la comida que perece, sino con la que permanece para vida eterna* (Jn. 6:27).

Versículos 29–34

La gloria de Salomón consistía más en su sabiduría que en sus riquezas.

I. La fuente de su sabiduría: *«Dios dio a Salomón sabiduría y prudencia»* (v. 29).

II. La amplitud de su sabiduría: *«grande sobremanera»* (lit.—v. 29—. Téngase en cuenta—nota del traductor—que en la Biblia Hebrea el cap. 5 comienza en el v. 21 del cap. 4). Se la llama también *«anchura de corazón»*, que significa «amplitud de conocimientos». Además, sabía expresarse

maravillosamente, tan abundante en erudición como en riqueza material, más que ninguno de sus coetáneos (no se dice, de todos los tiempos ahora). Caldea y Egipto eran entonces las naciones más famosas por sus conocimientos, de allí tomaron prestada su sabiduría los griegos. Pero los mayores sabios de esas naciones no le llegaron a Salomón (vv. 26–31): *«Era mayor la sabiduría de Salomón»* (v. 30). Por eso, sus consejos tenían mayor valor.

III. La fama de su sabiduría: *«Y fue conocido entre todas las naciones de alrededor»* (v. 31b).

IV. Los frutos de su sabiduría (por ellos se conoce el árbol). No enterró sus talentos, sino que mostró su sabiduría:

1. En sus composiciones. Redactó o dictó *tres mil proverbios* obra de buen filósofo y moralista, de uso admirable para la conducta humana. Probablemente, los que tenemos en el libro sagrado que lleva el nombre de *Proverbios* entran dentro de esa suma. Fue además un poeta prolífico y de gran vena, pues *sus cantares fueron mil cinco* (v. 32), de los que solamente nos ha llegado el *Cantar de los Cantares*, único que sabemos inspirado por Dios. Finalmente, fue un gran científico, pues disertó sobre toda clase de árboles y animales (v. 33), lo que nos lo muestra asimismo como un buen observador.
2. En sus conversaciones. *«Para oír la sabiduría de Salomón venían de todos los pueblos y de todos los reyes de la tierra* (es decir, enviados de parte de todos los reyes)» (v. 34). En esto era Salomón tipo de Cristo, ya que en Jesús *«están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento»* (Col. 2:3); escondidos, pero para usarlos, pues Él *«nos ha sido hecho de parte de Dios sabiduría»* (1 Co. 1:30); además, su conversación ha sido tan valiosa que *«Él nos ha declarado a Dios»* (Jn. 1:18) de una manera final y exhaustiva (He. 1:2).

CAPÍTULO 5

La gran obra que le había sido encomendada a Salomón era la construcción del templo. En este capítulo tenemos los preparativos que hizo para éste y para otros edificios. Su padre había preparado oro y plata en abundancia, pero había que emplear también madera y piedras; de estos materiales le vemos aquí cuando trata con Hiram, rey de Tiro. I. Hiram le felicita por su accesión al trono (v. 1). II. Salomón le comunica su propósito de edificar el templo y desea que le preste ayuda con materiales y mano de obra (vv. 2–6). III. Hiram accede a su petición (vv. 7–9). IV. En consencuencia, la obra de Salomón se lleva a cabo espléndidamente, y los artesanos de Hiram son pagados también de modo espléndido (vv. 10–18).

Versículos 1–9

Amistosa correspondencia entre Salomón e Hiram. Tiro era una ciudad famosa por su comercio y caía junto al mar, cerca de la frontera con Israel. Se nos dice aquí que *Hiram siempre había amado a David.* ¿Hay razón para pensar (M. Henry) que Hiram era adorador del verdadero Dios y había renunciado a la idolatría de su país aunque no podía desarraigarla? Quizá sea mucho suponer. El «amor» de Hiram a David puede entenderse muy bien como una «amistad» política, con pacto más o menos explícito de mutua fidelidad.

I. Embajada de cumplido de Hiram a Salomón, que pudo ser, a la vez, de condolencia por la muerte de David y de felicitación por su propia accesión al trono, según protocolo corriente entre los orientales.

II. Embajada de «negocio» de Salomón a Hiram mediante mensajeros, al parecer, del mismo Salomón. En su comunicado a Hiram, Salomón le hace saber:

1. Su propósito de construir un templo en honor de Dios. Le dice (cosa que Hiram ya conocería): (A) Que David se vio impedido a causa de las guerras, de edificar el templo, como él deseaba y se había propuesto hacer (v. 3). (B) Que, con la paz presente, tenía oportunidad de edificarlo y, por tanto, había resuelto llevarlo a cabo sin demora (v. 4): *«Ahora Jehová mi Dios me ha dado paz por todas partes, pues*

no hay adversario (lit. hebreo *Satán) ni mal que temer*». Como si dijese: «No hay ningún instrumento del diablo que nos pueda apartar de esta obra u oponerse a ella».

2. Su deseo de que Hiram le ayude. El Líbano, que tenía bien merecido el epíteto de «montaña de los perfumes», era famoso por sus cedros y cipreses y había sido prometido por Dios a Josué (Jos. 13:5) como futura propiedad de Israel, por lo que Salomón tenía título de propiedad sobre sus productos. Así lo vemos en la forma en que pide (v. 6) que *le corten cedros del Líbano,* al mismo tiempo que confiesa que los israelitas no eran expertos en la tala y labrado de la madera como lo eran los súbditos de Hiram. Por su parte le promete que sus siervos ayudarán a los siervos de Hiram, y que él pagará *el salario que Hiram diga,* puesto que el obrero es digno de su salario, lo mismo en las obras seculares que en los trabajos de iglesia. El profeta Isaías parece aludir a esto cuando profetiza (Is. 60:10, 13): *«Hijos de extranjeros edificarán tus muros y sus reyes te servirán … La gloria del Líbano vendrá a ti, cipreses, pinos y bojes juntamente, para embellecer mi santuario»,* aunque las frases de Isaías apuntan al reino mesiánico futuro.

3. Hiram recibe el mensaje de Salomón y responde a él.

(A) *«Se alegró en gran manera»* (v. 7) al recibir las noticias de que Salomón seguía por los caminos de su padre y bendijo al Dios de Israel por haber dado a David un hijo tan sabio. Hiram muestra así un espíritu generoso. Un pagano nos enseña (como ocurre con cierta frecuencia) a estimar los dones ajenos y a no tener envidia de los éxitos de un colega. El Dr. M. Lloyd-Jones decía que sólo el Espíritu Santo puede hacer que un predicador escuche con gusto a otro predicador.

(B) Contesta con gran satisfacción a la propuesta de Salomón y le concede lo que le pide, mostrándose bien dispuesto a ayudarle en esta gran empresa a la que se había comprometido. Aquí tenemos los términos de su acuerdo con Salomón. (a) Deliberó primero sobre la propuesta antes de dar respuesta (v. 8). Quienes se toman tiempo para deliberar no pierden por eso el tiempo. (b) Descendió a detalles particulares. Salomón había hablado de cortar la madera (v. 6), a lo que Hiram accede (v. 8); pero nada se había hablado del transporte; por tanto, él se compromete a llevarla desde el Líbano por mar, un viaje costero. Salomón debe señalar el lugar en que se ha de desembarcar la madera, y allá será llevada a cargo de Hiram, quien será responsable de que llegue a salvo. Los sidonios superaban a los israelitas no sólo en los trabajos en madera, sino también en la navegación, pues *«Tiro está asentada a las orillas del mar»* (Ez. 27:3); así que ellos eran los más apropiados para encargarse de la operación de transporte. Y: (c) Si Hiram se encarga del trabajo, justamente espera que Salomón se encargue del pago (v. 9): *«Tú cumplirás mi deseo dando víveres a mi casa»,* es decir, no sólo para los obreros, sino también para la familia de Hiram. Así es como, por sabia disposición de la Providencia, unas naciones tienen necesidad de otras y equilibran su economía mediante la importación y exportación.

Versículos 10–18

I. Cumplimiento del acuerdo entre Salomón e Hiram. 1. Hiram envió a Salomón la madera conforme al trato hecho (v. 10). 2. Salomón envió a Hiram el grano que le había prometido (v. 11).

II. Confirmación, mediante este trato, de la amistad que ya existía entre ellos. Es una medida de prudencia fortalecer nuestra amistad con aquellos a quienes hallamos honestos y leales, no sea que los nuevos amigos no resulten tan firmes y benévolos como los antiguos.

III. Trabajadores que empleó Salomón en la preparación de materiales para el templo. 1. Algunos eran israelitas, que fueron usados para trabajar la madera y tallar las piedras juntamente con los siervos de Hiram. Para esta labor empleó Salomón 30.000 hombres, pero sólo 10.000 a un mismo tiempo, de forma que por cada mes de trabajo tenían dos meses de vacación, para descansar y para despachar sus asuntos de familia (vv. 13, 14). Aunque era un servicio para el templo, no quería Salomón que se les sobrecargara de trabajo. 2. Otros eran cautivos de otras naciones, encargados de llevar las cargas (70.000), y 80.000 cortadores en el monte (v. 15). 3. Había también 3.300 supervisores o capataces (v. 16), a quienes necesitaba para dirigir las obras, no sólo de la construcción del templo, sino también para otras obras que se mencionan en 9:17–19.

IV. Se echan los cimientos de la obra, para los que se iban a usar *piedras grandes, costosas, labradas* (v. 17). Es de suponer que Salomón estaría presente, y presidiría la colocación de las primeras piedras, lo cual se haría con gran solemnidad, como se suele hacer. Aunque habían de quedar ocultas bajo el edificio,

debían sobresalir por su firmeza y belleza. De manera semejante, la sinceridad que la perfección evangélica nos obliga a poner como fundamento de nuestra vida de piedad; merece que le dediquemos los mayores esfuerzos, aun cuando haya de pasar desapercibida a los ojos de los hombres.

CAPÍTULO 6

Después de la grande y larga preparación que hemos visto, viene ahora la construcción del templo, pieza de singular gloria y belleza y de gran sentido espiritual. I. Tiempo en que se comenzó la obra (v. 1) y tiempo que duró la construcción (vv. 37, 38). II. El silencio que se guardó mientras se construía (v. 7). III. Sus dimensiones (vv. 2, 3). IV. Comunicado de Dios a Salomón durante la construcción (vv. 11–13). V. Detalles: Las ventanas (v. 4), las cámaras (vv. 5, 6, 8–10), paredes y pavimento (vv. 15–18), el Lugar Santísimo (vv. 19–22), los querubines (vv. 23–30), las puertas (vv. 31–35) y el atrio interior (v. 36).

Versículos 1–10

I. El templo es llamado aquí *«la casa de Jehová»* (v. 1) porque: 1. Estaba dirigido y modelado por Dios. La Sabiduría Infinita fue el verdadero arquitecto y entregó a David el plano por medio del Espíritu. 2. Estaba dedicado a Dios y a su honor, para ser empleado en su servicio pues en él manifestaba Jehová su gloria de un modo adecuado a tal dispensación. Esto, con el ceremonial consiguiente prestaba al templo la *hermosura de la santidad,* muy superior a todas las demás bellezas.

II. Se data exactamente la fecha en que comenzó la construcción. 1. Fue justamente 480 *años después de la salida de los hijos de Israel de Egipto.* Si sumamos 40 años hasta la llegada de Canaán, 19 de Josué, 299 de los jueces, 40 de Elí, 40 de Samuel y Saúl, 40 de David y 4 de Salomón, tenemos el total de 480 años. También el tabernáculo de David, sin la riqueza y magnificencia del templo, es llamado *«la casa de Jehová»* (2 S. 12:20), y sirvió tan bien como el templo de Salomón. Sin embargo, cuando Dios otorgó a Salomón grandes riquezas y le puso en el corazón usarlas para esta obra, la aceptó con agrado, principalmente porque había de ser *símbolo y sombra de los bienes venideros* (He. 9:9–11). 2. Se comenzó en el cuarto año del reinado de Salomón, porque los tres primeros fueron ocupados en poner en orden los asuntos de gobierno a fin de que quedasen libres las manos para esta magna obra. No se pierde el tiempo que se emplea en prepararnos para la obra de Dios y en desembarazarnos de todo aquello que pueda distraernos de ella.

III. Son traídos los materiales, listos ya para su colocación (v. 7), de forma que *ni martillos ni hachas se oyeron en la casa, ni ningún otro instrumento de hierro* mientras se edificaba. Había de ser el templo del Dios de paz y, por tanto, no era lugar apropiado para ruidos. La quietud y el silencio ayudan mucho a todos los ejercicios de piedad. La obra de Dios debería hacerse con el mayor cuidado y con el menos ruido posibles. El ruido no va bien con la edificación del templo, sino con su destrucción (Sal. 74:4–6): *«Tus enemigos vociferan en medio de tus asambleas, etc»*. Toda controversia, decía el Dr. Martyn Lloyd-Jones, ha de hacerse antes de entrar en la iglesia.

IV. Dimensiones del templo (vv. 2, 3), conforme a las normas de la justa proporción. Puede observarse que la largura y la anchura eran justamente el doble de las del tabernáculo.

V. Acerca de las ventanas (v. 4), casi todas las versiones siguen la traducción del Targum: *«anchas por dentro y estrechas por fuera»*. El hebreo dice que eran *«de formas que se estrechaban»,* según los rabinos, no hacia fuera, sino hacia dentro, con lo que se enseñaba, según Hertz, «que el Santuario no requería luz del exterior; era, más bien, la luz interior, espiritual, la que había de extenderse para iluminar el mundo exterior». De ambas maneras tenemos aquí aplicación para nosotros. Si se lee según nuestras versiones, nos enseña a mirar dentro de nosotros mismos y juzgarnos ampliamente, mientras evitamos mirar demasiado al prójimo para censurarle. Si se lee del segundo modo, nos enseña a procurar que resplandezca al exterior la luz espiritual comunicada por la presencia de Dios en nuestro interior, la cual suele pasar desapercibida para los demás.

VI. Se describen también las cámaras (vv. 5, 6), que servían de vestuarios, así como para guardar los utensilios generales del templo. Un cuidado especial había de observarse para que las vigas no quedaran empotradas en las paredes (v. 6), pues esto debilitaría al edificio. También nosotros hemos de procurar que la fuerza de la iglesia no se vea disminuida bajo pretexto de añadirle belleza o comodidad.

Versículos 11–14

I. La palabra que Dios envió a Salomón cuando éste se hallaba ocupado en la tarea de la edificación del templo. Le aseguró que, si perseveraba en la obediencia de la ley divina, tanto él como su reino seguirían disfrutando del favor de Dios. Es probable que esta palabra le fuese comunicada por medio de un profeta: 1. A fin de que, mediante la promesa, se animase y consolase en la tarea. Con la mira en las promesas de Dios, obtendremos nuevos ánimos para seguir adelante en nuestro trabajo. Y cuantos deseen contribuir al bien de la comunidad, nunca pensarán que hacen demasiado para asegurar y perpetuar a beneficio del país las señales de la presencia benéfica de Dios. 2. A fin de que, mediante la condición aneja a la promesa, se percatara de que, por muy fuerte y hermoso que fuese el templo que edificaba, pronto se apartaría de allí la gloria de Dios si él y su pueblo cesaban de *andar en los estatutos de Dios.*

II. Con esta mira edificó Salomón el templo (v. 14), como se ve por la conexión de este y con los precedentes: «Así, *pues,* con esta dirección, *Salomón edificó la casa y la terminó»,* animado por el mensaje de Dios y advertido de que Dios no reconocería como suyo este templo a menos que él y el pueblo fuesen obedientes a las leyes divinas. Lo estricto de los mandamientos de Dios nunca inducirá a un buen creyente a evadirse del servicio a su Padre de los cielos, sino que, por el contrario, le servirá de acicate para servirle mejor, y aspirará siempre a la perfección (comp. con Fil. 3:12 y ss.). Salomón prosiguió su obra hasta terminarla, y Dios estuvo con él hasta que la completó.

Versículos 15–38

I. Detalles particulares de la construcción.

1. El revestimiento de las paredes (v. 15). Se hizo con tablas de cedro, que es material fuerte y duradero, además de emitir suave aroma. *Estaba esculpido* (v. 18) *con figuras de calabazas (o coloquíntidas*—más probable—) y *de capullos* (abiertos) *de flores.*

2. Pero no se contentó con revestir de madera de cedro el templo, sino que lo cubrió enteramente, *de arriba abajo, de oro puro;* y el Lugar Santísimo, *de oro purísimo.* Igualmente cubrió de oro el piso (vv. 20–22, 30).

3. El Lugar Santísimo (v. 19) merecía un ornato especial, pues allí había de estar el Arca del pacto, con los querubines sobre la cubierta o propiciatorio. El término hebreo que lo designa es *debir,* esto es, oráculo, o lugar donde se habla; así llamado porque desde allí habló Dios a Moisés y, quizá, también al sumo sacerdote. Salomón hizo nuevo todo lo del templo, excepto el Arca, que era la misma que hizo Moisés. Era la señal de la presencia de Dios con su pueblo, la cual es siempre la misma, lo mismo cuando se reúne en una modesta tienda de campaña que cuando se reúne en un suntuoso templo, pues la presencia de Dios no cambia con la condición del lugar.

4. Los querubines. Además de los dos, situados a los lados del propiciatorio, que cubrían el Arca: (A) Salomón puso otros dos de mayor tamaño, con alas de madera de olivo y cubiertos completamente de oro (vv. 23 y ss.). (B) También esculpió todas las paredes con figuras de querubines, de palmeras y de capullos de flores (v. 29). Los gentiles o paganos fabricaban imágenes de sus dioses para adorarlas, pero esos adornos estaban destinados a significar los adoradores o siervos de Dios, no los objetos adorados.

5. Las puertas (vv. 31 y ss.). No está claro lo que el texto hebreo significa en algunos detalles. Las puertas que daban acceso al *debir,* o Lugar Santísimo consistían en dos hojas de madera de olivo (v. 31). Según tradición, su figura era pentagonal; pero es más probable, como traducen nuestras versiones, que se tratase de una entrada que mostraba *cinco esquinas* que, según F. Buck, se iban estrechando gradualmente hacia atrás hasta la puerta propiamente dicha. En cambio, la puerta que daba acceso al *hekal* o Lugar Santo (v. 33) era *de postes cuadrados* o, con mayor probabilidad, de cuatro contrafuertes. En ambas entradas había querubines, palmeras y capullos de flores entallados en las puertas.

6. El atrio interior, que rodeaba el templo propiamente dicho (v. 36), estaba cerrado por un muro de tres hileras de piedras labradas y una hilera de vigas de cedro. Desde arriba podía el pueblo ver lo que se hacía y oír lo que los sacerdotes les decían.

7. El tiempo empleado en la construcción (vv. 37, 38): Siete años y medio desde que se echaron los cimientos hasta que se acabó toda la obra.

II. Vemos ahora lo que estaba tipificado en este templo.

1. Cristo es el verdadero templo, como cabeza de la nueva humanidad, pues Él habló del templo de su cuerpo (Jn. 2:21), y los creyentes somos piedras vivas de ese templo espiritual (1 P. 2:5 y ss.). Dios le preparó ese cuerpo (He. 10:5), y *en Él habita la plenitud de la Deidad* (Col. 2:9), como habitaba en el antiguo templo la *shekinah*. En Él se unen y reúnen todos los creyentes, israelitas espirituales (1 Co. 12:13, etc.). Mediante Él tenemos acceso libre y confiado al trono de Dios (He. 4:15–16).

2. Cada creyente individual es también santuario (gr. *naós*) de Dios, en el que habita el Espíritu Santo (1 Co. 3:16) y, mediante Él, toda la Trina Deidad (Jn. 14:23). No sólo nuestro espíritu, sino el cuerpo mismo (ya que la persona es una unidad) es también templo de Dios (1 Co. 6:19). No sólo en lo natural fue el hombre hecho de modo maravilloso por la providencia del Creador (Gn. 1:31; Sal. 139:13–16), sino que es hecho nuevo, más maravilloso aún en lo sobrenatural, por la gracia del Redentor. Este templo vivo tiene su fundamento en Cristo y será perfeccionado a su tiempo (Ef. 4:13).

3. La Iglesia es el templo místico (*místico* no significa ideal, o meramente en el espíritu, sino «escondido» a los ojos de la carne) y va *creciendo para ser un santuario sagrado en el Señor* (Ef. 2:21). El templo mismo estaba dividido en Lugar Santo y Lugar Santísimo, y sus atrios en interior y exterior. También en la Iglesia hay elementos visibles y elementos ocultos, invisibles, profundos. La puerta que daba acceso al santuario general era más ancha que la que daba acceso al Lugar Santísimo. Así también hay muchos que entran en la profesión de creyentes pero no llegan a entrar en la condición de salvos. El templo estaba embellecido con figuras y enriquecido con oro. Así también la Iglesia está embellecida con diversidad de dones y enriquecida con el oro del amor que es el vínculo perfecto de la unidad cristiana. Sólo los judíos erigieron el tabernáculo, pero los gentiles les ayudaron a construir el templo. Así también *los extraños y advenedizos son juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu* (Ef. 2:19, 22).

4. El Cielo es, todo él, un templo eterno, fijo, inmovible. Las calles de la Nueva Jerusalén, como el pavimento del templo de Salomón, son *de oro puro* (Ap. 21:21). El templo era simétrico y armonioso, en el Cielo está la perfección de la belleza y de la armonía. En el templo de Salomón no se oía ruido de hachas ni martillos. Todo es tranquilo y sereno en el Cielo; todas las piedras vivas que han de ser transportadas allá, han de ser puestas a prueba, labradas y limadas por la gracia divina, para que así estén en la condición que requiere la completa santidad de aquel lugar (He. 12:14).

CAPÍTULO 7

En este capítulo vemos a Salomón: I. Prepara varios edificios para sí mismo y para su uso (vv. 1–12). II. Amuebla el templo que había construido para Dios: 1. Con dos columnas (vv. 13–22). 2. Con una pila de bronce (vv. 23–26). 3. Con diez basas de bronce (vv. 27–37) y diez pilas una por cada basa, también de bronce (vv. 38, 39). 4. Y todos los demás utensilios del templo (vv. 40–50). 5. Puso además todas las cosas que su padre había dedicado (v. 51). La descripción detallada de todos estos objetos, ni era innecesaria cuando se escribió ni es inútil cuando la leemos.

Versículos 1–12

Nunca hubo quien tuviese mayores ánimos para edificar que Salomón, ni con mejores propósitos; comenzó con el templo, lo edificó para Dios antes de todo, y así todos los demás edificios que construyó resultaron cómodos.

1. Edificó una casa para sí (v. 1), en la que moraba y recibía audiencias (vv. 1, 8). Su padre había edificado un buen palacio, pero, sin ánimo de emular a su padre, él construyó otro mejor. Gran parte de

las comodidades de que disfrutamos en esta vida provienen de una buena vivienda. Salomón tardó *trece años* en edificar su casa mientras que la construcción del templo le llevó poco más de siete años, lo cual demuestra que no tenía tanta prisa en construir su propia casa como en edificar el templo de Dios.

2. *Asimismo edificó (o: Edificó, pues) la casa del bosque del Líbano* (v. 2). Esta casa se llamaba así, no precisamente porque se hallase ubicada en el Líbano, como piensan algunos autores (entre ellos, el propio M. Henry—nota del traductor—), sino como un nombre propio, probablemente porque abundaba en ella la madera de cedros del Líbano. El Dr. C. C. Ryrie hace notar, al compararla con 10:16–17, que parece ser que servía de armería. Se nos ofrecen muchos detalles de este edificio. Además de sus grandes medidas (unos 58 metros de largo, por 26 de ancho y 15 de alto—superiores a las del templo—), que se nos describen en el v. 2; por los datos que siguen, vemos que dicho edificio estaba conectado por medio de una columnata (v. 6) a un salón en el que se hallaba un trono de marfil y oro, al que se subía por seis gradas (10:18, 19). Él mismo habla de la Sabiduría como *edificando su casa y labrando sus siete columnas* (Pr. 9:1).

3. Cerca de su palacio edificó un vestíbulo que daba acceso al salón del trono (v. 7) donde juzgaba las causas del pueblo y *lo cubrió de cedro desde el suelo hasta el techo.* El autor sagrado hace constar que la casa en que el propio Salomón moraba (v. 1), *tenía la misma configuración* (v. 8).

4. Edificó finalmente otro palacio para su mujer, la hija de Faraón (v. 8), donde ella tendría su corte y servidumbre, y su hechura era igualmente *semejante a la del pórtico.* Con esto quedaba armónicamente diseñado y perfectamente acabado todo el complejo de edificios del rey.

Versículos 13–47

Llegamos ahora al detalle de los utensilios de bronce del templo. No hallamos hierro en el templo, a pesar de que vemos a David (1 Cr. 29:2) que preparaba para el templo *hierro para las cosas de hierro.*

I. El experto en bronce que Salomón empleó para dirigir esta parte de la obra era un tal Hiram o Huram (2 Cr. 4:11), quien era, por parte de madre, israelita; por parte de padre (o, mejor dicho, padrastro), de Tiro. En 2 Crónicas 2:14 se dice que su madre era *de las hijas de Dan.* Sin embargo, según tradición judía, su padre era israelita, aunque avecindado en Tiro, no su madre, con quien su padre se había casado en segundas nupcias; de ahí que a Hiram se le llame (v. 14) *«hijo de una viuda».* Aquí se dice de ella que era *de la tribu de Neftalí.* La aparente contradicción con 2 Crónicas 2:14 puede resolverse, según el Dr. Ryrie, de varias maneras: Es posible que ella hubiese nacido en Dan, y ser su primer marido de Neftalí. O quizás ella era nativa de Dan y residente en Neftalí, o viceversa. En todo caso, este Hiram (no se confunda con el rey) tenía el arte de los de Tiro y el afecto de israelita hacia la casa de Dios, feliz conjunción de sangres en una misma persona a fin de que mejor estuviese cualificado para la obra que tenía que llevar a cabo. Así como el tabernáculo fue edificado con la riqueza de Egipto, así el templo fue amueblado con el arte de Tiro.

II. Todos los utensilios de bronce eran *de bronce bruñido* (v. 45) o, como dice el caldeo, *de buen bronce*, es decir, del más fino, bello y fuerte.

III. El lugar en que fue fundido el bronce: *«la llanura del Jordán»* (v. 46), porque el terreno era arcilloso y, por tanto, muy a propósito para hacer moldes u hornos donde fundir el metal. Con esto evitaba Salomón tener cerca de Jerusalén el humo inevitable de esta operación.

IV La cantidad no se tiene en cuenta. Los utensilios de bronce eran *sobremanera numerosos*, y hacer el inventario de ellos habría sido el cuento de nunca acabar; tampoco se tiene en cuenta *el peso del bronce* al ser entregado a los obreros o artesanos. Esto habla mucho a favor de la honradez de los trabajadores y de la cantidad del metal, pues no había peligro de que escaseara.

V. Se nos describen en detalle algunos de los utensilios de bronce.

1. En el pórtico del templo fueron erigidas dos columnas de bronce (v. 21). Estas columnas no servían de soporte, sino que estaban aparte, como era corriente en templos orientales, es decir, puramente para adorno. (A) Cuál era ese adorno podemos colegirlo por los detalles artísticos que se nos refieren de dichas columnas (vv. 15–22). (B) Su significado se insinúa en los nombres que les fueron puestos (v. 21):

Yaquín = Él establecerá, y *Bóaz* = En Él hay fuerza. El famoso rabino Rashí lo interpreta en conjunto en el sentido de que «mediante los servicios del templo, vendrá la fuerza a Israel». Otros piensan que estaban destinados a ser como memoriales de la columna de nube y luego que condujo a Israel a través del desierto; otros, que servían de recordatorio a los sacerdotes y a otros que viniesen a rendir a Dios culto de adoración a las puertas del santuario, de que: (a) Debían depender de Dios para el vigor y la tenacidad de sus ejercicios religiosos. Cuando nos presentamos ante el Señor y nos damos cuenta de que nuestra imaginación comienza a vagar y distraerse, acudamos por fe a recibir auxilio del Cielo y recordemos esos nombres: «Yaquín»: Que Dios de fijeza a nuestro pensamiento «Bóaz»: En Dios está nuestra fuerza pues *Él obra en nosotros el querer y el hacer, por su buena voluntad* (Fil. 2:13). La estabilidad y el vigor espirituales han de estar a mano a las puertas del templo de Dios, donde debemos esperar los dones de la gracia en el uso de los medios de la gracia. (b) También les servía de recordatorio de la solidez y del establecimiento del templo de Dios en medio de ellos. Es de notar que, cuando se nos refiere la destrucción del templo, se especifica precisamente la destrucción de estas dos columnas (2 R. 25:13, 17), ya que habían sido señales de su solidez y lo habrían continuado siendo si el pueblo no hubiese abandonado a su Dios.

2. Una gran pila de bronce, de unos diez metros de diámetro y de unos cinco de profundidad, con lo que la capacidad vendría a ser de unos 60.000 a 90.000 litros de agua destinada a las distintas clases de lavados: el de los sacerdotes, el de los sacrificios y el de los atrios del templo (vv. 23 y ss.). Descansaba sobre las figuras de doce bueyes de bronce. Estaban encargados de llenarlo, como sabemos los gabaonitas. Hay quienes opinan que Salomón hizo las imágenes de bueyes para sostener la gran pila por desprecio hacia el becerro de oro al que Israel había adorado, a fin de que, como dice el obispo Patrick, el pueblo pudiese percatarse de que no había en tales figuras nada digno de adoración, pues sólo servían de soporte, no como deidades que dominan.

3. *Hizo también diez basas de bronce, etc.* (vv. 27 y ss.), sobre las que puso sendos aguamaniles o palanganas con agua para servicio del templo, ya que en la pila de bronce no habría lugar suficiente para todos los que tuvieran que lavar las víctimas (2 Cr. 4:6). Al estar sobre ruedas, podían trasladarse fácilmente. Cada palangana de éstas tenía una capacidad de 40 batos, es decir, unos 1.200 litros de agua. Cuando no eran usadas, estaban cinco en un lado y otras cinco en el otro (vv. 38, 39). Todas ellas formaban un conjunto exquisitamente ornamentado (vv. 29 y ss.).

4. Además de estos utensilios había una gran variedad de objetos: calderos, paletas y aspersorios (v. 40 y ss.). En los calderos se cocía la carne de las ofrendas de paz (es decir, de comunión), de las que comían delante de Jehová los sacerdotes y los oferentes (v. 1 S. 2:14). Las paletas eran para retirar las cenizas del altar de bronce. En los aspersorios se recogía la sangre de las víctimas con la que se hacían las aspersiones rituales.

Versículos 48–51

1. Ahora viene el trabajo de los utensilios de oro, que parece ser el último que se llevó a cabo, pues con él quedó completa la obra de la casa de Dios. De puertas adentro del santuario, todo era de oro y todo era nuevo, excepto el Arca con su cubierta y los querubines; así que el anterior oro del tabernáculo fue fundido de nuevo o laminado para la nueva obra del altar del incienso, la mesa, el candelabro y sus correspondientes accesorios. El altar del incienso seguía siendo *uno,* como lo es Cristo y su intercesión; pero Salomón mandó hacer (no se nombra aquí a Hiram como artífice) *diez mesas de oro* (2 Cr. 4:8) y *diez candelabros de oro* (v. 49); con esto se insinúa (como tipo de lo venidero) una mayor abundancia de alimento espiritual y de luz celestial que la que la ley de Moisés pudo proporcionar. Incluso los goznes o *quiciales de las puertas de la casa de adentro (del santuario propiamente dicho), del Lugar Santísimo, y los de las puertas del templo eran de oro* (v. 50). 2. Se nos refiere finalmente que *Salomón introdujo todo lo que David había dedicado* para Dios, y *lo depositó en las tesorerías de la casa de Jehová* (v. 51). Así quedaba un gran remanente para reparaciones y para el constante mantenimiento de los servicios del templo. Esto nos enseña que cuando los padres han ofrecido a Dios alguna cosa, los hijos no deben en modo alguno enajenarla o apropiársela, sino dedicarla gozosamente a los usos a que fue destinada, a fin de que, juntamente con la hacienda de sus padres, hereden también las bendiciones de éstos.

CAPÍTULO 8

La obra del templo fue gloriosa, pero su dedicación fue tanto más gloriosa cuanto exceden la oración y la alabanza a todos los metales preciosos. El templo estaba destinado a mantener la comunicación entre Dios y su pueblo, y aquí tenemos detallada la solemnidad de este primer encuentro entre Dios y su pueblo. I. Son convocados juntamente los representantes de todo Israel (vv. 1, 2), a fin de celebrar en honor de Dios una fiesta durante catorce días (v. 65). II. Los sacerdotes introdujeron el Arca en el Lugar Santísimo y la fijaron allí (vv. 3–9). III. Dios tomó posesión del lugar por medio de una nube (vv. 10, 11). IV. Salomón, con agradecido reconocimiento a Dios, informó al pueblo del objeto de esta convocatoria (vv. 12–21). V. En una larga oración, encomendó a la benévola aceptación de Dios todas las oraciones que habían de elevarse en este lugar, o en dirección a este lugar (vv. 22–53). VI. Despidió a la congregación con una bendición y una exhortación (vv. 54–61). VII. Ofreció abundantes sacrificios, con lo que el pueblo hizo fiesta y banqueteó, partiéndose de allí altamente satisfechos (vv. 62–66). Éstos fueron los días de oro de Israel, tipo de los días del Hijo del Hombre.

Versículos 1–11

El templo sin el Arca, aunque ricamente embellecido, era como un cuerpo sin alma, un candelero sin lámpara o una casa sin residentes. Todas las expensas y labores empleadas en esta grandiosa estructura carecerían de valor si Dios no las aceptaba. Por eso cuando toda la obra estuvo terminada (7:51), lo *único necesario* era traer el Arca. Esto es lo que había de coronar a la obra.

I. Salomón presidió este servicio como lo había hecho David cuando fue traída el Arca a Jerusalén. Se hizo la convocación general (v. 1) *el mes séptimo, en el día de la fiesta solemne* (v. 2). El autor sagrado se refiere a la Fiesta de los Tabernáculos, que caía en el día quince de dicho mes (Lv. 23:34). David, varón *bueno,* trajo el Arca a un lugar *conveniente,* cerca de él. Salomón, varón *grande,* la trajo a un lugar *grandioso.* Esto enseña a los hijos a seguir adelante en el servicio de Dios desde el punto en el que sus padres estaban cuando murieron.

II. Todo Israel asistió a la ceremonia, con sus jueces y los jefes de las respectivas tribus y clanes, con los altos funcionarios civiles y militares, etc. Vinieron juntamente en esta ocasión: 1. Para honrar a Salomón y agradecerle, en nombre de toda la nación, los buenos servicios que había prestado en la construcción de esta gran obra. 2. Para honrar al Arca del pacto. Los favores generales requieren también un agradecimiento colectivo. Todos los que se presentaron delante de Jehová sacrificaron ovejas y bueyes en cantidad innumerable (v. 5); no se presentaron con las manos vacías.

III. Los sacerdotes cumplieron con su oficio en la ceremonia. En el desierto, los levitas estaban encargados de transportar el Arca, pero ahora (al ser la última vez que el Arca había de ser transportada) lo hicieron los sacerdotes mismos, igual que fue a ellos a quienes se ordenó hacerlo cuando rodearon los muros de Jericó. Se nos dice aquí: 1. Lo que había dentro del Arca: *solamente las dos tablas de piedra* (v. 9), un tesoro incomparablemente mayor que todos los objetos que habían dedicado David y Salomón. La vasija con el maná y la vara de Aarón estaban *junto* al Arca, pero no *dentro* de ella. 2. Lo que fue introducido junto con el Arca: *el tabernáculo de reunión* (v. 4), que recientemente se hallaba en Gabaón, el cual rendía ahora, por decirlo así, todo su carácter sagrado en favor del nuevo santuario, que era el lugar que, de aquí en adelante, había de ser el punto de reunión de Jehová con su pueblo. De modo semejante, todo lo santo que se halla ahora en la Iglesia de Dios será absorbido por la perfección de la *nueva Jerusalén* (Ap. 21:2). 3. El lugar en el que fue colocada: *en el santuario* (lit. *oráculo*) *de la casa, en el Lugar Santísimo* (que lo era precisamente por el propiciatorio del Arca), *debajo de las alas de los querubines* (v. 6), es decir, de los querubines gigantescos que Salomón había erigido (6:27), con lo que daba a entender la especial guardia y protección de los ángeles, bajo los que se llevan a cabo las ordenanzas de Dios y las asambleas de su pueblo (comp. con 1 Co. 11:10; 1 P. 1:12).

IV. Dios reconoce benévolamente lo que se ha llevado a cabo y da testimonio de su aceptación (vv. 10, 11). Los sacerdotes pudieron llegar hasta el Lugar Santísimo mientras la Gloria de Dios no había

cubierto el lugar; pero, desde el momento en que Dios manifestó allí su Gloria, nadie, bajo pena de muerte, podía acercarse al Arca, excepto el sumo sacerdote en el Gran Día de la Expiación (Lv. 16).

Por eso fue por lo que únicamente cuando los sacerdotes habían salido de allí, tomó posesión del lugar la *shekinah* en la nube que cubrió, no sólo el Lugar Santísimo, sino el templo entero, de forma que los sacerdotes que se hallaban allí para quemar incienso en el altar de oro no pudieron permanecer allí (v. 11). Con esta emanación visible de la Gloria divina: 1. Dios honraba el Arca y la reconocía como señal de su presencia. Esta Gloria se había visto empañada por los frecuentes traslados, la modestia de los recientes alojamientos y su exposición a las miradas de todo el pueblo; pero Dios quería mostrar ahora que le era tan estimable como siempre y que quería que se la considerase con la misma veneración que había tenido la primera vez que Moisés la introdujo en el tabernáculo. 2. También daba testimonio de que aceptaba el templo con todo su mueblaje como un buen servicio prestado a su nombre y a su reino entre los hombres. 3. La manifestación de la Gloria de Dios provocó en el pueblo un sentimiento de santo pavor; y lo que ahora veían confirmaba su creencia en lo que habían leído en los libros de Moisés concerniente a la Gloria con que Dios se había aparecido a sus antepasados. 4. También se mostró Dios bien dispuesto a escuchar la oración que Salomón estaba a punto de dirigirle. Pero esta Gloria de Dios se manifestó en una nube densa, oscura, para significar: (A) La oscuridad de aquella dispensación comparada con la luz del Evangelio (nótese, en 1 Ti. 6:16, lo de «luz inaccesible»). (B) La oscuridad de nuestro estado presente con el de la visión futura (1 Co. 13:12), que será nuestra felicidad en el Cielo, cuando se descubra el velo de la Gloria de Dios (Ap. 21:23; 22:5).

Versículos 12–21

I. Salomón anima a los sacerdotes. Los discípulos de Cristo *tuvieron temor al entrar en la nube* (Lc. 9:34), a pesar de que era nube clara. ¡Cuánto más los sacerdotes cuando se vieron envueltos en una densa, oscura, nube! Para quitarles el miedo Salomón: 1. Les recuerda que esto era una señal de la presencia de Dios (v. 12), una indicación de su gracia, pues Él había dicho: Yo *apareceré en la nube* (Lv. 16:2). Donde Dios habita en luz, la fe es absorbida por la visión, y el miedo *es echado fuera por el amor* (1 Jn. 4:18). 2. Según eso Dios mismo se agradaba en habitar allí. Por eso, a la declaración de Dios en el versículo 12, corresponde Salomón en el v. 13: *«Yo he edificado casa por morada para ti»*. Como si dijese: «Conforme tú deseabas, ven, Señor, ven. La casa es tuya, enteramente tuya, yo *la he edificado para ti»*. Es un gozo para Salomón el que Dios haya tomado posesión del templo; y es su deseo el que Dios continúe en posesión de esta su casa. Que no se asusten, pues, los sacerdotes precisamente de aquello en lo que Salomón se goza.

II. A continuación, Salomón instruye y bendice al pueblo. Tras dirigirse brevemente a los sacerdotes, *volvió su rostro* hacia el pueblo (v. 14) que se hallaba de pie en el atrio exterior y se dirigió a ellos con mayor extensión.

1. Les *bendijo.* Cuando vieron que la densa nube se adueñaba del templo, temieron ser afectados desfavorablemente por la oscuridad, pero Salomón les bendijo, esto es, los apaciguó (diría en hebreo: *shalom lajem* = paz a vosotros), librándolos de la consternación que se había apoderado de ellos.

2. Les informó acerca de esta casa que había construido y que ahora dedicaba a Jehová.

(A) Comenzó su informe con un reconocimiento agradecido a la buena mano de su Dios sobre él hasta el presente (v. 15): *«Bendito sea Jehová, Dios de Israel»*. Hemos de dar gracias a Dios por las cosas de que disfrutamos. De este modo incitó Salomón a la congregación a elevar el corazón en acción de gracias a Dios. Salomón bendijo a Dios: (a) Por la promesa que había hecho a su padre David: *«habló a David mi padre»*. (b) Por el presente cumplimiento de dicha promesa: *«lo que con su mano ha cumplido»*. El mejor aprecio de los favores de Dios se obtiene cuando comparamos lo que hace con lo que dijo.

(B) Dedica después solemnemente esta casa a Dios. Tenemos aquí un cúmulo de consideraciones que movieron a Salomón a edificarla: (a) La necesidad, insinuada por Dios mismo de un lugar como éste (v. 16): *«… no he escogido ciudad … para edificar casa en la cual estuviese mi nombre»,* por consiguiente, ésta era la ocasión para edificarla. (b) El propósito de David de edificar el templo. Fue Dios quien escogió a David para rey de Israel (v. 16-2 Cr. 6:5 y ss. da más detalles—) y el que puso en su corazón este buen deseo de edificarlo (v. 17). (c) Pero fue voluntad de Dios que no fuese su padre, sino él, quien lo edificase

(vv. 18, 19): *«Bien has hecho en tener tal deseo. Pero tú no edificarás la casa, sino tu hijo»*. Lo que Salomón había hecho no era idea suya, sino de su padre, ni era para su gloria, sino destinada para gloria de Dios por designio del mismo Dios. (d) Refiere lo que él ha hecho y con qué intención: *«He edificado la casa,* no a mi nombre sino *al nombre de Jehová Dios de Israel* (v. 20). Y *he puesto en ella lugar para el Arca»*. (v. 21). Cuanto más hacemos por Dios, tanto más deudores le somos, pues nuestra suficiencia es de Él, no de nosotros.

Versículos 22–53

Después de consagrar a Dios el templo recién construido y amueblado, de lo que Dios había mostrado su satisfacción tomando posesión de él mediante la nube, Salomón eleva a Dios una larga y sublime oración, pide que este templo sea considerado, no sólo como un lugar de sacrificios, sino también, y primordialmente, una *casa de oración para todo el pueblo* (comp. con Is. 56:7; Mt. 21:13).

I. Salomón no encargó este servicio a un sacerdote o a un profeta, sino que lo hizo él mismo *en presencia de toda la congregación de Israel* (v. 22). 1. Fue cosa buena que lo hiciera, pues era señal de que habían aprendido a orar bien y sabía cómo expresarse delante de Dios espontáneamente sin atenerse a ningún formulario. 2. También estuvo bien que no se avergonzase de realizar este servicio delante de una congregación tan numerosa. Nunca, en toda su gloria desde su trono de mármol y oro, apareció Salomón tan grande como ahora.

II. La postura que adoptó en su oración fue muy reverente y expresiva de humildad, seriedad y fervor: 1. *Se puso* de rodillas (el verbo *amod* no siempre significa *estar de pie,* sino también *situarse),* como se ve por el v. 54, donde leemos que *«se levantó de estar de rodillas»,* y más aún por el lugar paralelo (2 Cr. 6:13), donde expresamente se lee que *«se puso sobre él* (el estrado de bronce), *se arrodilló delante de toda la congregación de lsrael, etc.»*. Esta postura es muy apropiada para orar (v. Ef. 3:14). El señor Herbert decía: «El arrodillarse nunca estropea las medias de seda». 2. *«Extendió sus manos al cielo»* y, según parece por el v. 54, continuó así hasta el final de su oración, con lo que expresaba así sus deseos hacia, y sus expectaciones desde, Dios, como *nuestro Padre que está en los cielos.* Extendió sus manos como para ofrecer su oración desde un corazón ensanchado y presentarla en el Cielo, para recibir desde allí, con ambos brazos, el favor que su oración demandaba.

III. La oración misma fue larga, quizá más larga de lo que aquí aparece. Lo que Cristo condenó no fue hacer largas oraciones, sino hacer largas repeticiones o presentar vanas pretensiones por vanagloria y ostentación. En esta oración, Salomón:

1. Da gloria a Dios. Comienza por aquí, por donde debe comenzar toda oración: un acto de adoración y alabanza (v. 23). (A) Alaba a Dios por lo que Él es *(«no hay Dios como tú, etc.»)* y por lo que es para su pueblo *(«que guardas el pacto y la misericordia a tus siervos»),* es decir, «haces por ellos incluso aquello que no les has prometido expresamente, bajo condición de *que anden delante de ti con todo su corazón»*. (B) En particular, le da gracias por lo que ha hecho por su familia (v. 24): *«Que has cumplido a tu siervo David mi padre lo que le prometiste»*.

2. Suplica la gracia y el favor de Dios. Pide:

(A) Que Dios le cumpla a él y a los suyos lo que ha prometido (vv. 25, 26). Hasta ahora, Dios había ayudado (comp. 2 Co. 1:10). Salomón repite la promesa de Dios a David: *«No te faltará varón delante de mí, que se siente en el trono de Israel»* (v. 25), pero no omite la condición: *«con tal que tus hijos guarden mi camino, etc.»;* porque no podemos esperar que Dios cumpla su promesa si nosotros no cumplimos la condición que lleva aneja. Luego, con humildad no exenta de cierta vehemencia, dice (v. 26): *«Ahora, pues, oh Jehová Dios de Israel, cúmplase la palabra que dijiste a tu siervo David mi padre»*.

(B) Que Dios haga honor a este templo y lo reconozca benévolamente como casa suya. Con este objeto:

(a) Expresa, *primeramente,* una humilde admiración de que condescienda Dios a tener el templo por morada suya especial (v. 27): *«Pero, ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra?* ¿Podemos imaginar que un Ser infinitamente alto, santo y feliz en Sí mismo se abaje tanto como para que pueda decirse de Él que *habita en la tierra?»; en segundo lugar* un humilde reconocimiento de la incapacidad de la casa que

había edificado, aun cuando era muy espaciosa, para contener a Dios: *«He aquí que los cielos y los cielos de los cielos no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado?»* Para un Dios inmenso, ni el Universo entero (ni millones de Universos) es bastante espacioso para contenerle.

(b) Pasa después a orar en general. *Primero:* Que Dios se digne oír y contestar la oración que ahora estaba elevando (v. 28). Fue una oración humilde, ferviente y llena de fe: *«Con todo, tú atenderás a la oración* (no del rey de Israel, sino) *de tu siervo»*. *Segundo:* Que Dios se digne igualmente oír y contestar todas las oraciones que en cualquier tiempo se hagan, ya sea en este lugar o mirando a este lugar (vv. 29, 30). *«Tú lo oirás en el lugar de tu morada, en los cielos; escucha y perdona»* (v. 30). Sólo los sacerdotes podían penetrar en el interior del santuario, pero cuando el pueblo ore en los atrios del santuario, deben hacerlo con la mira puesta en el propiciatorio, como medio de intercesión y de perdón, para ayudar así a la debilidad de su fe y ser tipo de la mediación de Jesucristo, que es el verdadero templo y la propiciación por nuestros pecados.

(c) En particular, presenta en su oración diversos casos:

Primero. Si se apela a Dios mediante juramento para determinar el derecho controvertido entre dos personas, y el juramento se pronuncia en dirección a este altar, ruega a Dios que, de un modo u otro, haga que se descubra la verdad y juzgue entre las partes contendientes (vv. 31, 32). Suplica que, en asuntos difíciles, este trono de gracia sea también trono de justicia.

Segundo. Que si el pueblo de Israel se halla gimiendo bajo alguna calamidad nacional, o algún israelita está afligido por alguna desdicha personal, sean oídas y contestadas las oraciones que eleven en este lugar o en dirección a él. Detalla los diversos casos:

(i) En caso de calamidades públicas, no puede, ni quiere, pedir que sus oraciones sean escuchadas a menos que *se vuelvan del pecado* (v. 35) y *se vuelvan a Dios* (v. 33). Si así lo hacen, ruega que Dios les oiga desde el cielo, les perdone su pecado, *les enseñe el buen camino en que anden* (v. 36) y retire de ellos el castigo, y conceda el favor que pedían.

(ii) En caso de aflicciones personales (vv. 38–40), no desciende a detalles, ya que son tan numerosas y variadas las aflicciones que padece la humanidad. Supone, en cambio, que cada uno *ha de sentir la plaga en su corazón* (v. 38) y *extender sus manos* para exponer su caso, como *extendió Ezequías delante de Jehová* las cartas de los embajadores de Asiria (Is. 37:14). En todos estos casos apela: a la divina omnisciencia *(«sólo tú conoces el corazón de todos los hijos de los hombres»*—v. 39—), a la divina justicia *(«darás a cada uno conforme a sus caminos»)* y a la divina misericordia *(«oirás, perdonarás ... actuarás»*—v. 39—, «para *que te teman todos los días que vivan»*—v. 40—)

(iii) Menciona a continuación el caso de un extranjero, prosélito, que venga a orar al Dios de Israel, convencido de la insensatez y perversidad de la adoración de los dioses de su país, y ruega a Dios que conteste a la oración de este prosélito (vv. 41–43). Tan antiguas eran las indicaciones del favor de Dios hacia los pecadores de entre los gentiles; así como había *una misma ley para el nativo y para el extranjero* (Éx. 12:49), así había también un mismo evangelio para ambos.

(iv) Viene después el caso en que el pueblo tenga que salir contra el enemigo a la batalla. Se supone que el ejército se halla ya a cierta distancia *«por el camino que tú les mandes»* (v. 44) y oran a Dios con el rostro vuelto hacia Jerusalén: *«Tú oirás en los cielos su oración y su súplica y les harás justicia»* (v. 45).

(v) El caso de los pobres cautivos es mencionado el último aquí como objeto propio de la compasión divina. Da por supuesto que los israelitas pecarán *(porque no hay hombre que no peque»*—v. 46, comp. con 1 Jn. 1:8, 10—) y que, al rebelarse ellos, Dios *se irritará contra ellos* y los entregará en manos del enemigo para ser llevados cautivos a un país extranjero. *Si ellos vuelven en sí* (v. 47, comp. con Lc. 15:17), se convierten y oran a Dios en la tierra en que se hallan cautivos, y confiesa su pecado, y lo hacen *«de todo su corazón y de toda su alma»* (v. 48), ruega a Dios que les oiga (v. 49) y les perdone (v. 50).

(vi) Finalmente, todo esto nos recuerda el gran privilegio de que disfrutamos en esta época del evangelio de gracia, pues ya no hay templo ni otro lugar que pueda añadir aceptación a las oraciones que dirigimos a nuestro Padre de los cielos. Aquello era una sombra y una figura; la realidad y la sustancia es ahora Jesucristo y sabemos que todo lo que pidamos en su nombre, nos será concedido (Jn. 14:13, 14; 15:16); siempre, con la única condición de que sea conforme a la voluntad de Dios (Ro. 8:27).

Versículos 54–61

Terminada su oración, Salomón bendice al pueblo *«puesto en pie»* (vv. 54–55).

I. Da a Dios la gloria por las grandes cosas que ha hecho a favor de Israel (v. 56). No menciona las riquezas, el honor, el poder, la victoria que Dios ha otorgado a su pueblo, sino la *paz,* puesto que, según la mentalidad judía, la paz incluye el resto de las demás bendiciones (el término hebreo *shalom* = paz, viene de una raíz que indica algo *completo, total*). 1. Se refiere a las promesas hechas por medio de Moisés (v. 56), como antes se había referido a las hechas por medio de David su padre (vv. 15–24). Dios había dado, por medio de Moisés, tantos preceptos como promesas. 2. Reconoce, como si las escribiera en un recibo final de dichos beneficios, que *«ninguna … ha faltado».*

II. Se incluye a sí mismo en la bendición que da a la congregación, y expresa su vehemente deseo y su segura esperanza de estas cuatro cosas: 1. La presencia de Dios en medio de ellos. Esta congregación se iba a dispersar pronto por todos los puntos del país, y no era probable que volvieran a reunirse todos ellos en este mundo. Así que los despide con esta bendición (v. 57): *«Esté con nosotros Jehová nuestro Dios, como estuvo con nuestros padres, y no nos desampare ni nos deje».* Es una bendición-oración que incluye pasado, presente y futuro. 2. El poder de su gracia sobre ellos (v. 58): *«Incline nuestro corazón hacia Él, para que andemos en todos sus caminos, etc.».* Nuestra conducta no está en nuestras manos, a menos que Dios nos capacite con su gracia para querer y hacer (Fil. 2:13). 3. La respuesta a la oración que acaba de elevar a Dios (v. 59): *«Estas mis palabras con que he orado … permanezcan cerca de Jehová nuestro Dios de día y de noche».* Como si dijera: «Que toda oración hecha aquí obtenga benévola respuesta y que haya una continua respuesta a la oración que acabo de hacer». Lo que Salomón pedía en esta oración, nos es otorgado ahora por Cristo, pues *vive siempre para interceder por nosotros* (He. 7:25). 4. La gloria del nombre de Dios en todas las naciones (v. 60).

III. Encarga solemnemente al pueblo que perseveren en el cumplimiento de sus deberes para con Dios (v. 61). Después de haber hablado a Dios a favor de ellos, les habla a ellos de parte de Dios, pues sólo los que son hechos mejores mediante la predicación, pueden esperar mejores resultados mediante la oración.

Versículos 62–66

Leímos anteriormente que Judá e Israel estaban alegres, *cada uno debajo de su parra y debajo de su higuera* (4:25); aquí los tenemos también alegres y seguros en los atrios de Dios.

I. Tenían abundante gozo y satisfacción mientras asistían a los servicios en la casa de Dios, porque allí: 1. Salomón ofreció un gran sacrificio: 22.000 bueyes y 120.000 ovejas, bastantes para acabar con todo el ganado del país si no hubiesen estado en una tierra tan fértil y abundante en todo. Todos estos sacrificios no fueron ofrecidos en un solo día, sino en los distintos días de la fiesta. 2. La fiesta duró *catorce días en total* (v. 65). Los primeros siete días fueron ocupados en la celebración de la dedicación del templo, y los otros siete siguientes coincidieron con la celebración de la fiesta de los Tabernáculos.

II. Se llevaron a sus casas este gozo y esta satisfacción que habían experimentado durante las solemnidades (v. 66). *Los beneficios de Jehová* eran el motivo de su gozo, y deberían ser también el motivo de nuestro gozo en todo tiempo.

CAPÍTULO 9

En este capítulo tenemos: I. La respuesta que Dios, en una visión, dio a la oración de Salomón, y los términos en que estableció su pacto con él (vv. 1–9). II. Intercambio de regalos entre Salomón e Hiram (vv. 10–14). III. Trabajadores que empleó y edificios que levantó (vv. 15–24). IV. Su devoción (v. 25). V. Su marina mercante (vv. 26–28).

Versículos 1–9

Dios había dado ya respuesta a la oración de Salomón inmediatamente, y señales de haberla aceptado, mediante *fuego de los cielos,* como vemos por 2 Crónicas 7:1, que consumió los sacrificios; pero aquí tenemos otra respuesta distinta y expresa a dicha oración.

I. De qué forma le dio Dios su respuesta. Se le apareció en sueños, como lo había hecho en Gabaón al comienzo de su reinado (v. 2). Si se comparan ambos casos, tenemos entonces la insinuación de que la visión en sueños ocurrió la misma noche en que habían acabado las solemnidades (v. 2 Cr. 1:6, 7).

II. El contenido de la respuesta. 1. Le asegura su presencia especial en el templo que Salomón había edificado, en respuesta a la oración que allí había elevado (v. 3): *«Yo he santificado esta casa».* Salomón la había dedicado, pero era prerrogativa de Dios santificarla o consagrarla. 2. Le muestra que él y su pueblo dependían en lo futuro de la conducta que observasen. Que no piensen que pueden vivir como quieran por el hecho de tener entre ellos *el templo de Jehová* (Jer. 7:4). *«Si tú andas delante de mí como anduvo David tu padre, en integridad de corazón ... yo afirmaré el trono de tu reino,* no de otra forma» (v. 4), pues bajo esa condición fue hecha la promesa (Sal. 132:12). «Pero que tú, tu familia y tu reino sepáis que *si obstinadamente os apartáis de mí,* a Israel, a pesar de ser nación santa, *la cortaré de sobre la faz de ta tierra,* mediante sucesivos juicios (v. 7), *y esta casa, que estaba en estima* (“*que es tan excelsa”*—2 Cr. 7:21—), *cualquiera que pase por ella se asombrará, y se burlará* (lit. *silbará,* que es señal de burla y estupor).» Los que pasasen ahora junto al templo se asombrarían de su belleza, pero si ellos se apartaban de Dios, los que pasaran se asombrarían de su ruina. Dios hizo a Salomón esta advertencia ahora que el templo estaba recién edificado y dedicado, para que él y su pueblo no se hiciesen altivos, sino temerosos de Dios.

Versículos 10–14

Salomón e Hiram, una vez terminadas las obras del templo, se partieron el uno del otro de forma amistosa. 1. Hiram ayudó a Salomón cuanto pudo. Lejos de envidiar la creciente grandeza y reputación de Salomón, le ayudó a engrandecerse. 2. Salomón cumplió también con lo pactado, no cabe duda, y dio víveres a la casa de Hiram (5:9). Pero aquí se nos dice que le dio también *veinte ciudades en tierra de Galilea* (v. 11). Podemos suponer que se trataba de unos villorrios de poca importancia, quizá menor que la de los mencionados en el v. 19, pues no merecieron ser citados por su nombre y, además, *no le agradaron a Hiram* cuando salió a verlos (vv. 12, 13) y les puso por nombre *Cabut,* que según Flavio Josefo, significa «desagrado», pero es más probable la etimología que significa «como nada» o «inútil». Lo cierto es que Hiram se las devolvió, como vemos en 2 Crónicas 8:2, y Salomón *las reedificó,* es decir, las reparó y hermoseó, y *estableció en ellas a los hijos de Israel.* Se ve que el terreno era estimable y Salomón supo sacarle el partido que no supo o no quiso sacarle Hiram. Los tirios eran hombres de la costa, mercaderes que se habían hecho ricos con la marina mercante y vivían en espléndidos edificios, por lo que no apreciaban la campiña, rica en grano y en pastos. No obstante, vemos por los vv. 26–28 que Hiram deseó agradecer a Salomón lo que por él había hecho, pues consiguió que accediese a ser socio suyo en el negocio de marinería.

Versículos 15–28

Un ulterior informe de la grandeza de Salomón.

I. Sus edificios. Hizo una gran leva de hombres y dinero, porque tenía el proyecto de edificar mucho, para dar empleo a muchas personas y poder invertir convenientemente su dinero (v. 15). Otros príncipes hacían levas para la guerra, con lo que empleaban la sangre de sus súbditos, pero Salomón las hacía para construir, con lo que empleaba el trabajo y el dinero de ellos. Esta inclinación de Salomón a construir puede apreciarse en Salmos 127:1 (Salmo que se le atribuye a él): *«Si Jehová no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican».* Y, por cierto, Salomón comenzó con buen pie, pues lo primero que edificó fue la casa de Dios y la terminó antes de comenzar la suya propia; así es como Dios le bendijo y le prosperó en todas las demás construcciones que llevó a cabo. Es de notar el orden que observó Salomón en las construcciones: Primero, la casa de Dios para los servicios religiosos; después, la suya para su propia comodidad; después, una casa para su mujer, a la cual ésta se trasladó tan pronto como estuvo

acabada (v. 24); luego, Miló (algo así como la casa del concejo o ayuntamiento); luego, el muro de Jerusalén, la ciudad regia; después, algunas ciudades de nota y especial fuerza en el país, las cuales estaban necesitadas de reparaciones y fortificación, como Hazor, Meguidó y Guézer.

II. Sus obreros y siervos. Para tan ingentes obras necesitó usar abundantes obreros. 1. Salomón empleó en los trabajos más duros a los extranjeros que habían quedado después de la conquista del país (vv. 20, 21). 2. En otros servicios más honorables empleó israelitas (vv. 22, 23): *«Mas a ninguno de los hijos de Israel impuso Salomón servidumbre* (es decir, servicios propios de esclavos)», puesto que eran libertos de Dios y dignos de ser honrados por su especial relación con Dios.

III. Su piedad y devoción (v. 25): *«Tres veces cada año ofrecía holocaustos y sacrificios de paz»,* esto es, en las tres fiestas principales de Pascua, Pentecostés y Tabernáculos. Se nos dice que los ofrecía *sobre el altar que él edificó,* el de bronce, y desempeñó así funciones sacerdotales por privilegio real. Se preocupó de edificar el altar; y él mismo hizo uso de él. 2. Él mismo recibió el beneficio y consuelo de él.

IV. Su comercio. Construyó en Esyón-Guéber una flota mercante (v. 26). Dicho lugar era un puerto en la costa del mar Rojo uno de los últimos lugares en que acamparon los israelitas durante su peregrinación por el desierto (Nm. 33:35). La flota traía oro de Ofir, localidad cuya ubicación se ha discutido mucho, lo más probable es que estuviera situada en la India (quizás en Ceilán). Anteriormente (v. 14) Hiram había dado a Salomón 120 talentos de oro. Es probable que esto fuese lo que animó a Salomón a construir su propia flota mercante. Como los tirios eran *«diestros en el mar»* (v. 27), ayudaron a los siervos de Salomón en el viaje. La Providencia ha dispuesto que unas naciones necesiten de otras para que se ayuden mutuamente en el comercio, pues somos una misma familia, no sólo como cristianos, sino también como hombres (v. Hch. 17:26). La flota trajo a Salomón 420 talentos de oro, equivalentes según Médebielle, a unos 55 millones de francos oro. Con todo, fue mucho más lo que ganó David con sus conquistas que lo que obtuvo Salomón con su marina mercante. En efecto, ¿qué son los 420 talentos de Salomón, comparados con los *100.000 talentos de oro* de David? (1 Cr. 22:14; 29:4). Pero Salomón dio a sus mercancías mejor destino que su padre, pues alcanzaron aun a los más pobres, y así nos aseguró por propia experiencia que la mejor mercancía es la de la sabiduría, ya que *«Su ganancia es mejor que la ganancia de la plata, y sus rentas mayores que las del oro fino»* (Pr. 3:14).

CAPÍTULO 10

En este capítulo vemos la visita que la reina de Sebá (o Sabá) giró a Salomón, con otros detalles acerca de la fama y riquezas de Salomón. I. Visita de la reina de Sebá, de la cual salió ella más que satisfecha (vv. 1–13), como salían todos cuantos visitaban a Salomón (v. 24). II. De su riqueza nos da testimonio su renta anual en oro (vv. 14, 15), además del que importaba cada tres años (v. 22) y del que le traían como presente cada año (v. 25). III. El uso que hacía del oro: 1. En escudos y vasos (vv. 16, 17, 21). 2. En su espléndido trono (vv. 18–20). IV. Comerciaba además en carros y caballos (vv. 26–29).

Versículos 1–13

Informe de la visita que la reina de Sebá giró al rey Salomón sin duda, esto fue cuando él se hallaba en la cima de su piedad y de su prosperidad. Nuestro Salvador la llamó *«la reina del sur»* porque Sebá caía al sur de Canaán; concretamente en Arabia del sur, pues los sabeos se habían establecido en el Yemen. Los cristianos (coptos) de Etiopía sostienen, hasta el día de hoy, la opinión de que la reina mencionada en Hechos 8:27 (e incluso el último emperador de Etiopía, Haile Selassie) descendían de un (hipotético) hijo de Salomón y de la reina aquí mencionada.

I. Qué la trajo para visitar a Salomón. No vino por asuntos de comercio, sino: 1. Para satisfacer su curiosidad, pues había oído de su fama, especialmente de su sabiduría. 2. Para recibir instrucción de él, y aumentar así la sabiduría que ella poseía (comp. con Mt. 12:42), con la que poder gobernar con acierto a

sus súbditos. Por lo que ella misma dijo (v. 9), podemos inferir que su principal deseo fue el ser instruida en las cosas del Dios de Israel.

II. Equipaje y escolta que trajo consigo, conforme a su rango. No vino propiamente a pedir, pues trajo abundantes riquezas con las que recompensar la hospitalidad y generosidad de Salomón: *«oro, mucha especiería y piedras preciosas»* (v. 10), a cambio de la sabiduría, que vale más que todos los tesoros materiales.

III. La hospitalidad que le prestó Salomón. Por lo que dice el texto sagrado no la despreció a causa de la debilidad de su sexo, sino que le dio completa libertad para que le hiciese cuantas preguntas creyese convenientes, dando cumplida respuesta a todas ellas (vv. 1, 2, 3). No cabe duda de que la informaría especialmente sobre Dios, su ley y su culto.

IV. Efecto que produjo en ella lo que vio y oyó en la corte de Salomón. Se mencionan aquí diversas cosas que ella admiró: edificios, mueblaje, comida, servidumbre, holocaustos. Pero lo primero que se menciona es *«la sabiduría de Salomón»* (v. 4), y lo último como corona de todo lo demás, *«sus holocaustos que ofrecía»* (v. 5).

V. Cómo expresó su admiración. 1. Reconoce que no sólo era verdad lo que se le había dicho, sino que lo que ella vio y oyó era más del doble de lo que se le había dicho (vv. 6, 7). Quienes, por la gracia de Dios, han llegado a experimentar las delicias de la comunión íntima con el Señor, saben que todo lo que hayan leído u oído sobre ello no es ni la mínima parte de la realidad. Pero los santos que ya están en la gloria del Cielo saben que lo que aquí se les dijo no llegaba a la milésima parte de lo que ahora están experimentando (1 Co. 2:9). 2. Declara que eran realmente *dichosos* los asistentes y los siervos de Salomón (v. 8), pues tenían continuamente la oportunidad de escuchar su sabiduría. 3. Bendice a Dios, que había dado a Salomón tal sabiduría y tanta riqueza y *le había puesto por rey*, no precisamente para vivir en pompa y lujo, sino *para que hiciese derecho y justicia.*

VI. Cómo se despidió. 1. Hizo a Salomón los regalos que ya hemos mencionado (v. 10). Estos regalos de oro y especias eran tipo del oro, incienso y mirra que trajeron a Jesús los magos de oriente (Mt. 2:11). Así pagó ella a Salomón por la sabiduría que había adquirido, sabiendo que en el trato había hecho buen negocio. Quienes son enseñados por Dios han de entregarle todo su corazón, pues en este regalo se agrada Dios más que en todo el oro del mundo. Se alaba aquí especialmente *«La madera de sándalo»* (vv. 11, 12) pues se usaba en la confección de objetos valiosos, incluidos varios instrumentos músicos. Esto se menciona aquí porque quizá fue una de las cosas que causaron mayor admiración a la reina de Sebá. 2. Tampoco Salomón acortó el brazo en los regalos que le dio a ella, pues leemos que le dio *«todo lo que ella quiso pedirle, además de lo que Salomón le dio de su real voluntad»* (v. 13).

Versículos 14–29

Nuevo informe de la prosperidad de Salomón.

I. Cómo incrementó su riqueza. 1. Además del oro que venía de Ofir (9:28), traía tanto de otros países que la suma anual era de 666 *talentos de oro* (v. 14); según Colunga, equivalía la suma de 78 millones de pesetas oro (actualmente, año 1986, vendría a equivaler a más de 5.000 millones de pesetas. Nota del traductor). ¡Cifra colosal! 2. Recibía grandes cantidades de tasas aduaneras por las mercancías y tributos de los países que su padre había conquistado y hecho tributarios de Israel (v. 15). 3. Además, era socio de Hiram en la *flota de Tarsis*, con la que importaba, cada tres años, no sólo oro, plata y marfil, sino también monos y pavos reales (v. 22). 4. Cada año recibía presentes de los príncipes y magnates vecinos, en recompensa por los consejos y las instrucciones que recibían de la sabiduría de Salomón (vv. 24, 25). 5. Comerciaba con Egipto para traer de allí *caballos y lienzos* por medio de sus mercaderes, quienes, a su vez, servían de intermediarios para vender a otros países (vv. 28, 29).

II. Qué uso hacía de su riqueza.

1. Después de haber empleado mucho oro para el templo, usó también mucho para su pompa y comodidad. (A) Hizo de oro 200 escudos grandes o paveses (los que cubren todo el cuerpo) y 300 pequeños o rodelas (vv. 16, 17), no para pelear, sino para ceremonias de gala. Los hacía llevar delante de sí, como símbolo de la protección que el poder real podía ofrecer a todos sus súbditos. (B) Hizo también, de oro purísimo y marfil, un trono majestuoso, donde se sentaba para dar leyes a sus súbditos, audiencia a sus embajadores y sentencia en juicios de apelación (vv. 18–20). A pesar de estar hecho de marfil (de colmillos de elefante) algo valioso y de alto precio, todavía lo recubrió de oro del mejor. (C) También hizo de oro puro toda su vajilla (v. 21).

2. Hizo que circulara el dinero en su reino, a fin de que los súbditos fuesen ricos como lo era el rey, puesto que no miraba sólo por su propio interés, sino también por el de los súbditos. De tal modo hizo que circulara en su reino la riqueza, especialmente el oro, que *la plata, en tiempo de Salomón, no era apreciada* (v. 21). Si la abundancia de oro hizo que la plata fuese despreciable, ¿cuánto más no harán despreciables a las cosas de este mundo, incluido el oro, la sabiduría, la gracia y la previa degustación de las cosas celestiales?

3. Recordemos ahora: (A) Que éste fue el que, al comenzar su reinado, no pidió a Dios riquezas ni honores, sino sabiduría para gobernar a su pueblo. (B) Que éste fue quien, después de haberlo probado todo, escribió un libro entero (suponiendo, lo cual es muy discutible, que Salomón sea el autor de *Eclesiastés*—nota del traductor—) para mostrar la vanidad de todas las cosas temporales y la necedad de poner en ellas el corazón. Esto nos enseña a dedicarnos a la práctica seria y constante de la piedad, la cual, con la gracia de Dios, está a nuestro alcance, mientras que la milésima parte de la grandeza y riqueza de Salomón es mil veces mayor que las que podemos adquirir en este mundo.

CAPÍTULO 11

Hasta ahora no hemos leído de Salomón sino cosas grandes y buenas; pero aquí vemos eclipsado el lustre de su bondad y de su grandeza, y su sol se pone bajo una negra nube. I. La gloria de su piedad queda ahora empañada por su apostasía del verdadero Dios y de sus deberes, al casarse, en su vejez, con mujeres extranjeras y adorar a dioses extraños (vv. 4–8). II. La gloria de su prosperidad es también empañada por el desagrado de Dios contra él y los frutos amargos de dicho desagrado (vv. 9–13). III. Tenemos, en concreto, las revueltas de varios adversarios, tanto de fuera como de dentro, de su reino (vv. 14–40). IV. Así llegamos a la muerte de Salomón, sin que se nos mencione aquí (vv. 41–43), ni en 2 Crónicas 9:29–31, su arrepentimiento (como se nos menciona el de Manasés en 2 Cr. 33:12 y ss.), por lo que nos queda la triste suposición de que murió enemistado con Dios.

Versículos 1–8

Vemos aquí la apostasía y degeneración de Salomón.

I. Inquiramos primero la causa que dio ocasión a dicha apostasía, para ver cómo este hombre *«predilecto de Dios»* fue llevado al pecado por mujeres extranjeras. Aquí tenemos un compendio de su apostasía.

1. *«Salomón amó … a muchas mujeres extranjeras»* (v. 1). (A) Se dio a las mujeres. La madre de Lemuel (Pr. 31:3), a quien algunos han identificado con Salomón, le decía: *«No des a las mujeres tu fuerza»* (es decir, tu vigor), con lo que alude quizás a Sansón, quien perdió su fuerza por dar información del secreto a una mujer. La caída de su padre David había comenzado cuando dio satisfacción a la concupiscencia de la carne. El amor incontrolado a las mujeres «a *muchos ha hecho caer heridos»* (Pr. 7:26). Como dice el obispo Hall, «a muchos les ha roto la cabeza su propia costilla». (B) Tomó muchas mujeres, tantas que llegaron a sumar mil: 700 *mujeres* y 300 *concubinas* (v. 3). La sabiduría divina señaló una mujer para un hombre, y a los que una les parece poco, también les parecerán pocas dos o tres.

(C) Lo peor de todo es que eran *mujeres extranjeras:* moabitas, amonitas, etc., de las naciones con cuyas mujeres había prohibido Dios los matrimonios mixtos (Éx. 24:11–16; Dt. 7:3–5), aparte de que aun

de las israelitas le estaba prohibido al rey tener mucha mujeres *«para que su corazón no se desviara»* (Dt. 17:17). Hay quienes opinan que eran matrimonios por razones de Estado, a fin de enterarse de los asuntos de esos países, pero no tenía excusa alguna. (D) Para colmar su maldad, *«a éstas se juntó Salomón con amor»* (v. 2). Grande era la sabiduría de Salomón, pero ¿de qué le sirvió si no supo refrenar sus apetitos carnales?

2. Estas mujeres le arrastraron al culto de dioses extranjeros (v. 4), como hicieron las moabitas a los israelitas en Baal-Peor: *«Sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos»* (vv. 3, 4). (A) Salomón se hizo frío e indiferente hacia la verdadera religión, y remiso en el servicio del Dios de Israel: *«Su corazón no era perfecto con Jehová su Dios, como el corazón de su padre David»*. No era perfecto porque no fue *constante* (v. 6). (B) Toleró y mantuvo a sus mujeres en la idolatría y no tuvo escrúpulos en acompañarlas en el culto a los dioses falsos. Edificó lugares de culto para ellos (vv. 7, 8), y parece que llegó a pensar, como dice el obispo Patrick: «¿Qué de malo hay en ello? ¿No son todas las religiones iguales?», que, por cierto, es un eslogan de moda. Estos lugares altos continuaron así, sin ser completamente demolidos, hasta el tiempo del rey Josías (2 R. 23:13).

II. Hagamos aquí una pausa para lamentar la caída de Salomón, la cual merece ciertamente nuestra reflexión y nuestro asombro.

1. Qué extraño es: (A) Que Salomón en su vejez se dejase llevar de pasiones juveniles, pasiones carnales. (B) Que un hombre tan sabio como él llegase a tal insensatez por la influencia de insensatas mujeres. (C) Que el mismo que en Proverbios había advertido a otros tan clara e insistentemente contra el peligro del amor a las mujeres, cayese tan espectacularmente en ese mismo peligro. Bien se ve que es más fácil notar la mota en el ojo ajeno que la viga en el propio, y que muchos que enseñan a otros el camino de la rectitud, se desvían ellos mismos de ese camino. (D) Que un hombre otrora tan piadoso y con tanto celo por el servicio del verdadero Dios, llegase ahora a tales extremos de impiedad.

2. ¿Qué diremos a todo esto? (A) El que piense estar firme, que mire no caiga (1 Co. 10:12). Ya vemos lo débiles que somos de nosotros mismos sin la gracia de Dios. Vivamos, pues, en constante dependencia de esa gracia. (B) Nótese el peligro de la prosperidad material y cuán difícil resulta superar las tentaciones que comporta. Salomón, como Jesurún, *engordó y tiró coces* (Dt. 32:15). (C) Véase cuánto necesitan vigilarse a sí mismos los que han hecho profesión abierta de religión y se han mostrado celosos, y hasta impetuosos, en sus devociones, pues el diablo les atacará con tanto mayor violencia y, si llegan a portarse mal, el mal será mayor y ellos serán más dignos de reproche. Es la tarde la que recomienda al día. Temamos, pues, no sea que, habiendo corrido bien, seamos estorbados de llegar a punto (comp. Gá. 5:7).

Versículos 9–13

I. Enojo de Dios contra Salomón por su pecado. En lo que hizo desagradó a Dios, puesto que en su pecado se hallaba: 1. La más baja ingratitud que pueda darse. Las manifestaciones de Dios a Salomón (v. 9: *«se le había aparecido dos veces»*) eran una confirmación tan clara de su verdadera creencia, que debería haberle prevenido para siempre contra el culto de dioses ajenos. 2. La más vil y voluntaria desobediencia, pues Dios *le había mandado* expresamente *acerca de esto, que no siguiese a dioses ajenos; mas él no guardó lo que le mandó Jehová* (v. 10).

II. El comunicado de Dios a Salomón (v. 11): *«Y dijo Jehová a Salomón»* (probablemente mediante un profeta) lo que le esperaba por esta apostasía. Y aquí: 1. La sentencia es justa: Puesto que él se había rebelado contra Dios, parte de su reino se rebelaría contra su familia. El pecado acarrea la ruina a las familias, corta relaciones, enajena haciendas y echa por los suelos el honor de los seres humanos. 2. No obstante, el castigo viene con cierta mitigación, *por amor a David* (vv. 12, 13); es decir, por la promesa hecha a David. El reino sufrirá una escisión, pero: (A) No inmediatamente. Salomón no vivirá para verla, sino que ocurrirá en el reinado de su hijo habido precisamente de una extranjera (14:31). (B) No lo perderá del todo. Una tribu, la de Judá, la más numerosa y fuerte de todas, quedará adherida a la casa de David (v. 13) *por amor a Jerusalén* edificada por David, y de su templo, edificado por Salomón. Eso no irá a parar a manos extrañas.

III. Una vez recibido de Dios este comunicado de juicio para avivar la conciencia de Salomón y traerle al arrepentimiento, tenemos razón (dice M. Henry) para pensar que se humilló delante de Dios, confesó su pecado, pidió perdón y volvió al cumplimiento de su deber. Parece indicarlo el libro del Eclesiastés (si es que lo compuso él. Nótese que, en dicho libro, ni una sola vez ocurre el nombre de Jehová. Nota del traductor). Quizá nos de alguna luz sobre una probable vuelta final a Dios el pasaje de 2 Samuel 7:14, 15, donde Dios prometió a David, acerca precisamente de Salomón: *«Si él hiciere mal, yo le castigaré con vara de hombres … pero mi misericordia no se apartará de él como la aparté de Saúl».* Aun cuando Dios puede soportar el que sus amados caigan en pecado, no puede soportar que se queden en el pecado para siempre. (Con todo, es muy probable que dichas frases se refieran, no a la salvación personal de Salomón, sino a la continuación del cetro en su linaje. Nota del traductor).

Versículos 14–25

Son mencionados aquí dos adversarios que se rebelaron contra Salomón, hombres de poca importancia y que no podrían haberle hecho daño alguno si Salomón no se hubiese enemistado antes con Dios. ¿Qué habrían podido hacer Hadad o Rezón contra un rey tan grande y poderoso como Salomón si él no se hubiera rebajado y debilitado a sí mismo mediante el pecado? Pero ahora esta gente tan insignificante le amenaza y le insulta.

I. Dios mismo suscitó estos adversarios (vv. 14, 23). Aunque ellos se movían por ambición o revancha, Dios los usó para su propósito de aplicar a Salomón un correctivo.

II. Los motivos de ambos adversarios tenían su fundamento, en su enemistad contra Salomón, en sucesos ocurridos en tiempo de David, cuando éste conquistó los respectivos países de ellos (vv. 15, 24). Salomón gozaba de los beneficios y ventajas que los éxitos de su padre le habían proporcionado, tanto en el ensanchamiento de sus dominios como en el incremento de sus riquezas y jamás los habría perdido si se hubiese mantenido en comunión con Dios; pero ahora se encuentra con que los males están contrarrestando a los bienes.

1. Hadad, edomita, fue adversario de Salomón. Lo que le indujo a ello fue que, al conquistar David Edom (2 S. 8:14), Joab había pasado a cuchillo a todos los varones (vv. 15, 16). Hadad, del linaje regio, era entonces un chiquillo y, mientras Joab se encargaba de enterrar los cadáveres, fue preservado de la matanza general por los siervos de su padre, que se lo llevaron a Egipto (v. 17), adonde llegó tras algunas vicisitudes (v. 18), convirtiéndose allí en cuñado de la reina (vv. 19, 20). A la muerte de David y Joab regresó a su país, en el que parece ser que se mantuvo tranquilo mientras Salomón conservó el buen juicio y el recto gobierno de su reino, pero se rebeló contra él al rebelarse Salomón contra Dios y perder así la protección divina. No se nos dice qué daño hizo Hadad, sino únicamente que, cuando quería partir a su tierra, Faraón no quería que se marchara y le preguntó: *«¿Qué te falta conmigo?» «Nada»,* respondió él; *«con todo, te ruego que me dejes ir»* (v. 22).

2. Rezón, sirio, fue otro adversario de Salomón. Cuando David derrotó a Hadad-ézer, príncipe del territorio sirio de Sobá (2 S. 8:3; 10:16–18), este Rezón se hizo cargo del remanente de las tropas y vivió de los despojos y de la rapiña hasta que Salomón comenzó a ser un despreocupado y, entonces, se apoderó de Damasco, donde fue hecho rey (vv. 23, 24), y siguió enemistado con Israel durante todo el reinado de Salomón (v. 25), especialmente después de la apostasía de éste.

Versículos 26–40

Primera mención del infame *Jeroboam hijo de Nebat, que hizo pecar a Israel,* como otro adversario de Salomón. Dios le había dicho a éste (v. 11) que había de romper de él el reino y entregarlo a su siervo. Este siervo era Jeroboam.

I. Su origen (v. 26). Era de la tribu de Efraín, la más honorable después de Judá. Su madre era viuda y se llamaba *Seruá*, que significa «leprosa».

II. Su promoción. Una de las características de la sabiduría de Salomón fue poner en los diferentes cargos a las personas más aptas para desempeñarlos. Jeroboam fue nombrado *jefe de toda la leva de la casa de José* (v. 28). Obsérvese la diferencia entre el antecesor y el sucesor de David: Cuando Saúl veía que alguien era *hombre esforzado y apto para combatir, lo juntaba consigo* (1 S. 14:52). En cambio Salomón escogía al que era *activo* (v. 28), es decir, *laborioso* (lit. *que hacía el trabajo).*

III. Su designación para regir las diez tribus del norte después de la muerte de Salomón. La tradición judía dice que cuando fue empleado por Salomón en la construcción de Miló aprovechaba las oportunidades para denigrar a Salomón como opresor del pueblo y con estas murmuraciones hacía que la gente se resintiera del gobierno de Salomón. Éste le puso al frente de las tribus de la casa de José esto es, de Efraín y Manasés, y, cuando iba a tomar posesión de su cargo, le salió al encuentro el profeta Ahías, quien, de parte de Dios, le anunció que sería rey, lo cual le envalentonó para oponerse a Salomón con renovado vigor.

1. El profeta Ahías, por quien le fue comunicado a Jeroboam el mensaje de Dios, era de Siló. Volveremos a verle mencionado en 14:2. Por lo que se ve, Siló no había sido olvidado ni abandonado de Dios por completo, sino que, en memoria de los primeros años, fue bendecido con la presencia de un profeta.
2. La señal mediante la cual le fue simbolizada a Jeroboam esta promoción fue mediante el simbólico desgarro del manto del profeta en doce pedazos, de los que dio a Jeroboam diez (vv. 30, 31). Los profetas, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, usaban con frecuencia gestos simbólicos (comp. con Hch. 21:10).
3. Obsérvese el mensaje mismo, que es muy especial: (A) Le asegura que será rey de diez tribus de Israel (v. 31). (B) Le explica la razón: No se debe al buen carácter o a los méritos de Jeroboam, sino para castigar la apostasía de Salomón (v. 33). Jeroboam no merecía un puesto tan bueno, pero Israel merecía un príncipe tan malo. (C) Limita las aspiraciones del futuro rey a las diez tribus únicamente, y esto había de tener efecto, después de la muerte de Salomón, para que no aspirase al gobierno de toda la nación ni provocase disturbios en vida de Salomón. Aquí se le dice: (a) Que dos tribus (llamadas aquí *una* por estar Benjamín muy menguada y como perdida entre los millares de Judá) quedarían adheridas a la casa de David, por lo que no debía intentar apropiárselas. Que no piense que David ha sido rechazado como lo fue Saúl, pues de David había de salir el Mesías. (b) Que Salomón debe reinar sobre todo Israel mientras viva (vv. 34, 35). Por tanto, no ha de intentar destronarlo, sino aguardar con paciencia hasta que le llegue su día. Con frecuencia, los hijos que no siguen el buen camino de sus padres lo pasan bien en esta vida por la piedad de sus buenos progenitores. (D) Le da a entender que su futuro dependerá de su conducta (v. 38): *«Y si … haces lo recto delante de mis ojos … yo estaré contigo y te edificaré casa firme».*

IV. Huida de Jeroboam a Egipto (v. 40). De un modo u otro, Salomón llegó a enterarse del caso, quizá porque el propio Jeroboam lo dijo. 1. Salomón quiso insensatamente matar a Jeroboam pero: 2. Éste se retiró prudentemente a Egipto.

Versículos 41–43

Llegamos ya al final de la historia de Salomón, y se hace referencia aquí: 1. A un *libro de los hechos de Salomón* (v. 41), semejante a los *Anales* de otros reyes de su época. Este libro no nos ha llegado, pero es probable que el escritor sagrado extrajese de él lo que Dios creyó conveniente para los lectores de la Biblia. 2. A los años que reinó sobre todo Israel (v. 42): *Cuarenta años* (del 970 al 931 a. de C.). Su reinado fue tan largo como el de su padre, pero su vida no fue tan larga; sin duda, fue acortada por el pecado (es probable que no llegase a cumplir 60 años). 3. A su muerte y sepultura, así como a su sucesor (v. 43). (A) Siguió a sus padres hasta el sepulcro y fue enterrado en Jerusalén. (B) Le sucedió su hijo Roboam.

CAPÍTULO 12

Pronto declinó la gloria que Israel había alcanzado durante el reinado de Salomón. I. Accesión de Roboam al trono y vuelta de Jeroboam de Egipto (vv. 1, 2). II. Petición del pueblo a Roboam para que les aliviase la servidumbre que padecían, y la dura respuesta que recibieron (vv. 3–15). III. Rebelión de las diez tribus a favor de Jeroboam (vv. 16–20). IV. Intento de Roboam de frustrar la revuelta y prohibición de Dios a tal intento (vv. 21–24). V. Jeroboam establece su gobierno sobre bases idólatras (vv. 25–33). Así es como Judá se debilitó al ser abandonado por sus hermanos, e Israel por abandonar la casa de Dios.

Versículos 1–15

Salomón tuvo 1.000 mujeres, entre reinas y concubinas y, con todo, sólo nos ha llegado el nombre de uno de sus hijos, quien por cierto, fue un insensato. El pecado es un mal camino para edificar una familia. Roboam fue hijo del hombre más sabio, pero no heredó nada de la sabiduría de su padre. Ni la sabiduría ni la gracia corre con la sangre. La corte de Salomón era un modelo de organización sabia, pero a pesar de ser Roboam el hijo favorito, nada bastó para infundirle un poco de prudencia.

I. El pueblo deseó tratar con él en Siquem, y él condescendió a ir allí. 1. El pretexto fue coronarle rey en aquel lugar, pero el verdadero objetivo era destronarle. Le daban la oportunidad de ser coronado rey fuera de Jerusalén, a fin de que no pareciese que era rey sólo de Judá. 2. El lugar era de nefastos presagios pues en Siquem se había erigido Abimélec como rey (Jue. 9), aunque había sido antes famoso por la convención general de las tribus allí celebrada (Jos. 24:1). Roboam conocía la amenaza de ruptura de su reino, mas pensó que podría impedirla si acudía a Siquem para tratar con las diez tribus, pero esta medida resultó sumamente impolítica y apresuró la ruptura.

II. Los representantes de las tribus se dirigieron al rey pidiéndole que les rebajase las tasas impuestas por su padre. Enviaron también a llamar a Jeroboam para que viniese de Egipto y, es probable, llevase la voz cantante en este asunto. En dicha alocución: 1. Se quejaron del trato recibido de parte de Salomón (v. 4): *«Tu padre hizo pesado nuestro yugo»*. No se quejan de la idolatría de Salomón (así de indiferentes se mostraban con respecto a la religión), sino de las tasas y prestaciones personales que les había impuesto Aunque hayamos de admitir que había algo de justo en esta petición, lo cierto es que, cuanto más disfruta la gente de comodidades materiales tanto más se queja de lo que les parece un yugo. Así le pasaba ahora a Israel. La magnificencia de las obras de Salomón les costaba dinero, pero las guerras de David les habían costado fatigas y sangre y no se habían quejado de ello. 2. Le pidieron que les aliviara el yugo, y pusieron esto como condición para seguir adheridos a la casa de David.

III. Roboam pidió consejo acerca de esta petición. 1. Los hombres de mayor experiencia en la corte le aconsejaron que accediese a la petición, con lo que se evitarían mayores males (vv. 6–8). La mejor norma para reinar es servir, abajándose para hacer el bien a todos y ganar así el corazón de los súbditos. 2. Pero los *jóvenes que se habían criado con él* (Roboam tenía entonces 41 años—2 Cr. 12:13—), esto es, sus amigos y colaboradores, no por falta de edad, sino de experiencia y prudencia, le aconsejaron que agravase todavía más las cargas del pueblo (vv. 8–11). Señal de la debilidad de Roboam fue: (A) No tener en cuenta el consejo de los ancianos experimentados, sino seguir el de los que se habían criado con él y participaban de su necedad y poca experiencia. Tremendas consecuencias tiene para los jóvenes, cuando echan a andar solos por el mundo, seguir los consejos de quienes halagan su vanidad y les incitan al placer, y piensan que por eso son sus mejores amigos, pues ellos le llevarán a la ruina. (B) Preferir la aspereza a la moderación y piensan que así tendría mayores ingresos y que los ancianos habían sido muy torpes al aconsejarle rebajar las cuotas (v. 7). Los ancianos le habían dado consejo escueto, pero los jóvenes le dictaron las palabras mismas que había de responder al pueblo. La última frase del v. 10 viene a ser, como hace notar el Dr. Ryrie, una expresión proverbial que significa: «Mi poder será mayor que el de mi padre». La altanería, casi obscena de esta frase nos da el calibre de la imprudencia de estos consejeros.

IV. Así pues, respondió al pueblo según le habían aconsejado los jóvenes (vv. 14, 15). Se presentó con porte altivo e imperioso, imaginándose que al usar de mano dura le seguirían como corderos.

1. Vemos aquí la fatuidad de Roboam. (A) Confiesa que es cierto lo que alegan contra el gobierno de su padre (v. 14): *«Mi padre hizo pesado vuestro yugo»,* con lo que se mostraba injusto e ingrato con la memoria de su padre. (B) Se imagina que los va a poder domeñar mejor que lo hizo su padre. (C) Les amenaza, no sólo con estrecharles el yugo, sino también con castigarles con duras leyes. (D) Provoca así a un pueblo acostumbrado a la prosperidad y a la riqueza, que se había vuelto fuerte, arrogante y dispuesto a la rebelión, y que tenía ya al frente de ellos alguien con dotes de mando.

2. Pero vemos también aquí el cumplimiento de los designios de Dios (v. 15): *«Era designio de Jehová …»* Dejó a Roboam abandonado a su propia insensatez, y *ocultó a sus ojos las cosas que eran para su paz* (comp. con Lc. 19:42). Roboam fue un insensato al perder la mayor parte del reino por su necedad, pero es mucho mayor la de los que rechazan el reino de Dios por su incredulidad.

Versículos 16–24

Tenemos aquí la partición del reino de Israel.

I. El pueblo reaccionó con osadía y resolución (v. 16): *«¿Qué parte tenemos nosotros con David?»* Si el pueblo hubiese inquirido para ver quién le había dado a Roboam este consejo, y hubiese tomado las medidas necesarias para apartar de la corte a tan malvados consejeros, quizás habría podido evitarse la ruptura. Pero rebelarse, sin más, contra la casa de David, a la que Dios había concedido el cetro y adjudicado la sucesión a la posteridad de David, y levantar otro rey en oposición a dicha familia, fue un gran pecado (2 Cr. 13:5–8). Se menciona aquí, en alabanza de la tribu de Judá, que *siguió a la casa de David* (vv. 17, 20) a pesar de la imprudencia y estupidez de Roboam.

II. Roboam fue también imprudente en su posterior procedimiento para acabar con la rebelión. 1. *Envió* precisamente *a Adoram, que estaba sobre los tributos* (v. 18). Con sólo verle, todavía se exasperó más el pueblo, hasta apedrear al enviado. 2. Muchos opinan que también obró mal en abandonar el campo y volver precipitadamente a Jerusalén, pues así dejó la ventaja en manos de sus enemigos, que se habían ido a sus tiendas disgustados (v. 16), es cierto, pero sólo después que él se volvió a la capital, ofrecieron la corona a Jeroboam (v. 20).

III. Dios le prohibió que intentara recobrar por la espada lo que había perdido. Las cosas deben quedar como están y por tanto Dios prohíbe la lucha. 1. Fue un acto de valentía por parte de Roboam el estar dispuesto a reducir por la fuerza a los sediciosos. Le vinieron los ánimos cuando llegó a Jerusalén (v. 21). Judá y Benjamín (temerosos de Dios y del rey, y que no se habían unido a los insurrectos) levantaron un ejército de 180.000 hombres, a fin de recuperar el derecho que el rey tenía sobre las otras diez tribus, y estaban resueltos a luchar a su lado. 2. Fue mayor bravura por parte de Roboam el cesar de su intento cuando le ordenó Dios, por medio de un profeta, deponer las armas. Seguir con su intento habría sido no sólo *pelear contra sus hermanos* (v. 24), a quienes debían amar, sino también contra Dios, a quien debían someterse. Roboam y su pueblo *oyeron la palabra de Dios* esto es se sometieron al mandato divino y disolvieron el ejército que habían preparado. Al obrar así iban también en favor de su propio interés, porque, aun cuando llevaban la ventaja del derecho y hasta de las armas, no habrían podido prosperar si luchaban desobedeciendo a Dios.

Versículos 25–33

Comienzo del reinado de Jeroboam. *Reedificó Siquem* y, después, *fortificó Penuel* (v. 1). Pero a continuación llevó a cabo otro proyecto para establecer su reino que resultó fatal para los intereses religiosos.

I. Lo que proyectó fue asegurarse de algún modo la lealtad de quienes se habían adherido a él e impedir que se volviesen a la casa de David (vv. 26, 27). 1. Tenía miedo de que el pueblo, tarde o temprano, se cansase de él y tramase su muerte para volverse a Roboam. Jeroboam no podía confiar en el afecto de su pueblo, porque lo que se obtiene por usurpación no puede disfrutarse ni conservarse con facilidad y seguridad. 2. Tampoco confiaba en la promesa de Dios, por lo que tramaba planes y medios,

por pecaminosos que fuesen, para procurarse alguna seguridad. En el fondo de todos nuestros apartamientos de Dios se halla siempre una desconfianza práctica en la todosuficiencia de Dios.

II. El plan que llevó a cabo para impedir que su pueblo acudiese a Jerusalén para adorar a Dios.

1. Jeroboam consideró que, si el pueblo continuaba acudiendo allá, se volvería algún día a la casa de David, bajo la seducción de la magnificencia del templo y de la corte. Si seguían adheridos a la antigua religión, se habían de volver al anterior rey.

2. Por consiguiente, les disuadió de subir a Jerusalén, bajo pretexto de mirar por la conveniencia de ellos: *«Bastante habéis subido a Jerusalén»* (v. 28). Como si dijese: «¿Por qué hemos de estar ligados a un solo lugar, en vez de a varios como en tiempo de Samuel?»

3. Les proveyó, pues, de lugares donde pudiesen continuar con sus devociones. Después de consultar a sus consejeros, *hizo dos becerros de oro* como señales de la presencia divina, y hay quienes llegan a explicar favorablemente esto, como si la intención de Jeroboam hubiera sido representar por medio de estos becerros el propiciatorio y los querubines que había sobre el Arca, pero es más probable que, al haber estado por algún tiempo en Egipto, donde se adoraba al dios Apis bajo la imagen de un toro o becerro, lo que en realidad hizo Jeroboam fue adoptar una forma, más o menos camuflada, de idolatría, aunque con la pretensión de representar, con los becerros, al Dios de Israel, como se ve por las últimas frases del versículo 28, que son una repetición literal de las que había pronunciado Aarón en Éxodo 32:4, 8. Fue, pues, una violación del segundo mandamiento del Decálogo, más bien que del primero.

4. El pueblo accedió a ello, quizás atraído por la novedad, y le vemos así cómo acude a adorar a uno de los dos lugares (v. 30). Y los que pensaban que era mucho subir a Jerusalén para adorar a Dios según estaba mandado, no tenían inconveniente en ir *hasta Dan*, esto es, el doble de camino, por seguir el culto que Jeroboam había inventado. Es cierto que Dios había permitido adorarle en varios lugares, pero nunca bajo figura de imágenes.

5. Una vez fabricadas las imágenes, se les buscó un alojamiento conveniente. Jeroboam: (A) Les edificó casas en Betel y en Dan (v. 29), además de las que edificó en otros lugares altos de Samaria (v. 31), con sus altares (v. 32). (B) *Hizo sacerdotes de entre el pueblo* llano, *que no eran de los hijos de Leví* (v. 31). Para unos dioses como los becerros, cualquiera podía hacer de sacerdote. Además de los sacerdotes que habían de estar repartidos por todo el país, ordenó un cierto número de sacerdotes que residieran en Betel, como los había en Jerusalén, a fin de que atendieran allí a los servicios religiosos. (C) Trasladó la fiesta de los Tabernáculos del día 15 del séptimo mes, fecha escogida por Dios, al día 15 del octavo mes, *«el mes que él había inventado»* (v. 33), para mostrar su poder en materia religiosa. (D) Una vez que se había metido a ordenar sacerdotes, no es extraño que se metiera también a ejercer funciones sacerdotales, *sacrificando* él mismo *sobre el altar que había hecho en Betel.* ¡Más religioso no podía ser el hombre! Así es como: (a) Jeroboam pecó; quizá se excusó al obrar así, al pensar que no era tan malo como Salomón, quien había dado culto a dioses ajenos. (b) Hizo pecar a Israel, pues desvió al pueblo (v. 30) de adorar al verdadero Dios y los llevó a la idolatría a ellos y a sus descendientes.

CAPÍTULO 13

Jeroboam recibe una amonestación de un profeta de Judá. I. Lo que pasó entre este profeta y el rey: 1. El profeta amenazó al altar de Jeroboam (vv. 1, 2) y le dio una señal (v. 3) que inmediatamente se cumplió (v. 5). 2. El rey amenazó al profeta, pero se le secó la mano (v. 4), con lo que tuvo otra señal. La mano le fue restaurada por la intercesión del profeta (v. 6). 3. Éste rehusó aceptar la invitación que le hizo el rey (vv. 7–10). II. Lo que pasó entre este profeta y un viejo profeta. 1. El viejo profeta le hizo volver mediante una mentira y le ofreció un refrigerio (vv. 11–19). 2. Por haber aceptado esta invitación contraviniendo la orden de Dios, fue sentenciado a muerte (vv. 20–22). 3. La sentencia fue ejecutada por medio de un león (vv. 23, 24) y fue sepultado en Betel (vv. 25–32). 4. Jeroboam se endurece en su idolatría (vv. 33, 34).

Versículos 1–10

I. Es enviado a Jeroboam un mensajero, el cual le comunica el desagrado de Dios por su idolatría (v. 1). El ejército de Judá, que tramaba la ruina de Jeroboam, recibió una contraorden de no pelear contra él (12:24), pero le es enviado un profeta de Judá para hacerle volver de su mal camino, un envío muy oportuno, por cuanto Jeroboam estaba dedicando su altar, a fin de que su corazón no se endureciese, pues Dios no se deleita en la muerte de los pecadores, sino que desea que se vuelvan y vivan.

II. El mensaje dado en nombre de Dios no es susurrado a oídos del rey, sino gritado en público, con lo que da a entender la bravura y el celo del profeta. No va dirigido literalmente contra el rey ni contra el pueblo, sino *contra el altar* (v. 2), pero con esta amenaza se cernía la amenaza de Dios sobre el fundador y los adoradores del altar pues podían fundadamente concluir: «Si Dios amenaza a este altar inerte, ¿cómo escaparemos nosotros?» Lo que se dice del altar es que, más adelante, saldrá de la casa de David un rey, por nombre Josías, que profanará este altar y sacrificará sobre él a los sacerdotes idólatras y quemará sobre él huesos humanos. Esta predicción se hizo unos 356 años antes de que se cumpliera; a pesar de eso, se hizo como si el acontecimiento estuviese al alcance de la mano, pues para Dios mil años son como un día.

III. Para confirmar la verdad de esta predicción, el profeta da una señal: *«El altar se quebrará, y la ceniza que sobre él está se derramará»* (v. 3), lo cual aconteció inmediatamente (v. 5). Esto era: 1. Una prueba de que el profeta era enviado por Dios, quien *confirmó la palabra por medio de las señales que la acompañaban* (Mr. 16:20). 2. Una indicación clara del desagrado de Dios contra estos sacrificios idolátricos. 3. Una reprensión al pueblo, cuyo corazón era más duro que estas piedras, pues no se quebrantaba bajo la palabra de Dios. 4. Un anticipo de lo que había de ocurrir cuando se cumpliese la profecía por manos de Josías: el quebrantamiento de ahora era señal de la total ruina posterior.

IV. Cuando Jeroboam extendió la mano para ordenar el prendimiento del profeta, se le secó (v. 4). Su incapacidad para enderezar la mano que había extendido fue un espectáculo para todos los presentes, a fin de que viesen y temiesen. Cuando Dios, en sus justos juicios, endurece el corazón de los pecadores, de forma que la mano que han extendido al pecar no se puede enderezar a tiempo con el arrepentimiento, hace algo parecido a lo sucedido aquí, pero de consecuencias mucho más terribles.

V. La curación instantánea de la mano seca (v. 6). La palabra de Dios que debería haber tocado la conciencia de Jeroboam no le humilló, pero la que le tocó en la carne y el hueso abatió su espíritu soberbio. Ahora no pide socorro a sus becerros de oro, sino al poder y al favor de Dios. Tampoco echa mano de sacrificios o incienso, sino de la intercesión del profeta, a quien había mandado prender. Pero obsérvese que no pidió al profeta que orase para que se le perdonara el pecado, sino *para que le fuese restaurada la mano* (v. 6). El profeta oró por él, y Dios añadió un nuevo honor al profeta, escuchó su oración y retiró, por medio de un nuevo milagro, el juicio que había llevado a cabo por medio del otro milagro, a fin de que, movido por la bondad de Dios, Jeroboam pueda ser conducido al arrepentimiento, de forma que, si no fue quebrantado por el castigo, sea derretido por medio de la misericordia. Parece que ambas cosas le afectaron ahora, pero pronto se esfumaron estas impresiones.

VI. El profeta rehusó aceptar la invitación de Jeroboam. 1. Dios prohibió a su mensajero comer y beber en Betel (v. 9), para mostrar su detestación de la execrable idolatría y apostasía de los del lugar. 2. Jeroboam quedó tan impresionado con la curación de su mano que quiso expresar su gratitud al profeta recompensándole por su oración (v. 7). 3. El profeta, aunque estaba hambriento y cansado, y quizás era pobre, rehusó, en obediencia al mandato de Dios, tanto el refrigerio como la recompensa que el rey le ofrecía.

Versículos 11–22

El varón de Dios había rehusado decididamente aceptar la invitación del rey, a pesar de la recompensa que éste le ofrecía; sin embargo, un *viejo profeta* le persuadió a que se volviese con él a Betel y comiera con él allí, en contra de la orden que Dios le había dado. Aquí vemos cuán cara le costó la comida.

I. La perversidad del viejo profeta. Es posible que hubiese acudido a la escuela de profetas fundada por Samuel. En todo caso, bien pudo tener el don profético, aun siendo un mal hombre, como lo tuvo Balaam. No se nos dice por qué no acudió a la ceremonia con que dedicaba el rey el altar, pero todo hace ver que quiso congraciarse con Jeroboam al conseguir que el varón de Dios contraviniera la orden de Dios, con lo que lo desacreditaba ante el rey y el pueblo. Le engañó diciéndole que *un ángel le había hablado por palabra de Jehová* (v. 18) a fin de que regresase a comer y beber en Betel. Este «ángel» sería su propio hijo (v. 11), quien le contó lo que había pasado en la dedicación del altar; como si Dios pudiese contradecirse a Sí mismo (comp. con Gá. 1:8, 9). Así es como los falsos profetas causan muchas veces la ruina de los verdaderos.

II. La debilidad del verdadero profeta al dejarse engañar por la manifiesta mentira del viejo (v. 19): *«Entonces volvió con él»*. El que había tenido suficiente resolución para rehusar la invitación del rey, quien le prometía recompensa, no la tuvo para resistir a la sugerencia de alguien que pretendía engañosamente hablarle de parte de Dios. Pero *estando ellos a la mesa* (v. 20), *vino* verdadera *palabra de Dios* al propio profeta que le había hecho volver, con el anuncio de la muerte inminente del verdadero, pero desobediente, profeta. Parece extraño, a primera vista, que este mensaje llegase por medio del perverso viejo, pero era conveniente: 1. A fin de que la verdad fuese declarada por el mismo que había inventado el engaño, y el varón de Dios se percatase de su tremendo error. 2. A fin de que el viejo fuese afectado por el mensaje, como lo muestra el clamor (v. 21) con que lo anunció, así como su conducta posterior. Quienes predican a otros la ira de Dios, por fuerza han de tener corazón duro, si no tiemblan ellos mismos bajo tal mensaje.

Versículos 23–34

I. La muerte del engañado y desobediente profeta. El viejo profeta que le había engañado le proveyó de un asno para que se volviese a su casa, pero *le topó un león en el camino y le mató* (vv. 23, 24). ¿Pensaba acaso que la casa del viejo profeta era más segura para comer que las demás casas de Betel, cuando Dios le había prohibido comer en cualquiera de ellas? Eso era tenerse por más sabio que Dios. No hay nada que provoque a Dios tanto como la desobediencia a una orden expresa suya. Dios detesta especialmente los pecados de su pueblo y nadie debe sentirse protegido en su desobediencia por la santidad de su profesión, la dignidad de su ministerio, su cercanía a las cosas de Dios o por los buenos servicios que le haya prestado en el pasado.

II. La maravillosa preservación de su cadáver, la cual fue una señal de la misericordia de Dios, recordada en medio de la ira. El león que le había dado muerte de un zarpazo o por estrangulamiento, no lo devoró ni hizo ningún daño al asno (vv. 24, 25, 28). Más aún, no tocó al profeta viejo cuando vino a llevarse el cadáver.

III. El cuidado que se tomó el viejo profeta en sepultar al varón de Dios. Muy de lamentar era verdaderamente el caso de que un profeta tan bueno y tan fiel, y tan valiente por la causa de Dios, muriese por una sola ofensa como un criminal, mientras que un profeta viejo y mentiroso vive cómodamente, y un príncipe idólatra vive en pompa y poder. Esto nos da a entender que no hemos de juzgar a los hombres por sus sufrimientos, ni los pecados por los castigos presentes (o por la ausencia de castigos). En algunos, la carne es destruida para que el espíritu sea salvo (1 P. 4:6).

IV. El encargo que el viejo profeta dio a sus hijos con respecto a su propio sepelio, de que lo enterrasen en el mismo sepulcro en que había sido enterrado el varón de Dios (v. 31): *«poned mis huesos junto a los suyos»*. Aunque era un profeta mentiroso, deseaba morir la muerte de un profeta verdadero. Como si dijese: «No me sepultéis junto a los pecadores de Betel, sino con el varón de Dios». De este modo honra al fallecido profeta, como a un hombre cuya *palabra* no cayó al suelo, aun cuando *él* mismo cayó. Estaba predicho que *serían quemados huesos de hombres* (v. 2) sobre el altar de Jeroboam. Al estar sepultado junto al varón de Dios, *sus huesos fueron presentados* de la calcinación (2 R. 23:18). Allí se levantó un pequeño monumento (2 R. 23:17) para perpetuar la memoria del varón de Dios que había profetizado lo que Josías había de hacer.

V. Jeroboam se obstina en su idolatría (v. 33): *«Con todo esto, no se apartó Jeroboam de su mal camino»*. Hubo alguna mano que se atrevió a levantar el altar que Dios había quebrado, y Jeroboam volvió a ofrecer allí sacrificios. Muchos medios se habían puesto en práctica para hacer que se volviese de su mal camino, pero ni amenazas ni señales, ni castigos ni misericordias, hicieron en él ningún efecto; tan extrañamente adherido se hallaba él a sus becerros.

CAPÍTULO 14

Tenemos aquí: I. La profecía de la destrucción de la casa de Jeroboam (vv. 7–16), con ocasión de la enfermedad de su hijo (vv. 1–6); y la muerte del niño fue como un anticipo de dicha ruina (vv. 17–18), junto con la conclusión de su reinado (vv. 19, 20). II. La historia de la decadencia de la casa y del reino de Roboam (vv. 21–28), así como el final de su reinado (vv. 29–31).

Versículos 1–6

Jeroboam persistió en su desprecio de Dios y de la religión.

I. Su hijo cayó enfermo (v. 1). Es probable que fuese el primogénito y, por tanto, el heredero de la corona, puesto que, cuando murió, *todo Israel* hizo duelo por él (v. 13). *«En aquel tiempo»* (v. 1), esto es, cuando Jeroboam prostituyó y profanó el sacerdocio (13:33), enfermó su hijo.

II. Envió a su mujer con disfraz para que preguntase al profeta Ahías *lo que había de ser del niño* (vv. 2, 3).

1. El gran deseo de Jeroboam, en este apuro, era conocer si el niño se iba a recobrar de la enfermedad o iba a morir. (A) Lo prudente en este caso habría sido conocer por qué medios podía recobrar el niño su salud, pero, por este caso, lo mismo que por los de Ocozías (2 R. 1:2) y Ben-adad (2 R. 8:8), parece como si tuviesen una noción tan insensata de la fatalidad que les impedía usar de remedios para los males; ya que, si se les aseguraba que el paciente saldría de la enfermedad, pensaban que no había por qué usar ningún remedio, y si habían de morir, de nada les podían servir, por supuesto, los mejores remedios. (B) Por otra parte, lo más apropiado y piadoso habría sido pedir al profeta oraciones y echar de sí los ídolos; entonces cabía la posibilidad de que se restaurase la salud del niño, como se le había restaurado a él la salud de la mano. Pero la mayoría de la gente prefiere que se le diga su fortuna, más bien que sus faltas o sus deberes.

2. Para saber lo que había de ser del niño, Jeroboam envió a su mujer con disfraz al profeta Ahías, que vivía ignorado y en la oscuridad en Siló, ciego por la edad, pero favorecido todavía con las visiones del Omnipotente, para las que no hacen falta los ojos del cuerpo; antes bien, los ojos de la mente están mejor alertados y menos distraídos cuando falta la vista corporal. Jeroboam no le había consultado sobre la fabricación de becerros ni sobre la consagración de sus sacerdotes, sino que recurría a él en este apuro, cuando los dioses que adoraba no le podían prestar ninguna ayuda. Jeroboam la envió a pues Ahías porque *él era el que le había dicho que había de ser rey* (v. 2). Quizá pensaría Jeroboam: «Fue una vez mensajero de buenas noticias; de seguro lo será otra vez». Los que por sus pecados se hacen indignos de consuelo y con todo, esperan que los ministros de Dios, por ser buenas personas, les hablen palabras de paz y consuelo, se hacen daño a sí mismos y deshonran a los ministros.

3. Envió a su esposa porque ella podía exponer el caso sin dar nombres ni hacer ninguna descripción con más detalles que lo siguiente: «Señor, tengo un hijo enfermo, ¿recobrará la salud o no?» Mejor le habría sido quedarse en casa para cuidar del niño que ir a Siló a preguntar qué había de ser de él. Además, va disfrazada, de incógnito, no sólo para ocultar su personalidad a la corte y a los lugares por los que había de pasar, sino también al profeta a quien venía a consultar, para que éste contestase a la pregunta sobre el niño sin entrar en el desagradable asunto de la defección de su marido.

III. Dios le comunicó a Ahías la llegada de la mujer de Jeroboam, que venía disfrazada y lo que había de decirle (v. 5), lo que le capacitó, tan pronto como ella entró por la puerta, para llamarla por su nombre,

con gran sorpresa por parte de ella, y descubrir así a los que estaban con él quién era la mujer (v. 6): *«Entra, mujer de Jeroboam. ¿Por qué te finges otra?»*

Versículos 7–20

I. El profeta se anticipa a la pregunta concerniente al niño y profetiza la ruina de la casa de Jeroboam a causa de su perversidad.

1. Dios se llama a sí mismo *Jehová Dios de Israel* (v. 7). Aunque Israel se había desentendido de su Dios, Dios no se había desentendido de Israel. Es el *Dios de Israel* y, por tanto, va a tomar venganza del que ha hecho a Israel el mayor daño posible, al arrastrarlos a la idolatría, haciéndoles así apostatar del verdadero Dios. 2. Echa en cara a Jeroboam el gran favor que le había dispensado al hacerle rey sobre el pueblo escogido de Dios, quitándole el reino a la casa de David para entregárselo a él (vv. 7, 8).

3. Le acusa de impiedad y apostasía y, especialmente, de idolatría: *«Hiciste lo malo sobre todos los que han sido antes de ti»* (v. 9). Los becerros de Jeroboam, son llamados aquí *dioses ajenos*, porque mediante ellos *había cambiado la verdad de Dios en una mentira* (Ro. 1:25), y presentado a Dios de una forma totalmente diferente de como es, y porque los más de los ignorantes adoradores de los becerros dirigían hacia ellos toda su devoción, sin consideración alguna hacia el Dios de Israel.

4. Predice la ruina completa de la casa de Jeroboam (vv. 10, 11). Su cumplimiento se halla en 15:29.

5. Predice también la muerte inminente del niño enfermo (vv. 12, 13).

(A) Esto va a ser un gran favor para el niño mismo, ya que, de haber sobrevivido, habría quedado infectado por el pecado, y envuelto así en la ruina de la casa de su padre. Obsérvese lo que se dice de él en el versículo 13: *«Por cuanto se ha hallado en él alguna cosa buena delante de Jehová Dios de Israel, en la casa de Jeroboam».* Al morir en la inocencia de tan temprana edad, todavía podía verse en su alma una miniatura de la imagen de Dios. Por eso, él será el único de toda la familia de Jeroboam en morir y ser sepultado honrosamente, y a él se le hará duelo como lo querrían para sí los sobrevivientes de la familia. Este niño, el primogénito de la familia, muere también el primero, porque Dios se lleva con frecuencia más temprano a las personas a quienes más ama. El lugar apropiado para ellos es el Cielo, pues la tierra no es digna de ellos (comp. con He. 11:38).

(B) Pero esto mismo va a ser una señal de la ira de Dios contra su familia. Era una señal de ruina para la familia el que Dios se llevase a quien, quizás, habría emprendido una reforma religiosa en el país.

6. Predice que se levantará otra familia para gobernar sobre Israel (v. 14). Como advierte Bullinger, es de notar que, en el original, no aparecen las palabras *«tan cierto como lo es»*, con lo que la frase *«ahora mismo»* significa que, en aquel mismo momento, nacía Basá, quien había de acabar con la casa de Jeroboam (15:29).

7. Predice igualmente los castigos que sobrevendrán al pueblo de Israel por haberse adaptado al culto que había establecido Jeroboam. Se dice aquí (v. 15) que: (A) Nunca disfrutarían de tranquilidad ni se asentarían propiamente en el territorio, pues *Jehová los iba a sacudir al modo que la caña se agita en las aguas.* Después que dejaron la casa de David, nunca continuó el gobierno por mucho tiempo dentro de una familia, sino que seguían continuamente las sublevaciones por las que una casa suplantaba a otra en el trono. (B) No tardarían en ser del todo expulsados de su territorio, lo cual se cumplió cuando el rey de Asiria se llevó cautivas (año 722 a. de C.) a las diez tribus del norte.

II. La mujer de Jeroboam no tiene nada que decir contra la palabra de Jehová, así que se marcha con el corazón lleno de pesadumbre a su casa de *Tirsá* (v. 17), que, por cierto, significa «lugar agradable», famoso por su hermosura, como vemos por Cantares 6:4. Vemos, pues: 1. Que *el niño murió* (v. 17) y *lo endechó todo Israel* (v. 18) por las esperanzas que en él estaban puestas. 2. También Jeroboam murió algún tiempo después (v. 20); su reinado fue durante 22 años, y dejó la corona a un hijo que la perdió, juntamente con la vida suya y la de todos sus familiares, al cabo de dos años de reinado.

Versículos 21–31

La historia de Judá y la de Israel se hallan aquí mezcladas. Jeroboam sobrevivió a Roboam cuatro o cinco años; sin embargo, su historia es referida primero, a fin de que el relato del reinado de Roboam aparezca continuo; por cierto, es un relato triste.

I. Nada bueno se nos dice aquí de este rey. Todo lo que sabemos de él por este relato es: 1. Que tenía 41 años cuando comenzó a reinar. 2. Que reinó 17 años en Jerusalén, *«ciudad que Jehová eligió ... para poner allí su nombre»* (v. 21); es decir, donde tenía el rey suficiente oportunidad para conocer su deber, si su corazón hubiese estado a bien con Dios. 3. Que su madre fue Naamá, amonita; esto se menciona dos veces (vv. 21, 31). Probablemente era hija de Sobí el amonita, que se había portado amablemente con David (2 S. 17:27), con lo que éste se vería contento de tener a su hijo Salomón casado con una hija del amonita. 4. Que estuvo en continua guerra con Jeroboam (v. 30). 5. Que, al morir, dejó el trono a su hijo Abiyam.

II. Se dicen muchas cosas malas de sus súbditos.

1. No puede ser más triste el informe que se nos da aquí de la apostasía del pueblo (vv. 22–24). Judá, el único pueblo del mundo que profesaba la verdadera religión, *hizo lo malo ante los ojos de Jehová* (v. 22). Sus antepasados habían sido bastante malos, especialmente en tiempo de los Jueces, pero ellos hicieron cosas abominables, ya que *enojaron a Dios más que todo lo que sus padres habían hecho.* (A) Se hicieron vanos en sus imaginaciones acerca de Dios y cambiaron su gloria en una imagen, pues *edificaron para sí lugares altos, estatuas e imágenes de Aserá* (v. 23), y profanaron el nombre de Dios al aplicarlo a sus imágenes, y las ordenanzas de Dios al servir con ellas a sus ídolos. (B) Se dieron a los mismos vicios de los idólatras (comp. con Ro. 1:26, 27), pues *hubo también sodomitas en la tierra* (v. 24), *«cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres»* (Ro. 1:27), cosa que no puede mencionarse, ni aun pensarse, sin horror e indignación. Deshonraron a Dios con su idolatría, y Dios les abandonó para que se deshonrasen unos a otros con su sodomía.

2. Véase aquí cuán débiles y pobres estaban, al ser lo último una consecuencia de lo primero. Vino contra ellos Sisac, rey de Egipto, y se hizo el amo de Jerusalén hasta el punto de llevarse, de grado o por la fuerza, los tesoros del templo y del palacio real (vv. 25, 26). *También se llevó todos los escudos de oro que Salomón había hecho,* éstos fueron los trofeos de la victoria que el rey de Egipto se llevó consigo; y en lugar de ellos, hizo Roboam escudos de bronce (v. 27), 1o cual era símbolo de la decadencia de la gloria de Judá. El pecado cambia en bronce el oro más fino.

CAPÍTULO 15

Aquí tenemos la historia: I. De dos reyes de Judá: Abiyam, cuyos días fueron pocos y malos (vv. 1–8), y Asá, que reinó bien y largo (v. 9–24). II. De dos reyes de Israel: Nadab, el hijo de Jeroboam, y Basá, el que destruyó la casa de Jeroboam (vv. 25–34).

Versículos 1–8

Breve relato del corto reinado de Abiyam, el hijo de Roboam, rey de Judá. Queda mejor parado en 2 Crónicas 13, donde se nos informa de su guerra con Jeroboam, allí se le llama *Abiyah* (hebreo, que significa «mi padre es Jehová»), y no se le culpa de nada malo. Pero aquí se le quita la partícula *Yah*, que es la abreviatura de *Jehová* cambiándola por *Yam*, que significa *mar* y, también, *poniente* u ocaso.

I. Pocos detalles se nos dan de él. 1. Comenzó su reinado en el año 18 de Jeroboam, pues Roboam reinó sólo 17 años (14:21). Jeroboam había sobrevivido a Roboam, pero el Abiyah de Roboam vivió lo suficiente para suceder a su padre y llenar de terror a Jeroboam, mientras que el Abiyah de Jeroboam (del que leemos en 14:1) murió mucho antes que el de Roboam. 2. Reinó escasamente tres años, pues murió antes del final del vigésimo año de Jeroboam (v. 9). Ensoberbecido y creyéndose a salvo por su gran victoria sobre Jeroboam (2 Cr. 13:21), Dios le segó la vida, para dar paso a su hijo Asá, que había de ser mejor que él. 3. Su *madre fue Maacá, hija de Abisalom* (v. 2). Si comparamos este lugar con 2 Crónicas

11:20; 13:2, vemos que se la llama también Micayá e hija de Uriel. Por tanto, era nieta de Absalón, cuya hija única, Tamar, se casó con Uriel de Guibeá, y de ellos nació esta Maacá o Micayá, con lo que Roboam se habría casado con una sobrina segunda suya. 4. Continuó la guerra que sostenía su padre con Jeroboam; esta guerra consistía, a no dudar, en frecuentes escaramuzas junto a la frontera, hasta que vino Jeroboam con un gran ejército e invadió el territorio de Judá; entonces Abiyam, que actuaba en propia defensa, le infligió una derrota tan severa que le obligó a mantenerse quieto durante el resto de su reinado (2 Cr. 13:20).

II. Pero, en general, se nos dice: 1. Que no fue como David, pues no se adhirió de corazón a Dios, aun cuando, para conseguir sus objetivos contra Jeroboam, apeló a su posesión del templo y del sacerdocio, como algo de que valerse a sí mismo (2 Cr. 13:10–12). Parece ser que tuvo celo, pero le faltó sinceridad. Comenzó bien pero decayó y *anduvo en todos los pecados que su padre había cometido* (v. 3). 2. Que, por amor a David, Dios le concedió que el trono quedase ligado a su linaje (vv. 4, 5); no por él mismo ni por su padre, en cuyos caminos anduvo, sino por amor a David, cuyo ejemplo no imitó. Una circunstancia agravante de los pecados de unos descendientes degenerados es el disfrute de unos beneficios obtenidos a causa de la piedad de sus antepasados, cuyo ejemplo ellos no han tratado de imitar.

Versículos 9–24

Breve informe del reinado de Asá, del que hallamos un relato más detallado en 2 Crónicas capítulos 14, 15 y 16.

I. Su duración: *Reinó cuarenta y un años en Jerusalén* (v. 10). En la relación que se nos da de los reyes de Judá, podemos observar que el número de los reyes buenos es, más o menos, igual al de los malos; pero hallamos, para nuestro consuelo, que el reinado de los buenos fue generalmente largo, mientras que el de los malos fue corto.

II. Su carácter general (v. 11): *Asá hizo lo recto ante los ojos de Jehová.* Lo que es recto a los ojos de Dios es verdaderamente recto. Actuó *«como David su padre»:* se mantuvo en comunión íntima con Dios, aun cuando no fue profeta ni salmista, como lo fue David. Si llegamos al nivel de gracia de los que nos precedieron, nos servirá de alabanza a los ojos de Dios, aunque no lleguemos al nivel de los dones de ellos.

III. Algunos detalles de la piedad de Asá. Sus días fueron días de reforma.

1. Retiró la maldad. Dio el primer golpe a la inmoralidad (v. 12): *«Echó del país a los sodomitas»,* y suprimió sus prostíbulos, pues ¿cómo puede un rey o un pueblo prosperar mientras se permita permanecer a esas jaulas de inmundos pájaros, más peligrosas que lazaretos de criminales? Después procedió a actuar contra la idolatría: *Quitó todos los ídolos que sus padres habían hecho* (v. 12). Cuando se dio cuenta de que su abuela Maacá llamada «madre» según costumbre (y quizá por haberse encargado de criarlo cuando era niño), tenía un ídolo en Aserá, no quiso hacer la vista gorda, pues la reforma debe empezar por la casa de uno mismo. Quería a su abuela, pero amaba más a Dios y, como el levita (Dt. 33:9), se olvidaba del parentesco cuando éste entraba en competición con su deber. Al ser, pues, ella idólatra: (A) Su ídolo (nefando y obsceno) había de ser destruido, expuesto públicamente a la vergüenza y quemado junto al torrente de Cedrón. (B) Ella misma había de ser depuesta de su cargo de Gran Dama (hebreo, *guebirá),* título de honor e influencia, del que gozaba en la antigüedad la reina madre, con lo que quedaba confinada a la vida privada.

2. Restableció lo bueno (v. 15): *«Metió en la casa de Jehová lo que su padre* (esto es, su tatarabuelo David—7:51—) *había dedicado».* David había dedicado a Dios los despojos obtenidos de las naciones que había sometido (2 S. 8:11), y Asá los introdujo en el templo, que era su destino. ¡Qué bueno es que los descendientes imiten y lleven adelante las buenas cosas que sus antepasados comenzaron!

IV. Su política. *Edificó ciudades* (v. 23) para proveer de morada a la creciente población y para estimular la inmigración por medio de un acomodo conveniente para los que desearan venir a unirse al pueblo de Dios.

V. Sus defectos. En las mejores cosas que hizo se quedó corto, con lo que se echa de ver que las mejores personas no carecen de un *pero u* otro.

1. Es cierto que *quitó todos los ídolos* (v. 12), pero *los lugares altos no se quitaron* (v. 14). Esto parece estar en contradicción con 2 Crónicas 14:3, 5, donde leemos que *quitó los lugares altos;* pero el contexto de Crónicas da a entender que quitó los elementos idolátricos que había en los lugares altos, aun cuando no suprimiera éstos por completo, tal vez con el fin de impedir el culto pagano. Con todo, esto era *ilegítimo,* aun cuando no fuese precisamente *idolátrico.* Sin embargo, el texto sagrado se apresura a añadir que: *«Con todo, el corazón de Asá estuvo de parte de Jehová toda su vida».* Esto sirve de gran consuelo, pues vemos por aquí que Dios tiene por rectos y honestos, y, por tanto, aceptos a sus ojos, a muchos creyentes que están lejos de cumplir a perfección con sus deberes. La perfección que se requiere de un modo indispensable, incluso en el Nuevo Pacto, no consiste en la falta absoluta de pecado, cosa imposible (1 Jn. 1:8, 10), sino en la sinceridad de la fe y del amor.

2. Es cierto que introdujo en el templo lo que David había dedicado (v. 15), pero también es cierto que sacó de allí gran parte de estos tesoros para entregarlos al rey de Siria Ben-adad (vv. 18, 19), con el fin de sobornarle para que hiciese alianza con él y quebrase el pacto que había hecho con el rey de Israel. Asá se aprovechó entonces de todo el material abandonado por Basá (v. 22). En esto hizo mal Asá, pues: (A) Indujo a Ben-adad a quebrantar un pacto, y violó así la lealtad pública. (B) Desconfió de Dios, al echar mano del soborno para librarse del apuro en que le había puesto Basá (v. 17). (C) Sacó el oro del templo, lo cual no debía hacerse sino en casos extraordinarios; éste no era el caso. Es cierto que sus proyectos fueron coronados por el éxito (vv. 20–22), pero en 2 Crónicas 16:7–9 leemos que fue amonestado de parte de Dios por medio de un profeta, quien le dijo que *había obrado neciamente y que le sobrevendran guerras en lo futuro.* Los éxitos materiales no siempre son garantía del agrado de Dios.

VI. Sus problemas. En su mayor parte, su reinado fue de prosperidad, pero: 1. Basá, rey de Israel, le resultó un vecino muy incómodo. Estas continuas vejaciones mutuas entre los reyes de Judá e Israel fueron uno de los nefastos efectos de la división del reino, y expusieron a ambos reinos a ser fácil presa de extraños. 2. En su vejez, padeció mucho *de los pies* (comp. con 2 Cr. 16:11–14); probablemente, de gota o podagra.

VII. Su final. Su reinado fue largo y lo terminó honrosamente; dejó en el trono a un hijo que superó a su padre en piedad y celo por Jehová.

Versículos 25–34

Volvemos ahora los ojos a la historia del reino del norte y vemos el miserable estado en que se hallaba, mientras el reino de Judá era dichoso bajo el buen gobierno de Asá. Se les había dicho que serían *como la caña que se agita en las aguas* (14:15), y así fue, pues durante el reinado de Asá el gobierno de Israel pasó por seis o siete manos diferentes. Al comienzo del reinado de Asá estaba Jeroboam en el trono de Israel, y al final de dicho reinado vemos en el trono de Israel a Acab; entre el uno y el otro pasa nada menos que seis reyes por el trono de Israel: Nadab, Basá, Elá, Zimrí, Tibní y Omrí, destronándose y destruyéndose unos a otros. Esto es lo que sacaron con abandonar la casa de Dios y la casa de David. Vemos en estos versículos:

1. La ruina y la extirpación de la casa de Jeroboam, conforme a la palabra de Dios por medio del profeta Ahías. Le sucedió su hijo Nadab. Si la muerte de su hermano Abías (14:1 y ss.) en caso de que hubiese llegado a conocerle, hubiese tenido alguna influencia en él para que se aficionara a la verdadera religión, y el honor que se le tributó a su muerte le hubiera servido de buen ejemplo que imitar, su reinado podría haber sido largo y glorioso, pero *anduvo en el camino de su padre* (v. 26), conservó el culto a los becerros de oro y prohibió a sus súbditos que subieran a Jerusalén a adorar. *Pecó e hizo pecar a Israel,* por lo que Dios precipitó su ruina en el segundo año de su reinado. Estaba poniendo sitio a Guibetón, ciudad que los filisteos habían arrebatado a los de Dan cuando Basá conspiró contra él y le mató (v. 21). Y, por lo que se ve, sus súbditos sentían hacia él muy poco afecto, puesto que aceptaron por sucesor al asesino (v. 28): *«Lo mato, pues, Basá … y reinó en lugar suyo».* Y lo primero que hizo el nuevo rey fue extirpar de cuajo *toda la casa de Jeroboam.*

2. Vemos cómo comenzó Basá. En otro capítulo veremos cómo acabó. Por ahora, nos basta con saber que *reinó 24 años en Israel* (v. 33), y *anduvo en el camino de Jeroboam* (v. 34) a pesar de que había visto en qué paraba tal camino.

CAPÍTULO 16

Todo este capítulo está dedicado a la historia del reino del norte y a las revoluciones que allí se llevaron a cabo. I. Ruina de la casa de Basá, predicha por un profeta (vv. 1–7) y ejecutada por Zimrí, uno de sus capitanes (vv. 8–14). II. Reinado de siete días de Zimrí y su instantánea caída (vv. 15–20). III. Lucha entre Omrí y Tibní, en la que prevaleció el primero (vv. 21–28). IV. Comienzo del reinado de Acab (vv. 29–33). V. Reedificación de Jericó (v. 34). Durante todo este tiempo las cosas marchaban bien en Judá.

Versículos 1–14

I. Es predicha la ruina de la casa de Basá. Era un hombre capacitado para inaugurar y establecer una dinastía, pues era activo, político y atrevido; pero era idólatra, y esto acarreó la ruina a su familia.

1. Dios le envió un aviso. (A) De forma que si con eso se arrepentía, podía escapar de la ruina. (B) Pero si no lo hacía, vendría la destrucción sobre él, por los medios que fuesen, como castigo del pecado.

2. El aviso le fue enviado por medio de *Jehú, hijo de Hananí.* El padre era vidente, o profeta, por este tiempo (2 Cr. 16:7) y fue enviado a Asá rey de Judá, pero el hijo, más joven y activo, fue enviado con esta embajada más peligrosa a Basá rey de Israel. Este *Jehú* continuó siendo muy útil, pues reprende a Josafat (2 Cr. 19:2) más de 40 años después, y escribe los anales del mismo rey (2 Cr. 20:34).

(A) Le recuerda a Basá las grandes cosas que Dios había hecho por él (v. 2). Dios pone poder en manos de malos hombres, a fin de que sirva a sus buenos propósitos, a pesar del mal uso que ellos puedan hacer de ese poder.

(B) Le reprocha sus grandes crímenes. (a) Que *había hecho pecar a Israel* (v. 2), haciendo que adorasen a los ídolos en vez de al verdadero Dios. (b) Que *había provocado a Dios con sus pecados* (los de los israelitas) y *con las obras de sus manos* (vv. 2, 7), esto es, con las imágenes que fabricaba, pues son eso: *obra de mano de hombre.* (c) Que *había destruido la casa de Jeroboam hasta exterminarla* (v. 7 comp. con 15:29), en lo que había puesto en juego su maldad y su ambición, aun cuando en esto había sido un instrumento en las manos de Dios para castigar a Nadab y a toda la parentela de Jeroboam.

(C) Le predice que caerá sobre su familia la misma destrucción que él había ocasionado a la familia de Jeroboam (vv. 3, 4).

II. Se le permite personalmente cierto alivio, pues el propio Basá va a morir en paz y es sepultado con todos los honores en la ciudad regia (v. 6); así que no va a ser presa de los perros o los buitres, como lo habían de ser los que quedasen de su familia (v. 4).

III. La ejecución de la sentencia anunciada por el profeta se llevó a cabo en la cabeza de Elá, hijo y sucesor de Basá. Elá reinó, como Nadab, dos años, y fue asesinado por Zimrí, uno de los oficiales de su ejército, como Nadab lo había sido a manos de Basá; de tal manera se asemejó su suerte a la de la casa de Jeroboam, como se le había predicho (v. 3).

1. Lo mismo que entonces, también ahora fue el rey quien primero cayó, pero Elá cayó con menor gloria que Nadab, pues éste murió en el campo de batalla, mientras ponía asedio, con su ejército, a la ciudad de Guibetón (15:27), mientras que Elá fue asesinado cuando estaba *bebiendo y embriagado en casa de Arsá su mayordomo* (vv. 9, 10). Fácilmente cae la muerte sobre los hombres cuando están ebrios. Además de las muchas enfermedades crónicas que acechan a los que beben mucho y les hacen morir prematuramente, los hombres que se hallan en esas condiciones son fácil presa del enemigo, como lo fue Amnón de Absalón, además de otros muchos accidentes a los que se exponen, al no poder valerse a sí mismos.

2. Lo mismo que entonces, también ahora fue exterminada toda la familia. Lo primero que hizo Zimrí fue *matar a toda la casa de Basá;* así que conservó por medio de la crueldad lo que había adquirido por medio de la traición.

Versículos 15–28

Vemos a Zimrí, a Tibní y a Omrí que luchan por la corona. Los orgullosos y ambiciosos se destruyen unos a otros y envuelven a otros en la ruina. Tras toda esta confusión, llega por fin a establecerse Omrí.

I. Cómo fue elegido. De modo parecido a como lo eran con frecuencia los emperadores romanos: en el campo de batalla y designado por el ejército, acampado ahora frente a Guibetón para vengar sin demora sobre la cabeza de Zimrí la muerte de Elá. Se levanta con esto el sitio de Guibetón (siempre ganan los filisteos cuando los israelitas pelean entre sí) y se procede a castigar a Zimrí.

II. Cómo prevaleció contra Zimrí, de quien se dice (v. 15) que *reinó siete días.* Este espacio de tiempo bastó para que Omrí fuese proclamado rey y Zimrí fuese proclamado traidor. Tirsá era una ciudad hermosa, como ya vimos, pero no estaba fortificada, por lo que pronto se hizo con ella Omrí (v. 17), con la que forzó a Zimrí a recluirse en su palacio, en el que, al negarse a rendirse, pereció abrasado en el incendio que él mismo provocó (v. 18).

III. Cómo luchó con Tibní hasta deshacerse de él. *«La mitad del pueblo seguía a Tibní»* (v. 21); probablemente, los que habían estado a favor de Zimrí. La lucha entre los dos hombres duró algunos años, y fue en el año 27 del reinado de Asá cuando Omrí fue designado rey (v. 15), pero sólo en el año 31 de Asá comenzó a reinar sin rival. Fue entonces cuando *Tibní murió* (v. 22), al parecer en el campo de batalla, y *Omrí fue rey.*

IV. Cómo reinó cuando, por fin, quedó establecido en el trono. 1. Se hizo famoso al edificar Samaria, ciudad que se convirtió después en la capital del reino de Israel. Compró el terreno *por dos talentos de plata* (v. 24). Se llamó de *Sémer, su* anterior dueño. Así que los reyes de Israel cambiaron varias veces de sede: primero, Siquem, después, Tirsá, finalmente, Samaria. Pero los reyes de Judá residieron siempre en Jerusalén, la ciudad de Dios. 2. Se hizo infame por su perversidad (v. 25): *«Hizo peor que todos los que habían reinado antes de él»*. Jeroboam hizo pecar a Israel con su mal ejemplo, pero Omrí le hizo pecar incitándoles al mal.

Versículos 29–34

Comienzo del reinado de Acab, de quien se nos dan más detalles que de cualquier otro rey de Israel.

I. Superó en perversidad a todos sus predecesores (v. 30): *«Hizo lo malo ante los ojos de Jehová, más que todos los que reinaron antes de él»,* y, como si lo hiciese por especial odio a Dios y a su pueblo, afrentó a Jehová y arruinó a Israel; se nos dice (v. 33) que hizo *«más que todos los reyes de Israel que reinaron antes que él, para provocar la ira de Jehová Dios de Israel»*.

II. Se casó con una mujer en extremo perversa, *Jezabel* (v. 31), hija del rey de Sidón y ferviente idólatra, imperiosa, de malísimo temple, adicta a fornicaciones y hechicerías (2 R. 9:22) y a todos los vicios. En otro lugar veremos los males que hizo y el mal que cayó finalmente sobre ella (2 R. 9:33).

III. Inauguró el culto a Baal y sirvió al dios de los sidonios. 1. Edificó un templo a Baal (que significa «Señor») en Samaria, la sede de su reino. 2. Hizo un altar en dicho templo, para ofrecer sacrificios a Baal (v. 32). 3. También hizo una imagen de Aserá (v. 33) o Astarté.

IV. Uno de sus súbditos, para no ser menos que el rey en cuanto a edificar, se aventuró a reedificar a Jericó, en desafío a la maldición pronunciada por Josué, mucho tiempo antes, contra el que lo intentase (v. 34). Conforme a la profecía, lo hizo a costa de la vida de su hijo primogénito y de su hijo menor. Nadie puede prometerse prosperidad si provoca a Dios.

CAPÍTULO 17

Cuanto más arruinado se veía Israel bajo un rey perverso, tanto más fue bendecido con un buen profeta. Ningún rey tan osado para el mal como Acab; ningún profeta tan osado para reprender y amenazar como Elías cuya historia comienza en este capítulo. Él fue el único profeta que disfrutó del mismo privilegio que Enoc, al ser trasladado al Cielo sin morir; junto con Moisés, apareció junto al Salvador en la Transfiguración del Señor. Otros profetas hablaron y escribieron; Elías habló y actuó, aunque no escribió nada que sepamos; pero sus actuaciones añadieron a su nombre más lustre y honor que los escritos de otros profetas añadieron a sus nombres. I. Predice gran hambre en Israel por falta de lluvia (v. 1). II. La provisión que Dios le envió durante el hambre: 1. Por medio de los cuervos junto al arroyo de Querit (vv. 2–7). 2. Por medio de la viuda de Sarepta, quien lo recibió en nombre de profeta y obtuvo recompensa de profeta, ya que: (A) Vio multiplicarse milagrosamente su harina y su aceite (vv. 8–16), y (B) Restituido a la vida su hijo muerto (vv. 17–24).

Versículos 1–7

La historia de Elías comienza de modo abrupto, como si bajase de las nubes y como si fuese, al igual que Melquisedec, sin padre, ni madre, ni genealogía, lo cual hizo que algunos judíos le tuvieran por un ángel enviado del Cielo, pero Santiago nos asegura (Stg. 5:17) que *era hombre de sentimientos* (lit. *pasiones) semejantes a los nuestros.* 1. Su nombre: *Eliyahu* = «Mi Dios es Jehová». Bien llevaba el nombre, pues Jehová fue realmente su Dios; Él le envió y hasta le aguantó, y a Él tenía Elías el propósito de hacer volver a Israel. 2. Su patria chica: *«Era de los moradores de Galaad»,* de la ciudad de Tisbé, al otro lado del Jordán. Nos basta con esto, pues no importa de dónde son los hombres, sino cómo son; si son cosa buena, no importa aunque salgan de Nazaret.

I. Predijo una severa escasez con que Israel iba a ser castigado por sus pecados. La proclamó ante el rey, en cuyas manos estaba el poder de reformar el país y evitar el castigo. A menos que se arrepintiese y se reformase, había de sobrevenir sobre el país este castigo: *No habría lluvia ni rocío en esos años, sino por su palabra* (v. 1). *«Oró fervientemente para que no lloviese»,* y los cielos se hicieron duros como el bronce, hasta que *«otra vez oró, y el cielo dio lluvia»* (Stg. 5:17, 18). Elías hace saber a Acab: 1. Que *Jehová,* a quien él había abandonado, era el *Dios de Israel.* 2. Que era un Dios *vivo,* no como los dioses que Acab adoraba, que eran ídolos mudos y muertos. 3. Que él mismo (Elías) era un servidor de Dios en funciones, un mensajero enviado por Él. 4. Que, a pesar de la actual prosperidad y paz del reino de Israel, Dios estaba enojado con ellos por su idolatría y les iba a castigar con falta de lluvia, con lo que se mostraría la impotencia de ellos y la insensatez de quienes habían dejado al Dios viviente para prestar servicio de adoración a dioses que no podían hacer ni bien ni daño. 5. Hace saber a Acab el poder que Dios ha puesto en la palabra del propio Elías: *«no habrá lluvia … sino por mi palabra».*

II. Cómo cuidó Dios de él durante la sequía.

1. Dónde se ocultó. Dios le dijo *que fuera a esconderse en el arroyo de Querit* (v. 3). De momento, en obediencia al mandato divino, había de vivir en soledad en un lugar poco frecuentado, probablemente entre los juncos del arroyo. Si la Providencia nos llama a la soledad y al retiro, nos toca obedecer; aunque nos parezca que no somos útiles, hemos de ser pacientes, y servir a la gloria de Dios en el silencio cuando no podemos trabajar por Él en público.

2. Cómo fue alimentado. Cuando la mujer de Apocalipsis 12:6, 14 es llevada al desierto, es alimentada allí *«por un tiempo, y tiempos y la mitad de un tiempo» o «1.260 días»* (Ap. 12:6, 14), esto es, tres años y medio, exactamente igual que Elías aquí. Elías había de beber del arroyo, y *los cuervos le traerían pan y carne, mañana y tarde* (v. 6). Que el cuervo fuese animal inmundo para comerlo no es obstáculo para que Dios lo usase para dar de comer, y todo otro intento de traducir de manera diferente el hebreo *orebim* (cuervos) carece de fundamento. Vemos pues:

(A) Que la provisión era buena, abundante y constante. Bástales a los siervos de Dios con una alimentación nutritiva, sin aspirar a la variedad y delicadeza de manjares; en lugar de eso, consideremos a los que carecen de lo necesario, y seremos agradecidos.

(B) Los que le traían la provisión eran muy extraños. De buena gana habría servido Abdías a Elías, pero éste era tipo de Juan el Bautista, quien también vivía solo, alimentándose de langostas y miel silvestre. Si alguien pregunta de dónde sacaban los cuervos esa provisión, hemos de contestar como Jacob (Gn. 27:20): *«Dios hizo que la encontrase delante de mí»*. Pero, ¿por qué habían de ser *cuervos?* (a) Son aves de presa, que más bien le habrían quitado la carne que llevársela y aun podían sacarle los ojos (Pr. 30:17). Pero tenemos aquí un enigma parecido al de Sansón: *«Del devorador salió comida»* (Jue. 14:14). (b) Son, como hemos dicho, animales inmundos para comer (Lv. 11:15), pero no por eso era peor la carne que traían, ni tenía Elías por qué preguntarse de dónde la habrían sacado, sino comerla con acción de gracias, como enviada de la mano de Dios, sin escrúpulos de conciencia. (c) Los cuervos se alimentan de insectos, gusanos y carroña; no obstante, le traían a Elías comida sana y abundante. (d) Los cuervos descuidan a sus polluelos sin darles de comer, pero Dios quiso que alimentasen al profeta. (e) Los cuervos son ellos mismos alimentados por Dios (Job 38:41; Sal. 147:9), pero ahora ellos alimentaban a Elías.

Así es como Elías, por algún tiempo, en solitario, fue alimentado sobrenaturalmente de pan y carne pero la bebida del arroyo, que era natural, le faltó antes que el alimento sobrenatural (v. 7): *«Pasados algunos días, se secó el arroyo»*, con lo que se ponía de manifiesto la falta de lluvia. Los poderes de la naturaleza son limitados, pero no lo son los poderes del autor de la naturaleza.

Versículos 8–16

Relato de la protección bajo la que fue puesto posteriormente Elías. Cuando se secó el arroyo, Dios podía haberle enviado al Jordán, que no se había secado, pero no lo hizo, a fin de mostrar que dispone de gran variedad de medios para sostener a los suyos y no está atado a ninguno en particular.

I. El lugar al que ahora fue enviado fue *Sarepta*, ciudad de Sidón, cerca de la frontera con Israel (v. 9). Nuestro Salvador lo mencionó como una antigua indicación del favor de Dios hacia los gentiles (Lc. 4:25, 26): *«Muchas viudas había en Israel en los días de Elías»*, pero fue enviado a honrar y bendecir con su presencia una ciudad pagana, con lo que, como dice el Dr. Lightfoot, vino a ser *el primer profeta de los gentiles.* Elías fue odiado y exiliado por sus paisanos; por tanto, he aquí que se vuelve a los gentiles (comp. con Hch. 13:46, 18:6). Pero, ¿por qué a una ciudad de Sidón? Quizá porque de allí había salido hacia Israel el culto de Baal por mano de Jezabel, que era de Sidón (16:31). Jezabel era el mayor enemigo que tenía Elías; con todo, para mostrarle cuán impotente era su maldad, Dios le halla allí mismo a Elías un lugar donde permanecer oculto.

II. La persona designada para cuidarle fue una pobre viuda, desolada y destituida de todo apoyo. Es costumbre de Dios y muy eficaz para su gloria, echar mano de *lo débil, lo vil y lo menospreciado del mundo* (1 Co. 1:26, 27) para llenarlo de honor.

III. La provisión que halló en aquel lugar. La Providencia hizo que le saliese al encuentro la viuda muy oportunamente en la puerta de la ciudad (v. 10). Veamos lo que se nos dice de esta viuda:

1. Su caso y su condición: (A) Sólo disponía de un puñado de harina y un poco de aceite para ella y su hijo (v. 12). ¿Y ésta le había de alimentar? El profeta que Dios le enviaba iba a pagar muy bien por el acomodo que ella iba a prestarle. (B) Era muy humilde y laboriosa. La halló mientras recogía leña para cocer su pan (vv. 10, 12). (C) También era muy caritativa y generosa. Cuando este extranjero le pidió agua (v. 11), *«fue e hizo como le dijo Elías»* (v. 15). No se excusó por escasez, ni le despreció por extranjero. (D) Fue una gran prueba para su fe y obediencia hacer *primero* una torta para Elías. ¿Qué iba a quedar para ella y para su hijo? Es cierto que Elías había mencionado a *Jehová Dios de Israel* (v. 14), y ella también (v. 12), pero ¿qué significaban esos nombres para una mujer de Sidón? Y, aun cuando hubiese tenido cierta veneración hacia el verdadero Dios, ¿qué seguridad podía tener de que este extraño era un verdadero profeta de Jehová? ¿No serían excusas de un hambriento vagabundo? Pero ella se sobrepone a todas estas objeciones y obedece el precepto que depende de la promesa. Los que tratan con Dios han de vivir por fe, y buscar primero el reino de Dios (Mt. 6:33). La fe de esta viuda, elevada a tal grado como para negarse a sí misma y depender únicamente de la promesa fue un milagro en el reino de la gracia, tan grande como lo fue el incremento de su aceite en el reino de la providencia.

2. El cuidado que Dios tuvo de ella (v. 16): *«Y la harina de la tinaja no escaseó, ni el aceite de la vasija menguó»*, sino que, conforme sacaba ella de los recipientes, tanto más iba añadiendo el poder divino en ellos. Como dice el obispo Hall, nunca aumentó tanto el grano o la oliva en su crecimiento natural como aumentaron aquí en su consumo, pero la *multiplicación de la sementera* (2 Co. 9:10) en el curso común de la providencia divina es un ejemplo del poder y de la bondad de Dios que no debe ser pasado por alto por el hecho de que sea corriente. La harina y el aceite se multiplicaban, no al ser almacenados, sino al ser usados. (A) Esto servía para el mantenimiento de Elías. Su alimento cotidiano seguía siendo milagroso. Hasta entonces se había nutrido de pan y carne; desde ahora, de pan y aceite, que entonces usaban como hacemos nosotros con pan y mantequilla. (B) También servía para el sustento de la pobre viuda y de su hijo, al ser para ella una recompensa por cuidar al profeta. Cristo ha prometido a los que le abren la puerta que *entrará y cenará con ellos y ellos con Él* (Ap. 3:20). Y a los justos se les promete (Sal. 37:19) que *«no serán avergonzados en tiempo de escasez, y en los días de hambre serán saciados»*.

Otra recompensa que recibe la viuda por asistir a Elías. Su hijo, después de morir, es restaurado a la vida.

I. Enfermedad y muerte del niño. Por lo que se ve, éste era su único hijo, su consuelo en la viudez. 1. Esta mujer preparaba el alimento de un gran profeta y tenía fuertes razones para suponer que Dios la había de bendecir grandemente; no obstante, pierde a su único hijo. 2. Ella misma era sustentada por medio de un continuo milagro; pero, en medio de esta satisfacción, sufre ahora esta tremenda aflicción.

II. Su patética queja al profeta por causa de esta aflicción. 1. La expresa con vehemencia (v. 18): «*¿Qué tengo yo contigo* (lit. *qué a mi y a ti), varón de Dios?»* La muerte del niño es una sorpresa para ella, y le resulta difícil mantener la calma al venirle este aprieto de una forma tan repentina e inesperada, en medio de la paz y de la prosperidad de que, por mediación de Elías, disfrutaba. Le llama *«varón de Dios»*, pero se queja como si él tuviese la culpa de la muerte del niño. 2. Con todo, acompaña su queja con muestras de humildad y arrepentimiento: *«¿Has venido a mí para traer a memoria mis pecados?»* Quizá sabía que Elías había orado a Dios en contra de Israel, y al ser consciente de haber adorado anteriormente a Baal, el dios de Sidón, es probable que piense que Elías ora en contra de ella también.

III. La oración de Elías en esta ocasión. No respondió palabra a la mujer, pero se dirigió a Dios y le expuso el caso, al no saber qué explicación darle a este triste suceso. Luego tomó el cadáver del niño de brazos de la mujer y lo llevó a su propio lecho (v. 19). Allí apeló al Señor con humildes razones (v. 20) y le rogó que devolviese la vida al niño (v. 21). Este es el primer caso que hallamos en la Biblia de un muerto vuelto a la vida; pero Elías, bajo el impulso del mismo Dios, oró por la resurrección de este niño, lo cual no es garantía para que nosotros nos atrevamos a imitarle. David no esperaba que Dios le devolviera la vida a su hijo muerto (2 S. 12:23), aunque él orase y ayunase, pero David no tenía el poder de hacer milagros, como lo tenía Elías. *«Y se tendió sobre el niño tres veces»* (v. 21), a fin de infundirle de nuevo la vida con su propio aliento y calor. Posteriormente, en una ocasión similar, Eliseo realizó el mismo milagro tendiéndose *dos veces* sobre el niño de la sunamita (2 R. 4:34), y Pablo se tendió *una sola vez* en el caso de Eutico (Hch. 20:10). Es de notar la oración de Elías: *«Te ruego que hagas volver el alma de este niño a él»* (v. 21). Aunque el hebreo *nephesh* significa también «vida» (y es también un sustituto de la «persona»—v. Gn. 14:21—), es sabido que, en la mentalidad judía, el «alma» quedaba durante tres días al lado del cadáver (v. el comentario a *Juan 11*—nota del traductor—); así que estos lugares suponen la existencia del alma en un estado de separación del cuerpo y, consiguientemente, su inmortalidad.

IV. La resurrección del niño y la gran satisfacción que con ello obtuvo la madre. *«Revivió»* el niño (v. 22). Véase el poder de la oración y, especialmente, el poder del que escucha las oraciones, el cual *mata y hace vivir*. Elías lo llevó a su madre (v. 23), la cual, como se puede suponer, no daría crédito a sus ojos. Así que la buena mujer clamó: *«Ahora conozco que varón de Dios (eres) tú, y que la palabra de Dios en tu boca (es) verdad»* (lit.). Aunque ya sabía estas cosas por el milagroso sustento diario que Dios le proporcionaba por medio de Elías, como quiera que la muerte del niño le había hecho dudar, ahora lo pone de relieve en esta confesión, al tener una prueba satisfactoria del poder y de la bondad de un verdadero varón de Dios. De este modo, la muerte del niño sirvió para acrecentar la gloria de Dios y el prestigio de su profeta.

CAPÍTULO 18

No parece ser que ni el incremento de la provisión ni la resurrección del hijo de la viuda diesen notoriedad al hecho de la estancia de Elías en Sarepta. Se acaban ahora los días de su ocultación y se le manda presentarse a Acab para anunciarle la inminencia de la lluvia (v. 1). I. Su entrevista con Abdías, uno de los siervos de Acab, por quien envía a Acab recado de su venida (vv. 2–16). II. Su entrevista con el propio Acab (vv. 17–20). III. Su entrevista con todo Israel en el monte Carmel, a fin de hacer público examen de títulos entre Jehová y Baal; una solemnidad especial en la que: 1. Los profetas de Baal salen totalmente confundidos; y 2. Jehová y Elías salen grandemente honrados (vv. 21–39). IV. Ejecución de los profetas de Baal a manos de Elías (v. 40). V. Vuelve la lluvia por la palabra de Elías (vv. 41–46).

Versículos 1–16

I. La triste situación de Israel en este tiempo; ello, por dos motivos.

1. *Jezabel destruía a los profetas de Jehová* (v. 4), *los mataba* (v. 13). Al ser idólatra, era perseguidora, y en ambas cosas contagió a su marido. Incluso en aquel tiempo tan malo había algunas personas buenas que temían al verdadero Dios y le servían, y algunos buenos profetas que les atendían en sus devociones. Los sacerdotes y los levitas se habían marchado todos a Judá y Jerusalén (2 Cr. 11:13, 14), pero en lugar de ellos Dios suscitó estos profetas quienes leían y explicaban la Ley en reuniones privadas o en las familias que habían conservado su integridad; no tenían el espíritu de profecía como lo tenía Elías, no ofrecían sacrificios ni quemaban incienso, pero enseñaban al pueblo a vivir rectamente y a mantener la comunión con el Dios de Israel. A éstos era a los que Jezabel quería extirpar, y dio muerte a muchos de ellos, lo cual fue una calamidad pública tanto como una pública iniquidad, y amenazaba con acabar con lo poco que quedaba de religión en Israel. Los pocos que escaparon de la espada se vieron forzados a esconderse en cuevas donde permanecían como enterrados en vida, pues no podían cumplir con su ministerio, que es lo que da ánimo y consuelo a la vida de los siervos de Dios.

(A) Había un hombre muy bueno, que ocupaba un alto puesto en la corte. Su nombre era Abdías (hebreo, *Obadyah*), y era digno de su nombre, que significa «siervo de Jehová»: temeroso de Dios y fiel a Él, a pesar de que ejercía de mayordomo en el palacio de Acab. *«Era en gran manera temeroso de Jehová* (v. 3) *desde su juventud»* (v. 12). (a) Es muy extraño que un hombre tan impío como Acab le hubiese promovido a tan alto cargo. Ciertamente, lo merecía por su honradez, laboriosidad, competencia y lealtad, en quien Acab confiaba plenamente (v. 5). No es raro el caso de que quienes odian la religión pongan su confianza en personas a las que precisamente esa religión hace dignas de confianza. (b) También es extraño que un hombre tan bueno como Abdías aceptase una promoción en una corte tan adicta a la idolatría y a toda clase de perversidades. Abdías no pudo haber aceptado ese puesto si con ello tenía que doblar la rodilla ante Baal. Supuesto que pudo evitarlo, pudo también mantenerse en ese puesto con la conciencia limpia. Quienes temen a Dios no tienen por qué salir del mundo, por malo que éste sea.

(B) Este hombre tan grande y tan bueno usó su poder para proteger la vida de los profetas de Dios. Escondió a 100 de ellos en cuevas, cuando la persecución estaba al rojo vivo, y les proveyó de alimento (v. 4). Véase de qué modo tan maravilloso suscita Dios amigos para sus ministros y para su pueblo, a fin de que les socorran en tiempos difíciles.

2. Cuando Jezabel puso en apretura a los profetas de Dios, Dios puso en apretura al país por medio de la sequía. Quizá Jezabel se puso a exterminar a los profetas culpándoles de ser la causa de la calamidad, puesto que Elías la había predicho. Pero Dios les hizo saber lo contrario, pues la sequía continuó hasta que fueron exterminados los profetas de Baal. Tan grande era la escasez de agua que el propio rey y Abdías en persona fueron por todo el país a *buscar hierba para los caballos y las mulas* (vv. 5, 6). Acab no se preocupaba de la pérdida de su alma, sino de la pérdida de las bestias. Se tomó gran molestia para buscar hierba, pero no se preocupó de buscar el favor de Dios, con lo que quiso atacar al efecto sin inquirir cómo retirar la causa. El territorio de Judá era limítrofe del de Israel, pero no faltaba agua en Judá, porque allí todavía gobernaba Dios.

II. Los pasos que se dieron para remediar la calamidad mediante la aparición en escena de Elías el *tisbita* ya que el hebreo *tishbeh* es de la misma raíz que *teshubah* = vuelta (comp. con Lc. 1:16, 17), con

lo que Elías era así un *reformador* de Israel, al incitar al pueblo a *volverse* a Jehová *Tsebaoth*, el Señor de las huestes, contra quien se habían sublevado. Si se volvían a Él, todo marcharía bien rápidamente.

1. Acab buscaba a Elías con la mayor diligencia posible (v. 10) y había ofrecido recompensa a quien lograra descubrir su paradero. Por lo que parece, su búsqueda tenía por objeto, más bien que castigar a Elías por la sequía, conseguir que la hiciese cesar.

2. Al fin, Dios mandó a Elías presentarse a Acab, pues había llegado la hora en que Dios *haría llover sobre la faz de la tierra* (v. 1). Por más de dos años le había hecho quedar oculto en casa de la viuda de Sarepta, después de pasar algunos días junto al arroyo de Querit; así que *el tercer año* del que se habla aquí (v. 1) era el cuarto del hambre, la cual duró tres años y medio, como vemos en Lucas 4:25; Santiago 5:17.

3. Elías se descubrió primeramente a Abdías. Sabía, por inspiración de Dios, dónde podría encontrarle.

(A) Abdías le saludó con gran respeto, pues *se postró sobre su rostro* y le preguntó humildemente: *¿No eres tú mi señor Elías?* (v. 7). Así como había mostrado ternura de padre con los hijos de los profetas, así mostró reverencia de hijo con este padre de los profetas, y con ello manifestó que *era en gran manera temeroso de Jehová.*

(B) En su contestación, Elías: (a) Transfiere a Acab el título con el que Abdías le había honrado a él: *«Di a tu amo …»* Como si dijese: «Llama señor a él, no a mí, pues es un título que cuadra mejor a un príncipe que a un profeta, pues éste *no ha de buscar honor de los hombres*». Los profetas merecen los nombres de *videntes, pastores, vigías y ministros,* pero no el de *señores,* ya que están puestos para servir, no para dominar. (b) Pide a Abdías que vaya a decirle al rey que allí está él para hablar con Acab (v. 8): *«Ve, di a tu amo: Aquí está Elías».*

(C) Abdías le ruega que le excuse de llevar a Acab este comunicado, ya que eso podría costarle la vida. Pensó que Elías no estaba de buen temple cuando le pidió que dijese a Acab que allí estaba él, sino que sólo intentaba poner al descubierto la impotencia de la perversidad de Acab, ya que sabía muy bien que el rey no era digno de recibir ninguna fineza de parte del profeta, y que el profeta no merecía recibir ningún daño de parte de Acab. Está seguro de que Acab le va a quitar la vida por no echar mano a Elías cuando lo tenía a su alcance, pues el rey se sentiría burlado al escapársele así la presa. Abdías menciona también la volatilidad del profeta (v. 12). Apela a que no merece ser expuesto a tal peligro, pues se ha comportado bien con los profetas de Dios: *«¿En qué he pecado …?»* (v. 9). *«¿No ha sido dicho a mi señor lo que hice … que escondí a cien varones de los profetas de Jehová …?»* (v. 13). Menciona esto para convencer a Elías de que, aun cuando estaba al servicio de Acab, no mantenía la causa de Acab. Esperaba que el que había protegido a tantos profetas no debía ver su vida amenazada por un profeta tan grande.

(D) Elías le da suficiente satisfacción diciéndole que bien puede comunicar el asunto a Acab, pues él mismo (lo asegura con juramento) va a presentarse personalmente aquel mismo día a Acab (v. 15).

(E) Luego que Abdías le dio aviso a Acab, vino éste de inmediato al encuentro de Elías (v. 16). Podemos suponer que fue una gran sorpresa para Acab enterarse de que Elías, a quien se había buscado por todas partes sin poder encontrarlo, había sido hallado ahora sin ser buscado. Iba Acab en busca de hierba y se halló con aquel de cuya palabra, como salida de la boca de Dios, debía esperar la lluvia. Con todo, su propia conciencia le daba pocas esperanzas de ningún bien, sino que, por el contrario, le hacía temer algún castigo mayor.

Versículos 17–20

Encuentro entre Acab y Elías, entre el peor rey con que pudo ser plagada una nación, y el mejor profeta con que Israel pudo ser mejor bendecido.

1. Acab, como era de esperar, acusa vilmente a Elías. No se atreve a darle un golpe, pues quizá recordaba lo que le pasó a Jeroboam cuando extendió la mano contra un profeta, pero sí le trató con mala lengua (v. 17): *«¿Eres tú, el que perturbas a Israel?»* Cuán distinto era éste del saludo que le había hecho Abdías: *«¿No eres tú mi señor Elías?»* (v. 7). Pero Abdías era temeroso de Jehová, mientras que Acab era en gran manera perverso; ambos descubrieron su respectivo carácter con sólo el saludo que uno y otro dirigieron al profeta. Siempre ha sido ésta la suerte que han corrido los mejores siervos de Dios: ser

llamados *los perturbadores del orden constituido.* También Cristo y sus apóstoles fueron presentados de esa forma (Hch. 17:6).

2. Pero Elías volvió contra Acab la frase y demostró el cargo: *«Yo no he perturbado a Israel, sino tú y la casa de tu padre»* (v. 18). Son precisamente los que atraen sobre sí y sobre el país los juicios de Dios los que hacen el daño, no quienes dan el aviso y predicen el castigo a fin de que la nación se arrepienta y pueda escapar del juicio. Dejar a Jehová para servir a los ídolos es la causa más grave y segura de perturbación, como Elías le hace saber (v. 18).

3. Como quien tiene autoridad de parte del Rey de reyes, Elías ordena una convención general del país en el monte Carmel, donde con anterioridad había un altar erigido a Jehová (v. 30). Allá debe acudir todo Israel a encontrarse con Elías; y los profetas de Baal que había dispersos por el país, así como los que hacían de capellanes domésticos de Jezabel, deben acudir también.

4. Accede Acab a la convocatoria (v. 20), ya sea por temor a Elías, no atreviéndose a oponerse a él, ya sea porque espera que Elías bendiga el territorio y prometa una rápida cesación de la sequía.

Versículos 21–40

Acab esperaba que Elías bendijese la tierra en esta solemne asamblea y orase por la lluvia, pero el profeta tenía que cumplir primero con otro trámite. El pueblo tenía que arrepentirse antes de esperar alivio a la situación. Los desertores de Dios no han de esperar su favor mientras no vuelvan a la lealtad anterior. Elías podía haber orado por la lluvia, no *siete veces* (v. 43), sino setenta veces siete, y no la habría tenido si no hubiese empezado por el extremo correcto. La causa de Dios es tan incuestionablemente justa que no hay que temer el buscar y pesar las evidencias de su rectitud.

I. Elías comienza por reprochar al pueblo el haber mezclado el culto a Dios con el culto a Baal. No es que unos israelitas adorasen a Dios y otros a Baal, sino que unos mismos israelitas mezclaban elementos del culto a Jehová con otros elementos idolátricos del culto a Baal (v. 21): *«¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos?»* Lit. ¿Hasta cuándo haréis el cojo, sosteniéndoos unas veces sobre un pie otras veces sobre otro? O, también, al brincar, como los pájaros, entre dos ramas. Inútil y perverso empeño, pues hay *«un solo Dios»* (1 Ti. 2:5), infinito y todosuficiente. Nada se puede añadir al que es infinitamente perfecto. Ahora bien, si tras una prueba evidente se demuestra que Baal es ese único Ser infinitamente perfecto y todosuficiente, que renuncien a Jehová y se adhieran de todo corazón a Baal; pero si Jehová es ese Ser infinito, Baal es un falso dios y hay que abandonarlo. No caben compromisos. Quienes claudican entre Dios y Baal, son inconsecuentes: *«Su corazón está dividido»* (Os. 10:2), y Dios lo quiere todo o nada. Hemos, pues, de escoger bien *a quién hemos de servir* (Jos. 24:15). A esta propuesta de Elías el pueblo no supo qué responder (v. 21): *«Y el pueblo no respondió palabra»*.

II. Les propuso entonces hacer una prueba equitativa, en la que Baal llevaba toda la ventaja, ya que la corte y el pueblo en masa parecían estar a favor de Baal. Los profetas que mantenían la causa de Baal eran 850 (v. 19); el que mantenía la causa de Jehová era uno solo; recientemente, un pobre exiliado, preservado de la inanición por los continuos milagros de Dios a su favor; así que la causa de Dios no tenía más abogado que su propio derecho y poder. La prueba va a ser que cada partido prepare un sacrificio y ore a su respectivo Dios; *«el Dios que responda por medio del fuego, ése será Dios»* (v. 24); si ninguno responde, que el pueblo se haga ateo; si ambos, que continúen claudicando entre dos pensamientos. Elías da aquí un ejemplo sublime de bravura al osar así mantenerse firme, y estar solo, a favor de la causa de Dios en contra de tales poderes humanos y de un partido tan numeroso. Pero el resultado va a servir para animar a todos los testigos del Señor y abogados de Su causa para que nunca teman el rostro de los hombres.

III. El pueblo acepta el reto (v. 24): *«Bien dicho»*. Acab y los profetas de Baal no se atreven a oponerse por miedo al pueblo. Si en este juego pudiesen acabar en tablas, todas las demás ventajas les darían a ellos la victoria. ¡Venga, pues, la prueba!

IV. Para darles mayor ventaja, Elías permite que comiencen los profetas de Baal, pero éstos no consiguen que su dios les oiga (vv. 24 y ss.), con lo que su confusión va a ser mayor. Véase:

1. Los profetas de Baal se mostraron muy importunos y ruidosos al apelar a él. Cuando tenían preparado el sacrificio, comenzaron a gritar como un solo hombre y con todas sus fuerzas: *«¡Baal, respóndenos!»* (v. 26). Este modo de dirigirse a su dios era irreverente y grosero. (A) Como locos, *andaban saltando cerca del altar,* esto es, ejecutando rudas y groseras danzas alrededor del altar como era su costumbre. (B) En su insensatez, *se sajaban con cuchillos y con lancetas,* para excitar la compasión del dios, ya que no respondía a sus clamores. Dios había prohibido expresamente (Dt. 14:1) a sus adoradores que se sajaran.

2. Con qué sano sarcasmo se dirige a ellos Elías (v. 27). Después de esperar pacientemente hasta el mediodía comenzó a burlarse de ellos y les dice: *«Gritad en alta voz, porque es un dios».* Si hubiese sido un dios vivo, no habría hecho falta gritarle. La burla de Elías no bastó para disuadir a los sacerdotes de Baal de continuar gritando, sino que les incitó a actuar con ridícula violencia.

3. Cuán sordo se mostró Baal al clamor de sus sacerdotes. Elías no les interrumpió, sino que les dejó proseguir con su insensatez *hasta la hora del sacrificio* vespertino (v. 29), cuando ya estaban exhaustos y sin esperanza de obtener respuesta de su dios.

V. Elías, en cambio, obtuvo de Dios rápida respuesta mediante fuego.

1. Arregló su altar, pues no iba a hacer uso del altar de Baal ya contaminado con las oraciones al dios falso y muerto. El antiguo altar de Jehová se hallaba en ruinas (v. 30), pero él lo recompuso, para dar a entender que no tenía intención de introducir un nuevo culto, sino de hacer revivir la fe y el culto del Dios de sus mayores. Para ello *tomó doce piedras, conforme al número de tribus* (v. 31). Aunque diez de estas tribus se habían rebelado contra Dios y se habían adherido a Baal, él las consideraba todavía como pertenecientes al verdadero Dios en virtud del Antiguo Pacto establecido con sus padres.

2. Una vez edificado el altar *en el nombre de Jehová* (v. 32), Elías preparó el sacrificio (v. 33). Dios mismo iba a proveer el fuego (comp. con Gn. 22:7, 8). Si ofrecemos sinceramente nuestro corazón a Dios, Él encenderá allí, con su gracia, un fuego santo. Elías no era sacerdote, los que le asistían no eran levitas. En el Carmel nunca hubo tabernáculo ni templo; con todo, nunca hubo en el Antiguo Testamento un sacrificio tan acepto a Dios como éste. Al estar erigido ya el templo de Jerusalén, el sacrificio de Elías habría supuesto un quebrantamiento de la Ley si no hubiese sido por lo excepcional del caso.

3. Ordenó que se derramase abundante agua sobre el altar y en la zanja que había cavado alrededor (v. 32). Los doce cántaros de agua fueron sacados, a no dudar, de una fuente cercana al lugar, la cual no había sido afectada por la sequía (el mar está demasiado lejos como para hacer tres viajes). De este modo el milagro se haría más patente, al estar tan mojados el altar, la leña y la zanja.

4. Entonces Elías se dirigió a Dios con toda solemnidad, y oró ante el altar breve y humildemente, a fin de que Dios aceptase el sacrificio convirtiéndolo en cenizas, pues era *holocausto* (v. 36). Su compostura estaba en agudo contraste con la danza y los gritos de los sacerdotes de Baal. Se dirigió a Dios como a *«Jehová Dios de Abraham, de Isaac y de Israel»,* para traer a la memoria del pueblo la relación que les ligaba al Dios de sus antepasados. A dos cosas apela en su oración: (A) A la gloria de Dios: *«Sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel».* (B) A la edificación del pueblo: *«Para que conozca este pueblo que tú eres el Dios, y que tú vuelves a ti el corazón de ellos»* (vv. 36, 37).

5. Dios respondió inmediatamente por medio del fuego (v. 38). Apenas terminó Elías su oración, *«cayó fuego de Jehová y consumió el holocausto, la leña, las piedras y el polvo, y aun lamió el agua que estaba en la zanja».* Los altares de Moisés y de Salomón fueron consagrados por medio del fuego bajado del cielo, pero este altar de Elías fue destruido por el fuego que consumió el sacrificio y todo lo demás, a fin de que el altar no volviese a usarse. Podemos imaginarnos el terror que se apoderaría de los adoradores de Baal y del mismo Acab.

VI. Cuál fue el resultado de esta prueba. Con el fracaso de los profetas de Baal y el éxito de Elías quedó demostrado hasta la más rotunda evidencia que Jehová era Dios y no había otro. 1. El pueblo sirvió de jurado y dio su veredicto unánime (v. 39): *«Viéndolo todo el pueblo, se postraron y dijeron. ¡Jehová es el Dios, Jehová es el Dios!»* Una declaración unánime postulaba un general cambio de conducta: Si Jehová era el Dios verdadero, a Él debían únicamente servir; pero, aun cuando algunos se volviesen a Él, la generalidad de los asistentes, aunque quedaron convencidos, no quedaron convertidos; profesaron una verdad (comp. con Stg. 2:19), pero no practicaron la verdad. 2. Los profetas de Baal fueron ejecutados como mandaba la Ley (Dt. 13:3; 17:2–5), después de tomar la precaución de que no se escapase ninguno

(v. 40). Se trata de los 450 profetas de Baal. Los 400 profetas de Aserá, aunque también habían sido convocados (v. 19), parece ser que no acudieron, con los que escaparon de la ejecución, reservados para ser instrumentos de la destrucción de Acab, algún tiempo después, al animarle a que subiese a Ramot de Galaad (22:6).

Versículos 41–46

Una vez que Israel profesó su reconocimiento de que Jehová es Dios, envió Dios aquella misma tarde la tan deseada lluvia, para bendición del país.

I. Elías envió a Acab a que *comiera y bebiera,* pues, aunque el cielo estaba todavía despejado, Elías percibía ya por fe *el rumor de una gran lluvia* (v. 41). El ayuno de Acab no se debía precisamente a piedad o penitencia, sino, como hace notar Rodríguez Molero, a que «con la tensión terrible de todo el día, no habían tenido tiempo de probar bocado».

II. Mientras tanto, Elías subió a la cumbre a orar en actitud de intensa súplica (v. 42): *«postrándose en tierra».* Amós (9:3) se refiere a la cumbre del Carmel como a un lugar muy retirado y privado. Solo con su criado oró allí sin que nada ni nadie le distrajese. Quienes han recibido el llamamiento de aparecer y actuar en público en nombre de Dios, han de tratar de hallar tiempo para conversar con Él en privado y en la mayor soledad posible.

III. Ordenó a su criado que *mirase hacia el mar,* esto es, hacia el Mediterráneo, y tan pronto como avizorase alguna nube que subiese del mar se lo notificase. Seis veces subió el criado a la cumbre, mas no vio nada. Pero Elías continuó orando con la misma intensidad hasta que, a la séptima vez, el criado discernió *«una pequena nube como la palma de la mano de un hombre»* (v. 44). Muchas veces surgen grandes bendiciones de pequeños comienzos, como lluvia copiosa desde una nube de un palmo de largura.

IV. Entonces le dice Elías al criado que avise a Acab para que descienda antes de que la lluvia le sorprenda en el camino. Acab iba en su carroza con toda comodidad y solemnidad (vv. 44, 45), pero Elías corrió hasta alcanzarle y marchar delante de él, como escoltándole en respeto debido a la posición de Acab como rey. Si Acab le hubiese correspondido con el respeto que se merecía tan gran profeta, le habría hecho sentar consigo en su carroza, como hizo el eunuco de Etiopía con Felipe, no sólo para honrarle ante los ancianos de Israel, sino para conversar con él acerca de la necesaria reforma del reino. Pero es seguro que, al continuar con su corazón corrompido Acab se alegró de poder alejar de sí a Elías, como Félix, el gobernador, de Pablo, cuando le despidió hasta que *tuviese oportunidad* (Hch. 24:25).

CAPÍTULO 19

Dejamos a Elías a la entrada de Jizreel, todavía en público. Ahora le tenemos escondiéndose de nuevo, cuando tanta falta hacía. Cuando la gente se niega a aprender Dios les retira sus maestros. Obsérvese: I. Cómo huyó de la perversidad de Jezabel, su jurada enemiga (vv. 1–3). II. Cómo le salió al encuentro Dios, su gran amigo, el cual: 1. Le alimentó (vv. 4–8). 2. Se manifestó a él misteriosamente (vv. 9, 11–13), escuchó su queja (vv. 10, 14), le instruyó (vv. 15–17) y le animó (v. 18). III. Cómo fue fortalecido, a su regreso de la huida, con la compañía de Eliseo (vv. 19–21).

Versículos 1–8

Cualquiera habría esperado que, después de una manifestación tan pública y grandiosa de la gloria de Dios, todos los israelitas volviesen como un solo hombre al culto del verdadero Dios y tomasen por guía y oráculo a Elías. Pero menosprecian al que Dios había honrado, no le respetan ni se cuidan de él, sino que, por el contrario, Israel vuelve a considerarle como enemigo e indeseable.

1. Acab incita a su mujer Jezabel contra él. No se atreve él mismo a perseguir a Elías, pero incita a su mujer, más dura que él, diciéndole *todo lo que Elías había hecho* (v. 1), no para convencerla, sino para exasperarla. No le dice lo que había hecho *Dios,* sino lo que había hecho *Elías,* con lo que da a entender que quizás había conseguido el fuego por medio de algún hechizo o ensalmo; especialmente, le refiere que Elías *había matado a espada a todos los profetas* de Baal.

2. Jezabel entonces, envía a Elías un recado amenazador de muerte, sellado con juramento. Le da exactamente 24 horas de vida (v. 2; *«mañana a estas horas»*). Lo que no se explica es por qué le dio aviso en lugar de echarle mano secretamente. Lo más probable es que, como en el caso de Juan el Bautista y del mismo Señor *Jesús, temiese al pueblo.* Amenazándole de muerte, se lo quitaba de en medio, y con eso tenía ella bastante.

3. Elías, pues, escapó por su vida, probablemente de noche, y llegó a *Beerseba* (v. 3), *que está en Judá* y, por consiguiente, fuera de la jurisdicción de Acab. No acudió a Josafat, seguramente porque éste estaba emparentado con Acab. Pero, ¿dónde estaba ahora la valentía que había mostrado recientemente delante de Acab, de los profetas de Baal y de todo el pueblo de Israel? Pero no culpemos a Elías precipitadamente y sin considerar las circunstancias. Tras el tremendo triunfo del Carmel, todavía era perseguido; por lo que se ve, el entusiasmo mismo de la gente había durado poco, pues nadie le protegía en Israel; así que cayó en una depresión profunda. Es cierto (en teoría) que mientras cumplía en Israel con el servicio que Dios le había encomendado, hizo mal en huir de allí, pues mostraba así que desconfiaba de la protección de Dios. A esto se refiere Santiago (5:17) cuando dice que Elías *era de sentimientos* (lit. *pasiones) semejantes a los nuestros,* con lo que ninguno de nosotros puede atreverse a tirar el primero la piedra contra él.

4. De Beerseba se fue a internarse en el desierto, después de haber dejado en Beerseba a su criado, a fin de no cansarlo ni exponerlo. Tras un día de camino (v. 4), cansado, desfallecido y deprimido, *«se sentó debajo de un enebro»* y, como otrora Moisés (Nm. 11:15) pidió a Dios que le quitase la vida. Quienes de este modo piden la muerte, son los menos indicados para morir tan pronto. Jezabel le había amenazado de muerte, pero parece que él huye de una muerte a otra, pues prefiere morir a manos de Dios en el desierto, antes que morir como los profetas de Baal según la amenaza de Jezabel (v. 2), pues en este último caso los adoradores de Baal parecerían triunfar y el nombre de Dios sería blasfemado. *«No soy mejor que mis padres»,* dice él. ¿Éste es Elías? Dios le abandonó a su depresión para mostrar que, cuando era valiente y osado, lo era por el poder que Dios le confería, mientras que dejado a sí mismo, *no era mejor que sus padres* ni mejor que sus hermanos.

5. Por medio de un ángel, Dios le alimentó en el desierto en el que él se había metido arrostrando la necesidad y el peligro. Elías quería morir, pero Dios no quería que muriese, pues deseaba usarlo todavía en su servicio. También nuestro caso resultaría triste muchas veces si Dios atendiese a nuestros lamentos y nos concediese lo que neciamente le pedimos. Después de pedir la muerte, Elías *se echó y se quedó dormido* (v. 5); en el sueño deseaba morir, pero fue despertado y se halló no sólo bien provisto de comida y bebida (v. 6), sino también asistido por un ángel, quien había velado por él mientras dormía, y le llamó dos veces para que comiera (vv. 5, 7). Los hijos de Dios, se hallen donde se hallen, como siempre están sobre el suelo del Padre, están también bajo el cuidado del Padre. Es posible que se pierdan en un desierto, pero Dios no los pierde de vista.

6. *«Fortalecido con aquella comida»,* como preparada por ángeles, hizo un viaje de cuarenta días hasta llegar al Horeb, donde podría tener comunión con Dios, como la tuvo Moisés allí anteriormente. El ángel le pidió por segunda vez que comiera de nuevo, porque le quedaba un largo viaje (v. 7). Nótese que cuando Dios nos envía a algún servicio, siempre nos provee de *gracia suficiente.* El que ordena el viaje, provee también las vituallas. Véase, pues, de cuántas maneras mantuvo Dios a Elías vivo: primero, por medio de cuervos; luego, al multiplicar de continuo el alimento en casa de la viuda de Sarepta; después, por medio de un ángel; y finalmente, para mostrar que *«no sólo de pan vive el hombre»* le sostiene vivo durante 40 días sin otro alimento, como había hecho con Moisés en el Sinaí y con el Señor Jesús en el desierto.

Versículos 9–18

I. Elías alojado *en la cueva* (lit.) del monte Horeb que es llamado *«el monte de Dios»* (v. 8) porque allí se había revelado Dios a Moisés. El artículo del original nos da a entender que era la misma cueva en la que Moisés fue escondido cuando Jehová pasó delante de él proclamando su gloria (Éx. 33:22).

II. Allí le hizo Dios una visita: *«Vino a él palabra de Jehová»* (v. 9), con una pregunta. Nadie puede esconderse del ojo, del brazo ni de la Palabra de Dios (Sal. 139:7–12). La pregunta es la siguiente: *«¿Qué haces aquí, Elías?»* (v. 9), y la vuelve a repetir más adelante (v. 13). Como si dijese: «Éste no es tu lugar. ¿Es una cueva el lugar donde ha de vivir un profeta? Deberías estar, no en el silencio solitario de un desierto, sino entre los hombres, para reprender a los malos y animar a los buenos. ¿Huyes de Jezabel? ¿Acaso no soy yo más poderoso que esa perversa?»

III. La respuesta que da Elías a la pregunta de Dios (v. 10), repetida después, tras la repetición de la pregunta (v. 14).

1. Se excusa y alega que parece haber trabajado en vano. Dios sabía, y su propia conciencia le daba testimonio de ello, *el celo que sentía por la causa de Jehová de las huestes.* Sin embargo, la situación no parecía tener remedio; se hallaba solo en lucha desigual con un enemigo que no tenía miramientos con ninguna persona o cosa sagrada: *«Los hijos de lsrael han dejado tu pacto»*. Como si dijese: «Si ellos te dejan a ti, ¿cómo no les voy a dejar yo? Con frecuencia he sido su abogado delante de ti, pero ahora sólo puedo ser su fiscal».
2. Acusa a los hijos de Israel de que: (A) Aun cuando han retenido la circuncisión, que era la señal del pacto, habían abandonado el servicio y la adoración del verdadero Dios, que constituían la intención del pacto. (B) No contentos con abandonar el culto al verdadero Dios, *habían derribado los altares de Dios.* Aunque estos altares quebrantaban la unidad del culto, pues éste debía ofrecerse a Dios solamente en la ciudad santa, que era el lugar escogido por Dios, conservaban, con todo, un resto del sincero culto a Dios, por lo que Dios los reconocía aún, de algún modo, como suyos. Derribarlos era, pues, un pecado mayor que erigirlos. (C) *Habían matado a espada a los profetas de Dios,* quienes, probablemente, ejercían su ministerio junto a dichos altares. Jezabel, una extranjera, les había dado muerte (18:4), pero la culpabilidad del crimen es cargada sobre el pueblo mismo, por cuanto habían consentido en el asesinato.
3. Declara los motivos que le han llevado a esconderse allí. (A) *Se había quedado solo,* y ¿qué podía hacer él contra tantos millares? (B) No se encontraba a salvo fuera de allí: *«Me buscan para quitarme la vida»*. Como si dijese: «Prefiero pasar mi vida en la soledad de un desierto, antes que perderla en un esfuerzo inútil por reformar a los que aborrecen ser reformados».

IV. Cómo se manifestó Dios a Elías. ¿Se había refugiado aquí para encontrarse con Dios? Moisés fue introducido por Dios en la cueva cuando la gloria de Jehová iba a pasar delante de él; pero a Elías le ordena que salga de allí (v. 11): *«Sal fuera y ponte en el monte delante de Jehová». «Jehová pasaba»*, aunque Elías no vio ninguna figura, como no la habían visto los israelitas cuando Dios les habló desde allí en tiempo de Moisés. Pero, en cambio:

1. Oyó primero *un viento tan fuerte que rompía los montes;* después, *un terremoto* (v. 11). Y *tras el terremoto un fuego* (v. 12). Pero Dios no estaba en el viento, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino más bien en *un silbo, o susurro, apacible y delicado.* Los tres elementos fuertes son citados como heraldos de Dios (Éx. 19:18; Sal. 18:8–14), pero nada descubre a Dios tan perfectamente como la calma que sucede a la tormenta. Muchas interpretaciones se han dado de este extraño pasaje, pero la única explicación satisfactoria es que Dios quería mostrarle a Elías que no debía esperar constantes milagros del poder divino para vencer el mal, sino que debía continuar con el trabajo sencillo de cada día, que es fruto de la paciencia y de la fe. No con violencia, sino con suavidad es como la gota de agua horada la peña.
2. Cuando Elías se dio cuenta de que en aquel susurro estaba la genuina presencia de Jehová: (A) *se cubrió el rostro con el manto* (v. 13), como si sintiese pavor ante el paso de la Gloria de Dios. Bien podía cubrirse el rostro de vergüenza por su cobardía al escapar de su deber por la amenaza de una mujer, cuando tenía cerca de sí la Gloria del Dios Omnipotente y su poder dentro de los medios más ordinarios. (B) *Se puso a la puerta de la cueva,* listo para escuchar lo que Dios quisiera decirle. La repetición de la pregunta de Dios y la repetición de la respuesta de Elías (vv. 13, 14) dan a entender que Elías no había captado aún toda la importancia y la significación de la visión que acababa de tener. Tiene que aprender a declarar al pueblo la ley de Dios por el medio ordinario de la predicación, sin esperar milagros que

espanten, ya que *la fe viene por el oír* (Ro. 10:17); los milagros sirven para abrir brecha en los oídos o para sellar el mensaje.

V. Las órdenes que Dios le da acerca de lo que debe hacer de inmediato. Después de repetir la pregunta *(«¿Qué haces aquí, Elías?»)* y recibir de Elías la misma respuesta de antes al pie de la letra, Dios le envía por el camino de vuelta, a través del desierto de Damasco (v. 15), y le comisiona para que unja a tres personas que van a ser, en manos de Dios instrumentos de castigo contra Israel y de vindicación de la gloria de Dios: A *Hazael por rey de Siria,* quien había de infligir a Israel duros castigos (2 R. 8:28 y ss.; 10:32; 13:3), *a Jehú por rey de Israel* (v. 16), quien había de exterminar la casa de Acab (2 R. 9:24–33; 10:1–25), y *a Eliseo,* quien había de ser el sucesor de Elías en la vindicación de la causa de Dios. Es probable que lo de «ungir» se refiera literalmente sólo al caso de Jehú, no al de Hazael, por ser rey extranjero, ni al de Eliseo, al tener en cuenta que «ungir» es, con frecuencia, sinónimo de «nombrar» (por ej. en Jue. 9:8). La frase: *«Eliseo lo matará»* tiene un sentido figurado (literal, en Hazael y Jehú), pues Eliseo usará *la espada de la palabra de Dios* (v. Os. 6:5 y comp. con He. 4:12). Sólo el último de los tres encargos lo realizará Elías.

VI. La consoladora información que Dios da a Elías acerca del número de los israelitas que habían retenido su integridad, a pesar de que él se creía *solo* (v. 18): *«7.000,* en el reino del norte (sin duda, números redondos), *que no habían doblado la rodilla ante Baal* (gesto que sólo mucho más tarde será introducido entre los hebreos) y *cuyas bocas no lo besaron»* (rito de adoración cúltica, con la mayor probabilidad). Con esto vemos que, aun en las épocas de mayor degeneración religiosa, la gracia de Dios preserva un remanente fiel, puesto que sin la gracia no habrían podido preservarse a sí mismos. Muchas veces, este remanente está escondido a los ojos del cuerpo, así como está el trigo mezclado con la paja y el oro con la escoria, incluso dentro de la Iglesia, hasta que llegue el día en que el Señor tome el aventador en su mano. *«El Señor conoce (o da a conocer) a los que son suyos»* (2 Ti. 2:19), aunque nosotros no los conozcamos con toda certeza, pues sólo Él ve en lo secreto y en el fondo del corazón. Como decía John Newton, tres serán las sorpresas que nos llevaremos al entrar en el Cielo: 1ª, hallar allí a muchos que no esperábamos; 2ª, no hallar allí algunos que esperábamos; y 3ª, hallarnos allí a nosotros mismos. Una cosa podemos asegurar: El amor de Dios es más amplio que la caridad de los hombres.

Versículos 19–21

Eliseo fue nombrado el último en la orden que Dios dio a Elías, pero fue llamado el primero de los tres, pues por medio de él fueron llamados los otros dos. Va a ocupar el lugar de Elías; no obstante Elías se regocija de dejar la obra de Dios en tan buenas manos. En cuanto al llamamiento de Eliseo, obsérvese:

1. Que fue un llamamiento sorprendente e inesperado para él. Elías le halló en el campo, no leía, ni oraba, ni ofrecía sacrificios, sino *arando* (v. 19). Aunque era hombre rico (como se ve por el banquete de v. 21), dueño del terreno, de doce yuntas de bueyes y de muchos siervos, no desdeñaba poner la mano en el arado. Un oficio honrado en este mundo no nos desvía del camino de nuestro llamamiento celestial más de lo que desvió a Eliseo, quien fue tomado del arado para sembrar la palabra de Dios, como fueron los Apóstoles tomados de sus redes de pesca para ser pescadores de hombres.

2. Que fue un llamamiento eficaz. Elías se contentó con *echar sobre él su manto* (v. 19), el cual era considerado como parte de la persona (l S. 18:4), con lo que le hacía partícipe de su comisión profética (comp. con Rut 3:9; 2 R. 2:13) como si tuviese derechos sobre él, para tomarle bajo su cuidado y guía hasta que participase del espíritu de Elías (2 R. 2:8, 13–15), como Josué del de Moisés (Nm. 27:20). Eliseo *dejó entonces los bueyes* de inmediato (v. 20) y *vino corriendo en pos de Elías.* Una mano invisible le había tocado el corazón y le había inclinado, con secreto poder, a dejar la labranza y dedicarse al ministerio. Únicamente rogó a Elías le concediese permiso para despedirse de sus padres. Así como no le había forzado a seguirle, tampoco le impedía sentarse a calcular el costo. La eficacia de la gracia de Dios, lejos de forzar la voluntad humana, le confiere la verdadera libertad, para que quienes son hechos buenos con ella, escojan bien y sin coacción alguna, pues Dios no quiere soldados forzados, sino voluntarios.

3. Que fue un llamamiento agradable para él, como se ve por el festín que hizo para *sus gentes* (v. 21), es decir, no sólo a sus familiares y siervos, sino también a los que acudieron a despedirse de él. Téngase en cuenta que no eran días cómodos para los profetas de Jehová. Cualquier persona que hubiese

consultado con carne y sangre, habría rechazado el manto de Elías, pero Eliseo lo acogió con alegría y satisfacción, despidiéndose sin pena de cuanto poseía por acompañarle.

4. Que fue un llamamiento voluntariamente acogido. Elías no siguió a Eliseo cuando éste le pidió permiso para despedirse de sus padres, sino que le dejó marcharse (*«Le dijo: Ve, vuelve; ¿qué te he hecho yo?»* Como si dijese: «Ya ves lo que significa el gesto de echar sobre ti mi manto»). *Después* del banquete *se levantó* Eliseo y *fue tras Elías, y le servía* (v. 21). No se contentó con asociarse con él, sino que se ofreció a servirle de criado (v. 2 R. 3:11). Así es como han de aprender los que han de enseñar; y los que más tarde han de regir, han de estar dispuestos a rebajarse y a servir.

CAPÍTULO 20

Este capítulo nos narra la guerra entre Ben-adad, rey de Siria, y Acab, en la que éste salió victorioso. Tenemos aquí: I. La insolencia de Ben-adad, al exigir rendición sin condiciones a Israel (vv. 1–11). II. La derrota que le infligió Acab (vv. 12–21). III. De nuevo viene, pasado un año, Ben-adad a pelear contra Israel, y de nuevo es derrotado por Acab (vv. 22–30). IV. El pacto que hizo Acab con Ben-adad cuando lo tenía en sus manos (vv. 31–34), y la reprensión que, por ello, recibió de un profeta (vv. 35–43).

Versículos 1–11

I. La amenaza que lanzó Ben-adad al reino de Acab, y el sitio que puso a Samaria, la capital del reino (v. 1). David, en su tiempo, había hecho tributarios a los sirios, pero la apostasía de Israel hizo que volviesen a ser temibles. Asá, rey de Judá había incitado años atrás a los sirios a que invadieran Israel (15:18–20), pero ahora lo hacían ellos de su propio acuerdo. Es cosa muy peligrosa traer al país fuerzas extranjeras; la posteridad puede pagarlo muy caro.

II. El trato que hizo con el rey de Israel.

1. Con ánimo orgulloso, dirige Ben-adad a Acab una insolente demanda (vv. 2–3). Le envía mensajeros que le comuniquen las condiciones que pone para levantar el sitio de Samaria: Acab ha de ser su vasallo, y no sólo le ha de pagar tributo de oro y plata, sino también ha de entregarle sus mujeres y sus hijos.

2. Acab, con ánimo cobarde, se da por vencido y se somete a las condiciones que le impone el enemigo: *«Como tú dices, rey señor mío»* (v. 4). Véanse aquí los efectos del pecado. (A) Si no hubiese provocado con su pecado a Dios para que se apartase de él, Ben-adad no habría podido hacer tan insolente demanda. Si Dios no es nuestro dueño, lo serán nuestros enemigos. El que se rebela contra Dios, se hace esclavo de cualquiera. (B) Si no hubiese perjudicado a su propia conciencia y la hubiese puesto con su pecado en contra de sí mismo, no se habría sometido de un modo tan humillante y vergonzoso. La culpa hace perder ánimos a los hombres y los vuelve cobardes.

3. El orgullo de Ben-adad se exalta más todavía con esa sumisión y le hace volverse más insolente e imperioso (vv. 5, 6). (A) Ben-adad es tan codicioso como altivo, y no se conforma con poseer el dominio, sino que pide hacerse de inmediato con todos los tesoros de Samaria y que se le permita hacer un saqueo general. (B) Lo hace de una manera tan despectiva como arrogante. Si hubiese venido él en persona a escoger lo que mejor le pareciese, habría mostrado algún respeto a otra testa coronada, pero amenaza con enviar sus siervos a hacer el saqueo, para humillar más todavía a Acab: *«Y tomarán y llevarán todo lo precioso que tengas»* (v. 6). (C) Es tan poco razonable como injusto, pues hace ver que la rendición que Acab lleva a cabo no es sólo a él, sino también a sus siervos.

4. Ante esta segunda insolencia el ánimo de Acab, aunque cobarde, se subleva y, si no por valentía, al menos por desespero, arriesga su vida antes que entregarlo todo a Ben-adad. (A) Reúne consejo con los ancianos (v. 7), y éstos le animan a resistir (v. 8). (B) Con todo, se expresa muy modestamente en su negativa: *«Decid al rey mi señor …»* (v. 9).

5. Ben-adad contesta ahora y jura por sus dioses que Samaria no va a ser más que un poco de polvo que no bastará para llenar el hueco de la mano de sus soldados (v. 10).

6. Acab le responde ahora con cierta ironía, sin desafiarle abiertamente, sino recordándole que no se puede cantar victoria antes de dar la batalla. Su frase parece ser un proverbio común, parecido al español que dice: «Eso es vender la piel del zorro antes de haberlo cazado» (v. 11).

Versículos 12–21

Al romperse de un modo abrupto el trato que estaban haciendo los sitiadores con los sitiados, tenemos aquí el relato de la batalla que se siguió.

I. Los sirios, que eran los sitiadores, recibieron sus instrucciones de un rey ebrio, pues estaba bebiendo (v. 12) cuando ordenó a sus soldados tomar posiciones contra la ciudad. Y continuó *bebiendo y embriagándose* (v. 16), mientras Acab pasaba revista a sus tropas (vv. 14, 15). Se sentía Ben-adad tan seguro que continuaba bebiendo; y con la intoxicación consiguiente, todavía se sentía más neciamente seguro. La falsa seguridad y la sensualidad iban de la mano en la generación del diluvio y en Sodoma (Lc. 17:26 y ss.). La embriaguez de Ben-adad fue la precursora de la derrota, como le acaeció también a Belsasar (Dn. 5). 1. Bebiendo estaba cuando dio orden de tomar posiciones (v. 12). 2. Y bien bebido estaba cuando al notificarle que *habían salido hombres de Samaria* (v. 17), ordenó que no los mataran, lo que hubiesen podido hacer fácilmente, sino que los prendieran (v. 18), lo que dio a los sitiados la oportunidad de caer sobre sus agresores y acabar con ellos.

II. Los israelitas, que eran los sitiados, recibieron instrucciones de un profeta inspirado, profeta de Jehová (v. 13), pues, a pesar de que Acab era un idólatra, todavía tenía cerca de sí algunos profetas de Jehová (22:8) y les ponía a sus hijos nombres compuestos de *«Yah,* que es la abreviatura de *Jehová.* Incluso teme y respeta a Elías (21:17–29) a pesar de tenerle por «enemigo público número uno de su reino».

1.Vemos con sorpresa que Dios envía un profeta con un amable y venturoso mensaje a un rey tan perverso como era Acab, pero lo hizo: (A) Por amor de su pueblo Israel. (B) Para engrandecer su misericordia hacer el bien a un hombre tan malo e ingrato a fin de traerlo al arrepentimiento o dejarle sin excusa posible. (C) Para mortificar el orgullo de Ben-adad y castigar su insolencia. Aunque Acab no había inquirido el parecer de Dios ni preguntado por ningún profeta de Jehová, Dios le envió uno sin que lo pidiese, con lo que mostró así su gran bondad.

2. Dos cosas hace este profeta: (A) Anima a Acab con la seguridad de la victoria, lo cual era más que todo lo que los ancianos de Israel podían darle (v. 8), a pesar de que le habían prometido respaldarle. Le informa del uso que tiene que hacer del buen resultado de este asunto: *«Para que conozcas que yo soy Jehová»* (v. 13). (B) Le instruye sobre el modo de conseguir la victoria: (a) No ha de esperar a que ataque el enemigo, sino que debe atacar él primero para tomar al enemigo por sorpresa. (b) Las personas mediante las cuales se había de conseguir la victoria eran *los siervos de los príncipes de las provincias* (v. 14), gente no acostumbrada a la guerra y pocos en número: 232; los menos apropiados que podrían pensarse para ir en vanguardia e iniciar el ataque. (C) Acab debe ir en cabeza del ejército para dar testimonio de su confianza en la palabra de Dios, aunque para eso tenga que exponerse al mayor peligro. (d) Cuando los 232 jóvenes hayan roto el frente de batalla, puede hacer uso de la infantería que le queda en Samaria: 7.000 hombres (v. 15). ¡Curiosa coincidencia!; el mismo número que el de los que *no habían doblado la rodilla ante Baal* (19:18), aun cuando no es probable que fuesen las mismas personas.

III. El resultado fue un éxito. Los orgullosos sirios fueron batidos y los modestos y despreciados israelitas salieron más que vencedores. Así es como Dios *quita a los príncipes el ánimo y* se muestra *terrible con los reyes de la tierra.* ¿Dónde estaban ahora el oro y la plata que exigía Ben-adad? ¿Dónde estaban los puñados de polvo de Samaria?

Versículos 22–30

Relato de otra campaña victoriosa que llevó a cabo Acab, con la ayuda de Dios, contra los sirios, a quienes infligió una derrota mayor que la primera. ¡Qué extraño! ¡Acab, idólatra y, a pesar de ello,

victorioso; perseguido y, aun así, conquistador! Dios consigue sus objetivos al mismo tiempo que permite que prosperen los impíos.

I. Después de la victoria el profeta advierte a Acab que se prepare para otra campaña (v. 22). Le dice que, *pasado un año,* los sirios renovarán su intento con la esperanza de resarcirse del golpe que han recibido y recuperar el honor que ahora han perdido. Debe, pues, Acab *fortalecerse,* es decir, cobrar ánimo y tomar refuerzos. Exactamente lo mismo que hemos de hacer nosotros cuando esperamos los asaltos de nuestros enemigos espirituales.

II. Los asistentes de Ben-adad, por su parte, le aconsejan un cambio de estrategia para las operaciones de la campaña siguiente. 1. Debe cambiar *el terreno* donde se libre la batalla (v. 23). Dieron por seguro que no era Israel, sino los dioses de Israel, quienes les habían batido en la campaña anterior, con lo que hablaban con supina ignorancia acerca del Dios de Israel, ya que: (A) Le tenían por una deidad *pluralista,* cuando Dios es *uno* (Dt. 6:4) y uno es su nombre. (B) Le tenían por un dios *local,* dios de Israel sólo, siendo así que es el Creador y Gobernador del Universo. (C) Pensaban que su poder se ejercía sólo en los altos, no en el llano, cuando para Dios no importa el lugar, el tiempo o el número de los combatientes, pues es omnipresente y omnipotente. 2. Debe cambiar también de jefes: Debe *sacar a los reyes y poner capitanes en lugar de ellos* (v. 24), pues éstos estaban hechos a la guerra mejor que los reyes.

III. Ambos ejércitos salen al campo de batalla. Ben-adad, al frente de sus tropas, acampa en Afec, junto a las fronteras mismas de la tribu de Aser. Acab, al frente de las suyas, se aposta a cierta distancia de los sirios (v. 27). La desproporción numérica era notable. *Los hijos de Israel,* acantonados en dos batallones, eran *como dos rebañuelos de cabras;* pocos en número, con modesto equipaje, que presentaban una figura despreciable. Mientras que *los sirios llenaban la tierra* con su número, su estrépito, sus carruajes y su bagaje.

IV. Acab es animado a luchar contra los sirios a pesar de las ventajas que éstos le llevaban en número y en confianza carnal. Le es enviado un varón de Dios para decirle que *toda esa numerosa multitud le será entregada en su mano* (v. 28), no por sus méritos, sino por el honor de Dios, puesto en cuarentena por la arrogancia de los sirios: *«Por cuanto los sirios han dicho: Jehová es Dios de los montes, y no Dios de los valles»*.

V. Después de estar acampados los ejércitos unos enfrente de otros durante siete días, se llevó a cabo la batalla; los sirios salieron totalmente derrotados. Ben-adad, que había pensado que Afec resistiría bien el embate de Israel, vencido y desanimado al hallar que el muro había sido derribado y matado a 27.000 hombres que habían quedado, no pudo hacer otra cosa que tratar de esconderse, *yendo de aposento en aposento* (v. 30). Véase cómo la mayor arrogancia termina muchas veces en la mayor cobardía.

Versículos 31–43

Relato de lo que sucedió después de la victoria que obtuvo Israel contra los sirios.

I. Ben-adad se somete mansa y humildemente. Sus siervos, viéndole a él y a sí mismos reducidos al último extremo, le aconsejaron que se rindiera sin condiciones para salvar la vida (v. 31). Habían oído que los reyes de Israel eran *clementes.* Quizás habían oído que Jehová es *clemente y misericordioso* y pensaban que los reyes de Israel seguirían el ejemplo de su Dios. Esto, que para los sirios era un mero pretexto para ver de salvar la vida, para el pobre pecador es un consuelo que le anima a humillarse y arrepentirse delante de Dios. «¿No hemos oído que el Dios de Israel es clemente y compasivo? ¿No le hemos hallado así? ¡Rasguemos, pues, nuestro corazón y convirtámonos a Él!» (Jl. 2:13). Éste es un arrepentimiento genuino, evangélico: El que brota de la convicción de la misericordia de Dios en Cristo: *Con Él hay perdón.* Dos cosas le ruegan a Ben-adad sus siervos que haga: 1. Presentarse (y ellos con él) como penitentes: *«Ciñeron sus lomos con cilicio* (esto es, saco), como quienes están de duelo, y *pusieron cuerdas sobre sus cabezas»,* con la soga al cuello, como criminales que marchan al patíbulo. Muchos hacen como que se arrepienten cuando las cosas les salen mal, cuando se habrían gloriado de sus hechos si las cosas les hubiesen salido bien. 2. Presentarse como pordiosero, y mendigar la vida: *«Tu siervo Ben-*

adad dice: Te ruego que viva mi alma» (v. 32). ¡Qué cambio! (A) En su condición. De las alturas del poder y de la prosperidad, ha caído a lo más bajo de la desgracia y de la aflicción.

(B). En su tono. Al comienzo del capítulo le veíamos fanfarrón, juraba y amenazaba, con demandas crueles; ahora le vemos agachado y gimoteando, sin pedir otra cosa que salvar la vida.

II. Acab acepta neciamente la fingida sumisión de Ben-adad y hace de inmediato un trato favorable al sirio. Se muestra orgulloso de que se le humille aquel mismo al que él tanto temía: *«¿Vive aún? Es mi hermano»*. Le llama «hermano» conforme era costumbre entre los reyes orientales (9:13), apoyándose en la hermandad de la realeza más que en la hermandad de la religión. «¿De veras es tu hermano, Acab? ¿Te trataba él como a hermano cuando te envió aquel bárbaro ultimátum? (vv. 5, 6). ¿Te habría llamado hermano si hubiese sido él el vencedor? ¿Se llamaría él *tu siervo* si no hubiese sido reducido a la extrema estrechura? ¿Cómo puedes permitir que te engañe con una falsa sumisión?» Al someterse Ben-adad de esta manera, Acab le trató, no sólo con honor: *«Le hizo subir a su carro»* (v. 33), sino con la amistad propia de un aliado (v. 34): *«Hizo pacto con él y le dejó ir»,* sin consultar a los profetas de Dios ni a los ancianos del país. Podía haberle exigido ciudades a Ben-adad pero se contentó con que le restituyera las robadas por su padre. Podía haberle exigido todos los tesoros de Damasco, pero se contentó con que le concediera hacer en Damasco un barrio de bazares a expensas de Acab. Con esto le dejó ir, sin reprenderle siquiera por las blasfemias que Ben-adad había lanzado contra el Dios de Israel, por cuyo honor tenía Acab muy poco interés.

III. La reprensión que recibió Acab por su clemencia con Ben-adad y el pacto que había hecho con él. Le fue dada por medio de un profeta en nombre de Dios. Este profeta no es el mismo de los versículos 13 y ss. Flavio Josefo dice que era *Miqueas,* lo cual es muy posible, por la forma que habla de él Acab más tarde (22:8). Este profeta quiso reprender a Acab mediante una parábola y, para hacerla más dramática, se disfrazó de soldado herido.

1. No le fue fácil presentarse herido. No quiso herirse a sí mismo, sino que mandó a uno de sus compañeros profetas que le hiriese *«por orden de Jehová»* (lectura probable). Pero él no quiso (v. 35); podemos pensar que lo hizo por buena razón. Las personas buenas prefieren recibir golpes a darlos. Pero, por contravenir una orden expresa de Dios (tanto peor, siendo él mismo profeta), *le mató un león* (v. 36), como le había pasado a otro profeta desobediente (13:24). La intención de esto era darle a entender a Acab que si un buen profeta era castigado tan severamente por haber perdonado la vida a un amigo suyo, y de Dios, cuando Dios había dicho: «Hiérele», ¡cuánto mayor sería el castigo de un rey perverso por haber perdonado la vida a un enemigo suyo, y de Dios, cuando Dios había dicho: «Hiérele»! El siguiente hombre no tuvo ningún inconveniente en herirle (v. 37). Probablemente le sacó sangre del rostro, y él se puso una venda.

2. Herido como estaba y con ceniza sobre la cabeza (probablemente), para ocultar que era profeta, se va hacia el rey y le cuenta una historia en la que él mismo resultaba culpable de descuido por habérsele escapado un prisionero. ¿Le perdonará el rey? ¡De ninguna manera! *«Tú mismo has pronunciado tu sentencia»,* le dice Acab. El profeta tiene ahora lo que quería, lo mismo que Natán en otra ocasión (2 S. 12:5). Se quita el disfraz y la venda y viene a decirle a Acab: «Tú eres ese hombre. Con tu propia palabra te has juzgado. Jehová te había ordenado acabar con la vida del enemigo *(“soltaste de la mano el hombre de mi anatema”*—v. 42—) y tú se la has conservado. Por tanto, *tu vida será por la suya, y tu pueblo por el suyo»*.

3. Acab recibió con enojo la reprensión: *«Se fue a su casa triste y enojado»* (v. 43); enojado con el profeta, exasperado contra Dios y vejado en su propio interior.

CAPÍTULO 21

Acab continúa sintiéndose desgraciado e insatisfecho. I. Enferma de codicia por una viña, la viña de Nabot (vv. 1–4). II. Nabot muere por el complot que ha organizado Jezabel, a fin de que Acab se haga con la codiciada viña (vv. 5–14). III. Acab va a tomar posesión de la viña (vv. 15–16). IV. Le sale al

encuentro Elías y le declara el juicio de Dios contra él por esta injusticia (vv. 17–24). V. Acab se humilla y Dios le concede un respiro (vv. 25–29).

Versículos 1–4

1. Acab codicia la viña de un prójimo suyo. Esta viña caía muy cerca del palacio del rey y le resulta muy conveniente como huerto de casa. Pone Acab sus ojos y su corazón en la viña (v. 2). ¡Qué bien le vendría! Pero no es tan tirano como para quitársela por la fuerza, sino que le propone a Nabot un trato: Pagarle en buen dinero o cambiársela por otra viña (v. 2). No era malo desear algo conveniente para su hacienda, pero todo deseo desordenado es fruto del egoísmo.

2. La repulsa de Nabot a este trato: *«Guárdeme Jehová de que yo te de a ti la heredad de mis padres»* (v. 3). Esta negativa no se debía a deslealtad contra el rey por parte de Nabot, sino más bien a lealtad a la ley de Dios. La tierra de Canaán era, de manera especial, tierra de Dios, al ser los israelitas como una especie de arrendatarios. Y una de las condiciones del arriendo era que no habían de enajenar parte alguna del lote que les correspondiera, a no ser en caso de extrema necesidad, y aun eso, hasta el año del jubileo (Lv. 25:28). Pero Nabot previó que, si le vendía la viña a la corona, nunca volvería a ser propiedad suya ni de sus herederos, ni siquiera en el año del jubileo. De buena gana agradaría al rey, pero tenía que obedecer a Dios antes que a los hombres; por eso, pide que se le excuse en el presente asunto.

3. Descontento de Acab ante esta negativa. Tenemos la misma frase que en 20:43: «Vino a su casa *triste y enojado»* (v. 4). Más aún, *«se acostó en su cama, volvió su rostro* a la pared, y *no comió»*. No pudo sufrir que le contrariaran en su deseo. ¡Pobre hombre! Tenía en su mano todos los deleites de Canaán, aquella buena tierra que manaba leche y miel, las riquezas del reino, los placeres de la corte, el honor y el poder del trono, y, aun así, todo le parece nada sin la viña de Nabot.

Versículos 5–16

Nada bueno puede esperarse tan pronto como entra en escena Jezabel, *«aquella maldita»* (2 R. 9:34).

I. Bajo pretexto de consolar a su afligido esposo, le presta pábulo a su orgullo y a su pasión, y sopla sobre las brasas de su corrompido corazón. Le había dicho él lo que le entristecía (v. 6), aunque se calló la razón que le había dado Nabot para rechazar el trato y, además, cambió la frase de aquél *(«Guárdeme Jehová de que yo te de …»)* por la más áspera: *«Yo no te daré mi viña»*. «¿Cómo?—le dice Jezabel (v. 7)—. *¿Eres tú ahora rey sobre Israel? Levántate, y come y alégrate»*. Como diciendo: «Tú eres el que mandas en Israel, y ¿se atreverá algún súbdito tuyo a negarte algo que le pidas? Si no sabes cómo llevar la dignidad de un rey, déjame a mí el asunto, permíteme usar tu nombre y yo *te daré la viña de Nabot de Jizreel;* esté bien o esté mal, será tuya pronto y sin costarte nada».

II. Para satisfacer la codicia de su marido, trama la muerte de Nabot.

1. Si ella hubiese deseado únicamente el terreno, sus testigos falsos podían haber jurado, mediante un documento falso, que la viña no pertenecía a Nabot; pero no se contenta con eso, sino que ha de morir Nabot.

(A) Nunca se dieron órdenes tan perversas por rey alguno como las que dio Jezabel a los magistrados de Jizreel (vv. 8–10). Toma el sello privado del rey, pero Acab no sabe lo que ella va a hacer con él. Hace uso del *nombre del rey* con lo que les manda, por principio de lealtad a la corona, dar muerte a Nabot. Seguramente que consideraba a los ancianos de Israel como hombres sin honor ni vergüenza, al esperar que obedeciesen tales órdenes. (a) Había de hacerse bajo pretexto religioso: *«Proclamad ayuno»* (v. 9). Como si dijese: «Haced como si hubiese entre vosotros algún gran ofensor sin descubrir, por cuya causa Dios está enojado con vuestra ciudad, y haced que las sospechas recaigan sobre Nabot, probablemente porque él no se une a sus vecinos en el culto». (b) Había de hacerse igualmente bajo pretexto de justicia y con todas las formalidades de un proceso legal. El crimen del que le han de acusar es que *«ha maldecido a Dios y al rey»* (v. 10), esto es, una blasfemia doble.

(B) Nunca fueron tan perversamente obedecidas órdenes tan perversas como lo fueron éstas por los magistrados de Jizreel, pues *«hicieron como Jezabel les mandó, conforme a lo escrito en las cartas que ella les había enviado»* (vv. 11, 12), sin poner objeción alguna ni encontrar dificultad en la ejecución de

tal villanía. Así que mataron a pedradas a Nabot (v. 13) y, por lo que vemos en 2 Reyes 9:26, mataron también a sus hijos, ya fuese con él o después de él.

2. Parémonos unos momentos: (A) Para asombrarnos de la perversidad de los impíos y del poder de Satanás en los hijos de desobediencia (Ef. 2:2). (B) Para lamentar un caso de tan flagrante opresión de la inocencia. (C) Para encomendar a Dios el cuidado de nuestras vidas y de nuestras pertenencias, porque la inocencia misma no siempre será garantía de seguridad. (D) Para regocijarnos en la creencia del juicio venidero, en el que jueces tan injustos como los de este caso tendrán que rendir cuentas.

III. Quitado de en medio Nabot, Acab va a tomar posesión de la viña. 1. Los ancianos de Israel enviaron recado a Jezabel, seguros de que le enviaban buenas noticias y despreocupados del crimen perpetrado (v. 14): *«Nabot ha sido apedreado y ha muerto»*. Jezabel, satisfecha de lo bien que le había salido su plan, le comunica a Acab que *«Nabot no vive, sino que ha muerto»* (v. 15). Por lo tanto: *«Levántate y toma la viña»*. Podía haber tomado posesión de ella por medio de uno de sus oficiales pero estaba tan contento de haberse hecho con ella que hizo el viaje a Jizreeel para posesionarse de ella personalmente; y parece que fue allá con la mayor solemnidad como si hubiese conseguido alguna gran victoria militar, puesto que, mucho tiempo después, Jehú recuerda que él y Bidcar iban en la comitiva con Acab en aquella ocasión (2 R. 9:25).

Versículos 17–29

I. El malísimo carácter que se atribuye aquí a Acab (vv. 25, 26), lo cual se nos refiere aquí para justificar la tremenda sentencia que pronunció Dios contra él, y para mostrar que, aun cuando la sentencia le fue pronunciada con ocasión de este pecado en el asunto de Nabot Dios no le habría castigado tan severamente si no hubiese sido culpable de muchos otros pecados, especialmente de idolatría. Estaba completamente entregado al pecado y, puesto que había decidido disfrutar del deleite del pecado, era justo que recibiese la paga del pecado, que es la muerte (Ro. 6:23). No podía excusarse con que *Jezabel su mujer le incitaba* (v. 25) a obrar perversamente y a portarse, en muchos aspectos, peor que como se habría portado por sí mismo.

II. El mensaje que le fue comunicado por medio de Elías cuando iba a tomar posesión de la viña de Nabot (vv. 17–19).

1. Hasta ahora, Dios había guardado silencio, pero ahora es reprendido Acab y su pecado es puesto delante de sus ojos. (A) La persona enviada fue Elías. (B) El lugar es la viña misma de Nabot. (C) El tiempo, el momento en que va a tomar posesión de ella. Allí y entonces se le va a leer la sentencia, cuando está tan contento con su mal adquirida finca y está dando instrucciones para que sea convertida en jardín de palacio.

2. Lo que pasó entre él y el profeta.

(A) Acab desahogó su ira contra Elías, se enfureció tan pronto como le vio y, en lugar de humillarse delante del profeta, como debería haber hecho (2 Cr. 36:12), estaba dispuesto a insultarle en su cara (v. 20): *«¿Me has hallado, enemigo mío?»* Esto demuestra: (a) Que le odiaba. La última vez que les vimos juntos, se partieron como buenos amigos (18:46). Entonces parecía que Acab estaba dispuesto a emprender alguna reforma y, por tanto, todo iba bien entre él y el profeta; pero ahora había recaído y estaba peor que nunca. Su conciencia le decía que Dios se había enemistado con él y, por ello, no podía esperar que Elías fuese amigo suyo. (b) Que le temía: *¿Me has hallado?* Nunca hubo un miserable deudor o un criminal tan confundido a la vista del funcionario que venía a arrestarle.

(B) Elías anunció la ira de Dios contra Acab: *«Te he encontrado, porque te has vendido a hacer lo mato»* (v. 20). (a) Elías halla el veredicto contra él y le convence basado en la notoria evidencia del hecho (v. 19): *«¿No mataste, y también has despojado?»* (b) Pronuncia sentencia contra él, diciéndole de parte de Dios que su familia sería totalmente barrida, hasta no quedar nadie de su posteridad (v. 21). (c) La sangre de Acab, aunque era sangre real, aquella sangre que hinchaba sus venas con orgullo y hacía hervir de ira su corazón, había de ser lamida por los perros (22:38). (d) La carne de Jezabel sería pasto de perros en el propio Jizreel (v. 23, comp. con 2 R. 9:35, 36).

III. Humillación de Acab ante la sentencia pronunciada contra él y el favorable mensaje que le fue comunicado a causa de ello. 1. Acab aparece aquí en hábito de penitente. La sentencia que Elías había pronunciado contra él de parte de Dios le había asustado, así que *rasgó sus vestidos y puso cilicio sobre su carne* (esto es, se vistió de saco—v. 27—), pero su corazón no estaba humillado ni cambiado. 2. Obtuvo ahora un respiro, es decir, una especie de perdón. Aunque era un arrepentimiento de apariencias (doliéndose del castigo, no del pecado) y aunque no por eso dejó los ídolos ni devolvió la viña de Nabot a los herederos de éste, no obstante, comoquiera que expresó cierta alabanza a la gloria de Dios, Dios la tuvo en cuenta e hizo que Elías se percatase de ello (v. 29): *«¿No has visto cómo Acab se ha humillado delante de mí?»* Esto nos enseña a hallar lo que hay de bueno incluso en los que no son tan buenos como deberían. Nos ofrece también una razón de la prosperidad que acompaña (a veces, por largo tiempo) a los malos: Dios premia con favores temporales sus virtudes externas. Pero, sobre todo, sirve de consuelo a todos los que se arrepienten de veras y creen el santo evangelio. Si un aparente y parcial penitente marcha a su casa aliviado, con mayor razón un sincero creyente, arrepentido de corazón, *marchará a su casa justificado.*

CAPÍTULO 22

En este capítulo tenemos el fin de Acab en la guerra con los sirios. I. Preparativos para la batalla. Consulta: 1. A su consejo privado (vv. 1–3). 2. A Josafat (v. 4). 3. A sus profetas, que le animan a marchar en su expedición (vv. 5, 6, 11, 12). 4. A un profeta de Jehová, Miqueas, quien, finalmente, le predice su caída en Ramot de Galaad (vv. 7–23), por lo que es golpeado por Sedequías, falso profeta (vv. 24, 25) y echado en la cárcel por orden de Acab (vv. 26–28). II. La batalla, en la que: 1. Josafat quedó expuesto al peligro, pero: 2. Acab fue muerto (vv. 29–40). III. Al final del capítulo tenemos un breve informe: 1. Del buen reinado de Josafat, rey de Judá (vv. 41–50). 2. Del perverso reinado de Ocozías, rey de Israel (vv. 51–53).

Versículos 1–14

Como recompensa por su profesión de arrepentimiento y por su exterior humillación, aunque se acercaba la hora en que había de morir en una batalla, tenemos aquí a Acab bendecido con tres años de paz (v. 1) y con una honrosa visita que le hizo Josafat rey de Judá (v. 2). Era la primera vez, desde la división del reino, que se unían los dos monarcas en una consulta, la cual es de suponer que tendría por tema los asuntos de los respectivos reinos.

I. Acab piensa ahora en una guerra contra los sirios y expone su pensamiento a sus ayudantes (v. 3). El rey de Siria había prometido devolver las ciudades arrebatadas por su padre al rey de Israel (20:34), pero pasaba el tiempo y no las devolvía. Acab le había creído neciamente cuando lo tenía en su mano, pero Ben-adad era uno de esos príncipes que se sienten ligados por su palabra únicamente cuando va a favor de sus propios intereses. Si restituyó o no otras ciudades no se nos dice, pero lo cierto es que todavía estaba en sus manos Ramot de Galaad, ciudad importante en la tribu de Gad, al otro lado del Jordán, ciudad levítica y una de las ciudades de refugio. Acab se culpa a sí mismo y culpa a su pueblo de no hacer nada por recobrarla de manos de los sirios y castigar así a Ben-adad por violar el acuerdo.

II. Compromete a Josafat para que se una a él en esta expedición, para recuperar Ramot de Galaad (v. 4). Es extraño, sin embargo, que Josafat se muestre tan enteramente de parte de Acab como para decir: *«Yo soy como tú, y mi pueblo como tu pueblo, etc.».* Estas frases son fórmulas amistosas para expresar su identificación en el empeño de recuperar la ciudad. Gracias a Dios, no eran literalmente verdaderas, pues el piadoso Josafat era muy distinto del perverso Acab, y el pueblo de Judá no estaba tan corrompido por la idolatría como lo estaba el de Israel. No obstante, la compañía con los malhechores lleva a muchas personas buenas a graves tentaciones y grandes peligros de toda índole. Josafat tuvo que pagar alto precio por esta amistad, pues estuvo a punto de morir en la batalla al ser tomado por Acab. Hay autores que

hacen observar la curiosa circunstancia de que, al unirse a Israel contra Siria, parece como si Josafat quisiera expiar el error de su padre Asá, quien se había coligado con Siria contra Israel (15:19, 20).

III. Por voluntad expresa de Josafat, Acab pidió consejo a los profetas para saber la voluntad de Jehová (vv. 5, 6). Josafat no se fía de estos profetas palaciegos y pregunta por algún verdadero *profeta de Jehová* (v. 7). A cualquier parte que un creyente vaya, debe tomar consigo su profesión abierta de fe sin avergonzarse de ella aun cuando se encuentre en compañía de otros que no tienen respeto a la religión.

IV. Los 400 profetas cortesanos, partidarios del culto cismático a Jehová bajo la forma del becerro de oro (para distinguirlos mejor de los 450 profetas fenicios, traídos al país por Jezabel), aconsejan al rey que marche contra los sirios, por seguirle la corriente, ya que sabían que le agradaría la predicción (v. 6). Uno de ellos, Sedequías, ejecuta ante los dos reyes una acción simbólica (v. 11). Se había hecho un par de cuernos de hierro, que representaban el poder y la fuerza de ambos reyes, con los que los sirios habían de ser acorneados. Acab volvería victorioso, como proclamaban unánimes los 400 profetas de Acab (vv. 11, 12).

V. Josafat no se deja engañar por esta mímica. Su sentido espiritual le dicta que todo aquello es una falacia; ya lo suponía desde el principio y, por eso, había preguntado *si había algún profeta de Jehová* (v. 7); es decir, alguien de quien se tuvieran garantías que hablaba de parte de Dios y, por tanto, la verdad.

VI. Acab le contesta que *hay un varón por el cual se podría consultar a Jehová,* pues éste conocía la voluntad de Dios, pero:

1. A pesar de eso, le odiaba y no se avergonzaba de confesarlo ante el rey de Judá, dándole esta razón: *«porque nunca me profetiza el bien, sino solamente el mal»*. Y ¿quién tenía la culpa de eso? Si Acab obrase bien, no oiría del Cielo otra cosa que el bien. Verdaderamente están endurecidos en su pecado, y cosechan la ruina por ello, quienes aborrecen a los ministros de Dios porque les dicen la verdad.
2. Lo tenía en prisión. Podemos suponer que fue Miqueas, el que le reprochó su clemencia con Ben-adad (20:38 y ss.), y por eso fue metido en la cárcel, en la que habría estado durante estos tres años. Ésta es la razón por la que pudo Acab encontrarlo tan fácilmente (v. 9). Estaba atado pero *la Palabra de Dios no está atada.* Josafat dio a Acab una reprensión demasiado suave (v. 8): *«No hable el rey así»*. Los pecadores tan perversos como Acab merecen una reprensión más áspera.
3. Con todo, por temor a que Josafat rompiese la alianza que había hecho con él Acab no respondió palabra, sino que *mandó traer pronto a Miqueas* (v. 9). Los dos reyes estaban sentados con sus ropas de gala en la puerta de Samaria, dispuestos a recibir a este profeta y oír lo que iba a decir. Estaban rodeados por una gran turba de profetas aduladores, que no podían pensar en profetizar otra cosa que no fuese suave a los oídos de estos monarcas ahora confederados.

VII. El funcionario encargado de traer a Miqueas trata de persuadirle a que siga la corriente de los demás profetas y *anuncie también buen éxito* (v. 13). Pero Miqueas no accede al fraude y respalda con juramento su protesta de que dará con toda fidelidad el mensaje de Dios, le guste o no le guste al rey (v. 14): *«Lo que Jehová me hable, eso diré»*.

Versículos 15–28

I. Se dice ahora cuán fielmente dio Miqueas su mensaje. Lo da de tres maneras, y ninguna de ellas le agrada a Acab.

1. Al principio, habló, aunque irónicamente, como los demás profetas (v. 15): *«Sube y serás prosperado»*. Acab le había hecho la misma pregunta que a los otros profetas, y aunque pretendía que deseaba conocer la voluntad de Dios, la realidad era que, como Balaam, estaba decidido a hacer la suya, de lo que Miqueas se percató en seguida que Acab le preguntó; por eso, le dijo irónicamente que siguiera adelante con su propósito. No obstante, Acab demostró que no creía esas palabras (con lo que implícitamente tampoco daba crédito a las de sus profetas), quizá por notar el tono sarcástico con que Miqueas las pronunciaba, por lo que le exigió que no bromeara con él, sino que le dijese paladinamente la

verdad (v. 16): *«Hasta cuántas veces he de exigirte que no me digas sino la verdad en el nombre de Jehová?»*

2. Constreñido de este modo, Miqueas le dice, aunque veladamente, lo que va a suceder. Ha tenido una visión en la que el ejército de Israel estaba esparcido por los montes, como ovejas sin pastor, con lo que insinúa: (A) Que Israel se vería privado de su rey, que era el pastor del país. (B) Que se batirían en vergonzosa retirada: *«Vuélvase cada uno a su casa en paz»* (v. 17), para que no se pierdan más vidas después de la del rey. De este modo testificaba Miqueas en su profecía, de lo que había visto y oído. Con esto se siente Acab agraviado y, volviéndose a Josafat, le dice: *«¿No te lo había yo dicho? Ninguna cosa buena profetizará él acerca de mí, sino solamente el mal»* (v. 18).

3. Sin temer la ira del rey le informa a continuación de la razón por la que los otros profetas le profetizaban el bien. Eso se debía a que Dios permitía que Satanás les engañase para ruina de él; lo sabía él por la visión que había tenido. Dios es Rey de reyes, y su trono está muy por encima de todos los tronos de los reyes de la tierra. El levantamiento y la caída de los príncipes, los resultados de las guerras y todos los grandes asuntos de Estado, que son el tema de consulta de los políticos grandes y sabios, están bajo la dirección y el control de Dios lo mismo que los quehaceres vulgares y cotidianos que se llevan a cabo en la más modesta cabaña de cualquier nación. Cuando el diablo engaña a los hombres, no lo hace sin el permiso de Dios, pues con ello consigue Dios sus propios objetivos. De este modo dio Miqueas a Acab un leal aviso, no sólo del peligro de seguir adelante con esta guerra, sino también del peligro de seguir dando crédito a los que le animaban a que siguiese adelante.

II. El mal trato que recibió por dar el mensaje con toda fidelidad. 1. Sedequías, un perverso profeta, le insultó delante de toda la corte, *golpeándole en la mejilla* (v. 24) para hacerle callar. Portarse así ante la corte, especialmente en presencia del rey, supone en la ley de cualquier país civilizado una gravísima ofensa, sin embargo, este inicuo profeta propina impunemente este golpe a un verdadero profeta de Jehová. Miqueas no devuelve el golpe, pero deja que todos se convenzan de la verdad y apela al resultado, pues le dice a Sedequías (v. 25): *«Tú lo verás en aquel día, cuando te irás metiendo de aposento en aposento para esconderte»*. Es probable que Sedequías fuese con Acab a la batalla y tomase sus cuernos de hierro para animar a los soldados y ver con placer el cumplimiento de su profecía para volver en triunfo con el rey; pero, al ser derrotado el ejército, huyó con otros de la espada del enemigo y, como Ben-adad en otra ocasión (20:30), *se fue escondiendo de aposento en aposento* para salvar la vida. 2. Acab, el perverso rey, mandó echar en la cárcel a Miqueas (vv. 26, 27) y que no le dieran otra cosa que «*pan de angustia*», pan rústico, y «agua *de aflicción*», agua de pozo (estancada), hasta que él volviese, teniendo por seguro que volvería vencedor, y entonces le daría muerte como a falso profeta. ¡Mala retribución para el que quería impedir su ruina! 3. Miqueas lo toma como un reto y llama a todos a que sean testigos de la verdad de su profecía (v. 28): «Si *llegas a volver en paz, Jehová no ha hablado por mí»*. Como si dijesen: «Estoy dispuesto a incurrir en la reprensión y en el castigo que se merece un falso profeta si el rey vuelve vivo».

Versículos 29–40

I. Los dos reyes marchan con sus fuerzas a Ramot de Galaad (v. 29). Es digno del mayor asombro el hecho de que Josafat, aquel piadoso príncipe que deseaba consultar por medio de un profeta de Jehová, sin dar crédito a los profetas de Acab, siguiera adelante en esta campaña después de la predicción de Dios por medio de Miqueas. Sin duda, su temperamento débil le llevó a desviarse como si participase de la ciega ilusión de sus amigos. ¿Pensó quizás que el vaticinio de 400 contra el de uno tenía visos de verdad?

II. Por el contrario, Acab no parece sentirse demasiado seguro con la predicción de los 400; porque persuade a Josafat a que se exponga al peligro vestido con sus regias ropas, mientras él se disfraza de soldado raso (v. 30). Aparentaba así honrar a Josafat, concediéndole el puesto de general en jefe, cuando lo que de veras intentaba era: 1. Eludir el peligro y dejar por mentiroso a un verdadero profeta. 2. Burlarse de un buen príncipe al que no amaba de corazón. ¿Cómo podía esperarse que fuese leal a su amigo el que siempre había sido desleal a Dios?

III. Josafat, con más ingenuidad que política, se puso en el puesto de honor, aunque era el puesto del mayor peligro y, efectivamente, se vio a punto de perder la vida, librándole Dios amorosamente de que la

perdiera. El rey de Siria había mandado a sus capitanes que cargasen con todas las fuerzas, no contra el rey de Judá con el que no tenía disputa que ventilar, sino solamente contra el rey de Israel (v. 31). Hay quienes opinan que sólo intentaba hacerlo prisionero. Fuese cual fuese el motivo, lo cierto es que los oficiales de Siria, al ver a Josafat vestido de las ropas regias, lo tomaron por el rey de Israel y lo rodearon. 1. Con este peligro quería Dios darle a entender que estaba disgustado con él por confederarse con Acab. 2. Mediante su liberación, Dios le dio a entender que, aunque estaba disgustado con él, sin embargo no le había abandonado. Algunos oficiales que le reconocieron dejaron de perseguirle al darse cuenta del error.

IV. Acab recibe en la batalla una herida mortal. Que nadie piense que puede esconderse del juicio de Dios. El sirio que *disparó su arco a la ventura* (v. 34) no parece que intentase herir a un determinado enemigo, pero Dios dirigió aquella saeta de forma que: 1. Hiriese a la persona apropiada. 2. Y que la hiriese en el lugar adecuado: *«entre las junturas de la armadura»,* el único lugar por el que podía penetrar la saeta.

V. El ejército fue desbandado por el ejército sirio y enviado a casa por un pregón (v. 36), probablemente ordenado por el mismo Acab, quien vivió lo suficiente para ver cumplida aquella parte de la profecía de Miqueas que hablaba de *«todo Israel esparcido por los montes»* (v. 17).

VI. El cadáver del rey fue traído a Samaria y sepultado allí (v. 37). Ahora quedaba vengada la sangre de Nabot (21:19) y se cumplían las palabras de David (Sal. 68:23): *«Porque tu pie se enrojecerá de sangre de tus enemigos, y de ella la lengua de tus perros».*

VII. Finalmente, la historia de Acab se concluye aquí en la forma acostumbrada (vv. 39, 40). Entre sus obras se menciona *«la casa de marfil que construyó»,* llamada así porque diversas partes de ella estaban recubiertas de marfil; quizá pretendía así hacerla rivalizar con el grandioso palacio de los reyes de Judá, construido por Salomón.

Versículos 41–53

I. Un breve resumen del reinado de Josafat rey de Judá, del que tenemos un informe mucho más detallado en 2 Crónicas, capítulos 17 al 21, y de la grandeza y bondad de este príncipe, empañadas únicamente por su intimidad con la casa de Acab. Su alianza con Acab en la guerra le resultó muy peligrosa, como acabamos de ver, y su alianza con Ocozías, el hijo de Acab, en el comercio no le resultó mejor. Por 2 Crónicas 20:35–37 sabemos que se ofreció a ser socio de Ocozías en el negocio de traer oro de Ofir, pero mientras se preparaban para zarpar, *se rompieron las naves en Esyón-Guéber* (v. 49). Cuando Ocozías se ofreció por segunda vez a ser su socio, *Josafat no quiso* (v. 50). La vara de Dios, anunciada por la palabra de Dios (2 Cr. 20:37), le había roto a él de la alianza con Ocozías. El reinado de Josafat no fue de los más largos, pero fue de los mejores.

1. No fue uno de los más largos, pues sólo reinó 25 años (v. 42) pero estos 25 años, añadidos a los 41 de su buen padre (aunque correinó con él tres años), nos dan idea de la floreciente condición del reino de Judá y de la religión dentro de ese período.

2. Fue uno de los mejores, tanto con respecto a la piedad como a la prosperidad, pues: (A) *«Hizo lo recto ante los ojos de Jehová»* (v. 43). *Con todo eso, los lugares altos no fueron quitados* (v. 44), ni siquiera de las tribus de Judá y Benjamín, tribus tan cercanas a Jerusalén que no podían excusarse, como otras tribus, de la inconveniencia de la distancia. (B) Sus asuntos prosperaron. Para impedir el daño causado por las guerras anteriores con el reino de Israel, estableció con el rey de Israel una paz duradera (v. 45). Se nos recuerda aquí (v. 48) lo ya visto en 2 Samuel 8:14 de que no había rey en Edom, sino sólo gobernador, una especie de virrey, delegado del rey de Judá, al que Edom había sido hecho tributario por David, cumpliéndose la profecía de Génesis 25:23 de que *«el mayor serviría al menor».* Agradó Josafat a Dios, y Dios le bendijo con éxito y prosperidad.

II. Comienzo de la historia de Ocozías el hijo de Acab (vv. 51–53). Su reinado fue muy breve, pues no llegó a dos años completos. Algunos pecadores gozan de corta duración. Malas cosas se dicen de él en estos versículos, y peores aún en el capítulo 1 del 2 Reyes. No sólo conservó la idolatría de Jeroboam, sino que adoró también a Baal, como lo habían hecho sus padres. A pesar de que conocía la ruina de la

casa de Jeroboam y había visto la ruina de su padre por dar oídos a los falsos profetas, siguió el ejemplo de su perverso padre y el consejo de su más perversa madre Jezabel, que todavía vivía.

2 REYES

Este segundo libro de los Reyes (que los LXX llaman el *cuarto*, a partir del *primero* de Samuel) es continuación del anterior; hay quienes opinan que mejor podría haber comenzado en el versículo 51 del último capítulo 1 Reyes, donde se da principio al reinado de Ocozías. 1 Reyes tenía un ilustre comienzo, en las glorias del reino de Israel, que por entonces estaba todavía entero, 2 Reyes concluye melancólicamente con las desolaciones, primero del reino de Israel; después del de Judá. Pero así como las grandiosas hazañas de Elías contribuían en gran medida a la gloria de 1 Reyes (hacia la última parte de él), así contribuyen a la gloria de 2 Reyes (en sus mismos comienzos) las grandiosas hazañas de Eliseo. Estos dos profetas oscurecieron con su luz a sus respectivos príncipes; de ahí el lugar relevante que se les da en la historia de Israel. El libro puede dividirse en ocho partes: 1) Elías hace descender fuego del cielo y sube al cielo en un carro de fuego (caps. 1 y 2). 2) Eliseo lleva a cabo numerosos milagros a favor del rey y del pueblo, de israelitas y de extranjeros (caps. 3 al 7). 3) Son ungidos Hazael y Jehú; el primero, para corrección de Israel; el segundo para destrucción de la casa de Acab y del culto de Baal (caps. 8 al 10). 4) Reinado de diversos reyes en el norte y en el sur (caps. 11 al 16). 5) Deportación de las diez tribus del norte (cap. 17). 6) El glorioso reinado de Ezequías (caps. 18 al 20). 7) Mal reinado de Manasés y buen reinado de Josías (caps. 21 al 23). 8) Destrucción de Jerusalén a manos del rey de Babilonia (caps. 24 y 25).

CAPÍTULO 1

Vemos aquí en el trono de Israel a Ocozías, hijo y sucesor de Acab. Su reinado no llegó a dos años; murió de una caída en su palacio. I. El mensaje que envió al dios de Ecrón (v. 2). II. El mensaje que recibió del Dios de Israel (vv. 3–8). III. La destrucción, una y otra vez, de los emisarios que envió para prender al profeta (vv. 9–12). IV. Compasión de Elías con el tercer emisario, y mensaje que entregó al rey en persona (vv. 13–16). V. Muerte de Ocozías (vv. 17, 18). Podemos observar en este relato cuán grande aparece el profeta y cuán pequeño el rey.

Versículos 1–8

Ocozías, el perverso rey de Israel, es castigado por la providencia de Dios y por el profeta de Dios, mediante la vara y mediante la espada.

I. Sus asuntos marchan mal. ¿Cómo pueden esperar prosperidad los que *hacen lo malo ante los ojos de Jehová* (1 R. 22:53) y le provocan a ira? Al rebelarse él contra Dios y sublevarse contra la sumisión que le debía, Moab se rebeló contra Israel y se sublevó contra la sujeción en que le había tenido Israel por mucho tiempo (v. 1).

II. Se encuentra enfermo de gravedad, no por una causa interior, sino por un accidente fatal: *cayó por la celosía* (v. 2). Ocozías no intentó reducir a los moabitas, para no perecer en el campo de batalla; pero no por quedarse en casa se halló a salvo. Los palacios reales no siempre permiten pisar firme.

III. En su apuro, envía emisarios al dios de Ecrón para consultar si se ha de recobrar o no (v. 2). 1. Su consulta fue muy necia: *«si he de sanar»*. El más imbécil habría preguntado: «¿Qué medios debo usar para sanar?» 2. Su consulta fue muy perversa. Baal-zebub significa *«señor de las moscas»*, era uno de los títulos de Baal como protector contra la picadura de los insectos y las enfermedades transmitidas por las moscas. En el Nuevo Testamento *el príncipe de los demonios* es llamado *Beel-zebub* (Mt. 12:24).

IV. Elías, instruido por Dios, sale al encuentro de los emisarios y les hace regresar con una respuesta que les va a preservar la fatiga del viaje hasta Ecrón.

1. Fiel al mensaje de Dios, Elías reprocha al rey su pecado: *¿No hay Dios en Israel* (esto es, *¿pensáis que no le hay?), que vais a consultar a Baal-zebud dios de Ecrón?* (v. 3). Ecrón era una de las cinco ciudades filisteas (Jos. 13:3), pero despreciable (Zac. 9:7) y conquistada por Israel hacía mucho tiempo. (A) El pecado ya era suficientemente grave al dar al diablo el honor que se debe únicamente a Dios. (B) Lo que la consulta implicaba es mucho peor, como lo hace ver Elías, en nombre de Dios: «No es sólo que pensáis que el Dios de Israel no puede responderos, sino que pensáis que no hay Dios en Israel; de no ser así, no iríais tan lejos a consultar a otro dios».
2. Con toda claridad, Elías pronuncia la sentencia: «Id a decirle: *Ciertamente morirás*» (v. 4).

V. Al recibir de sus emisarios el mensaje, les pregunta por el mensajero y, por la descripción que ellos hacen de él, concluye que ha de ser Elías (vv. 7, 8). Su modo de vestir era el mismo con que Ocozías le había visto en la corte de su padre: vestido con una piel y ceñido con un cinturón de cuero, como después el Bautista.

Versículos 9–18

I. El rey expide documento de autorización para arrestar a Elías. Si el dios de Ecrón le hubiese respondido que iba a morir, es probable que hubiese aceptado el mensaje con resignación; pero ahora que se lo dice un profeta de Jehová, reprendiéndole su p ecado y trayéndole a la memoria que había Dios en Israel, no lo puede soportar.

II. El capitán enviado con sus cincuenta soldados halló a Elías en la cumbre de un monte. La presencia del artículo determinativo en el hebreo da a entender que se trataba de un monte bien conocido,

no lejos de Samaria. El capitán intima a Elías que descienda por orden del rey (v. 9). Este Elías, que antes se había escondido en lo más profundo de una cueva, aparece ahora con todo denuedo en la cima de un monte, animado por la experiencia de la protección de Dios. El capitán le llama *varón de Dios.* Sin duda, lo dijo en tono despectivo. Si realmente le hubiera considerado como a verdadero profeta, no habría intentado arrestarle; y si le hubiese considerado como varón portador de la palabra de Dios, no le habría conminado a descender por palabra de un rey.

III. Elías, para probar su misión, hace descender fuego del cielo que consuma a este altivo y atrevido pecador. No hacía mucho que Elías había hecho descender fuego del cielo para consumir el sacrificio (1 R. 18:38), pero puesto que ellos habían menospreciado aquel fuego, ahora cae, no sobre el sacrificio, sino sobre los pecadores mismos (v. 10).

1. La influencia que los profetas tenían en el cielo; lo que demandaba el Espíritu de Dios en ellos, lo efectuaba el poder de Dios por ellos. Con sólo pronunciar Elías unas palabras, se produjo el milagro.
2. La disposición del cielo a responder a los profetas. Dios estaba siempre dispuesto a defender la causa de ellos y vengar las injurias que contra ellos se cometían. Sin duda que Elías hizo esto llevado de un impulso divino. Con todo, nuestro Salvador no permitió a sus Apóstoles que lo tomaran como un buen precedente (Lc. 9:54). «¡No!», dijo Cristo, *«vosotros no sabéis de qué espíritu sois»;* esto es: (A) *«Vosotros no sabéis de qué espíritu* habéis de ser, como discípulos míos, al estar en una dispensación tan diferente de la del Antiguo Pacto; en aquella dispensación de temor era apropiado que Elías invocase fuego del cielo; pero la dispensación del Espíritu y de la gracia no permite eso». (B) *«Vosotros no sabéis de qué espíritu* estáis movidos en esta ocasión; os mueve un espíritu muy diferente del de Elías: él lo hizo por santo celo; vosotros, por inconsiderada pasión; él estaba interesado en la gloria de Dios; vosotros, en vuestra propia reputación.»

IV. Ocozías envía nuevos emisarios para arrestar a Elías (v. 11), como si estuviese decidido a no dejarse intimidar ni aun por la divina omnipotencia. Es despachado otro capitán con sus cincuenta. Es tan desvergonzado e imperioso como el anterior, pero más impetuoso todavía: *«Desciende pronto»*. Como si dijese: «No pierdas el tiempo en bagatelas, que el asunto del rey requiere prisa». Elías no se amilana por ello, sino que invoca una segunda serie de rayos consumidores, con los que capitán y soldados caen fulminados en el sitio.

V. El tercer capitán se humilla y se echa en brazos de la misericordia de Dios y de la compasión de Elías. Tomó buena nota del desastroso final de sus predecesores y, en lugar de conminar al profeta a que descendiera, cayó delante de él y le suplicó que le conservase la vida a él y a sus soldados, reconociendo sus propios pecados y el poder del profeta (vv. 13, 14)*: Te ruego que sea de valor delante de tus ojos mi vida*.

VI. Elías hace más de lo que le pide este capitán. Dios está dispuesto a mostrar misericordia a quienes se arrepienten y se someten a Él; nunca lo hacen en vano los que se echan en brazos de la misericordia de Dios. Este capitán ve, no sólo cómo se le preserva la vida, sino también cómo se le permite seguir adelante con su misión: Elías, por orden del Ángel de Jehová, *descendió con él al rey* (v. 15). Se presenta valientemente al rey y le repite en su cara lo que ya había enviado antes a decirle (v. 16): que en breve había de morir. No le mitiga la sentencia ni por miedo al desagrado del rey, ni por compasión hacia la miseria del rey. Puesto que le ha condenado el Dios de Israel, que envíe a ver si puede librarle el dios de Ecrón. Tan anonadado se siente Ocozías con este mensaje al recibirlo de la propia boca del profeta, que ni él ni ninguno de sus servidores se atreven a hacer la menor violencia a Elías, ni aun a proferir contra él un insulto; de modo que sale indemne, como Daniel, de aquel foso de leones.

VII. Finalmente, se cumple la predicción en el plazo de breves días. Murió Ocozías (v. 17) y, al carecer de descendencia, dejó el reino a su hermano Joram.

CAPÍTULO 2

I. Traslado de Elías. Al final del capítulo anterior veíamos a un inicuo rey dejar este mundo en desgracia, aquí vemos a un santo profeta que deja el mundo en gloria y honor. 1. Elías se despide de sus amigos, los hijos de los profetas y, especialmente, de Eliseo, que le siguió de cerca y caminó con él a través del Jordán (vv. 1–10). 2. Elías es arrebatado al cielo por ministerio de los ángeles (v. 11), y Eliseo se lamenta por la gran pérdida que para la tierra significaba su traslado (v. 12). II. Manifestación de Eliseo como profeta en lugar de Elías: 1. Mediante la división de las aguas del Jordán (vv. 13, 14). 2. Mediante los respetos que le presentaron los hijos de los profetas (vv. 15–18). 3. Mediante el saneamiento de las salobres aguas de Jericó (vv. 19–22). 4. Mediante la destrucción de los muchachos de Betel que se mofaban de él (vv. 23–25).

Versículos 1–8

Los años en que Elías ejerció su ministerio, como ocurre con los de muchos otros grandes hombres de la Biblia, no aparecen fechados; no se nos dice su edad, ni en qué año del reinado de Acab se presentó en público por primera vez, ni en qué año del reinado de Joram desapareció; por lo que no podemos conjeturar el tiempo en que floreció; se supone que duró unos veinte años en total.

I. Dios había resuelto trasladarlo al cielo en un torbellino (v. 1). No nos compete a nosotros decir por qué quiso Dios conferir este honor a Elías con preferencia a otros profetas, pues fue *«hombre de pasiones semejantes a las nuestras»* (Stg. 5:17, lit.), conoció el pecado, pero no gustó la muerte (al contrario que nuestro Salvador). Pero podemos suponer que con ello:

1. Dios quiso recompensarle por sus pasados servicios, que fueron muchos, eminentes y extraordinarios, ya que animó al mismo tiempo a los «hijos de los profetas» a seguir las huellas de su celo y fidelidad y dar testimonio contra las corrupciones de la época en que vivieron.
2. Dios tuvo en cuenta el miserable estado del pueblo escogido, dado a la sazón a las cosas de este mundo, ofreciéndoles con el traslado de Elías una prueba muy tangible de la otra vida y atrayendo el corazón del remanente fiel (los 7.000 que no habían doblado la rodilla ante Baal) hacia las cosas del cielo y de la otra vida.
3. Dios apuntaba hacia la dispensación del Evangelio, y en dicha traslación nos ofrecía un tipo y figura de la ascensión de Cristo y de la apertura del reino de los cielos a todos los creyentes. Por medio de la fe y de la oración, Elías había mantenido gran comunión con el cielo, y es trasladado ahora allá para asegurarnos de que, si nuestra ciudadanía está en los cielos, en breve estaremos allí, aunque estemos ahora en la tierra.

II. Eliseo había resuelto seguir a Elías y no abandonarle por todo el tiempo que éste continuase en la tierra. Parece ser que Elías quería quitárselo de encima y que se hubiese quedado en Guilgal, en Betel, en Jericó (vv. 2, 4, 6). Opinan algunos que por humildad; sabía la gloria que Dios le tenía destinada, pero no quería gloriarse en ella. En vano trata Elías de conseguir que se quede allí o aquí; ha resuelto no quedarse en ninguna parte detrás de su maestro hasta que éste ascienda al cielo y no tenga él otro remedio que quedarse en la tierra: «Pase lo que pase, *no te dejaré*» (vv. 2, 4, 6); ¿por qué? 1. Porque deseaba ser edificado con su santa compañía todo el tiempo que permaneciese en este mundo. 2. Porque deseaba quedar satisfecho en cuanto a la partida de su maestro, viéndole cuando fuese trasladado, para que su fe fuese robustecida y su familiaridad con las cosas celestiales fuese incrementada.

III. Elías, antes de su partida, visitó las escuelas de los profetas y se despidió de ellos. Parece ser que había escuelas de profetas en muchas ciudades de Israel, con toda probabilidad, incluso en Samaria. Aquí hallamos los *«hijos* (es decir, discípulos) *de los profetas»* en número considerable, aun en Betel, donde había sido erigido uno de los becerros de oro y en Jericó, que había sido reedificada recientemente en desafío a la maldición divina. En Jerusalén, y en el resto del reino de Judá, tenían sacerdotes, levitas y el servicio del templo. En el reino de Israel, Dios hizo benévolamente que, a falta de todo eso, disfrutasen de esos colegios en los que los jóvenes eran entrenados y ejercitados en la devoción religiosa.

IV. Los hijos de los profetas tenían información de que Elías iba a partir en breve, y se lo dijeron a Eliseo, primero en Betel (v. 3) y después en Jericó (v. 5): *¿Sabes que Jehová te quitará a tu señor de*

sobre ti? Eliseo lo sabía muy bien, y se le llenó de tristeza el corazón al saberlo (como a los Apóstoles en una ocasión parecida—Jn. 16:6—), por eso, no tenía necesidad de que se lo dijeran ni quería oírlo: *También yo lo sé; callad.* En expectación del acontecimiento, habla con su propio silencio reverente (comp. con Zac. 2:13). Cincuenta de entre los «hijos de los profetas» fueron para ser testigos de la partida de Elías, aunque se mantuvieron a distancia (v. 7). Ellos intentaban satisfacer su curiosidad, pero Dios lo ordenó para que, de este modo, fuesen testigos de vista del honor que el cielo dispensaba al profeta despreciado y rechazado por los hombres.

V. La división milagrosa de las aguas del Jordán fue como el prefacio del traslado de Elías a la Canaán celestial, como lo había sido a la entrada de Israel en la Canaán terrestre (v. 8). Debía ir al otro lado del Jordán para ser trasladado, por ser aquella región su país natal y para estar cerca del lugar en que murió Moisés, y también a fin de que se tributase mayor honor a aquella parte de la nación que era la más despreciada. Dios quería engrandecer a Elías en su salida, como había engrandecido a Josué en su entrada, mediante la división de las aguas del Jordán (Jos. 3:7). Cuando Dios se lleva al cielo a sus hijos, la muerte es como un Jordán que han de atravesar, y hallan para ello un camino cómodo y seguro, pues la muerte de Cristo ha dividido esas aguas a fin de que los rescatados del Señor puedan pasar al otro lado.

Versículos 9–12

I. Elías hace testamento y deja por heredero a Eliseo, ungiéndole ahora por profeta en lugar suyo, más que cuando *echó sobre él su manto* (1 R. 19:19).

1. Complacido con la constancia del afecto y de los servicios de Eliseo, Elías le dice: *Pide lo que quieras que haga por ti* (v. 9). Como si dijese: «¿Qué bendición quieres que te deje antes de partir?»

2. Eliseo aprovecha la buena oportunidad que se le presenta para enriquecerse con los mejores tesoros, y le pide *«una doble porción de su espíritu»*. No pide riquezas, ni honores, ni comodidades, sino ser equipado para servir a Dios y a su generación. Pide: (A) *«espíritu»;* no porque estuviese en poder de Elías conferir los dones y las gracias espirituales que él tenía (por eso no dice: «Dame el Espíritu», pues sabía muy bien que era don de Dios), sino como pidiéndole que interceda delante de Dios a tal fin: *«Te ruego que vengan sobre mí …».* (B) Su espíritu (el de Elías), pues iba a ser profeta en lugar de él, para continuar su obra, y hacer las veces de padre con los hijos de los profetas y salir al paso de sus enemigos, pues le iban a salir al encuentro las mismas dificultades que a ellos. (C) *«Una doble porción de su espíritu»;* no quiere decir el doble de lo que Elías tenía, sino el doble de lo que tenían los demás profetas; algo así como la porción del primogénito (Dt. 21:17), que se había criado bajo la tutela de Elías y había de sucederle en el ministerio.

3. Elías le prometió lo que le pedía, pero bajo dos condiciones (v. 10): (A) Que apreciase el don conforme al valor que tenía. Implícitamente se lo dice al llamarlo *«cosa difícil»*, no porque fuese demasiado difícil para Dios el darlo, sino porque era demasiado grande para que él lo esperase. (B) Que se mantuviese muy cerca de su maestro, incluso hasta el último momento antes de su partida: *«Si me ves cuando sea quitado de ti, te será hecho así; mas si no, no»*.

II. Elías es transportado al cielo en un carro de fuego (v. 11). Como Enoc, *fue trasladado para no ver la muerte* (He. 11:5); fue (como dice Mr Cowley) *el segundo hombre que saltó al otro lado del pozo en el que cae todo el resto de la humanidad, y no lo hizo bajando al firmamento.* Se nos dice aquí:

1. Qué hacía cuando vino el Señor a llevárselo. Estaba hablando con Eliseo, instruyéndole, animándole, dirigiéndole en su trabajo y avivándole para ello en beneficio de aquellos a quienes dejaba en este mundo. No meditaba ni oraba, como quien está completamente absorto en las cosas del otro mundo al que está a punto de partir, sino ocupado en conversación edificante, como quien está interesado en el reino de Dios entre los hombres.

2. Qué vehículo le envió Dios para el traslado—*un carro de fuego con caballos de fuego* (v. 11), para que suba montado en majestad y en triunfo, como un príncipe, como un vencedor; sí, *más que vencedor*. El carro y los jinetes aparecen como de fuego, no porque se quemasen, sino por el brillo que despiden; no para torturarle ni consumirle, sino para hacer que su ascensión resulte conspicua e ilustre a los ojos de

quienes estaban a distancia. Elías había ardido en santo celo por el honor de Dios, y era ahora un fuego divino el que lo refinaba y lo trasladaba.

3. Cómo fue separado de Eliseo. Este carro de fuego *«apartó a los dos»*.

4. Adónde fue trasladado. *«Subió al cielo en un torbellino.»* En un momento de depresión, Elías había deseado morir; pero Dios fue tan bueno para él como para honrarle con este privilegio singular de no ver la muerte; y con este ejemplo y el de Enoc; (A) Dios mostró cómo habrían de dejar los hombres el mundo si no hubieran pecado: no por muerte, sino por traslado. (B) Dio como una vislumbre de aquella vida inmortal que fue sacada a la luz por el evangelio, con la apertura del reino de los cielos a todos los creyentes, como entonces a Elías. (C) Fue también figura de la ascensión de Cristo.

III. Eliseo se lamenta patéticamente de la pérdida de tan gran profeta. 1. Él vio el traslado; con lo que tuvo completa seguridad de que se le había concedido la petición de obtener la doble porción del espíritu de Elías. Fijó sus ojos en el cielo, de donde había de esperar aquel don, como lo hicieron los discípulos del Señor (Hch. 1:10). Lo vio por unos momentos, hasta que desapareció de su vista: Y *nunca más le vio*. 2. Rasgó sus vestidos en señal del sentimiento que tenía por la pérdida que suponía para él mismo y para la nación. Aunque Elías se marchaba al cielo triunfalmente era un día de luto para el país. De seguro que es duro el corazón de aquellos cuyos ojos están secos cuando Dios se lleva a hombres fieles y útiles, de los que el mundo está tan escaso. Aunque la partida de Elías significaba la promoción de Eliseo, éste lloró porque le amaba y estaba dispuesto a servirle durante toda la vida. 3. Eliseo le tributó grandes honores en las mismas frases con que se despidió de él (v. 12): *«¡Padre mío, padre mío!»* Había perdido el guía de su juventud. *«¡Carro de Israel y su gente de a caballo!»* El pueblo había perdido a su mejor guardián. Así como los carros de guerra eran en aquel tiempo la fuerza más temible de un ejército con sus jinetes bien armados, así también era Elías el más poderoso instrumento del poder de Dios para Israel, su más decidido protector. Y al cielo los habría llevado Él, como en este carro de fuego, si no hubiese sido por la dureza del corazón de ellos.

Versículos 13–18

Lo que ocurrió inmediatamente después de la traslación de Elías.

I. Las señales de la presencia de Dios con Eliseo y las marcas de su elevación al puesto de Elías.

1. Entró en posesión del manto de Elías, emblema de su oficio, y del que podemos suponer que iría vestido por amor a su maestro (v. 13). Al ser trasladado al cielo, Elías le dejó a Eliseo como un legado su manto, y al ser una señal del descenso del Espíritu Santo sobre él, le era de mayor estima que si le hubiese legado miles de talentos de oro y plata. Eliseo recibió ese manto como algo de profundo significado y digno de ser llevado. Quien tan alegremente había obedecido la convocatoria de este manto (v. 1 R. 19:19) para hacerse sirviente de Elías, es ahora dignificado por él, y llega a ser sucesor de Elías.

2. Entró en posesión del poder de Elías para dividir las aguas del Jordán (v. 14). Habiéndose despedido de su padre espiritual, regresa a sus hijos en las escuelas de los profetas. El Jordán se interponía entre él y ellos; sus aguas se habían dividido para abrir camino a la glorificación de Elías; él va a procurar ahora hacer que se dividan de nuevo para abrirle el camino conducente al desempeño del ministerio de Elías. Así, el último milagro de Elías será idéntico al primero de Eliseo. Al dividir las aguas:

(A) Hizo uso del manto de Elías, como lo había hecho el propio Elías (v. 8), para dar a entender que tenía el propósito de observar los métodos de su maestro.

(B) Apeló al Dios de Elías: *¿Dónde está Jehová, el Dios de Elías?* No pregunta: «¿Dónde está Elías?» «El Dios que dio a Elías reconocimiento, protección y provisión, y le honró de tantas maneras, especialmente al final, ¿dónde está? Señor, ¿no se me ha prometido el espíritu de Elías? Cumple esa promesa». Golpeó, pues, las aguas del Jordán, y éstas *se apartaron a uno y otro lado y pasó Eliseo.* Hemos perdido a Elías, pero no hemos perdido el Dios de Elías. Los que caminan en el espíritu y los pasos de sus fieles y devotos predecesores, experimentarán de seguro la misma gracia que ellos experimentaron; el Dios de Elías será también el Dios de Eliseo. El Señor Dios de los santos profetas es el mismo, ayer, hoy y para siempre, pues ¿de qué nos serviría poseer los mantos, los libros, etc., de los que ya se fueron, si no tenemos su espíritu y su Dios?

3. Entró en posesión del mismo interés que había tenido Elías en los hijos de los profetas (v. 15). Algunos, que se habían situado en un lugar cercano al Jordán para ver lo que pasaba, quedaron sorprendidos al ver el Jordán dividido delante de Eliseo al regresar éste, y tomaron esto como prueba convincente de que *el espíritu de Elías reposaba sobre Eliseo.* Por consiguiente, fueron a su encuentro para felicitarle por su feliz paso a través del fuego y del agua y por el honor con que Dios le había distinguido: *«y se postraron delante de él».* Ellos habían sido entrenados en una escuela de profetas mientras que Eliseo había sido tomado del arado; no obstante, tan pronto como percibieron que Dios estaba con él, y que éste era el hombre a quien Dios tenía a bien honrar, de buen grado se sometieron a él como a su cabeza y padre, como se sometió el pueblo a Josué cuando murió Moisés (Jos. 1:17). A quien Dios honra, también nosotros debemos honrar.

II. La innecesaria búsqueda de Elías emprendida por los hijos de los profetas. 1. Se imaginaron que era posible que el Espíritu de Jehová lo hubiese echado, vivo o muerto, en algún monte o en algún valle (v. 16). Quizás algunos sugirieron esto como una alegación que ponía en tela de juicio la elección de Eliseo, como si dijesen: «Asegurémonos primero de que Elías se ha marchado efectivamente». 2. Eliseo se opuso a ello hasta que le importunaron de tal manera que consintió en la búsqueda (v. 17). Le urgieron hasta que se sintió avergonzado de ofrecer más resistencia, no sea que se le considerase como falto de respeto hacia su anterior amo, o como reacio a desprenderse del manto. 3. El resultado de las pesquisas los dejó a ellos avergonzados de su propuesta. Sus emisarios, después de haberse fatigado con una búsqueda infructuosa, regresaron y dieron a Eliseo la oportunidad de reprender a sus amigos por su necedad (v. 18): *¿No os dije yo que no fueseis?* El ir a través de valles y collados nunca nos llevará al encuentro de Elías, pero sí lo hará, a su debido tiempo, la imitación de su fe y celo santos.

Versículos 19–25

Eliseo llevó a cabo más milagros que Elías. Por lo que parece, obró justamente el doble. Dos de ellos quedan registrados en estos versículos—un milagro de misericordia para Jericó, y un milagro de juicio para Betel.

I. Tenemos aquí una bendición sobre las aguas de Jericó, con la cual quedaron perfectamente saneadas. Jericó fue reedificada en desobediencia a un mandato de Dios, pero incluso dentro de aquellos muros edificados por la iniquidad hallamos un criadero de compasión piadosa. Allá llegó Eliseo para robustecer los ánimos de los discípulos con un informe más detallado de la traslación de Elías que el que pudieron darles los exploradores enviados por ellos para presenciar el hecho a cierta distancia. Aquí se había quedado él, mientras los cincuenta hombres iban en busca de Elías (vv. 17, 18). Y:

1. Los hombres de Jericó le presentaron su problema (v. 19). No habían apelado a Elías acerca de esto, quizá porque no era tan accesible como Eliseo. La ubicación de la ciudad era buena y agradable, pero carecían de agua sana para beber y de suelo fértil para proveerse de sustento.

2. Pronto les arregló Eliseo este asunto. Los profetas han de esforzarse por mejorar todo lugar al que llegan, y procurar endulzar los ánimos amargados y hacer fértiles las almas estériles, mediante la oportuna aplicación de la Palabra de Dios. Eliseo les va a sanar las aguas, pero: (A) Ellos han de traerle sal en una vasija nueva (v. 20). Si la sal hubiese bastado para purificar naturalmente las aguas, ¿habría bastado una pequeña cantidad para sanear toda el agua?; ¿y lo habría hecho mejor por ir en una vasija nueva? Todo ello era un símbolo, pues la sal sirve para preservar de corrupción las carnes. Además, al tener que traer la sal en una vasija nueva, se ponía a prueba la fe y la obediencia de los que habían de ser beneficiados con el milagro. Las obras de gracia que Dios lleva a cabo exigen que observemos los medios que Él ha instituido, aun cuando su eficacia no se deba a nuestra obra. (B) Eliseo echó la sal *en los manantiales de las aguas* (v. 21), con lo que fueron saneadas en su propio origen. Así, también, el método para reformar la vida es la regeneración del corazón, pues éste es la fuente de la vida. Al purificar el corazón se limpian las manos. (C) No pretendió hacerlo por su propio poder, sino en nombre de Dios: Así *ha dicho Jehová: Yo saneo estas aguas.* Con esta invocación las aguas habían de obedecer con mayor presteza a la voz de su Creador. (D) El saneamiento fue duradero, no momentáneo: Y *fueron sanas las aguas hasta hoy* (v. 22).

II. Viene ahora una maldición sobre los jovenzuelos de Betel. En Betel había otra escuela de profetas. Allí se dirigió a continuación Eliseo. Los escolares lo recibieron con el mayor respeto posible, pero las gentes de la ciudad le fueron hostiles. Quedan pocas dudas de que los jovenzuelos (no chiquillos) que se burlaron de Eliseo respiraban el mal espíritu de la ciudad. En Betel estaba uno de los becerros de oro que Jeroboam mandó fabricar; estaban orgullosos de ello y odiaban a quienquiera se lo reprochase. Podemos suponer que era práctica habitual en ellos insultar a los profetas cuando los veían pasar por las calles y hacer cuanto estuviese en su mano para echarlos de la ciudad. Si el insulto contra Eliseo hubiese sido el primero de esta índole, es probable que no hubiesen sido castigados de una forma tan severa. Pero el *hacer escarnio de los mensajeros de Dios y burlarse de sus profetas* era uno de los pecados de Israel que clamaban al cielo, como vemos en 2 Crónicas 36:16.

1. Un ejemplo de dicho pecado. Los jovenzuelos de Betel, que estaban divirtiéndose por las calles, salieron al encuentro de Eliseo y se reunieron en torno suyo para burlarse de él. En realidad, desafiaban a Eliseo a que demostrase su misión profética: «*¡Sube, calvo! ¡Sube, calvo!*» (v. 23). Como si dijesen: «Sube tú también al cielo, como aseguras que lo hizo Elías». No es probable que Eliseo fuese entonces calvo, pues era aún muy joven, pero el vocablo era un epíteto no sólo de burla, sino también de maldición, como se ve al compararlo con Isaías 2:17, 24. El honor que Dios le había conferido debería haber bastado para tenerlo a cubierto de estos insultos, pero estos jóvenes habían aprendido de sus mayores el mal lenguaje contra los buenos, especialmente contra los profetas de Dios.

2. Un anticipo de la ruina que le sobrevino por fin a Israel por tratar de mala manera a los profetas de Dios. El presente castigo tenía por objeto darles una seria advertencia. Eliseo aguantó por algún tiempo estos insultos, pero, al perder justamente la paciencia, *se volvió a mirarlos*, por ver si una mirada seria era bastante para hacerles que se comportaran como era debido, pero ellos no se avergonzaron por eso; así que *los maldijo en nombre de Jehová*, para castigar el deshonor hecho a Dios mismo. Su maldición obtuvo rápida respuesta: Inmediatamente *salieron dos osos del monte, y despedazaron de ellos a cuarenta y dos muchachos* (v. 24). El profeta tenía que quedar justificado, pues los había maldecido por impulso divino, para castigar en ellos a una ciudad perversa. Nada bueno se puede esperar de una juventud que no ha sido educada en temor de Dios, y a nadie, sino a sí mismos, han de echar los padres la culpa de los infortunios que acaezcan a sus hijos a causa de una falta de educación. Lo triste es que, cuando ocurre una desgracia de esta clase, los padres no quieren reconocer su culpabilidad en ella.

CAPÍTULO 3

Eliseo se ve implicado en los asuntos públicos de Israel. I. Carácter de Joram, rey de Israel (vv. 1–3). II. Guerra con Moab en la que se vieron comprometidos Joram y sus aliados (vv. 4–8). III. Apuros en que se vio el ejército confederado en su expedición contra Moab y consulta que hicieron a Eliseo en su aprieto, con la respuesta de paz que él les dio (vv. 9–19). IV. Glorioso resultado de esta campaña (vv. 20–25) y bárbaro procedimiento al que recurrió el rey de Moab para obligar al ejército confederado a retirarse (vv. 26–27). La casa de Acab es condenada a ser destruida.

Versículos 1–5

Está ahora en el trono de Israel Joram, hijo de Acab y hermano de Ocozías; y, aunque era mala persona, se hallan aquí consignadas a su nombre dos cosas buenas que hizo:

I. *Quitó una estatua de Baal que su padre había hecho* (v. 2). Se nos dice explícitamente en el mismo versículo que no fue tan malo *como su padre y su madre.* Tal vez Josafat a pesar de empeorar la condición de su propia familia mediante la alianza con la casa de Acab, contribuyó de algún modo a mejorar la de la familia de éste. Al quitar *la estatua de Baal* (nótese el singular, conforme al hebreo, contra la incorrecta pluralización de los LXX, la Vulgata y la siríaca), parece ser que Joram resolvió adorar solamente al Dios de Israel y no consultar sino a los profetas de Jehová. Con todo, no pudo impedir la destrucción de la familia de Acab.

1. Sólo quitó la imagen de Baal *que su padre había hecho,* pero no puso fin al culto que el pueblo tributaba a Baal, puesto que Jehú lo halló todavía predominante (10:19). Bien estuvo reformar su familia, pero debió haber usado su poder para reformar también su reino.

2. Aunque quitó la imagen de Baal, continuó adherido al culto del becerro, el típico pecado político de Jeroboam (v. 3): *se entregó a los pecados de Jeroboam … y no se apartó de ellos.* Así se perpetuaba la división de los dos reinos. No es verdadera ni sincera la política de un reformador que se contenta con suprimir los pecados que le perjudican personalmente, pero no suprime los que le permiten continuar ejerciendo su poder pacíficamente.

3. Se contentó con *quitar* de su lugar la imagen de Baal, no la hizo pedazos como era su obligación.

II. Hizo cuanto pudo por recuperar lo que su hermano había perdido. Así como llevaba dentro un poco más de religión de un israelita que su padre, así también poseía algo más del espíritu de un rey que su hermano. Moab se rebeló contra Israel inmediatamente después de la muerte de Acab (1:1), pero no vemos que Ocozías hiciese cosa alguna para castigarles o reducirles. El tributo que pagaba el rey de Moab era una fuente de ingresos muy considerable para la corona de Israel: *cien mil corderos y cien mil carneros con SUS vellones* (v. 4). Antiguamente las tasas no se pagaban en moneda tanto como en artículos y objetos de gran estima en el país. La sublevación de Moab suponía una gran pérdida para Israel; sin embargo, Ocozías continuaba sentado en su pereza y comodidad. Pero una celosía de su piso superior le resultó tan fatal como le habrían resultado las alturas del campo de batalla (1:2); la rotura de la celosía permitió que llegase al trono un hombre de carácter más activo.

Versículos 6–19

Tan pronto como tuvo Joram el cetro en su mano, tomó la espada para reducir a Moab.

I. Joram rey de Israel concierta esta expedición con Josafat rey de Judá. Tal era la opinión que tenía del piadoso rey de Judá que después de pasar revista a todo su ejército (v. 6), envió recado a Josafat para que se aliase con él: *¿Irás tú conmigo a la guerra contra Moab?* (v. 7). *Y lo* consiguió. Judá e Israel, aunque desgraciadamente divididos entre sí, pudieron unirse en esta ocasión contra el enemigo común. Josafat trata a Israel como a un reino hermano. Quienes nunca saben hallar en su corazón el perdón y el olvido de antiguas injurias, son enemigos de su propia paz y seguridad. No sólo pidió Joram a Josafat ayuda, sino que también se fió de su consejo (v. 8), consideró que tenía mayor pericia y experiencia que él para saber cuál era la mejor ruta en el descenso contra Moab. Josafat le aconsejó que no marchasen por el camino más corto, que era cruzar el Jordán, sino dar un rodeo por el desierto de Edom, para tomar consigo al rey de Edom (que era tributario suyo) y las fuerzas de éste.

II. El grave aprieto en que se halló en esta expedición el ejército de los confederados. Antes de verle la cara al enemigo, estuvieron todos en trance de perecer por falta de agua (v. 9). El rey de Israel estalló en amargas lamentaciones (v. 10), atreviéndose a culpar a la providencia divina del presente infortunio.

III. Josafat, por el contrario, sugirió consultar a Dios en esta emergencia (v. 11). El lugar en que ahora se encontraban no podía menos de traerles a la memoria las grandes maravillas y portentos que sus padres les habían contado, cuando Dios hizo salir agua de la roca. Es probable que fuese este pensamiento lo que indujo a Josafat a preguntar: *¿No hay aquí algún profeta de Jehová,* como Moisés? Bien estuvo que Josafat propusiera consultar a Jehová ahora, pero habría sido mucho mejor si lo hubiese propuesto anteriormente, con lo que se habrían evitado el presente apuro.

IV. Uno de los siervos del rey de Israel recomendó que se llamase a Eliseo (v. 11). Podemos suponer que fue por especial instrucción del cielo por lo que Eliseo se hallaba entre los expedicionarios como *carro de Israel y su gente de a caballo.* Ninguno de los reyes lo sabía, pero sí estaba enterado de ello un siervo del rey de Israel. Probablemente era este siervo algo parecido a lo que había sido Abdías para su padre Acab: alguien que *era temeroso de Jehová* (1 R. 18:3); a éste se dio a conocer Eliseo, no a los reyes.

V. Por lo que dice el texto sagrado (v. 12), se deduce que los reyes descendieron a la residencia de Eliseo. El que se humillaba a sí mismo y pasaba desapercibido en la expedición, fue exaltado de esta

manera hasta aparecer verdaderamente grande cuando tres reyes acudieron a llamar a su puerta en petición de ayuda urgente.

VI. El recibimiento que les hizo Eliseo.

1. Se dirigió sin tapujos al malvado rey de Israel (v. 13): *«¿Qué tengo yo contigo? Ve a los profetas de tu padre y a los profetas de tu madre,* a quienes has consentido y mantenido en tu prosperidad, y que te ayuden ellos en tu apuro. El mundo y la carne han sido tu norma; que sean también tu ayuda; ¿por qué habría de ser Dios consultado por ti?» (comp. Ez. 14:3). Eliseo le dice en su cara, santamente indignado por su perversidad, que no se siente animado a atenderle ni aun a mirarle (v. 14). Joram era de respetar como príncipe, y Eliseo había de prestarle honor como súbdito, pero como profeta tenía que hacerle ver su iniquidad. Joram se domina lo suficiente para recibir con paciencia la invectiva de Eliseo; no le interesa oír a los profetas de Baal, sino que acude al profeta del verdadero Dios, y presenta el caso como muy deplorable y ruega humildemente a Eliseo que se compadezca de los otros reyes, aun cuando a él lo tenga por indigno de compasión.

2. Eliseo mostró gran respeto hacia el piadoso rey de Judá (v. 14) y, por consideración a su rostro, se presta a consultar a Jehová a favor de todos ellos.

3. Sin embargo, con este estallido de indignación, aunque santa y justa, el espíritu de Eliseo no estaba en las mejores condiciones para recibir oráculo de Dios. Por este motivo y a fin de recobrar la calma de su mente y de su corazón, pide que le traigan un músico de cuerda (v. 15) devoto y acostumbrado a acompañarse del arpa para cantar alabanzas al Señor. Calmado así el tumulto de su corazón con las suaves melodías musicales, *la mano de Jehová vino sobre Eliseo, y* esta visita le honró mucho más que la de los tres reyes.

4. Por medio del profeta, Dios les dio seguridades de que el resultado del presente apuro sería cómodo y glorioso. (A) Muy pronto dispondrían de suficiente provisión de agua (vv. 16, 17). Para poner a prueba la fe y la obediencia de ellos, les pide que *hagan muchas zanjas en el valle* a fin de que puedan recoger el agua. Elías, por medio de la oración, consiguió agua de las nubes, pero Eliseo la saca nadie sabe de dónde. La fuente de estas aguas va a quedar tan secreta como la cabeza del Nilo, pues Dios no está atado a las causas segundas. Ordinariamente es con abundante lluvia con lo que Dios *reanima la heredad exhausta* (Sal. 68:9), pero aquí eso sucede sin lluvia, al menos sin que lloviera en aquel lugar. (B) Que tal provisión sería como las arras de la victoria (v. 18): *«Y aun esto es poca cosa a los ojos de Jehová;* no sólo seréis salvos de perecer, sino que regresaréis triunfantes». Se les promete que serán dueños del país que se ha rebelado.

Versículos 20–27

I. El regalo divino de las dos cosas que había prometido Dios por medio de Eliseo, agua y victoria, al ser la primera no sólo como arras de la segunda, sino también un medio para conseguirla.

1. Alivió a sus ejércitos, que estaban a punto de perecer (v. 20). Y este alivio vino justamente *a la hora en que se ofrecía el sacrificio matutino* en el altar de Jerusalén. En la presente dispensación no hay hora preferida para nuestro aprovisionamiento, porque nuestro sumo sacerdote está continuamente intercediendo por nosotros en apelación al sacrificio consumado de una vez por todas en el Calvario. Dios escogió esa hora para honrar el sacrificio diario, que había sido menospreciado. Dios respondió a la oración de Daniel *a la hora del sacrificio vespertino* (Dn. 9:21).

2. Engañó a sus enemigos, que se disponían a celebrar el triunfo prometiéndose una fácil victoria sobre un ejército que estaría fatigado por tan larga marcha a través del desierto de Edom.

(A) Cuán fácilmente fueron atraídos por los espejismos de su fantasía. (a) Vieron el agua en el valle donde acampaba el ejército de Israel y les pareció que era sangre (v. 22), pues sabían que el valle había de estar seco y no podían imaginarse que el líquido que relucía fuese agua. Al brillar el sol sobre el valle y estar el firmamento rojizo (causa probable de la ilusión óptica), el agua se les antojó roja; por lo que dedujeron: *Eso es sangre.* (b) Y si el campamento estaba lleno de sangre, una segunda conclusión era segura (v. 23): *«Los reyes se han vuelto uno contra otro, y cada uno ha dado muerte a su compañero. Ahora, pues, ¡Moab, al botín!»*

(B) Cuán fatalmente corrieron hacia su propia destrucción. Se lanzaron precipitadamente hacia el campamento de Israel, a fin de hacerse con los despojos, y se desengañaron cuando ya era demasiado tarde. Los israelitas, animados con la seguridad de la victoria que les había prometido Eliseo, cayeron sobre ellos con la mayor furia, los derrotaron y los persiguieron dentro de su propio país (v. 24), al que devastaron (v. 25). Asolaron las ciudades, estropearon el terreno, cegaron las fuentes, derribaron los árboles, en fin, como comenta el Dr. Ryrie, aplicaron la política de tierra calcinada, cosa que no estaba normalmente permitida (Dt. 20:19). Solamente en Quir-jaréset (mejor que Kir-haráset) dejaron piedra sobre piedra (éste es el sentido de la frase), aunque abrieron brechas en sus muros con sus máquinas de guerra.

II. Al final del capítulo se nos dice lo que hizo el rey de Moab cuando se vio reducido al último extremo. 1. Intentó una salida valiente, con setecientos hombres escogidos, por entre las trincheras del ejército edomita, del cual no se esperaba gran resistencia por ser un cuerpo mercenario en esta expedición; pero no surtió efecto este intento de escape ya que incluso el rey de Edom le resultó demasiado duro y le obligó a retirarse (v. 26). 2. Al fallarle este recurso, llevó a cabo algo sumamente bárbaro y brutal: tomó a su hijo primogénito, al que le había de suceder en el trono y por lo que debería haber sido, tanto para él mismo como para el país, más querido que cualquier otra cosa, y *lo sacrificó en holocausto sobre el muro* (v. 27). Con esto intentaba: (A) Obtener el favor de su dios Quemós, el cual, al ser (si es que era algo) de carácter demoníaco se deleitaba en la sangre y en el asesinato, pues lo que el diablo ambiciona es la destrucción de la humanidad. (B) Aterrar a los sitiadores para obligarles a retirarse; por eso lo hizo sobre el muro, a la vista de ellos, a fin de que se percataran de lo desesperado de los recursos a que había resuelto acudir antes que rendirse, y de lo cara que estaba dispuesto a vender su ciudad capital y su propia vida.

CAPÍTULO 4

Eliseo había prestado gran servicio a los tres reyes confederados: a sus oraciones y profecías les debían ellos sus victorias y sus vidas. Habría de esperarse que el capítulo siguiente nos declarase los honores y las recompensas que por ello confirieron a Eliseo. No, no fue así. El hombre sabio libró la ciudad con su sabiduría, pero nadie se acordó de él (Ec. 9:15). O, si es que le fue ofrecida alguna cosa, él declinó la oferta: prefirió el honor de hacer el bien en las escuelas de profetas antes que ser grande en las cortes de los príncipes. Dios le exaltó, y con eso tuvo él bastante, pues le tenemos aquí cuando lleva a cabo no menos de cinco milagros. I. Multiplicó el aceite de la pobre viuda (vv. 1–7). II. Obtuvo para la buena sunamita la bendición de un hijo en su vejez (vv. 8–17). III. Devolvió la vida al niño cuando éste murió (vv. 18–37). IV. Saneó el potaje emponzoñado (vv. 38–41). V. Alimentó a cien hombres con veinte pequeños panes (vv. 42–44).

Versículos 1–7

Los milagros de Eliseo eran para utilidad, no por alarde. Este primero fue un acto de gran caridad. Tales eran también los milagros de Cristo, pues no eran sólo grandes portentos, sino también grandes favores para las personas en quienes los obró.

I. Eliseo escucha amablemente la queja de una pobre viuda. Era viuda de un profeta; por donde vemos que los profetas se casaban igual que los sacerdotes. En todos es honroso el matrimonio (He. 13:4), y es compatible con las profesiones más sagradas. Por lo que se nos da a entender de la querella de esta mujer (v. 1), vemos:

1. Que su marido, siendo uno *de los hijos de los profetas,* sería bien conocido de Eliseo.
2. Que tenía reputación de hombre piadoso, uno de los 7.000 que no habían doblado la rodilla ante Baal. La tradición rabínica lo identifica con el Abdías de 1 Reyes 18:3 (¿se debía, en ese caso, su pobreza a la generosidad que había desplegado para salvar la vida a los profetas de Jehová perseguidos por Jezabel?)

3. Que había muerto. Quienes están investidos del espíritu de profecía no están, por eso mismo, libres de los golpes de la muerte.

4. Que había muerto no sólo pobre, sino endeudado. No había contraído sus deudas por prodigalidad ni por vida disipada, pues era temeroso de Jehová. Si, como hemos notado, se trata del propio Abdías, se explican fácilmente las deudas a causa de su generosidad. También los creyentes pueden contraer deudas por imprudencia, ya que *los hijos de luz* no siempre son sabios para las cosas del mundo.

5. Que los acreedores se mostraban muy severos con ella. Tenía dos hijos que eran el sostén de su viudez, pero se los iban a llevar para servir durante siete años (Éx. 21:2) a fin de pagar de este modo la deuda. En este apuro la pobre viuda acude a Eliseo, al depender de la promesa de que la descendencia del justo no se verá abandonada.

II. Alivia completamente la situación de esta pobre mujer y obra un milagro por el que no sólo podrá pagar sus deudas, sino también mantenerse a sí misma y a su familia. No la proveyó de una cantidad de dinero, o de cualquier otro artículo, con la que hacer frente a la situación presente, sino que le puso en las manos el negocio de vender aceite.

1. La instruyó sobre lo que había de hacer, y consideró su caso (v. 2): *«¿Qué te haré yo? Declárame qué tienes en casa»*. Lo único que tenía era una vasija de aceite. Si no la hubiese tenido, el poder divino la habría provisto al crear lo que no existía; pero, al tener esto, le multiplicó lo que tenía, enseñándonos a sacar el mejor partido posible de lo que ya tenemos. El profeta que sabe que la mujer estaba bien considerada por sus vecinas, le manda pedir prestadas *vasijas vacías, no pocas* (v. 3), que se encierre en casa con sus hijos y llene todas las vasijas con el aceite de la vasija. El aceite se multiplicaría al echarlo, así como la ración de harina y de aceite de la otra viuda (1 R. 17:14 y ss.) se multiplicaba al gastarla. El modo de incrementar lo que tenemos es usarlo; al que tiene le será dado.

2. Así lo hizo ella, creyó firmemente en el poder y en la bondad de Dios y por obediencia al profeta de Dios. Se asombran al ver su vasija, como una fuente de agua viva, que siempre fluye y siempre llena.

3. El aceite continuó fluyendo mientras hubo vasijas vacías para recibirlo. Dios da más de lo que le pedimos: si hubiese más vasijas, siempre hay en Dios bastante poder para llenarlas todas; bastante para todas y bastante para cada una.

4. El profeta le dice lo que tiene que hacer con el aceite (v. 7). (A) Debe vender el aceite a quienes tengan suficiente dinero para pagarlo. (B) Con el dinero de la venta podrá pagar sus deudas. Una de las leyes fundamentales de nuestra religión es que devolvamos a cada uno lo que le pertenece. (C) Del dinero que quede han de vivir ella y sus hijos mientras no tengan otro medio de vida. (a) Los que se ven en apuros de esta clase han de animarse a confiar en Dios y tendrán para comer, aunque no tengan para banquetear. Es cierto que no hemos de esperar milagros como éstos, pero sí hemos de esperar favores de la providencia de Dios si buscamos primero el reino de Dios y su justicia. (b) Por otra parte, aquellos a quienes Dios ha concedido abundancia de bienes, sepan usarlos para la gloria de Dios en beneficio de los necesitados, siempre bajo la dirección de la Palabra de Dios.

Versículos 8–17

Dar un hijo a quienes ya están entrados en años y han pasado mucho tiempo sin tener descendencia, es un antiguo ejemplo del poder y de la bondad de Dios. Una vez más lo hallamos aquí entre los portentos obrados por Eliseo.

I. La amabilidad que mostró a Eliseo esta mujer sunamita. Sunem estaba en el camino entre Samaria y Carmel, un camino que Eliseo frecuentaba (2:25). Allí vivía *una mujer importante* que, además, era muy hospitalaria. Un hombre tan famoso como Eliseo no podía pasar y repasar por allí inadvertido. Es probable que esta piadosa matrona le hubiese invitado más de una vez a comer y que él se disculpara para no causarle molestias o para poner a prueba su generosidad, pero el hebreo da a entender que ella llegó a constreñirle para que aceptara la invitación, por lo que él aceptó, y *siempre que pasaba por allí, venía a la casa de ella a comer* (v. 8). Al hablarle ella a su marido (vv. 9, 10), le insinúa: 1. Que el forastero a quien invita era un *varón santo de Dios* y, por ello, había de ser beneficioso para la familia. 2. Que el favor que le habían de dispensar no les había de costar gran dispendio; sólo era menester hacerle un *pequeño*

aposento con sobrio mueblaje: *cama, mesa, silla y candelero;* lo más necesario para su conveniencia. Parece ser que Eliseo se sintió muy satisfecho con esta acomodación.

II. Gratitud de Eliseo por el favor que le prestaban. l. Les ofreció sus buenos servicios en la corte del rey (v. 13), pero la mujer respondió que lo pasaba suficientemente bien *en medio de su pueblo;* es decir, no necesitaban ningún oficio de honor, civil ni militar, en la corte. Varios años después (8:3 y ss.) Eliseo tendría la oportunidad de interceder por ella, al haber cambiado las circunstancias. 2. Pero sí pudo ofrecer sus buenos servicios en la corte de los cielos. Al recordarle el criado que esta mujer no tenía hijos y que su marido era ya viejo (v. 14), con lo que la única necesidad que les afligía era no tener heredero a quien legar sus bienes, Eliseo mandó llamar inmediatamente a la mujer y ella, modestamente se detuvo a la entrada de la habitación (v. 15). Entonces Eliseo le aseguró que al año siguiente, por aquellas mismas fechas, tendría un hijo (v. 16), lo cual sucedió efectivamente, como lo había profetizado Eliseo (v. 17).

Versículos 18–37

Podemos muy bien suponer que, tras el nacimiento del hijo, Eliseo era doblemente bienvenido en la casa de la buena sunamita. Él se había sentido deudor de ella, pero desde ahora ella se sentirá deudora hacia él de por vida, no pareciéndole nunca bastante cuanto por él haga. Hemos de suponer también que Eliseo le cobró gran afecto al niño, como hijo de su oración así como le tendrían especial afecto sus padres por ser hijo de su ancianidad.

I. Muerte repentina del niño. Hijo de promesa, hijo de oración y amorosamente concebido; con todo, les es arrebatado súbitamente por una insolación. Pero ¡cuán admirablemente guarda sus labios esta prudente y piadosa madre bajo la presente aflicción! Quizás estaría enterada de la resurrección del hijo de la viuda de Sarepta, y de que el espíritu de Elías se había posado sobre Eliseo; y tal confianza tenía en la bondad de Dios, que estaba presta a creer que quien tan súbitamente le había arrebatado lo que milagrosamente le había concedido, también podía devolverle lo que ahora le había quitado. Con esta fe, y sin decirle nada a su marido, prepara al difunto no para su sepelio, sino para su resurrección, pues *lo pone sobre la cama del varón de Dios* (v. 21), con la esperanza de que Eliseo seguirá dando muestras de su amistad. *¡Oh mujer, grande es tu fe!*

II. La entristecida madre acude al profeta en esta ocasión, pues se daba la favorable coincidencia de que él se hallaba ahora en el colegio de profetas del Carmel, no lejos de allí.

1. Pide primero permiso al marido para ir a ver al varón de Dios, sin decirle el motivo de su viaje, no fuera que él careciese de la fe suficiente para dejarla marchar (v. 22). Véase qué bien se guardaban el mutuo respeto esta mujer y su marido; ella no se marchó sin antes obtener de él el permiso para marchar, y él fue tan benévolo con ella que no se opuso al viaje, aunque a ella no le había parecido conveniente comunicarle el objeto de su viaje.

2. La mujer se dio toda la prisa que pudo por llegar al lugar donde estaba el profeta (v. 24). Viéndola a distancia, envió Eliseo a su criado a preguntar si todo iba bien en su casa (lit. si tenían paz ella, su marido y el niño), a lo que ella contestó lacónicamente: *Bien* (v. 26—lit. *paz—),* y pensó explicarle personalmente la situación más adelante, ya que Guejazí no era la persona a quien ella iba a quejarse; por eso le respondió así. Notemos que cuando Dios llame a su presencia a nuestros más próximos familiares, bien nos vendrá decir con resignada esperanza: *¡Está bien!* Bien para los que se van, cuando se van al Cielo; y bien para los que quedamos en la tierra, cuando la aflicción nos hace progresar en el camino hacia el Cielo.

3. Cuando llegó adonde estaba el profeta, arguyó humildemente con él acerca de su aflicción. Eliseo esperó a que ella terminara de hablar, pues Dios le había encubierto el motivo de lo sucedido (v. 27). Ella se expresó de forma muy patética, y expresó: (A) Su indiferencia hacia el favor que ahora le había sido arrebatado: *«¿Pedí yo hijo a mi señor?»* (v. 28). Como si dijese: «Tú sabes que no fui yo quien te pidió que oraras para que yo tuviese un hijo; fuiste tú quien lo propuso, no yo. Ni me puse frenética como Ana, ni a punto de morir como Raquel, por falta de hijos». (B) Su entera dependencia de la palabra del profeta, pidiéndole implícitamente que el niño sea devuelto a la vida: *«¿No dije yo que no te burlases de mí?* Estoy segura de que no te burlarás».

III. Resurrección del niño. Podemos suponer que la mujer refirió la muerte del niño con más detalles de los que aquí se nos refieren, y que Eliseo le avivaría la esperanza de la resurrección del niño con otras expresiones que aquí se omiten. Brevemente se nos declara:

1. Que Eliseo envió a su criado a toda prisa a la casa del niño, le dio su báculo y le pidió que *lo pusiera sobre el rostro del niño* (v. 29). El obispo Hall sugiere que el fracaso de tal medida se debió a que fue tomada sin el impulso divino. También es probable que Dios no lo permitiese para evitar que se atribuyese al báculo de Eliseo algún poder mágico.

2. La mujer estaba resuelta a no regresar sin que el profeta fuese personalmente con ella (v. 30): *No te dejaré.* Parece ser que no esperaba gran cosa del báculo, y quería tener la mano. Y estaba en lo cierto.

3. El profeta, por medio de una oración ferviente e insistente obtuvo de Dios la resurrección del niño. Halló en su propia cama al niño muerto (v. 32) y *cerró la puerta tras ambos* (v. 33). Veamos:

(A) Cuán intensamente se dedicó el profeta a esta delicada operación, consciente quizá de que había tentado a Dios al esperar demasiado del báculo en manos de Guejazí. (a) *Oró a Jehová* (v. 33) probablemente como lo había hecho Elías: *Te ruego que hagas volver el alma de este niño a él* (1 R. 17:21). Cristo resucitó a los muertos (la hija de Jairo, el hijo de la viuda de Naín y Lázaro) con su mandato, como quien tiene autoridad, pues era el Señor de la vida, pero Elias y Eliseo lo hicieron mediante oración, como siervos de Dios. (b) *Se tendió sobre el niño* (v. 34), como si quisiera comunicarle algo de su calor vital. *Puso su boca sobre la boca de él,* como si quisiese infundirle, en nombre de Dios, el aliento de vida (¡no se piense en «respiración artificial»! ¡El niño llevaba muchas horas muerto!); *puso sus ojos sobre sus ojos,* como para abrirlos a la luz de la vida; *sus manos sobre las manos suyas,* para poner fuerzas en ellas. Después, se *puso* a *pasear por la habitación, de un lado para otro* (v. 35). Si lo hizo por preocupación, como opina el propio M. Henry (nota del traductor), o excitado por el éxito que ya presentía, como opina el Dr. Ryrie, no es fácil de adivinar, aunque la opinión de Ryrie parece estar respaldada por el final del v. 34. Subió de nuevo al aposento y *se tendió sobre el niño nuevamente* (v. 35).

(B) Cuán gradualmente fue realizada la operación. Al primer intento *el cuerpo del niño entró en calor* (v. 34), lo que animaría al profeta a continuar orando fervientemente. Después, *el niño estornudó siete veces* (v. 35), algo que en una persona sana suele ser indicio de resfriado, pero en un muerto era señal de vida, y hasta de vitalidad, conforme al simbolismo del número *siete.*

(C) Cuán gozosamente fue devuelto a su madre el niño ya vivo (vv. 36, 37), y todas las personas interesadas en la salud del niño quedaron *grandemente consoladas* (comp. con Hch. 20:12).

Versículos 38–44

Eliseo se encuentra ahora en su elemento, entre los hijos de los profetas, les enseña y, como un padre, provee para ellos. Había hambre en la tierra a causa de la perversidad de sus habitantes; es la misma que vemos en 8:1. Continuó durante siete años, lo mismo que la del tiempo de Elías (1 R. 17:1 y ss.).

I. Saneó milagrosamente un potaje mortífero. 1. Como a la reunión tenían que asistir todos los «hijos de los profetas», ordenó a su criado que fuese a buscar alimento para el cuerpo, mientras él les impartía con su instrucción alimento para el alma. El potaje había de ser de hierbas, no sólo por la escasez de alimentos en el país, sino también porque era conveniente que los estudiantes para profetas fuesen ejemplo de sobriedad y mortificación (v. 38). 2. Uno de los servidores, que fue enviado a recoger hierbas, trajo por equivocación unas *calabazas silvestres,* como las llama el texto sagrado (v. 39) y las echó en la olla del potaje. Se trata, sin duda, de la planta llamada coloquíntida, que produce unos calabacines del tamaño y forma de las naranjas y cuyo sabor es muy amargo y sus efectos excesivamente laxantes y peligrosos. 3. Al probarlo los comensales se quejaron de lo insano del potaje, diciéndole a Eliseo: *¡Varón de Dios, hay muerte en esa olla!* (v. 40). 4. Eliseo lo saneó inmediatamente, le quitó el mal gusto e impidió las malas consecuencias que habría traído; así como anteriormente había saneado las aguas con sal, ahora saneó el potaje con harina (v. 41). Y todo fue bien; no sólo no hubo muerte, sino que hubo alimento sano.

II. Aumentó milagrosamente un pequeño alimento. 1. Un hombre de Baal-Salisá le trajo como presente primicias del grano: *veinte panes de cebada y trigo nuevo* (v. 42), probablemente molido y tostado en forma de galletas, un regalo muy de apreciar en tiempos de tanta carestía. 2. Habiéndolo

recibido gratis, gratis lo dio, ordenó que lo pusieran para los estudiantes de profetas, sin reservar nada para sí. ¡Bien cuadra a los padres de los profetas ser generosos con los hijos de los profetas! 3. Aunque los panes eran pocos, estos veinte fueron suficientes para dejar satisfechos a cien hombres (vv. 43, 44). Su criado pensaba que poner tan poca comida delante de tantos hombres sólo serviría para avergonzar a su amo; pero Eliseo, en nombre de Dios, proclamó que eso bastaría, y aun sobraría Y así fue; comieron todos y *les sobró,* no porque lo rechazaran los estómagos, sino porque el pan se multiplicaba conforme se lo comían.

CAPÍTULO 5

En este capítulo se nos refieren otros dos milagros de Eliseo. I. La curación de Naamán, un general sirio que era leproso. 1. Su caso no tenía remedio (v. 1). 2. La Providencia, por medio de una esclava cautiva, le puso al tanto de Eliseo (vv. 2–4). El rey de Siria envió una carta al rey de Israel para presentarlo (vv. 5–7), y la invitación que le hizo Eliseo (v. 8). 3. El método que le prescribió para curarse y su curación tan pronto como se sometió a dicho método (vv. 9–14). 4. La gratitud que mostró Naamán a Eliseo por esta curación (vv. 15–19). II. El castigo infligido a su criado. 1. Pecados de Guejazí: codicia de bienes ajenos, traición a su amo delante de Naamán (vv. 20–24) y mentir a su amo al ser interrogado por él (v. 25). 2. Castigo por estos pecados: La lepra de Naamán le pasó a él y a su familia (vv. 26 27). Si la curación de Naamán es tipo del llamamiento a los gentiles para salvación, como parece ser que lo interpretó el propio Señor, nuestro Salvador (Lc. 4:27), el castigo de Guejazí puede considerarse como tipo de la ceguera y consiguiente rechazo de los judíos, quienes tuvieron envidia de la gracia que Dios dispensaba a los gentiles (Hch. 13:45); como Guejazí tuvo envidia de la generosidad de Eliseo hacia Naamán.

Versículos 1–8

Los milagros de nuestro Salvador estaban destinados a las ovejas perdidas de la casa de Israel; sin embargo, uno de ellos, como migaja caída de la mesa, fue en favor de una cananea; así también, este milagro de Eliseo fue a favor de un sirio; porque Dios hace el bien a todos y quiere que todos sean salvos (1 Ti. 2:4).

I. La gran aflicción que oprimía a Naamán en medio de todos sus honores (v. 1). Era el favorito del rey, jefe del ejército, valiente, rico y poderoso, pero era leproso. Cada persona tiene su *pero,* mayor o menor, pero el *pero* de este hombre era muy grande, pues eclipsaba todos sus bienes. Naamán era tan grande como el mundo puede hacer a un hombre, pero, como dice el obispo Hall, el más vil de los esclavos de Siria no habría cambiado su piel por la de él.

II. Las noticias que le llegaron del poder de Eliseo, por conducto de una esclava de su mujer (vv. 2, 3). Esta esclava era israelita de nacimiento, y fue llevada cautiva providencialmente a Siria, a la familia de Naamán, donde publicó la fama de Eliseo para honra de Israel y del Dios de Israel. La infortunada dispersión del pueblo de Dios ha resultado con frecuencia una feliz ocasión para difundir el conocimiento de Dios (Hch. 8:4). Esta esclava, como cuadra a una verdadera israelita, miró por el honor de su país y, aun cuando era muy joven cuando la llevaron cautiva, pudo dar testimonio del gran profeta que tenían en Israel. Como criada fiel, deseaba la salud completa de su amo. *Eliseo no había limpiado a ningún leproso en Israel* (Lc. 4:27); pero, aun así, esta esclava creyó que *podría, y querría,* curar a su amo aunque era sirio.

III. El rey de Siria, por el afecto que tenía a Naamán, envió una carta al rey de Israel rogándole que curara de la lepra a su amigo, lo cual fue una equivocación, pues no era al rey, sino al profeta a quien debía haberse dirigido. Notemos, con todo, las buenas cualidades que mostró Naamán en esta expedición. 1. No pidió que el profeta viniera a él, sino que marchó él en persona a verle, con lo que honró así el poder divino que Eliseo había recibido para curar enfermedades. 2. No marchó *de incógnito* o disfrazado, aunque su visita proclamaba su fea enfermedad, sino que viajó con toda pompa y con gran escolta, para

mejor honrar al profeta. 3. Tampoco viajó con las manos vacías, sino que tomó consigo oro, plata y vestidos como presentes para su médico. 4. No quiso ir sin recomendación, sino con una carta del rey su señor para el rey de Israel, ya que el propio rey de Siria le deseaba de todo corazón la salud.

IV. La alarma que con esto recibió el rey de Israel (v. 7). Como quien recibe malas noticias, se rasgó los vestidos, al ver en esta carta un insulto y un pretexto para hacerle la guerra. Joram habla aquí de una forma parecida a la de Jacob en Génesis 30:32, pero el rey de Israel no es tan considerado con el verdadero Dios, ni tan reflexivo como el gran patriarca de Israel, al hablar de este modo: *«¿Soy yo Dios, que mate y de vida, para que éste envíe a mí a que sane a un hombre de su lepra? Considerad ahora, y ved cómo busca ocasión contra mí».* Si hubiese tenido él consideración hacia Eliseo y al poder que Dios ejercía por medio de él, habría entendido la carta y habría obrado en consecuencia.

V. El ofrecimiento que hizo Eliseo de sus servicios. Enterado de que el rey de Israel se había rasgado los vestidos, envió a decirle que si su paciente venía a él, no perdería el viaje: *«Venga ahora a mí y sabrá que hay profeta en Israel»* (v. 8); un profeta que puede hacer lo que el rey de Israel no se atreve y lo que los profetas de Siria no pueden pretender hacer.

Versículos 9–14

Curación de la lepra de Naamán.

I. La breve y clara instrucción que el profeta le dio, con seguridad de éxito. Naamán, con toda su escolta, se paró a la puerta de Eliseo como un mendigo para pedir limosna. Esperaba que, a cambio, el profeta en persona saliera a recibirle, pero Eliseo le dio respuesta sin ningún cumplido, ni salió a recibirle, pues no quería que se quedara demasiado satisfecho con el honor que se le prestaba, sino que le envió a decirle por medio de un mensajero: *Ve y lávate siete veces en el Jordán* (v. 10). La promesa era segura: *Serás limpio.* El método no podía ser más sencillo: *Ve a lavarte en el Jordán.* Esto tenía por objeto ser una señal de la curación y una prueba para su obediencia. Los que quieran que Dios les ayude han de estar dispuestos a hacer lo que Dios manda.

II. Disgusto de Naamán por el método prescrito, pues no era esto lo que él esperaba. Dos cosas le disgustaron:

1. Que Eliseo, según a él le pareció, menospreciara su persona al darle órdenes mediante un criado, en lugar de venir él mismo a recibirle (v. 11). Creciéndose con la esperanza de la curación, se había imaginado cómo se llevaría a cabo ésta: «*Saldrá él luego*—es lo menos que puede hacer por mí, un gran personaje de Siria—a mí que con frecuencia he vencido a Israel, y *estando en pie invocará el nombre de Jehová su Dios,* me nombrará en su oración, y luego, *alzará su mano y tocará el lugar* de la lepra, y así se llevará a cabo la curación». Al no salir la cosa como él la había imaginado, se puso de mal genio. Parece como si le importara más recibir satisfacción para su honor que curación para su enfermedad.

2. Que Eliseo, según a él le pareció, menospreciara su país. Tomó a mal que le enviara a lavarse en el Jordán, un despreciable río de Israel, cuando *el Abaná y el Farpar* (o *Farfar*), *ríos de Damasco, eran mejores que todas las aguas de Israel* (v. 12). *¿No puedo yo lavarme en ellos y ser limpio?,* añadió. Sí, es cierto que podía lavarse en ellos y quedar limpio de suciedad, pero no curado de la lepra. El Jordán era el río prescrito y, si esperaba que el poder divino le curase, había de someterse a la voluntad divina, sin preguntar por qué ni cómo. Tal era el acaloramiento con que hablaba Naamán (como suelen hacer las personas apasionadas), que se retiró airado de la puerta del profeta, dispuesto a jurar que nunca jamás tendría que ver con Eliseo. Pero, entonces, ¿quién sería el perdedor?

III. El modesto y humilde consejo que le dieron sus criados de que observara las prescripciones del profeta, reprochándole tácitamente su resentimiento (v. 13): «*Si el profeta te mandara alguna cosa muy difícil,* como un largo y tedioso tratamiento médico, *¿no la harías?* Sin duda que la harías. ¿Y no te vas a someter a un método tan fácil como éste: *Lávate, y serás limpio?*» El reproche fue no sólo modesto y respetuoso, sino también prudente y de sentido común. Si los criados hubiesen añadido leña al fuego del resentimiento de su amo y le hubiesen propuesto vengar su querella con el profeta, ¡qué terribles podían haber sido las consecuencias! Pero ellos razonaron con él:

1. Basándose en el vehemente deseo que él tenía de curarse: *«¿No la harías?»* Nótese que cuando los pecadores llegan a este punto de contentarse con cualquier cosa, de someterse a cualquier cosa y de deshacerse de cualquier cosa, para curarse de su grave enfermedad espiritual, entonces, y no antes, comienza a haber para ellos esperanza de curación. Entonces recibirán a Cristo bajo las condiciones que Él les imponga, puesto que estarán dispuestos a recibir la salvación bajo cualquier condición.

2. Basándose en la facilidad del método prescrito: *«Lávate, y serás limpio»*. Nótese que los métodos prescritos para la curación de la lepra del pecado son tan sencillos y claros que no tenemos excusa alguna si no los observamos: *«Cree, y serás salvo»* (Hch. 16:31); *«Arrepentíos, y seréis perdonados»* (comp. Hch. 2:38), equivalentes a *«Lávate, y serás limpio»*.

IV. La curación es llevada a cabo mediante el uso del método prescrito (v. 14). Apaciguada la ira de Naamán con el prudente consejo de sus criados, y pensándolo mejor, se sometió al experimento *«y quedo limpio»*, con gran sorpresa y gozo por su parte.

Versículos 15–19

De los diez leprosos que nuestro Salvador limpió en una ocasión, *sólo uno regresó a dar gracias*, y precisamente era *samaritano* (Lc. 17:16). Así lo hizo también este sirio, y aquí expresa él su gratitud:

I. Convencido del poder del Dios de Israel y de que no sólo era Dios, sino que era el único verdadero Dios (v. 15)*: «Ahora conozco que no hay otro Dios en toda la tierra, sino en Israel»*. Si hubiese visto curarse a otros leprosos, quizás esta vista no le habría convencido, pero al haber experimentado en sí mismo el gran favor de la curación, esto le afectó más que el propio milagro. Los más capacitados para hablar del poder de la gracia divina son los que la han experimentado en sí mismos.

II. Agradecido al profeta Eliseo: «Por consiguiente, por amor del Dios a quien sirves, *te ruego que recibas un presente de tu siervo*, plata, oro, vestidos, todo cuanto te dignes aceptar». Pero Eliseo rehusó generosamente recibir honorarios por su obra, no porque no los necesitara, pues vivía en condiciones muy modestas, sino para no quedar obligado, como en deuda, a este sirio. Era mucho más honroso para Dios mostrar a este nuevo convertido que a los siervos del Dios de Israel se les había enseñado a considerar con santo desprecio las riquezas de este mundo, lo que le confirmaría en la conclusión de que *no había Dios sino en Israel* (v. 1 Co. 9:18; 2 Co. 11:9).

III. Hecho prosélito del culto al Dios de Israel. No sólo se dispone a ofrecer sacrificios a Jehová, en agradecimiento por la presente curación, sino que promete no ofrecer jamás sacrificio a otros dioses (v. 17). Esto fue un feliz resultado de la curación de su lepra pues quedó curado de su idolatría, que es una enfermedad mucho más peligrosa. Y: 1. Por una parte, llegó a excederse, pues no sólo estaba dispuesto a sacrificar únicamente en honor del Dios de Israel, sino que quiso llevar consigo tierra de Israel (la que podía ser cargada en un par de mulas) para ofrecer el sacrificio sobre ella. El que hace poco menospreciaba las aguas de Israel, ahora tenía en tanta estima la tierra de Israel, que pensaba que sólo sobre ella sería aceptable al Dios de Israel el sacrificio que él le ofreciese. Naamán (nota del traductor) creía, según la opinión corriente entre los paganos, que una divinidad era poderosa solamente en el territorio que la reconocía por tal; así que, fuera de Israel, Jehová sólo podía ser adorado sobre la tierra de Israel. 2. Por otra parte, se quedó corto al pensar que era libre para inclinarse en el templo de Rimón cuando el protocolo de la corte lo exigiese (v. 18). Sin duda que esto era pecaminoso para un verdadero adorador de Jehová, el único Dios de toda la tierra, como él mismo había confesado. Pero nótese la extraordinaria prudencia de Eliseo al responderle escuetamente *«Ve en paz»*, sin decirle «No lo hagas» ni «Lo puedes hacer». No se lo podía permitir abiertamente, pues era algo pecaminoso; pero si se lo hubiese prohibido de plano, habría puesto un grave tropiezo ante los pies de Naamán, un extranjero recién convertido, y troncado así innecesariamente una plantita recién brotada del suelo, puesto que lo que Naamán pedía era algo no *intrínsecamente* malo, sino en sus apariencias, que, por otro lado, ningún escándalo habrían de causar en el contexto en que se movía. (Todo esto es nota del traductor, pues el propio M. Henry no parece encontrar excusa alguna. Pero, entonces, ¿qué decir de la actitud de Eliseo? ¿Fue un acomodaticio? ¡Quede aquí esta nota para lección de los moralistas ultrapuritanos!)

Versículos 20–27

Eliseo, santo profeta, varón de Dios no tenía más que un criado el cual se muestra aquí en toda su vileza. Habría de esperarse que el criado de Eliseo fuese tan santo, al menos, como Abdías, el servidor de Acab, pero recordemos que el propio Señor Jesucristo tuvo un traidor entre sus Apóstoles.

I. Pecados de Guejazí. 1. El amor al dinero, raíz de todo mal, estaba en el fondo de su corazón y se manifestó bien en esta ocasión. Mientras su amo menospreció los tesoros de Naamán, él los codició (v. 20). Como dice el obispo Hall, su corazón estaba dentro de los cofres de Naamán y por eso corrió a recogerlo. 2. Reprochó a su amo el haber rechazado el presente de Naamán, y tener a mal su generosidad con este extranjero. 3. Cuando Naamán saltó de su carro para salir a su encuentro (v. 21), le contó deliberadamente una mentira, diciéndole que le había enviado su amo. 4. Dejó muy malparado a su amo ante Naamán, como si Eliseo se hubiese arrepentido de su generosidad. El cuento de los dos hijos de los profetas era tan falso como ridículo; si le hubiera pedido un pequeño recuerdo para dos jóvenes estudiantes, de seguro que con un talento de plata habría tenido más que suficiente. 5. Había el peligro de alejar a Naamán del propósito que había confesado de seguir la verdadera religión; al menos, de rebajar la buena opinión que había concebido de ella. 6. Al tratar de ocultar lo que injustamente había adquirido añadió mucha y grave maldad a su pecado: *Lo guardó en la casa* (v. 24) hasta tener la oportunidad de usarlo públicamente. Cuando su señor le dijo (v. 25): *¿De dónde vienes, Guejazí?*, él mintió y dijo: Tu *siervo no ha ido a ninguna parte.*

II. Castigo de estos pecados. Eliseo le pidió cuentas de inmediato.

1. Cómo quedó convicto. Pensó que podía engañar al profeta, pero pronto hubo de entender que el Espíritu de profecía no podía ser engañado y que era en vano tratar de mentirle al Espíritu Santo. Eliseo le pudo decir: (A) Lo que había hecho, aunque él lo negase: «Has dicho que no fuiste a ninguna parte, pero *¿no estaba allí también mi corazón?*» (v. 26); es decir, «mi conocimiento». (B). Lo que había pensado hacer, aunque lo guardaba en su pecho como un secreto. Pudo decirle los pensamientos y planes que tenía en su corazón, ahora que poseía dos talentos de plata, de comprarse tierras y ganado, a fin de dejar el servicio de Eliseo y establecerse por su cuenta. *¿Es tiempo de tomar plata, etc.?*, le pregunta Eliseo. Como si dijese: «¿Es ésta la oportunidad de enriquecerte? ¿No pudiste hallar otro medio de hacerte con dinero que traicionar a tu señor y poner un grave tropiezo delante de un recién convertido?»

2. Cómo fue castigado por ello: *La lepra de Naamán se te pegará a ti* (v. 27). *Y salió de su presencia leproso, blanco como la nieve.* Así queda marcado con el estigma de la infamia, llevándose esta marca por dondequiera que vaya. ¿De qué le aprovechó a Guejazí haber ganado dos talentos de plata, cuando por ello perdió su salud, su honor, su paz y, si no se arrepintió a tiempo, su alma para siempre? (v. Job 20:12 y ss.). Por otra parte, al quedar todo él «blanco como la nieve», esto no le privaba del contacto con el público, conforme a Levítico 13:13 (v. 8:4 y ss.)

CAPÍTULO 6

I. Continúan los portentos obrados por Eliseo. 1. Hace nadar el hierro (vv. 1–7). 2. Descubre al rey de Israel los planes secretos del rey de Siria (vv. 8–12). 3. Se salva de las manos de los que iban a prenderle (vv. 13–23). II. El sitio de Samaria por los sirios y el gran aprieto en que se vio la ciudad (vv. 24–33).

Versículos 1–7

I. Con respecto a los hijos de los profetas. El colegio de que aquí se habla parece ser el de Guilgal, que estaba cerca del Jordán; es muy probable que, dondequiera residiera Eliseo, acudiesen a él muchos «hijos de los profetas», jóvenes que querían sacar provecho de sus instrucciones, consejos y oraciones. Eran muchos los que deseaban vivir con él y estar cerca de él.

1. Su número aumentaba de tal forma que pronto les faltó espacio (v. 1): *El lugar en que moramos contigo nos es estrecho*. Era una dicha oír esto, porque era señal de que eran muchos los que se les añadían. Sin duda que los milagros de Eliseo atraían a muchos.

2. Eran jóvenes humildes. Bien les cae a los hijos de los profetas, que profesan tener la mira puesta en las cosas del mundo venidero, contentarse con las cosas indispensables de éste.

3. Eran pobres. La pobreza no es un impedimento para la profecía.

4. Eran trabajadores y dispuestos a la fatiga. Nadie piense que un empleo honesto es una carga o un rebajamiento.

5. Tenían en gran estima y veneración a Eliseo. (A) No querían ir a trabajar fuera sin que él les acompañase (v. 2). (B) Especialmente, no querían ir sin él a recoger madera (v. 3): *Te rogamos que vengas con tus siervos.* Los buenos discípulos desean estar siempre bajo buena disciplina.

6. Eran personas honradas y preocupadas por dar a cada uno lo suyo. Uno de ellos, al caérsele al agua el hierro del hacha con que cortaba la leña, gritó angustiado: *¡Ah, señor mío, era prestado!* (v. 5). Parece ser que este profeta era pobre en extremo y no le llegaba para pagar por un hacha, por lo que su pérdida le ponía en grave apuro.

II. Con respecto al padre de los profetas Eliseo. 1. Era hombre de gran condescendencia y compasión; fue al bosque con los hijos de los profetas, ya que ellos deseaban su compañía (v. 3). 2. Era hombre de gran poder, pues pudo hacer nadar el hierro a pesar de la densidad de éste, cuyo peso específico es casi ocho veces mayor que el del agua (v. 6). De manera semejante puede la gracia de Dios levantar el corazón de piedra o de hierro que se ha hundido en el fango de este mundo y elevar hacia las cosas de arriba los sentimientos y las aficiones que son naturalmente terrestres.

Versículos 8–12

Eliseo sirve al rey con su espíritu de profecía, como anteriormente había ayudado a los hijos de los profetas.

II. Cómo se informó el rey de Israel, por medio de Eliseo, de todos los planes de su enemigo el rey de Siria (vv. 8–10). 1. Los enemigos del Israel de Dios son astutos en su política e infatigables en sus intentos de hacerle daño. 2. Todos estos intentos y planes, aun los más secretamente urdidos, son conocidos de Dios. No sólo sabe Dios lo que los hombres hacen, sino también lo que intentan hacer; y tiene muchos medios para contrarrestarlos. 3. Nos es de gran ventaja que se nos avise de los peligros que nos amenazan, para que estemos sobre aviso contra ellos. Es oficio de los profetas avisarnos. El rey de Israel estaba dispuesto a prestar atención a los avisos que Eliseo le daba del peligro que le acechaba de parte de los sirios, pero no prestaba atención a los avisos que le daba del peligro que le acechaba de parte de sus pecados.

II. Cómo se resintió de esto el rey de Siria. Sospechó alguna traición por parte de sus senadores y pensaba que alguien descubría sus proyectos al enemigo (v. 11). Pero uno de sus servidores, que estaría enterado, por Naamán y por otros, de las portentosas obras de Eliseo, concluye que tiene que ser él quien le hace saber las cosas al rey de Israel (v. 12).

Versículos 13–23

I. El gran ejército que envió el rey de Siria para prender a Eliseo. Después de averiguar dónde se hallaba, en Dotán (v. 13), no lejos de Samaria, envió allá un gran ejército para que cayesen sobre él de noche y le trajesen vivo o muerto (v. 14). Así esperaba estar seguro de hacerse con él, especialmente cayendo sobre él por sorpresa.

II. El tremendo susto que se llevó el siervo del profeta cuando vio la ciudad rodeada por los sirios, y el medio efectivo que usó Eliseo para apaciguarle y librarle de sus temores.

1. Grande era la consternación del criado. Corrió hacia Eliseo y le dijo, todo apurado (v. 15): *¡Ah, señor mío!, ¿qué haremos?* Como si dijese: «¡Estamos perdidos! No podemos luchar ni huir; así que

vamos a caer en manos de ellos». Si él hubiese considerado que iba embarcado con su amo, por medio del cual había obrado Dios tantos portentos, y al que no iba a dejar ahora caer en manos de aquellos incircuncisos no se habría sentido tan desesperado. Si sólo hubiese dicho: «¿Qué haré?», habría tenido alguna excusa.

2. Grande fue la tranquilidad que le prestó Eliseo: (A) Con su palabra. Lo que en esta ocasión le dijo es como dicho a todos los fieles siervos de Dios cuando están asediados de luchas por fuera y de temores por dentro: *«No tengas miedo,* no tiembles ni te desconciertes, *porque más son los que están con nosotros,* para protegernos, *que los que están con ellos,* para destruirnos» (v. 16). Efectivamente tenían a su favor un ejército de ángeles, inefablemente superior en número y calidad al de los sirios, y un Dios infinitamente poderoso. Cuando nuestra imaginación agranda el volumen de los peligros que nos amenazan, debemos pararnos a reflexionar unos momentos para traer a la memoria la grandeza de Dios que es nuestro Padre: *«Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?»* (Ro. 8:31). (B) Con su oración (v. 17). (a) Parece ser que Eliseo tenía interés en que este nuevo criado, recién venido a su servicio, quedase satisfecho y apaciguado. (b) Él se vio a sí mismo a seguro y deseó ardientemente que su criado viese lo que él estaba viendo: el ejército de ángeles que les protegían. (c) Para ello, bastaba con que Dios le abriese espiritualmente los ojos al criado, y lo obtuvo con su oración. Con los ojos del cuerpo, sólo veía el peligro; pero con los ojos de la fe podía ver el remedio. Cuando se nos abren los ojos, se acallan nuestros temores. En la oscuridad somos propensos a tener miedo. Cuanto más clara sea la visión que tengamos de la soberanía y del poder del Cielo, tanto menor será nuestro temor de las calamidades de esta tierra.

III. La vergonzosa derrota que infligió Eliseo a las huestes sirias que venían a prenderle.

1. Oró a Dios que los hiriese con ceguera y los hirió inmediatamente *conforme a la petición de Eliseo* (v. 18); no de forma que quedasen completamente sin vista, sino con la visión alterada de tal forma que su mente quedó confusa y aturdida, de manera que no podían reconocer a las personas ni los lugares. Ésta es la idea que entraña el vocablo «ceguera» en este lugar (dicho término sólo ocurre dos veces en toda la Biblia: aquí y en Gn. 19:11). Tan confusos estaban que no se daban cuenta de que aquel lugar era Dotán ni de que la persona aquella era Eliseo, sino que andaban como a tientas a plena luz del mediodía como si fuera de noche.

2. Cuando se hallaban tan confusos, *los guió a Samaria* (v. 19) prometiéndoles que les mostraría al hombre a quien buscaban, y así lo hizo. No les mintió al decirles: *«No es éste el camino, ni es ésta la ciudad»,* puesto que cuando les dijo esta palabras ya estaban fuera de la ciudad.

3. Después de conducirles hasta Samaria, oró a Dios que les abriera los ojos para que se dieran cuenta del lugar en que estaban (v. 20), y, para gran terror de ellos, ¡estaban en medio de la ciudad de Samaria! Y es muy probable que les estuviese esperando un gran ejército para cortarles la retirada o para hacerlos prisioneros de guerra.

4. Cuando los tuvo a su merced, dio a entender que era impulsado por la bondad divina no menos que por el poder divino, pues:

(A) Los protegió del peligro en que él mismo los había metido y se contentó con mostrarles lo que podía haber hecho con ellos. Ansioso por matarles, preguntó por dos veces el rey: *«¿Heriré, heriré, padre mío?»* (v. 21, lit.); pero el profeta no le dejó meterse con ellos; habían sido llevados allá, no para ser ejecutados, sino para ser avergonzados y convictos (v. 22). No eran prisioneros del rey, sino de Dios y del profeta, y por consiguiente, no tenía por qué hacerles ningún daño.

(B) Pero no se contentó con protegerles de la ejecución, sino que ordenó que se les preparase un opíparo banquete, conforme indica el término *kera,* única vez que sale en toda la Biblia y que se les despidiese después en paz; así lo hizo el rey (v. 23). (a) Es de alabar en el rey el que fuese tan obsequioso con el profeta, contra su costumbre e incluso, al parecer, contra sus intereses (comp. 1 S. 24:19). Tan dispuesto se sentía a complacer al profeta, que les preparó ese gran banquete, para prestigio de la corte, del país y de Eliseo. (b) Es de alabar también en el profeta el que fuese tan generoso con sus enemigos. El gran deber de amar a los enemigos y de hacer el bien a los que nos odian estaba ya mandado en el Antiguo Testamento: *«Si el que te aborrece tiene hambre, dale de comer, etc.»* (Pr. 25:21, 22. V. también Éx. 23:4, 5), y así lo practicó aquí Eliseo.

IV. El buen efecto que esto hizo, de momento, en los sirios: *«Nunca más entraron bandas armadas* (es decir, de merodeadores) *de Siria en la tierra de Israel»* (v. 23). La más gloriosa victoria que se puede obtener sobre un enemigo es convertirlo en amigo.

Versículos 24–33

La última parte de este capítulo nos refiere una historia nueva y muy diferente de la anterior.

I. El asedio que el rey de Siria puso a Samaria. Los sirios olvidaron muy pronto la gentileza con que habían sido tratados recientemente en Samaria y, sin mediar provocación alguna por parte de los israelitas, trataron de destruirla (v. 24). Para no hallar contradicción alguna con el v. 23, nótese que allí se habla de *«bandas de merodeadores»,* mientras que ahora es el ejército regular en pleno el que viene a poner sitio a la capital. Por el v. 25 vemos que, *a consecuencia de aquel sitio,* la carestía de lo más indispensable cobró tales proporciones en la capital que la cabeza de un asno, animal inmundo, llegó a venderse por *ochenta siclos de plata,* que es aproximadamente un kilogramo, y una pequeña cantidad (unos 300 gramos) de grano tosco de una planta llamada entonces «excremento de paloma», *por cinco siclos* (unos 55 gramos). ¡De qué poco sirve el dinero, puesto que, en tiempo de hambre, tan de buena gana se gasta por cualquier cosa que sirva para comer! Es probable que el hambre reciente que había atacado al país fuese la causa de que los graneros y almacenes estuviesen ahora vacíos, de forma que, cuando la espada siria comenzó a devorar desde fuera, el hambre empezó a consumir desde dentro, pues el plan de los sirios no era destruir la ciudad a cuchillo, sino por inanición.

II. La triste queja que una pobre mujer presentó ante el rey, al verse en situación desesperada. *Pasaba el rey por el muro,* quizá para dar órdenes a la guardia, cuando le gritó una mujer de la ciudad: *«Salva, rey señor mío»* (v. 26). Él le devolvió una melancólica respuesta: *Si no te salva Jehová, ¿de dónde te puedo salvar yo?* (v. 27). Algunos piensan que fue una respuesta áspera, de irritación. Otros opinan que le habló así para calmarla, como si dijese: «Esperemos que Dios nos saque del apuro, pues yo no te puedo salvar». Se lamenta de que el granero y el lagar estén vacíos, y aunque se siente impotente para ayudarla, está presto a escucharla, pues le pregunta (v. 28): *«¿Qué tienes?»;* es decir, «¿qué te pasa?; ¿es tu caso peor que el de tus vecinas?» Efectivamente lo era, pues ella y otra vecina suya habían llegado a un bárbaro acuerdo al acabárseles todas las provisiones, habían decidido que cocerían y se comerían primero su hijo, y luego el de la otra (v. 29). El suyo ya se lo habían comido, pero la otra escondió el suyo.

III. Al oír el caso, el rey se indignó contra Eliseo. Lamentándose de la tragedia, *rasgó sus vestidos,* y se pudo ver la túnica de saco (llamada «cilicio» en nuestras versiones Reina-Valera) que llevaba debajo, enseñar de solidaridad con la situación de su pueblo. Pero no se lamentó de sus propias iniquidades, como debía, ni de las iniquidades de su pueblo. En lugar de prometer el derribo de los becerros de oro de Dan y de Betel, jura *dar muerte a Eliseo* (v. 31). ¿Por qué? ¿Qué culpa tenía Eliseo del hambre? Su cabeza era la más inocente y la más valiosa de todo Israel. Así pasó también en tiempo de la persecución de los cristianos a manos de los emperadores romanos: siempre que el imperio gemía bajo alguna calamidad extraordinaria, echaban la culpa a los cristianos y los sentenciaban a muerte: *«Christianos ad leones»* = «¡Los cristianos a los leones!»

IV. El presentimiento profético que tuvo Eliseo del plan que el rey tramaba contra él (v. 32). Se sentó en su casa con toda calma, y con él estaban sentados los ancianos, a los que dijo que estaba viniendo un emisario del rey para cortarle la cabeza y que le impidieran la entrada. La última frase de este versículo 32 suele interpretarse de varias maneras: M. Henry (nota del traductor) da por seguro que el rey venía detrás del emisario para suspender la orden de ejecución de Eliseo, pero esta opinión carece de fundamento en el texto sagrado. La única explicación posible es que el rey, en su extrema indignación, viniese en persona contra Eliseo, pero se detuviese al verle rodeado de los ancianos; en lugar de matar a Eliseo, se queja de que ha resultado vana la esperanza en Jehová (v. 33), cuya ayuda le habría prometido de antemano Eliseo (bajo condición de arrepentimiento, que el rey ya creía cumplido por los signos exteriores que ofrecía: vestido de saco, etc.). Por eso, agrega:«¿Para *qué he de esperar más en Jehová?* ¡Me voy a rendir a los sirios!»

CAPÍTULO 7

Viene ahora el tan deseado alivio. I. Lo predice Eliseo, pero se ve privado de disfrutarlo un incrédulo asistente del rey (vv. 1, 2). II. Se consigue: 1. Mediante un inexplicable susto que dio Dios a los sirios (v. 6), haciéndoles retirarse precipitadamente (v. 7). 2. Por el oportuno descubrimiento del suceso, como pudieron verificarlo cuatro leprosos (vv. 3–5), quienes llevaron la noticia a conocimiento del rey (vv. 8–11). 3. Mediante la cautelosa investigación que de la verdad del hecho emprendió el rey (vv. 12–15). III. El acontecimiento respondió a la predicción, tanto por la súbita abundancia (v. 16), como por la muerte del ayudante incrédulo (vv. 17–20).

Versículos 1–2

I. Eliseo predice que en el plazo de veinticuatro horas tendrán abundancia (v. 1). El rey de Israel desesperaba de la ayuda y se cansaba de esperar pero Eliseo le hizo la predicción cuando habían llegado al último extremo. 1. La situación extrema del hombre es la ocasión suprema de Dios para engrandecer su poder omnímodo; el tiempo de aparecerse a su pueblo es: *«Cuando ve que su fuerza se agotó»* (Dt. 32:36). El rey había dicho: *«¿Para qué he de esperar más en Jehová?» «¡Bien!*—responde Eliseo—. *Oíd la palabra de Jehová* escuchad lo que dice: Mañana a estas horas se venderá el grano a su precio corriente en la puerta de Samaria». 2. La consecuencia había de ser gran abundancia. Que ello se realizase a la larga, era fácil de predecir; pero que en un plazo tan corto se hubiese de vender tan barato el grano, estaba fuera de toda imaginación.

II. Uno de los nobles de Israel que estaba presente declaró que no creía en tal predicción (v. 2). Era un cortesano especialmente favorito del rey *(«sobre cuyo brazo el rey se apoyaba»*—comp. con 5:18).

III. La justa sentencia que recibió por su incredulidad, pues le fue predicho que vería la abundancia para que se convenciese, pero que no disfrutaría de ella.

Versículos 3–11

I. Levantamiento del sitio de Samaria al filo de la noche (vv. 6, 7) no por fuerza ni poder, sino por el Espíritu de Jehová de las huestes, quien infundió pánico en el ánimo de los sitiadores. Ni una sola espada fue desenvainada contra ellos, sino que: 1. *Jehová había hecho que en el campamento de los sirios se oyese estruendo de carros, ruido de caballos y estrépito de gran ejército* (v. 6). Los sirios que sitiaron a Dotán sufrieron una distorsión de la *vista* (6:18). Estos otros, del *oído.* No sabemos si confundieron el sonido de alguna otra cosa o si fue pura ilusión acústica, causada directamente por Dios. Las sensaciones procedentes del mundo invisible, o son estupendamente confortadoras o tremendamente espantosas, según que los hombres estén en paz con Dios o en guerra con Él. 2. Al oír este ruido, dedujeron que el rey de Israel había alquilado contra ellos *a los reyes de los heteos y a los reyes de los egipcios.* 3. En consecuencia, todos ellos huyeron con increíble precipitación para salvar la vida, y dejaron el campamento como estaba, sin preocuparse siquiera de llevarse los caballos, los cuales les habrían ayudado a acelerar la huida (v. 7). Quienes no temen a Dios, Él puede hacer que lleguen a temblar por el sacudido de una hoja.

II. Cómo fue descubierta por cuatro leprosos esta huida de los sirios. Samaria había quedado libre, pero no estaba enterada de ello. Los centinelas sobre los muros no se habían percatado de la retirada del enemigo, tan calladamente se habían escapado. Pero la Providencia usó cuatro leprosos como noticieros. Se alojaban fuera de la puerta, como excluidos de la comunidad por estar ceremonialmente inmundos. Una tradición rabínica asegura que eran Guejazí y sus tres hijos.

1. Vemos cómo razonaron entre ellos estos leprosos para decidirse a hacer una visita nocturna al campamento de los sirios (vv. 3, 4). Estaban próximos a perecer de hambre; nadie salía a traerles alguna provisión. Así que resolvieron pasarse al enemigo y ponerse a merced de los sitiadores; quizá les perdonarían la vida, compadecidos de su miserable condición. Fueron, pues, al comienzo de la noche al

campamento de los sirios y, para gran sorpresa suya, lo hallaron completamente abandonado, sin que se viera ni se oyera a un solo hombre (v. 5).

2. Vemos cómo razonaron entre ellos para decidirse a llevar las noticias a la ciudad. Banquetearon en la primera tienda donde cayeron (v. 8) y comenzaron a pensar en enriquecerse con el botín; pero se percataron de pronto de que *no estaban haciendo bien* (v. 9). No difundir las buenas nuevas entre la comunidad a la que pertenecían era pecado, de cuyo castigo no habían de escapar. Resolvieron, pues, volver a las puertas y gritar a los centinelas para declararles lo que habían descubierto (v. 10), quienes de inmediato lo pusieron en conocimiento de la corte (v. 11). La noticia no fue menos de aceptar por venir de noche, pues era como recobrar vida después de la muerte ni por llegar de mano de leprosos, quienes nos han dejado una lección de Misionología.

Versículos 12–20

I. El rey abrigaba temores de que se tratase de una estratagema de los sirios (v. 12). ¿No se habrían retirado para emboscarse y provocar así una salida de los sitiados para caer sobre ellos más fácilmente?

II. Medidas que tomó para impedir el caer en una trampa. Envió unos exploradores para ver qué había sido de los sirios y hallaron que de cierto habían huido todos, tanto jefes como soldados. Lo comprobaron por los vestidos que, para quedar expeditos en su huida, habían arrojado los sirios por el camino (v. 15). El que aconsejó esta exploración era bien consciente de la deplorable situación en que se hallaba la gente (v. 13), pues creyó suficiente con enviar cinco jinetes, pero parece ser que resultó demasiado optimista, pues sólo hallaron, por lo que se ve (v. 14), *dos caballos de un carro.*

III. La abundancia de que disfrutó Samaria por el botín tomado del campamento de los sirios (v. 16). Dios determinó que el sitio de Samaria, que estaba destinado a la ruina de la ciudad, se volviese en gran provecho, y que Israel se enriqueciera ahora con los despojos de los sirios, como antaño con los de los egipcios. La predicción de Eliseo se cumplió al pie de la letra: *Una medida de flor de harina se vendió por un siclo.* Los que despojaron el campamento tuvieron, así, no sólo para abastecerse bien de todo, sino también para vender lo que les sobró, a un precio asequible para cualquier comprador, con beneficio de otros. Así, hasta *las que se quedaban en casa repartían los despojos* (Sal. 68:12. Comp. con Is. 33:23).

IV. Muerte del cortesano incrédulo, que puso en duda la palabra de Eliseo. Este hombre: 1. Fue comisionado por el rey para vigilar la puerta (v. 17), mantener la paz y hacer que se guardase el orden y no se provocasen tumultos ni confusiones en el reparto del botín. 2. Pero fue atropellado de muerte por la gente en la misma puerta, ya fuese por accidente, al acudir en tromba las turbas al pillaje, o de intento, por haber abusado de su poder (lo cual es menos probable) en todo caso, lo importante es que la profecía de Eliseo se cumplió en todos sus detalles. El profeta quedó rehabilitado y Dios glorificado. Hubo abundancia de grano sin que *Jehová hiciese ventanas en et cielo,* como había dicho en son de burla el incrédulo (v. 2). Así vio su propia necedad por haber prescrito a Dios lo que debía hacer, sin poder comer de aquella abundancia que contemplaron sus ojos. En los vv. 18–20 se compara el hecho con la predicción, a fin de que tomemos buena nota de ellos y aprendamos: (A) Cuán profundamente se resiente Dios de nuestra desconfianza en Él, en su poder, en su providencia y en sus promesas. (B) Cuán inciertos son la vida misma y los goces que aquí podamos procurarnos. El honor y el poder son incapaces de poner al hombre a salvo de una muerte repentina y carente de gloria. Aquel en quien el rey apoyaba su brazo, murió por la fuerza con que la gente le apoyo los pies.

CAPÍTULO 8

Los episodios registrados en este capítulo nos obligan a volver la vista atrás. I. Ya leímos acerca de la sunamita que se comportó generosamente con Eliseo; ahora vemos qué beneficio le reportó ello, tanto por el consejo que le dio Eliseo, como por la benevolencia que le mostró el rey en atención a Eliseo (vv. 1–6). II. Ya leímos de la designación de Hazael como rey de Siria (1 R. 19:15), ahora tenemos un relato de su elevación al trono mediante el asesinato de su antecesor y señor (vv. 7–15). III. Leímos antes sobre el

reinado de Joram en Judá como sucesor de su padre Josafat (1 R. 22:50). Aquí se nos ofrece una breve y triste historia de su corto y perverso reinado (vv. 16–24) y del comienzo del reinado de su hijo Ocozías (vv. 25–29).

Versículos 1–6

I. La maldad de Israel fue castigada con larga y terrible hambre, uno de los fuertes castigos de Dios con los que con frecuencia amenaza su ley. El hambre de Samaria se alivió pronto con el levantamiento del asedio; pero ni el castigo ni el favor de Dios hicieron en el pueblo el debido impacto. Si los castigos menores no inducen a los hombres al arrepentimiento, Dios enviará otros mayores y más largos. Esta hambre continuó por siete años, otra vez igual que la del tiempo de Elías; pues, cuando los hombres se endurecen más y más, Dios también calienta más y más el horno de sus juicios.

II. La bondad que la sunamita había mostrado a Eliseo se ve ahora recompensada por el interés que él se toma ahora por ella en esta época de hambre severa. 1. Ya le pasó aviso del hambre inminente (v. 1) a fin de que proveyese para sí convenientemente, y le aconsejó que se marchara a otro país, pues hallaría abundancia en cualquier otra nación que no fuese Israel. 2. La Providencia le deparó alojamiento cómodo *en tierra de los filisteos* (v. 2), quienes, aunque sometidos por David, no habían sido completamente derrotados. Parece ser que el hambre fue exclusiva de Israel, mientras que las naciones limítrofes tenían abundancia al mismo tiempo, lo cual mostraba palmariamente la acción directa de la mano de Dios en el castigo.

II. Petición que hizo al rey a su regreso, al aprovechar el momento oportuno de la cesación del hambre. 1. Cuando pasó el hambre, *volvió de la tierra de los filisteos* (v. 3). 2. Al volver vio su casa y su hacienda enajenadas, ya fuese por confiscación oficial o por usurpación de los vecinos. 3. Apeló al rey para que le devolvieran lo suyo. 4. Se halló con que el rey estaba hablando con Guejazí acerca de los milagros de Eliseo (v. 4). Ya vimos que el caso de Guejazí no era tal que le privase de comunicación con los demás. 5. Esta feliz coincidencia favoreció tanto a la narración de Guejazí como a la petición de ella. (A) Hizo que el rey estuviese dispuesto a creer lo de los milagros de Eliseo, al verlo confirmado en un testigo de mayor excepción (v. 5): *«Ésta es la mujer, y éste es su hijo, al cual Eliseo resucitó»*. (B) También le predispuso a conceder a la mujer lo que ella demandaba, ya que ¿quién no estaría dispuesto a conceder un favor a una persona a la que tanto había favorecido el Cielo, y a proveer el sostén para una vida que había sido dada y recobrada mediante milagros? En consideración a esto, dio orden el rey de que se les restituyese la hacienda, así como los intereses que durante los siete años hubiese producido. Los que están en autoridad, no sólo deben procurar no hacer el mal ellos mismos, sino también mantener el derecho de quienes han sido de algún modo perjudicados.

Versículos 7–15

I. Podemos preguntarnos qué es lo que trajo a Eliseo a Damasco, la principal ciudad de Siria. Quizá fue a girar una visita a su convertido Naamán y a robustecerle en los principios de la verdadera religión, lo cual era más urgente ahora, puesto que, al parecer, el alto puesto de Naamán era ocupado por Hazael; también es posible que él mismo hubiese renunciado al cargo, para no verse comprometido a inclinarse con el rey en el templo de Rimón. Otros opinan que Eliseo fue a Damasco con ocasión del hambre que azotaba al país; pero lo más probable es que fuese a cumplir la orden dada a Elías de *ungir a Hazael por rey* (1 R. 19:15).

II. Podemos observar que Ben-adad un rey grande, rico y poderoso, estaba enfermo. Ni el honor, ni la riqueza, ni el poder pueden inmunizar a los hombres contra las comunes enfermedades y calamidades de la vida terrenal; los palacios y los tronos están abiertos a la enfermedad y a la muerte tanto como lo están las más humildes cabañas de los pobres.

III. Nos causará sorpresa ver que el rey de Siria, en su enfermedad, busca un oráculo por medio de Eliseo.

1. Pronto le comunicaron que *el varón de Dios,* conforme se le llamaba incluso en Siria desde que había curado a Naamán, había venido a Damasco (v. 7). «¡Nunca tan oportuno!», dice Ben-adad. *«Ve y consulta por él a Jehová»*. Cuando tenía salud, se inclinaba en el templo de Rimón, pero ahora que está enfermo desconfía de su ídolo y envía a consultar al Dios de Israel. Esto es más de notar cuanto que: (A) No hacía mucho que un rey de Israel, al estar enfermo, había enviado a consultar al dios de Ecrón (1:2), como si no hubiese habido Dios en Israel. (B) Tampoco hacía mucho que este Ben-adad había enviado un gran ejército para prender a Eliseo como a su mayor enemigo (6:14), y ahora buscaba su oráculo honrándole como a profeta.

2. Para mejor honrar al profeta: (A) Envía a su más alto dignatario para que vaya *a él,* no *por él,* como si, al igual que el centurión del Evangelio, se sintiese indigno de que el varón de Dios viniese a estar bajo su techo. (B) Le envía un magnífico presente, *de entre los bienes de Damasco* (v. 9), tanto como para cargar cuarenta camellos, le ruega que lo acepte y le dice que será bienvenido en Damasco. Es probable que Eliseo lo aceptara, aunque había rechazado el de Naamán. (C) Ordena a Hazael que le lleve el presente de parte de su *hijo Ben-adad,* conforme al uso de Israel, donde se llamaba «padres» a los profetas. (D) Todavía le otorga mayor honor al considerarle confidente de los secretos del Cielo, pues le pregunta: *¿Sanaré de esta enfermedad?*

IV. Especialmente notable es lo que pasó entre Hazael (mejor Jazael) y Eliseo.

1. Eliseo respondió a la consulta del rey y le dice que podría recuperarse, al no ser de muerte la enfermedad, pero que moriría por otra causa (v. 10), no de muerte natural, sino violenta.

2. Luego le miró Eliseo fijamente a la cara, hasta hacerle ponerse encarnado de rubor, y rompió a llorar (v. 11).

3. Cuando le preguntó Hazael por qué lloraba, Eliseo contestó y dijo que preveía los grandes males que Hazael iba a hacer a los hijos de Israel (v. 12). Lloró Eliseo al ver de qué mala forma eran tratados siempre los israelitas. Véase cuántos males ocasiona la guerra, y cuán mayores males ocasiona el pecado, y en qué grado ha degenerado la naturaleza humana a causa de la caída original, hasta despojarse de toda humanidad.

4. Hazael quedó grandemente sorprendido ante esta predicción (v. 13): *«¿Qué es tu siervo, un perro, para hacer tamaña cosa?»* (lit.). Considera el crimen que Eliseo le predice: (A) Como una cosa demasiado grande para él, que no es una cabeza coronada, sino como un «perro» (vocablo corriente para expresar humildad). (B) Como una cosa demasiado bárbara, que sólo puede cometerla quien haya perdido todo sentido del honor y de la virtud. Entra dentro de lo posible el que el malvado, bajo súbita convicción de la conciencia exprese gran aborrecimiento de un pecado, aun cuando después lo cometa sin ningún escrúpulo.

5. A la pregunta de Hazael, Eliseo se limitó a responder: *«Jehová me ha mostrado que tú serás el rey de Siria»,* entonces tendría poder para hacer las cosas que Eliseo le había predicho, y también la maldad suficiente para llevarlas a cabo.

V. Crimen que cometió Hazael en la persona de su señor. 1. Engañó vilmente al rey, al citar malamente y a medias la respuesta de Eliseo: *«Me dijo que seguramente sanarás»* (v. 14). Esto fue juntamente una injuria al rey, quien así perdió el beneficio de prepararse para morir, así como a Eliseo, que a cuenta de esto podría ser tenido por falso profeta. 2. Asesinó bárbaramente al rey, e hizo así buena la palabra de Eliseo (v. 15, comp. con v. 10). Mojó un paño y se lo puso a Ben-adad en el rostro. El texto no dice más; por lo que discuten los autores si realmente lo sofocó con este paño o si murió a consecuencia de pulmonía o apoplejía; fuese como fuese, Hazael fue, directa o indirectamente, el regicida; del que menos podía el rey sospechar, al ser su confidente.

Versículos 16–24

Breve relato de la vida y del reinado de Joram, uno de los peores reyes de Judá, al ser hijo y sucesor de Josafat, que fue uno de los mejores. A veces, es castigada justamente una nación con la calamidad de un mal reinado por no haberse aprovechado de las bendiciones que les había proporcionado un buen reinado. En cuanto a Joram:

I. Idea general que se nos da aquí de su perversidad (v. 18): *«Anduvo en el camino de los reyes de Israel, como hizo la casa de Acab».* Nada peor pudo hacer Joram que escoger por modelo de su conducta a la casa de Acab, más bien que a la casa de su padre Josafat. Esto ocasionó su ruina.

II. La ocasión de su perversidad. Su padre era buena persona y no cabe duda de que se interesó por la sana educación de su hijo en el buen conocimiento de Jehová, pero: 1. Hizo muy mal en casarlo con la hija de Acab. Los que se juntan mal, ya están medio arruinados. 2. No hizo bien en asociarlo al trono (v. 16): *«siendo Josafat rey de Judá, comenzó a reinar»;* con ello no hizo sino fomentar su orgullo. Josafat había hecho ya virrey a su hijo cuando fue con Acab a Ramot de Galaad, por lo que el año diecisiete de Josafat (1 R. 22:51) es computado como el segundo de Joram (2 R. 1:17), pero después, en el año veintidós de su reinado, le asoció definitivamente en el gobierno. Suele resultar dañoso para los jóvenes llegar antes de tiempo al disfrute de su cargo o de su hacienda. Incluso Samuel no ganó nada con hacer jueces a sus hijos.

III. Los castigos que la Providencia le impuso por su maldad. 1. Se sublevaron los edomitas, quienes habían estado bajo el gobierno de lo reyes de Judá desde el tiempo de David (unos 150 años): *«se rebeló Edom»* (v. 20). Intentó someterlos y, por cierto, los derrotó (v. 21), pero consiguieron librarse del dominio de Judá (v. 22) y fueron después enemigos acérrimos de Judá como vemos por la profecía de Abdías y el Salmo 137:7. 2. También se sublevó Libná (v. 22), ciudad de Judá, en el corazón del país, y ciudad sacerdotal. Los habitantes de esta ciudad se sacudieron el yugo de Judá, *«por cuanto él había dejado a Jehová el Dios de sus padres»* y quería forzar a sus súbditos a hacer otro tanto (2 Cr. 21:10, 11). Quisieron ser independientes precisamente para preservar la verdadera religión. 3. Su reinado fue breve. Dios lo cortó en la flor de la vida, a los cuarenta años de edad y después de un reinado de ocho años (sin contar sus años de corregencia).

IV. La misericordia de Jehová al preservar de la destrucción al reino de Judá y la casa de David, a pesar de las apostasías y calamidades del reinado de Joram (v. 19): *«Con todo eso, Jehová no quiso destruir a Judá, por amor a David su siervo».*

V. La conclusión de este reinado impío y sin gloria (vv. 23, 24). Nada peculiar se nos dice de él; pero se nos dice (2 Cr. 21:19, 20) que *«los intestinos se le salieron por la enfermedad, muriendo en medio de terribles dolores», y «sin que nadie lo llorara».*

Versículos 25–29

Así como entre las personas corrientes hay algunas que llamamos *pequeñas*—no se las mira, ni se las considera, ni se las estima—, así también entre los reyes hay algunos a quienes, en comparación con otros, podemos llamar *pequeños.* De éstos fue Ocozías; muy poca cosa en el curso de la Historia y muy vil en el registro de Dios a causa de su perversidad. Josafat y Acab tuvieron en sus respectivas familias los mismos nombres al mismo tiempo, con lo que trataban de cumplimentarse el uno al otro. Acab tuvo dos hijos Ocozías y Joram, quienes reinaron por este orden; Josafat tuvo un hijo y un nieto que se llamaron Joram y Ocozías, respectivamente, quienes reinaron igualmente por este orden. El Ocozías de Israel había reinado solamente dos años; el de Judá reinó solamente un año. Se nos dice aquí que el parentesco de Ocozías de Judá con la familia de Acab fue la ocasión: 1. De su maldad (v. 27): *Anduvo en el camino de la casa de Acab,* de esa familia idólatra y sanguinaria pues su madre era hija de Acab (v. 26). Cuando los hombres escogen esposa deben recordar que están escogen madre para sus hijos y por tanto deben extremar su cuidado con doble motivo. 2. De su caída. Joram de Israel, su tío materno, le invitó a que se uniera a él para la reconquista de Ramot de Galaad, un intento que había resultado fatal para Acab; lo mismo le ocurrió a su hijo Joram, pues fue herido en la expedición (v. 28) *y* regresó a Yizreel para curarse, por lo que tuvo que dejar allí a su ejército en posesión de la plaza. También Ocozías regresó, pero fue a Yizreel a ver cómo estaba su tío Joram (v. 29).

CAPÍTULO 9

Hazael y Jehú habían sido designados instrumentos de la justicia divina para destruir la casa de Acab. Le fue dicho a Elías que los nombrase para este servicio; pero, tras la humillación de Acab le fue concedida una prórroga y, por eso, quedó Eliseo encargado de nombrarlos. Ya vimos en el capítulo anterior la elevación de Hazael al trono de Siria; ahora veremos la de Jehú al trono de Israel, pues Jehú había de matar a los que habían escapado de la espada de Hazael, como escaparon Joram y Ocozías. I. Comisión enviada a Jehú por mano de uno de los profetas para que asumiese el gobierno y destruyese la casa de Acab (vv. 1–10). II. Rápida ejecución de dicha comisión: 1. Jehú lo comunica a sus capitanes (vv. 11–15). 2. Marcha directamente a Yizreel (vv. 16–20) y allí despacha: (A) A Joram rey de Israel (vv. 21–26). (B) A Ocozías rey de Judá (vv. 27–29). (C) Y a Jezabel (vv. 30–37).

Versículos 1–10

Unción de Jehú por rey. No parece que Jehú ambicionase la corona. Hay quienes opinan que había sido ungido ya rey antes por Elías, a quien Dios había comisionado para ello, pero que lo hizo en privado con la insinuación de que no actuase hasta que recibiese ulteriores órdenes como había sido el caso de David, a quien ungió Samuel mucho antes de que llegase al trono; pero no es probable en el caso de Jehú, pues entonces deberíamos suponer que Elías había ungido también a Hazael.

I. Envío de la comisión.

1. Eliseo no fue en persona a ungir a Jehú, porque era demasiado viejo para arrostrar el viaje y demasiado conocido para hacerlo en secreto; por lo que envió *a uno de los hijos de los profetas* (v. 1) para hacerlo.

2. Al enviarlo: (A) Le puso en la mano el aceite con que había de ungir a Jehú: *Toma esta redoma de aceite en tu mano.* Salomón fue ungido con aceite del tabernáculo (1 R. 1:39). Esto no podía conseguirse ahora, pero el aceite tomado de la mano de un profeta equivalía al aceite de la casa de Dios. (B) Le puso en la boca las palabras que había de decir (v. 3): *«Así dijo Jehová. Yo te he ungido por rey sobre Israel»* (vv. 3, 7–10). (C) Igualmente le ordenó: (a) Que lo hiciese en privado; que llamase a Jehú de entre el resto de los capitanes y le ungiese en una *cámara* secreta (v. 2). (b) Que lo hiciese apresuradamente. En cuanto hubiese acabado, debía *echar a huir y no esperar* (v. 3).

II. Cumplimiento de la comisión. El joven profeta se presentó de inmediato en Ramot de Galaad (v. 4). Allí encontró a los jefes del ejército en consejo de guerra (v. 5). Con la seguridad de que actuaba como mensajero de Dios, y como quien tiene autoridad llamó a Jehú de entre el resto de los generales: *«Príncipe, una palabra tengo que decirte».* ¿Había recibido Jehú alguna insinuación—o tuvo presentimiento—de lo que significaba esta llamada del joven profeta? Si es así, se explica mejor que disimulase como quien no ambiciona el honor, y por eso preguntase: *«¿A cuál de todos nosotros?»* Cuando el profeta estuvo con él a solas, le ungió (v. 6).

1. Le invistió de la dignidad regia: *«Así dijo Jehová Dios de Israel,* cuyo mensajero soy, en su nombre yo *te he ungido por rey sobre Israel pueblo de Jehová».* Le recuerda que ha sido hecho rey: (A) *Por el Dios de Israel;* de él ha de saber que se deriva su poder; para Él lo ha de usar y a él ha de rendir cuentas. (B) *Sobre el Israel de Dios.* Aunque el pueblo de Israel había perdido su honor y había desmerecido su relación con Dios, aun así es llamado el *pueblo de Jehová,* pues Jehová tenía derecho sobre ellos. Jehú tenía que considerar a este pueblo sobre el que era constituido rey como *pueblo de Jehová,* hombres libres, siervos de Dios, no de los hombres, y, no tanto, no se les podía explotar ni tiranizar; *pueblo de Dios,* que había de ser gobernado por las leyes de Dios y dirigido para la gloria de Dios.

2. Le da órdenes para su inmediato servicio, que era destruir toda la casa de Acab (v. 7), no para tener más expedito su acceso al trono, sino para ejecutar los juicios de Dios sobre esa familia perversa y perniciosa. Llama a Acab *«tu señor»,* pero le recuerda que está bajo superior obligación, y que debe obedecer, antes que a Acab, al Señor de los cielos. Y este Señor ha resuelto que perezca toda la casa de Acab, y precisamente por mano de Jehú; así que no ha de temer ningún peligro. Y, para que lleve a cabo la ejecución de la comisión divina con todo conocimiento de causa, le dice: (A) Cuál era el crimen de la casa de Acab. Ya era bastante con ser idólatras, pero Dios se querella de modo especial de que hubiesen

derramado *la sangre de todos los siervos de Jehová.* Este fue el pecado que atrajo sobre Jerusalén su primera destrucción (2 Cr. 36:16), así como la segunda (Mt. 23:37, 38). Las fornicaciones y hechicerías de Jezabel no eran tan provocadoras como la persecución que había emprendido contra los profetas, al matar a unos y al confinar al resto a rincones y cuevas (1 R. 18:4). (B) Cuál era la sentencia de la casa de Acab. Había de ser destruida completamente; en especial, se señala que *a Jezabel la comerán los perros* (v. 10).

Versículos 11–15

Después de una pausa regresa Jehú a su lugar, no da a entender nada de lo que había pasado sino, por lo que parece, decide guardárselo para sí de momento.

I. Con qué desprecio hablan del joven profeta los jefes (v. 11): *«¿Para qué vino a ti aquel loco?* ¿Qué asunto tenía contigo?» Tenían por *locos a los profetas y por insensato al varón de espíritu* (Os. 9:7). Los que carecen de fe suelen hablar con desdén de los creyentes, teniéndoles por gente *extraña* (v. 1 P. 4:4). De nuestro Salvador decían: *«Está fuera de sí»,* de Juan Bautista, *«tiene demonio»;* del apóstol Pablo, *«las muchas letras te están llevando a la locura».* De este modo, la más alta sabiduría es tenida por locura, y de los que mejor se comprenden a sí mismos se dice que están fuera de sí. Quizás intentó Jehú reprenderles al rectificar: *«Vosotros conocéis al hombre,* que es un profeta. ¿Por qué le llamáis loco?» Pero ellos insitieron (v. 12): *«¡Mentira! ¡Dínoslo ahora!»* Advirtamos de paso que las gentes tenían a veces por locos a los profetas a causa de los éxtasis que acompañaban con frecuencia a las manifestaciones proféticas. El versículo se puede interpretar de tres maneras: 1) Los compañeros de Jehú niegan tener la menor idea de lo que el profeta ha podido decir a Jehú. Éste parece ser el sentido obvio. 2) Jehú no está seguro de si sus compañeros de armas están de su parte, y finge admitir que el profeta dice locuras o *mentiras,* pero son unas mentiras que a él le vienen muy bien. 3) Jehú está seguro de sus compañeros y les habla en tono irónico: «Sí, vosotros ya conocéis a ese loco y sus palabras». «¡Claro! Te habrá dicho mentiras», replican ellos. Pero, ya en serio, Jehú les declara que *el profeta le ha ungido rey,* quizá les mostró incluso el aceite que llevaba en la cabeza.

II. Con qué respeto cumplimentan al nuevo rey tan pronto como tienen noticia de su nombramiento (v. 13). En señal de homenaje y sumisión, *colocan sus mantos debajo de Jehú en un trono alto,* a la vista de los soldados, quienes al toque de corneta se reunirían para celebrar la solemnidad.

III. Con qué cautela procedió Jehú. Tenía consigo al ejército. Joram se había marchado a casa malamente herido. La prudente actitud de Jehú se echa de ver en dos cosas: 1. Cumplimentó a los jefes y no hizo nada sin el consejo y consentimiento de ellos. 2. Vino velozmente, y cayó por sorpresa sobre Joram. Muchas veces, el éxito de un ataque depende más de la sorpresa que de la fuerza.

Versículos 16–29

Desde Ramot de Galaad hasta Yizreel hay mayor trecho que el camino de una jornada; a mitad de camino es preciso cruzar el Jordán.

I. El centinela de Joram descubre a distancia a Jehú y a su escolta y comunica al rey que se acerca *una tropa* (v. 17), no puede decir si de amigos o enemigos. Pero el rey envía una y otra vez un jinete para que vaya a reconocerles (vv. 17–19). Cada emisario hace la misma pregunta: *«¿Hay paz?»* Como si dijesen: «¿Estáis por nosotros o por nuestros adversarios?» Y cada uno recibe la misma respuesta: *«¿Qué tienes tú que ver con la paz? ¡Vuélvete conmigo!»* (vv. 18, 19). El vigía comunica que los emisarios han sido hechos prisioneros y, al final, observa que el jefe de esta tropa es uno que cabalga como Jehú, quien parece que era bien conocido por su impetuosidad (v. 20). Para el servicio que se le había asignado a Jehú era menester un hombre de este temple.

II. Joram sale en persona a recibirle y lleva consigo a Ocozías de Judá, ninguno de los dos equipados para luchar, pues no esperaban el ataque de un enemigo, sino presurosos por satisfacer su curiosidad.

1. El lugar donde Joram se encontró con Jehú era de mal agüero: *«En la heredad de Nabot de Yizreel»* (v. 21). Solamente la vista de aquel lugar bastaba para hacer temblar a Joram y triunfar a Jehú, pues Joram tenía el crimen de la sangre de Nabot que luchaba contra él, y Jehú tenía la fuerza de la maldición de Elías que luchaba a favor de él.

2. La pregunta de Joram continuó siendo la misma: «*¿Hay paz, Jehú?* ¿Vienes huyendo de los sirios o vienes como vencedor de los sirios?»

3. La respuesta de Jehú fue desconcertante para Joram. Le respondió con otra pregunta: *«¿Qué paz* puedes esperar *con las fornicaciones de Jezabel tu madre y sus muchas hechicerías?»* (v. 22). Obsérvese: (A) Que lo culpa por la perversidad de su madre. Ella queda denunciada por fornicación, tanto corporal como espiritual, igual que por hechicerías, encantamiento y adivinaciones usadas en honor de sus ídolos; y todo esto, en gran número, porque los que se abandonan a la corriente de la maldad no saben dónde pararse. (B) Que, a causa de ello, le quita toda pretensión de paz: «¿Qué puede sobrevenirle a una casa en la que hay tanta perversidad sin arrepentimiento?» El camino del pecado nunca puede ser el camino de la paz (Is. 57:21). No hay paz posible mientras persista el pecado en el corazón; pero tan pronto como hay sincero arrepentimiento y abandono del pecado hay paz.

4. La ejecución fue llevada a cabo de inmediato. Cuando escuchó Joram lo de los crímenes de su madre, le desfalleció el corazón; se percató de que había llegado el profetizado día de rendir cuentas y gritó: *«¡Traición, Ocozías!»* (v. 23). Huyeron, pues, ambos y: (A) Joram rey de Israel fue ejecutado en seguida (v. 24). Jehú lo despachó con su propia mano. Murió como un criminal, bajo la sentencia de la ley, que Jehú puso en ejecución conforme a la palabra de Dios, pronunciada por medio de Elías en una ocasión en que el propio Jehú acompañaba a Acab (vv. 25, 26). Aquella misma parcela de terreno, de la que con tanto orgullo y placer se había hecho dueño Acab a costa de sangre inocente, era ahora el escenario en el que el cadáver de su hijo quedaba expuesto como un espectáculo para el mundo. (B) Ocozías rey de Judá fue también alcanzado en su huida y ejecutado poco después no muy lejos de allí (vv. 27, 28). Aunque estaba ahora en compañía de Joram, no habría sido muerto si no hubiese estado unido a la casa de Acab, tanto en parentesco como en perversidad.

Versículos 30–37

La mayor delincuente de la casa de Acab era Jezabel; ella fue la que introdujo el culto a Baal, asesinó a los profetas de Jehová, planeó el homicidio de Nabot y animó, primero a su marido y después a sus hijos, a obrar perversamente; *«maldita»* se la llama aquí (v. 34). Su dominio había perdurado durante tres reinados, pero, por fin, le había llegado su día. La destrucción de Jezabel puede considerarse como paradigma de la destrucción de los idólatras y perseguidores.

I. Atrevimiento de Jezabel. Se enteró de que Jehú había matado a su hijo, y que lo había matado por las fornicaciones y hechicerías de ella; que había arrojado su cadáver a la parcela de Nabot y que venía ahora a Yizreel. Con todo, se apostó en una ventana a la entrada de la puerta para afrentar y desafiar a Jehú. 1. En lugar de esconderse, temiendo la venganza divina, se expuso a sí misma y renunció con mofa a huir. 2. En lugar de humillarse y hacer duelo por su hijo, *se pintó los ojos con antimonio y atavió su cabeza* (v. 30), para aparecer (así pensaba ella) grande y majestuosa, con lo que esperaba así intimidar a Jehú. No hay presagio tan seguro de ruina inminente como un corazón no humillado bajo circunstancias humillantes, favorecidas por la Providencia. 3. En lugar de temblar ante Jehú, instrumento de la justicia de Dios pensó que podía hacerle temblar con esta amenazadora pregunta: *«¿Sucedió bien a Zimrí, que mató a su señor?»* (v. 31). (A) No se dio cuenta de que la mano de Dios había salido en contra de su familia y desafió al que era la espada en la mano de Dios. (B) Se complacía en el pensamiento de que lo que Jehú hacía ahora resultaría en la ruina de él mismo. (C) Citó un precedente, para ver de detenerle en la prosecución de su empeño: *«¿Sucedió bien a Zimrí?»* ¡Ciertamente no! Llegó al trono por medio de la traición y de la violencia y en el plazo de siete días se vio obligado a morir en su propio palacio después de prenderle fuego. Pero Zimrí no estaba autorizado para hacer lo que hizo, sino que obró llevado de su ambición y crueldad, mientras que Jehú había sido ungido rey por uno de los hijos de los profetas y estaba haciendo esto por orden celestial.

II. Jehú miró hacia la ventana y, sin intimidarse por las amenazas de la desvergonzada, pero impotente, mujer, gritó: *«¿Quién está conmigo, quién?»* (v. 32). Cuando alguien emprende una obra de

verdadera reforma, es tiempo de preguntar: «¿Quién toma partido con nosotros a favor de la causa de Dios?»

III. Los sirvientes mismos de Jezabel ayudaron a que se cumpliese la sentencia contra ella. *Se inclinaron hacia Jehú dos o tres eunucos,* con tal expresión de rostro como para convencerle de que estaban de su parte, y él les mandó que la arrojaran abajo (v. 33). Este era uno de los modos de apedrear a los malhechores, echándoles cabeza abajo desde algún lugar alto. Así se tomó venganza en ella del apedreamiento de Nabot. Así murió aquella perversa, aplastada contra el pavimento y contra la pared.

IV. Los perros completaron su vergüenza y su ruina, de acuerdo con la profecía. Jehú pensó que ya era bastante el honor que se le tributaba sepultándola, por ser «*hija de rey*» (v. 34). Era, en efecto hija, madre y esposa de rey. Pero, mientras él comía y bebía, los perros se la comieron a ella; para ellos, las carnes de una hija de rey no eran mejores ni peores que las de otra persona cualquiera. Cuando le comunicaron esto a Jehú, se acordó él de la amenazadora profecía (1 R. 21:23): «*En esta heredad de Yizreel comerán los perros las carnes de Jezabel*». El nombre de Jezabel quedó por siempre marcado con estigma en el texto sagrado (v. Ap. 2:20), pero de sus restos nadie pudo decir: «Éste es su cadáver», ni «Aquí está su sepulcro».

CAPÍTULO 10

I. Jehú continúa ejecutando su comisión. 1. Acaba con todos los hijos de Acab (vv. 1–10). 2. Extermina a los demás familiares de Acab (vv. 11–14, 17). 3. Desarraiga la idolatría de Acab, y toma a Jonadab por testigo de su celo (vv. 15, 16), convoca a todos los adoradores de Baal (vv. 18–23), los ejecuta a todos (vv. 24, 25) y queda abolida su idolatría (vv. 26–28). II. Breve informe de la administración de su gobierno. 1. La antigua idolatría de Israel, el culto a los becerros, se mantuvo (vv. 29–31). 2. Esto atrajo sobre ellos el castigo de Dios por mano de Hazael, con lo que concluye el reinado de Jehú (vv. 32–36).

Versículos 1–14

Jehú sabía que toda la familia de Acab había de ser exterminada.

I. Consiguió que las cabezas de todos los hijos de Acab fuesen cortadas por los guardianes de ellos en Samaria. Quizás estaban en aquella plaza fuerte, como lugar seguro, protegido de la guerra con Siria, o por las noticias que les habían llegado de la insurrección de Jehú; con ellos estaban los altos oficiales de la corte, que habían ido a Samaria a ponerse a buen seguro o a consultar qué es lo que debían hacer. Jehú no creyó conveniente llevar sus fuerzas a Samaria para destruirlos, sino que, para que mejor se mostrara la mano de Dios en ello, hizo que les diesen muerte sus propios guardianes.

1. Desafió a los partidarios de Acab a que pusiesen por rey a uno de sus descendientes (vv. 2, 3). No es que él desease que lo hicieran, ni que esperase que lo hicieran, sino que de este modo podía reprocharles por su cobardía y total impotencia para oponerse a los designios de Dios.
2. Con esto se ganó la sumisión de ellos. Ellos razonaron entre sí prudentemente: «*Dos reyes no pudieron resistirle,* sino que cayeron víctimas de su furor; *¿cómo le resistiremos nosotros?*» (v. 4). Por tanto, le enviaron un mensaje de rendición: «*Siervos tuyos somos, y haremos todo lo que nos mandes*» (v. 5).
3. Esto solucionó el problema hasta hacer de ellos los ejecutores de aquellos a quienes tenían a su cargo (v. 6). Estos ancianos de Yizreel habían obedecido obsequiosamente la perversa orden de Jezabel de asesinar a Nabot (1 R. 21:11). Es muy probable que ella se gloriase del poder que ejercía sobre ellos; y ahora, la misma vileza de carácter les hacía plegarse a las órdenes de Jehú para matar a los hijos de Acab. Cuando le fueron presentadas a Jehú las cabezas, les echó en cara el ser ejecutores de la sentencia, aunque reconoció en ello la mano de Dios. (A) «*Yo he conspirado contra mi señor y le he dado muerte*», dice Jehú, «*pero ¿quién ha dado muerte a todos éstos?* (v. 9). Que no me culpen a mí las gentes de Samaria ni

los amigos de la casa de Acab de esta matanza, cuando sus mismos ancianos, que eran los tutores de los huérfanos, la han hecho». Pero: (B) Añade (v. 10): *«Jehová ha hecho lo que dijo por su siervo Elías.* Aquí se cumple el justo juicio de Dios».

II. Procede luego a exterminar a todos los que quedan de la familia de Acab, no sólo a sus descendientes, sino a los emparentados de algún modo con él. Después de llevar a cabo esto en Yizreel, hizo lo mismo en Samaria (v. 17): *«Mató a todos los que habían quedado de Acab en Samaria».* Esto fue un procedimiento ferozmente sanguinario, que no puede servir de precedente en ningún caso. Bien está que sufran los culpables, pero no los inocentes por causa de los culpables. No se olvide que los justos juicios de Dios pueden ser llevados a cabo por mano de impíos (comp. Hch. 2:23).

III. Al ponerle delante la Providencia a los hermanos de Ocozías, cuando iba de camino cumpliendo su comisión, Jehú los hizo prender y degollar igualmente (vv. 12–14). 1. Éstos eran ramas de la casa de Acab, al ser hijos de Atalía, la hija de Acab y Jezabel y, por tanto, caían dentro de la comisión que había recibido Jehú. 2. Estaban contagiados de la perversidad de la casa de Acab. 3. Iban ahora a *«saludar a los hijos del rey* Joram y *de la reina* madre Atalía», con lo que demostraban que estaban unidos a ellos en el afecto lo mismo que en el parentesco.

Versículos 15–28

I. Jehú solicita la amistad de una buena persona, *Jonadab, hijo de Recab* (vv. 15, 16). Este Jonadab, aunque ajeno a las cosas del mundo y poco amigo de interferirse en negocios terrenales (como se ve por el encargo que dio a sus descendientes, y ellos lo observaban 300 años más tarde, de no beber vino ni habitar en ciudades—Jer. 35:6 y ss.—), sin embargo, en esta ocasión, fue al encuentro de Jehú a fin de animarle en la obra a la que le había llamado Dios. Aun cuando no era profeta, ni sacerdote, ni levita, Jonadab era generalmente respetado por la vida de piedad y abnegación que llevaba. Jehú, aunque era un soldado, le conoció y honró. Es probable que Jehú condujese el carro tan impetuosamente como siempre, pero aun así se paró a hablar con él.

1. Jehú *le saludó (le bendijo,* dice lit. el hebreo), esto es, le presentó sus respetos. Luego le preguntó: *«¿Es recto tu corazón, como el mío es recto con el tuyo?»* (v. 15). Como si dijese: «¿Eres sincero conmigo, como yo lo soy contigo, conocedor de tu piedad?» Jonadab se lo aseguró, pues veía en él un instrumento en la mano de Dios para bien del país y de la verdadera religión. Al darse la mano, no sólo se saludaban mutuamente, sino que equivalía a una especie de pacto de mutua ayuda.

2. Jehú le hizo entonces subir a su carro y acompañarle a Samaria. Todas las personas piadosas pensarían bien de Jehú al ver a Jonadab en su carro. Aunque los intereses de ambos eran muy diferentes: los de Jehú, políticos; los de Jonadab, religiosos; si ambos son partidarios de Jehová y enemigos de Baal, bien pueden trabar amistad sincera. *«Ven conmigo»,* dice Jehú, *«y verás mi celo por Jehová»* (v. 16). Esta frase ha dado lugar a pensar que su pretendido celo por Jehová era en realidad un celo por su propio interés y encumbramiento, puesto que: (A) Se jactaba de él, como si Dios mismo le fuese deudor por el celo que desplegaba. (B) Deseaba ser visto y tenido en cuenta, como los fariseos, que todo lo hacían para ser vistos de los hombres. En todo caso, Jonadab fue con él y es probable que le animase a dar cumplimiento a su cometido (v. 17). Sin duda, odiaba la crueldad, pero amaba más la justicia.

II. Vemos después a Jehú cuando trama la destrucción de todos los adoradores de Baal. 1. Por medio de un engaño les hizo presentarse a todos en el templo de Baal. Dio a entender que *iba a servir a Baal más de lo que le había servido Acab* (v. 18). Proclamó una convocación a fin de que se reuniesen todos los adoradores de Baal a ofrecer un sacrificio en su honor (vv. 19, 10). 2. Se esmeró en cuidar de que ninguno de los siervos de Jehová se hallase entre ellos (v. 23). 3. Dio orden de que los matasen a todos ellos, estando presente Jonadab con él (v. 23). Los mataron, pues, a espada (v. 25). 4. Exterminados así los idólatras, quedó también abolida la idolatría: fueron sacadas del templo de Baal todas las imágenes, estatuillas, pinturas, etc., y las quemaron (vv. 26, 27). *También derribaron el templo de Baal.* De manera semejante acabará Dios, un día, no sólo con los dioses paganos, sino también con los ídolos de los creyentes.

Versículos 29–36

Informe del reinado de Jehú.

I. Dios aprobó lo que había hecho Jehú. 1. Pronunció que era justo lo que había llevado a cabo. El exterminio de los idólatras y de la idolatría era una cosa justa a los ojos de Dios. 2. Le prometió una recompensa: *sus hijos se sentarían sobre el trono de Israel hasta la cuarta generación* (v. 30).

II. Descuido de Jehú en cuanto a algo que quedaba aún por hacer; con ello quedó manifiesto que su corazón no estaba a bien con Dios y que sus reformas eran parciales. 1. No quitó completamente la maldad; se apartó de los pecados de Acab, pero no de los de Jeroboam; descartó a Baal, pero se adhirió a los becerros. La adoración de los becerros era un acto de idolatría «política», puesto que había comenzado por razones de Estado, a fin de impedir que los súbditos del reino del norte deseasen volver a unirse a la casa de David—lo cual no le convenía a Jehú—; mientras que una conversión sincera tiene en cuenta no sólo los pecados que van contra los intereses temporales, sino, especialmente, los que fomentan dichos intereses con negación de la suprema obligación que tenemos de poner a Dios por encima de todo, aun cuando sea necesario arrostrar la pérdida de todos los bienes materiales, incluida la propia vida. 2. Quitó de en medio algunos males, pero no se preocupó de hacer todo el bien necesario (v. 31): *«no cuidó de andar en la ley de Jehová Dios de Israel con todo su corazón»*. Había mostrado gran celo en el exterminio del culto a Baal; pero en cuanto a la verdadera religión: (A) No se mostró solícito en agradar a Dios. (B) Ni mostró verdadero celo. Por lo que parece, era hombre de muy poca piedad, aunque Dios se valió de él como instrumento de reforma en Israel.

III. El castigo que sobrevino a Israel durante su reinado. Había una decadencia general de la piedad y un aumento de la profanidad; por consiguiente, no es extraño que, a renglón seguido (v. 32), leamos: *«En aquellos días comenzó Jehová a cercenar el territorio de Israel»*. Sus vecinos los estrecharon por todos los lados. Sobre todos ellos, Hazael de Siria fue el más pernicioso: *«Los derrotó Hazael por todas las fronteras»*.

IV. Finalmente, la conclusión del reinado de Jehú (vv. 34–36). Por no haberse preocupado él de servir a Dios, el recuerdo de sus éxitos políticos y militares yace sepultado en el olvido.

CAPÍTULO 11

Los asuntos en el reino de Judá. I. Atalía usurpa el trono y destruye a toda la familia real (v. 1). II. Es preservado maravillosamente Joás niño de un año (vv. 2, 3). III. Después de seis años es presentado y, por mediación de Yehoyadá, proclamado rey (vv. 4–12). IV. Muerte de Atalía (vv. 13–16). V. Los intereses del reino, tanto civiles como religiosos, quedan bien establecidos en las manos de Joás (vv. 17–21).

Versículos 1–3

Dios había asegurado a David que no faltaría descendiente suyo en el trono de Israel; lo mismo había prometido a Salomón. Esa *«lámpara»* de David estaba ahora a punto de extinguirse, pero fue maravillosamente preservada.

I. Fue casi extinguida por la feroz maldad de Atalía, la reina madre, la cual, cuando oyó que su hijo Ocozías había muerto a manos de Jehú, *«se levantó y destruyó toda la descendencia real»* (v. 1), todos los que sabía que podían acceder al trono. Lo hizo: 1. Por ambición. Tenía sed de dominio y pensó que no podía saciarla de otro modo. 2. Por espíritu de revancha y de furia contra Dios. Puesto que la casa de Acab, de quien era hija, había sido destruida, procuró ella vengarse destruyendo la casa de David. Bien pudo ser llamada *«la impía Atalía»* (2 Cr. 24:7), digna hija de la *«maldita Jezabel»*.

II. Fue preservada maravillosamente mediante el cuidado de una de las hijas de Joram (no de Atalía, sino de otra mujer de Joram), esposa del sumo sacerdote Yehoyadá *(Joyadá,* en nuestras versiones—nota

del traductor—) quien tomó a uno de los hijos del rey, de nombre Joás, y lo escondió (vv. 2, 3). El lugar en que permaneció a buen seguro fue la casa de Dios, en una de las cámaras del templo, un lugar del que Atalía se cuidaba muy poco. Su tía, al llevarlo allá, lo puso bajo especial protección de Dios y, así, lo escondió por fe, como fue escondido Moisés. Ahora se cumplían en uno de los descendientes las palabras de David: *«Porque Él me esconderá en su tabernáculo el día del mal»* (Sal. 27:5). Buenas razones tuvo Joás cuando, al hacerse mayor, se propuso reparar la casa de Jehová, puesto que había sido para él un santuario de refugio. Véase aquí la sabiduría y el cuidado de la Providencia, y cómo prepara las cosas para la ejecución de sus designios; y véase también qué bendiciones atesoran para sus familias los que casan a sus hijos con personas prudentes y piadosas.

Versículos 4–12

Durante seis años ejerció Atalía su tiránico gobierno. Mientras Jehú extirpaba en Israel el culto a Baal, Atalía lo establecía en Judá, como aparece en 2 Crónicas 24:7. Durante todo este tiempo Joás estaba escondido, con derecho a la corona y reservado para ella y, no obstante, como sepultado vivo en la oscuridad. A los siete años de edad, Joás estaba presto para ser mostrado; había llegado a la edad de discreción. Para ese tiempo, el pueblo estaba ya harto de la tiranía de Atalía y maduro para una revolución. Veamos cómo se llevó a cabo ésta:

I. El conductor de este gran asunto fue Yehoyadá el sacerdote; con la mayor probabilidad, sumo sacerdote. Por nacimiento y oficio era hombre de autoridad; por casamiento, emparentado con la familia real y si era destruido todo el resto de la descendencia regia, su esposa, hija de Joram, tenía mejor título para heredar el trono que Atalía. Por sus eminentes dotes y gracias, él estaba equipado para servir a su país y no pudo prestarle mejor servicio que el libertarlo de la usurpación de Atalía.

II. El procedimiento fue tan discreto como correspondía a un hombre tan prudente y bueno como Yehoyadá.

1. Consultó el asunto con *los jefes de centenas, capitanes y gente de la guardia* (v. 4). Los trajo al templo, consultó con ellos, les pidió juramento de guardar secreto y *les mostró al hijo del rey.* ¡Qué sorpresa tan agradable para ellos, quienes temían que la casa y el linaje de David se hubieran extinguido, hallar un ascua así entre las cenizas!

2. Apostó a los sacerdotes y levitas, quienes estaban directamente bajo su autoridad, en las diferentes entradas del templo para mantener la guardia. David había dividido en clases a los sacerdotes. Cada mañana de sábado venía un nuevo grupo de guardia, pero el grupo de la semana anterior no se marchaba hasta la tarde del sábado, por lo que, en día de sábado, cuando el servicio que había de hacerse era doble, era también doble el número de los que habían de mantener la guardia. A éstos empleó Yehoyadá para esta ocasión, equipándolos con las armas de David que se guardaban en la casa de Dios (vv. 8–11). Dos cosas se les mandó hacer: (A) Proteger de cualquier injuria al joven rey. (B) Impedir que el santo templo fuese profanado por el concurso de gente que se iba a reunir en aquel lugar en esta ocasión (v. 6).

3. Cuando los guardias estuvieron situados en sus lugares respectivos, fue mostrado el rey (v. 12). Esto se llevó a cabo con gran solemnidad: (A) En señal de ser investido con el poder regio, *le puso la corona*. (B) En señal de su obligación de gobernar bajo la ley de Dios y de hacer de la Palabra de Dios su norma de gobierno, *le dio el testimonio* (v. Dt. 17:18, 19). (C) En señal de recibir el Espíritu a fin de cualificarle para esta gran obra a la que era llamado, *le ungió.* (D) En señal de la aceptación del pueblo y de la sumisión a él batieron las palmas de gozo, y expresaron sus buenos deseos hacia él. *«¡Viva el rey!»;* así le hicieron rey, conforme al nombramiento de Dios. Tenían motivos para darle la bienvenida al trono, puesto que a él le pertenecía, y a desear que viviera quien había sido mostrado a ellos como vivo entre los muertos, y en el que había de continuar viviendo la casa de David. Con mayores aclamaciones aún, de gozo y satisfacción, hemos de dar la bienvenida al reinado de Cristo, cuando sea puesto en alto su trono entre nosotros y sea depuesto el usurpador Satanás.

Versículos 13–16

Se había dispuesto que, tras concluirse la solemnidad de la entronización del rey, se girase una visita a Atalía, para llamarla a rendir cuentas de sus asesinatos, de su usurpación y tiranía; pero, como su madre Jezabel, fue ella misma al encuentro de ellos, precipitándose así ella misma a su propia destrucción. 1. Al oír el clamor, vino asustada a ver qué pasaba (v. 13). Yehoyadá y sus amigos proclamaron lo que hacían. Es extraño que fuese tan imprudente como para venir en persona y, por lo que parece, sola al lugar del clamor. 2. Al ver lo que sucedía, gritó pidiendo socorro. Vio situado en el sitial del rey junto a la columna a un niño a quien los nobles y el pueblo rendían homenaje (v. 14). Esto la impulsó a rasgarse los vestidos y gritar: *«¡Traición, traición!»* Como si dijese: «¡Venid a ayudarme contra los traidores!» 3. Yehoyadá dio orden de que se le diera muerte como a idólatra, usurpadora y enemiga del bien común. Se tomaron precauciones: (A) Para que no se le diese muerte dentro del templo. (B) Para que quienquiera se pusiese de parte de ella, fuese ajusticiado con ella. Ella trató de escapar por la entrada de las caballerizas; se abrió paso por entre las filas de los soldados, pero la siguieron y la mataron (v. 16).

Versículos 17–21

Yehoyadá había dado cima ya a la parte más difícil de su cometido, una vez que, con la muerte de Atalía, el acceso del joven príncipe al trono había quedado expedito de toda oposición.

I. Los buenos fundamentos que echó mediante un contrato original (v. 17). Ahora que el príncipe y los representantes del pueblo estaban juntos en la casa de Dios, Yehoyadá se preocupó de que hiciesen pacto con Dios y entre ellos mismos, de que habían de entender correctamente los deberes que tenían tanto para con Dios como para con la comunidad. 1. Se esforzó por establecer y asegurar entre ellos los intereses de la religión mediante un pacto entre ellos y Dios. En este pacto, el rey estaba al mismo nivel que sus súbditos y tan obligado como cualquier otro a servir a Jehová. Mediante este compromiso renunciaban a Baal, al que muchos de ellos habían rendido culto, y se sometían al gobierno de Jehová. Por medio de nuestros vínculos con Dios se refuerzan los vínculos de toda clase de relación: *«Se dieron a sí mismos primero al Señor y luego a nosotros»* (2 Co. 8:5). 2. Después estableció el juramento de la coronación y el juramento de fidelidad entre el rey y el pueblo, por lo que el rey se obliga a gobernar según ley y a proteger a los súbditos y éstos se obligan a obedecerle y guardarle fidelidad.

II. Los buenos comienzos que se levantaron sobre estos fundamentos. 1. Conforme a su pacto con Jehová, abolieron inmediatamente la idolatría. Cada uno, ahora que estaban tan estupendamente encabezados, echaría una mano para derribar el templo, los altares y las imágenes de Baal. Parece ser que todos los adoradores de Baal le abandonaron; sólo su sacerdote Matán se mantuvo adherido a su altar. Aunque todos los demás abandonaron a Baal, él no quiso, y allí se le dio muerte (v. 18). Después de destruir el templo de Baal, Yehoyadá *puso guarnición sobre la casa de Jehová*, a fin de observar que el servicio de Dios fuese llevado a cabo correctamente por las personas designadas para ello, a su debido tiempo y de acuerdo con las normas establecidas. 2. Conforme al pacto mutuo de unos con otros: (A) El rey fue conducido con toda pompa al palacio real y *se sentó allí en el trono de los reyes* (v. 19), presto a recibir peticiones y apelaciones, que él pasaría a Yehoyadá a fin de que éste juzgara y diera las respuestas. (B) El *pueblo se regocijó y la ciudad quedó en reposo* (v. 20).

CAPÍTULO 12

Este capítulo nos ofrece la historia del reinado de Joás, que no responde a la expectación que ofrecía el glorioso comienzo de dicho reinado, según vimos en el capítulo precedente. No fue Joás tan ilustre a los cuarenta años como lo era a los siete; con todo, su reinado es considerado aquí como uno de los mejores, pero en Crónicas aparece mucho peor (2 Cr. 24) que aquí. I. Actuó bien mientras vivió Yehoyadá (vv. 1–3). II. Se preocupó de reparar el templo (vv. 4–16). III. Después de una vil componenda con Hazael (vv. 17, 18), murió con más pena que gloria (vv. 19–21).

Versículos 1–3

El informe general que se nos da de Joás es: 1. Que reinó cuarenta años. 2. Que hizo lo bueno mientras vivió Yehoyadá para aconsejarle (v. 2). 3. Que *los lugares altos no fueron quitados* (v. 3). A lo largo y a lo ancho del país tenían altares para víctimas de sacrificio y para perfume de incienso, dedicados únicamente en honor del Dios de Israel. Tal vez estos altares privados habían sido usados en los últimos malos reinados con más frecuencia que anteriormente, porque resultaba arriesgado subir a Jerusalén y, por otra parte, el servicio del templo dejaba mucho que desear. Es probable que el propio Yehoyadá no quisiera forzar la máquina, porque esperaba que la reforma del templo y el poner las cosas en orden allí apartaría gradualmente al pueblo de los lugares altos y decaerían éstos por sí mismos.

Versículos 4–16

Relato de la reparación del templo durante el reinado de Joás.

I. Aunque Salomón lo había edificado con los mejores materiales y de la mejor manera, fue deteriorándose con el tiempo y se hallaron *portillos* o brechas en él (v. 5). También los templos terrenales están expuestos al deterioro, pero el templo celestial nunca se hará viejo. Mas no fueron sólo los dientes del tiempo los que abrieron esas brechas en el templo, pues leemos (2 Cr. 24:7) que *Atalía y sus hijos habían arruinado la casa de Dios.*

II. El rey mismo fue el primero que se adelantó a poner interés en la reparación del templo: 1. Porque era el rey, y Dios espera y demanda de los que están en autoridad que la ejerzan para el mantenimiento de la verdadera religión, que corrijan los defectos y reparen los daños. 2. Porque el templo había sido su santuario de refugio y su lugar de crianza cuando era niño, por lo que, en justo agradecimiento, se mostraba ahora celoso por su honor. Quienes han experimentado las bendiciones y beneficios de las asambleas religiosas, han de preocuparse de aportar su sostén y regocijarse, con un gozo especial, de que prosperen.

III. Se dieron órdenes a los sacerdotes de que hiciesen una colecta de dinero para estas reparaciones, y de que pusiesen cuidado en que las obras se llevasen a cabo del modo conveniente. El v. 4 señala tres fuentes de ingresos: 1. *El dinero del rescate de cada persona,* conforme a Éxodo 30:12, 16. 2. El dinero de las personas consagradas al Señor, según insinúa la primera parte del versículo (Lv. 27:2–8); y 3. Las donaciones voluntarias que se mencionan en la última cláusula del versículo.

IV. Este método no surtió el efecto deseado (v. 6). Fue poco el dinero que se recogió. Ya fuese debido al descuido de los sacerdotes, que no pusieron empeño en la colecta, o quizás, a la desconfianza del pueblo en la administración de los sacerdotes el dinero no era suficiente; y aun el que llegaba no era usado para la reparación (v. 6): *«Pero en el año veintitrés del rey Joás aún no habían reparado los sacerdotes las grietas del templo».*

V. Se intenta entonces un nuevo método. El rey tenía sumo empeño en que *se reparasen las grietas del templo* (v. 7). Su apostasía final nos da motivos para dudar de si le interesaba más o no el servicio que la estructura del templo. Muchos han abrigado enorme celo por edificar y decorar iglesias y promover toda clase de formas de piedad y, sin embargo, han sido completamente ajenos al poder de la piedad. No obstante, su celo presente es algo laudable. Se puso en ejecución otro método:

1. De reunir dinero (vv. 9, 10). Yehoyadá tomó un cofre, hizo en él una ranura y allí llevó el pueblo dinero en gran abundancia. Con esto: (A) Se daba a entender que, tan pronto como el dinero se había entregado al Señor, era irrecuperable para el donante. (B) El cofre fue puesto *junto al altar, a la mano derecha según se entra en el templo.* Según opinan algunos, a esto aludió nuestro Salvador cuando al hablar de la limosna, dijo: *«Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha»* (Mt. 6:3). No por eso se disminuyó la contribución para mantenimiento de los sacerdotes (v. 16), con lo que se nos enseña que la reparación de las brechas del templo no debe ser excusa para dejar que se mueran de hambre los servidores del templo.

2. De usar el dinero reunido. (A) No lo pusieron en manos de los sacerdotes, quienes no eran expertos en asuntos de esta índole ya que estaban ocupados en ministerios más altos, sino de personas comunes aptas para ello: *«A los que hacían la obra y a los que tenían a su cargo la casa de Jehová»* (v. 11).

Ciertamente, no había sido una medida prudente por parte del rey encomendar a los sacerdotes una responsabilidad que no debió serles impuesta. Las personas designadas ahora para la administración del dinero llevaron a cabo su cometido: (a) Con competencia, tanto en la compra de materiales como en el pago de los jornales de los obreros (v. 12). (b) Con fidelidad. Tal reputación se ganaron por su honradez, que nadie les pidió cuentas. Quienes piensan que no es pecado defraudar al gobierno, al país o a la iglesia, pensarán de manera muy diferente cuando Dios les ponga delante sus pecados en el juicio. (B) No emplearon el dinero en ornamentación del templo ni en utensilios de oro o plata, sino en las necesarias reparaciones primeramente (v. 13).

Versículos 17–21

Cuando Joás se sublevó contra Dios y se convirtió en idólatra y perseguidor, la mano de Jehová se extendió contra él y su condición última fue mucho peor que la primera.

I. Su riqueza y su honor llegaron a ser fácil presa de sus vecinos. Hazael, después de haber sido instrumento de castigo a Israel (10:32), amenazó igualmente a Judá y a Jerusalén. Tomó Gat (v. 17) ciudad fuerte, y desde allí se dispuso a marchar con sus tropas contra Jerusalén. Joás no tuvo ánimo ni fuerzas para hacerle frente, sino que le entregó todas las cosas sagradas y todo el oro que se halló tanto en sus tesoros personales como en los del templo (v. 18), a fin de apaciguarle y que cesase en su intento. Si él no hubiese abandonado a Dios y no se hubiese hecho indigno de la protección del Cielo, su situación no habría llegado a tales extremos. Perdió, pues, su honor como príncipe y como soldado; se empobreció a sí mismo y a su país; y tentó a Hazael a volver de nuevo al ataque, sabedor de que podía llevarse tan rico botín sin disparar una sola flecha. En efecto, al año siguiente, el ejército sirio *vino a Judá y a Jerusalén, mataron a todos los principales del pueblo y enviaron todo el botín al rey de Damasco* (2 Cr. 24:23).

II. Su vida misma llegó a ser fácil presa de sus propios servidores, quienes conspiraron contra él y lo mataron (vv. 20, 21), para vengar en él al nieto de Yehoyadá, el Zacarías (con bastante probabilidad) del que habló nuestro Salvador en Mateo 23:35. Así cayó Joás, quien comenzó en el espíritu y terminó en la carne.

CAPÍTULO 13

Historia de los reyes de Israel; en particular, de la familia de Jehú. Se nos refiere aquí el reinado: I. De su hijo Joacaz, que duró 17 años. 1. Su mal carácter en general (vv. 1, 2), el apuro en que se vio metido (v. 3) y el mal estado de sus asuntos (v. 7). 2. Su humillación delante de Dios, y la compasión que tuvo Dios de él (vv. 4, 5, 23). 3. No obstante, continuó la idolatría (v. 6). 4. Su muerte (vv. 8, 9). II. De su nieto Joás, que reinó 16 años. Junto a un informe general de su reinado (vv. 10–13), tenemos un informe especial sobre la muerte de Eliseo. 1. La amable visita que le giró el rey (v. 14) y el ánimo que Eliseo dio al rey con respecto a sus guerras contra Siria (vv. 15–19). 2. Su muerte y sepultura (v. 20), y un milagro llevado a cabo mediante sus huesos (v. 21). Finalmente, las victorias que obtuvo Joás sobre los sirios, conforme a la predicción de Eliseo (vv. 24, 25).

Versículos 1–9

Informe general del reinado de Joacaz y el estado en que se encontró Israel durante los diecisiete años de su reinado.

I. La gloria de Israel se tornó en vergüenza. Vemos profanada la corona, y su honor por los suelos. 1. El honor de Israel consistía en que adoraban al único Dios vivo y verdadero, que es Espíritu, mente eterna, y ha dispuesto las normas con las que quiere ser adorado; pero al *cambiar la gloria del Dios incorruptible en la semejanza de un buey, la verdad en una mentira,* perdieron su honor y se pusieron a la

altura de las naciones que adoraban a las obras de sus manos. Vemos aquí que el rey *siguió en los pecados de Jeroboam* (v. 2) y que ellos *no se apartaron de los pecados de Jeroboam,* sino que *en ellos anduvieron* (v. 6). 2. El honor de Israel consistía también en que gozaban de una especial protección celestial, pues Dios mismo era su defensa. Pero ahora, como muchas veces antaño, los hallamos despojados de esta gloria y expuestos a los insultos de todos sus vecinos. Por su pecados provocaron a Dios a ira, y entonces Él *los entregó en mano de Hazael … y de Ben-adad* (v. 3). *«Hazael … afligió a Israel»* (v. 22). De seguro que no ha habido otra nación tan frecuentemente oprimida y saqueada por sus vecinos como lo fue Israel.

II. En medio de estas cenizas aparecen algunas chispas del antiguo honor de Israel. Pues: 1. Era parte del antiguo honor de Israel el que era un pueblo orante; y aquí hallamos un pequeño avivamiento de ese honor al ver al rey Joacaz *orando en presencia de Jehová* (v. 4), pedir ayuda, no a los becerros de oro (¿qué ayuda podían prestarle ellos?), sino a Jehová. 2. También era parte del antiguo honor de Israel el que tenían un Dios cercano a ellos para todo aquello que le invocaban (v. Dt. 4:7), y así lo estaba también ahora. Aun cuando bien podía haber rechazado la oración de Joacaz como una abominación, *Jehová lo oyó* sin embargo; respondió a la oración que le hizo por sí mismo y por el pueblo y *dio Jehová salvador a Israel* (v. 5), no al rey mismo, pues durante todos sus días afligió Hazael a Israel (v. 22), sino a su hijo, al que, en respuesta a la oración de su padre, Dios le dio éxito contra los sirios, de forma que recuperó las ciudades que le habían sido arrebatadas a su padre (v. 25). Esta benévola respuesta a la oración de Joacaz la dio Dios en recuerdo de su pacto con Abraham (v. 23). Véase cuán presto está Dios a mostrar misericordia y cuán dispuesto a hallar una razón por la que otorgar favores;.de otra manera, no habría tenido en cuenta un pacto concertado tantos siglos antes.

Versículos 10–19

Tenemos a otro Joás, hijo de otro Joacaz, hijo de Jehú, en el trono de Israel. Es probable que la casa de Jehú tratase de pagar ciertos respetos a la casa de David al poner al heredero de la corona el mismo nombre del que por entonces ocupaba el trono de Judá.

I. Este Joás de Israel no fue de los peores, pero, aun así, al conservar la antigua idolatría de la casa de Jeroboam, se dice de él que *hizo lo malo ante los ojos de Jehová* (v. 11).

II. Relato especial de lo que pasó entre él y Eliseo:

1. Eliseo cayó enfermo (v. 14). (A) Hacía ahora unos sesenta años desde que había sido llamado al ministerio profético, por lo que tenía de 85 a 90 años. Fue un gran beneficio para Israel, y especialmente para los hijos de los profetas, el que continuase viviendo por tanto tiempo esta lámpara que ardía y brillaba. (B) En toda la segunda mitad de su vida, desde la unción de Jehú por rey, la cual se llevó a cabo cuarenta y cinco años antes de que comenzase a reinar Joás, no hallamos ninguna mención de su persona ni de cosa alguna memorable que hiciera, hasta este momento en que le hallamos ya en el lecho de muerte.

2. El rey Joás le visitó en su enfermedad y *lloró delante de él* (v. 14). Esto era señal de que alguna cosa buena quedaba en Joás, de que profesaba afecto y estima al fiel profeta. Al oír que estaba enfermo, Joás vino a visitarle y a recibir su consejo y su última bendición. Expresó ante él el mismo lamento que había pronunciado Eliseo cuando fue arrebatado Elías: *«¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo!»* (v. 14).

3. Eliseo dio al rey gran seguridad del éxito que había de tener contra los sirios, quienes al presente afligían a Israel, y le animó a proseguir con vigor la guerra contra ellos. Aunque Eliseo muriese, el Dios de Eliseo podía suscitar otros profetas para orar por su pueblo. Eliseo le da al rey una señal: le ordena que *tome un arco y unas saetas* (v. 15). Dios sería el agente, pero el rey había de ser el instrumento. Y en señal de que habría de tener éxito, le ordena:

(A) Arrojar una saeta contra Siria (vv. 16, 17). Joás recibió la orden de mando de labios del profeta: *«Pon tu mano sobre el arco … Abre la ventana … Tira».* Como si fuese un niño pequeño que en toda su vida no hubiese manejado un arco, *«puso Eliseo sus manos sobre las manos del rey»,* para dar a entender que, en todas sus expediciones contra los sirios, Joás había de esperar de Dios instrucción y fuerzas. Las

trémulas manos de un profeta moribundo, al ser símbolo de la comunicación del poder de Dios, confirieron a esta saeta mayor fuerza que las manos del rey en todo su vigor juvenil. Los sirios se habían hecho dueños del territorio que cae hacia el oriente (10:33). Hacia allá, pues, fue dirigida la saeta, y Eliseo dio al rey, como interpretación de ese lanzamiento de la saeta: (a) La comisión de atacar a los sirios. (b) La promesa de éxito seguro en tal empresa, pues era *«Saeta de salvación de Jehová, y saeta de salvación contra Siria»* (v. 17).

(B) Golpear el suelo con las saetas (vv. 18, 19). Al haberle asegurado el profeta en nombre de Dios la victoria sobre los sirios, va a poner a prueba al rey ahora para ver qué provecho va a sacar de sus victorias; si va a explotarlas o no con mayor celo que el que mostró Acab cuando Ben-adad estuvo totalmente a merced suya. Para esta prueba le pide que golpee la tierra con las saetas, como si dijese: «Ahora muéstrame lo que vas a hacer cuando los hayas derrotado». El rey no mostró el empeño y el entusiasmo que podía esperarse de él en esta ocasión pues golpeó tres veces, ni una más. Al menospreciar la señal, perdió la realidad significada y entristeció grandemente al moribundo profeta, quien le dijo que debía haber golpeado cinco o seis veces. Al no estar animado con la expectación del poder y de la promesa de Dios, ¿por qué había de tener éxito en sus propias expectaciones y en sus esfuerzos personales?

Versículos 20–25

I. El sepulcro de Eliseo. Falleció Eliseo en edad avanzada, y le sepultaron. Después que él murió, fue invadido el país por bandas de moabitas—bandas errantes que rondaban al socaire de las oportunidades, que saqueaban y mataban por sorpresa—. El rey temía el peligro de parte de los sirios únicamente, pero mira por dónde le invaden el país los moabitas. El cadáver de Eliseo comunicó la vida a otro cadáver (v. 21). Este grandísimo milagro se llevó a cabo cuando unos hombres que se disponían a dar sepultura a un cadáver, al verse sorprendidos por una banda armada, para no caer en manos de los moabitas, dejaron el cadáver en un lugar que les pareció conveniente y se dieron a la fuga. El lugar en que lo dejaron resultó ser el sepulcro de Eliseo, y tan pronto como el cadáver tocó los huesos de Eliseo, revivió y es probable que se marchase a casa con sus amigos. Elías fue honrado por Dios *en su* partida de este mundo, pero Eliseo fue honrado *después de su* partida. Dios otorga sus honores como le place, pero, de un modo u otro, todos sus santos serán un día glorificados.

II. La espada de Joás, rey de Israel, obtiene éxitos sobre los sirios. 1. La causa de estos éxitos fue el favor de Dios (v. 23): *«Jehová tuvo misericordia de ellos»*. A la misericordia de Dios se debió que no fueran consumidos, pues Él quería darles oportunidad para que se arrepintieran. 2. El efecto de estos éxitos. Joás recuperó de las manos de Ben-adad las ciudades de las que los sirios habían desposeído a Israel (v. 25). Por tres veces batió Joás a los sirios así como había golpeado tres veces el suelo con las saetas; con ello se puso punto final a sus victorias.

CAPÍTULO 14

Continúa la historia de los reinos de Judá e Israel. I. En el reino de Judá tenemos: 1. El informe de todo el reinado de Amasías: (A) Su buen carácter (vv. 1–4). (B) La justicia que ejecutó en los asesinos de su padre (vv. 5, 6). (C) Su victoria sobre los edomitas (v. 7). (D) Su guerra con Joás de Israel y su derrota en dicha guerra (vv. 8–14). (E) Finalmente, su caída como resultado de una conspiración contra él (vv. 17–20). 2. El comienzo de la historia de Azarías (vv. 21, 22). II. En el reino de Israel, la conclusión del reinado de Joás (vv. 15, 16) y la historia de todo el reinado de su hijo Jeroboam, el segundo de este nombre (vv. 23–29).

Versículos 1–7

Vemos ahora a Amasías, hijo y sucesor de Joás de Judá.

I. En el templo actuó bien hasta cierto punto, como Joás, pero no como David (v. 3). Comenzó bien, pero no perseveró. No basta con hacer *lo mismo* que hicieron nuestro predecesores, únicamente para seguir la costumbre, sino que hemos de hacerlo *como* lo hicieron ellos: apoyados en los mismos principios de fe y devoción y animados de la misma sinceridad y resolución. Como antes, se nos hace notar aquí (v. 4) que *los lugares altos no fueron quitados.*

II. En el tribunal le vemos como hace justicia sobre los traidores que asesinaron a su padre; no lo hizo inmediatamente después de subir al trono, no fuese que ello diese ocasión a disturbios, sino *cuando hubo afirmado en sus manos el reino* (v. 5). Sin embargo, *no mató a los hijos de los que le dieron muerte* (v. 6); obedeció así a la Ley de Moisés (Dt. 24:16).

III. En el campo de batalla le vemos cómo triunfa sobre los edomitas (v. 7). Edom se había rebelado antes, en tiempo de Joram (8:22). Ahora Joás les hizo la guerra a fin de que volviesen a someterse. Un informe más detallado de esta expedición se halla en 2 Crónicas 25:5 y ss.

Versículos 8–14

Durante algunas generaciones desde la división de los reinos, el de Judá sufrió mucho a causa de la *enemistad* del de Israel. Después de los tiempos de Asá, durante algunas generaciones, sufrió mucho a causa de la *amistad* de Israel, por el cruce de las respectivas familias reales y por las alianzas resultantes de ese parentesco. Pero ahora volvemos otra vez a los tiempos de hostilidad.

I. Amasías, sin mediar provocación ni presentar queja alguna, retó a Joás a *verse las caras* (v. 8) en el campo de batalla. Con ello se mostró arrogante, presuntuoso y sanguinario. Hay quienes piensan que fue tan vanidoso como para pensar en someter el reino de Israel y volverlo a unir con el de Judá.

II. Joás le respondió con una severa reprimenda por su reto y con la advertencia de que lo retirara (vv. 9–10). 1. Para herirle en su orgullo se comparó a sí mismo a un cedro, árbol majestuoso y noble, y a Amasías a un cardo, arbusto despreciable y dañino, diciéndole con esto que estaba tan lejos de temerle como para despreciarle, sin dignarse a medir las fuerzas con él ni hacer con él alianza de parentesco, así como el cedro no se rebajaría a dar por mujer a un cardo uno de sus brotes. 2. Le predice su caída: «*Pasaron las fieras que están en el Libano, y hollaron el cardo*» (v. 9). Tan fácil ve Joás el triunfo de sus fuerzas sobre Amasías. 3. Le muestra la insensatez de su reto: «*Has derrotado a Edom, y tu corazón se ha envanecido* (v. 10); como si ese triunfo te hiciese temible ante la faz del mundo entero». 4. Le aconseja que se contente con el triunfo que ha conseguido y no se arriesgue a perderlo todo por ambicionar más de lo que está al alcance de su poder.

III. Amasías persistió en su resolución y el resultado fue desastroso para él. 1. Su ejército fue derrotado y dispersado (v. 12). Dice Josefo que cuando se enfrentaron al enemigo les entró tal pánico que, sin dar un solo golpe, cada uno escapó de la mejor manera que pudo. 2. Él mismo fue tomado prisionero por el rey de Israel, con lo que tuvo suficiente oportunidad de *verle la cara.* 3. El vencedor entró en Jerusalén sin hallar resistencia, *rompió el muro de Jerusalén* (v. 13) y, según dice Josefo, entró triunfante por en medio de la brecha montado en su carro. 4. Saqueó la ciudad llevándose cuanto había de valor y regresó a Samaria cargado de despojos (v. 14).

Versículos 15–22

Aquí vemos, en pocos versículos, dos reyes que baja a sus sepulcros: 1. Joás de Israel (vv. 15, 16). 2. Amasías de Judá, que sobrevivió quince años a su vencedor, el rey de Israel (v. 17), pero fue asesinado por sus súbditos quienes le aborrecían por su mala administración (v. 19); los de la capital achacaban a su presunción e insensatez la ignominiosa brecha que Joás había abierto en su muralla. Huyó a Laquís. No se nos dice el tiempo que permaneció oculto allí, pero finalmente le dieron muerte (v. 19). 3. Azarías (llamado *Uzías* en v. 30, así como en 2 Cr. 26:1 y en Is. 6:1) sucedió a Amasías, pero sólo doce años después de la muerte de su padre, pues tenía cuatro años cuando murió su padre; así que, hasta que tuvo dieciséis años, el gobierno estuvo en manos de sus tutores. Reinó 52 años, como vemos por 15:2. Su

historia se nos refiere en el capítulo siguiente, pues aquí solamente se nos dice que *reedificó a Elat y la restituyó a Judá* (v. 22); la ciudad había pertenecido a los edomitas.

Versículos 23–29

Informe del reinado de Jeroboam II.

I. Su reinado fue el más largo de todos los de los reyes de Israel: *Cuarenta y un años* (v. 23), aunque más corto que el de Azarías (o Uzías) de Judá, su contemporáneo. Reinó en los mismos años que Asá de Judá (1 R. 15:10), pero éste hizo lo bueno, mientras que Jeroboam *hizo lo malo* (v. 24). No se pueden valorar los caracteres de los hombres por la largura de sus vidas ni por la prosperidad de sus negocios.

II. Su carácter fue semejante al del resto de los reyes de Israel pues *hizo lo malo ante los ojos de Jehová y no se apartó de todos los pecados de Jeroboam* (v. 24), pues continuó con el culto a los becerros de oro. Los pecados no disminuyen en maldad por el hecho de haber pasado a ser costumbre.

III. En lo material su reinado fue muy próspero, ya que, a pesar de su pecado ya citado, hizo algunas cosas buenas, por las que Dios le premió (cosa frecuente en los malos que hacen cosas buenas), 1. Mediante profecía, pues Dios suscitó a Jonás hijo de Amitay, galileo. Cuando Dios envía a su pueblo ministros fieles es señal de que no le ha abandonado por completo. Al morir Eliseo, que fortalecía las manos de Joás, es enviado a animar a su hijo. Es probable que Jonás fuese enviado a Nínive al ser aún muy joven, lo que explicaría su miedo y su irritación; sin embargo, al ser empleado ahora como mensajero de paz y misericordia a Israel, es señal indudable de la longanimidad de Dios al perdonarle su pecado y su insensatez. Una comisión ulterior implica un perdón anterior. 2. Mediante providencia, pues, *de acuerdo con la palabra de Dios,* sus armas tuvieron éxito y *restauró los límites de Israel,* y recuperaró las ciudades fronterizas y los territorios perdidos que se extendían desde Hamat en el norte hasta el mar del Arabá en el sur. Dos razones por las que les bendijo Dios con estas victorias: (A) Porque el aprieto en que se hallaba Israel era muy grave, lo que les hizo objeto de la compasión de Jehová (v. 26). Los que vivían en los territorios donde los enemigos se habían hecho los amos, estaban oprimidos y esclavizados, y los demás estaban empobrecidos por las frecuentes incursiones de los enemigos que venían a saquearlos. Que tomen consuelo de esta compasión divina cuantos se hallan en situación digna de compasión: leemos de las entrañas de misericordia de Dios (Is. 63:15; Jer. 31:20) y que está lleno de compasión (Sal. 86:15). (B) Porque *Jehová no había determinado raer el nombre de Israel de debajo del cielo* (v. 27). Aunque en los registros humanos la dispersión de las diez tribus del norte acabó en su mayor parte con dicho nombre, Dios ha prometido que Israel no será cortado para siempre, sino que un día *todo Israel será salvo* (Ro. 11:26).

IV. Conclusión del reinado de Jeroboam. Se nos habla de su *valentía y* de todos sus éxitos (v. 28). Es de notar que, a pesar de que había habido antes muchos profetas en Israel, ninguno había dejado por escrito sus profecías hasta la época que comentamos; fue precisamente en tiempo de Jeroboam II cuando comenzó a profetizar Oseas, quien fue el primero en escribir su profecía. No es extraño que hallemos en Oseas 1:2: *«Comienzo de lo que habló Jehová …».* Por el mismo tiempo profetizó Amós y escribió su profecía; poco después, Miqueas y, luego, Isaías, en los días de Acaz y Ezequías. De esta manera Dios nunca se dejó a Sí mismo sin testigos.

CAPÍTULO 15

I. Breve informe de dos reyes de Judá. 1. De Azarías, o Uzías (vv. 1–7). 2. De su hijo Jotam (vv. 32–38). II. De cinco reyes de Israel que reinaron sucesivamente por el mismo tiempo que los dos de Judá. 1. Zacarías, el último de la casa de Jehú, reinó seis meses y fue asesinado y sucedido por Salum (vv. 8–12). 2. Salum reinó un mes y fue igualmente asesinado y sucedido por Menajem (vv. 13–15). 3. Menajem reinó diez años (o, más bien, tiranizó) y murió en su cama; dejó el trono a su hijo Pecajías—o Pecajyá—(vv. 16–22). 4. Éste reinó dos años, tras lo cuales fue asesinado por su sucesor Pecaj (vv. 23–26). 5. Pecaj

reinó veinte años; le asesinó y sucedió Oseas, último rey de Israel (vv. 27–31), en cuyo reinado los acontecimientos se aceleraron hacia la destrucción final de dicho reino.

Versículos 1–7

Reinado de Azarías. 1. Comenzó a reinar joven; reinó por mucho tiempo y, en general, *hizo lo recto* (v. 3), aun cuando no tuvo el celo ni la valentía suficientes para quitar los lugares altos (v. 4). 2. Dios le hirió con lepra. El porqué y cómo se nos narran en 2 Crónicas 26:16 y ss., donde hallamos también un informe más detallado de las glorias de la primera parte de su reinado, así como de las desgracias de la segunda parte de él. Aquí se nos dice: (A) Que era leproso. (B) Que Jehová lo hirió con lepra, para castigarle por usurpar funciones correspondientes a los sacerdotes (2 Cr. 26:17–21). (C) Que permaneció leproso hasta el día de su muerte. Aunque tenemos motivos para pensar que se arrepintió de su pecado y Dios le perdonó, con todo, para aviso de otros, continuó con esta marca del desagrado de Dios. (D) Que vivió en casa separada, al ser ceremonialmente inmundo según la ley, a cuya disciplina hubo de someterse a pesar de ser el rey. (E) Que su hijo fue nombrado virrey para los asuntos de la corte, lo mismo que para los del reino; fue un consuelo para él y una bendición para el reino tener tal hijo para que ocupase su lugar.

Versículos 8–31

Los mejores días del reino de Israel fueron aquellos en que el gobierno estuvo en manos de la familia de Jehú. Durante su reinado, y en los tres siguientes, aunque en Israel había muchas maldades y desgracias, la corona pasó por sucesión familiar, los reyes murieron de muerte natural, y los asuntos públicos tuvieron quien se preocupara de ellos; pero, pasados aquellos tiempos, la historia que tenemos ahora ante nuestra vista, de un período que abarca unos treinta y tres años, nos presenta los asuntos de aquel reino en la mayor confusión imaginable.

I. Causas de esta miserable situación en el reino del norte.

1. Dios había probado a su pueblo de Israel con castigos, lo mismo que con favores, predichos ambos por medio de sus siervos los profetas, pero ellos continuaban endurecidos, reacios a corregirse; por lo que Dios trajo justamente sobre ellos esas miserias.

2. Dios hizo buena su promesa a Jehú de que sus hijos se sentarían en el trono de Israel hasta la cuarta generación, lo cual fue un favor mayor que el que fue otorgado a ninguna de las familias reales de Israel antes o después de la casa de Jehú. Así le recompensó Dios por el celo que desplegó en destruir la casa de Acab y el culto a Baal; sin embargo, cuando se colmó la medida de los pecados de la casa de Jehú, Dios vengó en ella la sangre anteriormente derramada por él, llamada (Os. 1:4) *la sangre de Yizreel.*

3. Todos estos reyes *hicieron lo que es malo a los ojos de Jehová,* pues *anduvieron en los pecados de Jeroboam hijo de Nebat.* Aunque en otras cosas se diferenciaban, estuvieron todos de acuerdo en mantener la idolatría, y esto con aplauso del pueblo.

4. Todos ellos (excepto uno) conspiraron contra sus respectivos antecesores y los asesinaron: Salum, Menajem, Pecaj y Oseas, todos ellos fueron traidores y asesinos, y así subieron al trono. Con frecuencia un malvado sirve de azote para otro malvado, y, al fin y a la postre, todo perverso se crea su propia ruina.

5. La ambición de los magnates trajo la desgracia al país. Aquí está Tifsá, ciudad de Israel, bárbaramente destruida, con todos sus contornos por uno de estos conspiradores (v. 16).

6. Mientras la nación se hallaba sacudida de este modo por divisiones internas, los reyes de Asiria, primero uno (v. 19), después otro (v. 29), vinieron contra ella e hicieron cuanto les vino en gana.

7. Ésta era la situación de Israel poco antes de su ruina final y su deportación, pues ésta se llevó a cabo en el noveno año de Oseas, el último de estos usurpadores. Si en aquellos días de confusión y perplejidad se hubiesen humillado delante de Dios y buscado su rostro, habría podido ser impedida dicha destrucción final.

II. Breve informe de cada uno de estos reinados.

1. Zacarías, hijo de Jeroboam II, comenzó a reinar en el año treinta y ocho de Azarías (o Uzías) de Judá (v. 8). Hay cronólogos que opinan que entre Jeroboam y su hijo Zacarías estuvo vacante el trono durante veintidós años a causa de los disturbios y las disensiones que había en el reino. Zacarías fue depuesto apenas estuvo sentado en el trono, pues reinó sólo seis meses, tras los que Salum lo mató *en presencia de su pueblo* (v. 10) y con la aprobación del pueblo al que, de alguna manera, se había hecho odioso; así se acabó la dinastía de Jehú.

2. Pero, ¿gozó de paz Salum después de asesinar a su amo? No, no gozó de ella (v. 13), pues al cabo de un mes de reinado cayó también. Menajem, ya fuese provocado por su crimen o animado por su ejemplo, lo despachó como él había despachado a su amo: *lo mató y reinó en su lugar* (v. 14).

3. Menajem reinó diez años (v. 17). Fue tan extraordinariamente cruel con los de su propio país que, por no sometérsele de antemano la ciudad, no sólo la arruinó, sino que *abrió el vientre a todas las mujeres que estaban encinta* (v. 16). Con estos crueles métodos esperaba aterrorizar a otros y atraerlos a su causa; pero cuando vino contra él el rey de Asiria: (A) Tan poca confianza tenía en su propio pueblo que no se atrevió a salir contra él como contra un enemigo, sino que se vio forzado a comprar la paz a un precio muy alto. (B) Tal necesidad tuvo de ayuda para ver *confirmado el reino en su mano* (v. 19) que una de las cláusulas de su contrato estipulaba que el rey de Asiria le ayudaría a defenderse de sus propios súbditos si éstos le eran desafectos. De esta forma se libró por esta vez del rey de Asiria; pero el ejército asirio se enriqueció tanto con tan poco esfuerzo que se animó a volver sin tardar mucho; y esta segunda vez, para devastarlo por completo.

4. Pecajías, hijo de Menajem, sucedió a su padre, pero sólo reinó dos años y fue traidoramente asesinado por Pecaj.

5. Pecaj, a pesar de haber obtenido el trono a traición, lo conservó durante veinte años (v. 27), hasta que, por fin, su violencia cayó sobre su cabeza. Este Pecaj, hijo de Remalías: (A) Se hizo notar en sus campañas al exterior más que ningún otro de los usurpadores mencionados, pues fue un terror para el reino de Judá, como hallamos en Isaías 7:1 y ss. (B) Perdió gran parte de su reino, la cual fue a parar a las manos del rey de Asiria. Con este juicio Dios le castigó por su intento contra Judá y Jerusalén. (C) Poco después fue víctima del resentimiento de sus paisanos, quienes es probable que estuviesen disgustados con él por haberles dejado a merced del enemigo exterior mientras él invadía Judá, de lo cual se aprovechó Oseas para arrebatarle la corona, pues *lo mató y reinó en su lugar* (v. 30). Este Oseas debió de estar demasiado aficionado a poseer una corona, para atreverse a arriesgarse, en época como aquella, a obtenerla mediante traición—una corona que cualquier hombre medianamente prudente no se habría atrevido a tomar del suelo—; sin embargo, Oseas, no sólo se aventuró *a* tomarla, sino que se aventuró *por* tomarla, ya que le costó enormemente cara.

Versículos 32–38

Breve relato del reinado de Jotam, rey de Judá, de quien se nos dice:

1. Que *hizo lo recto ante los ojos de Jehová* (v. 34), como buen gobernante. Josefo le colma de alabanzas, y dice que fue piadoso para con Dios, justo para con los hombres y entregado al bien público. Aunque no fueron quitados los lugares altos, mostró gran respeto hacia el templo, a fin de apartar al pueblo de los lugares altos y atraerlos al santuario de Dios. También edificó la puerta superior del templo. Si los magistrados no pueden hacer cuanto querrían para suprimir el vicio y la profanidad, que al menos hagan cuanto puedan para el sostén y el aumento de la piedad y de la virtud. Si no pueden derribar los lugares altos del pecado, que edifiquen y embellezcan la puerta alta de la casa de Dios.

2. Que murió en la flor de la vida, pues sólo tenía cuarenta y un años (v. 33). Por los informes que nos da el texto sagrado, parece ser que ninguno de los reyes de Judá llegó a la edad de David, setenta años, la edad común del hombre, según la Biblia. La edad de Asá no consta. Uzías llegó a los sesenta y ocho años, Manasés a los sesenta y siete, Josafat a los sesenta; y éstos fueron los que llegaron a una edad más avanzada, muchos de los que se hicieron famosos no llegaron a los cincuenta.

3. Que en su tiempo se formó una confederación contra Judá a cargo de Rezín, rey de Siria, y Pecaj rey de Israel. Esta coalición parecía tan temible en los comienzos del reinado de Acaz que el corazón de este príncipe y el de su pueblo *se estremecieron como se estremecen los árboles del monte a causa del viento* (Is. 7:2).

CAPÍTULO 16

Reinado de Acaz (propiamente, Ajaz). I. Fue un notorio idólatra (vv. 1–4). II. Con los tesoros del templo y con los suyos personales, alquiló al rey de Asiria para que invadiese Siria e Israel (vv. 5–9). III. Del altar de un ídolo que vio en Damasco sacó un modelo para hacer un nuevo altar en el templo de Dios (vv. 10–16). IV. Descompuso y estropeó el mueblaje del templo (vv. 17, 18).

Versículos 1–4

Carácter general del reinado de Ajaz. 1. *No hizo lo recto ante los ojos de Jehová su Dios, como David su padre* (v. 2). No sentía estima hacia el templo, no cumplió sus deberes para con Dios ni tuvo ninguna consideración con la Ley. Fue una vergüenza total para la casa de David, sin tomar conciencia del reproche que esto significaba para él. 2. *Anduvo en el camino de los reyes de Israel* (v. 3), todos los cuales dieron culto al becerro de oro. Los reyes de Israel apelaban a razones de Estado para continuar con dicha idolatría, pero Ajaz no podía aducir tales razones. A pesar de que eran enemigos suyos, imitó la conducta de los reyes de Israel. 3. *Hizo pasar por fuego a su hijo* (v. 3) para honrar a Moloc. Según 2 Crónicas 28:3, fueron varios los hijos a los que hizo pasar por fuego, aunque es probable que ahí se trate de un «plural de categoría» y que sólo quemase un hijo en honor de Moloc. 4. En esto siguió *las prácticas abominables* de las naciones que Dios había expulsado de delante de Israel. 5. También *sacrificó y quemó incienso en los lugares altos* (v. 4). Si su padre hubiese tenido el suficiente celo para quitar dichos lugares, habría preservado a sus hijos de cometer tal abominación; pero los que hacen la vista gorda ante el pecado, no se dan cuenta de las peligrosas trampas que ponen ante los pies de los que les suceden.

Versículos 5–9

1. Los reyes de Siria e Israel, vecinos de Ajaz, se coligan contra él. Pensaron hacerse los amos de Jerusalén y poner allí un rey de su gusto (Is. 7:6). No lo consiguieron, pero el rey de Siria recuperó Elat, puerto importante del mar Rojo, que Amasías había arrebatado a los sirios (14:22). 2. Su plan para librarse de ellos. Al haber abandonado a Dios, no tuvo fuerza ni valentía para hacer frente a sus enemigos, ni podía pedir ayuda a Dios, ya que era indigno de ella; en lugar de eso pidió ayuda al rey de Asiria, y en el pecado tuvo la penitencia, pues, a la larga, fue un trato desventajoso. Es cierto que consiguió lo que de momento deseaba, pues el rey de Asiria descendió a Damasco e hizo que el rey de Siria desistiese de su intento (v. 9); pero para lograr esto: (A) Ajaz se hizo esclavo suyo (v. 7): *«Yo soy tu siervo»,* le dijo al rey de Asiria. (B) Se empobreció miserablemente, pues tomó el tesoro del templo y el del reino y los entregó al rey de Asiria (v. 8). No se comprende con qué autoridad pudo disponer así del tesoro público; pero es cosa corriente entre los que se han puesto en estrechura a causa de algún pecado ver de buscar salida al aprieto mediante otros pecados.

Versículos 10–16

Aunque Ajaz había sacrificado en los lugares altos (v. 4), el altar de Dios continuaba aún en su lugar y en uso, pero ahora lo vemos quitado de su sitio por el perverso Ajaz, quien puso en su lugar un altar idólatra.

I. El rey mismo tomó de un altar de Damasco el modelo para este nuevo altar (v. 10). Como el rey de Asiria se había apoderado de Damasco, allá fue Ajaz a felicitarle y recibir sus órdenes. En Damasco vio un altar que agradó sobremanera a su fantasía, y pensó que había de tener un altar como aquel, por lo que hizo tomar inmediatamente modelo de él.

II. Para ello comisionó al sumo sacerdote Urías (v. 11). Cualquiera que fuese la excusa, fue la cosa más vil y perversa para un sumo sacerdote el prestarse a fabricar ese altar por complacer a su príncipe idólatra, pues de este modo: 1. Prostituyó su autoridad y profanó la corona de su sacerdocio, al tiempo que se hizo esclavo de la concupiscencia de los hombres. 2. Quebrantó su fidelidad.

III. Dedicación del nuevo altar. Urías lo colocó cerca del altar de bronce. El rey se puso extremadamente contento con él y ofreció sobre él holocaustos, etc. (vv. 12, 13). Sus sacrificios no eran en honor del Dios de Israel, sino de los dioses de Damasco.

IV. El altar de Dios fue retirado de su lugar para hacer sitio al nuevo altar. Ajaz retiró el altar de Dios a un oscuro rincón en el lado norte del atrio y puso el suyo delante del santuario en lugar del otro. Al principio coexistieron juntos los dos altares; al fin, el nuevo sustituyó al verdadero. Quienes no están contentos con que Dios sea *todo* para ellos, a la larga querrán que Dios no sea *nada* para ellos. Ajaz no se atrevió a demoler el altar de bronce, sino que, al parecer, quiso promocionarlo a un empleo que no era el designado para él, pues quiso usarlo para oráculos, esto es, para consultar a Dios por medio de él. La tradición judía dice que del bronce de dicho altar hizo Ajaz después lo que se llamó el famoso *reloj de Ajaz* (20:11).

Versículos 17–20

I. Vemos aquí a Ajaz en el acto de estropear el templo, no la fábrica, sino el mueblaje (v. 17): *«Desmontó los paneles de las basas, y les quitó las fuentes»* que los sacerdotes usaban para los lavados. 2. También suprimió *«el pórtico para los sábados»*, esto es, una especie de tribuna (o baldaquino) para los días solemnes, lo cual era una señal de soberanía que el rey de Asiria exigiría que fuese suprimida al que ahora era su vasallo. 3. También quitó *el pasadizo del rey* hacia la casa de Dios (tal vez una de las maravillas que Salomón había edificado y que dejaron sin aliento a la reina de Seba—1 R. 10:5—), ya que hizo una desviación; todo ello *para dar gusto al rey de Asiria,* pues de ese modo daba a entender que no pensaba frecuentar la casa de Dios en lo sucesivo.

II. Ajaz murió en la flor de la edad. Según el v. 2 (y 2 Cr. 28:1) tenía 36 años cuando murió. Pero, ¿cómo se explica que, a su muerte, tuviese un hijo de 25 años? (18:2; 2 Cr. 29:1). Hay quienes piensan que Ezequías tenía, no 25 años, sino 5, cuando comenzó a reinar. Esta es una solución arbitraria e insatisfactoria. Es mucho más probable que Ajaz tuviese 25 años, en vez de 20, cuando comenzó a reinar, según varios MSS de los LXX en 2 Crónicas 28:1; con lo que Ajaz habría muerto a los 41 años. En todo caso, lo importante es que su hijo Ezequías resultó tan bueno como malo había sido su padre.

CAPÍTULO 17

Relato de la deportación de las diez tribus del norte, con lo que se acaba la historia del reino de Israel, después de 265 años desde que se separó de Judá bajo Jeroboam hijo de Nebat. I. Breve informe de esta destrucción (vv. 1–6). II. Comentarios sobre ella y sus causas (vv. 7–23). III. Naciones que les sucedieron en la ocupación del país y religión híbrida que quedó establecida allí (vv. 24–41).

Versículos 1–6

Reinado y ruina de Oseas, último rey de Israel, del que vemos:

I. Que, aunque se abrió paso al trono por medio de la traición y del asesinato (15:30), no se posesionó de él hasta siete u ocho años después.

II. Que, aunque fue malo, no lo fue tanto como los reyes de Israel que le habían precedido (v. 2), pues no prestó a los becerros tanta devoción como sus antecesores. Hay incluso quienes opinan que este rey levantó a sus súbditos la prohibición de acudir a Jerusalén a dar culto a Dios. ¿Qué pensar de esta disposición de la Providencia, de que la destrucción del reino del norte hubiese de suceder durante el reinado de uno de sus mejores reyes? Si Oseas no fue tan malo como sus antecesores, se ve que los súbditos fueron tan malos como sus antepasados, o peores que ellos. Su rey les permitió mejorar, pero ellos se empeñaron en empeorar, con lo que atrajeron sobre sí la culpa de la ruina que les sobrevino.

III. La destrucción vino gradualmente. La cosa comenzó al sospechar el rey de Asiria que Oseas conspiraba para sacudirse el yugo de él (v. 4). Si el rey, lo mismo que el pueblo, hubiesen apelado a Dios en oración y se hubiesen vuelto a Él de corazón habrían podido recobrar libertad, honor y comodidad; pero retuvieron el tributo y confiaron en que el rey de Egipto les ayudaría a sublevarse, lo que, de haber tenido éxito, sólo habría servido para que cambiasen de opresor. Pero Egipto les resultó una caña rajada.

IV. Finalmente sobrevino la destrucción total. 1. El rey de Israel fue tomado prisionero. 2. El país fue presa del enemigo. El ejército del rey de Asiria trató a la gente como a traidores dignos de ser castigados con la espada de la justicia, más bien que como a enemigos noblemente caídos en el campo de batalla. 3. La capital fue sitiada y, al fin, tomada. Por tres años resistió después que el país había caído en poder del enemigo. 4. Los habitantes del reino fueron deportados cautivos a Asiria (v. 6). Todas las personas de nota fueron forzadas a marchar al exilio para ser esclavos y mendigos en país ajeno. Quienes habían olvidado a Dios, pronto fueron olvidados. Quedaron atrás muchos de la clase más baja; algunos pasaron a Judá; otros quedaron sometidos a las colonias asirias de la región, y sus descendientes fueron los galileos y los samaritanos. Así acabó Israel como nación; ahora eran *«Lo-ammí»* = «No-mi pueblo», y *«Lo-rujamah»* = «No-compadecida». Santiago escribe a las doce tribus de la dispersión (Stg. l:l) y Pablo habla de *«nuestras doce tribus»* (Hch. 26:7); así que, cuando no leemos ya en el texto sagrado nada de los que fueron llevados cautivos, es seguro que escapó un remanente para conservar el nombre de Israel hasta que llegue la hora en que el Israel de Dios (Gá. 6:16) esté completo.

Versículos 7–23

Motivos por los que fue destruido el reino de las diez tribus. 1. Fue Jehová quien *los quitó de delante de su rostro* (v. 18). Él fue quien trajo sobre ellos la calamidad, pues Asiria fue únicamente *el báculo de su furor* (Is. 10:5). ¿Por qué trajo Dios la ruina sobre un pueblo suscitado y acrecentado mediante milagros y oráculos, como era Israel? ¿Fue puramente un acto de la soberanía de Dios? No, fue un acto de necesaria justicia, puesto que le provocaron con sus maldades y ellos mismos atrajeron sobre sí la ruina mediante sus desobediencias (vv. 14–17). Los minuciosos detalles de sus abominaciones se ponen aquí para que Dios quede justificado, veraz, y todo hombre mentiroso (Ro. 3:4).

I. Lo que había hecho Dios por Israel a fin de comprometerle a que le sirvieran. 1. Les dio la libertad (v. 7). Así quedaban obligados a ser sus siervos por gratitud, ya que les había soltado las cadenas. El que los había rescatado de la mano del rey de Egipto, ¿acaso los habría entregado en manos del rey de Asiria si no hubiesen profanado ellos su libertad y se hubiesen vendido a sí mismos? 2. Les dio su Ley para ser Él mismo su rey, por lo que no podían alegar ignorancia del bien y el mal, del pecado y el deber. 3. Les dio el país, después de *expulsar a las naciones de delante de ellos* (v. 8) para hacerles sitio; al expulsar las naciones a causa de sus idolatrías, les hacía la mejor advertencia posible para que ellos no incurriesen en la misma maldad.

II. Lo que habían hecho ellos contra Dios, a pesar de la forma en que Dios se había portado con ellos. 1. *Pecaron contra Jehová su Dios* (v. 7), *maquinaron cosas no rectas contra Jehová su Dios* (v. 9), *se entregaron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová* (v. 17), es decir, se ofrecieron totalmente al pecado, como los esclavos que entregan todo su servicio al amo que los compró, y, al persistir obstinadamente en el pecado, de tal manera endurecieron su corazón que, al final, llegó a resultar moralmente imposible el que se recuperaran. Aunque eran culpables de muchas inmoralidades y habían quebrantado todos los mandamientos de ambas tablas del Decálogo, lo único que aquí se especifica es su idolatría. Éste fue el pecado que los arruinó, pues es, entre todos los pecados, el que más provoca a Dios, porque equivalía al adulterio espiritual, del que se derivan todas las demás iniquidades. *Reverenciaron a otros dioses* (v. 7), esto es, los adoraron y les prestaron homenaje como si temiesen desagradarles. *Se edificaron lugares altos en todas sus ciudades* (v. 9); donde no había torre de vigía, lo hacían sobre la muralla. Levantaban también estatuas e imágenes de Astarté (v. 10) sobre los collados y bajo los árboles. *Servían a los ídolos* (v. 12), obra de manos humanas, *quemaban incienso en los lugares altos* (v. 11), honor que sólo el Dios verdadero se merece. Como si fuesen poco los dos becerros de oro, todavía adoraron al sol, la luna y las estrellas *(«todo el ejército de los cielos»*—v. 16—), y usaron *adivinaciones y agüeros* (v. 17) a fin de recibir instrucciones de los dioses.

III. Los medios que Dios usó en vano para retirarlos de su idolatría. Aunque ellos habían abandonado a la familia de Dios que eran los sacerdotes, Él no les dejó sin profetas, quienes en todo tiempo se preocuparon, también en vano, por enseñarles el verdadero conocimiento del verdadero Dios (v. 14).

IV. Cómo los castigó Dios por sus pecados. *Se airó en gran manera contra Israel* (v. 18), *los desechó, los afligió y los entregó en manos de saqueadores* (v. 20), tanto en los días de los Jueces y Saúl, como después en la mayoría de los reinados de los reyes, para ver si así despertaban de su letargo mediante los juicios de Dios y se ponían a considerar y enmendar sus caminos; pero, al no ser estas correcciones suficientes para hacerles salir de su insensatez, Dios, como primera medida fuerte *separó a Israel de la casa de David* (v. 21), bajo la que habrían podido ser felices.

V. Finalmente, en medio de todo esto, hay una queja contra Judá (v. 19): *«Mas ni aun Judá guardó los mandamientos de Jehová su Dios»*. Aunque todavía no eran tan malos como Israel, estaban infectados del mal de Israel.

Versículos 24–41

Cuando los hijos de Israel fueron desposeídos de su tierra en el país de Canaán, el rey de Asiria se apresuró a trasplantar allá el excedente de habitantes de su propio país, los cuales habían de ser siervos de su rey y amos de los israelitas que quedaron allí. Aquí se nos informa de estos nuevos habitantes del país.

I. En cuanto a los asirios que fueron traídos al país de Israel, se nos dice:

1. *Que poseyeron a Samaria y habitaron en sus ciudades* (v. 24). Al principio, Dios *envió contra ellos leones que los mataban* (v. 25). Sin duda eran insuficientes en número para poblar el país, por lo que *se aumentaban contra ellos las fieras del campo* (Éx. 23:29), además de la notoria mano de Dios en ello. Dios ordenó que tuvieran esta dura acogida, a fin de castigar su orgullo.

2. Que ellos se quejaron de esta desgracia a su rey, dándole a entender que ello se debía a que no conocían la ley del Dios del país y, por ello, no le servían como era debido (v. 26). Con esto avergonzaban a los israelitas, quienes no habían estado dispuestos a escuchar la voz de Dios como lo estaban estos advenedizos. Estos asirios pidieron ser enseñados lo que los israelitas se habían negado a aprender.

3. Que el rey de Asiria accedió a su petición y se preocupó de que *se les enseñase la ley del Dios del país* (vv. 27, 28), no por afecto a Dios, sino por librar de los leones a sus súbditos. Mandó, pues, regresar a uno de los sacerdotes de los becerros de oro, quien habitó entre ellos para *enseñarles cómo habían de temer a Jehová* (v. 28). Así instruidos, adoptaron una forma híbrida de religión, adoraron al Dios de Israel por miedo y a sus ídolos por amor (v. 33): *«Temían a Jehová, y honraban a sus dioses»*. Si hemos de dar crédito a la tradición de los rabinos, nos dicen que Sucot-Benot era adorado bajo la forma de una gallina y sus pollos, Nergal en un gallo, Asimá en una cabra pelona, Nibjaz en un perro, Tartac en un asno, Adramélec en un pavo real, y Anamélec en un faisán. Pero, si tenemos en cuenta el predominio de la astrología en Asiria, es más probable que Sucot-Benot («tiendas de las hijas») sea símbolo de Venus (v. Am. 2:8), Nergal sería Marte (para los persas, el fuego), Tartac sería Saturno, planeta de mal agüero; es posible que Asimá sea sinónimo de Astarté. Al ser Adad y Anu deidades babilónicas, es probable que Adramélec signifique «Adad es rey», y Anamélec «Anu es rey». Se nos dice en el texto (v. 41) que esto perduró *hasta hoy*, esto es, hasta el tiempo en que fue escrito el libro y varios siglos más, hasta que, en tiempo de Alejandro Magno, Manasés consiguió que volviesen suficientes israelitas para superar en número a los de las primeras colonias, y obtuvo de ellos que arrojaran de sí esos ídolos y diesen culto únicamente al Dios de Israel.

II. En cuanto a los israelitas que fueron deportados a Asiria. Cuando las otras dos tribus fueron deportadas a Babilonia se curaron de su idolatría y, por eso, después de setenta años, volvieron a su país con gozo, pero las diez tribus del norte se endurecieron en el horno de la prueba y, por consiguiente, perdieron justamente su identidad. Cuando estaban en manos de sus enemigos y necesitaban liberación, fueron tan estúpidos que *no escucharon; antes hicieron según su costumbre antigua* (v. 40): sirvieron al Dios verdadero, y juntamente a los dioses falsos, como si no hubiese entre ellos ninguna diferencia.

«Efraín está ligado a los ídolos, ¡déjalo!» (Os. 4:17). Así fue dejado, y así le dejaron las naciones que les sucedieron.

CAPÍTULO 18

Este capítulo nos muestra los asuntos de Judá en buen orden, para que se vea que Dios no había dejado de su mano del todo a la descendencia de Abraham. Aquí está Ezequías en el trono. I. Reforma el reino (vv. 1–6). II. Prospera en todas sus empresas (vv. 7, 8) precisamente cuando las tribus del norte eran deportadas (vv. 9–12). III. Invadido, aun así, por Senaquerib rey de Asiria (v. 13). 1. El país fue puesto bajo tributo (vv. 14–16). 2. Jerusalén fue sitiada (v. 17). 3. En un virulento discurso, el Rabsaces blasfemó de Dios, atacó a Ezequías y llegó a instar al pueblo a que se sublevase contra él (vv. 18–37). Pero en el próximo capítulo veremos qué bien terminó todo ello, para honor y consuelo del gran rey reformador de Judá.

Versículos 1–8

Informe general del reinado de Ezequías.

I. Su gran piedad, tanto más de admirar cuanto que su padre había sido uno de los peores reyes, mientras que él fue uno de los mejores. Esto nos muestra que el bien que se halla en una persona no es obra de la naturaleza, sino de la gracia, la cual, al contrario que la naturaleza, injerta en el buen olivo lo que por naturaleza es silvestre (Ro. 11:24); además, la gracia remonta las mayores dificultades y desventajas. Es de suponer que Ajaz dio a su hijo una educación tan mala como su ejemplo; su tutela estuvo tal vez a cargo del mal sacerdote Urías; sus sirvientes y compañeros serían adictos a la idolatría; con todo, Ezequías resultó eminentemente bueno. Cuando obra la gracia de Dios, ¿qué podrá resistirle?

1. Fue un genuino hijo de David (v. 3): *«Hizo lo recto … conforme a todas las cosas que había hecho David su padre»*. Ezequías fue un segundo David, pues tenía hacia Dios y hacia su casa el mismo amor que David tuvo. No nos intimidemos ni asustemos al contemplar la decadencia de la virtud, ni pensar que, porque las cosas van mal, irán de mal en peor. Ésa no es buena lógica, pues, después de muchos reyes malos, Dios suscitó uno que era como el propio David.

2. Fue celoso reformador de su reino (2 Cr. 29:3). Encontró muy corrompido su reino, y la gente extremadamente supersticiosa. Siempre lo habían sido pero en el último reinado lo habían sido más que nunca. La idolatría se había extendido por todo el país, pero su espíritu se agitó contra esta idolatría y, por consiguiente, tan pronto como tuvo el poder en sus manos, se propuso abolirla (v. 4).

(A) Acabó con los lugares altos, las imágenes y los símbolos de Astarté, y lo destruyó todo totalmente. El celo de Ezequías se echa de ver especialmente en haber quitado los lugares altos, cosa que sus antecesores, aun los buenos, no se habían atrevido a hacer. Él vio que eran una afrenta para el templo y ocasión de idolatría, por lo que siguió la norma de Dios, no el ejemplo de sus predecesores; hizo ley su remoción y ejecutó esta ley con todo vigor. (B) Al ver que la serpiente de bronce, a pesar de ser de institución divina, se había convertido en ocasión de idolatría, *la hizo pedazos* (v. 4). Parece ser que había sido cuidadosamente preservada como memorial de la bondad de Dios hacia sus antepasados en el desierto (Nm. 21:9). Pero cuando comenzaron a adorar a la criatura en lugar de al Creador, los que no habrían sido atraídos al culto de las imágenes prestadas de los gentiles, fueron llevados por el tentador a quemar incienso a la serpiente de bronce por haber sido ordenada por Dios mismo como el instrumento de curación para los mordidos por las serpientes venenosas. Pero Ezequías en su piadoso celo por el honor de Dios, no sólo prohibió al pueblo que la adorasen, sino que, para que nunca más abusasen de ella les demostró que no era otra cosa que *un pedazo de bronce* (hebreo, *nejustán*) y que, por tanto, era necio y perverso quemarle incienso. Así pues, la hizo pedazos. Si alguien piensa que, por eso, se le quitó a la serpiente de bronce el honor que merecía, que vea cuán abundantemente le fue restituido cuando nuestro Salvador la presentó como tipo de sí mismo (Jn. 3:14).

3. En su reforma dio muestras de dos eminentes cualidades: (A) Gran valentía y confianza en Dios. Al abolir la idolatría había peligro de malquistarse con sus súbditos e incitarlos a sublevarse pero *en Jehová Dios de Israel puso su esperanza* (v. 5) de que le sostendría en lo que estaba haciendo y le preservaría de todo daño. (B) Constancia y perseverancia en el cumplimiento de su deber.

II. Su gran prosperidad (vv. 7, 8). Como estuvo de parte de Dios, Dios estuvo de parte de él. Al ver que tenía éxito: 1. Se sacudió el yugo del rey de Asiria, al que se había sometido vilmente su padre. Después de haber arrojado del país la idolatría de las naciones, bien pudo sacudirse también el yugo de la opresión de esas naciones. 2. Realizó un vigoroso ataque contra los filisteos y los derrotó hasta Gaza (v. 8).

Versículos 9–16

El reino de Asiria se había engrandecido por ahora considerablemente. Leemos aquí de:

I. El éxito de Salmanasar, rey de Asiria, contra Israel. Puso sitio a Samaria (v. 9), la tomó (v. 10) y se llevó cautiva a la población (v. 11). ¿Por qué trajo Dios sobre ellos este castigo? *«Por cuanto no habían atendido a la voz de Jehová su Dios»* (v. 12). Ya se menciona esto en el capítulo anterior, pero se repite aquí: 1. Como lo que impulsó a Ezequías y al pueblo a terminar con la idolatría, pues veían la ruina que había traído al reino del norte. 2. Como algo de lo que Ezequías se lamentó, pero no pudo evitar. Aunque las diez tribus se habían sublevado contra la casa de David, Ezequías no pudo alegrarse de su ruina, ya que, al fin y al cabo, pertenecían a la posteridad de Israel. 3. Como algo que puso a Ezequías y a su reino a merced del rey de Asiria, quien ahora tenía el camino expedito para invadir Judá.

II. El ataque de Senaquerib, nuevo rey de Asiria, contra Judá. Este ataque fue una gran calamidad para el país; por medio de él, Dios quería poner a prueba la fe de Ezequías y castigar al pueblo, pues no se desprendía de buena gana de sus ídolos, sino que los guardaba en el corazón. Incluso las épocas de reforma pueden ser tiempos de calamidad, y entonces suele echarse la culpa de ello a los reformadores. La presente calamidad pesó gravemente sobre Ezequías, puesto que: 1. Perdió gran parte de su territorio (v. 13). El rey de Asiria tomó *todas las ciudades fortificadas,* es decir, todas las fronterizas con sus guarniciones. 2. Pagó muy cara la paz que obtuvo del vencedor. Vio que Jerusalén estaba en peligro de caer en manos del enemigo y se dispuso a comprar la seguridad de la capital a expensas: (A) De una afrentosa sumisión (v. 14). ¿Dónde estaba la valentía de Ezequías? ¿Dónde su confianza en Dios? (B) De una gran suma de dinero: *300 talentos de plata y 30 de oro.* Para reunir esta suma se vio forzado no sólo a vaciar el tesoro público (v. 15), sino a *quitar el oro de las puertas del templo y de los quiciales* (v. 16). Aunque *el templo santificaba al oro,* con todo, al ser urgente la necesidad, pensó que podía imitar a su antepasado David cuando hizo con los panes de la proposición algo parecido. Su padre Acaz había saqueado el templo por menosprecio del lugar sagrado (2 Cr. 28:24). Él había puesto todo su interés por reponer lo que su padre había quitado; ahora, con toda la reverencia debida, únicamente lo entregó como prestado en una situación de emergencia y para evitar mayores males.

Versículos 17–37

I. Jerusalén, sitiada por el ejército de Senaquerib (v. 17), quien envió contra la capital de Judá tres de sus generales con gran ejército. ¡Qué deshonra para este rey de Asiria! ¿Se le puede llamar grande? No. Que nadie le nombre con honor después de hacer algo tan vergonzoso como recibir el dinero de Ezequías bajo condición de retirar sus tropas, y venir luego contra la capital.

II. El Rabsaces, o copero mayor del rey de Asiria, fue el portavoz de los generales de Senaquerib, como más hábil para manejar la sátira junto con la intimidación. En su discurso se burló de Ezequías, de sus nobles y del pueblo. Senaquerib mismo le había ordenado lo que había de decir, pues quería entablar otra disputa con Ezequías. Como había prometido retirar sus tropas bajo condición de recibir el dinero, no podía de inmediato, sin más, lanzar un ataque directo contra Jerusalén; pero envió a Rabsaces a persuadir a Ezequías de que se rindiera, y si se negaba, que pusiera sitio a la ciudad y la tomase por asalto. Rabsaces tuvo la desvergüenza de pedir audiencia al rey *junto al acueducto del estanque de arriba,* fuera

de los muros de la ciudad (v. 17), pero Ezequías tuvo la prudencia de declinar una entrevista personal y envió a parlamentar a tres comisionados. Éstos interrumpieron a Rabsaces sólo una vez para rogarle que les hablase *en arameo* (v. 26), esto es, en el idioma de Siria (lengua culta de los diplomáticos), para que no se enterase el pueblo antes que el rey. Los comisionados no se habían dado aún cuenta de que el hombre con quien estaban tratando no atendía a razones. Este razonable ruego, en lugar de aplacarle, sólo sirvió para exasperarle (v. 27). Contra todas las normas del honor y la decencia, amenazó a los soldados, les instó a desertar o sublevarse, les aseguró que les haría morir de hambre si persistían en resistirse y trató de persuadir a Ezequías, a sus príncipes y al pueblo a que entregasen la ciudad. Para ello:

1. Engrandece a su señor el rey de Asiria. Una y otra vez le llama *el gran rey de Asiria* (vv. 19, 28). Pero para quienes por fe ven al Rey de reyes en todo su poder y gloria, aun el rey de Asiria parece algo vil e insignificante (Sal. 82:6, 7).

2. Se esfuerza en hacerle creer que les conviene muchísimo rendirse. Si capitulan y se ponen a merced del rey de Asiria, él les tratará bien (v. 31). Si tienen la prudencia de rendirse, aun cuando han de esperar ser considerados como prisioneros y esclavos, les reportará mayores bienes que la resistencia. (A) Su cautividad será para bien de ellos, pues *podrá comer cada uno de su vid y de su higuera* (v. 31); aunque la propiedad de sus haciendas pasará a manos de los conquistadores ellos continuarán con el usufructo de las mismas. (B) Su deportación será para ellos una ventaja (v. 32): *«Hasta que yo venga y os lleve a una tierra como la vuestra»*. Pero, ¿en qué va a ser mejor tierra que la de ellos, cuando allí no tendrán nada que puedan llamar suyo?

3. Pero su principal objetivo es convencerles de que de nada les va a servir resistirle (v. 19): *«¿Qué confianza es ésta en que te apoyas?»*, le dice al rey. Y al pueblo le dice (v. 29): *«No os engañe Ezequías, porque no os podrá librar de mi mano»*. Como si dijese: «Si le creéis a él, va a ser vuestra ruina; así que más os conviene entregaros». Supone que Ezequías confía en tres cosas y se esfuerza por demostrar que ninguna de las tres le ha de sacar del apuro:

(A) Su poder militar (v. 20): *«Dices (pero son palabras vacías): Consejo,* estrategia, *tengo y fuerzas,* tropas numerosas y preparadas, *para la guerra»*. Efectivamente, los tenía (v. 2 Cr. 32:3–8); pero el Rabsaces los menosprecia. Con la mayor arrogancia le reta a que presente 2.000 hombres que puedan gobernar un caballo, y él le dará 2.000 caballos si es que halla jinetes expertos. Así da a entender que Ezequías no dispone de gente preparada para la guerra (v. 23).

(B) Su alianza con Egipto. Supone que Ezequías confía en Egipto para proveerse de carros y jinetes (v. 24), pues así lo había hecho el rey de Israel, y, en cuanto a esta confianza, dice con toda verdad que es *báculo de caña cascada* (v. 21), la cual no sólo cede cuando alguien se apoya en ella, sino que además *se entra por la mano y la traspasa* (v. Ez. 29:6, 7). Así es el rey de Egipto, dice él.

(C) Su interés en Dios: *«Nosotros confiamos en Jehová nuestro Dios»* (v. 22). Con esta confianza en el poder y en la promesa de Dios se animaba él y animaba a su pueblo (v. 30): *«Ciertamente nos librará de Jehová»*. Y de nuevo en el v. 32. Rabsaces se daba cuenta de que éste era el principal sostén de la confianza de Ezequías y del pueblo; por eso, se esfuerza en sacudir este bastión, como hicieron los enemigos de David quienes emplearon todos los medios posibles para apartarle de la confianza en Dios (Sal. 3:32; 11:1); así lo hicieron también los enemigos del Señor (Mt. 27:43). Tres argumentos presenta Rabsaces para quitarles la confianza en Dios:

(a) Que Ezequías había perdido el derecho a la protección de Dios, pues *había quitado los lugares altos y los altares* (v. 22). Mide así al Dios de Israel por el mismo rasero que los dioses de los paganos, quienes se deleitaban en la multitud de altares y templos, y concluye que Ezequías ha hecho una gran ofensa al Dios de Israel al limitar su culto a un solo altar.

(b) Que Dios mismo le había ordenado destruir Jerusalén en esta ocasión (v. 25): *«Jehová me ha dicho: Sube a esta tierra y destrúyela»*. Todo esto es burla y fanfarronería. Lo dice para aterrorizar al pueblo que estaba sobre el muro.

(c) Que, aun en el caso de que Jehová el Dios de Israel se empeñase en protegerles contra el rey de Asiria, no podría hacerlo. Con esta blasfemia concluye su discurso (vv. 33–35). Véase aquí: *Primero,* su orgullo. Cuando conquistaba una ciudad, se consideraba conquistador de sus dioses y tenía la arrogancia de pensar que era más poderoso que ellos. *Segundo,* su profanidad. El Dios de Israel no era una divinidad local, sino el Dios de todo el Universo. Es tradición rabínica que el Rabsaces era un judío apóstata, lo cual explicaría su inclinación a hablar en hebreo; si esto fuese cierto, su ignorancia acerca del carácter del Dios

de Israel sería menos excusable, y su enemistad más explicable, pues los apóstatas suelen ser los enemigos más acerbos y despectivos, como lo vemos en el emperador romano Julián el Apóstata.

III. Finalmente, se nos dice lo que hicieron los comisionados de parte de Ezequías. 1. *Guardaron silencio* (v. 36), no porque no tuvieran nada que decir a favor de Dios o de Ezequías, sino porque el rey les había ordenado no responderle, y ellos obedecieron esta orden. 2. *Se rasgaron los vestidos* en señal de detestación de su blasfemia y de pesadumbre por la miserable y despreciada condición de Jerusalén, cuya culpabilidad era para ellos una pesada carga. *3.* Informaron fielmente de todo ello al rey su señor y *le contaron las palabras del Rabsaces* (v. 37).

CAPÍTULO 19

Relato del levantamiento del asedio de Jerusalén. I. Ezequías muy preocupado, envió recado a Isaías y solicitó sus oraciones (15) y recibió de él respuesta de paz (vv. 6–7). II. Senaquerib envió una carta a Ezequías para asustarle y obligarle a rendirse (vv. 8–13). III. Ezequías extendió la carta en la presencia de Dios e imploró su ayuda (vv. 14–19). IV. Dios le dio, por medio de Isaías, seguridad de rápida liberación (vv. 20–34). V. El ejército asirio fue exterminado por el Ángel de Jehová, y Senaquerib fue asesinado por sus hijos (vv. 35–37).

Versículos 1–7

I. Cuando Ezequías se enteró del contenido del discurso del Rabsaces, mostró gran preocupación por el deshonor hecho a Dios con la blasfemia del Rabsaces (v. 1): *«Rasgó sus vestidos y se cubrió de cilicio»,* esto es, se vistió de paño burdo o saco. Ni las ropas reales eran demasiado buenas para que no merecieran romperse, ni las carnes regias eran demasiado delicadas para que no debieran cubrirse de saco, en justa humillación por las indignidades cometidas contra Dios y por los peligros y terrores de Jerusalén. El rey se vistió de saco, mientras sus súbditos iban vestidos de lino.

II. *Entró en la casa de Jehová* (v. 1) para meditar y orar. No pensaba en la respuesta que iba a dar al Rabsaces, sino que exponía el asunto a Dios.

III. Envió recado al profeta Isaías, por medio de mensajeros nobles, para solicitar sus oraciones (vv. 2–4). Eliaquim y Sebná eran de los que habían oído las palabras del Rabsaces y podían informar de ello a Isaías. Los mensajeros iban cubiertos de saco, pues eran representantes del rey, quien iba vestido de la misma manera.

1. Su recado a Isaías era (v. 4): *«Eleva oración por el remanente que aún queda»,* esto es, por Judá, pues era el remanente ahora que las diez tribus del norte habían marchado al exilio. Cuando pedimos a otros que oren por nosotros, no hemos de pensar que ya podemos excusarnos de orar por nosotros mismos. Ezequías envió recado a Isaías para que orara por el país, pero él mismo *entró en la casa de Jehová* para presentar sus oraciones. Especialmente necesarias son las oraciones cuando las iglesias se hallan en situación lamentable y es muy pequeño el remanente de los verdaderos creyentes.

2. Dos puntos se le indican especialmente a Isaías para encomendarlos a su oración: (A) El temor que tenían al enemigo (v. 3): *«Este día es día de angustia, etc.».* Es interesante el símil de la que está de parto y no tiene fuerzas para dar a luz, pues era un proverbio muy expresivo para dar a entender un gravísimo peligro que además era inevitable. (B) Su esperanza en Dios (v. 4): *«Quizás oirá Jehová tu Dios todas las palabras del Rabsaces, etc.».* Esta frase no implica desconfianza, sino completa dependencia de la soberanía divina, como en 2 Samuel 16:12.

IV. Por medio de Isaías, Dios le asegura a Ezequías que va a glorificar su nombre con la destrucción de los asirios. El recado de Ezequías al profeta no era para inquirir sobre el resultado del asedio, sino para solicitar la ayuda de Dios. Dios le da más de lo que él pide: 1. Le anima en su desmayo (v. 6): *«No temas por las palabras que has oído;* aunque hinchadas y feroces, son sólo palabras, un poco de aire que se

lleva el viento». 2. Le promete asustar al rey de Asiria mucho más de lo que el Rabsaces le ha asustado a él (v. 7): *«Haré que en su tierra caiga a espada»*.

Versículos 8–19

Después de pronunciar su discurso sin recibir respuesta, el Rabsaces dejó el ejército bajo el mando de los otros generales y se marchó a recibir ulteriores órdenes del rey. Le halló sitiando a Libná (v. 8), ciudad que se había rebelado contra Judá (8:22). Le alarmó el rumor de que el rey de Etiopía, país fronterizo de Arabia, había salido contra él con un gran ejército (v. 9). Esto le hizo desear obtener la rendición de Jerusalén con toda urgencia. Tomarla por la fuerza le iba a costar más tiempo y hombres que los que tenía a su disposición; por tanto, renovó su ataque contra Ezequías para persuadirle a rendir la plaza.

I. Senaquerib envió a Ezequías una carta insultante y blasfema para persuadirle a que Jerusalén se rindiera (v. 10): *«No te engañe tu Dios en quien tú confías»*. Para asustar a Ezequías y soltarlo de su ancla se engrandece a sí mismo, se jacta de sus éxitos. Se jacta arrogantemente: 1. De los países que ha conquistado: *«todas las tierras»* (v. 11) a las que ha llegado. Pero tan lejos estaba de conquistar todas las tierras, que Etiopía y su rey Tirhacá le asustaban. 2. De los dioses sobre los que había prevalecido (v. 12). 3. De los reyes a quienes había vencido (v. 13). Se tiene a sí mismo por el mayor conquistador de la historia.

II. Ezequías fue lo bastante humilde para recibir y leer la carta. Después de leerla no pensó en darle una respuesta provocativa, sino que se fue inmediatamente al templo, tomó las cartas y *las extendió delante de Jehová* (v. 14), no porque Dios necesitase que se las mostrase, sino para indicar que reconocía la soberanía de Dios en todas las cosas. En la oración que ahora pronuncia, Ezequías: 1. Adora al Dios de quien había blasfemado Senaquerib (v. 15), le llama *Dios de Israel,* porque Israel era su pueblo escogido, y el Dios *que mora entre los querubines,* puesto que allí estaba la señal especial de su presencia gloriosa en la tierra; pero también le glorifica como a *Dios de todos los reinos de la tierra,* no como Senaquerib pensaba—Dios sólo de Israel y confinado al templo de Jerusalén—. 2. Apela a Dios acerca de la insolencia y arrogancia de Senaquerib (v. 16). 3. Reconoce los triunfos de Senaquerib sobre los dioses paganos, pero distingue entre éstos y el Dios de Israel (vv. 17, 18): *«Los reyes de Asiria … echaron al fuego a sus dioses, por cuanto ellos no eran dioses»*. 4. Ora para que Dios se glorifique ahora con la derrota de Senaquerib y con la liberación de Jerusalén (v. 19): *«Ahora, pues, oh Jehová Dios nuestro, sálvanos, te ruego, de su mano.* Y que el mundo reconozca y se vea obligado a confesar *que sólo tú, Jehová, eres Dios,* el eterno y soberano Dios, y que todos los demás que pretenden ser dioses, son vanidad y mentira».

Versículos 20–34

Benévola respuesta que otorgó Dios a la oración de Ezequías. En general, Dios le aseguró que su oración había sido escuchada (v. 20).

I. Le informa de la confusión y vergüenza que van a caer sobre el rey de Asiria. Le predice que será humillado y destruido. Senaquerib es presentado aquí:

1. Como objeto de burla para Jerusalén (v. 21). Él se tenía por terror de la hija de Sion, capaz de hacerla someterse a él mediante amenazas. Pero al ser Sion una *virgen* que se hallaba en casa de su Padre y bajo su protección, podía desafiar al rey de Asiria, despreciarle y reírse de él, como si dijese: «Tu arrogancia es blasfema, pero impotente y ridícula; el que se sienta en el trono celestial se ríe de ti y, por consiguiente, también se ríen de ti los que se cobijan bajo la sombra de las alas de Dios». Con estas palabras Dios quiere silenciar el miedo de Ezequías y del pueblo.

2. Como enemigo de Dios. Ezequías había apelado a Dios y le dice: *«Ha enviado a blasfemar del Dios viviente»* (v. 16). Pero Dios responde: *«¿A quién has vituperado y blasfemado?* (v. 22). ¿No es *contra el Santo de Israel,* por cuyo honor Él mismo vela, que tiene poder para vindicarlo, poder del que carecen los dioses paganos?»

3. Como un insensato arrogante y vanaglorioso, que hablaba palabras henchidas de necedad contra Dios, puesto que: (A) Exaltaba sus éxitos desproporcionadamente (vv. 23, 24): *«Has dicho* esto y lo otro». ¡Qué tremendo héroe hace de sí mismo Senaquerib, que conduce sus carros hasta la cima de los más altos montes, se abre paso por entre bosques y ríos, supera todos los obstáculos, y se hace amo y señor de todo lo que se propone! (B) Se atribuye a sí mismo la gloria de todas estas grandes hazañas, sin percatarse de que es solamente un instrumento en las manos de Dios (vv. 25, 26). Las jactancias de Senaquerib se hallan detalladas en Isaías 10:13, 14: *«Con el poder de mi mano lo he hecho, y con mi sabiduría, porque soy inteligente, etc.»*. La respuesta se halla en el versículo 15: *«¿Se jactará el hacha frente al que con ella corta?»*

4. Como un malvado que se halla bajo la reprensión del Dios contra el que ha blasfemado impotentemente, pues todos sus movimientos estaban: (A) Bajo el conocimiento de Dios (v. 27): *«He conocido tu situación, etc.»*. Dios conocía no sólo lo que Senaquerib hacía, sino también todo lo que pensaba hacer y la arrogancia por lo que llevaba conseguido. (B) Bajo el control absoluto de Dios (v. 28): *«Yo pondré mi garfio en tu nariz y mi freno en tus labios,* como al gran leviatán de Job 41:1, 2. Yo te frenaré, te controlaré y te dirigiré adonde me plazca, y te enviaré a casa como a un necio que salió de allí en su insensatez».

II. Le asegura salvación para él y para el pueblo. El buen resultado del presente apuro será para ellos señal del favor de Dios y de que Dios está reconciliado con ellos, pues su *indignación se apartó* (Is. 12:1).

1. Las provisiones eran escasas y caras. ¿Qué harán para mantenerse? Los productos del suelo habían sido devorados por el ejército asirio (Is. 32:9 y ss.). Pero no tienen por qué preocuparse (v. 29): *«Este año comeréis lo que nacerá de suyo,* y segaréis lo que no sembrasteis». Pero el año siguiente era año sabático, en el que la tierra debe descansar; no pueden sembrar ni segar, ¿qué harán? *Yahwehyireh* = Dios proveerá. Al tercer año, volverán a la labranza como antes; sembrarán y recogerán como solían.

2. El país estaba desolado, las familias rotas y dispersas, y todo era confusión; ¿cómo podía ser de otro modo, cuando estaban bajo la opresión de un ejército tan numeroso? En cuanto a esto, se les promete que el remanente que haya escapado volverá, será establecido de nuevo en sus moradas *(«volverá a echar raíces abajo»)* y se aumentará y prosperará *(«llevará fruto arriba»).* De esta manera tan gráfica está descrito (v. 30). Así es la prosperidad espiritual: echa raíces por fe en Cristo (Col. 2:7) y después da fruto de justicia (He. 12:11).

3. La ciudad estaba cerrada, nadie entraba ni salía; pero ahora el remanente de Jerusalén y de Sion podrán salir libremente (v. 31); nadie se lo impedirá ni les meterá miedo. Grande era la destrucción que habían sufrido la ciudad y el país entero, pero en ambos había un remanente que escapó, el cual era tipo del remanente de los israelitas que se habían de salvar (como se ve al comparar Is. 10:22, 23, que habla de este acontecimiento, con Ro. 9:27, 28) y salir a la gloriosa libertad de los hijos de Dios.

4. Los asirios avanzaban hacia Jerusalén, la iban a sitiar por completo y pronto estaría la ciudad en gran peligro de caer en manos del enemigo. Pero aquí se promete que, aunque el enemigo estaba ahora acampado delante de la ciudad, *nunca entrarían en la ciudad* (v. 32), ni siquiera para echar una sola saeta; por el contrario, se verían forzados a retirarse vergonzosamente (v. 33).

5. En todo esto andaba de por medio el honor y la fidelidad de Dios. ¿Cómo se llevarán a cabo estas grandes cosas? *«El celo de Jehová de las huestes hará esto»* (v. 31). Esto es, el celo: (A) Por su honor (v. 34): *«en atención* (mejor que *por amor) a mí mismo»*. Las razones de Dios para impartir sus beneficios están fundadas en la santidad y bondad de su propio carácter. (B) Por su fidelidad a las promesas: *«y en atención a David mi siervo.* No en atención a sus méritos, sino a la promesa que le hice a él y al pacto que hice con él: *las misericordias fieles,* seguras, *de David»*.

Versículos 35–57

Tan pronto como se habló la palabra, se llevó a cabo la obra.

I. El ejército asirio fue completamente derrotado. Ezequías carecía de fuerzas suficientes para hacer una salida contra el campamento enemigo, pues Dios no iba a dar la victoria por espada ni por arco (v. Is. 31:8); no por espada de hombre, sino de ángel. Josefo asegura que el desastre se debió a la violenta peste ocasionada por ratas (comp. con 2 S. 24:15 y ss.). Un ejército colosal, 185.000 hombres y Rabsaces entre

ellos (es lo más probable), cayeron allí (v. 35): *«Cuando se levantaron por la mañana, he aquí que todo era cuerpos de muertos»*. Era tal la cantidad de cadáveres, que cubrían totalmente el suelo. Las frases concuerdan casi a la letra con Isaías 37:36. Hay quienes opinan que el Salmo 76 fue escrito con ocasión de esto, pues las frases del v. 5 reflejan admirablemente este hecho: *«Los fuertes de corazón fueron despojados, duermen su sueño; no hizo uso de sus manos ninguno de los varones fuertes»*.

II. El rey de Asiria fue con esto presa de la mayor confusión. Avergonzado de verse, después de su arrogante jactancia, de esta forma derrotado, *partió, se volvió a Nínive y permaneció allí.* La construcción hebrea da a entender el estado de confusión en que se hallaba su mente (v. 36). Una lectura superficial del v. 37 puede dar ocasión a pensar que murió poco después. Dice Rodríguez-Molero: «En realidad pasaron cerca de veinte años entre aquella expedición y su muerte, durante los cuales realizó brillantes campañas». Pero al fin y a la postre, su final fue tan vergonzoso como había sido su derrota en el sitio de Jerusalén, pues *sus dos hijos Adramélec y Saréser lo mataron* (v. 37). El Dios de Israel había hecho bastante para convencerle de que era el único Dios verdadero a quien, por consiguiente, debería adorar; pero él persistió en su idolatría y buscó en un dios falso e impotente protección contra un Dios de poder irresistible. Sus hijos mayores, quienes le asesinaron, se vieron forzados a escapar, y habrían sido forzados a ello igualmente si no hubiesen matado a su padre, pues (según el parecer del obispo Patrick) su padre estaba en el templo y prometía ofrecerlos en sacrificio a su dios. El sucesor fue otro de sus hijos, Asarhadón (o Esarhadón). Por la historia profana sabemos que Asarhadón conquistó el trono después de derrotar (680 a. de C.) a su hermano mayor. Este rey no pensó (al contrario que su padre) en ensanchar sus dominios, sino en mejorarlos, pues él fue quien envió las primeras colonias de los asirios para poblar el país de Samaria (Esd. 4:2, donde los samaritanos dicen: *«… Esar-hadón, rey de Asiria, que nos hizo venir aquí»).*

CAPÍTULO 20

I. Enfermedad de Ezequías y su recuperación en respuesta a su oración (vv. 1–11). II. Pecado de Ezequías y su insuficiente recuperación (vv. 12–19). En ambas cosas, el mensajero que Dios le envió fue Isaías. III. Fin de su reinado (vv. 20, 21).

Versículos 1–11

El historiador, después de mostrarnos al blasfemo Senaquerib destruido en medio de los más ambicionados proyectos de su vida, nos muestra ahora al piadoso Ezequías libre, mediante su oración, de sus más profundos temores de la muerte.

I. Enfermedad de Ezequías. *«En aquellos días»* (v. 1) es una vaga indicación cronológica. Los vv. 6, 12, etc., muestran que se trata de un hecho anterior a la campaña de Senaquerib, narrada en los dos caps. anteriores; quizá, muy poco antes de que empezase dicha campaña. No se nos dice que clase de enfermedad fue, pero los indicios son de llaga o úlcera tropical (v. 7). ¿Sería la misma que, poco después, acabó con el ejército asirio? Lo cierto es que la enfermedad era de suyo mortal.

II. Aviso de que se prepare a morir. Le es llevado por medio de Isaías. El profeta dice: 1. Que su enfermedad es mortal y, a no ser que se recupere por milagro de misericordia, ciertamente morirá (v. 1): *«Ordena tu casa, porque morirás y no vivirás»*. He aquí un caso de paralelismo antitético, que se repite en el v. 15. 2. Que por tanto, se prepare para morir; esto es lo que indica la frase: *«Ordena tu casa»* (comp. con 2 S. 17:23). «Ordenar la casa» implica hacer testamento, disponer de la hacienda, dejar los asuntos pendientes en la mejor postura posible, etc. Pero más importante que eso es poner en orden el corazón por medio de renovados actos de arrepentimiento, fe, resignación en la voluntad de Dios, alegres adioses a este mundo y bienvenidas al otro mundo.

III. Su oración ante este aviso (v. 2): *«Oró a Jehová.»* ¿Está alguno enfermo? Que oren por él, que oren con él, que ore también él (v. Stg. 5:14–16). Ezequías sabía que las oraciones con fe traían

respuestas de paz. Ahora recibía él la sentencia de muerte dentro de sí pero si era reversible, había de serlo por medio de la oración. Por otra parte, si era irreversible, la oración había de ser una de las mejores preparaciones para la muerte, porque por ella se obtiene de Dios la fuerza y la gracia que nos capacitan para terminar bien (comp. He. 5:7).

1. Las circunstancias de esta oración. (A) *«Volvió su rostro a la pared»,* según estaba acostado en su lecho. Quizá lo hizo para hacerlo más en secreto y concentrarse mejor, ya que no podía retirarse a la cámara especial donde solía orar, ni a la casa de Dios. O, según opinan otros, para volver el rostro en dirección al templo y mostrar así cómo habría deseado estar allí, según lo hizo en 19:1, 14, si hubiese podido. (B) *«Lloró con gran llanto»* (v. 3). Se deduce de aquí que se resistía a morir. Es natural en el hombre el temor a la separación tremenda que la muerte efectúa entre los dos elementos integrantes de la persona: el cuerpo y el alma. Pero había algo especial en el caso de Ezequías: estaba empeñado en su estupenda obra de reforma y temía que, si él se moría, se volviese el pueblo a las andadas por su persistente y ya añeja corrupción. Que la oración de Ezequías sea el mejor intérprete de sus lágrimas, y en ella no hallaremos nada que nos insinúe en él cobardía o tormento de esclavitud bajo la muerte.

2. La oración misma: *«Te ruego, oh Jehová, te ruego que hagas memoria de que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y,* o consérvame la vida para continuar andando de la misma manera, o, si ya está mi obra acabada, recíbeme en la gloria que tienes preparada para los que así han andado» (v. 3). Ezequías no dice: «Sálvame a toda costa», ni «Llévame, si ésta es tu voluntad», sino *«Te ruego que hagas memoria, etc.»* A la vista de lo que sucedió después (vv. 12–19), es probable que Dios, en su omnisciencia, quisiera preservar a Ezequías de cometer ese pecado, por lo que la decisión de llevárselo era buena, pero ante la insistencia y el gran llanto de Ezequías, Dios resolvió alargarle la vida a pesar de lo que había de sucederle después.

IV. La respuesta que Dios dio inmediatamente a la oración de Ezequías. Aún no había llegado el profeta hasta la mitad del patio (v. 4) cuando Dios le hizo volver con otro mensaje para Ezequías: mensaje de curación (v. 5). De no haber orado Ezequías de aquel modo, Dios no le habría alargado la vida. Dios llama aquí a Ezequías *príncipe de mi pueblo* (v. 5), dándole a entender que le conservaría la vida en atención a su pueblo. Se llama a sí mismo *el Dios de David tu padre,* para darle a entender que va a concederle prórroga en atención al pacto hecho con David. En esta respuesta: 1. Dios manifiesta haber escuchado lo que le ha pedido: Ezequías le había rogado que *se acordase de su integridad,* pero Dios le promete aquí: (A) Restaurarle la salud: *«He aquí que yo te sano»*. (B) Restaurársela de una forma tan rápida que *al tercer día subirá a la casa de Jehová* para darle gracias. (C) Va a alargarle la vida quince años. (D) Va a librarle a él y a Jerusalén de manos del rey de Asiria (v. 6). Esto era lo que más deseaba Ezequías, al par que su recuperación, y por eso se le repite aquí la promesa de ello.

V. Los medios que se usaron para curarle (v. 7). Isaías fue su médico. Ordenó un remedio exterior muy barato y de fácil aplicación: *Una masa de higos,* emplasto sobre la llaga para que por allí saliese el mal. Esto nos enseña que, cuando estemos enfermos, hemos de hacer uso de los remedios que son apropiados para ayudar a la naturaleza; de no hacerlo así, demostramos que no confiamos en Dios, sino que le estamos tentando. Las medicinas convenientes no han de ser menospreciadas, pues Dios mismo ha creado muchas para beneficio de la humanidad.

VI. La señal que le fue dada para robustecer su fe. 1. Ezequías pidió una señal, no por desconfiar de Dios, sino porque se trataba de algo extraordinario y digno de ser confirmado. Su pensamiento no estaba puesto en subir al trono, sino en *subir a la casa de Jehová al tercer día* (v. 8). El objetivo principal de nuestra vida es servir a Dios. 2. Se le dio a elegir entre el avance o el retroceso del sol y, como el retroceso es mucho más difícil, escogió esto último. Y así le fue hecho (v. 11). En el reloj de sol de Ajaz (ya fuese un reloj corriente o una especie de obelisco), la sombra retrocedió diez grados. 2. Crónicas 32:31 e Isaías 38:8 dan a entender que se trató de un fenómeno localizado, por lo que no puede hablarse de un retroceso en el movimiento de rotación de la tierra, lo cual habría afectado a todo el orbe; bastaba con una simple refracción de los rayos solares.

Versículos 12–21

I. El rey de Babilonia envía a Ezequías una embajada para felicitarle por su recuperación (v. 12). En 17:24 hallamos a Babilonia tributaria de los reyes de Asiria, ya que era Nínive la capital, pero la situación cambió gradualmente hasta que Asiria quedó sometida a los reyes de Babilonia. Este cumplido del rey de Babilonia a Ezequías se explica por dos motivos: 1. Por motivo de religión. Los babilonios adoraban al sol y, al enterarse del honor que su dios había otorgado a Ezequías al retroceder su sombra en atención a él, pensaron que estaban obligados a honrar también a Ezequías. 2. Por motivo de interés político. Si el rey de Babilonia planeaba ya sublevarse contra el rey de Asiria, le convenía tener a Ezequías de su parte. Se sentía obligado hacia Ezequías, y también hacia el Dios de Ezequías, por el triunfo conseguido contra el ejército asirio mediante la intervención del Ángel de Jehová, pues tenía razón para pensar cuán importante era un aliado que tenía de su parte a los poderes del mundo celestial.

II. El buen recibimiento que Ezequías dispensó a estos embajadores (v. 13). 1. Se excedió en la acogida que prestó. El hebreo dice que *«los escuchó»,* pero los LXX (algunos MSS), la Vulgata, la Siríaca e Isaías 39:2 dicen: *«los recibió con alegría»*. Aunque eran idólatras, estaba dispuesto incluso a entrar en una confederación con el rey de Babilonia. 2. Se excedió especialmente en mostrarles todo lo que había en su palacio, para que viesen—y pudiesen informar a su señor de ello—que era un rey grande y rico. Fue un acto de vanagloria (v. 2 Cr. 32:25).

III. El examen a que le sometió Isaías sobre este punto (vv. 14–15). Isaías, que tantas veces le había traído consuelo, ahora le traía reprensión: *«¿Qué dijeron aquellos varones y de dónde vinieron a ti?… ¿Qué vieron en tu casa?»* Ezequías respondió con toda ingenuidad, no exenta de vanagloria: *«Nada quedó en mis tesoros que no les mostrase»*. ¿Por qué no los llevó también a Isaías, para que viesen cuál era su mejor tesoro, ya que con sus oraciones había sido el instrumento de Dios para que Ezequías disfruta de todas sus riquezas?

IV. La sentencia pronunciada contra él por su vanidad ostentosa (vv. 17, 18). 1. Los tesoros de los que tan orgulloso se sentía vendrían a ser presa ajena. 2. El rey de Babilonia, cuya alianza procuraba con tanto interés, vendría a ser el gran enemigo que se apoderaría de todos aquellos tesoros. Los pecados de su hijo Manasés, sus idolatrías y violencias serían la causa de tal calamidad, pero le es predicha aquí a Ezequías para que se percate de la insensatez de su orgullo. Ezequías estaba interesado en ayudar al rey de Babilonia a elevarse, a fin de disminuir el exorbitante poder de los reyes de Asiria; pero ahora se le dice que sus propios descendientes serán esclavos del rey de Babilonia. Babilonia será la ruina de quienes se enamoren de ella.

V. Sumisión de Ezequías a esta sentencia divina (v. 19). Su respuesta tiene cierto tono egoísta (*«Habrá al menos paz y seguridad en mis días»*) y no se menciona ni arrepentimiento ni confesión de su pecado. Pero 2 Crónicas 32:26 dice explícitamente que *«se humilló»*.

VI. Finalmente, tenemos aquí la conclusión del reinado y de la vida de Ezequías (vv. 20, 21). En 2 Crónicas capítulos 29 al 32 se nos dice mucho más de la obra de reforma de este rey, así como de la traída de aguas a la ciudad capital. El historiador de 2 Reyes lo deja *durmiendo con sus padres,* y en el acto de dejar el trono a su hijo que resultó ser muy distinto de su padre. El malvado Acaz fue hijo de un padre piadoso y padre de un hijo piadoso. El piadoso Ezequías fue hijo de un padre malvado y padre de un hijo malvado.

CAPÍTULO 21

Breve y triste relato de los reinados de dos reyes de Judá, Manasés y Amón. I. De Manasés se nos dice: 1. Que se dedicó a toda clase de maldades (vv. 1–9, 16). 2. Que, por ello, Dios lo destinó (y a Jerusalén por causa de él) a la ruina (vv. 10–18). 2 Crónicas menciona su aflicción y su arrepentimiento. II. De Amón se nos dice únicamente que vivió en pecado (vv. 19–22), murió a espada y dejó el trono a su buen sucesor Josías (vv. 23–26). Jerusalén se corrompió y debilitó mucho durante estos dos reinados.

Versículos 1–9

La belleza de Jerusalén aparece aquí empañada; todo su gozo y toda su gloria se hundieron. Tal es el cuadro que estos versículos nos ofrecen de este reinado, que lo hacen aparecer, en todos los aspectos, como el reverso, y aun la ruina, del anterior.

I. Manasés comenzó a reinar joven, pues *tenía doce años* (v. 1); así que había nacido cuando su padre tenía cuarenta y dos, tres años después de su grave enfermedad. Al ser joven: 1. Se hinchó en su honor y, al considerarse a sí mismo muy inteligente, pensó que debía deshacer lo que su padre había hecho. 2. Fue fácil presa de astutos y seductores. Los enemigos de la reforma llevada a cabo por Ezequías, que conservaban su afecto a las antiguas idolatrías, le adularon y se aprovecharon de su poder para salirse con la suya.

II. Su reinado fue el más largo de todos: *cincuenta y cinco años.* Fue también el único reinado malo que fue largo. Al principio las cosas continuaron por algún tiempo en la forma que las dejó su padre; y al final de su reinado, tras su arrepentimiento, la religión volvió a levantar cabeza. Por algún tiempo fue prisionero del rey de Babilonia (v. 2 Cr. 33:11).

III. Su reinado fue pésimo.

1. En general: (A) *Hizo lo malo ante los ojos de Jehová.* (B) Lo hizo *según las abominaciones de las naciones* (v. 2), *como había hecho Acab* (v. 3); más aún (v. 9), *Manasés los indujo a que hiciesen más mal que las naciones que Jehová destruyó delante de los hijos de Israel.*

2. En particular: (A) *Volvió a edificar los lugares altos que Ezequías su padre había derribado* (v. 3). (B) Estableció otros dioses: Baal y Astarté (v. 3) y todo el ejército de los cielos (vv. 3, 5), a los que sirvió y dio culto, edificándoles altares en los que, sin duda, ofrecería sacrificios. (C) *Pasó a su hijo por fuego* (v. 6), y lo dedicó así a Moloc, con desprecio absoluto del sello de la circuncisión por la que había sido dedicado al Dios de Israel. (D) Hizo del diablo su oráculo, pues se dio a presagios y agüeros e instituyó hechiceros y médiums (v. 6). (E) *Derramó mucha sangre inocente en gran manera* (v. 16). La tradición judía dice que hizo morir al profeta Isaías aserrándole por la mitad; a esto apunta la referencia de Hebreos 11:37.

3. Dos circunstancias se mencionan como agravantes de la idolatría de Manasés: (A) Que edificó los altares idolátricos *en la casa de Jehová* (v. 4), *en los dos atrios* del templo (v. 5), en el templo mismo del que había dicho Dios a Salomón: *Yo pondré mi nombre para siempre en esta casa* (v. 7). (B) Que con esto menospreció grandemente la palabra de Dios y el pacto de Dios con Israel.

Versículos 10–18

Aquí se lee la sentencia contra Judá y Jerusalén. Los profetas eran enviados, en primer lugar, para enseñarles el conocimiento de Dios y traerles a la memoria los deberes que tenían para con Él. Si no tenían éxito en esto, el siguiente cometido era reprenderles por sus pecados a fin de que se arrepintieran. Si tampoco esto se conseguía, sino que los pecadores se endurecían, la siguiente comisión era anunciarles los juicios de Dios, para que al menos el terror del castigo despertase el arrepentimiento en los que se habían mostrado insensibles a las llamadas del amor.

I. Tenemos primero los considerandos sobre los que se va a apoyar el veredicto (v. 11): *Por cuanto Manasés rey de Judá ha hecho estas abominaciones, etc.*

II. Viene después la predicción del castigo que va a imponer Dios por tales crímenes (v. 12): *Por tanto … he aquí yo traigo tal mal sobre Jerusalén y sobre Judá, que al que lo oyere le retiñirán ambos oídos.* Esta última frase es anuncio siempre de una gravísima calamidad (comp. con 1 S. 3:11; Jer. 19:3). El juicio de Jerusalén se hará según la estricta justicia que representa *la plomada* por la que se verifica y rectifica la perpendicular exacta de una pared, es la justicia que descargó contra Samaria y contra la casa de Acab (v. 13). Especialmente expresivo es el símil del plato que se friega, y se vuelve de un lado y después del otro, para que no quede ni rastro de lo que se comió. Así quedará el país, con sus habitantes deportados; el suelo gozará del descanso sabático. Pero nótese que todo esto lo hace Dios, no para

destruir, sino para purificar. El plato no será arrojado al suelo, ni hecho pedazos, ni derretido al fuego, sino sólo esmeradamente limpiado.

III. Esto es todo lo que aquí tenemos de Manasés, pero en 2 Crónicas se nos habla de su arrepentimiento y de su aceptación por Dios. Fue sepultado (al parecer, por orden suya) *en el huerto de su casa* (v. 18), pues al haberse humillado por sus pecados, no se juzgó digno de ser llamado hijo de David ni de ser sepultado, por consiguiente, *en el sepulcro de sus padres.* Es mejor y más honorable para un pecador el morir arrepentido y ser sepultado en un huerto, que morir impenitente y ser sepultado en una catedral.

Versículos 19–26

Breve y oscuro reinado de Amón, el hijo y sucesor de Manasés—hijo que le nació a Manasés cuando ya tenía éste cuarenta y cinco años—. 1. Su reinado fue perverso (v. 22): *Dejó a Jehová el Dios de sus padres,* con lo que desobedeció así el mandamiento dado a sus padres. Siguió los pasos de su padre en la idolatría (v. 21) y renovó lo que su padre, en sus últimos años, había hecho cesar. 2. Su final fue trágico. Como él se había rebelado contra Dios *sus siervos conspiraron contra él y le mataron* (v. 23), después de haber reinado sólo dos años (v. 19). Dos cosas buenas hizo entonces el pueblo: (A) Justicia contra los asesinos que habían matado al rey a traición, pues aunque era *mal* rey, era su rey. La fidelidad que debían al rey les impulsó a matar a los traidores. (B) Misericordia hacia sí mismos al poner en el trono *a Josías su hijo* (v. 24), quien, a pesar de su corta edad, parece que daba ya señales de buena disposición. Así cambiaron de uno de los peores reyes de Judá a uno de los mejores.

CAPÍTULO 22

Reinado del buen rey Josías. Después de una descripción general de su carácter (vv. 1, 2), se nos dan detalles particulares del respeto que mostró: I. Hacia la casa de Dios, la cual reparó (vv. 3–7). II. Hacia el libro de Dios, con cuya lectura quedó muy impresionado (vv. 8–11). III. Hacia los mensajeros de Dios, a quienes consultó (vv. 12–14) y por medio de los cuales recibió de Dios una respuesta el la que amenazaba con destruir a Jerusalén (vv. 15–17), pero prometiéndole a él favor y protección (vv. 18–20), con lo que se puso a llevar a cabo la gloriosa obra de reforma, de la que se nos informa en el capítulo 23.

Versículos 1–10

Respecto de Josías se nos dice:

I. Que era muy joven cuando comenzó a reinar (v. 1): *Era de ocho años,* un año mayor que Joás (12:1) cuando comenzó éste su reinado. Siendo tan joven no había recibido malas impresiones ni de su padre ni de su abuelo, pero pronto se percató de los errores de ellos, y Dios le dio gracia para que tomase aviso de las consecuencias (v. Ez. 18:14 y ss.)

II. Que *hizo lo recto ante los ojos de Jehová* (v. 2). El texto sagrado asegura que *«no hubo otro rey antes de él que se convirtiese a Jehová de todo corazón ... ni después de él nació otro igual»* (v. 25). Superó, pues, a los mejores: David, Asá, Ezequías. Pero son tan escasos los personajes en los que no se halla un *pero,* que también Josías lo tuvo, pues murió a causa de su insistencia en salir al paso del rey de Egipto que le provocaba (v. 29; más extenso en 2 Cr. 35:20–24).

III. Que se preocupó por reparar el templo. Esto lo hizo cuando tenía *dieciocho años* (v. 3; comp. 2 Cr. 34:8). Mucho antes había *comenzado a buscar al Dios de David su padre* (2 Cr. 34:3), pero es de temer que su obra de reforma encontrase fuerte oposición y, por eso, marchase despacio hasta que el rey fue mayor de edad. Envió al secretario de Estado, Safán (v. 3) para que fuese al sumo sacerdote Hilcías a fin de llevar la cuenta del dinero que los guardianes de la puerta habían recogido del pueblo (v. 4), pues parece ser que siguieron el mismo método que Joás en la leva de dinero (12:9). Josías ordenó que este

dinero fuese empleado en la reparación del templo (vv. 5, 6). Y, por lo que leemos (v. 7), como en los tiempos de Joás, los trabajadores se portaron con tal honradez que no se les exigieron cuentas, lo cual se menciona para alabanza de ellos.

IV. Que, al reparar el templo, *fue hallado el libro de la Ley* y llevado al rey (vv. 8, 10). Hay quienes opinan que era todo el Pentateuco, pero es mucho más probable que fuese sólo el Deuteronomio, ya entero, ya en su parte legislativa.

1. Parece ser que este libro de la Ley se había perdido o había sido arrinconado por quienes no lo tenían en estima. En todo caso, había quedado en el olvido durante el reinado del impío Manasés. Es posible que este rey tratase de acabar con todas las copias de la Ley de las que tuviese noticia, y fuesen precisamente algunos amantes de la Ley quienes lo escondiesen. Cualesquiera que fuesen los instrumentos de su conservación, debemos reconocer en ello la mano de Dios. Y si ésta era la única copia que quedaba, tenemos motivos para dar a Dios muchas gracias por la feliz providencia que llevó al sumo sacerdote Hilcías a encontrarlo.

2. Ya fuese o no la única copia existente de la Ley, las cosas contenidas en este libro eran nuevas para el rey y aun para el sumo sacerdote, pues, al oír las palabras de la Ley, el rey se rasgó los vestidos. Si el libro se había perdido, parece difícil determinar por qué normas se regía Josías para *hacer lo recto ante los ojos de Jehová, sin desviarse a derecha ni a izquierda* (v. 2) y cómo pudieron los sacerdotes continuar observando los ritos de su ministerio. Quizás el pueblo usaba sumarios o compendios de la Ley, como nosotros hacemos con rituales, profesiones de fe, etc., y dejaba más o menos en el olvido cosas que no consideraba tan importantes, especialmente las promesas y las amenazas que hallamos en Levítico 26, Deuteronomio 28, etc. Éstas serían las porciones que habrían afectado tanto al rey (v. 13), pues serían nuevas para él. De ahí la importancia de leer, estudiar y meditar toda la Biblia.

3. Fue un gran ejemplo del favor de Dios y una señal de bondad especial hacia Josías y su pueblo el hallar tan oportunamente el libro de la Ley para dirigir y acelerar la bendita reforma que había emprendido el rey. La versión de las Escrituras a las lenguas vernáculas fue la gloria, la fuerza y el gozo de la reforma. Es de observar que estaban comprometidos en una buena obra; reparaban el templo cuando fue hallado el libro de la Ley. Quienes cumplen con su deber de acuerdo con el conocimiento que poseen, verán incrementado su conocimiento.

4. El sumo sacerdote Hilcías estaba sobremanera contento con el hallazgo. «¡Oh!—le dice al escriba (o secretario) Safán—, *he hallado el libro de la Ley»; «eureka, éureka*—pudo decir, con mayor motivo que Arquímedes—, he hallado esa joya de inestimable valor. Llévaselo al rey, pues será también la joya más rica de la corona real. Léelo delante de él, pues él *anda en el camino de David su padre»*.

Versículos 11–20

El libro de la Ley no es colocado en la cámara real como una pieza de museo que solo necesita ser admirada, sino que es leído en presencia del rey. El mayor honor que puede tributarse a la Santa Biblia es estudiarla y meditarla diariamente hasta familiarizarse con ella, de forma que sirva de alimento y luz espirituales.

I. La impresión que la lectura de la Ley causó a Josías. Hacía mucho que había considerado grave la situación de su reino a causa de las idolatrías e impiedades que habían penetrado en el pueblo, pero nunca le pareció tan grave como cuando lo descubrió ante la lectura del libro de la Ley. El rasgarse los vestidos era el símbolo de la herida de su corazón.

II. La consulta que hizo a Dios a raíz de ello (v. 13): *«Id y preguntad a Jehová por mí y por el pueblo»*

1. Podemos suponer que deseaba saber dos cosas: (A) «Qué debemos hacer; qué curso hemos de tomar para aplacar la ira de Dios e impedir los castigos que merecen nuestros pecados». (B) «Qué hemos de esperar y qué medios hemos de emplear.» Josías reconoce: *«Nuestros padres no escucharon las palabras de este libro»* (v. 13). Como si dijera: «Si este libro es la norma de conducta, nuestros padres

han estado obrando el mal». Por eso comenta: *«Grande es la ira de Jehová que se ha encendido contra nosotros.* Si esto es palabra de Dios, como sin duda lo es, estamos perdidos».

2. Josías hizo esta consulta: (A) Por medio de sus más allegados nobles, citados por sus nombres repetidamente (vv. 12, 14). (B) A la *profetisa Huldá* (mejor, Juldá), *mujer de Salum* (v. 14), única mujer a la que se atribuye en el Antiguo Testamento este título, aunque la hermana de Moisés y Débora habían profetizado en alguna ocasión. Miriam (María, en nuestras versiones—nota del traductor—) había ayudado a sacar de Egipto al pueblo de Israel (Mi. 6:4), Débora había sido juez y madre en Israel; ahora Juldá les daba instrucciones de parte de Dios; el estar casada no era obstáculo para ser profetisa (v. He. 13:4). Fue una bendición para Jerusalén el que, cuando escaseaban las Biblias, tenían profetas; y cuando cesó después la profecía, hubo más Biblias. Los mensajeros del rey fueron a consultar a Juldá porque es probable que la hubiesen consultado en otras ocasiones y hubieran hallado que la palabra de Dios era la verdad en la boca de ella. Estaba cerca, pues vivía *en la parte nueva de la ciudad,* el barrio nuevo que se extendía al oeste del templo. Es tradición judía que profetizaba entre las mujeres en el atrio de éstas. Comenta Rodríguez-Molero: «Conocida su larga actuación profética, acudieron a ella en vez de a Sofonías y Jeremías, porque hacía poco que éstos habían empezado su ministerio, y tal vez también con la esperanza de obtener una respuesta menos severa».

III. La respuesta que recibieron de parte de Dios. Juldá la dio en la forma que acostumbraban los profetas (v. 15): *«Así ha dicho Jehová … Decid al varón que os envió a mí».* Alude al rey como a quien, en este punto, está delante de Dios al mismo nivel de los súbditos.

1. Le hace saber los juicios que Dios tiene destinados para Judá y Jerusalén (vv. 16, 17): «Mi *ira se ha encendido contra este lugar».*

2. Le hace saber también la misericordia que Dios le tiene destinada a él personalmente. (A) Dios conoce la ternura y la preocupación de Josías (v. 19): *«Tu corazón se enterneció».* Había sido afectado sobremanera por la lectura de la palabra de Dios, había temblado ante ella y se había sometido a ella. Con esta ternura de corazón *se había humillado delante de Jehová.* Los que más temen la ira de Dios son los menos expuestos a sentirla sobre sí. (B) Dios prorroga el castigo hasta después que muera Josías (v. 20): *«Yo te recogeré con tus padres y serás llevado a tu sepulcro en paz».* Dios le promete que no vivirá para ver la gran catástrofe, lo cual habría sido pequeña recompensa si no hubiese otro mundo en el que había de ser sobradamente recompensado (He. 11:16). Murió en favor y amor de Dios, una paz que no pudo ser alterada por la desafortunada circunstancia de morir en el campo de batalla.

CAPÍTULO 23

I. Feliz continuación del reinado de Josías y progreso de la reforma que había comenzado: Se lee la Ley (vv. 1, 2); se renueva el pacto (v. 3); se purifica el templo (v. 4); se exterminan los ídolos y la idolatría, con todos sus resabios, en todos los lugares adonde llega el poder del rey (vv. 5–20); se observa una Pascua solemne (vv. 21–23); queda libre de brujas el país (v. 24); y en todo esto el rey actúa con vigor extraordinario (v. 25). II. Desafortunada conclusión de su reinado con una muerte prematura y violenta, como señal de que continuaba la ira de Dios sobre Jerusalén (vv. 26–30). III. Las todavía más desgraciadas consecuencias de su muerte en los malos reinados de sus dos hijos que le sucedieron, Joacaz y Joacim (vv. 31–37).

Versículos 1–3

Josías había recibido de Dios el mensaje de que nada había de impedir la ruina de Jerusalén, pero no por eso se sentó desesperado, sino que continuó, con renovado vigor, su obra de reforma. 1. Convocó una reunión general de los ancianos o jefes representativos de los clanes de Judá y de Jerusalén a fin de que se presentaran con él en el templo, juntamente con los sacerdotes y profetas (algunos MSS dicen *levitas,* así como 2 Cr. 34:30). Acudieron (v. 2) *«desde el más chico hasta el más grande»,* es decir, pobres y ricos o jóvenes y viejos. 2. En lugar de pronunciar un discurso en esta convención, el rey mismo *leyó en voz alta*

(lit.) el libro (v. 2), como quien, al haber sido afectado por él, deseaba que también los demás sintiesen la misma impresión. 3. En lugar de proponer nuevas leyes para que cumpliesen con sus deberes, propone *una renovación del pacto delante de Jehová* (v. 3). El libro de la Ley era el libro del pacto de que, si ellos eran un pueblo dedicado a Dios, Él sería para ellos un Dios amoroso y protector; aquí ellos se comprometen a cumplir con la parte que les toca, y no dudan de que Dios cumplirá con la suya.

Los pactantes eran, en primer lugar, el rey mismo, quien estaba situado junto a la columna (comp. 11:14) y declaró públicamente su consentimiento a este pacto. Después, *todo el pueblo confirmó el pacto.*

Versículos 4–24

Informe de una reforma tal cual no la hemos visto en toda la historia de los reyes de Judá, pues se deshicieron totalmente de todas las abominaciones y se echaron los cimientos para una obra gloriosa. Después de todo, la generalidad de la gente se resistía a reformarse.

I. La maldad abundaba, y había abundado, sobremanera en Judá y en Jerusalén.

1. Incluso en la casa de Dios, el sagrado templo que Salomón había edificado y dedicado al honor, y para la adoración, del Dios de Israel, se hallaron utensilios de toda clase para el culto de Baal (v. 4): «*Para Baal, para Aserá* (Astarté) y *para todo el ejército de los cielos*». Aunque Josías había suprimido el culto a los ídolos, los utensilios para todo el culto se conservaban aún en el templo mismo.

2. *En la entrada misma de la casa de Jehová* (v. 11) había un establo de caballos «sagrados», *dedicados al sol,* por la supuesta idea de que el sol mismo era conducido por un tiro de caballos en un carro. Parece ser que estos caballos (blancos) eran llevados pomposamente cada mañana al encuentro del sol naciente. Otros opinan que los adoradores del sol iban montados en los carros para adorar al sol.

3. También había en la casa de Dios *lugares de prostitución* (v. 7), tenida por sagrada por los idólatras y practicada tanto por mujeres como por hombres. Tal clase de impureza, y además en honor de los dioses, no podía ser más abominable. Quienes deshonran al verdadero Dios son entregados a las impurezas con que hombres y mujeres se deshonran a sí mismos (Ro. 1:24 y ss.). Había *mujeres que tejían las tiendas para Astarté;* en ellas se rendía culto a Venus, y sus adoradores cometían allí toda clase de impurezas; y esto, *en la casa de Jehová.*

4. Había también muchos altares idolátricos (v. 12), algunos en el palacio, *sobre la azotea de la sala de Ajaz.* Al ser planos los techos de las casas, eran aptos para edificar altares en ellos (Jer. 19:13; Sof. 1:5), altares domésticos sobre los que quemaban incienso los adoradores del «ejército de los cielos».

5. Igualmente había un *Tófet,* o crematorio, *en el valle del hijo de Hinom* (v. 10), muy cerca de Jerusalén, donde se guardaba la imagen de Moloc (el dios de la crueldad, mientras los otros eran dioses de la liviandad), al cual sacrificaban algunos a sus propios hijos en el fuego, mientras otros los hacían pasar simplemente por entre las llamas. Parece ser que se le llamó *Tófet* de *tof* = tamboril o pandereta, porque tocaban estos instrumentos mientras quemaban a los niños, para que no se oyeran los gritos de las pobres víctimas.

6. Había *lugares altos delante de Jerusalén, los cuales Salomón había edificado* (v. 13). También los había por todo el reino, *desde Gueba hasta Beerseba* (v. 8). Había asimismo altares a la entrada de la puerta del gobernador.

7. Había sacerdotes idólatras, quienes oficiaban en todos aquellos altares idolátricos (v. 5). No se les llama *kohanim,* que es el nombre propio de los sacerdotes del verdadero Dios, sino *quemarim,* de la raíz *kmr,* que en siríaco significa «negro», pues parece ser que los sacerdotes de los ídolos oficiaban vestidos de negro, o porque se postraban delante de sus dioses, de acuerdo con el significado de la raíz *kmr* en el idioma asirio (v. Os. 10:5; Sof. 1:4). Especialmente iban vestidos de negro los que ofrecían sacrificios a Osiris, los que hacían duelo por Tamuz (Ez. 8:14) y los que adoraban a las deidades infernales, pues el negro era (y es en muchos países del Occidente) el color de los que están de luto.

8. Había, finalmente, *encantadores, adivinos,* etc., y conjuradores de los espíritus familiares *(terafines),* contra lo dispuesto en Deuteronomio 18:11 (v. 24).

II. Josías llevó a cabo la destrucción total de tales restos de idolatría.

1. Ordenó a Hilcías y a los otros sacerdotes que limpiaran el templo y retiraran todos los utensilios que servían para el culto a Baal. Se habían de quemar, y sus cenizas habían de ser transportadas a Betel. Este lugar había sido el manantial común de la idolatría, pues allí había sido erigido uno de los dos becerros de oro.

2. Los sacerdotes idólatras fueron depuestos. Los que no eran de la casa de Aarón, o habían sacrificado a Baal o a otros dioses falsos, fueron ejecutados conforme a la ley (v. 20). *Los mató sobre los mismos altares,* el sacrificio más aceptable que jamás se había ofrecido en ellos. A los que eran descendientes de Aarón, pero habían quemado incienso en los lugares altos, aunque sólo al verdadero Dios, les prohibió que volvieran a acercarse al altar de Jehová, pero les permitió que *comiesen los panes sin levadura entre sus hermanos* (v. 9), con los que habían de residir. Ese pan sin levadura (macizo y desagradable como era) todavía era mejor de lo que ellos merecían, y al menos servía para mantenerles con vida.

3. Todas las imágenes fueron hechas pedazos y quemadas. La imagen de Astarté (v. 6) fue reducida a cenizas, y las cenizas fueron esparcidas *sobre los sepulcros de los hijos del pueblo,* es decir, sobre las sepulturas del pueblo llano en la ciudad. Según la ley, se contraía impureza ceremonial al tocar un sepulcro; así que, al echar allí tales cenizas, se las declaraba totalmente impuras. *Llenó de huesos humanos el lugar* donde habían estado las estatuas y las imágenes (mejor, cipos) de Aserá—Astarté—(v. 14). Así como había transportado a los sepulcros las cenizas de las imágenes para mezclarlas con huesos de cadáveres humanos, así también transportó huesos de cadáveres humanos a los lugares donde habían estado las imágenes, y los puso en el lugar de ellas, para que, de ambos modos, apareciese más asquerosa la idolatría y se guardase el pueblo tanto de las cenizas de las imágenes como de las ruinas de los lugares en que se les había rendido culto y adoración.

4. Fueron suprimidas todas las casas de perdición, aquellos nidos de impiedad que fomentaban la idolatría en su forma más repugnante: la prostitución sagrada con fornicación y sodomía (v. 7). Profanó los lugares altos; los derribó y, al parecer, los cubrió de basura (v. 8). El Tófet que, al contrario de los otros lugares de idolatría, estaba en un valle, mientras los otros estaban en lugares altos, fue también profanado (v. 10) con huesos humanos (con la mayor probabilidad), con lo que fue así convertido en lugar común de enterramiento. Con respecto a esto tenemos un mensaje que ocupa todo el capítulo 19 de Jeremías. Allí se dice (v. 11): *«En Tófet se enterrarán»,* y (v. 12): *«Pondré toda esta ciudad* (Jerusalén) *como un Tófet»*.

5. Los caballos que habían sido dedicados al sol fueron retirados y dedicados a usos comunes, y los carros del sol fueron consumidos a fuego.

6. Los encantadores, adivinos y terafines fueron *barridos* por Josías (v. 24).

III. El celo de Josías se extendió a todas las ciudades de Israel que estuvieron a su alcance. Las diez tribus del norte habían marchado al destierro, y las colonias asirias no poblaban suficientemente el país, por lo que es de suponer que muchas ciudades se hubiesen puesto bajo la protección de los reyes de Judá (2 Cr. 30:1; 34:6). A éstas giró Josías una visita, a fin de extender hasta ellas su obra de reforma.

1. Profanó y derribó el altar de Jeroboam en Betel, así como el lugar alto y la imagen de Astarté que allí estaban (vv. 15, 16). Parece ser que el becerro de oro había desaparecido, pero el altar estaba aún allí. (A) Primero, profanó el altar (v. 16). En su piadoso celo Josías saqueaba todas las antiguas sedes de idolatría, después de rebuscarlas, y exploraba los sepulcros de los montes, en los que probablemente estaban sepultados los sacerdotes idólatras. Los abría, sacaba los huesos y los quemaba sobre los altares (v. 20). Así desecraba los altares y los hacía abominables a los ojos del pueblo. (B) Demolió el altar, y lo destruyó con todas sus pertenencias (v. 15), y quemó lo que era combustible hasta *hacerlo polvo.*

2. Destruyó todas las casas de los lugares altos, todas aquellas sinagogas de Satanás que había en las ciudades de Samaria (v. 19).

3. Preservó con todo cuidado el sepulcro de aquel varón de Dios que vino de Judá para predecir esto (1 R. 13:1 y ss.). Este fue aquel buen profeta que predijo estas cosas contra el altar de Betel. Aunque lo mató un león, para mostrar, sin embargo, que el desagrado de Dios contra él se había aplacado con su muerte; el mismo Dios dispuso que, cuando todos los sepulcros en torno del suyo fuesen rebuscados y vaciados el suyo permaneciese intacto (vv. 17, 18) y nadie moviese de su sitio los huesos.

IV. Se nos informa, a continuación, de la solemne Pascua que Josías y su pueblo observaron después de todo esto. Después de purificar de la vieja levadura el país, no antes, se dedicaron a celebrar la festividad. Aunque de esta Pascua no se nos dan los detalles como los que leemos (2 Cr. 30) de la que se celebró en tiempo de Ezequías, sin embargo se nos dice (v. 22) que *no se había celebrado una pascua tal como ésta desde los tiempos en que los jueces gobernaban a Israel.* Parece ser, pues, que esta Pascua fue extraordinaria por el número y devoción de los participantes, por el de sus sacrificios y ofrendas, y por la exacta observancia de las normas de la fiesta. Plugo a Dios recompensar su celo en la destrucción de la idolatría con señales no corrientes de su presencia y favor. Todo ello contribuyó a hacer de esta Pascua algo distinguido y memorable.

Versículos 25–30

I. Se reconoce que Josías fue uno de los mejores reyes (en realidad, el mejor) que se sentaron en el trono de David (v. 25). Así como Ezequías fue sin par por su fe y dependencia de Dios en medio de los apuros (18:5), así Josías fue sin par por su sinceridad y celo en llevar a cabo la obra de la reforma del país. 1. *Se convirtió a Jehová,* de quien se habían apartado sus padres, e hizo todo lo posible para que también su reino entero se convirtiese a Jehová. 2. Lo hizo *de todo su corazón, de toda su alma y con todas sus fuerzas* es decir, con todo su vigor, toda su resolución, toda su bravura: con todo su ser. 3. Lo hizo *conforme a toda la ley de Moisés.* En todo lo que hizo se ajustó a la norma de Dios.

II. A pesar de todo esto, murió violentamente a los treinta y nueve años, en la flor de la edad; y su reino fue destruido pocos años después. Luego de una reforma como la que llevó a cabo, ninguna otra cosa habríamos esperado que prosperidad y gloria tanto para el rey como para el país; pero, por el contrario, vemos empañadas ambas cosas bajo densas nubes de inminente calamidad. 1. Aunque reformado, el reino marcha irreversiblemente hacia su ruina (v. 26): *«Con todo eso, Jehová no desistió del ardor con que su gran ira se había encendido contra Judá».* Por Jeremías 18:8 dice Dios: *«Si el pueblo contra el cual hablé se vuelve de su maldad, yo me arrepiento del mal que había pensado hacerles».* En vista de lo cual, hemos de concluir que, aunque el pueblo se había sometido a la reforma de Josías, no lo había hecho de corazón, sino por fuerza, y que continuaban aficionados a los ídolos; por eso, el que conoce los corazones, no volvió atrás la sentencia (v. 27). No obstante, incluso este castigo tenía por objeto la reforma del pueblo, para que, a través de tan drástica medicina, el remanente fuese curado completamente de la idolatría. 2. Como señal de lo irreversible del castigo, el propio rey reformador muere cuando tan beneficioso era—aunque para bien de él, a fin de que no viese el mal que se aproximaba a su reino—. El rey de Egipto subió *en ayuda* del rey de Asiria (así leen la mayoría la preposición hebrea, en lugar de *contra*). En efecto, por otras fuentes sabemos que el último rey asirio, Asur-uballit, huyó a Harrán en espera de ayuda por parte de Egipto, pero sucumbió (610 a. C.) ante el ataque combinado de los babilonios y los medos. Esto explica que Josías saliese al paso del rey de Egipto para que no ayudase al rey asirio, pues de este modo pensaba sacar ventaja para Judá. Pero lo que hizo fue reforzar la posición de Nabopolasar señor ya de Babilonia, cuyo hijo y sucesor, el famoso Nabucodonosor, había de acabar con Jerusalén y el reino de Judá. Josías impidió que el rey de Egipto llegase a tiempo para ayudar al asirio, pero sucumbió en la refriega con el egipcio (vv. 29, 30). Sólo nos resta adorar los inescrutables designios de la Providencia y la justicia de Dios al llevarse, de un modo tan extraño, una joya cuyo valor era desconocido de sus ingratos súbditos. Con todo, lamentaron grandemente su muerte (2 Cr. 35:25), por iniciativa de Jeremías, quien les explicó lo que aquella pérdida significaba y el mal augurio que representaba para el país.

Versículos 31–37

Jerusalén no vio ya día bueno desde que Josías fue puesto en el sepulcro, sino que vio una calamidad después de otra, hasta que, en el plazo de ventidós años, fue completamente destruida. Aquí tenemos un breve informe del reinado de dos de sus hijos; vemos al primero, hecho prisionero, y al segundo hecho tributario del rey de Egipto. Éste, que había matado a Josías, se esforzó en hacer todo el daño posible a su familia y a su reino.

I. Joacaz, hijo menor de Josías, fue hecho rey por *el pueblo de la tierra* (v. 30), probablemente porque era de carácter más guerrero que su hermano mayor y, por ello, mejor dotado para enfrentarse al rey de Egipto y vengar la muerte de su padre. *«Hizo lo malo ante los ojos de Jehová»* (v. 32). El texto añade que obró *«conforme a todas las cosas que sus padres* (sus antepasados, no su padre) *habían hecho»*. Aunque no tuvo mucho tiempo para actuar, ya había escogido el mal camino. Sólo *reinó tres meses* (v. 31), tras los cuales fue hecho prisionero y murió en Egipto (v. 34), después de estar encarcelado *en Riblá,* a unos 100 kilómetros al norte de Damasco.

II. Eliaquim, hijo mayor de Josías, fue hecho rey por el rey de Egipto. El trono de Judá había sido ocupado hasta ahora por un hijo del rey anterior, nunca por un hermano. Ahora, un hermano mayor sucedía a un hermano menor. Después de hacerle rey, el rey de Egipto le cambió el nombre por el de Joacim (hebreo, *Yehoyakim*), nombre que significa «Jehová establece»; quizá pensaba así que, con este nombre, no olvidaría la religión del país ni renunciaría a ella. De este Joacim se nos dice que el rey de Egipto le exigió un fuerte impuesto de oro y plata, y él se lo pagó mediante una contribución extraordinaria del pueblo *de cada uno según la estimación de su hacienda* (v. 35). A pesar de las aflicciones con que le reprendió la Providencia, y con las que debería haber sido convencido, humillado y enmendado, *hizo lo malo ante los ojos de Jehová* (v. 37).

CAPÍTULO 24

Es ya inminente la destrucción de Jerusalén. Dejamos en el trono a Joacim, puesto allí por el rey de Egipto. Ahora vemos: I. Las aflicciones de su reinado, durante el cual fue sometido él mismo por el rey de Babilonia (vv. 1–6), y Egipto fue conquistado por Nabucodonosor (v. 7). II. Las desolaciones durante el reinado de su hijo, que duró solamente tres meses; tras los cuales, él y todos sus nobles, forzados a rendirse sin condiciones, fueron deportados a Babilonia (vv. 8–16). III. Los preparativos del siguiente reinado (que fue el último de todos) para la ruina total de Jerusalén (vv. 17–20).

Versículos 1–7

Tenemos aquí la primera mención de *Nabucodonosor, rey de Babilonia* (v. 1), aquella cabeza de oro (Dan. 2:38). Fue un rey poderoso; el terror de los poderosos. Con todo, su nombre no habría sido mencionado en el texto sagrado si no hubiese sido instrumento en las manos de Dios para la destrucción de Jerusalén y la cautividad de los judíos.

I. Hizo tributario a Joacim y le tuvo sometido durante tres años (v. 1). Nabucodonosor comenzó a reinar en el cuarto año de Joacim. Al octavo año de su reinado le hizo prisionero, pero le soltó bajo promesa de fidelidad. Joacim fue fiel a la promesa durante tres años, pero después se rebeló, probablemente por esperar ayuda del rey de Egipto.

II. Al rebelarse él, Nabucodonosor envió contra él bandas de caldeos, sirios, moabitas y amonitas, todos los cuales estaban ahora al servicio del rey de Babilonia como mercenarios (v. 2) y conservaban, como lo demostraron ahora, su antigua enemistad contra Israel. Dos objetivos tenía Dios al permitir que Judá se hallase en situación tan apurada: 1. Castigar los pecados de Manasés *en la tercera y cuarta generación* (Éx. 34:7). Esperó todo este tiempo por ver si la nación se arrepentía de veras, pero continuaron impenitentes. Aunque el propio Manasés se arrepintió, y tenemos motivos para pensar que le fueron perdonados los crímenes de que era culpable, al ser pecados nacionales pendían sobre el país, y reclamaban el juicio de Dios. Véase la necesidad que tienen las naciones de lamentarse por los pecados de sus antepasados, a fin de no sufrir el castigo que ellos merecieron.

III. El rey de Egipto fue igualmente sometido por el rey de Babilonia y le fue arrebatada gran parte de su territorio (v. 7). Y *nunca más salió de su tierra.* Más tarde quiso aliviar la situación de Sedequías, pero se vio forzado a retirarse (Jer. 37:7).

IV. Joacim, al ver su país desolado y a sí mismo en trance de caer en manos del enemigo, murió (al parecer, de pesadumbre) a los 36 años de edad (v. 6; comp. con 23:39).

Versículos 8–20

Joacim (hebreo, *Yehoyaquim*) dejó el trono a su hijo Joaquín (hebreo, *Yehoyakhin* = Jehová dispone; se le menciona también—invirtiendo los componentes—como *Yekhonyahu* o *Konyahu*). En estos versículos tenemos la historia de la *cautividad* (como se la llama en Ez. 1:2) del rey Joaquín. Obtuvo la corona, no para tener el honor de llevarla, sino la vergüenza de perderla.

I. Su reinado fue breve y sin relieve alguno, pues sólo reinó tres meses, tras los cuales fue depuesto y deportado a Babilonia. Aun así, reinó lo suficiente para mostrar que justamente había de pagar por los pecados de sus padres, pues fue por el mismo camino que ellos (v. 9).

II. Las calamidades que le sobrevinieron a él, a su familia y a su pueblo al comienzo mismo de su reinado.

1. Jerusalén fue sitiada por el rey de Babilonia (vv. 10, 11) y Joaquín se rindió inmediatamente; careció de la fe y de la piedad de un verdadero israelita, tampoco tuvo el valor de un soldado y de un príncipe, sino que él y su familia se entregaron como prisioneros de guerra.
2. Nabucodonosor se hizo con los tesoros del templo y del país y se llevó el oro y la plata de ambos (v. 13). Ahora se cumplía la palabra que había hablado Dios por medio de Isaías (20:17): *«Todo lo que tus padres han atesorado hasta hoy, será llevado a Babilonia».*
3. Se llevó cautivos a gran parte de los habitantes de Jerusalén. Algunos habían sido deportados ocho años antes, en el primer año de Nabucodonosor y tercero de Joacim, entre ellos Daniel y sus compañeros (Dan. 1:1, 6). Ahora se llevó: (A) Al joven rey y a su familia (v. 15), y vemos (25:27–29) que continuó prisionero durante treinta y siete años. (B) A todos los príncipes, nobles, etc., así como a los principales militares, y aun a los artesanos y herreros (vv. 14–16). En esta expedición fue deportado también el profeta Ezequiel (Ez. 1:1, 2).

III. El sucesor nombrado por el rey de Babilonia en lugar de Joaquín fue Matanías, hijo de Josías; y para dar a entender a todo el mundo que este rey era hechura suya, le cambió el nombre por el de Sedequías (v. 17). Curiosamente, este nombre (hebreo, *Tsidquiyahu*) significa «justicia de Jehová», con lo que Nabucodonosor quería dar a entender a los judíos que lo que él hacía era un justo castigo de Dios. Éste fue el último rey de Judá. Después de *hacer lo malo ante los ojos de Jehová* (v. 19), cometió la mayor locura que pudo hacer, pues *se rebeló contra el rey de Babilonia* (v. 20), con lo que apresuró la ruina de su reino.

CAPÍTULO 25

I. Completa destrucción de Jerusalén a manos de los caldeos, con la deportación de sus habitantes (vv. 1–4, 8–12). La gloria de Jerusalén consistía en que: 1. Era la ciudad real, pero esta gloria se había marchado, pues el rey era ahora el más miserable prisionero, sus hijos degollados en presencia suya (vv. 5–7), y sus principales ayudantes fueron también ejecutados (vv. 18–21). 2. Era la ciudad santa, donde estaba el testimonio de Israel, pero también esta gloria se había marchado, porque el templo de Salomón fue quemado hasta el suelo (v. 9), y todos los utensilios sagrados que quedaban fueron transportados a Babilonia (vv. 13–17). II. Dispersión del remanente que fue dejado en Judá bajo el mando de Guedalías (vv. 22–26). III. El favor que, tras 37 años de prisión, fue otorgado al rey Joaquín de Judá (vv. 27–30).

Versículos 1–7

Sedequías se rebela contra el rey de Babilonia (24:20), en un esfuerzo por sacudirse su yugo.

I. El ejército del rey de Babilonia puso sitio a Jerusalén (v. 1). El asedio, durante el cual prevaleció el hambre (v. 3), duró dos años; al principio se retiró el ejército por miedo al rey de Egipto (Jer. 37:11), pero al ver que no era tan poderoso como temían, regresaron pronto. La ciudad fue tomada por asalto, después que el enemigo abrió una brecha en el muro (v. 4).

II. El rey, su familia y todos los principales escaparon de noche por un paso secreto (v. 4). Se dio aviso a los caldeos de la huida del rey, y le alcanzaron pronto (v. 5). 1. Fue llevado a la presencia del rey de Babilonia y juzgado en consejo de guerra por rebelarse contra el rey a quien había jurado fidelidad. 2. *Sus hijos fueron degollados en presencia suya.* 3. A él *le sacaron los ojos.* Jeremías profetizó que Sedequías sería llevado a Babilonia (Jer. 32:5; 34:3). Por su parte, Ezequiel profetizó que no vería Babilonia (Ez. 12:13). Ambas cosas se cumplieron: fue llevado a Babilonia, pero no pudo ver la ciudad, puesto que le habían sacado los ojos. 4. Se lo llevaron *atado con cadenas,* para mayor desgracia.

Versículos 8–21

Como un mes después de esto (comp. el v. 8 con el v. 3), Nebuzaradán fue enviado con orden de completar la destrucción de Jerusalén. Todavía les concedió Dios este espacio para que se arrepintieran, después de toda su paciencia anterior, pero en vano.

1. La ciudad y el templo fueron incendiados (v. 9). Aquella casa de Dios, que David había preparado con tanto interés y que Salomón había edificado con tantas expensas, aquella casa sobre la que estaban de continuo los ojos y el corazón de Dios (1 R. 9:3), fue convertida en cenizas. Con el incendio del templo quería mostrar Dios cuán poco le interesa la pompa externa del culto cuando falta la vida y el poder de la piedad. El pueblo confiaba en el templo como si éste pudiese protegerles a pesar de todos sus pecados (Jer. 7:4). Es curioso que el segundo templo fuese incendiado por los romanos el mismo mes y el mismo día del mes en que fue incendiado por los caldeos el primer templo; según Josefo, fue el diez de agosto.

2. Los muros de Jerusalén fueron derribados (v. 10), como si el ejército victorioso quisiera vengarse de ellos por no permitirles la entrada en la ciudad por tanto tiempo. Estos muros no volvieron a ser reparados hasta el tiempo de Nehemías.

3. El resto de los habitantes fueron deportados a Babilonia (v. 11). Únicamente *los pobres de la tierra* fueron dejados en el país (v. 12) a fin de que cultivasen los campos, para beneficio de los conquistadores. Algunas veces la pobreza es una protección, pues los que no tienen nada, nada tienen que perder.

4. Los utensilios de bronce, y otras pertenencias del templo, son transportados también, pues la mayoría de los de oro y plata ya se habían marchado antes. Aquellas dos famosas columnas de bronce, cuyos nombres (Bóaz y Yaquín) significaban respectivamente la fuerza y la estabilidad de la casa de Dios, fueron hechas pedazos y llevados éstos a Babilonia (v. 13).

5. A muchos de estos nobles se les dio muerte a sangre fría (vv. 18–21). Con esto se completó la calamidad del país: Así *fue llevado cautivo Judá lejos de su tierra*, unos 860 años después de haber tomado posesión de ella bajo el mando de Josué. El pecado impidió durante 40 años que sus antepasados entrasen en Canaán, y ahora era también el pecado lo que les hacía salir de allí.

Versículos 22–30

I. Dispersión del pueblo que permaneció en el país. La ciudad de Jerusalén quedó completamente desolada. Algunos del país (v. 22) capearon como pudieron el temporal y se les respetó la vida. El rey de Babilonia nombró a uno de ellos, Guedalías, para que los gobernase y protegiese bajo la autoridad de Nabucodonosor. Guedalías era muy bueno, una persona que podía sacar de una mala situación el mejor partido posible (v. 22). Su padre Ajicam fue uno de los protectores de Jeremías cuando los magnates habían jurado darle muerte (Jer. 26:24). Es probable que este Guedalías se fuese a los caldeos por consejo de Jeremías y se comportase allí tan bien que el rey de Babilonia le confió el gobierno de los que se quedaron en el país. No residió en Jerusalén, sino en Mizpá, territorio de Benjamín y sitio famoso en tiempos de Samuel. Allá se dirigieron los que habían huido de Sedequías (v. 4), a fin de ponerse bajo su protección. Aunque Guedalías no poseía el poder ni la pompa de un soberano, podría haber sido para ellos de mayor bendición que muchos de los reyes que habían tenido. Sin embargo, este feliz arreglo fue hecho añicos, no por los caldeos, sino por alguien del propio país. Un tal Ismael, que era del linaje real

envidioso del nombramiento de Guedalías y de la feliz condición del pueblo bajo su mando, asesinó vilmente a él y a sus amigos, tanto judíos como caldeos. Los caldeos tenían suficiente motivo para ofenderse con el asesinato de Guedalías; pero si los que quedaron del pueblo se hubiesen portado humildemente, y hubieran alegado que sólo Ismael y sus amigos tenían la culpa de lo sucedido, los que eran inocentes no habrían sido castigados por ello; pero, contra el consejo de Jeremías, se fueron todos ellos a Egipto, donde es de temer que fuesen mezclándose gradualmente con los egipcios hasta perder por completo su identidad como israelitas. Así acabaron por su necedad y desobediencia, para que se cumpliese el último versículo de aquel capítulo de amenazas (Dt. 28:68): «Y Jehová te hará volver a Egipto». Estos acontecimientos fueron registrados con más detalles por el profeta Jeremías (Jer. caps. 40 al 45).

II. Rehabilitación del rey prisionero. De Joaquín, o Jeconías, quien se rindió al vencedor (24:12), se nos dice aquí que, tan pronto como subió al trono de Babilonia Evil-merodac a la muerte de su padre Nabucodonosor, le sacó de la prisión donde había estado 37 años (tenía ahora 55 años), le habló con benevolencia (v. 28), le cambió las ropas de preso por las regias, le mantuvo en su palacio (v. 29) y le otorgó para él y para su familia una pensión correspondiente, en cierta medida, a su rango (v. 30). Disfrutar de honor y libertad, después de estar por tanto tiempo en confinamiento y desgracia, fue como el regreso de la alborada después de una noche oscura y tediosa. Que nadie diga, por haber visto por largo tiempo casi nada más que calamidades, que nunca más verá cosa buena; los más desdichados ignoran las bendiciones que la Providencia puede tenerles destinadas (Sal. 90:15). Con todo, la muerte de los santos que padecen graves aflicciones es para ellos el mejor cambio, pues les saca de la prisión de este cuerpo que es como ropa de cárcel, y los envía al trono y a la mesa del Rey de reyes, libres, con la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Tal vez consideró Evil-merodac que era demasiado pesado el yugo que su padre había impuesto a sus cautivos y, por consiguiente, con la ternura de un hombre y el honor de un príncipe, les alivió el peso. Dice la tradición judía que este Evil-merodac había sido encarcelado por su mismo padre, después que éste volvió en sí de su locura, por algún error en la administración del país, y que en la cárcel contrajo amistad con Joaquín, por lo que, tan pronto como subió al poder, se portó con él tan estupendamente como con un antiguo compañero de prisión. Hay hasta quienes sugieren que Evil-merodac había aprendido de Daniel y de sus compañeros los principios de la verdadera religión. Habían pasado ahora treinta y seis de los setenta años de cautividad, y el ver al rey Joaquín promocionado de esta forma sería para los cautivos israelitas un buen augurio de que también su libertad se aproximaba. Por consiguiente, cuando estemos en apuros, no desesperemos (comp. con 2 Co. 4:8).

1 CRÓNICAS

Los dos libros de Crónicas (como los de Samuel y Reyes) formaban un solo volumen en la Biblia Hebrea, con el título de *«Palabras de los días»*, es decir, una especie de Anales breves de Israel desde Adán hasta el edicto de Ciro que permitió a los judíos volver a su país. Los LXX le dieron el título de *«Paralipómenos»*, que significa «omitido» o «dejado aparte». Jerónimo los llamó *«Crónica de toda la historia divina»*. Finalmente, fue Lutero quien, al seguir el título de Jerónimo, les puso el nombre de *«Crónicas»*, con tal éxito que ha sido adoptado incluso por la Iglesia de Roma. Su redacción se atribuye a Esdras. Aparte del espacio que abarcan (desde Adán hasta Ciro), tres detalles son dignos de mención acerca de estos libros: 1) El texto original presenta muchas variantes en comparación con el de los libros de *Samuel y Reyes*, por lo que varias equivocaciones cometidas por los copistas en *Samuel y Reyes* quedan subsanadas en *Crónicas*, y viceversa. 2) Abundan los detalles importantes omitidos en los otros libros. 3) Como el objetivo de Esdras era renovar el estado espiritual del pueblo, al componer estos libros se preocupó de enfatizar los factores religiosos: La Ley, el templo y el sacerdocio, y omitió episodios sociopolíticos de reyes y profetas; y, aparte de la mención de Jeroboam por causa del cisma se omite completamente la historia del reino del norte, puesto que nada tenía que ver con el templo ni con el sacerdocio.

1 Crónicas se divide en tres partes: I. Una colección de genealogías desde Adán hasta David (caps. 1 al 9). II. Historia del reinado de David con importantes añadiduras a lo que ya sabemos por 1 y 2 Samuel (caps. 10 al 21). III. Un informe original de la organización que llevó a cabo David en asuntos del sacerdocio y del tabernáculo, y las instrucciones que dejó para la edificación del templo (caps. 22 al 29).

CAPÍTULO 1

Las genealogías que aquí hallamos son de gran utilidad, no sólo para preservar los linajes de las tribus respectivas, sino especialmente para establecer la genealogía del Mesías, el hijo de David, de Judá, de Abraham y de Adán. I. Los descendientes de Adán hasta Noé y sus hijos (vv. 1–4). II. Posteridad de los hijos de Noé, mediante la cual fue repoblada la tierra después del Diluvio (vv. 5–23). III. Descendientes de Sem hasta Abraham (vv. 24–28). IV. Posteridad de Ismael y de los hijos que Abraham tuvo con su concubina Queturá (vv. 29–35). V. Posteridad de Esaú (vv. 36–43). Los nombres aparecen transcritos (nota del traductor) conforme a la RV 1977, pues el ajuste total al original resultaría demasiado revolucionario para la mayoría de los lectores hispanoparlantes.

Versículos 1–27

Esta porción comienza por *Adán* y termina por *Abraham.* Adán fue el primer padre de la humanidad; Abraham, el primer padre de los creyentes. Con la ruptura que el primero efectuó del pacto de obras en la dispensación de la inocencia, todos caímos en la miseria; por el pacto de gracia que Dios hizo con el segundo, todos podemos salir de la miseria. Por naturaleza, todos somos, como posteridad de Adán, ramas del olivo silvestre. Procuremos ser, por fe, posteridad de Abraham (Ro. 4:11, 12), para ser injertados en el buen olivo y participar de su raíz y savia.

I. Los cuatro primeros versículos de esta porción y los cuatro últimos, unidos entrambos por Sem (vv. 4, 24), contienen el linaje de Cristo y aparecen, en orden ascendente, en Lucas 3:34–38.

II. En los versículos 5–23 el historiador sagrado comienza con los ajenos al pacto, los hijos de Jafet, pobladores especialmente de Europa. Los hijos de Cam se esparcieron por el África y los territorios de Asia que caen hacia ese lado. La posteridad de Sem (vv. 17–23) pobló Asia extendiéndose hacia el oriente. De Sem descendían los asirios, sirios, caldeos, persas, árabes, etc. Al principio se distinguían bien los aborígenes de las respectivas naciones. Hoy, en cambio, están mezclados de tal manera los habitantes de la tierra, que lo único que sabemos es que Dios *ha hecho de una misma sangre toda nación de los hombres* (Hch. 17:26). La gran promesa del Mesías pasó de Adán a Set, de Set a Sem, de Sem a Héber y, así, a la nación hebrea, a la cual fue confiada, por encima de las demás naciones, hasta que se cumpliese en la venida del Mesías.

Versículos 28–54

Desde ahora, sólo en la posteridad de Abraham se hallará *la heredad de Jehová,* con exclusión de las demás naciones y familias. Esto no significa que no hallasen favor con Dios otros individuos de otras naciones; siempre hubo buenas personas que aun no perteneciendo al pueblo escogido, por la gracia de Dios y una fe virtual en un futuro Salvador, tuvieron sus nombres inscritos en el libro de la vida. Sólo *el Señor conoce los que son suyos* (2 Ti. 2:19). Pero Israel era la nación escogida, con todos los privilegios y honores que esto comportaba. Ésta es la nación santa, objeto principal de la historia sagrada; por eso, veremos pronto excluida de esta historia la restante posteridad de Abraham, y queda sólo la posteridad de Jacob.

I. Poco vamos a ver de los descendientes de Ismael pues procedían de la esclava y, por tanto, no podían heredar junto con el hijo de la promesa. Se nombran aquí los doce hijos de Ismael (vv. 29–31), a fin de mostrar el cumplimiento de la promesa que hizo Dios a Abraham de que ese hijo llegaría a ser una gran nación y, en particular, que engendraría doce príncipes (Gn. 17:20).

II. Tampoco vamos a leer mucho de los madianitas, descendientes de Abraham por medio de Queturá, separados de Isaac el heredero de la promesa (Gn. 25:6). Por eso se les nombra únicamente aquí (v. 32).

III. Justamente un poco más vemos aquí acerca de los edomitas, pues fueron desde antiguo enemigos acérrimos de Israel; pero, al ser descendientes de Esaú (o Edom), hijo de Isaac, se nos da un breve informe de sus familias y de los nombres de algunos de sus hombres famosos (vv. 35–54).

CAPÍTULO 2

Registro de los hijos de Israel. I. Nombres de los doce hijos (vv. 1, 2). II. Informe especial de la tribu de Judá, que tenía la precedencia del cetro, no precisamente en atención a David, sino en atención al Hijo de David, Jesucristo, quien procedía de Judá (He. 7:14).

Versículos 1–17

I. La familia de Jacob. Se nombran aquí sus doce hijos, ese ilustre número (símbolo de autoridad) tan celebrado a lo largo de casi toda la Biblia. A cada paso nos encontramos con las doce tribus, descendientes de los doce patriarcas. El carácter personal de muchos de ellos dejaba mucho que desear, especialmente de los cuatro primeros; con todo, el pacto de Dios quedó ligado a su posteridad, pues era *por gracia; no por obras, para que nadie se gloríe* (Ef. 2:8). *«A Jacob amé»* (Ro. 9:13).

II. La familia de Judá. Esta tribu, tan alabada y multiplicada, más que cualquiera de las otras, aparece la primera con su larga genealogía. Ya en las primeras ramas de este ilustre árbol, cuya copa cimera sería Cristo, hallamos: 1. Algunos que fueron muy malos: *Er, el primogénito de Judá, que fue malo delante de Jehová* y cortado en la flor de la edad (v. 3). No lo pasó mejor Onán, el segundo. Aquí está Tamar, de quien su suegro Judá tuvo dos mellizos al cometer incesto por ignorancia (v. 4). Es muy significativo que el historiador haya cambiado el nombre de Acán (Jos. 7:1) por el de Acar, que significa «perturbar» y añade *«el que perturbó a Israel»* (v. 7). 2. Otros que fueron muy buenos y prudentes, como Etán, Hemán, Calcol y Dara, no precisamente hijos, sino descendientes, de Zera, son mencionados aquí como gloria de la casa de su padre (1 R. 4:31). 3. Otros fueron muy importantes, como Naasón (v. 10), que fue *príncipe de los hijos de Judá* cuando los israelitas acampaban en el desierto, y su hijo Salmón (llamado aquí, Salmá), que ocupó este lugar cuando entraron en Canaán, y casó con Rahab (vv. 10, 11; comp. Mt. 1:5).

III. La familia de Isaí (vv. 13 y ss.), cuyo detallado informe se debe a que el Hijo de David sería *una vara del tronco de Isaí* (Is. 11:1). Aquí vemos que David era el séptimo hijo de Isaí y que sus tres generales—Joab, Abisay y Asael—eran hijos de una hermana suya (Sarvia), y Amasá de otra (Abigail).

Versículos 18–55

Muy pocos de los mencionados en esta porción aparecen en ningún otro lugar de la Biblia. Hallamos aquí a: Bezaleel (v. 20), artífice principal de la construcción del tabernáculo (Éx. 31:2). 2. Hezrón (hebr. *Jesrón*), nieto de Judá y uno de los setenta que descendieron con Jacob a Egipto (Gn. 46:12). Los hechos de Jaír, que aquí se mencionan (vv. 22, 23), tuvieron lugar mucho después de la conquista de Canaán. La genealogía de algunos termina, no en una persona, sino en una ciudad, pues a uno se le llama *«padre de Quiratjearim»* (v. 50), y a otro *«padre de Belén»* (v. 51), donde nació David. Ello significa que sus respectivos descendientes poblaron dichas ciudades. Entre estas grandes familias hallamos algunas *de escribas* (v. 55), expertos en la Ley. ¡Ojalá todas las familias de los hijos de Dios estuviesen tan bien instruidas en el Reino de los Cielos!

CAPÍTULO 3

De todas las familias de Israel, ninguna tan ilustre como la de David. Aunque mencionada en 2:15, aquí tenemos un informe detallado de ella. I. Los hijos de David (vv. 1–9). II. Sus sucesores en el trono hasta la deportación (vv. 10–16). III. El resto de su familia en, y después de, la cautividad de Babilonia (vv. 17–24).

Versículos 1–9

Vemos repetida la lista de los hijos de David, que ya conocemos por 2 Samuel 3:2 y ss. y 5:14 y ss. Tres de los mayores, Amnón, Absalón y Adonías sirvieron de gran pesadumbre a su padre y aun el que más imitó la piedad y devoción de su padre, Salomón, quedó muy por debajo de él en esto. Uno de los que Betsabé le dio, Natán (probablemente en honor del profeta Natán), fue antepasado del Señor por la línea (lo más probable) de su madre María (Lc. 3:31). Aparecen dos Elisamas y dos Elifélets (vv. 6, 8); es probable que los primeros se muriesen y David quisiera preservar sus nombres. Se notan algunos cambios: 1. Samúa (2 S. 5:14) es llamado aquí (v. 5) Simeá. 2. Betsabé, hija de Eliam (2 S. 11:3), se la llama aquí (v. 5) Bat-súa, hija de Amiel (inversión de Eliam). 3. Al tercer hijo de David se le llama Daniel (v. 1); Quileab, en 2 Samuel 3:3.

Versículos 10–24

Aunque David tuvo diecinueve hijos, sólo se nos informa aquí de los descendientes de Salomón, y en Lucas 3 de los de Natán. 1. Los nombres famosos y celebrados de los descendientes de David y reyes de Judá en sucesión lineal hasta la cautividad. Raras veces en la historia ha pasado la corona de padre a hijo durante diecisiete sucesiones como aquí. Esto fue una recompensa de la piedad de David. Hacia el tiempo de la deportación, esta sucesión de padre a hijo se interrumpió y pasó la corona de un hermano a otro mayor, y de un sobrino a un tío. 2. Los nombres menos famosos, la mayoría muy oscuros, del linaje de David después de la deportación. El único hombre famoso de esa casa, después de la deportación, es Zorobabel, quien (con toda probabilidad) era hijo de Pedaías (v. 19), aunque legalmente, por la ley del levirato (Dt. 25:5–10), es tenido por hijo de Sealtiel en todos los demás lugares (Esd. 3:2, 8; 5:2; Neh. 12:1; Hag. 1:12; Mt. 1:12; Lc. 3:27). Extrañará ver a Jeconías con siete hijos (es necesario corregir *«Asir»* de nuestras versiones y sustituirlo por *«el cautivo»*—nota del traductor) cuando en Jeremías 22:30 se dice de él *«privado de descendencia»*. El propio versículo explica posteriormente que no se le niega descendencia en general, sino descendientes que se sienten en el trono.

CAPÍTULO 4

Continuación de la descendencia de Judá (vv. 1–23). II. Un informe de la descendencia y de las ciudades de Simeón, y sus victorias sobre los habitantes de Guedor y los amalecitas (vv. 24–43).

Versículos 1–10

El motivo principal por el que Esdras registra más detalladamente la genealogía de Judá, aparte de ser la tribu de David y del Hijo de David, es por ser la que, con los «apéndices» de Benjamín, Simeón y Leví, formaba el reino de Judá, y la única que regresó del exilio, mientras la mayoría absoluta de los de las tribus del norte se perdieron en el reino de Asiria. El personaje más importante de esta porción es Jabés (hebr. *Yabés*), jefe de una estirpe ilustre dentro de las familias de Aharhel (vv. 8, 9). (En el v. 1, téngase en cuenta que sólo Peres fue hijo de Judá, los demás son jefes de distintos clanes dentro de la tribu, pero no hermanos.) De este Jabés se nos dice:

I. El motivo de su nombre. Su madre se lo puso por *haberlo dado a luz con dolor* (en un juego de palabras con *oseb* = dolor). De ordinario, el dolor del parto se olvida al nacer la criatura (Jn. 16:21), pero aquí el recuerdo del dolor se perpetúa: 1. Para que la madre misma recordara con gratitud que Dios le había conservado la vida, después de pasar por los dolores del parto. 2. Para que Jabés aprendiera a amar y honrar a su madre y se esforzase en ser un consuelo para quien le había traído a este mundo con tanto dolor.

II. La bondad de su carácter, que aparece aquí especialmente en su piedad de hombre orante. Pronunció la oración que aquí se menciona, cuando se preparaba para las empresas de su vida. Sobre esta oración, obsérvese:

1. A quién oró: *al Dios de Israel* (v. 10). Al Dios que había pactado con su pueblo, al Dios que había luchado por Jacob, y por haber éste prevalecido le fue cambiado el nombre por el de *Israel.*

2. Cuál fue la naturaleza de su oración. (A) Hay quienes ven en ella una especie de voto, y deja el párrafo sin apódosis: «*Si me dieras bendición, etc.*, tú serás mi Dios», como si ofreciese a Dios un cheque en blanco para que Él lo llene como le plazca. (B) Con mayor probabilidad, expresa un deseo ferviente: «*¡Oh, si me dieras bendición, etc.!*»

3. Cuál fue la materia de su oración. Cuatro cosas le pidió a Dios: (A) Que Dios *le bendijera* en todo lo que iba a emprender. (B) Que Dios *ensanchara su territorio.* (C) Que la mano de Dios *estuviese con él* a fin de tener éxito en su empresa, y le diese sabiduría, medios y fuerzas. ¡Cuán grande es nuestro privilegio al tener a un Dios Todosuficiente! (D) Que Dios *le librase de todo daño.* Sin duda, recordaba su propio nombre: Jabés = dado a luz *con dolor.*

4. «*Y le otorgó Dios lo que le pidió*»*:* Prosperó, tuvo éxito en sus empresas, en sus conflictos con los cananeos, en sus negocios y en sus estudios, pues es tradición judía que fue un eminente doctor de la Ley, y fue al atraer atrayendo a su lado tal cantidad de discípulos que por eso se dio su nombre a la ciudad (2:55).

Versículos 11–23

1. Tenemos a toda una familia de artesanos que se dedicaron a muchas clases de manufacturas, en las que eran expertos y laboriosos (v. 14); tanto es así que el valle donde vivían se llamó *Valle de los Artífices* (hebr. *Gue-Jarasim).* 2. Uno de ellos se casó con la hija de Faraón (v. 18), que era el nombre común de los reyes de Egipto. 3. De otro se dice que fue *padre de las familias que trabajan lino* (v. 21). Eran los mejores tejedores del país, y enseñaron el oficio a sus hijos, de generación en generación. Sus descendientes habitaron en la ciudad de *Maresá,* donde se trabajaba el lino del que iban vestidos los reyes y los sacerdotes. *4.* Otra familia *dominó en Moab* (v. 22), pero ahora estaban al servicio del rey de Babilonia (v. 23). (A) Fue en los *registros antiguos* donde se halló que habían tenido dominio sobre Moab; es probable que se trasladasen allá en tiempo de David, cuando fue conquistado aquel país. (B) Sus descendientes eran ahora alfareros y jardineros de Babilonia, donde *moraban con el rey,* con quien disfrutaban de comodidad y buen sueldo, por lo que no les interesó volverse a su país después que expiró el plazo de la cautividad.

Versículos 24–43

Algunas genealogías de la tribu de Simeón. De esta tribu se nos dice que, aunque tuvieron muchos descendientes, *no multiplicaron su familia con los hijos de Judá* (v. 27). 1. En cuanto a las ciudades que se les asignaron, véase Josué 19:1 y ss. Cuando leemos que *éstas fueron sus ciudades hasta el reinado de David»* (v. 32), se nos insinúa que la tribu de Simeón había desaparecido como tal cuando subió al trono David, pues por 1 Samuel 27:6; 30:27–30 sabemos que las ciudades del v. 30 ya no eran simeonitas. 2. Los supervivientes se dispersaron. En tiempo de Ezequías, grupos de simeonitas se animaron a obtener residencia fija. (A) Unos atacaron un lugar de Arabia llamado *la entrada de Gedor* (v. 39), del que se apoderaron, y residieron allí. Esto es un nuevo timbre de gloria para el reinado de Ezequías, pues al prosperar el reino, también prosperaban las familias particulares. (B) Otros, en número de 500, bajo el mando de cuatro hermanos cuyos nombres se mencionan fueron hasta el monte Seír, exterminaron a los amalecitas que habían quedado y tomaron posesión de aquel territorio (vv. 42, 43).

CAPÍTULO 5

Las dos tribus y media que habían quedado al otro lado del Jordán. I. Rubén (vv. 1–10). II. Gad (vv. 11–17). III. La media tribu de Manasés (vv. 23, 24). IV. De las tres tribus en conjunto se nos dice que: 1. Derrotaron a los agarenos (vv. 18–22). 2. Al fin, ellos mismos fueron hechos cautivos por el rey de Asiria, *por haberse rebelado contra el Dios de sus padres* (vv. 25, 26).

Versículos 1–17

Extracto de las genealogías:

I. De la tribu de Rubén.

1. Motivo por el que esta tribu fue pospuesta. Rubén perdió el derecho a la primogenitura al acostarse con la concubina de su padre (Gn. 49:4). Los privilegios del primogénito eran dominio y doble porción. Al perderlos Rubén Jacob pensó que eran demasiados como para pasárselos a un solo hijo y, por ello, los dividió: (A) José tuvo la doble porción, pues de él descendieron las dos tribus de Efraín y Manasés; cada uno tenía los derechos de «hijos de Jacob», conforme a la bendición de éste (Gn. 48:15, 22; He. 11:21) y cada una de estas dos tribus creció de forma considerable hasta llegar al nivel de crecimiento de cualquier otra de las tribus, excepto Judá. (B) Judá tuvo el dominio, pues a su descendencia asignó el cetro el moribundo patriarca (Gn. 49:10). De Judá salió el principal gobernante, primero David, y, en el cumplimiento del tiempo, el Mesías-Rey (Mi. 5:2).

2. La genealogía de los principales de esta tribu hasta llegar a Beerá, que era el jefe del clan cuando el rey de Asiria se llevó cautivas a las tribus del norte (vv. 4–6).

3. La ampliación del territorio de esta tribu. Al multiplicarse ellos y sus ganados, se metieron en tierra de los agarenos, donde extendieron sus conquistas (vv. 9–10).

II. De la tribu de Gad. Se mencionan aquí algunas importantes familias de esta tribu (v. 12), entre ellas las de Abiháyil, con sus siete hijos, y cuya genealogía se traza hacia arriba por siete generaciones (vv. 14, 15), así como la de Beerá se había trazado de arriba abajo (vv. 4–6).

Versículos 18–26

Se mencionan ahora los cabezas de familia de la media tribu de Manasés que se había quedado al otro lado del Jordán (vv. 23, 24). La heredad que les correspondió al principio fue solamente Basán; pero aumentaron después tanto en riqueza y poder que se extendieron mucho hacia el norte hasta llegar a Hermón. Dos cosas se nos refieren aquí de estas tribus del otro lado del Jordán, de las que todas ellas participaron:

I. Una gloriosa victoria sobre los agarenos (como eran llamados los descendientes de Ismael), para recordar a éstos que eran *hijos de la esclava* (Agar), que *fue echada fuera.*

1. Reunieron un formidable ejército de hombres expertos y aguerridos: 44.760 hombres, que entraron en batalla contra los agarenos (vv. 18, 19).

2. *Clamaron a Dios en la guerra y esperaron en Él* (v. 20). A pesar de contar con un ejército tan poderoso, no pusieron su confianza en el número, la bravura o la experiencia de sus soldados, sino sólo en el poder de Dios (v. 2 Cr. 13:14). En nuestras luchas espirituales hemos de buscar fuerzas en el Cielo; la oración del creyente es la prevaleciente.

3. Al ser de Jehová la batalla, por fuerza habían de tener éxito en esta guerra (vv. 20–22).

II. Una ignominiosa cautividad. Si se hubiesen mantenido adheridos a su Dios, habrían continuado disfrutando de su herencia y de sus conquistas, *pero se rebelaron contra el Dios de sus padres* (v. 25). Sus fronteras daban hacia países idólatras, y de ellos aprendieron costumbres idolátricas y transmitieron la infección a otras tribus. Estas tribus fueron las primeras en ser establecidas y las primeras en ser desplazadas de su heredad. Quisieron poseer lo mejor del país, sin considerar el peligro al que se exponían; así lo hizo también Lot. Quienes se rigen por los sentidos, más bien que por la razón y la fe, en sus decisiones, han de esperar que reciban de acuerdo con lo que escogieron.

CAPÍTULO 6

Aunque José y Judá compartieron los derechos de la primogenitura, fue Leví la principal tribu, al ser distinguida con el sacerdocio, honor más valioso que la precedencia del dominio o la de doble porción. Fue la tribu que Dios separó para sí. De ella surgió Moisés, lo que añadió nuevo honor a la tribu. De esta tribu tenemos: I. Las genealogías (vv. 1–30). II. La obra de los levitas y de los sacerdotes (vv. 31–53). III. Las ciudades que les fueron asignadas (vv. 54–81).

Versículos 1–30

Los sacerdotes y los levitas estaban más interesados que los demás israelitas en conservar sus genealogías, por depender del linaje los honores y privilegios de su oficio. Con todo, es poco lo que aquí se nos dice de las genealogías de esta tribu sagrada.

1. Dos veces se nombran los tres primeros padres de esta tribu (vv. 1–16): Gersón, Coat y Merarí, nombres con los que nos hemos familiarizado al leer el libro de *Números.* Todavía conocemos más y mejor los nombres de Aarón, Moisés y María, descendientes de Coat, pues Dios les confirió el honor de ser instrumentos en la liberación de Israel, y tipos del *que había de venir;* Moisés como profeta, y Aarón como sacerdote. La mención de Nadab y Abiú no puede menos de traernos a la memoria el terror de la justicia divina.

2. La línea del sumo sacerdote Eleazar, hijo y sucesor de Aarón, es trazada aquí hasta el tiempo de la cautividad (vv. 4–15). Comienza con Eleazar, que salió de la casa de esclavitud en Egipto, y termina con Josadac, quien fue a otra casa de esclavitud en Babilonia. No todos fueron sumos sacerdotes, ya que, en tiempo de los Jueces, la dignidad pasó, por el motivo que fuese, de la familia de Eleazar a la de Itamar, de quien procedía Elí; pero en tiempo de David y Salomón volvió, con Sadoc, a la línea de Eleazar.

3. De Azarías se nos dice (v. 10) que *tuvo el sacerdocio en la casa que Salomón edificó en Jerusalén.* Se supone que éste fue el Azarías que se opuso valientemente al rey Uzías cuando usurpó el ministerio sacerdotal (2 Cr. 26:17, 18), con lo que mostró así el celo, propio de un sumo sacerdote, por la santidad del ministerio sacerdotal. Una de las familias de Leví es trazada aquí hasta Samuel, quien tuvo el honor de profeta además del de levita. Otra familia levítica (por Merarí) es mencionada también por varias generaciones (vv. 29, 30).

Versículos 31–53

Cuando los levitas fueron primeramente designados en el desierto, gran parte del trabajo que se les encomendó consistía en cuidar del tabernáculo y transportarlo, con todos sus utensilios, cuando tenían que marchar de un lugar a otro. En tiempo de David, su número había aumentado mucho; y aun cuando gran parte de ellos estaban esparcidos por todo el país, a fin de instruir al pueblo en el conocimiento de Dios, los que quedaron al servicio del santuario eran aún tan numerosos que no había trabajo suficiente para todos; por ello, David, bajo el encargo y la dirección de Dios, reorganizó a los levitas, como veremos en la última parte de este libro. Aquí se nos dice el trabajo que les fue asignado.

I. La obra del canto (v. 31). David había sido el dulce cantor de Israel (2 S. 23:1), no sólo por los salmos que compuso, sino también por la designación de cantores *en la casa de Jehová,* una vez que *el Arca tuvo reposo* (v. 31). Continuaron con el servicio del canto cuando Salomón edificó el templo (v. 32), sin abandonar los demás ministerios. Especial mención reciben entre los cantores las tres figuras señeras de Hemán, Asaf y Etán; tan importantes, que se traza su genealogía hasta llegar a Leví. 1. Hemán, nieto de Samuel, parece ser que anduvo en los caminos de su abuelo, aun cuando su padre, Joel, no había andado así (1 S. 8:2, 3). Parece ser que este Hemán compuso el Salmo 88; quizá le tenía David en gran estima, no sólo por su valía como músico, sino en atención a Samuel, su gran amigo. 2. Asaf, llamado su *hermano* (a pesar de ser descendiente de Gersón, mientras Hemán lo era de Coat) por ser del mismo oficio, estaba a la derecha de Hemán en el coro de cantores (v. 39). Se le llama *vidente* en 2 Crónicas 29:30. Llevan su nombre varios salmos. 3. Etán, de la casa de Merarí (v. 44), se situaba en el coro a la izquierda de Hemán.

II. La obra del servicio, muy abundante en *el tabernáculo de la casa de Dios* (v. 48): proveerla de agua y combustible, lavarla y barrerla, transportar las cenizas, degollar las víctimas, descuartizarlas y

cocerlas. Todos estos servicios serían encomendados a los levitas que no tenían buena voz o buen oído para ser cantores. Cada uno ha de servir conforme al don que ha recibido.

III. La obra del sacrificio, exclusiva de los sacerdotes (v. 49), pues eran los únicos designados para rociar con sangre y quemar el incienso. En el Lugar Santísimo, sólo el sumo sacerdote podía hacerlo una vez al año. Cada uno tenía su trabajo, y todos se ayudaban unos a otros, pues se necesitaban mutuamente. Con respecto a la obra de los sacerdotes, se nos dice aquí que *hacían las expiaciones por Israel,* esto es, servían de mediadores entre el pueblo y Dios, no para engrandecerse a sí mismos, sino para servir al público. Presidían en la casa de Dios, pero debían hacer lo que se les pedía, *conforme a todo lo que Moisés siervo de Dios había mandado.*

Versículos 54–81

Ciudades de los levitas. Lo mismo ellos que sus posesiones estaban a cargo de la Providencia de una manera especial; al ser Dios su porción, también era su provisión; y una cabaña puede ser un palacio para los que están cobijados bajo las alas del Omnipotente y protegidos por su sombra. Podemos notar que algunas de estas ciudades tuvieron diversos nombres, como ocurre también entre nosotros. Al designar las ciudades de los levitas Dios quería: 1. Que estuvieran esparcidas por todo Israel, conforme a la predicción de Jacob con respecto a esta tribu (Gn. 49:7). 2. Que pudieran así impartir a todos los israelitas el conocimiento de Dios y de su Ley. Por eso había ciudades de levitas en todas las tribus. 3. Que tuviesen acomodo y sustento convenientes, por eso, varias de las más importantes ciudades de Israel correspondieron a los levitas.

CAPÍTULO 7

Genealogías: I. De Isacar (vv. 1–5). II. De Benjamín (vv. 6–12). III. De Neftalí (v. 13). IV. De Manasés (vv. 14–19). V. De Efraín (vv. 20–29). VI. De Aser (vv. 30–40).

Versículos 1–19

Breve informe:

I. De la tribu de Isacar, que Jacob había comparado a *un asno fuerte que se recuesta entre los apriscos* (Gn. 49:19); tribu laboriosa, que se esmeraba en llevar bien sus negocios y *se alegraba en sus tiendas* (Dt. 33:18). Tan fructífero era su territorio que podía proveer para una población extraordinaria. De este aumento de población da la razón el historiador sagrado al decir (v. 4) que *tuvieron muchas mujeres e hijos.* El número *cinco* del v. 3 se debe, sin duda, a que se incluye a Israhías con sus cuatro hijos.

II. De la tribu de Benjamín. Para más detalles, véase el capítulo 8. Es notable el detalle, repetido tres veces (vv. 7, 9, 11), de que todos los jefes de familias eran hombres muy valerosos y esforzados. A esta tribu cupo el honor de que el primer rey de Israel surgiese de ella; el segundo Saúl, el Apóstol Pablo, añadió un honor todavía mayor a la tribu. También es digno de alabanza el hecho de que, cuando las tribus del norte se sublevaron contra la casa de David, la de Benjamín continuó adherida a Judá.

III. De la tribu de Neftalí (v. 13). Sólo se mencionan los primeros padres de esta tribu, los mismos que figuran en Génesis 46:24, excepto que el Silem de allí es llamado aquí Salum. Se les llama *hijos,* esto es, nietos de Bilhá, concubina de Jacob. Ninguno de sus descendientes se menciona, quizá porque se habían perdido los registros genealógicos.

IV. De la media tribu de Manasés, la que residía de este lado del Jordán, pues de la otra mitad ya se nos habló en 5:23 y ss. Asriel era, en realidad, bisnieto de Manasés (v. Nm. 26:29–33). Los vv. 14–19

ofrecen un texto resumido y aun complicado, que ha de interpretarse a la luz de otros lugares, especialmente Números 26.

Versículos 20–40

Informe:

I. De la tribu de Efraín. Grandes cosas leemos de esta tribu cuando llegó a la madurez, pero aquí tenemos los desastres de su infancia en Egipto.

1. La mortandad que los de Gat hicieron entre los hijos de Efraín *porque vinieron a tomarles sus ganados* (v. 21). Son varios los autores que traducen la conjunción hebrea por «cuando», en vez de «porque», y hacen de los hijos de Gat los agresores ya que alega que los israelitas eran pastores, no soldados (M. Henry es de esta opinión—nota del traductor—), y tenían abundante ganado; por lo que no necesitaban robarlo a los de Gat. Otros, con mayor razón, piensan que fueron los efrainitas los que fueron a robar los ganados de los de Gat. El propio texto hebreo parece favorecer sta opinión.

2. Lo cierto es que esta mortandad llenó de pesar a Efraín quien para entonces debía de ser de edad avanzada. Sus *hermanos* esto es, los parientes de las otras tribus, vinieron a consolarle; además, Dios le permitió, aun en su avanzada edad, tener un hijo (como Adán y Eva tuvieron a Set después de la muerte de Abel). Dios alegra muchas veces a sus hijos *a la medida de los días en que los afligió* (Sal. 90:15) y les imparte sus favores por encima de sus cruces. Con todo, el nacimiento de este hijo no le hizo a Efraín olvidar la muerte de los otros, pues le puso por nombre *Beriá*, que significa *«en la desgracia»*, pues nació cuando la familia hacía gran duelo por la muerte de los otros hijos. Para honor de la familia de Efraín, se menciona al gran introductor de Israel en el país de Canaán, *Josué el hijo de Nun* (v. 27), cuya genealogía se traza desde el propio patriarca.

II. De la tribu de Aser. Se mencionan ciertos hombres de nota de esta tribu. Sus soldados no eran tan numerosos como los de otras tribus: sólo 26.000 en total, pero los cabezas de familia fueron *gente escogida, esforzados guerreros, jefes de príncipes* (v. 40); quizá fue la prudencia la que les indujo a tener pocas tropas, pero bien entrenadas y expertas.

CAPÍTULO 8

Algo leímos ya de Benjamín en el capítulo anterior; en éste se nos dan más detalles de los grandes hombres de esta tribu, por ser la tribu de Saúl y por ser la que se adhirió a Judá en la rebelión de las otras tribus. Tenemos: I. La mención de los principales de esta tribu (vv. 1–32). II. Un informe más detallado de la familia de Saúl (vv. 33–40).

Versículos 1–32

Poco o nada de historia tenemos en estos versículos. En éstas y en otras genealogías, unos linajes son ascendentes; otros, descendentes; de unas, se nos dan los números; de otras, los lugares; algunas abundan en detalles históricos; otras carecen de ellos; unas son cortas; otras, largas; algunas están de acuerdo con otros lugares; otras difieren; es probable que varias de ellas sufriesen desperfectos por obra de los copistas y, más aún, por romperse o borrarse con el paso del tiempo o por otras circunstancias. Con todo se conservan de Israel muchísimas más noticias históricas y mayor número de personajes que de cualquier otra nación.

Como se recordará, la tribu de Benjamín llegó casi a extinguirse en tiempo de los Jueces por causa de la iniquidad de los habitantes de Guibeá, cuando solamente 600 hombres escaparon de la espada de la justicia. Con todo, como puede verse por Esdras 2, volvió de la deportación a Babilonia más gente de esta tribu que de cualquier otra, excepto Judá. El autor sagrado parece remontarse a una emigración masiva,

que llama «transportación», a Moab, de las que les habría librado Eúd hijo de Guerá en tiempo de los Jueces (v. 6). Especial mención tienen los que *habitaron en Jerusalén* (vv. 30, 32).

Versículos 33–40

Entre todas las genealogías de las tribus no se menciona a ningún rey de Israel después de la rebelión contra la casa de David, ni por supuesto, a sus familias: ni una palabra de la casa de Jeroboam, de Baasá, de Omrí, de Jehú, pues todos ellos fueron idólatras. Pero de la familia de Saúl, con la que se inauguró la monarquía de Israel, tenemos aquí un informe detallado. 1 Antes de Saúl sólo se menciona Cis como padre suyo, y Ner como abuelo (v. 33–9:39), en contraste con 1 Samuel 9:1–2; 14:51 y 1 Crónicas 9:35, 36, donde Jehiel aparece como padre de Cis y de Ner. La única solución posible es una equivocación del copista, pues tanto en 1 Crónicas 8:33 como en 9:39 debería decir: *«Ner engendró a Abner y Cis engendró a Saúl»*. Por otra parte, 1 Samuel 14:51 nos asegura que el abuelo de Saúl fue Abiel, siendo Cis y Ner hijos suyos; por lo que es fácil deducir que Jehiel es un segundo nombre de Abiel. 2. Después de Saúl se menciona a sus hijos, pero sólo de Jonatán se da una genealogía muy larga, en atención a su sincera y profunda amistad con David. Es de notar el cambio de Is-bóset por Es-báal, y de Mefi-bóset por Merib-báal (o Meribáal). *«Báal»* significa «amo» o «dueño» en este caso, no el nombre del ídolo de Baal. Aun así, los nombres aparecen a veces con el componente *«bóset»,* que significa «vergüenza», como eufemismo para evitar el vocablo ambiguo «báal» o «baal».

CAPÍTULO 9

Este capítulo tiene por objeto informarnos de los que regresaron de la deportación de Babilonia. Al final aparece una repetición de la genealogía de Saúl, quizá para dar paso al desgraciado final de él y de sus hijos. I. Tras el registro de los de Judá y Benjamín que regresaron de Babilonia (vv. 1–9), II. Se mencionan especialmente los sacerdotes y levitas que volvieron con ellos (vv. 10–34). III. Se repite la genealogía de Saúl (vv. 35–44).

Versículos 1–9

El primer versículo nos habla del *«libro de los reyes de lsrael y Judá».* No se refiere a 1 y 2 *Reyes,* sino a crónicas o anales de la corte, los cuales no nos han sido conservados. Sigue un informe de los primeros que regresaron de Babilonia. Con el nombre genérico de *«israelitas»* se da a entender que, además de los de las tribus de Judá y Benjamín había muchos de otras tribus, especialmente de Efraín y de Manasés (vv. 2, 3), que habían escapado a Judá cuando la masa de las diez tribus fue deportada a Asiria, o que habían regresado a Judá durante las revoluciones de Asiria y habían marchado a Babilonia con los del reino de Judá. Estaba predicho (Os. 1:11) que un día *se congregarían los hijos de Judá y de lsrael* y que volverían a ser *una sola nación* (Ez. 37:22). Las piezas de metal que se han separado por rotura, pueden unirse de nuevo si se derriten en el mismo crisol. Todavía, sin embargo, quedaron muchos de Judá y de Israel en cautividad hasta más tarde.

Versículos 10–13

A continuación se mencionan los sacerdotes (v. 10). Son de alabar por haber regresado con los de la primera expedición.1. De Azarías se dice que era *«príncipe* (esto es, inspector jefe) *de la casa de Dios»* (v. 11), no sumo sacerdote, pues lo era Josué, sino el que los judíos llamaban *sagán,* el segundo en autoridad. 2. De muchos de ellos se dice que eran *hombres muy eficaces en la obra del ministerio en la casa de Dios* (v. 13). En la casa de Dios siempre hay servicios que desempeñar; y bien va la iglesia cuando dispone de *ministros capacitados de un nuevo pacto* (2 Co. 3:6). El hebreo llama a esos 1.770 sacerdotes *poderosos hombres de valor,* pues el servicio del templo requería temple de ánimo, mente clara y vigor físico.

Versículos 14–34

El buen estado en que fueron puestos los asuntos religiosos tan pronto como regresó de Babilonia el pueblo. El haber carecido por tanto tiempo de los servicios del templo les hizo más celosos de restaurar entre ellos el culto de Dios, así que comenzaron a adorar a Dios por donde se debía empezar.

I. Antes de ser edificado el templo, el tabernáculo era la casa de Dios, una gran tienda de campaña, sencilla y transportable. Los que no disponen de fondos para edificar un templo no deben quedar sin un tabernáculo, sino que han de estar agradecidos por ello y sacar de él el mejor partido posible. La obra de Dios no ha de dejarse sin hacer por carecer de un lugar tan conveniente como desearíamos.

II. Al asignar a los sacerdotes y levitas sus respectivos oficios tenían el modelo que habían trazado David y Samuel el vidente (v. 22). Samuel, en su tiempo, había trazado como un esbozo, aun cuando el Arca estaba entonces en la oscuridad; David perfeccionó después el modelo, y ambos actuaron bajo la inmediata dirección de Dios.

III. La mayoría de sacerdotes y levitas *habitaban en Jerusalén* (v. 34), aunque algunos vivían *en las aldeas y villas* (vv. 16, 22), porque tal vez no había sitio para todos en Jerusalén; sin embargo, *venían cada siete días según su turno* (v. 25).

IV. Muchos levitas eran empleados como porteros en las puertas de la casa de Dios; cuatro de ellos eran *jefes de los porteros* (v. 26) y tenían bajo su mando a otros hasta la cifra de 212 (v. 22). Estaban encargados de *guardar las puertas del tabernáculo* (vv. 19, 23). Podría pensarse que éste era un oficio muy bajo; sin embargo, el autor del Salmo 84 (v. 10) prefería morar allí *antes que en las moradas de iniquidad.* Su oficio era: 1. Abrir cada mañana (v. 27) las puertas de la casa de Dios y cerrarlas al anochecer. 2. Impedir que entrasen los ceremonialmente inmundos y que metiesen allí cosas prohibidas por la Ley. 3. Guiar e introducir a los atrios a quienes venían a adorar. Los actuales ministros de Dios tienen que cumplir también servicios parecidos a éstos.

V. Se menciona especialmente a *Fineés* (v. 20)—hebreo, *Pinjás*—como quien estuvo antiguamente al frente de los porteros; sin duda, en vida de su padre Eleazar. Se dice aquí que *Jehová estaba con él.* Es posible que esta frase aluda al episodio mencionado en Números 25:6–13.

VI. De algunos se dice que *moraban* (mejor, *pasaban la noche) alrededor de la casa de Dios* (v. 27), como hacían los levitas cuando el pueblo estuvo caminando por el desierto. Su oficio consistía ahora en vigilar las cámaras del tesoro; por eso, pernoctaban alrededor, a fin de que por ningún lado pudiese filtrarse ningún intruso.

VII. Cada uno sabía el cargo que había de desempeñar. Unos estaban encargados de los utensilios sagrados, para sacarlos y meterlos (v. 28). Otros preparaban la flor de harina, el vino, el aceite, etc. (v. 29). Otros, pertenecientes a las familias sacerdotales (v. 30), confeccionaban los perfumes y el aceite de la unción. Otros (v. 31) se encargaban de preparar los alimentos de las ofrendas de paz. Otros, de los panes de la proposición (v. 32). Dios es Dios de orden, no de confusión (v. 1 Co. 14:33, 40); y, como dice el proverbio inglés *«everybody's business nobody's business»* = negocio de todos, negocio de ninguno. De ahí la necesidad de organizar los ministerios y oficios, a fin de que cada hombre esté en su lugar, y cada lugar sea ocupado por su hombre.

VIII. Finalmente se mencionan *los cantores* (v. 33), de los que no se nos han conservado los nombres. Eran *jefes de familias de los levitas,* por donde vemos la prominencia que se daba al canto. No era cosa de cualquiera ni un servicio de mercenarios. Éstos *moraban en las cámaras del templo,* a fin de que estuviesen siempre prestos para su servicio, y estaban *exentos de otros servicios,* para dedicarse de lleno a este ministerio. Así el Señor era alabado constante y dignamente. Esto nos ha de enseñar la importancia de un canto esmeradamente preparado y dignamente ejecutado en las reuniones de nuestras iglesias.

Versículos 35–44

Estos versículos son idénticos a los de 8:29–38 y nos repiten el informe sobre los antepasados de Saúl y la posteridad de Jonatán. En el capítulo 8 servían de *conclusión* a la genealogía de Benjamín; aquí sirven de *introducción* a la historia de Saúl.

CAPÍTULO 10

Aquí vemos: I. La fatal derrota que los filisteos infligieron al ejército de Saúl, y la herida fatal que él se produjo a sí mismo (vv. 1–7). II. El consiguiente triunfo de los filisteos (vv. 8–10). III. El respeto que los hombres de Jabés de Galaad mostraron al regio cadáver (vv. 11, 12). IV. El motivo por el que fue rechazado Saúl (vv. 13, 14).

Versículos 1–7

Este informe de la muerte de Saúl es similar al que ya vimos en 1 Samuel 31:1 y ss. Observemos únicamente aquí que: 1. Pecan los príncipes y, por ello, sufre las consecuencias el pueblo. 2. Pecan los padres y sufren por eso los hijos. Cuando se colmó la medida de la iniquidad de Saúl y le llegó su día (como había previsto David—1 S. 26:10—), no sólo él descendió a la batalla para perecer en ella, sino también sus hijos (excepto Is-bóset); entre ellos, Jonatán, aquel amigo tan bueno y generoso de David.

Versículos 8–14

I. Del triunfo de los filisteos sobre el cuerpo de Saúl hemos de aprender: 1. Que cuanto más alto es el puesto que una persona ocupa, mayor es el peligro de caer en un lugar tanto más bajo. 2. Que, si no damos a Dios la gloria por nuestros éxitos, hasta los filisteos se levantarán contra nosotros en el juicio y nos condenarán; pues, tras obtener su victoria sobre Saúl, enviaron sus noticias y sus trofeos a *sus ídolos* (vv. 9, 10)—¡pobres ídolos, que no pudieron enterarse de lo que pasaba a unos cuantos kilómetros de distancia, ni tampoco se enteraron cuando les llevaron las noticias, pues tenían orejas, pero no oían!

II. Del triunfo de los hombres de Jabés de Galaad al rescatar valientemente los cadáveres de Saúl y de sus hijos aprendemos el respeto debido a los restos mortales de los fallecidos. Hemos de tratar los cadáveres como a parte integrante, con el alma inmortal, de la persona, y que, en el caso de los creyentes, han de resucitar con gloria para unirse de nuevo al alma.

III. De la justicia divina en la ruina de Saúl hemos de aprender: 1. Que los pecados de los pecadores han de alcanzarles tarde o temprano. 2. Que no hay hombre tan encumbrado como para quedar exento de los juicios de Dios.

CAPÍTULO 11

Aquí se repite: 1. La elevación de David al trono, inmediatamente después de la muerte de Saúl, por consenso unánime (vv. 1–3). 2. Su conquista de la fortaleza de Sion de manos de los jebuseos (vv. 4–9). 3. Catálogo de los valientes de David (vv. 10–47).

Versículos 1–9

David entra aquí en posesión:

I. Del trono de Israel, después de reinar siete años y medio en Hebrón, sólo sobre Judá. En consideración a su parentesco con él (v. 1), a los anteriores buenos servicios que había prestado al país y,

en especial, a su designación por Dios (v. 2) le ungieron por rey. Él se obligó por pacto a protegerles, y ellos se obligaron a prestarle fidelidad (v. 3).

II. De la fortaleza de Sion, que había estado en poder de los jebuseos hasta el tiempo de David. Ya fuese que David la considerase como el lugar más apropiado para una ciudad regia, o que Dios se lo hubiese prometido, parece ser que uno de sus primeros planes fue hacerse con ella; y, cuando la tuvo en sus manos, la llamó *«la Ciudad de David»* (v. 7). A esto se hace referencia, como tipo del Mesías, cuando se dice en el Salmo 2:6: *«Yo mismo he ungido a mi rey sobre Sion, mi santo monte»*.

Versículos 10–47

Catálogo de los valientes de David. Ya vimos una primera edición de este catálogo en 2 Samuel 23:8 y ss. Únicamente difiere ahora en que se añaden aquí los que se mencionan desde el versículo 41 hasta el final.

I. La conexión de este catálogo con lo que se dice de David (v. 9): *«… Jehová de las huestes estaba con él»;* y, a continuación (v. 10) *«He aquí los jefes de los valientes que David tuvo, y los que le ayudaron en su reino»*. Dios estaba con él y actuaba para él, pero por medio de hombres y de otras causas segundas. Estos valientes al fortalecer a David, se fortalecieron a sí mismos y sus intereses pues los éxitos de David eran también éxitos de ellos.

II. Lo que confirió mayor honor a estos hombres fue el buen servicio que prestaron a su rey y a su país: *«le ayudaron en su reino»* (v. 10). ¡Buena obra! Mataron a los filisteos y a otros enemigos públicos y fueron así instrumentos de salvación para Israel. Los honores del reino de Cristo están preparados para los que *pelean la buena batalla de la fe* (1 Ti. 6:12); para los que se fatigan, sufren y están dispuestos a arriesgarlo todo, incluida la vida misma, por Cristo y por una buena conciencia.

III. Entre las grandes hazañas de estos valientes de David sólo se menciona aquí, en lo que concierne a la persona misma de David, lo de *derramar el agua para Jehová,* un agua que tanto deseaba beber (vv. 17–19). En esta acción se muestran cuatro buenas cualidades de David: 1. El arrepentimiento por su debilidad. 2. Rehusar satisfacer su deseo. Su anhelo por beber del agua de Belén era muy grande; sin embargo, cuando la tuvo no la quiso beber, para no satisfacer sus caprichos. 3. Devoción a Dios. El agua aquella, que él consideró demasiado valiosa para beberla, la derramó en ofrenda de libación a Jehová. 4. Ternura para con sus ayudantes. Le conmovió profundamente el pensamiento de que estos tres valientes habían arriesgado sus vidas únicamente por traerle agua.

IV. En las grandiosas hazañas de estos valientes es menester reconocer el poder de Dios y su amor hacia el pueblo.

V. En esta lista hallamos un *amonita* (v. 39) y un *moabita* (v. 46) a pesar de que la Ley (Dt. 23:3) decía: *«No serán admitidos amonitas ni moabitas en la congregación de Jehová»*. Es muy probable que estos hombres hubiesen desempeñado otros muchos buenos servicios por el bienestar de Israel, suficientes para que, en su caso, se les considerase como verdaderos israelitas a pesar de su origen. Esto era también una insinuación de que el Hijo de David contaría con creyentes de extracción gentil entre sus valientes.

CAPÍTULO 12

No fue de una vez, sino gradualmente, como se hizo David con el trono. Como su reino había de ser duradero, maduró lentamente, como los frutos que más duran. Aquí vemos: I. La ayuda que le vino en Siclag para hacerle rey de Judá (vv. 1–22). II. La ayuda que le vino en Hebrón para hacerle rey sobre todo Israel (vv. 23–40).

Versículos 1–22

Informe de los que actuaron como amigos de David, a la muerte de Saúl, para ayudarle a sentarse en el trono. Todas las fuerzas de que disponía cuando era perseguido por Saúl sumaban 600 hombres, pero cuando llegó la hora en que tenía que pasar a la ofensiva, la Providencia trajo mayor número de amigos en su ayuda. Incluso cuando *estaba él encerrado por causa de Saúl* (v. 1), cuando él no se mostraba en público para invitar y animar a sus amigos a que viniesen a él (pues no podía prever que estuviese tan cercana la muerte de Saúl), Dios los inclinaba y preparaba para que se unieran a él. Quienes confían en que Dios actuará a favor de ellos en el tiempo y por los medios que Dios mismo escoja, hallarán que su Providencia supera todos los planes y pronósticos de ellos.

I. Hasta de la tribu de Benjamín, la de Saúl y de entre sus parientes, vinieron algunos en ayuda de David (v. 2). Se nos describen estos benjaminitas como hombres de extraordinaria destreza, honderos expertos y ambidextros (v. Jue. 20:16).

II. Algunos de la tribu de Gad, aunque residentes al otro lado del Jordán, estaban convencidos de los derechos y de las aptitudes de David hasta tal punto que se separaron de sus hermanos para pasarse a David, aunque él estaba aún en el desierto (v. 8). Eran pocos, once son los que aquí se mencionan, pero añadieron mucho a la fuerza de David. Los que anteriormente se habían unido a David eran gente descontenta y en bancarrota, que acudían a él más para que les protegiera que por servirle a él (1 S. 22:2). Pero estos gaditas eran *valientes y diestros* (v. 8), hombres de mando, orden y disciplina dentro de su propia tribu (v. 14). Con qué enemigos se enfrentaron al pasar el Jordán (v. 15), no se nos dice; pero lo cierto es que les hicieron huir dispersos por los valles en todas direcciones.

III. Se mencionan otros *de Benjamín y de Judá* que vinieron a él (v. 16). Al jefe de los treinta se le llama *Amasay* (v. 18); es muy probable que se refiera a Amasá.

1. Prudente trato que hizo David con ellos (v. 17). Se sorprendió de verlos, al haber estado tantas veces en peligro a causa de la traición de los hombres de Zif y de Keilá, todos ellos de la tribu de Judá. No es extraño que los recibiera con ciertas precauciones. Véase: (A) Cuán noblemente se dirige a ellos: (a) Si le son fieles, él les protegerá; (b) pero si son falsos y vienen a entregarle en manos de Saúl bajo capa de amistad, invoca a Dios como su vengador. Nunca hubo hombre (excepto el Hijo de David) tan injusta y violentamente perseguido; con todo, la conciencia le daba testimonio de que no había mal en sus manos. (B) Es de observar en las palabras de David: (a) Que llama a Dios *el Dios de nuestros padres*, tanto de David como de ellos. Así les daba a entender que no debían hacerle ningún daño, pues descendían de los mismos patriarcas y dependían del mismo Dios. (b) No lanza ninguna imprecación contra ellos.

2. Ellos cerraron trato con él de todo corazón (v. 18). Amasay fue el portavoz de ellos, *sobre quien vino entonces el Espíritu. «Por ti, oh David, y contigo, hijo de Isaí»,* dijo Amasay; y no pudo decir nada mejor ni más pertinente. Al llamarle *hijo de Isaí*, reconocían que descendía directamente de Naasón y Salmón, quienes en su tiempo habían sido príncipes en la tribu de Judá. Saúl le llamó así por desdén (1 S. 20:27; 22:7), pero ellos lo hacían por honor. *«Paz, paz contigo*, todo bien que tu corazón desee, y *paz con tus ayudadores*, entre los que deseamos contarnos, para que también con nosotros haya paz». Y añadió, completamente seguro de la ayuda que el Cielo prestaba a David: *«Pues también Dios te ayuda»*. De estas expresiones de Amasay hemos de aprender a dar testimonio de nuestra fidelidad y nuestro amor al Señor Jesús.

3. David los aceptó gozosamente entre sus amigos y partidarios: *«David los recibió»*, y los promocionó al instante, pues *«los puso entre los capitanes de la tropa»*.

IV. También se unieron a él algunos de Manasés (v. 19). Les dio la Providencia una buena oportunidad de hacerlo así cuando David marchó con sus hombres por el territorio de Manasés, como sabemos por 1 Samuel 29:4 y ss. A su regreso, algunos hombres importantes de Manasés *ayudaron a David contra la banda de merodeadores* (v. 21) que habían saqueado a Siclag, como sabemos por 1 Samuel 30:1 y ss.

Versículos 23–40

Ahora tenemos la lista de las tropas que cada tribu puso a disposición de David tras la muerte de Isbóset, a fin de asegurar su accesión al trono contra cualquier oposición que pudiese surgir (v. 23).

I. Las tribus más cercanas fueron las que menor número de soldados aportaron: Judá, solamente 6.800 (v. 24); Simeón, 7.100 (v. 25), en cambio, Zabulón, tan remota, aportó 50.000 (v. 33); Aser, 40.000 (v. 36); y las dos tribus y media que residían al otro lado del Jordán, 120.000. Esto no significa que las tribus adyacentes mostrasen frialdad hacia la causa de David, sino que mostraron prudencia al aportar pocos, puesto que el resto quedaba en reserva, prestos para cualquier llamada.

II. Los levitas y los sacerdotes (llamados éstos aquí *los del linaje de Aarón,* para distinguirlos de los levitas) también se adhirieron de corazón a la causa de David, prestos, si se presentaba la ocasión, a luchar por él, así como a orar por él, pues sabían que había sido designado por Dios para el gobierno de la nación (vv. 26–28).

III. Incluso algunos de los parientes de Saúl se adhirieron a David (v. 1ch 12).

IV. De la mayoría de ellos se dice que eran *valientes y esforzados* (vv. 25, 28, 30); de otros, que eran *dispuestos* (esto es, expertos) *para pelear* (vv. 35, 36). De todos ellos se dice que estaban *dispuestos para guerrear o,* mejor, *formados en orden de batalla* (v. 38). Algunos venían *con toda clase de armas* (vv. 33, 37).

V. La tribu de Isacar aportó un número no determinado de tropas, pues sólo se mencionan *200 principales,* pero estos 200 eran de inestimable valor para David, pues *eran duchos en discernir las oportunidades y saber lo que Israel debía hacer;* en otras palabras, eran expertos en los asuntos públicos, sociales o políticos, conocían el estado en que se hallaba el país y sabían discernir el sesgo que tomaban los acontecimientos. En Jueces 5:15 se mencionan los *caudillos de Isacar.* Sus jefes sabían mandar, y sus hermanos de tribu sabían obedecer: *«cuyo dicho seguían todos sus hermanos»,* conocedores de las aptitudes que los jefes poseían para mandar.

VI. De todos ellos se dice también que *estaban de un mismo ánimo para poner a David por rey* (v. 38). Una de las mayores bendiciones de un país (y, sobre todo, de una iglesia—v. Hch. 4:24, 32; Fil. 2:2—) es la unanimidad de sentimientos y de afectos.

VII. Los hombres de Judá y otros de tribus adyacentes trajeron víveres de sus respectivos campamentos cuando vinieron a Hebrón (vv. 39, 40).

CAPÍTULO 13

En este capítulo vemos que: I. David consulta con los representantes del pueblo acerca de traer a un lugar manifiesto el Arca de Dios, la cual permanecía en la oscuridad (vv. 1–4). II. Con gran solemnidad y regocijo es transportada desde Quiryat-jearim (vv. 5–8). III. Uzá muere por tocarla (vv. 9–14).

Versículos 1–8

I. Piadosa propuesta de David de traer a Jerusalén el Arca de Dios para que la ciudad regia fuese también la ciudad santa (vv. 1–3).

1. Tan pronto como David estuvo bien asentado en su trono comenzó a pensar en el Arca de Dios (v. 3): *«Traigamos el Arca de nuestro Dios a nosotros».* (A) Para honrar a Dios, y mostrar respeto al Arca, que era la señal de su presencia. (B) Para tener el consuelo y el beneficio de tan sagrado oráculo. Quienes tienen que enredarse en los negocios del mundo, bien harán en llevar consigo el Arca de Dios que es su Palabra, a fin de que sus oráculos les sirvan de guía y sus leyes les sirvan de norma.

2. Consultó acerca de ello a los jefes del pueblo (v. 1). (A) Para honrar así a los principales del reino. Ningún monarca prudente codicia el ser absoluto. (B) Para recibir dirección de la multitud de consejeros en cuanto al proyecto que tenía, así como al modo de llevarlo a cabo.

3. Se nos dice que David *dijo a toda la asamblea de Israel* (v. 2), esto es, a todo el pueblo, que deseaba una convocatoria general, tanto para mejor honrar el Arca como para satisfacción y edificación de todo el pueblo (v. 2). (A) Llama *hermanos* a todos los israelitas, lo cual muestra la humildad y condescendencia de David. (B) Habla de ellos como de *nuestros hermanos que han quedado en todas las tierras de Israel,* ya que habían pasado por experiencias dolorosas de dispersión y separación. (C) Muestra especial interés en que acudan *los sacerdotes y levitas.*

4. En todo ello se somete a los designios de la Providencia: *«Si es voluntad de Jehová nuestro Dios»*.

5. Así debe hacerse para reparar el olvido en que se había tenido el Arca durante el reinado anterior (v. 3): *«Porque desde el tiempo de Saúl no hemos hecho caso de ella»*. Nótese la delicadeza, exenta de todo resentimiento personal, con que David habla de ese descuido, y compartir él mismo la culpabilidad general al hablar en primera persona de plural.

II. El pueblo acepta unánime la propuesta de David (v. 4): *«La cosa parecía bien a todo el pueblo»*.

III. La solemnidad en el traslado del Arca (vv. 5 y ss.), que ya vimos en 2 Samuel 6:1 y ss.

Versículos 9–14

Ya vimos en 2 Samuel 6:6 y ss., la desgracia que sobrevino a Uzá, con lo que cesó el regocijo popular. El pecado de Uzá ha de servirnos de aviso para no caer en la presunción, la precipitación y la irreverencia al tratar las cosas sagradas (v. 9). No pensemos que una buena intención justifica una mala acción.

CAPÍTULO 14

I. Fortalecimiento del reinado de David (vv. 1, 2). II. Su familia (vv. 3–7). III. Sus enemigos los filisteos, son derrotados en dos campañas (vv. 8–17). Esto es una repetición de lo que ya vimos en 2 Samuel 5:11 y ss.

Versículos 1–7

1. Nadie se basta a sí mismo como para no necesitar de sus vecinos, de cuya ayuda debe estar agradecido. David tenía un reino grande, el de Hiram era pequeño; no obstante, David no pudo construirse una casa a su gusto a menos que Hiram le suministrase tanto obreros como materiales (v. 1). 2. Para un rey prudente es una satisfacción ver su trono bien establecido y para un buen rey lo es el ver la providencia especial de Dios en el establecimiento de su trono. El pueblo había aclamado a David por rey; pero él no estuvo tranquilo hasta que *entendió que Jehová le había confirmado como rey sobre Israel* (v. 2). 3. En cada promoción que consigamos, hemos de ver el designio de Dios para que le sirvamos mejor y seamos más útiles a los demás. Somos bendecidos para ser bendición (Gn. 12:2).

Versículos 8–17

El relato del triunfo de David sobre los filisteos es similar al que vimos en 2 Samuel 5:17 y ss. Este ataque que los filisteos llevaron a cabo contra David nos enseña a no sentirnos demasiado seguros en ninguna posición en que nos hallemos. Cuanto más cómodos nos sintamos, tanto mayor es el peligro de que nos sobrevenga una aflicción u otra. También el reino de Cristo es tanto más atacado por la simiente de la serpiente cuanto mayor sea el auge está alcance. El agradecimiento que David muestra al reconocer la mano de Dios en sus éxitos nos ha de enseñar a llevar al altar de Dios todos nuestros sacrificios de alabanza. *«No a nosotros, oh Jehová no a nosotros, sino a tu nombre da gloria»* (Sal. 115:1).

CAPÍTULO 15

A causa de la muerte de Uzá, el Arca de Dios no fue entonces traída a Jerusalén, sino que se quedó en casa de Obed-edom. En este capítulo vemos completada la traída del Arca a Jerusalén. I. Ahora se observaron las normas pertinentes: 1. Se le preparó lugar adecuado (v. 1). 2. Se dio orden a los sacerdotes de transportarla (vv. 2–15). 3. A los levitas se les asignó el cometido que les correspondía (vv. 16–24). II. Ahora se obtuvo en el traslado el éxito deseado (v. 25). 1. Los levitas no cometieron ningún error en esta ocasión (v. 26). 2. Ni David ni el pueblo vieron empañado su gozo (vv. 27, 28).

Versículos 1–24

Preparativos para trasladar el Arca desde la casa de Obed-edom hasta la ciudad de David.

1. David preparó lugar para el Arca antes de traerla junto a sí. No tenía tiempo para edificarle un templo, pero *le levantó una tienda* (v. 1), probablemente semejante al tabernáculo, conforme al modelo mostrado a Moisés en el monte. Siempre que edifiquemos casa para nuestra familia, hemos de hacer sitio para el Arca de Dios, una pequeña iglesia en la casa.

2. David ordenó a los levitas que transportasen a hombros el Arca (v. 2). En las marchas ordinarias estaban encargados de ello los coatitas, por eso se les daban carros (Nm. 7:9). Pero en casos muy especiales, como al cruzar el Jordán y al rodear Jericó, los sacerdotes fueron quienes la transportaron. Esta norma era explícita, y, con todo, tanto David como los levitas la habían olvidado anteriormente al ponerla sobre una carreta tirada por bueyes. David se preocupó ahora, no sólo de convocar a la solemnidad a los levitas, así como a todo Israel (v. 3), sino también de hacer que, en efecto, se reunieran los levitas y los sacerdotes (vv. 4, 11). A estos últimos dio el solemne encargo (v. 12): *Vosotros que sois los principales padres de las familias de los levitas … pasad el Arca de Jehová Dios de Israel.*

3. Los levitas y los sacerdotes *se santificaron* (v. 14), es decir, se purificaron para estar en condiciones de transportar el Arca conforme a la Ley (v. 15).

4. Fueron designados cantores y jefes de cantores, que se acompañasen de címbalos, salterios y cítaras (éstas, a la octava—baja o alta—), para dirigir el canto (vv. 16–21). Ya conocemos a los jefes de los cantores: Hemán, Asaf y Etán aun cuando aparecen aquí como designados por primera vez. Los sacerdotes (v. 24) tocaban las trompetas, como solían hacerlo en los traslados del Arca (Nm. 10:8) y en las fiestas solemnes (Sal. 81:3). Además de los tres jefes de los cantores, aparece aquí (v. 22) un director general de la música.

Versículos 25–29

Al estar ya todo listo para el traslado del Arca a la ciudad de David y para su recepción allí, tenemos ya el relato del traslado desde la casa de Obed-edom.

I. *Dios ayudó a los levitas* que la transportaban. Si no nos ayuda Dios, ni un paso podemos dar. Es probable que, al tomar el Arca, se echaran a temblar recordando la desgracia de Uzá; pero Dios les ayudó, les quitó el miedo y les fortaleció la fe. Los ministros de Dios que llevan el tesoro del Evangelio en vasos frágiles (v. 2 Co. 4:7) tienen especial necesidad de la ayuda de Dios para que en ellos sea glorificado Él mismo, y su Iglesia sea edificada.

II. Al experimentar las señales de la presencia divina entre ellos, le ofrecieron sacrificios de alabanza (v. 26).

III. Hubo grandes muestras de regocijo: los cantores entonaron música sagrada, David danzó, y el pueblo lanzaba gritos de júbilo (vv. 27, 28). De ello estamos ya enterados por 2 Samuel 6:14, 15.

CAPÍTULO 16

Con este capítulo se concluye el establecimiento del culto público a Jehová durante el reinado de David. I. La solemnidad con que fue asentada el Arca (vv. 1–6). II. El salmo que David dio a cantar en esta ocasión (vv. 7–36). III. La ordenación del culto público para en adelante (vv. 37–43).

Versículos 1–6

El día en que el Arca de Dios fue asentada en la tienda que David había levantado para ella fue un día verdaderamente glorioso.

I. El Arca había estado en la oscuridad de una aldea, en la campiña; ahora era trasladada a un lugar público, a la ciudad capital del reino. Había sido descuidada y hasta despreciada; ahora se le rendía la debida veneración y se consultaba a Dios por medio de ella. No había todavía más que una tienda de campaña, una habitación muy modesta, con todo, éste era el tabernáculo del que David habla en los Salmos con tanto afecto. David levantó para el Arca una modesta tienda de campaña pero se portó mucho mejor que Salomón, a pesar de que éste le edificó un magnífico templo, pues después le volvió la espalda. Los tiempos más pobres de la Iglesia suelen ser los más puros.

II. Ahora que David está satisfecho por tener el Arca acomodada y próxima a él, se preocupa: 1. De que a Dios le sea dada por ello la gloria: (A) Por medio de sacrificios (v. 1): holocaustos, en adoración de sus perfecciones, y ofrendas de paz, en reconocimiento de sus favores. (B) Por medio de cánticos; encargó a los levitas que hicieran constar por escrito la historia de este acontecimiento, mediante un cántico, para beneficio de otros. 2. De que el pueblo disfrute del regocijo consiguiente. Lo van a pasar muy bien a causa de la solemnidad de este día, pues él les va a dar, no sólo un regalo como rey, sino también una *bendición en el nombre de Jehová* (v. 2) como padre y como profeta.

Versículos 7–36

El salmo de acción de gracias que compuso David por inspiración de Dios, lo entregó a los jefes de los cantores (v. 7) para que fuese cantado con ocasión de la entrada del Arca en la tienda preparada para ella. Está tomado de varios salmos: Desde el comienzo hasta el versículo 23, del Salmo 105:1 y ss.; del versículo 23 al 34 es todo el Salmo 96 con ligeras variaciones; el versículo 34 está tomado del Salmo 136:1 y algunos otros; y los dos últimos versículos están tomados del final del Salmo 106. Algunos comentaristas aseguran que esto nos garantiza el derecho de hacer lo mismo, de componer himnos con extractos de los Salmos, según parezca mejor para expresar y excitar la devoción de los creyentes. En medio de nuestras alabanzas, no hemos de olvidar orar por ayuda y alivio para los creyentes y siervos de Dios que se hallan en apuros y aflicciones (v. 35): *Sálvanos, oh Dios, salvación nuestra, recógenos, y líbranos de las naciones,* de los paganos entre los que estamos dispersos y, con frecuencia, oprimidos. Cuando nos regocijemos de los favores que Dios nos dispensa, acordémonos de nuestros hermanos afligidos y perseguidos y oremos por su liberación como oraríamos por la nuestra, pues *somos miembros unos de otros* (Ro. 12:5), por lo que no es impropio dar a entender: *«Sálvanos»,* cuando decimos: *«Sálvales»,* y viceversa. David comienza con: *«Alabad a Jehová»* (v. 8), y concluye con *«Bendito sea Jehová»* (v. 36). Alabar y bendecir a Dios ha de ser el Alfa y Omega de nuestras oraciones.

Versículos 37–43

El culto a Dios no ha de ser obra solamente de un día solemne o de un día de triunfo, sino que debe ser obra de cada día. Por eso David se preocupa de que haya continuidad en el culto. 1. En Jerusalén, donde estaba el Arca, fueron designados Asaf y sus compañeros *para que ministrasen de continuo delante del Arca* (v. 37). Allí no se ofrecían sacrificios ni se quemaba incienso, puesto que los altares no estaban allí, pero las oraciones de David eran *como el incienso, y el alzar de sus manos como la ofrenda de la tarde* (Sal. 141:2), así de temprano ocupó el culto espiritual el lugar del ceremonial. 2. No por eso había de omitirse el culto ceremonial, al ser de institución divina; por eso estaban en Gabaón los altares donde los sacerdotes ministraban, pues su oficio era sacrificar y quemar incienso, lo cual hacían *continuamente, mañana y tarde, conforme a la ley de Moisés* (vv. 39, 40). Aun cuando, por su naturaleza,

estos servicios ceremoniales eran inferiores a los servicios espirituales de oración y alabanza, sin embargo, por ser tipo de la mediación de Cristo, se les honraba grandemente y su observancia era de gran importancia. En Gabaón, donde estaban los altares, David nombró también cantores *para glorificar a Jehová por ser eterna su misericordia* (v. 41). Al final de la solemnidad: (A) El pueblo se fue satisfecho a sus casas. (B) David regresó para bendecir su casa, pues el culto congregacional no significa la abolición del culto familiar.

CAPÍTULO 17

Este capítulo es idéntico a 2 Samuel 7. I. Dios acepta la buena intención de David al proponerse edificarle casa; y la promesa que Dios le hace a raíz de ello (vv. 1–15). II. David acepta la benévola promesa de Dios de edificarle casa; y la oración que eleva en agradecimiento a Dios (vv. 16–27).

Versículos 1–15

I. David no se sentía a gusto en su casa de cedro mientras el Arca moraba entre cortinas (v. 1). 1. Quienes consideran cómo emplear el fruto de sus labores o negocios, harán bien en inquirir en qué condición se halla el Arca de Dios (el Evangelio y la iglesia), para ofrendar según el Señor les haya prosperado.

II. También vemos cuán dispuestos deben hallarse los profetas y ministros de Dios para ofrecer ánimos a todo buen propósito (v. 2).

III. Cuán poco le afecta a Dios la pompa exterior en el culto. Su Arca se había contentado con un tabernáculo (v. 5). Dios había mandado a los jueces que *apacentasen a su pueblo, pero no que le edificasen a Él casa de cedro* (v. 6).

IV. Cuán benignamente acepta Dios los buenos propósitos e intenciones de los suyos, aun en el caso en que impide llevarlos a la práctica. No quiere que David edifique casa (v. 4). Ha de proveer para su construcción, pero no la ha de construir él. También Moisés condujo a Israel hasta la vista de Canaán, pero tuvo que dejar a Josué el honor de introducir al pueblo en la Tierra Prometida. Pero no por prohibirle Dios edificar el templo ha de pensar que: 1. Su elevación al trono fue en vano (v. 7): *«Yo te tomé del redil,* no para que me edificases templo, sino *para que fueses príncipe sobre mi pueblo Israel»*. 2. Ni ha de pensar que su buena intención fue en vano y que va a perder la recompensa por no llevarla a cabo, pues Dios le va a recompensar como si la pusiera por obra (v. 10): *«Jehová te edificará casa y,* aneja a ella, la corona de Israel». 3. Ni ha de pensar que, puesto que *él* no ha de llevar a cabo esta buena obra, nadie la va a hacer y que en vano pensó él hacerla, pues *«levantaré descendencia después de ti … Él me edificará casa»* (vv. 11, 12). 4. Además, Dios le promete *confirmar su trono eternamente* en el reinado del Mesías (v. Lc. 1:32, 33).

Versículos 16–27

David se dirige ahora a Dios del modo más solemne en respuesta al mensaje amoroso que ha recibido de Él. Recibe por fe las promesas, las acoge y queda persuadido de ellas, como los antiguos patriarcas (He. 11:13). ¡Qué estupendo ejemplo, para nosotros, de oración humilde, creyente y ferviente! Observemos únicamente aquellos puntos en que dicha oración, conforme la vemos aquí, difiere de la que consta en 2 Samuel 7:

I. Lo que allí estaba en forma de interrogación *(«¿Es así como procede el hombre, Señor Jehová?»),* aquí está en forma de reconocimiento (v. 17): *«Me has mirado como a un hombre excelente, oh Jehová Dios»*. Por la relación pactada en la que admite a los creyentes, Dios los considera como a personas de alto rango, aunque de su natural sean bajos y viles.

II. Después de la frase: *«¿Qué más puede añadir David pidiendo de ti»,* se añade aquí: *«para glorificar a tu siervo?»* (v. 18). El honor con que Dios favorece a sus siervos al admitirlos, por pacto, a la comunión con Él es tan grande, que ellos no necesitan, ni pueden, desear ser exaltados más honrosamente.

III. Es muy de notar que lo que en 2 Samuel 7:21 se dice ser *«por tu palabra»,* aquí se cambia en *«por amor de tu siervo»* (v. 19). Jesucristo es *«el Verbo* (la Palabra) *de Dios»* (Ap. 19:13) y, al mismo tiempo, *«el siervo de Dios»* (Is. 42:1), y es en atención a Él y a su mediación por lo que se hacen y se cumplen a los creyentes todas las promesas.

IV. *En Samuel, el Dios de las huestes es llamado «Dios sobre Israel»,* aquí se le llama *«Dios de Israel, Dios para Israel»* (v. 24). Había en las naciones limítrofes los llamados *dioses de* tal y tal nación, pero no eran *dioses para* ellos, pues eran meras figuras que no les servían para nada. Pero el Dios de Israel es un Dios para Israel pues todas sus perfecciones y todas sus obras redundan en beneficio de su pueblo.

V. Las últimas palabras de la oración eran en 2 Samuel 7:29: *«y con tu bendición será bendita la casa de tu siervo para siempre»;* es éste el lenguaje de un santo deseo. Pero aquí las frases finales expresan una fe ardiente: *«porque lo que tú, oh Jehová, bendices, será bendito para siempre»* (v. 27). La oración de David concluye, como la promesa de Dios (v. 14), con un *«para siempre».* La palabra de Dios apunta hacia lo eterno, y a lo eterno deben apuntar nuestros deseos y esperanzas.

CAPÍTULO 18

A quienes buscan primero el reino de Dios y su justicia, las demás cosas les serán añadidas (Mt. 6:33). Así le pasó a David. I. Sus éxitos en el exterior. Derrotó a los filisteos (v. 1), a los moabitas (v. 2), al rey de Sobá (vv. 3, 4), a los sirios (vv. 5–8) y a los edomitas (vv. 12, 13), además de hacer tributario suyo al rey de Hamat (vv. 9–11). II. Su prosperidad en el interior. Florecimiento de su corte y de su reino (vv. 14–17). De todo esto ya se nos informó en 2 Samuel 8.

Versículos 1–8

«Después de estas cosas» (v. 1), David tuvo muchos éxitos. Después de la suave comunión con Dios, prosiguió en sus empresas con un vigor y una bravura extraordinarios. Los filisteos habían oprimido a los israelitas durante varias generaciones, pero ahora *David los derrotó y los humilló* (v. 1). Tal es la incertidumbre de las cosas de este mundo que, con frecuencia, los hombres pierden su riqueza y su poder cuando piensan que los tienen seguros. David derrotó a Hadad-ézer *cuando éste iba a asegurar su dominio sobre el río Éufrates* (v. 3). Y los sirios de Damasco fueron derrotados cuando vinieron en ayuda de Hadad-ézer.

Versículos 9–17

Con aquello con que Dios nos bendice, con eso mismo hemos de honrarle. Ya vimos antes (v. 6), y se repite ahora (v. 13), que *Jehová daba el triunfo a David dondequiera que iba.* Dios da poder a los hombres, no para que se engrandezcan con él, sino para que hagan el bien con él.

CAPÍTULO 19

Se repite aquí el relato de la guerra de David con los amonitas y los sirios, que ya vimos en 2 Samuel 10. I. Cortesía de David al enviar mensajeros al rey de Amón para darle el pésame por la muerte de su

padre (vv. 1, 2). II. Gran descortesía del rey de Amón al tratar tan vilmente a los mensajeros de David (vv. 3, 4). III. Justo resentimiento de David, y la guerra que estalló por esta causa, en la que los amonitas obraron con prudencia al conseguir la ayuda de los sirios (vv. 6, 7), pero Israel alcanzó una completa victoria (vv. 8–19).

Versículos 1–5

Bien les cae a los buenos ser buenos vecinos y, especialmente, ser agradecidos. David presentó sus respetos a Hanún por ser vecino suyo; la religión nos enseña a ser corteses y amables con quienes viven entre nosotros, y la diferencia de creencias no debe ser obstáculo a esto. Pero, además, David recuerda la amistad que le había mostrado el padre de Hanún. Vemos también que quienes vilmente traman hacer daño, suelen sospechar de otros, sin motivo alguno, lo mismo que ellos piensan hacer. Los servidores de Hanún le dijeron que los mensajeros de David eran espías como si un hombre tan grande y poderoso como David necesitase hacer cosa tan vil. Hanún se dejó persuadir y trató villanamente a los emisarios.

Versículos 6–19

El corazón de los pecadores se endurece para su destrucción. Los amonitas se dieron cuenta de *que se habían hecho odiosos a David* (v. 6); si hubiesen sido prudentes, habrían ofrecido compensación por la injuria que habían cometido. Pero, en vez de eso, se prepararon para la guerra, con lo que no hicieron otra cosa que atraer sobre sí mismos la ruina por mano de David. La valentía de los bravos se crece ante las dificultades. Cuando Joab se vio atacado de frente y por la retaguardia (v. 10), en vez de tocar a retirada, redobló su resolución, y no sólo habló, sino que actuó como un caballero al mostrar gran presencia de ánimo cuando se vio rodeado. Se comprometió con su hermano a ayudarse mutuamente (v. 12), se animó a sí mismo y animó a sus oficiales a actuar vigorosamente en sus respectivos puestos, y dejó a Dios el resultado (v. 13): *«Haga Jehová lo que bien le parezca»*. Los amonitas hicieron cuanto pudieron para sacar partido de su buena posición, trajeron al campo de batalla buen ejército, pero luchaban por una mala causa, por lo que perdieron la guerra. Los sirios que habían luchado como mercenarios al lado de los amonitas, al verse derrotados, buscaron el apoyo de los sirios del otro lado del Éufrates, pero todo fue en vano (v. 18): *«el pueblo sirio huyó delante de Israel», y* al ver que la fortuna estaba de parte de Israel, no sólo rompieron su alianza con los amonitas, sino que concertaron la paz con David (v. 19), hasta *quedarle sometidos.*

CAPÍTULO 20

Se repite aquí el relato de las guerras de David. I. Con los amonitas (vv. 1–3). II. Con los gigantes de los filisteos (vv. 4–8).

Versículos 1–3

Destrucción de Rabá, la capital de los amonitas (v. 1), tras lo cual David se ciñó la corona de su rey (v. 2) y sometió a la gente a duros trabajos (v. 3). De este episodio tenemos más detalles en 2 Samuel capítulos 11 y 12. Fue durante el sitio de Rabá cuando David cayó en el gran pecado del asunto de Urías, cosa que el autor de Crónicas no menciona.

Versículos 4–8

Los filisteos habían sido sometidos (18:1), pero quedaban por abatir los gigantes de Gat. En los conflictos espirituales hay pecados que, como estos gigantes, no se dominan sino tras larga lucha y con gran dificultad. 1. Vemos gigantes entre los filisteos, pero nunca entre los israelitas; vemos gigantes en Gat, pero no en Jerusalén. Es que el crecimiento de las plantas de Dios no se efectúa en volumen, sino en

utilidad. 2. Los ayudantes de David aunque de estatura ordinaria, resultaban demasiado fuertes para los gigantes de Gat en cada encuentro, por cuanto tenían a Dios de su parte. No tenemos por qué temer a los hombres grandes que se nos opongan, pues es más grande el Dios que está por nosotros. ¿Qué puede significar un dedo más o menos en cada mano y en cada pie (v. 6), frente al Dios Todopoderoso?

CAPÍTULO 21

Pecado de David al censar al pueblo, y expiación que hizo por ese pecado, después de arrepentirse. Ya conocemos esta historia por 2 Samuel 24.

Versículos 1–6

Habría de pensarse que censar no tenía nada malo. ¿Por qué no ha de conocer el pastor el número de sus ovejas? Pero David obró a impulso de su orgullo, y no hay pecado que más ofenda a Dios.

I. Cuán activo se mostró en esto el tentador (v. 1): *«Satanás se levantó contra Israel e incitó a David»*. En 2 Samuel 24:1 leemos que *«Volvió a enojarse Jehová contra Israel e incitó a David»*. Hemos de entender que Dios permitió que Satanás incitase a David. La diferencia entre ambos relatos se explica por la diferencia de tiempo en la redacción de las respectivas fuentes. *Crónicas* se escribió después del destierro, cuando la mención de Satanás ya no ofrecía tropiezo a los judíos confirmados en su monoteísmo, mientras que los libros de *Samuel* se escribieron muchos siglos antes, cuando (como en el libro de Job) no podían concebir que Satanás pudiese actuar al margen de Dios, sino a su servicio. Notemos que Satanás no movió a Dios contra Israel, sino que *incitó a David*, el mejor amigo de Israel, a censar al pueblo, con lo que atrajo la ira de Dios contra Israel. El diablo nos causa mayor perjuicio cuando nos incita a pecar contra Dios que cuando nos acusa delante de Dios.

II. Joab, a quien David encargó este cometido, fue forzado a cumplir la orden del rey, después de haber opuesto la resistencia que pudo. Nadie estaba tan presto como él para todo que redundase en honor del rey o en beneficio del reino, pero en este asunto le habría gustado que se le excusara de actuar, pues lo veía como algo innecesario y peligroso. Hubo disgusto general ante la orden de David, lo cual confirmó a Joab en el desagrado que sentía. Dejó sin censar (vv. 5, 6) dos importantes tribus, Leví y Benjamín, y no procuró ser exacto en el censo de las demás porque lo hacía de mala gana. Ésta parece ser la mejor explicación de las diferencias que hallamos entre las cifras de 2 Samuel 24 y las de aquí.

Versículos 7–17

David bajo la vara de Dios, vara de corrección por el pecado de censar al pueblo.

I. Cómo se le aplicó la corrección. Dios se percata de los pecados de los suyos y se disgusta sumamente con ellos, y no hay pecado que le disguste tanto como el orgullo. David se empeña en hacer el censo (v. 2): *«Haced censo. … e informadme sobre el número».* Pero Dios los cuenta ahora de otra manera diferente a la del informe que él recibe de Joab. Para su confusión, recibe amenaza de mortandad y ve al ángel *con una espada desenvainada en su mano extendida contra Jerusalén* (v. 16). La peste produce la mayor devastación en las ciudades más populosas.

II. Cómo recibió la corrección. Reconoció su pecado y su necedad, y suplicó que, fuese cual fuese la forma de expiación, le fuese perdonado su pecado: *«Yo fui quien pequé …»* Como si dijese: «Yo soy el culpable, así que yo debo sufrir el castigo, ya que soy yo el pecador». 1. Se echa en brazos de la misericordia de Dios (aunque sabía que Dios estaba disgustado con él), sin quejarse de su justicia (v. 13): *«Ruego que yo caiga en la mano de Jehová, porque sus misericordias son muchas en extremo»*. Los buenos, aun cuando Dios se enoje contra ellos, siempre piensan bien de Dios. 2. Expresa gran preocupación por el pueblo, y le llega al corazón verles atormentados con la plaga por culpa de él (v. 17): *«Estas ovejas, ¿qué han hecho?»*

Versículos 18–30

Tan pronto como David se arrepintió de su pecado, se arrepintió Dios del castigo y ordenó al ángel exterminador *que volviera su espada a la vaina* (v. 27). David recibió instrucciones de erigir un altar en la era de Ornán, como se llama aquí a Arauna (v. 18). La orden de erigir un altar fue para David una bendita señal de reconciliación. David ofreció a Ornán pagarle por la era. Ornán se la cedía gratis. Dios mostró su aceptación del sacrificio *respondiendo por fuego desde los cielos en el altar del holocausto* (v. 26). El altar de bronce que había hecho Moisés estaba en Gabaón (v. 29), y allí se ofrecían todos los sacrificios de Israel, pero David se aterrorizó de tal forma al ver al ángel con la espada desenvainada, que no *se atrevía a ir allá* (v. 30). La cosa requería prisa, ante la extensión de la plaga, y, por ello, Dios, en su misericordia, le ordenó levantar allí mismo un altar. Ante la urgencia, en cualquier lugar podía Dios ser aplacado. Cuando se pasó esta calamidad, David sacrificó allí siempre, a pesar de que todavía subsistía el altar de Gabaón. «Aquí me salió Dios al encuentro—parece pensar David—; y aquí espero volver a encontrarle.»

CAPÍTULO 22

Fue tan grande la impresión que recibió David en aquel lugar, que se sintió movido por Dios a edificar allí el templo (v. 1). I. Animado para esta empresa, se puso a hacer los preparativos (vv. 2–5). II. Dio instrucciones a su hijo Salomón acerca de la obra (vv. 6–16). III. Ordenó a los jefes o principales de Israel que ayudasen a Salomón en dicha obra. ¡Qué diferencia entre el comienzo del capítulo anterior y el de éste! Allí, David, en su orgullo, se disponía a censar al pueblo; aquí, en su humildad, se dispone a hacer los preparativos para el servicio de Dios.

Versículos 1–5

I. Se fija el lugar para la construcción del templo (v. 1). El suelo era una era, pues el pueblo de Dios es muchas veces *trillado y aventado* (Is. 21:10). El aventador está en la mano de Cristo, a fin de purificar el suelo de su era. Aquí ha de estar la casa de Dios, porque aquí está el altar de Dios; el templo fue edificado en atención al altar. Existen muchos altares antes de que allí haya templos.

II. Preparativos para el edificio. David no lo va a construir, pero va a hacer todo cuanto pueda (v. 5): *«David, antes de su muerte, hizo preparativos en gran abundancia»*.

1. Lo que le impulsó a ello. (A) Salomón era aún joven y no podía esperarse de él que se dedicase de inmediato a llevar adelante esta empresa con el vigor y la resolución que requería el caso, de forma que, a no ser que hallase ya las ruedas funcionando, estaba en peligro de perder mucho tiempo en los comienzos. (B) El templo había de ser majestuoso y suntuoso, fuerte y hermoso; todos los materiales habían de ser de lo mejor de sus clases respectivas, puesto que estaba destinado a servir y honrar al Señor del Universo entero, y a ser tipo de Cristo, en quien habita la plenitud de la Deidad y en quien están escondidos todos los tesoros. La grandeza del edificio ayudaría a los adoradores a sentir un santo pavor y una piadosa reverencia hacia Dios, e invitaría a los extranjeros a venir para ver esta maravilla, por la que podrían llegar tal vez al conocimiento del verdadero Dios.
2. Lo que preparó para la obra. En general, preparó abundante cantidad de madera de cedro, de piedras, hierro y bronce (vv. 2–4). El cedro lo adquirió de los de Tiro y Sidón. También escogió como canteros *extranjeros que había en la tierra de Israel* (v. 2).

Versículos 6–16

Salomón había de edificar casa a Jehová Dios de lsrael (v. 6).

I. David le dice por qué no podía edificarla él mismo. Pensaba hacerlo (v. 7), pero Dios se lo había prohibido *por haber derramado mucha sangre* (v. 8). Hay quienes opinan que Dios se refería a la sangre

de Urías, pero tal honor le fue negado antes de que David cometiese dicho pecado; por tanto, debe indicar la sangre derramada en las guerras, aun cuando éstas tuviesen una causa justa.

II. Le indica la razón por la que esta empresa estaba reservada a él. 1. Porque Dios le había designado como el hombre que había de llevarla a cabo (vv. 9, 10). 2. Porque él disfrutaría de la comodidad y de la oportunidad para hacerla, pues tenía reposo de sus enemigos de fuera y disfrutaba de paz y tranquilidad en el país.

III. Le da cuenta de los preparativos que ha hecho para el edificio (v. 14), para animarle a poner manos en una obra de tan sólidos fundamentos; el dinero que David había atesorado para esta obra era (v. 14) *cien mil talentos de oro y un millón de talentos de plata* (en 1976, y a juicio del Dr. Ryrie, el equivalente a unos dieciséis o diecisiete mil millones de dólares. Nota del traductor).

IV. Le encarga la observancia de los mandamientos de Dios (v. 13). No ha de pensar Salomón que la construcción del templo le va a dispensar de guardar la ley de Dios.

V. Le anima grandemente a emprender la obra y a llevarla a cabo (v. 13): Es una obra para Dios, y debe ser lo más perfecta posible.

VI. Le anima a que no se contente con los preparativos que ha hecho su padre (v. 14). Ora por él (v. 12): «*Jehová te de entendimiento y prudencia*». Y concluye (v. 16): «*Levántate, y manos a la obra; y Jehová esté contigo*».

Versículos 17–19

David ordena aquí a los principales de Israel que ayuden a Salomón en la gran obra que tiene que llevar a cabo. Dios les ha dado victoria, reposo y una buena tierra por heredad (v. 18). Por tanto, les urge a poner todo esfuerzo en aquello que debe estimular su celo (v. 19).

CAPÍTULO 23

Después de las órdenes que ha dado acerca de la construcción del templo, David procede ahora a organizar el servicio del templo y poner en orden los oficios y los oficiales que han de servir allí. I. Nombra por sucesor suyo a Salomón (v. 1). II. Cuenta a los levitas y les asigna sus respectivos oficios (vv. 2–5). III. Hace la cuenta de varias familias de levitas (vv. 6–23). IV. Hace un nuevo alistamiento de los levitas desde los veinte años de edad y les asigna sus oficios respectivos (vv. 24–32).

Versículos 1–23

I. David nombró rey a Salomón, no para que reinase con él o bajo él, sino después que él. Lo nombró en solemne asamblea de todos los jefes de Israel, con lo que la intentona de Adonías de hacerse con el trono resultó tanto más desvergonzada y ridícula.

II. Enumeración de los levitas, de treinta años para arriba hasta cincuenta, conforme a la norma vigente desde tiempos de Moisés (Nm. 4:2, 3). Su número en tiempos de Moisés según esta norma era de 8.580 (Nm. 4:47, 48), pero ahora era de 38.000.

III. Distribución de los levitas en sus respectivos oficios (vv. 4, 5), a fin de que todas las manos tengan algo que hacer, pues un levita ocioso es, más que ningún otro hombre, un mal parásito. La obra asignada a los levitas era de cuatro clases: 1. Al mayor número de ellos se les asignó la dirección de la obra de la casa de Jehová. De este servicio fueron encargados 24.000, casi dos tercios, a fin de que ayudasen a los sacerdotes a matar a las víctimas, lavarlas y quemarlas, tener a punto las ofrendas y las libaciones, conservar limpios todos los utensilios del templo y procurar que cada cosa estuviese en su

lugar. Cada semana eran empleados 1.000 en este servicio; así que había 24 turnos. Quizás éstos, mientras se llevaba a cabo la construcción del templo, eran empleados en ayudar a los albañiles. 2. Otros cumplían su oficio de enseñar y juzgar, no en los asuntos del templo, sino dispersos por el país. De éstos había en el reino 6.000, encargados de ayudar a los jefes y ancianos de cada tribu en la administración de la justicia. 3. Otros estaban encargados de guardar todas las entradas de la casa de Dios, examinar a los que deseaban entrar, y prohibir la entrada a los que no eran aptos para entrar en el templo. 4. Otros eran cantores y músicos para tomar parte en los servicios; éste era un oficio recién creado.

IV. Los levitas fueron alistados en sus respectivas familias, para mejor conservar sus recíprocos registros, tarea que cada familia tenía que hacer para sí. En esta enumeración de las familias de los levitas, la posteridad de Moisés quedó al mismo nivel que los demás levitas, mientras que la posteridad de Aarón fue toda ella promocionada al oficio sacerdotal: *«para ser dedicados a las cosas más santas»* (v. 13). La nivelación de la familia de Moisés con las demás familias de los levitas fue un ejemplo de humildad y de abnegación por su parte. No era Moisés un hombre que buscase su propio interés ni el de su familia, como se ve por el hecho de no haber dejado a sus hijos ninguna distinción, lo que era señal de que poseía el espíritu de Dios, no el del mundo. La elevación de Aarón y de su familia al sacerdocio fue una recompensa por su abnegación. Cuando Moisés, su hermano menor, fue hecho como un «dios» para Faraón, mientras él le servía de «boca» o portavoz para decir y hacer lo que se ordenase, Aarón no le discutió el puesto (más tarde lo hizo a instigación de su hermana María). Al someterse así a su hermano menor, conforme a la voluntad de Dios, Dios exaltó grandemente a su familia.

Versículos 24–32

I. Se hace una alteración en el alistamiento de los levitas para el servicio, pues mientras anteriormente no eran admitidos al servicio hasta que tenían treinta años (aunque eran admitidos a entrenarse a los veinticinco—Nm. 8:24—), David ordenó, bajo instrucción de Dios, que se les alistase *para el ministerio de la casa de Jehová desde veinte años arriba* (v. 24). Quizá los jóvenes levitas, al no serles asignado ningún servicio hasta los veinticinco años de edad, se volvían haraganes y, para impedir la formación de este mal hábito David quiere que se les emplee de veinte años arriba, poniéndolos así bajo disciplina. Ya no había que transportar el tabernáculo ni sus utensilios, el servicio era así mucho más fácil, y al entrar en él a los veinte años nadie quedaría sobrecargado de trabajo y, al haber tantos, todo israelita que trajese una ofrenda podría hallar un levita listo para atenderle.

II. El servicio de los sacerdotes era (v. 13): *«Quemar incienso delante de Jehová, ministrarle y bendecir en su nombre».* En este servicio no se habían de interferir los levitas; ya tenían suficientes oficios que cumplir (vv. 4, 5). 1. Los que habían sido designados para *dirigir la obra de la casa de Jehová* (v. 4) *estaban bajo las órdenes de los hijos de Aarón* (v. 28). Tenían a su cargo todo el trabajo de ordenación y limpieza en la casa de Dios. También habían de preparar los panes de la proposición que los sacerdotes colocarían después en la mesa, y suministrar la flor de harina y las tortas para ofrendas a fin de que los sacerdotes tuviesen todo a mano. 2. Los modelos de todas las pesas y medidas se guardaban en el santuario, y a los levitas correspondía cuidar de ellas, observar si eran exactas y contrastar con ellas toda otra clase de pesas y medidas cuando se les pedía. 3. El servicio de los cantores era *dar gracias y tributar alabanzas a Jehová* (v. 30) mientras se ofrecían los sacrificios de la mañana y de la tarde, así como durante otras ofrendas de los sábados, novilunios, etc. (v. 31). Moisés les había encargado de tocar las trompetas sobre los holocaustos y los sacrificios de paz, así como en otras solemnidades (Nm. 10:10). El sonido de la trompeta era estremecedor y podía afectar a los que asistían a los servicios, pero no era modulado como éste que David ordenaba ahora. Conforme la comunidad judía crecía, también se hacía más inteligente en sus devociones. 4. El oficio de los porteros (v. 5) era *tener la guarda del tabernáculo de reunión y la guarda del santuario* (v. 32), a fin de que sólo se acercasen aquellos a quienes estaba permitido.

CAPÍTULO 24

Especial distribución de sacerdotes y levitas en sus respectivas clases, para mayor regularidad en el descargo de sus funciones. I. De los sacerdotes (vv. 1–19). II. De los levitas (vv. 20–31).

Versículos 1–19

La referencia especial que a estas regulaciones hizo Esdras fue de gran utilidad para poner en orden, al regreso de la cautividad, las cosas de Dios. Comienza el capítulo con la distribución de los sacerdotes de acuerdo *con los hijos de Aarón* (v. 1).

1. Esta distribución se hizo para reglamentar con orden el descargo de las funciones del ministerio sacerdotal. Así también en la iglesia, reino de sacerdotes y sacerdocio de reyes, cada miembro tiene su oficio para bien de todo el Cuerpo de Cristo (Ro. 12:4, 5; 1 Co. 12:12).

2. La distribución se hizo por suertes, para que su disposición fuese de Dios y se evitasen así disputas. Dios es Dios de paz tanto como de orden.

3. Las suertes se echaron en público con gran solemnidad, en presencia del rey, de los príncipes y de los sacerdotes, para que no cupiese ni sospecha de manipulaciones fraudulentas.

4. El oficio que se les encomendó a estos sacerdotes fue presidir en las cosas del santuario (v. 5), en sus diversos turnos y clases. Lo que se había de decidir a suerte era sólo la precedencia, es decir, quién había de servir primero y quién después. De los 24 jefes de los sacerdotes, 16 eran de la casa de Eleazar y 8 de la de Itamar. Se da a entender (v. 6) que el método de sacar las suertes era *designar una casa paterna para Eleazar y otra para Itamar*. Los dieciséis nombres de la de Eleazar se pusieron en una urna, los otros ocho de Itamar en otra y se sacaban alternativamente hasta que se acabasen los de Itamar, y los demás se adjudicaban a los de Eleazar; pero es más probable que se sacasen por suerte dos de Eleazar por cada uno de Itamar.

5. Entre las veinticuatro clases escogidas por suerte, la octava es la de Abías (v. 10), la cual se menciona en Lucas 1:5 por ser la de Zacarías, el padre del Bautista, con lo que se muestra que estos turnos que David estableció, aunque se interrumpieron probablemente en algunos malos reinados, y del todo durante la cautividad de Babilonia, volvieron a funcionar hasta que los romanos destruyeron el segundo templo.

Versículos 20–31

La mayoría de los levitas aquí citados se mencionaron ya en el capítulo 23:16 y ss. Pero aquí se mencionan como cabezas de los veinticuatro turnos de levitas que habían de asistir a los sacerdotes de los correspondientes veinticuatro turnos. Se hace notar (v. 31) que *fueron tratadas las primeras familias igual que las últimas*, lo cual significa que la precedencia se determinó, no por antigüedad, sino conforme Dios indicó por medio de las suertes. Los hermanos más jóvenes son tan aceptables para Cristo como los padres más antiguos.

CAPÍTULO 25

Después de organizar los turnos de sacerdotes y levitas, procede David a distribuir igualmente por sus turnos a los cantores. I. Las personas que fueron empleadas en este ministerio: Asaf, Hemán Jedutún (v. 1), sus hijos (vv. 2–6) y otros expertos en el oficio (v. 7). II. Se determina por suertes el orden en que habían de asistir (vv. 8–31).

Versículos 1–7

I. Cantar las alabanzas de Dios es llamado aquí *profetizar* (vv. 1–3). Ya tuvimos una indicación de esto en 1 Samuel 10:5; 19:20, aunque allí entra el elemento probable de «trance», como es claro en el caso de Eliseo (2 R. 3:15). No significa, pues, que hablasen en nombre de Dios ni que tuviesen visiones, aunque de Hemán se nos dice (v. 5) que era *«vidente del rey en las cosas de Dios»*.

II. Este servicio se llama *«la obra del ministerio»* (v. 1; comp. Ef. 4:12). Así que estos cantores eran *ministros y obreros.* En nuestro presente estado de corrupción y debilidad, ni aun este elevado servicio puede ejecutarse sin trabajo y fatiga.

III. Hallamos aquí una gran variedad de instrumentos musicales para acompañar al canto: arpas, salterios, címbalos (vv. 1, 6) y, si traducimos literalmente la frase *«para exaltar su poder»,* tenemos *«para levantar el cuerno»,* lo que podría quizá significar que Hemán tocaba el único instrumento de viento (trompa o trompeta) entre los de cuerda, o que estaba al frente de los que tocaban instrumentos de viento (v. 5).

IV. El principal objetivo de esta música, tanto vocal como instrumental, era la gloria y el honor de Dios. Y el objetivo de perpetuar en la iglesia el canto sagrado es *salmodiar al Señor desde el fondo de nuestro corazón* (v. Ef. 5:19); es de notar que el Apóstol menciona eso a continuación de su exhortación a *ser llenos del Espíritu,* como primer fruto de tal llenura.

V. Se toma nota (vv. 2, 6) de que esto se llevaba a cabo *bajo las órdenes del rey.* Su interés por la observancia correcta de las divinas instituciones, tanto antiguas como recientes, es un ejemplo a todos los constituidos en autoridad para usar su poder a favor de la religión.

VI. Los padres de las respectivas familias presidían este servicio: Asaf, Hemán y Jedutún (v. 1), y los hijos, lo llevaban a cabo *bajo la dirección de sus padres* (vv. 2, 3, 6). Es probable que Hemán Asaf y Jedutún hubiesen sido educados en las escuelas de los profetas por Samuel, quien había sido su fundador y presidente; entonces habrían sido alumnos, pero ahora eran maestros. Salomón perfeccionó lo que David había comenzado, así como David perfeccionó lo que había comenzado Samuel.

VII. Había también otros, además de los hijos de esos grandes maestros, que son llamados *hermanos* de ellos, *instruidos en el canto para Jehová, todos ellos maestros, en número de 288* (v. 7). Estarían al frente de los 4.000 que David había designado *para alabar a Jehová* (23:5) en todos los lugares en que hubiese sagrada convocación, pues aun cuando los sacrificios instituidos por medio de Moisés habían de ofrecerse sólo en un lugar, las alabanzas a Dios han de ser expresadas y cantadas en todo lugar.

Versículos 8–31

Al comienzo del presente capítulo se mencionan 24 personas como hijos de Asaf, Hemán y Jedutún. Etán había sido el tercero (6:44), pero es probable que hubiese muerto antes de esta nueva organización del culto y que hubiese sido designado Jedutún en su lugar (a no ser que Etán y Jedutún sean dos nombres de una misma persona). Todos los 24, mencionados por sus nombres en los versículos 2–4, habían de servir según el orden que determinara la suerte.

I. Las suertes se echaron imparcialmente. Fueron distribuidos en 24 grupos de doce hombres cada uno, lo que hace la suma de 288, quienes servían una semana por turno. La mención de las *tres hijas* de Hemán se debe, probablemente, a que eran cantoras o acompañaban el canto con instrumentos musicales (v. Sal. 68:25).

II. Dios determinó el orden como le plugo, sin tener en cuenta la precedencia de edad o de aptitudes musicales (v. 8).

III. Es probable que fueran doce, unos para el canto y otros para los instrumentos, los que formasen cada coro. Aprendamos también nosotros a glorificar a Dios como un solo corazón, una sola mente y una sola boca; sólo así puede haber «concierto».

CAPÍTULO 26

La tribu de Leví había perdido importancia durante el tiempo de los Jueces hasta que aparecieron Elí y Samuel. Pero en tiempo de David gozaron de la más alta reputación. Fue un honor y una suerte para esa tribu contar con levitas numerosos y expertos en todos los servicios del santuario. Aquí se nos habla: I. De los que fueron designados porteros (vv. 1–19). II. De los que fueron designados tesoreros (vv. 20–28). III. De los que servían como escribas y jueces por todo el país, encargados de la administración de los asuntos públicos (vv. 29–32).

Versículos 1–19

I. Había porteros encargados de guardar las entradas del santuario, a fin de abrir y cerrar las puertas exteriores e instruir a los que venían a adorar en los atrios del santuario para que lo hiciesen con el mayor decoro, a animar a los tímidos y prohibir la entrada a los extranjeros y a los ceremonialmente inmundos, y custodiar el santuario contra los enemigos de la casa de Dios. Hallamos una alusión a este oficio en las palabras de Jesús (Mt. 16:19) sobre *las llaves del reino de los cielos* (v. el comentario a ese lugar).

II. De algunos entre los llamados a este servicio se dice que eran *valerosos y esforzados* (v. 6), *esforzados* (v. 7), *de gran valor para el servicio* (v. 8), y uno de ellos (v. 14) *consejero entendido,* esto es, prudente y con visión. Siempre que Dios llama a alguien para un servicio, o encuentra a los que son aptos, o los hace aptos.

III. Los hijos y nietos de Obed-edom, 62 en total, fueron empleados en este oficio. Dios *le había bendecido* por la reverencia y el gozo con que había custodiado el Arca. 1. Tenía ocho hijos (v. 5). 2. Sus hijos y los hijos de sus hijos fueron designados para cargos de confianza en el santuario. Habían custodiado fielmente el Arca en su propia casa y ahora se les encargaban servicios importantes en la casa de Dios. El que observa las ordenanzas de Dios en su propia tienda es apto para custodiarlas en el tabernáculo de Dios (comp. con 1 Ti. 3:4, 5).

IV. De uno de ellos se dice que, *aunque no era el primogénito, su padre lo puso por jefe* (v. 10), ya fuese porque era excelente, o porque el primogénito era muy débil.

V. Los porteros, igual que los cantores, tenían designados por suerte sus puestos: tantos en esta puerta, tantos en la otra, etc., a fin de que cada cual conociese bien su puesto y actuase con fidelidad en él.

Versículos 20–28

1. Había *tesoros de la casa de Dios* (v. 20), pues una casa grande no puede estar sin un buen almacén de provisiones. Eran tipo de la abundancia que hay en casa de nuestro Padre de los cielos. En Cristo, el verdadero templo, están escondidos todos los tesoros de Dios. 2. Además de estos tesoros procedentes de las contribuciones ordinarias del pueblo (Lv. 27; Nm. 18:16 y 1 Cr. 29:7, 8) estaban *los tesoros de las cosas santificadas* (mejor, *dedicadas),* en agradecimiento por la protección de Dios. Abraham dio a Melquisedec *el diezmo de los despojos* (He. 7:4). En tiempos de Moisés, los jefes del ejército, cuando volvían victoriosos, traían de sus despojos *ofrendas a Jehová* (Nm. 31:50). Más recientemente, esta piadosa costumbre había resurgido; no sólo Samuel y David, sino también Saúl, Abner y Joab habían dedicado parte de sus despojos al honor y sostén del santuario (v. vv. 26–28, así como 18:11 y 2 Cr. 5:1).

Versículos 29–32

La magistratura es una ordenanza de Dios para el bien de la Iglesia tanto como del Estado, pues el magisterio viene de Dios lo mismo que el ministerio.

1. Los levitas eran empleados en la administración de la justicia juntamente con los jefes y ancianos de las diversas tribus, ya que estos últimos no serían tan expertos en la Ley como los levitas, quienes tenían como parte de su oficio el estudio de la Ley. En estos servicios no eran empleados los levitas que servían en el santuario como cantores o porteros, o como asistentes de los sacerdotes, pues cada persona tenía bastante con el servicio que se le había asignado, y habría sido grave presunción asumir otras funciones.

2. Tenían a su cargo *toda la obra de Jehová y el servicio del rey* (vv. 30, 32). Administraban, pues, los negocios del país, tanto civiles como religiosos: recoger los diezmos de Dios y las tasas del rey, así como castigar las ofensas cometidas contra Dios y su honor, o contra el gobierno y la paz pública, enfrentarse a la idolatría y a la injusticia y cuidar de que se pusieran en ejecución las leyes contra ambos crímenes.

3. Había más levitas empleados como escribas y jueces en las dos tribus y media del otro lado del Jordán que en todas las demás tribus juntas de este lado del río: 2.700, mientras que de este lado sólo había 1.700 (vv. 30, 32). Esto se debía, tal vez, a que las tribus del otro lado del Jordán no estaban provistas de jueces propios como las otras, o porque, al estar más lejos de Jerusalén y más cerca de las fronteras de las naciones paganas, tenían mayor peligro de ser infectadas por la idolatría y, por tanto, necesitaban más la ayuda de los levitas para impedirlo.

CAPÍTULO 27

Aquí tenemos la lista: I. De los jefes militares que estaban al frente de cada división, distribuidos por meses (vv. 1–15). II. De los jefes de las distintas tribus (vv. 16–24). III. De los oficiales de la corte (vv. 25–34).

Versículos 1–15

Informe de la organización de la milicia del reino. David era hombre de armas y procuró tener siempre a mano una fuerza militar suficiente, aunque no fuese un ejército muy numeroso. 1. Tenía constantemente en pie de guerra 24.000 hombres. Esto era suficiente para asegurar la paz pública y la seguridad del país. 2. Los cambiaba cada mes, de forma que la cifra total del ejército sumaba 288.000 hombres, quizás una quinta parte de todos los hombres aptos para las armas en el país. 3. Cada división o sección tenía al frente un comandante en jefe. Todos ellos son mencionados entre los valientes de David (2 S. 23 y 1 Cr. 11).

Versículos 16–34

Se nos habla:

I. De los jefes de las tribus. Todavía se conservaba de la organización llevada a cabo por Moisés en el desierto el que cada tribu tuviese su jefe. No está claro si ejercían las funciones en el plano militar como ayudantes de los comandantes en jefe, o en el plano judicial como presidentes de los tribunales de justicia. Es de suponer que su poder, ahora que todas las tribus estaban bajo la jurisdicción del rey, no sería tan grande como antes, cuando las tribus actuaban con frecuencia de forma independiente.

II. Del censo del pueblo (vv. 23, 24). Con respecto a esto se nos dice: 1. Que cuando David ordenó censar al pueblo, prohibió que se contasen los de veinte años para abajo. 2. Que dicho censo, al provenir del orgullo del corazón de David, no produjo buenos resultados, pues ni se terminó de hacer, ni se hizo con exactitud, ni fue jamás registrado como censo oficial del reino. Joab lo hizo con repugnancia y sin interés; David se avergonzó después de este censo y quiso que se olvidase, ya que, a causa de él, vino la ira de Dios sobre Israel.

III. De los oficiales de la corte. 1. Los *administradores de la hacienda del rey* (v. 31) o superintendentes de los ingresos del rey procedentes de la agricultura y del ganado. David era gran soldado, gran músico y poeta, gran príncipe; pero, además, era un gran amo y administrador de su hacienda. 2. Sus asistentes pesonales eran hombres eminentes por su prudencia. Su tío Jonatán, *varón prudente y escriba* (hebr. *sofer* = instruido, culto, mejor que «escriba»), era su consejero (v. 32). Husay (v. 33), hombre muy honesto, fue su compañero y confidente.

CAPÍTULO 28

Llegamos ya al final del reinado de David. Este final aparece en 1 Crónicas más brillante que en el comienzo de 1 Reyes. I. David convoca una convención general de los principales del pueblo (v. 1). II. Hace una solemne declaración del privilegio que Dios mismo había otorgado a Salomón, tanto en cuanto a la sucesión de la corona como en la obra de la edificación del templo (vv. 2–7). III. Exhorta tanto al pueblo como a su hijo Salomón a que sirvan a Dios de todo corazón y observen sus preceptos (vv. 8–10). IV. Entrega a Salomón el plano del templo y le provee de los materiales para la construcción (vv. 11–19). V. Anima a su hijo a llevar a cabo esta empresa (vv. 20–21).

Versículos 1–10

David había servido a su propia generación según la voluntad de Dios (Hch. 13:36), pero ahora le llega la hora de morir y, como tipo del Hijo de David, cuanto más cerca está de su fin, más ocupado se halla.

I. Convoca a todos los principales de las tribus de Israel para poder despedirse de todos (v. 1), como lo habían hecho Moisés (Dt. 31:28) y Josué (Jos. 23:2; 24:1).

II. Se dirige a ellos con respeto mezclado de gran ternura. No sólo se levantó de su lecho, sino también de su silla, *«poniéndose en pie»* (v. 2), por reverencia a Dios, cuya voluntad iba a declarar, y por respeto a esta solemne asamblea de Israel de Dios, ante la que, aun siendo él el soberano, se tenía por inferior al conjunto de los representantes del pueblo. Se había complacido demasiado en que eran *siervos suyos* (21:3), pero ahora los llama *hermanos* (v. 2), a quienes amaba, no sus siervos, en quienes mandaba.

III. Les declara el deseo que tenía de edificarle templo a Dios y la prohibición de Dios a que lo edificase él (vv. 2, 3). Él ha servidó al pueblo con la espada; otro debe servir a Dios con la plomada. Los tiempos de edificar son tiempos de paz (Hch. 9:31).

IV. Les presenta sus derechos, y después los de su hijo, a la corona. Ambos eran, sin duda, por elección divina. 1. Judá no era el hijo mayor de Jacob, pero Dios escogió su tribu para que a ella estuviese vinculado el cetro, y así lo profetizó Jacob (Gn. 49:10). 2. No aparece en ningún lugar que la familia de Isaí fuese la más antigua dentro de esa tribu. 3. David era el más joven de los hijos de Isaí pero plugo a Dios que él fuera el rey de Israel. 4. Salomón era uno de los más jóvenes hijos de David, pero plugo a Dios que se sentara en el trono de su padre pues era el más adecuado, por su sabiduría y buena inclinación, para edificar el templo.

V. Les descubre los benévolos propósitos de Dios con respecto a Salomón (vv. 6, 7): *«A éste he escogido por hijo*—dice Dios—, y yo *le seré a él por padre»*. De él dijo Dios, como en figura del que había de venir: 1. *Él edificará mi casa* (v. 6). Cristo es el fundador y el fundamento del templo del Evangelio. 2. Yo *confirmaré su reino para siempre* (v. 7). Esto ha de tener cumplimiento pleno y perfecto en el reino mesiánico, cuyo cetro estará en las manos de Cristo para siempre (Is. 9:7; Lc. 1:33). En cuanto a Salomón esta promesa del establecimiento de su reino es condicional: *«Si él se esfuerza en poner por obra mis mandamientos y mis decretos, como lo hace hoy»* (v. 7).

VI. Les encarga que se adhieran firmemente a Dios y a su deber (v. 8). 1. Objeto del encargo: *«Guardad e inquirid todos los preceptos de Jehová vuestro Dios»*. Jehová era su Dios, así que los mandamientos de Jehová debían ser su norma. Deben inquirir acerca de este deber, escudriñar las Escrituras, tomar consejo buscar la Ley de la boca de quienes tenían por cargo guardar este conocimiento, y orar a Dios para que les enseñase y guiase. 2. La solemnidad del momento. Les hizo el encargo ante los ojos de todo Israel, como si dijese: «Dios es testigo, y esta asamblea es testigo, de que se os ha dado un buen consejo y un aviso a tiempo, si no hacéis caso, será culpa vuestra; Dios y los hombres darán testimonio contra vosotros» (v. 1 Ti. 5:21; 2 Ti. 4:1). 3. El motivo para guardar con esmero este encargo: Era el único modo de continuar en pacífica posesión de la buena tierra que Dios les había dado y de que sus descendientes la heredaran.

VII. Concluye con un encargo al propio Salomón (vv. 9, 10), pues tenía sumo interés en que Salomón fuese piadoso.

1. El encargo que le da. Había nacido junto a la casa de Dios y tenía el deber de adherirse a Dios; había sido educado en la casa de Dios y estaba obligado a serle agradecido.

2. Los argumentos con que refuerza este encargo: (A) Dos argumentos de carácter general: (a) Dios conoce los secretos de los corazones, incluidos los de los reyes, para los cuales no hay investigación posible por parte de otros hombres (Pr. 25:3). (b) Nuestra felicidad aquí y en la otra vida depende de si buscamos o no a Dios (v. 9; comp. con He. 11:6): *«Si tú le buscas, lo hallarás; mas si lo dejas, Él te desechará para siempre»*. Dios a nadie abandona, a no ser que el hombre le abandone primero a Él. (B) Otro argumento de carácter especial para Salomón (v. 10); *«Jehová te ha elegido para que edifiques casa para el santuario»*. Esto obligaba especialmente a Salomón a buscar y servir a Dios, a fin de que tal obra se realizase basada en un buen principio, llevada a cabo de la manera correcta y aceptada por Dios.

3. Los medios que le prescribe, lo cual tiene aplicación para todos nosotros: (A) Precaución: *«Mira, pues …».* Como si dijese: «Ten cuidado de todo lo que sea malo o conduzca al mal». (B) Valentía: *«Esfuérzate y hazla»*. No podremos hacer nuestros trabajos bien a menos que pongamos resolución en ello y acudamos en busca de fuerzas a la gracia de Dios.

Versículos 11–21

En cuanto al encargo que dio David a Salomón de buscar a Dios y servirle, el libro de la Ley era la única norma y no necesitaba otra; pero, en cuanto a la construcción del templo, David le da tres cosas:

1. Un modelo del edificio, pues había de ser un templo que ni él ni sus arquitectos habían visto jamás. A Moisés le fue mostrado en el monte un modelo de tabernáculo (He. 8:5); así le fue trazado a David el diseño del templo por la mano de Jehová (v. 19). David le dio este diseño a Salomón a fin de que supiese lo que tenía que emplear para la construcción y la forma en que se había de llevar a cabo la obra. Le dio una lista de los turnos de los sacerdotes y los modelos de los utensilios del ministerio (v. 13), así como el diseño del carro de los querubines (v. 18), pues los ángeles son llamados *los carros de Dios* (Sal. 68:17). Además de los dos querubines que estaban sobre el propiciatorio, habría otros dos mucho más grandes, cuyas alas llegasen de pared a pared (1 R. 6:26 y ss.).

2. Materiales para los utensilios más costosos del templo. Para que en todo se ajustasen al diseño, hizo pesar la cantidad exacta tanto de oro como de plata (v. 14). En el tabernáculo había un solo candelabro; pero en el templo había diez (1 R. 7:49), además de *los candeleros de plata* (v. 15), que es de suponer que fuesen candeleros de mano. En el tabernáculo había una sola mesa; pero en el templo, además de la mesa de los panes de la proposición, había otras diez para otros usos (2 Cr. 4:8), además de las mesas de plata, pues al ser el templo de proporciones mucho mayores que el tabernáculo, habría parecido casi vacío si no tenía el mueblaje correspondiente a sus proporciones. Del oro para el altar del incienso se dice que era *oro acrisolado* (v. 18—mejor que *puro*), es decir, refinado a fuego, más puro que el resto del oro; pues era tipo de la intercesión de Cristo, más puro y perfecto que la cual no hay nada.

3. Instrucciones para ver adónde mirar en primer lugar (v. 20): *«Jehová Dios, mi Dios, estará contigo;* el Dios a quien he escogido y servido, que ha estado siempre conmigo y me ha protegido, y al que, por mi propia experiencia de su poder y bondad, te encomiendo a ti, Él estará contigo para dirigirte, instruirte, fortalecerte y prosperarte; no te dejará ni te abandonará». Podemos estar seguros de que el Dios que tuvo por suyos a nuestros padres y les protegió a lo largo de su vida, nos protegerá también a nosotros si, como ellos, le somos fieles, y no nos abandonará mientras tenga trabajo que hacer en nosotros o por medio de nosotros. «Además, le dice, un grupo de buenas personas *estarán contigo en toda la obra»* (v. 21). Los sacerdotes y levitas tenían el deber de aconsejarle, así como él tenía el deber de consultarles. Le dice que estos ayudadores son *«voluntarios e inteligentes»*, dos estupendas cualidades de todo obrero, especialmente de los que trabajan en el templo.

4. Finalmente, la seguridad de que *los príncipes y todo el pueblo,* lejos de oponerse a la obra o tratar de retrasarla, estarán totalmente dispuestos a *ejecutar todas sus órdenes,* a fin de acelerarla y esmerarse en que salga perfecta.

CAPÍTULO 29

Antes de despedir la congregación, David: I. Les urgió a contribuir, según las posibilidades de cada uno a la construcción y al mueblaje del templo (vv. 1–5). II. Ellos hicieron sus donativos con gran generosidad (vv. 6–9). III. Él ofreció a Dios, en esta ocasión, solemnes oraciones y alabanzas (vv. 10–20), con sacrificios (vv. 21, 22). IV. Luego fue entronizado Salomón con gran regocijo y magnificencia (vv. 23–25). V. David, después, terminó su curso en esta vida (vv. 26–30). Y resulta difícil decir cuál brilla más aquí, el sol poniente o el sol saliente.

Versículos 1–9

I. David urgió a los representantes de los israelitas a procurar contribución para las obras del templo. Sin imponerles como tributo lo que habían de darles hace ver que es una estupenda ocasión para hacer ofrendas voluntarias, puesto que lo que se emplea en obras de piedad y de caridad ha de darse de corazón, no por fuerza *«Dios ama al dador alegre»* (2 Co. 9:7).

1. Habían de tener en cuenta que Salomón era muy joven y necesitaba ayuda; pero, al fin y al cabo, era la persona que Dios había escogido para llevar a cabo esta obra.
2. También habían de considerar que la obra era colosal y todas las manos debían contribuir a sacarla adelante. Él ha hecho grandes preparativos para ella. No piensa echar sobre ellos toda la carga, pero quiere que muestren su buena voluntad y añadan a lo que él ha preparado (v. 2): *«Yo con todas mis fuerzas he preparado para la casa de mi Dios»*.
3. Les da con ello un buen ejemplo. De su fortuna personal había ofrecido generosamente para el embellecimiento y enriquecimiento de la casa de Dios 3.000 talentos de oro y 7.800 de plata (vv. 4, 5), y ello porque tenía puesto su corazón en la casa de su Dios. Así que les anima a hacer lo mismo (v. 5): «¿Y *quién quiere hacer hoy ofrenda voluntaria a Jehová?»* Hemos de hacer del servicio de Dios asunto de nuestra mayor incumbencia o, como dice literalmente el texto sagrado, *«llenar nuestras manos para Jehová»*. El llenar nuestras manos con el servicio de Dios da a entender que hemos de servirle a Él solo, con toda generosidad y con toda la fuerza que nos preste la gracia recibida de Él (comp. 1 Co. 15:10).

II. Cuán generosamente contribuyeron ellos a la construcción del templo luego que fueron animados de tal modo por el rey. Su liberalidad se muestra en la suma de sus contribuciones (vv. 7, 8). Dieron como príncipes de Israel. *Se alegró el pueblo* (v. 9) de haber tenido la ocasión de honrar a Dios con el fruto de sus labores y de contribuir a que se llevase pronto a cabo esta gran obra. *Asimismo se alegró mucho el rey David* (v. 10) de que su hijo y sucesor tuviese en torno suyo a tantas personas interesadas en la casa de Dios, y de que esta obra, en la que tenía puesto su corazón, portase todas las señales de que iba a llevarse a cabo perfectamente.

Versículos 10–22

I. David se dirige ahora solemnemente a Dios (v. 10): *Bendijo a Jehová delante de toda la congregación.* Los salmos de David, hacia el final del libro de los Salmos, son en su mayor parte salmos de alabanza. Cuanto más cerca estamos del mundo de las eternas alabanzas, tanto mejor habríamos de hablar el lenguaje de ese mundo y hacer la obra de ese mundo. En esta oración:

1. David adora a Dios y le tributa la gloria debida al Dios de Israel, *bendito por siempre.* La oración que nos dejó el Salvador termina con una doxología parecida a la que encabeza la oración de David (v. 11): *«Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor»*. Esto es verdadera alabanza de Dios, con santo pavor y reverencia, reconocer: (A) Sus infinitas perfecciones. Él es la fuente y el centro de todo cuanto hay de hermoso y bendito. Suya es la *magnificencia,* pues su grandeza es inmensa e incomprensible. Suyo, el *poder,* pues es omnímodo e irresistible. Suya, la *gloria,* pues es el fin que Dios se propone y al que toda la creación tiende por voluntad suya. Suya, la *victoria,* pues Él prevalece contra todos y puede subyugar todo a su imperio. Y suyo es el *honor, su* majestad inefable e inconcebible. (B) Su dominio soberano, como dueño absoluto y legítimo poseedor de todo: *«Todas las*

cosas que están en los cielos y en ta tierra son tuyas. Tuyo oh Jehová es el reino, y tú eres excelso sobre todos, pues todos los reyes son súbditos tuyos». (C) Su munificencia universal. Todas las riquezas y todos los honores que poseen los hombres se los deben a Dios. Lo que le damos no es sino una mínima parte de lo que recibimos de Él.

2. Reconoce agradecido la gracia de Dios que le capacita para contribuir tan gozosamente a la edificación del templo (vv. 13, 14): *«Ahora, pues, Dios nuestro, nosotros alabamos y loamos tu glorioso nombre»*. Siempre es una prueba del poder de la gracia de Dios en nosotros el que podamos hacer de buena gana la obra de Dios.

3. Habla muy humildemente de sí mismo, de su pueblo y de las ofrendas que acaban de presentar a Dios. (A) En cuanto a sí mismo y a los que se habían unido a él, aun cuando eran jefes del pueblo se admira de que Dios se haya fijado en ellos y haya hecho tanto por ellos (v. 14): *«¿Quién soy yo y quién es mi pueblo …?»* Y añade (v. 15): *«Nosotros, extranjeros y advenedizos somos delante de ti … y nuestros días sobre la tierra, cual sombra que no dura»*. Nuestra vida en este mundo es efímera, flor de un día, vana sombra que pasa para desembocar en una perfecta luz o en una total oscuridad. (B) En cuanto a las ofrendas, dice (v. 14): *«De lo recibido de tu mano te damos»*. Y de nuevo (v. 16): *«Toda esta abundancia que hemos preparado … de tu mano es». «El que se gloría, gloríese en el Señor»* (1 Co. 1:31).

4. Ora a Dios por el pueblo y por Salomón, para que continúen como han empezado. En su oración se dirige a Dios como *al Dios de Abraham, de Isaac y de Israel* (v. 18), un Dios que pactó con ellos, y por nosotros en atención a ellos.

(A) Por el pueblo ora que lo que ha puesto en el corazón de ellos lo conserve allí perpetuamente, para que abriguen los mismos pensamientos y sentimientos que ahora parecen tener. Todo en nuestra vida depende de los pensamientos que abrigamos en nuestro corazón, lo que queremos y aquello en que nos gusta pensar. El Apóstol da a esto gran importancia (Fil. 4:8). El cuerpo vive de lo que come; el espíritu vive de lo que piensa (v. Pr. 23:7). Y si algo bueno se ha posesionado de nuestro corazón o del corazón de nuestros amigos, conviene encomendarlo a la gracia de Dios para que lo conserve.

(B) Por Salomón ora (v. 19) que le de Dios *corazón perfecto,* esto es, recto, íntegro. No pide que le de Dios riquezas, honores ni siquiera sabiduría, sino que le de un corazón sincero para con Dios, pues eso es lo mejor de todo. El deseo de edificar este templo no era suficiente para demostrar que su corazón era perfecto, si no estaba resuelto a guardar los mandamientos de Dios. El contribuir a la construcción de iglesias no nos salvará si vivimos en desobediencia a las leyes de Dios.

II. El regocijo de toda la asamblea en esta gran solemnidad. 1. Se unieron a David en la adoración de Dios. A la exhortación de David (v. 20: *«Bendecid ahora a Jehová vuestro Dios»*) respondieron ellos haciendo inclinación delante de Jehová y del rey, tras bendecir a Dios. La verdadera adoración a Dios, en espíritu y en verdad, no consiste tanto en inclinar la cabeza cuanto en elevar el corazón. 2. Pagaron sus respetos al rey considerándole como a instrumento en la mano de Dios de los bienes que poseían, así que, al honrarle a él, honraban a Dios. 3. Al día siguiente ofrecieron a Dios abundantes sacrificios (v. 21). 4. Hicieron fiesta y se regocijaron delante de Dios (v. 22). 5. Por segunda vez hicieron rey a Salomón. Como había sido ungido a toda prisa, con motivo de la rebelión de Adonías, pensaron que era conveniente repetir la ceremonia, para mayor satisfacción del pueblo: *«Ante Jehová te ungieron por príncipe»*.

Versículos 23–30

Estos versículos traen a Salomón al trono y se llevan a David al sepulcro.

I. Aquí tenemos a Salomón como el sol que sale (v. 23): *«Y se sentó Salomón por rey en el trono de Jehová»*. El trono de Israel es llamado *el trono de Jehová,* no sólo porque Él es el Rey de todas las naciones, y todos los reyes reinan bajo su imperio, sino porque era de manera muy especial Rey de Israel (1 S. 12:12). El reinado de Salomón era tipo del reinado del Mesías, *cuyo es el trono de David su padre* (Lc. 1:32). Salomón comenzó bien su reinado, pues:

1. Su pueblo le rindió el honor que le era debido (v. 23): *«Le obedeció todo Israel»* esto es, le juraron lealtad. Dios les inclinó el corazón a que lo hiciesen así, a fin de que su reinado fuese pacífico desde el principio. Su padre era mejor hombre que él y, sin embargo, llegó al trono con gran dificultad, con mucha tardanza y poco a poco. David tenía más fe, por eso, fue probado más. El v. 24 dice *que todos los*

príncipes y poderosos, y todos los hijos del rey David, prestaron homenaje al rey Salomón. El hebreo dice literalmente: *«dieron mano bajo Salomón el rey»*. Esta frase es interpretada de dos maneras distintas (nota del traductor): «Pusieron su mano debajo de la mano de Salomón», para besar el dorso de la mano del rey. Ésta es la interpretación de Jamieson-Fausset-Brown, quienes aducen como ejemplo 2 Reyes 10:15. M. Henry lo interpreta—mejor, en mi opinión—: «Pusieron la mano bajo el muslo de Salomón», pues ésta era la forma antigua de jurar. Efectivamente, véase Génesis 24:2; 47:29.

2. Dios también le honró, ya que quienes rinden honor a Dios de Dios reciben honor (v. 25): *«Y Jehová engrandeció en extremo a Salomón»*. Ninguno de los jueces ni de los reyes que le habían precedido vivió en medio de tanta pompa y tal esplendor como los que tuvo Salomón.

II. También tenemos aquí la puesta de sol de David, la salida de aquel gran hombre del escenario de la vida presente. E1 historiador sagrado lo lleva al fin de sus días, lo deja dormido y corre las cortinas del dormitorio.

1. Da un resumen de los años de su reinado (vv. 26, 27).

2. Da otro informe resumido de su muerte (v. 28): *«Murió en buena vejez, lleno de días, de riquezas y de gloria»*. Honrado por Dios y por los hombres. Había sido hombre de guerra desde su juventud pero fue preservado a través de todos los peligros de la vida militar, vivió hasta una buena vejez (unos setenta años) y murió en paz, en su lecho, lecho de honor. Para más detalles, el historiador hace referencia a los anales existentes aquellos días, los cuales habían sido redactados por Samuel y continuados, después de su muerte, por Natán y Gad (v. 29).

2 CRÓNICAS

Este libro comienza con el reinado de Salomón y la construcción del templo y continúa con la historia de los reyes de Judá desde Salomón hasta la deportación a Babilonia, y concluye así con la caída de aquella ilustre monarquía y con la destrucción del templo. En los libros 1 y 2 de *Reyes*, la historia de los reyes de Judá estaba mezclada con la de los reyes de Israel, pero aquí sólo se mencionan los de Judá. Se repite mucho de lo que ya sabemos, pero se amplían algunas de las porciones ya conocidas y se añaden otras nuevas, especialmente en lo referente a los asuntos religiosos, que es donde se pone el énfasis en *Crónicas.*

CAPÍTULO 1

En el libro anterior veíamos cómo engrandeció Dios a Salomón y cómo le prestó homenaje el pueblo. Ahora se nos dice: I. Cómo honró él a Dios mediante sacrificios (vv. 1–6) y oración (vv. 7–12). II. Cómo honró él a Israel al incrementar la fuerza, la riqueza y el comercio del país (vv. 13–17).

Versículos 1–12

I. La gran prosperidad de Salomón (v. 1). Como Dios estaba con él, lo engrandeció sobremanera.

II. Su gran piedad y devoción.

1. Hasta ahora, todos sus nobles debían de ser buenas personas, pues estuvieron dispuestos a unirse a él en sus devociones. Les habló a los capitanes y a los jueces, a los gobernadores y a los jefes de las familias, para ir con ellos a Gabaón (vv. 2, 3). Comenzó Salomón su reinado con esta piadosa y pública visita al altar de Dios, lo cual fue un buen presagio. Los magistrados que comienzan su mandato de manera piadosa tienen grandes probabilidades de prosperar ellos mismos y de llevar a su país a buen puerto.

2. Ofreció allí abundantes sacrificios (v. 6). Su padre David le había dejado rebaños y ganado mayor en abundancia (1 Cr. 27:29, 31), y así pudo ofrecer a Dios de ellos en gran cantidad. El Arca estaba en Jerusalén (v. 4), pero el altar estaba en Gabaón (v. 5), y allí ofreció él los sacrificios.

3. Dirigió a Dios una buena oración; de ella, y de la respuesta que Dios le dio, ya vimos en 1 Reyes 3:5 y ss. (A) Dios le dijo que pidiera lo que desease, no sólo para concederle su favor, sino también para descubrir lo que había en su corazón, ya que el carácter de los hombres se echa de ver en sus deseos y preferencias. «¿Qué querrías *tener?»* es una pregunta que pone a prueba a una persona, tanto o más que: «¿Qué querrías *hacer?»* (B) Como buen hijo de David, escogió algo espiritual, más bien que cosas temporales. (Recuérdese lo dicho en 1 R. 3:5 y ss.: Salomón pudo haber escogido algo *mejor:* incesante comunión con Dios. Nota del traductor.) Pidió *«sabiduría e inteligencia»* (v. 10). Dos razones expone, las cuales no se citan en 1 Reyes: (a) *«Me has puesto por rey en lugar de mi padre»* (v. 8). Como si dijese: «Si he de reinar en lugar de mi padre, dame el saber de mi padre». (b) *«Confírmese … tu palabra dada a David mi padre»* (v. 9). La promesa está en 2 Samuel 7:13, 14; 1 Reyes 5:5; 1 Crónicas 28:6: *«Él edificará mi casa y yo confirmaré su trono …»* «Dame, pues, sabiduría de lo contrario—parece decir Salomón—, ni tu casa será edificada, ni mi trono será confirmado».

4. Recibió cumplida respuesta a su oración (vv. 11, 12). (A) Dios le concedió la sabiduría que le había pedido. Nunca faltará el favor de Dios a quienes sinceramente lo desean. (B) Dios le concedió también riquezas y honores que no había pedido. Los que ponen su corazón en las cosas de este mundo, verán cómo se les acaban un día y pierden lo eterno; mientras que los que ponen la mira en las cosas de arriba, no sólo las obtendrán, sino que también disfrutarán de todo lo conveniente aquí en la vida presente.

Versículos 13–17

1. El comienzo del gobierno de Salomón (v. 13): *Volvió de delante del tabernáculo … y reinó sobre Israel.* No quiso intervenir en asuntos del gobierno, sino después de llevar a cabo primeramente sus actos de devoción; ningún honor quería para sí sin dar antes a Dios el honor—primero, el tabernáculo; después, el trono—. 2. La magnificencia de su corte (v. 14): *«Juntó carros y gente de a caballo».* Hasta qué punto quebrantó así la ley de Deuteronomio 17:16, no están los autores de acuerdo. Quizá dependa la solución del motivo que le indujo: ¿fue por lujo y ostentación, o por hacer un buen negocio para el país? El oro y la plata llegaron a ser en su reinado cosa común y barata (v. 15), pues el incremento de estos metales hace que baje su valor; en cambio, el aumento de gracia incrementa su precio, pues cuanto más tienen los hombres de ella, más la estiman. De Egipto importaba Salomón caballos y lienzos finos (v. 16) que él exportaba a los reyes heteos y de Siria, y hacía, sin duda, gran negocio (v. 17). Ya vimos esto en 1 Reyes 10:28, 29.

CAPÍTULO 2

El negocio de Salomón con sus importaciones y exportaciones no tenía nada de malo, pero la obra principal que le estaba destinada era la construcción, y a ella se dedica ahora. I. Su resolución de edificar el templo y un palacio real, y su designación de los que habían de trabajar en ambos edificios (vv. 1, 2, 17, 18). II. Su petición al rey de Tiro para que le ayudase con artesanos y materiales (vv. 3–10). III. El rey de Tiro accede a su petición (vv. 11–16).

Versículos 1–10

La sabiduría le había sido dada a Salomón no solamente para especular ni para conversar, sino especialmente para actuar; y a la acción se dedica de inmediato.

I. Su resolución de construir (v. 1): *«Determinó, pues, Salomón edificar casa al nombre de Jehová y casa real para sí».* Al primero se le sirve primero—primero el templo y después el palacio—; éste, no tanto por comodidad y ostentación cuanto por honor del reino y decorosa recepción del pueblo siempre que necesitasen acudir a su rey, así como de los embajadores de otros países; el bien común tenía prioridad en su intención.

II. Su embajada a Huram (como se llama aquí al rey de Tiro, en vez de Hiram). El objetivo de esta embajada aparece aquí, con poca diferencia, como en 1 Reyes 5:2 y ss.

1. Las razones que presenta al rey de Tiro están aquí expresadas con más detalle que en 1 Reyes: (A) Apela a la amistad que unía a David con Huram (v. 3): *«Haz conmigo como hiciste con David mi padre».* (B) Le declara su objetivo al edificar el templo (v. 4): era para fines religiosos; para ser dedicado a Dios y usado en su servicio, del que menciona varios detalles para conocimiento de Huram. (C) Procura excitar en Huram altos pensamientos con respecto al Dios de Israel (v. 5): *Porque el Dios nuestro es grande sobre todos los dioses.* Por consiguiente: (a) «Su casa había de ser grande, no al nivel del Dios al que se dedicaba (pues no cabe proporción entre lo infinito y lo limitado), sino a la medida de la gran estima en que tenemos a nuestro Dios». (b) «Pero que no piense Huram que el Dios de Israel habita, como los dioses de las demás naciones, *en templos hechos por manos humanas* (Hch. 17:24), pues *los cielos y los cielos de los cielos no pueden contenerle* (v. 6). Sólo se va a edificar para conveniencia de los sacerdotes y de los adoradores a fin de que tengan un lugar *para quemar incienso delante de Dios.»* (c) Se considera a sí mismo, aun siendo un gran rey, como indigno del honor de ser usado para esta gran obra: *«¿Quién soy yo para que le edifique casa?»*

2. También aparecen aquí con más detalle las peticiones que le hace. (A) Desea que Huram le envíe una buena mano para la obra, *un hombre hábil,* etc. (v. 7). Como si dijese: «Tenemos hombres hábiles en Jerusalén, pero no tan expertos como los de Tiro en el trabajo del oro, etc.; por eso, puesto que la obra del templo debe ser la mejor de su clase envíame los mejores artífices que puedas encontrar». (B) Desea también los mejores materiales para esta obra (v. 8), *«porque la casa que tengo que edificar ha de ser grande y portentosa»* (v. 9).

3. Por su parte, Salomón se compromete a mantener a sus obreros (v. 10), a darles trigo y cebada, vino y aceite, tanto cuanto necesiten. No iba a tenerles a pan y agua, sino que les iba a dar de lo mejor, y en abundancia.

Versículos 11–18

I. La respuesta que Huram dio a Salomón, en la cual muestra su gran respeto a Salomón y su disposición a servirle.

1. Felicita a Israel por tener un rey como Salomón (v. 11): *Por el amor que Jehová tiene a su pueblo, te ha puesto por rey sobre ellos.*

2. Bendice a Dios por haber suscitado tal sucesor a David (v. 12). No sólo estaba Huram en buena disposición hacia la nación judía, y contento de que prosperara, sino que adoraba a Jehová *el Dios de*

Israel (con cuyo nombre se le conocía en las naciones vecinas). Ahora que el pueblo de Israel se adhería a la Ley y al culto de Dios, y preservaba así su propio honor, las naciones vecinas parecían dispuestas a ser instruidas en la verdadera religión, como había sido infectado Israel, en los días de su apostasía, por las idolatrías y supersticiones de sus vecinos.

3. Le envió un artífice muy hábil que en ninguna cosa le había de decepcionar: *Hiram-abí,* que llevaba en sus venas sangre judía y gentil, pues su madre era israelita y su padre tirio. Como Hiram-abí significaba «Hiram, mi padre», comenta el Dr. Ryrie que se llamaba *padre* por ser un gran experto en su oficio, según la costumbre antigua.

4. En cuanto a los materiales, pide a Salomón que le envíe los víveres que ha prometido para los obreros, y él hará que la madera sea transportada hasta Jope, desde donde Salomón hará que la lleven hasta Jerusalén (vv. 15, 16).

II. Las órdenes que dio Salomón acerca de los obreros. A los nativos de Israel no iba a emplearlos en la carga y descarga de materiales, sino que para ello emplearía a los extranjeros que vivían en el país como prosélitos de la religión judía. Por este tiempo había gran número de ellos en Israel (v. 17), quienes, como los gabaonitas, estaban bajo ley de ser cortadores de leña para la congregación. La cifra que se nos da de estos obreros (v. 17) es de 150.000, cuya distribución se nos refiere en los versículos 2 y 18.

CAPÍTULO 3

En este capítulo tenemos: I. El lugar y el tiempo de la construcción del templo (vv. 1, 2). II. Sus dimensiones y ornamentación (vv. 3–9). III. Los querubines en el Lugar Santísimo (vv. 10–13). De todo esto ya se nos habló en 1 Reyes caps. 6 y 7.

Versículos 1–9

I. El lugar en que fue construido el templo. 1. Había de ser en Jerusalén (1 Cr. 22:1), pues ése era el lugar que había escogido Dios; la ciudad regia había de ser la ciudad santa. 2. Había de estar en el monte Moria, que, en opinión de muchos fue el lugar donde Abraham se dispuso a sacrificar a su hijo Isaac (Gn. 22:2). 3. Había de ser donde se había aparecido Jehová a David y le había contestado por fuego (1 Cr. 21:18, 26). Allí se había hecho una vez la expiación y, por consiguiente, en recuerdo de ello, allí había de hacerse de nuevo la expiación. 4. Había de ser en el lugar que David había preparado, no sólo por haberlo comprado con su dinero, sino por haberlo escogido bajo la dirección de Dios. 5. Había de estar en la era de Ornán o Arauna.

II. El tiempo en que empezó a construirse: en el cuarto año del reinado de Salomón (v. 2). Los tres primeros años fueron empleados en hacer los preparativos necesarios, pues no es de extrañar que pasasen pronto esos tres años si tenemos en cuenta la cantidad de manos y de materiales que había de reunirse para la construcción.

III. Sus dimensiones, respecto de las cuales, como de otras cosas, Salomón había recibido de su padre las instrucciones necesarias (v. 3): *«Éstas son las medidas (o esto es lo establecido) que fijó Salomón para la edificación de la casa».* Es decir, por esta norma de medida se rigió—tantos codos de largo, tantos de ancho, etc.—*conforme a la primera medida,* la que le fue señalada por la sabiduría divina para las dimensiones del templo.

IV. La ornamentación del templo. El maderamen era de primera calidad y, aun así, *estaba cubierto de oro puro* (v. 4), *de oro fino* (v. 5) *y realzado con palmeras y cadenas.* Era *oro de Parváyim* (v. 6), el mejor. *Las vigas, los umbrales, las paredes y las puertas estaban cubiertos de oro* (v. 7). El Lugar Santísimo, de veinte codos de largo por otros veinte de ancho, estaba todo él *cubierto de oro fino* (v. 8), cuyo peso era de *seiscientos talentos* (¡unas 21 toneladas métricas!). Los clavos, también de oro, pesaban 50 siclos (unos 700 gramos) en total, no *cada uno* (como dicen nuestras versiones, al seguir a los LXX y a la Vulgata).

Versículos 10–17

1. Ya había sobre el Arca dos querubines que cubrían el propiciatorio con sus alas extendidas. Pero ahora que el Lugar Santísimo era mucho más amplio, Salomón hizo esculpir otros dos querubines, también cubiertos de oro (v. 10), para representar a los ángeles que custodian la majestad de Dios (Is. 6:3). Éstos estaban con las alas extendidas de una pared a otra (más de nueve metros en total): 2'30 m. por cada ala; con lo que el total (20 codos = 9'20 m) equivalía a la anchura del Lugar Santísimo (v. 8). Estaban *de pie* (v. 13) en actitud de servir, y *con los rostros vueltos hacia la cámara (o hacia el Arca),* no hacia los adoradores (pues entonces habrían estado sentados o en un trono), con lo que se daba a entender que no estaban allí para ser ellos adorados, sino para adorar ellos mismos a Dios. No hemos de adorar *a* los ángeles, sino, *con* los ángeles, a Dios; pues hemos sido convocados a la misma asamblea festiva que ellos (He. 12:22) y hemos de hacer, lo mismo que ellos, la voluntad de Dios (comp. 1 Co. 11:10 con Is. 6:2). Más aún, los ángeles son servidores de los creyentes (He. 1:14).

2. El velo que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo (v. 14) era señal de la oscuridad de la dispensación de la Ley, y de la distancia a la que habían de pararse los adoradores; pero, al morir Cristo, este velo se escindió de arriba abajo, para indicar que podemos ya acercarnos con toda confianza al trono de la gracia (He. 4:15, 16), no sólo podemos mirar, sino también entrar. En este velo hizo Salomón bordar (lit. *hizo subir,* esto es, *realzar* sobre la tela al bordarlos) querubines (v. 14).

3. Se mencionan también las dos columnas que ya conocemos por 1 Reyes 7:15 y ss., a las que puso los nombres de Jaquín y Bóaz («firmeza» y «fuerza», respectivamente), de 35 codos (unos 16 metros) de alto (v. 15).

CAPÍTULO 4

Más detalles sobre el mueblaje del templo. I. Objetos de bronce. El altar de los holocaustos (v. 1), el estanque, o mar de agua, y las fuentes (o pilas) para las abluciones (vv. 2–6), el revestimiento de las puertas del atrio (v. 9), los utensilios del altar de bronce y otros accesorios (vv. 10–18). II Objetos de oro. Diez candeleros (v. 7) y cien tazones (v. 8), el altar del incienso (v. 19) y los accesorios de cada uno de estos objetos (vv. 20–22).

Versículos 1–10

David habla a menudo con afecto de *la casa de Jehová y de los atrios de nuestro Dios.*

I. Objetos del atrio que estaban a la vista de todo el pueblo, y que tenían un significado muy importante.

1. El altar de bronce (v. 1). Sobre él se ofrecían los sacrificios, y él santificaba las ofrendas. Este altar era mucho mayor que el que había hecho Moisés para el tabernáculo; éste era de cinco codos en cuadro, mientras que el del templo era de veinte codos en cuadro. Dios había ampliado considerablemente las fronteras de la nación; estaba, pues, muy puesto en razón que ellos ampliasen los altares de Dios. Nuestra gratitud ha de ser a la medida de los beneficios que Dios nos otorga. Tenía diez codos de alto (unos 4'50 m), a fin de que el pueblo que adoraba en los atrios pudiese ver cómo se quemaban los sacrificios, y la vista pudiese infundir al corazón arrepentimiento por el pecado. Con el humo de los sacrificios podía elevarse también el corazón en oración a Dios y gratitud por sus favores. En todas nuestras devociones hemos de poner nuestra vista en Jesús (He. 12:20), la gran propiciación por nuestros pecados (1 Jn. 2:1–2).

2. El estanque, o mar, de bronce fundido y de forma redonda, *para que los sacerdotes se lavaran en él* (vv. 2, 6). (A) Hay abundancia plena de méritos en la obra de Jesucristo para todos cuantos se acerquen por fe a purificar su conciencia *para servir al Dios vivo* (He. 9:14). (B) Y nosotros tenemos el deber de purificarnos por medio de un arrepentimiento sincero. Nuestro corazón ha de ser santificado para poder

santificar el nombre de Dios. Para acercarnos a Dios hemos de *limpiar las manos y purificar el corazón* (Stg. 4:8).

3. Había también *diez fuentes*, o pilas, para lavar y limpiar en ellas lo que se ofrecía en holocausto (v. 6). Así como los sacerdotes tenían que lavarse, también tenían que lavarse los sacrificios. No sólo hemos de purificarnos, sino que hemos de quitar de nosotros con todo esmero los vanos pensamientos que se apegan a nuestras acciones y las manchan.

4. Las puertas del atrio estaban cubiertas de bronce (v. 9), tanto para embellecerlas como para fortalecerlas y protegerlas de la acción corrosiva de los elementos atmosféricos.

II. En la casa de Dios, o santuario propiamente dicho (en donde sólo los sacerdotes podían entrar a oficiar), había objetos de significado aún más importante. Todo era de oro allí. Cuanto más nos acercamos a Dios, tanto más puros debemos ser y más puros nos hará. 1. Había allí diez *candeleros de oro* de la misma forma que el del tabernáculo (v. 7). La Palabra de Dios es una luz (Sal. 119:105) que alumbra en un lugar oscuro (2 P. 1:19). En tiempo de Moisés sólo tenían un candelero, pues sólo disponían del Pentateuco el actual aumento en el número de candeleros podía significar las adiciones que, al paso del tiempo, se hicieron con otros libros de las Escrituras. Todos los candeleros eran de oro, así como toda la Escritura es inspirada por Dios (2 Ti. 3:16), aunque no sea toda igualmente importante. También las iglesias locales están destinadas a ser candeleros (Ap. 1:20). 2. Había diez mesas para los panes de la proposición, las cuales habían de ser de oro como la primera (vv. 8, 19). A estas mesas pertenecían *cien tazones de oro* (v. 8). 3. Y estaba *el altar de oro* (v. 19), donde se quemaba el incienso.

Versículos 11–22

Compendio de toda la obra de bronce y oro del templo. 1. Huram fue muy puntual, pues *acabó* a tiempo toda la obra que tenía que hacerle al rey (vv. 11, 16). 2. Salomón no escatimó dinero ni materiales, pues *hizo todos los enseres en número tan grande que no pudo saberse el peso del bronce* (v. 18), a fin de que pudieran reponerse los que se fuesen desgastando con el uso.

CAPÍTULO 5

Una vez edificado y amueblado para Dios el templo, tenemos aquí: I. La posesión que de él se hizo a Dios al llevar allí *las cosas que David había dedicado* (v. 1), especialmente el Arca, señal de su presencia (vv. 2–10). II. La posesión que Dios tomó de él mediante la nube (vv. 11–14).

Versículos 1–10

Todo esto concuerda con lo que ya vimos en 1 Reyes 8:2 y ss., donde se nos informó de la solemne introducción del Arca en el recién edificado templo.

1. No necesitaron gran solemnidad para traer las cosas dedicadas (v. 1), pues ellas prestaban al templo riqueza y, quizá belleza; pero no podían prestar santidad *al templo que santificaba al oro* (Mt. 23:17). Véase cuán bien se portó en esto Salomón, tanto para con Dios como para con David su padre, pues todo lo que David había dedicado a Dios, lo empleó para las cosas del templo. Y después de haber hecho en abundancia todos los utensilios del templo (4:18), no empleó para otros usos los materiales que habían quedado, sino que los dejó en el tesoro del templo para casos de necesidad.

2. Pero el Arca merecía ser introducida con toda solemnidad; y así se hizo. Todos los demás utensilios se habían hecho nuevos y más amplios o más numerosos, en proporción a las medidas del templo; pero el Arca, con el propiciatorio y los querubines, era la misma, porque la presencia y la gracia de Dios es la misma en pequeñas congregaciones como en grandes asambleas. Donde dos o tres están reunidos en nombre de Cristo, allí está Él tan presente como donde hay 2.000 o 3.000 reunidos.

3. El Arca entró escoltada por un gran número de los ancianos y de los jefes de Israel, que vinieron para asistir a la solemnidad (vv. 2–4). Fue llevada a hombros de los sacerdotes (v. 7), introducida en el Lugar Santísimo y colocada bajo las alas de los grandes querubines que había puesto allí Salomón (vv. 7,

8). La frase *«y allí están hasta hoy»,* del versículo 9, no se refiere a la fecha en que se escribió el libro de *Crónicas,* sino la fecha en que se inscribió en el documento, anterior al año 587 a. de C., del que se extrajo la noticia para registrarla ahora. El Arca era tipo de Cristo y, como tal, señal de la presencia de Dios. El templo mismo, al marcharse de él Cristo, fue un lugar desolado (Mt. 23:38). Con el Arca introdujeron también *el tabernáculo de reunión y todos los utensilios del santuario que estaban en el tabernáculo* (v. 5).

4. Todo esto se llevó a cabo con gran regocijo. Observaron fiesta solemne en esta ocasión (v. 3), y *sacrificaron ovejas y bueyes en número incalculable* (v. 6). Cuando Cristo es formado en una persona, la ley queda escrita en el corazón, y el Arca de Dios se establece allí de forma que la persona se convierte en templo del Espíritu Santo, con lo que aquel corazón queda verdaderamente satisfecho y gozoso.

Versículos 11–14

Salomón y los ancianos y jefes de Israel habían hecho lo que pudieron para solemnizar la traída e introducción del Arca; pero Dios le prestó el mayor honor posible al manifestar que aceptaba lo que habían hecho. La nube de gloria que llenó la casa de Dios (v. 14) la embelleció más que todo el oro con que estaba cubierta; pero, aun así, esta gloria no tuvo comparación con la gloria de la dispensación del Evangelio (2 Co. 3:8–10).

I. Cómo tomó Dios posesión del templo: *«Lo llenó de una nube»* (v. 13). 1. Con esto mostraba que aceptaba este templo del mismo modo que había aceptado el tabernáculo de Moisés (Éx. 40:34). 2. Con esto tenía en consideración la debilidad de aquellos a quienes se manifestaba pues no habrían podido soportar el brillo de la luz divina (1 Ti. 6:16). Así también Jesucristo fue revelando a sus discípulos las cosas de Dios de forma que pudiesen entenderlas, y en parábolas, como si envolviese las cosas de Dios en una nube.

II. Cuándo tomó posesión de él. 1. *Cuando los sacerdotes salieron del santuario* (v. 11). Ésta es la forma de dar posesión. Todos tienen que salir, para que el legítimo dueño pueda entrar. ¿Queremos que habite Dios en nuestro corazón? Hemos de dejarle sitio; todo lo demás ha de quedarle sometido, si es bueno, o expulsado, si no puede convivir con Dios. 2. Cuando los músicos y cantores alababan a Dios, entonces llenó la nube la casa. Esto es muy de notar; no fue *al ofrecer sacrificios* a Dios sino al *cantarle alabanzas* cuando la nube llenó la casa, porque el sacrificio de alabanza (He. 13:15) agrada a Dios más que el de un buey o un becerro (Sal. 69:31). Donde hay avenencia con Dios, hay bendición de Dios. La bondad de Dios es su gloria, y por eso se agrada Dios cuando le damos la gloria que se merece su bondad.

III. Cuál fue el resultado. *«No podían los sacerdotes estar allí para ministrar, por causa de la nube»* (v. 14). *El Verbo se hizo carne* (Jn. 1:14); y cuando venga a su templo *como fuego purificador, ¿quién podrá soportar el día de su venida?, o ¿quién podrá estar en pie cuando Él se manifieste?* (Mal. 3:1, 2).

CAPÍTULO 6

Ya que hubo llenado la gloria de Dios, por medio de la nube, el templo, Salomón aprovecha inmediatamente la ocasión y se dirige a Dios. I. Hace una solemne declaración de su intención al edificar esta casa, para satisfacción del pueblo y honor de Dios y bendice al pueblo y a Dios (vv. 1–11). II. Dirige a Dios una solemne oración para que se digne aceptar benévolamente y responder convenientemente todas las oraciones que se le hagan en esta casa (vv. 12–42). Todo este capítulo aparece, con ligeras variantes, en 1 Reyes 8:12–53, al que hará bien el lector en volver su mirada.

Versículos 1–11

En todas nuestras devociones, es de gran importancia, que nuestra intención sea recta («el ojo sencillo» de Mt. 6:22). Si Salomón hubiese construido el templo por orgullo, no le habría resultado de

provecho, pero: 1. Lo construyó para la gloria y el honor de Dios; éste fue su motivo principal, su último fin. Lo edificó *al nombre de Jehová Dios de Israel* (v. 10), *como morada para Dios* (v. 2). Lo hizo en cumplimiento de la elección que Dios se había complacido en hacer de Jerusalén, a fin de que fuese la ciudad en que estuviese su nombre (v. 6): *A Jerusalén he elegido para que en ella esté mi nombre.* 3. Lo hizo al cumplir las buenas intenciones de su padre, quien no había tenido la oportunidad de llevarlas a la práctica (v. 7): *David mi padre tuvo en su corazón edificar casa al nombre de Jehová Dios de Israel.* Dios había aprobado su intención aunque no le permitió edificarlo (v. 8). Así pasa con frecuencia con la obra de Dios: uno siembra y otro siega (Jn. 4:37, 38). No todas las obras bellas son originales. 4. Lo hizo, en fin en cumplimiento de la palabra que Dios había dicho: *«Tu hijo … él edificará casa a mi nombre. Y Jehová ha cumplido su palabra»* (vv. 9, 10).

Versículos 12–41

En los versículos precedentes Salomón había firmado y sellado, por decirlo así, el documento de dedicación, por el cual el templo quedaba destinado al honor y servicio de Dios. Ahora profiere la oración de consagración, por la que fue hecho tipo de Cristo, el gran Mediador, mediante el cual hemos de ofrecer todas nuestras oraciones.

I. Vemos expresadas varias verdades doctrinales. 1. El Dios de Israel es un Ser de incomparable perfección. No podemos describirlo; pero sabemos que no *hay semejante a Él en el cielo ni en la tierra* (v. 14). 2. Que es fiel a toda palabra que dice, y todos los que le sirven sinceramente hallarán, sin duda, que es fiel y amoroso. 3. Que es infinito e inmenso, al que los cielos y los cielos de los cielos (los más altos cielos) no pueden contener, y a cuya felicidad nada podemos añadir por mucho que podamos hacer en servicio suyo (v. 18). Así como rebasa todas las fronteras del Universo, también supera infinitamente las alabanzas de todas las criaturas inteligentes. 4. Que *sólo Él conoce el corazón de los hijos de los hombres* (v. 30). Todos los pensamientos, intenciones, sentimientos, etc., están abiertos y desnudos delante de Él; nada podemos esconderle a Dios, quien no sólo conoce lo que hay en el corazón, sino que conoce el corazón mismo y todas sus palpitaciones. 5. Que en esta vida no puede hallarse tal cosa como una perfección absoluta (v. 36).

II. Hay aquí también algunas suposiciones o hipótesis. 1. Supone Salomón que, si surgen dudas y controversias entre un hombre y otro, ambas partes estarán de acuerdo en apelar a Dios y exigir juramento a la persona cuyo testimonio tenga que zanjar la disputa (v. 22). 2. Supone también, aun cuando Israel disfrutaba entonces de profunda paz y tranquilidad, que vendrían tiempos de calamidad y que quienes no habían invocado a Dios en otras circunstancias, le buscarán con afán y prontitud en su tribulación. A quienes se hayan apartado de Dios, la tribulación los devolverá a Él (vv. 24, 26, 28). 3. Supone que habían de venir de tierras lejanas extranjeros para adorar al Dios de Israel y prestarle homenaje.

III. Finalmente, hay peticiones. 1. Que Dios reconozca por suya esta casa (v. 20). 2. Que Dios oiga y acepte las oraciones que se hagan en ella o en dirección a ella (v. 21). Oró para que Dios oyera desde su morada celestial que es la verdadera morada de Dios, de la que ha de venir su socorro. *«Que oigas y perdones»* (v. 21). El perdón de los pecados es la llave que abre la puerta a todas las demás respuestas a nuestras oraciones. 3. Que la justicia divina actúe con toda equidad ante todas las apelaciones que a ella se hagan aquí (vv. 23, 30). 4. Que Dios tenga misericordia de su pueblo cuando ellos se arrepientan y le busquen (vv. 25, 27, 38, 39). 5. Que acoja bien a los extranjeros que vengan a esta casa y conteste a sus oraciones (v. 33). 6. Que defienda siempre la causa de su pueblo Israel contra todos sus enemigos: *«Ampara su causa»* (vv. 35, 39). 7. Termina su oración con algunas expresiones que había aprendido de su buen padre, inscritas en los Salmos. No se mencionaron en 1 Reyes, pero las tenemos aquí (vv. 41, 42). Ora: (A) Para que Dios se digne tomar posesión del templo y que haga de él su morada; «Tú y el Arca de tu poder» (v. 41), pues ¿de qué serviría el Arca sin el Dios del Arca, las ordenanzas de Dios sin el Dios de las ordenanzas? (B) Que se digne hacer de los ministros del templo una gran bendición para el pueblo: *Sean vestidos de salvación tus sacerdotes»,* es decir, de santidad, como se ve por el Salmo 132:9, 16), de donde toma Salomón estas frases (aunque la palabra *«justicia»* del Salmo 132:9 significa las vestiduras de gala, es decir, las ordenadas por Dios mismo. Nota del traductor). (C) Que el servicio del templo llene de gozo al pueblo de Dios.

CAPÍTULO 7

Respuesta de Dios a la oración de Salomón. I. En público, por medio del fuego que consumió los sacrificios (v. 1), lo que impresionó mucho a sacerdotes y pueblo (vv. 2, 3). Con está señal de la aceptación de Dios se animaron grandemente a continuar durante catorce días la solemnidad de la fiesta, y Salomón se animó a seguir adelante con todos sus planes para el honor de Dios (vv. 4–11). II. En privado, durante un sueño o una visión en la noche (vv. 12–22). La mayor parte de estas cosas las vimos ya en 1 Reyes capítulos 8 y 9.

Versículos 1–11

I. La bondadosa respuesta que concedió Dios inmediatamente a la oración de Salomón (v. 1): «*Descendió fuego de los cielos y consumió el holocausto y las víctimas*». De este modo había testificado Dios su aceptación de Moisés (Lv. 9:24), de Gedeón (Jue. 6:21), de David (1 Cr. 21:26); y, en general, aceptar el holocausto es, en la fraseología hebrea, convertirlo en cenizas (Sal. 20:3). Apliquemos esto: 1. A los padecimientos de Cristo. Cuando plugo a Dios quebrantarlo, y lo sometió al padecimiento, en eso mismo mostró su buena voluntad hacia los hombres, al cargar sobre Él la iniquidad de todos nosotros (Is. 53:6, 10). Su muerte fue nuestra vida; y Él fue hecho maldición (Gá. 3:13) y pecado (2 Co. 5:21) para que nosotros heredásemos bendición y justicia. 2. A la santificación del Espíritu quien desciende como fuego, y consume nuestra corrupción y nuestras escorias esas bestias que deben ser sacrificadas, si no hemos de darnos por perdidos; y que enciende en nuestro espíritu un fuego santo de piadosos sentimientos y afectos, fuego que ha de arder de continuo en el altar de nuestro corazón.

II. La gratitud mostrada a Dios por esta señal de su favor.

1. El pueblo adoró y alabó a Jehová (v. 3): *Se postraron sobre sus rostros en el pavimento y adoraron y alabaron a Jehová,* con lo que expresaron así su tremendo pavor ante la majestad divina, su gozosa sumisión a la autoridad de Dios y el sentimiento que tenían de su propia indignidad para acercarse a la presencia de Dios. Incluso cuando descendió del cielo el fuego de Jehová, le alabaron diciendo: *Él es bueno, y su misericordia es para siempre».* Este es un cántico que nunca se pasa de moda, y por el que nuestro corazón y nuestra lengua nunca deberían estar fuera de tono.

2. El rey y todo el pueblo ofrecieron sacrificios en abundancia (vv. 4, 5). Y los sacerdotes cumplieron también con su función, así como los cantores y músicos con la suya (v. 6) con los instrumentos que había hecho David y, sin duda, con el cántico que David había entregado a Asaf (comp. con 1 Cr. 16:34).

3. Toda la congregación expresó el mayor gozo y la mayor satisfacción imaginables. Observaron durante siete días la fiesta de la dedicación del altar (desde el segundo hasta el noveno); el décimo día era el Día de la Expiación, cuando tenían que afligir su alma por el pecado, lo cual no estaba fuera de sazón en medio de su regocijo; el día quince comenzaron la fiesta de los Tabernáculos, la que continuó hasta el veintidós, y no se separaron hasta el veintitrés.

Versículos 12–22

Dios se apareció a Salomón de noche, como lo había hecho otra vez (1:7), y, como entonces, también después de un día de ofrecer sacrificios, y le dio una respuesta especial a su oración. Su contenido lo vimos ya en 1 Reyes 9:2–9.

1. Le prometió reconocer esta casa como *casa de sacrificio* (v. 12) y *de oración* (Is. 56:7), *para que estuviese en ella su nombre para siempre* (v. 16).

2. Le prometió responder las oraciones de su pueblo siempre que viniesen a elevarlas en este lugar (vv. 13–15). (A) Se supone que ha de haber tiempos de hambre en el país, y, probablemente, guerra, si por *langostas que consuman la tierra* se dan a entender enemigos que consumen y devastan como las langostas (v. Jl. 1:4–7; 2:25). (B) Del pueblo se espera y exige arrepentimiento, oración y reforma de vida (v. 14). (C) Bajo esa condición, se promete misericordia al país; Dios perdonará el pecado que atrajo sobre ellos la calamidad, y sanará la tierra, que había sido devastada. La gracia del perdón prepara el camino para la gracia de la curación (Sal. 103:3; Mt. 9:2).

3. Prometió perpetuar el trono de Salomón, a condición de que él persevere en el cumplimiento de su deber (vv. 17, 18). Pero pone delante de él la muerte y la vida, la maldición y la bendición. (A) Da como posible que, aunque ha edificado este templo para honrar a Dios, se aparten para adorar a otros dioses (v. 19). (B) Les amenaza de cierto que, si lo hacen, de seguro verán la ruina tanto el trono como el altar.

CAPÍTULO 8

En este capítulo se nos dice: I. Qué ciudades edificó Salomón (vv. 1–6). II. Qué obreros empleó (vv. 7–10). III. Qué interés puso en acomodar bien a su mujer (v. 11). IV. Qué buenas normas estableció para el servicio del templo (vv. 12–16). V. Qué comercio hizo con los países extranjeros (vv. 17, 18). Un relato similar en 1 Reyes 9:10–24.

Versículos 1–11

1. Aunque Salomón era muy sabio y erudito, no pasó sus días en la especulación, sino en la acción: construyó ciudades y las fortificó.

2. Empleó para ello a mucha gente. Habían quedado en el país muchos antiguos habitantes de Canaán, se les permitió permanecer en el país, pero no para que fuesen holgazanes.

3. Una vez que Salomón llevó a cabo con toda diligencia la obra de la construcción del templo, prosperó en todas sus empresas *y edificó todo lo que quiso* (v. 6). Sabía poner límite a sus deseos; llevó a cabo lo que deseaba, y ya no deseó más.

4. La razón por la que Salomón edificó un palacio especial para su mujer fue porque no resultaba apropiado que ella *morara en la casa de David*, pues allí había estado el Arca; eran *habitaciones sagradas*, y la reina era egipcia; es probable que fuese prosélita de la religión judía, pero es muy problemático que lo fuese su servidumbre, y en este caso habría ídolos de Egipto en las habitaciones. Su matrimonio con una princesa egipcia pudo ser una medida política de prudencia, y el texto sagrado no le reprende por esto; especialmente, al tener cuidado de que no quedasen profanadas aquellas habitaciones donde había morado el Arca de Dios y donde el dulce cantor de Israel había entonado sus salmos y había elevado sus oraciones.

Versículos 12–18

1. Devoción de Salomón. La construcción del templo estaba destinada al servicio del templo. Por muy suntuosa que hubiese resultado la estructura del edificio, si hubiese descuidado la adoración que allí se había de ofrecer a Dios, todo habría carecido de propósito. Tras edificar el templo, Salomón: (A) Hizo que continuasen ofreciéndose los sacrificios que prescribía la Ley de Moisés (vv. 12, 13). Nosotros hemos de ofrecer ahora sacrificios espirituales cada día, y bueno será que destinemos un espacio de tiempo conveniente para nuestras devociones personales y familiares. (B) También hizo que continuasen los demás servicios del templo (el canto, entre ellos—«para *que alabasen …*»—), *porque así lo había mandado David varón de Dios* (v. 14), llamado así, como Moisés, porque había sido instruido y autorizado por Dios para establecer estas normas. El rey puso interés en que se llevase a cabo *cada cosa en su día* (v. 14), y ellos *no se apartaron del mandamiento del rey* (v. 15). Es notable que, luego que todo el servicio del templo fue puesto en buen orden, leemos que *«así la casa de Jehová fue acabada totalmente»* (v. 16). Fue entonces cuando quedó «perfecta».

2. Comercio de Salomón. Visitó personalmente las ciudades portuarias de Elot y Esyón-Guéber. Canaán era un país rico y fértil pero tenían que comprar oro de Ofir; los israelitas eran un pueblo inteligente, pero dependían de Tiro en cuanto a *marineros diestros en el mar* (v. 18). Y eso que Canaán era tierra de Dios, e Israel era heredad de Dios. Esto nos enseña que la mayor riqueza es la gracia, no el oro, y que la mejor erudición es la instrucción en la ley de Dios.

CAPÍTULO 9

Salomón aparece todavía grande a los ojos de sus súbditos y de los extranjeros (v. 1 R. 10). Su apostasía posterior, de la que sabemos por 1 Reyes 11, es omitida aquí, con lo que este capítulo le lleva al sepulcro sin empañar su reputación. I. La visita que le hizo la reina de Sebá (vv. 1–12). II. Riquezas y esplendor de la corte de Salomón (vv. 13–28). III. Conclusión de su reinado (vv. 29–31).

Versículos 1–12

Esta porción de historia ha sido considerada en detalle en 1 Reyes. Nuestro Salvador la propuso (Mt. 12:42) como un ejemplo que nos ha de servir para poner todo nuestro interés en Cristo.

1. *Dios honra a los que le honran* (1 S. 2:30). Salomón había honrado grandemente a Dios en la edificación, el embellecimiento y la dedicación del templo; usó toda su sabiduría y sus riquezas para que saliese una obra consumada y perfecta. Ahora Dios hace que la sabiduría y las riquezas de Salomón redunden grandemente en su reputación.

2. Quienes conocen el valor de la sabiduría no escatiman dinero ni fatigas por obtenerla. La reina de Sebá se expuso a los peligros, la fatiga y las expensas de un largo viaje por oír la sabiduría de Salomón; pero, al aprender de él a servir a Dios y a cumplir con su deber se vio cumplidamente retribuida por todos sus esfuerzos. La sabiduría del Cielo es *la perla de gran valor* por cuya adquisición vale la pena desprenderse de todo lo demás, pues resulta un buen negocio.

3. Según el don que cada uno ha recibido debería usarlo para provecho y edificación de los demás siempre que haya oportunidad. Vemos que Salomón era comunicativo y dispuesto a enseñar a otros lo que él sabía. La reina de Sebá quedó muy impresionada al ver el porte con que los criados de Salomón le servían, y la forma en que tanto él como sus sirvientes asistían a la casa de Jehová.

4. Son dichosos los que tienen la oportunidad de conversar con mucha frecuencia con personas sabias y buenas. La reina de Sebá tuvo por dichosos a los siervos de Salomón, quienes continuamente *oían su sabiduría* (v. 7). Es de notar que los descendientes de quienes ocupaban entonces sitios en la corte, se tuvieron por muy distinguidos y honrados al ser mencionados como *hijos de los siervos de Salomón* (Esd. 2:55; Neh. 7:57). Bien cae a los sabios y ricos ser generosos conforme al puesto que ocupan y al poder que ostentan. Así lo fue la reina de Sebá para Salomón, y así lo fue Salomón para ella (vv. 9, 12). Ambos apreciaban la sabiduría y, por consiguiente, ninguno de los dos codiciaba el dinero, sino que cultivaron por medio de ricos presentes la amistad que habían contraído.

Versículos 13–30

I. Salomón reina en riquezas y poder, con abundancia y comodidad, tal como difícilmente habrá podido jamás disfrutar un rey. Los más ilustres alcanzaron fama en la guerra, mientras que Salomón reinó cuarenta años en la más tranquila paz. Algunos que podrían rivalizar con Salomón en majestad y pompa, trataban de mantener su prestigio y mantenían a sus súbditos a gran distancia; pero Salomón viajó mucho y no tuvo empacho en aparecer frecuentemente en público. Se cumplió la promesa de que Dios le daría *riquezas, bienes y gloria como nunca habían tenido los reyes que fueron antes de él, ni habían de tener los que viniesen después de él* (1:12).

1. Nunca apareció ningún rey en público con tanto esplendor como apareció Salomón, lo cual habría de darle enorme prestigio entre los que juzgan por lo que ven, como pasa con la mayoría de los hombres. Tenía doscientos paveses y trescientos escudos de oro batido, para ser llevados delante de él (vv. 15, 16) y se sentaba en el trono más suntuoso que puede imaginarse (vv. 17–19): *«Jamás fue hecho trono semejante en reino alguno»*.

2. Nunca jamás tuvo ningún rey o príncipe tanta cantidad de oro y plata, aunque no había en su reino minas de oro ni de plata.

3. Nunca hubo príncipe alguno a quien llevasen todos sus vecinos tantos presentes como los que llevaban a Salomón: *«Todos los reyes de Arabia y los gobernadores de la tierra traían oro y plata a Salomón»* (v. 14), no como tributo que él les exigiese, sino como regalos por los sabios consejos que de él

podían escuchar (v. 23). En esto fue tipo de Cristo, a quien, apenas recién nacido, los magos del oriente trajeron presentes, *oro, incienso y mirra* (Mt. 2:11).

4. Nunca jamás hubo un príncipe tan renombrado por su sabiduría, tan cortejado, tan consultado ni tan admirado como él (v. 23).

II. Después tenemos a Salomón que muere, despojado de toda su pompa y deja toda su riqueza y todo su poder, no a uno del que no sabía *si sería sabio o necio* (Ec. 2:19), sino a quien sabía que era un insensato. En cuanto a su apostasía, no es mencionada aquí. M. Henry (nota del traductor) opina que este silencio de Crónicas se debe a que se arrepintió y fue perdonado su pecado como si nunca hubiese existido. «Me inclino a creer—dice—que este silencio acerca del pecado de Salomón es una insinuación de que ninguno de los pecados que cometió fueron mencionados contra él (Ez. 33:16). Cuando Dios perdona el pecado, *se lo echa a la espalda y ya no se acuerda más de él».* Rodríguez Molero tiene otra explicación más probable de este silencio: «La idealización de Salomón, completa ya en tiempo del Cronista, le obliga a suprimir todos los hechos sombríos que empañaron sus últimos años» (1 R. 11:1–39).

CAPÍTULO 10

Este capítulo es una copia, casi al pie de la letra, de 1 Reyes 12:1–19. La defección de Salomón con respecto a Dios no se repite en Crónicas, pero la defección de las diez tribus de la casa de Salomón sí que se menciona aquí, donde vemos: I. Cuán insensatamente las trató Roboam (vv. 1, 5–14). II. Cuán malvado fue el pueblo al quejarse de Salomón (vv. 2–4) y abandonar a Roboam (vv. 16–19). III. Cuán justo y recto fue Dios en todo esto (v. 15). Su designio se cumplió con esta revuelta.

Versículos 1–11

1. El hombre más sabio y mejor del mundo no puede dar gusto a todos. Salomón enriqueció e hizo prosperar su reino, hizo cuanto pudo por la felicidad de sus súbditos, pero fue indiscreto en la imposición de tasas y contribuciones. No hay nadie sabio del todo. Es probable que la indiscreción hiciese presa a Salomón cuando él se apartó de Dios, y Dios le abandonó de forma que comenzó a actuar de esta forma tan poco discreta. Quizá la sobreabundancia de mujeres que tuvo acabó con las muchas riquezas que poseía, y fue entonces cuando, para conservar su prestigio, su lujuria y su idolatría, sobrecargó a sus súbditos.

2. Por otra parte, los hombres de ánimo turbulento e ingrato hallan siempre faltas en el gobierno y se quejan de injusticias imaginarias. ¿No habían tenido paz en tiempo de Salomón? Nunca habían sido presa de bandoleros o merodeadores como antiguamente, nunca fueron atemorizados con rumores de guerra ni obligados a jugarse la vida en el campo de batalla. ¿No habían tenido abundancia de alimento y de dinero? Con todo, se quejan de que Salomón les había impuesto un *pesado yugo* y una *dura servidumbre* (v. 4).

3. Vemos también la forma en que muchos se arruinan a sí mismos al atropellar y provocar a sus inferiores. Roboam pensó que, por ser rey, tenía autoridad para hacer lo que quisiera y ejercer el dominio como su padre. Es cierto que llevaba la corona de su padre, pero le faltaba el cerebro de su padre. Un hombre tan sabio como Salomón podía hacer lo que quisiera, pero un insensato como Roboam podía hacer sólo lo que estuviese a su alcance. Roboam pagó muy cara la arrogancia de sus amenazas. La consideración hacia los súbditos, la comprensión de sus problemas y la disposición a facilitarles las soluciones son el apoyo, el consuelo y la alabanza de toda autoridad, tanto en el Estado como en la iglesia y en la familia.

4. Los consejeros de moderación son, de ordinario, los más prudentes y los mejores. La amabilidad puede hacer lo que no consigue la violencia. Éste es el método que le sugerían a Roboam los consejeros veteranos y experimentados (v. 7): *«Si te conduces humanamente con este pueblo, y les agradas y les hablas buenas palabras ellos te servirán siempre».* Las buenas palabras no cuestan sino un poco de negación de sí mismo y pueden comprar cosas muy valiosas.

Versículos 12–19

1. Cuando el malestar comienza a fermentar en un país, las medidas violentas no hacen otra cosa que empeorar la situación. Las respuestas ásperas (como las que dio aquí Roboam) sólo sirven para exasperar la ira y añadir combustible al fuego.

2. Cualesquiera sean los planes y designios de los hombres, Dios hace siempre su obra en todas las cosas y cumple su palabra, de la cual no ha de caer al suelo *ni una jota ni una tilde* (Mt. 5:18).

3. Las riquezas, el honor y el dominio materiales son cosas inseguras. *Salomón reinó sobre todo Israel,* y habríamos de pensar que aseguraría suficientemente el dominio de todo el país, por muchos años, a su descendencia; sin embargo, escasamente se había enfriado en su tumba antes de que diez de las doce tribus se sublevasen contra su hijo, y todos los buenos servicios que había prestado a Israel habían quedado sepultados con él en el olvido.

4. Dios visita con frecuencia en los hijos las maldades de los padres. Salomón abandona a Dios y, en consecuencia, su hijo es abandonado por la mayor parte de su pueblo. Así es cómo Dios, al hacer que perduren notoriamente las consecuencias penales del pecado después de la muerte del pecador, nos muestra la malignidad del pecado y nos insinúa que su castigo puede ser perpetuo. Quien peca contra Dios, no sólo se perjudica a sí mismo, sino también a su descendencia, quizá mucho más de lo que él se piensa.

5. Cuando Dios cumple sus amenazas, también se preocupa de que, al mismo tiempo, sus promesas no caigan al suelo. Cuando es recordada la maldad de Salomón y por ella pierde su hijo diez tribus, no es olvidada la piedad de David ni la promesa que Dios le había hecho, y en atención a ello le son preservadas dos tribus a su nieto.

CAPÍTULO 11

I. Intento de Roboam de recuperar las diez tribus perdidas, y la cesación de tal intento en obediencia al mandato de Dios (vv. 1–4). II. Sus esfuerzos exitosos para conservar las dos tribus que le quedaban (vv. 5–12). III. La adhesión que le prestaron los sacerdotes y levitas (vv. 13–17). IV. Informe acerca de sus mujeres e hijos (vv. 18–23).

Versículos 1–12

Ya vimos en el capítulo anterior la rebelión de las diez tribus contra la casa de David. Anteriormente, ya habían estado temporalmente desvinculadas de esa familia (2 S. 20:1, 2), y ahora se separaron completamente de ella, al no tener en cuenta la debilidad que tal actitud había de acarrear al interés común. Pero así es como debía tener su correctivo el *reino,* lo mismo que la *casa* de David.

1. Roboam se atreve finalmente a reunir un ejército con el fin de someter a los sublevados (v. 1). Judá y Benjamín estaban dispuestos a prestarle la mejor ayuda que podían para que recuperase sus derechos. Judá era su propia tribu y le reconoció algunos años antes de que lo hicieran las demás tribus; Benjamín era la tribu sobre cuyo territorio se asentaba, en su mayor parte, la ciudad de Jerusalén.

2. Todavía era lo suficientemente concienzudo para obedecer a Dios, cuando le prohibió seguir adelante con su plan y dejó que se separasen de él dichas tribus, ya fuese por respeto a la autoridad divina o por temor de que las cosas le salieran mal si contravenía el mandamiento de Dios (v. 4): Y *ellos oyeron la palabra de Jehová y se volvieron;* aunque parecía que se rebajaban y se exponían a la burla de sus vecinos, al mandarlo Dios, depusieron las armas.

3. Como hombre de alguna discreción, fortificó su país. Ahora prestó oído a sus veteranos y experimentados consejeros, quienes le aconsejaron someterse a la voluntad de Dios en cuanto a lo que se había perdido y esforzarse por retener lo que había quedado. Fue probablemente por el consejo de ellos por lo que: (A) fortificó las fronteras y las ciudades más importantes de su reino. (B) Las proveyó de abundantes víveres y armas (vv. 11, 12). Por haberle prohibido Dios atacar, se preparó prudentemente contra cualquier ataque. Quienes no puedan ser conquistadores, quizá podrán ser edificadores.

Versículos 13–23

I. Roboam se ve fortalecido por los sacerdotes y levitas, así como por los más devotos israelitas.

1. Jeroboam había instituido una forma de adoración que les obligaba a estar retirados del altar que él había erigido y por otra parte, no les permitía subir a Jerusalén para adorar en el altar de la ciudad santa. Así que *les prohibió ejercer el ministerio de Jehová* (v. 14). De esta manera podía dejar sitio para los serviles y escandalosos hombres a quienes *instituyó como sacerdotes suyos* (v. 15), para que oficiasen en *los lugares altos* (comp. 1 R. 12:31).

2. Consiguientemente, ellos *dejaron sus ejidos y sus posesiones* (v. 14). Fueron expulsados de sus ciudades, excepto de las de Judá y Benjamín. Pero, ¿por qué dejaron sus posesiones? (A) Porque vieron que no podían hacer ningún bien entre sus vecinos, en los que revivió su antigua inclinación a la idolatría, ahora que Jeroboam había erigido sus becerros de oro. (B) Porque ellos mismos habrían de estar expuestos continuamente a la tentación. (C) Porque tenían razón para temer que Jeroboam y sus descendientes les persiguiesen.

3. *Venían a Judá y a Jerusalén* (v. 14) y se juntaban a Roboam (v. 13). (A) Fue una bendición el que, al arrojarlos Jeroboam, hubiese quienes les prestasen generosa acogida. (B) Era evidencia de que amaban más su ministerio que su manutención, pues al *dejar sus ejidos* por impedírseles servir a Dios allí, se echaban en brazos de la divina Providencia y de la caridad de sus hermanos. Es mejor vivir de limosna o morir en una cárcel, con buena conciencia, que nadar en riquezas y placeres con una conciencia prostituida. (C) Roboam y su gente les dieron la bienvenida. Los refugiados concienzudos llevan consigo bendiciones a los países que les acogen, así como dejan tras sí una maldición a los que les expulsan.

4. Cuando los sacerdotes y levitas vinieron a Jerusalén, todos los piadosos israelitas de todas las tribus les siguieron (v. 16). *Y así fortalecieron el reino de Judá* (v. 17) con su piedad y sus oraciones (v. Zac. 12:5). Este fortalecimiento duró *tres años, porque tres años anduvieron en el camino de David y de Salomón* (se entiende, antes de la apostasía de éste, cosa que calla el autor de *Crónicas).* Pero cuando abandonaron el buen camino, los mejores amigos que tenían fueron incapaces de seguir fortaleciéndoles.

II. Roboam se debilitó al entregarse a excesivos placeres: Tomó muchas mujeres (v. 21) y *procuró muchas mujeres* para sus hijos (v. 23), aunque en esto: 1. Fue más prudente que su padre pues no tomó mujeres extranjeras. Las mujeres que aquí se mencionan por su nombre eran todas de la familia de David. 2. Fue más feliz que su padre, pues tuvo muchos hijos e hijas, mientras que de su padre sólo se menciona un hijo. Algunos de los hijos de Roboam que aquí se mencionan (vv. 19, 20) fueron personas importantes y activas, por lo que *sagazmente los esparció por todas las tierras de Judá y de Benjamín* (v. 23); de este modo, de paso, evitaba que se peleasen entre sí, como ocurrió a los hijos de David. Al estar distribuidos también *por todas las ciudades fortificadas,* su padre podía confiar en que preservarían eficazmente la paz del reino y estarían prontos a resistir, en nombre y autoridad del rey, a cualquier invasión.

CAPÍTULO 12

Un informe del reinado de Roboam, más detallado aquí que en 1 Reyes. I. Roboam y su pueblo abandonan la Ley de Dios (v. 1). II. Dios entonces los pone en manos de Sisac rey de Egipto (vv. 2–4). III. Y les envía un profeta que les declare el juicio de Dios y les exhorte al arrepentimiento (v. 5). IV. Ellos se humillan (v. 6). V. Entonces Dios retira su enojo (vv. 7, 12), pero les deja bajo las señales de su desagrado (vv. 8–11). VI. Resumen del carácter del reinado de Roboam, y su conclusión (vv. 13–16).

Versículos 1–12

Israel había quedado muy debilitado al dividirse en dos reinos. Con todo, si el reino de Judá, al tener el templo y la ciudad regia, hubiese continuado en el cumplimiento de su deber, podría haber prosperado.

I. Roboam y su pueblo abandonaron a Dios (v. 1). Anduvo por algún tiempo (11:17) en el buen camino de David y de Salomón, pero se fue volviendo remiso en el culto de Dios. Mientras temió que su

reino se tambalease, cumplió con su deber a fin de que Dios le fuese propicio; pero cuando pensó que su trono estaba consolidado, creyó que ya no necesitaba más religión y podía dispensarse de ella.

II. Dios atrajo rápidamente sobre ellos calamidad, a fin de que se arrepintieran antes de que se les endureciera el corazón. Fue el año cuarto de Roboam cuando comenzaron a corromperse, y en el quinto año subió el rey de Egipto contra ellos con un gran ejército (vv. 2, 3), *tomó las ciudades fortificadas de Judá y llegó hasta Jerusalén* (v. 4). Al caer sobre ellos esta calamidad tan pronto como abandonaron el culto de Dios, y venirles mediante una mano de la que tenían muy pocos motivos para sospechar (después de tanto, y tan amistoso, comercio con Egipto durante el anterior reinado), era clara evidencia de que esto provenía de Jehová por haber pecado contra Él.

III. Por si no entendían bien el significado de esta providencia, Dios les declara abiertamente el motivo de su ira (v. 5). Al estar los principales de Judá convocados en un consejo de guerra, les envió un profeta, el mismo que les había prohibido, de parte de Dios, luchar contra los sublevados de las diez tribus (11:2). Semaías, que así se llamaba el profeta, les dijo claramente que la razón por la que Sisac prevalecía contra ellos era por haber dejado ellos a Dios.

IV. Ante los reproches conjuntos de la vara y de la palabra, el rey y los príncipes se humillaron delante de Dios por su iniquidad y, con toda paciencia, aceptaron el castigo, al decir: *Justo es Jehová* (v. 6).

V. Ante esta profesión de arrepentimiento, Dios les salvó de la ruina, pero les dejó bajo el temor del juicio divino, a fin de impedir que volvieran a prevaricar.

1. Ya que Sisac tenía un ejército tan numeroso y victorioso, ¿qué otra cosa podía esperarse, sino que todo el país, incluida Jerusalén, cayese en sus manos? Pero cuando Dios dice: «Hasta aquí has llegado y ya no pasarás», las fuerzas más poderosas y victoriosas se tambalean extrañamente y se tornan impotentes. Al ángel exterminador se le prohíbe una vez más destruir Jerusalén: *«No se derramará mi ira contra Jerusalén»* (v. 7; comp. v. 12). ¡Tan presto está el Dios de misericordia a mostrar misericordia tan pronto como se presenta la ocasión!

2. Les otorgó liberación, no completa, sino parcial. Su reforma fue parcial y transitoria, ya que volvieron pronto a apostatar; y al ser parcial su reforma, también fue parcial su liberación. Con todo, se nos dice que *en Judá las cosas fueron bien* (v. 12). (A) Con respecto a la piedad, las cosas iban bien, pues tenían buenos ministros de Dios, buena gente y buenas familias. (B) Con respecto a la prosperidad. En Judá, las cosas fueron mal cuando fueron tomadas las ciudades fortificadas (v. 4), pero cuando se arrepintieron, las cosas fueron bien.

3. Sin embargo, Dios les afligió duramente por mano de Sisac, tanto en su libertad como en su riqueza. (A) En su libertad (v. 8). *«Serán sus siervos, para que sepan lo que es servirme a mí, y qué es servir a los reinos de las naciones»*. Se quejaban, tal vez, de lo estricto de la religión judía ¡Que se busquen, pues, algo mejor! ¡Que sirvan a los reyes vecinos por algún tiempo! Cuanto más se compara el servicio de Dios con otros servicios, tanto más razonable y fácil aparece. ¿Parecen duras las normas de la templanza? Los efectos de la intemperancia serán mucho más duros. El servicio de la virtud es libertad perfecta; el servicio del pecado es esclavitud completa. (B) En su riqueza. El rey de Egipto saqueó el templo y el tesoro real, que Salomón había dejado muy llenos, pero Sisac *todo lo llevó* (v. 9). Para eso había venido.

Versículos 13–16

Conclusión del reinado de Roboam. Dos cosas especialmente son dignas de observación. 1. Que, por fin, *reinó en Jerusalén fortalecido* (v. 13) durante diecisiete años. Tenía su sede en la ciudad santa, lo cual era una circunstancia agravante de su impiedad—cerca del templo, pero lejos de Dios—. Hubo frecuentes escaramuzas entre sus súbditos y los de Jeroboam: *guerra constante* (v. 15), pero él no tuvo dificultades con sus súbditos y no abandonó la ley de Dios del todo como había hecho el año cuarto de su reinado (v. 1). 2. Que nunca acabó de estar bien consolidado en su religión (v. 14). No sirvió al Señor porque no

buscó al Señor. No oró para obtener gracia, ni siquiera sabiduría, por la que oró su padre. Si orásemos mejor, nos iría mejor en todo. Hizo lo malo porque nunca estuvo decidido del todo a hacer lo bueno.

CAPÍTULO 13

Informe, más detallado que el de 1 Reyes, del reinado de Abías el hijo de Roboam. Le vemos aquí más valiente y con mayor éxito en la guerra que el que su padre tuvo. Sólo reinó tres años, pero se hizo famoso por la victoria que consiguió contra las fuerzas de Jeroboam. I. Salen ambos ejércitos al campo de batalla (v. 3). II. Declaración de Abías sobre la justicia de su causa (vv. 4–12). III. Apuro en que se vio el ejército de Roboam por la estrategia de Jeroboam (vv. 13, 14). IV. La victoria que, no obstante, consiguieron por el poder de Dios (vv. 15–20). V. Conclusión del reinado de Abías (vv. 21, 22).

Versículos 1–12

La madre de Abías se llama aquí *Micaía hija de Uriel,* mientras que en 11:20 se llama *Maacá hija de Absalón.* El nombre es el mismo con dos variantes, cosa frecuente en la Biblia. Su padre era Uriel, casado (es lo más probable) con Tamar, la única hija de Absalón (2 S. 14:27), por lo que Micaía o Maacá era *nieta* de Absalón (caso también frecuente en la Biblia).

I. Dios permitió a Abías presentar batalla a Jeroboam y le protegió en esta guerra. Es probable que el agresor fuese Jeroboam y que Abías luchase en legítima defensa. Jeroboam reclamaba la corona de Judá, y contra esta desvergonzada pretensión se levantó en armas Abías y Dios le protegió para que castigase a Jeroboam como se merecía.

II. El ejército de Jeroboam era dos veces más numeroso que el de Abías (v. 3), pues disponía de diez tribus, mientras que Abías tenía sólo dos. Pero el menos numeroso obtuvo la victoria.

III. Antes de luchar, Roboam razonó con ellos para que desistieran de pelear contra la casa de David. Buena cosa es usar la razón antes de emplear la fuerza. Nunca hemos de precipitarnos a usar métodos violentos mientras no se haya usado antes en vano el arte de la persuasión. La guerra debe ser el último recurso. Un buen razonamiento puede hacer mucho bien e impedir mucho mal. Abías estaba ya con su ejército en el corazón del territorio enemigo, pues pronunció este discurso en el monte Efraín. Dos cosas se esfuerza Abías en hacerles ver:

1. Que tenía la razón de su parte (v. 5): *«¿No sabéis que Jehová Dios de Israel dio el reino a David sobre Israel para siempre, a él y a sus hijos?»* Lo había dado *«bajo pacto de sal»,* que es símbolo de permanencia e incorrupción (Lv. 2:13); era un pacto hecho mediante sacrificio, sobre el que siempre se ponía sal. Todo Israel había reconocido que David era el rey por elección de Dios, y que Dios había vinculado la corona a su familia, así que Jeroboam era un usurpador al hacerse con la corona de Israel. Abías muestra: (A) Que Jeroboam obró mal ya al principio, pues *se levantó y rebeló contra su señor* (v. 6), quien le había promocionado (1 R. 11:28), y se aprovechó vilmente de la debilidad de Roboam. Los que se declararon a favor de Jeroboam son llamados aquí *hombres vanos y perversos* (v. 7). (B) Que su presente intento era impío, pues al luchar contra la casa de David, luchaba contra *el reino de Jehová* (v. 8).

2. Que tenía a Dios de su parte. Insistió mucho en que la religión de Jeroboam y de su ejército era falsa e idolátrica, mientras que él y su pueblo de Judá conservaban la pureza del culto al único Dios vivo y verdadero. Por lo que sabemos de Abías (1 R. 15:3), no parece ser que él mismo fuese muy religioso, aunque aquí saca ánimos para la guerra precisamente basado en la religión de su reino. En todo caso, no parece que fuese idólatra. Por mucha que fuera la corrupción en el reino de Judá, el estado de la religión era allí mucho mejor que en el reino de Israel contra el que ahora luchaban. Abías defendía la causa de su reino y aunque él mismo no fuese tan bueno como debería haber sido, esperaba que, en atención a las buenas personas y a las buenas cosas que había en Judá Dios les daría la victoria (v. 11): *«Nosotros guardamos la ordenanza de Jehová nuestro Dios».* Es decir: «No adoramos imágenes, no tenemos

sacerdotes que Dios no haya ordenado ni ceremonias cultuales que Él no haya prescrito. Él es nuestro capitán y, por eso, podemos estar seguros de que está con nosotros pues nosotros estamos con Él (v. 12); y en el día de la batalla seremos recordados delante de Jehová nuestro Dios y salvados de nuestros enemigos». Concluye con una solemne advertencia a sus enemigos: *«No peleéis contra Jehová el Dios de vuestros padres»*.

Versículos 13–22

Jeroboam estaba resuelto a no escuchar y, por consiguiente, hizo como que no había oído. Había venido a luchar, no a discutir. Pensó que el asunto se zanjaría, no con la causa más justa, sino con la espada más fuerte.

I. Jeroboam que confiaba en su arte militar, fue vencido. Tan lejos estaba de razonar bien, que ni siquiera se puso a luchar caballerosamente. Parece ser que se fijó una tregua mientras Roboam pronunciaba su discurso, pero Jeroboam se aprovechó de esta circunstancia para, sin perder tiempo, *«tender a Judá una emboscada por la espalda»* (v. 13), contra todas las leyes de guerra.

II. Abías y los suyos, que confiaban en su Dios, salieron vencedores a pesar de la desproporción, en fuerza y número, de ambos ejércitos.

1. Se hallaron en grave aprieto, pues Judá *tenía batalla por delante y a las espaldas* (v. 14). Una causa buena puede, por algún tiempo, verse en apuros y dificultades.
2. En este apuro, amenazados por todos los lados, ¿a qué lado se habían de volver, sino hacia arriba, en busca de la liberación? Es un consuelo inefable el que ningún enemigo, ninguna estratagema, ninguna emboscada pueden cortarnos la comunicación con el Cielo; siempre está expedito el camino hacia allí. (A) *«Clamaron a Jehová»* (v. 14). (B) *Se apoyaban en Jehová el Dios de sus padres* (v. 18). La oración de fe es oración eficaz, y así es como vencemos al mundo (1 Jn. 5:4). (C) *Los sacerdotes tocaron las trompetas* (v. 14) para dar ánimos a la fe. (D) *Los de Judá gritaron con fuerza* (v. 15). Al clamor de la oración añadieron el grito de la fe, y así salieron más que vencedores.
3. La victoria fue completa (v. 15): «Así *que ellos alzaron el grito, Dios desbarató a Jeroboam y a todo Israel»*, de tal forma que huyeron con la mayor precipitación imaginable (v. 16), y los vencedores no les dieron cuartel, sino que *hicieron en ellos una gran matanza* (v. 17), pues la batalla era de Jehová, quien quiso castigar así la idolatría de Israel y reconocer como suyo al reino de Judá, la casa de David.
4. La consecuencia fue que, aunque los hijos de Israel no fueron devueltos a la casa de David, *fueron humillados* y quedaron muy débiles tras la pérdida colosal de medio millón de soldados (vv. 17, 18). Muchas ciudades fueron recuperadas y permanecieron en posesión de los reyes de Judá; especialmente, Betel (v. 19).

III. Finalmente, vencedor y vencido murieron no mucho después. 1. Jeroboam no volvió a levantar cabeza, aunque sobrevivió dos o tres años (v. 20). 2. *Abías se hizo más poderoso* (v. 21), pero murió poco después de su triunfo.

CAPÍTULO 14

En este capítulo, y en los dos siguientes tenemos la historia del reinado, bueno y largo, de Asá. I. Su piedad (vv. 1–5). II. Su política (vv. 6–8). III. Su prosperidad; en particular, la gran victoria que obtuvo contra un gran ejército de etíopes que salieron contra él (vv. 9–15).

Versículos 1–8

I. Carácter general de Asá (v. 2): *«Hizo lo bueno y lo recto ante los ojos de Jehová su Dios»*. 1. Procuró agradar a Dios y se esforzó en presentarse a Dios aprobado (2 Ti. 2:15). 2. Se sintió siempre en la presencia de Dios y eso le ayudó mucho a hacer lo bueno y lo recto.

II. La reforma que emprendió tan pronto como subió al trono. 1. Retiró y abolió la idolatría. Desde que Salomón había iniciado la idolatría en la última parte de su reinado, nada se había hecho para suprimirla. Dioses extranjeros eran adorados y tenían sus altares, imágenes y cipos; y el servicio del templo, aunque era llevado a cabo por los sacerdotes (13:10), era descuidado por gran parte del pueblo. Tan pronto como Asá tuvo el poder en sus manos, se propuso destruir todos aquellos altares idolátricos con sus imágenes (vv. 3, 5). Esperaba que, al destruir los ídolos, volverían en sí los idólatras. 2 Reavivó y estableció el culto a Dios solo y, puesto que los sacerdotes cumplían con su oficio y servían a los altares de Dios, obligó al pueblo a que cumplieran también con su deber (v. 4): *«Mandó a Judá que buscase a el Dios de sus padres, y* no a los dioses de los paganos, y *pusiese por obra la ley y sus mandamientos».* Al obrar así, *«estuvo el reino en paz bajo su reinado»* (v. 5).

III. La tranquilidad de su reino tras las constantes alarmas de guerra durante los dos reinados anteriores (v. 1): *«En sus días tuvo sosiego el país por diez años»;* no hubo guerra con el reino del norte.

La victoria de Abías había puesto el fundamento para la paz de Asá la cual era recompensa de su piedad y devoción. Aunque Abías no tenía mucha religión, preparó el camino para otro mejor que él.

IV. Ventajas que sacó de esa tranquilidad. El país disfrutaba de paz *porque Jehová le había dado paz* (v. 6).

1. Asá reconoce que la paz de que disfrutan es don de Dios, así como una recompensa por la reforma que habían emprendido (v. 7): *«Porque hemos buscado a Jehová nuestro Dios … Él nos ha dado la paz por todas partes».* Sabemos por experiencia que es bueno buscar a Dios, pues Él nos da paz.

2. Consulta a su pueblo, en la persona de sus representantes, para ver de sacar de la paz el mayor provecho posible, y sacan esta conclusión: (A) Que no han de ser perezosos, sino que han de estar ocupados. Al no tener por entonces guerra, decía (v. 7): *«Edifiquemos estas ciudades, etc.».* Cuando *«las iglesias tenían paz, eran edificadas»* (Hch. 9:31). Cuando la espada está envainada, hay que echar mano a la paleta. (B) En tiempo de paz, hemos de prepararnos para tiempos de conflicto: (a) Asá *cercó de muros las ciudades, con torres, puertas y barras* (v. 7). Habla como quien espera que pueda surgir el peligro cuando sea demasiado tarde para fortificarse y desearían haberlo hecho antes. *«Edificaron, pues, y fueron prosperados»* (v. 7). (b) Tenían también un buen ejército, bien equipado para salir al campo de batalla (v. 8). Tanto Judá como Benjamín estaban bien entrenados, y tenía Benjamín casi tantos soldados como Judá. Las dos tribus estaban armadas de manera diferente, tanto en cuanto a las armas defensivas, como a las ofensivas. Los de Judá se protegían con *paveses,* mientras que los de Benjamín lo hacían con *escudos,* y eran los primeros mucho más amplios que los segundos (1 R. 10:16, 17). Los de Judá luchaban con *lanzas;* los de Benjamín, con *arcos,* para alcanzar a distancia al enemigo.

Versículos 9–15

I. La paz del reino de Asá es perturbada por un formidable ejército de etíopes que les invadieron (vv. 9, 10).

II. Bajo la nube negra que pendía sobre su cabeza Asá acude a Dios. Quien había buscado a Dios en los días de prosperidad, bien podía clamar confiado en el día de la aflicción, *a su Dios* (v. 11). Su oración es breve, pero densa de contenido.

1. Alaba a Dios por su infinito poder y por su soberanía: *«Para ti no hay diferencia alguna en dar ayuda al poderoso o al que no tiene fuerzas».* Dios actúa con su propia fuerza, no con la de sus instrumentos. Es como si dijera: «Señor, no te decimos que te pongas de nuestra parte por tener un buen ejército con el cual puedes actuar, sino que te pongas de nuestra parte porque sin ti no tenemos poder alguno».

2. Apela a la relación pactada que tienen con Dios: *«Oh, Jehová Dios nuestro».*

3. Apela también a la dependencia que tienen de Él. Asá estaba bien preparado para la lucha; sin embargo, no ponía su confianza en sus preparativos, sino: *«En ti nos apoyamos, y en tu nombre venimos contra esa gran muchedumbre;* tenemos tu garantía, buscamos tu gloria y confiamos en tu fuerza».

4. Compromete a Dios en su causa: *«No prevalezca contra ti el hombre»*. El enemigo es un hombre mortal. ¡Que se vea cuán desigual es su lucha contra el Dios inmortal!

III. La gloriosa victoria que le otorgó Dios sobre sus enemigos. 1. Dios derrotó al enemigo y puso sus fuerzas en desorden (v. 12): Y *Jehová deshizo a los etíopes, los* cuales huyeron aterrorizados; no sabían ni por qué ni adónde. 2. Asá y sus soldados aprovecharon la ventaja que les dio Dios contra sus enemigos, pues: (A) *Les persiguieron y cayeron los etíopes hasta no quedar uno vivo.* (B) Les saquearon el campamento. (C) *Atacaron las ciudades* en las que se habían refugiado los enemigos (v. 14). (D) Se llevaron numeroso ganado del país enemigo (v. 15).

CAPÍTULO 15

El enemigo exterior había sido derrotado, pero Asá tenía en su propio país enemigos más peligrosos: ídolos en Judá y Benjamín. I. El mensaje que Dios le envió por medio de un profeta, para animarle en la obra de reforma (vv. 1–7). II. La vida que este mensaje puso en aquella buena causa, y los procedimientos que se siguieron para llevarla adelante (vv. 8–19).

Versículos 1–7

Es enviado un profeta a Asá y a su ejército, cuando volvían de la guerra victoriosos, no para felicitarles por su éxito, sino para exhortarles a cumplir con su deber; éste es el cometido de los ministros de Dios. *Vino el Espíritu de Dios sobre* el profeta (v. 1) tanto para ordenarle lo que había de decir, como para capacitarle a fin de que lo dijera con claridad y denuedo.

I. Les dijo claramente en qué términos estaban con Dios. Que no piensen que, por haber obtenido la victoria, todo estaba bien para siempre. Constantemente han de obrar bien, para que les vaya bien siempre, no de otra manera, 1. *«Jehová estará con vosotros, si vosotros estáis con Él»*. 2. *«Si le buscáis, será hallado de vosotros.»* 3. *«Si le dejáis* a Él y a sus mandamientos y ordenanzas, Él no está atado a vosotros, sino que *también Él os dejará»*.

II. Les expone las consecuencias de abandonar a Dios y sus ordenanzas y que no hay otro modo de prevenir las desgracias, sino arrepintiéndose y volviéndose a Dios. Cuando Israel faltó a su deber, se vieron inundados por un diluvio de ateísmo, impiedad, irreligión y toda clase de irregularidades (v. 3), y continuamente perturbados con guerras y conflictos internos (vv. 5, 6). Pero cuando las calamidades les llevaron a Dios, vieron que no era en vano el buscarle (v. 4). Surge la pregunta: ¿A qué tiempo se refiere? Algunos, muy pocos, opinan que se refiere al presente, al describir las guerras entre Israel y Judá. Otros piensan que se refiere al futuro (así están los verbos en los LXX y en la Vulgata. Nota del traductor). Lo más probable es que se refiera al pasado (así están los verbos en hebreo), a la época de los Jueces, con cuya situación encaja perfectamente todo lo que se dice en los versículos 3–6; Asá y los suyos habrían de tener así en cuenta, para el futuro, las lecciones de la historia. Por eso, el profeta les exhorta a proseguir con todo empeño la obra de la reforma (v. 7): *«Pero esforzaos vosotros y no desfallezcan vuestras manos, pues hay recompensa para vuestra obra»*.

Versículos 8–19

El buen efecto que el anterior sermón le hizo a Asá.

I. Cobró ánimos para servir mejor aún a Dios. Vio cuán necesaria era una mayor reforma y se mostró seguro de que Dios estaba con él. Se decide, pues, a destruir todos los abominables ídolos y *a reparar el altar de Jehová* (v. 8).

II. Extendió su influencia más lejos que antes (v. 9). Convocó asamblea solemne, no sólo de Judá y Benjamín, sino también de los que de las otras tribus se habían pasado a él. Esto le animó mucho porque

el motivo por el que se habían venido era *ver que Jehová su Dios estaba con él.* Y, a su vez, la invitación que él les hizo para que asistieran a la asamblea les animó mucho a ellos. Esta asamblea se celebró en el mes tercero, probablemente en la fiesta de Pentecostés, que caía en ese mes.

III. Él y su pueblo ofrecieron sacrificios a Dios *del botín que habían traído* (v. 11). Estos sacrificios eran en agradecimiento por los favores que habían recibido, y en petición de ulteriores beneficios. Oraciones y alabanzas son ahora nuestros sacrificios espirituales; Y *trajo a la casa de Dios lo que su padre había dedicado* (v. 18). Dar a Dios lo que es suyo, es cuestión no sólo de honestidad, sino de justicia.

IV. Hicieron a Dios promesa solemne de que le buscarían de todo corazón (v. 12), se arrepintieron de haber violado sus leyes y resolvieron enmendarse. Está muy bien que los arrepentidos renueven sus promesas.

1. En qué consistía esta promesa. En dos cosas: (A) Que buscarían a Dios con toda diligencia, tanto su favor como sus preceptos. En esto consiste la verdadera religión. (B) Que obligarían a los demás (v. 13) a buscar también a Dios. Acordaron que *«Cualquiera que no buscase a Jehová el Dios de Israel, muriese».* Esta solemne promesa les ayudaría a incrementar su sentido del deber, a armarles contra las tentaciones y a dar buen testimonio. Además, a unirse todos en esta especie de pacto con Dios, se fortalecían unos a otros.

2. De qué forma hicieron esta promesa. (A) Con regocijo (vv. 14, 15). Todo buen israelita estaba contento de adherirse así a Dios y de que los demás lo hicieran también. Se alegraban al ver en esto un medio esperanzador de impedir la apostasía, y una feliz indicación de que Dios estaba con ellos. Es un honor y una dicha estar comprometido con Dios. (B) Con gran sinceridad, celo y resolución (v. 15): *«De todo su corazón lo juraban, y de toda su voluntad lo buscaban».* Y tuvieron paz. Si hay amor, hay gozo y paz (Gá. 5:22).

V. El efecto de esta solemne resolución. 1. *Dios fue hallado por ellos, y* ellos hallaron paz también *por todas partes* (v. 15), de forma que no hubo guerra por largo tiempo (v. 19), aunque no faltaron riñas en las fronteras de Israel (1 R. 15:16). 2. Llevaron adelante con éxito la reforma, hasta el punto de que la abuela (lit. madre) del rey fue depuesta de su alto cargo de Gran Dama por su idolatría, y su ídolo fue destruido (v. 16). Asá sabía que tenía que honrar a Dios más que a su abuela y no iba a consentir que quedase un ídolo en las habitaciones de su palacio mientras destruía los ídolos que había en las ciudades de su reino. Podemos suponer que Maacá se arrepintió de su pecado y por eso no se le dio muerte, pero, por haber sido idólatra, Asá juzgó que debía ser depuesta del honor y de la autoridad que ostentaba. No obstante, la reforma no fue completa, los lugares altos no fueron quitados del todo, aun cuando lo fueron algunos (vv. 14:3, 5); también podría entenderse en el sentido de que quitó todas las señales idolátricas (estatuas, cipos, etc.), pero dejó los altares que, aunque ilegítimos no eran de suyo idolátricos. Podemos decir que fue sincero, pero con defectos. Es de notar que 2 Crónicas 14:2 dice que Asá *hizo lo bueno y lo recto,* pero no añade como en 1 Reyes 15:11 *«como David su padre».*

CAPÍTULO 16

En este capítulo finaliza la historia del reinado de Asá. I. Hace un insensato trato con el rey de Siria (vv. 1–6). II. Reprensión que Dios le dio por medio de un profeta (vv. 7–9). III. Desagrado de Asá ante esta reprensión (v. 10). IV. Enfermedad, muerte y sepelio de Asá (vv. 11–14).

Versículos 1–6

Se repite lo dicho en 1 Reyes 15:17 y ss. Asá obró muy mal en muchos aspectos. 1. Mal estuvo hacer alianza con Ben-adad, un rey pagano (v. 3). Si se hubiese apoyado en el pacto que su padre y él mismo habían hecho con Dios, no se habría jactado de su alianza con Siria. 2. Si hubiese tenido en consideración el honor de Israel, habría hallado algún otro medio de zafarse de Baasá sin apelar a un poder extranjero

que era enemigo común de Judá e Israel y que, al correr de los años, había de ser una amenaza para Judá también. 3. Fue una iniquidad por parte de Ben-adad quebrantar su alianza con Baasá sin provocación por parte de éste, sino sobornado por Asá, el cual fue todavía más culpable por incitar a Ben-adad a comportarse tan vilmente. 4. Tomar plata y oro de la casa de Jehová para este soborno fue una circunstancia que agravó grandemente el pecado de Asá. 5. Quizá pensó Asá que las cosas no llegarían tan lejos; pero el proyecto prosperó: Ben-adad atacó a Israel y obligó a Baasá a suspender las fortificaciones que hacía en Ramá para hacer frente al enemigo que le atacaba por el norte, lo cual dio a Asá la oportunidad, no sólo de demoler las fortificaciones, sino también de apropiarse los materiales para su provecho.

Versículos 7–14

I. Reprensión que un profeta de Jehová da al rey Asá por hacer este trato con Ben-adad. *Fue el vidente Hananí* quien le presentó el reproche de parte de Dios. De él leemos que era el padre de Jehú, otro vidente (v. 1 R. 16:1; 2 Cr. 19:2). Lo que aquí le echa en cara Hananí como lo más grave es: *«Te has apoyado en el rey de Siria* y *no te apoyaste en Jehová tu Dios»* (v. 7). Le dice claramente al rey que *ha procedido neciamente en esto* (v. 9). Necia cosa es apoyarse en una caña rajada cuando podemos apoyarnos en la Roca de los siglos. Para convencerle de su insensatez, le muestra:

1. Que ha olvidado las lecciones de la experiencia (v. 8). Si alguien tenía razón para apoyarse únicamente en Dios, era él. «¡Cómo!—le dice el profeta—, *los etíopes y los libios, ¿no eran un ejército numerosísimo,* suficientes para tragarse un reino? *Con todo porque te apoyaste en Jehová, Él los entregó en tus manos;* ¿no era capaz de ayudarte contra Baasá?» Véase cuán engañoso es nuestro corazón: Confiamos en Dios cuando no tenemos ninguna otra cosa en que confiar, pero tan pronto como nos parece que hay alguna otra cosa en que apoyarse, nos inclinamos a confiar en ella y a olvidarnos de Dios.
2. Que ha actuado en contra del conocimiento que tenía de Dios y de su providencia (v. 9). ¿Cómo es que había olvidado la omnisciencia y la omnipotencia de Dios *a favor de los que tienen corazón perfecto para con Él?*
3. Que ha actuado contra sus propios intereses. (A) Había perdido la oportunidad de poner a prueba las fuerzas crecientes del rey de Siria (v. 7): *«El ejército del rey de Siria ha escapado de tus manos,* cuando podía haber caído en las tuyas junto con el del rey de Israel». (B) Ha incurrido en el desagrado de Dios, y de aquí en adelante, no ha de esperar paz, sino constantes alarmas de guerra (v. 9).

II. Desagrado de Asá por esta reprensión. Aunque procedía de Dios por medio de un reconocido mensajero suyo, *se enojó contra el vidente* por haberle hecho ver su insensatez (v. 10), *lo echó en la cárcel,* como si fuese un malhechor, y *maltrató también a algunos del pueblo,* ya fuese porque estaban descontentos de su alianza con Ben-adad o por protestar contra el trato que daba al siervo de Dios.

III. Su enfermedad. Dos años antes de morir, *enfermó gravemente de los pies* (v. 12), de gota o podagra. Parece ser que puso los pies de Hananí en el cepo, cuando le echó en la cárcel, y ahora sus pies eran puestos en el cepo de Dios; así que la enfermedad correspondió a su pecado. El hacer uso de médicos no fue pecado, pero quizá lo fue el esperar demasiado de ellos, especialmente si, como opinan algunos, eran médicos egipcios que acostumbraban usar artes mágicas (v. 12). Además, el hebreo *rofim* = médicos, puede significar las deidades subterráneas a las que, en caso de grave aprieto, los israelitas sentían la tentación de consultar (1 S. 28:6 y ss.; 2 R. 1:2 y ss.). Ésta puede ser la razón por la que el *Cronista* le critica.

IV. Su muerte y sepultura. Su funeral fue extraordinariamente solemne, pues quemaron, no su cuerpo, sino grandes cantidades de perfumes junto a su cadáver. Esta pompa fue expresión del gran respeto que el pueblo le tenía a pesar de todos sus defectos y debilidades de sus últimos años. La piedad de los buenos y los beneficios que han reportado a su país son dignos de recuerdo laudatorio, aunque hayan tenido sus fallos. ¡Dejemos que sus faltas queden enterradas en sus tumbas, mientras sus servicios quedan recordados por encima de sus sepulcros!

CAPÍTULO 17

Vida y reinado de Josafat, uno de los mejores reyes de Judá. Fue buen hijo de un buen padre, de modo que esta vez la gracia corrió con la sangre. I. Su accesión al trono y su confirmación en él (vv. 1, 2, 5). II. Su piedad personal (vv. 3, 4, 6). III. El método que usó para promover la religión de su reino (vv. 7–9). IV. El respeto que se ganó de sus vecinos (vv. 10, 11). V. La gran fuerza de su reino en guarniciones y en soldados (vv. 12–19).

Versículos 1–9

I. Josafat fue un rey prudente. Tan pronto como subió al trono, *se hizo fuerte contra Israel* (v. 1). Estaba en el trono de Israel, desde hacía tres años, un rey activo y guerrero, Acab. Lo primero que tuvo que hacer Josafat fue frenar la creciente fuerza del rey de Israel, lo cual llevó a cabo tan eficazmente, y sin derramamiento de sangre, que el propio rey de Israel procuró ganarse su amistad. Se hizo fuerte Josafat, no precisamente para atacar o invadir a Israel, sino pera defenderse de cualquier ataque de Israel, puesto que se dedicó a fortificar las ciudades fronterizas y poner en ellas guarniciones más fuertes que las que antes había.

II. Josafat fue, sobre todo, un rey recto. 1. *Anduvo en los primeros caminos de David su padre* (v. 3). Al describir el carácter de los reyes, los caminos de David se ponen con frecuencia como modelo (1 R. 15:3, 11; 2 R. 14:3; 16:2; 18:3). Josafat imitó a David, no en todo, sino *«en los primeros caminos»*, esto es, antes de los pecados que mancharon su carácter. Hemos de imitar, aun a los mejores hombres, con toda cautela, no sea que, al seguirles en los aciertos, les sigamos también en sus errores y desvíos. 2. *No buscó a los baales, sino que buscó al Dios de su padre* (vv. 3, 4). 3. *Anduvo en los mandamientos de Dios* (v. 4); no sólo adoró al verdadero Dios, sino que le adoró como Él quiere ser adorado, y *no según las obras de Israel*. 4. *Se animó su corazón* (lit. *fue exaltado su corazón) en los caminos de Jehová* (v. 6), es decir, se enfervorizó en el deseo de servir a Dios de forma constante y gozosa.

III. Josafat fue un rey altamente beneficioso para su pueblo. No sólo fue bueno, sino que hizo el bien. 1. Quitó esos maestros de mentiras (como se llama a las imágenes en Habacuc 2:18) que son *los lugares altos* (no del todo. V. 1 R. 22:44) *y las imágenes de Aserá* (v. 6). 2. Puso maestros de la verdad. Al inquirir sobre el estado de la religión en su reino, halló que era grande la ignorancia del pueblo y resolvió poner remedio. Comenzó por donde era necesario. En esta buena obra empleó: (A) *Sus príncipes* (v. 7), administradores de la justicia, para enseñar al pueblo a no cometer errores y a obrar en todo del mejor modo posible. (B) *Los levitas y sacerdotes* (v. 8), maestros por su propio oficio (Dt. 33:10). ¡Cuánto bien puede hacerse cuando Moisés y Aarón van de la mano, los príncipes con su autoridad y los levitas y sacerdotes con su conocimiento de la Ley para enseñar al pueblo el conocimiento de Dios y de su Ley! Estos itinerantes jueces y predicadores fueron juntamente los difusores de una bendita luz por la ciudades de Judá, pues *tenían consigo el libro de la ley de Jehová* (v. 9).

IV. Josafat fue un rey próspero y feliz. *Jehová estuvo con Josafat* (v. 3). *Jehová confirmó el reino en su mano, y todo Judá dio a Josafat presentes; y tuvo riquezas y gloria en abundancia* (v. 5). El pueblo se sentía agradecido a la buena obra de su rey. Cuanto más instruido en religión está el pueblo, tanta mayor lealtad puede esperarse de él. Las riquezas y los honores son trampas para muchos, pero no para Josafat: su abundancia fue como un lubricante para las ruedas de su obediencia, y cuanto más tuvo de la riqueza de este mundo, tanto más *fue levantado su corazón en los caminos de Jehová.*

Versículos 10–19

Más informes de la gran prosperidad de Josafat y del floreciente estado de su reino.

I. Causaba gran impresión en los príncipes y en las naciones limítrofes. Quizá no era tan gran soldado como David ni tan sabio como Salomón, pero *cayó el pavor de Jehová sobre todos los reinos de las tierras que estaban alrededor de Judá* (v. 10), a causa del respeto que Josafat les merecía; y nadie se

atrevió a hacerle la guerra; por el contrario, le traían muchos y buenos presentes (v. 11), a fin de ganarse su amistad.

II. Tenía grandes centros de aprovisionamiento en las ciudades de su reino (v. 12).

III. Tenía un gran ejército bien organizado y equipado. Las cifras (1.160.000) son colosales y han de entenderse como referentes a todos los hombres hábiles para el uso de las armas, no a soldados enlistados ya en la milicia. De uno de sus cinco generales, Amasías, se dice (v. 16) que *se había consagrado voluntariamente a Jehová;* no sólo al rey para servirle, sino también a Dios para glorificarle. Era corriente entre los grandes generales ofrecer a Dios el botín de sus victorias (1 Cr. 26:26), pero este buen general ofreció a Jehová primeramente su persona, antes de ofrecerle sus despojos. Nótese, finalmente, que no fue este formidable ejército el que infundió pavor en las naciones vecinas, sino la reforma que emprendió en su propio país Josafat con la enseñanza de la Ley de Dios (vv. 9, 10).

CAPÍTULO 18

Conforme ya vimos en 1 Reyes 22, aquí tenemos: I. La alianza que concertó Josafat con Acab (v. 1). II. Su consentimiento a ir con él a recuperar Ramot de Galaad de manos de los sirios (vv. 2, 3). III. Su consulta a los profetas (falsos y verdaderos) antes de la expedición (vv. 4–27). IV. Resultado de la lucha: A duras penas pudo escapar Josafat (vv. 28–32), mientras que Acab recibió una herida mortal (vv. 33, 34).

Versículos 1–3

Josafat prosperaba, pero no en prudencia, pues se une con Acab, aquel degenerado israelita que se había vendido a obrar maldad. Se unió con él con lazos de afinidad matrimonial al casar a su hijo Joram con Atalía la hija de Acab.

1. Ésta fue la peor unión que se hizo jamás en la casa de David. (A) Quizá se debió a su orgullo. Su religión le prohibía casar a su hijo con la hija de cualquiera de los príncipes paganos circunvecinos y, al abundar en honor y riquezas, tal vez creyó que se rebajaba si lo casaba con una mujer del pueblo. Había de ser hija de un rey, y por tanto, de Acab, sin tener en cuenta que su madre era Jezabel. (B) Otros opinan que fue por razones políticas, ya que confiaba que por este medio podría unir en su hijo los dos reinos.

2. Este casamiento arrastró a Josafat: (A) A una íntima familiaridad con Acab. Le giró una visita en Samaria, y Acab, orgulloso del honor que Josafat le rendía, le hizo un recibimiento conforme al esplendor de aquella época. (B) A una coalición con Acab contra los sirios. Acab le persuadió para que se uniera a él en una expedición destinada a la recuperación de Ramot de Galaad, ciudad de la tribu de Gad, al otro lado del Jordán. ¿No sabía Acab que dicha ciudad, y todas las demás ciudades de Israel, le pertenecían a Josafat por derecho de sucesión dentro de la casa de David?

Versículos 4–27

Tenemos, casi al pie de la letra, lo que ya vimos en 1 Reyes 22.

I. Vemos el deber de reconocer a Dios en todos nuestros caminos y *consultar la palabra de Jehová* (v. 4). Josafat no quería ir a la expedición sin hacer esto.

II. Vemos también el peligro que para los buenos representan las malas compañías. Por complacer a Acab, Josafat, sentado con sus regias ropas, contempla, sin una palabra de reproche, la forma en que un falso profeta abusa de un verdadero siervo de Dios, ni se opone a Acab cuando éste manda meter en la cárcel a Miqueas.

III. Vemos igualmente la desdicha de quienes prestan oídos a los aduladores, especialmente si éstos se hacen pasar por profetas que sólo anuncian cosas agradables. Así fue engañado Acab para ruina suya; y

le estuvo bien por dar oídos a los tales, porque le predecían victoria, sin escuchar al verdadero profeta que le advertía honestamente del peligro.

IV. Notemos, una vez más, el poder que Sanatás ejerce en *los hijos de desobediencia* (Ef. 2:2). Un espíritu mentiroso puede producir 400 profetas mentirosos y hacer uso de ellos para engañar a Acab (v. 21).

V. Notamos también la justicia de Dios en entregar a los impíos a necias ilusiones y creer mentiras, por negarse a recibir el amor a la verdad.

VI. Finalmente, es de observar con cuánta frecuencia los fieles ministros de Dios son aborrecidos, perseguidos y maltratados por ser fieles al Señor y justos y buenos para con sus semejantes. Por cumplir en conciencia con su deber, Miqueas es abofeteado, encarcelado y condenado a *pan de aflicción y agua de angustia* (v. 26, lit.), esto es, con una mínima ración de pan y agua. Pero pudo, con toda seguridad, apelar al resultado, como pueden hacerlo todos cuando son perseguidos por su fidelidad (v. 27).

Versículos 28–34

El buen Josafat se expone a la muerte con sus regias ropas, pero es librado por Dios. Hay motivo para pensar que Acab, con todas sus alegaciones de amistad, deseaba la muerte de Josafat; de lo contrario, no habría aconsejado jamás a Josafat que entrase en batalla con las ropas reales, lo cual equivalía a convertirse en blanco seguro del ataque enemigo, como lo demostraron los hechos, pues pronto se fijaron en él los sirios y se lanzaron a atacarle con toda su furia. El imprudente rey se dio cuenta ahora de que le habría sido mejor presentarse con el uniforme del más pobre soldado, en lugar de vestir su regio ropaje. «*Josafat clamó, y Jehová lo ayudó, y los apartó Dios de él*» (v. 31). Véase aquí una notable variante de 1 Reyes 22:32, 33, donde se dice que *Josafat gritó* y que los enemigos *se apartaron de él.* En *Crónicas* es notorio el énfasis en la providencia de Dios en su acción directa a favor de los buenos. Mientras tanto, el malvado Acab, al creerse seguro con su disfraz de soldado, es herido de muerte (v. 33). ¡Admirable contraste: Josafat, seguro bajo sus ropas de rey; Acab muere con su armadura de soldado!

CAPÍTULO 19

Más detalles sobre el reinado de Josafat. I. Su regreso a salvo a Jerusalén (v. 1). II. La reprensión que recibe por su unión con Acab (vv. 2, 3). III. El interés que, a raíz de esto, puso en la reforma de su reino (v. 4). IV. Las instrucciones que dio a sus jueces, tanto a los de la comarca, de rango inferior (vv. 5–7), como a los que en la capital ostentaban la suprema magistratura (vv. 8–11).

Versículos 1–4

I. El gran favor que mostró Dios a Josafat:

1. En traerlo a salvo de la peligrosa expedición con Acab, que estuvo a punto de costarle la vida (v. 1): *Volvió en paz a su casa.* Siempre que volvemos en paz a casa, deberíamos reconocer agradecidos la providencia de Dios en proteger nuestras idas y venidas. A Josafat le fue mejor de lo que se merecía.

2. En enviarle una reprensión por su unión con Acab. Es una bendición recibir a tiempo un reproche, para que podamos arrepentirnos y enmendar el error antes de que sea demasiado tarde. El profeta por quien le vino la reprensión fue Jehú el hijo de Hananí. El padre había sido un fiel profeta en el reinado anterior, como lo muestra el hecho de haber sido encarcelado por decir la verdad al rey Asá, y el hijo no se intimidó por eso, sino que reprendió a otro rey, y le dijo claramente que lo había hecho muy mal al unirse con Acab (v. 2): *¿Amas a los que aborrecen a Jehová? Por esto ha caído contra ti la cólera de Jehová.* Josafat se arrepintió y cesó la ira de Dios contra él. Es de notar que Jehú menciona justamente *las cosas buenas* de Josafat, como debemos hacer siempre que nos vemos obligados a reprender a alguien.

II. Josafat recibió bien la reprensión, al contrario que su padre (v. 16:10). Vivió en Jerusalén (v. 4), cumplió con su deber y visitó a su pueblo como para expiar la mala visita que había hecho a Acab, y *los conducía a Jehová el Dios de sus padres*, es decir, hacía todo lo que estaba en su mano para que se convirtieran a Dios, pues su reciente amistad con la idólatra familia de Acab hubo de tener mala influencia en su propio reino. Muchos se atreverían a volverse a los ídolos al ver a su rey reformador tan íntimamente vinculado a los idólatras. Por eso, se sentía ahora doblemente obligado a hacer todo lo posible para obtener de ellos que se volviesen a Jehová el Dios de sus padres.

Versículos 5–11

Después de hacer todo lo posible para reconducir a su pueblo al buen camino, Josafat procura ahora que continúen bajo la influencia de buenos magistrados. Anteriormente, les había enviado predicadores que les enseñasen la Ley de Dios (17:7–9) pero ahora creyó conveniente establecer jueces que pusiesen en ejecución las leyes y atemorizasen a los malhechores.

I. Instituyó tribunales de justicia de primera instancia en distintas ciudades del reino (v. 5). Los jueces de estas cortes habían de mantener en el pueblo el culto al verdadero Dios, castigar las violaciones de la Ley y decidir controversias personales. *«Mirad lo que hacéis»*, les repite (vv. 6, 7); es decir, «cumplid a conciencia con vuestro oficio y evitad errores». ¡Grave es la responsabilidad de los jueces, pues depende mucho de que den sentencia justa! Les advierte que actúan como representantes del Dios infinitamente justo, a quien tienen doble motivo para temer.

II. Instituyó un tribunal supremo en Jerusalén, de última instancia, al que había de apelarse en los casos más difíciles. Allí estaría bajo la inspección del rey.

1. Las causas que habían de verse en este tribunal eran de dos clases: (A) Alegatos de la corona, llamados aquí *justicia de Jehová* (v. 8), porque la ley de Dios era la ley del reino. Todos los criminales eran acusados de haber quebrantado dicha ley, y ofendido así la paz, el dominio y la dignidad de Dios. (B) Causas comunes entre ciudadanos, llamadas aquí *disputas o litigios (causas* en la RV 1960. Nota del traductor), *causas de sangre o cuestiones de ley y precepto, etc.* (vv. 8, 10), con referencia a Deuteronomio 17:8. Desde la secesión de las diez tribus del norte, todas las ciudades de refugio, excepto Hebrón, pertenecían al reino de Israel; por lo tanto, hemos de suponer que, en estos casos, se usaban principalmente como santuarios de refugio los atrios del templo o los cuernos del altar; de ahí que el juicio de los homicidas fuese reservado al tribunal de Jerusalén.

2. Los jueces de este tribunal se escogían de entre los más expertos levitas y sacerdotes, doctos en la Ley, eminentes por su prudencia y de probada integridad, y de entre los jefes de la casa de Judá, personas de edad y experiencia.

3. Los dos jefes o presidentes de este tribunal. Amarías, el sumo sacerdote, había de presidir en las causas religiosas. Zebadías, primer ministro del rey (v. 11), había de presidir en todas las causas civiles.

4. Oficiales de inferior rango en el tribunal: *«También los levitas estarán a vuestra disposición como escribas»*.

5. Deben esmerarse en actuar apoyados en sanos principios: *«Con temor de Jehová con verdad y con corazón íntegro»* (v. 9). Han de actuar con toda decisión y denuedo sin temor a los hombres: *«Esforzaos, pues, para hacerlo, y Jehová éstará con el bueno»* (v. 11).

CAPÍTULO 20

I. Josafat se halla en grave aprieto a causa de una invasión del exterior (vv. 1, 2). II. Acude a Dios con ayuno y oración (vv. 3–13). III. Dios le da seguridades de la victoria (vv. 14–17). IV. Estas seguridades son recibidas con fe y gratitud (vv. 18–21). V. Derrota de los enemigos (vv. 22–25). VI Solemne acto de acción de gracias por la victoria y por las felices consecuencias de ella (vv. 26–30). VII. Fin del reinado de Josafat (vv. 31–37).

Versículos 1–13

Josafat se halla en apuros, pero es librado gloriosamente como premio a su piedad.

I. Grandes bandas de *moabitas, amonitas y maonitas (o meunitas*. El hebreo, por equivocación de algún copista, dice—de nuevo—*amonitas.* Nota del traductor) invaden el reino de Judá (v. 1). Josafat se vio sorprendido de esta invasión (v. 2). No sabemos qué excusa tenían para atacar a Josafat. Venían *del otro lado del mar,* es decir, del mar Muerto, donde había estado Sodoma, y de *Edom* (no de *Aram* = Siria). Las naciones vecinas temían en otro tiempo a Josafat (17:10), pero tal vez su unión con Acab había rebajado la estima en que le tenían anteriormente.

II. La forma en que se preparó Josafat contra los invasores.

1. No se dice que pasara revista a sus fuerzas, aunque es probable que lo hiciese, pero su principal preocupación fue obtener el favor de Dios. Conforme a la mentalidad de su padre David, si ha de ser corregido, prefiere *no caer en manos de los hombres.* La conciencia de su culpa le hizo temer. *Humilló su rostro para consultar a Jehová* (v. 3).

2. *Hizo pregonar ayuno a todo Judá* (v. 3); señaló un día de ayuno y oración, a fin de confesar unidos sus pecados y *pedir socorro* a *Jehová* (v. 4). El pueblo se reunió de todas las ciudades para unirse a Josafat en oración en los atrios del templo.

3. Josafat fue el portavoz de la congregación en este acto, y su oración es registrada aquí:

(A) Reconoce el dominio soberano de la divina Providencia, da, a Dios toda la gloria por ello y toma ánimos con este pensamiento (v. 6): «*¿No eres tú Dios en los cielos?* Detén, pues, a esos paganos y pon mordaza a sus insultos».

(B) Se apoya en el pacto de Dios con su pueblo: «*Jehová Dios de nuestros padres* (v. 6), *Dios nuestro* (v. 7), ¿a quién vamos a acudir en busca de socorro y en quién vamos a confiar sino en el Dios a quien hemos escogido y servido? Tú nos has otorgado esta tierra. No permitas que nos *arrojen de la heredad que tú nos diste en posesión*» (v. 11).

(C) Hace mención del templo que han edificado al nombre de Dios, no porque mereciesen, por ello, nada de la mano de Dios, puesto que de lo que habían recibido de Él le daban, sino porque era la señal de que Dios habitaba entre ellos para bien (vv. 8, 9). Este era el momento en que tenía aplicación la plegaria de Salomón (6:28–30), y a eso apelaban (v. 9).

(D) Profesa su entera dependencia de Dios en cuanto a su liberación. Aunque disponía de un gran ejército, y bien disciplinado, dice (v. 12): «*Porque en nosotros no hay fuerza contra tan gran multitud que viene contra nosotros; no sabemos qué hacer, y a ti volvemos nuestros ojos*».

Versículos 14–19

Benévola respuesta de Dios a la oración de Josafat. Antes de que se dispersara la congregación, recibieron seguridad de que saldrían victoriosos, pues nunca se busca a Dios en vano.

1. El espíritu de profecía vino sobre un levita *en medio de la asamblea* (v. 14). Era uno de los hijos de Asaf y, por tanto, uno de los cantores; a este oficio quería Dios honrar. No necesitaban ninguna señal; los hechos del día siguiente serían bastante prueba para confirmar su profecía.

2. Les animó a confiar en Dios, sin amedrentarse por la multitud de invasores (v. 15)*: «Porque no es vuestra la guerra, sino de Dios*».

3. Les da noticias sobre los movimientos del enemigo y les ordena que marchen contra él, dándoles instrucciones sobre lo que han de hacer (vv. 16, 17): *«Bajad mañana contra ellos … salid mañana contra ellos»*.

4. Les asegura que no tendrán necesidad de intervenir como actores, sino como espectadores, de la total derrota del enemigo (v. 17): *«Paraos, estad quietos, y ved la salvación de Jehová con vosotros»*. Lo mismo ha de hacer el soldado cristiano: resistir a sus enemigos espirituales, y el Dios de paz los pondrá bajo sus pies y le hará salir más que vencedor.

5. Josafat y su pueblo recibieron estas seguridades con fe, reverencia y gratitud. *Se inclinaron rostro a tierra;* primero, Josafat; después, todo el pueblo; y *adoraron a Jehová.* Luego, *se levantaron los levitas … para alabar a Jehová* (vv. 18–19).

Versículos 20–30

Dios da respuesta a la oración de Josafat y confirma la promesa dada por medio del levita, y destruye totalmente a las fuerzas enemigas.

I. Josafat tenía 1.160.000 hombres dispuestos para la guerra (17:14–18), pero aquí no tenemos ninguna mención ni del número de soldados ni de la forma en que iban equipados. Josafat se preocupó de que: 1. La fe fuese su ornamento. Cuando salían al campo de batalla, en vez de animarles a blandir sus armas, les animó a *creer en Jehová su Dios y en las palabras de sus profetas;* con esto *estarían seguros y serían prosperados (*v. 20). 2. La alabanza había de ir en vanguardia (v. 21). Josafat mandó salir por delante de los soldados a los cantores para que dijesen: *«Glorificad a Jehová, porque su misericordia es para siempre»*. Ésta es la siempre antigua y siempre nueva doxología que la eternidad misma no será capaz de retirar por anticuada. Con esta extraña forma de avanzar hacia el campo de batalla, Josafat quería expresar su firme dependencia de la palabra de Dios.

II. El enemigo, aun siendo innumerable, cayó derrotado, no a filo de espada de hombre o de ángel, ni con tempestad de truenos y granizo, sino por intervención inusitada de Dios, quien *puso contra los enemigos las emboscadas que ellos mismos habían puesto contra Judá,* y las diversas bandas se obcecaron de tal forma que se destruyeron unas a otras, y *ninguno escapó* (vv. 22–24). Tan pronto como los de Judá comenzaron su obra de alabanza, Dios llevó a cabo su obra de liberación.

III. Los despojos del enemigo eran tan cuantiosos que necesitaron tres días para recogerlos. Cosecharon el fruto sin haber peleado y celebraron la victoria con sumo gozo; *al cuarto día* se juntaron para bendecir a Jehová y, por eso, llamaron al lugar *Beracá,* que significa *bendición* (v. 26). Regresaron después a Jerusalén en solemne procesión, con Josafat a la cabeza, para que el país se uniese a ellos según pasaban, en alabanzas a Dios. Así entraron *en la casa de Jehová* (vv. 27, 28). Los favores públicos demandan gratitud pública *en los atrios de la casa de Jehová* (Sal. 116:19).

IV. Esta victoria tuvo beneficiosos resultados para el país. 1. El reino de Josafat volvió a mostrarse grande (v. 29), pues todos los países circunvecinos se llenaron de temor hacia Judá y hacia el Dios que de tal manera había peleado por su pueblo. 2. En el interior reinó la tranquilidad (v. 30), porque Dios, su *Dios, le dio a Josafat paz por todas partes.* Y, cuando Dios da paz, ¿quién podrá perturbarla?

Versículos 31–37

Final del reinado de Josafat. El carácter general de su reinado fue que *hizo lo recto ante los ojos de Jehová* (v. 32). Pero dos cosas son de lamentar: 1. Todavía estaba aficionado el pueblo a los lugares altos (v. 33). Los erigidos en honor de los dioses falsos habían sido retirados (17:6), pero los consagrados al verdadero Dios eran tenidos por permitidos. 2. Josafat siguió afecto a la casa de Acab, con la que había emparentado al casar a su hijo Joram con Atalía la hija de Acab y Jezabel, a pesar de las reprensiones que recibió por ello. Ahora se unió al hijo de Acab, Ocozías, no en la guerra, como con Acab, sino en el comercio; se hizo socio suyo en una flota que iba a partir para Tarsis (vv. 35, 36). Para mostrarle su error e incitarle al arrepentimiento, Dios le envió: (A) Un profeta que le predijo el fracaso de su proyecto. (B) Una tormenta que hizo pedazos las naves que había preparado (v. 37). Parece ser que Josafat aprendió la lección, pues sabemos por 1 Reyes 22:50 que cuando Ocozías le invitó a seguir adelante con él en el negocio de las naves, *Josafat no quiso.*

CAPÍTULO 21

Joram, uno de los peores reyes de Judá, sucede a Josafat, uno de los mejores. Así tuvieron su castigo por no haber sacado provecho del buen reinado de Josafat y de la reforma que había emprendido. I. Joram sube al trono de Judá (vv. 1–3). II. Su perversidad al establecerse en él mediante la matanza de sus hermanos (v. 4). III. Sus idolatrías y otras perversidades que cometió (vv. 5, 6, 11). IV. Profecía de Elías

contra él (vv. 12–15). V. Castigos que Dios le envió, en la revuelta de sus súbditos contra él (vv. 8–10) y en los éxitos de sus enemigos contra él (vv. 16, 17). VI. Su repugnante enfermedad y su final tan poco glorioso (vv. 18–20). VII. No obstante, fue preservada la descendencia de David (v. 7).

Versículos 1–11

I. Josafat fue para Joram un padre demasiado indulgente. Había tenido muchos hijos, quienes se mencionan aquí (v. 2) y de los que se dice (v. 13) que eran mejores que Joram. Cualquiera de ellos habría sido más apto para ceñir la corona pero, al ser Joram el primogénito (v. 3), su padre le había asegurado la sucesión. Es cierto que eso le daba derecho a una doble porción de la hacienda de su padre (Dt. 21:17); pero, puesto que no era el apropiado para el bien común, y era lo más probable que había de deshacer lo que su padre había hecho, habría sido mucho más prudente dejarlo a un lado y poner por sucesor a otro que diese mejores esperanzas y que no estuviese inclinado a la idolatría.

II. Joram resultó un hermano extremadamente bárbaro para los hijos de su padre. Tan pronto como se asentó en el trono, *mató a espada a todos sus hermanos.* No sabemos si echó mano de alguna falsa acusación que le diese excusa para ejecutarlos bajo capa de legalidad, o si lo hizo descaradamente. *También mató a algunos de los príncipes de Israel* (v. 4), ya fuese porque eran afectos a sus hermanos o por temor a que vengasen la muerte de los hijos del rey.

III. Joram resultó también extremadamente perverso al corromper su reino con la idolatría y arruinar la reforma que su padre y su abuelo habían emprendido (v. 6): *Anduvo en el camino de los reyes de Israel.* No cabe peor recomendación, pues todos los reyes del norte fueron pésimos. 1. *Hizo lugares altos en los montes de Judá* (v. 11) e hizo cuanto pudo por introducir en el reino la idolatría. 2. Indujo a los moradores de Jerusalén a seguirle en esa *fornicación* espiritual y sexual. 3. Parece ser que halló más dificultad en inducir a los de la comarca; pero, a los que no pudo inclinar con halagos, los doblegó con amenazas: Y *a ello impelió a Judá.*

IV. Al dejar él a Dios y prostituir el culto, sus súbditos le retiraron el juramento de fidelidad. 1. Así lo hicieron algunas de las provincias que le eran tributarias. Se sublevó Edom (v. 8) y, aunque él les impuso un severo castigo (v. 9), no pudo reducirlos a servidumbre (v. 10), y se constituyó en Estado independiente, como lo había sido antiguamente, cuanto tuvo rey propio (Jos. 12:15).

V. Dios, no obstante, se acordó de su pacto con la casa de David y no permitió que se extinguiera la dinastía, aunque se había corrompido y había degenerado tan miserablemente (v. 7).

Versículos 12–20

I. Dios envía a Joram una seria advertencia por medio de una carta del profeta Elías. Por aquí se echa de ver que Joram llegó al trono y se mostró cual era, antes del arrebatamiento de Elías. Podemos suponer que era inminente el día de su partida, por lo que no pudo trasladarse a Jerusalén; pero, al enterarse de la gran perversidad de Joram al matar a sus hermanos, dejó a Eliseo el escrito para que fuese enviado al rey en la primera oportunidad.

1. Se le acusa claramente de sus crímenes (v. 12): Su apartamiento de los caminos de Dios, en los que había sido educado, su seguimiento de los caminos de la casa de Acab, su instauración de la idolatría en el reino y el asesinato de sus hermanos (v. 13).
2. Se le pasa sentencia por todos estos crímenes, y se le dice que su pecado traerá la ruina: (A) A su reino y a su familia (v. 14). Su pueblo sufrirá justamente, por ser cómplice de su idolatría, y sus mujeres por haberle arrastrado a ella. (B) A su salud y a su vida. Si hubiese aprendido a humillarse ante el recibo de este amenazante mensaje de Elías, ¿quién sabe si no habría obtenido por lo menos una prórroga? Pero no parece ser que hiciera caso alguno. Quizá le pareció que Elías se burlaba de él.

II. Al no hacer caso de esta advertencia, los castigos anunciados vinieron sobre él.

1. Joram se vio despojado de todas sus comodidades (v. 16): *Jehová despertó contra él la ira* de todos sus enemigos. Estos se aprovecharon de una u otra oportunidad para disputar con él e invadir su país, pero atacaron solamente la casa del rey y se llevaron todo, incluidos sus hijos y sus mujeres, no le dejaron más que al menor de los hijos. En 22:1 hallamos que *mataron a todos los mayores.* Si no hubiera sido de la casa de David, es seguro que ni el menor habría escapado de la muerte.

2. Su enfermedad fue terrible y repugnante. Por dos años estuvo enfermo sin hallar alivio (v. 18), cebándose en él la enfermedad mientras se llevaban a sus mujeres e hijos. Quizá fue esta calamidad la que le ocasionó la enfermedad. Enfermo, empobrecido, solitario y, especialmente, en pecado, destituido de la gracia necesaria para soportar la aflicción y del consuelo para contrarrestarla. ¡Qué situación tan deplorable!

3. Reinó solamente ocho años, y *murió sin que nadie lo llorara* (v. 20). Para mostrar cuán poco le apreciaban o le respetaban, no quisieron sepultarlo en los sepulcros de los reyes, pues le tenían por indigno de tal póstumo honor. Ni siquiera encendieron en su honor el fuego que habían encendido a sus antecesores (v. 19); es decir, no quemaron perfumes en su sepelio.

CAPÍTULO 22

Vemos: I. Al nuevo rey, Ocozías que participa: 1. En el pecado, y 2. En la destrucción de la casa de Acab (vv. 1–9). II. A la reina madre, Atalía, que destruye la descendencia real y usurpa el trono (vv. 10–12).

Versículos 1–9

Informe del breve reinado de Ocozías (de sólo un año). Se le llama *Joacaz* en 21:17, pero *Ocozías* aquí (v. 1) que no es sino el mismo nombre en hebreo por transposición de los dos componentes (Ajaz-Yah = Yeho-Ajaz). Se dice aquí (en el texto hebreo) que tenía cuarenta y dos años cuando comenzó a reinar (v. 2), cosa totalmente absurda, pues en 2 Reyes 8:26 se nos dice que tenía veintidós, y hay que tener en cuenta que su padre había muerto a los cuarenta (21:20). Su historia se compendia en dos cláusulas (vv. 3, 4).

I. Actuó perversamente, pues *anduvo en los caminos de la casa de Acab* (v. 3), *hizo lo malo ante los ojos de Jehová* (v. 4), como los de la familia de Acab, porque adoró a los mismos dioses falsos que ellos adoraban: Baal y Astarté. Estos baales animaban a sus adoradores a cometer toda clase de sensualidad y lascivia, lo que el Dios de Israel prohibía estrictamente.

II. En esto era aconsejado por su madre y los parientes de su madre: «Su *madre le aconsejaba*» (v. 3) *y «los de la casa de Acab»* (v. 4), al morir su padre. El consejo de los impíos es la ruina de muchos jóvenes precisamente cuando se preparan para entrar en la vida pública. Mejor le hubiera ido a este joven príncipe de recibir consejo de los jefes y jueces, así como de los sacerdotes y levitas que, en los días de su abuelo, habían enseñado al pueblo el conocimiento de Dios y de su Ley; pero la casa de Acab le halagó para que siguiera el consejo de ellos.

III. *«Ellos le aconsejaron para su perdición»* (v. 4). Ya fue cosa mala exponerle a la espada de los sirios, persuadiéndole a que se uniese a su tío Joram de Israel en la expedición a Ramot de Galaad, en la que salió herido Joram; una expedición poco honrosa para Ocozías. Pero eso no fue todo: Al comprometerle a unirse con Joram de Israel, le envolvieron en la ruina general de la casa de Acab. Fue a visitar a Joram (v. 6), precisamente cuando Jehú ejecutaba el juicio de Dios contra aquella familia idólatra, con lo que fue exterminado con ellos (vv. 7–9).

Versículos 10–12

Vemos a una malvada mujer que trata de destruir la casa de David, a fin de sentarse en el trono de Judá sobre las ruinas de dicha casa. Atalía (hebreo, *Atalyahu),* nieta (lit. *hija)* de Omrí (v. 3), al ver muerto a su hijo Ocozías, *exterminó a toda la descendencia real de la casa de Judá* (v. 10), intentaba, quizá, transmitir la corona de Judá, a su muerte, a uno de sus parientes de la casa de Acab. Pero vemos a una buena mujer que preserva a la casa de David de ser completamente destruida. Josabat, esposa del sumo sacerdote Joyadá y hermana de Ocozías (¿o de Joram?, la cifra de 24:15 favorece a esto último), rescató de la muerte a Joás, hijo de Ocozías, de un año de edad, y lo tuvo escondido junto con su nodriza por espacio de seis años en las cámaras del templo (vv. 11, 12).

CAPÍTULO 23

Atalía depuesta y ejecutada; y a Joás, el legítimo heredero de la corona de Judá, entronizado. La historia la sabemos ya por 2 Reyes 11:4 y ss. I. Joyadá prepara al pueblo para el rey (vv. 1–10). II. Después, presenta el rey al pueblo, lo proclaman y lo ungen (v. 11). III. Manda matar a la usurpadora (vv. 12–15). IV. Reforma el reino, restablece la religión y restaura el gobierno (vv. 16–21).

Versículos 1–11

Puede imaginarse la situación en que se hallaba Jerusalén durante los seis años de usurpación del trono por Atalía. El día de la revolución brilló con mayor esplendor y fue mejor acogido después de esta negra y tediosa noche. Dios había jurado conservar la descendencia de David en el trono de Judá (Sal. 89:35), y aquí vuelven las aguas del gobierno a su legítimo canal. El instrumento de esta restauración fue Joyadá, quien era: 1. Hombre de gran prudencia, al reservar por seis años al príncipe hasta que fuese apto para aparecer en público y efectuar con admirable sigilo y rapidez su presentación al pueblo. 2. Hombre de gran prestigio. Se le unieron pronto los jefes y los levitas (vv. 1, 8). 3. Hombre de gran fe (v. 3): *«He aquí el hijo del rey, el cual reinará, como Jehová ha dicho respecto a los hijos de David».* 4. Hombre de gran piedad. Dio orden de que nadie, excepto los sacerdotes y levitas, entrara en la casa de Dios, bajo pena de muerte (vv. 6, 7). Las cosas sagradas nunca deben ser profanadas, ni siquiera bajo pretexto de defender los derechos políticos, civiles o militares. 5. Hombre de gran resolución. Cuando tuvo a punto la empresa que había acometido, él y sus hijos sacaron al rey, le coronaron y le ungieron, y le entregaron también el Testimonio (v. 11), es decir, la copia de la Ley, según estaba mandado en Deuteronomio 17:18.

Versículos 12–21

1. El pueblo se regocijó (vv. 12, 13) al ver que había sido preservado un retoño de Isaí (Is. 11:1).

2. Atalía fue ejecutada. Se aventuró a venir al templo y gritó: *¡Traición, traición!* (v. 13). Pero nadie se puso de su parte. Joyadá como tutor del rey durante su minoría de edad, ordenó que fuese muerta (v. 14), lo que se llevó a cabo inmediatamente (v. 15).

3. El pacto que concertó Joyadá (v. 16). En 2 Reyes 11:17 leemos que se concertó *entre Jehová, el rey y el pueblo,* pero aquí se dice que fue *entre sí y todo el pueblo y el rey,* puesto que, como sumo sacerdote, era el representante de Dios en esta transacción, o una especie de mediador del pacto, como lo había sido Moisés. Veámonos a nosotros mismos, y unos a otros, como *pueblo de Dios,* y esto nos servirá de admirable acicate en el descargo de nuestros deberes para con Dios y para con los hombres.

4. Destrucción del culto de Baal (v. 17). No habrían cumplido ni con la mitad de su obra si solamente hubiesen destruido a la usurpadora de los derechos del *rey,* sin destruir al usurpador de los derechos de *Dios;* si hubiesen afirmado los derechos del trono, y no los del altar. ¡Abajo la casa, los altares y las imágenes de Baal! (Dt. 13:5, 6).

5. Fue reavivado el servicio del templo (vv. 18, 19). *Joyadá ordenó los oficios en la casa de Jehová* (v. 18). 1. Asignó a los sacerdotes sus turnos, para ofrecer los sacrificios como era debido. 2. Asignó a los cantores los suyos, conforme a la organización hecha por David. 3. Puso a los porteros en sus puestos

respectivos, como había ordenado David (v. 19), a fin de que impidieran la entrada en los atrios del templo a toda persona ceremonialmente inmunda.

6. Restableció el gobierno del reino (v. 20). Llevaron en pompa al rey a su palacio y *le sentaron sobre el trono del reino,* para dar ley y juicio personalmente o mediante Joyadá su tutor. Así se llevó a cabo felizmente esta justa revolución.

CAPÍTULO 24

Joás comenzó en el espíritu, pero acabó en la carne. I. Mientras vivió Joyadá, lo hizo bien; en particular, puso interés en la reparación del templo (vv. 1–14). II. Después de morir Joyadá, Joás apostató de Dios y esto le causó la ruina. 1. Restauró el culto a Baal (vv. 15–18). 2. Hizo matar a Zacarías por haberle reprendido (vv. 20–22). 3. Vinieron sobre él los juicios de Dios: (A) Le invadieron los sirios (vv. 23, 24). (B) Se vio agobiado de dolencias y lo mataron en su cama sus propios siervos (vv. 25–26).

Versículos 1–14

Relato de los buenos comienzos de Joás.

1. Es una dicha para los jóvenes, cuando salen al mundo, estar bajo el cuidado de personas buenas, prudentes y fieles a ellos, como lo estuvo Joás bajo el cuidado de Joyadá. Fue entonces cuando *hizo Joás lo recto ante los ojos de Jehová* (v. 2). Quien no se deja aconsejar no puede ser ayudado. Especialmente necesario para los jóvenes es tomar consejo antes de contraer matrimonio.

2. Hay muchos que cumplen externamente sus deberes religiosos por influencia de sus tutores, educadores, amigos, etc., pero que tienen solamente la forma de la piedad sin experimentar interiormente la eficacia de una piedad verdadera. Joás aparece más solícito que el propio Joyadá en reparar el templo (v. 6). Es más fácil construir templos que ser templos de Dios.

3. La reparación de las iglesias es una buena obra. Cuando vio Joás que el dinero no llegaba por el medio que él esperaba, probó otro. Echar dinero en un cofre mediante una abertura hecha en él era algo nuevo, y quizá la misma novedad resultó un éxito para recoger dinero; se recogió mucho y con gran gozo (v. 10).

Versículos 15–26

Triste relato de la degeneración y apostasía de Joás. Dios había hecho por él grandes cosas; él también había hecho algo por Dios; pero ahora se mostró ingrato a Dios.

I. La ocasión de su apostasía. Se ve que nunca había sido sincero ni había obrado por principios, sino por influencia de Joyadá, quien le había llevado al trono y le había protegido y guardado en el templo. Así que, cuando cambió el viento, también él cambió.

1. Murió su buen consejero (v. 15) y *lo sepultaron con los reyes a causa del mucho bien que había hecho en Israel* (v. 16). Notemos que aquí se llama *Israel* a Judá, pues eran los únicos verdaderos israelitas al sublevarse las otras tribus contra el Dios de Israel. Joyadá acabó su vida lleno de años (130) y de honor, pero, después de su muerte, rey y reino degeneraron miserablemente. Véase aquí cuán necesario es, como dijo nuestro Salvador, *ser* nosotros mismos *sal,* y actúar en virtud de un principio interior que nos acompañe a través de todos los cambios. Sólo así no nos perjudicará la muerte de un padre, de un ministro de Dios o de un amigo.

2. Vinieron entonces a Joás malos consejeros. Aparecieron como buenos amigos que, en lugar de condolerse de la pérdida del buen mentor, le felicitaron por haber quedado libre de la disciplina. ¿Por qué había de estar aconsejado por sacerdotes? Los príncipes de Judá se esforzaron en corromperlo con sus adulaciones, y *el rey los oyó* (v. 17). Su padre y su abuelo habían sido corrompidos por la casa de Acab, de la que no se podía esperar mejor cosa; pero que los príncipes de Judá fueran sus seductores fue cosa triste en extremo.

II. Su apostasía. *«Desampararon la casa de Jehová … y sirvieron a los símbolos de Aserá y a las imágenes esculpidas»* (v. 18). Los jefes de Judá requirieron del rey que erigiera de nuevo los ídolos y cipos que habían sido destruidos al comienzo de su reinado, pues estaban fastidiados del antiguo y, para ellos, aburrido servicio del templo. Y Joás, no sólo les permitió que lo hicieran, sino que se unió a ellos en la apostasía.

III. Agravación de su apostasía. Dios *les envió profetas para que los volviesen a Jehová.* Es oficio de los ministros de Dios llevar, no a sí mismos, sino a Dios, a quienes se han apartado de Él. Estos jefes del pueblo y el propio Joás menospreciaron a todos los profetas y mataron a uno de ellos, *Zacarías* (no el que figura entre los 12, antes de Malaquías), *hijo* (es decir, *nieto) de Joyadá* (v. 20).

1. El pueblo estaba reunido en el atrio del templo cuando este profeta de familia sacerdotal, lleno de espíritu de profecía, puesto en pie, declaró lisa y llanamente el pecado del pueblo y cuáles iban a ser sus consecuencias: *«Así ha dicho Dios: ¿Por qué quebrantáis los mandamientos de Jehová?»*

2. Por conspiración de los príncipes y *por mandato del rey* (v. 21) lo mataron inmediatamente a pedradas, no en cumplimiento de la ley como si hubiese sido un blasfemo, un traidor o un falso profeta, sino en el arrebato de un tumulto popular. Le dieron muerte *en el patio de la casa de Jehová.* La *persona* era sagrada, pues era sacerdote; el *lugar* también era sagrado (el atrio interior *«entre el templo y el altar»*—Mt. 23:35—); y el *mensaje* era igualmente sagrado, pues era una exhortación al arrepentimiento, dada de parte de Dios mismo. Los judíos dicen que en este crimen hubo siete transgresiones: mataron a un sacerdote, profeta y juez; derramaron sangre inocente, profanaron el templo, el sábado y el Día de la Expiación, pues dice la tradición judía que ocurrió en ese día.

3. Este Zacarías, mártir de la fidelidad a Dios y a su país, era hijo de Baraquías, como dijo el Señor, y nieto de Joyadá, el que tanto bien había hecho en Israel y especialmente a Joás, para quien había sido como un padre (v. 22).

4. La imprecación del moribundo mártir: *«¡Jehová lo vea y lo demande!»* (v. 22). No la dijo por espíritu de venganza, sino de profecía. Esta preciosa sangre fue pronto vengada con los castigos que le sobrevinieron al rey apóstata y fue incluso tenida en cuenta después en la destrucción de Jerusalén a manos de los caldeos (36:16) más aún, nuestro Salvador, en el lugar citado, responsabiliza a los perseguidores suyos y de su Evangelio de la sangre de este Zacarías. ¡Tan alto y tan largo clama la sangre de los mártires!

IV. Los castigos que Dios envió a Joás por esta agravación de su apostasía. 1. Una pequeña tropa de sirios se hicieron los amos de Jerusalén, mataron a todos los principales del pueblo, saquearon la ciudad y enviaron el botín a Damasco (vv. 23, 24). 2. Dios le hirió con graves dolencias. 3. Sus propios siervos conspiraron contra él *a causa de la sangre de los hijos de Joyadá el sacerdote* (no cabe duda de que ha de entenderse *«del hijo»*—nieto—en singular. Nota del traductor). 4. El pueblo no quiso sepultarlo en los sepulcros de los reyes (v. 25) por haber manchado con su apostasía y mala administración el honor real.

CAPÍTULO 25

El reinado de Amasías, que vemos aquí, no fue de los peores, aun cuando distó mucho de ser bueno (v. 2 R. 14). I. Vengó justamente la muerte de su padre (vv. 1–4). II. Obedeció al mandato que se le ordenó de parte de Dios (vv. 5–10). III. Se portó cruelmente en la conquista de Edom (vv. 11–13). IV. Adoró neciamente a los dioses de Edom y perdió la paciencia al ser reprendido por ello (vv. 14–16). V. Retó inconsideradamente al rey de Israel y lo pagó muy caro (vv. 17–24). VI. Murió con pena y sin gloria (vv. 25–28).

Versículos 1–13

I. Carácter general de Amasías: *Hizo lo recto ante los ojos de Jehová:* adoró al Dios verdadero, mantuvo el servicio del templo y promovió en su reino la verdadera religión; pero *no lo hizo de perfecto corazón* (v. 2), es decir, no fue un hombre de sincera devoción. No fue enemigo de la piedad, sino un

amigo frío e indiferente. Tal es el carácter de muchos en esta época de «Laodicea» (así se expresaba Henry a principios del siglo XVIII—nota del traductor—): hacen cosas buenas, pero no de perfecto corazón.

II. La justa retribución que infligió a los asesinos de su padre: *Los mató* (v. 3). Aunque ellos habían intentado vengar en el rey la sangre de Zacarías, se tomaron por su mano la justicia que pertenecía a Dios y, por tanto, obró Amasías justamente al tomarles cuentas por su pecado (v. 4).

III. Su expedición contra los edomitas.

1. Los grandes preparativos que hizo para ella: (A) Pasó revista a sus fuerzas (v. 5) y halló en Judá y Benjamín sólo 300.000 hombres aptos para las armas, mientras que en tiempo de Josafat había cuatro veces más. El pecado debilita a los pueblos, los disminuye, los desanima y reduce el número de sus fuerzas. (B) Alquiló del reino del norte tropas auxiliares (v. 6).

2. El mandato que Dios le dio, por medio de un profeta, de que dejara marchar las tropas alquiladas de Israel (vv. 7, 8). Si estaba seguro de la presencia de Dios con él, el ejército que ya tenía era más que suficiente. Especialmente, era impropio pedir ayuda a Israel, por cuanto *Dios no estaba con los hijos de Efraín*, ya que éstos no estaban con Dios, sino con los becerros de oro.

3. La objeción que expuso Amasías a este mandato, y la respuesta satisfactoria que dio el profeta a esta objeción (v. 9). Amasías les había adelantado a los hombres de Israel cien talentos y ahora teme perderlos. Ésta es una objeción frecuente, por la que los hombres temen perder dinero por cumplir con su deber. Pero el profeta le asegura: *«Jehová puede darte mucho más que esto»*. ¿Qué otra cosa es confiar en Dios, sino estar dispuesto a arriesgar la pérdida de cualquier cosa por Él, y confiar en la seguridad que nos da de que no vamos a perder nada con eso, sino que todo aquello de que nos desprendamos por Él, será compensado con creces por otros beneficios mayores que nos ha de dispensar? Dios es justo, bueno y solvente. El rey perdió cien talentos por su obediencia; pero vemos (27:5) que los amonitas le dieron a su nieto Jotam precisamente cien talentos y, además, diez mil coros de trigo y diez mil de cebada, con lo que le abonaron un estupendo interés.

4. Su obediencia al mandato de Dios, que es registrada aquí en honor suyo (v. 10): *«Apartó el ejército de ta gente que había venido a él de Efraín»*. Y ellos se marcharon a sus casas encolerizados.

5. Sus triunfos sobre los edomitas (vv. 11, 12). Dejó 10.000 muertos en el campo de batalla. Otros 10.000 fueron hechos prisioneros y, después, bárbaramente asesinados al ser lanzados por un precipicio. No se nos dice qué pudo inducirle a esta crueldad.

6. Los soldados de Israel que habían sido despedidos por Amasías se vengaron invadiendo las ciudades de Judá cuando regresaban a sus casas. Tan enojados estaban (v. 10) porque el rey de Judá no les había permitido compartir el despojo de Edom que fueron a despojar a Judá. Saquearon las ciudades de Judá que eran fronterizas, mataron a 3.000 hombres que les ofrecieron resistencia y se llevaron gran botín. Sin duda, Dios lo permitió en castigo de las idolatrías de estas ciudades, las más expuestas a la apostasía por ser limítrofes del reino del norte.

Versículos 14–16

I. Apostasía de Amasías al dar culto a los dioses de Edom. ¡Extraña locura! Acaz dio culto a los dioses de los que le habían derrotado (28:23), pues le habían infundido cierto miedo, pero adorar a los dioses de aquellos a quienes había derrotado él, dioses que no habían podido proteger a sus adoradores, fue el mayor absurdo que pudo cometer Amasías. Si en vez de arrojar a los edomitas por un precipicio hasta *hacerlos pedazos* (v. 12), hubiese arrojado a sus ídolos para que se hiciesen añicos, habría manifestado la devoción y la compasión propias de un verdadero israelita; pero quizá por aquella bárbara inhumanidad fue entregado a esta ridícula idolatría.

II. La reprensión que recibió de Dios, por medio de un profeta, de su pecado. El profeta razonó con él con toda sensatez y mansedumbre (v. 15): *«¿Por qué has buscado los dioses de otra nación, que no libraron a su pueblo de tus manos?»*

III. La mala respuesta que dio al profeta (v. 16). Al no poder dar ninguna excusa de su necedad, recurrió al insulto. 1. Vino a decirle que se metía donde no le importaba: *«¿Te han puesto a ti por consejero del rey?»* 2. Le mandó callar: *«Déjate de esto»*. Como los que decían a los videntes: *No veáis* (Is. 30:10). 3. Le amenazó: *«¿Por qué quieres que te maten?* 4. Parece hacerle a la memoria lo sucedido a Zacarías en el reinado anterior, quien fue apedreado por reprender a Joás, y le pide que tome nota del aviso.

IV. La sentencia que el profeta pronunció contra él por eso. Le había advertido con mansedumbre, pero, al hallarle obstinado en su iniquidad, le anunció su ruina. ¡Cuán miserable es la condición del hombre con quien el Espíritu Santo, por medio de los ministros de Dios y de la conciencia, *deja de contender!* (Gn. 6:3). Es entonces cuando son entregados los hombres a los deseos de su corazón.

Versículos 17–28

Ahora, este degenerado príncipe es mortificado por su vecino y muerto por sus súbditos.

I. Nunca hubo un príncipe orgulloso que fuese tan mortificado como lo fue Amasías por el rey de Israel.

1. Hay una parte de este relato que ya hemos visto en 2 Reyes 14:8 y ss., y comprende el necio reto de Amasías a Joás de Israel (v. 17), la burlona y arrogante respuesta de éste (v. 18), con el buen consejo que Joás le dio de que estuviese quieto y le iría mejor (v. 19); la persistencia de Amasías en su reto (vv. 20, 21), la derrota que sufrió (v. 22) y la calamidad que atrajo sobre sí mismo y sobre su ciudad (vv. 23, 24). Esta parte ilustra lo que dice Salomón en dos de sus proverbios: (A) *«La soberbia del hombre le abate»* (Pr. 29:23). (B) *«No entres apresuradamente en pleito, no sea que no sepas qué hacer al fin, después que tu prójimo te haya avergonzado»* (Pr. 25:8).

2. Pero hay dos porciones en esta historia que no aparecen en 2 Reyes (A) Que Amasías lanzó el reto a Joás *después de tomar consejo* (v. 17). ¿De quién? No del profeta, sino de sus asistentes que querían halagar su orgullo y le prometían una fácil victoria sobre Joás. (B) Aquí, la imprudencia de Amasías es presentada como castigo por su impiedad (v. 20).

II. Nunca hubo un pobre príncipe que fuese tan violentamente perseguido por sus propios súbditos. *Desde el tiempo en que se apartó de Jehová* (como leemos en el v. 27), el corazón de sus súbditos se apartó de él y *comenzaron a conspirar contra él en Jerusalén.* A la larga, el fermento aumentó de tal forma que se apercibió de que la enemistad del pueblo contra él era muy profunda y pensó que lo más prudente era dejar la ciudad regia y huir a Laquís; pero no le valió, pues *enviaron tras él a Laquís, y allá lo mataron.*

CAPÍTULO 26

Relato del reinado de Uzías (o Azarías, como se le llama en 2 R. 14:21; 15:1, etc.). I. Su buen carácter en general (vv. 1–5). II. Su gran prosperidad en guerras, construcciones, asuntos del reino, etc. (vv. 6–15). III. Su presunción al usurpar funciones sacerdotales, por lo que fue herido con lepra y confinado por ella (vv. 16–21) hasta su muerte (vv. 22–23).

Versículos 1–15

Dos detalles especiales se mencionan acerca de Uzías:

I. Su piedad. No es que fuera eminente en este aspecto, pero de él se dice que *hizo lo recto a los ojos de Jehová* (v. 4), como su padre en sus buenos primeros años. Mantuvo el culto al verdadero Dios, mejor que su padre, pues nunca adoró a los ídolos como su padre los había adorado. Se añade que *persistió en buscar a Dios en los días de Zacarías* (v. 5). Este profeta es desconocido para nosotros, ya que no puede

tratarse del ya muerto hacía bastantes años por orden de su abuelo Joás, ni del profeta que ejerció su ministerio después de la deportación a Babilonia.

II. Su prosperidad.

1. En general (v. 5): *«En estos días en que buscó a Jehová, Él le prosperó»*.

2. Algunos ejemplos particulares de su prosperidad:

(A) Su éxito en las guerras (v. 7): *Dios le dio ayuda.* Así triunfó contra los filisteos, demolió las fortificaciones de sus ciudades y puso en ellas sus propias guarniciones (v. 6). Obligó a los amonitas a pagarle tributo (v. 8).

(B) La grandeza de su fama y reputación. *Se divulgó su fama hasta la frontera de Egipto* (v. 8). Fue buena fama: fama en cuanto a cosas buenas para con Dios y para la gente buena.

(C) Sus construcciones. Mientras actuaba a la ofensiva en el exterior, no descuidó la defensa de su reino, sino que *edificó torres en Jerusalén y las fortificó* (v. 9). Gran parte de la muralla de Jerusalén había sido derribada en tiempos de su padre (25:23), pero él edificó una torre *junto a la puerta del ángulo.* Pero la mejor fortificación de Jerusalén fue su firme adhesión al culto de Dios. Al fortificar la ciudad, no olvidó el país, sino que *edificó también torres en el desierto* (v. 10), para proteger al pueblo de los ataques de los merodeadores (21:16).

(D) Su fomento de la agricultura y de la ganadería. Hizo muchas obras para la expansión del ganado y aprovechó las tierras fértiles y aun los montes para viñas y huertos, *porque era amigo de la agricultura* (v. 10).

(E) Su ejército. Parece ser que tuvo dos cuerpos distintos de milicia: (a) *«Un ejército de guerreros»* (v. 11), esto es, un cuerpo militar bien entrenado y equipado, que salía a la guerra *en compañías* (mejor que *divisiones*). Estos se encargaban también de saquear a los países limítrofes en represalia por las incursiones de despojo que tan frecuentemente hacían en Judá los merodeadores de dichos países. (b) Otro ejército más numeroso para guarniciones y defensa del país en caso de invasión (vv. 12, 13). Uzías equipó al ejército con toda variedad de armas (v. 14): escudos, lanzas yelmos, coseletes, arcos y hondas. No se mencionan espadas, porque es probable que cada soldado tuviese la suya. También se aprovechó de la reciente invención de máquinas de guerra (v. 15). Es una pena que las guerras y disputas que surgen de la concupiscencia de los hombres hagan necesario el uso de armas inventadas para ser instrumentos de muerte.

Versículos 16–23

La única mancha que hallamos en el nombre del rey Uzías.

I. Su pecado consistió en usurpar funciones sacerdotales. La transgresión de sus predecesores había sido abandonar el templo de Jehová (24:18) y quemar incienso en altares idolátricos (25:14). La suya consistió en *entrar en el templo de Jehová* más adentro de lo que le era permitido y ponerse a *quemar incienso en el altar del incienso* (v. 16).

1. El motivo de este desacato fue el orgullo: *«Su corazón se enalteció para su ruina»* (v. 16). Su gran fama y prosperidad (v. 15) le inclinó a enaltecer su propio corazón en lugar de enaltecer el nombre de Dios en gratitud.

2. Este pecado lo cometió probablemente cuando vio que necesitaba el favor de Dios en alguna coyuntura que no conocemos. (A) Quizá pensó que los sacerdotes no cumplían con su oficio tan devotamente como debían y creyó que podía hacerlo mejor que ellos. (B) O quizás observó que los reyes idólatras quemaban incienso en los altares de sus dioses, como su propio padre había hecho (y Jeroboam—1 R. 13:1—), y, al estar él resuelto a seguir adherido al altar de Jehová, quiso aproximarse a él tanto como los reyes idólatras se acercaban a sus altares. Pero a este atrevimiento se le llama aquí *rebelión contra Jehová su Dios* (v. Éx. 30:1–10).

3. En su intento, halló la oposición del sumo sacerdote y de los otros sacerdotes que le asistían (vv. 17, 18). Ellos estaban prestos a quemar incienso por el rey, conforme el deber de su oficio; pero, al ver que él intentaba hacerlo, le hicieron saber claramente que se estaba interfiriendo en lo que no le pertenecía, y que con ello se exponía al castigo de Dios: *«No te corresponde a ti, oh Uzías, el quemar*

incienso a Jehová, sino a los sacerdotes hijos de Aarón» (v. 18). Además de Éxodo 30:7, pueden verse Deuteronomio 33:10; 1 Crónicas 23:13. David había bendecido al pueblo; Salomón y Josafat habían orado con el pueblo y les habían predicado. Si Uzías hubiese hecho esto, sería mencionado para alabanza suya; pero, al quemar incienso, es mencionado para su vergüenza. Coré y sus cómplices, aun siendo levitas pagaron muy caro el atrevimiento de quemar incienso, que era competencia exclusiva de los sacerdotes (Nm. 16:35). El incienso de nuestras oraciones debe ponerse por fe en manos de nuestro sumo sacerdote Jesucristo, el gran sumo sacerdote de nuestra profesión; de lo contrario, no será aceptado por Dios (v. Ap. 8:3).

4. En lugar de humillarse, Uzías se enojó contra los sacerdotes sin soltar de su mano el incensario (v. 19).

II. Su castigo fue una lepra incurable, que le brotó en la frente mientras se enojaba contra los sacerdotes.

1. Al aparecer la lepra en su frente, los sacerdotes se atrevieron aún mejor a expulsarle del templo a toda prisa. Y él también se dio prisa a salir, porque Jehová le había herido (v. 20) con una enfermedad que es una señal especial de su desagrado, y que él sabía que le separaba automáticamente del trato con los demás y, con mayor motivo, del altar de Dios. Leproso permaneció hasta el día de su muerte y hubo de habitar confinado en una casa apartada (v. 21).

2. Fue un castigo que correspondió muy apropiadamente a su pecado. (A) En el fondo, era un pecado de orgullo y, por eso, Dios le impuso esta humillación y este deshonor. (B) Usurpó una función sacerdotal y Dios le hirió con una enfermedad que le sometía a la inspección y al juicio de los sacerdotes, como estaba mandado en Deuteronomio 24:8.

3. Se metió en el santuario de Dios, lugar que estaba reservado a los sacerdotes y, por ello, fue excluido aun de los atrios del templo, donde el más vil de sus súbditos podía entrar con tal que estuviese ceremonialmente limpio.

CAPÍTULO 27

Breve informe del reinado de Jotam, piadoso y próspero príncipe, de quien desearíamos saber algo más. I. Fecha en que subió al trono y duración de su reinado (vv. 1, 8). II. Su buen carácter general (vv. 2, 6). III. Su prosperidad (vv. 3–5). IV. Su muerte (v. 9).

Versículos 1–9

De Jotam se nos dice:

I. Que reinó bien: *Hizo lo recto ante los ojos de Jehová* (v. 2). *Preparó sus caminos delante de Jehová su Dios* (v. 6). Cumplió de modo constante con sus deberes, no como algunos de sus predecesores, quienes, aun cuando hicieron cosas buenas, perdieron su crédito por su inconstancia o su inconsecuencia. Dos detalles se señalan en particular de Jotam: 1. Que no cometió el pecado de su padre, pues *no entró en el santuario de Jehová* (v. 2). 2. Que no pudo impedir la corrupción del pueblo: *Pero el pueblo continuaba corrompiéndose.*

II. Que prosperó. 1. Construyó. Comenzó con *la puerta mayor de la casa de Jehová* (v. 3), reparándola bellamente y levantándola. Luego *edificó mucho sobre el muro de la fortaleza* (o, mejor, del Ofel), y, además, *edificó ciudades en las montañas de Judá* (v. 4). 2. Conquistó. Prevaleció contra los amonitas, quienes habían invadido Judá en tiempo de Josafat (20:1). 3. *Se hizo fuerte* (es decir, poderoso) en riqueza y poder (v. 6), así como en influencia sobre los países vecinos, que procuraban su amistad y temían su desagrado, *porque preparó sus caminos delante de Jehová su Dios.*

III. Terminó prematuramente el curso de su vida, pero lo acabó con honor. Murió a los cuarenta y un años de edad (vv. 8), pero *sus guerras y sus caminos* fueron lo suficientemente gloriosos como para quedar consignados por escrito en los anales de los reyes de Israel y de Judá (v. 7).

CAPÍTULO 28

Tenemos ahora la historia del reinado de Acaz, hijo de Jotam: Mal hijo y mal reinado. I. Su gran perversidad (vv. 1–4). II. El aprieto en que se metió por eso (vv. 5–8). III. La reprensión que Dios envió por medio de un profeta al ejército de Israel por atropellar a sus hermanos de Judá, y la obediencia que ellos prestaron a la voz de Dios (vv. 9–15). IV. Las muchas calamidades que sobrevinieron a Acaz y a su pueblo (vv. 16–21). V. No obstante, continuó la idolatría (vv. 22–25) y así termina este relato (vv. 26, 27).

Versículos 1–5

Nunca tuvo hombre alguno una oportunidad tan buena como Acaz la tuvo para hacer el bien y sin embargo, le vemos aquí: 1. Totalmente corrompido y degenerado. Había recibido buena educación, pero *no hizo lo recto ante los ojos de Jehová* (v. 1), sino que hizo mucho mal; se portó mal con Dios, consigo mismo y con su pueblo; *anduvo en los caminos de los reyes de Israel* (v. 2); hizo imágenes de fundición y las adoró. Abandonó el templo de Dios y sacrificó y quemó incienso en los altos (v. 4), como si ello le acercase más al Cielo, y bajo todo árbol frondoso, como si allí el Cielo le protegiese con «buena sombra». Para completar su maldad, como quien carece de afecto natural lo mismo que de religión, *hizo pasar a sus hijos por fuego* (v. 3) en honor de Moloc. 2. Miserablemente despojado. (A) Los sirios le insultaron y le vencieron en el campo de batalla, y se llevaron cautivos a muchos del pueblo. (B) El rey de Israel, aunque también él era idólatra, *le batió con gran mortandad* (v. 5).

Versículos 6–15

I. Vemos al traicionero Judá bajo la reprensión de la providencia de Dios. Nunca había ocurrido una mortandad igual desde el comienzo del reino de Judá, y eso a manos de israelitas. Dios obra con toda justicia y hace que aquellos que son nuestros modelos o cómplices en el pecado sean nuestra plaga y nuestra ruina. Estalló la guerra entre Israel y Judá, y Judá llevó la peor parte en ella. 1. Un enorme número de soldados valientes, algunos notables, e incluso un hijo del rey, murieron (v. 6); y eso que el reino de Israel no era fuerte en este tiempo; pero fue lo suficientemente fuerte como para infligir a Judá este enorme castigo. 2. Todavía fue mayor el número de cautivos: *docientos mil, mujeres, muchachos y muchachas* (v. 8).

II. También vemos al victorioso Israel bajo la reprensión de la Palabra de Dios.

1. Veamos el mensaje que les envió Dios por medio de un profeta *(Oded,* no *Obed.* Nota del traductor), quien les salió al encuentro, no para aplaudirles por su valor, sino para declararles sus faltas en nombre de Dios.

(A) Les declaró cómo habían llegado a esta victoria de la que tan orgullosos estaban: No habían conseguido la victoria por ser mejores que Judá, sino *por el enojo de Dios contra Judá* (v. 9. V. Dt. 9:5). Por tanto, no tenían de qué gloriarse, sino de qué temer, no fuese que también ellos cayesen (Ro. 11:20–22).

(B) Les acusó de abuso del poder que Dios les había concedido contra sus hermanos. Son reprendidos aquí los vencedores: (a) Por la crueldad de la matanza que habían llevado a cabo en el campo de batalla (v. 9): *«Los habéis matado con un furor que ha llegado hasta el cielo»*. Lo habían hecho por odio, enemistad y crueldad. *La ira del hombre no obra la justicia de Dios* (Stg. 1:20). (b) Por el tratamiento que habían determinado imponer a los prisioneros, pues pensaban tenerlos *como esclavos y esclavas* (v. 10), siendo *hermanos* (v. 11), descendientes de un mismo patriarca y libres por ser israelitas.

(C) Les trae a la memoria sus pecados, por los que son reos igualmente de la ira de Dios (v. 10): *«¿No habéis pecado vosotros contra Jehová vuestro Dios?»* Esto tenía por objeto: (a) Frenar su orgullo por la victoria; como si les dijese: «Sois pecadores, y les cae mal a los pecadores ser orgullosos, porque si el juicio comienza por los que tienen entre ellos *la casa de Dios*, ¿qué será de los que adoran a los becerros?» (b) Frenar su severidad para con sus hermanos. También les cae mal a los pecadores ser crueles: «Habéis cometido transgresiones por las que tenéis que dar cuenta, y no necesitáis añadir ésta a las demás».

(D) Les mandó que soltasen a los prisioneros y les dejasen volver a sus casas, *«porque el furor de la cólera de Jehová está contra vosotros»* (v. 11). Como si dijese: «No hay otro modo de escapar de la ira de Dios que mostrando misericordia».

2. La decisión que tomaron entonces los principales de Efraín de soltar a los prisioneros. *«Se levantaron contra los que venían de la guerra»,* aunque venían exaltados por la victoria, y les dijeron claramente que no debían traer a Samaria los prisioneros (vv. 12, 13).

3. Los guerreros accedieron y dejaron tanto los cautivos como el botín *a disposición de los príncipes y de toda la multitud* (v. 14); mostraron así mayor heroísmo en el dominio de sí mismos que el que habían mostrado en la guerra al hacerlos prisioneros. Es un gran honor para cualquiera ceder ante la autoridad de la razón y de la religión aun en contra de los propios intereses. Los príncipes tomaron a los cautivos, los trataron generosamente y, una vez acomodados y reanimados, los llevaron hasta la frontera de Judá (v. 15).

Versículos 16–27

I. El gran aprieto en que se vio el reino de Judá por el pecado de Acaz. En general: 1. *Jehová había humillado a Judá* (v. 19). Últimamente, habían estado muy altos en riqueza y poder, pero Dios halló medios de humillarlos y hacerlos tan despreciables como formidables habían sido. 2. Acaz había expuesto a Judá al escarnio, despojándole de todo (v. 21), como quien desnuda a una persona y la expone así al asalto de cualquiera (Éx. 32:25). El pecado desnuda al hombre y lo expone a la vergüenza. En particular, los edomitas, para vengarse de la crueldad de Amasías contra ellos (25:12), atacaron a Judá y se llevaron muchos cautivos (v. 17). También los filisteos les insultaron, tomaron posesión de varias ciudades y aldeas cercanas a ellos (v. 18) y se vengaron así de las incursiones que Uzías había llevado a cabo en su país (26:6).

II. Lo que Acaz añadió por su cuenta a este aprieto de la nación así como la culpabilidad del pueblo.

1. Aumentó el aprieto al cortejar a reyes extranjeros con la esperanza de que vendrían en su ayuda. Cuando le atacaban los edomitas y los filisteos, *envió a pedir a los reyes de Asiria que le ayudasen* (v. 16). Despojó para ello la casa de Dios, el palacio real y los bolsillos de los principales del país, a fin de tener dinero con el que alquilar a las fuerzas extranjeras para que le ayudasen (v. 21). ¿Y qué sacó Acaz del rey de Asiria? Sí que vino, pero *no para ayudarle, sino para reducirlo a estrechez* (vv. 20, 21). Las tropas asirias pusieron su cuartel en Judá, con lo que lo empobrecieron y debilitaron.

2. Aumentó la culpabilidad al cortejar a dioses extranjeros con la esperanza de que le sacasen del apuro. (A) Abusó de la casa de Dios pues *quebró los utensilios de la casa de Dios* (v. 24), para que los sacerdotes no pudiesen llevar a cabo el servicio del templo por falta de utensilios; y, al fin, *cerró las puertas* para que el pueblo no pudiera asistir a los cultos. (B) Afrentó al altar de Dios, pues *se hizo altares en todos los rincones de Jerusalén,* de forma que, como dice el profeta, *sus altares eran como montones en los surcos del campo* (Os. 12:11). Y en las ciudades de Judá erigió lugares altos a fin de que el pueblo quemase incienso a los ídolos que mejor le parecieran, como a propósito *para provocar ira a Jehová el Dios de sus padres* (v. 25). (C) Dejó por completo a Dios, pues *ofreció sacrificios a los dioses de Damasco* (v. 23), pues les temía, y pensó que ellos eran quienes habían ayudado a sus enemigos y que, si los podía atraer a su causa, le ayudarían a él. ¿Y qué pasó? Los dioses de Siria no le ayudaron más de lo que le habían ayudado los reyes de Asiria; al contrario, *fueron su ruina y la de todo Israel.* Este pecado corrompió al pueblo de tal manera que la reforma del reino siguiente no fue suficiente para curarles de su inclinación a la idolatría y retuvieron esta raíz de amargura hasta que la deportación a Babilonia la arrancó de cuajo.

3. Por lo que se ve, murió impenitente y, por tanto, sin gloria, ya que *no lo metieron en los sepulcros de los reyes de Israel* (v. 27).

CAPÍTULO 29

Cambia agradable y gloriosamente la escena con el reinado de Ezequías, en quien hallamos mayor devoción a Dios que la que hasta ahora hemos visto en los reyes que le precedieron. En este capítulo vemos el inicio de la reforma que se propuso llevar a cabo tan pronto como subió al trono. I. Su exhortación a los sacerdotes y levitas al ponerlos de nuevo en posesión de la casa de Dios (vv. 1–11). II. El interés y el esfuerzo que se tomaron los levitas para limpiar el templo y poner allí las cosas en orden (vv. 12–19). III. Solemne reavivamiento de las ordenanzas de Dios que habían sido descuidadas, durante el cual se hizo expiación por los pecados del reinado anterior y comenzaron a funcionar las ruedas del servicio del templo, para gran satisfacción del rey y del pueblo (vv. 20–36).

Versículos 1–11

I. *Cuando comenzó a reinar, Ezequías tenía veinticinco años* (v. 1). Cuando, después de dos malos reinados, llegó Joás al trono, sólo tenía siete años; Josías, que también llegó al trono después de dos malos reinados, tenía ocho años, lo cual ocasionó la demora de la reforma en ambos casos; pero Ezequías era ya mayor de edad, por lo que se dedicó de inmediato a la reforma.

II. Su carácter general. *Hizo lo recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho David su padre* (v. 2). De algunos de sus predecesores se lee que hicieron lo recto, *pero no como David*, no con la integridad y el celo de David. Pero aquí tenemos uno que abrigaba para el Arca y la Ley de Dios el mismo cordial afecto que tuvo David.

III. Su presteza en emprender la gran obra de reforma religiosa. Lo primero que hizo fue *abrir las puertas de la casa de Jehová* (v. 3). Encontró a Judá en baja forma, pero su primera preocupación no fue mejorar la condición material de su reino, sino restaurar la religión. Quienes comienzan por Dios en su obra, comienzan por donde se debe empezar.

IV. Su discurso a los sacerdotes y levitas. La exhortación de Ezequías a los levitas es muy patética.

1. Les expone la desolación en que se halla la religión por causa de la transgresión de sus mayores (vv. 6, 7): *«Nuestros padres se han rebelado»*. Se queja: (A) De que la casa de Dios ha sido abandonada: *Dejaron a Dios y apartaron sus rostros del tabernáculo de Jehová* (v. 6). (B) De que los servicios del templo, instituidos por Dios, habían sido interrumpidos. Las lámparas estaban apagadas, no se había quemado incienso ni se habían ofrecido holocaustos (v. 7). Cuando no se lee la Palabra de Dios (simbolizada por las lámparas) ni se ofrecen dignamente oraciones y alabanzas (simbolizadas por el incienso), se cometen negligencias similares a las de aquí.

2. Les mostró las tristes consecuencias del descuido y decaimiento de la religión entre ellos (vv. 8, 9).

3. Les declaró su firme propósito y resolución de reavivar la religión y promoverla con todas sus fuerzas (v. 10): *«Yo he determinado hacer pacto con Jehová el Dios de Israel»*. Como si dijese: «He resuelto adorarle a Él solamente, y de la manera que Él ha instituido». No sólo iba él a hacer el pacto con Dios, sino que iba a vincular también a su pueblo a este pacto.

4. Exhortó e incitó a los levitas y sacerdotes a que cumplieran con su deber en esta ocasión. Con esto comenzó su discurso (v. 5) y con esto lo termina (v. 11). Les había llamado *levitas* (v. 5) para traerles a la memoria la obligación que tenían con Dios, y les llama *hijos* (v. 11) para recordarles la relación que tenían con él mismo, y esperaba que, *como un hijo a su padre, le sirvieran* (comp. Fil. 2:22) en la reforma del país. (A) Les dice cuál es su deber: *santificarse* (esto es, *purificarse*), primero mediante el arrepentimiento de sus descuidos y mediante la renovación de sus pactos con Dios, y, después purificar la casa de Dios como siervos suyos, *sacando del santuario la inmundicia.* (B) Les incita a ello haciéndoles tomar conciencia de la seriedad de la situación: *«No os engañéis ahora»* (v. 11). Quienes son negligentes

en el servicio de Dios pueden pensar que no tiene importancia burlarse así de Dios, pero se engañan a sí mismos. Dios esperaba de ellos que estuviesen ocupados en su servicio; no habían sido escogidos para estar ociosos, ni disfrutar de la dignidad del oficio y dejar a otros el cumplimiento de los servicios, sino para servir y ministrar delante de Dios.

Versículos 12–19

Purificación de la casa de Dios; obra buena, útil y necesaria.

I. Las personas empleadas en este trabajo fueron los sacerdotes y los levitas, cuyo deber era conservar limpio el templo. Se mencionan aquí los levitas de cada una de las tres casas, Coat, Merarí y Gersón (v. 12), y otros dos de cada una de las familias de cantores, Asaf, Hemán y Jedutún (vv. 12, 13), porque éstos eran más activos y celosos que los demás. Cuando Dios tiene alguna obra que realizar, hace surgir buenos líderes para dirigirla. Y no siempre son los primeros en rango y dignidad los más apropiados o los más celosos para llevarla a cabo.

II. El trabajo consistía en *purificar la casa de Dios:* 1. De la basura corriente que allí se había acumulado mientras estaba cerrada: polvo, telarañas, orín de los utensilios, etc. 2. De los ídolos y altares idolátricos erigidos en ella, los cuales, por muy limpios que los conservaran, eran para el templo una suciedad mucho peor que si lo hubiesen convertido en cloaca de la ciudad. No se menciona a ninguno de los sacerdotes como director de esta limpieza, pero nadie, sino ellos, podía entrar en el santuario propiamente dicho ni aun para limpiarlo; quizás el sumo sacerdote limpió el Lugar Santísimo y los sacerdotes el Lugar Santo. La basura que los sacerdotes sacaron al atrio, *fue llevada por los levitas al torrente de Cedrón* (v. 16).

III. Fue notable la prisa que se dieron en esta operación. Empezaron en el primer día del primer mes—¡buen comienzo de año!—y terminaron la limpieza del santuario en ocho días, y en otros ocho la del atrio (v. 17). También nosotros deberíamos comenzar cada año con la reforma de aquello que necesitamos reformar y con la purificación, por medio del arrepentimiento, de todos los pecados y contaminaciones contraídos en al año anterior.

IV. El informe que hicieron llegar al rey del término de su obra (vv. 18, 19). Sabían que el buen rey anhelaba ver limpia la casa de Dios para poder asistir a los servicios del altar y, por eso, le dieron cuenta detallada de todo el trabajo que habían llevado a cabo con celeridad. Mencionan especialmente *los utensilios que en su infidelidad había desechado el rey Acaz* (v. 19), el padre del rey; utensilios que el hijo de Acaz quería ver otra vez limpios y en su lugar debido: *delante del altar de Jehová.*

Versículos 20–36

Se convoca solemne asamblea para reunirse con el rey en el templo al día siguiente (v. 20). No cabe duda de que todas las buenas personas de Jerusalén acudirían contentas, al mismo tiempo que dirían: *«A la casa de Jehová iremos»* (Sal. 122:1). Tan pronto como supo Ezequías que el templo estaba listo, no perdió tiempo, sino que madrugó para ir allá, a fin de mostrar que su corazón había estado puesto en la obra llevada a cabo allí.

I. Había de hacerse expiación por los pecados del reinado anterior. Pensaron que no era suficiente con hacer duelo y apartarse del pecado y, por eso, presentaron un gran sacrificio *como expiación.* Tampoco nuestro arrepentimiento puede asegurarnos el perdón, sino en Jesucristo y por medio de Él, pues fue hecho pecado por nosotros (2 Co. 5:21). No hay paz posible para nadie, ni aun para los arrepentidos, sino por la sangre de Jesús.

1. El sacrificio fue *para expiación por el reino por el santuario y por Judá* (v. 21); es decir, por los pecados de los reyes, de los sacerdotes y del pueblo, pues todos habían corrompido su camino. La ley de Moisés fijaba ciertos sacrificios para hacer expiación por los pecados de toda la congregación (Lv. 4:13, 14; Nm. 15:24, 25), para que no cayeran sobre el país los castigos nacionales que merecían los pecados

nacionales. Para esto mismo hemos de tener ahora los ojos fijos en Jesús, no sólo como propiciación por nuestros pecados, sino también para remisión y salvación de personas privadas.

2. La Ley señalaba solamente un macho cabrío para expiación por el pecado, como en el Día de la Expiación (Lv. 16:15) y en otras ocasiones extraordinarias como ésta (Nm. 15:24); pero ellos ofrecieron siete (v. 21), porque los pecados de la congregación habían sido muy graves y persistentes. Siete es nombre de perfección (para el bien o para el mal). Nuestro gran sacrificio por el pecado es solamente uno, pero con Él perfeccionó Dios para siempre a los santificados (He. 10:12–14).

3. El rey y la congregación (es decir, los representantes de la congregación) *pusieron sus manos sobre los machos cabríos para la expiación* (v. 23), se reconocieron así culpables delante de Dios y expresaron el deseo de que la culpa del pecador fuese transferida a la víctima del sacrificio. Por fe ponemos nosotros las manos sobre el Señor Jesús, y así *recibimos la reconciliación* (Ro. 5:11).

4. Con los sacrificios por el pecado fueron ofrecidos también holocaustos: *siete novillos, siete carneros y siete corderos* (v. 21). La finalidad de los holocaustos era glorificar al Dios de Israel, a quien reconocían como único Dios verdadero, lo cual era muy apropiado al mismo tiempo que hacían expiación por sus pecados por medio del sacrificio por el pecado. En ambas clases de sacrificios *fue esparcida sobre el altar la sangre de las víctimas* (v. 22), *para reconciliar a todo Israel* (v. 24), y no sólo a Judá. Así también Jesús es propiciación, no sólo por nuestros pecados, *sino también por los de todo el mundo* (1 Jn. 2:2).

5. Mientras eran quemadas las víctimas en el altar los levitas *comenzaron a cantar el cántico de Jehová* (v. 27), los Salmos compuestos por David y por Asaf (v. 30), acompañados de los instrumentos musicales que Dios había mandado, por medio de sus profetas, que se usasen (v. 25) y que se habían descuidado por largo tiempo. Ni aun el dolor por el pecado ha de impedirnos cantar las alabanzas al Señor.

6. El rey y toda la congregación dieron testimonio de participar en todo lo que se llevaba a cabo, pues *se inclinaron y adoraron* (vv. 28, 30).

II. Las solemnidades de este día fueron sólo el comienzo de lo que había de continuar de allí en adelante, pues el servicio del templo se había de celebrar normalmente, como apuntó el propio rey (v. 31): *«Vosotros os habéis consagrado ahora a Jehová,* habéis hecho expiación y renovado el pacto mediante sacrificio; estáis solemnemente reconciliados con Dios y comprometidos a servirle; *acercaos, pues, y presentad sacrificios y alabanzas»*. Una vez que nos hemos consagrado primeramente a Dios, hemos de traer a su casa sacrificios de alabanza, oración y ofrendas. En respuesta al requerimiento del rey se halló:

1. Que el pueblo ofrendó libremente. Convocados por el rey, trajeron sus ofrendas, aunque no tan abundantes como en los gloriosos días de Salomón, sí de acuerdo con sus posibilidades, al tener en cuenta su pobreza y el decaimiento de la piedad entre ellos. (A) Algunos fueron tan generosos como para traer holocaustos, de los que, al ser consumidos totalmente por el fuego, ellos no recibían ninguna porción. (B) Otros trajeron ofrendas de paz y de acción de gracias, de las que la grasa se quemaba en el altar, pero la carne se repartía entre los sacerdotes y los oferentes (v. 35).

2. Que *los sacerdotes eran pocos* (v. 35), demasiado pocos para este servicio.

3. Que los levitas mostraron una disposición estupenda, pues *estaban más dispuestos de corazón para santificarse que los sacerdotes* (v. 34); tenían más interés en la obra y estaban mejor preparados para ella. Esto era de alabar y, en recompensa, tuvieron el honor de ser empleados en un servicio que normalmente era llevado a cabo por los sacerdotes: *les ayudaron a desollar los holocaustos* (v. 34). Esta operación competía a los sacerdotes (Lv. 1:5, 6), pero en casos de necesidad se dispensaba de esta norma, y así se daba ánimos a los fieles y celosos levitas, para bochorno de los poco cuidadosos sacerdotes.

4. Que todos estaban satisfechos. El rey y todo el pueblo se regocijaron de este bendito nuevo estado de cosas y de la rapidez con que se había llevado a cabo la obra (v. 36). Dos cosas, sobre todo les agradaron: (A) Que se llevó a cabo con presteza: *La cosa fue hecha rápidamente,* en poco tiempo, con facilidad y sin oposición. (B) Que allí estaba claramente la mano de Dios en todo ello: *Dios había dispuesto bien al pueblo* mediante la secreta influencia de su gracia, de forma que muchos de los que en el anterior reinado habían puesto su afecto en los altares idolátricos, mostraban ahora mayor amor al altar de Dios.

CAPÍTULO 30

Relato de la solemne Pascua que observó Ezequías en el primer año de su reinado. I. Consulta con el pueblo y resolución de celebrarla (vv. 2–5). II. Invitación a Judá y a Israel para venir a observarla (vv. 1, 6–12). III. Gozosa celebración de la misma (vv. 13–27).

Versículos 1–12

I. Resolución de celebrar una Pascua. ¿Es oportuna ahora? Por este año, el tiempo se pasó, y los sacerdotes no están preparados (v. 3). Es probable que muchos prefirieran aplazarla, pero Ezequías halló en la Ley una excepción para el caso en que hubiera personas ceremonialmente inmundas en el primer mes y en este caso podían celebrar la Pascua el día catorce del segundo mes (Nm. 9:11), y no dudó de que en el caso presente esta excepción podía extenderse a toda la congregación. Así que decidieron celebrar la Pascua *en el segundo mes* (v. 2).

II. Notificación de la voluntad del rey y convocatoria al pueblo para celebrar la Pascua.

1. Se envió también invitación a las tribus del norte para incitarlas a que asistieran a esta solemnidad. *Se escribieron cartas a Efraín y a Manasés* (v. 1) para invitarles a venir a Jerusalén para observar esta Pascua con el piadoso objeto de hacerles volver a Jehová el Dios de Israel. Parece ser que pensó Ezequías: «Que tomen por rey a quien quieran, con tal que tengan por Dios a Jehová».

(A) Contenido de estas cartas, en las que Ezequías muestra gran interés tanto por el honor de Dios como por el bienestar del reino vecino (v. 6): *«Hijos de Israel volveos a Jehová el Dios de Abraham, de Isaac y de Israel.* Las puertas del santuario están ahora abiertas y podéis entrar con completa libertad; el servicio del templo está de nuevo en funciones y seréis bienvenidos a tomar parte en él. Sois hijos de Israel y, por tanto, sois convocados a volver al Dios que hizo pacto con vuestros antepasados. Vuestros posteriores ascendientes se rebelaron contra Él, pero lo han pagado muy caro; su apostasía y su idolatría han sido su ruina, *como vosotros veis* (v. 7). Vosotros mismos sois un *remanente que* a duras penas *ha escapado de la mano de los reyes de Asiria* (v. 6). Si volvéis a Dios por el camino del deber, Él se volverá a vosotros por el camino de la misericordia». Con esto empieza (v. 6) y con esto termina el rey su invitación (v. 9). ¿Pudo el rey expresarse con mayor emoción y patetismo? ¿Podía haber una causa más excelente o mejor defendida?

(B) La acogida que tuvieron los emisarios del rey. No se ve que Oseas, que era ahora el rey de Israel, prohibiera a sus súbditos ir a Jerusalén, pues, aunque era malo y obró el mal, no *lo fue tanto como los reyes de Israel que habían sido antes de él* (2 R. 17:2). Pero la mayor parte de ellos *se rieron y se burlaron de los emisarios* (v. 10). La destrucción del reino de las diez tribus estaba ahora muy próxima. En el plazo de unos dos o tres años desde esta fecha, el rey de Asiria puso sitio a Samaria y se llevó cautivos a los de esas tribus. Pero hubo unos pocos que aceptaron la invitación. En los peores tiempos, Dios se reserva siempre un remanente. Aquí también tenemos que comen la Pascua *una gran multitud del pueblo de Efraín y Manasés, de Isacar y Zabulón* (v. 18), aun cuando en el versículo 11 no se menciona Efraín.

2. Se manda a los hombres de Judá que asistan a esta solemnidad y obedecen como con *un solo corazón* (v. 12; comp. con Hch. 4:32). Dios les dio un solo corazón, porque antes les había dado una sola mente (v. 4).

Versículos 13–20

Habiendo llegado el tiempo fijado para la celebración de la Pascua, se congregó *una asamblea muy grande* (v. 13).

I. La preparación que hicieron para la Pascua, muy buena preparación (v. 14): *Quitaron* todos *los altares* idolátricos que hallaron, no sólo en el templo, sino *en Jerusalén.* La mejor preparación que podemos hacer para la Pascua del Evangelio es quitar de nuestro corazón las idolatrías espirituales.

II. Celebración de la Pascua. En esto se mostró tan decidido y celoso el pueblo, que los sacerdotes y los levitas *se llenaron de vergüenza* al ver al pueblo más presto a traer sacrificios que ellos a ofrecerlos. Esto les incitó a *santificarse* (v. 15).

III. Las irregularidades que se cometieron en esta ocasión. 1. *Los levitas sacrificaron la pascua,* lo cual era competencia exclusiva de los sacerdotes (v. 17). 2. Se permitió comer la Pascua a muchos que no estaban purificados de la forma que señalaba la Ley (v. 18). Dice Rudolph: «El Cronista, que para muchos es un típico representante de la piedad legal, da aquí más valor a la disposición confiada del corazón (cf. Mal. 9:1–13)». También Grocio observa que de aquí podemos deducir que las leyes ceremoniales deben ceder el lugar no sólo a la necesidad pública, sino también al beneficio público.

IV. Oración de Ezequías para que Dios perdonase esta irregularidad. 1. Fue una oración breve, pero acertada: *«Jehová, que es bueno, sea propicio a todo aquel que ha preparado su corazón para buscar a Dios»* (vv. 18, 19). En efecto, buscar a Dios con sinceridad es *lo único necesario.* Donde impera esta sinceridad del corazón, aunque haya defectos y debilidades, los cuales necesitan—es cierto—gracia que sane con su perdón, se puede obtener el perdón por esas deficiencias si se acude acudiendo al Señor en oración. Nótese que las omisiones *en* nuestro deber son pecados lo mismo que las omisiones *de* nuestro deber. 2. Fue una oración eficaz: «Y oyó *Jehová a Ezequías y sanó al pueblo»* (v. 20); no sólo no les tuvo en cuenta el pecado, sino que aceptó con benevolencia los servicios de ellos, puesto que la curación denota, no sólo el perdón de los pecados (Sal. 103:3; Is. 6:10), sino también el consuelo y la paz (Is. 57:18; Mal. 4:2).

Versículos 21–27

Después de la Pascua vino la fiesta de los Panes sin Levadura, que continuó por siete días.

1. Fueron sacrificadas a Dios abundantes ofrendas de paz, por las que reconocían y, al mismo tiempo imploraban, el favor de Dios.

2. Sobre estas ofrendas de paz se pusieron abundantes oraciones (v. 22): *«Dando gracias a Jehová el Dios de sus padres»,* con las que el objetivo y el significado de las ofrendas de paz quedaban manifiestos y explícitos.

3. Hubo también abundancia de buena predicación. Los levitas (como lo exigía su oficio—Dt. 33:10—) *tenían un perfecto conocimiento de lo relativo a Jehová* y no cabe duda de que enseñaron al pueblo, como se deduce del contexto anterior, aunque el original no dice explícitamente que lo hicieran. Ezequías no predicó personalmente, pero *habló al corazón de todos los levitas* (v. 22), esto es, les animó a cumplir con su oficio de maestros del pueblo en las cosas de Dios.

4. Cantaban salmos, acompañándose de instrumentos musicales, *todos los días* de la fiesta (v. 21).

5. Recibieron tal consuelo y ánimo con la observancia de estos siete días de la fiesta, que *decidieron celebrar la fiesta por otros siete días* (v. 23). La ocasión era extraordinaria; habían estado largo tiempo sin esta ordenanza, habían contraído culpabilidad por haberla descuidado, estaban reunidos en asamblea numerosa y se hallaban en disposición muy devota; no sabían cuándo volverían a tener una oportunidad similar; por eso, no pudieron consentir el partirse unos de otros mientras no hubieran celebrado la fiesta por un número doble de días. ¡Cuán diferente disposición de la que tienen muchos que dicen: *¡Qué aburrido es este culto!,* o *¡Cuándo se pasará el domingo!*

6. Todo esto lo hicieron *con alegría* (v. 23); todos se regocijaron, y, en especial, *los forasteros* (v. 25); así que *hubo entonces gran regocijo en Jerusalén* (v. 26). Nunca se había visto cosa semejante desde el día en que Salomón dedicó el templo.

7. Finalmente, la congregación fue despedida con una solemne bendición (v. 27). (A) La pronunciaron los sacerdotes, pues era parte de su oficio *bendecir al pueblo* (Nm. 6:22, 23); en esto eran como la boca del pueblo para dirigirse a Dios en oración y, al mismo tiempo, la boca de Dios al pueblo en forma de promesa, pues esta bendición incluía los dos aspectos. ¡Qué consuelo para una asamblea, marchar cada uno a su casa coronado con tal bendición! (B) Dios puso su *Amén* a esta bendición: *«Su oración llegó a la habitación de su santuario, al cielo».* Las oraciones que suben al cielo, descienden después a la tierra en lluvia de bendiciones.

CAPÍTULO 31

Ulterior informe de la reforma que llevó a cabo Ezequías. I. Todos los restos de la idolatría fueron destruidos y abolidos (v. 1). II. Los sacerdotes y los levitas reasumieron sus respectivos servicios, cada hombre en su lugar (v. 2). III. Se proveyó para su sustento. 1. El rey contribuyó generosamente (v. 3). 2. Se dieron órdenes para que el pueblo aportara su contribución (v. 4). 3. El pueblo ofreció en abundancia (vv. 5–10). 4. Se designaron los comisionados para la justa distribución de lo que se había ofrecido (vv. 11–19). IV. Alabanza que el escritor sagrado tributa a Ezequías por su celo y sinceridad en toda esta obra (vv. 20, 21).

Versículos 1–10

Relato de lo que se hizo después de la Pascua. Los defectos que se habían cometido en los preparativos de la fiesta fueron subsanados por la excelente forma en que se conservaron los buenos efectos de ella.

I. Se dedicaron con vigor a la destrucción de todos los monumentos de idolatría (v. 1). 1. Esto se hizo inmediatamente después de la Pascua. Si el corazón nos ha estado ardiendo en la observación de una ordenanza, ese fervor consumirá las escorias de corrupción. Al no prohibirlo Oseas el rey de Israel, el celo de los israelitas les llevó a destruir la idolatría incluso en muchas partes de su reino. Al menos, los que vinieron de Efraín y Manasés para observar la Pascua (como hicieron muchos—30:18—) destruyeron todas sus imágenes y los cipos en sus propias ciudades y en otras muchas. 2. Lo destruyeron todo, por muy antiguo, costoso, hermoso y aun bien patronizado que estuviese.

II. Ezequías restauró los turnos de los sacerdotes y levitas que David había señalado y que, últimamente, habían dejado de funcionar por largo tiempo (v. 2). Se dice que estos servicios se hacían *en las puertas de los campamentos de Jehová* (v. 2, lit.); es una expresión tomada de la historia del tabernáculo durante su peregrinación por el desierto, y resulta muy apropiada, puesto que los privilegios del templo eran cosas movibles y que luego se habían de retirar del uso.

III. Dedicó una fuente de ingresos de la corona al mantenimiento del altar y de sus ministros. Fue un generoso acto de piedad, con el que honró a Dios y dio buen ejemplo al pueblo, como fiel siervo de Dios y buen padre de Judá.

IV. Emitió un edicto, primero a los habitantes de Jerusalén (v. 4), pero extendido después *a las ciudades de Judá,* para que pagasen sus contribuciones, según la Ley, a los sacerdotes y levitas.

V. El pueblo respondió y trajo sus diezmos con toda presteza. Los sacerdotes hicieron uso de todo lo que necesitaban para sí y para sus familias; y lo que sobró *fue depositado en montones* (v. 6). Durante todo el tiempo de la cosecha, se aumentan estos montones, conforme se recogieron los frutos de la tierra, pues Dios había de tener su porción de todos ellos. Cuando terminó la cosecha, terminaron de hacer aquellos montones (v. 7). *Ezequías preguntó a los sacerdotes y levitas acerca de esos montones* (v. 9); es decir, por qué no se usaba lo que se había dado, a lo que ellos respondieron que eso era lo que había sobrado de aprovisionarse ellos en abundancia (v. 10). No tenían aquellos montones por codicia, sino como una muestra de la abundante provisión que Dios les había procurado. Ezequías y los príncipes reconocieron agradecidos la bendición de Dios en aquellos montones (v. 8). Dieron gracias a Dios por su providencia que les había dado tanto que traer, y por su gracia que les había dado corazón para traerlo.

Versículos 11–21

I. Dos ejemplos especiales del interés que tenía Ezequías por las cosas de Dios, pues dispuso que: 1. Los diezmos y las demás cosas dedicadas no quedasen en aquellos montones expuestas al despilfarro y la malversación, sino que fueran depositadas *en cámaras en la casa de Jehová* (v. 11). 2. Todo lo depositado había de ser luego distribuido conforme a los usos para los que estaba destinado. De las ofrendas a Jehová, se hizo donación: (A) A los sacerdotes de las ciudades (v. 15), que permanecían en sus casas

mientras sus hermanos iban a Jerusalén, quedándose ellos para *enseñar el buen conocimiento de Jehová*. (B) *A los que entraban en la casa de Jehová,* a todos los varones *de tres años arriba* (v. 16), pues desde esa edad se les permitía venir al templo con sus padres y recibir su parte en esta distribución. (C) Los levitas, *de veinte años arriba,* tenían también su parte (v. 17). (D) Las mujeres y los hijos de los sacerdotes y levitas recibían de estas ofrendas un buen sustento (v. 18). Al mantener a los ministros de Dios, hay que tener en cuenta sus familias.

II. Ezequías es alabado por su celo en las cosas de Dios (vv. 20, 21). 1. Su piadoso celo alcanzó a todas las partes de su reino: *De esta manera hizo en todo Judá.* 2. Lo hacía para honrar y agradar a Dios y así se mostró aprobado en todo lo que hizo: *Ejecutó lo bueno recto y fiel* (mejor que *verdadero) delante de Jehová su Dios* (v. 20).

CAPÍTULO 32

Con este capítulo concluye la historia del reinado de Ezequías. I. Invasión de Senaquerib y la forma en que se defendió Ezequías (vv. 1–8). II. Los mensajes insolentes y blasfemos que Senaquerib le dirigió (vv. 9–19). III. La respuesta que dio Dios a las blasfemias de Senaquerib y a las oraciones de Ezequías (vv. 20–23). IV. Enfermedad y recuperación de Ezequías, con los honores que le fueron prestados mientras vivió y en su muerte (vv. 24–33).

Versículos 1–8

I. Amenaza formidable de Senaquerib contra el reino de Judá. Este rey asirio era ahora, como lo fue Nabucodonosor después, el terror y azote de aquella parte del mundo. Anhelaba levantar para sí una monarquía sin límites a costa de la ruina de sus vecinos. Su antecesor Salmanasar se había hecho dueño recientemente del reino de Israel y se había llevado cautivas las diez tribus. Senaquerib pensó que podía hacer lo mismo con Judá. Quizá pensó así castigar también a Ezequías por haber destruido la idolatría. Podía esperarse que, después de lo visto en el capítulo anterior, tendríamos perfecta paz, sin que nadie osase entremeterse con su pueblo que tan señaladamente gozaba del favor de Dios; pero la noticia que leemos a continuación es que un ejército destructor y amenazante entra en el país dispuesto a asolarlo por completo. La exigua oposición que encontró Senaquerib al entrar en Judá le llevó a imaginarse que todo era ya suyo e *intentó atacar a Jerusalén* (v. 2. V. 2 R. 18:7, 13).

II. Los preparativos que hizo Ezequías contra esta tormenta que se cernía sobre él (v. 3): *«Tuvo consejo con sus príncipes»,* y así procuró: 1. Que el invasor hallase pocas facilidades a su llegada pues *cegaron las fuentes de agua que estaban fuera de la ciudad* (vv. 3, 4). 2. Que la ciudad estuviese bien defendida contra el invasor. Para ello edificó los muros caídos, levantó torres, preparó las armas en abundancia (v. 5) y designó capitanes (v. 6).

III. Los ánimos que dio al pueblo para que dependiesen de Dios en este aprieto. Reunió a todos los capitanes *en la plaza de la puerta de la ciudad* (v. 6) *y les habló al corazón,* esto es les animó grandemente. 1. Se esforzó en quitarles el miedo: *«Esforzaos y animaos;* no penséis en capitular ni rendir la ciudad, sino decidíos a defenderla hasta el último hombre». Así les había animado de parte de Dios el profeta: *«No temas de Asiria»* (Is. 10:24). 2. Se esforzó en avivar su fe, con lo que desaparecerían los temores: *«Porque más hay con nosotros que con él»* (v. 7; comp. 2 R. 6:16). Como si dijese: «Nosotros tenemos de nuestra parte al Dios del Universo, omnipotente e irresistible, y a sus santos ángeles, tenemos también las inviolables promesas de Jehová, quien ha hecho su pacto con nosotros; ellos confían, al fin y al cabo, en *brazo de carne* (v. Jer. 17:5). *El que teme el furor del opresor, se ha olvidado de Jehová su Hacedor* (v. Is. 51:12, 13). Es probable que Ezequías dijese muchas más cosas acerca de la presencia de Dios con ellos y del poder de Dios para sacarles de todo aprieto. Así es como los buenos soldados de Cristo pueden estar confiados en este mundo, pues *«Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?»* (Ro. 8:31).

Versículos 9–23

El relato del furor blasfemo de Senaquerib, de la oración de Ezequías y de la liberación de Jerusalén de la invasión siria lo tenemos con más detalles en 2 Reyes, capítulos 18 y 19.

I. Senaquerib está ocupado en sitiar Laquís (v. 9), pero se entera de que Ezequías fortifica Jerusalén y anima a su pueblo; así que decide enviar emisarios y escribe cartas para asustar a Ezequías y a su pueblo a fin de que rindan la ciudad. No trata con el rey de Judá como hombre de honor ni le propone condiciones de arreglo, sino que usa medios bajos y viles para aterrar al pueblo y persuadirles a que abandonen a Ezequías. Presenta a éste como a quien *les engaña para entregarles a muerte, a hambre y sed* (v. 11) y como a quien les ha expuesto ya al desagrado de Dios al quitar los altares y los lugares altos (v. 12), compara así a Jehová, el Dios de cielos y tierra, con los ídolos de las naciones, como si no fuese capaz de librar a sus adoradores, al modo de *los dioses de los pueblos de la tierra* (v. 19). Se jacta de sus triunfos sobre los dioses de las naciones que no pudieron proteger a sus respectivos países (vv. 13–15) y de ahí infiere: *«¿Cuánto menos vuestro Dios os podrá librar de mi mano?»,* como si Jehová fuera inferior a los demás dioses. Todo esto lo decía para asustar al pueblo y hacerles desistir de su esperanza en Dios. Pensaba tomar la ciudad debilitando las manos de los defensores. Así también Satanás, en sus tentaciones, procura destruir nuestra fe en la todosuficiencia de Dios, pues sabe que puede ganar la batalla si consigue eso; pero si le resistimos, *nuestra fe no desfallecerá* (Lc. 22:32).

II. En los días de apuro, el deber es orar y clamar al Cielo. Esto es lo que hicieron el rey Ezequías y el profeta Isaías (v. 20). Fue una feliz conjunción cuando el rey y el profeta oraron juntos.

III. El poder y la bondad de Dios, quien es capaz de frenar a sus enemigos, por muy altos que sean, y de librar a sus amigos, por muy decaídos que estén.

1. Así como las blasfemias de sus enemigos le compelían a ir contra ellos (Dt. 32:27), así también las oraciones de su pueblo le comprometían a ir en favor de ellos. El ejército asirio fue destruido por un ángel, quien triunfó de manera espectacular al destruir *a todo valiente y esforzado* (v. 21). El rey asirio, después de esta derrota, murió a manos de sus propios hijos.
2. Mediante este portento. Dios fue glorificado como protector de su pueblo. Así salvó a Jerusalén, no sólo de la mano de Senaquerib, sino también *de las manos de todos* (v. 22), pues una liberación como ésta era una especie de arras de muchas otras que Dios tenía en reserva. Y *les dio paz (o,* como dice el original hebreo *los condujo) por todos los lados:* los guió, los guardó, los protegió.

Versículos 24–33

Concluye en estos versículos la historia de Ezequías.

I. Su enfermedad y su recuperación, de las que se nos dan más detalles en 2 Reyes 20. Su enfermedad era *«de muerte»* (v. 24). Puesto en tal extremo, oró y Dios le escuchó dándole una señal de que se curaría: el retroceso de la sombra diez grados en el reloj de Acaz (2 R. 20:11).

II. Su pecado y su arrepentimiento (con más detalles, aunque no se citan explícitamente allí ni su pecado ni su arrepentimiento, en 2 R. 20:12 y ss.).

1. La ocasión fue una embajada que le envió el rey de Babilonia para felicitarle por su recuperación. Pero aquí se añade que vinieron *para saber del prodigio que había acontecido en el país* (v. 31), esto es (con la mayor probabilidad), el retroceso del sol, más bien que la destrucción del ejército asirio, ya que los caldeos eran muy dados a la astrología y, como también adoraban al sol, vinieron a ver el favor que su dios había concedido a Ezequías y a honrar así a quien había sido honrado por el sol.
2. El pecado de Ezequías consistió en que *se enalteció su corazón* (v. 25). Se envaneció del honor que Dios le había otorgado en tantas ocasiones, del honor que sus vecinos le otorgaban trayéndole presentes y de que ahora el rey de Babilonia le enviase una embajada para felicitarle y desear su amistad. Después de destruir tantos ídolos, Ezequías comenzaba a idolatrarse a sí mismo.

3. Su arrepentimiento de este pecado (v. 26): *«Después de haberse enaltecido su corazón, se humilló»*.

III. Últimas muestras del honor tributado a Ezequías en vida y en muerte: *«Tuvo Ezequías riquezas y gloria en gran abundancia»* (v. 27). Entre sus grandes realizaciones se menciona *la conducción del agua hacia el occidente de la ciudad de David* (v. 30), lo cual se llevó a cabo con ocasión de la invasión de Senaquerib (vv. 3, 4). El agua había corrido hasta el que, en Isaías 22:11, es llamado *estanque viejo* y en Isaías 7:3, *estanque de arriba.* Pero Ezequías reunió las aguas en otro lugar, para mayor conveniencia de la ciudad: *el estanque de abajo* (Is. 22:9). En general, *fue prosperado en todo lo que hizo* (v. 30), porque eran obras buenas. El profeta Isaías (v. 32) escribió su vida y su reinado, *sus hechos y sus misericordias u* obras de piedad y compasión. El pueblo *le honró en su muerte* (v. 33), *sepultándolo en el lugar más prominente de los sepulcros de los hijos de David.*

CAPÍTULO 33

En este capítulo tenemos la historia: I. De Manasés, con su largo reinado. 1. Su apostasía de Dios al volverse a la idolatría y a toda perversidad (vv. 1–10). 2. Su retorno a Dios en medio de su aflicción: su arrepentimiento (vv. 11–13), su reforma (vv. 15–17) y prosperidad (v. 14), con la conclusión de su reinado (vv. 18–20). II. De Amón, con su perverso reinado (vv. 21–23), cuyos días terminaron pronto y desdichadamente (vv. 24, 25).

Versículos 1–10

La gran perversidad de Manasés. Se nos repite aquí, casi palabra por palabra, lo que ya vimos en 2 Reyes 21:1–9. Este insensato joven, en contradicción con el buen ejemplo y la buena educación que le dejó su padre, se abandonó a toda clase de impiedad, y copió las abominaciones de los paganos (v. 2), arruinó la religión establecida y deshizo la gloriosa reforma llevada a cabo por su padre (v. 3), profanó con su idolatría la casa de Dios (vv. 4, 5) al dedicar sus hijos a Moloc e hizo de los mentirosos oráculos del diablo sus guías y consejeros (v. 6). Son de admirar aquí tanto la gracia de Dios en hablar a su pueblo, como la obstinación de ellos en hacerse los sordos a la voz de Dios, y que ni la maldad de ellos le hizo retirarles Su bondad, pues todavía insistió en favorecerles, ni Su bondad les apartó a ellos de su maldad, pues todavía insistieron en no ser reformados. Las corrupciones en el culto son en la iglesia enfermedades tan graves, que es difícil no volver a caer en ellas aun cuando parezca que están bien curadas. El dios de este mundo ha cegado extrañamente la mente de los hombres y detenta un tremendo dominio sobre los que se dejan llevar cautivos por él; de no ser así, ¿cómo podría retirarlos de Dios, que es su mejor amigo, para hacerles depender de su peor enemigo?

Versículos 11–20

Manasés deshizo con su maldad el bien que había hecho su padre, pero con su arrepentimiento deshizo el mal que él mismo había hecho. Es un ejemplo memorable de las riquezas de la misericordia perdonadora de Dios y del poder de su gracia regeneradora.

I. La ocasión del arrepentimiento de Manasés fue la aflicción que le sobrevino. Dios trajo un enemigo extranjero contra él: el rey de Asiria, Asurbanipal, sucesor de Esar-hadón, envió a sus generales a Judá y se llevaron a Manasés atado con cadenas a Babilonia (v. 11), de la que era dueño entonces el rey de Asiria.

II. Las expresiones de su arrepentimiento (vv. 12, 13): Luego que fue puesto en angustias, oró a Jehová su Dios; tuvo tiempo para pensar en su miserable situación, y tenía suficientes motivos para pensar. 1. Se convenció de que Jehová es el único Dios vivo y verdadero. Si hubiese vivido como un príncipe en el palacio de Babilonia, es probable que se hubiese endurecido en su idolatría; pero al ser un

cautivo en la cárcel de Babilonia, se convenció de su pecado y renunció a la idolatría. 2. Apeló ahora a Jehová como a su Dios, renunció a los demás dioses y resolvió adherirse sólo a Él, al Dios de sus padres, al Dios del pacto con su pueblo. 3. *Se humilló grandemente en la presencia de Dios,* le pidió perdón por su pecado y le rogo que le devolviese su favor. Es una buena oración y muy apropiada a su caso. En los libros apócrifos aparece con el título de *La oración de Manasés, rey de Judá, cuando estaba retenido cautivo en Babilonia.*

III. Dios aceptó benévolamente la oración del arrepentido Manasés (v. 13). Aunque sea la aflicción lo que nos lleve a Dios, no por eso nos rechazará Él, con tal que le busquemos con sinceridad, pues el objetivo de las aflicciones es precisamente hacernos volver a Dios. Que no desesperen los mayores pecadores, cuando el propio Manasés, al arrepentirse, halló favor con Dios (v. Is. 1:18; 1 Ti. 1:16).

IV. Los *frutos dignos de arrepentimiento* que Manasés mostró cuando regresó a su patria (vv. 15, 16). *Quitó los dioses ajenos,* esto es, sus imágenes y, en particular, el ídolo aquel (fuese el que fuese) que con tanta solemnidad había puesto *en la casa de Jehová.* También *reparó el altar de Jehová* (v. 16), en el que *ofreció sacrificios de ofrendas de paz* para implorar el favor de Dios, y *sacrificios de alabanza* para darle gracias por su liberación.

V. Su prosperidad posterior. Cuando él se volvió a Dios en cumplimiento de su deber, Dios se volvió a él en cumplimiento de su misericordia. Dice Josefo que durante todo el resto de su vida permaneció tan cambiado de su anterior mal camino que se le consideraba como hombre muy dichoso.

Versículos 21–25

Respecto a Amón, hijo y sucesor de Manasés, se nos dice:

I. Su gran perversidad. *Hizo lo malo … como había hecho Manasés* en sus primeros años de apostasía (v. 22). Al arrojar las imágenes, Manasés no las destruyó como lo mandaba la ley que requería a Israel *prender fuego a los ídolos* (Dt. 7:5). Este caso nos muestra cuán necesaria era la observancia de dicha ley, pues, al haber sido echadas fuera las imágenes, pero no quemadas, Amón sabía dónde hallarlas y pronto las erigió y les ofreció sacrificios. Se añade que *aumentó el pecado, y nunca se humilló delante de Jehová, como se humilló Manasés su padre* (v. 23). Cayó como él, pero no se levantó como él. No es tanto el pecado como la impenitencia en el pecado lo que arruina a los hombres. Dice un proverbio: «Santos son, no los que nunca han caído, sino los que siempre se han levantado».

II. Su rápida destrucción. Reinó sólo dos años, al cabo de los cuales *conspiraron contra él sus siervos y lo mataron en su casa* (v. 24).

CAPÍTULO 34

En este capítulo, tenemos: I. Un informe general del carácter de Josías (vv. 1, 2). II. Su celo en destruir de raíz la idolatría (vv. 3–7). III. Su interés en la reparación del templo (vv. 8–13). IV. El hallazgo del libro de la Ley y el buen uso que hizo de él (vv. 14–28). V. La lectura de la Ley al pueblo y la renovación del pacto con Dios a raíz de ello (vv. 29–33). Ya vimos mucho de esto en 2 Reyes 22.

Versículos 1–7

Josías llegó al trono cuando era muy joven (sólo tenía ocho años) *y reinó treinta y un años* (v. 1). Al comienzo de su reinado las cosas marcharon, poco más o menos, como en tiempo de su padre, porque, al ser todavía un niño, hubo de dejar a otros la administración del Estado; así que sólo cuando tenía doce años comenzó la reforma (v. 3). Reinó muy bien (v. 2), siguió las pisadas de David *sin apartarse a la derecha ni a la izquierda.* Cuando tenía unos dieciséis años (v. 3), *comenzó a buscar al Dios de David su padre* y, en el año doce de su reinado, cuando es probable que tomase enteramente en sus manos la

administración del gobierno, *comenzó a limpiar su* reino de los restos de la idolatría; destruyó los lugares altos, los cipos, las imágenes, los altares y los demás utensilios de idolatría (vv. 3, 4). No sólo los arrojó como había hecho Manasés, sino que los quebró y los redujo a polvo. Se dice aquí que esta destrucción de la idolatría se llevó a cabo en el año doce de su reinado, pero en 2 Reyes 23:23 se dice que fue *a los dieciocho años del rey Josías.* Esto insinúa que algo se llevó a cabo *a los doce años,* pero, debido quizás a que encontró alguna oposición o negligencia, no se terminó de llevar a cabo hasta que se halló el libro de la Ley seis años más tarde.

Versículos 8–13

El rey da orden de que se repare el templo (v. 8). Después de purificar de corrupciones el templo, comenzó a disponerlo para los servicios que se habían de hacer en él. Quienes aman sinceramente a Dios, han de amar también *la habitación de su casa.* Los levitas fueron por el país y recogieron dinero para dicha obra, dinero que fue puesto en manos de los tres comisionados ya mencionados (v. 8). Lo trajeron al sumo sacerdote Hilcías (v. 9) y fue entregado a los trabajadores de la obra (vv. 10, 11). Se nos dice que *estos hombres procedían con fidelidad en la obra* (v. 12), esto es, trabajaban concienzudamente. Se insinúa asimismo que los supervisores o mayordomos eran ingeniosos, pues de los que inspeccionaban el trabajo se dice que eran *entendidos en instrumentos de música,* no es que su habilidad musical les sirviese de ayuda para los arquitectos y obreros, pero era una prueba de que eran artistas. Todos se ayudaban, de alguna manera, unos a otros. Esto nos enseña que los supervisores de una obra no han de menospreciar a los trabajadores manuales, ni éstos han de tener envidia de aquellos cuyo oficio es dirigir, sino que todos han de estimarse y servirse con amor mutuamente, y que Dios tenga la gloria de todo, y la iglesia el beneficio de los diferentes dones y las distintas disposiciones.

Versículos 14–28

Toda esta porción la tenemos, igual que aquí, en 2 Reyes 22:8–20 y no hay nada que añadir a lo dicho allí. Aprovechemos la ocasión para dar gracias a Dios por disponer de tantas copias de la Palabra de Dios. Las Biblias son joyas, pero, gracias a Dios, no son escasas. Si las cosas contenidas en la Biblia fueran nuevas para nosotros como lo fueron para Josías, de seguro que nos harían una impresión más profunda de la que nos hacen; pero no por ser bien conocidas son menos valiosas e importantes, y, por tanto, les habríamos de prestar mayor consideración. Aquí se nos instruye a buscar al Señor cuando nos hallamos bajo convicción de pecado y expuestos a la ira de Dios; así lo hizo Josías (v. 21). Debemos decir, como los convertidos el día de Pentecostés: *«Varones hermanos, ¿qué haremos?»* (Hch. 2:37), o como el carcelero de Filipos: *«¿Qué debo hacer para ser salvo?»* (Hch. 16:30). Bendito sea Dios, pues tenemos los oráculos vivos a los que apelar con esta clase de preguntas. Aquí se nos anima a humillarnos delante de Dios y buscarle, como hizo Josías.

Versículos 29–33

Informe de otras reformas que hizo Josías en su reino después de la lectura de la Ley y escuchar lo que Dios les dijo por medio de la profetisa Huldá. ¡Cuán dichoso es el reino que tiene un rey como éste! Todos fueron bien adoctrinados. El rey no fue de un lado para otro a fin de obligarles a cumplir con su deber, sin antes instruirles bien acerca de su deber. Convocó a todos, pequeños y grandes, jóvenes y viejos, ricos y pobres, altos y bajos (vv. 29–32): El *que tenga oídos para oír, que oiga las palabras del libro del pacto,* viene a decir Josías. El propio rey leyó el libro al pueblo (v. 30). Una vez leídos los términos del acuerdo entre Dios e Israel para entender bien el pacto que hacían con Dios, rey y pueblo suscribieron con gran solemnidad las estipulaciones. Hizo que todos *se obligasen a ello* como él (v. 32) y que *sirviesen a Jehová su Dios* (v. 33). *No se apartaron de sus padres, todo el tiempo que él vivió.* Él les preservó de caer de nuevo en la idolatría. Todo ese tiempo fueron días de freno para ellos; pero esto mismo insinúa que en ellos había una *inclinación a apostatar.* Josías obró con toda sinceridad, pero la generalidad del pueblo seguía todavía afecta a los ídolos. Esto lo sabía Dios, y, por eso cuando uno pensaría que se habían echado los cimientos para una perpetua paz y seguridad, precisamente en esos momentos emitía Dios su decreto de destrucción (v. 25).

CAPÍTULO 35

Vemos a Josías: I. En el templo, al observar la Pascua (vv. 1–19). II. En el campo de batalla, donde su indiscreción le costó la vida (vv. 20–23). III. En el sepulcro, donde le vemos amargamente lamentado por su pueblo (vv. 24–27).

Versículos 1–19

La destrucción que llevó a cabo Josías de los ídolos y de la idolatría se nos refiere en *Reyes* con más detalles que aquí, pero aquí se nos dan más detalles de la celebración solemne de la Pascua, que era la principal de las fiestas del Señor señaladas en la ley ceremonial. Ezequías y Josías, los dos grandes reformadores, reavivaron la religión del pueblo en ese día. La ordenanza de la Cena del Señor está tipificada en la Pascua, y la observancia correcta y constante de dicha ordenanza es índice tanto de la creciente pureza y belleza de las iglesias, como de la creciente piedad y devoción de los creyentes particulares. En el informe que se nos dio de la Pascua celebrada por Ezequías, era de notar el gran celo del pueblo y los transportes de júbilo y devoción, pero en esta otra se nota muy poco de aquel espíritu. Fue más bien por agradar al rey por lo que la celebraron (vv. 17, 18), no porque ellos se sintieran interiormente inclinados a celebrarla. Por lo que se ve, esta celebración superó en pompa a las demás (v. 18), pero quizá fue sólo esta pompa lo que agradó al pueblo, *la forma de piedad, no la eficacia de la piedad.*

I. El rey exhortó, instruyó, avivó y animó a los sacerdotes y a los levitas a que cumplieran bien con su oficio en esta solemnidad. 1. Les recordó el ministerio para el que habían sido designados por la ley de Moisés (v. 6), y la ordenación que habían hecho de los turnos David y Salomón (v. 4). 2. Ordenó que fuese colocada en su sitio el Arca. 3. Les encargó que *sirvieran a Jehová su Dios y a su pueblo Israel* (v. 3). 4. También les encargó que *se santificaran y prepararan a sus hermanos* (v. 6). La obra de los ministros de Dios ha de empezar por sus casas; pero no ha de terminar allí, sino que han de hacer cuanto esté en sus manos para *preparar a sus hermanos* mediante admoniciones, instrucciones, exhortaciones, despertamientos y consolaciones. 5. Los *animó* (mejor que *confirmó) en el ministerio de la casa de Jehová* (v. 2); esto es, les habló fervorosamente, *al corazón* como había hecho Ezequías (30:22).

II. Los príncipes del pueblo, al seguir el ejemplo del rey, *dieron con liberalidad al pueblo y a los sacerdotes y levitas* (vv. 7, 8). Josías dio de su peculio corderos y cabritos en gran abundancia, para que fuesen sacrificados durante los siete días de la fiesta. Los jefes de los sacerdotes dieron para los sacerdotes, así como el rey había dado para el pueblo.

III. Los sacerdotes y los levitas cumplieron fielmente su ministerio (v. 10), y honraron igualmente a Dios al participar también ellos de la Pascua (v. 14).

IV. Los cantores expresaron el gozo de la congregación, y los porteros cuidaron de que nadie ni nada perturbara ni profanara la asamblea, y de que nadie se marchara hasta que hubiese terminado la celebración.

V. Toda la solemnidad se celebró de acuerdo con las normas de la Ley (vv. 16, 17). Se añade que, *desde los días de Samuel,* no se había celebrado una Pascua como ésta (v. 18).

Versículos 20–27

Pasaron trece años desde esta Pascua hasta la muerte de Josías. Durante este tiempo marcharon bien las cosas en su reino y floreció la religión. La próxima noticia de que se nos da cuenta es su muerte prematura en la flor de su vida y de su utilidad para el país (tenía 39 años). Ya vimos esta triste historia en 2 Reyes 23:29, 30.

I. Josías fue un óptimo rey, pero hay que reprocharle su irreflexiva precipitación en salir al campo de batalla, sin motivo alguno, contra el rey de Egipto. Ya estuvo lo suficientemente mal entremeterse donde

no le llamaban, como vemos en *Reyes*, pero aquí aparece peor, pues el rey de Egipto le envió emisarios para advertirle que no se enredara en aquella empresa (v. 21).

1. El rey de Egipto trató de convencer a Josías: (A) Por principios de justicia. Si un hombre *justo* se mete en una causa *injusta*, no puede esperar que le salga bien. (B) Por principios de religión (v. 21): *«Dios está conmigo»*. Más aún: *«Dios me ha dicho que me apresure»*. Por tanto, le dice: *«Deja de oponerte a Dios»*. Y no podemos decir que el rey de Egipto se inventara todo esto con la esperanza de que Josías desistiera de salirle al paso, pues leemos a continuación (v. 22) que *«las palabras de Neco eran de la boca de Dios»*, ya fuese en sueños o por un impulso interior del que tenía razón para pensar que venía de Dios, o quizá por medio de Jeremías o de algún otro profeta. Esto no dice nada a favor de la condición espiritual de este rey pagano; como comenta Rodríguez Molero: «Dios también habló por medio de la burra de Balaam». Por otra parte el pecado de Josías pudo ser de ignorancia, aunque el texto sagrado no deja lugar a dudas de que obró imprudentemente. (C) Por principios de política sana: *«… no sea que te destruya;* allá tú si te metes contra alguien que tiene no sólo mejor ejército y mejor causa, sino también a Dios de su parte».

2. Josías, cuyo corazón era recto con Dios y llevado de la sospecha contra una nación pagana, fue demasiado lejos al no prestar oídos al buen razonamiento de Neco: *No se retiró, sino que se disfrazó para atacarle … y vino a darle batalla en el campo de Meguidó* (v. 22). En este asunto no anduvo en los caminos de David su padre, pues debió haber preguntado al Señor: *«¿Subiré? ¿Los entregarás en mi mano?»*

II. El pueblo era gente malvada, pero aun así son de alabar por el duelo que hicieron a la muerte de Josías (v. 24): *Todo Judá y Jerusalén hicieron duelo por Josías.* La elegía que compuso Jeremías en esta ocasión se ha perdido, pero quedan alusiones en Jeremías 22:10 y Lamentaciones 4:20. Parece, pues, que el pueblo: 1. Tenía algún respeto a Josías, y aunque no estuviesen cordialmente de acuerdo con él en todas sus cosas buenas, no podían menos de tributarle un honor que bien se merecía. 2. Tenían cierto presentimiento del peligro en que se hallaban ahora que él se había marchado. Hay muchos que derraman lágrimas por sus desdichas, pero no se deciden a apartarse de sus pecados, que son la causa.

CAPÍTULO 36

I. Breve, pero triste, historia de la completa ruina de Judá y Jerusalén pocos años después de la muerte de Josías. 1. Se suceden los desdichados reinados: de Joacaz, por tres meses (vv. 1–4); de Joacim o Joyaquim, por once años (vv. 5–8); de Joaquín, por tres meses (vv. 9, 10) y de Sedequías, por once años (v. 11). La destrucción se completa con la matanza de multitudes (v. 17), el saqueo e incendio del templo y de todos los palacios, la desolación de la ciudad (vv. 18, 19) y la deportación de los supervivientes (v. 20). 2. Aquí está el castigo del pecado, la maldad de Sedequías (vv. 12, 13), la idolatría del pueblo (v. 14) y los malos tratos infligidos a los profetas de Dios (vv. 15 16). Así se cumplió la Palabra de Dios (v. 21). II. Brilla la luz del alba de la liberación del pueblo en la proclamación del decreto de Ciro (vv. 22, 23).

Versículos 1–10

La gradual destrucción de Judá y Jerusalén. Dios les da tiempo e incitación al arrepentimiento, siempre dispuesto a hacer misericordia. La historia de estos reinados aparece con más detalles en los tres últimos capítulos de 2 Reyes.

1. Joacaz fue designado rey por el pueblo (v. 1), pero fue depuesto por el Faraón y llevado prisionero a Egipto (vv. 2–4). Y ya no sabemos más de este joven príncipe.

2. Joacim (o Joyaquim) fue entronizado por el rey de Egipto y reinó durante once años. ¡Cuán bajo tuvo que estar el reino de Judá para que el rey de Egipto, enemigo desde antiguo del país, pusiese en él el rey que le plugo y le cambiase el nombre como le placío! (v. 4). Hizo rey a Elyaquim (que significa «Dios establece») y le cambió el nombre por el de Yehoyaquim (que significa «Jehová establece») en señal de que tenía autoridad sobre él y de que esta autoridad era ejercida en nombre de Jehová, el Dios de Israel.

Del nuevo rey leemos que *hizo lo malo ante los ojos de Jehová su Dios* (v. 5), *y las abominaciones que hizo* (v. 8). Nabucodonosor, a la sazón príncipe heredero de Babilonia, subió contra él en el cuarto año de su reinado (605 a. de C.), conforme vemos en 2 Reyes 24:1, le infligió una severa derrota y le obligó a someterse a él, pero Joacim se rebeló y, entonces (v. 6), Nabucodonosor, ya rey, *se lo llevó a Babilonia atado con cadenas.* También se llevó *los utensilios de la casa de Jehová y los puso en su templo* (v. 7). Con respecto a la frase «lo que se halló en él» (v. 8), podría entenderse su rebelión contra el rey de Babilonia, pero algunos escritores judíos dicen que se refiere a ciertas marcas o firmas halladas en su cadáver, hechas mediante incisiones en honor de su ídolo, cosa que Dios había prohibido (Lv. 19:28). En cuanto al traslado de los vasos sagrados a Babilonia, es de observar que así como con ese traslado comenzó la desgracia de Jerusalén, así también la profanación que de ellos hizo Belsasar colmó la medida de la iniquidad de Babilonia (Dn. 5:3 y ss.).

3. Joaquín, o Jeconías, el hijo de Joacim, trató de reinar en su lugar, y aunque sólo reinó tres meses y diez días, reinó lo bastante para mostrar su mala inclinación. Después de esto, Nabucodonosor le hizo llevar cautivo a Babilonia con el resto de *los objetos preciosos de la casa de Jehová* que habían quedado (v. 10).

Versículos 11–21

Relato de la destrucción del reino de Judá y de la ciudad de Jerusalén a manos de los caldeos. Abraham, el amigo de Dios, había vivido en Ur de los caldeos, de donde lo llamó Dios e hizo pacto con él; ahora, sus degenerados descendientes eran deportados allá, como para dar a entender que habían perdido todos los derechos a la consideración que Dios les había tenido en atención a su antepasado patriarca.

I. Los pecados que atrajeron esta tremenda ruina.

1. Sedequías, en cuyo reinado ocurrió, la hizo venir sobre sí con su insensatez. (A) Si hubiese hecho a Dios amigo suyo, Él le habría preservado de la ruina. Jeremías le trajo mensajes de parte de Dios, pero se le culpa aquí de que *no se humilló delante del profeta Jeremías* (v. 12). Al rehusar así ser siervo de Dios, fue hecho esclavo de sus enemigos. (B) Si hubiese sido fiel al pacto que hizo con el rey de Babilonia, esto también habría podido preservarle de la ruina, pero *se rebeló* (v. 13) también contra él, después de haber jurado continuar siendo tributario suyo. Fue esto lo que provocó al rey de Babilonia a tratarlo con tanta severidad. Lo que definitivamente arruinó a Sedequías fue, no sólo que *no se volvió a Jehová Dios de Israel,* sino que *endureció su cerviz y obstinó su corazón* a no hacerlo (v. 13). Se negó, pues, a curarse y, por tanto, a vivir.

2. El gran pecado que ocasionó esta ruina fue la idolatría. Los sacerdotes, y aun el jefe de los sacerdotes, que tenían la obligación de oponerse a la idolatría, fueron los cabecillas de esta prevaricación (v. 14).

3. Este pecado se agravó notablemente con el mal trato que dieron a los profetas de Dios, enviados para incitarles al arrepentimiento (vv. 15, 16).

(A) Dios mostró su tierna compasión hacia su pueblo al enviarles profetas. Expresamente se dice que la razón por la que Dios les enviaba estos profetas era *porque Él tenía misericordia de su pueblo y del lugar de su morada* (v. 15) y, por este medio, quería preservarles de la ruina. El método que Dios usa para convencer a los pecadores, por medio de su Palabra, de sus ministros, de la conciencia y de tantas circunstancias providenciales, es un ejemplo de la compasión que siente hacia ellos, pues *no quiere que nadie perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento* (2 P. 3:9).

(B) *Mas ellos hacían escarnio de los mensajes de Dios y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas* (v. 16). Ejemplo de esto es el mal trato que dieron, por este tiempo, al profeta Jeremías como leemos en el libro de su profecía. Esto atrajo sobre ellos una *subida de la ira de Dios contra su pueblo, y no hubo ya remedio,* pues pecaban contra el único remedio. No hay nada que provoque tanto a Dios como el mal trato que se da a sus fieles ministros, y aun a sus fieles siervos, pues lo toma como hecho a Sí mismo: «*Saulo Saulo, ¿por qué me persigues?*» (Hch. 9:4). La persecución fue el pecado que atrajo sobre Jerusalén su final destrucción a manos de los romanos (v. Mt. 23:34–37).

II. La desolación de la ciudad santa, de la que tenemos más detalles en 2 Reyes 25.

1. Grandes multitudes fueron pasadas a cuchillo, incluso *en la casa de su santuario* (v. 17), donde se habían refugiado con la esperanza de que la santidad del lugar les serviría de protección. Pero los caldeos no tuvieron ningún respeto ni a la santidad del santuario ni a la compasión especial de que son dignos los ancianos y las mujeres.

2. Todos los utensilios del templo que aún quedaban, grandes y pequeños, y todos los tesoros, sagrados y seculares, los tesoros de la casa de Dios y los del rey y sus príncipes, fueron llevados a Babilona (v. 18).

3. *Quemaron la casa de Dios, rompieron el muro de Jerusalén* y también *consumieron a fuego todos sus palacios* (v. 19; comp. Sal. 48:3), cómo son llamados aquí los edificios que servían de morada a los principales de la ciudad, por ser tan ricos y suntuosos. ¡Todos ellos, reducidos a cenizas! Y, con ellos, su mueblaje, tan bello y costoso que se le llama *«sus objetos deseables»*.

4. Los que escaparon del filo de la espada fueron deportados a Babilonia (v. 20), empobrecidos, esclavizados, insultados y expuestos a todas las miserias de la vida en una nación extranjera y bárbara. Ahora iban a sentarse junto a los ríos de Babilonia para mezclar con su corriente las amargas lágrimas del destierro (Sal. 137:1). Y aun cuando allí, por lo que parece, se curaron de la idolatría, no se curaron de burlarse de los profetas, como vemos en la profecía de Ezequiel.

5. La tierra quedó desolada mientras ellos estaban cautivos en Babilonia (v. 21). Esto puede considerarse: (A) Como justo castigo del abuso que habían hecho de ella, pues habían servido a Baal con sus frutos; por tanto, *quedaba maldito el suelo por su causa* (Gn. 3:17). Ahora *la tierra pagó sus sábados* (v. 21), como había amenazado Dios por medio de Moisés (Lv. 26:34). Si los 70 años de cautividad han de corresponder a 70 años sabáticos descuidados (70 × 7 = 490 años) y la cautividad comenzó de lleno en el año 586 a. de C., eso significaría que ese descuido comenzó hacia el año 1076 a. de C., es decir, ¡en la época de los Jueces! ¡Tan pronto! (B) Con todo, puede considerarse también como un signo de esperanza pues indicaba que, a su tiempo, volverían de nuevo al país. Si hubiesen venido otros a poblar y cultivar la tierra, habrían tenido que perder toda esperanza de volver a vivir en ella, pero, mientras permanecía desolada, estaba como aguardándoles hasta que volviesen.

Versículos 22–23

Los dos últimos versículos de este libro tienen un doble aspecto. 1. Miran hacia atrás, a la profecía de Jeremías, y muestran cómo se cumplió (v. 22). Dios había prometido, por medio de él, la vuelta de los cautivos y la reconstrucción de Jerusalén al término de setenta años; y este plazo de favor para Sion, el plazo fijado, se cumplió por fin. Después de una larga y oscura noche, *les visitó de nuevo un amanecer del sol desde lo alto (Lc. 1:78). 2. Miran hacia adelante, a la historia de Esdras, que comienza precisamente con la repetición de estos dos últimos versículos (Esd. 1:1, 2). Allí son el prólogo de una historia agradable; aquí son la conclusión de una historia muy triste; y así aprendemos de ellos que, aunque la Iglesia de Dios se halle decaída, no está descartada; aunque el pueblo de Dios sea castigado, no es abandonado; aunque sea metido en el horno, no es dejado allí para que se consuma; sólo queda allí hasta que se desprenda la escoria. La prueba puede durar bastantes años, pero la visión es para un plazo bien determinado, y al final del plazo hablará y no mentirá; así que, aunque se tarde, ¡esperemos su llegada!*

ESDRAS

Este libro formaba originalmente un solo volumen con *Nehemías y Crónicas.* La historia contenida en este libro es el cumplimiento de la profecía de Jeremías concerniente al regreso de los judíos de la cautividad de Babilonia al final de los setenta años. El libro puede dividirse en cuatro partes: I. Regreso de la cautividad de Babilonia (caps. I y 2). II. Construcción del templo (caps. 3 al 6). III. Llegada de Esdras a Jerusalén (caps. 7 y 8). IV. El buen servicio que hizo allí al obligar a los que se habían casado con mujeres extranjeras a que se separasen de ellas (caps. 9 y 10).

CAPÍTULO 1

I. Edicto de Ciro, rey de Persia, por el que los cautivos judíos podían volver a su tierra y reedificar el templo en Jerusalén (vv. 1–4). II. Regreso de muchos de ellos (vv. 5, 6). III. Orden de restaurar los utensilios del templo (vv. 7–11).

Versículos 1–4

I. Estado de los cautivos en Babilonia, así como del gobierno bajo el cual estaban.

1. Los judíos estaban bajo el poder de quienes les odiaban, y no tenían nada que pudieran llamar suyo; no tenían templo ni altar; si cantaban salmos, sus enemigos les ridiculizaban; con todo, había entre ellos profetas. Había judíos en puestos importantes del gobierno; otros se habían establecido acomodadamente en el país, pero todos mantenían la esperanza de que, algún día, a su debido tiempo, volverían a su país y, con esta esperanza, preservaban entre ellos la distinción de sus familias, el conocimiento de su religión y la aversión a la idolatría.

2. En el primer año de su reinado, que era el cuarto de Joaquín, Nabucodonosor se había llevado muchos judíos deportados a Babilonia. Reinó 44 años (605–561 a. de C.). Su hijo Evil-merodac reinó un año escaso, y, durante cinco años, otros dos reyes ocuparon el trono, hasta que en 555 tomó la corona el yerno (probablemente) de Nabucodonosor, Nabónido, quien, ocupado en continuas campañas, dejó el gobierno de Babilonia en manos de su hijo Belsasar, con quien se colmó la medida de los pecados de Babilonia y le vino la ruina de manos de Ciro, el rey de Medo-Persia (538 a. de C.).

II. *«Movió Jehová el espíritu de Ciro, rey de Persia»* (v. 1). Se dice de Ciro que no conocía a Dios ni cómo servirle; pero Dios conocía a Ciro y cómo servirse de él (Is. 45:4). Dios gobierna el mundo y mueve insensiblemente los ánimos de los hombres, y todo lo bueno que se lleva a cabo en cualquier lugar y tiempo, es Dios quien *mueve el espíritu* para hacerlo, pues pone los pensamientos en la mente, da al entendimiento la forma de emitir un juicio recto e inclina la voluntad adonde le place.

III. La referencia que esto tenía a la profecía de Jeremías, por medio de quien Dios no sólo había prometido el regreso, sino que había fijado la fecha. Lo que hizo ahora Ciro es lo que en Isaías 44:26 se llama *cumplir las predicciones de sus mensajeros.* Jeremías fue odiado y despreciado en vida, pero la Providencia le honró años después, de forma que un poderoso monarca fuese movido a actuar conforme a lo que la palabra de Dios había dicho por boca de Jeremías.

IV. La fecha del edicto de Ciro. Fue *en el primer año* de su reinado, no en Persia, sino en Babilonia, el reino que había conquistado recientemente.

V. Publicación del edicto; primero, de palabra; después, por escrito, no sólo para que fuese más satisfactorio, sino también para que fuese enviado a las distantes provincias de Asiria y Media en las que estaban dispersas las diez tribus (2 R. 17:6).

VI. El objetivo de esta declaración de libertad.

1. El preámbulo muestra las causas y consideraciones que habían influido en su proclamación (v. 2). La mente de Ciro había sido iluminada con el conocimiento de *Jehová,* el Dios de Israel, como *Dios de los cielos.* Todo esto no quiere decir que Ciro fuese un verdadero creyente en el único Dios vivo y verdadero, pero se muestra agradecido a Dios, de quien reconoce haber recibido el poder (v. 2): *«Jehová ... me ha dado todos los reinos de la tierra».* Da así a entender que Dios le había dado todo lo que le pertenecía antes a Nabucodonosor, de quien se dice (Dn. 4:22; 5:19) que su dominio se extendía *hasta los confines de la tierra.*

2. Da libertad a todos los judíos que estaban en sus dominios para que suban a Jerusalén y «edifiquen allí *la casa a Jehová»* (v. 3).

3. Generosamente ordena que se les equipe de todo lo necesario tanto en dinero como en especie (v. 4). No se contenta con decir: *«Sea Dios con él»* (v. 3), sino que se preocupa de que los buenos deseos cuajen en buenas acciones (comp. con Stg. 2:15, 16).

Versículos 5–11

I. Cómo respondieron los judíos al edicto de Ciro.

1. Muchos de ellos partieron a su país (v. 5). El mismo Dios que *había movido el espíritu de Ciro* (v. 1) para dejarlos partir, *despertó el espíritu* de los que subieron a Jerusalén. Algunos sintieron una fuerte tentación para quedarse en Babilonia, al estar bien establecidos allí, con un largo viaje por delante, quizá con niños pequeños (y sus madres) que no estaban en condiciones de viajar y para quienes Judá era un país extraño. ¡Subir a Jerusalén! ¿Y qué harían allí? Todo estaba en ruinas y se hallarían en medio de enemigos para quienes serían fácil presa. Estas consideraciones harían mella en muchos, los cuales se decidirían a quedarse en Babilonia o, por lo menos, a no ir en la primera expedición.

2. Pero hubo otros muchos que se sobrepusieron a las dificultades y éstos fueron los movidos por Dios a subir. Por medio de su Espíritu y de su gracia, Dios los llenó de una santa ambición de libertad, de un profundo afecto a su propio país y de un ferviente deseo de practicar libre y públicamente su religión. La oferta del Evangelio es similar al edicto de Ciro: *«Proclamar liberación a los cautivos»* (Lc. 4:18). Quienes están encadenados por el pecado y bajo la ira de Dios, son hechos libres mediante la obra de Jesús en el Calvario, con tal que quieran, por medio del arrepentimiento y la fe, venir a Dios en Cristo. La oferta es general en virtud de la autoridad que Dios ha dado a Cristo *sobre toda la tierra,* a fin de *edificar casa a Jehová,* la Iglesia en el mundo. Hay muchos que optan por quedarse en la Babilonia de sus pecados, por amor al vicio y por miedo a las dificultades de una vida santa, pero hay también quienes arrostran las dificultades y se sienten animados con el deseo de pertenecer a la nueva casa de Dios. Así que el edicto del Evangelio no se proclama en vano.

3. Después que Ciro dio orden de que los vecinos ayudaran a los desterrados, ellos lo hicieron así (v. 6), como lo habían hecho los egipcios cuando los israelitas salieron de Egipto. Les ayudaron con dinero, con ganado y cosas preciosas y con muchas otras ofrendas voluntarias. Así como el tabernáculo se hizo con los despojos de Egipto, y el primer templo se construyó con el trabajo de extranjeros, así también el segundo templo se construyó con las contribuciones de los caldeos, todo lo cual insinuaba y prefiguraba la admisión de los gentiles en la Iglesia a su debido tiempo.

II. Lo que el propio Ciro hizo para que su decreto fuese efectivo. Para dar una prueba de la sinceridad de su afecto a la casa de Dios, no sólo dio libertad al pueblo de Dios, sino que devolvió también los utensilios de la casa de Dios (vv. 7, 8). Judá tenía su príncipe aún en la cautividad, al que los caldeos llamaban *Sesbasar* lo más probable es que se trate de Zorobabel mismo. Según Josefo era capitán de la guardia personal del rey de Babilonia. Él se encargó de los asuntos de sus compatriotas. A él le fueron dados por cuenta los utensilios sagrados (v. 8), y él se encargó de que llegasen con bien a Jerusalén (v. 11).

CAPÍTULO 2

Catálogo de varias familias que regresaron con Zorobabel (v. 1). I. Los jefes (v. 2). II. El pueblo (vv. 3–35). III. Los sacerdotes, los levitas y demás sirvientes del templo (vv. 36–63). IV. La suma total, con un informe de la servidumbre y las cabalgaduras (vv. 64–67). V. Lo que ofrendaron para el servicio del templo (vv. 68–70).

Versículos 1–35

1. Se guardó un registro de las familias que regresaron de la cautividad, con las cifras de cada familia. Esto se hizo para honor de ellas, como recompensa de su fe y de su valentía, así como del afecto a su tierra, y para incitar a otros a seguir su ejemplo. Los nombres de todos los que acepten la liberación llevada a cabo por Jesucristo se hallarán, para su honor, en otro registro más sagrado que éste: *el libro de la vida del Cordero* (Ap. 13:8). También fue guardado este registro para beneficio de la posteridad, para que supiesen de quién descendían y con quiénes estaban emparentados.

2. Se les llama *los hijos de la provincia* (v. 1). Judá, que otrora había sido un reino ilustre, del que otros reinos habían sido sus provincias (sometidas o tributarias), ahora era una provincia que recibía leyes y decretos del rey de Persia, a quien debía rendir cuentas.

3. Se dice que volvieron *cada uno a su ciudad,* esto es, a la que se le señalase; lo cual se haría, no cabe duda, al tener en cuenta los antiguos asentamientos hechos por Josué.

4. Se mencionan primero los jefes: Zorobabel y Jesúa (que es el nombre hebreo de Jesús), príncipe y sumo sacerdote, respectivamente; éstos eran para ellos como habían sido antiguamente Moisés y Aarón.

5. Algunas de estas familias son nombradas según el nombre de sus antepasados; otras, conforme al lugar donde habían residido primero. El texto sagrado las distingue y pone en las primeras *«los hijos de»,* y en las segundas «los hombres de». Es extraño hallar dos veces (vv. 7 y 31) *los hijos de Elam* que suman la misma cifra: 1.254. Los hijos de Belén (v. 21) eran solamente 123, a pesar de ser la ciudad de David. Anatot había sido una ciudad famosa en la tribu de Benjamín, pero ahora sólo tenía 128 hombres. Esto puede imputarse a la maldición divina contra los hombres de Anatot, por haber perseguido a Jeremías, que era de allí (Jer. 11:21, 23).

Versículos 36–63

1. Informe acerca de los sacerdotes que regresaron, y, por cierto, en número considerable: aproximadamente, un diez por ciento de todos los expedicionarios, ya que la suma total era de 42.360 (v. 64), y los sacerdotes sumaban 4.200 (vv. 36–39).

2. Los levitas regresaron en menor número, ya que, aun sumando los cantores y los porteros también (vv. 40–42), no llegaban a 350.

3. Los *Nethinim* (que significa «dados») incluyen a los gabaonitas, empleados en el servicio del templo desde que les fue asignado por Josué el oficio de leñadores y aguadores para el tabernáculo (Jos. 9:27), confirmados en su oficio por David (Esd. 8:20), y *los hijos de los siervos de Salomón* (v. 55), es decir, de los prisioneros de guerra que Salomón conservaba. Juntos sumaban 392 (v. 58).

4. Había algunos que eran considerados como israelitas de nacimiento, y otros como sacerdotes, aunque no disponían de registros con que demostrarlo (vv. 59–63), pero estaban dispuestos a subir a Jerusalén, pues sentían gran afecto a la casa y al pueblo de Dios.

Versículos 64–70

1. El total de los que subieron a Jerusalén en esta expedición sumaban, pues, 42.360. Como la suma de los registrados no pasa de 29.818, se deduce que había más de 12.000 que es muy probable que pertenecieran a otras tribus aparte de las de Judá y Benjamín. Se nombran por separado los siervos y cantores (v. 65), que suman 7.537, con lo que la cifra total llega a cerca de 50.000. Más del doble de los que se llevó Nabucodonosor cautivos a Babilonia, de modo que, como en Egipto, el tiempo de su aflicción fue el tiempo de su aumento. El número de las cabalgaduras (caballos, mulas, camellos y asnos) era algo mayor que el de siervos y cantores (vv. 66, 67).

2. Sus ofrendas. Se nos dice (vv. 68–69): (A) Que *vinieron a la casa de Jehová que estaba en Jerusalén,* siendo así que se hallaba totalmente en ruinas, pero el lugar era sagrado para ellos y estaban pensando en la reconstrucción del templo. (B) Se dice que ofrendaron para la casa de Jehová, *para reedificarla en su sitio.* Fue, sin duda, la primera casa que pensaron entonces en reedificar. Sus ofrendas fueron como nada en comparación con las ofrendas de los jefes en tiempo de David; entonces ofrecieron por *talentos* (1 Cr. 29:7); ahora, por *dracmas;* pero estas dracmas, ofrecidas de corazón y conforme a sus posibilidades, eran para Dios tan aceptas como aquellos talentos, igual que en el caso de la viuda pobre del Evangelio que echó en el tesoro del templo dos moneditas, pero eran *todo su sustento.* (C) Que *habitaron … en sus ciudades* (v. 70). Aunque estaban también por reparar, se llaman sus ciudades porque Dios se las había asignado, y estaban contentos de habitar de nuevo en ellas. Su pobreza era mala cosa, pero su unidad, su unanimidad y su buen deseo eran excelentes resultados de su pobreza.

CAPÍTULO 3

Vemos a los repatriados: I. Erigen un altar, ofrecen en él sacrificios, observan las fiestas y contribuyen a la reedificación del templo (vv. 1–7). II. Echan los fundamentos del templo con una mezcla de gozo y tristeza (vv. 8–13).

Versículos 1–7

1. Asamblea general en Jerusalén *en el séptimo mes* (v. 1). Podemos suponer que vinieron de Babilonia en la primavera. Por tanto, pronto llegó el séptimo mes, en el que se solemnizaban muchas de las fiestas del Señor. Tal era su celo por la piedad, que dejaron todos sus asuntos para erigir el altar de Dios, y vinieron *como un solo hombre.* Pongamos siempre por delante las cosas de Dios, y todos nuestros asuntos marcharán mejor.

2. El interés que pusieron los principales del pueblo en tener un altar. (A) Josué y los demás sacerdotes, así como Zorobabel y los otros jefes, *edificaron el altar del Dios de Israel* (v. 2) en el mismo lugar en que había estado (v. 3). No pudieron tener de inmediato un templo, pero no quisieron estar sin un altar. Abraham erigía un altar dondequiera que iba. Así nosotros, aunque carezcamos del candelabro de la predicación o del pan de la Mesa del Señor hemos de ofrecer sacrificios de alabanza y oración, pues ése es nuestro altar. (B) La razón que se nos da de la prisa que se dieron en esto es *porque tenían miedo a los pueblos de las tierras;* estaban en medio de enemigos de ellos y de su religión y, por eso, erigieron el altar. La percepción del peligro debería despertar en nosotros el amor al cumplimiento del deber. El mejor uso que podemos hacer de nuestros temores es que nos ayuden a ponernos de rodillas.

3. Los sacrificios que ofrecieron sobre el altar. (A) Comenzaron *el primer día del mes séptimo* (v. 6). (B) Prosiguieron guardando el *holocausto continuo* (v. 5) *de la mañana y de la tarde* (v. 3). Sabían por amarga experiencia lo que era carecer del consuelo del sacrificio diario sobre el que apoyar sus oraciones diarias. (C) Observaron *todas las fiestas solemnes de Jehová* (ofrecieron los sacrificios señalados para cada una), en particular *la fiesta de los tabernáculos* (vv. 4, 5). Ahora que comenzaban a asentarse de nuevo en sus ciudades, les convenía acordarse de cuando sus padres habitaron en tiendas en el desierto. (D) *Ofrecieron todo sacrificio espontáneo, toda ofrenda voluntaria a Jehová* (v. 5). La Ley requería mucho, pero ellos llevaron más, pues aunque disponían de pocos bienes de los que ofrendar, tenían mucho celo y podemos suponer que extremarían la sobriedad en la mesa a fin de ofrendar generosamente para el altar de Dios.

4. Los preparativos para la construcción del templo (v. 7). Como antiguamente, Tiro y Sidón les proveerían de obreros, y el Líbano de madera, conforme a las órdenes dictadas por Ciro acerca de esto.

Versículos 8–13

No se discutió entre los repatriados si se había de reconstruir el templo o no. Hubo unanimidad en que se comenzara de inmediato tan pronto como lo permitiera la estación del año (v. 8), una vez acabadas las solemnidades de la Pascua. Se llevó poco más de medio año preparar el terreno y los materiales.

1. Quiénes lo comenzaron: Zorobabel, Jesúa y sus hermanos. La obra de Dios lleva las de prosperar cuando magistrados, ministros y pueblo ponen en ella el corazón. *Pusieron a los levitas … para que activasen la obra* (v. 8), y ellos *asistían como un solo hombre para activar a los que hacían la obra* (v. 9), fortaleciéndoles las manos con el ánimo que les daban.

2. Cómo fue alabado Dios al echar los cimientos del templo (vv. 10, 11): los sacerdotes con las trompetas prescritas por Moisés y los levitas con los címbalos ordenados por David, acompañaban el canto de ese himno que nunca se pasará de moda y que nuestras lenguas no deben jamás cansarse de entonar: *Porque Jehová es bueno, porque para siempre es su misericordia* (v. 11). No olvidemos la fuente al disfrutar de los ríos de la misericordia divina. *Dios es bueno para Israel* (Sal. 73:1), pero también *es bueno para todos* (Sal. 145:9). Cuando nos sentimos fríos, o las iglesias parecen muertas a la misericordia de Dios, debemos no ser consumidos, sino continuar existiendo.

3. Cómo se impresionó el pueblo. Había en el pueblo sentimientos dispares, y cada uno se expresaba de acuerdo con sus sentimientos, aun cuando no había desacuerdo entre ellos.

(A) Los que comprendían la miseria de carecer de templo alababan a Dios con gritos de júbilo cuando vieron que se echaban los cimientos (v. 11). Para éstos, hasta los fundamentos les parecían cosa grande,

como vida entre los muertos. Los gritos de júbilo eran tan grandes, que *se oía el ruido hasta de muy lejos* (v. 13).

(B) Los que recordaban la gloria del templo que Salomón había edificado y veían cuán inferior iba a ser éste, no sólo en dimensiones, sino sobre todo en magnificencia y suntuosidad, *lloraban en alta voz* (v. 12). Si fechamos la destrucción del primer templo en 586 a. de C., y el comienzo del nuevo templo en 536, podemos imaginar que habría bastantes que conocieron el templo de Salomón. Estos son los que se lamentaban de la desproporción entre ambos templos.

(a) No les faltaba alguna razón para llorar. Y si conducían las lágrimas por el canal apropiado, y lamentaban el pecado que era la causa de esta triste desproporción, no hacían mal.

(b) Con todo fue una señal de debilidad mezclar esas lágrimas con el júbilo de los demás hasta empañarlo y casi contrarrestarlo (v. 13). En la armonía del regocijo público, no seamos cuerdas desafinadas. Eran sacerdotes y levitas, y debían haber aprendido, y enseñado a otros, cómo comportarse correctamente en diferentes circunstancias, a fin de que el recuerdo de las antiguas aflicciones no anegara el sentimiento de las presentes misericordias. Esta mezcla de tristeza y gozo es como una estampa de este mundo, en el que *escasamente podemos discernir el clamor de los gritos de alegría de la voz del llanto.*

CAPÍTULO 4

Tan pronto como comenzó la buena obra de reedificar el templo surgió la oposición; los samaritanos, enemigos de los judíos y de su religión se empeñaron en obstruir la obra. I. Se ofrecieron primero a participar en la obra, para poder así retrasarla, pero no se les permitió participar (vv. 1–3). II. Les desanimaron entonces, a fin de disuadirles de continuarla (vv. 4, 5). III. Les calumniaron ante el rey de Persia (vv. 6–16). IV. Obtuvieron de él una orden para detener las obras (vv. 17–22), lo que consiguieron (vv. 23, 24).

Versículos 1–5

Un ejemplo de la vieja enemistad puesta entre la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente. El templo de Dios no puede ser edificado porque Satanás está furioso y las puertas del infierno luchan contra la obra. Lo mismo pasa con el reino de Dios y con el Evangelio: tiene que soportar tremenda oposición de las fuerzas del mal.

I. *Los repatriados son llamados los hijos del destierro* (v. 1, lit.), como nacidos en la cautividad, recién venidos del exilio, donde la mayoría de ellos había nacido, y llevaban todavía las marcas de la cautividad. Aunque ya no eran cautivos, estaban aún bajo el control de aquellos en cuyo poder habían estado durante tanto tiempo. Israel era el hijo primogénito de Dios, pero, por sus iniquidades, se habían vendido y esclavizado, convirtiéndose así en *hijos de la cautividad.*

II. Los que se oponían a la obra son llamados aquí *enemigos de Judá y de Benjamín;* no eran los caldeos ni los persas, sino los que habían quedado de las diez tribus del norte y los extranjeros que se habían unido con ellos, practicaban así la híbrida religión que vemos en 2 Reyes 17:33: *«Temían a Jehová y honraban a sus dioses»*. Son también llamados *el pueblo de la tierra* (v. 4).

III. La oposición que ofrecieron tenía mucho de la astucia de la serpiente antigua. Cuando se enteraron de que se iba a construir el templo, se dieron cuenta inmediatamente de que eso supondría un golpe fatal para su superstición y decidieron oponerse a ello.

1. Se ofrecieron primero a cooperar con los israelitas en la obra de la construcción, para tener así la oportunidad de retardar la construcción bajo capa de apresurarla. Su oferta parecía, a primera vista, plausible y estupenda (v. 2): *Edificaremos con vosotros, porque como vosotros buscamos a vuestro Dios.* Esto era falso pues aunque buscaban al mismo Dios, no lo buscaban a Él solo ni lo buscaban de la forma que Él había ordenado. Pero *los jefes de las casas paternas de Israel* se dieron cuenta pronto de que no venían con buena intención, a pesar de sus buenas palabras, sino que lo que realmente intentaban era

estorbar la construcción por lo que les respondieron claramente (v. 3): *«No nos conviene edificar con vosotros* no tenéis parte con nosotros en esto, pues no sois verdaderos israelitas ni sois sinceros adoradores de Dios; *vosotros adoráis lo que no sabéis* (Jn. 4:22); así que no podemos tener comunión con vosotros; *nosotros solos la edificaremos a Jehová Dios de Israel»*.

2. Cuando les fracasó este primer plan, hicieron cuanto pudieron para distraerles de la obra y desanimar al pueblo. Los fríos e indiferentes fueron así intimidados (v. 4). No nos extrañe el que los enemigos de la Iglesia no se den punto de descanso en sus ataques contra ella, pues el señor a quien sirven y cuya obra llevan a cabo no se cansa de *dar vueltas por la tierra* (Job 1:7; *2:2;* comp. con 1 P. 5:8) para hacer daño.

Versículos 6–16

El autor sagrado traza ahora una síntesis histórica de la oposición que los repatriados encontraron para edificar el templo durante más de medio siglo (reinados de Ciro, Cambises, Darío I, Jerjes I—el Asuero de la Biblia—y Artajerjes I). Tras el largo paréntesis (vv. 6–23), el versículo 24 vuelve al reinado de Darío I para continuar la narración. Se habla en el versículo 7 de la carta que los samaritanos escribieron a Artajerjes a fin de que diese orden de que no siguiera adelante la obra. En esta carta lanzarían las mismas acusaciones que habían presentado a Asuero (v. 6) tan pronto como este rey tomó posesión del trono. Tanta es la prisa que los enemigos de Dios y de la Iglesia se dan para aprovechar la primera oportunidad de hacer daño. ¡Si tan solícitos estuviésemos nosotros en servir de provecho!

I. Las personas encargadas de escribir esta carta son mencionadas por sus nombres (v. 7), así como las que de hecho la redactaron (v. 8). Se repiten los nombres de los redactores (v. 9), junto con los de todos los demás *conjurados* (vv. 9, 10) *contra Jehová* y contra su templo (comp. con Sal. 2:2). ¿Qué daño les hacía a todos ésos la construcción del templo? Sin embargo, todos los procedentes de las distintas colonias en que se habían establecido desde la deportación llevada a cabo por Asurbanipal, rey de Asiria (llamado aquí Asnapar—v. 10—), quien completó así la obra de Esar-hadón, se pusieron de acuerdo en oponerse a los repatriados quizá porque los profetas del Dios de Israel habían predicho la *desaparición de todos los dioses de los gentiles* (Jer. 10:11; Sof. 2:11).

II. Esdras extrajo de los anales de los reyes de Persia una copia de la carta que estos conspiradores escribieron a Artajerjes.

1. En ella se presentan como muy leales al gobierno y preocupados por el honor y los intereses del reino. *«Siendo que nos mantienen del palacio* (lit. *porque somos salados con la sal del palacio*), y no podemos vivir sin esa manutención, de la misma manera que la carne no se mantiene fresca sin sal, en consideración a esto (¡ !), *no nos es justo ver el menosprecio del rey,* pues tu reino peligra si esa ciudad es reedificada» (vv. 14–16).

2. Presentan a los judíos como desleales y peligrosos para el gobierno, y llaman a Jerusalén *ciudad rebelde y mala* (v. 12), así como *perjudicial a los reyes y a las provincias* (v. 15).

(A) La forma en que presentan el pasado es insidiosa, pues afirman que Jerusalén *fue destruida a causa de las rebeliones que se formaban en ella desde antiguo* (v. 15). Es cierto que Joacim y Sedequías se habían rebelado contra el rey de Babilonia, pero sus esfuerzos habrían estado justificados si se hubiesen puesto primero a bien con Dios. No podían, sin más, ponerle a Jerusalén la marca de *ciudad rebelde.* Además, los judíos habían dado abundantes pruebas de buena conducta durante su cautividad, lo que bastaba para quitarles ese reproche.

(B) La información que ofrecen acerca del presente es completamente falsa. Tan lejos estaban de levantar los muros de la ciudad (v. 12), que ni lo habían intentado, como se ve por la condición en que estaban muchos años después (Neh. 1:3): *el muro, derribado.* Lo único que habían hecho era comenzar a poner los cimientos del templo, conforme les había ordenado Ciro.

(C) Los pronósticos de las consecuencias que prevén eran totalmente infundados y absurdos. Predicen que, si Jerusalén es reedificada, no sólo serán los judíos los que *no pagarán tributo, impuesto y rentas* (v. 13), sino que todas las comarcas de este lado del Éufrates se sacudirán el yugo de Persia (v. 16), al seguir el ejemplo de los judíos. El rey no puede hacer la vista gorda ante todo esto, porque no sólo se hará daño

a sí mismo, sino también a sus sucesores: *el erario de los reyes será menoscabado* (v. 13). Puede verse hasta qué punto cada línea de esta carta está llena de malicia y de la astucia propia de la serpiente antigua.

Versículos 17–24

1. Las órdenes que dio el rey de Persia en respuesta al informe que los samaritanos le enviaron contra los judíos. Se dejó ganar por las falsedades de ellos y expidió un decreto para que parasen la obra. Consultó los anales de Babilonia y de otros países en lo concerniente a Jerusalén y halló lo de las rebeliones señaladas por los acusadores (v. 19), y que los reyes que hubo antiguamente en ella habían hecho tributarios a todos los países de este lado del Éufrates (v. 20). Por tanto, mandó que ordenasen parar inmediatamente la construcción de la ciudad (vv. 21, 22). Ni él ni los peticionarios mencionan el templo, pues sabían que Ciro había dado orden de reedificarlo.

2. El uso que los enemigos de los judíos hicieron de dichas órdenes, tan fraudulentamente obtenidas. Se les autorizaba únicamente para que parasen las obras de reedificación de la *ciudad* pero, al tener de su parte la fuerza y el poder, las interpretaron como que también podían detener la construcción del *templo,* pues esto era lo que ellos intentaban principalmente. La consecuencia fue que *cesó la obra de la casa de Dios* (v. 24) por algún tiempo, a causa del poder y de la insolencia de sus enemigos.

CAPÍTULO 5

Se reanuda ahora la obra de edificación del templo. El Espíritu de Dios: I. Enfervorizó a los judíos para animarles a edificar (vv. 1, 2). II. Y enfrió a sus enemigos, trayéndoles a mejor disposición, porque, aun cuando secretamente aborrecían la obra tanto como los del capítulo precedente, al menos: 1. Fueron más deferentes con los edificadores (vv. 3–5), y 2. Fueron más imparciales en su presentación del asunto al rey (vv. 6–17).

Versículos 1–2

Durante este tiempo los judíos tenían un altar y un tabernáculo. Pero los consejeros que habían sido alquilados para detener la obra (4:5) les dijeron que no había llegado la hora de edificar el templo (Hag. 1:2). El pueblo se convenció de ello y así se llegó a la situación descrita en Hageo 1:4, de que ellos habitaban *en casas artesonadas mientras la casa de Dios estaba en ruinas.*

I. Fue una bendición que tuviesen dos buenos ministros de Dios, que les persuadieron a poner de nuevo en marcha el asunto. Tanto Hageo como Zacarías comenzaron a profetizar en el segundo año de Darío, como vemos por Hageo 1:1; Zacarías 1:1. El templo de Dios entre los hombres ha de ser edificado, no por fuerzas seculares, sino por la Palabra de Dios. Así como *las armas de nuestra milicia no son carnales, sino espirituales,* tampoco las herramientas de nuestra construcción son carnales, sino espirituales. Es deber de los profetas de Dios animar al pueblo de Dios para hacer el bien y ayudarles en ello, fortalecerle las manos y, mediante consideraciones sacadas de la Palabra de Dios, avivarles el sentido del deber y animarles a cumplirlo. *Profetizaron* (v. 1) *en el nombre del Dios de Israel.*

II. También tuvieron dos buenos magistrados, decididos y activos en esta obra: Zorobabel, el jefe principal, y Jesúa (o Josué), el sumo sacerdote (v. 2). Estos dos grandes hombres no creyeron que fuese un rebajamiento para ellos, sino una dicha, el ser enseñados y mandados por los profetas de Dios, pues estaban contentos de que así les ayudasen a reavivar esta buena obra. Léase aquí el primer capítulo de la profecía de Hageo (pues es el mejor comentario de estos dos verss.) y se verá cuán grandes cosas hace Dios por medio de su Palabra, con la que engrandece su santo nombre, y por medio del Espíritu que obra juntamente con ella.

Versículos 3–17

I. La cuenta que se dieron pronto los vecinos de que la obra se reanudaba. Tan pronto como el Espíritu de Dios despertó a los amigos del templo para que se interesaran en él, despertó también el espíritu maligno a sus enemigos para que se opusieran a él. Mientras el pueblo edificaba sus casas artesonadas, sus enemigos no les molestaron, pero en cuanto se pusieron a trabajar en el templo, surgió la alarma y todos ellos vinieron a detener la obra (vv. 3, 4). Se citan aquí los nombres de los adversarios: Tatnay y Setar-Boznay. Estos dos, aunque se oponían a la reedificación del templo, al menos estaban dispuestos a decir la verdad. *Si la fe no es de todos* (2 Ts. 3:2), al menos es bueno que algunos tengan, si no fe, sentido del honor. Los enemigos de la Iglesia no son todos igual de perversos y testarudos.

II. El interés que la Providencia tenía en esta buena obra (v. 5): *Los ojos de Dios velaban sobre los ancianos de los judíos* que estaban ocupados en la obra, a fin de que sus enemigos no les obligasen a cesar, como habrían hecho, hasta que el asunto llegase al rey Darío. Los enemigos se contentaban con que cesaran hasta recibir instrucciones del rey acerca de la obra, pero los ancianos del pueblo vieron que *los ojos de Dios velaban sobre los judíos y* no quisieron cesar mientras no se recibiesen del rey instrucciones en contra, pues sabían que Dios les protegía en su obra, con lo que se sentían animados a proseguir con todo vigor, pese a toda la oposición que se les hiciese.

III. El informe que enviaron al rey.

1. Los ancianos de los judíos dieron a los samaritanos un informe cumplido y claro de su modo de proceder. A la pregunta: *«¿Quién os ha dado orden para edificar esta casa, etc.?»* (vv. 3, 9), ellos respondieron (v. 11): *«Nosotros somos siervos del Dios del cielo y de la tierra.* El Dios a quien adoramos no es una deidad local y, por ello, no se nos puede acusar de rebelión al levantar este templo en su honor, sino que adoramos a un Dios del que depende todo el Universo, y, por tanto, su obra debe ser protegida por todos e impedida por ninguno». Y añaden (v. 12): *«Fue por haber provocado nuestros padres a ira al Dios de los cielos por lo que Nabucodonosor destruyó esta casa.* Fue por los pecados de nuestro pueblo por lo que fuimos desposeídos, por algún tiempo, de ella; no porque los dioses de las naciones hayan prevalecido contra nuestro Dios, sino porque nosotros le provocamos, es por lo que nosotros y nuestro templo fuimos entregados en manos del rey de Babilonia. *Pero* ahora *el mismo rey Ciro* (v. 13) *dio orden para que esta casa de Dios fuese reedificada.* Así que tenemos a nuestro favor el decreto del rey».

2. Como puede verse, los ancianos de los judíos respondieron con toda mansedumbre, sin preguntar a sus enemigos con qué autoridad venían ellos a examinarles, y sin reprocharles su idolatría, su religión híbrida y sus supersticiones. Aprendamos de aquí a *presentar defensa con mansedumbre y reverencia* (respeto) *ante todo el que nos demande razón de la esperanza que hay en nosotros* (1 P. 3:15), prestos a entender correctamente y a declarar llanamente lo que hacemos en el servicio de Dios y por qué lo hacemos.

3. Cuán imparcialmente presentaron los samaritanos el asunto al rey. Llaman al templo de Jerusalén *la casa del gran Dios* (v. 8); pues aun cuando los samaritanos tenían muchos dioses y muchos señores, reconocen que el Dios de Israel es *el gran Dios* que está sobre todos los dioses. Le dicen sinceramente lo que se está haciendo, sin afirmar, como habían hecho sus predecesores, que estaban fortificando la ciudad para defenderla en una guerra, sino sólo que estaban edificando el templo como quienes sólo procuran adorar a Dios. El pueblo de Dios no podría ser perseguido si no fuese calumniado, ni podría ser hostigado si no se le vistiera con piel de oso. Si la causa de Dios y de la verdad es expuesta con imparcialidad y oída sin prejuicios, ella misma se sostendrá.

CAPÍTULO 6

Aquí vemos llevada a feliz término la gloriosa obra de reedificar el templo. I. Es hallado el decreto de Ciro (vv. 1–5). II. Darío da orden de que dicho decreto sea llevado a efecto (vv. 6–12). III. Se termina la obra (vv. 13–15). IV. Solemne dedicación del templo (vv. 16–18). V. Se inaugura con la celebración de la Pascua (vv. 19–22).

Versículos 1–12

I. Se ordena una investigación para hallar el decreto de Ciro. Se buscó en Babilonia (v. 1), pero no fue hallado allí, sino en Acmetá esto es, Ecbatana, en la provincia de Media (v. 2), ciudad a 2.000 m sobre el nivel del mar y muy adecuada para la conservación de rollos y pergaminos. Se inserta el decreto mismo (vv. 3–5). 1. Aquí está el decreto de reedificación: *«Para que fuese reedificada la casa de Dios en Jerusalén»* (v. 3), de tales y tales dimensiones y con tales y tales materiales. 2. Están también estipuladas las expensas: *«Y que el gasto sea pagado por el tesoro del rey»* (v. 4). No hallamos que el pago se recibiera al cambiar las cosas en la corte de Persia. 3. También se daba orden de que fueran devueltos los utensilios del templo que se había llevado Nabucodonosor (v. 5), y de que los sacerdotes los volvieran a poner en sus lugares respectivos en la casa de Dios.

II. El rey Darío corrobora el decreto de Ciro y da orden de que se lleve a efecto.

1. Esta orden de Darío es muy explícita y satisfactoria. (A) Prohíbe oponerse a la edificación del templo, conocedor de que existía tal oposición, como se ve por las expresiones: *«retiraos de allí»* (v. 6); *«dejad que se haga la obra»* (v. 7). (B) Ordena que se disponga de la hacienda misma del rey: (a) Para la obra de edificación (v. 8), en lo que sigue el ejemplo de Ciro (v. 4). (b) Para el ofrecimiento de los sacrificios cuando esté terminada la obra (v. 9). Con esto da honor: *Primero,* al Dios de Israel, a quien llama una y otra vez *el Dios del cielo. Segundo,* a los ministros de Dios, para que se acomoden a lo que ellos ordenen. *Tercero,* a la oración: *«Y oren por la vida del rey y por sus hijos»* (v. 10). (C) Refuerza su orden con pena de muerte para quien altere el decreto (v. 11), e invoca la maldición de Dios sobre todo rey y pueblo que trate de destruir esta casa (v. 12).

2. El corazón de los reyes está en la mano de Dios y Él lo inclina del modo que le place, pues es el *Rey de reyes.* Cuando suena la hora en el reloj de Dios para el cumplimiento de sus propósitos con respecto a su Iglesia, Él hace surgir para que se lleven a cabo instrumentos de los que no podría esperarse tan buen servicio. A veces, *la tierra ayuda a la mujer* (Ap. 12:16), y pueden convertirse en aliados provechosos para la defensa de la religión personas que no tienen ellas mismas ninguna religión. Los enemigos de los judíos, al apelar a Darío, esperaban obtener un decreto para pararles los pies pero, en lugar de eso, recibieron orden de llenarles las manos.

Versículos 13–22

I. Vemos a los enemigos de los judíos hechos amigos. Cuando recibieron la orden del rey, vinieron a promover la obra con tanta prisa como la que sus predecesores se habían dado para tratar de detenerla (4:23).

II. Se continuó, pues, la edificación del templo y se acabó la obra en poco tiempo (vv. 14, 15). Se llevó a cabo *conforme a la profecía de Hageo y Zacarías …, por orden del Dios de Israel, y por mandato de Ciro, de Darío y de Artajerjes rey de Persia.* Tuvieron que avergonzarse al tener que obrar por mandato de reyes paganos, pero también se sintieron animados por las profecías de Hageo y Zacarías. Ahora marchó la obra viento en popa, de forma que se acabó en el plazo de cuatro años. El templo espiritual, que es la Iglesia, se lleva mucho tiempo en ser construido, pero un día quedará completo y acabado. Cada uno de los creyentes es, en realidad, un *templo vivo* del Espíritu Santo. Padece oposición de parte de Satanás, del mundo y de sus mismas corrupciones interiores, no dominadas aún del todo; pero *el que comenzó la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo* (Fil. 1:6).

III. Dedicación del templo. Una vez acabada la obra, y al estar el templo destinado a usos sagrados, *mostraron con el ejemplo cómo debía usarse,* pues éste es—dice el obispo Patrick—el verdadero sentido del vocablo *dedicar.* Lo dedicaron con toda solemnidad, y es probable que hiciesen una previa declaración pública de que quedaba separado de los usos comunes, ofrecido al honor de Dios y a la adoración que le era debida. 1. Las personas que tomaron parte en esta dedicación fueron no sólo *los sacerdotes y levitas,* sino *todos los que habían venido de la cautividad* (v. 16). 2. Los sacrificios que se ofrecieron en esta ocasión fueron *cien becerros, doscientos carneros y cuatrocientos corderos* en holocausto, además de *doce machos cabríos en expiación* (v. 17); muy poco en comparación con lo que

se ofreció en la dedicación del templo de Salomón (1 R. 8:63), pero ahora eran mucho más pobres y muy inferiores en número, por lo que sus sacrificios fueron igualmente aceptos a Dios. 3. Fue llevada a cabo *con gozo* (v. 16). 4. Hecha la dedicación, pusieron a los sacerdotes y a los levitas en sus respectivos turnos y servicios. Lo que faltó de pompa y suntuosidad, se suplió con pureza y adhesión a Dios, que es la verdadera gloria del templo. No hay hermosura como *la hermosura de la santidad.*

IV. Celebración de la Pascua en el recién dedicado templo. Ahora que habían sido libertados de la esclavitud de Babilonia era la ocasión oportuna para conmemorar su liberación de la esclavitud de Egipto. Los nuevos favores de Dios deben traernos a la memoria los que anteriormente hemos recibido de Él. Hicieron de la Pascua una jubilosa fiesta, la cual cayó precisamente en el mes siguiente a la terminación y dedicación del templo (v. 19). Se toma nota: 1. De la pureza de los sacerdotes y de los levitas que *sacrificaron la Pascua* (v. 20). La pureza de los ministros, así como su unión, añade gran belleza a la hermosura de sus ministerios. 2. De los prosélitos que tomaron parte con ellos en esta ordenanza: *Todos aquellos que se habían apartado de las inmundicias de las gentes de la tierra para buscar a Jehová Dios de Israel* (v. 21). Todos cuantos habían dejado atrás no sólo su país, sino especialmente las supersticiones, idolatrías e inmoralidades de su país, y se habían adherido a Jehová Dios de Israel como su Dios, comieron la Pascua. 3. Del regocijo y la satisfacción con que guardaron *la fiesta de los panes sin levadura, por cuanto Jehová los había alegrado* (v. 22): les había dado motivo para alegrarse y corazón con que alegrarse.

CAPÍTULO 7

En este capítulo vemos a Esdras en acción durante el reinado de Artajerjes. Zorobabel y Jesúa (o Josué) eran ya demasiado viejos, si es que no habían muerto. Tampoco volvemos a leer nada acerca de Hageo ni de Zacarías. ¿Qué será de la causa de Dios y de Israel ahora que estos útiles instrumentos del Señor se han ido? Confiemos en Dios, quien siempre puede levantar, por su Espíritu, otros que ocupen el lugar de los primeros. Esdras aquí y Nehemías en el próximo libro, fueron tan útiles en su tiempo como aquellos otros lo habían sido en el suyo. I. Informe acerca de Esdras en general, y de su viaje a Jerusalén en particular (vv. 1–10). II. Una copia de la comisión que le encargó Artajerjes (vv. 11–26). III. Su gratitud a Dios por ello (vv. 27, 28).

Versículos 1–10

I. Genealogía de Esdras. Era sacerdote descendiente de Aarón. Le escogió Dios para ser instrumento de bien para Israel, a fin de honrar el ministerio sacerdotal, cuya gloria se había eclipsado mucho a causa de la deportación. Su padre era *Seraías,* el sumo sacerdote del que leemos (Serayá) en 2 Reyes 25:18–21, a quien el rey de Babilonia dio muerte cuando saqueó Jerusalén. Si tenemos en cuenta que eso se llevó a cabo el año 586 a. de C., y que este viaje de Esdras a Jerusalén ocurrió el 456 (130 años después), es seguro que Seraías era el abuelo o bisabuelo, no el padre, de Esdras (v. 1 Cr. 6:13–15, que lo confirma).

II. Su carácter. 1. Era de gran erudición (v. 6): *«escriba diligente»* (lit. *rápido),* es decir, versado en la Ley y buen conocedor del léxico y del estilo; esto le hacía sumamente apto para ser buen secretario de la corte persa. Es tradición judía que Esdras recogió cuantas copias de la Ley pudo hallar, y publicó una edición esmerada del canon del Antiguo Testamento. 2. Era de gran piedad y santo celo (v. 10): *«Había preparado su corazón para escudriñar la ley de Jehová y para cumplirla».* Los caldeos, entre los que se había criado, eran famosos por su literatura; en especial, por el estudio de las estrellas; pero Esdras superó la tentación de dedicarse a este estudio: la ley de Dios suponía para él muchísimo más que todos los escritos de magos y astrólogos. Se dedicó al estudio de las Escrituras, no sólo para conocerlas bien y *para enseñar en Israel sus estatutos y decretos,* sino (primordialmente) *para cumplirlas.* Como el Señor *Jesús, comenzó a hacer* (primero) y *a enseñar* (Hch. 1:1). Y, para enseñar, aprendió. Para todo esto *preparó* (lit. *fijó, aplicó) su corazón,* lo que da a entender su gran determinación.

III. Su viaje a Jerusalén para el bien de su país: *Subió de Babilonia* (v. 6), y en el plazo de cuatro meses llegó a Jerusalén (v. 8). 1. El rey se portó con él amablemente: *Le concedió el rey todo lo que pidió,* todo lo que él deseaba para servir a su país. 2. El pueblo se portó también amablemente con él, pues muchos se fueron con él aventurándose a ir a Jerusalén una vez que él se iba. 3. Dios le otorgó su favor: *Porque la mano de Jehová su Dios estaba con él* (vv. 6, 9).

Versículos 11–26

Comisión que el rey de Persia encargó a Esdras, dándole autoridad plena para actuar a favor de los judíos. Artajerjes se llama a sí mismo *Rey de reyes* (v. 12), título demasiado elevado para un mortal. Era rey de algunos reyes, pero pretender que era rey de todos los reyes era una usurpación de la prerrogativa exclusiva del que tiene *todo poder en el cielo y en la tierra.* Saluda a Esdras como a *sacerdote y escriba erudito en la ley del Dios del cielo,* esto suponía para Esdras mayor honor que ser un príncipe o gobernador en el imperio persa.

I. Permite a Esdras subir a Jerusalén (v. 13) y que marchen con él quienes de entre los judíos lo deseen. También le otorga autoridad para ver cómo marchan los asuntos en Judá y Jerusalén (v. 14). La norma para esta investigación había de ser: *«La ley de tu Dios que está en tu mano»;* es decir, había de investigar si los judíos, en su religión, obraban conforme a esa ley: si conforme a esa ley se había edificado el templo, se había restablecido el sacerdocio y se ofrecían los sacrificios. Si se echaba en falta algo, había de enmendarlo, y, como Tito en Creta, que *acabase de poner en orden lo que faltaba* (Tit. 1:5). Así se les devolvía a los judíos el privilegio de gobernarse por su propia ley.

II. Le entrega el dinero libremente donado por el rey, sus consejeros y súbditos para el servicio de la casa de Dios (vv. 15, 16). Queda, pues, Esdras encargado: 1. De recibir este dinero y llevarlo a Jerusalén. 2. De usarlo de la mejor manera: en ofrecer sacrificios sobre el altar del templo (v. 17) y en todo cuanto a él o a sus hermanos les parezca bien (v. 18), con tal que se haga *conforme a la voluntad de vuestro Dios.*

III. Le otorga poderes para que, *de los tesoros del rey* (v. 20), saque cuanto sea necesario *para la casa de Dios* y para que los tesoreros del otro lado del río, esto es, los que se hallaban en Palestina, proveyesen a Esdras, a expensas del rey, de cuanto necesitase. Ésta era muy buena medida, pues, al no haber investigado todavía cómo iban las cosas Esdras no sabía a punto fijo lo que iba a necesitar. Igualmente le autoriza para que procure que no falte nada de lo que se requiere en la casa de Dios (v. 23). Véase: 1. Cuán honorablemente habla de Dios. Le había llamado antes *el Dios de Jerusalén* pero aquí, para que no se entienda que habla de una deidad local, le llama *el Dios del Cielo.* 2. Cuán estrictamente manda que todo se haga conforme *es mandado por el Dios del cielo.* Es probable que Artajerjes hubiese leído y admirado la ley de Dios.

IV. Exime a todos los ministros del templo de pagar tasas al gobierno. Desde el sumo sacerdote hasta el último de los leñadores y aguadores del templo, *a ninguno se le impondrá tributo, contribución ni renta* (v. 24).

V. Da también poderes a Esdras para nombrar jueces y gobernantes para todos los judíos que están al otro lado del río (esto es, en Palestina). Gran bendición era para los judíos tener personas capacitadas para el mando, y especial bendición era que fuesen nombrados por Esdras. 1. Todos los que conocían las leyes del Dios de Esdras (v. 25) habían de estar bajo la jurisdicción de dichos jueces, lo cual indica que estaban exentos de la jurisdicción de los magistrados paganos. 2. A estos magistrados les era permitido hacer prosélitos, pues habían de *enseñar las leyes de Dios al que no las conociese.* No podían hacer nuevas leyes, sino atenerse a las dadas por Dios. 3. También se les autorizaba a imponer las penas convenientes *a cualquiera que no cumpliese la ley de Dios y la ley del rey* (v. 26).

Versículos 27–28

Por dos cosas bendice Esdras a Dios: 1. Por su comisión: *Bendito sea Jehová, Dios de nuestros padres, que puso tal cosa en el corazón del rey.* Dios puede poner en el corazón y en la cabeza de los

hombres cosas que a ellos no se les habrían ocurrido. Lo hace con su gracia y con su providencia. Si alguna cosa buena se halla en nuestro corazón, hemos de reconocer que es Dios quien la ha puesto allí, y hemos de bendecirle por ello. 2. Por el ánimo que le había dado para cumplir esta comisión (v. 28): *Inclinó hacia mí su misericordia, etc.* Esdras era hombre valiente; sin embargo, atribuyó esta valentía no a su propio ánimo, sino *al fortalecimiento que había recibido de la mano de Dios.*

CAPÍTULO 8

Más detalles del viaje de Esdras a Jerusalén. I. Los que le acompañaron (vv. 1–20). II. El ayuno que observaron para implorar la presencia de Dios con ellos en este viaje (vv. 21–23). III. El interés que puso en que se emplease bien el dinero que llevaba (vv. 24–30). IV. La protección que la Providencia les otorgó en el viaje (v. 31). V. Su llegada con bien a Jerusalén, donde dejaron el tesoro en manos de los sacerdotes (vv. 32–34), ofrecieron sacrificios (v. 35) y entregaron a los gobernadores los despachos del rey (v. 36).

Versículos 1–20

1. Después de recibir su comisión, Esdras buscó voluntarios para que subiesen con él a Jerusalén, para cumplir, en un primer plano, las palabras de Isaías: «Levantará pendón a las naciones, y juntará los desterrados de Israel, y reunirá los esparcidos de Judá» (Is. 11:12). Puede decirles: «Ahora que el templo está edificado y se llevan a cabo en él los servicios correspondientes, es el momento de subir allá».

2. Algunos se ofrecieron voluntariamente a marchar con él. Los jefes de varias familias se mencionan aquí para su honor, y el número de los varones que subieron con cada uno de ellos, sumaron un total de 1.496. Ya vimos algunos de ellos en el capítulo 2.

3. Sorprende que, entre los expedicionarios, no hallase Esdras ningún levita (v. 15), aunque sí sacerdotes. Véase, en 2:39, 40, la desproporción entonces existente entre el número de sacerdotes y el de levitas. El Dr. Ryrie sugiere que ello pudo deberse a su repugnancia a salir del país por ser su condición muy inferior a la de los sacerdotes. Esdras tenía suficiente dinero para el servicio del templo pero le faltaban hombres. Envió entonces once hombres a Casifía (o Casifyá), lugar no identificado, pero en el que había, sin duda, una colonia de levitas y servidores del templo, y de allí pudo obtener unos 40 levitas y 220 servidores del templo, quienes fueron reclutados a toda prisa, ya que Esdras había urgido al jefe del lugar *para que trajesen ministros para la casa de nuestro Dios* (v. 17).

Versículos 21–23

1. Esdras se había procurado levitas, mas ¿de qué le serviría, si no tuviese a Dios consigo? Pero tenía firme confianza en el poder y la protección de Dios, que están siempre a disposición de sus siervos y en contra de sus enemigos. Como Esdras creía con el corazón, también confesaba con la boca y, por eso, no quiso pedir al rey escolta que les protegiese, para que no pensase el rey que Dios no tenía poder para protegerles o que Esdras dudaba de ese poder. Esto no significa que no podamos echar mano de los medios honestos de procurarnos seguridad; y no hemos de avergonzarnos de ello.

2. Puesto que habían expresado delante del rey su confianza en la protección de Dios (v. 22), buscaron el rostro de Dios en oración y ayuno (v. 21). (A) Expresaban así su humillación: *Para afligirnos delante de nuestro Dios,* confesaron sus pecados y se arrepintieron de ellos para obtener el deseado perdón. (B) Fortalecían así su oración, pues, en circunstancias especiales, el ayuno iba siempre unido a la oración (comp. con Hch. 13:3). Oraban *para solicitar de Dios un feliz viaje.* (C) Dios les escuchó y *les fue propicio* (v. 23).

Versículos 24–30

Informe del especial cuidado con que Esdras trajo consigo el tesoro que pertenecía al santuario de Dios. 1. Después de haberse encomendado a Dios para poder llevarlo felizmente a su destino, lo encomendó a las personas adecuadas, a cuyo cargo estaba el *vigilar y guardarlo,* aunque sin Dios habrían vigilado en vano. 2. Después de haber orado a Dios para que preservara todos los bienes que llevaban consigo, Esdras se muestra especialmente solícito por aquella porción que pertenecía a la casa de Dios y había de servir para ofrendárselo. 3. Nombró para este cometido doce principales sacerdotes y otros tantos levitas (vv. 24, 30) y les declaró por qué ponía estas cosas en las manos de ellos (v. 28): *Vosotros estáis consagrados a Jehová, y son santos los utensilios, etc.* ¿Quiénes más aptos para cuidar de las cosas santas que las personas santas? 4. *Les pesó la plata, el oro y los utensilios* (v. 25) porque esperaba recogerlos de ellos también por peso. 5. El encargo que les dio con respecto a estos tesoros (v. 29): *«Vigilad y guardadlos,* para que no se pierdan, ni se estropeen, ni se mezclen con otros objetos. Guardadlos a salvo hasta que los peséis de nuevo en el templo, delante de los responsables de ellos».

Versículos 31–36

Esdras sube a Jerusalén, pero la multitud que le acompaña marcha lentamente y por cortas etapas. Dios fue bueno con él y él reconoció agradecido la bondad de Dios (v. 31): *La mano de nuestro Dios estaba sobre nosotros.* Aun los peligros ordinarios de los viajes nos obligan a santificar nuestras salidas con oración y nuestras venidas con bien, con alabanza y gratitud. Por fin, llegaron a salvo (v. 32). Tan pronto como llegaron cerca del altar, se sintieron movidos a ofrecer abundantes víctimas para holocaustos y expiación (v. 35), cosa que no habían podido hacer en Babilonia. El número de las víctimas correspondía al de las tribus: doce becerros, doce machos cabríos y noventa y seis carneros, con lo que se insinuaba así la unión de los dos reinos, de acuerdo con lo predicho por Ezequiel (Ez. 37:22). La nueva unidad del reino se expresó bien cuando las doce tribus se llegaron, por medio de sus representantes, juntas al mismo altar. Incluso los enemigos de los judíos se tornaron amigos aquel día, pues aceptaron la comisión de Esdras y, en lugar de estorbar al pueblo de Dios, *les ayudaron* (v. 36).

CAPÍTULO 9

Ahora que el templo estaba edificado, los servicios restablecidos, los repatriados sin enemigos y tranquilos, ningún lugar para imágenes de Baal ni de Astarté, ni becerros de oro ni lugares altos en ninguna parte, parece que todo estaba bien. Pero no era así. I. Le llega a Esdras una queja sobre matrimonios mixtos entre el pueblo (vv. 1, 2). II. El gran apuro en que les puso esta situación a él y a otros (vv. 3, 4). III. La solemne confesión que de este pecado hizo a Dios (vv. 5–15).

Versículos 1–4

Esdras recibe informe de que no sólo el pueblo llano, sino hasta los sacerdotes y los levitas se habían casado con mujeres de la gentilidad.

1. El pecado consistía en haberse mezclado con los pueblos de las tierras (v. 2), asociándose con ellos en los negocios, en las costumbres y en *tomar las hijas de ellos para sí y para sus hijos.* Habían desobedecido el mandamiento expreso de Dios que prohibía toda unión con los gentiles, especialmente en contratos matrimoniales (Dt. 7:3). Se expusieron así a sí mismos, y mucho más a sus hijos, al peligro de idolatría, justamente el pecado que había ocasionado la ruina de la nación judía.

2. Las personas culpables de este pecado eran, no sólo el pueblo corriente, al que podría tenerse por ignorante de la Ley, sino también *muchos de los sacerdotes y levitas,* cuyo oficio era enseñar la Ley y en los que, por consiguiente, era mucho más grave el pecado. De cierto es digno de conmiseración el caso de aquellos pueblos cuyos jefes se corrompen ellos mismos y son ocasión de que yerren los demás.

3. El informe lo llevaron los príncipes a Esdras (v. 1), es decir, los que, junto con su dignidad, habían conservado su integridad. Apelaron a Esdras con la esperanza de que su sabiduría, autoridad y celo pusieran remedio a esta situación.

4. La impresión que se llevó Esdras (v. 3): *Se rasgó el vestido y el manto, se arrancó pelo de la cabeza y de la barba, y se sentó angustiado en extremo.* Le dio profunda pesadumbre el que un pueblo llamado con el nombre de Dios se atreviera a violar tan groseramente la Ley de Dios. El pesar de Esdras era el que correspondía a la gravedad del pecado.

5. La influencia que el pesar de Esdras tuvo sobre otros. Pronto se dio cuenta el pueblo de ello, y todos los que tenían verdadera devoción acudieron a unirse con él. Cuando alguien toma partido por la causa de Dios en contra del vicio y de la profanidad, todos los buenos deberían ponerse de su parte y hacer todo lo que pudieran para fortalecerle las manos.

Versículos 5–15

La patética forma en que se dirigió Esdras al Cielo en esta ocasión.

I. Esdras se dirigió *a la hora del sacrificio de la tarde* (v. 5) cuando el pueblo devoto solía venir a los atrios del templo a ofrecer a Dios sus oraciones. Por eso escogió Esdras esta hora para hacer esta pública confesión, a fin de que los asistentes tomasen conciencia de los pecados del pueblo. El sacrificio, sobre todo el vespertino, era tipo de la gran propiciación llevada a cabo en el Calvario. Esdras tenía fe en esta forma penitencial de dirigirse a Dios.

II. Cómo se preparó Esdras para dirigirse a Dios. 1. *Se levantó de su aflicción,* como para sacudirse la pesadumbre lo necesario para levantar el corazón a Dios. 2. *Se postró de rodillas,* en postura de penitente, representando al pueblo por el que se disponía a interceder. 3. *Extendió las manos,* como ofreciendo a Dios lo que iba a decir, y en postura sacerdotal de mediación intercesora para obtener la expiación del pecado y la reconciliación del pueblo.

III. El contenido de su confesión a Dios.

1. Se incluye a sí mismo entre los pecadores, a pesar de que él no tenía culpa en esto (v. 6): *«Nuestras iniquidades se han multiplicado sobre nuestra cabeza.* Nos vamos a ahogar en ellas como en aguas profundas». Consuélense, sin embargo, los verdaderamente arrepentidos, pues aunque sus pecados lleguen hasta los cielos, *hasta los cielos llega la misericordia de Dios* (Sal. 36:5). No habían sido abandonados en su esclavitud, pues hasta en Babilonia tenían las señales de la presencia de Dios: eran el remanente de los israelitas, unos pocos, que habían escapado por las justas de las manos de sus enemigos, gracias al favor de los reyes de Persia. Dios les ha dado ahora *un lugar seguro* (lit. *una estaca,* de las que sostienen las tiendas de campaña, como en el tabernáculo) *en su santuario* (v. 8): el Templo era el soporte que sostenía a la nación judía. Por eso, habían levantado la casa de Dios (v. 9). Esto les daba luz y *vida* (v. 8).

2. «Cuán ingratos hemos sido, después de todo esto—parece decir Esdras—, pecando de esta manera» (v. 10): *«¿Qué diremos, oh Dios nuestro, después de esto?»* El pecado era contra un mandamiento expreso de Dios (comp. con Gn. 34:14). Y Esdras declara explícitamente cuál era ese mandamiento (vv. 11, 12): *«No daréis vuestras hijas a los hijos de ellos, ni sus hijas tomaréis para vuestros hijos, etc.»* (v. Éx. 34:15, 16; Dt. 7:3; 23:6). La razón es que, si se mezclaban con esas naciones, se contaminarían; era una tierra inmunda, y ellos eran santos. Consciente de la gravedad del pecado, Esdras reconoce que el castigo que han sufrido era menor de lo que se merecían (v. 13).

3. Habla completamente avergonzado, pues comienza así (v. 6): *«Dios mío, confuso y avergonzado estoy para levantar, oh Dios mío, mi rostro a ti».* El pecado es siempre algo vergonzoso. Y la vergüenza santa es un ingrediente tan necesario para un verdadero arrepentimiento como lo es la santa detestación del pecado. Siendo miembros de un mismo Cuerpo, el pecado de otros debería avergonzarnos y dejarnos confusos por aquellos que no se avergüenzan de pecar. El cobrador de impuestos (o publicano) del Evangelio, cuando subió al templo a orar, no osaba levantar la cabeza de pura vergüenza (Lc. 18:13). ¿Podremos decir: *«¿No tenemos pecado?»* Entonces *nos engañamos a nosotros mismos, y hacemos mentiroso a Dios* (1 Jn. 1:8, 10). ¿Le diremos a Dios: *«Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo»?* (Mt. 18:26). ¿Con qué? *¿Se agradará Jehová de millares de carneros?… ¿Daré mi primogénito por mi prevaricación?* (Mi. 6:7). De Dios no se ríe nadie de este modo, pues Él sabe que somos totalmente insolventes. Como Esdras, hemos de confesar sinceramente nuestro pecado.

4. Pero también habla confiado en la justicia de Dios (v. 15): *«Oh Jehová, Dios de Israel, tú eres justo,* recto, sabio, bueno y lleno de misericordia; tú no quieres hacernos daño; por eso, *henos aquí, delante de ti, con nuestros delitos;* estamos a tus pies, y aguardamos la sentencia; *porque no es posible estar en tu presencia a causa de esto,* ya que no podemos apoyarnos en ninguna de nuestras justicias (v. Is. 64:6). Sólo nos queda ponernos a tu disposición: *Haz con nosotros como bien te parezca* (Jue. 10:15). No tenemos nada que decir, nada que hacer, sino *implorar clemencia a nuestro Juez»* (Job 9:15). De este modo, Él buen Esdras pone delante de Dios su aflicción y deja que Dios actúe conforme a su misericordia. Como las oraciones de Moisés (Éx. 32), Nehemías (Neh. 9) y Daniel (Dn. 9), esta oración de Esdras es una de las más hermosas de toda la Biblia.

CAPÍTULO 10

A la lamentación del cap. 9 sigue la acción drástica del cap. 10. I. El corazón del pueblo se dispuso a enderezar el entuerto (v 1). II. Propuesta de Secanías (vv. 2–4). III. Se pone en ejecución la propuesta. 1. Los principales son juramentados para atenerse a ella (v. 5). 2. Esdras es el primero en ponerse en acción (v. 5). 3. Se convoca asamblea general (vv. 7–9). 4. Conforme a la exhortación de Esdras, todos acuerdan la reforma (vv. 10–14). 5. Se nombran comisionados que investiguen quiénes tienen mujeres extranjeras y que les obliguen a dejarlas, lo que se hace prontamente (vv. 15–17). 6. Lista de los que fueron hallados culpables de este pecado (vv. 18–44).

Versículos 1–5

I. La buena impresión que hicieron en el pueblo la humillación de Esdras y su confesión pública de pecado. Tan pronto como se conoció en la ciudad la noticia de que el nuevo gobernador, con quien estaban tan contentos, estaba apesadumbrado por ellos y por los pecados del pueblo, *se reunió con él una muy grande multitud de Israel* (v. 1) para llorar amargamente con él. Véase qué influencia tan buena tienen en los inferiores los buenos ejemplos de los superiores. Cuando Esdras, escriba diligente y erudito y hombre de gran autoridad, se lamentaba tan profundamente de la corrupción del pueblo, concluyeron que la cosa era realmente muy seria.

II. La buena propuesta que hizo Secanías en esta ocasión. Era uno de los que acompañaron a Esdras en su viaje desde Babilonia (8:3, 5), y aunque él no aparece en la lista de los delincuentes, sí lo era su padre y algunos de la casa de su padre (v. 26), pero, como Esdras, habla en primera persona (v. 2): *«Nosotros hemos pecado contra nuestro Dios»,* pero *«aún hay esperanza para Israel»,* añade. Una vez que la enfermedad se descubre, ya está a medio curar. Su propuesta no puede ser más práctica, clara y expeditiva (v. 3): *«Despediremos a todas las mujeres y a los nacidos de ellas».* Secanías no se contenta con esto, sino que propone que se obliguen *bajo pacto con Dios.* Este procedimiento no es válido en la dispensación del Evangelio (1 Co. 7:12, 13): *«Si algún hermano tiene mujer que no sea creyente, y ella consiente en vivir con él, no la abandone».* El caso que considera el Apóstol es, en especial, el de una pareja que se casó en la gentilidad y uno de los cónyuges se convirtió posteriormente, pero también tiene aplicación en casos de *«yugo desigual»* (2 Co. 6:14), en los que hubo pecado por parte del creyente al casarse, pero no por eso puede abandonar al no creyente. Fue un matrimonio ilícito, pero no inválido.

Versículos 6–14

La forma en que se puso en ejecución la propuesta. Esdras dio orden de que todos los repatriados se reunieran con él en Jerusalén *en el plazo de tres días* (vv. 7–9). Acudió el pueblo, en el plazo señalado, *a la plaza de la casa de Dios* (v. 9). Esdras les hizo ver que, con este pecado de tomar mujeres extranjeras, habían añadido al pecado de Israel (v. 10), pues eso significaría una peligrosa ocasión de introducir de nuevo la idolatría. Les invitó, pues, a *dar gloria a Dios* apartándose de las mujeres extranjeras (v. 11). El pueblo se sometió a ello (v. 12): *«Así se haga conforme a tu palabra».*

Versículos 15–44

Despedida la congregación, los comisionados se pusieron a trabajar con Esdras como presidente. Eran representantes de las casas paternas, varones cualificados para este servicio por su prudencia y celo (v. 16). *Comenzaron a inquirir sobre el asunto el primer día del mes décimo* (v. 16), esto es, diez días desde que se había hecho la propuesta (v. 9) y terminaron en tres meses (v. 17). Se mencionan unos 113 en total de los que habían tomado mujeres extranjeras. En el versículo 44 se dice que *había mujeres de ellos que habían dado a luz hijos,* lo cual insinúa que la mayoría no tenían hijos, por lo que Dios no les había honrado con su bendición el crecimiento de estas familias. En el texto sagrado no consta que los hijos habidos en estos matrimonios fueran despedidos con sus madres, como había propuesto Secanías.

NEHEMÍAS

Este libro es continuación de la historia de *los hijos de la cautividad* y en él vemos completada la restauración comenzada bajo la dirección de Esdras. También nos provee el trasfondo histórico de la profecía de Malaquías. Aquí vemos: I. La preocupación que tenía Nehemías por Jerusalén y la comisión que obtuvo del rey Artajerjes (caps. 1 y 2). II. Edifica el muro de Jerusalén a pesar de la oposición que se le hace (caps. 3 y 4). III. Acaba con ciertos abusos del pueblo (cap. 5). IV. Termina la construcción de la muralla (cap. 6). V. Hace la lista del pueblo (cap. 7). VI. Solemnidades religiosas a las que convocó al pueblo (caps. 8 al 10). VII. Interés que puso en la repoblación de la capital y en el establecimiento de la tribu de Leví (caps. 11 y 12). VIII. Su celo en acabar con ciertos abusos (cap. 13).

CAPÍTULO 1

Vemos a Nehemías en la corte de Persia: I. Inquiere el estado de los judíos y de Jerusalén (vv. 1, 2). II. Se informa de su deplorable condición (v. 3). III. Ayuna y ora por ello (vv. 4–11).

Versículos 1–4

1. Estaba Nehemías en la capital de Persia (v. 1), donde ejercía como *copero del rey* (v. 11). Así fue preparado para mejor servir a su país posteriormente, de manera parecida a Moisés en la corte del Faraón y a David en la de Saúl. Bien considerado por el rey y los demás cortesanos, tendría también mejor oportunidad para servir a su país. Dios tiene hijos suyos en todos los lugares: Abdías en la casa de Acab, santos en la casa de César y un devoto Nehemías en el palacio de Susa. Dios puede hacer para sus hijos, de las cortes y de los príncipes paganos, lugares de entrenamiento y hasta santuarios de protección.

2. Nehemías muestra su tierna compasión al inquirir sobre el estado de los judíos en su país (v. 2). Tuvo ocasión de enterarse por la información que le facilitaron unos hombres venidos de Judá. Él vivía cómodamente en la corte, pero, como Moisés (Hch. 7:23), *tuvo el deseo de visitar (en espíritu) a sus hermanos.* A pesar de ser un alto funcionario en el palacio de Artajerjes no se tuvo a menos de inquirir sobre sus compatriotas que se hallaban despreciados y en baja condición.

3. El triste informe que recibe (v. 3). Hananí y los que iban con él le informaron melancólicamente de la miserable situación en que se hallaban los repatriados y la ciudad santa. Es probable que su venida a la corte tuviese por objeto solicitar ayuda y protección. Dicen: (A) Que los repatriados se hallan *en gran mal y afrenta,* afligidos, oprimidos e insultados por sus vecinos. (B) Que los muros de la ciudad santa estaban aún en ruinas como los habían dejado los caldeos. Esto agravaba la situación de los habitantes, no sólo por las permanentes marcas de pobreza y esclavitud, sino también por el constante peligro de ser presa fácil de sus enemigos. El templo estaba edificado, el gobierno restablecido, la reforma hecha hasta cierto punto; pero quedaba sin hacer la importante obra de amurallar la ciudad.

4. La gran aflicción que este informe causó a Nehemías (v. 4). (A) *Lloró e hizo duelo por algunos días.* (B) *Ayunó y oró.*

Versículos 5–11

Oración de Nehemías, que resume, sin duda, todas las plegarias que, por mucho tiempo había dirigido a Dios día y noche mientras continuaba entristecido por las desolaciones de Jerusalén.

I. Se dirige a Dios con toda humildad y reverencia, que pueden servirnos de ejemplo. 1. Con santo pavor ante la majestad gloriosa de Dios, *del Dios de los cielos,* infinitamente superior a todo lo creado. 2. Con santa confianza en la gracia y la fidelidad de Dios, *el que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman.*

II. Su petición general a Dios para que acepte la oración y la confesión que se dispone a hacerle (v. 6): *«Esté ahora atento tu oído y abiertos tus ojos».* A continuación, se incluye entre los que han pecado contra Dios: no sólo habla en primera persona al reconocer los pecados de Israel, sino que insiste más expresamente: «Sí, yo y *la casa de mi padre hemos pecado».*

III. Las razones que presenta para que Dios tenga misericordia de su pueblo Israel. 1. Apela a lo que Dios mismo había dicho de que si los israelitas le eran infieles los dispersaría entre las naciones, pero que si se volvían a Él (como ahora habían comenzado a hacer) los recogería de todos los lugares y los traería al lugar que había escogido (v. Dt. 30:1–5). Si Dios no recordase sus promesas más de lo que nosotros observamos sus preceptos, estaríamos perdidos. Por eso, lo mejor que podemos hacer en nuestras oraciones es apelar a las promesas de Dios: ésa es la base de nuestra esperanza (Sal. 119:49). 2. Apela a la relación que, desde antiguo, les une a Dios (v. 10): *«Ellos son tus siervos y tu pueblo».* ¿Sufrirá el que sus enemigos se burlen de ellos? Si Dios no los defiende, ¿quién los va a defender? 3. En favor de sus compatriotas dice que *«desean reverenciar tu nombre»* (v. 11). Como si dijese: «No sólo se llaman por tu nombre, sino que ahora lo reverencian, te rinden el culto debido y de la forma que tú has instituido». 4.

Apela igualmente a las grandes cosas que ha hecho por ellos en el pasado (v. 10): *«Los cuales redimiste con tu gran poder»*.

IV. Concluye con una petición especial: *Que Dios le prospere en su empresa y le obtenga favor del rey, a quien llama «aquel varón»*. No pide gracia del rey, sino gracia de Dios delante del rey. El favor de los hombres sólo es realmente beneficioso cuando surge en virtud del favor de Dios.

CAPÍTULO 2

Vimos en el capítulo anterior a Nehemías en lucha con Dios en oración, aquí le vemos, como a Jacob que prevalece también con los hombres. I. Prevalece con el rey para que lo envíe a Jerusalén con comisión de levantar el muro y obtiene del rey todo lo necesario para ello (vv. 1–8). II. Prevalece con los enemigos que intentaban impedirle el viaje (vv. 9–11) y se reían del trabajo que había emprendido (vv. 19, 20). III. Prevalece con su pueblo para que se unan a él en esta buena obra (vv. 12–16), y obtiene que cada uno ponga su mano en la reconstrucción del muro (vv. 17, 18).

Versículos 1–8

Habían pasado cerca de cuatro meses, de Quisléu a Nisán (desde noviembre hasta marzo), antes de que Nehemías pidiera permiso al rey para ir a Jerusalén; ello pudo deberse a que el invierno no era el tiempo más apropiado para el viaje, o a que no le había tocado aún el turno de servir al rey y no podía ir a su presencia sin ser llamado (Est. 4:11). Pero ahora le llegaba la oportunidad.

1. La ocasión que dio al rey de inquirir acerca de su preocupación, al aparecer triste en su presencia, esperaba que el rey le miraría al rostro. No estaba permitido presentarse al rey con muestras externas de duelo (Est. 4:2), por lo que su aspecto triste era algo totalmente desacostumbrado. Los hijos de Dios han de mostrar al mundo, con su semblante gozoso, la dicha de servir a tan buen Padre; pero también hay *tiempo de llorar* (Ec. 3:4) ante las miserias propias y ajenas. Y éste era ahora el tiempo de Nehemías.

2. El rey se dio cuenta inmediatamente de la tristeza de Nehemías y le preguntó la causa (v. 2). Con mansedumbre y temor, Nehemías se la declaró (v. 3): *«¿Cómo no estará triste mi rostro, cuando la ciudad, casa de los sepulcros de mis padres, está desierta, etc.?»*

3. El ánimo que le dio el rey para que le declarase lo que deseaba, y la oración, breve y rápida (lo que llaman «jaculatoria») que hizo a Dios. El rey le tenía afecto y no le gustaba verle triste. Nehemías pidió a Dios que le diese prudencia para expresarse ante el rey de la mejor manera posible (v. 4), a fin de que Dios inclinase el corazón del rey a concederle lo que le iba a pedir.

4. Su humilde petición al rey. Le rogó que le comisionase para ir a Jerusalén con poderes para reedificar el muro (v. 5) y para que le fuese franqueado el paso hasta Judá (v. 7), así como una carta para el guardabosques del rey, con el fin de que les aproveche la madera que necesitaba para la obra (v. 8).

5. El aprecio que el rey le mostró al preguntarle cuándo volvería (v. 6), al insinuar así que sentía mucho que tuviera que ausentarse de palacio, aunque le concedía todo lo que le pidió (v. 8). Dos detalles hace notar acerca de esta entrevista con el rey: 1. La presencia de la reina, sentada junto al rey (v. 6), lo cual dicen que no era corriente en la corte de Persia (Est. 1:11). 2. El poder y la gracia de Dios en esta ocasión (v. 8): *«Y me lo concedió el rey, según la benéfica mano de Jehová sobre mí»*.

Versículos 9–20

I. Cómo fue despedido Nehemías de la corte que le enviaba. El rey le cedió buena escolta (v. 9): *capitanes del ejército y gente de a caballo,* no sólo para defenderle, sino para honrarle.

II. Cómo fue recibido en el país al que era enviado.

1. Por los judíos y sus amigos en Jerusalén.

(A) Mientras él ocultó el motivo que le traía, no le hicieron mucho caso. *Después de estar allí tres días* (v. 11), no parece ser que ninguno de los principales de la ciudad viniese a saludarle y felicitarle por su llegada, sino que pasó desapercibido.

(B) Aunque ellos no se apercibieron de él, él sí que se apercibió de ellos y del estado en que se hallaban. Se levantó de noche y fue a echar un vistazo a las ruinas, quizás a la luz de la luna (v. 13), a fin de saber lo que había que hacer y cómo había que hacerlo; si servirían o no los antiguos cimientos, y si podría disponerse de algún material anterior. Todos cuantos desean contribuir a edificar los muros de la Iglesia, han de tomar nota de las ruinas de esos muros; pues para ver cuál ha de ser el remiendo, es preciso conocer bien cuál es el deterioro.

(C) Cuando les descubrió su objetivo, tanto los principales como el pueblo se unieron a él con entusiasmo. No les dijo al principio para qué venía (v. 16), a fin de evitar así la ostentación y, si veía que no era factible su misión, poder retirarse honorablemente. Pero, tras pulsar los sentimientos de jefes y pueblo, les dijo *lo que Dios le había puesto en el corazón* (v. 12), esto es, *edificar el muro de Jerusalén* (v. 17). Él solo no podía llevar a cabo la obra, ni quería imponer su autoridad, aunque tenía comisión del rey, sino que les exhortó de modo fraternal a que cooperaran con él. Para animarles a ello: (a) Les dice que la iniciativa es de la gracia de Dios; no dice que es una idea que se le ocurrió a él, sino que se debía a *la mano de Dios* (v. 18); y (b) Que su ejecución se debía a la providencia de Dios, que había inclinado el corazón del rey para mostrarse favorable y concederle al instante lo que le pidió. Así que *ellos dijeron: Levantémonos y edifiquemos.* Y así se esforzaron mutuamente las manos para hacer esta buena obra. Hay muchas obras que fácilmente hallarían suficientes manos para llevarlas a cabo si hubiera allí una buena cabeza para dirigirlas.

2. Por los enemigos de los judíos. Dos samaritanos, Sanbalat, que era moabita de nacimiento, y Tobías, amonita de nacimiento, con Gésem, jefe árabe bajo cuya jurisdicción estaban los edomitas, cuando vieron que venía un judío armado con una comisión del rey de Persia al servicio de Israel, se enojaron mucho y trataron por todos los medios de impedir que prosperase la obra (v. 19), pero en vano. Los despreciados judíos desestimaron a sus despreciadores y profesaron ser *los siervos del Dios de los cielos,* contra cuyo poder nadie ni nada podía prosperar (Sal. 2:1).

CAPÍTULO 3

¡Manos a la obra! No se pierde tiempo, sino que todos comienzan a trabajar. I. Nombres de los albañiles que se mencionan aquí para honor suyo. II. Orden que observaron en la reparación: 1. Desde la puerta de las Ovejas hasta la del Pescado (vv. 1, 2). 2. De allí hasta la puerta Antigua (vv. 3–5). 3. De allí hasta la puerta del Valle (vv. 6–12). 4. Desde allí hasta la del Muladar (vv. 13, 14). 5. De allí hasta la del Estanque (v. 15). 6. De allí hasta la de las Aguas (vv. 16–26). 7. Y desde allí, pasando por la puerta de los caballos, de nuevo hasta la puerta de las Ovejas, por la que habían empezado (vv. 27–32), con lo que dan la vuelta a toda la ciudad.

Versículos 1–32

Varias cosas son dignas de observación en el informe aquí registrado acerca de la reparación de los muros de Jerusalén:

1. Que el sumo sacerdote Elyasib, al frente de los sacerdotes, dirigió la reparación de la puerta de las Ovejas (v. 1), la más cercana al templo. Se llamaba así porque por ella eran traídas las ovejas que habían de ser sacrificadas en el templo. Únicamente de ella se dice en el original que la *«santificaron»,* así como también el muro adyacente. ¿Quién mejor que los sacerdotes para esta labor?

2. Que los trabajadores eran muchísimos, y cada uno puso mano a la obra conforme a su especial habilidad.

3. Que muchos de ellos no habitaban en Jerusalén, por lo que su trabajo era más generoso, pues miraban por el interés general más que por el suyo propio. Tenemos aquí hombres de Jericó (v. 2), de Gabaón y Mizpá (v. 7) y de Zanoa (v. 13). Todo buen israelita ha de poner su mano en la obra de reedificar los muros.

4. Que trabajaban activamente en esta obra varios jefes, tanto de Jerusalén como de otras ciudades, los cuales tenían por gran honor cooperar en esta obra tan generosamente como les permitía su poder y su riqueza.

5. Se lanza aquí un justo reproche a los nobles de Técoa porque *no se prestaron a doblar el cuello al servicio de sus señores* (v. 5) es decir, se negaron a arrimar el hombro al trabajo dirigido por Nehemías y sus colegas, como si la dignidad de su linaje sufriese detrimento en servir a Dios bajo la dirección de otros.

6. Dos personas compartieron el honor de restaurar *la puerta Vieja.* Hay quienes piensan que se llamaba así por haber pertenecido a la antigua Salem, de la que fue rey Melquidesec.

7. Trabajaron activamente en esta obra varios artífices: *plateros, perfumeros y comerciantes* (vv. 8, 32). No se excusaron con que tenían otro trabajo que hacer, pues sabían que Dios les supliría de sobra por lo que perdieran en el negocio privado.

8. Incluso algunas mujeres colaboraron en esta obra, pues leemos que el hijo de uno de los gobernadores, *restauró ... él con sus hijas* (v. 12). Con esta expresión se quiere dar a entender, sin duda, que ellas, herederas o viudas ricas, contribuyeron con su dinero a esta obra. También el Apóstol Pablo habla de algunas buenas mujeres *que combatieron juntamente con él en el Evangelio* (Fil. 4:3).

9. De algunos de ellos se dice que repararon *frente a sus casas* (vv. 10, 23, 28, 29) o *enfrente de su cámara* (¿quizás un inquilino o huésped?). Cuando se trata de una buena obra cada uno debería arrimar el hombro en la parte que le toca. Si cada uno limpiase el espacio que cae delante de su casa, toda la calle estaría limpia. Si cada uno echase un remiendo, todo quedaría remendado.

10. De otro se dice que *con todo fervor restauró otro tramo* (v. 20). Bueno es el celo por las cosas buenas, pues, además de mostrar el interés de la persona, puede servir de ejemplo para que otros muestren mayor entusiasmo por la obra.

11. De uno de estos trabajadores se hace notar el detalle de que era *el sexto hijo* de su padre (v. 30). Quizá se quiera dar a entender con esto que sus cinco hermanos mayores no pusieron manos en esta obra, pero él sí. Cuando se trata de hacer el bien, no hemos de esperar a que otros mayores que nosotros comiencen antes, si ellos no lo hacen, no por eso nos hemos de echar atrás nosotros. No es la edad la que da honor, sino el servicio.

12. Algunos de ellos, después de hacer el trabajo que les correspondía, ayudaron a otros a hacer el suyo. Se menciona a Meremot (v. 4), y por segunda vez (v. 21). Igualmente los de Técoa, después del tramo que les correspondía (v. 5), restauraron *otro tramo* (v. 27), lo cual es tanto más de alabar cuanto que sus nobles les habían dado mal ejemplo al negarse a colaborar. Quizás intentaron de este modo suplir con su diligencia el descuido de sus jefes, a fin de avergonzarlos o de expiar por ellos.

13. Finalmente, no se menciona a Nehemías tomar parte en el trabajo manual. El que se cita en el v. 16 lleva el mismo nombre, pero es persona diferente. ¿Quiere decir eso que no hacía nada? ¡En modo alguno! Él hizo más que cualquier otro, pues llevaba la dirección y supervisión de toda la obra. Más tarde, hallamos a la mitad de sus siervos que trabajan donde más falta hacen, y a la otra mitad: vigilan arma en mano (4:16), mientras él camina alrededor de los muros: dirige y anima a los trabajadores, pone su mano donde hace falta y vigila los movimientos del enemigo, como veremos en el capítulo siguiente. El piloto de una nave no tiene por qué tensar los cables; su puesto está junto al timón.

CAPÍTULO 4

La obra no iba a quedar sin oposición, y aquí vemos la oposición que halló Nehemías y el método que usó para llevar la obra adelante, a pesar de toda oposición. I. Los enemigos se burlaban de su trabajo, pero él respondió con oraciones a las burlas y siguió adelante en la obra (vv. 1–6). II. Cuando las burlas no les valieron, los enemigos recurrieron a la fuerza de las armas (vv. 7, 8, 10–12). III. Para defenderse, Nehemías oró (v. 9), puso guardias (v. 13) y les animó a luchar (v. 14), con lo que fracasó el plan de los enemigos (v. 15), y así prosiguieron las obras con toda precaución necesaria para prevenirse de cualquier ataque por sorpresa (vv. 16–23).

Versículos 1–6

I. Vemos las burlas con que Sanbalat y Tobías intentaron detener las obras de la reparación de los muros de Jerusalén. Tan pronto como llegaron las noticias a Samaria, aquel nido de enemigos de los judíos, vemos cómo reaccionaron. 1. Se enfurecieron (v. 1). Ya les disgustó el que Nehemías llegara para ver cómo iban las cosas en Jerusalén (2:10) pero cuando se enteraron de la obra que había emprendido, perdieron totalmente la paciencia. 2. Hablaron con desprecio (vv. 2, 3): *«¿Qué hacen estos débiles judíos?* ¿De dónde van a sacar los materiales? *¿Resucitarán de los montones del polvo las piedras que fueron quemadas?* ¿Para qué se dan tanta prisa? *¿Acabarán en un día*, para observar la fiesta de la dedicación con sacrificios al día siguiente? ¡Pobres necios! *Lo que ellos edifican del muro de piedra, si sube una zorra lo derribará*, no con su astucia, sino con su peso».

II. Al oír estos insultos, Nehemías se dirige a Dios humilde y devotamente. No responde a estos necios según su necedad; no les devuelve los insultos, sino que busca a Dios en oración. 1. Ruega al Señor que tome nota de las indignidades de que son objeto (v. 4); en esto, debemos imitarle: *«Oye, oh Dios nuestro, que somos objeto de su menosprecio».* 2. Pide a Dios que vindique su causa y vuelva contra sus enemigos los vituperios de que son objeto (vv. 4, 5). Esto lo dijo con espíritu de profecía más bien que con espíritu de venganza, y no lo hemos de imitar quienes hemos sido instruidos por Cristo a *rogar por los que nos desprecian y persiguen.* Cristo mismo rogó al Padre por los que le injuriaban: *«Padre, perdónales».*

III. La valentía de los edificadores, a pesar de los insultos (v. 6). Trabajaron con tal celo y constancia que en poco tiempo tenían ya levantados los muros *hasta la mitad de su altura, porque el pueblo tuvo ánimo para trabajar.* Allí habían puesto el corazón, y esto les agilizaba las manos.

Versículos 7–15

I. La conspiración que los enemigos de los judíos urdieron contra ellos para detener la restauración y matar a los restauradores. Los conspiradores eran, además de Sanbalat y Tobías, otros pueblos vecinos a quienes ellos habían conseguido ganar para su causa. Todos estos (vv. 7, 8): *«Se encolerizaron mucho y conspiraron todos a una para venir a atacar a Jerusalén y hacerle daño».* ¿Acaso les habían provocado los judíos? Sin motivo alguno les atacaban; sólo por odio a la religión de ellos y por la forma en que prosperaba la obra. Los malos intentan impedir las buenas causas, pero las buenas causas son causas de Dios y han de prosperar.

II. El desánimo que cundió en las filas de los trabajadores. Al mismo tiempo que los enemigos estaban decididos a *hacer cesar la obra* (v. 11), dijo Judá (v. 10): *Las fuerzas de los acarreadores se han debilitado … y no podemos edificar el muro.* Presentan cansados a los trabajadores, tienen por gran dificultad incluso el retirar el escombro y piensan que lo más prudente es suspender las obras. Los buenos líderes necesitan muchas veces mayor vigor para sostenerse frente a los temores de los amigos que frente a las amenazas de los enemigos.

III. La información que le llegó a Nehemías de los planes del enemigo (v. 12). Había algunos judíos dispersos por el país, los cuales, aunque no tenían el ánimo o el celo suficiente para subir a Jerusalén en ayuda de sus hermanos, tenían la oportunidad de enterarse de los movimientos del enemigo, y el suficiente afecto a la causa como para venir una y otra vez (hasta diez veces) a dar información útil a fin de que estuvieran sobre aviso: *Adondequiera que os volváis, nos atacarán.* (Ésta parece ser la mejor traducción de esta cláusula de sentido muy incierto. Nota del traductor.)

IV. El piadoso y prudente método que al recibir la información tomó Nehemías para frustrar los planes del enemigo y poder continuar a salvo la obra.

1. Se nos dice (v. 14) que *miró:* (A) Hacia arriba, y se puso a sí mismo y su causa bajo la protección de Dios (v. 9): *Entonces oramos a nuestro Dios.* Esto es lo primero que hizo este buen hombre y esto es lo que habríamos de hacer nosotros también: extendió delante de Dios todas sus preocupaciones, todos sus pesares, todos sus temores y, de este modo, aligeró el peso que llevaba. (B) En torno suyo: Se puso a

considerar la situación, a explorar el estado de la obra y de los obreros, y *puso guardia de día y de noche.* Esta fue la consigna que nos dejó el Señor (Mt. 26:41): *Velad y orad.* Si pensamos que, con orar, ya no necesitamos velar para estar seguros, somos unos holgazanes y estamos tentando a Dios; pero si velamos sin orar, somos unos orgullosos y estamos menospreciando a Dios; de cualquiera de las dos maneras, nos hacemos indignos de su protección.

2. (A) Cómo puso los guardas (v. 13): *Por las partes bajas, detrás del muro,* para que éste les sirviera de escudo contra el enemigo; pero *en las partes altas los puso* encima del muro, para que desde allí pudiesen arrojar piedras o dardos sobre la cabeza de los asaltantes; y *los puso por familias,* a fin de que el parentesco les animase mejor a defenderse mutuamente. (B) Cómo animó al pueblo (v. 14): *«No temáis delante de ellos;* portaos valientemente, y tened en cuenta: (a) Bajo quién lucháis: *Acordaos del Señor, grande y temible.* Quizá pensáis que nuestros enemigos son grandes y temibles, pero ¿qué son en comparación de nuestro Dios, especialmente cuando se oponen a Él? Es *grande* sobre todos ellos para dominarlos *y terrible* contra todos ellos cuando venga a pedirles cuentas. (b) Por quién lucháis: *Por vuestros hermanos, por vuestros hijos y por vuestras hijas, por vuestras mujeres y por vuestras casas».* ¡Os jugáis todo lo que tenéis en el mundo!

V. El desencanto que esto produjo en sus enemigos (v. 15). Cuando vieron que sus planes habían sido descubiertos y que los judíos estaban haciendo guardia, concluyeron que no había nada que hacer, pues *Dios había desbaratado el consejo de ellos.* Sabían que ya no podían atacar por sorpresa y que su táctica no les había servido. *Así* que los judíos pudieron volver *cada uno a su tarea,* tanto más contentos cuanto que veían claramente que Dios les reconocía y les amparaba en la obra que llevaban a cabo.

Versículos 16–23

Aun cuando los trabajadores tenían motivos para pensar que el plan de los enemigos había fracasado y, por eso, se volvieron al trabajo, no estaban sin embargo confiados del todo como para dejar las armas. Así que tomaron sus precauciones.

1. Mientras la mitad de ellos trabajaba, la otra mitad estaba con armas: *lanzas, escudos, arcos y corazas,* no sólo para ellos mismos, sino también para los trabajadores si llegaba el momento de defenderse (v. 16). El versículo 17 quizá deba interpretarse en el sentido de que, mientras trabajaban, tenían la espada cerca de ellos, no precisamente empuñándola, pues les habría sido difícil trabajar de este modo. Así lo da a entender, además, el v. 18 *(«tenía su espada ceñida a sus lomos»). La palabra de Dios es la espada del Espíritu* (Ef. 6:17), que debemos tener siempre a mano, tanto en nuestras labores como en nuestros conflictos con el enemigo.

2. En caso de que alguien se atreviese a atacarles por sorpresa, se dispuso que alguien diera inmediatamente aviso a todos mediante toque de trompeta (v. 20), ya que la obra era amplia y los trabajadores estaban dispersos por el muro, apartados unos de otros (v. 19). Nehemías recorría constantemente la obra para inspeccionar y animar a los obreros. Cuando trabajaban, estaban separados, pero si tenían que defenderse de un ataque todos formaban un bloque. Así deberían también hacer los obreros del Señor en la edificación de la Iglesia: prestos a unirse contra el enemigo común.

3. Los habitantes de las aldeas tenían que residir de momento en Jerusalén con sus criados (v. 22), no sólo para estar más cerca del trabajo cada mañana, sino también para que pudieran ayudar en caso de ataque durante la noche. También Nehemías y sus hombres estaban de guardia cerca de la obra, y la mitad de ellos tenían lanzas desde el amanecer hasta el anochecer (v. 21).

CAPÍTULO 5

Vemos ahora a Nehemías que soluciona problemas de administración. I. Quejas que recibió contra los explotadores del pueblo (vv. 1–5). II. Solución que aplicó Nehemías a este problema (vv. 6–13). III. El buen ejemplo que, como gobernador, dio de compasión y ternura (vv. 14–19).

Versículos 1–5

Tiempos duros y corazones duros hacen más miserables a los míseros.

I. Los tiempos en que vivían eran duros. Había escasez de grano (v. 3), probablemente por falta de lluvia. Cuando los precios están altos y las provisiones están escasas, los primeros en sufrir el daño son los pobres. Lo que agravaba la situación era la superpoblación (v. 2): *Nosotros, nuestros hijos y nuestras hijas somos muchos.* Las familias más necesitadas eran las más numerosas. Además, había que *pagar el tributo al rey* (v. 4), del que no valían excusas. Llevaban aún sobre sí las marcas de la cautividad. Al no tener dinero para comprar grano ni para pagar el tributo, tenían que pedir prestado. Sus familias habían venido ya pobres de Babilonia habían gastado en edificar y no habían recobrado su fuerza cuando vinieron sobre ellos estas nuevas cargas.

II. Las personas con las que trataban eran duras. Los que les prestaban dinero se aprovechaban de la situación: 1. Exigían subidos intereses: *La centésima parte,* dice el hebreo en el versículo 11; es decir, el 12 por ciento al año. 2. Lo que les obligaba a hipotecar las tierras y las casas (v. 3) para poder asegurar el dinero que prestaban y hacerse con el tiempo dueños de las haciendas. Y esto no era lo peor. 3. Les tomaban por esclavos a sus hijos y a sus hijas (v. 5), *sin posibilidad de rescatarlos* por falta de dinero. Fueron, pues, los pobres a quejarse ante Nehemías no sólo porque le conocían como hombre de autoridad que podía ayudarles, sino también como hombre de bondad que querría ayudarles. Pongámonos en el lugar de tantos y tantos como en este mundo pasan por tremendas estrecheces y tratemos de socorrer a cuantos podamos, no sólo con oraciones, sino con donaciones. Los que no muestran misericordia han de esperar *un juicio sin misericordia.* Una circunstancia agravante de este pecado era que los que así oprimían a sus hermanos habían sido ellos mismos libertados de la casa de servidumbre de Babilonia, lo que les obligaba con mayor motivo de gratitud a *soltar las coyundas del yugo* (Is. 58:6).

Versículos 6–13

La querella le fue presentada a Nehemías cuando más ocupado se hallaba en la obra de la reparación de los muros pero no por eso le dio largas al asunto, sino que, al darse cuenta de la flagrante injusticia, puso manos inmediatamente a su solución; sabía que, por muy altos, recios y fuertes que fuesen los muros de la ciudad, Jerusalén no sería lugar seguro mientras se tolerasen semejantes abusos. Así que *se indignó mucho* (v. 6) y se dispuso a tomar las medidas necesarias para desfacer el entuerto.

1. *Lo meditó* (v. 7). Con esto se da a entender que reflexionó bien sobre el asunto y no hizo nada precipitadamente. Antes de reprender a los opresores, consideró qué debía decir cuándo y cómo.

2. Tras esta meditación, *reprendió a los nobles y a los oficiales,* que eran los adinerados opresores y que pensarían que su poder les daba facilidades para oprimir impunemente a los pobres. Por desgracia, es bastante frecuente el que los potentados queden impunes en sus abusos. Un antiguo proverbio latino decía que «las leyes son como las redes de pescar; los peces pequeños quedan atrapados en ellas, pero los grandes las rompen».

3. Convocó asamblea pública (vv. 7, 12) para que todos pudiesen dar testimonio contra las opresiones (cosa que el pueblo siempre está dispuesto a hacer). Notemos que Esdras y Nehemías, aun siendo ambos muy buenos, prudentes y beneficiosos para el pueblo, tenían un carácter diferente. Cuando le dijeron a Esdras el pecado de los que tenían mujeres extranjeras, se rasgó los vestidos, lloró y oró pero costó mucho persuadirle a tomar medidas de reforma ya que temía que no fuese posible llevarla a cabo, pues era hombre de gran mansedumbre y ternura. En cambio, cuando le dijeron a Nehemías el pecado de los opresores, se enojó en gran manera, reprendió a los delincuentes delante del pueblo y no cejó hasta obligarles, por la vía rápida y drástica, a enmendar lo hecho, pues era hombre de ánimo fuerte y decidido. Los grandes siervos de Dios difieren mucho en su carácter y en los métodos que emplean, lo cual ha de enseñarnos a ser lo suficientemente prudentes para no criticarlos inconsideradamente ni tratar de imitarlos gregariamente.

4. Razonó el caso con ellos y les mostró la maldad de su proceder. El método general y sencillo de reformar al prójimo es tratar, en primer lugar, de persuadirle despertándole la conciencia. Nehemías les hace ver: (A) Que aquellos a quienes oprimían eran hermanos suyos. (B) Que habían sido rescatados recientemente de las manos de los gentiles. Eran de nuevo un pueblo por la maravillosa y misericordiosa

providencia de Dios. «Ahora que nos ha costado tanto trabajo el rescatarles de las naciones—viene a decirles—(v. 8), ¿los vais a esclavizar de nuevo vosotros?» (C) Que era un gran pecado oprimir de esa manera a los pobres (v. 9). (D) Que era un oprobio para su condición de israelitas: *«¿No queréis caminar en el temor de nuestro Dios, para no ser oprobio de las naciones enemigas nuestras?* Van a decir: Mirad esos judíos, que profesan tanta devoción a su Dios y se portan tan bárbaramente unos con otros». No hay nada que desacredite tanto la profesión de fe cristiana como la mundanidad y el egoísmo de los que la profesan.

5. Les urgió insistentemente no sólo a dejar de oprimir a sus hermanos, sino también a restituir lo mal adquirido (v. 11). Véase cuán familiarmente les habla (v. 10): *Quitémosles ahora este gravamen;* se incluye él, como deben hacer los que reprenden, aun cuando estaba lejos de cometer tal pecado. Aunque tenía autoridad para mandar, ruega.

6. Consiguió de ellos la promesa de restituir (v. 12): Lo *devolveremos y nada les demandaremos.* Entonces él mandó llamar a los sacerdotes para que les tomasen juramento y, tras una acción simbólica (v. 13), apeló al juicio de Dios: *Así sacuda Dios de su casa y de su trabajo a todo hombre que no cumpla esto.* Esta fue una imprecación a la que el pueblo respondió con un *¡Amén!, y alabaron a Jehová.* Buena fue la disposición con que hicieron la promesa, y mejor aún la prontitud con que la cumplieron: *Y el pueblo hizo conforme a esto.*

Versículos 14–19

Nehemías se refiere a continuación a lo que él mismo solía hacer. No lo dice por orgullo o vanagloria, sino para incitar a sus sucesores y a los demás magistrados a obrar como es debido.

1. Cita el caso de sus predecesores (v. 15). No los menciona por sus nombres, porque lo que va a decir de ellos no es honroso y en tales casos, mejor es no citar nombres. Los gobernadores anteriores gravaban al pueblo, exigiéndole para el mantenimiento de ellos y de sus criados *cuarenta siclos de plata* (una gran suma diaria—unos 500 gramos—), y aun así permitían que sus criados esquilmaran al pueblo.

2. Declara lo que él hacía. (A) En general, no actuaba como los otros gobernadores. El temor de Dios le refrenaba de oprimir al pueblo. Era, pues, generoso por motivos de conciencia, sin conseguir para sí mismo otra cosa que la satisfacción por el deber cumplido. (B) En particular: (a) Detalla cuán poco recibía en comparación con lo que podía haber exigido. Tan lejos estaba de exigir más de lo debido, que nunca pidió nada al pueblo, sino que vivía de lo que se le daba en la corte de Persia y lo que sacaba de su hacienda en Israel; la razón que da de este proceder es que *el trabajo que pesaba sobre el pueblo era duro* (v. 18). En nuestras demandas hemos de considerar no sólo si son justas, sino también si pueden ser razonablemente satisfechas. (b) Declara que daba muchas cosas que podía haberse reservado: El trabajo de sus criados en la obra (v. 16) y el alimento que brindaba en su mesa *a 150 judíos y oficiales,* sin contar los que venían de las naciones (vv. 17, 18).

3. Finaliza con una breve oración (v. 19): *Acuérdate de mí para bien, Dios mío.* (A) Nehemías menciona aquí *lo que había hecho por el pueblo,* para avergonzar a los opresores y explotadores. (B) Lo menciona en una oración a Dios, no para exhibirlo como mérito ante Dios, sino como en ruego de recuerdo, pues lo que realmente le interesa es que *Dios se acuerde de él para bien;* con eso le basta.

CAPÍTULO 6

Una vez aquietados los clamores de los oprimidos, las obras prosiguen su curso, y aquí las vemos acabadas con gozo. Ya vimos (cap. 4) cómo quedaron frustrados los planes de los enemigos para detener por la fuerza los trabajos. Aquí vemos cómo quedaron frustrados sus esfuerzos para convencer a Nehemías que los suspendiese. I. Le invitaron a una reunión, pero no quiso acudir (vv. 1–4). II. Quisieron, entonces, hacerle ver que aquello era una sedición, pero él respondió que era mentira (vv. 5–9). III. Alquilaron a un falso profeta para sobornarle, pero no lo consiguieron (vv. 10–14). IV. A pesar de la secreta correspondencia entre los enemigos y algunos judíos traidores, la obra se terminó felizmente (vv. 15–19).

Versículos 1–9

Vemos dos complots contra Nehemías.

1. Un complot para meterle en una trampa. Sabían los enemigos (v. 1) que se había restaurado el muro, aunque *no se habían puesto las hojas de las puertas;* así que intentaron un golpe de astucia: Atraer a Nehemías a una reunión en una aldea de la tribu de Benjamín, pero *con la intención de hacerle mal.* Él declinó la invitación con una buena excusa: *Yo hago una gran obra y no puedo ir, porque cesaría la obra, dejándola para ir a vosotros* (v. 3). Cuatro veces le invitaron, y cuatro veces les dio la misma respuesta (v. 4).

2. Un complot para atemorizarle y que dejase así la obra. Sanbalat fue el que lo intentó, pero en vano. Se esfuerza en hacer ver a Nehemías que la obra que está haciendo es tenida por rebelión (vv. 5–7). Eso constaba según Sanbalat, en *una carta abierta,* como algo del dominio público, de lo que podía dar fe Gasmu, es decir, el Gésem que ya conocemos (jefe árabe de los edomitas). Hasta se rumoreaba que Nehemías *quería hacerse rey* de Jerusalén, en rebelión contra el rey de Persia. Simula Sanbalat amistad, pues le dice: *«Consultemos juntos»* (v. 7); como si dijese: «Vamos a ver si conseguimos acallar ese rumor». Intentaba, como Judas entregarle con un beso. Nehemías, por su parte, no sólo negó que tal cosa fuera cierta, sino que también era falso el rumor: *«Todo eso te lo inventas* tú», llega a decirle (v. 8). Así escapó de la trampa que se le tendía. Tras esto, Nehemías levantó el corazón a Dios en otra breve oración: *Oh Dios, fortalece tú mis manos* (v. 9). Cuando en nuestra milicia cristiana, entremos en algún servicio especial o en algún conflicto, hemos de decir también: *«Ahora, oh Dios mío, fortalece tú mis manos».*

Versículos 10–14

Los enemigos de los judíos no dejan piedra sin remover para impedir que Nehemías termine la construcción de los muros de Jerusalén. Ahora tratan de atraerlo al templo, y simulan que es para su propia seguridad. ¡Que esté en cualquier lugar, aun en el templo, menos en su trabajo!

1. Cuán vilmente planearon los enemigos esta tentación. (A) Su verdadero objetivo era burlarse de Nehemías como de hombre miedoso (v. 13): *«Para hacerme temer así, y que pecase, y les sirviera de mal nombre con que fuera yo infamado».* (B) Los instrumentos de que se valieron fueron un falso profeta y una falsa profetisa, a los que alquilaron para infundir miedo a Nehemías y que se retirase así de la obra que estaba haciendo. El supuesto profeta era Semaías, del cual se dice que estaba en casa *detenido,* impedido o encerrado, no sabemos si por impureza legal o, más probablemente como símbolo de meditación y recogimiento a fin de dar a entender la gravedad de la situación para el pueblo judío y para el propio Nehemías. Éste fue a casa de Semaías para consultarle (v. 10). También había una supuesta profetisa, y otros profetas quienes hacían el juego a los enemigos de los judíos (v. 14). (C) La excusa parecía plausible, pues tenía que ver con el derecho de asilo. Pero si Nehemías hubiese sucumbido a la tentación, los enemigos podían haber dicho que, no siendo sacerdote, se había atrevido a entrar en el santuario. Además, el pueblo habría abandonado la obra y arrojado las armas, y cada uno habría huido para salvar la vida. Entonces, los enemigos podrían fácilmente, sin ninguna oposición, derribar de nuevo los muros.

2. Nehemías salió más que victorioso de esta tentación. (A) De inmediato decidió no ceder a ella (v. 11): «*¿Un hombre como yo ha de huir?… No entraré.* Prefiero morir en mi trabajo a vivir con vergüenza retirándome de él». (B) Pronto se dio cuenta también de que se trataba de un complot (v. 12). *«Entendí que Dios no lo había enviado;* de que me daba este consejo, no por orden de Dios, sino sobornado para mi mal». De dos cosas tenía temor Nehemías: (a) De ofender a Dios (v. 13): *«Para hacerme temer así y que pecase».* El pecado es lo que se debe temer por encima de todo; y el mejor modo de preservarse del pecado es no temer otra cosa, sino el pecado. (b) De exponerse a la infamia: *«Y les sirviera de mal nombre con que fuera yo infamado».* (C) Ruega a Dios humildemente que les tenga en cuenta estas vilezas que cometen contra él (v. 14): *«Acuérdate, Dios mío, de Tobías y de Sanbalat, conforme a estas cosas que hicieron, etc.».*

Versículos 15–19

Todavía no se le han acabado a Nehemías los problemas, aun cuando ya había acabado de edificar el muro.

1. Tobías y los demás enemigos de los judíos se sentían mortificados al ver edificado el muro, sin que les hubiesen valido los intentos para impedirlo. El muro fue edificado *en cincuenta y dos días*, y tenemos motivos para pensar que descansaban los sábados (v. 15). Eran muchos los que estaban empleados en la obra y la hacían con alegría porque la amaban. Cuando se enteraron los enemigos de que estaba acabado el muro, *se sintieron humillados* (v. 16). Envidiaban la prosperidad y el éxito de los judíos y se recomían de ver edificados los muros de Jerusalén. En vano se habían opuesto ya que, al ser cosa de Dios, de cierto había de prevalecer y salir adelante.

2. Nehemías pasó todavía, a pesar de este triunfo, por la aflicción de ver que algunos de los de su propio pueblo mantenían traidoramente correspondencia con Tobías. Con esta secreta conspiración no hacían otra cosa que favorecer a los intereses de los enemigos de Israel y ocasionar la ruina de su propio país. *Estaban conjurados con él* (v. 18), no como a su príncipe, sino como a su aliado, porque tanto Tobías como su hijo se habían casado con mujeres de Israel. Véase una vez más el mal resultado de casarse con incrédulos: por cada gentil que se hacía prosélito de este modo, se corrompían diez israelitas. Y aún tenían la desvergüenza de intentar que Nehemías se hiciera amigo de él. A esta traición añadían la de comunicar a Tobías todo lo que Nehemías decía y aconsejaba, y de presentar a Tobías como buena persona delante de Nehemías. Pero Dios velaba por él.

CAPÍTULO 7

Terminados los muros, Nehemías se preocupa ahora: I. Por ver bien guardada la ciudad (vv. 1–4). II. Por verla bien poblada. Para ello, registra y pone por escrito las familias que habían regresado de la cautividad (vv. 5–73). Después (11:1) se verá el uso que hizo de este registro.

Versículos 1–4

Isaías había profetizado de Sion (Is. 62:6): *«Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto guardas»:* éste es ahora el objetivo de Nehemías porque los muros muertos, sin guardas vivos, son pobre defensa para una ciudad.

1. Nombró *porteros, cantores y levitas* (v. 1) para que sirvieran en sus respectivos lugares. El culto a Dios es la mejor defensa de un lugar, y los guardas sobre los muros son sus ministros cuando cumplen con su deber.

2. Nombró también dos gobernadores o supervisores, a los que encomendó el cuidado de la ciudad y les encargó que velasen por la paz y la seguridad del pueblo. Uno de ellos era Hananí, su hermano, el que había ido a él con las noticias de la desolación de Jerusalén (1:2, 3), hombre de probada integridad y que amaba de veras a su país; el otro era Hananías, *jefe de la fortaleza de Jerusalén,* es decir de la ciudadela que protegía el templo; había sido, pues, una especie de virrey en Jerusalén, a las órdenes del rey de Persia. De él se dice aquí que era *varón de verdad y temeroso de Dios, más que muchos.*

3. Dio órdenes acerca del abrir y cerrar de las puertas de la ciudad (vv. 3, 4). El perímetro de Jerusalén era muy grande. Los muros cerraban el mismo espacio de antes, pero la mayor parte estaba en desolación, pues no se habían edificado muchas casas; así que Nehemías había amurallado la ciudad *por fe,* con la vista puesta en la profecía de Zacarías (Zac. 8:3 y ss.). Aun cuando el pueblo no era aún numeroso, él tenía fe en que se multiplicaría, y por eso había edificado los muros como para que dentro de ellos pudiese albergarse una gran población.

4. Ordenó también a los jefes de la ciudad que, además del cuidado en cerrar las puertas al anochecer y atrancarlas, se pusiesen guardas, o centinelas que, en caso de una invasión enemiga, diesen a tiempo la noticia de la inminencia del peligro. Una medida muy práctica era que *cada uno* estuviese vigilando *delante de su casa* a fin de que, de este modo, tuviese un cuidado especial. La seguridad pública depende, en gran medida, de que cada uno se defienda a sí mismo, y a los suyos, del pecado, porque éste es el peor y más común enemigo de la paz y de la seguridad. Sabían que *«Si Jehová no guarda la ciudad, en vano vela la guardia»* (Sal. 127:1).

Versículos 5–73

Otro buen proyecto de Nehemías. Sabía muy bien que la seguridad de una ciudad depende, después de Dios, más del número y valor de sus habitantes que de la altura y solidez de sus murallas y, por ello, pensó que era muy conveniente pasar revista al pueblo, a fin de hallar qué familias eran las que anteriormente habían habitado en Jerusalén, para que volviesen a morar allí, y qué familias podían recibir de ellas un atractivo, ya fuese por motivos religiosos o económicos, para que viniesen a reedificar las casas de Jerusalén y vivir en ellas. Es una prueba de sabiduría política por parte de los gobernantes de un país el mantener el debido equilibrio entre la capital y el resto de la nación, entre las grandes ciudades y el campo a fin de que la metrópoli no sea ni lo extravagantemente enorme como para absorber y empobrecer el país, ni demasiado débil y pequeña como para no poder protegerlo y dirigirlo.

1. De dónde sacó Nehemías este proyecto: Reconoce que había sido como una inspiración de Dios (v. 5): *«Entonces puso Dios en mi corazón …».*

2. Qué método usó para ponerlo por obra. (A) Convocó a los jefes y al pueblo para enterarse del estado de las familias: su número, su fuerza y su emplazamiento. (B) Revisó el antiguo *libro de la genealogía de los que habían subido antes* y comparó con él el presente censo. Se repite aquí la cuenta de *Esdras* 2 pero hay muchas diferencias en los números. Acerca de estas discrepancias dicen acertadamente (nota del traductor) Jamieson, Fausset y Brown, en su comentario a este lugar: «Se explica la discrepancia satisfactoriamente por la diferencia de circunstancias en que fueron hechos los dos registros: el de Esdras fue hecho en Babilonia, mientras que el de Nehemías fue confeccionado en Judea, después que fueron reedificados los muros de Jerusalén». Naturalmente, se esperaría que un lapso de tantos años haría que apareciese una diferencia en el catálogo, por fallecimientos u otras causas; en particular, que alguna persona, según la costumbre judía, sea llamada por nombres distintos. De esta manera, Harif (v. 24) es la misma persona que Jorá (Esd. 2:18). «Bendigamos a Dios porque nuestra fe y nuestra esperanza no están fundadas en sutilezas de nombres, números, genealogías y cronologías, sino en las grandes verdades de la Ley y del Evangelio.»

CAPÍTULO 8

Esdras salió de Babilonia trece años antes que Nehemías; no obstante, tenemos aquí una buena obra que hizo, y que pudo haber sido hecha antes, pero no lo fue hasta que vino Nehemías, que era más emprendedor y activo. I. Solemne y pública lectura y exposición de la Ley (vv. 1–8). II. Se dio orden al pueblo de que expresaran su gozo en esta ocasión (vv. 9–12). III. La solemne observancia de la fiesta de los Tabernáculos conforme a la Ley (vv. 13–18).

Versículos 1–8

Relato de una solemne asamblea religiosa y la buena obra que se llevó a cabo en dicha asamblea.

1. Se celebró *el primer día del mes séptimo* (v. 2), que era el día de la fiesta de las trompetas, que es llamado *sábado,* es decir, día de reposo, y en el que había de celebrarse *santa convocación* (Lv. 23:24; Nm. 29:1). Pero eso no es todo: fue en ese día cuando se erigió el altar y comenzaron a ofrecer sus holocaustos al regreso de su exilio, una bendición reciente en la memoria de muchos que vivían entonces.

2. El lugar de la celebración fue *la plaza que está delante de la puerta de las Aguas* (v. 1), un lugar espacioso, en el que cabía gran multitud, para la que era insuficiente el atrio del templo, el cual es probable que no fuese ahora tan amplio como lo había sido en tiempo de Salomón. Los sacrificios habían de ofrecerse a las puertas del templo, pero las oraciones, las alabanzas y los mensajes eran, y son, servicios religiosos tan aceptablemente llevados a cabo en un lugar como en otro. Cuando esta congregación se reunió en la plaza pública, no cabe duda de que Dios estaba con ellos.

3. Allí se reunieron todos cuantos quisieron acudir de común acuerdo, como un solo hombre; nadie fue forzado a asistir. No sólo vinieron los hombres, sino también las mujeres y los niños. Los pequeños deben ser entrenados en los ejercicios de la religión tan pronto como llegan al uso de la razón.

4. El director de esta asamblea fue Esdras, el sacerdote y escriba. (A) Por ambas cualificaciones, era el hombre más indicado para ello, por lo que le dijeron *que trajese el libro de la ley de Moisés* para leerlo delante de todos (v. 1) (B) Se apostó en una especie de *púlpito* o torre *de madera que habían hecho para ello* (v. 4), a fin de que se le oyese y se le viese mejor. (C) Tenía varios ayudantes, algunos de los cuales *estaban junto a él* (v. 4): seis a su derecha y siete a su izquierda. (D) En el versículo 7 se mencionan trece levitas que *«hacían entender al pueblo la ley» y* (v. 8) *«ponían el sentido, de modo* que el pueblo *entendiese la lectura».* Esto significa, simplemente, que el trabajo de estos levitas consistía principalmente en traducir al arameo lo que Esdras leía en hebreo, pues el pueblo había olvidado el hebreo (v. 13:24).

5. Los ejercicios religiosos llevados a cabo en esta asamblea no eran de carácter ceremonial, sino moral: orar y predicar. Como presidente de la asamblea, Esdras era: (A) La boca del pueblo para dirigirse a Dios, y todo el pueblo se unió a él en las alabanzas a Dios (v. 6): *Bendijo a Jehová, Dios grande. Y todo el pueblo respondió: ¡Amén, amén!, al alzar sus manos* (lit.), en señal de que se unían a él en su oración de alabanza, y *se inclinaron* (lit.), en señal de humillación y reverencia. (B) La boca de Dios para dirigirse al pueblo, y el pueblo le estaba atento, cuando leyó la Ley (v. 3). Cuando los ministros de Dios suben al púlpito deben llevar consigo sus Biblias, pues de ellas han de sacar sus mensajes, como hizo Esdras (comp. 2 Cr. 17:9). Abrió el libro de la Ley con gran reverencia y solemnidad *a ojos de todo el pueblo* (v. 5). Él y otros leyeron en el libro de la Ley *desde el alba hasta el mediodía* (v. 3). Unos leían, otros traducían; todo ello, *claramente … de modo que entendiesen la lectura* (v. 8). Los que leen y proclaman la Palabra de Dios han de procurar hacerlo de manera que los oyentes puedan entenderla (no sólo oírla), retenerla y ser afectados por ella; para eso, es menester que los predicadores mismos la entiendan y la sientan. *Cuando Esdras abrió el libro, todo el pueblo se puso en pie* (v. 5), en señal de respeto, tanto hacia Esdras como, especialmente, a la Palabra de Dios.

Versículos 9–12

1. El pueblo se sintió herido en el corazón por las palabras de la Ley (comp. Hch. 2:37). La Ley muestra al hombre sus pecados y el peligro en que se halla a causa de ellos. Por eso, cuando oyeron la lectura de la Ley, *todo el pueblo lloraba* (v. 9): era señal de que el corazón estaba enternecido, lo mismo que el de Josías cuando oyó las palabras de la Ley. Lloraban al ver cuánto era lo que habían ofendido a Dios.

2. Fueron consolados y sanados por las palabras de ánimo que les fueron dirigidas. Era fiesta solemne y debían regocijarse. El dolor por el pecado no debe impedir nuestro gozo en Dios, sino más bien conducirnos a tal gozo. Parece ser que fue Nehemías el que tomó la iniciativa en exhortar el pueblo a cesar en el llanto, ya que el sujeto del verbo *dijo* (v. 10) debe ser, aunque no esté expreso en el texto, el mismo del v. 9, esto es, Nehemías, con el que estuvo de acuerdo *Esdras* (v. 9). En efecto, el afligirse era apropiado en el Día de la Expiación, pero no en el Día de las Trompetas. Así que los levitas *hicieron callar* (es decir cesar de llorar) *a todo el pueblo* (v. 11). En lugar de llorar, debían alegrarse, comer y beber. Este gozo había de ir acompañado: (A) De caridad hacia los pobres (v. 10): *Enviad porciones a los que no tienen nada preparado.* (B) De piedad y devoción: *El gozo de Jehová es vuestra fuerza.* El gozo santo es como aceite para las ruedas de nuestra obediencia.

3. La asamblea obedeció. Cesó de llorar (v. 11) y todo el pueblo se fue a celebrar la festividad y *a gozar de gran alegría* (v. 12). Los que habían sembrado con lágrimas, recogían con gozo. Quienes tiemblan ante la convicción de pecado, bien pueden triunfar ante el perdón de los pecados. Es de notar que estaban alegres, no por lo que habían comido y bebido, sino *porque habían entendido las palabras que les habían enseñado* (v. 12). La oscuridad de la aflicción surge de la oscuridad de la ignorancia y del error. Cuando les fue leída la Ley al principio, les hizo llorar; pero cuando les fue bien explicada, se alegraron, pues hallaron bellas promesas para quienes se arrepienten y comienzan una nueva vida. ¡Había esperanza en Israel!

Versículos 13–18

1. De nuevo se reunió el pueblo al día siguiente a escuchar la Ley de labios de Esdras (v. 13). No sólo el pueblo llano, sino también *los sacerdotes y levitas* vinieron a aprender, a fin de poder enseñar a otros

(comp. 2 Ti. 2:2). Conscientes, más que nunca, de sus deficiencias tanto como de sus excelencias, se humillaron al segundo día para ponerse a los pies de Esdras, como discípulos suyos.

2. El pueblo, consciente más que nunca de su deber, vino igualmente a escuchar la lectura de la Ley. Es probable que Esdras, *conforme a la sabiduría que tenía de su Dios* (Esd. 7:25), les leyese en este segundo día las porciones de la Ley concernientes a las fiestas que correspondían a aquel mes; entre ellas, la fiesta de los Tabernáculos (Lv. 23:34; Dt. 16:13).

(A) Hallada la designación divina de esta fiesta (vv. 14, 15), la cual era memorial de su habitación en tiendas de campaña durante su peregrinación por el desierto, y un símbolo de nuestra situación en este mundo (v. 2 Co. 5:1–4; 2 P. 1:13, 14). A esto apunta la profecía de Zacarías (Zac. 14:16), cuando los que sobrevivan de las naciones suban a Jerusalén para celebrar dicha fiesta. El pueblo salía a traer *ramas de olivo, etc.,* para construir dichas tiendas. Los de Jerusalén acudirían al monte de los Olivos.

(B) Observada puntualmente la fiesta (vv. 16, 17). *Toda la congregación habitó en tabernáculos,* construidos en diversos lugares: los sacerdotes y levitas los pusieron *en los patios de la casa de Dios;* los que tenían ya casa propia, *cada uno sobre su terrado; los* que no la tenían, *en las plazas de la puerta de las Aguas y de la puerta de Efraín* (v. 16). Y *hubo alegría muy grande* (v. 17), como correspondía a esta fiesta. Asimismo asistieron a la lectura y exposición de la Palabra de Dios durante todos los días de la fiesta (v. 18).

CAPÍTULO 9

Relato de un ayuno que fue celebrado como día de humillación. I. Cómo fue observado (vv. 1–3). II. Quiénes fueron los conductores de la oración que fue elevada a Dios en esta ocasión, y que concluyó con una solemne resolución de obediencia (vv. 4–38).

Versículos 1–3

Relato de un ayuno que observaron los hijos de Israel, probablemente por orden de Nehemías. Lo señalaron los hombres, pero *lo había escogido Dios,* porque: l. *Era un día para afligir el alma* (Is. 58:5). Es muy probable que se reunieran en los atrios del templo vestidos de saco y con polvo en la cabeza, en actitud de duelo (v. 1). Antes se les había prohibido llorar (8:9), pero ahora se les incitaba a llorar. 2. Era día de *desatar las cadenas de maldad* (Is. 58:6) pues ése es también el ayuno que Dios ha escogido. Sin eso, de nada sirve vestirse de saco y cubrir de polvo la cabeza. 3. Era día de comunión con Dios. *Ayunaban para Dios* (Zac. 7:5), porque: (A) Le hablaban en oración. El ayuno sin oración es como un cuerpo sin alma, cadáver inerte. (B) Le oían hablar mediante su palabra, pues leían en el libro de la Ley, a fin de que, en el espejo de la Ley (comp. Stg. 1:23–25), pudiesen ver sus deformidades y manchas y saber qué tenían que enmendar y limpiar. Dividieron el tiempo entre estas dos ocupaciones: emplearon tres horas en leer, exponer y aplicar las Escrituras, y otras tres horas en orar y confesar sus pecados. Así que se dedicaron a estos actos de devoción durante seis horas, sin decir: «¡Qué aburrimiento!»

Versículos 4–38

Labor que se hizo este mismo día festivo. 1. Se mencionan los nombres de los levitas que exhortaron al pueblo a rendir alabanzas a Dios (vv. 4, 5). No se nos dice si exhortaban sucesivamente por turno o si formaban diferentes grupos a cierta distancia unos de otros, con un levita que lo presidiera. 2. Aunque los levitas ejercían este ministerio de exhortación, los autores coinciden en afirmar que la oración propiamente dicha (al menos, desde el v. 6) fue pronunciada por el propio Esdras. En ella se rinden alabanzas a Dios, especialmente por su misericordia y fidelidad, y se pide perdón por los pecados del pueblo.

I. Solemne adoración a Dios como Ser perfecto y glorioso, y como la fuente de todos los seres (vv. 5, 6). Se convoca a la asamblea a unirse a esta alabanza poniéndose en pie. El conductor de la oración se dirige a Dios diciéndole: *«Bendígase el nombre tuyo».* Dios es aquí adorado: 1. Como el único Dios vivo

y verdadero: «Tú *solo eres Jehová*». 2. Como el Creador de todas las cosas: *«Tú hiciste los cielos … la tierra … los mares, y todo lo que hay en ellos».* 3. Como el gran Vivificador de todo: *«Tú vivificas todas estas cosas»*. 4. Como Aquel a quien todas las criaturas han de alabar: *«Bendígase el nombre tuyo, glorioso y alto sobre toda bendición y alabanza»* (v. 5); *«Los ejércitos de los cielos te adoran»* (v. 6).

II. Un reconocimiento agradecido de los favores de Dios a Israel, los cuales se enumeran aquí en orden.

1. El llamamiento de Abraham (v. 7).

2. El pacto que hizo Dios con él de darle la tierra de Canaán a él y a su descendencia (v. 8), tierra que era tipo de un país mejor.

3. Liberación de Israel de la esclavitud de Egipto (vv. 9–11). Era muy apropiado recordar esto cuando estaban orando para que se completara la liberación de la esclavitud de Babilonia.

4. La conducción del pueblo a través del desierto mediante la columna de nube y fuego, la cual les mostraba el camino que habían de tomar, así como el momento en que debían trasladarse de un lugar a otro y el lugar en que debían descansar en cada etapa (v. 12). También era una señal visible de la presencia de Dios en medio de ellos para guiarles y protegerles.

5. La abundante provisión para ellos en el desierto, a fin de que no pereciesen de hambre: *«Les diste pan del cielo en su hambre, y en su sed les sacaste aguas de la peña»* (v. 15); y, para mantenerles en alto el corazón, la promesa de que entrarían a poseer la tierra de Canaán. Comida y bebida durante todo el viaje, y una buena tierra en perspectiva al final. ¿Qué más podían desear? Estos beneficios se repiten en los vv. 20 y 21 como algo que continuó a pesar de las seguidas provocaciones del pueblo: *«Los sustentaste cuarenta años en el desierto»* (v. 21).

6. La promulgación de la Ley en el monte Sinaí. No sólo les dio la Ley, sino que descendió Él en persona a hablarles desde el cielo (v. 13), no envió a un ángel (v. Dt. 4:33). Ninguna nación bajo el sol tenía *estatutos y juicios justos como los de esta Ley* (Dt. 4:8). Y con la Ley y el sábado *les dio su buen Espíritu para enseñarles* (v. 20). Los cinco libros del Pentateuco, escritos por Moisés, el cual era *movido* (lit. *llevado) por el Espíritu Santo* (v. 2 P. 1:21), eran una continua instrucción divina para ellos.

7. Darles posesión de la tierra prometida: *«reinos y pueblos»* (v. 22). Se multiplicaron allí hasta llenar el país (v. 23) y obtuvieron continuas victorias hasta hacerse dueños de él (v. 24).

8. Dios estuvo siempre dispuesto a perdonarles los pecados y otorgarles liberación siempre que, a causa de sus rebeliones, habían atraído sobre sí el castigo de Dios. Después, cuando ya estaban establecidos en Canaán y, por sus pecados, se vendieron en manos de sus enemigos, tan pronto como se sometieron y clamaron a Dios, *les envió libertadores* (v. 27), los Jueces, por medio de los cuales obró grandes proezas en favor de ellos cuando estaban al borde de la ruina.

9. Las admoniciones y los tiernos avisos que les dio por medio de sus siervos los profetas. Al librarles de sus aflicciones, *testificó* contra los pecados de ellos (vv. 28–30), a fin de que no interpretasen sus liberaciones como connivencias de Dios con respecto a sus maldades. El testimonio de los profetas era el testimonio del Espíritu en los profetas, y en ellos estaba el Espíritu de Cristo (1 P. 1:10, 11). *Hablaban movidos por el Espíritu Santo* (2 P. 1:21), y lo que ellos decían había de ser (y ha de ser) recibido como inspirado por Dios.

10. Su continua longanimidad y paciencia y la moderación de las reprensiones que les dirigía (v. 30): *«Los soportaste por muchos años»*. Era tardo para la ira y esperaba por ver si se arrepentían; y aun cuando les castigaba, *no los consumió ni los desamparó* (v. 31).

III. Una confesión sincera de sus propios pecados y de los de sus antepasados.

1. Comienza por los pecados de Israel en el desierto (v. 16): *Mas ellos y nuestros padres fueron soberbios y endurecieron su cerviz.* El orgullo (la autosuficiencia) está siempre en el fondo de la obstinación y de la desobediencia. Cuando los hombres no hacen el uso debido de las ordenanzas ni de las providencias de Dios, ¿qué se puede esperar de ellos? Se especifican aquí dos grandes pecados de los que se hicieron culpables en el desierto, al desear volver: (A) A la esclavitud de Egipto, la cual preferían, en atención a los ajos y cebollas, a la gloriosa libertad del Israel de Dios, en atención a ciertas dificultades e incomodidades. (B) A la idolatría de Egipto (v. 18): *«Hicieron para sí becerro de fundición y dijeron: Éste es tu Dios»*.

2. Después vinieron las provocaciones del pueblo una vez que estuvieron asentados en el país de Canaán.

3. Finalmente, lamentaron los pecados que habían atraído sobre ellos el tremendo castigo de la ruina del templo de la ciudad santa y de la nación, y la subsiguiente deportación del pueblo a Babilonia. De esta deportación y ruina estaban siendo librados ahora en parte. De dos pecados específicos culpan a sus padres, como causantes de la reciente aflicción: (A) Desprecio de la ley que Dios les había dado (v. 34): *No pusieron por obra tu ley, ni atendieron a tus mandamientos y a tus testimonios con que los amonestabas.* (B) Desprecio de la buena tierra que Dios les había dado (v. 35): *En la tierra espaciosa y fértil que entregaste delante de ellos, no te sirvieron.* Los que no quisieron servir a Dios en su propio país, tuvieron que servir a sus enemigos en un país extranjero, como se les había amenazado (Dt. 28:47, 48).

IV. Un humilde memorial de los juicios de Dios, bajo los cuales habían estado y aún estaban. 1. Recuerdan los castigos anteriores. No habían hecho caso a los avisos de Dios. En los días de los Jueces *los enemigos los afligieron* (v. 27); y cuando volvieron a hacer el mal, también Dios volvía *a abandonarlos en manos de sus enemigos* (v. 28). 2. Presentan ante Dios el estado calamitoso en que se hallan al presente (vv. 36, 37): *Hoy somos esclavos, etc.* Israelitas, libres de nacimiento, hechos ahora esclavos, pues la tierra que por tanto tiempo habían poseído en propiedad estaba ahora bajo la jurisdicción del rey de Persia, cuyos vasallos eran. Reconocen honestamente que esto se debe a sus pecados. La pobreza y la esclavitud son frutos del pecado, pues es el pecado el que trae sobre nosotros las peores calamidades.

V. Bajo el peso de estas calamidades se dirigen a Dios: 1. Por vía de súplica (v. 32); piden a Dios que *todo su sufrimiento no sea tenido en poco delante de Él.* Es la única petición que aparece en toda esta larga oración. El sufrimiento era general: había alcanzado a *sus reyes, príncipes, sacerdotes y padres,* además del pueblo llano (v. 34); todos compartían el sufrimiento porque todos habían sido cómplices del pecado. La cosa había durado muchos años (v. 32): *Desde los días de los reyes de Asiria hasta este día.* No es que le prescriban a Dios lo que tiene que hacer, sino que lo dejan en sus manos. 2. Por vía de reconocimiento de que, no obstante, era realmente menos de lo que ellos se merecían (v. 33). Reconocen la justicia de Dios en todos los sufrimientos que han padecido y padecen (v. 33): *Tú eres justo en todo lo que ha venido sobre nosotros.*

VI. Resultado y conclusión de todo este asunto. Después de todo este reconocimiento del caso, llegan a esta resolución: «*A causa, pues, de todo esto, hacemos fiel promesa,* como un pacto firme con nuestro Dios; esto es, al reconocer nuestros frecuentes apartamientos de Dios, nos vamos a ligar a Él más fuertemente que nunca; por habernos entregado continuamente al pecado, vamos a luchar infatigablemente contra el pecado, a fin de que no volvamos a retirar el hombro». Un cierto número de príncipes, levitas y sacerdotes fueron escogidos como representantes de la congregación, a fin de que firmasen y sellasen la promesa en nombre de los demás.

CAPÍTULO 10

Vemos: 1. Los nombres de los que suscribieron la promesa que hemos visto hace poco (vv. 1–27). II. El consentimiento de los demás (vv. 28, 29). III. El pacto en sí, con sus términos de que, en general, «*guardarían y cumplirían todos los mandamientos*» (v. 29); en particular, que no se mezclarían en matrimonio con extraños (v. 30), ni profanarían el sábado ni serían rigurosos con sus deudores (v. 31), y que pagarían sus contribuciones para el mantenimiento del servicio del templo (vv. 32–39).

Versículos 1–31

La primera vez que Israel entró en pacto con Dios, se llevó a cabo mediante sacrificio y rociamiento de sangre (Éx. 24). Pero aquí se hizo mediante el modo corriente de sellar y suscribir los artículos del pacto.

I. Nombres de las personas que, como representantes y cabezas de la congregación, pusieron sus manos y sellos en este pacto. Firmó primero Nehemías, que era el gobernador. Tras él, veintidós sacerdotes. Después de los sacerdotes firmaron diecisiete levitas entre los que hallamos a todos o casi todos los que habían exhortado a la congregación a alabar a Dios (9:4, 5). Los que guían en la oración, bien está que guíen también en toda otra obra buena. Y después de los levitas lo suscribieron, por sí y por el resto del pueblo, cuarenta y cuatro jefes, o cabezas, del pueblo.

II. El consentimiento que a esta firma del pacto dio el resto del pueblo y el resto de los sacerdotes y levitas. A ellos se unieron: 1. Las mujeres y los niños: todos habían transgredido y todos habían de reformarse. 2. Los prosélitos de otras naciones (v. 28): *«Todos los que se habían apartado de los pueblos de las tierras a la ley de Dios»*. Véase por aquí en qué consiste la conversión: en separarnos de la corriente y las costumbres del mundo, para dedicarnos a una conducta conforme con la ley de Dios. Al haber una sola ley, es uno solo el pacto, tanto para el extranjero como para el nacido en el país. Todos ellos *se reunieron con sus hermanos y sus principales* (v. 29), a fin de expresar su consentimiento en *protestar y jurar que andarían en la ley de Dios.* No necesitaban imponerse otra carga que ésta.

III. Algunos de los términos específicos de este pacto, como era conveniente para evitar las tentaciones que les rondaban al presente. 1. Que no se unirían en matrimonio con los gentiles (v. 30). 2. Que no tendrían mercado en día de sábado ni en ningún otro día del que la Ley decía: *No trabajarás en él.* El sábado o día de reposo es día de mercado para las almas pues es el día de rescatarlas de la posesión del diablo mediante la predicación de la Palabra de Dios, pero es día de reposo para los cuerpos. 3. Que no serían severos en la exacción de deudas, sino que observarían el séptimo año como año de remisión, conforme a la Ley (v. 31).

Versículos 32–39

I. Se resolvió, en general, que el servicio del templo se observase con todo esmero, a fin de que la obra de la casa de su Dios se llevase a cabo en sus tiempos, conforme a la Ley (v. 33). Si nos esmeramos en que la obra de la casa de Dios vaya bien, podemos esperar que nos vaya bien igualmente en nuestra casa. Asimismo se resolvió que *no abandonarían la casa de su Dios* (v. 39) por lo tanto que no darían culto a otros dioses, ni en los lugares altos. Los que abandonan el culto de adoración a Dios abandonan a Dios.

II. En consecuencia, se resolvió que contribuirían generosamente al mantenimiento del servicio del templo (v. 32): con la tercera parte de un siclo (unos cuatro gramos) por cada uno; poca cosa en sí, pero que alcanzaría una suma considerable en conjunto. No se ha de olvidar que tenían que pagar también tributo al rey de Persia. Con ese tercio de siclo, llegaba y sobraba *para todo el servicio del templo* (v. 33). Especial esmero habían de poner en *la ofrenda de la leña* (v. 34), a fin de que no faltase combustible para el altar de Dios. Igualmente se comprometieron a traer todo aquello que la Ley mandaba para la manutención de sacerdotes y levitas, a fin de que no cayeran en la tentación de descuidar su deber para obtener con qué mantener a sus familias. Las primicias y los diezmos eran las principales fuentes de ingreso de los ministros del templo. Así lo habían de hacer, según mandaba la Ley (Nm. 18:21–28). Este deber había estado descuidado por bastante tiempo, por lo que Dios, por medio del profeta, les acusa de *robar a Dios* (Mal. 3:8, 9), mientras les promete sobreabundancia (Mal. 3:10, 11) si cumplen con esta ley. Así prometen, pues, hacerlo *en todas las ciudades* (v. 37). A pesar de las grandes tasas que pagaban al rey de Persia, y las dificultades que su servidumbre al rey comportaba, no se excusan por ello para dejar de pagar sus diezmos y primicias, sino que están decididos a dar a Dios lo que es de Dios, y a César lo que es de César.

CAPÍTULO 11

Jerusalén estaba ya amurallada, pero no estaba aún bien poblada. La próxima tarea de Nehemías va a ser traer gente a la ciudad. I. Los métodos que usó para ello (vv. 1, 2). II. Las principales personas, de

Judá y Benjamín, que vivían allí (vv. 3–9), así como de los sacerdotes y levitas (vv. 10–19). III. Las distintas ciudades y aldeas de Judá y Benjamín que fueron pobladas con el resto de sus familias (vv. 20–36).

Versículos 1–19

Jerusalén es llamada aquí (v. 1) *ciudad santa* porque allí estaba el templo de Dios, y Dios había escogido poner allí su nombre, también la descendencia santa debería haber escogido morar allí, pero no fue así; muchos se negaron a ello, ya fuese: 1. Porque se esperaba de los habitantes de Jerusalén una conducta más estricta que la de otros, o: 2. Porque era la ciudad más aborrecida por sus vecinos los gentiles. En el primer caso era señal de carnalidad; en el segundo de cobardía. O quizá: 3. Porque les resultaba más ventajoso materialmente el morar en las aldeas. Jerusalén no era ciudad de comerciantes, mientras que en la campiña había abundancia de ganado y de grano con los que podían negociar. Todos éstos no apreciaban suficientemente las grandes bendiciones que comportaba el vivir en Jerusalén, *morada de quietud* bajo la protección especial de Jehová (Sal. 46:4, 5; Is. 33:20).

I. Por qué medios fue repoblada. 1. Allí moraban los jefes (v. 1) pues era su lugar apropiado, ya que allí estaban *las sillas del juicio, los tronos de la casa de David* (Sal. 122:5). El que habitaran allí los jefes debería animar a otros a habitar allí, conforme al adagio latino: *Magnates magnetes* = «los magnates son como imanes». 2. Hubo algunos que se ofrecieron voluntariamente a vivir en Jerusalén; dejaron noblemente a un lado sus intereses seculares en aras del bien común (v. 2). 3. Al ver que había espacio suficiente echaron suertes *para traer uno de cada diez para que morase en Jerusalén* (v. 1).

II. Quiénes fueron los que moraron en ella.

1. Muchos de los hijos de Judá y Benjamín, ya que, originalmente, parte de la ciudad cayó en la heredad de Judá, y otra parte (la mayor) cayó en la de Benjamín por lo que hallamos en Jerusalén sólo 468 familias de los hijos de Judá (v. 6), mientras que las de Benjamín sumaban 928 (vv. 7, 8). Mas, aun cuando los hombres de Benjamín eran más numerosos, los de Judá se dice (v. 6) que eran *fuertes*, es decir, guerreros valientes, aptos para defender la ciudad en caso de peligro. Judá no había perdido su carácter de *león.* De los benjaminitas que moraban en Jerusalén, se nos dice quién era el *prefecto* o supervisor y quién era el segundo (v. 9).

2. Muchos sacerdotes y levitas se establecieron también en Jerusalén. De entre los que hacían el servicio del templo por sus turnos, tenemos aquí 822 de una familia, 242 de otra, y 128 de otra (vv. 12–14). De algunos se dice que eran *hombres de gran vigor* (v. 14). También vinieron a morar en Jerusalén algunos levitas, pocos en comparación de los sacerdotes: 284 en total (v. 18), con 172 porteros (v. 19), ya que gran parte de su ministerio consistía en *enseñar el buen conocimiento de Dios* por todo el país, para lo que estaban dispersos en Israel. (A) De dos levitas se nos dice que eran *capataces de la obra exterior de la casa de Dios* (v. 16), es decir, la recogida de ofrendas y contribuciones, así como de los materiales para el servicio del templo. Quienes, en la iglesia, *sirven a las mesas,* son tan necesarios como los que se dedican *a la oración y al ministerio de la palabra* (Hch. 6:2, 4). (B) De otro se dice que era *el que empezaba las alabanzas y acción de gracias al tiempo de la oración* (v. 17). Quizá tenía muy buen oído y buena voz: era un cantor bien entrenado y, por ello, se le había escogido para comenzar el salmo, algo así como lo que antiguamente era el chantre en las catedrales.

Versículos 20–36

El resto de Israel (v. 20) moraba en otras ciudades. Era menester que Jerusalén estuviese bien habitada, pero no tanto como para drenar el país. 1. Los *Nethinim*, o descendientes de los gabaonitas, moraban en Ofel, que estaba en la parte alta de los muros de la ciudad (3:26). 2. Aunque los levitas estaban dispersos por las ciudades de Judá, tenían un superintendente que residía en Jerusalén. 3. Algunos de los cantores fueron designados para velar *sobre la obra de la casa de Dios:* notar si había que hacer alguna reparación, etc. (v. 22). El rey de Persia les había asignado un jornal diario, además de lo que les correspondía como levitas (v. 23). 4. Había también un comisionado especial *al servicio del rey en todo negocio del pueblo* (v. 24), para decidir controversias entre los oficiales del rey y los ciudadanos, ver si se

pagaba al rey el tributo que se le debía, y si se pagaba a los servidores del templo lo que el rey tenía estipulado, etc. Era una bendición para los judíos el que este puesto estuviese ocupado por un judío, no por un extranjero. 5. Recuento de las ciudades y aldeas en las que habitaba *el resto de Israel:* las habitadas por los de Judá (vv. 25–30), las habitadas por los de Benjamín (vv. 31–35), y los grupos de levitas que vivían entre ellos en ambas tribus (v. 36).

CAPÍTULO 12

I. Nombres de los sacerdotes y levitas que vinieron con Zorobabel (vv. 1–9). II. Linaje sucesorio de los sumos sacerdotes (vv. 10, 11). III. Enumeración de los sacerdotes jefes de familia en la siguiente generación (vv. 12–21). IV. Levitas eminentes en tiempo de Nehemías (vv. 22–26). V. Solemne dedicación del muro de Jerusalén (vv. 27–43). VI. Establecimiento de los oficios de los sacerdotes y levitas en el templo (vv. 44–47).

Versículos 1–26

Nombres de muchos sacerdotes y levitas que eran eminentes en su tiempo entre los judíos repatriados. Quizá tenga por objeto su mención incitar a sus respectivos descendientes que les sucedieron en el oficio y en la dignidad, a imitar el valor y la fidelidad de ellos Tenemos la sucesión de los sumos sacerdotes durante la monarquía persa, desde Jesúa (o Josué), que lo era en el tiempo de la restauración, hasta Jadúa, que lo era cuando Alejandro Magno, después de la conquista de Tiro, llegó a Jerusalén y presentó sus respetos a este Jadúa, quien salió a recibirle vestido de sus hábitos pontificales y le mostró la profecía de Daniel, quien había predicho sus conquistas. Después viene la siguiente generación de sacerdotes que eran jefes principales de familias sacerdotales *en los días de Joyaquim* (por tanto, después del año 500 a. de C.). Todos los mencionados en los versículos 1 y ss. como eminentes en su generación, son mencionados de nuevo, aunque con algunas variantes en los nombres (vv. 12 y ss.). Al emparentar el sumo sacerdote Elyasib con Tobías (13:4), los demás sacerdotes se volvieron algún tanto remisos, pero entonces los levitas se portaron con mayor celo. Los que habían tenido a su cargo la traducción y exposición de la Ley (8:7) y la exhortación a orar y alabar a Dios (9:4, 5), eran todos levitas, no sacerdotes, habida cuenta de su celo y competencia más bien que del rango que ostentaban.

Versículos 27–43

Dedicación del muro de Jerusalén.

1. El significado de esta dedicación. No se llevó a cabo hasta que la ciudad estuvo bien poblada (cap. 11). Fue una solemne acción de gracias a Dios por su gran misericordia, y una dedicación especial al honor de su nombre. Jerusalén era una *ciudad santa* como ninguna otra lo ha sido jamás, *la ciudad del gran rey* (Sal. 48:2; Mt. 5:35). Pusieron bajo la protección divina la ciudad y sus muros, y reconocieron que, *a menos que Jehová guarde la ciudad, en vano se edifican* los muros.

2. La solemnidad con que se llevó a cabo bajo la dirección de Nehemías. Fueron convocados a asistir a ella los levitas desde todas las partes del país (vv. 27–29). *Se purificaron,* y después *purificaron al pueblo,* así como *las puertas y el muro* (v. 30). Esto se llevó a cabo mediante *el agua de la purificación,* llamada en Números 19:9 *el agua de la separación,* rociada sobre las personas, las puertas y el muro, lo cual era tipo de la sangre de Cristo, con la que nuestra conciencia, *purificada de obras muertas,* nos permite estar aptos *para servir al Dios vivo* (He. 9:14). Los príncipes, los sacerdotes y los levitas fueron en procesión sobre el muro distribuidos en dos grupos y acompañados de instrumentos musicales, para dar a entender la dedicación de todo el muro a Dios. Un grupo partió por la derecha, bajo la conducción de Esdras, y llegabaa primero hasta la puerta del Muladar y, luego, hasta la puerta de las Aguas (con lo que se formaba así un semicírculo, primero hacia el sur y, después, subía por el este), mientras que el otro grupo, al que seguía Nehemías, subió a la izquierda, hasta detenerse en la puerta de la Cárcel (formaba otro semicírculo menor, en dirección norte y, después, hacia el este). Hecho esto, los dos grupos llegaron

el uno enfrente del otro y, juntos, fueron a la casa de Dios (vv. 31–40). Por el v. 38 vemos que también el pueblo acompañó a príncipes, sacerdotes y levitas en esta procesión. *Dios los regocijó con gozo grande,* dice el hebreo en el v. 43, tanto que *el alborozo de Jerusalén se oía desde lejos.*

Versículos 44–47

Cuando las solemnidades de un día de acción de gracias dejan en los ministros de Dios, lo mismo que en el pueblo, una impresión tal que les induce a cumplir con su deber con mayor celo y dedicación, son aceptadas en gran manera por Dios. Así pasó aquí.

1. Los ministros se dedicaron a su servicio con mayor celo que antes (v. 45). Sacerdotes, levitas, cantores y porteros brillaron por su solicitud en cumplir sus respectivos oficios.

2. También el pueblo puso mayor interés en proveer para la manutención de los ministros (v. 44). Ahora: (A) Son diligentes en aportar sus diezmos y primicias. Hasta ahora, el pueblo había sido remiso en el cumplimiento de esta obligación, mientras los sacerdotes y levitas preferían perder de su derecho antes que llamar la atención al pueblo. Por eso, fueron designadas algunas personas para recoger de las propias ciudades y de los campos lo que pertenecía a los ministros de Dios (v. 44). (B) Esto se llevó a cabo con toda regularidad en tiempo de Zorobabel y en tiempo de Nehemías. Los cantores y los porteros tenían su porción especial, además del diezmo que les correspondía como levitas. Los levitas, por su parte daban el diezmo de sus porciones a los sacerdotes (v. 47).

CAPÍTULO 13

Después de cumplir su primera comisión (445–433 a. de C.), Nehemías regresó a la corte de Persia, pues Artajerjes no quería estar sin él. Pero algún tiempo después obtuvo permiso de nuevo para volver a Jerusalén con objeto de poner fin a ciertas irregularidades que se habían deslizado solapadamente. I. Son separados de Israel los extranjeros (vv. 1–3). II. Con especial indignación echa a Tobías del alojamiento que había conseguido en las cámaras del templo (vv. 4–9). III. Asegura el mantenimiento de sacerdotes y levitas (vv. 10–14). IV. Refrena la profanación del sábado (vv. 15–22). V. Corrige el pecado, introducido de nuevo, de casarse con mujeres extranjeras (vv. 23–31).

Versículos 1–9

1. *En aquel tiempo,* expresión vaga (mejor que *en aquel día*—v. 1—), se leyó al pueblo lo que dice la Ley (Dt. 23:3–5) acerca de *no admitir amonitas ni moabitas en la congregación de Jehová.* Las razones que aquí se dan (v. 2) son las mismas que en Deuteronomio 23:4, 5: se habían portado muy mal con Israel durante la peregrinación del pueblo por el desierto. Los autores no están de acuerdo (nota del traductor) sobre la fecha del episodio que aquí se narra. M. Henry lo interpreta como sucedido en el mismo día de la dedicación del muro. Otros opinan que se llevó a cabo poco después. Pero lo más probable es que sucediera (como el resto del capítulo) en el segundo viaje de Nehemías, cuya fecha exacta desconocemos.

2. El pueblo estuvo dispuesto a cumplir lo que mandaba la Ley (v. 3). Véanse los beneficios que comporta la lectura pública de la Palabra de Dios, pues nos descubre el pecado y el deber, el mal y el bien, y nos muestra en qué hemos errado. *Separaron,* pues, *de lsrael a todos los mezclados con extranjeros* (lit. *a toda mezcla).* Este rigor sobrepasó lo mandado por la Ley (v. Dt. 23:7, 48).

3. El caso particular de Tobías el amonita. Como se ve por su indignación contra Nehemías (Neh. 2:10), albergaba contra Israel la misma enemistad que sus antepasados. Vemos aquí:

(A) La vileza que el sumo sacerdote Elyasib cometió al prestarle alojamiento en una de las cámaras del templo. Era amigo de Tobías, primero por parentesco (v. 4) y luego por afecto. Además, un nieto suyo se casó con una hija de Sanbalat (v. 28). Un cruce similar debió de efectuarse entre su familia y la de Tobías. No tenía nombre la vileza de alojar a este perverso amonita en las cámaras del templo de Dios, pues equivalía a erigir un ídolo cerca del verdadero Dios. Cuando un amonita no podía entrar en la congregación de Israel, ni siquiera a la décima generación (es decir, nunca), este perverso amonita se

alojaba dentro del templo mismo. Bien pudo añadir Nehemías: *Cuando sucedía esto, yo no estaba en Jerusalén* (v. 6). ¡Él no lo habría permitido de ninguna manera!

(B) La valentía con que Nehemías, gobernador delegado por el rey, arrojó del templo a Tobías con todas sus pertenencias. Cuando, al venir esta vez a Jerusalén, se enteró de la intimidad surgida entre el sumo sacerdote de Israel y el sumo enemigo de Israel, *le dolió en gran manera* (v. 8). Nehemías tenía autoridad y estaba dispuesto a usarla por el honor de Dios; así que expulsó a Tobías, sin temor al resentimiento de éste ni al de Elyasib. Así purificó nuestro Salvador el templo, a fin de que *la casa de oración* no continuase siendo *cueva de ladrones.* Así también, todos los que estén dispuestos a expulsar el pecado del corazón, templo vivo de Dios, han de expulsar igualmente todo cuanto sirve de incentivo y pábulo a la concupiscencia.

(C) Una vez limpias las cámaras del templo, Nehemías hizo volver a ellas *los utensilios de la casa de Dios, las ofrendas y el incienso* (v. 9). No pudo hacerlo antes porque *no cabe concordia entre el santuario de Dios y los ídolos* (2 Co. 6:16). Sólo cuando el pecado es arrojado del corazón por el arrepentimiento y se le aplica por fe la purificadora sangre de Cristo, puede ser equipado con las gracias y dones del Espíritu de Dios para toda obra buena.

Versículos 10–14

Nehemías corrige ahora otro abuso.

1. *No les habían sido dadas a los levitas las porciones* que les correspondían (v. 10). Ellos, en lugar de quejarse y reclamar lo suyo se habían marchado a sus heredades respectivas. El texto no da motivo para pensar que el pueblo les negaba las porciones debidas porque ellos abandonasen su ministerio, sino que ellos marchaban a buscarse otro empleo porque el pueblo no les sostenía. ¡Triste suerte la de los ministros que tienen que dedicarse a otros trabajos porque la aportación de las congregaciones no les llega para vivir, y más triste aún la condición de tales congregaciones, pues se privan así de un fructífero ministerio!

2. Nehemías culpó de ello a los oficiales y les exigió cuentas (v. 11): «*¿Por qué está la casa de Dios abandonada?* ¿Por qué se ha permitido que los levitas carezcan de lo necesario?»

3. Inmediatamente les hizo venir y *los restableció en sus funciones* (v. 11) o, como dice el hebreo, *en sus puestos.* Obligó entonces al pueblo a traer los diezmos (v. 12) y procuró que se diese cuanto antes a los levitas la porción que les correspondía (v. 13).

4. Al no tener ninguna recompensa de parte de quienes se habían beneficiado de todos estos buenos servicios, Nehemías se dirige a Dios, que es muy buen pagador (v. 14): «*Acuérdate de mí, oh Dios, en orden a esto*». No dice: *Prémiame,* sino: *Acuérdate de mí.* Vemos que Nehemías era muy dado a estas breves oraciones o jaculatorias.

Versículos 15–22

Otro ejemplo de la reforma en la que Nehemías se mostró tan activo. Él revivió la santificación del sábado y mantuvo la autoridad del cuarto mandamiento del Decálogo.

1. La ley del sábado era muy estricta; y con buen motivo, pues nunca está la religión en el trono cuando los sábados están por el suelo. Nehemías descubrió que esta ley había sido miserablemente violada incluso en Judá. (A) Los agricultores pisaban en los lagares y acarreaban el grano en sábado (v. 15), a pesar del precepto expreso de no hacer tales labores en el día de reposo (Éx. 34:21). (B) Los que venían a Jerusalén a vender sus productos cargaban a sus asnos con toda suerte de carga en el día de reposo, a pesar de otro precepto expreso en contra de tal costumbre (Dt. 5:14; Jer. 17:21). (C) Los de Tiro venían a Jerusalén en día de reposo para vender allí *toda mercadería* (v. 16).

2. Nehemías se lanzó a corregir estos abusos:

(A) Dio testimonio contra este abuso (vv. 15, 21) y reprendió por ello a los jefes, especialmente a los nobles de Judá como culpables del pecado: *¿Qué cosa tan mala es ésta que vosotros hacéis?* Es notable el tiempo presente en el hebreo, formado con el pronombre (que así está explícito) y el participio. No eran ellos los que prensaban las uvas, ni acarreaban el grano, ni vendían el pescado pero al permitir la violación del sábado, son tenidos por tan culpables o más que los que de hecho lo violaban. Si los que están en autoridad, civil o religiosa, emplean el día de reposo en vanos espectáculos, vanas visitas y vanas

conversaciones, los comerciantes y negociantes de toda clase lo emplearán en sus oficios y negocios, teniéndolos como más excusables que las vanidades de los otros. Nehemías les hace ver (v. 18) que, si no hacen caso, tienen motivos para esperar ulteriores castigos: *Vosotros añadís ira sobre Israel profanando el día del sábado.*

(B) Trató de evitar la profanación del día de reposo puesto que deseaba la reforma del pueblo. Si los podía reformar, no necesitaría castigarles; y si se veía precisado a castigarles, era a fin de que se reformasen. Esto debe servir de ejemplo a los magistrados, a fin de que sepan usar con discreción la brida lo mismo que la espuela, y así no tengan necesidad de echar mano de la fusta. Ordenó que las puertas de Jerusalén permanecieran cerradas desde el atardecer del viernes hasta la mañana del sábado y puso allí a sus criados para que nadie introdujese carga en la ciudad (v. 19). Amenazó a los que venían a las puertas de la ciudad con mercancías diciéndoles que si volvían, les echaría mano (v. 21). Encargó a los levitas que se purificasen y viniesen a guardar las puertas (v. 22), para dar así ejemplo al pueblo. Cuando magistrados y ministros de Dios unen sus fuerzas para bien, se puede esperar que haya buenos resultados. La medicina que empleó tuvo efectos drásticos y duraderos, pues vemos a los judíos, en tiempo del Salvador, yéndose al otro extremo, con escrúpulos y minucias fuera de ley en cuanto a la santificación del día de reposo. Concluye Nehemías todo esto con otra breve oración (v. 22).

Versículos 23–31

Un ejemplo más del celo de Nehemías por la purificación de sus compatriotas como pueblo especial de Dios.

1. Se habían corrompido de nuevo ya que habían tomado mujeres extranjeras. Ya hubo queja de esto en los días de Esdras, y se hizo bastante en este punto (Esd. caps. 9 y 10). Nehemías, como buen gobernador, inquirió el estado de las familias que estaban a su cargo, a fin de corregir lo que en ellas *había de defectuoso y purificar así las corrientes de aguas saneando las fuentes. Halló que muchos judíos habían tomado mujeres de Asdod, de Amón y Moab* (v. 23). Habló con los niños y vio que la mitad de ellos no sabían el idioma del país (v. 24), sino el de sus respectivas madres.

2. Medidas que tomó Nehemías para corregir esta corrupción.

(A) Les mostró la maldad de este pecado y la obligación que él tenía de advertírselo. Cita un precepto para probar cuán grande era el pecado que cometían, y les hace jurar la observancia de dicho precepto: *No daréis vuestras hijas a sus hijos, etc.* (v. 25), que está tomado de Deuteronomio 7:3. Cita también un precedente, para mostrar las consecuencias nefastas de dicho pecado (v. 26): *«¿No pecó en esto Salomón, rey de Israel?»*

(B) Se mostró profundamente disgustado de esto, a fin de despertar en ellos la convicción de pecado (v. 25): *Los reprendí, los maldije, hice azotar a algunos de ellos y les arranqué los cabellos.* Es decir *discutió* con ellos para convencerles de que sus excusas no tenían ningún valor; después les *maldijo,* esto es, pronunció sobre ellos una especie de anatema o imprecación de los castigos divinos, como los pecados de estos delincuentes merecían y les arrancó el pelo, lo cual era temido, más por la vergüenza de la calvicie que por el dolor de la operación. En un caso como éste, Esdras se habría arrancado su pelo, pero Nehemías optó por arrancar el de ellos. Quizá no sea aventurado decir que, en tales circunstancias, un carácter enérgico como el de Nehemías era más efectivo que la mansedumbre de Esdras. Es curioso observar (nota del traductor) que el autor del *Eclesiástico* (libro tenido por la Iglesia de Roma como inspirado, pero que nosotros no admitimos como canónico), al hacer elogio de los hombres más ilustres de Israel, silencia a Esdras, mientras que hace grandes elogios de Nehemías (Ecco. 49:13).

(C) Después de hacerles jurar (v. 25) que no volverían a cometer ese pecado, puso particular empeño en purificar de él las familias de los sacerdotes. Se enteró de que un nieto del sumo sacerdote Elyasib se había casado con una hija de Sanbalat, aquel notorio enemigo de los judíos (2:10; 4:1), mezclándose así con los samaritanos (v. 28). Parece ser que éste se negó a separarse de su mujer, por lo que Nehemías *lo arrojó de su lado,* es decir, lo depuso y lo declaró inhábil para ejercer el sacerdocio. Dice Josefo que se llamaba Manasés y que cuando Nehemías lo echó, se fue a casa de su suegro, quien erigió para él un templo en el monte Guerizim y le constituyó allí sumo sacerdote; de aquí nacieron las pretensiones de los samaritanos, las cuales perduraban en tiempo del Salvador (Jn. 4:20). Nehemías dice de ellos (v. 29): *Acuérdate de ellos, Dios mío, por haber contaminado el sacerdocio, etc. Y* concluye todo esto (y el libro) con otra breve oración por sí mismo (v. 31): *Acuérdate de mí, Dios mío, para bien.*

ESTER

El libro de *Ester* es especial en varios aspectos, pero los principales son: 1) Es el libro de la Biblia más popular entre los judíos, por su especial dramatismo y sus bien señalados protagonistas: Amán: el villano; Ester: la heroína; Mardoqueo (cuyo verdadero nombre es Mordecay): el héroe. Parece tipificar la suerte continua de los judíos, a lo largo de los siglos, siempre perseguidos y al final triunfantes. 2) Es el único libro de la Biblia en que no se nombra ni una sola vez el nombre de Dios, aunque su Providencia se palpa en cada línea (especial mención merece 4:14). Además, Bullinger ha demostrado que el nombre *Jehová* se insinúa con frecuencia, y en las más variadas formas, de forma críptica, esto es, oculta al lector. 3) En él se halla el versículo más largo de toda la Biblia (8:9). Se desconoce el autor, pero es evidente que fue un judío que conocía maravillosamente las costumbres de la corte de Persia. Aquí vemos: I. Cómo llegaron a estar en la corte del rey de Persia Ester como reina y Mardoqueo (es probable) como funcionario (caps. 1 y 2). II. Cómo obtuvo del rey el amalecita Amán un decreto para destruir a todos los judíos habitantes en el país (cap. 3). III. Apuro en que éstos se hallaron (cap. 4). IV. Fracasa el complot de Amán contra la vida de Mardoqueo (caps. 5 al 7). V. También fracasa el complot general de Amán contra los judíos (cap. 8). VI. El interés que se puso en que este último acontecimiento fuese recordado perpetuamente (caps. 9 y 10).

CAPÍTULO 1

El objeto de este relato es mostrar cómo llegó la hebrea Ester a ser reina de Persia y, así, instrumento para la liberación de los judíos en aquel país. Vemos aquí al rey Asuero: I. En su gran fiesta y el banquete que dio a los magnates del país (vv. 1–9). II. En su arrebato de ira, durante el cual repudió a la reina Vastí por no acudir ésta a su llamamiento (vv. 10–22).

Versículos 1–9

I. Nombre y poderío del que a la sazón era rey de Persia. 1. No cabe hoy duda de que este Asuero (hebreo *Ajashwerosh)* es Jerjes I (485–464 a. de C.). 2. En tiempos de Ciro y de Darío I el reino de Persia tenía 120 provincias (Dn. 6:1); ahora, 127, *desde la India hasta Etiopía* (v. 1). Se había hecho tan extraordinariamente grande como extraordinaria iba a ser su caída.

II. La gran pompa y magnificencia de su corte. Dio a sus magnates el más extravagante banquete *«para mostrarles las riquezas de la gloria de su reino, el brillo y la magnificencia de su poder»* (v. 4). ¡Vanagloria inútil! Si hubiese mostrado las riquezas de su reino como hicieron algunos de sus sucesores, en contribuir para la edificación del templo (Esd. 6:8; 7:22), habría logrado mejor fama y brillo. Asuero celebró en esta ocasión dos fiestas: 1. Una para *los príncipes y cortesanos* (vv. 3, 4), la cual duró *180 días* (medio año). 2. *Otra, a todo el pueblo,* que duró *siete días, en el patio del huerto del palacio real* (v. 5). Las tiendas que se levantaron para esta ocasión eran finas y lujosas, lo mismo que los reclinatorios o divanes y el pavimento (v. 6).

III. El buen orden que se observó, en varios aspectos, en estas fiestas, aunque la paráfrasis caldea dice que se usaron entonces los utensilios del santuario de Jerusalén, con gran pena de los judíos devotos. Dos aspectos laudables aparecen aquí: 1. Que el beber era *según ley,* quizás una ley reciente; *a nadie se le obligaba a beber* con necia insistencia, en lo que un príncipe pagano, aun en días en que quería mostrar su magnificencia, puede avergonzar a muchos que se llaman a sí mismos cristianos, pero creen que no cumplen bien con sus invitados si no insisten en hacerles beber hasta que se embriagan, con lo que incitan al pecado. 2. No hubo bailes de hombres con mujeres, pues la reina Vastí hizo banquete aparte para las mujeres (v. 9). Así, mientras el rey mostró el honor de su majestad, ella y sus mujeres mostraron el honor de su modestia, que es la verdadera majestad del sexo débil.

Versículos 10–22

La fiesta de Asuero terminó mal por su propia necedad; la desavenencia entre el rey y la reina hizo que la fiesta acabase de manera abrupta y que los invitados se retirasen en silencio y avergonzados.

1. Fue una necia debilidad de parte del rey, al estar *alegre del vino,* mandar traer a la reina *con la corona regia* y, según el Talmud, desnuda, para mostrarla así a un grupo de hombres tan alegres por el vino como él (vv. 10, 11). Con ello: (A) Se deshonraba a sí mismo como marido, cuando debía ser *como un velo para los ojos de todos* (Gn. 20:16) con respecto a ella. (B) La deshonraba sobre todo a ella al pretender presentarla desnuda ante los ojos lascivos de los comensales.

2. Ella se negó a venir (v. 12) aunque la orden era llevada por los siete ayudantes del rey. Discuten los autores si hizo bien o mal en desobedecer. La mayoría opinan que hizo bien. Otros piensan que «quizá desobedeció de manera altiva, burlándose de la orden del rey» (M. Henry—nota del traductor—), lo cual habría sido malo. De todos modos, ¡qué desaire tan tremendo para el rey! No es de extrañar que *se enojara y ardiera en ira.* El dueño de 127 provincias no pudo dominarse a sí mismo.

3. Pero, aun cuando estaba ardiendo en ira, no quiso decidir nada sin el aviso de sus consejeros. De éstos se dice que *conocían los tiempos,* es decir (como sugiere la frase paralela), *sabían la ley y el derecho* (v. 13). Eran hombres de confianza del rey, pues *veían la cara del rey* (v. 14, lit.), es decir, tenían acceso a la presencia del rey en todo tiempo, excepto cuando estaba acompañado por alguna de sus esposas. (A) La pregunta que el rey expuso a este consejo (v. 15): *Qué se había de hacer con la reina Vastí según la ley.* (B) Propuesta de Memucán (vv. 16, 20): Que fuese repudiada por desobediencia, ya que: (a) El desaire de Vastí no afectaba solamente al rey, sino a todo el imperio. (b) Un decreto de

repudio contra Vastí reforzaría la autoridad de todos los maridos. (C) Se dio, pues, el decreto (irreversible como todas las leyes de Persia) conforme al consejo de Memucán, en el que se daba a entender que la reina era repudiada por contumacia según ley, y que toda mujer que se insubordinara contra su marido de manera semejante, no había de esperar mejor trato (vv. 21, 22). ¿Acaso eran mejores que la reina?

CAPÍTULO 2

Dos factores se perfilan ya a favor de la liberación de los judíos: I. La promoción de Ester a la corona en lugar de Vastí (vv. 1–20). II. El buen servicio que había prestado Mardoqueo al rey al descubrir un complot contra su vida (vv. 21–23).

Versículos 1–20

Vastí es depuesta por su arrogancia, y Ester es elevada por su humildad. Obsérvese:

1. La extravagancia del rey después de la deposición de Vastí. Dice Josefo, y muchos otros comentaristas judíos (al interpretar en este sentido la frase del v. 1: *«se acordó de Vastí»),* que le penó a Asuero haberla depuesto, pero no pudo reconciliarse con ella porque el decreto era irrevocable. Para olvidarla, pues, pensó en reunir un gran harén de concubinas; así, hizo buscar por todo el imperio las jóvenes vírgenes más bellas (v. 3). El rey se encargaría de mantenerlas y ya no se podían casar con ningún otro hombre. Por aquí se echa de ver la absurda maldad de quienes estaban destituidos de la divina revelación y, en castigo de su idolatría, entregados a sus viles concupiscencias y al quebrantar también la ley original del matrimonio: un hombre con una mujer, y para siempre. Véase también cuán necesario era el Evangelio de Cristo para purificar de sus viles pasiones a los hombres y restituir la original dignidad del matrimonio.

2. La providencia de Dios al ordenar las cosas de forma que Ester llegase a ser reina en lugar de Vastí. Notemos:

(A) Su origen y carácter: (a) Era hebrea, hija de deportados, huérfana de padre y madre y dejada así al cuidado de Dios (Sal. 27:10), había sido adoptada por su primo Mardoqueo (v. 7). (b) Era muy hermosa: *«De hermosa figura y de buen parecer». Su* mayor hermosura estaba en su virtud y en su prudencia, pero siempre es una ventaja para un diamante tener un buen engaste. (c) Su primo Mardoqueo *la adoptó como hija* (v. 7) y ella le obedecía como a padre (v. 10). Esto ha de servir de ánimo a quienes no tienen hijos; muchos que han adoptado y criado huérfanos han vivido lo suficiente para ver el buen fruto de su generosidad. Dos detalles son dignos de notar en este punto: *Primero:* Se dice de Mardoqueo que había sido transportado a Babilonia con Jeconías. Aunque hubiese sido entonces (596 a. de C.) un niño de pecho, habría tenido 122 años cuando comenzó a ser primer ministro de Asuero (474 a. de C.), y continuar en el puesto por bastante tiempo después (10:2 y ss.); por lo que los mejores comentaristas lo interpretan como que fue deportado por decirlo en el lenguaje de Hebreos 7:10, *en los lomos* de sus antepasados. *Segundo:* Mardoqueo le mandó que no dijera su origen (v. 10), y ella obedeció (v. 20). La razón para esta orden de Mardoqueo aparece muy sencilla: Si el rey sabía de antemano que Ester era judía, la habría rechazado y se habría desperdiciado la oportunidad providencial (4:14) de que fuese instrumento, en manos de Dios, para la liberación de los judíos.

(B) Su promoción, ¡Quién habría soñado que una hebrea, cautiva y huérfana, hubiese nacido para ser reina de Persia! Al encargado de las mujeres le cayó en gracia (v. 9), la honró y la ayudó cuanto pudo. El rey se enamoró de ella (v. 17): *El rey amó a Ester más que a todas las otras mujeres.* Así que no se tomó más tiempo para deliberar, sino que *puso la corona real en su cabeza y la hizo reina en lugar de Vastí. Con ocasión de esto hizo el rey una gran, fiesta* (v. 18) *y declaró una especie de amnistía* (lit. *hizo alivio a las provincias),* lo cual puede interpretarse en sentido de exención o rebaja de tributos, licenciamiento de presos y condenados a trabajos forzados, etc. Entretanto, Mardoqueo *estaba sentado a la puerta del rey* (v. 19). La expresión, que se repite en el versículo 21, no significa que ejerciese algún alto cargo en la corte, según suponen algunos autores (entre ellos, M. Henry—nota del traductor—), sino simplemente, como observa el rabino Goldman, «es probable que desease obtener noticias de Ester».

Versículos 21–23

Se registra aquí el buen servicio que Mardoqueo hizo al rey al descubrir un complot contra su vida, porque se ha de mencionar de nuevo para explicar la promoción de Mardoqueo. No se da todavía ningún paso para la destrucción del plan de Amán contra los judíos, pero sí se dan varios pasos en la ordenación que Dios dispone para libertarlos. Dios le da ahora a Mardoqueo la oportunidad de otorgar a los judíos un mejor beneficio. 1. Dos de los servidores que tenían acceso a las habitaciones privadas del rey quisieron darle muerte (v. 21); según el Targum, echándole veneno al vino de la mesa real. 2. Se enteró Mardoqueo de la conspiración, quizás al oír una conversación que él pudo entender por su dominio del idioma y, por medio de Ester, lo denunció al rey, con lo que, de paso, hizo que ella ganase varios puntos en el favor y afecto de Asuero. 3. Los traidores fueron ahorcados como se merecían una vez que, hecha investigación, se descubrió que el suceso era cierto (v. 23), y el episodio quedó consignado en los anales de la corte real, con la mención específica de Mardoqueo como descubridor del complot.

CAPÍTULO 3

Se abre el capítulo en medio de sombras siniestras, que amenazan con la destrucción de todos los judíos de Persia. I. Amán es hecho favorito del rey (v. 1). II. Mardoqueo se niega a rendirle homenaje (vv. 2–4). III. Amán jura vengarse de esto por medio de una persecución general contra los judíos (vv. 5, 6). IV. Obtiene, mediante malvadas sugerencias, que el rey ordene un día de matanza general de los judíos (vv. 7–13). V. La orden es publicada en todo el imperio (vv. 14, 15).

Versículos 1–6

I. Amán es hecho primer ministro y reverenciado por todo el pueblo. Este hombre era *agagueo* (o agaguita), es decir, descendiente de Agag el amalecita (Nm. 24:7). Si el Cis de 2:5 es el padre de Saúl, se explica mejor la tremenda enemistad de Amán contra Mardoqueo. No se sabe por qué se prendó de él el rey, ya que era un hombre orgulloso, cobarde y vengativo. ¡Caprichos de rey!

II. Mardoqueo, por mucho que le instaron, se negó a rendir homenaje a Amán (vv. 3–5). Hay autores que critican como altiva esta actitud de Mardoqueo, pero tenía varios motivos para obrar así: 1. Dar tales honores a un perverso era, de algún modo, menoscabar el honor debido a Dios. En 13:12–14 (capítulo apócrifo de este libro), Mardoqueo se dirige a Dios de esta manera: «Tú sabes, Señor, que, no por altivez ni por soberbia, ni por amor propio, hice esto de no prosternarme ante el orgulloso Amán, porque dispuesto estaba a besar las plantas de sus pies para salud de Israel. Mas hice esto para no poner la gloria del hombre por encima de la gloria de Dios». 2. Es muy probable que Amán se arrogase honores divinos. El Midrash dice que llevaba en el vestido la imagen de un ídolo. Así que Mardoqueo no podía arrodillarse ante él por motivos de conciencia. 3. Creyó cometer una vileza arrodillándose ante un amalecita, cuando Dios les había jurado perpetua guerra (Éx. 17:16) y había ordenado solemnemente (Dt. 25:19): «*Borrarás la memoria de Amalec de debajo del cielo*».

III. Amán se enfurece y trama venganza contra los judíos. Alguien que procuraba granjearse el favor de Amán se dio cuenta de la actitud de Mardoqueo, *para ver si se mantendría firme en su dicho* (v. 4) o se quebraría o doblegaría. Amán mismo se dio cuenta (v. 5) *y se llenó de ira.* Decidió de inmediato que no sólo Mardoqueo, sino miles de judíos habían de morir para dar satisfacción a la afrenta que se le hacía, una vez que *él había declarado que era judío* (v. 4) y que por eso no prestaba homenaje a Amán.

Versículos 7–15

Amán sólo necesita el permiso del rey para satisfacer su deseo de venganza, y lo va a obtener.

1. Presenta maliciosamente ante el rey una falsa sugerencia acerca del carácter y conducta de los judíos, pues quiere hacerle creer: (A) Que son un pueblo despreciable y que la corona se desprestigia

dándoles alojamiento en el país (v. 8): *«Hay un pueblo esparcido … por todas las provincias de tu reino,* que forman una banda de fugitivos y cuyas costumbres les convierten en una carga para los lugares donde moran». (B) Que son un pueblo peligroso: *«No guardan las leyes del reino,* y son perjudiciales al país porque constituyen un foco de rebelión».

2. Pide permiso para acabar con ellos (v. 9). Sabía que había mucha gente que odiaba a los judíos. *Decrete,* pues, el rey *que sean destruidos.* Él, a cambio, *dará diez mil talentos* a la hacienda pública a fin de compensar al gobierno por la pérdida de ingresos consiguiente a la destrucción de tantos miles de súbditos del reino. Amán ya sabía cómo reembolsarse ese dinero *apoderándose de los bienes* de los ajusticiados (v. 13), a fin de que fueran éstos quienes pagasen el coste de la operación.

3. Obtiene lo que deseaba: plena comisión para hacer con los judíos como le plazca (vv. 10, 11). El rey se hallaba tan hechizado por Amán que estaba dispuesto a creer lo peor acerca de los judíos y, por eso, los puso en las manos de Amán, como corderos en boca del lobo, e incluso le dispensó de pagar los diez mil talentos: *La plata que ofreces sea para ti, y asimismo el pueblo, para que hagas de él lo que bien te parezca.*

4. Amán había consultado a los adivinos para que le dijesen cuál era el momento más oportuno para llevar a cabo la masacre que tramaba (v. 7). ¡Qué coincidencia! La suerte, por medio del *pur* (vocablo que en asirio significa «piedra»—para echar suertes—), fue echada *en el primer mes,* el mismo en que habían sido libertados de Egipto los israelitas, *en el año duodécimo del rey,* es decir, cuando Ester llevaba cinco años de reina. Como la suerte dio el mes duodécimo, Mardoqueo y Ester tenían once meses de tiempo para ver de deshacer el complot de Amán. Aun cuando Amán estaba anhelando destruir a los judíos cuanto antes, cedió, sin embargo, a las normas que le marcaba la superstición. La Providencia se sirve de la necedad de los hombres. Amán ha apelado a la suerte, y a la suerte irá; de este modo, al diferir la ejecución del edicto real, pronuncia sentencia contra sí mismo.

5. El edicto se redacta, se firma y se publica, y se dan órdenes a los gobernadores de todas las provincias del reino para que *el día trece del mes duodécimo se destruyan, maten y exterminen* (acumulación de verbos típica de un documento legal) *todos los judíos,* de todos los sexos y edades, y se confisquen todos sus bienes (vv. 12–14). Los ejecutores del edicto *han de estar listos para aquel día.* No se culpa a los judíos de ningún crimen, pero han de morir todos sin remisión.

6. Una vez dado el edicto en la capital del reino, y despachados a sus respectivos puestos los correos persas (era famosa la organización y la diligencia del sistema de comunicaciones de Persia), el v. 15 ofrece un maravilloso contraste: *El rey y Amán se sentaron a beber,* esto es, a celebrar banquete, como para celebrar de antemano la futura hecatombe de judíos, mientras que la propia capital del reino, *la ciudad de Susa, estaba consternada* (o perpleja), pues había en ella suficiente número de ciudadanos decentes y considerados que no podían concebir la crueldad de un edicto semejante. Les dolía ver que personas pacíficas fuesen tratadas de un modo tan bárbaro.

CAPÍTULO 4

Mardoqueo y Ester comienzan a actuar para anular los efectos del decreto real. I. Lamentación de los judíos al enterarse del edicto (vv. 1–4). II. Ester recibe la noticia, después de pedir información a Mardoqueo (vv. 5–7), y Mardoqueo urge a su prima para que interceda ante el rey, a fin de que se revoque el edicto (vv. 8, 9). III. Ester objeta que es peligroso dirigirse al rey sin ser llamada (vv. 10–13), pero Mardoqueo insiste (vv. 13, 14). IV. Tras un ayuno de tres días, Ester promete hacerlo (vv. 15–17), y veremos cómo se esmeró en cumplir pronto su promesa.

Versículos 1–4

Consternación de los judíos ante la publicación del cruel edicto de Amán.

1. Mardoqueo se lamentó con gran clamor (v. 1), *vestido de saco y cubierto de ceniza,* al ir así por toda la ciudad, mostró de esta manera que no se avergonzaba de proclamar que era judío, llamado a compartir los sufrimientos de sus compatriotas. Fue un signo de nobleza ponerse así de parte de una causa justa, causa de Dios, en momentos en que esa causa parecía hundirse. Sabía que el odio de Amán se

dirigía principalmente contra él y que, por causa de él, recaía el golpe sobre el resto de los judíos; por eso, le daba grandísima pena el que, por sus escrúpulos, toda la población judía hubiese de sufrir tan terriblemente. Pero al poder apelar a Dios en apoyo de su actitud, de que su negativa a rendir homenaje a Amán se debía a principios de conciencia podía consolarse con el pensamiento de encomendar a Dios su causa y la de sus compatriotas. Leemos aquí la observación de que *no era lícito pasar adentro de la puerta del rey con vestido de saco* (v. 2). El rey no quería tener cerca de sí lamentadores; sólo lo alegre y agradable podía entrar en la corte. Eso obligó a Mardoqueo a mantenerse a distancia y detenerse *ante la puerta del rey.*

2. Todos los judíos de cada provincia del reino estaban tremendamente afectados por el edicto (v. 3), como lo denota la acumulación de señales de duelo que registra el texto sagrado: duelo, ayuno, llanto, lamentación; saco y ceniza por cama. *La reina* Ester *tuvo gran dolor* (v. 4) y mandó a preguntar qué sucedía (v. 5), ya que su primo Mardoqueo se negaba a quitarse el vestido de saco (v. 4), pues no podía consolarse.

Versículos 5–17

Tan estricto era el confinamiento que padecían las esposas persas, especialmente las del rey, que no le era posible a Mardoqueo entrevistarse con Ester, pero pudieron comunicarse a través de Hatac, uno de los criados que estaban al servicio de la reina.

1. Ester envió a preguntar por qué no se quitaba Mardoqueo el vestido de saco, y qué sucedía para que él adoptara con insistencia tal actitud (v. 5).

2. Mardoqueo la informó de lo que pasaba con encargo de que ella intercediera ante el rey (v. 7): *Mardoqueo le declaró todo lo que había sucedido:* Por qué no había rendido a Amán el homenaje que éste requería de todos, la venganza de Amán por lo que juzgaba un grave desacato, y sus turbias maniobras para conseguir la publicación del edicto. También le envió una copia del edicto (v. 8) para que viese por sí misma cuán inminente y grave era el peligro en que ella misma se hallaba, lo mismo que los demás judíos; por consiguiente, debía darse prisa en interceder ante el rey y deshacer los infundios que Amán había amañado para persuadir al rey a firmar el cruel edicto.

3. Ella envió a decir a Mardoqueo que no podía dirigirse al rey sin peligro de su propia vida: (A) La ley era explícita, y todos lo sabían, en el sentido de que quienquiera se llegase al rey sin ser llamado, había de morir sin remisión, *salvo aquel a quien el rey extienda el cetro de oro* (v. 11). Esto tenía por objeto, a no dudar, evitar todo atentado contra el rey, pero hacía del palacio real una prisión regia, a la que, además, no podían acudir los súbditos en busca de ayuda. Era especialmente duro para las esposas del rey. Gracias a Dios, no pasa así con la corte del Rey de reyes, a cuyo trono podemos acercarnos con toda libertad (He. 4:16), seguros de obtener respuesta de paz para la oración de fe. (B) Su caso, en la presente situación, era desesperado. La Providencia había dispuesto que, precisamente en esta coyuntura, el afecto del rey hacia ella parecía haberse enfriado, pues *no había sido llamada para ver al rey en los últimos treinta días* (v. 11).

4. Todavía insistió Mardoqueo en que, fuese cual fuese el riesgo que hubiera de correr, debía arrostrarlo e interceder ante el rey a causa de la extrema gravedad del asunto (vv. 13, 14). Le da a entender:

(A) Que ella misma peligraba, pues el decreto de destruir a todos los judíos no la exceptuaba a ella (v. 13): *«No te imagines que por estar en la casa del rey te vas a librar.* Tú eres judía, y si los demás judíos perecen, tú también perecerás».

(B) Que la causa, al ser causa de Dios, no podía morir: si ella no interviene en el asunto, *vendrá de alguna parte liberación para los judíos* (v. 14)—el autor sagrado omite deliberadamente el nombre de Dios—, *pero ella y la familia de su padre* (incluido él mismo) *perecerán* aun cuando las demás familias de los judíos sean preservadas. Éstas son expresiones de gran fe, que *no vaciló ante la promesa de Dios,* sino que *creyó en esperanza contra esperanza* (Ro. 4:18, 20), cuando parecía no haber ningún resquicio para esperar.

(C) Que la Providencia había dispuesto que para eso fuese ella escogida para ser reina: *«¿Y quién sabe si para una ocasión como ésta has llegado a ser reina?»* Cada uno de nosotros habría de considerar el objetivo por el que Dios nos ha puesto en el lugar que ocupamos, y siempre que se nos presenta la oportunidad de servir a Dios y a nuestra generación, no dejarla escapar. Algunos escritores judíos, de

fértil imaginación, añaden otra cosa *que* le *había acontecido* (v. 7) a Mardoqueo y que a Ester le gustaría conocer: «Que al marchar a casa la noche anterior, con gran pesadumbre por la noticia del complot de Amán, se encontró con tres niños judíos que volvían de la escuela, y cuando él les preguntó qué habían aprendido aquel día, uno de ellos le dijo que su lección había sido Proverbios 3:25–26: *«No tendrás temor de pavor repentino, etc.»*. La del segundo era Isaías 8:10: *«Trazad un plan, y fracasará»*. Y la del tercero: *«Yo soy el mismo, y hasta las canas os soportaré yo; yo hice, yo llevaré, yo soportaré y libraré»* (Is. 46:4).

5. Con esto resolvió Ester apelar al rey, pasara lo que pasara, pero no sin que ella y sus amigos apelasen antes a Dios. Obtengamos primero el favor de Dios en oración, y podremos luego esperar obtener favor de quien sea necesario. Ester se expresó (vv. 15, 16):

(A) Con la devoción propia de una buena israelita pues creía que el favor de Dios se obtiene mediante la oración. Sabía asimismo que, en casos extraordinarios como el presente, los judíos devotos añadían a la oración el ayuno. Así pues: (a) Deseaba que los judíos habitantes en la capital *ayunasen por ella:* que se reuniesen en sus respectivas sinagogas, orasen por ella y guardasen un día de ayuno solemne. (b) Ella, por su parte, con sus doncellas que la asistían, santificarían este ayuno privadamente en las habitaciones de familia, ya que no le sería posible acudir a la sinagoga. Quienes se hallan confinados en una prisión o en una cama de hospital pueden unir sus oraciones a las de sus hermanos y hermanas que se hallan reunidos en asamblea; aunque ausentes en cuerpo, pueden estar presentes en espíritu.

(B) Con la valentía y resolución propias de una reina: «Después de interceder ante Dios de este modo *entraré a ver al rey* para interceder ante él por mi pueblo; ya sé que *no es conforme a la ley* de los persas, pero es conforme a la ley de Dios. Así que me aventuro a lo que sea: *Y si perezco, que perezca.* No puedo arriesgar mi vida por una causa mejor. Prefiero cumplir con mi deber y morir con mis demás compatriotas». No habló así movida por la desesperación, sino por una santa resolución de cumplir con su deber y dejar a Dios el cargo de las consecuencias, con plena confianza en la Providencia.

CAPÍTULO 5

Dejamos a Amán con sus copas (3:15) y a Ester con sus lágrimas, pero ahora vemos: I. A Ester con su gozo (vv. 1–8), y II. A Amán con su frenesí (vv. 9–14) ya que prepara la horca para colgar a Mardoqueo.

Versículos 1–8

1. Ester se atreve a aparecer delante del rey (v. 1). Acabado el tiempo de ayunar, no perdió tiempo, sino que *al tercer día,* cuando las impresiones de su devoción estaban frescas en su espíritu, se dirigió al rey. Se quitó los vestidos propios de los días de luto y se puso su *vestido real,* como convenía al ir a ver al rey. En una porción apócrifa del libro (Est. 14:16) se dirige así a Dios: «Tú conoces mi coacción; porque abomino las insignias de mi encumbramiento que están sobre mi cabeza en los días de mi presentación». El texto sagrado nos dice que *«entró en el patio interior de la casa del rey»* desde donde se le podía ver en su trono. Ester esperó allí su suerte, entre el miedo y la esperanza.

2. La favorable acogida que le dio el rey. Apenas la vio, *ella obtuvo gracia ante sus ojos* (v. 2). Tanto el autor de las porciones apócrifas como Josefo añaden que Ester tomó consigo dos de sus doncellas para reclinarse en una de ellas y para que otra le llevase la cola del vestido real; que su rostro estaba alegre, pero el corazón lo tenía angustiado; que al levantar el rey los ojos y verla, su mirada fiera la puso pálida y la hizo desmayar y apoyar su cabeza en la doncella que iba junto a ella; que entonces Dios cambió el corazón del rey, el cual, al temer por la vida de la reina, saltó de su trono, la tomó en sus brazos hasta que ella se recobró del síncope y la consoló con palabras amorosas. El texto sagrado nos dice:

(A) Que la protegió de la severidad de la ley y le dio seguridad, pues *le extendió el cetro de oro que tenía en la mano* (v. 2) y ella *tocó la punta del cetro,* en señal de que venía como humilde suplicante.

(B) Que la animó a hablar (v. 3): *¿Qué tienes, reina Ester, y cuál es tu petición?* Ester temía perecer, pero el rey le promete darle cuanto le pida: *«Hasta la mitad del reino se te dará»* (la consabida exageración de los orientales—comp. Mt. 6:23—). Asuero repite esta frase dos veces más (v. 6 y 7:2). Aprendamos de esta historia a *orar siempre y no desfallecer,* conforme a la exhortación del Salvador (Lc.

18:6–8). Ester se llegó a un rey orgulloso, pero nosotros nos llegamos al Dios de amor y gracia. Ella no fue llamada; nosotros, sí. Ella tenía en contra suya la ley; nosotros tenemos a favor nuestro la promesa, muchas y buenas promesas. Ella no tenía quien intercediese por ella, pues el favorito del rey era su mayor enemigo; nosotros, en cambio, tenemos un abogado junto al Padre (1 Jn. 2:1), en quien el Padre tiene todas sus complacencias. *Acerquémonos, pues, confiadamente al trono, etc.* (He. 4:16).

(C) Que todo lo que en esta ocasión pidió al rey fue que se dignase aceptar la invitación para asistir a un banquete, y que trajese consigo a Amán (vv. 4, 5). El Talmud presenta hasta doce razones por las que deseaba Ester que Amán estuviese presente en este banquete. El rabino Goldman selecciona como las más estimables estas dos: (a) Que Ester mostraba deliberadamente gran interés en Amán, a fin de suscitar los celos del rey y desarmar a Amán. (b) Que Ester quería descubrir las intenciones de Amán en presencia del rey, para quitarle la oportunidad de inventar excusas e impedir que persuadiera al rey a seguir adelante con la ejecución del decreto.

(D) Que el rey aceptó de muy buena gana la invitación de Ester, y ordenó que viniese Amán con él (v. 5). Durante el banquete, el rey (v. 6) volvió a preguntar a Ester cuál era su petición, y añadió la promesa que hemos visto en el v. 3. Ester se contentó por ahora con pedir que el próximo día, y en el apartamento de ella, se dignara el rey aceptar otro banquete, junto con Amán (vv. 7, 8), con lo que da a entender que entonces diría qué es lo que deseaba. Al obrar de esta manera sabía Ester que el rey lo tomaría como una expresión de la gran reverencia hacia él y que no quería urgirle demasiado a conceder lo que ella deseaba.

Versículos 9–14

1. El orgulloso Amán se hinchó de vanidad por el honor que Ester le hacía al invitarle de nuevo a un banquete (v. 9): *Salió Amán aquel día contento y alegre de corazón.* Pensó, quizá, que la reina se había quedado tan encantada con su conversación que deseaba disfrutar de nuevo de su compañía.

2. Por su parte, Mardoqueo estaba tan resuelto como siempre a no prestar homenaje a Amán: *No se levantó ni se movió de su lugar* cuando Amán salió de palacio (v. 9), por lo que éste *se llenó de ira contra Mardoqueo.* Cuanto más hinchado de soberbia, tanto más enojado se sentía Amán por el desaire de Mardoqueo. De buena gana le habría atravesado con su espada, pero esperaba que pronto caería con el resto de los judíos y, aunque tuvo que hacerse mucha fuerza, se refrenó de castigarle.

3. Su mujer y sus amigos le aconsejaron a Amán que, para vengarse de los desaires de Mardoqueo, *preparase una horca de cincuenta codos de altura y pidiese al día siguiente al rey que colgaran a Mardoqueo en ella* (v. 14). La propuesta agradó mucho a Amán, quien mandó preparar inmediatamente la horca. Al ser tan alta, todos los espectadores podrían contemplar la ejecución cómodamente.

CAPÍTULO 6

La situación adquiere en este capítulo un giro sorprendente. Cuando Amán esperaba ser el juez de Mardoqueo, se ve obligado a ser su paje, con gran confusión y mortificación por su parte. I. La providencia de Dios dispone que aquella noche halle Mardoqueo gracia a los ojos del rey (vv. 1–3). II. Amán, que venía al banquete para incitar al rey en contra de Mardoqueo, es empleado como instrumento del favor que el rey desea otorgar a Mardoqueo (vv. 4–11). III. Sus amigos infieren de aquí que la sentencia está pronunciada contra él (vv. 12–13), cuya ejecución leemos en el capítulo 7.

Versículos 1–3

Cuando Satanás había puesto en el corazón de Amán preparar la muerte de Mardoqueo, Dios puso en el corazón del rey preparar el honor de Mardoqueo.

1. *Aquella misma noche se le fue el sueño al rey* (v. 1). El hebreo dice literalmente: *Se alejó del rey el sueño;* como una sombra, que, cuanto más se persigue, más deprisa huye. Una vez más el autor sagrado evita pronunciar el nombre de Dios, pues había de esperarse que dijera: «Aquella misma noche, Jehová le quitó el sueño al rey». ¡Qué misteriosa es la acción de Dios! Bullinger, en su magnífico comentario a

Proverbios 21:1, dice: «¡Qué consuelo saber esto y estar seguro de ello! *Aquella noche se le fue el sueño al rey.* ¡Una noche de insomnio! ¡Y al corazón del rey Dios le dio media vuelta: fue revocado el edicto de los medos y los persas, y fue libertado Israel! ¡Oh, qué sencillo! ¡Nunca jamás tratemos de limitar el poder de Dios, el poder omnímodo que se requiere para inclinar el corazón del hombre! Ya sabemos lo difícil que resulta convencer a un amigo sobre el más insignificante detalle. Pero recordemos que incluso el corazón de un déspota oriental es inclinado por la omnipotente mano de Dios con la misma facilidad con que los *palguey mayim* (los repartimientos de las aguas) son inclinados con un sencillo movimiento del pie del hortelano».

2. Al no poder dormir, el rey quiso que le entretuvieran leyéndole los anales de su reinado (v. 1). Dios dispuso que pidiese estas crónicas, más bien que alguna música que le habría ayudado mejor a relajarse y llegar a conciliar el sueño.

3. El criado encargado de leer las crónicas estuvo leyendo largo rato, según da a entender el verbo hebreo, hasta llegar a un episodio protagonizado por Mardoqueo. Entre otras cosas, se halló escrito que Mardoqueo había descubierto un complot contra la vida del rey (v. 2). Ya vimos en 2:23 de qué forma impidió Mardoqueo que el rey fuese asesinado por dos oficiales de su guardia.

4. El rey preguntó entonces *qué honra o distinción se hizo a Mardoqueo por esto* (v. 3), ya que sospechó que este buen servicio no había sido premiado.

5. Los sirvientes le informaron de que no se le había recompensado a Mardoqueo por este eminente servicio. A la puerta del rey había estado anteriormente y a la puerta del rey seguía sentado. La humildad, la modestia y la abnegación, aun cuando a los ojos de Dios tienen gran precio, de ordinario impiden que personas honestas y competentes sean promocionadas. «El que se humilla será exaltado» es un adagio válido para el reino de los cielos; para los reinos de este mundo, «el que se humilla será pisoteado». Mardoqueo no sube más del último escalón que da acceso al palacio del rey, mientras que el perverso Amán llega hasta el corazón y los oídos de Asuero; pero mientras los ambiciosos suben deprisa los humildes pisan fuerte. En el momento actual, a pesar de su magnífico servicio, lo que le espera a Mardoqueo es la destrucción inminente, igual que a los demás judíos de Persia.

Versículos 4–11

1. Amán está tan impaciente por ver a Mardoqueo colgado (o más probable, empalado) que acude muy temprano a la corte (v. 4), con el fin de obtener cuanto antes el permiso del rey para la ejecución, cosa que espera conseguir a las primeras palabras. Puede decirle al rey que confía tanto en la justicia de su petición y en el favor que el rey le dispensa, que ya tiene preparada la horca para Mardoqueo. ¡Poco puede imaginarse Amán que, por tanto madrugar, llega a palacio a la hora más inoportuna para él, pues es el momento en que el rey está considerando cómo puede premiar la acción de Mardoqueo!

2. El rey está tan impaciente por ver a Mardoqueo recompensado que pregunta: *«¿Quién está en el patio?»* (v. 4); es decir, en el atrio exterior, pues nadie podía entrar en el atrio interior sin ser llamado. Le responden que Amán (v. 5). *«Que entre»* dice el rey ya que piensa que nadie mejor que él podía organizar el honroso homenaje que había de rendirse a Mardoqueo, al ignorar por completo la tremenda enemistad que había entre los dos. Amán se sintió muy honrado de que el rey, aun antes de levantarse de su lecho, le hiciese entrar en su cámara. Esto significa que el corazón del rey está a su favor. Pero los labios del rey están tan llenos de palabras como los de Amán, y el superior debe hablar primero.

3. El rey pregunta a Amán cuál es el mejor modo de dispensar un favor regio a una persona que el rey considera digna de tal honor (v. 6); *¿Qué se hará al hombre cuya honra desea el rey?*

4. Amán está tan seguro de que él mismo es esa persona favorita del rey que, por tanto, prescribe las más altas expresiones de honor que puedan conferirse a un súbdito. Piensa que saca tajada para sí mismo y se sirve con toda generosidad (vv. 8, 9).

5. El rey le confunde con el mandato expreso de que vaya de inmediato a conferir al judío Mardoqueo dicho honor (v. 10). Amán esperaba que el rey dijese: «¡Tú eres ese hombre!» Pero quedó como herido por un rayo al mandarle el rey, no sólo que dicho honor fuese otorgado a Mardoqueo, sino que él mismo (Amán) tenía que prestárselo de parte del rey ¡al judío Mardoqueo, el hombre a quien más aborrecía y cuya ejecución en la horca tramaba con tanta precipitación!

6. Amán no se atreve ni a discutir la orden del rey ni siquiera a aparentar que le disgusta, sino que, con la mayor repugnancia que pueda imaginarse, ejecutó puntualmente lo que el rey le había ordenado (v.

11). Por lo que se deduce del contexto, Mardoqueo apreció el servicio de Amán tan poco como había despreciado antes su maldad.

Versículos 12–14

1. Cuán poco se envaneció Mardoqueo con el honor que le dispensó el rey por medio de Amán, se echa de ver a continuación (v. 12): *Después de esto Mardoqueo volvió a la puerta real* ¡como todos los días!

2. Amán se fue a su casa tan apesadumbrado que se cubrió la cabeza (v. 12) en señal de duelo (v. 2 S. 15:30). Tener que prestar tal honor a su mayor enemigo era bastante para quebrantar su orgulloso corazón.

3. Su mujer y sus amigos, que el día anterior le habían aconsejado y animado a proceder contra Mardoqueo, añaden ahora fuego al horno, cambiada la suerte, y le hacen ver que esto es muy mala señal para él. Los enemigos de Israel les llamaban a veces *«débiles judíos»* (Neh. 4:2), pero otras veces, como ahora, los hallaban «formidables judíos» (v. 13). ¡Amargura sobre amargura para el tan amargado Amán!

4. *Aún estaban ellos* (sus «sabios» y su mujer) *hablando con él* (v. 14), cuando los criados del rey vinieron para llevárselo al banquete. El autor sagrado, que ya conoce el desenlace, apresura la narración como quien ve a Amán en su caída deprisa por un precipicio; pero quizá pensaría Amán que, después de todo, esta invitación era muy oportuna para reanimarle y levantar un poco su honor decaído.

CAPÍTULO 7

En este segundo banquete al que el rey y Amán son invitados: I. La reina Ester presenta al rey su petición a favor de ella y de su pueblo (vv. 1–4). II. Le dice llana y lisamente al rey que Amán es el hombre que trama la ruina de ella y de todos sus amigos (vv. 5, 6). III. Entonces el rey da orden de que cuelguen a Amán en la horca que él había preparado para Mardoqueo, lo que se lleva a efecto de inmediato (vv. 7–10).

Versículos 1–6

El rey, de buen humor, y Amán, de mal humor, acuden al banquete de Ester.

1. Por tercera vez urge el rey a Ester a que le diga cuál es su petición, y por tercera vez le hace la misma promesa de concederle lo que sea, *aunque sea la mitad del reino* (v. 2).

2. Ester sorprende al rey con una petición de preservación para ella misma y para su pueblo (vv. 3, 4). Se pone a sí misma en primer término, no por orgullo, sino para impresionar al rey más efectivamente. (¿Quién podía atreverse a poner manos en la reina favorita de Asuero?) Con gran sabiduría le expone el asunto: Si los judíos fuesen vendidos como esclavos, el rey sacaría algún provecho con esto y Ester no diría una palabra para no echar a perder esta nueva fuente de ingresos para el rey; pero con la muerte de todos los judíos, el rey no va a sacar nada, en realidad, va a perder súbditos fieles que trabajen para bien del país.

3. El rey se queda asombrado ante las palabras de Ester y pregunta (v. 5): *¿Quién es y dónde está el que ha ensoberbecido su corazón para hacer esto?* A veces, nos quedamos asombrados cuando se menciona un pecado del que nosotros mismos somos culpables (así le pasó a David—2 S. 12:5—). Asuero se asombra de la perversidad de la que él mismo era culpable al consentir en firmar el terrible edicto contra los judíos. (No obstante, como hace notar el rabino Goldman, Asuero no sabía que Ester era judía; por tanto, no sabía a qué «pueblo» se refería ella. Nota del traductor).

4. Ester nombra ahora al hombre (v. 6): *El enemigo y adversario es este malvado Amán.* Ester no dice expresamente que ella sea judía, a no ser que el autor sagrado se haya callado otras frases que Ester pudo añadir; pero lo que dice es suficientemente claro como para que tanto el rey como Amán se percaten de que lo es.

5. Amán se da cuenta en seguida del peligro que le amenaza: *Se turbó Amán delante del rey y de la reina.* ¡Buen motivo tenía para turbarse al tener a la reina por fiscal, al rey por juez y a su propia conciencia por testigo!

Versículos 7–10

1. El rey, enfurecido, se levanta de la mesa y sale al huerto (v. 7), no por otra razón, sino porque la declaración de Ester le crispó los nervios y le impidió estarse quieto; sobre todo, al considerar que aquel Amán, a quien tanto había favorecido y a quien había nombrado primer ministro le había incitado a firmar un edicto tan cruel contra los judíos, en el que quedaba incluida su reina favorita.

2. Amán, que conocía bien al rey, interpretó correctamente su actitud y previó lo que se cernía sobre él; así que se lanzó a los pies de Ester, e intentó un último recurso para salvar la vida mediante petición de clemencia, pues pensaba que una intervención misericordiosa de ella podría prevalecer contra la ira del rey. ¡Cuán bajo aparece Amán a los pies de Ester y cuán grande aparece Ester! Día vendrá en que los que odian y persiguen a los elegidos de Dios querrían haber sido sus amigos y protegidos.

3. Vuelve el rey a la mesa, y todavía le exaspera más la escena que contempla. Al interpretar mal la postura de Amán, piensa que se propone asaltar a la reina en el propio palacio (v. 8), y da inmediatamente orden de ejecución.

4. Los servidores del rey, que tantas veces habrían buscado el favor de Amán cuando brillaba la estrella de éste, ahora que le ven caído se apresuran no sólo a ejecutar la orden del rey, sino a lanzar una nueva acusación contra Amán. Después de *cubrirle el rostro,* signo de sentencia de muerte, descubren al rey lo de la horca que había preparado para Mardoqueo. Seguramente que Harboná había visto la horca cuando fue a casa de Amán para traerlo al banquete (v. 9).

5. El rey dio orden de que colgasen a Amán en la horca, así se hizo (vv. 9, 10), con lo que *se apaciguó la ira del rey.*

CAPÍTULO 8

I. Amán soñaba con amasar una fortuna para sí, pero toda su hacienda fue confiscada por traición y entregada a Ester y a Mardoqueo (vv. 1, 2). II. Amán tramaba la ruina de los judíos; en cuanto a esto: 1. Ester intercede para que se revoque el edicto contra ellos (vv. 3–6). 2. Se revoca, en efecto, mediante otro edicto por el que se autoriza a los judíos a defenderse por sí mismos de sus enemigos (vv. 7–14). III. Esto ocasiona gran júbilo entre los judíos y sus amigos (vv. 15–17).

Versículos 1–2

Una vez que Amán fue ajusticiado por traidor, su hacienda fue a parar a la corona y el rey la dio a Ester. Mardoqueo fue promovido al cargo de primer ministro. La expresión *«vino delante del rey»* (v. 1) significa que fue elevado a la categoría de los funcionarios de más alto rango que *veían la cara del rey* (1:14, lit.), porque Ester declaró al rey *lo que él era respecto de ella,* es decir, su primo y tutor. Tan humilde, modesto y generoso era Mardoqueo, que hasta entonces había ocultado el parentesco que le unía con la reina favorita del imperio. Todo el poder y el favor de que había disfrutado Amán es transferido a Mardoqueo. En señal de ello *se quitó el rey el anillo que recogió de Amán, y lo dio a Mardoqueo* (v. 2), indicio de que podía actuar y firmar documentos en nombre del rey. Ester, por su parte, nombró a su primo administrador de su hacienda: *Puso a Mardoqueo sobre la casa de Amán.*

Versículos 3–14

1. Aunque el peor enemigo de los judíos había sido ajusticiado y tanto Ester como Mardoqueo quedaban suficientemente protegidos, Ester entra de nuevo sin ser llamada, a la habitación del trono e intercede por el resto de su pueblo (v. 3), sobre el que pendía aún el decreto de destrucción. Su presencia

fue de nuevo bien acogida por el rey, quien *le extendió el cetro de oro* (v. 4). Ester presenta su petición con lágrimas y tierno afecto (vv. 3, 5). Cada lágrima suya era más valiosa que cada una de las perlas con que iba adornada. Dice: *«… si le parece acertado al rey y yo soy agradable a sus ojos»* (v. 5). Presenta el edicto anterior como cosa de Amán: *«la trama de Amán»,* no del rey, con lo que insinúa que el decreto es revocable al no ser del rey. Y ahora que el rey sabe que ella es judía, refuerza su petición con patéticas expresiones (v. 6): *Porque ¿cómo podré yo ver la desgracia que amenaza a mi pueblo y la ruina de mi pueblo?*

2. El rey halla un medio de impedir que se consume la trama de Amán sin que se revoque el edicto anterior formalmente. Hace saber a Ester y a Mardoqueo (v. 8) que, aunque la trama era de Amán, el edicto había sido sellado con el sello del rey y, por tanto, no podía ser revocado. Sin embargo, el rey dio otro edicto en el que autoriza a Ester y a Mardoqueo a que lo sellaran con el sello real por el cual se daban poderes a los judíos de todas las provincias del imperio para que se defendieran por sí mismos de cualquier ataque que se les hiciera (vv. 8–14). Se les daban incluso poderes para pasar a la ofensiva contra los asaltantes, *prontos a destruir, y matar y acabar con toda fuerza armada del pueblo o provincia que viniese contra ellos* (v. 11). Con esto se echa de ver: (a) La amabilidad de Asuero hacia los judíos al proveer suficientemente para su seguridad, ya que el segundo decreto representaba implícitamente una revocación del anterior. (B) Lo absurdo de una constitución en la que se prohíbe a la primera autoridad de la nación revocar sus propios decretos, pues puso al rey en la necesidad de autorizar en sus dominios una verdadera guerra civil entre los judíos y sus enemigos, de forma que ambas facciones tomaban las armas *en virtud* de una orden del rey, aun cuando eso fuese *contra* la autoridad del rey y contra el bien común del país.

Versículos 15–17

Otro festivo cambio de escena: Mardoqueo, vestido de púrpura; los judíos, en pleno regocijo. Tras obtener el edicto en que se daba a los judíos el derecho a defenderse, Mardoqueo está satisfecho y dispuesto a salir en procesión por la capital, vestido con vestiduras regias: *vestido real de azul y blanco, una gran corona de oro y un manto de lino y púrpura* (v. 15). Eran señales del favor del rey y frutos de la Providencia de Dios. *La ciudad de Susa,* la capital del imperio, en la que había bastantes ciudadanos sensatos y de buen corazón (3:15), *se alegró y regocijó entonces* (v. 15). Los judíos, por supuesto, rebosaban de gozo (v. 16): *Tuvieron luz y alegría, y gozo y honra.* Estas palabras se incluyen en el culto familiar de los judíos al final del día de reposo, con la añadidura de: «Así sea con nosotros». Un *buen día* (v. 17, lit.), frase que ocurre únicamente en *Ester* y en 1 Samuel 25:8, significa un día feliz. El versículo 17 añade que *«muchos de entre los pueblos de la tierra se hacían judíos»* (lit. *se judaizaron*). La frase suele ser interpretada como que «abrazaron la religión del judaísmo como prosélitos» (Ryrie). Los LXX y Josefo añaden que estos prosélitos se circuncidaron. Sin embargo, el rabino Goldman advierte que el verbo hebreo *(mityahadim)* nunca se usa en la Biblia ni en los escritos rabínicos para indicar «hacerse prosélito judío», por lo que opta por la traducción: *«se pusieron de parte de los judíos»*.

CAPÍTULO 9

Vemos: I. Cuán glorioso fue para los judíos aquel día (y los dos días siguientes): día de victoria y triunfo, tanto en la capital como en las provincias del reino (vv. 1–19). II. La fijación de una fiesta anual, a fin de que la posteridad conmemorase cada año esta gran liberación (vv. 20–32).

Versículos 1–19

I. Tenemos ahora dos edictos vigentes, ambos dados en Susa: uno que lleva la fecha de trece del primer mes, que ordena que el trece del mes duodécimo del mismo año sean matados todos los judíos; el otro con fecha de veintitrés del tercer mes del mismo año, que autoriza a los judíos a defenderse contra los atacantes. La causa de los judíos se había de poner a prueba por la fuerza de las armas y en fecha

fijada por la autoridad del rey. Ninguno de los dos bandos podía ser tildado de *rebelde,* pues ambos gozaban de la autorización del rey. Los enemigos decidieron no perder las ventajas que les concedía el primer edicto, con la esperanza puesta en los números. Los judíos estaban preparados para actuar conforme a la autorización del segundo edicto, pero con la esperanza puesta únicamente en la bondad de su Dios y en la justicia de su causa.

II. Los enemigos fueron los agresores, pero los judíos fueron los vencedores.

1. El mismo día en que el decreto del rey para destrucción de los judíos se había de llevar a cabo, y que los enemigos pensaban que iba a ser el día *de ellos,* demostró ser el día *de Dios* (Sal. 37:13). *Los judíos se reunieron en sus ciudades* (v. 2), dispuestos a defenderse contra todos, sin adelantarse a ofender a ninguno. Si no hubiesen tenido un edicto a su favor, habrían tenido que morir a manos de sus enemigos, pero, autorizados por el edicto del rey, se defendieron legalmente. Si hubiesen actuado por separado, cada familia por su lado, habrían sido fácil presa de sus enemigos, pero al actuar unidos y de acuerdo, se fortalecieron mutuamente las manos y se atrevieron a plantar cara a sus enemigos.

2. Todos los oficiales y funcionarios del rey que, en virtud del primer edicto, debían procurar la destrucción de los judíos (3:12, 13), *apoyaban a los judíos,* conforme al segundo edicto (v. 3), lo que inclinó la balanza del lado de ellos. Las provincias, como suele ocurrir, actuaron según la inclinación de sus gobernadores, y, por ello al ver que las autoridades estaban a favor de los judíos, siguieron su ejemplo. Pero, ¿por qué apoyaban a los judíos? *Porque el temor de Mardoqueo había caído sobre ellos* (v. 3). Con Mardoqueo como primer ministro de la nación, los gobernadores de las provincias no tenían otra alternativa que apoyar a los judíos si no querían ser castigados severamente.

3. Tan animados estaban los judíos y tan acobardados estaban sus enemigos, que no escapó ninguno de los que estaban señalados para ser ejecutados. El 13 del mes Adar mataron en la capital a 500 hombres (v. 6), así como a los diez hijos de Amán (vv. 7–10), cuyos nombres figuran en la Biblia Hebrea en una columna vertical que expresa gráficamente la forma en que fueron colgados. Dice el rabino Goldman que «es costumbre en la fiesta de los Purim, al leer estos diez nombres, hacerlo de un solo aliento (esto es, en una sola respiración), porque, según el Talmud, los diez murieron a la vez». El día 14 mataron en Susa a otros 300 más (v. 15), que habían escapado de la ejecución del día anterior. Esto se hizo a petición de Ester, a fin de evitar un importante foco de enemigos.

4. Lo que les justificaba para matar a tantas personas es que lo hicieron en legítima defensa: *se pusieron en defensa de su vida* (v. 16), pues gozaban, además, de la autorización del rey. De que no se excedieron en el poder que el edicto les concedía, da fe el que *no tocaron sus bienes* (frase que ocurre tres veces: vv. 10, 15, 16), aun cuando el edicto real les autorizaba para ello (8:11: «y *apoderarse de sus bienes*»). No lo hicieron: (A) Para honrar su religión al dar evidencia de menosprecio de los bienes terrenales, e imitar así a su patriarca Abraham, quien se negó a enriquecerse con los despojos de Sodoma (Gn. 14:22, 23). (B) Especialmente, mostraban así que sólo habían luchado para defenderse, aprovechándose de la influencia que tenían en la corte, no para aumentar sus haciendas, sino para preservar sus vidas.

5. La comisión que les confiaba el edicto les autorizaba también a matar *aun a los niños y las mujeres* (8:11) pero su humanidad les impidió hacerlo. Sólo mataron a los que hallaron con las armas en la mano; ésta fue otra razón para que no tomaran los despojos, pues así quedaban bienes para las mujeres y los niños. Actuaron con una consideración digna de imitar.

Versículos 20–23

I. Para perpetuar en la posteridad el recuerdo de estos hechos *escribió Mardoqueo estas cosas* (v. 20), no todo el libro de Ester, sino lo que sigue acerca de los acontecimientos de aquellos días. Nunca han faltado, sin embargo, los que han sostenido la opinión de que, en efecto, fue Mardoqueo quien escribió *Ester* (entre ellos, el famoso rabino Rashí). En este caso, es de notar la diferencia entre los libros de *Nehemías y Ester.* Nehemías menciona a cada paso el nombre de Dios; Mardoqueo, nunca (Dios *«escondía su rostro»,* conforme a Deuteronomio 31:18; hay que tener en cuenta, además, que Nehemías escribió en Jerusalén, el centro de la religión judía, mientras que Mardoqueo escribía en el palacio de la corte persa, lugar más a propósito para la política que para la piedad). Pero el estilo mismo del libro

parece indicar que fue extraído de los anales de los reyes de Persia, ya que en *Ester* hay muy poco del «lenguaje de Canaán».

II. Se instituyó una festividad para ser observada anualmente por los judíos, de generación en generación, en recuerdo de la maravillosa obra que Dios había llevado a cabo a favor de ellos (Sal. 78:6, 7): *«Para que lo sepa la generación venidera, y los hijos que nacerán; y los que se levantarán lo cuenten a sus hijos, a fin de que pongan en Dios su confianza».* Ya que la posteridad había de disfrutar del beneficio de esta liberación, estaba puesto en razón que celebrase su recuerdo. Acerca de esta fiesta:

1. Fue observada cada año los días 14 y 15 del mes duodécimo (Adar), justamente un mes antes de la Pascua (v. 21). Guardaron dos días de fiesta, y no pensaban que fuese demasiado tiempo para dar gracias y alabar a Dios. El día 14 reposaron los judíos de provincias; el día 15, los de la capital.

2. Se llamó la fiesta de los *Purim* (v. 26), *por el nombre Pur* cuyo significado ya se ha explicado anteriormente. Así como Amán había determinado, *por suerte,* destruir a todos los judíos de Persia (3:7), así también Dios, que es el que decide las suertes (Pr. 16:33) determinó que fuese el tiempo de la liberación de los judíos.

3. La fiesta no era de institución divina (no fue *mandada* por Dios) y, por eso, no se la llama *día santo,* sino *día bueno* (vv. 19, 22), por ser de institución humana. (A) Fueron *los judíos* quienes *establecieron la celebración de estos dos días* (v. 27), y *aceptaron hacer, según habían comenzado …* (v. 23). (B) Mardoqueo y Ester confirmaron esta resolución para que así fuera considerada como obligatoria por la posteridad, a lo que contribuía el gran prestigio de los dos nombres. Suscribieron la carta: (a) *Con plena autoridad* (v. 29), ya que Ester era la reina y Mardoqueo el primer ministro. (b) *Con palabras de paz y de verdad* (v. 30), es decir, con un mensaje de felicitación cordial y sincera. La autoridad es compatible con la ternura.

4. Había de ser observada por todos *los judíos, por su descendencia y por todos los allegados a ellos,* es decir, por los prosélitos, pues aquí el verbo da a entender este sentido. La unión y la unanimidad en el gozo y en la alabanza es una de las marcas de la comunión de los santos.

5. Había de ser también observada a fin de que el memorial de las grandes cosas que Dios había hecho por su pueblo *jamás dejara de ser recordado por su descendencia* (v. 28). Cuando *Ester vino a la presencia del rey* con peligro de su vida, consiguió que el primer edicto fuese revocado (v. 25). También esto había de ser recordado. Las buenas acciones a favor del Israel de Dios habían, y han, de ser recordadas para animar a otros a hacer lo mismo. Cuanto más hayamos clamado a Dios en nuestros apuros y orado por nuestra liberación, tanto más obligados estamos a ser agradecidos a Dios cuando nos ha otorgado su favor y nos ha libertado.

6. Cómo había de ser observada. (A) Como días *de alegría, de banquete y de gozo* (v. 22). (B) Como días de generosidad, *enviando porciones cada uno a su vecino,* en señal de mutuo respeto y de solidaridad en el triunfo, lo mismo que en la aflicción anterior. No hay cosa que más una que el haber pasado juntos por momentos de apuro. (C) Como días de caridad, *enviando … dádivas a los pobres.* Quienes han recibido misericordia deben, en señal de gratitud, mostrar misericordia. El *sacrificio de alabanza* y el de *hacer el bien* (He. 13:15, 16) deben ir juntos, a fin de que nuestro regocijo en la alabanza de Dios por sus favores sea compartido por quienes están más necesitados que nosotros. Según el Talmud, los judíos en esta fiesta deben, dar dádivas por lo menos a dos pobres (sin duda para observar el *plural* del texto sagrado. Nota del traductor.) Cuando celebran esta fiesta, leen cada día en la sinagoga toda esta historia y elevan a Dios tres oraciones: la primera, para alabarle por permitirles asistir a estos servicios; la segunda, para darle gracias por esta milagrosa preservación de sus antepasados, y la tercera, para alabarle por haber vivido lo suficiente para observar de nuevo la fiesta en memoria de aquella preservación.

CAPÍTULO 10

Este capítulo es como un apéndice del libro, para poner de relieve:

I. El poder de Asuero como rey (vv. 1, 2), y II. La gloria de Mardoqueo, su primer ministro, y la bendición tan grande que fue para su pueblo (vv. 2, 3). En la versión de los LXX este capítulo tiene diez verss. más (13 en total) apócrifos, así como otros seis capítulos más que allí aparecen, también apócrifos.

Versículos 1–3

1. Vemos aquí cuán grande y poderoso era el rey Asuero. Dominaba sobre una vasta extensión de terreno, tanto en el continente asiático como en las islas adyacentes a las costas del Mediterráneo; de todos estos lugares obtenía pingües ingresos. Además de los acostumbrados *impuestos* que exigían los reyes de Persia (Esd. 4:13), él añadió un *tributo* especial a sus súbditos, un *tributo forzado* (nota del traductor), según opinan Brown-Driver-Briggs en su gran Diccionario Hebreo, los cuales añaden que éste es el único lugar de la Biblia en que el vocablo hebreo *mas* significa tributo. El rabino Goldman, sin embargo, insiste en que dicho vocablo significa siempre «trabajo forzado» y, por tanto, ha de conservarse también aquí dicho sentido. La *Nueva Biblia Española* lo ha traducido por «prestaciones personales», lo cual me parece lo más adecuado en este contexto. También se refiere el texto sagrado a *todos los hechos de poder y autoridad* de Asuero, de los que nada más nos dice la Biblia, la cual se ocupa de los poderes extranjeros solamente en tanto en cuanto tienen que ver con la historia del pueblo escogido.

2. Vemos también el prestigio de Mardoqueo y la gran bendición que fue para su pueblo. Por largo tiempo había estado sentado a la puerta de palacio, pero aquí le vemos altamente situado. Mardoqueo debía de ser de edad avanzada ya por entonces, pues ocho años después de su promoción (465 a. de C.) la historia presenta a otra persona que ocupa el cargo de primer ministro en la corte persa. Su prestigio quedó consignado por escrito *en el libro de las crónicas de los reyes de Media y de Persia* (v. 2), con lo que se da a entender que contribuyó grandemente a los éxitos de Asuero. Fue asimismo *grande entre los judíos* (v. 3). Nótese que no dice *sobre los judíos,* aunque ciertamente lo estaba por su gran autoridad, sino *entre los judíos,* como uno de ellos; alguien que los amaba y que era respetado y *estimado por la multitud de sus hermanos. Procuró el bienestar de su pueblo;* hizo el bien porque era bueno, y demostró ser bueno porque hacía el bien. Aunque los judíos eran allí extranjeros, cautivos, despreciados y dispersos, no se tuvo a menos de reconocerles como *hermanos suyos.* Si fue él quien escribió el libro o, al menos esta última parte, es de notar que se llama a sí mismo *Mardoqueo el judío* (v. 3). No buscó su propio interés ni procuró amasar una fortuna para sí y su familia. Usó su poder, su cargo y su influencia con el rey y la reina para el bien común. No se puso a favor de un partido del pueblo en contra de otro, sino que, fuesen cuales fuesen las diferencias entre ellos, él fue como el padre común de todos ellos.

JOB

Este libro de Job ocupa su lugar propio, sin conexión con ningún otro libro de la Biblia. Muchas copias de la Biblia Hebrea lo sitúan detrás del libro de los Salmos; otras, detrás del de Proverbios. Pero su puesto apropiado es el que tiene en nuestras Biblias, al frente de los libros poéticos y sapienciales. Al ser un libro de doctrina, está bien que preceda al de Salmos, que es devocional, y al de Proverbios, que es pragmático, porque ¿cómo podremos rendir adoración y obediencia a un Dios a quien no conocemos bien? En cuanto a sus características:

I. Estamos seguros de su inspiración divina, pero no de su autor humano. En todo caso, aun cuando Job no pertenecía al pueblo judío, los judíos, como fieles conservadores de los oráculos de Dios, siempre han retenido este libro en su canon sagrado. Su historicidad es refrendada por Ezequiel. 14:14, 20; Santiago 5:11. Su fecha, tenida por los exegetas tradicionales como muy antigua, pertenece, según los modernos, a la época del destierro a Babilonia, aun cuando la acción se desarrolle, con la mayor probabilidad, en la época patriarcal, lo cual se confirma por la longevidad del protagonista (más de 140 años).

II. Lo más importante es el tema del libro, que gira en torno al más inquietante de los problemas humanos: ¿Por qué permite Dios que sufran tanto los hombres, especialmente los buenos? Frente a la filosofía de los amigos de Job: el sufrimiento es siempre fruto del pecado personal (¡el que la hace la paga!), el libro enseña que la providencia de Dios es sumamente misteriosa, y que la sabiduría y el poder (en fin de cuentas, la soberanía) de Dios son perfecciones que trascienden la capacidad de toda inteligencia creada. Job, paradigma del hombre sufriente, ha de reconocer que, ante los misteriosos designios de Dios, no cabe otra actitud correcta que la de cerrar la boca, inclinar la cabeza y adorar.

III. El libro puede dividirse en tres partes claramente señaladas: (1) Informe de los sufrimientos de Job, sobrellevados con paciencia (caps. 1 y 2), con alguna mezcla de debilidad humana (cap. 3). (2) Disputa entre él y sus amigos acerca de dichos sufrimientos; en ella: (A) Los objetores son Elifaz, Bildad y Zofar. (B) El defensor es Job. (C) Los moderadores: primero, Eliú; *después*, Dios (caps. 4–41). (3) Finalmente, Job sale de la prueba honrado y prosperado (cap. 42). La moraleja de todo el escrito es que, por muchas que sean las aflicciones de los justos, cuando el Señor les ha hecho pasar por ellas, la prueba de su fe resulta en alabanza, honor y gloria de Dios.

CAPÍTULO 1

Comienza aquí la historia de Job con un informe. I. De su gran piedad en general (v. 1) y en un caso particular (v. 5). II. De su gran prosperidad (vv. 2–4). III. De la inquina de Satanás contra él y del permiso que éste obtuvo para poner a prueba su paciencia (vv. 6–12). IV. De las asombrosas aflicciones que le sobrevinieron: la ruina de su hacienda (vv. 13–17) y la muerte de sus hijos (vv. 18–19). V. De su paciencia ejemplar bajo el peso de estas aflicciones (vv. 20–22). En todo esto nos es puesto como ejemplo para soportar la aflicción, de la que no hay prosperidad que nos ponga a salvo, pero la integridad y la rectitud moral nos preservarán y purificarán a través de ella.

Versículos 1–3

Nos habla de Job:

I. Que era *un varón,* un hombre de carne y hueso y, por tanto, sujeto *a pasiones* (Stg. 5:17, lit.) semejantes a las nuestras; que vivía *en la tierra de Uz* (mejor, Us. Hebreo, *Uts),* en la parte oriental de Arabia, cerca del Éufrates. Dios tiene un remanente en todas partes. Fue un gran privilegio para el país de Us tener allí un hombre tan bueno como Job. Cuanto peores eran quienes le rodeaban, tanto mejor era él. Su nombre: Job (hebreo, *Iyob)* significa, según unos, «hostilizador»; otros piensan que significa «hostilizado».

II. Era muy bueno: *cabal,* es decir, íntegro (mejor que «perfecto») y recto. Este es el juicio que la Palabra de Dios hace de él, por lo que sabemos que ha de ajustarse a la verdad.

1. Job era piadoso: *temeroso de Dios.*
2. Sincero en su religión: *apartado del mal.* No es que careciese enteramente de pecado, pues él mismo dice (9:20): Si me tuviese por perfecto, esto me haría inicuo. Pero, al respetar los mandamientos de Dios, aspiraba a la perfección y era tan bueno como lo parecía, ya que tenía un corazón tan sano como sano y sencillo era su ojo. 3. Era recto en su conducta para con Dios y los hombres, fiel a su palabra y constante en sus propósitos. 4. El temor de Dios que reinaba en su corazón era el principio que regía toda su conducta.
3. Odiaba la idea misma de hacer el mal; por eso, *se apartaba de él. El temor de Jehová es aborrecer el mal* (Pr. 8:13). *Con el temor de Jehová los hombres se apartan del mal* (Pr. 16:6).

III. Era piadoso, aun siendo próspero. Aunque es difícil que un rico entre en el reino de los cielos, no es imposible, con tal de que tenga corazón de pobre (Mt. 5:3). La prosperidad de Job añadía nuevo lustre a su piedad, y le deparaba mayores y más numerosas oportunidades de hacer el bien. 1. Tenía una familia numerosa. Su piedad era eminente, pero no estaba recluido en una ermita ni en un monasterio, sino que era un honrado padre de familia. 2. Tenía hacienda más que suficiente para mantener a su familia como vemos por el versículo 3. No se la describe en términos de hectáreas de terreno, sino (A) Por el número de sus cabezas de ganado: *ovejas, camellos* (esto es, dromedarios), *bueyes, asnas;* todo en gran número. Tan pronto como creó Dios al hombre y le proveyó de hierbas y frutas para su sustento, también le enriqueció dándole dominio sobre todas las criaturas (Gn. 1:28). (B) Por el número de sus criados: *muchísimos;* con lo que tenía gran honor a la vez que podía hacer el bien a muchísimas personas. Su riqueza, junto con su prudencia, le confería honor y poder en su país, como él mismo declara en el capítulo 29. El relato de la piedad y de la prosperidad de Job precede a la historia de sus aflicciones para mostrar que no por ser piadosos estamos a salvo de las comunes calamidades de la vida humana. Menos todavía defienden al hombre los bienes que posee (V. Is. 47:8).

Versículos 4–5

Ulterior informe de la piedad y prosperidad de Job.

I. Una señal de la prosperidad de Job y de la bendición de Dios era su numerosa familia. *Siete hijos* (número ideal en descendientes varones; v. 1 S. 2:5; Rut 4:15) y *tres hijas* daban testimonio de esa

bendición (V. Sal. 127:3; 128:3; 144:12). Era un gran consuelo para este buen hombre, 1. Ver a sus hijos e hijas ya crecidos y bien situados en la vida. Los hijos estaban, sin duda, casados, pues vivían en casas propias. 2. Verlos prosperar en sus negocios, pues podían invitarse unos a otros, y a sus hermanas, en las frecuentes fiestas que celebraban, no precisamente, o solamente, en los cumpleaños. 3. Verlos de buena salud. 4. Especialmente, verlos vivir en amor y en armonía, sin pendencias de ninguna clase. 5. Verles invitar a sus hermanas, con lo que demostraban que el haber formado una nueva familia no les disminuía el afecto que sentían hacia sus hermanas.

II. La preocupación de Job por el estado espiritual de sus hijos (v. 5).

1. Tenía un santo celo de que se conservasen puros y sin mancha en medio de todas sus fiestas. Así deberían comportarse los padres que profesan la fe cristiana.

2. Vemos que Job ejercía funciones sacerdotales en su familia, pues:

(A) Tan pronto como pasaban los días de banquete, *los mandaba llamar para purificarlos.* Les hacía examinar la conciencia y arrepentirse de cuanto hubiesen hecho digno de reprensión. Así conservaba su autoridad sobre ellos para bien, y ellos se sometían de buena gana, a pesar de que ya habían formado su propia familia. Job continuaba siendo el sacerdote de la familia, y a su altar venían sus hijos, los cuales apreciaban el participar de sus oraciones más que el participar de su hacienda. Es cierto que los padres no pueden dar a sus hijos la gracia ni la salvación (es Dios el que santifica), pero deben fomentar su santificación con oportunos consejos, admoniciones y plegarias.

(B) Ofrecía sacrificios por ellos. Job tenía, como Abraham, un altar para su familia. En tales ocasiones extraordinarias, ofrecía mayor número de sacrificios que de ordinario, *conforme al número de todos ellos. «Por este niño oraba»,* dijo Ana a Elí (1 S. 1:27). Así también Job oraría por cada hijo en particular, ya que las plegarias, lo mismo que las exhortaciones, han de acomodarse al temperamento y a la condición de cada hijo. *Se levantaba de mañana,* y madrugaba para ello como quien tiene puesto el corazón en la obra.

(C) *De esta manera hacía cada vez.* Era perseverante en sus funciones sacerdotales. Los actos de fe y arrepentimiento han de renovarse con mucha frecuencia, puesto que con mucha frecuencia renovamos nuestras transgresiones. Quien haya de servir a Dios rectamente, ha de servirle continuamente.

Versículos 6–12

Job era, además de recto y piadoso, sabio y prudente, rico y grande en todos los aspectos, de tal manera que habríamos de pensar que la montaña de su prosperidad era tan fuerte y firme que no había cosa que pudiese removerla o sacudirla. Pero aquí vemos aproximarse sobre la cabeza de Job una negra y densa nube.

El diablo, tanto mayor enemigo de Job cuanto más eminente era la piedad de éste, pidió y obtuvo permiso para atormentarle. Es posible, y aun probable, que la dramatización que el autor hace aquí de la conversación entre Dios y Satanás sea parabólica, como la de Miqueas en 2 Reyes 22:19 y ss., pero no deroga en forma alguna la credibilidad de la historia de Job en general.

I. Entre *los hijos de Dios* (de ordinario, los ángeles), hallamos (v. 6) un *adversario,* pues eso es lo que significa *Satanás:* un enemigo de Dios, de los hombres y de todo lo bueno. Este *adversario* se mete de rondón en esta asamblea de *los hijos de Dios,* pero con muy diferente objetivo. Los ángeles son presentados en la Biblia actuando benéficamente en servicio de los hombres (V. He. 1:14) o realizando diversas actividades por encargo de Dios (V. por ej., Gn. 19:15–22). En cambio, Satanás, *el acusador de los hermanos* (Ap. 12:10), sólo intenta hacer daño, pues es mentiroso y homicida (Jn. 8:44).

II. Dios pregunta a Satanás (v. 7): *¿De dónde vienes?* Dios sabía muy bien de dónde venía Satanás y qué objetivo le traía allí, pero le pregunta delante de los ángeles como para pedirle cuentas de sus actividades y mostrarle que le tiene bajo su vigilancia y control.

III. El informe que Satanás da de sus actividades por el mundo. *«De recorrer*—dice—*la tierra y de andar por ella.»* 1. No declara haber hecho nada ni bueno ni malo; se contenta con informar de sus «paseos», sin decir la verdad de que *«siempre anda dando vueltas buscando a quien devorar»* (1 P. 5:8).

2. Satanás nos muestra aquí su actividad incesante. Como ser incorpóreo, no siente sueño, hambre ni cansancio. Por otra parte, su invisibilidad hace que no se sienta su presencia; por lo que puede introducirse en cualquier lugar, sin pagar aduana ni visado de entrada. No hay, pues, lugar seguro contra el diablo. En realidad merodea en torno a los creyentes, para explorar el lado flaco de cada uno y ver por dónde le puede entrar. El diablo y todos sus demonios frecuentan más las iglesias que las salas de fiestas, pues en éstas no hace falta su presencia, se bastan a sí mismos los mundanos para hacerse daño moral y espiritual, tanto como físico.

IV. La pregunta que, a continuación, le hace Dios acerca de Job (v. 8): *¿No has considerado a mi siervo Job?* ¡Cuán honorablemente habla Dios de Job! *No hay otro como él en la tierra.* Como si dijese: «¿Cómo es que no te has dado cuenta de la extraordinaria virtud de ese hombre? Es *mi sier*vo» (comp. con Is. 42:1) ¿Qué elogio mayor que ése? A continuación Dios repite las mismas palabras laudatorias que ya había inspirado al autor del libro (v. 1): *Varón cabal y recto, temeroso de Dios y apartado del mal.*

V. La vil insinuación del diablo contra Job en respuesta a la pregunta de Dios. No podía negar que Job era un hombre cabal y recto, pero da a entender que Job teme y sirve a Dios por interés mercenario (v. 9): *«¿Acaso teme Job a Dios de balde?»* Satanás se impacienta al oír elogios sobre Job, aun cuando sea Dios mismo quien le elogia. Los que no soportan el que otros sean alabados son imitadores del diablo. Satanás tiene a Job por hipócrita a sabiendas de que es mentira. Éste es el común proceder de los calumniadores, detractores y murmuradores: insinuar, con frases mordaces o silencios calculados, que «no todo lo que reluce es oro», aun cuando el oro pueda pasar la prueba del fuego. Era cierto que Job no temía a Dios de balde, pues *«gran fuente de ganancia* (bien entendida) *es la piedad»* (1 Ti. 6:6), y Job había ganado mucho con ella; pero era falso insinuar que no habría temido a Dios si no hubiese prosperado, como lo demostraron los hechos subsiguientes. ¡Es curioso! Los amigos de Job le acusaron de hipocresía por estar tan afligido, mientras que Satanás le acusó de hipocresía por estar tan prosperado.

VI. La querella de Satanás por la prosperidad de Job (v. 10). Aunque no siempre la prosperidad es signo de virtud, lo cierto es que los hijos de Dios gozan de una protección especial y reciben contentamiento de sus labores honestas. Dios había prosperado a Job por la vía de la prudencia, la diligencia y la laboriosidad, no por la de la pereza y la injusticia. Job era rico, pero no en un explotador, sino sumamente generoso con su prójimo. El diablo se siente herido por la prosperidad de Job: *«¿No le has rodeado con una valla de protección …?»*

VII. Satanás pide a Dios que se ponga a prueba la sinceridad de la piedad de Job despojándole de cuanto posee (v. 11): *«Pero extiende ahora tu mano y toca* (esto es, arrebátale) *todo lo que tiene, y verás si no te maldice a la cara»* (lit.). Aunque el actual texto hebreo dice *bendice*, sabemos que se trata de una de las correcciones hechas (por una equivocada reverencia) por los escribas (nota del traductor). Así, pues, Satanás lanza un reto a Dios. El diablo es sumamente inteligente y listo, pero no es omnisciente. Su envidia y su rabia le oscurecen la ecuanimidad necesaria para estos casos. Si pudiese triunfar en este desafío, y demostrar que Job era un hipócrita contra la declaración del propio Dios, resultaría que no habría en el mundo ni un solo siervo fiel de Dios, que no existiría en la tierra la piedad sincera y que la religión sería una impostura ¡Todos los hombres serían fieles súbditos de Satanás!

VIII. El permiso que otorgó Dios a Satanás para que pusiese a prueba la sinceridad de Job. 1. Es motivo de asombro el que Dios condescienda a otorgar a Satanás tal permiso, pero lo hace por su propia gloria, por el honor de Job, la demostración de su Providencia y para animar y consolar a todos los creyentes que sufren y han sufrido a lo largo de los siglos. Permitió que Job fuese afligido, como permitió que Pedro fuese zarandeado, pero tuvo cuidado de que *su fe no fallase* (Lc. 22:32). 2. Es motivo de consuelo el que Satanás no nos pueda hacer daño sin el permiso de Dios. No pudo afligir a Job hasta que pidió y obtuvo permiso de Dios para afligirle, y sólo en la medida en que Dios se lo permitió: *«Solamente no pongas tu mano sobre él».* El poder del diablo es limitado.

IX. Salida del diablo de esta reunión de los hijos de Dios. Se fue entonces Satanás, no para recorrer la tierra, sino con un objetivo concreto y directo, a caer sobre el pobre Job, quien va diligentemente por el camino del deber, sin saber lo que le espera.

Versículos 13–19

Informe de las aflicciones de Job

I. Satanás comenzó a atormentarle el mismo día en que sus hijos comenzaban un nuevo turno de convites *en casa de su hermano el primogénito* (v. 13).

II. Todas las aflicciones llegaron al mismo tiempo; mientras un emisario le daba malas noticias, venía otro sin dejarle terminar el informe y, tras el segundo, un tercero y, tras el tercero, un cuarto.

1. Así podía parecer, con mayor probabilidad, que era una muestra de extraordinario desagrado por parte de Dios contra él. 2. Así tenía menos respiro para pararse a considerar y disponerse a someterse humildemente a los designios de la Providencia, ya que quedaba abrumado de una vez por la tremenda complicación de las calamidades.

III. Le fue arrebatado a un mismo tiempo todo cuanto poseía.

1. Tenía 500 yuntas de bueyes y 500 asnas, con el número de criados conveniente para cuidar de los animales, y los perdió a todos de una vez (vv. 14, 15). Sus vecinos los sabeos se llevaron los bueyes y las asnas y mataron a los criados que se aprestaban bravamente a defender los animales. Sólo *escapó uno* para contarlo. Cuando el diablo obtiene de Dios el permiso para hacer el mal, nunca le faltan malvados que le sirvan de instrumentos para perpetrarlo.

2. Tenía 7.000 ovejas y los pastores necesarios para apacentarlas. Una tormenta de múltiples rayos acabó con todo ello (v. 16). Job podía acusar de crimen a los sabeos y perseguirlos por su injusticia y por su crueldad, pero ¿a quién iba a acusar ahora? Podría verse tentado a decir: *En vano sirvo a Dios.*

El emisario llamó a los rayos *fuego de Dios,* como el *fuego de parte de Jehová* (Gn. 19:24) que consumió a Sodoma y a Gomorra ¡Qué terrible noticia la de esta destrucción que venía directamente de la mano de Dios!

3. Tenía 3.000 camellos (dromedarios) y los criados necesarios para cuidar de ellos. Todos cayeron al mismo tiempo en manos de los caldeos, quienes se llevaron los animales y mataron a los criados (v. 17).

Cuando los impíos prosperan mientras los justos sufren, *los juicios de Dios son como el gran abismo* (Sal. 36:6), cuyo fondo no podemos hallar, porque no lo tiene *(abismo* significa «sin fondo»).

4. Sus posesiones más preciadas y queridas eran sus hijos; y, para concluir la tragedia, le llegan nuevas, al mismo tiempo que las otras, de que los diez habían quedado muertos y enterrados bajo las ruinas de la casa donde estaban banqueteando, junto con los criados que les servían, excepto el que vino a traer a Job la noticia (vv. 18, 19).

Esta fue la mayor de las pérdidas y, por eso, el diablo se la guardó para el final, a fin de que, si las otras provocaciones fallaban, ésta al menos le incitase a maldecir a Dios. Nuestros hijos son como parte de nosotros mismos; resulta muy duro desprenderse de ellos, y su pérdida le llega a un padre a lo más hondo. Pero perderlos todos, al ser muchos, y todos al mismo tiempo, cuando por tantos años habían sido objetos de sus cuidados y esperanzas, era cosa extremadamente dura. Y, si hubiesen muerto cuando estaban orando, habría podido tener algún consuelo, pero los perdió cuando comían, bebían y tenían juerga. Le fueron quitados precisamente cuando más los necesitaba para consolarse de las otras pérdidas.

Versículos 20–22

El diablo había hecho todo lo que se le había permitido hacer contra Job para provocarle a maldecir a Dios. Aquel a quien el sol naciente había contemplado como al más rico de los orientales, antes de llegar la noche era ya pobre de solemnidad. Si las riquezas de Job hubiesen sido, según la malévola insinuación de Satanás, el único motivo de su piedad, ahora que había perdido todo cuanto poseía, de seguro habría de perder su religión. Pero el relato que vemos a continuación muestra, con el piadoso comportamiento de Job, que el diablo era un mentiroso, y Job un hombre cabal y recto.

I. Se comportó bajo su aflicción como un hombre cabal (v. 20): *Se levantó, rasgó su manto, rasuró su cabeza, etc.* Eran éstas las usuales expresiones de pesar, y con ellas mostraba la sensibilidad de su alma,

sin estallar en arranques pasionales de indignación. Frenó su ira y mantuvo bravamente la paz de su alma en medio de tales calamidades.

El momento en que comenzó a exteriorizar sus sentimientos no llegó hasta haber recibido la noticia de la muerte de sus hijos.

Una persona mundana habría dicho: «Ahora que se fue el bocado, no importa que se hayan ido también las bocas». Pero Job era creyente, y si la Providencia le hubiese preservado los hijos, habría quedado agradecido por ellos aunque no tuviese nada que darles, pues sabía que *Jehová proveería.*

II. Se comportó bajo su aflicción como un hombre sabio y bueno, como quien era *temeroso de Dios y apartado del mal* más que de las desdichas temporales.

1. Se humilló bajo la mano de Dios, y se sometió a los designios de la Providencia, como quien sabía escasear lo mismo que abundar (Fil. 4:12).

2. Se aquietó con piadosas consideraciones, para no perder la paz de su ánimo a causa de estos acontecimientos. Razona sobre el curso común de la vida humana, y se lo aplica a sí mismo: *Desnudo salí del vientre de mi madre* (como cada hijo de vecino), y *desnudo volveré allá* (al vientre de la madre tierra, madre común de la humanidad—Gn. 2:7; 3:19—). A esto hace referencia S. Pablo cuando dice (1 Ti. 6:7): *«Nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar».* Esta consideración quita importancia a la pérdida de todo lo temporal. Job se ve ahora como estuvo en un principio; no se considera mutilado ni herido, sino sólo *desnudo;* con ello muestra que todo lo demás que poseemos es meramente tan nuestro como una vestidura que se pone y se gasta; se ve desvestido o, mejor, descargado, un poco antes de lo que esperaba. Quedar sin ropa antes del tiempo de dormir puede causar alguna inconveniencia, pero bien puede sufrirse cuando es hora de meterse en cama.

3. Bien podemos regocijarnos al ver a Job en esta buena disposición, pues aquí se hallaba la prueba a la que había sido puesta su integridad. El diablo había dicho que, bajo la aflicción, Job había de maldecir a Dios en su cara; pero Job bendijo a Dios, con lo que mostró ser hombre recto.

(A) Reconoció la mano de Dios, tanto en las mercedes de que había disfrutado anteriormente como en las aflicciones que ahora sufría: *Jehová me lo dio y Jehová me lo quitó.* El mismo que lo dio se lo llevó ¿No puede hacer lo que quiera con lo que es suyo? Véase cómo Job eleva la mirada por encima de los instrumentos para remontarse a la Causa Primera.

(B) Adoró a Dios en ambas cosas. Cuando todo le había sido quitado, *se postró en tierra en humilde adoración* (v. 20). Las aflicciones no deben apartarnos de los ejercicios de piedad, sino estimularnos a ellos. El llanto no ha de impedir la siembra ni la adoración. *«Sea bendito el nombre de Jehová»*—concluye—(v. 21). Alaba a Dios en medio de su gran aflicción, espera que todo resulte para bien y da gracias a Dios por concederle valor para soportarla.

Finalmente, tenemos aquí el testimonio honroso que el Espíritu de Dios da de la constancia de Job y de su buena conducta bajo la aflicción (v. 22). Pasó el examen con sobresaliente.

CAPÍTULO 2

Job había dejado a Dios en muy buen lugar tras el reto que le había lanzado Satanás acerca de él. Habría de esperarse que con esto se cerrase el desafío y nunca más volviese a poner en duda la reputación de Job; pero no es así. I. Satanás postula una nueva prueba que toque a Job en su propia carne y en sus propios huesos (vv. 1–5). Il. Dios la permite por sus santos designios (v. 6). III. El diablo hiere a Job con una enfermedad repugnante y dolorosa (vv. 7, 8). IV. Su propia mujer le induce a maldecir a Dios, pero él resiste la tentación (vv. 9, 10). V. Sus amigos vienen a condolerse con él y a consolarle (vv. 11–13). Y en todo esto, este buen hombre nos da un maravilloso ejemplo de paciencia en medio de horribles sufrimientos.

Versículos 1–6

Satanás está decidido a poner de nuevo a prueba la paciencia de Job.

I. El demandante ante el tribunal de Dios hace de nuevo su aparición en escena (vv. 1, 2), como lo había hecho anteriormente (1:6–7). Los ángeles están en torno al trono de Dios, y Satanás está entre ellos. Le es formulada la misma pregunta de antes: *¿De dónde vienes?* Y responde de la misma manera: *«De dar una vuelta por la tierra y pasearme por ella»* ¡Como si no hubiese estado haciendo ningún daño!

II. El juez le interroga como antes: *«¿No te has fijado en mi siervo Job, etc.»* (v. 3), pero esta vez, añade: «… *Y que todavía retiene su integridad, aun cuando tú me incitaste contra él para que lo arruinara sin causa?»* ¡Gran bendición para nosotros es no tener por jueces de nuestros actos a demonios ni a seres humanos, pues, con justicia o sin ella, quizá nos destruirían! Afortunadamente, nuestro juicio procede de labios de Dios, quien todo lo conoce y a quien nadie puede engañar ni sobornar. A pesar del tremendo ataque del diablo, Job es ensalzado por Dios por conservar su integridad.

La constancia es la corona de la integridad.

III. El diablo prosigue adelante en su acusación (v. 4): *«Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida».* Satanás presenta a Job tan egoísta como el común de los humanos, quienes prefieren exponer al peligro la piel de sus animales, de sus criados y aun de sus hijos, antes que perder su propio pellejo. Por eso, lanza un nuevo reto para poner a prueba la integridad de Job (v. 5): *«Toca su hueso y su carne y (verás) si no te maldice a la cara»* (lit.). No hay cosa que tanto contribuya a oscurecer la mente y a destemplar el genio como un dolor agudo. El propio S. Pablo hallaba gran dificultad en soportar su *espina en la carne,* y sólo consiguió aguantarla con una gracia especial del Señor (2 Co. 12:7–9).

IV También esto se lo permite Dios a Satanás, aunque con cierta restricción (v. 6): *«Está en tu mano; pero guarda su vida.* Puedes afligirle cuanto quieras, con tal de que no lo mates». Puesto que el hebreo *nephesh,* como el griego *psyché,* significa tanto «alma» como «vida», podemos aventurar que Dios prohibió a Satanás dañar a Job con una enfermedad psíquica que le hubiese reducido a la condición de piltrafa humana, pues Job habría perdido entonces toda responsabilidad y sobraría el resto del libro.

Versículos 7–10

Una vez que obtuvo el permiso de Dios, el diablo se puso a trabajar de inmediato en su oficio sin perder tiempo. Su tentación va a tomar ahora la forma, en cierto modo, de la que llevó a nuestros primeros padres a desobedecer a Dios al perder la confianza en Él (Gn. 3). Si logra Satanás que Job llegue a desconfiar de la providencia de Dios habrá ganado la apuesta.

I. El diablo provoca a Job por medio de una repugnante enfermedad, con la esperanza de que así maldecirá a Dios cuando se vea a sí mismo hecho una piltrafa (vv. 7, 8).

1. La enfermedad con que hirió Satanás a Job era muy grave, dolorosa y repugnante (v. 7): *Hirió a Job con unas llagas malignas desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza.* El vocablo hebreo *shejín* significa siempre una erupción y puede designar una extensa gama de enfermedades de la piel. Esta erupción era, según el texto, *maligna* (hebreo *ra*) y le cubría *desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza.*

2. En lugar de hallar algún remedio medicinal para la enfermedad, Job usaba *un trozo de tiesto para rascarse con él* (v. 8) ¡Triste de verdad era la condición de este pobre hombre! Incluso el mendigo Lázaro sentía algún alivio con la lengua de los perros que le lamían las llagas (Lc. 16:21), pero Job no disponía de ningún alivio. A pesar del mucho bien que había hecho a muchos, nadie era tan agradecido como para acercarse a él y tratar de aliviarle el picor o el sufrimiento, ya fuese por repugnancia o por el temor al contagio. Así que pasaba día y noche fuera de la ciudad, sentado sobre el montón de cenizas resultantes de la combustión de las basuras del vecindario. El texto hebreo menciona sólo *las cenizas,* pero la versión de los LXX especifica lo de la basura (V. en cursiva en la RV 1977. Nota del traductor). En lugar de reposar confortablemente en un blando lecho, su cama-diván era la ceniza de las basuras del lugar.

II. Pero la tentación más grave, a no dudar, le vino de su propia mujer (v. 9): *«¿Aún persistes en tu integridad?»*—le dijo—*«Maldice* (lit. *bendice,* según lo explicado en el comentario a 1; 11) *a Dios y muérete».* De todo cuanto poseía, lo único que le fue preservado a Job fue su mujer. Aunque los designios

de Dios fuesen benignos en este caso, la razón por la que Satanás no se la quitó fue, por lo que se ve, para que le sirviera de instrumento de tentación. Siempre que Satanás deja de llevarse algo que le ha sido puesto en las manos es porque sabe que puede usarlo para mayor mal. Véase cómo le habla a Job su propia mujer:

1. *«¿Aún persistes en tu integridad?»* Como si dijese: «¿Eres tan manso, tan cobarde y tan necio como para someterte a un Dios que, en lugar de premiar tus servicios con señales de su favor, te azota sin compasión no habiéndole tú provocado con ningún pecado? ¿Es todavía un Dios digno de que se le sirva, se le bendiga y se le ame?»

2. Le urge a que abandone todo ejercicio de piedad, que blasfeme de Dios y y que se lance a la desesperación: *«Maldice a Dios y muérete»*. Como si dijese; «Ya que tu Dios se porta así contigo, sé tú tu propio redentor y tu propio ejecutor ¡termina de una vez con tus sufrimientos quitándote la vida, pues es preferible morir antes que vivir de esa manera! Nótese que aquí tenemos dos de las más negras y horribles tentaciones de Satanás. Nada tan contrario a la conciencia natural como la blasfemia, y nada tan contrario al sentido natural como el suicidio. Con todo es probable que la frase de la mujer de Job no haya de tomarse como incitación al suicidio, sino como efecto seguro de haber maldecido a Dios. (Nota del traductor.)

III. Pero Job resiste bravamente y triunfa también de esta tentación (v. 10).

1. Se indigna sobremanera de que se le haya mencionado una cosa tan horrible: «¡Cómo! ¿Maldecir a Dios? ¡Ni pensarlo! *Vete de mí, Satanás»* (Lc. 4:8). En otras ocasiones, había soportado mansamente la conducta poco amorosa de su mujer (v. 19:17). Pero ahora que le inducía a maldecir a Dios, se disgustó mucho y le echó en cara sus malas palabras. En una casa donde había reinado la prosperidad junto con la piedad, la mujer de Job no tendría mucho empacho en ser su *«ayuda idónea» (Gn.* 2:18). Pero ahora que la tribulación más tremenda se había abatido sobre el hogar, ella no supo reaccionar con el mismo temple de ánimo que su esposo. La aflicción mostró que sus caracteres respectivos eran diametralmente opuestos. Si Eva resultó ser «tentación idónea» en Génesis 3:6, ¿qué se puede esperar de las hijas de Eva que no sean buenas hijas de Dios? Cuando Pedro hizo de Satanás con Cristo, el Señor le dijo lisa y llanamente: *«me eres tropiezo»* (Mt. 16:23).

2. Razona con su mujer contra la tentación: *«¿Qué? ¿Aceptaremos de Dios el bien, y el mal no lo aceptaremos?»* Así hemos de tratar de convencer a aquellos a quienes reprendemos. No sólo habla de «soportar», sino de «aceptar» el mal. Como si dijese: «¿No habremos de esperar el recibirlo? Si Dios nos da tantas cosas buenas, ¿nos vamos a sorprender o pensar que es extraño el que nos envíe aflicciones para probarnos?» (V. 1 P. 4:12). El vocablo original indica que también la aflicción se ha de recibir como un don, ya sea si se padece por una buena causa (Fil. 1:29), como si es en castigo de nuestros pecados (Lv. 26:41), sometiéndonos siempre de buena gana a la voluntad de Dios. Lo que es aflicción para el cuerpo es con frecuencia un bien para el alma: algo que, aunque entristezca el rostro, mejora el corazón.

IV. De esta manera se mantuvo Job firme en su integridad, y fue derrotado el diablo en sus malévolos designios: *En todo esto no pecó Job con sus labios.* Triunfó la gracia de Dios e impidió que brotase alguna raíz de amargura para estorbarle y contaminarle (He. 12:15).

Versículos 11–13

Relato de la visita que tres amigos le giraron a Job durante su aflicción. Algunos de entre sus enemigos disfrutaban al verle así afligido (v. 16:10; 19:18; 30:1; etc.). Pero sus amigos se preocuparon por él y trataron de consolarle. Se nombran aquí tres de ellos (v. 11): Elifaz, Bildad y Zofar (mejor, Sofar). Como se ve por sus discursos, estos tres tenían bien ganada reputación de hombres sabios y rectos, además de la experiencia que les confería la edad (v. 32:6).

I. Job había contraído amistad con ellos durante su prosperidad. Uno de los grandes consuelos de la vida presente se cifra en la amistad de personas prudentes y virtuosas; el que tiene algunos amigos de esta clase debe estimarlos altamente. Parece ser que los tres amigos de Job eran descendientes de Abraham: Elifaz descendía de Temán, el nieto de Esaú (Gn. 36:11); Bildad (es probable), de Súa, hijo de Abraham y

Cetura (mejor Quetura), como vemos en Génesis 25:1–2; En cuanto a Zofar (o Sofar), hay quienes aventuran la opinión de que es una variante de Sefó, descendiente de Esaú (Gn. 36:11). La preservación de tanta sabiduría y piedad entre quienes eran extraños al pacto de la promesa era una indicación de la bondad de Dios entre los gentiles y un feliz presagio de que algún día habrían de tener acceso a la gracia del Evangelio, cuando fuese derribado el muro de separación en el futuro. Esaú fue rechazado; sin embargo, algunos de sus descendientes heredaron algunas de las mejores bendiciones.

II. Continuaron siendo amigos de Job en su adversidad, cuando la mayoría de sus allegados le habían desamparado (v. 19:14). Vinieron a compartir sus pesares, como antes habían venido a compartir con él sus consuelos. Son muchas las buenas lecciones que podemos aprender de las aflicciones ajenas, a fin de ganar en prudencia y seriedad. También cabe la oportunidad de decirles algo bueno que les ayude a soportar mejor los sufrimientos. De estos amigos, vemos:

1. Que vinieron llevados de su propio impulso, sin ser llamados (6:22). Vinieron con intención de consolarle, aunque resultaron malos consoladores, pues carecieron de tacto y de base sana al juzgar el caso.

2. Que cuando le vieron a cierta distancia, le hallaron tan desfigurado por las llagas que *no lo reconocieron* (v. 12) ¡Qué cambio tan grande produce en las facciones de una persona una grave dolencia o una aflicción torturadora! «¿Es posible que éste sea Job?», dirían. Pero no por eso se marcharon de allí con aprensión, sino que se quedaron con él tanto más enternecidos cuanto mayor era la miserable condición en que le veían. No cabe duda de que, al verlos venir y, sobre todo, al verlos llorar, se avivaría la pena de Job. *Cada uno de ellos rasgó su manto, y los tres esparcieron polvo sobre sus cabezas hacia el cielo* (lit.); esto es, al aire por encima de su cabeza. Eran señales corrientes de duelo. Es de suponer que se habían sentado con él a la mesa muchas veces, reclinados en sus divanes, cuando él gozaba de prosperidad. Ahora demuestran su amistad al compartir también con él el asiento de cenizas: *se sentaron con él en tierra* (v. 13).

3. Que resolvieron quedarse con él hasta que le viesen recuperado o finado. *Siete días y siete noches* permanecieron junto a él y *ninguno le hablaba palabra.* La razón, según el texto, es que *veían que su dolor era muy grande.* Esto concuerda con lo que, todavía en el siglo actual, acontece en algunas regiones árabes, según A. Musil. Cuando se alarga la enfermedad, «sacan los parientes al enfermo a las afueras del poblado, al sitio donde se amontonan los escombros, y allí, con cuatro estacas que sostienen un toldo, instalan un cobertizo en el que yace el enfermo día y noche. Luego que se extiende la noticia de la enfermedad, van los otros parientes y los conocidos a visitarle y forman un círculo alrededor del enfermo. En silencio, sin decir palabra, escuchan sus gemidos y quejas. Sólo si él les habla, responden y se lamentan de su suerte, pero no todos, sino los más ancianos; los demás apenas se atreven a añadir alguna palabra que otra». Además, este silencio les ayudaría a considerar y digerir lo que después habían de expresar como resultado de muchos y largos pensamientos.

CAPÍTULO 3

«Habéis oído la paciencia de Job», dice Santiago (5:11). Sí, ya la hemos oído y leído; pero ahora vamos a ver también su impaciencia. En este capítulo le vamos a ver «maldiciendo su día». I. Se queja de haber nacido (vv. 1–10). II. Se queja de no haber muerto tan pronto como nació (vv. 11–19). III. Finalmente, se queja de continuar viviendo en medio de su miserable estado (vv. 20–26).

Versículos 1–10

Siete días y siete noches de silencio hacen madurar los falsos juicios de los amigos de Job, pero avivan también el fuego que abrasa el pecho del afligido, hasta que sobreviene la explosión. Ellos no querían decir lo que pensaban por no añadirle pesadumbre; él no se atrevía a expresar lo que sentía por no ofenderles. Al fin, habla … para maldecir.

I. Lo extremo de su situación, con el siguiente destemple de su ánimo, puede servir de atenuante, pero no le excusa totalmente de culpa. Se olvida ahora de los muchos días felices, lo de las vacas gordas, consumidas ahora por las feas y flacas (Gn. cap. 41), y sólo considera el mal presente, por lo que desea no haber nacido. El profeta Jeremías se expresó en términos parecidos (Jer. 15:10; 20:14 y ss.). No hay quien pueda hallarse en este mundo en una situación tal, a no ser por su culpa, en que no pueda dar gracias a Dios por haber nacido. Si recibe con fe el mensaje del Evangelio, sabrá que *todas las cosas* (aun las más adversas) *cooperan para bien de los que aman a Dios* (Ro. 8:28) y que *las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera* (Ro. 8:18). Es cierto que, si no hubiese otra vida, las aflicciones y los dolores de la presente son tantos y tan grandes que nos veríamos tentados a decir con Etán: ¿Habrás creado en vano a todo hijo de hombre? (Sal. 89:47). Pero para honor de la gracia de Dios, observemos que, aunque sean muchos los que hayan maldecido el día de su primer nacimiento, no hay nadie que jamás haya maldecido el de su segundo nacimiento, cuando recibió la salvación y la vida eterna.

II. Job *maldijo su día* (v. 1), pero no maldijo a Dios—estaba cansado de vivir, y se habría despedido alegremente de esta vida, pero no estaba cansado de su piedad y no la deja extinguirse—. La disputa entre Dios y Satanás con respecto a Job no era sobre si tenía alguna debilidad y estaba sujeto a pasiones semejantes a las nuestras (esto se daba por supuesto), sino sobre si era un hipócrita que, si llegaba a ser provocado, habría de maldecir a Dios. Y, sobre esto, Job salió triunfante de la prueba. Las expresiones con que Job dio forma a sus maldiciones están llenas de imaginación poética y de arrebatamiento pasional. No hay razón para que las examinemos con microscopio. Baste notar, en cuanto a la *maldición de su día*, el día de su nacimiento:

1. Su deseo de que tal día no vuelva a revivir en el ciclo anual, sino que desaparezca como borrado del calendario, hasta el punto de que Dios se olvide de él (vv. 4–6) ¡Que el día aquel represente la actual condición de Job, cuyo sol se ha puesto al mediodía!
2. Su deseo de que la noche en que se anunció su nacimiento quede privada de todo gozo (v. 7) y se alargue tanto que nunca jamás pueda ver los parpadeos del alba (v. 9 ¡Bellísima metáfora! Comp. con Sal. 139:9).
3. Su deseo de que tal noche sea objeto de maldición por parte de todos; especialmente, de los expertos en *«despertar a Leviatán»* (v. 8). La imaginación oriental atribuía a Leviatán, monstruo marino, el poder nefasto de convertir en tinieblas el día más esplendoroso. Es, pues, un deseo de que se alargue la noche. No faltan, sin embargo, exegetas que opinan que hay una trasposición de los versículos 7 y 8, que deberían invertirse, y colocar el versículo 8 delante del 7, y aun del 6.

Versículos 11–19

Como si la explosión de su pecho hubiese menguado el ardor de las primeras llamaradas al lanzar al viento su más virulenta maldición, Job parece admitir su concepción y hasta su nacimiento, pero desea haber muerto en la más tierna infancia. Tampoco se expresa ahora en forma de maldiciones, sino de preguntas. La vida en sí pasa a ser, para Job, inútil, es preferible el sepulcro. Vemos, pues, hasta qué punto se engañó Satanás cuando dijo (2:4): *«Todo lo que el hombre tiene dará por su vida»*, pues nunca hubo quien estimase su vida menos que Job.

I. Muy desagradecido se muestra Job al quejarse de la vida y desear no haber sido dado a luz (vv. 11, 12). Consideremos cuán débil y desvalida criatura es el hombre cuando viene al mundo y cuán delgado es el hilo de la vida en sus comienzos. ¡Con cuánta misericordia y ternura cuidó de nosotros la providencia de Dios cuando entramos en el mundo! ¡Y cuánta *vanidad y esfuerzo inútil* (Ec. 1:14) le espera al hombre en esta vida! Si no tuviésemos un Dios a quien servir en esta vida, y mejores cosas que esperar en el mundo venidero, si consideramos nuestra capacidad natural y los problemas que nos rodean y acosan, nos sentiríamos tentados a desear *haber muerto en la matriz.* Pero, por amarga que nos resulte la vida, hemos de decir: *«Las misericordias de Jehová no se han acabado»* (Lm. 3:22. Lectura más probable). El odio a la vida es contrario al sentido común y al sentimiento, tanto de la humanidad en general, como al nuestro propio cuando nos encontramos lo suficientemente serenos. Cuando el viejo de la fábula, cansado del

peso de su carga, la arrojó desesperado e invocó a la Muerte, y ésta compareció y le preguntó qué deseaba, respondió él: «Nada; únicamente que me ayudes a cargar mi saco».

II. Aplaude con pasión a la muerte y al sepulcro y parece que está enamorado de ellos. El deseo de morir y estar con Cristo, para estar libres de pecado y revestidos de aquella nuestra habitación celestial (2 Co. 5:2), es efecto y evidencia de la gracia; pero el deseo de morir únicamente por estar tranquilo en el sepulcro y libre de las aflicciones de esta vida, huele a corrupción. Job se consume con el pensamiento de que, si estuviese en el sepulcro, haría compañía a los que en esta vida han gozado de los mayores privilegios: los reyes y nobles que han edificado para sí monumentos sepulcrales (v. 14), y los potentados que nadaron en dinero (v. 15), pero tuvieron que dejarlo todo. La muerte mezcla cetros con palas y azadones. No tiene acepción de personas: presos y libres (v. 18), esclavos y dueños (v. 19), son medidos por el mismo rasero. Siete pies de tierra bastan para albergar al monarca más opulento y al mendigo más andrajoso. Ahora que Jesucristo ha sacado a la luz la vida inmortal por medio del Evangelio (2 Ti. 1:10), los creyentes pueden hablar de la muerte como «ganancia» (Fil. 1:21), pero todo lo que el pobre Job podía desear era verse libre de problemas (v. 16), de perturbadores y fatigas (v. 17) y de esclavitud (v. 18). La muerte da suelta a los presos, alivia a los oprimidos y manumite a los esclavos.

Versículos 20–26

Job vuelve ahora a quejarse de que una vida de miseria y tormento no se acabe pronto.

1. Aunque no se atreve a culpar a Dios, lanza Job una indirecta en tercera persona; *«¿Por qué ha dado* (lit.) luz *al desdichado, y vida al amargado de alma?»* (lit.). La vida es llamada luz (comp. Jn. 1:4) por el servicio agradable que ambas prestan para caminar y para trabajar. Pero esta vida es como luz de candela: cuanto más tiempo alumbra, antes se gasta. Esta luz es un regalo, pero Job reconoce que, para los atormentados, es un regalo indeseable, pues es una luz que sólo sirve para alumbrar miserias. Desear ansiosamente una muerte que no llega es para Job un tormento redoblado. No se da cuenta de que la extensión de nuestra vida debe ajustarse a la medida de la voluntad de Dios, no de la nuestra. La imagen de «excavar» (v. 21. lit.) con el afán de hallar un tesoro nos da la idea del afán que aquí expresa Job por salir de este mundo.

2. Job piensa, en particular, en su dolor actual, y se imagina que no se va a acabar jamás. Una impaciencia tal, aunque explicable, no tiene justificación y muestra tremenda ingratitud hacia el Dador de la vida. La gracia nos enseña a estar dispuestos a morir en medio de los mayores consuelos, lo mismo que a vivir en medio de los mayores problemas. Job no halla ningún consuelo (v. 24): *Mis suspiros son mi pan de cada día.* Su pesadumbre aparece tan puntualmente como los tiempos de yantar, de modo que ése es su alimento cotidiano. *El temor que le espantaba* se refiere, con toda probabilidad, a los continuos sobresaltos que le oprimían cuando, una tras otra, iban cayendo sobre él las calamidades que se nos refieren en el cap. 1. El versículo 23, que Job se aplica ya a sí mismo es un índice de su congoja y perplejidad. Él había sido un hombre íntegro, temeroso de Dios (1:1), temeroso de que sus hijos ofendieran a Dios mientras banqueteaban (1:5), temeroso de que sus criados pudiesen ofender a sus vecinos. Pero ahora estaba espantado por no saber qué pensar de la forma con que Dios le trataba (v. 23) al no hallar ninguna salida a su situación. Los hombres caen en la desesperación cuando parece que se les cierran todas las puertas y no se filtra ningún rayo de luz por entre las negras nubes que cubren el firmamento de la vida.

CAPÍTULO 4

Una vez que Job ha dado salida a sus quejas, sus amigos comienzan ahora a dar salida a sus juicios sobre el caso. El asunto en cuestión era sobre si Job podía ser un hombre íntegro o no. Satanás no había podido negar que Job perseveraba en su integridad a pesar de su gran aflicción, pero los amigos de Job se aferran a su juicio de que, si Job fuese un hombre íntegro, no sufría de esta manera; por consiguiente, le urgen a que declare que ha sido un hipócrita en sus actividades de piedad y caridad. Job se negará a ello, pues, aun cuando se reconozca pecador, puede confesar sinceramente que su corazón ha sido siempre

recto en la presencia de Dios. Elifaz es, de los tres amigos, el que inicia el diálogo en este capítulo, en el cual, I. Da a entender que ya no puede callar por más tiempo (v. 2). II. Reconoce las muchas y buenas obras de Job (vv. 3, 4), pero, III. Le acusa de hipocresía, y se funda para ello en los tormentos que ahora sufre y en la forma como se comporta bajo la tribulación (vv. 5, 6). IV. Sienta el principio de que cada uno recoge lo que ha sembrado (vv. 7–11). V. Corrobora su aserto mediante una visión que había tenido, en la que pudo contemplar la incontestable santidad y justicia de Dios, así como la condición vil, débil y pecaminosa del hombre (vv. 12–21). Con todo esto, intenta doblegar el ánimo de Job y hacer que se arrepienta y tenga paciencia bajo su tribulación.

Versículos 1–6

I. Elifaz comienza excusándose de tener que molestar a Job con el discurso que va a pronunciar, pero no tiene más remedio que hacerlo (v. 2). Si lo que va a decir fuese atinado, podría servimos de ejemplo en el modo de tratar a aquellas personas a quienes nos vemos forzados a reprender. Deberíamos mostrar la mayor humildad y mansedumbre posibles (V. Gá. 6:1).

Por otra parte, el callarse por no ofender a los que tenemos que reprender es una necia compasión.

II. Presenta un doble cargo contra Job.

1. En cuanto a su conducta bajo la presente aflicción, le culpa de debilidad y desánimo. (A) Reconoce todo el bien que Job ha hecho en el pasado para consuelo e instrucción de otros (vv. 3, 4). Quienes abundan en riquezas materiales o espirituales deben hacer a otros partícipes de ellas ¿Por qué menciona Elifaz esto? Para hacerle ver que, al hallarse ahora él en las mismas circunstancias que aquellos a quienes ayudaba, debería reconocer que sólo sus pecados eran la excusa de verse ahora castigado por Dios. Viene a decirle: «Tú que enseñabas a muchos, ¿por qué no te enseñas a ti mismo?» (B) Le reprende por su conducta inconsecuente (v. 5): *«Ahora que el mal ha venido sobre ti, te desalientas, y cuando te ha tocado* lit.) *te conturbas»*. Elifaz da poca importancia a la aflicción de Job: *«… te ha tocado»* ¡El mismo verbo que había usado Satanás en 1:11; 2:5! Si Elifaz hubiera sufrido en su propia carne lo que Job padecía, habría dicho: «me golpea, me hiere». Los hombres tendemos siempre a dar poca importancia a los sufrimientos ajenos y a exagerar los nuestros.

2. En cuanto a su conducta en general antes de esta aflicción, le acusa de maldad e hipocresía ¡Cuán injusta y falta de base era esta acusación! (v. 6): «*¿No era* (mejor que *es*—el verbo no está en el origina—, pues así lo exige el contexto. Nota del traductor) tu *temor de Dios tu confianza, y tu esperanza la integridad de tus caminos?»* Como si dijese: «Tu conducta actual muestra lo insincero de tu conducta anterior, pues ha cambiado al cambiar las circunstancias». Satanás había intentado demostrar a Dios lo mismo que ahora intenta de demostrar a Job valiéndose de sus amigos. Pero, por la gracia de Dios, Job fue capacitado para mantener en alto su integridad y rechazar el falso testimonio que se profería contra él. Los que, faltos de caridad y discernimiento, censuran sin razón a sus hermanos tachándoles de hipócritas hacen la labor del diablo. Es cierto que *«si desmayas en día del apuro, tu fuerza es estrecha»* (Pr. 24:10, lit.); pero eso no significa que el carácter de una persona deba juzgarse por el desmayo de un momento.

Versículos 7–11

Elifaz presenta ahora otro argumento para demostrar que Job es un hipócrita: no sólo su impaciencia bajo la aflicción, sino también la aflicción misma es una evidencia contra él. Razona así:

1. Nunca sufren así los inocentes. Como si Job fuese un irreflexivo, le dice (v. 7); *«Recapacita ahora: ¿qué inocente jamás ha perecido?»*

Si se trata de la perdición eterna, eso es cierto (2 Ts. 2:3). Pero si hablamos de pérdidas temporales, no lo es.

2. Aplica el principio de la siembra y la siega (vv. 8, 9). Este principio se halla también en Salmos 7:15; Proverbios 22:8 y Oseas 8:7, pero Elifaz le da un sentido exclusivo e inexorable, no atestiguado en la Biblia. También Pablo lo emplea (Gá. 6:7 y, en cierto sentido, Ro. 6:23), pero el contexto es muy distinto, pues rebasa los límites de lo temporal. Para probar la inexorabilidad de su principio, Elifaz recurre a dos ilustraciones retóricas de mucha fuerza: (A) La ira de Dios es más temible que *el viento de*

Jehová (Is. 40:7), el quemante viento del desierto que había hecho desplomarse el edificio sobre los hijos e hijas de Job (1:19). (B) Aunque los malvados sean tan fuertes como leones, la ira de Dios los dispersa y los quebranta (vv. 9–11). La lengua hebrea tiene cinco vocablos para designar al *león*, y los cinco se hallan en estos versículos. Es probable que la intención de Elifaz al poner esta ilustración fuese dar a entender que aunque Job hubiese sido anteriormente *el hombre más grande de todos los orientales* (1:3), quizá se había enriquecido, como el león, con despojos ajenos, y ahora veía su poder y su fortuna en bancarrota, y su familia deshecha y dispersa.

Versículos 12–21

Después de haber tratado de convencer a Job del pecado de impaciencia, Elifaz refiere ahora una visión que había tenido. Esta visión habría podido servir para reprender a Job por su descontento, pero no daba fundamento para acusarle de hipocresía. Las visiones en sueños o, como aquí, al despertar del sueño, eran corrientes en el Antiguo Testamento, pero, gracias a Dios, tenemos ahora la completa revelación de Dios por medio de Jesucristo, y hemos de acudir a la Biblia (V. 2 P. 1:19), en lugar de depender de visiones y voces.

I. El mensaje le fue enviado a Elifaz *en secreto* (v. 12), como suelen venir las más importantes comunicaciones de Dios al hombre. Dios tiene medios de infundir en el alma convicción, consuelo, aviso y reprensión con susurros que el mundo no puede escuchar, lo mismo que por medio de la predicación del Evangelio. Le fue traído *en cavilaciones de visiones nocturnas* (v. 13); es decir, entre pesadillas de ensueños. Se despertó sobresaltado (v. 14) y tuvo una visión real, no soñada (v. 15), de alguien cuyos rasgos no estaban bien definidos (v. 16). Era una figura humana de contornos borrosos; no cabe duda de que Elifaz se refiere a una figura celestial, angélica.

II. El mensaje mismo, pronunciado desde el silencio y en un susurro (v. 16) viene a ser una declaración de la suma transcendencia de Dios. Delante del Dios infinito en santidad y sabiduría, no sólo los hombres, sino también los ángeles son seres limitados y, de suyo, defectibles. No son amos, sino *siervos* (v. 18); y si a ellos les fuese confiado el gobierno del mundo, tendrían sus fracasos y sus errores. Son seres muy inteligentes, pero su inteligencia es limitada. Si hay tal distancia entre los ángeles y Dios, ¿Qué diremos de los hombres, cuyo espíritu, aun santificado, habita en vasos de barro? (ya desde Gn. 2:7, pasando por Sal. 103:14, hasta 2 Co. 4:7). Los ángeles son espíritus puros, libres de materia. Los hombres son espíritus enjaulados en cuerpos de barro, tan frágiles que el más pequeño accidente los quebranta como se aplasta la polilla entre los dedos (v. 19). De la mañana a la tarde desaparecen (v. 20), pues son arrancados con su tienda de campaña (v. 21, comp. con 2 Co. 5:1; 2 P. 1:14). Así, pues, ¿cómo se atreverá a contender con su Hacedor una criatura tan débil, tan pecaminosa y tan frágil como es el hombre? ¡Brillante discurso, pero fuera de lugar en esta ocasión, para el fin que Elifaz se proponía: convencer a Job de hipocresía!

CAPÍTULO 5

Prosigue Elifaz con su razonamiento, apela ahora a los fieles testigos de la verdad en todas las edades (v. 1) quienes aseguran: I. Que el pecado es la ruina de los pecadores (vv. 2–5). II. Que la aflicción es la suerte común de la humanidad (vv. 6, 7). III. Que nuestro deber durante la aflicción es acudir a Dios, quien puede y quiere ayudarnos (vv. 8–16). IV. Que las aflicciones que se soportan bien, resultan bien; en particular, si Job estuviese en mejor disposición, podría estar seguro de que Dios tenía reservadas para él grandes bendiciones (vv. 17–27).

Versículos 1–5

Tan seguro estaba Elifaz de la validez de su argumentación que reta a Job a que escoja quien pueda darle la razón (v. 1): *«Ahora, pues, da voces; ¿habrá quien te responda?»* Como si dijese: «¿Puedes

presentar un solo ejemplo de alguien que fuese realmente una persona íntegra y se viese reducida a tal extremo de aflicción como el que a ti te atormenta? Nunca trata Dios a quien le teme como te está tratando a ti; por consiguiente, de cierto que tú no eres temeroso de Dios. ¿Acaso ha maldecido jamás su día un hombre bueno como lo has hecho tú?» Elifaz no duda de que aun los ángeles le darán la razón en dos cosas:

1. En que el pecado causa la ruina de los pecadores (v. 2). No sólo es inútil el enojo, sino también nocivo: turba la razón, destempla el ánimo y hasta hace enfermar. «Eso te pasa a ti», viene a decir Elifaz: «al querellarte contra Dios, te estás haciendo el mayor daño posible».

A la malévola incitación de su mujer, Job había respondido: *Hablas como suele hablar cualquiera de las mujeres fatuas* (2:10). Elifaz parece decirle ahora a él: «Te portas como suele portarse cualquiera de los hombres fatuos»

2. En que la prosperidad de los pecadores es de corta duración (vv. 3–5). Pone Elifaz a Job en parangón con los malvados. La prosperidad de Job había llegado a su fin como la de cualquier inicuo. Su hacienda había sido consumida; sus criados y sus hijos habían muerto de muerte violenta. En un momento, había pasado de la prosperidad a la miseria; todo se había vuelto contra él. Nótese la comparación (v. 4) con los malhechores que, al verse obligados a devolver lo que mal adquirieron, no pueden hacerlo, y deja endeudados a sus hijos: *«Quebrantados en la puerta»*, es decir, ante los jueces. Como a los malvados le había ocurrido también a Job en lo de su hacienda (v. 5): A pesar de las vallas y las cercas con espinos, los sabeos y los caldeos, hambrientos de rapiña, se habían llevado todas sus posesiones (1:15–17).

Versículos 6–16

Después de lanzar tan terribles acusaciones, como si las tremendas calamidades de Job fuesen el fruto de sus pecados ocultos, Elifaz, que teme llevar a Job a la desesperación, trata ahora de animarle y le habla en tono suave, como si quisiera contrarrestar la dureza de sus anteriores frases.

1. Le recuerda que las aflicciones no vienen por casualidad, ni han de atribuirse a la acción de las causas segundas (v. 6), sino que se deben a la maldad de los hombres: no hay que echar la culpa al suelo, al mal tiempo ni al clima, sino al propio interior malvado del hombre, del mismo modo que las chispas se producen inevitablemente donde hay incendio.

2. Le aconseja comportarse bajo la aflicción del único modo correcto; *buscando a Dios* (v. 8) y poniendo en sus manos el caso. Eso es lo que Elifaz haría en el caso de Job, y eso es lo que Job debe hacer: Nada de quejarse ni de protestar, sino humillarse y acudir a Dios en oración. Si prescindimos de la equivocada teología de Elifaz, este consejo es provechoso en cualquier caso: *«¿Está alguno entre vosotros afligido? haga oración»*, dice Santiago (5:13).

3. Le anima a buscar a Dios, pues es un Dios que obra prodigios de poder y de bondad (v. 9): hace maravillas en el reino de la naturaleza (v. 10) y en la forma de gobernar el mundo, pues deshace los planes de los soberbios y protege y levanta a los humildes y afligidos. Las frases de Elifaz en los versículos 11–16 guardan gran semejanza con las de Ana (1 S. 2:7–8), David (Sal. 18:27), otro salmista (Sal. 147:6) y el cántico de María, la madre de Jesús (Lc. 1:52–53).

Versículos 17–27

Elifaz aconseja ahora a Job que tome su aflicción como una disciplina de un buen padre, como *la corrección del Todopoderoso* (mejor, *del Todosuficiente*—hebreo *Shadday*—primera vez que este vocablo se cita en el libro de Job)

I. Ésta es, en sí, una exhortación muy oportuna (v. 17): *«No menosprecies la corrección …»* La disciplina procede del amor de un buen padre y tiene por objetivo el bien del hijo (He. 12:6 y ss.). La gracia puede vencer la antipatía que la naturaleza siente hacia el sufrimiento y hacer que el hijo de Dios se someta a la divina voluntad. No hemos de pensar que es un rebajamiento someterse a la disciplina, sino, al contrario, que Dios realmente engrandece al hombre cuando le visita y le pone a prueba (7:17, 18). No veamos en la aflicción un efecto de la casualidad o de las causas segundas, sino como la voz de Dios que nos envía un mensaje desde el Cielo.

II. Veamos las palabras de ánimo que da Elifaz a Job.

1. *Bienaventurado es el hombre a quien Dios corrige* (v. 17; comp. Stg. 1:12); si el hombre se aprovecha de la corrección que Dios le envía, pues esta corrección es una evidencia de verdadera filiación y un medio seguro de santificación: mortifica las corrupciones, aparta el corazón de los vanos deseos o, como castizamente dice nuestro Fray Luis de Granada (nota del traductor) «pone acíbar en los pechos del mundo»; nos acerca más a Dios, nos lleva a la Biblia, nos pone de rodillas y *nos produce un eterno peso de gloria* (2 Co. 4:17). Cuando Dios produce heridas con las reprensiones de su Providencia, las venda y cura con los consuelos de su Espíritu (v. 18).

2. En los vv. siguientes, Elifaz se dirige personalmente a Job y le declara muchas y grandes promesas de las buenas cosas que Dios haría por él si se humillase bajo la mano de su Hacedor. Aunque los amigos de Job dijeron de él y de Dios algunas cosas que no estaban bien, las doctrinas generales que exponen reflejan el sentido piadoso de la era patriarcal y, puesto que el apóstol Pablo cita el versículo 13 como escritura canónica (v. 1 Co. 3:19) y el mandato del versículo 17 (comp. con Pr. 3:11) nos obliga también a nosotros; también las promesas que aquí se declaran pueden aplicarse a nosotros y las podemos recibir como de la mano de Dios *afín de que por medio de la paciencia y de la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza* (Ro. 15:4).

(A) Se promete aquí que cuantas veces sobrevengan aflicciones, otras tantas sobrevendrán también amorosas liberaciones (v. 19). El número siete simboliza aquí, como siempre, totalidad y perfección.

(B) Por muchas que sean las tribulaciones que caigan sobre el justo, *no le tocará el mal* (comp. con 1 Jn. 5:18 «*y el Maligno no le toca*»); es decir, no le producirá verdadero daño (comp. con Sal. 91:10).

(C) Cuando vengan calamidades públicas, el justo gozará de peculiar protección (v. 20). Para contrastar esta mentalidad con la del Nuevo Testamento, basta con leer Mateo 5:45; Lucas 13:1–5.

(D) Todo lo que de los buenos se diga con calumnia o para destruir su reputación, quedará sin efecto y no les hará daño (v. 21). Los mejores y más inocentes no pueden verse libres de calumnias, reproches y falsas acusaciones. De estas cosas no puede ponerse a salvo el hombre más santo, pero Dios sí puede resguardarlo y hacer que los malvados calumniadores no le perturben la paz ni le manchen la reputación.

(E) Disfrutarán de santa serenidad mental, nacida de su confianza en Dios, en medio de los peligros que les acechan: *No temerán la destrucción* (v. 21), ni *a las fieras del campo* (v. 22). Pablo habla con exultación de la impotencia de la muerte y del sepulcro (1 Co. 15:55), *persuadido* de que *nada, ni la muerte, puede separarnos del amor de Cristo* (Ro. 8:35–39)

(F) Al estar en paz con Dios, habrá también un pacto de paz entre el justo y la creación entera (v. 23); ni las *piedras* impedirán la fertilidad de su campo, ni las *fieras* estropearán las cosechas.

(G) Sus casas y familias gozarán de incolumidad y prosperidad (vv. 24, 25): *«Paz* (será) *tu tienda»*, dice literalmente el original. Es decir, tu casa se hallará en completa seguridad y prosperidad. Lo mismo ocurrirá con sus posesiones: cuando vaya a verlas, *nada echará de menos.* Su familia será *numerosa: su* prole brotará del seno como la grama que brota esplendorosa en el campo tras la lluvia. «Aunque hayas perdido todos tus hijos—parece decirle a Job—, si te vuelves a Dios, Él reconstruirá con creces tu familia.» Es un gozo para los padres ver la prosperidad, especialmente la espiritual, de sus hijos, pues si son realmente buenos, serán realmente grandes, aunque no lleguen a destacar en el mundo como personas importantes.

(H) Su muerte vendrá a su tiempo y sazón y terminarán el curso de la vida con gozo y honor (v. 26). Pero, si la Providencia no nos concede larga vida, con tal que la gracia de Dios nos deje satisfechos con el tiempo que haya sido fijado a nuestra vida, podemos decir que *bajamos al sepulcro en buena vejez.* Nuestros tiempos están en las manos de Dios (Sal. 31:35) y podemos estar contentos de ello; sabemos que Él se preocupará de que los suyos mueran en el mejor tiempo: aun cuando la muerte de algún creyente nos parezca prematura, nunca será inoportuna.

3. En el último versículo de esta sección (v. 27), Elifaz recomienda a Job que haga caso de estas promesas, pues son palabras fieles de cuya verdad puede estar seguro: *He aquí lo que hemos indagado y es cierto.* Habla en plural, pues se considera portavoz de sus compañeros. Es la voz de la experiencia propia y ajena, así como la tradición de los mayores. Así que lo mejor que Job puede hacer es *escucharla y aplicársela para su provecho.* No es bastante oír y conocer la verdad, sino que debemos ahondar en ella y hacernos más sabios y mejores por medio de ella. Buen sermón es el que nos hace bien; para ello, es preciso que nos apliquemos a nosotros mismos, no a otros, el mensaje.

CAPÍTULO 6

Elifaz concluye su discurso con aire de seguridad, pero Job no está convencido de lo que acaba de oír, sino que se justifica en sus quejas y condena a Elifaz por la debilidad de sus razones. I. Muestra tener causa justa para quejarse de su aflicción como lo hizo antes; por eso, querría presentarse ante un juez imparcial (vv. 2–7). II. Continúa con su apasionado deseo de morir cuanto antes y ser así libertado de todas sus miserias (vv. 8–13). III. Reprende a sus amigos por las censuras poco caritativas que le han dirigido (vv. 14–30). Hay que reconocer que Job, en todo lo que habló, dijo muchas cosas razonables, pero con una mezcla de pasión y debilidad humana. Así que en esta discusión, como en las demás, hubo faltas por ambas partes.

Versículos 1–7

Aunque Elifaz se había mostrado muy duro al comienzo de su discurso Job no le interrumpió, pero cuando concluyó de hablar, Job respondió muy resentido.

I. Presenta su calamidad, en general, como más pesada de lo que él la había expresado antes y de lo que ellos se habían dado cuenta (vv. 2, 3). Desearía apelar a una tercera persona que usase justas pesas y medidas con que pesar sus quejas en uno de los platillos de la balanza, y su calamidad con todos sus detalles en el otro. Así se hallaría, como él dice en otro lugar (23:2) que *es más grave* (es decir, más pesada) su *llaga que su gemido;* pesaría, dice él ahora (v. 3) *más que toda la arena del mar.* Por eso, deben excusarle por la amargura de sus quejas. Se queja Job de que sus amigos han querido propinarle la medicina antes de entender su caso.

II. Se queja de la tremenda presión que sufre su mente bajo el peso de la mano de Dios, quien se ha vuelto su enemigo sin saber por qué (v. 4). Aquí vemos una figura de los sufrimientos de Cristo, quien en su agonía, se quejó especialmente del tormento de su alma (V. Mt. 26:38; 27:46; Jn. 12:27). El pobre Job gime porque *las saetas del Shadday están clavadas en su interior.* Lo que le llega a lo más hondo es pensar que el Dios a quien tanto amó y tan fielmente sirvió, le haya puesto en esta situación que lleva las marcas del desagrado divino. No hay tortura tan difícil de soportar como la tortura mental. De cierto es una pócima *venenosa,* pues perturba la razón, paraliza la decisión, agota el vigor y es una amenaza para la vida misma. Job se ve rodeado de *los terrores de Dios,* como en un campo de batalla en que los enemigos le han cercado sin dejarle salida.

III. Se queja de las severas censuras de sus amigos, las cuales no tienen fundamento. No se queja sin motivo. No se quejaba antes, cuando disfrutaba de prosperidad y comodidad, como no gimen las bestias cuando tienen pasto abundante (v. 5). Pero ahora que se ve privado de todas sus comodidades y afligido con tan pesadas miserias, sería como una piedra o un leño si no diese salida a sus quejas, pues hasta el asno y el buey lo hacen. Se veía obligado a comer manjares insípidos y tan empobrecido que no disponía ni de un grano de sal con que dar sabor ni siquiera a la clara de huevo (hebreo, *rir hallamut*, que otros traducen por «mucígalo del malvavisco», que se usaba hasta hace poco en medicina. Es obvio que ha de tratarse de algo que tiene positivamente mal gusto. Nota del traductor).

Versículos 8–13

El mar encrespado ruge con mayor encono cuando se estrella contra el acantilado. Así también Job, en lugar de desdecirse de lo que pronunció anteriormente, lo expresa ahora con mayor vehemencia que al principio.

I. Todavía desea apasionadamente morir. No halla a su miseria otra salida que la muerte y carece de paciencia para esperar el tiempo que está fijado para que baje al sepulcro. Ésta es la petición que presenta a Dios (vv. 8–9): *Que se digne aplastarle.* Aunque estaba tan deseoso de morir, notemos que no decide suicidarse, sino solamente suplica a Dios que acabe con él. Hace, pues, de su deseo una oración.

II. Con que Dios terminase con él de un golpe, se quedaría contento (v. 10): *Sería esto mi consuelo.* Si Job no tuviese la conciencia tranquila, no hablaría de este modo.

Morir a manos de Dios sería ahora una señal de que el Señor se había vuelto hacia él con benevolencia. Morir en medio de las mayores torturas, *sin haber contravenido los mandamientos del Santo,* le haría exultar de gozo.

III. Se justifica del vehemente deseo que tiene de morir fundado en la deplorable condición en que se halla (vv. 11, 12), arguye, aunque torcidamente, contra los ánimos que sus amigos le quieren dar: *¿Cuál es mi fuerza para resistir por más tiempo?* Como si dijese: «Ya veis cuán débil y agotado me hallo; por tanto, ¿qué motivos tengo para esperar mejores días? *¿Es mi fuerza la de las piedras?* ¿Son de bronce mis músculos, y de acero mis tendones? ¡No lo son! Por ello, no puedo por menos que sucumbir bajo el peso de la adversidad». ¿Cuál es nuestra fuerza? Es una fuerza dependiente; no tenemos más fuerza que la que Dios nos da, *pues en Él vivimos, nos movemos y somos* (Hch. 17:18).

Versículos 14–21

Elifaz había sido muy severo al censurar a Job; sus compañeros habían sugerido, con su silencio, que estaban de acuerdo con él. El pobre Job se queja ahora de la malevolencia de ellos, pues ello agrava su desdicha y le concede una excusa más para desearse la muerte, pues ¿qué satisfacción puede esperar en este mundo cuando los que habrían de ser sus consoladores muestran ser sus atormentadores?

I. Muestra la razón que tenía para esperar de ellos benevolencia (v. 14): *El atribulado es consolado por su compañero, incluso el que abandona el temor del Omnipotente.* Es un principio de simple humanidad, que se da incluso en los que no tienen religión. La versión caldea traduce: *Quien retira de su amigo la compasión abandona el temor del Omnipotente.* En la aflicción es cuando se percata el hombre de quiénes son sus verdaderos amigos, y quiénes simulan serlo.

II. Muestra la decepción que ha sufrido en lo que de ellos esperaba (v. 15): *Mis hermanos* (así llama a sus amigos) *me traicionaron como un torrente.* En los vv. 15–21, los compara a los torrentes tan comunes en aquellos países del desierto arábigo, en los que falta el agua cuando más necesaria es. Las caravanas que se adentran por el desierto, al agotárseles la provisión de agua, dejan los caminos trillados y van en busca del torrente que en invierno vieron rebosante de agua; pero cuando llegan allí, quedan decepcionados al hallar seco el álveo, sin gota de agua. así le resultaban a Job sus amigos, ya que, en lugar de animarle con el recuerdo de su piedad anterior y la seguridad de que Dios le mostraría al fin su favor, le censuran y condenan como hipócrita, y echa en sus llagas vinagre en vez de aceite. No podemos esperar demasiado de la criaturas, ni demasiado poco del Creador (V. Jer. 2:13), pues Dios sobrepasa nuestras esperanzas, mientras los hombres mustian nuestras ilusiones.

El pródigo de Lucas 15 tuvo amigos mientras tuvo dinero, pero se quedó solo y abandonado cuando se le acabó la plata.

Versículos 22–30

Procede luego Job a reprender a sus amigos por su malevolencia. Si fueran imparciales, no tendrían más remedio que reconocer:

1. Que aunque estaba necesitado, no había mendigado el dinero de ellos. Tampoco había implorado su protección (vv. 22, 23). No, no esperaba que arriesgasen nada por ayudarle. El hecho de que Job no les pidiese ayuda económica no les excusaba a ellos por no ofrecerla cuando él la necesitaba y ellos estaban en condiciones de dársela. A menudo ocurre que, cuando esperamos algo de una persona, tenemos menos de parte de ella; pero cuando esperamos algo de Dios, siempre tenemos más (Ef. 3:20).
2. Que aunque no estaba de acuerdo con las opiniones de ellos, no rehusaba que le enseñasen e instruyesen (vv. 24, 25): *Enseñadme y yo callaré, etc.* Encuentra Job dulzura en las *razones ecuánimes:* sinceras y equilibradas, no distorsionadas por prejuicios o malevolencia; *«pero ¿qué prueban vuestras*

críticas?—añade—. Lo que hasta ahora le han dicho son hipótesis falsas, reprensiones sin motivo, acusaciones faltas de verdad y caridad.

3. Que aunque él se haya extralimitado en sus expresiones, han de tener en cuenta que son *los dichos* (lit.) *de un desesperado* (v. 26).

Un poco de caridad les habría ayudado a juzgarle mejor ¿Se habrá de juzgar de la condición espiritual de una persona por unas expresiones pronunciadas en momentos de intenso dolor y profunda turbación? Los amigos de Job se portaban de manera parecida a los que trafican con huérfanos y traicionan a los amigos. No dice Job que lo hagan en realidad; son expresiones proverbiales que denotan un trato inhumano y bárbaro.

4. Que aunque sus expresiones hayan sido algún tanto apasionadas, en lo principal llevaba él la razón y que, aunque sus aflicciones eran extraordinarias, no demostraban que fuese un perverso ni un hipócrita: *Ahora pues, si queréis miradme, etc.* (v. 28). Como si dijese; «¿Qué veis en mí que os haga pensar que soy un loco o un perverso? ¿No muestra mi rostro que, aun cuando he maldecido mi día, no he maldecido a mi Dios? *¿Hay acaso falsedad en mi lengua* (v. 30), esa clase de falsedad a la que vosotros os referís?» De haber sido así, su propia conciencia le habría advertido de ello, del mismo modo que el paladar puede discernir los manjares que se introducen en la boca. *«Volveos»,* dice (v. 29); esto es: «Cambiad el curso de vuestra argumentación y, tras reflexionar imparcialmente, buscad a mis aflicciones otra explicación más favorable que la que habéis presentado».

CAPÍTULO 7

Continúa Job expresando la amargura que siente por su aflicción y justificándose por el deseo de morir. I. Se lamenta de nuevo, en su interior y a sus amigos, de su aflicción y de la constante agitación en que se halla (vv. 1–6). II. Se vuelve hacia Dios (vv. 7 y ss., hasta el final del cap.), 1. Para que ponga fin rápidamente a su situación actual (vv. 7–10). 2. Para que se de cuenta de la miserable condición en que se halla (vv. 11–16). 3. Para que cese de contender con él, le perdone sus pecados y le alivie rápidamente de su miseria (vv. 17–21).

Versículos 1–6

Job insiste aquí en un tema que se repite una y otra vez (v. en especial, cap. 14): los días del hombre sobre la tierra son *pocos y malos* (comp. Gn. 47:9).

I. La vida del hombre es corta. «No toméis equivocadamente mis palabras—viene a decir Job—cuando expreso mi deseo de morir, como si pensase que puedo adelantar el tiempo fijado por Dios; ya sé que no es posible. El soldado ha de terminar su milicia, y el jornalero su jornada de trabajo.» Ciertamente que el plazo no nos ha sido fijado por el hado fatídico, como pensaban los estoicos, ni por la ciega fortuna, como cavilaban los epicúreos, sino por el designio sabio, santo y soberano de un Dios que es amor. Nos hemos de considerar en este mundo: 1. Como soldados, expuestos a las dificultades y a los peligros en medio de muchos enemigos; estamos bajo mando; y cuando se acabe el tiempo de nuestra milicia, seremos licenciados y desbandados; otros vendrán al relevo (14:14). 2. Como jornaleros, que tienen que llevar a cabo la labor del dia y rendir cuentas al llegar la noche.

II. Tenia mucha razón—pensaba él—para desear la muerte, como el esclavo y el jornalero (v. 2) que están cansados del trabajo y suspiran por las sombras de la noche, cuando recibirán su jornal y se irán a descansar. Pero él tenia otras especiales razones para desear que se acercara el final de su jornada:

1. Sus días eran inútiles y lo habían sido ya por algún tiempo: *«meses de calamidad»* (v. 3). Era una carga para sí mismo y aun para Dios (según el texto original, que los escribas alteraron por una falsa reverencia, del v. 20b). Tampoco podía hacer ningún bien a otros. Cuando no podamos hacer el bien que queremos, seremos igualmente aceptos a Dios si sufrimos cristianamente el mal que padecemos.

2. Sus noches eran especialmente dolorosas por estar llenas de agitación y de pesadillas (vv. 3, 4). La noche alivia al trabajador y, muchas veces, al paciente. Pero el pobre Job no podía conseguir este alivio. Esto le hacía temer la noche tanto como la desea el esclavo.

3. Todo su cuerpo estaba hecho una lástima (v. 5) y su vida—así le parecía a él—, iba rápidamente hacia su final (v. 6). Pensó que no tenía ningún motivo para esperar una vida más larga, pues sus días pasaban *más veloces que la lanzadera del tejedor,* que va rápidamente de un lado al otro del telar, y se le iba la esperanza de verse recuperado en su salud y en su hacienda.

Versículos 7–16

Job ruega aquí a Dios o que le alivie o que le acabe. Se presenta ante Dios:

1. Como un moribundo (v. 7): *Acuérdate que mi vida es un soplo.* Se encomienda, pues, a la compasión de Dios, en razón de la extrema fragilidad de su vida. Ni él volverá a ver la dicha (v. 7), ni los demás volverán a verle, y aun a la vista de Dios desaparecerá (v. 8). La muerte es algo que sucede una sola vez (He. 9:27). Job lo ilustra comparándola con el desvanecerse de una nube (v. 9), que se deshilacha en el aire para no volver a formarse. Surgen otras nubes, pero la misma nube jamás vuelve a su lugar (vv. 9–10), ni el lugar vuelve jamás a verla. *«Por tanto* (v. 11), *no refrenaré mi lengua, etc».* De las anteriores premisas, podía esperarse una mejor conclusión. Es preferible morir cuando se ora y alaba que morir quejumbroso y airado.

2. Como un desequilibrado, gravemente destemplado de cuerpo y alma (v. 12) *¿Soy yo el mar o un monstruo marino, para que me pongas guarda?* ¡Irreverente modo de dirigirse al Creador! Le parece que Dios lo trata como a una fiera a quien es menester poner coto para que no haga daño. Pero, no le juzguemos apresuradamente. El pobre Job halla que su cama, en vez de aliviarle (v. 13), le aterra con pesadillas. Éstas se debían, en parte, al destemple de su ánimo, pero es probable que el propio Satanás pusiese una mano en ellas, pues suele aterrorizar a quienes desea destruir. Job le echa a Dios la culpa (v. 14). Hemos de orar a Dios para que nuestros sueños no perturben nuestro espíritu. Job halla en esos terrores un motivo más para desear ir al sepulcro, donde toda inquietud y toda pesadilla desaparecen. No cabe duda de que ésta era la mayor debilidad de Job, porque aun cuando una persona buena desee marchar de este mundo y prefiera la estrangulación y la muerte antes que el pecado, como es el caso de los mártires, se contentará, sin embargo, con vivir por tanto tiempo como a Dios le plazca y no escogerá, sin más, la muerte con preferencia a la vida, puesto que la vida es nuestra oportunidad para glorificar a Dios y disponerse para el Cielo.

Versículos 17–21

Job discute ahora con Dios:

I. Acerca del modo como trata a los hombres (vv. 17–18): *¿Qué es el hombre* (hebr. *enosh:* el ser humano en su debilidad) *para que tanto de él te ocupes* (lit. *le engrandezcas) y para que fijes en él tu atención?* Nos engañamos en cuanto al carácter de Dios y de su providencia, si pensamos que es un rebajamiento para Él ocuparse de la más insignificante de sus criaturas. Preguntas parecidas a las de Job aquí, se hallan en los salmos (Sal. 8:5; 144:3), pero con dos diferencias notables: 1. Los salmistas se refieren al hombre en general, pero Job se lo aplica a sí mismo en particular, como vemos por el contexto. 2. Pero, principalmente, los salmistas se admiran, llenos de agradecimiento, de que Dios engrandezca al hombre colmándole de favores, mientras que Job se admira de que Dios le de tanta importancia a él no dejándole tranquilo, sino escrutando con mirada inquisitiva todo cuanto piensa, habla y hace.

II. Acerca del modo como le trata a él:

1. Tomándole como blanco de sus dardos (v. 20): *«¿Por qué me pones por blanco tuyo?*» Como si dijese: «Mi caso es extraordinario, pues a nadie atacas como a mí. Este acoso es tan constante que parece que Dios no tiene otra cosa que hacer: *«Hasta convertirme en una carga para ti».*

2. No permitiéndole punto de reposo, ni siquiera para *«tragar la saliva»* (v. 19. Comp. con 9:18, que es una expresión equivalente). La mirada de Dios—según él—le persigue constantemente. Con todo, se confiesa pecador (v. 21) delante de Dios. Dios mismo había dicho de él que era *cabal y recto, temeroso*

de Dios y apartado del mal (1:8), pero él dice: *he pecado* (sin embargo la construcción de la frase da a entender que Job habla en hipótesis: *«Si es que he pecado, ¿qué* (mal) *te hago a tí?»* (lit.). Esta pregunta incongruente de Job la hacen todavía muchos incrédulos: *¿Qué mal le hago a Dios con eso?* Para responderla, basta mirar al Calvario. ¡Nuestro pecado le ha costado muy caro a Dios! (Nota del traductor).

3. Negándole el perdón, aun en el caso de que haya pecado (v. 21): *¿Y por qué no borras mi rebelión y perdonas mi iniquidad?* Como diciendo: «Aun en el caso de que haya pecado (recuérdese la nota anterior), ¿por qué me guardas un rencor tan profundo, hasta el punto de negarme el perdón, puesto que sigues torturándome, con lo que muestras no haberme perdonado?» La pregunta es una amarga queja en los labios de Job, pero no le juzguemos demasiado severamente. La queja puede también entenderse (al menos, implícitamente) como una oración, una petición de perdón. La amargura sólo sirve para hacer más viva y urgente su oración. Cuando la misericordia de Dios perdona las transgresiones que hemos cometido, la gracia de Dios retira de nosotros la iniquidad reinante hasta entonces en nuestro corazón. Y cuando Dios retira la culpa del pecado, quebranta también el poder del pecado.

CAPÍTULO 8

Los amigos de Job se portan como los emisarios del capítulo 1: se turnan rápidamente el uno al otro en sus acusaciones. Elifaz no replicó a lo que Job acababa de decir, pero le dejó el turno a Bildad. Elifaz había sacado la conclusión de que Job no sufriría tanto si no fuese un malvado. Bildad saca la misma conclusión, y añade que ciertamente lo es, a menos que Dios acuda rápidamente en su ayuda. En este capítulo se esfuerza en convencer a Job: I. De que ha hablado con demasiada pasión (v. 2). II. De que él y sus hijos han padecido lo que se merecían en justicia (vv. 3, 4). III. De que, si se arrepintiese de veras, Dios no tardaría en sacarle de aquella situación (vv. 5–7). V. De que era norma ordinaria de la Providencia extinguir los gozos y esperanzas de los malvados, como ocurría en su caso; por lo que tenían motivos para sospechar de él como de un hipócrita (vv. 8–19). VI. De que se confirmarían en sus sospechas, si Dios no acudía pronto para aliviarle (vv. 20–22).

Versículos 1–7

I. Bildad reprende a Job por lo que acaba de decir (v. 2), quiere poner freno a la pasión de éste, pero (como ocurre con demasiada frecuencia) con mayor pasión todavía. Job había dicho muchas cosas de sano juicio, pero Bildad no les presta ninguna atención, sino que dice: *¿Hasta cuándo hablarás tales cosas?* Y las compara a un *viento impetuoso.*

II. Justifica el modo de proceder de Dios, de lo que no había necesidad en esta ocasión, puesto que Job no había condenado a Dios. Lo peor es que Bildad quiso justificar a Dios mediante una aplicación errónea e hiriente. 1. Es cierto que Dios *no tuerce el derecho ni pervierte la justicia* (v. 3). 2. Pero Bildad da por supuesto que los hijos de Job (cuya muerte le había causado una de sus mayores aflicciones), habían sido culpables de alguna perversidad notoria (v. 4). Job reconocía que Dios no tuerce el derecho, pero de ello no se seguía que sus hijos hubiesen muerto por alguna transgresión grave. Es cierto, que tanto nosotros como nuestros hijos hemos pecado contra Dios, pero las aflicciones extraordinarias no siempre son castigo de pecados extraordinarios, sino que, a veces, son para poner a prueba gracias también extraordinarias; y al juzgar casos ajenos, deberíamos optar por el lado más favorable, como nos enseñó el Salvador (Lc. 13:2–4).

III. Anima a Job a esperar que, si es *limpio y recto* (v. 6), como él asegura, todo terminará bien después de la presente tribulación (vv. 5–7). Esto puede tomarse en dos sentidos: 1. Como para demostrar que Job es un hipócrita y un malvado, puesto que su aflicción continúa. En esto se equivocaba Bildad, pues una persona buena puede ser puesta a prueba mediante la aflicción por largo tiempo, incluso durante toda la vida, la cual, comparada con la eternidad, no es más que breve momento. 2. O para animar a Job, a fin de que no desespere, sino que se arrepienta y corrija, con lo que su *postrer estado será muy grande* (v. 7). Con ello da a entender que, de momento, Job no merece ver días mejores. Que no se desanime Job por

carecer de todo y tener que empezar a partir de cero en caso de que *busque a Dios* (v. 5). Con un *principio tan pequeño,* Dios puede hacerle prosperar grandemente. Un poco de harina en la tinaja y un poco de aceite en la vasija (1 R. 17:14) son bastantes para que Dios los multiplique indefinidamente con su bendición. Este es el modo como enriquece Dios las almas de su pueblo con gracias y consuelos, no *per saltum*—a brincos—, sino—*per gradum*—paso a paso.

Versículos 8–19

Bildad no se atreve a decir, como lo había dicho Elifaz, que *ningún inocente ha perecido* (4:7); pero da por supuesto que Dios lleva, de ordinario, a los perversos a la vergüenza y a la ruina en este mundo y que, al acortar el tiempo de su prosperidad, descubre que su piedad había sido falsa. Sin embargo, no va a decir si esto prueba que todos los que de esta manera han sido arruinados habían sido unos hipócritas.

I. Para probar que todas las esperanzas de los hipócritas quedarán frustradas, apela al testimonio de la tradición. «Es cierto—dice—que *nosotros somos de ayer y nada sabemos*» (v. 9), pero que indague Job en los archivos de la antigüedad (v. 8) *y ellos le enseñarán* (v. 10) que los castigos de Dios siempre habían caído sobre la cabeza de los perversos. El erudito obispo Patrick sugiere que, al ser Bildad suhita, descendiente de uno de los hijos que de Cetura tuvo Abraham (Gn. 25:2), su apelación a la tradición se basaba principalmente en las bendiciones que Dios había prometido a la posteridad del creyente y fiel Abraham.

II. Ilustra esta verdad con algunos símiles.

1. Las esperanzas y alegrías de los hipócritas se parecen a un papiro y a un junco (vv. 11–13), los cuales necesitan el agua para crecer; fuera de ella, se secan. Pero las esperanzas del hipócrita brotan de un terreno seco que no puede hacerlas prosperar. Se fundan en la prosperidad material, en la falsa profesión de religión, en la buena opinión que de él tienen sus vecinos y en el alto concepto que él tiene de sí mismo, todo lo cual no es base sólida paz edificar verdaderas alegrías y esperanzas. Pueden parecer por algún tiempo como juncos verdes y lustrosos, que han crecido más que la sencilla hierba, pero son cosa ligera, hueca y vacía: *Se seca primero que toda hierba* (v. 12), aun antes de ser cortado. «*Así son las sendas* (lit.) *de todos los que se olvidan de Dios*» (v. 13); es decir, así es su final; y *la esperanza del impío perecerá.*

2. También se parecen a una *tela de araña* (vv. 14, 15). La esperanza del hipócrita es una creación de su propia fantasía y surge del falso concepto que él tiene de sus méritos y de su autosuficiencia. Hay una gran diferencia entre el trabajo de una abeja y el de una araña. El creyente diligente, como la abeja laboriosa, nutre todo su consuelo con el rocío celestial de la Palabra de Dios; pero el hipócrita, como la araña, teje sus esperanzas basado en falsas hipótesis que él mismo se fabrica con respecto a Dios, como si Dios fuese igual que él. Como la araña en su tela (lit. *casa),* así se apoya en su casa el hipócrita.También *en palacios de rey está la araña* (Pr. 30:28). De igual modo, el impío se apoya en su prosperidad y se jacta de su casa como de un palacio. Pero será barrido, como la telaraña, cuando venga Dios a limpiar su casa.

3. Finalmente, Bildad compara al hipócrita con un árbol frondoso y bien enraizado que, aunque no se seque de suyo, será arrancado de su lugar, de forma que éste se olvidará de él (vv. 16–18). A pesar de su corpulencia y de que sus raíces están entretejidas con las piedras (no como el junco, que se asienta en barro y agua), será arrancado de cuajo. Así le pasará al impío, por más seguro y próspero que se sienta él en el mundo.

Versículos 20–22

Bildad resume en pocas palabras todo lo que acaba de decir. 1. Por una parte, si Job fuera un hombre cabal e integro, *Dios no le había de rechazar* (v. 20). Si Job se vuelve a Dios, de seguro volverá a disfrutar de dicha prosperidad (v. 21), mientras sus enemigos se verán avergonzados (v. 22). 2. Por otra parte, si Job persiste en su hipocresía, Dios no vendrá en su ayuda, sino que lo dejará perecer en su actual aflicción (v. 20) y su morada desaparecerá como la de todos los impíos (v. 22). Esto es cierto en general, pues Sólo *el que habita al abrigo del Altísimo* estará seguro para siempre (Sal. 91:1 y ss.). El pecado

arruina personas y familias. Pero argüir, como Bildad hace solapadamente, que Job ciertamente ha de ser un impío y un hipócrita, puesto que su familia ha perecido y él mismo se halla en situación lamentable, no fue justo ni caritativo.

CAPÍTULO 9

Responde Job a Bildad y le habla honorablemente de Dios, humildemente de sí mismo, y resentidamente de su aflicción. En este capítulo, vemos, I. Expuesta la doctrina de la justicia de Dios (v. 2). II. Demostrada con base en la sabiduría, el poder y la soberanía de Dios (vv. 3–13). III. Aplicada al caso, en lo cual Job, 1. Se condena a sí mismo y confiesa que no puede contender con Dios (vv. 14–21). 2. Mantiene su punto de que no podemos juzgar el carácter de las personas por lo que aparece al exterior (vv. 22–24). 3. Se queja de la magnitud de su aflicción, de la confusión en que se ve y de su impotencia para saber qué decir o hacer (vv. 25–35).

Versículos 1–13

Bildad había comenzado su discurso reprendiendo a Job por hablar tanto (8:2). Job no responde a esto, pero en lo de que Dios no puede torcer el derecho (8:3), está de acuerdo con él (v. 2): *Ciertamente yo sé que es así; ¿Y cómo se justificará el hombre ante Dios?* Hay quienes entienden esto como una queja de la severidad de Dios, por la forma en que se expresa Job en otros lugares de este mismo capítulo. Pero hay que tomarlo más bien como una piadosa confesión de la pecaminosidad del hombre, y de la suya en particular, de forma que si Dios nos tratase como merecen nuestros pecados estaríamos perdidos.

I. Job sienta como verdad incontestable que nadie puede contender con su Hacedor: 1. En disputa (v. 3): *Si quisiera discutir con Él* en litigio ante tribunal, como se ve por el contexto anterior, *no le podrá responder a una cosa entre mil.* Cuando Dios habló a Job desde un torbellino (caps. 38 y 39) y le dirigió múltiples preguntas, Job no pudo responder ni a una sola de ellas. Igualmente, Dios puede acusarnos de mil ofensas, y no podemos responderle para excusamos de una sola de ellas. 2. En combate (v. 4): *¿Quién se enfureció contra Él y le fue bien?* No puede presentarse ningún caso de ningún pecador que se haya atrevido a enfurecerse contra Dios y que no haya hallado que es demasiado duro para él, y pagar cara su insensatez.

II. Lo prueba mostrando con qué Dios nos las habemos (v. 4): Él *es sabio de corazón* y, por tanto, no podemos responderle ante la ley; y *poderoso de fuerzas,* por lo que no podemos luchar con Él. El diablo esperaba que Job, en su aflicción, había de maldecir a Dios en su cara, pero, en lugar de eso, Job honra a Dios y habla altamente de Él. El Dios de la naturaleza actúa con poder incontrolable y hace lo que le place, pues Él lo ha creado todo y todo depende de Él. Nada hay tan firme como las montañas; sin embargo, Dios las puede mover y trastornar de tal forma y con tal rapidez, que bien puede decir Job, en bella personificación, que no se enteran de quién las trastornó (v. 5). Hace temblar la tierra con terremotos, hasta sacudirla en sus cimientos (v. 6), oscurece el sol con eclipses y nieblas, y *guarda bajo sello,* como en recipiente cerrado (por medio de las nubes), *las estrellas* (v. 7). Extiende los cielos como una cortina y camina por encima de las nubes (v. 8. Más probable que sobre las aguas del mar). Él ha hecho las constelaciones (v. 9). Todo lo que hace es maravilloso (v. 10). Pero es extraño que Job mencione sólo obras del poder de Dios, especialmente las de poder destructivo, en vez de tener en cuenta su bondad y su rectitud. El motivo, sin duda, se deja ver en el contexto, tanto anterior como posterior: Dios es soberano y hace lo que le place. Nadie le puede pedir cuentas ni resistirle. ¡Gracias a Dios, nosotros tenemos mucha más luz! Aunque, de momento, no sepamos muchas veces por qué obra Dios de manera tan rara, sí sabemos que todo lo hace converger para bien de los que le aman (Ro. 8:28)

Versículos 14–21

Todo lo que ha dicho Job de la completa imposibilidad de contender con Dios, lo aplica ahora a sí mismo y desespera de obtener el favor de Dios. Le ronda la terrible sospecha de que Dios, sin saber por qué, está contra él. Si los más formidables poderes del caos (éste parece ser el sentido de «*los que ayudan a Ráhab*»—v. 13—) tienen que rendirse ante el poder de Dios, ¿qué va a hacer él, un pobre hombre puesto en tan lamentable estado? (v. 14). Así que no va a insistir en querer justificarse delante de Dios. En cambio:

1. Aun suponiendo que tenga razón, no va a responder, sino que va a apelar a la clemencia de Dios (v. 15). Dice el Apóstol Juan: *Si nuestro corazón nos reprocha algo, mayor que nuestro corazón es Dios y Él conoce todas las cosas* (1 Jn. 3:20). El versículo 16 puede entenderse de dos maneras: (A) Aunque Dios le responda, no será por la oración que le ha dirigido, sino puramente porque así le place (ésta es la opinión de M. Henry—poco probable—). (B) Aun suponiendo que Dios acuda a la cita de Job, y comparezca para litigar (v. 19), no espera Job que Dios atienda a sus cargos (opinión más probable. Nota del traductor). En todo caso, Job no halla motivo alguno para que Dios se porte así con él (v. 17). Lo peor para Job es que no puede resistir ni a la fuerza, ni a la sabiduría de Dios (v. 19). Repite una y otra vez lo que ya anunció en el versículo 4. Todas las versiones que conozco—nota del traductor—traducen la última frase del versículo 19 «¿quién *le* emplazará?» (a Dios), y corrigen el texto hebreo que dice claramente: «¿quién *me* emplazará?», y al seguir a los LXX. Pero el hebreo da a entender que Dios llama a Job a juicio, mas no hay nadie que le conceda acudir para apelar en contra de las decisiones de Dios. Podemos, pues, admitir la lectura del hebreo.

2. Pasa luego Job a decir grandes verdades que cada uno de nosotros puede aplicarse a sí mismo (vv. 20, 21). Son dos versículos muy difíciles. Su sentido parece ser el siguiente: Aun en el caso de que pudiese comparecer ante el tribunal de Dios (v. 19), si Dios seguía persiguiéndole como ahora (vv. 17, 18), no podría él alegar nada a favor de sí, ya fuese porque su boca no hallaría palabras para probar que era inocente (v. 20), o porque Dios le declararía reo, haciéndole ver que no era intachable, que no era tan inocente como él se creía y que su vida era despreciable (v. 21). Lo cierto es que toda persona buena que conozca lo engañoso y perverso del corazón humano (Jer. 17:9), ha de sospechar que alberga en su interior más ponzoña de la que él tiene conciencia y, por tanto, jamás tratará de justificarse ante Dios.

Versículos 22–24

Aquí toca Job brevemente el principal punto de discusión con sus amigos. Ellos sostenían que el que es bueno prospera siempre, y sólo los malvados sufren calamidades; él, por el contrario, afirma que es cosa corriente el que los malvados prosperen y los buenos se vean grandemente afligidos. Ahora bien, 1. Hay que reconocer que hay parte de verdad en lo que Job dice: los males caen igualmente sobre justos e impíos (v. 22). Job no dice aquí nada de los bienes, con lo que sus frases adquieren un cariz extremadamente pesimista. 2. Por otra parte. Job parece haber llegado aquí al colmo de su perturbación emocional, pues llega a decir: (A) Que Dios *se ríe del sufrimiento de los inocentes* (v. 23), frase lindante con la blasfemia, de la que sólo le excusa la turbación de su ánimo a causa de la tremenda aflicción por la que pasa. ¡Cuánta razón tenemos para orar: *«No nos metas* (lit.) *en tentación»!* (Mt. 6:13; Lc. 11:4). (B) Que Dios cubre el rostro de los jueces (v. 24), para que hagan la vista gorda ante las injusticias de los potentados.

En su obcecación, Job confunde la voluntad permisiva de Dios con una acción directa a favor del mal ¿Qué queda entonces para el libre albedrío y la responsabilidad de las acciones humanas? Mala cosa es pronunciar juicios a impulsos de la ira.

Versículos 25–35

Job se vuelve más y más quejumbroso. Cuando nos hallamos en un aprieto, podemos quejarnos a Dios, como vemos frecuentemente en los Salmos, pero no debemos quejarnos de Dios, como lo hace aquí Job.

I. Su queja de que los días de prosperidad pasaron velozmente no es censurable (vv. 25, 26). Nótese el clímax; primero, la rapidez del correo; más rápida se desliza la lancha; pero el águila se precipita mucho más velozmente sobre la presa.

II. Su queja de la situación en que se halla es también excusable (vv. 27, 28). Si alguien dice que podría haberse olvidado de su dolor y haber orado y alabado a Dios, que se ponga en el caso de Job. Como dice el refrán español: «Es muy fácil ver los toros desde la barrera».

III. Su queja de la inexorabilidad de Dios en la forma de tratarle no tiene ya tanta excusa. Él sabía muy bien que Dios no era como lo describe aquí y, en situación de calma, no habría hablado así. Las personas buenas no siempre hablan bien; pero Dios que *conoce nuestra condición* (Sal. 103:14), les da después oportunidades para desdecirse y corregir mediante el arrepentimiento lo que se dijo en un momento de ofuscación.

1. Job parece hablar aquí: (A) Como si desesperase de obtener de Dios ningún alivio en sus dolores (v. 28): *«Sé que no me tendrás por inocente.* Mis aflicciones duran demasiado tiempo. *¿Para qué trabajaré en vano?»* (v. 29). Es cierto que, cuando se trabaja para los hombres, se trabaja muchas veces en vano, pero el trabajo para Dios *no es en vano* (1 Co. 15:58). (B) Como si Dios no tuviese en cuenta que Job era intachable (vv. 30, 31). No se daba cuenta de que, aun cuando las manos estuviesen limpias *con la limpieza más esmerada,* Dios ve el corazón engañoso del hombre, donde anidan pecados ocultos, suficientes para despojarnos de toda pretensión de limpieza moral. Pablo, cuando era fariseo, tenía las manos limpias; era *irreprensible* (Fil. 3:6), pero también se reconoce como *el primero de los pecadores* (1 Ti. 1:15). (C) Como si fuese imposible llegar a una conciliación con Dios (vv. 32, 33), ya que no hay árbitro que, según la costumbre de la época, pueda poner una mano sobre él y otra sobre Dios. Job no podía imaginarse que llegaría el tiempo en que tal árbitro había de existir: *el único Mediador entre Dios y los hombres* (1 Ti. 2:5). (D) Como si el terror que Dios le infunde le sacase de sus casillas, de forma que de nada le sirve hablar, pues no puede hacerlo con la serenidad y confianza de antaño (vv. 34, 35).

2. De todo esto hemos de sacar un sentimiento de honda compasión hacia quienes están profundamente heridos en su ánimo, y un firme propósito de albergar siempre buenos pensamientos acerca del carácter de Dios, porque pensar duramente de Él conduce siempre a desatinos de palabra y de obra.

CAPÍTULO 10

Cada vez más lleno de confusión, Job se queja ahora, I. De su triste condición (vv. 1–7). II. De la aparente contradicción que ve en el cuidado que Dios tuvo al formarle, y la forma como ahora le trata (vv. 8–12). III. De la enemiga de Dios contra él, a la cual no halla Job ninguna explicación (vv. 13–22).

Versículos 1–7

I. Hallamos aquí en Job una resolución apasionada de persistir en sus quejas (v. 1). Está tan hastiado de la vida, que va a dar salida a toda la amargura que alberga en su interior. Al hablar *en la amargura de su alma,* podría decir como Pablo: *«Ya no soy yo … sino el pecado que mora en mí* (Ro. 7:17). No es mi alma la que habla, sino su amargura».

II. Como es frecuente en los Salmos, comienza su queja con una oración (v. 2), pero es para pedir cuentas a Dios de la forma en que le trata ¿Qué motivos puede tener Dios para afligirle? (v. 3). Los hombres, falibles y mortales, podrían proceder de ese modo; pero un Dios infinitamente sabio y eterno, que no necesita darse prisa para percatarse, con el tiempo, de la sinceridad y piedad de Job, y que conoce bien su integridad, ¿cómo es que le persigue con tanto encono? (vv. 4–6). Nótese los contrastes: 1. Los *ojos de carne* (v. 4) ven sólo lo de fuera, pero Dios ve el interior. 2. Los ojos de carne descubren las cosas poco a poco (v. 5), pero Dios lo contempla todo de un vistazo. 3. Los ojos de carne se cansan y se cierran, pero los de Dios siempre están abiertos, pues *nunca duerme ni se adormece* (Sal. 121:4). 4. Los hombres se hacen sabios por la experiencia, a fuerza de tiempo (vv. 5, 6); pero Dios todo lo tiene presente.

III. A Job le parece que Dios abusa de su omnipotencia al tener encarcelado a un preso que es inocente, únicamente porque sabe que no hay quien pueda librarle de su mano (v. 7). También puede

entenderse de otra manera—nota del traductor—este versículo: la prueba a la que Dios somete a Job por tanto tiempo no es necesaria, pues sabe bien que no es un impío y, aun en el caso de que Job llegase a pecar después (si Dios le da ahora un respiro), nadie habría de librarle de las manos de Dios.

Versículos 8–12

I. Job considera a Dios como a Creador suyo, quien, después de formarle tan artísticamente, ahora parece que se deleita en arruinar su obra.

1. Dios es el que nos formó, pues nuestros padres fueron únicamente los instrumentos de su poder y providencia en nuestra producción. Job observa aquí: (A) Que el cuerpo es moldeado como el barro (v. 9. Comp. Gn. 2:7) de la misma manera que un alfarero hace los vasos de arcilla (Jer. 18). (B) También es formado como el queso (v. 10). (C) Con otra bella imagen, presenta nuestro organismo entretejido con nervios y huesos y revestido de carne y piel (v. 11). Los órganos más importantes para continuar viviendo: el cerebro, el corazón, el hígado, los pulmones, etc. están cubiertos para no exponerlos a la intemperie, y defendidos para no ser dañados. La estructura admirable del organismo humano es un ilustre ejemplo del poder, la sabiduría y la bondad de Dios ¡Qué lástima que estos cuerpos que fueron formados para ser templo del Espíritu Santo sean hechos instrumentos de iniquidad!

2. A este organismo tan bellamente formado, Dios le dio vida infundiéndole el espíritu (Gn. 2:7). Dios es *el Padre de los espíritus* (He. 12:9). Él nos hizo almas vivientes y nos otorgó el poder de razonar y amar. «¿Y por qué deshacer, sin motivo, una cosa tan bien hecha?»—viene a decir Job—(vv. 8, 9). Le parece arbitrario este proceder de Dios.

Versículos 13–22

En medio de su tremenda aflicción, y confuso por el proceder de Dios contra él, Job llega a imaginar un siniestro motivo de Dios en todo esto.

1. Piensa que Dios planeaba cuando le estaba formando acecharle de cerca en todo momento hasta sorprenderle en algún pecado, aunque éste fuese involuntario, y no perdonárselo jamás (vv. 13, 14).

2. Se queja a continuación de lo estricta que es la justicia divina. Los latinos decían: *Sumrnus ius, sumrna iniuria* = la justicia llevada al extremo se convierte en severidad dañosa.

3. Así que, haga lo que haga, está perdido (vv. 15–17). Si resulta culpable, no puede esperar perdón. Si se tiene por justo y quiere levantar la cabeza, Dios le cazará como un león y presentará contra él pruebas que, salidas del furor de Dios, son *como tropas de relevo …*

4. Por consiguiente, vuelve Job a su tema de quejarse contra la vida misma y desear no haber nacido (v. 18), sino, como un aborto, ser *conducido desde el vientre a la sepultura* (v. 19). Se equivocaba Job grandemente al pensar que una persona que sufre no tiene ningún motivo para continuar viviendo, ya que, en medio del sufrimiento, podemos servir todavía para alabanza de la gloria de Dios.

5. Termina Job este discurso con una oración a Dios, a fin de que le deje tranquilo en el poco tiempo que le resta de vivir en este mundo (v. 20), antes de marcharse para no volver (vv. 21, 22).

CAPÍTULO 11

Las heridas del pobre Job están sangrando, pero ninguno de sus amigos echa en ellas aceite ni bálsamo. Zofar (mejor, Sofar), echa en ellas tanto vinagre como los dos anteriores. I. Acusa a Job de charlatán (vv. 1–4). II. Apela a Dios para que convenza a Job (v. 5): 1. De su sabiduría infalible y de su justicia insobornable (v. 6). 2. De sus inescrutables perfecciones (vv. 7–9). 3. De su soberanía incontestable y de su poder incontrolable (v. 10). 4. Del conocimiento que tiene de los hombres (vv. 11, 12). III. Le asegura que, si se arrepiente y se reforma (vv. 13, 14), Dios le restaurará a su anterior prosperidad (vv. 15–19); pero si es un malvado, en vano se puede esperar de Dios tal favor (v. 20).

Versículos 1–6

Da pena ver hasta qué punto pueden las pasiones destempladas trastornar el juicio de personas sabias y prudentes en el calor de una discusión, de lo cual tenemos aquí un ejemplo en Sofar. Elifaz había comenzado con modesto prólogo (4:2). Bildad se había mostrado algo más duro con Job (8:2). Pero Sofar cae sobre él sin compasión, y acusa a Job de charlatanería, cuando el pobre hablaba desde lo profundo de su aflicción. ¿Es esa la forma de consolar al afligido? ¿Por qué habla así el que pretende ostentar el papel de abogado de Dios y de su justicia?

I. Sofar presenta a Job de muy diferente manera de como era en realidad (vv. 2, 3). Lo tiene por lenguaraz, sofista y escarnecedor: por lo cual bien merece ser avergonzado y castigado. Ya hemos visto en los capítulos anteriores los discursos de Job y, a pesar de algunas frases atrevidas, salidas de la amargura de su alma, hemos hallado su buen sentido y su fuerte argumentación. Job no hablaba en vano ni había perdido el juicio.

II. Acusa a Job de decir lo que no había dicho (v. 4): *Tú dices; mi doctrina es pura.* Job no había dicho eso, pero había hablado de Dios de mejor manera que la de sus amigos. Tampoco había dicho Job: Yo *soy limpio delante de tus ojos,* sino: Tú *sabes que no soy impío* (10:7), aunque había reconocido que no era intachable (9:21). Había sostenido vigorosamente que no era un hipócrita, pero no negaba que fuese pecador.

III. Apela a Dios, y desea que acuda en persona para convencer a Job. Así es como se portan ordinariamente los hombres, piensa que hasta Dios tiene que darles la razón en lo que dicen, y quitársela a sus interlocutores. Como no tiene esperanza de convencer a Job, Sofar desea que Dios quisiera convencerle de dos cosas: 1. La inescrutable profundidad de los designios de Dios. Sofar desea que Dios mismo muestre a Job los secretos de la sabiduría divina en una medida suficiente para convencerle de *que son de doble valor que las argucias* de Job (v. 6). Lo que conocemos de Dios es como nada en comparación con lo que no conocemos de Él. Lo «escondido» (Ef. 3:9) de Dios es más del doble de lo que se manifiesta. Es probable que el sentido literal, según lo entienden algunos, indique que Dios conoce muchísimo más que nosotros de la maldad que llevamos dentro. 2. La incuestionable justicia de sus procedimientos: *«Conocerías entonces que Dios te ha castigado menos de lo que tu iniquidad merece».*

Versículos 7–12

Sofar se refiere ahora a la suma trascendencia de Dios, así como a la vanidad necia del hombre.

I. Dios es incomprensible. Nosotros sabemos muy poco de la divina naturaleza y, por tanto, somos jueces incompetentes de la providencia de Dios; así que, cuando censuramos algunos de sus procedimientos, estamos hablando de cosas que no entendemos (vv. 7, 8): *«¿Descubrirás tú las profundidades de Dios?, etc.».* A fuerza de buscar, podemos hallar a Dios (Hch. 17:27); podemos, de alguna manera, aprehenderle, pero no podemos comprenderle; podemos saber que es, pero no podemos saber qué es. Por eso deberíamos hablar siempre de Dios con la mayor humildad y precaución, y no discutir con Él, sino estar sumamente agradecidos a la revelación que nos ha hecho de sí mismo y desear aquel estado en que *conoceremos como somos conocidos* (1 Co. 13:12).

Nótese en los versículos 8 y 9 las cuatro dimensiones de la perfección de Dios, y compárense con las cuatro dimensiones del amor de Cristo (Ef. 3:18, 19), que podemos llegar a conocer, aun cuando no podamos conocer las de las perfecciones divinas.

El profesor L. Brates hace notar—nota del traductor—que el argumento de Sofar contra Job se volvía contra sus amigos: «Precisamente por ser la esencia de Dios impenetrable y trascendente, negaba Job que se le pudiera atribuir a Él una justicia al modo humano».

II. El hombre es pura vanidad y tiene que humillarse (vv. 11, 12).

El sentido del versículo 12 en el hebreo no está claro del todo. El texto actual parece favorecer la traducción de nuestras versiones, pero el contexto no se compagina con ella, porque si no hay posibilidad

de que el insensato se haga cuerdo, ¿por qué anima Sofar a Job precisamente a eso? (vv. 13 y ss.). Por eso, es preferible la traducción de la Biblia de Jerusalén (nota del traductor): *«Así el insensato se hace cuerdo, como un pollino de onagro se hace adulto».* Es cierto que el hombre es *vano* (lit. vacío) por naturaleza *y semejante a las bestias que perecen* (Sal. 49:20; 73:22), pero, por la gracia de Dios, puede servir para gloria de Dios. Para entrar triunfalmente en Jerusalén, Jesucristo *necesitó un asno* (Mt. 21:3; Mr. 11:3; Lc. 19:31). ¡Que nadie se tenga por inútil, cuando un asno pudo servir al Señor! Lo malo es que el hombre vano es como un *asno salvaje,* que no sirve ni para montarlo, pues, en su orgullo, sólo sabe dar coces contra el aguijón. ¿Y se atreverá tal criatura a contender con Dios? ¡Que Job se enmiende y se haga cuerdo! ¡Que cese de censurar a Dios y se domesticará!

Versículos 13–20

Aquí Sofar, como los otros dos, anima a Job a esperar mejores tiempos si se pone de mejor humor.

I. Le da un buen consejo (vv. 13, 14), como se lo dio Elifaz (5:8) y también Bildad (8:5). Debe examinarse a sí mismo, cambiar de mentalidad y hacer bueno el árbol. Debe *dirigir su corazón a Dios y extender a Él sus manos* en oración humilde y confiada. Job había orado, pero Sofar le anima a que ore de mejor manera, no como quien apela, sino como quien suplica humildemente. También debe echar de sí toda maldad (v. 14), para poder orar con confianza. Asimismo ha de procurar que *no more en su casa la injusticia:* que todo lo que no sea recto en su casa sea reformado; aunque es probable que la frase sea un estilo paralelo a la frase anterior, al decir lo mismo con otra imagen, ya familiar (22:23; Jer. 4:14).

II. Le asegura que le irá muy bien con el consejo que le da (vv. 15 y ss.): *Entonces levantarás tu rostro limpio de mancha, etc.* Podrá Job acercarse confiadamente al trono de la gracia, no con terror (9:34). Job se hallaba confuso (10:15), al considerar a Dios como enemigo suyo y contender con Él. Sofar le asegura que si se somete humildemente, su mente quedará sosegada. Más aún, *olvidará su miseria* (v. 16) como se olvida una inundación cuando ya pasó y no ha dejado señales funestas. Job había procurado olvidar su queja (9:27), pero no había podido. Sofar trata ahora de complacer a Job, asegurándole:

1. Que aunque su luz esté ahora eclipsada, volverá a brillar con mayor esplendor que nunca (v. 17).
2. Que aunque ahora esté en continuo miedo y terror, volverá a vivir tranquilo y seguro (v. 18). No habrá nada ni nadie que le pueda atemorizar (v. 19).
3. De tal modo prosperará, que de nuevo serán *muchos* los que *buscarán su favor* (v. 19b), felicitándole por su recuperación y alabándole con lisonjas para ponerle de parte de ellos.

III. Sofar concluye con un paralelismo antitético (v. 20): *Pero los ojos de los malvados se consumirán,* mientras Job va con la cabeza alta, y *no tendrán refugio,* mientras él se siente seguro y tranquilo; y mientras Job ha visto colmada su esperanza, *la* única *esperanza de los malos será dar su último suspiro,* y desaparecer sin dejar rastro. Los que no quieran huir hacia Dios, en vano esperarán huir de Él. Es muy probable que Sofar sospechase que Job no había de seguir su consejo; por eso le advierte de lo que le ocurrirá a él si no lo sigue: es como si le pusiera delante la vida y la muerte.

CAPÍTULO 12

Respuesta de Job a Sofar, en la que razona primero con sus amigos (v. también 13:19) y luego se vuelve hacia Dios. En este capítulo, se dirige a sus amigos y: I. Condena el juicio que se han formado de su carácter (vv. 1–5). II. Contradice lo que ellos han dicho sobre la destrucción de los impíos en este mundo, y muestra que con frecuencia prosperan (vv. 6–11). III. Está de acuerdo con lo que han dicho acerca de la sabiduría, el poder y la soberanía de Dios, y se extiende sobre ello (vv. 12–25).

Versículos 1–5

La reprensión que Job da a sus amigos.

I. Les reprende por el alto concepto que tienen de sí mismos y por la opinión demasiado buena que tienen acerca de su propia sabiduría. 1. Los presenta como quienes reclaman el monopolio de la sabiduría (v. 2). Véase la ironía con que se dirige a ellos: *«Ciertamente vosotros sois el pueblo* (lit.): la representación de todo el saber popular; y *con vosotros morirá la sabiduría.* Vuestras palabras son oráculo y ley. Vuestra voz es la de la mayoría, vuestro voto es decisivo y, esté bien o esté mal, todos hemos de estar de acuerdo con lo que vosotros decís. Al no haber más sabios que vosotros, con vosotros se acabará la sabiduría de este mundo». Es una locura pensar que nuestra muerte será una pérdida «irreparable», ya que, cuando nosotros desaparezcamos de la escena, Dios suscitará otras personas mejor equipadas que nosotros para su obra. 2. Se presenta a sí mismo como quien tiene derecho a compartir con ellos el don de sabiduría (v. 3): *«También yo tengo entendimiento como vosotros.* También yo puedo juzgar sobre los métodos y procedimientos de la providencia divina, como vosotros lo hacéis».

No habla para engrandecerse a sí mismo: *«¿Y a quién se le ocultan estas cosas?* Lo que habéis dicho son cosas tan llanas y sencillas que cualquiera podría exponerlas tan excelentemente como vosotros y yo». Lo dice para humillarles y hacerles descender de la alta opinión en que se tienen a sí mismos como los únicos doctores del mundo.

II. Se queja del gran desprecio con que le han tratado (v. 4); *Yo soy uno de quien su amigo se mofa.* Es cierto que, a veces, tenemos por burlas lo que son sinceras reprensiones, pero en el caso de Job era diferente: *Sus compañeros* (lit.) se mofan de él bajo pretexto religioso, cuando él clama a Dios para que le responda. Job tenía un Dios a quien apelar, aunque los escarnecedores se sintiesen a sus anchas y despreciasen a quien había caído de repente en la pobreza y en la miseria. Así es como obra el mundo: Alaban a los que prosperan, mientras que de los que sufren dicen: «¡Abajo con ellos!»

Versículos 6–11

Los amigos de Job se basaban en el principio de que los malvados no pueden prosperar por largo tiempo en este mundo: *Los ojos de los malos se consumirán* (11:20). Job se opone a esto y mantiene que Dios actúa con perfecta soberanía al conducir los asuntos de la humanidad, y reserva para la otra vida la exacta distribución de premios y castigos.

I. Afirma como verdad incuestionable que los malvados pueden prosperar, y de hecho prosperan con frecuencia, por largo tiempo en este mundo (v. 6): *Prosperan las tiendas de los ladrones* (¿Estaría Job pensando en los sabeos y caldeos de 1:15, 17, que habían acabado con todo lo suyo?), *y los que provocan a Dios* (los peores pecadores, como son los blasfemos y los perseguidores) *viven seguros.* Parece como si disfrutasen de una bendición inalienable, ellos y sus familias. Con harta frecuencia, va pasando en herencia durante varias generaciones lo que se adquirió mediante fraude. Por consiguiente, no podemos juzgar de la piedad de una persona basados en su fortuna, ni de lo que tienen en su mente por lo que tienen en sus manos.

II. Para probar esto, apela incluso a las criaturas inferiores: las bestias, las aves, la tierra (es decir, los reptiles) y los peces (vv. 7, 8) lo podrían declarar, pues el animal más fuerte devora al más débil, y el pez gordo se come al pequeño (v. 1a comparación en Hab. 1:14). Si el pecado no hubiese entrado en el mundo, no habría tal desorden entre las criaturas de Dios, sino que el lobo y el cordero yacerían juntos. Sofar había hecho de todo ello un gran misterio (11:7), pero Job parece decir: «¡Nada de eso! ¡Hasta las bestias lo entienden!» (v. 9). Del dominio de Dios sobre la creación deberíamos aprender a contentarnos con la forma en que dirige los asuntos de los hombres.

III. Job llega a esta conclusión basado en la absoluta dependencia en que todas las cosas están con respecto a Dios (v. 10): *En su mano está el alma de todo viviente.* Todas las criaturas, especialmente los hombres, derivan de Él su misma existencia: su *hálito.* Suyas son todas las almas ¿No puede hacer como le plazca con lo que es suyo? No quiere Job decir que Dios actúa arbitrariamente, pero sí que actúa soberanamente. Notemos de paso que el sagrado nombre de Dios, *Jehová,* ocurre únicamente, de entre todo el libro, en el versículo 9 de este capítulo.

IV. El versículo 11 puede tomarse como conclusión de todo lo que acaba de decir o como prólogo de lo que va a decir a continuación. La mente humana tiene, para discenir entre la verdad y el error (cuando se exponen según se debe) tan buena facultad como la que tiene el paladar para distinguir entre lo dulce y lo amargo. Así que sus amigos deberían hacer uso de esa facultad racional, para juzgar imparcialmente, en vez de querer decidirlo todo con base en la tradición o en la autoridad, discutible, de los que hablan.

Versículos 12–25

Noble discurso de Job acerca de la sabiduría, el poder y la soberanía de Dios. Bueno sería que las personas buenas y prudentes que difieren en asuntos de menor importancia, dedicasen más tiempo a las grandes verdades sobre las que están de acuerdo. Sobre este tema, Job habla según es su carácter. Aquí no hay apasionadas quejas ni salidas de mal humor, sino reflexiones viriles y grandiosas.

I. Afirma la inescrutable sabiduría y el poder irresistible de Dios. Es cierto que la edad, con la experiencia, presta sabiduría a muchos (v. 12); pero con la edad se pierden las fuerzas, mientras que Dios tiene, en grado infinito, *la sabiduría y el poder* (v. 13): sabiduría para planear sus designios, y poder para llevar a cabo lo que ha planeado. Él no necesita pedir consejo ni ir adquiriendo experiencia mediante la observación, sino que todo eso lo tiene esencialmente desde toda la eternidad. Todo intento del hombre contra Él es insensato y queda frustrado (v. 14): Si *Él derriba, no hay quien edifique, etc.*

II. Para probar esta verdad, pone un ejemplo tomado de la naturaleza (v. 15): Dios tiene tal dominio sobre las aguas que *las ata* como *en un paño* (Pr. 30:4) y *las mide con el hueco de su mano* (Is. 40:12). 1. Las grandes sequías son, a veces, grandes castigos: *Si Él detiene las aguas, todo se seca;* si los cielos se vuelven de bronce, la tierra se vuelve de hierro. 2. Las grandes inundaciones también son, a veces, grandes castigos: *Si las suelta* (las aguas), *destruyen la tierra:* los productos del campo y las casas de la población.

III. Pone muchos otros ejemplos, sacados del modo de actuar Dios con los hombres.

1. En general (v. 16): *Con Él está la fuerza y la pericia,* esto es, la quintaesencia de la sabiduría, que es el tino y el acierto en el obrar (como indica el vocablo hebreo). Al tener sabiduría y poder sumos, sabe cómo hacer uso, no sólo de los sabios y buenos, sino también de los necios y malos, de los que no habría de esperarse ninguna utilidad para servir a los designios de la Providencia: ni la simpleza de los necios ni la astucia de los listos escapan al conocimiento de Dios.

2. Desciende después a detalles particulares: (A) Personas que parecían sabias y juiciosas quedan entontecidas, para que no se gloríen de sus dones naturales (vv. 17 y 20). (B) Quebranta el poder de reyes y magnates (vv. 19, 21). *Desatar el cinto,* aflojándolo, equivale a quitar la robustez y las fuerzas. Además, al aflojar el cinto, se les cae la espada y no es extraño que, bien pronto, se les caiga también de la cabeza la corona, con lo que Dios les *ata una soga* de esclavitud *a los lomos* (v. 18). (C) Los elocuentes quedan *privados del habla* (v. 20), de forma que no pueden expresar lo que querían decir. (D) Quienes creían tener bien ocultos sus designios, ven cómo quedan al descubierto sus complots (v. 22). (E) Los líderes más famosos por su estrategia y valentía quedan confusos como gente que vaga por el desierto (v. 24) y como borrachos que no pueden tenerse derechos (v. 25).

CAPÍTULO 13

Job aplica lo que lleva dicho anteriormente. I. Se compara atrevidamente con sus amigos a pesar de las mortificaciones que sufre (vv. 1, 2), los condena por su falsedad y parcialidad (vv. 4–8), y les amenaza con los juicios de Dios por obrar así (vv. 9–12). Desea que se callen (vv. 5, 13, 17), y él se dirigiría a Dios en vez de a ellos (v. 3). II. También se dirige atrevidamente a su Dios: a veces, con gran fe (vv. 15, 16, 18); a veces, con demasiada pasión al considerar la deplorable situación en que se halla (vv. 14, 19, etc.), se queja de la confusión que sufre (vv. 20–22), y de su incapacidad para hallar en sí el pecado que provocó a Dios a afligirle de esta manera.

Versículos 1–12

Job expresa apasionadamente su resentimiento por la malevolencia de sus amigos.

1. Se encara con ellos como quien no necesita ser enseñado por ellos (vv. 1, 2). Le obligaron, como los corintios a Pablo, a ensalzarse a sí mismo, no por vía de jactancia, sino de autojustificación. Son dichosos los que no sólo ven y oyen, sino también entienden, la grandeza, la gloria y la soberanía de Dios. Esto, pensaba él, había de justificar el modo como había hablado anteriormente (12:3), lo cual repite ahora (v. 2): *«Como vosotros lo sabéis, lo sé yo;* no necesito ir a vosotros para que me enseñéis; *no soy menos que vosotros»*.

2. Él preferiría dirigirse a Dios y discutir con Él, en lugar de hablar con sus amigos (v. 3).

3. Les condena por el trato poco caritativo y, además, injusto, que le daban (v. 4).

Le acusaban falsamente: *Sois fraguadores de mentira.* Forjaban falsas hipótesis acerca de la Providencia divina, como si Dios afligiese solamente a los malvados, con lo que deducían acerca de Job la falsa conclusión de que era un hipócrita. Se empeñaban en consolarle, en sanarle, pero resultaban *médicos nulos* (lit. *inútiles).*

4. Les ruega que se callen y hagan el favor de escucharle con un poco de paciencia (vv. 5, 6). Aunque no le habían interrumpido en su discurso, quizá no habían querido prestar atención a lo que él decía. Por eso les pide que no se contenten con *oír,* sino que *estén atentos a los argumentos de sus labios* (v. 6).

5. Se esfuerza por convencerles de que han dejado malparado el honor de Dios, mientras pretendían ser los *abogados de Dios* (vv. 7, 8). Dios y su causa no necesitan tales abogados. Si se callasen, mostrarían un poco de sabiduría (v. 5), pero, bajo pretensión de justificar a Dios por lo que aflige a Job, están hablando iniquidad al condenar a Job como si fuese un malvado y un hipócrita. La verdad de Dios no necesita nuestras mentiras, ni se ayuda a la causa de Dios mediante tácticas pecaminosas.

6. Se esfuerza en inculcarles temor del juicio de Dios, en el cual incurren al condenar a Job sin motivo (v. 9). Para una buena persona, es bueno desear que Dios la escudriñe, pero es malo para quien obra injustamente *y solapadamente hace acepción de personas* (v. 10). Ellos profesaban tener alto conocimiento de Dios y ser temerosos de Él, mas si se percatasen de la majestad aterradora de Dios (v. 11), de seguro se espantarían y tendrían más cuidado en lo que decían, pues todo lo que hasta ahora habían dicho era como *refranes de ceniza* que se lleva el viento, sin consistencia para resistir un examen imparcial, y como argumentos de arcilla que se hacen trizas al menor embate.

Versículos 13–22

Job se aferra aquí, más y más, a su integridad, como quien ha resuelto no dejarla escapar por mucho que se le ataque.

1. Pide a sus amigos que *guarden silencio* (v. 13) y no le interrumpan. Va a exponer su caso con toda valentía y sinceridad, pase lo que pase, pues está seguro de que sólo Dios conoce bien su corazón. Está decidido a defender su conducta (v. 15), a sabiendas de que, si ahora callara, su silencio le mataría (v. 19). Sabe que, con su audacia, va a arriesgar su vida; lo cual expresa bajo dos imágenes semitas, muy elocuentes: (A) *Pondrá su carne entre sus dientes.* De esta imagen no existe otro ejemplo en la Biblia, pero ha de interpretarse conforme al paralelismo con la segunda; (B) *Arriesgará la vida en las palmas de sus manos,* de las que, al estar abiertas, hay peligro de que se caiga (comp. con Jue. 2:3; 1 S. 19:5; 28:21; Sal. 119:109).

2. Depende de Dios en su justificación y salvación (vv. 15–18). Aquellos cuyo corazón está a bien con Dios, *que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu* (Ro. 8:4), pueden estar seguros de que, en fin de cuentas, no sólo quedarán justificados, sino salvos en todo y bien parados (v. 16): *Esto mismo será mi salvación.* La primera parte del versículo 15 es muy hermosa en la forma en que aparece en nuestras versiones, pero es poco probable que refleje el sentido del hebreo, el cual dice así: *«Mira, me matará* (pero), *no esperaré; de seguro defenderé ante su rostro mis caminos»*. Véase el contexto.

3. Insiste en defenderse delante de Dios (vv. 20–22), con tal de que se cumplan dos condiciones: que Dios no le siga oprimiendo y que no le asuste. Entonces no tiene inconveniente en presentarse ante el tribunal de Dios; allí preguntará y que Dios responda, o si Dios le pregunta, ya responderá él. ¿Cómo podrá incluso una buena persona, mucho menos una mala persona, razonar con Dios, como para ser justificado delante de Él, cuando se halla en el potro del tormento?

Versículos 23–28

1. Job pide ahora a Dios que le muestre los pecados que haya podido cometer (v. 23): *¿Cuántas iniquidades y pecados tengo yo?, etc.* Sus amigos estaban prestos a decirle cuántos y cuán graves eran sus pecados (22:5), pero él quiere que se lo diga Dios, cuyo juicio es según verdad. Una persona verdaderamente arrepentida está dispuesta a conocer lo peor que haya en su interior; y todos nosotros deberíamos desear conocer cuáles son nuestras transgresiones, para confesarlas delante de Dios detalladamente, y ponernos en guardia contra ellas para el futuro.

2. Se queja amargamente de que Dios le esconde su rostro y le trata como a un enemigo (v. 24): *¿Por qué escondes tu rostro?, etc.* Dios le escondía su rostro como a un desconocido. Nótese que, a veces, el Espíritu Santo niega sus favores a los mejores y más queridos santos y siervos suyos en el mundo. Se eclipsan las evidencias del Cielo, se interrumpe la comunicación y desaparecen los consuelos (v. Sal. 77:7–9; 88:7, 15, 16). Cargas pesadas son éstas para un alma santa que estima las gracias de Dios más que la vida, porque entonces, *¿quién sostendrá al ánimo angustiado?* (Pr. 18:14). La angustiosa pregunta de Job nos enseña que, siempre que nos veamos en la «noche oscura», cuando Dios nos oculta el rostro, hemos de inquirir el motivo de ello—¿cuál es el pecado que impide la comunicación o qué otra cosa se propone Dios con esta retirada?—. Los sufrimientos de Job son, en cierto modo, figura de los de Cristo, de quien no sólo los hombres escondieron el rostro (Is. 53:3), sino también Dios el suyo, como atestiguaron las tinieblas que rodearon la cruz del Calvario y le hicieron gritar al Señor: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* (Mt. 27:46; Mr. 15:34).

3. Apela a la clemencia de Dios, al sentir su total incapacidad para sostenerse en pie delante de Él (v. 25): *¿A la hoja arrebatada* (es decir, que se la lleva el viento) *has de quebrantar, y a una paja seca has de perseguir?* Nosotros conocemos mucho mejor que Job la bondad y la compasión de Dios y de su Hijo Jesucristo, pues sabemos que *no quebrará la caña cascada ni apagará el pábilo que humea* (Is. 42:3; Mt. 12:20).

4. Se queja tristemente de la forma tan severa como le trata Dios. Piensa que debe de ser por *los pecados de su juventud* (v. 26), pero cree que la aflicción que sufre es una sentencia demasiado pesada contra él. Dios escribe *amargas sentencias* contra nosotros, a fin de que recordemos pecados olvidados y, de este modo, el remordimiento nos lleve a apartamos de ellos. *Pones además mis pies en el cepo* (v. 27), para corregir mis malos pasos, *midiendo las huellas de mis pies* (frase paralela a la anterior, como si acotase el espacio que los pies no pueden traspasar). Ahora bien: (A) No era verdad que Dios persiguiera a Job más de lo debido. Tan lejos estaba de ello, que nunca nos paga como lo merecen nuestros pecados. Por tanto, Job se expresaba así por estar su mente oscurecida por la aflicción; en su sano juicio, nunca presentó a Dios como a un Amo demasiado duro. (B) Pero nosotros deberíamos vigilar constantemente nuestros pasos, no sólo para descubrir cualquier pecado que hayamos cometido, sino también para prevenimos de pecar en lo futuro.

5. Job se ve a sí mismo consumido por el infortunio y la enfermedad bajo la pesada mano de Dios (v. 28). Habla en tercera persona, ve que *su cuerpo se va gastando como cosa carcomida,* cuya putrefacción tiene dentro de sí su propia fuente; *como vestido roído por la polilla,* que cada vez se echa más a perder. Cuando no hay sanidad en el alma, no es extraño que haya poca sanidad en el cuerpo (Sal. 38:3).

CAPÍTULO 14

Job continúa hablando con Dios y consigo mismo. En 13:12, había aludido a la inconsistencia de sus amigos; ahora contempla su propia debilidad y suplica a Dios que mitigue su miseria. I. En cuanto a la vida humana, dice que es: 1. Corta y mala (vv. 1–3). 2. Pecaminosa (v. 4) y 3. Escatimada (vv. 5, 14). II. En cuanto a la muerte humana, que: 1. Pone punto final a la vida presente, a la que no hemos de volver (vv. 7–12). 2. Nos libera de las calamidades de la vida (v. 13). 3. Destruye las esperanzas de la vida (vv. 18, 19). 4. Nos despide del negocio de la vida (v. 20) y 5. Nos rodea de oscuridad en cuanto a lo que sucede a nuestros parientes más allegados, por mucho que haya sido el interés que por ellos hayamos tenido antes (vv. 21, 22). III. En cuanto al uso que Job hace de todo esto: 1. Apela de ello a Dios, el cual—en opinión de Job—se portaba con él demasiado estricta y severamente (vv. 16, 17), le suplica que,

en atención a su fragilidad, no siga contendiendo con él (v. 3), sino que le conceda algún respiro (v. 6). 2. Se pone a prepararse para la muerte (v. 14) y se anima con la esperanza de las ventajas que la muerte le va a proporcionar (v. 15). Este capítulo es muy apropiado para sacar mensajes para funerales.

Versículos 1–6

I. Caducidad de la vida humana. *El hombre nacido de mujer* (comp. Gá. 4:4), frase que indica fragilidad, *vive pocos días* y malos (v. 1). Job ilustra la brevedad de la vida con dos bellas imágenes: 1. La de una flor que es cortada en medio de su esplendor (Mt. 6:28–30). 2. La de una sombra que huye siempre, por más que se quiera alcanzarla, y desaparece al llegar la noche. Aunque Jacob había vivido 130 años, los tuvo por *días cortos* y aunque David murió *colmado de días* (no más de 70 años), la vida siempre parece muy breve cuando ya se ha pasado, y toda la Escritura pondera de muchas maneras esa brevedad. Además, es una vida llena de *sinsabores*, problemas, disgustos, penas y dolores.

Los momentos gratos se pasan rápidamente, mientras que un simple dolor de muelas parece durar una eternidad.

II. Pecaminosidad de la vida humana, surgida de la pecaminosidad de la naturaleza humana (v. 4): *¿Quién hará limpio a lo inmundo? Nadie.* La paráfrasis caldea tiene una lectura muy interesante a este respecto: *¿Quién puede hacer limpio a un hombre que es inmundo por el pecado? ¿No hay uno que puede, esto es, Dios?* Aunque la exégesis tradicional usa este texto como testimonio cierto de la doctrina del pecado original (comp. con Sal. 51:5), bastarán lugares como Jeremías 17:9 para confirmar la aserción de Job 14:4, sin forzar la exégesis para deducir tal doctrina (así piensan la mayoría de los exegetas hoy día—nota del traductor—). El sentido directo del v. 4 es que Job no puede considerarse a sí mismo completamente limpio y, por ello, sólo puede apelar a la clemencia y a la misericordia de Dios (v. Sal. 103:8–18).

III. Limitación fijada a la vida humana (v. 5). Nada ocurre por casualidad. Tampoco nuestra muerte sobreviene a causa de una flecha arrojada a la ventura, sino que su plazo, así como el modo y el lugar, están determinados por Dios (Sal. 139:16), sin que esté en manos del hombre alargar sus días (probable sentido de Mt. 6:27, comp. con Sal. 39:5). En atención a esta limitación escatimada de la vida humana, pide Job a Dios que le conceda algún respiro, como se le hace a un jornalero que bastante tiene con la fatiga que comporta el trabajo del día, sin que se le añadan nuevas fatigas y sinsabores.

Versículos 7–15

Aquí muestra Job:

1. Que la muerte es la partida definitiva de este mundo. Un árbol cortado puede volver a retoñar (vv. 7–9), pero el hombre, una vez que expira, yace y no vuelve a levantarse (vv. 10–12) *¿y dónde él?* (v. 10b. lit.), es decir, ¿qué es de él después de morir? En la mentalidad del Antiguo Testamento, desaparece (comp. con 2 Ti. 1:10). La vida vegetal, que es la inferior, se recobra sólo *con el olor del agua* (v. 9. lit.).

La vida animal de algunos insectos, etc., con el calor del sol se restaura. Pero la vida del alma racional, una vez que se ha marchado, es demasiado grande y demasiado noble como para hacerla volver mediante los poderes de la naturaleza; está fuera del alcance de la lluvia y del sol, y sólo se recobra por la actuación directa de la omnipotencia divina. El versículo 12 no puede tomarse—nota del traductor—como prueba de la resurrección (v. 19:26), pues la frase *«hasta que pasen los cielos»*. indicaba precisamente una duración eterna.

2. Que aún le queda la esperanza de algunos consuelos a la vista de la muerte, para escapar con ella de la presente situación. Muestra Job:

(A) Un vehemente deseo de que Dios le escondiese en el Seol (v. 13), pero no para siempre (le duele mucho perder la comunión con Dios), sino hasta que se apacigüe la ira de Dios.

(B) Una santa resolución de aguardar pacientemente hasta que Dios cumpla con él su voluntad, pero con cierta esperanza de que Dios haga en su caso una excepción de la regla general y le devuelva la vida y, con ella, el disfrute de un mejor trato por parte de Dios. Sabe que eso es pedir una cosa muy improbable: *«Si el hombre muere, ¿volverá a vivir?»* (v. 14a). Si así fuera, esperaría pacientemente todo

el tiempo que Dios se dignase tenerle en el Seol. No estará de más—nota del traductor—advertir que gran número de exegetas niegan que Job pueda contemplar ni siquiera la posibilidad más remota de salir de nuevo del Seol (comp. con 7:9, 10).

(C) Una gozosa expectación de felicidad y satisfacción si Dios aún llega a acordarse de él (v. 15). Entonces Dios le llamaría, y él le respondería. Ahora está bajo una nube tan oscura que no puede, ni se atreve a, responder a Dios (9:15, 35; 13:22). Pero se consuela con la idea de que pudiese llegar un tiempo en que Dios le llamase y él le respondiese con tranquilidad, no agobiado por el dolor como ahora está. ¡Qué impresionante y tierna belleza en la frase: *«Tendrás nostalgia de la hechura de tus manos»!* Cuando Dios ha puesto su gracia en una persona, no la va a abandonar en este mundo (Sal. 138:8), sino que tiene el deseo, y el designio, de consumar la obra de su gracia en el Cielo coronando su gracia con gloria eterna.

Versículos 16–22

Desde las alturas de sus ilusiones, desciende Job a las prosaicas realidades de la vida presente y vuelve a sus quejas.

1. Se vuelve a quejar de lo estricto y severo de la justicia divina, que *le cuenta los pasos* y le niega el perdón, ya que le ha cerrado y cosido los pecados en un saco (vv. 16, 17), como se guarda bien segura la demanda de un proceso (comp. Os. 13:12), o una joya en el cofre (Dt. 32:34). Aquí Job: (A) Da la razón a la justicia divina al reconocer que sus pecados no merecían mejor trato, pero (B) No hace justicia a la bondad de Dios al insinuar que Dios es en extremo riguroso en el castigo del pecado, ya que siempre somos castigados menos de lo que merecen nuestros pecados. Una atenta lectura del original hebreo—nota del traductor—sugiere sin embargo una traducción muy distinta en los versículos 16 y 17: tengamos en cuenta que el versículo 16 comienza por la partícula *ki*, la cual no puede significar *pero* detrás de una proposición afirmativa, mientras que el versículo 18 comienza por un *vau* adversativo, dichos versículos, sin romper el contexto anterior, dirían: *«Aunque ahora cuentes mis pasos, no espiarás mi pecado. Está sellada en un saco mi transgresión y tú cubres* (para no verla) *mi iniquidad»* (trad. literal).

2. Se queja de la forma en que desaparece la vida humana en general. Vivimos en un mundo moribundo.

(A) La tierra misma se desgasta y decae (vv. 18, 19a). El mundo actual ha de pasar, pues vemos cómo los mismos montes se desgastan; las mismas rocas son removidas por el viento y por los embates del mar. No ocurre aquí como en el reino vegetal, donde el árbol tronchado retoña (vv. 7–9); los montes que se deshacen no se vuelven a componer, las rocas batidas por las olas no vuelven, de por sí, a su lugar. El agua las desgasta, como dice el adagio latino, *non vi, sed saepe cadendo* = no por la violencia, sino por la constancia con que caen. En este mundo, todo se desgasta al usarlo. *Tempus edax rerum* = el tiempo devora todas las cosas.

(B) No es extraño que el hombre también *desaparezca desfigurado* (vv. 19b, 22), pues también él es hecho de la tierra (Gn. 2:7; 3:19; 1 Co. 15:47); Así que no debe esperar demasiado de los goces de esta vida: *De igual manera haces tú perecer la esperanza del hombre;* es decir, pones punto final, cuando menos se lo espera, a todos los proyectos que se han formado en su imaginación y a todas las perspectivas de satisfacción futura con las que se había encandilado a sí mismo. La muerte pone fin a todo lo que se construye sobre confianzas y consuelos de este mundo. En cambio no puede destruir la confianza en Cristo y la esperanza del Cielo, sino que las consuma transformándolas en posesión y visión (v. Ro. 8:22–25). Estas reflexiones habrían de servirnos para moderar nuestro pesar, tanto de nuestra propia muerte como de la de nuestros familiares (comp. con vv. 20–22). Gran sabiduría es, mediante la paz con Dios en Cristo y la conservación de una buena conciencia, atesorar consuelos que nos han de sostener y aliviar contra las penas y los pesares de la hora de la muerte.

CAPÍTULO 15

Quizá creyó Job que, si no había convencido a sus amigos, al menos les había hecho callar. Pero no fue así. En este capítulo, comienzan un nuevo ataque contra él. Apoyándose en principios similares a los

de 4:1 y ss., Elifaz, I. Reprende a Job por tratar de justificarse a sí mismo y, en tono más duro que el de antes, le acusa injustamente de muchos males (vv. 1–13). II. Le persuade a que se humille ante Dios y se avergüence de sí mismo (vv. 14–16). III. Le lee una larga lección acerca de la terrible condición de los malvados que endurecen su corazón contra Dios y contra los juicios que están preparados para ellos (vv. 17–25). Se puede hacer buen uso, tanto de sus reproches (pues son útiles) como de su doctrina (pues es sana), aunque tanto los primeros como la segunda están mal aplicados a Job.

Versículos 1–16

Elifaz se ceba ahora furiosamente en Job, por haberse opuesto éste a lo que él y sus colegas habían dicho. Acusa a Job de varios crímenes, únicamente por no haber querido reconocer que era un hipócrita.

1. Le acusa de insensatez (vv. 2, 3): de que, al haber gozado de la reputación de hombre sabio, había perdido ahora dicha reputación. Es cosa corriente entre airados discutidores presentar los razonamientos de sus interlocutores como impertinentes y ridículos. Hay gran cantidad de vanos conocimientos, falsamente llamados ciencia, que son inútiles, sin valor alguno. Éste es *el conocimiento que envanece* (1 Co. 8:1), pues con él *se hinchan* (como dice el griego) los hombres, inflados por el alto concepto que tienen de sí mismos y de sus realizaciones. El vano conocimiento y la conversación inútil deben ser reprendidos; en especial cuando se hallan en hombres sabios, a quienes peor cuadran tales cosas.

2. Le acusa de impiedad e irreligión (v. 4): *Tú incluso disipas el temor y menoscabas la oración delante de Dios.* He aquí un compendio de la verdadera religión: temor de Dios y oración a Dios, siendo el primero el principio más necesario, y la segunda la práctica más necesaria. Quienes no oran carecen de temor y de gracia, apagan el espíritu de adopción y se privan de la libertad amorosa con que se ha de cumplir el deber. Todavía peor es el caso de los que impiden a otros orar (Dn. 6; 7). De esto acusa Elifaz a Job. Pensaba que Job hablaba de Dios con tal descaro como si fuese su igual, con lo cual *disipaba el temor* de Dios. La acusación era falsa, pero Job se había excedido en sus expresiones. No sólo hemos de procurar mantenernos en oración y temor de Dios, sino que hemos de evitar también cualquier expresión que de a otros la oportunidad de buscar una ocasión para poner en duda la sinceridad de nuestra piedad (vv. 5, 6): *Tu boca te condena,* dice Elifaz. Su razonamiento es el siguiente: «Si es cierto lo que tú dices: que alguien puede ser gravemente atribulado y, con todo, continuar siendo cabal e íntegro ¡adiós entonces a la religión, a la oración y al temor de Dios! Pero *tú has escogido el lenguaje de los astutos:* pronuncias iniquidades con alarde de piedad, mezclas palabras buenas con malas, como hacen los comerciantes con sus mercancías para venderlas a un precio más alto que su valor real». Era cierto, sí, que Job se había excedido en su lenguaje, pero Elifaz no tenía en cuenta que él y sus compañeros le habían provocado a decir aquello mismo de lo que ahora le acusan, lo cual no es juego limpio.

3. Le acusa de intolerable arrogancia. La demanda que Job había hecho (12:3) era justa, razonable y modesta: sólo exigía que no se le tuviera por menor que ellos; pero véase cómo toman de ello ocasión contra él (v. 7): *«¿Naciste tú primero que Adán? ¿O fuiste formado antes que los collados?* (comp. con Pr. 8:23 y ss.) ¡No! Tú y nosotros *somos de ayer* (8:9). ¿Oíste *tú el secreto de Dios?* (v. 8. Comp. Jer. 23:18; 1 Co. 2:16)». Sigue Elifaz presentando a Job: (A) Como si se arrogase el monopolio de la sabiduría (vv. 8b–10); pero Job se había limitado a decir (13:2): *«Como vosotros lo sabéis, lo sé yo»*. (B) Como si quisiese imponerse a toda la corriente de la antigüedad, la venerable tradición bajo la cual buscan resguardo todos cuando contienden con otros (v. 10): *«Cabezas canas y hombres ancianos hay entre nosotros.* Tenemos a los padres de nuestra parte».

4. Le acusa de despreciar los consejos y los consuelos que Dios le otorga por boca de sus amigos (vv. 11–13): *«¿En tan poco tienes las consolaciones de Dios, etc?»* Elifaz se expresa como si lo que él y sus colegas le están diciendo a Job fuesen palabras recibidas de Dios por medio de una revelación incontestable. «Por tanto—viene a decirle Elifaz—no es contra nosotros, sino *contra Dios* es contra quien *vuelves tu enojo»* (v. 13). No es fácil decir qué es lo peor de estas acusaciones de Elifaz, si su arrogancia, al creerse oráculo de Dios, o su falsedad y falta de caridad al acusar a Job de pecados que no había cometido.

5. Le acusa de justificarse a sí mismo hasta tal extremo que se atreve a negar incluso su parte en la común corrupción de la naturaleza humana (v. 14): *¿Qué* (es) *el hombre para ser limpio, y el nacido de mujer para ser justo?* (lit.). Con estas sencillas verdades intentaba Elifaz convencer a Job, olvidando que precisamente él acababa de decir lo mismo (14:4): *¿Quién hará limpio a lo inmundo? Nadie.* Pero, ¿se

sigue de ahí que Job era un hipócrita y un malvado, pues eso era todo lo que él negaba ser? ¡ De ningún modo! Aunque, como nacidos de mujer, no somos limpios, sí que lo somos si hemos nacido del Espíritu (Jn. 3:5). Para dar más fuerza a su argumento, Elifaz le muestra: (A) Que las criaturas más santas (v. 15), es decir, los ángeles (5:1) son imperfectos (v. el comentario a 4:18). La 2.ª parte del versículo 15 ha de entenderse, por metonimia, como un paralelismo con la 1.ª parte—nota del traductor—. (B) Que si los del Cielo no son limpios a los ojos de Dios, *¿cuánto menos el hombre abominable y vil, que se bebe la iniquidad como agua?* (v. 16). Si los ángeles no son de fiar, mucho menos los hombres, que han degenerado de su condición original. Notemos que cuando el hombre que es abominable y vil a los ojos de Dios, se arrepiente (cambia de mentalidad), se ve a sí mismo también como abominable y vil y, por tanto; se aborrece a sí mismo.

Versículos 17–35

Ahora Elifaz pasa a sostener su tesis, en la que trata de basar sus censuras contra Job: los malvados son miserables, y los miserables son malvados. Así que, de la condición miserable de Job, se puede deducir fácilmente su maldad. Veamos:

I. El solemne prólogo de su discurso (v. 17): *«Escúchame; yo te declararé … lo que he visto».* Promete enseñar a Job, 1. Basándose en su gran experiencia y observación (v. 17): *«Lo que he visto yo mismo en diversas ocasiones, te voy a enseñar; cosas dignas de oírse, no como tu inútil y necia palabrería».* 2. Apoyándose en la tradición de los mayores (v. 18): *«Lo que los sabios nos contaron de sus padres y no lo encubrieron».* Era doctrina no contaminada por extranjeros (v. 19.). Los conocimientos de los sabios y científicos modernos se basan en gran parte en los conocimientos obtenidos por los que nos precedieron. Los hijos buenos pueden aprender mucho de buenos padres: y lo bueno que hemos aprendido de nuestros antepasados, hemos de transmitirlo a la posteridad.

II. El discurso mismo, que procede de la siguiente manera: 1. Los sabios y justos disfrutarán de prosperidad, según parece insinuar Elifaz en la primera parte del versículo 19: *«A ellos solos fue dada la tierra,* y disfrutaron de ella en paz, sin que nadie les incomodara». Job había dicho (9:24): *«La tierra es entregada en manos de los impíos».* «¡No!», dice Elifaz, «es entregada en manos de los santos y no les roban los extranjeros, como a ti te robaron los sabeos y caldeos».

2. Los malvados, especialmente los que gobiernan tiránicamente, están continuamente atormentados de terrores hasta que perecen del modo más miserable. Sin nombrarle, se refiere indirectamente a Job, a quien más tarde (22:9–10) acusa de opresión y explotación. Piensa que, en la descripción que hace, Job puede ver su propio rostro.

(A) Véase cómo describe al pecador que vive de este modo tan miserable (vv. 25–28). No es un pecador ordinario, sino alguien que *extiende su mano contra Dios* y desafía la ira del Altísimo (comp. con Nm. 15:30). ¡Portentosa locura la de los presuntuosos pecadores que se atreven a desafiar al Todopoderoso! Disfrutan banqueteando y engordan en su prosperidad, por lo que se atreven incluso a *embestir* contra Dios.

(B) La miserable condición en que viene a parar el presuntuoso que extendía su mano contra Dios. Su anterior prosperidad ha cesado (v. 28): *Ahora habita en ciudades asoladas, etc*. Sus riquezas se le acaban antes de morir (v. 29). El que desafiaba a Dios va a perecer, agostado como una planta por el ardor del bochorno, *con el aliento de la boca de Él* (de Dios; v. 30b. lit.). Ya antes de perder sus riquezas, le atormentaban los temores, las preocupaciones, los dolores como de parto (vv. 20, 21). Cuanto más rico es, y mejor vida se da, mayor es el miedo que tiene, no sólo a la muerte (v. 22), sino a que llegue a faltarle el pan (v. 23) ¿No es éste el retrato exacto de muchos explotadores viciosos, que proyectan sobre otros sus propios vicios y ven por todas partes ladrones y asesinos que intentan arrebatarles los bienes y la vida misma? ¿A quiénes secuestran hoy—nota del traductor—los terroristas de toda laya, sino a los millonarios y a las personas más encumbradas en la escala social? Pero el castigo principal del malvado le está reservado para la otra vida (v. 30): *No escapará de las tinieblas.*

(C) Si este ha de ser el destino del pecador ensoberbecido contra Dios, más vale pararse un momento a reflexionar (v. 31): *No confíe el iluso en la vanidad, porque ella será su recompensa.* El que siembra vientos, recoge tempestades—dice el refrán castellano—. Morirá prematuramente y ni aun sus renuevos

(quizá, sus hijos) llegarán a reverdecer (v. 32). El versículo 35, según aparece en nuestras versiones RV (nota del traductor), contradice al contexto anterior. *La Nueva Biblia Española* expresa magníficamente el sentido del original: *«Concibe miseria y da a luz desgracia, gesta en el vientre la decepción»*. El mejor comentario es Romanos 6:23.

CAPÍTULO 16

La respuesta de Job al segundo discurso de Elifaz no es más que una continuación del lamento con que había expresado anteriormente su melancolía. I. Reprende a sus amigos de la dureza con que le tratan (vv. 1–5). II. Presenta su propio caso como muy deplorable (vv. 6–16). III. Se aferra una vez más a su profesión de integridad, con respecto a la cual apela al justo juicio de Dios contra las injustas censuras de sus amigos (vv. 17–22).

Versículos 1–5

Tanto Job como sus amigos subestimaban recíprocamente la sabiduría, la visión y el buen sentido del interlocutor de turno. Cuanto más tiempo trabaja la sierra de la disputa, tanto más se calienta. Elifaz había descrito los discursos de Job como vana e inútil palabrería, y Job le responde acusándole de lo mismo. Reprende a Elifaz: 1. Por sus innecesarias repeticiones (v. 2): *Muchas veces he oído cosas como éstas.* 2. Por sus aplicaciones inoportunas: *«Consoladores importunos sois todos vosotros,* pues, en lugar de aliviar mi aflicción, la volvéis más pesada». Triste es el caso del paciente cuya medicina es veneno y cuyo médico es la peor enfermedad. 3. Por su continua impertinencia (v. 3): *¿No tendrán fin las palabras vacías?* 4. Por su obstinación: *¿Qué te anima a responder?* Gran osadía era, en verdad, formar juicio sobre el estado espiritual de un hombre con base en su condición exterior. 5. Por la violación de las sagradas leyes de la amistad (vv. 4, 5). Este es un reproche dolorido: Si se cambiasen los papeles, él podría actuar como lo hacen ellos, pero no lo haría, sino que trataría de aliviarles la pena y el dolor. Las buenas palabras no cuestan dinero y pueden hacer mucho bien a los que sufren. Las malas palabras no rompen huesos, pero las buenas pueden hacer que se regocijen los huesos rotos (v. Sal. 51:8).

Cuando nuestros amigos sufren, hemos de hacer todo lo posible para fortalecerlos, animarles a confiar en Dios, levantarles el ánimo caído, aliviar sus pesares—si es posible, suprimir la causa de esos pesares; si no, quitarles a ellos el resentimiento de dichas causas.

Versículos 6–16

Las quejas de Job aquí son tan amargas como puedan serlo en cualquier parte de sus discursos. A veces, al dar suelta al lamento se alivian los pesares; pero, *«Aunque hable*—dice Job—, *mi dolor no cesa»*. Otras veces, el silencio mismo facilita el olvido de las penas, pero no para Job, pues prosigue: Y si *dejo de hablar, no se aparta de mí.* Ninguna de las dos actitudes, por otra parte, le daba oportunidad de obtener de sus amigos algún consuelo, pues, si se quejaba, le tenían por colérico; si se callaba, por sombrío. Si se aferraba a su integridad, ese era su crimen; si no replicaba a las acusaciones de ellos, su silencio era tenido por confesión de culpabilidad.

1. Su familia estaba asolada (v. 7). La única compañía que le quedaba, mejor le habría ido si se la hubiesen quitado, puesto que le zahería en medio de su aflicción (2:9).

2. Su cuerpo estaba desfigurado con la enfermedad (v. 8). Su rostro estaba arrugado, no por la edad, sino por la dolencia.

3. Su *enemigo* no cesa de atormentarle (vv. 9–10). ¿A qué enemigo se refiere? Es casi seguro que Job se refiere a sus «amigos», pues ellos son los que le exasperan y afrentan; los tres con la misma furia. Hay expresiones que se cumplieron literalmente en Cristo (v. Sal. 22:13; Mi. 5:1; Mt. 26:27). El *enemigo,* hasta ahora, no es Dios, puesto que se le introduce expresamente en el versículo 11.

4. Dios, en vez de librarle de manos de sus enemigos, lo ha entregado en manos de ellos (v. 11): *Me ha entregado Dios a los malvados, etc.* Esto nos recuerda lo que dijo el Apóstol Pedro de Cristo el día de Pentecostés (Hch. 2:23).

5. No sólo le ha entregado Dios en manos de los malvados, sino que lo ha agarrado con sus propias manos (vv. 12–14).Todos los dolores que padece son como *flecheros de Dios* que le han tomado por blanco. Como flecheros de Dios, sí, hemos de ver todos los males que nos afligen, pero hemos de recordar que las heridas que Dios nos produce son precisamente para curamos. Veamos también cómo los hombres más santos hallan dificultad en retirar los malos pensamientos acerca de Dios.

6. Dios le ha despojado de todo honor y consuelo (vv. 15, 16). Las expresiones son metafóricas. No es que Job llevase vestido de *saco* pegado a su piel, sino que es una metáfora para describir el lamentable estado en que se halla. Su *frente* (lit. *cuerno)* estaba hundida en el polvo. El cuerno es símbolo de exaltación y de vigor.

Al estar hundido en el polvo, tanto su honor como sus fuerzas estaban por tierra. En el versículo 16 vuelve el sentido literal, pues Job tiene literalmente enrojecido el rostro a causa del llanto, y sus párpados (sus ojos) se hallan oscurecidos por las lágrimas y la inflamación.

Versículos 17–22

La condición de Job era deplorable, pero:

1. Él tenía el testimonio de su conciencia de que había caminado rectamente (v. 17). Nadie estuvo jamás mejor dispuesto que Job a reconocer sus pecados de debilidad, pero no podía acusarse de haber cometido ningún crimen por el que hubiese de estar más atormentado que cualquier otro hombre. Elifaz le había acusado de hipocresía, pero él alude específicamente a su oración, y profesa que siempre había sido pura de intención, aun cuando no hubiese estado exenta de debilidad. No era como la oración de los fariseos, que sólo buscaban ser vistos por los hombres. Al ser víctima del odio de sus enemigos y, en cierto modo, de Dios, Job se ve como asesinado, pues está seguro de que tal persecución va a durar hasta darle muerte; por eso, pide (v. 18) que la tierra *no cubra su sangre* para que pueda seguir clamando (Gn. 4:10) venganza contra la injusticia que se le hace.

2. Podía aún, sin embargo, apelar a la omnisciencia de Dios con respecto a su integridad (v. 19): *«En los cielos está mi testigo»*—dice—. El testimonio de nuestra propia conciencia puede engañamos si el testimonio del Cielo no está a nuestro favor, ya que nosotros no podemos ser nuestros propios jueces (1 Co. 4:4). Es un consuelo inefable para una buena persona saber que, por mucho que le censuren y calumnien los hombres, hay en el Cielo un Dios que conoce su integridad y, tarde o temprano, será el defensor de su causa.

3. Tenía un Dios en quien desahogar sus penas (vv. 20, 21): *«Mis amigos* (así se llamaban ellos, y así sigue llamándolos él) *se burlan de mí; mas ante Dios derramaré mis lágrimas».* Incluso las lágrimas, cuando van dedicadas (santificadas) a Dios, alivian el ánimo abatido; y aunque los hombres se burlen de nosotros, nos puede consolar el pensamiento de que Dios *guarda nuestras lágrimas en su redoma* (Sal. 56:8). Si pudiese ahora acercarse al tribunal de Dios con la misma facilidad con que alguien puede ir a un magistrado civil, no dudaría en llevar allá su causa, pues sabe que el Juez mismo es testigo de su integridad (v. 21). El lenguaje es parecido al que hallamos en Isaías 50:7–9.

4. ¿Alimenta Job la esperanza de que, alguna vez, tal vez después de la muerte, se le haga justicia? Así piensan algunos autores, fundados en los versículos 18–20 y, especialmente, en 19:25–27. Del versículo 22, Sólo podemos deducir que Job no veía otra salida a sus aflicciones que la muerte: *El camino de donde ya no volveré.*

Todos hemos de andar por ese camino (1 R. 2:2), pero, gracias al Evangelio, sabemos que la tumba no dice la última palabra sobre nuestro destino (v. 1 Ts. 4:13 y ss.). Los que con Cristo durmieron, también por Cristo resucitarán. Con esta esperanza hemos de consolarnos y saber que *nuestro trabajo en el Señor no es en vano* (1 Co. 15:58).

CAPÍTULO 17

I. Reflexiona ahora Job sobre las duras censuras que le han dirigido sus amigos y, al verse a sí mismo ya moribundo (v. 1), apela a Dios y le suplica que se apresure a salir a favor de él, pues los enemigos le hacen injusticia, y él no sabe cómo defenderse a sí mismo (vv. 2–7). II. Describe de forma irónica (probablemente) la forma en que se comportan con él (vv. 8–10). III. Reflexiona sobre las vanas esperanzas que había alimentado y que ahora ve definitivamente tronchadas (vv. 11–16).

Versículos 1–10

Se quiebra aquí el discurso de Job y pasa de repente a referirse a otras cosas, como es corriente en los hombres que se hallan en gran aflicción.

1. La deplorable condición que describe para justificar sus quejas.

(A) Se sentía moribundo (v. 1). Había dicho poco antes (16:22): *Los años que me restan son contados.* Pero aquí parece corregirse: «¿Para qué hablo de años? *Mi aliento se agota, se acaban mis días».* Ya ve *preparado el sepulcro.* Es necesario que *redimamos el tiempo* (Ef. 5:16; Col. 4:5), empleándolo en prepararnos esmeradamente para los días de la eternidad.

(B) Se sentía despreciado (v. 6): *Él me ha puesto como proverbio de las gentes, etc.* Aquí, como en 16:9 y ss., queda indeciso el sujeto, pero el contexto favorece a la opinión de que, aun cuando el verbo esté en tercera persona del singular, la referencia es a los «amigos», los cuales le han hecho como el hazmerreír del pueblo y la escupidera en la que todos vierten su desprecio y hasta su odio.

(C) Se sentía lleno de dolores (v. 7). Lloraba tanto que casi perdió la vista (16:16). Se había quedado convertido en un esqueleto: *Mis miembros todos son como sombra.* Era, en verdad, una «sombra» de lo que había sido.

2. La mala forma en que le trataban sus amigos en medio de su miseria. Le tenían por hipócrita a causa de los sufrimientos que padecía. Él los llama *escarnecedores* (v. 2), que se ríen de su aflicción y se mofan de su desdicha. Nadie quiere salir fiador de él (v. 3); por eso, suplica a Dios que sea Él quien le de fianza y protección (comp. Ro. 8:32, 33). ¡Gracias a nuestro gran Abogado, no hay quien pueda condenarnos! Job explica esta falta de compasión de sus amigos, y dice que Dios *les ha escondido de su corazón la inteligencia* (v. 4).

Cuando una persona carece de ternura y de compasión, es porque le falta inteligencia y comprensión. Y, al ser insensatos, no han de prevalecer, pues ya que es justa la causa de Job y ser insensatos sus acusadores, de seguro que Dios, que ha quitado a sus amigos la sensatez y la inteligencia, también les quitará el triunfo en su tribunal. La traducción más probable del versículo 5 (nota del traductor), difícil por la concisión del hebreo, es la siguiente: *«De reparto habla a los amigos, y los ojos de sus hijos languidecen».* Como apunta Brates, esto es como un proverbio que Job aplica a sus amigos en sentido metafórico: Los amigos de Job le dan consejos sabios cuando les falta sabiduría para resolver sus propios problemas.

3. El buen uso que los justos habrían de hacer de las aflicciones que Job padecía a manos de sus amigos, de sus enemigos y de Dios (vv. 8, 9). Sin embargo—nota del traductor—, el sentido de estos dos vv. parece ser irónico, pues de lo contrario no cuadra bien con el contexto. Así, pues, *los rectos, los inocentes,* son los amigos de Job, quienes se maravillan del castigo que están presenciando en la persona de Job y se indignan contra él como contra un malvado, pues, de ser íntegro, prosperaría. El versículo 10, con *su vau* adversativo, parece ya hablar en serio, y acusa a sus amigos de insensatez. Quienes (como el propio M. Henry) interpretan los versículos 8, 9 sin ironía, concluyen que las personas íntegras, en lugar de echarse para atrás a la vista de los sufrimientos de Job, más bien se afianzan en su buen camino, con la mira puesta en el Cielo, por muchas y grandes que sean las dificultades que encuentran en el viaje. Al contemplar las aflicciones del justo y reflexionar sobre las suyas propias, el hombre recto se robustecerá en el cumplimiento de su deber, a la vez que se vuelve más y más compasivo y comprensivo. El viento huracanado, en lugar de detener al caminante resuelto, le anima a seguir adelante, ciñéndose el manto lo más apretado posible.

Versículos 11–16

Job vuelve a quejarse de su condición.

1. Todas sus ilusiones anteriores han quedado mustiadas y él se halla lleno de confusión (vv. 11, 12). Pensaba seguramente ensanchar su hacienda, incrementar su ganado, colocar bien a todos sus hijos e hijas y, sin duda, promover la piedad entre sus conciudadanos; pero ahora concluye que todos estos buenos pensamientos han fracasado y él mismo se halla como frustrado. Sus amigos—ese parece ser el sentido—se empeñan en prometerle cosas buenas si se confiesa pecador, así le *cambian la noche en día,* haciéndole esperar que *la luz se abra paso por entre las tinieblas,* pero en vano.

2. Efectivamente, su única esperanza es la tumba (v. 13). Lo que sus amigos le habían intentado conseguir (en el v. anterior, como en 5:19; 8:21; 11:17) no pasaba de ser un sarcasmo de la peor especie. Así que lo mejor es avenirse con gusto a la suerte que le espera: *«El Seol es mi casa».* Para los malvados es una incómoda prisión (24:19, 20), pero para los buenos es un *Bethabara* = una casa de paso hacia la eterna mansión. *«Haré mi cama en las tinieblas»*—añade Job—. El sepulcro es una cama, pues en él hemos de reposar al anochecer de nuestro día en este mundo, para levantarnos de él al amanecer de nuestro eterno día (Is. 57:2). Esto ha de animar a los buenos a perderle el miedo a la muerte (1 Ts. 4:13 y ss.); es como irse a la cama después de un día de fatiga y aflicción ¿Por qué no han de ir a él con gusto cuando su Padre los llame? Job ve descender con él al sepulcro todas sus esperanzas (vv. 15, 16). No es que esté completamente sin esperanza, sino que su esperanza no está donde querría él que estuviese. La verdadera esperanza ha de estar en las cosas que no se ven, no en las que se ven, pues éstas son temporales, mientras aquéllas son eternas (2 Co. 4:18).

CAPÍTULO 18

En este capítulo Bildad intenta otro asalto contra Job. En su primer discurso (cap. 8), le había animado a esperar que todo le iría todavía bien. Los razonamientos de Job le han exasperado. Así que, I. Reprende duramente a Job por su soberbia y el apasionamiento con que se obstina en su opinión (vv. 1–4). II. Amplía la doctrina que antes había mantenido acerca de la miseria de los malvados (vv. 5–21). En esto, parece tener un ojo puesto en las quejas de Job por la miserable condición en que se halla: «Esta», viene a decir Bildad, «es la condición de un malvado y, por consiguiente, tú lo eres».

Versículos 1–4

Arroja Bildad sus dardos, sus palabras amargas, contra Job, sin percatarse de que, al obrar así, servía a los designios de Satanás al añadir aflicción al afligido Job.

1. Le acusa de ser un charlatán, como le había acusado Elifaz (15:2, 3): *«¿Cuándo pondrás fin a tus palabras?»* (v. 2). Se cansaba Bildad de oír a los demás y estaba impaciente por tomar su turno. Todo el mundo sabe cuán impertinente es este proceder, sin embargo, cuán pocos son los que reconocen en sí mismos este defecto. Hubo un tiempo en que Job tenía la última palabra en todos los debates (29:22): *«Tras mi palabra no replicaban».* Entonces estaba en el pináculo de su poder y prosperidad, pero ahora estaba tan pobre y venido a menos que apenas se le permitía pronunciar palabra. Y, como si Job hablase precipitadamente, le dice Bildad: *Reflexiona, y después hablaremos.*

2. Como si Job tratase a sus amigos con olímpico desprecio y descortesía, le dice Bildad (v. 3): *«¿Por qué nos tienes por bestias?»* Es cierto que Job les había llamado escarnecedores y los había descrito como imprudentes y faltos de compasión, pero no los había tenido por bestias. No obstante, Bildad le acusa de esto. En el ardor de la discusión, buscaba un pretexto para atacar a Job con mayor fiereza. Los que suelen ser severos con otros piensan que los demás lo son con ellos. Como dice el refrán español: Piensa el ladrón que son todos de su condición.

3. Le acusa también de pasión furiosa (v. 4): *«Oh tú, que te despedazas en tu furor».Quizás* se refiere aquí a la frase de Job en 13:14: *Pondré mi carne entre mis dientes* (la frase de Job tiene otro sentido. Véase el comentario a dicho lugar. Nota del traductor).

4. Finalmente, le acusa de orgullo y arrogancia al querer imponer su ley a la providencia misma *«¿Quedará desierta la tierra por tu causa, etc.?»* Como si dijese: «¿Tendrás la impía pretensión de afirmar que en tu caso no se ha cumplido la ley de la Providencia sobre la justa retribución, hasta el punto de que *la Roca* (lit.), es decir, Dios mismo ha dejado de ser el justo gobernador del mundo? ¡Pero Job!

¿Te crees tú que el mundo no puede sostenerse sin ti, y que si tú te arruinas, toda la tierra debería quedar desolada?» Esperar que Dios cambie sus designios, sus leyes, sus promesas, sus métodos de salvación y condenación, por darnos gusto a nosotros, es un absurdo inimaginable.

Versículos 5–10

El resto del discurso de Bildad está enteramente dedicado a describir elegantemente la miserable condición del malvado y en él hay una gran dosis de verdad. Pero no es verdad que todos los malvados lo pasen mal en este mundo, ni es verdad que todos los que sufren hayan de ser tildados de malvados. Por consiguiente, aunque Bildad pensaba que era fácil aplicar el caso a Job, no era un método seguro ni justo.

1. Bildad describe primero la destrucción de los malvados bajo el símil de las tinieblas. A tres clases de luces parece referirse en los versículos 5–6: La luz que se encendía para guiar a los transeúntes, la que se colocaba en la habitación para iluminar la estancia, y la llama viva del fuego del hogar. Las tres son testimonio de la paz que existe en el seno de la familia; de las tres carecerán los impíos y, por tanto, según la suposición de Bildad, Job.

2. Luego presenta dicha destrucción bajo la imagen de un ave o de un animal salvaje que caen en una trampa o cepo, algo parecido a lo que le ocurre a un malhechor que es sorprendido *in fraganti* y es arrestado para ir a la cárcel, a fin de aplicarle el castigo debido (vv. 7–10). El autor sagrado usa aquí todos los vocablos existentes en hebreo para designar redes, lazos, trampas, etc.

Es cierto que Dios le dará su merecido al malvado y hará que *le aguarde una trampa en la senda,* pero, en definitiva, es él mismo quien se ha creado la ruina (v. 7): *Sus mismos planes lo derribarán.* El impío es tan necio como para meterse él mismo en la trampa.

Versículos 11–21

Bildad pasa después a describir la destrucción misma.

1. El temor de la ira de Dios (vv. 11, 12): *De todas partes le aterrarán temores, etc.*—aunque no hay apoyo en el texto para atribuir los temores a la ira de Dios (nota del traductor)—. No le será fácil la huida (v. 11b), puesto que a sus pies le aguarda una trampa (v. 10). *«Hambriento*—gastado—*está su vigor»* (v. 12. lit.).

2. Al malvado le aguarda una muerte terrible. (A) Veámoslo muriendo, *devorado por el primogénito de la muerte* (v. 13), es decir, por una enfermedad mortal: la peste o la lepra. (B) Veámoslo muerto. Es llevado *al rey de los espantos* (v. 14), esto es, al poder de las tinieblas o al jefe de los espíritus infernales. Esto comporta la muerte para los malvados. En cambio, para los justos es un amigo y servidor, pues los conduce a la presencia del Señor. (C) Veámoslo arrojado del mundo, hasta tal punto que no se conservará ni el recuerdo de su nombre (vv. 17, 18), pues nadie querrá recordar un final tan trágico que causó el espanto de occidentales y orientales (v. 20).

3. También su familia será arruinada y arrancada de la tierra (vv. 15, 16, 19). (A) *«En su tienda habitará* (lo que) *no* (es) *de lo suyo»* (v. 15a. lit.). El sentido de esta frase es sumamente incierto. Los LXX no lo pudieron descifrar y lo tradujeron de forma muy rara: *«Habitará* (¿el terror?) *en su tienda en su noche»*. Las versiones modernas no aportan más luz—nota del traductor—y se lanzan a corregir el texto original sin base alguna. ¿Se referirá el autor sagrado al *fuego del Cielo* (no *de lo suyo,* por paralelismo con la frase siguiente *(«piedra de azufre*—comp. Gn. 19:24—*será esparcida sobre su morada»),* de modo que quiere destacarse la idea de que su morada está bajo la maldición de Dios? Lo cierto es que él y su posteridad se quedarán sin casa. (B) Al quedar completamente aniquilado (v. 16, comp. con Is. 5:24; Os. 9:16; Am. 2:9; Mal. 4:1), el malvado no dejará ninguna de las dos cosas que los hombres más desean perpetuar: su recuerdo y su nombre, esto es, su descendencia (v. 17); esto se declara explícitamente en el versículo 19.

CAPÍTULO 19

Respuesta de Job al discurso de Bildad, en la que, I. Se queja de que lo tratan muy mal todos: 1. Sus consoladores le afligen aún más (vv. 1–5). 2. Dios mismo se ha vuelto contra él (vv. 6–12). 3. Sus más próximos familiares le son extraños (vv. 13–19). 4. Nadie le muestra compasión (vv. 20–22). II. Se consuela con una esperanza de ultratumba (vv. 23–27). III. Termina con una advertencia a sus amigos para que no persistan en censurarle (vv. 28, 29).

Versículos 1–5

Por dos veces había comenzado Bildad su discurso con un *«¿hasta cuándo?»* (8:2; 18:2); por eso, Job comienza también su discurso con otro *«¿hasta cuándo?»* (v. 2). Job tenía, para impacientarse de las razones de sus amigos, mucho mayor motivo que el que tenían sus amigos para impacientarse de las razones con que intentaba vindicarse a sí mismo.

1. Ellos estaban *angustiando el alma de Job.* Eran sus amigos y habían venido a consolarle, pero, al afectar gran piedad y sabiduría, se habían puesto a robarle el único consuelo que le quedaba en un buen Dios, una buena conciencia y un buen nombre; y esto le llegaba al alma. *Le molían con palabras* (lit. lo *trituraban a pisotones con palabras). Le habían vituperado diez veces* (v. 3), es decir muchas veces (comp. Gn. 31:7, 41).

2. Responde Job a las duras censuras de ellos, y les muestra que los errores que él haya podido cometer tienen alguna excusa y, en todo caso, deberían guardarle alguna consideración, en lugar de insultarle y buscar toda clase de pretextos para condenarle.

Si fuese cierto que ha pecado de la forma que ellos dicen, él pagaría las consecuencias (v. 4), pero *ellos se están engrandeciendo contra él* (v. 5, comp. con Is. 65:5), como si fuesen personas intachables que pueden juzgarle a él.

Versículos 6–22

1. Job quiere ahora convencer a sus amigos de que, en fin de cuentas, *es Dios quien le ha derribado y le ha envuelto en su red* (v. 6). Tres cosas, pues, deben sus amigos considerar: (A) Que ha sido derribado y envuelto y, por eso, no puede ayudarse a sí mismo; (B) Que es Dios el que lo ha hecho. Así que bastante tiene con la actuación hostil de Dios para que ellos sigan atacándole también; (C) Que de nada le sirve clamar y gritar, pues no hay quien le escuche y le haga justicia (v. 7).

2. Job pasa luego a enumerar ciertos detalles que indican el desagrado con que Dios le mira: (A) Le ha despojado del honor, la prosperidad y el prestigio de hombre cabal e íntegro que antes poseía (v. 9); (B) Ha descuajado tontamente su esperanza, demolida como una ciudad fortificada que ha sucumbido al asedio del enemigo (vv. 10–12); (C) Dios es, en último término, el que ha alejado de él a sus hermanos y demás parientes (v. 13). El creyente que se halla en grave aflicción puede llegar a pensar que Dios es su más temible enemigo, pero es un gran error, pues Dios, como buen Padre, *al que ama disciplina, etc.* (He. 12:6–11). Además, la esperanza que se pone en las cosas de esta vida puede frustrarse, pero la esperanza del verdadero creyente no puede frustrarse, porque, cuando es cortado de este mundo, es trasplantado de este invernadero al jardín de Dios.

3. Después se queja Job directamente del modo como se conducen con él sus parientes más allegados, sus siervos, sus vecinos, sus amigos. (A) Sus vecinos y conocidos se alejan de él como de un extraño (v. 14); (B) Los criados y las criadas de su casa no le escuchan, ni le responden ni le obedecen aunque les suplique (vv. 15, 16). (C) La enfermedad que sufre le ha vuelto fétido el aliento, por lo que ni su mujer ni sus hermanos consienten en acercarse a él (v. 17). (D) Los jovenzuelos se burlan de él (v. 18). (E) Sus más íntimos amigos se vuelven ahora contra él (v. 19). Resulta difícil imaginar la terrible soledad en que Job se debate en medio de su enfermedad y su dolor. En realidad, el trato que recibe de quienes habrían de aliviarle y consolarle es cien veces peor que la más terrible de las soledades.

4. Se queja luego de que la enfermedad le ha consumido de tal modo que se ha quedado hecho un esqueleto (v. 20). El texto hebreo es difícil de interpretar. Según Brates, el significado es que Job «se ha quedado con la piel y los huesos (comp. Sal. 102:6; Lm. 4:8) … Sus dientes han quedado enteramente descarnados al retirarse las encías, lo que contribuye a que la figura de Job sea la de un esqueleto».

5. A la vista de todas estas miserias, no le queda a Job otro remedio que encomendarse a la compasión de sus amigos (vv. 21, 22): *«¡Oh vosotros mis amigos, tened compasión de mí, tened*

compasión de mí! Porque la mano de Dios me ha herido». La repetición de la súplica expresa bien la hondura de los sentimientos de Job. *«Por qué me perseguís como Dios?»* (esto es, con la más terrible persecución)—añade, en el estilo semita, una metáfora que expresa la dureza de las falsas acusaciones que vienen lanzándole sus amigos—. Bien se dice que «del árbol caído, todos hacen leña». En esta condición se ve Job. Desde lo más profundo de esta desolación, va a alcanzar en los vv. siguientes las más altas cimas de su *esperanza contra esperanza* (comp. con Ro. 4:18).

Versículos 23–29

Estos versículos (nota del traductor) han significado, y significan, para muchos una explícita declaración de la doctrina evangélica de la resurrección. Sin embargo, el texto hebreo es sumamente oscuro y, por ello, es preciso avanzar con cautela para distinguir lo que es seguro de lo que es incierto.

1. En primer lugar el solemne prefacio con el que introduce el tema (vv. 23, 24). Cesa abruptamente en sus quejas para triunfar en sus consuelos. Desearía Job que sus palabras quedasen escritas a cincel sobre piedra y luego, según la opinión cada día más probable, que las cinceladuras de las letras fuesen recubiertas *con plomo* para darles mejor visibilidad. En todo caso, el deseo de Job ha sido colmado con creces, pues sus palabras han quedado inscritas en la Biblia con el dedo de Dios, de forma que, dondequiera se lean las Sagradas Escrituras, podrá leerse este memorial que Job quiso legar a la posteridad.

2. Pasa después Job a profesar su gran confesión de fe (vv. 25–27). (A) Tiene seguridad absoluta de que Dios ha de ser finalmente *su Vindicador*. Éste es aquí el sentido del hebreo *goel* = el pariente más próximo al que la Ley confería el derecho y el deber de defender y reivindicar los derechos del pariente. En sentido metafórico, el Antiguo Testamento aplica el término *goel* solamente a Dios. La traducción de *goel* por «Redentor» no es incorrecta con tal de que se entienda bien su sentido. Querer ver al Señor Jesucristo en dicho término es sacar las cosas de quicio (como lo hace el propio M. Henry).

(B) Sabe Job que su *Vindicador* (Dios) *vive.* Job se ve mortal, y hasta moribundo, pero el Dios en quien él espera es inmortal y, al no morir, llegará un día en que *se alzará,* para intervenir en defensa de Job, *sobre el polvo* que, con la mayor probabilidad, se refiere al polvo del sepulcro.

(C) También está seguro Job que, aun *después de quedar deshecha su piel* (v. 26), *desde su carne* (según la traducción más probable) *verá a Dios. Sí, él mismo le verá* (v. 27). «Ver a Dios» significa en general en la Biblia «experimentar el auxilio benéfico de Dios por una intervención suya o actuación de su poder» (Brates). Por tanto, una conclusión es segura: Job sabe de seguro (hebreo *yadati*= conoce por la experiencia que tiene de Dios) que Dios ha de actuar un día en favor suyo para salir en defensa de la integridad de Job, negada y atacada por sus amigos.

(D) Esto es lo que el sagrado texto da de sí. Y, con este supuesto, Job advierte a sus amigos (vv. 28, 29) que no deben continuar en sus ataques contra él; de lo contrario serán llevados a juicio y caerá sobre ellos la espada justiciera de Dios. Los hombres necesitan ser aterrorizados, con terrores del Dios Altísimo, para no caer en el pecado, especialmente en el pecado de juzgar precipitadamente a sus hermanos (Mt. 7:1; Stg. 3:1).

CAPÍTULO 20

Podría pensarse que una profesión de fe y esperanza tan corajuda como la de Job habría de satisfacer a sus amigos, pero éstos no parecen haber hecho ningún caso de ella, pues Sofar vuelve a la carga contra Job con tanta vehemencia como antes. I. La introducción de su nuevo discurso es breve, pero dura (vv. 2, 3). II. Su discurso es largo y centrado en un solo punto: la miseria y la ruina que les espera a los malvados (vv. 4–29). Pero el gran error que comete es imaginarse que Dios no hace excepción ni variación en sus procedimientos y, por lo tanto, Job es, fuera de toda duda, un malvado.

Versículos 1–9

1. Comienza Sofar muy apasionadamente (v. 2): *«Mis pensamientos me urgen a responder»*. No parece haber prestado ninguna atención a la súplica que Job les había hecho de que tuvieran compasión de él, y se excusa de la prisa que tiene en responder: (A) Porque Job le ha dirigido *una reprensión que le ultraja* (v. 3). Los amigos de Job tenían el ánimo demasiado exaltado e impaciente para tratar con un hombre que se hallaba en una condición tan deplorable como la de Job. A la menor observación la llaman *ultraje;* (B) Por una inspiración divina de carácter profético: *Y me hace responder un soplo de mi mente* (lit. *entendimiento).*

2. Sofar procede luego a mostrar la ruina y destrucción de los malvados, y da a entender que Job se halla arruinado por ser malvado. (A) Apela al conocimiento que Job habría de tener de esto (v. 4): *¿No sabes esto, que así fue siempre?* (B) establece, una vez más el principio de que el triunfo de los impíos es breve (v. 5). (C) Lo ilustra de varias maneras (vv. 6–9): (a) Aun suponiendo que sus éxitos sean tantos y tan grandes que su *cabeza toque las nubes, como su estiércol perecerá para siempre;* (b) Los que le conocían, se quedarán asombrados (v. 7): *«¿Qué queda de él?»* Como si dijese: «No ha dejado ni rastro». (c) Se ha disipado como un sueño (v. 8), que se olvida en pocos minutos. Todo esto da a entender que la prosperidad del impío era efímera, ficticia e ilusoria.

Versículos 10–22

Aquí se expresan en detalle los casos en los que se palpa la miserable condición de los malvados en este mundo. En ellos se ve:

1. Cuáles son las maldades por las que son castigados. (A) La injusticia con que han adquirido sus bienes (v. 10); por lo que se ven obligados a restituir, de ahí que *sus hijos buscan el favor de los pobres* (lit.); es decir, tienen que mendigar incluso de los pobres. Su codicia era insaciable, pero le vendrá de repente la estrechez (vv. 18–23). (B) La violencia y la opresión que han obrado hasta quebrantar y desamparar a los pobres (v. 19). (C) La vida regalada que se han llevado (vv. 11–13). Hasta los males que perpetraban eran para ellos como una golosina.

2. Cuáles son los castigos que sufren por tales maldades: (A) Con lo mal adquirido, pensaban llevarse buena vida, pero les serán negados los productos que más les halagaban el paladar: el aceite, la miel y la mantequilla o requesón (v. 17). Hemos de trabajar honestamente, y no precisamente para ser ricos (Pr. 23:4), sino *para tener qué compartir con el que padece necesidad* (Ef. 4:28), no para gastar sin tino. Los malvados esperaban *torrentes* de todas esas cosas buenas, pero no verán de todo ello ni una gota. (B) Pensaban poder disfrutar por mucho tiempo de lo que habían adquirido injustamente, pero todo ello les será arrebatado rápida y violentamente (vv. 14–17, 21–22). El sentido de algunos vv. (por ej. 10a, 22b, entre otros) no está claro en el original (nota del traductor).

Versículos 23–29

Sofar pasa finalmente a describir la completa ruina de los malvados.

1. Su ruina llegará a consumarse por mano del Dios airado y justiciero (v. 23): *Dios enviará sobre él el ardor de su ira, y la hará llover sobre él y sobre su comida.* Cada palabra de este versículo está llena de terror. No hay contra esto otra defensa que la que ha de ofrecer el Mesías (v. Is. 32:2): *«escondedero contra el viento … refugio contra el turbión».* Quizá Sofar aludía aquí veladamente a la muerte de los hijos de Job cuando estaban banqueteando.

2. Su ruina será inevitable y terrible (vv. 24, 25). Una u otra arma le ha de traspasar; estas armas son figura de los diversos castigos de Dios. Uno u otro le ha de alcanzar. Los vv. 26–28 describen diversas clases de castigos enviados por Dios; la inundación (v. 28), figura de la destrucción masiva, de la que no hay escape.

Como el malvado se ha labrado su propia ruina, ésta se representa aquí madura y presta a devorarle, como el *fuego no atizado* (v. 26).

3. Sofar concluye su discurso y resume, como un orador, lo que ha explicado en detalle (v. 29): *Ésta es la suerte que Dios reserva al hombre impío,* etc. Nunca se ha explicado mejor ninguna doctrina, ni se ha aplicado peor, que como lo ha hecho en este caso Sofar, pues con todo ello intentaba demostrar que Job era un hipócrita; recibamos la buena explicación, y hagamos mejor aplicación.

CAPÍTULO 21

Respuesta de Job al segundo discurso de Sofar, en la que se queja de su aflicción menos que en los anteriores discursos y se acerca más al centro de la cuestión en disputa: si los malvados pueden o no prosperar, y los íntegros ser afligidos. I. Comienza por exhortar a sus amigos a que tengan paciencia con él y le muestren compasión (vv. 1–6). II. Su discurso tiene por objetivo hacer que rectifiquen sus equivocaciones: 1. Describe la gran prosperidad de muchos impíos (vv. 7–13). 2. Muestra la gran maldad de muchos de ellos, en la que se endurecen precisamente por su prosperidad (vv. 14–16). 3. Predice la ruina en que han de caer, pero después de un largo respiro (vv. 17–21). 4. Observa una gran variedad de procedimientos en la forma en que la Providencia trata a los hombres, incluso a los peores (vv. 22–26). 5. Ataca al fundamento mismo de las censuras que sus amigos le dirigían, y les muestra que, en este mundo, los malvados escapan con frecuencia de todo castigo hasta la hora de su muerte (vv. 27–34).

Versículos 1–6

Job se encomienda ahora a la compasiva consideración de sus amigos. Mansamente les pide que tengan paciencia para escucharle (v. 3), pues va a quejarse de nuevo. Si no tienen otro consuelo que ofrecerle, que *sea éste al menos el consuelo que le den* (v. 2). Después que él haya hablado, tienen permiso para *escarnecerle* (v. 3b). Como si dijese: «Cuando yo haya hablado, podéis continuar con vuestras burlas y censuras, que no os interrumpiré. Si me prestáis atención, espero haceros cambiar de opinión respecto de mí y que me tengáis compasión en lugar de burlaros de mí *¿Acaso me quejo yo de algún hombre?* (v. 4). Mi queja va a Dios y a Él apelo. Que Él juzgue entre vosotros y yo».

No era un caso ordinario el suyo, no, sino algo que debería llenar de espanto a todo el que lo viese o lo oyese (v. 5), pues él mismo tiembla y se horroriza de su propia experiencia (v. 6), especialmente cuando compara su actual condición con la anterior prosperidad de la que había disfrutado por largos años.

Versículos 7–16

Los tres amigos de Job, en la segunda serie de sus discursos, se habían extendido considerablemente en describir la miserable condición del malvado en este mundo. «Es cierto», viene a decir Job, «que algunas veces caen sobre los malvados impresionantes castigos, pero no siempre, pues hay muchos casos en que los mayores impíos gozan de grande y prolongada prosperidad; aun cuando se endurecen en la maldad por su prosperidad, con todo se les permite continuar prosperando».

1. Describe su prosperidad en cuanto a su altura, su anchura y su largura. Viven sin ser cortados súbitamente por los golpes de la divina venganza. No sólo viven, sino que viven en gran prosperidad (1 S. 25:2 y ss.). En esa prosperidad llegan a envejecer (v. 7). Sus hijos crecen robustos en presencia suya (v. 8). Sus casas están a salvo de peligros y aun del temor a los peligros (v. 9). Sus ganados están sanos y son fecundos (v. 10). Su vida es una continua fiesta (vv. 11, 12). Y en esa prosperidad descienden al sepulcro (v. 13).

2. Muestra cómo abusan de su prosperidad hasta endurecerse en la maldad (vv. 14, 15). Dios les permite prosperar, lo que no ha de extrañar a nadie, pues *el extravío de los ignorantes los matará* al endurecerlos en el pecado (Pr. 1:32, comp. con Sal. 73:7–9). ¡Cuán a la ligera hablan de Dios estos malvados, como si la prosperidad de que gozan fuese motivo suficiente para prescindir de Dios y de la otra vida! El mundo es la porción que han escogido, Mamón es el dios al que sirven, y con eso se consideran felices; mientras tengan eso, pueden prescindir de Dios y de la religión. *«Le dicen a Dios: … no queremos conocer tus caminos»* (v. 14). Los dos grandes vínculos que nos atraen y nos sujetan en el ejercicio de la piedad son el deber y el interés. Los impíos no creen que su deber sea honrar a Dios (v. 15); *«¿quién es el Todopoderoso para que le sirvamos?»* Como si *Shadday* fuera un mero nombre, sin valor alguno, y ellos tan ricos y poderosos que no necesitan someterse a Él. Como Israel en tiempos de Jeremías, le dicen a Dios: *«Vagamos a nuestras anchas; nunca más vendremos allí»* (Jer. 2:31). Tampoco creen que la piedad tenga ningún interés para ellos (v. 15b): *«¿De qué nos aprovechará que oremos a Él?»* ¿Sólo se ha de estimar como ganancia la riqueza de este mundo? Si obtenemos el favor de Dios y las

bendiciones eternas y espirituales, no hay motivo para que nos quejemos de que perdemos algo por ser piadosos (v. 1 Ti. 6:6).

3. Muestra que son unos insensatos por la forma en que disponen de sus bienes (v. 16), como si fuesen dueños soberanos de ellos, siendo así que les vienen de manos de Dios, aun cuando ellos son muy ingratos y no quieren reconocerlo (sin embargo—nota del traductor—son muchos los exegetas modernos que traducen la primera parte de dicho versículo en forma interrogativa: *«Mirad, ¿no está en manos de ellos su fortuna?»* No cabe duda de que todo el contexto exige la interrogación aquí). La segunda parte del versículo está clara: Job renuncia a toda participación en el consejo de los impíos: *«Lejos esté de mí* tener la mentalidad de ellos; lejos esté de mí participar en sus planes malvados. *Sus descendientes aprueban sus dichos,* aunque su *camino es locura* (Sal. 49:13), pero para mí hay mejores cosas que *andar en consejo de malos* (Sal. 1:1)».

Versículos 17–26

Job ha descrito la prosperidad de los impíos. Ahora:

1. Opone esto a lo que sus amigos han sostenido acerca de la ruina de los malvados en esta vida (v. 17): «Decidme: *¿Cuántas veces es apagada la lámpara de los impíos?* ¿No veis cómo sigue ardiendo la mecha de ellos hasta el final, cuando se apaga por sí misma? ¿Cuándo *viene sobre ellos su quebranto, etc.?* ¿No veis cómo su prosperidad continúa hasta el final?»

2. Job sigue expresando lo mismo en los versículos 18–21, valiéndose de otras figuras familiares: ¿Son como la paja y el tamo que arrebata el torbellino? (v. 18, comp. con Sal. 1:4). ¿Guardará Dios el castigo para sus hijos? (v. 19) ¿Y qué le importa a él que su familia y su casa se hundan después que él haya muerto? Él, él, es el que debería recibir el pago y beber de la copa del furor de Dios (vv. 19b–21).

3. En este momento, Job intenta reconciliar estos hechos con la verdad indiscutible de un Dios infinitamente sabio y justo (vv. 22–26), pero la solución que él entrevé es meramente negativa: nadie puede enseñar a Dios sabiduría ni justicia, aunque no sepamos cómo explicarnos tantas anomalías. Gracias a Dios, nosotros conocemos que es tan grande la desproporción entre el tiempo y la eternidad que, al ser el infierno el destino final de los impíos, y el cielo el de los justos, poco importa si marchamos hacia la eternidad riendo o gimiendo.

Versículos 27–34

Job se encara directamente con sus amigos, quienes apoyados siempre en el principio de «la siembra y la siega», deducen que Job ha de ser forzosamente un hipócrita, cuando de tal manera es castigado por Dios.

1. Job declara que conoce bien lo que sus amigos piensan de él (v. 27), pues conoce el principio en que se basan (v. 28): *«¿Qué queda de la casa del poderoso, etc?* ¿Cómo está la casa de Job, y qué queda de la casa de su hijo primogénito, donde estaban todos sus hijos e hijas banqueteando? Si se investigan las circunstancias de la ruina de la casa y de la familia de Job, pronto se ve que han corrido la misma suerte que *las tiendas en que moraban los impíos*».

2. Los hechos que Job presenta no se los ha inventado él, sino que son del dominio público (vv. 29 y ss.). Basta preguntar a los que han viajado por varios países. Ellos dirán (darán su testimonio, *sus señales*—como dice el hebreo—) lo que ocurre con mucha frecuencia: los malvados no son alcanzados *en el día de la ira* (v. 30), ni reciben en vida el pago de sus malas acciones (v. 31); más aún, es llevado con gran pompa y acompañamiento al cementerio, y hasta dispondrá allí de un mausoleo, que perpetúe su memoria (vv. 32, 33): *«Aquí yace don fulano de tal y tal, etc.»* con encomios en su lápida y flores sobre su tumba.

3. De todo ello deduce Job la impertinencia de los discursos de sus amigos (v. 34). *En vano* pretenden consolarle, cuando sus razones se basan *en falacia,* es decir, en una hipótesis falsa. Donde no hay verdad, poco consuelo puede esperarse.

CAPÍTULO 22

Tercer ataque de Elifaz contra Job. (vv. 1–4). También Bildad le atacará por tercera vez, mientras Sofar abandona el campo. En este capítulo, I. Elifaz reprende a Job por sus quejas acerca de la forma con que Dios le está castigando ahora: 1. De opresión e injusticia (vv. 5–11). 2. De ateísmo e incredulidad (vv. 12–14). II. Compara su caso con lo sucedido en tiempos antiguos (vv. 15–20). III. Le da un buen consejo, asegurándole que, si lo pone por obra, Dios se volverá a él en su misericordia, y él volverá a su anterior prosperidad (vv. 21–30).

Versículos 1–4

Lo que aquí dice Elifaz es aplicado injustamente a Job, pero en sí es muy justo y verdadero. Dice que:

1. Cuando Dios nos hace algún bien no es porque nos lo merezcamos ni porque nos deba algo por nuestras buenas acciones, pues éstas no le añaden ni le dan nada a Dios. Las ganancias de la piedad son inmensamente mayores que las pérdidas o los sacrificios que exige, y así se ve claramente cuando se pesan juntas en la balanza. Pero estas ganancias aprovechan al hombre mismo, no a Dios (v. 2). La virtud y la justicia aprovechan al hombre justo, pero Dios no adquiere nada por ello (v. 3). Esto es cierto, pero aquí comienza a asomar una insinuación parecida a la de Satanás en el comienzo del libro (1:9).

2. Cuando Dios nos hace algún daño, es porque lo tenemos merecido. Dios premia al piadoso, no al impío ¿Y habrá de castigar al piadoso, precisamente por su piedad? (v. 4; lit. temor, es decir, respeto o reverencia). De aquí va a deducir Elifaz todo lo que dice después.

Versículos 5–14

A continuación, Elifaz acusa a Job de muchos y grandes crímenes. Es como si, cansado de tratar de convencerle por las buenas, se dispusiera a poner todas las cartas boca arriba y, tras describir al tirano, al opresor, al ateo, al incrédulo, dijese como Natán a David: Tú *eres ese hombre* (2 S. 12:7). Elifaz no puede presentar ni un solo caso de los crímenes de que acusa a Job, pero está resuelto a calumniarle descaradamente y lanzar sobre él toda clase de reproches, seguro de que alguno dará en el blanco. Este Job, al que Dios mismo presentó como el mejor hombre del mundo, es presentado aquí por uno de sus amigos como uno de los mayores villanos de la tierra.

1. Le acusa de opresión e injusticia; de que, cuando nadaba en la prosperidad, no sólo no socorrió a nadie con su poder y sus riquezas, sino que hizo muchos y grandes males ya que abusó de su alta posición. Esto era totalmente falso, como se ve por lo que él mismo dice de sí después (29:12 y ss.) y por lo que Dios mismo había dicho de él al principio (cap. 1). *«Exigías prenda a tus hermanos sin razón»,* dice Elifaz (v. 6), es decir, cuando no tenía derecho a ello o la caridad le obligaba a no hacerlo, como indica el contexto próximo, pues *«despojabas*—dice Elifaz—*de sus ropas a los desnudos»;* es decir, le acusa de tomar en prenda los míseros paños con que se cubrían los pobres, cosa terminantemente prohibida en la Ley (Dt. 24:10–13). También le acusa (v. 7) de negar bebida al sediento, y pan al hambriento, siendo así que nadaba en la abundancia; esto era una crueldad fustigada duramente en ambos Testamentos (Pr. 25:21; Is. 58:6 y ss.; Ez. 18:7, 16; Mt. 25:42). El término hebreo *ayef* que hemos traducido por «sediento», significa en realidad «extenuado», «desfalleciente», lo cual agrava el pecado. El versículo 8 no está muy claro en el original—nota del traductor—pero su sentido más probable es que Job, como hombre rico y pudiente, hacía valer sus derechos a las posesiones que tenía, sin tener que dar cuentas a nadie ni hacer a otros partícipes de su prosperidad. Le acusa igualmente de *haber despedido a las viudas con las manos vacías* (v. 9), es decir, sin hacerles justicia en sus demandas (comp. con Lc. 18:3, 4), y de *quebrantar los brazos de los huérfanos,* es decir, de despojarles de los pocos bienes (poder, fuerza) que les quedaban. A eso se deben, según Elifaz, todas las calamidades que Job padece ahora (vv. 10, 11). Es como un eco de lo que dice Santiago: *«porque el juicio será sin misericordia para aquel que no haga misericordia»* (Stg. 2:13).

2. Por otra parte, le acusa de ateísmo, impiedad e incredulidad como si fuese un perverso que, al no respetar a los hombres, tampoco temía a Dios. Según Elifaz, Job había olvidado, o negaba, que Dios desde su trono celestial, todo lo ve y lo juzga (v. 12), pues le hace decir (v. 13): *«¿Qué sabe Dios?»* (este es el sentido de la frase del «necio» en los Sal. 14:1; 53:1), como si *las nubes* le impidieran a Dios darse cuenta de lo que pasa en este mundo (vv. 13b, 14a), mientras *se pasea por la bóveda* (lit.) *del cielo* (v. 14b), es decir, por la parte interior de la «expansión» de Génesis 1:6 y ss. Como si la presencia de Dios

estuviese limitada por ciertos espacios y no pudiese ver lo que pasa al otro lado por tener *ojos de carne* como los hombres (10:4).

Todo esto se funda en terribles absurdos que no se le pudieron ocurrir a Job, pues supone que la administración y el gobierno del mundo son para Dios una carga, un aburrimiento o un rebajamiento; que los actos de justicia y de misericordia causan fatiga a la mente de Dios que es infinitamente sabia, santa y buena; que la distancia de un lugar puede crear problemas al que, por su inmensidad, está presente en todo lugar. Tampoco la distancia de tiempo puede crear problemas al que, por ser eterno, abarca todos los tiempos.

Versículos 15–20

Después de esforzarse en convencer a Job de su impiedad, procura Elifaz despertarle a la conciencia del peligro que corre por razón de sus pecados. Lo hace comparando su caso con el de los malvados a quienes arrasó el diluvio (vv. 15) y al del remanente de dichos malvados, es decir, los de Sodoma y Gomorra, a quienes consumió el fuego (v. 20). Estos malvados *«decían a Dios* (v. 17): *Apártate de nosotros»*. Pero de Dios no hay escape: Quienes rehúsan someterse al cetro de oro de su amor, deben esperar ser despedazados por el cetro de hierro de su ira. «*¿Y qué puede hacernos el Omnipotente?»* (v. 17b). Como si dijese: «Ese Dios tan lejano no puede hacernos ni bien ni mal». Elifaz muestra lo absurdo de esta pretensión, pues a ese Dios le llama precisamente *el Omnipotente:* el que todo lo puede ¿qué no podrá hacer? Y a pesar de su impiedad, *¡Dios les había colmado de bienes!* (v. 18)

Elifaz tuerce las palabras de Job en 21:14–16 y, lo que es peor, las retuerce contra él. Según Elifaz, Dios había colmado de bienes a Job anteriormente, a pesar de su impiedad, pero ahora, como los malvados de antaño, había sido cortado antes de tiempo. La norma que a Elifaz le servía para engrandecerse a sí mismo y a sus colegas era la misma que también le servía para condenar a Job: Job había sido castigado, luego era un malvado; ellos no habían sido castigados, luego eran buenas personas.

Versículos 21–30

Elifaz había presentado ante la vista de Job la miserable condición del malvado para asustarle y llevarle al arrepentimiento. Ahora, le muestra la otra cara de la moneda, la felicidad de que pueden disfrutar los que se arrepienten, para animarle a que se arrepienta. También los ministros del Evangelio han de usar ambos métodos al hablar a los pecadores: desde el monte Sinaí mediante los terrores de la Ley, y desde el monte Sion mediante los consuelos del Evangelio, han de poner ante ellos la vida y la muerte, el bien y el mal, la bendición y la maldición.

1. El buen consejo que da Elifaz a Job, aunque fundado en la falsa suposición de que era un malvado. (A) *«Reconcíliate ahora con Él* (Dios)» (v. 21). Como si dijese: «No continúes siendo un extraño para Dios, como te has hecho a ti mismo al arrojar lejos de ti su temor y dejar de acudir a Él en oración». Es un honor para todo creyente el poder acercarnos libremente, por medio de Jesucristo, al trono de Dios del que nos había alejado el pecado, siendo ésta nuestra gran miseria. (B) «Con ello, *tendrás paz:* paz con Dios, al reconciliarte con Él (v. Ro. 5:1). Paz completa en ti mismo, pues *por ello te vendrá bien»*. (C) *«Recibe la instrucción de su boca* (v. 22). Una vez que hayas hecho las paces con Dios, sométete a su gobierno y resuélvete a regirte por sus normas, para que permanezcas en su amor». (D) *«Pon sus palabras en tu corazón.* No es suficiente con recibirlas; hay que retenerlas» (Pr. 3:18). (E) «Si *te vuelves al Omnipotente, serás restablecido* (v. 23)». No es suficiente dejar el pecado; es menester volverse a Dios y al deber: volverse del todo, no sólo hacer pequeños intentos de vuelta. (F) *«Y si alejas de tu tienda* (es decir, de tu casa) *la iniquidad.* No sólo la has de alejar de ti, sino de tu casa, y lo más lejos posible». Es el mismo consejo que le había dado Sofar (11:14).

2. Elifaz anima a Job y le dice que, si sigue su consejo, será muy dichoso. En general (v. 21): *«Y por ello te vendrá bien»*. Como si dijese: «Ahora te ves caído y arruinado, pero, si te vuelves a Dios, te levantarás de nuevo, y serán reparadas tus presentes ruinas: Tu familia será edificada con hijos, tu hacienda con riquezas, y tu alma con santidad y consuelo». En particular:

(A) Le serán otorgadas en abundancia las bendiciones temporales. Si tiene las riquezas en nada por seguir y servir a Dios (v. 24), Dios mismo será su *oro* (v. 25. lit.) y, al tener en Dios la fuente de la verdadera riqueza, tampoco le faltará *la plata:* tendrá bienes materiales en abundancia. Bueno es tener el

dinero *a los pies* (Hch. 4:35), no en el pecho. Los mundanos hacen del oro su dios; los santos hacen de Dios su oro; y quienes están enriquecidos con el favor y la gracia de Dios, bien pueden estar contentos, pues tienen sus tesoros en el cielo, al abrigo de gusanos y ladrones (Mt. 6:20).

(B) Será enriquecido con bendiciones espirituales (v. 26): *«Porque entonces te deleitarás en el Omnipotente,* porque siendo Él tu oro, en Él tendrás el corazón (Mt. 6:21), como los mundanos lo tienen en el dinero. *Y alzarás a Dios tu rostro,* es decir, podrás dirigirte a Él con toda confianza, no con miedo como ahora; entonces *te oirá* (v. 27) y cumplirás gozosamente los votos que le hayas hecho.

Todo te saldrá bien (v. 28); no tendrás tropiezo, porque *sobre tus caminos resplandecerá la luz* de la Providencia de Dios y de la Palabra de Dios (Sal. 119:105)». Más aún, *cuando los arrogantes sean abatidos* (v. 29. El sentido del original es muy oscuro—nota del traductor—), él se verá en alto por su humildad.

(C) Él mismo será bendición para otros, pues *por la pureza de sus manos,* Dios preservará de la destrucción a los pecadores (comp. con Gn. 18:24 y ss.). Por aquí se ve cuán grande bendición es una persona buena para la misma sociedad. Los pecadores lo pasan muchas veces bien por causa de los santos, aunque no se den cuenta de ello o no quieran reconocerlo. Si en Sodoma y Gomorra se hubiesen hallado diez justos, todos sus habitantes se habrían salvado de la destrucción, sin saber a qué se debía su preservación. Elifaz mismo y sus colegas fueron preservados de ser tratados afrentosamente *por la pureza de las manos de Job* (42:8).

CAPÍTULO 23

De nuevo replica Job a Elifaz, y apela a Dios para que defienda su causa ya que su conciencia le da testimonio de su integridad. En este capitulo se palpa una lucha entre la carne y el espíritu, entre el temor y la fe. I. Se queja Job de su condición calamitosa y, en especial, de que Dios se ha retirado de él, por lo que no puede hacer que se oigan sus quejas (vv. 2–5), ni entender por qué Dios le trata así (vv. 8, 9), ni obtener esperanza ni alivio (vv. 13, 14). II. En medio de estas quejas, se consuela con la seguridad de la clemencia de Dios (vv. 6, 7), y de su propia integridad, de la que Dios es testigo (vv. 10–12).

Versículos 1–7

Aunque está enfermo y decaído, Job no se da por vencido.

1. Justifica su resentimiento y sus quejas (v. 2): «Hoy *también*—un día más de suplicio—*hablaré con amargura. Porque es más grave mi llaga que mi gemido.* No me quejo sin motivo. Lo que sufro en cuerpo y alma es tanto que tengo razón para quejarme mucho más».

2. De las acusaciones de sus amigos apela al justo juicio de Dios, como evidencia de que no era un hipócrita; de lo contrario, no se atrevería a hacer esta apelación. Pero, ¿Dónde hallar a ese Dios que le ha vuelto la espalda? (v. 3). Esta queja es buena señal en labios de un pecador que ha perdido por el pecado la comunión con Dios y se halla perdido mientras no ve el rostro favorable de Dios. Si Job supiese dónde hallar a Dios, allá se presentaría para exponer con numerosas razones su causa ante el tribunal de Dios (vv. 3, 4). Ante Dios podemos exponer nuestra causa con muchos *argumentos,* cosa que no suelen tolerar los gobernantes humanos, aun cuando Dios no necesita que le expongamos lo que Él ya sabe, pero la oración ferviente y perseverante no tiene por objeto mover a Dios, sino movernos a nosotros mismos al reconocimiento de nuestra necesidad y al robustecimiento de nuestra fe. Con gusto escucharía Job lo que Dios le respondiera (v. 5).

3. Se consuela con la esperanza de que Dios le atendería, en lugar de aplastarle con su poder (vv. 6, 7). El mismo poder que destruye a los rebeldes se pone en juego con los humildes, pues éstos prevalecen sobre Dios con la fuerza misma derivada de Él, como prevaleció Jacob (Os. 12:3). También Job está seguro de que prevalecería con Dios (v. 7).

Versículos 8–12

1. El desasosiego de Job se debe a que no puede hallar a Dios, por mucho que le busque en todas las cuatro direcciones: este, oeste, norte y sur (vv. 8, 9). Por tanto, no puede presentar ante Él sus quejas. La causa es justa, pero el juez no aparece por ninguna parte. El Dios omnipotente no está lejos de cada uno de nosotros (Hch. 17:27, 28), pero eso mismo hace más insufrible la situación del afligido: ¡Un Dios cercano que desampara! (Mt. 27:46; Mr. 15:34).

2. Se satisface con el pensamiento de que Dios era testigo de su integridad y, por eso, no duda de que ganaría el pleito ante Dios (vv. 10–12). Puesto en el crisol, Job saldría como el oro, no como purificado de escoria, sino como justificado en su queja. Sus pies han podido dar algún mal paso, pero nunca se han salido del camino recto. La observancia de los mandamientos de Dios ha sido para Job preferible a su manjar predilecto (comp. con Sal. 119:103). Es decir, preferiría vivir sin comer antes que vivir sin obedecer. La Palabra de Dios es para nuestra alma lo que el alimento necesario es para nuestro cuerpo.

Versículos 13–17

Job razona ahora consigo mismo en una resignación «a la fuerza».

1. Sienta buenas conclusiones (vv. 13, 14): (A) Que los designios de Dios son inmutables: *Si Él determina una cosa, ¿quién lo hará cambiar?* Lo sabe todo, no se equivoca ni tiene consejeros que le hagan alterar sus designios. La oración puede cambiar el camino de Dios, pero no su propósito. (B) Que el poder de Dios es irresistible: Su *alma deseó e hizo.* Dios puede hacer todo cuanto quiere (Sal. 135:6), y siempre hará lo que quiere, pues siempre quiere lo mejor, aunque a veces no lo entendamos.

2. Hace mal uso de dichas conclusiones, y hasta se contradice a sí mismo. Hace poco se había quejado de la ausencia de Dios (vv. 8, 9). Ahora (v. 15) dice que le espanta su presencia, hasta el punto de temblar ante el solo pensamiento. También parece volver a quejarse ante Dios de haber sido dado a luz (v. 17), aunque es probable que el sentido del versículo sea muy distinto (nota del traductor): *«Aunque no soy cortado*—silenciado—por *las tinieblas, ni por la densa oscuridad que cubre mi rostro»* (traducción probable).

CAPÍTULO 24

Al seguir en la línea de la discusión sobre la prosperidad de los malvados, Job da un paso más en este capítulo, y amplía con muchos detalles lo que ya había dicho en 12:6: *«Prosperan las tiendas de los ladrones, etc.»* y muestra qué bien marchan y prosperan los que viven a espaldas de las leyes de la justicia y de la honestidad.

I. Los que abiertamente perjudican a sus prójimos pobres no reciben su merecido, ni los perjudicados son indemnizados (vv. 2–12, 21, 22).

II. Los que practican maldades secretas quedan sin descubrir ni castigar (vv. 13–17).

III. Los amigos de Job arguyen que, al fin, caen bajo el justo juicio de Dios (vv. 18–20).

IV. Sin embargo, Job no acepta el veredicto de sus amigos y se aferra en su convicción (vv. 21–25).

Versículos 1–17

1. Este capítulo comienza con la queja de Job de que Dios no tenga plazos señalados, días destinados a la administración de la justicia (v. 1), como los hay en los tribunales humanos. De ahí que los malvados pasan toda la vida sin ser enjuiciados y castigados, mientras que los temerosos de Dios pasan toda la vida sin presenciar las visitaciones de Dios para justicia. Dios ejercita su fe y su paciencia, al mismo tiempo que aviva el espíritu de oración de ellos para que *clamen a Él día y noche* (Lc. 18:7).

2. Job especifica dos clases de malvados:

(A) Los tiranos que oprimen a los pobres y abusan de su autoridad bajo pretexto de observar las leyes: *Traspasan los linderos* (v. 2), es decir, remueven los mojones que señalan los límites de los campos, bajo

pretexto de que están mal puestos (cosa condenada en la Ley. V. Dt. 19:14; 27:17; Pr. 22:28; 23:10; Os. 5:10), *roban los ganados* bajo pretexto de que están abandonados, hallan excusas para despojar a huérfanos y viudas del asno y del buey con que labran la poca hacienda que les queda (v. 3), hacen huir a los mendigos bajo pretexto de que perturban el orden público (v. 4). En los versículos 5–8 se describe la triste condición en que se hallan todos estos necesitados: trabajan de recio y carecen de vestido y cobijo. Pero los opresores no se quedan aún satisfechos con eso, sino que, para compensar deudas reales o ficticias, arrancan a los huérfanos del pecho de la madre (vv. 9–12) para convertirlos en esclavos que han de trabajar sin descanso y de los que no tienen compasión aunque mueran, por fin, extenuados. Lo peor es, dice Job, que Dios lo consiente, pues *no atiende su oración* (v. 12).

(B) La otra clase de malvados la constituyen los asesinos, ladrones y adúlteros (vv. 13–17). Éstos quedan sin castigo porque no son hallados al quedar cubiertos por las tinieblas: Son *rebeldes a la luz* (v. 13) y *están acostumbrados a la oscuridad* (v. 17). Odian la luz porque descubre las obras de ellos (Jn. 3:20). Así que *la luz de la mañana es para todos ellos como sombra de muerte* (v. 17a). Dice Brates: «Así sucede con ellos lo contrario que con los demás hombres, que salen con el día a sus labores (Sal. 104:23); y el alba, que a los demás alegra e incita a la actividad, a ellos les repele como las tinieblas y son invadidos con su llegada como con terrores de la región de la muerte». Maldicen el sol porque los descubre.

Versículos 18–20

Estos tres versículos encajan pésimamente en este contexto, pues en ellos Job parece sostener la tesis de sus contradictores. Dice Brates: «Si Job hablara así, se declararía vencido y pasado al bando de sus contrarios». Por eso, La *Revised Standard Version* los hace preceder de la frase: *«Vosotros decís»* (nota del traductor. V. el libro de D. José M. Martínez *Job, la fe en conflicto*, segunda edición, página 177, nota 1. Adrede he renunciado a citar de este magnífico comentario, a fin de no dispensar a mis lectores de adquirirlo). En efecto, como advierte Bullinger, es frecuente en la Biblia, entre las figuras de dicción, la elipsis del verbo *decir.* Al rellenar el hueco, se aclaran algunos pasajes que, de otro modo, quedarían sumamente oscuros, especialmente en los Salmos.

¿A quién habrán, pues, de atribuirse los versículos 18–20? Probablemente a Bildad, ya que Sofar no vuelve a replicar por tercera vez a Job, y Elifaz acabó ya mucho antes. Por otra parte, el discurso de Bildad en el capítulo 25 es demasiado breve, por lo que habrían de añadírsele otros fragmentos como estos tres versículos; en qué contexto, no sabemos. Muchos autores los colocan después de 27:23. Para que los lectores no se escandalicen de estas trasposiciones, les haremos saber que el texto hebreo de Job nos ha llegado bastante deteriorado; en algunos puntos, indescifrable. El significado de los versículos 18–20 es, por otra parte, claro. Únicamente la primera frase del v. 18 necesita explicación. El hebreo dice literalmente: *«Rápido* (va) *él* (el impío) *sobre la faz de las aguas»*, es decir, la corriente se lo lleva presurosa (comp. con Os. 10:7, donde se repite la frase).

Versículos 21–25

Vuelve Job ahora a describir otras maldades de los impíos y muestra cómo quedan sin castigo.

1. Algunos abusan de los que se hallan en apuros, y añaden aflicción al afligido (v. 21): *«A la mujer estéril, que no concebía, «afligieron»*. La esterilidad era considerada como un gran oprobio, pero estos impíos todavía afligían a estas pobres mujeres que ya soportaban gran oprobio (comp. con Gn. 30:1; 1 S. 1:5, 6, entre otros lugares). Otros jamás socorren a los necesitados. Se menciona aquí a la viuda (comp. con v. 3).

2. Sin embargo, todos estos malvados prosperan y lo pasan bien por largo tiempo: Dios parece alargarles la vida y recobrarse incluso cuando se hallan tan enfermos que ellos mismos *creen que no van a sobrevivir* (v. 22). Otra traducción de este difícil versículo puede ser: *«Se lleva con su poder* (¿a la muerte?) *al poderoso, y cuando se levanta nadie está seguro de su vida»*, lo cual supone otra clase de conducta criminal (no faltan otras traducciones—nota del traductor—). Es cierto que, al final, *se marchitarán y serán cortados como cabezas de espigas* (v. 24c), pero aun este final es lento y suave, como el de una flor que nadie arranca, sino que se va poniendo mustia de suyo, y como el de una espiga,

que tampoco es arrancada de cuajo, sino solamente desgranada suavemente cuando ya está suficientemente madura.

3. Job está tan seguro de lo que dice, que reta a cualquiera a que le desmienta (v. 25): *«Y si no, ¿quién me desmentirá ahora, o reducirá a nada mis palabras?»* Y, si nadie puede desmentirle, se sigue que Job es falsa e injustamente censurado por sus amigos.

CAPÍTULO 25

Aquí tenemos una breve réplica de Bildad. Deja a un lado el tema de la prosperidad de los impíos, pero piensa que Job se ha excedido al apelar al tribunal de Dios (cap. 23), muestra en pocas palabras la infinita distancia entre Dios y el hombre, enseñándonos: I. A pensar alta y honorablemente de Dios (vv. 2, 3, 5). II. A pensar bajamente de nosotros mismos (vv. 4, 6). Son dos lecciones útiles para todos, aunque Bildad las aplique mal a Job.

Versículos 1–6

Por dos cosas es de alabar Bildad aquí: 1. Por no decir ni una palabra del tema en que él y Job no estaban de acuerdo. 2. Por hablar tan bien sobre el tema sobre el que Job y él estaban de acuerdo. Dos argumentos usa Bildad para exaltar a Dios y rebajar al hombre:

1. Muestra cuán glorioso es Dios, y de ahí infiere cuán impuro y culpable es el hombre en la presencia de Dios (vv. 2–4). Dios es el Señor Soberano del *Universo: Tiene un poder temible; Él pone paz en sus alturas* (v. 2), puesto que en el Cielo se cumple siempre la voluntad de Dios (M. Henry) o, más probablemente (nota del traductor), por haber sofocado con su poder la sublevación de Satanás y sus ángeles. En todo caso, la paz que es obra de Dios (v. Fil. 4:7, 9), mediada por Jesús (Jn. 14:27) y hecha fruto del Espíritu (Gá. 5:22), es perfecta en el Cielo, porque allí es perfecta la santidad y perfecto también el amor. *Sus ejércitos* (v. 3), primariamente los ángeles, *no tienen número. Su* providencia se extiende a todos: *«¿Sobre quién no está su luz*? (trad. incierta, pero probable. Nota del traductor). Ante esta majestad de Dios, ¿quién es el hombre? *¿Cómo se justificará ante Dios?* (v. 4). El hombre no es sólo débil, sino vil sucio. No puede estar limpio: (A) En comparación con Dios. (B) En discusión con Dios. (C) En la presencia de Dios.

2. Muestra también cuán oscuros e imperfectos son los cuerpos celestiales a la vista de Dios y en comparación con Él (v. 5). Las luminarias de los cielos, en comparación de la luz que es Dios (1 Jn. 1:5), carecen de resplandor, de la misma manera que una candela, por mucho que arda, no alumbra cuando se la enciende a la clara luz del sol. ¿Cómo se atreve Job a apelar a Dios con tanta osadía, cuando el que es la luz misma va a descubrir en Job tantas manchas de las que ni él mismo se apercibe? Los hombres, aun siendo nobles criaturas de Dios, son delante de Él como viles gusanos de la tierra (v. 6). Su brillo y su limpieza están por debajo del resplandor de los astros.

¡Cuán poca razón tiene para ensoberbecerse, y cuántas razones tiene para humillarse! ¿Será el hombre tan loco como para contender con su Hacedor?

CAPÍTULO 26

Breve réplica de Job al breve discurso de Bildad. En ella ratifica Job lo que ya había dicho y sobrepasa a Bildad en engrandecer a Dios. I. Muestra que el discurso de Bildad es conforme a la verdad y a la justicia, pero no responde a su caso particular (vv. 2–4). II. Muestra también que era innecesario, pues todo lo que ha dicho lo sabía y lo creía también él y podía hablar de ello tan bien como Bildad (vv. 5–13), y concluye que el tema les viene demasiado grande tanto a él como a sus amigos (v. 14).

Versículos 1–4

Bildad pensaba que había pronunciado un gran discurso, pero Job le hace ver que su intervención no había sido tan valiosa como él creía.

1. No había mucha sustancia en el tema (v. 3): «*¿En qué aconsejaste al que no tiene conocimientos, etc.?*» Job habla aquí irónicamente y así reprocha a Bildad de impertinencia, el cual pensaba que había pronunciado un discurso claro, pertinente y exhaustivo, cuando sólo superficialmente había rozado un tema tan vasto y profundo.

2. Tampoco había utilidad alguna en lo que había dicho (v. 4): «*¿A quién has dirigido tus palabras, etc.?*» Como diciendo: «¿Qué ayuda me prestas con lo que acabas de decir? ¿Qué servicio prestas con eso a Dios y a su causa? ¿Qué tienen que ver conmigo tus peroratas? ¿Es que te imaginas que soy un chiquillo para necesitar tus instrucciones? Intentas convencerme, instruirme y consolarme, pero ¡ay! todo lo que dices me ayuda muy poco». No todo lo que es bueno y verdadero es, de sí, oportuno y conveniente. A quien, como Job, estaba humillado y afligido, convenía haberle hablado de la gracia y de la misericordia de Dios, más bien que de su grandeza y majestad. Job le pregunta: *«¿De quién es el espíritu que de ti procede?»* (v. 4b). Como si dijese: «¿Quién me habla por medio de ti? ¡Ciertamente no es el Espíritu de Dios!»

Versículos 5–14

Ahora entra Job en un tema sobre el que todos ellos estaban de acuerdo: la infinita gloria y el infinito poder de Dios.

1. Se presentan aquí muchos ejemplos de la sabiduría y del poder de Dios en la creación y preservación del Universo.

(A) Si miramos en derredor nuestro: a la tierra y a las aguas, veremos ejemplos extraordinarios del poder divino, como podemos deducir de estos versículos: (a) *Cuelga la tierra sobre la nada* (v. 7). Admirable expresión de lo que la astronomía moderna nos da a conocer. El hombre no puede colgar una pluma sobre la nada, pero Dios cuelga sobre la nada el orbe entero. (b) *Puso límite a la superficie de las aguas* (v. 10), para que no vuelvan a cubrir la tierra. (c) *las columnas del cielo tiemblan, etc.* Para entender esta frase es conveniente ver Génesis 1:6 y ss.; Salmos 104:5 y ss. Las altas montañas que se divisaban en el horizonte tenían sus raíces, en opinión del autor sagrado, en el fondo mismo del mar, y sostenían, a su vez, la expansión celeste o gran lona del firmamento. Al reprender Dios a la aguas (véase el contraste con el v. siguiente), éstas se agitaban con tanta fuerza que sacudían las «columnas del cielo».

(B) Mediante los vocablos *Seol* (morada de las almas de los muertos) *y Abadón* (vocablo hebreo que significa *destrucción* v. 6), podemos entender que aquellas regiones profundas de ultratumba, de las que los hombres de este mundo no saben nada, están totalmente descubiertas a los ojos de Dios, a cuyo conocimiento nada se le escapa.

(C) Si miramos arriba, al firmamento, vemos también estupendos ejemplos del poder soberano de Dios (v. 7a): *Él extiende el norte sobre vacío.* El «norte», es decir, la parte más alta del cielo o cenit, pende también del vacío por el poder soberano de Dios. Dice Brates: «El sagrado poeta considera digno de admiración y una manifestación del poder de Dios que el cielo, semejante a una extensísima lona de tienda, no necesite de percha o pértiga alguna para sostenerse» (v. Sal. 104:2). Con bellísimas metáforas describe el autor sagrado cómo *ata Dios el agua en sus nubes* (v. 8) como en enormes sacos y, sin embargo, *las nubes no se rompen debajo de ellas,* a pesar de ser tan colosal la cantidad de agua que trasportan y tan fina la envoltura que las encierra (v. Pr. 30:4). En beneficio de la tierra destilan su contenido gota a gota, no de una vez.

(D) Los versículos 12 y 13—nota del traductor—necesitan alguna explicación. El versículo 12b dice literalmente: *¡Y con sus habilidades machacó a Ráhab!* Ráhab era, en la mentalidad del autor, un monstruo marino opuesto al sosiego de las aguas, con lo que la frase resulta un paralelo de la primera parte del versículo.

De la misma manera, con su *soplo* (el viento, mejor que el «espíritu»), *Dios serena el cielo,* es decir, lo limpia de nubes, *traspasando* así *a la serpiente huidiza* (lit.), otro monstruo que se opone a la claridad del cielo. Ambos son símbolos de orgullo y *arrogancia* (de ahí, este vocablo en nuestra versión Reina-Valera).

2. Job concluye bellamente esta parte de su discurso y dice que todo esto es *solamente los bordes de sus caminos* (v. 14); es decir, no ha hecho otra cosa que rozar superficialmente un poco (como la orla del

manto) de lo que Dios ha llevado a cabo en el orden de la naturaleza. Job admira la profundidad de lo que el hombre no ha llegado a descubrir. Lo que conocemos de Dios y de sus obras es nada en comparación con lo que Dios es y lo que Dios ha hecho. Nuestros conocimientos son ahora, como nuestras capacidades, pequeños y superficiales; el descubrimiento pleno de la gloria divina está reservado para el estado de la futura gloria nuestra.

CAPÍTULO 27

Job se había quejado a veces de que sus amigos escasamente le permitían pronunciar palabra, pero ahora le permitieron decir cuanto deseaba. Lo que había dicho en el capítulo 26 era réplica suficiente al breve discurso de Bildad, pero ahora sigue explayándose en lo que quería decir. I. Comienza testificando solemnemente de su integridad y de su resolución de continuar haciéndolo (vv. 2–6). II. Expresa el miedo que tenía a la hipocresía de la que sus amigos le acusaban (vv. 7–10). III. Muestra el final miserable de los impíos, a pesar de su larga prosperidad, y la maldición que les espera a ellos y a sus familias (vv. 11–13). (Véase el comentario a los vv. 7 y ss.—nota del traductor—.)

Versículos 1–6

El discurso de Job es llamado aquí en hebreo *mashal*, que ordinariamente significa «proverbio», pero también, como en Números 23:7, 18, etc., «poema» o «canto» (así lo ha traducido la *Versión Moderna).* Es probable que este versículo haya sido añadido por un redactor posterior. Hay autores que lo interpretan como un «canto triunfal» de Job sobre sus oponentes. Tras esto, comienza el «canto» propiamente dicho de Job con un solemne juramento con el que avala lo que va a decir a continuación.

1. La forma del juramento (v. 2): *¡Vive Dios, que ha negado mi derecho! etc.* Habla, pues, de Dios: (A) Altamente, al reconocer que es un Dios vivo, pero también habla de Él (B) duramente, de forma inconveniente, al decir que le ha negado el derecho, esto es, que ha rehusado hacerle justicia en el tema de esta controversia al no aparecer en defensa de él y al continuar afligiéndole (v. 2): «… *que amargó el alma mía»*. Con todo, mientras confía en la justicia de su causa, no cesa de confiar en la bondad de Dios.

2. La materia del juramento (vv. 3, 4): (A) Que *no ha de hablar iniquidad, ni pronunciar mentira:* es decir, que al haber hablado en todo este debate conforme a su conciencia, de ninguna manera había de mantener una doctrina o atestiguar un hecho que no fuesen verdad; tampoco había de negar la verdad, por mucho que fuese contra sus propios intereses. Por tanto, no sería incitado por injustas censuras a acusarse a sí mismo falsamente. (B) Que se adheriría a esta resolución mientras le durase la vida (de cuatro maneras hace esta aseveración—vv. 3, 5 y 6—). En cuestiones dudosas, es peligroso hablar de un modo tan perentorio, pues no conocemos las circunstancias que pueden hacernos cambiar de opinión, pero en un asunto tan claro como éste, bien podemos protestar de que no hemos de hablar iniquidad.

3. La explicación de su juramento (vv. 5, 6). *«Lejos de mí* (lit.) *daros la razón* (lit. *justificaros), etc.* Nótese con qué firmeza se reafirma en la justicia que le asiste en esta causa. Job se quejaba de los reproches que le lanzaban sus amigos, pero asegura que su *conciencia* (lit. *corazón.* comp. 1 Jn. 3:21) *no le reprochará en todos sus días,* pues piensa guardarla libre de toda culpa.

Versículos 7–10

Hay quienes opinan—nota del traductor—que los versículos 7 y ss. hasta el final del capítulo pertenecen a un tercer discurso de Sofar, pero también son muchos los que opinan que son de Job, aunque siguiéndole sarcásticamente la «corriente» a Sofar. En sí, a no ser por sarcasmo, es difícil atribuirlos a Job, pues está sustentando la tesis de sus oponentes. Prescindamos de quién lo dice; vamos adelante:

1. Job (o Sofar) considera la condición del hipócrita la peor en la que un ser humano pueda hallarse (v. 7): *Sea como el impío mi enemigo, etc.* Esto era una expresión proverbial. Lo peor que podría desear al peor de los impíos, lo desea a sus enemigos.

2. Las razones que tiene para ello: (A) Porque todas las esperanzas del impío son vanas ilusiones (v. 8): *Porque, ¿Cuál es la esperanza del impío, por mucho que haya acumulado?* Los amigos de Job querían convencerle de que era un hipócrita (4:6). «¡No!—viene a decir Job—por nada del mundo sería yo tan loco como para cimentar mis esperanzas en un fundamento tan corrompido». (B) Porque la oración del impío no será oída (v. 9): *«¿Oirá Dios su clamor, etc.?»* Si el impío viene al arrepentimiento, Dios le oirá y le aceptará (v. Is. 1:18), pero si continúa impenitente, que no piense que va a hallar el favor de Dios. (C) Porque la religión del hipócrita no es consecuente ni constante (v. 10): *«¿Se deleitará él en el Omnipotente* (mejor, en el *Todosuficiente)? ¿Invocará a Dios en todo tiempo?»* Como si dijese: «No le invocará en la prosperidad, sino que se olvidará de Él; tampoco le invocará en la adversidad, porque le maldecirá».

La razón por la que los hipócritas no perseveran en la piedad es porque no se deleitan en ella.

Versículos 11–23

Ahora que el ardor de la disputa se acercaba a su fin, Job estaba dispuesto a reconocer hasta qué punto estaba de acuerdo con sus amigos, y dónde estaba la diferencia entre su opinión y la de ellos (v. lo dicho al comienzo de la sección anterior—nota del traductor—).

1. Vemos que (A) Estaba de acuerdo con ellos en que los impíos son gente miserable, en que Dios tomará cuentas a los crueles opresores, y tomará en ellos venganza de las afrentas que han hecho a Dios y de los perjuicios que han causado a sus prójimos. Esta verdad es reconocida unánimemente, incluso por los que discutían con enojo sobre ella. Pero, (B) Diferían en lo siguiente: mientras ellos sostenían que los merecidos castigos caen sobre los malvados visiblemente y de inmediato, Job sostenía que, en muchos casos, los castigos no caen sobre ellos rápidamente, sino que son prorrogados por algún tiempo.

2. Job se dispone ahora a sacar este tema a plena luz (vv. 11, 12): *«Yo os enseñaré, etc.»* (A) Lo que les iba a enseñar: *«En cuanto al poder de Dios»,* esto es, los propósitos de Dios con respecto a los malvados. «Esto, dice Job, *no lo esconderé».* En efecto, *«las cosas reveladas son para nosotros y para nuestros hijos»* (Dt. 29:29). (B) El motivo por el que debían aprender las cosas que él les iba a enseñar (v. 12): *«Todos vosotros lo habéis visto; ¿Por qué, pues, os habéis hecho tan enteramente vanos* como para condenarme como impío por el hecho de que estoy atribulado?» (C) Va a poner delante de ellos la suerte que le espera al malvado: (vv. 13 y ss.) *«Ésta es para con Dios la porción del hombre impío, etc.»* (comp. 20:29). Su porción en el mundo puede ser riquezas y honores, pero su porción con Dios es ruina y miseria.

3. Job muestra, en efecto, que los impíos pueden en muchos casos, prosperar, pero les espera la ruina, pues ésa es su porción.

(A) Pueden prosperar en tener gran descendencia, pero les espera la ruina (v. 14): «Si *sus hijos se multiplican,* (a) Unos *serán para la espada»:* la espada de la guerra, la espada de la justicia o la espada del asesino; (b) Otros morirán de hambre: *«Y sus pequeños no se saciarán de pan»;* (c) *«Los que queden los enterrará la muerte* (lit.), es decir, la peste, que es llamada «muerte» en muchos lugares (v. Ap. 6:8). Los enterrarán de prisa, sin solemnidad, y *no los llorarán sus viudas.*

(B) Pueden prosperar en reunir gran hacienda, pero también en esto les espera la ruina (vv. 16–18): *«Aunque amontone plata como polvo*—tan abundante, especialmente entonces cuando no había carreteras asfaltadas—*y prepare ropa como lodo*—fácil de amontonar cuando llueve mucho—; *la habrá preparado él, mas el justo se la vestirá, y el inocente repartirá la plata».* El justo disfrutará honestamente de la riqueza que el impío acumuló deshonestamente. El inocente no se aferrará a su plata, sino que la repartirá a los pobres. El dinero es como el estiércol: hiede cuando se amontona, pero fertiliza los campos cuando se extiende. Aunque el rico haya edificado una suntuosa mansión para sí, será *como telaraña* que fácilmente se rompe y *como cabaña de ramas* que fácilmente se desmonta. Se sentía seguro, pero ha sido sacudido.

(C) Puede vivir por largo tiempo con salud y comodidades, pero le espera la destrucción también a su persona (v. 19): *«Rico se acuesta, pero por última vez* (lit. y *no volverá a hacerlo)»,* es decir, ya no se acostará más como rico, pues *cuando abra los ojos, nada tendrá.* Esto le llenará de terror (v. 20) y, en medio de estos terrores, será arrebatado de su lugar como por una riada o un torbellino (vv. 20, 21. comp. Sal. 1:4; Job 21:18). El impío tiembla al pensar que va a dejar este mundo y, más aún, al temer lo que puede sucederle en el otro. La muerte es para el justo como un sueño, del que despierta en brazos de su

Padre, pero para el impío es un golpe de la dura mano de Dios, de la cual no puede escapar (v. 22). Quienes ahora no se dejen persuadir a volar a los brazos de la gracia de Dios, los cuales están abiertos para recibirles, no podrán huir de los brazos de la ira de Dios. Para colmo, también los hombres se alegrarán de la caída de los impíos (v. 23): *Batirán palmas en su huida y lo corearán con silbidos,* esto es, se quedarán contentos y satisfechos de ver en qué ha parado la arrogancia de quienes tenían a todos en un puño.

CAPÍTULO 28

Se olvida ahora Job de su dolor y de su aflicción y se pone a disertar como un filósofo: I. Sobre la riqueza de este mundo; con cuánto afán se acumula, y con qué riesgo se adquiere y se conserva (vv. 1–11). II. Sobre la verdadera sabiduría: 1. Su precio es grande y su valor es inestimable (vv. 12, 13, 15–19). 2. Su lugar es secreto (vv. 14, 20, 22). 3. En particular, hay una sabiduría que está escondida en Dios (vv. 23–27), y hay otra sabiduría que es revelada a los hijos de los hombres (v. 28).

Versículos 1–11

Job muestra hasta dónde puede llegar el talento de los hombres en sumergirse hasta las profundidades de la naturaleza y arrancarle sus secretos, sin que, por otra parte, puedan comprender por qué algunos impíos prosperan y otros son castigados. Se pueden descubrir las cavernas de la tierra, pero no los designios del cielo. También muestra los trabajos y fatigas que los mundanos aguantan para adquirir riquezas, y dónde y cómo se extraen los metales preciosos, a fin de que los impíos se percaten de que tienen pocos motivos para jactarse de su pompa y de sus riquezas.

1. La riqueza de este mundo está escondida en la tierra. De allí se sacan la plata y el oro antes de refinarlos (v. 1). Más a mano se halla en la tierra el hierro (v. 2), así como otros metales que, aunque son de menor precio, son de más provecho. Su abundancia les rebaja el precio, lo cual es muy provechoso para el hombre, quien puede valérselas mucho mejor sin el oro que sin hierro. También *nace de la tierra el pan* (v. 5), es decir, el grano del que se hace el pan. De ahí se extrae el alimento del hombre, a fin de recordarle que de allí fue formado también él. El sentido de la 2.ª parte del versículo 5 es incierto. Lo más probable es que aluda al fuego volcánico del interior de la tierra.

2. Las riquezas que se hallan escondidas en la tierra sólo pueden ser obtenidas con mucha dificultad. (A) Es difícil hallarlas; sólo acá y acullá se encuentra un *venero de plata* (v. 1). (B) Cuando se hallan, es laboriosa su extracción: se ensaya un método tras otro; *se examina todo a la perfección* (v. 3), se abren galerías subterráneas (v. 4); los mineros se exponen a toda clase de peligros (v. 4b), pero se abren paso por muy debajo de los montes y hienden canales (lit. *Nilos,* es decir, corrientes muy amplias), «galerías horizontales a la altura de la vena del mineral» (Brates), con lo que *sale a luz lo escondido* (vv. 9–11). Dios ha hecho tan difícil la extracción de los metales preciosos y de los diamantes (v. 6), (a) Para que los hombres ejerciten su laboriosidad. Si las cosas valiosas se adquiriesen con facilidad, los hombres no aprenderían nunca a esforzarse. (b) Para frenar el lujo y la pompa. Lo necesario para la vida se extrae con un poco de trabajo de la superficie de la tierra, pero lo que es para lujo y ornamentación hay que sacarlo con grandes fatigas de las entrañas mismas de la tierra. El alimento es barato, pero el lujo es caro.

3. Aunque las riquezas subterráneas son tan difíciles de obtener, los hombres se empeñan, sin embargo, en obtenerlas. Han inventado la maquinaria necesaria para perforar las rocas, para secar o desviar las corrientes de agua cuando amenazan ser un obstáculo para el trabajo, para *pisar*, en fin, por donde ninguna fiera pisó (v. 8) y pasar por lugares que ningún buitre ni águila vio (v. 7). Ellos ven *todo cuanto tiene precio* (v. 10). Arrostran innumerables peligros (vv. 4, 11), pero ante la perspectiva de extraer tesoros, tienen en poco las dificultades. ¡Ve, pues, al minero, tú que eres tan perezoso para los ejercicios de piedad! ¡Considera sus caminos y sé sabio! La bravura, la determinación y la constancia de tales hombres en buscar la riqueza que perece debería avergonzarnos de la pereza y falta de ánimo que nos impiden esforzarnos por conseguir las verdaderas riquezas.

Versículos 12–19

Job pasa ahora a hablar de otra joya más valiosa: la *sabiduría* (hebr. *jokhmáh)* y el *entendimiento* (hebr. *bináh*) o discernimiento prudencial (v. 12), distinto del *conocimiento* (hebr. *dáat)* que comporta una intimidad experimental con el objeto conocido (v. Pr. 1:7). Aun en el plano de la sabiduría a la que se refiere Job, hay mayor instrucción, satisfacción y dicha en ella que en la filosofía y las ciencias naturales que nos enseñan a descubrir las maravillas del mundo. En lo concerniente a dicha sabiduría, dos cosas son las que no se pueden hallar:

1. Su precio, porque no tiene precio. Su valor es más alto que todas las riquezas del mundo juntas (v. 13): No *conoce su valor el hombre.* Pocos son los que, en realidad, le dan algún valor. El gallo de la fábula no conocía el valor de la piedra preciosa que halló en el corral y, por ello, deseaba más bien haberse posado en un grano de cebada. Tampoco los mundanos conocen el valor de la gracia y, por eso, no hacen nada por conseguirla. Job se extiende en los versículos 15 y ss. sobre el valor de la sabiduría, y la compara con los más valiosos tesoros de este mundo. No se puede comprar con dinero, porque es don del Espíritu Santo (Hch. 8:20). Los dones espirituales se dan *sin dinero y sin precio* (Is. 55:1, 2), porque no hay moneda corriente con que poder adquirirlos. La sabiduría es de mayor valor que el oro (vv. 15–19), porque su valor es sumo (Pr. 4:7 y ss.); el oro es exterior a nosotros; la sabiduría es para el alma y para la eternidad.

2. Su lugar, porque no se puede hallar (v. 12): *¿Dónde se hallará la sabiduría, etc.?* Esta es una pregunta que todos deberíamos hacemos. Mientras los mundanos se preguntan: «¿Cómo haremos negocio? ¿Dónde hallaremos dinero?», nosotros deberíamos preguntar: *«¿Dónde se hallará la sabiduría?»* No la vana filosofía, ni la prudencia carnal, sino la piedad y la comunión con Dios, pues ahí está la única verdadera sabiduría. *«No se halla en la tierra de los vivientes»* (v. 13). No podemos llegar a un recto entendimiento de Dios y de su voluntad, de nosotros mismos y de nuestros más altos deberes, al leer libros o escuchar a sabios humanos, sino leyendo y meditando el Libro de Dios y al escuchar a los hombres de Dios. Tal es la degeneración de la naturaleza humana que no hay manera de hallar verdadera sabiduría en personas que no hayan nacido de nuevo y que, mediante la gracia, participen de la naturaleza divina. *«El abismo dice: No está en mí; y el mar responde: Ni conmigo»* (v. 14) ¡En vano es, pues, preguntar a los mineros y a los marineros! Ni sumergiéndose en la tierra ni sumergiéndose en el mar, se puede obtener la sabiduría.

Versículos 20–28

Hay dos clases de sabiduría: Una, la que está escondida en Dios; ésta es secreta y no nos pertenece; la otra nos es conocida porque Él nos la ha revelado; ésta pertenece a nosotros y a nuestros hijos (Dt. 29:29).

1. El conocimiento de los designios secretos de Dios y de su Providencia está fuera de nuestro alcance. Saber lo que Dios hará en lo futuro y los motivos de lo que está haciendo ahora, es la sabiduría a la que se refiere Job aquí.

(A) Este conocimiento está oculto a nuestras mentes. Es demasiado alto para que lo podamos alcanzar (vv. 21, 22. Comp. Sal. 139:6). Está escondido *a los ojos de todo viviente,* incluso de los filósofos, de los políticos y de los santos. No hay ave que pueda otearlo, por mucho que ascienda en su vuelo (v. 21b). Incluso los que, en sus especulaciones, se alzan por encima de la cabeza del resto de los mortales, no pueden pretender haberlo alcanzado.

«¡Qué necios somos!—viene a decir Job—al estar luchando de esta manera en la oscuridad, y disputar sobre temas que no entendemos!» La escuadra y la plomada de la razón humana nunca podrán profundizar en el abismo de los designios de Dios. Sin embargo, hay un mundo de ultratumba en el que veremos claramente lo que aquí vemos borrosamente (1 Co. 13:12). Entonces conoceremos también las intenciones de Dios aunque ahora no las entendamos (comp. Jn. 13:7).

(B) Este conocimiento está escondido en Dios (v. 23). Los hombres hacen a veces cosas de las que no pueden dar una buena razón, pero en cada proyección de la divina voluntad hay un propósito: Él sabe bien lo que hace y por qué lo hace. Hay dos razones por las que Dios, y sólo Él, necesita conocer bien lo que hace: (a) Porque todo tiene que ser dirigido o controlado por la Providencia (vv. 24, 25). El que gobierna al mundo ha de ser Omnisciente.

Los asuntos y acontecimientos humanos están tan relacionados entre sí que sólo el que tiene de ellos una visión global y, al mismo tiempo, clara de cada cosa, puede ser el Juez competente de la humanidad. También es omnipotente y, como prueba de esto, alude Job a los vientos y a las aguas (v. 25) ¿Qué cosa más liviana que el viento? Sin embargo, Dios le confiere y conoce su *peso, y* guía y controla su paso. ¿Qué cosa tan escurridiza como el agua? Pero Dios le pone su *medida: su* proporción en cada lluvia, su límite en cada marea. La lluvia sigue unas leyes determinadas (v. 26), con o sin tempestad: tras la evaporación del agua del mar viene la condensación del agua en las nubes y cae en tierra por la lluvia. (b) Porque todos los acontecimientos están determinados desde la eternidad por una presciencia infalible y un decreto inmutable (v. 27). Job alude a los fenómenos de la naturaleza, pero también tiene que ver con los acontecimientos humanos. Habla de la sabiduría como personificándola (v. 27, comp. con Pr. 8:22 y ss.).

2. El conocimiento de lo que Dios nos ha revelado está a nuestro alcance y es para nuestro bien (v. 28): «Y *dijo* (Dios) *al hombre: He aquí que el temor del Señor es sabiduría; y el apartarse del mal, la inteligencia*» (hebr. *bináh* = discreción o prudencia). Job, pues, era un «sabio», ya que de él dice el mismo Dios que era *«temeroso de Dios y apartado del mal»* (1:8). No se diga, por tanto, que cuando Dios escondió sus designios de la vista de los hombres, fue porque tuviese envidia de darle algo que contribuyese a su verdadera felicidad. El *todo del hombre* (Ec. 12:13) está en ese versículo 28. Cuando Dios prohibió al hombre comer del árbol de la ciencia, le permitió comer del árbol de la vida ¿De qué sirve saber contra la voluntad de Dios, cuando la vida se consigue al obedecer a Dios? (Mt. 19:17 y paral.). El *temor de Dios* es la fuente y el compendio de toda piedad (Pr. 1:7). Hay un temor servil de Dios, que brota de una mente aterrorizada por el poder de Dios y que puede ser un buen primer paso hacia la conversión (Hch. 9:5). Pero hay un temor filial de Dios, que brota de pensamientos muy altos y reverentes acerca de Dios y es vida y alma de toda sincera piedad. Siempre que este temor reina en el corazón se mostrará en una constante diligencia por apartarse del mal (Pr. 16:6).

CAPÍTULO 29

I. Job describe aquí el cenit de la prosperidad desde la que cayó y II. La hondura de la adversidad en la que ha caído; lo hace para mover a compasión a sus amigos y justificar sus quejas. Pero, III. Para salir al paso de las censuras de sus amigos, da testimonio de su integridad. Vuelve la vista a los días de su prosperidad, y muestra: 1. Las comodidades de que disfrutaba en su casa y entre su familia (vv. 1–6); 2. El honor que le era conferido en su país (vv. 7–10); 3. El bien que hizo como magistrado (vv. 11–17); 4. la esperanza que tenía de continuar cómodamente asentado en su casa (vv. 18–20) y de seguir ejerciendo su influencia en los demás (vv. 21–25).

Versículos 1–6

Job comienza con un deseo (v. 2): *«¡Quién me volviese como en los meses pasados, etc.!»* Como diciendo: «¡Ah, si yo pudiese ser devuelto a mi anterior prosperidad, entonces las censuras y los reproches de mis amigos quedarían silenciados, aun sobre la base de sus propios principios!» ¡Cómo desea tener aquel ánimo con el que gozosamente servía a Dios y disfrutaba de santa libertad y de dulce comunión con Él! Eso era *en los días de su madurez* (v. 4. Lit. *de su otoño*, como estación en que se recogen los frutos): en la flor de la vida, como solemos decir. Dos cosas hacían que los meses pasados le hubiesen resultado placenteros:

1. Que tenía su consuelo en su Dios. Este era el principal motivo de su gozo en medio de su prosperidad, pues era la fuente y la dulzura de esa prosperidad que era como una señal del favor de Dios hacia él. Eran *los días en que Dios velaba sobre él* (v. 2) y *hacía resplandecer sobre la cabeza de Job su lámpara* (v. 3), es decir, Dios *hacía resplandecer su rostro sobre él* (Nm. 6:25), para guiarle en sus dudas, consolarle en sus penas, aliviarle las cargas y ayudarle a través de toda dificultad. *«Cuando la intimidad con Dios* (estaba) *sobre mi tienda»* (v. 4b. lit.), dice Job. Dios conversaba con él como con un amigo íntimo a quien se confían los secretos (comp. Jn. 15:15). Conocía la mente de Dios y no estaba a oscuras como ahora. *«Cuando aún estaba conmigo el Omnipotente»*—añade (v. 5a)—, con lo que da a entender

que ahora Dios se había apartado de él. La presencia amistosa de Dios en una casa hace de ella un castillo y un palacio, aunque se trate de una cabaña.

2. Que tenía también consuelo en su familia. Todo era allí agradable y gozoso: tenía bocas para su abundante provisión, y tenía abundante provisión para sus bocas. La falta de una de las dos cosas es gran desdicha. Job habla con gran sentimiento de este consuelo ahora que se ve privado de él. Con todo, echamos mal nuestras cuentas si, al perder a nuestros hijos, no nos consolamos con el pensamiento de que no hemos perdido a nuestro Dios. Su hacienda era opulenta (v. 6): Su ganado daba tanta leche que habría podido lavarse los pies en crema o requesón, y sus olivares eran tan fértiles como si fluyeran ríos de aceite de lagares excavados en las rocas. Habla de su riqueza en términos de leche y aceite, que son para el consumo, no de oro y plata, que son para atesorarlos en cofres.

Versículos 7–17

Vemos a Job en puestos de honor y poder. El juicio se administraba en la puerta de la ciudad, que era también el acceso a los lugares de mercado, con lo que fácilmente se conseguían testigos de lo que se decía y hacía en los tribunales. Al ser, pues, Job magistrado, se nos dice aquí:

1. El profundo respeto que se le guardaba, no sólo por la dignidad de su oficio, sino por sus méritos personales. El pueblo le honraba y le reverenciaba (v. 8): Los jóvenes, al temer quizás alguna reprimenda, *se retiraban al verle; y los ancianos,* aunque no se retiraban, no se sentaban, sino que *se levantaban y se quedaban de pie* en señal de respeto. Los príncipes y los nobles le rendían homenaje y le prestaban deferencia (vv. 9, 10), callaban ante él como quienes esperaban oír de él cosas más importantes que las que ellos pudiesen decir.

2. El mucho bien que hacía en su lugar. Job se hacía de valer, no por el honor de su familia, ni por el volumen de su hacienda, ni por el tribunal que presidía, sino por los favores que dispensaba. Todos los que le oían y le veían dedicarse a hacer el bien con toda la autoridad y el tierno afecto de un padre de la patria, le bendecían y daban testimonio de él (v. 11). Huérfanos y viudas tenían en él, no sólo un juez que les hiciese justicia, sino un padre que les procurase consuelo y consejo; aun los que estaban a punto de perecer los rescataba (vv. 12, 13. Comp. con 20:19; 22:6–9—por contraste—y con Sal. 72:12, 13—por semejanza—). Cubierto completamente de justicia (v. 14. Comp. con Ef. 6:14–17), era *ojos para el ciego y pies para el cojo* (v. 15), quizá metafóricamente, en el sentido de que daba buen consejo a los ignorantes y les proveía de medios para seguir adelante en sus negocios. *Quebrantaba los colmillos del inicuo* (v. 17), pues les hacía soltar de los dientes la presa que habían hecho al explotar al pobre. No dice que les quebrantaba el cuello, sino los dientes, pues no les quitaba la vida, sino el poder maléfico que ejercían. La ropa del magistrado le cala, pues, muy bien, mientras que al juez que no cumple con su deber, todo el ropaje que lleva sólo le sirve de reproche. Así como las ropas no pueden calentar a un muerto, así tampoco pueden hacer honorable a un malvado.

Versículos 18–25

1. Pensamientos de Job durante su prosperidad (v. 18): *«Decía yo: En mi nido moriré».* No preveía entonces ninguna tormenta que pudiese sacudir su nido. Por eso añadía: *«Y como arena multiplicaré mis días».* Aunque sabía que había de morir un día, veía muy lejano ese día. No hemos de pensar en nuestros días como en la arena que hay en la orilla del mar, sino como la de un reloj de arena, en el que la arena pasa rápidamente de arriba abajo.

2. Fundamento de estos pensamientos. No sentía dentro de sí nada que augurase la llegada de una enfermedad letal, y su fortuna y hacienda estaban bien aseguradas. Se veía a sí mismo como un árbol que no sólo profundiza y extiende bien sus raíces, sino que las lleva también hasta las aguas, por lo que está bien sustentado, así como bien sostenido. Bendecido con la grosura de la tierra y con el rocío del cielo (v. 19). Su gloria y su fuerza corporal, cuyo símbolo era el *arco,* se renovaban de día en día. Por otra parte, su palabra era para todos como un oráculo (vv. 21, 22), al que se ponía toda diligencia en escuchar y no había nada que añadir. En su rostro grave y sereno, una sonrisa era tan apreciada que *apenas lo creían* (v. 24). Él indicaba a todos el camino que habían de seguir y moraba entre ellos como un rey que, al espíritu de sabiduría, une dotes de gobernante y ternura de un padre (v. 25).

CAPÍTULO 30

Este capítulo comienza con un melancólico *«pero ahora»*. I. Había vivido en gran honor, pero ahora había caído en desgracia y era vilipendiado incluso por los más viles, tanto como antes había sido engrandecido incluso por los más nobles (vv. 1–14). II. Había gozado de grandes comodidades, pero ahora era una carga para sí mismo (vv. 15, 16) y estaba abrumado de pesar (vv. 28–31). III. Había disfrutado por largo tiempo de buena salud, pero ahora estaba enfermo y dolorido (vv. 17–19, 29, 30). IV. Antaño gozaba de la intimidad de Dios, pero hogaño se había cortado su comunicación con el cielo (vv. 20–22). V. Se había prometido larga vida, pero ahora la muerte llamaba a su puerta (v. 23). Una cosa, empero, le daba algún alivio: El testimonio de su conciencia de que, en medio de su prosperidad, siempre había tenido compasión del necesitado y le había tendido su mano bienhechora (vv. 24, 25).

Versículos 1–14

Job se queja aquí de la gran desgracia en que ha caído desde las alturas de su honor y de su reputación. Aduce dos circunstancias que agravan grandemente su aflicción:

1. La baja estofa de los que le afrentaban, pues se reían de él los hombres más viles y despreciables de la humanidad. Eran más *jóvenes que él* (v. 1), quienes deberían haberle guardado respeto por su edad y su carácter. Sus padres eran tan despreciables que no eran dignos ni siquiera de acompañar a los perros del ganado de Job en la tarea de cuidar y reunir a los rebaños. Aun siendo jóvenes, *no tenían fuerza alguna* (v. 2), pues sólo se habían dedicado a la vagancia. En lugar de buscar trabajo para mantenerse, preferían ir a recoger hierbas para comer y raíces de arbustos para calentarse (vv. 3, 4). La gente los arrojaba de sí (v. 5). Un haragán es una calamidad pública; pero habría sido mejor someterlos a la disciplina de un trabajo honesto que obligarles a marchar al desierto, con lo que les castigaban, pero no los reformaban. Habituados a vivir entre las fieras, se comportaban como ellas (vv. 6, 7), sin merecer ser tenidos como personas (v. 8).

2. La gravedad de las afrentas con que le afligían (v. 9): *Y ahora he llegado a ser su cantinela y soy para ellos por refrán* (lit.). Los forajidos a los que se ha referido antes se burlan de él tomándolo por tema de sus cánticos y de sus dichos burlescos. Desde cierta distancia, por el asco que tenían de él, le escupían (v. 10). Es difícil determinar—nota del traductor—si lo que se dice en los versículos 12 y siguientes se refiere a los mismos de antes (probablemente no) y si las expresiones son literales o metafóricas (lo cual es más probable). El *populacho*, o turba indisciplinada, al que alude en el versículo 12, bien podría designar a una multitud de agentes maléficos que han caído sobre Job de repente y le han causado la enfermedad y todas las molestias que padece. De esta forma *han desbaratado* (lit. demolido) *la senda de Job* (v. 13). Si se entiende de personas, significaría que le habían presentado como un tirano y opresor, a pesar de que él se había atenido siempre a las normas de la justicia y de la caridad. Quizás los amigos de Job apoyaban las censuras que proferían contra él (22:6 y ss.) en tales quejas de la plebe. Habían caído sobre él como soldados que irrumpen en la ciudad a través de un portillo que lograron abrir durante el asedio (v. 14).

3. Detrás de las causas segundas y moviendo los hilos de la trama, está la primera causa de la aflicción que Job padece (v. 11): *Dios desató la cuerda de mi arco* (el hebreo dice «su arco», pero está puntuado para que se lea *«mi* arco»); es decir, me arrebató el vigor que antes poseía, pues eso significa «soltar, o aflojar, la cuerda del arco» (comp. 12:18). Cuando la gentuza vio a Job afligido por Dios y sin fuerzas, se tomaron la libertad de decir y hacer contra él todo lo que les vino en gana. Los que hoy gritan *Hosanna* pueden mañana gritar *Crucifícale*. Pero el honor que viene de Dios no se puede perder ni alterar.

Versículos 15–31

Esta segunda parte de las quejas de Job es muy amarga.

1. Una gravísima aflicción había caído súbitamente sobre Job (v. 15) como parece expresar el original aquí y en el versículo 27. Había venido sobre él sin previo aviso, de forma que no pudo prepararse a tiempo para el día malo. *El alma* (mejor, la vida) se desleía en su interior (v. 16). Sus dolores le taladraban los huesos y, como roedores voraces, no le daban punto de reposo (v. 17). La piel se le había

ennegrecido y se le caía (vv. 28, 30), tenía que estar apartado de la sociedad (v. 29) y su alegría de antes (comp. 21:12) se había convertido en luto (v. 31).

2. Lo peor de todo era que la fuente de su aflicción era el mismo Dios (vv. 18–23). Job estampa aquí una de las frases más fuertes que ha pronunciado contra Dios (v. 21): *Te has vuelto cruel para mí*». Job era injusto e ingrato al hablar así de Dios, como si el designio divino fuese destruirle completamente, en lugar de probarle. Con bellas metáforas representa a Dios persiguiéndole (v. 21) hasta darle alcance y alzarle en vilo para hacerle cabalgar en el huracán y disolverlo en la tormenta (v. 22), como un poco de estopa arrastrada y deshilachada por el fuerte viento. Esto era tanto más difícil de comprender cuanto que Job tenía motivos para demandar justicia (v. 24—versículo muy difícil de descifrar—. Nota del traductor), pues él había socorrido siempre al afligido (v. 25), pero, en lugar del bien que esperaba, le ha sobrevenido el mal (vv. 26, 27).

CAPÍTULO 31

Los amigos de Job habían descendido a detallar los crímenes de que le acusaban, y él se descarga ahora de ellos; parece ser que se refiere especialmente a los que Elifaz había mencionado en su acusación (22:6 y ss.). I. Los pecados de los que aquí se descarga Job son: 1. Lascivia de ojos y de corazón (vv. 1–4). 2. Fraude e injusticia en los negocios (vv. 5–8). 3. Adulterio (vv. 9–12). 4. Altivez y severidad para con sus criados (vv. 13–15). 5. Falta de compasión hacia los pobres, las viudas y los huérfanos (vv. 16–23). 6. Confianza en sus riquezas temporales (vv. 24, 25). 7. Idolatría (vv. 26–28). 8. Venganza (vv. 29–31). 9. Menosprecio de los pobres extranjeros (v. 32). 10. Hipocresía en encubrir sus pecados y cobardía en hacer la vista gorda ante los pecados ajenos (vv. 33, 34). 11. Abusar de los demás aprovechándose de la posición que ocupaba (vv. 38–40). II. Hacia el final, apela al juicio de Dios en defensa de su integridad personal (vv. 35–37). III. En todo esto podemos ver: 1. El sentido de la era patriarcal en cuanto al bien y el mal, y lo que ya desde tan antiguo se consideraba y condenaba como pecaminoso. 2. Un noble modelo de piedad y virtud que se nos propone para que lo imitemos.

Versículos 1–8

La concupiscencia de la carne y el amor al mundo son las dos rocas fatales en las que se estrellan las multitudes. Job atestigua aquí que siempre ha sido diligente en defenderse de ellas.

1. De la concupiscencia de la carne. No sólo se había conservado libre de cometer adulterio (v. 9), sino que había frenado sus ojos para no mirar lascivamente a ninguna mujer (v. 1): *Hice un pacto con mis ojos, de no fijar mi vista en ninguna doncella.* Se había comprometido, con la gracia de Dios, a no permitirse ni una mirada lasciva. Quienes deseen guardar puro el corazón deben poner severa guarda a las ventanas de los ojos, por los que entran y salen las impurezas. No lo hacía Job meramente por miedo a reproches humanos, aun cuando también esto debe entrar en consideración (Pr. 6:33), sino por temor a la ira de Dios (v. 2): *«Porque, ¿qué galardón me daría desde arriba Dios …?»* No sólo no tendría galardón, sino que merecería *quebrantamiento y extrañamiento* (v. 3. lit. *calamidad y desastre*). Si se traduce *«extrañamiento»*, como hacen muchos, es un equivalente de *«alienación»*. El pecado es una alienación, pues nos extraña de nosotros mismos (comp. Lc. 15:17—¡luego había estado «fuera de sí»!—) y de Dios (Ef. 4:18, 19). No creamos que nuestros actos pueden escapar de la mirada divina (v. 4): *«¿No ve Él mis caminos y cuenta todos mis pasos?»* Dios ve cuanto hacemos y dejamos de hacer y penetra hasta los más recónditos móviles de nuestra conducta.

2. También estuvo siempre en guardia contra el amor al mundo, evitó cuidadosamente todos los medios ilícitos de enriquecerse. Temía toda ganancia prohibida como temía todo placer prohibido. Nunca procedió con falsía (v. 5), esto es, nunca mintió para hacer negocio, sino que actuó siempre con nobleza, y evitó que sus pies resbalasen a cometer una injusticia (vv. 5b, 7a). *El corazón no se le fue tras los ojos* (v. 7b), es decir, no deseó obtener lo que vio que era propiedad de otra persona. Se guardó, pues, de la *codicia de los ojos* (1 Jn. 2:16). *Nada manchado se pegó a sus manos.* La injusticia es una mancha para el poseedor injusto y para la hacienda mal adquirida, pues estropea la belleza de ambos. Que Dios le pese con balanza justa y resplandecerá la integridad de Job (v. Pr. 16:2; 21:2; 24:12). Y, si entre sus bienes se

hallase algo injustamente adquirido, Job está dispuesto a perderlo todo (v. 8): *«Que otro coma lo que siembre yo, y sea arrancada mi sementera».*

Versículos 9–15

Dos ejemplos más de la integridad de Job:

1. Aborrecía grandemente el pecado de adulterio. Ni de obra ni de deseo cometió tal crimen (v. 9). Ni su vista se fue tras la mujer del prójimo, ni acechó a la puerta del prójimo para ver cuándo se marchaba el marido y poder seducir a la mujer. Con solemne imprecación, desea Job que, si él cometiese tal pecado, su *mujer sirva a otro como esclava* (v. Éx. 11:5), y *otros se acuesten* (lit *se encorven) con ella* (v. 10). Dios castiga con frecuencia el pecado de un cónyuge con el pecado del otro; el adulterio del marido con el adulterio de la mujer. Quienes no son fieles no han de esperar fidelidad. Job sabía que el adulterio era una maldad digna de la pena capital (Dt. 22:22) y un fuego consumidor (vv. 11, 12) en más de un sentido.

2. Trataba con gran benignidad a sus criados (vv. 13–15). Supone que, de haber tenido algún pleito con ellos, siempre les habría reconocido sus derechos. Aduce dos motivos de esta conducta suya: (A) El juicio de Dios, en cuyo tribunal había de rendir cuentas (v. Ef. 6:9); (B) Su condición igualmente humana: *«El que en el vientre me hizo a mí, ¿no los hizo a ellos también?»* (v. 15). Como si dijese: «Yo soy criatura de Dios lo mismo que ellos; participan de la misma naturaleza que yo y son obra de la misma mano».

Versículos 16–23

Elifaz había acusado a Job especialmente de falta de compasión hacia los pobres (22:6 y ss.). Job protesta que eso es completamente falso y sin fundamento alguno.

1. Siempre fue compasivo con los pobres y generoso con ellos, en especial con las viudas y los huérfanos, dispuesto en todo tiempo a concederles lo que deseaban y responder a sus esperanzas (v. 16). Tan padre era de los huérfanos que compartía con ellos el bocado que se comía (vv. 17, 18). Particular interés mostró en proveer de ropa a los que no tenían con qué cubrirse (v. 19), de forma que su oportuna ayuda antes de que llegasen los fríos del invierno hacía que *le bendijesen los lomos* del menesteroso (v. 20), es decir, «la parte del cuerpo alrededor de la cual se ciñe el vestido y que más exige estar cubierta» (Brates). Nunca usó su poder para aplastar a los que se cruzaron en su camino, a pesar de ver que le respaldaban en la puerta (v. 21), esto es, que habría podido hacerlo impunemente, por tener de su parte a los otros jueces y al común del pueblo. Sella Job esta confesión con otra imprecación: Si tal hubiese hecho *(... alzando contra el huérfano su mano»* (v. 21), pide que se le desprenda el brazo desde el hombro (v. 22), lo cual es mucho peor que quebrársele. Correspondería así el castigo a la culpa.

2. Los principios en los que Job se apoyaba para abstenerse de toda falta de caridad y de compasión: (A) *... Porque una destrucción* (procedente) *de Dios* (es) *un terror sobre mí»* (v. 23a. lit.). Le invadía el miedo (hebreo, *fajad)* de que Dios le impusiera un severo castigo. (B) «Y *ante su majestad* (de Dios) *no puedo* (hacer nada)» (v. 23b. lit). Job pensaba siempre que, aunque él estuviese más alto que los pobres, hay siempre otro que está infinitamente más alto que todos nosotros (Ec. 5:8). El «miedo» o «terror» del que habla Job no era un temor servil, sino el pavor religioso que invade a cuantos tienen conciencia de la majestad gloriosa y de la purísima santidad de Dios (v. Os. 3:5; Miq. 7:17 y comp. con Is. 6:1 y ss.).

Versículos 24–32

Cuatro artículos más del testimonio de Job sobre sí mismo no sólo nos aseguran de cuál era su carácter y su conducta, sino también nos enseñan cómo debemos ser y obrar:

1. Asegura que nunca puso su corazón en los bienes de este mundo. El era hombre muy rico, pero *no ponía su confianza en el oro* (vv. 24, 25). Cosa difícil es poseer riquezas y no confiar en ellas; esto es lo que toma humanamente *imposible para un rico el entrar en el reino de Dios* (Mt. 19:23; Mr. 10:24).

2. Asegura que nunca prestó a ninguna criatura el culto de adoración que se debe a Dios únicamente; no fue jamás culpable de idolatría (vv. 26–28). Nunca dobló rodilla ante Baal (que, según algunos, representaba al sol), ni adoró al ejército de los astros. Siempre que miraba al firmamento veía, más allá del sol, de la luna y de las estrellas, al *Padre de las luminarias* (Stg. 1:17). No les prestaba ni el acto

inferior de homenaje que consistía *en enviarles,* secreta y supersticiosamente, *un beso con la mano* (v. 27). Job veía en estas prácticas idolátricas una maldad que negaba la soberanía de Dios, un crimen de alta traición contra la majestad y la dignidad de Dios (v. 28).

3. Asegura que estaba tan lejos de hacer daño a nadie como para no desear el mal a nadie y no deleitarse en la desgracia de su peor enemigo (vv. 29, 30). En lugar de vengarse del enemigo, le daba de comer (Ro. 12:20), de modo que sus mismos criados decían (v. 31): *«¿Quién puede indicar alguien que no se haya saciado de su carne?»,* es decir, de la carne de los rebaños de Job. Éste es el verdadero sentido del versículo 31b—nota del traductor—que el propio M. Henry entiende mal.

4. Asegura que nunca había faltado a las leyes de la hospitalidad (v. 32): *«El forastero no pasaba fuera la noche; mis puertas abría al caminante».* Guardaba abiertas las puertas exteriores de su casa, a fin de ver al que pasaba e invitarle a entrar, como hizo Abraham (Gn. 18:1).

Versículos 33–40

Todavía enumera Job otros tres pecados, de los cuales asegura hallarse libre de haberlos cometido:

1. Hipocresía. El pecado general del que le acusaban sus amigos era que realmente se comportaba tan mal como los demás, pero lo disimulaba. Job protesta que no era así, que él nunca había encubierto sus pecados con el silencio, o con falsas excusas, como suelen hacer los hombres (lit. *como hombre,* mejor que *como Adán,* aunque es cierto que Adán buscó muchas falsas excusas a su pecado, Gn. 3:10–12). «¡No!—dice Job—Yo nunca palié un pecado con falsas excusas, *ni escondí siquiera en mi seno mi iniquidad»* (v. 33).

2. Cobardía y temor al qué dirán (v. 34). No, él no se quedaba callado por temor a nadie cuando tenía que hablar en una causa justa, ni se quedaba en casa para no verse comprometido, sino que resolvía salir por los fueros de la justicia y de la equidad, y endurecía su rostro como un pedernal. Todo el mundo lo sabía.

3. Aprovechamiento de los bienes ajenos. Job asegura, con imprecación, que no ha quitado a otros la tierra cuyos productos cosecha (vv. 38–40). Con una bella metáfora (v. 38. Comp. Hab. 2:11) dice que, si se hubiese apropiado indebidamente de la tierra, ésta clamaría llorando en todos sus surcos. Job pagaba puntualmente a los jornaleros (v. 39a) y, al contrario que Acab con Nabot, no afligía el alma de los propietarios de fincas (v. 39b). Termina Job esta porción con una imprecación y pide que, si ha faltado en alguna cosa de ésas, le sobrevenga el castigo que corresponde al pecado: que la tierra le de abrojos y espinos en lugar de trigo y cebada (v. 40).

Hacia el final de su discurso (vv. 35–37, que muchos autores opinan—nota del traductor—que constituyen el verdadero final del capítulo), Job apela al tribunal de Dios para que le haga justicia en cuanto a la verdad de todo lo que viene atestiguando. *¡Quién le diera que Dios le oyese* (v. 35) *y compareciese a testificar por él*! Ya podría el acusador (sin duda, Dios) presentar cualquier libelo contra él. Está dispuesto a acudir al tribunal y ya desde ahora, se apresta a estampar su *señal* (lit.), es decir, su firma *(«he aquí mi firma»,* es la traducción apropiada de la frase del v. 35b—nota del traductor—). De esta forma se compromete Job a presentarse con su adversario, seguro de que no podrá alegar ante el tribunal ningún crimen que él haya cometido. Job, «lejos de temer ese libelo, está cierto que en él se hallaría confirmación de cuanto ha asegurado y constituiría por eso el testimonio más brillante de su inocencia. Sería, por lo tanto, una joya con la que él podría adornarse, llevándola al hombro como lleva un príncipe el emblema de su dignidad (cf. Is. 9:5; 22:22), o ceñida a su cabeza como una diadema, según imagen muy usada en los libros sapienciales (cf. Pr. 4:9; 12:4; 17:6)» (Brates).

CAPÍTULO 32

Parece que la discusión ha llegado a su término y es el momento oportuno para que entre en escena un moderador, y Eliú es esa persona. Tenemos: I. Una breve reseña de su persona y de su parentela, de su intervención en la disputa y de los sentimientos que le animan con respecto al tema que se ventila (vv. 1–5). II. Sus excusas por tener que intervenir en una discusión tan larga y eruditamente llevada por hombres de mucha más edad que él. Arguye, 1. Que, aun cuando no tiene la experiencia que da la edad, sí tiene la

que da la inteligencia (vv. 6–10). 2. Que ha escuchado pacientemente todo lo que ellos han tenido que decir (vv. 11–13). 3. Que tiene algo nuevo que ofrecer (vv. 14–17). 4. Que su mente está llena de este tema y sería para él un alivio desembuchar lo que lleva dentro (vv. 18–20). 5. Que ha decidido hablar imparcialmente (vv. 21, 22). Aunque a Eliú le faltó tino, y aun tacto, en su intervención, sin embargo dijo tales verdades que ni Job se atrevió a replicarle ni Dios le dio ningún reproche.

Versículos 1–5

Cuando eran los viejos quienes habían estado disputando, se levanta en son de moderador un joven, como reproche por el acalorado debate que ellos habían llevado a cabo.

1. La razón por la que estaban ahora callados los amigos de Job (v. 1): *«Cesaron … de responder a Job, por cuanto él era justo a sus propios ojos»;* es decir, porque persistía en tenerse por inocente. No tenía ningún objeto discutir con un hombre así. Pero el juicio de estos hombres acerca de Job no era ecuánime, ya que Job era realmente justo a los ojos de Dios, no sólo a sus propios ojos.

2. Las razones por las que Eliú intervino en este punto. *Elihú* (lit.) significa *Mi Dios es Él.* Se dice que era *buzita,* de Buz, hijo segundo de Nacor (Gn. 22:21); y *de la familia de Ram.* La paráfrasis caldea lee: *de la familia de Abram,* suponiendo que primero se llamó *Ram* que significa «excelso»; después, *Abram,* = *«padre* excelso»; y finalmente *Abraham* = «padre de una multitud». Pero esto no pasa de ser una suposición.

(A) Eliú intervino porque estaba enojado y pensó que tenía motivos para estarlo. Estaba enojado con Job porque pensaba que no había hablado de Dios con la debida reverencia; esto era cierto (v. 2): *«Por cuanto se justificaba a sí mismo más que a Dios»,* es decir, había puesto mayor empeño en excusarse a sí mismo de la imputación de hipocresía al verse afligido, que de excusar a Dios de la imputación de injusticia al afligirle. Sin embargo, Eliú no condena a Job sin más, sino que pretende haber hallado razones que los tres amigos de Job no habían hallado para responderle; por eso, se había encendido su ira también contra ellos, *porque no hallaban qué responder, aunque habían condenado a Job* (v. 3). Como se ve, pues, Eliú quiere aparecer imparcial en su discurso.

(B) Eliú esperó pacientemente mientras los tres amigos de Job discutían con él, puesto que eran más viejos (v. 4); escuchó también a Job, y se enojó al ver que no sabían cómo responderle debidamente (v. 5). Por eso intervino cuando *se acabaron las palabras de Job* (31:40).

Versículos 6–14

Eliú aparece aquí:

1. Como hombre de gran modestia y humildad (v. 6): *«Yo soy joven y vosotros ancianos; por tanto, he tenido miedo y he temido declararos mi opinión».* Temía ser inoportuno o cometer alguna equivocación. ¡Cuánto nos conviene ser *prontos para oír, tardos para hablar* (Stg. 1:19), en especial cuando nuestra opinión es contraria a la de aquellos que, por su edad, experiencia y piedad, merecen de nosotros respeto y veneración! «Yo *decía: Los de más edad hablarán»* (v. 7). La edad y la experiencia confieren a un hombre gran ventaja en formar juicios, tanto por proveerle de mayor material en que ocupar su mente como por madurar y mejorar sus facultades. Siempre es bueno *hospedarse con un discípulo antiguo* (Hch. 21:16. Comp. Tit. 2:4). Eliú había prestado paciente atención a los tres amigos de Job, incluso cuando aparecían perplejos en buscar palabras (vv. 11, 12). Hemos de estar dispuestos a escuchar cosas que no nos gusten; de lo contrario, no podremos *probarlo todo.* Sólo los que escuchan bien pueden hablar, y sólo los que han aprendido pueden enseñar.

2. Como hombre de sentido y valentía, que sabía cuándo y cómo hablar, y cuándo y cómo guardar silencio. Aun cuando respetaba a sus amigos lo suficiente como para no interrumpirles, respetaba todavía más la verdad y la justicia (mejores amigos) como para no traicionarlos con su silencio. Como decía Aristóteles: «Amigo es Platón, pero más amiga es la verdad».

(A) El hombre es una criatura racional y, por ello, está dotado de juicio y discreción y se le debe permitir libertad de expresión cuando le llega su turno. A esto se refiere Eliú al decir: *«Ciertamente hay espíritu en el hombre y el soplo del Omnipotente le hace que entienda»* (v. 8, donde vemos que *ruaj* = espíritu y *nishmat* = soplo—Gn 2:7—son equivalentes por paralelismo). Viene a decir lo mismo que Job (12:3: *«Pero también yo tengo entendimiento como vosotros»*), pero se expresa con mayor modestia que

él, con lo que da a entender que nadie tiene el monopolio de la razón: *«Por tanto … Escuchadme»* (v. 10). Nuestra alma es espíritu; espíritu inteligente. Tiene capacidad para descubrir y recibir la verdad, para discurrir y razonar sobre ella, y para decidir y actuar en consonancia. Este espíritu inteligente está en todos los hombres. Es el soplo del Omnipotente el que nos lo infunde.

(B) Aunque la antigüedad atribuía a la ancianidad cierta patente de sabiduría, Eliú declara que *no* siempre *son los sabios los de mucha edad, ni los ancianos disciernen lo que es justo* (v. 9). La sabiduría viene de Dios y de su Palabra, no de la edad (v. Sal. 119:99–100). ¡Ojalá los de más edad fuesen siempre sabios, pues así no harían jamás daño desde la posición de prestigio que ostentan y podrían hacer mucho bien con la sabiduría que poseerían! Tampoco el recto juicio es monopolio de la ancianidad; también los viejos pueden equivocarse y, por tanto, no han de tomar como una afrenta el que se les contradiga, sino más bien tomarlo como una fineza para ser instruidos por otros más jóvenes que ellos. *«Por tanto, yo dije: Escuchadme»* (v. 10). El que tiene buena vista puede ver desde el valle mucho más de lo que puede percibir el cegato desde lo alto de una montaña. *«Más vale un muchacho pobre y sabio, que el rey viejo y necio que no admite consejos»* (Ec. 4:13).

3. Era menester que alguien interviniese para poner la discusión bajo una verdadera luz: «Tengo que hablar—dice Eliú—, *para que no digáis: Nosotros hemos hallado sabiduría* (v. 13). No penséis que vuestros argumentos contra Job son concluyentes, como si no se le pudiese convencer y humillar con otras razones que las vuestras, pues lo *refutará Dios, no el hombre* (v. 13b). Si lo que sufre es por su pecado, Dios dirá la última palabra; vosotros no habéis sabido decirla».

4. Eliú piensa que tiene algo nuevo que ofrecer a la discusión: Él va a hablar con toda imparcialidad: ni Job ha presentado excusas que puedan convencer a Eliú, ni éste va a tratar de convencerle con las mismas razones que han empleado ellos (v. 14), para no ser tenido por impertinente o por apasionado.

Versículos 15–22

Eliú aduce tres razones como excusa para intervenir en este debate:

1. La escena había quedado sin actores, por lo que él se creía en la oportunidad de intervenir: *«Se les fueron los razonamientos … Callaron y no respondieron más»* (vv. 15, 16). El juicio pertenece a Dios, y por Él se ha de determinar quién tiene razón y quién no la tiene. Ellos ya habían expresado su opinión; él ahora va a exponer la suya.

2. Él se sentía constreñido a hablar. Estaba tan *lleno de palabras* (v. 18), después de haber escuchado a todos y haber reflexionado por largo tiempo, que en su interior bullían las razones como bulle el vino nuevo en los odres *hasta reventarlos si no tiene respiradero* (v. 19). *Así que va a hablar y se desahogará* (v. 20), no sólo para librarse de la presión interior, sino también para tener el placer de hacer el bien.

3. Había resuelto hablar sinceramente lo que pensaba ser justo y verdadero, no lo que fuese halagador para cualquiera de las partes (vv. 21, 22): *«No haré ahora acepción de personas, ni usaré con nadie de títulos lisonjeros. Porque no sé hablar lisonjas; de otra manera, en breve mi Hacedor me consumiría»*. No va a ser como los jueces que se dejan sobornar por dinero o por halagos, pues el que nos creó aborrece el disimulo y la adulación y *castigará los labios lisonjeros y la lengua jactanciosa* (v. Sal. 12:3).

CAPÍTULO 33

El discurso de Eliú no decepciona las esperanzas que su prefacio había suscitado. I. Pide a Job que acepte favorablemente lo que va a decir (v. 1–7). II. Le hace ver que, en el calor de la disputa, ha pronunciado palabras que daban a entender que Dios no le trataba como se merecía (vv. 8–11). III. Trata de convencerle de la necedad con que se ha portado en esto, mostrándole: 1. El soberano dominio de Dios sobre el hombre (vv. 12, 13). 2. La benevolencia con que Dios trata al hombre incluso cuando le aflige corporalmente (v. 14). «¿Por qué?—viene a decirle Eliú—Dios instruye a veces y convence a los hombres mediante tales sueños» (vv. 15–18). (B) Job se había quejado en especial de su enfermedad y de sus dolores; en cuanto a esto le muestra Eliú que, lejos de ser señales de la ira de Dios, como opinaba Job, o evidencia de que él era un hipócrita, como opinaban sus amigos, eran realmente métodos sabios y benévolos, de los que usaba la divina gracia para incrementarle la comunión con Dios y ejercitar la

paciencia, la experiencia y la esperanza (vv. 19–30). Finalmente, concluye rogando a Job que le responda, si tiene razones para ello, o le permita continuar su discurso (vv. 31–33).

Versículos 1–7

Eliú no sigue con Job la misma táctica que sus amigos. Ya había declarado, en el capítulo anterior, su desagrado por la forma en que habían llevado la discusión. Por eso, dice: *«Por tanto, Job, oye ahora mis razones* (v. 1). Voy a ensayar un nuevo método; *escucha mis palabras»*. Va a abrir la boca (v. 2), expresión que indica la importancia de lo que va a decir. *«Mis razones declararán la sinceridad de mi corazón,* serán producto genuino de mis convicciones y de mis sentimientos.» Lo que va a decir es claro y fácil de comprender: *«Lo que saben mis labios, lo hablarán con claridad»*. A su vez, está dispuesto a escuchar lo que Job le pueda responder (v. 5): *«Respóndeme, si puedes»*. Puesto que Job había deseado que alguien se presentase como árbitro imparcial, le dice Eliú (v. 6): «Yo no puedo presentarme ante Dios como un igual suyo, pero *estoy delante de Dios en el mismo lugar que tú; de arcilla fui yo también formado»*. Job había presentado esto mismo a Dios como una razón para que no le tratase con dureza (10:9 «*Acuérdate que como a barro me diste forma»).* «Pues yo—dice Eliú—*de arcilla fui también formado. Así que mi terror no te espantará»* (v. 7). Si queremos convencer a alguien, hemos de hacerlo con razones, no con cañones.

Versículos 8–13

1. Eliú acusa en particular a Job de algunas expresiones que se le habían escapado con respecto a la justicia y a la bondad de Dios en el modo de tratarle (v. 8): *«De cierto tú dijiste a oídos míos …».* Lo había oído él lo mismo al igual que los tres amigos mayores que él. Cuando oigamos algo que tienda a deshonrar a Dios debemos dar testimonio público en contra, debemos reprender lo que se diga impropiamente a oídos nuestros. *«Vosotros sois mis testigos, dice Jehová»* (Is. 43:10, 12; 44:8), para confrontar a quien se le oponga. Job se había declarado *inocente* a sí mismo (v. 9. Véase 16:17). Es cierto que no lo había dicho con tantas palabras, pero había asegurado (27:6): *«Mi justicia tengo asida y no la cederé»*. Sin embargo, Eliú no actuó correctamente al acusar a Job de haberse declarado *limpio y sin defecto,* pues esto no lo había dicho (v. 14:4), sino sólo que estaba libre de una trasgresión que mereciera tal castigo (13:23, 24). Tampoco había dicho: *«Dios buscó reproches contra mí»* (v. 10), aunque lo había insinuado con otras palabras.

2. Se esfuerza por convencerle de que ha hablado impropiamente al expresarse así y que debía humillarse ante Dios (v. 12): *«Pues mira, en esto no has hablado justamente»*. Véase la diferencia entre la acusación que Eliú presenta contra Job y la que habían presentado contra él sus tres amigos: ellos no querían reconocer que fuese justo en modo alguno, pero Eliú se limita a decir:«En *esto* que has dicho, *no has hablado justamente»*. En efecto, Job había dicho acertadamente muchas cosas de la grandeza de Dios, su poder irresistible, su soberanía indiscutible, su terrible majestad y su insondable inmensidad. «Ahora», dice Eliú, «considera todo lo que has dicho de la grandeza de Dios y aplícatelo a ti mismo: *Mayor es Dios que el hombre* (v. 12b); por tanto, mayor que tú; ve, pues, el motivo que tienes para arrepentirte de las inconsideradas frases que has pronunciado contra Él y tiembla al pensar en tu presunción». El pensamiento de que Dios es mayor que el hombre basta para silenciar todas nuestras quejas de los procedimientos de su Providencia. Él es, no sólo infinitamente sabio y poderoso, sino también infinitamente santo, justo y bueno, pues éstas son las cualidades y perfecciones trascendentes de la naturaleza divina. Así que es absurdo e irracional tratar de hallar falta en Él. Además, Dios no tiene por qué darnos cuenta de ninguna de sus acciones (v. 13) ¿Cómo podríamos nosotros, débiles, necios, pecadores, contender con un Dios de sabiduría, fuerza y santidad infinitas?

Versículos 14–18

Job se había quejado de que Dios le tenía completamente a oscuras en cuanto al modo de portarse con él, y de ahí concluía que se había vuelto enemigo suyo. «No», dice Eliú, «Él te habla, pero tú no te das cuenta; así que la falta es tuya, no de Él; Él tenía para ti designios favorables incluso en los métodos de su providencia que tú juzgas tan duramente». 1. Dios mira siempre por nuestro bien: *«De una u otra manera*

nos habla Dios» (v. 14). Cuando no hacemos caso a un aviso suyo, nos ofrece otro. 2. Nosotros nos procuramos nuestro mal: *«Pero el hombre no entiende»,* no se percata de que es la voz de Dios. Se tapa los oídos, mira las cosas con su propia luz y rechaza el aviso que Dios le da, al menos, por medio de su conciencia.

1. Las sazones y oportunidades para estas comunicaciones divinas (v. 15): «Por *sueño, en visión nocturna, etc.»,* cuando los hombres se retiran del mundo y de los negocios del día. Ya lo hacía así desde antiguo a los profetas (Nm. 12:6).

Cuando los hombres se entregan al descanso y reflexionan sobre los asuntos del día o sobre los proyectos para el día siguiente, es el momento apropiado para oír la voz de la conciencia en el silencio de la noche. También los sueños—nota del traductor—nos dan bajo símbolos desde el inconsciente datos sobre el estado de nuestra personalidad y sobre peligros que nos amenazan, lo cual puede ser útil a quienes no quieren, o no pueden, tomar conciencia del estado en que se hallan.

2. El poder y la fuerza con que llegan tales comunicaciones (v. 16): *«Entonces revela al oído de los hombres y les señala su consejo».* Abre el corazón, como abrió el de Lidia (Hch. 16:14), y así abre también los oídos y hace que se impriman con fuerza en su corazón las instrucciones que les da para que se corrijan (v. 16b. lit. Y *sella con la instrucción de ellos*).

3. El objetivo de estas comunicaciones es doble: (A) Preservar del pecado a los hombres, especialmente del pecado de soberbia (v. 17): *«Para quitar al hombre de su obra* (se entiende, mala) y *apartar del varón la soberbia»*

Más de uno ha sido detenido en el camino hacia el precipicio mediante la silenciosa voz de la conciencia que le decía: «No hagas cosa tan abominable, que te puede acarrear fatales consecuencias». *«Apartar del varón la soberbia»* es atacar a la raíz de amargura de la que brotan tantos pecados. (B) Librar de la ruina a los hombres (v. 18). Al apartar a los hombres del pecado, mediante los avisos de la conciencia, Dios libra su *alma,* es decir, su vida, de caer *en la fosa* (comp. con Ro. 6:23). ¡Gran misericordia es ponernos bajo los frenos de una conciencia despertada! Fieles son las heridas de tal amigo.

Versículos 19–28

Dios habla por segunda vez para convencer y atraer a los pecadores y lo hace por medio de circunstancias aflictivas y compasivas, en las que nos habla dos veces. Job se quejaba mucho de su enfermedad y de ella infería que Dios estaba enojado con él; pero Eliú le muestra que Dios aflige el cuerpo por amor, a fin de hacer bien al alma. Esta parte del discurso de Eliú nos será de gran utilidad para sacar provecho de las enfermedades por medio de las cuales Dios habla a los hombres.

1. Véase la obra que la enfermedad lleva a cabo (vv. 19 y ss.), cuando Dios la consiente con un designio determinado. (A) *«Sobre su cama es corregido por el dolor.»* El dolor y la enfermedad toman un lecho de plumas en lecho de espinas. Frecuentemente, cuanto más fuerte es el paciente, más fuerte es el dolor. No se queja uno de simple picor de la carne, sino del dolor profundo de los huesos; y no es sólo de un hueso, sino *de todos los huesos* (v. 19b). Pero, por la gracia de Dios, el dolor del cuerpo se convierte con frecuencia en un medio de favorecer al alma. (B) El enfermo pierde el apetito, lo cual es un efecto corriente de la enfermedad (v. 20): *«Hace que su vida aborrezca el pan»,* es decir, el alimento. (C) Se convierte en un esqueleto (v. 21), con sólo la piel y los huesos. (D) Su *alma se acerca al sepulcro»* (v. 22). Los que le rodean, y aun él mismo, se dan cuenta de que es un moribundo. Los dolores de la muerte, llamados aquí *los matadores* (v. 22b. lit), están prestos para echarle mano.

2. La provisión que Dios ha designado para esta corrección, a fin de que, cuando Dios habla de esta manera al hombre, se le escuche y se le entienda (v. 23). Dichoso es tal hombre *si tiene cerca de él algún elocuente mensajero muy escogido* (lit. *uno entre mil*) que le explique el significado de la disciplina que Dios le aplica, un sabio que conozca la voz de la vara de Dios y su interpretación. El consejo y la ayuda de un buen pastor son tan necesarios y oportunos, y así deberían ser aceptados, en una enfermedad, como los de un buen médico, especialmente cuando el ministro de Dios es un experto en el arte de explicar los métodos que sigue la Providencia. Su oficio en tales ocasiones es *enseñar al hombre su deber.* Si el enfermo es persona piadosa, el mensajero no actuará como los amigos de Job, los cuales se empeñaban en demostrar que Job era un hipócrita y por eso le castigaba Dios, sino que le mostrará el camino del deber o, como dice literalmente el original, lo *que es recto para él.*

3. La favorable acogida que le dispensa Dios, si él se halla con las debidas disposiciones (v. 24). Dondequiera halla Dios un corazón bien dispuesto, le muestra su misericordia y su favor: (A) Da orden de que la muerte suelte su presa, pues lo *libra de descender al sepulcro,* de la muerte que es *la paga del pecado* (Ro. 6:23). (B) Declara la razón de dicha orden: *Halló* (el mensajero) *redención;* es decir, rescate. Este rescate—nota del traductor—es la decisión del enfermo de convertirse. Por otras Escrituras sabemos que somos rescatados por la propiciación llevada a cabo en el Calvario, pero no es ésta la significación literal del texto que comentamos.

4. Recuperación del enfermo como resultado. Cuando el paciente se vuelve penitente, este es el bendito cambio que se realiza: (A) Su cuerpo recupera la salud (v. 25). No siempre le sucede esto a un enfermo arrepentido, pero sí ocurre a veces. Y la recuperación de una enfermedad es una estupenda misericordia de Dios cuando es efecto del perdón del pecado. La recuperación puede ser tan asombrosa que el enfermo llega a obtener un grado de salud superior al de antes de la enfermedad (v. 25). (B) Pero todavía es más importante la recuperación del alma (v. 26), puesto que, en respuesta a su oración, *verá con júbilo la faz de Dios,* es decir, disfrutará de la íntima comunicación con Dios, que todo israelita deseaba con afán (v. Sal. 24:6; 27:8). Todos los verdaderos penitentes se alegran de que Dios les muestre de nuevo su rostro más que del disfrute de la prosperidad material (Sal. 4:6, 7).

5. De este ejemplo se puede colegir la norma general que Dios sigue al tratar con los hombres (vv. 27, 28). Así como los enfermos que se someten a la mano correctora de Dios son restaurados en el alma y, muchas veces en el cuerpo, así también todos los que de veras se arrepienten de sus pecados hallarán misericordia en el corazón de Dios. ¿Queremos conocer la naturaleza del pecado y su malignidad? Es la perversión de lo recto (v. 27b); es la cosa más injusta y menos puesta en razón, pues comporta la rebelión de la criatura contra el Creador y el dominio impuesto por la carne sobre el espíritu. ¿Qué motivos tenemos para arrepentirnos? *Nos hemos desviado de lo recto* (v. 27b. Lit. *He pervertido la rectitud*). Dios tiene tal compasión de los pecadores que, aun en el castigo, *no les paga como se merecen* (lit. *y no me fue igualado*), pues no se alegra de su ruina.

Versículos 29–33

Eliú resume lo que ha dicho, y muestra que el designio misericordioso de Dios en todas las administraciones de su disciplina a los hombres es preservarlos de la mayor miseria posible y llevarlos a la mayor dicha posible (vv. 29, 30). Les habla por medio de la conciencia, de la providencia, de sus ministros, de sus favores y de sus aflicciones. Les hace enfermar y recuperarse. ¿Por qué usa Dios de tantos y tan diversos métodos en su trato con los hombres? *«Para retraer su alma del sepulcro»* (v. 30). Si Job tiene todavía alguna objeción, puede exponerla (v. 32): *«Si tienes razones* (es decir, algo que oponer), *respóndeme; habla, porque yo querría darte la razón* (lit. *justificarte*)» Eliú estaría dispuesto a un acuerdo con Job si éste pudiera exponer una objeción fundada. *Si no* (v. 33), ha de callarse mientras Eliú continúa enseñándole la justicia de Dios en su actuación con los hombres; así se aprende la verdadera *sabiduría.*

CAPÍTULO 34

Es probable que Eliú hiciese una pausa por ver si Job tenía algo que alegar, pero al quedar éste en silencio, Eliú prosigue su discurso. I. Se dirige ahora no sólo a él, sino también a los que les acompañaban (vv. 2–4). II. Acusa a Job de algunas otras expresiones que se le habían escapado (vv. 5–9). III. Trata de convencerle de que ha hablado impropiamente y le muestra: 1. La justicia incontestable de Dios (vv. 10–12, 17, 19, 23); 2. Su dominio soberano (vv. 13–15); 3. Su poder omnímodo (vv. 20, 24). 4. Su omnisciencia (vv. 21, 22, 25); 5. Su severidad con los pecadores (vv. 26–28); 6. Su providencia que todo lo gobierna (vv. 29, 30). IV. Le enseña cómo debería hablar (vv. 31, 32). V. Finalmente, deja todo el asunto al juicio de la conciencia de Job y concluye con un fuerte reproche por el descontento que Job está mostrando (vv. 33–37).

Todo esto lo recibió Job, no sólo con paciencia, sino con benevolencia, puesto que, mientras los demás amigos le habían acusado de cosas acerca de las cuales tenía la conciencia tranquila, Eliú le acusaba solamente de aquello que su propia conciencia comenzaba, es probable, a reprocharle.

Versículos 1–9

1. Eliú se dirige a los oyentes y trata de ganarse su atención y aprobación. (A) Los llama sabios y doctos (v. 2). Es una bendición hablar con personas que tienen sentido común y discernimiento. Eliú era de diferente opinión que ellos; sin embargo, les llama sabios y doctos. (B) Apela al juicio de ellos para que consideren el asunto (v. 3): *Porque el oído* del hombre juicioso *discierne las palabras,* para ver si lo que dice está bien o mal, *del mismo modo que el paladar gusta,* discierne el sabor *de lo que uno come.* (C) Les invita a participar con él en el examen y discusión de este asunto (v. 4). No pretende ser un dictador dogmático, sino que viene a decir: «Vamos a dejar a un lado toda animosidad y prejuicio y *escojamos lo que es justo, y reconozcamos,* al comparar recíprocamente nuestras razones, *lo que es bueno* y lo que no lo es».

2. Acusa a Job de algunas *frases que ha* pronunciado *llevado* de la pasión, las cuales afectaban al gobierno *de* Dios.

(A) Repite las palabras *que* Job había pronunciado, *según él las* recordaba. Job había dicho (v. 5): *«Yo soy justo»* (v. 33:9, comp. con 9:17, 21) y, cuando *se le* había *urgido* a confesar su culpabilidad, había insistido (v. 6): *«¿Se me ha de tener por mentiroso teniendo yo razón? Incurable* (Bit.) *es mi herida,* mortal de necesidad, *sin haber hecho yo transgresión»* (comp. 16:16, 17). Había *llegado* a decir *que de nada* aprovechaba el servir a Dios (v. 9). *Esto* lo deduce Eliú como opinión de Job, basado en una insinuación (9:22): «Al *perfecto y al impío Él los consume»,* lo cual encierra cierta verdad, pues a todos acontecen las mismas calamidades temporales, pero dicha verdad estaba mal expresada. Job recibió en silencio el reproche sin querer excusarse, por lo que el Sr. Caryl observa que las personas buenas se expresan a veces peor de lo que quieren y, por eso, prefieren soportar mayor reproche que el que merecen, más bien que excusarse cuando han dicho o hecho *algo* que realmente era impropio.

(B) Acusa a Job de insolencia (v. 7): *«¿Qué hombre hay como Job, que se bebe la insolencia como agua …?»* Con sus expresiones poco apropiadas, Job se hacía digno de reproche y de que otros se burlasen de él. Sigue diciendo de Job (v. 8): *«Y va en compañía de los que hacen iniquidad, etc.»* No quiere decir que la conducta de Job sea como la de los impíos, sino que, en la forma en que se expresaba, iba en favor de ellos y venía a confirmar la opinión que ellos tenían de Dios y de la religión. Con todo—nota del traductor—, Eliú exagera aquí algún tanto las tintas. Dice Brates: «Elihú juzga de las palabras de Job según lo que ellas expresan, por más que en la mente de Job no tuvieran mal sentido».

Versículos 10–15

El objetivo del discurso de Eliú era que Job tuviese paciencia en su aflicción, pues Dios no le hacía ningún perjuicio con ella, sino que era para su provecho espiritual.

En estos versículos, vuelve Eliú a dirigirse a todos los oyentes (v. 10): *«Por tanto, varones de inteligencia* (lit. *corazón), oídme»:* El Dios justo nunca perjudica a ninguna de sus criaturas, sino que su conducta es siempre ecuánime y recta; la nuestra no lo es.

1. Esta verdad queda expresada aquí enfáticamente, tanto en *forma* negativa como positiva (vv. 10–12): lejos están de Él la impiedad y la iniquidad (v. 10), pues no son compatibles con su naturaleza; por ello, Dios no hace injusticias ni pervierte el derecho (v. 12). Aunque es Omnipotente, nunca usa su poder al servicio de la injusticia. *Es Shadday* = el Dios Todosuficiente y, por eso, *no puede ser tentado por el mal* (Stg. 1:13), sino que *paga al hombre según su obra* (v. 11).

2. Esto lo afirma Eliú fervorosamente: (A) Bien seguro de su verdad (v. 12): *«Sí, por cierto»* (B) Aborreciendo aun el pensamiento de lo contrario (v. 10): «¡Lejos *esté de Dios la impiedad, etc.!»* Eliú rechaza esta idea con la mayor indignación, como lo da a entender la partícula hebrea *jalilah* = «lejos de, de ninguna manera», con la que los traductores del Nuevo Testamento al hebreo han vertido la expresión griega de S. Pablo *«me génoito» («¡En ninguna manera!»*—lit. *«¡no sea así»*—Véase por ej. Ro. 6:2, 15; 7:7, 13). Como si dijese: «¡Y lejos esté de nosotros el imaginar tal cosa!»

3. Lo prueba hasta la evidencia con dos argumentos: (A) Por la absoluta soberanía de Dios (v. 13): «*¿Quién le ha encomendado a Él la tierra?*» Dios no obra por delegación de otra persona, sino que es el Soberano absoluto del universo entero; (B) Por su poder irresistible (vv. 14, 15): Si Dios determinase retraer su aliento, todo ser viviente, incluido el hombre, volvería al polvo.

Versículos 16–30

Eliú se dirige más personalmente a Job y le dice que:

1. A Dios no hay que discutirle por cualquier cosa que haga (v. 17): «¿Gobernará el que aborrece el derecho?» El Dios justo ama de tal modo la justicia que, en comparación con Él, Job mismo, por muy cabal e íntegro que sea, puede decirse que aborrece el derecho. ¿Y pretenderá él instruir o corregir a Dios? «*¿Y condenarás tú al que es tan justo?*» *No,* en Dios no cabe parcialidad ni favoritismo (vv. 18, 19), pues Él ha creado al rico lo mismo que al pobre y, por tanto, es apropiado que gobierne sobre ambos, pues sobre ninguno de ellos tiene preferencia. ¿O *quién le dio a Él primero, para que le fuese recompensado?* (Ro. 11:35). Ni el rico ha de pensar que lo va a pasar mejor por su riqueza, ni el pobre que lo va a pasar peor por su pobreza. Una causa injusta no ha de prometerse prosperidad, y una causa justa no ha de morir por inanición.

2. A Dios hay que reconocerle y sometérsele en todo lo que haga. Eliú sugiere diversas consideraciones a Job, a fin de que conciba altos y grandes pensamientos acerca de Dios y persuadirle así a que se someta y no continúe discutiendo con Dios.

(A) Dios es todopoderoso y capaz de habérselas con el más fuerte de los hombres cuando entre en juicio con él (v. 20). Incluso el pueblo, el cuerpo entero de una nación, por muy numerosa que sea su población, desaparecerá de improviso; aun *el más robusto será quitado sin que intervengan manos humanas.* Ya pueden ser muchos los robustos, pues serán igualmente depuestos y sustituidos por otros (v. 24).

(B) Dios es omnisciente y puede descubrir lo más secreto. Así como no puede resistirle el más fuerte, tampoco puede escaparse de su vista el más sutil; por consiguiente, si algunos son castigados más o menos de lo que a nosotros nos parece que deberían ser castigados, es preciso que, en lugar de pendenciar con Dios, atribuyamos el hecho a algún motivo secreto que sólo Dios conoce. Todo está abierto ante sus ojos (v. 21): *«Los ojos de Dios vigilan sobre los caminos del hombre, etc.».* Y no hay lugar tan remoto o tan oscuro donde no puedan penetrar los ojos de Dios (v. 22): *«No hay tinieblas ni sombra de muerte donde se escondan los que hacen maldad».* Los obradores de maldad pueden encontrar medios de esconderse de la vista de los hombres, pero no de la vista de Dios: *Él conoce,* y puede hacer conocer, *las obras de ellos* (v. 25); no sólo conoce lo que hacen, sino también lo que intentan hacer.

(C) Dios es infinitamente justo y recto; *«no apremia, pues, Él al hombre más de lo justo»* (v. 23). Así como no castiga al inocente, tampoco exige a los culpables más de lo que sus iniquidades merecen; y de la proporción entre el pecado y el castigo la Sabiduría Infinita será el juez. Por tanto, Job era de reprender por sus quejas contra Dios. Los poderosos que abusaron de su poder contra los pobres e indefensos (v. 28), fueron así rebeldes contra Dios, pues *«se apartaron de Él y no consideraron ninguno de sus caminos* (de Dios)» (v. 27): no hicieron caso ni de sus preceptos ni de su Providencia, sino que vivieron sin Dios en el mundo.

(D) Dios ejerce un dominio incontrolable sobre todos los asuntos de los hombres y gobierna de tal manera cuanto concierne a comunidades y personas que, así como no puede frustrarse lo que Él intenta, así tampoco puede cambiarse lo que hace (v. 29). Las amenazas del mundo entero no pueden turbar a quienes Dios favorece con sus sonrisas: Si *Él da reposo, ¿quién inquietará?* Si Dios concede paz exterior a una nación, Él puede también guardar lo que da; y si concede paz interior a una persona, ni las acusaciones de Satanás, ni las aflicciones del presente siglo, ni la presencia de la muerte misma, pueden turbar esa paz (Fil. 4:7). En cambio, si *esconde su rostro* con desagrado y retira los consuelos de su gracia, *¿quién lo podrá ver?*

(E) Dios es infinitamente sabio y se preocupa del bien público; por ello, provee para que *no reine el hombre impío ni enrede en sus mallas al pueblo* (v. 30). Los impíos, cuando llegan al poder, oprimen al pueblo; muchas veces, bajo capa de religión y de protección del orden público. Pero se equivocaba Eliú al decir que Dios impide que reinen tales hombres. Reinan; con frecuencia, por largo tiempo; y hasta mueren en paz.

Versículos 31–37

1. Eliú instruye ahora a Job sobre lo que debería decir en su aflicción (vv. 31, 32). En general, desearía que se arrepintiese de las expresiones que ha pronunciado. Los otros amigos de Job querían a todo trance que Job se confesase malvado, con lo que se pasaron de la raya, pero Eliú quiere obligarle únicamente a que reconozca que ha hablado neciamente (v. 35). (A) Job debe humillarse a sí mismo delante de Dios por sus pecados, y reconocer que justamente lleva el castigo (v. 31, que, como el 32, ha de leerse con interrogación:«¿Ha *dicho* (éste) a *Dios: He llevado* (castigo), *no ofenderé* (más)?»). Hay muchos que son castigados, pero no llevan bien el castigo, por lo que no lo llevan en modo alguno. Los que se arrepienten sinceramente han de tomar a gusto todo lo que Dios da y hace, y soportar el castigo como una operación medicinal destinada a hacerles bien. (B) Job debe orar a Dios para que le descubra los pecados que ha cometido (v. 32).

(C) También ha de prometer reformarse (vv. 31, 32): *«No ofenderé más … no lo haré* más». Todo lo que Dios nos descubra que hemos hecho mal, hemos de prometer evitarlo en lo futuro con la gracia de Dios.

2. Razona con Job respecto al descontento que expresa en medio de su aflicción (v. 33). Estamos inclinados a pensar que todo debería sucedernos conforme lo deseamos; pero Eliú muestra aquí cuán absurdo y fuera de razón es esperar eso: *«¿Acaso ha de retribuirnos conforme* a *lo que tú le dictes?»* ¡No! ¿Qué motivo hay para ello?

3. Apela a toda persona inteligente para que diga si es que no hay pecado y necedad en lo que Job ha dicho (v. 36): *«Deseo yo que Job sea examinado a fondo, etc.».* Apela Eliú a Dios y a los hombres, y desea que tanto Dios como los hombres den su veredicto sobre ello.

CAPÍTULO 35

Como Job continúa callado, Eliú trata por tercera vez de mostrarle que ha hablado neciamente y debe retractarse. I. Ha presentado la piedad como cosa inútil, y Eliú trata de convencerle de lo contario (vv. 1–8). II. Se ha quejado de que Dios se hace el sordo a los clamores de los oprimidos (vv. 9–13). III. Ha desesperado de que Dios vuelva a otorgarle su favor, puesto que lo difiere tanto, pero Eliú le muestra la verdadera causa de la tardanza (vv. 14–16).

Versículos 1–8

1. Las malas expresiones de las que acusa Eliú a Job (vv. 2, 3). En realidad, Job no había proferido las expresiones que Eliú le atribuye, pero todo el tono de los caps. 29, 30 y 31 da a entender que Job pensaba tener de la justicia retributiva una opinión más *justa que la de Dios* (éste es el sentido del v. 2). Las expresiones del v. 3 habían sido proferidas por cierto, por los impíos (21:15) y por Elifaz (22:2) respectivamente.

2. La respuesta que Eliú da a Job en este punto: (A) Es cierta en su sustancia (vv. 5–8): Dios es soberano y está tan por encima de nosotros que no le afectan íntimamente las cosas buenas o malas que hagamos. Es de notar, sin embargo—nota del traductor—, que Eliú se refiere aquí a las obras que afectan directamente a nuestro prójimo, como se ve por el v. 8. (B) Es inoportuna en cuanto su aplicación, puesto que no iba a la raíz del problema: ¿Cómo puede un hombre, siendo cabal e íntegro, ser castigado por Dios? En esto, Eliú comete el mismo error que los otros tres amigos de Job.

Versículos 9–13

Eliú responde ahora a otra expresión de Job (24:12) de que Dios no escucha los clamores de los oprimidos.

1. «Esto es cierto», viene a decir Eliú (v. 9): *«Verdad es que a causa de la multitud de las violencias claman los hombres, etc.».* Pero Eliú da la razón de esta aparente indiferencia por parte de Dios: *Piden y*

no reciben porque piden mal (Stg. 4:3). *«Se lamentan bajo la opresión de los poderosos»* (v. 9b). Es el clamor del oprimido, pero no del arrepentido; un grito de la naturaleza, no de la gracia.

(A) En efecto, no buscan a Dios (v. 10): *«Ninguno dice: ¿Dónde está Dios mi Hacedor?»* Dios nos ha creado y a Él hemos de buscar, procurando ponernos a bien con Él. Hemos de preguntar: «¿Dónde está, para adorarle?» (Mt. 2:2). Pero muchos sólo claman por su salud, su libertad, su placer.

(B) Esos no quieren percatarse de los favores que han recibido, y reciben de Dios, el cual *da cánticos en la noche* (v. 10b), es decir, hace que se lleven con gozo las adversidades en la espera iluminada del alborear de la liberación, pues Dios es fiel a sus promesas. Además, Dios nos ha investido de facultades y poderes muy superiores a los de las bestias (v. 11). Éstas mueren con pena y sin gloria, pero nosotros sabemos que nos espera una eternidad feliz si estamos a bien con Dios, y que los que matan el cuerpo no pueden hacer daño a nuestro espíritu. Los animales tienen admirables instintos, pero no tienen capacidad para inquirir: *«¿Dónde está Dios?»* Por consiguiente, si los oprimidos claman solamente por la opresión que padecen, no hacen más que los brutos animales, que también se quejan cuando se les hace daño. Dios puede aliviar a los animales porque claman conforme al instinto (38:41; Sal. 104:21), pero ¿qué razón tienen los hombres para esperar alivio cuando están dotados de razón con la que pueden buscar a su Hacedor y no lo hacen? No pueden, pues, esperar que Dios les oiga (vv. 12, 13), ya que su clamor es un grito *vacío.* No hay verdadera oración sin humildad, y éstos están llenos de soberbia (v. 12. Comp. con Sal. 66:18; Is. 1:15).

(C) Así pues, la cosa está clara: si clamamos a Dios para que nos libre de la opresión o de la aflicción que padecemos, y no nos responde, el motivo *no es que la mano de Dios se haya acortado para salvar o que se haya endurecido su oído para oír, sino que nuestras iniquidades han hecho separación entre nosotros y nuestro Dios* (Is. 59:1, 2). Si la aflicción continúa es porque todavía no ha surtido su efecto: no nos hemos humillado bastante y, por consiguiente, hemos de dar gracias a Dios de que continúe.

Versículos 14–16

1. Eliú aplica ahora a Job lo que acaba de exponer en general: Si Dios parece hacerse el sordo a las quejas de Job (v. 14) y, en cambio, no castiga prontamente al impío (v. 15), Job debe humillarse delante de Dios y arrepentirse de veras, en lugar de abrir la boca para decir necedades (v. 16).

(A) Eliú reprende a Job por otra expresión impropia (v. 14): *«… dices que no le ves»* (v. 9:11). Como si dijese: «Te quejas de que no entiendes el modo de obrar de Dios contigo». Cuando estaba en prosperidad, Job pensaba que la montaña de bendiciones no se iba a rebajar nunca; ahora que estaba en aflicción, pensaba que el valle de adversidad no se iba a rellenar jamás; pero no por eso había de concluir que *mañana ha de ser como hoy,* pues las circunstancias suelen variar de modo asombroso.

(B) Eliú responde a la queja de Job diciéndole: (a) *«La causa está delante de Él* (Dios) y tú *debes esperar»* (v. 14b. Traducción más probable y en boca de Eliú, no de Job). Como si dijese: «Él sabe lo que hace y lo que tiene que hacer, todo lo hace con sabiduría, justicia y bondad; por ello, ¡confía en Él, depende de Él y ten por seguro que, al final, todo saldrá bien!» *«Jehová es un Dios de justicia; dichosos cuantos esperan en Él»* (Is. 30:18).

(C) Eliú concluye (v. 16) que Job ha abierto su boca *vanamente,* es decir, para decir vaciedades, cosas sin razón ni base, puesto que no confía en Dios ni espera en Él. El hombre que desconfía de Dios y duda, *no ha de pensar que recibirá cosa alguna del Señor* (Stg. 1:7). Como vemos, Eliú no acusa a Job de hipocresía como lo habían hecho los tres amigos, sino que le condena por un pecado semejante al de Moisés, cuando habló inconsideradamente y dudó (v. Nm. 20:10).

CAPÍTULO 36

Después de reprender a Job por algunas de sus inconsideradas frases, Eliú aduce muchas razones, basadas en la sabiduría y en la justicia de Dios, en el interés que tiene en su pueblo y, especialmente, en su grandeza y en su poder omnímodo; intenta así persuadirle a que se someta a la mano de Dios. I. Introducción de este nuevo discurso (vv. 2–4). II. La relación que da de los métodos de la providencia de Dios concerniente a los hombres conforme a la forma en que éstos se comportan (vv. 5–15). III. La fiel

advertencia y el buen consejo que da a Job a la vista de tales verdades (vv. 16–21). IV. La omnipotencia de Dios, por lo que todos deberíamos someternos a los procedimientos de su providencia con respecto a nosotros (vv. 22–33)

Versículos 1–4

Una vez más pide Eliú a los oyentes y, especialmente, a Job que le escuchen con paciencia. Para ello apela:

1. A que defiende una causa justa y está ocupándose de un tema noble y muy provechoso (v. 2): *«Todavía tengo razones en defensa de Dios»*.

2. A que tiene algo bueno que ofrecer (v. 3): *«Traeré mi saber desde lejos»*. Como si dijese: «Voy a traer mis enseñanzas desde lugar muy alto, de la sabiduría de Dios, y desde muy profundo, desde los principios fundamentales en los que se asienta la verdadera sabiduría». Merece la pena ir lejos para alcanzar el verdadero conocimiento de Dios, aunque hayamos de viajar mucho o excavar hondo, pues el resultado recompensará con creces nuestros esfuerzos.

Y añade Eliú (v. 4): *«Porque de cierto no son mentira mis palabras. Contigo está uno que tiene perfecto conocimiento.* El que conoce bien el asunto está razonando contigo. Por tanto, préstale atención, pues habla para tu bien».

Versículos 5–14

Al hablar en nombre de Dios, Eliú muestra que las disposiciones de la Providencia están de acuerdo con las normas eternas de equidad. Dios actúa como gobernador justo, porque:

1. No piensa que se rebaja por tener consideración con el más vil de sus súbditos (v. 5): *«He aquí que Dios es grande, pero no desestima a nadie»*. Pensaba Job que su persona y su causa no obtenían de Dios la consideración debida, ya que Dios no se aparecía inmediatamente a favor suyo. «¡No!», dice Eliú, *«Dios no desestima a nadie»*, lo cual es una buena razón para que también nosotros prestemos el debido honor a todos los hombres.

2. No tiene miramientos con los potentados si son malvados (v. 6): *«No otorgará vida al impío»*. Aunque la vida del malvado se prolongue, no es porque disfrute de un cuidado especial de la providencia divina, sino por causas naturales.

3. Está siempre dispuesto a defender la causa de los oprimidos (v. 6b); si los hombres no defienden los derechos de los pobres, Dios sí que los defiende.

4. Cuida y protege especialmente a sus buenos súbditos (v. 7). No sólo los mira, sino que *no aparta de ellos sus ojos.* Aunque ellos se vean a veces menospreciados y olvidados de los hombres, los ojos amorosos y compasivos de su Padre Celestial nunca se apartan de ellos:

(A) A veces, los pone en lugares de honor y poder: *«Como reyes los pondrá en trono para siempre»* (v. 7b). Las gavillas de los demás se han de inclinar ante las de ellos, como en el caso de José y sus hermanos. *«Con el éxito de los justos la ciudad se alegra»* (Pr. 11:10). El favor que Dios les otorga, no sólo es una bendición para ellos mismos, sino también para el bien común.

(B) Si alguna vez les aflige es para su bien (vv. 8–10). *«Cuando los ata con cadenas»*, como José en la cárcel, o «los *aprisiona en las cuerdas de aflicción»* (v. 8), confinándolos al lecho del dolor o a la necesidad pecuniaria, es para beneficio de su alma. Tres cosas intenta Dios con la aflicción: (a) Descubrirnos los pecados pasados (v. 9): *«Es para darles a conocer la obra de ellos, etc.»*. El pecado es obra nuestra. (b) Disponer nuestro corazón a escuchar la instrucción de Dios (v. 10): *«Despierta además el oído de ellos para su corrección»*. Dios instruye al que corrige (Sal. 94:12), y la aflicción dispone a los hombres a aprender y ablanda la cera para que reciba mejor la impresión del cuño; no es que lo haga por sí misma, sino como instrumento de la gracia de Dios. (c) Apartarnos del mal en lo sucesivo.

(C) Si la aflicción lleva a cabo su obra para la que fue enviada, Dios les visita de nuevo con sus consuelos, conforme al tiempo en que les afligió (v. 11). Si servimos a Dios fielmente, (a) Tenemos promesa de prosperidad exterior en la vida presente, con sus consiguientes consuelos en la medida que conviene para la gloria de Dios y para nuestro propio bien; ¿qué más puede desear uno? (b) Tenemos posesión de placeres internos, el consuelo de la comunión con Dios y de una buena conciencia, y la gran paz de que disfrutan los que aman la ley de Dios.

(D) Si la aflicción no lleva a cabo su obra, han de esperar que el fuego consumidor haga la suya, si no la hizo el fuego refinador, puesto que, cuando Dios juzgue, prevalecerá.

5. Trae la ruina sobre los hipócritas, pues son los enemigos del reino de Dios (v. 12): *«Pero si no obedecen, serán pasados a espada, etc.».* Cuando en vez de ablandarse con la aflicción, se endurecen más, «y *no claman a Él ni aun cuando Él los castiga* (v. 13), Dios castiga el orgullo de ellos, acortándoles la vida como se hace con los que se dedican a la sodomía en los templos de los paganos (v. 14).

Versículos 15–23

Eliú se dirige ahora más en particular a Job. Le dice:

1. Lo que Dios habría hecho por él, si él se hubiese humillado bajo la presente aflicción (v. 15): «Al pobre en espíritu, al que es de corazón contrito y humillado, Dios le mira con ternura y, *a través de la aflicción, despertará su oído,* para aleccionarle y traerle al buen camino: al camino del deber y, con ello al camino del gozo y de la paz. Si tú te sometieses a la voluntad de Dios, la libertad y la abundancia te habrían sido restauradas con creces». (A) «Disfrutarías de libertad y seguridad, pues te sacaría *de la boca de la angustia,* de la estrechura en que la aflicción te pone, *a lugar espacioso, libre de todo apuro,* a las anchuras del gozo, pues te verías libre, sano y salvo» (v. 16a). (B) «Además disfrutarías de toda abundancia; en lugar de la pobreza presente, podrías abastecer tu mesa de pingües manjares; Dios te *prepararía mesa llena de grosura* (v. 16b).

2. El reproche que merece por ser sabio en su propia opinión, a costa de falsear el derecho y la justicia (v. 17): *«Mas tú estás lleno del juicio del impío»;* es decir: «Seas como seas, lo cierto es que en este asunto te has comportado como un malvado, que defrauda de su derecho al oprimido». Nota del traductor: El texto de los versículos 16–20 nos ha llegado muy deteriorado. La traducción más probable del versículo 17b, según el texto hebreo actual, es: *«El juicio y la justicia echarán mano* (de ti)» (lit.). Así lo entiende también M. Henry, conforme a la Versión Autorizada inglesa.

3. Le advierte que no persista en su perversidad (v. 18), *«por cuanto hay ira»* (es decir, «porque Dios es un gobernador justo, ya que tienes razón para temer que estás expuesto al desagrado de Dios), por eso, *ten cuidado no sea que te seduzca con Su burla,* es decir, con un golpe que te deje avergonzado, sino sé lo bastante prudente para hacer las paces con Él rápidamente, y así se volverá de ti su ira. De nada te serviría el dinero, pues no podrías comprar el perdón con oro ni plata; *ni el rescate más abundante podría librarte.* Aun cuando *todas las fuerzas de tu poder* (v. 19) estuviesen en tu mano, aunque pudieras reunir numerosos siervos y vasallos para defenderte de Él, de nada te serviría toda tu opulencia. Tampoco tienes escape escondiéndote (v. 20): *No anheles la noche, cuando la gente desaparece en sus lugares.* La noche favorece una retirada de las fuerzas derrotadas cubriéndolas con la oscuridad, pero tú no puedes escapar de Dios, porque, para Dios, *la noche es tan luminosa como el día* (Sal. 139:11, 12). *Guárdate* (v. 21), *no te vuelvas hacia la iniquidad, aunque la eligieras a causa de tu aflicción.* Y no te empeñes en dar lecciones a Dios (v. 22): *Mira que Dios es excelso* en poder, es decir, tiene fuerza para derribar a quien le plazca y, por tanto, no te conviene contender con Él. También es un maestro sin par: *«¿Qué enseñador será semejante a Él?»* Es absurdo que pretendamos enseñar a quien es la fuente de la luz, de la verdad, del conocimiento y de la sabiduría (v. 21:22). ¿Sacaremos un candil para iluminar al sol? Al exaltar a Dios como gobernador, le alaba como a maestro, porque los gobernantes deben enseñar. Dios nos enseña por medio de la Biblia, que es el mejor libro, y por medio de su Hijo, que es el mejor Maestro.

Versículos 24–33

Eliú se esfuerza aquí por sugerir a Job grandes y altos pensamientos acerca de Dios y persuadirle, de este modo, a que se someta con gozo a los designios de la Providencia.

1. Muestra la obra de Dios en general (v. 24). Dios no hace nada vil ni despreciable. Sus obras visibles, que son las de la naturaleza, son dignas de nuestra admiración y alabanza; en ellas observamos la sabiduría, el poder y la bondad de Dios; por tanto, no debemos hallar falta en lo que Él dispone acerca de nosotros. Miremos a donde miremos, tendremos que decir: «Esto es obra de Dios: *Éste es el dedo de Dios*» (Éx. 8:19). Todos pueden ver, al mirar el cielo con sus luminarias, y al mirar la tierra con sus productos, la obra del Omnipotente. Ya usemos el telescopio o el microscopio, todo lo que vemos es maravilloso (vv. 24, 25). *El eterno poder y la divinidad del Creador se hacen claramente visibles … y se*

entienden por medio de las cosas hechas (Ro. 1:20). La belleza y la excelencia de las obras de Dios, y la perfecta armonía que reina entre ellas, nos deben llevar a engrandecerle y alabarle.

2. Presenta a Dios, el autor de todo ello, como infinito e inescrutable (v. 26). Las corrientes del ser, del poder y de la perfección habrían de conducirnos hasta la fuente, para ver *cuán grande es Dios,* tanto que *nosotros no le podemos comprender.* Sabemos que es, pero no sabemos qué es. Sabemos lo que no es, pero no lo que es; conocemos en parte, sin llegar jamás a comprenderle del todo; *no se puede escrutar el número de sus años,* porque no lo tiene; es eterno. Es un Ser sin principio, ni fin, ni sucesión, que siempre fue, es, y será el mismo: el gran YO SOY (Éx. 3:14). Esta es una buena razón para no pretender dictarle lo que ha de hacer ni contender con Él.

3. Expone algunos ejemplos de la sabiduría, del poder y del dominio soberano de Dios, y comienza en este capítulo por las nubes y la lluvia que desciende de ellas. No necesitamos aguzar la crítica al examinar la fraseología o las bases científicas de este discurso, pues el objetivo de todo él es mostrar la infinita grandeza de Dios como Supremo Hacedor y Gobernador de todas las criaturas, que tiene todo poder en el cielo y en la tierra (al que, por tanto, debemos, con toda humildad y reverencia, adorar y honrar, así como hablar bien de Él) y que es una presunción de nuestra parte prescribirle las normas y los métodos de su providencia especial con respecto a los hombres. Para impresionar a Job con la idea de la sublimidad y soberanía de Dios, ya le había exhortado a mirar a las nubes (35:5). Ahora le dice que considere las nubes:

(A) Como fuentes de este mundo de abajo, las nubes destilan su tesoro de humedad. Si el cielo se vuelve de bronce, la tierra se vuelve de hierro. De ahí la promesa (Os. 2:21): «*Yo responderé a los cielos, y ellos responderán a la tierra*». Toda buena dádiva viene de arriba (Stg. 1:17), del Padre de las luminarias, que es también el Padre de la lluvia. Aquí (v. 28) se dice de las nubes que *destilan ... sobre los hombres,* ya que, aun cuando Dios hace llover también *sobre el desierto, donde no habita el hombre* (38:26) y sobre las bestias del campo (Sal. 104:11), el principal objetivo de la lluvia es favorecer al hombre, a quien las criaturas inferiores están destinadas a servir. Dios *hace llover sobre justos e injustos* (Mt. 5:45). Al llover, Dios *va soltando las gotas de las aguas* (v. 27), poco a poco, no *en cataratas,* como cuando se abrieron las ventanas de los cielos en el Diluvio (Gn. 7–11). Con la misma agua con la que antaño inundó y ahogó la tierra, ahora la riega mansamente. Aunque el agua cae en gotas (v. 27), forma abundantes chaparrones (v. 28) y, por eso, se llama *el río de Dios, lleno de aguas* (Sal. 65:9). Destilan sobre la tierra la cantidad de agua equivalente al vapor que atraen del mar (v. 27b). Así pues, el cielo otorga su favor a la tierra sin recibir de ella nada a cambio.

(B) Como sombras para el mundo de arriba, las nubes oscurecen el cielo (v. 29): *«¿Quién podrá comprender la extensión de las nubes?»* ¿Y vamos a pretender nosotros comprender las razones y los métodos de los procedimientos judiciales de Dios con los hombres, cuyos caracteres y casos son tantos y tan variados? Por la interposición de las nubes entre nosotros y el sol, salimos favorecidos, pues nos sirven como de gran sombrilla para protegernos de los ardientes rayos del sol. Una *nube de rocío en el calor de la siega* representa un gran refrigerio para el segador (Is. 18:4). Otras veces, oscurecen tanto el cielo que parecen fruncir el entrecejo contra nosotros; por eso, el pecado es comparado a una nube (Is. 44:22), porque se interpone entre nosotros y la luz del rostro de Dios. Pero aunque las nubes oscurezcan el sol por algún tiempo y destilen la lluvia, quedan como fatigadas por el esfuerzo, y Dios vuelve a extender la luz del sol, como antes extendió la luz de los relámpagos (v. 30a).

CAPÍTULO 37

Continúa Eliú exaltando el maravilloso poder de Dios en los meteoros y cambios del tiempo; si, en medio de tales cambios, aceptamos el tiempo que haga y sacamos de él el mejor partido posible, ¿por qué no habremos de hacer lo mismo en los cambios que sufrimos en nuestra condición? Eliú señala la mano de Dios: I. En el trueno y el relámpago (vv. 2–5). II. En el hielo, la nieve, la lluvia y el viento (vv. 6–13). III. Reta a Job a que explique los fenómenos de estas obras de la naturaleza, a fin de que, al confesar su ignorancia acerca de ellos, pueda reconocerse como juez incompetente en los procedimientos de la providencia divina (vv. 14–22). Entonces, IV. Concluye con el repetido principio de que Dios es grande y debe ser grandemente reverenciado (vv. 23, 24).

Versículos 1–5

El trueno y el relámpago son manifestaciones notorias de la gloria y la majestad del Dios Omnipotente. Con ellos, Dios *no se deja a sí mismo sin testimonio* (Hch. 14:17), lo mismo que con la lluvia y las estaciones fructíferas del año. Es muy probable que, mientras Eliú decía estas cosas, estuviese tronando y relampagueando, pues habla de estos fenómenos como cosa presente; y puesto que Dios se disponía a hablar (38:1 y ss.), eran, lo mismo que en el monte Sinaí, como apropiado prefacio para demandar atención y reverencia. Eliú mismo estaba afectado, y deseaba afectar a Job, con la aparición de la gloria de Dios en el trueno y el relámpago. «Por mi parte, dice Eliú, *se estremece mi corazón y* comienza a palpitar tan fuerte que *salta de su lugar*» (v. 1). Llama Eliú la atención de Job, y de los demás presentes, para que observen los fenómenos que ocurren (v. 2): *«Oíd atentamente el estrépito de su voz, etc.»*. Para percibir y entender las instrucciones que Dios nos da con ello, necesitamos prestar gran atención. Dios dirige el trueno y el relámpago (v. 3); no se producen por casualidad aunque a nosotros nos parezcan casuales y fuera de control. Por todo el horizonte se extienden, tanto el bramido del trueno como el fulgor del relámpago (vv. 4, 5). Al trueno se le llama aquí voz *majestuosa de Dios* (v. 4b). De aquí podemos inferir que, en todas las dispensaciones de su providencia, la voz de Dios es demasiado grande y majestuosa como para que intentemos oponemos a Dios o a contender con Él.

Versículos 6–13

A continuación, Eliú se extiende en la consideración de los cambios de tiempo que producen la nieve, el hielo, el viento huracanado, el frío y la niebla, etc. Eliú muestra cómo se manifiesta la gloria de Dios:

1. En la nieve y los aguaceros (v. 6): *«Dice a la nieve: Desciende a la tierra»*. ¡Qué sencillo! Sin embargo, los cristales de nieve son una auténtica maravilla: billones y billones de billones de ellos, todos de seis puntas y ninguno igual (el vocablo hebreo *shéleg* = nieve—nota del traductor—tiene el valor numérico de 333). Con sólo una palabra—mental—de Dios, surge la nieve como surgió la luz (Gn. 1:3). Para nosotros, el decir y el hacer son dos cosas distintas; y no todo lo que decimos se hace; pero para Dios, el decir y el hacer son una misma cosa, porque su Palabra es eficaz (He. 4:12). De Dios proceden lo mismo la lluvia fina que los aguaceros. El labrador desde su casa y el caminante en su viaje pueden considerar de muy distinta manera el agua que cae, pero es un pecado y una necedad contender con la providencia de Dios a causa de los fenómenos atmosféricos. El rigor de la estación invernal obliga a hombres y bestias a retirarse (vv. 7, 8). A un lado han de dejarse los útiles de labranza lo mismo que los de pesca y navegación. *Las bestias se retiran a sus guaridas* (v. 8), adonde las conduce el instinto, pero el hombre ha de reconocer en todo ello la obra de Dios (v. 7b) y, cuando se ve confinado en casa, dedicarse de modo especial a la lectura de la Biblia y a la oración.

2. En los vientos, que soplan desde los diferentes puntos cardinales y producen también efectos diferentes (v. 9): *«De la cámara* (lit. esto es, desde la habitación en la que se supone encerrado) *viene el torbellino»*. Gira en torno y, por ello, es difícil a veces decir de dónde sopla. Una cosa es cierta (contra muchas versiones): el torbellino *no* viene del sur, puesto que el viento del sur es sosegado y caliente (v. 17).

3. En el hielo (v. 10), que se *forma por el soplo de Dios;* expresión muy gráfica para designar la forma rápida, repentina, en que se forman el hielo y el granizo, en contraste con la nieve, que se forma suavemente *al caer* (v. 6). El viento frío es llamado aquí *el soplo de Dios*, así como el trueno es llamado *la voz de Dios*.

El efecto del viento frío en el mar (más aún, en los lagos) es que *las anchas aguas se congelan* (v. 10b). Por amplias que sean, y aunque ondulen con libertad, el hielo las aprisiona como con grilletes de cristal. Tal fenómeno es un ejemplo tan maravilloso del poder de Dios que, si no fuese tan frecuente, nos parecería casi milagroso.

4. En las nubes. De tres clases de nubes habla aquí: (A) Densas y negras, repletas de agua, las cuales se descargan y riegan la tierra (v. 11); (B) Nubes delgadas, sin agua, en forma de niebla que es disipada cuando el sol se levanta (v. 11b); (C) Nubes volátiles, que no se disuelven como las densas en lluvia, sino que son llevadas de una parte a otra en alas del viento (v. 12. No son *relámpagos* los que giran, sino las nubes), hasta que, por fin, descargan donde Dios les ordena (v. 12b): unas veces para castigo (inundaciones, etc.); otras, para bendición (lluvia mansa), según los designios divinos (vv. 12b–13).

Versículos 14–20

Ahora Eliú se dirige personalmente a Job para que se aplique a sí mismo las cosas que acaba de exponer. Le pide que preste atención a los prodigios de Dios (v. 14). Para humillarle, le muestra Eliú:

1. Que carece de intuición para penetrar en las causas naturales, ya que no puede ver sus fuentes primeras ni prever sus efectos (vv. 15–17): *«¿Sabes tú, etc.?»* Se nos enseña aquí: (A) La perfección del conocimiento de Dios. Una de las más gloriosas perfecciones de Dios es su omnisciencia. Además, su conocimiento es intuitivo, pues Dios lo ve todo y totalmente. Para su conocimiento no hay nada distante, sino todo cercano; nada futuro, sino todo presente; nada oculto, sino todo abierto y manifiesto. (B) La imperfección de nuestro conocimiento. Los más ilustres filósofos están a oscuras en cuanto a la esencia, el poder y las obras de la naturaleza. Somos una paradoja para nosotros mismos, y cuanto nos rodea es un misterio. Nos conviene, pues, ser conscientes de nuestra ignorancia. Hay quienes confiesan su ignorancia; y los que no quieren confesarla la demuestran por eso mismo. ¡Y qué jueces tan incompetentes somos de los métodos de la política divina, cuando tan poco es lo que entendemos de la mecánica divina! Si es que podemos prever, con algunas horas de anticipación, los cambios de tiempo y temperatura, ¡cuán poco es lo que esos cambios nos muestran de los designios de Dios mediante ellos! No sabemos cómo se sostienen en el aire las nubes cargadas de agua, que es mucho más pesada que el aire (v. 16). También es una maravilla el que el viento, que de suyo refrigera, caliente (v. 17. Este parece ser el único sentido aceptable, dentro de lo paradójico. Nota del traductor).

2. Que él no tuvo parte alguna en la fundación del mundo (v. 18): *«¿Extendiste con Él* (Dios) *los cielos, firmes como un espejo* (de metal) *fundido?»* Esta era la noción, y este era el concepto, que los antiguos tenían del firmamento, como vemos ya en Génesis 1:6 y ss. En todo caso, y tomándolo metafóricamente, podemos decir que los cielos son un espejo donde brilla la gloria de Dios. *«Y el firmamento anuncia la obra de sus manos»* (Sal. 19:1).

3. Que ni él ni ninguno de los asistentes eran capaces de hablar de la gloria de Dios de modo proporcionado a lo que el tema se merecía (vv. 19 20). Y reta irónicamente a Job: *«Muéstranos*, si puedes, *qué le hemos de decir* (a Dios). Tú tienes intención de argüir con Dios y querrías que nosotros contendiésemos a favor tuyo con Él; dinos, pues, qué le hemos de decir. Pero ten en cuenta que ni siquiera *podemos ordenar nuestras ideas a causa de nuestra ignorancia»*. Los que, por la gracia, conocen algo de Dios, todavía conocen muy poco en comparación con lo que queda por conocer (v. 1. Co. 8:2) y con lo que se ha de conocer *cuando venga lo perfecto* (1 Co. 13:10) y se rasgue el velo que nos impide la visión directa del Señor. *«¿Se le comunicará que voy a hablar?»*—dice Eliú—(v. 20a lit.), como si quisiere imponer a Dios las propias razones. La segunda parte del versículo es difícil—nota del traductor—. La versión que mejor refleja el sentido literal en su contexto es la que da Brates: *«¿Puede decir uno que se le oprime con violencia?»* ¡No! Nadie puede decir, como insinúa Job, que Dios le aflige injustamente.

Versículos 21–24

Eliú concluye ahora su discurso con breves, pero espléndidas, frases acerca de la gloria de Dios, quien había dicho *que habitaría en densa nube* (v. 2 Cr. 6:1; Sal. 18:11). Los difíciles versículos 21 y 22—nota del traductor—sólo pueden entenderse siguiendo la versión de la *New American Standard Translation* (v. en la *Ryrie Study Bible*), que viene a decir así: *«Y ahora los hombres no pueden ver la luz que brilla en el firmamento; pero* (en este *vau* adversativo está la clave de la traducción) *ha pasado el viento y lo ha limitado. Del norte viene un áureo resplandor; en torno de Dios hay una terrible majestad»* (M. Henry ha captado bien el sentido). Al principio, impresiona desfavorablemente la visión de la densa nube que impide ver la luz y amenaza con un tremendo aguacero; pero al mirar al norte, presiente que el viento va a barrer las nubes y todo marchará bien. Dios no guarda para siempre su enojo, sino que está presto a mostrar su misericordia. Ahora que Dios está a punto de hablar, Eliú se da prisa por concluir y lo hace con las siguientes observaciones: (A) Que Dios está rodeado de una majestad que impone pavor, por la trascendencia infinita de sus perfecciones (v. 22). (B) Que, cuando nos ponemos a hablar del *Todopoderoso* (v. 23), hemos de reconocer que *no podemos alcanzarle:* nuestra mente limitada no puede comprender sus perfecciones ilimitadas. ¿Podremos meter en una cáscara de huevo todo el agua del mar? (C) Que es *excelso en poder* (lit.). (D) Que no es menos excelso en sabiduría y justicia, sin lo cual habría

poca excelsitud en su poder. (E) Que *no hará violencia a la justicia y a la abundante rectitud* (v. 23b. lit). Nadie puede acusar de injusticia a Dios, pues es imposible que Él viole la justicia: sería una contradicción consigo mismo. (F) Que no tiene consideración con los que son sabios en su propia opinión (v. 24) y, por tanto, tiene en nada las censuras que le puedan dirigir.

CAPÍTULO 38

En este capítulo y los siguientes, se muestra quién tiene, y debe tener siempre, la última palabra. En 11:5, había dicho Sofar: *«¡Oh, quién diera que Dios hablara!»* Pues, bien: Dios va a hablar ya desde este capítulo para humillar a Job y traerlo al arrepentimiento de las expresiones poco reverentes que ha pronunciado acerca de Dios. I. Comienza con un reto y demanda general (vv. 2, 3). II. Procede a mostrar con diversos ejemplos la total incapacidad de Job para contender con Dios, puesto que, 1. No sabe nada de la fundación del mundo (vv. 4–7), 2. Ni de los límites del mar (vv. 8–11); 3. Nada, sobre la luz de la mañana (vv. 12–15); 4. Nada, de las secretas cámaras del mar y de la tierra (vv. 16–21); 5. Nada, de los misterios de la lluvia (vv. 22–27). 6. Era incapaz de hacer nada en cuanto a la producción de la lluvia, las heladas y los relámpagos (vv. 28–30, 34–38); nada, en cuanto a dirigir las constelaciones de los astros (vv. 31–33). 7. Finalmente, era incapaz de suministrar alimento a los leones y a los cuervos (vv. 39–41). Si Job se sentía incapacitado para atender y actuar en estas obras ordinarias de la naturaleza, ¿cómo se atrevía a pretender sumergirse en los designios del gobierno de Dios y erigirse en juez de ellos?

Versículos 1–3

Veamos aquí:

1. Quién habla—*Jehová;* no un ángel, sino Dios mismo con su nombre más augusto y descriptivo (Éx. 3:14). Y comienza hablando de la creación del mundo. Eliú había dicho (33:14): *«De una o de otra manera habla Dios pero el hombre no entiende».* Sin embargo, esto no podía menos de ser percibido.

2. Cuándo habló—*Entonces* (v. 1). Cuando todos los demás interlocutores habían consumido su turno de hablar, entonces fue el momento en que Dios intervino para proclamar la verdad, pues sus juicios son siempre conforme a verdad. Job había silenciado a sus tres amigos; con todo, no había podido convencerles de que su conciencia no le argüía de ningún pecado especial. Eliú había silenciado a Job, pero no había podido conducirle a reconocer que no se había expresado debidamente en la discusión. Pero ahora interviene Dios y cumple ambas cosas, pues convence a Job de sus inconvenientes expresiones y le hace decir: *«He aquí que yo soy vil»* (40:4) equivalente a *«he pecado»* (2 S. 12:13); y después de humillarle, le honra al convencer a sus tres amigos de que se han portado mal con Job.

3. Cómo habló—*desde el torbellino:* desde una nube tempestuosa que se revolvía furiosamente. Un torbellino sirvió de prefacio a la visión de Ezequiel (Ez. 1:4) y a la de Elías (1 R. 19:11). De Dios se dice que *camina en la tempestad y el torbellino* (Nah. 1:3) y, para mostrar que hasta el viento tempestuoso cumple la palabra de Dios, es presentado aquí como vehículo de dicha palabra.

4. A quién habló—*Respondió a Job,* dirigiéndole a él su discurso, a fin de convencerle de lo que había dicho impropiamente, antes de disculparle de las injustas censuras que le habían hecho.

5. Qué habló—Comenzó por la introducción, que es un prefacio sumamente escrutador: (A) Acusa Dios a Job de ignorancia y presunción en lo que ha hablado (v. 2): *«¿Quién es ese* que habla de esa manera? ¿Es Job? ¡Cómo! ¿Mi *siervo Job … varón cabal y recto?* (1:8) ¿Es posible que traicione hasta ese punto su propia identidad? ¿Quién y dónde está ese *que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría?* ¡Que de la cara si se atreve y que ratifique lo que ha dicho!» Una fe humilde y una obediencia sincera dan mejor acceso a los secretos de Dios que toda la filosofía de las escuelas y todas las investigaciones de la ciencia. Estas primeras palabras que dice aquí Dios son más de notar por el hecho de que a ellas se refiere Job en su arrepentimiento (42:3) como a lo que le había silenciado y humillado. Las repite y les da eco como la flecha que se le ha clavado en lo más hondo, como si dijese: «Yo soy ese necio que oscurecía el consejo». (B) Reta después Dios a Job a que presente tales pruebas de sus conocimientos que puedan servir para justificar sus querellas contra los designios de Dios (v. 3): *«Ahora*

ciñe, como un luchador, tus lomos; yo te preguntaré, y tú me contestarás, si puedes, antes de que yo responda a tus preguntas».

Versículos 4–11

Para humillar a Job, Dios le muestra su ignorancia en cuanto a las cosas de la tierra y del mar.

1. En cuanto a la fundación de la tierra:

(A) Que diga Job dónde se hallaba él cuando se llevó a cabo (v. 4): *«¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?* ¿Estabas tú presente cuando fue creado este mundo?» Véase aquí: (a) La grandeza y la gloria de Dios: Yo *fundé la tierra.* (b) La insignificancia del hombre: *Dónde estabas tú* entonces? Tan lejos estábamos de tener parte alguna en la creación del mundo, lo cual podría conferirnos algún derecho a ejercer dominio sobre él, o de ser testigos de su formación, con lo que fuésemos capaces de comprenderlo, que ni aun existíamos entonces. No existía aún el primer hombre ¡cuánto menos, nosotros! Es un honor de nuestro Salvador el que Él estaba presente cuando esto se llevó a cabo y tenía su parte en tal obra (Pr. 8:22 y ss.; Jn. 1:1–3); pero nosotros *somos de ayer y no sabemos nada.* No hallemos, pues falta, en las obras de Dios.

(B) Que describa Job cómo fue hecho este mundo (v. 5): *«¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes?, etc.* Fuiste tú el arquitecto que trazó los planos y ordenó sus dimensiones de acuerdo con ellos?» El amplio orbe de la tierra está moldeado como si fuese por medio de regla y plomada; pero, ¿quién puede describir cómo fue delineada su figura? ¿Dónde se asienta, de forma que no se desplome, o de dónde cuelga, de forma que no se hunde por su propio peso? (v. 6).

(C) Que repita Job, si puede, los cantos de alabanza que se alzaron en aquella solemnidad (v. 7), cuando los mismos astros entonaron su himno y lo corearon los santos ángeles, *los hijos de Dios* (1:6), llenos de regocijo cuando vieron echar los fundamentos de la tierra.

2. En cuanto a los límites puestos al mar (vv. 8 y ss.), Dios se refiere a la obra del tercer día de la creación, cuando dijo (Gn. 1:9): *Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar … Y fue así.* (A) Desde el fondo del abismo o caos en que el agua y la tierra estaban mezcladas, en obediencia al mandato de Dios, el mar salió como un recién nacido del seno materno (v. 8). (B) Este bebé fue envuelto en pañales (v. 9): las nubes y las nieblas que lo circundan. No dice que lo fajó con rocas y montañas, sino con nubes y oscuridad (neblina), lo cual pensaríamos que no era apropiado para tal objeto. (C) También le preparó la cuna (v. 10): *Y tracé para él frontera:* Fueron formados en la tierra valles suficientemente hondos para darle cabida y descanso; y, si a veces, se ve agitado por fuertes vientos, es (como observa el obispo Patrick) para mecerle la cuna, con lo que puede dormirse más pronto. (D) Cuando el bebé se volvió travieso y peligroso por el pecado del hombre, también proveyó Dios para él una cárcel con *puertas y cerrojo* (v. 10b). Y para poner freno a su insolencia, le fue intimado (v. 11): «Hasta *aquí llegarás y no pasarás adelante, y ahí se romperá el orgullo de tus olas».* Esto puede ser considerado como un acto de poder de Dios contra la bravura del mar, aunque su cuerpo es tan amplio y sus movimientos son a veces extremadamente violentos, Dios lo tiene bajo su control (comp. Mt. 8:26 y paral.); ni sus olas se han de alzar más, ni sus mareas han de llegar más lejos, de lo que Dios le permita. Esto se menciona como un motivo por el que habríamos de espantarnos ante la majestad de Dios (Jer. 5:22) y, por otra parte, como un motivo para confiar en Dios, porque el que tiene poder para sosegar el tumulto del mar, también lo tiene para sosegar, cuando le place, el tumulto de la gente (Sal. 65:7).

Versículos 12–24

El Señor procede aquí a preguntar a Job muchas cosas difíciles, a fin de convencerle de su ignorancia y avergonzarle así de su insensatez por querer prescribir normas a Dios. Queda Job retado a dar explicaciones sobre seis cosas:

1. Sobre el surgir del alba (vv. 12–15). No fuimos nosotros ni ser alguno creado quienes ordenamos la salida de la primera luz del amanecer. Ni le señalamos el lugar de salida, el lugar de su brillar ni el tiempo de su despertar. La constante y reglamentada sucesión del día y de la noche no fue obra nuestra; es obra de las manos de Dios (Sal. 19:1, 2). Está fuera de nuestro poder ordenarlo (v. 12) ¿Quién, pues, intentará aconsejar a Dios para que altere a favor de uno los métodos de su Providencia? Dios es quien ha señalado a la luz matinal la hora de salida, de forma que la tierra va cambiando de aspecto como arcilla bajo el

sello vistiéndose de nuevos colores cada mañana (v. 14), con lo que los malhechores quedan al descubierto (vv. 13, 15). Dios hace que la luz administre justicia lo mismo que misericordia, pues así son sacudidos de la tierra los impíos, del mismo modo que una persona toma el manto por sus bordes para sacudir el polvo y los insectos que se le han pegado. Job había mencionado a los que son *rebeldes a la luz* (23:13 y ss.); Dios le pregunta ahora si le es deudor el mundo por este favor. No, es el gran juez del mundo quien envía los rayos del sol matinal como sus mensajeros para detectar a los criminales (v. 15), para que les sea *quitada su luz,* es decir, su cobertura, su confianza, su cobijo y su libertad, y para que su *brazo enaltecido sea quebrantado,* esto es, privado del poder de hacer el mal. Vemos aquí como un preludio del *Magnificat* (Lc. 1:51) y del *Benedictus* (Lc. 1:78). V. también 2 Corintios 4:6.

2. Sobre las fuentes del mar (v. 16): *«¿Has entrado tú hasta las fuentes del mar, etc.?»* Con este dominio sobre el mar, pudo Dios *abrirse camino en el mar, y* en *las muchas aguas* (Sal. 77:19), para conducir a su pueblo hacia la libertad (Éx. 14:21–31). Sin el poder de Dios que actuó con su soberana iniciativa, los israelitas no habrían tenido escapatoria posible.

3. Sobre las puertas de la muerte (v. 17): *«¿Te han sido descubiertas las puertas de la muerte?»* Todavía son más infranqueables esas puertas. El hombre no puede descubrir el lugar ni la hora de su muerte, pues ese es un gran secreto. ¡Asegurémonos de que se nos abran las puertas del cielo del lado de allá de la tumba y no tendremos por qué temer el abrirse de las puertas de la muerte, aunque es el camino por el que todos tenemos que ir una vez (He. 9:27). Mientras estamos aquí, en el mundo de los sentidos, hablamos del mundo de los espíritus del mismo modo en que hablaría un ciego del mundo de los colores.

4. Sobre la anchura de la tierra (v. 18): *«¿Has calculado las anchuras de la tierra?»* El conocimiento de esto está ahora al alcance de los hombres, pero no estaba aún al alcance de Job, aun siendo una cosa mucho más sencilla que casi todas las demás que aquí se mencionan. Job no había jamás navegado en torno al orbe, ni ninguno otro antes de él; sólo hace poco más de cuatro siglos que se descubrió el vasto continente de América y, después, se le dio la vuelta al mundo. ¿Quién, pues podrá abarcar la anchura, y penetrar en la hondura, de los designios de Dios?

5. Sobre el camino que siguen la luz y las tinieblas. De la luz de la alborada ya había hablado antes (v. 12), y vuelve otra vez a hablar de ella (v. 19): *«¿Por dónde se va a la morada de la luz?»* Y de nuevo: *«¿Por qué camino se reparte la luz?»* (v. 24). ¿Estaba Job presente cuando dijo Dios: *«¡Sea la luz!»?* (Gn. 1:3). No habíamos nacido, ni tenemos los años suficientes para ser testigos de ello (v. 21. Nótese la ironía). ¿Vamos, pues, a discutir los eternos designios de Dios o buscar su motivación, para tratar de alterarlos? Ni el día ni la noche se suceden por mandato nuestro. Ni siquiera sabemos por qué camino se reparten el uno y la otra (v. 24). En pocos instantes, surge la luz del alba y lanza sus rayos sobre todas las partes del aire sobre el horizonte. Cada mañana se lleva a cabo ante nuestros ojos este maravilloso cambio, y cada noche vemos la vuelta a las tinieblas, pero las esperamos y, por eso, no nos proporcionan miedo ni sorpresa. Si de un modo parecido, considerásemos los cambios que afectan a nuestra condición exterior, no esperaríamos un día perpetuo cuando nos hallamos en el mediodía más brillante, ni desesperaríamos del retorno de la alborada en la más oscura medianoche, pues Dios ha puesto lo uno enfrente de lo otro como el día y la noche (Ec. 7:14).

6. Sobre *los depósitos de la nieve y del granizo* (vv. 22, 23): *«¿Has entrado tú* en ellos para echarles un vistazo?» En las nubes se forman la nieve y el granizo, y de allí caen en tal abundancia que podría pensarse que estaban allí almacenados de antemano, siendo así que se producen en un momento. ¡Qué necedad es contender con Dios, quien tan aprestado se halla para la batalla, y cuánto mejor nos iría si hiciésemos las paces con Él y nos conservásemos en su amor!

Versículos 25–41

Hasta ahora, Dios había hecho preguntas a Job para convencerle de su ignorancia. Ahora va, del mismo modo, a mostrarle su debilidad. Es muy poco lo que sabe y, por tanto, no debería denunciar los designios divinos. Es también muy poco lo que puede hacer y, por ello, no debería oponerse a los designios de la Providencia. Que considere las grandes cosas que Dios hace e intente probar si puede hacer algo semejante.

1. Dios tiene bajo su manto el trueno, el relámpago, la lluvia y el hielo, cosas que no tiene Job y, por eso, no debería atreverse a contender con Dios (v. 25): *«Quién abre un canal al aguacero?»*

En Proverbios 21:1, leemos que *«Como los repartimientos de las aguas,* con un simple movimiento del pie del hortelano, *así está el corazón del rey en la mano de Jehová; a donde quiere lo inclina».* Del mismo modo, el trueno, el relámpago y el rayo no son balas perdidas, sino proyectiles dirigidos por Dios, que los dirige por el camino que le place.

2. Al dirigir el curso de la lluvia, no se olvida del desierto (vv. 26, 27), *donde no habita el hombre.* La providencia de Dios va más lejos que la habilidad del hombre. Si no tuviese Dios más medios y mayor compasión con las criaturas inferiores que los que tiene el hombre, mal les iría a dichos seres. Sin Dios, el hombre puede llegar a plantar y regar, pero no puede producir el fruto. Así como las luminarias de los cielos (Stg. 1:17), tampoco la lluvia tiene otro Padre que Dios (v. 28). Incluso las gotas de rocío provienen del Dios de la naturaleza, así como proviene del Dios de la gracia la justicia que hace llover sobre nosotros como *el rocío sobre Israel* (Os. 14:5, 6; Mi. 5:7). El hielo y la escarcha, que se forman al congelarse el agua, son efectos de la Providencia (vv. 29, 30). Estas cosas, por ser ordinarias, no nos asombran. Pero, si consideramos el tremendo cambio que se produce en ellas en tan poco tiempo, podemos preguntarnos (v. 29a): *«¿De qué seno sale el hielo?»* ¿Qué poder creado sería capaz de producir tan asombrosos efectos? Ningún otro poder, sino el poder del Creador. Job no puede dar órdenes a la lluvia (v. 34): *«¿Alzarás tú a las nubes tu voz, para que te cubra muchedumbre de aguas?* ¿Puedes tú hacerte con esos recipientes celestes para regar tus huertos mustios por la sequía? *¿Enviarás tú relámpagos* (v. 35) *para que ellos vayan* al lugar que tú les señales? ¿Acudirán a una orden tuya, para decir: *henos aquí?»* No, los ministros de Dios no son servidores nuestros.

3. Dios tiene también bajo su mando a las estrellas del cielo. Él menciona aquí ciertas constelaciones que, a pesar de sus enormes distancias, se supone que tienen alguna influencia sobre la tierra (no sobre la mente humana, ni sobre los designios de la providencia divina, puesto que el destino del hombre no está fijado por los astros, sino sobre el curso ordinario de la naturaleza). Y si las estrellas tienen tal influencia sobre esta tierra (v. 33b), a pesar de ser mera materia, ¿cuánto mayor será el poder del que las creó a ellas y a nosotros y es una Mente Eterna? *Él cuenta el número de las estrellas; las llama a todas por sus nombres* (Sal. 147:4. V. Is. 40:26). Dios les asigna las respectivas estaciones en las que aparecen y desaparecen de nuestra vista. Pero nosotros no tenemos ningún poder en esa provincia: No podemos *sacar a su tiempo las constelaciones del Zodíaco, ni guiar a la Osa Mayor con sus oseznos* (v. 32). Es que *no conocemos las leyes de los cielos* (v. 33a). Tan lejos estamos de controlarlas que ni aun somos capaces de conocerlas; son para nosotros un secreto. ¿Y pretenderemos conocer los designios de Dios? ¿Osaremos enseñar a Dios el modo de gobernar el mundo?

4. Dios es el autor, el dador, el padre y la fuente de toda sabiduría y de todo entendimiento (v. 36). Él ha puesto orden y armonía en el interior de todo ser, comenzando por el átomo. Nota del traductor: Este difícil versículo es traducido en las versiones de tres maneras, pero la única que, sin perder fidelidad al original, encaja en el contexto, es la que aparece en nuestra Reina-Valera 1977. En efecto, el original dice textualmente: *«¿Quién ha puesto en las partes interiores sabiduría, o quién ha dado al meteoro entendimiento?»* El gran Diccionario de Brown-Driver-Briggs, dice sobre el vocablo *tujot* = partes interiores: «Con base en el contexto, difícilmente puede traducirse como «corazón» del hombre («riñones», «lomos»…), sino más bien como *capas de nubes* (como espacios oscuros, *escondidos); su* «sabiduría» aparece en su obediencia a la ley natural». El subrayado es suyo. En cuanto al vocablo *sékhvi*, no debe confundirse con *sékhel* = mente, sino que significa, según el mismo Diccionario, *«fenómeno celeste …* Job 38:36 *(meteoro,* conforme a la RV)». La sigla RV corresponde aquí a la *Revised Version*. En todo caso, es cierto que no podemos pretender ser más sabios que Dios, cuando de Él recibimos la sabiduría, poca o mucha, que poseemos.

5. También las nubes están bajo el dominio y el control de Dios (v. 37). ¿Puede algún mortal, con toda su sabiduría, *poner por cuenta las nubes?* Y cuando comienzan a verter sobre la tierra su contenido, *¿Quién hace vaciar esos odres de los cielos* (v. 37b), o quién los puede sujetar para que cesen de derramar agua? Sólo Dios puede enviarnos un chaparrón, como sólo Él puede enviarnos un día soleado.

6. Dios suministra alimento a las criaturas inferiores. El capítulo 39 se ocupa todo él en mostrarnos ejemplos del poder y de la bondad para con los animales, por lo que hay quienes transfieren a dicho capítulo los tres últimos versículos del presente (vv. 39–41): *«¿Cazarás tú la presa para el león?* (v. 39). De tus manos podían comer, en otro tiempo, los bueyes, asnos y camellos que poseías, pero ¿te atreverías a *saciar el hambre de los leoncillos, cuando … se agazapan en la maleza para acechar?»* (vv. 39, 40). No, ellos pueden cazar sin tu ayuda—le dice Dios a Job—, pero no sin la mía». La todosuficiencia de la

providencia divina tiene con qué satisfacer el deseo y la necesidad de todo ser viviente. Véase la munificencia de Dios, pues dondequiera ha puesto vida, ha puesto también mantenimiento. *¿Quién prepara al cuervo su alimento?* (v. 41). Su graznido puede interpretarse como un clamar a Dios y, al ser un grito de la naturaleza, es considerado como un instinto puesto por el Dios de la naturaleza. De un modo u otro, Dios provee para el cuervo y para sus polluelos. Y el que así provee para los cuervos, de cierto no permitirá que pasen hambre los suyos (Mt. 6:25–34).

CAPÍTULO 39

Dios pasa aquí a mostrar a Job cuán poca razón tenía para acusar de malevolencia a quien tanta compasión y cuidado tiene de las criaturas inferiores. Le muestra también cuánta razón tenía para humillarse al saber tan poca cosa acerca de las criaturas que le rodeaban y tener tan pequeño poder sobre ellas, por lo que debería someterse de grado al Dios de quien todas ellas dependen. Menciona Dios: I. Las cabras monteses y ciervas (vv. 1–4). II. El asno montés (vv. 5–8). III. El toro salvaje (vv. 9–12). IV. El avestruz (vv. 13–18). V. El caballo (vv. 19–25). VI. El gavilán y el águila (vv. 26–30).

Versículos 1–12

Dios muestra aquí a Job cuán poca cosa podía hacer él con animales sin domesticar que corren libres por lugares desiertos, pero están, sin embargo, bajo el cuidado de la Providencia.

1. *Las cabras monteses y las ciervas* (v. 1–4), las cuales dan a luz con cierta dificultad y no reciben asistencia de los seres humanos, pero sacan adelante a sus hijos gracias a la buena providencia de Dios (v. 3). «*Sus hijos se fortalecen, crecen con el pasto; salen, y no vuelven a ellas*» (v. 4). Después que se han alimentado suficientemente a las ubres de sus madres, salen en busca de su propio alimento y ya no sirven de carga a sus madres, lo cual es buen ejemplo para los jóvenes, a fin de que, cuando han crecido lo suficiente, no estén por más tiempo viviendo a costa de sus padres.

2. *El asno montés* u onagro, una criatura que se menciona con frecuencia en la Biblia y de la que algunos dicen que no se puede domesticar (v. 5): «*¿Quién echó libre al asno montés,* sino Dios?» Así dispuso Dios su naturaleza, y así le dispensó su condición: libre de todo servicio para correr a sus anchas; ése es el privilegio del asno montés. Pero es una lástima que algunos hombres codicien esta clase de libertad. Mejor es trabajar y ser bueno para algo que corretear y no servir para nada (v. 7). Su *casa está en la soledad* (v. 6), donde tiene espacio suficiente para sus correrías. El asno común, que trabaja y presta al hombre sus servicios, tiene de su amo el alimento y el cobijo y vive en terreno fructífero; pero el asno montés, aunque viva a sus anchas, habita en *lugares salitrosos*, es decir estériles. No tiene amo ni se somete a sujeción: «*Se burla del bullicio de la ciudad; no escucha las voces del arriero*» (v. 7). Pero tiene que ir de una parte a otra para encontrar *hierba verde* (v. 8), mientras que los asnos comunes tienen abundantes pastos sin tener que buscarlos. De este carácter indomesticable de esas criaturas, podemos colegir lo mal equipados que estamos para dar leyes a la Providencia, cuando no podemos imponer ninguna ley ni al asno montés.

3. *El toro salvaje* (vv. 9–12) hebreo *rem*, que no se deja domesticar (mejor que «*búfalo*», pues ése puede domesticarse). Es un animal muy fuerte (Nm. 23:2; Sal. 92:10). Parece como si Dios le dijese a Job: «Ahora que te has quedado sin asnos ni bueyes, mira a ver si puedes hacerte con uno de estos toros salvajes y trata de domesticarle para ponerle a tu servicio, ¿podrás arar o trillar con él? Si te fías de él, ni tu tierra será labrada, ni tu cosecha quedará recogida, ¿cómo, pues, querrás contender conmigo?»

Versículos 13–18

El avestruz es un ave muy grande, pero nunca vuela. Hay quien la ha llamado *camello alado.* Tres peculiaridades acerca del avestruz:

1. El avestruz *aletea alegremente* (v. 13), ya sea en su veloz carrera, ya sea al danzar en círculos (lo que suele llamarse «la danza del avestruz»), pero *sus alas y su plumón no son como los de la cigüeña,* con

lo que no puede ir tan alto ni tan lejos como la cigüeña. Dios da sus dones de muy variadas maneras; a veces, no son los dones más ostentosos los que más valor tienen ¿Quién no preferiría la voz del jilguero, y aun del gallo, a la cola del pavo real, o la vista del águila a las plumas del avestruz?

2. Otra peculiaridad, por la que, quizá, la palabra «avestruz» suele usarse como un insulto, es su descuido en criar a sus polluelos. La mayoría de las aves, como los demás animales, son guiados por el instinto para proveer a la preservación de sus crías, pero el avestruz deja sus huevos donde bien le parece (v. 14), sin cuidarse de ellos ni percatarse del peligro que pueden correr (v. 15). Si la arena y el sol los calientan, todo va bien, pero *olvida que el pie del caminante los puede pisar, y que puede quebrarlos* y aplastarlos *la bestia del campo.* Así que resulta *cruel para con sus hijos* (v. 16), lo que hace que su trabajo en poner huevos resulte muchas veces en vano. *«Dios le privó de sabiduría y no le dio inteligencia»* (v. 17). Esto da a entender que el arte que otros animales exhiben en la preservación de sus crías es un don de Dios y que, donde no existe tal instinto, Dios lo niega, a fin de que, por medio de la necedad del avestruz, lo mismo que por medio de la sabiduría de la hormiga, aprendamos a ser sabios. También hay padres que se portan con sus hijos como los avestruces con sus crías: algunos, aun en lo material, pues no se preocupan de facilitarles habitación y oficio para el día de mañana; muchos más, en lo espiritual, pues no cuidan de que tengan la debida educación moral y espiritual, y hacen que salgan al mundo indoctos, desarmados y sin domesticar, con lo que olvidan la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia.

3. Finalmente, hay otra peculiaridad del avestruz en la que muestra su egoísmo. Deja en peligro sus huevos, pero cuando ella misma se halla en peligro, corre tan velozmente (v. 18) que ni el más experto jinete montado en el más veloz corcel le puede dar caza: *«Se burla del caballo y de su jinete».* Muchas veces, los más bajos en el nivel del afecto natural son los que más invocan la ley del instinto de conservación.

Versículos 19–25

Después de hacer Dios alarde del poder que tiene sobre las criaturas que no se someten al hombre, muestra ahora el dominio que tiene sobre una de las que prestan su servicio al hombre como es el caballo, en especial el caballo que montan los militares del arma de caballería. Es probable que en el país de Job hubiese cría de caballos de buena calidad, de fuerza, agilidad y estampa (v. 19): *«¿Diste tú al caballo la fuerza, etc.?»* El caballo usa su fuerza al servicio del hombre, pero es Dios quien se la ha dado, pues Él es la fuente de todos los poderes de la naturaleza. Es una bendición para el hombre tener tal servidor, el cual, aunque es tan fuerte, es tan dócil que se somete a ser conducido por un niño y no se rebela contra su amo. Su cuello está revestido de una melena ondulante (v. 19b). *«La majestad* (lit.) *de su resoplido es terrible»* (v. 20b). *«Escarba en el valle* (v. 21) y *va al encuentro de las armas y,* en lugar de echarse para atrás ante el fragor del combate, *hace burla del espanto»* (v. 22). Todas estas características que son buenas cualidades en un caballo, no lo son en el hombre, pues sirven para describir el carácter de los pecadores presuntuosos (v. Jer. 8:6).

Versículos 26–30

Las aves del aire son pruebas del poder admirable y de la providencia de Dios. 1. *El halcón* (mejor que *gavilán),* noble ave de gran fuerza y sagacidad, aunque es ave de presa (v. 26). Se menciona aquí especialmente por su vuelo rápido, particularmente cuando dirige su rumbo *hacia el sur,* adonde va en invierno en busca del sol. En eso se echa de ver el sabio instinto que le ha puesto Dios, no el hombre. 2. *El águila,* la reina de las aves, notable: (A) Por la altura de su vuelo. Aunque el cóndor alcanza mayores alturas, ninguna otra ave asciende con tanta majestad, ni tiene las alas tan fuertes ni soporta como ella la luz directa del sol. *«¿Se remonta el águila por tu mandato?»,* le pregunta Dios a Job (v. 27). No; es por el poder natural y el instinto que Dios ha puesto en ella. (B) Por la seguridad de su nido: *«Pone en alto su nido»* (v. 27b). Su casa es castillo y fortaleza (v. 28), con lo que sus polluelos están a resguardo de cualquier peligro. (C) Por la penetración de su mirada (v. 29): *«Desde allí acecha la presa; sus ojos observan de muy lejos»,* no hacia arriba, sino hacia abajo, en busca de la presa. Nada hay de malo en esto, pues obedece al instinto que ha puesto Dios en ella, pero es figura del hipócrita, el cual, mientras hace profesión de religión al situarse en posición muy elevada del suelo, tiene la vista y el corazón puestos en

la tierra, donde avizora las ventajas que puede obtener al hacer presa en los bienes ajenos bajo el pretexto de devoción. (D) Al contrario que el buitre, que se mantiene de carroña, el águila se mantiene, y mantiene a sus polluelos, de carne fresca, de animales vivos, a los que agarra y destroza, por lo que leemos que *«sus polluelos chupan la sangre»* (v. 30a), aun cuando también, como dice Brates, «el águila, no menos que el buitre, se ceba en los cadáveres recientes de muertos violentamente» (v. 30b. comp. con Mt. 24:28; Lc. 17:37). En todo esto, el águila obra llevada por el instinto que en ella ha puesto Dios.

CAPÍTULO 40

Muchas preguntas humillantes le había hecho Dios a Job; ahora, en este capítulo, I. Le pide que las responda (vv. 1, 2). II. Job se somete en humilde silencio (vv. 3–5). III. Dios, para convencerle, razona con él acerca de la infinita distancia y desproporción que media entre él y Dios, y le muestra que de ningún modo puede competir con su Creador. Le reta (vv. 6, 7) a rivalizar con Él si se atreve, en justicia (v. 8), poder (v. 9), majestad (v. 10) y dominio sobre los orgullosos (vv. 11–14), y le propone un ejemplo de su poder en cierto animal, llamado aquí (en hebreo) *behemoth* (vv. 15–24).

Versículos 1–5

1. Reto humillante que hace Dios a Job. Éste permanecía callado, por lo que Dios le obliga a responder (vv. 1, 2). Hay quienes opinan que Dios le habló ahora a Job como en un susurro, que hizo en Job mayor efecto que el torbellino, como le ocurrió también a Elías (1 R. 19:12, 13). (A) Dios comienza con una pregunta convincente (v. 2): *«¿Contenderá el discutidor con el Omnipotente?»* Los que contienden con Dios obran, en efecto, como si quisieran enseñarle a enmendar sus obras, pues eso es lo que el vocablo hebreo *yissor* («hallador de faltas») da a entender. (B) Dios urge a Job a que responda pronto: *«El que disputa* (lit. *critica) con Dios, responda a esto»* (v. 2b). Frases muy serias, capaces de humillar y silenciar a cualquier ser creado.

2. Humilde sumisión de Job. Vuelve ahora en sí y comienza a desleírse en sincero arrepentimiento. Mientras sus amigos razonaron con él no se rindió. Los tres le habían condenado por malvado. Eliú mismo había sido demasiado duro con él (34:7, 8, 37). Pero Dios no le había dirigido frases duras. Siempre podemos esperar mejor trato de parte de Dios que de nuestros amigos. Así es cómo este buen hombre es derrotado y se ofrece como cautivo, rindiéndose sin condiciones a la gracia de Dios: (A) Se reconoce ofensor (v. 4): *«He aquí que yo soy vil*, abominable a mis propios ojos». El arrepentimiento cambia la opinión que los hombres tienen de sí mismos. Al hablarle Dios, Job no supo qué responderle: *«¿Qué te responderé?»* Así da razón de su silencio: no se calla por mal humor, sino porque ha sido convencido de que no tenía razón. (B) Promete no volver a ofender y se queda satisfecho con quedar en silencio (v. 4b): *«Mi mano pongo sobre mi boca*, como una brida, para suprimir todos los pensamientos apasionados que puedan hervir en mi mente y guardarme de prorrumpir en frases destempladas».

Job había permitido que sus malos pensamientos hallasen expresión en sus labios (v. 5): *«Una vez hablé, más no responderé; aun dos veces* (es decir, varias veces), *mas no volveré a hablar»*.

Versículos 6–14

Job había sido humillado por lo que Dios le había dicho, pero no se hallaba aún suficientemente convencido; por ello, Dios continúa razonando con él como anteriormente (v. 6). Comienza ahora con un reto parecido al de 38:3 (v. 7): *«Cíñete ahora, como un luchador* (hebreo *guéber* = varón fuerte, apto para luchar), *tus lomos*; si tienes la valentía y la confianza de que has alardeado, muéstralas ahora».

1. No podemos rivalizar con Dios en justicia. El Señor es justo y santo en su modo de tratamos, pero nosotros somos injustos e inicuos en el modo de tratarle a Él; tenemos muchísimo de qué reprocharnos a nosotros mismos, pero nada de qué reprocharle a Él (v. 8): *«¿Invalidarás tú también mi juicio? ¿Me condenarás a mí para justificarte tú?* ¿Ha de sufrir mengua mi honor para mantener en alto tu reputación?»

2. Tampoco podemos rivalizar con Dios en poder, por consiguiente, así como es gran impiedad contender con Él, también es gran atrevimiento oponerse a Él (v. 9): *«¿Tienes tú un brazo como el de Dios,* igual que el suyo en fuerza y en largura? *¿Y truenas con voz como la suya?* (v. 37:1 y ss.), ¿o como lo hace de nuevo *desde el torbellino* (v. 6)? «Ningún ser creado puede hablar tan convincente y poderosamente, ni con una fuerza tan dominadora como la de Dios, pues *habla Él y queda hecho* lo que dice. Su voz creadora es llamada *trueno* (Sal. 104:7), lo mismo que cuando aterroriza y quebranta a sus adversarios (1 S. 2:10): *«Sobre ellos tronará desde los cielos»*.

3. Asimismo no podemos rivalizar con Dios en belleza y majestad (v. 10): «Si quieres entrar en competición con Él y aparecer más hermoso y atractivo que Él, ponte tu mejor traje: *Adórnate ahora de majestad y de alteza;* preséntate con pompa marcial y con todo el fausto de que puedas disponer, prueba a mostrarte con los mejores arreos que puedas hallar, y *vístete de honra y de hermosura,* tal que pueda espantar a tus enemigos y encantar a tus amigos; pero, ¿qué será todo eso, comparado con la belleza y la majestad de Dios? Mucho menos que la luz de una luciérnaga, comparada con la luz del sol en su cenit».

4. Finalmente, tampoco podemos rivalizar con Dios en dominio sobre los soberbios (vv. 11–14). Si Job es capaz de humillar y amilanar a los tiranos y a los opresores con la misma facilidad y efectividad que Dios, se le reconocerá que tiene alguna probabilidad de poder competir con Dios.

(A) La justicia de Job es aquí retada a humillar a los soberbios con una mirada:

(a) Se da por supuesto aquí que Dios puede hacerlo y lo hará; de no ser así, no retaría a Job a hacerlo. Dios demuestra ser Dios en que resiste a los soberbios, se sienta en su trono para juzgarlos y puede llevarlos a la ruina. Los soberbios son tan malvados que en la raíz de la mucha perversidad que hay en este mundo está el orgullo. Pero los soberbios serán abatidos. La ira de Dios, derramada sobre los altivos (v. 11), los humillará, los quebrantará (v. 12) y los hundirá en el polvo del sepulcro y en la oscuridad del Seol (v. 13). Así como con una mirada de amor puede Dios reavivar el corazón de los contritos, con una mirada de ira puede abatir a los altivos. Estaban orgullosos del honor que ostentaban y de la posición que ocupaban, pero serán sepultados en el olvido y no se les recordará más que a los que están escondidos en el polvo. Dice literalmente el v. 13: *«Escóndelos en el polvo juntamente; ata sus rostros en la oscuridad»* (comp. 17:16). Así como ellos se unían en coaliciones y ligas para hacer el mal, así también Dios los ata y liga juntamente en su destrucción. Así de completa será la victoria que obtendrá Dios, al final, sobre los altivos pecadores que se alzan en oposición contra Él.

(b) Se le propone a Job aquí que haga otro tanto. Él había estado discutiendo apasionadamente con Dios y su providencia: «Ven acá», le dice Dios, «prueba primero tu mano sobre los altivos y verás en cuán poco tienen ellos el favor de tu ira; ¿y quieres que yo me sienta afectado por ella?» Si Dios, y sólo Él, tiene poder suficiente para humillar y abatir a los orgullosos, no cabe duda de que también tiene la sabiduría suficiente para conocer cuándo y cómo ha de hacerlo, y no es de nuestra competencia prescribirle o enseñarle el modo de gobernar el mundo.

(B) Si Job pudiese llevar a cabo las obras que aquí se mencionan, Dios mismo promete hacerle justicia y reconocer que su diestra le ha proporcionado el triunfo (v. 14): *Yo mismo te confesaré que podrá salvarte tu diestra,* aunque, después de todo, no tendrá la fuerza suficiente para que puedas contender conmigo».

Versículos 15–24

Para dar más pruebas de su gran poder, Dios concluye su discurso con la descripción de dos poderosos animales, que superan con mucho al hombre en tamaño y fuerza; al primero se le llama en hebreo *behemoth y* se le suele identificar con el hipopótamo; al segundo se le llama *livyathán y* es opinión casi unánime que se trata del cocodrilo. Al primero se le describe en estos versículos; al segundo, en el cap. siguiente (en la Biblia Hebrea, el cap. 40 tiene 32 vers., y comprende los ocho primeros del cap. 41 de nuestras Biblias—nota del traductor—).

1. Descripción que se nos da aquí del *behemoth*.

(A) Su cuerpo es muy fuerte y bien formado (v. 16). *«Su fuerza está en sus lomos.» Sus huesos,* comparados con los de otras criaturas, *son como bronce, y sus costillas como barras de hierro* (v. 18). Su hueso posterior o cóccix es tan fuerte que, aunque su cola no es larga, *la atiesa como un cedro* (v. 17).

(B) Es un animal herbívoro y no devora a otros animales: *«Hierba come como el buey»* (v. 15b); *«los montes producen hierba para él»* (v. 20), y las bestias del campo no se espantan de él como del león, sino que retozan en torno suyo (v. 20b), saben que nada tienen que temer de él.

(C) *Se recuesta bajo los lotos* (v. 21), que lo *cubren con su sombra* (v. 22), y disfruta de aire fresco para respirar, mientras que los leones, que viven de su presa, cuando quieren reposar se ven obligados a retirarse a sus guaridas (38:40) para estar a cubierto de los rayos del sol ardiente. Quienes aterrorizan a otros se ven obligados, muchas veces, a esconderse; en cambio, los que permiten a otros acercarse a ellos sin peligro, pueden también vivir libres de peligro; incluso los cañaverales y juncos plantados en la humedad, aunque parezcan ser débil defensa, son suficientes para la seguridad de los que no piensan hacer daño a nadie.

(D) Vive tranquilo en el agua, y parece buen bebedor de este líquido, pues se nos dice que *no se inmuta aunque se salga el río de madre y se estrelle contra su boca todo un Jordán* (v. 23). El versículo 24 es oscuro; su sentido más probable es: *«¿Lo tomará alguien en sus ojos* (es decir, de frente, cuando está mirando—mejor que *«por los ojos»*—. Nota del traductor), y *horadará su nariz con arpones?»*

2. Esta descripción de tan voluminosa y fuerte bestia es un motivo más para humillarnos delante de Dios, pues *Él lo hizo así como a nosotros* (v. 15). «Él *es una obra maestra* (lit. *principio) de Dios»* (v. 19). *«Sólo el que lo hizo puede acercarle la espada»* (v. 19b). Es como si Dios le dijese a Job: «Yo te hice a ti igual que a él, pero él no se querella conmigo; ¿por qué lo haces tú? Y, si a pesar de su gran tamaño y fuerza, mis manos lo crearon y mis manos lo pueden destruir lo mismo que a un gusano o a una mosca, ¿no puedo hacer lo que quiera con lo que me pertenece?» El que construye una máquina y pone cada pieza en su sitio, la puede desmontar con la misma facilidad. Es probable que el *behemoth y* el *livyathán* (lit. Comúnmente se escribe *leviatán)* representen a los altivos opresores que Dios había mencionado anteriormente (vv. 11 y ss.), y retado a Job a que los humillara y abatiera.

CAPÍTULO 41

La descripción que se nos hace aquí del leviatán o cocodrilo tiene por objeto convencer todavía más a Job de su impotencia y de la omnipotencia de Dios. I. Para convencer a Job de su debilidad se le reta a que eche mano de este leviatán y lo subyugue (vv. 1–9). II. Para convencer a Job del poder y de la terrible majestad de Dios, se exponen aquí algunos detalles de la fuerza de este leviatán y del terror que inspira, cualidades que Dios mismo le ha dado y al que Dios puede controlar perfectamente (vv. 11, 12). 1. Se dice que el rostro de esta bestia inspira terror (vv. 13, 14), 2. Sus escamas bien trabadas entre sí (vv. 15–17); 3. Sus resoplidos humeantes (vv. 18–21), 4. Su carne durísima (vv. 22–24), 5. Su fuerza y sus ánimos, cuando es atacado, son insuperables (vv. 25–30), 6. Sus movimientos turbulentos (vv. 31–32); así que, en conjunto, es una criatura extremadamente terrible, con la que el hombre no puede habérselas sin perjuicio suyo (vv. 33, 34).

Versículos 1–10

1. Vemos primero cuán incapaz era Job para subyugar a este animal.

(A) No lo podía pescar con anzuelo (vv. 1, 2). No disponía de cebo con que atraerlo, ni garfio con que asirlo, ni cuerda con que sacarlo del agua, ni punzón con que horadarle las escamas y llevárselo a casa. (B) No podía entablar relación amistosa con él (vv. 3, 4). (C) No podía meterlo solapadamente en una jaula y guardarlo como a un pájaro con el que jugasen sus hijas (v. 5). (D) No podía servirlo a la mesa para tener con él un banquete del que disfrutar en compañía de sus amigos (v. 6a). (E) Tampoco podía enriquecerse vendiéndolo a los mercaderes después de descuartizarlo, dándole a uno los huesos, a otro el aceite, etc. Si pudiesen cazarlo, sería otra cosa; pero el arte de cazar ballenas y otros animales corpulentos no estaba entonces inventado. (F) No podían destruirlo llenando de arpones su cabeza (v. 7). (G) El que se atreva a ponerle la mano encima, se acordará toda la vida, si sale con vida de la lucha (v. 9). Con esto se le advierte a Job que no prosiga en su controversia con Dios, sino que haga las paces con Él.

2. De aquí se infiere cuán incapacitado se hallaba Job para contender con el Omnipotente (v. 10): *«Nadie hay tan osado que lo despierte* (al cocodrilo), si no es un loco perdido». Y añade Dios: *«¿Quién, pues, podrá estar delante de mí?»* (v. 10b).

Versículos 11–34

1. Se declara aquí el dominio soberano y la independencia de Dios (v. 11), puesto que, (A) No es deudor de ninguna de sus criaturas: *«¿Quién me ha dado a mí primero, para que yo restituya?»* (frase que cita S. Pablo en Ro. 11:35). Como si dijese: «¿A quién le he quedado obligado por servicios que de antemano me haya prestado?» B) Que es dueño soberano de cuanto existe: *«Todo lo que hay debajo del cielo es mío»*.

2. La prueba e ilustración de ello, con base en la admirable estructura del leviatán (v. 12).

(A) Las partes de su cuerpo y la fuerza que tiene. Aunque es un animal de enorme tamaño, están sus miembros graciosamente dispuestos:

(a) A primera vista, el leviatán se presenta temible e inaccesible (vv. 13, 14). ¿Quién se atreverá a acercarse a él y *descubrir la delantera de su vestidura* (¿toda su piel exterior?, ¿la piel de su boca?—el sentido es sumamente incierto. Nota del traductor)—¿Quién *se acercará a él con su freno* doble (¿doble hilera de dientes?—según sugiere el contexto—)? ¿Quién se aventurará a mirarle la boca, como se puede hacer con la de un caballo para mirarle los dientes? Al que se atreviese a abrirle la boca (v. 14), le espantarían las hileras de sus dientes.

(b) Sus escamas (v. 15; «sus *escudos*») son su belleza y su fuerza y, por ello, su *orgullo* (lit.). No sólo son extremadamente duras, sino que *están tan trabadas entre sí que no se pueden apartar* (vv. 15–17).

(c) Con sus resoplidos (lit. *estornudos)* mismos causa terror. La descripción que se hace aquí del cocodrilo (v. 18–21) se parece a la de un enorme dragón de cuya boca brotan llamas. Se dice de los ojos del cocodrilo, lo mismo que de los de la ballena, que brillan por la noche *(«como los párpados de la aurora»*—v. 18—). Es probable que todas estas expresiones hiperbó1icas tengan por objeto representar el terror que inspira la ira de Dios (comp. con Ap. 6:15–17).

(d) Su fuerza es invencible, de tal manera que él aterra a todos los que se le acercan, mientras que a él no le asusta nadie (v. 22). La segunda parte del versículo 22 dice literalmente: *«Y ante él danza* (salta) *el terror»*, descripción gráfica del miedo que infunde a todos. No hay nada blando en su organismo (v. 23). Su *corazón es duro como una roca* (v. 24), no sólo como órgano corporal, sino también en el sentido de ánimo y de valentía. *Cuando se yergue* como una montaña viviente, aun los más fuertes desfallecen (v. 25). (e) Todos los utensilios que se usan para alcanzar y herir a los animales no sirven para hacerle daño a él; *se burla* de ellos (vv. 26–29).

(f) Su solo movimiento hace hervir el mar, a la vez que enturbia las aguas, pues *pasa como un trillo sobre el barro* (vv. 30–32), aunque en la superficie del mar deja una estela blanca como los navíos. Dice Brates, al final de su comentario sobre esta porción: «la descripción general del poeta coincide en varias de sus imágenes con las de antiguos autores orientales y clásicos, aunque no todas aplicadas al cocodrilo. La semejanza mayor la ofrecen los monumentos egipcios. Los ojos del cocodrilo son en la escritura jeroglífica signo para representar a la aurora. El cocodrilo es símbolo del faraón».

(B) Concluye con cuatro cosas que conciernen en general a este animal: (a) *«No hay sobre la tierra quien se le parezca»* (v. 33a). No hay criatura en este mundo que pueda competir con él en fuerza. Es una bendición para el hombre el no ser un animal acuático (7:12), para no tener que habérselas con animales como el cocodrilo. (b) *Ha sido hecho exento de temor* (v. 33b). (c) Aunque suele estar en lugares bajos, *mira* con desdén, con mirada desafiante, a todos los demás, por *altos* que estén (v. 34a). (d) *«Él es rey sobre todos los hijos del orgullo»* (v. 34b lit.).

3. Este discurso de Dios acerca de estos dos temibles animales, el *behemoth* o hipopótamo y el *leviatán* o cocodrilo, tiene por objeto mostrarle a Job que Dios es el único que puede quebrantar a los altivos (40:11–13), el único que puede hacer que los orgullosos se inclinen o se quiebren ante Él (Is. 2:11).

CAPÍTULO 42

«Mejor es el fin de una cosa que su principio», dice Salomón (Ec. 7:8). Así pasa en esta historia de Job; al anochecer brilla la luz. Tres cosas hemos hallado en este libro que, tengo que confesarlo, me han preocupado muchísimo; pero por fin, hallamos resueltos los tres problemas; en este capítulo, las cosas se enderezan. I. Nos ha causado mucha pena ver tan enojadizo a un hombre tan santo como Job, y en especial verle contender con Dios. Pero aquí recobra su temple, se arrepiente de lo que ha dicho inconsideradamente, se desdice y se humilla delante de Dios (vv. 1–6). II. También daba mucha pena ver a Job y a sus amigos con criterios tan diferentes, a pesar de que todos ellos eran varones muy sabios y buenos. Pero también los vemos aquí reconciliados, felizmente terminadas las diferencias entre ellos y uniéndose en oraciones y sacrificios, recíprocamente aceptados por Dios (vv. 7–9). III. Finalmente, nos daba mucha pena ver tan duramente afligido a un hombre de tan eminente piedad: tan enfermo, tan empobrecido, tan vilipendiado, hasta convertirse en un cúmulo de todas las calamidades que pueden afligir a un hombre en esta vida. También esta desdicha queda aquí remediada, pues es sanado Job de todas sus dolencias, recibe más honores y mayor afecto que nunca, es enriquecido con una hacienda doble de la que antes tenía y rodeado de todas las comodidades de la vida; hecho un ejemplo de prosperidad tan grande como lo había sido de adversidad (v. 10–17). Todo esto fue escrito a fin de que nosotros, si llegamos a vernos en circunstancias similares a éstas, tentados del mismo desánimo que Job, tengamos esperanza mediante la paciencia y el consuelo de esta Escritura.

Versículos 1–6

Ya se habían acabado las palabras con que Job se justificaba a sí mismo (31:40). Habían comenzado, en cambio, las palabras con que Job se juzgaba y condenaba a sí mismo (40:4, 5). Aquí continúa en esta última línea y, aunque no había sido perfecta la obra de su paciencia, sí que lo fue la de su arrepentimiento por su impaciencia. Aquí le vemos completamente humillado por su necedad e inconsiderado hablar, y también le vemos perdonado. Después que Dios acabó de declararle su propia grandeza y su infinito poder como se reflejan en las criaturas más temibles, *respondió Job a Jehová* (v. 1), en forma de total sumisión.

1. Le vemos suscribiendo la verdad del poder, del conocimiento y del dominio infinitos de Dios, para probar lo cual Dios le había hablado desde el torbellino (v. 2). (A) Reconoce que Dios es Omnipotente. ¿Puede haber alguna cosa difícil para quien ha creado al behemoth y al leviatán y los maneja como le place? Job lo sabía bien ya antes, y él mismo había hablado muy bien sobre el mismo tema, pero ahora lo sabía aplicándoselo a sí mismo: *«Yo conozco que todo lo puedes* y, por tanto, puedes también levantarme de la baja condición en que me hallo y de la que, en mi desesperación, me había parecido imposible salir». (B) Reconoce también que *no puede estorbarse ningún propósito de Dios.* El Señor hace cuanto desea. Job lo había admitido apasionadamente, quejándose precisamente de eso mismo (23:13), pero ahora lo reconoce con satisfacción. Si los designios de Dios con respecto a nosotros son para bien, para llevarnos a un final inesperado y sorprendente, nadie puede estorbárselos.

2. Le vemos reconociéndose culpable de lo que Dios le había acusado (38:2) al comienzo de su discurso (v. 3): *«¿Quién es el que oscurece el consejo sin entendimiento?* Estas palabras me han convencido. Yo soy ese hombre tan necio. Tu palabra ha penetrado en mi conciencia y ha puesto mi pecado delante de mí. Confieso mi ignorancia al haber pasado por alto los designios de tu sabiduría al afligirme, y al haber contendido contigo mientras insistía demasiado en justificarme a mí mismo; *por tanto, yo hablaba sin discernimiento»;* es decir, «formaba juicios sobre los procedimientos de la Providencia, aunque desconocía totalmente la razón de tales procedimientos». Se reconoce, pues, ignorante de los designios divinos; y todos nosotros sufrimos la misma ignorancia que Job. Vemos lo que Dios hace, pero no sabemos por qué lo hace ni los resultados de su actuación. La razón por la que nos quejamos de la Providencia es porque no la entendemos. Job admite que ha sido un presuntuoso al empeñarse en discursear sobre lo que no entendía y en denunciar lo que no podía juzgar.

3. Así que, en realidad, no va a contestar, sino a suplicar a su Juez, como había dicho anteriormente (9:15): *«Oye, te ruego, y hablaré* (v. 4), no como quien emplaza a su adversario y defiende su propia causa (13; 22), sino como un humilde peticionario».

4. Se pone en la postura de un penitente verdadero, es decir, sinceramente arrepentido. En el verdadero arrepentimiento ha de haber no sólo convicción de pecado, sino también contrición, *tristeza según Dios* (2 Co. 7:9).

(A) *«De oídas te conocía* (v. 5). Sabía algo de tu grandeza, de tu poder, de tu dominio soberano; *mas ahora* te has descubierto a mí, por revelación directa, en toda tu gloriosa majestad; *ahora mis ojos te ven»*. Es una bendición muy grande tener buena educación y conocer las cosas de Dios mediante la instrucción de su Palabra y de la de sus ministros. Cuando el entendimiento es iluminado por el Espíritu de gracia (Ef. 1:18), nuestro conocimiento de las cosas divinas supera con mucho al que antes teníamos, tanto como una demostración ocular supera a un informe que nos ha llegado de segunda mano. Por medio de las enseñanzas de hombres, Dios nos revela a su Hijo, pero mediante la instrucción de su Espíritu revela a su Hijo en nosotros (Gá. 1:16) y así *nos va transformando a la misma imagen* (2 Co. 3:18). Es muchas veces del agrado de Dios manifestarse a sí mismo a los suyos de manera más plena por medio de las reprensiones de su Palabra y de su Providencia: *«Bienaventurado el hombre a quien Dios corrige»* (5:17).

(B) *«Por tanto, retracto mis palabras, y me arrepiento en polvo y ceniza»* (v. 6). Incluso las personas más piadosas, que no han cometido grandes crímenes de los que arrepentirse, deben afligirse grandemente en su corazón por los inconsiderados estallidos de su orgullo, de su pasión, de su descontento y de sus frases inconvenientes pronunciadas en la precipitación de un momento de amargura. Cuanto más conozcamos de la gloria y majestad de Dios, así como de la malicia y odiosidad del pecado, y de nosotros mismos por causa del pecado, tanto más nos humillaremos y nos aborreceremos por ello. Dejemos en manos de Dios el gobierno del mundo y, mediante la fuerza que nos da su gracia, procuremos gobernarnos a nosotros mismos y, en especial, nuestro propio corazón.

Versículos 7–9

Mientras estaba Dios catequizando a Job desde el torbellino, podría alguien pensar que él era el único que merecía una reprimenda y que él era quien tenía perdida la causa en el tribunal divino; pero ahora vemos que la sentencia se dicta a favor de Job. *Así que no juzguemos nada antes de tiempo* (1 Co. 4:5). Los que son verdaderamente rectos delante de Dios pueden quizás ver su rectitud obnubilada y eclipsada por grandes y extraordinarias aflicciones, por severas censuras de los hombres y aun por duros reproches de su propia conciencia, pero, a su debido tiempo, esas nubes se desvanecerán y *Dios exhibirá su justicia como la luz, y su derecho como el mediodía* (Sal. 37:6).

1. Dios da su veredicto contra los tres amigos de Job, con respecto a la controversia entre ellos y Job. No se censura aquí a Eliú, porque éste habría actuado, no como contendiente, sino como moderador. Job queda engrandecido, y sus tres amigos quedan mortificados. Pensábamos que todos tenían alguna parte de razón a su favor, pero es bueno que el juicio sea de Dios, y a Él hemos de atenernos.

(A) Job es engrandecido y sale con honor. Al tomar Dios partido por él, ya le había conducido al arrepentimiento por lo que había dicho inconvenientemente, antes de reconocerle por lo que había dicho bien. Dios le llama una y otra vez mi *siervo Job*, cuatro veces en dos versículos, y parece agradarse en llamarle así, como antes de sus aflicciones (1:8): *«¿No has considerado* a mi *siervo Job, etc.?»* Aun cuando ahora está enfermo, pobre y menospreciado, es, sin embargo, su *siervo*, tan amado de Dios como cuando nadaba en prosperidad. Aunque tenía sus defectos y estaba sujeto a pasiones semejantes a las nuestras (Stg. 5:17), y se había atrevido a contender con Dios, había confesado su yerro y seguía siendo siervo de Dios. Si Dios dice: *«Bien, siervo bueno y fiel»* (Mt. 25:21, 23), poco importa lo que otros digan.

(a) Dios dice, en efecto, que *Job había hablado de Él lo recto* (vv. 7, 8). Job había dado de la Providencia de Dios un testimonio mejor y más verdadero que sus antagonistas. Ellos habían tergiversado el carácter de Dios al hacer de la prosperidad una señal inequívoca del favor divino, y de la aflicción una indicación segura de la ira de Dios. Job, en cambio, había referido las cosas al juicio futuro mejor que lo habían hecho sus amigos; por tanto, había hablado lo recto acerca de Dios.

(b) Aun cuando había hablado de algunas cosas, incluso de Dios, de modo inconveniente, es alabado por lo que había dicho bien. Job tenía razón, y sus amigos no la tenían; a pesar de lo cual, él estaba pasándolo mal, y ellos lo estaban pasando bien—prueba evidente de que no podemos juzgar a los hombres por sus rostros ni por sus bolsos. Sólo lo puede hacer, e infaliblemente, el que ve el corazón del hombre.

(c) No obstante toda malevolencia que sus amigos habían mostrado contra él, Job era una persona tan buena y de un espíritu tan humilde, tierno y perdonador que estaba dispuesto a orar por ellos (v. 8): *«mi siervo Job orará por vosotros»*. Los que están sinceramente arrepentidos no sólo hallarán favor como

peticionarios para sí mismos, sino que serán aceptados también como intercesores a favor de otros. Y, así como Job oró y ofreció sacrificios por los que le habían injuriado y le habían herido el corazón, también Cristo oró y murió por sus perseguidores, y vive siempre para hacer intercesión por los transgresores.

(B) Los amigos de Job son mortificados y salen avergonzados. Eran buenas personas y pertenecían a Dios, por lo que no quería el Señor que quedasen en su error, como no quiso que Job se quedase en su disgusto; por lo que, después de haber humillado a Job con un discurso desde el torbellino, ahora les dirige otro discurso a ellos. En la mayoría de las disputas y controversias, se echa algo en falta por ambos bandos, ya sea en la verdad del caso, ya sea en el modo de presentarlo, ya sea en ambos aspectos; y es conveniente que a las dos partes se les haga ver sus errores.

(a) Dios les dice lisa y llanamente que *no habían hablado de Él lo recto, como su siervo Job* (v. 7, al final); esto es, que habían censurado y condenado a Job fundados en una hipótesis falsa; habían presentado a Dios luchando contra Job como contra un enemigo, cuando en realidad le estaba poniendo a prueba como a un amigo. No hablan bien de Dios quienes presentan su disciplina paternal como castigo judicial. Es cosa peligrosa juzgar poco caritativamente del estado espiritual y eterno de otras personas, porque, al hacerlo así, es muy fácil que estemos condenando a quienes han sido aceptados por Dios. *«Mi ira se encendió contra ti y tus dos compañeros»* (v. 7), le dice Dios a Elifaz. Y les manda que ofrezcan sacrificios de expiación por lo que han hablado malamente. Debe traer cada uno de los tres *siete becerros y siete carneros* (v. 8), para ofrecerlos en holocausto.

(b) También les ordena que vayan a Job y le rueguen que ofrezca oración y, con la mayor probabilidad, el sacrificio por ellos; de lo contrario, no serían aceptados por Dios. Pensaban ellos que eran los favoritos del Cielo y que Job no tenia parte con ellos en el favor de Dios, pero Dios les da a entender que Job gozaba del favor suyo más que ellos.

(c) Job y sus amigos habían sostenido opiniones diferentes acerca de muchas cosas, pero ahora tenían que reconciliarse mutuamente por completo; para eso, han de estar de acuerdo en ofrecer sacrificio y oración. Quienes difieren en opinión sobre cosas de menor importancia, son una misma cosa en Cristo mediante su gran sacrificio y tienen acceso juntamente al mismo trono de la gracia; por consiguiente, han de amarse y soportarse recíprocamente.

(d) Nuestras querellas con Dios siempre empiezan de nuestra parte, pero la reconciliación siempre empieza de su parte.

2. La sumisión de los amigos de Job al juicio que Dios había pronunciado (v. 9). Eran buenos y, tan pronto como entendieron cuál era la mente de Dios, obraron como Él les había mandado. La paz con Dios ha de ser obtenida solamente por el camino y las condiciones que Él señale; estas condiciones nunca parecerán demasiado duras a los que saben estimar en lo que vale dicho privilegio. Los amigos de Job se habían unido en acusar a Job, y ahora se unen en pedirle perdón. Quienes han pecado juntamente, deben arrepentirse también juntamente.

Versículos 10–17

«Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor», dice Santiago (5:11), esto es, el fin que el Señor puso a los sufrimientos de Job. Al comienzo de este libro, teníamos la paciencia de Job bajo su aflicción como un ejemplo; aquí, al final, para animarnos a seguir tal ejemplo, tenemos el feliz término de sus sufrimientos y la próspera condición que le fue restaurada. Quizás, también, la extraordinaria prosperidad con que Job fue coronado tras su aflicción tuvo por objeto ser para nosotros los cristianos tipo y figura de la gloria y la dicha del Cielo, que nos espera después de las aflicciones y penas del tiempo presente. Dice también Santiago (2:12): *«Dichoso el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de la vida, que el Señor ha prometido a los que le aman»*.

1. Dios le devolvió su favor, y esto cambió inmediatamente el rostro de la situación de Job; todo apareció ahora tan agradable y prometedor como triste y amedrentador había aparecido antes. La frase inicial del v. 10 dice literalmente: *«Y Jehová cambió la cautividad de Job»,* y se aplica frecuentemente a la vuelta de Israel de su cautiverio. En efecto, al cambiar la suerte de Job para bien, quitándole todas las causas que le habían hecho quejarse, Dios le soltó las cadenas con que Satanás le había tenido atado, aunque con el permiso de Dios. Y lo que es más importante, cambió también la mentalidad de Job: el tumulto y la confusión que bullían en su cerebro cesaron, y el consuelo de Dios fue el deleite de su alma,

tanto como los terrores de antes habían sido su carga. Bajó la marejada tan aprisa como había subido; y esto, *después que él oró por sus amigos.* Si oramos como conviene en favor de otros, estamos orando también a nuestro favor, pues en tales oraciones no sólo hay fe, sino también amor. Por eso, Cristo nos enseñó a orar diciendo: *«Padre nuestro»,* donde va implícita la oración por nuestros hermanos.

Dios *«aumentó al doble todos los anteriores bienes de Job».* Había sufrido por la gloria de Dios y, por ello, Dios le devolvió el capital con buenos intereses. Con Dios, nadie pierde. Sus amigos le habían dicho (por ej. 8:6): *«Si eres limpio y recto, ciertamente luego Él velará por ti».* Ellos sacaban entonces la siguiente conclusión: «Pero Él no vela por ti; luego no eres limpio ni recto». Ahora Dios parece replicar a ese silogismo: «Aunque vuestro argumento carecía de buena lógica, incluso con eso voy a demostrar la integridad de mi siervo Job, pues voy a darle el doble de la fortuna que antes perdió».

2. Todos sus parientes y conocidos vinieron a verle y le trajeron regalos (v. 11). Ahora que Dios se había vuelto amigo de Job, también ellos quisieron portarse amistosamente con él (Sal. 119:74, 79). Por lo que se ve, todos estos parientes y amigos se habían retirado de Job cuando éste se hallaba enfermo y pobre. Podríamos llamarlos «amigos-golondrinas», que se van en invierno para regresar en primavera, por lo que su amistad de poco puede servir.

3. Su hacienda aumentó considerablemente con la bendición de Dios, quien le dio cosas mucho mejores que los anillos y piezas de oro que le trajeron sus parientes y conocidos (v. 12). Los últimos días de una persona resultan a veces sus mejores días; sus últimas obras, las mejores; sus últimos consuelos, los mejores; porque su sendero, como el de la luz de la mañana, brilla más y más conforme avanza el día.

4. Su familia fue reconstruida (vv. 13–15). El número de sus hijos fue el mismo que antes: *siete hijos y tres hijas.* La razón que algunos aducen por la que el número de sus hijos no fue doblado como el de su ganado es que los hijos que habían muerto no se perdieron, sino que fueron delante de él a otro mundo mejor. Se mencionan, caso curioso (quizá por su hermosura), los nombres de sus hijas, los cuales significan respectivamente, según Brates, «palomita», «cinamomo» y «pomito de esencias». Comoquiera que, según la ley mosaica, las hijas no tenían derecho a la herencia paterna, excepto cuando no había descendencia masculina, el mismo autor presenta en favor de la antigüedad del libro y su tradición ugarítica, el hecho de que *«les dio su padre herencia entre sus hermanos»* (v. 15b), pues, «en Ugarit—dice Brates—la hija podía heredar con los hijos varones por la voluntad del padre».

5. La vida de Job fue larga, para consuelo de su alma tras la grave aflicción que había padecido, pues vio a su descendencia *hasta la cuarta generación* (v. 16). Aunque no le fueron multiplicados sus hijos, en los hijos de sus hijos (que son la corona y las delicias de los ancianos), le fueron más que doblados. Dios tiene siempre a mano los medios de reparar las pérdidas y contrarrestar las penas de quienes han perdido a sus hijos, como se quedó Job después de enterrar a sus primeros hijos e hijas. Murió lleno de días (v. 17), satisfecho con haber vivido en este mundo y, al mismo tiempo, satisfecho también con dejarlo, no por desesperación como en los días de su aflicción, sino por piedad y, por tanto, del modo que Elifaz le había animado a esperar, «como gavilla de trigo que se recoge en sazón» (5:26).

SALMOS

La historia de Israel nos lleva a los campamentos y a los concejos y cortes de los gobernantes; de esta forma nos instruye en el conocimiento de Dios. El libro de Job nos conduce a las escuelas donde se disputa sobre Dios y su Providencia. Pero el libro de los Salmos nos guía hasta el santuario, donde, lejos de políticos y filósofos, podemos tener comunión directa con Dios, al levantar el corazón hasta Él. Así podemos estar en el monte con Dios.

I. Título del libro. Se le llama los *Salmos*; con este título se alude a él en Lucas 24:44. 1. Los hebreos lo llaman *tehillim*, alabanzas, porque muchos salmos son de alabanza; pero el vocablo castellano proviene del griego *psalmós*, que significa toda composición métrica a propósito para ser cantada, especialmente con el acompañamiento del «salterio»; en este sentido, pueden ser históricos, doctrinales, de súplica o de alabanza. Aunque el canto suele expresar gozo, el objeto de estas composiciones es venir en ayuda de la memoria y expresar otros afectos o sentimientos, aunque no sean de gozo. Los sacerdotes tenían melodías de júbilo y de duelo, y la institución divina de cantar salmos tiene este objetivo más amplio, pues se nos exhorta no sólo a alabar a Dios, sino también a «*enseñarnos y a amonestarnos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en nuestros corazones al Señor con salmos, himnos y cánticos espirituales* (Col. 3:16)». 2. También se le llama el *Libro de los Salmos*, pues así es citado por S. Pedro (Hch. 1:20). Es una colección de salmos inspirados por Dios.

II. Autor del libro. El autor principal es el Espíritu Santo: son cánticos espirituales. El redactor humano de gran número de ellos fue David el hijo de Isaí, por lo que se llama «*el dulce cantor* (lit. *salmista*) *de Israel*» (2 S. 23:1). Algunos que no llevan expreso su nombre son citados como de él en otros lugares, como el Salmo 2 (Hch. 4:25) y los Salmos 96 y 105 (1 Cr. 16). Un salmo se dice expresamente que es la *oración de Moisés* (Sal. 90); el redactor de algunos fue Asaf, según se insinúa en 2 Crónicas 29:30, donde se habla de *alabar a Jehová con las palabras de David y de Asaf vidente*. Otros, en fin, fueron redactados mucho más tarde como el Salmo 137, en el tiempo de la cautividad de Babilonia.

III. Su objeto. No cabe duda de que tienen por objeto: 1. Servir de ayuda en los ejercicios de piedad y excitar en el corazón del creyente los devotos afectos que debemos albergar hacia Dios como nuestro Creador, Señor, Gobernador, y Bienhechor. El libro de Job ayuda a demostrar nuestros principios básicos sobre las perfecciones de Dios y de su Providencia, pero éste nos ayuda a elevarnos a Dios en alabanzas y profesiones de dependencia de Él. Otras porciones de la Escritura muestran que Dios está infinitamente por encima de los hombres, pero éste nos muestra que hay medios de guardar la comunión con Él en medio de las diversas condiciones de la vida cotidiana. 2. Mostrar las excelencias de la religión revelada de la mejor forma en que puede ser recomendada a los hombres. Hay en los Salmos poco o nada de la ley ceremonial. Aunque los sacrificios y ofrendas habían de continuar aún por varios siglos, son presentados aquí, sin embargo, como cosas a las que Dios da un valor muy relativo, y hasta nulo, en comparación con el sacrificio interior del corazón (Sal 40:6; 51:16). Pero los aspectos espirituales y morales de la ley que,

de algún modo, habían de permanecer en vigencia, se hallan aquí enaltecidos y recomendados. Y Cristo, que es centro y corona de la religión revelada, es aquí claramente aludido en tipo y profecía, en sus padecimientos y la gloria que había de seguírsele, así como en su reinado triunfal en el mundo.

IV. Su utilidad. Toda Escritura es útil (v. 2 Ti. 3:16, 17) para llevar luz a nuestro entendimiento, pero este libro es de singular utilidad para infundir en nuestro corazón vida divina, poder espiritual y santo fervor. 1. Es útil para el canto en los cultos, ya en comunidad o en privado, especialmente cuando se traducen de acuerdo con las normas métricas, el ritmo y la rima de los idiomas respectivos. Son poemas divinos, que nunca se pasan de moda. 2. Es también útil para que lo lean los ministros de Dios, pues contiene verdades excelentes y normas concernientes a lo que se debe, o no se debe, hacer. 3. Es de gran utilidad para que lo lean y lo mediten todas las personas buenas. Las experiencias de los salmistas son de gran provecho para nuestra enseñanza, nuestra precaución y nuestro aliento. Al decirnos lo que pasaba entre su alma y Dios, nos permite saber lo que podemos esperar de Dios, y lo que espera Dios de nosotros. Si nos familiarizamos con los salmos de David, sea cual sea el asunto que nos lleve al trono de la gracia, hallaremos palabras aptas para revestirlo y sanas expresiones que están fuera de todo reproche. De sumo provecho es tomar un salmo determinado, meditar y orar sobre él y ofrecer a Dios nuestras propias meditaciones, conforme surgen de las expresiones que hallamos allí. No es solamente nuestra devoción la que encuentra ayuda y estímulo con este libro, al enseñarnos cómo alabar y glorificar a Dios, sino también nuestra conducta entera halla aquí una dirección segura, pues nos enseña cómo ordenar nuestro camino, con lo que, en fin de cuentas, nos será mostrada la salvación de Dios (Sal. 50:23). Para los judíos del Antiguo Testamento, los Salmos cumplían todos estos objetivos, pero todavía pueden sernos de mayor utilidad aún a los cristianos, pues, así como los sacrificios de Moisés eran figura y sombra del sacrificio de Cristo, así también los salmos de David quedan explicados y hechos más inteligibles mediante el evangelio de Cristo, el cual nos introduce dentro del velo.

Los siete salmos llamados «penitenciales» han sido, de modo especial, objeto favorito de la devoción de muchos. Se reconocen como tales los Salmos 6, 32, 38, 51, 102, 130 y 143. El libro se divide en cinco partes las cuales concluyen cada una de ellas con «Amén y Amén» o «Aleluya». La primera parte concluye con el Salmo 41; la segunda, con el 72; la tercera, con el 89; la cuarta, con el 106; y la quinta, con el 150.

SALMO 1

Este es un salmo de instrucción con respecto al bien y al mal, y pone ante nosotros vida y muerte, bendición y maldición, a fin de que tomemos el camino recto que lleva a la felicidad, y evitemos el que de cierto conduce a la miseria y a la ruina. Nos muestra: I. La santidad y la dicha de una persona piadosa (vv. 1–3). II. La pecaminosidad y la miseria del malvado (vv. 4, 5). III. El fundamento y la razón de ambos casos (v. 6).

Versículos 1–3

El salmista comienza por el carácter y la condición del piadoso.

1. El Señor conoce por su nombre a los que son suyos (Nm. 16:5; 2 Ti. 2:19), pero nosotros hemos de conocerlos por su carácter, el cual se nos presenta aquí mediante las normas que escoge para su conducta:

A) El hombre piadoso (v. l) no anda en consejo de malos, etc. Se pone primero esta parte de su carácter, porque apartarse del mal es el primer paso por el que comienza la sabiduría. (a) Ve en torno suyo malhechores, de los que el mundo está lleno. Se describen aquí por medio de tres epítetos: malos, pecadores, escarnecedores. Primero son malvados, carentes de temor de Dios. Cuando falta este temor de Dios, el hombre muestra ser pecador, en abierta rebelión contra Dios. Las omisiones abren el camino a las comisiones y así se endurece, a la larga, el corazón de tal manera que los pecadores se hacen escarnecedores, desprecian todo lo sagrado, y se burlan de la piedad y toman a broma el pecado. El vocablo hebreo para malos (mejor, malhechores) indica una persona que no se somete a ninguna norma, sino que se deja llevar de todo mal deseo. La persona piadosa no puede menos de ver con tristeza a los tales, cuyos criterios son tan insensatos y tan opuestos a los suyos. (b) Por consiguiente, no anda según los consejos, los criterios, de ellos. No sigue sus principios, ni toma el camino de ellos, ni se sienta para participar en el corro de los burladores, lo cual equivaldría a asociarse con quienes promueven el reino del diablo.

B) En cambio, el piadoso, para hacer el bien, se somete a la dirección de la Palabra de Dios, y se familiariza con ella (v. 2). Todos los que se deleitan en que haya un Dios han de deleitarse también en que haya una Biblia, la revelación de Dios y de su voluntad, y del único camino hacia la dicha en Él: En su ley medita de día y de noche (comp. Jos. 1:8). El estudio y la práctica de la Ley de Dios es la delicia del hombre piadoso, como el autor del Salmo 119. El verbo hebreo para meditar significa literalmente musitar: leer y dialogar consigo mismo sobre las grandes cosas que la Biblia contiene, fijarlas en la mente y en el corazón y experimentar en la vida el sabor y el poder de ellas.

2. Seguridad que se da al piadoso de que ha de disfrutar de las bendiciones de Dios. El salmo comienza literalmente: «*¡Oh, las bendiciones del varón!*, etc.» (el hebreo *ashrey* es plural). La bondad y la santidad no sólo son el camino hacia la felicidad (Ap. 22:14), sino que se identifican con la felicidad misma; aun cuando no hubiese otra vida después de ésta, el hombre que va por el camino del deber es ya un hombre dichoso. *Será como árbol*, fructífero y floreciente, pues las bendiciones divinas producen efectos reales. El justo es plantado por la gracia de Dios; por naturaleza, todos somos olivos silvestres y continuamos siéndolo hasta que somos injertados por un poder de arriba celestial. Nunca crece por sí mismo un buen árbol; es *plantío de Jehová* para ser *árbol de justicia y en ello ha de ser glorificado Dios* (Is. 61:3). Es plantado junto a los medios de gracia, llamados aquí *corrientes de aguas*; de aquí saca el justo provisión abundante de fuerza y vigor, pero de forma secreta, oculta a las miradas de la gente. De quienes participan de los medios de gracia ha de esperarse que, tanto en sus criterios como en su conducta, respondan a las intenciones de la gracia y lleven fruto. *Y su hoja no cae*. Su follaje no se marchita, sino que son de hoja perenne. En cuanto a los que muestran solamente las hojas de profesión cristiana, sin fruto alguno, las hojas mismas, al fin, se marchitarán y caerán; pero si la Palabra de Dios gobierna el corazón, la profesión se conservará siempre verde y fresca; tales laureles no se marchitan.

Versículos 4–6

1. Se describe ahora el carácter de los malvados (v. 4): (A) En general, son el reverso de los justos tanto en carácter como en condición: no llevan fruto, sino agraces de Sodoma que inutilizan la tierra. (B)

En particular, mientras los justos son como árboles útiles, valiosos y fructíferos, los malvados son *como el tamo que arrebata el viento* son como la parte más liviana de la paja, el polvo que el amo de la era quiere ver lejos de allí, puesto que para nada sirve.

2. Se describe luego el destino final de los malvados (v. 5): *No se argüirán en el juicio*, es decir, serán hallados culpables, y *no tendrán lugar alguno en la congregación de los justos*, pues ninguna cosa manchada ha de entrar en la Nueva Jerusalén. En este mundo, no es cosa difícil para los hipócritas, bajo la máscara de una plausible profesión de fe, penetrar en la congregación de los justos y permanecer allí sin ser descubiertos ni perturbados (v. 1 Jn. 2:19), pero a Dios no se le puede engañar, aunque puedan ser engañados sus ministros.

3. La razón que se da de este final tan distinto de los buenos y los malos (v. 6). *Jehová conoce*, es decir, aprueba complacido y remunera la conducta de los justos, por lo que les hace dichosos y prósperos (al menos, espiritualmente), pero está airado contra la senda de los malos la cual, ya de suyo, lleva a los hombres a la ruina y a la perdición (Ro. 6:23).

Al cantar estos versículos, y orar sobre ellos, dejémonos poseer de un santo temor de la porción del malvado y de una santa diligencia en presentarnos a Dios aprobados en todo, y busquemos su favor de todo corazón.

SALMO 2

Es este un salmo mesiánico y regio (como también los Sal. 18, 20, 21, 45, 72, 89, 101, 110, 132 y 144). Bajo el tipo del reino de David (dispuesto por Dios, opuesto por muchos, pero prevaleciendo al fin), se profetiza aquí el reino del Mesías, el Hijo de David (v. Hch. 4:25–27; 13:33; He. 1:5). En él nos predice el Espíritu Santo: I. La oposición que había de hacerse al Reino del Mesías (vv. 1–4). II. La represión y el castigo de tal oposición (vv. 4, 5). III. La erección del reino de Cristo a pesar de dicha oposición (v. 6). IV. La confirmación y el establecimiento del reino mesiánico (v. 7). V. La promesa de su ampliación y éxito (vv. 8, 9). VI. Un llamamiento y una exhortación a los reyes y príncipes a que se sometan voluntariamente a ser súbditos de este reino (vv. 10–12).

Versículos 1–6

Tenemos una gran lucha entre el reino de Cristo y los que se oponen a Él. Vemos:

I. La tremenda oposición que se hace al Mesías y a su reino (vv. 1–3). Habría de esperarse que una bendición tan grande para este mundo fuese universalmente bienvenida y acogida. Sin embargo, no hubo jamás una doctrina o una escuela de filósofos, ni gobierno alguno de este mundo, que haya sufrido una oposición tan violenta como la doctrina y el gobierno de Cristo. Las naciones y los pueblos, las cortes y los países, van a veces por caminos opuestos, pero aquí les vemos a todos unidos contra Cristo. Aunque su reino no es de este mundo ni entra dentro de su programa el debilitar los intereses terrenos, reyes y pueblos se alzan inmediatamente en armas. Así como los filisteos con sus jefes, tanto como Saúl y sus cortesanos, se oponían a que David accediese al trono, así también Herodes y Pilato, gentiles y judíos, extremaron su violenta oposición contra Cristo y su obra benéfica (Hch. 4:27).

1. «*Se levantan … contra Jehová y contra su ungido*» (v. 2), esto es, contra toda religión en general y contra el cristianismo en particular. El gran autor de nuestra religión es llamado aquí *el ungido* (hebr. *Meshiaju*) *de Jehová*, tipificado en el ungido David. *Musitan* o rumorean (v. 1. El mismo verbo que en 1:2), aquí con rabia, en violenta y malvada oposición al reino del Mesías, métodos para suprimir o impedir los avances de dicho reino en el mundo.

2. «*Conspiran juntamente, etc.*» (v. 2). Es una oposición combinada, confederada, para ayudarse y animarse unos a otros. Si Jehová y su Mesías les hiciesen ricos y grandes en este mundo, y si contemporizasen con sus violencias e injusticias, les darían la bienvenida; pero, al frenar sus concupiscencias y sus pasiones corrompidas, no quieren que ese *hombre reine sobre ellos* (Lc. 19:14). Cristo tiene para nosotros *ligaduras* y *cuerdas*: vínculos morales que nos unen a Él y conducen a nuestra

dicha, porque son *cuerdas humanas, cuerdas de amor* (Os. 11:4). ¿Por qué se oponen los hombres a la ley de Dios para seguir sus propios caminos, cuando son *cosas vanas*? No pueden presentar ninguna razón válida para oponerse a una causa tan justa y a un gobierno tan bueno y generoso. Tampoco pueden esperar éxito alguno al oponerse a un rey tan poderoso.

II. La tremenda derrota que les espera a los rebeldes coligados. El perfecto reposo de la Mente Eterna ha de ser nuestro consuelo bajo todo lo que amenace perturbar nuestra mente. Nosotros somos zarandeados en la tierra y en el mar, pero Él *se sienta* (lit. v. 4) *en los cielos,* donde tiene listo su trono para el juicio.

1. Los vanos intentos de los enemigos de Cristo no merecen otra cosa que el ridículo: Dios (hebr. *Adonay* = el Señor Soberano) *se reirá* de ellos.

2. Serán justamente castigados (v. 5). Aunque Dios desprecia la impotencia de ellos, también está airado contra la perversidad de ellos. Los enemigos pueden enfurecerse contra Dios, pero no le pueden hacer daño. Son ellos los que se hacen daño a sí mismos al oponerse al establecimiento del reino de Dios.

3. Son indudable e, ineludiblemente, derrotados; todos sus planes (vv. 1–3) se vienen al suelo: «*Yo mismo*—dice Jehová—*he instalado* (lit. *ungido*) *a mi rey sobre Sion, mi santo monte*» (v. 6). Jesucristo es Rey, y Dios se complace en llamarle su Rey, porque Él le ha nombrado, le ha ungido con el Espíritu Santo (Is. 61:1) y a Él solo ha entregado la administración del gobierno y el juicio; en Él tiene el Padre todas sus complacencias.

Hemos de cantar estos versículos con santa exultación, triunfantes en Cristo, a la vez que oramos con fervor: «*Venga tu reino*», pues Dios realmente reina cuando las gentes se someten al gobierno de Cristo.

Versículos 7–9

Veamos ahora lo que el Mesías mismo va a decir de su reino.

1. El reino del Mesías está fundado sobre un decreto eterno de Dios el Padre (v. 7). No ha sido una súbita resolución, ni la prueba de un experimento, sino el resultado de los consejos de la sabiduría divina.

2. El decreto se publica para conocimiento y satisfacción de todos los que son llamados a someterse al rey como súbditos, y para dejar sin excusa a los que no quieren que Cristo reine sobre ellos. Cristo presenta aquí un doble título para su reino:

(A) El título de herencia (v. 7): «*Mi hijo eres tú; yo te he engendrado hoy*». En Hebreos 1:5 se cita esta Escritura para mostrar que Cristo tiene más excelente nombre que los ángeles, y lo tiene por herencia (He. 1:4). «*El Padre ama al Hijo, y todas las cosas las ha entregado en su mano*» (Jn. 3:35). Siendo el Hijo, e Hijo único, es el heredero de todas las riquezas del Padre.

(B) El título de mutuo acuerdo (vv. 8, 9), que consiste en que el Hijo se compromete a tomar las riendas del gobierno que Jehová pone en sus manos. Dice Arconada: «*Pídemelo* no es condicional, ni propiamente exhortativo, sino, como el imperativo de 110:2, equivale a un futuro enérgico, y es forma poética de indicar el innato derecho propio del "Hijo de Jehová" y la facilidad de poseer cuanto a Él pertenece».

3. Se le prometen al Mesías *las naciones* hasta *los confines de la tierra* (v. 8); no sólo los judíos, sino también los gentiles. Gran parte del mundo de la gentilidad recibieron el Evangelio cuando fue predicado por primera vez, pero esta Escritura tendrá cumplimiento final y pleno cuando *los reinos de este mundo pasen a ser los reinos de nuestro Señor y de su Cristo* (Ap. 11:15). Es entonces cuando *con cetro de hierro* (v. 9) *quebrantará* a los que no se le sometan por amor. Esto se cumplió en parte cuando fue destruida Jerusalén por el poder romano y, cuando más tarde, fue establecida la religión cristiana con la destrucción oficial del paganismo, pero no se cumplirá plenamente *hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies* (1 Co. 15:24, 25. V. Sal. 110:5, 6).

Al cantar esto, y orar por ello, hemos de glorificar a Cristo como al Hijo de Dios y Señor legítimo nuestro, y tomar aliento con esta promesa de que el reino del Mesías será establecido triunfante de toda oposición.

Versículos 10–12

Aplicación práctica de esta enseñanza concerniente al reino del Mesías, al exhortar el salmista a los reyes y jueces de la tierra a que dejándose de cosas vanas (v. 1), sean sensatos (v. 10) y se sometan de buena gana al gobierno de Cristo. El que tiene poder para destruirlos muestra que no se complace en su destrucción, puesto que les exhorta a tomar una actitud que puede conducir a su felicidad. Lo que se dice a ellos, se dice a todos. Así que somos exhortados:

1. A reverenciar a Dios (v. 11), pues toda nuestra adoración, así como nuestra conducta, ha de comenzar por un santo temor de Dios; es cierto que nos hemos de *alegrar en el Señor* (Fil. 4:4), pero hemos de *alegrarnos con temblor* (v. 11b), es decir, con sentido de nuestra responsabilidad. Nuestra salvación se ha de llevar a cabo *con temor y temblor* (Fil. 2:12), frase que significa: *con respeto y sentido de la responsabilidad*.

2. A dar nuestra acogida a Jesucristo y someternos a Él (v. 12), pues este es el núcleo del cristianismo. (A) Hemos de besar al Hijo (v. 12, lit.) con el gesto del vasallo que besa la mano de su señor y, además, con el gesto del amor sincero *al que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros* (v. Gá. 2:20) y nos sigue amando (Ap. 1:5; participio de presente en el original). (B) Las razones que respaldan este mandato divino: (a) La ruina segura de quienes rechacen a Cristo (v. 12a), ya que perecerán al enojarle; (b) la felicidad de quienes se sometan a Él (v. 12b), ya que son *dichosos todos los que en Él se refugian* (lit.). Dichosos verdaderamente son los que, al haber recibido a Cristo, tienen en Él su refugio y patrón en el día de la ira, pues mientras el corazón de los otros desfallezca de miedo, el corazón de ellos exultará de gozo.

Al cantar esto, y orar sobre ello, hemos de sentir el corazón lleno de un santo temor de Dios y, al mismo tiempo, de una alegre confianza en Cristo, en cuya mediación podemos consolarnos y animarnos a nosotros mismos, así como unos a otros.

SALMO 3

Así como el salmo anterior nos mostraba la dignidad regia del Mesías Redentor, así el presente nos muestra la paz y seguridad de los redimidos en la persona de David, quien, al escribir este salmo, huía de su palacio y de la ciudad santa a causa de la rebelión de su hijo Absalón. Aquí David: 1. Se queja a Dios de sus enemigos (vv. 1, 2). II. No obstante, confía en Dios como en su protector poderoso (v. 3). III. Recuerda la satisfacción que obtenía en las favorables respuestas que Dios daba a sus oraciones así como su experiencia de la bondad de Dios hacia él (vv. 4 5). IV. Triunfa sobre sus temores (v. 6) y sobre sus enemigos (v. 7). V. Da a Dios la gloria y toma para sí el consuelo de las bendiciones divinas y de la salvación que está asegurada a todos los hijos de Dios (v. 8).

Versículos 1–3

El título de este salmo, y el de muchos otros, es como una llave colgada a la misma puerta para abrirlo. Cuando conocemos la ocasión en que se compuso el salmo, tenemos la clave para interpretarlo mejor: 1. David estaba en gran apuro; cuando, en su huida, subió al monte de los Olivos, lloró amargamente, iba con la cabeza cubierta y a pie descalzo; sin embargo, fue *entonces* cuando compuso este salmo de confianza: lloró y oró, lloró y cantó, lloró y creyó. ¿Está alguno afligido a causa de la desobediencia y rebeldía de sus hijos? David lo estaba, pero eso no le estorbó su gozo en Dios, ni le hizo cantar fuera de tono sus cánticos sagrados. 2. Estaba en gran peligro; el complot era fuerte, formidable el partido de sus enemigos, y a la cabeza de ellos su propio hijo, de forma que su situación parecía extrema; pero fue *entonces cuando* se asió del poder de Dios. Los sustos y los peligros nos habrían de conducir a Dios, en lugar de alejarnos de Él. 3. Era provocado por aquellos de quienes tenía motivos para esperar mejores cosas: por su hijo, con quien había sido indulgente, y por sus súbditos, a quienes había colmado de beneficios. 4. Padecía por su pecado en el asunto de Urías, pues éste era el mal por el que Dios le había amenazado con la rebelión *de su misma casa* (2 S. 12:11); pero no por eso perdió su confianza en el poder y en la bondad de Dios, ni desesperó de obtener su socorro. Incluso nuestro pesar por el pecado no ha de estorbar ni nuestro gozo ni nuestra esperanza en Dios. 5. Parecía una cobardía huir delante de Absalón y abandonar la ciudad santa antes de haber librado una sola batalla; sin embargo, por lo que vemos en este

salmo, estaba lleno de santa valentía, surgida de su fe en Dios. En estos tres versículos apela a Dios. ¿A quién, sino a Él, deberíamos acudir cuando algo nos apena o nos asusta? David acude a Dios:

I. Con una presentación del aprieto en que se halla (vv. 1, 2). Mira en torno de sí, como echando un vistazo al campamento de sus enemigos. David se había adueñado del corazón de sus súbditos mejor que cualquier otro rey pudo haberlo obtenido; sin embargo, ahora lo había perdido súbitamente. Se habían levantado contra él y le perseguían a muerte. No sólo esto; decían: «*No hay para él salvación en Dios*». Sacaban maliciosas conclusiones del aprieto en que se veía como lo habían hecho de la aflicción de Job sus tres amigos. Pensaban que, puesto que le habían abandonado sus servidores y súbditos también Dios le había desamparado a él y había abandonado su causa y, por lo tanto, había que considerarle como un malvado y un hipócrita. Se esforzaban por sacudir la confianza que tenía él en Dios y llevarle a desesperar de recibir socorro celestial. David acude a Dios y le declara lo que sus enemigos dicen de él. Al final de los versículos 2, 4 y 8 aparece el vocablo hebreo *selah*, que significa *pausa*. Esta señal—nota del traductor—servía, no sólo para hacer una pausa, sino especialmente como indicación litúrgica y musical.

II. Con una profesión de su dependencia de Dios (v. 3). cuando sus enemigos dicen: «*No hay para él salvación en Dios*» (v. 2), él clama con tanta mayor seguridad (v. 3): «*Mas tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí* para defenderme, ya que mis enemigos me rodean por todas partes; *tú eres mi gloria y el que levanta mi cabeza*». Si, en el peor de los casos, los hijos de Dios pueden levantar con gozo la cabeza, sabiendo que todo cooperará para su bien, reconocerán que es Dios quien les levanta la cabeza, dándoles motivo para alegrarse y corazón para regocijarse.

Versículos 4–8

David se ha asido de su Dios ante la oposición sañuda de los que se sublevaban contra él, y había ganado valor y confianza para mirar hacia arriba cuando, al mirar en torno suyo, todo servía para causarle desánimo. Ahora mira hacia atrás con agradables reflexiones, y hacia delante con agradable expectación de un feliz resultado al que había de dar paso en breve la oscura situación en la que al presente se hallaba.

1. David había sido ejercitado en muchas dificultades, se había visto con frecuencia oprimido y en grave aprieto; pero siempre había hallado en Dios al Todosuficiente.

(A) Sus apuros le habían puesto siempre de rodillas y, en medio de todos sus peligros y dificultades, había podido prestar a Dios su reconocimiento y levantar a Él el corazón y la voz (v. 4): *«Con mi voz clamé a Jehová»*.

(B) Siempre había hallado a Dios dispuesto a responder a su oración: *«Y Él me respondió desde su monte santo»*, el monte santificado por la presencia del Arca, de sobre la cual solía responder a quienes le buscaban. Cristo ha de ser entronizado Rey sobre Sion, el monte santo de Dios (2:6) y mediante tal Intercesor, al que el Padre escucha siempre, son escuchadas nuestras oraciones.

(C) David se había encontrado siempre a salvo bajo la protección divina (v. 5): *«Yo me acosté y dormí*, tranquilo y seguro, y *desperté* con nuevas fuerzas, *porque Jehová me sostenía»*. (a) Esto es aplicable a las bendiciones ordinarias de cada noche, de lo que habríamos de dar gracias, tanto en privado como en familia, cada mañana. (b) Pero aquí parece referirse a la maravillosa calma y seguridad del ánimo de David en medio de sus peligros. Al haber encomendado, en oración, su persona y su causa a Dios, y al estar seguro de su protección, su corazón estaba tranquilo y en paz.

(D) Dios había quebrantado con frecuencia el poder y la maldad de los enemigos de David, y los había dejando confusos («*heridos en la mejilla*») y sin poder («*con los dientes quebrantados*»), versículo 7.

2. Véase con qué confianza se encara con los peligros que tiene delante:

(A) Sus temores estaban silenciados (v. 6): «*No temeré a diez millares de gente*, ya sea de invasión extranjera o de sublevación intestina, *que pongan sitio contra mí*, o acampen en derredor de mí». Cuando David huía de Absalón, le pidió a Sadoc que volviese el Arca de Dios a la ciudad y, dudando del resultado de la contienda, concluyó en actitud de humilde penitente: *«Aquí estoy; haga de mí lo que bien le parezca»* (2 S. 15:26). Pero ahora, en actitud de firme creyente, habla confiadamente y sin temor acerca del resultado.

(B) Sus oraciones rebosaban ánimo y aliento (v. 7). Creía en Dios como en su Salvador, aun cuando oraba con urgencia: «*Levántate, Jehová; sálvame, Dios mío*».

(C) Su fe salió triunfante. Comenzó el salmo quejándose de la fuerza y malicia de sus enemigos, pero lo concluye gozándose en el poder y la gracia de su Dios, pues ve que los que están con él son más que los que están contra él (v. 2 R. 6:16; 2 Cr. 32:7; Sal. 55:18; Ro. 8:31; 1 Jn. 4:4). Basa aquí su confianza en dos grandes verdades: (a) «*La salvación es de Jehová*» (v. 37:39; Jon. 2:9; Ap. 7:10; 19:1). Él tiene poder para salvar, por muy grande que sea el peligro en que nos hallemos. (b) «*Tu bendición sobre tu pueblo*» (lit.). No sólo tiene Dios poder para salvarles, sino también para asegurarles su gracia y sus bendiciones; de ello podemos estar seguros, aunque no sean visibles los efectos de tales bendiciones (nota del traductor. Aunque no hay verbo en el hebreo, no hay duda de que la frase tiene sentido de súplica: «*Sobre tu pueblo* SEA *tu bendición*». También es de notar que la numeración de los versículos de este salmo es diferente en la Biblia Hebrea—y en otras versiones—de la que aparece en nuestra Reina-Valera. Ello se debe a que en ésta el título del salmo no entra en la numeración, mientras que en aquéllas forma el versículo 1, con lo que el salmo tiene nueve versículos en lugar de ocho).

SALMO 4

David era también predicador y muchos salmos suyos son doctrinales, no sólo devocionales. La mayor parte de este salmo es como un sermón. I. Comienza con una breve oración (v. 1) y se pone a predicar: II. Se dirige a los hijos de los hombres, es decir, a los hombres en su condición pecadora, y 1. Les reprende, en nombre de Dios, por el deshonor que dan a Dios y el daño que se hacen a sí mismos (v. 2). 2. Pone delante de ellos la dicha que proporciona la piedad, a fin de animarles a ser piadosos (v. 3). 3. Les exhorta a que consideren sus caminos (v. 4). III. Les anima a servir a Dios y poner su confianza en Él (v. 5). IV. Refiere sus propias experiencias de la gracia de Dios que obra en él (vv. 6–8). En cuanto a la numeración de versículos, tenemos aquí el mismo caso que en el salmo anterior (nota del traductor).

Versículos 1–5

El título del salmo nos da a conocer que David, tras componer este salmo por divina inspiración, lo entregó al director de música de la congregación, para ser cantado *sobre Neguinoth* es decir (con la mayor probabilidad), con acompañamiento de *instrumentos de cuerda*. Para la constitución de las distintas clases de cantores, véase 1 Crónicas 25.

I. David se dirige a Dios (v. 1). El que Dios se digne escuchar nuestras oraciones y las responda se debe, no a nuestro esfuerzo ni a nuestros méritos, sino únicamente a su gracia. A dos cosas apela aquí David: 1. A la justicia de su causa. «*Dios de mi justicia*» (v. 1) «no equivale aquí a Dios justo, sino al Dios que conoce mi justicia y conforme a ella me trata» (Arconada). Lo dice con humildad, pues la humildad no se opone a la verdad. 2. A la experiencia que tenía del socorro divino: «En mi angustia me diste espacio» (lit.); es decir, cuando me hallaba en aprieto, en estrechura, me sacaste a libertad, a lugar amplio. Apoyado en estas dos cosas, clama confiadamente: *«Ten misericordia de mí y oye mi oración»*.

II. Luego se dirige a los hombres, a fin de convencerles de pecado y exhortarles a volverse a Dios.

1. Se esfuerza en convencerles de la insensatez de su impiedad (v. 2): *«Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo volveréis mi honra* (lit. *gloria*) en *infamia?»* Los que profanan el nombre de Dios, así como los que ridiculizan su Palabra y sus otros medios de gracia, convierten en infamia la honra y gloria que Dios se merece, aun cuando profesen externamente una piedad cuyo poder no conocen. Además, se hacen daño a sí mismos, pues van en busca de la vanidad y de la mentira, es decir, de cosas sin consistencia alguna; en el contexto presente, en busca de objetivos que están abocados al fracaso más rotundo. Todos los que aman las cosas mundanas, van en busca de vaciedades engañosas. No se puede negar—nota del traductor—que la primera parte del versículo ofrece cierta dificultad, por lo que los LXX vertieron: «… *¿hasta cuándo* (estaréis) *endurecidos de corazón?»* Sin embargo, si atendemos a una expresión similar del Salmo 3:3, es muy probable que lo que David declara es: «… *¿hasta cuándo deshonraréis al que es mi gloria?»*

2. Les muestra el peculiar favor que Dios muestra a los piadosos (implícitamente se refiere a sí mismo, como se ve por el contexto), la protección especial que les otorga y los singulares privilegios que les confiere (v. 3). Es tremendo el peligro en que se precipitan los que ofenden a uno de los pequeñuelos que creen en Dios (Mt. 18:6). Dios dice que quien les toca a ellos es como si tocara la niña de su ojo (Zac. 2:8); y Él hará que los perseguidores lo sepan tarde o temprano. «Y ellos serán míos, dice Jehová de los ejércitos, mi propiedad personal en el día que yo actúe» (Mal. 3:17).

3. Les amonesta contra el pecado (v. 4): *Temblad y no pequéis*». El verbo hebreo *ragaz* indica conmoción, ya física, ya psíquica (sea de miedo o de ira), mientras que el verbo *jatá* = pecar significa «errar el blanco». En este contexto, Arconada sugiere la siguiente interpretación: «Temed ir contra la voluntad de Jehová, que me favorece, porque hará inútiles vuestros conatos de contradicción». La cita de Pablo, en Efesios 4:26, se apoya en los LXX, y viene a significar, según la autorizada opinión de W. Hendriksen: «Que vuestra ira no sea pecaminosa». Un buen medio para no pecar al estar airados es refrenar la lengua y meditar, como expresa la 2.ª parte del versículo 4: *«Meditad en vuestro corazón estando en vuestra cama, y callad»*. Una persona reflexiva lleva camino de ser una persona sabia y prudente. Es conveniente examinar nuestra conciencia al acostarse para ver en qué hemos fallado durante el día y arrepentirnos de ello.

4. Les aconseja que tomen conciencia de sus deberes para con Dios (v. 5): «*Ofreced sacrificios de justicia*, es decir, con el rito debido y las indispensables condiciones internas, y *confiad en Jehová*, puesto que quien cumple con sus deberes para con Dios, puede estar seguro de la protección divina». Cuando la piedad es sincera, por proceder de un corazón recto, bien se puede confiar en la gracia y en la providencia de Dios.

Versículos 6–8

1. El insensato deseo de los mundanos (v. 6): *«Muchos son los que dicen: ¿Quién nos mostrará el bien?»* De qué clase de bien hablan se colige por el final del versículo 7. Se gozaban en el incremento de sus cosechas de cereales y de vino. Todo lo que deseaban era la abundancia de los bienes de este mundo, para abundar en los deleites de los sentidos. Preguntan por un bien que pueda verse y palparse, pero no muestran interés por las cosas que no se ven y sólo se perciben por la fe. Así como se nos enseña a rendir culto de adoración a un Dios invisible (Jn. 4:24; 1 Ti. 6:16; etc.), así también se nos enseña a buscar bienes invisibles (2 Co. 4:18). Con los ojos de la fe podemos ver cosas más lejanas que las que podemos ver con los ojos de la cara. Lo que los mundanos desean es un bien exterior, presente, pequeño y perecedero: buena comida, buena bebida, buen negocio y buena hacienda; y ¿qué son todas estas cosas comparadas con un buen Dios y un buen corazón? Cualquier bien puede servir a los deseos de la mayoría de los hombres, pero los espíritus selectos no se alimentan de bazofia; los hijos de Dios tienen, por su gracia, más refinado el gusto espiritual.

2. La sabia elección que hacen los piadosos. David, y los pocos piadosos que estaban de su parte, elevaban a Dios esta oración (v. 6b): *«Alza sobre nosotros, oh Jehová, la luz de tu rostro»* (v. Nm. 6:26; Sal. 31:16; 80:3, 7, 19). David y sus amigos escogen por bien suyo y meta de su felicidad el favor de Dios; éste es el bien que, según ellos sabiamente valoran, es mejor que todos los bienes de la vida terrenal. Aun cuando David habla solamente de sí en los versículos 7 y 8, en esta oración del versículo 6 habla también en nombre de otros, como Cristo nos enseñó a orar: *«Padre nuestro»*. Todos los hijos de Dios se acercan al trono de Dios con las mismas peticiones y parecidos problemas, y en esto todos son uno, pues todos aspiran al favor de Dios como al sumo bien. Aprendamos a orar por otros así como por nosotros mismos, porque en el favor de Dios hay bastante para todos y nunca tendremos de menos por compartir con otros lo que tenemos. Lo que constituye el motivo del regocijo de David es precisamente eso (v. 7): *«Tú diste alegría a mi corazón»*. Cuando Dios pone gracia en el corazón, pone también alegría, no superficial, sino sólida y sustancial. Bien puede David terminar el salmo (v. 8) con esta frase: *«En paz me acostaré y asimismo dormiré; porque sólo tú, Jehová, me haces vivir confiado»* (v. Sal. 3:5). Se acuesta y duerme tranquilo, porque se sabe sostenido y protegido por Dios. Así hemos de hacer nosotros. Y cuando llegue el último sueño, el sueño de la muerte, podremos decir con el buen Simeón: *«Ahora, Soberano Señor, puedes dejar que tu siervo se vaya, conforme a tu palabra, en paz»* (Lc. 2:29), seguros de que Dios acogerá en su seno a nuestra alma. Sigamos el consejo del mismo David en otro lugar (Sal.

37:5): *«Encomienda a Jehová tu camino y confía en Él; y Él actuará».* Si ponemos en manos de Dios nuestros asuntos, bien podemos dejar también en sus manos el resultado.

SALMO 5

Este salmo es una oración, dirigida solemnemente a Dios en horas en que el salmista era puesto en aprieto por la maldad de sus enemigos. I. David habla con Dios y le promete orar con la esperanza de ser oído (vv. 1–3). II. Da a Dios la gloria, y toma para sí el consuelo, por la santidad de Dios (vv. 4–6). III. Declara su resolución de practicar con diligencia el culto público de adoración a Dios (v. 7). IV. Ora, en efecto: 1. Por sí mismo, para que Dios le guíe (v. 8). 2. Contra sus enemigos, para que Dios los destruya (vv. 9, 10). 3. Por todo el pueblo de Dios, para que Dios les conceda gozo y los guarde a salvo (vv. 11, 12).

Versículos 1–6

El salmo comienza (v. 1 en la Biblia Hebrea) con la inscripción: *«Al músico principal* (es decir, al director de música); sobre Nehilot (que viene a significar: para acompañamiento de flauta). *Salmo de David»* En los versículos 1–6 (de nuestras versiones), David ora a Dios:

1. Como a un Dios que escucha las oraciones, así lo ha sido Él desde el momento en que los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová (Gn. 4:26), y así continúa tan dispuesto a escuchar oraciones como siempre lo estuvo. David le invoca bajo el nombre de *Jehová* (vv. 1, 3, 8, 12), el Ser Supremo, Eterno, Salvífico, al que debemos la más rendida oración y el más absoluto amor, y como a *«Rey mío y Dios mío»* (v. 2), al que había jurado homenaje de pleitesía y bajo cuya regia protección se había puesto. Creemos que el Dios a quien oramos es no sólo Dios, sino también Rey, y lo hemos de tener en cuenta en nuestras plegarias.

(A) La forma en que David ora aquí puede avivar nuestra fe y nuestra esperanza en todas las invocaciones que dirigimos a Dios (v. 1): *«Escucha, oh Jehová, mis palabras».* Muchas veces, los hombres no quieren o no pueden oírnos; nuestros enemigos son tan altivos que no quieren, y nuestros amigos están tan lejos que no pueden; pero Dios, a pesar de la altura de su trono en los cielos, puede y quiere. *«Considera mi lamento»,* añade David. El vocablo hebreo indica *meditar o musitar,* respira, ya lamentos, ya amenazas (v. 1:2; 2:1). La meditación y la oración vocal deberían ir juntas (19:14).

(B) Cuatro cosas promete aquí David (y lo mismo debemos hacer nosotros): (a) Que va a orar, a tomar conciencia de que debe orar. La seguridad que Dios nos ha dado de su disposición a escuchar las oraciones debería confirmarnos en nuestra resolución de vivir y morir orando. (b) Que orará *de mañana* (v. 3). Es nuestro deber orar por la mañana, pues es el tiempo más apropiado, ya que entonces estamos frescos y vivaces al despertar con las energías renovadas por el sueño y sin turbar todavía con los pensamientos de los quehaceres del día. (c) Que dirigirá fijamente su oración a Dios, como da a entender el hebreo, lo mismo que un arquero que dirige su flecha al blanco. (d) David velará *(« … y esperaré»)* con anhelo hasta recibir la deseada respuesta. El hebreo dice literalmente: «y *miraré hacia arriba»,* como quien espera que se le responda de lo alto (85:8; Hab. 2:1); con gratitud, si se le concede su petición; con paciencia, si se le difiere, y orar siempre, en todo caso, sin desfallecer, como mandó el Señor.

2. Como a un Dios que odia el pecado (vv. 4–6). David toma nota de esto. El Dios con quien nos las habemos es clemente y misericordioso, pero también es puro y santo; aunque está dispuesto a escuchar las oraciones, no las escuchará si ve iniquidad en nuestro corazón (66:18). Dios no se complace en la maldad, aun cuando ésta se cubra con el manto de la piedad. Conozcan, pues, los que se deleitan en el pecado que Dios no se deleita en ellos. Dios los aborrece y los destruirá. Dos clases de pecadores señala aquí David en particular (vv. 5, 6): los insensatos engañadores y los crueles opresores. A éstos abomina especialmente Jehová, *pues el juicio será sin misericordia para aquel que no haga misericordia* (Stg. 2:13). La inhumanidad del hombre es lo más opuesto a la misericordia de Dios.

Versículos 7–12

En estos versículos, David presenta tres caracteres:—el suyo mismo, el de sus enemigos y el de todo el pueblo de Dios, y termina con sendas oraciones la descripción de cada carácter.

1. Da primero cuenta de sí y ruega por sí mismo (vv. 7, 8). (A) Está firmemente decidido a mantenerse en íntima comunión con Dios y asiduo en el cumplimiento de sus deberes religiosos: *«Entraré en tu casa,* en los atrios de tu santuario, para adorarte allí con otros adoradores fieles». Aunque David oraba muchas veces solo, en secreto (vv. 2, 3), era también constante y devoto en su asistencia al santuario. Asegura que a la mucha bondad de Dios debe el poder acudir al santuario, y sentir allí santo temor ante la infinita distancia que nos separa de nuestro Creador. (B) Ruega anhelante a Dios (v. 8) que le guíe y le preserve en el camino del deber: *«Allana tu camino delante de mí».* Parafrasea Arconada: «Que tu actuar providencial, Señor, conforme siempre a justicia, que premia al bueno y castiga al malo, luzca ante mí con experiencia vivencial».

2. Da luego cuenta de sus enemigos y ora contra ellos (vv. 9, 10). Había dicho antes (v. 6) que *Dios abomina al hombre sanguinario y engañador.* Ahora añade: «Señor así son mis enemigos: *en la boca de ellos no hay sinceridad;* no son de fiar, puesto que no cabe fidelidad en la boca de ellos». «Además, añade (v. 10) merecen la destrucción *por la multitud de sus transgresiones,* con las que han llenado la medida de su iniquidad y madurado para su propia ruina. Mira que *se han rebelado contra ti.* Si sólo fuesen enemigos míos, estaría dispuesto a perdonarles pero se rebelan contra Dios, contra su majestad y gobierno; no se arrepienten, continúan haciendo el mal; deben perecer para que no sigan obrando inicuamente». La oración de David no brota de un espíritu de venganza, sino del espíritu de profecía, por el que sabemos que quienes se rebelan contra Dios, caerán destruidos *por sus mismos planes.*

3. Da finalmente cuenta del pueblo de Dios y ora por ellos, concluye con la seguridad de que obtendrán las bendiciones divinas: son *justos* (v. 12), porque han puesto en Dios su confianza (v. 11) y, por ello, están seguros del poder y de la todosuficiencia de Dios, ya que confían así en la protección divina. *«En ti se regocijen;* tienen motivo y corazón para regocijarse. ¡Llénales de *un gozo inefable y glorioso*!» (v. 1 P. 1:8). Todos los que tienen la garantía de las promesas de Dios han de tener también la garantía de nuestras oraciones a favor de ellos. La gracia sea con todos los que aman sinceramente a Cristo. *«Como con un escudo lo rodearás de tu favor»* (v. 12b). Un escudo, en la guerra, sólo protege un lado, pero el favor de Dios protege a los suyos por todos los lados, de forma que, mientras ellos se guardan bajo la protección divina, están completamente seguros y deben estar también enteramente satisfechos.

SALMO 6

David fue un profeta llorón como Jeremías, y este salmo constituye una de sus lamentaciones; fue redactado en tiempo de gran apuro. El que esté afligido o enfermo recite o cante este salmo. Comienza con quejas dolientes, pero acaba con alabanzas fervientes. De tres cosas se queja aquí el salmista: 1. Enfermedad del cuerpo. 2. Turbación de la mente. 3. Insultos de sus enemigos. Aquí él: I. Derrama sus quejas delante de Dios, pide a Dios que retire su ira y le ruega fervientemente que le devuelva su favor (vv. 1–7). II. Se asegura a sí mismo una pronta respuesta de paz para su plena satisfacción (vv. 8–10). Este salmo es como el libro de Job.

Versículos 1–7

También este salmo está dirigido *al músico principal,* o director de música del santuario, *en Neguinoth,* es decir, para instrumentos de cuerda, y *sobre Sheminith* = «sobre la octava» (esto es, para cantarlo una octava más alta o baja; o—según Ryrie—sobre una lira de ocho cuerdas). Como dice la inscripción, es un salmo de David (v. 1, en la Biblia Hebrea). Los versículos 1–7 (en nuestras versiones) hablan el lenguaje de un corazón realmente humillado bajo providencias severas, y de un espíritu quebrantado y contrito bajo graves aflicciones.

1. Cómo presenta a Dios sus quejas. Las expone delante de Dios. ¿A quién habría de ir con sus quejas un hijo, sino a su padre? Se queja de enfermedad corporal (v. 2): *«Mis huesos se estremecen».* Sus huesos y su carne estaban, como los de Job, afectados por la enfermedad. Se queja también de turbación de

ánimo (v. 3): *«Mi alma también está muy turbada»,* lo cual le causa mayor dolor que la debilidad y dolor de sus huesos. Triste cosa es para un hombre tener doloridos a un tiempo los huesos y el alma. *«¿Y tú, oh Jehová, ¿hasta cuándo?»* Hemos de dirigirnos al Dios viviente en tiempos como éstos, pues Él es médico de cuerpos y almas, y no a los asirios ni al dios de Ecrón.

2. Cómo le afectan estas aflicciones. Le pesan demasiado, pues *está consumido a fuerza de gemir* (v. 6). David era demasiado valiente y considerado como para dolerse así de una aflicción exterior, pero cuando el pecado comenzó a cargar pesadamente sobre su conciencia, se lamentó y lloró en secreto y aun su espíritu rehusó el consuelo. Los verdaderos penitentes lloran en su retiro. David lloraba en la noche sobre su cama mientras meditaba en su corazón y solamente le veía el ojo de quien es todo ojos. *Sus ojos se habían envejecido,* de tanto llorar *a causa de sus angustiadores* (v. 7), los cuales se alegraban de sus aflicciones y sacaban de sus lágrimas conclusiones falsas.

3. Cómo ora a Dios en esta situación tan triste. Lo que más teme es la ira de Dios; por eso ruega (v. 1): «*Jehová, no me reprendas en tu enojo,* aunque lo tengo merecido, *ni me castigues con tu ira».* Puede soportar bien la reprensión y el castigo, si Dios, al mismo tiempo, alza sobre él la luz de su rostro y hace, mediante su Santo Espíritu que pueda sentir el gozo y la alegría de su misericordia; la aflicción del cuerpo le resultará tolerable si disfruta de consuelo en el alma (v. 4). Lo que más desea como supremo bien, y lo que para él supondría la restauración de todo bien es el favor y la amistad de Dios. Ruega a Dios que tenga misericordia de él y le mire con compasión, que le perdone los pecados y que ejercite su poder para proporcionarle alivio: *«Sáname, oh Jehová»* (v. 2), *«Sálvame»* (v. 4). También ora para que le retorne su favor: *«Vuélvete, oh Jehová»* (v. 4), esto es: «Recíbeme de nuevo en tu favor y reconcíliate conmigo». Ora en general para que le libre de todo mal: *«Libra mi alma,* esto es, mi persona» (v. 4).

4. Cómo presenta razones para apoyar sus peticiones, a fin de moverse a sí mismo, no para mover a Dios. Apela a su propia miseria, a la misericordia divina y a la gloria de Dios (v. 5): *«Porque en la muerte no queda recuerdo de ti».*

Versículos 8–10

¡Qué súbito cambio para bien vemos aquí! El que tanto se quejaba, lloraba y se sentía sin remedio (vv. 6, 7), piensa y habla aquí de modo muy agradable.

1. Se aparta de los malvados y se fortalece contra los insultos de ellos (v. 8): *«Apartaos de mí, todos los hacedores de iniquidad».* Los malvados le habían provocado al decirle: «¿Dónde está tu Dios?» (v. 3:2), considerándose victoriosos al ver el desánimo y la desesperación de él; pero ahora tenía razones para contestar a quienes le reprochaban, pues Dios le había consolado el ánimo y pronto iba a completar su liberación. Por eso dice: *«Apartaos de mí».* Como si dijese: «Nunca daré oído a vuestros consejos ni a vuestras amenazas; vosotros deseabais que yo maldijera a Dios y me muriese, pero yo le bendeciré y viviré». Cuando Dios ha hecho por nosotros grandes cosas, hemos de ponernos a pensar qué podemos hacer por Él.

2. Se asegura a sí mismo de que Dios le era, y le había de ser, propicio, a pesar de las presentes amenazas de ira bajo las que se veía. Confía en obtener una respuesta favorable a la oración que está ahora pronunciando. Se da cuenta de que Dios le escucha mientras está hablando y, por consiguiente, se expresa con aires de triunfo: *«Jehová ha oído …»* (v. 8); *«Jehová ha escuchado …»* (v. 9); *«Ha acogido Jehová mi oración»* (v. 9b).

3. Tras esta seguridad, David pasa rápidamente a contemplar la futura derrota de sus enemigos (v. 10). Los ve avergonzados, aterrados, huyendo confundidos. Ellos se alegraban al ver a David afligido (vv. 2, 3), pero, como suele suceder, el mal que desean a David se vuelve contra ellos mismos.

SALMO 7

Por el título y el texto de este salmo, parece que lo compuso David con referencia a las maliciosas imputaciones que hacían contra él sus enemigos. En vista de ello, David, I. Suplica el favor de Dios (vv. 1, 2). II. Apela delante de Dios a su inocencia (vv. 3–5). III. Ruega a Dios que sostenga en alto su causa y

juzgue a sus perseguidores (vv. 6–9). IV. Expresa su confianza en que Dios lo hará (vv. 10–16). V. Promete dar a Dios la gloria por su liberación (v. 17).

Versículos 1–9

El título del salmo (v. 1 en la Biblia Hebrea) contiene dos términos sumamente oscuros. *Shiggayón*, que sólo aparece aquí y en Habacuc 3:1, es, según Ryrie, «quizá un canto extático». Según Arconada, correspondería entonces a nuestro ditirambo. De *Kush* el benjaminita no sabemos nada. Dice Ryrie: «Probablemente era uno de los escuderos de Saúl enviados a matar a David». Lo cierto es que David, ante tal abuso, recurre a Dios con ánimo tranquilo, sin permitir a su arpa notas disonantes. Las injurias que recibimos de los hombres, en vez de provocar nuestras pasiones, han de servir para avivar nuestras devociones.

1. Se pone bajo la protección de Dios (v. 1): «*Sálvame de todos los que me persiguen y líbrame* del poder y de la maldad de ellos, para que no cumplan el deseo que abrigan contra mí». Apela: (A) A su relación con Dios (v. 1): «*Jehová Dios mío*». Como si dijese: «Tú eres mi Dios, ¿a quién acudiré sino a ti?» (B) A su confianza en Dios: «*En ti he confiado*» (v. 1). Como si dijese: «No he confiado en brazo de carne, sino en ti» (v. Jer. 17:5–8). (C) A la perversidad y a la furia de sus enemigos y al peligro inminente en que se veía de ser devorado por ellos (v. 2): «*No sea que desgarren mi alma como león y me destrocen sin que haya quien me libre*». Como si dijese: «Si tú no me libras, nadie me podrá librar».

2. Protesta solemnemente de su inocencia en cuanto a las cosas de que le acusan y, mediante una tremenda imprecación, apela a Dios, que escudriña los corazones, con respecto a su inocencia (vv. 3–5). David no tenía en la tierra tribunal al que acudir, pero tenía en el Cielo un tribunal divino, con un justo Juez sentado en él, a quien él llama su *Dios* (vv. 1, 3). Le acusaban de planes siniestros contra la corona y la vida de Saúl, pero él lo niega terminantemente (v. 4): «*He libertado al que sin causa era mi enemigo*». La Providencia le había puesto a Saúl a merced de él, y había entre los seguidores de David quienes le exhortaban a que le matara y aun estaban dispuestos a despacharlo ellos mismos, pero David se lo impidió, tanto cuando le cortó la orla del manto a Saúl (1 S. 24:4 y ss.), como cuando le quitó la lanza (1 S. 26:12), para mostrarle lo que podía haber hecho con él. «Si fuese culpable, dice (v. 5), *persiga el enemigo mi alma y alcáncela; huelle en tierra mi vida, y mi honra ponga en el polvo.* Muerte e infamia estoy dispuesto a soportar si soy culpable.»

3. Teniendo a favor de su inocencia este testimonio de su conciencia, ruega humildemente a Dios que se muestre a favor suyo en contra de sus perseguidores y respalda cada petición con un motivo apropiado:

(A) Ruega a Dios que manifieste su ira contra sus enemigos (v. 6): «Señor, ellos se enojan injustamente contra mí; enójate tú justamente contra ellos y hazles saber que estás airado; *levántate, oh Jehová, en tu ira; álzate en contra de la furia de mis angustiadores*».

(B) Ruega a Dios que mantenga en alto su causa: «*Apréstate* (lit. *despierta) a defenderme en el juicio que has convocado* para que se me haga justicia» (v. 6); «*vuélvete a sentar en lo alto,* para que se reconozca universalmente que el mismo Cielo está a favor de la causa de David, puesto que es justa y legítima» (v. 7). «*Júzgame, oh Jehová, conforme a mi justicia,* y pronuncia a mi favor veredicto de absolución (v. 8); así *te rodeará la congregación de los pueblos* (lit.) y reconocerá la justicia de mi causa y la legitimidad de mi regio título» (v. 7).

(C) Ruega, ahora ya más tranquilo, (a) para que la intervención de la providencia divina haga cesar *la maldad de los inicuos* (v. 9); no aboga por la destrucción del pecador, sino por el cese del pecado. Así hemos de orar nosotros, aborrecer el pecado, pero amar a los pecadores por quienes Cristo murió (v. 1 Ti. 1:15); (b) para que *el justo quede afianzado:* protegido, asegurado, establecido. Así como hemos de orar para que disminuya el mal, así también hemos de orar para que aumente el bien.

Versículos 10–17

Después de haber dejado en manos de Dios su apelación por medio de la oración y de una solemne profesión de su inocencia, comienza ahora David con una afirmación de confianza, esta especie de meditación que sigue a continuación.

1. Confía David hallar en Dios a su poderoso Protector y Salvador, así como al abogado de su inocencia oprimida (v. 10): «*Mi escudo* (es decir, mi defensa) *está en Dios*». Todos los que son hijos de

Dios tienen en Él defensa y segura protección. En dos cosas asienta David su confianza: (A) En el favor singular que Dios dispensa a cuantos son sinceros: *«Salva a los rectos de corazón»:* les salva y preserva de los males presentes en tanto en cuanto es para el bien de ellos. (B) En el respeto general que Dios tiene a la justicia y a la equidad (v. 11): *«Dios es juez justo,* y no sólo obra siempre justamente, sino que también protege a los justos (v. 10), y *está airado contra el impío todos los días,* pues no puede menos de castigar la impiedad».

2. David confía igualmente en la destrucción de todos sus perseguidores, *a menos que se arrepientan* (v. 12). La destrucción de los pecadores sólo puede detenerse mediante su conversión (v. Ez. 33:11–16), y las amenazas de ruina a los impíos van así presentadas con benévolas insinuaciones de misericordia. Mientras prepara sus instrumentos de muerte, Dios de a los pecadores amonestaciones con respecto al peligro que corren y les concede tiempo y espacio para que se arrepientan, *no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento* (2 P. 3:9). De entre todos los pecadores, los perseguidores son el blanco preferido de la ira divina, pues ellos desafían de modo especial a Dios, sin percatarse de que no pueden ponerse fuera del alcance de sus dardos, con lo que ellos mismos preparan su ruina y se destruyen a sí mismos (vv. 14–16). Se describe aquí al malvado como fatigándose en cavarse su propia fosa. Es triste que el hombre malo trabaje para el diablo, y cobre salario de muerte, cuando podría obtener gratis el don de la vida eterna (Ro. 6:23).

SALMO 8

Este salmo es una solemne meditación sobre la gloria y la grandeza de Dios. Empieza y termina con el mismo reconocimiento de la excelencia transcendente del nombre de Dios. Para probar la gloria de Dios, el salmista cita ejemplos de su bondad con el hombre, pues la gloria de Dios es su bondad majestuosa. Dios debe ser glorificado: I. Por darnos a conocer su persona y su gran nombre (v. 1). II. Por hacer uso de los más débiles hijos de los hombres para que sirvan a sus designios (v. 2). III. Por hacer que hasta los cuerpos celestes estén al servicio del hombre (vv. 3, 4). IV. Por hacer al hombre señor de las criaturas del mundo terrestre, y ponerle así en un nivel ligeramente inferior al de los ángeles (vv. 5–8). Este salmo se aplica en el Nuevo Testamento a Cristo y a la obra de la redención que llevó a cabo; el honor que los niños pequeños le tributan (v. 2, comp. con Mt. 21:16), y el honor que Él otorga a los hijos de los hombres, tanto en su humillación, cuando fue hecho un poco menor que los ángeles, como en su exaltación, al ser coronado de gloria y honor. Comparar los versículos 5 y 6 con 1 Corintios 15:27 y Hebreos 2:6–8.

Versículos 1–2

El salmo va dirigido, como en otras ocasiones, al director de música del santuario, sobre *Guittit*, que no sabemos exactamente qué significa (¿sobre la guerra?). El salmo es de David, y en él se propone dar al nombre de Dios la gloria que se merece. Dos cosas admira David aquí:

1. La forma manifiesta en que despliega Dios su gloria (v. 1). Se dirige a Dios con toda humildad y reverencia, como al Señor Soberano de su pueblo: *«¡Oh Jehová, Señor nuestro …!»* (hebr. *Jehová Adoneynu).* Si de veras creemos que Dios es nuestro Soberano, hemos de reconocerle y obedecerle como súbditos suyos. (A) Con qué esplendor brilla la gloria de Dios incluso en este mundo de abajo: *«¡Cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra!»* Las obras de la creación y de la providencia muestran y proclaman al mundo entero que hay un Ser infinito (Ro. 1:19, 20). Sin letras ni sonido de palabras, se ve y se oye en la creación el nombre de Dios. (B) Con cuánto mayor esplendor brilla en el mundo de arriba: «*Has puesto tu gloria* (lit. *alabanza) sobre los cielos*». (a) Dios es infinitamente más glorioso y excelente que las más nobles criaturas y las que más esplendorosamente brillan. (b) Mientras que en la tierra sólo oímos y alabamos el excelente nombre de Dios, los ángeles y los espíritus bienaventurados ven arriba su gloria y la alaban, pero, aun así, Él está exaltado muy por encima de la bendición y alabanza de ellos. (c) Al exaltar al Señor Jesús a la diestra de Dios, siendo el Hijo el resplandor de la gloria del Padre y la fiel representación de su ser real (He. 1:3), Dios ha puesto su gloria por encima de los cielos, muy por encima de todos los principados y potestades.

2. El poder con que lo proclama por medio de las más débiles criaturas (v. 2): *«Por boca de los niños y de los que maman, afirmas tu fortaleza»,* esto es, la perfecta alabanza de tu fortaleza (Mt. 21:16). Esto insinúa la gloria de Dios: (A) En el reino de la naturaleza. El interés que tiene Dios en los niños pequeños (quienes, cuando vienen a este mundo, son más desvalidos que los animales), la especial protección que les da y la provisión que la naturaleza les suministra, todo ello debería ser reconocido por cada uno de nosotros, para gloria de Dios, como un gran ejemplo de su poder y de su bondad; tanto más cuanto que todos nos hemos beneficiado de ello. (B) En el reino de la Providencia. En el gobierno del mundo terrestre, Dios hace uso de los hijos de los hombres. (C) En el reino de la gracia, que es el reino del Mesías. Aquí podríamos ver aludidos de alguna manera a los apóstoles, quienes al ser considerados casi como bebés en erudición, *«hombres sin letras y del vulgo»* (Hch. 4:13), bajos y despreciables, por medio de *la locura de su predicación,* habían de echar abajo el reino del diablo, del mismo modo que fueron derribadas con el sonido de cuernos de carnero las murallas de Jericó. El Evangelio es llamado el brazo del Señor y el bastón de su fuerza, pues estaba designado a obrar maravillas, no de la boca de filósofos, oradores, políticos o estadistas, sino de un grupo de pobres e iletrados pescadores. Oímos a los niños clamar: *«Hosanna al Hijo de David»,* mientras los principales sacerdotes y los fariseos no le reconocían como a tal. A veces la gracia de Dios se manifiesta maravillosamente en algunos niños, enseña conocimiento y hace entender el mensaje a los destetados y recién retirados de los pechos (Is. 28:9). El poder de Dios se manifiesta muchas veces en su Iglesia por medio de instrumentos débiles y humanamente ineptos.

Versículos 3–9

David continúa aquí engrandeciendo el honor de Dios al exponer los honores que Dios ha otorgado al hombre, especialmente a Jesucristo Hombre. Las condescendencias de la gracia divina exigen nuestras alabanzas tanto como la exigen las elevaciones de la gloria divina. Véase aquí:

1. Lo que le induce a admirar el condescendiente favor de Dios hacia el hombre, que es la consideración del brillo y de la influencia de los cuerpos celestes que están a la vista de los hombres (v. 3): *«Cuando veo tus cielos,* y aquí en particular, *la luna y las estrellas».* Nótese que no se menciona el sol. Es nuestro deber considerar los cielos. No podemos menos de verlos por nuestra posición erecta; en esto, entre otras cosas, nos distinguimos de los brutos animales, los cuales están formados para mirar hacia abajo, mientras el hombre está formado para mirar hacia arriba. *«Los cielos son los cielos de Jehová»* (115:16), no sólo porque Él los hizo, sino porque en ellos especialmente brilla su gloria y se alza su trono: Son *obra de sus dedos.* Crearlos fue para Dios como un juego de niños; no necesitó para ello extender el brazo, como se nos dice al hablar de la salvación de su pueblo. Aun las luces inferiores: la luna y las estrellas, muestran la gloria y el poder del Padre de las luminarias (Stg. 1:17) y nos suministran materia de alabanza a Dios. Cuando consideramos la gloria de Dios que brilla en el mundo de arriba, bien podemos admirarnos de que Dios se fijase en una criatura tan baja como es el hombre. Y cuando consideramos la gran utilidad de los cielos para los hombres de la tierra, bien podemos exclamar: Señor, ¿Quién soy yo para que hayas puesto a mi servicio los astros del cielo?

2. Cómo expresa su admiración (v. 4): *«Señor, ¿qué es el hombre* (hebr. *enosh* = el ser humano en su debilidad física y moral) *para que de él te acuerdes,* para que tomes nota de él, de sus actos y de sus quehaceres? ¿Qué es *el hijo del hombre para que lo visites* (lit.), como un amigo visita a otro amigo, complacido en conversar con él e interesado en sus cosas?» Esto se aplica:

(A) A la humanidad en general. Aunque el hombre es como un gusano (Job 25:6), Dios le respeta y le muestra en abundancia su benevolencia; el hombre es, muy por encima de todas las criaturas de este mundo de abajo, el favorito de la Providencia (v. 1 Co. 9:9), hasta el punto de que ha sido hecho *un poco inferior a los ángeles* (v. 5), ya que, por su cuerpo, es semejante a las bestias que perecen y está confinado a la tierra, pero, por su alma espiritual e inmortal, es semejante a los ángeles, que son puros espíritus. Por un poco de tiempo, los hijos de Dios son inferiores a los ángeles, mientras su alma espiritual está como encerrada en vasos de barro, pero los hijos de la resurrección serán *como ángeles* (gr. *isángueloi*. Lc. 20:36), no inferiores a ellos. El hombre está dotado de nobles y maravillosas facultades: *«Lo coronaste de gloria y de honra».* La razón del hombre es su corona de gloria; no debe profanar esa corona mediante el mal uso de ella ni perder el derecho a ella por obrar en contra de sus dictados. Dios ha puesto todas las cosas bajo los pies del hombre, para que pueda servirse, no sólo del utillaje, sino también de los productos

y de las vidas de las criaturas inferiores. David especifica algunos animales inferiores: ovejas, bueyes, aves, peces (vv. 7, 8), de los que puede servirse el hombre, aunque algunos de ellos son físicamente mucho más fuertes que él.

(B) Al Señor Jesucristo en particular, como sabemos por Hebreos 2:6–8, donde el autor de la epístola, para demostrar el soberano dominio de Cristo sobre los cielos y la tierra, declara que Él es el hombre, el Hijo del Hombre, *a quien Dios ha coronado de gloria y honor y le ha hecho señorear sobre las obras de sus manos.* Tenemos motivos para tener humildemente recta estima de nosotros mismos y admirar con gratitud la gracia de Dios en que: (a) Jesucristo asumió la naturaleza del hombre y, en esa naturaleza, se humilló (Fil. 2:6–8). Al tomar la forma de esclavo y renunciar a la pompa de su divina majestad, se hizo menor que los ángeles. (b) En esa misma naturaleza, fue exaltado para ser proclamado Señor de todo lo creado. Dios el Padre le ensalzó porque Él mismo se había humillado (Fil. 2:9–11). Todas las criaturas han sido puestas de derecho bajo sus pies, y lo serán de hecho cuando haya puesto a todos sus enemigos por escabel de sus pies (He. 2:8; 10:13, comp. con 1 Co. 15:27).

SALMO 9

En este salmo: I. David alaba a Dios por haber salido en defensa de su causa y haberle concedido la victoria sobre los enemigos de su país (vv. 1–6), y convoca a otros para que se unan a él en los cantos de alabanza (vv. 11, 12). II. Ruega a Dios que le proporcione todavía ulteriores ocasiones de alabarle (vv. 13, 14, 19, 20). III. Exulta de gozo con la seguridad de que Dios ha de juzgar al mundo (vv. 7, 8), ha de proteger a su pueblo oprimido (vv. 9, 10, 18) y ha de llevar a la ruina a sus implacables enemigos (vv. 15–17).

Versículos 1–10

El salmo es de David y va dirigido (v. 1 en la Biblia Hebrea) al director de coro, sobre *Muth-labbén* («¿muerte de un hijo?»), indicación musical de significado incierto. En estos versículos vemos que:

1. David alaba a Dios por los favores y obras maravillosas que ha llevado a cabo recientemente para él y su reino (vv. 1, 2). El gozo santo es la vida de la alabanza agradecida, así como la alabanza agradecida es el lenguaje del gozo santo (v. 2: *«Me alegraré y me regocijaré en ti»*. Los triunfos del Redentor son también triunfos de los redimidos (v. Ap. 12:10; 15:3, 4; 19:5).

2. Reconoce el poder omnímodo de Dios, al que ningún enemigo, ni aun el más fuerte o el más astuto, puede hacer frente (v. 3). Todos sus enemigos se ven forzados a emprender la retirada, y aun la retirada les llevará a la destrucción, sin que les salve la huida más que la lucha. La presencia del Señor y la gloria de su poder son suficientes para destruir a los enemigos de Dios y de su pueblo.

3. Da a Dios la gloria de su justicia al aparecer en favor de él (v. 4): *«Porque has mantenido mi derecho y mi causa,* esto es, mi justa causa; cuando ha sido llevada a tu tribunal, *te has sentado en el trono juzgando con justicia»*.

4. Recuerda y anota con gozo las victorias del Dios de los cielos sobre todos los poderes del infierno y celebra con alabanzas esos triunfos (v. 5): *«Reprendiste a las naciones,* les diste pruebas evidentes del desagrado con que las miras, *destruiste al malvado,* hasta borrar en el olvido incluso su nombre.

5. Exulta de gozo ante la destrucción de los enemigos y el derribo de sus ciudades (v. 6).

6. Halla en Dios consuelo para sí mismo y para otros. Se satisface: (A) Con el pensamiento de la eternidad de Dios (v. 7): *«Jehová permanecerá para siempre»,* mientras que en este mundo no hay nada durable; aun las ciudades más populosas y mejor fortificadas serán destruidas y dadas al olvido. (B) Con el pensamiento de la soberanía de Dios tanto en el gobierno como en el juicio: *«Ha dispuesto su trono para juicio»,* su sabiduría es infinita y son inmutables sus designios. (C) Con el pensamiento de la justicia de Dios en la administración de su gobierno (v. 8): *«Él juzgará al mundo con justicia»,* a todas las personas y todos los casos, y con toda rectitud, sin excepciones ni favoritismos. (D) Con el pensamiento del singular favor que Dios dispensa a su pueblo y la especial protección que le concede (v. 9): *«Jehová será ciudadela* (lugar alto y fuerte) *para el oprimido, lugar fuerte para el tiempo de angustia»*. (E) Con el pensamiento de la satisfacción y tranquilidad mental de quienes han puesto en Dios su refugio (v. 10):

«En ti confiarán los que te conocen, como yo te conozco, y verán, como yo lo he visto, *que no desamparas a los que te buscan».* Cuanto más se confía en Dios, mejor se le conoce. Quienes saben que es un Dios de sabiduría, poder y bondad infinitos, confiarán en Dios *aunque los mate* (Job 13:15, aunque—nota del traductor—dicha traducción es improbable. V. el comentario a tal lugar). Quienes saben que es un Dios de inviolable verdad y fidelidad se regocijarán y descansarán en sus ricas promesas.

Versículos 11–20

1. Después de alabar a Dios, David invita a otros a que se unan a él en alabanzas al Señor (v. 11): «*Cantad alabanzas a Jehová, que habita en Sion».* Así como la especial residencia de su gloria es el Cielo, así también la especial residencia de su gracia es la Iglesia, de la que Sion era tipo (v. Gá. 4:26). Así que han de tomar buena nota de la justicia de Dios al vindicar la sangre de su pueblo Israel aquellos que les agredieron bárbaramente, haciéndoles guerra sin cuartel (v. 12).

2. Después de haber cantado alabanzas a Dios por los favores y las liberaciones del pasado, David ora fervientemente para que Dios se muestre a favor de él en el futuro, pues todavía no se le han acabado los sinsabores (v. 13): *«Ten misericordia de mí, Jehová; mira mi aflicción que padezco a causa de los que me aborrecen».* La experiencia que tenía del socorro de Dios en los apuros pasados le da confianza para esperar que le socorra en el aprieto presente: *«Levántame de las puertas de la muerte».* El Dios que ha tenido compasión de nosotros y nos ha salvado de la muerte espiritual y eterna, nos da ánimo para esperar su ayuda en medio de los más graves aprietos en que podamos encontrarnos. David no ora llevado de un motivo egoísta, sino que quiere servirse de esta liberación *para proclamar todas las alabanzas de Dios en las puertas de la hija de Sion* (v. 14). Esta última expresión, que equivale a una personificación de Sion, es única en los Salmos, aunque ocurra en Isaías 1:8; Miqueas 1:13 y Zacarías 2:14.

3. Por medio de la fe, David prevé y anuncia la ruina segura de todos los malvados. Dios ejecuta sobre ellos su juicio cuando se ha colmado la medida de sus iniquidades, pues se hunden en el pozo que ellos mismos han excavado (7:15). Los borrachos se matan a sí mismos; los pródigos se hacen a sí mismos mendigos; los amigos de riñas y disputas atraen violencia contra sí mismos. Con estos juicios, *se revela desde el cielo la ira de Dios contra toda impiedad e injusticia de los hombres* (Ro. 1:18). Por eso añade David (v. 17): *«Los malos serán trasladados al Seol,* como cautivos a la cárcel, *todas las gentes que se olvidan de Dios».* El olvido de Dios es el fundamento de la impiedad de los malvados.

4. David anima al pueblo de Dios a esperar la salvación, la perfecta liberación, aunque se demore (v. 18). Los necesitados pueden pensar (y otros lo pueden pensar de ellos) que Dios se ha olvidado de ellos y que ha perecido la expectación que tenían del socorro divino; pero el verdadero creyente es también paciente; la visión es para el tiempo señalado (comp. con Dn. 8:26). *«El Señor no retarda su promesa»* (2 P. 3:9); por tanto, nuestra esperanza no se verá defraudada.

5. David concluye con una oración para que Dios humille a los altivos, quebrante su poder y haga fracasar todos sus malvados planes (v. 19): *«¡Levántate, oh Jehová, no triunfe el hombre!»* Como si dijera; «¡Despierta, ponte en movimiento, ejercita tu poder, pronuncia sentencia contra todos esos altivos y osados enemigos de tu nombre, de tu causa y de tu pueblo, *no triunfe el hombre,* que no se gloríe el malvado de pisotear tu honor y de prevalecer contra los intereses de tu reino!» Es cosa muy de desear, tanto para la gloria de Dios como para la paz y el bienestar de los pueblos, que los hombres se tengan en lo que son, meros hombres: criaturas dependientes, cambiantes, mortales y responsables ante Dios.

SALMO 10

La versión de los LXX une este salmo con el noveno y hace de ambos uno, pero en la Biblia Hebrea son dos salmos distintos; el tema y el estilo son diferentes ciertamente. En este salmo, I. David se queja de la maldad de los inicuos y se percata de la demora que Dios muestra en aparecer contra ellos (vv. 1–11). II. Ora a Dios a fin de que lo haga para alivio de su pueblo, y se consuela con la esperanza de que lo hará a su debido tiempo (vv. 12–18).

Versículos 1–11

En estos versículos David descubre:

1. Un gran amor a Dios y un ferviente deseo de la comunión con él (v. 1): *«¿Por qué estás lejos, oh Jehová,* como a quien no le importan las indignidades que se cometen contra tu nombre y las injurias que se hacen a tu pueblo?» ¡No juzguemos por las apariencias! Nos alejamos de Dios con nuestra incredulidad, y luego nos quejamos de que Dios se aleja de nosotros.

2. Un gran odio al pecado y gran indignación contra los pecadores. Al contemplar a los transgresores, se apena, se asombra y presenta ante su Dios la maldad que cometen con altivez y descaro. Las invectivas satíricas contra los malos suelen hacer más mal que bien, a no ser que las presentemos únicamente a Dios en oración, pues sólo Él les puede poner remedio y hacer mejores. La gran maldad del inicuo se compendia aquí en pocas palabras (v. 2): *«Con arrogancia el malo persigue al pobre».* ¡Arrogancia y persecución! La primera es la causa de la segunda, tanto en el Estado como en la Iglesia. Tras comenzar con esta descripción, el salmista inserta una breve plegaria, como un paréntesis, y dice: *«¡Queden* (lit. *quedarán) atrapados en la trama que han urdido!»* (v. 2b).

(A) El pecador se gloría arrogantemente de su poder y de sus éxitos. *«Se jacta de los antojos de su alma»* (v. 3), esto es, se jacta de que puede llevar a cabo lo que desea. La segunda parte de este versículo—nota del traductor—es algún tanto confusa en el original, pero la única versión que, al ser fiel al hebreo, encaja bien en el contexto, es la que da la Reina-Valera 1977: «El *codicioso maldice* (y) *desprecia a Jehová».* Véase cómo la arrogancia lleva a la persecución, y la avaricia lleva a la blasfemia.

(B) El pecador echa de sí todo pensamiento de Dios (v. 4): Ni le busca ni piensa en Él. La altivez conduce a la irreligión. Los hombres no buscan a Dios porque piensan que no le necesitan y que sus propias manos les bastan. Menosprecian orgullosamente los mandamientos de Dios (v. 5): *«Tus juicios los tiene muy lejos de su vista»,* y piensa que son pura abstracción sin realidad alguna. Confían tanto en sí mismos que no temen que su prosperidad pueda tener jamás fin ni mengua (v. 6): *«Dice en su corazón: No seré inquietado jamás; nunca me alcanzará el infortunio».* Son como Babilonia: *«Para siempre seré señora»* (Is. 47:7. Comp. Ap. 18:7). Quienes de esta forma se creen más lejos de la ruina, son los que más cerca están de ella.

(C) Para satisfacer su orgullo y su codicia, y para oponerse a Dios y a la religión, oprimen y explotan a cuantos tienen al alcance de la mano. Hablan con malvada amargura (v. 7): *«Llena está su boca de maldición, y de engaños y fraude».* Como Caín, *«se sienta en acecho cerca de las aldeas; para matar a escondidas al inocente. Sus ojos están acechando al desvalido, etc.».* (vv. 8, 9). *«Se encoge y se agacha»* (v. 10), no por estar avergonzado de lo que hace, sino para mejor cazar a los incautos; ni por temor a la ira de Dios, pues se imagina que Dios no se da cuenta de sus crímenes (v. 11), sino para que no se descubran sus planes y sus intenciones. Los que tienen poder y autoridad tienen también la obligación de proteger al inocente y proveer para el pobre, pero éstos destruyen precisamente a los que deberían ser objeto de su protección.

Versículos 12–18

Tras la precedente presentación de la inhumanidad e impiedad de los opresores, David se dirige ahora a Dios. Veamos:

I. Qué es lo que le pide. 1. Que Dios mismo haga acto de presencia (v. 12): *«(Levántate, oh Jehová Dios, alza tu mano,* manifiesta tu poder y providencia en los asuntos de este mundo de abajo, y confunde a los que dicen que *tienes tapado el rostro»* (v. 11). 2. Que se manifieste a favor de su pueblo: *«No te olvides de los pobres,* de los oprimidos y desvalidos. Sus opresores, en su presunción, dicen que los has olvidado, y ellos mismos en su desesperación, están tentados a decir lo mismo. Manifiéstate Señor, para que se vea que ambos están en un error». 3. Que se manifieste contra sus perseguidores (v. 15): *«Quebranta tú el brazo del inicuo,* quítale el poder, *haciendo que no reine el hombre impío, ni enrede en sus mallas al pueblo»* (Job 34:30).

II. A qué apela para avivar su propia fe en estas peticiones:

1. Apela a la grave afrenta que estos orgullosos opresores hacen al propio Dios (v. 13): *«¿Por qué desprecia el malo a Dios?»* Sí, le desprecia, puesto que le dice en su interior: *«Tú no lo inquirirás;* no nos tomarás jamás cuenta de lo que hacemos». No se puede causar mayor afrenta al honor de un Dios justo y poderoso. Los malos desprecian a Dios porque no le conocen. ¿Y por qué permite Dios que le desprecien de ese modo? Porque el día de rendir cuentas no se retrasará.

2. Apela al conocimiento que Dios tiene de todos los males que los opresores llevan a cabo (v. 14): *«Tú lo has visto, etc.».*

3. Apela a la dependencia que los pobres y oprimidos tienen de Él (v. 14b): *«A ti se acoge el desvalido; tú eres el amparo del huérfano.* En tu poder, sabiduría y bondad confían. ¡No les abandones, protégeles!»

4. Apela a la relación que el propio Dios ha tenido a bien establecer con ellos: (A) Como un gran Dios (v. 16): *«Jehová es Rey eternamente y para siempre* (es decir, continuamente)». Como si dijera: «Señor, haz que todos los que te rinden tributo y homenaje como a su Rey, hallen en tu gobierno el beneficio y el refugio». (B) Como un buen Dios, pues Él es el protector de los desvalidos y de los huérfanos (v. 14).

5. Apela finalmente a la experiencia que el pueblo de Dios tiene de la prontitud con que el Señor se manifiesta a favor de ellos (v. 16b): *«De su tierra han sido barridos los gentiles»;* las siete naciones cananeas están ahora, por fin, desarraigadas del suelo de Palestina, lo cual es un consuelo y un aliento para esperar que Dios quebrantará del mismo modo el brazo de los opresores israelitas que, en muchos aspectos, son peores que los mismos gentiles. Dios había oído la oración y conocía el deseo de los humildes y oprimidos (vv. 17, 18); les había hecho justicia, por lo que sus clamores no habían sido en vano. «Así, pues—viene a decir—tú vas a escucharles también ahora, pues eres el mismo de siempre, con el mismo poder y la misma bondad». Él prepara los corazones para la oración encendiéndoles el deseo santo y fortaleciéndoles la fe sincera; y luego acepta benévolamente sus plegarias. Pondrá, pues, fin a la furia de los opresores, *a fin de que no vuelva (n) más a infundir terror al hombre* (hebr. *enosh* = el ser humano en su debilidad congénita) *hecho de arcilla* (lit. *de la tierra), destinado a fenecer como heno* (Is. 51:12). El que nos protege es el Dios del Cielo, mientras que el que nos persigue no es más que un hombre de la tierra.

SALMO 11

En este salmo, David se ve acechado por una tentación de desconfiar de Dios (probablemente, en el contexto de 1 S. 18:11 y 19:10), y sale triunfador. I. Cómo presenta la tentación (vv. 1–2). II. Cómo la resiste, al considerar el dominio y la providencia de Dios (v. 4), su favor hacia los justos, y la ira para la que son reservados los impíos (vv. 5–7). Cuando los hijos de Dios se hallen bajo la amenaza de los enemigos de Dios y de su Iglesia, les será de gran provecho meditar en este salmo.

Versículos 1–3

La inscripción («Al músico principal. Salmo de David») forma parte del versículo 1 en la Biblia Hebrea lo mismo que en nuestras versiones; por lo que se corresponden los números de los versículos respectivos. En estos versículos, vemos:

I. La firme resolución de David de poner su confianza en Dios (v. 1): *«En Jehová he confiado».* Antes de dar cuenta de la tentación que le induce a desconfiar de Dios, el salmista declara su decisión de confiar en Él, pase lo que pase.

II. Su firme oposición a la tentación: *«¿Cómo decís a mi alma* (es decir, *a mí), que escape al monte cual ave?»,* es decir, con la mayor premura (¡volando!—como solemos decir—). Esto se lo sugieren a David sus bien intencionados amigos, apoyados en dos razones aparentemente muy fuertes: 1. Los enemigos lo tenían todo preparado para darle muerte (v. 2), por lo que su vida peligraba gravemente; 2. Su presencia entre los suyos no servía de nada útil (v. 3): *«Si se socavan los fundamentos* de la sociedad,

¿qué podrá hacer el justo?» Los asuntos del Estado se hallaban en situación caótica, debido a la inquina de Saúl contra David y a la consiguiente mala administración de su gobierno. En esta situación—piensan los consejeros de David—¿qué puede hacer David?

Versículos 4–7

Dicen que cuando se sacude un árbol, se le hace que arraigue más profunda y rápidamente. El consejo de los amigos de David, que implicaba desconfianza en Dios, le hace adherirse con tanta mayor fuerza a sus primeros principios. Lo que sacude la fe de muchos es ver la prosperidad de los malvados a pesar de sus impiedades, y las aflicciones que con frecuencia sufren los piadosos. De ahí puede surgir el mal pensamiento: «De seguro que de nada sirve buscar a Dios». Pero, a fin de suprimir tal pensamiento, David considera:

1. Que hay un Dios en el Cielo (v. 4): *«Jehová está en su santo templo»;* aquí, en el cielo (2:4; 9:8; 18:7), desde el que todo lo ve y lo gobierna (18:7, comp. con Mi. 1:2; Hab. 2:20).

2. Que este Dios es el Rey del Universo. El Señor tiene en el Cielo, no sólo su residencia, sino también *su trono,* desde el que *dispone sus poderes sobre la tierra* (Job 38:33). ¡Veamos, por fe, a Dios en su trono: en su trono de gloria y de gobierno, dando a todos leyes, motivaciones y deseos; en su trono de juicio; y en su trono de gracia, al que todos los suyos tienen libre acceso por su misericordia y por su gracia! Entonces no tendremos motivo alguno para sentirnos desanimados por el orgullo y el poder de los opresores, ni por las aflicciones que puedan sobrevenir a los buenos.

3. Que este Dios conoce perfectamente el verdadero carácter de cada individuo humano: *«Sus ojos ven, sus párpados escudriñan a los hijos de los hombres».* No sólo los ve, sino que los atraviesa con su mirada, pues no sólo conoce lo que dicen y hacen, sino también lo que piensan y planean, aun cuando aparenten otra cosa.

4. Que si aflige a los buenos es para ponerlos a prueba (v. 5a) y, por consiguiente, para su bien (comp. Stg. 1:12); *«para, a la postre, hacerles bien»* (Dt. 8:16).

5. Que, por mucho que los impíos puedan prosperar y prevalecer, están siempre bajo la ira de Dios y, tarde o temprano, perecerán (vv. 5, 6): *«Su alma* (de Dios) *aborrece al que ama la violencia. Sobre los impíos hará llover calamidades* (lit. *trampas)».* En esta última frase puede notarse una doble metáfora, a fin de presentar vivamente lo ineludible del castigo de los malvados. Será como *trampas* que los atrapen y los tengan sujetos, presos, hasta que llegue el día de la cuenta. Y *hará llover,* de la misma manera que un repentino aguacero sorprende a veces al viajero en un día de verano, además de esas *trampas, fuego, azufre y viento abrasador;* esto último parece aludir a la destrucción de Sodoma y Gomorra.

6. Que, aunque las personas buenas puedan hallarse rodeadas de adversidades, Dios, no obstante, les reconoce como hijos suyos y está a favor de ellos, y esta es la razón por la que Dios juzgará con toda severidad a los perseguidores y opresores, puesto que aquellos a quienes persiguen y oprimen son muy amados de Dios (v. 7b): *«Los rectos contemplarán su rostro* (de Dios)», es decir, disfrutarán de su favor.

SALMO 12

El salmo es de David, pero no puede determinarse la ocasión que le indujo a redactarlo; lo único que se deduce del texto es que se queja de la deslealtad y falta de sinceridad, ya sea de sus enemigos o de sus falsos amigos. I. Le pide a Dios ayuda, pues no puede fiarse de ningún ser humano (vv. 1, 2). II. Predice la destrucción de sus arrogantes y amenazadores enemigos (vv. 3, 4). III. Se asegura a sí mismo y asegura a otros de que, por mal que marchen las cosas de momento (v. 8), Dios preservará y protegerá a su pueblo (vv. 5, 7), y les cumplirá las promesas que les ha hecho (v. 6).

Versículos 1–8

En este salmo, como en otros que hemos visto el título forma el primer versículo por lo que tiene 9 versículos en la Biblia Hebrea. Sobre lo de *Sheminith*, véase lo dicho en el comentario al título del Salmo 6. El salmo nos provee de buenos pensamientos para malos tiempos.

I. Veamos aquí qué es lo que hace que los tiempos sean malos y cuándo podemos decir que lo son. La escasez de dinero, el fracaso del negocio, las desolaciones de la guerra, etc., hacen que los tiempos sean malos. Pero la Escritura achaca la maldad de los tiempos a causas de otra naturaleza (2 Ti. 3:1): *«… en los últimos días vendrán tiempos difíciles»*. ¿Por escasez de dinero, quiebra del negocio o desolación de una guerra? ¡No! El Apóstol lo atribuye a la maldad de los hombres en un grado no conocido anteriormente. De esta maldad se queja David aquí. Los tiempos son malos:

1. Cuando hay una general decadencia de la piedad y de la honestidad entre los hombres (v. 1): *«… se acabaron los compasivos; … han desaparecido los leales de entre los hijos de los hombres».* Obsérvese cómo se colocan juntas estas dos cualidades: la *compasión* (hebr. *jasid* = el piadoso para con Dios y los hombres) y la *lealtad* (hebr. *emunim* = los fieles). Donde no hay sincera piedad, no se puede esperar lealtad. Se dice aquí de estas personas que *han cesado* y que *han caído* (lit.). Los verdaderamente buenos han sido quitados de en medio, y los que sólo lo parecían han degenerado hasta dejar de ser lo que parecían.
2. Cuando los hombres son tan desvengonzados como para planear contra sus prójimos los peores males y, no obstante, son tan viles como para cubrir sus designios con plausibles profesiones de amistad (vv. 2, 3). Pueden besar para matar. Es la imagen perfecta del diablo, mentiroso y homicida (Jn. 8:44) ¡Ciertamente son pésimos los tiempos cuando ha desaparecido del todo la sinceridad!
3. Cuando los pecadores arrogantes han llegado a tal nivel de impiedad como para decir: *«Por nuestra lengua prevaleceremos* contra toda causa virtuosa; *nuestros labios por nosotros* (lit. *son nuestros*) y podemos decir lo que nos venga en gana; *¿quién va a ser amo nuestro?* (v. 4). Injustas y jactanciosas pretensiones, porque ¿quién nos hizo la boca, en cuya mano está nuestro aliento y el aire que respiramos? ¿Y quién sino Él es el que tiene plena autoridad, señorío y dominio sobre nosotros, para mandarnos y para juzgarnos? (Comp. Éx. 5:2).
4. Cuando los pobres y necesitados se hallan bajo opresión y abuso. Esta maldad se insinúa en el v. 5, donde Dios mismo toma nota de la *opresión de los pobres* y del *suspiro de los menesterosos.*
5. Cuando abunda la maldad hasta tal punto que cunde descaradamente bajo la protección o la vista gorda de los que están en autoridad (v. 8). *«Porque la vileza es exaltada entre los hijos de los hombres.»*

II. Cuando los tiempos son tan malos, sirve de consuelo pensar:

1. Que tenemos un Dios a quien acudir para pedirle que salga a favor nuestro y nos compense de los males que nos afligen. Con esto comienza precisamente David (v. 1): *«Salva oh Jehová …»*
2. Que Dios tomará cuentas de seguro a los orgullosos y desleales; que castigará y refrenará su insolencia. Los hombres no pueden descubrir a menudo la falsedad de los aduladores, ni humillar la altivez de los que hablan con arrogancia; pero el Dios justo *arrancará los labios lisonjeros* (v. 3). Así lo pide el salmista con toda confianza.
3. Que Dios llevará a cabo, a su debido tiempo, la liberación de sus hijos oprimidos y les resguardará de los malignos designios de quienes les persiguen (v. 5b): *«Ahora me levantaré, dice Jehová»*. Cuando los opresores se hallen en el pináculo de su orgullo e insolencia, cuando digan: *«¿quién va a ser amo nuestro?»* (v. 4), entonces es la hora de Dios para hacerles saber, a costa de ellos, que está por encima de ellos. Y cuando los oprimidos están en el fondo de su aflicción y desespero entonces es también la hora de Dios para salir a favor de ellos, como salió a favor de Israel cuando los israelitas se sentían más abatidos, y el faraón se sentía más exaltado. *«Ahora me levantaré, dice Jehová»*. Y añade Dios: *«(le) pondré a seguro* (lit.), es decir, le protegeré, le salvaré, le restauraré de forma que no pierda nada por lo que haya sufrido, le cumpliré *lo que él anhela»* (v. 5).
4. Que, aun cuando los hombres sean desleales, Dios es fiel (v. 6): *Las palabras de Jehová son palabras sinceras* (lit. *puras), como plata refinada,* es decir, acrisolada *siete veces,* esto es, perfectamente.
5. Que Dios se reservará de seguro un remanente suyo, por malos que sean los tiempos (v. 7): *«Tú, Jehová, nos guardarás; de esta generación nos preservarás para siempre».* En tiempos de general apostasía, el Señor conoce a los que son suyos y les concederá gracia para que preserven su integridad.

SALMO 13

También este salmo es de David, salmo de lamentación amarga que acaba con profesión de confianza y alabanzas a Dios. Tampoco se sabe con ocasión de qué particular aflicción fue compuesto. I. David se queja de que Dios tarda en prestarle auxilio (vv. 1, 2. Nótese ese cuádruple *«¿Hasta cuándo?»* en dos versos). II. Ruega fervientemente a Dios que considere su caso y venga en su auxilio (vv. 3, 4). III. Se asegura a sí mismo de obtener respuesta de paz y, por tanto, concluye el salmo con notas de gozo y triunfo, pues sabe que su liberación es tan segura como si ya estuviese realizada (vv. 5, 6).

Versículos 1–6

David, en su aflicción, derrama aquí su alma delante de Dios.

1. Siempre causa alivio al ánimo turbado dar suelta a sus pesares especialmente ante el trono de la gracia, donde estamos seguros de hallar a uno que es afligido en las aflicciones de su pueblo (Is. 63:9). Allá tenemos acceso libre mediante la fe, literalmente *«libertad de palabra»* (gr. *parrhesía).* David llegó a pensar que Dios se había olvidado de él. No es que una buena persona pueda dudar de la omnisciencia, de la bondad y de la fidelidad de Dios, pero en un momento de enfado y temor puede oscurecerse la mente y, cuando surge de una alta estima y de un ferviente deseo del favor de Dios, aunque no exima de culpabilidad, puede perdonarse y excusarse, pues una segunda reflexión llevará a la retractación y al arrepentimiento. Su mente estaba llena de preocupación por lo que él creía el olvido de Dios (v. 1), la congoja le llenaba el corazón *cada día* (v. 2). El pan de aflicción es algunas veces el pan cotidiano del santo. Nuestro Señor mismo fue *«varón de dolores»* (Is. 53:3). La insolencia de sus enemigos añadía nuevo pesar a la amargura de David. De ahí ese, cuatro veces repetido, *«¿Hasta cuándo?»* y ese *«para siempre»* del versículo 1. Como si dijese: «¿Cuándo se va a acabar esto? ¿Va a durar indefinidamente?» Es una tentación muy corriente, cuando una aflicción dura mucho, pensar que no se va a acabar nunca; entonces la desconfianza se convierte en desesperación, y quienes por largo tiempo han estado sin gozo, comienzan, a la larga, a estar sin esperanza.

2. Sus quejas sirven de pábulo a sus plegarias (vv. 3, 4). Nunca nos debemos permitir ninguna queja sino la que podamos derramar en presencia de Dios y la que nos lleve a ponernos de rodillas. David pide a Dios que *mire,* que considere su caso, que *le responda* en cuanto al objeto de sus quejas, y que *le alumbre los ojos,* no los de la cara, sino los del corazón (Ef. 1:18). Los ojos de la fe por medio de la cual pueda ver por encima, y a través, de las cosas que se perciben con los sentidos. Como si dijera: «Señor, ayúdame a ver más allá de mis presentes apuros y a prever un feliz resultado de ellos». Si no hay lumbre para sus ojos, se siente cercano a la muerte. Pero no es sólo por escapar del sueño de la muerte por lo que pide alivio, sino también para que no se alegre su enemigo y diga: *«Lo vencí;* ha caído; he prevalecido contra él y contra su Dios» (v. 4).

3. Sus plegarias se cambian pronto en alabanzas (vv. 5, 6): *«… Mi corazón se alegrará … Cantaré a Jehová … ».* ¡Qué cambio tan sorprendente en tan pocas líneas! Al comienzo del salmo, tenemos a David desanimado, acongojado, presto a hundirse en la melancolía y la desesperación; pero al final le vemos regocijándose en Dios y exaltado en alabanzas al Señor. Véase el poder de la fe y el poder de la oración, y cuán bueno es acercarse a Dios. «En otros momentos de apuro—parece decir David—*he confiado en la misericordia de Dios* y nunca me ha fallado; por eso, también en medio de la presente aflicción, cuando parece que Dios esconde de mí su rostro, cuando hay fuera conflictos y dentro temores (2 Co. 7:5), *he confiado en la misericordia de Dios* y ella ha sido para mí ancla en la tormenta, con cuya ayuda, aunque he sido zarandeado, no he sido anegado.» La fe en la misericordia de Dios llenaba el corazón de David de *gozo en la salvación* que Dios le concedía (v. 5), pues el gozo y la paz vienen por el *creer* (Ro. 15:13). *«… en quien creyendo … os alegráis»* (1 P. 1:8). Por eso, termina David y dice (v. 6): *«Cantaré a Jehová;* cantaré en recuerdo del *bien que me ha hecho* en otras ocasiones y, aunque nunca llegase a recobrar la paz que entonces tuve siempre cantaría igualmente sus alabanzas».

Nota del traductor: Para información de nuestros lectores, es de notar que algunos autores, para mantener mejor la unidad del salmo, rechazan el brusco cambio que nuestras versiones efectúan en el versículo 5. Así por ejemplo, Arconada traduce los versículos 5 y 6 del modo siguiente: *«No vaya a decir mi enemigo: «Le pude»* (v. 4 en nuestras versiones), *ni mis contrarios vayan a regocijarse si llegare a caer, cuando yo a tu bondad me he confiado. Mi corazón pueda regocijarse en tu salvación, pueda yo*

cantar a Jehová: "Me ha sido benéfico"». Ligeramente distinta es la traducción de la *Biblia de Jerusalén.* Sin embargo, el texto hebreo, aunque no de una forma decisiva, favorece a nuestras versiones, como lo reconoce la *Nueva Biblia Española.*

SALMO 14

También este salmo es de David, pero no se sabe en qué ocasión fue redactado. El Apóstol, al citar parte de este salmo (vv. 2b, 3) para probar que tanto judíos como gentiles están bajo pecado (Ro. 3:9–12) y que todo el mundo queda bajo el juicio de Dios (Ro. 3:19), nos lo hace entender, en general, como una descripción de la depravación de la naturaleza humana. En todos los salmos desde el 3 hasta el presente (exceptuando el 8), David ha venido quejándose de los que le odiaban y perseguían. Ahora señala el camino de estas malas corrientes hasta lo que es su fuente: la general corrupción de la naturaleza, y ve que no sólo sus enemigos, sino también todos los hombres, están corrompidos. Aquí tenemos: I. La declaración de culpabilidad de un mundo perverso (v. 1). II. La prueba de esta declaración (vv. 2, 3). III. Una seria amonestación a los pecadores, y especialmente a los perseguidores, a causa de ello (vv. 4–6). IV. Una oración de fe por la salvación de Israel y una gozosa expectación de dicha salvación (v. 7).

Versículos 1–3

El pecado es la enfermedad endémica de la humanidad, y aquí se ve la malignidad de tal enfermedad.

1. Véase su malignidad (v. 1) en dos cosas:

(A) El desprecio que hace del honor de Dios, pues siempre hay algo de ateísmo práctico en el fondo de todo pecado: Dice el necio (hebr. *nabal* = el insensato malvado) *en su corazón: No hay Dios.* No es un ateo teórico; en la Biblia no se presenta el caso de alguien que niegue seriamente la existencia de Dios; se trata de personas que viven como si Dios no existiera (v. Sal: 10:4, 11, 13); son los que *no buscan a Dios* (v. 2) *ni le invocan* (v. 4). En este sentido, *necio* se opone a *sabio,* el cual teme a Dios, guarda sus mandamientos y se aparta del mal.

(B) El rebajamiento que hace de la dignidad misma del hombre, pues estos necios son los hombres que *se han corrompido y hacen obras abominables.* De tal forma han degenerado de su estado original que *se han podrido* (v. 3 lit.), ya que no sirven ni honran a Dios, se hacen daño a sí mismos y perjudican de diversas maneras al prójimo. De éstos son los que *profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y desobedientes, descalificados en cuanto a toda obra buena* (Tit. 1:16).

2. Véase cuán endémica es esta enfermedad pues ha infectado a la raza entera de Adán. Dios mismo se constituye aquí en testigo de vista (vv. 2, 3): «*Jehová miró desde los cielos,* echó desde allí un amplio vistazo *sobre los hijos de los hombres, para ver si había alguno sensato* (hebr. *maskil* = persona de discernimiento), que comprendiese su deber y su interés, *que buscase a Dios* y anduviese rectamente en su presencia. El v. 3 nos da el resultado de esta investigación divina: *Todos se desviaron* (Is. 53:6), la apostasía es universal, de forma que *no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno,* mientras la gracia de Dios no haya producido en el corazón un cambio radical y completo (Jn. 3:3). Cuando Dios acabó de crear el mundo, incluido el hombre, *vio que todo era muy bueno* (Gn. 1:31); pero, algún tiempo después, miró sobre la obra del hombre y vio que todo era muy malo (Gn. 6:5).

Versículos 4–7

En estos versículos, el salmista se esfuerza:

1. En convencer a los pecadores de la maldad y del peligro del camino en que se hallan, por muy seguros que se crean en tal camino. Les muestra tres cosas que, al parecer, ellos no quieren ver: su maldad, su insensatez y su peligro.

(A) Su maldad. Ésta se describe con cuatro ejemplos: (a) *«Hacen iniquidad»* (v. 4a), como si su negocio fuese hacer el mal (hebr. *aven).* (b) *«Devoran al pueblo de Dios* como el hambriento devora su plato favorito, *como si comiesen pan».* Hacer el mal es para los pecadores como su comida y bebida. (c)

«A Jehová no invocan.» ¿Qué cosa buena puede esperarse de quienes viven sin oración? (d) *«De los planes del desvalido hacen burla»* (v. 6), es decir, se burlan de la confianza que los buenos ponen en Dios.

(B) Su insensatez: *No comprenden* (v. 4); no tienen conocimiento (hebr. *yadu*—conocimiento íntimo, experimental).

(C) Su peligro (v. 5): *«Allí temblarán de espanto»*. Se han dado muchos casos de perseguidores arrogantes y crueles que no sólo han llenado de terror a otros, sino también a sí mismos.

2. También se esfuerza el salmista en consolar al pueblo de Dios pues disfrutan de la presencia del Señor (v. 5b): *«Porque Dios está con la generación de los justos»*. Además, gozan de la protección de Dios (v. 6b): *«Jehová es su refugio»* (lit.). Cuando David tuvo que huir a causa de la rebelión de su hijo Absalón, se consolaba con la seguridad de que Dios *haría volver su cautividad*, es decir, cambiaría la situación en que se hallaba. Aquí, su perspectiva es mucho más amplia. Al comienzo del salmo, se había lamentado de la universal corrupción de la humanidad y, tras la melancolía que tal perspectiva le producía, desea la salvación que, al final de los tiempos, *había de salir de Sion* (v. 7)—en primer lugar salvación del pecado, la cual había de ser llevada a cabo por el Redentor del que se esperaba que *había de venir de Sion*, para *apartar de Jacob la impiedad* (Ro. 11:26)—. Sin embargo—nota del traductor—, no está claro que el versículo haya de tomarse en sentido puramente escatológico. Por supuesto, tampoco puede referirse a la liberación de la cautividad de Babilonia, pues ésta no podía venir de Sion, a la sazón en ruinas.

SALMO 15

Éste es uno más de los salmos de David. El objeto de este breve, pero excelente salmo es mostrarnos el camino del Cielo y convencernos de que, si queremos ser felices de veras, hemos de ser santos y honestos. Cristo, quien es Él mismo el camino (Jn. 14:6) y en quien hemos de andar nuestro camino (Col. 2:6), nos mostró también el mismo camino cuando dijo: *«Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos»* (Mt. 19:17). En este salmo, I. Mediante una pregunta (v. 1), se nos instruye e incita a buscar el camino. II. Mediante la respuesta a dicha pregunta, se nos exhorta, en el resto del salmo (vv. 2–5) a andar por ese camino. III. Mediante la seguridad que se nos concede al final del salmo de que iremos a salvo por tal camino, se nos anima a andar por él (v. 5).

Versículos 1–5

I. Una pregunta muy seria y grave concerniente al carácter de un ciudadano de Sion (v. 1): *«Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo?* Hazme saber quiénes irán al Cielo». No pregunta por el nombre de los que se han de salvar, pues sólo el Señor conoce a los que son suyos, sino por la descripción de su carácter, como si dijese: «¿Qué clase de personas son las que has de reconocer como tuyas y a las que vas a coronar con especiales y eternos favores?» Todos y cada uno debemos hacernos a nosotros mismos esta pregunta: «Señor, *qué haré para heredar la vida eterna?»* (Lc. 18:18) *«¿Qué debo hacer para ser salvo?»* (Hch. 16:30). 1. Obsérvese a quién va dirigida la pregunta: A Dios mismo. 2. Cómo está expresada en el lenguaje del Antiguo Testamento. (A) Por *tabernáculo* podemos entender la Iglesia militante, tipificada por el santuario levantado por Moisés en el desierto y, por ello, hecho como para el desierto, sin ostentación y movible. Allí se manifiesta Dios a su pueblo y allí les sale al encuentro, como lo hacía entonces en el tabernáculo del testimonio, llamado también el tabernáculo de reunión. (B) Por *monte santo* podemos entender la Iglesia triunfante, y alude al monte Sion, sobre el que había de levantarse el templo de Salomón. A todos nos concierne saber quiénes han de habitar allí, para asegurarnos de que tendremos allí un lugar entre ellos.

II. Una respuesta muy clara y concreta a dicha pregunta sobre el carácter de un ciudadano de Sion.

1. Ha de ser sincero e íntegro en su religión: *Anda en integridad*, conforme a la condición del pacto abrahámico (Gn. 17:1 «*Anda delante de* mí y sé perfecto o—hebr. *tamim*, la misma palabra que aquí—);

«así tendrás en Dios al *Shadday*, al Todosuficiente» (v. el comentario a Gn. 17:1). El íntegro, o *cabal* (Job. 1:1, 8 *«tamim»)* es aquél que es lo que profesa ser, sano de corazón, que puede *presentarse a Dios aprobado* (2 Ti. 2:15) en todo lo que hace. Su ojo es quizá débil, pero es sencillo, de visión única; tendrá todavía sus manchas (la descripción de Ef. 5:27 es de carácter escatológico), pero no se pinta; es un *israelita,* no sin pecado, sino *sin engaño* (Jn. 1:47; 2 Co. 1:12). No hay verdadera piedad sin sinceridad.

2. Ha de ser concienzudamente honesto y justo en todos sus asuntos, fiel y honrado con todos con los que trata: *«hace justicia»*. Considera que no puede haber un contrato bueno ni realmente provechoso cuando se hace con base en una mentira, y que el que perjudica a su prójimo, aun cuando parezca astuto, y hasta plausible, se demostrará, a la larga, que se ha hecho a sí mismo la mayor injuria posible.

3. Ha de esforzarse en hacer a sus prójimos todo el bien que pueda, y tener sumo cuidado en no hacer daño a nadie; de modo especial, ha de salvaguardar la reputación de su prójimo (v. 3). Ha de echar a buena parte todo lo que vea en los demás. Si le cuentan algo malo de su prójimo, lo rechazará si le es posible o lo guardará en secreto hasta su muerte. Su *amor cubrirá multitud de pecados* (Sal. 32:1; Pr. 10:12; Stg. 5:20; 1 P. 4:8).

4. Ha de apreciar a los hombres y evaluarlos por su virtud, no por lo que aparenten ante el mundo. No ha de pensar que los hombres pierden algo de su piedad por ser pobres o de baja condición social; sólo ha de *menospreciar a los que son viles* en la presencia de Dios, y *honrar a los que temen a Jehová.* Tal persona reconoce que la verdadera piedad, dondequiera se halle, honra al hombre y hace brillar su rostro más y mejor que lo que pueden hacerlo la riqueza, el talento o el prestigio humano.

5. Ha de preferir siempre tener buena conciencia por encima de cualquier interés o ventaja materiales, de forma que, si ha prometido bajo juramento hacer algo, ha de atenerse a ello sin cambiar, aunque de ello se le siga después algún perjuicio para sus intereses materiales (v. 4b).

6. Finalmente, no ha de tratar de incrementar sus ingresos por medio de prácticas injustas (v. 5): *«Quien su dinero no dio a usura,* para vivir a expensa de las labores y fatigas de otros». No es que se quebrante la ley de la justicia ni la de la caridad por prestar con un provecho similar al que recibe el que toma dinero a préstamo, lo mismo que el amo de una finca que cobra dinero del arrendatario, ya que el dinero puede incrementarse, mediante el trabajo y el comercio, lo mismo que el fruto que se le saca al suelo. Pero un ciudadano de Sion ha de prestar a los pobres sin exigirles interés, de acuerdo con sus posibilidades, no ha de ser riguroso ni severo con quienes han sido reducidos a tal estado por los avatares de las circunstancias. *Tampoco admitirá cohecho contra el inocente;* si está empleado en la administración de la justicia pública, no se dejará sobornar por ningún medio para hacer algo con que salga perjudicada una causa justa.

III. El salmo concluye con una ratificación de este carácter del ciudadano de Sion. Tal persona será como el propio monte Sion, que no puede ser removido. Todo miembro vivo de la Iglesia está, como la Iglesia misma, edificado sobre una roca, contra la que no pueden prevalecer los poderes de la muerte (Mt. 16:18) *«del Hades»,* no «del Infierno» como traducen equivocadamente muchos): *«El que hace estas cosas, no vacilará jamás»* (lit. *no será sacudido por siempre* v. 5b).

SALMO 16

Este salmo tiene dentro algo de David, pero mucho más de Cristo. Empieza con unas expresiones de devoción, propias de David, pero que también pueden aplicarse a Cristo, y termina con una confianza tal en la resurrección que sólo puede aplicarse a Cristo, y no a David, como los Apóstoles Pedro y Pablo hacen notar (Hch. 2:24; 13:36). I. David se expresa en el lenguaje de todo buen creyente al profesar su confianza en Dios (v. 1), su contentamiento en Él (v. 2), su afecto al pueblo de Dios (v. 3) y su adhesión al verdadero culto a Dios (v. 4). II. Se regocija luego en la suerte que le ha caído por ser Jehová su porción (vv. 5, 6), y por tener en Él su gran consejero (comp. con Is. 9:6), que le habla incluso al interior de su persona (v. 7). III. Habla finalmente como tipo de Cristo y, por tanto, con el lenguaje de Cristo mismo, a quien el resto del salmo es expresamente aplicado (Hch. 2:25 y ss.). En concreto, habla, 1. De la especial presencia de Dios con el Redentor en sus servicios y sufrimientos (v. 8). 2. De la resurrección

que el Redentor mismo esperaba para sí y de la gloria que se le había de seguir, por la que pudo llevar a término gozosamente su empresa (vv. 9–11).

Versículos 1–7

El salmo es de David, y es llamado *mikhtam de David.* El vocablo hebreo *mikhtam*, que también aparece a la cabeza de los salmos 56–60, es de significado incierto. Según Ryrie, «parece derivarse de un verbo que significa "cubrir" y podría indicar salmos que tratan sobre la protección (cubrimiento) de los enemigos, o salmos recitados en silencio (cubierta la boca por los labios)». Arconada, en cambio se inclina a favor de la interpretación sugerida por los LXX, quienes traducen el vocablo hebreo por el griego *stelographía*, que significaría «para inscribirlo en una estela». Vamos con el estudio del salmo.

1. David comienza aquí como si volase a buscar la protección de Dios (v. 1): *«Vela sobre mí, oh Dios, porque en ti me he refugiado»* (lit.). Como si dijese: «Presérvame de todo mal, especialmente de la muerte y del pecado, al que estoy continuamente expuesto, porque en ti, y en ti sólo, me refugio como en el único que me da confianza y seguridad». Esto (si quitamos lo del «pecado») es aplicable a Cristo, cuando dijo (Jn. 12:27): *«Padre, sálvame de esta hora»,* y confiaba que Él le había de librar (comp. con He. 5:7).

2. Reconoce su solemne dedicación a Dios como a Dios suyo (v. 2): *«Oh, alma mía, dijiste a Jehová: Tú eres mi Señor* (hebr. *Adonay)* y, por ello, a ti me he acogido desde siempre y para siempre» (comp. 11:1). Y, como motivo principal de esta dedicación suya a Dios, añade: *«No hay para mí bien* (alguno) *fuera de ti»*. Como si dijera: «Todo verdadero bien mío está en ti o subordinado a ti».

3. Como consecuencia de esta complacencia absoluta en Dios, la extiende también a todos los que son hijos de Dios: *«Para los santos que están en la tierra y para los excelentes* (lit.) *es toda mi complacencia»*. Si Dios es nuestro, debemos, en atención a Él, extender nuestra benevolencia a los que son suyos, a los santos en la tierra, pues lo que se les hace a ellos, Él se agrada en tomarlo como hecho a El mismo, habiéndoles constituido recipiendarios de Dios. Quienes han sido renovados por la gracia de Dios y dedicados a la gloria de Dios, son santos en la tierra. Cristo se deleita en estos santos en la tierra, a pesar de las debilidades de ellos, la cual es una buena razón para que también nosotros tengamos en ellos nuestra complacencia (Jn. 17:19).

4. Detesta el culto de todos los dioses falsos y toda comunión con sus adoradores (v. 4): *«Se multiplicarán los dolores de aquellos que sirven diligentes a otros dioses»,* no sólo por el castigo que atraen sobre sí de parte del verdadero Dios a quien rechazan, sino también por la decepción que han de experimentar por parte de los falsos dioses a quienes se adhieren. *«No ofreceré yo sus libaciones de sangre»,* dice David, con lo que da a entender así su firme propósito de no participar de los sacrificios de los idólatras, no sólo porque los ídolos son pura mentira, sino también porque las ofrendas mismas que les hacen son bárbaras, probablemente con sacrificios humanos. En el altar de Dios, comoquiera que allí se hacía expiación por medio de la sangre, beber la sangre estaba estrictamente prohibido, y las libaciones eran de vino; pero el diablo prescribía a sus adoradores beber la sangre de los sacrificios, a fin de instruirles en la crueldad. David no quiere *ni tomar en sus labios los nombres de tales dioses* falsos.

5. Repite la solemne elección que ha hecho de Jehová como de su porción, del lote que le ha tocado en suerte (v. 5) por herencia, del mismo modo que la porción del territorio que a cada tribu le había tocado en el reparto de la Tierra Prometida. *La copa,* más bien que el cáliz del que se sacaban las suertes, es la copa de vino del banquete (comp. 23:5). Da David la gloria de todo ello a Dios, quien *le garantiza la suerte.* Y al aludir a las cuerdas de agrimensor que se usaban para distribuir las heredades, añade (v. 6): *«Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos* (lit. *delicias) y es heredad de preciosidad la que cayó sobre mí»* (lit.). El Cielo es nuestra heredad. No puede ser más hermosa: allí está nuestra casa, nuestro reposo, nuestro bien eterno, y hemos de mirar a este mundo como se mira el país por el que cruza el camino por el que vamos de viaje. Los que tienen razón para decir: Dios es mi porción, ¿qué más pueden desear?

6. Al ponderar David la excelencia de la porción que le ha cabido en suerte, no puede menos que bendecir a Jehová, que fue su consejero en la elección que hizo, y con el que mantiene comunión íntima incluso por la noche (v. 7): *«Bendeciré a Jehová que me aconsejó* (lit.); *aun en las noches me amonestan mis riñones)» (lit.,* es decir, *mi conciencia,* ya que los riñones eran símbolo de lo que hoy llamaríamos lo más íntimo del ser en sentido de «lo subconsciente», así como el corazón lo era de la vida consciente). Si

la porción de Dios es nuestro deleite, que sea también Dios quien se lleve la alabanza por ello. Cuando David se retiraba del mundo y se entregaba a la meditación y al descanso nocturnos, su propia conciencia (también llamada «riñones» en Jer. 17:10) le seguía instruyendo (17:3) y amonestando (eso significa el verbo hebreo) con respecto a los deberes que surgían de la elección que había hecho. Todo esto puede aplicarse, de modo eminente, a Cristo, quien siempre hacía lo que agradaba al Padre, pues en todo miraba la gloria de Dios como el sumo bien y la suprema meta. Al leer o cantar estos versículos, podemos aplicárnoslos también a nosotros mismos, y renovar nuestra elección de Dios como Dios nuestro, con santa complacencia y satisfacción.

Versículos 8–11

Estos versículos fueron citados por el Apóstol Pedro en su primer sermón el día de Pentecostés, en que fue derramado el Espíritu Santo sobre todos los ocupantes del Aposento Alto (Hch. 2:25–28); expresamente dijo que aquí habla David de Cristo y, en particular, de su resurrección de entre los muertos. En alas del espíritu de profecía, el rey cantor y profeta fue llevado más allá de la consideración de su propio caso, a fin de predecir la gloria del Mesías. El Nuevo Testamento nos provee de una llave para introducirnos en el misterio de estas líneas.

1. Estos versículos han de aplicarse con toda certeza a Cristo; de Él habla aquí el rey-profeta, como lo hicieron muchos otros profetas del Antiguo Testamento, *anunciando de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos* (1 P. 1:11). David predice aquí:

(A) Que Cristo había de sufrir y morir. Al decir (v. 9b) *«Mi carne … reposará confiadamente»,* especialmente a la vista del contexto posterior (v. 10), se insinúa que ha de dejar el cuerpo, no sólo que ha de morir, sino también que ha de ser sepultado y permanecer por algún tiempo en las garras de la muerte.

(B) Que había de ser apoyado maravillosamente por el poder divino (comp. con He. 9:14; 12:2) en sus sufrimientos y en su muerte, hasta poder asegurar (Jn. 19:30): *«Consumado está»*. Dice (v. 9a): *«Se alegró, por tanto, mi corazón y se gozó mi gloria* (lit.)», es decir, su *lengua,* como se ve, no sólo por comparación con 30:12 donde sale el mismo vocablo, sino también por Hechos 2:26. (Nota del traductor: Sin duda, se llama «gloria» a la lengua por metonimia, ya que con ella glorificamos a Dios. Me resulta extraño que las versiones católicas modernas, como la de los jesuitas—Arconada—, la *Nueva Biblia Española* y la *Biblia de Jerusalén*, traduzcan—contra las evidencias señaladas—«entrañas», lit. *«hígado»,* en hebreo *kabed,* y corrijan así innecesariamente el texto masorético, que dice *kabod* = gloria.) Ahora bien, tres eran las cosas que sostuvieron a Cristo para que llevase a cabo gozosamente la obra de la redención:

(a) El respeto que tenía a la voluntad y a la gloria del Padre en todo lo que llevó a cabo (v. 8a): «A *Jehová he puesto siempre delante de mí*».

(b) La seguridad que tenía de la presencia de su Padre en medio de sus padecimientos (v. 8b): *«Porque está a mi diestra, no seré zarandeado»*. Como si dijese: « Está presente para ayudarme, al alcance de la mano en tiempo de necesidad».

(c) La perspectiva de un glorioso resultado de sus padecimientos (Is. 53:11; Fil. 2:9–11; He. 12:2). El Espíritu Santo le infundió el valor necesario para soportar el tormento y el vituperio de la Cruz *«por el gozo puesto delante de sí».* Así descansó con esperanza, y eso tornó glorioso su descanso (comp. Is. 11:10; Jn. 13:31, 32).

(C) Que había de ser librado a través de sus padecimientos y rescatado, mediante la resurrección, de los poderes de la muerte (v. 10): *«Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción»* (v. el comentario—en preparación—a Hechos 2:24, y la nota marginal en la Reina-Valera 1977. Nota del traductor).

(D) Que habría de ser abundantemente recompensado por sus grandes padecimientos (v. 11): *«Me mostrarás la senda de la vida»,* es decir, me llevarás a la resurrección a través del oscuro valle de la muerte. Por la confianza que tenía en esto, pudo decir antes de expirar: *«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»* (Lc. 23:46).

2. Al ser Cristo la Cabeza del cuerpo que es la Iglesia (Col. 1:24), estos versículos pueden aplicarse, en su mayor parte, a todos los verdaderos creyentes, quienes están animados y guiados por el Espíritu de Cristo; y, al leerlos o cantarlos, podemos animarnos y edificarnos a nosotros mismos y unos a otros, después de haber dado a Cristo la gloria que se le debe. El creyente moribundo, lo mismo que el

moribundo Cristo, puede dejar gozosamente el cuerpo, en la confiada expectación de una segura resurrección: *«Mi carne también reposará confiadamente».*

SALMO 17

Al hallarse David en grave apuro y gran peligro, debido a la maldad de sus enemigos, se dirige en oración a Dios en este salmo, y busca refugio en Él. I. Apela a Dios con respecto a su propia integridad (vv. 1–4). II. Ruega a Dios que le sostenga en ella y que le preserve de la malevolencia de sus enemigos (vv. 5–8, 13). III. Describe el carácter de sus enemigos, para, basándose en ello, rogar a Dios que le proteja (vv. 9–12, 14). IV. Se consuela con la esperanza de su futura dicha (v. 15).

Versículos 1–7

Este salmo es una oración; hay tiempo para alabar y tiempo para orar. David era ahora perseguido, probablemente por Saúl (comp. 1 S. 23:25 y ss.). Se dirige a Dios en estos versículos, tanto para apelar en favor de su propia causa (v. 1): *«Oye, oh Jehová, una causa justa»,* como para pedir que le escuche (v. 1): *«Está atento a mi clamor»;* y, de nuevo (v. 6): *«Inclina a mí tu oído, escucha mi palabra».* David hablaba sinceramente (v. 1): *«Escucha mi oración hecha de labios sin engaño».* Nos servirá de gran consuelo, cuando nos sobrevenga algún apuro, tener en movimiento las ruedas de la oración, pues así podremos acudir con mayor confianza al trono de la gracia. Su fe le animaba a esperar que Dios tomaría nota de sus oraciones (v. 6): *«… por cuanto tú me oyes, … inclina a mí tu oído».*

1. David dirige su apelación a la corte de los cielos: «Señor, presta atención a la justicia de mi causa, porque Saúl está tan dominado por la pasión y el prejuicio que no querrá escucharme. Así que *de tu presencia proceda mi vindicación* (v. 2). Los hombres me persiguen y quieren acabar conmigo como con un malhechor. Señor, a ti apelo». La sinceridad no teme el escrutinio de Dios, conforme a los términos del pacto de gracia (v. 3): *Me has puesto a prueba y nada inicuo hallaste.* Por su propia conciencia, que es la voz de Dios en el interior, David sabía que Dios le había puesto a prueba (v. 3): Tú *has probado mi corazón, me has inspeccionado de noche* (comp. con 16:7; Job. 31:14). Dios le había puesto también a prueba en las ocasiones que había tenido, una y otra vez, de matar a Saúl. Estaba resuelto a no propasarse, ni de palabra (v. 3): *«He resuelto que mi boca no ha de propasarse;* lo he decidido con la ayuda de tu gracia». Y, del mismo modo que se había refrenado de hablar sin consideración, también se refrenaba de obrar con violencia (v. 4): *«En cuanto a las obras humanas* (las que, por su perversidad, acostumbran hacer los hombres), *por la palabra de tus labios* (por la dirección de tu palabra pura y santa, en obediencia a tus mandamientos), yo *me he guardado de las sendas de los violentos».* Tales eran sus perseguidores.

2. Pide experimentar la buena obra de Dios en él, como evidencia de la buena voluntad de Dios hacia él y para continuar disfrutando de la benevolencia de Dios hacia él: (A) Ora para que Dios efectúe en él su obra de gracia (v. 5): *«Sustenta mis pasos en tus caminos.* Señor, por tu gracia, me he guardado de las sendas de los violentos; con esa misma gracia, haz que sea guardado en tus caminos». (B) Ruega a Dios que le conceda algunas señales de su favor (v. 7): «… *tú que salvas a los que se refugian a tu diestra* (al poder de tu brazo, y no necesitan de ningún otro poder—Jer. 17:5 y ss.—), y los libras *de los que se levantan contra ellos».* Los que confían en Dios tendrán muchos enemigos, pero tienen un amigo que puede más que todos los enemigos: uno con Dios es siempre «mayoría». La liberación de Dios es siempre una maravilla, una proeza (1 P. 2:9 *«… las virtudes*—gr. *aretás* = proezas—). A esto se refiere David al comienzo del versículo 7: *«Muestra tus maravillosas misericordias.* Reserva para mí las proezas de tu misericordia; no me prives de las gracias comunes, pero otórgame las gracias especiales que concedes *a los que se refugian a tu diestra».*

Versículos 8–15

1. Veamos lo que pide aquí David:

(A) Ser protegido él mismo (v. 8): *«Guárdame como a la niña de tus ojos; escóndeme bajo la sombra de tus alas»*. Los hombres protegen como pueden (y para eso nos ha provisto Dios con la barrera de los párpados) las pupilas de sus ojos, pues si ellas se dañan sobreviene la ceguera. Si *nosotros guardamos la ley de Dios como las niñas de nuestros ojos* (Pr. 7:2), podemos esperar que Dios *nos* guarde como la niña de su ojo, pues, por Zacarías 2:8, nos dice que *«el que toca a los suyos, toca a la niña de su ojo»*. Ruega también David que Dios le guarde con la misma ternura con que la gallina protege bajo sus alas a los polluelos (v. 8b, comp. con Mt. 23:37, donde Cristo emplea esa comparación). El símil expresa una protección solícita y amorosa (Sal. 36:8; 57:2; 61:5; 63:8; 91:4. V. también Dt. 32:11. La imagen frecuente en el Antiguo Testamento es la del águila, mientras que en el Nuevo Testamento predominan la de la paloma y la de la gallina). También podría entenderse, como hacen algunos, en alusión a las alas de los querubines de sobre el propiciatorio. M. Henry—nota del traductor—lo da como alternativa posible. Dice Arconada: «La tendencia cúltica pone esta frase en relación con las alas de los querubes del Arca (Briggs, Weiser)».

(B) Que fracasarán todos los intentos de sus enemigos de inducirle al pecado o de ponerle en aprieto (v. 13): «*¡Levántate, oh Jehová*! ¡Ven en mi ayuda, y queden frustrados los planes de mis enemigos!» Cuando Saúl perseguía a David, ¡cuántas veces se le escapó la codiciada presa, cuando pensaba que la tenía segura! Así también, cuando Cristo resucitó, ¡cuán decepcionados quedaron sus enemigos, quienes creían que, después de darle muerte, habían triunfado sobre Él!

2. Veamos también a qué apela David, a fin de animar su propia fe en esas peticiones:

(A) A la maldad de sus enemigos (v. 9): *«De mis enemigos que buscan mi vida»*. Estos enemigos le tenían cercado (v. 11) a él y a los que le acompañaban: *«Han cercado ahora nuestros pasos; tienen puestos sus ojos para echarnos por tierra»*. Velan con sumo interés, para ver cómo pueden hacernos el mayor daño posible hasta abatirnos del todo. Y tienen el corazón completamente endurecido (v. 10): «*Envueltos están con su grosura* (frase que, en el uso bíblico, equivale al endurecimiento del corazón)». El jefe y promotor de esta persecución sañuda era el bárbaro y sanguinario Saúl (v. 12): *como león que desea hacer presa, y como leoncillo que está en su escondite.* Muy bien le cuadran estas frases a Saúl, quien buscaba a David *«por las cumbres de los peñascos de las cabras monteses»* (1 S. 24:2) y *«en el desierto de Zif»* (1 S. 26:2), donde los leones solían buscar su presa.

(B) Al poder que Dios tenía sobre ellos para controlarlos y frenarlos (vv. 13, 14). Tratándose de un guerrero como David, es muy apropiada la imagen de *la espada* (comp. con Ap. 19:15) en *la mano* (se supone que es la diestra, aunque el hebreo no la especifica) de Jehová, para postrar a los enemigos de David.

(C) A la prosperidad material de los enemigos (v. 14). Éstos son *hombres mundanos,* imbuidos de los criterios perversos del mundo, amadores de riquezas y placeres temporales, *cuya porción la tienen en esta vida, y cuyo vientre está lleno de bienes que tú les reservas* (lit. y *con tu tesoro llenas el vientre de ellos).* Esos bienes, al ser puramente materiales llenan el vientre (1 Co. 6:13), pero no pueden llenar el alma; sin embargo, aun esos mismos bienes de los que ellos disfrutan voluptuosa y pecaminosamente, les vienen de Dios. Tales bienes son los que dejan en herencia *a sus hijos* en tal abundancia que todavía *sobra para sus pequeñuelos,* es decir, para los hijos de sus hijos.

(D) A la dependencia que él mantiene con respecto a Dios como a su porción y fuente de su felicidad. «Ellos tienen su porción en esta vida en las cosas del mundo—viene a decir David—, pero *en cuanto a mí* (v. 15), *en justicia contemplaré tu rostro* (lit.)—"en justicia" = haciendo lo que es justo, ya desde la mañana—(v. Sal. 101:89); *al despertar, me saciaré de tu semblante.»* Este versículo puede entenderse de dos maneras: (a) Conforme al corriente uso bíblico «ver el rostro de Dios» es disfrutar de su comunión y de su favor, simbolizado en la luz del día, mientras que la noche simboliza la prueba y el infortunio, aunque en el vocablo «despertar» pueda verse una «alusión velada» (*Biblia de Jerusalén*) a la resurrección. Esta es la opinión del traductor. En cambio, Arconada y el propio M. Henry entienden la primera parte del versículo como indicación de la visión de Dios en la gloria del cielo; y lo de «despertar», como referencia explícita a la resurrección, de acuerdo con lugares como Daniel 12:2.

SALMO 18

Este salmo lo hemos visto ya en 2 Samuel 22:1 y siguientes. Esa fue la primera edición de él. Aquí lo tenemos revisado y reavivado, con pequeñas alteraciones, y a propósito para el uso litúrgico. Es un salmo de acción de gracias por las muchas liberaciones que Dios había otorgado a David. La poesía es de fino estilo; las imágenes, atrevidas; las expresiones, elevadas; y cada palabra es apropiada y llena de sentido; con todo, la piedad sobrepasa con mucho a la calidad literaria del poema (en efecto, como poema métrico—3 más 3—aparece en la Biblia Hebrea, mientras que en 2 Samuel 22, está en prosa, como puede verse por la acentuación. Nota del traductor). Todos los sentimientos santos y puros tienen aquí su expresión en alto vuelo: fe, amor, gozo, esperanza, alabanza, etc. I. David canta victoria en Jehová (vv. 1–3). II. Engrandece a Dios por las liberaciones que le ha concedido (vv. 4–19). III. Toma ánimo y consuelo en el hecho de que Dios ha salido en defensa de su integridad (vv. 20–28). IV. Da a Dios la gloria que le pertenece por todas sus realizaciones (vv. 29–42). V. Se anima a sí mismo con la expectación de lo que todavía ha de hacer Dios a favor suyo y de los suyos (vv. 43–50).

Versículos 1–19

El salmo lleva una larga inscripción, que forma el versículo 1 en la Biblia Hebrea, en la que, por tanto, el salmo tiene 51 versículos, en lugar de 50. Solamente es de notar aquí que David es llamado, en esta inscripción, *el siervo de Jehová*, como lo fue Moisés. Mayor honor era para David ser el siervo de Jehová que el rey de Israel; y así lo llamaba Dios mismo (2 S. 3:18; 7:5, 8).

I. David canta victoria por el apoyo que recibe de su Dios y expresa el amor que tiene a su ayudador (v. 1): *«Te amo, oh Jehová, fortaleza mía»*. El verbo hebreo indica un afecto entrañable, y la frase es como un epígrafe que compendia el contenido de todo el salmo. El interés en el amado es el deleite del amante y, por eso, David se detiene con gusto en pulsar esta cuerda de su lira (v. 2): «*Jehová, roca mía y castillo mío, y mi libertador, etc.* ¡Todo lo que necesito en la presente situación!»

II. Se dispone luego a engrandecer a Dios por las liberaciones que ha llevado a cabo a favor suyo, a fin de estar mejor dispuesto para continuar sus alabanzas.

1. Cuanto más inminente y amenazador es el peligro del que fuimos librados, tanto mayor es el favor de la liberación. David recordaba ahora las fuerzas de sus enemigos sueltas contra él y las llama (vv. 4, 5): *«cuerdas* (lit.) *de muerte», «torrentes de maldad»* (hebr. *beliyaal), «ligaduras del Seol», «lazos de muerte»*, epítetos sinónimos que se acumulan para dar mayor expresividad.
2. Cuanto mayor ha sido nuestro anhelo, en oración, de que Dios nos librase, y cuanto más directa ha sido la respuesta de Dios a nuestras oraciones, tanto mayor es la obligación que tenemos de ser agradecidos. Así era en el caso de David. Hallamos en él un hombre orante, y en Dios un Dios escuchante de las oraciones de los suyos.
3. Cuanto más maravillosa es la manifestación de Dios en cualquier liberación, tanto mayor es dicha liberación; así eran las liberaciones llevadas a cabo en favor de David, por lo que él describe con la mayor magnificencia la manifestación de la presencia y de las perfecciones de Dios en esas liberaciones (vv. 7 y ss.). En ellas, muy poco es lo que se ve de los hombres, y mucho lo que se ve de Dios, quien llegó a *sacudir la tierra y hacerla temblar, etc.* (v. 7), expresiones simbólicas de una actuación extraordinaria por parte de Dios, propias del lenguaje apocalíptico. Las imágenes son de una belleza imponente: La ira de Dios era tan «ardiente» que salía *humo de su nariz y fuego de su boca;* los *carbones* expresan los relámpagos salidos de la densa nube (v. 8). Siempre en la misma línea antropomórfica, Dios *inclinó los cielos* (v. 9), es decir, abrió la bóveda celeste, y al inclinar parte de ella como una especie de compuerta, descendió teniendo densas nubes por pedestal. Es conocida la imagen del Dios *«Jehová que está sentado entre querubines»* (por ej. Sal. 80:1; 99:1), los cuales aparecen también, como aquí, en movimiento (comp. con Ez. 10). *Cabalgando sobre un querubín*, vemos a Dios *volando sobre las alas del viento* (v. 10). Todo ello, para mostrar su disposición a defender la causa de los suyos y llevarles rápidamente liberación. Aquí, como en la obra de la redención de la humanidad, no envió un ángel, sino que vino Él mismo en persona. ¿Qué oposición, qué obstrucción, podía encontrar quien de esta manera tan majestuosa se aprestaba a librar a su siervo? Venía envuelto en tinieblas (v. 11) y, sin embargo, desde la oscuridad de su escondedero hace brillar la luz de la salvación (Is. 45:15). Su gloria es invisible (v. 1 Ti. 6:16); no sabemos el camino que toma, incluso cuando viene a nosotros por sendas de misericordia, pero, aunque

sus designios sean secretos, son benévolos. Como en el caso de Josué 10:10 y ss. y Jueces 5:20 (cántico de Débora), Dios lanzó contra los enemigos de David todo el aparato eléctrico de una gran tormenta (vv. 12–14). El escenario es parecido al que contempló Moisés en el Sinaí.

4. Cuanto mayores son las dificultades que se cruzan en el camino de la liberación, tanto más gloriosa es (vv. 16, 17). David aparece aquí asaltado por sus enemigos, que se aprovecharon de su situación digna de lástima (v. 18a), hasta tenerle como hundido en lo profundo del mar (v. 16b), pero, como en la liberación de los israelitas a través del mar Rojo, Dios, *con un resoplido del aliento de su nariz,* dividió las aguas hasta *poder verse el fondo del mar* (v. 15) y, del aprieto y estrechura en que le tenían sus enemigos, Dios sacó a David de allí, a pesar de que sus enemigos *eran más fuertes que él* (v. 17).

5. Lo que realmente coronó la magnificencia de la liberación de David fue la libertad que Dios le otorgó (v. 19): De aquel como *«fondo del mar»* (v. 15), en que David se hallaba por la persecución de sus enemigos Dios *le sacó a lugar espacioso,* espacio de libertad, donde no sólo podía moverse a su gusto, sino también prosperar en él. Ello no se debió a ningún mérito ni esfuerzo de David, sino únicamente a la libre y soberana gracia de Dios: *«Me libró porque me amaba»* (v. 19b).

Al leer y cantar estos versículos, bien podemos aplicarlos al Hijo de David, Jesucristo: Los dolores de la muerte le rodearon: en su apuro, oró y lloró a gritos (He. 5:7); Dios hizo que la tierra temblara como con dolores de parto (Hch. 2:24, a la luz de Mt. 27:51–53), que se quebrasen las rocas y que Él saliese, por la resurrección, a un lugar espacioso, pues Dios se había deleitado en Él y en su obra.

Versículos 20–28

1. David, ya consolado, reflexiona sobre su integridad personal y se regocija en el testimonio de su conciencia de que *se ha comportado con sencillez y sinceridad de Dios, no con sabiduría carnal* (2 Co. 1:12). Sus liberaciones lo evidenciaban, y éste era el gran consuelo que sacaba de ellas, pues testificaban de su inocencia ante los hombres y le exoneraban de los crímenes de que era acusado falsamente. Esto es lo que él llama *«retribución conforme a su justicia»* (vv. 20, 24). Con gran satisfacción recuerda aquí él este testimonio de su conciencia (vv. 21, 23). Aun cuando seamos conscientes de más de un tropezón y de algunos malos pasos dados, si nos recuperamos por medio del arrepentimiento y continuamos por el camino del deber, no nos será computado como un apartamiento de Dios, puesto que no ha sido un apartamiento malicioso. David había conservado su vista fija en la norma de los mandamientos de Dios (v. 22): *«Pues todos sus preceptos* (lit. *juicios*) *estuvieron delante de mí».*

2. Toma de aquí ocasión para sentar las normas del gobierno y del juicio de Dios, a fin de que conozcamos no sólo lo que Dios espera de nosotros, sino también lo que nosotros podemos esperar de Él (vv. 25, 26). Los que se muestran misericordiosos con el prójimo, hallarán misericordia con Dios (Mt. 5:7). Dondequiera encuentra Dios un hombre recto hallará éste un justo Dios.

3. De ahí toma ocasión David para consolar a los humildes (v. 27): *«Porque tú salvas a la gente humilde,* que es perjudicada y lo *soporta* con paciencia, pero *humillas los ojos altivos»,* los de quienes piensan de sí mismos altamente (comp. Ro. 12:3) y miran a los demás por encima del hombro, como suele decirse, y menosprecian a los pobres y piadosos (v. también Lc. 1:51–54). David también toma ocasión para animarse a sí mismo (v. 28): «Tú *encenderás mi lámpara,* me conservarás la vida y me protegerás de mis enemigos, *Jehová mi Dios alumbrará mis tinieblas* (comp. con 27:1), de forma que no me sorprenda la muerte y pueda así yo seguir teniendo oportunidades de servirte a ti y a los intereses de tu reino en medio de los hombres».

Versículos 29–50

1. David vuelve la vista atrás con gratitud para recordar las grandes cosas que Dios había hecho por él. Cuando nos ponemos a alabar a Dios por algún favor, hemos de aprovechar la ocasión para considerar los muchos otros favores con que Dios nos ha rodeado durante toda nuestra vida. Muchas eran las circunstancias que habían contribuido al progreso de David, y él reconoce la mano de Dios en todas ellas a fin de enseñarnos a que hagamos lo mismo. (A) Dios le había dado pericia y talento en los asuntos militares, para los que no había sido criado, ya que su vida era pastoril, y sus habilidades e inclinaciones estaban orientadas hacia la poesía, la música y la vida contemplativa (v. 34): *«Quien adiestra mis manos para la batalla».* (B) Dios le había dado fuerzas físicas para arrostrar las tareas y fatigas de la guerra (vv.

32, 39): *«Dios es el que me ciñe de poder», «me ceñiste de fuerzas para la pelea»,* de forma que *podía entesar bien un arco de bronce* (v. 34). Cuando Dios destina a una persona para un servicio determinado, también la equipa bien para dicho servicio. (C) También le había concedido Dios gran agilidad, no para huir de sus enemigos, sino para caer sobre ellos (vv. 33, 36): *«Quien hace mis pies como de ciervas» «Ensanchaste el camino debajo de mis pasos»,* equivalente a *«Alargaste mis pasos debajo de mí»,* en lo que es de considerar que, mientras que los que alargan demasiado los pasos corren el peligro de pisar mal, *los pies de David no habían resbalado* (v. 36b). (D) Dios le había dado gran valentía. Aunque delante de él acampasen ejércitos, no se echaba para atrás, sino que *los desbarataba*; ni los muros le detenían, pues con su Dios estaba dispuesto a *asaltarlos* (v. 29); y, una vez en lo alto, Dios *le sostenía en pie* (v. 33b). (E) Dios le había protegido y guardado a salvo en medio de los mayores peligros (v. 35): *«Me diste asimismo el escudo de tu salvación».* Así *fue librado de las contiendas del pueblo* (v. 43) y en especial *del varón violento* (v. 48) en el que aludía sin duda a Saúl, que más de una vez le arrojó la jabalina. (F) Dios le había prosperado en todas sus cosas (vv. 32, 35): *«Quien hace perfecto mi camino», «Tu diestra me sustentó, y tu benignidad me ha engrandecido».* Mientras que los que son abandonados por Dios, pronto son vencidos (v. 42), los que son favorecidos por Dios, *son elevados por encima de los que se levantan contra ellos* (v. 48). (G) Dios le había llevado hasta el trono, y no sólo le había protegido y le había conservado con vida, sino que le había hecho grande y respetable (v. 43): *«Me has hecho cabeza de naciones; pueblo que yo no conocía me sirve».*

2. David dirige también sus ojos hacia arriba en humilde y reverente adoración a la gloria y a las perfecciones de Dios. Se esfuerza, en sus alabanzas, por engrandecer a Dios, por bendecirle y exaltarle (v. 46). Le da honor. (A) Como al Dios viviente (v. 46): *«Vive-Jehová»* (traducción más probable). Los dioses de los paganos eran dioses muertos, pero el Dios verdadero vive para siempre y no dejará de proteger a quienes confían en Él; más aún, porque Él vive, también ellos vivirán, pues Él es la vida de ellos. (B) Como al Dios perfecto en todo. No sólo es perfecto en su persona, sino también en todo lo que hace (v. 30): *«En cuanto a Dios, perfecto es su camino».* Lo que Dios comienza a edificar, también tiene poder para concluir (Fil. 1:6). (C) Como al Dios fiel: *«Y acrisolada la palabra de Jehová»* (v. 30), esto es, sus promesas se cumplen plena y puntualmente (comp. 12:7; 19:8; 119:140). David lo había experimentado bien en muchas ocasiones y lo menciona aquí, pues lo mismo que ponía dulzura en la Providencia, ponía honor en la promesa. (D) Como al protector y defensor de su pueblo. Así lo había sido para David mismo (v. 46): «¡Bendita *sea mi roca, y enaltecido sea el Dios de mi salvación!* Con su poder y gracia soy salvo; pero no sólo yo: *Escudo es a todos los que en Él se refugian* (v. 30. lit.); a todos los resguarda y protege, pues quiere y puede hacerlo».

3. David mira asimismo hacia delante con esperanza segura de que Dios seguirá haciéndole bien. Espera que sus enemigos serán completamente subyugados (v. 44, donde los verbos hebreos están en imperfecto—futuro—, pero su mejor traducción es en presente continuativo. Nota del traductor). David termina el salmo lleno de agradecimiento (v. 49), con la esperanza segura de que las victorias que le concede a él y las bendiciones que le otorga se extenderán también a su descendencia para siempre (v. 50), incluido el Ungido por antonomasia, el «Hijo de David». Dice Arconada «El final del salmo hace ver que en el ánimo agradecido del poeta estaba presente la profecía de Natán, cuyas mismas palabras emplea (2 S. 7:15–16)».

SALMO 19

Dos libros excelentes hay, que el gran Dios ha publicado para instrucción y edificación de los hombres; de los dos trata este salmo, y recomienda el estudio diligente de ambos. I. El libro de la creación, en el que fácilmente podemos leer el poder y la deidad del Creador (vv. 1–6). II. El libro de la revelación o de la Escritura, que nos da a conocer la voluntad de Dios en cuanto a nuestros deberes. El salmista nos muestra la excelencia y utilidad de este segundo libro (vv. 7–11) y nos enseña el modo de aprovecharnos de él (vv. 12–14).

Versículos 1–6

Como otros salmos de David, también éste va dirigido al director de música del santuario. Los primeros versículos de este salmo son como un complemento de los primeros del salmo 8, ya que en él se cantan, en bellas imágenes (vv. 4–6), las excelencias del sol, astro que no se menciona en el Salmo 8.

De las cosas que podemos ver cada día, el salmista nos lleva en estos versículos a la consideración de las cosas invisibles de Dios, cuya gloria brilla con gran resplandor en los cielos visibles, llenos de astros cuya estructura, belleza y orden son maravillosos. Este ejemplo del poder divino sirve no sólo para mostrar la insensatez de los ateos, quienes, aun viendo el cielo, dicen: «No hay Dios»; y al ver el efecto, dicen: «No hay una causa suprema», sino también para mostrar la necedad de los idólatras y la vanidad de sus imaginaciones, pues, aun cuando los cielos cuentan la gloria de Dios, ellos otorgan esa gloria a las luminarias del cielo, cuando esas mismas luces les instan a dar gloria solamente a Dios que es *el Padre de las luces* (Stg. 1:17). Veamos:

1. Qué es lo que las criaturas nos dan a conocer. De muchas maneras nos son útiles y provechosas, pero en ninguna cosa tanto como en esta de declarar la gloria de Dios que anuncia la obra de sus manos (v. 1). Lisa y llanamente nos hablan de esa obra: toda moción y sucesión llena de orden ha de tener un comienzo y un motor; esas cosas no pudieron hacerse a sí mismas, pues esto implica una contradicción en sus mismos términos; tampoco pudieron ser producidas por una casual ordenación de átomos, pues eso constituye un absurdo que ni merece discutirse; debieron, pues, tener un Creador, quien no puede ser otro que la Mente Eterna infinitamente sabia, buena y poderosa. De la excelencia de la obra podemos inferir fácilmente la infinita perfección del gran artífice. Del brillo de los astros celestes podemos colegir que el Creador es Luz (1 Jn. 1:5); su inconmensurable extensión nos habla de su inmensidad; su altura y distancia, de la trascendencia y soberanía del Hacedor; su influencia sobre la tierra y el mar del dominio, la providencia y la beneficencia universal de Él, y todo ello declara su poder omnímodo.

2. Qué son algunas de esas criaturas que nos dan a conocer la obra de Dios. (A) El firmamento—la vasta extensión del aire y del éter, las esferas y órbitas de los planetas y las estrellas llamadas fijas—. El hombre tiene sobre las bestias esta ventaja en la estructura misma de su cuerpo en que, mientras ellas están formadas para mirar hacia abajo, adonde han de ir a parar finalmente, el hombre ha sido formado erecto, para mirar hacia arriba, adonde sus pensamientos deberían elevarse ahora y adonde su espíritu ha de marchar después, a las manos de Dios (Ec. 12:7). (B) La constante y regular sucesión del día y de la noche (v. 2), los cuales van pasándose fielmente el mensaje de gloria del Dios que en un principio separó la luz de las tinieblas (Gn. 1:4). No sólo se glorifica Dios con esta constante revolución de los astros, sino que nos beneficia a nosotros pues, así como la luz de la alborada nos incita a poner mano al quehacer cotidiano, las sombras de la noche nos invitan al reposo de nuestro trabajo. (C) De manera especial es declarada la gloria de Dios por la luz y la influencia benéfica del sol, ya que, de entre todos los cuerpos celestes, él es el más conspicuo en sí mismo y el más útil para este mundo de abajo, el cual sería sin él un desierto y una cárcel oscura. En los cielos *puso Dios tabernáculo para el sol* (v. 4). Los cuerpos celestes son llamados *huestes de los cielos* y, por eso, es muy apropiado que se diga de ellos que viven en tiendas de campaña, como los soldados en sus campamentos. Esa gloriosa criatura que es el sol no fue hecha para estar ociosa, sino que *«de un extremo de los cielos es su salida, y su órbita llega hasta el término de ellos»* (v. 6); y así un día y otro, sin retrasos ni intermitencias, hasta tal punto que se puede predecir con toda seguridad a qué hora y minuto saldrá y se pondrá en cada día del año. El esplendor con que se presenta: (a) *«como esposo que sale de su tálamo»* (v. 5), finamente vestido y ricamente adornado, con rostro radiante y placentero llena de placer a todos los que por él son contemplados y le contemplan (no en su rostro, que es demasiado brillante para mirarle de cara, sino en el brillo que despide); (b) *«se alegra cual atleta corriendo su carrera»,* como gran campeón que sostiene firme su zancada y se alegra al llegar a su meta sin fatiga.

3. A quién se hace esta declaración de la gloria de Dios. Se hace a todos los lugares de la tierra (vv. 3, 4). Los astros no hablan un idioma particular (v. 3), sino un lenguaje universal (v. 4): *«Por toda la tierra salió su pregón, y hasta el extremo del mundo su lenguaje».* Todos los pueblos pueden y deben escuchar a estos predicadores naturales, pero inmortales, hablar a cada uno en su propio idioma las maravillosas obras de Dios. Un detalle digno de observación: En estos seis primeros versículos, sólo ocurre, y una sola vez—al comienzo—, el nombre de *Dios* (hebr. *El* abreviatura de *Elohim),* mientras que en el resto del salmo—siete veces—ocurre solamente el nombre de *Jehová.* Observa Arconada: «A *El* pueden y deben conocerle todos los hombres; a Yahvé, el pueblo de Israel».

Versículos 7–14

La gloria de Dios (esto es, su bondad hacia los hombres) aparece mucho en las obras de la creación, pero mucho más en, y por, la divina revelación. La Sagrada Escritura, así como es la norma de nuestros deberes para con Dios, y la pauta de lo que hemos de esperar de Él, es para nosotros de mucho mayor beneficio y utilidad que el día o la noche, que el aire que respiramos y que la luz misma del sol.

I. El salmista da cuenta de las excelentes propiedades y de los grandes servicios de la Palabra de Dios; lo hace en seis frases (vv. 7–9), en cada una de las cuales se repite el nombre *Jehová.* Aquí tenemos seis títulos diferentes atribuidos a la Palabra de Dios, los cuales abarcan todo el conjunto de la revelación divina: preceptos, promesas e, implícitamente, el mismo Evangelio.

1. *«La ley de Jehová es perfecta»* (v. 7a). Perfectamente libre de toda corrupción, perfectamente llena de todo bien (como un alimento integral) y perfectamente apropiada para el efecto al que fue destinada (2 Ti. 3:17). Nada se le puede añadir; nada se le debe quitar. Sirve para *restaurar, o reanimar* (lit. *convertir) el alma;* es decir, para hacerla volver a sí misma (Lc. 15:17 *«vuelto en sí»*), a Dios y al deber.

2. *«El testimonio de Jehová es fiel»* (v. 7b), es decir, fiable, seguro duradero: fundamento indefectible de consuelos verdaderos, y base segura de esperanzas confortantes y duraderas. Incluso al *sencillo,* hasta al más humilde analfabeto, con tal de que sea consciente de su propia simpleza y esté dispuesto a dejarse enseñar, le puede hacer *sabio* (con saber de salvación—2 Ti. 3:15—, que es el que de veras importa) la Palabra de Dios (25:9).

3. *«Los mandamientos de Jehová son rectos»* (v. 8a), exactamente de acuerdo con las eternas normas y los principios del bien y del mal. Porque son rectos, su observancia *alegra el corazón.* La ley, vista en las manos de Cristo, produce alegría; y cuando está escrita en nuestro corazón, pone allí el fundamento de un gozo perpetuo, al restaurarnos una mente sana.

4. *«El precepto de Jehová es puro»* (v. 8b), como la luz sin mezcla de tinieblas (v. 1 Jn. 1:5).El «precepto», es decir, lo que Dios prescribe para casos particulares, nos dirige en el camino del deber y, así, nos *alumbra los ojos,* pues ése es el medio ordinario que usa el Espíritu Santo para ese menester (Ef. 1:18).

5. *«El temor de Jehová es limpio»* (v. 9a); el respeto confiado que la Palabra de Dios nutre en los hijos de Dios es limpio, puro y, por tanto, incorruptible, *«permanece para siempre»,* pues emana de la voluntad de Dios para que el hombre limpie con él su camino (Sal. 119:9). El tiempo nunca podrá alterar la naturaleza del bien y del mal.

6. *«Los juicios* (lit.; es decir, *decretos o sentencias*) *de Jehová son verdad»* (v. 9b), pues lo que Dios quiere se ajusta siempre a la verdad: *«Tu palabra es verdad»* (Jn. 17:17); por eso, los juicios de Dios son *todos justos,* y configuran una sola pieza la Palabra, la verdad y la justicia de Dios.

II. Expresa luego el gran valor que daba a la Palabra de Dios, y el gran provecho que esperaba sacar de ella (vv. 10, 11). Estimaba los mandamientos de Dios más que toda la riqueza de este mundo; al fin y al cabo, el oro es de la tierra, terrenal, pero la gracia y la justicia son del cielo, celestiales. El oro, aunque sea mucho y fino, sólo sirve para las cosas del cuerpo y para lo que tiene que ver con el tiempo; pero la gracia es para el alma y para lo que tiene que ver con la eternidad. La Palabra de Dios cuando se recibe en el alma, es *más dulce que la miel y que el destilar de los panales.* Los placeres de los sentidos son engañosos, se acaban pronto y nunca llegan a satisfacer del todo; pero los de la piedad son sustanciales y duraderos, y nunca hay peligro de excederse en ellos. Además, la Palabra de Dios instruye al hombre (v. 11) en el camino del deber, y le orienta para que sepa en cada momento lo que debe hacer y lo que debe evitar. *«En guardar* (los mandamientos, etc., de Dios) *hay gran galardón.»* No sólo hay galardón *por* guardarlos, sino también *en* guardarlos, pues la obediencia misma es ya un galardón gozoso para el que la ejercita con gozo.

III. El aprecio que David tiene a la Palabra de Dios, le lleva ahora al arrepentimiento y a la oración.

1. Lo que ha dicho sobre la excelencia de la Palabra de Dios le da ocasión para reflexionar arrepentido sobre sus pecados, ya que *«por medio de la ley es el conocimiento del pecado»* (Ro. 3:20). «Si *el mandamiento es santo, justo y bueno* (Ro. 7:12), *¿quién podrá descubrir sus propios errores?*—dice David—(v. 12). Yo no puedo, si es que alguien puede.» De la rectitud de la ley divina aprende David

a llamar a sus pecados *errores.* El pecado, en su acepción genérica (hebr. *jet),* viene a significar «errar el blanco», desviarse de la meta que nos ha fijado Dios, quien conoce mucho mejor que nosotros la maldad de nuestros pecados.

2. Esto le lleva a orar contra el pecado. Viéndose incapaz de conocer en detalle todas sus transgresiones, David clama a Dios: *«Señor, absuélveme de los* (errores) *que me son ocultos».* Pueden ser ocultos a los ojos del mundo, y aun a los propios ojos, pero no lo son a los ojos de Dios. Después de pedir perdón por los pecados que le hayan podido pasar desapercibidos, ruega a Dios que *le preserve de la insolencia* (v. 13), es decir, de los pecados cometidos *con gran soberbia,* como da a entender el plural intensivo hebreo *zedim* (comp. con Nm. 15:30, 31) y que consisten realmente en violaciones plenamente deliberadas de la Ley (comp. Nm. 15:30, 31 con He. 10:26–31). Si la presunción *no se enseñorea de él,* David sabe que su pecado será perdonado por medio del sacrificio, ya que por el pecado de la insolencia o presunción no era aceptado ningún sacrificio.

3. Finalmente, David aprovecha la ocasión para rogar humildemente a Dios que acepte sus pensamientos y afectos, que acaba de expresar en su presencia (v. 14). En efecto, si nuestros actos y servicios no son aceptables a Dios, ¿de qué nos aprovechan?

SALMO 20

Este salmo es una oración a favor del rey. En él podemos observar, I. Qué es lo que piden a Dios para el rey (vv. 1–4). II. Con qué seguridad lo piden. El pueblo celebra la victoria (v. 5); también el rey la celebra (v. 6) y, luego, la celebran juntos rey y pueblo (vv. 7, 8). Concluye el salmo con una oración a Jehová para que responda a los suyos el día en que le invoquen (v. 9).

Versículos 1–5

También este salmo va dirigido al director de música del santuario y también es titulado *salmo de David,* a pesar de que en él se exhorta a orar por el rey, es decir, el propio David. También el Apóstol Pablo rogaba a sus amigos que orasen por él. Siempre es muy apropiado decir a nuestros amigos que están dispuestos a orar por nosotros lo que desearíamos que pidiesen a Dios para nosotros.

1. Qué es lo que se les exhorta a pedir a Dios para el rey (v. 1): *«Jehová te responda* (lit.) *en el día de la angustia»* y (v. 5): *«Conceda Jehová todas tus peticiones».* No eran pocos los días de angustia por los que pasaba David, días de aflicción, de desilusión, perplejidad y depresión. Ni la corona que llevaba en la cabeza ni la gracia que tenía en el corazón le eximían de apuros y aflicciones. Las oraciones que a nuestros amigos rogamos no son para que nosotros nos eximamos de orar, sino para que secunden y respalden nuestras propias oraciones. *«El nombre del Dios de Jacob te defienda»,* de aquel Jacob que luchó con Dios y prevaleció (Gn. 32:24–28). Los mejores favores son los que proceden del santuario de Dios (v. 2), donde Dios, mediante el fuego que consume el sacrificio, muestra *hacer memoria de las ofrendas y aceptarlas* (v. 3). La señal que tenemos de que Dios acepta nuestros sacrificios espirituales (Ro. 12:1; He. 13:15, 16) es que el Espíritu Santo encienda en nuestro corazón un santo fuego de verdadera devoción, con la que haga que *nos arda el corazón dentro de nosotros* (Lc. 24:32). Y continúan (v. 4): *«Te de conforme el deseo de tu corazón, etc».* Sabían que David sólo deseaba lo que era santo y bueno y agradable a los ojos de Dios; por eso, piden a Dios que cumpla los deseos y planes de David (sin duda, se refieren a los planes militares de David).

2. La confianza que tenían en que Dios había de responder favorablemente a estas peticiones en favor de su buen rey (v. 5): *«Nosotros nos alegramos de tu victoria* (lit. *salvación).* Nosotros, los súbditos nos regocijaremos en la preservación y en la prosperidad de nuestro rey, *y alzaremos pendón,* para desplegarlo con aire de triunfo, *en el nombre de nuestro Dios».* Aunque no pueda deducirse de la letra del salmo, estas oraciones por David podrían acomodarse al Hijo de David, en quien fueron abundantemente respondidas: Él tomó a su cargo la obra de la redención, en guerra con los poderes de las tinieblas. En el día de su angustia, cuando su alma estaba en exceso afligida, Dios le escuchó y le libró, no de la cruz, sino del miedo que tenía a la cruz (He. 5:7), enviándole socorro desde el santuario celestial.

Versículos 6–9

1. El piadoso David canta victoria por el interés que tenía en las oraciones de los buenos (v. 6): *«Ahora reconozco que Jehová da la victoria a su ungido,* puesto que ha enfervorizado el corazón de los descendientes de Jacob para que oren por él; *Jehová le responde desde sus santos cielos».* Desde aquellos cielos de los que el santuario era tipo (He. 9:23), y desde el trono que había preparado en el cielo y del que era tipo el propiciatorio. Dios le respondía *«con la potencia de su diestra victoriosa»;* no con letras, ni con palabra salida de los labios, sino con su mano derecha, con el poder salvador de su diestra. Él dará a entender que le oye mediante lo que lleva a cabo por él.

2. Su pueblo puede cantar victoria en Dios y en la relación que mantienen con Él, así como en la revelación que les ha hecho de sí mismo. Los hijos de este siglo confían en las causas segundas y piensan que todo va bien si prosperan en las cosas terrenales; *«confían en carros y en caballos»,* y creen que cuantos más puedan llevar al campo de batalla, más seguros estarán de tener éxito en sus guerras. *«Pero*—dicen los israelitas—*nosotros* no tenemos carros ni caballos en los que confiar, ni los necesitamos, ni pondríamos nuestra esperanza de éxito en ellos aunque los tuviésemos, sino que *del nombre de Jehová nuestro Dios nos acordamos».* Los que confiaban en sus carros y caballos son abatidos, sus carros y caballos, en lugar de salvarles, les ayudaron a hundirse e hicieron de ellos una presa más fácil y más rica para el vencedor (2 S. 8:4). Pero los que confían en el nombre de Jehová Dios, no sólo quedan en pie y no ceden terreno, sino que se lanzan al ataque, ocupan el terreno de los enemigos y triunfan sobre ellos.

3. Concluyen su plegaria por el rey con un «¡Hosanna!» (v. 9). Quienes se benefician de los buenos príncipes y magistrados deben orar por ellos (v. 1 Ti. 2:1 y ss.), ya que, como todas las demás personas y cosas, son para nosotros lo que Dios quiere que sean, ni más ni menos. Nota del traductor: El versículo, según el texto hebreo, puede traducirse de dos maneras: (A) *«¡Salva, oh Jehová! ¡Respóndanos el rey el día en que le invoquemos!»* (entendiendo por «rey»—con mayor probabilidad—Dios); (B) *«¡Salva, oh Jehová, al rey! ¡Respóndenos el día en que te invoquemos!»* Gramaticalmente, la primera versión parece tener una ligera ventaja; pero el contexto favorece a la segunda.

SALMO 21

Así como el salmo anterior era una oración por el rey, a fin de que Dios le protegiera y le prosperara, este otro es un salmo de acción de gracias por el éxito con que le había bendecido Dios. Aquí se le exhorta al pueblo, I. A felicitar al rey por sus victorias y por el honor que ha obtenido (vv. 1–6). II. A confiar en el poder de Dios para llevar a feliz término la destrucción de los enemigos de su reino (vv. 7–13).

Versículos 1–6

Tenemos aquí otro salmo de David, dirigido también al director de música del santuario. David expresa aquí su gozo en el poder y en la salvación de Dios, no en el poder ni en el éxito de su ejército. También exhorta a sus súbditos a que se regocijen con él y den a Dios toda la gloria por las victorias que ha obtenido. Ellos felicitan al rey (v. 1), y dicen: *«El rey se alegra en tu poder, oh Jehová;* también nosotros». Dan a Dios toda la alabanza por las cosas que constituían el motivo del regocijo del rey (v. 2): *«Le has concedido el deseo de su corazón, y no le negaste la petición de sus labios».* Y continúan (v. 3): *«Porque te le adelantaste* (lit) *con bendiciones venturosas».* El salmista reconoce aquí que estas bendiciones le fueron dadas como concedidas de antemano. Cuando las bendiciones de Dios vienen antes, y se muestran más ricas, de lo que imaginábamos, cuando se nos dan antes de orar por ellas, antes de estar dispuestos para recibirlas, e incluso cuando temíamos lo contrario, entonces podemos decir con toda verdad que Dios se nos adelantó con ellas. *«Corona de oro fino has puesto sobre su cabeza»* (v. 3b). Y añaden (v. 4): «Cuando marchó en una expedición peligrosa, *vida te demandó* y no sólo *se la diste,* sino también *largo curso de días eternamente y para siempre;* es decir, no sólo le prolongaste la vida más de lo que esperaba (hipérbole), sino que también le aseguraste vida perpetua en su posteridad dinástica mesiánica (v. 2 S. 7:29). *«Gran gloria le da tu salvación,* mucho mayor que la que pueden obtener los

reyes vecinos, quienes no tienen un Dios que pueda salvar.» La gloria que todo hijo de Dios ambiciona poseer es ver la salvación de Jehová. Dios le había concedido la satisfacción de ser canal de bendición para toda la humanidad, como a Abraham (Gn. 12:2), ya que el versículo 6b puede también traducirse: *«Bendiciones has hecho de él para siempre»,* ya que en el Hijo de David habían de ser bendecidas para siempre todas las familias de la tierra. Véase cómo el espíritu de profecía se va elevando gradualmente aquí hasta llegar a lo que es exclusivo de Cristo, pues nadie fuera de Él es hecho bendición para siempre.

Versículos 7–13

Después de haber exhortado al pueblo a mirar atrás con gozo y alabanza por lo que Dios había hecho a favor de su rey y de ellos mismos, el salmista les exhorta a mirar hacia delante, con fe, esperanza y oración, para ver lo que Dios estaba todavía dispuesto a llevar a cabo por ellos: *«El rey se alegra en tu poder, oh Jehová»*—habían dicho con gratitud al principio—(v. 1–9); *«el rey confía en Jehová»*—dicen ahora animosos—(v. 7). El gozo y la confianza que tenemos en Cristo nuestro Rey es el fundamento de todo nuestro gozo y de toda nuestra confianza.

1. Confían en la estabilidad del reino de David (v. 7b): «Y *con la gracia del Altísimo,* no por sus méritos o por sus propias fuerzas, *no ha de vacilar*».

2. Confían en la destrucción de todos los implacables e impenitentes enemigos del reino de David. El éxito con que Dios había bendecido hasta ahora las armas de David era como arras y primicias del reposo que le había de dar de todos sus enemigos de alrededor. Odiaban éstos a David porque Dios le había escogido *«según su corazón»,* es decir, de su propia elección, no como Saúl que había sido elegido por el pueblo. También odiaron a Cristo porque odiaban la luz. Pero en ambos casos, era un odio sin motivo así como era un odio hacia Dios mismo (Jn. 15:23, 25). La lucha contra David era una lucha contra Jehová, por lo cual no habían de prevalecer (v. 11): *«Si intentan el mal contra ti y fraguan maquinaciones, no prevalecerán»,* puesto que están fraguando *«cosas vanas»* (2:1). No podrán escapar de la mano de David (v. 8), tanto de la izquierda como de la derecha (es decir, de su acción completa), porque David tiene el respaldo de Dios (v. 9). Por muy bien que planeen sus maquinaciones y por muy bien que disimulen sus intenciones, no les valdrá; y sus descendientes desaparecerán de la tierra (v. 10).

3. Con esta confianza, ruegan a Dios (v. 13) que se manifieste a favor de su ungido, y actúe de inmediato con su omnímodo poder de Jehová de las huestes; lo cual provocará, una vez más, cánticos de alabanza a Jehová por parte del pueblo.

SALMO 22

Este salmo es bien conocido por las referencias que el Nuevo Testamento hace a él. Literalmente, es aplicable a David; pero típicamente, con sentido profético, es aplicable a Cristo. En él vemos, I. Su humillación (vv. 1–21). Se mezclan las quejas (vv. 1, 2, 6–8, 12–18) con los consuelos (vv. 3–5, 9, 10) y con las oraciones (vv. 11, 19–21). II. Su exaltación, para la gloria de Dios (vv. 22–25), para salvación y gozo de su pueblo (vv. 26–29) y para la perpetuación de su reino (vv. 30, 31). Al cantar este salmo, hemos de tener fijo el pensamiento en el Señor Jesucristo.

Versículos 1–10

El autor del salmo es David, como consta en la inscripción. Está dirigido al director de la música del santuario, *sobre ayyéleth ashajar,* que significa literalmente *«sobre el costado de la aurora»,* lo cual, en opinión de Ryrie, se refiere probablemente al nombre de una melodía. Los LXX leyeron *eyaluth* en lugar de *ayyéleth* y tradujeron «sobre el auxilio de la aurora», lo que equivaldría a una petición de auxilio rápido (v. 19).

1. Vemos primero (vv. 1, 2) una amarga queja del abandono de Dios. (A) Esto, aplicable en sentido literal a David, puede aplicarse igualmente a cualquier otro hijo de Dios que se considere desamparado de Dios, sin auxilio y sin respuesta, pero clamando, una y otra vez: *«¡Dios mío, Dios mío!»,* con el deseo

ferviente de que Dios vuelva a mostrarle su rostro. Para una persona verdaderamente piadosa, no hay aflicción tan severa como el sentimiento de este desamparo espiritual. Gritar: «Dios mío, ¿por qué estoy enfermo? ¿Por qué estoy pobre?» daría motivo para sospechar descontento y hasta mundanidad, pero ese *«Por qué* (mejor aún, *¿para qué,* según se ve por las preposiciones griegas que aparecen en los evangelios) *me has desamparado?»* es el lenguaje de un corazón que sólo halla su dicha en la comunión con Dios. Cuando se nos debilita la fe de la seguridad, hemos de vivir por la fe de la adhesión. (B) Tiene su plena aplicación a Cristo, quien, con las palabras de dicho versículo, derramó su alma delante de Dios cuando pendía de la cruz (Mt. 27:46; Mr. 15:34). Es más que probable que repitiera todo el salmo. Puede verse el comentario a los citados lugares de los evangelios. Baste decir que, *habiendo sido Cristo hecho pecado por nosotros* (2 Co. 5:21), *Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento* (Is. 53:10).

2. Al amargo clamor por el desamparo, siguen palabras de ánimo (vv. 3–5): «*Pero tú eres santo,* no eres injusto ni infiel en ninguno de tus actos. Aun cuando no vengas inmediatamente en socorro de tu siervo, tú le amas y le guardas el pacto, *tú que habitas entre las alabanzas de Israel,* es decir, tú que has tenido a bien manifestar tu gloria y tu gracia con tu presencia especial entre tu pueblo en el santuario donde ellos te dirigen sus alabanzas. Allí estás siempre dispuesto a recibir su homenaje, pues del tabernáculo de reunión has dicho: *"Este es mi reposo para siempre"».* Aunque parezca que Dios se hace, a veces, el sordo por algún tiempo, se complace, sin embargo, tanto en las alabanzas de su pueblo que, a su debido tiempo, hará que cambien el tono y digan: *«Espera en Dios porque aún he de alabarle»* (42:5; 43:5). El salmista cobra ánimo de las experiencias que los antiguos habían tenido del provecho obtenido mediante la fe y la oración (vv. 4, 5): *«En ti esperaron nuestros padres … Clamaron a ti, y fueron librados;* así que, a su debido tiempo, también me librarás a mí, ya que todos los que *confiaron en ti no fueron avergonzados* de haber esperado en ti; nadie que te busca, te busca en vano. Y tú eres siempre el mismo».

3. El salmista se queja a continuación del desprecio que recibe de los hombres. Esta queja no es tan amarga como la que pronunció sobre el desamparo de Dios, pero no deja de afectar profundamente a toda alma generosa y santa (vv. 6–8). En comparación con Dios, el hombre no es más que como un gusano, pero el siervo de Jehová (ya sea Israel o Cristo) llegó a *ser gusano* (Is. 41:14) *y no hombre* (v. Is. 53:2), *oprobio de los hombres y despreciado del pueblo* (v. Is. 49:7; 53:3). Si no hubiese llegado a ser un gusano, no le habrían tratado como le trataron. Fue tildado de blasfemo, de comilón y bebedor, de quebrantador del sábado, de falso profeta, de enemigo del César, y hasta de socio del príncipe de los demonios. Fue despreciado del pueblo como hombre vil, de ilegítimo linaje, oriundo de un lugar sin reputación, loco, impostor, con seguidores de baja ralea. David fue tentado algunas veces a desconfiar de Dios pero en Cristo se cumplieron plenamente las palabras del versículo 8: *«Se encomendó a Jehová; líbrele Él, etc.».*

4. Pero también aquí toma ánimo en Dios (vv. 9, 11): «Los hombres me desprecian, *pero tú eres el que me sacó del vientre».* David y otros hijos de Dios nos han dado ánimo con esto de que Dios no es sólo *el Dios en quien esperaron nuestros padres* (v. 4), sino también el Dios de nuestra infancia, el que cuidó de nosotros tan pronto como fuimos concebidos. El que se preocupó de nosotros cuando no podíamos valernos por nosotros mismos, no nos abandonará cuando nos cerque la angustia.

Versículos 11–12

I. Tenemos profetizados los sufrimientos de Cristo. Es cierto que David se vio muchas veces en apuros y cercado de sus enemigos, pero muchos de los detalles que aquí se especifican nunca se cumplieron en David y, por tanto, han de entenderse de Cristo en las profundidades de su estado de humillación.

1. Le vemos desamparado de sus amigos (v. 11): *«La angustia está cerca … no hay quien ayude».* Lo mismo en el día de su victoria sobre el diablo en la cruz (Col. 2:15), que en el día futuro de la gran batalla contra sus enemigos (Ap. 19:13 y ss.), *Él solo pisa el lagar* (Is. 63:3), sin ayuda de ningún otro ser humano. El día de su crucifixión, todos sus discípulos le habían abandonado y habían huido.

2. Aquí es rodeado e insultado por sus enemigos, los cuales, por su fuerza y por su furia, son comparados a los famosos *toros de Basán* (v. 12); tales eran los principales sacerdotes y los ancianos que perseguían a Cristo; otros son comparados a los perros (v. 16), sucios, voraces y empeñados

infatigablemente en derribarle. Había *una banda de malhechores que le cercaban,* puesto que los principales sacerdotes y los ancianos celebraban consejo para hallar los mejores medios de hacerse con Él sin alarmar al pueblo. *Abrieron sobre Él su boca como leones* (v. 13) ansiosos de devorarle.

3. Lo tenemos luego ya crucificado (v. 16b): *«Horadaron mis manos y mis pies»,* cuando le clavaron en el madero de la cruz. El texto masorético actual dice *«como un león»* (hebr. *kaari)* en lugar de *«horadaron»* (hebr. *karu).* Opina Bullinger—nota del traductor—que se trata de un caso de elipsis del verbo («quebrar»), y cita como ejemplo Isaías 38:13: *«... como un león molió todos mis huesos».*

4. Le vemos muriendo en medio de horribles dolores y terrible angustia (vv. 14, 15), porque estaba hecho pecado, no sólo víctima por el pecado, sino responsable del pecado (2 Co. 5:21): Se siente *derramado como agua, derritiéndosele el corazón como la cera, tan seca la lengua que se le pega al paladar; el vigor de su cuerpo* ha perdido su frescor *como un tiesto.* En fin, presto para yacer *en el polvo de la muerte.* El pecador había perdido su derecho a la vida y, por ello, era menester que la vida de la víctima fuese ofrecida como rescate para Él. Cristo cumplía así la sentencia dictada contra Adán (Gn. 3:19): *«pues polvo eres, y al polvo volverás».* ¡Cuán diferente—nota del traductor—es la descripción que el Salmo 22 (y los evangelios) nos hacen de Cristo moribundo, de la que se suele representar en los «crucifijos» (imagen plácida, pacífica, casi sin dolor)!

5. Le vemos desnudado. La vergüenza por la desnudez fue consecuencia inmediata del pecado (Gn 3:7); por eso, el Señor Jesucristo fue despojado de sus ropas al ser crucificado, a fin de que nosotros fuésemos cubiertos con el manto de su justicia y no pueda verse la vergüenza de nuestra desnudez. Aquí se nos dice: (A) Cómo padeció su cuerpo cuando quedó al desnudo (v. 17): *«Contar puedo todos mis huesos».* Como al cordero pascual, ningún hueso se le había roto (Jn. 19:36), mas *todos se le habían descoyuntado* (v. 14) de tal manera que podían contarse. Pero su vista no movía a piedad, sino a curiosidad y a desprecio, a los transeúntes (v. 17): *«Entretanto, ellos me miran y me observan»*; es decir, no retiran de mí los ojos. (B) Qué hicieron con sus vestidos (v. 18): *«Repartieron entre sí mis vestidos,* a cada soldado una parte, y *sobre mi túnica,* sin costura, *echaron suertes.* Esta circunstancia se cumplió puntualmente (Jn. 19:23, 24), no porque añadiese tormento a los padecimientos de Cristo, sino como un gran ejemplo del cumplimiento de las Escrituras en Él.

II. Cristo, en su agonía del huerto, había orado para que pasara de Él la copa del dolor. De este detalle es aquí tipo la oración de David. Llama a Dios su *fortaleza* (v. 19), es decir, su fuerza, su auxilio. Y repite lo que ya le había dicho en el versículo 11: *«No te alejes de mí».* El Padre le oyó (He. 5:7), le libró de su miedo y le capacitó para consumar la obra de la Redención. El salmista llama aquí a su vida o alma (hebr. *nephesh*), *«su única»* (v. 20b) que equivale a «favorita» o «querida» (inglés, *darling),* precisamente por ser *única* (comp. Gn. 22:2; Sal. 35:17), como si dijese: «Mi vida es mi única vida y, por tanto, mi vergüenza será mayor si la descuido». Pide ser librado *de la espada,* es decir, de la muerte violenta; en el caso de Cristo puede interpretarse como la espada de la ira de Dios, la espada flameante que impedía el acceso al árbol de la vida (Gn. 3:24). A la metáfora de la espada, une la de *las fauces del león,* que podría representar el poder de Satanás, el viejo (y siempre joven) enemigo de Dios y del hombre, y la de *los cuernos de los búfalos* (v. 21), que podrían representar los enemigos que le cercaban (comp. con el v. 12). La oración de Cristo fue oída, pues el Padre no permitió que su Santo viese la corrupción (Hch. 2:27), sino que, al tercer día, le resucitó de los muertos y lo levantó del polvo de la tierra lo cual fue un ejemplo del favor de Dios mucho mayor que si le hubiese permitido bajar de la cruz, pues esto último habría obstaculizado su obra, mientras que la resurrección la coronaba.

Versículos 22–30

Así como las primeras palabras de queja del salmo fueron usadas por Cristo mismo en la cruz, así también las primeras palabras de triunfo son expresamente aplicadas a Él (He. 2:12), como dichas por Él (v. 22): *«Anunciaré tu nombre a mis hermanos; en medio de la congregación te alabaré».* Cinco cosas se nos dicen aquí de la satisfacción y del triunfo de Cristo en sus sufrimientos:

1. Que había de tener una congregación (la Iglesia) en el mundo. Esa es lo que aquí se insinúa. El profeta había dicho: *«Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá descendencia»* (Is. 53:10). Mediante la declaración del nombre de Dios y la proclamación del eterno evangelio en toda su sencillez y pureza muchos habrían de llegar a obtener la salvación en Él y por Él. Los que aquí (v. 22) son

llamados *sus hermanos*, porque Él había de ser, como hombre, el Primogénito (Ro. 8:29), entraban a tener con Él una relación amorosa e íntima; no habían de ser sólo judíos, sino también gentiles, pues todos tienen un mismo origen (He. 2:11) y todos estaban destinados a formar un solo rebaño y un solo cuerpo (Jn. 10:16; 11:52; Ef. 2:16). Los temerosos de Jehová (v. 23) serían descendientes de Israel, al menos en sentido espiritual (*«descendencia toda»*, v. 23; comp. Ro. 9:6–8; Gá. 3:29, etc.).

2. Que, en esa congregación, Jehová habría de ser alabado y glorificado (vv. 22, 23), precisamente en nombre del Redentor y por la obra de la redención. Por eso se dice del mismo Cristo que había de *alabar a Jehová en medio de la congregación.*

3 Que todos los verdaderamente humildes tendrían en Cristo plena satisfacción (v. 26). Los que abundan en oración, abundarán también en gratitud: *«Alabarán a Jehová los que le buscan»*, puesto que por medio de Cristo, el «camino», es fácil hallar al Padre; por lo que la propia esperanza de hallarle es ya motivo seguro para alabarle mientras todavía le buscan. La última frase del versículo 26 alcanza una mejor versión en modo optativo (y en 2.ª persona de plural masculina): *«¡Viva vuestro corazón para siempre!»* Observa Arconada que ésta era la «exclamación con que el oferente (del sacrificio) animaba a los invitados a participar en el santo regocijo. Tal vez precedería una unción con bálsamo perfumado a los participantes en el banquete (23:5; Lc. 7:46). Al presentarse el óleo con que se ungía la estatua divina en los ritos egipcios, se decía: «Alégrese tu corazón».

4. Que el reino de Cristo (se trata del reino mesiánico—nota del traductor—) se había de extender a *todos los confines de la tierra* (vv. 27, 28). Ya ahora, el reino de Dios hace presa, no sólo en los judíos, quienes por muchos siglos habían sido los únicos que habían invocado a Jehová como a su Rey, sino entre los creyentes de extracción gentil y, virtualmente, hasta los confines de la tierra. *«Pero ahora todavía no vemos que todas las cosas le estén sometidas»* (He. 2:8). Es para el futuro reino mesiánico la promesa de que *«la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar»* (Is. 11:9). Es entonces cuando *se acordarán, y se volverán,* se convertirán, *a Jehová todos los confines de la tierra* (v. 27). Una seria reflexión es el primer paso, y un buen paso, para una buena conversión. El hijo pródigo volvió primeramente en sí, y después volvió a su padre. Entonces serán todos admitidos a la comunión con Dios y con las congregaciones que le sirven y adoran: *«Y todas las familias de las naciones adorarán delante de ti»* (comp. con Is. 66:23), *«Porque de Jehová es el reino»* (v. 28). En efecto:

(A) El reino de la naturaleza es del Señor Jehová, y su providencia *rige las naciones* (v. 28b), las cuales han de someterse totalmente en el reino mesiánico (Sal. 2:7–12) y, con ellas, la naturaleza misma gozará de paz absoluta (Is. 11:1–10).

(B) El reino de la gracia pertenece al Señor Jesucristo, quien, como Mediador perpetuo entre Dios y los hombres, no sólo es *cabeza sobre todas las cosas para la Iglesia* (Ef. 1:22), sino también gobernador futuro de las naciones (2:8, 9): *«Comerán y adorarán todos los poderosos de la tierra; se postrarán delante de Él todos los que descienden al polvo»* (v. 29), entendiendo en esta última frase no los que yacen en el sepulcro (idea totalmente ajena al Antiguo Testamento), sino los pobres (más exactamente, los campesinos), como se ven en los textos de Qumrán e incluso por Salmos 113:7. Ricos y pobres, hasta los que escasamente pueden conservar juntas la vida y el alma, según el sentido de la última parte del versículo, adorarán a su Rey y Libertador (72:12). Al ver que no podemos conservar la vida a nuestra propia alma, seremos prudentes en encomendar nuestra alma por medio de la fe, al Señor Jesucristo, quien puede salvarnos y conservar nuestra alma viva para siempre.

5. Que la Iglesia de Cristo y, especialmente, el reino de Dios entre los hombres, han de continuar a lo largo de los siglos: *«La posteridad le servirá; esto será contado de Jehová hasta la postrera generación»* (v. 30). El texto original dice literalmente: *«… será hablado de Jehová a la generación»;* probablemente, habría de suplirse el vocablo «venidera», en lugar de «postrera», por analogía con 102:18, que es una porción similar a la de los versículos 30 y 31 del presente salmo. De generación en generación (v. 102:12), se transmitirá este evangelio eterno de Cristo (v. 31).

Al leer y cantar este salmo, hemos de cantar victoria en el nombre de Cristo, regocijarnos en los honores que otros le prestan y en la seguridad de que habrá un pueblo que le alabe en la tierra cuando nosotros le estemos alabando en el cielo.

SALMO 23

En este breve, pero delicioso salmo, bien conocido de los creyentes, I. El salmista reconoce en Jehová a su pastor (v. 1). II. Narra sus experiencias de las bondades que ha tenido para él este divino pastor (vv. 2, 3, 5). III. Infiere de aquí que no ha de faltarle ninguna cosa buena (v. 1), que no tiene por qué temer ninguna cosa mala (v. 4) y que Dios nunca le abandonará en el camino de la misericordia, por lo que él resuelve no abandonar jamás a Dios en el camino del deber (v. 6).

Versículos 1–6

1. Por ser Jehová su pastor, infiere David que no le ha de faltar ninguna cosa que sea realmente buena para él (v. 1). También David fue pastor en su juventud. En 78:70, 71, nos dice Asaf que *Dios sacó a David de los apriscos del rebaño; de detrás de las ovejas lo trajo».* Sabía, pues, por experiencia la preocupación y el afecto que un buen pastor siente hacia su rebaño. Recordaba la necesidad que de un tal pastor tienen las ovejas y que una vez había arriesgado la vida propia por salvar la de un cordero. Con esto ilustra el cuidado y el interés que tiene Dios por los suyos; y a esto parece referirse nuestro Salvador cuando dice: *«Yo soy el buen pastor»* (Jn. 10:11). Él trae las ovejas al redil y las provee de todo lo necesario. Debemos conocer la voz de tal pastor y seguirle. Al considerar David que Jehová es su pastor, bien puede decir con toda confianza: *«Nada me faltará»,* es decir, «de nada careceré». Si no tenemos algo que desearíamos tener, podemos concluir o que nos es dañoso o que lo tendremos a su debido tiempo.

2. Al considerar la bondad con que Jehová, como buen pastor, cuida de él, infiere David que no tiene motivos para temer ningún mal en medio de las mayores dificultades y de los más graves peligros en que se pueda encontrar (vv. 2–4). Véase aquí la dicha de los santos como ovejas del prado de Dios:

(A) Están bien situadas: *«En lugares de delicados pastos me hará descansar»* (v. 2a). De la mano de Dios nuestro Padre tenemos el pan de cada día. La mayor abundancia es para el perverso un pasto seco, sin gusto, cuando sólo busca en él el placer de los sentidos; en cambio, para el hijo de Dios, que gusta la bondad de Dios en todo lo que disfruta, es un pasto delicado, delicioso, aun cuando tenga poca cosa del mundo (37:16; Pr. 16, 17). Dios hace que sus santos puedan reposar, pues les da paz de conciencia y contentamiento de corazón, cualquiera sea la suerte que les quepa en este mundo; el alma de los buenos descansa a gusto en el Señor, y eso hace que todos los pastos les resulten frescos y deliciosos.

(B) Van bien conducidas: *«Junto a aguas de reposo me pastoreará»* (v. 2b). Quienes se alimentan de la bondad de Dios, la dirección de Dios han de seguir: Él les dirige los ojos, el camino y el corazón, hacia su amor. Dios provee para su pueblo, no sólo pasto y descanso, sino también refrigerio y placer santo. Dirige a los suyos, no a las aguas estancadas, que se corrompen y recogen suciedad, ni a las aguas bravías y encrespadas del mar, sino a las aguas silenciosas de los arroyos, porque las *aguas de reposo* que, sin embargo, fluyen silenciosas sin cesar, son las más aptas para representar la comunión espiritual de quienes caminan sin cesar hacia Dios, pero lo hacen en silencio. *«Me guiará por sendas de justicia»* añade David (v. 3b), por el camino del deber, en el que me instruye por medio de su Palabra, y me conduce por medio de su providencia. El camino del deber es el camino del verdadero placer, pero en estas sendas no somos capaces de caminar, a menos que El nos guíe a ellas y nos guíe en ellas.

(C) Van bien cuidadas cuando algo anda mal: *«Confortará (o restaurará) mi alma»* (v. 3a). Cuando, después de cierto pecado, su propio corazón hirió a David, y cuando después de otro pecado más serio, Natán fue enviado a decirle: *«Tú eres ese hombre»,* Dios le restauró el alma. Aun cuando permita Dios que los suyos caigan en pecado, no permite que yazcan tranquilos en el pecado. *«Aunque pase por valle de sombra de muerte»,* es decir, por un valle tenebroso, expuesto al asalto de fieras y ladrones, *no temeré mal alguno»* (v. 4). Hay aquí cuatro palabras que atenúan el terror: (a) No se trata de muerte, sino de *sombra* de muerte, sombra sin cuerpo, figura sin realidad; ni la sombra de una serpiente pica, ni la sombra de una espada mata. (b) Es *valle* de sombra, bastante profundo como para ser tenebroso, pero los valles son también fructíferos, como lo es aun la misma muerte para los piadosos hijos de Dios (Fil. 1:21). (c) Es un *pasar,* como un corto paseo. (d) Y es un pasar *por* el valle, no se perderán en el valle, sino que saldrán a salvo al monte de especias aromáticas que hay al otro lado. No hay allí mal alguno para el hijo de Dios, pues ni la muerte puede separarnos del amor de Dios (Ro. 8:38). El buen pastor, no sólo conduce, sino que escolta, a sus ovejas a través del valle. Su presencia las anima: *«porque tú estarás conmigo».* La *vara* y el *cayado* del final del versículo no son sinónimos. La vara es un palo recio que el pastor de Palestina usa todavía para defenderse a sí mismo y a sus ovejas, mientras que el cayado es un báculo más largo, no tan recio, curvado muchas veces en un extremo, que el pastor usa para conducir a las

ovejas y para apoyarse él mismo en el suelo. Por Levítico 27:32, vemos que el pastor contaba las ovejas bajo la vara (Hebr. *shábet).*

3. De los beneficios que la munificencia de Dios le ha concedido infiere David la constancia y perpetuidad de las misericordias de Jehová (vv. 5–6): *«Aderezarás mesa delante de mí en presencia de mis adversarios;* tú me provees de todo lo necesario para mi alma y para mi cuerpo, no sólo en el tiempo, sino por toda la eternidad: alimento conveniente, una mesa bien preparada, bien llena la copa: *mi copa está rebosando,* de forma que no sólo tengo para mí, sino también para mis amigos». *«Ungiste mi cabeza con aceite,* como buen anfitrión» (v. Lc. 7:46). Al principio había dicho (v. 1): *«Nada me faltará»;* pero ahora habla de forma positiva (v. 6): *«Ciertamente la bondad y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida»*. Dice Ryrie: «David se ve a sí mismo, no sólo como a un huésped-para-un-día, sino como recipiendario del pacto de Dios: *de la bondad perpetua* suya». *«Me seguirán»,* dice David, como el agua de la roca seguía al campamento de Israel por el desierto (1 Co. 10:4). «Me seguirán *todos los días de mi vida,* porque al que Dios ama, le ama hasta el final y hasta el extremo» (Jn. 13:1). *«Ciertamente* será así: la bondad y la misericordia que me han seguido hasta aquí, me seguirán también en adelante hasta el final». *«La casa de Jehová»* significa comúnmente el santuario; a veces, toda la Tierra Prometida (Jer. 12:7; Os. 8:1; 9:8, 15; Zac. 9:8). Dice Arconada: «Aquí creemos que es un rasgo alegórico, como las demás comparaciones del salmo, y que equivale a estar oculto bajo las alas o protección de Yahvé (17:8)». En todo caso, era tipo de la casa de nuestro Padre en el Cielo, *en la cual hay muchas mansiones* (Jn. 14:2).

SALMO 24

Es éste un salmo de tono marcial y triunfante, en una especie de diálogo de los levitas. Es probable que fuese compuesto con ocasión del traslado del Arca a Jerusalén (2 S. 6). En él observamos: I. El dominio de Dios sobre el mundo por medio de su providencia (vv. 1, 2). II. Las cualidades que se requieren de los verdaderos adoradores de Jehová (vv. 3–6). III. Concluye el salmo con un himno coral al Rey de la gloria (vv. 7–10). En la Iglesia, los vv. 7–10 han sido referidos a la ascensión del Señor a los cielos, pero se trata más bien de una profecía acerca del regreso del Señor Jesucristo como Rey de la gloria para establecer en el monte Sion su reino mesiánico (Is. 24:23; Ap. 14:1).

Versículos 1–2

I. No hemos de pensar que sólo los cielos pertenecen al Señor y que esta tierra, al ser una parte insignificante del Universo, es tenida en menos por Dios, el cual no tiene interés en ella. ¡No, no es así! También *la tierra es de Jehová y cuanto hay en ella* (v. 1). 1. Cuando Dios la dio a nuestros primeros padres, se la entregó como arrendatarios, reservándose Él la verdadera propiedad. Las minas, las bestias del campo, los frutos de la tierra, nuestras casas y haciendas, y aun todas las mejoras que el hombre ha introducido mediante su ingenio y su esfuerzo, todo es del Señor de los cielos. En comparación con el reino de la gracia, todo esto es considerado como cosa vacía, vanidad de vanidades; pero en el reino de la providencia es algo lleno: «… y *la plenitud de ella»,* dice lit. el hebreo del versículo 1. 2. Suya es, de manera especial, la parte habitable de la tierra: *«El mundo, y los que en él habitan»* (v. Pr. 8:31). Nosotros no somos dueños de nuestro cuerpo ni de nuestra alma: *Somos de Cristo* (1 Co. 3:23).

II. La tierra es de Dios por su indiscutible título de Creador de cuanto existe (v. 2): *«Porque Él la fundó sobre los mares y la afianzó sobre los ríos»*. Él la creó y acomodó para uso del hombre. La materia es suya, pues la hizo de la nada; la forma también es suya, pues la hizo conforme a los eternos designios de su mente. Continúa conservándola, ya que *la afianzó,* de forma que, aun cuando las generaciones se suceden unas a otras, la tierra siempre permanece sin alterar su estado general ni cambiar su órbita (v. Ec. 1:4). Firme fundó la tierra, y firme sigue (Sal. 119:90).

Versículos 3–6

Desde este mundo y de cuanto lo llena, la meditación del salmista se eleva, de pronto, a las grandes cosas del mundo superior, cuyo fundamento no está en los mares ni en los ríos.

1. Esta tierra es el escabel de los pies de Dios; aquí estaremos por algún tiempo, muy poco, pues hemos de ir en breve a otro lugar, y *«¿Quién subirá al monte de Jehová?»* (v. 3). Es cierto que el monte de Jehová es Sion, pero ya hemos dicho que tipifica al Cielo y, en este sentido, hemos de preguntarnos: ¿Quién subirá al Cielo para disfrutar de la gloria de Dios, después de haber disfrutado aquí de su gracia y de su comunión por medio de la oración, la palabra sagrada y las ordenanzas? Un alma que considere su propia naturaleza: su origen, su inmortalidad, etc., tras considerar la tierra y cuanto la llena, quedará insatisfecha y se dirá: «¿Qué haré para subir al lugar santo, al santo monte donde Dios habita, y permanecer en aquel lugar dichoso, donde Dios extiende su propia morada sobre los suyos?» (Ap. 21:3).

2. Al responder a esa pregunta, el salmista enumera las cualidades del pueblo de Dios, de los que tendrán comunión con Él en gracia y en gloria. Son: (A) *Limpieza de manos:* limpias de todo lo que ofende a Dios, hace daño al prójimo y contamina al propio sujeto; es limpieza exterior. (B) *Pureza de corazón:* la limpieza interior de un corazón sincero, hecho nuevo por la gracia mediante la fe, y conforme a la imagen y la voluntad de Dios (v. Mt. 5:8). (C) *No haber alzado a lo vano su alma* (lit.). Alzar el alma equivale a dirigir el afecto hacia algo: «lo vano» (es decir, lo vacío e inconsistente; hebr. *shav).* Esta expresión designa primordialmente los ídolos (31:7; Jer. 18:15), pero también puede significar lo efímero de la vida humana (89:7). (D) *No haber jurado con engaño* (v. 4); es decir, no haber defraudado al prójimo mediante un acto religioso. Resume el salmista y dice (v. 6): *«Tal es la generación de los que le buscan».* En toda generación hay un remanente al que son contadas las cosas de Jehová (22:30). Como es al monte de Jehová adonde tenemos que subir, es menester un esfuerzo especial en buscar a Dios, pues es «cuesta arriba». Hemos de poner toda diligencia en buscar el rostro de Dios, como Jacob (v. 6. Comp. Gn. 32:30), es decir, en lucha con Dios, hasta prevalecer como Jacob, que por eso se le cambió el nombre por el de Israel. Los que así buscan a Dios, recibirán toda clase de bendiciones de Jehová (v. 5) y, en especial, la *justicia,* tanto forense como interior, del Dios que salva (comp. 27:9).

Versículos 7–10

Hallamos ahora ciertas repeticiones, que son usuales en los cánticos. Se demanda una y otra vez la entrada del Rey de la gloria, las puertas deben ser abiertas de par en par. *«¿Quién es ese Rey de la gloria? ¡Jehová el fuerte y valiente! ¡Jehová el poderoso en batalla!»* (vv. 8, 10).

1. Esta espléndida entrada que aquí se nos describe, se refiere con toda probabilidad al solemne traslado del Arca desde casa de Obed-edom al tabernáculo que le había preparado David en Jerusalén (2 S. 6). Mejor que *«puertas eternas»,* habría de traducirse *«portones seculares»,* esto es, antiguos, al aludir quizás a la resistencia ofrecida por los yebuseos (v. 2 S. 5:6–12).

2. Puede aplicarse a Cristo, de quien el Arca, con su propiciatorio, era tipo. Nótese, sin embargo—nota del traductor—, que se trata de una acomodación. Así ha de entenderse todo lo que M. Henry dice a continuación. Las puertas del Cielo le debían ser abiertas a Cristo, esas puertas que bien pueden llamarse *eternas.* Nuestro Redentor las halló cerradas, pero, al haber hecho, mediante su sangre, expiación por el pecado y obtenido así el título que le daba derecho *a entrar en el santuario* (He. 9:12), como quien tiene autoridad, demandó la entrada, no sólo para sí mismo, sino también para nosotros, porque, en calidad de pionero, ha entrado allá por nosotros, y a abierto el reino de los cielos a todos los creyentes. Podemos aplicarlo también a la entrada de Cristo en el alma por medio de la Palabra y del Espíritu, para poner allí su santuario, pues somos su templo. La presencia de Cristo en las almas es como la del Arca en el templo, pues las santifica.

SALMO 25

Este es uno de los salmos llamados «alfabéticos» o «acrósticos». En el texto hebreo, cada grupo de dos líneas (con pocas excepciones) comienza por una letra distinta del alfabeto hebreo en su debido orden (desde el *alef* al *tau).* El salmo está lleno de afectos devotos hacia Dios. Podemos aprender en Él: I. Qué es orar (vv. 1, 15). II. Por qué cosas hemos de orar: perdón de los pecados (vv. 6, 7, 18), dirección en el

camino del deber (vv. 4, 5), el favor de Dios (v. 16), liberación de nuestras aflicciones (vv. 17, 18), preservación de nuestros enemigos (vv. 20, 21) y la salvación del pueblo de Dios (v. 12). III. A qué hemos de apelar en nuestras oraciones: a nuestra confianza en Dios (vv. 2, 3, 5, 20, 21), al aprieto en que nos vemos y a la maldad de nuestros enemigos (vv. 17, 19), a nuestra sinceridad (v. 21). IV. Qué preciosas promesas tenemos para animarnos en nuestras oraciones: de dirección e instrucción (vv. 8, 9, 12), de los beneficios del pacto (v. 10) y del gozo en la comunión con Dios (vv. 13, 14).

Versículos 1–7

En este salmo, David expresa su deseo de Dios y su dependencia de Él. Es frecuente en él comenzar sus salmos con tales expresiones, no para mover a Dios, sino a sí mismo hacia Dios.

1. Expresa su deseo de Dios (v. 1): *«A ti, oh Jehová, levantaré mi alma».* Al dar culto a Dios hemos de levantar hacia Él nuestra alma. La oración es levantar el corazón a Dios. *Sursum corda* = «Arriba los corazones», es una frase que se ha usado desde antiguo para invitar al pueblo de Dios a dirigirse a Él en oración.

2. Expresa también su dependencia de Dios (v. 2): *«Dios mío, en ti confío».* Su conciencia le daba testimonio de que no tenía confianza en sí mismo ni en ninguna otra criatura. Le agrada hacer esta profesión de fe en Dios: *«No sea yo avergonzado* de esta confianza que he puesto en ti, que no me muevan de ella el miedo ni el halago y que no quede, al final, decepcionado de haber dependido en todo de ti, sino *guarda mi depósito,* lo que te he encomendado (2 Ti. 1:12). *Quedarán avergonzados los que se rebelan sin causa»* (v. 3). Cuanto más débil es la tentación que induce a los hombres a pecar, tanto mayor es la corrupción que manifiestan y tanto menor la excusa que tienen. Los peores transgresores son los que pecan por gusto al pecado.

3. Pide a Dios dirección en el camino del deber (vv. 4, 5). Una y otra vez ruega a Dios que le enseñe: *«Muéstrame ... enséñame,* no buenas palabras, ni cultas disertaciones, sino *tus caminos, tus sendas, tu verdad;* los caminos por los que vienes hacia mí (tus designios, tus preceptos, tus promesas), los cuales son siempre *misericordia y verdad* (v. 10), y los caminos por los que quieres que yo vaya a ti: *encamíname en tu verdad y enséñame* (v. 5). En casos dudosos, hemos de orar fervientemente que Dios nos haga ver claro lo que quiere que hagamos; *«enséñame tus sendas»* (v. 4). Y añade: *«Porque tú eres el Dios de mi salvación»* (v. 5). Si Dios nos salva, también nos enseña y nos guía; el que da salvación también dará instrucción. *«En ti he esperado todo el día»* (v. 5b), es decir, en todo tiempo. ¿De quién, sino de su amo, ha de esperar dirección un criado, pues está para servirle en todo tiempo?

4. Apela a la infinita misericordia de Dios, sin recurrir a ningún supuesto mérito suyo personal (v. 6): *«Acuérdate, oh Jehová, de tus piedades* (es decir, de tu compasión) y *de tus misericordias, que son perpetuas,* son las mismas desde siempre».

5. Pide fervientemente el perdón de sus pecados (v. 7): *«De los pecados de mi juventud,* la edad pasional e irreflexiva, y *de mis transgresiones,* aun en la edad madura, *no te acuerdes; acuérdate,* más bien, *de tus misericordias* (v. 6), que hablan a mi favor, no de mis pecados, que hablan en contra mía». Cuando Dios perdona, también olvida (algo que nos cuesta mucho a los humanos olvidar, cuando nos han ofendido), lo cual es una expresión que significa remisión completa y absoluta.

Versículos 8–14

Las promesas de Dios aparecen aquí mezcladas con las oraciones de David. Muchas peticiones vemos al comienzo del salmo, y muchas otras al final; pero aquí, a la mitad del salmo, se extiende en meditar sobre las promesas. Las promesas de Dios no sólo son el mejor fundamento de la oración, ya que nos dice qué hemos de pedir, sino que son ya una respuesta presente a la oración. Hágase la plegaria conforme a la promesa, y así podrá leerse la promesa como respuesta a la plegaria; y hemos de creer que la oración será oída, porque la promesa ha de ser de cierto cumplida. Pero, en medio de las promesas, hallamos una petición que parece venir de modo abrupto, inesperado, pues habríamos de pensar que seguiría al versículo 7, cuando la vemos en el versículo 11: *«En atención a tu nombre* (lit.), *oh Jehová, perdonarás también mi pecado, que es grande y,* por tanto, estoy perdido si no se interpone tu infinita misericordia para perdonarme». Veamos ahora las grandes y preciosas promesas que hay en estos versículos:

1. Estas promesas son seguras para los que, aunque hayan sido grandes pecadores, guardan ahora, de modo habitual, la Palabra de Dios. Aunque, conforme a la debilidad congénita, quebranten alguna vez (v. 1 Jn. 1:8, 10) el mandamiento de Dios, se arrepienten sinceramente y confiesan a Dios su pecado (1 Jn. 1:9) y se mantienen adheridos a Dios como a su Dios, sin quebrantar el pacto ni continuar voluntariamente en el pecado (1 Jn. 3:6–10). Estos son *los que temen a Jehová* (v. 12 y, de nuevo, en el v. 14), es decir, los que respetan la gloria majestuosa de Dios, le adoran con reverencia, se someten a su autoridad y le obedecen con gozo.

2. Dos cosas que ratifican y confirman todas las promesas: (A) Las perfecciones de la naturaleza de Dios. Damos a una promesa el valor que tiene el carácter personal del que la hace. Por consiguiente, bien podemos depender de las promesas divinas, pues *bueno y recto es Jehová* (v. 8) y, por ello, sabemos que será tan bueno como su Palabra. (B) La conformidad que existe entre todo lo que dice y hace, con las perfecciones de su naturaleza (v. 10): *«Todas las sendas de Jehová son misericordia y verdad»;* es decir, todos los designios divinos, todas sus promesas y providencias, *son misericordia y verdad;* son como Él, que *es bueno y recto.*

3. Qué promesas son ésas:

(A) Que Dios les instruirá y dirigirá en el camino del deber. En esto insiste de manera especial, pues es respuesta a las oraciones de David (vv. 4, 5): *«Muéstrame tus caminos; enséñame tus sendas, etc.»*. Deberíamos fijar nuestros pensamientos en las promesas que se refieren a los casos concretos, presentes, actuales. (a) *«Él enseñará a los pecadores el camino»,* pues son pecadores y, por tanto, necesitan instrucción. Si desean ser enseñados, Él les mostrará el camino de la reconciliación con Dios, que es también el camino a una bien fundada paz de conciencia, y el camino hacia la vida eterna (Hch. 13:48: *«… los que habían sido puestos en orden, en dirección a la vida eterna»* lit.). (b) *«Encaminará a los humildes* (hebr. *anawim),* es decir, a los desconfiados de sí mismos y de las cosas temporales, a los que tienen corazón de pobre (Mt. 5:3) y sólo dependen de Dios, de quien esperan ser enseñados y guiados, *en la justicia* (lit.), es decir, en la norma que han de seguir para obrar con rectitud. (c) *«Al hombre que teme a Jehová, le enseñará el camino que ha de escoger»;* si atiende bien a la voluntad de Dios, escogerá el camino que Dios haya escogido. Los dos caminos se juntan, puesto que el que teme a Dios, escoge lo que a Dios agrada.

(B) Que Dios le facilitará el camino (v. 13): *«Gozará él de bienestar, y su descendencia heredará la tierra»* (v. Mt. 5:5, y comp. con v. 9, en el que traducimos el vocablo *anawim*—repetido en la 2.ª parte del v. 9—por *«mansos»,* conforme a la versión hebrea del Nuevo Testamento en Mt. 5:5). El que se deja enseñar por el Señor, verá que *«su yugo es cómodo, y su carga es ligera»* (Mt. 11:30), pues *«sus mandamientos no son gravosos»,* esto es, no son pesados (1 Jn. 5:3). También sus descendientes se beneficiarán de las oraciones de sus progenitores, cuando éstos se hayan marchado.

(C) Que Dios les admitirá a lo íntimo de la comunión con Él (v. 14): *«El secreto* (es decir, el trato íntimo) *de Jehová es para los que le temen»*. Éstos son los que, guiados por el Espíritu Santo, penetran *hasta las profundidades de Dios* (1 Co. 2:10), en contraposición a los satanistas de Apocalipsis 2:24. Por eso dijo el Señor Jesús (Jn. 7:17): *«El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios»*.

Versículos 15–22

David, animado por las promesas en las que venía meditando, concluye el salmo, como lo había comenzado, con expresiones de dependencia de Dios y deseos santos hacia Él.

1. Expone ante Dios la calamitosa situación en que se halla. Sus pies están *en la red* (v. 15), como metidos en un cepo, de forma que no ve cómo salir de la dificultad; se halla (v. 16) *solo* (hebr. *yajid,* que significa: solitario, desvalido, sin compañía) y *afligido,* pues no puede fiarse de sus criados ni aun de sus propios hijos. *«Las angustias de mi corazón se han aumentado»,* añade (v. 17); le asedian la melancolía y la depresión.

2. Expresa su dependencia, en medio de esta aflicción, únicamente en Dios (v. 15): *«Mis ojos están siempre vueltos hacia Jehová»*. Quienes tienen los ojos vueltos hacia Jehová, no tendrán por mucho tiempo los pies en la red. Repite después su expresión de dependencia en Dios (v. 20): *«No sea yo avergonzado, porque en ti confié»;* y de nuevo (v. 21): *«Porque en ti he esperado»* (entiéndase como presente continuativo, ya que no ha cesado de esperar).

3. Ruega fervientemente a Dios que le ayude, le alivie y socorra: *«Mírame y ten misericordia de mí»* (v. 16). Los hombres más santos estarían perdidos si no tuviesen un Dios de infinita misericordia (v. Is. 6:5). Expone su miseria, que le hace objeto propio de la misericordia, ya que «misericordia» significa «un corazón inclinado hacia la miseria». *«Sácame de mis congojas»* (v. 17); como si dijese: «Yo no veo ninguna salida de ellas, pero tú la tienes y la conoces». *«Perdona todos mis pecados;* no me conformo, sino con un perdón completo» (v. 18). *«Mira mi aflicción y mis trabajos … Mira mis enemigos, cómo se han multiplicado»* (vv. 18, 19). Como si dijese: «¡Considera cuán abatido me hallo, y cuán crueles son mis enemigos, y líbrame de manos de ellos!» Interpone su condición de hombre recto y temeroso de Dios (v. 21): *«Integridad y rectitud me guarden».* Aun cuando se había reconocido pecador delante de Dios, sin embargo, en cuanto a sus enemigos, tenía el testimonio de su conciencia de que no les había hecho, ni pensaba hacerles, ningún perjuicio. En los peores tiempos y momentos, la sinceridad es la mejor seguridad.

4. Termina con el ruego a Dios de que extienda su misericordia a todo el pueblo (v. 22): *«Redime, oh Dios, a Israel de todas sus angustias».* A pesar de que David se hallaba en grave aprieto, no olvida las angustias del resto del pueblo; por eso, pide por ellos con el mismo fervor con que había pedido por sí mismo. Resulta curioso observar—nota del traductor—que este último versículo cae ya fuera del orden alfabético del salmo, pues se inicia con la letra *pe*, mientras que la última letra del alfabeto hebreo, el *tau*, encabeza el versículo 21. Es, pues, como un apéndice. Piensa Arconada que «se trata de una adición litúrgica posterior, como otras veces (34:23; 51:20–21)». Sea como sea, ello no quitaría nada a la inspiración divina de tal versículo.

SALMO 26

En este salmo, David se pone a sí mismo a prueba ante Dios y ante su propia conciencia, y da en ambos tribunales testimonio de su integridad (vv. 1, 2), y alega para ello: I. Su constante atención a Dios y a su gracia (v. 3). II. Su arraigada antipatía contra el pecado y contra los pecadores (vv. 4, 5). III. Su sincero afecto a las ordenanzas divinas (vv. 6–8). IV. Una vez probada su integridad, David, 1. Predice el funesto final de los malvados (vv. 9, 10); 2. Y se encomienda a la misericordia y a la gracia de Dios, con una resolución de mantenerse en su integridad y en su esperanza en Dios (vv. 11, 12).

Versículos 1–5

Es probable que David compusiera este salmo cuando era perseguido por Saúl (o por Absalón), a quien presenta como malvado que le acusaba de muchos crímenes que no había cometido. En esto era David tipo de Cristo, quien fue acusado, sin motivo alguno, de muchos crímenes. Véase lo que hace David en este caso:

1. Apela a la sentencia justa de Dios (v. 1): «*Júzgame, oh Jehová.* Sé tú el que juzgue entre mí y mis acusadores». Él no puede justificarse a sí mismo contra el cargo de pecado; reconoce que su iniquidad era grande y que estaba perdido, a no ser que Dios, en su infinita misericordia, le perdonase; pero sí puede justificarse del cargo de hipocresía. Es un consuelo para todos los que son sinceros en su piedad, saber que Dios mismo es testigo de su sinceridad.

2. Se somete insistentemente al escrutinio de Dios (v. 2): *«Escudríñame … pruébame … examina»,* como se prueba esmeradamente el oro en el crisol, para ver si tiene los requeridos quilates. Tan sincera era su devoción hacia su Dios, que deseaba tener como una ventana en su pecho, a fin de que cualquiera pudiese ver el interior de su corazón.

3. Testifica solemnemente sobre su sinceridad (v. 1): *«Porque yo en mi integridad he andado».* Como si dijese: «Mi conducta ha estado de acuerdo con lo que profeso ser, y formado ambas cosas una sola pieza». Las pruebas de su integridad le animaban a confiar en Dios como en su justo Juez (v. 1): *«He confiado asimismo en Jehová; no resbalaré»* (lit.). Quienes son sinceros en su piedad pueden confiar en que, con la gracia de Dios, no resbalarán (comp. 73:2); es decir, no apostatarán de su fe.

(A) Tenía constantemente en consideración a Dios y su gracia (v. 3): *«Tu misericordia está delante de mis ojos»*. Y la norma de su vida era la palabra de Dios: *«Y ando en tu verdad,* esto es, en tu ley, porque *tu palabra es verdad»* (Jn. 17:17, comp. con Ef. 6:14; 3 Jn. 3).

(B) No tenía comunión con las infructuosas obras de las tinieblas ni con los obradores de tales iniquidades (vv. 4, 5). La diligencia en evitar las malas compañías es una buena prueba de nuestra integridad y, al mismo tiempo, un buen medio para conservarnos en ella: *«No me he sentado con hombres hipócritas, ni entré … aborrecí … nunca me senté»* (comp. con 1:11). La compañía de los hipócritas es la más peligrosa de todas y la que más se ha de evitar. Tales malhechores aparentan ser amigos de aquellos a quienes quieren enredar en sus trampas, pero lo disimulan. Aunque a veces no podamos evitar la compañía de los malos, al menos no hemos de ir con ellos, sino *aborrecer sus reuniones.* Así como los buenos, cuando se juntan y están de acuerdo, se estimulan mutuamente a ser mejores, así también los malos, cuando se reúnen, se hacen peores y cometen peores fechorías.

Versículos 6–12

I. David menciona, como una prueba adicional de su integridad, su sincero afecto hacia las ordenanzas divinas.

(A) Era muy concienzudo en su preparación para las santas ordenanzas: *«Lavaré en inocencia mis manos»* (v. 6). En nuestra preparación para acudir a los cultos, no sólo hemos de estar libres del pecado de hipocresía (de lo que es testimonio simbólico el lavarse las manos; v. Dt. 21:6), sino también hemos de esmerarnos en arrepentirnos de todo otro pecado (v. también Éx. 30:19; Sal. 24:4; 73:13).

(B) También era muy diligente en observar con respeto y atención la celebración de tales ordenanzas (v. 6b): *«Y así andaré alrededor de tu altar, oh Jehová»,* con esto alude quizás a la costumbre de los sacerdotes de andar en torno del altar mientras se ofrecía el sacrificio, aun cuando aquí el verbo hebreo es probable que solamente implique asistencia a la celebración de dicha ordenanza.

(C) En esta asistencia a los oficios del santuario, todo su interés estaba centrado en la alabanza y la acción de gracias al Señor (v. 7).

(D) Lo hacía con santo gozo (v. 8): *«Jehová, la habitación de tu casa he amado* (es decir *amo*); el tabernáculo donde te ha placido manifestar tu residencia en medio de tu pueblo y recibir su homenaje; *el lugar de la morada de tu gloria»* (Éx. 40:34).

2. Después de haber presentado las pruebas de su integridad, David ora fervientemente que Dios le preserve de caer bajo el destino fatal de los impíos (vv. 9, 10): *«No juntes con los pecadores mi alma, etc»*. Como si dijese: «Ellos son *hombres sanguinarios,* sedientos de sangre y culpables de sangre derramada, *en cuyas manos está el mal,* y aunque su *diestra está llena de sobornos,* no por eso van a salir mejor parados al cometer tales injusticias por dinero, pues *¿qué provecho sacará el hombre de ganar el mundo entero, si pierde su alma?»* (Mt. 16:26 y paral.). David no quiere en forma alguna tener el mismo destino que les espera a tales malhechores.

3. Con humilde y santa confianza, David se encomienda a la gracia de Dios (vv. 11, 12): *«Mas yo andaré en mi integridad,* hagan lo que hagan otros». Y ruega que la gracia divina le capacite para ello y, asimismo, le proporcione el consuelo que comporta el cumplimiento del deber (v. 11b): *«Redímeme,* rescátame de las manos de mis enemigos, y *ten misericordia de mí»*. Atestigua que *sus pies se han mantenido en lugar llano* (v. 12. Lit.), es decir, en lugar seguro donde poder cumplir las promesas que ha hecho en los vv. 6 y 7. Y, como ya lo había dicho en 22:25, promete, cuando se vea libre del asedio de sus enemigos, *bendecir a Jehová en las congregaciones* (v. 12b).

SALMO 27

Hay quienes piensan que David redactó este salmo antes de subir al trono, y hay versiones que añaden: «antes de ser ungido». Pero David fue ungido tres veces (1 S. 16:13; 2 S. 2:4; 5:3). Los judíos sostienen que lo escribió cuando ya era viejo, con ocasión del gran servicio que le prestó Abisay al socorrerle contra el ataque del gigante (2 S. 21:16, 17). Nada se sabe de cierto, pero lo importante es que,

en él, da expresión David a los sentimientos piadosos con que los hijos de Dios acuden a su Padre, especialmente en tiempos de apuro. I. El coraje y la santa osadía de la fe de David (vv. 1–3). II. El placer que sentía en la comunión con su Dios y los beneficios que experimentaba en ella (vv. 4–6). III. Su deseo de Dios, de su favor y gracia (vv. 7–9, 11, 12). IV. Lo que esperaba de Dios y el ánimo que da a otros para que esperen también en Dios (vv. 10, 13, 14).

Versículos 1–6

1. Con qué fe tan viva canta David victoria en su Dios y se gloría en su santo nombre. (A) *«Jehová es mi luz»* (v. 1). Los súbditos decían que David era *la antorcha de Israel* (2 S. 21:17). Y por cierto que era *una lámpara que ardía y alumbraba* (Jn. 5:35); pero él confiesa que su luz no es propia como la del sol, sino prestada como la de la luna, ya que *Jehová era su luz,* metáfora que aquí significa protección y ayuda (comp. 4:7; 36:10; 43:3; 44:4; Is. 60:1), en el mismo sentido en que la luz expulsa la ansiedad que causan las tinieblas con sus peligros reales o imaginarios. (B) «*Y mi salvación,* en el que me siento seguro y a salvo de todo peligro». (C) «*Jehová es el baluarte de mi vida,* no sólo el protector de mi vida expuesta a peligros, sino también la fuerza de mi debilidad».

2. Con qué valentía tan indomable se enfrenta con sus enemigos; no hay bravura como la que la fe proporciona. Si Dios está con él, ¿quién podrá estar contra él? *«De quién temeré?... ¿De quién he de atemorizarme?* Véase cómo describe el asalto y el fracaso de sus enemigos (v. 2): *«Cuando se abalanzaron sobre mí los malhechores para comerse mi carne, mis adversarios y los que me son hostiles, tropezaron y cayeron»* (lit.). No dice que él los matase o los hiriese y que por eso habían caído, sino que, por la intervención divina protectora, se habían debilitado y aturdido de tal forma que tropezaron y cayeron sin que los tocase mano de hombre. Así se explica la confianza con que habla en el versículo 3: *«Aunque un ejército acampe contra mí, no temerá mi corazón».* No hay huestes que puedan hacernos daño, si Jehová de las huestes nos protege. *«Aunque contra mí se levante guerra, en medio de ésta yo estoy confiado»* (v. 3b. Lit.). Bien puede estar confiado, pues *Dios le esconderá y ocultará* (v. 5), no en el desierto de En-gadi (1 S. 23:29), sino *en lo reservado de su morada, en su tabernáculo.* No lo esconderá en un lugar subterráneo, sino bien *alto, sobre una roca,* donde no sólo no le puedan alcanzar los dardos de sus enemigos, sino también donde estará exaltado para dominarlos y reinar sobre ellos, pues *«allí levantará mi cabeza sobre mis enemigos que me rodean»* (v. 6).

3. Con qué fervor ora a fin de mantener íntima y constante comunión con Dios en la celebración de los servicios del santuario (v. 4).

(A) Lo único que desea es: *«reposar en la casa de Jehová todos los días de mi vida»* (v. 4). Los sacerdotes tenían su residencia en los atrios del templo, y allí habría deseado David tener también su morada habitual. Todos los buenos hijos de Dios desean vivir en casa de su Padre ¿en dónde, si no, habrían de vivir? ¿Pensamos que alabar a Dios será la bendición de nuestra eternidad? Entonces, de seguro que habríamos de hacer de ello la ocupación primordial de nuestra vida terrenal.

(B) Con qué interés desea eso: *«Una sola cosa he pedido a Jehová y la buscaré con empeño»* (lit.). Si necesitásemos pedir a Dios una sola cosa, debería ser ésta. David tenía puesto el corazón en ella más que en ninguna otra. Quería vivir en la casa de Jehová *«para contemplar la deleitosidad* (lit.) *de Jehová y para inquirir en su templo».* Lo amable, lo hermoso, lo deleitoso de Dios es su santidad (110:3. Por eso, la frase «la hermosura de la santidad» significa la belleza de los sagrados atavíos con que los sacerdotes se vestían y oficiaban en el santuario—nota del traductor—), y también lo es su bondad (Zac. 9:17). La armonía de todas las perfecciones divinas es la hermosura de su naturaleza. En la casa de Jehová no había de pasar apuros; allí estuvo escondido durante seis años Joás, descendiente de David, no sólo preservado de la espada, sino reservado para la corona (2 R. 11:3). Los falsos amigos de Nehemías también pensaban que estaría seguro si se escondía en el templo (Neh. 6:10). Con todo, la seguridad de los buenos creyentes no está en el templo del Señor, sino en el Señor del templo y en una constante comunión con Él.

Versículos 7–14

En estos versículos David expresa:

1. Sus deseos y aspiraciones hacia Dios, y lo hace por medio de muchas peticiones. Ya que no puede vivir de continuo en la casa de Jehová, al menos hallará, mediante la oración, un camino que le de acceso

al trono de la gracia (v. 7): *«Oye, oh Jehová, mi voz con que a ti clamo,* pues sale del fondo de mi corazón». Si oramos con fe, sin duda nos responderá Dios. David apoya su petición en el precepto de buscar el rostro de Dios (v. 8): *«Cuando tú dices: Buscad mi rostro, responde mi corazón: Tu rostro buscaré, oh Jehová».* Es de notar que las tres primeras palabras están ausentes (por elipsis comprensible) del original y, para que se vea la solicitud con que David está presto a buscar el rostro de Dios, el original dice textualmente: *«A ti (o de ti) ha dicho mi corazón: "Buscad mi rostro". Tu rostro, oh Jehová, buscaré».* Es como si su corazón le estuviese predicando continuamente el mensaje del Señor (v. 24:6; 105:4; Am. 5:6) de buscarle. Aquí, como se ve al comparar este versículo con el siguiente, buscar el rostro de Jehová equivale a pedirle auxilio. Parece reconocer que no merece este socorro, pero, confiado en la ayuda que otras veces le ha prestado: *Mi ayuda has sido* (v. 9) le ruega: *«No rechaces con ira a tu siervo … No me dejes ni me desampares;* no retires de mí las operaciones de tu poder, pues quedaré desvalido, ni me retires las señales de tu buena voluntad hacia mí, pues quedaré desconsolado». Y más tarde (v. 11): «Enséñame, *oh Jehová, tu camino.* Dame a entender el sentido de tus providencias, a fin de poder caminar rectamente y con seguridad, sin perplejidades». Pide *ser guiado por senda llana* (lit. v. 26:12), donde no haya peligro de resbalar o tambalearse, *a causa de sus enemigos,* o mejor, *de los que le observan* acechándole. Pide también (v. 12) que *no le entregue a la voluntad de sus enemigos, pues se han levantado contra él testigos falsos y los que respiran crueldad* (comp. con Hch. 9:1). Sabe muy bien que sólo Dios puede sacarle de este grave aprieto.

2. Su dependencia de Dios y su plena confianza en Él: *«Aunque* (falta la partícula, pero ése es el sentido de la frase) *mi padre y mi madre me abandonasen,* los más íntimos allegados que tengo en este mundo y de los que con mayor motivo habría de esperar ayuda y consuelo, *con todo, Jehová me recogerá* (o *cuidará de mí*)». Creía también y esperaba *ver la bondad de Jehová en la tierra de los vivientes* (v. 13). El texto hebreo del versículo 13 comienza así literalmente: *«A menos que* (esta partícula está muy puntuada en el texto masorético, lo cual indica que su sentido es muy problemático—nota del traductor—) *hubiese yo creído que, etc».* Es cosa segura que se trata de un caso de elipsis, por lo que las versiones suplen al principio: *«Habría yo desmayado (o desesperado). «La tierra de los vivientes»* no es aquí el Cielo, como se ha interpretado desde antiguo, sino este mundo, en oposición a los que bajan al Seol (116:6; 142:5). Ciertamente puede acomodarse devocionalmente al Cielo, donde se halla el lugar de los que viven para siempre, pues este mundo es más bien la tierra de los que mueren. No hay nada como la esperanza de la vida eterna para preservarnos de desmayar ante las calamidades del tiempo presente. David termina el salmo expresando su confianza en Dios. No se dirige a otras personas; es una autoexhortación que resume el tema de todo el salmo; *«Espera en Jehová; ten valor y esfuércese tu corazón* (el verbo está en 3.ª persona del singular—nota del traductor—; por lo que hay quienes traducen: «y *Él*—Dios—*reforzará tu corazón»*) *y espera* (lit.) *en Jehová».* Quienes esperan en Dios tienen buen motivo para ser valientes.

SALMO 28

En la primera parte de este salmo, David, con tono de lamento, pide a Dios que le libre del acoso de sus enemigos (vv. 1–3), para los que predice el justo castigo de Dios por la maldad de ellos (vv. 4, 5). En la segunda parte, David prorrumpe en un cántico de acción de gracias al Señor por la liberación obtenida (vv. 6–8), y termina con una oración profética a favor del pueblo de Dios (v. 9).

Versículos 1–5

Vemos aquí a David ocupado en una ferviente oración.

1. Ruega a Dios que le escuche y le responda en el aprieto en que se encuentra (vv. 1, 2): *«A ti clamaré* (es decir, *estoy clamando) oh Jehová, roca mía* (denotando su fe en el poder protector de Dios), como quien se halla en grave aprieto, presto a hundirse, a menos que tú acudas enseguida con el oportuno socorro; *no te desentiendas de mí* (lit. *no te hagas el sordo a mí), semejante a los que bajan a la fosa* (hebr. *bor); si tú* me dejas, estoy perdido. *Estoy alzando mis manos hacia tu santo templo* (lit. *hacia el oráculo de tu santidad),* para recibir de allí una respuesta de paz». Vemos aquí que el Lugar Santísimo es

llamado *«oráculo»* porque allí estaba el propiciatorio, y Jehová *que mora entre los querubines,* se dirigía desde allí a su pueblo (Nm. 7:89). Esto era tipo de Cristo, y a Él es a quien hemos de levantar nuestros ojos, nuestras manos y nuestro corazón, puesto que mediante Él nos vienen de parte de Dios todos los bienes de que disfrutamos.

2. Mediante una imprecación (o mejor, predicción) declara el final funesto de los malvados, a la vez que pide no correr la misma suerte que ellos (vv. 3, 4): *«No me arrebates juntamente con los malos, y con los que hacen iniquidad.* Atiéndeme, Señor, desde tu santo lugar, y no me dejes a merced de ellos ni de mí mismo, no sea que yo llegue a usar para mi salvaguardia los mismos medios engañosos y traicioneros que ellos usan para mi ruina». «Dales *conforme a sus obras* (v. 4), como se merecen.» No es éste un lenguaje de pasión o venganza, sino más bien de profecía y de aborrecimiento del pecado. Con todo, estas expresiones están todavía muy lejos del espíritu del Nuevo Testamento (comp. con Mt. 5:44–48; Ro. 12:19–21; 1 P. 3:9, etc.).

3. Predice la destrucción de sus enemigos, por haber éstos despreciado a Dios (v. 5): *«Por cuanto no consideran las acciones de Jehová ni la obra de sus manos, Él los derribará y no los edificará»* (nótese el contraste con Jer. 24:6). Aquí tenemos, no una imprecación, sino un anuncio. Los hombres niegan o ponen en duda el ser y las perfecciones de Dios por no considerar debidamente las obras de Dios, las cuales declaran su gloria.

Versículos 6–9

1. David prorrumpe ahora en acción de gracias a Dios. Con fe había orado: *«Oye la voz de mis ruegos»* (v. 2); y con la misma fe le da gracias, porque *«oyó la voz de mis ruegos»* (v. 6). Quienes oran con fe, podrán regocijarse en la esperanza. Lo que obtenemos con la oración, lo hemos de llevar con gratitud.

2. Se anima a sí mismo a esperar que Dios completará todo lo que está haciendo a su favor. Este es el método correcto para adquirir la paz: comenzar con alabanza, la cual está al alcance de nuestras manos. Declara luego (v. 7) su experiencia de los beneficios que le ha reportado su dependencia de Dios: *«En Él confió mi corazón y fui socorrido.* Confié en su poder y en su promesa, y no he quedado decepcionado, pues Dios me ha dado a su debido tiempo, no sólo el socorro que le pedí, sino también la gracia de confiar en Él, lo que me ha ayudado a sostenerme y me ha preservado de desmayar (27:13). *Por lo que exulta de gozo mi corazón».*

3. Se satisface con el interés que todos los buenos tienen en Dios (v. 8): *«Jehová es la fortaleza* (es decir, *la fuerza) de su pueblo; no sólo* mía, sino de todo creyente». Así es como tenemos comunión con todos los santos en todas las cosas santas, ya que Dios es nuestra fuerza así como la de ellos, pues *Jesucristo es Señor de ellos y nuestro* (1 Co. 1:2).

4. Concluye con una breve, pero ferviente, oración por el pueblo de Dios (v. 9). Ora por Israel, no como pueblo suyo, sino de Dios, y pide a Dios: (A) Que les salve de sus enemigos; (B) Que les bendiga con toda clase de bienes; (C) Que los apaciente: que los nutra y dirija; y (D) Que los conduzca para siempre: que les preserve de todo mal, no sólo para el momento presente, sino a lo largo de los siglos, hasta el fin.

SALMO 29

Es probable que David compusiera este salmo con ocasión de una tempestad de truenos, relámpagos y lluvia, así como el salmo 8 era una meditación a la luz de la luna, y el salmo 19 otra meditación en una mañana soleada. I. Convoca primero a los grandes del mundo a dar gloria a Dios (vv. 1, 2). II. Para convencerles de la bondad del Dios a quien debían adorar, hace notar su poder en los truenos, los relámpagos y la lluvia de una tempestad (vv. 3–9), su dominio soberano sobre el Universo (v. 10), y las bendiciones especiales que otorga a su pueblo (v. 11).

Versículos 1–11

I. David demanda a los grandes de la tierra que rindan homenaje al gran Dios, aunque la expresión *«hijos de Dios»* apunta, con la mayor probabilidad—nota del traductor—a los ángeles; no carece, sin embargo, de probabilidad la opinión de que podría aplicarse (a la vista del v. 2b) a los sacerdotes en la celebración de sus servicios en el templo y englobar quizás a toda la congregación de Israel. *«Dad a Jehová la gloria y el poder»* (v. 1b) no quiere decir que se le haya de dar a Dios algo que no tiene, sino el reconocimiento de que a Él le pertenecen, como expresa explícitamente la primera parte del versículo 2 (comp. con Ap. 4:11; 5:13). Como si dijese: «Dadle vuestras coronas; arrojadlas a sus pies (Ap. 4:10); ponedlo todo en manos de Él, a fin de que, al usarlo vosotros, lo hagáis para alabanza de su nombre». Lo que se dice aquí a ellos (v. 2b): *«Adorar a Dios»,* a todos se dice, pues es la suma y el compendio del evangelio eterno (Ap. 14:6, 7). El verdadero culto a Dios consiste en *rendirle la gloria debida a su nombre. «En la hermosura majestuosa de su santidad»* (comp. con 1 Cr. 16:29) es una expresión de la belleza del santuario y de los servicios celebrados en Él con el ceremonial y los bellos ropajes con que los sacerdotes se vestían. Cuando las reuniones que celebramos los creyentes congregados en la presencia del Señor se contemplan con los ojos de la fe, se palpa la belleza que hay en la santidad.

II. Las buenas razones que David usa al hacer esa demanda:

1. La majestad y autosuficiencia que se implican en el nombre de *«Jehová»* Nada menos que 18 veces se repite este nombre en el salmo (¡en sólo 11 versículos!)

2. Su soberanía sobre todas las cosas. El salmista declara aquí el dominio de Dios:

(A) En el reino de la naturaleza. En los maravillosos efectos de las causas naturales y en las operaciones de los poderes de la naturaleza. *El que truena es el Dios de la gloria* (v. 3); tanto es así que al trueno se le llama aquí «voz *de Jehová»* nada menos que siete veces (vv. 3, 4—dos veces—, 5, 7, 8, 9). Todo el que oye el trueno debe reconocer que es *«la voz de Jehová con majestad»* (v. 4b. Lit.). Si su voz es tan terrible, ¿qué será su brazo? Esa voz de Jehová, que es el trueno, es tan fuerte que *quebranta y desgaja los cedros del Líbano* (v. 5), los cuales eran ejemplo de derechura, robustez y altura entre todos los cedros del país. Por supuesto, se ha de entender que, con la voz del trueno, iban los demás elementos de la tempestad: el rayo, el huracán y hasta las sacudidas de la tierra que hacían temblar los montes (v. 6) y el desierto (v. 8); fenómenos todos que, a lo largo de la Biblia, expresan simbólicamente una actuación extraordinaria del poder de Dios (esto explica su mención—o de señales análogas—en varios lugares de Ap. y hasta en Hch. 2:20). *«Siryón»* (v. 6b) es el nombre sidonio del monte Hermón (Dt. 3:9), en la frontera de Israel. No faltan eruditos que opinan que se ha perdido una primera parte del versículo 7, al constar sólo de un estico. *«Voz de Jehová que corta* (lit.; hebr. *jotseb*—participio—) *llamas de fuego»* (v. 7), refiriéndose gráficamente al zigzaguear de los relámpagos. El versículo 9 resulta algún tanto dudoso en la forma en que nos ha llegado. El texto actual dice literalmente en su primera parte: *«Voz de Jehová que hace parir* (acelera el parto) *a las ciervas y desnuda los bosques.* El sentido es: La tempestad que Dios envía causa tal terror a los animales del bosque que huyen espantados de allí, dejándolo «desnudo», es decir, sin animales.

(B) En el reino de la providencia (v. 10): *«Jehová está entronizado sobre el diluvio, y se sienta Jehová como rey para siempre»*. Las olas y mareas, las agitaciones y revoluciones de este mundo, por grandes y terroríficas que sean, no perturban en modo alguno el poder y el reposo de la Mente Eterna, ni son capaces de sacudir ninguno de los designios de Dios. La administración de su reino se ajusta a sus eternos designios. Nada lo expresa mejor que el vocablo *«diluvio»,* el cual aparece únicamente aquí y en los capítulos 6 al 11 del Génesis, como hace notar Ryrie. Por consiguiente, David parece referirse aquí a la mayor catástrofe que hasta entonces había experimentado la humanidad.

(C) En el reino de la gracia. Aquí es donde más resplandece el brillo de la gloria de Dios (v. 9b): *«En su templo, todo proclama su gloria».* Allí, donde su pueblo se reúne para cantar sus alabanzas, todo proclama la gloria del Señor. *Todas las obras de Jehová le alaban,* pero sólo *sus santos le bendicen* (145:10), es decir, sólo ellos pueden expresar conscientemente, y poner en palabras con sentido, las alabanzas que, de forma callada e inconsciente, le tributa la naturaleza. El versículo 11 parece una aclamación comunitaria. Dice Arconada: «Pudo cantarla el pueblo, pudo ser pronunciada por los sacerdotes a modo de bendición o puede tratarse de una consideración redaccional del autor del salmo». La «fuerza» sirve para dar vigor al pueblo de Dios, a fin de que puedan dedicarse a toda obra buena y hacer frente a todo mal; la «paz» es el conjunto de bienes que Dios dispensa a los suyos.

SALMO 30

Es éste un salmo de acción de gracias por las grandes liberaciones que Dios había concedido a David. No sabemos en qué ocasión lo redactó (M. Henry piensa—nota del traductor—que fue cuando dedicó David su casa de cedro). I. Alaba a Dios por haberse recobrado, al parecer, de una enfermedad (vv. 1–3). II. Convoca a otros para que también alaben a Dios (vv. 4, 5). III. Se reprocha a sí mismo el haber confiado en otro tiempo en su propia seguridad (vv. 6, 7). IV. Recuerda las oraciones y quejas que había proferido en su apuro (vv. 8–10). V. Se estimula a sí mismo a ser muy agradecido a Dios por el cambio favorable que ahora experimenta (vv. 11, 12).

Versículos 1–5

Entre los judíos era costumbre laudable, no expresamente mandada, pero permitida y aceptada, cuando construían una casa, *dedicarla* a Dios, según el significado del verbo empleado en Deuteronomio 20:5. Así lo hizo David cuando quedó edificada su casa y tomó posesión de ella (2 S. 5:11). El título del salmo dice textualmente: *«Salmo, un cántico de la dedicación de la casa, de David».* Ha de leerse—nota del traductor—conforme a la forma en que el título aparece en nuestra Reina-Valera, según la puntuación que hago, clarísima en el vocablo hebreo «*leDavid*» = Salmo de David, no «Casa de David». La casa en cuestión es, sin duda alguna, la de Jehová, es decir, el templo. Esto no obsta para que, en sentido devocional, dediquemos también nuestras casas al Señor, a fin de que Él las bendiga, juntamente con los miembros de nuestra familia, como pequeños santuarios, donde se bendice, se ora y se sirve al Señor.

I. David da gracias a Dios por haberle recobrado la salud (o haberle librado de cualquier otro peligro de muerte): *«Te ensalzaré, oh Jehová.* (v. 1). Te alabaré y pondré muy en alto tu nombre, oh Señor, pues *a ti clamé* (v. 2), y no sólo me oíste, sino que *me sanaste;* sanaste mi cuerpo destemplado, mi mente intranquila y mi espíritu turbado. Había llegado a tal extremo, oh Señor, que me veía ya a las puertas de la muerte, casi entre los muertos (v. 3), pero tú *hiciste subir mi alma del Seol,* no dejaste que bajara allá cuando me hallaba ya "con un pie en la sepultura"». Una vida rescatada del sepulcro debería ser vivida en continua acción de gracias a nuestro Padre.

2. Convoca a otros a que se unan a él en las alabanzas a Dios (v. 4): *«Cantad a Jehová, vosotros sus santos* (hebr. *jasidim, sus* devotos, sus verdaderos adoradores—22:24—, todos los justos: 97:12), y *celebrad la memoria de su santidad* (lit.)», es decir, el recuerdo de su santo nombre. Ciertamente es digno de toda alabanza el Dios *cuya ira dura* sólo *un momento,* mientras que su *favor dura toda la vida* (v. 5); por eso, continúa el versículo con imágenes de extraordinaria belleza, *«en la tarde pernoctará el llanto* (lit.), como huésped viajero que se queda alojado una sola noche, *pero a la mañana gritos* (lit.) de júbilo que perdura» (comp. v. 11). Viene a la mente—nota del traductor—la definición que daba nuestra Teresa de Ávila de esta vida: «Es una mala noche en una mala posada».

Versículos 6–12

Viene ahora una referencia de David a tres estados diferentes por los que había pasado, y a la forma en que había reaccionado su corazón hacia Dios en cada uno de ellos.

1. *«En mi prosperidad,* cuando yo estaba sano, tranquilo y sin problemas, pues Dios me había dado reposo de todos mis enemigos, *dije* yo (enfático en el original): No *seré jamás zarandeado;* me hallo a salvo de todo peligro por mi propia situación». Pensaba que su prosperidad estaba tan fija y segura como una montaña (v. 7): *«Porque tú, Jehová, con tu favor me afianzaste como monte fuerte».* No hace de ese «monte» su cielo, como hacen los mundanos, quienes ponen en su prosperidad material toda su felicidad, sino meramente un «monte»; todavía es tierra, aunque un poco más alta que el nivel ordinario.

2. Pero, de pronto, le sobrevino la aflicción y entonces (v. 8): *«A ti, oh Jehová, clamé, y al Señor* (hebr; *Adonay),* a mi Soberano Dueño, *supliqué».* Clamó ansiosamente en petición de alivio y socorro. Su monte había sido sacudido y, con el monte, él, ya que *Dios había escondido su rostro, y David quedó desconcertado* (v. 7b). Si Dios esconde su rostro, el hombre queda turbado y desconcertado, aun cuando no le suceda ninguna otra calamidad; cuando se pone el sol, de cierto viene la noche; la luna y todas las

estrellas del firmamento juntas no pueden tornar la noche en día. Cuando fue sacudido su monte, alzó David su mirada por encima de los montes. *«¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración»,* dice Santiago (Stg. 5:13). Al esconderse el rostro de Jehová, se hizo más vehemente la plegaria de David (v. 9): *«¿Qué provecho sacas de mi muerte* (lit. *de mi sangre) cuando descienda a la sepultura?»*—dice, con lo que da a entender que de buena gana moriría, si de ello se le hubiese de seguir a Dios o a su país algún beneficio (comp. con Fil. 2:17), pero no veía cómo podía seguirse ningún bien de su muerte en el lecho de la enfermedad, en vez de morir en el lecho del honor. *«¿Te alabará el polvo?»,* añade; es decir, el sepulcro. ¡No! Ni le pueden alabar, ni pueden *declarar la verdad de Dios los* muertos.

3. A su debido tiempo, Dios le sacó del aprieto y le restauró a su anterior prosperidad. Sus oraciones fueron respondidas y su *lamento fue cambiado en danza* (v. 11). ¿Y cuáles eran sus sentimientos al ver el dichoso sesgo que había tomado ahora su situación? Nos lo dice: «A *fin de que* (final; o: *«de forma que»* consecutivo) *mi alma* (lit. *mi gloria;* probablemente, *mi lengua* que ensalza *tu gloria) te cante y no esté callada»* (v. 12. Paralelismo de sinonimia). Sus quejas se han convertido en alabanzas, con intención de que éstas continúen *por siempre.* De aquí hemos de aprender a acomodarnos a las diferentes circunstancias en que nos pone la providencia de Dios.

SALMO 31

Es probable que David compusiese este salmo cuando era perseguido por Saúl, ya sea en lo de Queilá, o en el desierto de Maón cuando Saúl iba por una ladera del monte, y David y los suyos iban por la otra (1 S. 23:13, 26). Es una mezcla de plegarias, alabanzas y profesiones de confianza en Dios. I. David expresa su gozosa confianza en Dios y, con esta confianza, ruega ser librado del apuro presente (vv. 1–8). II. Se queja de la deplorable condición en que se halla, pero sigue orando para que Dios se manifieste a favor de él y en contra de sus perseguidores (vv. 9–18). III. Concluye el salmo con alabanzas y expresiones de triunfo, da gloria a Dios y se anima a sí mismo, y también a otros, a poner su confianza en Dios (vv. 19–24).

Versículos 1–8

Vemos que la fe y la oración deben ir de la mano. David, en su apuro, ora fervientemente a Dios para que le socorra y alivie; que, como Justo Juez, le libre de sus perseguidores, no sólo por misericordia, sino también por justicia. También ora que le libre cuanto antes, no seá que, si se demora demasiado su liberación, desfallezca su fe: *«… líbrame pronto; sé tú mi roca fuerte* y *ciudadela para salvarme»*. Dios es una ciudadela inexpugnable para los que ponen su confianza en Él. Y añade (v. 3): *«… Por tu nombre me guiarás y me encaminarás».* Quienes están decididos a seguir la dirección de Dios, bien pueden orar con fe de que de cierto la han de conseguir.

2. En su oración, glorifica a Dios al repetir su profesión de total confianza en Él y de absoluta dependencia de Él: *«En ti, oh Jehová, he confiado,* no en mí ni en ninguna otra criatura; *no sea yo confundido jamás,* no quede yo decepcionado por faltarme la ayuda que me has prometido» (v. 1). *«Sé tú mi roca»* (v. 2); *«Tú eres mi roca»* (v. 3). Dice Delitzsch: «Esta es la lógica de toda oración de fe». Si creemos firmemente que Dios es nuestra fuerza y nuestro apoyo en todas las circunstancias, bien podemos orar con toda confianza que nos ayude y socorra. En virtud de la misma lógica de la fe, David dice a Dios (v. 5): *«En tus manos encomiendo mi espíritu»,* ya que sabe que su vida y todos sus asuntos en este mundo estaban así en buenas manos. El hecho de que el Señor Jesucristo repitiese esa misma frase (Lc. 23:46) demuestra que tenía en su mente este salmo cuando se hallaba expirando en la cruz.

3. David desecha toda complicidad con los idólatras, pues a ellos se refiere en el versículo 6: *«Aborrezco a los que esperan en vanidades ilusorias* (lit. *ídolos de inutilidad)»*

4. Declara enfáticamente que Dios es su única esperanza (v. 6): *«Mas yo* (enfático en el hebreo) *en Jehová he esperado»* y, por eso, *se goza y se alegra en su misericordia* (v. 7).

5. Se anima a conservar esta esperanza, basado en las experiencias que del favor de Dios ha tenido recientemente (vv. 7, 8): *«… Porque has visto mi aflicción,* sabio, condescendiente y compasivo para darte cuenta del aprieto en que se hallaba tu siervo, *has conocido mi alma en angustias,* esto es, en

estrechura, con tierno interés por mí. *No me has dejado encerrado* (lit. ¡Este es el verdadero significado del verbo griego "*enkatélipes*" del grito de Jesús en Mt. 27:46; Mr. 15:34!) *en manos del enemigo,* sino que *pusiste mis pies en lugar espacioso,* con libertad de movimientos», en contraste con el *«encerrado»* de la primera parte del versículo.

Versículos 9–18

En los versículos anteriores, David había apelado a la justicia de Dios; aquí apela a su misericordia, pues su propia miseria es terrible, lo cual hace de su caso un objeto apropiado de la misericordia divina.

1. Su queja del aprieto en que se encuentra (v. 9): *«Ten misericordia de mí, oh Jehová, porque estoy en angustia».* Sus aflicciones le habían convertido en «varón de dolores». Hemos de pensar que su situación era de veras grave, ya que, por su natural alegre y fuerte, por su genio musical y su osadía para las aventuras más peligrosas, David no era inclinado al desánimo ni a la aprensión. Sin embargo, le vemos aquí apocado y pesimista, debido a la inquina de sus enemigos y a la insinceridad de muchos de sus amigos. Al leer los versículos 9–13, parece que estamos escuchando los lamentos mismos de Job o de Jeremías.

2. Su confianza en Dios en medio de su aflicción. Todo aparecía oscuro y deprimente en derredor de él: *«Mas yo en ti confío, oh Jehová»* (v. 14) dice él. Eso es bastante para impedir que se hunda. Sus enemigos le habían despojado de la reputación que tenía entre los hombres, pero no le habían podido arrebatar su confianza en Dios. *«Yo digo: Tú eres mi Dios,* pues yo te he escogido por Dios mío, y tú me has prometido ser mi Dios». *«En tu mano están mis tiempos,* mi destino y las circunstancias todas de mi vida» (v. 15). Si se une esto con lo de *«tú eres mi Dios»* (v. 14b), tenemos una fuente perfecta de consuelo. Si Dios tiene en sus manos nuestro destino, puede ayudarnos; y si es nuestro Dios, querrá ayudarnos; y entonces, ¿qué podrá desanimarnos?

3. Sus peticiones a Dios, con esa fe y esa confianza que muestra. Nuestras oportunidades y nuestras circunstancias están en las manos de Dios y, por consiguiente, Él sabe cómo escoger lo mejor y más oportuno y conveniente para nuestra liberación; debemos, pues, estar dispuestos a esperar el tiempo que Dios tenga señalado. Cuando David tuvo a Saúl a merced de su mano en la cueva, los que estaban con David le dijeron: *«He aquí el día de que te dijo Jehová: He aquí que entrego a tu enemigo en tu mano, etc.»* (1 S. 24:4). «¡No!, vino a decir David, no ha llegado el día de mi liberación mientras ésta no pueda ser llevada a cabo sin pecado y yo voy a esperar hasta ese día, pues ése será el tiempo de Dios, que es el mejor tiempo.» Ahora pide David en especial que Dios tape la boca a los que reprochan y calumnian al pueblo de Dios (v. 18): *«Enmudezcan los labios mentirosos, que profieren insolencias contra el justo, con soberbia y menosprecio».* Es de suponer que ellos no consideraban pecado decir una mentira deliberada, si eso podía servir para exponer a una persona piadosa al odio y al menosprecio.

Versículos 19–24

1. David reconoce la bondad de Dios hacia su pueblo en general (vv. 19, 20). Dios es bueno para todos (145:9), pero es especialmente bueno para su pueblo Israel. Aquí son descritos como objeto especial de su bondad *los que le temen y los que esperan en Él,* los que reverencian su majestad y dependen de su gracia; de esta bondad se nos dice aquí (v. 19) que *la ha guardado para ellos y se la ha mostrado,* como quien tiene mucho dinero en el banco, y mucho también a mano. Si lo que nos está reservado en los almacenes del pacto sempiterno no lo tenemos a mano, es culpa nuestra por falta de fe. Dios es protector poderoso de su pueblo (v. 20): *«En lo secreto de tu presencia los esconderás de la conspiración del hombre».* La providencia de Dios los esconde, como en un pabellón sagrado, para tenerlos a salvo de la malvada persecución de sus enemigos, y tiene muchos medios para hacerlo. Así *escondió Jehová* a Baruc y a Jeremías cuando el rey envió a prenderlos (Jer. 36:26).

2. David agradece a Dios la bondad que ha tenido para con él en particular (vv. 21, 22): *«Porque ha hecho admirable su misericordia para conmigo,* ya que ha hecho por mí mucho más de lo que yo esperaba». Una preservación especial demanda una gratitud también especial. En el interior de David había temores *(«Decía yo en mi inquietud …»),* pero Dios le resultó mejor y más fiel que sus temores. Aunque flaqueaba la fe de David, no flaqueó la promesa de Dios: *«Pero tú oías la voz de mis ruegos».*

Menciona esta debilidad de su fe, para mejor poner de relieve la admirable fidelidad de Dios, y hacer así que resaltase como *admirable* la misericordia de Dios para con él.

3. Con ocasión de esto, exhorta y anima a todos los creyentes (vv. 23, 24): *«Amad a Jehová, todos vosotros sus santos».* Aunque se supone que los fieles han de amar a su Dios, se les ha de exhortar a que le amen más y mejor, y a que den pruebas sinceras de tal amor. Con ese amor, y espoleados por la promesa de Dios de que les ha de guardar y recompensar, les anima a ser fuertes y valientes en el servicio del Señor (v. 24): *«Esforzaos todos vosotros los que esperáis en Jehová, y tome aliento vuestro corazón»* (v. 27:14). Cualesquiera sean las dificultades que hayamos de arrostrar en nuestra vida, puede tomar aliento nuestro corazón, al saber que el Dios en quien esperamos, en quien confiamos, fortalecerá, mediante esa confianza, nuestro corazón.

SALMO 32

Este salmo, como dice Ryrie, es probablemente una secuela del salmo 51. Aquí vemos: I. La gracia del perdón (vv. 1, 2), con la protección y la dirección que Dios otorga al perdonado (vv. 7, 8). II. El deber del hombre: en confesar sus pecados (vv. 3–5), orar a Dios (v. 6), comportarse como es propio de una persona sensata (vv. 9, 10) y regocijarse en Jehová (v. 11).

Versículos 1–6

Este salmo de David es llamado, en su título, *maskil*, que, con la mayor probabilidad, significa «contemplación», y viene a ser una «meditación sapiencial», como la llama Arconada, o, como escribe Ryrie, «probablemente significa poema contemplativo o didáctico». Y, verdaderamente, en ninguna otra cosa tenemos mayor necesidad de ser enseñados que en la naturaleza de la genuina felicidad o bienaventuranza. Esta felicidad no consiste en la posesión de los bienes de este mundo, sino en el favor de Dios: su perdón, su gracia, sus bendiciones espirituales (Ef. 1:3). Cuando leemos aquí (v. 1): *«Bienaventurado aquel a quien es perdonada su transgresión»,* es como si se nos dijera: «El perdón del pecado es el fundamento de toda bendición del pecador, pues es el privilegio fundamental del que fluyen todos los demás ingredientes de su verdadera felicidad». Veamos lo que David dice aquí:

1. En cuanto a la naturaleza de la remisión del pecado. (A) Es el perdón de la transgresión (hebr. *pesha*, rebelión, como puede verse por el verbo correspondiente—Is. 1:2: «… se rebelaron»—). Sin embargo, cuando hay verdadero arrepentimiento, también la rebelión es perdonada y su castigo es cancelado, de forma que ya no pesa sobre el pecador la mano de Dios (v. 4). (B) Es una «cobertura» del pecado (hebr. *jattah),* de la misma forma en que se cubre la desnudez, para que no aparezca nuestra vergüenza (Ap. 3:18). Cuando es perdonado el pecado, es cubierto con la justicia de Cristo (2 Co. 5:21). (C) Es no imputarse la iniquidad (hebr. *avón)* (v. 2), no tenerse en cuenta al pecador su maldad. No nos es imputada nuestra iniquidad al *ser hechos justicia de Dios en Cristo* (2 Co. 5:21), puesto que *«Jehová cargó sobre Él la iniquidad* (hebr. *avón*) *de todos nosotros»* (Is. 53:6).

2. En cuanto al carácter de aquellos cuyos pecados han sido ya perdonados: *«En cuyo espíritu no hay engaño»* (lit. Comp. con Jn. 1:47 donde los traductores del Nuevo Testamento al hebreo han vertido por *remiyáh*—el mismo vocablo que sale aquí—el griego *dólos).* No dice: «no hay pecado», sino *«no hay engaño»;* esto es, no hay doblez, sino sinceridad, pues, ¿quién hay sin pecado, excepto Cristo? (Ro. 3:9, 10; Jn. 8:46; 2 Co. 5:21 *«no conoció pecado»;* He. 4:15). El pecador perdonado está de acuerdo con Dios (1 Jn. 1:9 *«confesamos»* gr. *homologomen* = lit. *decimos lo mismo* que Dios) en su profesión de arrepentimiento—odio al pecado—y fe—recepción del Salvador y complacencia en Él—. Estos dos primeros versículos están citados por Pablo en Romanos 4:7, 8. *«Mientras callé, se consumieron mis huesos»* (v. 3), añade David, en alusión al tiempo en que no confesaba su pecado (lo hizo tras la reprensión del profeta Natán, v. 2 S. 12:13 y comp. con v. 5 del presente salmo). Callan el pecado los que, consciente o inconscientemente, silencian su convicción y desvían la atención a otras cosas, sin descargar su conciencia mediante una confesión digna de un arrepentido, o prefieren languidecer en su iniquidad antes que adoptar el único remedio establecido por Dios para hallar el descanso espiritual y la genuina paz de la conciencia.

3. En cuanto al uso que, por fin, hizo David de ese medio establecido por Dios (v. 5): *«Mi pecado te declaré y no encubrí mi iniquidad»*. El pecador inconverso necesita *creer* para ser salvo (Hch. 16:31), pero el creyente pecador ha de *confesar* (arrepentido, por supuesto) su pecado para ser perdonado (1 Jn. 1:9).

4. En cuanto a la pronta disposición de Dios a perdonar el pecado a quienes de veras se arrepienten de él (v. 5b): *«Dije: Confesaré mis transgresiones* (lit. *mi rebelión;* hebr. *peshaí) a Jehová, y tú perdonaste la maldad* (hebr. *avón) de mi pecado* (hebr. *jattatí)»*. Como si dijese: «Tan pronto como te confesé mi pecado, tú me perdonaste y hallé así la paz para mi alma». Así fue como el padre del pródigo vio y reconoció a su hijo *cuando aún estaba lejos* y corrió a su encuentro para sellar con un beso el más absoluto perdón (Lc. 15:20). *«Por esto orará a ti todo santo en el tiempo en que puedas ser hallado»* (v. 6). Toda persona piadosa es una persona orante. Tan pronto como Saulo fue convertido, dice el propio Dios: *«¡Mira, está orando!»* (Hch. 9:11). Quienes sinceramente abundan en oración, hallarán en tiempo de apuro el beneficio que de ella se obtiene (v. 6b): *«Ciertamente en la inundación de muchas aguas* (lo cual siempre es una terrible amenaza) *no llegarán éstas a él»*.

Versículos 7–11

1. Sigue David dirigiéndose a Dios y expresa la confianza que tiene en Él y lo que de Él espera (v. 7): *«Tú eres mi refugio* (lit. *escondedero para mí);* cuando por fe acudo a ti, tengo toda la razón posible para sentirme cómodo y fuera del alcance de cualquier mal que merezca tal nombre; tú *me guardarás de la angustia,* de su aguijón y de sus golpes, en la medida en que sea conveniente para mí, especialmente de la angustia en que me hallaba *cuando guardaba silencio»* (v. 3). Cuando Dios nos ha perdonado los pecados, pronto volveremos a estar en deuda como antes si Él nos deja de su mano; por consiguiente, cuando hayamos recibido el consuelo del perdón, hemos de volar hasta el trono de la gracia de Dios para ser preservados de volver a caer. «No sólo me guardarás, dice ahora David, sino que *con cánticos de liberación me rodearás;* cantando te alabaré por la admirable liberación que me has proporcionado» (v. 7b). En el versículo 8, David cita—respuesta divina a su oración—palabras de Dios como se ve por el singular (tres veces repetido), que contrasta con el plural del versículo 9 (*«No seáis … »*). Esta es la opinión de Arconada, a la que el traductor se adhiere sin dudar, contra lo que opinan otros autores. Nótese el tono de todo el versículo: *«Te haré entender y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos»*, y compárese con 25:8 y 73:24, por ejemplo. M. Henry cita, en favor de su punto de vista (que son palabras de David a otros), Lucas 22:32 y Eclesiastés 1:1, y dice que es muy propio de los recién convertidos hacer de predicadores. Esto es muy cierto, pero en opinión del traductor no tiene validez para el versículo que comentamos.

2. Se dirige después a sus compatriotas, y a los demás hombres, con esta amonestación (v. 9): *«No seáis como el caballo o como el mulo, sin entendimiento, que han de ser sujetados con cabestro y con freno, porque si no, no se pueden dominar* (lit. *no se acercan a ti)»*. Es un honor y una dicha para nosotros tener entendimiento, pues así somos capaces de razonar y ser gobernados por la razón. Donde hay gracia renovadora (Ro. 12:2) de la mente, no hay necesidad del cabestro y del freno de la ley. David ofrece esta precaución para que los hombres no se causen a sí mismos *muchos dolores* mediante su impiedad (v. 10). Añade a continuación una palabra de consuelo para los fieles hijos de Dios: *«Mas al que espera en Jehová, le rodea la misericordia»*, es decir, le protege y consuela por todos los lados.

SALMO 33

Este es un salmo de alabanza. El anónimo salmista, I. Convoca a los justos a que alaben a Dios (vv. 1–3). II. Les provee de materia para la alabanza a Jehová: 1. Por su justicia, bondad y verdad, conforme se manifiestan en su palabra y en todas sus obras (vv. 4, 5); 2. Por su poder, que se manifiesta en la obra de la creación (vv. 6–9); 3. Por la soberanía de su providencia en el gobierno del mundo (vv. 10, 11, 13–17); y 4. Por los especiales favores que otorga a su pueblo escogido (vv. 12, 18–22).

Versículos 1–11

1. Vemos el gran deseo del salmista de que Dios sea alabado. El gozo santo es el corazón y el alma de la alabanza (v. 1): *«Alegraos, oh justos, en Jehová».* Así concluía el salmo anterior (32:11), y así comienza éste. *«Aclamad* (lit. *alabad con gratitud) a Jehová* (v. 2); es decir, celebrad su nombre, hablad bien de Él y dadle la gloria que a su nombre es debida». La alabanza con gratitud va acompañada de santo gozo y es muy apropiada para ser gozosamente cantada (v. 3): *«Cantadle cántico nuevo,* el mejor que podáis hallar, el cántico de los redimidos» (40:3; 144:9; Is. 42:20; Ap. 5:9; 14:3). La Palabra de Dios exhorta a cantar con acompañamiento de instrumentos, tanto de cuerda, como de viento y de percusión (Sal. 150); aquí (vv. 2, 3), con arpa, salterio y decacordio. El salmista expresa dos cualidades que ha de tener el canto sagrado: (A) Ha de *hacerse bien,* como quien canta para Dios ¿qué diríamos de alguien que se atreviese a cantar desmanadamente delante de un gran rey de la tierra? (B) Ha de hacerse *con júbilo,* con el afecto de un corazón caliente de piedad y devoción. Lo que se canta para el Señor ha de tener lo mejor de nuestra cabeza y de nuestro corazón. Esta es *la alabanza que les va bien a los rectos* (v. 1) es decir, la conveniente de labios del pueblo de Dios.

2. El alto concepto que el salmista tenía de Dios y de sus infinitas perfecciones (vv. 4, 5). Dios se nos da a conocer: (A) En su *Palabra;* en su revelación escrita, en todo lo que nos ha hablado en muchos fragmentos, de muchas maneras y, especialmente, en su Hijo (He. 1:1, 2). (B) En sus *obras, y* todas ellas *son hechas con fidelidad.* La copia que vemos en todas las obras de Dios está totalmente de acuerdo con el original, el designio existente en la Mente Eterna, sin la menor variante. En sus obras se manifiesta Dios como *amante de la justicia y del derecho* (v. 5). Es también un Dios de inagotable bondad: *«De la misericordia* (hebr. *jesed*, gracia amor misericordioso) *de Jehová está llena la tierra»;* es decir, está llena de pruebas y ejemplos de la bondad de Dios, pues se extiende a todos y a todo. ¡Qué pena, que esta tierra que está tan llena de la bondad de Dios, esté tan vacía de alabanzas a Él, y que al ser tantos los que viven de su bondad, sean tan pocos los que viven para su gloria!

3. La convicción que tenía del omnímodo poder de Dios, evidenciado en la creación del mundo. Cuando decimos: «Creo en Dios», añadimos: «Padre Omnipotente, Creador del cielo y de la tierra»; así se nos enseña aquí a alabarle.

(A) Dios creó el mundo, con todas las cosas que hay en él. (a) Con qué facilidad: Todas las cosas fueron hechas *por la palabra de Jehová y por el aliento de su boca* (v. 6). Cristo es la Palabra de Dios; el Espíritu es su Aliento; así que Dios Padre hizo el mundo, así como también lo gobierna y lo redime, por medio del Hijo y del Espíritu. *«Él dijo, y fue hecho; Él mandó, y quedó firme»* (v. 9. Lit.), es decir, tuvo consistencia (comp. Col. 1:17; He. 1:3). Para los hombres, decir y hacer son dos cosas diferentes, pero para Dios son una misma cosa. (b) Con qué efectividad: *«… así fue; … quedó firme».* Lo que Dios hace, lo hace según un plan perfecto y para un efecto determinado que no falla.

(B) Dos cosas se mencionan en particular, de entre todo lo que Dios creó: (a) *«los cielos y todo el ejército de ellos»* (v. 6), es decir, el sol, la luna y las estrellas, que—así como los ángeles—son llamados «las huestes celestiales»; (b) *«las aguas del mar,* con sus *abismos»* (v. 7) donde queda el agua guardada como en un *depósito.* Dice Arconada: «Es nombre plural poético (abismos) del abismo primordial o masa ingente de agua que quedó, por voz de Dios (Gn. 1, 9–10), en torno, debajo y dentro de la tierra, como en una caja de caudales».

(C) El uso que ha de hacerse de la creación, de este mundo hecho por Dios (v. 8): *«Tema* (esto es, preste reverencia) *a Jehová toda la tierra; teman delante de Él todos los habitantes del mundo»;* esto es, que todos los hombres le rindan culto y le den gloria (95:5, 6).

4. La satisfacción que el salmista tenía en la soberanía y en el dominio de Dios (vv. 10, 11). Con los ojos de la fe, hemos de ver a Dios en su trono. (A) Frusta los planes de sus enemigos: *Jehová frustra el plan de las naciones, etc.* (v. 10). (B) Cumple sus propios designios: *Pero el consejo de Jehová permanecerá para siempre, etc.* Durante las multiseculares vueltas de los tiempos, Dios no cambia sus medidas, sino que en todo acontecimiento, incluso en los que más nos toman por sorpresa, se cumple el eterno designio de Dios.

Versículos 12–22

1. Hemos de dar a Dios la gloria por su providencia ordinaria para con todos los hombres:

(A) Todos los hombres están bajo su mirada, no sólo en su exterior, sino también en lo más recóndito del corazón de ellos, con todas sus motivaciones, incluidas las que escapan al nivel consciente de la propia persona (vv. 13, 14). No sólo los ve, sino que los observa atentamente desde lo alto. No es extraño, pues *Él modeló el corazón de cada uno;* por eso, *conoce a fondo todas sus acciones* (v. 15. Comp. 139:1, 14).

(B) Todos los poderes de las criaturas dependen de Él, y sin Él no sirven para nada (vv. 16, 17). Toda la fuerza del más numeroso y mejor equipado ejército, de nada sirve sin la ayuda de Dios: ni salva la multitud de soldados (v. 16a), ni el vigor y la bravura de los más valientes (v. 16b), ni el vigor y la rapidez de movimientos de los caballos (v. 17). En la antigüedad, se estimaban tanto los caballos de guerra, que Dios prohibió que los reyes de Israel *aumentaran para sí caballos* (Dt. 17:16), no fuese que se sintiesen tentados a confiar en ellos y menospreciaran la ayuda que debían esperar de Dios. David inutilizó en cierta ocasión los caballos del enemigo (2 S. 8:4), pero aquí todos los caballos del mundo son declarados *inútiles* (v. 17) para salvar sin la ayuda de Dios.

2. Hemos de dar a Dios también la gloria por sus gracias especiales (v. 12): *«Bienaventurada la nación cuyo Dios es Jehová».* Señal de gran prudencia es haber escogido por Dios a Jehová, y tener la dicha de haber sido escogidos por Dios para ser el pueblo de su heredad, al que protege, cultiva y mejora, como hace un hombre con la heredad que le ha caído en suerte o ha recibido de sus mayores (v. Dt. 32:9). Dios mira a todos los hombres con ojos de observación (vv. 14, 15), pero a quienes le temen los mira con ojos de favor y complacencia. Mientras que aquellos que ponen su confianza en armas y ejércitos, en carros y caballos, perecen decepcionados en sus ilusiones, el pueblo de Dios, bajo la protección de su Padre Celestial, está a salvo, pues Él los librará de bajar al sepulcro, aun cuando parezca que no hay más que un paso entre ellos y la muerte (1 S. 20:3). Y si no los libra de la muerte corporal los librará de la muerte espiritual y eterna, de modo que siempre vivirán para alabarle, tanto en esta vida como en la otra. *Les sostendrá la vida en tiempo de hambre* (v. 19). Cuando fracasen los medios naturales, Dios hallará un medio u otro para socorrerles. Hemos de observar los caminos de su providencia y acomodarnos a ellos (v. 20): *«Nuestra alma espera en Jehová»,* en su misericordia (v. 22), *«porque en su santo nombre hemos confiado»* (v. 21b), y en ese nombre, en Dios, *se alegrará nuestro corazón* (v. 21a). Nuestra esperanza en Dios no ha de sustituir, sino reanimar y alentar, nuestra oración; por eso concluye el salmo con una breve, pero fervorosa e inteligente plegaria (v. 22): *«Sea tu misericordia, oh Jehová, sobre nosotros, según esperamos en* ti». Como si dijese: «Haz que tengamos siempre el consuelo y el beneficio de tu misericordia, no conforme a nuestros méritos, sino conforme a la esperanza que tenemos en ti, según las promesas que nos has hecho en tu Palabra y según la fe que has obrado en nosotros mediante tu Espíritu y tu gracia».

SALMO 34

Este salmo fue redactado con ocasión de una circunstancia que se menciona en el título. Aquí David, I. Alaba a Dios por la experiencia que él y otros habían tenido de su bondad (vv. 1–6). II. Anima a todas las personas piadosas a confiar en Dios (vv. 7–10). III. Nos da un buen consejo a todos los lectores: que tomemos conciencia de nuestros deberes para con Dios y para con los hombres (vv. 11–14). IV. Para dar mayor fuerza a este consejo, pone delante de nosotros el bien y el mal, la bendición y la maldición (vv. 15–22). Como el Salmo 25, también éste es un salmo alfabético, esto es, acróstico, aunque en ambos falta la letra *vau,* y el último versículo comienza por la letra *pe.*

Versículos 1–10

Este es uno de los ocho salmos (7, 34, 52, 54, 56, 57, 59 y 142) en cuyo título se alude a la persecución que David sufrió por parte de Saúl. En esta ocasión, David huyó de Judá y fue a refugiarse en Gat, donde se puso al servicio del rey Aquís, llamado aquí *Abimélec* por ser el título común de los reyes de aquel país, lo mismo que Agag de los amalecitas, y Faraón de los egipcios (v. 1 S. 21:11–16). En el mismo título se nos dice que David *cambió su juicio* (lit. su *conducta),* esto es, se fingió loco, por lo que Aquís *lo echó, y él se fue.*

1. David comienza el salmo prorrumpiendo en alabanzas a Dios (vv. 1, 2): *«Bendeciré a Jehová en todo tiempo,* en cualquier ocasión, próspera o adversa; su *alabanza estará de continuo en mi boca»*. Esa alabanza le sale del corazón, gloriándose de la relación que le une a Dios, de su interés en Él y de lo que espera de Él: *«En Jehová se gloriará mi alma»*.

2. Convoca a otros a que se unan a él en las alabanzas a Dios, por la experiencia que él tiene de la bondad de Jehová (v. 2b): *«Lo oirán los humildes* (lit.; hebr. *anawim) y se alegrarán»*. No podemos hacer a Dios más grande de lo que es, pero si le adoramos como al infinitamente grande, Él se agrada en tener en cuenta el engrandecimiento que le tributamos; y esto lo hemos de hacer también comunitariamente, porque las alabanzas de Dios suenan mejor en concierto (nótese en Mt. 18:19 el verbo griego *symphonésosin*, se ponen de acuerdo—lit. unen sus voces ¡sinfonía!—). *«Engrandeced a Jehová conmigo, etc.»*.—dice David—(v. 3).

(A) David había experimentado que Jehová es un Dios que escucha las oraciones (v. 4): *«Busqué a Jehová* en mi apuro, demandé su favor, le pedí auxilio, y *Él me escuchó,* respondió inmediatamente a mi oración *y me libró de todos mis temores,* tanto de la muerte que temía como del miedo que tenía a la muerte». Lo primero lo hace mediante la operación de su providencia; lo segundo, mediante la operación de su gracia en nuestro interior.

(B) Además de él, muchos otros *habían buscado a Dios («mirado hacia Él»*) *y fueron alumbrados* (v. 5), es decir, quedaron radiantes, con el rostro sereno, en lugar del sonrojo que sube a la cara cuando uno se avergüenza (v. 5b). Para animar a otros, David se refiere a sí mismo en el versículo 6: *«Este pobre clamó y le escuchó Jehová, etc.»*. (comp. v. 4). Los que temen a Jehová están defendidos por *«el ángel de Jehová que acampa* (comp. con Jn. 1:14) *alrededor de ellos»* (v. 6). Ésta fue la experiencia de Jacob (Gn. 32:2, 3), la del pueblo de Israel para llevarles hasta el país de Canaán (Éx. 23:20 y ss.), la de todos cuantos ponen en Jehová su esperanza (Sal. 91:9–13).

(C) David invita a todos a paladear las dulzuras de la bondad de Dios (vv. 8, 9: «*Gustad y ved cuán bueno es Jehová, etc.»*.—*comp*. con 1 P. 2:3). Y, para animarnos a buscar a Dios y adorarle reverentemente, nos asegura que, mientras *los potentados,* los *ricos* (según traduce la *Septuaginta;* el hebreo dice: *«los leones jóvenes») llegan a empobrecerse y a pasar hambre, los que buscan a Jehová no tendrán falta de ningún bien* (v. 10); *nada les faltará* (v. 9b, comp. con 23:1). Dios les dará gracia suficiente para cada ocasión (84:11; 2 Co. 12:9). Ésta era la experiencia del Apóstol después de haberlo dejado todo para seguir a Cristo (Fil. 4:11, 18).

Versículos 11–12

En la segunda parte del salmo, David toma el papel de maestro, pues *«hijos»* (v. 11), en este contexto, equivale a «discípulos» (comp. Pr. 4:1 y en general, en todos los lugares de los caps. 1 al 7); más aún, cuando en esta época David no tenía aún hijos propios. Va a enseñarles, ante todo, *«el temor de Jehová»,* lo cual es un gran acierto, pues por ahí comienza y en ello se basa, la *sabiduría* (hebr. *jokhmá)* y también el *conocimiento* (hebr. *dáat*. v. Job 28:28; Sal. 111:10; Pr. 1:7; 9:10).

1. Supone David que todos desean tener larga vida y disfrutar de dicha y prosperidad en ella (v. 12), y les dice cuál es el camino para obtener la felicidad (vv. 13, 14): (A) Es menester *guardar la lengua,* cosa difícil, pero necesaria (v. la insistencia de Santiago en esta materia—Stg. 1:26; 3:2–12; 4:11, 12; y con razón, pues dice el refrán que «más mató la lengua que la espada»—). (B) Es menester *apartarse del mal* (v. 14, comp. con 37:27; Job 1:1, 8; 28:28, etc.), de las obras malas y de los malhechores. (C) Pero no basta con apartarse del mal, sino que *hay que obrar* además *el bien* (v. Stg. 4:17), ya que el designio de nuestra vida es positivo; si hay que apartarse del mal no es para estar ociosos, sino para servir a Dios y a nuestros hermanos; en ese servicio amoroso consiste la verdadera libertad (Gá. 5:13). (D) Es menester también *buscar la paz, corriendo tras ella*, en lo que se echa de ver el esfuerzo que, con frecuencia, se necesita para mantener la paz y evitar guerras, disputas, disensiones (comp. con Ro. 12:18; 14:19; He. 12:14).

2. David pone delante de todos el bien y el mal, la bendición y la maldición (vv. 15–22. Comp. Dt. 30:15 y ss.; Is. 3:10, 11).

(A) *«Decid al justo que le irá bien»* (Is. 3:10). Los justos gozan del favor especial de Dios: *«Los ojos de Jehová están sobre los justos»* (v. 15), para guiarles y protegerles, como los padres que no pierden de vista a sus hijos pequeños a fin de preservarles de todo mal, y *cuyos oídos están atentos al clamor de ellos*

(v. 15b), a cualquier grito de dolor ante un peligro inminente o por haber sufrido algún accidente (vv. 17, 18). Dios guarda a los suyos, de forma que no se les quiebre ningún hueso (v. 20). Quien tiene quebrantado el corazón («contrito» equivale a «triturado»), no tendrá huesos quebrantados, sino que hasta los que hayan sido quebrantados se regocijarán (v. 51:8, 17). Sí, *muchas son las aflicciones* (lit. *los males) de los justos* (v. 19). El Salmo 132:1 menciona *los desvelos* (lit. *las aflicciones*) *de David* (nota del traductor: el contexto expresa claramente que se trata del interés que David tenía en edificar el Templo). Pero Dios ha prometido *librar a los justos de todas sus angustias* (vv. 17, 19) y los salvará (v. 18), de forma que, aunque permita que se hallen en aprieto, no sufrirá que se arruinen, sino que los rescatará (v. 22) de su aflicción.

(B) «*¡Ay del impío! Mal le irá, etc.*». (Is. 3:11), por muy dichoso que se tenga él en su prosperidad material, porque está *la ira de Jehová contra los que hacen el mal* (v. 16); «*Matará al malo la maldad*» (v. 21). Su condenación no se hará de esperar, lo mismo si mueren en un lecho de dolor que si mueren en un lecho de honor. El *mal (o maldad)* que mata al malo es, en este versículo, el mismo vocablo hebreo que en el versículo 19 se usa para expresar *las aflicciones* de los justos; pero hay un abismo entre el significado que tiene en el versículo 19 y el que tiene en el versículo 21; allí es una desdicha física, que no afecta a la bondad del que la padece—más aún, sirve para aquilatarla—, mientras que en el versículo 21 connota una maldad moral, que arruina al que la comete.

SALMO 35

En este salmo, David apela al justo Juez de cielos y tierra contra los enemigos que le odiaban y perseguían. Parece ser que lo escribió a raíz de la persecución que sufría de parte de Saúl (v. 1 S. 24:15). I. Se queja a Dios de las injurias y ataques con que le acometieron sus enemigos (vv. 1–3). II. Da testimonio de su inocencia y de que nunca les provocó en modo alguno (vv. 7, 19), sino que, por el contrario, se portó con ellos como si fueran amigos (vv. 12–14). III. Ora a Dios que le proteja y le libre (vv. 17, 22–27). IV Profetiza la destrucción de sus perseguidores (vv. 4–6, 8).V. Se promete a sí mismo ver días mejores (vv. 9, 10) y promete a Dios alabarle agradecido (vv. 18, 28).

Versículos 1–10

1. David presenta a Dios su caso, y pone de relieve la maldad y el furor incansable de sus perseguidores, quienes *buscaban* afanosamente *su vida* (v. 4) como quienes van persiguiendo una alimaña nociva para acabar con ella de una vez. No se conformaban con menos que con darle muerte.

2. Apela a Dios e interpone el testimonio de su inocencia y de la justicia de su causa. Si le hubiese perjudicado un súbdito, habría podido apelar al rey, como apeló San Pablo al César; pero, al ser el rey mismo quien le perseguía, tenía que apelar al Juez y Soberano de cielos y tierra (v. 1): «*Pleitea, oh Jehová, con los que contra mí contienden, etc.*».

3. *En su oración ruega a Dios que pelee* a favor de él *contra sus perseguidores,* de forma que éstos queden inhabilitados para hacerle daño y no puedan seguir adelante con sus malvados planes. Si Dios es amigo nuestro, no importa cuántos y cuán poderosos sean nuestros enemigos.

4. Predice y contempla la destrucción de sus enemigos, no con ánimo de venganza, sino porque lo tienen merecido. Serán *como el tamo que se lleva el viento* (v. 5. Comp. 1:4); su *camino será tenebroso y resbaladizo* (v. 6). Aun cuando se entienda todo esto en forma de imprecación, el Dr. Ryrie hace notar que «la imprecación no va contra el propio Saúl (pues David le había perdonado la vida), sino contra los que fomentaban la insana envidia de Saúl hacia David.

5. La perspectiva de su liberación, de la que no dudaba después de haber encomendado a Dios su causa (vv. 9, 10). (A) Esperaba tener ese consuelo: «*Entonces mi alma se alegrará en Jehová, etc.*». Más que en su liberación y comodidad, se iba a alegrar en Dios y en su favor. (B) Promete darle a Dios la gloria por ese favor (v. 10): «*Todos mis huesos dirán: Jehová, ¿quién como tú, etc.?*»

Versículos 11–16

De dos graves pecados acusa aquí David a sus enemigos: de perjurio e ingratitud.

1. De perjurio (v. 11). Cuando Saúl quería prender a David bajo pretexto de traición, a fin de acabar con él, *se levantaron testigos malvados* (lit. *violentos,* más bien que «mentirosos»), dispuestos a declarar, de todos modos, en falso: *«de lo que no sé* (esto es, de lo que ni siquiera le había pasado por las mientes) *me preguntan,* esto es, me culpan». Esto se cumplió igualmente en Cristo, de quien David era tipo, como puede verse en Mateo 26:60.

2. De ingratitud. Llamemos «ingrato» a un hombre, y ya no le podemos llamar cosa peor. De esta clase eran los enemigos de David (v. 12): *«Me devuelven mal por bien»*. Merecía ser bien tratado, no sólo por el pueblo en general, sino especialmente por aquellos que con mayor furia le odiaban. Aunque no se le menciona por su nombre, se adivina aquí a Saúl, quien reconoce haber obrado así (1 S. 24:18). Véase:

(A) Con qué ternura y afecto cordial se había portado con esos enemigos durante las aflicciones de ellos (vv. 13, 14). David había orado por ellos. A la oración había añadido el ayuno y el lamento, vestido de saco, como quien hace duelo por un amigo, por un hermano, y aun por su madre (lit. *luto de madre,* lo que ha hecho que algunos lo entiendan, según Arconada, «sin tanta razón», por la madre que llora al hijo, o viceversa). La última parte del v. 13—nota del traductor—que literalmente dice: *«Y mi oración se volvía a mi seno»* (RV 1960), no se ha de entender como una oración que Dios «devuelve» sin responderla, sino en el sentido de que «se volvía y revolvía en su pecho», es decir, la andaba repitiendo continuamente, como aclaran la mayoría de las versiones (v. Ia RV 1977).

(B) Con qué vileza, insolencia y brutalidad se portaban con David sus enemigos (vv. 15, 16): *«Pero ellos se alegraron en mi adversidad* (lit. *en mi tambalearme,* lo que denota un peligro de caer que no se declara) … *crujieron contra mí sus dientes* (aquí, en señal de satisfacción)». David les servía de entretenimiento en su aflicción y hasta de refrán en boca de ebrios. Tal fue el caso del Señor con los soldados del pretorio y ante Herodes, y tal ha sido muchas veces el caso de las mejores personas. Los apóstoles fueron hechos *espectáculo* al mundo (1 Co. 4:9).

Versículos 17–28

1. David describe la gran injusticia, la malicia y la insolencia de sus perseguidores, y alega esto ante Dios como un motivo por el que esperaba que le protegiese de ellos. *Le aborrecían sin causa* (v. 19) precisamente por lo que deberían haberle amado y honrado. *No le hablaban paz* (v. 20), es decir, no le guardaban la más elemental cortesía, sino que le trataban mal. Como los hermanos de José (Gn. 37:4), *no podían hablarle pacíficamente;* más aún, precisamente *contra los mansos,* la gente más tranquila de la tierra, *tramaban engaños,* trampas en que hacerles caer. *Guiñaban el ojo* (v. 19) *y ensanchaban contra él su boca* (v. 21), signos de burla y desprecio, al tiempo que decían: *«Ja, ja* (hebr. *heaj, heaj), nuestros ojos lo han visto»,* acusándole falsamente de algún crimen. Contrasta con el comienzo del versículo 22: *«Tú lo has visto …».* Apela a Dios contra ellos, al Dios *a quien pertenece la venganza* (Dt. 32:35; Ro. 12:19; He. 10:30), el cual todo lo ve, y le urge a que salga en su defensa para hacerle justicia (v. 23). Además de a la justicia, apela al poder y a la soberanía de Dios: *«Dios mío y Señor mío»* (hebr. *Elohay vadonay),* así como a Jehová el Dios del pacto (hebr. *Jehová Elohay): «Jehová Dios mío»* (v. 24).

2. Ora fervientemente a Dios para que se manifieste a favor de él y de sus amigos, actuando y no como un espectador (v. 17): *«Señor ¿hasta cuándo verás ésto? Rescata mi alma de sus destrucciones, mi preciada vida* (lit. *mi única) de los leones»*. «Al tener una sola vida—viene a decir—necesito mayor protección y sería tanto mayor mi vergüenza si la echase a perder». David desea que su inocencia quede manifestada a todos, a fin de que sus enemigos queden cubiertos de vergüenza y confusión (v. 26), al ver que eran falsas las acusaciones que hacían contra él. No obstante las malas artes que se ponían en juego para denigrar a David y hacerle odioso a los ojos del pueblo, había también quienes *estaban a favor de su justa causa* (v. 27), y por ellos pide a Dios a fin de que puedan cantar, alegrarse y alabar a Jehová por la protección que prestaba a su siervo y la complacencia que tenía en él.

3. El favor que esperaba obtener por medio de la oración prometía disfrutarlo por medio de la alabanza (vv. 18, 28), y darle gracias en medio de la gran asamblea del pueblo (v. 18) y entonarle sus alabanzas *«todo el día»* (v. 28), lo cual «supone—dice Arconada—la costumbre religiosa en todo oriental de orar públicamente a Dios determinadas horas del día».

SALMO 36

I. La pecaminosidad del pecado y los daños que causa (vv. 1–4). II. La bondad de Dios y su inclinación a favorecer: 1. A todas sus criaturas en general (vv. 5, 6); 2. De manera especial, a su pueblo (vv. 7–9). III. Con esto, se anima el salmista a orar por todos los santos (v. 10), por sí mismo en particular (v. 11) y para conseguir la victoria sobre sus enemigos (v. 12). Si, al cantar este salmo, se enfervoriza nuestro corazón en el amor a Dios y el odio al pecado, lo cantaremos con gracia y entendimiento.

Versículos 1–4

En el título del salmo, David es llamado *«el siervo de Jehová»,* esto es, alguien llamado, y comprometido, a obedecer en todo a Dios, en contraste con los impíos, que se rebelan contra la santa voluntad de Dios. En estos versículos, David expone la raíz y los frutos de la impiedad.

1. Aquí tenemos la raíz de amargura, de la que brota toda maldad de los impíos (v. 1): *«La transgresión dice* (como un *«oráculo»,* según el hebreo) *al impío dentro de su corazón* (hebr. *libó,* mejor que *libí* = mi corazón): *No hay por qué tener miedo* (hebr. *pajad) a Dios delante de sus ojos»* (Ésta es la única traducción, con algún sentido, de este difícil versículo—nota del traductor. Comp. con 14:1; 53:1—). Toda maldad dimana de cierto «ateísmo práctico», según la táctica del avestruz. El impío *se lisonjea* (v. 2) con el pensamiento *de que su iniquidad no será hallada.* Esto le lleva a una tremenda inversión en la forma de ver las situaciones y las cosas: Al pecar, piensa que actúa sabiamente y a su favor, sin acertar a ver (pues, en el fondo, no quiere) el mal y el peligro de sus malvadas obras; llama «mal» al bien y «bien» al mal (v. Is. 5:20); llama «libertad» a su libertinaje; «astucia», a sus fraudes; «justicia», a la persecución que emprende contra los buenos. Pero día llegará en que su *iniquidad será hallada* (contra lo que él piensa—v. 2—).

2. Tenemos también aquí las ramas malditas que brotan de esa raíz de amargura. El pecador desafía a Dios (v. 3): *«Las palabras de su boca son iniquidad y fraude,* decidido como está a obrar el mal, aun cuando intente cubrirlo bajo capa de pretextos aparentemente plausibles. Se han extinguido las chispas de virtud, se han derrumbado sus mal cimentadas convicciones y los buenos comienzos han quedado en nada: *«Ha renunciado a ser cuerdo y hacer el bien. Maquina maldad sobre su* cama» (vv. 3, 4). Quienes cesan de hacer el bien, pronto comienzan a practicar el mal. Y al obrar ellos mismos el mal, no les desagrada en modo alguno el verlo en otros: *«No aborrece el mal»* (v. 4b), sino que, por el contrario, se agrada en él y se queda satisfecho cuando ve a otros tan malos como él.

Versículos 5–12

Después de mirar en derredor suyo con la pena que causa el ver la maldad de los impíos, David mira ahora hacia arriba con el gozo y el consuelo que produce el ver la bondad de Dios.

I. Sus meditaciones sobre la gracia de Dios.

1. Las transcendentes perfecciones de la naturaleza divina (v. 5): *«Jehová, hasta los cielos llega tu misericordia, y tu fidelidad alcanza hasta las nubes».* Por malo que sea el mundo, nunca pensemos mal de Dios ni de su providencia, sino aprovechemos la oportunidad de admirar la paciencia de Dios en soportar a cuantos le provocan tan desvergonzadamente con sus maldades; más aún, en hacerles el bien, puesto que *«hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos»* (Mt. 5:45). Su amor misericordioso es siempre fiel, y su fidelidad es siempre amorosa, como lo manifiesta el repetido binomio *«jesed veemet»* = misericordia y verdad, o *«jesed veemunah» = misericordia y fidelidad,* como es el caso aquí, y que corresponden al binomio *«gracia y verdad»* de Juan 1:14, etc. La misericordia de Dios llega tan alto que no le alcanzan los cambios atmosféricos (y aun lo de *«nubes»* podría traducirse como «firmamento» o «cielo empíreo»). *La justicia de Dios* (v. 6) *es como los montes de Dios* (expresión superlativa) y *sus juicios,* esto es, los castigos que impone su justicia vindicativa, *son como el gran abismo* (el mismo vocablo hebreo de Gn. 1:2), fijos e inescrutables, sobre los cuales no puede extenderse la corta plomada de nuestra débil inteligencia.

2. El cuidado y la beneficencia universales de la providencia de Dios (v. 6b): *«Oh Jehová, a hombres y animales socorres»*. No solamente les proteges de todo mal, sino que les proporcionas cuanto es menester para el sostenimiento de su vida.

3. El especial favor que Dios dispensa a su pueblo: (A) Su carácter (v. 7): Son aquellos a quienes de tal manera atrae la misericordia preciosa de Dios, que acuden presurosos *a ampararse bajo la sombra de sus alas* (comp. con Rut 2:12). (B) Su privilegio (v. 8): *«Serán completamente saciados de la abundancia* (lit. *grasa*) *de tu casa»*. *Sus* necesidades quedan satisfechas; sus deseos, cumplidos; sus capacidades, llenadas. En el Dios Todosuficiente tendrán siempre bastante: todo cuanto pueda desear o recibir un alma iluminada y ensanchada. Un alma santa aun cuando siempre desee más de Dios, nunca desea más que a Dios *«Todo lo he recibido y tengo abundancia»*, dice Pablo (Fil. 4:18). Su gozo será perfecto y constante (v. 8b): *«Y tú los abrevarás del torrente de tus delicias»*. Los llama *«tus* delicias», no sólo porque vienen de Él como de su fuente, sino también porque terminan en Él como en su centro o meta. De esas delicias hay un *torrente* de aguas vivas, siempre lleno, siempre fluyente, porque lleva dentro de sí mismo el manantial (comp. con Jn. 7:37–39). Los placeres de los sentidos son como agua fétida de estanque putrefacto, los de la fe son como agua pura clara como el cristal (comp. con Jer. 2:13; Ap. 22:1). Y continúa (v. 9): *«Porque de ti brota el manantial de la vida, en tu luz vemos la luz»*. Al tener a Dios se tiene el manantial del agua de vida, y al tener al que es luz (1 Jn. 1:5), se tiene la santidad: los ojos santos, puros, ven a Dios (Mt. 5:8) y en Él ven todo lo que es luz. Esa luz divina que brilla en la Escritura (119:105) y especialmente en el rostro de Cristo (2 Co. 4:6), contiene toda gracia y toda verdad.

II. Sus plegarias, intercesiones y expresiones de triunfo, basadas en estas meditaciones.

1. David intercede por todos los santos (v. 10). (A) Las personas por las que ora son las que *conocen a Dios*, esto es, las que, por la constante experiencia de su comunión con Dios, son *rectas de corazón*, sinceras en su profesión de fe y fieles tanto a Dios como a los hombres. (B) La bendición que para esas personas pide es que *se prolongue sobre ellas la misericordia* (los favores generosos) *de Dios*, así como *la justicia de Dios*, que no es otra cosa aquí que su fidelidad pactada.

2. Pide para sí mismo ser preservado en su integridad y en su prosperidad (v. 11): *«Que el pie del orgullo* (esto es, del orgulloso) *no me alcance, ni la mano de los impíos me empuje»*. Nótese el matiz de los verbos «alcanzar» como quien viene pisándole los talones a uno, y «empujar» como el que quiere apartar a uno del camino recto en que se mueve, o del camino cómodo en que se halla tranquilo. El peligro que aquí se avizora es el de la muerte, como lo prueba la unión con el versículo 12. Dice Arconada: «La súplica del salmista tiende a pedir la propia conservación de la vida contra los posibles conatos de quitársela por parte de los perversos, que aún no han sido *derribados allá* (hebr. *sham)*, con todo lo que ello implica».

SALMO 37

Este salmo es acróstico, es decir, alfabético, pues cada dos líneas sucesivas se comienza por una letra del alfabeto hebreo excepto en los versículos 7, 20 y 34, en que se agrupan tres líneas bajo una sola letra, y en otras tres ocasiones en que son cinco las líneas que se agrupan bajo una sola letra (vv. 14, 15; 25, 26; 39, 40). En este salmo de exhortación sapiencial David, I. Nos prohíbe impacientarnos ante la prosperidad de los malvados (vv. 1, 7, 8). II. Nos aporta muy buenas razones para ello: 1. El carácter escandaloso de los malvados (vv. 12, 14, 21, 32), a pesar de su prosperidad; y el carácter honorable de los justos (vv. 21, 26, 30, 31). 2. La inminente ruina de los malvados (vv. 2, 9, 10, 20, 35, 36, 38) y la salvación y preservación con que los justos están protegidos de todos los malvados planes de los impíos (vv. 13, 15, 17, 28, 33, 39, 40). 3. La especial misericordia que Dios tiene reservada para todos los buenos y el favor que les dispensa (vv. 11, 16, 18, 19, 22–25, 28, 29, 37). III. Prescribe muy buenos remedios contra el pecado de envidiar la prosperidad de los impíos y anima grandemente a hacer uso de dichos remedios (vv. 3–6, 27, 34).

Versículos 1–6

1. Se nos precave aquí contra el descontento ante la prosperidad y los éxitos de los malhechores (v. 1): *«No te impacientes … ni tengas envidia …».* Podemos imaginarnos que David se había predicado a sí mismo esta exhortación. No hay sermón que tenga tantas posibilidades de llevar fruto como el que nos hemos predicado antes a nosotros mismos. Cuando miramos en derredor nuestro, vemos el mundo lleno de malhechores y obradores de iniquidad que prosperan y tienen éxito en sus negocios. Esto nos tienta a impacientarnos y tener envidia, como si Dios hiciese la vista gorda al permitir que tales hombres prosperen florecientes. Estamos tentados a tener envidia de la forma en que se enriquecen, aun cuando lo hagan por medios ilícitos, y de los placeres de que disfrutan; hasta llegamos a desear el sacudirnos el freno de la conciencia para disfrutar también nosotros de los mismos placeres que ellos. Pero si miramos hacia delante con los ojos de la fe, no hallaremos motivo para envidiar la prosperidad de los malvados, pues su ruina está ya a las puertas (v. 2). Florecen, sí, pero como la hierba, de la cual nadie tiene envidia, pues pronto se marchitarán. La prosperidad material es algo que se desvanece rápidamente, como la vida terrenal a la cual está confinada.

2. Se nos aconseja luego vivir una vida de confianza en Dios; esto nos preservará de impacientarnos ante la prosperidad de los malhechores. Si buscamos el bien de nuestra alma, hallaremos pocos motivos para envidiar a quienes tanto mal procuran a su alma. Tenemos aquí tres excelentes preceptos y tres preciosas promesas:

(A) Hemos de poner en Dios nuestra esperanza en cuanto al camino del deber; así hallaremos en este mundo consuelos y ventajas que el pecado no puede dar (v. 3). Se nos pide *confiar en Jehová y hacer el bien.* No podemos confiar en Dios si estamos inclinados a vivir como nos plazca. Se nos promete que tendremos en este mundo todo lo necesario para subsistir (v. 3b): *«Habita tu tierra y pace en la fidelidad»* (lit., es decir aliméntate de las promesas fieles de Dios—v. Is. 14:30—). Dios no niega el pan al que practica la justicia (v. 25; Mt. 6:33). Hay quienes leen: *«Serás alimentado por fe»,* del mismo modo que leemos: *«El justo por fe vivirá»* (Nota del traductor: el vocablo hebreo *emunah* significa, en efecto, tanto *fe* como *fidelidad).*

(B) Hemos de hacer de Dios el deleite de nuestro corazón, y así tendremos lo que nuestro corazón desea (v. 4). Se nos mandaba (v. 3) hacer el bien, y a este mandamiento sigue el de *poner nuestra delicia en Jehová,* lo cual es un privilegio tanto como un deber. Y este delicioso deber lleva aneja una promesa: *«Y Él te concederá los deseos* (lit.) *de tu corazón».* No nos promete satisfacer los apetitos del cuerpo, sino concedernos los deseos del corazón, todo aquello a lo que aspira lo más íntimo de nuestro ser. ¿Cuáles son los deseos de una buena persona? Conocer y amar a Dios, vivir para Él, agradarle y agradarse en Él.

(C) Hemos de hacer de Dios nuestro guía y someternos en todo a sus direcciones e instrucciones; entonces, todos nuestros asuntos, aun los que nos parecen más intrincados y difíciles, tendrán buen resultado (vv. 5, 6). El deber es muy sencillo; y si lo cumplimos bien, nos facilitará y hará cómoda la existencia misma: *«Encomienda a Jehová* (lit. *haz rodar hasta Jehová) tu camino* (esto es, todas tus empresas, todos tus asuntos)» (comp. 55:22; Pr. 16:3). Así como extendió Ezequías ante Dios las cartas de Senaquerib (2 R. 19:14; 2 Cr. 32:17), así hemos de extender ante Dios nuestros problemas, asuntos y deseos, seguros de que los dejamos en buenas manos y satisfechos plenamente de lo que resulte, pues todo lo que Dios hace está bien hecho. Pero hemos de seguir la Providencia sin forzarla, y suscribir lo que dice la Sabiduría Infinita sin prescribirle lo que ha de hacer. La promesa es deliciosa: *«Él actuará»* (lit. *hará, obrará*). Todo lo que le hayas encomendado, Él lo hará prosperar, si no para tu gusto, ciertamente para tu bien. Él hallará medios de sacarte de tus apuros, de desvanecer tus temores y de cumplir tus deseos. *«Exhibirá tu justicia como la luz, y tu derecho como el mediodía»* (v. 6), es decir, hará que se manifieste que eres persona honesta y que tus asuntos marchen bien, por muy oscuro que haya sido el cariz que hayan tomado tus negocios. Si nos esmeramos en guardar una buena conciencia, bien podemos dejar a Dios el cuidado de preservarnos un buen nombre.

Versículos 7–20

I. Aquí se inculcan y remachan los anteriores preceptos. 1. Estemos tranquilos y seamos pacientes, si creemos en Dios (v. 7): *«Guarda silencio ante Jehová y espera en Él»;* esto es, quédate tranquilo con todo lo que Dios haga, y ten la seguridad de que todo cooperará para tu bien (Ro. 8:28), aunque no sepas cómo ni cuándo. *«Guarda silencio»,* no un silencio de resentimiento, sino de sumisión. 2. No descompongamos nuestras emociones ante el espectáculo de la prosperidad en medio de la maldad: *«No*

te alteres con motivo del que prospera en su camino (v. 7) *… Deja la ira, depón el enojo* (v. 8)», al ver que prospera el que hace maldades, que no te estimule ello a imitar su maldad: *«No te excites* (lit. *no te inflames) en manera alguna a hacer lo malo»;* es decir, no les envidies en su prosperidad, no sea que te sientas tentado a seguir el mismo camino que ellos para enriquecerte, o a recurrir a medios violentos para deshacerte de su preponderancia.

II. Se repiten y recalcan las anteriores razones.

1. Los justos no tienen motivo para envidiar la prosperidad material de los malvados (v. 9): *«Porque los malhechores serán destruidos»* por algún azote repentino de la justicia divina en medio de su prosperidad. La condición de los justos, incluso en esta vida, es, en todo y por todo, mejor y más deseable que la de los malvados (v. 16). En verdad, *lo poco del justo vale más que las muchas riquezas del impío* (comp. Pr. 15:16, 17; 16:8; 28:6), porque viene de mejor mano, de la mano de un amor especial, no meramente de la mano de una providencia ordinaria. *«Los que esperan en Jehová heredarán la tierra»* (v. 9; comp. v. 11 y Mt. 5:5), esto es, disfrutarán de las bendiciones incluidas en el pacto. Comenta Arconada: «Este principio, aplicable al orden personal, familiar, social, nacional e internacional, pudiera ser aquí una vislumbre de la futura época mesiánica (Mt. 5, 4)». También *«se recrearán con abundancia de paz»* (v. 11b), de esa paz que el mundo no puede dar (Jn. 14:27). *«Conoce Jehová los días de los íntegros»* (v. 18), esto es, cuida especialmente de ellos por medio de su providencia, aun en los momentos más amargos y difíciles, que por eso se cuentan aquí por «días» (comp. Gn. 47:9; Job 14:1), pero tampoco quedará sin recompensa la obra de un solo día.

2. Los justos no tienen motivo para impacientarse ante los posibles éxitos que los malvados obtengan en sus planes contra los justos, ya que: (A) Sus maquinaciones se volverán contra ellos, pues terminarán en el fracaso y en el ridículo (vv. 12, 13). Son orgullosos e insolentes, pero Dios los contempla con desprecio, pues ve que sus intentos van a quedar fallidos. Los hombres tienen ahora su día, pero el día de Dios es el que dará el juicio decisivo. (B) Sus intentos acabarán en su propia destrucción (vv. 14, 15): «Su *espada entrará en su mismo corazón»*. Todo lo que ellos han preparado para derribar al pobre y para matar al justo (v. 14), se volverá contra ellos. (C) Los que no sean repentinamente quitados de en medio, quedarán inhabilitados para hacer el mal, pues les serán inutilizados los instrumentos de su maldad: *«Su arco será quebrado»* (v. 15b); más aún, *«sus brazos serán quebrados»* (v. 17), de forma que no podrán seguir adelante con sus perversas maquinaciones.

Versículos 21–33

I. Qué se requiere de nosotros como camino para nuestra felicidad. Si queremos obtener las bendiciones de Dios:

1. Hemos de tomar conciencia de nuestro deber de dar a cada uno lo suyo, porque *«el impío toma prestado y no devuelve»* (v. 21). Esto es lo primero que Dios demanda de nosotros: *hacer justicia* (v. Mi. 6:8), y demos a cada uno lo que le pertenece.

2. Hemos de estar prestos a *amar misericordia;* a todas las obras de caridad, compasión, beneficencia, etc. (v. 21b), pues así como es una prueba de la bondad de Dios el poner el bien en nuestras manos, así es una prueba de nuestra bondad poner nuestro corazón donde está el bien de nuestras manos, a fin de dar y prestar a otros.

3. Hemos de apartarnos del pecado y empeñarnos en la práctica de una piedad seria y sincera (v. 27): *«Apártate del mal y haz el bien»* (com. 34:14; Is. 1:16, 17).

4. Debemos abundar en buena conversación y usar nuestra lengua para glorificar a Dios y edificar al prójimo. Es parte del carácter del justo el que su *boca derrama sabiduría* (v. 30), pues de la abundancia de un buen corazón hablará la boca lo que es bueno y útil para edificar a otros.

5. Hemos de tener nuestra voluntad enteramente sometida a la voluntad y a la palabra de Dios (v. 31): *«La ley de su Dios está en su corazón»*. En vano pretenderíamos que Dios es nuestro Dios, si su ley no está dentro de nuestro corazón para hacer de ella la norma de nuestra conducta.

II. Qué se nos promete, bajo estas condiciones, como ejemplos de nuestra dicha.

1. Que tendremos la bendición de Dios, y que esta bendición será la fuente dulce y segura de todos nuestros consuelos y gozos temporales (v. 22): *«Los que Dios bendice heredarán la tierra»* (v. lo dicho en la sección anterior).

2. Que Dios dirigirá y dispondrá todos los asuntos de ellos en la forma que más convenga para la gloria de Dios (v. 23): *«Por Jehová son afianzados los pasos del hombre* (hebr. *guéber*, esforzado, guerrero, etc. Aquí, el que se esfuerza en cumplir con los requisitos del pacto), y *Él* (Jehová) *aprueba su camino»*. Señal de esta aprobación es el éxito que Dios le concede y la protección con que le rodea, pues le guía paso a paso y así le conserva en continua dependencia de la dirección divina.

3. Que Dios le preservará de quedar tendido en el suelo si cae en pecado o sufre algún grave apuro (v. 24): *«Cuando cayere, no quedará postrado, porque Jehová sostiene su mano»*. Una persona piadosa podrá caer en pecado, pero la gracia de Dios le hará recobrarse mediante el arrepentimiento, a fin de que no quede postrado en el pecado. Podrá, por algún tiempo, perder el gozo de la salvación, pero le será luego restaurado, pues Dios le extenderá su mano y le levantará por medio de su Santo Espíritu. Aunque la hoja se marchite, la raíz quedará salva y sana; ya llegará la primavera después del invierno.

4. Que no nos faltará lo necesario para la vida (v. 25): *«Joven fui y ya he envejecido, y no he visto al justo desamparado, ni a su descendencia mendigando el pan»*. A pesar de las muchas vicisitudes por las que puede pasar un hombre ya envejecido, David declara su personal experiencia, fruto de la observación (no sólo como hombre, sino aún más como rey interesado por el bien de sus súbditos), de no haber visto a ninguna persona piadosa y, por tanto, honesta y trabajadora, que se viese reducida a la extrema necesidad.

5. Que Dios no nos abandonará, sino que nos protegerá amorosamente en nuestras dificultades y estrecheces (v. 28): *«Porque Jehová ama la rectitud y no desampara a sus santos. Para siempre serán guardados»*. Dios se deleita en hacer justicia y en los que hacen justicia.

6. Que dispondremos de las suficientes comodidades en este mundo, y mucho más cuando salgamos de él: *Tendremos para siempre una morada* (hebr. *shikhón*—morarás—, vocablo de la misma raíz que *shekinah)*, ya en este mundo (v. 27), sin ser *cortado* (lit.), como la descendencia de los impíos (v. 28b). Por tercera vez se repite que *«los justos heredarán la tierra»* (el país pactado). No obstante, en este mundo no tenemos ciudad permanente (He. 13:14); morada perpetua nos está reservada en el Cielo (Jn. 14:2, 3).

7. Que no llegaremos a ser presa de nuestros adversarios que buscan nuestra ruina (vv. 32, 33).

Versículos 34–40

El salmista concluye aquí su sermón, y nos dice:

1. Que el deber en que aquí insiste es el mismo que ha declarado anteriormente (v. 34): *«Espera en Jehová y guarda su camino»*. Si nos esmeramos en guardar el camino de Dios, bien podemos poner gozosamente nuestra confianza en Él y encomendarle nuestro camino (v. 5), pues hallaremos en Él un buen Amo, lo mismo para sus criados que trabajan que para los que esperan sus órdenes y sus dones.

2. Las razones con que refuerza esa exhortación son también similares a las anteriores, basadas en la cierta destrucción de los malvados y en la segura salvación de los justos.

(A) Vemos, por fin, la miseria de los malvados, por mucho que hayan prosperado algunos años: *«El final de los perversos es cortado»* (v. 38b, literalmente), aunque también puede significar la posteridad, conforme al doble sentido del vocablo hebreo *ajarit*. Si se admite dicha versión literal, tenemos paralelismo con la primera parte del versículo; si se admite la versión de *ajarit* por «posteridad», hay paralelismo antitético con el versículo anterior, aunque también allí aparece el vocablo *ajarit*, con lo que tendríamos un contraste entre el final pacífico lleno de tranquilidad y consuelo, de los justos, y el final terrible, repentino, de los malvados. A este final rápido aluden los versículos 35 y 36.

(B) En cambio, vemos la dicha y bendición de los justos; al menos en su fin terrenal. Aun en el caso de que hayan carecido de heredad en este mundo, les está reservada mansión en los cielos: dignidad, honor, verdadera riqueza, en la Nueva Jerusalén, de la que Canaán era tipo. Que todos tomen buena nota de esto (v. 37): *«Considera al íntegro y mira al justo.* Fíjate en el resultado de su conducta (He. 13:7) y hallarás que su *fin es paz»*. No es el justo el que se ha procurado su salvación; es obra de la iniciativa libre y amorosa—soberana—de Dios: *«La salvación de los justos viene de Jehová»* (v. 39, comp. con Jon. 2:9 y Ef. 2:8—«y *esto no proviene de vosotros, pues es don de Dios»).* El versículo 40 dice literalmente: *«Les ayudará Jehová y los libertará; los libertará de los perversos y los salvará, porque en Él se han*

refugiado». El que se refugia bajo las alas del Todosuficiente, no sólo hallará en Él ayuda y libertad, sino también segura salvación.

SALMO 38

Este es uno de los salmos llamados penitenciales; está lleno de pesar y lamentación desde el comienzo hasta el final, por lo que su carácter penitencial resalta todavía más que en los salmos 6 y 32. No hay duda de que David tiene aquí ante su vista sus pecados y sus aflicciones, por lo que su redacción es posterior a la época en que ocurrieron los acontecimientos narrados antes de 2 Samuel 13. Se lamenta aquí David, I. Del desagrado de Dios y de su propio pecado que provocó el desagrado de Dios hacia él (vv. 1–5). II. De su debilidad corporal (vv. 6–10). III. De la falta de amabilidad de sus amigos (v. 11). IV. De las injurias que le hicieron sus enemigos; apela a su amistoso comportamiento con ellos, pero confiesa también sus pecados contra Dios (vv. 12–20). V. Finalmente, concluye el salmo con una ferviente oración a Dios, a fin de que se digne otorgarle su presencia y su ayuda (vv. 21, 22).

Versículos 1–11

El título de este salmo es *«Para hacer recordar»* (el verbo está en la forma causativa activa *Hiphil*—nota del traductor—). La misma expresión aparece en el título del salmo 70.

1. Pide a Dios que aparte de él su ira (v. 1): *«Jehová, no me reprendas en tu furor …».* Aun cuando Dios nos reprenda y castigue, es posible que no lo haga con enojo y furor, pues eso es como hiel y ajenjo en medio de la aflicción. Quienes deseen escapar de la ira de Dios, han de orar por ello más que por cualquier otra aflicción que puedan sufrir, y estar contentos con soportar cualquier otra aflicción que les pueda sobrevenir, si ésta procede del amor, no de la ira, de Dios.

2. Se lamenta amargamente de las manifestaciones del desagrado de Dios contra él (v. 2): *«Porque tus saetas* (comp. Dt. 32:23; Job 6:4; Lm. 3:12, 13; Ez. 5:16) *se han clavado en mí, y sobre mí está pesando tu mano»*. Bajo estas metáforas expresa el salmista la enfermedad que le aflige, como lo aclara, ya sin metáforas, el v. 3: *«Nada hay sano en mi carne, etc.»*. La amargura que le causaba la enfermedad no era lo peor; desfallecía su corazón (v. 8) y gemía quejumbrosamente, al tiempo que olvidaba su bravura de soldado, su dignidad de rey y el gozo del dulce cantor de Israel.

3. Reconoce su pecado como causa de todos sus males y gime bajo el peso de su culpa más que por el peso de cualquier otra aflicción (v. 3): *«No hay reposo en mis huesos, a causa de mi pecado»*. A ello se debe la indignación de Dios (v. 3a), que David reconoce como justificada y bien merecida, pues continúa (v. 4): *«Porque mis iniquidades han sobrepasado mi cabeza*, como las bravías olas del mar sobre una persona que se está hundiendo; *como carga pesada gravitan sobre mí* más de lo que puedo soportar». El pecado impide a los hombre elevarse y avanzar. *«Hieden y supuran mis llagas»*, continúa David, como una herida infectada a la que no se ha prestado el necesario cuidado; y eso, *«a causa de mi locura»* (v. 5). Los pecados son heridas (Is. 1:6); heridas mortales y dolorosas. Aun la más leve herida de éstas si se descuida, puede tener fatales consecuencias cuando falta el arrepentimiento.

4. David gime a causa de sus aflicciones y da salida a sus penas derramando sus quejas en la presencia del Señor: (A) Su mente se hallaba turbada, su conciencia estaba dolorida y no encontraba reposo para su espíritu, pues ¿quién puede soportar un espíritu herido? Se veía *encorvado, abatido en gran manera* (v. 6), *debilitado y molido* (v. 8). (B) Estaba enfermo y débil de cuerpo, con una llaga semejante a la de Ezequías, con fiebre e inflamación (v. 7): *«Porque mis lomos están ardiendo de fiebre, y nada hay sano en mi carne»*. La enfermedad puede destemplar el cuerpo más fuerte y vigoroso. David era famoso por su valentía, pero cuando Dios contendió con él por medio de la enfermedad y de la impresión que su ira hizo en la mente de él, su corazón desfallecía y se hizo más débil que el agua. (C) Sus amigos se portaban muy mal con él (v. 11): *«Mis amigos y mis compañeros se mantienen lejos de mi llaga y mis allegados* (sus parientes) *se han alejado»*, a pesar de que seguramente su enfermedad nada tenía de infecciosa.

5. En medio de sus quejas, se consuela con el pensamiento de que Dios toma nota de sus aflicciones lo mismo que de sus oraciones (v. 9): *«Señor, delante de ti están todos mis deseos, y mi suspiro no te es oculto».* Como si dijese: «Tú conoces las bendiciones por las que suspiro y el peso que me abate».

Versículos 12–22

1. David de queja ahora del poder y de la perversidad de sus enemigos, los cuales, al parecer, no sólo aprovecharon la ocasión de su debilidad corporal y mental para insultarle, sino que vieron en ello la oportunidad para hacerle daño. Muchas cosas tiene que decir contra ellos, y las presenta como razón por la que Dios habría de manifestarse a favor el él, como decía en otro lugar: *«Mira mis enemigos»* (24:19). Aquí dice de ellos: *«Tienden lazos ... hablan iniquidades ... maquinan engaños»* (v. 12). En estas tareas se muestran *«activos y poderosos y ... aborrecen mi causa* (v. 19), se aprovechan de cualquier desliz mío (vv. 16, 17), lo aumentan y divulgan con toda insolencia, y se alegran de mis fallos. No sólo son injustos, sino también ingratos, pues yo no les he hecho ningún mal; me *pagan mal por bien* (v. 20. Comp. con 109:4, 5); *me son contrarios por seguir yo lo bueno».* Le odiaban precisamente por la amabilidad que les dispensaba y por la devoción y obediencia a su Dios; le odiaban a él porque odiaban a Dios y a cuantos son imitadores de Dios.

2. Se consuela con la reflexión sobre su apacible y piadosa conducta bajo todas las injurias e indignidades que le eran hechas. *Si tenemos celo por el bien, ¿quién es el que nos podrá hacer daño?* (1 P. 3:13). Esto es lo que hizo David aquí: Se mantuvo tranquilo y no se descompuso por ninguna de las injurias que le fueron hechas y dichas (vv. 13, 14), en lo cual fue tipo de Cristo, quien fue *como una oveja que delante de sus trasquiladores está muda* (Is. 53:7), *quien cuando le maldecían, no respondía con maldición* (1 P. 2:23). David se mantenía en comunión con su Dios por medio de la fe y de la oración. Sus amigos, que deberían haber estado a su lado y a favor de la causa, se apartaban de él (v. 11); pero Dios es un amigo que nunca nos abandonará si ponemos nuestra esperanza en Él: *«Tú responderás, Jehová Dios mío»* (v. 15).

3. David se siente a punto de resbalar, zozobrar y caer (vv. 16, 17), no sólo bajo el peso de su enfermedad, sino también ante el mal trato que recibe de sus enemigos. Son acentos parecidos a los de Asaf en el Salmo 73:2 y ss. Aun las personas buenas, si persisten en considerar la aflicción en que se hallan, se ven tentados a resbalar, cuando se habrían mantenido firmes en su posición si hubiesen tenido fija su atención en Dios. Aun cuando delante de los hombres podía justificarse, delante de Dios David se ve obligado a condenarse a sí mismo (v. 18): *«Por tanto, confieso mi maldad,* y *me contrista mi pecado».* Esto le ayudaba grandemente a permanecer en silencio bajo las reprensiones de la Providencia y los reproches de los hombres.

4. Concluye con una ferviente oración a Dios, a fin de que le otorgue su presencia y su favor (vv. 21, 22): *«No me desampares, oh Jehová.* Aun cuando mis amigos se alejen de mí y aunque merezco ser desamparado por ti, *Dios mío, no te alejes de mí,* conforme al temor de mi incrédulo corazón, sino *apresúrate a ayudarme, oh Señor, salvación mía».*

SALMO 39

Parece ser que David se hallaba en gran aprieto cuando compuso este salmo, pues le resulta difícil seguir el consejo que ha dado a otros (Salmo 37) de guardar silencio ante el Señor y esperar en Él sin impacientarse. I. Declara la lucha que sentía en su pecho entre la gracia y la corrupción, entre la pasión y la paciencia (vv. 1–3). II. Medita sobre la fragilidad de la vida humana y ruega a Dios que le instruya acerca de ello (vv. 4–6). III. Pide a Dios que le perdone sus pecados, retire de él sus aflicciones y le alargue la vida hasta que esté debidamente preparado para morir (vv. 7–13).

Versículos 1–6

David dirige este salmo a Yedutún (hebr. *Iduthún),* uno de los directores de coro que él había nombrado para el servicio del santuario (1 Cr. 16:41; 25:1–3). Reflexiona aquí sobre los sentimientos de su corazón en medio de las aflicciones que sufre.

1. Recuerda el pacto que había hecho con Dios. Siempre que nos sentimos tentados a pecar, hemos de recordar los solemnes votos que hemos hecho de no cometer algún pecado particular en el que nos vemos prestos a caer.

(A) Trae a la memoria la resolución que había hecho de ser cauto y circunspecto en su conducta (v. 1): «*Velaré sobre mis pasos*». Después de decidir velar sobre nuestros pasos, debemos recordar a menudo tal resolución.

(B) Trae también a la memoria la especial resolución que había hecho de abstenerse de *pecar con la lengua. No* resulta fácil a veces impedir que se introduzca en nuestra mente un mal pensamiento, pero en el caso de que tal cosa suceda, hemos de frenar la lengua, como David, a fin de que no salga al exterior el mal pensamiento: *«Pondré a mi boca un freno»,* dice él. La vigilancia en el hábito es el freno en la cabeza; la vigilancia en el acto es la mano en el freno. Es como la mordaza que se le pone a un perro feroz y sin domesticar. Con una rápida decisión se impide que una palabra corrompida salga de la boca, y así se le pone freno o mordaza. Cuando David se hallaba en compañía de los impíos (v. 1b), se cuidaba de decir cosa alguna que sirviese para que ellos se endurecieran o blasfemaran.

2. Conforme a este propósito, estaba dispuesto a pasar prontamente a poner por obra su resolución (v. 2): *«Enmudecí, guardé silencio y me callé»* (la frase siguiente—nota del traductor—es traducida en versiones antiguas, también en la RV 1960: *«aun respecto de lo bueno»*, lo cual como afirma M. Henry que sigue dicha lectura, indicaría una debilidad de David, al no ser capaz de hablar ni lo bueno, pero el gran Diccionario de Brown-Driver-Briggs lo traduce como *«a causa de lo bueno»,* es decir, a causa de la felicidad de los impíos, como dicen el texto y el margen en la RV 1977).

3. Cuanto menos hablaba, más pensaba y se enardecía de dolor e ira (vv. 2, 3). Había puesto mordaza a su lengua, pero no pudo ponerla a su corazón. Nótese que quienes se hallan con el ánimo impaciente y airado no deben avivar el fuego mediante una meditación prolongada, porque, mientras permiten que sus pensamientos se fijen en las causas de sus calamidades, el fuego del descontento recibe más combustible y arde con mayor furia. Por consiguiente, si queremos impedir las explosiones de una pasión sin freno, hemos de impedir primero la continuación de unos pensamientos pertinaces.

4. Cuando, por fin, se decidió a hablar (v. 3b), lo hizo con buen objeto (más bien que con enfado, como opinan algunos).

(A) Pide a Dios que le haga ver la brevedad de la vida (v. 4): *«Hazme saber, Jehová, mi fin …».* No pide a Dios que le haga saber cuándo va a morir, sino que le haga percatarse de la fragilidad y brevedad de la vida, como se ve por el contexto. Este pensamiento es siempre útil. Para el impío, el fin de la vida es el fin de todos su placeres; para el piadoso, es el fin de todos su dolores. Cuando consideramos la muerte como algo muy distante, estamos tentados a prorrogar la necesaria preparación para este último momento en este mundo; pero, si consideramos cuán corta es la vida terrenal, nos veremos espoleados a obrar el bien, no sólo con todas nuestras fuerzas, sino también con toda premura posible.

(B) Medita a continuación sobre esa brevedad de la vida con el ruego implícito de que Dios le alivie la carga de sus pecados y de sus aflicciones (v. 5): *«He aquí, diste a mis días la largura de un palmo».* Observa Arconada: «El palmo hebreo no era como el nuestro (distancia que va entre meñique y pulgar de la mano extendida, unos veinte centímetros), sino la distancia entre los cuatro dedos (excluido el pulgar) de la mano cerrada y plana (unos siete centímetros); por lo tanto, la imagen significa un tiempo mucho más corto de lo que podríamos imaginar». No necesitamos, pues, grandes conocimientos de matemáticas para medir nuestra vida, ya que su fin está en la punta de cuatro dedos de la mano. Nuestro tiempo es corto; así lo ha hecho Dios y así lo sabe él: *«El tiempo de mi vida es como nada delante de ti»* (v. 5b). No es extraño que este versículo finalice con una pausa (hebr. *selah),* pues bien merece la pena pararse a reflexionar sobre una verdad tan tremenda. Como prueba de la vanidad de la vida del hombre sobre la tierra, David menciona (v. 6) tres cosas:

(a) La vanidad de nuestros goces y de nuestros honores, pues incluso cuando más majestuoso pueda aparecer a la vista de los hombres, no es más que *como una sombra que pasa,* un vano alarde.

(b) La vanidad de nuestras penas y de nuestros temores, pues *«en vano se afana»* (lit. *en vano obran tumultuosamente),* es decir, actúa apresurada y estrepitosamente, tanto por afán de conseguir lo que desea

como por escapar de lo que teme, y son frecuentemente sus temores fruto únicamente de su fantasía y, por ello, pura vanidad.

(C) La vanidad de sus preocupaciones y fatigas: *«Amontona riquezas y no sabe quién las recogerá»*. ¡Cuán gráfica y persuasivamente lo expresó el Señor en la parábola del rico necio! (Lc. 12:16–21). Las riquezas son como el estiércol que se emplea para abonar los campos: si se amontona, huele que apesta; pero si se distribuye, sirve para fertilizar la tierra.

Versículos 7–13

En estos versículos, el salmista vuelve los ojos y el corazón hacia el Cielo. Cuando uno se percata de que no puede hallarse satisfacción sólida en las criaturas, está preparado para hallarla en la comunión con Dios; y a Él deberían conducirnos los desengaños que sufrimos en este mundo. Vemos aquí:

1. Su dependencia de Dios (v. 7). No espera conseguir la felicidad en las cosas de este mundo y, por eso, le dice a Dios: *«Y ahora, Señor, ¿qué puedo yo esperar?* Nada de las cosas de los sentidos ni del tiempo; no tengo nada que desear, nada que esperar, de las cosas de la tierra. *Mi esperanza está en ti»*. No podemos echar cuentas de tener siempre buena salud, prósperos negocios, muchos y buenos amigos, etc., pues todo eso es tan incierto y caduco como nuestra existencia en este mundo.

2. Su sumisión a Dios y su gozosa aquiescencia a la voluntad de Dios (v. 9): *«Tú lo hiciste»*. Como si dijera: «Esto no ocurrió por casualidad, sino por designio tuyo». En todos los acontecimientos, hemos de decir: «Este es el dedo de Dios», cualesquiera sean los instrumentos de que se valga.

3. Su deseo de Dios y la plegaria que le dirige:

(A) Para que le perdone su pecado y le preserve de la confusión (v. 8). Antes de pedir: *«Retira de mí tus golpes»* (v. 10), dice: *«Líbrame de todas mis transgresiones»* (v. 8); perdonándole la culpa, puede esperar que le libre del castigo que se merece por su pecado. Y añade: *«No me pongas por escarnio del insensato»* (v. 8b). Los malvados son insensatos (aquí aparece, una vez más, el vocablo hebreo *nabal*, como en 14:1; 53:1).

Lo peor es que piensan que son listos cuando hacen escarnio de los buenos, lo cual es precisamente su mayor locura.

(B) Para que retire de él su aflicción, pues se halla muy deprimido a causa de ella (v. 10): *«Retira de mí tus golpes; estoy consumido bajo la dureza de tu mano»*. Su enfermedad le había debilitado hasta tal punto que su ánimo estaba decaído, su fuerza se hallaba exhausta, y su cuerpo se había vuelto macilento. Nuestras malas obras nos atraen la aflicción, por lo que somos castigados con nuestra propia vara. Es el *yugo de nuestras rebeliones*, aunque haya sido *atado por su mano* (Lm. 1:4). No obstante, los golpes de la disciplina de Dios son para nuestro bien (v. 11): *«Castigando sus pecados, corriges al hombre»* (comp. He. 12:6–11). La *belleza* del hombre: todo lo que él más aprecia; ya sea la vida, la comodidad, los placeres, las riquezas, las fuerzas y la misma hermosura del cuerpo, todo ello queda consumido por la mano de Dios, que hace la labor de la polilla (comp. Os. 5:12).

(C) Ruega a Dios que escuche su oración y le de un poco de respiro ante la brevedad de la vida. Ahora se ve como *forastero y huésped* (v. 12, comp. con 1 P. 2:11), lo mismo que sus antepasados, y reconoce así que se halla de paso en este mundo y que va de viaje a otro mundo mejor, no piensa que estará en su propia casa hasta que llegue al hogar celestial. Pero antes necesita recobrarse un poco (v. 13): *«Déjame y tomaré fuerzas, antes que me vaya y perezca»*. Como si dijera: «Haz que me recupere de esta enfermedad, que recobre la energía de mi cuerpo y de mi mente, para que, con el ánimo calmado, pueda prepararme mejor para el momento en que tenga que marcharme de este mundo».

SALMO 40

Parece ser que David redactó este salmo con ocasión de su liberación por el poder y la bondad de Dios, de alguna gran aflicción bajo la cual estaba en peligro de quedar aplastado; es probable que se hallase en un estado de turbación mental, acuciado por la conciencia de pecado y del desagrado de Dios contra él a causa de dicho pecado. En este salmo, I. David hace mención del favor que le ha dispensado Dios al librarle de su grave aprieto, y le tributa alabanzas con gratitud (vv. 1–5). II. De aquí toma ocasión

para hablar proféticamente de la obra de la redención por medio de Cristo (vv. 6–10). III. Esto le anima a rogar a Dios favor y gracia para sí y para sus amigos (vv. 11–17).

Versículos 1–5

1. Vemos el grave apuro en que se había encontrado el salmista.

2. Vemos también el refugio que buscó en Dios y su confianza firme en que le había de sacar de aquel aprieto (v. 1): *«Pacientemente esperé»* (lit. *Esperando esperé*—hebraísmo de énfasis—). No esperaba alivio de ninguna otra parte, sino de Dios; la misma mano que desgarra curará; la misma que hiere vendará (Os. 6:1); de no ser así, no habría remedio. David esperó pacientemente, lo cual insinúa que el alivio no vino pronto; sin embargo, él no dudaba de que había de venir y, por eso, decidió continuar creyendo y esperando, y orando, hasta que llegase. Esto podría también aplicarse a Cristo, quien, tanto en Getsemaní como en la cruz, continuó orando en su agonía *al que le podía librar de la muerte, fue oído y librado de su* temor (He. 5:7, conforme al sentido, ya que no según la letra, del original).

3. Su consoladora experiencia de la bondad de Dios hacia él en su aflicción, la cual queda aquí mencionada para alabar y honrar a Dios, y para animar y estimular a otros: *«Se inclinó hacia* mí y *escuchó* mi *clamor»*. Quienes, en su piedad, han sido presa de la melancolía y han hallado alivio a ella por la gracia de Dios, pueden aplicarse a sí mismos estos sentimientos de David, pues han sido extraídos también de un horrible pozo (v. 2). El favor de Dios es completo cuando los pies quedan firmemente asentados sobre una roca, y se ven alzados con tan estupenda elevación tanto como antes se habían visto hundidos en las voraces fauces de un pozo hondísimo. *«Puso luego en mi boca*—prosigue David—*un cántico nuevo de alabanza a nuestro Dios»* (v. 3. Lit.). Como si dijera: «Me dio nuevos motivos para regocijarme y como un nuevo corazón para expresar mi regocijo con un cántico que fuese como un nuevo himno de alabanza a Él».

4. La experiencia de David había de animar a muchos a esperar en Dios; a ese fin, dice a continuación: *«Verán esto muchos, y temerán y confiarán en Jehová»* (v. 3b). Hay un temor santo y reverente de Dios que no sólo es compatible con la confianza en Él, sino que es el sólido fundamento de dicha confianza. No le temerán para huir de Él, sino para echarse en sus brazos, cuando se hallen en los más graves aprietos, sin dudar de que le encontrarán tan presto a ayudarles a ellos como le encontró David en su terrible aflicción. El salmista invita a otros a poner en Dios su esperanza como él lo hizo, y declara dichosos a quienes así actúen (v. 4): *«Dichoso el varón* (lit. *guerrero, valiente) que puso en Jehová su confianza y no se volvió a los soberbios»* (lit.), es decir (con la mayor probabilidad), no se va con altivos y rebeldes, que se apartan de Dios para ir *en pos de la mentira*, esto es, de los ídolos. David se siente embargado de emoción y gratitud al recordar las múltiples maravillas que Dios ha obrado a favor de él (v. 5); tantas que—dice—*«no es posible enumerártelas»* (traducción más probable que la de *«No hay nadie comparable a ti»*). Esas maravillas que Dios hace a nuestro favor son el producto de los benignos *designios para con nosotros* en la mente de Dios: la infinita sabiduría de Dios al servicio de su infinito amor (Jer. 31:3; 1 Co. 2:7), *«pensamientos de paz y no de desgracia»* (Jer. 29:11). Cómo se unen los anillos de esa áurea cadena es, por ahora, un gran misterio para nosotros, pero llegará un día feliz en que se rasgue el velo y podamos contemplar la beatífica realidad. Al presente, hemos de contentarnos con añadir un largo *etcétera* a la enumeración agradecida de los favores que de Dios hemos recibido y adorar después las cuatro dimensiones de su amor en Cristo (Ef. 3:18, 19), sin esperanza alguna de hallarles el límite.

Versículos 6–10

Después de extasiarse ante las maravillas que obra Dios a favor de los suyos, es llevado extrañamente a predecir aquella maravilla de maravillas que es la obra de nuestra redención por medio de nuestro Señor Jesucristo. Estos versículos son citados, a tal efecto, en la Epístola a los Hebreos 10:5 y ss., como puestos en boca del Salvador.

1. Vemos primero la absoluta insuficiencia de los sacrificios legales para hacer expiación por el pecado a fin de obtener nuestra paz con Dios: *«Sacrificio y ofrenda no deseaste»* (lit.), es decir, no quisiste que el Redentor los ofreciese. Algo tenía que ofrecer, pero no eso (He. 8:3). Incluso cuando la ley acerca de los sacrificios estaba en toda su vigencia, puede decirse que Dios no los requería ni los aceptaba

por lo que eran en sí mismos, puesto que no tenían fuerza alguna para quitar los pecados (He. 10:4) ni, por tanto, para satisfacer a la justicia de Dios. La vida de una oveja o de un buey, que tiene mucho menos valor que la vida de un hombre (Mt. 12:12), no podía en modo alguno equivaler al precio requerido para nuestra redención (v. 1. P. 1:18–20). Ni podía quitar el miedo al pecado al pacificar la conciencia, ni remover el poder del pecado al santificar la naturaleza. Todo su valor consistía en su referencia al sacrificio de Jesucristo, del que eran figura y sombra, símbolos en que poner a prueba la fe y la obediencia del pueblo de Dios. Pero había de llegar la sustancia, la realidad, que es Cristo, capaz de dar a Dios la gloria, y a los hombres la gracia, que aquellos sacrificios no podían por sí mismos dar.

2. La designación del Señor Jesús para la obra y el oficio de Mediador: *«Me horadaste los oídos»* (lit.), expresión que alude, por una parte, a Éxodo 21:6, donde le son horadados los oídos al siervo que se queda libremente con su amo (comp. con Fil. 2:7, 8) y, por otra, a Isaías 50:4, 5, donde el *oír* conecta con el *obedecer*, si tenemos en cuenta que, en hebreo, se usa el mismo vocablo para ambos verbos. Es bien sabido—nota del traductor—que el autor de Hebreos *tomó* de los LXX la cita correspondiente, con lo que Hebreos 10:5 dice literalmente: *«Mas me preparaste* (un) *cuerpo»*. El sentido no varía, ya que, si el oído es el instrumento para recibir el mandato de Dios, el cuerpo es el medio exterior con que cumplirlo (v. 2 Co. 5:10 *«por medio del cuerpo»*. Lit.). Un rabino converso me hizo notar que el cuerpo del feto tiene la forma de una oreja.

3. Su consentimiento voluntario a la obra que se le encomendó (v. 7): *«Entonces dije: Yo voy»* (lit.). *Como* si dijese: «Puesto que no deseas sacrificio, ni ofrenda, ni holocausto, ni expiación (v. 6), aquí me tienes a mí, decidido a entrar en liza con los poderes de las tinieblas y mirar por el interés de tu gloria y de tu reino, antes que dejar sin hacer la obra de la redención. Aquí me tienes dispuesto a ser enviado al mundo cuando se cumpla la plenitud de los tiempos (v. Mr. 1:15). Para todos los santos del Antiguo Testamento seré *«el que viene»* (Mt. 11:3; Lc. 7:19, 20; He. 10:37. Lit.)».

4. El motivo por el que vino a dar cumplimiento a esta obra: *«En el rollo* (alude a la forma en que se escribían los documentos) *del libro* (es decir, de la Escritura Sagrada) *está escrito de mí»*. ¿Qué es lo que estaba escrito de Él?—nota del traductor—(A) El texto masorético actual hace aquí un corte; por lo que nuestras versiones le hacen seguir, por ello, de punto y coma. Se referiría entonces a lo anterior, con lo que se insinúa más claramente el sentido mesiánico (el cual aparece, ya de manifiesto, en He. 10:5–7). (B) Otras versiones modernas hacen desaparecer dicho corte, y unen la frase con lo que sigue, y traducen así: *«Se me ha prescrito en el rollo del libro hacer tu voluntad»* (*Biblia de Jerusalén*. De modo parecido, la versión de Arconada en *La Sagrada Escritura* de la B.A.C., la *Nueva Biblia Española* y la de *Las Buenas Nuevas).* (C) La *New International Version* propone una tercera lectura, como alternativa a la que aparece en nuestras versiones *RV: «He venido con el rollo escrito para* mí. *El hacer tu voluntad, etc.»*. Si se adopta la segunda lectura, el sentido mesiánico sólo se sabría con el texto de Hebreos 10:5–7 a la vista.

5. El gozo con que tomó a pechos esta empresa. Habiéndose ofrecido voluntariamente a ella, no le volvió después la espalda, ni se desanimó por lo arduo de la obra, sino que la llevó a cabo gozoso y satisfecho: *«El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón»*. Esta frase no está citada literalmente en Hebreos 10:7, pero el gozo con que Cristo cumplió la voluntad del Padre en la obra de la redención queda registrado en Isaías 53:11; Hebreos 12:2 *«por el gozo puesto delante de Él …».*

6. La proclamación del Evangelio en medio de todo el pueblo: «… *en la gran congregación … a la gran asamblea»* (vv. 9, 10). El mismo que, como sacerdote, llevó a cabo por nosotros la obra de la redención, la proclamó, como profeta; primero, por sí mismo; después, por medio de sus apóstoles; ahora, y por los siglos, mediante su Palabra y su Espíritu (He. 2:3, 4). Lo que proclama es *la justicia de Dios* (vv. 9, 10), así como su *fidelidad y salvación* (explanación de *justicia),* y repite de forma inversa, en el estilo siguiente, bajo los sinónimos *misericordia y verdad,* el tan conocido binomio. Véase cómo repite: *«He proclamado … no refrené mis labios … No encubrí … He publicado … No oculté …».* (comp. con Hch. 20:20, 21, 27).

Versículos 11–17

Después de haber meditado sobre la obra de la redención y hablado de ella en la persona del Mesías, el salmista habla ahora en su propio nombre.

1. Esto puede animarnos a suplicar el favor de Dios y a ponernos bajo la protección de su gracia (v. 11): «*Jehová,* Tú que no escatimaste a tu propio Hijo (Ro. 8:32), *no retengas,* no escatimes *tu compasión* (lit.) *hacia mí,* porque *¿no nos darás también con Él todas las cosas? Tu misericordia y tu verdad me guarden* (es decir, *me preserven) siempre*».

2. También nos puede animar, con respecto a nuestros pecados, el que Jesucristo, mediante la obra de la cruz, nos haya descargado de ellos (2 Co. 5:19), cosa que ni sacrificios ni ofrendas podían hacer. El salmista ve en sus pecados *males,* los peores males, y *en mayor número que los cabellos de su cabeza* (v. 12). La vista de sus pecados le oprimía de tal forma que le debilitaba los ojos y el corazón: *«no puedo levantar la vista … y mi corazón me falla»,* dice literalmente. Con qué acentos tan apasionados clama (v. 13): «*Dígnate, oh Jehová, librarme*». En casos de esta naturaleza, cuando se juega el destino de un alma inmortal, toda tardanza es peligrosa; por eso, añade: *«Jehová, apresúrate a socorrerme»*.

3. Asimismo puede animarnos a confiar en la victoria sobre nuestros enemigos espirituales, quienes buscan la destrucción de nuestra alma (v. 14)—aun cuando el salmista se refiere al peligro de su vida—. Si Cristo ha triunfado sobre ellos, seremos por medio de Él más que vencedores. Con esta fe, podemos orar, como David, con humilde osadía: *«Sean avergonzados y confundidos a una … Vuelvan las espaldas y avergüéncense …* (v. 14) *Queden consternados en pago de su afrenta»* (v. 15). Cuando un hijo de Dios es llevado hasta el borde mismo del pozo, Satanás grita: *¡Ja, ja!»,* y piensa que ya ha ganado la partida, pero queda consternado cuando ve *un tizón arrebatado del incendio* (Zac. 3:2).

4. El salmista anima también a todos los que buscan a Dios a que se unan al gozo del que él disfruta y a las alabanzas que tributa a Jehová (v. 16).

5. Finalmente, cuantos se hallan afligidos y necesitados a pesar de ser hijos de Dios, como David, pueden confiar en la ayuda y liberación que Dios presta sin falta a los suyos (v. 17): «*Aunque yo estoy afligido y necesitado, Jehová pensará en mí*». De una Mente Eterna que, por ello está eternamente pensando en cada uno de nosotros, bien se puede esperar confiadamente la ayuda y la liberación que necesitemos.

SALMO 41

La misericordia y la verdad de Dios han sido siempre el consuelo y el sostén de los santos cuando éstos han experimentado la enemistad traicionera de los hombres. David encontró muy crueles a sus enemigos pero halló en Jehová un Dios lleno de gracia y compasión hacia él. I. Aquí se consuela y anima en su comunión con Dios en medio de su enfermedad, recibe por fe y echa mano de las promesas de Dios (vv. 1–3) y eleva su corazón en oración (v. 4). II. Presenta la animosidad de sus enemigos contra él (vv. 5–9). III. Deja su causa en las manos de Dios (vv. 10–12), y el salmo concluye así con una doxología (v. 13). ¿Está alguien afligido de alguna enfermedad? Cante el comienzo de este salmo. ¿Está alguien perseguido por algún enemigo? Cante la última parte.

Versículos 1–4

El salmo es de David y va dirigido al principal director de música. Vemos en él:

I. Las promesas de Dios de socorrer y animar a los que tienen piedad de los pobres; más exactamente, de los débiles en cuanto a la salud.

1. David menciona a estas personas, y aplica el caso, ya sea (A) A sus amigos que se portaban compasivamente con él. Las provocaciones de sus enemigos y el estado mismo de su salud hacían que sus verdaderos amigos le mostrasen tanto más el afecto que le tenían. (B) También, aun cuando con menor probabilidad, podría aplicarse al propio David, quien había tenido siempre consideración con los pobres y había procurado que fuesen aliviados; y, por tanto, estaba seguro de que Dios, conforme a su promesa, había de fortalecerle y consolarle en su enfermedad.

2. En sentido más general, podríamos hacer una aplicación a nosotros mismos. *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia* (Mt. 5:7). La misericordia, compasión o piedad

que de nosotros se espera es que tengamos consideración de los pobres o afligidos, ya sea en su cuerpo, en su mente o en su hacienda. Hemos de percatarnos de su aflicción e investigar su situación, simpatizar con ellos y juzgarlos con caridad. Tales personas obtendrán bendición ya en la tierra, pues esta rama de la piedad tiene promesa de vida incluso durante el paso por este mundo y suele ser recompensada con bendiciones temporales. A los que así se diferencian de los que tienen duro el corazón, Dios los distinguirá de los que lo pasan duramente. *Jehová lo guardará y le dará vida* (v. 2); es decir, le preservará del mal y le reavivará cuando haya caído en alguna enfermedad. La buena voluntad de un Dios que nos ama es suficiente para tenernos a salvo de la mala voluntad de todos los que nos odian, sean hombres o demonios; esa buena voluntad nos la podemos prometer si hemos tenido consideración de los débiles y hemos procurado aliviarles. El versículo 3 explicita lo que significa el vocablo hebreo *dal:Jehová; lo sustentará sobre el lecho del dolor;* le sostendrá el ánimo y le aliviará la enfermedad. Y añade, dirigiéndose a Dios: *Tornarás su postración* (lit. *estar acostado) en mejoría;* una expresión muy significativa, que alude al cuidado de los que alimentan a los enfermos y velan por ellos, incluso hasta hacer que el lecho les resulte menos incómodo. El lecho de postración será así lecho de mejoría. Dios no ha prometido que estarán exentos de enfermedades, ni que la enfermedad se detendrá ante las puertas de la muerte; pero sí ha prometido que les dará gracia para soportar con paciencia la aflicción y esperar con gozo el resultado. El alma podrá así estar tranquila, por medio de la gracia, mientras el cuerpo yace dolorido.

II. La oración de David, instruido y animado por estas promesas (v. 4): *Yo dije: Jehová … Sana mi alma;* es decir, mi persona. Pero es cierto que el pecado es la enfermedad del alma; esa enfermedad se cura con el perdón mediante la gracia vivificadora y renovadora. Habríamos de desear esta curación espiritual con mayor interés que la curación del cuerpo.

Versículos 5–13

David se queja frecuentemente de la conducta insolente de sus enemigos hacia él, precisamente cuando está enfermo: *Mis enemigos hablan mal contra mí.* En efecto,

1. Sus enemigos le deseaban la muerte, pues decían unos con otros: *¿Cuándo se morirá, y perecerá su nombre?* No sólo le desean la muerte, sino también que perezca su nombre, es decir, que se extinga toda su familia. Un agravio más que le hacen es la hipocresía con que le tratan (v. 6): *Y si vienen a verme, hablan mentira.* Le decían que le deseaban que se mejorase, pero en su interior le deseaban la muerte. Nos quejamos, y justamente, de que no hallamos sinceridad en nuestros días y de que escasamente hallamos un amigo en quien confiar; pero parece ser que los días antiguos no eran mejores que los actuales. Entre los comentarios malignos que sus enemigos hacen está el de que la enfermedad que padece es como un castigo de Dios, pues el hebreo para lo de *«enfermedad incurable»* (v. 9) es *«cosa de Belial»;* como si dijese: Ha debido de cometer uno de los odiosos crímenes y Dios se lo hace pagar. Los que en voz alta hablaban mentira delante de él (v. 6), después se reunían afuera para *murmurar* (propiamente, *susurrar)* en voz baja contra él (v. 7). Los murmuradores y detractores se hallan, en la lista que hace Pablo (Ro. 1:29–30), entre los peores criminales. Pero había, entre sus enemigos, uno muy especial en quien había depositado toda su confianza (v. 9). Parece ser que el salmista alude aquí a Ajitófel, que había sido el principal consejero de David y algo así como su ministro de Estado, el cual comía a la mesa del rey y muy cerca de él. No obstante, este traidor *alzó contra él su pie* (v. 9), es decir, le puso la zancadilla, pues dio al rebelde Absalón un consejo sagaz y atinadísimo que, por la providencia de Dios, fue trastornado. Nuestro Salvador, el Hijo de David, se apropió a sí mismo este versículo (Jn. 13:18, 26), ya que Ajitófel era tipo de Judas, como David lo era de Cristo. Pero, ¿qué diremos de nosotros mismos, cuando pecamos contra nuestro Dios y Padre, mientras comemos diariamente de su pan?

2. Cómo soportó David esta insolente y mala voluntad de sus enemigos contra él. No les dijo nada, sino que se volvió hacia Dios en oración (v. 10): *Mas Tú, Jehová, ten piedad de mí,* ya que ellos no la tienen; *hazme levantar*, para que así se frustren las esperanzas de ellos. Ellos le deseaban la muerte, pero él espera que Dios le haga levantar del lecho de postración. Lo de *«y les daré su merecido»* es interpretado por algunos como «devolver bien por mal», según la costumbre de David (v. 7:4; 35:13), pero es más probable que, en este caso, se refiera a castigarles como se merecían, pues se oponían a que David fuese rey, yendo así contra el designio de Dios mismo. El versículo 12 significa que Dios le

sustentaba *por su integridad* (a pesar de sus pecados, David era un pecador arrepentido), pero también es verdad que toda *integridad* humana es obra de Dios, pues por su gracia somos los que somos (1 Co. 15:10). Si Dios nos dejara de su mano, no sólo caeríamos, sino que ya no podríamos levantarnos. Esto tiene aplicación a la persona más santa que haya existido, exista o haya de existir. El salmo concluye con una doxología solemne, o alabanza a Dios, a *Jehová, el Dios de Israel* (v. 13). Este versículo no forma, en realidad, parte del salmo, sino que fue añadido por el compilador para terminar así el Libro I de los Salmos. De manera similar concluyen los demás Libros de los Salmos. Así se nos enseña a hacer de la alabanza a Dios el Omega del que es el Alfa, el fin del que es el principio de toda obra buena.

SALMO 42

Si el libro de los Salmos es como algunos lo han descrito, un espejo de piadosos y devotos afectos, este salmo merece, de manera especial, tal definición. Deseos ardientes; santas esperanzas; temores reverentes; gozos y pesares, se hallan aquí en contraste y hasta en conflicto, pero el sentimiento que sale vencedor es la confianza plena en Dios. Podemos decir igualmente que el conflicto es entre el sentido y la fe, al poner el sentido la objeción, y la fe la respuesta. I. Comienza la fe con santos deseos hacia Dios y la comunión con Él (vv. 1–2). II. Se queja el sentido de la oscuridad y nublado de la presente condición, agravada por el recuerdo de anteriores gozos (vv. 3–4). III. Acalla la fe esta queja con la seguridad de un buen resultado final (v. 5). IV. Renueva el sentido sus quejas del estado presente de oscuridad y melancolía (vv. 6–7). V. La fe sostiene el corazón, sin embargo, con la esperanza de que alboreará la luz del día (v. 9). VI. El sentido repite sus lamentos (vv. 9–10), pero, VII. La fe tiene la última palabra (v. 11), para silenciar las quejas del sentido. Del título no podemos concluir quién compuso el salmo, pues aunque nuestras versiones traduzcan *«de los hijos de Coré»,* es más probable que, al ser *masquil* un término más bien musical, deba traducirse *«para los hijos de Coré»,* que eran los principales cantores del Templo (2 Cr. 20:19).

Versículos 1–5

El santo amor a Dios es la vida y el alma de toda verdadera religiosidad. Aquí tenemos algunas expresiones de dicho amor.

I. Un santo amor sediento, amor con alas, elevándose rápidamente al Cielo en santos deseos hacia el Señor y hacia el recuerdo de su nombre (vv. 1, 2): *«Mi alma jadea, tiene sed de Dios,* de nada menos que de Dios, pero más y más de Él».

1. Así expresa el autor del salmo su vehemente deseo de Dios, como lo hacía David cuando se veía privado de las oportunidades de acudir a la presencia de Dios en el santuario, allá junto al Jordán. Nótese que, a menudo, Dios nos enseña el valor de sus mercedes mediante la falta de ellas, y estimula el apetito de los medios de gracia al acortar las posibilidades de disfrutar de ellos.
2. ¿Por qué va jadeante y de qué tiene sed? Busca jadeante a Dios, tiene sed de Dios, no del culto de Dios, sino del Dios del culto. Las almas que de veras viven no pueden hallar descanso en ninguna otra cosa, sino sólo en Dios (v. 2b): *¿Cuándo vendré y me presentaré delante de Dios?* Quiere presentarse delante de Dios, como el siervo delante del amo. Ir a la presencia de Dios es el deseo del justo, tanto como el temor del malvado.
3. El grado de este deseo es mucho más alto que el que tenía David del agua del pozo de Belén. Lo compara al jadear de un *ciervo;* o, más bien, de una *cierva,* pues el verbo está en forma femenina y, como comenta Arconada, «se ha dicho que la cierva, cuando cría, tiene más sed que el ciervo». La sed de la cierva se aumenta cuando corre presurosa al huir de los cazadores, como parece indicarse en este caso.

II. Un santo amor en lamento por la aparente retirada de Dios (v. 3): *«Fueron mis lágrimas mi pan de día y de noche* durante esta forzada ausencia del santuario de Dios». Incluso el regio profeta era un plañidero profeta cuando echaba de menos el consuelo de la casa de Dios. No tenía otro apetito que las lágrimas, ya que se le había ido el apetito de todo alimento. Los enemigos le gastaban bromas todos los

días, pues le preguntaban (v. 3b): *¿Dónde está tu Dios?* Como estaba ausente del santuario, daban por sentado que había perdido a su Dios. Se equivocan los que piensan que, al robarnos nuestras Biblias, privarnos de nuestros ministros e impedirnos reunirnos en asamblea con otros hermanos, nos han privado de nuestro Dios. Sabemos dónde está Dios y dónde podemos hallarlo, aun en el caso de que no sepamos dónde se halla su Arca ni dónde poder hallarla. Dondequiera estemos, hay un camino que lleva derechamente al Cielo. Al no presentarse inmediatamente Dios a librar al autor del salmo, sus enemigos concluían que Dios le había abandonado. Pero también en esto se equivocaban. El hecho de que un creyente haya perdido a todos los demás amigos no significa que haya perdido a su Dios. No obstante, con este concepto tan bajo de Dios y de los suyos no hacían más que añadir aflicción al afligido. A un alma devota, nada le produce mayor pesar que el intento de sacudir la confianza que tiene en Dios. El salmista, en su forzado destierro del santuario, recuerda los días en que *iba con la multitud, conduciéndola a la casa de Dios entre voces de alegría y alabanza* (v. 4). Todas las circunstancias que antaño añadían gozo a la solemnidad le causaban ahora mayor pena al estar impedido de ir al santuario.

III. Un santo amor con esperanza (v. 5): *¿Por qué te abates, alma mía, y te turbas dentro de mí?* Aunque su gran pesar no eran sin motivo, no por eso estaba bien que se excediera y no guardase los límites debidos hasta el punto de abatir completamente su ánimo. Mediante una figura literaria, entabla diálogo con su propio corazón, y se pregunta, para alivio propio, por la causa de tal desasosiego. Nuestras inquietudes se desvanecerían, en la mayoría de los casos, si escudriñásemos a fondo los motivos que tenemos para estar intranquilos: *«¿Por qué estoy abatido?* ¿Hay algún motivo verdaderamente inquietante? ¿No tienen otros mayores motivos y, sin embargo, no hacen tantos aspavientos? ¿Acaso no tenemos motivos, en toda ocasión, para estar animados?» Una fe confiada en Dios es un soberano antídoto contra toda depresión de ánimo y desconfianza en la Providencia. Por consiguiente, cuando nos regañamos a nosotros mismos por nuestras depresiones, hemos de animarnos a esperar en Dios, cuando un alma se abraza a sí misma se hunde; en cambio, cuando se ase del poder y de las promesas de Dios, conserva la cabeza encima del agua. *Espera en Dios, porque aún he de alabarle* (v. 5b); experimentaré tal cambio en mi espíritu, que no me faltará corazón para alabar a Dios.

Versículos 6–11

Las quejas y los consuelos se turnan aquí, como el día y la noche en el curso de la naturaleza.

1. El salmista se queja de la depresión de su espíritu, pero se consuela con el pensamiento de Dios (v. 6). Tenía el alma abatida y va a decírselo a Dios: *Dios mío, mi alma está abatida en mí.* Había recordado con frecuencia a Dios, y eso le había consolado, por eso, recurre ahora al mismo expediente. Se halla ahora en *la tierra del Jordán, etc.* Pero adondequiera iba, su devoción a Dios iba con él. Se acordaba de Dios en todos aquellos lugares y a Él levantaba el corazón, para mantener una secreta comunión con Él. Ni la distancia ni el tiempo le hacía olvidar lo que tan íntimamente llevaba en el corazón.

2. Se queja de las señales del desagrado de Dios hacia él, pero se consuela con la esperanza de que Dios le devuelva su favor a su debido tiempo.

(A) Veía que sus aflicciones provenían de la ira de Dios, y eso le desanimaba (v. 7): *«Un abismo llama a otro a la voz de tus cascadas».* El escenario en el que se movía le sugería poderosamente la magnitud de la tribulación que le aquejaba. El deshielo repentino de las alturas del Hermón producía enormes aludes de nieve que descendían con estrépito de truenos. Todo este despliegue de las fuerzas de la naturaleza le hacía pensar en el alud de la presente tribulación que le abrumaba. Que no se extrañen las almas piadosas cuando son ejercitadas por Dios con diversas pruebas y tribulaciones. Dios sabe muy bien lo que hace, y ellas lo sabrán también después.

(B) Esperaba que su liberación vendría por obra de la misericordia de Dios (v. 8): *«Pero de día mandará Jehová su misericordia».* Después de la tempestad vendrá la calma, y la perspectiva de ésta le sostenía cuando un abismo llamaba a otro abismo en prolongado eco. Ve el favor de Dios como la fuente de todo el bien por el que suspiraba. No dice el texto que Jehová *enviará su* misericordia, sino que la *mandará*, es decir, le dará orden de que acuda en socorro del salmista. Es una orden libre, pero soberana, de Dios. No podemos pretender que la merecemos, sino que se nos otorga por pura gracia de la regia soberanía de Dios. Al ordenar a su misericordia que acuda en ayuda del salmista, Dios ordena también a las olas y a las ondas del versículo 7 que cedan y se apacigüen. Esto lo hará Dios *de día*, pues la

misericordia de Dios hará alborear el día en el alma a cualquier hora. Pero también *por la noche* estará con él el cántico de Dios, y con Dios la oración del salmista; se cierra así *continuamente* el circuito espiritual entre Dios y el alma devota. Llama a Jehová *«el Dios de mi vida», pues en Él vivimos, y nos movemos y existimos* (Hch. 17:25, 28). Así que, ¿a quién acudir en oración, sino a Él?

3. Se queja de la insolencia de sus enemigos, pero se consuela en que Dios es su amigo (vv. 9–11). No prorrumpe en expresiones irreverentes, sino que derrama sus lágrimas en silencio, y por esto no podemos hacerle ningún reproche; es un hombre amante de su país y de su Dios, y se ve forzado al destierro de su patria y del santuario; perseguido como si fuese un enemigo de ambos. Pero de nuevo vuelve el salmista a recordarse a sí mismo que no tiene motivos para seguir abatido (v. 11). Podemos quejarnos a Dios, pero no podemos quejarnos de Dios. Repite el reproche que le hacían sus enemigos para desanimarle y hacerle perder la confianza en Dios (v. 10), pero su consuelo está en que Dios es su roca (v. 9), una roca donde edificar y donde refugiarse. A esta roca podía apelar, seguro de alcanzar audiencia. Por eso repite lo que había dicho en el versículo 5, y concluye con lo mismo (v. 11). Su fe sale vencedora y obliga a sus enemigos a abandonar el campo de batalla. Gana la victoria al repetir lo que había dicho antes, regañándose a sí mismo por su depresión y animándose a confiar totalmente en el nombre de su Dios. De mucho nos servirá pensar una y otra vez nuestros buenos pensamientos y, si no alcanzamos a la primera lo que deseamos, quizá lo conseguiremos a la segunda.

SALMO 43

Es muy probable que este salmo se compusiese en la misma ocasión que el anterior y, al no tener título, puede considerarse como un suplemento de él; al reaparecer la enfermedad, el salmista echa mano del mismo remedio que en la vez anterior, porque lo tenía consignado en su diario con un «dio resultado». Cristo mismo, en Getsemaní, oró por segunda y por tercera vez *«diciendo las mismas palabras»* (Mt. 26:44). En este salmo, el salmista I. Apela a Dios con respecto a las injurias recibidas de sus enemigos (vv. 1, 2). II. Ora a Dios que le devuelva el favor de acudir a las santas solemnidades y promete mejorar su actuación en ellas (vv. 3, 4). III. Hace lo posible por acallar el tumulto de su espíritu con una viva esperanza y confianza en Dios (v. 5).

Versículos 1–5

El salmista apela aquí a Dios, por fe y oración, como a su juez, su fuerza, su guía, su gozo y su esperanza.

1. Como a su juez (v. 1): *Júzgame, oh Dios, y defiende mi causa.* Había quienes le odiaban y perseguían. Los llama *«gente maligna»* (lit. *nación sin piedad).* También se les llama *«hombres engañosos e inicuos»,* pues, aun cuando en el original aparece en singular, no cabe duda de que tiene un sentido colectivo. En cuanto al desagrado de Dios hacia él, dice: *«Júzgame,* pues yo sé que saldré absuelto; *defiende mi causa,* pues es justa; ponte de mi parte y manifiéstate en tu providencia a mi favor.

2. Como a su fuerza todosuficiente: «Tú *eres el Dios de mi fortaleza»* (más exactamente, *de mi protección).* El salmista se veía destituido de fuerzas y de amigos, *«como enlutado por la opresión del enemigo»* (v. 2), pero encuentra en Dios su fortaleza y su protección. Le atenaza, con todo, una terrible duda: Si Dios era su protector, ¿por qué le había desechado? Al no obtener respuesta a su oración anterior, llega a concluir que Dios le había desechado. ¡Tremenda equivocación! Dios no desecha jamás a los que confían en Él, cualesquiera sean las melancólicas aprensiones que puedan sufrir en una situación determinada.

3. Como a su guía fiel (v. 3): *«Envía tu luz y tu verdad; éstas me guiarán; me conducirán a tu santo monte y a tus moradas».* Su corazón no está puesto en comodidades, riquezas ni honores humanos, sino en Sion y en el Templo, morada de Dios. El plural es una amplificación que expresa la dignidad del santuario como morada de Jehová. Para obtener esta gracia, pide luz a fin de disipar la oscuridad espiritual en que está sumido, y *verdad* contra los engaños del enemigo. Quitados los obstáculos, volverá a gozar de los antiguos beneficios. Hemos de orar a Dios que es la luz (1 Jn. 1:5) y al espíritu de la verdad

(Jn. 14:17; 15:26; 16:13), quien suple la falta de la presencia corporal de Cristo, para guiarnos a toda verdad y conducirnos por el camino del cielo.

4. Como a su gozo sobreabundante. Si Dios nos guía hasta su santuario, si nos restaura los antiguos favores, sabremos, como el salmista, lo que debemos hacer (v. 4): *«Entraré en el altar de Dios, al Dios* (que es) *la alegría de mi gozo»* (lit.). Nótese así el énfasis del original. Los que se acercan a Dios, han de ir a Él como a su gozo sobreabundante no sólo como al objeto de una futura bienaventuranza, sino como a un gozo actual, y no común, sino extraordinario y sobreabundante, pues supera con mucho a todos los gozos de este mundo.

5. Como a su esperanza nunca fallida (v. 5). Aquí, como antes, el salmista se regaña a sí mismo por su depresión y desconfianza: *«¿Porqué te abates, alma mía?»* E inmediatamente se calma con la fe expectante que tenía de dar gloria a Dios: *«Espera en Dios, porque aún he de alabarle»* (más exactamente, *«te daré gracias»). Muy* notable es la frase con que acaba el salmo (v. también 42:5, 11). Dice literalmente: *«Salvaciones de mi rostro y Dios mío»*. El plural de hebreo es, sin duda, un plural intensivo para denotar una «gran salvación». *«De mi rostro»* podría señalar el cambio de un rostro que expresa luto y duelo, triste y ceñudo, en un rostro lleno de gozo y alegría por la gran salvación que Dios le otorga, «su Dios».

SALMO 44

Este salmo tiene la misma inscripción que el 42, y tampoco sabemos quién ni cuándo lo compuso. Se ve que fue con ocasión de alguna pública calamidad, ya presente o amenazante. Según el doctor A. Cohen, «la alusión a la voz del blasfemo (v. 17) recuerda lo que se narra de Senaquerib, rey de Asiria, en Isaías 37:6, 23, y la opinión más aceptable es que el salmo fue escrito durante la invasión que acaeció durante el reinado de Ezequías». En el salmo se exhorta a Israel: I. A reconocer con gratitud, para gloria de Dios, las grandes cosas que Jehová había hecho por sus antepasados (vv. 1–8). II. A exhibir un memorial de su actual calamitoso estado (vv. 9–16). III. A protestar de que, a pesar de la actual calamidad, continuaban en su integridad y en su adhesión a Dios (vv. 17–22). IV. A dirigir una petición al trono de la gracia para obtener socorro y alivio (vv. 23–26).

Versículos 1–8

En estos versículos, Israel, aunque amenazado de opresión, recuerda sus días triunfales. Esto se menciona aquí: (A) Como una circunstancia agravante de la presente aflicción. El yugo de la servidumbre ha de pesar por fuerza tremendamente sobre los cuellos cuyas cabezas estaban desde antiguo acostumbradas a llevar la corona de la victoria, y las señales del desagrado de Dios se hacen más gravosas a los que han estado por mucho tiempo acostumbrados a las señales del favor de Dios. (B) Como estímulo a esperar que Dios ha de volver a hacer por ellos lo que hizo antaño por sus padres. De esta forma, el salmista mezcla oraciones y esperanzas con el recuerdo de anteriores favores divinos.

1. El recuerdo de las grandes cosas que Dios había hecho anteriormente por ellos (v. 1): *«Nuestros padres nos han contado la obra que hiciste en sus días»*. Nótese que dice *«la obra»*, pues hay una perfecta y admirable armonía en todas las obras de Dios, de forma que las muchas ruedas forman como una sola (Ez. 10:13); muchas obras forman una sola. Es una deuda que cada época tiene con la posteridad el guardar un como registro de las maravillas que Dios ha llevado a cabo y transmitir a la siguiente generación el conocimiento de ellas. Los niños deben prestar atención a lo que sus padres les refieran de las maravillosas obras de Dios. Cuán maravillosamente plantó Dios a Israel en Canaán al principio (vv. 2, 3). Esto no se debía a mérito alguno de ellos, sino al favor y a la gracia soberana de Dios: *«… tu diestra, y tu brazo y la luz de tu rostro, porque los amabas* (mejor, *porque te complacías en ellos)»*. No entraron en la tierra por la fuerza de las armas, aunque disponían de muchos y valientes guerreros, sino que los plantó allí Dios como planta el agricultor una viña de la que espera sacar fruto. También la Iglesia fue plantada en el mundo, no de una vez, sino, como Israel en Canaán poco a poco, y no por el poder o la estrategia de los hombres (ya que Dios escogió lo necio y lo débil para avergonzar a los sabios y fuertes, 1 Co. 1:27, 28), sino por la sabiduría y el poder de Dios; el recuerdo de esto ha de servir de consuelo y sostén a los

que gimen bajo la tiranía anticristiana. *«Tú mismo nos salvabas de nuestros enemigos y cubrías de vergüenza a los que nos aborrecían»* (v. 7). Así lo atestiguaban los éxitos de los jueces contra las naciones que oprimían a Israel. Más de una vez, los perseguidores de la Iglesia y quienes la odian han sido avergonzados por el poder de la verdad (Hch. 6:10).

2. El buen uso que hicieron de este memorial de las grandes cosas que Dios había hecho a favor de sus antepasados. Habían escogido a Jehová por su Dios y Rey (v. 4). El salmista habla por sí mismo: *«rey mío y Dios mío»,* pero el favor que pide es por toda la nación. A Jehová habían apelado siempre en tiempo de apuro y Él les había librado: *«quien decretabas las victorias de Jacob»*. Las decretaba como quien tiene autoridad y poder para que su pueblo venciera. Y así como reconocían que no les había salvado su espada ni su brazo (v. 3), tampoco pensaban que su arco ni su espada les habían de salvar en lo futuro (v. 6, leyendo como futuros los pretéritos, según hacen muchas versiones; también pueden traducirse por presente continuativo, que es lo más probable). El versículo 8 resume bien esta actitud del pueblo: *«En Dios nos gloriábamos todo el día* (es decir, siempre), *celebrando para siempre tu nombre»*.

Versículos 9–16

El pueblo de Dios se queja a Él ahora de la miserable condición en que se hallaban, bajo el poder de sus enemigos y opresores.

1. Carecían de las señales corrientes del favor de Dios hacia ellos y de su presencia entre ellos (v. 9): *«nos has desechado y nos has hecho avergonzarnos,* sin saber nosotros por qué». Cuando los hijos de Dios se sienten abatidos, están tentados a pensar que Dios los ha rechazado y abandonado; pero es una equivocación.

2. Habían sido derrotados por sus enemigos en el campo de batalla (v. 10): *«Nos hiciste retroceder delante del enemigo»*. Esta fue la queja de Josué cuando fueron rechazados por el enemigo en Hay (Jos. 7:8). Se habían desanimado y estaban confusos ante la falta de la ayuda prometida a sus antepasados.

3. Se ven abocados a la muerte y al destierro (v. 11): *«Nos entregas como ovejas al matadero y nos has esparcido entre las naciones»*. Mataban a un israelita como se mata a una oveja, sin escrúpulos. El pueblo de Dios se veía como un objeto de compraventa entre las naciones, con la agravante de que Dios no había obtenido con ello ningún beneficio (v. 12): *«Has vendido a tu pueblo de balde; no exigiste ningún precio»*. Con ello insinúan que de buena gana habrían sufrido la humillación, si esto hubiese redundado en favor de la gloria de Dios.

4. Se ven cargados de afrenta y de toda clase de ignominia. También en esto ven la mano de Dios: *«Nos pones por afrenta de nuestros vecinos, etc»*. (vv. 13 y ss.). Los paganos, los extraños al pacto de Dios y a sus promesas, hacían de ello su *«proverbio»,* es decir, el tema de sus cantos de burla. La afrenta era constante e incesante (v. 15): *«Cada día mi vergüenza está delante de mí, y la confusión cubre mi rostro»*. El sentido de la humillación que padecían podía detectarse fácilmente en el rostro de ellos. Además, la afrenta que el pueblo sufría redundaba en desprecio de Dios, ya que el verbo hebreo para el *«deshonra»* del versículo 16 habría de traducirse mejor por *«blasfema»* (comp. con 2 R. 19:3).

Versículos 17–26

Al verse en esta aflicción, opresión y afrenta, el pueblo de Dios se dirige ahora a Él,

1. En forma de apelación a su propia integridad, y alegan que, aunque habían sufrido tantas vejaciones, se habían mantenido fieles a su Dios y a su deber (v. 17): *«Todo esto nos ha sobrevenido,* todo esto tan malo que ya no puede ser peor, y *no nos habíamos olvidado* de ti ni habíamos abandonado tu culto; y, aun cuando no podemos negar que hemos obrado neciamente, sin embargo no hemos obrado falsamente, *no habíamos faltado a tu pacto* ni seguido a otros dioses. El apuro en que se habían visto era terrible (v. 19): *«Para que nos quebrantases en el lugar de chacales,* entre hombres peores que las mismas fieras (o, mejor, al convertir el país en lugar de desolación donde merodean las fieras), y *nos cubrieses con sombra de muerte,* esto es, con densas tinieblas (comp. con 23:4). Pero, aunque nos has entregado al matadero, *no se ha vuelto atrás nuestro corazón* (v. 18): no hemos apartado secretamente de ti nuestra devoción, *ni se han apartado de tus caminos,* de seguir tu ley *nuestros pasos»*. Mientras nuestros apuros no nos aparten de nuestro deber para con Dios, no deberíamos permitir que nos apartasen de nuestro consuelo en Dios, pues Él no nos dejará si nosotros no le dejamos a Él. Y continúa el salmista

en nombre de todo el pueblo (vv. 20–22): *«Si nos hubiésemos olvidado del nombre de nuestro Dios* bajo pretexto de que Él se había olvidado de nosotros, o, en nuestra aflicción, hubiésemos *alzado nuestras manos hacia un dios ajeno,* por ver si él nos ayudaba, *¿no demandaría Dios esto? Porque Él conoce los secretos del corazón.* Al conocer incluso los pensamientos, ¿cómo no habría de pedirnos cuentas de ello?» Todas aquellas adversidades las habían sufrido, no sólo sin haber sido desleales con su Dios, sino precisamente por ser el pueblo de Dios, por ser leales a su Dios y a su ley (v. 22): *«Pero por tu causa nos matan cada día,* porque somos tuyos, nos llamamos con tu nombre, invocamos tu nombre y no queremos servir a otros dioses».

2. En forma de petición, con referencia a la presente aflicción, de que Dios se digne salvarles: *«Despierta … Despierta»* (v. 23); *«Levántate, ven en nuestra ayuda»* (v. 26). Se habían quejado (v. 12) de que Dios los había vendido; ahora (v. 26) piden que Dios los rescate; pues de Dios no se puede apelar a nadie, sino a Él mismo. Se habían quejado (v. 9): *«nos has desechado»,* pero ahora piden (v. 23): *«no nos deseches para siempre».* Las expresiones son conmovedoras: *«¿Por qué duermes, Señor?»* (v. 23). El sentido es figurado, como en 78:65: *«Entonces despertó el Señor como si se hubiese dormido»,* pero es aplicable literalmente a Cristo (Mt. 8:24), cuando estaba dormido en la barca mientras sus discípulos se amedrentaban bajo la tempestad, y le despertaron diciendo: *«Señor, sálvanos, que perecemos». Su* apelación está basada en la humillación que al presente sufren (v. 25): *«Porque nuestra alma está hundida en el polvo,* nos sentimos humillados como no se puede estar más, nos vemos como gusanos miserables que se arrastran por el suelo, despreciados y despreciables, expuestos a las pisadas de nuestros enemigos; *nuestro cuerpo está postrado hasta la tierra,* a merced del enemigo; somos incapaces de levantarnos por nosotros mismos, y de recobrarnos de nuestra aflicción. *Rescátanos por tu amor* compasivo».

SALMO 45

Este salmo hace referencia, en un primer plano, a unas bodas de un rey hebreo con una princesa extranjera (ya sea de Salomón con la hija del Faraón, o de Acab con Jezabel, según lo insinúa la referencia a Tiro (v. 12) y el carácter guerrero que resultaría impropio del pacífico Salomón). En un plano más elevado, se refiere al Rey Mesías, como lo reconoce incluso el Targum, y su futura obra de redimir a Israel, lo cual viene a sustituir a la interpretación alegórica del matrimonio entre Jehová e Israel. Quizá Cristo tenía este salmo en mente cuando habló de la solemnidad de unas bodas regias en Mateo 22:2; 25:1. Hebreos 1:8 aplica a Cristo el versículo 6 de este salmo. El prefacio habla de la excelencia del propio salmo (v. 1). El salmo habla: I. Del regio novio, aplicable a Cristo: 1. La excelencia de su persona (v. 2). 2. La gloria de sus victorias (vv. 3–5). 3. La justicia de su gobierno (vv. 6, 7). 4. El esplendor de su corte (vv. 8, 9). II. De la regia novia, aplicable a la Iglesia—en sentido acomodaticio—: 1. La obtención de su consentimiento (vv. 10, 11). 2. La solemnidad nupcial (vv. 12–15). 3. El fruto de este matrimonio (vv. 16, 17).

Versículos 1–5

El título tiene dos expresiones propias de este salmo: 1) *«Sobre lirios»,* lo cual indica una melodía especial en la que había de cantarse el poema; 2) *«Canción de amores»,* porque el tema del salmo es el amor nupcial o tema del poema mismo. No se pierda de vista lo dicho en la introducción al salmo. Todo lo que sigue será una aplicación «devota» (nota del traductor).

I. El prefacio (v. 1) declara:

1. La dignidad del tema: es *«un bello canto»* (lit. *buena palabra).* Se refiere *a un rey,* a Jesucristo, su reino y su gobierno. 2. La excelencia de la composición. Es la confesión oral, con la boca de la fe, de lo que le bulle (única vez que el verbo hebreo ocurre en toda la Biblia) en el corazón con respecto al rey y a su esposa. La mejor ocasión para hablar de Cristo y de las cosas de Dios es cuando la gracia de Dios hace que el corazón nos hierva de devoción. No dice: «Voy a recitar lo que he oído de otros», sino: *«Voy a*

recitar el poema»; lit. lo que yo hago, al tener en cuenta que el vocablo «poema» significa «hechura» (v. Ef. 2:10). Y añade: *«Mi lengua es* (mejor, *sea) como pluma de escribiente muy ligero»*. Como si dijese: «¡Ojalá sea mi poema digno del tema que refiere!» Llamamos a los redactores de la Biblia «hagiógrafos» o «escritores sagrados», pero son como plumas en manos del Espíritu Santo que les ha inspirado.

II. En los versículos siguientes (2–5), el Señor Jesús es presentado:

1. Como extremadamente hermoso y amable en sí mismo. Estamos ante un cántico nupcial y, por tanto, las excelencias de Cristo están representadas mediante la belleza del regio novio (v. 2): *«Eres el más hermoso de los hijos de los hombres,* más que cualquiera de ellos». Se había propuesto (según la traducción más probable) hablar *del* rey, pero inmediatamente se dirige *al* rey. Los que de veras admiran y aman a Cristo, no se contentan con hablar bien de Él, sino que van a Él y se lo dicen.

2. Como el gran favorito del Cielo: *«La gracia se derramó en tus labios»* (comp. con Lc. 4:22). Si bien el sentido literal indica que su hablar estaba lleno de gracia, podemos acomodar el sentido a que la gracia de Dios, de la que Jesús estaba lleno (Jn. 1:14 y ss.) se refleja en su Palabra, en su promesa, en su Evangelio. Por Él se nos ha dado a conocer la voluntad de Dios hacia nosotros y la buena obra que Dios ha comenzado, y prosigue, en nosotros. El evangelio de gracia está en sus labios, pues *la salvación comenzó a ser anunciada por medio del Señor* (He. 2.3), y de Él la recibimos. Él tiene palabras de vida eterna. *«Por tanto,* por todas estas cualidades y por haber sido hecho depositario de la divina gracia para beneficio de la humanidad, vemos que *Dios te ha bendecido para siempre y* ha hecho para ti una bendición perpetua, de forma que en ti serán bendecidas todas las naciones de la tierra».

3. Como victorioso sobre todos sus enemigos. El regio esposo tiene que rescatar de su cautividad a su novia a punta de espada, así como conquistarla, hacer conquistas para ella y, después, casarse con ella.

(A) Sus preparativos para la guerra (v. 3): *«Cíñete la espada al muslo, héroe guerrero»* (versión más probable). La Palabra de Dios es la espada del Espíritu. Con las promesas de esa Palabra, y con la gracia contenida en esas promesas, se persuade a las almas a someterse a Cristo y a hacerse súbditos leales suyos. Mediante el evangelio de Jesucristo se convirtieron muchos judíos y gentiles.

(B) Su expedición a esta guerra santa: *«Cabalga prósperamente en tu gloria majestuosa»* (v. 3b, versión más probable). Así es como un gran rey entra en el campo de batalla con toda pompa y magnificencia. Jesús aparece en su evangelio sumamente grande y excelente, radiante y feliz, con el honor y la majestad de que le ha investido el Padre. Pero en su persona y en la presentación de su evangelio, Cristo no tenía nada de gloria ni de majestad externas, nada con que encandilar ni espantar a los hombres, pues *tomó sobre sí la forma de esclavo;* toda su gloria y majestad era espiritual.

(C) La causa gloriosa en la que estaba comprometido (v. 4): *«Por la causa de la verdad, de la mansedumbre y de la justicia»*, las cuales estaban en cierto modo, hundidas y perdidas entre los hombres, y Cristo las vino a rescatar. El evangelio mismo es verdad, mansedumbre y justicia y ordena y manda mediante el poder de la verdad y de la justicia, pues el cristianismo tiene estas cosas, incontestablemente, de su lado; por otra parte, ha de imponerse por medio de la mansedumbre y de la gentileza (v. 1 Co. 4:12, 13; 2 Ti. 2:25). Cristo se muestra en el Evangelio en su *verdad, mansedumbre y justicia;* éstas son su gloria y majestad, y a causa de éstas ha de prosperar. Los hombres llegan a creer en Cristo porque es veraz y verdadero, a aprender de Él porque es manso (Mt. 11:29. La mansedumbre de Cristo es de tremenda fuerza, 2 Co. 10:1) y a someterse a Él porque es justo y gobierna con equidad.

(D) El éxito de su expedición (v. 4b): *«Tu diestra te enseñará a realizar proezas»*. En orden a la conversión y a la sumisión de las almas a Él tienen que ser llevadas a cabo grandes proezas: el corazón ha de ser compungido, la conciencia ha de ser alertada, y el terror del Señor tiene que abrir el camino a las consolaciones del Señor. El versículo siguiente describe estas proezas (v. 5): *«Agudas son tus saetas …* [hundiéndose] *en el corazón de los enemigos del rey»*. Quienes por naturaleza eran sus enemigos, son heridos de esta manera, a fin de que sean sometidos y reconciliados. Las convicciones son como saetas de un arco, las cuales penetran profundamente en el corazón que hieren y hacen que la gente caiga a los pies de Cristo y se someta a sus leyes y a su gobierno.

Versículos 6–9

Aquí tenemos al regio esposo que llena de juicio su trono, y de esplendor su corte.

1. Llena de juicio su trono. Es Dios el Padre quien dice al Hijo (v. 6): *«Tu trono es el trono de Dios eternamente y para siempre»,* como vemos por Hebreos 1:8, 9, donde se cita de aquí para demostrar que Cristo tiene *un nombre más excelente que los ángeles.* En cuanto a su gobierno, es de observar, (A) Su eternidad: *es eterno y perpetuo* (lit.). Perdurará en la tierra y, cuando el reino sea entregado a Dios el Padre (1 Co. 15:24), el trono del Redentor continuará por toda la eternidad (Ap. 22:1). (B) Su equidad (v. 6b): *«Cetro de justicia es el cetro de tu reino»,* pues está en todo de acuerdo con el designio eterno y la voluntad de Dios, que son la norma y razón eternas del bien y del mal. (C) Su establecimiento y elevación (v. 7): *«Por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo* (nótese que Cristo, como Mediador, llama al Padre su *Dios,* Jn. 20:17), *con óleo de alegría,* por todo cuanto has hecho y has sufrido por la causa de la justicia y por la destrucción del pecado». Por haberse humillado hasta lo más profundo, Dios lo ensalzó hasta lo más alto (Fil. 2:8, 9). Su unción designa aquí el poder y la gloria a que fue ensalzado: es investido de todas las dignidades y de la autoridad plena del Mesías.

2. Llena de esplendor y magnificencia su corte. (A) Su vestimenta, cuando aparece vestido de gala, hace impresión, no por su pompa—que podría infundir espanto a los espectadores—, sino por lo agradable de los perfumes (v. 8): *«Mirra, áloe y casia son todos tus vestidos».* Tan impregnados están de perfumes todos sus vestidos que, como dice Cheyne, «es como si fuesen una masa de preciosos perfumes»; éstos eran algunos de los ingredientes que Dios había designado para la unción sagrada, y cuya receta no debía usarse para el uso común (Éx. 30:23 24); esta unción era tipo de la unción de Cristo, nuestro Gran Sumo Sacerdote. (B) Se dice que sus palacios son de *marfil,* que entonces eran tenidos por los más magníficos. Las mansiones celestiales son mejores que los palacios de marfil. *«Hijas de reyes están entre tus ilustres* (mejor, *entre tus favoritas,* lo que alude a las mujeres del harén oriental, cuya magnificencia dependía en gran manera del número, belleza y ornamentación de las mujeres). Todos los creyentes son hijos del Rey de reyes y nacidos de arriba, del Cielo. La Iglesia puede compararse aquí a la reina misma—la reina consorte con la que Cristo se ha desposado con pacto eterno—. Ella *está a su diestra con oro de Ofir* (v. 9). Ella es la *esposa del Cordero,* cuyas gracias, que son sus ornamentos, se comparan al *lino fino, limpio y resplandeciente* (Ap. 19:8); aquí se comparan, por su pureza, al *oro de Ofir,* que era el más refinado y costoso, ya que debemos nuestros adornos espirituales, lo mismo que nuestra redención, no a cosas corruptibles sino a *la sangre preciosa del Hijo de Dios.*

Versículos 10–17

Esta última parte del salmo se dirige a la regia novia, que está a la diestra del regio novio. El mismo Dios que le dice a su Hijo: *«Tu trono es eterno y para siempre»,* le dice a la Iglesia lo siguiente:

1. Le dice lo que se espera de ella, lo cual debe ser tenido en consideración por todos los que entran en relación con el Señor Jesús: *«Oye, hija, y mira y pon atento oído;* esto es, sométete a las condiciones de tus esponsales y estate dispuesta a cumplirlas»

(A) Ha de renunciar a todo lo demás: *«Olvida tu pueblo y la casa de tu padre,* conforme a las leyes matrimoniales». Esto nos muestra: (a) Cuán necesario era para los que se convertían del judaísmo o del paganismo a la fe de Cristo *purificarse de la vieja levadura* (1 Co. 5:7) y no introducir en la profesión del cristianismo ni las ceremonias del judaísmo ni las idolatrías del paganismo, pues eso convertiría el cristianismo en una religión híbrida como era la de los samaritanos. (b) Cuán necesario es para todos nosotros, cuando nos adherimos a Cristo, «odiar», es decir, poner en segundo lugar, a padre, madre, etc. y todo lo que más queremos en este mundo, para dar prioridad al amor que le debemos a Cristo como a nuestro regio esposo. *«Y se prendará el rey de tu hermosura»* (v. 11), lo que insinúa la mancha que sería para su belleza mezclar con su profesión cristiana los antiguos ritos y costumbres, ya sean judíos o paganos. La hermosura de la santidad, tanto en la Iglesia como en los creyentes individuales, es de gran precio a los ojos de Cristo.

(B) Ella debe reverenciarle, amarle, honrarle y obedecerle (v. 11b): *«E inclínate ante Él, porque Él es tu Señor».* Debemos postrarnos en adoración a Cristo, por ser nuestro Dios y nuestro Señor, pues ésta es la voluntad de Dios que *todos honren al Hijo como honran al Padre* (Jn. 5:23).

2. Le dice los honores que están destinados para ella:

(A) *«Y la hija de Tiro* (esto es, la ciudad de Tiro), *los más ricos del pueblo, implorarán con un presente tu favor»* (v. 12. Lit.). La versión judía lee: *«Y, oh hija de Tiro* (con lo que alude a Jezabel), *etc.»* (Es posible, pero menos probable, en mi opinión, esta versión. Nota del traductor.) La ciudad de Tiro, por

medio de sus magnates, trae presentes a la regia novia, que, probablemente, procede de allí. Los fieles hijos de Dios, que forman la esposa de Cristo, son magníficos intercesores a favor, no sólo de sus hermanos espirituales, sino también de sus familiares y amigos que todavía son del mundo. Por eso disfrutan de muchas bendiciones en la casa de un creyente el cónyuge y los hijos no creyentes (v. 1 Co. 7:14).

(B) Ella misma entrará resplandeciente de majestad en su palacio (v. 13): *«Toda gloriosa entra la hija del rey en su morada»*. La gloria de la Iglesia es espiritual, la verdadera gloria, que es la del espíritu, no la de la posición social ni de los ornamentos externos; es la genuina gloria a los ojos de Dios y como arras de la gloria eterna en el Cielo. Aunque lo principal de su gloria reside en el interior, también su *vestido es de brocado de oro* (v. 13b), porque el creyente no se ha de contentar con ser santo, sino que ha de aparecer como tal a los ojos del mundo, tanto en sus palabras como en sus obras, que han de ser como el oro. Como decía un piadoso maestro de escuela a sus alumnos: «No importa que seáis poco, con tal que seáis oro».

(C) Sus nupcias se celebrarán con muchos honores y gran regocijo (vv. 14, 15): *«Con vestidos bordados es llevada al rey»*. Ninguno es llevado a Cristo, sino los que son conducidos a Él por el Padre (Jn. 6:44). Nadie más es llevado *al rey* como *para entrar en el palacio del rey* (v. 15).

(D) La prole de este matrimonio también será ilustre (v. 16): *«En lugar de tus padres serán tus hijos»* (hijos varones, en el original). Es decir, la dinastía fundada por sus antecesores (los del rey; aquí, el hebreo indica que el poeta se dirige al rey) no se acabará con él, sino que se perpetuará en su descendencia. En sentido acomodado (nota del traductor), tiene doble aplicación: (a) En lugar de la economía del Antiguo Testamento, el cual se ha hecho viejo e inservible (v. He. 8:13), estará la Iglesia del Nuevo Testamento, injertada en el mismo olivo (ésta es la aplicación del propio M. Henry); (b) en lugar de nuestros padres en la fe (los Apóstoles y santos doctores de la primitiva Iglesia), serán los nuevos creyentes que van añadiéndose a los «hijos» de la Iglesia misma (ésta es la tradicional interpretación católica).

(E) La alabanza de esta unión matrimonial será perpetua entre las alabanzas tributadas al regio novio (v. 17): *«Haré perpetua la memoria de tu nombre* (la del novio, como indica el hebreo)». El Padre le ha dado *el nombre que es sobre todo nombre* (Fil. 2:9), y aquí promete hacerlo perpetuo (comp. con 72:17), y hará que no falten ministros de Dios en cada época, quienes mantengan en alto el nombre de Cristo mediante la predicación del evangelio.

SALMO 46

Este salmo nos anima, I. A hallar consuelo en Dios cuando el horizonte aparece oscuro y amenazador (vv. 1–5). II. A mencionar, para alabanza suya, las grandes cosas que ha hecho a favor de los suyos contra sus enemigos (vv. 6–9). III. A asegurarnos de que el Dios que ha glorificado su nombre, lo volverá a glorificar aún (vv. 10, 11). Al cantar este salmo, hemos de animarnos a esperar que, mediante Cristo, seremos más que vencedores. Se cuenta que Lutero, cuando oía malas noticias decía: «¡Vamos a cantar el salmo 46!» La inscripción *«sobre Alamot»* significa probablemente que había de cantarse con acompañamiento de instrumentos de tono alto.

Versículos 1–5

El salmista nos enseña con su ejemplo:

1. A triunfar en Dios y en su presencia entre nosotros, especialmente cuando hemos tenido experiencias recientes de su manifestación a favor nuestro (v. 1): *«Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza»* (lit.). ¿Nos hallamos en apuros? Él es *un auxilio siempre presto* (lit. *un auxilio hallado* cuando había necesidad de Él en tan grave aprieto) y bien probado, así como se llama a Cristo *una piedra probada* (Is 28:16).

2. A triunfar sobre los mayores peligros: *Dios es nuestra fuerza y nuestro auxilio*, el Dios Todosuficiente para nosotros; *«Por tanto, no temeremos»* (v. 2). Es nuestro deber, así como nuestro privilegio, estar libres de temor; es evidencia de una conciencia limpia, de un corazón honesto y de una fe

viva en Dios, en su providencia y en sus promesas, el no temer *«aunque la tierra sea removida, etc.»* (vv. 2, 3). Ni terremotos ni inundaciones, ni guerras ni persecuciones, aunque todos los poderes del mundo conspiren contra la Iglesia han de hacernos temer, pues al fin y a la postre, todo ha de conducir al bien de los que aman a Dios (Ro. 8:28). Aunque sean sacudidos los cielos y la tierra, *la ciudad de Dios no será conmovida* pues *Dios está en medio de ella* (vv. 4, 5); *Dios la ayudará al clarear la mañana;* después de la noche llena de peligros vendrá el alborear de la liberación obrada por Dios. Mientras la Iglesia se mantenga fiel a Dios no habrá poder humano que pueda prevalecer contra ella (comp. con Is. 12:6).

Versículos 6–11

Estos versículos glorifican a Dios como a Rey de las naciones y como a Rey de los santos.

1. Como a Rey de las naciones. Él frena la furia y quebranta el poder de las naciones que se oponen a Él y a sus intereses en el mundo (v. 6): *Las naciones,* es decir, los paganos, *bramaban* cuando subió David al trono, lo mismo que al establecerse el reino del Hijo de David (comp. 2:1). *Los reinos se tambaleaban* llenos de indignación y se alzaban de forma tumultuosa para oponerse a Dios, pero *lanza Dios su voz,* la voz de sus truenos, y *se derrite la tierra;* los reinos se tambalean ahora de modo diferente, llenos de confusión y consternación. Ese *derretirse* de los ánimos de los enemigos se describe en varios lugares (v. por ej. Jue. 5:4, 5 y comp. con Lc. 21:25, 26). Cuando le place, puede causar gran estrago y desolación entre las naciones (v. 8): *«Venid, ved las obras de Jehová, que ha puesto asolamiento en la tierra»*. Era cosa de ver y asombrarse, de observar e investigar (66:5; 111:2). La guerra es una tragedia que de ordinario destruye el escenario en el que se desarrolla. David llevó la guerra al país de los enemigos ¡y qué desolaciones causó allí! Y cuando place a Dios envainar su espada, pone fin a las guerras y corona de paz a las naciones (v. 9), a veces para que, al menos, tengan algún respiro después de consumirse unas a otras en prolongadas guerras. La total destrucción de Gog y Magog se describe proféticamente mediante la quema de las armas en el fuego (Ez. 39:9, 10), lo cual insinúa la paz perfecta y la total seguridad que la Segunda Venida del Señor traerá a la tierra cuando vaya a establecer su reino mesiánico. El final de una guerra es obra de Dios, y lo habríamos de considerar con gratitud y admiración.

2. Como a Rey de los santos y, en cuanto tal, hemos de reconocer que *grandes y maravillosas son sus obras* (Ap. 15:3). Él hace y hará grandes cosas. Que se calmen sus enemigos y dejen de amenazar, y que reconozcan el poder de Dios, infinitamente sobre el de ellos; que no se enfurezcan más, porque toda su furia es en vano. *El que se sienta en los Cielos, se ríe de ellos* (2:4); y, a pesar de toda la maldad impotente de ellos, Dios *será enaltecido en la tierra, entre las naciones,* y no sólo en la Iglesia y en los Cielos. No tiemble más el pueblo de Dios, que sepa, para consuelo suyo, que *Él es Dios* (v. 10). Todos los creyentes deben sentirse triunfadores por estas dos razones: (A) Tienen consigo la presencia de un Dios de poder, de infinito poder (v. 11): *«Jehová de las huestes está con nosotros»*. El Dios Soberano del Universo está con nosotros, está de nuestra parte, actúa con nosotros y por medio de nosotros, y ha prometido que nunca nos abandonará. Muchas y malignas huestes pueden estar contra nosotros, pero no tenemos por qué temerlas, si Jehová de las huestes está con nosotros. (B) Están bajo la protección del Dios del pacto, quien no sólo tiene poder para ayudarles, sino que se ha comprometido, en su honor y fidelidad, a ayudarles. Es *el Dios de Jacob* (v. 11b); no sólo de la persona de Jacob, sino del pueblo de Jacob.

SALMO 47

El objeto de este salmo es estimularnos a alabar a Dios. En él, I. se nos instruye sobre el modo de hacerlo, pública, alegre e inteligentemente (vv. 1, 6, 7). II. Se nos provee de material para la alabanza: 1. La majestad de Dios (v. 2). 2. Su dominio soberano y universal (vv. 2, 7–9). 3. Las grandes cosas que ha hecho, y hará, por su pueblo (vv. 3–5). Sobre la ocasión de su redacción, se han hecho muchas suposiciones, pero nada se sabe de cierto.

Versículos 1–4

El salmista, con el corazón lleno de grandes y buenos pensamientos acerca de Dios, trata de estimular a cuantos le rodean a que canten las divinas alabanzas.

1. Quiénes son convocados a alabar a Dios: *«Pueblos todos,* etc.». Así que puede tomarse como una profecía de la conversión de los gentiles y de su entrada en la Iglesia (comp. con Ro. 15:11).

2. Qué es lo que se le pide que hagan: *«Batid palmas»,* como quienes no pueden contener su entusiasmo; «*aclamad a Dios con gritos de júbilo»;* no para que Dios les oiga, sino para hacer que lo oigan todos los que los contemplan. Han de regocijarse en Dios, en su poder y en su bondad para que puedan unirse a ellos quienes les ven y participen del mismo regocijo.

3. Qué es lo que se nos propone como materia de nuestra alabanza (v. 2): *«Porque Jehová el Altísimo es temible*—es decir, causa pavor—; *Rey grande sobre toda la tierra,* con cuidados especiales para su pueblo. Esto lo había hecho Dios por ellos, como lo atestigua su establecimiento en Canaán, y su continuación allí hasta el día en que esto se escribía. El reino del Mesías ha de establecerse sobre toda la tierra, sin estar confinado únicamente a la nación de Israel. *«Él nos elegirá nuestras heredades»* (v. 4). Había escogido el país de Canaán para que fuese la heredad de Israel y, al fijar su santuario en medio de ellos, lo había convertido en *«la gloria* (más exactamente, *el orgullo,* comp. Am. 6:8) *de Jacob».* Espiritualmente, puede aplicarse: (A) A la dicha de los santos, por haber escogido Dios mismo para ellos una herencia incorruptible (1 P. 1:4). (B) A la fe y sumisión de los santos a Dios. Éste sabe mucho mejor que yo lo que me conviene y, por tanto, sólo quiero lo que Él haya dispuesto para mí».

Versículos 5–9

¿No habrían de alabar los súbditos a su rey? Dios es nuestro Rey y, por tanto, debemos alabarle. El versículo 7 parece sugerir un determinado modo de alabar a Dios: *«Cantad con destreza».* El hebreo dice: «Cantad un *masquil»,* lo que, con la mayor probabilidad, indica una determinada melodía, la que, por supuesto, había de ser cantada con todo esmero, como se merece Aquel a quien se dirige el canto. A Dios hemos de cantarle con entendimiento (1 Co. 14:15), como llevados del Espíritu Santo (Ef. 5:19) y, por tanto, del mejor modo que nos lo permitan nuestra voz y nuestro oído.

1. Hemos de alabar a Dios en su ascender (v. 5): *«Sube Dios entre aclamaciones»,* lo cual puede referirse: (A) a la subida del Arca al monte Sion, pues al ser el Arca la señal visible de la presencia de Dios entre ellos, bien se le podía aplicar el verbo «subir» adondequiera fuese puesta después de estar en medio de ellos; (B) con mayor probabilidad, a la subida de Dios mismo a su morada celestial después de haber intervenido en el campo de batalla a favor de su pueblo; (C) en sentido acomodado, a la ascensión del Señor Jesús a los cielos, después de haber consumado su obra de redención en la tierra (Hch. 1:9).

2. Hemos de alabar a Dios en su reinar (vv. 7, 8): *«Se sentó Dios sobre su santo trono»,* sobre su trono celestial, desde el que lo gobierna todo. Obsérvese la extensión del gobierno de Dios: todos nacen bajo su feudo; incluso los paganos, que sirven a otros dioses, están gobernados por el Dios verdadero, nuestro Dios, lo quieran o no. Véase también la equidad de su gobierno: el trono en que se sienta es santo y desde allí da leyes, órdenes, decretos, garantías, sentencias, etc., en las que, podemos estar seguros, no se halla injusticia alguna.

3. Hemos de alabar a Dios cuando le vemos honrado *por los príncipes de los pueblos,* de todos los pueblos de la tierra, *como pueblo* (o, mejor, *con el pueblo*) *del Dios de Abraham* (v. 9). Dice el doctor Cohen: «La mención de *Abraham* une la profecía sobre el futuro con la promesa hecha en el pasado de que había de llegar a ser *padre de una multitud de naciones* (Gn. 17:4)». Y, citando a Maclaren, continúa: «La obliteración de la distinción entre Israel y las naciones mediante la incorporación de éstas, de forma que los *pueblos* lleguen a formar parte del *pueblo del Dios de Abraham,* flota ante la vista profética del cantor, como el objetivo final de la gran manifestación que Dios hace de sí mismo». *«Los escudos de la tierra»* (v. 10) designan simplemente los reyes y príncipes de los respectivos pueblos; con el término «escudos» (hebreo, *maguinney*) se designan, en Oseas 4:18, los gobernantes. Como aplicación espiritual, podemos señalar que esos «escudos», enseñas de dignidad real (v. 1 R. 14:27, 28), se rinden ante el Señor Jesús, de la misma manera que se ofrecen a un conquistador, soberano o persona notable, las llaves de una ciudad. Cuando los príncipes de este mundo hacen lo posible para que se protejan y prosperen los intereses de la religión cristiana, es entonces grandemente enaltecido el Señor Jesucristo.

SALMO 48

Este salmo es, como los dos anteriores, un cántico triunfal; y es muy probable que, como en ellos, se conmemore aquí la preservación de Jerusalén de la invasión de las fuerzas asirias en tiempo del rey Ezequías. Jerusalén es alabada aquí, I. Por su relación con Dios (vv. 1, 2). II. Por el cuidado que Dios tenía de ella (v. 3). III. Por el terror que infundía a sus enemigos (vv. 4–7). IV. Por el placer que proporciona a sus amigos, quienes se deleitan en pensar, 1. En lo que Dios ha hecho, hace y hará por ella (v. 8). 2. En las benévolas manifestaciones que de sí mismo hace en, y a favor de, aquella ciudad santa (vv. 9, 10). 3. En la provisión eficaz que se ha hecho para la seguridad de la ciudad (vv. 11–13). 4. En la seguridad que tenemos de la perpetuidad del pacto de Dios con los hijos de Sion (v. 14).

Versículos 1–7

Lo que aquí se dice en honor de Jerusalén.

1. De Sion se dicen, por boca de Dios, mayores gentilezas que las que jamás haya dicho Él de ningún otro lugar de la tierra: *«Éste es para siempre el lugar de mi reposo; aquí habitaré porque la* (a Sion) *he preferido»* (132:14). Es *«la ciudad del gran Rey»* (v. 2), del Rey de toda la tierra, quien se complace en declarar su presencia especial en este lugar. *«Grande es Jehová* en Jerusalén» (v. 1). Por eso se la llama «su *monte santo»* (lit. *el monte de su santidad), y «santidad a Jehová»* se escribirá en todo el mueblaje del santuario (Zac. 14:20, 21). Dios era tenido por refugio seguro, no sólo en el santuario, sino en las calles y en los palacios de Jerusalén. En razón a esto, Jerusalén y, en especial, el monte Sion, sobre el que estaba edificado el templo, eran universalmente amados y admirados, *«hermoso por su situación, el gozo de toda la tierra»* (v. 2). Agradable tiene que ser, en todos los aspectos, la situación, cuando la Infinita Sabiduría la ha escogido para lugar de su santuario; y lo que, en realidad, lo hacía hermoso era el ser el monte de la santidad, porque no hay belleza como la de la santidad. El monte Sion estaba en el lado norte de la ciudad y así la resguardaba de los fríos vientos que soplaban de aquel lado.

2. También se nos dice que los reyes de la tierra temblaron de miedo ante Jerusalén. Los judíos tenían gran motivo para temer a sus enemigos, *«porque los reyes de la tierra conspiraron»* (v. 4). Pasaron, avanzaron juntos, y no dudaban de que pronto se harían dueños de aquella ciudad que debiera ser el gozo, pero se había convertido en la envidia, de toda la tierra. No obstante, la sola vista de Jerusalén les llenó de consternación y les calmó la furia, del mismo modo que la vista de las tiendas de Jacob habían atemorizado a Balaam impidiéndole maldecir a Israel (Nm. 24:2): *«Y apenas la vieron, se maravillaron, se turbaron, se apresuraron a huir»* (v. 5). No es que hubiese algo en Jerusalén que infundiese terror a los espectadores, pero la vista de ella les trajo a las mientes lo que habían oído acerca de la especial presencia de Dios en aquella ciudad y de la protección divina de que disfrutaba. Se reconocieron entonces incapaces de contender con el Omnipotente, y *les tomó allí el temblor; dolor como de mujer que da a luz* (v. 6). El miedo que allí les entró es comparado a los dolores de parto de una mujer; y la derrota sufrida a la vista de Jerusalén es comparada al quebrantamiento de las grandes naves de Tarsis (v. 7), cuando son atacadas de súbito por una tremenda tormenta.

Versículos 8–14

1. Que nuestra fe en Dios quede afianzada con esto (v. 8): *«Como lo habíamos oído* respecto de la providencia de Dios en el pasado, *así lo hemos visto* en nuestros días. Hemos oído que Dios es Jehová de las huestes; y que Jerusalén, que es la ciudad de nuestro Dios, está bajo su cuidado especial; y ahora lo hemos visto: hemos visto el poder de nuestro Dios; hemos visto su bondad; hemos visto su cuidado e interés por nosotros, y que Él es como *un muro de fuego en torno de Jerusalén y la gloria en medio de ella»*.

2. Que sirva de ánimo a nuestra esperanza en la estabilidad y en la perpetuidad de la Iglesia: «Por lo que hemos visto, comparado con lo que habíamos oído, en la ciudad de nuestro Dios, podemos concluir que Dios *la establecerá para siempre* (v. 8. Aunque quizá pueda traducirse mejor como oración exclamatoria: *«¡Que Dios la afiance para siempre!»*)

3. Que nuestra mente se llene de buenos pensamientos acerca de Dios: «Por lo que hemos oído y visto, y por lo que esperamos, hemos de pensar en la bondad de Dios siempre que nos hallamos *en medio de su templo»* (v. 9).

4. Glorifiquemos a Dios por las grandes cosas que ha llevado a cabo a favor nuestro, y mencionémoslas en su honor (v. 10): *«Conforme a tu nombre, oh Dios, así es tu loor hasta los confines de la tierra»,* no sólo en Jerusalén. Tan lejos como llega su nombre, llega su alabanza, o, al menos, debería llegar y, al final, ha de llegar, cuando todos los confines de la tierra le alabarán (22:27; Ap. 11:15). Por *«tu nombre»* ha de entenderse la reputación de Dios como poderoso Libertador, pues Él es el único que puede librar sin que nadie se lo impida.

5. Que todos los miembros de la Iglesia se consuelen, y sepan que el Dios que librará a Jerusalén, no permitirá que su Iglesia sea destruida (v. 11): «Alégrese *el monte de Sion,* en especial los sacerdotes y levitas que sirven en el santuario—y todos los que pertenecemos a *la Jerusalén de arriba* (Gá. 4:26)—así como *las hijas de Judá,* es decir, las aldeas al sur de la ciudad que estaban amenazadas por el invasor. Que todos celebren la gran liberación llevada a cabo *por los juicios* de Dios, esto es, por el castigo infligido al enemigo».

6. Observemos diligentemente los ejemplos y evidencias de la belleza, de la fuerza y seguridad de la Iglesia, y transmitamos fielmente nuestras observaciones a los que han de venir después de nosotros (vv. 12, 13): *«Andad alrededor de Sion … contad sus torres, etc.».* Como si dijesen: «Ved que lo que el enemigo consideraba como débiles defensas, son, por la gracia de Dios, baluartes inexpugnables, *para que contéis a la generación venidera* las maravillas que Dios ha hecho a favor de su pueblo». Esto tiene aplicación a la promesa del Señor con respecto a su Iglesia de que *las puertas del Hades no prevalecerían contra ella* (Mt. 16:18).

7. Cantemos victoria en nuestro Dios y en la seguridad que tenemos de su benevolencia (v. 14). Hemos de contar a las generaciones venideras *que así es nuestro Dios eternamente y para siempre,* es decir (de acuerdo con los dos vocablos distintos—*olam y ed*—), lo será para siempre y lo es constantemente. Y, al ser nuestro Dios, *es nuestro guía.* Las dos últimas palabras de este salmo (hebreo, *al muth*) han sido, y son, materia de grandes discusiones. Literalmente significan: *«sobre la muerte»,* que algunos interpretan como «hasta más allá de la muerte», pero muchos lo consideran hoy como una indicación musical, parecida a las que figuran en los salmos 9 *(muth-labbén)* y 46 *(alamoth),* por lo que es probable que debiera estar al comienzo del salmo 49, más bien que al final del 48.

SALMO 49

Este salmo, como el que sigue, es una especie de sermón. En la mayoría de los salmos, vemos al salmista que ora o alaba; aquí vemos que predica. I. En el prefacio, se propone despertar de su falsa seguridad a los mundanos (vv. 1–3) y consolarse a sí mismo y a todas las personas piadosas cuando llegue la adversidad (vv. 4, 5). II. En el resto del salmo, 1. se esfuerza en convencer a los pecadores de su necedad en confiar en las riquezas de este mundo, y les muestra, (A) que no pueden, con todas sus riquezas, salvar de la muerte a sus amigos (vv. 6–9). (B) Que tampoco pueden salvarse de la muerte a sí mismos (v. 10). (C) Que no pueden asegurarse a sí mismos la dicha en este mundo (vv. 11, 12). Mucho menos, (D) pueden asegurarse la dicha para la vida futura (v. 14). 2. Se esfuerza en consolarse a sí mismo y a todas las personas piadosas, (A) en contra del temor de la muerte (v. 15); (B) en contra del temor al poder y a la prosperidad de los malvados (vv. 16–20).

Versículos 1–5

Estos versículos forman la introducción del salmista a su discurso sobre la vanidad del mundo y su incapacidad para hacernos felices.

1. Primero demanda atención: *«Oíd esto, pueblos todos; escuchad, habitantes todos del mundo, etc.* (vv. 1, 2), pues esta doctrina no es exclusivamente para los depositarios de la revelación divina, sino que la misma luz natural la atestigua. Todos los hombres pueden y, por tanto, deben considerar que sus riquezas no les servirán de nada el día de su muerte. Los pobres están en el mismo peligro que los ricos;

aquéllos, por un desordenado deseo de las riquezas mundanas; éstos, por un desordenado deleite en las mismas riquezas. *Mi boca hablará sabiduría* (v. 3)». Lo que va a decir el salmista es apropiado para hacer sabios e inteligentes a los que reciben su enseñanza. Él mismo había digerido lo que iba a declarar.

2. Se anima a prestar atención también él mismo (v. 4): *«Inclinaré mi oído al proverbio»,* es decir, a la expresión poética de un oráculo. El hebreo *mashal* puede traduciarse por «parábola», pero es el mismo vocablo que designa los proverbios de Salomón. No se llaman así precisamente porque sean oscuros y en sentido figurado, sino por ser instructivos en materias profundas e importantes. Quienes se dedican a enseñar a otros, deben aprender primero ellos mismos.

3. Promete hacer el tema lo más claro posible, pues, a pesar de ser un *«enigma»,* es decir, un pronunciamiento sobre un problema enigmático, lo pondrá al alcance de todos mediante la música: *«con el arpa».* Al ser un tema que afecta a lo más profundo de nuestro ser, la música le hace llegar adonde los razonamientos no serían capaces de penetrar. Es cosa bien conocida que muchos son movidos al arrepentimiento y a la fe en el Señor por medio de un himno o de un solo musical cuando no habían experimentado el menor movimiento del corazón al oír un gran sermón.

4. Comienza aplicándose a sí mismo el sermón (v. 5): «*¿Por qué he de temer, etc.?»* El contexto explica cuáles eran esos temores: *«Los días de adversidad»* son aquellos en los que *«le rodea la iniquidad de los que le suplantan»* (hebreo, *aquebay;* de donde viene «Jacob»); es decir, de los que le persiguen y vienen «pisándole los talones». El que confía en Dios, no en las riquezas, no tiene por qué temer a quienes no pueden hacerle daño real. ¡Teman los que no tienen fe! No hay cosa más temible que poner el corazón en algo que por fuerza se ha de dejar en la tierra, pero los que tienen a Dios consigo, no tienen por qué temer a la muerte (23:4).

Versículos 6–14

1. Descripción del espíritu y del camino de los mundanos, cuya porción está en esta vida (17:14). Una persona puede poseer abundantes riquezas temporales y, no obstante, sacar provecho espiritual de ellas si su corazón se ensancha con amor, gratitud, obediencia y generosidad para emplear las riquezas al servicio de Dios y en aliviar las necesidades ajenas; por consiguiente, no son las riquezas mismas las que hacen mundano al hombre, sino el apegar el corazón a ellas como a valores primordiales, y así es como se describe aquí a los mundanos (v. 6): *«Los que confían en sus bienes, y de la muchedumbre de sus riquezas se jactan»;* dependen de ellas como de la fuente de su dicha y seguridad. Su oro es su esperanza (Job 31:24) y así viene a ser su dios. Así explica nuestro Salvador la dificultad de salvarse los ricos (Mr. 10:24): *«¡Qué difícil es entrar en el reino de Dios a los que confían en las riquezas!»* (v. 1 Ti. 6:17). *«Dan sus nombres a sus tierras»* (v. 11), y así espera perpetuar su memoria; pero ¡frágil honor es el que descansa en un mero nombre! Además, lo más frecuente es que cambien de nombre las fincas cuando cambian de dueño. *«Su íntimo pensamiento es que sus casas serán eternas»* (v. 11a). El único consuelo que le queda al rico mundano es que sus propiedades quedarán en manos de sus descendientes de generación en generación, sin pasar jamás a manos ajenas.

2. Demostración de la necedad que esta mentalidad comporta. En general (v. 13), *«Este su camino es locura».* Dios mismo declara *necio* al rico que pensaba almacenar bienes para mucho tiempo (Lc. 12:19, 20). El amor de las cosas mundanas es una enfermedad que la llevamos todos en la sangre, hasta que la cura la gracia de Dios. Pero, por grandes que sean los bienes que un rico posea, no puede salvar con ellos la vida de su mejor amigo, ni comprar una prórroga para el caso en que es inminente la ejecución de la sentencia de muerte (vv. 7–9). La vida eterna es una joya demasiado cara como para que pueda comprarse con las riquezas de este mundo. *No somos redimidos con cosas corruptibles como la plata y el oro* (1 P. 1:18, 19). Cristo hizo por nosotros lo que todas las riquezas del mundo juntas no podían hacer; Él se merece, pues, de nosotros mayor estima que ninguna otra cosa. Cristo hizo por nosotros lo que ningún hermano o amigo podía hacer; por tanto, *los que aman a su padre o a su hermano, etc., más que a Él, no son dignos de Él.* Hay personas ricas y sabias, políticos y potentados, que pueden hacer mucho bien, pero nada pueden ante la muerte; otras personas son necias e ignorantes quizá no hacen mucho mal, pero también serán arrebatadas por la muerte lo mismo que las personas sabias y ricas, que *no pueden permanecer en su opulencia* (v. 12). Por muy alta que sea su posición, por muy grande que sea su poder, por altos que sean los honores que se le rindan, por variados que sean los placeres de que disfrute, *no permanecerá;* todas esas cosas, como su misma vida, son sombras huidizas. Su condición, a la hora de la

muerte, será miserable en extremo. Mientras un hijo de Dios puede, con santa osadía preguntar a la orgullosa muerte: *«¿Dónde está tu aguijón?»,* la muerte puede preguntar al orgulloso pecador: *«¿Dónde está tu riqueza y tu pompa?»* La belleza de la santidad es la única que el sepulcro, que consume toda otra belleza, no puede tocar ni empañar.

Versículos 15–20

Aquí se da una buena razón a un buen pueblo.

1. Por qué no deben temer la muerte. No deben abrigar tal temor, si, como el autor del salmo, tienen una perspectiva consoladora aun más allá de la muerte (v. 15). La fe en la victoria sobre el sepulcro y en la segura entrada del Cielo constituye el gran soporte y gozo de los hijos de Dios en la hora de la muerte. Esperan:

(A) Que Dios redimirá sus almas del poder del sepulcro lo cual incluye: (a) La preservación del alma de bajar al sepulcro con el cuerpo. El sepulcro tiene poder sobre el cuerpo, en virtud de la sentencia dictada por Dios en el Paraíso (Gn. 3:19), y es lo bastante cruel para ejecutar dicha sentencia (Cnt. 8:6); pero no tiene tal poder sobre el alma. Tiene poder para silenciar, encarcelar y consumir el cuerpo; pero el alma entonces se mueve, actúa y conversa con mayor libertad que antes, pues es inmaterial e inmortal. Cuando la muerte quiebra la opaca linterna del cuerpo, no extingue la luciente candela que brilla en su interior. (b) La reunión del alma con su cuerpo en la resurrección. *«Pero Dios redimirá mi alma del poder del Seol»* (v. 15, lit.). Sin embargo—nota del traductor—, es muy improbable que el salmo aluda a la resurrección o a la inmortalidad del alma. Dice el doctor Cohen: «Los comentaristas modernos no ven en el versículo ninguna alusión a la doctrina de la inmortalidad … El salmista expresa su confianza en que, al revés que los necios, quienes se fían en sus riquezas como si éstas pudiesen salvarles de todo lo que puede ponerles en peligro la vida, él será protegido por Dios de una muerte prematura».

(B) Que *Dios lo tomará consigo,* pues Él redime las almas para recibirlas (31:5, *en tus manos encomiendo mi espíritu, Tú me has redimido).* Dios los recibirá en su favor y los admitirá en su reino, en las mansiones que tiene preparadas para ellos (Jn. 14:2, 3), aquellas moradas eternas (Lc. 16:9).

2. Por qué no deben temer la prosperidad ni el poder de los malvados de este mundo.

(A) Supone que es muy fuerte la tentación de envidiar la prosperidad de los pecadores, al ver cómo se enriquecen, cómo aumenta la gloria (o mejor, la fortuna) de sus casas y se sienten alabados por los demás (vv. 16, 18). Por mucho que *en vida bendiga a su alma* (v. 18, lit.), su dicha es pasajera, mientras que los hijos de Dios *se bendicen a sí mismos en el Dios de la fidelidad* (Is. 65:16), teniéndose por dichosos al saber que Él es el Dios de todos ellos. La gente mundana se bendice a sí misma en la riqueza del mundo, y se cree dichosa cuando tiene tal riqueza en abundancia. Aplauden en sí mismos lo que Dios condena, y hablan paz a sí mismos cuando Dios les declara la guerra. El salmista viene a decirle al creyente: «El mundano se enaltece a sí mismo, pero tú que, al revés de él, no hablas bien de ti mismo, sino que obras bien para ti mismo al asegurar tu eterno bienestar, serás loado, si no por los hombres, sí por Dios, lo que constituirá tu perpetuo honor».

(B) Sugiere lo que basta para quitar a la tentación su fuerza, y es observar el final de los pecadores prósperos (73:17): *«Cuando muera* se da por supuesto que irá a otro mundo, pero *no se llevará nada* de cuanto por largo tiempo ha ido amontonando» (v. 17). La gracia es gloria celeste que ascenderá con nosotros, pero ninguna gloria terrena descenderá tras nosotros. *«Irá a reunirse con sus antepasados, que nunca más verán la luz»* (v. 19); con aquellos antepasados malvados, cuyos dichos aprobó y cuyos pasos siguió, aquellos que *no atendieron ni escucharon a Jehová* (Zac. 1:4). Un necio, un malvado, por muchos honores que aquí reciba, es realmente despreciable como cualquier animal bajo el sol, *«semejante es a las bestias que perecen»* (v. 20); más aún, mejor es ser una bestia que un hombre que se hace a sí mismo como una bestia.

SALMO 50

Este salmo, como el anterior, es un salmo de instrucción, no de oración ni de alabanza. Dios se dirige aquí, por medio del salmista, a los que tenían un falso concepto de la religión, para hacerles ver que no se

complace en los sacrificios del culto ni en el cumplimiento externo de la ley, mientras no se cumple de corazón lo que Él ha ordenado. Aquí tenemos: I. La gloriosa manifestación del Soberano que da leyes y convoca a juicio (vv. 1–6). II. La exhortación a los adoradores de Dios, para que conviertan sus sacrificios en oraciones (vv. 7–15). III. La reprensión a los que albergan la pretensión de que adoran a Dios, pero viven en desobediencia a sus mandatos (vv. 16–20); se les lee la sentencia (vv. 21, 22), y se amonesta a todos a que consideren su conducta tanto como sus devociones (v. 23). Es un salmo de Asaf.

Versículos 1–6

Es probable que Asaf, el principal director de música del santuario, no sólo pusiera música a este salmo, sino que lo compusiera él mismo aun cuando no puede asegurarse, ya que el título no indica necesariamente autoría. En tiempo de Ezequías, alababan a Jehová *«con las palabras de David y de Asaf vidente»* (2 Cr. 29:30).

1. Convocación general, por orden del Rey de reyes (v. 1): *«El Dios de los dioses, Jehová (o Dios, el Dios Jehová) ha hablado y ha convocado a la tierra»*. El Soberano del Universo, Todopoderoso y fiel cumplidor de sus promesas, convoca a todos con esta proclamación solemne que ya se sugiere en esa acumulación de nombres divinos.

2. Reunidos ya los convocados, el Juez toma asiento. Así como cuando dio Dios la Ley a Israel en el Sinaí, leemos que *«resplandeció desde el monte de Parán»* (Dt. 33:2), así también cuando viene a reprender a Israel por su hipocresía, se dice aquí:

(A) Que *ha resplandecido desde Sion* (v. 2); como ahora estaba establecido el oráculo en Sion, desde allí eran pronunciados sus juicios sobre aquel pueblo provocador; y Dios, cuya morada está en Sion, puede ser considerado como *resplandeciendo desde Sion.* También desde Jerusalén había de comenzar a ser predicado el Evangelio (Lc. 24:47); Hch. 1:8). Sion es llamada aquí (v. 2) *dechado de hermosura* (lit. *perfección de hermosura),* no sólo por ser el *monte santo,* donde estaba el santuario, sino incluso por su situación geográfica (comp. con 48:2).

(B) Que *vendrá, y no callará,* sino que mostrará su desagrado hacia ellos, hasta que, un día, sea derribado el muro de separación de la ley ceremonial. Esto lo va a declarar ahora. A los que no quieren dar oídos a su ley, les hará escuchar su juicio.

(C) Que su manifestación será majestuosa y terrorífica: *«Fuego consumidor hay delante de Él, y tempestad poderosa le rodea»* (v. 3). El fuego de sus juicios abrirá el camino a las reprensiones de su Palabra, a fin de que los pecadores de Sion se alarmen de sus pecados. Cuando el evangelio de Cristo había de ser proclamado en el mundo, dijo Él que *había venido a echar fuego en la tierra* (Lc. 12:49). El Espíritu fue dado en *lenguas como de fuego y* acompañado de *un viento recio que soplaba* (Hch. 2:2, 3), y cuando el Señor Jesús venga de nuevo a juzgar, se nos dice que vendrá *en llama de fuego* (2 Ts. 1:8).

(D) Que así como en el monte Sinaí vino con *decenas de millares de sus santos,* es decir, de sus ángeles, en esta ocasión *convoca a los cielos desde arriba, y a la tierra,* para que sean testigos de este solemne proceso (v. 4).

3. Convocación a los acusados (v. 5): *Juntadme mis santos.* El vocablo hebreo es *jasiday,* porque Dios había hecho su pacto con Israel como una señal de su especial amor misericordioso (hebreo, *jesed*) hacia ellos. Al disfrutar de tan singular privilegio, su responsabilidad era también singular; por eso, la cuenta que se les pide va acompañada de especial severidad a causa de la infidelidad de ellos. Por el pacto de la redención (v. 2 Co. 5:19), Dios extiende su propósito de reconciliación a todo el mundo, no sólo al pueblo de Israel. Todos los creyentes son ahora *linaje escogido, regio sacerdocio y nación santa* (1 P. 2:9, comp. con Éx. 19:6).

4. Se predice el resultado de este solemne proceso (v. 6): *«Los cielos declararán su justicia»;* los mismos cielos que han sido convocados a testificar en el proceso (v. 4), los mismos cielos que *cuentan la gloria de Dios, es decir, el poder y la sabiduría del Creador* (19:1), van a declarar ahora la justicia de Dios, *porque Dios mismo es el Juez* (v. 6b). Y, como en 19:3, los cielos no necesitarán palabras para que en todas partes se oiga su voz.

Versículos 7–15

Dios se dirige aquí a los que, en su religión, ponían todo el énfasis en la observancia exterior de la ley ceremonial, y pensaban que eso bastaba.

1. Presenta primero sus credenciales como Dios del pacto con Israel (v. 7): *«Yo soy Dios, el Dios tuyo»* (comp. con Éx. 20:2).

2. Expresa su relativo menosprecio de los sacrificios legales (v. 8). Lo cual puede ser considerado: (A) En su relación con la ley misma. Los israelitas creían que Dios les habría de estar agradecido y satisfecho por la multitud de sacrificios que le ofrecían sobre el altar; pero Dios les declara que no necesitaba tales sacrificios. ¿Para qué los quería, si era el Dueño Soberano de todos los animales? (vv. 9, 10). La infinita autosuficiencia de Dios muestra nuestra completa insuficiencia para añadir nada a lo que ya es suyo. Además, no podía sacar ningún provecho de aquellos sacrificios: *«¿He de comer yo carne de toros, etc.?»* (v. 13). Es absurdo pensar que el Espíritu Infinito necesite alimentarse de carne y sangre, como lo necesita nuestro cuerpo. ¡No! La alabanza, la obediencia y el amor al prójimo (v. Ro. 12:1; He. 13:15, 16) son los sacrificios en que Dios se complace. (B) En su relación con el Evangelio, cuando cesarán todos los sacrificios ceremoniales, ya que el sacrificio del Calvario será suficiente, de una vez por todas, para hacer expiación por los pecados (v. He. caps. 9 y 10).

3. Les instruye explícitamente sobre la clase de sacrificios que, ante todo, requiere de ellos: Los sacrificios de oración y alabanza que aún bajo la Ley, tenían la precedencia sobre los holocaustos y demás sacrificios legales y que, ahora, en la dispensación de la gracia, los han sustituido completamente. Aquí (vv. 14, 15) les muestra lo que es bueno y lo que Jehová requiere de ellos y le es aceptable. También para nosotros tienen aplicación estas demandas, pues, (A) Hemos de confesar nuestros pecados y arrepentirnos de ellos (v. 1 Jn. 1:9), lo que el salmo (v. 23) llama *«ordenar el camino», pues «Dios no desprecia el corazón contrito y humillado»;* ese es el verdadero *«sacrificio para Dios»* (51:17). (B) Hemos de dar gracias a Dios por los beneficios que de Él recibimos: *«Ofrece a Dios sacrificio de acción de gracias».* (v. 14, mejor que *«de alabanza»),* y esto *«agradará a Jehová más que sacrificio de buey, o becerro con cuernos y pezuñas»* (69:30, 31). (C) Hemos de tomar conciencia de la obligación que tenemos de *cumplir nuestros votos al Altísimo* (v. 14b), lo cual no se limita a lo que, a este respecto, mandaba la Ley (v. Lv. 7:16), sino que se extiende a todas nuestras obligaciones del pacto que nos liga a Dios. (D) Hemos de orar a Dios constantemente pero Dios se refiere a continuación (v. 15) a circunstancias especiales: *«invócame* (cuando hayas cumplido las condiciones del versículo 14) *en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás».*

Versículos 16–23

Después de instruir a su pueblo, por medio del salmista, sobre el método correcto de rendirle adoración, pasa Dios ahora a reprender a los malvados.

1. El cargo que les imputa. (A) Les acusa de usurpar las funciones y los privilegios de la religión (v. 16): *«¿Qué tienes tú que hablar de mis leyes?»,* le dice al malvado. Esto es un reto a los que aparentan ser piadosos, pero son en realidad profanos, para mostrar que no están debidamente cualificados para declarar a otros la ley que ellos mismos no cumplen. Esta es la hipocresía de la que el Señor acusaba a los escribas y fariseos (v. por ej. Mt. 23 y comp. con Ro. 2:21, 22), pero también tiene aplicación a todos los que profesan la piedad, pero practican la iniquidad, especialmente cuando son ministros de Dios y predicadores del Evangelio. (B) Les acusa de transgredir las leyes y preceptos de la religión (v. 17): *«Pues tú aborreces la corrección».* Les gustaba instruir y corregir a otros, pues esto les nutría el orgullo, pero aborrecían ser ellos mismos corregidos, pues esto les proporcionaba humillación así que, para no verlas, *se echaban a la espalda las palabras de Dios*. (C) A continuación, especifica sus peores y más frecuentes crímenes: (a) el robo y el adulterio (v. 18); (b) la persistencia en los pecados de la lengua (vv. 19, 20). La frase del versículo 20: *«Tomas asiento y hablas contra tu hermano»* puede entenderse de dos maneras (nota del traductor): 1) como para hacer de juez, cuando no se tiene tal autoridad para juzgar a otros; ésta es la opinión del propio M. Henry; 2) para indicar que la difamación era un acto deliberado y bien calculado; así la explica el rabino doctor Cohen. Que lo de *«hermano»* se ha de tomar literalmente, no en el sentido amplio de «prójimo», lo prueba el doctor Cohen por el paralelismo de la segunda parte del versículo: *«Contra el hijo de tu madre dices infamias».*

2. La prueba del cargo que les hace (v. 21): *«Estas cosas hacías».* El Dios que conoce, no sólo los hechos, sino también las intenciones del corazón, puede expresarse categóricamente: Los hechos eran demasiado evidentes para ser negados, y demasiado pecaminosos para ser excusados.

3. La paciencia del Juez, y el abuso que el pecador hace de esa paciencia: «Y yo *he callado».* Como si dijese: «Yo no te he parado los pies ni te he castigado, sino que te he permitido seguir tu curso; te he concedido prórroga, sin ejecutar de inmediato la sentencia que tus maldades merecían». Sin embargo, el texto hebreo admite otra traducción, aunque menos probable: «¿Y *había yo de haber callado?»* La paciencia de Dios es tanto más de admirar por el mal uso que el pecador hace de ella. Los pecadores suelen tomar el silencio de Dios por consentimiento, y la paciencia por connivencia y, por eso, cuanto más tardan en ser castigados, tanto más se les endurece el corazón.

4. La amable advertencia que les hace (v. 22): *«Entended ahora esto los que os olvidáis de Dios;* considerad que Dios conoce vuestros pecados y toma buena nota de ellos, que la despreciada paciencia se volverá furiosa ira, pues si no consideráis esto ni mejoráis con ello vuestra conducta, *os despedazará* como un león (comp. con Os. 5:14), y *no habrá quien os libre».*

5. A todos se nos dan luego las instrucciones necesarias para que evitemos ese fatal destino. (A) El fin primordial del hombre es dar gloria a Dios, y aquí se nos dice que *«el que ofrece el sacrificio de acción de gracias le glorifica,* le honra» (v. 23), ya sea judío o gentil, pues esos son los sacrificios espirituales en los que Dios se complace (v. He. 13:15, 16). Esos son los sacrificios que surgen del fuego del altar de un corazón que arde en afectos de sincera devoción. (B) El fin del hombre es también, en conjunción con la glorificación de Dios, llegar a ser feliz en íntima comunión con Él, y aquí se nos dice que *al que ordena su camino,* esto es, al que rectifica su conducta, *le será mostrada la salvación de Dios.* Vemos aquí un giro gramatical frecuente en hebreo, pues, al ser Dios el que habla, habríamos de esperar leer: *«mi salvación».* Buena es la expresión de gratitud, pero mejor es la vivencia de gratitud.

SALMO 51

Este salmo sobresale entre todos los salmos penitenciales, pues expresa, mejor que ningún otro, la preocupación y los deseos de un pecador arrepentido. Aquí, I. David confiesa su pecado (vv. 3–6). II. Ora fervientemente para que le sea perdonado (vv. 1, 2, 7, 9). III. Pide paz para su conciencia (vv. 8, 12). IV. También pide gracia para no volver a pecar (vv. 10, 11, 14). V. Ruega a Dios que le conceda libre acceso a Él (v. 15). VI. Promete hacer todo cuanto pueda por el bien de otras almas (v. 13), y por la gloria de Dios (vv. 16, 17, 19). Y, finalmente, concluye con una oración por Sion y Jerusalén (v. 18). Los que sienten en su conciencia el peso de algún pecado muy grave deberían suplicar el perdón de Dios, con mirada de fe hacia el Mediador y Abogado Jesucristo, y recitar una y otra vez este salmo. La inscripción nos dice que David lo compuso «cuando después que se unió a Betsabé, vino a él Natán el profeta».

Versículos 1–6

El pecado del que David se lamenta en este salmo es la bien conocida y triste historia de la loca perversidad que cometió con la mujer de su prójimo Urías. Este pecado de David se nos es referido con todo detalle como seria advertencia a todos, de que *el que piensa estar firme, mire que no caiga* (1 Co. 10:12). El arrepentimiento que aquí expresa fue producido mediante el ministerio de Natán, quien fue enviado por Dios para que le convenciese de este pecado. Todos los que han sido alcanzados por algún pecado grave deberían tener por el mayor de los favores el que se les reprendiese lealmente, y por el mejor de los amigos al que les corrigiese sabiamente. *Que el justo me hiera será para mí un perfume excelente.* Una vez convicto de su pecado, David derramó su alma delante de Dios en petición de gracia y misericordia y, bajo la inspiración divina, expresó en este salmo los sentimientos de su corazón en esta circunstancia. Tenemos aquí:

I. La humilde petición de David (vv. 1, 2). Su oración es como una explanación de aquella otra que el Salvador puso en boca del publicano de la parábola (Lc. 18:13): *«Dios, sé propicio a mí, pecador».* David no trata de contraponer sus buenas obras a este terrible crimen, ni piensa que sus buenos servicios a Dios

puedan expiar por sus ofensas, sino que acude a la infinita misericordia de Dios y a ella únicamente se confía en busca de perdón y de paz (v. 1): *«Ten piedad de mí, oh Dios»*.

1. Cuál es el alegato para que Dios tenga piedad de él: *«Ten piedad de mí … conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades, etc.»*. Como si dijese: «No tengo ninguna otra cosa a la que apelar; pido misericordia en atención únicamente a tu gran misericordia, la cual es libre y soberana, conforme a la infinita bondad de tu divina naturaleza, que te inclina a tener compasión del miserable que no merece sino la condenación.

2. Qué cosa es la que principalmente demanda de la compasión de Dios: *«Borra mis delitos»*, de la misma forma que se borra o cancela una deuda en un libro de cuentas una vez que el deudor la ha pagado o el acreedor la ha perdonado. Dice después (v. 2): *«Lávame a fondo de mi maldad y límpiame de mi pecado»*. Natán había asegurado a David que, una vez que estaba arrepentido, Dios había perdonado su pecado: «*Jehová perdona tu pecado; no morirás*» (2 S. 12:13). No obstante, ruega: *«Lávame, límpiame, borra mis delitos»*. Dios le había perdonado, pero él no podía perdonarse a sí mismo; por eso, importuna a Dios una y otra vez para que le perdone.

II. La confesión penitencial que David expresa (vv. 3–5).

1. Sincera y libremente confiesa delante de Dios su culpa (v. 3): *«Porque yo reconozco mis delitos»*. Anteriormente había visto que éste era el único medio de poner paz en su conciencia (32:4, 5). Natán le había dicho: *«Tú eres ese hombre»*. Y él había respondido: *«He pecado»* (2 S. 12:7, 13).

2. Tiene de su pecado un sentimiento tan profundo que piensa en él continuamente con pena y vergüenza (v. 3b): *«Y mi pecado está siempre delante de mí»*.

(A) Confiesa su grave transgresión de la ley divina (v. 4): *«Contra ti, contra ti solo he pecado»*. Y, en consecuencia, declara la justicia de Dios cuando sentencia al pecador (v. 4b): «Así *que eres justo cuando sentencias, e irreprochable cuando juzgas*». Los mejores hombres, cuando pecan, deben dar el mejor ejemplo de arrepentimiento. Los verdaderos penitentes justifican a Dios precisamente condenándose a sí mismos. Lo más notable de este versículo es que, al haber pecado directamente contra Urías y su mujer Betsabé, diga a Dios: *«contra ti solo he pecado»;* pero está en total conformidad con la mentalidad bíblica de que todo pecado, aun contra el prójimo, es, ante todo y primordialmente, una ofensa a Dios, por ser una transgresión de su santa ley.

(B) Confiesa su congénita corrupción (v. 5): *«Mira que en maldad he sido formado, etc.»*. David habla en el Salmo 139:14, 15 de la admirable estructura de su organismo, pero aquí dice *que fue formado (o,* más exactamente, *que fue dado a luz) en iniquidad*, para dar a entender que, desde su nacimiento, estaba inclinado al pecado. No es así como salió el hombre de las manos de Dios, pero, desde la caída original, cada uno de nosotros viene a este mundo con una naturaleza corrompida, degenerada de su prístina pureza y rectitud. Esto es lo que llamamos *pecado original*, porque es tan antiguo como el origen del pecado primero y porque es el origen de todas nuestras actuales transgresiones. Es algo que nos inclina, desde la cuna, a ir contra la ley de Dios.

III. David reconoce asimismo la gracia de Dios (v. 6), no sólo como un buen deseo, o buena voluntad, de la sinceridad que hemos de albergar en lo íntimo de nuestro ser *(«tú amas la verdad en lo íntimo»)*, sino también como buena obra que Él lleva a cabo en nuestro interior (*«y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría»).* La verdad y la sabiduría contribuyen grandemente a hacer de un hombre un buen hombre. Lo que Dios requiere de nosotros lo obra Él mismo en nosotros (comp. Fil. 2:13) y lo obra en la forma normal de iluminar el entendimiento para ganar la voluntad. David era consciente de que su corazón estaba ahora recto con respecto a Dios, pues estaba arrepentido y, por tanto, no dudaba de que era aceptado por Dios y esperaba que Dios le capacitaría para hacer buenas sus resoluciones y, para ello, le haría conocer, en lo que Pedro llama *«el hombre oculto del corazón»* (1 P. 3:4, lit.), la sabiduría necesaria para discernir y evitar en lo sucesivo los designios del tentador.

Versículos 7–13

1. Véase aquí lo que David pide. Si en todas estas, muchas, peticiones que hace, añadiésemos al final: «en el nombre de Jesús», serían tan evangélicas como las que más.

(A) Ruega a Dios que le limpie de sus pecados y de la contaminación que ha contraído con ellos (v. 7): *«Purifícame con hisopo»*. La expresión alude a la ceremonia legal de purificar a quien ha tenido contacto con un cadáver (Nm. 19:6) o al leproso (Lv. 14:4). Con un ramo de hisopo se rociaba a la persona con agua o con sangre (o con ambas), y así era descargada de las restricciones que la contaminación comportaba. Así es como David desea ser purificado para disfrutar de los privilegios que comporta una comunión con Dios no obnubilada por el pecado. Esto se cumple perfectamente en la dispensación de la gracia pues es la sangre de Cristo, llamada en Hebreos 12:24 *«la sangre del rociamiento»*, la que *purifica nuestras conciencias de obras muertas* (He. 9:14), es decir, de culpas que nos separan de la comunión con Dios como por el contacto de un cadáver, de manera semejante a la separación de los atrios de la casa de Dios en la dispensación de la ley, por el contacto antedicho.

(B) Ruega también que, al ser perdonados sus pecados, tenga el consuelo que el perdón efectúa. No pide ser consolado mientras no haya sido perdonado, pero, una vez que el pecado, la amarga raíz de la tristeza, ha sido arrancada, puede pedir con fe (v. 8): *«Hazme oír gozo y alegría»*. El dolor de un corazón verdaderamente quebrantado por el pecado bien puede compararse al de un hueso quebrantado (comp. 38:9; 42:11). Y el mismo Espíritu que golpea y hiere, también cura y venda.

(C) Pide perdón completo y efectivo. Aquí es donde pone su mayor interés, pues es el fundamento de su consuelo (v. 9): *«Oculta tu rostro de mis pecados;* cúbrelos, escóndelos de tu vista para que así queden expiados; que no te provoquen a tratarme según me merezco; están delante de mí, pero haz que estén detrás de ti, a tu espalda, *y borra todas mis maldades* de tu libro de cuentas; que desaparezcan como se desvanece una nube por los rayos del sol» (Is. 44:22).

(D) Pide gracia santificante. Su gran preocupación es ver cambiada su naturaleza corrompida; por eso, ruega (10): *«Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio y renueva un espíritu firme* (esto es, que sepa resistir los embates de la tentación) *dentro de mí»*. Pide firmeza y constancia, pues había experimentado antes gran inconstancia e inconsistencia en sí mismo.

(E) Ruega que continúe la buena voluntad de Dios hacia él y que progrese en él la buena obra de Dios (v. 11): *«No me eches de delante de ti* como si me aborrecieses, como un cortesano que ha incurrido en el desagrado de su soberano y es excluido de su presencia, y *no retires de mí tu santo Espíritu»*. Estamos perdidos si Dios retira de nosotros el Espíritu Santo. David conocía bien esto por la triste experiencia de Saúl. ¡Cuán miserable y criminal se volvió cuando se retiró de él el Espíritu de Jehová! Por eso ruega a Dios con tanto interés que no le suceda a él lo mismo.

(F) Ora finalmente para que le sean restaurados los consuelos divinos y la continua comunicación de la gracia divina (v. 12): *«Devuélveme el gozo de tu salvación»*. Un hijo de Dios no conoce otro gozo verdadero y sólido sino el gozo de la salvación de Dios, gozo en Dios su Salvador y en la esperanza de la vida eterna, «y *en espíritu de nobleza* (o mejor, *de pronta devoción o dedicación*) *afiánzame»*. Como si dijese: «Dejado a mí mismo, estoy abocado a caer, ya sea en el pecado o en la desesperación; Señor, sostenme; mi propio espíritu no es suficiente».

2. A continuación, David promete (v. 13): *«Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos»*. Él mismo había sido transgresor y, por eso, podía hablar a los transgresores por su propia experiencia y al haber hallado el favor de Dios por la vía del arrepentimiento, podía enseñar a otros los caminos de Dios y los peligros que hay que evitar para no transgredir (comp. con Lc. 22:32). «*Y los pecadores se convertirán a ti.»* Los pecadores arrepentidos son los más aptos para ser predicadores convencidos.

Versículos 14–19

1. David ora que Dios le libre de un pecado especial, *del derramamiento de sangre* (v. 14), crimen que él mismo había cometido recientemente al asesinar a Urías con la espada de los hijos de Ammón; y promete que, si Dios le libra, su *lengua cantará la justicia de Dios,* la fidelidad de Dios a su promesa de perdonar al pecador creyente y arrepentido. Dios ha de tener la alabanza por la gracia del perdón y por la gracia de prevenir del pecado. Y, al sentirse insuficiente incluso para cantar por sí mismo las divinas alabanzas, añade (v. 15): *«Señor, abre mis labios,* no sólo para enseñar e instruir a los pecadores, sino también para que pueda *mi boca publicar tus alabanzas,* una vez que por tu amor se haya ensanchado mi corazón». La culpa le había cerrado los labios y, por eso, tenía poca confianza para dirigirse a Dios. A los que tienen atada la lengua por causa del pecado, la seguridad del perdón de Dios parece decirles: *Efatá—Ábrete—;* y, cuando se abren los labios, ¿qué otra cosa habrían de hablar, sino las alabanzas de Dios?

2. David ofrece el sacrificio de un corazón contrito. Sabía que el sacrificio de animales no tenía en sí ningún valor delante de Dios (v. 16). Como esta clase de sacrificios no pueden satisfacer por el pecado, tampoco pueden satisfacer a Dios, sino en la medida en que su ofrecimiento expresa la devoción interior que a Dios se debe. Pero David sabía cuán acepto es a Dios el sincero arrepentimiento (v. 17): *«Sacrificio es para Dios un espíritu quebrantado»*. No es obra liviana la que aquí se insinúa, sino la más honda, pues se trata del quebrantamiento del espíritu, no en desesperación, sino en humillación propia y detestación del pecado; un corazón rendido y sometido en obediencia a la Palabra de Dios; un corazón enternecido, como el de Josías, tembloroso ante la Palabra de Dios. El quebrantamiento del cuerpo (no de los huesos) de Cristo fue el único sacrificio capaz de expiar el pecado, pues ningún otro sacrificio puede quitar el pecado; pero el quebrantamiento de nuestro corazón a causa del pecado es un sacrificio de reconocimiento y alabanza. El Midrás hace notar que, mientras la fractura de un miembro descalifica a un animal para el sacrificio, el quebrantamiento del espíritu humano es aceptable para Dios.

3. David termina este salmo con una intercesión por Sion y Jerusalén. Nota del traductor: Es opinión común que estos versículos (vv. 18, 19) son una añadidura, probablemente colectiva, efectuada entre los años 587 (fecha de la destrucción de los muros de Jerusalén) y 450 antes de C. (fecha en que comenzaron a restaurarse bajo Nehemías). No es que el redactor (inspirado por Dios) añada lo de los sacrificios como para contrarrestar la impresión desfavorable que los versículos 16 y 17 pudiesen haber causado con respecto a los sacrificios legales, pues Él mismo dice *«sacrificios de justicia»*, es decir, ofrecidos con rectitud de intención y por motivos justos, condiciones indispensables para ser aceptados por Dios.

SALMO 52

David estaba embargado de tristeza cuando dijo a Abiatar (1 S. 22:22): «Yo he ocasionado la muerte a todas las personas de la casa de tu padre», las cuales fueron ejecutadas por Saúl tras la malvada información que le dio Doeg. En este salmo, David, I. Riñe a Doeg por lo que ha hecho (v. 1). II. Le acusa (vv. 2–4). III. Pronuncia sentencia contra él (v. 5). IV. Predice el júbilo de los justos ante la ejecución de la sentencia (vv. 6, 7). V. Se consuela con la misericordia de Dios (vv. 8, 9).

Versículos 1–5

1. David arguye razonablemente con su orgulloso y malvado interlocutor (v. 1). Doeg era, por su oficio, un *potentado* (hebreo, *guibor*—el mismo vocablo de Is. 9:6—), pues era uno de los servidores más encumbrados de Saúl. De esto *se jactaba,* no sólo del poder que tenía para hacer el mal, sino del mal que hacía en virtud de tal poder, de ahí la significación de «*tirano»* que dicho vocablo comporta aquí. Resulta incierto—dice el propio M. Henry—(nota del traductor) cómo cuadran aquí las palabras que siguen: *«El amor misericordioso* (hebreo, *jesed*) *de Dios dura siempre* (lit. *todo el día)»*. La razón más probable es la que apunta el rabino Dr. Cohen: Dios (hebreo, *Él*) es el verdaderamente Fuerte, en comparación con el cual el poder del mayor potentado es como nada. Sin embargo, no es de despreciar la razón que M. Henry da como la más probable: «Dios está continuamente haciendo el bien, y quienes le imitan tienen alguna razón para gloriarse de ello; pero tú estás continuamente haciendo el mal y al ser así tan poco semejante, y aun contrario, a Él, te jactas, sin embargo, en hacer el mal».

2. Presenta contra él un cargo muy grave en el tribunal del Cielo (vv. 2–4). Le acusa de perversidad, tanto de lengua como de corazón. De cuatro cosas le acusa: (A) Maldad. Su lengua *maquina destrucción* (v. 2, lit.), pues no sólo punza como una aguja, sino que corta *como navaja afilada.* (B) Falsedad, pues obra el mal con *lengua engañosa* (v. 4) y *ama la mentira* (v. 3) *y trama engaños* (v. 2b), al decir parte de verdad, pero no toda la verdad. No nos salvará de la culpa de mentir el que podamos decir: «Había algo de verdad en lo que dije», si lo hacemos aparecer de muy distinta manera de como era la cosa. (C) Mala voluntad, pues los engaños que trama su lengua los maquina en realidad su malvado corazón. (D) Amor al pecado (v. 3): *«Amas el mal más que el bien»;* es decir, «no amas el bien, sino el mal» (éste es el sentido de la frase). Como si dijese: «Prefieres agradar a Saúl y dices una mentira, antes que hablarle la verdad a Dios». Son del espíritu de Doeg quienes, en lugar de alegrarse por tener la oportunidad de hacer un favor al prójimo, se alegran cuando hallan la ocasión de hacer el mal a un semejante.

3. Le lee la sentencia y le anuncia el castigo que va a recibir de Dios por su iniquidad (v. 5): «Tú destruiste a los sacerdotes de Jehová hasta exterminarlos; *por tanto, Dios te destruirá para siempre*». Doeg es condenado aquí: (A) Al destierro: *«Dios te asolará y te arrancará de tu morada»*. Justamente era privado de los privilegios que comportaba vivir en el país del pueblo escogido de Dios, por haberse portado tan cruel y bárbaramente con los ministros de Dios. (B) A la destrucción: «Y *te desarraigará de la tierra de los vivientes*». Como un árbol arrancado de cuajo del suelo en el que se había criado, perecerá, en contraste con los justos de los que se habla a continuación.

Versículos 6–9

David se hallaba, al tiempo en que Doeg cometía su fechoría, presa de tristeza e inquietud; con todo, le vemos aquí que canta victoria en medio de la tribulación:

1. Por la caída de Doeg. Los justos verán la caída de Doeg y podrán hablar de los justos juicios de Dios: *Verán y temerán* (v. 6); es decir, reverenciarán la justicia de Dios. *Se reirán de* Doeg, no con la risa de los necios, sino semejante a la de *Aquél que está sentado en el Cielo* (2:4). El malvado aparecerá en ridículo por la necedad de su pecado (v. 7): *«He aquí el hombre que no hizo de Dios su fortín» (lit*.). Lo que causó la ruina de Doeg fue: (A) Que no edificó sobre roca: *No hizo de Dios su fortín o* refugio. Miserablemente se engañan quienes piensan que pueden apoyarse en su poder y en sus riquezas sin Dios y sin religión. (B) Que edificó sobre arena. Pensaba que sus riquezas no corrían peligro de perderse: *«Sino que confió en la multitud de sus riquezas»*.

2. Por su propia estabilidad y firmeza (vv. 8, 9). «Este potentado—viene a decir David—ha sido arrancado de cuajo, *pero yo estoy como olivo verde,* bien plantado y arraigado, firme y floreciente (comp. 1:3); él ha sido arrancado de su morada (v. 5), pero yo estoy *en la casa de Dios* (v. 8)». ¿Qué hemos de hacer para ser como olivos verdes? (A) Hemos de vivir una vida de fe y santa confianza en Dios y en su gracia (v. 8b): *En la misericordia de Dios confío eternamente y para siempre.* (B) Hemos de vivir una vida de gratitud y gozo en el Señor (v. 9): *«Te alabaré eternamente por lo que has hecho,* pues me has cumplido tu promesa». (C) Hemos de vivir una vida de expectación y humilde dependencia de Dios (v. 9b): *«Esperaré en tu nombre, porque es bueno, delante de tus santos»*. La actitud de aguardar pacientemente en lo futuro, cuando hemos experimentado con frecuencia la bondad de Dios en el pasado, ha de ser mantenida en la presencia de los fieles devotos (hebreo, *jasidim*) y percibida por ellos, aunque también debería ser percibida, para mayor testimonio, por los que no son devotos.

SALMO 53

Este salmo viene a ser una versión revisada del salmo 14; aquí aparece el nombre de Dios como *Elohim*, sin excepción, como es frecuente en el Libro II de los Salmos. Las variantes corresponden, con la mayor probabilidad, a las nuevas circunstancias en tiempo de la redacción. Dios, por medio del salmista. I. Nos muestra lo malos que somos (v. 1). II. Lo demuestra en base a su sabiduría infinita y al perfecto conocimiento que tiene de todas las cosas (vv. 2, 3). III. Inspira terror a los perseguidores, que son los peores pecadores (vv. 4, 5). IV. Inspira ánimos a los perseguidos de entre sus hijos (v. 6).

Versículos 1–6

1. El hecho del pecado ¿Está demostrado? Sí, Dios es testigo de ello. Toda la pecaminosidad del corazón y de la vida de los hombres está al descubierto en su presencia.

2. La culpabilidad del pecado. Es lo que hace de este mundo el mal mundo que es, un mundo enteramente apartado de Dios (v. 3).

3. La fuente del pecado ¿Cómo es que los hombres son tan malos? De cierto es porque no tienen temor de Dios. Las malas prácticas de los hombres fluyen de sus malos principios.

4. La insensatez del pecado. El que alberga pensamientos corrompidos es un insensato. Los ateos, ya lo sean en teoría o en la práctica, son los mayores insensatos del mundo. Los que no buscan a Dios no

entienden; son como los brutos animales, pues el hombre se distingue del animal bruto, no tanto por los poderes de su razón cuanto por su capacidad para la religión. De *los que hacen iniquidad* (v. 4) bien se puede decir que *no tienen conocimiento* al no conocer a Dios.

5. La suciedad del pecado. Los pecadores *se han corrompido* (v. 1); su naturaleza está echada a perder; y cuanto más noble es una naturaleza, tanto más vil se hace cuando se corrompe.

6. El fruto del pecado. Véase a qué grado de barbaridad conduce a los hombres; cuando el corazón se les endurece por el engaño del pecado, se vuelven crueles con sus hermanos de raza, y aun de familia (v. 4b): *Que devoran a mi pueblo como si comiesen pan;* como si se hubiesen vuelto, no sólo animales, sino animales de presa.

7. El miedo y la vergüenza que acompañan al pecado (v. 5). Los que no temen a Dios suelen tener miedo incluso *donde no hay nada que espante.* Estas palabras, ausentes en el Salmo 14, fueron añadidas, al parecer, para aplicarlas al caso referido en 2 Reyes 7:6. El miedo estaba fundado en que *Dios había esparcido los huesos del agresor* (lit. *del que acampa contra ti).* No sólo había dispersado las fuerzas, sino también los huesos de los cadáveres del enemigo.

8. La fe de los santos y la esperanza y el poder que tienen tocante a la curación de este gran mal que es el pecado (v. 6). Vendrá un Salvador, que traerá una gran salvación (lit. *salvaciones*—plural de intensidad—), salvación completa; comenzará por la salvación del pecado.

SALMO 54

La llave de este salmo pende de la puerta misma, pues el título nos dice la ocasión en que fue redactado cuando los habitantes de Zif, de la tribu de Judá (tipos de Judas el traidor) traicionaron a David ante Saúl; le informaron a éste del paradero de David y le dieron la oportunidad de echarle mano. Lo hicieron dos veces (1 S. 23:19; 26:1) y queda registrado para perpetua infamia de ellos. Aquí David, I. Se queja a Dios de la maldad de sus enemigos y pide socorro contra ellos (vv. 1–3). II. Se consuela con la seguridad del favor y de la protección de Dios y con que sus enemigos quedarán confundidos, y él será libertado (vv. 4–7).

Versículos 1–3

1. El gran apuro en que se hallaba David. Los zifeos vinieron de su propia voluntad a informar a Saúl del paradero de David, con la promesa de entregarlo en sus manos. Nunca puede ningún hombre hallarse a salvo mientras no haya llegado al Cielo ¡Cuán traidores eran estos zifeos!

2. Oración de David a fin de que Dios le socorra y proteja (vv. 1, 2). David no tiene ninguna razón en qué apoyarse, sino en el nombre de Dios, y ningún otro poder en qué sostenerse sino en la fuerza de Dios, y de estas dos perfecciones divinas hace su refugio y confianza. Incluso en su huida, cuando no tenía oportunidad para dirigirse solemne y tranquilamente a Dios, elevaba continuamente su corazón a Dios (v. 2): *Escucha mi oración,* que me sale del corazón, y *da oídos a las palabras de mi boca* (lit.).

3. Su alegato se basa en el carácter de sus enemigos (v. 3): Eran *extranjeros,* es decir, enemigos de David, pues el hebreo *zarim* admite éste y otros significados. Este versículo es citado en 86:14, donde se lee *zedim* = orgullosos. En todo caso, eran peores que los filisteos; y también se nos habla de *hombres violentos;* ahora se refiere, sin duda, a Saúl y sus seguidores. Saúl, como rey, debería haber usado su poder para proteger a todos sus buenos súbditos; pero, en lugar de eso, abusaba de su poder para destruirlos. Saúl y los suyos no se contentaban con menos que con dar muerte a David (v. 3). *No han puesto a Dios delante de sí*—añade David (v. 3c)—; es decir, deberían haber tenido en cuenta que Dios castiga la maldad y la violencia, pero se han negado a considerar la justicia y el poder de Dios, y que, al luchar contra los buenos hijos de Dios, estaban luchando contra el mismo Dios.

Versículos 4–7

La fe de David en su oración.

1. Estaba seguro de que tenía a Dios de su parte (v. 4): *He aquí, Dios es el que me ayuda.* Aunque hombres y demonios se conjuren para destruirnos, no prevalecerán mientras Dios sea el que nos ayuda; *el Señor está con los que sostienen mi vida* (comp. 118:7); es probable que la frase sea un modismo hebreo, según sugiere Arconada, para significar que el Señor (hebreo, *Adonay)* era *«el gran sostenedor de su alma»* (lit.).

2. Al estar seguro de que Dios estaba de su parte, no dudaba de que sus enemigos caerían delante de él (v. 5): *«Él devolverá el mal a los que me acechan.* Es decir, Dios hará que caiga sobre la cabeza de ellos el mal que traman contra mí». David no les va a devolver mal por mal, pero sabe que Dios lo hará, pues Él es el vengador de los suyos; suya es la venganza. Y añade: *«Destrúyelos por tu verdad».* No es ésta una maligna imprecación, sino una oración de fe en la fidelidad de Dios a su propio carácter de Juez Supremo y Universal.

3. Promete dar a Dios las gracias por todas las experiencias que había tenido de la bondad de Dios con él (v. 6): *«De todo corazón te ofreceré sacrificios; alabaré tu nombre (mejor, daré gracias a tu nombre), oh Jehová».* Un corazón lleno de gratitud, y unos labios por los que rebosa al exterior dicha gratitud, son los sacrificios que Dios acepta.

4. Habla de su liberación como cosa hecha (v. 7): *«Porque me has librado de toda angustia, y mis ojos han visto la ruina de mis enemigos»* Es lo que se llama un «pretérito profético». Al tener en cuenta que el hebreo de la última frase dice literalmente: *Y mi ojo ha visto en mis enemigos,* no hace falta introducir el vocablo «ruina»; ni siquiera el de «derrota»; basta con el de «fracaso» o «retirada», a la vista de 1 Samuel 23:27, 28, cuando Saúl se retiró de perseguir a David simplemente porque le dieron la noticia de que los filisteos habían hecho una irrupción en el país. Todo lo que David deseaba era verse a salvo de la persecución de Saúl y cuando vio que Saúl retiraba sus fuerzas, vio cumplido su deseo.

SALMO 55

Muchos expositores opinan, en conformidad con la propia tradición judía, que David compuso este salmo con ocasión de la rebelión de su hijo Absalón, y que el enemigo especial que se portó traidoramente con él era Ajitófel, como en 41:9, al ser así David, en esta ocasión, tipo de Cristo en sus sufrimientos, y Ajitófel de Judas, pues ambos fueron traidores y se ahorcaron. Pero no hay en este salmo ninguna cosa que sea aplicada a Cristo en el Nuevo Testamento. David: I. Ora que Dios le muestre su favor y expone su tristeza y sus temores (vv. 1–8). II. Ora que Dios manifieste su desagrado contra sus enemigos, y alega la gran perversidad y la traición de ellos (vv. 9–15, 20, 21). III. Se anima a sí mismo con la seguridad de que Dios se manifestará a favor de él, a su debido tiempo, en contra de sus enemigos, se consuela con esta esperanza y anima a otros a confiar en Dios (vv. 16–19, 22, 23).

Versículos 1–8

1. David ora. La oración es buen remedio para toda herida y buen alivio a todo espíritu que gime bajo una pesada carga: *«Escucha, oh Dios, mi oración»* (v. 1). E insiste: *«No te retraigas a mi súplica. Atiéndeme y respóndeme»* (vv. 1b–2a). Si en nuestras oraciones abrimos a Dios nuestro corazón y le exponemos sinceramente nuestro caso, tenemos razón para esperar que El no esconderá de nosotros su persona, ni sus favores ni sus consuelos; pero es preciso orar con perseverancia, como David, sin desfallecer.

2. David llora, pues también en esto era tipo de Cristo, *varón de dolores y experimentado en quebranto* (Is. 53:3), y también de lágrimas a gritos (v. He. 5:7). *«Clamo en mi oración y me desasosiego»,* dice David (v. 2b). Le quitan el sosiego *«los gritos del enemigo»* (v. 3), es decir, las amenazas, así como las calumnias, que lanzaban contra él Absalón y sus seguidores, hasta soliviantar al pueblo para que se rebelase contra un rey tan bueno como David, y le sacasen de su palacio y de su ciudad, como hicieron después con Jesús los principales sacerdotes y aun toda la multitud cuando gritaban ante Pilato: *«¡Fuera con ése ... Crucifícale crucifícale!»* (Lc. 23:18, 21). *«Sobre mí vierten la iniquidad»,* dice David, esto es, *sobre mí maquinan un malvado plan tras otro* (más bien que, *por todos los medios tratan de hacerme odioso).*

3. David tiembla en gran consternación. Podemos suponer que de verdad temblaba al estallar la conspiración de su hijo Absalón y ver la general defección del pueblo. David era hombre valiente y osado, que en muchas ocasiones se había señalado por su bravura, pero en esta ocasión, ante tan grande y tan inminente peligro, desfalleció su corazón (vv. 4, 5). Los *«terrores de muerte»* significan algo más que el simple temor a la muerte; expresan el terror que inspira una muerte violenta y horrible. La fe de David le había hecho decir, viéndose rodeado de enemigos: *«No temeré lo que pueda hacerme el hombre»*, pero ahora el miedo le tiraniza y agarrota; pues aun los mejores no están libres de temores, ya que no siempre está su fe al mismo alto nivel de fortaleza y confianza en Dios ¡Cómo deseaba David, en esta ocasión, poder escapar al desierto! (vv. 6, 7). Desea alas, no de halcón, sino de paloma, pues no quiere volar para caer sobre la presa, sino para poder escapar de aquellas aves de presa que eran sus enemigos. La paloma vuela despacio y bajo, y busca refugio donde resguardarse; así querría David volar ahora, *para escapar del viento borrascoso, de la tempestad* (v. 8); compara el tumulto que ha surgido en la ciudad a una tormenta borrascosa y amenazante. Con tal de poder descansar, volaría adonde fuese, aun al desierto (vv. 6, 7).

Versículos 9–15

David se queja aquí de sus enemigos, cuyo perverso complot le había llevado, si no al final de su fe, sí al final de sus ánimos.

1. La forma en que describe a sus enemigos. Eran de lo peor de los hombres, y la descripción que hace de ellos coincide con lo que sabemos de Absalón y sus cómplices en la revuelta. David no ve en la ciudad santa otra cosa que *violencias y discordias* (v. 9), *iniquidad, malicia e insidias en medio de ella* (vv. 10, 11); *y la violencia y el fraude no se apartan de sus plazas* (v. 11. Mejor, *de su amplia plaza;* es decir, la plaza principal de la ciudad, donde se llevaban a cabo las transacciones en los negocios) ¿Así se porta Jerusalén, el cuartel general de los sacerdotes de Jehová? ¿Es esto lo que le han enseñado? ¿Es posible que Jerusalén sea tan ingrata con David, su ilustre fundador, hasta el punto de no permitirle residir allí? Se queja, en especial, de uno de los líderes de la conspiración, que había estado muy ocupado en fomentar celos contra él, en denigrar su persona y su gobierno y en soliviantar la ciudad. ¿Quién era el más activo en todo esto? (vv. 12–14): «No un enemigo jurado, como Simeí, ni alguno de los que de antaño me aborrecían, *lo cual habría soportado,* puesto que no podía esperar mejor cosa de ellos, *sino tú, un hombre de mi categoría* (lit.), *mi amigo y mi familiar, etc.»*. La paráfrasis caldea nombra explícitamente a Ajitófel como la persona aludida aquí. En la Iglesia, como en Israel de antiguo, siempre ha habido, hay, y habrá una mezcla de buenos y malos. No debemos extrañarnos de hallar muchas personas que, tras profesar gran interés por las cosas de Dios y gran amistad hacia los hijos de Dios, nos decepcionan y nos llenan de tristeza al ver que estaban faltas de sinceridad y fe genuina. David mismo, a pesar de ser hombre sabio y experimentado, sufrió amargas decepciones, lo cual debe hacernos más tolerables las nuestras.

2. Oración de David en contra de ellos. David ora: (A) Que Dios se digne *dispersarlos, confundiendo sus lenguas* (v. 9), como hizo en Babel, a fin de que no puedan ponerse de acuerdo unos con otros (comp. 2 S. 17:1–14). Con frecuencia, Dios destruye a los enemigos de la Iglesia dividiéndolos, pues no hay mejor medio de destruir a un grupo o a una nación que dividiéndolos. (B) Que Dios los destruya de la misma forma que destruyó a Coré y a sus cómplices (v. Nm. 16:30): *«Que la muerte les sorprenda; desciendan vivos al Seol»* (v. 15). Comenta el profesor Davison: «Esta súbita y completa destrucción es deseada, no con espíritu de crueldad, sino como una señal segura de visitación divina».

Versículos 16–23

En estos versículos:

1. David persevera en su resolución de invocar a Dios, ya que está bien seguro de que no le buscará en vano (v. 16): *«En cuanto a mí,* aunque ellos tomen la ruta que mejor les plazca y sean sus guardas la violencia y la discordia, la mía será la oración; en ella he hallado siempre consuelo y, por tanto, en ella permaneceré; *a Dios clamaré,* a Él me encomendaré, *y Jehová me salvará».* (Nótese el contraste: *a Dios*—hebreo, *Elohim:* Dios como Hacedor y Juez de todos—*clamaré y Jehová:*—Dios como misericordioso favorecedor de los suyos—*me salvará).* Piensa orar *por la tarde* (comienzo del día

hebreo—v. Gn. 1:5 y ss), *por la mañana y al mediodía.* Esta era la costumbre de Daniel (Dn 6:10), y el mediodía era una de las horas de oración de Pedro (Hch. 10:9). Quienes piensan que no pueden pasar sin tres comidas al día para el cuerpo, deberían pensar que menos se puede pasar sin tres solemnes oraciones al día para el alma, y habrían de tenerlas como un refrigerio, no como una obligación.

2. Él mismo será librado y no tendrá de qué temer. Comienza gozándose en su esperanza (v. 18): *Él redimirá* (lit. *ha redimido*—pretérito profético—) *en paz mi alma;* esto es, la librará. David está tan seguro de su liberación como si ya se hubiese efectuado. Con los ojos de la fe se ve a sí mismo rodeado, como lo estuvo Eliseo, de caballos y carros de fuego y, por eso, canta victorioso: *«… aunque contra mí haya muchos»* (comp. 2 R. 6:16, 17).

(B) Sus enemigos serán abatidos. (a) David los describe aquí para que se vea el motivo por el cual esperaba él que Dios los abatiría (v. 19): *Por cuanto ellos no se enmiendan ni temen a Dios.* El original dice a la letra: *Los cuales no tienen cambios, etc.* El Doctor Cohen propone esta interpretación: «Estos hombres han disfrutado de una continua serie de éxitos sin fracasar jamás; por consiguiente no les pasaba por la mente la idea de una retribución» (punitiva). El mismo M. Henry explica así el sentido del original: «*No tienen cambios* (no tienen aflicciones ni interrupción en el curso constante de su prosperidad; no tienen cruces para vaciarlos de una vasija a otra), *por eso no temen a Dios».* Actúan traicioneramente (v. 20), sin consideración a los más sagrados y solemnes pactos. Son hipócritas, que fingen amistad mientras traman el mal (v. 21). Nótese el contraste entre *«mantequilla» y «aceite»* en los labios, por una parte, *y «guerra» y «espadas desenvainadas»* en el corazón, por otra. (b) David predice su ruina (v. 19): *Dios oirá y los humillará luego.* Ellos eran traidores y sanguinarios, engañaban y defraudaban a otros; justo era, pues, que Dios los abatiese.

3. Se anima a sí mismo y a todos los buenos a encomendarse a Dios y tener confianza en Él. *«Pero yo* (enfático en el original) *en ti confiaré*—termina diciendo—(v. 23b); en tu providencia, poder y favor, no en mi prudencia, fuerza ni méritos; mientras los sanguinarios y engañadores son abatidos en la mitad de sus días, yo viviré por fe en ti.» Y esto es lo que quiere que hagan los demás (v. 22): *«Echa sobre Jehová tu carga,* quienquiera seas tú y cualquiera sea tu carga». Los LXX traducen: *Echa sobre el Señor tu ansiedad* (de donde lo cita el Apóstol Pedro—1 P. 5:7—). En efecto, la ansiedad, esto es, la preocupación desmedida es una carga en el corazón que abate al hombre (Pr. 12:25). Echar sobre Dios nuestra carga es mantenernos firmes en su providencia y en su promesa. Si así lo hacemos, está prometido: (A) Que Él nos sostendrá. No nos ha prometido preservarnos de cargas, sino ayudarnos a llevarlas; (B) Que nunca permitirá que los justos sean sacudidos por las pruebas hasta el punto de faltar a sus obligaciones con Dios ni que pierdan el consuelo que tienen en Él.

SALMO 56

De este y de otros salmos deducimos que, incluso en las horas de los mayores apuros y adversidades, David nunca colgaba en los sauces su arpa, sino que siempre estaba a tono para cantar las divinas alabanzas. Compuso este salmo estando en peligro inminente. I. Se queja de la mala voluntad de sus enemigos, y pide misericordia para sí mismo y justicia contra ellos (vv. 1, 2, 5–7). II. Confía en Dios, y está seguro de que le tenía de su parte y de que tendría oportunidad de alabarle y darle gracias mientras viviera (vv. 3, 4, 8–13).

Versículos 1–7

David se echa por fe, en este salmo, en las manos de Dios, aun cuando en su miedo e insensatez se había echado en manos de los filisteos (1 S. 21:10, 11). El salmo es llamado, como algunos otros, *mictam* (probablemente, término musical), para ser cantado sobre la tonada de *«la paloma silenciosa de los que están distantes».* El Targum lo parafrasea así: «Concerniente a la comunidad de Israel, asemejada a una paloma silenciosa cuando están lejos de sus ciudades, se arrepienten y alaban al Señor del Universo».

1. David se queja a Dios de la mala voluntad de sus enemigos, para mostrar el motivo que tenía para tenerles miedo (v. 1): *«Otórgame tu favor, oh Dios»* (lit.). Tal petición incluye todo lo bueno que podamos pedir ante el trono de la gracia. Suplica el favor de Dios, ya que entre los hombres no halla

favor. Al huir de las crueles manos de Saúl, cayó en las crueles manos de los filisteos. Los enemigos son *muchos;* se apoyan en su número para *devorarle o pisotearle* (vv. 1, 2). Son, pues, muy crueles y conspiran unidos: *se reúnen* (v. 6); aunque enfrentados entre ellos mismos, conspiran juntos contra David, como Herodes y Pilato contra el Hijo de David. Lo hacen con astucia y engaño: *«se esconden»,* como un león en su madriguera, para acecharle: *«miran atentamente mis pasos»,* a fin de hallar algo de qué acusarle; por eso dice (v. 5): *«Todos los días ellos retuercen mis palabras»;* las tuercen (en la rueda, la rueca o el potro) para retorcerlas, y tratar de sacar de ellas lo que no hay (esta es la idea del verbo hebreo). Todo su empeño era *atraparle* a David *el alma,* es decir, la vida. No está claro—nota del traductor—lo que significa la última palabra (hebreo, *marom)* del versículo 2. Puede traducirse de dos maneras: *«con altivez» u, «oh Altísimo».*

2. Se anima a sí mismo en Dios y en sus promesas, poder y providencia (vv. 3, 4): *«En el día en que temo* cuando me sobrecoge el miedo hasta el punto de huir despavorido (v. 1 S. 21:11), yo *en ti confío, y sólo* así puedo silenciar mis temores». David resuelve hacer de las promesas de Dios materia para sus alabanzas (v. 4): *«En Dios alabaré su palabra,* no sólo la obra que ha llevado a cabo, sino la palabra que ha hablado». Hay quienes entienden por *«su palabra»* su providencia, cada acontecimiento que Él ordena o permite, como si dijese: «Cuando hablo bien de Dios, hablo bien con Él de todo lo que hace». Con la mayor probabilidad, sin embargo, «su *palabra»* significa su promesa de salvar a los justos (v. 130:5). Al confiar en Dios de esta manera, bien puede desafiar a todos los poderes adversos (v. 4b): *«En Dios he confiado, no temeré; ¿qué puede hacerme la carne?* (lit. Es decir, el hombre mortal, impotente. Comp. Jer. 17:5). Así como no debemos poner nuestra confianza en brazo de carne cuando se pone a nuestra disposición, así tampoco debemos tener miedo de un brazo de carne cuando se extiende contra nosotros.

3. Prevé y predice la caída de los que luchan contra él (v. 7): *«Según su iniquidad, ¿habrá escape para ellos?»* Ellos piensan escapar de los juicios de Dios como escapan de los castigos de los hombres por medio del fraude, la violencia, la injusticia y la traición, pero, ¿van a escapar de veras? No, ciertamente no escaparán. La iniquidad no puede ser una seguridad para el pecador.

Versículos 8–13

Varias son las cosas con que David se consuela en el tiempo de su miedo y sus apuros:

1. Se consuela en que Dios tomaba nota muy especial de *sus huidas* (lit. su *vagar,* esto es, su vida errante de un lado para otro). David era por ahora un joven de menos de treinta años; no obstante, había hecho muchos traslados: de casa de su padre a la corte, de allí al campamento, y ahora iban a caza de él como de una perdiz en los montes; pero se consolaba con el pensamiento de que Dios se percataba de todos sus movimientos y contaba todos los pasos que daba entre fatigas de noche y de día. Mientras andaba errante, iba con frecuencia llorando; por eso añade: *«Pon mis lágrimas en tu redoma».* Como si dijese: «No dejes que se evaporen y desvanezcan, ni que desaparezcan de tu vista, sino presérvalas una por una y tenlas en cuenta *en tu libro,* en tu *"libro de recuerdo"»* (Mal. 3:16). Dios tiene redoma y libro para las lágrimas de los suyos y para los pecados de los malvados. Observa a los suyos con ternura y compasión, es afligido en sus aflicciones (v. Is. 63:9) y conoce a sus almas en la adversidad. Pablo recordaba las lágrimas de Timoteo (2 Ti. 1:4), y Dios no se olvidará de las penas de su pueblo, sino que los consolará conforme a la medida del tiempo en que los afligió y hará que quienes sembraron con lágrimas recojan con gozo. Lo que se siembra como lágrima brota como perla.

2. Se consuela en que sus oraciones tendrán poder para derrotar y desbaratar a sus enemigos, así como para obtener él mismo consuelo y ánimo (v. 9): *«Retrocederán, pues, mis enemigos el día en que yo clame;* no necesito más armas que oraciones y lágrimas; *esto sé, que Dios está por mí,* esto es, de mi parte: para defender mi causa, protegerme y librarme; y si Dios está por mí, ¿quién puede estar contra mí hasta prevalecer?» (comp. Ro. 8:31). El mejor modo de triunfar en esta lucha es hacerla de rodillas (Ef. 6:18).

3. Se consuela en que su fe en Dios le pondrá a salvo de todo miedo al hombre (vv. 10, 11). Aquí repite, con mayor entusiasmo, lo que había dicho (v. 4): *«En Dios alabaré su palabra;* es decir, dependeré con toda firmeza de su promesa en atención a quien la hizo. *En Dios he confiado,* sólo en Él y, por consiguiente, *no temeré, ¿qué puede hacerme la carne?* (lit. v. 11), aunque muy bien sé lo que haría si pudiera» (vv. 1, 2).

4. Hace memoria de que está ligado a Dios por voto (v. 12): *«Te debo, oh Dios, los votos que te hice*—no como una carga que me pesa y deseo quitarme de encima, sino como un emblema del que me glorío—. Habríamos de considerar como motivo de gozo *los votos que hemos hecho a Dios*—y renovar junto a la Mesa del Señor los votos que le hicimos en nuestro bautismo—; y los pronunciados en diversas ocasiones, bajo convicción o bajo corrección, para cumplirlos cuanto antes.

5. También se consuela con el pensamiento de que todavía tendrá más oportunidades de dar gracias a Dios (v. 12b): *«Te ofreceré sacrificios de acción de gracias»*. Esto formaba parte del cumplimiento de sus votos; pues es muy apropiado el que los votos de acción de gracias acompañen a las súplicas de favor y gracia, y cuando se ha recibido el favor ha de ser estimado como se merece, precisamente mediante la gratitud (v. 13): *«Porque has librado* (de nuevo, el pretérito profético) *mi alma* (es decir, *mi vida) de la muerte,* que estaba a punto de agarrarme». Si Dios nos ha librado del pecado, ya sea, mediante la gracia preveniente, de cometerlo, ya sea, mediante la gracia del perdón, de su castigo, tenemos motivos para reconocer que ha librado de la muerte nuestra alma, pues la muerte es la paga del pecado (Ro. 6:23). Sigue diciendo (probablemente, en pregunta, no para pedir información, sino como declaración enfática del resultado): «¿No (has librado) *mis pies de tropezar?»* Se apoya en lo que Dios ha hecho por él, para darle gracias de lo que todavía ha de hacer por él, y toma por sucedido lo que está por suceder. La última frase del salmo puede traducirse en forma afirmativa o mejor, al continuar la pregunta. *«Andar delante de Dios en la luz de los que viven»* equivale a llevar una vida iluminada por la presencia de Dios, en contraste con la oscuridad de una vida pecaminosa, que no es más que el preludio de las tinieblas del averno o del Seol.

SALMO 57

Este salmo se parece mucho al que le precede, fue redactado en ocasión similar, cuando David estaba en gran peligro de la vida, así como de caer en pecado; comienza como el anterior y la pauta que sigue es también la misma. I. Comienza con oración y queja, pero también con alguna seguridad de obtener respuesta a su oración (vv. 1–6). II. Concluye con gozo y alabanza (vv. 7–11).

Versículos 1–6

El título del salmo tiene un vocablo nuevo: *Al-tashheth = «No* destruyas», el cual se repite en los dos salmos siguientes y en el 75. Es, sin duda, el nombre de un cántico, del que quizá se encuentra una alusión en Isaías 65:8. Dicho título cuadra muy bien con el incidente al que el salmo se refiere. David no quiso destruir a Saúl cuando tenía una buena oportunidad para hacerlo y sus servidores estaban prestos a matar a Saúl (v. 1 S. 24:4–6). Aquí David:

1. Se sostiene con fe y esperanza en Dios, y en oración a Él (vv. 1, 2): *«Otórgame tu favor, oh Dios, otórgame tu favor»* (v. 1). Repite dos veces lo que había dicho al comienzo del salmo precedente. Para encomendarse al favor de Dios, profesa aquí:

(A) Que depende única y absolutamente de Dios (v. 1b): *«Porque en ti se ha refugiado mi alma»* (lit.). A los pies del trono de la gracia, profesa humildemente la total confianza que tiene en su Dios, y añade: *«Y en la sombra de tus alas me ampararé* como se amparan los polluelos bajo las alas de la gallina cuando las aves de presa se van a lanzar sobre ellos *hasta que pasen las desdichas»*. Confiaba en que sus calamidades terminarían bien a su debido tiempo, y se consolaba en la bondad de la naturaleza de Dios, quien está presto a socorrer y proteger a su pueblo, como la gallina está presta, por su instinto, a amparar y resguardar a sus polluelos.

(B) Que todo su deseo es hacia Dios (v. 2): *«Clamaré al Dios Altísimo,* a fin de obtener socorro y alivio; al que es Altísimo levantaré mi alma en clamor de oración, *al Dios que me favorece»* (mejor, *que lo lleva a cabo para mí).*

(C) Que todo lo espera de Dios (v. 3): *«Él enviará de los cielos y me salvará, etc.»*. Quienes hacen de Dios su único refugio y vuelan a Él por medio de la fe y de la oración, pueden estar seguros de que serán protegidos y librados, del modo y en el tiempo que a Dios plazca. Ni amparo ni ayuda halla en esta tierra, mire a donde mire; pero lo espera todo eso del Cielo. Quienes elevan su corazón a las cosas de arriba

pueden esperar de allí todo bien (v. 3b): *«Dios enviará su misericordia y su verdad»* = su amor y su fidelidad. Con eso tenemos bastante para ser dichosos (25:10).

2. Expone el poder y la maldad de sus enemigos (v. 4): *«Mi vida está entre leones»*. Describe sus malvadas maquinaciones contra él (v. 6) y muestra también el resultado: *«Red han tendido a mis pasos*, para poder atraparme y para que no pueda yo escapar de sus manos; *cavaron una fosa delante de mí*, a fin de que me hunda en ella tomándome de improviso». Pero veamos lo que sale de ahí: (A) A David le causa algún quebranto: *«Se ha abatido mi alma»*. Pero: (B) Ellos quedan destruidos: *«En ella han caído ellos mismos»*.

3. Ora a Dios para que Él y su gran nombre sean glorificados (v. 5): Pase lo que pase con respecto a mis cosas, *«¡álzate, oh Dios, sobre los cielos! ¡Sobre toda la tierra sea tu gloria!* ¡Que todos los habitantes de la tierra lleguen a conocerte y alabarte!» Así deberíamos llevar dentro del corazón el deseo de la gloria de Dios y estar preocupados de ella más que de cualquier otra cosa o circunstancia que pueda afectarnos a nosotros. Cuando David estaba en medio de su mayor apuro y calamidad, no dijo: *¡álzame!*, sino *¡álzate!* Del mismo modo, el Hijo de David, al estar su alma en la mayor turbación, oró y dijo: *«Padre, sálvame de esta hora»*. Pero añadió enseguida: *«Padre, glorifica tu nombre»* (Jn. 12:27, 28).

Versículos 7–11

¡Cuán extrañamente cambia ahora el tono! La oración y las quejas de David se cambian de repente, en virtud de la fe, en alabanzas y acciones de gracias. Obsérvese:

1. Cómo se prepara para esos actos de devoción (v. 7): *«Firme está mi corazón, oh Dios; mi corazón está firme»* (lit. Comp. 51:12). Antes estaba abatido (v. 6); ahora está preparado para lo que venga, pues está *confiado en Jehová* (112:7; Is. 26:3).

2. Cómo se estimula a sí mismo (v. 8): *«Despierta, gloria mía»*, esto es, la lengua (pues la lengua es nuestra gloria sobre los brutos animales, especialmente cuando se emplea en las divinas alabanzas) o, más bien, el alma, el soplo salido del pecho de Dios (v. también 7:6; 16:9; 30:13).

3. Cómo se complace, y hasta se gloría, en esta obra de alabanza. Resuelve *darle gracias* (mejor que *alabarle) entre los pueblos y cantar de Él entre las naciones* (v. 9). Esto insinúa; (A) Que estaba dispuesto a hacer que la tierra resonara con sus cánticos sagrados, a fin de que todos se diesen cuenta de lo mucho que se sentía deudor a la bondad de Dios. (B) Que deseaba persuadir a otros a que se unieran a él en las alabanzas y acciones de gracias a Dios. Poco podía sospechar David que, en efecto, a lo largo de todos los siglos, las iglesias harían uso de sus salmos para alabar a Dios.

4. Cómo se provee de material para dicha acción de gracias (v. 10): *«Porque grande es hasta los cielos tu misericordia y hasta el firmamento tu verdad»*. Y, a continuación, termina el salmo y repite (v. 11) lo que había dicho en el versículo 5. Comenta Delitzsch: «Mayores palabras de oración que éstas nunca salieron de labios humanos. Dan a entender que el cielo y la tierra tienen una historia mutuamente entretejida, y que el bendito y glorioso final de ella será el amanecer de la divina gloria sobre ambos».

SALMO 58

Hay quienes opinan que Saúl, antes de comenzar a perseguir a David por la fuerza de las armas, le formó proceso por curso legal, en el que David fue condenado por traidor sin ser oído, y declarado por el gran concejo como «lobo fuera de ley», a quien cualquiera podía matar y nadie debía proteger. En este caso, se comprende bien la vehemente invectiva de David contra los jueces inicuos. Sin embargo, no hace falta recurrir a tal conjetura para comprender la indignación de David en este salmo. Aquí David: I. Describe el pecado de los jueces (vv. 1–5). II. Impreca y predice su ruina (vv. 6–9), la que había de redundar. 1. En consuelo de los santos (v. 10) y 2. En gloria de Dios (v. 11).

Versículos 1–5

De dos cargos culpa aquí David a los jueces inicuos:

1. De corrupción en su gobierno. Formaban un gremio, por lo que podía esperarse de ellos que no fuesen capaces de aceptar soborno; con todo, parece ser que sí lo eran, puesto que el hijo de Cis podía hacer por ellos lo que no pudo el hijo de Isaí (1 S. 22:7). A estos jueces que así abusaban del derecho y oprimían a los inocentes, se dirige David aquí (v. 1): *«¿De verdad pronunciáis justicia, oh dioses?»* (lit.). Los llama «dioses»—nota del traductor (v. Jn. 10:34, comp. con 82:66—) por la facultad de juzgar, autoridad delegada del único que puede juzgar: Dios (comp. Mt. 7:1). No obstante, el vocablo hebreo *elem* es oscuro, y ya Kimchi lo tradujo por «compañía». Tendríamos así el *«gremio de justicia»,* al que parece aludir M. Henry. Cualquiera sea la traducción, vale la invectiva de David, como si dijese: «No, no juzgáis con justicia; vuestra conciencia misma os está gritando que no respondéis a la confianza que en vosotros se ha depositado como magistrados de la nación, pues (v. 2) *de corazón maquináis iniquidades; hacéis pesar la violencia de vuestras manos en la tierra».* Cuanto más empeñado está el corazón en una acción mala, tanto mayor es la maldad de tal acción (Ec. 8:11). ¿Y cuál era esa maldad? Que empleaban la balanza de la justicia, que tiene que ser una balanza justa (comp. Job. 31:6), para hacer que la violencia tuviese mayor peso que la equidad. Lo hacían en balanza falsa, pero bajo color de justicia, que es aún peor.

2. De corrupción en su naturaleza. Esta era la raíz de amargura de la que brotaba la hiel y el ajenjo (v. *3*): *«Torcidos están los impíos desde la matriz* (lit. *enajenados); enajenados de la vida de Dios* (Ef. 4:18), y de sus principios, poderes y goces. Bien se les llama *torcidos desde la matriz,* de nacimiento; por lo que no se puede esperar de ellos otra cosa, sino el que obren traicioneramente (Is. 48:8). Se extravían de Dios tan pronto como nacen (es decir, tan pronto como pueden); la insensatez que está ligada al corazón de ellos aparece con el primer funcionamiento de su razón. Tres ejemplos se dan aquí de la corrupción de su naturaleza: (A) Falsedad. Pronto aprenden a decir mentiras y, para ello, doblan sus lenguas como sus arcos (v. Jer. 9:3). (B) Mala intención. Su *veneno* (*su* mala voluntad) *es como veneno de serpiente* (v. 4), el cual nace con la serpiente misma y no puede menos de hacer daño, de lo cual no cabe curación: ni la serpiente puede ser sanada de él ni los que son mordidos por ella. (C) Mala conciencia. De la misma manera que el áspid se hace el sordo a las artes del encantador (vv. 4, 5), así estos jueces inicuos se hacen el sordo a la voz de la conciencia hasta que la tienen cauterizada (1 Ti. 4:2), es decir, insensible. Acerca de esta clase de áspid sordo hay una leyenda según la cual cuando mediante la música u otro modo de encantamiento, se trata de hacerlo inofensivo, pega un oído al suelo y se tapa el otro con la cola, con lo que ya no puede oír la voz del encantador y así hace fracasar la intención de dominarlo.

Versículos 6–11

En estos versículos tenemos:

1. Las oraciones de David contra sus enemigos, que son los enemigos de Dios y de su pueblo. (A) Ora que queden incapacitados para obrar más mal (v. 6): *«Oh Dios, rompe sus dientes en sus bocas».* No precisamente para que no coman, sino para que no devoren a otros (3:7). No pide que les rompa el cuello, sino los dientes; que vivan y se arrepientan, pero que no puedan hacer daño a otros. (B) Ora que fracasen los planes de ellos (v. 7): *«Cuando disparen sus saetas, sean hechas pedazos»* (ésta es la traducción más probable). No pide que se vuelvan contra ellos, sino que se conforma con que no den en el blanco. (C) Ora que ellos y sus afanes y negocios paren en nada: *«Sean como aguas que se escurren y* se quedan en nada durante la estación seca (v. 7), *como la babosa que se deslíe* (v. 8), y alude a la creencia popular de que el rastro que deja la babosa (o limaco) es la disolución de su propia sustancia; y como el feto abortivo (v. 8b).

2. David predice luego la ruina de sus enemigos (v. 9): *«Antes que vuestras ollas sientan la llama de los espinos, verdes o quemados, que los arrebate la tempestad»,* con lo que alude a lo que suele suceder en el desierto cuando un viajero, como dice el Dr. Cohen, recoge espinos como combustible con el que cocer su comida, pero surge de repente un ventarrón que los esparce antes de que ardan lo suficiente. Del mismo modo pide David que los juicios de Dios sorprendan a los impíos en medio de su jolgorio. Dos cosas se promete el salmista como efecto de la destrucción de los malvados: (A) Que los santos se animen con ello (v. 10): *«Se alegrará el justo cuando vea la venganza»* (lit.), esto es, el castigo de Dios. La prosperidad y el éxito de los impíos son desaliento para los justos, les entristecen el corazón y, a veces, son una fuerte tentación pues les hace dudar del fundamento en que se apoyan (73:2, 13). Pero cuando ven el castigo de Dios, se alegran al ver confirmada su fe en la providencia de Dios y en la justicia con

que gobierna el mundo. (B) Que los pecadores queden convictos y convertidos con ello (v. 11): *«Entonces dirán los hombres* (hebreo, *Adán* = la humanidad en general): *Ciertamente hay galardón para el justo».* No cabe duda de que muchos lo dirán con plena convicción, pues, en contraste con los jueces inicuos, los hombres declararán que *«hay un Dios que juzga en la tierra».* No es un hombre, por poderoso que sea, no es un héroe de leyenda, no es un ángel, sino el Dios Todopoderoso y Justo quien juzga en el mundo. Nota del traductor: En la última línea del salmo tenemos el hecho extraño, insólito, de un participio en plural *(shofetim* = que juzgan), con lo que concuerda con *Elohim* = Dios. El propio rabino Dr. Cohen hace notar lo «insólito» del caso. Sin forzar la máquina, y supuesta la revelación del Nuevo Testamento, podemos compararlo con Juan 5:22; 16:8, con lo que tenemos *tres* que juzgan.

SALMO 59

Este salmo es de la misma naturaleza y tiene el mismo objetivo que los seis o siete salmos precedentes; todos ellos están llenos de las quejas de David acerca de la mala voluntad de sus enemigos y de sus crueles planes contra él; igualmente contienen las oraciones y profecías contra ellos, así como el consuelo y la confianza que tenía en Dios como en su Dios. El primero es el lenguaje de la naturaleza y puede ser permitido; el segundo, el del espíritu profético, con miras a Cristo y a los enemigos de su reino, y por tanto no ha de tomarse como precedente; el tercero es el lenguaje de la gracia de la fe, y cada uno de nosotros debería imitarlo. En este salmo: I. Ora a Dios que le defienda y le libre de sus enemigos (vv. 1–7). II. Prevé y predice la destrucción de sus enemigos (vv. 8–17).

Versículos 1–7

Saúl envió un grupo de su guardia a poner cerco a la casa de David, a fin de echarle mano y matarle (v. 1 S. 19:11). Sucedió cuando empezaron de nuevo sus hostilidades contra David, quien poco antes había escapado a duras penas de la jabalina de Saúl. Estos primeros estallidos del furor maligno de Saúl no pudieron menos de turbar a David e infundirle terror y tristeza, a pesar de lo cual conservó su comunión con Dios y su compostura de ánimo, de tal modo que nunca estuvo bajo de forma para orar y alabar a Dios.

1. Ruega David ser librado de las manos de sus enemigos (v. 1): *«Líbrame de mis enemigos, oh Dios mío. Tú* eres *mi* Dios y puedes librarme; eres *mi* Dios, bajo cuya protección me he puesto; *ponme a salvo* (lit. *ponme en alto)* de los que se levantan contra mí ¡Líbrame! ¡Sálvame!» Ora (v. 4): *«Despierta para venir a mi encuentro;* es decir, para ayudarme. Toma nota de mi caso y ejercita tu compasión y tu poder para librarme». De modo semejante se dirigieron los discípulos al Señor en medio de la tormenta, cuando le despertaron y le dijeron: *Maestro, sálvanos, que perecemos.* Con el mismo empeño habríamos de orar nosotros cada día para ser defendidos y librados de nuestros enemigos espirituales, de las tentaciones de Satanás y de la corrupción de nuestro corazón, todos los cuales hacen guerra a nuestra vida espiritual.

2. Suplica ser librado. Nuestro Dios nos permite que apelemos a Él, no para moverle, sino para movernos a nosotros mismos. Así lo hace David aquí.

(A) Apela al mal carácter de sus enemigos (v. 2). Son *obradores de iniquidad* y, por tanto, no sólo enemigos suyos, sino también de Dios; son *sanguinarios* y, por tanto, no sólo enemigos suyos, sino de toda la humanidad.

(B) Apela a la mala voluntad que tienen contra él y al inminente peligro que corría por culpa de ellos (v. 3): *Están acechando mi vida,* buscan una oportunidad para hacerme daño; *se han juntado,* se han coligado contra mí. Se dan prisa a poner por obra sus planes (v. 4): *«Sin delito mío corren y se apostan,* con la mayor rapidez y furia, para mi mal». Hace notar en particular la brutal conducta de los emisarios de Saúl (v. 6): *«Vuelven a la tarde* (como los perros en el Oriente, al caer el día, en busca de desperdicios por las calles), para consumar su obra de iniquidad en las tinieblas, y *desbarran a boca llena* (v. 7)». Aquí deja a un lado la comparación con los perros, y presenta a sus enemigos borbotando palabras maliciosas, mortíferas como *espadas,* hasta quebrantarle los huesos (42:10), pues tienden a manchar su reputación.

(C) Apela a su inocencia, no en cuanto a Dios (pues nunca dejaba de confesarse culpable ante Él), sino en cuanto a sus enemigos, pues nunca les había hecho ningún mal: *«No por falta mía ni pecado mío,*

oh Jehová; tú lo sabes bien» (v. 3). Y de nuevo (v. 4): *«Sin delito mío»*. La inocencia de los piadosos no les pone a salvo de la malignidad de los impíos. Aun cuando nuestra inocencia no nos ponga a salvo de problemas y apuros, sí que nos sostendrá y consolará grandemente bajo esos apuros. Si somos conscientes de nuestra inocencia, podemos apelar a Dios con humilde confianza y rogarle que mantenga en alto nuestra causa contra los que se oponen a nosotros.

(D) Apela a que sus enemigos son mundanos y ateos, y se jactan de poder conspirar contra David y de menospreciar a Dios (v. 7): *«Porque dicen: ¿Quién lo oye?»* (con lo que aluden ciertamente a Dios. V. 10:11; 94:7).

3. Se encomienda a sí mismo, y encomienda su causa, al justo juicio de Dios (v. 5): *«No tengas misericordia de ninguno de los pérfidos traidores»*. Y, para mayor énfasis, añade un *Selah*. Aunque él mismo había transgredido, era un transgresor arrepentido y no había persistido obstinadamente en lo que había cometido. Por eso podía apelar a Dios de esa manera.

Versículos 8–17

1. David se anima ahora, con respecto al poder amenazador de sus enemigos, con la piadosa resolución de esperar en Dios. El versículo 9—nota del traductor—en su primera frase ofrece un súbito cambio de persona, pues dice literalmente: *«¡Su fuerza! En ti esperaré!»* La llamada *Versión Autorizada* inglesa, que M. Henry usa, así como la judía, traducen: *«A causa de su fuerza, te aguardaré»*, con lo que la traducción resulta algo forzada. Creo que es mejor traducir literalmente, como acabo de hacer. Aguardar a Dios en momentos de peligro y dificultad es una muestra de sabiduría y buen cumplimiento del deber, pues Él es nuestro refugio (lit. *nuestra torre alta).* David espera que Dios sea para él un Dios de amor misericordioso (v. 10): *«Mi Dios me saldrá al encuentro con su misericordia* (hebreo, *jesed),* esto es, con las bendiciones de su bondad y los dones de su misericordia, superará mi expectación». Todos los favores que tiene Dios en reserva los tiene reservados para nosotros y está dispuesto a conferírnoslos. Aquí hay varias cosas que David prevé y predice con respecto a sus enemigos:

(A) Prevé que Dios los expondrá al ridículo, pues al ridículo se habían expuesto ellos (v. 8): «Ellos piensan que Dios no los oye (v. 7), *mas tú, Jehová, te reirás de ellos* por su necedad al pensar que el que plantó el oído no puede oír, y *te burlarás de todas las naciones* que viven sin Dios en el mundo». Dios hará de ellos un monumento perenne de su justicia (v. 11) *«No los mates de repente, para que mi pueblo no lo olvide»*. Así Caín, aunque era un asesino, no fue muerto, sino sentenciado a ser un fugitivo vagabundo. Y continúa: *«¡Dispérsalos con tu poder y abátelos,* para que no vuelvan a reunirse con intención de hacer el mal, *oh Señor* (hebreo, *Adonay*, no *Jehová), escudo nuestro!»* A continuación, expone el cargo contra ellos (v. 12): *«Por el pecado de su boca, por la palabra de sus labios, y por la maldición y mentira que profieren, queden prendidos en su insolencia,* esto es, en su orgullo y autosuficiencia». Saúl y los suyos pensaban que tenían en sus manos el gobierno de todas las cosas, pero deben aprender que hay Uno más alto que ellos y es el que de veras *gobierna en Jacob* (v. 13b) y aun *hasta los confines de la tierra,* pues todas las naciones caen dentro del territorio de su reino. Su gran pecado era que iban a la caza de David para hacer presa en él; su castigo será ser reducidos a una pobreza tan extrema que irán como perros vagabundos en busca de desperdicios con los que satisfacer su hambre.

(B) Predice así que se verán forzados a vagabundear en busca de alimento (vv. 14, 15). *«Ladrarán como perros»*. Cuando iban en busca de David, también ladraban como un perro furioso que embiste; pero ahora ladrarán como perros hambrientos que aúllan como lobos. Quienes se arrepienten sinceramente de sus pecados *gimen como palomas,* pero los que endurecen su corazón *ladran como perros. Y si no se sacian, pasan* (toda) *la noche* (hebreo, *yalinu);* se sobrentiende, buscando algo que comer; de forma que, si la gente les echa algo de comer, no es por buena voluntad, sino para quitárselos de encima. Lo que hace desdichado a un hombre no es la pobreza, sino el descontento.

2. David abriga esperanzas de alabar a Dios, de que la providencia de Dios le concederá materia para alabarle, y de que la gracia de Dios producirá en él un corazón dispuesto a la alabanza y la gratitud (vv. 16, 17). (A) Quiere alabar el poder y la misericordia de Dios; ambos serían el tema de su cántico. El poder sin la misericordia sólo infunde miedo; la misericordia sin poder es un sentimiento incapaz de prestar ayuda eficaz; pero el poder con el que *puede* ayudarnos, y la compasión por la que *quiere* ayudarnos, serán justamente objeto de alabanza eterna para todos los santos. David quiere alabarle y darle gracias de antemano, porque había hallado en Él, más de una vez, su defensa y su refugio en días de apuro. (B)

Quiere alabarle *de mañana,* cuando se siente seguro y aliviado después de una noche en que sus enemigos le han buscado sin darle caza; y quiere alabarle *cantando en voz alta* (así lo da a entender el original), como quien está tan impresionado por el poder y la misericordia de Dios, y tan decidido a glorificarle, que no se avergüenza de hacerlo en voz alta y en público, a fin de que también otros se sientan estimulados a imitarle.

SALMO 60

Este salmo comienza con un aire de derrota para terminar con clamor de victoria. Alude a la guerra narrada en 1 Crónicas 19:6–19. Vemos que David era tan devoto en su adversidad como en su prosperidad. Aquí: I. Reflexiona sobre el estado de humillación nacional durante bastantes años (vv. 1–3). II. Toma nota del feliz cambio que se había operado recientemente (v. 4). III. Ora a Dios que Israel se vea libre de sus enemigos (v. 5). IV. Canta victoria con la esperanza de sus triunfos (vv. 6–12)

Versículos 1–5

El objetivo general del salmo. Es un *mictam,* término musical, y tiene por objeto *enseñar*. Está acomodado a la tonada de *«lirio de testimonio»* (hebreo, *shushán eduth).* Los levitas tenían a su cargo enseñar al pueblo dicho salmo y, por medio de él, estimularle a confiar en Dios y cantar victoria en Él. En estos versículos, con los que empieza el salmo, tenemos:

1. Un memorial melancólico de las muchas desdichas y decepciones que Dios les había hecho sufrir durante varios años. (A) Se queja de *cosas duras* que les había hecho *ver* (v. 3); es decir, *sufrir,* mientras los filisteos y otros malos enemigos de Israel se habían aprovechado de su desventajosa situación. (B) Reconoce que el desagrado de Dios es la causa de todas las cosas duras que han experimentado (v. 1): *«Oh Dios, tú nos has desechado, nos quebrantaste; te has airado y,* en esa ira, nos has maltratado; de lo contrario, no habrían podido nuestros enemigos prevalecer contra nosotros». (C) Se lamenta de los malos efectos y de las terribles consecuencias del infortunio de los últimos años. Toda la nación estaba convulsa (v. 2): *«Hiciste temblar la tierra».* El pueblo estaba consternado (v. 3b): *«Nos hiciste beber vino de aturdimiento;* estábamos como borrachos que no saben lo que se hacen ni cómo puede ser compatible esa situación con las promesas de Dios» (comp. con Is. 51:17, 22; Jer. 25:15 y ss., donde se habla del *cáliz de la ira* de Dios). Cuando disfrutamos de los favores de Dios es bueno recordar las pasadas desdichas, pues ese recuerdo puede servir para estimular nuestro gozo y nuestra gratitud.

2. Una nota agradecida del ánimo que Dios les había dado con la esperanza de que, aunque las cosas habían marchado mal por largo tiempo, ahora comenzarían a enmendarse (v. 4): *«Has dado a los que te temen una bandera* (lit.), *para que sea desplegada por la causa de la verdad:* por la verdad de la promesa que cumplirás y en defensa de la verdad de la equidad» (45:4). Esta bandera era el gobierno de David, así como su establecimiento y ampliación sobre todo Israel. Unía a todos los israelitas, del mismo modo que la bandera nacional une a los soldados mientras infundía terror a los enemigos, contra los que constituía un perenne desafío. Cristo, el Hijo de David, había de ser *por pendón a los pueblos* (Is. 11:10); por bandera a los que temen a Dios; en Él se glorían y toman ánimos, como en el centro de su unidad; en su nombre y por su poder libran batalla con los poderes de las tinieblas, y bajo su mando triunfa la Iglesia de todos sus enemigos.

3. Una humilde petición de misericordia (v. 1): *«¡Vuélvete a nosotros!* ¡Sonríenos, ponte en paz con nosotros y, en esa paz, tendremos paz! *¡Repara las grietas* (de nuestra tierra), *porque se desmorona!* (v. 2b); no sólo las grietas hechas por nuestros enemigos, sino también las que hemos hecho entre nosotros mismos con nuestras desdichadas divisiones». Así es como podían ser preservados de caer en manos de sus enemigos (v. 5): *«Para que se libren tus amados, salva con tu diestra y* con los hombres de quienes te place hacer los instrumentos de tu diestra *y óyeme».* El pueblo de Dios en oración puede tomar las liberaciones generales de la iglesia como respuestas a sus oraciones en particular.

Versículos 6–12

Aquí David se regocija en la esperanza y ora con esperanza (v. 6): *«Dios ha hablado por su santidad* (lit. Comp. 89:35); ha dado su palabra y no le mentirá a David» (Las frases siguientes—nota del traductor—, hasta el final del versículo 8 se han de entender como dichas por Dios como aliado y jefe de las huestes de Israel; así lo sugiere el original).

1. David (con Dios—véase la nota anterior—) se regocija con la perspectiva de dos cosas:

(A) El cumplimiento de la promesa de Dios, *hecha por su santidad,* de llevar a cabo la unión de su reino bajo su único cetro, pues David no duda de que todo el reino es suyo como lo es de Dios; está tan seguro de ello como si lo tuviese ya en su mano: *«Repartiré a Siquem* (ciudad agradable en el monte Efraín), y *mediré el valle de Sucot,* como posesión mía. *Mío es Galaad y mío es Manasés,* pues ambos se hallan enteramente reducidos a mi dominio (v. 7)». Efraín había de proporcionarle soldados para su guardia personal, del mismo modo que el *yelmo* protege la *cabeza* del soldado, mientras que Judá era *el cetro* (Gn. 49:10) de Dios, puesto en manos de David, de la tribu de Judá. Mejor que David, podemos decir nosotros con palabras de Pablo: *«Todo es nuestro, y nosotros de Cristo»* (1 Co. 3:22, 23).

(B) La conquista de las naciones vecinas, que tanto habían vejado a Israel, que todavía eran muy peligrosas y se oponían a David (v. 8). Los moabitas fueron hechos siervos de David *(jofaina para lavarse),* como vemos por 2 Samuel 8:2. Edom pasará a ser posesión suya, como lo simboliza el *echar sobre ella el calzado* (v. Rt. 4:7). En cuanto a los filisteos, hasta ahora habían cantado victoria sobre él, pero pronto se verían obligados a cambiar de tono.

2. Sin embargo, la guerra no ha terminado aún. La capital de Edom (Petra) era una *ciudad fortificada* (v. 9) por su magnífica situación. Y David pregunta aquí: *«¿Quién me conducirá* hasta ella?» Como si dijese: «Su situación es de difícil acceso, especialmente para un ejército, ya que se necesita atravesar por entre montes y peligrosos desfiladeros». Sin embargo, David confía en que Dios, que *ha hablado por su santidad,* podrá y querrá conducirle victorioso hasta ella (v. 10): *«¿Quién sino tú, oh Dios, etc.?»* Al mismo tiempo, vuelve a tomar nota del desagrado que anteriormente le había mostrado Dios en los extraños designios de su providencia: *«que nos has desechado, y no sales ya, oh Dios, con nuestros ejércitos».* Al mismo tiempo que reconocen la justicia de Dios en lo pasado, esperan en la misericordia de Dios para lo futuro.

3. Ora con esperanza (v. 11): *«Danos socorro contra el enemigo».* Aunque tienen esperanza en la victoria, todavía se ven en peligro, pues la guerra no ha terminado todavía, a pesar de que ellos llevan ya la mejor parte. Saben muy bien que, por excelente que sea la victoria ya lograda, aún están en sumo peligro si Dios no les presta su ayuda. Por eso añade: *«Porque vana es la ayuda de los hombres, pero con Dios haremos proezas, etc.»* (vv. 11, 12). Tengamos en cuenta que, aun cuando *Dios haga todas las cosas por nosotros,* hay algo que hemos de hacer nosotros. La esperanza en Dios debe ser acicate, no freno, de bravura. Quienes cumplen con su obligación bajo el mando de Dios, pueden hacerlo con valentía, puesto que ¿qué necesidad tienen de temer los que tienen a Dios de su parte?

SALMO 61

En este salmo, como en muchos otros, David comienza con oraciones y lágrimas pero termina con cánticos de alabanza. Probablemente hace referencia al tiempo de la revuelta de Absalón. I. David invoca a Dios ya que antes le había protegido (vv. 1–3). II. Invoca a Dios porque Dios ha provisto bien para él (vv. 4, 5). III. Alaba a Dios porque está seguro de que Dios continuará dispensándole su favor (vv. 6–8).

Versículos 1–4

1. La íntima comunión de David mediante la oración en el día de su apuro y angustia (v. 2): «Pase lo que pase, *clamaré a ti,* como quien no te dejará marchar a menos que le bendigas». Esto lo hará *desde el confín de la tierra,* es decir, desde el más remoto y oscuro rincón del país. *«Aunque mi corazón desmaye*—viene a decir—, no está tan hundido ni tan cargado como para no levantarse a ti en oración. ¡No! Precisamente porque está desmayado, por eso *clamaré a ti,* pues por ese medio se sostendrá y será aliviado.» El llanto debe avivar la oración, no matarla.

2. La petición especial que hace a Dios cuando su corazón desmaya y está próximo a hundirse (v. 2b): *«Llévame a la roca inaccesible para mí;* es decir, a la roca que está demasiado alta para mí a no ser que tú me levantes hasta ella; a la roca en cuya cima me hallaré más lejos del alcance de mis apuros y más cerca de la serena y tranquila región. Levántame tú, pues yo no puedo hacerlo por mi propia fuerza o sabiduría». La roca es Cristo; quienes están en ella, están a salvo.

3. Su deseo y expectación de una respuesta de paz. Ruega con fe (v. 1): *«Oye, oh Dios, mi clamor; a mi oración atiende;* esto es, permíteme tener el consuelo de saber que me oyes (20:6) y, a su debido tiempo, haz que tenga lo que te pido».

4. El fundamento de esta expectación y la apelación que emplea para reforzar su petición (v. 3): *«Porque tú has sido mi refugio;* en ti he hallado una roca más alta que yo; por tanto, confío en que me conducirás a esa roca».

5. Su resolución de continuar en el camino de su deber para con Dios y de su dependencia de Él (v. 4). David estaba ahora exiliado del santuario y esto era lo que más tristeza le causaba, pero está seguro de que Dios, en su bondadosa providencia, le hará volver. Habla de *habitar* en ese santuario para *siempre,* porque el tabernáculo era tipo y figura del Cielo (He. 9:8, 9, 24; Ap. 21:3). Quienes viven en el santuario de Dios, en cuanto que es la casa del deber, durante su breve *siempre* de esta vida vivirán en el tabernáculo que es la casa de la gloria, durante un eterno *siempre.* Y añade (v. 4b): «*me refugiaré en el escondedero de tus alas» (lit*.) como los polluelos se refugian bajo las alas de la gallina para hallar calor y protección.

Versículos 5–8

1. Con qué placer vuelve la vista David hacia lo que Dios había hecho por él en el pasado (v. 5): *«Porque tú, oh Dios, has oído mis votos».* Dios es testigo de todos nuestros votos, de todos nuestros buenos propósitos y de todas nuestras solemnes promesas de obediencia. Las oraciones que Dios le había oído y respondido favorablemente le animan a orar ahora (v. 1): *«Oye, oh Dios, mi clamor, etc.* Tú has oído mis votos y les has dado respuesta favorable, pues (v. 5b) *me has dado la herencia que otorgas a los que temen tu nombre».* No necesitamos desear mejor herencia que la de aquellos que temen a Dios.

2. Con qué seguridad mira hacia delante para la continuación de su vida (v. 6): *«Prolongarás la vida del rey»* (lit. *añadirás días a los días del rey).* Sin embargo—nota del traductor—es más probable la versión de nuestra Reina-Valera, en optativo *(«Añade,* etc.»), como lo hace también la versión judía inglesa. En todo caso, David esperaba que, así como por la vía del deber había de habitar siempre en el tabernáculo de Dios (v. 4) así había de permanecer por largos días delante de Dios por la vía del consuelo.

3. Con qué santa importunidad suplica a Dios que le guarde siempre bajo su protección (v. 7b): *«Designa a la misericordia y la verdad, para que lo preserven* (al rey. lit.) ¡Que sean ellas algo así como sus ángeles custodios!» (57:4). David está seguro de que Dios le prolongará la vida y, por eso, ruega que Dios se la preserve; no pide que le asigne una fuerte guardia personal, ni un castillo fortificado, sino que le prepare la misericordia y la verdad para su preservación. No necesitamos para estar seguros ninguna otra cosa, sino la protección de la misericordia y de la verdad de Dios.

4. Con qué alegría promete alabar y dar gracias a Dios (v. 8): «Así *cantaré tu nombre para siempre, cumpliendo mis votos cada día».* La alabanza que tributaba a Dios ya era en sí misma el cumplimiento de sus votos.

SALMO 62

No hallamos en este salmo ningún detalle por el que podamos colegir cuándo y por qué compuso David este salmo, pero la circunstancia más apropiada sería la revuelta de Absalón. Aquí David: I. Halla placer en profesar su confianza en Dios y su dependencia de Él (vv. 1–7). II. Anima grandemente a otros a confiar igualmente en Dios, no en criatura alguna (vv. 8–12).

Versículos 1–7

1. David profesa su dependencia de Dios, y sólo de Dios, para todo bien (v. 1): *«Solamente en Dios descansa (o espera en silencio) mi alma.* Por muchas que sean las dificultades o los peligros que me salgan al encuentro, y aunque Dios esté enojado conmigo y sufra yo alguna decepción en las esperanzas que tengo puestas en Él, mi alma—no obstante—espera a Dios en silencio; no digo nada en contra de lo que Él hace, sino que aguardo tranquilamente lo que Él hará; yo sé que *de Él viene mi salvación y,* por tanto, aguardo pacientemente hasta que llegue lo que Él ha de hacer, pues su tiempo es el mejor tiempo».

2. El fundamento y el motivo de esta dependencia (v. 2): *«Solamente Él es mi roca y mi salvación; es mi torre alta»* (lit.). Como si dijese: «Toda criatura es insuficiente; son nada sin Él; por tanto, miraré, por encima de ellas, hacia Él».

3. El provecho que saca de esta confianza en Dios: «Si Dios es mi fuerza y mi poderoso libertador, *no resbalaré,* no vacilaré, *mucho;* quizá sea sacudido, pero no seré hundido» (v. 2b). En poco tiene todos los intentos de sus enemigos: *«¿Hasta cuándo, etc.?»* (vv. 3, 4). Como si dijese: «¿Cuándo os convenceréis de vuestro error? ¿No se va a acabar nunca vuestra mala voluntad?» En el fondo de esta mala voluntad había envidia; les enojaba el que David prosperase y, por eso, intentaban obstaculizar su promoción y echaban mano de calumnias: *«Aman la mentira; con su boca bendicen* (me lisonjean en mi cara), *pero maldicen en su corazón».* Eran unos hipócritas. Es peligroso poner nuestra confianza en hombres tan falsos como éstos; pero Dios es fiel y David se anima a continuar esperando en Dios (vv. 5–7): «Si Dios quiere salvar mi alma, puede hacer conmigo cuanto le plazca respecto a todo lo demás y yo me conformaré con lo que Él disponga, ya que sé que todo ha de redundar en mi salvación» (v. Fil. 1:19). Repite (v. 6) lo que había dicho de Dios (v. 2), como quien tiene fijo el pensamiento en algo: *«Solamente Él es mi roca y mi salvación; no resbalaré».* Aquí ya no añade *«mucho»,* porque, con esta confianza en Dios, sabe que no titubearán sus pies ni mucho ni poco. Y, de la misma forma que su fe va ganando grados, también su gozo en Dios aumenta hasta estallar en gritos de victoria (v. 7): *«En Dios está mi salvación y mi gloria, etcétera».*

Versículos 8–12

Aquí tenemos la exhortación que hace David a otros a que confíen en Dios y esperen en Él.

1. Aconseja a todos a esperar en Dios (v. 8) como lo hace él. A todos se les invita a confiar en Dios, pues Él es la *esperanza de todos los términos de la tierra* (65:5): *«Esperad en Él,* depended de Él, pues Él actuará a vuestro favor con su sabiduría y su bondad, su poder y su promesa, su providencia y su gracia. Hacedlo *en todo tiempo y derramad delante de Él vuestro corazón».* Esta expresión parece aludir a las ofrendas de libación hechas en el santuario ante Jehová. Cuando confesamos arrepentidos nuestros pecados, nuestro corazón es derramado como una libación ante Jehová (v. 1 S. 7:6). Pero aquí se refiere a la oración, la cual, si es como debe ser, es como derramar el corazón ante Dios, pues ante Él hemos de poner nuestros problemas y nuestros deseos, y lo hemos de hacer con humilde libertad y hemos de someter pacientemente nuestra voluntad a la suya. *«Dios es nuestro refugio»* (v. 8b), no sólo *mi* refugio, como en los versículos 2, 5 y 7, sino un refugio para todos cuantos acudan a Él para ampararse en la sombra de sus alas.

2. Nos advierte que seamos cautos para no poner nuestra confianza donde no es debido. No confiemos en los hombres, pues son (v. 9) como *soplo* que se desvanece en el aire y como una *mentira,* pues todo su poder y riqueza son engañosos e inestables. *Pesándolos a todos juntos en la balanza, serán más leves que un soplo;* es decir, el platillo en el que se les ponga subirá enseguida, aun cuando en el otro platillo no haya más que un soplo. Sobre todos ellos puede escribirse: «TEKEL: *Has sido pesado en balanza, y fuiste hallado falto de peso»* (Dn. 5:27). No confiemos en las riquezas de este mundo, que muchas veces se ganan mediante la violencia y la rapiña; especialmente, *no pongamos el corazón en ellas* (v. 10); este es el mayor peligro, cuando *aumentan.*

3. Da una buena razón para que pongamos en Dios nuestra confianza (vv. 11, 12): *«Una vez ... dos veces,* expresión idiomática para significar repetición, *hemos oído,* pues *Dios lo ha dicho,* y lo ha dicho de muchas maneras (por sus obras, su providencia y su palabra). A algunos Dios les habla dos veces y no le oyen ni una; pero a otros les habla una vez y le oyen dos (comp. Job. 33:14). Y ¿qué es lo que Dios ha dicho y lo hemos oído? *Que de Dios es el poder;* es Omnipotente, lo puede todo; con Él, todo es posible. Además, es un Dios de amor infinito. Aquí el salmista se dirige a Dios (v. 12): *«Y tuya, oh Señor, es la misericordia* (hebreo, *jesed*)*».* Es misericordioso de una manera especial, pues es el *Padre de*

misericordias (2 Co. 1:3). Nunca ha hecho, ni hace ni hará ningún mal a ninguna de sus criaturas: *«Porque tú pagas a cada uno conforme a su obra»* (v. 12b, comp. con Pr. 24:12).

SALMO 63

Este salmo, en su brevedad, tiene tanto fervor y tan viva devoción como cualquier otro de los salmos de David. Así como las cartas más dulces de Pablo fueron las redactadas en prisión, así también los salmos más dulces de David fueron lo que, como éste, se redactaron en el desierto. I. Su deseo hacia Dios (vv. 1, 2). II. Su estima de Dios (vv. 3, 4). III. Su satisfacción en Dios (v. 5). IV. Su secreta comunión con Dios (v. 6). V. Su gozosa dependencia de Dios (vv. 7, 8). VI. Sus victorias obtenidas, por medio de Dios, contra sus enemigos; y su seguridad de quedar a salvo a pesar de la malignidad de sus adversarios (vv. 9–11).

Versículos 1–2

El título nos dice cuándo fue redactado el salmo: cuando David estaba *en el desierto de Judá;* esto es, probablemente, en los vados de que se nos habla en 2 Samuel 15:28. Incluso en Canaán, a pesar de ser una tierra fértil y bien poblada, había desiertos, lugares menos fértiles y menos poblados que otros. Así pasa en el mundo, y aun en la Iglesia, pero no en el Cielo; allí *el desierto florecerá como la rosa. Los* mejores y más amados hijos de Dios pueden, a veces, estar confinados en un desierto. Hay salmos apropiados para un desierto y hemos de dar gracias a Dios de que el desierto en que nos hallamos es el desierto de Judá, no el desierto del Pecado. En estos versículos, David se anima a asirse de Dios:

1. Mediante una fe viva y activa (v. 1): *«Oh Dios, mi Dios eres tú».* Hemos de reconocer que hay un Dios y que hablamos a alguien que existe realmente y está presente con nosotros cuando decimos: *¡oh Dios!,* que es una palabra muy seria ¡lástima que muchas veces se use como una exclamación banal, innecesaria!

2. Mediante afectos piadosos y devotos: (A) Resuelve buscar a Dios, su favor y su gracia: *«Tú eres mi Dios y,* por tanto, *de madrugada te buscaré,* porque *¿no consultará el pueblo a su Dios?* (Is. 8:19). *Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela* (esto es, todo mi ser ansía tener comunión contigo) aquí, *en tierra* (mejor que, *cual tierra*) seca y árida donde no hay agua». (B) Anhela gozar de Dios ¿qué es lo que tan apasionadamente desea? ¿Cuál es su petición? (v. 2): *«Verte como te contemplaba en el santuario, para ver tu poder y tu gloria».* Anhela salir del desierto, no para volver a los placeres y las comodidades de la corte, sino para tener acceso al santuario; y no para ver allí a los sacerdotes ni las ceremonias del culto, sino para ver *el poder y la gloria* de Jehová. No podemos ver la esencia de Dios, pero, por fe, podemos contemplar su gloria y experimentar su actuación, que es efecto de sus infinitas perfecciones. Eran preciosos aquellos momentos que David pasaba en comunión con Dios en el santuario; era para él una delicia pensar una y otra vez en ellos.

Versículos 3–6

¡Cuán pronto se convierten en alabanzas y acciones de gracias las quejas y oraciones de David! Aunque estaba en un desierto, su corazón se ensanchaba al bendecir a Dios.

1. Por qué bendecía David a Dios (v. 3): *«Porque mejor es tu amor misericordioso que la vida»,* tanto como la vida eterna supera a la temporal. Tenemos mejores provisiones y posesiones que las que la riqueza de este mundo nos puede proporcionar; y en el servicio de Dios y en comunión con Él, tenemos mejores ocupaciones y goces que los que podemos tener en los negocios y conversaciones de este mundo.

2. Cómo, y por cuánto tiempo, quiere bendecir a Dios (v. 4): *«Así,* como he comenzado a hacerlo, *te bendeciré durante toda mi vida;* los actuales afectos devotos no son cosa de un momento, no pasarán como nube mañanera, sino que irán de más en más como el sol mañanero». Alabar a Dios debe ser la primordial ocupación de nuestra vida entera. *«En tu nombre alzaré mis manos»* (v. 4b). Hacia el santuario

alzaba David sus manos (v. 28:2). En todas nuestras oraciones hemos de comenzar, como nos enseñó el propio Señor, y decir: *«Santificado sea tu nombre»;* y terminar con la afirmación de: *«tuya es la gloria»*.

3. Con qué placer y deleite desea bendecir a Dios (v. 5): *«Como de meollo y de enjundia será saciada mi alma,* no sólo como de pan que nutre suficientemente, sino de lo más escogido y delicioso de la carne» (v. Is. 25:6).La comunión con Dios sacia al alma devota (36:8, 65:4), pues dentro del alma devota hay algo que sólo se sacia en la comunión con Dios. *«Y con labios de júbilo te alabará mi boca»,* añade David. Cuando se cree con corazón agradecido, se hace también con la boca confesión agradecida; en ambos casos, para gloria de Dios. No es que la confesión de la boca sea aceptable sin la entrega del corazón (Mt. 15:8), sino que de la abundancia del corazón ha de hablar la boca (45:1). Los labios de alabanza han de ser labios de júbilo.

4. Cómo se ocupa en pensar en Dios cuando más retirado está del santuario (v. 6): *«Te bendeciré ... cuando me acuerdo de ti en mi lecho»*. Dios estaba en todos sus pensamientos, lo cual es lo contrario de lo que ocurre en el caso de los malvados (10:4). Pensar en Dios era algo que siempre tenía a la mano; es decir, cuando se ponía a pensar, hallaba ya su mente ocupada en Dios. Y estos pensamientos permanecían fijos en Él; no sólo *se acordaba* de Dios, sino que *meditaba* en Él (v. 6b). Los pensamientos acerca de Dios no han de ser pensamientos pasajeros, que pasan a través de la mente, sino permanentes, que habitan en la mente. David iba ahora de una parte a otra, sin rumbo fijo, pero, adondequiera que iba, llevaba consigo su devoción a Dios. Cuando huye el sueño de nuestros ojos (ya sea por dolor del cuerpo o por preocupación del alma), nuestro espíritu puede descansar si pensamos en Dios. Una hora de piadosa meditación puede, a veces, hacernos más bien que una hora de sueño (v. 4:4; 16:7; 17:3; 119:62).

Versículos 7–11

David expresa aquí su confianza en Dios y su gozosa expectación de Él (v. 7): *«En la sombra de tus alas me regocijaré»*. Es una expresión frecuentemente usada en los salmos (17:8; 36:7; 57:1; 61:4; 91:4), y en ningún otro lugar de la Escritura, excepto Rut 2:12; su sentido, ya explicado, es el de los polluelos que se refugian y resguardan bajo las alas de la gallina. Es deber nuestro el regocijarnos en la sombra de las alas de Dios, es decir, en recurrir a Él por medio de la fe y de la oración, de la misma manera que los polluelos recurren, por instinto, a la madre en momentos de peligro.

1. Cuál era el fundamento de la confianza que tenía David en Dios: (A) Sus anteriores experiencias del poder de Dios a favor de él (v. 7): «*Porque has sido mi socorro* cuando otras ayudas y otros ayudadores me han faltado, por eso me regocijaré en la salvación que tú me otorgas y continuaré confiando en ti con santo gozo». (B) La presente y firme sensación interior que experimentaba de que la gracia de Dios le llevaba y sostenía en todos sus pasos (v. 8): *«Está mi alma apegada a ti* (expresión fuerte; el mismo verbo hebreo de Gn. 2:24), como en un arrobamiento espiritual o mística unión contigo, mientras *tu diestra me sostiene,* en respuesta al fervor con que me uno a ti».

2. Las victorias que David entreveía en esta esperanza: (A) Que sus enemigos habían de perecer (vv. 9, 10). Había quienes *le buscaban para destruirle* (v. 9); no se contentaban con arrebatarle la corona, sino que intentaban por todos los medios quitarle la vida. Pero David veía, por fe en Dios, que los que así le perseguían habían de *caer en las honduras de la tierra,* es decir, en el Seol. Su enemistad hacia David había de acarrearles la muerte. El arma que querían usar contra él (la espada) sería el instrumento de la destrucción de ellos, y sus cuerpos habían de *ser pasto de los chacales,* los cuales se cebarían en los cadáveres insepultos de los enemigos de David. (B) Que él saldría, al fin, victorioso (v. 11) y volvería a ocupar el trono para el que tres veces había sido ungido: *«El rey se alegrará en Dios»*. La vuelta de David había de ser el consuelo de sus amigos: *«Será alabado cualquiera que jura por él»* (por David), esto es, que le presta juramento de pleitesía y vasallaje; o, más probable, *que jura por Él* (Dios), con lo que se compromete solemnemente en algo que es digno de tal juramento y se hace con la más pura intención; ese tal *será alabado,* al ser premiado con una manifestación de la salvación que Dios otorga. Los que de todo corazón abrazan la causa de Cristo, se gloriarán también en su victoria. *Si sufrimos con Él, también reinaremos con Él* (v. Ro. 8:17). Con esta victoria, quedarían refutados totalmente los enemigos de David (v. 11b): *«Porque la boca de los que hablan mentira será cerrada»,* especialmente la boca de los que juran en falso, por el nombre de Dios para engañar y defraudar. Estos quedarán reducidos en el Seol al más completo silencio.

SALMO 64

Todo el salmo hace referencia a los enemigos de David, a sus perseguidores y calumniadores. I. Ora a Dios que le preserve de los malvados planes que tramaban contra él (vv. 1, 2). II. Los presenta tales cuales son: malvados, perversos (vv. 3–6). III. Predice, mediante el espíritu de profecía, la destrucción de ellos (vv. 7–10).

Versículos 1–6

En estos versículos, David expone ante Dios el peligro en que se halla y la mala voluntad de sus enemigos.

1. Pide a Dios con insistencia que le preserve (vv. 1, 2): *Escucha, oh Dios, la voz de mi lamento;* es decir, otórgame lo que te pido: *Guarda mi vida del terror del enemigo. Escóndeme de la conjuración de los malvados,* de los males que secretamente traman contra mí, *de la conspiración* (mejor, *del alboroto) de los que hacen iniquidad,* de los que unen sus fuerzas para llevar a cabo el mal que han tramado contra mí».

2. Se queja de la mala voluntad y de la gran perversidad de sus enemigos.

(A) Son muy despectivos en sus calumnias y reproches (vv. 3, 4). Los describe con atuendo militar, con espada y arco, arqueros que apuntan atinadamente y disparan súbita, secreta y certeramente al ave inocente que no se percata del peligro. Su *lengua es como espada afilada,* arma peligrosa, mortífera; *sus palabras amargas son como saetas:* calumnias infames, motes oprobiosos, etc. El blanco de sus saetas es *el inocente,* el justo. Cuanto mejor es una persona, tanto más es blanco de la envidia de los malvados, y tanto peores son las cosas que dicen de él. *Asaetean a escondidas,* a fin de que sus víctimas no se aperciban de ello y no puedan escapar a tiempo del peligro, porque *en vano se tiende la red a la vista del ave. Y le tiran de improviso,* sin avisar ni dar la oportunidad de defenderse. *Nada temen,* esto es, ni a Dios ni a los hombres; tan seguros están de obtener éxito.

(B) Están muy resueltos a llevar a cabo sus malignos proyectos (v. 5): «*Obstinados en su inicuo designio, calculan* en su interior y luego consultan unos con otros sobre el mejor y el más efectivo medio de hacer el mayor mal posible sin ser notados». Dicen: *¿Quién podrá verlo?* Es decir, los lazos que tienden quedarán, según ellos, ocultos a la vista de todos. En el fondo de toda maldad hay prácticamente una falta de fe en la omnisciencia de Dios.

(C) Se muestran muy hábiles en la ejecución de sus proyectos (v. 6): «*Inventan maldades;* se toman grandes cavilaciones y fatigas para tratar de hallar una u otra iniquidad de la que culparme; cavan hondo e investigan cosas muy pasadas, las revuelven y las retuercen hasta el máximo, a fin de hallar algo de qué acusarme». La mitad del trabajo que se toman algunos para condenarse les bastaría para salvarse.

Versículos 7–10

1. Los juicios de Dios sobre estos malignos perseguidores de David. El castigo responde al pecado. (A) Le tiraban a David secreta y súbitamente a fin de herirle de improviso pero *Dios los herirá con saeta* (v. 7) pues *ha templado al fuego sus saetas* (7:13) y *las dispondrá contra sus rostros* (21:12). Y las saetas de Dios acertarán con más precisión, volarán con mayor rapidez y herirán más hondo que las saetas de ellos. (B) Las lenguas de los malvados se habían cebado en David, pero Dios hará que *sus propias lenguas los hagan caer* (v. 8). A los que les gusta maldecir, les caerá la maldición. A veces, la maldad oculta de los hombres sale a la luz pública porque ellos mismos la confiesan, y entonces su propia lengua los hace caer.

2. El influjo que estos juicios habrán de tener sobre otros: (A) *Todos los que los vean menearán la cabeza* (lit.—El mismo verbo de 22:7—) en señal de escarnio más que de asombro. (B) Servirá de lección a todos (v. 9). Les entrará temor de Dios (al contrario del «*nada temen*»—v. 4—) y evitarán seguir la conducta de los malvados; más aún, *anunciarán la obra de Dios,* es decir, declararán que es Dios quien decide en última instancia y que obra con toda justicia al castigar a los malvados. *Dedo de Dios es éste* (Éx. 8:19). (C) En especial, tomarán buena nota de ello los justos (v. 10). *Se alegrarán* de confiar en Dios,

al verse seguros en esa fe no precisamente por ver la ruina de sus semejantes; y *se gloriarán* al ver que Dios es glorificado, que su palabra se cumple y que la causa del inocente ha salido triunfante (63:12).

SALMO 65

Tanto este salmo como el siguiente tienen como fondo, según Delitzsch, el capítulo 37 de Isaías. El salmista alude a una reciente liberación del país de un peligro inminente. Según Arconada, es «un *himno* a Dios próvido» y opina que no hay motivo para negar que fue compuesto por David. Se nos exhorta aquí a dar a Dios la gloria por su poder y bondad, que se muestran, I. En el reino de la gracia (v. 1), al escuchar la oración (v. 2), al perdonar el pecado (v. 3), al saciar de bien a los suyos (v. 4), al protegerlos y sostenerlos (v. 5). II. En el reino de la providencia, al afianzar las montañas (v. 6), al calmar el mar (v. 7), al preservar la sucesión normal del día y de la noche (v. 8) y al hacer fértil la tierra (vv. 9–13).

Versículos 1–5

El salmista no presenta aquí ante el trono de la gracia ningún asunto de su personal interés, sino que se dirige a Dios en nombre de toda la congregación. Veamos:

I. Cómo da gloria a Dios (v. 1): 1. Con humilde gratitud: *«La alabanza te espera* (lit.), *oh Dios, en Sion»* (comp. 62:1. Lit.); espera en la expectación del favor deseado, espera hasta que llegue, a fin de que sea recibido con gratitud tan pronto como llegue; espera contenta con tu santa voluntad y depende de tu favor. 2. Con sincera fidelidad: «Y *a ti se cumplirán los votos,* es decir, se te ofrecerán los sacrificios que se te han prometido». Mejor es no prometer que prometer y no cumplir.

II. Por qué le da gloria.

1. Por escuchar la oración (v. 2). *La alabanza te espera;* ¿por qué está con tanta expectación? (A) «Porque Tú estás presto a otorgarnos lo que te pedimos: *Tú oyes la oración.* Tú puedes responder toda petición que te hagamos, pues puedes hacer por nosotros mucho más de lo que podemos pedir o pensar (Ef. 3:20), y Tú respondes a toda oración de fe, ya sea al conceder lo pedido o al cambiarlo por otra cosa mejor». (B) Porque, por esa razón, estamos prestos a recurrir a Él cuando nos vemos en algún aprieto. «Por eso, porque eres un Dios que escucha las oraciones, *a ti vendrá toda carne,* es decir, toda la humanidad». Nota del traductor: Después de *«toda carne»,* debe colocarse punto y conectar la frase siguiente con el versículo 3.

2. Por perdonar el pecado. En esto, *¿qué Dios como Él?* (Mi. 7:18). «Nuestras *iniquidades* llegan hasta el cielo, *prevalecen contra nosotros,* nuestra conciencia nos acusa y no tenemos excusa que presentar; con todo, *nuestras rebeliones Tú las perdonas,* de forma que no venimos a condenación a causa de ellas».

3. Por la amable acogida que presta a los que se refugian en Él, y por el consuelo de que disfrutan quienes tienen comunión con Él. Primero debe ser purgada la iniquidad (v. 3), y después ya podemos tener comunión con Dios y *habitar en sus atrios* (v. 4), pues:

(A) Serán bendecidos. No sólo será bendecida la nación (33:12), sino también el hombre, el individuo, sea quien sea, *que Tú escoges y atraes a Ti, para que habite en tus atrios.* Entrar en comunión con Dios es conversar con Él como con alguien a quien amamos y estimamos. Equivale a habitar en sus atrios, como habitaban los sacerdotes y los levitas, quienes vivían en los atrios del templo como en su propia casa; también equivale a ser constantes en los ejercicios de devoción. Entramos en comunión con Dios, no por recomendación de algún mérito nuestro, sino por libre elección de Dios: *«Bienaventurado el que Tú escoges, y* así lo distingues de los demás que son dejados a sí mismos».

(B) Quedarán satisfechos. Aquí el salmista cambia de persona. No dice: *«Será saciado»* (el que Tú escoges), sino: *«Seremos saciados del bien de tu casa»,* con lo que podemos aplicarnos a nosotros mismos esta promesa. Dios tiene una magnífica casa. Hay en dicha casa abundancia de bienes: todas las bendiciones, todos los consuelos del pacto eterno; hay suficiente para todos y para cada uno; está ya todo dispuesto, siempre dispuesto; y todo ello es gratis, de balde, *sin dinero y sin precio* (Is. 55:1).

4. Por las operaciones de su poder a favor de ellos (v. 5): *«Con obras que causan espanto nos respondes en justicia, oh Dios de nuestra salvación»* (lit.). Si tomamos el capítulo 37 de Isaías como fondo, se entiende mejor lo portentoso de la actuación de Dios a favor de su pueblo. Con todo, Dios no obra en esto con arbitrariedad, sino *en justicia,* porque el bien debe triunfar sobre el mal. Jehová es un *Dios que salva* (Is. 45:15).

5. Por el cuidado que tiene de su pueblo, y aun de los extraños, ya que Él es (v. 5b) *esperanza de todos los términos de la tierra,* pues no es sólo Dios de los judíos, sino también de los gentiles.

Versículos 6–13

Su poder y soberanía como Dios de la naturaleza.

I. Él establece la tierra para que se quede firme (119:90). *«Tú, el que afianza los montes con su fuerza»* (de Dios), *ceñido de poder* (v. 6. Comp. 93:1). *Los collados antiguos* (lit. *perpetuos)* están firmes (Hab. 3:6), pero el pacto de Dios con su pueblo es todavía más firme (Is. 54:10).

II. Él apacigua el mar y lo sosiega (v. 7). El mar, cuando se alborota, produce gran estruendo, pero cuando le place a Dios, impone silencio a las olas y las sosiega como en plácido sueño (107:29). Así dio el Señor Jesús una prueba de su divino poder al *mandar a los vientos y al mar y ellos le obedecieron.* Con el mismo poder con que calma el bramido de las olas, calma también Dios *el tumulto de las naciones.* Como dice Cheyne: «El Dios de la naturaleza y el Dios de la historia es uno mismo».

III. Él regula la marcha del sol de forma que todos los habitantes de la tierra tengan ocasión de cantar las proezas de Dios; en especial, cuando Dios humilla a los arrogantes y protege a los débiles. Ésta parece ser la interpretación que, con el fondo de Isaías 37, mejor explica el sentido del versículo 8b: «Tú *haces alegrar las puertas* (lit. *las salidas) de la aurora y del ocaso»,* es decir, el recorrido entero del sol en su marcha diaria. Dios es quien esparce la luz del amanecer y el que corre las cortinas del ocaso, para que, al desaparecer la luz del sol, brillen las estrellas y la luna.

IV. Él riega la tierra y la hace fértil. Fácil es de observar lo mucho que depende la fertilidad de la tierra de la influencia de los cielos; cuando el cielo se vuelve de bronce, la tierra se vuelve de hierro. Aquí se describen (vv. 9–13) la común bendición de la lluvia y las fructíferas estaciones del año. Así se muestra:

1. Cuánto en la tierra se debe al poder y a la bondad de Dios. El Dios que hizo la tierra, la visita con sus cuidados (v. 9). El que hizo que se descubriera lo seco de entre la reunión de las aguas (Gn. 1:9, 10), hizo también que lo seco fuese regado para que diese fruto. Así también nuestro corazón está seco y estéril a menos que Dios lo visite con la lluvia de sus bendiciones y el rocío de su gracia. Se llama a la lluvia *el río de Dios* (v. 9b), porque desciende de una fuente celestial. Este río de Dios es el que enriquece la tierra, la cual sería sin él muy pobre cosa. Las riquezas de la superficie de la tierra son mucho más provechosas para el hombre que las que se hallan en sus entrañas, pues podemos vivir sin plata ni oro, pero no sin pan ni verduras.

2. Cuántos bienes se derivan de la lluvia, tanto para la tierra misma como para el hombre que vive en ella. (A) A la tierra misma, la lluvia en su sazón le da una nueva faz. *Los surcos se empapan* de agua, los terrones que el arado aparta se mantienen en alto y a su debido nivel a fin de que el agua corra entre ellos, la tierra se ablanda y Dios bendice sus renuevos, es decir, el fruto que brota de la tierra bien regada. El tiempo de la cosecha es la culminación de las labores del hombre y del fruto de la tierra; es entonces cuando Dios *corona el año con sus bienes* (v. 11). Con la lluvia tardía, los campos se cubren de *abundancia* (lit. *grosura),* destilada—según bella imagen del salmista—al paso *(tus sendas;* no *«tus nubes»)* de Dios al visitar a la tierra. El aspecto de la tierra da gozo (v. 12). (B) Al hombre que vive en la tierra, le proporciona ésta el alimento de cada día (Job 28:5). Cada grano de cereal que sale de la tierra ha sido preparado por Dios para beneficio del hombre. La producción del trigo es asemejada por el Señor Jesús a la resurrección de los muertos (Jn. 12:24), con lo que se enfatiza el poder de Dios. El grano y el ganado son los grandes bienes del campo, y ambos se mantienen de la divina bondad que riega la tierra. Dice Arconada: «Las metáforas (del v. 13), bellísimas, se hacen aún más vívidas en la hipotiposis, (es

decir, descripción de una cosa por medio del lenguaje) de exultación y alegría con que *los prados se visten de rebaños y los valles se cubren de mieses,* para *vitorear y cantar* al Dador de tal belleza».

SALMO 66

Este es un salmo de acción de gracias. Se invita aquí a todos a alabar a Dios, I. por las pruebas generales de su poder soberano en toda la creación (vv. 1–7). II. Por las señales especiales de su favor para con el pueblo (vv. 8–12). III. Finalmente, el salmista alaba a Dios por sus personales experiencias de la bondad de Dios hacia él, especialmente por contestar a sus oraciones (vv. 13–20).

Versículos 1–7

1. En estos versículos, el salmista convoca a todos los pueblos a alabar a Dios (v. 1): *«Aclamad a Dios toda ta tierra».* (A) Esto indica la gloria que se debe a Dios porque es bueno para todos (145:9). (B) El deber del hombre de alabar a Dios; esto es parte de la ley de la creación y, por tanto, se exige a todas las criaturas. (C) Es también una predicción de la conversión de los gentiles a la fe de Cristo; llegará el día en que todos los países de la tierra alabarán al Dios verdadero. (D) El salmista quiere ser pródigo en alabar a Dios y desea que paguen a Dios el tributo de adoración todas las naciones de la tierra y no sólo la tierra de Israel. Hemos de ser fervientes y celosos en publicar las alabanzas de Dios como quienes no se avergüenzan de su Maestro. Esto se implica en el verbo que indica alabar con clamor, con gritos de júbilo.

2. Había convocado a toda la tierra a aclamar a Dios (v. 1) y ahora predice (v. 4) que lo harán: *«Toda la tierra te adorará». Le cantarán y salmodiarán a su nombre,* es decir, a Él. Dice *a su nombre* porque nada podemos añadir a la gloria esencial de Dios, sino sólo a su gloria externa, a la declaración de su gloria por la que Él se da a conocer.

3. Se nos invita después (v. 5) a *venir y ver las obras de Dios,* pues ellas mismas le alaban, lo hagamos nosotros o no; y la razón por la que no le alabamos más y mejor es porque no observamos dichas obras con la debida atención y el espíritu apropiado. Veamos, pues, las obras de Dios, y hablemos de ellas no sólo a otros, sino también a Él (v. 3): *«Decid a Dios: ¡Cuán pavorosas son tus obras!»* (lit.). (A) Las obras de Dios son tan portentosas en sí mismas que infunden pavor, un asombro profundo y religioso; y así habría que considerarlas. Uno de nuestros deberes primordiales para con Dios es un temor reverencial a su Providencia. (B) Esas obras infunden también pavor, con frecuencia, a los enemigos de Dios, y los fuerza a someterse a Él: *«Por la grandeza de tu poder se someterán a Ti tus enemigos»* (v. 3b); es decir, se verán obligados, de grado o por fuerza, a hacer las paces con Dios bajo las condiciones que Él imponga. (C) Esas obras son beneficiosas para el pueblo de Dios (v. 6). Cuando Israel salió de Egipto, Dios *convirtió el mar en tierra seca* delante de ellos, lo cual les animó a marchar por el desierto bajo la conducción y guía de Dios; y, cuando entraron en Canaán, para darles ánimo en las guerras que se avecinaban, dividió delante de ellos las aguas del Jordán, *y por el río pasaron a pie seco.* Los gozos de nuestros padres son también nuestros, y debemos considerarnos partícipes de ellos juntamente con nuestros antepasados. (D) Con sus obras portentosas, Dios se enseñorea de las naciones (hay quienes aplican el versículo 7 a la época de los Jueces—nota del traductor—): «Él *señorea con su poder para siempre, sus ojos atalayan sobre las naciones».* Su brazo se impone sobre todos, por lo que el salmista está seguro de que *los rebeldes no levantarán cabeza* (v. 7c). Esta frase podría traducirse también, y quizá mejor, en imperativo: *«¡No se enaltezcan los rebeldes!»,* los que desafían a Dios como Senaquerib (Is. 37:23).

Versículos 8–12

Dos razones se nos dan aquí por las que deberíamos bendecir a Dios: 1. La protección que ordinariamente nos dispensa a todos (v. 9): *Él es quien preservó la vida a nuestra alma,* es decir, a nuestra persona, y *no permitió que nuestros pies resbalasen.* Él nos dio el ser y nos lo conserva por un acto constante de su poder creador. No es la existencia, sino la felicidad, lo que merece el nombre de vida.

2. La especial liberación de grandes apuros y angustias. Vemos: (A) Cuán graves eran esos apuros (vv. 11, 12). No se dice expresamente cuál es el apuro al que el salmista se refiere, pero es probable que aluda a la invasión de Senaquerib: *«Nos metiste en la red,* como una prisión merecida por nuestros pecados, *pusiste sobre nuestros lomos pesada carga,* un peso que nos aplastaba». Y ¿hay algo tan peligroso como el fuego y el agua? *«Pasamos por el fuego y por el agua»,* que son siempre símbolo de serios peligros (v. Is. 43:2). ¿Cuál fue este peligro? Lo dice en la frase precedente (v. 12a): *«Hiciste cabalgar a hombres* (lit. al hombre, al mortal débil y vulgar—hebreo, *enosh—) sobre nuestra cabeza», lo* cual es imagen del soldado caído en el campo de batalla, mientras caballos y jinetes pasan sobre él atropellándolo. (B) Cuán bondadoso fue el designio de Dios al sacarlos de tal peligro (v. 10): *«Tú nos probaste, oh Dios, nos refinaste como se afina la plata».* Por medio de las aflicciones, somos probados como la plata y el oro en el crisol. Las gracias que Dios nos otorga, al ser ejercitadas con la prueba, se vuelven más fuertes y activas, y así podemos mejorar nuestro carácter como se mejora la plata cuando es refinada al fuego y se ve libre de la escoria; esto nos será de gran beneficio, pues así somos hechos partícipes de la santidad de Dios (He. 12:10). (C) Cuán glorioso fue el resultado; las aflicciones y angustias de la Iglesia terminan bien, *«Pasamos por el fuego y el agua;* pasamos, no nos quedamos allí, no perecimos en las llamas ni en la inundación». Por grandes que sean las tribulaciones de los santos, bendito sea Dios de que hay una salida: *«Pero nos sacaste a abundancia,* en contraste con las privaciones que habíamos sufrido».

Versículos 13–20

Después de haber exhortado a todos a bendecir a Dios, el salmista se exhorta ahora a sí mismo:

1. En sus devociones para con Dios (vv. 13–15), (A) mediante sacrificios costosos (v. 13): «Entraré *en tu casa con holocaustos».* Quiere que sus sacrificios sean ofrecidos en público y en el lugar destinado por Dios. Cristo es nuestro templo, al que hemos de llevar nuestros dones espirituales para que Él los santifique. Los sacrificios que el salmista promete son los mejores, los *holocaustos,* en los que la víctima era completamente consumida sobre el altar, y de los mejores animales (v. 15), *de animales engordados … con sahumerio de carneros;* es decir, con el olor suave, agradable, del incienso añadido en la combustión del animal. El incienso simboliza aquí la intercesión de Cristo, sin la cual lo mejor y más engordado de nuestros sacrificios no sería aceptado por Dios. (B) Mediante el cumplimiento concienzudo de sus votos. Esta era la resolución del salmista (vv. 13, 14): *«Te cumpliré mis votos, los que pronunciaron mis labios y profirió mi boca, cuando estaba angustiado»* (nota del traductor: Hay quienes opinan que estas frases aluden a la enfermedad y recuperación del rey Ezequías).

2. En las declaraciones a sus amigos (v. 16). Convoca a todos los temerosos de Dios a que vengan a escuchar el gran favor que Dios le ha dispensado: *«Venid, oíd todos los que teméis a Dios, y contaré lo que ha hecho a mi alma»,* es decir, a mi vida cuando estaba en peligro. ¿Y qué es lo que Dios había hecho por su alma? (A) Le había infundido amor a la oración y, mediante su gracia, le había ensanchado el corazón para el ejercicio de ese deber (v. 17): *«A Él clamé con mi boca».* Dios nos ha dado permiso y mandato para orar, así como ánimos y corazón parar orar. Al clamar a Dios, le enaltecemos de veras, pues se complace y se siente honrado con las humildes plegarias de los suyos. Al mismo tiempo que procuramos nuestro bienestar verdadero, estamos procurando su gloria (v. 17b): *«Y fue ensalzado con mi lengua».* El original dice literalmente: *«Y había alta alabanza bajo mi lengua»;* es decir, consideraba con mi mente cómo ensalzar y engrandecer su nombre. Cuando tenemos oración en la boca, debemos tener alabanza en el corazón. (B) Había operado en él un gran miedo al pecado como a un enemigo de la oración (v. 18): *«Si en mi corazón hubiese acariciado yo la iniquidad, el Señor no me habría escuchado»;* esto es, «si yo hubiese amado el pecado y me hubiese permitido cometerlo, Dios no escucharía mi oración ni podría yo esperar respuesta de paz en ella». (C) Le había concedido benignamente respuesta de paz a sus oraciones (v. 19). Al escuchar Dios su oración, le dio una señal de su favor. Por eso concluye (v. 20): *«Bendito sea Dios».* Lo que obtenemos mediante la oración, hemos de llevarlo con alabanza y gratitud. Y para que nadie pensara que le fue otorgada la liberación en consideración a algún valor o mérito que tuviese su oración, lo atribuye todo a la misericordia de Dios, como si dijese: « No fue mi oración la que me obtuvo la liberación, sino la misericordia de Dios, que no me fue retirada».

SALMO 67

Aquí tenemos, I. una oración por la prosperidad de Israel (v. 1). II. Una oración por la conversión de los gentiles (vv. 2–5). III. Una feliz perspectiva de tiempos gloriosos cuando Dios se digne llevar a cabo tal obra (vv. 6, 7).

Versículos 1–7

El salmista fue elevado aquí a recibir el espíritu de profecía acerca del ensanchamiento del Reino de Dios.

I. Comienza con una oración por el bienestar y la prosperidad del pueblo escogido (v. 1): *«Dios tenga misericordia de nosotros y nos bendiga».* Nuestro Salvador, al enseñarnos a decir *«Padre nuestro»,* dio a entender que debíamos pedir con otros y por otros así el salmista no dice: *«Dios tenga misericordia de mí y me bendiga»,* sino *«de nosotros y nos bendiga».* Aquí se nos enseña, 1. que toda nuestra felicidad procede del favor de Dios y con Él se incrementa; por eso, lo primero que pide es el favor de Dios. 2. *Nos bendiga;* es decir, nos otorgue interés en sus promesas y nos conceda todos los bienes contenidos en ellas. 3. *«Haga resplandecer su rostro hacia nosotros»* es una petición basada en la bendición sacerdotal de Números 6:24 y ss., con la diferencia de que allí la preposición es «sobre», mientras que aquí la preposición es «hacia», lo que da la impresión de un contacto más próximo con el resplandor de la luz divina. También podría traducirse por «con».

II. De ahí pasa a una oración por la conversión de los gentiles (v. 2): *«Para que sea conocido en la tierra tu camino»,* es decir, la forma en que te conduces con nosotros, a fin de que también ellos te alaben y glorifiquen. Es como si añadiese: *«Santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino».*

1. Estos versículos, que apuntan a la conversión de los gentiles, pueden tomarse: (A) Como oración que expresa el deseo de los santos del Antiguo Testamento, quienes desearían así que se extendieran a todos los privilegios de que ellos disfrutaban. Obsérvese entonces cuán diferente del de sus padres era el espíritu de los judíos en tiempo de Cristo y de sus apóstoles, pues aquellos pedían que el nombre de Dios fuese conocido en todas las naciones, mientras que éstos se enfurecían al ver predicado a los gentiles el evangelio de la salvación (v. Hch. 13:45). (B) Como profecía de que había de suceder lo que pide.

2. Tres cosas son las que aquí pide con referencia a los gentiles:

(A) Que se extienda a ellos la revelación divina (v. 2): «Que sepan ellos, como lo sabemos nosotros, lo *que es bueno y lo que pide Jehová de nosotros* (Mi. 6:8); que sean bendecidos y honrados con los mismos estatutos y preceptos justos, que son la alabanza de nuestra nación y la envidia de nuestros vecinos» (Dt. 4:8). Si Dios nos da a conocer su camino y andamos en él, nos mostrará su salud salvífica (50:23). Quienes conocen por experiencia propia lo agradable de los caminos de Dios y los consuelos de su salvación, no pueden menos de desear y orar que sean conocidos por otros en todas las naciones.

(B) Que sea establecido entre ellos el culto divino, como sucede donde se recibe y abraza la revelación divina (v. 3) *«Te den gracias* (lit.) *los pueblos, oh Dios.* Que tengan materia para la alabanza y corazón para la gratitud; no sólo algunos pueblos, sino *todos ellos».* Tanto interés tiene el salmista en esto, que lo repite en el versículo 5. Es una oración, (a) para que les sea predicado el Evangelio y entonces tendrán motivo suficiente para alabar y dar gracias a Dios, como por un día de primavera tras una larga y oscura noche. (b) Que se conviertan y sean traídos a la Iglesia de Dios, donde tendrán disposición y oportunidad para alabar a Dios. (c) Que puedan ser incorporados a las asambleas solemnes, a fin de que puedan alabar a Dios con una sola mente y una sola boca.

(C) Que sea reconocido entre ellos el gobierno de Dios (v. 4): *«Alégrense y gócense las naciones».* El gozo que desea a las naciones es un santo gozo, porque se han de gozar en que Dios *juzga a los pueblos con equidad y guía* (lit. el mismo verbo de 78:14) *las naciones de la tierra* (lit. *en la tierra).* Se alegrarán al ver que el Dios de Israel es un juez justo, cuyos juicios son todos conforme a la más estricta verdad y justicia, no como los juicios de los jueces humanos.

III. Concluye con una gozosa perspectiva de todos los bienes que han de sobrevenir cuando Dios lleve a cabo esto, cuando las naciones se conviertan y alaben a Jehová con gratitud.

1. El mundo de aquí abajo les sonreirá y ellos disfrutarán de los productos de la tierra (v. 6): *«La tierra dará su fruto»*. Es cierto que Dios da lluvia de los cielos y estaciones fructíferas a las naciones, incluso cuando éstas yacen en las tinieblas (Hch. 14:17); pero cuando se convierten, la tierra incrementa sus frutos en mayor medida.

2. El mundo de arriba les sonreirá también, lo cual es mucho mejor: *«Nos bendecirá Dios el Dios nuestro»* (v. 6). Y de nuevo (v. 7): *«Nos bendecirá Dios»*. Recibimos de veras el fruto de la tierra como un favor cuando, con él, nos da nuestro Dios la bendición.

3. Con eso, todo el mundo se sentirá inclinado a seguir el ejemplo de ellos (v. 7): *«Y le temerán*, es decir, le rendirán culto, *todos los confines de la tierra». (Este* sentido—profético—es más probable que el de petición.)

SALMO 68

De este salmo dice Davidson: «Cuando quiera fuese compuesto, inspirado por cualesquiera reminiscencias de historia del pasado o expectaciones de renovada prosperidad, el salmo queda como un monumento de la fe invencible y de las esperanzas inextinguibles de Israel, y como una profecía de glorias espirituales, en parte realizadas y en parte por venir». Y el doctor Cohen añade: «El tema básico es la marcha triunfal de Dios a través de la historia pasada de Israel como esperanza de su Realeza sobre todo el mundo en el futuro». M. Henry opina que lo compuso David con ocasión de la traída del Arca desde casa de Obed-edom hasta el tabernáculo que le había preparado en Sion, «pues las primeras palabras son la oración que usaba Moisés cuando se trasladaba el Arca» (Nm. 10:35). También Arconada da como posible eso mismo: «La ocasión podría ser la traslación del Arca a Sion (2 S. 6:1), o quizá su vuelta, después de la victoria contra los ammonitas (2 S. 10)». Aquí David, I. comienza con una oración contra los enemigos de Dios (vv. 1, 2) y a favor de su pueblo (v. 3). II. De ahí procede a alabar a Dios, lo que se lleva el resto del salmo. Alaba: 1. La grandeza y bondad de Dios (vv. 4–6). 2. Las portentosas obras que Dios había llevado a cabo por su pueblo antiguamente, cuando les guió a través del desierto (vv. 7, 8), y los asentó en Canaán (vv. 9, 10), les dio la victoria sobre sus enemigos (vv. 11, 12) y los libró de las manos de sus opresores (vv. 13, 14). 3. La presencia especial de Dios en medio de su pueblo (vv. 15–17). 4. Se predice la Ascensión de Cristo (v. 18) y la salvación de su pueblo por medio de Él (vv. 19, 20). 5. Las victorias que Cristo había de obtener sobre sus enemigos y los favores que había de otorgar a su Iglesia (vv. 21–28). 6. El ensanche de su Iglesia al entrar en ella los gentiles (vv. 29–31). III. Concluye el salmo con humilde reconocimiento de la gloria y de la gracia de Dios (vv. 32–35).

Versículos 1–6

1. David ora que Dios se manifieste en su gloria: (A) Para confusión de sus enemigos (vv. 1, 2): *«Levántese Dios*, como Juez que va a pronunciar sentencia y, tras ocupar el campamento como un general, la va a ejecutar, y *sean esparcidos sus enemigos.* Levántese Dios como el sol cuando resplandece con toda su fuerza y serán esparcidos los hijos de las tinieblas, como huyen las sombras de la noche delante del sol naciente». De esta forma comenta David la oración de Moisés, y no sólo la repite aplicándola a sí mismo y a su tiempo, sino que la amplía para enseñarnos el modo de hacer buen uso de las oraciones de la Biblia. Aunque hemos de orar por nuestros enemigos en cuanto que son nuestros enemigos, hemos de orar contra los enemigos de Dios en cuanto tales, esto es, contra la enemistad de ellos hacia Dios y contra los intentos con que se oponen al Reino de Dios. (B) Para consuelo y gozo de su pueblo (v. 3): *«Alégrense los justos*, que están ahora tristes, *gócense delante de Dios y salten de alegría»* (versión más probable).

2. Alaba a Dios por sus gloriosas manifestaciones:

(A) Como a un Dios infinitamente grande (v. 4): *«Exaltad al que cabalga sobre los cielos. Yah* (abreviatura de Jehová) *es su nombre»*. Él es la fuente de todos los movimientos de los cuerpos celestes, así como el que cabalga en su carroza como jefe supremo para pasar revista a sus tropas. En la abreviatura «Yah», vemos una alusión a Éxodo 15:2.

(B) Como a un Dios benigno, misericordioso y compasivo. Al ser un Dios de infinito poder, usa todo su poder para aliviar a los que se hallan en apuros (vv. 5, 6): los huérfanos, las viudas, los cautivos los desamparados, etc. hallan en Él al Dios Todosuficiente. *El que cabalga sobre los cielos* se gloría en ser *padre de los huérfanos.* El Altísimo respeta y ama a los bajísimos. Los huérfanos, por quienes Él cuida y para quienes provee, tienen completa libertad para llamarle *Padre* y apelar a la especial relación que tienen con Él como Guardián (10:14, 18; 146:9). Él patrocina a las viudas; les da consejo y consuelo, y defiende la causa de ellas y endereza los entuertos que contra huérfanos y viudas se cometen (Pr. 22:23). Así *es Dios en su santa morada* (v. 5b). Que vayan ellos a la santa morada de Dios, a su Palabra y a sus ordenanzas; allí le hallarán y hallarán consuelo en Él. El versículo 6 puede entenderse de dos maneras: (a) En sentido general, alude a la providencia de Dios que protege a los débiles y confunde a los agresores; (b) en sentido especial, alude a los israelitas, que estaban *desamparados* en Egipto y Dios proveyó para ellos *casa* en Canaán, mientras los *rebeldes* egipcios vieron su país devastado por las plagas. Así lo entienden autores como el rabino Cohen y el jesuita Arconada.

Versículos 7–14

Los favores recientes deberían traernos a la memoria favores del pasado y reavivar nuestra gratitud a Dios por ellos. El salmista procura que no se olvide:

1. Que Dios mismo fue el guía de Israel a través del desierto (v. 7). No fue un viaje, sino una marcha, pues fueron como soldados, como un ejército con sus banderas.

2. Que Dios manifestó en el Sinaí su gloriosa presencia entre ellos (v. 8). Ningún otro pueblo vio la gloria de Dios ni oyó su voz como Israel (Dt. 4:32, 33). Nunca tuvo pueblo alguno una ley como la que fue promulgada y mandada al pueblo de Israel. *Aquel Sinaí,* vasto monte, *tembló delante de Dios,* ante la manifestación pavorosa de la majestad de Dios (comp. He. 12:18–21, así como Jue. 5:4, 5; Dt. 33:2; Hab. 3:3). Por otra parte, esta manifestación del poder de Dios hubo de fortalecer la fe de ellos, pues el Dios que así hacía temblar las montañas, bien podía remontar todos los obstáculos que se opusieran a ellos durante su marcha por el desierto.

3. Que proveyó abundantemente para ellos, tanto en el desierto como en Canaán (vv. 9, 10): *«Abundante lluvia esparciste, oh Dios* (lo cual puede entenderse de todas las provisiones que les procuró durante su marcha por el desierto); *a tu heredad exhausta Tú la reanimaste»* (esto podría referirse a las ocasiones en que la tierra de Canaán se vio afectada por la sequía). Obsérvese cómo el Salmo 78 (vv. 24 y 27) habla del maná y de las codornices como de algo que Dios *hizo llover.* Esto puede aplicarse también a todo en sentido espiritual: El Espíritu de gracia y el Evangelio de la gracia son la lluvia abundante con la que Dios reanima su heredad y de la que se espera el fruto debido (Is. 45:8).

4. Que Dios les dio con frecuencia la victoria sobre sus enemigos (v. 11) *«El Señor daba palabra»,* como general de sus ejércitos. Él levantó jueces para ellos, les dio autoridad e instrucciones y les aseguró el éxito. *«Había gran multitud de mujeres que transmitían las buenas nuevas»* (comp. Éx. 15:20; 1 S. 18:6). *«Huyeron, huyeron reyes de ejércitos,* sin tener que disparar un arco ni desenvainar una espada, y *la que se quedaba en casa repartía los despojos»* (v. Jue. 5:30), esto es, las mujeres de los combatientes se enriquecían con el botín que traían los maridos. El versículo 14, que termina literalmente: «… *nevaba en el Salmón»,* es oscuro, pues alude a un hecho que no nos ha sido transmitido. Dice Cohen: «Es posible que hubiese allí una fuerte tempestad de nieve que condujo a la derrota del enemigo, similar a la granizada que esparció el ejército en Bet-jorón (Jos. 10:11).

5. Que desde una baja y mísera condición en Egipto habían sido elevados a gran esplendor y prosperidad (v. 13): *«Mientras reposabais en los apriscos,* escena idílica de tranquilidad tras la conquista de Canaán (no es una reprensión como en Jue. 5:16), *las alas de la paloma estaban cubiertas de plata, y sus plumas con la amarillez del oro».* Este difícil versículo halla buen comentario en la prestigiosa pluma de Delitzsch: «Todo brillará y resplandecerá con plata y oro. Israel es la tórtola de Dios (74:9) y, conforme a ello, la nueva prosperidad es comparada al reverbero del sol en las alas de una paloma». Así también, comenta el doctor Hammond, «bajo el reinado de Cristo, los idólatras paganos que adoraban la madera y la piedra y se entregaban a las más viles concupiscencias, habían de ser elevados de tan detestable condición al servicio de Cristo y a la práctica de las virtudes cristianas, que son las mayores bellezas interiores en este mundo».

Versículos 15–21

Aquí David alaba al Dios de Sion de un modo especial (comp. 9:11). Sion fue el monte escogido por Dios (132:13 y ss.) con preferencia a todos los demás.

1. Lo compara con los montes de Basán, especialmente con el Hermón (de casi 3.000 m de altura). A pesar de su gran elevación (este es el significado de la frase «monte de Dios») y de la de otros montes más elevados y fructíferos que Sion, tenía la preeminencia sobre ellos el monte donde Dios había querido que fuese edificado su Templo y la ciudad santa y, por eso, los demás montes no tenían motivo para estar celosos de él (vv. 15, 16).

2. Lo compara también con el Sinaí, del que había hablado antes (v. 8). La segunda parte del versículo 17 admite únicamente la siguiente versión: *«El Señor está entre ellos (los* carros); *el Sinaí está en el santuario»*. Dice Davidson: «toda la sacralidad del Sinaí, y aún más, se halla en el santuario, donde Dios ha establecido, no un lugar donde hacer alto por algún tiempo, como en el Sinaí, sino una morada permanente, para habitar allí por siempre».

3. La gloria del monte Sion era el Rey que Dios ha establecido *«sobre Sion, su santo monte»* (2:6). De su Ascensión habla aquí el salmista según la alusión expresa de Efesios 4:8: *«Subiste a lo alto»* (v. 18. Comp. 47:5, 6). Se habla de la Ascensión de Cristo como de un gran honor que se le confirió. Entonces se rubricó su triunfo sobre las puertas del Infierno. *«Condujiste cautivos»;* es decir, trajo en triunfo los cautivos que había tomado; así solían hacer los grandes conquistadores y los generales victoriosos (Col. 2:15). Condujo los que habían estado bajo miserable cautividad, para que, hechos cautivos de Cristo, disfrutaran de la verdadera libertad (Gá. 5:1, 13). Tras quebrantar completamente el poder de Satanás y del pecado, Cristo nos ha hecho *más que triunfadores* (Ro. 8:37). La frase siguiente: *«Tomaste dones entre* (lit.) *los hombres»* (v. 18b), que da a entender el tributo que los cautivos depositaban a los pies del conquistador, parece ir en contra de la cita correspondiente en Efesios 4:8, donde Pablo se aparta tanto del texto hebreo como del de los LXX, pero es de notar que el verbo hebreo *laqaj* significa también «recibir para dar». Así Cristo nos da lo que ha recibido: al haber recibido el poder de dar la vida eterna, la da a todos los que el Padre le ha dado a Él (Jn. 17:2). La referencia a *los que se resistían* (v. 18c) podría aludir a las naciones paganas (Cohen) o a 2 Samuel 5:6; 1 Crónicas 11:5 (Arconada).

4. La gloria del Rey de Sion es que Él es Salvador y bienhechor de todos los que a Él se adhieren, y fuego consumidor para todos los que persisten en rebelarse contra Él (vv. 19–21). Aquí tenemos ante nosotros el bien y el mal, la vida y la muerte, la bendición y la maldición (Mr. 16:16). Tantos y tan grandes son los dones que nos otorga la munificencia de Dios, que bien podemos decir que *Dios nos colma* (lit. *carga) con ellos* (aunque la versión más probable—nota del traductor—es: *«Bendito sea el Señor; día tras día lleva nuestra carga, el Dios que es nuestra salvación»*). Los que persisten en la enemistad contra Él irán de cierto a la ruina (v. 21): *«Ciertamente herirá Dios la cabeza de sus enemigos»*—de Satanás, la serpiente antigua, según la promesa de Génesis 3:15. *«La testa cabelluda del que camina en sus pecados»* podría ser una alusión a la larga cabellera de Absalón o, con mayor probabilidad, a la costumbre de los antiguos guerreros de no cortarse el pelo mientras no volvieran victoriosos de la guerra.

Versículos 22–31

En estos versículos tenemos tres cosas:

1. La promesa que Dios hace de redimir a su pueblo y de la victoria que ellos obtendrán sobre sus enemigos (vv. 22, 23): *«El Señor ha dicho,* ha asegurado, aunque los enemigos se escondan en los montes o en lo profundo del mar, *de Basán haré volver, haré volver de las profundidades del mar* (lit.), para someterlos a castigo, humillación y destrucción, de forma que tu *pie* (el de su pueblo) *se enrojecerá de sangre de tus enemigos y de ella la lengua de tus perros,* como lo hicieron con la sangre de Acab. Tales frases quizá nos repugnen, pero eran proverbiales para expresar una justa venganza.

2. La bienvenida que el pueblo de Dios da a estos gloriosos descubrimientos de su gracia (vv. 24–28): *«Aparece tu cortejo, oh Dios, el cortejo de mi Dios, de mi Rey, en santidad»*. Una fe activa hace de Dios *nuestro* Dios y Rey. Cuando el pueblo ve *el cortejo* (lit. *las salidas*) de Dios, todo se organiza en procesión triunfal, a fin de bendecir a Dios por las victorias conseguidas. De los levitas se esperaba que condujesen tales procesiones *(los cantores … los músicos) y* a los lados *(«en medio de las doncellas»*

mejor que *«en medio, las doncellas»),* van doncellas con panderos. El salmista parece aludir al ejemplo de María y otras mujeres israelitas cuando celebraban la liberación de Israel tras el paso del mar Rojo (Éx. 15:20). Hombres y mujeres reciben por igual los beneficios de la redención y son por igual profetas para cantar las proezas de Dios (1 P. 2:9). Se invita a bendecir a Dios (v. 26) a todos los que son *de la fuente* (lit.) de Israel, es decir, a todos los descendientes de Jacob, pero se destacan cuatro tribus: Benjamín, la menor (en cantidad, más aún que en edad) de las tribus que, junto con Judá, representaba al reino del sur. Se dice que Benjamín *abría marcha* (lit. *les conducía o gobernaba),* porque de esa tribu salió Saúl, el primer rey de Israel. Zabulón y Neftalí representaban al reino del norte; se les menciona en lugar de Efraín porque, en opinión de Cohen, fueron objeto de especial alabanza en el cántico de Débora (Jue. 5:18). El poder del que dispone el pueblo de Dios ha sido mandado (no «enviado», sino «ordenado») por Dios, y a Dios pide el salmista que corrobore lo que ha hecho por su pueblo (comp. Fil. 1:6). Toda nuestra fuerza viene de Dios, y su gracia completa lo que comenzó. El que esto sea un hecho no obsta para que pidamos a Dios que corrobore lo que ya está hecho. Los versículos 28 y 29 deben leerse del modo siguiente: *«Tu Dios ha mandado tu fuerza; corrobora esa fuerza, oh Dios, que has producido a favor nuestro desde tu templo en Jerusalén, adonde los reyes te llevarán presentes».* Desde su templo, donde se manifiesta especialmente su poder, Dios obra a favor de su pueblo, y allí se le presentan tributos en reconocimiento de sumisión (v. 76:12).

3. El salmista pide luego que Dios continúe y corrobore las hazañas que ha llevado a cabo en favor de su pueblo; ya lo había hecho en los versículos 28 y 29; ahora (vv. 30, 31), con más fuerza. Nota del traductor: La mayor parte del salmo ha resultado dificilísima a los comentaristas antiguos, incluido M. Henry. Por eso, ha sido necesario apartarse de su comentario y seguir a los mejores modernos, tanto judíos como cristianos. El versículo 30 comienza literalmente: *«Reprende a la bestia del cañaveral»,* es decir, al hipopótamo, símbolo de Egipto, el enemigo típico de Israel; *los toros,* con sus *becerros de los pueblos,* son los jefes de las naciones paganas, enemigas de Israel, que conducen a sus súbditos, y todos ellos que se someten al Divino Conquistador, humillados y dispuestos a pagarle tributo. La última frase del versículo 30 puede ser un pretérito profético: *«Ha dispersado, etc.»,* o un imperativo, como aparece en nuestras versiones; siempre resulta una oración muy apropiada en este mundo tan agitado por toda clase de violencias. Menciona en especial a Egipto y a Etiopía (v. 31), como países de los que menos podría esperarse tributo y sumisión. Egipto, el enemigo tradicional de Israel vendrá a rendir tributo a la soberanía del Dios de Israel (comp. Is. 19:25). Etiopía, que antaño extendió sus manos contra el Israel de Dios (2 Cr. 14:9), ahora *se apresurará a extender sus manos hacia el Dios* de Israel, en oración y le pedirá perdón y benignidad: paz con Dios.

Versículos 32–35

Después de orar por los gentiles, el salmista los invita ahora a venir y unirse a los devotos israelitas en alabanzas a Dios, e insinúa que su incorporación a la Iglesia será para ellos motivo de gozo y de alabanza (v. 32): *«Reinos de la tierra, cantad a Dios».* ¿Por qué?

1. Porque su dominio es supremo y soberano (v. 33): «Al *que cabalga sobre los cielos de los cielos, que son desde la antigüedad»* (comp. v. 4). Desde antiguo, más aún, desde la eternidad, ha preparado su trono; se sienta en el circuito de los cielos y dispensa al mundo de abajo los beneficios de su poder y de su bondad.

2. Porque su majestad es terrible y pavorosa: *«He aquí dará su voz, poderosa voz».* Esto puede entenderse en general, referido al trueno, que es llamado voz *de Jehová con potencia y con gloria* (24:3, 4) o, en particular, al trueno con que habló Dios a Israel en el monte Sinaí.

3. Porque su poder es infinito (v. 34): *«Reconoced el poder de Dios». Tuyo es el reino y el poder* y, por tanto, *tuya es la gloria.* Hemos de reconocer su poder: (A) En el reino de la gracia: *«Sobre Israel es su magnificencia»;* muestra su cuidado soberano en salvar y proteger a su pueblo. (B) En el reino de la providencia: *«Y su poder está en los cielos»,* de donde viene el trueno de su poder.

4. Porque allí resplandece la gloria de su santuario y por los prodigios que lleva a cabo allí (v. 35): *«Temible eres, oh Dios, desde tu santuario».* Dios debe ser adorado y admirado con reverencia y santo temor por todos los que le rinden culto en sus santos lugares y reciben allí sus oráculos. Y no hay ninguna otra perfección divina tan temible para los pecadores como su santidad.

5. Por la gracia que otorga a su pueblo: *El Dios de Israel, Él da fuerza y vigor a su pueblo»,* algo que los dioses de las naciones, al ser vanidad y mentira, no podían dar a sus adoradores; ¿cómo podían ayudarles cuando no se podían ayudar a sí mismos? Pero, si es el Dios de Israel el que da fuerza y vigor a su pueblo, hay que decir: *«Bendito sea Dios».* Si todo procede de Él, todo debe ir a Él.

SALMO 69

A pesar del título, es poco probable que David mismo compusiera este salmo. La hipótesis más aceptable es la que ve en él la mano de Jeremías, quien pudo usar un núcleo davídico, del que forma parte la porción citada por Pablo en Romanos 11:9 y siguientes. Aquí el salmista, I. se queja del gran aprieto en que se halla y ruega a Dios con insistencia que le alivie y socorra (vv. 1–21). II. Impreca los juicios de Dios contra sus perseguidores (vv. 22–29). III. Concluye con voces de júbilo y alabanza, en la seguridad de que Dios le ayudará y socorrerá, así como al pueblo (vv. 30–36).

Versículos 1–12

En estos versículos, David (o Jeremías) se queja de su angustia.

1. Su queja es muy amarga y la presenta ante Dios, a la espera que le alivie de un peso que le resulta demasiado gravoso.

(A) Se queja del profundo impacto que sus aflicciones han hecho en su espíritu (vv. 1, 2): *«Las aguas de la aflicción,* esas amargas aguas, *me llegan hasta el cuello;* no sólo amenazan la vida, sino que me turban la mente, de forma que no puedo disfrutar de la comunión de Dios como solía». *El espíritu del hombre sostendrá su debilidad,* pero, ¿qué haremos cuando el espíritu está herido? Este era aquí el caso del salmista. Esto apunta a los sufrimientos que padeció Cristo en su alma y a la agonía interior que sufrió cuando dijo: *Ahora está turbada mi alma, y, Mi alma está extremadamente triste;* pues fue su alma la que ofreció el sacrificio por el pecado.

(B) Se queja de la prolongación de sus congojas (v. 3): *«Cansado estoy de llamar».* Clamaba a su Dios, y cuanta más muerte tenía a la vista, tanto mayor vida había en su oración, a pesar de que tardaba en obtener respuesta de paz (v. 3b): *«Han desfallecido mis ojos esperando a mi Dios».* No obstante, esta apelación a Dios es una indicación de que había resuelto no ceder en su fe ni en su oración. Estaba *enronquecida* (lit., *seca) su garganta,* pero no su corazón; desfallecían sus ojos, pero no su fe. Así también nuestro Señor Jesús gritó desde la cruz: *«¿A qué fin me has desamparado?»* No obstante, al mismo tiempo, continuó y apeló a su relación con Él: *«¡Dios mío, Dios mío!»*

(C) Se queja de la mala voluntad y de la multitud de sus enemigos, de su injusticia y crueldad y del mal trato que le dan (v. 4): *«Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza los que me aborrecen sin causa»* (comp. Jn. 15:25). Como si dijera: Nunca les hice el menor daño para que me trataran con tanto encono. No sólo eran *numerosos* estos enemigos, sino también *poderosos. «¿Y he de pagar lo que no robé?»* Esto tiene una plena aplicación a Cristo, pues Él pagó por lo que no debía: pagó nuestra deuda y sufrió por nuestras ofensas. La gloria externa de Dios sufrió mengua por la culpa del hombre, pero la muerte de Cristo, quien no conoció pecado, restauró con creces la gloria de Dios.

(D) Se queja del poco afecto que le muestran sus amigos y parientes (v. 8): *«He venido a ser un forastero para mis hermanos;* se avergüenzan de mí». Esto se cumplió también en Cristo, *cuyos hermanos no creían en Él* (Jn. 7:5), que vino a lo que era suyo, a su patria, a sus paisanos, y *los suyos no le recibieron* (Jn. 1:11), y que fue abandonado por sus discípulos.

(E) Se queja del desprecio y de los reproches con que estaba cargado de continuo. En esto especialmente apuntan a Cristo sus quejas, pues por nosotros se sometió a la mayor vergüenza y se despojó a sí mismo de toda majestad. El salmista hace notar aquí las circunstancias agravantes de las indignidades cometidas contra él (vv. 9–12). Le ridiculizan precisamente por aquello con que se había humillado a sí mismo y había honrado a Dios. Los detalles cuadran bien en la historia de Jeremías. Si *el celo por la casa de Dios* se entiende con relación a Israel (v. sin embargo, la cita de Jn. 2:17), ejemplos de ellos se hallan en Jeremías 11:15; 12:7; 23:11. Cuando el salmista lloraba y ayunaba, les servía a los enemigos de pretexto para insultarle (v. 10); cuando se vestía de sayal en señal de duelo, se burlaban de él

(v. 11), por mortificarse de aquel modo. Incluso las personas más serias, *los que se sentaban a la puerta*, de quienes menos podía esperarse, *hablaban contra él.* Llegó a servir de copla y refrán para los bebedores (v. 12). Véase cuál es la suerte de los buenos en este mundo: los que son la alabanza de los sabios, son la burla de los necios. Pero quienes tienen buen discernimiento de las cosas y de las personas, pueden fácilmente menospreciar el ser de este modo menospreciados.

2. Su confesión de pecado es muy seria (v. 5): *«Dios, Tú conoces mi insensatez, y mis pecados no te son ocultos».* Como si dijera: Tú conoces de qué soy culpable y de qué no soy. Esta es la genuina confesión de un buen creyente, quien sabe que no puede prosperar ningún intento de cubrir sus pecados y, por tanto, es una medida de sabiduría reconocerlos, pues están abiertos y desnudos a los ojos de Dios. Él conoce la corrupción de nuestra naturaleza: *la insensatez que está ligada a nuestro corazón.* Conoce nuestras transgresiones, aun las más ocultas a la vista de los demás y a nuestra propia conciencia. Todas ellas están ante los ojos de Dios y nunca las echa a su espalda mientras no son perdonadas por habernos arrepentido de ellas.

3. Sus súplicas son muy insistentes: *«Sálvame oh Dios* (v. 1) sálvame de hundirme, de desesperarme; *no sean avergonzados por causa mía los que en ti confían … no sean confundidos por mí los que te buscan»* (v. 6). Esto insinúa el miedo que tenía de que, si Dios no se manifestaba pronto a favor de él, se desanimarían los buenos y eso daría ocasión a sus enemigos para cantar victoria contra él. Si Jesucristo no hubiese sido reconocido y aceptado por el Padre en sus sufrimientos, todos los que buscan a Dios y esperan en Él habrían quedado confundidos y avergonzados; pero tenemos confianza con Dios y nos acercamos libre y osadamente al trono de la gracia.

4. Su apelación es muy poderosa (vv. 7, 9): «Señor, arroja lejos mi afrenta, *porque por amor de ti la he sufrido* (v. 7)». Quienes sufren afrentas por hacer el bien, pueden con humilde confianza dejarlo en manos de Dios, quien *exhibirá la justicia de ellos como la luz* (37:6). *«Los denuestos de los que te insultaban cayeron sobre mí.»* Los que, de un modo o de otro, menosprecian el culto de Dios cubren también de denuestos a los que tienen verdadero celo por la casa de Dios. Este fue el caso del Señor Jesús en su amor al Padre y a su santo templo. (A) Fue una prueba de su amor al Padre el que *el celo de su casa le consumía* (Jn. 2:17), cuando los compradores y vendedores vilipendiaban el templo por lo que los sacó de allí Jesús a fuerza de azotes. (B) Fue también una prueba de su amor a Dios el que, por agradar al Padre, se negó a sí mismo y *sobre Él cayeron los vituperios de los que a Dios vituperaban* (Ro. 15:3), dejándonos así su ejemplo.

Versículos 13–21

A pesar de las burlas de los que hacían escarnio de él por orar y ayunar, el salmista resolvió seguir orando (v. 13): *«Pero yo a ti oraba, oh Jehová».*

1. Cuáles eran sus peticiones: *«Escúchame»* (v. 13); de nuevo (v. 16): *«Respóndeme»; «Apresúrate, óyeme»* (v. 17); *«sácame del lodo y no sea yo sumergido,* no me dejes pegado al fango, sino ponme sobre una roca (40:2), *sea yo libertado de los que me aborrecen, como un cordero de las garras de un león* (v. 14). *Aunque he venido al fondo de las aguas* (v. 2), *no me anegue la corriente de las aguas* (v. 15), *no me trague el abismo de la desesperación, ni el pozo cierre sobre mí su boca,* porque entonces estoy perdido». Pide que Dios le mire y no esconda de él su rostro (vv. 16, 17).

2. A qué apela para corroborar dichas peticiones: (A) A la misericordia y a la verdad de Dios (vv. 13, 16). (B) A su propia angustia y aflicción: *«Porque estoy angustiado* (v. 17) y, por tanto, necesito tu favor; así me llegará a su tiempo y también sabré agradecerlo y estimarlo como es debido. Tú *sabes mi afrenta, mi con fusión y mi oprobio* (v. 19); el escarnio ha quebrantado mi corazón y estoy acongojado» (v. 20), dice con toda sinceridad, pues el que conoce lo que vale un buen nombre no puede sobrellevar fácilmente el que se mancille su reputación. Pero cuando consideramos que es un gran honor el que se nos deshonre por causa de Dios y se nos tenga por dignos de sufrir por su nombre (Hch. 5:41), no tenemos por qué padecer ningún quebrantamiento de corazón. (C) Apela a la insolencia y crueldad de sus enemigos (v. 18): *«Líbrame a causa de mis enemigos»* (v. 19): *«Delante de ti están todos mis adversarios. Tú* sabes el peligro en que estoy por causa de ellos y que son también enemigos tuyos en todo lo que planean y hacen contra mí». Pone un ejemplo de la crueldad de ellos (v. 21): *«Me pusieron hiel (o, veneno;* el vocablo hebreo indica el jugo amargo—parecido al ajenjo—de una planta) *en mi comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre* (sin duda, en alguna mezcla desagradable). El doctor Cohen hace notar que el lenguaje es

figurado, como cuando decimos «echar sal en las heridas». (D) Apela a la poca benignidad de sus amigos, de quienes está decepcionado (v. 20b): *«Esperé quien se compadeciese de mí y no lo hubo»*. Le fallaron todos como los arroyos en verano. Esto tuvo cumplimiento en Cristo, pues en sus sufrimientos fue abandonado de sus discípulos.

Versículos 22–29

Estas imprecaciones no son oraciones de David contra sus enemigos, sino profecías de la destrucción de ellos, aplicables a los enemigos de Cristo, como lo profetizó él mismo entre sollozos y se cumplió en menos de cuarenta años después de su muerte. Los dos primeros versículos de esta sección son aplicados expresamente por Pablo a los juicios de Dios sobre los judíos incrédulos (Ro. 11:9, 10), por lo que toda la sección apunta por ese lado.

1. Los juicios que habían de sobrevenir a los que crucificaron a Cristo; no a todos ellos, pues hubo quienes se arrepintieron y hallaron perdón (Hch. 2:23, 37–41; 3:14, 15), sino a los que se endurecieron en la infidelidad y en el rechazo del Evangelio, y continuaron en la enemistad contra los discípulos y seguidores de Cristo (v. 1 Ts. 2:15, 16). Aquí se predice:

(A) Que así como ellos habían obrado traicioneramente, también fuesen traicionados por otros que, al aparentar ser amigos, abusarían del hospedaje que se les prestase (v. 22): *«Que se convierta su mesa en una trampa, etc.»*. *Así* como le dieron a Cristo hiel y vinagre, también ellos habrían de ser pagados con la misma moneda.

(B) Que aquellos ojos que se deleitaban al contemplar la agonía del salmista quedasen ciegos (v. 23). En sentido espiritual, que nunca tuviesen el consuelo de conocer aquella paz que el Evangelio de Cristo otorga a los creyentes. Su gran pecado era que se negaban a confesar que eran ciegos (Jn. 9:41), por lo que era imposible su curación. Su castigo tuvo cumplimiento cuando se negaron a ver el peligro en que incurrían rebelándose contra las autoridades romanas.

(C) Que habían de caer bajo la gran indignación de Dios (v. 24): *«Derrama sobre ellos tu ira, etc.»*.

(D) Que su lugar y su nación habían de quedar completamente desolados (v. 25), precisamente lo que más temían y por lo que perseguían a Cristo (Jn. 11:48). También esto se cumplió cuando los romanos asolaron el país y, *por culpa de ellos* (los judíos incrédulos), *Sion fue arada como un campo* (Mi. 3:12). El templo era el lugar del que, más que de otra cosa, estaban orgullosos, pero les fue dejado en desolación (Mt. 23:38): *«En sus tiendas no habite nadie»* (v. 25b), lo cual se cumplió durante muchos años de un modo misterioso en toda Palestina y, especialmente, en Jerusalén.

(E) Que su ruina había de ser total hasta ser aplastados por el peso de sus iniquidades (v. 27): *«Pon maldad sobre su maldad,* que sus infamias se acumulen hasta que no puedan soportar su peso, y *no entren en tu justicia,* esto es, que no participen en los beneficios de la divina gracia que otorga perdón a los pecadores arrepentidos». No es que Dios excluya a nadie, de antemano, de la gracia y del perdón, pero hay un pecado imperdonable: «el rechazo del perdón», como dice H. Kung. El Evangelio de Cristo no excluye a nadie, sino únicamente a los que, por su incredulidad, se niegan a recibirlo, con lo que se excluyen a sí mismos.

(F) Que serían excluidos de la fuente de la felicidad (v. 28): *«Sean borrados del libro de la vida»* (comp. Éx. 32:32; Fil. 4:3; Ap. 3:5), es decir, sean excluidos de los privilegios que comporta el pertenecer al pueblo de Dios. Así fue como el pueblo escogido, en su mayor parte, llegó a ser como no-pueblo, mientras los gentiles que habían sido no-pueblo, llegaron a ser pueblo de Dios (Ro. 9:25, 26; 1 P. 2:10).

2. Cuál es el pecado por el que habían de caer sobre ellos estos terribles castigos (v. 26): *«Porque persiguieron al que Tú heriste, y comentan el dolor del que Tú llagaste»*. *En Cristo se cumplió esto a la letra, pues plugo a Jehová quebrantarlo,* y fue considerado como *azotado, herido de Dios y abatido;* por eso *escondían de Él su rostro los hombres* (Is. 53:3, 4, 10). Le persiguieron con un furor que llegaba hasta los cielos, cuando gritaban: *«¡Crucifícale, crucifícale!»*

3. Lo que el salmista piensa de sí mismo en medio de todo esto (v. 29): *«Pero en cuanto a mí, afligido y miserable, etc.»*. «Esto es lo peor de mi caso, en cuanto a las aflicciones que padezco, aun cuando estoy *inscrito con los justos,* no bajo la indignación de Dios como lo están ellos».

Versículos 30–36

Aquí el salmista, como tipo de Cristo y como ejemplo para los cristianos, concluye con santo gozo y alabanza un salmo que había comenzado con quejas y protestas por sus aflicciones.

1. Se pone a alabar a Dios (vv. 30, 31): *«Alabaré el nombre de Dios,* no sólo con el corazón, sino también *con cántico, lo ensalzaré con acción de gracias»* (lit.). Y esto *agradará a Jehová,* por medio de Cristo, que es el Mediador de nuestras alabanzas lo mismo que de nuestras oraciones, *más que* el más valioso de los sacrificios legales (31), *sacrificio de buey.* Esto es una insinuación de que, en la era del Evangelio, se había de poner fin, no sólo a los sacrificios de expiación, sino también a los de alabanza y acción de gracias que estaban instituidos en la ley ceremonial; en lugar de ellos, habían de ser aceptados los sacrificios de alabanza y de beneficencia (He. 13:15, 16). Es un gran consuelo para nosotros el que humildes y agradecidas alabanzas complazcan a Dios más que los más costosos y pomposos sacrificios que jamás hayan existido.

2. Estimula a otras personas buenas a regocijarse en Dios y seguir buscándole (vv. 32, 33): *«Lo verán los oprimidos y se gozarán».* Verán: (a) Cuán presto está Dios a escuchar a los pobres cuando claman a El y a darles lo que le piden. (b) La exaltación de nuestro Salvador, pues de Él ha estado hablando el salmista, y de sí mismo como tipo de Cristo.

3. Convoca a todas las criaturas a alabar a Dios (v. 34): A los cielos, a la tierra, al mar y a todo lo que se contiene en ellos. Todo el Universo debe alabar a Dios por los favores que dispensa a su Iglesia y a su pueblo escogido (vv. 35, 36), pues *Dios salvará a Sion,* el santo monte, donde se le rendía culto, y *reedificará las ciudades de Judá.* En su sentido literal, el lenguaje se parece al de Isaías 65:9. En sentido típico, puede aplicarse al fruto de la redención llevada a cabo por el Salvador, quien *verá descendencia y vivirá por largos días* (Is. 53:10), con todos *los que aman su nombre* (v. 36), hasta que se complete el Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia.

SALMO 70

Este salmo es una copia, casi palabra por palabra, de 40:13–17. El salmista ora aquí que Dios envíe, I. socorro, a él mismo (vv. 1, 5). II. Confusión a sus enemigos (vv. 2, 3). III. Gozo a sus amigos (v. 4).

Versículos 1–5

El título *«para conmemorar»* (hebreo, *lehazkir),* lo mismo que en 38, ha de entenderse, como bien explica el doctor Cohen, en sentido técnico, en conexión con Levítico 2:2 *(«para memorial»),* por lo que es posible que el título indique que el salmo se había de cantar durante la celebración de esta clase de sacrificio. En todo caso, es cierto que se había de cantar en el templo, como se ve por 1 Crónicas 16:4 *(«para que recordasen»,* hebreo, *lehazkir).*

1. David ruega aquí a Dios que se apresure a socorrerle, pues se siente *afligido y menesteroso* (vv. 1, 5). Se halla en situación poco menos que desesperada, por lo que pide a Dios que *acuda a librarle* (v. 1). De nadie espera alivio y socorro, pues dice (v. 5): *Ayuda mía y mi libertador eres tú.* Te has comprometido a serlo de todos los que te buscan, de ti pues, dependo y de nadie más; así lo he palpado con frecuencia; eres Todosuficiente; así que date prisa en venir».

2. Ora que Dios llene de confusión el rostro de sus enemigos (vv. 2, 3): *«Sean avergonzados y confundidos, etc.* Que sean traídos al arrepentimiento, tan llenos de vergüenza como para buscar tu nombre (83:16); que se percaten de su insensatez en luchar contra los que tú proteges. No obstante, que sus proyectos contra mí queden frustrados y ellos *se sientan humillados* (Neh. 6:16).

3. Ruega a Dios que llene de gozo el corazón de sus amigos (v. 4). Hagamos del servicio a Dios nuestro gran negocio, y del favor de Dios nuestro gran placer y deleite, pues eso es buscarle y amar su salvación. Estemos entonces seguros de que, a no ser que lo impidan nuestras culpas el gozo del Señor llenará nuestra mente, y las alabanzas del Señor llenarán nuestra boca. Todos los que albergan buenos deseos con respecto al consuelo de los santos y a la gloria de Dios, no pueden menos de decir de corazón un gran *«amén»* a esta oración, a fin de que los que aman la salvación de Dios puedan decir continuamente: *Engrandecido sea Dios* (v. 4c).

SALMO 71

Este salmo carece de título; por lo que no se puede asegurar quién ni con qué motivo u ocasión lo compuso. Unos piensan que lo redactó David; otros, que Jeremías. Lo único cierto es que lo compuso un anciano que había sufrido muchas pruebas y había pasado por muchas dificultades. I. Comienza el salmo con una oración para que Dios le libre y le salve (vv. 2, 4), que no le deseche (v. 9) ni se aleje de él (v. 12), y que sean confundidos sus enemigos (v. 13). Apela a su confianza en Dios (vv. 1, 3, 5, 7), a la experiencia que tenía del socorro de Dios (v. 6) y de la mala voluntad de sus enemigos contra él (vv. 10, 11). II. Concluye el salmo igualmente con oraciones de fe (vv. 14 y ss.). Nunca había estado más firme su esperanza (vv. 16, 18, 20, 21). Nunca se había extendido tanto en sus gozosas acciones de gracias (vv. 15–19, 22–24). El salmista está en un éxtasis de gozosa alabanza.

Versículos 1–13

I. El salmista ruega que nunca se vea avergonzado en su recurso al favor de Dios, ni decepcionado en lo que de Dios espera su fe. Todo creyente puede acudir osadamente al trono de la gracia con esta petición.

1. El salmista profesa su confianza en Dios y repite su profesión de tal confianza, a la cual apela para que Dios le socorra. Alabamos a Dios al decirle (si lo decimos de veras) la confianza que tenemos en Él (v. 1): *«En ti, Jehová, me he refugiado;* en ti sólo. Hagan otros lo que hagan, yo escojo por ayudador mío al Dios de Jacob». Y añade: *«Sé para mí una roca de refugio»* (v. 3). Y de nuevo (v. 7b): *«Tú eres mi refugio fuerte»*. Esto es: «A ti huyo, seguro de estar a salvo en ti y bajo tu protección. Si tú me proteges, nadie puede causarme daño, *porque tú, oh Señor Jehová, eres mi esperanza, seguridad mía desde mi juventud»* (v. 5). Como si dijera: «Siempre he esperado en ti y nunca lo he hecho en vano».

2. Su confianza en Dios está fundada en su propia experiencia (vv. 5, 6): *«Porque tú, oh Señor Jehová, eres mi esperanza, seguridad mía desde mi juventud;* desde que fui capaz de discernir entre mi mano derecha y mi mano izquierda, dependí de ti, pues *en ti me he apoyado desde el seno materno»*. El que fue nuestra ayuda desde el nacimiento debería ser nuestra esperanza desde la juventud. Si hemos recibido de Dios tantos beneficios antes de que pudiésemos prestarle ningún servicio, no deberíamos perder el tiempo cuando estamos en condiciones de prestárselo. Y añade: *«De las entrañas de mi madre tú fuiste el que me sacó;* tú fuiste el que me elegiste para que entrase en tu pacto de gracia (comp. Jer. 1:5; Lc. 1:15; Gá. 1:15). Por tanto, tengo motivos para esperar que me protegerás; tú que me has ayudado hasta ahora, no me dejarás caer; tú que me socorriste cuando yo no podía valerme a mí mismo, no me abandonarás ahora que estoy tan desvalido como entonces; por eso, *en ti se inspira siempre mi alabanza»*.

3. Sus peticiones a Dios son:

(A) Que *no sea avergonzado jamás* (v. 1), que no quede decepcionado por no obtener el favor que esperaba.

(B) Que sea librado de la mano de sus enemigos (v. 2): *«Socórreme y líbrame en tu justicia.* Puesto que eres un Dios justo y Juez del mundo, que mantienes en alto la causa de los oprimidos, haz que pueda escapar de un modo u otro. *Inclina tu oído hacia mí* (lit.), escucha mi oración, *y sálvame* de mi angustia» (v. también v. 4). *«Tú has dado mandamiento para salvarme* (v. 3); es decir, has prometido hacerlo y son tan eficaces tus promesas que bien se las puede llamar, como aquí, mandamientos.» «Muchos son los que tienen puestos los ojos en mí (v. 7): *Como prodigio* (es decir, como motivo de asombro) *he sido a muchos,* ya que se asombraban de que alguien que de tal modo confiaba en Dios se viese desamparado (comp. Is. 52:14)»

(C) Que pueda hallar siempre descanso y seguridad en Dios (v. 3): *«Sé para mí una roca de refugio, adonde recurra yo continuamente».* Quienes hallan en Dios su morada, pues viven una vida de comunión con Dios, confían en Él y acuden continuamente a Él en oración de fe, pueden prometerse un refugio tan fuerte y seguro que nunca ha de derrumbarse ni ser demolido por ningún poder invasor (v. 7). Así, pues, *sea llena mi boca de tu alabanza* (v. 8), como ahora lo está con mis quejas, y entonces no me avergonzaré de mi esperanza, sino que serán ellos quienes queden avergonzados de su insolencia».

(D) Que no lo deseche ahora en su vejez ni lo desampare cuando se le acaben las fuerzas (v. 9). Obsérvese aquí: (a) La debilidad de la vejez: *Se acaban las fuerzas.* En la juventud, el cuerpo y la mente,

la vista y la voz, los brazos y las piernas, son fuertes, pero, ¡hay! todo ello se debilita en la vejez. (b) Lo que vale la presencia y la ayuda de Dios en medio de la debilidad de la vejez: *No me deseches … no me desampares.* Ser desechado y desamparado por Dios es algo digno de temerse en todo tiempo, pero especialmente en la vejez, cuando nos abandonan las fuerzas, porque es Dios quien da fuerza a nuestro corazón. Pero los fieles siervos de Dios pueden estar seguros de que no les desechará Dios en la vejez, ni los desamparará cuando se les acaben las fuerzas, pues es un Amo que no despacha a sus siervos cuando se hacen viejos. Con esta confianza vuelve el salmista a orar (v. 12): *«Oh Dios, no te alejes de mí; Dios mío, acude pronto en mi socorro,* no sea que perezca antes de que venga el auxilio».

II. Ruega que sus enemigos queden avergonzados de los siniestros planes que traman contra él (vv. 10, 11, 13): «Son *mis enemigos … acechan mi alma, conspiran juntos … son los adversarios de mi alma. Dicen: Dios lo ha desamparado; perseguidle y prendedle»*. En esto, las premisas de ellos eran falsas. No todos los que son considerados por otros como abandonados de Dios, o aun ellos mismos se consideran así, lo están. Y, si las premisas son falsas, por fuerza ha de ser falsa la conclusión que se saca. El que parece abandonar por un momento, no tardará en proteger con amor eterno: *«Sean avergonzados, perezcan los adversarios de mi alma,* es decir, los que me amenazan de muerte (comp. 35:4). Si no quieren ser confundidos para arrepentirse y así salvarse, que sean confundidos para perpetua deshonra, y así se arruinen».

Versículos 14–24

Vemos aquí al salmista en un santo transporte de gozo y alabanza, que brota de su fe y esperanza en Dios; lo advertimos en el versículo 14, en el que se nota un rápido y admirable cambio de voz; todos sus temores quedan silenciados, todas sus esperanzas quedan elevadas, y todas sus oraciones quedan convertidas en acciones de gracias: «Que digan mis enemigos lo que quieran en su intento de conducirme a la desesperación, *en cuanto a mí, esperaré siempre,* en cualesquiera circunstancias, por nublado y oscuro que esté el día; viviré en esperanza y esperaré hasta el fin».

1. Su corazón está afianzado en fe y esperanza: *«Vendré a los hechos poderosos,* a favor mío, *del Señor Jehová,* iré a su santuario para ofrecer sacrificio de acción de gracias por ellos, y *haré memoria de tu justicia,* por la que perdonas y salvas, *que es sólo tuya,* pues tú eres el único Salvador». Espera que Dios no le abandonará en su vejez, sino que será para él el mismo hasta el fin (vv. 17, 18). *«Oh Dios, me enseñaste desde mi juventud»*. La buena educación que le habían dado sus padres, la atribuye a Él (comp. Is. 54:13) y, en agradecimiento, desde su juventud *hasta ahora, ha manifestado las maravillas de Dios.* Los que han recibido el bien cuando eran jóvenes, han de hacer el bien cuando avanzan en edad, y comunican lo que han recibido. Vuelve a pedir a Dios que no le desampare en la vejez (v. 18) precisamente para poder continuar anunciando a la siguiente generación la fuerza y el poder de Dios. Si aprovechamos bien el tiempo de nuestra juventud en el servicio de Dios, lejos de abandonarnos, Dios hará de nuestra vejez los mejores días de nuestra vida. Es deber de los discípulos de Cristo, cuando se vuelven viejos, enseñar a los jóvenes, a la generación siguiente, lo que de Dios han aprendido por su propia experiencia, y dejar tras sí un solemne testimonio del poder, de la bondad y de la verdad de Dios en sus promesas, lo mismo que en sus advertencias. Espera que Dios le levantará del presente desconsuelo (v. 20): *«Tú que me has hecho ver muchas angustias y males, volverás a darme vida»*. No dice: *«que me has cargado de muchas angustias»*, sino: *«que me has hecho ver»*, como hace un padre bondadoso con su hijo. Si, en medio de las pruebas, vemos la mano de Dios en la forma en que debemos verla, podemos estar seguros de que Él nos librará de ellas a su debido tiempo. Y continúa (v. 20): «Y no sólo restaurarás, sino que *aumentarás mi grandeza,* dándome a la postre, como a Job, mayores bienes que los que perdí». A veces Dios hace que las angustias y aflicciones de los suyos contribuyan al aumento de su grandeza, como le pasó a José antes de ser elevado a gobernador de todo Egipto, y su sol brilla mejor después de salir de las nubes. También espera la confusión de sus enemigos (v. 24).

2. Veamos ahora cómo se ensancha su corazón de gozo y alabanza, cómo se regocija en la esperanza y canta en esperanza, pues *en esperanza fuimos salvos* (Ro. 8:24). *«Mi lengua*—dice—*hablará también de tu justicia todo el día»* (v. 24, comp. v. 15). La justicia de Dios incluye muchas cosas: la rectitud de su naturaleza, la equidad de sus bondadosas y providenciales disposiciones, las justas leyes que nos ha dado para que sean nuestra norma de vida, las justas promesas que nos ha declarado para que dependamos de

ellas, y la eterna justicia que Su Hijo nos ha provisto para nuestra justificación. La justicia y la salvación de Dios van juntas (v. 15), y *los hechos de salvación* de Dios son tantos que nos resultan innumerables (v. 15b, comp. con 40:5; 139:17, 18). Pero, precisamente por ser innumerables, dan materia constante para alabar a Dios (vv. 18, 19). Esto es alabar a Dios: reconocer que sus perfecciones y realizaciones son tan *excelsas* (v. 19b) que no podemos llegar a ellas, y tantas que no podemos enumerarlas; *oh Dios, ¿quién como tú?* (v. 19c). Nadie en el cielo ni en la tierra; ni ángel, ni rey ni nadie. Dios es incomparable; y si no reconocemos que lo es, no podemos alabarle como se debe. *«Oh Dios mío; tu verdad cantaré a ti, etc.»* (v. 22b). Dios se da a conocer mediante su Palabra, y su Palabra es verdad (Jn. 17:17); si alabamos su verdad, le alabamos a Él; *«oh Santo de Israel»* (v. 22c). Esta frase ocurre frecuentemente en Isaías, pero en los Salmos sólo ocurre aquí, en 78:41 y 89:18. «Denota—dice Kirkpatrick—que Dios en su carácter de Dios Santo ha entrado en pacto con Israel, y su santidad se ha comprometido a redimir a su pueblo.» Su honor supremo consiste en ser «el Santo»; y el honor de su pueblo consiste en que es «el Santo de Israel». El salmista quiere expresar su gozo y exultación con música sagrada (v. 22): *«con las cuerdas del salterio ... con el arpa».* David era un virtuoso en estos instrumentos, y quería emplear lo mejor de su talento musical en las alabanzas divinas, no sólo para su propia edificación, sino también para hacer impacto en los demás. *«Mis labios se alegrarán cuando cante a ti,* sabe que en ninguna otra cosa pueden ser mejor empleados, y *mi alma, la cual redimiste,* pues nunca te alabaré suficientemente por esa inmensa bondad; mi *lengua, etc.»* (vv. 23, 24). No es verdadera música la que hacemos al Señor cuando cantamos sus alabanzas, si no lo hacemos de corazón. El servicio de labios, por bien elaborado que esté, es un trabajo perdido, si en él no ponemos el corazón y el alma.

SALMO 72

Dice Arconada de este salmo: «Este bello poema es una *oración profética,* única en el Salterio, *por el rey Mesías y su reino.* Su autor sería Salomón, según reza el título; pero, según el versículo 20, su autor sería David, quien habla e intercede por su hijo Salomón, y a David se lo atribuye el *Midrás».* El salmista: I. Comienza con una breve oración por su sucesor (v. 1). II. Pasa inmediatamente a una larga predicción de las glorias de su reinado (vv. 2–17). III. Concluye con alabanza al Dios de Israel (vv. 18–20).

Versículo 1

Este versículo es una oración por el rey y por el hijo del rey.

1. La podemos aplicar a Salomón: *«Oh Dios, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey;* hazle un buen hombre y un buen rey. (A) Es la oración de un padre por su hijo; quizá, de un padre moribundo, como los patriarcas por sus hijos. Salomón aprendió a pedir para sí, como su padre había pedido para él, no que Dios le diese riquezas ni honores, sino un corazón sabio y entendido. Los padres no pueden dar la gracia a sus hijos, pero pueden conducirlos, mediante la oración, al Dios de la gracia. (B) Es la oración de un rey por su sucesor. David había ejecutado derecho y justicia en su reinado, y ruega ahora que también su hijo lo haga. Este mismo interés deberíamos tener nosotros por los que nos han de suceder en la familia o en el cargo. (C) Es la oración de los súbditos por su rey. Parece ser que David redactó este salmo para uso del pueblo, a fin de que, al cantarlo, pidiesen por Salomón. Quienes deseen disfrutar de una vida pacífica y sosegada, deben orar por los reyes y las demás autoridades (1 Ti. 2:2), para que Dios les de su juicio y su justicia.

2. También la podemos aplicar a Cristo; no es que nuestro gran intercesor necesite que intercedamos por Él; pero: (A) Es una oración del pueblo de Dios para que envíe al Mesías. (B) Es una expresión de la satisfacción que todos los verdaderos creyentes sienten por la autoridad que el Señor Jesús ha recibido del Padre: «Que tenga toda la autoridad en el cielo y en la tierra, y que sea el Señor nuestra justicia; que sea el gran albacea de la divina gracia para todos los que son suyos».

Versículos 2–17

Esta es una profecía de la prosperidad y perpetuidad del reinado de Cristo bajo el tipo del reinado de Salomón, como una apelación para dar mayor fuerza a su oración del versículo 1: *«Dale tu juicio … y tu justicia»*, y como una respuesta de paz a su oración. Que esta profecía ha de referirse al reinado del Mesías está claro, puesto que hay en ella muchas porciones que no se pueden aplicar al reinado de Salomón. El reinado de que aquí se habla ha de durar tanto como el sol, mientras que el reinado de Salomón no duró más de cuarenta años. Por eso, hasta los expositores judíos lo entienden del reinado del Mesías.

1. Había de ser un gobierno *justo* (v. 2): *«Él juzgará a tu pueblo con justicia»* (comp. Is. 11:4). Todas las leyes del reino de Cristo concuerdan con las normas eternas de equidad. La paz de su reino estará fundada en la justicia (v. 3).

2. Había de ser un gobierno pacífico (v. 3): *«Los montes llevarán paz al pueblo, y los collados justicia»*. El Doctor Hammond ve en los montes los tribunales superiores de la judicatura en el reino de Salomón, y en los collados los tribunales inferiores; pero es más probable que con ello se quiera significar que la paz y la justicia serán conspicuas, fácilmente discernibles, como los montes y los collados. Habrá *abundancia* de paz y de justicia (v. 7). Salomón significa «pacífico», y pacífico había de ser su reinado. Pero la paz es, de modo especial, la gloria del reinado de Cristo; pues, en la medida en que se recibe a Cristo, se obtiene la reconciliación con Dios (Ro. 5:1), con nosotros mismos, y unos con otros, hasta el punto de que se acaban todas las enemistades; pues *Él es nuestra paz* (Ef. 2:14).

3. Que los pobres y los necesitados habrían de ser protegidos, de modo especial, en este gobierno: *«Juzgará … a tus afligidos* (v. 2); *a los afligidos del pueblo, salvará a los hijos del menesteroso»* (v. 4). Vuelve a insistir en esto en los versículos 12, 13, y da a entender que Cristo mantendrá en alto la causa de los oprimidos (v. Is. 61:1). «*Librará al menesteroso que clame* contra la opresión que padece, *tendrá misericordia* de los que se acojan a su protección y *les salvará la vida* (lit. *el alma)* que es todo lo que ellos desean. Cristo es Rey de los pobres hombres.

4. Los orgullosos opresores tendrán que rendir cuentas (v. 4): «Y *aplastará al opresor»*. El diablo es el gran opresor (comp. con Is. 14:17), pero Cristo lo aplastará y hará pedazos su reino. *Tan preciosa es a los ojos de Cristo la sangre de los pobres* (v. 14) que ni una gota será derramada mediante el engaño o la violencia de Satanás o de sus agentes, sin que se pidan cuentas por ella. Cristo es un Rey que, aun cuando exhorte a sus súbditos algunas veces a resistir hasta la sangre por Él, no por eso es derrochador de esa sangre.

5. Que la verdadera religión florecerá bajo el gobierno de Cristo (v. 5): *«Te temerán mientras duren el sol y la luna»*. Salomón edificó el templo, pero no duró más de cuatro siglos; por tanto, esto ha de referirse al reino de Cristo. La fe en Cristo establecerá y preservará el temor de Dios; por consiguiente, éste es el evangelio eterno que es proclamado. Y, así como el gobierno de Cristo promueve la devoción a Dios también promueve la justicia y la caridad entre los hombres (v. 7): *«Florecerá en sus días la justicia»*. La ley de Cristo, escrita en el corazón, dispone a los hombres a ser honestos y justos, y a dar a cada uno lo suyo; dispone también a los hombres a vivir en amor y, de este modo, tiende a producir abundancia de paz. Tanto la santidad como el amor serán perpetuos en el reino de Cristo y nunca decaerán, pues los súbditos de tal reino *temerán a Dios mientras duren el sol y la luna.*

6. Que el gobierno de Cristo ofrecerá grandes ventajas a todos sus fieles súbditos (v. 6): *«Descenderá como la lluvia sobre la hierba cortada»*. Esto suele ser imagen del efecto que produce un gobierno justo (v. 2. S. 23:4). No dice: «sobre la hierba arrancada», sino sobre la hierba que se corta para que crezca mejor.

7. Que el reino de Cristo se ensanchará muchísimo. Vemos aquí:

(A) La extensión de su territorio (v. 8): *«Dominará de mar a mar, etc.»* En un pasaje mesiánico, como es éste, la frase cubre todo el orbe entonces conocido. El territorio se extenderá, pues, a los países (a) De *los moradores del desierto* (v. 9), que raramente se enteran de las noticias, pero se enterarán de las buenas noticias del reino de Cristo y vendrán de buena gana a postrarse ante Él y someterse a su yugo; (b) De los que eran *enemigos suyos* y habían luchado contra Él; éstos *lamerán el polvo* (v. 9b), frase que expresa la postura del que tiene el rostro tocando al suelo.

(B) La dignidad de sus tributarios. No sólo reinará sobre los moradores del desierto, sino también sobre los que moran en palacios (v. 10): *«Los reyes de Tarsis* (la antigua Tartesos del sudoeste de España, 48:8) *y de las islas* (lit. Esto es, de las costas del mar Mediterráneo) *le traerán presentes* como a su

Soberano. Esto se cumplió a la letra en Salomón (v. 2 Cr. 9:23, 24), pero mejor aún en Cristo, de lo que fue un anticipo la visita de los magos (Mt. 2:11).

8. Que será honrado y amado por todos sus súbditos (v. 15): *«Vivirá»*. Sus súbditos dirán de corazón: *«¡Viva el rey!»*, y con buen motivo, pues Él dijo: *«Porque yo vivo, vosotros también viviréis»*. Se le ofrecerán presentes. Aun cuando podrá vivir sin ellos, pues no necesita los presentes ni los servicios de nadie, *se le dará del oro de Sabá.* El mejor debe ser servido con lo mejor. Se orará por Él continuamente. El pueblo oraba por Salomón, y esto ayudó a que él y su reino fuesen para ellos una bendición tan grande. Pero, ¿cómo puede esto aplicarse a Cristo? Él no necesita nuestras oraciones ni puede obtener ningún beneficio de ellas. Pero los santos del Antiguo Testamento oraban sin cesar por su venida, pues le llamaban *«el que había de venir»*. Y ahora que ha venido, debemos orar por el éxito de su Evangelio y por el crecimiento de los que creen en Él, así como por el advenimiento del futuro reino mesiánico, del que el mismo Señor nos enseñó a orar: «*Venga tu reino*», hasta que se manifieste lo que ahora está únicamente en los designios ocultos del Padre (Hch. 1:6, 7). A las oraciones han de ir unidas las alabanzas (v. 15c): *«Todo el día se le bendecirá»* (Nota del traductor: Todas las frases del versículo 15 pueden traducirse por imperativo u optativo).

9. Que durante su gobierno habrá un maravilloso aumento, tanto de víveres como de bocas. La tierra será muy fructífera (v. 16). Con sólo *un puñado de grano* que se siembre *en la cumbre de los montes*, de donde no podría esperarse gran cosecha, *el fruto* resultante, al ondear las mieses por la fuerza del viento, *hará ruido como el Líbano*, es decir, como el crujir del follaje de los cedros del Líbano. Esto es aplicable a la semilla del Evangelio, la cual, sembrada en el suelo estéril de la gentilidad, había de producir abundante cosecha. Los campos estaban prestos para la siega (Mt. 9:37; Jn. 4:35). Las ciudades se harán muy populosas (v. 16c): *«Y los de la ciudad florecerán como la hierba de la tierra*, por su número y por su verdor» (comp. con 1 R. 4:20).

10. Que su gobierno será perpetuo, para honor del Rey y dicha de los súbditos. El Señor Jesús reinará para siempre (Lc. 1:33), y de Él sólo puede entenderse esto, no de Salomón. Sólo Cristo *será temido de generación en generación, mientras duren el sol y la luna* (v. 5). (A) Su nombre perdurará para siempre (v. 17). Así como los nombres de los reyes de este mundo perduran en sus sucesores hereditarios, el de Cristo perdurará en Él mismo. (B) La dicha del pueblo será universal: *«Benditas serán en Él todas las naciones»;* será una verdadera bendición, y, al mismo tiempo, perpetua bendición, por ser benditos *en Él*, que es Rey óptimo, máximo y eterno.

Versículos 18–20

1. El salmista se alarga aquí en acciones de gracias por la profecía y la promesa (vv. 18, 19). Tan segura es cada palabra de Dios que tenemos suficiente motivo para dar gracias por lo que ha dicho, aun cuando no se haya cumplido todavía. Hemos de reconocer que Dios merece ser alabado por todas las grandes cosas que ha llevado a cabo a favor del mundo: *«Bendito Jehová Dios, el Dios de Israel»* (v. 18). Aquí se nos enseña a bendecir el nombre de Cristo y a bendecir a Dios en Cristo: (A) Como al Jehová que existe por Sí mismo y es Todosuficiente y Soberano del Universo; (B) Como al Dios de Israel, en pacto con ese pueblo y adorado por él; (C) Como al *único que hace maravillas* (v. 18b) en la creación y en la providencia y, especialmente, en esta obra de la redención, que sobrepuja a todas sus demás obras.

2. Ora fervientemente para que se cumpla la profecía y la promesa: *«Y toda la tierra sea llena de su gloria»* (v. 19b). El salmista cierra su oración con el doble sello de *«Amén y amén»*. E incluso parece como si David cerrara aquí (v. 20) su vida con esta oración. Es posible que fuese éste el último salmo que redactó, aunque no sea el último suyo en el Salterio. Con él *«terminan las oraciones de David, hijo de Isaí»*. Téngase, sin embargo en cuenta—nota del traductor—que los versículos 18, 19 no forman parte del salmo, sino que son una doxología aneja a cada Libro del Salterio. El doble «Amén» es la respuesta de la congregación. La nota del versículo 20 es, con la mayor probabilidad, una añadidura del compilador de la colección, a fin de separar los «Salmos de David» de los de Asaf, que siguen a continuación.

SALMO 73

Este salmo, así como los diez siguientes, lleva en el título el nombre de Asaf. Si fue él quien los redactó, con razón se llaman salmos de Asaf. Si fueron dirigidos a él como a principal director de música del santuario, también la preposición hebrea admite esta interpretación. Cabe una tercera alternativa: Asaf pudo ser el compilador de cierto número de himnos, a los que sus descendientes añadieron otros más. Este salmo nos refiere la grave tentación que sufrió el salmista al ver la prosperidad de los impíos. Comienza con un sagrado principio, gracias al cual no perdió pie (v. 1). Luego nos dice: I. Cómo le vino la tentación (vv. 2–14). II. Cómo salió de la tentación (vv. 15–20). III. Cómo sacó provecho de la tentación (vv. 21–28).

Versículos 1–14

El salmo comienza de manera abrupta: *«Ciertamente es bueno Dios con Israel»*. Aunque toda la humanidad recibe muchos beneficios de la munificencia divina (v. Hch. 14:17), hemos de reconocer que es, de manera muy especial, bueno para Israel.

El salmista nos refiere luego la tentación de envidia que sufrió al ver la prosperidad de los inicuos.

I. En primer lugar, sienta el principio que resolvió adoptar mientras luchaba con la tentación (v. 1). Cuando Job entró en una tentación como ésta, tomó como principio inamovible la omnisciencia de Dios: *«Mas Él conoce mi camino»* (Job. 23:10). El principio de Jeremías es la justicia de Dios: *«Justo eres tú, oh Jehová, para que yo dispute contigo»* (Jer. 12:1). El principio de Habacuc es la santidad de Dios: *«Muy limpio eres de ojos para ver el mal»* (Hab. 1:13). El del salmista aquí es la bondad de Dios *«para con los limpios de corazón»* (v. 1b). Los limpios de corazón pueden estar seguros de que, cualesquiera sean las pruebas y tentaciones que sufran, verán el rostro, es decir, el favor de Dios (Mt. 5:8).

II. Pasa luego a relatar la sacudida que sufrió su fe en la bondad de Dios hacia Israel, por la fuerte tentación de pensar que los limpios de corazón del pueblo de Israel no son más dichosos que los demás y que Dios parece portarse mejor con los impíos que con ellos.

1. Habla de ello como de un tremendo peligro de ser abatido por dicha tentación (v. 2): *«Pero en cuanto a mí»*, aunque estaba satisfecho con la bondad de Dios hacia Israel, *casi se deslizaron mis pies;* el enemigo estuvo a punto de pisarme los talones. ¿Por qué? *«Porque tuve envidia de los arrogantes.»* Hay tormentas que ponen a prueba las más fuertes anclas. Muchas almas preciosas que tienen vida eterna estuvieron alguna vez en ese *«casi»*, en el que a duras penas escaparon con vida.

2. La tentación (v. 3b): *«Viendo,* dice, *la prosperidad de los impíos»*. Parece como si no compartieran las angustias y calamidades comunes de esta vida: «No *pasan trabajos como los otros mortales* (aun los más santos y sabios), *ni son azotados como los demás hombres* (v. 5), sino que parece como si disfrutaran de un privilegio singular que les exime de la común suerte de penas y sinsabores. Parecen llevarse la mejor parte de los consuelos y comodidades de esta vida. Viven tan tranquilamente que *los ojos se les saltan de gordura»* (v. 7). Hay muchos que tienen en sus manos muchos bienes de este mundo, aunque no tengan en el corazón ningún bien del cielo. Son impíos y, sin embargo, *alcanzaron riquezas* (v. 12). Y hasta parecen morir en paz. Esto es lo primero que menciona, pues es lo que más extraño le resulta (v. 4): *«Porque no hay congojas para su muerte»* (lit. según la versión más probable). No sufren muerte violenta; ni siquiera les aterra su conciencia. No se puede juzgar de la suerte de los hombres en la otra vida por la forma en que salgan de esta vida. Hay quienes pueden morir como corderos y tener su lugar entre los cabritos.

(A) Describe en detalle el mal carácter de tales personas. Al hacer mal uso de los bienes materiales que poseen, se les endurece el corazón en la impiedad y les vuelve orgullosos y arrogantes. Al vivir tranquilos, *la soberbia les rodea como un collar* (v. 6); se jactan de su insolencia como si fuese un buen ornamento. No hay nada malo en llevar un collar, pero cuando sirve para jactarse de un vicio, cesa de ser verdadero adorno. Y así como aparece su orgullo en lo que llevan, también se echa de ver en lo que hablan: *«Hablan con altanería* (v. 8b, comp. 2 P. 2:18). Les hace más opresores de sus semejantes que son pobres (v. 6b): *«Se cubren de vestido de violencia»*, es decir, la violencia ha llegado a ser su traje de cada día (v. también v. 8). Su insolencia llega hasta el punto de que les parece que lo saben todo, lo de los cielos y lo de la tierra, y que no necesitan que nadie les enseñe nada (éste parece ser el sentido del v. 9).

(B) Describe también la influencia perniciosa que la conducta y el bienestar de los impíos han ejercido sobre muchos israelitas (vv. 10–14). Al verles tan atrevidos y sin ser castigados, *mi pueblo se vuelve hacia ellos* como al partido triunfante, y *bebe a grandes sorbos de sus aguas;* se vuelven blasfemos y altaneros como ellos; no quieren perderse ni una gota de lo que a los impíos les hace tan felices—al parecer—y tan tranquilos. Llegan así, como todos los impíos, a dudar de la omnisciencia de Dios (v. 11) y se sienten tentados a echar de sí toda religión, pues los impíos lo pasan bien *sin ser turbados* (12); por lo que sacan esta consecuencia (vv. 13, 14): *Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón, etc.*

Versículos 15–20

Cómo guardó el salmista sus pies de caer.

1. Reacciona a tiempo y se niega a hablar como aquellos del pueblo que habían sido seducidos a echar de sí la religión, vencidos por la misma tentación que a él le había acometido (v. 15). Ganó la victoria gradualmente. Después del primer impacto de la tentación sobre él, frenó su lengua para no hablar como los otros, al ver que, de lo contrario, daría mal ejemplo a quienes le estimaban como a hombre de excelente reputación y, por eso mismo, su mal ejemplo habría causado enorme daño a la fe de sus prójimos. Si había llegado a pensar mal, al menos siguió el consejo de Proverbios 30:32: *«Pon el dedo sobre tu boca»*. Debemos pensar dos veces antes de hablar una vez, ya que, por una parte, hay cosas que se pueden pensar pero no se deben decir; y, por otra parte, los segundos pensamientos pueden corregir los errores de los primeros. Nada hay que cause tanto escándalo a *la generación de los hijos de Dios* como decir que es en vano servir a Dios.

2. Previó la ruina de los impíos. Al principio le resultó muy laborioso desenredar la madeja de sus pensamientos (v. 16). No acertaba a dar con la solución del problema que la felicidad de los impíos le presentaba. Su razón no alcanzaba a tanto, *«hasta que, entrando en el santuario de Dios, comprendí el fin de ellos»* (v. 17). En la quietud de la casa de Dios, con los pensamientos que aquel lugar le suscitaba, trayéndole a la memoria porciones de la Santa Biblia que, en lo recio de la tentación, había olvidado, y moviéndole a orar para que Dios le diese luz, comprendió, por fin, que los impíos eran dignos de lástima más que de envidia, pues estaban *atesorando ira para el día de la ira* (Ro. 2:5). El santuario debe ser el recurso de toda alma que se siente tentada. Todo va bien si termina bien; pero lo que termina mal, nunca ha sido verdadero bien. La prosperidad de los malos es corta e insegura. Los lugares altos en que los pone la Providencia resultan *deslizaderos y precipicios* hacia una *completa ruina* (v. 18). Esta ruina es segura, grande, rápida, repentina, total y definitiva (vv. 18, 19): *«como sueño del que despierta»* (v. 20). ¡Qué terrible despertar! Por eso, lejos de ser envidiados, deben ser menospreciados como *sombras o fantasmas* (v. 20b) que no tienen consistencia y pasan rápidamente (el mismo vocablo de 39:6). Dios los evalúa como lo que son: sombras sin realidad verdadera. Les pasa como al rico necio de Lucas 12:19, 20.

Versículos 21–28

Se nos refiere ahora el beneficio que el salmista obtuvo de la tentación que había sufrido y que había estado a punto de hacerle caer.

1. Aprendió a pensar humildemente de sí mismo y acusarse ante Dios (vv. 21, 22): *«Se llenó de amargura mi alma, y en mi corazón sentía punzadas»;* era como la «espina en la carne» de Pablo (2 Co. 12:7). El salmista reconoce que era su ignorancia lo que le había perjudicado (v. 22): *«Tan torpe era yo, que no entendía; era como una bestia delante de ti»*. Las bestias no alcanzan a ver más allá del breve espacio que contemplan (el suelo que pisan) y del tiempo presente en el que se mueven; nunca llegan a ver lo venidero. Así se ve él.

2. Aprovechó esta oportunidad para reconocer su dependencia de la gracia de Dios (v. 23): *«Con todo, yo siempre estoy contigo»*. No se siente dejado de la mano de Dios en la tentación, como antes se había imaginado. *«Me tomaste de la mano derecha.»* No se había dado cuenta antes de que, si los pies *casi* se le habían deslizado (v. 2), no había llegado a caer porque Dios le sostenía de la mano. Si así somos sostenidos por Dios en nuestra vida espiritual, no tenemos motivos para quejarnos de las tentaciones, como tampoco de las adversidades.

3. Se animó a esperar que el mismo Dios que le había preservado de caer en la tentación, *le preservaría* también *para su reino celestial* (2 Ti. 4:18): *«Me has guiado según tu consejo (o, tu propósito) y me recibirás después en gloria»;* es decir—con la mayor probabilidad—me darás una posición honorable, en lugar de la humillación que ahora sufro de parte de los arrogantes. En efecto—nota del traductor—, como hace notar el Doctor Cohen, el vocablo «gloria» (hebreo, *kabod),* nunca dice en la Biblia referencia al más allá de la tumba. Por otra parte, el verbo *laqaj* (v. 68:18) significa primordialmente «tomar», en el sentido de llevar a una persona a su destino, al lugar que se le ha asignado (v. por ej. Gn. 48:1; Éx. 14:6). Entre los muchos modernos que niegan el carácter escatológico de este salmo, está mi antiguo profesor M. García Cordero, famoso escriturista. «El salmista—dice M. Henry—se daba cuenta de que había pagado muy caro seguir sus propios pensamientos durante la tentación y, por tanto, resuelve tomar el consejo de Dios en lo futuro. Si Dios nos conduce por el camino del deber, también nos hará comprender después todas las oscuridades de su providencia que ahora nos dejan perplejos, y nos aliviará del dolor que nos ocasionó alguna fuerte y amenazadora tentación.»

4. Con ello, se sintió avivado para tener una comunión más estrecha con Dios, y se confirmó y consoló en la elección que había hecho (vv. 25, 26). Aquí tenemos el aliento de un alma santificada por Dios y que encuentra en Él su reposo: «¿A *quién tengo yo en los cielos sino a ti?»* (v. 25. Lo de *«sino a ti»* no está en el original, pero se sobrentiende). Escasamente podemos hallar en los salmos otro versículo que mejor exprese los sentimientos devotos de un alma hacia Dios. Sólo Dios puede hacer verdaderamente dichosa a una persona. Como escribe nuestra Teresa de Ávila (más conocida como «Santa Teresa de Jesús»): «Quien a Dios tiene, nada le falta; sólo Dios basta». Y si eso es así, a Él hemos de acudir. No sólo deben ir a Él nuestros deseos, sino que en Él tienen que terminar, y no desear más que a Dios, pero desear cada vez más y más de Él: *«Estando contigo*—añade—, *nada me deleita ya en la tierra»* (v. 25b); no sólo en los cielos, de los que no hemos visto nada, sino ni aun en la tierra, donde están nuestros parientes y amigos, nuestros negocios y nuestros intereses, hay cosa que nos pueda dar verdadero placer. Es cierto que mis poderes físicos y mentales *(«mi carne y mi corazón»)* desfallecen (v. 26) por la edad y por la enfermedad, pero en Dios puedo hallar fuerzas y descanso seguro: *«Mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre»* (v. 26b).

5. Estaba plenamente convencido de la miserable condición de los inicuos. Esto lo había aprendido en el santuario y nunca lo iba a olvidar (v. 27): *«Porque, he aquí, los que se alejan de ti,* esto es, los que se convierten en extraños para Dios por su maldad, de la que no se arrepienten, *perecerán»* (hebreo, *yobedu;* de la misma raíz que el «Abadón» = Destrucción, de Ap. 9:11).

6. Estaba muy animado a adherirse a Dios y confiar en Él (v. 28). El *acercarnos a Dios* es efecto del acercarse Él a nosotros (Ro. 10:20). Es entonces cuando se realiza el feliz encuentro que nos trae la gran bendición. Aquí tenemos una gran verdad: Que es bueno acercarse a Dios, pero es esencial, vital, aplicarlo personalmente: *«es bueno para mí»* (lit. o, *es mi bien,* pues de las dos maneras se puede traducir). Si los malvados, a pesar de toda su prosperidad, *han de perecer y ser destruidos,* pongamos entonces nuestra confianza solamente en Dios y no en ellos (v. 146:3–5); en Él y no en nuestra prosperidad material; confiemos en Dios y no nos inquietaremos por la prosperidad de los malvados ni les tendremos miedo.

SALMO 74

Este salmo se compuso con ocasión del asolamiento de Jerusalén y de la destrucción del templo. Su lenguaje se parece mucho al de las Lamentaciones de Jeremías. La mención de Asaf ha quedado explicada en el comentario al título del Salmo 73. Aquí el salmista: I. Apela en sus quejas a las calamidades que el pueblo sufre, a fin de reavivar los deseos de ellos en oración (vv. 1–11). II. Recuerda lo que Dios ha hecho en otros tiempos en favor de su pueblo para estimular la fe de ellos en la oración (vv. 12–17). III. Concluye con diversas peticiones a Dios para que les de liberación (vv. 18–23).

Versículos 1–11

1. El desagrado de Dios hacia su pueblo fue la causa amarga de todas sus calamidades. Por eso apelan a Dios y dicen (v. 1): *«¿Por qué, oh Dios, nos has desechado para siempre?»* Hablan el lenguaje de la melancolía y de la depresión. El pueblo de Dios no debe pensar que, por hallarse abatidos, están desechados, ni de que porque los hombres los pisotean, Dios los rechaza. Esta apelación muestra que lo que más sentían y temían era que Dios los desechara. Dicen (v. 1b): *«¿Por qué se ha encendido tu furor* (v. Lm. 2:3 y ss.), es decir, por qué es tan visible tu furor al *echar humo* (lit.), de tal forma que todos nuestros vecinos lo notan?» Apelan a la relación íntima que tienen con Él: «Somos *las ovejas de tus pastos.* Que los lobos molesten a las ovejas no es de extrañar, pero ¿hubo jamás algún pastor tan enfadado con sus ovejas? *Acuérdate de tu congregación* (v. 2), de nosotros, que somos el pueblo que tú escogiste para dar ante el mundo testimonio de tu gloria y ser *la tribu,* esto es, la nación *de tu herencia* (comp. con Dt. 32:7 y ss.; Jer. 10:16), de la que has recibido culto de adoración como de ninguna otra nación del mundo. Recuerda también *este monte de Sion, donde has habitado,* que ha sido residencia y mansión escogida por ti y en la que has tenido tus complacencias. Somos *tu* congregación, *la que adquiriste desde tiempos antiguos, la que redimiste* (Éx. 15:13, 16) con muchos portentos cuando se formó primeramente al salir de Egipto, y tú *la redimiste* de la esclavitud. ¿Vas, Señor, a abandonar ahora a un pueblo que compraste a tal precio y te resultó tan querido?» Mucho mayor es el motivo que tenemos nosotros de esperar que Dios no ha de desechar a los que compró con la sangre de Su Hijo (Hch. 20:28). *«Levanta* (lit.) *tus pasos,* esto es, apresúrate a venir para reparar *las desolaciones … que el enemigo ha hecho en el santuario* (v. 3), en tu santuario; porque, si tú no las reparas, serán perpetuas e irreparables.»

2. Se quejan de los ultrajes y de la crueldad de sus enemigos, pero sólo por lo que han hecho con el santuario y las sinagogas, es decir, los lugares de reunión que tenían además del templo. El templo era la morada del nombre de Dios y, por eso, *el santuario* (v. 7) *o lugar santo.* En él habían cometido los enemigos muchas y grandes impiedades (v. 3), pues lo habían destruido con absoluto desprecio de Dios y aun afrentándole adrede. *«Tus enemigos vociferan en medio de las asambleas»* (v. 4), donde asistían los fieles israelitas con humilde y reverente silencio. *«Han puesto sus banderas bien visibles»,* en el templo mismo, de forma que se ven desde todos los lugares. Esta osadía con que los enemigos desafiaban a Jehová les llegaba a los israelitas a lo más hondo. *«Pues con hachas y martillos han quebrado todas sus entalladuras»* (vv. 5, 6), con el mismo desdén con que los leñadores cortan leña en el bosque. Más aún, *«Han prendido fuego a tu santuario … echándolo a tierra»* (v. 7, comp. 2 Cr. 36:19). Más tarde, los romanos *no dejaron piedra sobre piedra* (Mt. 24:2), y Sion, el monte santo, fue arado como campo por orden de Tito el hijo del emperador Vespasiano. Se queja también el salmista de la desolación de *las sinagogas.* El propósito del enemigo era la destrucción completa y definitiva de todo (v. 8).

3. Todas estas calamidades quedaban muy agravadas por el hecho de que no se veía ninguna perspectiva de alivio ni podían predecir cómo ni cuándo acabarían las desolaciones: *«Ellos han puesto sus banderas bien visibles* (v. 4), pero nosotros *no vemos ya nuestras enseñas* (v. 9); ni nuestras banderas ni nuestras *señales* (lit.), esto es, los indicios de vida religiosa, cúltica, comunitaria (v. Lm. 2:6). *No existen ya profetas* para decirnos cuánto tiempo durará todo esto y para animarnos en nuestro desconsuelo. No es que falten hombres que ejercen el oficio de profetas, sino que *tampoco reciben ya visión de Jehová* (Lm. 2:9; comp. Ez. 7:26). *¿Ha de blasfemar el enemigo perpetuamente tu nombre?»* (v. 10). Esto es lo que más les duele, más aún que la afrenta que reciben del angustiador. *«¿Por qué retraes tu mano,* en lugar de extenderla para librar a tu pueblo y destruir a tus enemigos?»

Versículos 12–17

Dos cosas sirven para sosegar la mente de los que aquí se lamentan por aquella situación de ruina y desolación:

1. Que Dios es el Dios de Israel, el Dios que ha pactado con su pueblo (v. 12): *«Pero Dios es mi Rey desde tiempo antiguo»*. Esto viene aquí como una apelación en su oración a Dios, y como un estímulo para su fe y su esperanza, a fin de animarles en su expectación de liberación, al considerar los días del *tiempo antiguo* (comp. 77:5). Se mencionan aquí varias cosas que Dios había hecho a favor de su pueblo como su *rey desde tiempo antiguo,* las que les animaban a encomendarse a Él y depender de Él.

(A) Que había dividido las aguas del mar delante de ellos cuando salieron de Egipto, no por la fuerza de Moisés o de su vara, sino con su fuerza divina; y que el que había llevado a cabo eso, podía hacer cualquier cosa.

(B) Que había destruido al Faraón y a su ejército. Faraón era como el *Leviatán; los* egipcios eran como *monstruos marinos* fieros y crueles. Dios los aplastó, a pesar del poder y los resortes de que disponían, y los ahogó a todos ellos en el mar Rojo. Esto era tipo de la victoria de Cristo sobre Satanás y su reino, conforme a la primera promesa de que la descendencia de la mujer había de aplastar la cabeza de la serpiente. Esta providencia era para ellos como pábulo de su fe y de su esperanza, a fin de animarles en las otras dificultades que les habían de salir al encuentro en el desierto.

(C) Dios había alterado de dos maneras el curso de la naturaleza, tanto al sacar corrientes de agua de la roca como al convertir en roca las corrientes (v. 15). Había desleído en agua la roca: *Abriste la fuente y el torrente* de una roca, de una bien sólida y dura roca. Que no se olvide jamás esto, pero recordemos especialmente que la roca era Cristo, y que las aguas que salen de Él son bebida espiritual (v. Jn. 4:10 y ss.; 1 Co. 10:4). También había congelado, en cierto modo, las aguas *secando ríos impetuosos;* es a saber, el Jordán, precisamente cuando se desbordaba por sus orillas. El que había hecho tales cosas podía también ahora librar a su pueblo oprimido.

2. Que el Dios de Israel es el Dios de la naturaleza (vv. 16, 17). Él es quien ordena la sucesión regular de las estaciones, así como del día y de la noche. Es el Soberano tanto del espacio como del tiempo. Él es quien abre los párpados de la aurora, y quien descorre las cortinas tras el ocaso: «Tú *estableciste la luz y el sol»* (lit.). El vocablo hebreo *maor* = luminaria, puede designar la luna (Gn. 1:16) o, en sentido colectivo—según Cohen—: «las luminarias, en particular el sol». Y añade (v. 17): «Tú trazaste todos los confines de la tierra (esto es, los ríos y las montañas que, con mucha frecuencia, se han convertido en fronteras de las naciones) y los diferentes climas, *el verano y el invierno,* lo cual incluye las zonas frías y las tórridas o, más bien, las diferentes estaciones del año». El que tuvo tal poder para fijar, y después preservar, el curso de la naturaleza mediante el movimiento diurno y anual de los cuerpos celestes, de seguro tiene también el poder de salvar, tanto como de destruir. El que es fiel a su pacto con el día y con la noche, de cierto cumplirá a su pueblo las promesas hechas. Su pacto con Abraham y su posteridad es tan firme como el pacto con Noé y sus hijos (Gn. 8:21).

Versículos 18–23

Aquí el salmista, en nombre de toda la congregación, pide a Dios con la mayor urgencia que se manifieste a favor de ellos en contra de sus enemigos y ponga fin a la presente miserable situación *¡Levántate, oh Dios, defiende tu causa!* (v. 22).

1. Los perseguidores de Israel son los enemigos jurados de Dios: «Señor, no sólo nos han afrentado a nosotros, sino que, directa y osadamente, *han afrentado y blasfemado tu nombre»* (v. 18). El salmista insiste mucho en esto: «Nosotros no nos atrevemos a contestar a las afrentas de ellos; contéstales tú, Señor. Recuerda que es *un pueblo insensato* el que ha blasfemado tu nombre (vv. 18, 22b) y lo hace *cada día»*. Los que afrentan e injurian a Dios son insensatos, como es el que dice: «No *hay Dios»* (14:1; 53:1). A veces, son tenidos por genios de su tiempo los que niegan a Dios y ridiculizan la religión y las cosas santas; pero, en realidad, son los mayores insensatos. No esconden en su pecho sus pensamientos blasfemos, sino que los anuncian a los cuatro vientos: *«No olvides las voces de tus enemigos»* (v. 23). No es menester hacerle a Dios a la memoria lo que tiene que hacer, pero necesitamos hacerlo para mostrar nuestra preocupación por su honor y nuestra fe en que ha de vindicar nuestra causa.

2. Los perseguidos son el pueblo de su pacto. Han caído en las garras de *las fieras* (v. 19). *«Los rincones de la tierra están llenos de moradas de violencia»* (v. 20b). Por «rincones», dice literalmente el texto «lugares oscuros», porque en ellos iban los israelitas a refugiarse de la persecución del invasor. Todo es *violencia* donde no hay temor de Dios, pues el que no teme a Dios carece de verdadera humanidad. El salmista apela a Dios: «Es *tu tórtola* la que va a ser devorada por *las fieras,* como un ave inocente e indefensa que es acometida por aves de rapiña» (v. 19). La Iglesia debe ser como una tórtola por su inocencia y mansedumbre, por su duelo en el día de la aflicción y por su fidelidad y la constancia de su amor. El salmista parece decir: «Señor, te va el honor en socorrer a los débiles; en especial, a tus hijos ¿no cumplirás ahora las promesas que les hiciste bajo pacto? Manifiéstate, Señor, a favor de los que alaban tu nombre y en contra de los que blasfeman de él».

SALMO 75

Este salmo es totalmente distinto del anterior. Dice Cohen: «El tono cambia abruptamente al pasar del salmo precedente al presente. Aquí tenemos un cántico de acción de gracias por la liberación del peligro. Puede compararse con los salmos 46 al 48 que nos refieren el fracaso de la invasión asiria de Judea por Senaquerib y es posible que narre el mismo incidente». El salmista: I. Alaba a Dios por todo lo que ha llevado a cabo en favor del pueblo (v. 1). II. Introduce a Dios que promete su poderosa intervención (vv. 2, 3). III. Increpa a los impíos, y les hace ver que Dios es soberano Juez y que los malvados apurarán la copa de su furor (vv. 4–8). IV. Promete alabar a Dios y hacer justicia (vv. 9, 10).

Versículos 1–5

1. El salmista da gracias a Dios y le alaba por las grandes cosas que ha hecho por él en particular, y por el pueblo de Israel en general (v. 1): *«Gracias te damos, oh Dios, gracias te damos, y tu nombre está cerca»* (lit.). Dios había mostrado su «cercanía» al pueblo de Israel con la humillante derrota que había infligido a sus enemigos. *«Proclaman* (mejor que *«proclamamos») los* hombres *tus maravillas»*. Es decir, todos se han enterado de lo que Dios ha hecho a favor de su pueblo.

2. Ahora (vv. 2, 3) es Dios quien toma la palabra: *«Al tiempo que yo señale, juzgaré rectamente»*. Dios tiene «su tiempo» y nunca llega un minuto antes ni un minuto después de lo que su Providencia ha dispuesto. Dios siempre llega a tiempo y obra a su debido tiempo; y, cuando le llega su tiempo de juzgar, juzga rectamente: hace que la justicia triunfe sobre la violencia; no es como los jueces humanos, que están expuestos al error y al soborno.

3. En la misma línea, Dios promete que su gobierno será eficaz. Dice Cohen: «Cuando parece que la sociedad humana está a punto de derrumbarse, ya que sus fundamentos—la justicia—han sido sacudidos Dios los refuerza». Este es el sentido del versículo 3. Todo el tinglado de la sociedad se vendría abajo, si Dios no sostuviera sus cimientos. En particular, el pueblo de Israel habría sido derrotado, devastado y destruido, si Dios no hubiese hecho el portento de que el ejército enemigo se hubiese disuelto por sí solo y huido vergonzosamente.

4. Es ahora el salmista el que *dice* (v. 4) *a los arrogantes* (hebreo *holelim): No os comportéis con arrogancia; y a los impíos* (hebreo *reshaim): No levantéis el cuerno* (lit.); es decir, no os comportéis como animales que alzan desafiantes sus testas cornudas, llenos de confianza en su propio poder. Es muy probable que el salmista tuviese en su mente la conducta de Senaquerib (Is. 37:23). Prosigue en el mismo tono en el versículo 5. Inútil es enorgullecerse contra Dios y negarse a doblar la cerviz ante Él. «Antes quebrado que inclinado», es la divisa del arrogante. Pero quienes se niegan a inclinarse ante el gobierno benéfico de Dios, de cierto serán quebrantados por la vara de hierro de su poder.

Versículos 6–10

1. Aquí vemos dos grandes verdades acerca del gobierno de Dios en el mundo.

(A) Que solamente de Dios reciben los reyes su poder (vv. 6, 7) y, por ello, a Dios solo da el salmista la alabanza que por eso le corresponde. Vemos extrañas revoluciones en los Estados, en los reinos, en los gobiernos de una nación y llegamos a sorprendernos de la súbita caída de unos y de la súbita elevación de otros. Pero esos cambios de situación *no vienen del oriente, ni del occidente ni del desierto* (v. 6), *sino de Dios* (v. 7). «El desierto—dice Cohen—es la frontera sur de la Tierra Santa. El norte no se menciona por ser considerado por los antiguos como región de tinieblas.» En otras palabras, los hombres no podían esperar alivio, ni ayuda ni promoción ni de la riqueza y sabiduría de los orientales, ni de las numerosas fuerzas de los occidentales, ni de Egipto y Arabia, que caían al sur. Ni todas las fuerzas reunidas podían elevar a un hombre sin intervención de la causa primera que es Dios. No cabe, pues, otro recurso que confiarse al que es infinitamente sabio, bueno y poderoso. Si Él *humilla a uno y enaltece al otro* (v. 7b), hemos de pensar que obra justamente, pues es justo *Juez.*

(B) Que solamente de Dios reciben todos su merecido (v. 8): *«En la mano de Jehová hay una copa* para dar de beber a los hombres. En los padecimientos de Cristo se ve una *copa* (Mt. 20:22; Jn. 18:11), copa de aflicción, no por sus culpas, sino por nuestros pecados. Es copa de *vino espumoso* (lit.), *lleno de*

mixtura; es decir, de especias que emborrachan e intoxican, y tornan impotentes, física y mentalmente, a quienes lo beben. Al acomodar el sentido del versículo, podemos decir que la copa de aflicción que pone Dios en manos de los suyos lleva mezcla de compasión y de gracia, mientras que la que pone en manos de los malvados lleva mezcla de maldición y desgracia. Algunas gotas de la amargura de esta mezcla pueden caer en la copa de los buenos, pues todos comparten las comunes calamidades. Pero estas calamidades son únicamente el vehículo por el que se trasvasa la maldición, de forma que la parte superior del líquido de la copa recibe muy poca cosa del trasvase, mientras que *el fondo* es pura ira de Dios allí sedimentada, y ese fondo es el que *beben y apuran los impíos* (v. 8b), de tal modo que no queda en la copa ni una gota de la ira de Dios.

2. Vemos después dos inferencias prácticas de tales verdades: (A) El salmista está dispuesto a alabar a Dios y darle la gloria en nombre del pueblo, *cantando alabanzas al Dios de Jacob* (v. 9), e incluye entre otros motivos, el privilegio, como representante de toda la nación, de *anunciar* las maravillas de Dios (como en el versículo 1). (B) También está dispuesto, como representante de Dios y por poder que Dios le ha delegado, a hacer justicia (v. 10), de modo que *sea quebrantado el poderío de los pecadores,* mientras *es exaltado el poderío* (en ambos casos, el hebreo dice *«los cuernos»,* es decir, los instrumentos del poder agresivo y destructivo) *de los justos,* aquí representados por Israel, mientras los pecadores están representados por Asiria.

SALMO 76

Este salmo se parece mucho al anterior y pudo haber sido compuesto a raíz de circunstancias similares. Los LXX añaden: «Cántico sobre (o, hacia) los asirios», de donde se puede conjeturar que se redactó a raíz de la derrota de los asirios en tiempo de Ezequías. I. El salmista se congratula de la dicha del pueblo al tener tan cerca a su Dios (vv. 1–3). II. Celebra la gloria del poder de Dios (vv. 4–6). III. Infiere de ahí cuántos motivos tienen todos para temer ante Él (vv. 7–9). IV. Y cuánta razón tiene su pueblo para confiar en Él y pagarle sus votos (vv. 10–12).

Versículos 1–6

El salmista canta aquí victoria en Dios, la fuente y el centro de todas nuestras victorias.

1. En la revelación que Dios les hizo de Sí mismo (v. 1). Es el honor y el privilegio de Judá y de Israel que *en ellos es conocido su nombre,* y dondequiera es conocido Dios, su *nombre es grande.*

2. En las señales de la presencia especial de Dios en sus ordenanzas (v. 2). Dios era conocido en toda la tierra de Judá y de Israel, pero *en Salem* (esto es, Jerusalén), *en Sion,* estaba su *tabernáculo y su habitación.* Allí tenía su corte y celebraba sus audiencias de oración y recibía el homenaje de su pueblo por medio de sus sacrificios. Era el lugar que había escogido.

3. En las victorias que habían obtenido sobre sus enemigos (v. 3): *«Allí quebró las saetas del arco, el escudo, la espada y las armas de guerra».*

(A) Aquí hay arco, saetas, escudos, espadas; y todo ello, listo para la batalla; pero todas las armas son quebradas e inutilizadas. Las quebró Dios en el tabernáculo y morada de Sion. Ocurrió en el campo de batalla y, sin embargo, se dice que las quebró en el santuario, porque allí estaba, por decirlo así, el cuartel general de Dios, y desde allí daba Dios las órdenes en respuesta a las plegarias que el pueblo le dirigía en aquel lugar. Los éxitos de la Iglesia evangelizante se deben, en su mayor parte, a las plegarias de la Iglesia orante.

(B) Esta victoria redundaba muchísimo en honor inmortal para el Dios de Israel (v. 4): *«Glorioso eres tú y majestuoso* al descender (o, al volver) *desde los montes de caza»,* es decir, al regresar de los montes en que había tratado a los asirios como trata un león a su presa. Los enemigos se creían fuertes y numerosos *(«fuertes de corazón»,* v. 5), pero todos ellos fueron derrotados y puestos en fuga sin que ninguno de ellos tuviese ocasión de blandir las armas (v. 5b). En lugar de llevarse botín, quedaron *despojados* de todo lo que habían traído (v. 5) y *dormidos,* con el sueño del que no hay ya despertar (v. 13:4). Tendidos en el campo de batalla, *duermen su sueño;* no el sueño de los justos, sino el de los

malvados, quienes resucitarán *para vergüenza y confusión perpetua* (Dn. 12:2; Jn. 5:29). A los *fuertes de corazón* les faltó el ánimo, y a los fuertes de manos les faltó la fuerza.

Versículos 7–12

Esta victoria proporcionó:

1. Terror a los enemigos de Dios (vv. 7–9): *«Tú, temible* (en el sentido de infundir pavor) *eres tú»*. Que aprendan todos de aquí a reverenciar llenos de santo pavor al gran Dios de Israel. «¿Y *quién podrá estar en pie delante de ti cuando se encienda tu ira?» Pueblo de Dios son los humildes de la tierra* (v. 9, comp. con Sof. 2:3; 3:12), los *«anarrim Jehová»,* remanente puro de Israel. Aunque ellos, humildes y mansos (ambos conceptos están incluidos en el término hebreo), están expuestos a la violencia y a la opresión, Dios se levantará *para juzgar y para salvar a los humildes.* El Dios justo parece guardar silencio por mucho tiempo, pero, tarde o temprano, *hará oír su juicio* (v. 8). Y, cuando eso suceda, cundirá en la tierra un espanto paralizante *«La tierra se espantó y quedó suspensa»* (v. 8b).

2. Consuelo al pueblo de Dios (v. 10): *«Ciertamente el furor del hombre te reportará alabanza* (mejor, *acciones de gracias); te ceñirás del resto de la ira»*. Nota del traductor: Esta parece ser la más probable versión de este difícil versículo. Otras versiones aceptables pueden verse en la *Nueva Biblia Española,* la *Biblia de Jerusalén* y la *Nueva Versión Internacional* (en prensa, la edición castellana). Y la interpretación que más se acerca al contexto es la siguiente: El furor de los enemigos (aquí, los asirios) de Dios y de Israel da ocasión a Dios para ejercitar su justicia y su poder omnímodo, por lo que su actuación portentosa a favor de Israel le reporta acciones de gracias de parte de su pueblo; y de los últimos e inútiles esfuerzos del furor humano *(«el resto de la ira»),* Dios hace para sí un ceñidor u ornamento, y hace que se conviertan en monumentos de su gloria. Caben otras interpretaciones, pero se basan en correcciones del texto masorético.

3. Un deber para todos (vv. 11, 12). Que todos se sometan a este gran Dios y se conviertan en leales súbditos suyos. (A) Primero se dirige la exhortación al pueblo de Israel (v. 11): *«Haced votos y cumplidlos a Jehová vuestro Dios»*. El pueblo de Dios, sus hijos, han de ser los primeros en rendirle homenaje y cumplirle los votos que le han hecho. (B) Después hay referencia a las naciones limítrofes de Israel: *«Todos los que están alrededor de Él* (Dios), *traigan ofrendas* (es decir, presentes) *al Temible,* esto es, al que es digno de ser temido». No es que Dios necesite presentes materiales que le traigan, pero las oraciones y alabanzas y, especialmente, los corazones, son los presentes que deberíamos ofrecer a nuestro Dios y Señor. Él *corta* (v. 12) *el espíritu* (lit. Es decir, ya sea el orgullo o la vida) *de los príncipes* o gobernadores, tan fácilmente como se corta una flor de su tallo o un racimo de uvas de la vid. En especial, *se hace de temer,* se convierte en el *«Temor»* (lit.) personificado, *para los reyes de la tierra,* quienes pueden así escarmentar en la cabeza ajena de Senaquerib.

SALMO 77

Este salmo comienza con frases quejumbrosas, pero termina con expresiones de aliento y esperanza. Parece ser que fue compuesto en la cautividad de Babilonia; se notan ideas similares a las de la oración de Habacuc 3. I. El salmista se queja de la profunda impresión que producen en el ánimo de los cautivos las angustias que sufren (vv. 1–10). II. Se anima a sí mismo con la esperanza de que todo concluirá bien, al recordar las antiguas manifestaciones de Dios en ayuda y socorro de su pueblo (vv. 11–12).

Versículos 1–10

Tenemos aquí el retrato vivo de un buen hombre en estado de gran melancolía. Las personas devotas de carácter depresivo pueden ver aquí su rostro como en un espejo. Sin embargo, parece ser que las penas y los temores habían desaparecido ya cuando redactó el salmo, pues los verbos están en pretérito, y así los pone desde el principio del salmo para dar a entender que su angustia no desembocó en desesperación.

1. Su oración melancólica: *«Con mi voz clamé a Dios, a Dios clamé»* (v. 1). Así se desahogó y ganó algún alivio; y entonces vemos que tomó el camino correcto para obtenerlo (v. 2): «Al *Señor busqué en el día de mi angustia»*. Quienes tienen angustiada la mente no deben tratar de sorber ni de menospreciar la angustia, sino de calmarla por medio de la oración.

2. Su pesadumbre melancólica. *«Mi mano estaba extendida de noche y no reposaba,* cuando era tiempo de reposo; *mi alma rehusaba ser consolada»* (v. 2. Lit.). Se negaba a dar oídos a los que intentaban consolarle. Quienes, al estar apenados, rehúsan el consuelo, afrentan en cierta manera a Dios.

3. Sus obsesiones melancólicas. Cuando se acordaba de Dios, sólo veía su justicia, su ira, su majestad pavorosa y, así, Dios le resultaba aterrador, sin dejarle descansar (vv. 3, 4): *«Me acordaba de Dios y gemía; cuando meditaba en ello, desmayaba mi espíritu. Sujetabas los párpados de mis ojos»* (lit.). Sus pensamientos acerca de Dios, en lugar de confortarle y proporcionarle descanso, le daban terror y le impedían dormir. La melancolía se ceba en quienes padecen obsesiones de esta clase.

4. Sus reflexiones melancólicas (vv. 5, 6): *«Consideraba los días de antaño, los años de los tiempos antiguos, etc.* Y los comparaba con los días presentes; la antigua prosperidad sólo me servía para agravar mi actual calamidad, pues no veo los portentos que vieron mis antepasados». Es un tópico manido decir que todo tiempo pasado fue mejor. No permitamos que el recuerdo de los consuelos que hemos perdido nos impidan ser agradecidos por las bendiciones que nos quedan. Particularmente se acordaba de *sus cánticos de noche,* pero ahora estaba fuera de tono y ese recuerdo sólo le servía para *derramar su alma dentro de sí* (42:4—sentido dudoso—. Comp. Job. 35:10).

5. Sus temores melancólicos (vv. 6b–10): *«Meditaba en mi corazón y mi espíritu inquiría»,* es decir, buscaba una respuesta satisfactoria a sus aprensiones: «¿Desechará *el Señor para siempre,* como lo hace ahora? *¿Ha cesado para siempre su misericordia? Etc.».* Este es el lenguaje de un alma desconsolada, algo que les suele suceder incluso a los que *temen a Jehová* (Is. 50:10). Los hijos de Dios, en un día nublado y oscuro, pueden verse tentados a sacar conclusiones negras, desesperadas, acerca de su propio estado espiritual, así como acerca del estado general de la Iglesia y de los intereses de Dios en el mundo. Pero no debemos ceder ante tales tentaciones, sino dejar que la fe las responda desde las Escrituras: *«¿Acaso ha desechado Dios a su pueblo? ¡En ninguna* manera!» (Ro. 11:1). *«¿Ha cesado para siempre su misericordia?» ¡No! «La misericordia de Jehová es desde la eternidad y hasta la eternidad sobre los que le temen»* (103:17). *«¿Se ha acabado perpetuamente su promesa?»* ¡No! *«Es imposible que Dios mienta»* (He. 6:18). *«¿Ha encerrado en su ira sus compasiones?»* (v. 9b). ¡No! *«Sus compasiones no se han agotado. Nuevas son cada mañana»* (Lm. 3:22, 23). Por tanto, *«¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín, etc?»* (Os. 11:8, 9). De repente, se corrige a sí mismo con ese *Selah,* como si dijese: «Para aquí, no sigas» y, a continuación, añade: *«Ésta es mi debilidad:* Pensar *que la diestra del Altísimo pudo cambiar»* (v. 10. Lit.). En este momento, comienza su recuperación.

Versículos 11–20

Recobrándose, trata el salmista de reavivar de nuevo sus recuerdos y ahora, sí, va por el buen camino: *«Me acordaré de las obras de Yah,* no de su majestad pavorosa ni de su ira, sino de las obras que llevó antaño a cabo a favor del pueblo (vv. 11, 12), de donde puede inferir un final feliz para la presente oscura situación. El recuerdo de los portentos de Dios a favor de los suyos es el mejor antídoto contra la desconfianza en sus promesas, porque Dios no puede cambiar. Dos cosas, en general, satisfacen al salmista:

1. Que *el camino de Dios es santo* (v. 13. Lit. *en santidad).* Tiene, pues, finales santos para todo lo que hace o permite, pues todo es para bien de los que le aman (Ro. 8:28). Su camino está de acuerdo con sus santas y fieles promesas.

2. Que el *camino de Dios es poderoso*: se abre paso por entre las aguas profundas, y cierra después su sendero sin dejar rastro (v. 19). Toda la sección siguiente (vv. 14–20), resumen de lo que Jehová hizo con su pueblo desde la salida de Egipto hasta la entrada en Canaán, es una prueba de que no hay dios tan grande como el Dios de Israel (v. 13b). Jehová fue siempre delante de su pueblo con el amor y el cuidado de Buen Pastor (v. 20). Moisés y Aarón guiaron al pueblo, el primero en calidad de gobernador, el segundo en calidad de sumo sacerdote: las dos grandes ordenanzas del magisterio y del ministerio. Moisés y Aarón no podían hacer nada sin Dios; pero Dios lo hizo por medio de ellos, como por medio de la columna de nube y de fuego.

SALMO 78

Este salmo constituye un resumen de la historia de Israel desde los tiempos de Moisés hasta después del exilio de las diez tribus del norte. I. Prefacio en el que recomienda a las generaciones venideras el estudio del salmo (vv. 1–8). II. La historia misma. El objetivo general del salmo aparece en los versículos 9–11. En cuanto a los detalles particulares, vemos: 1. Las obras portentosas que Dios llevó a cabo en favor de su pueblo (vv. 12–16). 2. La ingratitud con que correspondieron a los favores de Dios, sus murmuraciones y su desconfianza, y cómo afrentaron a Dios con sus idolatrías, una vez llegados a Canaán, a pesar de la paciencia que Dios había tenido con ellos (vv. 17–20, 56–58). 3. Cómo les castigaba Dios en el desierto por sus pecados (vv. 21–55) y, ahora, cuando se llevaron el Arca los filisteos (vv. 59–64). Cuán benignamente les perdonó Dios y se volvió a ellos, compasivo, a pesar de las provocaciones de ellos, estableciéndolos felizmente en la tierra y dándoles, en David, un rey de su elección, aunque posteriormente permitió que el reino del norte (v. 67, *José, Efraín)* fuese desgajado de Judá y, después, llevado al exilio (vv. 65–72).

Versículos 1–8

Estos versículos contienen el prefacio de la historia que se nos refiere después.

1. El salmista demanda atención (v. 1): *«Escucha, pueblo mío, mi enseñanza»* (lit. *mi ley).* El salmista, en función de profeta, habla de parte de Dios, con lo que puede dirigirse a Israel como *pueblo suyo* y dar a sus enseñanzas el nombre de *leyes,* aun cuando es más probable que sólo intente identificarse con el pueblo y transmitirle instrucción (comp. con Pr. 1:8, donde ocurre el mismo vocablo: «*la enseñanza,* hebreo *torat—de tu madre»—).*

2. Da varias razones por las que deben prestar atención:

(A) Las cosas que va a decir son de mucho peso; por eso las va a exponer en forma de oráculo enigmático *(«parábola ... arcanos»—los* mismos términos hebreos de 49:4—). No son «arcanos» porque estén ocultos, sino porque requieren la más seria consideración.

(B) Son monumentos de la antigüedad (v. 3): *«Que nuestros padres nos las contaron».* Son cosas ciertas; relatos verídicos. El honor que debemos a nuestros padres nos obliga a prestar atención a las buenas enseñanzas que de ellos hemos recibido.

(C) Estas enseñanzas deben ser transmitidas a la posteridad (v. 4): *«No las ocultaremos a sus hijos,* como no nos las ocultaron nuestros padres». Habría de esperarse—dice Cobb—que dijese: *«a nuestros hijos»,* pero desea enfatizar el curso de la tradición y no su deber personal hacia sus propios hijos». Lo que hemos de transmitir a los hijos no es sólo hacienda y conocimientos, sino especialmente las verdades de Dios y el ejemplo de una conducta santa. Nótese que:

(a) La ley de Dios se dio con el encargo especial de enseñarla diligentemente a los hijos (v. 5), conforme lo preceptuaba Deuteronomio 6:7, 20, y los hijos, respectivamente, a sus hijos, etc. Así también la Iglesia de Dios, no es cosa de una sola época—como lo fue el Imperio Romano—, sino hasta la consumación de los siglos (Mt. 28:20).

(b) Las providencias de Dios concernientes a ellos. Dios dio a Israel su ley, no sólo para que sus preceptos fuesen norma de las generaciones venideras, sino para que pusieran en Dios su confianza al recordar sus obras portentosas (vv. 6, 7). Sólo quienes están resueltos a observar los mandamientos de Dios, pueden esperar con plena confianza la salvación de Dios.

(c) Se les advierte a estas generaciones futuras que tomen buena nota de esto, a fin de que *no sean como sus padres, generación contumaz y rebelde, etc.* (v. 8). Que no piensen que, por ser *hijos de Abraham* según la carne, ya son hijos de Dios en el espíritu (Jn. 8:33; Mt. 3:9).

Versículos 9–39

En estos versículos:

1. El salmista observa las reprensiones que Israel atrajo sobre sí por conducirse traicioneramente con Dios (vv. 9–11). Se alude a Efraín como cabeza del reino del norte que, al rebelarse contra David, y no guardar el pacto con él (2 S. 5:2 ss.), tampoco guardaron el pacto con Dios, sino que fueron siempre como

«novilla indómita». Éste es el sentido más probable de este—según Cohen—«difícil versículo». M. Henry—nota del traductor—opina que se hace referencia a la derrota sufrida frente a los filisteos, cuando estos se llevaron el Arca (1 S. 4:10, 11), ya que Siló caía en la tribu de Efraín. En todo caso nótese que el olvido de las obras de Dios está en el fondo de nuestra desobediencia a las leyes de Dios.

2. De aquí toma ocasión el salmista para consultar los precedentes. En estos versículos, la narración es muy notable, pues refiere una especie de lucha entre la bondad de Dios y la maldad del hombre.

(A) Dios obró grandes cosas a favor de su pueblo Israel cuando los reunió por primera vez e hizo de ellos una nación (v. 12): *«A la vista de sus padres hizo portentos».* Hizo una avenida seca en medio del mar Rojo y por allí los condujo y les dio ánimos, aunque las aguas estaban a los lados como *montones* (v. 13). Les proveyó de *guía* a través de las sendas, no pisadas antes, del desierto (v. 14), por medio de *una nube, que resplandecía con fuego por la noche,* con lo que la oscuridad les resultaba menos atemorizadora y menos peligrosa (v. Zac. 2:5). *«Hendió las peñas en el desierto y les dio a beber raudales de agua,* no destilada, gota a gota, por medio de un alambique, sino en forma de grandes corrientes (vv. 15, 16). Dios no escatima, pues es rico en misericordia.

(B) Cuando Dios comenzó a bendecirles de esta manera, ellos empezaron a afrentarle (v. 17): *«Pero aún volvieron a pecar contra Él».* Sobrellevaron las miserias de su esclavitud mejor que las dificultades de su liberación, y nunca murmuraron de sus capataces tanto como lo hicieron de Moisés y Aarón. *«Se rebelaron contra el Altísimo»* (v. 17b). En el desierto, dijeron e hicieron lo que sabían que le había de provocar (v. 18): *«Pues tentaron a Dios en su corazón»,* (a) Desearon o, más bien, exigieron lo que Dios sabía que no les convenía: *«pidiendo una comida para saciar su apetito* desordenado». Dios les había dado el maná, alimento sano, agradable y abundante. Pero esto no les satisfacía. (b) Retaron a Dios a que les diese carne, con lo que desconfiaban de que tuviese poder para darles lo que ellos apetecían (vv. 19, 20) ¡Qué injuria tan grande a Dios al decir (v. 19b): *«¿Podrá poner mesa en el desierto?»!* Tanto valor dieron estos epicúreos a una mesa opípara, que llegaron a pensar que Dios no tenía bastante poder para prepararla en el desierto. Pero, ¿qué es más, preparar una buena mesa en el desierto, cosa que cualquier potentado es capaz de hacer, o sacar agua de una roca, cosa que ningún magnate de este mundo es capaz de hacer? Digamos siempre a Dios, como a Cristo el leproso del Evangelio: *«Señor, si quieres, puedes».*

(C) Dios se resintió justamente de esta provocación y les mostró su gran desagrado (v. 21): *«Por esto, lo oyó Jehová, y se indignó».* Se resintió *«por cuanto no habían creído a Dios, ni habían confiado en su salvación»* en la que ya había comenzado a obrar para ellos (v. 22). No obstante, en su gran bondad y paciencia, Dios abrió los cielos e *«hizo llover sobre ellos maná … trigo de los cielos»* (vv. 23, 24). Las nubes que, de ordinario llueven agua para que crezca el trigo en la tierra, en esta ocasión *llovieron trigo;* así se llama al maná por su semejanza con una semilla (Éx. 16:31). *Cada uno* (este es el sentido del hebreo *ish* aquí), hombres y mujeres, niños y mayores, *comió pan de los fuertes,* es decir, de los ángeles (v. 103:20), de quienes dice también el Targum que se alimentan de maná. Lo curioso es que Dios les mostró su resentimiento, no precisamente negándoles lo que le pedían, sino dándoseles en tal abundancia que les salió por las narices (Nm. 11:20). Los versículos 26–29 condensan el relato de la forma en que Dios les proveyó de codornices y que puede leerse en el capítulo 11 de Números. Es de notar que muchos israelitas comieron de las codornices sin que les hiciesen daño, pues no era el alimento lo que les dañó, sino el apetito insaciable de la carne.

(D) Los castigos que Dios les propinó no sirvieron para reformarles más de lo que habían servido sus beneficios (v. 32): *«Con todo esto pecaron aún»;* murmuraron y se quejaron contra Dios y contra Moisés tanto como siempre. Duros son de veras los corazones que no se derriten con los favores de Dios ni se quebrantan con sus castigos.

(E) Al persistir ellos en sus pecados, prosiguió Dios en sus castigos; pero éstos fueron de distinta naturaleza pues no los llevó a efecto de pronto, sino lentamente (v. 33): *«Entonces consumió sus días como un soplo, y sus años en tribulación».* Fueron condenados a pasar treinta y ocho tediosos años en el desierto, años inútiles pues en ellos no dieron un paso de avance hacia Canaán, sino que les hizo volver y anduvieron vagando de acá para allá como en un laberinto. Los que continúan pecando han de esperar continuar sufriendo. Y la razón por la que pasamos nuestros días tan en vano y con tantas aflicciones, viviendo con tan pocos consuelos y sin propósito aparente, es porque no vivimos por fe.

(F) Bajo estos castigos, ellos fingieron arrepentirse, pero no eran sinceros en su confesión. De labios para fuera, su profesión era plausible (vv. 34, 35): *«Si los hacía morir entonces buscaban a Dios».* Asustados clamaban a Dios e imploraban misericordia y prometían que se habían de reformar para bien:

«se volvían solícitos en busca suya». Pero no eran sinceros en su profesión (vv. 36, 37): *«Pero le lisonjeaban con su boca* como si pensaran que con buenas palabras podían hacerle revocar su sentencia. Se derretían al sol, pero se congelaban en la sombra: *«Con su lengua le mentían, pues sus corazones no eran rectos con Él».* Dice Maclaren: «Tal buscar a Dios, que no es en modo alguno buscarle propiamente, sino sólo buscar el escapar del castigo, ni cala hondo ni dura largo».

(G) No obstante, Dios se apiadó de ellos y puso fin a los castigos con que les había amenazado y en parte había ejecutado (vv. 38, 39): *«Pero Él, misericordioso* (mejor, *compasivo), perdonaba la maldad y no los exterminaba».* Les perdonó la vida hasta que se levantó otra generación que entrase en la Tierra Prometida. Aunque ellos no se acordaban correctamente de que Dios era su roca, *Dios se acordó de que eran carne* (v. 39), esto es, mortales e inclinados al pecado y al error. Cuán fácilmente pudo aplastarlos, al ser ellos *un soplo que se va y no vuelve* (v. 39b). Ellos merecían morir, pero Dios es, ante todo, un Dios *compasivo* (Éx. 34:6, 7) y no quiso destruirlos.

Versículos 40–72

El tema y objetivo de esta sección son los mismos que los de la precedente, y muestra los beneficios que Dios otorgaba a Israel, las provocaciones que de Israel recibía, los castigos que les daba por sus pecados y la compasión que, al fin, tenía de ellos.

1. Se mencionan de nuevo los pecados de Israel en el desierto (vv. 40, 41): «¡Cuántas *veces se rebelaron contra Él en el desierto, etc.*!» Dios las llevaba por cuenta (Nm. 14:22): *«Me han tentado ya diez veces».* Con sus provocaciones le dieron más pesar que furor, pues los miraba como un padre a sus hijos. Le causaban pesar, pues le obligaban a afligirles, lo cual hacía Él de mala gana. Después de humillarse ante Él, *volvían a tentar a Dios* (v. 41), prescribiéndole las pruebas que tenía que darles de su poder y de su presencia entre ellos y los métodos que había de seguir para guiarles y proveer para ellos. Grave presunción es tratar de *poner límites* (probable sentido literal del *«provocaban»,* v. 41b) *al Santo de Israel* (v. 71:22), pues, al ser *el Santo,* hará lo que más conviene para nuestro bien. Le ponían límites precisamente *porque no se acordaban de su mano,* de sus anteriores beneficios (v. 42). Hay ciertos días marcados con especiales liberaciones y que jamás deberían ser olvidados.

2. Los favores de Dios a Israel: Este catálogo de obras portentosas que Dios llevó a cabo por ellos comienza más alto, y continúa más largo, que antes (vv. 12 y ss.).

(A) Comienza por la liberación de Egipto y las plagas con las que Dios obligó a los egipcios a que dejasen salir a los israelitas. Se especifican aquí algunas de esas plagas, las que más alto hablan del poder de Dios y de su amor a Israel: La conversión de las aguas en sangre. Los egipcios se habían emborrachado con la sangre del pueblo de Dios, incluso con la de sus niños recién nacidos, y ahora Dios les dio a beber sangre, como se merecían (v. 44); las moscas y las ranas que los devoraban y destruían (v. 45); las orugas y langostas que consumían sus frutos (v. 46); el granizo y la escarcha que destruyeron las viñas y los higuerales (v. 47); las tormentas cargadas de rayos que acababan con el ganado (v. 48). Pero la muerte de los primogénitos fue la última y más grave de las plagas, y la que ocasionó la liberación de Israel (vv. 51, 52). Fue la primera en la intención de Dios, pero la última en la ejecución (Éx. 4:23), pues si Faraón hubiese cedido ante las primeras plagas, no habría enviado Dios ésta. Una vez salidos de Egipto, Dios les guió como guía un pastor a sus ovejas, después de sepultar en el mar Rojo a sus enemigos (vv. 52, 53). El mar que para Israel fue una avenida, fue para los egipcios un cementerio.

(B) Siguió Dios conduciendo a su pueblo hasta *las fronteras de su tierra santa* (v. 54), *a este monte;* es decir, a la tierra donde se hallaba el monte Sion (como opina Arconada), o a una tierra montañosa (como opina Cohen), *que ganó su diestra.* Hallaron en la tierra a los cananeos, pero Dios les echó de allí delante de Israel (v. 55) y les repartió la tierra por heredad entre las distintas tribus.

3. Los pecados de Israel después de su asentamiento en Canaán (vv. 56–58). Los hijos fueron tan rebeldes *como sus padres* (v. 57) y trajeron a sus nuevas mansiones sus antiguas corrupciones. A veces, parecían dedicados a Dios, pero luego se apartaban, *le enojaban con sus lugares altos y le provocaban a celos con sus imágenes de talla* (v. 58). La idolatría fue el pecado que más se les pegó y en el que siempre recaían, aunque a menudo pareciese que se arrepentían de él.

4. Los castigos de Dios por tales pecados. La idolatría hizo que *Dios aborreciese a Israel en gran manera* (v. 59) y dejase su morada en Siló (v. 60), abandonándolo todo, incluso su *gloria* (el Arca. V. 1 S. 4:21) *en manos del enemigo* (v. 61). Los versículos 62–64 detallan lo que ocurrió en aquel desgraciado

enfrentamiento con los filisteos. La viuda de Fineés o Pinjás, en lugar de lamentar la muerte de su marido, murió ella misma después de ponerle por nombre a su hijo recién nacido *Icabod* (1 S. 4:19 y ss.).

5. Sin embargo, Dios no se quedó inactivo, sino que tuvo compasión de Israel y celo por su propia gloria y, como quien se despierta del sueño en que cayó, como un hombre dominado por el vino, pero con las fuerzas renovadas, se dispuso a castigar severamente a los enemigos de Israel y suyos.

(A) *«Hirió a sus adversarios por detrás, etc.»* (v. 66). M. Henry—nota del traductor—ve aquí una alusión a los *«tumores»* de 1 Samuel 5:6. Cohen sin embargo, lo interpreta de las vergonzosas derrotas infligidas a los filisteos por Saúl y David, en las que les hicieron huir y, por tanto, hiriéndoles por detrás, por la espalda.

(B) Dios proveyó un nuevo lugar para su Arca, la cual ya no volvió más a Siló, en la tribu de Efraín (v. 67). Las ruinas de Siló quedaron como perpetuos monumentos de la justicia divina: *«Andad ahora a mi lugar en Siló … y ved lo que le hice»* (Jer. 7:12). El traslado del Arca no significó su retirada. La perdió Siló, pero no la perdió Israel. Así también, Dios tiene siempre a su Iglesia en el mundo, aun cuando algún lugar u otro vea retirado su candelero. Dios *no escogió la tribu de Efraín* (v. 67b), a la que perteneció Josué, *sino que escogió la tribu de Judá* (v. 68), de la que surgió Jesús, que es mayor que Josué. Quiryat-yearim, adonde fue trasladada el Arca, tras ser rescatada de manos de los filisteos estaba en la tribu de Judá. De allí fue trasladada *al monte de Sion, al cual amó* Dios. Allí es donde *edificó su santuario* (v. 69) cual lugar tan firme *como la tierra que cimentó para siempre.* Fue Salomón quien edificó el templo pero se dice que fue Dios quien lo edificó, porque «si *Jehová no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican* (127:1). No obstante, trono y altar llegaron a desaparecer, aunque ambos llegarán después a ser firmemente establecidos: el trono, en la posteridad de David (89:36, 37, comp. con Lc. 1:33); el altar (He. 13:10), en la Iglesia de Cristo, contra la cual no prevalecerán los poderes del Averno (Mt. 16:18).

(C) Estableció en Israel la monarquía, y *eligió* a David por rey (vv. 70, 71), por lo cual se le llama «según el corazón de Dios», es decir según la elección de Dios (no según el carácter santo de Dios, como suele interpretarse). No se menciona a Saúl, porque no lo eligió Dios, sino el pueblo. David descendía de la noble tribu de Judá, pero era un sencillo pastorcito, no un entendido escriba, ni un sagrado sacerdote, ni un experto militar. *Fue sacado de los apriscos,* como Moisés, pues Dios se complace en honrar a los humildes que son diligentes y suele hallar los más apropiados para los puestos de responsabilidad en su pueblo en quienes han pasado sus primeros años en la soledad y la contemplación. Al Hijo de David le echaron en cara su oscuro origen: *«¿No es éste el carpintero?»* Fue un gran honor el que otorgó Dios a David, al elegirle para el trono de Israel, para gobernar al pueblo escogido de Dios; con ello, le daba no sólo un gran privilegio, sino también una grave responsabilidad, que él desempeñó *con la integridad de su corazón y la pericia de sus manos* (v. 72), no buscaba, en general, otra cosa que la gloria de Dios y el bien del pueblo. ¡Dichoso el pueblo que disfruta de tal gobierno!

SALMO 79

Este salmo se parece al 74 y alude a la misma situación: la destrucción de Jerusalén y del templo a manos de los babilonios. I. El salmista refiere la deplorable situación en que se hallaba en este tiempo el pueblo de Dios (vv. 1–5). II. Pide a Dios socorro y alivio (vv. 6, 7, 10, 12), que les sean perdonados sus pecados (vv. 8, 9) y que obtengan liberación (v. 11). III. Apela a la disposición del pueblo para alabar siempre a Dios (v. 13).

Versículos 1–5

1. El salmista se queja aquí, en representación del pueblo, de los ultrajes cometidos por los enemigos contra los lugares sagrados (v. 1) y contra los sagrados habitantes de la tierra de Israel (vv. 2–4). *Han invadido la heredad de Dios, etc.* Los ultrajes cometidos contra la religión nos deberían doler más que los cometidos contra nosotros. En 78:55 había mencionado como el gran favor de Dios a Israel el que *echó las naciones delante de ellos,* pero véase qué cambio ha producido el pecado: Ahora *las naciones invadían la heredad de Dios y reducían a escombros a Jerusalén. Los habitantes de Jerusalén quedaban*

sepultados bajo las ruinas de sus casas y a merced de las aves y de las bestias de presa. El santuario estaba profanado, al entrar los gentiles en él y derribarlo. El pueblo mismo de Dios lo había profanado con sus pecados y, por eso, Dios permitió que lo profanase el enemigo con su insolencia. Corría la sangre *como agua* por todas las avenidas de Jerusalén hasta desembocar en el exterior de la ciudad (v. 3). Habían llegado a ser *escarnecidos y burlados de sus vecinos* (v. 4). Cuando los que profesan ser el pueblo de Dios degeneran de lo que fueron sus padres, no pueden esperar otra cosa que el escarnio y la burla de la gente.

2. Pero les asusta más la ira de Dios contra ellos (v. 5). Esto es lo que ellos ven en el furor de sus enemigos: *«¿Hasta cuándo, Jehová? ¿Estarás airado para siempre?»* Esto da a entender que nada deseaban tanto como el que Dios se reconciliase con ellos, y entonces sería frenado el furor de sus enemigos.

Versículos 6–13

Las peticiones que elevan aquí a Dios son muy apropiadas al actual estado de la congregación.

1. Oran a Dios que retire de ellos su ira y la vuelva contra los que les perseguían y oprimían (v. 6). Esta oración es, en realidad, una profecía, en la que *la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres* (Ro. 1:18). La razón por la que los hombres no invocan a Dios es porque no le conocen, no saben que puede y quiere socorrerles. Los que persisten en la ignorancia de Dios y no reconocen el valor de la oración son impíos que *viven sin Dios en el mundo.* Estos (v. 6) *han consumido a Jacob* (v. 7). No sólo habían oprimido, sino consumido, a Jacob; no sólo habían invadido la tierra santa, sino que la habían devastado. Por eso piden: «No sólo refrénalos, sino *derrama tu ira* sobre ellos (v. 6), por el mal que han perpetrado».

2. Oran por el perdón de sus pecados, en los que reconocen la causa de todas sus desgracias (v. 8): *«No recuerdes contra nosotros las iniquidades de nuestros antepasados»,* que, según algunos, se remontan hasta la fabricación del becerro de oro. Si los hijos cortan, por medio del arrepentimiento, las consecuencias del pecado de sus padres (v. Éx. 20:5; Lm. 5:7), pueden orar con fe para que *no sea recordado contra ellos.* Cuando Dios perdona el pecado, lo borra y ya no se acuerda de él. Piden que Dios les perdone, no porque ellos lo merezcan, sino *en atención al nombre* mismo *de Dios* (v. 9).

3. Oran a Dios para que ponga pronto fin a la angustia que padecen (v. 8b): *«Vengan pronto tus compasiones a nuestro encuentro».* Si la compasión de Dios no se interpone pronto para prevenir la completa ruina de su pueblo, están perdidos. Desean que Dios se apresure a *socorrerles y librarles* (vv. 8, 9), porque se sienten *muy abatidos,* es decir, caídos muy abajo (según el sentido del verbo hebreo) en fuerzas y posibilidades. Lo que, en realidad, les está hundiendo son *sus pecados* (v. 9b); por eso insisten en el perdón de los pecados. Si reconocemos en Dios el *Dios de nuestra salvación,* no le buscaremos en vano. Para poder responder a los gentiles, cuando éstos les digan: *«¿Dónde está vuestro Dios?»* (v. 10), necesitan que Dios se manifieste a favor de su pueblo y en contra de sus enemigos. Así podrán responder al enemigo: «Está en medio de nosotros, y lo podéis reconocer por lo que está haciendo a nuestro favor».

4. Piden a Dios *venganza de la sangre israelita que ha sido derramada* (v. 10), conforme a la antigua ley (Gn. 9:6); así será reconocido Dios entre los gentiles como *el Dios de las venganzas* (94:1), es decir, el Dios a quien pertenece la venganza (Ro. 12:19). La infamia con que los enemigos han deshonrado a Dios merece que Dios les devuelva *siete veces más* (v. 12) por lo que han hecho (comp. Gn. 4:15; Sal. 12:7). Opina Cohen que el número *siete* pudo comenzar a significar algo completo, por el parecido entre *sheba* = siete, y *sabá* = satisfacer o llenar.

5. Piden a Dios que les halle una salida para el rescate de los pobres prisioneros (v. 11): *«Llegue delante de ti el gemido de los cautivos».* Los israelitas que habían caído en manos del enemigo estaban recluidos en prisión y, al no poder hacer que se escuchasen sus voces, tenían que contentarse con expresar en gemidos su triste situación. Prometen pagar con alabanzas las respuestas a sus oraciones (v. 13). No sólo se comprometen a *dar gracias* (lit.) a Dios de inmediato, sino que prometen *cantar sus alabanzas de generación en generación.*

SALMO 80

No se sabe de cierto cuándo y por qué motivo fue compuesto este salmo, pero la opinión más probable, según Cohen, es que lo compuso alguien que vivía en Judea antes de la cautividad de Babilonia y que su oración es por las diez tribus del norte que ya estaban en el destierro. El salmista, I. Suplica señales de la presencia de Dios entre ellos y a favor de ellos (vv. 1–3). II. Se queja del castigo bajo el que se hallaban (vv. 4–7). III. Compara las desolaciones presentes a una vid que había florecido pero estaba ahora destruida (vv. 8–16). IV. Concluye con una oración a Dios para que se digne mostrarles su favor y les prepare a ellos para recibir sus favores (vv. 17–19).

Versículos 1–7

El salmista se dirige aquí a Dios en oración, con referencia al presente lamentable estado de Israel.

1. Ruega a Dios que muestre su favor a Israel, como Pastor bajo cuyo cuidado y conducción estaba Israel (vv. 1, 2): «Tú *que pastoreas a José como a un rebaño,* que lo has llevando a los mejores pastos y lo has defendido de los mayores peligros. Tú *que estás sentado entre querubines* desde donde recibes peticiones y das instrucciones, *resplandece,* esto es muestra tu gloria esplendorosa (50:2), con la que das luz a tu pueblo y aterras a tus enemigos». Gran consuelo da orar al Dios que se sienta en *el trono de la gracia* (He. 4:16). Pide a Dios que preste oídos al clamor de su pueblo; al clamor de sus miserias y al clamor de sus plegarias: *«Despierta tu poder, etc.»* (v. 2). Parecía dormido (comp. con 79:65). Se menciona a *Efraín, Benjamín y Manasés,* pues estas tres tribus descendían de Raquel. Por eso, la presenta Jeremías 31:15 *llorando por sus hijos,* las tribus llevadas al destierro por Asiria. Comenta Kirkpatrick: «Benjamín debe ser considerado como perteneciente al Reino del Norte para obtener diez tribus, ya que Simeón estaba inmerso en Judá y no entra en la cuenta. Las principales ciudades de Benjamín, Betel, Guilgal y Jericó, pertenecían al Reino del Norte». Las tres tribus formaban, durante la marcha por el desierto, el escuadrón del lado occidental, es decir, el que iba inmediatamente detrás del santuario; así que, delante de ellos se alzaba el poder del Arca de Dios para dispersar a sus enemigos.

2. Se queja del desagrado de Dios. Dios estaba airado, y esto es lo que más teme el salmista (v. 4), y que está airado precisamente *contra la oración de su pueblo.* Que Dios esté airado contra los pecados de su pueblo y contra las oraciones de sus enemigos, nada tiene de extraño; pero que esté airado contra la oración de su pueblo, es de veras muy extraño. Pero si está airado contra las oraciones de su pueblo podemos estar seguros de que *oran mal* (Stg. 4:3). Dios esconde su rostro ante oraciones insinceras o mal hechas (Lm. 3:44). Las señales del desagrado de Dios eran *las lágrimas* que constituían su único alimento (comp. 42:3), y *el escarnio* de que les cubrían sus enemigos (vv. 5, 6).

3. Ruega a Dios con insistencia para que *restaure* al pueblo a su anterior condición de paz y bendición (v. 7, comp. con Nm. 6:25). Le invoca como a *Dios de las huestes,* que debería entrar en batalla contra los enemigos de Israel. Este es el meollo de su oración, pues lo repite al final del salmo (v. 19), como si dijese: «Señor, vuélvenos a ti por la vía del arrepentimiento y entonces, sin duda, te volverás a nosotros por la vía de la liberación». Obsérvese, (A) Que no hay salvación posible, a no ser por el favor de Dios (Ef. 2:8). (B) Que no es posible obtener el favor de Dios sin arrepentimiento (Hch. 2:38). (C) Que sólo se puede ser salvo cuando Dios nos sale al encuentro (Ro. 10:20). En frase de Pascal: «No me buscarías si no me hubieses encontrado». Pero a los que ya son suyos de hecho o por derecho, dice: *«Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros».* (Mal. 3:7). Nótese que la oración del salmista es por una conversión de tipo nacional. Sólo una santidad nacional puede asegurar una felicidad nacional.

Versículos 8–19

El salmista presenta ahora su apelación a favor del Israel de Dios y urge así su caso ante el trono de la gracia. Israel es comparado a una viña (Is. 5:1–7); aquí, a una vid (vv. 8, 14, 15. También la Iglesia, Jn. 15:1 y ss.). La raíz es Cristo (Ro. 11:18). Los pámpanos son los creyentes (Jn. 15:5), débiles y necesitados de sustentación y savia. La vid no tiene, al principio, un aspecto demasiado atrayente que digamos, pero se extiende rápidamente, y su fruto es excelente. Tenemos motivos para agradecer a Dios el que haya plantado tal vid en medio del desierto de este mundo y que la haya preservado hasta el día de hoy.

1. Vemos cómo fue plantada la vid del Antiguo Testamento. *Fue sacada de Egipto* (78:52). Ya Jacob había comparado a José a una *vid fructífera* (Gn. 49:22). La vid pasó a ser emblema de Israel (Is. 5:1; Jer.

2:21; Os. 10:1), de forma que su figura se imprimió en las monedas durante el tiempo de los Macabeos, y sobre el pórtico del Templo de Herodes colgaba un colosal racimo de oro.

2. Cómo se extendió y floreció. (A) La tierra de Canaán estaba muy poblada. Al principio, no eran tan numerosos como para poder llenarla (Éx. 23:29). Pero en tiempo de Salomón, Judá e Israel eran numerosos como la arena de la orilla del mar. Israel tenía, no sólo abundancia de hombres, sino también de guerreros valerosos. (B) Extendieron sus conquistas hasta los países vecinos (v. 11): *«Extendió sus vástagos hasta el mar* (el Mediterráneo), y *hasta el río* (el Éufrates) *sus renuevos* (Gn. 15:18). Pero es de observar que lo que se menciona de esta vid son *sus raíces, su sombra, sus vástagos y sus renuevos,* pero no se dice una palabra de su fruto, porque *lsrael sólo daba fruto abundante para sí mismo* (Os. 10:1); así que cuando Dios fue a buscar fruto en su viña, sólo halló agraces (Is. 5:2). Y, si una vid no da fruto, no hay planta tan inútil como ella (Ez. 15:2, 6).

3. El salmista parece culpar a Dios de la desolación de su propia viña (vv. 12 y ss., comp. con 89:40 y ss.), como si dijese: «Señor, tú has hecho grandes cosas por esta vid ¿Vas a dejar que se eche a perder, después que tú mismo le diste el ser? *¿Por qué abriste brecha en sus vallados?»* Por muy buena razón: Porque se había vuelto *sarmiento de vid extraña* (Jer. 2:21). Y, tan pronto como abrió Dios brecha en sus muros, entraron las fieras, las tropas de los enemigos de Israel y de Dios, como animales salvajes *(«el puerco montés ... la bestia del campo»)* que destrozan cuanto encuentran a su paso (v. 13). Pero nótese que, sólo cuando Dios abrió brecha en sus vallados, pudieron los enemigos penetrar y destruir. Se describe (v. 16) el deplorable estado de Israel: *«Le han prendido fuego y la han talado»;* el pueblo de Dios es tratado como espinos y zarzas, cuyo fin debe ser el servir de combustible, no como plantas de provecho y merecedoras de protección y cuidado.

4. Lo que demanda de Dios en consecuencia. (A) Que tenga compasión de su viña y la proteja (vv. 14, 15): *«Mira desde el cielo,* desde ese lugar de buena perspectiva, desde ese lugar de dominio, desde el que puedes enviar alivio efectivo, y *considera,* mira bien, y *visita,* con visita de gracia, no de castigo, *esta viña, que tú plantaste por ti y para ti,* por lo que bien puede confiarse a ti y a tu cuidado». Por *«vástago»,* el original dice *«hijo»,* y alude a lo de *«Israel es mi hijo»* (Éx. 4:22). (B) Que *perezcan* castigados por Dios (v. 16b) los que han devastado la viña (así lo interpreta Arconada); o, si se traduce en indicativo, como lo hace la versión inglesa judía, *perecen* (los israelitas) *por la reprensión de tu rostro* (así lo interpreta Cohen). (C) Que la mano de Dios (v. 17) proteja al pueblo que plantó la diestra de Jehová (comp. v. 15), hombres mortales, frágiles, que no han llegado a la madurez (comp. 8:4) o, tal vez, al rey—quien sea—. (D) Que Dios les conserve la vida (v. 18b): *«Danos vida»*—en imperativo, como es frecuente aun en casos en que el verbo está en futuro, como aquí. *«E invocaremos tu nombre».* No podemos invocar a Dios como es debido, a no ser que Él nos de vida (Ef. 2:1 y ss.). Hay comentaristas, tanto cristianos como judíos, que aplican todo esto al Mesías, el Hijo de David, Salvador y Guardián de la viña de Dios (comp. con 1 P. 2:25). Él es el hombre de la diestra de Dios, al que Dios *ha jurado por su diestra* (así dice la paráfrasis caldea), al que ha exaltado con su diestra y al que ha sentado a su diestra (He. 10:12), pues todo el poder y autoridad de Dios le han sido dados. La estabilidad y constancia de los fieles creyentes se deben por entero a la gracia y a la fuerza que hay depositada a favor nuestro en Jesucristo (68:28).

SALMO 81

Este salmo se compuso, con la mayor probabilidad, con ocasión de la Fiesta de los Tabernáculos en el séptimo mes (Lv. 23:24; Nm. 29:1). El salmo nos ayuda, I. A cantar las alabanzas de Dios por lo que Él es para su pueblo (vv. 1–3) y por lo que ha hecho por él (vv. 4–7). II. A instruirnos y exhortarnos unos a otros con respecto a los deberes que tenemos para con Dios (vv. 8–10), sobre el peligro de rebelarnos contra Él (vv. 11, 12) y la felicidad de que gozaríamos si nos mantuviésemos en estrecha comunión con Él (vv. 13–16).

Versículos 1–7

Cuando el pueblo de Dios se reúne *en el día de la fiesta solemne* (v. 3), se les debe decir que tienen algo que hacer, pues no estamos en la iglesia para dormir ni para holgazanear.

1. Se estimula a los adoradores de Dios a que cumplan con su deber y se les enseña, con el canto de este salmo, a hacerlo con gozo y en conciencia (vv. 1–3). Hemos de ver entonces en Dios *el Dios de Jacob y nuestra fuerza* (v. 1). Como al Dios de nuestra fuerza hemos de orar a Él y cantarle como al Dios de toda la posteridad del Jacob que luchó con Dios y prevaleció. Hemos de hacerlo con todas las expresiones de santo júbilo. Había de hacerse entonces con *pandero, cítara, arpa y trompeta* (vv. 2, 3). Al cantar a Dios en aclamación (v. 1b), en voz alta, expresamos nuestra ferviente devoción en las divinas alabanzas. Ningún tiempo está fuera de lugar para alabar a Dios, pero hay ocasiones especiales designadas, no para salir al encuentro de Dios (Él siempre está cerca de nosotros), sino para encontrarnos los unos con los otros, a fin de alabar juntos al Señor.

2. Se les instruye acerca de tal deber: *«Porque estatuto es de Israel, ordenanza del Dios de Jacob»* (v. 4), instituida por el Dios que rescató a todos los descendientes de Jacob de la esclavitud de Egipto. Por eso (v. 5), *lo constituyó como testimonio en José*, no precisamente como representante del Reino del Norte, sino de todo Israel, pues José fue constituido por su padre heredero de las promesas de bendición (Gn. 49:22–26). En el versículo 6 cambia súbitamente de persona—habla Dios: *«Aparté sus hombros de debajo de la carga»*. Que lo recuerden en ese día: Dios los había sacado de la casa de esclavitud, quitándoles de los hombros las pesadas cargas que los egipcios les imponían, *de los cestos* en que llevaban los ladrillos y otros materiales. Nuevo cambio de persona (de la tercera a la segunda) en el versículo 7: *«Clamaste y te libré»*. La mención del trueno es imposible que se refiera—dice Cohen—al Sinaí, ya que el versículo trata del rescate de los israelitas de Egipto. Ha de verse, pues, a la luz de 18:11 y ss. Pasa luego a mencionar la rebelión del pueblo en Meribá (v. 7b). Quizá se menciona este incidente a causa de las libaciones de agua que se ofrecían en la Fiesta de los Tabernáculos. Si en las solemnidades de los judíos se les exhortaba a recordar su rescate de Egipto, mucho más deberíamos nosotros recordar, en nuestros cultos dominicales, la gloriosa redención obrada a nuestro favor mediante el sacrificio de Cristo.

Versículos 8–16

Dios, por medio del salmista, habla aquí a Israel, y también, en ellos, a nosotros.

1. Demanda diligente y seria atención a lo que va a decir: *«Oye, pueblo mío,* lo que te voy a decir con la mayor solemnidad (comp. Dt. 6:4), *y te amonestaré,* es decir, te haré una seria advertencia. No te contentes con oír de cualquier manera *¡Oh Israel, si quisieras escucharme!»*

2. Les lleva a la memoria la obligación que tienen para con Él por ser «*Jehová tu Dios, que te hice subir de la tierra de Egipto*» (v. 10). Este mismo es el prefacio a la promulgación del Decálogo; por eso, es un motivo poderoso para que observen los mandamientos de Dios.

3. Les da un resumen, tanto de los preceptos como de las promesas que les había dado antaño cuando salieron de Egipto. El gran mandamiento era que no habían de tener otros dioses (v. 9). La gran promesa consistía en que Jehová era un Dios Todosuficiente, cercano a ellos (Dt. 4:7); si ellos se adherian a Él, sólo a Él, Él sería su poderoso protector y gobernador, al que siempre podrían acudir como a bienhechor amoroso y munificentísimo: *«Abre tu boca y la llenaré»* (v. 10c). Así como los jóvenes cuervos abren el pico en petición urgente de alimento y sus progenitores les llenan el buche, así también los que sirven al Dios verdadero pueden abrir la boca en oración a su Padre Celestial, seguros de que les cumplirá sus deseos legítimos y satisfará sus necesidades.

4. Les acusa de haber menospreciado la autoridad de Dios (v. 11): *«Pero mi pueblo no oyó mi voz,* se hizo el sordo y *no me quiso obedecer»*. Jehová estaba dispuesto a ser su Dios, pero ellos no estaban dispuestos a ser su pueblo.

5. A continuación, Dios se justifica en los castigos que inflige a su pueblo (v. 12): *«Los entregué, por tanto, a la dureza de su corazón; caminaron según sus propios consejos»*. Dios a nadie fuerza a obedecerle; *amonesta* a todos y les hace ver que el pecado es destructivo, de modo que el que persevera en el pecado, va por el camino de su propia ruina (Ro. 6:23). La dureza del corazón resulta siempre un enemigo mucho más peligroso y opresor que todos los enemigos que nos puedan atacar desde fuera. Si Israel hubiese obedecido a Dios, ningún enemigo exterior habría sido capaz de oprimirles ni subyugarles (vv. 13–16).

(A) Dios continúa testificando de la buena voluntad que aún alberga hacia ellos (v. 13). Veía cuán triste era el caso de ellos, cuán segura su ruina, al ser dejados a sus propios consejos, y siente compasión de ellos, y muestra la repugnancia con que les había dejado a merced de la insensatez y dureza de sus corazones: «*¡Oh, si me hubiese escuchado mi pueblo!*» (v. Is. 48:18). De manera semejante se lamentó el Señor Jesús de la obstinación de Jerusalén (Lc. 19–42). Las expresiones son muy emotivas, e indica cuán fuerte es el deseo de Dios de *que nadie perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento* (2 P. 3:9).

(B) Los grandes beneficios que Dios tenía reservados para su pueblo y que les habría dispensado si ellos le hubiesen sido obedientes (v. 14): «*En un momento habría yo derribado a sus enemigos*». En Dios, y sólo en Él, hay que confiar para ganar la victoria contra nuestros enemigos. Con sólo *volver su mano* (v. 14b), *los que odian a Jehová se le habrían sometido* (v. 15) y, a pesar de todos los intentos de los enemigos, *les habría sido para siempre* (lit.), ya sea la humillación de los enemigos, ya sea la prosperidad y seguridad de Israel, pues habrían dispuesto de todo lo mejor, *de lo mejor del trigo, y con miel de la peña les saciaría* (comp. Dt. 32:13).

(C) Obsérvese que lo único que Dios requería de ellos era que *le escuchasen* (vv. 8, 13), como un discípulo al maestro como un criado al amo, como un hijo a su padre, y que *anduviesen en los caminos de Dios* (v. 13b). La obediencia es el camino hacia la felicidad, así como el pecado es el camino hacia la desgracia y la destrucción.

Nota del traductor: La última frase del versículo 5: «*Oían una lengua* (hebreo, *sefat* = lenguaje) *desconocida*», merece un breve comentario. El original dice literalmente: «*Lenguaje* (que yo) *no conocía* (comencé) *al oír* (éste es el único modo de traducir este imperfecto)». Habla, pues, el salmista como representante de Israel al tiempo de la salida de Egipto. Dice Kirkpatrick: «Comenzó (Israel) a oír al Dios a quien todavía no había aprendido a conocer como al que se revela Dios de la redención, hablándoles (a Israel) en las portentosas obras de la liberación de Egipto». Estaría, pues, implicado aquí todo lo que leemos ya en el capítulo 3 del Éxodo: «lenguaje de Dios, desconocido para Israel». Todas las demás interpretaciones (v. Arconada) resultan absurdas u oscuras.

SALMO 82

Este salmo es parecido al 58 y semejante al oráculo de Isaías 3:13 y ss. Dios, como Supremo Juez, llama a cuentas a los administradores de la justicia en Israel, los cuales no desempeñan su cargo con la equidad necesaria. Tenemos aquí, I. La dignidad de la magistratura y su dependencia de Dios (v. 1). II. Las obligaciones de los jueces (vv. 3, 4). III. Los males que ocasionan los malos jueces (vv. 2, 5). IV. La sentencia que contra ellos pronuncia Dios (vv. 6, 7). V. El deseo y la oración de todos los buenos de que el reinado de Dios se extienda a toda la tierra (v. 8).

Versículos 1–5

1. Supremo poder de Dios sobre todos los concejos y tribunales del mundo (v. 1): «*Dios se levanta*, con lo que asume una posición de poder *en la reunión de Dios*, es decir, convocada por Dios (hebreo, *El*, con que se designa al Todopoderoso); *en medio de los jueces* (lit. *dioses) juzga*» (v. la explicación en el comentario al Salmo 58). Es muy poco probable que el vocablo designe a los ángeles, una vez que los aquí interpelados son criticados por Dios y sentenciados a muerte (v. 7). Sin duda, se refiere a los jueces injustos, quienes, como capacitados para juzgar, participan del divino privilegio de hacer juicio y justicia (comp. con Mt. 7:1). Que consideren esto los magistrados y tengan temor de Dios, pues Dios está con ellos en los juicios (Dt. 1:17; 2 Cr. 19:6). Que los súbditos también consideren esto y se consuelen, pues los buenos jueces están bajo la dirección de Dios, y los malos jueces están bajo el freno de Dios.

2. Encargo que se da a todos los magistrados de que hagan el bien con el poder que se les ha conferido y del que tendrán que rendir cuentas al que se les confirió (vv. 3, 4): «*Defended al débil y al huérfano*, a los que no tienen medios de fortuna ni pueden defenderse a sí mismos. Los magistrados tienen que ser, en general, como padres de los necesitados. Deben administrar justicia imparcialmente, *haciendo justicia al afligido y al menesteroso* (v. 3b) y *librándolos de mano de los impíos* (v. 4), ya que ellos no pueden escapar por sus propios medios.

3. Cargo que se hace contra los malos magistrados (vv. 2, 5): *Juzgan injustamente,* contra las normas de la equidad y los dictados de la conciencia. Obrar injustamente es malo, pero juzgar injustamente es peor, porque es obrar el mal bajo la capa del bien. Se les dice con toda claridad que su deber, por oficio, era proteger y librar a los pobres; pero ellos juzgan injustamente, pues *no saben, no entienden* (v. el contraste con 1 R. 3:9), es decir, no están cualificados para ejercer debidamente su oficio. El terrible resultado de este pecado era que, por este injusto proceder de los malos jueces, toda la vida ciudadana se tambaleaba: *«tiemblan todos los cimientos de la tierra».*

Versículos 6–8

1. La dignidad del oficio de magistrado es reconocida por Dios (v. 6): «Yo (enfático en el original) *dije: Vosotros sois dioses* (hombres investidos de una prerrogativa divina), y *todos vosotros hijos del Altísimo».* Al participar, en cierto modo, de la naturaleza divina, deberían conformar su modo de juzgar al de su Padre Celestial. Dios había delegado en ellos, con el poder de juzgar, el poder de regir la sociedad mediante la justicia y su producto, que es la paz pública. A pesar de estos privilegios, en cierto modo «divinos», estos jueces se habían comportado tan mal que a continuación se les sentenció a *morir como* (los demás) *hombres* (v. 7). Y así *como los príncipes* caen bajo el juicio de Dios, también *vosotros caeréis.*

2. El Dios de los Cielos y Dueño del Universo es ensalzado (v. 8). Comoquiera que los jueces de la tierra son injustos, el salmista pide a Dios que actúe como Juez Soberano y juzgue no sólo a Israel, sino a toda *la tierra,* ya que al ser *el dueño de todas las naciones* tiene también el derecho de juzgarlas y gobernarlas a todas. Los cristianos podemos repetir esta oración, y pedir que *venga el reino de Dios* y, para ello, que venga de nuevo el Mesías a juzgar a toda la tierra, ya que se la han prometido como posesión suya (2:8).

SALMO 83

Éste es el último de los salmos que llevan en el título el nombre de Asaf. Hay quienes opinan que el trasfondo es la conjuración contra Josafat (2 Cr. 20). Otros piensan que hace referencia a todas las confederaciones de las naciones vecinas contra Israel, desde la primera hasta la última. El salmista apela aquí: I. Al conocimiento de Dios, y le presenta los planes y esfuerzos de los enemigos para destruir a Israel (vv. 1–8). II. A la justicia de Dios mediante una urgente petición para que Dios haga fracasar los planes enemigos (vv. 9–18).

Versículos 1–8

I. Como el pueblo de Dios se hallaba en gran peligro, el salmista pide a Dios que se manifieste a favor del amenazado Israel (v. 1): *«Oh Dios, no guardes silencio,* sino defiéndenos contra los que nos están haciendo un daño evidente». A veces, Dios permanece callado, como si desease permanecer neutral, pero espera que clamemos a Él en oración y consultemos su palabra, así como que sigamos el curso de los acontecimientos que dispone o permite su providencia.

II. Una exposición de la gran alianza de las naciones vecinas en contra de Israel. El salmista pide a Dios que deshaga tal coalición.

1. La coalición es contra el Israel de Dios y, por tanto, contra el Dios de Israel. Odiaban a los adoradores del Dios verdadero porque odiaban al Dios verdadero y al culto que se le rendía (v. 5): *«Contra ti han concertado alianza,* dice el salmista, puesto que *se han conjurado contra tus protegidos* (lit. *tus escondidos;* v. 3b). Se les llama «escondidos» (en Dios), porque Dios los cubre para protegerles de los peligros (v. 27:5; 31:20). También *nuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (Col. 3:3). Así que los enemigos intentan destruir a los que Dios trata de proteger: *«Rugen tus enemigos»* (v. 2, comp. 2:1). Sus clamores son ruidosos. Esta es una razón poderosa para que Dios no guarde silencio. Los

enemigos son insolentes y altivos (v. 2b): *«Alzan cabeza»* con gesto desafiante como si pudiesen prevalecer contra el Altísimo.

2. Los enemigos obran *astuta y secretamente* (v. 3). Por muchas e inveteradas que sean las rivalidades entre ellos mismos, *se confabulan de corazón a una* contra Dios (v. 5). No se contentan con nada sino con la destrucción completa de Israel, hasta que se borre del libro de la historia el nombre mismo de Israel (v. 4): *«Venid y destruyámoslos para que no sean nación, y no haya más memoria del nombre de Israel»*. El deseo secreto de muchos malvados es que la Iglesia de Dios deje de existir y que desaparezca del mundo la religión verdadera. Así como le han cerrado el corazón, también querrían que fuese extirpada del orbe.

3. *«Pero el que se sienta en los cielos se ríe de ellos»* (2:4). Se mencionan aquí las naciones que entraban en esta coalición: Iban en cabeza los descendientes de Abraham y de Lot, aliados de sangre de Israel, aliados en coalición contra Israel. No hay vínculos naturales que el espíritu de persecución no pueda romper. Los filisteos y los asirios, enemigos jurados de Israel, *servían de brazo* (Is. 33:2), es decir, prestaban su asistencia a los descendientes de los parientes de Jacob, quienes eran los líderes de la coalición.

Versículos 9–18

El salmista ora ahora por la destrucción de estas fuerzas coligadas y, en nombre de Dios, la predice. Esta profecía puede aplicarse a todos los enemigos de la Iglesia.

1. La derrota de anteriores coaliciones puede servir de apelación en las oraciones a Dios, porque el Dios que antes derrotó a los enemigos de su pueblo es siempre el mismo y no cambia (vv. 9 y ss.): *«Hazles como a Madián,* un ejército numeroso, derrotado por su propio miedo más que por los 300 hombres de Gedeón, *como a Sísara,* derrotado por Dios mediante una mujer (Jue. 4:15) y muerto por otra. *Fueron hechos como estiércol para la tierra* (v. 10b), ya que sus cadáveres quedaron insepultos en el campo de batalla. Querían *apoderarse de los dominios de Dios* (v. 12), es decir, de la tierra de Canaán, posesión especial de Dios, pero arrendada por suertes a las tribus de Israel.

2. Ora a Dios que *los ponga como remolinos de viento* (comp. con Is. 17:13) y *como hojarasca delante del viento* (v. 13, comp. con 1:4; 35:5), a fin de que estén en continuo movimiento sin asiento fijo y mareados en sus proyectos, hasta que perezcan en su impiedad. Cuando la hojarasca es traída y llevada por el viento, llega, al fin, a descansar en algún rincón, pero el salmista pide no sólo que sean llevados por el viento, sino también consumidos por el fuego (v. 14). De seguro que no podrán escapar a la constante persecución de Dios (v. 15) los que sañudamente perseguían al pueblo de Dios.

3. Declara las buenas consecuencias de la confusión de los enemigos (vv. 16–18). Habían hecho todo lo posible por avergonzar al pueblo de Dios, pero la vergüenza se volvía contra ellos mismos (v. 17). Sin embargo esta vergüenza podía ser un comienzo de conversión, y esto es lo que desea el salmista (v. 16): *«Llena sus rostros de vergüenza para que busquen tu nombre, oh Jehová»*. Lo que con mayor vehemencia deberíamos desear y pedir a Dios es que los enemigos suyos y perseguidores nuestros sean traídos al arrepentimiento, y la única confusión que debemos desearles es la que puede dar pasó a su conversión. Pero, si las esperanzas que se han puesto en su arrepentimiento resultan fallidas, *que sean confundidos y perezcan* (v. 17), no por puro deseo de venganza, sino para que se muestre que Jehová tiene poder *sobre toda la tierra* (v. 18).

SALMO 84

Este salmo contiene los piadosos anhelos de un alma devota hacia Dios, por lo que es muy apto para meditarlo o cantarlo en domingo. El salmista expresa con gran devoción su afecto: I. A las ordenanzas de Dios (v. 1), su deseo de ellas (vv. 2, 3), su convicción de la dicha que tienen los que disfrutan de ellas (vv. 4–7), y su gozo personal en ellas (v. 10). II. Al Dios de las ordenanzas: sus deseos hacia Él (vv. 8, 9) su fe en Él (v. 11) y la dicha de los que ponen su confianza en Él (v. 12).

Versículos 1–7

1. La admirable belleza que el salmista veía en las instituciones sagradas (v. 1): *«¡Cuán amables son tus moradas, oh Jehová de los ejércitos!»* Habla en plural para designar los distintos edificios del templo o, quizá, por su dignidad (43:3). ¡Cuán amable es el santuario para los que son santos! Las almas devotas ven una belleza especial e inefable en la santidad.

2. Sus anhelos de volver a participar del disfrute de las ordenanzas de Dios o, más bien, de Dios en ellas (v. 2). Era el deseo de todo su ser: cuerpo, alma y espíritu (comp. con 1 Ts. 5:23). Era un intenso deseo, deseo ardiente (hasta desfallecer—según indica el 2.º verbo de la primera parte del versículo 2), que le hacía *cantar,* no al santuario, sino *al Dios vivo.* Las instituciones sagradas quedan vacías si en ellas no hallamos a Dios.

3. De la misma manera que los pájaros hacen nidos donde criar sus polluelos, así quería el salmista tener su nido *cerca de los altares de Jehová* (v. 3). Como hace notar Bullinger (también Cohen), en el versículo 3 hay una elipsis: Después de *«sus polluelos»,* hace falta suplir: Así *también yo hallo mi casa cerca de tus altares, etc.* Quienes se sienten a gusto en la casa de Dios, no pueden menos de desear que también sus hijos se sientan a gusto allí, como los polluelos en los nidos que sus madres y padres fabrican para ellos. ¿Dónde mejor que allí podemos estar tanto nosotros como los nuestros?

4. Su reconocimiento de la dicha de que disfrutan los que ejercen su ministerio en el templo (v. 4), los sacerdotes y levitas que tenían mejores oportunidades que los demás para alabar continuamente a Dios (v. 4b). Dichosos los habitantes del Cielo que *no cesan día y noche* de alabar a Dios (Ap. 4:8). Y dichosos los habitantes de las naciones en las que hay completa libertad para dar culto a Dios (vv. 5–7) y que llevan *en el corazón* el deseo de recorrer los caminos que conducen al santuario (éste parece ser el sentido del v. 5). Estas personas remontan todos los obstáculos, todas las dificultades que impiden a otros el asistir a los servicios religiosos (v. 6): Aunque pasen fatigas por llegar, a sus ojos son como un refrigerio; así cambian psicológicamente en *lugar de fuentes el valle de lágrimas;* aunque atraviesen por un desierto, para ellos es como un lugar que *la lluvia cubre de bendiciones* (mejor que *«los estanques»).* En lugar de rendirse ante las dificultades del viaje, cuanto más se aproximan a Jerusalén, más fuertes y alegres se sienten (v. 7): «*Van de fuerza en fuerza* (cada uno); *es visto delante de Dios en Sion»* (lit.), esto es, ninguno de los peregrinos ha desfallecido ni abandonado el viaje. Así debe correr el creyente hacia la meta puesta delante de sí (v. Fil. 3:14).

Versículos 8–12

1. El salmista ruega ahora a Dios que le escuche y acepte su oración. Pide (vv. 8, 9) que Dios le escuche y ponga sus ojos en el rey, a quien llama *«nuestro escudo»,* es decir, el defensor de la nación, el *ungido de Dios.* Invoca a Dios bajo dos gloriosos títulos: *Jehová Dios de las huestes* que tiene todas las criaturas bajo su mando, y el *Dios de Jacob,* el Dios que ha hecho pacto con su pueblo Israel.

2. Apela al amor que tiene a las ordenanzas de Dios y a su dependencia de Dios.

(A) Los atrios de Dios eran su lugar favorito (v. 10): *«Porque mejor es un día en tus atrios,* asistiendo a los servicios religiosos, lejos de todos los quehaceres seculares, *que mil fuera de ellos* ocupado en cualquier otro asunto. *Escogería antes estar a la puerta de la casa de mi Dios,* ejercer el oficio más bajo de los levitas, que *habitar,* aunque fuese como gran magnate, *en las moradas de iniquidad.* Prefiero ser portero en la casa de Dios antes que príncipe en lugares donde reina la maldad; antes permanecer en el umbral (como indica el hebreo) del templo, como un mendigo (comp. con Hch. 3:2), que en un palacio como un potentado.

(B) Dios era su esperanza, su gozo y su todo (v. 11): *«Porque sol y escudo es Jehová Dios.* En este mundo estamos en tinieblas, pero si Jehová es nuestro Dios, Él será para nosotros sol que ilumina y da vida, que guía e instruye. Estamos en continuo peligro, pero Él será escudo que nos defienda y proteja. *Gracia y gloria dará Jehová.* Gracia significa la buena voluntad de Dios hacia nosotros, así como la buena obra que lleva a cabo en nosotros, gloria significa el honor que nos otorga al darnos la adopción de hijos, así como la herencia que nos tiene preparada en el Cielo (v. 1 P. 1:4, 5). Dios nos dará gracia en este mundo como preparación para la gloria, y gloria en el otro mundo como perfección de la gracia; ambas son don libre y soberano de Dios. *Ningún bien retraerá de los que andan rectamente* (lit.). Esta es una promesa que comprende muchísimo y es una seguridad tan grande de paz y consuelo para los creyentes, que, cualquier cosa que deseen como algo que necesitan pueden tener la certeza de que la obtendrán, a no ser que la infinita sabiduría de Dios vea que no es realmente un bien para nosotros o que

la infinita bondad de Dios nos la vaya a dar en otro momento más apropiado y conveniente para nosotros. *Dichoso el hombre que en ti confía* (v. 12). Verdaderamente son dichosos los que disfrutan de los privilegios de la casa de Dios. Pero si no podemos ir a la casa de Dios, siempre podemos ir por fe al Dios de la casa, y hallar en Él dicha y seguridad.

SALMO 85

Este salmo refleja la reacción de los cautivos de Babilonia al regresar a su país y contemplar aquella desolación, y tener ante sí la magnitud de la empresa que la reconstrucción suponía. Estaban como Noé en el Arca; entre la vida y la muerte; entre la esperanza y el miedo. Al ser así las cosas: I. Aquí tenemos la paloma enviada en oración. Las peticiones contra el pecado y la ira (v. 4) y para obtener misericordia y gracia (v. 7). II. Tenemos después la paloma que vuelve con una ramita de olivo de paz y buenas nuevas: el salmista espera su vuelta (v. 8) y luego enumera los favores a Israel, de los que, por el espíritu de profecía, había dado seguridad a otros, y, por el espíritu de fe, obtenía seguridad él mismo (vv. 9–13).

Versículos 1–7

Puesto aquí el pueblo de Dios en una condición muy baja y débil, se les enseña cómo deben dirigirse a Dios.

1. Deben reconocer con gratitud las grandes cosas que Dios ha hecho por ellos (vv. 1–3). Dios se había mostrado propicio hacia el país al hacer volver a los cautivos (v. 1) y no les había tratado según se merecían, sino que les había perdonado todos los pecados (v. 2). El permitirles volver de la deportación era una señal del favor de Dios y de que estaba reconciliado con ellos. Dios había *levantado* (lit.) *la iniquidad del pueblo,* como quien quita de encima un peso intolerable, y *había cubierto,* ocultándolos de su vista, *todos los pecados de ellos.*

2. Se les enseña a pedir a Dios gracia y misericordia con respecto a la angustia presente; esto se infiere de lo anterior: «Tú has tratado bien a nuestros padres; trátanos bien a nosotros, pues somos los hijos del mismo pacto». (A) Piden que les restaure la gloria nacional que antes poseían (v. 4): *«Restáuranos (o, vuélvete a nosotros,* o ambas cosas), *oh Dios de nuestra salvación».* (B) Piden que cesen las señales del desagrado de Dios: «Y *haz cesar* (lit. *quiebra) tu ira de sobre nosotros».* Nótese el orden: «Primero, restáuranos; después haz cesar tu ira de nosotros». (C) Piden que se manifieste la buena voluntad de Dios hacia ellos (v. 7): *«Muéstranos, Jehová, tu misericordia,* tu amor misericordioso; haznos saber que nos amas y que tu amor es inagotable». (D) Piden que Dios complete la obra que ha comenzado: *«Y danos tu salvación»,* es decir, haz que la restauración que has comenzado sea completa.

3. Se les enseña a que rueguen humildemente a Dios para que les alivie de las presentes angustias (vv. 5, 6): *«¿Estarás enojado contra nosotros para siempre? ¿Extenderás tu ira de generación en generación?* No estuviste airado contra nuestros padres para siempre, sino que pronto te volviste del furor de tu ira; ¿por qué has de estar airado para siempre contra nosotros? *¿No volverás a darnos vida,* esto es, a reavivarnos?» (80:18). Dios había otorgado *un poco de vida en su servidumbre* a los cautivos (Esd. 9:8). El retorno de la cautividad había sido como una resurrección de entre los muertos (v. Ez. 37:11–14). «Ahora, Señor—vienen a decir—¿no *nos reavivarás otra vez y alzarás otra vez tu mano* (Is. 11:11; v. el comentario a dicho lugar) para recobrar el remanente?» (comp. 126:1, 4; Hab. 3:2). Si Dios es la fuente de todos nuestros beneficios, también ha de ser el centro de todos nuestros gozos.

Versículos 8–13

Aquí tenemos una respuesta a las oraciones y expectaciones del pueblo.

1. En general, es una respuesta de paz. El salmista (v. 8) está como un vigía a la expectativa de lo que Dios va a hablar, como si dijese: «¡Guarda la compostura, alma mía! ¡Calla humildemente para escuchar a Dios y estar a la expectativa de lo que Él disponga! Ya he hablado bastante; ahora escucharé lo que Dios diga y acataré sus designios, *porque hablará paz a su pueblo,* lo que más les convenga (comp. Est.

10:3)». Tarde o temprano nos manifestará por medio de su Espíritu de su Palabra y de sus ministros, lo que va a concedernos y lo que requiere de nosotros, *para que no volvamos a la locura,* es decir, a los errores que nos condujeron al desastre.

2. Se enumeran luego los detalles particulares de la respuesta de paz. Nos ofrece una agradable perspectiva del estado floreciente de la congregación (literalmente, de Israel, pero aplicable a la Iglesia) en los últimos cinco versículos del salmo los cuales describen la paz y la prosperidad con que Dios bendijo a los que habían regresado de la cautividad, cuando, por fin, se asentaron en su tierra. Pero puede también tomarse como una promesa para todos los que temen a Dios y obran justicia, de que serán dichosos, y como una profecía del reino mesiánico con todas las ricas bendiciones que tal reino comportará.

(A) Su ayuda siempre a mano (v. 9): *«Ciertamente cercana está su salvación a los que le temen»*. Cuando la fabricación de ladrillos es doble de lo que se puede soportar, entonces llega Moisés. Cuando la tribulación se acerca demasiado, también se acerca la salvación, pues Dios es para los suyos socorro siempre presente en tiempo de aflicción.

(B) Honor seguro (v. 9b): *«Para que habite la gloria,* es decir, la presencia gloriosa de Dios, que había sido retirada (Is. 10:1 y ss.), *en nuestra tierra;* que el servicio de adoración a Dios quede restablecido y afianzado entre nosotros; pues esa es la gloria del país. Cuando se marcha esa gloria, *Icabod,* estamos perdidos; cuando vuelve la gloria *Cabod,* estamos salvados».

(C) El mutuo abrazo de la gracia de Dios y de la rectitud del hombre (vv. 10, 11). Estos versículos admiten tres interpretaciones complementarias: (a) Cuando el pueblo se vuelve a Dios, Él se vuelve a ellos con su misericordia: se encuentran y se besan la verdad del hombre y la misericordia de Dios. Si *la verdad brota de la tierra,* esto es (como dice el doctor Hammond), del corazón del hombre, el terreno apropiado para esa planta, entonces *la justicia* (esto es, la misericordia) de Dios *mirará desde los cielos,* como mira el sol al fruto de la tierra con su benéfico influjo. Éste es el sentido primordial. (b) Cuando los que gobiernan y los gobernados obran justamente, hay paz en la nación y en las familias (Is. 32:17): la rectitud y la dicha son buenas compañeras. (c) Nuestra salvación está dispuesta de modo tan admirable que Dios puede tener compasión de los pobres pecadores y estar en paz con ellos, sin hacer violencia a su verdad ni a su justicia. Esta interpretación hace honor a la verdad, pero no a la letra de estos versículos.

(D) Gran abundancia de todo lo que se puede desear (v. 12): *«Yahveh dará ciertamente lo que es bueno»* (lit.), todo lo que Él sabe que es bueno para nosotros, como la lluvia benéfica para la tierra, y *nuestra tierra dará su cosecha,* correspondiendo a la lluvia de las bendiciones divinas» (v. por contraste, He. 6:8).

(E) Guía segura por el buen camino (v. 13): «Si Israel es fiel a Dios *la justicia irá delante de Él* (Dios) "como un heraldo que va anunciando la salvación de su pueblo" (—como dice Kirkpatrick—, el cual traduce la segunda parte del versículo del modo siguiente:) y (nos) *pondrá en el camino de sus pisadas»* (lit. y *hará para camino sus pisadas.* Comp. con 1 P. 2:21).

SALMO 86

Este salmo lleva por título «Oración de David». Quizás es una oración que él usaba y recomendaba su uso a otros, especialmente para días de aflicción. El salmista: I. Da gloria a Dios (vv. 8–10, 12, 13). II. Pide a Dios la gracia de que escuche sus oraciones (vv. 1, 6, 7), le preserve, le salve y tenga piedad de él (vv. 2, 3, 16), le conceda gozo, gracia y fuerzas, y honor (vv. 4, 11, 17). III. Apela a la bondad de Dios (vv. 5, 15) y a la mala voluntad de sus enemigos (v. 14).

Versículos 1–7

1. Peticiones que el salmista hace a Dios. (A) Comienza y dice: *«Inclina, Jehová, tu oído y escúchame»* (v. 1), con lo que pide audiencia benigna a sus peticiones. Bien se dice que Dios *inclina su* oído a nuestras oraciones, porque es una admirable condescendencia de Dios el que se digne tomar nota de criaturas tan miserables como nosotros, y de oraciones tan defectuosas como las nuestras. Como había dicho en 25:1, también aquí (v. 4b) dice: «A *ti, oh Señor, levanto mi alma»*. En toda oración, ha de

elevarse el alma en alas de la fe y de santos deseos. (B) Pide que Dios le tome bajo su protección especial (v. 2): *«Guarda mi alma … salva a tu siervo,* presérvame de todo peligro y, sobre todo, del gran mal del alma que es el pecado, y sálvame así». A todos los que Dios salva, también los preserva con su poder para la herencia celestial (1 P. 1:4, 5). (C) Pide a Dios que le mire con ojos de piedad y compasión (v. 3): *«Otórgame tu favor, Señor* (comp. 57:1), *porque a ti clamo todo el día»* (lit.). (D) Pide a Dios consuelo interior (v. 4): *«Alegra el alma de tu siervo»,* y dame tu liberación (comp. 90:15). Sólo Dios puede *poner alegría en el corazón y hacer que se alegre el alma* y, así como es deber de los que sirven a Dios *servirle con alegría,* así también es su privilegio *ser llenos de todo gozo y paz en el creer* (Ro. 15:13) y en el orar con fe, ya que la oración es la nodriza del gozo espiritual.

2. Las apelaciones con que corrobora estas peticiones: (A) Apela a su íntima relación con Dios: «Tú eres mi Dios, a quien me he entregado y de quien dependo, pues soy tu *siervo que en ti confía»* (v. 2). (B) Apela a la aflicción que padece (v. 1b): *«Porque estoy afligido y menesteroso».* (C) *Apela a la buena voluntad de Dios hacia todos los que le buscan* (vv. 4, 5): *«A ti, Señor, levanto mi alma* con deseo y expectación, *porque tú, Señor, eres bueno y perdonador».* (D) Apela a la buena obra de Dios en él (v. 2): *«Guarda mi alma, porque soy piadoso* (hebreo, *jasid»*. No lo dice con jactancia, sino con gratitud a Dios, que tiene especial providencia de quienes le aman (comp. con Is. 38:3; Ro. 8:28). Es como si dijera: «Mira que *soy piadoso* y, sin embargo, *estoy afligido y menesteroso.* Pero (v. 7), *en el día de mi angustia te invoco, porque tú me respondes».* Bien van las cosas cuando el día de la aflicción encuentra rodando las ruedas de la oración, pues nunca dan vueltas en vano.

Versículos 8–17

Aquí el salmista, al proseguir en su oración:

1. Da gloria a Dios (v. 8): *«Ninguno hay como tú entre los dioses, Señor, ni obras que sean como las tuyas»* (lit.), lo cual era una gran prueba de que no había nadie como Él. También le alaba como a fuente de todo ser y, por tanto, como a centro de toda alabanza (v. 9): *«Todas las naciones que hiciste* de uno solo, derivan de ti su ser (Hch. 17:24–28) y dependen constantemente de ti, por consiguiente, *vendrán y adorarán delante de ti, Señor, y glorificarán tu nombre».* ¿Cuál es el motivo principal? (v. 10). *«Porque,* como hacedor de las naciones, *tú eres grande* y, para demostrar tu grandeza, eres *hacedor de portentos* (comp. 72:17; 77:13 y ss.); así que *solamente tú eres Dios* y, al revés que los hombres, quienes, al ser miserables criaturas, son tan crueles e inmisericordes (v. 14), *tú, Señor* (v. 15), *eres un Dios lleno de compasión y favorecedor, tardo para la ira y abundante en amor misericordioso y verdad»* (lit. comp. Éx. 34:6). Los hombres son malignos, Dios es benigno; los hombres son falsos, Dios es fiel y veraz; los hombres son vengativos, Dios es lleno de compasión. La primera parte del versículo 16 está tomada de 25:16; la segunda, de 116:16. Como hace notar Cohen, *hijo de tu sierva* denota el esclavo que es parte de la familia por nacimiento dentro de la casa, lo cual le vincula al amo con mayor fuerza que el esclavo que ha sido comprado. Tiene otra buena razón para alabar y dar gracias (vv. 12, 13) a Dios por el hecho de que, en el pasado, ya le había salvado cuando estaba a punto de perecer (comp. con 56:13). Bien puede llamarle: *«Señor* (no, Jehová) *Dios mío»* (v. 12).

2. Pide insistentemente a Dios piedad y gracia. Se queja de la mala voluntad de sus enemigos, quienes no cejan en la implacable y conjunta conspiración que han tramado contra él (v. 14), gente *orgullosa y violenta* que no sólo tratan de darle muerte a él, sino que no tienen ningún temor de Dios: *«no te tuvieron presente»* (de 54:3, casi a la letra). Las peticiones del salmista son:

(A) Que obre Dios en él por medio de su gracia (v. 11): *«Enséñame, Jehová, tu camino»* (de 27:11); es decir, el camino que me has designado para andar en él (comp. Ef. 2:10); cuando yo dude sobre lo que debo hacer, dime claramente: *éste es el camino, para que yo camine en tu verdad* (comp. 26:3). Podría pensar alguien que el orden debería ser: *«Enséñame tu verdad, para que yo ande en tu camino»;* pero todo viene a lo mismo; es el camino de la verdad el que Dios enseña y el que debemos escoger para andar en él (119:30). Cristo es el camino y la verdad y la vida (Jn. 14:6) y el camino nuevo y vivo (He. 10:20), y hemos de aprender de Cristo, así como a andar en Él (Col. 2:6–7). *«Haz uno,* esto es, íntegro—no dividido—, *mi corazón para temer tu nombre»* (v. 11b. Lit.). Como si dijese: «Hazme sincero en mis prácticas religiosas; los hipócritas son de doble corazón; haz que el mío sea uno y entero para Dios, sin dividirlo entre Él y el mundo» (comp. Mt. 6:22–24).

(B) Que le muestre señales de su favor hacia él (vv. 16, 17). Tres cosas pide aquí: (a) Que *vuelva su rostro hacia él* (lit.), como a uno a quien se ama, para tener así paz y consuelo. (b) Que le de completa liberación y salvación (v. 16b): *«Da tu fuerza a tu siervo y salva al hijo de tu sierva;* pon fuerzas dentro de mí, a fin de que pueda valerme, y pon tu fuerza misma a favor de mí, a fin de que pueda escapar a salvo de las manos de los que traman mi ruina». (c) Que Dios le preserve su buena reputación (v. 17): *«Obra por mí una señal para bien* (lit.), de forma que *la vean los que me aborrecen y sean avergonzados* de su enemistad contra mí, como tendrán motivo cuando se den cuenta de que *tú, Jehová, me ayudaste y me consolaste»* (comp. 35:4).

SALMO 87

«Este breve poema—dice Cohen—es uno de los más notables en el Salterio. Tanto en el tono como en su perspectiva es profético, en el sentido de que proclama la esperanza de un universal Reino de Dios con Sion por metrópoli». Aquí Sion: I. Es preferida al resto de la tierra de Canaán, como coronada de especiales señales del favor de Dios (vv. 1–3). II. Es preferida a cualquier otro lugar o país del mundo, como llena de hombres más eminentes y de mayor abundancia de bendiciones divinas (vv. 4–7).

Versículos 1–3

Aquí vemos el objeto o asunto del salmo; Sion y el templo edificado sobre el monte Moria. Tres cosas son de notar en alabanza del templo: 1. Que está fundado sobre el monte santo (v. 1). Está construido en un lugar elevado: *«Acontecerá en lo postrero de los tiempos que será asentado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes»* (Is. 2:2). Está firmemente asentado sobre montañas y collados perpetuos, pues antes se derrumbarán los montes y desaparecerán los collados, que el pacto de Dios con su pueblo sea anulado (Is. 54:10). La santidad es el cimiento y la solidez de la Iglesia; ella es la que la mantiene o impide que se hunda; no está su solidez en haber sido edificada sobre un monte, sino sobre un monte santo; sobre la promesa de Dios. 2. Que Dios ha expresado un afecto particular por él (v. 2): *«Ama Jehová las puertas de Sion más que todas las moradas de Jacob,* ya sean en Jerusalén ya sea en cualquier otra parte del país». 3. Que hay en la Palabra de Dios muchas cosas concernientes a esto (v. 3): *«Cosas gloriosas se han dicho de ti, Ciudad de Dios».* Dios había dicho del templo: *«Porque ahora he elegido y santificado esta casa para que esté en ella mi nombre para siempre»* (2 Cr. 7:16). Mejores cosas se dicen de ella para el futuro: *«De Sion saldrá la ley y de Jerusalén la palabra de Jehová»* (Is. 2:3). Sin embargo, son todavía mayores las cosas que se dicen de la Iglesia: *«Es la esposa de Cristo* (Ef. 5:26, 27), *comprada con la sangre de Cristo* (Hch. 20:28), y es *linaje escogido, regio sacerdocio, nación santa* (1 P. 2:9) y *las puertas del Hades no prevalecerán contra ella»* (Mt. 16:18).

Versículos 4–7

Habla ahora el mismo Dios y hace de Sion una especie de metrópoli del mundo, centro del futuro reino mesiánico.

1. *Ráhab,* nombre poético de Egipto, y *Babel* (lit.), es decir, Babilonia, los dos primeros grandes imperios de la civilización y grandes enemigos de Israel, así como otros enemigos del pueblo de Dios: *Filistea, Tiro y Etiopía, llegarán al conocimiento del verdadero Dios,* hasta el punto de que sus habitantes serán tenidos por ciudadanos *nativos de Sion* (v. 4). Todos estos extranjeros y enemigos de Israel y de Dios serán *conciudadanos de los santos* (Ef. 2:19). Será como un «nuevo nacimiento», según lo ve insinuado Cheyne en el texto. Más aún todos los demás ciudadanos del mundo serán tenidos también (v. 5) por nativos de Sion, y así constará en el registro de la ciudad (v. 6).

2. Los cánticos de Sion serán cantados con aire de gozo triunfal por todos los cantores y músicos. Todos ellos *dirán: Todas mis fuentes están en ti* (v. 7). En vez de *«tañedores»* habría de leerse *«los que danzan» o «mientras danzan».* El sentido de la última línea resulta algún tanto oscuro. El sentido más probable, según Arconada, es: Las fuentes de la salvación de los tiempos mesiánicos (Is. 12:3) o de la

nueva vida (36:10), como las aguas que manan del nuevo templo (Ez. 47:1), están en Sion. O simplemente (Cohen): Sion será la fuente única de la felicidad de los pueblos, aunque también podría ser el comienzo, las primeras palabras, de un cántico. Gran honor de Sion será, como lo es de la Iglesia, que Dios sea servido y adorado con cánticos de júbilo: una obra buena, hecha con gozo (comp. con 68:25). Nota del traductor: Toda esta sección (vv. 4–7) está redactada al margen del comentario de M. Henry, quien no acierta a ver el carácter escatológico del salmo.

SALMO 88

Este salmo es una lamentación y no concluye, como suelen acabar los salmos melancólicos, con la menor insinuación de consuelo ni gozo, sino que, de principio a fin, está envuelto en pena y tristeza. El salmista expresa aquí: I. La gran depresión de ánimo que está sufriendo (vv. 3–6). II. La ira de Dios, que es la causa de dicha depresión (vv. 7, 15–17). III. La perversidad de sus enemigos (vv. 8, 18). IV. Su oración a Dios (vv. 1, 2, 9, 12). V. Las explicaciones que, humilde y reverentemente, pide a Dios (vv. 10, 12, 14).

Versículos 1–9

Las primeras palabras del salmo son las únicas que indican un poco de consuelo, pues, antes de comenzar sus quejas, llama a Jehová *«Dios de mi salvación»,* lo cual insinúa que, por mal que le fuesen las cosas, todavía esperaba de Dios la salvación y dependía de Él como del autor de toda salvación.

1. Vemos primero a un hombre de oración. Su único consuelo es haber orado; pero se queja de que, a pesar de su oración, todavía está en aflicción: *«De día he clamado en la noche delante de ti»* (lit.); en otras palabras, su clamor diario se prolongaba hasta la noche (v. 1), lo hacía *«tendiendo hacia Jehová sus manos»* (v. 9), como quien quería asir de Él con el anhelo de alcanzar su favor y con el temor de no conseguirlo. Y esto, *«cada día»* (v. 9). A Dios dirigía su oración, y de Él deseaba y esperaba respuesta (v. 2): «*Llegue mi oración a tu presencia,* para ser aceptada por ti».

2. Era un hombre de dolor y pesadumbre; por lo que algunos le hacen aquí tipo de Cristo. Clama: *«Mi alma está saturada de males»* (v. 3). También Cristo dijo: «*Ahora está turbada mi alma»* (Jn. 12:27). Y, en su agonía: *«Mi alma está abrumada de una tristeza mortal»* (Mt. 26:38), como aquí el salmista, pues dice: «*Mi vida está al borde del Seol»* (v. 3b).

3. Se consideraba moribundo, como si el corazón se le fuese a quebrar de tristeza (v. 5): «*Abandonado entre los muertos, como los pasados a espada que yacen en el sepulcro, de quienes no te acuerdas* ya para protegerme ni para proveer para mí. *Me has puesto en el hoyo más profundo* (lit. v. 6); *tanto mi* situación, como mi condición y mi ánimo no pueden estar más bajos; *estoy en tinieblas, en los abismos»*. De esta forma tan tremenda pueden ser afligidas las buenas personas por efecto de la melancolía y la debilidad de su fe.

4. Lo que le da el mayor motivo de queja es el desagrado de Dios hacia él (v. 7): *«Sobre mí pesa tu ira y* (me) *oprimen* (lit. *aprietan hacia abajo) tus olas»* (comp. 42:7b). La mano de Dios pesaba fuerte contra él, de forma que estaba a punto de hundirse y desfallecer.

5. Otra circunstancia agravante de sus dolores era que sus amigos le habían abandonado. Cuando estamos afligidos, sirve de algún consuelo tener cerca de nosotros a quienes nos aman y simpatizan con nosotros; pero este buen hombre no gozaba de este consuelo (v. 8): «*Has alejado de mí mis conocidos,* esto es, mis amigos íntimos; *me has puesto por abominación* (como un leproso; comp. 31:12) *a ellos;* no sólo se avergüenzan de mí, sino que tienen asco de mí y me miran, no sólo con menosprecio, sino con aborrecimiento».

6. Considera su caso sin remedio, deplorable (vv. 8, 9): *«Encerrado estoy y no puedo salir,* como un prisionero que no tiene escape». Así que gime y dice: «*Mis ojos enfermaron a causa de mi aflicción;* se nota en ellos lo mucho que sufro en cuerpo y alma». Sin embargo, el llanto no ha de impedir la oración: *«Mis ojos enfermaron ... pero te invoco, Jehová, cada día».*

Versículos 10–18

1. El salmista pide humildemente alguna explicación a Dios acerca del deplorable estado en que se halla (vv. 10–12): *«¿Obrarás portentos por los muertos,* devolviéndoles la vida? *¿Se levantarán los muertos para alabarte?* En la mentalidad del Antiguo Testamento, los únicos capaces de alabar a Dios son «los vivientes», es decir, los que viven en este mundo. El salmista acumula todos los epítetos posibles para describir el estado de los difuntos: *«sombras»* (v. 10b. Lit.); *«sepulcro»* (hebr. *québer)* y *«tártaro» (hebr. abaddón,* lugar de destrucción), en el versículo 11; *«tinieblas»* (hebr. *jóshekh) y «tierra del olvido»* (v. 12), donde se olvida y se es olvidado.

2. Decide continuar insistentemente en la oración, al ser diferida la liberación (v. 13): *«Mas yo a ti he clamado,* todavía no estoy muerto, he hallado consuelo en ello y por tanto, continuaré orando, y *de mañana mi oración se presenta delante de ti* (lit. *sale a tu encuentro)».* Insinúa así que se levanta a orar antes que de ordinario, como si dijese: «Mi oración no espera hasta que me vea animado por un comienzo de tu compasión, sino que se anticipa con fe y expectación aun antes de que amanezca».

3. Pide a Dios explicación por su tardanza en escucharle (v. 14): *«¿Por qué, Jehová, desechas mi alma?* ¿Qué es lo que te provoca a *tratarme así? ¿Por qué escondes de mí tu rostro?»* Ninguna cosa causa a un hijo de Dios tanto pesar como el que Dios le oculte su rostro, y de ninguna otra cosa tiene tanto miedo como de que Dios le deseche. Cuando se nubla el sol, se oscurece la tierra; pero si el sol dejase de alumbrar del todo ¡en qué calabozo se convertiría la tierra! *«Me han abrumado tus terrores»,* continúa (v. 15b), y alude a las aflicciones con que Dios le aterra. De nuevo ve *la ira de Dios* y que pasa, como en oleadas, sobre él (v. 16). Por lo que parece, padece una enfermedad crónica *desde la juventud* (v. 15). Muchas veces, Dios aflige de esta manera a quienes prepara para servicios eminentes. Concluye el salmo, repitiendo sus frases melancólicas (v. 18): *«Has alejado de mí al amigo* (lit. *al que ama*) *y al compañero, y mis amigos íntimos son las tinieblas».* Dice Cohen: «Así termina esta patética historia de agonía, sin expresión alguna de esperanza. No obstante, aunque no se escuche la nota de esperanza en el último versículo, se puede insinuar, en la convicción que corre a lo largo del salmo, que el paciente está todo el tiempo en las manos de Dios. Si Él hirió, también Él puede sanar».

SALMO 89

Muchos salmos que comienzan con quejas y oraciones, terminan con gozo y alabanza, pero éste comienza con gozo y alabanza y termina con quejas y peticiones. No se sabe cuándo y por qué fue compuesto, pero «las circunstancias—dice Cohen—apuntan al tiempo del derrumbamiento nacional ante los babilonios». I. El salmista, en la parte gozosa del salmo, da gloria a Dios, y menciona sus actos de amor misericordioso y de fidelidad (v. 1) y su pacto (vv. 2–4), pero con mayor extensión en los versículos siguientes, donde: 1. Adora la gloria y las perfecciones de Dios (vv. 5–14). 2. Se complace en la dicha de los que son admitidos a la comunión con Dios (vv. 15–18). 3. Funda todas sus esperanzas en el pacto de Dios con David, como tipo de Cristo (vv. 19–37). II. En la parte melancólica del salmo, se lamenta del presente calamitoso estado del príncipe y de la familia real (vv. 38–45), pide a Dios explicación de esta anomalía (vv. 46–49) y concluye con una oración para que Dios remedie la situación (vv. 50, 51).

Versículos 1–4

El salmista tiene una queja muy amarga que exponer en la segunda parte del salmo, con respecto a la deplorable condición de la familia real, sin embargo comienza el salmo con expresiones de alabanza. ¡Que nuestras quejas se conviertan en alabanzas!

1. Pase lo que pase, el Dios eterno es amoroso y fiel (v. 1). Sus misericordias son inagotables, y su fidelidad es inviolable; y esto debe ser materia de nuestro gozo y de nuestras alabanzas: *«Las misericordias de Jehová cantaré perpetuamente,* con cántico de alabanza en su honor, con cántico de gozo para mi solaz, con cántico instructivo para edificación de otros».

2. Pase lo que pase, el pacto eterno es firme y seguro (vv. 2–4): «Todo parece ahora negro, con amenaza de completa extirpación a la dinastía de David, pero *digo,* y tengo para ello la garantía de la

Palabra de Dios, que *para siempre será edificada misericordia».* Si la misericordia, el amor misericordioso de Dios, está edificada para siempre, *el tabernáculo caído de David será levantado* un día (Am. 9:11). Dios lo *juró a David* (v. 3); hizo el pacto y lo cumplirá. El pacto fue de *confirmar para siempre su descendencia y edificar su trono por todas las generaciones* (v. 4), lo cual no se cumplió en la persona de David, pero se cumplirá en la persona del Hijo de David (v. Lc. 1:32, 33).

Versículos 5–14

Esta porción está llena de alabanzas a Dios. Vemos aquí:

1. Dónde, y por quién, ha de ser alabado Dios: *«Celebrarán los cielos tus portentos, Jehová»* (v. 5). Las obras de Dios son portentos incluso para aquellos que están acostumbrados a contemplarlas una y otra vez, pues cuanto más y mejor se conocen, tanto más son de admirar y alabar. *«Y la asamblea de tus santos ángeles, tu fidelidad»* (v. 5b. Lit.). Lo de «ángeles» no está en el original, pero se añade para mayor claridad, por paralelismo con «cielos» (comp. con Job 15:15). Los mismos ángeles (v. 7), que rodean el trono de Dios (Jer. 23:18, 22), tiemblan de pavor reverente ante la gloriosa majestad de Dios. ¡Cuánto más deberíamos temblar nosotros, miserables mortales, pecadores, cuando nos acercamos a Dios, aun en secreto! La confianza (He. 4:16) no debe oscurecer la reverencia.

2. En qué consiste alabar a Dios. Consiste en reconocer que no hay nadie como Él (v. 6): *«¿Quién en los cielos se igualará a Jehová? ¿Quién entre los hijos del poder* (lit.) *será semejante a Jehová?»* «Los hijos del poder» equivale a «los hijos de Dios»; aquí, como en 29:1, los ángeles. Insiste en el versículo 8: *«¿Quién como tú, etc.?»* (comp. Is. 40:25). Entre los hombres es frecuente hallar que quienes mayor poder tienen para quebrantar su palabra, son los menos cuidadosos en guardarla, pero Dios es fuerte y fiel; puede hacer cuanto quiera, pero nunca quiere nada injusto.

3. De qué debemos dar gloria a Dios en nuestras alabanzas.

(A) Del dominio que ejerce Dios sobre las más ingobernables criaturas (v. 9): *«Tú tienes dominio sobre la braveza del mar».* Esto es un evidente acto de omnipotencia; por eso se preguntaban los hombres: *«¿Qué clase de hombre es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?»,* cuando Jesús calmó la tempestad.

(B) De las victorias que Dios ha conseguido contra los enemigos de su pueblo (v. 10): *«Tú quebrantaste a Ráhab* (Egipto) *como a herido de muerte»,* como a quien ya no puede levantar cabeza. El recuerdo del quebrantamiento de Egipto era un consuelo para Israel frente al poder presente de Babilonia pues Dios es siempre el mismo.

(C) Del incontestable derecho de propiedad que tiene sobre todas las cosas (vv. 11, 12), pues todo lo ha creado Él y lo sostiene: los cielos y la tierra y todo lo que contienen: las riquezas del mundo y los habitantes del mundo. Especifica: (a) Los puntos más remotos del orbe (v. 12): «El *norte y el sur,* el mundo de un extremo al otro, *tú los creaste».* (b) Los puntos más altos del orbe (v. 12b): *«El Tabor y el Hermón,* los dos montes más altos de Palestina, *saltan de júbilo a tu nombre,* testifican jubilosamente tu infinita grandeza». El Tabor es el monte de Galilea en cuya cima se supone que el Señor se transfiguró.

(D) Del poder y la justicia, de la misericordia y la fidelidad, con que Dios gobierna el mundo y tiene las riendas en los asuntos de los hombres (vv. 13, 14), pero nunca puede hacer nada injusto, a pesar de ser Omnipotente: *«Tienes un brazo potente … Justicia y juicio son el cimiento de tu trono, etc.».* Siempre hace lo que es mejor para su pueblo y lo que concuerda con la palabra que ha hablado: *«Misericordia y verdad van delante de tu rostro* (v. 14b); al ser la verdad tan buena como tu palabra, y al ser la misericordia mejor que tu palabra».

Versículos 15–18

Después de haber ensalzado las grandezas del Dios de Israel, el salmista muestra ahora las bendiciones del Israel de Dios. Así como *no hay nadie como Jehová* (vv. 6, 8), tampoco hay ningún pueblo como el suyo (vv. 15–18), puesto que:

1. Les han sido hechos gloriosos descubrimientos y les han sido llevadas alegres noticias (v. 15): *«Dichoso el pueblo que conoce la aclamación gozosa* (lit.); *andará, Jehová, a la luz de tu rostro»* (v. Nm. 6:25). Lo primero se refiere al sonido de la trompeta (hebreo, *teruah*, cuando se tocaba el *sofar*, el cuerno del carnero) para aclamar al rey, así como a los gritos de júbilo de los peregrinos que llegaban a Jerusalén.

También el Evangelio es una proclamación gozosa, sonido de victoria, de libertad y de comunión con Dios. ¡Dichoso el pueblo que lo escucha y lo recibe! Lo segundo es parte de la bendición sacerdotal (v. el comentario a Nm. 6:25). El favor de Dios es luz que anima y guía al creyente por el camino del bien.

2. Nunca les falta materia de gozo (v. 16). Así también los que se regocijan en Jesucristo siempre tienen bastante para contrarrestar las penas y aflicciones; por consiguiente, su *gozo es completo* (1 Jn. 1:4).

3. Su relación con Dios es su mayor honor y dignidad (v. 16b): *«Y en tu justicia será enaltecido,* es decir, la alta posición de Israel se debe al cumplimiento del pacto que Dios ha hecho con su pueblo». No se debe esto a la fuerza ni al mérito de Israel, sino al favor y a la buena voluntad de Dios (v. 17). Nótese cómo el salmista cambia súbitamente de persona *(«su … nuestro»)* para incluirse a sí mismo como miembro de una nación que disfruta de tal bendición. La expresión (lit.): *«nuestro cuerno es exaltado»* (comp. 75:4) tiene aquí el sentido, según Cohen, de levantar retadoramente la cabeza enfrente de sus enemigos.

4. Su relación con Dios es también su protección y seguridad (v. 17): *«Porque de Jehová es nuestro escudo* (el rey, comp. con 84:9) y *del Santo de Israel es nuestro rey»* (lit. Comp. 71:22). Si el poder procede de Dios, también procederá de Él la protección de su pueblo. ¿Quién podrá, entonces, hacernos daño?

Versículos 19–37

Ya había mencionado antes el salmista el pacto que había hecho Dios con David y su descendencia (vv. 3, 4); pero ahora vuelve a ampliar el mismo tema. Ciertamente apunta a Cristo, pues en Él se cumplió mejor que en David. Los consuelos de nuestra redención fluyen del pacto de la redención; todas nuestras fuentes están ahí (Is. 55:3). *«Os daré las misericordiosas y fieles promesas hechas a David»* (Hch. 13:34).

I. La seguridad que tenemos de la verdad de la promesa, lo cual puede animarnos a construir sobre ella (v. 19): *«Entonces hablaste en visión a tus santos»* (lit. *a tus devotos*). La promesa a David, a la cual se alude aquí, fue dada en visión a Natán el profeta (2 S. 7:12–17), y fue otorgada a David con juramento (v. 35). Eso fue ya suficiente; no necesitó jurar dos veces, como lo hizo David (1 S. 20:17), puesto que su palabra y su juramento son *dos cosas inmutables* (He. 6:17, 18).

II. La elección de la persona a la que es otorgada la promesa (vv. 19, 20). David era el rey según la elección de Dios, lo mismo que Cristo, por lo que ambos son llamados *reyes de Dios* (2:6). David era poderoso. Dios le enalteció y ordenó a Samuel que le ungiese. Pero esto se aplica mejor a Cristo, pues: 1. Él es poderoso, capaz de efectuar una salvación completa. 2. Como David, también Él fue escogido *del pueblo* (v. 19c), pues participó de nuestra carne y de nuestra sangre (He. 2:14). 3. Dios lo ha hallado; es decir, es un salvador provisto por Dios (Jn. 3:16). 4. Como a David (v. 20b), Dios lo ha ungido también a Él (Is. 61:1) y le ha constituido sacerdote, profeta y rey, le ha investido de todo poder y autoridad, y le ha resucitado de entre los muertos y lo ha sentado a su diestra. Él es el *Ungido* por excelencia (hebreo, *Mesías;* griego, *Cristo*).

III. Las promesas hechas a su escogido: a David como tipo, y a Cristo como el antitipo:

1. Con referencia a él mismo, como rey y siervo de Dios, se le promete aquí:

(A) Que Dios estaría con él y le fortalecería en sus empresas (v. 21): *«Mi mano le sostendrá siempre,* nunca le faltará mi apoyo, y *mi brazo lo fortalecerá* a fin de que pueda superar todas las dificultades».

(B) Que saldría victorioso de todos sus enemigos (vv. 22, 23): *«No lo sorprenderá el enemigo, etc.».* Cristo salió fiador de nuestras deudas y, por eso, Satanás y la muerte pensaron que podían hacer presa en Él; pero Cristo satisfizo las demandas de la justicia de Dios y, así, no pudieron sus enemigos sorprenderle: «*Viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí»* (Jn. 14:30b). *«Sino que quebrantaré delante de Él a sus enemigos»* (v. 23); el príncipe de este mundo será arrojado, los principados y poderes serán despojados y Cristo será la muerte de la muerte misma, y la destrucción del sepulcro (Os. 13:14, 1 Co. 15:55).

(C) *«Mi verdad* (lit. *mi fidelidad) y mi misericordia estarán con Él»* (v. 24). Estuvieron con David y están con Cristo, pues Dios hizo buenas todas sus promesas a Él. Pero eso no es todo: La misericordia y la fidelidad de Dios, esto es, su *gracia y su verdad,* nos vienen con Cristo (Jn. 1:14 y ss.); y todas las promesas de Dios son en *Él Sí* y *Amén* (2 Co. 1:20). Así que todo pobre pecador que espere el beneficio de la misericordia y de la fidelidad de Dios, ha de saber que están en Cristo y a Él debe apelar para conseguirlas (v. 28): *«Para siempre le conservaré mi misericordia;* en el canal de la mediación de Cristo correrán para siempre todos los arroyos de la bondad divina para con nosotros. Y, así como la misericordia de Dios fluye hasta nosotros por medio de Él, también por medio de Él es firme la promesa de Dios a nosotros: *«y mi pacto con Él será estable»* (v. 28b), tanto el pacto de la redención hecho con Él (2 Co. 5:19), como el pacto de la gracia hecho en Él (Ef. 1:4 y ss.; 2:5–10).

(D) Que su reino sería grandemente ampliado (v. 25): *«Pondré su izquierda sobre el mar, y sobre el gran río su diestra».* El reino de David se extendía hasta el Mediterráneo y el mar Rojo, hasta el río Eufrates y el río de Egipto. Pero es en el reino del Mesías donde tendrá esto su pleno cumplimiento, y en mayor extensión, cuando *los reinos de este mundo vengan a ser de nuestro Señor y de su Cristo* (Ap. 11:15).

(E) Que llamará a Dios su *Padre,* y Dios le tendrá por hijo, *le nombrará su primogénito* (vv. 26, 27); como llamó a su pueblo (Éx. 4:22), llama también a su rey y, con él, al antitipo: Cristo. Esto es una alusión a las palabras del mensaje de Natán que se referían a Salomón (pues también él era tipo de Cristo, lo mismo que David): *«Yo le seré por Padre y él me será por Hijo»* (2 S. 7:14), y así la relación será mutua y reconocida por ambas partes: *«Él me invocará* y dirá: *Mi padre eres tú»* (v. 26). Así lo hizo Cristo, en los días de su vida mortal, cuando clamó a Él con clamor y lágrimas en Getsemaní, y así nos enseñó a nosotros a dirigirnos a Dios: *«Padre nuestro, etc.».* Es asimismo prerrogativa de Cristo ser *el primogénito de toda creación* (Col. 1:15) y, como tal, *el heredero de todo* (He. 1:2, 6).

2. Con referencia a su posteridad. Los pactos de Dios siempre incluyen a la posteridad de aquellos con quienes pacta (vv. 29, 36): *«Estableceré su descendencia para siempre* y, con ella, su trono». Esto tiene diferente aplicación según se entienda de Cristo o de David.

(A) Si se aplica a David, por descendencia hay que entender sus sucesores: Salomón y los siguientes reyes de Judá. Se supone que pueden degenerar; en tal caso, han de esperar que Dios los castigue; pero, aunque sean corregidos, no serán desheredados. Esto se refiere a aquella parte del mensaje de Natán que dice: *«Si él hiciese el mal, yo le castigaré … pero mi misericordia no se apartará de él»* (2 S. 7:14, 15). Hasta ese punto durarán la descendencia y el trono de David. La familia de David continuó siendo una familia distinguida hasta que vino el Hijo de David cuyo trono había de durar para siempre (Lc. 1:27, 32; 2:4, 11).

(B) Si lo aplicamos a Cristo, por descendencia ha de entenderse sus seguidores, sus súbditos fieles, los creyentes, la posteridad que Dios le ha dado (Is. 53:10; He. 2:13). Ésta es la descendencia que *perdurará para siempre* y, en medio de ella, su *trono como los días de los cielos* (vv. 29, 36). Hasta el fin tendrá Cristo en el mundo un pueblo que le sirva y le honre. El reino de la gracia durará hasta el fin de los siglos, y el reino de la gloria durará por toda la eternidad. Pero también habrá pecados durante el reino de la gracia. Se supone que sus hijos pueden *dejar la ley de Dios* (v. 30) por omisión, y *profanar sus estatutos* (v. 31) por comisión. Ha habido, y hay, muchas corrupciones en la Iglesia, así como en el corazón de los que son sus miembros. Pero también se les dice lo que se les espera (v. 32): *«Entonces castigaré con vara sus transgresiones, etc.».* El ser discípulos de Cristo no les va a excusar de tener que rendir cuentas. Pero obsérvese lo que la *vara de Dios* es para el pueblo de Dios:

(a) Es una *vara,* no es un hacha ni una espada, puesto que es para corrección, no para destrucción.

(b) Es una vara *en las manos de Dios: «Yo castigaré, etc.»,* no otra persona.

(c) La continuación del reino de Cristo se hace segura por la promesa inviolable y por el juramento de Dios, a pesar de todo eso: *«Mas no retiraré de él mi misericordia, etc.».* (v. 33). Las aflicciones que sufre el pueblo de Dios, no sólo están de acuerdo con el pacto amoroso de Dios, sino que fluyen precisamente de él. En atención a Cristo, y por medio de Él, se nos dispensa la misericordia de Dios. Dice Dios: *… No retiraré de él mi misericordia»* (v. 33). *«No mentiré a David»* (v. 35). *«No desmentiré mi fidelidad. No profanaré (o, violaré) mi pacto»* (vv. 33, 34. Lit.). Lo que se dice y se jura a David y a Israel y, como antitipos, a Cristo y a su Iglesia, es que Dios tendrá un pueblo suyo en el mundo mientras duren el sol y la luna (vv. 36, 37): «Su *descendencia durará para siempre,* como las luminarias del firmamento, para

brillar en el mundo y, cuando el mundo este se haya acabado, para brillar eternamente en el firmamento del Padre» (comp. con Dn. 12:3).

Versículos 38–52

1. Tenemos ahora una queja melancólica de la presente situación deplorable de la familia de David, y el salmista no sabe cómo conciliarla con el pacto que Dios había hecho con David: «Tú has dicho que *no retirarás tu misericordia,* pero *tú desechaste y menospreciaste a tu ungido»* (v. 38). Muchas veces, no es fácil conciliar las providencias de Dios con sus promesas y, sin embargo, las obras de Dios cumplen su Palabra y nunca la contradicen.

(A) La casa de David parece haber perdido todo su interés en Dios. Dios se había complacido en su ungido, pero ahora estaba *airado con él* (v. 38b).

(B) El honor de la casa de David estaba por el suelo: *«Has profanado su corona hasta la tierra,* para ser pisoteada» (v. 39b).

(C) Estaba expuesta a ser presa de todos sus vecinos (v. 40): *«Abriste brecha en todos sus vallados,* en todo lo que le servía de defensa y especialmente, en el muro de protección que tú le habías construido con tu pacto y tus promesas; *has destruido sus fortines … Es la burla de sus vecinos* (v. 41b), quienes cantan victoria al verla caer tan bajo desde un honor tan alto. Todos sacan partido de su desgracia: *Has exaltado la diestra de sus enemigos* (v. 42), no sólo dándoles poder, sino inclinándoles a ejercitarlo contra la casa de David».

(D) Ella es incapaz de valerse por sí misma, porque *«embotaste el filo de su espada* (v. 43), de forma que no puede llevar a cabo lo que siempre pudo y, lo que es peor, embotaste su ánimo y le quitaste el valor, *no lo sostuviste en la batalla»* (v. 43b).

(E) Estaba a punto de acabar del todo y sin gloria (v. 45): *«Has acortado los días de su juventud»,* refiriéndose al último rey de Judá, del cual dice Kirkpatrick: «Joaquín tenía solamente 18 años (2 R. 24:8) o según 2 Crónicas 36:9, solamente 8, cuando subió al trono y reinó sólo tres meses y diez días. La flor de su vida la pasó en el destierro, confinado en prisión en la que estuvo vestido de ignominia» (2 R. 25:29). Cuando la posteridad degenera, cae en desgracia, y su gloria queda manchada de iniquidad. ¡Cuán inclinados estamos a poner la gloria y la dicha de la Iglesia en algo exterior y pensar que, cuando las cosas van mal en este aspecto, es que no se cumplen las promesas! Pero nuestro Maestro nos advirtió que su reino no es de este mundo.

2. Ante esto, el salmista se dirige patéticamente a Dios y le dice (v. 46): *«¿Hasta cuándo, Jehová? ¿Te esconderás para siempre?»* Lo que más les apenaba es que Dios mismo les había dejado por largo tiempo en la oscuridad. Les parecía una noche eterna cuando Dios se retiró: *¿Te esconderás para siempre?*

(A) Apela a la brevedad y vanidad de la vida (v. 47): *«Recuerda cuán breve es mi tiempo»* (lit. *cuán huidiza cosa soy),* por lo que soy incapaz de soportar tu ira. *¿Habrás creado en vano a todo hijo de hombre? (o: ¡Para qué vanidad has creado a los hijos de Adán!)* Cuando se considera que el hombre es mortal y que su vida es corta, si no hubiese otra vida, podría pensarse que el hombre había sido creado en vano. Pero al haber otra vida, podemos pensar que quienes viven pocos años, pero en ellos glorifican a Dios y practican el bien, no sólo viven en comunión con Dios aquí, sino que vivirán eternamente en comunión con Él en el cielo. Además, toda la vanidad del hombre en la tierra se debe a su propia culpa.

(B) Apela también a la universalidad de la muerte (v. 48): *«¿Qué hombre vivirá sin ver la muerte?* El rey mismo no está exento de ella. Señor, ya que él está bajo la fatal necesidad de morir, no permitas que toda su vida sea miserable. No dejes que baje al sepulcro por las miserias de una vida triste y deshonrosa, hasta que llegue su tiempo». Nos interesa, sobre todo, asegurar nuestra dicha al otro lado de la tumba para que, cuando muramos, *seamos recibidos en las moradas eternas.*

(C) La siguiente apelación la toma de la bondad de Dios hacia David (v. 49): *«Señor, ¿dónde están tus antiguas misericordias que juraste a David en tu fidelidad?* (lit.) ¿Vas a dejar de cumplir lo que prometiste? La inmutabilidad y la fidelidad de Dios nos aseguran que Dios no desechará a los que ha elegido y con los que ha entrado en pacto.

(D) La última apelación se basa en la indignidad hecha al ungido de Dios (vv. 50, 51): «Los que nos escarnecen son enemigos tuyos; ¿y no vas a manifestarte contra ellos? *Han deshonrado los pasos de tu*

ungido». Reflexionaban sobre todos los pasos que el rey había dado en el curso de su administración o, más bien, sobre los pasos que había dado en su marcha humillante hacia el destierro.

3. El salmo concluye con una nota de alabanza por ser la forma acostumbrada de terminar cada Libro del Salterio, no porque el autor del salmo haya abandonado su tono de lamentación.

SALMO 90

El título atribuye este salmo a Moisés y son muchos los autores, aun entre los modernos, que admiten dicha autoría por la notable semejanza de pensamiento y fraseología con Deuteronomio 33. Tenemos en Números 14 la historia a la que parece referirse este salmo. Es probable que Moisés compusiera esta oración para que el pueblo la usase diariamente en sus tiendas, o los sacerdotes en el tabernáculo, durante la peregrinación por el desierto. I. Moisés reflexiona sobre la brevedad de la vida humana (vv. 1–6). II. Se somete a sí mismo y al pueblo a la justa sentencia de Dios contra ellos (vv. 7–11). III. Se encomienda a sí mismo, y al pueblo, a Dios, y ora para que les otorgue su gracia y su perdón (vv. 12–17). Al cantarlo, podemos aplicarlo a los años de nuestra peregrinación por el desierto de esta vida. Nos provee también de meditaciones y oraciones muy apropiadas para la solemnidad de un funeral.

Versículos 1–6

Este salmo lleva por título *«Oración de Moisés»*. Moisés enseñó al pueblo a orar y les puso en la boca palabras que pudiesen usar al dirigirse al Señor. En estos versículos se nos enseña:

1. A dar a Dios la alabanza por los cuidados que dispensa a su pueblo en todo tiempo (v. 1): *«Señor, tú nos has sido por refugio de generación en generación»*. Apelan a la benevolencia que desplegó Dios con sus antepasados. Canaán había sido tierra de peregrinación para sus padres los patriarcas, quienes habían vivido allí en tiendas; pero entonces Dios era su refugio y morada y, adondequiera iban, allí estaban como en casa, tranquilos y seguros, en Él. Egipto había sido por muchos años país de esclavitud, pero incluso allí era Dios el refugio de ellos.

2. A dar a Dios la gloria de su eternidad (v. 2): *«Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo* (comp. Pr. 8:26), como se da a luz a un niño (esto es lo que sugiere el original, comp. con Dt. 32:18), tú ya eras; *desde el siglo y hasta el siglo* (la forma más expresiva para designar en hebreo la eternidad), *tú eres Dios»*. Contra todas las penalidades que surgen de nuestra condición mortal, hemos de tomar ánimo y consuelo en la inmortalidad de Dios.

3. A reconocer el absoluto y soberano dominio de Dios sobre el hombre, y su poder para disponer de él como le plazca (v. 3): *«Reduces al hombre hasta convertirlo en polvo, y dices: Volved (a mí; o, más probable, al polvo;* comp. Gn. 3:19), *hijos de los hombres* (lit., *hijos de Adán).* El término hebreo para «hombre», al comienzo del versículo es *enosh*, que indica la fragilidad del ser humano. Los creyentes hemos de consolarnos con el pensamiento de que, aunque nuestros cuerpos hayan de volver al polvo, resucitarán después en gloria para nunca más morir.

4. A reconocer la infinita desproporción que hay entre Dios y el hombre (v. 4): *«Porque mil años delante de tus ojos,* una longevidad que jamás alcanzó ningún ser humano, *son como el día de ayer que pasó* (citado en 2 P. 3:8); menos aún: *como una de las vigilias*—una tercera parte—*de la noche,* es decir, tres horas». Entre un minuto y un millón de años hay alguna proporción, pero entre el tiempo y la eternidad no hay ninguna. Recuerden esto los que objetan sobre la tardanza del Señor en volver.

5. A ver la fragilidad del hombre y su vanidad aun en medio de su mejor estado (vv. 5, 6); consideremos bien la vida humana y veremos que es la vida de un moribundo: *«Los arrebatas como con torrente de aguas.* Tan pronto como nacen, comienzan a morir, y cada día nos va acercando a la muerte. Somos arrastrados como con un torrente y, no obstante, *somos como un sueño,* que es imagen de la muerte. En otro sentido, podemos decir que, como quienes sueñan, pensamos grandes cosas de nosotros mismos hasta que la muerte nos despierta, y el tiempo pasa sin que nos demos cuenta, como les pasa a los que sueñan; somos como la hierba o la flor de un día (vv. 5, 6, comp. con Job 14:2): lozanos en la mañana de la juventud, y marchitos en la tarde de la vejez; a veces, la guadaña de la muerte nos corta en plena juventud y aun en la infancia, pues la Parca no avisa cuando viene.

Versículos 7–11

En los versículos anteriores, Moisés se había quejado de la brevedad y fragilidad de la vida humana. Pero ahora enseña al pueblo de Israel a confesar delante de Dios que es justa la sentencia de muerte que por el pecado ha caído sobre ellos.

1. Les enseña a reconocer que la ira de Dios es la causa de todas sus miserias: *«Con tu furor somos consumidos, y con tu ira somos trastornados»* (v. 7). *«Todos nuestros días marchan a su ocaso a causa de tu ira»* (v. 9). Estamos acostumbrados a considerar la muerte como un efecto de la fragilidad de nuestra naturaleza, pero no es así; si el hombre hubiese continuado en su primitiva inocencia, no habría existido tal fragilidad. La muerte es efecto del pecado: *«El pecado entró en el mundo … y por med io del pecado la muerte»* (Ro. 5:12).

2. Les enseña a confesar sus pecados (v. 8): *«Pusiste nuestras culpas delante de ti; nuestras faltas ocultas, a la luz de tu rostro»* (lit.). Dios veía todo lo que hacían y todo lo que pensaban y lo tenía en cuenta. La mirada de Dios es una luz que lo descubre todo, por muy escondido que lo tengamos en el corazón.

3. Les enseña a que se consideren como quienes se acercan deprisa al sepulcro (v. 9); que no piensen en tener una vida larga y próspera, pues nuestros días se pasan *como un suspiro.* En efecto, ¿cuánto dura nuestra vida? Moisés mismo da testimonio (v. 10) de que, entonces como ahora, el término medio de longevidad, aun en países de los llamados «desarrollados», apenas pasa de *los* 70 *años; y, en los más robustos, hasta ochenta años;* y *su orgullo, molestias y vanidad* (lit.). A la objeción de que precisamente Moisés y Aarón llegaron a vivir 120 años, responde Maclaren: «La longevidad de ciertas personas conspicuas de aquel tiempo no garantiza la conclusión de una mayor media de longevidad, y la generación que cayó en el desierto no pudo obviamente haber vivido más del límite señalado por el salmista».

4. Les enseña, con todo esto, a tener un respeto pavoroso a la ira de Dios (v. 11): *«¿Quién conoce el poder de tu ira?»* El salmista habla aquí como quien tiene miedo a la ira de Dios y está atónito ante la grandeza del poder de ese enojo de Dios: *¿Quién conoce?* Como si dijera: ¡Cuán pocos se dan cuenta de la intensidad de la ira de Dios, suscitada por el pecado! Quienes tienen en poco el pecado, también tienen en poco la ira de Dios y la muerte en la cruz de nuestro Salvador.

Versículos 12–17

Ahora vienen las peticiones de esta oración de Moisés, fundadas en las anteriores consideraciones. Por cuatro cosas se les enseña aquí a orar:

1. Por un santo uso de los años que Dios nos concede (v. 12): *«Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que entre la sabiduría en nuestro corazón»*. Como si dijera: «Señor, enséñanos a darnos cuenta de la brevedad de la vida terrenal y poner así suma diligencia en emplear lo mejor posible los días que nos concedas». Cada día es de suma importancia. Quienes deseen aprender esta aritmética, deben orar para que Dios les imparta la necesaria instrucción.

2. Para que Dios retire de ellos su ira (v. 13): *«Vuélvete, oh Jehová,* reconcíliate con nosotros, y *arrepiéntete* (lit. comp. con Éx. 32:14) *con respecto a tus siervos;* envíanos de nuevo noticias de paz para consolarnos de esas otras tan malas noticias; *pueblo tuyo somos todos nosotros* (Is. 64:9); ¿cuándo cambiarás el modo de conducirte con nosotros?» En contestación a esta oración y tras la profesión que ellos hicieron de arrepentimiento, en Números 14:39, 40, Dios, en el capítulo siguiente (Nm. 15:1 y ss.), prosiguió con las leyes concernientes a los sacrificios, lo cual era señal de que se había arrepentido con respecto a sus siervos, pues si a Dios le hubiese placido matarles, no les habría mostrado tales cosas (comp. Jue. 13:23).

3. Por consuelo y gozo al devolverles Dios su favor (vv. 14, 15). Ruegan a Dios que tenga misericordia de ellos, pues no pueden presentar ningún mérito de su parte: «*De mañana,* cuando todavía florecemos (v. 6), *sácianos de tu misericordia,* no sólo para que podamos disfrutar de paz interior, sino para *cantar y alegrarnos,* con esas señales de tu favor, no solamente por algún tiempo, sino *todos nuestros días,* aunque hayamos de pasarlos en un desierto. *Alégranos a la medida de los días en que nos afligiste;* que los días de nuestro gozo en tu favor sean tantos como los de nuestra tristeza por tu desagrado.

4. Por el progreso de la obra de Dios entre ellos (vv. 16, 17): *«Manifiéstese a tus siervos tu obra,* que se vea que todo lo que tu providencia lleva a cabo es para bien de tu pueblo, y *tu gloria, a sus hijos;* que tengan ellos, como la tenemos nosotros, una evidencia de tu poder salvífico y benéfico a favor de tu pueblo, pues así es como mejor brilla el esplendor de tu gloriosa majestad». Quizás, en esta oración, distinguían entre ellos y sus hijos como había hecho Dios mismo en Números 14:31, 32: *«Pero a vuestros niños ... yo los introduciré* (en Canaán) … *En cuanto a vosotros, vuestros cuerpos caerán en este desierto».* Señor, vienen a decir, que se manifieste en nosotros tu obra, para llevarnos al arrepentimiento y a mejor humor y, luego, que *se manifieste tu gloria en nuestros hijos,* cumpliéndoles a ellos la promesa de la que nosotros nos hemos hecho indignos. *«Descienda el favor del Señor, nuestro Dios, sobre nosotros y afianza* (lit.) *en nosotros la obra de nuestras manos,* esto es, bendice nuestros quehaceres cotidianos; *afianza* (el mismo verbo de la frase anterior) *la obra de nuestras manos.»* La repetición de la frase muestra el gran interés que el autor del salmo-oración tiene en que Dios bendiga lo que ellos hagan. La obra de Dios por nosotros y en nosotros (v. 16), no nos descarga de la obligación de emplear bien nuestras fuerzas para servirle y honrarle, al tiempo que *afianzamos nuestra elección* (v. 2 P. 1:10).

SALMO 91

Este salmo no lleva título; no se conocen ni su autor ni la ocasión en que fue compuesto. Tampoco puede asegurarse si el salmista se dirige a un individuo o a la nación. Vemos: I. La exhortación del salmista a tomar a Dios por refugio y fortín (vv. 1, 2). II. Las promesas, en nombre de Dios, a los que a Él se adhieren sinceramente: 1. Serán guardados especialmente por el Cielo (vv. 1, 4). 2. Serán librados de la mala influencia de los poderes de las tinieblas (vv. 3, 5, 6) mediante una especial preservación (vv. 7, 8). 3. Estarán bajo el cuidado de los ángeles santos (vv. 10–12). 4. Triunfarán sobre sus enemigos (v. 13). 5. Serán los favoritos especiales de Dios (vv. 14–16).

Versículos 1–8

1. Una gran verdad de amplitud general: Todos los que viven una vida de comunión con Dios, están continuamente a salvo bajo su protección y, por tanto, pueden gozar siempre de una gran serenidad mental (v. 1). El verdadero creyente *habita al abrigo del Altísimo,* está en la morada de Dios, vuelve a Dios y en Él descansa como en el lugar de su reposo permanente; sirve de corazón a Dios y le adora dentro del velo. Tales privilegiados *moran bajo la sombra del Omnipotente;* Él les sirve de refugio y cobertura.

2. La aplicación que de esto hace el salmista para sí mismo (v. 2): *«Diré de Jehová,* digan otros lo que digan, *Él es mi refugio y mi fortín».* Los idólatras llamaban a sus ídolos *mauzzim,* fortines inexpugnables (Dn. 11:39), pero en eso se engañaban a sí mismos, pues sólo los que hacen de Jehová su fortín están a salvo de todo ataque. Por eso, puede el salmista decir con toda seguridad: *Mi Dios, en quien confío.*

3. El gran ánimo que da a otros para que hagan lo mismo, no sólo por la experiencia que él tiene, sino también por la firmeza de la promesa de Dios (vv. 3 y ss.): *«Él te librará, etc.».* Se promete aquí:

(A) Que los verdaderos creyentes serán preservados de peligros inminentes que podrían serles fatales (v. 3). Esta promesa se extiende: (a) A la vida natural y se cumple con frecuencia cuando somos preservados de muchos peligros que nos amenazan muy de cerca. (b) A la vida espiritual, que, por la gracia de Dios, está protegida de las tentaciones de Satanás.

(B) Que Dios mismo será su protector (v. 4): *«Con sus plumas te cubrirá, y debajo de sus alas estarás seguro»,* lo que alude a Deuteronomio 32:11 (comp. Mt. 23:37). Con su instinto maternal, la gallina no sólo protege a sus polluelos, sino que los llama cuando los ve en peligro para que vengan a protegerse bajo sus alas; no sólo los pone a seguro, sino que les conserva el calor. Dios se complace en compararse a un ave por el sumo cuidado con que protege a los suyos. Plumas y alas, aun extendidas con toda ternura, son débiles y frágiles; por eso se añade: *«Escudo y adarga es su verdad»:* la fidelidad a su promesa es una fuerte defensa. Dios está dispuesto a proteger a su pueblo como una gallina a sus polluelos, pero tiene poder para ello como un guerrero bien armado.

(C) Que no sólo los guardará del mal, sino también del temor del mal (vv. 5, 6). Con su gracia, Dios nos guarda del temor desconfiado (de ese temor que comporta castigo; 1 Jn. 4:18) en medio de los mayores peligros. La sabiduría te preservará de tener miedo sin motivo, y la fe te preservará de tener un temor desordenado. No temerás ni aun a las saetas, y sabrás que, aun en el caso de que te alcancen, no te pueden hacer daño; si alguna vez llegan a quitarte la vida natural, lejos de perjudicar a tu vida espiritual, le servirán de perfección y corona.

(D) Que serán preservados, en las calamidades comunes, del daño que a otros puedan ocasionar (v. 7): *«Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra,* ya sea de peste o a espada (comp. Éx. 12:23), *mas a ti no llegará».* Cuando vemos morir a muchos en torno nuestro, aun cuando ello pueda servirnos de aviso para estar preparados a morir, no tenemos por qué estar atemorizados, pues no estamos ya sujetos a esclavitud, como muchos, por temor a la muerte (He. 2:15). *«Sólo* (lit.) *con tus ojos mirarás, etc.»* (v. 8). Quizás aluda a Éxodo 14:31.

Versículos 9–16

Más promesas con el mismo objetivo que las anteriores.

1. El salmista asegura a los creyentes que están bajo la protección de Dios, y habla por su propia experiencia.

(A) Describe el carácter de quienes tendrán el beneficio y el consuelo de tales promesas: Son *los que han puesto a Jehová por refugio; al Altísimo, por morada* (v. 9), pues al permanecer en el amor, permanecen en Dios (1 Jn. 4:16). Es nuestro deber tener a Dios por morada, para vivir así en Él como en nuestra mansión; eso es lo que Él desea y a eso nos invita, como a quien le entregan la llave del piso o de la casa.

(B) Para animarnos a hacer de Dios nuestra habitación y esperar hallar en Él refugio y satisfacción, el salmista da a entender, en un inciso *(«que es mi refugio»;* lit.), el consuelo y beneficio que él había hallado allí. Como si dijese: «Allí hay sitio para ti, como lo hay para mí».

(C) Las promesas son seguras para cuantos han hecho del *Altísimo su habitación* (v. 9b). Les pase lo que les pase, nada puede dañarles (v. 10): «Aunque te sobrevengan angustias o aflicciones, no habrá en ellas verdadero mal, pues procederán del amor de Dios y, así, estarán santificadas; vendrán, no para tu daño, sino para tu bien; y, aunque *ninguna disciplina parece al presente ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después, etc.»* (He. 12:11).

(D) El Señor de los ángeles, el que les dio el ser y les ordena lo que han de hacer, *les dará orden acerca de ti* (vv. 11–13), *de que te guarden en todos tus caminos,* es decir, en las diversas actividades de la vida cotidiana. El tentador (Mt. 4:6, Lc. 4:10, 11) citó dichos versículos del salmo, para incitar al Señor Jesús a que se echara desde el pináculo del templo, pero el salmo ciertamente no da esas seguridades a quien se expone a un peligro temerariamente y sin necesidad, ya que eso no es confiar en Dios, sino tentar a Dios. El salmista cita los animales que simbolizaban los mayores peligros *(«el león ... el áspid ... el dragón»)* para incluir en ellos todo peligro posible. Cristo ha quebrantado la cabeza de la serpiente infernal (Gn. 3:15) y ha despojado a nuestros enemigos espirituales (Col. 2:15). Puede aplicarse al cuidado especial de la Providencia para que no nos dañen las fieras (comp. Job 5:23) y aun para que hallemos los medios de domesticarlas (Stg. 3:7).

2. El salmista introduce después a Dios mismo, habla a los santos palabras de consuelo, y declara la misericordia que les tiene reservada (vv. 14–16). Obsérvese:

(A) A quiénes pertenecen dichas promesas; se describen mediante tres señales: (a) *Los que han puesto en Dios su amor* (v. 14); le aman quienes le conocen bien. (b) *Los que conocen su nombre* (v. 14b). No podemos conocer perfectamente su naturaleza, pero se nos ha dado a conocer por su nombre y por sus obras. (c) *Los que le invocan* en oración (v. 15), y guardan con Él una correspondencia constante.

(B) Cuáles son las promesas que Dios hace a los santos: (a) Que, a su debido tiempo, los librará de su angustia (v. 14); *«lo libraré»,* y, de nuevo (v. 15), con lo que denota una doble liberación: de la angustia y en la angustia. (b) Por tanto, que si no pone fin de inmediato a sus aflicciones, estará presente y muy cerca de ellos mientras pasan por las dificultades. (c) Que responderá a sus oraciones: *«Me invocará y yo le responderé* mediante los actos de mi providencia y los auxilios de mi gracia, *fortaleciendo el vigor de su alma»* (138:3), como le respondió a Pablo con *gracia suficiente* (2 Co. 12:9). (d) Que los enaltecerá y dignificará: *«Le pondré en alto,* a salvo de todo peligro y por encima de la zona tempestuosa, en una roca

sobre las olas» (Is. 33:16). Mediante la gracia de Dios, podrán contemplar desde allí, con santo menosprecio y activa indiferencia, las cosas de este mundo, mientras contemplan con santa ambición y concentrado interés las cosas del mundo de arriba. (e) Que tendrán lo suficiente para vivir en este mundo (v. 16): *«Lo saciaré de vida larga;* continuará en este mundo hasta que haya llevado a cabo la obra para la que vino al mundo y esté completamente maduro para el Cielo. Una persona puede morir joven y, sin embargo, morir llena de días. (f) Que tendrán vida eterna en el otro mundo, con lo que se coronan las demás bendiciones: *«Le mostraré mi salvación»* (v. 16b). No es probable, sin embargo, que se refiera al otro mundo—nota del traductor—, sino al especial cuidado de la Providencia en los asuntos y peligros de este mundo, pues la vida de ultratumba estaba fuera del objetivo del autor del salmo.

SALMO 92

Éste es un salmo cultual. Según Arconada, «lo cantaban los levitas durante la libación del vino que acompañaba a la inmolación del cordero el sábado por la mañana». Por eso: I. Se recomienda aquí la acción de gracias y la alabanza, que son quehaceres del día de reposo (vv. 1–3). II. Las obras de Dios, que dieron ocasión al sábado, se proclaman aquí como grandes e inescrutables en general (vv. 4–6). En particular, con referencia tanto a las obras de la providencia como de la redención, el salmista canta a Dios sobre su misericordia y su juicio, con una triple contraposición: 1. Los impíos perecerán (v. 7), pero Dios es eterno (v. 8). 2. Los enemigos de Dios serán cortados, pero el salmista será enaltecido (vv. 9, 10). 3. Los enemigos del salmista serán confundidos (v. 11), pero todos los rectos de corazón serán fructíferos y florecientes (vv. 12–15).

Versículos 1–6

El día de reposo debe ser un día, no sólo de santo descanso, sino también de santo quehacer. El quehacer propio del sábado es alabar a Dios y darle gracias; cada día de reposo debe ser un día de acción de gracias. Un escritor judío lo refiere al reino mesiánico y titula este salmo: *Salmo o cántico para la era venidera,* la cual será día de reposo toda entera.

1. Se nos convoca y exhorta aquí a alabar a Dios (vv. 1–3): *«Bueno es dar gracias* (lit.) *a Jehová»*. Cosa buena es alabar a Dios; buena en sí, y buena para nosotros. (A) Cómo hemos de alabar a Dios (v. 2): *Anunciando su misericordia y su fidelidad.* No sólo hemos de proclamar la grandeza, la majestad, justicia y santidad de Dios, que enaltecen a Dios, pero nos infunden pavor, sino también su misericordia y fidelidad, ya que su bondad es su gloria (Éx. 33:18, 19; 34:6, 7), y con eso proclama Él su nombre. Su misericordia y su verdad son los grandes soportes de nuestra fe y de nuestra esperanza, y los grandes estímulos de nuestro amor y de nuestra obediencia. Esto se hacía entonces, no sólo con cantos, sino también con acompañamiento de instrumentos de música (v. 3). (B) Cuándo hemos de alabar a Dios: *«Por la mañana ... y cada noche»* (v. 2), no sólo en día de sábado, sino todos los días; y no sólo en pública asamblea, sino también en secreto y en familia. Hemos de comenzar y terminar cada día con alabanzas a Dios.

2. El salmista mismo nos sirve aquí de ejemplo (v. 4): *«Por cuanto me has alegrado, Jehová,* con tus obras. *En las obras de tus manos me gozo»*. Por el recuerdo gozoso de lo que Dios ha hecho por nosotros, podemos contemplar una gozosa perspectiva de lo que ha de hacer en el futuro. No podemos comprender la grandeza de las obras de Dios y, por tanto, debemos admirarlas con reverente adoración. «Las obras de los hombres son pequeñas y triviales, pero *tus obras, Señor, son grandes* e inconmensurables, ya que *tus designios son muy profundos* y, por ello, inescrutables» (v. 5). La grandeza de las obras de Dios nos debe llevar a la consideración de la profundidad de sus designios.

3. Se nos amonesta a no menospreciar las obras de Dios, mediante la descripción de los que no les prestan atención (v. 6): «*El hombre bruto,* al que dominan sus instintos animales (comp. 73:22) *no conoce,* no comprende, y *el necio* (hebreo, *khesil) no entiende esto»* (lit.). Quienes no perciben las obras de Dios ni le dan, por ellas, la gloria que les corresponde, son necios y brutos de verdad.

Versículos 7–15

El salmista había dicho (v. 4) que de las obras de Dios obtenía gozo, y aquí lo muestra.

1. Canta victoria sobre los enemigos de Dios (vv. 7, 9, 11). Cuando *florecen, como la hierba* (tan densa, tan verde, tan crecida), *los obradores de iniquidad* (con pompa, poder y prosperidad), podría pensarse que era una señal manifiesta del favor de Dios; pero es precisamente todo lo contrario: *«La cómoda indolencia de los necios los echará a perder»* (Pr. 1:32b). Su prosperidad *es para ser destruidos eternamente* (v. 7b). Al ser enemigos de Dios, han de perecer sin remedio (v. 9), pues *nadie puede endurecer su corazón contra Dios y prosperar.* El salmista podrá contemplar con satisfacción la derrota de sus enemigos (v. 11); si no hallan en ella ocasión para arrepentirse, a nadie deben culpar de su propia ruina.

2. Canta victoria en Dios, en su gloria y en su gracia.

(A) En su gloria (v. 8): *«Mas tú, Jehová, para siempre eres Altísimo»* (lit. *excelso, puesto en alto),* para pronunciar juicio: castigo para los malvados, vindicación de los justos.

(B) En su gracia: en su favor y los frutos de éste (v. 10): *«Pero tú has levantado mi cuerno como el cuerno del búfalo».* Dios le ha dado tremendas fuerzas, poder humanamente invencible. Luego enumera los distintos favores que Dios le ha dispensado:

(a) *«Soy ungido con aceite fresco* (esto es, *nuevo*)». El aceite se usaba en ocasiones de júbilo como símbolo de alegría (23:5; 45:7). Dios le da al salmista continuos motivos para estar contento. Todo creyente tiene motivos fundados para estar alegre (Ro. 15:13); el *gozo* es el segundo efecto del fruto del Espíritu Santo (Gá. 5:22).

(b) *«El justo Florecerá como la palmera»* (v. 12), la cual tiene cuerpo esbelto y bellas ramas («palmera» es, en hebreo, *tamar,* lo que explica que sea un nombre bello para una bella mujer); siempre está verde, y su fruto, los dátiles, es muy agradable. En cambio, los impíos florecen como la hierba (v. 7), pero para perecer. Se ha dicho que la palmera *«sub póndere crescit»* = crece bajo el peso; es decir, cuanto más la aprietan, mejor crece; así crece y prospera el justo bajo sus cargas y tribulaciones, y da frutos de santificación. Está prometido que darán fruto incluso en la vejez (v. 14). Otros árboles, cuando se hacen demasiado viejos, cesan de dar fruto, pero en los árboles de Dios la fuerza de la gracia no decae con la falta de las fuerzas naturales. Muchas veces, los últimos días de los santos son los mejores días, y su obra la mejor que han hecho en su vida.

(c) *«Crecerá como el cedro en el Líbano»* (v. 12b). Cuando Dios da verdadera gracia, también da creciente gracia. Los árboles de Dios crecen más y más, como los cedros del Líbano, famosos por su altura y esbeltez; siempre hacia el Cielo y prestos para buenos usos. Los santos son presentados como *«árboles de justicia»* (Is. 61:3, comp. Sal. 1:3).

(d) Son *«plantados en la casa de Jehová»* (v. 13). Los árboles de justicia no crecen por sí mismos; *son plantados; y* no en suelo común, sino *en la casa de Jehová.* No es corriente que los árboles sean plantados en una casa pero de los árboles de Dios se dice que son plantados en su casa, porque de su gracia, de su Palabra y de su Espíritu es de donde ellos reciben la savia y la virtud que los conserva vivos y los hace fructíferos.

SALMO 93

Este breve salmo presenta el honor del reino de Dios entre los hombres. Alude al reino de la Providencia, por el que Dios gobierna el mundo, y al reino de la gracia, por el que asegura la salvación de su pueblo. No lleva título. Se desconoce su autor y la ocasión en que fue compuesto: I. Jehová es rey majestuoso (vv. 1, 2). II. Tiene mayor poder que ninguna fuerza creada (vv. 3, 4). III. Tanto su Palabra como su casa son santas y dignas de adoración (v. 5).

Versículos 1–5

«Jehová reina» (v. 1). Éste es el cántico de la Iglesia glorificada (Ap. 19:6). Como hace notar Bullinger—nota del traductor—todos los salmos que comienzan así, terminan con la nota de santidad y

son, sin duda alguna, escatológicos. Es, por tanto, incorrecto, aplicarlos a la era presente. Dice Cohen: «Los antiguos comentaristas daban a estos salmos una interpretación mesiánica, relativa a un mundo reformado en el futuro». Y tenían razón. Este es, pues, el sentido que daremos al comentario siguiente.

1. Dios reina gloriosamente: *«se viste de majestad»*.

2. Dios reina poderosamente: No sólo se viste *de majestad,* como un príncipe en su corte, sino también *de poder,* como un general en el campo de batalla. Tiene, pues, con qué sostener su majestad y hacerse de temer. *«Se ciñó* a sí mismo», no lo ciñó otra persona, ya que ni su fuerza ni su poder para administrarla se derivan de otro. Y aunque Dios se ciñe de majestad y poder, condesciende a cuidar de este mundo y de sus asuntos.

3. Dios reina eternamente (v. 2): *«Firme está tu trono desde siempre* (lit.); *desde la eternidad eres tú* (enfático en el hebreo)». La administración entera de su gobierno está fundada en los designios eternos de Dios. Al ser Dios eterno, también lo son su trono y todas las disposiciones que emanan de Él, ya que en la mente eterna sólo puede haber pensamientos eternos.

4. Dios reina triunfalmente (vv. 3–4): *«Alzaron los ríos su fragor,* que es su voz». Con lo que alude a las *«recias olas del mar»* (v. 4), dice el Midrás: «Las olas son las naciones» (comp. con 2:1, 2). Comenta Arconada: «El sentido escatológico del salmo favorece esta interpretación: en las ultimidades de la historia, las naciones se opondrán a Jehová y a su Mesías. Esos pueblos enemigos suelen representarse por ríos desbordados (Jer. 47:1), por torrentes impetuosos (Jer. 46:7) o por el estruendo de muchas aguas (Is. 17:12)». En acomodación devocional, podemos aplicarlo a las tentaciones del exterior y a los tumultos que sentimos en nuestro interior, pero si el Señor reina en nuestro corazón, aun los vientos y el mar le obedecerán. En medio de toda esta tormenta, viene de arriba un ancla inamovible (v. 4): *«Jehová en las alturas es más poderoso»*. El poder de los enemigos de la Iglesia es como *el estruendo de las muchas aguas* (v. 4b). Es mayor el ruido que la sustancia: *«Faraón rey de Egipto no es más que ruido»* (Jer. 46:17). La soberanía ilimitada y el poder irresistible del gran Jehová animan muchísimo al pueblo de Dios, con respecto a todos los ruidos y dificultades que les salen al paso en este mundo (46:1, 2).

5. Dios reina con justicia y santidad (v. 5). Todas sus promesas son inviolablemente fieles: *«Tus testimonios son muy fidedignos»*. Tan grande como el poder para proteger a los suyos es su fidelidad a las promesas que ha hecho con respecto a la seguridad y al triunfo de ellos. la Iglesia de Dios está en la casa de Dios. La santidad de esa casa es su hermosura, su fuerza y seguridad. Es precisamente la santidad de la casa de Dios la que la asegura contra las muchas aguas y el estruendo de dichas aguas. Donde hay pureza, habrá también paz.

SALMO 94

Este salmo contrasta con el anterior y con los que le siguen, pues trata de la triste realidad que nos presenta el mundo de hoy, lejos de la victoria total del bien en la era escatológica. No se conoce el autor ni la ocasión en que fue compuesto. Dos cosas presenta aquí el salmista: I. Convicción y terror para los perseguidores del pueblo de Dios (vv. 1–11), les muestra el peligro al que se exponen y la insensatez que muestran. II. Consuelo y paz para los perseguidos (vv. 12–23), les asegura, con base en la promesa de Dios y en la propia experiencia del salmista, que sus aflicciones tendrán un final feliz.

Versículos 1–11

1. Solemne apelación a Dios contra los crueles perseguidores de su pueblo (vv. 1, 2).

(A) Los títulos que le dan a Dios para estimular su fe en la apelación que le hacen: *«Jehová, Dios de las venganzas»* (v. 1); *«Juez de la tierra»* (v. 2). Él es el Juez, el Supremo y único verdadero Juez del Universo, del cual proceden todos los juicios de los hombres. El Dador de la ley pronuncia sentencia sobre cada persona, conforme a sus obras, según las normas de dicha ley. Sus decisiones no admiten apelación a otro tribunal superior, porque no lo hay. No sólo tiene poder para hacer justicia, sino que a su misma naturaleza pertenece el hacerla, pues es el *Dios de las venganzas,* que no permitirá que la fuerza prevalezca contra la verdad y el bien. Esta es una buena razón para que no debamos vengarnos nosotros

mismos, pues Dios ha dicho: *«Mía es la venganza»* (Ro. 12:19). Así que el que se venga usurpa una prerrogativa que es exclusiva de Dios.

(B) Qué es lo que le piden a Dios. Le dicen: «Señor, *muéstrate;* hazles saber que eres Jehová y que estás dispuesto a mostrarte fuerte a favor de aquellos cuyo corazón es recto contigo». Los enemigos pensaban que Dios estaba vencido porque lo estaba su pueblo. *«Da a los soberbios su merecido* por la insolencia con que te insultan a ti, más aún que por las injurias que le han hecho a tu pueblo».

2. Se quejan humildemente a Dios de la soberbia y la crueldad de los opresores (v. 3): Son *impíos;* son (v. 4) *hacedores de iniquidad;* por eso aborrecen y persiguen a los que hacen el bien, pues eso les avergüenza y les condena. Son arrogantes y se jactan de sí mismos y del mal que hacen (v. 5): *A tu pueblo, Jehová, quebrantan, etc.* Son también inhumanos, pues hacen sufrir a los que no pueden valerse por sí mismos: *a la viuda, al extranjero, a los huérfanos* (v. 6); *«¿Hasta cuándo* seguirán obrando así?» (vv. 3, 4).

3. El cargo de ateísmo práctico que se les hace (v. 7): *«Y dicen: No lo ve Yah* (abreviatura de *Jehová), no se entera el Dios de Jacob».* Pero el que piense que Jehová, el Dios viviente, no ve, o que el Dios de Jacob no se entera de las injurias hechas a su pueblo, sólo merece los nombres de *bruto y necio* (v. 8. Lit. Los mismos términos hebreos de 92:6). Dios ve y se entera de todo lo que hacemos. *«Comprended* a tiempo, pues mientras hay vida, hay esperanza. Las obras de la creación (v. 9), la formación del cuerpo humano, prueban que hay Dios y que posee de manera infinita y trascendente todas las perfecciones que puedan hallarse en las criaturas: *El que plantó la oreja, ¿no oirá? El que formó el ojo, ¿no verá?»* Los dioses de los paganos tenían ojos y no veían, orejas y no oían; nuestro Dios no tiene ni ojos ni orejas y, sin embargo, ve y oye, pues de Él nos vienen esas facultades. *«El que amonesta a las naciones* (v. 10), *¿no castigará a su propio pueblo* que conoce la ley revelada por Dios?» El mismo verbo hebreo se emplea para *amonestar, corregir e instruir,* porque la corrección tiene por objeto instruir, y no es efectiva la instrucción que no va acompañada de corrección. *«Él, que enseña al hombre el conocimiento* (lit.), ¿carecerá de conocimiento?» Esta última frase no está en el texto, pero se sobrentiende. ¿Cómo va a carecer de sabiduría el que ha dado al hombre la luz de la razón y de la revelación, y le ha mostrado en qué consiste la verdadera sabiduría y el entendimiento? (v. Job 28:23, 28). Dios se entera incluso de lo que pensamos (v. 11): *«Jehová conoce los pensamientos de los hombres, que ellos (los* hombres, ya que "ellos" es masculino, mientras que *majsheboth* = pensamientos, es femenino) *son insustanciales* (lit. *vanidad, soplo o vapor)».* Los buenos pensamientos son palabras secretas para ser conocidas de Dios, pero los malos son vanidades insustanciales que provocan a Dios.

Versículos 12–23

El salmista profiere ahora palabras de consuelo a los santos que sufren. Lo hace basado en las promesas de Dios y en su propia experiencia.

1. Basado en las promesas de Dios, las cuales no sólo les preservan de la calamidad, sino que les aseguran la verdadera dicha (v. 12): *«Dichoso el hombre a quien tú, Yah, corriges».* Aquí el salmista eleva la mirada por encima de los instrumentos de aflicción, y se fija en las manos de Dios, con lo que el castigo cambia de color. Los enemigos *quebrantan al pueblo de Dios* (v. 5); pero Dios, mediante ese quebranto, corrige a su pueblo, como un padre al hijo en quien tiene su deleite; los perseguidores son sólo la vara con que los corrige. Aquí se promete:

(A) Que el pueblo de Dios obtendrá bienes de sus sufrimientos. Cuando Dios les castiga, les enseña (v. 12b), y dichoso es el hombre que recibe esta disciplina divina, pues nadie enseña como Dios. Cuando somos castigados, hemos de orar ser instruidos, y ver en la ley de Dios el mejor expositor de su Providencia. No es el castigo mismo el que hace bien, sino la enseñanza que le acompaña y explica.

(B) Que el pueblo de Dios obtendrá paz de sus sufrimientos (v. 13): *«Para hacerle descansar* (no física, sino mentalmente, comp. Is. 7:4) *en los días de aflicción».* Dice Cohen: «El hombre que ha aceptado la instrucción de Dios no perderá ánimos ni fe en los días de prueba, porque está convencido de que llegará el día de dar cuentas».

(C) Que verán la ruina de los que eran instrumentos de sus padecimientos (v. 13b).

(D) Que, aunque se hallen abatidos, no quedarán abandonados (v. 14). Les pase lo que les pase, Dios no los desechará, no los borrará de su pacto ni les retirará su protección. El Apóstol Pablo se consolaba grandemente con esto (Ro. 11:1).

(E) Que, por mal que marchen ahora las cosas, se han de arreglar un día (v. 15): *«El juicio será vuelto a la justicia»,* es decir, los tribunales de justicia volverán a dictar sentencia de forma justa y equitativa, y abundarán *los rectos de corazón que busquen la justicia.* Todo esto será obra de Dios a favor del pueblo, para que Israel recobre su prosperidad. Esta misma esperanza nos ha de consolar cuando parezca que las cosas marchan mal en contra nuestra.

2. Basado en sus experiencias y observaciones personales.

(A) Él y sus amigos habían estado oprimidos por crueles tiranos que disponían del poder necesario para abusar de los buenos ciudadanos. Eran *malignos y hacedores de iniquidad* (v. 16). Se entregaban a toda clase de impiedad e inmoralidad, de forma que su *tribunal* era *inicuo* (v. 20). La iniquidad es suficientemente atrevida aun en el caso de que las leyes humanas la persigan, pues raras veces resultan efectivas, pero ¡cuánto más insolente y dañina es cuando está respaldada por la ley! Estos obradores de iniquidad *condenaban la sangre inocente* (v. 21b) *haciendo agravio bajo forma de ley* (v. 20b), lo mismo que hicieron contra Daniel (Dn. 6:7) para echarle al foso de los leones. Así han sido tratados con frecuencia los mayores bienhechores de la humanidad, bajo capa de ley y justicia, como si fueran los peores malhechores.

(B) La opresión que sufría pesaba gravemente sobre ellos. El salmista se veía a sí mismo, si no fuese por la ayuda de Dios, *morando en el silencio* de la tumba (v. 17, comp. con 115:17), estaba «en las últimas» sin saber qué decir ni hacer. El Apóstol había recibido, en un caso similar, dentro de sí *respuesta* (lit.) *de muerte* (2 Co. 1:8, 9). El salmista decía: *«Mi pie resbala»* (v. 18, comp. con 38:16; 73:2). Una multitud de pensamientos contradictorios le dejaban perplejo, sin saber en qué iba a parar aquello ni qué medidas tomar.

(C) En su apuro, buscó ayuda, socorro y alivio (v. 16): *«¿Quién se levantará por mí contra los malignos?* ¿Tengo algún amigo que se preste, por amor, a socorrerme?» Miraba en derredor y no veía a ninguno. Cuando Pablo fue llevado ante el tribunal de Nerón, *ninguno estuvo a su lado* (2 Ti. 4:16). Le gritaban al Señor (v. 20): *«¿Se aliará contigo el tribunal inicuo?»* Como si dijese: «¿Es posible que estos inicuos puedan resguardarse bajo el pretexto de que administran la justicia en nombre de Jehová?» Sólo cuando está a favor de la equidad y de la justicia puede decirse que un tribunal es aliado de Dios. El tribunal inicuo no puede en modo alguno tener comunión con Dios.

(D) Hallaron socorro y alivio en Dios, y sólo en Él. Por eso, habla el salmista de la *ayuda de Jehová* (v. 17), cuando se pone en Él la confianza y se espera de Él el alivio. «Si no fuera por eso, dice, nunca habría podido conservar el dominio de mí mismo; pero al vivir por fe en Él, he podido conservar la cabeza por encima del agua.» El socorro que recibimos se lo debemos no sólo al poder de Dios, sino a su misericordia (vv. 18, 19): «Tu *misericordia, Jehová, me sustenta. Tus consolaciones alegran mi alma cuando son muchas las preocupaciones dentro de mí.* Cuando se agolpan en mi mente los pensamientos inquietantes, sólo el consuelo que tú me ofreces sirve para aquietar mi mente y dar paz a mi alma». Las consolaciones de Dios llegan hasta el alma, no sólo hasta la imaginación y le dan la paz y el gozo que no pueden darle las sonrisas del mundo, ni pueden quitarle los enfados del mundo.

(E) Dios es, y siempre será, Justo Juez, protector del derecho y castigador del mal; de esto tenía el salmista la seguridad y la experiencia (v. 22): «Cuando nadie quiera, o no pueda, o no se atreva a defenderme, *Jehová es mi baluarte,* para preservarme de la maldad de mis apuros, para no hundirme bajo su peso ni ser arruinado por ellos; y es *la roca de mi refugio,* en cuyas hendiduras puedo cobijarme y encima de la cual puedo asentar mis pies para estar fuera del alcance de todo peligro».

SALMO 95

Para la exposición de este salmo, podemos tomar prestado mucho material a Hebreos 3 y 4, pues allí se dice expresamente (He. 4:7) que la exhortación de los versículos 7 y 8 tiene vigor en el presente. El autor y la ocasión se desconocen. Lo de Hebreos 7 (*«por medio de David»*) no significa otra cosa, sino que la cita se halla en el Salterio de David, no precisamente que David compusiera este salmo. Al cantar un salmo como este («hímnico, litúrgico y procesional»—como dice Arconada—), hemos de procurar: I. Hacer melodía a Jehová (vv. 1, 2) como a nuestro gran Dios (vv. 3–5) y nuestro gran bienhechor (vv. 6, 7). II. Tomar aviso y enseñanza para nosotros mismos y para otros; aquí, en concreto, a escuchar la voz de

Dios (v. 7) y no endurecer nuestro corazón como lo hicieron los israelitas en el desierto (vv. 8, 9), para no caer bajo la ira de Dios ni perder el reposo prometido, como les pasó a ellos (vv. 10, 11).

Versículos 1–7

Aquí el salmista, como en otros lugares, se estimula a sí mismo y estimula a otros a alabar a Dios.

1. Cómo ha de ser alabado Dios. El cántico de alabanza ha de ser ruidoso, de aclamación (vv. 1, 2). El gozo espiritual es el corazón y el alma de la alabanza agradecida. Al mismo tiempo que *cantamos con júbilo a la roca de nuestra salvación* (v. 1b), hemos de decir con humilde reverencia y santo pavor (v. 6): *«Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor»* como es propio de quienes se percatan de la infinita distancia que media entre nosotros y Dios. *Con júbilo y alegremente hemos de aclamarle con cánticos* (vv. 1, 2). Hemos de alabar a Dios conjuntamente, unánime y concertadamente, en las asambleas de la congregación; *«ante su presencia»* (v. 2), es decir, en su santuario.

2. Por qué ha de ser alabado.

(A) Porque es un *gran Dios* (v. 3), Soberano del Universo. (a) Tiene gran poder: «Es *Rey grande sobre todos los dioses», los* cuales no tienen realidad ninguna (comp. 96:4, 5). No hay motivo alguno para tomar aquí «dioses» en el sentido de ángeles o jueces. (b) Tiene grandes posesiones; suyo es todo, porque Él lo hizo todo (vv. 4, 5). ¡Cuán grande es el Dios que creó el Universo y lo gobierna! También puede aplicarse al Señor Jesucristo, por quien todas las cosas fueron hechas (Jn. 1:3) y por medio del cual habían de ser reconciliadas (Col. 1:20).

(B) Porque es nuestro Dios. No sólo tiene dominio sobre nosotros como lo tiene sobre el resto de la creación, sino que tiene relación especial con nosotros (v. 7): *«Él es nuestro Dios; nosotros somos el pueblo de sus pastos* (comp. 74:1; 79:13) y *el rebaño de su mano,* que se halla bajo su cuidado y conducción». Los creyentes somos *sus ovejas,* y Él es nuestro *Buen Pastor* (Jn. 10). Ante Dios, como ante nuestro Hacedor y Señor *hemos de arrodillarnos* (v. 6). Los idólatras se arrodillan ante dioses que ellos mismos han hecho, nosotros nos arrodillamos ante un Dios que nos ha hecho a nosotros. Por eso, puede ser *la roca de nuestra salvación* (v. 1b).

Versículos 7–11

La última parte del salmo es una exhortación a los que cantan salmos evangélicos, para que vivan vidas evangélicas.

1. La obligación de todos los que son *pueblo de los pastos y ovejas de la mano de Dios* es que *oigan su voz* (v. 7c), pues dice Jesús (Jn. 10:27): *«Mis ovejas oyen mi voz».* Si le llamamos *Señor y Maestro,* hemos de hacer lo que Él nos diga, pues creer equivale a obedecer (v. Jn. 3:36).

2. El pecado contra el que se les amonesta es el endurecimiento del corazón (v. 8): «Si oís mi voz, *no endurezcáis vuestro corazón,* porque la semilla que se siembra en roca, nunca puede producir fruto perfecto.

3. El ejemplo de los israelitas en el desierto.

(A) «*No endurezcáis vuestro corazón, como en Meribá, etc.* Tened cuidado, no pequéis como ellos hicieron, para que no seáis excluidos del descanso eterno, así como ellos lo fueron del reposo en Canaán.» Con tanta frecuencia provocaron a Dios con su desconfianza y sus murmuraciones, que todo el tiempo de su peregrinación por el desierto puede llamarse *día de tentación o Masá,* nombre que se le dio a aquel lugar (Éx. 17:7), pues tentaron a Dios al decir: *¿Está Jehová con nosotros o no?* Cuanto mayores y más numerosas son las experiencias que tenemos del poder y de la bondad de Dios, tanto más grave es nuestro pecado si desconfiamos de Él.

(B) El cargo que, en nombre de Dios, se hace a los incrédulos israelitas (vv. 9, 10). Su pecado era la incredulidad; tentaron a Dios y lo pusieron a prueba (Nm. 14:3, 4). Este pecado es llamado *rebeldía* (Dt. 1:26, 32). Una agravante de este pecado es que *habían visto las obras de Dios* (v. 9b): los milagros para sacarles de Egipto, el maná, las codornices, el agua de la roca, ya en el desierto, eran evidencias plenas de la presencia de Dios entre ellos. Pero ellos eran *«un pueblo de corazón extraviado, que no conocía los caminos de Dios»* (v. 10), es decir, no aprendían por qué actuaba Dios con ellos de aquel modo. La incredulidad y la dureza de corazón de los hombres son efecto de su ignorancia del carácter y de las obras

de Dios. *Veían las obras de Dios* (v. 9, comp. 103:7) y, sin embargo, *no conocían los caminos de Dios.* La causa de esta ignorancia era *el extravío de su corazón.* Cuando se oscurece el corazón se hacen vanos los pensamientos (v. Ro. 1:21). Un corazón errante saca fuera de sí al hombre (comp. Lc. 15:17). Los pecados del pueblo de Dios, especialmente la desconfianza, no sólo le enojan, sino que le apesadumbran; pero véase la paciencia y la bondad de Dios: *Está disgustado con la nación durante cuarenta años* (v. 10) y, sin embargo, la siguiente generación entró triunfante en Canaán.

(C) La sentencia que pronuncia contra ellos por su pecado (v. 11): *«Por tanto juré en mi furor que no entrarían en mi reposo»,* es decir, en la Tierra Prometida, tierra de reposo después de su larga peregrinación por el desierto (v. Dt. 12:9). No es que Dios esté sujeto a las mismas pasiones que tenemos nosotros, pero su justo enojo contra el pecado es una prueba inequívoca de la malignidad del pecado y de la santidad de Dios y de la ley divina. Si tuviésemos ideas claras sobre el pecado y la santidad de Dios, justamente nos enojaríamos contra nosotros mismos. Con razón aplica Hebreos 4:1 la seria advertencia de estos versículos a los creyentes del Nuevo Testamento, pues nosotros tenemos mayor responsabilidad al haber obtenido mejor revelación por medio del Hijo (He. 1:1 y ss.).

SALMO 96

Este salmo se compuso para ser cantado en la traslación del Arca. Se desconoce el autor. Tenemos aquí, I. Una invitación a todos a que alaben a Dios y le adoren como al Dios grande y glorioso (vv. 1–9). II. Una notificación a todos para que reconozcan el gobierno y el juicio universal de Dios, lo que debería ser materia de gozo universal (vv. 10–13).

Versículos 1–9

1. Se nos invita aquí a todos a honrar a Dios:

(A) Con cánticos (vv. 1, 2). Tres veces se nos exhorta en estos vv. a *cantar a Jehová* a *bendecir su nombre,* a hablar bien de Él a Él, y a proclamar cada día (v. 2b) sus obras salvíficas. Es un *cántico nuevo* (de Is. 42:10), por el anuncio de *cosas nuevas* (Is. 42:9, comp. con 2 Co. 5:17), lo que exige nuevos afectos y nuevas expresiones de dichos afectos.

(B) Con mensajes (v. 3): *«Proclamad entre las naciones su gloria, en todos los pueblos sus maravillas».* Esto era como una profecía de la proclamación del Evangelio a todo el mundo, hasta los últimos confines de la tierra (Hch. 1:8). *«Proezas maravillosas»* llama Pedro (1 P. 2:9) a la salvación que Dios ha llevado a cabo en nosotros.

(C) Con servicios religiosos (vv. 7–9). Hasta entonces, aun cuando todos los que, en cualquier país, temían a Dios y obraban justicia, eran aceptados por Él, sin embargo las ordenanzas instituidas por Dios eran privilegio de la religión judía. A toda la tierra se la convoca ahora a rendir adoración ante Jehová, *ofrenda agradable de los gentiles* (Ro. 15:16), pues al llevarle al Señor alguna ofrenda, hemos de ofrecernos primero a nosotros mismos al Señor (comp. 2 Co. 8:5).Todo lo que llevemos al Señor (vv. 7, 8) procede de Él; sin embargo, Él se digna aceptarlo de nuestra mano. Hemos de adorar a Dios *en la hermosura de la santidad* (v. 9), es decir, *con santos atavíos* (la hermosura de las vestiduras sacerdotales, usadas en el santuario; comp. 29:2). Aunque la santidad interior es algo «hermoso»—nota del traductor—, no es eso lo que el texto indica.

2. De Dios se dicen aquí cosas muy gloriosas (v. 4): *«Grande es Jehová y digno de suprema alabanza, temible sobre todos los dioses».* Aun siendo un cántico *nuevo,* continúa proclamando la grandeza y la bondad de Dios. Jehová es de temer, no los dioses falsos (comp. 95:3). *«Honor y majestad delante de Él»* (v. 6), es decir, en su presencia, donde los serafines se cubren el rostro, incapaces de soportar su resplandor (Is. 6:2). *«Poder y belleza* (lit.) *en su santuario»* (v. 6b), cualidades aplicadas al Arca del pacto (v. 78:61). dice Maclaren: «La fuerza y la belleza están, con frecuencia, separadas en un mundo desordenado, con lo que ambas están mutiladas; pero, cuando son perfectas, están indisolublemente unidas. Los hombres llaman fuertes y hermosas a muchas cosas que nada tiene que ver con la santidad, pero los arquetipos de ambas excelencias se hallan en el Santuario, y toda fuerza que no

tenga allí sus raíces es debilidad, así como toda hermosura que no refleje "la hermosura de Jehová nuestro Dios", no es sino una máscara para ocultar la fealdad».

Versículos 10–13

Instrucciones que se dan a quienes vayan a predicar el Evangelio a las naciones.

1. Se les ha de decir que Dios *se ha constituido en Rey*, ha llegado al trono (v. 1). Éste es, según Cohen, el sentido del hebreo, lo mismo que en los demás lugares en que aparece esta expresión (93:1; 97:1, etc.). El Señor Jesucristo tuvo sobre su cruz el título de *Rey de los judíos*, lo cual dio ocasión a la frase (usada primero por Justino Mártir): *Regnavit a ligno Deus*, Dios reinó desde el leño (esto es, desde la cruz). Que fue constituido *Juez Universal*, lo anunció Pedro a los gentiles en casa de Cornelio (Hech. 10:42).

2. Se les ha de decir que Dios ha restablecido las condiciones en que el mundo ha de permanecer firme, porque Él tiene las riendas en su mano. El pecado ha producido en el mundo el desorden, pero la redención pone las cosas en su sitio (2 Co. 5:17) al renovarlas. Si el cristianismo fuese aceptado y observado por todos, el orden y la paz reinarían en todos los Estados del mundo.

3. Se les ha de decir que el gobierno de Dios es justo (v. 13). Cristo dijo: *«Para juicio he venido a este mundo»* (Jn. 9:39; 12:31) y declaró que *todo juicio le había sido encomendado a Él* (Jn. 5:22, 27). Gobierna en la conciencia y en el corazón de los hombres por medio del Espíritu y el poder de la verdad. Cuando le preguntó Pilato si era rey, le contestó Cristo: *«Tú lo dices: Yo soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad»* (Jn. 18:37).

4. Se les ha de decir que se acerca la Segunda Venida de Cristo *y juzgará a los pueblos con justicia* (v. 10b). La primera parte del v. está tomada de 93:1; la segunda, de 9:8. Dice Cohen: «Al combinar estas dos citas, parece ser que el objetivo del salmista era sugerir un paralelismo entre el universo físico y el orden social, pues la estabilidad de ambos órdenes depende igualmente de la voluntad de Dios». Entre la redacción de este salmo y la 1.ª Venida del Mesías ocurrieron muchas revoluciones y muchos cambios de todo orden; sin embargo, vino al tiempo señalado; así que podemos estar seguros de que, por muchas revoluciones y cambios que acontezcan, también vendrá a su debido tiempo la segunda vez.

5. Se les ha de decir, finalmente, que se regocijen en el Mesías con la perspectiva de su próxima venida (vv. 11, 12): *«Alégrense los cielos y gócese la tierra … el mar … el campo … los árboles del bosque, etc.»*. El sentido es: (A) Que los días del Mesías serán días de gozo. Cuando Samaria recibió el Evangelio *había gran gozo en aquella ciudad* (Hch. 8:8) y, cuando el eunuco etíope fue bautizado, *siguió gozoso su camino* (Hch. 8:39). (B) Que el deber de cada uno de nosotros es dar la bienvenida al Mesías, pues, aun cuando viene a juzgar, su juicio es ocasión de gozo para los creyentes (comp. Is. 11:4). (C) Que toda la creación tendrá motivos para regocijarse en el establecimiento del reino mesiánico incluso *el mar y el campo.* En primer lugar, habrá gozo en el cielo, *gozo delante de los ángeles de Dios.*

SALMO 97

«Este salmo—dice Cohen—desarrolla el tema del último versículo del salmo precedente. Nos refiere los efectos que resultan cuando Dios ejerce su juicio sobre el mundo: el desmayo que produce en los malvados, y la luz que concede a los justos.». I. Infunde terror a los enemigos (vv. 2–7). II. Infunde consuelo a sus súbditos leales (vv. 8–12). III. Su reino produce gozo en toda la humanidad (v. 1).

Versículos 1–7

Lo que, en el salmo precedente, se decía con respecto a las naciones (96:1), se repite aquí de nuevo (v. 1) y se convierte en el tema de todo el salmo y del siguiente. «*Jehová reina*» (v. lo dicho sobre 93:1).

1. «*Regocíjese la tierra*» (v. 1, de 96:11). No sólo el pueblo de Israel, no sólo la hija de Sion, ha de alegrarse en el Mesías Rey de los judíos, sino toda la tierra y *la multitud de las islas y* zonas costeras del Mediterráneo (v. 72:10), todas las cuales se han de beneficiar del reinado del Mesías, ya que los efectos

de su gobierno tendrán alcance universal. *«Nubes y oscuridad alrededor de Él»* (v. 2). Estos fenómenos (v. por ej. 18:9 y ss.) muestran el contexto de poder y soberanía en que Dios se mueve. *«Justicia y juicio son el cimiento de su trono»* (comp. con 89:14). En el fondo, son detalles que indican el carácter escatológico del salmo.

2. Aunque el gobierno del Mesías será motivo de gozo para todos, infundirá terror a los malvados, quienes se le habrán sometido por la fuerza (vv. 3–5, 7) tanto como a los que haya derrotado antes de llegar al trono (v. 3): *«Abrasará a sus enemigos»* (comp. 50:3) el fuego que va delante de Él. Aun *los montes* (v. Mi. 1:4) *se derretirán* con tal fuego. Si lo más sólido de la tierra se derrite ante la presencia de Dios, ¿cómo podrán resistirle los impíos? ¿Quién podrá contradecir lo que *los cielos proclaman?* (v. 6). ¿Quién podrá oponerse al reinado del Mesías, cuando *todos los pueblos vean su gloria?* (v. 6b, comp. con Is. 35:2; 40:5). Especialmente confundidos quedarán los idólatras (v. 7): «*los que sirven a imagen de talla, los que se jactan en naderías* (lit. Comp. 96:5). *Postraos ante Él dioses todos»* (lit.). Nótese que todo aquello en que el hombre pone la prioridad de su afecto y de su interés es un ídolo, un «dios» de dinero, de carne, de diversión, etc., que ocupa en el corazón el lugar del verdadero Dios.

Versículos 8–12

1. Los motivos que se exponen para que Sion se regocije en el gobierno del Redentor: (A) Dios es glorificado, y todo lo que redunda en honor de Dios, redunda también en gozo de su pueblo (vv. 8, 9). (B) *Dios guarda,* custodia, *las almas* (es decir, las personas) *de sus devotos* (hebr. *jasidaiv*)» (comp. 4:3). Dios les preserva la vida y, si llega el momento en que han de dar la vida por Él, Él les preserva el alma, a la que no pueden llegar los que matan el cuerpo (v. Mt. 10:28). (C) Aunque de momento se muevan en la oscuridad y en aflicción, los justos pueden consolarse en que *la luz y la alegría están sembradas* (lit.) para *ellos* (v. 11). Dice Hertz: «Es posible que la luz esté al presente escondida como la semilla en la tierra, pero es seguro que ha de brotar. Sigan, pues, los justos odiando el mal». Y M. Henry comenta: «Los súbditos del reino de Cristo han de esperar tribulación en este mundo, pero han de saber, para consuelo suyo, que hay luz *sembrada para ellos.* Lo que se siembra brota a su debido tiempo; aunque, como la semilla en invierno, haya de yacer por largo tiempo bajo los terrones, volverá con aumento rico y abundante». Antes de partir de este mundo, dijo Jesús a sus Apóstoles: *«Vosotros os entristeceréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo»* (Jn. 16:20).

2. Las normas que se dan para que Sion se alegre. Ha de ser un gozo limpio y santo (v. 10): *«Los que amáis a Jehová, aborreced el mal»* (lit.). Los que *aman la venida* del Señor, han de aborrecer el pecado. Donde no hay verdadero odio al pecado, no puede haber amor genuino a Dios (comp. Pr. 8:13). Y el gozo que comenzó con el amor de Dios, ha de terminar también en Dios (v. 12): *«Alegraos, justos, en Jehová, y dad gracias al memorial de su santidad»* (lit. comp. con 30:4), es decir, al nombre que nos recuerda constantemente que Jehová es santo.

SALMO 98

Este salmo continúa con el tema de los dos salmos precedentes. En la versión caldea, lleva el título de «salmo profético». Presenta: I. La gloria del Redentor (vv. 1–3). II. El gozo de los redimidos (vv. 4–9).

Versículos 1–3

Otra vez se nos invita a cantar un *cántico nuevo* (v. 1, comp. con 96:1), ante las maravillas obradas por Dios. No hay obra tan grande y portentosa como la de nuestra redención. Cuanto más se la conoce, más se la admira. Aquí vemos:

1. Las victorias que su diestra ha conseguido (v. 1b). Nuestro Redentor superó todas las dificultades que se oponían en el camino de nuestra redención. Por su propio poder, sin ayuda ajena, obtuvo la victoria contra los poderes de las tinieblas (Col. 2:15) y, sin ayuda ajena, triunfará de sus enemigos antes de inaugurar el reino mesiánico (Is. 63:3).

2. El descubrimiento, no sólo de su *salvación,* sino de su *justicia,* que es la que ha llevado a cabo la salvación, *a las naciones* (v. 2). La publicidad de su intervención a favor de sus elegidos llegó entonces a conocimiento de todos (v. Is. 52:10), y el Evangelio de la salvación debe llegar también a conocimiento de todos (Hch. 1:8; 10:36).

3. El cumplimiento de las profecías y de las promesas del Antiguo Testamento (v. 3): *«Se ha acordado* (hebr. *Zacar) de su misericordia y de su fidelidad para con la casa de Israel».* Para ver hasta qué punto estaba este pensamiento en la mente de los judíos piadosos, basta con leer Lucas 1:54, 72. No era algo que ellos mereciesen, sino un efecto de la libre y soberana misericordia de Dios.

Versículos 4–9

El establecimiento del reino mesiánico es considerado aquí como motivo de gozo y alabanza.

1. Todos los hombres deben regocijarse, pues todos se benefician, o pueden beneficiarse, del establecimiento de dicho reino (vv. 4–6). Una y otra vez se les invita a que canten y vitoreen al nuevo Rey con todos los medios posibles de expresión: no sólo con la voz, sino con toda clase de instrumentos de música, y no sólo con la suave melodía del arpa y del salterio, sino también al toque marcial de trompetas y clarines, como lo requiere esta ocasión especial.

2. Se invita igualmente al resto de la creación a unirse a este regocijo de los hombres (vv. 7–9). Ya lo hemos visto en 96:11–13. Es curiosa la expresión (v. 8): *«Los ríos batan las manos»,* descriptiva del estrépito de las olas al romper contra el acantilado (comp. Is. 55:12). Véase de qué forma altera la venida de Cristo el sentido de tales fenómenos. El rugir y bramar de las olas y su estruendo al estrellarse contra las rocas, ya no es motivo de temor, sino señal de gozo. Es posible que el poeta latino Virgilio tuviese en cuenta esto cuando escribió su Égloga IV, y señaló el nacimiento de un niño celestial del seno de una virgen, el cual restauraría la «edad de oro»:

«Una nueva raza desciende del alto cielo;
Tu influjo borrará toda mancha de corrupción
y librará de alarmas al mundo.»

Muchas otras cosas dice de este tan anhelado niño, cosas que el escritor español Luis Vives considera aplicables a Cristo; y concluye, como el salmista aquí, con la perspectiva del gozo de toda la creación:

«Véase cómo esta era prometida hace que todos se regocijen». Y, si todos se regocijan, ¿por qué no nosotros?

SALMO 99

Este salmo, también de autor desconocido, repite el tema de los salmos 93 y 97. Es el tercero de los que empiezan con la fórmula: *«Jehová reina».* Es, pues, como los otros, escatológico. I. Invitación a todos a honrar a Jehová (vv. 1–5). II. Cómo se le honraba en el Antiguo Testamento (vv. 6–9).

Versículos 1–5

Dado el carácter escatológico del salmo, es inútil sacar ninguna aplicación para el presente—nota del traductor—, excepto que estemos preparados, como «hijos de luz», para la Venida del Señor (v. 1. Ts. 5:1–9). El apóstol Juan dice expresamente (1 Jn. 5:19) que *«el mundo entero yace en el poder del Maligno».* Es el diablo el que reina en el mundo ahora; Cristo sólo reina en el corazón de los que le obedecen; reinará efectivamente cuando venga a gobernar con cetro de hierro (2:9); ante este anuncio, dice el salmista (v. 1) *«tiemblen los pueblos»* ya que, entonces Jehová estará, desde Sion, *encumbrado sobre todos los pueblos,* lo cual no quiere decir que el gobierno futuro del Mesías esté circunscrito a Sion (comp. 48:1, 2). Dice Oesterley: «Decir que "aquí está el tono del exclusivismo judío" es simplemente una mala interpretación de todo el objeto del salmo; Dios está aquí entronizado *sobre todos los pueblos* como Dios de Israel, no hay duda, pero también como el Dios de todos los pueblos; el tono no es de exclusivismo, sino de universalismo». De este reino:

1. El salmista afirma dos cosas: (A) Dios preside en los asuntos religiosos (v. 1): *«Está sentado sobre los querubines»*, para dar sus decretos mediante los oráculos que allí pronuncia. Este era el honor de Israel, que tenían entre ellos la *Shekinah* o presencia especial de Dios: *Jehová es grande en Sion* (v. 2); allí era conocido y adorado (76:1, 2); en Sion, las perfecciones de la naturaleza divina se mostraban con mayor brillo que en cualquier otro lugar de la tierra. Por eso, se exhorta a todos a alabarle agradecidos allí donde su nombre aparece, no sólo *grande,* sino también *temible* (v. 3, comp. con 111:9). (B) Con respecto a los asuntos civiles, lo que hacía en Jacob (v. 4) sirve de pauta para todo tiempo en que Dios ejerce su gobierno: *«ama la justicia y establece la rectitud»*. Los monarcas humanos o no aman la justicia o no tienen poder suficiente para hacer valer el derecho, por eso, si se imponen es con despotismo, pero «el Rey Divino—dice Cohen—hace que su poder sea controlado por la justicia que Él ama». El pronombre *«tú»* está enfático en el hebreo en la segunda frase del versículo 4. El gobierno de Israel era una teocracia; también el reino mesiánico será teocrático.

1. Al juntar estas dos cosas, vemos cuán grande era la dicha de Israel por encima de la de cualquier otra nación (v. 5): *«Exaltad a Jehová nuestro Dios y postraos ante el estrado de sus pies»*. Tres veces (vv. 3, 5, 9) se repite que el Dios de Israel *es santo.*

Versículos 6–9

La felicidad de Israel durante el gobierno de Dios se muestra aquí en algunos detalles de su administración, con especial referencia a los que habían sido los más útiles gobernadores del pueblo—Moisés, Aarón y Samuel—; en el caso de los dos primeros, porque con ellos había comenzado a funcionar la teocracia o gobierno de Dios; en el tercero porque con él terminó, en gran medida, tal forma de gobierno.

1. La comunión que tales personajes tenían con Dios. Entre todas las naciones de la tierra, ninguna otra pudo producir tres hombres como éstos, los cuales tenían gran poder intercesor y a quienes Dios *conocía por su nombre* (Éx. 33:17). Aunque Samuel no era sacerdote, se le cuenta *entre los que invocaron su nombre* (v. 6b). También se les menciona por su obediencia: *«Guardaban sus testimonios y el estatuto que les había dado»* (v. 7b). De Moisés se dice con mucha frecuencia que *hizo conforme a todo lo que Dios le había mandado.* Todos ellos prevalecieron admirablemente con Dios en oración. Dios obraba milagros a petición de ellos y tenía con ellos especial trato (v. 7).

2. Los buenos oficios que desempeñaron en beneficio de Israel. Intercedieron por el pueblo y obtuvieron de Dios muchas respuestas de paz. Recuérdese especialmente la oración de Éxodo 32:11–14. Moisés es incluido *entre sus sacerdotes* (v. 6), porque, aunque no había sido ungido como sacerdote, tenía acceso al Tabernáculo y él fue el que consagró sumo sacerdote a su hermano Aarón. En cuanto a la intercesión de Aarón, véase Números 17:11 y ss. Y, para ver un ejemplo de la oración de Samuel, ver 1 Samuel 7:8. El perdón de Dios al pueblo, en respuesta a las oraciones de estos tres grandes intercesores, se menciona en el versículo 8. *«Jehová Dios nuestro, tú les respondías; fuiste para ellos un Dios perdonador»*. Eso no obsta para que Dios vindicase su propia santidad aplicándoles el correctivo que necesitaban: «y *vengador de sus maldades»*.

3. El salmista finaliza el salmo con una exhortación, parecida a la del v. 5, para que el pueblo *exalte a Jehová y se postre ante Él, «porque Jehová nuestro Dios es santo»* (v. 9). Nótese el detalle de la postración reverencial, unida a la intimidad que comporta la expresión *«nuestro Dios»*. El tener acceso libre y familiar al trono de la gracia (He. 4:16) no debe disminuir el respeto que debemos a nuestro Dios, pues es *fuego consumidor* (He. 12:29).

SALMO 100

Este salmo se canta con mucha frecuencia en los servicios y con mucha razón. Dicen los judíos que se compuso para ser cantado durante las ofrendas de *acción de gracias* (y así debe traducirse el título).

I. Se nos invita a alabar y servir a Dios con gozo (vv. 1, 2, 4).

II. Se nos provee de materia de alabanza y gratitud al considerar lo que es Dios en sí y en relación con nosotros (v. 3), así como su misericordia y fidelidad (v. 5).

Versículos 1–5

1. Fuerte invitación a adorar a Dios. En todos los servicios religiosos, sea en asamblea, en familia o en privado, debemos acudir a Dios con respeto, pero también con alegría y gratitud *«Gritad* (lit.) *alegres a Dios»* (v. 1). Con este santo gozo, *servimos* (v. 2) a Dios. Al gozo han de acompañar la alabanza, la bendición y la acción de gracias: *«Entrad por sus puertas con acción de gracias, etc.»* (v. 4). Hemos de considerar como un gran favor el que se nos admita a su servicio, el tener ordenanzas instituidas por Él y oportunidades continuas de asistir a esas ordenanzas.

2. La materia de la alabanza y la acción de gracias, así como los motivos para hacerlo, son muy importantes (vv. 3, 5). Es menester conocer lo que es Dios en sí y para nosotros. El conocimiento es la madre de la devoción y de la obediencia: los sacrificios a ciegas nunca agradan al Dios que ve. Conozcamos, pues, estas seis cosas con respecto al Dios Jehová: (A) Que *Jehová es Dios* (v. 3), el único Dios vivo y verdadero Ser infinitamente perfecto y autosuficiente, que tiene en sí mismo la fuente de su ser y de todo ser, Espíritu eterno, incomprensible e independiente, primera causa y último fin de todo. (B) Que es nuestro Creador: *«Él nos hizo y no nosotros* (a nosotros mismos)». Él nos dio el ser: es el autor de nuestro cuerpo y el Padre de los espíritus. Nosotros no pudimos hacernos a nosotros mismos, por la sencilla razón de que para hacer algo, es preciso existir ya de antemano. (C) Que, por consiguiente, somos suyos. Los masoretas escribieron en hebreo *lo* con *alef,* lo que significa «no», pero los judíos lo leen con *vau,* lo que significa «a Él» (pertenecemos), con lo que la frase significa (y así lo traducen las versiones judías): *«Él nos hizo, y suyos somos».* Al unir las dos versiones, tenemos sentido completo: *«Puesto que Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos, no somos nuestros* (comp. con 1 Co. 6:19), *sino de Él».* (D) Que Él es nuestro Supremo Soberano y Gobernador: *«Pueblo suyo somos».* (E) Que Él es nuestro Bienhechor munificentísimo: Nosotros somos *las ovejas de su prado,* a las que Él, como Buen pastor, guía y alimenta. (F) Que es un Dios de infinita misericordia y fidelidad (v. 5).

SALMO 101

Si tenemos en cuenta la pregunta del versículo 2b: *«¿Cuándo vendrás a mí?»,* se puede aventurar la hipótesis de que David compuso este salmo a raíz del incidente de Uzá (comp. con la pregunta de David en 2 S. 6:9). Como dice Cohen «su pregunta indicaba que, antes de que Jerusalén pudiera tener el privilegio de albergar el Arca, la ciudad debía ser preparada para ello mediante una completa erradicación del mal». En efecto, en el salmo parece palparse un eco de este propósito o voto de David. I. Objetivo general del voto de David (vv. 1, 2). II. Sus detalles (vv. 3–5, 7, 8), así como su decisión de favorecer y estimular a los virtuosos (v. 6).

Versículos 1–8

David establece aquí la norma, para sí y para otros, de lo que ha de ser un buen magistrado y un buen padre de familia.

1. Principal objetivo del salmo (v. 1): *«Misericordia y justicia cantaré,* es decir, ensalzaré» (comp. 89:14). David alaba estas cualidades y quiere que sean los principios que regulen todas las actividades de su gobierno. En contraste con las terribles injusticias que Saúl había cometido contra él, él desea, al subir al trono, que la justicia y la misericordia sean las normas de su gobierno.

2. La resolución general que David tomó de comportarse diligente y concienzudamente en su casa y en su corte (v. 2). Tenemos aquí:

(A) Un buen propósito en cuanto al modo de comportarse en general, y especialmente en su casa, donde estaba lejos de las miradas de la gente, pero todavía bajo la mirada de Dios. Quiere *entender y explicar* (lit. *prestar atención a) una integridad cabal* (v. 2. Mejor que *«perfección»*); es decir,

comportarse sabia e íntegramente (comp. con Job. 1:1, etc.), como dice en la última frase del mismo versículo.

(B) Una buena oración: *«¿Cuándo vendrás a mí?»* (V. lo dicho en la introducción al salmo). Cuando una persona tiene casa propia, es cosa buena y de alabar el que desee que Dios venga a morar con él. El Señor contestó esta oración y leemos con frecuencia que *Dios estaba con David.*

3. Su resolución particular de no practicar el mal (v. 3): *«No pondré delante de mis ojos ninguna cosa injusta;* no buscaré ni haré, sino lo que sea para gloria de Dios y bien del pueblo».

4. Su ulterior resolución de no conservar malos criados ni tener a su cargo servidores viciosos. No quiere que *se le pegue nada de los que se extravían* (v. 3b), sino sacudirse de encima toda maldad. «*Corazón tortuoso* (v. 4, comp. con Pr. 11:20) *se apartará de mí; no conoceré al malvado* (lit.), es decir, no tendré intimidad con él». Pasa a mencionar en detalle diversos vicios que no ha de soportar: (A) Difamación, vicio corriente en los palacios de los reyes, y altanería (v. 5), actitud que pone en peligro la estabilidad de la nación. (B) Fraude, engaño y mentira (v. 7), que tantos daños causan, tanto en la corte como en el resto del país.

5. Su resolución de poner en cargos de confianza a personas buenas y honestas (v. 6): *«Mis ojos pondré en los fieles* (en los que son de fiar) *de la tierra».* Es menester buscar bien por todo el reino a fin de que el rey se rodee de hombres honrados a carta cabal; y, en esto, los mejores deben ser preferidos y ascendidos. Saúl escogía a los *aptos para combatir* (1 S. 14:52); David, a los *aptos para servir* (v. 6b).

6. Su resolución de extender su celo a la reforma de todo el país (v. 8), especialmente a *la ciudad de Jehová,* es decir, Jerusalén: *«Cada mañana,* al sentarse para administrar justicia (v. Jer. 21:12), *exterminaré, etc.».* David quiere hacer en su reino «limpieza general» a fin de que, no sólo se afiance el trono y disfrute de paz el país, sino que, ante todo, se mantenga el honor de Dios y la moralidad del pueblo.

SALMO 102

Ni del título ni del texto del salmo se puede colegir quién lo compuso ni en qué ocasión. La opinión más probable lo sitúa en la época de la deportación. La epístola a los hebreos (He. 1:10–12) aplica a Cristo los vv. 25 y 26 de este salmo, lo cual no es motivo para tener por «mesiánico» el salmo entero. Aquí tenemos: I. Los lamentos del salmista (vv. 1–11). II. El consuelo que obtiene, 1. De la eternidad de Dios (vv. 12, 24, 27); 2. De su fe en que Dios, a su debido tiempo, enviará liberación para él y para Israel (vv. 13–22, 28).

Versículos 1–11

El título del salmo es *«Oración del que sufre».* Es, pues, una oración puesta en las manos de los afligidos. Pónganla éstos no en sus manos, sino en su corazón y preséntenla a Dios. Cuando nos hallamos decaídos, debemos orar *«derramando nuestro lamento delante de Jehová»,* lo cual insinúa el permiso que Dios nos otorga para ir a Él con toda libertad para exponerle nuestras cuitas. Es un pensamiento que debe tranquilizar nuestra alma.

1. El salmista ruega humildemente a Dios que tome nota de su aflicción y de la súplica que le dirige en su aflicción (vv. 1, 2): *«Llegue a ti mi clamor* y, con él, mi alma». Si oramos con fe, con fe podemos decir a Dios: «Señor, *escucha mi oración;* escúchala y contéstala; otórgame el alivio que necesito y busco *en el día de mi angustia».*

2. Se lamenta del estado al que ha sido reducido por su aflicción. Nótense los símiles que emplea para presentar de manera vívida su condición: (A) *Sus días se consumen en el humo* (v. 3. Lit.), como un enfermo consumido por la fiebre. (B) Así que *sus huesos* (su cuerpo) *están quemados cual tizón* (v. 3b). (C) Su *corazón está marchito como el heno* (v. 4), que se ha secado y encogido con el calor del sol. Aquí, el corazón representa la fuente del vigor físico. (D) Estas angustias le han quitado el apetito (v. 4b): *«Y me olvido de comer mi pan».* (E) Al estar mal nutrido, se ha quedado en la piel y los huesos (v. 5, comp. con Job 19:20). (F) Como todos los afectados de melancolía, buscaba la soledad *como el pelícano* (v. 6), ave solitaria, sombría y austera. (G) Se ve a sí mismo *como búho entre ruinas* (v. 6b). Dice Cohen: «Los

árabes llaman al búho "madre de las ruinas", porque hace su casa en lugares desolados y edificios abandonados». (H) *Se desvela y gime como gorrión solitario* (v. 7), que ha perdido a su pareja y queda triste *en el tejado* de la casa). (I) Sus amigos le han abandonado, pero sus enemigos están cerca de él *para insultarle* (v. 8), y se mofan de su situación (comp. 42:5). (J) En señal de duelo, llora y se echa ceniza en la cabeza. Ese es el sentido, como en 80:5. (K) Es muy bella la imagen del versículo 11: *«Mis días son como sombra que se alarga».* Dice Cohen: «Las sombras se alargan al atardecer, cuando el sol está a punto de ponerse. Se da cuenta (el salmista) de que su vida pronto va a ser devorada por la oscuridad de la muerte».

Versículos 12–22

A continuación, se nos ofrecen muchos y grandes consuelos con los que contrarrestar las quejas precedentes.

1. Somos mortales, y nuestros consuelos son consuelos de moribundo, como lo son nuestros bienes terrenales, pero nuestro Dios es eterno (vv. 11, 12): *«Mis días son como sombra … Mas tú, Jehová, permaneces entronizado* (lit.) *para siempre, y tu nombre* (lit.), *etc.»* (comp. con Lm. 5:19, donde aparece la variante de *«tu trono»,* en lugar de *tu nombre»).* La eternidad de Dios, Rey del Universo, es la mejor garantía de que se han de acabar nuestros sufrimientos.

2. Sion está ahora en grave aprieto (v. 13), pero pronto llegará el día de ser aliviada y socorrida. Lo garantiza el amor de Dios hacia ella. La esperanza de la liberación se basa en el amor y el poder de Dios. Sion estaba ahora en ruinas y, con Sion, el templo construido en ella. El salmista ofrece tres poderosas razones para que Dios se apresure a socorrer a Sion: (A) *«Tus siervos aman sus piedras, etc.».* Lejos de haberse olvidado de Sion, los exiliados están pensando constantemente en su reconstrucción. Las ruinas y el polvo mismo de la desolación, lejos de desanimar a los buenos israelitas, les incitaban a desear con mayor ardor el verla de nuevo reedificada, tan hermosa como antes: *«bella por su situación»* (48:2). (B) *Las naciones* paganas *temerán el nombre de Jehová, etc.»* (vv. 15, 16). Será tremendo el efecto que producirá en el mundo entero la reconstrucción de Jerusalén (comp. con Is. 59:19; 60:3), lo cual redundará en gloria y honor para el Dios de los judíos. (C) Servirá de gran estímulo y ánimo para la generación venidera (v. 18); será una nueva era de prosperidad, una nueva vida para Israel.

3. Las oraciones del pueblo de Dios parecen ahora no ser tenidas en cuenta, pero pronto se demostrará que no era ese el caso (v. 17): *«Habrá considerado la oración de los desvalidos».* El vocablo hebreo usado aquí para «desvalido» es muy elegante, pues significa «brezo», un arbusto muy humilde, como el hisopo de la pared (v. 1 R. 4:33). Así también éstos se hallaban en miserable estado, enriquecidos con bendiciones espirituales, pero destituidos de bienes temporales. Si consideramos nuestra bajeza, nuestra tibieza espiritual y los muchos defectos de nuestras oraciones, tendremos motivos para sospechar que nuestras oraciones serán recibidas con desdén en los cielos, pero aquí se nos asegura de lo contrario, pues tenemos un Abogado con el Padre.

4. Los cautivos gimen bajo la opresión de los que los llevaron prisioneros, como ovejas llevadas al matadero, pero aquí se les dice que hay quien cuida de ellos (vv. 19, 20): «Jehová *miró* (pretérito profético) *desde lo alto de su santuario celestial … para escuchar el gemido de los cautivos, para soltar* (lit.) *a los sentenciados a muerte».* Dios toma nota no sólo de las oraciones de los afligidos, que es el lenguaje de la gracia, sino también de sus gemidos, que es el lenguaje de la naturaleza (v. Hch. 12:6). Si Dios, mediante su Providencia, declara su nombre, nosotros debemos, mediante nuestro reconocimiento, declarar su alabanza (v. 21), que habría de ser el eco de su nombre. Esta alabanza que aquí se menciona va a ser expresada, no sólo por el pueblo de Israel, sino también, con la mayor probabilidad, por los pueblos mencionados en el v. siguiente. En otras palabras, como hace notar Cohen, «el regreso a Sion será el preludio del reconocimiento universal de Dios, en cumplimiento de la profecía de Isaías 2:2 y ss.». Y Kirkpatrick añade: «Podría preguntarse: ¿Pero no quedó el acontecimiento por debajo de las expectaciones del profeta y del salmista?… La respuesta es doble. La significación espiritual del regreso para la historia del mundo no podría exagerarse; y la profecía combina constantemente en una sola perspectiva una figura cercana y otra remota, y dibuja el resultado final, sin indicar los pasos por los que ha de cumplirse».

Versículos 23–28

1. El peligro inminente en que se hallaba el salmista de que su enfermedad le llevara al sepulcro. Vuelve aquí (vv. 23 y ss.) a su lamento por su condición personal, como había hecho al comienzo del salmo. *«Debilitó* (Dios)—dice—*mi fuerza en el camino»;* se entiende, en el camino de esta vida. El salmista teme que al ser *acortados sus días,* no pueda disfrutar de la dicha de ver a Sion reedificada.

2. Esta consideración le hace prorrumpir en una oración (v. 24): *«Dios mío, no me cortes en la mitad de mis días»* (comp. 55:23), es decir, en la flor de la vida, cuando pueden esperarse todavía muchos goces y servicios. Y, como en los versículos 11 y 12, contrasta lo huidizo de su vida con la eternidad de Dios.

3. Refuerza su oración y apela a la eternidad del Mesías prometido, como lo sabemos por la cita que Hebreos 1:10–12 hace de los versículos 25–27. Al considerar los cambios y los peligros de esta vida, sirve de gran consuelo recordar que *Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por siempre* (He. 13:8). Cuando pensamos en lo efímero de nuestra vida terrenal y en la partida de nuestros parientes y amigos, hemos de recordar también que Dios es un Dios que vive eternamente y, por tanto, si es nuestro Dios, en Él tendremos vida eterna y feliz. *El cielo y la tierra,* símbolos de permanencia a pesar de las vicisitudes de la historia, *perecerán* (v. 26) un día; *se envejecerán,* se gastarán, *como una vestidura.* La última frase del versículo 26 dice textualmente: *«Como un vestido los harás pasar y pasarán».* Dice Cohen: «La idea aquí no es de un nuevo mundo que sustituya al antiguo». Esto no quiere decir que tal idea no sea bíblica (v. Is. 65:17; 66:22; 2 P. 3:13; Ap. 21:1).

4. No es fácil decidir si el último versículo del salmo forma parte de la oración del salmista: *«Habiten ... se consolide»,* como traduce Arconada, o indica una súbita seguridad (¿profética?) que el salmista abriga acerca de un próspero retorno de los cautivos a Sion, y de la consolidación de su establecimiento en el país reedificado *delante de Dios,* es decir, con el restaurado favor de Dios, como traducen nuestras versiones y la versión autorizada judía. Esto último es más probable, a la vista de 69:36, que contiene fraseología similar.

SALMO 103

«Este salmo pide más devoción que exposición», dice M. Henry. Cohen hace notar: «Tenemos en este poema una de las más gozosas composiciones del Salterio». A pesar del título, aun los exegetas más conservadores están de acuerdo en que fue compuesto después del regreso de Babilonia. El salmista, I. Comienza expresando sus emociones personales (vv. 1–5) para dar paso. II. A consideraciones generales sobre el carácter de Dios (vv. 6–18). IIÍ. Termina con una exhortación a los ángeles, a las obras de Dios en general y, finalmente, a sí mismo, a alabar y bendecir a Dios (vv. 19–22).

Versículos 1–5

El salmista habla aquí consigo mismo, y no es necio el que así habla con su propio interior. Veamos:

1. Cómo se estimula a sí mismo a bendecir y alabar a Dios (vv. 1, 2): *«Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser* (comp. 1 Ts. 5:23: *"todo vuestro ser: espíritu, alma y cuerpo»") su santo nombre* (comp. 33:21), *etc.».* Es Jehová quien debe ser bendecido, y es toda la persona la que ha de emplearse en esta bendita tarea.

2. Cómo se provee a sí mismo de materia abundante para bendecir agradecido a Dios: «Ven, *no olvides ninguno de sus beneficios»* (v. 2b):

(A) *«El que perdona todas tus iniquidades»* (v. 3). El verbo está en presente (participio) para indicar que ha perdonado, perdona y perdonará todas las culpas. Esto se menciona en primer lugar, porque, al perdonar el pecado, Dios retira de nosotros lo que nos privaba de toda bendición y nos otorga de nuevo su favor, que es la fuente de todas las demás bendiciones.

(B) *«El que sana todas tus dolencias»* (v. 3b), las enfermedades graves, agravadas todavía más por las miserables condiciones del exilio. Nuestras culpas son capitales, pero Dios nos salva la vida al perdonarlas; nuestras enfermedades eran mortales, pero Dios nos salva la vida al curarlas. Estas dos cosas van juntas (comp. Stg. 5:15), porque la obra de Dios es perfecta; Él no obra por mitades; si quita la culpa del pecado mediante su gracia perdonadora, también quebranta el poder del pecado mediante su gracia renovadora.

(C) *«El que rescata de la fosa* (del sepulcro) *tu vida»* (v. 4). Dios no permitió que el salmista muriera en la cautividad, sino que le otorgó el privilegio de regresar a su patria (comp. Job 33:24, 28). Son muchos los peligros fatales de los que Dios nos rescata, pero es, ante todo, de agradecer, el sacrificio de su vida en el Calvario, mediante el cual obtuvo para nosotros *eterna redención* (He. 9:12).

(D) *«El que te corona* (comp. 8:5) *de amor misericordioso* (hebr. *jesed) y de compasiones* (hebr. *rajamim).* No sólo nos salva de todo mal y nos preserva de toda ruina, sino que nos hace verdadera y totalmente dichosos, al concedernos todo lo que puede servir para nuestro bien. ¿Qué mejor corona y mayor dignidad puede haber que ser el favorito protegido de Dios?

(E) *«El que sacia de bien tu boca»* (v. 5). El vocablo hebreo *edey* significa «ornamentos» o «atavíos» (así en Éx. 33:4–6), no «boca». Quizá la mejor traducción es la que da Kirkpatrick: *«El que te adorna completamente de cosas buenas»*. «En este caso—dice Cohen—se describe el pueblo más bien que el salmista. Sion había sido despojada de todo esplendor por el invasor, pero ahora es restaurada totalmente su prístina belleza».

(F) *«De modo que te rejuvenezcas como el águila»* (v. 5b). Si esto se aplica también a la nación, querría decir que Israel era, en el destierro, como una persona prematuramente envejecida, pero ahora había recobrado su juventud de antes. El águila es un ave que puede alcanzar una edad de hasta cien años con una vitalidad diariamente renovada (comp. Is. 40:31). Cuando Dios, mediante las gracias y los consuelos de su Espíritu, hace que los suyos se recuperen de sus enfermedades y los llena de vida y gozo nuevos, como arras de la vida y del gozo eternos, bien puede decirse que *vuelven a los días de su juventud* (Job 33:25).

Versículos 6–18

I. Ciertamente Dios *es bueno para todos* (145:9), pues *hace justicia y juicios* (lit., es decir, sentencias con las que castiga a los opresores) *a todos los oprimidos* (v. 6).

II. De manera especial, es bueno para Israel, puesto que:

1. A Israel se reveló de manera especial (v. 7): *«Sus caminos notificó a Moisés,* en respuesta a la oración de éste (v. Éx. 33:13); es decir, los atributos divinos que disponen y gobiernan los asuntos humanos, y *a los hijos de Israel sus obras* portentosas, con que los sacó de Egipto y los condujo por el desierto». La revelación divina es uno de los mayores favores divinos, pues Dios nos restaura a Él mismo al revelarse a sí mismo a nosotros, y nos da todo bien al darnos conocimiento.

2. Nunca fue severo con su pueblo, sino siempre lleno de ternura y compasión, y presto a perdonar: (A) Así lo es por naturaleza (v. 8): *«Compasivo y favorecedor es Jehová* (lit.); *lento para la ira* (lit. *largo de narices,* ya que la ira, en el sentido semita, bíblico, tiene que ver con las fosas nasales—v. por ejemplo, 18:8—) y *abundante en amor misericordioso»*. Todo el versículo está basado en Éxodo 34:6. El Señor tiene mucha paciencia con los que le provocan (comp. 2 P. 3:9) y difiere el castigo a fin de darnos tiempo para arrepentirnos. Aunque no deja de indicar su desagrado contra nosotros a causa de nuestros pecados, ya sea por medio de los reproches de nuestra conciencia o de las reprensiones de su Providencia, no nos tiene aterrorizados (v. 9), sino que, en lugar del espíritu de esclavitud, nos da el espíritu de adopción.

(B) Así lo hemos hallado por experiencia (v. 10): *«No ha hecho con nosotros conforme a nuestros pecados ni nos ha retribuido conforme a nuestras iniquidades»* (lit.). Dios imponía, e impone, a su pueblo castigo por sus rebeldías, pero siempre es menos severo de lo que las culpas merecen, pues no desea la muerte del malvado, sino que se arrepienta y que viva (v. Ez. caps. 18 y 33).

3. El salmista habla ahora (vv. 10 y ss.) en plural. No dice: *«tus iniquidades, etc.»* (vv. 3 y ss.), sino *«nuestros pecados, etc.»*. Para dar a entender, de algún modo, la magnitud del perdón de Dios y de su misericordia con nosotros, dice: *«Porque como la altura de los cielos sobre la tierra* (una distancia inmensa, inconmensurable), *así es de grande* (lit. *sobrepuja) su amor misericordioso hacia los que le temen»* (v. 11). La bóveda del cielo dista tanto de este diminuto punto en el espacio, que es nuestro planeta, que resulta insignificante la diferencia de altura entre el más alto rascacielos y la más humilde cabaña. Así también la misericordia de Dios cobija por igual al más piadoso de los santos y al más criminal de los pecadores. «No hay nadie demasiado malo para el perdón de Dios; sólo puede haber quienes se creen demasiado buenos para tal perdón» (comp. con Jn. 9:39–41). Lo mismo expresa el salmista con otra figura (v. 12): «*Cuanto está lejos el oriente del occidente* (distancia también

inconmensurable es la de los puntos cardinales), *hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones».* Tan lejos las pone Dios de nosotros al perdonarlas, que ya no les queda tiempo ni camino para volver.

4. Para dar razón de la compasión que Dios tiene con nosotros, el salmista acude a dos motivos: (A) Las entrañas paternales de Dios (v. 13), con lo que estamos ya cerca del concepto novotestamentario (por ej., Mt. 5:45, etc.). Como Padre que es, Dios nos instruye, soporta, cuida, compadece, consuela, restaura, perdona; y, sobre todo, (B) Lo que a nosotros nos resulta difícil respecto de otros, nos comprende (v. 14): «*Conoce nuestra formación*» (lit.), el vocablo *(yetser)* es de la misma raíz que el verbo usado en Génesis 2:7 *(yatsar*, modelar como un alfarero o *yotser;* comp. con Jer. 18:2 y ss.). Y, en la misma línea, prosigue: *Se acuerda de que somos polvo»* (v. 14b, comp. con Gn. 3:19). El conocimiento de nuestra fragilidad congénita mueve a Dios a tener compasión de nosotros.

5. Precisamente al tener en cuenta nuestra fragilidad, que el salmista describe por medio de otra imagen familiar (vv. 15, 16, comp. con Job 14:2; Sal. 90:5, 6; Is. 40:6), Dios, en su misericordia, ha hecho pacto perpetuo con los que le temen, y alivia así nuestra frágil condición: *«En cuanto al hombre, … florece como la flor del campo»* (v. 15). La flor del jardín familiar, la del invernadero, vive por más tiempo gracias a los especiales cuidados que recibe, pero la del campo, no sólo está destinada a marchitarse, sino que está expuesta a los fríos vientos y a las pezuñas de los animales de la selva. La vida del hombre no sólo se va desgastando por sí misma, sino que está expuesta a mil accidentes diversos. Dios tiene en cuenta esto y se compadece del hombre. Su misericordia no tiene límites ni en su volumen ni en su tiempo: abarca a todos los que le temen, y perdura *desde la eternidad y hasta la eternidad* (vv. 17–18), al sobrepasar la vida de cada uno y las de todos juntos. Pero sólo los que toman conciencia de los preceptos de Dios pueden disfrutar del beneficio de sus promesas.

Versículos 19–22

I. Vemos ahora una declaración de la providencia universal de Dios (v. 19). Hemos visto que ha puesto en seguro la dicha de su pueblo, y lo ha hecho mediante su promesa y su pacto, pero el orden del mundo y de la humanidad en general lo gobierna por medio de su providencia: *«Jehová estableció en los cielos su trono,* trono de gloria y de gobierno, pero aunque el trono de Dios está en el cielo, y allí tiene su corte y recibe nuestras audiencias *(«Padre nuestro que estás en los cielos»), su soberanía domina sobre todo,* de todo toma nota y en todo interviene de una manera u otra» (comp. Job. 9:24).

II. El deber que todas las criaturas tienen de alabar a Dios: Si todas están bajo el dominio de Dios, todas deben prestarle homenaje.

1. Los ángeles deben alabarle (v. 20). No es que ellos necesiten que nosotros les estimulemos a hacerlo, pues lo hacen continuamente; pero el salmista expresa sus altos pensamientos acerca de Dios al considerarle infinitamente digno de la adoración de los ángeles.

2. Los cuerpos celestes, las huestes de los astros que, como fuerzas de la naturaleza, cumplen los propósitos de Dios (104:4; 148:3), han de alabarle a su modo también. Aunque algunos comentaristas entienden este versículo como un paralelismo del anterior, es más probable que haya de entenderse de los astros.

3. *Todas las obras de Dios* (v. 22), en general, han de alabarle; esto incluye a toda la creación, *en todos los lugares de su señorío,* esto es, en los cielos y en la tierra (comp. 145:10). Cada una ha de alabarle a su modo: lo inanimado, al ostentar las bellezas que Dios ha ido derramando; los hombres y los ángeles, como portavoces conscientes del resto de la creación.

4. El salmista termina el salmo con la misma frase con que lo empezó (v. 22c, comp. con v. 1). No dice para sí: «Ya está bien, alma mía; ya has bendecido al Señor; siéntate y descansa», sino: *«Bendice, alma mía, a Jehová,* más y más». Como una más de *todas las obras* de Dios, siente en su interior el urgente impulso de unirse al coro de la creación entera en las alabanzas al Creador.

SALMO 104

Es probable que este salmo fuese compuesto por la misma mano que la del anterior, pues ambos comienzan y terminan de la misma manera. El estilo parece diferente, pero es porque el tema es también distinto. El uno se fija especialmente en la revelación de la gloria de Dios en la historia del hombre; el otro, en la revelación de Dios en las obras de la naturaleza. En el uno, se alaba a Dios como al Dios de la gracia, en el otro, como al Dios de la naturaleza. El salmista alaba: I. El esplendor de la majestad divina en el mundo de arriba (vv. 1–4). II. La creación del mar y de la tierra (vv. 5–9). III. La provisión que Dios hace para el mantenimiento de todas las criaturas; para cada una, según su naturaleza peculiar (vv. 10–18, 27, 28). IV. El curso regular del sol y de la luna (vv. 19–24). V. La ornamentación del mar (vv. 25, 26). VI. El soberano poder de Dios sobre todas las criaturas (vv. 29–32). VII. Concluye con una firme resolución de continuar alabando a Dios (vv. 33–35).

Versículos 1–9

1. El salmista fija su mirada en la gloria divina que brilla en el mundo de arriba, del cual, aunque pertenece a las cosas invisibles, nos da evidencia la fe. Véase con qué reverencia y santo pavor comienza su meditación (v. 1): «… *Jehová, Dios mío, te has mostrado extraordinariamente grande; te has vestido de gloria y majestad*». Los príncipes se muestran grandes:

(A) En sus ropas. ¿Y cuáles son las ropas de Dios? *«Estás vestido de honor y majestad* (lit.). *El que se cubre de luz como de vestidura»* (vv. 1, 2). Dios *habita en luz inaccesible* (1 Ti. 6:16).

(B) En sus palacios y pabellones. ¿Y cuál es el palacio y el pabellón de Dios? *«Extiende los cielos como una cortina»* (v. 2b). Así lo hizo al principio de la creación cuando hizo el firmamento, que en hebreo equivale a «expansión», algo que se extiende (Gn. 1:7). *Se cubre de luz* y, sin embargo, por compasión hacia nosotros, habita detrás de una cortina. Su pabellón es tan amplio que cubre y llena los cielos y la tierra. Aunque el agua y el aire son cuerpos fluidos, Dios los retiene tan seguros y firmes en sus lugares como lo está una habitación con vigas y traviesas.

(C) En sus carrozas, las cuales añaden mucho a la magnificencia de su presentación en público, pero Dios *pone las nubes por su carroza* (v. 3). Descendió en una nube, como en carroza, al Sinaí, para dar la Ley; y después al Tabor, para proclamar el Evangelio (Mt. 17:5), y *anda sobre las alas del viento* (v. 3c), lo cual indica un caminar suave, pero firme; aunque también puede indicar los remolinos de viento.

(D) En su escolta y séquito de servidores. También aquí destaca Dios infinitamente sobre todos los reyes y príncipes de este mundo (v. 4): *«El que hace a los vientos sus mensajeros, y a las llamas de fuego sus ministros»*. Ésta es la única traducción posible—nota del traductor—de este versículo. Los LXX vertieron el vocablo hebreo *malakaiv* por «ángeles» en un contexto que no trata de ellos en forma alguna, y sobre esta equivocación «providencial», basó el autor de la epístola a los Hebreos un nuevo argumento a favor de la superioridad de Cristo (He. 1:7).

2. Luego dirige el salmista su mirada hacia abajo, al poder de Dios que brilla en la tierra y en el mar.

(A) *«Él fundó la tierra sobre sus cimientos»* (v. 5), sobre bases invisibles—así concebían los antiguos la estructura del orbe—tan firmes que *nadie las puede mover* (v. 5b), a pesar de que *la colgó sobre la nada* (Job 26:7). A pesar del daño que ha sufrido por el pecado del hombre y la maldad del diablo, continuará firme hasta que de paso a la nueva tierra.

(B) *Al mar le ha puesto un límite que no traspasará* (v. 9). (a) Ya le puso límites al principio de la creación, cuando mandó: *«Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco»* (Gn. 1:9). A este mandato de Dios se le llama aquí *«reprensión»*, como si las aguas se hubiesen resistido en un principio a esta orden (según lo refiere una leyenda rabínica) o porque estaba disgustado de que la tierra cubierta de agua no fuese lugar apropiado para ser morada del hombre. La orden de Dios fue acompañada de gran poder, por lo que se añade (v. 7b) que *«al sonido de tu trueno se apresuraron* (a huir) las aguas». Algo parecido se dice en 77:16, aunque en contexto distinto: *«Te vieron las aguas, oh Dios; las aguas te vieron y temieron»*. (b) Las sigue manteniendo dentro de los límites que les puso (v. 9). Se les prohíbe *traspasar* dichos límites. Una vez volvieron a cubrir la tierra durante el diluvio. Dios les dio este permiso para castigo de la corrompida raza humana, pero ya no *volverán a cubrir la tierra* (v. 9b, comp. con Gn. 9:11–16).

Versículos 10–18

1. Dios provee de agua fresca a todos: *«Tú eres el que saca de las fuentes los arroyos,* los cuales *se deslizan mansamente entre los montes»* (v. 10). Éstos *dan de beber,* no sólo a los hombres, sino *a todas las bestias del campo* (v. 11), porque donde Dios pone vida, pone también medios de vida.

2. Provee igualmente de alimento, tanto a los hombres como a las bestias, al *regar los montes desde las alturas* o, como dice a la letra el hebreo, *«desde tus cámaras superiores»* (v. 13), con lo que alude a los *aposentos* del versículo 3. Así es cómo, según expone en detalle la sección siguiente (vv. 14 y ss.), *del fruto de tus* (de Dios) *obras* (no, *«sus»), se sacia la tierra* (v. 13b), ya que la vegetación de toda clase es fruto del suelo, del sol y de la lluvia.

(A) Para el ganado hay *hierba* (el mismo vocablo hebreo de Gn. 1:11 y ss.) abundante (v. 14), aunque tampoco les falta el necesario alimento a los demás animales que no se alimentan de hierba. *Las plantas para uso del hombre* (v. 14b), significa, de acuerdo con el contexto, que están a su servicio «para que las cultive » (comp. con Gn. 3:18–19), aunque es cierto que de ellas se ha de mantener también de acuerdo con Génesis 3:18, aunque no exclusivamente, desde el Diluvio (v. Gn. 9:3). Entre los productos del campo más importantes para el hombre, el versículo 15 menciona *el pan, el vino y el aceite* (comp. Jue. 9:13; Ec. 10:19; Jer. 31:12). Dependemos totalmente de Dios en todo lo necesario para nuestro mantenimiento. Dice el Dr. Cohen: «El judaísmo no considera como un vicio el beber vino por el hecho de que su abuso lleve a la intoxicación. Lo que se pide es moderación, no abstinencia; y antes de beber vino, se ha de pronunciar una bendición». Así lo hacía el Señor Jesucristo—nota del traductor—, quien no se defendió de la acusación de «bebedor» y llevó a cabo su primer milagro ¡para convertir el agua en vino, en muchísimo vino!

(B) La Providencia provee de alimento, no sólo a hombres y bestias, sino también a los propios vegetales (v. 16): *«Los árboles de Jehová,* es decir, *los cedros* (como ejemplo más notable) *que Él plantó, en contraste con los que el hombre planta para su alimento o adorno, se llenan de savia,* sin necesitar que los riegue el hombre. Esto es aplicable, como lo vemos en 92:12–14, a los justos, quienes, por la gracia de Dios, no por el esfuerzo humano, están plantados en la casa *de Jehová y florecen en los atrios de nuestro Dios.* También éstos están llenos de la savia que produce frutos aceptables a Dios y útiles para el servicio del prójimo.

3. También tiene Dios cuidado en que hombres y animales tengan moradas en que habitar y cobijarse. A los hombres les ha dado razón y discreción para que construyan edificios para sí y para las bestias que tienen a su servicio; pero Él provee directamente de cobijo a otras criaturas: (A) A las aves; algunas anidan en los arbustos de junto a las aguas (v. 12) y allí cantan; otras anidan en árboles altos como los cedros (v. 17); *en su copa (o,* mejor, *en su cima) hace su casa la cigüeña* (v. 17b), pues no sólo anida en las copas de los árboles, sino, preferentemente, en lo alto de torres y campanarios. Dios alimenta a todos los pájaros (Mt. 6:26) y su *cantar* (v. 12) en honor del Creador debería servir de vergüenza a nuestro silencio. (B) Entre otros animales que no habitan bajo tejado construido por manos humanas, el salmista menciona *las cabras monteses* (lit. *escaladores*) o gamuzas, que tienen por morada las hendiduras rocosas de *las altas montañas* (lit. mejor que *«los riscos») y los safanes* (mejor que *«conejos»;* comp. con Lv. 11:5; Pr. 30:26) que tienen sus madrigueras entre las peñas. Cada animal busca cobijo en el lugar apropiado para cada uno, según les conduce el instinto puesto por Dios. Y, si Dios provee de esta manera para las criaturas inferiores, ¿acaso no será Él mismo amparo y cobijo para los suyos?

Versículos 19–30

Se nos exhorta y enseña aquí a alabar y enaltecer a Dios:

1. Por la constante sucesión del día y de la noche y del influjo del sol y de la luna sobre las estaciones del año. Los paganos los adoraban como a deidades, por lo que la Biblia aprovecha todas las ocasiones para mostrar que los dioses que ellos adoraban son criaturas del único Dios verdadero (v. 19). Se menciona primero la luna porque el día comenzaba al venir la noche. (A) *«Traes las tinieblas y se hace de noche»* (v. 20). La noche es oscura, negra; sin embargo, contribuye a la belleza de la naturaleza y sirve de contraste, de sombra, a la luz del día. Protegidos por la oscuridad de la noche, los animales de la selva *corretean,* y los leones se abalanzan tras la presa (vv. 20b–21), porque de día se les asusta o se les espanta. (B) La luz del amanecer estimula a los hombres a comenzar sus quehaceres, mientras las bestias se recogen a descansar (vv. 22, 23). Mientras las fieras se recogen en sus guaridas con miedo, el hombre sale a trabajar confiado, como quien tiene dominio sobre el mundo animal.

2. Así como *la tierra está llena de las criaturas* (heb. *quinyanejá,* del verbo *qanah,* adquirir—v. Gn. 4:1—, en conexión con el Hacedor, que en hebreo es *qoneh),* así también *el grande y anchuroso mar* (vv. 24–26). Dios le ha asignado su lugar y ha hecho que resulte útil al hombre, no sólo para la navegación, sino para su sustento por la abundancia y variedad de peces.

3. Por la provisión que ha hecho para todos los seres vivientes de este mundo (vv. 27–28). Dios es bienhechor munificente para todos: *«Todos ellos esperan en ti, para que les des su comida a su tiempo».* Hasta las criaturas más bajas y despreciables lo reconocen de alguna manera pues *atrapan* el alimento tan pronto como Dios se lo da como alargándoles su mano y saben muy bien cuándo es el tiempo oportuno para tomarlo (comp. con 145:15, 16).

4. Por el poder absoluto y el soberano dominio que ejerce sobre todas las criaturas, al hacer que se perpetúen las especies, mientras van desapareciendo los individuos de cada una (vv. 29, 30): *«Les retiras el aliento* (lit. *el espíritu), dejan de existir,* y vuelven al polvo de donde salieron, como el hombre, con la diferencia de que el hombre posee un espíritu que no desciende a la tierra, sino que *vuelve a Dios»* (Ec. 12:7). Aunque una generación desaparezca, otra surge por la continua *creación* de Dios mediante su *Espíritu* (v. 30; no *«soplo»;* comp. con Gn. 1:2), con lo que *se renueva la faz de la tierra;* en el reino vegetal, a la aparente muerte del invierno sigue la nueva vida de la primavera.

En medio de este discurso, o poema, el salmista estalla en un canto de asombro y alabanza (v. 24): *«¡Cuán innumerables son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría».*

Versículos 31–35

El salmista concluye su meditación con:

1. Alabanzas a Dios (v. 31): *«Sea la gloria de Jehová para siempre».* Esta gloria perdurará hasta el final de los tiempos en las obras de la creación y de la providencia; perdurará por toda la eternidad en la felicidad y adoración de los santos y de los ángeles. La gloria humana se desvanece, pero la gloria de Dios se engrandece más y más: *«¡Alégrese Jehová en sus obras!»* (v. 31b). Nosotros, a veces, hacemos cosas en las que, al volverlas a mirar, no nos complacemos, sino que desearíamos no haberlas hecho. Pero Dios siempre se alegra en sus obras, porque están hechas con infinita sabiduría. Y, como Dios de infinito poder, *«mira a la tierra, y ella tiembla,* como incapaz de soportar la mirada del Soberano Hacedor (quizá se aluda a los terremotos); *toca los montes y humean* (quizá se aluda a las erupciones volcánicas)». ¿Quién, pues, se atreverá a desafiar a Dios? (v. 1 Co. 10:22). Al depender de Dios como Creador y Conservador de nuestro ser, deberíamos seguir alabando a Dios mientras nos dure el ser, como esperamos hacerlo, por toda la eternidad, en el Cielo.

2. Gozo para sí mismo (v. 34): *«Que le sea agradable* (el vocablo se usa para las ofrendas de olor suave; comp. con Jer. 6:20, Os. 9:4) *mi meditación»* (comp. 19:14), pues él la ofrece a Dios de corazón, y se goza con ello: «Yo *tengo mi gozo en Jehová».* Así como *Jehová se alegra en sus obras* (v. 31b), el salmista se alegra en su Hacedor.

3. Terror para los malvados (v. 35): «*Sean barridos de la tierra* los pecadores, y los impíos dejen de existir, como una nota discordante en el bello mundo de la creación». Así, pues, más que una imprecación, es, como dice Kirkpatrick, «una solemne oración por la restauración de la armonía de la creación». Acabados los impíos, o convertidos en piadosos, la creación resplandecerá en toda su belleza.

El salmista termina el salmo como lo comenzó *(«Bendice, alma mía a Jehová»),* pero añade una palabra, que ocurre aquí por primera vez, y únicamente en el Salterio, pero ha pasado a ser popular, tanto en las sinagogas como en las iglesias cristianas: *Aleluya* (hebr. *halleluyah,* alabad a *Yah*). Según Graetz, «era el término usado por los levitas, al oficiar en el templo, como señal para que la congregación se uniese a ellos en las alabanzas a Dios».

SALMO 105

Este largo salmo fue compuesto, con la mayor probabilidad, después del regreso de la cautividad de Babilonia. Como el 78, nos ofrece una vista retrospectiva de lo que Dios hizo con Abraham y sus descendientes hasta el tiempo en que los israelitas tomaron posesión de la Tierra Prometida. Tras el

prefacio (vv. 1–7), vemos: I. El pacto de Dios con los patriarcas (vv. 8–11). II. Su cuidado de ellos mientras iban peregrinando (vv. 12–15). III. Un resumen de la historia de José con su promoción a primer ministro de Egipto (vv. 16–22). IV. El incremento de Israel en Egipto y su liberación de Egipto (vv. 23–38). V. El cuidado que tuvo de ellos en el desierto y su asentamiento en Canaán (vv. 39–45).

Versículos 1–7

I. Invitación a glorificar el nombre de Dios.

(A) Hemos de *darle gracias* (v. 1), como a quien siempre ha sido nuestro munificentísimo bienhechor.

(B) Hemos de *invocar su nombre* (v. 1), pues de Él dependemos para recibir todo favor. Orar por nuevos favores es reconocer los favores ya recibidos.

(C) *Demos a conocer sus obras* (v. 1b), para que otros se unan a nosotros en las divinas alabanzas. *Pregonemos todas sus obras maravillosas* (v. 2), como hablamos de las cosas que nos llenan de gozoso asombro. Deberíamos hablar de ellas *estando en casa y andando por el camino* (Dt. 6:7).

(D) *Cantemos salmos* (v. 2) en honor de Dios, como gozándonos en Él y deseemos dar testimonio de ese gozo y trasmitirlo a la posteridad, como pasaban de mano en mano antiguamente, en poemas y romances, los hechos memorables, cuando escaseaban los escritos.

(E) *Gloriémonos en su santo nombre* (v. 3, comp. con 33:21), no en nuestras propias realizaciones, sino en el que obra en nosotros y por nosotros (Jer. 9:23, 24).

(F) *Busquémosle* (v. 4); pongamos en Él nuestra felicidad, busquemos su *poder,* es decir, su gracia, la fuerza de su Espíritu para obrar en nosotros lo que es bueno, agradable y perfecto (Ro. 12:1), lo cual no podemos hacer nosotros por nuestras propias fuerzas, sino por la fuerza derivada de Él; busquemos su *rostro* mientras estamos en este mundo, y lo conseguiremos cuando vivamos en el otro mundo (v. Ap. 22:4), y aun entonces lo buscaremos en progresión infinita y eternamente satisfechos.

(G) «*Alégrese el corazón de los que buscan a Jehová* (v. 3b), pues saben que han hecho bien, ya que no se le busca en vano. Y, si tienen motivo para alegrarse los que le buscan ¡cuánto más los que le hallan!

2. Algunas razones para animarnos a cumplir esos deberes.

(A) Consideremos lo que ha dicho, así como lo que ha hecho, para comprometernos a seguirle. *Recordemos las maravillas* de su Providencia a favor nuestro (v. 5) y de los que nos han precedido—de los *portentos* a favor de su pueblo—(las plagas de Egipto) y de *los juicios* ejecutados contra los egipcios (Éx. 6:6; 7:4).

(B) Consideremos la relación con su pueblo (v. 6): *«Oh vosotros, descendencia de Abraham su siervo; hijos de Jacob, sus escogidos,* en el sentido que a continuación se expresa». Como si dijese: «Sois hijos de padres piadosos ¡no degeneréis! ¡Seguid las pisadas de aquellos cuyos honores y privilegios habéis heredado!»

Versículos 8–24

Aquí se nos exhorta, al alabar a Dios, a echar una mirada retrospectiva a los orígenes de Israel. Podemos aplicarlo a los orígenes de la Iglesia; hallaremos abundante materia de alabanza y acción de gracias en las historias de los Evangelios y de los Hechos de los Apóstoles, como el salmista la halla en las historias del Génesis y del Éxodo.

I. La promesa de Dios a los patriarcas, de que había de dar la tierra de Canaán en herencia a su posteridad, lo cual era tipo de la promesa de vida eterna, hecha en Cristo a todos los creyentes. En todas las obras maravillosas que hizo Dios por Israel, *se acordó para siempre de su pacto* (v. 8), y para siempre se acordará. En un lugar paralelo (1 Cr. 16:15), el texto masorético lo expone como un deber del pueblo: *«Acordaos siempre de su pacto»* (aunque es, sin duda, un error de los masoretas). Se llama *«pacto»* porque se requiere algo de parte de los recipiendarios como condición para el cumplimiento de la promesa. Véase en Hebreos 6:13, 14 a quiénes *juró por sí mismo.* El pacto mismo (v. 11): *«A ti te daré la tierra de Canaán».* Los patriarcas tenían derecho a ella, no por la providencia, sino por la promesa; y su descendencia había de entrar a poseerla como *porción o* suerte *de su heredad,* por natalicio, que es título

bien seguro; les había de llegar como un favor de Dios, no por sus méritos. El Cielo es nuestra heredad (Ef. 1:11). *«Y ésta es la promesa que Él nos hizo, la vida eterna»* (1 Jn. 2:25; comp. con Tit. 1:2).

II. Sus providencias con los patriarcas mientras aguardaban el cumplimiento de la promesa, por donde vemos el interés que Dios muestra por su pueblo en este mundo mientras aguardamos la entrada en la Canaán Celestial, pues *estas cosas les sucedieron a ellos como ejemplos* (v. 1 Co. 10:6) y estímulos para todos los herederos de la promesa, a fin de que vivan por fe como ellos vivieron.

1. Fueron protegidos y resguardados prodigiosamente y, como lo expresa la tradición judía, *reunidos bajo las alas de la divina majestad.* Esto es lo que se nos declara en los versículos 12–15. Estuvieron expuestos a muchos peligros, pero a los tres famosos patriarcas: Abraham, Isaac y Jacob, les fueron hechas grandes promesas; una y otra vez les dijo Jehová que Él sería su Dios. Aun en este mundo, no les faltó nada, pero, a fin de que se mostrase que hacía por ellos cosas extraordinarias, les ejercitó también con extraordinarias pruebas:

(A) Abraham fue llamado por Dios *cuando no era más que uno solo* (Is. 51:2). Véase cuán pocos eran al principio.

(B) Eran forasteros en todos los lugares y, por tanto, expuestos a los abusos de los nativos. Su religión misma era bastante para que se les considerase como *moteada ave de rapiña* que concita la enemistad y la persecución de otras aves de rapiña (v. Jer. 12:9).

(C) No estaban asentados en un lugar fijo (v. 31): *«Andaban de nación en nación,* de una parte del país a otra, *de un reino a otro pueblo;* de Canaán a Egipto, de Egipto al país de los filisteos, forzados por el hambre. Pero eran guardados por una especial providencia de Dios (vv. 14, 15). No podían valerse a sí mismos. Sin embargo:

(D) A nadie se le permitió hacerles daño, pues aun los mismos que les odiaban se veían con las manos atadas y no podían hacer lo que querían (v. Gn. 26:11; 35:5). Dice Arconada: «Llama a los patriarcas *ungidos,* en sentido amplio de escogidos por Dios como instrumentos de su obra de salvación, y *profetas,* porque transmitían a otros la palabra de Dios que ellos recibían». Por eso, Abraham es llamado por Dios mismo *«profeta»* en Génesis 20:7.

2. También fueron alimentados prodigiosamente por Dios. Para poner a prueba su fe, Dios *quebrantó todo sustento de pan* (v. 16b) en la tierra donde vivía Jacob con sus hijos y nietos, pero pronto vino en socorro de ellos, por cuanto estaban allí y dependían de su promesa y, por eso, no podía permitir honrosamente el que les faltara lo más indispensable para vivir. Así como impidió que un Faraón les hiciese daño, así también suscitó otro Faraón que les hiciese el bien, al promover a José a gobernador del país, como vemos en el resumen que los versículos 16–22 nos ofrecen.

(A) Muchos años antes de que comenzase el hambre, *le envió delante de ellos* (v. 17), precisamente para que les remediase el hambre. No fue a Egipto como un emisario, sino *como esclavo* (v. 17b), esclavo de por vida, sin perspectiva humana de recobrar la libertad.

(B) Todavía descendió más abajo, pues de esclavo pasó a encarcelado (v. 18), por causa de una infame calumnia. Dice el hebreo (v. 18b): *«En el hierro entró su alma»,* frase poética, sumamente expresiva de los sufrimientos de la cárcel.

(C) Allí continuó, sin que se le entablara proceso, *hasta la hora en que se cumplió su predicción* (v. 19)—quizá la de sus propios sueños (Gn. 37:5–11), más bien que la de los sueños de 40:8 y ss.—y *le acreditó el dicho* (lit.) *de Jehová,* implícito en los sueños. Ese mismo *«dicho de Jehová»,* según otra versión del verbo hebreo, *«le puso a prueba».* Su fe hubo de ser puesta a prueba duramente cuando, en lugar de verse inmediatamente promocionado, se vio encarcelado (y, sin duda, durante varios años). Llega siempre la hora en que la palabra de Dios viene en auxilio de los que confían en Él (Hab. 2:3). *«Envió el rey y le soltó»* (v. 20). No sólo eso, sino que *lo puso por señor de su casa, y por gobernador de todas sus posesiones* (v. 21, comp. con Gn. 45:8). Así quedó José en disposición de *instruir* (más bien que *«reprimir») a los grandes* de Faraón, es decir a los altos funcionarios de la corte, y *de enseñar sabiduría a los ancianos* (v. 22), esto es, a los consejeros del rey.

3. En Egipto *se multiplicaron en gran manera* (v. 24), según la promesa hecha a los patriarcas, después que Jacob vino a Egipto (v. 23) con sus hijos y nietos.

Versículos 25–45

Tras la historia de los patriarcas viene la historia del pueblo de Israel, luego que llegó a ser nación.

1. Su aflicción en Egipto (v. 25): «Cambió el corazón de los egipcios, que les habían acogido y protegido, para *que aborreciesen* a su *pueblo* y tramasen astutamente *el mal contra sus siervos* (v. 25). La bondad de Dios con su pueblo exasperaba a los egipcios contra ellos. Se dice que Dios *cambió el corazón* de los adversarios de su propio pueblo, como una manera de expresar los admirables designios de la Providencia de Dios a fin de provocar así el éxodo de Israel de Egipto. En Éxodo 1, podemos ver los astutos planes del Faraón para acabar con los niños varones de los israelitas.

2. Su liberación de Egipto, la cual, para que no la olvidasen, figura siempre como prólogo a los diez mandamientos (Éx. 20:2; Dt. 5:6).

(A) Los instrumentos de que se sirvió Dios para tal liberación (v. 26): *«Envió a su siervo Moisés* (así llamado desde Éx. 14:31) y a su hermano *Aarón»*. A1 primero lo escogió para ser el primer magistrado de la nación; al segundo, para ser el primero, y sumo, sacerdote.

(B) Los medios para llevar a cabo la liberación fueron las plagas de Egipto (vv. 27–36). Casi todas se especifican aquí, aunque no en el mismo orden en que sucedieron: (a) La plaga de tinieblas (v. 28), que fue una de las últimas, aunque aquí se menciona la primera, quizá por la importancia que los egipcios, adoradores del sol, daban a las tinieblas. El texto hebreo dice en la segunda parte del versículo: *«Y no fueron rebeldes a la palabra de Él»,* expresión extraña que tal vez se ponga aquí en contraste con lo sucedido en Meribá (Nm. 20:24; 27:14). La mayoría de los MSS de los LXX suprimen el *«no» y* resuelven la dificultad al aplicar la frase a los egipcios (como lo hacen la mayoría de las versiones). La *Nueva Versión Internacional* encabeza la frase con una interrogación: *«¿Acaso no habían sido rebeldes a sus palabras?»* no muy conforme con las reglas gramaticales del hebreo; todo esto es nota del traductor). (b) La conversión de las aguas del Nilo (que los egipcios adoraban) en sangre (v. 29), con la consiguiente muerte de los peces; ésta fue, en realidad, la primera plaga (v. Éx. 7:14 y ss.). (c) En tercer lugar, viene la que fue segunda plaga (Éx. 8:1 y ss.). (d) A continuación, la cuarta y la tercera plagas (Éx. 8:20 y ss.; 8:12 y ss.). (e) Sigue la plaga de granizo (vv. 32, 33, comp. con Éx. 9:18 y ss.), con los destrozos que causó en el arbolado. (f) Con la omisión de las plagas quinta y sexta, pasa a la octava (vv. 34, 35, comp. con Éx. 10:4 y ss.). (g) Concluye con la que dio el golpe final, la muerte de los *primogénitos* (v. 26, comp. con Éx. 11:1 y ss.).

(C) Los beneficios que acompañaron a esta liberación. Se habían empobrecido y, sin embargo, salieron enriquecidos, pues *los sacó con plata y oro* (v. 37). La vida les había resultado amarga; estaban quebrantados de cuerpo y espíritu; sin embargo, cuando Dios los sacó, *no hubo en sus tribus ninguno que flaqueara,* ni de enfermedad, ni de cansancio (comp. Is. 5:27). Habían sido perseguidos e insultados, pero salieron con honor (v. 38). Sus años se habían pasado en la tristeza y las penalidades de la esclavitud pero los sacó con gozo (v. 43).

(D) El cuidado especial que tuvo de ellos en el desierto (vv. 39–42). *«Extendió una nube por cubierta»* (v. 39, comp. con Éx. 13:21), no sólo como sombrilla, sino también como lienzo pomposo. Las nubes son presentadas, a veces, como pabellón de Dios (v. 18:11); aquí es pabellón de Israel. Y «para *alumbrar la noche»,* la columna era de *«fuego»* (comp. con Éx. 14:20). También los alimentó, no sólo con el pan necesario, sino también con manjares exquisitos (v. 40), conforme le *«pidieron»*. Y, para apagar su sed, *«abrió la peña y fluyeron aguas»* (v. 41).

(E) Su entrada, por fin, en Canaán (v. 44): *«Les dio las tierras de los gentiles* y, así, *heredaron las labores de los pueblos,* es decir, el fruto de los trabajos de los pueblos que habitaban la región: las casas que habían edificado y las plantaciones que habían hecho antes de que llegasen los israelitas.

(F) Los motivos por los que Dios llevó a cabo todo esto a favor de ellos: (a) Porque quería cumplir las promesas que les había hecho (v. 42): *«Porque se acordó de su santa palabra* (de la palabra garantizada por su santidad) *dada a Abraham su siervo»,* y no podía permitir que cayese de esa palabra ni una jota ni una tilde (v. Dt. 7:8). (b) Porque quería que ellos cumpliesen los preceptos de su palabra, a fin de que quedasen ligados al mejor beneficio que pudo concederles. Habiéndoles dispensado tantos beneficios, bien podían recibir con todo gozo sus *estatutos y cumplir sus leyes* (v. 45), pues estaban designadas para el mayor bien de ellos, por lo que debían ser no sólo obedientes, sino agradecidos, a la voluntad de Dios. Y el *aleluya* con que concluye el salmo puede entenderse como un agradecido reconocimiento de los favores de Dios.

SALMO 106

Hemos de glorificar a Dios, no sólo mediante el reconocimiento de sus bondades, sino también mediante la confesión de nuestras maldades. Es opinión común que este salmo es un complemento del anterior y que fue redactado por la misma persona a fin de poner de relieve la infidelidad de Israel en agudo contraste con la fidelidad de Dios. I. Tenemos, en primer lugar, una especie de prólogo que expresa alabanzas a Dios (vv. 1, 2), consuelo para su pueblo (v. 3), y deseo de que Dios les conceda más favores (vv. 4, 5). II. Sigue luego la narración, y menciona los pecados de Israel, agravados por los grandes beneficios recibidos de Dios. Sus provocaciones junto al mar Rojo (vv. 6–12), sus deseos desordenados (vv. 13–15), sus motines (vv. 16–18), su adoración del becerro de oro (vv. 19–23), sus murmuraciones (vv. 24–27), sus abominaciones en Baal-Peor (vv. 28–31), sus querellas contra Moisés (vv. 32, 33) y su seguimiento de las costumbres paganas de los cananeos (vv. 34–39). A esto sigue el relato de los castigos con que Dios les afligió, aunque los salvó de la destrucción total (vv. 40–46). III. El salmo concluye con oración y alabanza (vv. 47, 48).

Versículos 1–5

1. Bendigamos a Dios (vv. 1, 2). Démosle gracias por su bondad, y gloria por su grandeza, por sus *poderosas obras.* Por mucho que las ensalcemos, nunca será bastante.

2. Bendigamos al pueblo de Dios, teniéndole por *dichoso* (v. 3). Pueblo de Dios son los que mantienen principios sanos. *Los que guardan el derecho,* esto es, observan lo prescrito, y *practican la justicia* con los demás *en todo tiempo,* es decir, de modo constante.

3. Bendigámonos a nosotros mismos en el favor de Dios, pongamos en Él nuestra dicha y busquémosla, en consecuencia, con toda seriedad (vv. 4, 5). Así como hay en el mundo un pueblo que es el pueblo de Dios de una manera especial, así también hay favores especiales que Dios otorga a ese pueblo, y que son deseados por todas las almas piadosas: «*Visítame con tu salvación, para ver la dicha de tus escogidos,* cuando vuelvan a ver la prosperidad» (vv. 4, 5). El salmista desea participar en la alegría del pueblo al que pertenece, cuando vengan tiempos mejores.

Versículos 6–12

Viene ahora una confesión de los pecados, muy apropiada ahora que el pueblo pasaba por apuros. Así debemos justificar a Dios en todo lo que nos envía para corregirnos, y reconocer que ha hecho bien, pues nosotros habíamos obrado mal.

1. El pueblo de Dios reconoce, en su aflicción, que han sido culpables delante de Dios (v. 6): *«Hemos pecado con* (lit.) *nuestros padres, hemos hecho iniquidad, hemos obrado malvadamente».* Es de notar aquí: (A) La idea de solidaridad nacional en los pecados individuales. No es pecado de imitación *(«como»),* sino de complicidad *(«con»).* (b) En un solo versículo (comp. con 1 R. 8:47) entran los tres vocablos hebreos que, con distinto matiz, designan el pecado; *jatá,* el pecado en general equivalente a «errar el blanco»; *avén,* iniquidad, maldad, y *reshá,* perfidia o rebeldía. Hay una gradación de menos a más: error, maldad, rebeldía.

2. Se lamentan del pecado desafiante de sus padres cuando estaban siendo formados como nación.

(A) La extraña estupidez de Israel en medio de los favores que Dios les dispensaba (v. 7): *«No entendieron tus maravillas».* Pensaban que las plagas de Egipto eran sólo para sacarlos de Egipto, mientras que tenían por objeto principal instruirles y convencerles; no sólo para obligarles a salir de la esclavitud de Egipto, sino para curarlos de la inclinación a la idolatría de Egipto. Perdemos los beneficios de la Providencia por falta de entendimiento. Y así como su inteligencia era obtusa, así también su memoria era oscura (v. 7b): *«No se acordaron de la muchedumbre de tus misericordias».*

(B) Su perversidad brotaba de su estupidez (v. 7c): *«Se rebelaron junto al mar, en el mar Rojo,* pues desconfiaron de Dios en su desespero y desearon no haber salido de Egipto» (v. Éx. 14:11, 12). Como si el poder que Dios había ejercitado a favor de ellos careciese de amor y compasión; hasta llegar a decir que *los había sacado para matarlos en el desierto.*

(C) La gran salvación que obró Dios a favor de ellos a pesar de sus provocaciones (vv. 8–11). Hizo en el mar una avenida para que pasasen por él a pie enjuto y se interpuso entre ellos y los que les perseguían, librándoles así de una muerte segura. El mar Rojo fue para ellos una avenida, mientras para los egipcios fue un cementerio (Éx. 14:30). Les hizo este gran favor a pesar de que no se lo merecían, pues el desmerecimiento de ellos no iba a alterar las promesas de Dios ni impedirle que las cumpliera, como dijo Moisés en su oración de Números 14:17–19: Yo *te ruego que sea magnificado el poder del Señor … perdona ahora la iniquidad de este pueblo según la grandeza de tu misericordia».* El poder del Dios de la gracia al perdonar el pecado y salvar a los pecadores es tan grande y tan digno de admiración como el poder del Dios de la naturaleza al dividir las aguas del mar Rojo.

(D) La gran impresión que esto hizo en ellos a la sazón (v. 12): *Entonces creyeron a sus palabras,* reconocieron que Dios estaba de veras con ellos y que, por compasión a ellos, no para matarlos, los había sacado de Egipto; y *cantaron su alabanza* con el cántico que compuso Moisés en aquella ocasión (Éx. 14:31; 15:1 y ss.).

Versículos 13–33

Aquí tenemos un resumen de la historia de las provocaciones de Israel en el desierto, y este resumen es todavía resumido por el apóstol en la aplicación que hace a los cristianos (1 Co. 10:5 y ss.).

1. La causa de su pecado fue el olvido de las palabras y de las obras de Dios (v. 13). No tuvieron en cuenta lo que había hecho por ellos: *«Pronto olvidaron* (lit. *se apresuraron a olvidar) sus obras; no aguardaron a su consejo,* es decir, no esperaron a que Dios les revelase el designio que tenía con respecto a ellos». Esperaban impacientemente entrar pronto en Canaán y, como tardaban en entrar, pensaron que nunca entrarían allá. De nuevo leemos (vv. 21, 22): *«Olvidaron al Dios de su salvación, etc.».* Quienes olvidan la salvación de Dios, pronto olvidan al Dios de la salvación. No tenían paciencia para esperar a que llegase el tiempo de Dios y pensaron como el mal siervo de Mateo 24:48: *«Mi Señor se tarda en venir».*

2. Se mencionan aquí muchos de sus pecados, junto con las señales del desagrado de Dios a causa de ellos.

(A) Querían comer carne (v. 14), pero no creían que Dios pudiese proporcionársela. Estaban a poca distancia de Canaán, pero no tuvieron paciencia para esperar a entrar para poder comer carne. *«Él les dio lo que pidieron,* pero lo dio enojado y con maldición, *pues envió,* no vigor, sino *extenuación a sus vidas»* (v. 15, lit.). Leemos en Números 11:33 que *hirió Jehová al pueblo con una plaga muy grande,* cuando *aún estaba la carne entre los dientes de ellos.* El nombre que le puso al lugar aquel *(Kibrot-hattaavá,* sepulcros de concupiscencia) quedó como memorial perpetuo de aquel pecado y de su castigo.

(B) Se querellaron del gobierno que Dios había establecido para Israel, tanto en lo civil como en lo religioso: «*tuvieron envidia de Moisés* el jefe de la nación y generalísimo del campamento, y *de Aarón, el santo de Jehová,* esto es, el designado por Dios para ejercer el sumo sacerdocio» (v. 16). Parece ser que Coré, de la tribu de Leví, aspiraba a ese cargo, mientras Datán y Abiram, de la tribu de Rubén, primogénito de Jacob, aspirarían a la suprema magistratura. Se nos dice en los versículos 17 y 18 el desagrado que esto causó a Dios. Tenemos en Números 16:32, 35, los detalles de esta historia. Los que se rebelaron contra la autoridad civil fueron castigados por medio de la *tierra,* que se los *tragó.* Los que se rebelaron contra la autoridad religiosa fueron castigados por medio del *fuego,* y fueron sacrificados a la justicia divina al intentar usurpar el derecho de ofrecer sacrificios.

(C) Fabricaron y adoraron un becerro de oro, y esto en Horeb, donde se había dado la Ley y donde Dios había dicho expresamente (Éx. 20:4, 5): *«No te harás imagen … No te postrarás ante ellas».* Pero ellos hicieron ambas cosas (v. 19): *«Hicieron un becerro en Horeb, se postraron ante una imagen de fundición».* De esta manera hicieron afrenta a las dos luces que Dios puso para iluminar el camino de la conducta humana: (a) La luz de la razón, pues *cambiaron su gloria* (la de Dios, aunque los antiguos escribas, por un falso sentido de reverencia, cambiaron la terminación del vocablo hebreo para que significase la gloria *de ellos) por la imagen de un buey* (comp. con Ro. 1:23), del buey Apis, uno de los ídolos egipcios, *que come hierba* (v. 20), lo cual no puede ser más grosero y escandaloso. (b) La luz de la revelación, que les fue hecha, no sólo en las palabras que Dios les habló, sino también en las cosas que obró a favor de ellos (vv. 21, 22). Por ello, *Dios trató de exterminarlos,* y de cierto lo habría hecho, *de no haberse interpuesto Moisés su escogido delante de Él* (v. 23), es decir, en la brecha entre Dios y el

pueblo, «como un soldado—dice Cohen—que, con peligro de su vida, ocupa el puesto en que el enemigo ha hecho una brecha en los muros de la ciudad» (v. Éx. 32:9–14). Véase el poder de la oración y véase también aquí, en Moisés, un tipo de Cristo, *escogido* de Dios, en quien Dios *tiene sus complacencias* y que *vive siempre para interceder por nosotros* (He. 7:25).

(D) Dieron crédito al informe que del país de Canaán dieron los malos espías, en contra de la promesa de Dios (v. 24b), y trataron de escoger un capitán que les condujese de regreso a Egipto, y acusaron vilmente a Dios de querer llevarlos a la tierra prometida para que fuesen presa de los cananeos (Nm. 14:2, 3). Y, cuando se les hizo a la memoria el poder y la promesa de Dios, lejos de escuchar la voz del Señor, intentaron apedrear a los que les decían la verdad (Nm. 14:10). También esto desagradó grandemente a Dios, pues juró en su enojo que no habían de entrar en su reposo (Nm. 14:28; Sal. 95:11) y que había de *aventar su estirpe entre las naciones y esparcirlos por las tierras* (v. 27, comp. con Ez. 20:23).

(E) Fueron también culpables de un gran pecado en el asunto de Baal-peor; éste fue el gran pecado de la nueva generación, cuando estaban a punto de entrar en Canaán (v. 28): *«Se unieron al Baal de Peor»* (Nm. 25:1–3), deidad pagana adorada en Peor, con lo que se prostituyeron espiritual y corporalmente. Quienes tantas veces habían participado del altar del Dios viviente, *comieron* ahora *los sacrificios de los muertos*, es decir, ofrecidos a dioses muertos. De esta forma, *provocaron la ira de Dios con sus acciones* (v. 29). Dios los castigó con una plaga que se llevó por delante, en poco tiempo, a 24.000 de estos desvergonzados pecadores. Dios estimuló a Pinjás, el futuro sumo sacerdote, para que usase su poder al servicio de la nación, suprimiese drásticamente el pecado y librase del contagio al resto del pueblo. En su celo por el Dios de las huestes, ejecutó a Zimrí y a Cozbí, algo que agradó tanto a Dios que *se detuvo la plaga* (v. 30). A Pinjás *le fue contado para justicia* (v. 31. Lit.), lo mismo que a Abraham (comp. con Gn. 15:6), *de generación en generación*, pues Dios estableció con él *el pacto del sacerdocio perpetuo* (Nm. 25:13). Es cierto que, por algún tiempo (no sabemos por qué), el sumo sacerdocio pasó a la rama de su tío Itamar en la época de los Jueces, pero volvió a la rama de Eleazar, en tiempo de Salomón, en la persona de Sadoc.

(F) Sus continuas murmuraciones hasta el final mismo de sus andanzas por el desierto, pues en el último año de su peregrinación por el desierto, *irritaron a Dios en las aguas de Meribá* (v. 32), como vemos en Números 20:3–5, y *le fue mal a Moisés por causa de ellos*, pues perdió la paciencia y *habló inconsideradamente* (v. 33), pues dijo: *«¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?»* (Nm. 20:10). Dios mostró su desagrado contra este pecado y no permitió que Moisés ni Aarón entrasen en Canaán a causa de la forma en que obraron en esta ocasión. Si tan severamente trató a Moisés por unas palabras *inconsideradas*, ¿qué castigo no merecerá el pueblo por haber hablado tantas veces palabras perversas? Dios les quitó a Moisés en un tiempo en que más lo necesitaban, con lo que su muerte fue un castigo mayor para ellos que para él.

Versículos 34–38

1. La narración concluye con el relato de la conducta de Israel en Canaán, que fue muy parecida a la que mostraron en el desierto, y de la forma que Dios les trató, que, como siempre, fue una mezcla de justicia y de misericordia.

(A) Continuaron con su provocación a Dios. Cuando estuvieron asentados en Canaán, se corrompieron con costumbres paganas y dejaron a Dios. *No exterminaron a los pueblos que Jehová les dijo* (v. 34). Se prometieron a sí mismos que, no obstante, no se habían de unir a ellos en ninguna amistad peligrosa; pero lo que leemos a continuación (v. 35) es que *se mezclaron con los gentiles y aprendieron sus obras* (lit.). Este pecado tuvo como consecuencia otros muchos y les atrajo los juicios de Dios contra ellos. Cuando se unieron a los gentiles en algunos de sus servicios idolátricos, poco pensaban que iban a ser culpables del horrendo y bárbaro crimen de *sacrificar sus hijos y sus hijas a los demonios* (hebr. *shedim*, comp. con Dt. 32:17), y *derramar* esa *sangre inocente … en sacrificio a los ídolos de Canaán* (vv. 37, 38). El término *shedim* es, según Cohen, «el asirio shedu, nombre dado a los enormes ídolos, en forma de toros alados, colocados a la entrada de los templos asirios». Véase cómo *se contaminaron* a sí mismos y, por culpa de ellos, *la tierra misma fue contaminada* (vv. 38, 39).

(B) Dios los castigó entregándolos en manos de sus enemigos (vv. 40–42). ¿Qué otra cosa podían esperar? Tan enfadado estaba con ellos que *abominó su heredad* (v. 40b). Esto es lo peor del pecado, el que provoca la repugnancia de Dios; y cuanto más cercanos están a Dios en lo que profesan ser, tanto más

abominables se hacen a Dios en lo que realmente son, como un estercolero puesto junto a nuestra misma puerta. El castigo correspondió al pecado: *se habían mezclado con los gentiles y aprendido sus obras* (v. 35), pero los gentiles los odiaron *y oprimieron* (v. 42); justamente usó Dios a sus enemigos como a instrumentos para corregir a su pueblo. De esta forma, los apóstatas pierden el amor y todo lo bueno que hay del lado de Dios, y no ganan nada del lado de Satanás (comp. Ro. 6:23).

(C) Dios les aliviaba de vez en cuando, pero volvían a sus pecados y Dios volvía a castigarles. Esto se refiere al tiempo de los Jueces cuando Dios suscitaba libertadores como Gedeón, Jefté y Sansón, pero ellos recaían en la idolatría (v. 43). Predominaba la compasión de Dios y *oía su clamor* (comp. con Éx. 3:7), cuando *estaban* ellos *en angustia* (v. 44); *se acordaba de su pacto con ellos y se arrepentía* (lit.) *conforme a la muchedumbre de sus misericordias* (v. 45, comp. con 90:13; Éx. 32:14). Aunque Dios *no es hombre para que se arrepienta* como para cambiar de mentalidad (1 S. 16:29), pero en su gracia o en su justicia, cambia de procedimiento (1 S. 16.35). Por malos que ellos fuesen, Él no iba a quebrantar sus promesas. Así que, no sólo frenó el resto de la ira de sus enemigos, sino que suscitó en el corazón de esos mismos enemigos compasión hacia ellos (v. 46, comp. con 1 R. 8:50). Grande es, en verdad, el poder de Dios para convertir en corazones de carne los corazones de piedra (comp. Ez. 36:26, aunque en otro contexto).

2. Concluye el salmo con oración y alabanza. (A) Oración para que sea completa la liberación del pueblo—probablemente, del exilio en Babilonia, a lo que parecen apuntar los vv. 43c y 46—y, *recogidos* así *de las naciones,* puedan *dar gracias* (lit.) *al nombre de Jehová y cantar victoria en alabanza de Él* (v. 47). (B) La alabanza o doxología del versículo 48 es una añadidura posterior y cierra el Libro IV del Salterio de forma semejante al cierre de los otros tres Libros anteriores (v. Sal. 41, 72 y 89), aunque con otra añadidura, peculiar de este salmo: *«Y diga todo el pueblo: Amén, aleluya».*

SALMO 107

El salmista observa aquí algunos ejemplos de la providencia de Dios a favor de los hombres en general, y especialmente en las aflicciones que sufren, pues es Dios de todos los hombres (1 Ti. 2:5). Había quienes no pertenecían a la congregación de Israel, pero eran adoradores del verdadero Dios; incluso quienes adoraban a las imágenes tenían algún conocimiento del Supremo Numen, al que, cuando se veían en apuros, alzaban la mirada por encima de todos sus falsos dioses. y de éstos se preocupaba Dios, cuando ellos oraban en sus aflicciones. I. El salmista especifica algunas de las calamidades comunes de la vida humana y muestra el socorro de Dios a los que sufren bajo ellas cuando acuden a Él en oración: 1. Exilio y dispersión (vv. 2–9). 2. Cautividad y encarcelamiento (vv. 10–16). 3. Diversas enfermedades (vv. 17–22). 4. Peligros en el mar (vv. 23–32). II. Especifica algunos sucesos concernientes a naciones y familias, en los que las personas piadosas han de ver la mano de Dios, con gozoso reconocimiento de sus bondades (vv. 33–43).

Versículos 1–9

1. Llamamiento general a todos a dar gracias a Dios (v. 1, comp. con 106:1).

2. Llamada particular a los *redimidos de Jehová* (comp. con Is. 62:12), la cual puede aplicarse de algún modo a *los hijos de Dios que estaban dispersos,* por quienes Cristo murió *a fin de congregarlos en uno* (Jn. 11:52). Pero aquí se trata de una liberación temporal (vv. 2, 3), llevada a cabo cuando *clamaron a Jehová* (v. 6), frase que se repite como un estribillo en los versículos 13, 19 y 28. (A) Estaban en un país enemigo, pero Dios *los redimió* de allí (v. 2). (B) Estaban dispersos como si fuesen desechados, pero Dios los congregó de todas las tierras a las que habían sido arrojados (v. 3). Dios conoce quiénes son los suyos y dónde ha de encontrarlos. (C) Eran presa del desconcierto, sin rumbo fijo ni lugar de descanso (v. 4): *«Anduvieron errantes por el desierto, etc.»,* pero Dios *los dirigió por camino derecho* (v. 7), *para que viniesen a ciudad habitable:* por la vía rápida y a lugar donde pudiesen morar. (D) Iban a perecer de hambre (v. 5), pero Dios los sació (v. 9, comp. con Jer. 31:25). El mismo Dios que nos ha conducido por la vida nos ha provisto también hasta hoy del alimento necesario. Por todos estos favores, ellos (así como nosotros, deben corresponder con gratitud (v. 8): *«Den gracias a Jehová por su amor misericordioso,* por

su bondad hacia ellos, y *por sus obras maravillosas para con los hijos de los hombres,* para con todos. También este versículo se repite como estribillo en los versículos 15, 21 y 31.

Versículos 10–16

La bondad de Dios con los cautivos. Se dice de ellos que *estaban sentados* (lit.) *en tinieblas,* lo que indica desconsuelo (comp. con Is. 42:7) pero podría tomarse también a la letra, pues los calabozos estaban en completa oscuridad; y *en sombra de muerte* (comp. 23:4), lo que insinúa grave peligro. Sus padecimientos eran físicos y morales (v. 10b), y todo ello era el castigo por haber transgredido la ley de Dios (v. 11), pensamiento que se repite en los versículos 17 y 34; pero el propósito, siempre amoroso, de Dios en esta aflicción, a pesar de que ellos *despreciaron ese plan* (v. 11b), era *humillarles* (lit.) *el corazón* (v. 12), es decir, llevarlos a la «contrición», para que invocasen al Señor (v. 13), pues el deber del afligido es orar (Stg. 5:13). Quienes no parecen tener tiempo para orar cuando están libres lo tienen en abundancia cuando están en prisión; allí ven claramente la necesidad que tienen de Dios, aunque antes pensasen que podían pasarlo bien sin Él. Dios los libró de la aflicción y de la prisión (vv. 13b, 14). A los que estaban atados, les *rompió las ataduras*; a los que estaban *en hierros,* les *desmenuzó los cerrojos de hierro* (vv. 14–16). No se contentó con abrir las puertas, sino que *las quebrantó* para que no volviesen a ser encerrados (comp. con Is. 45:2).

Versículos 17–22

Las enfermedades corporales son también calamidades propias de esta vida, que nos dan oportunidades de experimentar la bondad de Dios.

1. Si no tuviésemos pecado, no tendríamos enfermedad. Toda enfermedad es fruto del pecado común, y muchas enfermedades son efecto de los pecados personales. El pecador es un insensato; no sólo va contra sus intereses espirituales, sino también contra los materiales pues daña su salud corporal mediante la intemperancia y pone en peligro su vida al dar rienda suelta a sus concupiscencias. Los que se aficionan en extremo a la *comida que perece* (Jn. 6:27), cuando enferman les repugna, y los manjares que antes anhelaban, ahora les dan náuseas (v. 18). Y cuando el apetito se pierde, la vida está próxima a irse: *«Llegaron hasta las puertas de la muerte»* (v. 18b, comp. con 9:13). Así que (v. 19), *clamaron a Jehová en su angustia* (comp. Stg. 5:14). La oración es buen remedio contra la enfermedad.

2. La recuperación de la enfermedad se debe a la bondad y al poder de Dios, y a Él hemos de estar agradecidos por ello. *«Envió su palabra y los sanó»* (v. 20). Cristo curaba muchas veces con solo su palabra. La Palabra y el Espíritu curan la enfermedad espiritual, el pecado. La palabra de Dios es siempre *eficaz* (He. 4:12, comp. con Sal. 147:15–18). Muchas veces, esta palabra de Dios llega por medio de un mensajero humano (v. 2 R. 20:4, 5). Los que así se ven libres de la enfermedad deben *dar gracias* (lit.), *ofrecer sacrificios de acción de gracias* (lit. comp. 116:17) *y publicar sus obras con júbilo* (vv. 21, 22). La lengua, las manos y el corazón han de contribuir a esta alabanza.

Versículos 23–32

El salmista convoca ahora para dar gracias y gloria a Dios a los que han sido librados de los peligros del mar. Aunque los israelitas no se dedicaban, en general, al comercio marítimo, sí lo hacían sus vecinos los tirios y sidonios, y a ellos parece que va dirigida esta parte del salmo. Dice Arconada: «La situación es más bien fenicia por el viaje comercial por el ancho océano, las *muchas aguas,* en lugar del cabotaje costero».

1. El poder de Dios se manifiesta de manera especial en el mar (vv. 23, 24). De manera muy gráfica se describen las maravillas que Dios obra en los mares, no sólo por la abundancia de peces de tan variadas especies que allí habitan, sino también por las tremendas tempestades que allí se levantan (vv. 23–26). *Las profundidades* del versículo 24 pueden aludir a lo misterioso de los abismos; al hiperbólico *«descenso a los abismos»* del versículo 26 (comp. con Hch. 27:20; 2 Co. 11:25, 26), y a la intervención de Dios al apaciguar la tempestad.

2. Especialmente gráfica es la descripción de las angustias que sufren los marineros y pasajeros de las naves. Incluso los más avezados al oficio, con aquel *subir y bajar* (v. 26. Se refiere a los marineros no a

las olas), *se deslíen* de miedo (comp. con Éx. 15:15, donde ocurre el mismo verbo hebreo), se tambalean como borrachos y se hallan «en las últimas», sin que de nada les valga su pericia (v. 27). *Claman entonces a Jehová, etc.* (v. 28). Tenemos el dicho de: «El que quiera aprender a orar, que se haga a la mar», pero yo diría: «Los que hayan de hacerse a la mar, aprendan a orar». Los que viven en comunión con Dios, tienen siempre su ayuda cuando la necesitan, de forma que cuando se hallan «en las últimas» de su vida, no se hallan «en las últimas» de su fe. En respuesta a la oración, Dios calma la tempestad (v. 29), devuelve a los marineros la alegría (*al apaciguarse* las olas) y los guía a puerto (v. 30). Tanto Arconada como Cohen observan que el vocablo para «puerto» recibe en asirio, y en el Talmud, el significado de «ciudad». También en lo espiritual, después de las tempestades de esta vida, nos protege y guía nuestro Padre, hasta llevarnos al deseado puerto de los cielos.

Versículos 33–43

Después de glorificar a Dios por el alivio providencial otorgado a personas que se hallaban en apuros, el salmista le glorifica ahora por los cambios sorprendentes que con frecuencia efectúa en la naturaleza y en los asuntos de los hombres.

1. Pone algunos ejemplos de estos cambios: (A) Cambia en secano las tierras más fértiles, y en oasis de fertilidad los desiertos (vv. 33–35). Gran parte de las comodidades de esta vida dependen del suelo, cuya fertilidad original es estropeada por el pecado (v. 34b), aunque la bondad de Dios rectifica estos malos efectos (v. 35). (B) Levanta y hace prosperar a familias necesitadas, mientras empobrece a otras que estaban en abundancia y prosperidad: Los que estaban *hambrientos* van a vivir en lugares fértiles. Allí se establecen y fundan ciudades (v. 36). Pero, aunque la Providencia les de buen cobijo, ellos deben usar las manos para *sembrar y plantar* (v. 37). El trabajo del hombre ha de esperar la bendición de Dios, así como la bendición de Dios corona el trabajo del hombre (v. 38). Vemos, en cambio, a otros que al subir demasiado deprisa descendieron rápidamente hasta hundirse en la nada (v. 39). Los altos son abatidos, y los bajos son enaltecidos (vv. 40, 41). Ordinariamente, Dios abate a los que se ensalzan a sí mismos y les hace *andar errantes en un desierto sin camino* (v. 40b), con lo que alude, al parecer, a los gobernantes de las naciones invasoras (comp. con Job 12:21, 24). Esto nos enseña que no se ha de envidiar a los príncipes ni despreciar a los pobres, pues Dios tiene muchos modos de cambiar la situación de unos y otros.

2. Cambios tan sorprendentes como éstos sirven: (A) De solaz a los santos, pues ellos observan con placer estos cambios (v. 42). Gran consuelo es para toda persona buena ver cómo maneja Dios a los hombres del mismo modo que un alfarero a sus vasijas de barro, y contemplar cómo hace prosperar a los virtuosos otrora despreciados, y abatidos a los viciosos otrora envidiados (comp. con Job 22:19). (B) De silenciador a los pecadores, los cuales, al ver cómo en el pecado llevan la penitencia y cuán justamente obra Dios al quitarles los dones de los que tanto han abusado, no tienen palabras que proferir en defensa propia (v. 42b). (C) De satisfacción a los verdaderos sabios (v. 43), quienes ven en todos los asuntos de los hombres la mano de Dios (Os. 14:10). La meditación sobre el modo como obra la Providencia de Dios contribuye muchísimo a la buena formación del creyente.

SALMO 108

Este salmo está formado por dos porciones de otros salmos. Los versículos 1–5 están tomados de 57:7–11; y los versículos 6–12, de 60:5–12. «Parece claro—dice Cohen—que la selección y combinación se hicieron para el uso litúrgico en especiales circunstancias … Figura el nombre de David a la cabeza del salmo porque los dos salmos que le sirven de fuentes se atribuyen a David.» El salmista: I. Da gracias a Dios por los favores recibidos (vv. 1–5). II. Ora a Dios para que otorgue sus favores al país (vv. 6–13). La forma en que en un salmo determinado se combinan fragmentos de otros salmos nos insinúa que es también conveniente reunir versículos de varios salmos para cantarlos en los cultos.

Versículos 1–5

Podemos aprender aquí, de alguien experto en la materia, a cantar las divinas alabanzas.

1. Hemos de alabar a Dios con corazón bien *dispuesto* (lit. *firme).* Los pensamientos que tienden a vagar por muchos lados han de ser recogidos y puestos a trabajar en esa tarea importante y solemne (v. 1).

2. Hemos de alabar a Dios *con toda el alma* (v. 1b, *«sí, alma mía»,* pues ése es el significado aquí, como en 57:8, del vocablo *kabod,* gloria).

3. Hemos de alabar a Dios con devoción atenta (v. 2): *«Despiértate, salterio y arpa, etc.».* Hemos de estimularnos a alabar a Dios del modo más esmerado y vivo, no de una forma rutinaria y descuidada. La devoción férvida es la que honra a Dios.

4. Hemos de alabar a Dios públicamente (v. 3), como quienes no se avergüenzan de reconocer las obligaciones que tienen para con Él.

5. En nuestras alabanzas, hemos de enaltecer *la misericordia y la verdad* de Dios (v. 4). No podemos ver ahora más allá de los cielos y de las nubes, todavía nos queda por ver en el Cielo mucho más de la misericordia y de la verdad de Dios.

Versículos 6–13

Nuestras plegarias deben ser comunitarias en el sentido de que siempre hemos de tener en el corazón los intereses y problemas de la congregación (v. 6). Si son los *amados* de Dios, también deben ser *nuestros* amados (comp. 1 Jn. 5:1), por lo que debemos orar por su liberación. Una fe activa puede regocijarse en lo que Dios ha dicho, incluso antes de que Dios actúe, pues en Él no son dos cosas distintas el decir y el hacer, aun cuando lo sean en nosotros. Pueden observarse algunas pequeñas variantes con respecto al Salmo 60, del que están tomados los últimos ocho versículos de este salmo (véase el comentario a los salmos 57 y 60 para otros detalles). 1. En el versículo 9, se lee a la letra: *«Sobre Filistea daré vítores»,* mientras que en 60:9 dice (lit.): *«Filistea, ¡da vítores por causa mía!»* Comenta Maclaren: «La invitación a Filistea, que probablemente es un sarcasmo, se transforma aquí en plena expresión de triunfo». 2. En el versículo 10, Cohen hace notar que el vocablo hebreo para *«fortificada»,* es diferente del de 60:10 *(mibtsor* en el 108; *matsur* en el 60). 3. En el versículo 11, no aparece aquí explícito el pronombre *«tú»,* mientras que sí lo está en 60:11. Hay muchas otras variaciones de menor importancia, aunque interesantes para los hebraístas. Para los versículos 12 y 13—nota del traductor—M. Henry hace aplicaciones que omitió en el Salmo 60 y ponemos a continuación: «Hemos de buscar la ayuda de Dios, y renunciar a toda confianza en las criaturas (v. 12, comp. con Jer. 17:5 y ss.): *«Porque vana es la ayuda del hombre.* Así lo es y, por consiguiente, estamos perdidos si tú no nos ayudas; así lo comprendemos y, por eso, de ti dependemos para que nos socorras, y tenemos buenos motivos para hacerlo». Hemos de poner lo que está de nuestra parte, pero nada podemos de nosotros mismos; solamente *con Dios haremos proezas* (v. 13).

SALMO 109

Nota del traductor: Este salmo ha sido vehementemente criticado por las terribles maldiciones de los versículos 6–19, que, aun dentro de la mentalidad del Antiguo Testamento, suenan demasiado mal, especialmente si se acepta la autoría de David. Si se hace un cuidadoso análisis del texto, es menester—como advierte Bullinger—rellenar una elipsis al final del versículo 5, lo cual, como en otros lugares, se hace al añadir el verbo *decir,* del modo que veremos en su lugar. Esto significa que el comentario de M. Henry a dichos versículos 6–19 no nos sirve, pues lo supone en boca de David. Cohen hace notar que el salmista dice en el versículo 28: *«Maldigan ellos, pero bendice tú»,* «y es natural entender sus palabras como referentes a las imprecaciones que se hallan en el salmo. Serían extraordinarias (Cohen quiere decir "asombrosas") si procediesen de los labios de alguien que se había entregado precisamente a una orgía de maldiciones». I. El salmista clama y pide auxilio (vv. 1–5). II. Imprecaciones de sus enemigos (vv. 6–19). III. Apela él a la bondad de Dios (vv. 20–31).

Versículos 1–5

El inefable consuelo de todos los buenos es que, quienquiera esté contra ellos, Dios está por ellos.

1. El salmista apela aquí al juicio de Dios (v. 1): «No *calles,* sino *de tu presencia proceda mi vindicación* (17:2). No difieras hacer justicia, pues a ti apelo». El título que da aquí a Dios es: «*Oh Dios de mi alabanza,* esto es, el Dios a quien he alabado en el pasado por los favores que me ha concedido». En esa experiencia se apoya para acudir de nuevo a Él.

2. Se queja de sus enemigos. (A) «Son *malvados,* que se deleitan en hacer el mal (vv. 2–5). (B) Son *engañadores* (v. 2) en sus protestas de buena voluntad, mientras a mi espalda hablan contra mí *con lengua mentirosa.* (C) Son *injustos,* pues *pelean contra mí sin motivo* (v. 3); nunca les provoqué. (D) Son *ingratos,* pues *me odian* (v. 3) *en pago de mi amor* (v. 4) *y me devuelven mal por bien»* (v. 5). Cuanto más bien les hacía, más mal tramaban contra él.

3. Resuelve continuar en oración (v. 4b), no sólo para mantenerse en comunión con Dios, sino también para interceder por sus enemigos. Así lo sugiere la semejanza con 35:13, y la letra del original, pues dice: *«Y yo* (soy) *oración»* (comp. con 120:7: *«Yo* (soy) *paz»*. Lit.). A pesar de ser adversarios suyos y tramar toda clase de males contra él, él continuaba orando por ellos. Así lo hizo el Señor en la cruz (Lc. 23:34) y así debemos hacer nosotros con quienes nos odien y hagan el mal, *no pecando contra el Señor en cesar de orar por ellos* (1 S. 12:23).

Versículos 6–19

Como ya insinuamos en la introducción del salmo, al final del versículo 5 es preciso añadir el gerundio «*diciendo*». Todo lo que sigue hasta el versículo 19 inclusive, ha de entenderse como puesto en boca de los enemigos del salmista. Las imprecaciones que dirigen contra él son terribles:

1. Piden que sea entregado a un juez sin conciencia, *impío,* y que un *acusador* (hebreo, *satán*) inclemente (comp. con Zac. 3:1) esté a su diestra; uno de sus peores adversarios (v. 4, donde sale el vocablo *yisteneni,* de la misma raíz).

2. Piden que sea condenado en el juicio, de forma que esto sea una prueba de que es realmente culpable y, por eso, su oración no ha sido oída por Dios, sino *«tenida por pecado»* (v. 7).

3. Piden que sea cumplida en él la sentencia de muerte (v. 8) de forma que se le acorte la vida y pase a otro el oficio que, según ellos (vv. 16 y ss.), tan injustamente desempeñó. Con el empleo, se llevarán también *sus posesiones* (ése es el sentido del vocablo en Is. 15:7), con lo que su viuda y sus hijos quedarán, no sólo huérfanos, sino en la miseria con todas las terribles consecuencias que estos implacables enemigos contemplan y desean: sus hijos mendigarán, su hogar quedará desolado (v. 10), el acreedor se apoderará de lo poco que les quede, y extraños gozarán de los frutos del trabajo ajeno (v. 11), que nadie se apiade de ellos (v. 12) y que, finalmente, su posteridad quede exterminada en la segunda generación (v. 13). Dice Kirkpatrick: «Un israelita, con su fuerte sentimiento de solidaridad familiar, anhelaba sobrevivirse en sus descendientes; y la extinción de la familia era tenida por la más terrible de las calamidades».

4. Para justificar las terribles imprecaciones que lanzan contra él, se basan: (A) En la injusta e infundada excusa de que no hacía sino pagar los crímenes de sus antepasados (vv. 14, 15), de acuerdo con Éxodo 20:5, y piden que esos pecados no se borren de la memoria de Dios ni del registro que Dios guarda de las acciones humanas (comp. con 51:1b). (B) En la falsa imputación de que había abusado de su cargo para perseguir a los afligidos y menesterosos (v. 16). Esto es lo que hizo Simeí contra David (2 S. 16:7, 8). (C) En la también falsa imputación de que él acostumbraba maldecir a los pobres, hasta el punto de serle la maldición como el vestido de cada día (vv. 17, 18); por lo que piden que sus maldiciones se vuelvan contra él, y lo cubran como la ropa diaria (v. 19).

Versículos 20–31

1. El salmista reacciona contra estas calumniosas acusaciones y comienza su defensa. Expone ante Dios lo que ellos desean. El versículo 20 dice literalmente: *«Esta* (es) *la obra* (que) *mis adversarios* (demandan) *de Jehová y los que hablan el mal contra mi alma»*.

2. A continuación, pide a Dios: *«Favoréceme en atención a tu nombre»* (v. 21) y, más detalladamente, en el versículo 26: *«Ayúdame, Jehová Dios mío; sálvame conforme a tu amor*

misericordioso». Pide (v. 28): *«Maldigan ellos, pero bendice tú»*. Si Dios nos bendice, no nos ha de importar que nos maldigan los hombres.

3. Expone ante Dios su triste situación (vv. 22–25). (A) Está *pobre* (lit.) y *necesitado,* con el *corazón herido* (v. 22), no por conciencia de pecado, sino por la maldad de sus enemigos. (B) Se siente cerca de la muerte *(«Me voy»), como la sombra cuando se alarga* (lit. Comp. 102:11), *y sacudido como la langosta* (v. 23), que uno se sacude cuando se le pega al vestido. (C) Se siente sumamente débil (v. 24): Las piernas le flaquean y todo su cuerpo está macilento *por falta de aceite,* tan importante en la dieta de los orientales. Aun así, es mejor tener un cuerpo macilento por el ayuno si el alma está ganando salud, que estar bien cebados, como Israel y tener el alma rebelde (Dt. 32:15).

4. Pide a Dios que sus enemigos *sean avergonzados* (v. 28), *vestidos de ignominia* (v. 29), *cubiertos de confusión como de un manto* (v. 29b), de forma que su insensatez quede a la vista de todos, pues el manto era la vestidura exterior. Si esa confusión les lleva al arrepentimiento, no hay duda de que el salmista se verá satisfecho, pues eso es lo que debemos pedir a Dios con respecto a nuestros enemigos.

5. Apela a la gloria de Dios y al honor de su nombre, como ya lo había hecho en el versículo 21. Allí había dicho: *«Líbrame, porque tu amor misericordioso es bueno»*. Y esto es lo que quiere *alabar* (lit. *dar gracias*) *en gran manera con su boca* (v. 30), es decir, en voz alta y públicamente. Y añade que tendrá buen motivo para ser agradecido a Dios, pues Dios *estaba a su diestra,* no para acusarle, sino para protegerle (v. 31) y librarle de los que *le juzgaban,* es decir, querían que se le condenara a muerte.

SALMO 110

Este salmo es claramente mesiánico, y los mismos judíos así lo entendieron, pues cuando Jesús propuso a los fariseos una pregunta sobre las primeras palabras del salmo, prefirieron no responder, pues veían que, si decían la verdad, se volvería contra ellos mismos (Mt. 22:41 y ss.). Aquí Cristo, como Redentor nuestro, ejerce los oficios de profeta, sacerdote y rey. I. Su oficio profético (v. 2). II. Su oficio sacerdotal (v. 4). III. Su oficio regio (vv. 1, 3, 5, 6, 7).

Versículos 1–4

Hay quienes han llamado a este salmo *«el credo de David»,* pues en él se hallan casi todos los artículos de la fe cristiana. Si David, por fe en el Mesías que había de venir, alabó así a Dios y se solazó a sí mismo, ¡cuánto más hemos de alabarle nosotros, al cantarlo, después de cumplirse gran parte de lo que aquí se predice! Cosas gloriosas se dicen aquí de Cristo.

1. Es el *Señor* de David. Hemos de tomar buena nota de esto, pues el propio David nos lo hace observar (Mt. 22:43): *«David en el Espíritu le llama Señor»*.

2. Es constituido Señor Soberano por el consejo y el decreto del mismo Dios (v. 1): «*Jehová le dijo: Siéntate a mi diestra* como rey», pues la frase indica en el invitado una dignidad semejante a la del que invita (comp. 1 R. 2:19; Ef. 1:20; Col. 3:1; He. 1:3, 13; 8:1; 10:12; 1 P. 3:22 entre otros lugares). Además, *sentarse* es postura de reposo, de gobierno y de juicio.

3. Todos sus enemigos han de servir un día de *escabel de sus pies.* Dice Cohen: «Es una metáfora que indica la decisiva derrota de los enemigos, que tiene su origen en la costumbre de poner el pie el vencedor sobre el cuello del general, o del rey, vencido» (Jos. 10:24). La frase se aplica a Cristo en 1 Corintios 15:25; Efesios 1:22; Hebreos 2:8; 10:13, y está claro que esto se refiere al futuro.

4. Ha de tener en este mundo un reino cuya capital será Sion (v. 4), desde donde Dios mismo *extenderá el cetro poderoso* (lit. *el cetro de tu fuerza*) del Mesías. Allí ocupará *el trono de su padre David* (Lc. 1:32, 33). *«Domina en medio de tus enemigos»* (v. 2b), son palabras del *«oráculo»* (lit. *«Oráculo de Jehová a mi Señor»* (v. 1) de Dios al Mesías. Esto no significa que *ya* comience a reinar, sino que le da al futuro rey la certeza de que la victoria será suya.

5. Ha de tener gran número de voluntarios, enrolados en sus filas como soldados. Nota del traductor: El versículo 3 es muy difícil y se ha vertido e interpretado de muchísimas maneras. El hebreo dice concisa y textualmente: *«Tu pueblo* (se ofrece) *voluntariamente* (v. Jue. 5:2) *en el día de tu proeza* (o, *de tus fuerzas movilizadas), en adornos de santidad, desde el seno, desde el alba; para ti el rocío de tu*

juventud». Con estos elementos textuales a la vista, y el análisis del contexto, la Reina-Valera ofrece una espléndida versión, semejante a la V. A. judía, la *New International Version* y la *New American Standard Translation*. La *Nueva Biblia Española* y la *Biblia de Jerusalén* corrigen el texto hebreo y marchan por derroteros completamente distintos. Los detalles más interesantes para nuestro estudio son los siguientes:

(A) Es su *pueblo,* los suyos, los que se ofrecen *voluntariamente* (lit. [son] *voluntariedades*) para seguir al Mesías. Cristo no quiere soldados forzados.

(B) Que se le ofrecerán *en el día de su proeza.* Esto puede entenderse de dos maneras: (a) En un día (o fecha) determinado, cuando el Mesías derrote definitivamente a sus enemigos (v. Ap. 19:14–21). Esto—en opinión del traductor—cuadra bien, no sólo en el contexto de este salmo, sino también en el del Salmo 2. (b) En una época entera. Dice el doctor Ryrie sobre este versículo. «El sentido es éste: durante el Milenio, el pueblo de Dios se enrolará voluntariamente en torno al Mesías, quien los guiará con vigor constantemente renovado».

(C) Los *adornos de santidad, o santos atavíos* (comp. 29:2; 96:9) nos recuerdan que Israel era *un reino de sacerdotes;* también lo es la Iglesia (1 P 2:9; Ap. 1:6), aunque las armas de nuestra milicia son espirituales, como lo son los sacrificios que ofrecemos a Dios (Ro. 12:1; He. 13:15, 16). Vestidos de santidad interior, no de atavíos exteriores, hemos de ministrar, no por delegación en una casta, como el Israel de antaño y la Iglesia Romana de hogaño, sino todos y cada uno de los creyentes. La santidad es la librea de los soldados de Cristo.

(D) La mención del *rocío* nos lleva a Miqueas 5:7, donde se dice del *«remanente de Jacob»* que será como *rocío de Jehová.* Dice Cohen: «El rocío cae al rayar el alba, la cual es llamada poéticamente su madre. Es una metáfora de frescura y se aplica bellamente a los jóvenes del reino que llenan las filas del ejército». Alegra mucho ver a los jóvenes recibir a Cristo y estar dispuestos a servirle de todo corazón y con todo el vigor de su juventud.

6. No sólo será rey, sino también sacerdote (v. 4). *Jehová lo juró* (hizo de ello un decreto inalterable) y *no se arrepentirá,* es decir, no revocará el edicto. Cristo es *sacerdote para siempre* (comp. con He. 5:6; 6:20; 7:17, 21, 24), y aunque ofreció su sacrificio una sola vez (He. 9:28; 10:12), vive siempre para interceder (He. 7:25), que es la función primordial del sacerdote. Y es sacerdote, no según el orden de Aarón, pues Cristo no era de la tribu de Leví, sino *según el orden de Melquisedec,* anterior y superior (y a perpetuidad) al de Aarón, como comenta el autor de *Hebreos* en el capítulo 5.

Versículos 5–7

Aquí tenemos a nuestro gran Redentor:

1. Derrota a sus enemigos (vv. 5, 6) completamente.

(A) *El Señor* (hebr. *Adonay*), el Soberano de cielos y tierra, *está* a la diestra del Mesías para asegurarle la victoria, y *aplastará* (lit. *aplastó,* pretérito profético) a los reyes que se le opondrán. Esto se refiere especialmente a la batalla de Armagedón (Ap. 19:15), donde se menciona expresamente *la ira del Dios Todopoderoso.*

(B) Siempre con el poder de Jehová, el Mesías (como vemos por todas las referencias del Nuevo Testamento, especialmente Jn. 5:20, 27) *juzga a las naciones* (v. 6), es decir, pronuncia sentencia contra ellas, y ejecuta la sentencia, como declara expresamente el resto del versículo. Cohen hace notar que, en lugar del verbo ordinario *shafat*, el texto usa *din* que, aquí, como en todas partes, no significa oír una causa, sino pronunciar sentencia en un caso ya decidido (comp. Gn. 49:16). Y añade: «En el presente pasaje, las *naciones* quedan convictas como culpables de agresión, y Dios va a ejecutar su juicio sobre ellas». No es un juicio sumarísimo, que da paso a una ejecución militar sin pruebas suficientes, sino un caso bien probado y examinado en el tribunal de Dios, al que nada se le oculta y quien es infinitamente justo.

2. *Anima a los suyos* (v. 7). El sujeto de los verbos de este versículo ya no es Dios, sino el propio Mesías. *«Beber del arroyo»* no indica ninguna humillación; no puede aplicarse, sin violentar el texto, a la copa amarga que el Salvador hubo de apurar. La imagen es la del conquistador que persigue a sus enemigos derrotados y, cansado y sediento, se para un momento a refrescarse de paso en un arroyo, a fin de continuar su persecución con renovado vigor. No se puede pasar por alto el hecho de que el verbo en futuro *(yarim),* no está en forma *Qal*, sino *Hifil,* por lo que significa literalmente *«hará levantar la cabeza»* (señal de victoria final). La victoria del Mesías no es sólo para sí, sino también para todos los

redimidos. Dice Arconada: «Él y los suyos irán con la cabeza erguida». M. Henry comenta devocionalmente: «Cuando murió, *inclinó la cabeza* (Jn. 19:30), pero luego la levantó, por su propio poder, en la resurrección».

SALMO 111

Este salmo, de autor anónimo, fue redactado, con la mayor probabilidad, tras el retorno de Babilonia. Está dispuesto en forma de acróstico y comienza cada medio versículo con una letra del alfabeto hebreo, menos los versículos 9 y 10, que contienen tres letras cada uno. El salmista, al exhortar a los demás a alabar y dar gracias a Dios: I. Se pone a sí mismo por ejemplo (v. 1). II. Saca de las obras de Dios materia de alabanza y acción de gracias (vv. 2–9). III. Como el modo más aceptable de alabar a Dios, recomienda un santo temor a Él y una concienzuda obediencia a sus mandamientos (v. 10).

Versículos 1–5

1. El salmista, después de la invitación general (del cantor oficial) a alabar a Dios: *«Aleluya»* (hebr. *Hallelu-Yah* = Alabad a *Yah*), continúa él en primera persona: *«Daré gracias* (lit.) *a Jehová con todo el corazón»* (v. 1) y lo va a hacer en la asamblea y como miembro de toda la familia israelita (v. 1b). Debemos alabar a Dios en público y en privado, en la iglesia y en familia.

2. Luego nos recomienda *las obras de Jehová* como el tema apropiado de nuestras meditaciones cuando estamos alabándole: (A) Las obras de Dios son *grandes* (v. 2), como lo es Él. No hay en ellas nada vil ni trivial, pues son producto de su sabiduría y de su poder infinitos. (B) Son *dignas de meditarse por cuantos en ellas se complacen* (v. 2b). Quienes se complacen en las obras de Dios no se contentarán con una visión transitoria y superficial de las mismas, sino que las escudriñarán con todo esmero y diligencia. Al estudiar la historia natural y la historia política, descubrimos *el esplendor y la majestad* (comp. 104:1, donde se dice que Dios *se ha vestido* de esos atributos) *de su obra* (v. 3), donde vemos un vocablo diferente del versículo 2, con lo que da a entender que su Providencia (hebr. *paaló*, en lugar del *maasey* del v. 2) con respecto a los hombres revela dichas cualidades. (C) La eterna característica de esta *«obra»* es su *justicia* (v. 3b). (D) Sus obras portentosas son *memorables* esto es, dignas de recordarse (v. p. ej., Éx. 12:14). Mucho de lo que nosotros hacemos merece únicamente el olvido, pero toda obra de Dios es digna de buen recuerdo. (E) En ellas Dios muestra su carácter; *clemente y misericordioso* (Éx. 34:6; Sal. 103:8). *Da alimento a los que le temen*, pues *se acuerda para siempre de su pacto* con los patriarcas (v. 5). Hace notar Cohen que el vocablo usado aquí para «alimento» significa de ordinario la presa de las fieras, pero lo escogió el salmista para conservar el acróstico.

Versículos 6–10

1. El salmista da ahora gloria a Dios por las grandes cosas que ha hecho a favor de su pueblo Israel (v. 6): *«El poder de sus obras* (hebr. *maasaiv) manifestó a su pueblo, dándole la heredad de las naciones»*, es decir, de los habitantes de Canaán, a quienes desposeyó de su país para entregarlo a su pueblo. *«Redención ha enviado a su pueblo»*, dice después (v. 9), refiriéndose, tanto al Éxodo como al regreso de la cautividad de Babilonia, con lo que se muestra una vez más la fidelidad de Dios *a su pacto* (v. 9b). Estas redenciones eran tipo de la gran redención, que, en la plenitud de los tiempos, había de llevarse a cabo por el Señor Jesucristo.

2. También glorifica el salmista a Dios por la estabilidad de su Palabra y de sus obras, con lo que nos asegura de lo que todavía ha de llevar a cabo en el futuro. (A) Lo que Dios ha hecho, nunca se deshará por sí mismo, ni lo desharán los hombres o los demonios (v. 7), pues se apoya en la *verdad* y en la *justicia*, no en la arbitrariedad. (B) Lo que Dios ha dicho, nunca lo va a desdecir (vv. 7b, 8): *«Todos sus preceptos son fidelidades* (lit.), *establecidos* (afianzados) *a perpetuidad y eternamente* (con validez eterna), pues han sido dados por Dios sobre las normas de la *verdad* (el vocablo hebreo es de la misma

raíz que las *fidelidades* del v. 7) y de la *rectitud,* de lo que es recto, sin torceduras. La *verdad* y el *bien* son las bases sobre las que actúa la omnipotencia de Dios.

3. Finalmente, da gloria a Dios por el establecimiento de los primeros principios en que debe apoyarse la verdadera religión. Puesto que las obras de Dios han mostrado que su *nombre* (Dios mismo) es *santo y temible* (que infunde un santo pavor), *el principio* capital (hebr. *reshith;* el mismo vocablo de Gn. 1:1) *de la sabiduría* verdadera es *el temor* reverencial *de Jehová* (v. 10). Sin temor de Dios, el hombre no tiene base sólida para ser sabio. La frase se repite en Proverbios 1:7; 9:10 con algunas variantes que examinaremos allí. Y así como la sabiduría engendra *buen entendimiento,* así también el temor de Dios se muestra en la obediencia de sus preceptos, pues *todos los que lo practican* (lit.) demuestran tener ese *buen entendimiento.* Gran motivo tenemos para *alabar por siempre a Dios* (v. 10c), por haber puesto así a los hombres en tan buen camino hacia la felicidad.

SALMO 112

Este salmo se parece al anterior en dos detalles importantes: está también redactado en forma acróstica, y desarrolla el tema del último versículo del salmo 111: el temor de Dios es el camino hacia la prosperidad verdadera. El salmista describe: I. El carácter de la persona recta (v. 1). II. Las bendiciones de los rectos (vv. 2–9). III. La miseria de los malvados (v. 10).

Versículos 1–5

Como en el salmo anterior, vemos primero el llamamiento general que el levita cantor encargado de comenzar el servicio hacía a todos para alabar a Dios: *Hallelu-Yah = «Alabad* a *Yah*», pero, en lugar de pasar él mismo a dar gracias al Señor (comp. con 111:1), va a describir:

1. El carácter de aquellos a quienes llama *«dichosos».* (A) Tal es el que *teme a Jehová y se deleita* (v. 1. Comp. con 1:2; 111:2) *en gran manera en los mandamientos de Dios* y muestra así que su temor no es el del esclavo, sino el del hijo. Los lleva en el corazón y, por eso, no le resultan gravosos, pesados (v. 1 Jn. 5:3; comp. con Mt. 11:30). (B) Llama «dichoso» y «bendito» (v. 2b) al *recto,* al que en todo procede con rectitud, sin hipocresía, leal hacia Dios y los hombres. No hay verdadera religión sin sinceridad. (C) Una muestra de esta rectitud es su beneficencia (v. 5): Está dispuesto a *hacer favores* (lit.) y *a prestar* al necesitado, pues es *favorecedor, compasivo y justo* (v. 4b. Lit.). A veces, hay más caridad en prestar que en dar, pues así se estimula al prójimo a ser honrado y trabajador.

2. La dicha de los que poseen ese carácter recto. (A) Su *posteridad será poderosa en la tierra* (v. 2). Además de ser ellos mismos bendecidos abundantemente por Dios, sus descendientes gozarán también de las bendiciones a que sus padres se hicieron, de algún modo, acreedores con sus virtudes (comp. 25:13). *«Poderosa»* significa aquí «próspera» (el vocablo hebreo fue escogido aquí para que tuviese cabida en el acróstico). (B) Además de la prosperidad material, serán bendecidos con prosperidad espiritual, lo cual es mucho mejor, pues la gracia es mejor que el oro, y la *justicia permanece para siempre* (v. 3b). (C) Tendrán consuelo en las aflicciones, pues, aun cuando participen de las calamidades comunes a todos los hombres, el Señor *será para ellos luz* (v. 4, comp. con 97:11; Mi. 7:8); más aún, puesto que ellos participan del carácter de Dios (*«favorecedor, compasivo y justo»;* v. 4b), también ellos serán *hijos de luz* (1 Ts. 5:5), como el *Dios* que *es luz* (1 Jn. 1:5). (D) Tendrán la sabiduría necesaria para administrar con tino los asuntos de la vida diaria: *«Gobierna sus asuntos con juicio»* (v. 5b), es decir, con tacto, rectitud y consideración.

Versículos 6–10

1. La satisfacción y estabilidad de los santos (v. 6): *«No será zarandeado jamás»,* puesto que: (A) Disfrutará de una buena y segura reputación, pues sus obras le habrán ganado un *recuerdo duradero* (v. 6b). Cuando el Señor se manifieste, tendrán *alabanza, gloria y honra* (1 P. 1:7). Se recordará, sobre todo, su generosidad (v. 9): *«Reparte, da a los pobres».* Emplea su dinero en causas dignas. (B) Aunque sufra

adversidades, no le quitarán la calma, pues su confianza en Dios le ayudará a sobrellevarlas con fortaleza de ánimo (vv. 7b, 8). Quien teme a Dios, no teme a nadie ni nada más. La fe en Dios es el remedio más eficaz para afianzar el ánimo. No es extraño que tal hombre pueda *mirar a sus adversarios* (v. 8b. Lit.) con mirada de superioridad y victoria (comp. con 92:11).

2. La insatisfacción y miseria de los malvados (v. 10). Dos cosas les atormentarán: (A) La felicidad de los rectos. Les *irritará ver* (el mismo verbo del v. 8b) que aquellos a quienes odiaban, tenían en poco y trataban de arruinar, son los favoritos del Cielo y les miran *con dominio* (49:14). (B) Su propia miseria, pues lo que tanto *deseaban* y de lo que se habían apoderado por medios injustos, *perecerá,* les será arrebatado.

SALMO 113

Este salmo es el primero de los que se cantaban en varias fiestas judías. Dice Arconada: «Se recitaban divididos en dos partes: 113, 114 antes de beber la segunda copa, 115–118 después de llena la cuarta, hacia el fin de la cena». Comienza y termina con *«aleluya».* Aquí: I. Se nos urge a alabar a Dios (vv. 1–3). II Se nos da materia para alabarle (vv. 4–9).

Versículos 1–9

1. La invitación a glorificar a Dios se hace aquí: (A) Con mucha insistencia (vv. 1–3): *«Alabad ... Alabad ... Sea bendito ... Sea alabado ...».* (B) Con gran extensión. Aunque la expresión *«siervos de Jehová»* (v. 1) parezca referirse al pueblo de Israel, el versículo 3 no deja lugar a dudas de que el llamamiento es dirigido a todos los habitantes del orbe; y con toda razón, pues en todo el orbe brillan las pruebas del poder, la bondad y la sabiduría de Dios.

2. Se nos instruye a continuación sobre los motivos de tal alabanza.

(A) La excelsitud de Dios (vv. 4, 5, comp. con 99:1–3). Frente a Dios, *las naciones le son como la gota de agua en un cubo, como menudo polvo en las balanzas ... Como nada son todas las naciones delante de Él* (Is. 40:15, 17). Su *gloria,* que los cielos declaran (19:1) está *sobre los cielos* (v. 4b), pues los cielos sólo pueden ofrecernos una pobre impresión de la transcendente gloria de Dios.

(B) La condescendencia de Dios (vv. 6–9). Este mismo Dios *que está entronizado en lo alto* (lit. *que está en lo alto para habitar*), como dice el v. 5b, *se humilla* (v. 6. Lit. *baja*) *a mirar.* Aunque su *gloria está sobre los cielos* (v. 4b), *a nadie desestima* (Job 36:5). Al considerar las infinitas perfecciones de Dios y su plena autosuficiencia para ser, vivir y ser feliz, ciertamente debería llenarnos de asombro la condescendencia de Dios al bajarse a mirar, a ocuparse con amor de sus criaturas y, sobre todo, a encarnarse en una naturaleza humana como la nuestra (Fil. 2:5–8), *para buscar y salvar lo perdido* (Lc. 19:10). Su mirada, que todo lo ve y lo cuida, nos enseña que este mundo no está gobernado por el curso de la naturaleza, sino por el Dios de la naturaleza, quien se deleita en hacer cosas que no esperábamos de Él. *Él levanta del polvo* (donde se sentaba en señal de duelo; comp. Is. 47:1) *al pobre* (hebreo, *dal,* el que se ha empobrecido por enfermedades o reveses de la fortuna), y al *menesteroso* (hebreo, *ebyón)* alza *del muladar* (la basura sobre la que estaba sentado Job. V. Job 2:8), *para hacerlos sentar con los príncipes* (vv. 7, 8, citados de 1 S. 2:8). Dios se fija en *lo pequeño* (v. Lc. 1:48; 1 Co. 1:27, 28). Recuérdense, entre otros, los casos de José (de la cárcel, al gobierno), de Gedeón (del trillo, al liderato), de Saúl (de buscar asnas, al trono), de David (de pastorcillo, a rey), de los apóstoles (de pescadores de peces, a pescadores de hombres), etc. En cuanto a las mujeres, casi siempre han sido antes estériles las madres de los grandes personajes de la Biblia (v. 9, comp. con 1 S. 2:5): Sara, Rebeca, Raquel, Ana la madre de Samuel, la madre de Sansón, y así hasta llegar a Elisabet la madre del Bautista (Lc. 1:7). En todas ellas *se fijó* especialmente Dios, para *quitarles el oprobio entre los hombres* (Lc. 1:25).

SALMO 114

De este salmo dice Cohen: «Desde el punto de vista de la poesía, este salmo es una lírica de extraordinaria belleza. En construcción y lenguaje, está entre los más hermosos del Salterio. Puede ser considerado como un comentario sobre los últimos versículos del salmo precedente y suministra la suprema ilustración histórica de la tesis que allí se sostiene. Los israelitas nunca deben olvidar: I. Que fueron sacados de la esclavitud (v. 1). II. Que Dios puso su tienda de campaña entre ellos (v. 2). III. Que dividió delante de ellos las aguas del mar Rojo y del Jordán (vv. 3, 5). IV. Que la tierra tembló al ser dada la Ley, cuando Dios descendió al Sinaí (vv. 4, 6, 7). V. Que Dios les dio agua de la roca (v. 8).

Versículos 1–8

El salmista recuerda aquí los días de antaño y los portentos que los antepasados refirieron (Jue. 6:13).

1. Dios sacó a Israel, con mano fuerte y brazo extendido, de la casa de esclavitud (v. 1): *«Israel salió de Egipto,* no de una forma clandestina, sino en marcha notoria y triunfal. *De un pueblo extraño* (lit.), es decir, *de lengua extraña».* Comenta Kirkpatrick: «La tiranía de los opresores parecía agravarse por la barrera que la diferencia de lenguaje ponía entre ellos y sus víctimas».

2. Dios mismo estableció su constitución estatal y religiosa (v. 2): *«Judá vino a ser su santuario,* aun después de la división del reino tras la muerte de Salomón, pero *Israel* (el reino del norte, aun cuando aquí son equivalentes en el paralelismo poético) siguió siendo *dominio* de Jehová, y Jehová siguió siendo su Rey». En el santuario les dio señales especiales de su presencia entre ellos, y de ellos esperó especiales señales de su homenaje y devoción, en adoración a Él y obediencia a su santa Ley.

3. El mar Rojo fue dividido delante de ellos, para librarles a ellos y destruir a sus enemigos; y el Jordán, al entrar en Canaán (v. 3). Campean las figuras poéticas de interrogación y prosopopeya, cuando el salmista se dirige al mar, al Jordán y a los montes: «*¿Qué te pasó?»* (v. 5. Lit. «*¿Qué a ti?»*). La respuesta se halla en el versículo 7: *«A la presencia de Jehová, etc.».* Cuando Dios decide salvar a su pueblo, no hay elemento creado que se le resista. Esto puede aplicarse: (A) A la plantación del Evangelio en el mundo: ¿Qué les pasó a los poderes de las tinieblas, cuando les fue arrebatado su dominio sobre los hombres? (v. Mr. 1:34). ¿Qué les pasó a los oráculos paganos, que se quedaron sin voz al empuje del cristianismo? ¿Qué les pasó y, en especial, qué les pasará a los perseguidores del pueblo de Dios, cuando busquen refugio *bajo los montes y las peñas?* (Ap. 6:16; comp. con Os. 10:8; Lc. 23:30). (B) A la obra de la gracia en el corazón humano. ¿Qué es lo que le pasa a un corazón compungido, es decir, penetrado por el punzón del mensaje (Hch. 2:37), para dejar *la corriente* del pecado (Ef. 2:2; 1 P. 4:3, 4) y que toda la persona sea un *hombre nuevo?* A la presencia de Dios y a su obra en la mente y el corazón del hombre se debe *el derribo de argumentos y de toda altivez y el cautiverio de todo pensamiento a la obediencia de Cristo* (2 Co. 10:5).

4. La tierra tembló y se estremeció cuando Dios descendió al Sinaí para dar su ley. Los montes *brincaron como carneros y las colinas como ovejitas* (vv. 4 y 6. Lit.), cuando son asustadas o cuando juguetean. El salmista cambia, en el versículo 7, su interrogación en apóstrofe: «A *la presencia de Jehová, ¡tiembla tierra!»* (lit.).

5. Dios les proveyó de agua, *cambiando la peña en estanque* (v. 8). El mismo poder infinito que convirtió las aguas en un muro para que Israel pasara a pie enjuto (Éx. 14:22), convirtió la roca en fuente de aguas para Israel. Así como fueron protegidos con milagros, así también fueron alimentados por milagros. *«Y aquella roca era Cristo».* (1 Co. 10:4), el dador del agua viva (Jn. 4:10 y ss.; 7:37–39).

SALMO 115

Muchas versiones antiguas, especialmente los LXX y la Vulgata Latina, unen este salmo con el que le precede; pero en el hebreo es un salmo distinto. En él se nos enseña a dar gloria: I. A Dios, no a nosotros (v. 1). II. A Dios, no a los ídolos (vv. 2–8). Y hemos de darle gloria: 1. Confiando en Él, en sus promesas y bendiciones (vv. 9–15). 2. Bendiciéndole (vv. 16–18).

Versículos 1–8

1. Aquí se excluye para siempre la jactancia (v. 1). No permitamos que la opinión de nuestros propios méritos tenga cabida en nuestras oraciones ni en nuestras alabanzas, sino que tanto las unas como las otras se centren en la gloria de Dios. Todo el bien que hacemos es hecho con el poder de su gracia, y todo el que tenemos es un regalo de su pura misericordia; por tanto, Él debe tener toda nuestra alabanza. Todos nuestros cánticos deben ir acompañados de esta melodía: *«¡No a nosotros, Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre* da toda la *gloria!»* (v. 1). Éste debe ser el fin supremo y último de todas nuestras oraciones, por lo que lo puso el Señor en la primera petición del Padre nuestro: *«Santificado sea tu nombre»*. La segunda parte del versículo apela al *amor* y a la *verdad* de Dios, ya que tales atributos sufrirían mengua si Dios no los ejercitase en los momentos de apuro de su pueblo.

2. Se silenciará así, de una vez por todas, el improperio de los paganos, quienes decían de los israelitas: *«¿Dónde está ahora su Dios?»* (v. 2). *«Ahora»* no es aquí adverbio de tiempo; equivale a «que lo digan»). A esto responde el salmista:

(A) *«Nuestro Dios está en los cielos»* (v. 3), donde nunca han estado los ídolos de los paganos; *en los cielos* y, por tanto, oculto a nuestra vista; es espiritual, incorpóreo (Jn. 4:24); pero, aunque es inaccesible, se le conoce por sus obras; tiene el poder de hacer cuanto quiere (v. 3b), mientras que los ídolos son figuras inertes.

(B) Vuelve contra ellos mismos la pregunta, pues viene a decir: «¿Y en qué consisten vuestros dioses?» Son meras imágenes de madera, recubierta de *plata u oro* (v. 4, comp. con Hab. 2:19), y son hechura de manos humanas (comp. con Dt. 4:28; Is. 44:10–20; Hch. 19:26). *«Un artífice lo hizo, no es Dios»*, dice Oseas del becerro de oro (Os. 8:6). Los pintores y escultores les hacían *boca, ojos, orejas, narices, manos y pies,* pero de nada les servían, pues, al ser figuras inertes, ni podían dar oráculos (v. 5); los falsificaban sus sacerdotes; ni podían ver (v. 5b) las postraciones ni las necesidades de sus adoradores; tampoco podían oír (v. 6) las oraciones que se les dirigían, aunque las hiciesen en voz muy alta (v. 1 R. 18:27–29); ni podían oler (v. 6b) el perfume del incienso por muy fuerte y suave que fuese; ni podían palpar (v. 7) los dones que se les presentaban; mucho menos, dar dones a quienes los pidiesen. De nada les sirven los pies, pues *no andan* (v. 7b) y, por tanto, no pueden dar un paso para aliviar a quienes les piden socorro. Ni aun pueden dar con su garganta *sonidos inarticulados* (v. 7c).

(C) El salmista prorrumpe a continuación (según la versión más probable del futuro hebreo) en una imprecación: *«¡Como ellos sean los que los hacen! ¡Todo el que en ellos confía!»* Ciertamente merecen quedar privados de sus facultades quienes ponen su confianza en esas figuras inertes, que no ayudan a nadie ni pueden ayudarse a sí mismas. Dice Maclaren: «Los hombres hicieron dioses a su propia imagen y esos ídolos, una vez hechos, los hicieron a ellos a imagen suya». Al adorar a esta especie de muñecos de madera y metal, los hombres se hacen cada vez más estúpidos, se apartan de todo lo que es espiritual y se van hundiendo cada vez más en el fango de los sentidos corporales.

Versículos 9–18

1. Ahora se nos exhorta a todos (aunque a Israel en directo) a poner nuestra confianza en Dios y a no dejar que esa confianza sea sacudida por los improperios que se nos dirijan en medio de nuestras adversidades y aflicciones (v. 9). Así como es una insensatez confiar en los ídolos es prueba de gran sabiduría confiar en el Dios vivo, pues Él es *ayuda y escudo,* socorro y defensa, de los que confían en Él (comp. 33:20; Dt. 33:29). El hebreo dice, en el versículo 9b: *«¡Él es su auxilio y su escudo!»* El cambio de persona se debe a que esta parte del versículo constituye la respuesta coral a la invitación hecha por el director del canto en la primera parte. Lo mismo ha de leerse en los versículos 10 y 11. Como en 118:2–4 y 135:19–21 (aquí, con la adición de Leví), se invita a tres clases de oyentes: a los israelitas en general, a los sacerdotes en particular y probablemente, a los gentiles piadosos que venían al templo de Jerusalén para adorar al verdadero Dios (1 R. 8:41; Is. 66:6). De seguro que el Dios viviente les oirá a todos y les responderá.

2. Se nos anima grandemente a confiar en Dios, porque *Jehová se acordó de nosotros* (v. 12). Todos nuestros consuelos se derivan de los pensamientos que Dios tiene acerca de nosotros. Él se ha acordado de nosotros, aunque nosotros nos hemos olvidado de Él. Y, de lo que ha hecho por nosotros, podemos inferir: *«Nos bendecirá»*. Ha prometido hacerlo así. De ello está seguro el salmista. Bendecirá (vv. 12, 13) a los tres grupos de personas, a las que exhortó antes (vv. 9–11) a confiar en Jehová (comp. Hch. 10:34, 35); *«a los pequeños y a los grandes»* no indica diferencia de edad ni de estatura, sino de posición social:

los pobres y los ricos. El versículo 14 se traduce mejor en optativo *«Jehová os acreciente a vosotros y a vuestros hijos»,* «una oración—dice Cohen—de especial significado para los que regresaron a fijar de nuevo su residencia en Judea, quienes eran entonces muy pocos numéricamente». Las bendiciones de Dios van siempre en aumento para los que las reciben con gratitud (comp. con Pr. 4:18), y en eso se ve que ellos son *el linaje que Jehová ha bendecido* (Is. 61:9).

3. Se nos estimula a alabar a Dios con el ejemplo del salmista, quien concluye con una resolución de perseverar en sus alabanzas a Dios. Él hizo los cielos y la tierra; el Cielo es su morada, desde la que rige los destinos de los hombres; la tierra la ha dado a los hombres para que la dominen, la trabajen y la utilicen (Gn. 1:26, 28; Sal. 8:6–8) y decidan en ella su destino como personas. Y aquí, en esta tierra, es donde hemos de alabar a Dios *para siempre* (v. 18, comp. con 86:12), es decir, mientras vivamos, pues *los muertos, los que bajan al silencio* (v. 17, comp. con 94:17), es decir, al Seol, ya no pueden alabar a Dios. Recordemos que las ideas del Antiguo Testamento sobre las realidades de ultratumba distaban mucho de la revelación del Nuevo Testamento a este respecto.

SALMO 116

Éste es un salmo de acción de gracias, en el que un individuo, no la nación de Israel, recuerda su experiencia personal del poder salvador de Dios. I. El gran apuro en que se veía (vv. 3, 10, 11). II. La oración que elevó a Dios en dicha situación (v. 4). III. La respuesta de Dios a su oración (vv. 1, 2, 5, 6, 8). IV. Su agradecimiento a la bondad de Dios (vv. 1, 2, 7, 9, 13–19).

Versículos 1–9

1. El salmista declara aquí en general su experiencia y su piadosa resolución (vv. 1, 2), que luego detallará a lo largo del salmo. *«Ha escuchado la voz de mis súplicas»,* dice. *«Ha inclinado a mí su oído cuantas veces le he invocado en mi vida» (mejor,* literalmente: *«Y, por eso, en* (todos) *mis días le invocaré»).* Gran condescendencia es de parte de Dios el inclinar su oído para escuchar nuestras oraciones. Por eso, el salmista comienza de modo abrupto: *«Amo* (a Él), *porque Jehová escucha»* (lit.). De ahí su resolución (v. 2b. Lit.). ¿Por qué hemos de espigar en otro campo, cuando tan bien hemos sido tratados en éste?

2. A continuación, refiere en detalle su experiencia: (A) Estaba en gran apuro (v. 3, comp. con 18:4); se veía ya atrapado por la muerte, no sabemos por qué causa. (B) Entonces elevó a Dios una breve oración (v. 4), cuyo resultado aparece en los versículos 5–7, donde, tras la ya bien conocida descripción del carácter de Dios (v. Éx. 34:6; Sal. 111:4; 112:4, etc.) y de su amor a los «sencillos» (19:7), da testimonio de la bondad de Dios hacia él (v. 6b), dialoga consigo mismo (v. 7): *«¡Vuelve, alma mía, a tus sosiegos* (plural de intensidad), *pues Jehová ha sido benéfico hacia ti»* (lit.). (C) En tres breves, pero expresivas, frases condensa los detalles de su liberación: (a) Dios ha librado (comp. con 56:13) su vida de la muerte; (b) sus ojos, de las lágrimas, y (c) sus pies, de resbalar (comp. con 73:2). Gran favor de Dios es ser librado de la muerte, pero también es grande ser librado de la depresión de ánimo y del resbalón del pecado, que suele ser, con frecuencia, fruto de la depresión (v. 8). (D) Por eso, renueva su propósito de vivir devotamente: *«delante de Jehová»* (v. 9, comp. con Gn. 17:1), *en la tierra de los vivientes* (contraste con el v. 3), es decir, en esta vida, pues es (a) tierra de bendiciones por las que debemos estar agradecidos, (b) tierra de oportunidades, de las que hemos de sacar provecho.

Versículos 10–19

La *Septuaginta* (*los* LXX) y otras versiones antiguas (entre ellas, la *Vulgata Latina*) hacen de estos versículos un salmo aparte—el 115—. Aquí el salmista hace profesión:

1. De su fe (v. 10): *«Mantuve mi fe, aun cuando decía: Estoy afligido en gran manera».* El apóstol cita, en 2 Corintios 4:13, la primera parte de este versículo, basado en los LXX, pero muy oportunamente, porque también él mantenía bien su fe en medio de las aflicciones a las que se refiere. El versículo 11,

cuya primera frase está tomada de 31:22, da a entender que el salmista había sido *presa del pánico* (esto es lo que significa aquí *«apresuramiento»),* al faltarle el apoyo de quien más lo esperaba, por lo que, convencido de la futilidad de toda ayuda humana sentencia: *«Todo hombre es mentiroso»*, es decir, falaz: no es fiable, su *ayuda es vana* (60:11, comp. con Jer. 17:5). De aquí saca Pablo su frase de Romanos 3:4, y a esta luz hay que entenderla.

2. *De su gratitud* (vv. 12 y ss.). Dios le había colmado de favores *y beneficios;* más de los que había pedido y esperado cuando se veía *afligido* (v. 10). Sabía que no podía dar a Dios nada que guardase alguna proporción con lo que de Él había recibido; por eso dice (v. 12): *«¿Qué pagaré, etc.?»,* como si dijese: «¿Cómo podré demostrar, con algo que le sea aceptable, que le estoy sumamente agradecido?»

(A) *«La copa de salvación»* (v. 13) parece aludir a la ofrenda de libación que vemos en Números 15:5, 7, 10, aunque también podría—menos probablemente—aludir a la del sacrificio pascual, memorial de la salvación de Egipto. Esto es lo primero que ofrece en agradecimiento por el gran beneficio que Dios le ha concedido. También nosotros hemos de levantar la copa de salvación, pues Dios nos ha librado de la muerte eterna, gracias a la copa de aflicción (Jn. 18:11), que Cristo bebió por nosotros, y así hemos de *invocar el nombre de Jehová* (v. 13b), es decir, proclamar que Él es nuestro Salvador.

(B) A continuación (v. 14, repetido en v. 18, y comp. con 22:17), promete cumplir a Jehová los votos que hizo cuando se halló en extremo peligro, y lo hará *delante de todo su pueblo* para testificar públicamente que le debe la vida a Dios. El versículo 15 se entiende bien en este contexto, a la luz de 72:14. El sentido no es que a Dios le agrada, sino que le duele (le pone gran precio) *la muerte de sus piadosos,* por lo cual se apresura a librarles de ella, pues no quiere ponerla de balde en manos de sus enemigos.

(C) Para el futuro, y animado por la experiencia del pasado, apela a su continua dependencia de Dios (v. 16), con acentos parecidos a los de 86:16. Compárese la segunda parte del versículo con el versículo 3, para entender lo de las *«ligaduras»* (el verbo «soltar» está en perfecto, es decir, pretérito). De dos maneras se hace el hombre *«siervo de Dios»:* (a) Por nacimiento *(«Soy hijo de tu sierva»,* nacido en tu casa); gran beneficio es haber nacido de padres cristianos. (b) Por redención, esto es, por compra personal: «Señor, *tú has soltado mis ligaduras;* así que *soy tu siervo,* tanto para servirte como para ser protegido por ti; las ligaduras que me has soltado me ligarán a ti más fuertemente».

(D) Finalmente (vv. 17–19), promete ofrecer a Dios *sacrificio de acción de gracias* (lit.), conforme se describe en Levítico 7:11 y siguientes y según la exhortación del Salmo 107:22. Como en el versículo 13, lo hará *invocando el nombre de Jehová,* esto es, proclamará públicamente que Dios es su Salvador de los peligros y apuros en que se ha encontrado, *en los atrios* del templo, a los que tenían acceso todos los israelitas, pues sólo los sacerdotes podían entrar en el santuario propiamente dicho, *en medio de ti* (como centro religioso, más bien que geográfico), *oh Jerusalén.* Así tratará de dar mayor prestigio a la verdadera devoción.

SALMO 117

«El más breve de los salmos es uno de los más grandes», dice Kirkpatrick. «Dudo, dice M. Henry, si la razón por la que lo cantamos con tanta frecuencia es por su brevedad; pero, si lo comprendiésemos y considerásemos rectamente, lo cantaríamos con mayor frecuencia por su dulzura. Aquí tenemos: I. Un solemne llamamiento a todas las naciones para alabar a Dios (v. 1). II. Una sugerencia de la materia apropiada para tal alabanza» (v. 2).

Versículos 1–2

Hay gran cantidad de Evangelio en este salmo. El apóstol (Ro. 15:11) nos ha provisto de una clave para entenderlo, al citarlo como prueba de que el Evangelio había de ser predicado a los gentiles, mientras era piedra de tropiezo para los judíos. No había motivo de tal escándalo, cuando ellos mismos habían cantado tantas veces (v. 1): *«Alabad a Jehová, naciones todas; loadle* (es un verbo distinto en el original), *todos los pueblos».* Algunos escritores judíos confiesan que este salmo se refiere al reino del Mesías; uno de ellos, en su fantasía, llega a afirmar que consiste de dos versículos porque en los días del Mesías, Dios

había de ser glorificado por dos clases de pueblos: por los judíos, conforme a la ley de Moisés; y por los gentiles, conforme a los siete preceptos de los hijos de Noé, con lo que habría una sola Iglesia, así como estos dos versículos constituyen un solo salmo.

1. La vasta extensión de la Iglesia del Evangelio (v. 1). Aquí se convoca a *todas las naciones* a alabar al Señor, lo cual no era posible en el Antiguo Testamento, porque, a menos que el pueblo de una nación se hiciesen judíos y se circuncidaran, no eran admitidos conjuntamente a las divinas alabanzas. Pero el Evangelio de Cristo, por mandato suyo, ha de ser predicado a todas las naciones y, derribado el muro de separación, *los que estaban lejos son puestos cerca* (v. Ef. 2:13, 14). Los vocablos del original para «naciones» y «pueblos» son los mismos de 2:1, con lo que podemos concluir que también los que han sido enemigos del reino de Cristo pueden llegar a ser súbditos obedientes de tal reino. El Evangelio del reino había de *ser proclamado a todo el mundo para testimonio a todas las naciones* (Mt. 24:14; Mr. 16:15). Las buenas nuevas, enviadas a todas las naciones, habían de estimularlas a alabar a Dios; y el poder de la gracia del Evangelio les daría corazón para alabarle.

2. Las inescrutables riquezas de la gracia del Evangelio (v. 2), que deben ser la materia de nuestra alabanza. En el Evangelio, esos dos más celebrados atributos de Dios, *su amor misericordioso* (hebreo, *jesed) y su verdad* (hebreo, *émeth*, equivalente a *emunah* = fidelidad) resplandecen con el mayor brillo en sí mismos y para el mayor beneficio nuestro. A ellos corresponde el binomio *«gracia y verdad»*, corriente en el Nuevo Testamento desde Juan 1:14, 17. Por esa *verdad y* por esa *misericordia,* habrían de glorificar los gentiles a Dios, según dice Pablo en Romanos 15:8, 9. El amor misericordioso de Dios es la fuente de todos nuestros bienes, y la verdad de Dios es el fundamento de todas nuestras esperanzas; por consiguiente, por ambas perfecciones debemos alabar a Dios.

SALMO 118

La opinión más probable es que este salmo fue compuesto a raíz de la celebración de la Fiesta de los Tabernáculos el año 444 a. de C. (v. Neh. 8:14 y ss.). Los versículos 22–24 nos traen a la memoria Nehemías 6:16 y es muy notable que Cristo mismo se los aplicase a sí mismo como piedra angular del templo espiritual que es la Iglesia (comp. Mt. 21:42 con Ef. 2:20, 21; 1 P. 2:5 y ss.). El salmista: I. Se anima a sí mismo y anima a los demás a confiar en Dios, basado en la experiencia que tenía del poder y de la compasión de Dios (vv. 5–18). II. Entrada de la procesión en el templo (vv. 19–25). IV. Celebración del servicio en el templo (vv. 26–29).

Versículos 1–18

Claramente se echa de ver aquí que el salmista tenía el corazón lleno de la bondad de Dios.

1. Celebra la misericordia de Dios en general y llama a otros para que hagan lo mismo (v. 1). Sacerdotes y pueblo, judíos y prosélitos (vv. 2–4, comp. con 115:9–13), deben todos reconocer la bondad de Dios y unirse en un solo cántico de acción de gracias a Él; si no dicen más, que digan al menos que *para siempre es su misericordia,* pues la han experimentado.

2. Guarda un registro en particular de los distintos favores que Dios le ha otorgado.

(A) El salmista había pasado recientemente por un período de gran dificultad, lo que le había proporcionado mucha experiencia de la bondad de Dios. Hay muchos que, cuando han encontrado alivio, no se preocupan de hablar de las depresiones anteriores, pero el salmista aprovecha todas las ocasiones de recordar su estado anterior: (a) Había estado *en angustia* (v. 5, comp. con 116:3, 4), y (b) había muchos que *le aborrecían* (v. 7), y esto no podía menos de entristecer a quien era de espíritu generoso y procuraba ganarse el afecto de todos.

(B) *Todas las naciones le rodearon* (v. 10), refiriéndose quizás a los árabes, amonitas, filisteos, samaritanos, etc. (v. Neh. 4:1). Por algún tiempo, parecía que iban a prevalecer contra él, pues *le rodeaban como abejas* (v. 12, comp. con Dt. 1:44). De dos maneras se había visto en angustia: (a) Por las injurias que los hombres le habían causado (v. 13): *Me empujaste con violencia para que cayese».* (b) Por las aflicciones que Dios le enviaba (v. 18): *«Me castigó gravemente Yah».* Los hombres le empujaban para destruirle; Dios le castigaba para instruirle, como Padre.

(C) Dios escuchó su oración (v. 5b): «Y *me respondió Yah, poniéndome en lugar espacioso»,* es decir, en un lugar en que podía moverse con toda libertad. Aunque *se habían enardecido* contra él sus enemigos, su furor era *como fuego de espinos que,* de momento, produce gran llama y hace mucho ruido, pero enseguida se apaga, y no deja sino cenizas.

(D) Dios le había preservado la vida cuando estuvo a las puertas de la muerte (v. 18): *«Me castigó gravemente Yah, pero no me entregó a la muerte,* pues no permitió que cayera en manos de mis enemigos». Así que, por su propia experiencia, puede decir (vv. 8, 9, comp. con Neh. 2:7 y ss.): *«Mejor es confiar en Jehová que confiar en el hombre … y en príncipes».* No tenía por qué temer, pues Jehová estaba de su parte y con él (vv. 6, 7). Si Dios es nuestra fuerza, también debe ser nuestro cántico si Él obra siempre a favor nuestro, también ha de tener toda nuestra alabanza y gratitud. No sólo es nuestro Salvador, sino también nuestra *salvación* (v. 14, con Éx. 15:2).

(E) Canta victoria, seguro de que Dios continuará dándole consuelo, victoria y vida: (A) Consuelo, pues dice (v. 15): *«Voz de júbilo y de salvación hay en las tiendas de los justos».* Las moradas de los justos, aun cuando sólo sean tiendas de campaña, pequeñas y transportables, ya que en este mundo no tienen *ciudad permanente* (He. 13:14), les resultan más cómodas que los palacios de los malvados, porque en ellas hay salvación, motivo de júbilo por esa salvación, y voz de júbilo, que es ya una expresión de gratitud por esa salvación. (B) Victoria (v. 15b): *«La diestra de Jehová hace valentías»* (lit.), frase que se repite a la letra en el versículo 16b. (C) Vida, pues dice (v. 17): *«No moriré, sino que viviré,* libre de las manos de mis enemigos que tratan de matarme, y *declararé las obras de Yah*; viviré para ser monumento del poder y del amor de Dios; sus obras serán declaradas en mí y por mí; el negocio principal de mi vida será alabar y enaltecer a Dios».

Versículos 19–29

Ilustre profecía de la humillación y de la exaltación del Señor Jesús. Pedro la aplica directamente a los principales sacerdotes y a los escribas (Hch. 4:11), y ninguno de ellos le acusó de citarla impropiamente.

1. El prefacio con que es introducida esta preciosa profecía (vv. 19–21). (A) El salmista se ve a sí mismo, con la procesión, a las puertas del santuario y pide admisión para celebrar la gloria del que viene en el nombre del Señor: *«Abridme las puertas de justicia»,* dice; es decir, las puertas interiores por las que se entra al santuario en que mora la presencia del Dios justo y favorecedor de su pueblo. (B) Se le otorga lo que pide, con la respuesta de los levitas porteros (v. 20): *«Esta es la puerta de Jehová; por ella entrarán los justos».* Comenta Sifrá: «No dice: "Entrarán los sacerdotes, los levitas e Israel", sino *los justos*—también los justos gentiles» (cf. Is. 26:2, donde «una gente justa» es entendida por los rabinos como dando a entender un «piadoso no-israelita»). El salmista canta victoria al ver que estas puertas, durante tanto tiempo cerradas, se abren ahora. (C) Promete *dar gracias* (lit.) a Dios por este favor (v. 21) y, en especial—pues éste es el objetivo de la reunión—por la salvación concedida al pueblo allí reunido.

2. La profecía misma (vv. 22, 23). Los judíos ven aquí una alusión directa, ya sea a la piedra que coronaba el edificio (conforme a Zac. 4:7), ya sea a la piedra colocada en el ángulo (conforme a Is. 28:16; Jer. 51:26) metafóricamente, a Israel, «designado por Dios—dice Cohen—para desempeñar una función esencial en la construcción de su reino en la tierra». Los cristianos sabemos que se refiere a Cristo, compendio y cifra del «remanente de Israel», piedra angular de la Iglesia y del reino de Dios. (A) Esta piedra *fue rechazada por los edificadores* (v. 22), por los gobernantes y el pueblo de Israel (Hch. 4:8, 10, 11), pues no quisieron reconocerle como a Mesías y *lo negaron delante de Pilato* (Hch. 3:13), cuando dijeron: *«No tenemos más rey que César»* (Jn. 19:15). (B) Pero esta piedra fue exaltada (v. 22b): *«Ha venido a ser la piedra principal del ángulo»;* ha sido promovida al mayor honor, al lugar principal del edificio, en el ángulo que une y sustenta dos paredes: los judíos y los gentiles, para hacer de ambos una sola casa espiritual (v. el vocablo griego en Ef. 2:20, con un buen comentario). (C) La mano de Dios en todo esto (v. 23): *«Esto ha sido obra de Jehová»* (lit. *de Jehová ha llegado a suceder esto).* Se oye aquí un eco de Nehemías 6:16. *«Y es algo maravilloso* (un portento de la diestra de Jehová) *a nuestros ojos»,* para nuestro asombro, júbilo y alabanza de Dios, como va a decir a continuación. Maravillosa es de cierto la redención que Dios ha obrado en Cristo para salvación de todo el que cree (Jn. 3:16).

3. El gozo con que se recibe, y las aclamaciones con que se celebra, esta predicción.

(A) Sea solemnizado este día con gran gozo, para honra y gloria de Dios (v. 24): *«Este es el día que Dios ha hecho»* (lit.). El día de la victoria, el día de nuestra redención, es el día por antonomasia «hecho» por Dios para que *nos regocijemos y nos alegremos en él* (v. 24b): en el día, en la ocasión de esta celebración o, como en 32:11, en Jehová. Ha sido hecho, sobre todo, «para el regocijo litúrgico», como nota Arconada. Y, puesto que nuestra redención se consumó, no en la crucifixión, sino en la resurrección (v. Ro. 4:25), del Señor, bien está que los cristianos la celebremos en domingo, el nuevo «sábado» de la *nueva creación* (2 Co. 5:17. Lit.).

(B) Sea recibido el Redendor con jubilosos «hosannas» (vv. 25, 26). «Hosanna» (lit. *Hoshiá na)* significa «salva ahora», «salva ya» pero equivale a *«¡Salva, te pedimos!»* (comp. con el *«ahora»*—hebreo, *ná*—de 115:2). Es aquí como un «¡Viva el rey!» (comp. con los gritos del pueblo cuando entró el Señor en Jerusalén el domingo anterior a su muerte). Digamos nosotros a Dios: «Señor, sálvame, te pido; que este Salvador sea mi Salvador y mi Dueño absoluto; que Él me tome bajo su protección y sea yo uno de sus fieles súbditos; *te ruego, oh Jehová, que* con Él *nos hagas prosperar ahora»* (v. 25b). La última frase puede verse en Nehemías 1:11. ¡Que los sacerdotes (ahora los ministros del Señor) tomen parte especial en esta solemne festividad! (v. 26). Son los sacerdotes los que se dirigen ahora a cada uno de los que toman parte en la procesión, de forma que la traducción correcta es: *«Bendito* (sea) *en el nombre de Jehová el que viene, os bendecimos desde la casa* (desde el santuario propiamente dicho) *de Jehová»* (comp. con Dt. 21:5; Sal. 129:8). Si se leen detenidamente Mateo 21:4–17 y Juan 12:12–26, se comprenderá la oportuna aplicación del Salmo 118:22–26 al Señor Jesucristo, pues Él era el «remanente de Israel» que venía en procesión al templo (v. también Zac. 9:9; Mal. 3:1–3). También nosotros hemos de bendecirle y pedirle que venga a nuestro corazón para hacerlo templo del Espíritu Santo purificado de obras muertas. Buena es la costumbre de los ministros del Señor de bendecir a la congregación al final de los servicios (v. Ef. 6:24).

(C) Sean ofrecidos sacrificios de alabanza (He. 13:15) en honor de quien ofreció por nosotros el sacrificio de la Gran Expiación (v. 27): *«Jehová es Dios* (hebreo, *Él,* el Dios Fuerte que ha demostrado su omnipotencia librándonos del cautiverio) y *nos ha dado luz* (símbolo de liberación; comp. Est. 8:16)». La segunda parte de este v. resulta muy difícil de traducir, debido a que las dos palabras clave: el imperativo *asru* y el sustantivo *jag* pueden significar cosas diversas. El verbo hebreo *asar* significa corrientemente *atar*, pero también *ordenar* (v. 1 R. 20:14). El sustantivo *jag* significa simplemente *fiesta,* por lo que lo mismo puede significar *procesión festiva* que *víctima festiva.* Para colmo de dificultades, el vocablo *abothim* (¿ramos?) está marcado en el texto masorético con un circulito en la primera letra *(ayin),* lo que indica duda. Basados en (Lv. 23:40), los exegetas modernos traducen: *«Ordenad con ramos la procesión festiva, etc.».* La versión de nuestras Biblias: *«Atad víctimas con cuerdas a los cuernos del altar»* resulta mucho más oscura e insólita. El hebreo dice: «… *hasta los cuernos del altar»,* lo cual se entiende mejor si se adopta la primera versión que hemos ofrecido, pues los «cuernos» del altar eran salientes a los lados del altar, sobre los que los sacerdotes derramaban parte de la sangre de las víctimas y marcaban el límite hasta el que los no-sacerdotes podían acercarse, no más adelante. Esto concuerda mejor con el acompañamiento que, con palmas y ramos, ofrecieron al Señor en su entrada mesiánica en Jerusalén.

(D) El salmista concluye con un reconocimiento personal del favor de Dios y, agradecido, invita a otros a unirse a él en la alabanza (vv. 28, 29), aunque es muy probable que ambos versículos fuesen cantados en la procesión. «Cada peregrino—dice Cohen—se dirige individualmente a *su Dios.».* El salmo concluye exactamente como empezó (comp. con v. 1) y es, con la mayor probabilidad, el coro general del pueblo el que invita a todos a *dar gracias* (lit.) *a Jehová, porque es bueno y para siempre es su amor misericordioso.* Si ellos tenían tantos motivos para alabar y dar gracias a Dios, ¡cuánto más nosotros!

SALMO 119

Llegamos a un salmo realmente extraordinario, tanto por su largura como por el tema que desarrolla: las excelencias de la ley de Dios. Ambrosio de Milán, en su latín castizo, lo describe como *veluti pleni luminis solem meridiano ferventem calore*, un sol de plena luz, que hierve con el calor del mediodía. Consta de 22 estrofas, cada una de 8 versículos, dispuestas en orden alfabético (acróstico), de forma que cada grupo de ocho versículos comienza por una letra distinta del alfabeto hebreo. Es un buen termómetro

para medir la temperatura espiritual del lector: si se entusiasma, buena señal; si se aburre, es que tiene frío el corazón. Otro detalle extraordinario de este salmo es que en él se repiten todos los sinónimos de «ley», como iremos viendo; con excepción de los versículos 90, 122 y 132, todos los versículos del salmo contienen uno u otro de dichos sinónimos. No se conoce su autor. «Probablemente—dice Cohen—, vivió en el siglo quinto y era un ardiente discípulo de la escuela de Esdras.» Al comienzo de cada estrofa, daremos el detalle temático peculiar de cada una, y seguiremos a K. M. Yates.

1. Alef (versículos 1–8)

Esta estrofa nos muestra que la felicidad consiste en cumplir el primer mandamiento de la ley.

1. El salmista muestra quiénes son los verdaderamente dichosos (vv. 1–3): *«los perfectos de camino»*, es decir, los de conducta intachable, que caminan *en la ley* (hebreo, *torah;* primero y el más significativo de los sinónimos empleados en el salmo. Su verdadero significado, tan mal entendido, es «enseñanza, dirección») *de Jehová*. Esto equivale a *«guardar sus testimonios»* (v. 2. Hebreo, *edoth*, que es el segundo sinónimo), es decir, las normas de conducta que atestiguan la voluntad de Dios. Vemos, pues, la correlación que hay entre «felicidad» y «obediencia», y la tremenda equivocación que sufren los mundanos cuando piensan que una conducta santa es necia o aburrida. ¡Es todo lo contrario! No hay nada tan sabio y «entretenido» como cumplir con amor la voluntad de Dios (v. Ro. 12:1–2), pues la obediencia es el vínculo con que la impotencia se une a la omnipotencia: Todo lo puede el que hace lo que Dios quiere. Pero es menester concentrar el esfuerzo mental y cordial (v. 2), y buscar *de todo corazón* el conocimiento de Dios (comp. con Jn. 17:3; 1 Co. 8:1–3). Estos *no hacen iniquidad*, pues el objetivo primordial de la *Torah* es prevenir al hombre para que no marche por las sendas del mal, sino por *los caminos de Dios* (v. 3. «Camino»—hebr. *dérekh*, como «modelo de rectitud» es el 3er sinónimo de «ley» en el salmo—). Así que *«andaren la ley de Jehová»* (v. 1) equivale a *«andaren sus caminos»* (v. 3).

2. De esta consideración, y del encargo que Dios ha hecho (v. 4) de que *sean diligentemente guardados sus preceptos* (hebreo, *phiqudey*, 4.º sinónimo que denota normas particularizadas de conducta para la vida ordinaria), el salmista expresa su deseo vehemente de *guardar los estatutos* (hebreo, *juquey*, 5.º sinónimo de ley—falta en 19:7–10, donde parece haberse inspirado el autor del 119—y significa leyes puestas por escrito para ser observadas permanentemente) *de Dios* (v. 5) para esa observancia es menester una conducta *firme*, estable, afianzada. Sabe que si adquiriese esa firmeza, no se vería *avergonzado* (v. 6) de haber fracasado en alcanzar su ideal, al considerar *todos los mandamientos* divinos (hebreo, *mitsuthey*, 6.º sinónimo, es un término general para indicar leyes divinas en la esfera de la vida religiosa).

3. El salmista promete ahora *dar gracias* (lit.) a Dios con corazón recto *cuando aprenda las ordenanzas justas* (lit. *justos juicios)* de Dios. Con ello confiesa que «no domina la asignatura», que le queda aún mucho por aprender de la ley de Dios. *«Ordenanzas»* (hebreo, *mishpitey*, 7.º sinónimo de «ley», indica «veredictos», del Juez Supremo que regulan las rectas relaciones del hombre con su prójimo). Durante toda la vida debemos ser buenos estudiantes de la escuela de Cristo, sentados a sus pies, sin tenernos jamás por «maestros consumados». A esta acción de gracias, añade el salmista una ferviente oración (v. 8b) a Dios, a fin de que *no le abandone hasta el extremo* (lit.). Los más santos son los que más temen la tentación, pues son los que más odian el pecado; sólo con la protección constante de Dios, se siente capaz de *guardar sus estatutos* (primera repetición de uno de los sinónimos); es muy apropiado aquí el vocablo, ya que el término hebreo procede de una raíz que significa «grabar en piedra», pues desea tener siempre ante los ojos esos estatutos, a fin de no correr la suerte fatídica de Israel siempre que eran culpables de transgredir los estatutos de Dios.

2. Beth (versículos 9–16)

Esta estrofa podría llevar por título: Receta para una buena limpieza. La pregunta y la respuesta están de acuerdo con la enseñanza de los Libros Sapienciales.

1. Pregunta el salmista (v. 9): *«¿Con qué limpiará* (mejor, *conservará puro) el joven su camino*, es decir, su conducta?» Pregunta de enorme transcendencia para todo joven, de tantas maneras tentado cuando aún no ha adquirido experiencia de la vida. La respuesta es muy sencilla: *«Con guardar tu palabra»* (hebreo, *dabar*, 8.º sinónimo de «ley»; es un término general para expresar la voluntad de Dios declarada a su pueblo). El Decálogo (gr. *diez palabras)* es encabezado en Éxodo 20:1 con la expresión:

«Y habló Dios todas estas palabras …», con lo que a los diez mandamientos, les suelen llamar los judíos «las diez palabras». Sin embargo, *el gran mandamiento* de Deuteronomio 6:4–5, es llamado así (hebreo, *mitsvath*, singular del *mitsuthey* considerado en el versículo 6). Por eso, todo israelita llegado a la mayoría de edad religiosa—13 años—es llamado *(«Bar Mitsvath»* = Hijo del mandamiento, esto es, obligado a cumplirlos). Vemos, pues, que sólo la Palabra de Dios puede conservar puro el corazón de los jóvenes. No sirven para ello ni las leyes de los reyes (aunque sean necesarias para la observancia del orden y de la moral exterior) ni los principios morales de los filósofos.

2. El salmista quiere predicar ahora con el ejemplo, y confiesa (A) que él *ha guardado* (el verbo hebreo significa aquí «guardar a buen seguro un objeto precioso», verbo mucho más fuerte que el empleado en el versículo 9, donde significa «observar, cuidar, vigilar») *en su corazón,* es decir, en lo más íntimo de su ser, *los dichos* (hebreo, *imráh*—lit. *el dicho*—. Este es el 9.º y último de los sinónimos usados en el salmo). Aunque suele interpretarse comúnmente como «consigna» o algo parecido, Cohen afirma que es «una variante poética de *dabar»,* con lo que alude al paralelismo que se halla en Isaías 5:24, de *Torah* e *imrah*. (B) Agrega que ha dado testimonio público *(«he contado»,* es decir, referido) de las *ordenanzas de la boca de Dios* (v. 13), que *medita y considera los* mandamientos y caminos de Dios (v. 15), y en ellos se *complace y regocija* (vv. 14, 16), y promete (v. 16b), *no olvidar la palabra* (lit.) de Dios. ¡Estupenda experiencia! ¡Si cada uno de nosotros buscáramos así a Dios, si así lleváramos en el corazón y en la mente los mandamientos de Dios, atesorándolos y cumpliéndolos, como quien se complace en ellos *más que en todas las riquezas* (v. 14b), bien podríamos, como el salmista, decirle entusiasmados a Dios: *«¡Bendito tú, Jehová!»* (v. 12)!

3. Guimel (versículos 17–24)

Esta sección podría titularse: Las delicias de la experiencia devota. Aunque esta experiencia no está exenta de sombras, el versículo 24 marca la pauta general de la estrofa.

1. El salmista pide a Dios que le conserve la vida a fin de guardar su Palabra (v. 17), ya que en ella tiene sus delicias (v. 24). Quiere que Dios le quite el velo que le cubre los ojos, a fin de ir hallando, como quien ahonda en una mina de oro, más y más maravilla que extraer de la Ley de Dios (v. 18), ya que él se siente como un *extranjero* que necesita conocer bien las leyes del país (v. 19). ¿Quién sino Dios se las puede descubrir, ya que Él las oculta a los que son sabios en su propia opinión, pero las revela a los que las reciben con sencillez infantil (v. Mt. 11:25)? Somos, por naturaleza, ciegos para las cosas de Dios, hasta que la gracia divina hace que caigan de nuestros ojos las escamas. Y cuanto más nos abre los ojos, más son las maravillas que hallamos en su ley. Tal es el anhelo que tiene el salmista de conocer los veredictos de Dios, que el continuo deseo *le consume el alma* (v. 20).

2. El salmista pasa a exponer ante Dios un obstáculo que ensombrece sus alegrías. Los magnates influyentes del país se sentaban a murmurar de él (v. 23), mientras él meditaba en los *estatutos* divinos siempre dispuesto a cumplirlos, no sólo porque los amaba, sino porqué ellos *le aconsejaban* la mejor manera de frustrar los planes de sus enemigos (v. 24). Estos son unos *soberbios* (v. 21), pecadores presuntuosos a los que Dios reprocha y resiste; pero no sólo ellos son *malditos,* sino todos los que *se desvían* (lit. *yerran)* de los *mandamientos* de Dios, pues también éstos sufren su castigo correspondiente, lo cual ya es una maldición. Al ser el oprobio y el menosprecio como un manto que cubre a la persona (v. 109:29), el salmista pide que *retire* (v. 22. El mismo verbo hebreo del versículo 18 para *quitar el velo* de los ojos) esas ignominias, ya que no quiere compartirlas con sus enemigos, puesto que él es fiel a Dios, mientras que ellos son rebeldes.

4. Daleth (versículos 25–32)

Aquí el salmista pide luz, vigor, fuerzas, «anchura de corazón». La letra inicial (d) le obliga a mencionar repetidamente el camino (hebreo, *dérekh).*

1. El camino que conduce al Cielo comporta fatigas, desalientos, peligros y tentaciones, como describe Bunyan en su *Pilgrim's Progress*. El salmista se siente abatido, hundido (lit. *apegado)* hasta el polvo, a causa de las contrariedades que sufre (v. 25) y pide a Dios que le reanime y le sostenga (v. 28). Confiesa que ya ha puesto ante la vista de Dios *sus caminos* (v. 26), sus vicisitudes, y que Dios le ha respondido; lo que le anima a pedir a Dios que le haga conocer bien *sus estatutos, el camino* de Dios en

sus mandamientos (v. 27), a fin de ponderar las maravillosas enseñanzas contenidas en la Ley. *«Se derrite mi alma de pesadez»,* dice literalmente (v. 28). Bajo el peso de la tristeza y de la ansiedad, el corazón se le enternece hasta disolverse en lágrimas.

2. Puesto que abomina el camino de la *mentira* (v. 29), ya que ha escogido el camino de la verdad (lit. fidelidad), y tiene siempre ante los ojos los veredictos de Dios (v. 30), hasta el punto de sentirse *apegado* (el mismo verbo del v. 25 y de Gn. 2:24 «… *se apegará a su mujer*») a los testimonios divinos, pide a Jehová que *no le avergüence,* sino que le conceda el favor que le pide, a fin de que no se rían de él sus enemigos como si estuviese dejado de la mano de Dios (v. 31). Poner delante de nosotros los veredictos de Dios es como si pusiésemos delante de los ojos el modelo que hemos de copiar cuando aprendemos a escribir, y como tiene el arquitecto ante sí el modelo del edificio que piensa construir. Mirar constantemente al modelo hace que un creyente sea firme y estable.

3. Especialmente notable es el versículo 32 en que el salmista piensa en *correr por el camino de los mandamientos,* es decir, obedecer con el mayor gusto, con la mayor prontitud y alegría, la voluntad de Dios, *cuando (o, porque) Dios le ensanchará el corazón.* En todo caso, no es una frase condicional («si Dios le ensancha el corazón»); el salmista está seguro de ello. *«Ensancharse el corazón»* (comp. con Is. 60:5; 2 Co. 6:11) se entiende mejor si lo comparamos con la metáfora opuesta: «encogerse el corazón». Indica primordialmente verse libre de apuros y problemas, a fin de tener mayor espacio para concentrar las energías y gozar de la libertad necesaria en orden a llevar a cabo lo que amamos. El verdadero cristiano es optimista, pues sabe que Dios le da sabiduría (v. 1 R. 4:29, donde se le llama *anchura de corazón)* y el amor que, por su Espíritu, derrama en nuestros corazones (Ro. 5:5). El amor de Dios y el gozo en el cumplimiento de su Ley son las ruedas y el motor de nuestra obediencia.

5. He (Versículos 33–40)

Esta estrofa podía llevar por título: La necesidad de ser enseñado y guiado. Aquí la necesidad de usar muchas veces la letra *h* obliga al salmista a echar mano de la forma *Hiphil* de los verbos con bastante frecuencia. Dicha forma tiene sentido causativo («hacer que …»), como iremos viendo en esta estrofa.

1. El salmista pide a Dios que le instruya (v. 33), que *le haga entender* (v. 34) los mandamientos y *le haga caminar* (v. 35) por ellos, ya que se complace en ellos (v. 35b); así los guardará *hasta el fin* (v. 33b, comp. con v. 112b)—mejor que *«como una recompensa»*—(aunque no puede descartarse esta versión del vocablo *équeb,* en el sentido de que el cumplimiento del deber tiene en sí mismo la recompensa, como el pecado lleva en sí mismo la pena).

2. Consciente de que, de por sí mismo, no puede obrar el bien, pide a Dios que *incline su corazón* (como el «arrastre» de Jn. 6:44) *a sus testimonios* (v. 36), a lo que esos testimonios prescriben, no a *«la ganancia»* (lit.), especialmente a la que se adquiere por medios deshonestos. La *codicia* es raíz de muchos otros pecados; pues es contraria a muchos mandamientos. Quienes deseen tener bien arraigado en el corazón el amor de Dios, han de tener desarraigado del corazón el amor al mundo (1 Jn. 2:15).

3. En ese mismo tono, pide que Dios *le haga volver* (lit. *pasar) los ojos de mirar vanidades* (v. 37), es decir, cosas que no tienen valor real si se las compara con las cosas de Dios, y que *le avive en el camino de Dios,* es decir, que le fortalezca y le afiance en la senda de la virtud para vencer las tentaciones que presentan dichas vanidades. Así como la mirada de las vanidades infecta de vanidad el corazón, así también el corazón débil en el servicio de Dios no tiene fuerza para resistir la atracción de las vanidades.

4. Al profesar ser *siervo* de Jehová (v. 38), le pide que le cumpla las promesas (lit. *el dicho,* hebreo, *imrah*) que pertenecen a los que reverencian a Dios (lit. *que* (es) *para el temor de ti*). No es arrogancia pedir a Dios las promesas que Él mismo ha hecho; no tenemos por qué pedir más, pero tampoco tenemos por qué contentarnos con menos.

5. Como ya lo había hecho antes (v. 22), vuelve a pedir que Dios *haga pasar* (el mismo verbo del v. 37) *el oprobio,* la mofa que de él hacen sus enemigos, ya que las ordenanzas divinas son *buenas,* es decir, benefician a quienes se someten a ellas, como él lo hace (v. 39) y, puesto que él anhela *los preceptos* (lit.) divinos (v. 40), bien puede pedir que Dios le sostenga a él, como a siervo fiel, *en su justicia,* es decir, como Dios y Dueño justo que es. Podría tener un doble sentido (a) en tus justos juicios; (b) conforme a tus justas promesas.

6. Vau (versículos 41–48)

A esta sección podríamos ponerle por título: El coraje necesario para dar testimonio. En efecto:

1. Pide el favor de Dios (v. 41) contenido en sus promesas (lit. en su *dicho—imrah—),* precisamente para estar más animado a dar testimonio de la bondad de Dios ante los que quieren avergonzarle (v. 42). Con esta esperanza (v. 43), está seguro de que no se le irá de la boca *la palabra de verdad,* es decir, un testimonio sincero y veraz de lo que Dios ha hecho por él, lo cual sería difícil de cumplir si le faltase la manifestación del favor de Dios hacia él. Seguro de haber sido escuchado, hace una promesa firme (v. 44), y usa los tres vocablos que indican continuidad de por vida: *«tamid»* = siempre, *«leolam»* = para siempre, y *«ed»*= perpetuamente (el mismo vocablo de Is. 9:6 «*… perpetuamente Padre»).*

2. Esto le dará ánimo y coraje (v. 45): «*Y andaré por ancho campo* (de la misma raíz que el vocablo del v. 32), es decir, libre de ansiedades *porque busqué* (comp. con v. 2) *tus preceptos.* Y, como el que teme a Dios, no tiene por qué temer a nadie, se siente ya con el coraje necesario para dar testimonio *delante de reyes* (v. 46), como lo dieron los compañeros de Daniel ante Nabucodonosor (Dn. 3:16), los Apóstoles ante las autoridades judías (Hch. 4:20), y el Apóstol Pablo ante el rey Agripa (Hch. 26).

3. Repite, una vez más (vv. 47, 48), el amor que profesa a la Ley de Dios, el deleite que siente en cumplirla y meditarla, hasta el punto de que quiere *alzar las palmas de las manos* (lit.) hacia los divinos *mandamientos* (y repite la frase del v. 47: *«que he amado»)* en actitud de intensa devoción, de empeño decidido. «La frase—dice Cohen—denota de ordinario la actitud de oración.» «Casi diviniza la Ley—comenta Arconada—al prometer *alzar a ella sus manos,* en gesto de oración» (cf. 28:2).

7. Zain (versículos 49–56)

Esta sección puede llevar por título: La fuente del consuelo y de la esperanza. Nótese las veces que estas palabras ocurren aquí y el bellísimo versículo 54.

1. El salmista comienza con un verbo que va a repetir *(zacar,* ya que la letra de esta sección es la z): *«Acuérdate de la palabra* (aquí *dabar,* pero en sentido de «promesa», como en otros lugares *imrah) dada a tu siervo, en la que me has hecho esperar* (lit.) es decir *poner la esperanza»* (v. 49). La promesa de Dios le había infundido esperanza; ahora pide a Dios que, puesto que su Palabra es fiel y no puede violar su promesa, ha de recordarla para librarle de la decepción que sufriría si no se cumpliera. En las crisis pasadas, esa promesa le había reanimado, vivificado (comp. vv. 17, 25, 28, 37, 40); por eso, sabe que tendrá ahora el mismo efecto (v. 50), y en ella halla *el consuelo en su aflicción.*

2. Ese consuelo le sustenta (v. 52), pues recuerda experiencias pasadas *(«tus juicios de otro tiempo»),* en que Dios le había sacado a campo ancho cuando sus enemigos se burlaban de él y hablaban mal de él (v. 51, comp. con v. 23). Lo que más siente él con respecto a sus enemigos, y lo que le enfurece (v. 53) hasta hacerle derramar ríos de lágrimas (v. 136) es el desacato con que estos impíos tratan la Ley de Dios. ¡Ojalá sintiésemos nosotros la misma santa indignación al ver hollada de tantos modos la santa Ley de Dios! Pero no es difícil indignarse cuando son *otros* los que la huellan; ¿nos indignamos también contra nosotros mismos cuando pecamos?

3. El consuelo que el salmista recibe de las promesas de Dios sube de punto cuando lo transfiere al cumplimiento mismo de la Ley (A) *El obedecer los preceptos* de Dios lo estima como *lo mejor que tiene* (v. 56). Incluso durante la noche, no le abandona el recuerdo de Dios y de la Ley (v. 55), pero lo más grandioso es que *«los estatutos»* de Dios le infunden tal gozo y tal consuelo que *son sus cantares,* le inspiran a cantar (comp. con Hch. 16:25), *en la casa de su peregrinaje»* (lit.), es decir, en la morada en que se siente como peregrino, o *extranjero* (v. 54, comp. con el v. 19 donde el vocablo es de la misma raíz que aquí).

8. Jeth (versículos 57–64)

Yates titula esta sección: La decisión de ser fiel. En ella vemos:

1. Que el salmista, como David (16:5), ha escogido por heredad a Jehová (v. 57), por lo que busca de todo corazón la presencia de Dios (v. 58) y expresa su promesa de fidelidad: *He prometido guardar,* cumplir, *tus palabras* (v. 57b). Cabe una versión diferente: *«Mi porción, Jehová, me dije, es observar tus palabras».* En todo caso, el salmista hace de la Ley de Dios su norma y a ella se adhiere de todo corazón, y depende de Dios en cuanto al cumplimiento de ella.

2. Sin embargo, se da cuenta de que *sus caminos* dejan algo que desear por lo que expresa su propósito de *hacer volver sus pies* (v. 59) a los testimonios de Dios. De alguna manera, había caído atrapado en *las redes de los malvados* (v. 61) y, después de *examinar a fondo su* propia conducta (v. 59), *se apresura* a abandonar el mal camino que comenzaba a seguir y no quiere retrasarse, sino ganar el tiempo perdido (v. 60).

3. Implora, por ello, *la misericordia* (lit. *el favor la gracia) de Dios,* ya que *de su amor misericordioso* (v. 64, diferente vocablo del que sale aquí, v. 58b) *está llena la tierra* por lo que se siente animado a pedir el favor de un Dios que está lleno de bondad hacia todas sus criaturas, ahora que él se ve acuciado por el peligro de faltar a su promesa de fidelidad. Alega a su favor que, a pesar de la presión que sobre él han ejercido los malvados, (A) *no se ha olvidado de la Ley de Jehová* (v. 61), sino que, (B) acorta el tiempo de su descanso nocturno y se levanta (comp. v. 55) *para darle gracias* (lit.) *por sus justos juicios* (v. 62), es decir, por las ordenanzas de la Providencia en cualquier circunstancia, y (C) escoge por compañeros suyos a los que, como él, temen a Dios y guardan sus mandamientos (v. 63); eran sus amigos, no tanto por estar a su favor como por ser temerosos de Dios.

9. Teth (versículos 65–72)

Esta estrofa puede titularse: La disciplina de la aflicción. Aquí el salmista:

1. Agradece a Dios el favor que le ha dispensado. Aun cuando el verbo *«dar gracias»* no ocurre ni una sola vez en esta sección, toda ella está llena de agradecimiento: *«Has tratado bien a tu siervo»* (v. 65). El favor de Dios hacia nosotros se muestra tanto en lo que nos agrada como en lo que nos duele. *«Bueno eres tú y bienhechor»,* dice luego (v. 68). Y así a lo largo de toda la estrofa.

2. Reconoce que fue un gran bien para él *haber sido humillado* (v. 71, comp. con v. 67). Su desviación del camino recto (v. 59) tuvo como consecuencia la aflicción que Dios le envió, y esta aflicción le hizo volver en sí, como al Hijo Pródigo de Lucas 15:11 y ss., *y dirigir sus pies* a someterse de nuevo a las normas divinas (vv. 59, 67, 71).

3. Lo que le ayuda siempre a recobrarse es que estima la Ley de Dios más que todas las riquezas del mundo (v. 72, comp. con v. 14); de ahí el deleite que experimenta en el cumplimiento de la Ley (vv. 66b, 67b, 69b, 70b) y la repugnancia que le causan los calumniadores (v. 69) y los que tienen embotado el corazón (lit. *«gordo como la grasa»),* es decir, impermeable a todo ideal ético.

4. Como todo buen creyente, desea conocer más y mejor la Ley de Dios, por lo que le pide que le enseñe (A) no sólo a través de la aflicción (vv. 67, 71), sino (B) concediéndole *buen discernimiento* (lit. *bondad de gusto*—como cuando decimos de una persona de buen sentido: «¡Qué buen gusto tiene!»—) y *conocimiento* (hebreo, *dáath),* en sentido de penetración cordial, experimental, como siempre en las Escrituras (v. 66). No todo el que tiene buen conocimiento tiene buen gusto y viceversa. Poseer ambas cosas es un gran favor de Dios: buen corazón con buena cabeza. (C) De nuevo (v. 68b): *«Enséñame tus estatutos».* Puesto que en sus palabras revela Dios su bondad, el salmista está deseoso de que Dios le instruya en sus preceptos.

10. Yod (versículos 73–80)

Aunque Yates titula esta sección: «La justicia de la retribución», le iría mejor el título: «La voz del deseo», pues la necesidad de encabezar los versículos con la letra *yod* lleva al salmista a emplear con mucha frecuencia los imperfectos llamados «yusivos» u optativos, que comienzan por dicha letra.

1. Empieza por una confesión de que le debe a Dios el ser (comp. con Job 10:8; Sal. 139:15, 16): *«Tus manos me hicieron y me dieron forma»* (lit.), por lo cual precisamente necesita saber cuál es el objetivo que Dios se ha propuesto al crearlo y cuál es su deber para con Dios (v. 73). Se repite así la petición de los versículos 12, 19, 27, 33, 34, 64, 66, 68.

2. Renueva también su reconocimiento del bien que le ha hecho la aflicción (v. 75, comp. con v. 71), pues en ella ha mostrado Dios, no sólo su justicia en castigar el pecado, sino también su fidelidad al modo de corregir a su pueblo (comp. con He. 12:10, 11).

3. Apela al consuelo, al favor y al amor misericordioso de Dios (vv. 76, 77), puesto que en la Palabra de Dios tiene puesta su esperanza (v. 74b), su delicia (v. 77b) y su meditación (v. 78b). Con ese favor de Dios, (A) Él no quedará avergonzado (v. 80b), mientras caerá la vergüenza sobre los orgullosos que le

han calumniado (v. 78, comp. con vv. 69, 70); (B) Los que temen a Dios, como él, se alegrarán al verle, se animarán más y más a cumplir la Ley (v. 74) y *se volverán a él* (v. 79), es decir, seguirán su ejemplo de constancia y fidelidad a Dios y a su Ley, cuando su fe se tambalee como resultado de las actividades de los soberbios.

11. Caf (versículos 81–88)

Esta sección puede llevar el título de «Un rayo de esperanza en medio de las tinieblas». El salmista se siente deprimido ante la gran tribulación que le aflige. Las imágenes son muy expresivas.

1. Se siente *desfallecer* a lo largo de toda esta estrofa. (A) Su alma, su persona, se consume de ansias por verse a salvo de la presente aflicción; éste es el sentido del versículo 81, con una nota de esperanza. (B) El mismo verbo («consumirse, desfallecer, morirse de ansias de …») ocurre en el versículo 82 (comp. con v. 123): Su vista desfallece de tanto esperar un alivio que tarda en llegar: «… *¿cuándo me consolarás?*». (C) Se siente arrugado y encogido, *como un odre ahumado* (v. 83). Dice Cohen: «En el Oriente, los recipientes se hacen de piel y, cuando no se usan, se cuelgan en la habitación que no tiene chimenea para el escape del humo, con lo que se encogen». Comenta Arconada que, de este modo, «el vino mejoraba y tomaba sabor», pero el salmista sólo piensa en el daño que le produce la aflicción, la cual parece seguir implacable.

2. En efecto, sus enemigos (A) le han cavado fosas, lo cual es contra la ley (v. 85, comp. con Éx. 21:33, 34), a fin de hacerle caer; (B) le persiguen sin causa (v. 86, comp. con v. 78); y (C) Han estado a punto de extirparle (lit. *consumirle*—el mismo verbo de los versículos 81 y 82—) de la tierra. (D) De tal forma le afligen que pregunta a Dios (v. 84): «*¿Cuántos son los días de tu siervo?*» La respuesta se adivina a la vista de la segunda parte del versículo. Es como si dijera: «Puesto que mis días son tan pocos, date prisa, Señor, a ayudarme y vindicarme, de lo contrario, vas a llegar demasiado tarde». (E) En esto, apela a la *fidelidad* (lit.) de Dios, que resplandece en sus ordenanzas (v. 86), en otras palabras, en contraste con la falsedad de los que *no proceden según la Ley de Dios* (v. 85b), el salmista recurre al Dios que ha dado mandamientos basados en la verdad y en la fidelidad.

3. En medio de su aflicción y desconsuelo, junto a la nota de esperanza (vv. 81, 88), se advierte una y otra vez la resolución del salmista de observar los mandamientos de Dios, a pesar de todo (vv. 83b, 87b, 88b). En realidad, el objetivo primordial de su permanencia en este mundo lo cifra el salmista en cumplir la voluntad de Dios, y por eso le pide que *le vivifique, conforme a su amor misericordioso, para observar* (es la interpretación más probable) *los testimonios de la boca de Dios* (v. 88).

12. Lámed (versículos 89–96)

Esta estrofa, donde el optimismo contrasta con la depresión de la sección anterior, podría llevar por título: «El triunfo de la fe».

1. El salmista comienza con un entusiasta reconocimiento de la fidelidad de Dios (vv. 89–91), la cual tiene los caracteres de (A) celestial (v. 89) y, por tanto, inmutable como los cielos; (B) eterna: *de generación en generación*, a perpetuidad, como la tierra cuyo fundamento ha sido puesto por Dios (v. 90); (C) soberana, pues los cielos y la tierra, con todo lo que contienen, así como las vicisitudes de la historia, todo ello sirve a los propósitos de la voluntad de Dios (v. 91). La fidelidad es la verdad de Dios (ambos vocablos tienen en hebreo la misma raíz: *amán*, estar seguro), y Dios no puede mentir ni contradecirse a Sí mismo: Dios es la verdad (comp. con Jn. 14:6). Y la Palabra de Dios: sus promesas y sus normas, participan de las cualidades divinas. Todo lo creado, por perfecto que sea, tiene un límite; la Palabra de Dios no lo tiene (v. 96)

2. La Biblia es un buen compañero en todo tiempo. El salmista reconoce que, *si la ley de Dios no hubiese sido su delicia, habría perecido en su desdicha* (v. 92) pues habría carecido de fuerzas para continuar en la brecha, mientras que los mandamientos de Dios *le dan la vida* (v. 93). Aquí vemos que el mejor remedio contra el mal recuerdo es el buen afecto.

3. El mismo remedio halla el salmista al recordar los muchos males que contra él han tramado los malvados (v. 95): el prestar constante atención a los testimonios de Dios es el mejor medio de escapar del peligro en que sus arrogantes enemigos querían hacerle caer.

13. Mem (versículos 97–104)

Esta estrofa podría llevar por título: La Ley, fuente de sabiduría. Dos detalles destacan aquí: (A) Esta es la primera estrofa que no contiene ninguna petición; (B) Tampoco se halla en ella ninguna queja.

1. El salmista comienza expresando enfáticamente su amor a la ley de Dios. No sólo medita en ella *todo el día* (v. 97), sino que la paladea como un manjar, y le sabe mejor que la miel (v. 103). Cada uno piensa constantemente en aquello que ama; por eso, la constante meditación de la Ley era una prueba clara de que el salmista amaba verdaderamente la Ley, y la Ley le resultaba a su paladar espiritual más dulce que la miel. En efecto, el manjar corporal llega a saciar, y con la hartura viene la repugnancia, pero el manjar espiritual nunca harta, sino que cuanto más se alimenta uno de él, tanto mayor es el apetito que de él tiene; así que no es de extrañar que ocupe su atención continuamente.

2. La razón principal de su amor a la Ley, según la expresa aquí el salmista, es que la Ley (en sus múltiples sinónimos) le hace *más sabio que sus enemigos* (v. 98), y por eso, tiene *mayor discernimiento que sus maestros* (v. 99), *y más sensatez que los ancianos* (v. 100), puesto que éstos extraen su cordura de la experiencia que la vida les ha proporcionado, mientras que el salmista debe su sabiduría a la obediencia a la voluntad de Dios (vv. 98, 99b, 100b, 104 y, especialmente, 102b). Se cumple aquí lo que dijo el Señor Jesús (Jn. 7:17): *«El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá, etc.»* (v. en el volumen correspondiente el comentario a este versículo). El amor a la verdad prepara el camino para la luz de la mente: *«los de corazón limpio verán a Dios»* (Mt. 5:8). No se hace ninguna injuria a los maestros cuando se les llega a sobrepasar en sabiduría, pues todo buen maestro se alegra de los progresos de sus discípulos y, por otra parte, se les enseña a los maestros mismos que la fuente de la verdadera sabiduría se halla en la observancia de los mandamientos más bien que en el conocimiento intelectual de las Escrituras.

14. Nun (versículos 105–112)

El versículo 105 parece empalmar con la sección anterior y nos permite titular la presente: La luz de la vida. Siguen quejas y peticiones, con un final parecido al de la estrofa anterior.

1. El salmista comienza con una afirmación que hace del versículo 105 uno de los más conocidos de toda la Biblia: *«Lámpara* (es) *para mis pies tu palabra, y luz para mi senda»* (lit.). Comp. con Proverbios 6:23. Por aquí vemos la naturaleza de la Palabra de Dios: *lámpara y luz.* Nos descubre, con respecto a Dios y a nosotros mismos, lo que de otro modo no habríamos podido llegar a conocer. El mandamiento es una lámpara que luce y arde con el aceite del Espíritu Santo; es como las lámparas del santuario y la columna de fuego en el desierto (comp. con 2 P. 1:19). No solamente ha de ser luz para nuestros ojos, a fin de que disfruten de un bello panorama, sino para nuestros *pies,* a fin de que sepamos dónde los hemos de poner, y para nuestra *senda,* para que que no nos extraviemos.

2. Con la luz por guía, el salmista promete no desviarse de la senda que la Ley le muestra (vv. 106, 109b, 110b, 111, 112), pues es esa Ley precisamente la que le sostiene en medio de su aflicción (vv. 107, 109, 110). Tres detalles merecen nuestra consideración: (A) La frase del versículo 109: *«Mi alma* (mi vida) *está continuamente en mi mano»* (lit.), es decir, en peligro de muerte, nos recuerda frases similares en Jueces 12:3 y 1 Samuel 19:5. (B) El versículo 111 nos recuerda Deuteronomio 33:4 y da claramente a entender que este piadoso israelita estimaba la incorruptible heredad de la Ley de Dios mucho más que la tierra de Canaán, que ahora se hallaba en poder de extraños. (C) El versículo 112 acaba, como el versículo 33, con el vocablo hebreo *équeb;* por lo que admite, igual que allí, una doble versión: (a) *hasta el fin;* o: (b) *como una recompensa.*

15. Sámec (versículos 113–120)

Esta sección puede llevar por título: El estímulo de la lealtad.

1. La lealtad del salmista se echa de ver (A) En el santo odio que abriga contra *los de doblez de mente* (v. 113, lit. Comp. con 1 R. 18:21, donde se halla la misma raíz hebrea en la pregunta que Elías hace al pueblo). Aunque no sabemos a quiénes se refiere, la expresión indica personas que estaban indecisas en su culto y servicio al verdadero Dios; (B) en su deseo (v. 115, comp. con 6:8) de estar alejado, cuanto más mejor, de los malvados. Sabía muy bien que *las malas compañías corrompen las buenas costumbres* (1 Co. 15:33) y quería verse alejado del contagio; (C) especialmente, en su decisión firme, valiente, de

observar la Ley (v. especialmente el v. 115b). Nótese la frase: *«Y guardaré* (lit.) *los mandamientos de mi Dios»*. Como un buen soldado o, mejor, como un valiente santo, pues la verdadera bravura consiste en la firme resolución de obedecer la voluntad de Dios y evitar el pecado.

2. El estímulo para esa lealtad lo halla el salmista (A) En Dios mismo, quien es su *refugio y escudo* (v. 114), su *sostén y apoyo* (vv. 116, 117) y su vindicador (vv. 118, 119); pues él *rechaza* (mejor que *«deshace»* (v. 118) y *hace cesar* (v. 119. Lit.) a los malvados como quien separa la *escoria* del metal para refinarlo. Eso es lo que Dios hace con los malvados y, comoquiera que el salmista no desea correr la suerte de ellos, *ama los testimonios de Dios* (v. 119b). ¿Tenía ante sí la profecía de Ezequiel 22:17–22? En todo caso, la imagen de la *escoria* es la misma. (B) En la Palabra de Dios, la cual es su esperanza (v. 114b, comp. con v. 74); en esa Palabra confía, para no verse avergonzado de su esperanza (v. 116). (C) finalmente, en el castigo que sufren los desobedientes (vv. 118–120), lo cual se palpa especialmente en el versículo 120, que cierra la sección: *«Mi carne se estremece por temor de ti, y de tus juicios tengo miedo»*. El salmista se estremecía al contemplar el castigo de los malvados y abrigaba un santo temor de los juicios de Dios, ya se trate de las «sentencias» contra los malvados o de las «leyes» conforme a las cuales son juzgados. Dice Kirkpatrick: «El temor reverente es el correcto complemento del santo amor».

16. Ayin (versículos 121–128)

El título de esta sección podría ser: Es tiempo de intervenir.

1. En efecto, el salmista lo dice expresamente (v. 126): *«Es hora de actuar, Jehová»*. La misma nota de urgencia se advierte en los versículos 121–124, donde se apela: (A) A la conducta que él mismo viene observando sin desmayo: *«Juicio y justicia he practicado»* (v. 121), las cualidades que Dios ama (33:5) y que son el cimiento del trono de Dios (89:14) por lo que bien puede apelar a su integridad, a fin de que Dios ejercite esas mismas perfecciones que son el fundamento de su trono y le saque del aprieto en que se halla; (B) a la promesa divina (v. 123): *«Mis ojos desfallecen* (el mismo verbo del v. 82) *por (o, para,* es decir, en anhelos de) *tu salvación y tu dicho* (lit.) *justo»* = la promesa de Dios garantizada por la justicia de Dios. De ahí que interponga su condición de *«siervo»* de Jehová (vv. 122, 124, 125); (C) al *amor misericordioso* de Dios, ya que se reconoce indigno de alcanzar la salvación por sí mismo, mientras pide mayor instrucción a fin de que su conducta merezca, de algún modo, la aprobación de Dios (vv. 124, 125).

2. En toda la sección se nota el mismo tono de apuro de algunas de las estrofas anteriores. Acecha el peligro de que *los soberbios le opriman* (v. 122b). Pero lo que más le estimula a urgir a Dios a actuar es ver que esos soberbios *violan,* quebrantan con descaro, *la Ley* (v. 126).

3. Una vez más, expresa su amor a los mandamientos divinos *(«más que el oro fino»),* su docilidad para *dejarse guiar rectamente por todos los preceptos* divinos, en lo concerniente *a todas las cosas* (lit., según la versión más probable de la concisa frase hebrea); y, como todo el que se adhiere firmemente a la verdad, *aborrece todo camino falso,* engañoso (v. 128). Es de advertir que la conjunción causal hebrea *alkén* = «*por* eso», no tiene aquí (vv. 127, 128) precisamente un sentido causal o consecutivo, sino que la emplea el salmista porque le viene bien para el acróstico, ya que comienza por la letra *ayin,* que domina toda la sección.

17. Pe (versículos 129–136)

Esta sección puede titularse: La Maravilla de la Iluminación, según la bella imagen del versículo 130, en cuanto a la Palabra de Dios, y la petición del versículo 135, en cuanto al rostro de Dios.

1. Como en el versículo 138, el salmista queda encantado de lo maravillosos que son los testimonios de Dios (v. 129); por eso, *los guarda,* como quien custodia y asegura un tesoro. Esos testimonios son tan luminosos que *hacen sabio al sencillo* (v. 130b, comp. con 19:7), es decir, al «ingenuo», sin experiencia, que se deja influir de toda clase de opiniones y doctrinas. Esa iluminación se debe a que *«el portal de tus palabras* (lit.) *da luz»* (lit.), dice el salmista. Comenta W. T. Davies: «En Palestina, las casas, en su mayoría, carecen de ventanas, y la luz entra por el portal. Entra luz por la Palabra de Dios del mismo modo que la luz del sol entra por un portal oriental». Hay otra luz que el salmista desea para disipar las tinieblas de la opresión: la del rostro de Dios (v. 135, comp. con 80:3 y Nm. 6:25), que proporciona salvación.

2. A la petición que acabamos de comentar, añade otra («y *enséñame tus estatutos*»—v. 135b—), con lo que da a entender una vez más el amor que abriga hacia la Ley de Dios. Véase la bella imagen con que lo expresa en el versículo 131: *«Mi boca abrí de par en par y aspiré con afán»* (no es el mismo verbo de 42:1). ¿Para qué? Para sorber el alimento espiritual que la Ley de Dios proporciona: *«Porque anhelaba tus mandamientos»*.

3. Como en otras secciones, el salmista, además de luz, pide protección (v. 132): *«Vuélvete hacia mí y concédeme tu favor»* (lit., comp. con 25:16; 86:16). Implora el favor de Dios, ya que sabe que con sólo que Dios vuelva hacia él su rostro, será librado. Apela a la ley que Dios mismo se ha impuesto a Sí mismo de socorrer a los que le aman (v. 132b). Lo hace explícitamente en el versículo 134, donde habla de la *«opresión»* de los hombres, que podría resultarle un obstáculo para la observancia de los mandamientos de Dios. La misma protección demanda en el versículo 133: «Afianza *mis pasos con tu palabra» (lit. con tu dicho).* El verbo podría traducirse mejor por: *«ordena» o «guía»*. La idea no cambia: Ya que Dios le ha puesto en la senda recta con su Palabra, pide que le siga guiando, con su Palabra y con su gracia, por esa misma senda. De esa manera, *ninguna iniquidad* (hebreo, *aven),* es decir, ninguna infracción de la ley, *se enseñoreará de él;* prevalecerá sobre él con los halagos de la tentación. Lo que más le duele, como ya ha insinuado en otros lugares (v. por ej. vv. 85 y 126), es la violación de la ley divina por parte de los malvados; tanto que *de sus ojos han descendido ríos de agua* (hebreo, *palguey máyim*, la misma frase de Pr. 21:1. V. el comentario a dicho versículo), es decir, *de lágrimas, por los que no guardan la ley de Dios* (v. 136). Compárese con versículo 139 y, en especial, con Lamentaciones 3:48. No llora por la opresión que sobre él ejercen los malvados, sino por la iniquidad de esos malvados.

18. Tsade (versículos 137–144)

Yates titula esta sección: El reto de la justicia. En efecto,

1. El salmista, en contraste con los inicuos, con los quebrantadores de la ley, de quienes acaba de hablar en el versículo 136, resalta el carácter de Dios como un Dios *justo* y, por eso, son justos, rectos, fieles, sus juicios y sus testimonios; y lo son eternamente (vv. 137, 138, 142 y 144). Es muy notable el singular hebreo *yashar,* recto, al ser plural el sustantivo *mishpatey* = juicios, lo que significa que *cada uno de sus juicios,* según Ibn Ezra, o *el conjunto compacto de esos juicios, es recto.* Hay aquí una ecuación de *palabra* de Dios y *justicia*, a la que sigue otra ecuación de *palabra y verdad* (v. 142b), que ya vimos en 19:9, y se repite en los versículos 151 y 160 de este salmo, y llega hasta Juan 17:17. Aquí tenemos un gran principio de conducta: La Palabra de Dios, al ser verdad, ha de gobernar los pensamientos y dirigir los movimientos todos de la persona; y, para que la autoridad de esa verdad no resulte ineficaz ante la debilidad de la carne, queda reforzada por una ley que ata la voluntad y la lleva a sumisión.

2. El salmista expresa un segundo contraste entre su propia *pequeñez* y miseria—sobre todo, por el desprecio que hacia él muestran sus semejantes—(v. 141) y *la palabra acrisolada,* es decir, libre de toda escoria, *de Dios.* A pesar de esta desproporción, el salmista asegura que *no se olvida de los preceptos* (lit.) *divinos;* (v. 141b); más aún, como ya ha expresado otras veces, *los mandamientos de Dios son sus delicias,* aun en medio de *la aflicción y de la angustia que se habían apoderado de él* (v. 143). Este mismo era el consuelo con que el Apóstol se sentía confortado para consolar a otros en medio de la tribulación (2 Co. 1:3–11).

3. Como en otros lugares, declara también su amor a la Palabra de Dios (v. 140b: *«la ama tu siervo»);* por ello, también una vez más, pide *entendimiento* (no revelación, pues tiene suficiente), *para vivir* (v. 144b) y cumplir los preceptos de la Ley, pues Levítico 18:5 (citado en Ro. 10:5) dice de parte de Dios: *«Por tanto, guardaréis mis estatutos y mis ordenanzas, los cuales haciendo el hombre, vivirá por ellos»*. En el cumplimiento de la ley hay vida. Si el hombre no se salva por la ley, es porque ninguno la cumple; y como la ley, de suyo, no da fuerza para luchar contra el pecado, sino que se reduce a darlo a conocer y a diagnosticarlo, necesitamos la gracia y el poder del Espíritu que se dan a los creyentes (v. Ro. 3:9–31; Ef. 2:1–10, entre otros lugares).

4. El amor a la ley de Dios le lleva, como siempre, a una tremenda tristeza por el quebrantamiento que de la ley hacen los malvados (v. 139): *«Mi celo me ha consumido* (comp. con 69:9; Jn. 2:17), *porque mis enemigos se olvidaron de tus palabras»*. Es la primera vez que en este salmo los llama *«mis adversarios»* (lit. Hebreo, *tsaray*), aunque en el versículo 98 los había llamado *«mis enemigos»* (hebreo,

oybay). Enemigos y adversarios suyos eran, más por ser enemigos de Dios y de su ley que por la dura aflicción con que le oprimían a él.

19. Cof (más exacto, QOF versículos 145–152)

No es fácil poner título a esta sección. Yates la titula: Seguridad que procede de la oración. Lo cierto es que la oración o, mejor, el clamor de la oración, domina toda la estrofa.

1. *«Clamo con todo el corazón* (lit.); *respóndeme, Jehová; guardaré tus estatutos»,* dice el salmista (v. 145). Y añade (v. 146): *«A ti clamo; sálvame, y guardaré tus testimonios».* Es de observar aquí: (A) Que el sentido de la última frase no es: «Si me salvas, guardaré tus testimonios», sino: «sálvame para guardar tus testimonios». Lo mismo ha de decirse del versículo 145b, donde la conjunción «y» falta en el hebreo y en el versículo 148b, donde está expresa la partícula *le*, para (conjunción final). (B) La gran urgencia con que el salmista ora a Dios, como se echa de ver, no sólo por los versículos 145 y 146, ya citados, sino también por el comienzo de los versículos 147, 148 y 149. La frase *«me anticipo, etc.»,* significa que madrugaba para orar y, además, interrumpía el sueño de la noche para clamar a Dios (comp. con 63:6) y meditar en su ley. Ello nos indica que las cosas de Dios le ocupaban totalmente el pensamiento y que lo primero que hacía, al levantarse, antes de dedicarse a cualquier otro asunto, era orar ¡Buen ejemplo para nosotros, los cristianos!

2. En medio de este clamor de la oración, se advierte la nota de esperanza: *«Espero en tus palabras»* (v. 147b). Así dice el texto, aunque el circulito blanco da a entender que los judíos lo leen en singular, en el sentido de *«promesa»* de salvar a quienes invocan a Jehová. Aunque la respuesta de Dios no venía de inmediato, su esperanza le estimulaba para seguir orando. En la misma palabra de Dios se apoya para pedirle que le vivifique (v. 149b, comp. con vv. 25, 37, etc.). El mismo tono se advierte en los versículos 151, 152: *«Cercano estás tú, Jehová,* para salvarme, como mis enemigos *están cercanos* (v. 150) para atacarme, pero no tengo miedo, porque ellos *están alejados de tu ley* (v. 150b), mientras que yo *amo tu ley* (v. 140, entre otros); *ella es mi delicia* (v. 143, entre otros). Yo llevo las de ganar, pues ellos se apoyan en *la falsedad* (v. 118b), pero yo me apoyo en *la verdad* (v. 151b), porque *desde antiguo conozco por tus testimonios que los estableciste para siempre* (v. 152. Lit.). Comenta Cohen: «Tras larga reflexión sobre los testimonios de Dios, se ha convencido de que son eternamente válidos y por eso confía en ellos cuando se halla en peligro».

20. Resh (versículos 153–160)

Esta sección puede titularse: La insistencia en la oración. Está dominada por los verbos *mirar y ver,* que en hebreo son un mismo verbo y comienza por la letra *resh,* exigida por el acróstico.

1. El salmista fija su mirada en su propia aflicción (v. 153) y apela a la compasión de Dios; fija su mirada en el poder de Dios y le pide confiado: *«líbrame»;* fija su mirada en la justicia de Dios y suplica (v. 154): *«Defiende mi causa»,* como si dijese: «Tú eres no sólo mi Juez sino también mi Abogado, tómame por cliente y defiende mi caso contra los que me persiguen (comp. con 35:1; 43:1), ellos no pueden esperar *la salvación,* porque están tan *lejos de la salvación* (v. 155), como *de tu ley»* (v. 150b); finalmente, fija su mirada en la gracia de Dios y pide, por tres veces (vv. 154, 156, 159): *«Vivifícame,* es decir, dame vida, consuelo y especialmente, liberación, para seguir haciendo tu voluntad, porque *mira, Jehová, cómo amo tus preceptos»* (v. 159. Lit.).

2. Este amor a la ley de Dios le sirve al salmista para urgir a Dios a que acuda en socorro suyo. Porque *la ama* (vv. 140, 159), *no se olvida de ella* (v. 153b), *ni se aparta de ella* (v. 157b). *Le disgustan los prevaricadores* (lit. *los sin fe), porque no guardan,* no obedecen, *el dicho de Dios,* lo que Dios manda (en este contexto, este es el sentido de *imrah,* nótese también que, en el original, está en singular). Pero su apelación no se basa primordialmente en ese amor suyo a la ley, sino en la misericordia, en la fidelidad y en la justicia de Dios, que es para siempre (vv. 156, 159b y 160). *«Lo capital* (lit. *la cabeza) de tu palabra*—dice (v. 160)—*es la verdad». «La totalidad de tu palabra es verdad»* (éste parece ser el verdadero sentido) ¡Bien fundada está, y para siempre! (V. la segunda parte del versículo).

3. Dos detalles merecen consideración: (A) Hemos dicho que el amor a la ley le sirve al salmista para urgir a Dios, pero nótese que no dice: «¡Mira cómo cumplo tus preceptos!», sino *¡Mira cómo amo tus preceptos!»* Sabía que no los cumplía a la perfección, pero era consciente de que los amaba. Nuestra

obediencia es agradable a Dios únicamente cuando procede del amor; no se ama por obediencia, sino que se obedece por amor. Ese amor, esa *búsqueda* (v. 155), es nodriza de la esperanza, porque ¿cómo pueden esperar obtener el favor de Dios en la adversidad quienes nunca le buscaron cuando estaban en prosperidad? (B) Especialmente notable es el contraste entre las frases: *«Muchas son tus misericordias»* (lit. *compasiones)* del versículo 156, y «Muchos *son mis perseguidores»* del versículo 157. Esta debe ser la mentalidad de todo verdadero creyente, quien, siendo realista *(«Muchos son mis enemigos»)* puede ser optimista *(«Muchas son tus misericordias»),* con tal que el pensamiento de la compasión de Dios hacia los que le aman preceda al del peligro que pueda acechar, pues no hay peligro que pueda oponerse al infinito poder de Dios para salvar. El volumen del mal cercano (v. 150) será así pequeño frente al Dios cercano (v. 151).

21. Sin o Shin (versículos 161–168)

Esta letra hebrea, semejante a una *m* (minúscula) cabeza abajo, se pronuncia de distinta forma según tenga el puntito sobre la patita primera *(shin)* o sobre la patita tercera *(sin)* pero al ser la forma de la letra la misma en ambos casos, caben aquí palabras que comiencen por *shin* o por *sin.* Recuérdese que el haber olvidado la diferencia de pronunciación resultante de la diferente colocación del puntito ocasionó la matanza que se nos refiere en Jueces 12:6. La sección puede titularse: La paz en el amor, al tener por clave el versículo 165. Como en la sección 13 (MEM), tampoco aquí se halla ninguna petición.

1. Una sola vez alude en esta sección a los *magnates* (ya aludidos en el versículo 23) que *le persiguen sin causa* (v. 161, comp. con vv. 78, 86). Esta ha sido siempre la suerte que ha cabido a los buenos; pero el caso es mucho más grave cuando, como aquí los perseguidores son los que gobiernan o tienen gran influencia sobre los que gobiernan, pues no sólo llevan la espada al costado, sino también la ley, por lo que pueden perseguir a los buenos bajo cualquier pretexto de apariencia legal, como suele ser el de subversión (v. Hch. 16:20; 17:6).

2. Como los dos polos de un mismo eje, aparecen aquí contrapuestos *el amor* a la ley de Dios (v. toda la sección) y el *odio* a la mentira (v. 163), entendida aquí como la oposición directa a la verdad que la Ley representa. El alma humana se mueve, en principio, por esos sentimientos, hasta tal punto que en torno a ellos gira la vida del hombre y aun la historia de la humanidad. Dice Agustín de Hipona *(La Ciudad de Dios,* libro 14, cap. 28): «Dos amores fundaron dos ciudades, a saber: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí propio, la celestial». Por eso, no hay medio, no cabe neutralidad (Mt. 12:30 y paral.; Jn. 8:47 y a cada paso en ese Evangelio). El amor que el salmista tiene a la ley se traduce: (A) En *temor* (lit. *pavor* reverencial), índice de su fidelidad, *a la palabra de Dios* (v. 161b). (B) En *regocijo* en esa misma palabra (aquí, *imrah,* dicho), *como el que halla un gran botín* (v. 162). Así como el guerrero se goza cuando alcanza un gran botín en el campo de batalla, el botín del salmista es el gozo y la felicidad que el cumplimiento de la ley de Dios le proporciona. (C) En *alabanza* (v. 164): *«Siete veces* (es decir, con mucha frecuencia. El siete es número de perfección, de algo completo) *al día te alabo,* etc.». Hay quienes piensan que basta un día, el domingo, para alabar a Dios, darle gracias y escuchar su palabra; pero el salmista no pensaba así: con mayor frecuencia que el alimento que tomaba, *alababa a Dios por sus justos juicios.* (D) En *obediencia* (vv. 166b, 167 y 168). Nótese la última frase de la sección (v. 168b): *«Todos los caminos están delante de ti».* Comenta Cohen: «Su vida es un libro abierto que confiadamente presenta a la inspección de Dios, por cuanto había observado los preceptos». Quizá no está de más comparar esta frase con Hebreos 4:12.

3. Pero especialmente se traduce, y esto merece punto aparte, en paz (v. 165): *«Mucha paz tienen los que* aman *tu ley, y no* hay para *ellos tropiezo».* Del amor a la ley, y de meditar en ella, se le sigue al creyente una paz que ninguna cosa del mundo puede alterar. Ese amor proporciona una santa serenidad; en medio de las tentaciones y de las tribulaciones, pueden gozar de gran paz en su interior, del mismo modo que el fondo del océano está inmunizado contra las violentas tempestades que los huracanes puedan provocar en la superficie de los mares. Leemos en Isaías 32:17: *«Y el resultado de la justicia será la* paz; y *el producto de la rectitud, tranquilidad y seguridad para siempre».* Los que aman la ley, no hallan tropiezo (v. 165b) porque, con la paz, tienen luz interior en abundancia; y, con la luz, esperanza segura de salvación (v. 166), es decir, de preservación del peligro (comp. con Gn. 49:18, donde aparece la misma frase, aunque el verbo es distinto aquí por exigirlo el acróstico). Todo lo contrario les ocurre a los quebrantadores de la ley, pues *«No hay paz* para *los malvados, dice Jehová»* (Is. 48:22).

22. Tau (versículos 169–176)

Yates titula esta última sección del salmo: Resolución de firmeza, con base en el versículo 173b. Sin embargo, el compendio de la sección, y de todo el salmo, se halla en el versículo 176, singular—como advierte Arconada—pues «es trimembre y apenas contiene petición». Su interpretación depende del sentido que se de al perfecto hebreo *thaiti* que encabeza el versículo, como veremos luego. Se mezclan peticiones y alabanzas.

1. Domina la estrofa una urgente petición de socorro. Ya el versículo 169 se encabeza con un clamor de angustia: *«Llegue mi clamor delante de ti, etc.»* (comp. 17:1); este clamor va acompañado de una petición de *entendimiento o,* mejor, *discernimiento* a fin de saber cómo debe obrar, pues es promesa de Dios *(«conforme a tu palabra»).* Pide luego *que le libre «conforme a tu dicho»* (v. 170), en paralelismo con la frase del versículo 169b; aquí el vocablo para *«oración»* significa «petición de favor o de gracia», ya que Dios salva por pura misericordia, sin mérito de nuestra parte. La misma urgencia se advierte en el versículo 173: «Esté *tu mano pronta para socorrerme».* Alega para ello las tres razones que aparecen a lo largo del salmo: (A) Porque ha resuelto decidida y seriamente obedecer los preceptos divinos (v. 173b, comp. con v. 30); (B) Porque ha estado por largo tiempo anhelando la salvación (v. 174a), es decir, la liberación de los obstáculos que le impedían una obediencia más fiel (comp. con vv. 40, 166); (C) Porque en sus devociones ha hallado, no una atadura, sino una *delicia* (v. 174b, comp. con v. 24 y muchos otros).

2. Entreveradas con las peticiones de socorro hallamos alabanzas. Los verbos que encabezan los versículos 171, 172 y 175 se traducen mejor por optativo: *«Prorrumpan ... Cante ... Viva ...».* Este tono de alegría en la alabanza de Dios y de sus mandamientos es típicamente hebreo, y (con mayor razón) debería ser cristiano. Nótese, en el versículo 175, cuál es el fin primordial de la vida del hombre: *alabar,* glorificar, *a Dios* (comp. con 115:17, 18; 146:1, 2). Este objetivo es el que impulsa al salmista a desear ardientemente vivir: que Dios le salve la vida y le reanime, a fin de poder alabarle. Y, para que su vida sea una alabanza continua, ruega a Dios que sus juicios (u ordenanzas), como principios que regulan la conducta moral humana, *le ayuden* para ese fin último (v. 175b).

3. El último versículo de la sección y del salmo (v. 176) admite dos interpretaciones diferentes: (A) El salmista confiesa su *extravío* en el pasado, extravío grave, no un pecadillo, como lo muestra el verbo hebreo, que es el mismo del versículo 110, y también aparece en 58:3; 95:10; Isaías 53:6. *«Busca a tu siervo»,* continúa el salmista, como busca el buen pastor a una *oveja extraviada.* Termina con la apelación de a que, aun en medio de ese extravío, *no se ha olvidado de los mandamientos divinos. «*El salmista—dice Arconada—, enamorado de la Ley, se firma no ángel, sino hombre.» Sin embargo, ni la acentuación del verso, ni la contextura de todo el versículo (¿qué sentido tiene, en un miembro «extra», ese «busca a tu siervo»?), ni el contexto entero del salmo, favorecen esta interpretación. (B) Según Cohen, y al tener en cuenta las razones aquí apuntadas, la traducción del versículo habría de ser como sigue: *«Si me extraviase, como una oveja perdida, busca a tu siervo, porque, etc.».* Continúa Cohen y comenta: «El salmista podría aludir a la fragilidad que forma parte de la naturaleza humana, y ruega que, si sucumbiese a su debilidad y se extraviase, Dios se apresure a traerlo al redil». La única (pequeña) objeción del traductor a esta solución de Cohen es la falta de la conjunción hebrea *im, si,* al comienzo del versículo. Una tercera solución es la de Kirkpatrick, «que entiende el *extravío* en el sentido de meros peligros o de desvíos voluntarios», según referencia de Arconada. Como ya hemos dicho, el verbo hebreo se opone de forma tajante a esta solución.

4. Para terminar el comentario de este bellísimo salmo, viene bien la observación de = a la última frase *(«no me he olvidado de tus mandamientos»):* «Es perfectamente verdadero—dice—que el objetivo principal del salmista es la glorificación de la Ley, y la expresión del gozo que, como hombre verdaderamente piadoso, experimenta en la observancia de sus preceptos; pero, como él mismo pone constantemente de relieve, la Ley es la expresión de la voluntad de Dios. No es la Ley, *per se* lo que ama; ama la Ley porque ella declara la voluntad de Dios; y la ama porque ama a Dios primeramente».

SALMO 120

Este es el primero de los salmos llamados «graduales» (lit. *de las subidas).* Resulta punto menos que imposible hallar el motivo de que se llamase así a estos quince salmos (120–134). El doctor Cohen, después de analizar otras soluciones, propone la siguiente: «Queda la explicación ordinariamente adoptada hoy, la cual se basa en el uso común de *subir* para denotar el viaje de peregrinación a Jerusalén en las tres grandes festividades del año. Conforme *subían* los peregrinos al monte Sion, estaban en sus labios estos cánticos (v. por ej. 121:1; 122:1 y ss.; 132:13 y ss.)». Pero termina y dice: «Hay que admitir que ninguna explicación satisfactoria se ha dado que halle en este grupo de salmos un detalle común a todos ellos, la cual de razón de este título especial. Se ha sugerido que la ocasión que motivó la redacción del presente salmo pudieron ser las falsas alegaciones de los samaritanos (Esd. 4:1 y ss.) o las intrigas de Sanbalat y Tobías para detener la construcción de las murallas de Jerusalén (Neh. 4:1 y ss.). Fuese cual fuese la ocasión, así como el autor del salmo, vemos que el salmista, I. Ora a Dios para que le libre del mal que traman contra él las malas lenguas (vv. 1, 2). II. Amenaza con los juicios de Dios a los que así le tratan (vv. 3, 4). III. Se queja de sus malvados vecinos (vv. 5–7).

Versículos 1–4

El salmista se ve en apuros por causa *del labio mentiroso* (lit.) y *de la lengua engañosa* (v. 2). Había quienes buscaban su ruina, y casi la habían conseguido. Le lisonjeaban a fin de poder llevar adelante sin sospechas sus tramas. Le sonreían y besaban cuando buscaban la oportunidad de herirle por debajo de la quinta costilla. También al Señor le hicieron blanco de falsas acusaciones y le dieron beso de traición. El salmista, sin defensa propia contra las malas lenguas, apela al que tiene en su mano el corazón de los hombres y puede atarles la lengua cuando le place: *«Libra mi alma»,* dice a Dios, y está seguro de que le va a oír. Aunque el versículo 3 está en forma de pregunta, puede deducirse de la fraseología misma: *«… te dará … te añadirá»* (comp. con 1 S. 3:17) una respuesta afirmativa, expresa en el versículo 4, donde declara el castigo que Dios va a propinar a sus enemigos: *«Agudas saetas de valientes, afiladas con brasas de retama»,* arbusto cuyas raíces son un excelente combustible. El castigo corresponderá al pecado de ellos: Han disparado contra el salmista «saetas» verbales para difamarle (comp. con Jer. 9:7) y han encendido contienda. Dios disparará contra ellos saetas de veras, y les consumirá con las ascuas de su furor (140:10).

Versículos 5–7

Aquí el salmista se queja de la mala vecindad en que se halla. Aunque menciona a *Mésec,* hijo de Jafet (Gn. 10:2) y a *Quedar* (v. 5), hijo de Ismael (Gn. 25:13), no quiere decir que viva entre los descendientes de ellos, sino entre gentiles cuyas costumbres crueles son semejantes a las de los pueblos que cita. Hay quienes ven en lo de *«tiendas»* una alusión a la vida nómada de tales tribus, pero quizá no signifique otra cosa que un término poético para designar la morada (118:15; 132:3). El salmista está ya cansado de tales vecinos (v. 6), *que aborrecen la paz,* que siempre están tramando querellas y contiendas, cuando él *es hombre de paz* (v. 7. Lit. «yo (soy) *paz»,* comp. con 109:4 *«pero yo* (soy) *oración»).* Aunque él sólo piensa en la paz y habla pacíficamente, sus adversarios sólo piensan en la guerra (v. 7). Dice Maclaren: «El salmo termina como con un largo suspiro. Invierte el orden corriente de salmos similares, en los que la descripción de la necesidad precede a la petición de liberación. Así pone de relieve de la forma más patética el sentido de discordancia entre una persona y su ambiente, lo que urge al alma a buscar una morada mejor. Así, este es un verdadero salmo de peregrino».

SALMO 121

Este es, dicen Cohen, «uno de los más populares salmos del Salterio, perfecta expresión de la confianza en Dios, y ha estado constantemente en labios de innumerables hombres y mujeres a lo largo de las generaciones, cuando han sentido la necesidad de un socorro que los mortales no les podían ofrecer». Así este salmo nos estimula a reposar en Dios y pone toda nuestra confianza en Él.

Versículos 1–8

1. El salmista comienza declarando (vv. 1, 2) que el verdadero socorro procede de Dios. *«Los montes»* (v. 1) son los que los peregrinos divisaban al acercarse a la ciudad santa; sobre ellos estaba edificada Jerusalén (87:1; 125:2; 133:3). La pregunta que sigue sólo está puesta para dar mayor relieve a la respuesta del versículo 2: El socorro verdadero sólo puede venir de Aquél *que hizo los cielos y la tierra* y, por tanto, tiene poder suficiente para socorrer.

2. El mismo salmista, u otros del mismo grupo, responden con algo que añade seguridad (vv. 3, 4): El Guardián de Israel (comp. con 1 P. 2:25) está siempre en vela a favor de su pueblo: *No se duerme* (comp. con las frases burlonas de Elías a los profetas de Baal—1 R. 18:27—). El Guardián del rebaño tiene cuidado de todas y cada una de las ovejas, lo cual nos sirve de gran estímulo, pues sólo un protector personal (de cada persona) nos inspira confianza.

3. Esa protección se especifica a continuación en tres formas, bajo el título general de *Guardián;* (A) La *sombra* (comp. 91:1) indica la protección de «refrigerio», tan ansiado por los expuestos al ardor implacable del sol de Palestina (v. 6). *«La mano derecha»* es aquí la posición en que se coloca el defensor (comp. con 109:31). La mención de *la luna* se debe, dice Cohen, «a la antigua creencia de que la luna tenía el poder de trastornar el juicio», de donde procede el vocablo «lunático». (B) El *mal (todo mal)* del versículo 7 indica toda desgracia proveniente del exterior, ya que la vida humana está expuesta a una gran variedad de accidentes. ¡Gran consuelo es saber que los hijos de Dios están bajo la protección de su Padre Omnipotente en toda clase de circunstancias!

(C) La *salida* y la *entrada* del versículo 8 indican las actividades ordinarias de cada día. La persona *sale* de casa para dedicarse a su trabajo: *entra* en casa para descansar o para dedicarse a las faenas domésticas. De modo especial, estos términos designan los viajes, en los que se necesita especial protección. El final del salmo (v. 8b) nos asegura que esta protección divina es continua y perpetua: *«desde ahora y para siempre»*.

SALMO 122

Según la opinión más probable, este salmo describe—según Cohen—«las sensaciones del peregrino mientras está dentro del recinto del templo». El nombre de David en el título se debe a una inserción tardía, debida seguramente a su mención en el versículo 5. El salmo describe, I. El gozo de los que suben a Jerusalén (vv. 1, 2); II. La gran estima en que tenían a la ciudad santa (vv. 3–5), y III. La preocupación que tenían por la ciudad, y los deseos de todo bien para Jerusalén y para sus habitantes (vv. 6–9).

Versículos 1–5

Es cierto que hemos de adorar a Dios en nuestras casas y en todo lugar: *en espíritu y en verdad* (Jn. 4:24), pero también hemos de ir a la *casa de Jehová* (v. 1); es decir, donde nos reunimos en asamblea (He. 10:25). Quienes se regocijan en Dios, se regocijan también en todas las oportunidades de servirle. Los que venían a Jerusalén, si hallaban aburrido el viaje, se consolaban con el pensamiento de que pronto estarían en la ciudad, y eso les aliviaba de todas las fatigas del viaje. El versículo 1 está en pasado, pero el salmista se ve ya (v. 2) *con los pies dentro de la ciudad* y extasiado ante la magnificencia de la urbe, no sólo *hermosa por su situación* (48:2), sino también por sus edificios, que forman un *conjunto perfecto o compacto*, vocablo que se usa en hebreo para designar asociación de personas, por cuanto era el centro que mantenía unidas en una corporación las tribus dispersas. A eso se refiere el versículo 4 al recordar glorias del pasado, cuando las tribus acudían a Jerusalén en las tres grandes festividades *conforme al testimonio dado a Israel* (v. Éx. 23:17; Dt. 16:16). Los *tronos* a los que se refiere por dos veces (el mismo vocablo) el versículo 5, hacen referencia a los días en que la dinastía davídica ejercía sus funciones en la ciudad, aunque el vocablo hebreo *khisot* (¿plural de excelencia?) designa más bien las *sillas o asientos* de los tribunales de justicia, la cual siguió administrándose en Jerusalén aun después de la extinción de la monarquía en la persona del rey Joaquín.

Versículos 6–9

A continuación el salmista invita a otros a orar *por la paz* (toda clase de bienes) *de Jesuralén y la prosperidad de los que la aman* (v. 6), en un curioso juego de palabras: *«shaalu shelom Yerushaláyim, yishlayu ohabaikha»* (nótese la acumulación de la letra *shin),* por lo que es un versículo favorito de los judíos, especialmente en nuestros días. Los versículos 7–9 vienen a ser una explanación del versículo 6 bajo los sinónimos de *paz, sosiego o seguridad* (hebreo, *shalvah) y bien.* En toda la sección campea la nota de compañerismo típicamente israelita, especialmente en el interés que los peregrinos muestran por los habitantes de Jerusalén, cuya suerte está ligada a la de la ciudad, y ser el motivo primordial el amor (v. 9) al templo *(«en atención a la casa de Jehová nuestro Dios»),* que es lo que daba a Jerusalén su carácter distintivo y sagrado. Nuestro interés por el bien público es correcto cuando es efecto del amor que tenemos a Dios, a lo que Él ha instituido y a sus fieles adoradores.

SALMO 123

No conocemos al autor del salmo ni la ocasión en que se redactó. Lo cierto es que se compuso en tiempos de apuro, probablemente los de Nehemías, como en salmos anteriores. El salmista comienza en primera persona del singular (v. 1), pero pronto pasa al plural (vv. 2–4). I. Esperanza en el favor de Dios (vv. 1, 2). II. Petición de favor (vv. 3, 4).

Versículos 1–4

1. El salmista comienza con la misma frase de 121:1, pero ahora no levanta los ojos *a los montes,* sino al *Dios que habita en los cielos,* entronizado allí para dirigir y juzgar. Los cielos son aquí símbolo de poder y protección, más bien que de gloria y majestad. También el Señor Jesús levantó los ojos así (Jn. 17:1) al comenzar su gran oración sacerdotal. La comparación (v. 2) con la mirada de los *esclavos y esclavas* a las manos de los amos tiene un doble significado: (A) Atención constante a las órdenes de sus señores, los cuales pueden indicar su voluntad con un simple movimiento de la mano, bien conocido por la servidumbre. (B) Expectación para recibir de esas manos el alimento diario (comp. Pr. 31:15). De las dos maneras hemos de mirar a las manos de nuestro Padre: para cumplir con diligencia y prontitud su voluntad, y para esperar de Él gracia y poder.

2. A la expectación sigue la petición, ya insinuada al final del versículo 2. Ahora (versículo 3) piden repetidamente el *favor* (lit.) de Dios, es decir, que se compadezca de ellos, pues están hartos del menosprecio y de las burlas (v. 4, comp. con Neh. 2:19; 3:33) con que los escarnecen *quienes no carecen de nada* (lit. *están tranquilos,* sin preocupación por el pan de cada día), mientras ellos están necesitados y expuestos a los peligros. Los *soberbios* escarnecedores se comportaban con altivez y se jactaban de pasarlo bien, con menosprecio de los *«débiles judíos»* (Neh. 4:2). Estos epicuros maltrataban al pueblo de Dios, y pensaban que se engrandecían al menospreciar a los pobres y humildes.

SALMO 124

El salmo parece representar una situación parecida a la de los anteriores, es decir, en el contexto del libro de Nehemías. El nombre de David en el título no puede representar al autor, aunque, a diferencia del salmo 122, está mejor atestiguada su inserción original. I. El salmista hace ver la gravedad del peligro en que se veían (vv. 1–5). II. Da a Dios la gloria por el escape que han conseguido (vv. 6, 7, comp. con vv. 1, 2). III. De ahí toma ánimos para confiar en Dios (v. 8).

Versículos 1–5

El pueblo de Dios se hallaba a punto de ser destruido. Pero, cuanto más grave es la enfermedad, mejor se echa de ver la pericia del médico que la cura. *«Se levantaron contra nosotros los hombres* (v. 2b), criaturas de nuestra misma especie y, aun así, por poco acaban con nosotros, *si Jehová no hubiera estado de nuestra parte»* (vv. 1, 2). Lo repite para poner de relieve el poder del Dios de Israel. El *«furor»* del versículo 3b se refiere probablemente al de Sanbalat en Nehemías 3:33; 4:1. ¡Dichoso el pueblo cuyo Dios es el Todosuficiente!

Versículos 6–8

El salmista pone ahora de relieve la gran liberación que llevó a cabo Dios a favor de ellos. Abandona ahora la imagen de la inundación (vv. 4, 5), metáfora frecuente de tribulación, y habla del lazo de los *cazadores* (vv. 6, 7), cual *avecilla* (hebreo, *tsipor;* probablemente, gorrión) que *escapa,* no por su propia fuerza, sino por alguien que *rompe el lazo,* sin que el ave misma se aperciba del Libertador. Pero, ¿quién sino Jehová puede ser ese Libertador? Claramente lo expresa el versículo 8: *«Nuestro socorro está en el nombre de Jehová, que hizo el cielo y la tierra,* es decir, en la protección del Dios Todopoderoso» (comp. con 121:2).

SALMO 125

Este salmo podría resumirse en aquellas palabras de Isaías 3:10, 11: *«Decid al justo que le irá bien … ¡Ay del impío! Mal le irá».* Kirkpatrick sugiere que «todo el capítulo 6 de Nehemías debería estudiarse en conexión con este salmo». I. Ciertamente le va bien al pueblo de Dios, pues, 1. Tienen promesa de un buen Dios de que estarán seguros (vv. 1–3), y 2. Tienen la oración de un buen hombre, que será escuchada a favor de ellos (v. 4). II. Ciertamente les irá mal a los impíos, especialmente a los apóstatas (v. 5)

Versículos 1–3

Hay aquí muy preciosas promesas hechas al pueblo de Dios. Veamos:

1. Las características del pueblo de Dios, al que pertenecen dichas promesas: (A) Son *justos,* no por su justicia propia, sino por ser *la heredad* que Dios ha escogido, el país de Israel (comp. con Nm. 23:10, 21); (B) *Confían en Jehová* (v. 1), de quien dependen y en quien se refugian. Cuanto mayor es nuestra confianza en Dios, mayor es la esperanza que abrigamos de que vendrá en auxilio nuestro.

2. Las promesas que les hace Dios: (A) Que disfrutarán de seguridad inamovible, *como el monte de Sion,* que para los residentes en Jerusalén era símbolo de permanencia. (B) Que esa seguridad se deberá al cuidado y a la protección de Dios, tipificada en las montañas que rodeaban a Jerusalén (v. 2). (C) Que no permitirá que los avasalle *el cetro de impiedad* (v. 3. Lit.), es decir, la dominación extranjera caracterizada por la injusticia, *«para que no extiendan los justos* (*los* israelitas) *sus manos a la iniquidad»* (v. 3b); es decir, para impedir que los israelitas, tras continuar por largo tiempo bajo el dominio de gobernantes extranjeros, sean tentados a adoptar las costumbres de éstos y abandonar su religión de tantos siglos. En esta tentación, Dios les dará una *vía de escape* (1 Co. 10:13).

Versículos 4–5

Oración del salmista para que Dios *de bienes a los buenos* (v. 4), es decir, muestre su favor hacia ellos garantizándoles la seguridad y la independencia que necesitan. Añade: «y *a los rectos de corazón»* (v. 4b). Esto ya dice más que el vocablo *«justos»* del versículo 3. Se contraponen así *a los que se desvían* (v. 5), es decir, «a los renegados que abandonan el camino recto del deber a su Dios y a su patria», como dice Kirkpatrick. De estos dice el salmista que *Jehová los hará ir (o, los haga ir) con los que hacen iniquidad* (v. 5), esto es, les hará correr la misma suerte de los opresores del versículo 3, es decir, la condenación. La frase final: *«¡Paz sobre Israel!»* es una breve plegaria, en la que culmina la oración del

salmista (comp. con 122:6 y ss.). Dice Delitzsch: «La paz es el final de la tiranía, de la hostilidad, de la división, de la intranquilidad, de la alarma; la paz es libertad, armonía, seguridad y bendición».

SALMO 126

Por este salmo corre un sentimiento de frustración. Parece referirse el salmista a la expectación suscitada por el edicto de Ciro, que se ha convertido en desilusión ante el pequeño número de los que vuelven del destierro. No se conoce el autor. Dice M. Henry—nota del traductor—: «Probablemente fue redactado por Esdras o alguno de los profetas que llegaron con los primeros». I. Se exhorta a los que han vuelto de la cautividad a que sean agradecidos (vv. 1–3). II. Se ora por los que todavía quedan en cautividad (v. 4) y se les da ánimos (vv. 5, 6).

Versículos 1–3

Cuando los israelitas estaban cautivos en Babilonia, sus arpas colgaban de los sauces, pero ahora que Jehová *ha cambiado la suerte* (lit. *ha vuelto la vuelta) de Sion* (v. 1), vuelven a tomar sus arpas. La Providencia toca para ellos, y bailan. El deseo prolongado del favor de Dios endulza grandemente su regreso. Les parece *un sueño* (v. 1b), algo irreal, extraordinario, no esperado. Ciro, por razones de estado, proclamó libertad a los cautivos de Dios, pero fue Jehová quien *hizo grandes cosas con ellos* (vv. 2, 3). *Están alegres* (v. 3b); más aún, su *boca está llena de risa* (comp. con Job 8:21), y su *lengua está llena de cánticos* (lit.) de alabanza a Dios por la salvación que ha llevado a cabo para ellos. El salmista toma nota de la impresión que este suceso produjo *entre las naciones* (v. 2c): *«Jehová,* el Dios de Israel, *ha hecho grandes cosas con éstos»* (v. 2d), afirmación que los propios israelitas repiten (v. 3). Los gentiles eran espectadores y hablaban de ello como se habla de las noticias de última hora, pues no tomaban parte en el asunto; pero el pueblo de Dios hablaba como actores que participan en él. Así de consolador resulta para nosotros hablar de la redención que Cristo llevó a cabo por nosotros, *el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí* (Gá. 2:20).

Versículos 4–6

Estos versículos miran hacia delante, a los favores que todavía necesitaban. Los que habían vuelto del cautiverio estaban todavía en apuros, en su propio país (Neh. 1:3), y quedaban aún muchos en Babilonia: *«Restaura nuestra suerte* (lit. *vuelve nuestra cautividad)»* dicen (v. 4). Como si dijesen: «Haz que quienes han regresado a su país se vean libres de las cargas que todavía pesan sobre ellos, y haz que quienes quedan aún en Babilonia se sientan estimulados, como nosotros, a aprovecharse del beneficio de la libertad que se nos ha concedido». Los favores primeros nos animan a orar para que se complete la obra comenzada. Todos los hijos de Dios deben consolarse con esta confianza: Que sus lágrimas terminarán ciertamente en una cosecha de gozo (vv. 5, 6). El llanto no ha de impedir la siembra; hemos de esmerarnos en obrar bien, incluso cuando lo estamos pasando mal. Así como el terreno es preparado por la lluvia para recibir la semilla, así se prepara muchas veces el alma por medio de lágrimas para recibir bendiciones. Hay lágrimas que son semillas que nosotros mismos debemos sembrar: Las lágrimas de dolor por el pecado, propio y ajeno; las lágrimas de simpatía por los hermanos que están afligidos o perseguidos; las de ternura en la oración y en la meditación de la palabra de Dios. Job, José, David, y muchos otros, tuvieron cosecha de gozo tras la siembra de lágrimas. Quienes siembran con lágrimas de santa contrición cosecharán con el gozo de un perdón completo y de una paz asegurada.

SALMO 127

La mención de los edificadores y de los vigilantes lleva a muchos comentaristas, como Cohen, a ver en este salmo una alusión al período de reconstrucción en tiempos de Nehemías. Para Arconada, «es una *meditación sapiencial* sobre Jehová». En todo caso, el título *de (o, para) Salomón* no significa que fuese Salomón el autor del salmo, sino que puede explicarse por una de estas tres razones: (a) Por el carácter sapiencial del salmo («algunos, dice M. Henry, lo comparan con el Eclesiastés»). (b) Por haber sido Salomón el que construyó el Templo. (c) Por la alusión al *amado o escogido* (v. 2c. Hebreo, *yedid*), pues Dios, por medio de Natán, le puso a Salomón el nombre de *Yed idyah, el amado* (mejor, *escogido) de Yah.* El objetivo del salmista es hacernos ver en quién debemos confiar, esperar y depender: I. Para los bienes de este mundo (vv. 1, 2). II. Para los herederos a quienes hemos de dejar tales bienes (vv. 3–5).

Versículos 1–5

1. Debemos depender de la bendición de Dios, y no de nuestros esfuerzos para *levantar una casa;* de lo contrario, nos esforzaremos hasta quedar exhaustos, como indica el verbo hebreo, en vano. En particular, el salmista se refiere a los albañiles y a los centinelas (v. 1). No alude directamente a los que edifican sobre violencia e injusticia (Hab. 2:11, 12), sino a los que se afanan, aun honestamente, por construir y por velar. Sin la ayuda y la bendición de Jehová, en vano construyen los unos y velan los otros. De ahí que el salmista presente a Jehová como al albañil de la casa y al guardián de la ciudad.

2. De esos quehaceres cívicos, pasa el salmista a referirse a los quehaceres ordinarios de los ciudadanos, para asegurar que también se fatigan en vano los que le roban a la noche las primeras y las últimas horas del día, madrugan y trasnochan para sacar mayores beneficios de su trabajo, ya que Dios los da *a sus amados* (lit. *a su amado) durante el sueño* (más probable que *«el sueño»),* es decir, mientras duermen (comp. con Mr. 4:26–29; en relación al crecimiento espiritual).

3. El versículo 3 declara explícitamente que los hijos son un don de Dios.

Según un dicho rabínico, un niño tiene tres padres: su padre, su madre y Dios. La conexión con el versículo 4 demuestra que el salmista se refiere a los hijos varones de modo especial, pero el paralelismo con el fruto *del vientre* muestra que no hay por qué excluir a las niñas. La familia que tiene hijos abundantes dispone de un buen arsenal de *saetas,* es decir, de protección contra quienes les puedan atacar; don especial son *los hijos habidos en la juventud* (v. 4), nacidos cuando el padre era aún joven (comp. Gn. 49:3), pues podrán defender por muchos años los intereses de la familia en vida de sus padres. *La aljaba* continúa el símil de las *saetas.* Los muchos hijos ayudarán a que su padre *no quede avergonzado* cuando la familia sostenga algún *litigio en la puerta* donde se ventilaban los casos ante el tribunal, ya que su presencia puede causar a los jueces la suficiente impresión para que no cometan ninguna injusticia.

SALMO 128

Este salmo podría titularse: La dicha de los que temen a Dios. Los que así obran, en general, serán bendecidos (vv. 1, 2, 4). En particular: I. Prosperarán y tendrán éxito en sus trabajos y negocios (v. 2). II. Sus familiares contribuirán a la dicha y la prosperidad de la casa (v. 3). III. Vivirán para ver el crecimiento de la familia (v. 6). IV. Tendrán la satisfacción de ver la prosperidad de Jerusalén (vv. 5, 6).

Versículos 1–6

La piedad tiene promesa para la vida actual y para la venidera (v. 1 Ti. 4:8). Dondequiera reina el temor de Dios, hay bendición (v. 1). Hay suficiente para comer y, cualesquiera sean las circunstancias, prósperas o adversas, puede decirse que todo *va bien* (v. 2, comp. con Ro. 8:28). La promesa, pues, es doble: 1. Que tendrán quehacer (una vida perezosa o en desempleo es algo miserable), capacidad para llevarlo a cabo, y fruto suficiente, de forma que no tengan que depender de otros para su sustento. 2. Que tendrán éxito en sus negocios. La mujer y los hijos, que dependen ordinariamente del trabajo del padre de familia, contribuirán al bienestar y a la prosperidad de la familia (comp. con Pr. 31:10 y ss.). En el versículo 3, la imagen de la *vid* simboliza el fruto del vientre: los numerosos hijos como racimos

abundantes; la imagen de *los renuevos de olivo* simboliza la juventud y el vigor de los hijos, congregados en torno a la mesa. La mujer, como la viña, es una planta tierna que exige cuidados, pero rinde frutos. Los hijos en torno a la mesa son una bendición y reciben bendición de la compañía y buenas conversaciones de unos padres temerosos de Dios. No va bien una casa en la que los hijos anhelan estar fuera, lejos del hogar. La frase (v. 3) *«en la intimidad de tu casa»* significa que, en los países orientales, la habitación de las mujeres estaba siempre alejada, lo más posible, de la entrada de la casa. *Ver los hijos de los hijos* (v. 6), cuando son buenos, es *la corona de los viejos* (Pr. 17:6), pues los abuelos suelen tener extraordinario afecto a sus nietos. Finalmente, *ver la prosperidad de Jerusalén* (v. 5b) es un deseo común a todo buen israelita, cuyo bienestar estaba ligado al de la ciudad santa.

SALMO 129

Las afinidades de este salmo con el 124 hacen pensar en un contexto y una ocasión también afines. Israel: I. Mira hacia atrás, con gratitud por las liberaciones anteriores (vv. 1–4). II. Mira hacia delante con oración esperanzada para que sean destruidos los enemigos de Sion (vv. 5–8).

Versículos 1–4

1. El salmista expresa la voz del pueblo, y se queja de las penas y angustias sufridas *desde su juventud* (vv. 1–2), es decir, desde su esclavitud en Egipto. De la misma manera que los arados forman en los campos largos surcos, así también los látigos de los capataces habían producido muchos y largos cortes en las espaldas de los israelitas. Muchas veces, Dios permite estos surcos para bien de los suyos, pues en ellos siembra las semillas de su gracia, que *después dan fruto apacible de justicia* (He. 12:11); pero los enemigos no intentaban tal beneficio, sino acabar con el pueblo de Dios; ésa es también la intención del diablo, como vemos en el libro de Job. No debe faltar aquí el recuerdo del Señor quien *dio su espalda a los que le golpeaban* (Is. 50:6), aunque, por nuestros pecados, fue Dios quien dirigió tal azotaina (Is. 53:5, 10).

2. Ya desde el principio del salmo, el salmista reconoce que Dios les ha protegido: Sus enemigos *no prevalecieron contra Israel* (v. 2b), pues Jehová, *justo*, fiel a su promesa, *cortó los cordeles* (lit.) con que los *impíos* enemigos les tenían esclavizados (v. 4). En Job 39:10, el vocablo hebreo usado para *«cordeles»* indica la soga que ataba al buey al arado.

Versículos 5–8

Estos versículos han de traducirse en optativo: *«Sean … retrocedan … Sean»,* en forma parecida a como termina Débora su cántico: *«Así perezcan todos tus enemigos, oh Jehová»* (Jue. 5:31). La vergüenza que el salmista predice para los enemigos de Israel es ilustrada con el símil de *la hierba de las azoteas* (quizá citado de Is. 37:27). Dice Cohen: «El viento arrastra semillas del campo que, a veces, caen sobre un terrado. Pueden comenzar a crecer, pero al no tener profundidad de suelo, pronto se agostan bajo el ardor del sol». Y, cuanto más alto es el lugar en que brota, tanto más expuesta está a los ardores del sol. Ni los propietarios de la casa obtienen beneficio alguno de tan insólita siembra (v. 7), ni los que pasan hallan motivo para felicitar a quienes recogen tan ridícula cosecha (v. 8). Por Rut 2:4 vemos que era costumbre intercambiar saludos con los segadores, tales como: *«Jehová te bendiga»*.

SALMO 130

Este cántico gradual es reconocido como el principal de los salmos penitenciales, por lo que, a lo largo de los siglos, ha sido muy usado por la Iglesia y conocido por el título con que la Vulgata Latina traduce el primer vocablo del salmo: *De profundis*. El salmista expresa aquí: I. Su clamor de penitente

(vv. 1, 2). II. Su confianza en el perdón de Dios (vv. 3 4). III. Su esperanza en la liberación divina (vv. 5, 6). IV. Su exhortación al pueblo, para que compartan sus convicciones y sentimientos (vv. 7, 8).

Versículos 1–4

Aun los mejores hombres se hallan a veces *en lo profundo* del mar, metáfora corriente para designar un grave aprieto (comp. con 124:4, 5). Pero, aun desde lo más profundo, es nuestro privilegio poder *clamar a Dios,* el cual puede impedir que caigamos más hondo, así como hacer que salgamos del pozo profundo y encenagado (comp. con 40:2). Según indica el contexto, la aflicción del salmista no se debe a una persecución u opresión proveniente del exterior, sino a la propia conciencia de sus culpas personales (vv. 3, 4). El llamar a Dios dos veces *Jehová y Adonay* en tan breve espacio indica la urgencia de su clamor ante el sentimiento de pavor por la majestuosa santidad de Dios y de su ira contra el pecado. Ante el tribunal de Dios, nadie puede *mantenerse en pie* (v. 3b) para justificarse; sólo a la clemencia de Dios se puede apelar para el perdón del pecado. El salmista expresa su confianza en que Dios es, por su propia naturaleza, perdonador (comp. con Éx. 34:6, 7 y, en especial. Dn. 9:7, 9). *«Contigo (está) el perdón»* (v. 4. lit.), dice. Comenta Cheyne: *«Contigo,* como tu compañero inseparable». Y, cuando se recibe el perdón, brota espontáneamente un *temor reverencial,* filial, amoroso, en correspondencia a la maravillosa bondad de ese Dios perdonador (v. 4b).

Versículos 5–8

Como consecuencia de la oración y del reconocimiento anteriores, el salmista expresa ahora su esperanza en Jehová y en su Palabra (v. 5), es decir, en su promesa de perdonar los pecados y librar de los apuros. El versículo 6 comienza literalmente así: *«Mi alma al Señor».* Hay que suplir el verbo, lo que suele hacerse con el verbo *«aguarda» o «espera».* Pero Maclaren prefiere traducir: *«Mi alma* (está) *hacia el Señor»* y, a la vista del contexto posterior, dice que tal versión «expresa con mayor énfasis la vuelta completa de todo el ser hacia Dios. La conciencia de pecado era una oscura noche; el perdón iluminó el firmamento oriental con crepúsculo profético. Por eso, el salmista aguarda la luz, y su alma es una aspiración entera hacia Dios». Es muy expresiva la comparación con *los centinelas,* quienes esperan con ansiedad a que alboree el día para ser relevados de su función. El salmo termina con una exhortación al pueblo a que espere en Jehová (vv. 7, 8), *porque con* (comp. con v. 4) *Jehová* (está) *el amor* (lit. comp. con 1 Jn. 4:8, 19) *y abundante redención,* es decir, un poder ilimitado para redimir y salvar; y es seguro, como consecuencia del amor perdonador de Dios, que *redimirá a Israel de todos sus pecados* (comp. con 25:22; 103:3, 4; Mt. 1:21).

SALMO 131

Aunque el título, como en otros salmos, no indica necesariamente que el autor del salmo sea David, sin embargo puede apreciarse en él cierto tono davídico parecido a las expresiones de 2 Samuel 6:21, 22. Al menos, así lo entendió el pueblo al atribuirlo a David. El salmista apela a Dios y da testimonio de que: I. No aspira a grandezas (v. 1). II. Se contenta con la condición que Dios le ha asignado (v. 2) y, por consiguiente: III. Anima a todos los buenos a confiar en Dios, como él ha hecho y hace (v. 3).

Versículos 1–3

Sin jactancia, pero con toda verdad, el salmista confiesa que su corazón no está envanecido ni busca posiciones más altas (v. 1), sino que camina humildemente delante de su Dios (Mi. 6:8). Si el autor es realmente David, recuérdese con qué humildad y mansedumbre respondió cuando su hermano mayor le acusó falsamente de orgullo (1 S. 17:28). Lejos de tal orgullo y ambición, goza de serenidad de alma y contentamiento de corazón (v. 2). El símil del *niño destetado* es bello y sumamente expresivo: De la misma manera que un niño destetado sigue todavía adherido a su madre, así también el salmista se siente

contento en los brazos de Dios después de «destetarse» a sí mismo de la ambición. Esta humildad y este contentamiento infantil es lo que el Señor recomendó como condición indispensable para *entrar en el reino de los cielos* (Mt. 18:3).

SALMO 132

Hay quienes piensan que este salmo fue compuesto por Salomón. Se basan en que los versículos 8–10 aparecen en la oración de Salomón (2 Cr. 6:41, 42), pero, como advierte Cohen: «Sin duda, el cronista lo tomó prestado del salmo y no viceversa, puesto que el pasaje no se incluye en la versión de 1 Reyes». Aquí vemos: I. El deseo de David de edificar un templo a Jehová (vv. 1–5). II. El traslado del Arca (vv. 6, 7). III. Las oraciones en conexión con el santuario (vv. 8–10). IV. Respuesta de Dios a las oraciones (vv. 11–18).

Versículos 1–10

1. El salmista comienza con la petición a Dios de que tenga en cuenta *todos los desvelos* (lit. *toda su aflicción) de David* a su favor; es decir, todas las pruebas y dificultades que hubo de superar para capturar Jerusalén, asegurarla contra los ataques del enemigo y prepararla para ser una sede digna del santuario de Dios (comp. v. 1 con 1 Cr. 22:14).

2. Se refiere luego (vv. 2–5) al voto que David hizo (2 S. 7) de erigir un templo a Jehová, *al Fuerte de Jacob* (v. 5, comp. con Gn. 49:24). Este título ocurre dos veces en este salmo, además del citado lugar del Génesis, y otras dos en Isaías (Is. 49:26; 60:16). La idea es que David atribuía todas sus victorias (v. 2 S. 7:1) al Dios que había protegido al patriarca de la nación. La forma en que el salmista describe el «voto» de David es, en realidad, una elaboración poética que el salmista mismo pone en boca de David.

3. La segunda parte de esta sección (vv. 6–10) comienza con la usual llamada de atención: *«He aquí»,* y *los* peregrinos (no se olvide que es uno de los salmos graduales) expresan el mismo gozo que experimentaron los israelitas cuando David organizó el traslado del Arca a Jerusalén. Se menciona a *Efrata* (v. 6), pero el dístico siguiente *(«la hallamos en los Campos de Yaar».* Lit.), nos declara que se trata de Quiryat-Yearim, cuya abreviatura es precisamente Yaar. El versículo 7 designa probablemente la veneración del Arca antes de emprender la marcha, como se aprecia por el versículo 8, que comienza con la frase *«Levántate, Jehová, etc.»,* con que se iniciaba siempre el traslado del Arca (v. Nm. 10:35). El *lugar del reposo* de Dios era su morada *(shekinah)* en el santuario, entre los querubines. *«El Arca de tu poder»* alude a las victorias obtenidas en el campo de batalla mientras el Arca era transportada por los sacerdotes. Las vestiduras de los sacerdotes son llamadas *vestiduras de justicia* (v. 9) por su blancura, símbolo de pureza, e indica las virtudes interiores de que habían de estar revestidos interiormente los que tan de cerca ministraban al Señor (comp. con Ap. 19:8). El versículo 10 es una oración a favor del rey; aquí, es por la restauración de la monarquía.

Versículos 11–18

En esta sección, Dios responde a las oraciones de su pueblo con dos promesas.

1. La primera se refiere al establecimiento de la monarquía en la persona de David y de sus descendientes. Dios escogió por rey a David (a Saúl lo escogió el pueblo) y confirmó la elección con un juramento que, como el de David a Dios, es una elaboración poética del salmista (comp. con 89:3). Pero la promesa, en cuanto a los sucesores de David, es condicionada (v. 12): *«Si tus hijos guardan mi pacto, etc.».* La condición no se cumplió y *el cetro* llegó a desaparecer de la casa de Judá, hasta que vino el Hijo de David a recibir *el trono de su padre David* (v. Lc. 1:32, 33). El apóstol Pedro lo aplica así a Cristo, y hasta asegura que así lo entendió el propio David (Hch. 2:30).

2. La segunda se refiere a la elección de Sion (vv. 13–18) para ser sede del santuario y, por tanto, centro del culto israelita. Éste había de ser *el lugar de su reposo,* como hemos visto en el versículo 8. Desde el versículo 14 en adelante, es Dios mismo el que toma la palabra y amplia las ideas de los

versículos 8–10: (A) Ése es el lugar *que ha deseado* (v. 14b. Lit.), es decir, que ha preferido a los demás. (B) Promete *abundante provisión* para los habitantes de Sion, donde hasta los pobres estarán saciados (v. 15). (C) Promete también a los sacerdotes *el vestido de salvación* (v. 16), en respuesta a la petición del versículo 9, y a *los santos* es decir, a los piadosos de la ciudad *el júbilo* también deseado en el versículo 9b. (D) Promete que hará *retoñar el poder* (lit. *el cuerno) de David* (v. 17, comp. con Lc. 1:69), idea que recoge Etán en el Salmo 89:24, y *dispondrá lámpara,* imagen asimismo familiar (v. 1 R. 11:36; 15:4), para su ungido David, de modo que se preserve a perpetuidad la dinastía. Sobre él (v. 18) *florecerá la corona,* y aumentará progresivamente en honor y en prosperidad, mientras sus enemigos son *vestidos de vergüenza,* lo que contrasta con *los vestidos de salvación* de los versículos 9 y 16.

SALMO 133

Este salmo es un breve encomio de la unidad y el amor fraternal. Parece aludir al efecto de la unificación producida cuando los peregrinos se veían reunidos en el mismo acto de adoración al Señor. Vemos: I. La dicha que produce el amor fraternal (v. 1). II. Dos símiles que ilustran esta enseñanza (vv. 2, 3). III. El buen motivo que se da para tal hecho (v. 3). El título no indica necesariamente la autoría de David.

Versículos 1–3

Aunque hay ocasiones en que es conveniente que los hermanos vivan distanciados (v. Gn. 13:9), la regla general es que *es bueno y delicioso habitar los hermanos en unidad* (v. 1. Lit.). Si el salmo fuese de David, se adaptaría al tiempo en que fue reconocido como rey por todas las tribus en Hebrón y, después de capturar Jerusalén, hizo de ella (de Sion) la capital del reino. Es, sin embargo, más probable que aluda, o a la unidad circunstancial de los peregrinos en el acto del culto o al esfuerzo de Nehemías por aumentar la población de Jerusalén (Neh. 11:1 y ss.). En cualquier caso, la doctrina y las ilustraciones son relevantes para todos los tiempos.

1. En cuanto a la enseñanza, el salmista pone de relieve cuán bueno, es decir, cuán provechoso, es que los *«hermanos»,* no los unidos por los vínculos de la carne, pues no cuadra con el contexto, sino los israelitas pertenecientes a las distintas tribus, unidad de pueblo escogido por Dios, se mantengan estrechamente unidos por los mismos vínculos religiosos y políticos, cuyo símbolo e incentivo era la centralidad de Jerusalén, donde estaban el trono y el altar. No sólo era *bueno,* provechoso, sino *delicioso,* agradable, hermoso. En especial lo era para los habitantes mismos de la capital; de ahí el esfuerzo de Nehemías. Y, cuanto más cerca de Sion, mejor. Este versículo suele aplicarse para designar las ventajas de la unidad de los creyentes, pero el calificativo de *«hermanos»* (v. 1) tenía en Israel el significado primordial de miembros de la misma nación israelita (v. Hch. 2:7, donde el *«hermanos»* contrasta con el *«señores»* de Hch. 16:30), no precisamente en sentido religioso.

2. Las ilustraciones (vv. 2, 3) son típicamente orientales: (A) El aceite de la unción era derramado sobre la cabeza del sumo sacerdote (Éx. 29:7) y bajaba por las patillas hasta la barba, la luenga barba que era una señal de gran dignidad en el Oriente. Como esta barba llegaba *hasta la escotadura* de sus vestiduras sacerdotales, el óleo llegaba, por la barba, hasta las doce piedras, símbolo de las doce tribus de Israel, del pectoral. De manera semejante, las bendiciones de toda clase, resultantes de la centralidad de Sion como morada especial de Jehová sólo podían extenderse a quienes viviesen en unidad y armonía fraternas (comp. con He. 13:1). Al ser el aceite símbolo del Espíritu Santo, quienes tienen el Espíritu han de manifestarlo mediante ese amor fraternal, sin el cual no servimos para nada (1 Co. 13:1, 2). (B) La segunda comparación es con *el rocío de Hermón.* Dice Arconada: «En la mente popular, por bajar del cielo sin ruido alguno, el rocío es emblema de bendiciones divinas. Aquí, el pueblo de Israel, venido de todas las tribus y reunido densamente en torno al templo de Sion, es como las innumerables gotas de rocío que cubre los montes, y su concordia en la multiforme cantidad es condición y causa de prosperidades materiales, nacionales y religiosas, como don del cielo». El Hermón se halla a unos 300 km e Jerusalén, por lo que el descenso de su rocío *sobre las alturas de Sion* es una imagen poética para designar los

beneficios del rocío sobre el suelo de Palestina, cuyo centro es Sion y cuya centralidad «unificante» es lo único que le interesa al salmista.

3. La segunda parte del versículo 3 dice literalmente: *«Porque allí manda* (es decir, ordena, no "envía") *Jehová la bendición* (por antonomasia), es decir, *vida* para la nación de Israel, *hasta la eternidad»*. Cohen advierte que «*hasta la eternidad»* debe conectarse con *«manda»,* no con *«vida»*. «En Sion, dice, está su morada eterna y desde ese centro irradiará siempre su bendición.» Nota del traductor: A la vista de lugares como Salmo 132:13–18 y muchos otros, esa *«vida para siempre»* se refiere a la vida constantemente renovada de la nación.

SALMO 134

Éste es el último y más breve de los salmos graduales y, si eran cantados en el templo, era muy apropiado para concluir el servicio en una especie de despedida litúrgica: I. Del pueblo a los levitas (vv. 1, 2). II. De los sacerdotes al pueblo (v. 3).

Versículos 1–3

1. Alguien, en nombre de la congregación (v. 1), pide a los levitas principales, a los que ministran al Señor (Dt. 10:8) día y noche (1 Cr. 9:33), que *bendigan a Jehová.* Se mencionan específicamente los que cumplen sus servicios *por las noches. «Alzar las manos»* es actitud de oración (comp. con 28:2; 141:2). Dice Maclaren: «Se les exhorta a que llenen la noche con oraciones y con su vigilancia y a que eleven el corazón en bendiciones a Dios. La voz de la alabanza enviaría su eco en la noche silenciosa y flotaría sobre la ciudad durmiente». *«Al santuario»* significa en dirección al Lugar Santísimo.

2. Responden (v. 3) los ministros oficiantes (comp. con 128:5) con un *«Desde Sion* (como centro religioso) *te bendiga* (singular colectivo, es decir, a cada uno de vosotros) *el Hacedor* (lit.) *de cielos y tierra»* (comp. con 115:15). No necesitamos más para ser dichosos que recibir esa bendición del Dios Omnipotente, porque los que Él bendice son de veras bendecidos.

SALMO 135

Éste es uno de los salmos que comienzan y terminan con un *«aleluya»* y es una especie de himno compuesto, en su mayor parte, de citas de otros salmos. No conocemos el autor ni la ocasión. I. Comienza con una exhortación a alabar a Dios (vv. 1–3). II. Continúa ofreciendo materia de alabanza. Dios ha de ser alabado: 1. Como el Dios de Jacob (v. 4). 2. Como el Dios de los dioses (v. 5). 3. Como el Dios de todo el Universo (vv. 6, 7). 4. Como el Dios terrible para los enemigos de Israel (vv. 8–11). 5. Como el Dios benévolo para Israel (vv. 12–14). 6. Como el único Dios viviente, pues todos los otros dioses son vanidad y mentira (vv. 15–18). III. Concluye con otra exhortación a alabar a Dios (vv. 19–21).

Versículos 1–4

1. El deber al que se nos llama: *Alabar a Jehová, alabar su nombre;* una y otra vez se nos exhorta a ello. No sólo hemos de darle gracias por lo que ha hecho por nosotros, sino también alabarle por lo que es en sí y lo que ha hecho por otros. 2. Las personas a las que se exhorta aquí a alabar a Dios son no sólo los levitas *que están en la casa de Jehová,* en el santuario, sino también los israelitas piadosos que *están en los atrios de la casa.* 3. El motivo por el que hemos de alabarle es porque *es bueno* (Dios y su nombre), conforme a 54:6, o, más probable, *porque es bueno cantar salmos a su nombre* (comp. con 147:1).

Versículos 5–14

Después de indicarnos que la bondad de Dios es el motivo para que le alabemos con gozo, el salmista nos indica que la grandeza de Dios es el motivo para que le alabemos con respeto.

1. Afirma la doctrina de la grandeza de Dios (v. 5): *Jehová es grande.* Asegura que él (el pronombre está explícito, enfático, en el original), como piadoso israelita, lo *conoce* (lit.), tiene experiencia íntima y personal de esa verdad.

2. Prueba esa grandeza con un ejemplo de carácter general: Su poder es absoluto: *Hace cuanto quiere* (v. 6, comp. con 115:3) en todos los lugares: *cielos, tierra, mares y abismos.*

3. Pone ejemplos, en particular: (A) Del reino de la naturaleza (v. 7), especialmente de los fenómenos meteorológicos donde se muestra, de modo especial, su poder (comp. con Job 38:22; Sal. 33:7; Jer. 10:13; 51:6). La cadena de las causas naturales, no sólo fue establecida por Dios, sino que es continuamente preservada por Él. (B) Del reino de la humanidad. Obsérvese el dominio soberano y el poder irresistible de Dios: (a) En sacar a Israel de Egipto, y humillarle a Faraón con tantas plagas y forzándole a dejarles partir (vv. 8, 9, comp. con Éx. 7:3). (b) En la destrucción de los reinos de Canaán delante de ellos (v. 10, comp. con Dt. 7:1). (c) En el asentamiento de Israel en Canaán (vv. 11, 12, comp. con Nm. 21:21 y ss., 33 y ss.).

4. Tras recordar todos estos prodigios, el salmista proclama la perpetuidad de la gloria y de la gracia de Dios (v. 13): *«Jehová, eterno es tu nombre, tu memorial, etc.»*. Claramente alude a Éx. 3:15, comp. con Sal. 102:12. *«Porque Jehová* (v. 14) *juzga,* es decir, vindica, *a su pueblo* (v. Dt. 32:36) *y se arrepiente* (v. Éx. 32:14) *a favor de sus siervos.* (Tanto aquí, como en 90:13, el significado de «arrepentirse» cuadra con el contexto y con las formas gramaticales del verbo—*Hifil*, *Hitpael*—mejor que el de «compadecerse»).

Versículos 15–21

Estos versículos tienen por objeto: 1. Armar al pueblo de Dios contra la idolatría y todos los cultos falsos, y muestra qué clase de dioses eran los que los gentiles adoraban, como ya lo vimos en 115:4–8. Eran dioses hechos de mano de hombres, por lo que no tenían otro poder que el que les habían dado los que los fabricaron. Sus adoradores eran, por consiguiente, tan estúpidos y sin sentido como ellos (vv. 15–18). 2. Incitar al pueblo de Dios a la verdadera devoción en el culto al Dios verdadero. Puede verse lo dicho en 115:9–11, pasaje con el que concuerdan los versículos 19–21 del presente salmo, con la variante de la adición aquí de *«Casa de Leví, bendecid a Jehová»* (v. 20), que no figuraba en el 115. El *«Bendito* (sea) *Jehová desde Sion»* (lit.) del versículo 21 (comp. con 134:6), frase que podría parecer extraña, quizá se explique por analogía con 134:3. Dice Cohen: «Aquí *bendito* significa lo mismo que *alabado* … Así como Dios envía sus bendiciones desde Sion (134:3), así también desde el centro de su adoración debería oírse, por todo lo largo y por todo lo ancho, el eco de su alabanza».

SALMO 136

Este salmo, llamado el *Gran Hallel* por su estribillo repetido en cada versículo, es cantado todos los sábados en las sinagogas judías. Según el Talmud, las 26 veces que se repite el estribillo corresponden al valor numérico de las letras del tetragrámmaton o nombre inefable de Dios: YHWH (10 + 5 + 6 + 5 = 26). Se divide en tres secciones: I. Alabanzas a Dios por lo que es en sí y como Creador del mundo (vv. 1–9). II. Como obrador de grandes maravillas a favor de Israel (vv. 10–22). III. Como Salvador y Redentor Universal, y concluye con una alabanza general (vv. 23–26).

Versículos 1–9

El deber al que una y otra vez se nos exhorta aquí es *dar gracias* (lit.) a Dios, esto es, a ofrecerle, no los frutos del suelo ni del ganado, sino *de labios que confiesan su nombre* (He. 13:15). Hemos de dar gracias *a Jehová,* el Dios de Israel (v. 1), al *Dios de los dioses,* a quien adoran los ángeles (v. 2), al *Señor de los señores,* es decir, Soberano de todos los soberanos (v. 3). Hemos de darle gracias por su *amor*

perpetuo, como repite el estribillo, así como por su poder y sabiduría, cuyos efectos se expresan en los versículos 4–9. Nótese que su *amor* perdura eterna e infinitamente más allá de la duración de los cielos y la tierra. Los versículos 7–9 nos recuerdan Génesis 1:14–16 y que Dios creó para utilidad y servicio del hombre.

Versículos 10–22

Las grandes cosas que hizo Dios por Israel, cuando lo formó como pueblo y nación, y puso entre ellos su reino, son mencionadas aquí como ejemplos de su poder y de su amor a Israel, como ocurre con mucha frecuencia en los Salmos. Toda la sección es análoga a 135:8–12. Los sacó de Egipto (vv. 10–12) al abrir una avenida seca por en medio del mar Rojo. No sólo dividió las aguas, sino que dio coraje al pueblo para pasar, con lo que mostró así que tiene sobre el corazón humano el mismo poder que sobre las aguas. Los condujo a través de un vasto desierto (v. 16) donde también los alimentó. Destruyó reyes delante de ellos a fin de hacer sitio para ellos (vv. 17, 18). Bueno es entrar en los detalles del favor de Dios y no contemplarlos únicamente a bulto, y observar en cada detalle con gratitud y reconocimiento, *el perpetuo amor de Dios.* Les puso asimismo en posesión de una buena tierra (vv. 21, 22). Así como les dijo a los egipcios: *«Dejad salir a mi pueblo»,* así dijo a los cananeos: *«Dejad entrar a mi pueblo».*

Versículos 23–26

El eterno amor de Dios es celebrado aquí en la redención de su pueblo (vv. 23, 24). En los muchos rescates de los israelitas de manos de sus opresores, pero especialmente en la gran redención llevada a cabo en el Calvario, de la que aquellos eran tipo, tenemos grandes motivos para decir: *«En nuestro abatimiento se acordó de nosotros* (v. 23): Envió a su Hijo (Jn. 3:16) a redimirnos del pecado, de la muerte y del Infierno *porque para siempre es su amor misericordioso».* Un ejemplo del favor de su Providencia es que, dondequiera da vida, da también *alimento a todo ser viviente.* La alabanza final *«al Dios de los cielos»,* título que sólo aparece aquí en todo el Salterio (y en 2 Cr. 36:23; Esd. 1:2; Neh. 1:4, 5; 2:4, 20; Dn. 2:18 y Jon. 1:9), es un buen resumen de todo el salmo.

SALMO 137

De gran belleza literaria, este salmo es una lamentación nostálgica mezclada con imprecaciones llenas de indignación contra los opresores de Israel. I. Nostalgia de los exiliados (vv. 1, 2). II. Rehúsan ofrecer entretenimiento a sus opresores (vv. 3, 4). III. No pueden olvidar a Jerusalén (vv. 5, 6). IV. No pueden perdonar a Edom ni a Babilonia (vv. 7–9).

Versículos 1–6

1. Vemos primero al pueblo de Dios que siembra con lágrimas. *Sentados* en actitud de duelo (Is. 47:1) *junto a los ríos* es decir, los canales del Éufrates (Jer. 51:13), *lloran los* exiliados *recordando a Sion* (v. 1), el santo monte sobre el que estaba antaño el templo. El afecto a la casa de Dios les quitaba el interés por cobijarse en sus propias casas. *«En los sauces … colgamos nuestras arpas»* (v. 2). No las habían escondido entre los arbustos ni en las hendiduras de las rocas, sino que las habían colgado en los sauces, para que su misma vista les trajese constantemente a la memoria el deplorable cambio de situación. Es probable que las usasen cuando estaban solos, pero las retiraban de sí cuando sus opresores les pedían entretenimiento.

2. *Los que los habían llevado cautivos y los atormentadores* (lit. Quizás en el sentido de «escarnecedores» o «burladores») les pedían cánticos alegres (v. 3), lo cual era una burla hacia quienes estaban *llorando su cautividad y su ausencia de la patria. El cantar a estos opresores cánticos de Sion* era parecido a beber el vino de Babilonia, como hizo después el rey Belsasar (Dn. 5:3, 4), en los vasos sagrados del templo de Jerusalén.

3. La mansedumbre con que aguantaron ellos estos abusos (v. 4). No podían dar gusto a estos burladores, pero respondieron con paciencia y con piedad: *«¿Cómo habíamos de cantar el cántico de Jehová en tierra extranjera?»* Como si dijesen: «*El cántico de Jehová* es cosa sagrada apropiada para el templo y el culto del verdadero Dios; por tanto, no osamos cantarlo *en tierra extranjera* y entre idólatras».

4. El constante afecto que guardaban hacia Jerusalén, la ciudad de sus solemnidades, incluso ahora que se hallaban en Babilonia. Siempre la tenían en la mente, aunque muchos de ellos nunca la habían visto. En sus oraciones diarias, abrían las ventanas en dirección a Jerusalén: ¿Cómo podían olvidarla? Los versículos 5 y 6 son de una belleza extraordinaria: *«Si me olvido de ti, oh Jerusalén* (v. 5), es decir, si no te guardo el respeto que tu memoria merece, *que mi diestra olvide* su arte (falta en el original, pero no cabe duda de que es así como debe suplirse)». Y sigue diciendo (v. 6): *«Que mi lengua se pegue a mi paladar,* es decir, que pierda la facultad de hablar y cantar, *si de ti no me acuerdo* con amor y respeto; *si no enaltezco a Jerusalén como preferente asunto de mi alegría,* esto es, como mi motivo principal de gozo y felicidad».

Versículos 7–9

Los piadosos judíos residentes en Babilonia, después de afligirse con el recuerdo de las ruinas de Jerusalén, se alegran ahora con la perspectiva de la ruina de sus implacables enemigos. Recordemos que nos hallamos en tiempos en que regía la ley del talión. Piden que sus enemigos sufran el mismo castigo que les han infligido a ellos. Nombran primero (v. 7) a *Edom,* a los descendientes de Esaú, los cuales, en lugar de entristecerse por su parentesco con el pueblo de Israel, todavía llevaban en el pecho el rencor de Esaú contra su hermano que le había quitado la primogenitura y les gritaban a los babilonios con respecto a Jerusalén: *«¡Arrasadla, arrasadla hasta los cimientos!»* Apostrofan luego a Babilonia con el epíteto insultante de *«la devastadora»* (v. 8), aunque el término hebreo es claramente un participio pasivo, por lo que la única traducción correcta es: *«la devastada»* (usado como pretérito profético), esto es, «la destinada a ser destruida»; por supuesto, en pago de la destrucción que ella misma ha causado, como da a entender el contexto. La imprecación del versículo 9 es realmente terrible, pero, aparte de lo dicho arriba, han de tenerse en cuenta dos factores: 1. Tal barbaridad había sido cometida con frecuencia contra Israel (2 R. 8:12; Os. 10:14) y los babilonios eran culpables de esa atrocidad (v. Jer. 51:24, comp. con Is. 13:16). 2. Dice Maclaren: «Quizá, si algunos de los modernos críticos hubiesen estado bajo el yugo del que el salmista había sido libertado, habrían entendido un poco mejor cómo un buen hombre de esa época podía regocijarse de que Babilonia quedase devastada y toda su raza extirpada».

SALMO 138

Este salmo lleva el título de *«Salmo de David».* Los LXX añadieron: «y *de Hageo y de Zacarías»,* lo que, como dice Arconada, «desvirtúa su origen davídico». Cohen resuelve la dificultad y hace notar que fue «quizás originalmente un salmo davídico, y fue reeditado para el uso litúrgico después de la Restauración». El salmista: I. Mira hacia atrás con agradecimiento por las experiencias que había tenido de la bondad de Dios hacia él (vv. 1–3). II. Mira hacia delante esperanzado: 1. De que otras personas alabarán a Dios como él (vv. 4, 5). 2. De que Dios continuará dispensándole sus favores (vv. 6–8).

Versículos 1–5

1. El salmista alaba a Dios con sinceridad y fervor (v. 1): *«Te daré gracias* (lit.) *con todo mi corazón».* La frase siguiente: *«Delante de los dioses te cantaré salmos»* suena extraña y se ha interpretado de muchas maneras. Si tenemos en cuenta que nos hallamos en el templo, no cabe interpretarlo como *«jueces»;* la Septuaginta traduce *«ángeles».* Arconada propone la alternativa de «magistrados religiosos», es decir, los sacerdotes. El doctor Cohen prefiere retener el sentido literal de *«dioses»,* a la vista del versículo 4, y añade que «Los reyes de la tierra tienen varias deidades a las que rinden homenaje. Él (el salmista) les reta al enaltecer al verdadero Dios en su propia casa, lo que da testimonio de su poder frente

a la impotencia de ellas» (las deidades). *«Hacia tu santo templo»* (v. 2) indica la postura de todo israelita orante: que miraba hacia el templo de Jerusalén. También nosotros debemos elevar los ojos a los Cielos, cuando oramos a nuestro Padre, pues allí está su presencia de una manera especial.

2. El salmista, después de dar gracias (lit.) a Dios por lo que Él es en sí y para otros (v. 2), profesa su gratitud, en particular, por haberle respondido y animado. El binomio *«misericordia y verdad»* es bien conocido, especialmente en el Salterio (25:10; 57:3; 61:7, etc.). *«Has engrandecido tu nombre»,* continúa diciendo es decir las perfecciones divinas (amor y fidelidad) que resplandecen en su *«palabra»,* esto es, en su promesa, puesto que *responde cuando se le invoca* (v. 3) y, con esa respuesta a la oración, *fortalece el vigor del alma.* Comenta Cohen: «Mediante la respuesta de Dios a su oración, tomó conciencia de un poder dentro de sí, del que no se había percatado antes, y este poder le infundió la certeza de que había de salir victorioso un día». Si Dios nos da vigor para soportar las cargas, resistir las tentaciones y cumplir con nuestro deber en medio de las aflicciones, si Él nos fortalece para confiar en Él, mantener la paz de nuestra mente y aguardar con paciencia el resultado, habremos de reconocer que nos ha respondido y estaremos obligados a ser agradecidos.

3. David era rey y, por eso, posiblemente esperaba que otros reyes allí presentes (v. 4) habrían de abrazar la verdadera religión al oír los *oráculos* de Jehová, las promesas hechas a su pueblo y cumplidas con divina fidelidad. Esto podría referirse a reyes circunvecinos como Hiram y otros. Cuando visitaron a David y, después de su muerte, a Salomón (v. 2 Cr. 9:23), no tuvieron empacho en adorar al Dios de Israel. Podría aplicarse proféticamente al Mesías (v. 72:11), en su reino futuro, ya que entonces *«todos los reyes de la tierra se postrarán ante Él»*. Es entonces cuando verdaderamente (v. 5) *«cantarán acerca de los caminos de Jehová»,* es decir, de los modos maravillosos con que su Providencia dirige los acontecimientos de los hombres (comp. con 103:7).

Versículos 6–8

David se consuela aquí con tres cosas: 1. El favor que Dios dispensa a los humildes (concepto explanado en 113:4 y ss.), mientras *trata a distancia,* como quien los quiere ver lejos de sí (comp. con Mt. 25:41), *a los altivos* (v. 6), pues no tienen comunión con Él; los conoce bien, pero no los reconoce por suyos (comp. con Mt. 7:23; 25:12). 2. El interés y la protección que da a los suyos cuando están en apuros (v. 7): los reanima *o vivifica,* extiende su mano para inutilizar las armas que los enemigos, en su *furor,* emplean contra ellos, y *los salva con su diestra* (comp. con 17:7). 3. La obra perfecta de Dios (v. 8), quien siempre *completa,* lleva a feliz término lo que ha emprendido. Todo buen hijo de Dios tiene interés en su deber hacia Dios y en su felicidad en Dios, para que el primero sea fielmente cumplido y la segunda efectivamente asegurada; y si estas dos cosas las llevamos de veras en el corazón, es buena obra la que ha comenzado en nosotros, y *el que la comenzó, la perfeccionará* (Fil. 1:6). Nuestra esperanza de perseverar ha de estar fundada, no en nuestra fuerza, la cual puede fracasar, sino en la gracia de Dios, que no puede fracasar: Tu *misericordia, Jehová, es para siempre.* Y concluye con una oración de su expectación: *«No desampares la obra de tus manos»*. Como si dijese: «Soy hechura tuya; no retires de mí tu actividad y tu favor hasta que hayas dado cima a la obra que en mí comenzaste».

SALMO 139

Este magnífico salmo, sin par en los temas de la omnisciencia, la omnipresencia y la omnieficiencia de Dios, lleva el título de *«Salmo de David»,* pero aun Delitzsch, exegeta conservador, concluye que «fue compuesto conforme a un modelo davídico, con resonancias de salmos como el 19 y otros salmos didácticos davídicos». Las ideas, sin embargo, y el lenguaje mismo, son de tono arameico, por lo que es más que probable que fue compuesto después del exilio. Se divide en cuatro partes, como suele indicarse en nuestras versiones: I. Omnisciencia de Dios (vv. 1–6). II. Omnipresencia de Dios (vv. 7–12). III. Omnipotencia de Dios (vv. 13–16). IV. El salmista prorrumpe a continuación: 1. En expresiones de admiración de Dios (vv. 17, 18). 2. De indignación contra los impíos (vv. 19–22). 3. De confesión de su propia integridad (vv. 23, 24).

Versículos 1–6

El Dios con quien nos las habemos tiene un perfecto conocimiento de nosotros, y todos nuestros actos, tanto interiores como exteriores, están abiertos, patentes, en su presencia.

1. El salmista expone esta doctrina con respecto a sí mismo (v. 1): *«Oh Jehová, tú me has escrutado y (me) conoces»* (lit.), especialmente el corazón (v. 23, comp. con Jer. 17:10). El corazón de los reyes es inescrutable para sus súbditos (Pr. 25:3), pero no para Dios.

2. Desciende luego a detalles particulares: (A) «Tú (explícito en el hebreo, como si dijese: *«Sólo tú …") conoces mi sentarme y mi levantarme»* (v. 2), es decir, todas las actividades de la vida diaria (v. Dt. 6:7). El vocablo para *«pensamiento»,* aquí como en el versículo 17, es arameo, no hebreo, e indica *inclinación o deseo.* (B). *«Escudriñas mi andar y mi reposo»* (v. 3), lo cual es otra manera de expresar todas las actividades de la vida diaria. (C) De tal manera conoce Dios *todos nuestros caminos* que le son familiares nuestros pensamientos aun antes de expresarlos en *palabras* (v. 4), aunque también podría significar, según Cohen, que «Dios conoce la intención que hay detrás de una palabra, cuando es usada para ocultar el pensamiento». (D) El sentido del versículo 5 es que Dios le tiene cercado como cuando se pone sitio a una ciudad de forma que no hay escape posible. Este cerco se ha estrechado hasta lo sumo, pues Dios *tiene puesta su mano sobre él,* es decir, ya no puede desasirse de Dios. Este conocimiento tan exhaustivo (v. 6) le resulta al salmista *demasiado alto,* como una fortaleza inaccesible e inexpugnable.

Versículos 7–12

¿Podrá el salmista escapar al escrutinio de Dios si se aleja de su presencia? ¡No, por cierto! (v. 7). Puesto que:

1. A cualquier lugar que nos volvamos, allí está Dios (vv. 7–10). (A) *«Si subo a los cielos, allí estás tú»* (v. 8, comp. con Am. 9:2–4). *«Y si del Seol hago mi lecho* (lit., comp. con Job 26:6), *he aquí* (dice con admiración), *allí estás tú»*. (B) Después de los extremos en vertical, los extremos en horizontal (vv. 9, 10): *«Si tomara las alas del alba y emigrara hasta el confín del mar,* es decir, hasta donde las alas del alba pueden conducir, *aun allí me alcanzaría tu mano, etc.,* en todo lugar me hallaría bajo tu poder y tu control, como *agarrado por tu diestra»*. Comenta Witton Davies: «Para los antiguos (semitas, griegos, romanos, etc.), la diosa de la aurora tenía alas con las que se alzaba del océano oriental y, en el curso del día, cubría todo el firmamento. El salmista hace uso de esta imaginería, sin comprometer en lo mínimo su monoteísmo». Una imagen semejante aparece en Malaquías 4:2.

2. No hay velo que pueda ocultarnos de la vista de Dios (vv. 11–12). *«Si dijese: Al menos las tinieblas me cubrirán, etc.»,* me engañaría miserablemente, pues las cortinas de la noche no pueden defenderme más que las alas del alba. Para el Dios que es luz (1 Jn. 1:5), no hay oscuridad impenetrable a su mirada. Y, así como no hay tinieblas que encubran de Él (v. 12), tampoco hay máscara de hipocresía, por muy elaborado que sea el disimulo, que sea impermeable al escrutinio de Dios. ¿Quién intentará mentirle a Dios?

Versículos 13–16

¿Cómo no nos va a conocer perfectamente el que nos ha formado? El salmista pasa aquí a contemplarse a sí mismo como una maravilla salida de las manos de Dios, con lo que declara la omnipotencia divina. El que ha fabricado la máquina, conoce bien cómo funciona (v. 13): «Tú (enfático aquí, como en el v. 2) *creaste mis riñones»* (lit., como en 7:9, última palabra). Los *«riñones»* representan en la Biblia la sede íntima de lo afectivo-emotivo, así como de los impulsos instintivos: lo que le pasa desapercibido a la propia persona. El verbo que hemos vertido por *«creaste»*—nota del traductor—es efectivamente el mismo que aparece en Génesis 14:19 y Deuteronomio 32:6. El salmista, a pesar de sus rudimentarios conocimientos de anatomía, queda asombrado. El versículo 14 es difícil de traducir. Dice textualmente *«Te daré gracias porque temibles cosas fui hecho prodigio* (es decir, fui hecho formidable y prodigiosamente); *prodigiosas* (son) *tus obras, y mi alma* (es decir, yo) *conoce* (eso) *muy bien»*. En el versículo 15, *«huesos»* designa la contextura general de la persona, bajo la imagen de la parte más resistente del cuerpo: el esqueleto. *«Lo más profundo de la tierra»* es una descripción poética del vientre materno (comp. con v. 13b). El versículo 16b asegura que los ojos de Dios no sólo veían *«la sustancia*

informe» (lit.), es decir, el embrión, del salmista, sino también *todos los días,* es decir, todas sus acciones futuras, que estaban escritas en el registro de Dios. La última frase del versículo dice, según está escrita: *«y no* (existía) *ninguno de ellos»* (de los días). Pero el *alef del* vocablo hebreo *lo* lleva un circulito encima, por lo que (según afirma el doctor Cohen) debe leerse como si fuera *vau,* con lo que significa: «y *para él* (había) *uno de ellos»;* esto es, entre los días registrados en el libro de Dios había uno para el día en que el embrión había de ser dado a luz.

Versículos 17–24

Aquí el salmista hace aplicación de la doctrina de la omnisciencia de Dios:

1. Reconoce, con asombro y gratitud, el interés que Dios ha puesto en él (vv. 17, 18). Dios pensaba en él con pensamientos de amor. La Providencia ha previsto y provisto todas las circunstancias en que nos habíamos de hallar y ha ordenado las cosas para nuestro bien. No podemos alcanzar a comprender *las compasiones* (lit.) *de Dios* hacia nosotros, pues *son nuevas cada mañana* (Lm. 3:22, 23). El salmista se ve incapaz de contar *las sumas* (lit.), es decir, el número enorme de los planes amorosos de Dios hacia él (v. 17b). Aunque estuviese todo el día y toda la noche ocupado en la tarea de enumerarlos, todavía *estaría con Dios* al *despertarse,* enumerándolos, sin poder terminar la tarea.

2. De esta doctrina concluye que los pecadores acabarán en la ruina, pues Dios conoce toda la maldad de los impíos y, por tanto, les pedirá cuentas de sus actos. Tendrán un severo castigo, pues además de ser violentos *(«sanguinarios»),* son blasfemos y rebeldes, desafiantes: *«Hablan de ti engañosamente … se rebelan contra ti»* (v. 20). El salmista se identifica con la causa de Dios: Los enemigos de Dios son sus enemigos (vv. 21, 22): «Señor, tú conoces el corazón y puedes dar testimonio de lo que siento en el mío. *¿No odio a los que te aborrecen?* Los odio porque te amo a ti y me repugna ver tales indignidades hechas a tu santo nombre». En su odio contra el pecado y contra el daño que los malvados hacen, desea que *Dios los mate* (v. 19, comp. con 104:35).

3. Termina el salmo con una apelación a su sinceridad ante Dios (vv. 23, 24). El odio que siente hacia los malvados le induce a rogar a Dios que le escudriñe el corazón y, si halla en él alguna desviación, desconocida para el propio salmista, del buen camino, que se la haga saber y *le guíe por el camino eterno.* En este estadio de la revelación, no puede suponerse que el salmista se refiera a la eternidad de ultratumba, sino que pide a Dios que le guíe por el camino recto que conduce a una vida prolongada, en contraste con el mal camino de los impíos, el cual lleva a la perdición (comp. con 1:6).

SALMO 140

Este salmo, con los tres que le siguen, forma grupo distinto de los demás. Se atribuyen a David, quizá porque su contenido se parece mucho al de los salmos davídicos, pero no se conoce el autor, la época ni la ocasión de su composición. Aquí el salmista: I. Se queja de la mala voluntad de sus enemigos y pide a Dios que le preserve de la violencia de ellos (vv. 1–5). II. Cobra ánimos al considerar a Dios como Dios suyo (vv. 6–7). III. Ora por la destrucción de sus perseguidores y la profetiza (vv. 8–11). IV. Asegura a todos los hijos de Dios que se hallan afligidos que sus aflicciones terminarán bien a su debido tiempo (vv. 12, 13).

Versículos 1–7

1. El salmista describe primero el carácter de sus enemigos. Los singulares: *«hombre malo … hombre violento»* (v. 1) son colectivos (lo mismo en el v. 4). Estos enemigos *maquinan maldades y cada día,* esto es, constantemente, *provocan guerras* (lit.), es decir, contiendas brutales (v. 2). A continuación (v. 3) combina dos metáforas: *«aguzaron»,* como una espada, y *«serpiente»,* por el veneno que esconden, para designar la astucia y la hipocresía con que traman tanto sus difamaciones como sus lisonjas. Esas metáforas y las del versículo 5 son las mismas que usa David en muchos de sus salmos (v. p. ej., los salmos 9, 10, 31, 52, 57, 58, 64 y 69). Romanos 3:13 cita el v. 3b.

2. Ruega a Dios que le proteja (vv. 1–4): *«Líbrame … Guárdame … Guárdame … Líbrame …»…* Como si dijera: «Señor, no permitas que prevalezcan para quitarme la reputación y la vida misma. Guárdame de ellos y de obrar como ellos obran o como maquinan».

3. Confía en Dios, y espera de Él con certeza el triunfo sobre sus enemigos: *«He dicho a Jehová: Tú eres mi Dios* (v. 6), y si eres mi Dios, también eres mi escudo y refugio, mi defensor y protector». Y añade (v. 7): «*Jehová Señor;* como *"Jehová",* el autoexistente y autosuficiente; como *"Adonay",* mi Señor Soberano, que me gobierna y me sostiene y, por tanto, la *fuerza de mi salvación* (lit.), *que ha cubierto* (lit.), como con un yelmo (comp. con Ef. 6:17), *mi cabeza en el día de la batalla».* Son figuras muy apropiadas para designar la protección de Dios contra las espadas que sus enemigos *aguzan* (*sus* lenguas) en las *guerras* que provocan (vv. 2, 3).

Versículos 8–13

El salmista (¿David?) pide ahora a Dios que no permita que sus enemigos lleven a cabo con éxito sus planes criminales (v. 8) *ni que se enaltezcan.* La negación no existe en el original en este último miembro, pero es probable que vaya regido por el *no* precedente, a no ser que se traduzca: *«No dejes … de forma que se enaltezcan».* Después (vv. 9–11), profetiza la ruina de sus enemigos: «… *Ahóguelos la malicia de sus propios labios, etc.* (v. 9): El mal que han tramado contra mí caerá sobre ellos, sus maldiciones se volverán contra su rostro, y todo lo que han planeado contra mí resultará en ruina de ellos» (7:15, 16). Los juicios de Dios caerán sobre ellos (v. 10) como *ascuas encendidas* (comp. con Gn. 19:24; Sal. 11:6). Los *deslenguados* no pueden esperar *afianzarse en la tierra* (v. 11). Lo que se ha obtenido mediante fraude y falsedad, calumnias y acusaciones falsas, no prosperará. *«Yo sé* (v. 12) *que Jehová tomará a su cargo la causa del afligido* (singular colectivo) y no permitirá que la fuerza prevalezca siempre contra el derecho, aun cuando sea *el derecho de los necesitados».* La frase final (v. 13b): *«Ciertamente … los rectos morarán en tu presencia»* indica un estado de seguridad y de tranquilidad mental (comp. con 102:28).

SALMO 141

Las observaciones hechas en la introducción al salmo precedente valen también para éste. I. El salmista ruega a Dios que le escuche y le socorra (vv. 1–4). II. Pide también que otros sean instrumentos de Dios para hacerle bien a él (vv. 5, 6). III. Y que, hallándose él y sus amigos ahora «en las últimas», se digne Dios acudir en ayuda y socorro de ellos (vv. 7–10).

Versículos 1–4

1. El salmista pide a Dios que escuche sus oraciones y las responda favorablemente (vv. 1, 2): *Jehová, a ti he clamado; apresúrate a venir a mí. Escucha mi voz, etc.».* Su insistencia y urgencia muestra el fervor de su oración. Quienes claman en sus oraciones pueden esperar ser escuchados, no por su clamor, sino por su fervor. *«Apresúrate»,* dice (comp. con 70:5). El que cree no se apresura, pero el que ora en angustia puede pedir a Dios que se apresure. *El incienso* (comp. con 66:15; Lc. 1:10; Ap. 5:8; 8:3, 4) es símbolo de la oración acompañada de sacrificio. El salmista no puede ahora presentar a Dios ofrenda de suave olor, pero sabe que la oración es un sustituto eficaz (comp. con Os. 14:3). Así como el incienso no da suave olor sin el fuego que lo quema, así tampoco la oración tiene eficacia sin el fervor.

2. El salmista ruega a continuación que Dios le guarde de los pecados de la lengua (v. 3), pues no quiere imitar la conducta de sus enemigos: «*Guarda la puerta de mis labios;* ya que la naturaleza ha puesto en los labios una puerta por donde salen las palabras, haz que la gracia vigile esa puerta, a fin de que no salga por ella ninguna palabra que pueda contribuir al deshonor de Dios o al daño del prójimo. *No dejes que se incline mi corazón a cosa mala* (v. 4); no quiero ser semejante a los malhechores que me persiguen, aunque con ello pudiese hallar algún alivio a mi situación; cualquier inclinación que brote de mi corazón en dirección al mal, que tu gracia no sólo la frene, sino que la mortifique». Mientras vivimos

en este mundo, y la inclinación al mal se halla en el fondo de nuestro corazón, tenemos necesidad de orar para que no seamos arrastrados al pecado por la seducción o por la provocación. *«No coma yo de sus manjares deliciosos»*, añade (v. 4d), en alusión a las comodidades y a la buena mesa que los impíos se habían procurado mediante sus actos de violencia. Las buenas personas han de orar incluso contra las dulzuras del pecado.

Versículos 5–10

1. El salmista desea ahora que le corrijan sus defectos, pero que lo haga una persona buena y con amor. El versículo 5 es sumamente difícil. La traducción más aceptable—en opinión del traductor—es la que ofrece Kirkpatrick, muy afín a la de la Reina-Valera 1977: «*Que me hiera el justo* (será) *un favor. Y que me reprenda; será como aceite para mi cabeza; no lo rehúse mi cabeza; pero todavía* (sea) *mi oración contra sus maldades»*. El sentido está claro, a pesar de las dificultades gramaticales que presenta el original. Vemos aquí un eco de Proverbios 27:6: *«Fieles son las heridas del que ama»*. El aceite ilumina y refrigera el rostro (104:15) y sirve para curar esas mismas heridas que el amor produce. Es el pecado, no la corrección, lo que quebranta los huesos (51:8).

2. El salmista abriga la esperanza de que sus perseguidores llegarán a comprender un día (vv. 6, 7) que lo que él decía era para su bien. El salmista menciona *«jueces»* porque entre sus perseguidores había magistrados perversos. Cohen sugiere la siguiente traducción del v. 6: *«Cuando sus jueces sean despeñados* (comp. con 2 Cr. 25:12), *oirán* (es decir, comprenderán) *mis palabras, que son suaves»*, esto es, dichas con sinceridad y amor. El versículo 7 le resulta «enigmático» al doctor Cohen—nota del traductor—y carece ciertamente de sentido en la mayoría de las versiones, por no prestar atención a la observación de Bullinger de que aquí nos hallamos ante uno de los muchos casos de elipsis. Al final del versículo 6 es menester suplir el verbo *«Dirán»*, con lo que el versículo 7 refiere palabras de los que están a punto de ser despeñados. Con ese verbo por delante, el versículo 7 dice así literalmente: *«Como quien surca y hiende en la tierra, son esparcidos nuestros huesos a la boca del Seol»*, es decir, del sepulcro.

3. El salmista renueva su oración de petición de auxilio (vv. 8–10). Sus ojos están fijos en Dios (comp. con 25:15), pues de Él espera el alivio, ya que en Él ha puesto su confianza, y añade: *«No derrames* (lit.) *mi alma*, esto es, no quites de mi cuerpo la vida *que está en la sangre»* (Lv. 17:11). Concluye con la petición de que le guarde de las trampas que le han tendido sus enemigos y que caigan ellos mismos en esas trampas, *mientras él escapa* (lit. *pasa)* a salvo y con seguridad.

SALMO 142

El título de este salmo registra no sólo el género del salmo (un *masquil;* probablemente, alusión auna tonada especial, según 57:7), sino también el autor *(David)* y la ocasión *(cuando estaba en la cueva).* Puesto que la composición literaria tiene señales de una época posterior, para que el salmo pueda atribuirse a David basta con el patético tono del salmo, que refleja estupendamente los sentimientos de David en aquella ocasión. Mientras el salmo 57 se refiere a la cueva de En-gadi, el 142 se refiere, con la mayor probabilidad, a la cueva de Adulam (1 S. 22). El salmista: I. Expone sus quejas (vv. 1–4). II. Hace su petición (vv. 5–7).

Versículos 1–4

1. Véase cómo se queja David ante Dios (vv. 1, 2). No quiere extender sus manos contra el rey Saúl, pero las extiende hacia Dios en oración: A Él *clama*, a Él *suplica*, ante Él *expone su queja*, ante Él *manifiesta su angustia.* Nosotros estamos inclinados a guardar en el pecho, por demasiado tiempo, nuestra aflicción, agravándola con nuestra depresión y nuestros temores, mientras que, exponiéndola delante de Dios, podríamos *echar toda nuestra ansiedad ante Él, porque Él tiene cuidado de nosotros* (1 P. 5:7). Y, en medio de su queja, como quien sabe que Dios no necesita su información, aunque su corazón se alivia al exponerla, dice: *«pero tú* (enfático en el original) *conoces mi senda»*.

2. A continuación expone el motivo de su queja (vv. 3b–4): Le han tendido un lazo en el camino (comp. con 140:5; 141:9). *«Mira a mi diestra, etc.»,* añade, es decir, al lugar en que debería estar algún protector para defenderle (comp. con 109:31), pero no hay quien quiera *reconocerle* (lit.) como un amigo a quien se protege y defiende (comp. con 69:20). También el Hijo de David hubo de sufrir congojas y muerte sin que nadie le amparase (v. Mt. 26:37 y ss.; 26:56 y 27:46).

Versículos 5–7

Con renovada intensidad, el salmista vuelve a clamar a Dios en oración con frases frecuentes en otros salmos (comp. vv. 5 y 6 con 7:1; 16:5; 17:1; 18:17; 27:13; 31:15; 73:26; 79:8c; 91:2). *«Saca mi alma de la cárcel»,* añade, no porque estuviese literalmente en una cárcel, sino porque su situación en la cueva era semejante a la de una prisión (v. Is. 42:7, donde equivale a «lugar de cautiverio»). Lo dice especialmente para que así pueda *dar gracias* (lit.) al nombre de Dios por su liberación. La 2.» frase del versículo 7 admite, como la más probable, la siguiente traducción: *«Por mí* (a causa del favor que me habrás dispensado) *se adornarán con coronas* (símbolo de regocijo, que comparten con el salmista) *los justos.*

SALMO 143

Este salmo guarda gran parecido con el anterior. En él, el salmista: I. Suplica el favor de Dios (vv. 1, 2), expone sus quejas (vv. 3, 4) y el recuerdo de los favores que recibió de Dios en días pasados (vv. 5, 6). II. Suplica a Dios que escuche su oración (vv. 7, 8) y le libre (vv. 9, 10), y confía en que Dios le va a responder favorablemente (vv. 11, 12).

Versículos 1–6

1. David suplica aquí a su Dios, apela a Él contra sus perseguidores y pide a Dios que, como Justo Juez, le libre y le salve. No podemos apelar a nuestra propia justicia, pues carecemos de ella, sino a la de Dios (v. 1b), no en el sentido de estricta equidad, pues estaríamos perdidos, sino como David, en el sentido del carácter perdonador de Dios (comp. con Dn. 9:7 y ss.).

2. Ruega humildemente a Dios y dice: *«No entres en juicio con tu siervo»;* como si dijese: «No me trates conforme a lo que mi conducta merece, porque *nadie puede justificarse,* es decir, confesarse inocente, delante de ti» (v. 2, comp. con Éx. 34:7; Job 9:2; 25:4; Sal. 130:3; Ro. 3:20; Gá. 2:16). Antes de pedir a Dios que le libre de la angustia, David pide que le perdone los pecados, dependiendo para ello únicamente del favor de Dios.

3. Se queja a continuación (v. 3) de la persecución de que le hacen objeto sus enemigos, quienes le han puesto en postración y *en tinieblas,* no las de la cueva en que se hallaba a la sazón, sino, como en 88:6, las del Seol (como símbolo de confinamiento), *como los muertos de hace tiempo,* es decir, completamente olvidados ya.

4. Esta situación le causa (v. 4) *desfallecimiento de espíritu,* esto es, depresión de ánimo, y *espanto de corazón,* pues la angustia que sufre impide que el corazón le funcione con normalidad.

5. En estas circunstancias echa mano de los remedios apropiados para aliviar su estado de ánimo y recobrar la paz de su mente. (A) Mira atrás (v. 5) y *recuerda los días de antaño,* es decir, las intervenciones de Dios a favor de su pueblo. (B) Mira en torno suyo y contempla las obras de Dios, no sólo las antiguas, sino *todas;* es decir, incluidas las que ha llevado a cabo recientemente a favor de él. Cuanto más contemplamos las obras de Dios, menos temor nos dan las obras de los hombres (comp. con Is. 51:12, 13). (C) Mira hacia arriba y expresa sus anhelos de Dios y de sus beneficios (v. 6): *«Extiendo mis manos hacia ti,* y apelo a ti; *mi alma a ti* (lit.), tiene sed de ti, *como tierra seca»* (comp. con 42:4; 63:1).

Versículos 7–12

Por tres cosas ora aquí David:

1. Las manifestaciones del favor de Dios hacia él. Tiene miedo al ceño fruncido de Dios: *«No escondas de mí tu rostro»* (v. 7b, comp. con 102:2). Los santos desconsolados claman, a veces, aterrados ante la ira de Dios, como si fuesen pecadores condenados (Job 6:6; Sal. 88:6). Pide con anhelo el favor de Dios (v. 8): *Hazme sentir por la mañana tu amor misericordioso»* (comp. con 90:14).

2. Las operaciones de la gracia en él (v. 8c): *«Hazme saber el camino por donde debo andar»*. Un buen hijo de Dios no pregunta cuál es el camino más fácil, más seguro o más placentero, sino el camino del deber, el que Dios quiere. Esto es lo que pide aquí David y añade (como en 25:1, 4): *«Hacia ti elevo mi alma»*. Este deseo de hacer la voluntad de Dios aparece más explícito en el versículo 10, y pide que *el buen espíritu de Dios*, es decir su benignidad hacia las criaturas, *le guíe por terreno llano*, esto es, nivelado y sin obstrucciones (Dt. 4:3), figura de unas condiciones libres de peligro y dificultad (comp. con 26:12, donde dice literalmente: *«en llano»).*

3. La manifestación de la Providencia de Dios a favor de él (v. 9): *«Líbrame de mis enemigos, Jehová,* a fin de que no puedan hacerme ningún mal, *pues en ti me refugio»* (comp. con 59:1). La última frase: *«Porque yo soy tu siervo»* admite dos explicaciones, según nota Cohen: «Yo te sirvo y merezco un destino diferente del de los malvados». O: «Yo estoy dedicado a tu causa, y si sucumbiese a manos de esos malvados, esa causa podría verse comprometida a los ojos de mis contemporáneos».

SALMO 144

El doctor Cohen describe el presente salmo del modo siguiente: «Este gozoso himno es, en gran parte, un mosaico de citas de otros salmos. Al título *de David* añaden los LXX "contra Goliat", y el Targum ve en el versículo 10 una referencia a la *"maligna espada"* del gigante filisteo; pero el carácter compuesto del salmo, el uso de arameísmos y la mención de David como una persona distinta del escritor, todo sugiere que la inscripción ha de entenderse como en el estilo davídico o la escuela davídica de salmistas». El salmista declara aquí: I. Su reconocimiento del favor de Dios en todas sus victorias (vv. 1, 2). II. La insignificancia del hombre (vv. 3, 4). III. La necesidad que tiene de que Dios le libre de sus enemigos (vv. 5–8). IV. La confianza en que Dios le dará el triunfo (vv. 9–11). V. Los beneficios que el pueblo obtendrá de la protección de Dios (vv. 12–15).

Versículos 1–8

1. El salmista reconoce su dependencia de Dios y las obligaciones que tiene hacia Él (vv. 1, 2): *«Bendito sea Jehová, mi roca* (comp. con 18:46) *… mi castillo, alcázar … libertador, escudo».* Multiplica epítetos para expresar su satisfacción en Dios, que muestra su *amor misericordioso* (hebreo, *jasdí*, mi amor) a su siervo. David (si de él hace mención el salmista) se había refugiado *en los lugares fuertes de En-gadi* (1 S. 23:29). Después se había adueñado de *la fortaleza de Sion, y allí moró* (2 S. 5:7, 9), pero no dependía de tales fortines, sino de Dios. En cualquier parte se halle un hijo de Dios, lleva consigo la protección de su Padre Celestial. David había sido pastor, pero Dios lo hizo soldado. Sus dedos estaban hechos al arpa, sus manos manejaban el cayado, pero Dios *le adiestró las manos para la batalla, y los dedos para la guerra* (v. 1, comp. con 18:34), porque le había destinado a ser el rey y el capitán de su pueblo, hábil para blandir el cetro lo mismo que la espada.

2. Admira después la condescendencia de Dios para con el hombre; en particular, con él mismo (v. 4, comp. con Job 7:17; Sal. 8:4; He. 2:6). Con esta misma humildad se había expresado David en ocasión solemne (2 S. 7:18). Esa condescendencia de Dios sube de punto cuando se percibe cuán poca cosa es el hombre, en cuanto a la fragilidad de su vida, a pesar de su dignidad. Pascal asemejaba al hombre a «una caña que piensa», pero el salmista lo asemeja a *«un soplo»* (v. 4, comp. con 39:5, 11, 62:9) y a una *sombra que pasa* (v. 4b, comp. con Job 8:9; Sal. 102:11). Dicen los rabinos: «¡Ojalá fuese la vida como la sombra que proyecta una pared o un árbol, pero es como la sombra de un pájaro que vuela!»

3. Pide a Dios que le conceda éxito contra los enemigos que le atacan (vv. 5–8). No especifica quiénes son, pero dice de ellos que son *extranjeros* (v. 7), que *hablan falsedades* (lit. *vanidad)*—v. 8, comp. con 12:2—y que *levantan la diestra para jurar en falso* (eso es lo que significa la segunda parte

del versículo). Para que Dios le redima, le rescate de *las muchas aguas* (símbolo de grave aflicción), el salmista emplea citas de otros salmos, con las que forma frases de ricas imágenes (vv. 5–7): *«Inclina tus cielos y desciende»* (comp. con 18:9 e Is. 64:1), frase cuyo significado ya conocemos: *«Toca los montes, etc.»* (comp. con 104:32). *«Fulmina tus rayos, etc.»* (v. 6, comp. con 18:13, 14).

Versículos 9–15

En esta segunda parte del salmo, lo mismo que en la primera, David glorifica primero a Dios antes de hacerle sus peticiones.

1. Alaba a Dios por las experiencias que ha tenido de su bondad hacia él (vv. 9, 10). En medio de sus quejas acerca del poder y de la maldad de sus enemigos, hay aquí una santa exultación en su Dios: *«¡Oh Dios, te cantaré un cántico nuevo!»*, esto es, un cántico de alabanza por los nuevos favores. Y dice algo de este nuevo cántico: *«El que da* (lit.) *la victoria a los reyes»*. Los reyes son los protectores del pueblo, pero Dios es el verdadero protector de reyes y pueblos. A Dios, pues, han de servir con todo su poder, ya que Él es el autor de todas sus victorias. En particular protege a David (v. 10b), al rey que Él ha escogido para gobernar a su pueblo Israel.

2. A continuación, ora para que continúe el favor de Dios: (A) A fin de verse libre de sus enemigos (v. 11), repite la oración de los versículos 7, 8. (B) A fin de ver la paz y la prosperidad del pueblo. Las imágenes son muy expresivas: Los *«hijos»* son comparados a lozanas plantas, que prometen convertirse en árboles fructíferos (v. 12); las *«hijas»*, de graciosa figura, como las figuras femeninas que adornaban las columnas de los palacios (v. 12b); los graneros, llenos; el ganado, prolifera abundantemente (v. 13), en fin, toda clase de prosperidad y seguridad (v. 14). El salmista concluye (v. 15) y llama *dichoso* al pueblo *a quien así le va* (lit.), pues estas bendiciones son evidencia del favor de Dios (v. 15b, comp. con 33:11). Bullinger opina que aquí tenemos uno de los casos de elipsis, que suple: *«que dicen»* al final del versículo 11, y que, al suponer en boca de los enemigos «mundanos» todo lo que se desea en los versículos 12–15a, el salmista rectifica esa falsa escala de valores, con un implícito *«¡No!»* al comienzo de 15b, seguido de la afirmación: «*Dichoso es*, en realidad, *el pueblo cuyo Dios es Jehová»*. Esta opinión de Bullinger—nota del traductor—es seguida por buenos comentaristas, y cobra mayor fuerza cuando el texto masorético hebreo se compara con el de los LXX, donde el versículo 15 ofrece un paralelismo antitético: La primera parte—dice Arconada—«se refiere a los impíos, que se creen felices en el goce de sus bienes materiales; y 15b, por el contrario, a los israelitas, felices de ser el pueblo de Jehová».

SALMO 145

Aquí tenemos un himno grandioso, triunfal, redactado en acróstico, donde cada versículo comienza por una letra distinta, con excepción de la letra *nun.* En opinión de cierto antiguo rabino dicha letra fue omitida deliberadamente porque habría indicado mala suerte, pues habría dicho probablemente: *«Caída* (hebreo, *nafelah) está la virgen de Israel y no podrá levantarse más»* (Am. 5:2). Los cinco salmos anteriores estaban llenos de oraciones; este salmo, y los cinco siguientes están llenos de alabanzas, que alcanzan su clímax en el soberbio *Aleluya* del Salmo 150. A la citada superstición, ya citada, acerca de la omisión de la letra *nun,* añaden algunos rabinos otra, y dicen que quien cante tres veces al día, cada día, este salmo, puede estar seguro de que es un «hijo del Mundo Venidero». Es el último salmo que lleva en el título la inscripción *«De David»*, aunque el lenguaje es bastante arameico y las citas de otros salmos indican una composición tardía. I. El salmista ensalza a Dios por sus hechos estupendos (vv. 1–9). II. Desea que todos tributen esas alabanzas a Dios (vv. 10–20). III. Concluye con una resolución de continuar alabando a Dios (v. 21).

Versículos 1–9

1. El salmista expresa primero las personas que deben ocuparse en glorificar a Dios. Hagan otros lo que hagan, él resuelve hacerlo *cada día* (v. 2). Ni un solo día debe pasar, por muchas que sean las

ocupaciones, y aun las aflicciones, sin alabar a Dios. Dios nos bendice cada día, por lo que cada día hay abundantes motivos para alabarle. El salmista no duda de que *«una generación encomiará las obras de Dios a otra generación»* (v. 4).

2. Por qué hemos de glorificar a Dios: Por la grandeza de su gloria, por el poder de sus hechos estupendos y por su bondad sin límites (vv. 5–9): Es *«inmensa»* esta bondad (v. 7, comp. con 31:19), conforme al carácter de Dios (v. 8, comp. con Éx. 34:6; Sal. 86:5, 15), y se extiende a *todos* (v. 9, comp. con 100:5). Dios tiene sus escogidos, preferidos, pero su amor benéfico se extiende a todo lo que Él ha creado. En verdad, su bondad es su gloria (v. Éx. 33:19).

Versículos 10–21

La grandeza y la bondad de Dios han sido celebradas en la primera parte del salmo. En estos otros versículos, se nos enseña a darle *la gloria de su reino* en la administración del cual brillan tan claramente la grandeza y la gloria de Dios. *Todas sus obras le deben alabar* (v. 10), como un hermoso edificio es la alabanza del arquitecto y un bello cuadro es la alabanza del pintor; pero *sus santos han de bendecirle* (v. 10b, comp. con 50:5), como los buenos hijos que *se levantan para llamar dichosos* a sus buenos padres (Pr. 31:28).

1. Ciertamente grande es el reino de Dios, pues es un reino glorioso (vv. 11, 12) y perpetuo (v. 13, citado en arameo en Dn. 3:33; 4:31). La corte de Salomón y la de Asuero eran magníficas, pero comparadas con la gloriosa majestad del reino de Dios, no eran otra cosa que luciérnagas en comparación del sol. Al hablar de la gloria de este reino, es menester hablar de su *poder* (v. 11b), el cual se muestra en sus *poderosos hechos* (v. 12).

2. El estilo y talante de este reino muestran también su gloria: (A) Sostiene a los débiles (v. 14, comp. con 37:17, 24; 146:8). (B) Alimenta a los necesitados (vv. 15, 16, comp. con 104:27, 28). (C) Hace justicia a todos (v. 17, comp. con 103:6; 116:5). (D) Favorece de manera especial a los que invocan y temen a Dios (vv. 18–20). En esto se echa de ver, sobre todo, la gracia de su reino, en que sus súbditos no sólo tienen libertad de acceso al trono, sino que también se les anima a acercarse con sus peticiones. Escucha y responde a quienes le adoran y sirven con un santo temor. Dice Kirkpatrick: «El temor y el amor son los elementos inseparables de la verdadera religión. El temor impide que el amor degenere en presuntuosa familiaridad; el amor impide que el temor se convierta en miedo servil».

3. El salmista concluye (v. 21): *«Proclame mi boca la alabanza de Jehová»*. Después de decir lo que podemos expresar en alabanza de Dios, todavía queda muchísimo que decir. Así como el término de un favor es el comienzo de otro, así también el final de una acción de gracias debería ser el comienzo de otra. Mientras tengamos aliento, exprese nuestra boca las alabanzas de Dios. *«Y toda carne* (lit. corresponde a *"todo lo que respira»* de 150:6) *bendiga su santo nombre por siempre y perpetuamente»*. Estos dos adverbios, una añadidura desde el punto de vista poético, son, como dice Arconada, «un desahogo final del corazón no atado a límites artísticos».

SALMO 146

Éste y el resto de los salmos que quedan comienzan y acaban con *Aleluya*, palabra que, en poco espacio, pone mucha alabanza. I. El salmista se urge a sí mismo a alabar a Dios (vv. 1, 2). II. Urge a otros a confiar en Dios, lo cual es una forma de alabarle: 1. Muestra por qué no hemos de confiar en los hombres (vv. 3, 4). 2. Muestra por qué hemos de confiar en Dios (v. 5), por su poder en el reino de la naturaleza (v. 6), por su dominio en el reino de la providencia (v. 7) y por su gracia en el reino del Mesías (vv. 8, 9), aquel reino perpetuo (v. 10), al que muchos escritores judíos refieren este salmo.

Versículos 1–4

El salmista se anima a sí mismo a alabar a Jehová, y decide hacerlo *mientras viva* (vv. 1, 2). Las frases nos recuerdan otras similares de 103:1; 104:1, 33; 145:2. A continuación, con frases semejantes a

las de 118:8, 9, exhorta a sus oyentes y lectores a no confiar en *príncipes*, ya que: (A) No tienen poder para salvar (v. 3, comp. con Jer. 17:5 y ss.) y (B) su existencia misma es en extremo precaria (v. 4): *«Expira … y en ese mismo día perecen sus proyectos»,* ya sean favorables o dañosos para el pueblo.

Versículos 5–10

Por contraste, el salmista anima a otros a confiar en Dios (v. 5, comp. con 144:15). Y pasa a enumerar los motivos:

1. Dios es Todopoderoso y Veraz, en contraste con la impotencia y versatilidad de los hombres (v. 6). Dice Cohen: «En conformidad con el espíritu hebreo, el salmista no funda su confianza en Dios meramente por su poder; una razón todavía más poderosa es su providencia con respecto a sus criaturas, de acuerdo con sus atributos revelados».

2. El poder de Dios está al servicio de su amor, pues favorece a todos: (A) *Hace justicia a los oprimidos* (lit. v. 7a, comp. con 103:6). La opresión se debe al abuso de la libertad con que Dios ha dotado al hombre, pero ese mismo abuso da ocasión a que el mismo Dios despliegue su justicia y su bondad. (B) *Da pan a los hambrientos* (v. 7b, comp. con 107:9), especialmente mediante las condiciones del suelo y los fenómenos atmosféricos (Hch. 14:17). (C) *Liberta a los cautivos, etc.* (vv. 7c, 8), detalles que expresan las características que marcan la venida del Mesías (comp. con Is. 61:1; Mt. 11:5, 6). (D) Especial consideración le merecen los destituidos: (a) de hogar propio: *«los extranjeros* o huéspedes» (v. 9, comp. con 39:12, conforme a los preceptos de Éx. 22:21, 22); (b) de padres: *«el huérfano»;* (c) de marido: *«la viuda»*.

3. El reino de Dios, en contraste con lo efímero de los reyes de este mundo (vv. 3, 4), es para *siempre* (v. 10, comp. con Éx. 15:18). Esto nos debe servir de gran consuelo, especialmente cuando vemos cómo caen los imperios humanos, cómo surgen revoluciones que acaban con el anterior estado de cosas, cómo la carrera armamentista constituye una amenaza terrible para la humanidad entera, etc. El Dios del Universo *y de Sion, reinará para siempre. ¡Aleluya!*

SALMO 147

Otro salmo de alabanza. El salmista aduce cuatro razones para alabar a Dios. I. Su interés por Israel (vv. 1–3). II. Su gran poder, que se muestra en la abundante provisión para el sostenimiento de sus criaturas (vv. 4–14), así como: III. En el dominio que ejerce sobre las fuerzas de la naturaleza (vv. 15–18). IV. Su revelación a Israel (vv. 19, 20).

Versículos 1–11

1. Vemos primero la exhortación que se nos hace a cumplir con el deber de alabar a Dios. Como en el salmo que precede y en los que le siguen, el salmo comienza con un *Aleluya* y así debería figurar en todas las versiones. La conjunción *ki*, que le sigue, se traduciría mejor por *«Ciertamente»,* como sugiere Cohen. La segunda parte del versículo 1 da la razón general por la que *es bueno el canto* (con arpa, salterio, etc.) *a nuestro Dios: «Porque es agradable, hermosa, la alabanza»* (lit.).

2. A continuación, el salmista da una razón más específica para esta alabanza: «*Jehová reedifica a Jerusalén y recoge a los dispersos de Israel»* (v. 2), donde hallamos un eco de Isaías 56:8. Apunta, pues, en primer término, a la obra de restauración que se llevó a cabo en tiempo de Nehemías aunque es fácil adivinar una «recogida» futura más extensa (Jn. 11:52). Estos «dispersos» son llamados (v. 3) *«quebrantados de corazón»,* que cuadra bien con el tono del Salmo 137, y es reminiscencia de Isaías 61:1.

3. De ahí pasa a ensalzar el poder de Dios (v. 4): *«Cuenta el número de las estrellas,* cosa que sólo Él puede hacer (Gn. 15:5), y *las llama a todas por su nombre»* (comp. con Is. 40:26), para que se presenten ante Él a cumplir el servicio que les ordene. No es de extrañar, pues (v. 5), además de su poder, también es *sin número su discernimiento* (lit.), frase similar a la última de Isaías 40:28.

4. Su poder brilla también en su bondad con los humildes, así como en su justicia con los altivos (v. 6, comp. con 146:8, 9).

5. Tras una nueva invitación a la alabanza (v. 7), semejante a la de 98:5, el salmista, con típica mentalidad hebrea, atribuye a Dios, en vez de a las diversas deidades paganas, el funcionamiento de toda la naturaleza (vv. 8, 9), para sustento, no sólo del hombre, sino también de las bestias, entre las que destaca a *los hijos de los cuervos,* esto es, a los cuervos jóvenes. La razón por la que tan repetidamente se mencionan los cuervos en la Biblia es precisamente por la dificultad con que tales aves hallan su sustento, pero ¡también para ellas dispone Dios alimento!

6. Los dos últimos versículos de esta sección (10, 11) tienen por objeto mostrar que con Dios no prevalece el que presume de contar con buenos caballos de guerra o con piernas fuertes y ágiles (comp. con 33:16, 17), sino el que teme a Jehová y espera en Él, pues ese es el criterio de Jehová para vencer las batallas de Dios: *«No con la fuerza, ni con el poder, sino sólo con mi Espíritu, dice Jehová de las huestes»* (Zac. 4:6b).

Versículos 12–20

1. Especial llamamiento a Jerusalén para alabar a Dios (v. 12) porque: (A) Él es quien *da fuerzas a los cerrojos de sus puertas* (v. 13). Estas puertas tenían buenos cerrojos; pero de nada les habrían servido si Dios no hubiese defendido la ciudad contra los ataques de los enemigos. (B) Él es *el que bendijo a los hijos* de Sion (v. 13b), es decir, el que aumentó el número de habitantes de la ciudad, con lo que añadió una nueva fuerza a los cerrojos. (C) Él es el que *pone paz en las fronteras* (v. 14), en los límites (lit. *designa tu frontera paz),* con lo que impidió las contiendas y escaramuzas que los enemigos tramaban contra la ciudad. (D) *«Te hace saciar con lo mejor del trigo»* (v. 14b). Canaán abundaba en trigo del mejor (Dt. 32:14) y lo exportaba a otros países, según se desprende de Ezequiel 27:17.

2. Siguen otros efectos del poder y de la bondad de Dios, los cuales, aunque de carácter general, tenían aplicación especial a Israel: (A) La mención de la nieve (v. 16, comp. con Job 37:6) ha hecho pensar a ciertos comentaristas que este salmo se compuso después de un invierno excepcionalmente severo, puesto que las nevadas son poco corrientes en Palestina. (B) Tras la mención de la nieve y la escarcha, el salmista menciona otros fenómenos de la naturaleza (hielo, frío, viento), citados también en Job (p. ej., Job 37:9, 10; 38:22, 23), así como en otras partes del Salterio (p. ej., 137:7), y que contribuyen al equilibrio de la naturaleza y al consiguiente sustento de hombres y animales.

3. Pero, entre todos los beneficios de Dios a Israel, destaca *la declaración de su palabra a Jacob* (paralelismo con *«Israel»*), con la que ha dado a conocer claramente su voluntad, *cosa que no hizo con ninguna otra nación* (vv. 19, 20). Comenta Maclaren: «El salmista no se regocija porque otras naciones no hayan recibido estas cosas, sino porque Israel las ha recibido. Su privilegio es su responsabilidad. Las ha recibido para obedecerlas y, después, para darlas a conocer». Diga, pues, Israel (y nosotros también): *¡Aleluya!*

SALMO 148

Este salmo es un llamamiento solemnísimo y urgentísimo a todas las criaturas, según su respectiva capacidad, a alabar a su Creador. I. El salmista convoca a las criaturas del mundo superior a cumplir con este deber (vv. 1–6). II. Convoca después a las criaturas de este mundo inferior para que alaben también al Creador (vv. 7–13). III. Exhorta especialmente al pueblo escogido de Dios, quienes tienen más y mayores motivos para alabar a Dios (v. 14).

Versículos 1–6

1. En este mundo nuestro de pecado y toda clase de males, es difícil hacerse idea de lo que es el mundo de arriba, lleno de santidad, de luz y de bienes completos y eternos. Pero sí sabemos que hay millones y millones de ángeles que alaban constantemente a Dios. En estas *huestes* de ángeles tiene

puesta el salmista su mirada (vv. 1, 2) cuando habla de *los cielos* y de *las alturas* (comp. con 103:20, 21). Los cielos son alturas; por eso, hemos de poner nuestra mira y nuestros afectos *arriba* (Col. 3:1–3). Cuando, al cantar este salmo, invitamos a los ángeles a alabar a Dios, damos a entender que deseamos que Dios sea alabado por las mejores lenguas y servido por las mejores manos, y que tenemos comunión espiritual con los que moran en esa casa de arriba, que *nos hemos acercado a la asamblea festiva de miríadas de ángeles* (He. 12:22).

2. Además de la asamblea festiva de miríadas de seres espirituales hay también huestes innumerables de cuerpos celestes, muchos de ellos muy brillantes, en los que resplandece objetivamente la alabanza al Creador: *El sol, la luna y las estrellas* (vv. 3, 4) se nos presentan día y noche como unos espejos, en los que podemos vislumbrar, aunque pobremente, la gloria del que es *Padre de las luminarias* (Stg. 1:17). *Los cielos son de Jehová* (115:16) y *ni aun los cielos de los cielos le pueden contener* (1 R. 8:27). Para entender el versículo 4b, véase Génesis 1:7; Salmos 104:3. Dios creó esos cuerpos celestes, los estableció en sus lugares y órbitas y *les puso ley* inviolablemente observada (vv. 5, 6). Cohen hace notar que las «leyes de la Naturaleza» del científico eran para el salmista ordenanzas de Dios.

Versículos 7–14

1. El salmista pasa luego a invitar a las criaturas de este mundo a que alaben a Dios, y comienza por las criaturas irracionales (vv. 7–10). Son convocados primero *los monstruos marinos*, los grandes cetáceos (Gn. 1:21) y *los abismos*, las aguas profundas donde moran (comp. con 104:25, 26). También los fenómenos atmosféricos (v. 8), en los que resplandece de modo especial el poder de Dios, han de alabarle (v. 18:11–15). Son fenómenos, con frecuencia, aterradores; sin embargo, obedecen al Creador, *ejecutan su palabra.* Están luego *los montes, los árboles y los animales* de toda especie (vv. 9, 10). La sabiduría, el poder y la bondad de Dios se manifiestan espléndidamente en la variedad y hermosura de tantas especies en los reinos vegetal y animal, en las diversas capacidades y curiosos instintos de tales criaturas, en la abundante provisión que Dios les concede y en el uso que de ellas hace, tanto para el equilibrio de la ecología como para el servicio del hombre.

2. Al seguir la secuencia de Génesis 1, el salmista llega ahora (vv. 11–13) a las criaturas dotadas de razón, y empieza por *los reyes*, pues cuanto más alto es el rango, tanto mayor es el deber de unirse al concierto de alabanzas. Nótense los cuatro grupos del versículo 12, donde Maclaren ve «la fuerte voz de barítono (o, bajo) del joven, la voz de soprano de la doncella, el trémolo del anciano y la fresca voz de tiple del niño, mezclándose en el cántico». Toda clase de personas han de alabar a Dios, no sólo con la boca, sino también con sus diversos talentos y habilidades, puestos a su servicio y para la extensión de su reino. Quienes están en puestos de mando y honor, han de honrar y alabar a Dios desde el puesto en que el Señor les ha colocado, pero también las llamadas «masas» han de alabarle, pues Cristo no menospreció los *hosannas* de la multitud. «Su *gloria es sobre tierra y cielos*» (v. 13c). Por tanto, por mucho que le alabemos, nunca pasaremos el límite.

3. Finalmente, el salmista exhorta *al pueblo de Dios, a sus santos, los hijos de Israel* (v. 14) a alabar a Jehová. Ellos son *el pueblo a Él cercano* (Dt. 4:7, comp. con Ef. 2:17), como lo demostró al acudir a rescatarles de la esclavitud de Egipto, y al hacer de ellos *un reino de sacerdotes y una nación santa* (Éx. 19:6, comp. con 1 P. 2:9). Esta bendición se extendió después a los gentiles, pues *los que estábamos lejos, hemos sido hechos cercanos por la sangre de Cristo* (Ef. 2:13).

SALMO 149

El salmo anterior era un himno de alabanza al Creador; éste es un himno de alabanza al Redentor (como lo son, respectivamente, los caps. 4 y 5 del Apocalipsis). Es un salmo de victoria en el Dios de Israel y contra los enemigos de Israel. Parece ser que la ocasión fue el triunfo de Nehemías contra los hostiles vecinos que querían impedir sus planes. Aquí vemos: I. Abundancia de gozo para todo el pueblo de Dios (vv. 1–5). II. Abundancia de terror para los más orgullosos de sus enemigos (vv. 6–9)

Versículos 1–5

1. Los llamamientos a Israel para que alaben a Dios. En el salmo anterior, todas las obras de Dios eran convocadas para alabarle; pero aquí se convoca, de manera especial, a Israel para que alabe a Jehová *con un cántico nuevo* (v. 1, comp. con 96:1) *en la congregación de los devotos* (hebreo, *jasidim).* El vocablo es el mismo de 148:14b, donde dice *«sus devotos» (*jasidaiv*).* Esta alabanza ha de ir acompañada de *gozo y alegría* (v. 2), que han de manifestarse al exterior con música y danzas (v. 3). Gran parte del poder de la piedad en el corazón depende de poner en Dios la fuente de nuestro gozo y solaz. El apóstol nos exhorta (Fil. 4:4): *«Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!»* El salmista exhorta a los israelitas a que alaben a Dios y canten *aun sobre sus camas* (v. 5b), a las que pueden ahora retirarse tranquilos, pues han sido vencidos sus enemigos.

2. El motivo que presenta para esta alabanza a Dios: *Jehová se complace en su pueblo* (v. 4, comp. con 147:11), y lo ha demostrado al hacer que se acabase el exilio, y pudiesen los israelitas regresar a su país. *«Hermosea a los humildes con la salvación»* (v. 4b). Los que habían sido humillados, oprimidos, degradados, como «afeados» por sus conquistadores, quedan ahora como *«embellecidos»* por la liberación que Dios les ha proporcionado.

Versículos 6–9

1. Pero la alabanza de Dios ha de ir unida a la precaución (v. 6): *«Haya alabanzas a Dios en sus gargantas, y espadas de dos filos en sus manos»,* lo que nos recuerda la situación de Nehemías 4:10, cuando estaban ocupados en la reconstrucción del muro y, al mismo tiempo, preparados para la defensa. Hace notar Cohen que «este versículo estaba en la mente de los guerreros macabeos, descritos como *"luchando con las manos, pero orando a Dios en su corazón"»* (2 Mac. 15:27) (apócrifo).

2. A continuación, el salmista usa un lenguaje escatológico, y aun apocalíptico. La *venganza* a la que alude en el versículo 7 es un eco de Isaías 61:2; 63:4. Dice Maclaren: «En el salmo precedente, la restauración de Israel estaba conectada con el reconocimiento de la gloria de Dios por parte de todas las criaturas, especialmente de los reyes de la tierra y todos los pueblos (148:11). Este salmo presenta la idea opuesta (o complementaria) de que el Israel restaurado se convierte en ejecutor de los juicios contra aquellos que rehúsen unirse a la alabanza que resuena en Israel para hallar eco en todos». La fraseología de los versículos 8 y 9 trae también a la memoria las profecías mesiánicas de Isaías 45:14; 49:7, 23. Por supuesto esta venganza no ha de ejecutarse en la presente dispensación de la gracia, pues Cristo nunca quiso que su Evangelio se propagase por medio de la espada o del fuego. Cuando hay alabanzas a Dios en nuestras gargantas, no hemos de tener en las manos espadas de dos filos, sino ramas de olivo de paz. La espada del cristiano es la Palabra de Dios (He. 4:12) y del Espíritu Santo (Ef. 6:17). Con esa *espada de dos filos, los* primeros predicadores del Evangelio obtuvieron gloriosas victorias sobre el poder de las tinieblas; fue ejecutada la venganza sobre los dioses de los paganos por medio de la convicción y conversión de quienes por largo tiempo habían sido sus adoradores. Las fortalezas de Satanás fueron derribadas y destruidas (2 Co. 10:4, 5) y los grandes del mundo, como el gobernador Félix se pusieron a temblar. Sobre todo, con esta espada de dos filos, que es la Palabra de Dios, los creyentes luchan contra sus corrupciones y, con la gracia de Dios, las someten y mortifican; el «yo », ese gran rey, es sujetado con cadenas de oro—de amor—y llevado a someterse de buena gana al yugo de Cristo. Este también *es un honor para todos sus santos* (v. 9b).

SALMO 150

El primero y el último de los salmos son breves, pero memorables, aunque el objeto de uno y otro es muy diferente: El primer salmo es una elaborada instrucción en nuestro deber primordial, a fin de prepararnos para los consuelos de nuestra devoción; el último salmo es todo él arrebato y transporte extático. De él dice Oesterley que es «la más grande sinfonía de alabanzas a Dios que jamás haya sido compuesta en la tierra». El salmista había estado lleno de alabanzas a Dios y aquí quiere llenar de ellas el mundo entero con ese *aleluya* que se repite *trece* veces en *seis* versículos (trece es número de suerte entre

los judíos. Léase el libro de Ester para hallar el porqué). El salmista nos dice aquí: I. Por qué ha de ser alabado Dios (vv. 1, 2). II. Cómo ha de ser alabado (vv. 3–5). III. Quiénes han de alabarle (v. 6).

Versículos 1–6

Si, como algunos suponen, este salmo fue compuesto en principio para uso de los levitas, como cantores y músicos, hemos de tomarlo como dirigido también a nosotros, pues somos sacerdotes espirituales para nuestro Dios.

1. Este tributo de alabanza procede: (A) De su *santuario.* Allí hay que alabarle. Su pueblo, regio sacerdocio, ha de ministrar allí con sus alabanzas (He. 13:15). ¿Dónde se le habría de alabar de modo especial, sino donde de manera especial manifiesta su gloria e imparte su gracia? (B) Desde *el firmamento* (sinónimo de *cielos;* Gn. 1) *de su poder,* ya que la aparición del firmamento fue uno de los grandes y primeros testigos del infinito poder de Dios. Por eso comienza el salmo, no con un *alabad a Jehová* sino con un *alabad a Dios* (hebreo, *Aleluel),* al ser *él* el epíteto que representa al Dios poderoso en la creación y organización del Universo así como en la dirección de los acontecimientos.

2. Por qué hay que alabar a Dios: (A) Por las obras de su poder (v. 2): *«por sus proezas»* en el gobierno de la humanidad, las cuales son inefables (106:2). Proezas son las maravillas que Dios ha llevado a cabo en el reino de la naturaleza, pero sobre todo las que ha hecho en el reino de la gracia, por las que nos exhorta Pedro (1 P. 2:9b) *a anunciarlas.*

(B) Por la gloria y majestad de su propio Ser (v. 2b): *«Alabadle conforme a la inmensidad de su grandeza»,* inescrutable para el hombre (145:3). Al ser su grandeza la medida de nuestra alabanza, podemos estar seguros de que, por mucho que le alabemos, nunca le alabaremos suficiente, aun cuando Él se digne aceptar nuestras alabanzas.

3. De qué forma ha de ser pagado este tributo. Con toda clase de instrumentos, pues el salmista menciona todos los que se usaban en el servicio del templo (vv. 3–5). En el servicio de Dios no se han de escatimar costo ni esfuerzo. La mejor música para los oídos de Dios son los afectos sinceros y devotos, no una cuerda melodiosa, sino un corazón melodioso: con fe, amor, gozo, confianza y respeto; que promuevan los intereses del reino de su gracia y que vivan en gozosa expectación del reino de su gloria. Lo importante es que, en la alabanza de Dios, con las distintas voces, con diversos instrumentos, haya perfecta armonía, *«con el mismo ánimo y con una sola boca»* (Ro. 15:6. Lit.). Mateo usa el verbo griego *symphoneuo* (de donde procede «sinfonía») que, literalmente, significa «unir las voces», para expresar la armonía concertada de los creyentes cuando oran juntos. De la misma manera que hay promesa de respuesta divina a esa «armonía de oración», también es segura la aceptación divina de la «armonía de alabanza».

4. Quiénes han de pagar este tributo (v. 6): *«Todo aliento»* (lit.). Esta frase denota (v. Dt. 20:16; Jos. 10:40) al ser humano. En efecto, el vocablo hebreo es el mismo que aparece en Génesis 2:7: «… aliento de vida». Éste es el incienso y ésta es la ofrenda limpia que había de ofrecerse a Dios en todo lugar (Mal. 1:11). En Lamentaciones 3:56 la oración es llamada suspiro o respiración. Que todo el que respira a Dios en su oración, le respire también en su alabanza. Alabémosle mientras nos dure el aliento y, cuando la muerte nos lo arrebate, seremos llevados a otro estado en el que podremos respirar las alabanzas de Dios en un aire mejor y más libre. Comenta Cohen: «No se sabe de cierto si el salmista intentaba incluir los animales como criaturas de Dios (como en 148:10); pero, en lo que se refiere a la raza humana, la convocación a la alabanza incluye a todos».

5. Finalmente, los tres primeros libros del Salterio concluyen con Amén y Amén; el cuarto con Amén, Aleluya, pero el quinto y último concluye sólo con Aleluya, porque los últimos seis salmos están completamente llenos de alabanzas a Dios y no se halla en ellos ni una sola palabra de queja ni de petición. Deleitémonos con frecuencia, y pensemos en lo que hacen en el cielo los santos glorificados, qué hacen aquellos que hemos conocido en la tierra y que nos han precedido en ir allá y animémonos a cumplir en la tierra esta parte de la voluntad de Dios como ellos la cumplen en el cielo.

PROVERBIOS

El vocablo hebreo para «proverbio» *(mashal)* significa «comparación» y se usa para designar símiles, parábolas y proverbios propiamente dichos, es decir, sentencias breves, ya sea de la llamada «sabiduría popular» o, como aquí, de la sabiduría divinamente inspirada. Según 1 Reyes 4:32, Salomón *compuso tres mil proverbios.* La mayoría de los que se contienen en este libro fueron compuestos por él, concretamente las secciones 1:1–9:18; 10:1–22:16 y 25:1–29:27, aunque los de esta última sección fueron seleccionados por el rey Ezequías (25:1). El capítulo 30 es atribuido a un tal Agur, y el 31 a Lemuel o Muel, de los que nada sabemos. El libro toca los aspectos más interesantes de la vida humana. El primero y principal de los proverbios se halla en el versículo 7 del capítulo 1, un eco de Job 28:28, que ya vimos.

CAPÍTULO 1

En este capítulo tenemos, I. El título del libro, que muestra el autor y el objetivo (vv. 1–6). II. El primer principio, encomendado a nuestra consideración (vv. 7–9). III. Una precaución necesaria acerca de las malas compañías (vv. 10–19). IV. Una representación fiel y viva de los razonamientos de la sabiduría con los hombres, y de la ruina segura que les espera a los que se hacen el sordo a esos razonamientos (vv. 20–33).

Versículos 1–6

1. Quién escribió estos dichos sabios y sentenciosos (v. 1). Leemos que son *«Proverbios de Salomón»,* cuyo nombre significa «pacífico». David cuya vida estuvo llena de fatigas y aflicciones, escribió un libro de devoción (Salmos), pues, como escribe Santiago (5:13): *«¿está alguno entre vosotros afligido? Haga oración».* Salomón, que llevó una vida pacífica, escribió un libro de instrucción, porque cuando *las iglesias tenían paz* eran *edificadas* (Hch. 9:31). En tiempo de paz debemos aprender, y enseñar a otros, lo que debemos practicar en tiempo de aflicción. Era *hijo de David.* Había sido bendecido con una buena educación, y se había orado por él (Sal. 72:1); efecto de ello era su sabiduría y sus buenos servicios. Fue *rey de Israel* única vez que se le llama así en los libros sapienciales (comp. con Ec. 1:1). Todo el mundo deseaba ir a ver a Salomón *para oír su sabiduría* (1 R. 10:24), la cual era *mayor que la de todos los orientales* (1 R. 4:30).

2. Estos proverbios fueron escritos (vv. 2–4) para uso y beneficio de todos. Este libro nos ayudará: (A) Para formarnos nociones correctas de las cosas y tener ideas claras y distintas, a fin de que sepamos cómo hablar y actuar con prudencia. (B) Para distinguir entre la verdad y la falsedad, el bien y el mal. (C) Para ordenar rectamente nuestra conducta (v. 3). Este libro nos dará el conocimiento que puede disponernos para dar a cada uno lo suyo, a Dios lo que es de Dios, en todos los ejercicios de devoción, y a los hombres lo que a los hombres se debe.

3. Son útiles para todos, pero están destinados especialmente: (A) A los *simples* (v. 4), es decir, a los que se dejan llevar fácilmente por las opiniones de otros y, por tanto, son presa de la indecisión. Con estos proverbios adquirirán la instrucción necesaria para ser sagaces y evitar pecados en los que la ignorancia juega gran papel. (B) A los *jóvenes.* La juventud abunda en vitalidad, pero también en juicios precipitados, faltos de la necesaria ponderación. (C) También los sabios aprenderán aquí, pues el verdadero sabio es el que sabe que no sabe nada *como se debe saber* (comp. con 1 Co. 8:2). Si estudian este libro, *aumentarán su saber* (v. 5) y adquirirán, si ya tienen alguna discreción, *destreza;* el vocablo hebreo indica experiencia en manejar el timón de un barco; en otras palabras: saber qué curso tomar en cada ocasión y circunstancia de la vida. (D) Todos ellos aprenderán (v. 6) a *entender proverbios, etc.*, es decir, a interpretar los diferentes estilos y géneros literarios y las llamadas «figuras de dicción».

Versículos 7–9

En estos versículos, Salomón expone el principio y fundamento de todo el libro, que puede resumirse en dos frases: temer a Dios y honrar a los padres.

1. *«El principio del conocimiento* (lit.) *es el temor de Jehová»* (v. 7). La base de toda sabiduría verdadera es el temor de Dios. La frase aparece, con ligeras variantes, en Job 28:28; Salmos 111:10; Proverbios 9:10 y Eclesiastés 12:15, por donde vemos que *«conocimiento» y «sabiduría»* son, a este respecto, sinónimos, aunque «conocimiento» expresa una experiencia íntima, personal y práctica, no meramente intelectual, propia de la «sabiduría» *que es de lo alto* (Stg. 3:12), equivalente al «*saber de salvación»* de 2 Timoteo 3:15. La frase *«temor de Jehová»* ocurre 15 veces en este libro y, como ya sabemos, significa *respeto* o reverencia, que incluye *acatamiento* u obediencia. Así pues, el verdadero sabio comienza por respetar y obedecer a Dios. Por contraste (v. 7b) *los necios* (hebreo, *evilim),* «los mentalmente tontos y moralmente irresponsables»—como comenta el Dr. Ryrie, *desprecian la sabiduría y la corrección* (lit.).

2. A este principio sigue el honor a los padres, el cual se manifiesta primordialmente en la atención que se presta a los consejos y avisos de los progenitores (v. 8). Notemos aquí tres detalles sumamente

importantes e interesantes: (A) Salomón supone aquí que los padres cumplen con su deber de enseñar y corregir a sus hijos; y, en el decurso del libro, va a insistir en la necesidad de cumplir con este deber. (B) Exhorta a los hijos a *escuchar* (a someterse y agradecer) la *corrección* (reprensión, disciplina, etc.) *del padre.* El vocablo hebreo *(musar)* es el mismo del final del versículo 7 y corresponde al griego que se traduce por «corrección» o «disciplina» en Efesios 6:4 y se refiere allí a los *«padres» (pater),* no «progenitores» indistintamente. (C) también les exhorta (v. 8b) a *no descuidar* (lit. *dejar) la instrucción* (hebreo, *torat*—¡la ley!) *de la madre.* Es interesante observar que, mientras las leyes de los persas, los griegos y los romanos mandaban que los hijos respetasen los avisos y preceptos de los padres, la ley de Dios manda que se respeten los avisos, instrucciones, y «preceptos» de las madres. Y es de notar que, en realidad, la madre es la verdadera educadora de los hijos, la que les moldea el carácter, mientras el padre les moldea el criterio: la «fijeza de la mente», equivalente literal de *«amonestación»,* en Efesios 6:4. Once veces más aparecen juntos padre y madre, en este libro, en esta tarea educadora. Y en dos lugares más (29:15 y 31:1), sólo se menciona a la madre. *«Hijo mío»,* en Proverbios, tiene el sentido de «discípulo».

3. Con dos bellas comparaciones (v. 9) describe Salomón el buen resultado que al joven se le seguirá de prestar atención a la corrección de su padre y a la instrucción de la madre: *guirnalda que agracia la cabeza y collar que adorna el cuello.* Comenta J. J. Serrano: «Las comparaciones son apropiadas, pues no es sólo la sabiduría el mejor ornato de la persona, al ceñir la parte más noble del hombre, su entendimiento, representado por la frente, sino que adorna también la voluntad simbolizada por el corazón, sobre el que descansa el collar».

Versículos 10–19

Aquí Salomón da otra regla general a los jóvenes para que tengan mucho cuidado con las malas compañías. Los pecadores gustan de tener cómplices en el pecado. Los ángeles que cayeron fueron tentadores casi tan pronto como fueron pecadores. Los *perversos* (v. 10) no amenazan ni discuten, sino que *seducen* con lisonjas. Por eso les dice Salomón a los jóvenes: *«No consientas,* porque, aunque te seduzcan, no pueden forzarte». Para corroborar este consejo que les da,

1. Presenta los falaces argumentos que los perversos usan en sus seducciones, a fin de engañar a las almas inconstantes. Especifica a los bandidos que hacen cuanto pueden para atraer a otros a su banda (vv. 11–14). *«Ven con nosotros* (v. 11); deseamos tu compañía». Al principio, parece que se contentan con eso; pero pronto apuntan más alto (v. 14): *«Echa tu suerte entre nosotros;* corramos los mismos riesgos y tengamos las mismas ventajas; *tengamos todos una misma bolsa»,* la del dinero o, más probable, como sugiere J. J. Serrano, la de los dados (paralelismo con la primera parte del v.). Tienen sed de sangre y odian a los buenos, porque con su honradez les avergüenzan y condenan. Con el fin de enriquecerse (v. 13), no reparan en medios: *«Preparan asechanzas»* (alevosía y premeditación) para *matar sin motivo* (capricho y saña) *al inocente* (por tanto, homicidio con todas las agravantes). Llaman a las riquezas (v. 13) *«preciosa sustancia»* (lit.), cuando no son ni sustancia ni preciosa; son una sombra y son vanidad, especialmente cuando se adquieren por medio del robo (Sal. 62:10). Compárese el versículo 12 con Números 16:30–33.

2. Muestra lo pernicioso de tal conducta (v. 15): *«Hijo mío, no vayas de camino con ellos; aparta tu pie de sus veredas;* no sigas su ejemplo, no hagas lo que hacen ellos. Considera su camino (v. 16): *Sus pies corren hacia la maldad,* a lo que desagrada a Dios y es dañoso a la humanidad, pues *van presurosos a derramar sangre».* El camino del vicio es como un plano inclinado hacia abajo, en el que no sólo no se puede parar, sino que cada vez se cae más hondo y más deprisa mientras se continúa en él. Se les dice que tal camino conduce a la perdición, y, sin embargo, persisten en él. El versículo 17 ha desconcertado a muchos comentaristas, pero, a la vista del contexto posterior, el sentido es el siguiente: Un ave evita, por instinto, caer en la red o lazo que se tiende ante sus ojos, pero a estos perversos les ciega de tal modo su codicia, que no se dan cuenta de que se meten ellos mismos en el peligro.

Versículos 20–33

Después de mostrar cuán peligroso es prestar oídos a las tentaciones de Satanás, Salomón muestra ahora cuán peligroso es no prestar oídos a los llamamientos de Dios.

1. Por medio de quién nos llama Dios:—Por medio de la *sabiduría,* la cual *clama en las calles, alza su voz,* etc.» (vv. 20, 21). El hebreo está en plural: *«sabidurías»,* porque la sabiduría de Dios es, no sólo infinita, sino también *«multiforme»* (Ef. 3:10). Dios habla a los hombres por medio de todas las clases de sabiduría: (A) El entendimiento humano es sabiduría, la luz y la ley de la naturaleza, los poderes y las facultades de la razón y el oficio de la conciencia (Job 38:36). (B) El gobierno civil es sabiduría, cuyos vicegerentes son los magistrados. (C) La revelación divina es sabiduría; todos sus dictados, todas sus leyes, son sabios como la sabiduría misma. Por medio de las Escrituras, de sus siervos los profetas y de todos los ministros de su Palabra, Dios declara a los pecadores sus sabias enseñanzas, promesas, advertencias y amenazas. (D) Cristo es la sabiduría, pues *en Él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento* (Col. 2:3), y Él es el centro de la revelación divina; no sólo la *Sabiduría* misma (v. Lc. 7:35), sino el *Verbo de Dios,* la Palabra eterna, por medio de la cual nos habla Dios de forma definitiva y exhaustiva (He. 1:1–3), y a quien *ha dado todo juicio* (Jn. 5:22).

2. La sabiduría clama: (A) Muy públicamente: *en las calles, en las plazas, en los lugares más concurridos, en las entradas de las puertas de la ciudad* (vv. 20, 21), para que todo el que tenga oídos pueda oír. La filosofía humana se enseñaba en colegios y universidades, pero la sabiduría divina se enseña en los lugares donde concurren, no sólo los sabios, sino el pueblo llano. (B) Muy patéticamente: *clama,* grita, con toda claridad y con todo afecto.

Dios desea ser oído bien y por todos, pues *desea que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (1 Ti. 2:4).

3. Cuál es el llamamiento de Dios por medio de la sabiduría:

(A) Reprende a los pecadores por su necedad y por su obstinación (v. 22). *Los simples aman la simpleza.* Obran neciamente y se gozan en sus necedades malvadas como quien se halla en su propio elemento. *Los insolentes se complacen en la insolencia* y hacen burla de todo lo que se les dice. *Los insensatos aborrecen el conocimiento.* Estos son los peores, pues se niegan a aprender lo que más les conviene. Dios desea la conversión de los pecadores y no su ruina; por eso, espera paciente *(«¿hasta cuándo …?»),* dispuesto a razonar con ellos (Is. 1:18).

(B) Les invita a arrepentirse y volverse sabios (v. 23): *«Volveos,* es decir, convertíos, *a mi reprensión:* Recobrad la sanidad de juicio (comp. Lc. 15:17) y volveos a Dios y a vuestro deber, y viviréis. Los que aman la simpleza se encuentran en impotencia moral de cambiar su mentalidad y su conducta; no se pueden convertir por su propio poder. Por eso les dice Dios: *«He aquí yo derramaré mi espíritu sobre vosotros* (comp. con Jl. 2:28); poneos a disposición del Espíritu Santo, y la gracia de Dios obrará en vosotros el querer y el hacer lo que, sin esa gracia, nunca podríais llevar a cabo. El Espíritu de Dios usa como medio de la gracia la palabra de Dios: *«Y os daré a conocer mis palabras»* (v. 23c), es decir, no sólo os las diré, sino que os las haré entender.

(C) A los que continúan obstinados en rehusar los medios de gracia les lee la sentencia (vv. 24–32). El crimen es, en pocas palabras, rechazar el ofrecimiento de la gracia y rehusar someterse a las condiciones del Evangelio, lo que les habría salvado de la maldición de la ley de Dios y del dominio de la ley del pecado. Cristo *extiende los brazos* para ofrecerles el perdón, pero *no hubo quien atendiese* (v. 24). *Desecharon su consejo y no aceptaron su reprensión* (v. 25). Esto se repite en el versículo 30. No admiten el gobierno de la razón ni el de la revelación, ya que *aborrecieron la sabiduría y no escogieron el temor de Jehová* (v. 29). Por no recibir el beneficio de la misericordia de Dios cuando les fue ofrecido, caerán justamente víctimas de su justicia (29:1). Les llegará la *desgracia* (v. 26) que temían; vendrá como un *torbellino* (v. 27) y les tomará por sorpresa, pues vendrá *de repente.* Los versículos 26–28 han de entenderse a la luz del contexto posterior. No significan que Dios niegue su auxilio a quien lo pide, sino que, al obstinarse en no escuchar la voz de Dios, comerán el fruto de lo que sembraron, pues, como las vírgenes de Mateo 25:10–13, hallarán cerrada la puerta, lo cual es una figura para dar a entender que, con la muerte, se acaba el tiempo de la oferta de la gracia.

(D) Concluye asegurando que los que se someten a las instrucciones de la sabiduría disfrutarán de paz y tranquilidad (v. 33). Estarán bajo especial protección del Cielo, de forma que nada les producirá verdadero daño. No sólo están libres de desgracia, sino también del *temor a la desgracia.*

CAPÍTULO 2

En este capítulo, Salomón describe los buenos resultados de seguir las instrucciones de la sabiduría. I. Les muestra a los que están dispuestos a ser instruidos que, si usan los medios del conocimiento y de la gracia, obtendrán de Dios el conocimiento y la gracia que buscan (vv. 1–9). II. Les muestra también las ventajas que se les seguirán con esto: 1. Serán preservados de las redes y lazos de los malvados (vv. 10–15) y de las malas mujeres (vv. 16–19). 2. Serán guiados y guardados en el camino de los buenos (vv. 20–22).

Versículos 1–9

1. Los medios que hemos de usar para obtener sabiduría: (A) Hemos de prestar atención a la Palabra de Dios, que *puede hacernos sabios para salvación* (vv. 1, 2, comp. con 2 Ti. 3:15). Las palabras de Dios son fuente y norma de sabiduría y entendimiento. Muchas cosas sabias pueden hallarse en los escritos de hombres sabios, pero en la divina revelación todo es sabiduría. (B) Hemos de pasar mucho tiempo en oración (v. 3), *clamando a la prudencia* o discernimiento (hebreo, *bináh*) y *dando voces a la inteligencia* (hebreo, *tebunáh),* vocablos sinónimos de *sabiduría* (hebreo, *jokmá) y conocimiento* (hebreo *dáat).* (C) Hemos de estar dispuestos también a esforzarnos y fatigarnos (v. 4) por buscar la sabiduría; *«como a la plata … como a tesoros»* no quiere decir que la hayamos de buscar como buscaríamos la plata, etc., sino como se esfuerzan y fatigan los que excavan en las minas.

2. El éxito que hemos de esperar si usamos tales medios. Nuestras fatigas no serán en vano, pues *entenderemos el temor de Jehová,* esto es, sabremos cómo hemos de adorarle y servirle, y *hallaremos el conocimiento de Dios* (v. 5), el cual es necesario para que nuestro temor de Dios sea como debe ser. También sabremos cómo conducirnos con los hombres (v. 9), pues entenderemos las tres cualidades que proceden de la sabiduría: *justicia, juicio y equidad* (comp. con 1:3), que corresponden a nuestras relaciones con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos y vienen a equivaler (si lo leemos a la inversa) a *«sobria, justa y piadosamente»* de Tito 2:12. En efecto, *justicia* (hebr. *tsédeq)* es la cualidad que regula nuestra relación con Dios; *juicio* (heb. *mispat)* equivale a la «honradez» en nuestro trato con los demás; y *equidad* (heb. *mesharim,* de *yashar* = recto) expresa la «rectitud» personal.

3. El fundamento que tenemos para esperar el éxito en nuestra búsqueda de la sabiduría; los ánimos para ello hemos de esperarlos únicamente de Dios (vv. 6–8). (A) *«Porque Jehová da la sabiduría»* (v. 6), pues Él es la Sabiduría infinita y fuente de toda sabiduría verdadera. (B) *«De su boca nacen el conocimiento y la inteligencia»* (v. 6b). Todo lo que nos hace realmente sabios procede de la Palabra de Dios, tanto escrita como predicada por sus fieles ministros. (C) Dios provee de esa sabiduría a los que están sinceramente dispuestos a hacer su voluntad (vv. 7, 8). Nótese que esa sabiduría provee *a los rectos,* en paralelismo de sinonimia con *los santos,* de una defensa completa: aptitud para *improvisar* soluciones acertadas (este es el significado del hebreo *tushiyáh), escudo, guardia y preservación.* Y todo esto lo da Dios, por medio de su sabiduría. Así que, si buscamos la sabiduría en Él, Él nos guardará en *todos nuestros buenos caminos,* que son los de la justicia, el juicio y la equidad del versículo 9, comp. con los versículos 7 y 8.

Versículos 10–22

La verdadera sabiduría nos preservará de las sendas del pecado y nos hará mayor favor que si nos enriqueciese con todos los bienes de este mundo. En efecto:

1. Nos libra del mal camino de los hombres perversos (vv. 11–13). Si la sabiduría de Dios *entra en el corazón* (v. 10), no sólo en la cabeza, da conocimiento, discreción e inteligencia para protegerse, con claridad de juicio y sana libertad de voluntad, de los principios corrompidos de hombres profanos y sin Dios, que se complacen en el vicio, buscan las tinieblas y andan por veredas tortuosas (vv. 12–15). Dice J. J. Serrano: «Estos versos caracterizan a los enemigos del joven como depravados y faltos de sinceridad en pensamientos, palabras y obras». Los que odian la luz, odian la verdad y, por consiguiente, aman las tinieblas y la mentira.

2. Nos libra también de los peligros de la *mujer extraña* (vv. 16–19). Llama así a la adúltera, porque es «ajena», es decir, de otro. Nótense sus malas cualidades: (A) Es *lisonjera* (v. 16b), esto es, halaga con buenas palabras, pero es falsa en lo que dice, pues siente tanto afecto como el que sentía Dalila hacia Sansón; sólo le interesa satisfacer sus bajos instintos y hacerse con el dinero del joven. (B) Es *infiel* a su

marido (v. 17), lo que equivale a quebrantar *el pacto de su Dios* (v, 17b). Este es el sentido que exige el paralelismo (comp. también con Éx. 20:14), por lo que el adulterio es pecado contra Dios y contra el hombre, contra la religión y contra la justicia. Es menester que la discreción preserve al hombre no sólo de la mujer extraña, sino también de su *casa* (v. 18), pues entrar en ella es ponerse en ocasión incitante al pecado, y es un pecado que pronto se convierte en vicio que embota la inteligencia, endurece el corazón y conduce al hombre por la pendiente que conduce a la muerte. Por eso, es extremadamente raro el caso de que, una vez metido en las redes de este vicio, se recobre el hombre hasta *alcanzar otra vez los senderos de la vida* (v. 19).

3. Nos conduce y preserva por *el camino de los buenos* (v. 20). Cosa sabia es andar por tal camino (v. Jer. 6:16; He. 6:12; 12:1), pues *las veredas de los rectos* son sendas de vida (v. 21), mientras que *los impíos* van por caminos de muerte, pues serán *cortados y* hasta *desarraigados de la tierra* (v. 22).

CAPÍTULO 3

Este capítulo es uno de los más excelentes de todo el libro, tanto por las razones que da para persuadirnos a ser buenos como por las instrucciones que para ello nos ofrece. I. Debemos ser constantes en el camino del deber, pues ese es el camino de la felicidad (vv. 1–4). II. Debemos vivir en dependencia de Dios, pues ese es el camino de la seguridad (v. 5). III. Debemos conservar el temor de Dios, pues ese es el camino de la sanidad (vv. 7, 8). IV. Debemos servir a Dios con nuestros bienes de fortuna, pues ese es el camino de la prosperidad (vv. 9, 10). V. Hemos de soportar con paciencia nuestras aflicciones, pues ese es el camino de la comodidad (vv. 11, 12). VI. Hemos de poner toda diligencia en obtener la sabiduría, pues ese es el camino de alcanzarla (vv. 13–20). VII. Hemos de gobernarnos con las normas de la sabiduría, pues ese es el camino de la tranquilidad (vv. 21–26). VIII. Hemos de hacer a nuestros prójimos todo el bien que podamos y ningún mal (vv. 27–35).

Versículos 1–6

Una vida de comunión con Dios produce inefables beneficios.

1. Hemos de observar continuamente los preceptos de Dios (vv. 1, 2), y hacer de ellos la norma de nuestra conducta. Y hemos de observarlos de todo corazón. Para animarnos a someternos a todas las restricciones y ordenanzas que nos impone la ley de Dios, se nos asegura aquí (v. 2) que ese es el camino cierto para la longevidad y la prosperidad. Ni aun los días de la vejez serán malos, sino días en los que hallaremos placer: *«te añadirán … años de vida y paz». «Mucha paz tienen los que aman tu ley»* (Sal. 119:165).

2. Hemos de recordar continuamente las promesas de Dios, que van anejas a los preceptos de Dios: *«gracia y buena opinión ante los ojos de Dios y de los hombres»* (v. 4) es promesa para los que obran *con bondad y fidelidad* (v. 3), ya que estas cualidades se atribuyen precisamente, con mucha frecuencia, a Dios (Dt. 7:9, etc.), pero aquí, como en 14:22; 16:6; 20:28 se atribuyen a los hombres (sin contar los lugares en que sólo el *jesed*—amor o bondad—está explícito). Toda persona piadosa busca, ante todo, el favor de Dios, aunque no haya de despreciarse la estima de los hombres (Est. 10:3).

3. Hemos de atender continuamente a la providencia de Dios, a fin de depender de Él, con fe y oración, en todos nuestros asuntos. Hemos de *fiarnos de Jehová con todo el corazón* (v. 5, comp. con Sal. 37:3, 5), *no en nuestras propias opiniones*, aunque nos parezca que el asunto es como camino trillado, cosa fácil para la que no necesitamos consejo de nadie. *En todos nuestros caminos hemos de reconocerle* (v. 6): tener comunión con Él y reconocer su mano, poniéndonos en todo a su disposición, pues Él *hará derechas nuestras veredas, promesa* que se repite en 11:5; 15:21 (comp. con Is. 45:13); nuestro camino será seguro y fácil, con un feliz resultado.

Versículos 7–12

Tenemos aquí tres exhortaciones, cada una de ellas corroborada con buenas razones:

1. Debemos vivir en humilde y respetuosa sumisión a Dios y a su gobierno (v. 7): *«teme a Jehová y apártate del mal»,* es decir, si temes a Dios te apartarás del mal, pues lo segundo es consecuencia de lo primero. Para animarnos a vivir así en el temor de Dios, se nos promete (v. 8) que nos aprovechará incluso corporalmente como alimento para los músculos (lit. *el ombligo*) y para el tuétano de los huesos. Con el vigor del cuerpo, el espíritu adquirirá también mayor firmeza para tomar las resoluciones pertinentes; por otra parte, la prudencia, la templanza y la sobriedad, la calma mental y el buen gobierno de las pasiones, que la religión nos enseña, no sólo fortalecen la salud del alma, sino también la del cuerpo.

2. Debemos hacer buen uso de nuestros medios de fortuna, pues ése es el camino recto para incrementarlos (vv. 9, 10): *«Honra a Jehová con tus bienes, etc … y serán llenos tus graneros, etc.».* Las riquezas de este siglo son secundarias, frágiles, efímeras; sin embargo, aun en esto suele Dios bendecir al que honra a Dios, especialmente al que le honra con el buen uso de ellas. Sin embargo, como hace notar Cohen, la recompensa que esas bendiciones materiales suponen no se presenta en la Biblia como un incentivo para la buena conducta. Por eso, dice el salmista (Sal. 112:1): «*Dichoso el hombre que teme a Jehová, y en sus mandamientos* (no en la recompensa) *se deleita en gran manera».*

3. Debemos conducirnos rectamente bajo las aflicciones (vv. 11, 12). No hemos de *menospreciar* la reprensión (hebreo *musar*, el mismo vocablo de 1:8) *de Jehová;* es decir, no hemos de tomarla a la ligera como si nada tuviese que ver con nosotros, sino que, al ver en ella un propósito benéfico de Dios, hemos de sacar de ella el beneficio que Dios intenta. No se nos pide que seamos estoicos, duros como piedras, a fin de que las aflicciones nos hagan menos daño, pero tampoco hemos de *sentir asco de ellas* (ése es el sentido del verbo en hebreo, en vez de «fatigarse»), pues la aflicción es disciplina del Señor (comp. con He. 12:6–11), y Él conoce de qué estamos hechos (Sal. 103:14) y hasta dónde podemos aguantar (1 Co. 10:13). No estamos hablando de una justicia vindicativa, sino de una corrección paternal para nuestro mayor bien.

Versículos 13–20

Dichoso el hombre que halla la sabiduría, la verdadera sabiduría, que consiste en conocer y amar a Dios, y en conducirse enteramente de acuerdo con su verdad, su providencia y su ley.

1. Qué sabiduría es la que hace feliz. Feliz es el hombre que, al hallar la verdadera sabiduría, la hace suya *extrayendo entendimiento,* como dice el original hebreo. No la tiene en sí, pero la extrae con el cubo de la oración de la fuente que ofrece generosamente sabiduría (Stg. 1:5). Se fatiga en ello, como quien extrae oro de una mina, porque le da un valor mayor que el de la plata, oro o piedras preciosas (v. 14). Es la *perla de gran valor* (Mt. 13:45, 46), por cuya adquisición bien vale la pena venderlo todo. *«Compra la verdad»,* dirá después (23:23); no dice a qué precio, pero bien se da a entender que cualquier precio es bueno para obtenerla, antes que perderla.

2. La dicha de los que la hallan es una dicha transcendente, como podemos ver (vv. 14, 15, comp. con Job 28:15 y ss.). Es un saber *para salvación* eterna (2 Ti. 3:15), con la que no se puede comparar ningún bien de este mundo.

El universo entero no puede proveer el rescate de un alma que se va a perder por falta de la verdadera sabiduría. Los versículos 16–18 vienen a explanar lo que ha dicho en el versículo 2. La sabiduría aparece aquí como una reina, que reparte dones a diestra y siniestra a quienes son sus fieles súbditos. Ofrece *longevidad en su mano derecha,* pues da consejos y proporciona métodos para prolongar la vida (hasta la eternidad) y *en su mano izquierda* ofrece *riquezas y honor.* El sentido de este binomio se entiende mejor al comparar este lugar con Éxodo 28:2, 40 e Isaías 35:2. El *deleite* (v. 17) que ofrece es de la mejor calidad, pues ningún placer de los sentidos puede compararse con el que las almas piadosas hallan en la comunión con Dios y en hacer el bien a todos. La mención del *árbol de la vida* (v. 18, comp. con Gn. 2:9) sugiere que es para el alma lo que dicho árbol habría sido para nuestros primeros padres si se hubiesen alimentado de él en lugar de comer del árbol prohibido (comp. también con Ap. 2:7; 22:2). Llega a ser una participación de la propia dicha de Dios (vv. 19, 20), quien con la sabiduría (8:22 y ss.) llevó a cabo la obra de la creación.

Versículos 21–26

1. Aquí se nos exhorta a tener siempre a la vista y en el corazón las normas de la piedad sincera (v. 21): *«Hijo mío, no se aparten estas cosas de tus ojos;* que no se aparten de ellas tus ojos para irse tras la vanidad. Tenlas siempre presentes, cultívalas y practícalas mientras vivas. Guárdalas en tu corazón como en cofre de tesoros, pues es ahí donde anidan la *prudencia y la discreción»*.

2. El argumento para corroborar esta exhortación se toma de las inefables ventajas que nos proporciona la sabiduría (v. 22): *«Y serán vida para tu alma* (comp. con v. 18); te avivarán el sentido del deber y te fortalecerán durante tus aflicciones cuando comiences a sentirte débil y decaído. También serán *gracia para tu cuello,* como un hermoso collar de perlas o una cadena de oro. *Entonces* (v. 23) *andarás por tu camino confiadamente, y tu pie no tropezará* (comp. Sal. 91:12); caminarás bajo la protección de la providencia y de la gracia, mientras no seas tú quien se expone al peligro. El camino del deber es el camino de la seguridad. Ella te servirá de estupenda medicina contra los temores nocturnos a los ladrones, a los espectros, al fuego, etc. (v. 24) y aun contra el *pavor repentino* (v. 25), es decir, contra una experiencia aterradora que sobreviene de súbito, puesto que el Padre que vela por nosotros *no duerme* ni puede haber cosa alguna que le tome por sorpresa. El mejor remedio para tener una buena noche es tener una buena conciencia.

Versículos 27–35

Vienen ahora normas concernientes a nuestra relación con el prójimo.

1. Debemos dar a cada uno lo suyo, tanto lo que se le debe en justicia como lo que exige la caridad, y eso sin dilaciones ni excusas (vv. 27, 28). El contexto indica que se trata especialmente del prójimo *pobre,* a quien hay que dar lo que necesita sin hacerle esperar. Prometer para *mañana* (v. 28) lo que se puede dar hoy, además de ser injusto, es problemático pues nadie sabe si vivirá mañana ni el que debe dar ni el que necesita recibir. Este deber incluye: (A) El pago de deudas; (B) El pago de rentas y salarios; (C) La provisión para nuestros familiares necesitados; (D) Nuestra contribución tanto para la iglesia como para el Estado; (E) La buena disposición para todo acto de amistad y humanidad, a fin de aliviar problemas y necesidades locales, nacionales y mundiales de toda índole.

2. Nunca hemos de tramar ningún daño contra nadie (v. 29), sobre todo cuando nuestro prójimo está *confiado,* es decir, no sospecha ningún mal de nuestra parte y, por ello, no se pone en guardia.

3. No hemos de ser foco de contención o discordia (v. 30); *«No tengas pleito con nadie sin motivo»*. Es aquí donde el amor juega un importante papel (v. 1 Co. 13:4–7), pues no piensa mal. La mayoría de los pleitos perjudiciales surgen de sospechas infundadas, y son por mala intención que quizá fue inadvertencia. Ir a los tribunales debe ser el último recurso.

4. No hemos de envidiar la prosperidad de los malhechores (v. 31, comp. con Sal. 73:3), ni ceder a la tentación de imitarles. Para mostrar cuán pocos motivos tienen los santos para envidiar a los pecadores, Salomón compara, en los últimos cuatro versículos de este capítulo, la condición de unos y de otros: (A) Los santos gozan de íntima comunión con Dios, pero Los perversos son abominables a los ojos de Jehová. El que no odia nada de lo que creó, se ve en la necesidad de abominar a quienes de tal modo han corrompido lo que Dios hizo en ellos. Los más dulces y benditos *secretos* del amor de Dios son comunicados a sus amigos (comp. con Jn. 15:15). (B) Los santos, y su morada, descansan bajo la bendición de Dios (v. 33), aunque su morada sea simplemente un *«aprisco de ovejas»,* como da a entender el original, mientras que la *«casa»* (de suyo, morada fija y permanente) del impío está bajo *la maldición de Jehová* ¿De qué le sirve vivir en un palacio, si es un palacio *maldito?* (C) Aun lo que Dios da a los escarnecedores o burladores (v. 34), lo da burlándose de ellos. Este parece ser el sentido del original. En otras palabras, les paga con su misma moneda. En cambio, a los humildes les muestra siempre su favor, pues al que se humilla a sí mismo, no de palabra falsa, sino de obra sincera, Dios lo enaltece. (D) Los santos son los verdaderos sabios (v. 35), por lo cual recibirán respeto y aprobación de quienes saben apreciar la verdadera sabiduría, mientras que los necios en sentido moral (hebr. *kesilim)* terminarán en perpetua confusión e ignominia.

CAPÍTULO 4

En este capítulo, Salomón inculca, con gran variedad de expresiones, las mismas cosas de las que había tratado en los capítulos anteriores. I. Una seria exhortación al deseo y estudio de la verdadera sabiduría (vv. 1–13). II. Una necesaria advertencia contra las malas compañías (vv. 14–19). III. Instrucciones para adquirir y conservar la sabiduría a fin de dar frutos de sabiduría (vv. 20–27).

Versículos 1–13

1. Invitación de Salomón a sus hijos (vv. 1, 2): *«Escuchad, hijos, la instrucción de un padre»*. Contra la opinión de J. J. Serrano—nota del traductor—y al seguir la del rabino Cohen y del propio M. Henry—creemos que aquí no se trata de «discípulos», sino de verdaderos «hijos»—. La instrucción de un padre sabio ha de ser atendida con toda diligencia, pues ese es el modo de adquirir *cordura* (hebreo, *bináh*, esto es, tanto entendimiento como discernimiento). Tanto los magistrados como los ministros de Dios han de mostrar un particular interés en instruir a sus hijos, pues a mayor conocimiento corresponde mayor responsabilidad. Comenta Malbim que la expresión de *«un padre»*, en contraste con 1:8 *(«tu padre»)*, «insinúa que está impartiéndoles una instrucción paternal que él mismo había recibido de su padre». Esto se confirma por el vocablo usado en la primera parte del v. siguiente para expresar esa instrucción, ya que el hebreo *leqaj* significa «lo que se ha recibido» de los antepasados. En 2b, el vocablo hebreo es *torat*, enseñanza que consiste en instrucciones basadas en la Ley. La religión tiene a la razón de su lado y nos da enseñanzas fundadas en verdades ciertas y en normas seguras.

2. Instrucciones que les da. Él las recibió de sus padres y enseña a sus hijos lo mismo que a él le enseñaron (vv. 3, 4). Sus padres le amaban y, por tanto, le enseñaron: *«Yo fui hijo de mi padre»* (v. 3), no es una perogrullada; el sentido es: «hijo escogido y obediente», como entendieron los LXX *(«también yo fui hijo obediente de mi padre»)*, aun cuando así trastornaron el orden del hebreo y tradujeron por «obediente» el hebreo *raj*, tierno.

Para su madre (3b) había sido el *«preferido»* (hebreo *yajid*, único). Es cierto que Betsabé dio a David cuatro hijos (1 Cr. 3:5), pero Salomón fue el preferido de sus padres y el escogido de Dios. Quizá fue David más estricto en la educación de Salomón que en la de los otros hijos, pues, además de la excesiva condescendencia que mostró con los caprichos de Amnón y Absalón, se nos dice expresamente en cuanto a Adonías (1 R. 1:6) que «su *padre nunca le había lastimado*» (lit.; esto es, «contrariado»). Aunque Salomón sobrepasó después a su padre en sabiduría, no tuvo empacho en referirse con respeto a las enseñanzas que de él había recibido. Si resulta útil buscar *las sendas antiguas* (Jer. 6:16) ¿por qué hemos de despreciar las enseñanzas antiguas? Aunque no hemos de ser seguidores serviles de los maestros que nos precedieron, tampoco hemos de despreciar lo mucho bueno que nos legaron.

3. Al pasar ya a detallar las principales instrucciones que les da, vemos que consisten (vv. 4–13) en preceptos y exhortaciones acerca del valor de la sabiduría, conforme le había enseñado su padre; y por cierto, lo había hecho con gran interés e insistencia: (A) Le había preceptuado retener *sus palabras* (v. 4. Lit.), las buenas lecciones que le había dado; *sus dichos* (v. 10), expresiones sueltas, llenas de prudencia; había de *retenerlos, guardarlos* para *vivir* una vida honesta útil y dichosa (v. 4); retenerlos *en el corazón*, no sólo en la cabeza, pues sólo cuando arraigan en convicciones dan buen fruto las lecciones.

No había de *olvidar* ni *dejar* la sabiduría, sino guardarla, para ser guardado; amarla, para ser protegido por ella; ensalzarla, para ser por ella ensalzado; abrazarla, para ser honrado y adornado por ella (vv. 4–9). Ella otorga longevidad, rectitud, seguridad, vida (vv. 10–13). (B) Para corroborar estas exhortaciones, que son *mandamientos (mitsotay*, v. 4), enaltece la sabiduría como algo que tiene valor supremo (v. 7): *«Lo primordial* (es la) *sabiduría; adquiere sabiduría»* (ésta es la mejor versión).

Todas las demás cosas de este mundo, comparadas con ella, son de valor secundario; por eso, hay que *adquirirla* (v. 5), comprarla, a cualquier precio (23:23). La sabiduría verdadera nos recomienda a Dios, embellece el alma, nos capacita para vivir una vida santa, útil, llena de sentido, y nos encamina derechamente a la vida que no tendrá fin.

No es extraño, pues, que haya de adquirirse *aun a costa de todas las posesiones* (v. 7b).

Es cierto que esta sabiduría es un don de Dios, como lo fue para Salomón, pero Dios la da a quienes la piden (Stg. 1:5) y a quienes se esfuerzan por hallarla.

Si no podemos llegar a ser *maestros* de sabiduría, seamos *amantes* (v. 6) de sabiduría.

Versículos 14–19

Si esta porción continúa con exhortaciones de David a Salomón o marca un recomienzo de los consejos del propio Salomón no es de fácil solución. M. Henry se inclina por eso último, pero la mayoría de los autores no parecen advertir aquí ningún corte, tanto más cuanto que toda la porción restante (vv. 14–27) no hace sino ampliar la alegoría de los dos caminos, ya iniciada anteriormente, especialmente a partir del versículo 11. En los versículos que siguen, se nos previene contra los caminos de los malvados. Veamos:

1. La advertencia misma (vv. 14, 15): *«No entres por la vereda de los malvados, etc.».* El término hebreo *reshaím* contra los que pecan contra Dios de modo directo, mientras que el *«raím»* del segundo estico (lit. *malos)* indica los que pecan directamente contra el prójimo. La exhortación del versículo 15 da a entender, no sólo la precaución de no poner los pies en el mal camino, sino también la de mantenerse lo más lejos posible de él. Nunca hemos de pensar que nos apartamos demasiado de tal camino; un pequeño acercamiento supone una gran concesión a la tentación que implica la compañía de los malvados.

2. Las razones que corroboran esta precaución: «considera el carácter de tales hombres: Son tan malos que no duermen tranquilos si han pasado el día sin cometer alguna maldad de bulto (v. 16); para ellos, el crimen es su comida y su bebida (v. 17); en realidad, comen y beben de lo que han robado a viva fuerza, por la rapiña y la opresión. Pero, aunque ellos piensen que prosperan, su camino se va estrechando, y aun oscureciendo, progresivamente; de forma que, faltos de luz verdadera, acaban por tropezar y caer, sin percatarse siquiera de la causa de su final desventura (v. 19). En cambio (v. 18), *«la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta llegar a pleno día»* (comp. con Job 22:28). Cristo es nuestra luz (Jn. 8:12) y nuestro *camino* (Jn. 14:6). Los justos caminan guiados por la Palabra de Dios, la cual es luz para el camino y para los pies (Sal. 119:105); ellos mismos son luz *en el Señor* (Ef. 5:8) y *caminan en la luz como Él* (Dios) *está en la luz* (1 Jn. 1:7). Es una luz que brota en la oscuridad (Is. 58:10) y crece, brilla más y más; no es como la luz del meteoro, que desaparece pronto, ni como la luz de la candela, que se debilita hasta apagarse, sino como la del sol, que brilla más cuanto más sube.

Versículos 20–27

Tras exhortarnos a no hacer el mal, ahora nos exhorta a hacer el bien.

1. Los dichos de la sabiduría deben ser nuestras normas de conducta; por eso hemos de *inclinar el oído* a ellas (v. 20); escucharlas con sumisión y prestarles diligente atención, *sin perderlas de vista* (v. 21, comp. con 3:21). Hemos de guardarlas en nuestro interior (comp. con 2:1) como se guarda un tesoro que se teme perder. La razón por la que hemos de estimar así las palabras de la sabiduría es que ellas serán para nosotros alimento y medicina (v. 22), como el árbol de la vida (Ap. 22:3). Así como nuestra vida espiritual comenzó mediante la Palabra (Jn. 3:5; 1 P. 1:23), así también se ha de conservar y mantener por medio de la Palabra. La segunda parte del versículo 22 es una variante de 3:8. En la Palabra de Dios hay un remedio adecuado y completo para todas las enfermedades espirituales y aun para muchas enfermedades físicas.

2. Especial vigilancia necesita nuestro corazón (v. 23) *«porque de él mana la vida».* Al ser el corazón el centro y la fuente de nuestra conducta hemos de velar para que de él salgan actividades santas, según las normas de Dios y en docilidad a la conducción del Espíritu, pues así no saldrán las corrupciones de nuestra naturaleza caída. *Guardar el corazón* es albergar buenos pensamientos y acallar los malos, poner el afecto en los objetos que lo merecen y dentro de los límites debidos. Muchos son los modos de guardar un objeto: el cuidado, la fuerza y la petición de la ayuda necesaria.

3. Otro objeto de especial vigilancia son *los labios* (v. 24), puertas por las que sale lo que hay en el corazón (Mt. 12:34; Lc. 6:45). El hebreo usa dos vocablos que significan respectivamente «torcedura» (de boca) y «*desviación»* (de labios). En ambos casos vienen a significar, con la mayor probabilidad «falsificación de la verdad», en la que se incluyen la mayoría de los pecados de la lengua.

4. El versículo 25 nos exhorta a mirar *rectamente;* un corazón recto, así como incita a hablar rectamente, también incita a mirar rectamente; ésta es la recta intención que el Señor recomendó bajo la expresión «ojo sano» (Mt. 6:22). Si ponemos nuestros ojos fijos en el Señor (He. 12:2), no los desviaremos a ninguna mala parte.

5. Finalmente, hemos de vigilar nuestros pies (vv. 26, 27): *«Examina* (lit. *pesa) la senda de tus pies».* Como si dijera: «Pondera bien las alternativas para no vagar sin rumbo, sino poder pisar firme y fuerte.

Pon en un platillo de la balanza la Palabra de Dios, y en el otro lo que has hecho o vas a hacer, y mira a ver si coinciden; no obres con precipitación; y, una vez que hayas escogido el sendero recto, no te desvíes a ningún lado (v. 27)».

CAPÍTULO 5

El objetivo de este capítulo es parecido al del capítulo 2. Tenemos aquí: I. Una exhortación a conocer y obedecer las leyes de la sabiduría en general (v. 2). II. Una advertencia particular contra el pecado de prostitución (vv. 3–14). III. Remedios contra ese pecado: 1. El amor conyugal (vv. 15–20). 2. Consideración de la omnisciencia de Dios (v. 21). 3. Miedo al final miserable de los malvados (vv. 22, 23).

Versículos 1–14

1. Un solemne prefacio para dar paso a las importantes advertencias que siguen. *«Hijo»* vuelve a significar «discípulo». Salomón quiere aquí que el alumno concentre bien su atención sobre lo que le va a decir. No es «ciencia» lo que va a comunicar, sino «conocimiento» (hebr. *dáat)* interior, penetrante, experimental. Las enseñanzas de Salomón no tenían por objeto llenar de ideas la cabeza, sino de normas prácticas el corazón.

2. La advertencia misma es que el alumno (todo el que esto lea) se abstenga de la *«mujer extraña»,* es decir, *«ajena»,* como en 2:16. No se trata aquí, por consiguiente, del adulterio espiritual o idolatría, sino del adulterio carnal. Bajo la metáfora de *«miel»* (v. 3) se expresan las palabras seductoras de la mala mujer. La suavidad del *aceite* (comp. Sal. 55:21) sirve aquí de símil por el que dichas palabras se asemejan a la facilidad con que el aceite se desliza y penetra sin hacer ruido, sin golpear, sin herir, pero véase el contraste (v. 4): *«su fin es amargo como el ajenjo, aguzado como espada de dos filos».* Así, sin notarlo, el que se adhiere a la mujer ajena, sigue la misma ruta de ella: ruta de muerte, puesto que sus pasos, sus mismos caminos, están desviados del *camino de la vida* (vv. 5, 6). Nótese que todos *los «su»* o *«sus»* de los versículos 3–6 son femeninos («de ella») en el hebreo. Consideremos, pues, cuán falsos y engañosos son todos los encantos, los atractivos, las palabras seductoras de la adúltera. Es probable que, en lugar de *«se percate»* (v. 6), haya de leerse *«te percates»,* al ser la forma del verbo igual para ambas personas, lo cual cuadra mejor con el contexto. Es, pues, ella la que no quiere que los hombres se percaten de lo que les espera, pues si se percatasen, se apartarían de ella. Ignoran *las maquinaciones de Satanás* (2 Co. 2:11) quienes no entienden que el principal objetivo que persigue él en todas sus tentaciones es impedirnos escoger la senda de la vida.

3. La urgencia e insistencia de la admonición (vv. 7, 8): *«Aleja de ella tu camino;* si llegas a cruzarte con ella en el camino, escoge otra ruta, antes que exponerte al peligro; *no te acerques a la puerta de su casa;* camina por el otro lado de la calle; mejor aún, vete por otra calle aunque tengas que dar un rodeo». Tal es la yesca que nuestra corrompida naturaleza contiene, que es una locura, bajo cualquier pretexto, ponerse cerca del fuego. La palabra que traducimos por «*honor»* (v. 9) suele significar «esplendor» o «majestad», pero también «vigor» (Dn. 10:8), pero, a la vista del contexto, podría significar las posesiones, y aun la vida, a manos del marido ofendido. Sea por la pérdida de las fuerzas físicas a causa de la vida disoluta, o de los bienes de fortuna a causa del despilfarro o de la revancha del marido (¿el *«cruel»* de 9b?), lo cierto es que el que se une a la adúltera terminará mal en cuanto al alma, el cuerpo y los bienes (vv. 10, 11). *Gemirá al final,* cuando ya no tenga remedio.

4. Arrepentimiento tardío (vv. 12–14). Salomón presenta al pecador convicto reprochándose a sí mismo por haber desoído los consejos que se le habían dado (v. 12). No puede menos de confesar que sus padres y los emisarios de Dios le habían instruido y enseñado convenientemente (v. 13). El versículo 14 ha de entenderse a la luz de Deuteronomio 22:22. Dice Cohen: «la frase final ocurre con frecuencia en Deuteronomio, en conexión con pecados que se tienen por elementos desmoralizantes dentro de la comunidad y deben ser de ella eliminados. Al reflexionar sobre esto, le viene a las mientes a ese hombre que *ha llegado a ser un gran mal en medio de la congregación* y ha incurrido en el peligro de ser exterminado de ella».

Versículos 15–23

Después de mostrar los males que brotan del adulterio, Salomón muestra los remedios que han de adoptarse contra tales males.

1. El principal remedio es quedar satisfecho con los legítimos goces del matrimonio, uno de cuyos fines fue preservar de la impureza. Que nadie se queje a Dios por impedirle gozar de los placeres a los que tan fuertemente le lleva el instinto natural, cuando Dios ha provisto el medio de satisfacerlo dentro de la santidad del matrimonio. El que no se contenta con una mujer, no se contentará con dos ni con cuatro, pues la concupiscencia nunca dice «¡Basta!» El joven que no pueda mantenerse casto, que se case pronto, pues *«mejor es casarse que estarse quemando»* (1 Co. 7:9). Compárese el versículo 15 con Cantares 4:15 para mejor entenderlo. En su esposa ha de hallar todo su deleite. *Es suya* no sólo porque él la ha escogido, y debe contentarse con la elección que hizo, sino también porque es la que la providencia divina destinó para él. El versículo 19 es como una explanación del versículo 15. El original hebreo dice *«sus pechos»* donde las versiones (la RV) dicen *«sus caricias»*. Los versículos 16–18 han sido mal traducidos y se ha corregido el texto original por no entenderlo. El 16 presenta los hijos abundantes que juegan por las calles de la ciudad (comp. Jer. 9:20; Zac. 8:5), sin necesidad de añadir al texto negación o interrogación que no figuran en él. El versículo 17 se refiere a esos mismos hijos, todos del legítimo matrimonio, no de dudosa paternidad *(«para los extraños contigo»).* El *«manantial»* del versículo 18 es la propia esposa, fuente de los hijos, los cuales son *bendición* de Dios.

2. El segundo remedio es andar en la presencia de Dios (v. 21). *«Los caminos del hombre,* todo cuanto piensa y hace, *están ante los ojos de Jehová»*. Dios los ve como son, con sus motivos, sus circunstancias y sus consecuencias. No sólo los ve, sino que los *«pesa»* (v. 21b. Lit.) para dar a entender que conoce su verdadero valor (comp. con Dn. 5:27) y, de acuerdo con ese valor, emite su juicio sobre ellos.

3. Finalmente, un buen remedio contra el adulterio es prever a tiempo los males que acarrea (vv. 22, 23). Los que se habitúan a este pecado se prometen a sí mismos impunidad, pero se engañan a sí mismos. No necesitan cárcel ni cadenas, pues bastarán sus propios pecados para retenerlos en prisión. Dice el Talmud: «Al principio, la mala inclinación es como una tela de araña, pero finalmente los hilos aumentan hasta convertirse en sogas de carreta».

CAPÍTULO 6

En este capítulo tenemos, I. Una advertencia contra la precipitación en salir fiador por otro (vv. 1–5). II. Una reprensión de la pereza (vv. 6–11). III. El carácter y el destino final del malicioso (vv. 12–15). IV. Recuento de siete cosas que Dios odia (vv. 16–19). V. Exhortación a familiarizarse con la ¨Palabra de Dios (vv. 20–23). VI. Repetida admonición sobre las perniciosas consecuencias del pecado de prostitución (vv. 24–35).

Versículos 1–5

Una de las excelentes cualidades de la Palabra de Dios es que nos enseña, no sólo sabiduría divina para el otro mundo, sino también humana prudencia para este mundo, a fin de que llevemos nuestros negocios con discreción; y aquí tenemos una buena norma:

1. Evitar el salir fiador por otro, ya que, por no seguir esta norma, entran a menudo en las familias la pobreza y la ruina.

(A) Hemos de considerar la fianza como una trampa y, de consiguiente, evitarla (vv. 1, 2). Ya es bastante peligroso quedar ligado por un amigo cuyas circunstancias y honradez conocemos bien, pero *chocar la mano* (lit.) *con un extraño,* de quien no se conocen ni las circunstancias ni la honradez equivale a *quedar preso.* Si no hemos tenido la prudencia suficiente para evitar salir fiadores, tengámosla para desenredarnos cuanto antes (vv. 3–5). De momento, el asunto parece que duerme; no oímos nada de él. No se demanda la deuda, y el causante dice: «No tenga miedo; ya nos las arreglaremos». Pero la fianza sigue en vigor, el interés sigue su curso, y el acreedor puede llamar a tu puerta con urgencia y severidad

para exigir el pago. Por tanto, *líbrate* (v. 3), no duermas tranquilo (v. 4) y *escápate* a toda prisa (v. 5). No dejes piedra sin remover hasta que te hayas librado de la trampa en que te metieron tus labios (v. 2).

(B) ¿Cómo hemos de entender esto? No hemos de pensar que es ilegal en todo caso el salir fiador por otro; puede llegar a ser una exigencia de la justicia o de la caridad. Pablo salió fiador por Onésimo (Flm. 19). Podemos ayudar a un joven honesto a comenzar un negocio procurándole crédito y prestigio con nuestras palabras, y hacer así un gran bien al prójimo sin dañarnos nosotros mismos. Pero, (a) Es muestra de prudencia evitar las deudas en lo posible, pues si llegan a pesar gravemente sobre uno, se corre el peligro de enredarse con el mundo y llegar a hacer el mal o a sufrirlo. (b) Una persona no debe ligarse como fiador por más de lo que pueda y quiera pagar; y, si llega el caso, que pueda pagar sin perjudicar a su familia.

Versículos 6–11

Salomón se dirige ahora al holgazán, al amante de la comodidad, que vive como un haragán y no se aviene a seguir ningún trabajo ni oficio.

1. Trata primero de instruirle (vv. 6–8), pues los holgazanes deben comenzar por ir a la escuela. El haragán no quiere ir a la escuela propia de los estudiantes; por eso, el sabio le envía a una escuela apropiada para él, la más elemental que puede hallar: *«Ve a la hormiga»* (v. 6. Lit.) es decir, «anda a su escuela». ¡Qué vergüenza es para una criatura racional el degenerar de su rango hasta el punto de necesitar *ir* a un insecto tan pequeño e insignificante para aprender a trabajar y ganarse el pan de cada día! Aunque las hormigas viven en sociedad estupendamente organizada, leemos aquí (v. 7) que *no tiene jefes ni capataces* en el sentido de que no necesita que la obliguen por la fuerza a trabajar, le basta su instinto para desempeñar el oficio que le corresponde dentro de su comunidad. Al recoger en el verano para tener sustento en el invierno (v. 8), según es su costumbre (así lo da a entender el tiempo del verbo hebreo), la hormiga nos da una excelente lección, semejante a la que nos dio el Salvador cuando dijo: *«andad entretanto que tenéis luz»* (Jn. 12:35) y *«viene la noche cuando nadie puede trabajar»* (Jn. 9:4). Y, si es muestra de prudencia estar prevenido en lo material, ¡cuánto mayor lo será el estar provisto a tiempo de lo necesario para la vida eterna! Y cuando una hormiga no puede acarrear un grano de cereal por resultarle pesado en demasía, ¡cómo le ayudan otras a llevarlo! ¡Ojalá existiese entre los creyentes una cooperación similar!

2. De la enseñanza, pasa Salomón a la reprensión (vv. 9–11). (A) Trata de despertarle la conciencia: *«¿Hasta cuándo has de dormir?* ¿Cuándo piensas que será hora de levantarse de la cama? Al haragán hay que despertarle y hasta obligarle a levantarse. El creyente haragán es más culpable todavía que el holgazán mundano, pues tiene mayores motivos para *obrar el bien mientras tenemos tiempo.* (B) Le pone al descubierto las excusas con que se cubre para no trabajar: ¿Por qué no se le permite dormir un poco más? Si duerme ahora lo suficiente, ¡ya se levantará luego y recobrará con mayores fuerzas el tiempo perdido! Pero se engaña a sí mismo: cada vez que se despierta, suplica que se le deje dormir *un poco ... un poco ... otro poco.* Es decir, vive en una continua siesta, como lo describe la postura del v. 10b. Así se va alargando el *«poco»* hasta dejar sin hacer los quehaceres más urgentes. (C) Le amonesta sobre las fatales consecuencias de la pereza (v. 11). La *necesidad* y la *pobreza* vendrán como *salteadores* que le roban al viajero todo su bagaje. De modo semejante, y más terrible, el que es perezoso en el servicio de Dios no puede esperar otra cosa que la pobreza espiritual.

Versículos 12–19

1. Si es de condenar el perezoso por no hacer nada, ¿qué diremos de los que se afanan por hacer todo el mal que pueden? (vv. 12–15). Por *«hombre malo»* (mejor *vil*), el hebreo dice *«hombre de Belial»* que, en realidad, significa «persona sin valor alguno»; pero, además, es *«varón de iniquidad»* (lit.), cuyo oficio es hacer el mal, especialemente con su boca llena de falsedad y calumnia. *Guiñar el ojo, arrastrar* (mejor *restregar) los pies y hacer señas con los dedos* (v. 13) son gestos que indican el modo de pasar información secreta a quienes son cómplices en algún pecado. *«Anda pensando el mal»* (v. 14), hacer el mal por el mal, sin sacar ningún bien. J. J. Serrano ve en los siete gestos de 12–14 una cierta correspondencia con las siete cosas que Dios abomina (vv. 16–19). El final de este malvado no puede ser

más terrible: (a) La calamidad le llegará *de repente,* por lo que no podrá evitarla; (b) su quebrantamiento será *sin remedio,* porque, como dice Malbim, «no se arrepentirá».

2. Catálogo de cosas que son, de manera especial, odiosas a Dios y que como hemos visto, se hallan en el «hombre de Belial». Dios odia el pecado, pero hay pecados que abomina de modo especial; todos los que se mencionan en esta lista son perjudiciales para el prójimo. Lo que Dios odia, deberíamos odiarlo también nosotros: (A) *Los ojos altivos* (v. 17). Se cita primero el orgullo o autosuficiencia, pues se halla en el fondo de todo pecado; *ojo altivo* es el que se sobrevalora a sí mismo y subvalora a todos los demás. (B) Después de una mirada altiva, no hay nada tan odioso a Dios como una *lengua mentirosa;* nada tan sagrado como la verdad, ni nada tan necesario para la vida de relación como decir verdad. (C) Viene ahora el *asesinato del inocente;* las manos que derraman sangre inocente llevan grabada la imagen del diablo (Jn. 8:44, *«homicida desde el principio»).* (D) Las *maquinaciones perversas* (v. 18, comp. con v. 14). Cuanto mayores y más astutas son las artes empleadas para hacer el mal, tanto más abominable es a Dios el pecado que se comete. (E) La *prisa y la determinación para correr al mal.* La prisa y la maña que se dan los malos para el mal habrían de avergonzarnos a nosotros, que tan indolentes somos en hacer el bien. (F) *El testigo falso* (v. 19) es, y ha sido siempre, digno de especial abominación. Basta con leer Deuteronomio 19:16–21 para ver cuán en serio lo toma Dios. (G) *Sembrar discordia entre hermanos,* es decir, no sólo entre parientes, sino también entre amigos, vecinos, socios, etc. Se incluye aquí el enajenar los afectos de unos contra otros e incitar las pasiones de unos contra otros, lo cual no puede menos de ser especialmente abominable al Dios de amor y de paz.

Versículos 20–35

1. La exhortación general a adherirse fielmente a la Palabra de Dios y a tomarla por norma y guía de todas nuestras acciones.

(A) Hemos de considerar la Palabra de Dios como luz (v. 23) y como ley (v. 20, 23). Es luz que ilumina el camino e ilumina el entendimiento para que vaya por el camino que la luz marca (comp. Sal. 119:105); luz para los ojos a fin de descubrir la verdad; luz para los pies para ver la ruta que hay que seguir. La luz de la Escritura es luz segura, pues nos revela verdades de certeza eterna. También es ley a la que nuestra voluntad ha de someterse.

(B) Hemos de recibirla como *mandamiento de nuestro padre* y como *ley* (lit.) *de nuestra madre.* Es mandamiento y ley de Dios, pero nuestros padres nos instruyeron y educaron en ella y nos acostumbraron a observarla. En realidad, no creemos por lo que ellos nos dijeron, sino porque hemos experimentado personalmente que proviene de Dios; con todo, les estamos obligados por habérnosla recomendado. Las advertencias, los consejos y preceptos que nuestros padres nos dieron están de acuerdo con la Palabra de Dios y, por tanto, hemos de adherirnos a ellos firmemente.

(C) Hemos de retener la Palabra de Dios y las buenas instrucciones que, con base en ella, nos dieron nuestros padres: *«Guarda el mandamiento de tu padre …* (v. 20) y no lo sueltes: Átalos *siempre,* no sólo en tu mano (Dt. 6:8), sino *en* tu *corazón* (v. 21). De nada sirven las filacterias si no suscitan pensamientos piadosos en la mente y santos afectos en el corazón. *«Enlázalos a* tu *cuello* (21b), no sólo como un adorno, sino como guardas que impidan la entrada del fruto prohibido y la salida de la palabra perversa. Así serán siempre tu guía perfecta (v. 22). *Te guiarán cuando andes,* como si dijese: «Este es el camino, anda por él». *Velarán por ti cuando duermas,* expuesto a inesperados ataques (comp. 3:24); y *hablarán contigo cuando despiertes,* dándote consejo, aviso y ánimos.

2. Admonición particular contra el pecado de impureza.

(A) Cuando consideramos la abundancia de esta iniquidad, no nos ha de sorprender la frecuencia con que se repiten las advertencias contra ella. *Las reprensiones de la disciplina* (v. 23b. Lit.) son *camino de vida,* ya que están destinadas a *guardarte de la mala mujer* (v. 24), quien, con la *blandura de su lengua,* de cierto ha de conducirte a la muerte; simula amarte, pero intenta arruinarte. El mayor bien que podemos hacernos a nosotros mismos es mantenernos lo más lejos posible de ese pecado (v. 25): *«No codicies su hermosura en tu corazón* porque, si lo haces, ya habrás cometido interiormente adulterio con ella (Mt. 5:28); *ni te cautive con sus párpados»* (lit.). Quizá se refiere al *«guiño»* de que ha hablado en el versículo 13. Dice el apócrifo *Eclesiástico* 26:9 (copiamos de la *Biblia de Jerusalén,* nota del traductor): *«La lujuria de la mujer se ve en la procacidad de sus ojos, en sus párpados se reconoce».*

(B) Argumentos con que corrobora Salomón dicha admonición: (a) Es un pecado que empobrece, y reduce a los hombres a la miseria (v. 26): *«A causa de la ramera se ve reducido (el hombre) a una hogaza de pan»* (lit.). (b) Es un pecado que conduce a la muerte (v. 26b); recordemos el caso de Sansón y Dalila. (c) Es un juego peligroso. Así como el que juega con fuego, está en continuo peligro de abrasarse (vv. 27, 28), así también el que toca impúdicamente a la mujer de su prójimo, *no quedará impune* (v. 29). Si no se le castiga conforme a la ley, lo castigará el marido ofendido. (d) Es un pecado más grave que el robo. El que roba para saciar el hambre no es tomado por un villano (el v. 30 ha de leerse sin signos de interrogación); aun cuando sea sorprendido robando, le bastará con restituir lo robado (v. 31), pero el que comete adulterio, no dispone de este recurso para descargarse de responsabilidad, pues el marido ofendido no aceptará pago ni excusas (vv. 34–35). (e) Produce insensatez, dolores e infamia (vv. 32, 33). Recuérdese la insensatez de Sansón al descubrir a Dalila el secreto de su fuerza. Recuérdese el pecado de David en el asunto de Betsabé: Hirió su propio buen nombre, llevó deshonra a su familia, ocasionó graves desastres a su descendencia y dio ocasión a los enemigos de Israel para blasfemar el santo nombre de Dios.

CAPÍTULO 7

El objeto de este capítulo, como el de otros anteriores, es prevenir a los jóvenes contra la concupiscencia de la carne. Salomón pudo tener en cuenta las fatales consecuencias del pecado de su padre, así como lo que quizá había experimentado en sí mismo y en otros. I. Exhortación general a poner la Palabra de Dios por nuestro guía y gobernante y como soberano antídoto contra este pecado (vv. 1–5). II. Exposición particular de los grandes peligros que entraña (vv. 6–23). III. Seria advertencia a prestar diligente atención a los consejos sobre esta materia (vv. 24–27).

Versículos 1–5

Estos versículos son una introducción a la advertencia contra los deseos desordenados de la carne; algo parecido a lo dicho en 6:20 y ss. Habla en nombre de Dios o, mejor, como quien ha asimilado y puesto en práctica lo que Dios dice, y llega así a ser portavoz de Dios: «mis razones … mis mandamientos … mi ley». Las *niñas* (o pupilas) *de los ojos* (v. 2) son la parte más delicada del cuerpo y, por eso, les ha puesto Dios los párpados como defensa (comp. con Sal. 17:8; Zac. 2:8). *Atar* una cuerda *a los dedos* (v. 3) era una costumbre para ayudar a recordar alguna cosa. *Escribir* algo *en la tablilla del corazón* (v. 3b) es recordarlo con afecto, como quedan escritos en el corazón los nombres de las personas a las que amamos. Si nos familiarizamos (v. 4) con la sabiduría y la inteligencia, estaremos a salvo de los peligros que presenta el familiarizarse con una mala mujer (v. 5).

Versículos 6–23

Para corroborar la advertencia que ha dado contra el pecado de la impureza, Salomón narra el caso de un joven arruinado por la seducción de una mala mujer. Los actuales medios de comunicación presentarían este caso como a propósito para una buena novela o película, pero la Palabra de Dios lo presenta como un caso digno de la mayor lástima. Salomón era un magistrado y, como tal, inspeccionaba la conducta de sus súbditos, pero aquí escribe como profeta en el oficio de centinela, a fin de avisar a todos acerca de las maquinaciones de Satanás.

1. La persona tentada fue *un joven* (v. 7). Las pasiones carnales son llamadas *«pasiones juveniles»* (2 Ti. 2:22). Por eso, los jóvenes deben redoblar sus resoluciones contra este pecado. Era un joven *«falto de entendimiento»*, sin norma, sin brújula, sin rumbo. El texto (vv. 8, 9) da a entender que el joven caminaba intencionadamente en dirección a la casa de la mala mujer: *«iba camino de la casa de ella»* (v. 8b), *en la negrura de la noche y en la oscuridad* (v. 9b. Lit.). En lugar de volverse a su casa al hacerse de noche, se expone a sí mismo a la tentación. Sin duda, era un holgazán (comp. Ez. 16:49) y, en contra del aviso de 5:8, fue a *pasar junto a la esquina de la calle donde ella vivía* (v. 8).

2. La persona tentadora no era una prostituta vulgar, sino una mujer casada (v. 19), de la que no podía esperarse tal conducta. Se aprovecha de la ausencia de su marido para ponerse *atavío de ramera* (v. 10b) y echar mano de todas las malas artes de seducción. Era *bullanguera* (v. 11), esto es, alborotadora y falta de la seriedad y compostura de toda buena mujer, y *rebelde,* refractaria al yugo, indómita (el vocablo usado es el mismo de Os. 4:16). *«Sus pies no pueden parar en casa, etc.»* (vv. 11b, 12) nos hace pensar en 1 Timoteo 5:13, aunque el caso de esta adúltera es mucho más grave, pues *acecha por todas las esquinas* en busca de presa. La virtud es una penitencia para las que tienen por prisión el hogar.

3. El encuentro con el joven (vv. 13 y ss.). Quizá le conocía ya; o, por su porte y figura, pensó que era presa codiciable. Nótese con qué desvergüenza *le agarró y besó* contra las reglas de la modestia en tiempos en que las caricias al sexo opuesto en la vía pública eran tenidas por inmorales. No sólo le invita a su casa, sino también a su *cama* (vv. 16–18). Para mejor cazarlo, véase qué buena carne pone en el anzuelo. Ha ofrecido *sacrificios de paz,* cuya carne había de ser comida por el oferente (Lv. 7:15 y ss), y así, al tener gran provisión de carne en casa, pensó que era excelente ocasión para compartirla con un invitado. Esa es la fuerza del *«por tanto»* con que comienza el versículo 15. Con este banquete sacrificial, (A) el joven podía dar por bien empleado el dinero que diese a la mujer por sus favores; (B) Podía tener tranquila la conciencia, pues ella era persona *religiosa,* que había *pagado sus votos* a Jehová (v. 14b). Es una pena que tal alarde de piedad venga a ser una cubierta para la iniquidad. Los que la hubiesen visto en el templo no se figurarían que esa mujer fuese de tal calaña. También los fariseos hacían largas oraciones, para mejor poder así continuar con su codicia y sus malignos planes. La mayor porción de la carne de los sacrificios de paz era entregada a quienes habían presentado el sacrificio, para que la comieran con sus amigos (Lv. 7:15). (C) Hace como que le tiene mayor afecto que a ningún otro hombre y, por eso, ha salido a encontrarle, precisamente a él (v. 15). Se sentarán a comer y beber, para dar después rienda suelta a su lujuria. La cama estaba bien preparada y perfumada (vv. 16, 17). Llama *«amores»* a lo que no es más que pasión carnal; ¡así se mancha con tanta frecuencia el nombre con que se define al mismo Dios (1 Jn. 4:8, 16)! El verdadero amor viene del Cielo (1 Jn. 3:1). (D) Al joven le puede quedar aún el temor al marido, pero ella se lo acalla prontamente (vv. 19, 20): «¡No tengas miedo! *Mi marido no está en casa»* ¿Y qué pasará si vuelve inesperadamente?, pudo preguntar el joven. «¡Oh, no!, responde ella; *se ha ido a un largo viaje* y no puede regresar de súbito; ha señalado el día de su vuelta: *hasta la luna llena no volverá a casa,* y nunca cambia las fechas de sus idas y venidas; además, *se llevó la bolsa de dinero*—ya fuese para comprar o para jolgorio—; no volverá hasta que lo haya gastado.» Parece insinuar que es un mal marido y, por tanto, bien se merece que ella no le guarde fidelidad. Esta excusa nunca es válida.

4. Al prometer al joven toda clase de placeres y asegurarle la impunidad, lo *rindió* (v. 21) como a una plaza fuerte mal guarnecida. Por lo que se ve, el joven, aunque insensato, no era mal intencionado; de lo contrario, no habría tenido ella necesidad de emplear tanta *zalamería.* Pera sus corrupciones prevalecieron contra sus convicciones; en lugar de hacerse el sordo a los cantos de sirena, se rindió. ¡Con qué compasión describe Salomón el caso de este pobre joven, rendido por las malas artes de esta mala mujer! Va desarmado, no lleva coraza ni sabe lo que le espera, *hasta que la saeta le traspasa el corazón* (v. 23). Alegre y confiado se ha entregado al adulterio *como va el buey al degolladero* (v. 22).

Versículos 24–27

Aplicación de la historia anterior: *«Ahora, pues, hijos oídme* (v. 24) a mí, no a esas seductoras; dad oídos a un buen maestro que os quiere como un padre, no a una mala mujer que sólo desea vuestro cuerpo y vuestro dinero; yo soy un buen amigo; ella es una perversa enemiga. No sólo has de apartar los pies de su calle y de su casa, sino, sobre todo, *no se aparte tu corazón hacia sus caminos* (v. 25). Si la razón, la conciencia y el temor de Dios gobiernan en el corazón, resultará fácil controlar los impulsos del apetito sensual. Miles y miles han caído a causa de este pecado; no sólo los jóvenes débiles y necios, como el mencionado en la historia anterior, sino *aun los más robustos han sido muertos por ella* (v. 26). Aprendan todos la lección.

CAPÍTULO 8

La Palabra de Dios es sabiduría. I. La revelación divina es palabra y sabiduría de Dios, y *la religión pura e incontaminada* (Stg. 1:27) está edificada sobre ella; de eso habla Salomón aquí (vv. 1–21). Dios instruye, gobierna y bendice a los hombres por medio de su sabiduría. II. El Verbo eterno de Dios es la Sabiduría en persona. Él es la Sabiduría que habla a los hombres en la primera parte del capítulo, y el que está asociado al Padre en la obra de la creación (vv. 22–31). III. Concluye con una insistente exhortación a prestar atención a la voz de Dios en su Palabra (vv. 32–36).

Versículos 1–11

1. Las cosas reveladas son fáciles de conocer, pues *pertenecen a nosotros y a nuestros hijos* (Dt. 29:29) y, por eso, son proclamadas de alguna manera por las obras de la creación (Sal. 19:1); con mayor fuerza, por la conciencia humana y por las razones eternas del bien y del mal; pero, con la mayor claridad, por medio de Moisés y de los profetas. Los preceptos de la sabiduría son proclamados en voz alta (v. 1): *«¿No clama la sabiduría?»* Sí; como todo pregón importante, *clama a voz en cuello* (Is. 58:1). En tres lugares, los cuales se expresan aquí (vv. 2, 3), se pronunciaban en voz alta los pregones: *en las alturas, en los cruces de caminos y en la entrada de la ciudad.* El corazón nos grita a veces, pues la conciencia tiene sus clamores como tiene sus susurros. Desde lo alto del Sinaí se dio la Ley. La sabiduría no se oculta, no habla por los rincones a unos pocos iniciados, sino en público y a todos, desde lugares altos, desde los que puede ser vista y oída, en las encrucijadas por las que transitan los viajeros, y a la entrada de la ciudad. *Los necios no saben por dónde ir a la ciudad* (Ec. 10:15); por eso está la sabiduría colocada, no sólo en la encrucijada, para que nadie yerre el camino, sino también a la entrada de la ciudad, presta a comunicar el lugar donde vive el vidente (1 S. 9:18). Repetidamente insiste: *«¡Oh, hombres, a vosotros clamo».* A los hombres, no a los ángeles, que no lo necesitan; ni a los demonios, que ya no pueden aprovecharse de ello; ni a los brutos animales, que carecen de la capacidad natural para entenderlo. Su designio es enseñar a los hombres *discreción y cordura* (v. 5. Comp. con 1:4); en especial, a los que carecen de sano entendimiento.

2. Las cosas reveladas son dignas de aceptación. Son *«excelentes»* (v. 6. Lit. *«príncipes»,* esto es, «expresiones principescas»); con razón se llaman así, puesto que se refieren a un Dios eterno, a un alma inmortal y a un estado perpetuo—para bien o para mal—. Son también *«rectas»* (v. 6b. Comp. 1:3), *verdaderas, sinceras y razonables,* sin mezcla de falsedad o torcedura (vv. 7–9). No hay en las verdades divinas nada duro, nada que lastime la dignidad ni la libertad del ser humano. Toda palabra de Dios es verdad (Jn. 17:17); *sí y amén;* nunca sí y no (2 Co. 1:18–20). Si son libro sellado, sólo lo son para quienes voluntariamente lo ignoran.

3. El recto conocimiento de esas cosas ha de ser preferido a todas las riquezas de este mundo (vv. 10, 11): *«Recibid mi instrucción y no la plata,* es decir, preferid mi instrucción a cualquier riqueza de este mundo». No sólo es preferible la sabiduría a la plata y al oro, sino también *a las piedras preciosas y a cuanto se puede desear.* Además de ser de mayor valor, también se ofrece a mejor precio, pues se obtiene gratis.

Versículos 12–21

1. La sabiduría divina da a los hombres buena cabeza (v. 2): *«Yo, la sabiduría, habito con la cordura».* Así que quien se familiariza con la aquí personificada sabiduría, se familiariza también con esa cualidad tan deseable. Esa cordura no se aprende en los teoremas de los matemáticos ni en los axiomas de los filósofos ni en las normas de los estadistas, sino en las verdades de la Palabra de Dios.

2. También da a los hombres buen corazón (v. 13): El principio de la sabiduría y del conocimiento es el temor de Dios (1:7; 9:10. V. también Job 28:28; Sal. 111:10; Ec. 12:15). Y el que teme a Dios, *aborrece el mal* (v. 13); especialmente, *el orgullo, la arrogancia, el mal camino y la boca perversa,* que son los pecados más peligrosos.

3. Tiene gran influencia en los asuntos públicos (v. 14); *consejo, acierto, inteligencia y poder* son cualidades de incalculable valor para quienes están en puestos de autoridad; quienes carecen de estas virtudes conducen la sociedad al desastre político, social y económico. Por eso, añade (vv. 15, 16): *«Por mí reinan los reyes, etc.»,* es decir, por ella reinan con tino, tacto, justicia y equidad. De los gobernantes que temen a Dios puede y debe esperarse que conduzcan rectamente los asuntos públicos.

4. Hace dichosos a los que la reciben (vv. 17–21). Estos versículos vienen a ser una ampliación de lo dicho en los versículos 10 y 11. *«Yo amo a los que me aman»* versículo 17. Así se lee en todas las versiones, aunque el texto hebreo dice: *«la aman»).* Los que *«madrugan»* (v. 17b) para buscar la sabiduría son los que no perdonan esfuerzo, estudio y oportunidades para alcanzarla. Los rabinos dicen: «Si alguien asegura: "Yo me esforcé y no la hallé", no le creáis». Se otorga especialmente a los que con interés y fe la suplican a Dios en oración (Stg. 1:5 y ss.). Las riquezas que la sabiduría ofrece son *«duraderas»* (v. 18), pues van acompañadas de *justicia,* y por eso, son las únicas que se reconocen válidas en la aduana de los cielos (v. Ap. 14:13) y forman parte de la *heredad* (v. 21) incorruptible a la que se refiere el apóstol Pedro (1 P. 1:4). Es una dicha que subsiste por sí misma, inserta en la persona misma, sin el soporte de conveniencias o circunstancias exteriores. Las cosas eternas y espirituales son las únicas que poseen solidez real y sustancial; no sólo llenan las manos, sino también *las arcas.* Los bienes de este mundo pueden *llenar el vientre* (Sal. 17:14), pero no las arcas, pues no pueden conservar por muchos años sus bienes.

Versículos 22–31

Aquí la sabiduría aparece personificada con propiedades y acciones netamente personales y, aun cuando pueda hablarse de una personificación poética, no cabe duda de que esta porción forma el trasfondo de Juan 1:1 y ss. Viene, pues, a ser una anticipación de la doctrina claramente revelada en el Nuevo Testamento acerca del Verbo de Dios, y en este sentido podemos interpretar esta porción. Con respecto a este Verbo de Dios, obsérvese:

1. Su personalidad distinta; es uno con el Padre (Jn. 10:30), pero es persona distinta de la del Padre. *«En el principio»* (v. 22, comp. con Jn. 1:1), antes de que formase la tierra (v. 23), los abismos, esto es, las aguas de los océanos (v. 24) y los mismos cielos (v. 27), allí estaba ya la sabiduría el Verbo, *poseído* (v. 22), *instalado* (probable sentido del v. 23) y *engendrado* (vv. 24, 25) por Dios.

Si allí estaba ya *en el principio,* antes de la creación del Universo y, por tanto, antes del tiempo, está claro que existía desde la eternidad, sin conocer comienzo.

2. Su intervención en la obra creadora de Dios. No sólo tenía su ser antes de la creación del mundo, sino que estaba presente en tal creación y su presencia era, no la de un espectador, sino la de un arquitecto. El Verbo es el *ordenador* del Universo (v. 30), puesto que, en Él, por Él y para Él fueron hechas todas las cosas (Col. 1:16, 17). Él es el arquitecto y el plano. Cuando en el primer día de la creación, dijo Dios: *«¡Haya luz!»* (Gn. 1:3), este Verbo era su Palabra omnipotente. Igualmente intervino en la creación de todo lo demás: *«todo»* (v. 30).

3. La suma complacencia que en Él tuvo el Padre, y Él en el Padre: *«Era su delicia de día en día, etc.»* (v. 30b). En Él ha tenido siempre su complacencia Dios (Lc. 3:22, entre otros lugares). Siempre hizo lo que veía hacer al Padre (Jn. 5:19) y lo que al Padre agradaba (Jn. 8:29), obró conforme al mandamiento que había recibido del Padre (Jn. 10:18), y en Él tenía el Padre contentamiento (Is. 42:1). Puede también entenderse de la satisfacción que mutuamente sentían con referencia a la gran obra de la redención del hombre. En efecto, vemos que la Sabiduría se deleitaba en *los hijos de los hombres,* más bien que en los más ricos productos de la tierra.

Versículos 32–36

Aplicación del discurso de la Sabiduría; su designio y tendencia es incitar a todos a someterse a las leyes religiosas y a rectificar todo lo que no marcha bien en nuestro corazón y en nuestra vida.

1. Exhortación a escuchar y obedecer la voz de la Sabiduría, y poder así discernir la voz de Cristo, como conocen las ovejas la voz de su pastor: *«Ahora, pues, hijos, oídme»* (v. 32). Que lean la palabra escrita, que se sienten bajo la palabra predicada, que bendigan a Dios por ambas y le oigan en ambas porque les habla a ellos. Que los hijos de la Sabiduría la justifiquen escuchándola. Oigamos las palabras de la Sabiduría con corazón bien dispuesto (v. 33): *«Atended mi instrucción* (hebr. *musar) … No la menospreciéis,* como si no la necesitaseis. Se os ofrece como un gran beneficio y corréis un grave peligro si la rehusáis. Hemos de buscar y escuchar la voz de la Sabiduría *velando a sus puertas cada día* (v. 34), como mendigos para recibir una limosna, como clientes y pacientes para recibir un buen consejo, y como siervos para esperar con humildad lo que el amo se digne darnos o mandarnos.

2. Seguridad de felicidad para todos los que escuchan a la Sabiduría. Hallarán lo que buscan. ¿Recibirán recompensa si la hallan? Sí (v. 35): *«El que me halle, hallará la vida»* (comp. 1 Jn. 5:12), es decir, todo bien que pueda necesitar o desear.

3. La sentencia pronunciada contra los que rechazan las exhortaciones de la Sabiduría (v. 36): Se arruinan a sí mismos, y la Sabiduría no lo va a impedir, por cuanto se han negado a escucharla; han actuado en rebelión contra Dios y en contradicción a los propósitos de Dios, que son para vida y no para muerte.

CAPÍTULO 9

Cristo y el pecado rivalizan por apoderarse del corazón del hombre. El objeto de este capítulo es poner delante de nosotros la vida y la muerte, el bien y el mal; y basta con proponer la alternativa en sus términos precisos para que podamos decidir lo que hemos de escoger. I. Cristo, bajo el nombre de la Sabiduría, nos invita a su banquete para entrar en comunión con Él (vv. 1–6) y, después de predecir las diferentes respuestas a su invitación (vv. 7–9), muestra lo que requiere de nosotros (v. 10) y lo que nos tiene preparado si aceptamos (v. 11), luego deja a nuestra elección lo que hemos de hacer (v. 12). II. El pecado, bajo la caracterización de una mujer insensata, nos invita también a su festín (vv. 13–16), presentándolo muy atractivo (v. 17). III. Pero Salomón nos advierte de lo que le espera al que acepta la invitación del pecado.

Versículos 1–12

La Sabiduría es presentada aquí como una reina magnífica, grande y generosa. El vocablo está en plural *(«sabidurías»)*, lo mismo aquí (v. 1) que en 1:20; es, con toda probabilidad, plural de intensidad y perfección, pues en Cristo *están escondidos todos los tesoros de la sabiduría* (Col. 2:3).

1. La rica provisión que la Sabiduría ha hecho para la recepción de cuantos deseen ser sus discípulos. (A) La recepción se va a celebrar en un majestuoso, regio, palacio (v. 1). Al no hallar una casa lo bastante espaciosa para todos sus invitados, ha edificado ex profeso este gran palacio y *ha labrado sus siete columnas.* Siete es número de perfección. Según Cohen, se indica aquí «una mansión edificada en torno a un patio, con la estructura del edificio sostenida por tres columnas en cada lado y una en el centro del tercer lado, que da cara al espacio abierto que es la entrada». Podemos ver aquí una prefiguración del banquete de bodas del Cordero (Ap. 19:7–10) y de las mansiones preparadas en la casa del Padre para los creyentes (Jn. 14:2, 3). (B) Allí se va a celebrar un opíparo banquete (v. 2): *«… Mató sus víctimas, mezcló su vino y puso su mesa».* Es una mesa bien preparada, con todas las satisfacciones que un alma pueda desear: justicia y gracia, paz y gozo, la seguridad del amor de Dios, la consolación del Espíritu y todas las garantías y arras de la vida eterna.

2. La generosa invitación que hace, no a unos pocos, especiales, amigos, sino a todos en general (v. 3): *«Envió sus criadas a invitar».* Los ministros del evangelio son comisionados a dar noticia de las preparaciones que Dios ha hecho, en el pacto eterno, para todos los que quieran atenerse a los términos del mismo. Han de predicarlo con pureza virginal, sin corromperse a sí mismos ni a la Palabra de Dios y con exacta observancia de las órdenes que les han sido dadas, y exhortar a *todos* a venir al banquete que la Sabiduría *ha preparado* (comp. con Lc. 14:17, 23). Hay invitación especial para *los faltos de cordura* y para los *simples* (vv. 4–6). La Sabiduría urge a éstos con su invitación, pues son los que más la necesitan. ¿Y quién podrá decir que tiene una mente sana del todo? Equivaldría a decir que *no tiene pecado* (1 Jn. 1:8). Somos, pues, invitados *todos* a su mesa (v. 5, comp. con Is. 55:1): *«Venid, comed de mi pan,* es decir, de mis exquisitas viandas», pues viandas exquisitas son el conocimiento, el temor y el amor de Dios. Apropiándonos por fe las promesas del Evangelio, nos alimentamos de las provisiones que Cristo ha preparado para las almas perdidas. Pero hemos de romper con el pecado (v. 6): *«Dejad las simplezas y viviréis».* Como si dijese: «No os contentéis con vivir como animales; vivid como hombres; vivid espiritualmente y viviréis eternamente» (Ef. 5:14).

3. Instrucciones que da la Sabiduría, tanto a los ministros del evangelio como a todos los que, en sus respectivos lugares, se esfuercen en servir a los designios de ella. Su trabajo ha de consistir, no sólo en

notificar en general los preparativos hechos para las almas, sino que deben dirigirse en particular a los individuos, *corrigiendo, reprendiendo, enseñando* (vv. 7–9), pues ése es el objetivo de la Palabra de Dios (v. 2 Ti. 3:16, 17). Sin embargo, añade (v. 9): *«No reprendas al escarnecedor»*, puesto que *al escarnecedor* (v. 15:12, el mismo vocablo que aquí) *no le gusta que le reprendan.* Así también dijo Cristo a sus discípulos, refiriéndose a los fariseos: *«Dejadlos»* (Mt. 15:14. V. también Mt. 7:6). Hallarán también a otros dispuestos a escuchar. ¡Gracias a Dios que no todos son escarnecedores! El sabio bien corregido se hace más *sabio* (v. 9); crecerá en conocimiento y en gracia.

4. Instrucciones que las criadas enviadas por la Sabiduría han de inculcar en los invitados: (A) Han de enseñarles en qué consiste la verdadera sabiduría (v. 10): *«El principio de la sabiduría es el temor de Jehová»*, afirmación semejante a la de 1:7, pero con dos variantes que expone así Cohen: «Se emplea una palabra diferente para *principio;* aquí significa el requisito esencial; allí denota el principal ingrediente». *Sabiduría* sustituye a *conocimiento* por adaptarse mejor al contexto que se refiere al «sabio». Esta es, pues, la condición esencial para alcanzar la sabiduría. (B) Han de darles a conocer los beneficios que procura esta sabiduría (v. 11): *«Porque por mí se aumentarán tus años»*, es decir, contribuirá a la salud del cuerpo, con la consiguiente longevidad. (C) También han de darles a conocer las consecuencias de aceptar o de rechazar esta invitación (v. 12): *«Si eres sabio, para tu provecho lo serás.; tú* serás el ganador, no la Sabiduría; y *si eres escarnecedor, lo pagarás tú solo».*

Versículos 13–18

Veamos ahora las mañas de que se sirve el tentador para desviar a los ignorantes por las sendas del pecado.

1. Quién es el tentador—*«la mujer de insensatez»* (v. 13. Lit.). Así como la Sabiduría aparece personificada en una mujer, también la necedad aparece personificada en otra mujer. Se la describe como *simple e ignorante,* además de *alborotadora* (el mismo vocablo de 7:11). Bien le cuadra el epíteto de *insensatez,* pues profana la mente y llena de estupidez la conciencia. ¿Qué otra cosa puede hacer, si es *simple e ignorante? «Se sienta en una silla a la puerta de su casa* (v. 14) y, como la Sabiduría, también se coloca *en los lugares altos de la ciudad»* para ser vista y oída por todos.

2. Quiénes son los tentados—jóvenes que han sido bien educados y van por el camino de la religión y de la virtud: «… *van por sus caminos derechos»* (v. 15); al revés que el joven de 7:8, *no va camino de la casa de ella.* Pero son jóvenes inmaduros, *simples y faltos de cordura* (v. 16) y, por eso, son fácil presa de la insensatez, la cual les invita a venir a su escuela para que se curen del freno y de las formalidades de su religión.

3. Cuál es la tentación—*«las aguas hurtadas son dulces y el pan comido en oculto es sabroso»* (v. 17). Agua y pan, eso es todo, mientras que la Sabiduría invita a comer de los animales que ha matado y a beber del vino que ha mezclado. Sin embargo, el pan y el agua son suficientes para quienes tienen hambre y sed, especialmente cuando son hurtados y se toman en secreto por miedo a ser descubiertos. El fruto prohibido siempre atrae más que el fruto permitido.

4. Un antídoto efectivo contra la tentación (v. 18). El que carece de cordura y es desviado del camino recto por oír los cantos de sirena de la insensatez, se precipita a sí mismo, en su ignorancia, a una ruina inevitable: *«No sabe el hombre que allí están los muertos»* (lit. *las sombras).* Es decir, no se ha dado cuenta de que la casa de la insensatez es la puerta que conduce al Seol.

CAPÍTULO 10

Hasta ahora nos hemos hallado en el pórtico o prefacio de los proverbios. Ahora comienzan. Son frases breves, pero sentenciosas, serias; la mayor parte de ellas son dísticos, es decir, dos frases en un solo versículo, iluminándose mutuamente; pero raras veces se halla entre los versículos suficiente coherencia como para distribuirlos en secciones. Así que los consideraremos por separado. Gran parte de los proverbios de este capítulo tratan del buen gobierno de la lengua.

Versículo 1

El consuelo de los padres depende, en gran medida, de la buena conducta de sus hijos. Los hijos deben comportarse sabiamente y vivir conforme a la buena educación que se les ha dado, para alegrar así el corazón de sus padres. También ellos pueden alegrarse de que, de esta manera, hacen algo para recompensar a sus padres de los cuidados y fatigas que se tomaron con ellos.

Versículos 2–3

Estos dos versículos persiguen un mismo objetivo. Las riquezas mal adquiridas *no serán de provecho;* al menos, no lo serán *en el día de la ira* (comp. con 11:4). Así que, por grande que sea la ganancia material adquirida de esta forma, nunca podrá compararse con la pérdida colosal que le espera (Mt. 16:26). En cambio, *la justicia libra de la muerte.* El vocablo hebreo *tsedakah*, justicia, pronto recibió el significado especial de «beneficencia» (comp. con Dn. 4:24). Esto no quiere decir que las limosnas puedan procurar al hombre la salvación, sino que son como un escudo que defiende contra el ángel exterminador y hacen que el castigo de Dios no sea tan fuerte ni llegue tan pronto. Dios *rechaza* (lit. *arroja) la ambición* (lit. *el deseo) de los malvados* (v. 3). Muchas veces, la justicia de Dios esparce lo que la injusticia del hombre ha reunido.

Versículo 4

Por el camino de la pobreza caminan los perversos. Ordinariamente, los perezosos acuden al fraude, al robo, etc., para hacerse con dinero, pero al ser descubiertos, se encuentran con la infamia, junto con la miseria. El cuarto mandamiento del Decálogo (Éx. 20:9–11) da la misma importancia, o mayor, al trabajo de los seis días que al descanso del sábado. En los proverbios, se tiene en cuenta especialmente la ociosidad como causa de pobreza. *«El que no trabaje, que no coma»* era ya un aforismo rabínico que el apóstol recogió (2 Ts. 3:10).

Versículo 5

Este proverbio guarda conexión con el anterior y nos recuerda lo de 6:6–11. Los que aprovechan las oportunidades para proveerse de lo que les será necesario después, *recogen en el verano,* que es el tiempo de la cosecha. Éste es *«hijo de sensatez»* (lit.). En cambio, *el que duerme en verano,* que es cuando tendría que recoger para el invierno, *es hijo de vergüenza* (lit.), pues es un hijo insensato, cuya insensatez se descubrirá especialmente cuando llegue el invierno.

Versículo 6

Gran variedad de bendiciones descenderán de arriba (v. Stg. 1:17) y se posarán visiblemente sobre la cabeza del justo. Le servirán de diadema para dignificarle y de yelmo para protegerle. La segunda parte, repetida en el versículo 11b, puede traducirse de dos modos complementarios: *«La boca de los malvados esconde violencia»,* en el sentido de tramar la ruina de sus prójimos; o, *«La violencia cubre la boca de los malvados»,* en el sentido de que la violencia engendra violencia que recae sobre los que comenzaron a practicarla.

Versículo 7

Tanto el justo como el malvado han de morir cuando se les cumpla el tiempo. En el sepulcro, no se aprecia diferencia visible entre los cuerpos de unos y otros; pero entre el alma de unos y la de otros hay una gran diferencia. Los justos dejan tras de sí recuerdos de bendición, pues los que honran a Dios serán honrados por Dios (v. Sal. 112:3, 6, 9), y deber de los sobrevivientes es honrar la memoria de los justos. Los malos, en cambio, serán olvidados o recordados con odio y desprecio.

Versículo 8

El obediente tendrá por privilegio estar bajo el gobierno de otros y que le señalen su deber. En esto está su sabiduría, pues será estimado y promovido, respetado y querido. En cambio, *el necio de labios* (lit. como en el v. 10) *corre a la ruina,* pues con tanto hablar sin sentido, no trabaja, ni obedece ni escucha el buen consejo; con ello, nunca aprende, sino que cambia constantemente de oficio, siempre fracasa y acaba en ruina.

Versículo 9

La integridad es garantía de seguridad; en cambio, *el que pervierte sus caminos será descubierto,* pues, tarde o temprano, se darán cuenta los demás de que sus caminos eran torcidos, pues algún día le sobrevendrá la desgracia. El hombre íntegro goza de la bendición de Dios y puede caminar por la vida con humilde osadía, bien armado contra las tentaciones de Satanás, las tribulaciones del mundo y los reproches de los hombres. La deshonestidad de una persona redundará en su propia infamia; *será descubierto.*

Versículo 10

Guiñar el ojo es uno de los gestos que descubren al malvado (6:13) en sus planes maliciosos contra alguna persona, y causa así *disgustos,* no sólo a la persona perjudicada, sino también a sí mismo cuando de algún modo se descubren sus tramas, y a sus cómplices con quienes se confabula por medio de tales gestos. Quizá tarde más en caer que *el necio de labios,* pero su caída será peor, pues todos aborrecen más al perro que muerde sin ladrar, que al que ladra sin morder.

Versículo 11

¡Cuán beneficioso es el hombre bueno, pues comunica su bondad! *Su boca,* la puerta de salida de la mente, *es manantial de vida;* es una fuente que mana palabras de edificación, de consuelo, de consejo, de refrigerio. Para la segunda parte, véase lo dicho en el versículo 6b.

Versículo 12

El gran sembrador de males es el odio, el cual, aun sin ser provocado, busca ocasiones de hacer el mal, de sembrar rencillas entre amigos y aun entre hermanos, y es causa de divisiones, riñas y guerras. El odio es hijo del egoísmo y de la envidia, y padre de todos los demás males. Goza en hacer el mal y se irrita ante el bien, la paz, la virtud. En cambio, el amor es el gran sembrador de bienes. Procura la paz y excusa las faltas de los demás. Tiende a echar todo a buena parte y así *cubre* (de modo que no se vean) *todas las faltas* (comp. con 1 Co. 13:4). Así se ha de entender siempre este proverbio, que vuelve a ocurrir en 17:9, Santiago 5:20; 1 Pedro 4:8. El amor, en lugar de proclamar y presentar como más grave la ofensa, la excusa tanto como puede ser excusada. Y, cuando no se puede negar el hecho, tiende a pensar que no hubo mala intención, sino que fue un descuido.

Versículo 13

Gran honor es para un buen hombre ser sabio, pero todavía mayor servir de instrumento para hacer sabios a otros. Dice Gerondi: «De los labios de una persona que tiene el suficiente discernimiento para trazar distinciones correctas entre lo que está bien y lo que está mal, entre la verdad y el error, pueden oírse palabras de sabiduría concernientes incluso a materias que él no aprendió». En cambio, los que carecen de esta cualidad necesitan ser llevados por la fuerza en la dirección que deben tomar, como hace el jinete para conducir y apresurar (o frenar) a la cabalgadura.

Versículo 14

1. Es propio de sabios hacerse con un buen almacén de conocimientos útiles, *atesorándolos* para no olvidarlos y para emplearlos en el momento oportuno. Precisamente *se halla la sabiduría en sus labios* (v. 13), porque está atesorada en el corazón. 2. Es de necios hablar mucho, pues así descubren la necedad que llevan en el corazón; esta necedad no es simplemente ignorancia, sino que lleva maldad, por la que causan daño a otros y a sí mismos.

Versículo 15

Los ricos se consideran felices a sí mismos por los bienes materiales que poseen, pero es un error. En su opinión, *las riquezas son su ciudad fortificada,* pero no pueden protegerles del peor de los males. Los pobres, por su parte, se consideran desgraciados por carecer de la mayoría de las cosas que poseen los ricos; pero también se equivocan, pues una persona puede ser feliz contentándose con poco y poseyendo una buena conciencia. Así se vive por fe, que no es lo mismo que vivir por ocio.

Versículo 16

La obra (mejor, lo que se gana con esfuerzo honesto) *del justo es para vida,* entendiendo primordialmente este vocablo en el sentido de 27:27: *«mantenimiento»* para sí y para los suyos, aun para dar a otros que estén más necesitados (Ef. 4:28). En cambio, *el fruto* (ya sea del trabajo o adquirido de otra manera) *del impío es para pecado,* pues le sirve de combustible para su orgullo y su lujuria, y le hace daño en lugar de bien.

Versículo 17

Por buen camino van los que no sólo reciben instrucción, sino que también la retienen para gobernarse por ella, así como para poder con ella instruir a otros. Por mal camino van los que rechazan la instrucción; no quieren que se les diga cuáles son sus obligaciones, porque así se les descubre lo mal que las cumplen. El viajero que equivoca su camino y no consiente en que se le muestre la verdadera dirección, no puede menos de *errar el camino de la vida.*

Versículo 18

Este versículo presenta, a primera vista, cierta anomalía, pues no se halla el consabido contraste entre el bueno y el malo, pero es probable que Salomón quisiera aquí contraponer dos extremos igualmente viciosos: La hipocresía en que la necedad y la maldad se encubren por medio del disimulo y de la adulación—*«labios mentirosos»*—y la abierta *propagación de calumnias,* igualmente maliciosa y más dañosa todavía. Dice Cohen: «Solamente una persona sin seso se entrega a tales prácticas, porque el hombre de sentido común sabe que, tarde o temprano, se conocerá la verdad».

Versículo 19

De ordinario, los que hablan demasiado dicen cosas que no deberían decir, pues entre muchas palabras no pueden faltar palabras ociosas. Hay personas a quienes les gusta oírse a sí mismas y ni se percatan del tedio que causan a los que las oyen. Es, pues, señal de prudencia poner freno a la lengua. Por algo le puso Dios doble puerta: una de hueso, los dientes; otra de carne, los labios.

Versículos 20–21

El valer del hombre no está en su riqueza ni en su posición social, sino en su virtud. Los hombres buenos son buenos para algo. Mientras tengan lengua para hablar, pueden usarla para cosas de valor. *Plata escogida,* es decir, refinada y libre de escoria, *es la lengua del justo,* porque es sincero, sin la escoria del engaño o de la mala intención. Los que le oigan serán hechos ricos en sabiduría, serán *apacentados* con sano alimento del alma, pues reciben doctrina sustanciosa, sacada de la Palabra de Dios,

que es pan de vida. En cambio, los malos no son buenos para nada: *el corazón de los impíos es como nada,* es decir, no tiene valor alguno; sus principios, sus nociones, sus pensamientos y propósitos y todas las cosas de que está lleno y le gustan, son cosas mundanas y carnales y, por tanto, de ningún valor.

Así que no sólo no apacienta a otros, sino que *muere* por falta de alimento espiritual.

Versículo 22

La mayoría de los hombres tienen puesto el corazón en las riquezas materiales, pero generalmente yerran, tanto en la naturaleza de la cosa que desean como en el modo con que esperan obtenerla. La riqueza deseable ha de esperarse no por medio de la codicia y del afán mundano (Sal. 127:2), sino por *la bendición de Jehová.* Esta es la que enriquece y *no añade tristeza,* pues, al ir acompañada de la bendición de Dios, libra al hombre de las ansiedades y preocupaciones que lleva consigo una fortuna mal adquirida.

Versículo 23

Para el insensato, el pecado es una diversión. Hasta se burla de las admoniciones y exhortaciones que se le hacen (comp. 14:9). En cambio, el sabio encuentra su recreo en la sabiduría misma. No le cuesta trabajo ser bueno, puesto que ama la bondad.

Versículos 24–25

1. A los malvados les irá peor de lo que temen; a los buenos, mejor de lo que desean., Aunque los malvados vivan confiados en su maldad y hasta se jacten de ella, no dejan de sufrir a veces serios temores. En cambio, los justos pueden acallar prontamente los temores que a veces puedan sufrir, pues saben que Dios les ama y les concede lo que más les conviene. Se les concede de acuerdo con su fe, no con su miedo (v. Sal. 37:4).

2. La prosperidad de los malvados se acabará pronto y rápidamente, mientras que la dicha de los justos no tendrá fin.

Versículo 26

Los perezosos no son aptos para que se les encargue ningún asunto de importancia. Un siervo perezoso causa a su amo una irritación parecida a la que produce *el vinagre en los dientes y el humo en los ojos.* Más de un amo ha tenido que llorar por haber puesto su negocio en manos de un haragán.

Versículos 27–28

La religión sincera prolonga la vida del hombre y corona sus esperanzas y, si sus días no llegan a ser muchos, al menos serán buenos, pues *la esperanza de los justos es alegría,* ya que *no avergüenza* (v. Ro. 5:5), pues tiene cumplimiento seguro. En igualdad de condiciones, la vida del malvado es más corta que la del justo, pues la merman los vicios.

Versículos 29–30

La fuerza y la estabilidad están ligadas a la integridad: *El camino de Jehová es fortaleza para el hombre íntegro,* es decir, todo lo que Dios hace por él le fortalece y corrobora en su integridad, incluso en los momentos adversos. La buena conciencia, purificada del pecado, le confiere santa osadía.

El *gozo de Jehová,* que sólo se halla en *el camino de Jehová,* será nuestra fuerza (Neh. 8:10) y, por tanto, *el justo no será removido;* no será sacudido ni retirado de su sitio. En cambio, la ruina y la destrucción son las consecuencias ciertas de la impiedad.

Versículos 31–32

La prueba y la alabanza de la bondad de un hombre está en que habla bien y con sabiduría, ya que su boca produce sabiduría de la misma manera que un buen árbol produce su fruto para beneficio de quien lo come. *Los labios del justo conocen lo que es aceptable* (lit.), lo que es agradable a Dios, bueno para ellos mismos y beneficioso para el prójimo. En cambio, *la lengua del malo será cortada.* Dice J. J. Serrano: «será cortada como se corta el agua, para que no fluyan por medio de ella los engaños que de ella brotan naturalmente».

CAPÍTULO 11

Versículo 1

Nada más ofensivo a Dios que el fraude en el comercio. Se menciona aquí *el peso falso* en representación de todas las prácticas injustas y fraudulentas en el trato con otras personas. *Es abominación a Jehová.* Los hombres suelen tener en poco tales fraudes y piensan que todo está bien cuando se trata de ganar dinero. *Mas la pesa cabal le agrada.* Nada agrada tanto a Dios como el trato honesto y justo, y nada hay tan necesario para hacer que nosotros y nuestras devociones agraden a Dios.

Versículo 2

El orgullo es una vergüenza para el hombre, el cual ha sido formado del polvo de la tierra, vive de limosna, ya que depende de Dios en todo y, con el orgullo, pierde el derecho a poseer todo lo que tiene. El altivo se hace a sí mismo despreciable; es un pecado por el que Dios, con mucha frecuencia, abate a los hombres hasta lo más bajo, como hizo con Nabucodonosor y Herodes, cuya ignominia vino inmediatamente después de su vanagloria. Así como en el orgullo hay necedad, pues acarrea deshonra, *con los humildes está la sabiduría.* El vocablo hebreo para «humilde» Sólo ocurre aquí y en Miqueas 6:8, porción sublime.

Versículo 3

La integridad de un hombre honrado será su guía segura. Sus principios son fijos, su norma es cierta y, por eso, su camino es llano y libre de peligros; su sinceridad le mantiene firme y no tiene por qué cambiar de rumbo por muchas vueltas que de el camino, pues le basta la brújula de su buena conciencia. En cambio, la perversidad del pecador es su ruina, por muy seguro que él se crea.

Versículo 4

En el día de la ira, cuando Dios visite con juicio de condenación al pecador, de poco le servirán todas las riquezas que haya acumulado: no le evitarán el golpe, ni le calmarán el dolor, menos aún, le sacarán el aguijón de la muerte. ¿Para qué, entonces, la hacienda, el poder y los títulos nobiliarios? Sólo una buena conciencia hará llevadero el día de la muerte. Es privilegio de los justos no ser dañado por la muerte segunda ni ser tan herido por la muerte primera.

Versículos 5–6

Estos dos versículos tratan del mismo asunto que el versículo 3 Los caminos de la religión sincera son llanos y seguros, y en ellos se goza de una santa seguridad. *La justicia del justo* será su blasón y su defensa, para librarles de las seducciones, lo mismo que de las amenazas, del diablo y del mundo. Pero los malvados encontrarán en su pecado su castigo.

Versículo 7

Como dice Cohen, *«el hombre impío* suele indicar, en Salmos y Proverbios, el malvado que está en posición de autoridad e influencia de las que abusa para actuar ilegalmente. Cuando él muere, no sólo perece su esperanza (el "su" no está en el hebreo), sino la de los malhechores que con él tenían amistad y, por eso, quedaban impunes». Esta es la interpretación más probable de este versículo.

Versículo 8

Los buenos son sacados de los apuros en que se creían perdidos, y sus pies son colocados en amplio espacio (v. Sal. 34:19; 66:12). Dios tiene siempre medios de librar a los suyos cuando se hallan a un paso de la desesperación. En cambio, los malvados caen en fosos de los que se creían libres. Recuérdense los casos de Mordecay (Mardoqueo, en nuestras versiones) y Amán, de los amigos de Daniel en el horno de fuego, y del propio Daniel en el foso de los leones, así como del apóstol Pedro en la cárcel. Mientras los israelitas hallaron la liberación a través del mar Rojo, los egipcios hallaron allí su cementerio.

Versículo 9

Dice el refrán que más mató la lengua que la espada. Pero no hay lengua tan dañina como la del hipócrita, pues la espada del calumniador se ve venir, pero la del adulador da la puñalada por la espalda; añade así a la maldad traición.

El único remedio contra esta perversidad es el *conocimiento* (lit.) con el que los justos pueden penetrar, a través de la adulación, en la falsedad de los impíos.

Versículos 10–11

Estos versículos nos presentan el contraste entre los bienes que produce un buen gobierno, al escalar los buenos los puestos de poder y responsabilidad, y los males que produce la charlatanería de unos cuantos demagogos que embaucan a las masas y, con promesas de falsa libertad, abren las compuertas de toda clase de desórdenes y desmanes. Los malos pueden llegar a ser temidos, pero nunca amados, por eso hay regocijo casi general cuando ellos desaparecen.

Aun el bien o el mal de las personas particulares tienen influencia en la sociedad, pero la tienen sobre todo la bondad o la maldad de las personas que ocupan el poder.

Versículos 12–13

Se recomienda el silencio como ejemplo de verdadera amistad. El que tiene prudencia y entendimiento, sabe controlarse a sí mismo y calla aun en el caso de ser provocado, a fin de no dar rienda suelta a su pasión ni encender la pasión de los otros mediante palabras dichas en un momento de emoción malsana.

Pero el que carece de entendimiento, lo demuestra precisamente en esto: habla sin reflexionar y, a la menor provocación, llama a su prójimo *"raca" o "insensato"* o palabras peores en el lenguaje moderno. Una de las personas más peligrosas y odiosas es la que *anda en chismes y divulga secretos* (comp. con 20:19 y véase Lv. 19:16). No hay peste tan mala como la de esta clase de personas, pues promueven discordias, ocasionan odios entre vecinos y parientes y son causa de los peores males.

Versículo 14

Al comparar este versículo con 24:6, se advierte un contexto de guerra, de caída en manos del enemigo o de liberación de las manos de éste; en una palabra, de caída física más bien que de moral. Sin embargo, el proverbio tiene aplicación en todas las áreas. Donde hay buena dirección, hay éxito; donde no la hay, ha de temerse el fracaso. Pero, como dice nuestro refrán, «cuatro ojos ven mejor que dos», por lo que *en la multitud de consejeros hay seguridad.* Se sobrentiende que estos consejeros son competentes, honestos y generosos; de lo contrario, el número sólo sirve para aumentar la confusión. Basta con recordar el caso de Roboam.

Versículo 15

Se insiste ahora en algo que ya vimos en 6:1 y ss. Parece ser que el caso era corriente cuando Salomón escribió este libro; «*De seguro sufrirá daño* (lit.) *el que sale fiador por un extraño.* En cambio, el que evita lanzarse precipitadamente a este peligro, vivirá tranquilo, sin que le preocupe la responsabilidad que la fianza comporta, ni el riesgo de la bancarrota, que no sólo le afectaría a él, sino también a su familia.

Versículo 16

El sentido de este versículo en el hebreo (no en los LXX) es: *La mujer agraciada,* más por su prudencia que por su hermosura física, *alcanzará honor* (comp. 31:30), mientras que *la fuerza bruta de los hombres sólo alcanza riquezas* materiales. El proverbio, pues, muestra dónde está la verdadera fuerza del sexo débil, así como la debilidad del sexo fuerte.

Versículo 17

El hombre de bien, compasivo, benigno, generoso, se hace bien a sí mismo, pues tiene el placer del deber cumplido y de contribuir al bienestar de sus prójimos; su propio carácter se enriquece con el ejercicio de su bondad, mientras que *el cruel se atormentará a sí mismo* (lit. su *carne,* en contraste con su *alma* en el primer estico), puesto que en el pecado lleva la penitencia.

Versículo 18

Se llama aquí *falso* al jornal del malvado, no porque lo haya ganado injustamente, sino porque sólo posee valor temporal; así que edifica sobre arena; se mostrará su falsedad cuando venga la tormenta. En cambio, *el que siembra justicia tendrá* un *galardón* tan *firme* como la verdad en que se apoya (lit. *galardón de verdad).*

Versículo 19

Este versículo parece confirmar y remachar lo dicho en los anteriores, pues la mejor traducción del adverbio inicial *(ken)* es «sí» (comp. Jos. 2:4), con lo que el proverbio, como dice Cohen, ofrece una enseñanza que nos es familiar en este libro: «la justicia prolonga la vida; la maldad la acorta».

Versículo 20

Nos interesa saber qué es lo que Dios odia y ama, para conducirnos de acuerdo con ello. Al ser Dios la santidad infinita, necesariamente ha de amar al *de camino intachable,* mientras que *los perversos de corazón* le resultan *abominables* (más aún, *abominación).* En hebreo, se nota el contraste entre los «íntegros» *(temimey)* y los «torcidos» *(iqshey).*

Versículo 21

Este versículo comienza literalmente: *«¡Mano a mano!»* (expresión que se halla también en 16:5b) y cuyo sentido es: *«¡Te lo aseguro!»* El origen de la expresión hebrea ha de hallarse en la costumbre de chocar la mano para confirmar un asunto entre dos personas. Se expresa así la seguridad que el escritor tiene sobre la enseñanza que ofrece al decir que (tarde o temprano) *el malo será castigado,* mientras que la *simiente* (lit.) *de los justos será librada,* esto es, escapará del castigo. Aunque es posible que se quiera dar a entender que la justicia de los padres traerá bendición a su descendencia, la comparación que aquí se hace favorece a la opinión que ve en el vocablo *zéra* algo parecido al término «generación», perífrasis corriente (todo es aquí nota del traductor).

Versículo 22

Muy expresiva es la comparación de una *mujer hermosa,* pero *sin seso* (lit. *sin* (buen) *gusto),* con un *anillo de oro en el hocico de un puerco.* Era éste un adorno corriente entre las mujeres orientales (v. Gn. 24:22; Is. 3:21), pero, fuera de lugar en el hocico de un cerdo. Esto da a entender, una vez más, que la hermosura es *accidental* en una mujer (comp. 31:30) y que lo sustancial en ella *es fe, amor, santificación y cordura* (1 Ti. 2:15). Más aún, la belleza sin virtud sólo sirve de incentivo para las bajas pasiones, propias y ajenas, y, por eso, una mujer bella sin seso vendrá a ser como *la puerca lavada* que, con anillo de oro en el hocico, *vuelve a revolcarse en el cieno* (2 P. 2:22).

Versículo 23

El justo desea solamente lo que es verdaderamente bueno, tanto para él como para otros; a nadie quiere hacer ningún mal; a todos desea lo mejor, especialmente el favor de Dios y el testimonio de una buena conciencia. Tendrán lo que desean (Sal. 37:4). Los malvados, en cambio, esperan y desean hacer mal a otros, pero el mal se volverá contra ellos mismos, pues atraen sobre sí la ira de Dios (comp. Ro. 1:18 y ss.).

Versículo 24

Una persona puede hacerse rica al administrar sus haberes con prudencia, dentro de la cual cabe emplear sumas razonables en obras de piedad y caridad, con lo que, en vez de menguar sus bienes, los aumentará, como el cereal se aumenta sembrándolo. Por el contrario, el hombre tacaño que llega a *retener más de lo que es justo,* ya sea por no pagar las deudas, por no aliviar a los pobres o por no proveer lo que es conveniente para la familia, *vendrá a pobreza,* pues carecerá de la bendición de Dios.

Versículo 25

El alma generosa, que ora por los demás, especialmente por los pobres y los afligidos, y procura proveerles de lo necesario, *será engordada* (lit.), conforme al uso de este vocablo para indicar prosperidad (comp. 13:4; 28:25 y Dt. 32:15, entre otros lugares). *El que riega* a otros con las corrientes de su generosidad, *también él será regado* (lit.). Ciertamente Dios devuelve abundantes aguaceros de bendición.

Versículo 26

Es pecado, cuando el grano está escaso, retenerlo con la esperanza de que se ponga más caro y obtener así en el mercado un subido beneficio. En cambio, Dios bendecirá y recompensará la honestidad y la generosidad del que lo vende a su justo precio para satisfacer las necesidades ajenas.

Versículo 27

El que madruga (lit.) para procurar el bien de su prójimo, se granjea la buena voluntad y el favor de sus semejantes; se hace de querer y, lo que es mejor, obtiene el favor de Dios. Pero *el que busca el mal* de otros (lo contrario de Est. 10:3), atraerá sobre sí el mal que busca.

Versículo 28

La virtud se mantiene en pie aunque caigan las riquezas, como un árbol que retoña y reverdece aunque lo hayan cortado. En cambio, el que se apoya en riquezas sin virtud, caerá sin remedio cuando caigan éstas y no volverá a levantarse.

Versículo 29

Se condenan aquí dos extremos en el modo de administrar los negocios de la familia: 1. La tacañería en el uso del dinero, la ansiedad en el negocio y el miedo, rayando en el pánico, a la bancarrota, hace que muchos siembren en sus familias el desorden. Al privar a sus familias de lo necesario por temor a gastar innecesariamente, hacen que el dinero les resulte prácticamente inservible. *Viento* es aquí, como en Jeremías 5:13 y frecuentemente, en Eclesiastés, símbolo de lo insustancial. 2. Por otra parte, el descuido y la falta de prudencia en la administración de los negocios llevan a la bancarrota, con lo que la persona así empobrecida, *necia,* llega a ser esclava de quienes tienen mejor sentido. Es probable, sin embargo, que la segunda parte del versículo sea una secuencia de la primera—nota del traductor—y que el sentido sea: al esforzarse en acumular riquezas de cuyos frutos no sabe gozar, se convierte prácticamente en un esclavo de quienes le hereden y, al ser más *sabios* que él, sabrán emplear mejor el dinero que recibieron.

Versículo 30

Los *justos* son como *árboles de vida* (comp. 3:18); los frutos de su piedad y caridad, de sus instrucciones, reprensiones, ejemplos y oraciones, así como su favor en el cielo y su influencia en la tierra, son como los frutos de ese árbol, que contribuyen al mantenimiento espiritual de muchos. Si son *sabios,* sus frutos son todavía mejores y más abundantes, pues, *ganan almas,* es decir, atraen a otros para darles buenos consejos y comunicarles sabiduría. No se trata aquí de la salvación eterna.

Versículo 31

Este es el único proverbio de Salomón que comienza con una nota de atención «*¡Mirad!»* (lit.), lo cual insinúa que contiene una verdad, no sólo evidente, sino eminente. El sentido del proverbio se comprende bien si se compara con 1 Pedro 4:18 y a la luz de la segunda parte del versículo: *El justo será retribuido,* en sentido de *castigado,* por el mal que haga y por el bien que deje de hacer en este mundo. Y si esto es así, *¡cuánto más el impío y el pecador!* Esto no significa—nota del traductor—que un determinado pecado sea menos grave en el hijo de Dios que en el pecador no convertido, sino que la práctica ordinaria del impío es el pecado, mientras que *el que es nacido de Dios, no practica el pecado* (1 Jn. 3:9); puede caer en él (1 Jn. 1:8, 10), pero no persevera en él.

CAPÍTULO 12

Versículo 1

Este proverbio dice literalmente: *«El que ama la instrucción* (hebr. *musar,* disciplina, corrección), *ama el conocimiento, y el que odia la reprensión* (hebr. *thokhájat,* reproche, reconvención) *(es un) bruto».* Puede traducirse invirtiendo los términos de la frase: *«El que ama el conocimiento, ama la instrucción, y el que es bruto odia la reprensión».* La idea no cambia por eso, ya que el sentido es siempre el siguiente: El que quiere conocer, desea ser instruido y corregido; mientras que el que odia la reprensión, demuestra ser una persona en la que los instintos propios del animal prevalecen sobre los elementos espirituales.

Versículo 2

Nuestro Padre Celestial juzga especialmente a sus hijos por el modo como se comportan con sus hermanos (comp. 1 Jn. 4:20); por consiguiente, un hombre *bueno,* misericordioso, caritativo, bienhechor, *atrae sobre sí el favor de Jehová,* pero Jehová *condenará,* como indigno de obtener un lugar en su reino, al malvado *que maquina intrigas* contra su prójimo.

Versículo 3

Aunque los malos lleguen a prosperar por medio de sus pecaminosas artes, no pueden asegurarse, *afianzarse,* echar raíces, *por medio de la impiedad.* Aunque lleguen a colocarse en altos lugares, de cierto les serán por *deslizaderos* (Sal. 73:18). *Los justos,* en cambio, por poco que posean en este mundo, se mantendrán firmes, pues gozan de buenas raíces.

Versículo 4

El que ha sido bendecido con una buena esposa puede sentirse tan feliz como si estuviese sentado en un trono, pues ella le sirve de *corona.* El vocablo hebreo para *virtuosa* (mejor, *hacendosa)* es el mismo de 31:10 y comprende las cualidades de virtud moral y capacidad mental sana. Estas cualidades se describen en detalle en 31:11 y ss. Es una mujer piadosa, prudente, activa para el bien, consciente de su deber, que puede soportar adversidades sin descomponerse, fiel a su marido y educadora, con el ejemplo y la palabra, de sus hijos y criados. Por el contrario, una mala esposa no puede ser descrita con mejor acierto que como *carcoma en los huesos del marido,* una enfermedad incurable, pues es necia, perezosa, derrochadora, caprichosa y de mala lengua, con lo que arruina el prestigio y el bienestar de su marido.

Versículo 5

Se equivoca quien se imagina que el pensamiento es libre de toda norma de moralidad, pues el pecado se origina en el corazón (v. Mt. 15:19) y Dios ve y juzga el corazón. Un hombre bueno puede ser tentado a pensar mal, pero no presta su consentimiento al mal. Puede escapársele una palabra o acto fuera de lugar, fuera de tiempo, fuera de orden y propósito; pero sólo el malvado piensa y obra con *engaño,* con plena intención de hacer el mal.

Versículo 6

En el versículo precedente, se comparan los *pensamientos* del justo y del malvado.

En éste, se comparan sus *palabras.* Ciertamente son malos aquellos cuyas *palabras son asechanza para derramar sangre;* su lengua es como espada dirigida contra los que se cruzan en su camino, los buenos a quienes ellos odian y persiguen (v. por ej. Lc. 20:20, 21). En especial (y éste parece ser el sentido preciso del proverbio), los malvados están prestos a dar falso testimonio para que se condene al inocente, mientras que los justos dicen la verdad en el juicio y, de este modo, lo *ponen a salvo.*

Versículo 7

«Trastornar (lit.) *a los malvados* y (ya) *no son* (lit.)» (comp. con 10:25). La idea es que, una vez trastornados, se acabaron; no pueden ya recuperarse. Están en tal deslizadero, que al menor golpe de adversidad se vienen abajo.

En cambio, *la casa de los justos permanecerá firme.* Aunque la muerte se los lleve de allí, sus familias quedarán en la casa, es decir, serán preservadas.

Versículo 8

La mejor reputación es la que se adquiere con la virtud y una conducta prudente: *El hombre es alabado,* no de acuerdo con su riqueza ni su posición social, sino *según su sabiduría.* Por otro lado, el peor de los menosprecios es el que se merece con la maldad, la cual desvía al hombre por caminos tortuosos.

Versículo 9

Hay algunos tan necios que *se jactan* de lo que no son ni tienen, a fin de alternar con los de alta posición, con lo que gastan en cosas superfluas lo que necesitarían emplear para vivir. Se visten así con plumas de pavo real cuando no llegan ni a gallos, expuestos siempre a quedar desplumados en plena calle,

pues, por lo regular, contraen grandes deudas. En cambio, hay otros que parecen de baja condición, que se les desprecia como a menesterosos y, sin embargo, están abastecidos no sólo de lo necesario, sino también de lo conveniente; no sólo se alimentan bien, sino que *tienen* hasta *un criado.* Sin embargo—nota del traductor—, el hebreo *ebed* lo puede traducirse mejor, como lo pide el paralelismo, *se sirve a sí mismo;* en otras palabras, ejecuta las tareas humildes que suelen encomendarse a los criados.

Versículo 10

Un hombre verdaderamente bueno es compasivo y *cuida del sustento de sus bestias,* no sólo porque están a su servicio, sino porque son criaturas de Dios, de las que Dios mismo cuida (Sal. 104:14, 27). Se les debe dar, pues, suficiente alimento, descanso y buen trato. Balaam fue reprendido por golpear a su asna. La ley se ocupaba también del buen trato que se ha de dar a los bueyes (Dt. 25:4). En cambio, el malvado muestra su crueldad incluso con los animales, pues carece enteramente de compasión.

Versículo 11

Es propio de sabios, y aun de prudentes que carecen de grandes conocimientos, buscar un oficio que sea apropiado a las cualidades que poseen y de este modo, con la bendición de Dios, ganarse el pan de cada día. Estar ocupado en un oficio honesto es el mejor modo de estar sano de cuerpo y mente. «Guarda tu tienda y tu tienda te guardará», dice un adagio inglés. En cambio, es señal de necedad *ir a caza de naderías,* pasar el tiempo en tonterías que nada producen, con lo que muchas personas, aún jóvenes y suficientemente fuertes, se convierten en parásitos de la sociedad, pues roban el pan de la boca de otros.

Versículo 12

La traducción más probable del primer estico es la siguiente: *«El malvado codicia el fortín de los malos»*. Comenta concisamente Ryrie: «El malvado codicia el fortín de otros malvados, a fin de fortalecer su propia posición». También Cohen da como probable esta versión. Así, mientras el *justo da buen fruto* para beneficio de otros y gloria de Dios (Ro. 14:6), el impío desea el mal de los demás, incluso de los que son tan malos como él.

Versículo 13

Muchas personas han pagado muy caro en este mundo por haber dicho lo que no debían, y han quedado al fin enredados por no haber puesto freno a su lengua (Sal. 64:8). En cambio, el justo habla lo necesario y lo verdadero, por lo que, a causa de la prudencia de sus labios, queda finalmente vindicado, pues la verdad acaba por abrirse paso y Dios viene también en ayuda de él.

Versículo 14

Hasta las buenas palabras producen *su fruto.* Con sus prudentes consejos y su conversación edificante, el hombre bueno, además de la satisfacción del deber cumplido, obtiene muchos otros bienes aun en este mundo. También las buenas palabras son buenas obras, las cuales tienen su recompensa (Ap. 14:13).

Versículo 15

El necio piensa que tiene razón en todo lo que dice y hace y, por eso, no busca ni recibe buenos consejos. En cambio, el prudente desea que se le aconseje y corrija, pues desconfía de sí mismo y tiene interés en aprender. El mayor defecto de muchos que se tienen, y son tenidos, por sabios es que se obstinan en sus opiniones y se niegan a escuchar las razones de otros; con ello, se privan del mejor medio de aprender más y más.

Versículo 16

La pasión es loca, por lo que muchos hombres de ganado prestigio lo pierden en un momento por no saber refrenar su enojo, mientras que un hombre prudente y ecuánime no hace caso del insulto y se evita pendencias y peores males. Es un *pacificador* (Mt. 5:9), digno de ser llamado *«hijo de Dios»,* del *Dios de paz* (Fil. 4:9). No hay nadie tan «señor» como el que sabe dominarse a sí mismo. Dice el Talmud: «Dichoso el que oye y se hace el sordo; cien males le pasarán por alto».

Versículo 17

El que respira (lit.) *verdad* (comp. con Hch. 9:1), *declara lo que es justo,* es decir, llamado a dar testimonio ante un tribunal (en este sentido se usa el verbo hebreo en 6:19; 14:4, 25; 19:5, 9), dice siempre la verdad, porque la *«respira»* tanto ante los tribunales como en las conversaciones ordinarias. Lo contrario del que *declara lo que es falso,* y muestra así tener un espíritu mentiroso.

Versículo 18

La lengua es muerte o vida, veneno o medicina, según se use. Las calumnias hieren, como una *espada,* la reputación de aquellos contra quienes se profieren. Con un susurro o una mala insinuación (hasta con silencios calculados) se dividen y quedan cortados los lazos del amor y de la amistad, y se separan quienes han sido íntimos amigos o cercanos parientes. En cambio, hay palabras que *curan,* incluso físicamente (por eso, el Prof. Laín Entralgo insistía en la eficacia de la «logoterapia»); en todo caso, pueden sanar las heridas que haya causado una lengua ponzoñosa y restaurar así la paz, al tiempo que persuade a los enemistados a que se reconcilien.

Versículo 19

El labio veraz participa de la veracidad de Dios y, por eso, *permanece para siempre.* Lo que es verdad, siempre ha sido, es y será verdad; puede uno fiarse de ello. En cambio, *la lengua mentirosa* sólo puede sostenerse *por un momento,* ya que, al no tener consistencia en sí misma, acaba por ser descubierta. En efecto, una mentira necesita de muchas otras para sostenerse; y esto es muy difícil, pues su falta de cohesión conduce a afirmaciones contradictorias; por eso, se dice que «antes se da alcance a un mentiroso que a un cojo».

Versículo 20

Hay engaño (lit.) *en el corazón de los que maquinan el mal;* es decir, los que traman el mal tienen el corazón lleno de engaño y, como advierte Cohen, «donde existe esta mala cualidad, no cabe tranquilidad mental, que es un constitutivo esencial de la dicha personal». Por otro lado, *los consejeros de paz* (lit.) disfrutan de alegría, pues no hay mayor gozo para los amantes de la paz que el verla conseguida. Recuérdese de nuevo Mateo 5:9.

Versículo 21

Al hombre realmente justo puede llegarle alguna «desdicha», pero no una «desgracia», un verdadero «mal» (v. Sal. 91:10). Dios, por medio de su providencia y de su gracia, los guardará de forma que no sucumban bajo la tentación ni sean abrumados por la adversidad, pues todas las cosas cooperan para bien de ellos (Ro. 8:28). En cambio, *los malvados serán colmados de males* (comp. Sal. 32:10), pues los que se deleitan en el mal, bien está que se sacien de mal.

Versículo 22

La idea de este versículo se repite en otros lugares (v. especialmente 11; 20). Una vez más vemos que Dios se deleita en la veracidad, en la *sinceridad,* mientras *abomina la mentira*. La mentira es, no sólo algo abominable para Dios, sino también un elemento destructor de la sociedad.

Versículo 23

Este versículo es, a primera vista, una alabanza del cauto y una descalificación del imprudente, pero se entiende mejor a la luz de 11:13 y 20:19.

Se trata, pues, de «encubrir» u «ocultar», no el saber, sino lo que puede hacer daño, aunque se trate de hechos verdaderos. En cambio, el necio descubre su propia necedad al proclamar a los cuatro vientos lo que ha visto u oído, sin percatarse del daño que puede causar.

Versículo 24

La laboriosidad es el medio legítimo para alcanzar promoción. Salomón promovió a Jeroboam porque vio que era *«hombre activo»* (1 R. 11:28), es decir, laborioso. Quienes son diligentes desde su juventud podrán llegar a conseguir la capacidad de gobernar a otros. En cambio, la *negligencia* es el camino hacia la indigencia y la esclavitud. Y cuanto más importante es para el bien común el oficio, tanto más reprensible es la negligencia en el mismo.

Versículo 25

Causa, y efecto, de la melancolía es *la congoja en el corazón;* es como un peso que agobia, abruma, postra y hunde. ¿Cómo se cura este mal? Con una *palabra buena,* es decir, amable, afectuosa, alentadora. La Palabra de Dios, especialmente en el Evangelio, es fuente de alegría para los corazones acongojados y fatigados (v. Mt. 11:28).

Versículo 26

La primera parte de este versículo es difícil de traducir. La versión más probable es: *«Que el justo investigue* (su camino y observe [mejor que, consulte]) *a su prójimo»,* mientras que *«el camino de los malvados les hace errar»*. Comenta Ryrie: «la investigación es necesaria, porque el camino del impío conduce al error». A él le parece que es buen camino, pero se equivoca lamentablemente.

Versículo 27

Este es otro versículo difícil de traducir, en parte porque el verbo que se traduce por «asar» es la única vez que sale en la Biblia. La versión más probable es la que ofrece la *New International Version: «El perezoso no asa su caza, pero el diligente estima sus posesiones»*. El sentido es el siguiente: El perezoso, aunque llegue a cazar una pieza, es demasiado indolente para ponerse a asarla; es incluso posible que llegue antes otro a recogerla; en cambio, el diligente pone interés en lo que posee, porque para él es como un tesoro; reconoce en ello la mano y la bendición de Dios, y le saca provecho para sí y para su familia.

Versículo 28

La versión correcta de este versículo es como sigue: *«En la senda de la justicia hay vida, y el camino de esa vereda es no muerte»*. El propio rabino Cohen admite que «esto solamente puede ser una alusión a la inmortalidad que sigue al final de una vida justa en este mundo». Sin embargo, muchos MSS hebreos puntúan de distinta forma el adverbio hebreo *al*, no, y no hacen que se lea *el*, con lo que el sentido cambia por completo y, por cierto—nota del traductor—más en consonancia con todo el resto del versículo. La segunda parte se leería, sin ningún trastorno gramatical ni de sentido del modo siguiente: *«Y hay un camino* (el del error) *que es una vereda hacia la muerte»*.

CAPÍTULO 13

Versículo 1

Mucho se puede esperar de los hijos que respetan a sus padres y están dispuestos a recibir instrucción (disciplina) de ellos. En cambio, poco se puede esperar de los insolentes que se niegan a escuchar la reprensión, sino que, al contrario, se insolentan y se burlan de quienes con amor les corrigen. ¿Cómo se podrán enmendar los que no quieren reconocer sus faltas y defectos?

Versículo 2

Cada uno bebe lo que fabrica y come lo que habla; porque por las palabras es el hombre justificado o condenado. Por eso, la comodidad y la satisfacción son el pan cotidiano del hombre que tiene palabras de verdad, justicia y bondad; mientras que los traidores, los desleales, comerán el mal, hasta llenar de él su vientre, pues el mal es lo que desean y procuran de palabra y de obra.

Versículo 3

El que guarda la boca (en este contexto, no precipitándose a hablar), *guarda la vida* (comp. 21:23). Bueno es pensar dos veces antes de hablar una. Más de una vez, una sola palabra ha costado literalmente la pérdida de la vida. Dice el adagio español: «la perdiz, por el pico se pierde». ¡Cuánto mayores y más numerosos serán los peligros del que *mucho abre sus labios!*

Versículo 4

El perezoso desea el manjar que el diligente come, pero odia el esfuerzo que el diligente pone; codicia mucho, todo lo codiciable; pero no hace nada de lo que es factible; la consecuencia inevitable es que no tiene nada; ni debe tenerlo, puesto que no trabaja (2 Ts. 3:10). En cambio el diligente será *engordado* (lit.), es decir, prosperará en bienes y en honor.

Versículo 5

Es un elemento indudable del carácter de los justos *aborrecer la mentira*, como consecuencia del amor que tienen a la verdad, a la justicia y, en último término, al Dios verdadero y veraz. En cambio, el malvado, con sus mentiras—aunque esto no se menciona explícitamente, lo exige el contexto—se hace odioso (lit. *causa hedor)* y se cubre a sí mismo de ignonimia.

Versículo 6

La justicia guarda al que es intachable en su camino (lit. *de camino),* porque el intachable obra sinceramente con Dios y con los hombres; así que su integridad le preserva de las tentaciones, etc. que podrían hacerle desviarse del buen camino, mientras que *la maldad pervierte (o tuerce*, el mismo verbo de 19:3) *al pecador* (lit. *pecado);* le tuerce la mente y el corazón de manera que sus pensamientos y afectos no pueden menos de ser perversos.

Versículo 7

El mundo es una tremenda farsa, por lo que las apariencias suelen engañar. Hay quienes se empeñan en dar la impresión de que son ricos (comp. 12:9), cuando quizás están endeudados, mientras otros, por varias y comprensibles razones (no siempre justificadas) dan la impresión de ser poco menos que mendigos vergonzantes, y viven en una miseria sórdida cuando podrían disfrutar de la vida de un modo agradecido a Dios, respetuoso con el prójimo y caritativo con los necesitados. También en el plano espiritual hay hipócritas que pasan por santos, mientras otros que en realidad son ricos en la gracia y el

favor de Dios, se tienen por pobres; cabe el peligro de que algunos de estos últimos, con dudas, temores y necios escrúpulos de conciencia, lleguen a *hacerse a sí mismos pobres.*

Versículo 8

Se suele tener por dichosos a los que poseen muchos bienes de fortuna, pero Salomón muestra aquí cuán grande equivocación es ésa. Los ricos están constantemente expuestos a caer en manos de ladrones y—según la moda moderna—de secuestradores; si llegan a rescatar la vida, es a costa de grandes sumas de dinero. Incluso gobernantes y funcionarios sin escrúpulos saben el modo de sacar dinero, al incitar al soborno o al multar fuertemente, con la menor excusa, a los que pueden pagar y conservar así un poco de tranquilidad. En cambio, ¿quién va a secuestrar al pobre, del que ningún dinero se puede sacar? Muchas veces, la pobreza es saludable seguridad.

Versículo 9

La luz de los justos crece en brillo (lit. *se alegra,* esto es, arde alegremente). La luz es símbolo de claridad, de santidad (1 Jn. 1:5 y ss.) y también de gozo y prosperidad (comp. Est. 8:16; Job 18:5 y ss.). Un alma iluminada por la gracia de Dios no puede por menos de estar profundamente alegre. En cambio, *la lámpara de los malvados se apagará,* como una candela que tarda pocos minutos en consumirse.

Versículo 10

La arrogancia es fuente de contiendas, pues los arrogantes (orgullo revestido de menosprecio) no admite que se les contradiga, que se les pase por alto, que se les enseñe o reproche. De aquí nacen discordias y tremendas luchas entre parientes y vecinos, entre países y regiones, y aun entre las iglesias cristianas.

No se perdona, ni mucho menos se olvida, por la arrogancia de quienes no quieren dar su brazo a torcer porque siempre creen tener razón y ser víctimas de la incomprensión o del encono de la otra parte. En cambio *los bien aconsejados* (lit.), por ser *humildes* (comp. con 11:2, donde el hebreo *tsenuim* es tan parecido al *noatsim* de aquí, que las letras son las mismas, pero en orden diferente), están dispuestos a que les avisen, enseñen, corrijan, etc., con lo que evitan las contiendas, y da así muestras de verdadera *sabiduría.*

Versículo 11

Lo que mal se gana, poco puede durar (de ordinario); en todo caso, no es legítimo ni propio de cristianos. El hebreo dice literalmente *ganada por medio de vanidad,* lo que da a entender que no es precisamente por medio del crimen, sino más bien por medio del juego o de la especulación financiera, pues en este sentido se entiende mejor el que el dinero así ganado se disminuya y se pierda fácilmente. En cambio, lo que se gana mediante la laboriosidad, aumenta mediante la diligencia que se pone en ganarlo y conservarlo.

Versículo 12

Lo que mucho se desea causa tanta más pena cuanto más tarda en llegar, mientras que el deseo cumplido a tiempo (y aunque se demore, con tal que la demora se lleve con paciencia) alegra tanto a una persona que la pone en una especie de paraíso; *«árbol de vida»* ya mencionado en 3:18; 11:20, parece aludir a él. Así, y en grado inmensamente más elevado, la dicha celestial será acogida con gozo inefable por los santos, que tan paciente e intensamente la desearon como corona de sus esperanzas.

Versículo 13

Los que prefieren gobernarse por medio de las normas de la carne más bien que por la Palabra de Dios, desprecian esta Palabra y a Dios mismo; *sufrirá por ello* (lit. *queda en deuda con ella),* en el sentido (con la mayor probabilidad) de haber dado su palabra en prenda, que sólo puede recuperarse al cumplir la ley. Esto es precisamente lo que hace *el que teme el mandamiento,* por lo cual es recompensado, mientras que el primero es castigado.

Versículo 14

La enseñanza (lit. *ley) del sabio,* por estar fundada en los principios de la ley de Dios, *es manantial de vida* (comp. 10:11), es decir, fuente de vitalidad espiritual. Los que siguen los dictados de esta enseñanza *escaparán de los lazos de la muerte,* esto es, de las trampas fatales a lo largo del camino de la vida que, si no se evitan, conducen a una muerte prematura. Tal ocurre con la seducción de la mujer ajena (5:5; 7:22 y ss.).

Versículo 15

Los que se comportan con prudencia, gozan del favor de Dios y de los hombres (comp. Ro. 14:18), mientras que *el camino de los desleales* es duro, difícil de recorrer para ellos mismos y dañoso para los demás. El uso común del vocablo hebreo *eitán* es «permanente», pero aquí cuadra mejor el de «duro», como en Números 24:21 («*fuerte*») y en Deuteronomio 21:4 («*sin cultivar*»).

Versículo 16

Todo hombre prudente obra con conocimiento, esto es, es cauto, pesa bien las circunstancias y sabe lo que quiere, por lo que decide con todo conocimiento el curso de acción que escoge; en cambio, *el necio manifiesta su necedad* en el modo de proceder precipitadamente, sin precaución y sin prever las consecuencias, con lo que se daña a sí mismo y hace el ridículo.

Versículo 17

Vemos aquí las funestas consecuencias de ir más allá de lo que a una persona se le ha encargado decir o hacer. Se trata de un *mensajero* que, enviado a un determinado asunto, resulta infiel al que le envió, con lo que *acarrea desgracia,* hace daño, a la persona que confió en él al enviarle y, por supuesto se acarrea a sí mismo el castigo merecido. En cambio, *el enviado fiel* (es) *salud* (lit.) pues, al actuar con prudencia y fidelidad, cura las heridas que hayan podido causar los malentendidos entre personas o gobernantes y sabe rectificar diplomáticamente los puntos débiles del convenio correspondiente.

Versículo 18

El que rehúsa ser corregido tendrá pobreza y vergüenza. Gerondi lo entiende del mensajero desleal del versículo anterior. «Si persiste en actuar a su antojo, y rechaza el aviso de personas más experimentadas que él y divulga los secretos del que le ha enviado, el efecto más probable será el fracaso por el cual quedará *empobrecido,* pues se ganará el menosprecio de sus semejantes, quienes se abstendrán de enviarlo a ninguna misión. En cambio, el que admite corrección *será enriquecido»* (lit. v. Gn. 13:1; Nm. 22:17).

Versículo 19

El deseo cumplido resulta suave al alma (lit. Comp. v. 12b), pues la persona queda llena de un sentimiento de satisfacción. Este era el sentimiento del salmista (Sal. 4:6, 7) al gozar del favor de Dios.

En cambio, como todo el deseo de los malvados es hacer el mal, sólo están satisfechos cuando lo llevan a cabo y les resulta *abominación* repugnante *el apartarse del mal.*

Versículo 20

Los que quieran conservarse buenos han de buscar buenas compañías, y el buscar estas compañías será una buena prueba de su bondad y prudencia (los hombres se conocen por los compañeros y amigos que escogen). Dice el refrán español: «Dime con quién andas y te diré quién eres». En cambio, son innumerables los que se han echado a perder por las malas compañías (v. 1 Co. 15:33).

Versículo 21

Aquí se describe al mal, a la adversidad o a la desgracia, que corren tras el malvado hasta darle alcance. Quizá prospere por algún tiempo, pero su condenación no se tarda (v. 2 P. 2:3), aunque él crea que no le va a alcanzar. En cambio, Dios (implícito, pero probable) *recompensará* (con) *el bien* (lit.); no siempre en esta vida, pero de cierto en el cielo.

Versículo 22

Una de las bendiciones más estimadas por un israelita era dejar una buena fortuna a sus herederos: *«a los hijos de sus hijos»,* incluyendo en los nietos a todos sus descendientes. La mejor fortuna que se les puede dejar es la bendición de Dios y sus promesas (comp. Sal. 103:17), mientras que las riquezas del malvado no permanecen en su familia, sino que van a parar a la familia del justo. Así vemos que la fortuna de Amán fue a las manos de Mardoqueo (lit. Mordecay), como vemos en Ester 8:1, 2.

Versículo 23

El sentido más probable de este difícil versículo es: «El duro trabajo del pobre arrendatario produce abundante fruto para el dueño, mientras apenas le queda algo al que trabaja el difícil terreno. Esto no es equitativo, pero aún queda otra injusticia mayor: Hasta eso mismo que le queda al arrendatario, se lo arrebatan». Las modernas versiones evangélicas *(New American Standard Traslation, New International Version, La Biblia de las Américas)* dan bastante bien este sentido. Las versiones católico-romanas modernas *(Biblia de Jerusalén, Nueva Biblia Española, La Sagrada Escritura*—comentario de los jesuitas—) se apartan totalmente del texto hebreo, ya sea en la primera parte del versículo o en la segunda, para seguir a los LXX.

Versículo 24

Por contraste, este versículo es muy fácil de entender y es muy bien conocido. *«El que escatima la vara* (lit.), es decir, el que no corrige debidamente (con vara de padre, no de tirano) y a tiempo, *a su hijo aborrece,* es decir (según el frecuente uso bíblico de este verbo), no le ama como conviene y debe. *Pero el que lo ama de veras, desde temprano* (antes de que hayan echado raíces los hábitos viciosos) lo *corrige.*

Versículo 25

Es una dicha para el justo tener siempre suficiente para comer y saber cuándo tiene suficiente. En cambio, es una de las miserias del malvado el no tener nunca bastante por no sentirse nunca satisfecho. Aun su *vientre tiene necesidad,* no porque le falte lo necesario, sino porque es insaciable.

CAPÍTULO 14

Versículo 1

La versión literal de este versículo es la siguiente: «(Cada una de) *las mujeres sabias edifica su casa, pero* (cada una de) *las necias la derriban con sus* propias *manos*». En efecto, una mujer prudente, piadosa, hacendosa, es buena administradora y, de este modo, hace que prosperen los negocios de la familia, que se paguen a tiempo las deudas, que se eduque bien a los hijos, y que toda la familia goce de comodidad en el interior y de buen nombre y crédito de puertas afuera. Así es como se edifica la casa. En cambio, son muchas las familias que van a la ruina por culpa de la mala administración o del derroche de las mujeres, tanto o más que por la indolencia o el descuido de los maridos. Una mujer que no es prudente ni hacendosa, aunque parezca a veces temerosa de Dios, no lo es, pues, en lugar de edificar la casa, la derriba con sus manos.

Versículo 2

El proverbio es tan sencillo que no necesita comentario: el justo manifiesta su temor reverencial, filial, a Dios, comportándose como Dios manda; en cambio, todo pecado es un insulto a Dios (v. Gn. 39:9).

Versículo 3

En la boca del necio hay un retoño de soberbia (lit. El vocablo para «retoño» vuelve a salir en Is. 11:1); es decir, lo único que brota de sus labios son palabras altivas que acaban por arruinarle. La raíz está en el corazón y, a no ser que la raíz se arranque, su mal no tiene remedio. En cambio, *los labios de los sabios los preservarán* (lit.) de decir lo que causa daño a otros y, por consiguiente, serán para ellos mismos una buena protección.

Versículo 4

Sin bueyes, pesebre limpio (lit.); es decir, donde no hay animales de labranza, la casa puede conservarse limpia, lo cual agrada a quienes les gustan las apariencias, pero aborrecen el trabajo de limpiar la suciedad que los animales producen. De éstos son los que prefieren los caballos a las vacas, y los perros a los cerdos. Pero las personas laboriosas consideran que las desventajas que comporta cuidar a los animales de labranza son contrarrestadas por los beneficios que proporcionan al emplearlos en las labores del campo.

Versículo 5

En la administración de la justicia, tienen mucho peso los testigos y, por tanto, es muy importante para el bien común que los que han de testificar ante los tribunales sean personas honestas y temerosas de Dios. Un testigo concienzudo no se atreverá a dar un testimonio falso. Pero el que se deja sobornar o intimidar dirá mentiras con el mismo aplomo que si dijese verdades.

Versículo 6

La razón por la que algunas personas buscan la sabiduría y no la hallan es porque no la buscan con ánimo sincero ni con temor de Dios (comp. Sal. 111:10); menos todavía la pueden hallar *los escarnecedores* o insolentes, prestos a burlarse de lo que no entienden (v. 2 P. 2:12; Jud. vv. 10 y ss.). En cambio, *al hombre de entendimiento* (lit. El mismo vocablo de 1:5), *la sabiduría le es fácil*, le resulta fácil hallarla porque posee la disposición necesaria, sin prejuicios ni afectos corrompidos, con lo que fácilmente entiende lo que se le enseña y guarda en el corazón lo aprendido.

Versículo 7

El hombre malvado *es necio;* de él debemos apartarnos si no queremos contagiarnos de su necedad; de sus labios no se puede aprender nada digno de ser escuchado. A veces, el único modo de reprender al que habla necedad o perversidad es marcharse a otro lugar.

Versículo 8

No se trata aquí de la *sabiduría* (lit.) del científico, la cual consiste sólo en especulaciones, sino la *del prudente,* la práctica, la del que *sabe discernir su camino* (comp. 4:26) y, por tanto, sabe en cada caso cómo comportarse, la dirección que hay que tomar, sin mirar a lo que otros hagan, ni criticarlos precipitadamente por seguir otros caminos. En cambio, *la estupidez de los necios es engaño,* es decir, les hace equivocarse de dirección. Al no poseer la discreción del prudente, el necio marcha por derroteros falsos.

Versículo 9

La mejor versión de este difícil versículo, parecida a la que ofrece la *New International Version,* es la que da J. J. Serrano: *«Al necio la indemnización le reconcilia; pero al íntegro, la buena voluntad».* Y lo comenta así: «La interpretación que adoptamos significa literalmente que el necio, cuando ofende a alguno, no puede aplacarlo, sino por medio de dones que sean garantía cierta de la sinceridad de su arrepentimiento. Esto es, que nadie acepta la palabra sola del necio. En cambio, del bueno se fían y aceptan su buena voluntad como garantía suficiente». Esta es también la interpretación que, como más probable, ofrece el rabino Cohen. (Todo es nota del traductor.)

Versículo 10

Cada persona siente su propia carga, especialmente la que pesa sobre el corazón y, por eso, no debemos censurar la tristeza o la depresión de otros, pues no sabemos cómo se sienten; quizás el golpe que sufren es mayor que el gemido que emiten. Por otra parte, algunos gozan de consuelos divinos, de los que otros no se dan cuenta; mucho menos, pueden participar de ellos.

Versículo 11

El pecado es la ruina de grandes familias, mientras que la virtud hace surgir y florecer la estabilidad de familias poco importantes en el plano social. Aunque sólo tengan una *tienda de campaña* por morada, *los rectos* disfrutarán de la bendición de Dios, mientras que *la casa de los impíos,* por muy espléndida que sea, *será derribada o arrasada.*

Versículo 12

La primera parte de este proverbio se repite varias veces (v. 12:15; 16:2; 21:2). El camino de la ignorancia y del descuido, de la sensualidad y del fraude, puede parecerle bueno, y aun *éticamente correcto,* a un malvado, ya que, aparentemente, es un camino libre de obstáculos. Pero estos necios que se engañan a sí mismos, acaban por destruirse a sí mismos.

Versículo 13

Este proverbio no es tan pesimista como a primera vista parece. Lo que quiere enseñar es que la vida está llena de incertidumbres y que un comienzo de día soleado puede dar paso a un inesperado chaparrón. Por eso, es prudente no entregarse a excesivas alegrías y ligerezas, en especial cuando conducen al pecado y pueden terminar en dolor de cabeza y congoja de corazón.

Versículo 14

El necio, aquel cuyo *«corazón se vuelve atrás»* (la misma frase de Sal. 44:18), apartándose de Dios y del camino del deber, recibe *«hartura»* (no significa aquí «castigo») de su propios caminos malos, mientras que el bueno alcanza verdadero *contento* en un camino que da verdadero sentido a la vida y abundantes oportunidades de hacer el bien.

Versículo 15

La fe es una necesidad, pero la credulidad es una necedad (el sentido es muy diferente del de 1 Corintios 13:7, donde el que ama está inclinado a echar a buena parte lo que a otros hace sospechar mal). Comenta Ryrie: «El prudente mira bien antes de saltar».

M. Henry dice: «El prudente prueba antes de confiar» (ambos hacen un juego de palabras en inglés). Es un proverbio sencillo, pero de inmensa sabiduría, por falta de la cual la gente se traga, sin masticar, todo lo que lee en libros y periódicos, lo que oye en la radio y ve en la televisión. Así se forma la llamada «opinión pública», tan necia y frágil como las fuentes de que procede.

Versículo 16

El temor de Dios es una excelente protección de toda cosa santa y contra toda cosa no santa.

De sabios es *apartarse del mal,* no llegarse cerca del pecado, exponiéndose a caer en él. De insensatos es *confiarse* hasta dejar toda precaución, y pensar que lo saben todo y que nada les puede hacer daño. Estos, además, no hacen caso a nadie que les avise.

Versículo 17

Los que son demasiado susceptibles y se enojan enseguida, dicen y hacen cosas ridículas y se exponen al menosprecio de los demás. En el extremo opuesto, igualmente vicioso, están los que maquinan con calma el mal que pueden hacer a otros. Quizá son tardos en airarse, pero es para mejor atrapar en su red a los incautos. Si los primeros están expuestos al menosprecio, los últimos se exponen al aborrecimiento.

Versículo 18

El pecado es la infamia y vergüenza de los malvados, y aun *el simple,* al que no le alcanza ni para ser llamado propiamente malvado, no puede esperar otra cosa que necedad, puesto que escogen neciamente. La necedad es su *herencia,* mientras que los prudentes tienen, no sólo por herencia, sino también por *corona,* la sabiduría. Las cabezas sabias merecen ser coronadas; en esto se ve que *la sabiduría* no sólo *es justificada,* sino también *glorificada,* por sus hijos.

Versículo 19

Los malos se inclinarán, en señal de derrota y rendición, *delante de los buenos.* La Biblia enseña la victoria final del bien sobre el mal. La segunda parte del versículo viene a ofrecer un paralelismo de sinonimia y debe suplirse el verbo «inclinarse»: «*Y los impíos se inclinarán a las puertas del justo»* (singular colectivo, como en muchas ocasiones).

Versículo 20

Este proverbio es una expresión del adagio castellano: «poderoso caballero es don dinero». La mayoría de los hombres son como las golondrinas, que emigran en invierno. Por eso (y por muchas otras razones), es bueno tener por amigo a Dios, el cual no nos abandona si somos pobres. *El rico tiene muchos amigos* mientras pueden sacar algo de él.

Versículo 21

El carácter del hombre tiene su exacta medida en la forma como se comporta con su prójimo. *Peca el que menosprecia a su prójimo,* peca incluso contra la Ley (Lv. 19:18). El paralelismo indica que lo desprecia por ser pobre, puesto que se tiene por *«dichoso»* (hebr. *ashraiv;* lit. *«dichoso de él») al que tiene misericordia* (lit. *al que muestra favor) de los pobres.*

Versículo 22

Aquí se da un paso más. Ya no se trata de los que menosprecian a su prójimo, sino de *los que maquinan el mal* contra él.

Para ello echan mano de todas sus malas artes y llevan adelante sus intrigas con toda clase de medios, y piensan que así les irá estupendamente en sus planes, pero *yerran* grandemente, pues nadie puede ser más listo que el Dios sabio y justo en grado infinito; así que planean su propia ruina. En cambio, los que planean el bien, y aprovechan todas las oportunidades para extender su generosidad a un número de personas cada vez mayor y en forma aceptable a los que están necesitados de ella, *alcanzarán misericordia y verdad,* amor fiel de parte de un Dios que no deja sin recompensa un vaso de agua fresca (dicho binomio, frecuente en la Biblia, salió ya en 3:3).

Versículo 23

Los que son laboriosos suelen prosperar. El que se fatiga trabajando obtiene su fruto; éste es el sentido del primer estico. En cambio, los charlatanes suelen ser malos trabajadores, por lo que no pueden esperar otra cosa que penuria y miseria.

Lo mismo ocurre en el plano espiritual, aunque el sentido del proverbio no va por ese camino: También en las iglesias se dan los dos grupos: los que edifican y callan y los que molestan y desedifican al tiempo que hablan demasiado o lo que no deben.

Versículo 24

El texto hebreo dice literalmente: *«Corona de los labios* (son las) *riquezas, pero la necedad de los necios* (es sólo) *necedad».* El sentido es el siguiente: La sabiduría es productora de riquezas, y el honor que éstas comportan (así como el buen uso que de ellas se hace—caben los dos sentidos) es como una corona, *mientras que la insensatez sólo acarrea* deshonra.

Un antiguo rabino comenta: «A veces, el sabio comete necedad; pero siempre es posible hallar algún factor redentor en tal acto de necedad. En cambio, los actos de los necios son completamente necios, vacíos de todo factor redentor» (es decir, que compense).

Versículo 25

El testigo fiel y *veraz libra las almas,* pues hace que se descargue al inocente de los cargos que falsamente le han imputado; también puede traducirse por *«vidas»,* si tenemos en cuenta que el buen nombre es, para muchos, de mayor estima y valor que la vida misma. En cambio, *el testigo que respira mentiras es engaño* (lit.). Los gobiernos deberían tener interés en acabar con los testigos falsos, puesto que la verdad es el cimiento de la sociedad.

Versículos 26–27

La mejor versión del versículo 26, según Cohen, es como sigue: *«En la reverencia del Señor* (lit. *de Jehová) hay fuerte confianza, y a sus hijos* (los del temeroso de Dios) *les servirá de refugio»,* con lo que se indica (comp. con 20:7) que las bendiciones de que gozan los hijos son muchas veces consecuencia de la piedad de sus padres. El versículo 27 da un paso más (comp. con 10:11), pues asegura que *el temor de*

Dios es una fuente de vitalidad espiritual, que rebosa amor, gozo y paz; con ello, es un antídoto soberano contra el pecado y la tentación: *para apartarse de los lazos de la muerte.*

Versículo 28

El proverbio da a entender que toda nación depende, tanto en la prosperidad de la industria, la agricultura, etc., como en sus medios de defensa contra sus enemigos, especialmente los países limítrofes, de la fuerza numérica de su población. Los países pequeños difícilmente pueden conservarse independientes, pues suelen ser presa de otros más poderosos en recursos naturales y humanos.

Versículo 29

La mansedumbre es prudente, puesto que el que tarda en airarse se ahorra muchos disgustos y males físicos y morales; por otra parte, los mansos cooperan grandemente a mantener en la sociedad una atmósfera de paz y tranquilidad. En cambio, el que es *de genio pronto,* el que se encoleriza con facilidad, *enaltece* (lit.), no a sí mismo, sino su *necedad,* con lo que la expone a la vista de todos.

Versículo 30

El corazón apacible (es decir, un temperamento equilibrado), que no pierde fácilmente la calma, es una fuente de salud: *vida de las carnes* (lit.); contribuye a la buena disposición del cuerpo; la gente se engorda con el buen humor (así escribía M. Henry en una época en que valía el adagio: «dame gordura y te daré hermosura»). En cambio, *la envidia es carcoma de los huesos;* un ánimo descontento perjudica gravemente a la salud incluso corporal. Dice un refrán castellano: «Amarilla pintan a la envidia, porque muerde, pero no come»; es decir hace daño a otros sin sacar ningún beneficio.

Versículo 31

Todo el que hace daño a un pobre, debe saber que afrenta al Hacedor (del pobre). Dios lo creó, le dio el ser, y se tiene por ofendido con las ofensas que se hacen al pobre, así como honrado con las bondades que al pobre se hacen. *Tuve hambre, y me disteis de comer* (Mt. 25:35).

Versículo 32

La doctrina de este proverbio está desarrollada en el Salmo 73:19, 24. El malvado es llevado a la ruina por sus propias maldades, mientras que *el justo, aun en su muerte tiene esperanza.* Opina Ryrie que aquí se indica la muerte como «lugar de refugio e inmortalidad» para el justo. Cohen por su parte, descarta aquí la idea de inmortalidad, y comenta: «El pensamiento es que el justo, lleno de confianza en Dios, no abandona su esperanza aun en el caso desesperado de imaginarse que está a punto de morir». (M. Henry—nota del traductor—espiritualiza demasiado todo el versículo, lo cual estará bien, pero fuera de lugar).

Versículo 33

La modestia es la librea de la sabiduría; no sólo la lleva sobre el pecho, *sino en el corazón;* aun así, sin ruido, se da a conocer a todos, incluso a los propios necios, los cuales no pueden negarlo. Sin embargo, la segunda parte del versículo admite otra interpretación más en consonancia con el contexto: el necio se jacta demasiado e inoportunamente de lo poco que sabe.

Versículo 34

Cuando la justicia impera en una nación, la llena de honra. Una justa administración en el gobierno, la práctica de la equidad entre los ciudadanos, la caridad y la compasión hacia los pobres y extranjeros, todo

eso sirve de buena base al trono, eleva la mente del pueblo y cualifica a una nación para recibir las bendiciones de Dios. En cambio, el vicio es *la vergüenza de los pueblos.* El pueblo de Israel gozó de fama y prestigio mientras honró a su Dios, pero cuando abandonaron a Dios para irse tras de los ídolos, todas las naciones limítrofes le insultaron y lo pisotearon.

Versículo 35

El sentido de este proverbio es tan llano y natural que su versión corriente le resulta a Cohen «trivial y fútil» *(trite and pointless),* por lo que sugiere que se una al versículo 1 del capítulo siguiente, con lo que el proverbio gana en expresividad. Sin embargo, y sin negar que pueda caber alguna conexión, el proverbio se sostiene por sí mismo con la enseñanza de que *el servidor prudente* es objeto de la *benevolencia del rey,* porque en ese servidor halla el rey honra y prestigio, mientras que el servidor necio no puede menos de causar al rey *enojo,* puesto que es una afrenta, una ignominia, para el rey tener tal servidor.

CAPÍTULO 15

Versículo 1

El mejor medio de mantener la paz es el uso de palabras suaves. Si el furor se levanta como una tormenta amenazante, la *respuesta blanda* dispersa las nubes y hace salir el sol. Las razones que no van en compañía de la mansedumbre no llegan a convencer (comp. 1 P. 3:15). No hay nada que tanto atice el fuego de la discordia como las *palabras ásperas,* hirientes, en las que abunda el insulto y la recriminación.

Versículo 2

La lengua de los sabios adorna el conocimiento (lit.). Así se usa este verbo en 2 Reyes 9:30 («… adornó su cabeza»). El sentido es que el sabio conoce el modo de expresar sus ideas en bellas frases, que deleitan y edifican a otros (comp. con Tit. 2:10). En cambio, *la boca de los necios derrama necedad.* Un corazón necio y malvado hace que la boca rebose necedad y suciedad.

Versículo 3

Los ojos de Jehová están en todo lugar; no sólo lo ve todo desde lo alto (Sal. 33:13), sino que está presente en todas partes; por lo que no se le oculta nada: pecados secretos, servicios que nadie ve, penas que a nadie se comunican, todo está abierto a su vista. Esto sirve de gran consuelo a los buenos y de terror a los malos.

Versículo 4

La lengua apacible es árbol de vida. La diferencia entre esta frase y la del versículo 1 es que allí se trataba de apaciguar la ira, mientras que aquí se trata de dar instrucción sana, curativa, y edificante. Una vez más se menciona *el árbol de vida,* cuyas hojas sirven para la sanidad de las naciones (Ap. 22:2). En efecto, una buena lengua puede curar las almas enfermas, convencerlas de pecado y presentarles la salvación que hay en Cristo; y puede también reconciliar a quienes han estado enemistados. En cambio, la lengua malvada, en lugar de sanar, hiere, hace daño a los demás y a su propio dueño.

Versículo 5

Los superiores (padres, tutores, maestros, etc.) han de dar instrucción y reprensión a los que están a su cargo. No sólo los han de educar con la luz del conocimiento, sino también con el calor del celo; ambas cosas se han de hacer con afecto, a la vez que con autoridad. Es cierto que la corrección, aun viniendo de Dios (v. He. 12:11), causa tristeza; pero mejor es el dolor que causa el cirujano que la muerte que ocasiona un tumor maligno. Y toda persona prudente presta atención a cualquier corrección o consejo que sirva para mejorar su carácter y sus actos.

Versículo 6

Donde hay honestidad puede esperarse que haya prosperidad. Y, si no llegan a conseguirse muchos de los bienes de este mundo, hay siempre un gran tesoro en la gracia de Dios. Además, los que poseen poco, pero tienen el corazón dispuesto a contentarse con poco, pueden disfrutar de la necesaria comodidad en esta vida. En cambio, donde hay maldad, aunque llegue a abundar la riqueza, no puede haber bendición de Dios y es frecuente que haya maldición de parte de quienes son víctimas de la opresión del malvado.

Versículo 7

Bien se usan los conocimientos cuando se comunican, no cuando se reservan para uno mismo o para unos pocos íntimos. Hemos de esforzarnos en propagar los buenos conocimientos, y enseñar a los más posible, a fin de que éstos los comuniquen, a su vez, a otros (v. 2 Ti. 2:2).

Versículo 8

También muchos malvados ofrecían, y ofrecen, sacrificios a Dios, pero estos sacrificios, por muy costosos y numerosos que fuesen, no eran aceptados por Dios, porque no se ofrecían con las debidas disposiciones de fe y sinceridad de corazón. En cambio, *la oración de los rectos es la delicia de Dios.* No estará de más advertir que el proverbio no trata de contraponer la oración al sacrificio, al ser el sacrificio la expresión externa de la oración interior, por lo que han de estar juntos. La antítesis está en la disposición de justos y malvados.

Versículo 9

Este proverbio es como una secuencia del anterior y, al mismo tiempo, como el criterio supremo que define la religión de una persona. El carácter piadoso de una persona no se mide por la cantidad de actos religiosos que lleva a cabo, sino *por el camino* que ha escogido, es decir, por la pauta que ha marcado a su conducta. No hay acto religioso, por elevado o costoso que sea, que pueda compensar por la desobediencia a la voluntad de Dios (comp. Mt. 7:21 y ss.).

Versículo 10

Esto muestra que los que no soportan ser corregidos han de esperar ser destruidos. De todos los pecadores, *los que dejan el camino,* esto es, los apóstatas, son los que peor reciben la corrección.

Versículo 11

Este proverbio corrobora lo dicho en el versículo 3 acerca de la omnipresencia de Dios, en orden a sus juicios sobre el mal y el bien. En particular, el proverbio quiere poner de relieve que aun las regiones que para el hombre son un profundo misterio *(el Seol y el Abadón),* para Dios son enteramente conocidas. El hebreo *Abaddón* significa «destrucción» y es uno de los nombres que, en Apocalipsis 9:11, se le dan al diablo. Este destructor, aunque tiene poder para engañar a los hombres, no puede evadirse del conocimiento que Dios tiene de él. Dios conoce todas sus mañas y todos sus disfraces (Job. 26:6). Y si Dios puede atravesar las profundidades de Satanás, mucho mejor puede escudriñar el corazón humano.

Dios es mayor que nuestro corazón (1 Jn. 3:20), lo cual es un aviso para no ser remisos, pero también un consuelo para no ser demasiado escrupulosos.

Versículo 12

El escarnecedor hace burla de Dios y de la religión y, además, odia a los que tratan de convencerle y corregirle. No quiere volver en sí y reflexionar sobre lo que le conviene, pues no puede soportar el que su conciencia le acuse. Triste es el caso del hombre que no está dispuesto a razonar consigo mismo ni, mucho menos, con Dios (v. Is. 1:18).

Versículo 13

El corazón alegre (con santa, sana y sabia alegría) contribuye a la salud de la persona (comp. 14:30; 17:22), pues se siente dichosa (v. 15), y eso se refleja en el rostro, el cual, aun cuando no sea naturalmente bello, aparece radiante y agradable a los que lo contemplan. Un ánimo sanamente gozoso, bajo el gobierno de la prudencia y de la gracia, es un gran ornamento de la religión, pues añade lustre a la hermosura de la santidad y capacita al hombre para mejor hacer el bien. En cambio, la melancolía insana es un gran enemigo del hombre; *«la tristeza del mundo produce muerte»* (2 Co. 7:10).

Versículo 14

El sabio no se satisface con lo que ya sabe, sino que busca aumentar su sabiduría, mientras que el necio se satisface con sus necedades y no intenta buscarles remedio.

Versículo 15

Hay personas de ánimo depresivo, con lo que todos sus días resultan *difíciles,* es decir, malos. No hay que censurar a tales personas ni menospreciarlas, sino compadecerlas, consolarlas y orar por ellas. El humor de una persona depende, en gran medida, de su temperamento, y es difícil de remediar. Otras, en cambio, están bien dispuestas a ver el lado rosa de la vida, por lo que *tienen un banquete continuo,* aceite para las ruedas de su obediencia a Dios.

Versículos 16–17

El gozo cristiano produce contentamiento y hace agradable y fácil la vida. Santidad y amor le bastan al hombre, aunque posea pocas cosas del mundo. Los que tienen grandes tesoros, tienen grandes temores y corren grandes peligros, especialmente cuando no tienen en cuenta a Dios ni a los pobres. Cuando *los hermanos habitan juntos en armonía* (Sal. 133:1), sienta mejor una sobria comida de legumbres o verduras que el más opíparo banquete. En cambio, donde reina el odio, la enemistad y la desconfianza, ni *un buey engordado* servirá para alegrar la vida.

Versículo 18

El enojo enciende un fuego que consume ciudades e iglesias, pues *el hombre iracundo* suscita contiendas y hace que otros se peleen entre sí también. En cambio, el que *es tardo en airarse,* no sólo impide la contienda, sino que, cuando se ha encendido, contribuye grandemente a apagar el incendio, al unir a los que se habían enemistado y trayéndolos a concordia mediante mutuas concesiones.

Versículo 19

El perezoso inventa toda clase de excusas para librarse del trabajo; intenta convencer a los demás de que su camino está bordeado de espinos, por lo que podría rasgarse el vestido; de ahí su repugnancia a emprender cualquier tarea. En cambio, el que se esfuerza por cumplir honestamente con su deber, lo halla

fácil por la gracia de Dios y, lo que para el otro es camino de espinas, para él es una gran avenida bordeada de rosales.

Versículo 20

Los hijos buenos son el gozo de sus padres, quienes bien pueden gozarse en ellos, después de los cuidados y fatigas que les han costado. Y un motivo más de satisfacción para los hijos es saber que han servido de consuelo y ayuda a sus padres cuando éstos han llegado a la ancianidad. En cambio, los malos hijos menosprecian a sus padres, no reconocen su autoridad y les pagan con malos tratos los beneficios que de ellos recibieron.

Versículo 21

El malvado peca, no sólo sin pensar, sino aun con placer. Al carecer de buena norma, carece también de sinceridad y dirección sabia; pero el hombre entendido, el que tiene los ojos y el corazón iluminados por el Espíritu Santo (Ef. 1:18), vive una vida bien ordenada y trata en todo de conformar su voluntad a la de Dios (Ro. 12:1, 2).

Versículo 22

Este proverbio viene a ser una repetición de 11:14, por lo que no necesita especial comentario.

Versículo 23

Bien suele hablar el que habla *a tiempo;* es decir, cuando sus palabras pueden hacer bien y se presenta la oportunidad de decir algo útil, edificante. Muchas buenas palabras han sido, a veces, inútiles y hasta contraproducentes por haber sido pronunciadas de mala manera o a destiempo.

Versículo 24

El camino de la sabiduría y de la santidad es un camino de vida y, por tanto, es un camino *hacia arriba* (en último término, hacia el Cielo); es el camino para escapar *del Seol abajo,* de la muerte (en último término, del Infierno).

Versículo 25

Los soberbios, es decir, los arrogantes que se valen de su posición de autoridad para oprimir a los pobres, serán destruidos ellos y *sus casas,* en justo castigo por las expoliaciones que cometieron. En cambio, Dios es el gran protector de los oprimidos y despojados. Se menciona *la viuda* como tipo de una persona sin protección, expuesta a la voracidad de los opresores.

Versículo 26

Los pensamientos de los malvados son malvados y, por ello, no pueden menos de ser *abominación a Jehová,* quien los ve y juzga conforme a toda su perversidad; en cambio, *las expresiones* (lo que del corazón sale por la boca) *de los limpios son agradables* (versión más probable). Cohen advierte que el vocablo hebreo para *«limpios»* (o «puros») parece ser usado aquí en su sentido técnico conforme se aplica a «los animales limpios» que son aceptables para el sacrificio.

Versículo 27

El codicioso (comp. 1:19) *alborota* (es decir, pone en desorden) su *casa* (ya visto en 11:29), por lo que el dinero que gana, por mucho que sea, sirve de poco provecho.

El contexto sugiere, en realidad, que gran parte de esa ganancia se debe al soborno, por lo que no es de extrañar que su casa sufra «alboroto», es decir, contiendas y reclamaciones de los que se creen perjudicados por la conducta deshonesta del codicioso. En cambio, *el que aborrece el soborno, vivirá* libre de preocupaciones.

Versículo 28

El justo, como prudente que es, *medita* (lit.), es decir, reflexiona antes de hablar, de forma que las palabras que profiere son beneficiosas y edificantes. En cambio, el malvado, presto a echar por su boca la maldad que rebosa su corazón, no se para a reflexionar, pues tiene de sí mismo tan alta opinión que no piensa necesitar de mesura ni ponderación.

Versículo 29

Dios se distancia de los que le desafían, aunque le invoquen con los labios; en cambio está cercano y escucha a los que oran de veras (comp. Sal. 145:18).

Versículo 30

Por el contexto se deduce, como advierten Ryrie y Cohen, que *la luz de los ojos* significa el brillo que resplandece en los ojos cuando se recibe una buena noticia. Dice que *esa buena nueva conforta los huesos* porque penetra muy hondo. Para una persona buena, no hay mejor buena nueva que oír cosas buenas de otros (v. 3 Jn. versículo 4).

Versículo 31

El oído que escucha bien la buena admonición ama al que amonesta. Las amonestaciones de los buenos amigos son llamadas aquí *reprensiones* (lit.) *de vida*, porque son medios para sustentar la vida espiritual y, en el sentido directo del proverbio, para prolongar la vida natural. Al que tal escucha, se le asegura un lugar *entre los sabios,* porque quienes saben escuchar y obedecer, también sabrán enseñar y dirigir bien.

Versículo 32

El que rehúsa la corrección (lit.), *menosprecia su alma;* es decir (probablemente), lo hace con peligro de su vida, ya que sus malos caminos, no rectificados, pueden conducirle a situaciones peligrosas y aun fatales. El error fundamental de los pecadores es que tienen en poco su propia alma; por eso, la dañan por complacer al cuerpo. En cambio, *el que escucha la corrección adquiere* (lit.) *entendimiento* y, de este modo, se aparta de los malos caminos y anda por buenas sendas, las que llevan a la vida eterna y aun favorecen aquí a la salud corporal.

Versículo 33

El temor reverencial *de Jehová es instrucción* (lit., hebr. *musar*) *de sabiduría;* es decir, *en sabiduría o para sabiduría* (comp. 1:7; 9:10). La segunda parte del versículo, además de asegurar la verdad corriente en la Biblia de que «el que se humilla será ensalzado», parece indicar que el que es humilde para ser instruido y corregido, puesto que es temeroso, alcanzará el honor que la sabiduría lleva consigo.

CAPÍTULO 16

Versículo 1

Este proverbio viene a ser una versión de nuestro refrán castellano: «El hombre propone, y Dios dispone». *Las disposiciones* (mejor, *planes*) del corazón y la mente *son del hombre* en el sentido de que Dios le ha dotado de entendimiento, con el que puede conectar ideas y sacar planes y conclusiones para gobernarse en la vida, pero, como dice Cohen, «la habilidad de expresar las ideas en palabras apropiadas y convincentes es un don de Dios».

Versículo 2

Este proverbio repite ideas ya conocidas y se repite, casi a la letra, en 21:2. Al juzgarnos a nosotros mismos y a nuestros actos, es difícil, por no decir imposible, ser imparciales, pero *Jehová pesa los espíritus;* Él tiene una balanza justa e infalible y *pesa* bien, pone a prueba la sinceridad de los impulsos que nos mueven a obrar de una manera u otra. Por eso, hemos de preguntamos a menudo: ¿Cómo juzgará Dios esto que voy a hacer?

Versículo 3

El mejor modo de que nuestros planes se realicen convenientemente es *encomendar a Jehová nuestras obras* (comp. 3:6, así como Sal. 37:5; 55:22; 1 P. 5:7).

Aquí, como en Salmos 37:5, el vocablo hebreo para «encomendar» es *gol*, del verbo *galal*, que significa «hacer rodar»; la idea, pues, es de quitarse un peso de encima y hacerlo rodar hasta Dios para quien no hay nada demasiado pesado, por lo cual puede aliviar a quienes se sienten abrumados por cualquier peso (comp. Mt. 11:28).

Versículo 4

Dios es la causa primera y el fin último de todas las cosas. Al ser el Creador de todo, ha fijado un destino y un propósito a cada ser creado. La segunda parte del versículo no significa que Dios predestine a una persona para el mal. Comenta Cohen: «La intención no puede ser que Dios se proponga que una persona haya de ser malvada, porque ello estaría en contradicción con la doctrina de la literatura sapiencial, *Dios hizo al hombre recto, pero ellos buscaron muchos planes perversos* (Ec. 7:29). Al conocer que algunos hombres serían malvados, Dios ordenó que el esquema del universo incluyese *un día de mal*, un dia de castigo y retribución, para ellos».

Versículo 5

La primera parte de este proverbio es como la de 11:20, con la variante de «altivo» en vez de «perverso». La segunda es una repetición de 11:21b, con la misma expresión hebrea: *yad leyad*, «mano a mano» (chocar la mano), que indica seguridad completa. «El vocablo *"abominación"*—dice Cohen—es análogo al mencionado en la Torah con respecto a la idolatría y la inmoralidad. Por eso, los rabinos equiparan la altivez a esos pecados."

Versículo 6

La culpa del pecado se nos quita por la *misericordia* y la *verdad* de Dios en Cristo nuestro Mediador, no por medio de sacrificios legales. Y el poder del pecado se quebranta en nosotros *por medio del temor de Jehová*, pues así es como *los hombres se apartan del mal.*

Versículo 7

Dios puede cambiar en amigos a los enemigos cuando le place. El que tiene en su mano el corazón de cada hombre, puede volverlo con toda facilidad (21:1). Lo hará por nosotros cuando lo crea conveniente. Dios hizo que Esaú se pusiese en paz con Jacob, y Abimélec con Isaac.

Versículo 8

Aquí se repite el pensamiento de 15:16, y al comparar ambos versículos se ve que *«justicia» es* equivalente de «*temor de Jehová»* o más bien, es su consecuencia.

Versículo 9

Este proverbio es semejante, a primera vista, al del versículo 1, pero hay entre ellos una notable diferencia. El sentido aquí es que, si los hombres *planean su camino* de forma que tengan por objetivo supremo la gloria de Dios y por norma cotidiana su santa ley, pueden esperar que Dios *dirija sus pasos* por su Espíritu y su gracia, de forma que no equivoquen el camino ni dejen de llegar a su destino (comp. 1 Ts. 3:11).

Versículo 10

El proverbio admite la forma de un precepto para los reyes y los jueces, a fin de que emitan sus preceptos y veredictos como algo sagrado, pues sagrado es el oficio para el que fueron ungidos. De ahí que han de tener sumo cuidado a fin de no violar la justicia en sus pronunciamientos, pues entonces su boca cometería «transgresión» (lit.) en el sentido técnico que tiene en Levítico 5:15 sobre «el uso impropio—dice Cohen, de algo que ha sido dedicado al santuario. *El juicio es de Dios* (Dt. 1:17) y por tanto, en la categoría de lo santo; en consecuencia, la violación de la justicia es sacrilegio».

Versículo 11

Este proverbio, según Cohen, es mal interpretado por los modernos expositores que ven en él una apelación a la justicia en el uso de pesas y medidas en el comercio ordinario. El texto dice literalmente: *«Balanza y platillo de justicia* (hebr. *mishpat*, no *tsédek) son de Jehová; todas las pesas de la bolsa son obra suya».* No se trata de transacciones entre particulares, sino de la obligación de los reyes de hacer justicia, pues es cosa sagrada; *el juicio es de Dios;* bajo la imagen de la balanza y los pesos, se expresa la idea de que Dios ha fijado las normas de todo juicio justo y no está al arbitrio de los reyes y jueces el fabricarlas a su capricho para usarlas en el juicio.

Versículo 12

Al seguir con el pensamiento de que el oficio del rey es sagrado, vemos ahora que el hacer lo que no es justo es malo en todos, pero en los reyes es una *abominación* (v. lo dicho en el v. 5). En cambio, la justicia es el mejor medio para afianzar el trono (comp. 25:5; 29:14).

Versículo 13

Todo buen gobernante ama la sinceridad y la rectitud, por lo que le conviene poner en puestos de autoridad a hombres que *hablan lo recto,* pues no hay peores ayudantes en el gobierno que los parásitos y los aduladores.

Versículos 14–15

Estos dos versículos muestran el poder de los reyes, el cual siempre suele ser grande, pero especialmente en los países del antiguo Oriente, en los que gobernaban de forma absoluta, y aun arbitraria y despótica. Dichosos los pueblos en que la prerrogativa del príncipe no daña a la libertad del súbdito. Por

eso, se da aquí mucha importancia a los efectos, tanto de la ira como de la benevolencia del rey, así como al buen servicio que una palabra sabia puede realizar para aplacar la ira del rey (v. 1 S. 19:6). Se menciona como bendición especial a *la lluvia tardía* porque, al caer en primavera, aseguraba la madurez de los productos del campo.

Versículo 16

La sabiduría celestial se ha de apreciar más que la riqueza material. La gracia es más valiosa que el oro, pues la gracia es don sobrenatural de Dios, mientras que el oro procede de la providencia común. La gracia es para el alma y para la eternidad, mientras que el oro es para el cuerpo y para el tiempo. La gracia nos sostiene en la hora de la muerte, cuando el oro no nos puede hacer ya ningún bien.

Hay vanidad y sacudir al aire en la obtención del oro, pero gozo y satisfacción de espíritu en la adquisición de la sabiduría.

Versículo 17

El camino (hebr. *mesilath*, camino real, bien construido y libre de obstáculos) *de los rectos es asequible a los que se apartan del mal* (éste es el sentido), pues está señalado por Dios y hollado por los justos que nos han precedido. Y todo el que tiene interés en preservar su vida, no camina a la ventura, sino que busca el camino real del que se habla en la primera parte.

Versículo 18

Cuanto más alto se sube el altivo, mayor es la caída que sufre. Dios, en su justicia, abate hasta el suelo a quienes han querido subir hasta el cielo. Faraón, Senaquerib, Nabucodonosor, Herodes, son ejemplos de esto. Cuando los altivos se ponen a desafiar a Dios, su caída está a las puertas. No temamos, pues el orgullo ajeno, sino temamos grandemente caer nosotros mismos en el orgullo.

Versículo 19

La humildad nos obtiene el favor de Dios y nos preserva de muchas tentaciones, lo cual es mejor que *repartirse los despojos con los soberbios.* La frase tuvo en un principio un tono militar (v. Gn. 49:27; Éx. 15:9), pero después se aplicó—dice Cohen—al enriquecimiento de los fuertes a expensas de los débiles.

Esto es lo que significa en el caso presente.

Versículo 20

La prudencia se granjea el respeto y la estima de los hombres, y el éxito en los asuntos de cada día; pero todavía son mayores los beneficios que reporta la piedad.

Téngase, sin embargo, en cuenta que ambas cosas no se contraponen en este proverbio, sino que más bien se unen.

Versículo 21

Los que poseen sabiduría sólida, reciben también el crédito y el prestigio que la acompañan. *La dulzura de labios* es un complemento muy deseable de la discreción, a fin de que *el tenido por prudente* pueda ejercer su influencia de modo extenso y efectivo. El mejor modo de hacer aceptable una enseñanza o una respuesta es hacerla en tono suave y con palabras esmeradamente escogidas.

Versículo 22

El sentido de este versículo, del que depende su apropiada interpretación, es el siguiente: *la prudencia* (hebr. *sékhel*, variante del *haskel* de 1:3) *es fuente de vida*, de dicha, de prosperidad, de vitalidad

espiritual, mientras que la *necedad* es *la disciplina* (es decir, *el castigo;* hebr. *musar*) *de los necios,* puesto que les priva de *la fuente de vida* que constituye la dicha de los prudentes.

Versículo 23

Cuando hay sabiduría en el corazón, hay también discreción en los labios, lo que añade a la calidad de la enseñanza la capacidad para transmitirla persuasivamente a otros.

Versículo 24

De nuevo se insiste en la eficacia persuasiva de la suavidad en el hablar, es decir, en el empleo de palabras agradables; más aún, cuando se basan en la Palabra de Dios, cuya dulzura pudo aprender Salomón de las enseñanzas de su padre David (v. Sal. 19:10). Hay muchas cosas agradables que no son provechosas, pero estas palabras suaves son *dulzura para el alma* (aquí la parte espiritual del hombre) y *medicina para los huesos,* para toda la estructura corpórea.

Versículo 25

Este proverbio es repetición de 14:12. El hecho de que se repita también de varias formas en otros lugares nos da idea de la importancia que para Salomón (y para el Espíritu Santo) tiene la enseñanza que en él se nos imparte.

Versículo 26

El proverbio parece decir que el hombre trabaja para ganarse así el sustento y satisfacer el hambre.

Como este sentido parece demasiado elemental para ser incluido entre proverbios de sabiduría, los rabinos buscan explicaciones más profundas, entre las que destaca la que Cohen cita de Gerondi: «A veces, *el alma* (lit.) *del que trabaja, trabaja para él,* es decir, para su cuerpo, lo contrario del hombre sabio, quien trabaja para su alma». Así, empalmaría con el v. anterior, donde se expone el caso general de lo que *«le parece derecho a un hombre»,* pero al final se da cuenta que, tras tanto trabajar, «ha gastado vanamente sus días, olvidado de su Hacedor y preocupado únicamente de satisfacer las necesidades de su cuerpo».

Versículos 27–28

Hay quienes no sólo son viciosos en sí mismos, sino despectivos y dañinos para los demás, con lo cual son así los peores. *«Excava el mal»,* dice a la letra el texto, como se cava una fosa para hacer caer en ella a una persona (en este sentido se usa el verbo en Salmos); *en sus labios hay llama de fuego* (mejor, *un fuego abrasador*) pues, con su maldad, abrasa todo cuanto tocan sus labios, especialmente la reputación del prójimo, como se insinúa en el versículo 28.

Versículos 29–30

Aquí tenemos otros malos efectos de los malos labios. La adulación (v. 29), mediante la cual el malvado trata de atraer a otros para que sean sus cómplices en el mal (comp. 1:10 y ss.). En el extremo opuesto, otro pecado de los labios sin decir una palabra, *frunciéndolos,* es decir, apretándolos. «El verbo—dice Cohen—se usa en conexión con los ojos en 6:13; 10:10, una expresión callada que, sin embargo, habla más que las palabras.» Lo del *«guiñar los ojos»* como gesto de perversidad lo vimos ya en 6:13 y ss.

Versículo 31

El honor y respeto a los ancianos es algo característico en la Biblia, en contraste con el desprecio que a los ancianos sentían los pueblos paganos (v. Lv. 19:32). Aquí se nos dice que *las canas son corona de honor si se hallan en el camino de justicia.* En efecto, la verdadera gloria de la ancianidad es la gracia; el anciano malvado pierde el derecho a ser respetado, pues ha dejado que su corona fuese arrojada al fango.

Versículo 32

Al abundar en un tema ya conocido, se insiste en los beneficios que reporta ser *tardo en airarse* pues denota dominio de sí mismo, que es la corona del fruto del Espíritu Santo (v. Gá. 5:23). Dominarse a sí mismo cuesta más, y tiene mayor valor, que dominar por la fuerza a otros. El más humilde de los hijos de Dios puede así ser más grande, y digno de mayor honor, que Alejandro Magno, Julio César o Napoleón Bonaparte. El dominio de sí mismo requiere mayor sabiduría y fuerza de voluntad y, al mismo tiempo, no tiene necesidad de sacrificar vidas ajenas ni bienes ajenos.

Versículo 33

Se menciona aquí un método de echar suertes que era frecuente en el antiguo Israel cuando se había de tomar una decisión importante, la cual se consideraba así hecha por Dios (comp. Hch. 1:26). En un pliegue del vestido (comp. 6:27) se depositaban las dos suertes, y la primera que se sacaba era la que decidía. Esto venía a significar que nada ocurre por casualidad ni es determinado por el ciego destino, sino que todo es determinado, de un modo u otro, por el consejo y la voluntad de Dios. Todas las disposiciones de la Providencia con respecto a nuestros asuntos han de ser consideradas como efectos del amor de nuestro Padre Celestial, el cual lo dirige todo para su gloria y para nuestro bien.

CAPÍTULO 17

Versículo 1

Las palabras de este proverbio recomiendan el amor y la paz de la familia, conducentes en gran manera al bienestar de la vida humana. Los que viven en unidad y tranquilidad, y tratan de ser mutuamente obsequiosos, gozan de la vida, aun cuando tengan que trabajar duro y sufrir de recio. *Un bocado seco* sabe mejor a los que viven en paz que un opíparo banquete en una familia llena de pendencias y discordias. El texto dice a la letra: «… *que una casa llena de sacrificios de contienda»,* pues entre los hebreos no era costumbre comer carne sino, cuando se degollaba un animal para el sacrificio, lo cual se consideraba banquete festivo (comp. 7:14, así como Dt. 12:7; 1 S. 9:12 y ss.) ¿De qué servirá tal banquete en una casa perturbada por la discordia?

Versículo 2

El verdadero mérito no se mide por los honores mundanos. A veces, un esclavo prudente proporciona a una familia mucho más beneficio y prestigio que un hijo necio, el cual es una vergüenza y una deshonra para la casa. Un amo capaz de apreciar el verdadero mérito podía incluir entre sus herederos a un esclavo prudente y leal (comp. el caso de Eliezer en casa de Abraham, y el de Sibá y Mefi-Bóset, Gn. 15:2; 24:2; 2 S. 16:4, así como el de Yarjá en 1 Cr. 2:34, 35. V. también Ec. 10:7).

Versículo 3

Los hombres prueban y refinan en el crisol la plata y el oro (Jer. 17:10), pero sólo Dios puede probar y refinar los corazones. Los prueba mediante la aflicción (Sal. 66:10, 11; Is. 48:10) y así los refina también. Los hombres no tienen tal poder ni deben atreverse a intentarlo.

Versículo 4

«Cada uno busca a su semejante», dice el antiguo proverbio latino, y esto es lo que aquí se señala: «El malo escucha al malo, y el mentiroso al mentiroso». Así se excusan a sí mismos los pecadores y se fortalecen mutuamente las manos para el mal.

Versículo 5

La primera parte del proverbio es semejante a la de 14:31, pero aquí va más hondo, pues en vez del verbo «oprimir», tenemos el verbo «burlarse» o «escarnecer». Al tener en cuenta que «*Jehová es el que hace pobre o rico* a un ser humano, mofarse del pobre es, según Cohen, una blasfemia». Algo parecido hace *el que se alegra de la calamidad* ajena, pues también las calamidades entran en el plan de Dios.

Versículo 6

Es un honor para un hombre vivir lo suficiente para ver a los hijos de sus hijos (Gn. 50:23; Sal. 128:6) y a su casa prosperar en ellos, si ellos sirven a su respectiva generación de acuerdo con la voluntad de Dios, pues es una corona que completa su bienestar en este mundo. También es un honor para los hijos tener padres piadosos y prudentes y verlos llegar a la ancianidad, mientras ellos mismos han crecido y se han establecido en la vida.

Versículo 7

El necio, en la literatura sapiencial, es siempre una persona de baja catadura moral, por lo que *no le va bien la altilocuencia,* pues además de la altiva jactancia que eso supone, encierra gran peligro para los oyentes, por la persuasividad que una palabra elocuente puede conferir a las peores mentiras y seducciones.

Peor todavía que a un necio metido a filósofo o político, le va a un magnate aprovecharse de la ventaja que le da su posición para diseminar mentiras y quebrantar la palabra dada.

Versículo 8

Los ricos estiman una moneda como si fuese una piedra preciosa, y se estiman a sí mismos por ella como si les proporcionase no sólo adorno, sino también poder, de forma que todos deberían respetarles y someterse a ellos aunque sea con merma de la justicia y del derecho. Pero, por mucho que sea el éxito material que se consiga de ese modo, no por eso deja de ser criminal el soborno (v. Éx. 23:8; Dt. 16:19) o cualquier otro medio ilícito de hacerse valer por medio de la riqueza.

Versículo 9

El modo de preservar la paz entre parientes y vecinos es hacer todo lo posible para evitar la discordia, ya sea al no divulgar lo que se dice o hace en contra de ellos (a no ser que sea necesario para que se defiendan), ya sea no dándose por enterado de lo que se oye o se sufre de parte de otros. Mejor es excusarlo todo e interpretarlo lo mejor posible, y decir: «Se le pasó por alto, ¡pasémoslo por alto! Se le olvidó ¡Olvidémoslo!»

Versículo 10

Una reprensión le aprovecha más, le hace mayor impresión, *al inteligente* (no al discreto—hebr. *nabón*—, el cual no la necesita) *que cien azotes al necio,* el cual no hace caso de reprensiones verbales.

Versículo 11

Malo de veras es el hombre que busca todas las ocasiones posibles para rebelarse contra Dios (en este sentido ha de entenderse aquí *rebelión).* Comoquiera que este tal no atiende a palabras suaves, *se enviará contra él un mensajero cruel,* es decir, un agente de la justicia que le castigue como se merece (para el sentido de «mensajero» como símbolo de un medio de retribución, véase 16:14, así como Sal. 78:49).

Versículo 12

Por 2 Samuel 17:8; 2 Reyes 2:24; Oseas 13:8; Amós 5:19, etc., vemos que la fiereza del oso, especialmente la de la osa cuando le han quitado sus cachorros, se había hecho proverbial.

Sin embargo, Salomón afirma aquí que todavía es peor encontrarse con un necio cuando está en el colmo de su necedad, que es el tiempo en que se desatan sus pasiones.

Versículo 13

Muy fea es la ingratitud. Devolver mal por mal es brutal, pero devolver mal por bien es diabólico. La desventura que aquí se predice, como una maldición, sobre su casa, puede ser el castigo de Dios o, según opinan algunos, la falta de ayuda por parte de sus prójimos cuando él se vea en grave apuro (v. el contraste con la exhortación de devolver bien por mal en 20:22; 25:21).

Versículo 14

Muy expresiva es la comparación que se hace aquí del *comienzo de una contienda* con abrir un agujero en un depósito de agua o una presa. Si no se tapa a tiempo, el agujero se hace cada vez mayor y sobreviene una terrible inundación. El único remedio, es pues, abandonar la contienda antes de que estalle del todo.

Versículo 15

Este proverbio, muy importante para entender el concepto teológico de justificación (comp. con Ro. 4:5), se basa en Éxodo 23:6 y ss., y llama *abominación a Jehová* (v. lo dicho en otros lugares de Prov.) al que *declara justo al impío y condena como impío al inocente.* Éste es el único sentido correcto del proverbio, porque si *justificar* significase hacer interiormente justo al que es malvado, esto no sería abominación, sino edificación y salvación.

Indica, pues, una violación flagrante de la justicia por parte de los que están encargados de ejecutarla.

Versículo 16

En este proverbio entran dos ideas complementarias: 1. El necio carece del entendimiento necesario para adquirir la sabiduría y hacer buen uso de ella. 2. La sabiduría no se adquiere con dinero, sino con una actitud apropiada del corazón, la cual le falta al necio. Comenta Ryrie: «Esta descripción del necio al intentar comprar sabiduría es satírica, pues la sabiduría no se puede comprar a ningún precio».

Versículo 17

El texto admite la interpretación (posible, pero no probable) de que un amigo verdadero ama en todo tiempo y es como un hermano nacido para tiempo de adversidad. La lectura más probable es la que aparece en la mayoría de las versiones. Ya no es tan fácil valorar el contraste entre el amigo sincero y el hermano de padre y madre. Es muy interesante el comentario de Ralbag, citado por Cohen: «Un amigo permanece unido a su amigo en todo tiempo, incluso en tiempo de adversidad a fin de estar unido con él en tiempo de gozo. En cambio, un hermano no se interesa por su hermano en tiempo de gozo, sino en tiempo de adversidad, pues su naturaleza le compele a unirse a él para asistirle en su aprieto». (Todo es nota del traductor.).

Versículo 18

De sabios es estar libre de deudas en lo posible, especialmente de las que se contraen por salir fiador (lit. *chocar la mano*) de extraños (comp. 6:1; 11:15). Los que carecen de entendimiento caen en esta trampa.

Versículo 19

El que ama la contienda, ya sea el ir fácilmente a los tribunales por cualquier minucia, o al buscar controversia en detalles de tipo religioso o desear que siempre se le de la razón en la conversación corriente, *ama la transgresión* (aquí no indica directamente un pecado contra Dios, sino un perjuicio al prójimo). Añade el proverbio que quien *alza su puerta, busca su ruina.* La interpretación más probable de la frase *alzar la puerta* es: vivir de una manera ostentosa, especialmente en lo que se llama «el tren de vida», con lo que suscita (a veces, intencionadamente) la envidia del prójimo, con las funestas consecuencias que con frecuencia produce la envidia. Algunos comentaristas judíos (también Ryrie) entienden lo de «su *puerta*» (lit. su *abrir,* como en Sal. 119:130) aplicado a la «boca», cuando se abre para hablar palabras altas, arrogantes, ruidosas.

Versículo 20

El retorcido de corazón (lit.) que siembra discordias y está lleno de resentimiento, no puede tener satisfacción verdadera pues sólo sabe crear antagonismos. Y el que está *«vuelto»* («perverso» significa «muy vuelto») *de lengua* (lit.), mentiroso, despectivo, abusivo, *caerá en el mal,* pues perderá sus amigos, provocará a sus enemigos y hará que los males que ocasiona se vuelvan contra su propia cabeza.

Versículo 21

El nacimiento de un niño causa alegría, especialmente a su madre (v. Jn. 16:21), pero, cuando resulta un insensato, sólo tristeza causa a quienes le engendraron (comp. 10:1). *Absalón* significa (probablemente) *«paz de mi padre»,* pero fue en realidad la pesadumbre y el tormento de su padre.

Versículo 22

Este versículo es muy parecido a 15:13 y contiene la misma idea. El vocablo hebreo para *«remedio»* no sale en ningún otro lugar de la Biblia, aunque el verbo de la misma raíz se halla en Oseas 5:13 («… ni os *curará* la llaga»). La frase *«seca los huesos»* es la opuesta a la de 15:30 («… *engorda*—lit.—*los huesos*»). Es un breve resumen de psicobiología: El gozo favorece a la salud corporal; la depresión daña a la salud.

Versículo 23

Aquí se denigra una vez más el soborno como uno de los pecados más sucios. La frase *«de debajo del manto»* expresa gráficamente la forma de recibir dinero solapadamente, a escondidas, en una bolsa discretamente envuelta en el manto. De esta manera, el curso de la justicia se toma curso de la injusticia.

Versículo 24

Ante el rostro del inteligente (está la) *sabiduría* (lit.); es decir, la tiene cerca y delante de sí como brújula y carta de navegación, como su constante objetivo; *mientras los ojos del necio vagan,* van de un lado a otro, sin rumbo fijo, *hasta los extremos de la tierra,* tan lejos que no ve lo que tiene delante de sí, sólo se alimenta de ilusiones.

Versículo 25

Con mucha frecuencia repite Salomón (v. también 10:1; 15:20; 19:13 y en el v. 21 del presente capítulo) el pesar que causa a un buen padre un hijo necio. ¿Estaría pensando en su hijo Roboam, quien demostró ser un necio? ¿No pudo dejar el trono a otro más sensato? ¿O es que no tuvo más hijos (la Biblia no menciona a ningún otro), después de tener 700 reinas y 300 concubinas? Como en 10:1, se menciona también la amargura que causa a su madre (la de Roboam, de paso, era amonita, una extranjera. V. 1 R. 14:21, 31).

Versículo 26

Aquí se repite lo del versículo 15 en cuanto a la maldad de *condenar al justo,* aunque aquí el verbo empleado significa específicamente «castigar con una multa» (v. Dt. 22:19); por eso, no se dice que es *«abominación»* (v. 15), sino que *«no es bueno»,* es decir, es un procedimiento impropio. La segunda parte alude a un castigo más severo («golpear») que una multa, y ejecutado contra *nobles* (de noble estirpe) *que* precisamente *hacen lo recto.*

Versículos 27–28

He aquí una norma práctica para todos, necios y entendidos: El que calla y escucha, aunque sea necio, es tenido por inteligente, pues nada suele satisfacer a los hombres tanto como el que se les deje hablar, piensan que el que los escucha está de acuerdo con lo que ellos dicen y que lo encuentran todo muy interesante. ¡Son, pues, casi tan inteligentes como ellos! Sin embargo, el verdadero sabio no es el que siempre calla (no se puede ni se debe), sino el que ahorra palabras (el mismo verbo de 10:19, *«refrena»* sus labios); las mide, las pesa y evita palabras ociosas y explicaciones innecesarias.

CAPÍTULO 18

Versículo 1

«El original aquí es difícil», dice M. Henry, y todos los mejores exegetas, incluido Cohen, están de acuerdo. Sin embargo, nuestras versiones modernas (RV 1977, *Biblia de las Américas, New International Version, New American Standard Translation,* etc.) dan el sentido correcto que puede simplificarse del modo siguiente: la persona esquiva, insociable (un tipo caracterial bien definido), etc., es una persona que, como se suele decir, «está llena de rarezas»; por eso, dice el proverbio que *«busca sus caprichos y se irrita contra todo consejo».* ¡No cabe mejor descripción! Todos conocemos este tipo de personas, que son una verdadera carcoma.

Versículo 2

El necio llega a mostrar su necedad al apartar de sí todo deseo de poseer la discreción suficiente para distinguir entre lo bueno y lo malo, lo oportuno y lo inconveniente. Únicamente se deleita en que *se manifieste su corazón,* es decir, en que se descubra lo que lleva dentro: sus necias ideas y sus opiniones personales, aunque están basadas en la más crasa estupidez. Con todo, cree que sólo él tiene razón, lo cual suele ser el colmo de la necedad.

Versículo 3

Este proverbio se puede entender de dos maneras: 1. Los malvados son menospreciadores de los demás. Cuando llegan a una reunión, sea un estudio o un acto del culto, allí entra el desprecio de Dios, de sus ministros y de todo lo que se dice y hace allí. 2. Los malvados son ignominiosos, que se cubren de vergüenza y afrenta ellos mismos, justo castigo de quienes desprecian a los demás y, especialmente, a Dios.

Versículo 4

Tanto Cohen como Ryrie (quien lo compara con 20:5) hacen un excelente comentario de este no tan fácil proverbio: las palabras del *hombre* ordinario (hebr. *ish) son profundas,* no en el sentido de geniales, sino de «oscuras e incoherentes, que sólo con dificultad llegan a entenderse», mientras que los sabios se expresan son claridad: *«arroyo que fluye»* (lit.) naturalmente, con limpieza y frescura.

Versículo 5

Este proverbio condena justamente a quienes, al estar empleados en la administración de la justicia, pervierten el juicio, y hacen la vista gorda ante los crímenes de los ricos y de los situados en alta posición. Hay que tener en cuenta la justicia de la causa, no la posición de la persona.

Versículos 6–8

Los labios del necio provocan contiendas de muchas maneras, en especial al dar a conocer ideas y opiniones que han de desagradar a otras personas, provocándoles incluso a la agresión física *(«llama a los azotes»).* El versículo 8 (repetido en 26:22) expone una triste verdad: los chismes se entran *como golosinas* hasta lo más íntimo del ser de las personas dispuestas a escucharlos; estas personas son la mayoría, no sólo en el mundo, sino, por desgracia, también en las iglesias, porque la mayoría se sienten en cierto modo justificados y ensalzados (comp. Is. 65:5) con las miserias y debilidades de los demás.

Versículo 9

Bien merece el calificativo de *necio* (aunque no esté explícito en el texto) el que derrocha su hacienda, y gasta más de lo que gana. De la misma clase es (según el sentido de *«hermano»* aquí, comp. con 28:24) el que es *negligente en su trabajo.* El primero arroja a los vientos lo que posee; el segundo se lo deja escapar de entre los dedos.

Versículo 10

Aquí tenemos la suficiencia de Dios para los santos: *El nombre* (es decir, la persona) *de Jehová* (comp. con Sal. 20:7) *es torreón fuerte* en el que pueden hallar descanso cuando están fatigados, y protección cuando son perseguidos. La riqueza acumulada en esta torre es suficiente para enriquecerlos; la fortaleza de esta torre es suficiente para protegerlos.

Versículo 11

Para entender bien este proverbio es menester unirlo con el anterior. Las riquezas de este mundo son el torreón fuerte del que las posee. Son como *un muro alto,* que no se puede escalar ni derribar, una *ciudad fortificada, inexpugnable;* pero se engaña a sí mismo; no lo son en realidad, sino *en su imaginación.*

Versículo 12

La primera parte de este proverbio se halla también en 16:18, donde ya se explicó. La segunda parte nos enseña que, así como el orgullo precede a la caída, la humildad precede a la elevación.

Versículo 13

Aquí se expone, llevado a su más alto grado, un defecto muy corriente: *Responder antes de haber escuchado* toda la pregunta o exposición, y de haber comprendido bien el sentido de lo dicho. No sólo es

una *necedad,* sino que expone al *oprobio,* es decir, a la vergüenza, a la persona que así interrumpe a otros antes de tener la cortesía de escucharles.

Versículo 14

Muchas enfermedades y adversidades a las que estamos expuestos en este mundo, pueden soportarse bien cuando la persona tiene una voluntad fuerte, robustecida por la gracia de Dios, para abrirse paso a través de ellas. En cambio, cuando la persona posee una voluntad débil, no sabe ni puede soportar las dificultades y, lo que es peor, difícilmente admite la ayuda de los demás.

Versículo 15

Cuanto más prudente es una persona, tanto más le interesa adquirir *conocimiento;* en especial, conocimiento experimental de Dios, de su deber y del camino del cielo. Hemos de adquirir ese conocimiento para retenerlo en el *corazón,* para lo cual necesitamos *oído* atento.

Versículo 16

La dádiva no indica aquí soborno, sino un regalo legítimo, inocente, cortés, que puede suavizar el camino para establecer una relación personal conveniente (v. 1 S. 17:18); *le ensancha el camino,* de forma que le resulta más fácil llegar al objetivo que se proponía, y llegar así *a la presencia de los grandes,* de quienes esperaba obtener favor, amistad o protección.

Versículo 17

Se nos muestra que el primero en referir una noticia o su caso particular parece siempre tener razón, hasta que *viene su prójimo* (lit.), es decir, la otra parte del caso, y expone el otro lado de la moneda. El proverbio enfatiza la necesidad de escuchar a ambas partes, antes de pronunciarse, en juicio o fuera de él, a favor de una de ellas; para ello tenemos dos orejas.

Versículo 18

Este proverbio enseña que, en las disputas sobre particiones de haciendas, límites de heredades, etc., en las que es difícil hacer que las dos partes lleguen a un acuerdo mediante razones, no cabe otro recurso que echarlo a suertes.

Versículo 19

El proverbio usa las figuras de *«ciudad fuerte» y «cerrojos de alcázar»* para poner de relieve que cuanto más cercano es el parentesco, más acerba se hace la enemistad cuando surge una discordia y más difícil resulta la reconciliación. Dice Cohen: «Es más difícil calmar su mutua animosidad que capturar una ciudadela, y su querella crea una barrera para la restauración de relaciones amistosas tan formidable como las barras de hierro que cierran una fortaleza".

Versículos 20–21

Una vez más, se trata aquí de lo que la lengua puede hacer para bien o para mal de la propia persona que habla. Comenta concisamente Ryrie: «La lengua del hombre puede proporcionar satisfacción, vida o muerte. Quienes están inclinados a hacer uso de la lengua han de cargar con las consecuencias de sus palabras».

Versículo 22

Una *esposa* (se sobrentiende *buena)* es para un hombre gran bendición; la que es mala no merece ser llamada con un nombre tan honorable. La buena esposa es *ayuda idónea* para el hombre, según el designio de Dios (v. Gn. 2:18); es decir, alguien que ha de cooperar con él en las varias actividades de la vida, que ha de contribuir más que ninguna otra cosa a su bienestar, y ha de ayudarle a caminar hacia el cielo. Refiere el Talmud que, antiguamente, cuando alguien se casaba, le preguntaban: *¿matsá o motsé?* La clave de esta pregunta se halla en los versículos que comienzan respectivamente por dichos vocablos hebreos: Proverbios 18:22 y Eclesiastés 7:26. Con ello, se evitaba el preguntar descaradamente: *¿buena o mala?*

Versículo 23

Este versículo presenta ciertos defectos que se hallan en personas de posición social muy distinta. *El pobre,* expuesto al complejo de inferioridad, habla *suplicando,* y teme ofender. En cambio, el rico, más expuesto al complejo de superioridad, suele hablar de forma áspera, imperiosa. Ambos deberían percatarse de que el hombre no se mide por lo que *tiene,* sino por lo que *es* y, en principio, todos somos iguales ante Dios (comp. con Stg. 2:1–9).

Versículo 24

La primera parte de este versículo es dificilísima, por no estar claro cuál es exactamente el verbo hebreo que allí se usa. Según se halla actualmente el texto masorético en la casi totalidad de los MSS, dice literalmente: *«El varón de amigos* (es decir, el que tiene demasiados amigos) [va] *a despedazarse a sí mismo».* La segunda parte está clara: *«pero hay un amigo* (lit. *amante,* vocablo muy distinto del de la primera parte, que significa meramente «compañero») *que se adhiere* (lit.) *más que un hermano».* El proverbio expresa, pues, en primer lugar, que un buen amigo puede llegar a ser más valioso que un hermano de padre y madre (comp. con 17:17). La primera parte significa, según Ryrie, que «los amigos escogidos a la buena de Dios (*indiscriminately,* en inglés), pueden producir problemas».

En mi opinión (nota del traductor), el verbo hebreo indica que, al tener demasiados amigos, dicho «varón» podría sentirse «despedazado», al no poder complacer a todos (un caso corriente de «conflicto de lealtades»).

CAPÍTULO 19

Versículo 1

Por su semejanza con 28:6, muchos comentaristas piensan que se trata del mismo proverbio, con ligeras variantes. J. J. Serrano lo sintetiza así: «Más vale pobre sincero que rico hipócrita». Sin embargo Cohen sostiene que los dos versículos enseñan diferentes lecciones. Aquí el punto en cuestión es: «mejor es el pobre que se contenta con lo que tiene y retiene su integridad, que la persona que trata de escapar de la pobreza y recurre a una vida deshonesta, pues este último es un necio al imaginarse que, con malos métodos, puede prosperar realmente».

Versículo 2

La enseñanza de este proverbio, en gradación de mal a peor, es muy sencilla: actuar sin precaución, con precipitación, es peligroso. Esto se expone de dos maneras: En la primera parte, se habla de actuar sin conocimiento preciso de lo que se desea, lo cual *no es bueno.* En la segunda, de precipitación, apresuramiento de pies, que expone a *errar el blanco* (el mismo verbo que se emplea para expresar el *«pecado»* en su acepción más genérica, por lo que algunas versiones dicen *«peca»).*

Versículo 3

Los hombres se encuentran en la vida con cruces, problemas, males y desilusiones; en gran parte, se deben a su propia insensatez; son castigados por sus errores y pecados.

Sin embargo, en lugar de reconocer en su necedad, o pecaminosidad, la causa de tales males, llegan a echarle la culpa a Dios, lo cual no sólo es necio, sino también blasfemo (comp. con Stg. 1:13–17).

Versículo 4

Este proverbio, muy semejante al de 14:20, muestra una vez más la triste realidad de esta vida, en la que «tanto tienes tanto vales». El que tiene dinero, puede disponer de todo lo demás que el mundo puede ofrecer. «Si tovieres dineros, habrás consolación», escribía nuestro Arcipreste de Hita ya en el siglo XIV. El rico puede hacer muchos regalos y favores, con lo que se gana muchos amigos, no de su persona, sino de su riqueza. Al pobre no le queda ningún amigo: el único que tenía (nótese el contraste del singular con el plural de la primera parte) se le ha enfriado.

Versículo 5

Hay hombres que *enseñan a su lengua a hablar mentira* (Jer. 9:5), con lo que están predispuestos a dar falso testimonio en un juicio, pero no escaparán del justo juicio de Dios, quien es celoso de su nombre y no permitirá que sea profanado al jurar en falso.

Versículos 6–7

El príncipe o el potentado tienen poder para otorgar favores, así como beneficiarios que les halaguen por lo que esperan de ellos y les colmen de reverencias por lo que ya han recibido. Mucho más agradecidos deberíamos estar a Dios, por las bendiciones que de Él hemos recibido, las cuales superan inmensamente a cualquier favor que se pueda obtener de ningún noble de la tierra. Por otro lado (comp. con el v. 4), los pobres ven apartarse de ellos incluso a sus parientes más cercanos, y por muchas palabras que dirijan a sus parientes y amigos que se alejan de ellos, ya no les sirve; se marcharon sin querer escuchar (éste es el sentido más probable de la última parte del v. 7).

Traten, pues, todos y especialmente los pobres en tener a Dios por amigo, persíganlo con sus oraciones; no tardarán en hallarlo y jamás se apartará de ellos.

Versículo 8

«El que adquiere cordura (lit. corazón) *ama su alma* (esto es, a sí mismo); *el que* guarda *entendimiento, hallará el bien.»* El proverbio no tiene ningún sentido espiritual directo; expresa el hecho de que la cordura capacita al hombre para aprovechar en la vida las mejores oportunidades; y al guardar en buena forma el entendimiento, a fin de que no se deteriore con el ocio y el olvido, hallará lo mejor que se puede estimar en este mundo. Cohen advierte que «podría incluir también la recompensa en el otro mundo».

Versículo 9

Este versículo es una repetición del versículo 5, con la variante de que aquí se termina con un verbo más fuerte: *«perecerá»* en lugar de *«no escapará»*.

Versículo 10

La comodidad y la libertad le sientan mal al necio. Una persona que carece de sensatez y de gracia no tiene derecho a disfrutar de algo que sólo serviría para afianzarlo en su necedad. Del mismo modo, a un mendigo de espíritu servil le va muy mal recibir poder y honor (v. 30:22; Ec. 10:7). Nadie tan insolente e intolerable como el mendigo montado a caballo, o como la criada elevada a señora.

Versículo 11

El hombre *discreto* observa estas dos reglas con respecto a su enojo: 1. No dar precipitadamente rienda suelta a su resentimiento; *detiene su furor* hasta que haya considerado con calma el peso y la medida de la provocación. Platón dijo una vez a su siervo: «Te golpearía si no fuese porque estoy enojado». 2. No ser excesivamente quisquilloso al ponderar las ofensas que se le puedan hacer, *es un honor para él pasar por alto la ofensa* (comp. con 1 S. 10:27; 11:13, cuando Saúl estaba aún en su sano juicio).

Versículo 12

Los reyes no son personas corrientes; su enojo es más terrible, pues pueden hacer mayor daño que el de un cualquiera; y su favor es más deseable, pues pueden otorgar mayores bienes que una persona ordinaria. Por eso mismo, no deben abusar de su poder (v. Ro. 13:3). Esto debería animar a los reyes y príncipes a ser justos y equitativos, y a los súbditos a cumplir fielmente en obediencia a las leyes y a servir del mejor modo al bienestar común del pueblo. El símil del *«rocío sobre la hierba»* es muy expresivo y se aplica a Dios en Oseas 14:6.

Versículo 13

Una vez más se pone de relieve la aflicción y el pesar que a los buenos padres causan los hijos necios, es decir, los que no se aplican a los estudios, al oficio ni al negocio de la casa, que no hacen caso de los consejos que se les dan, que llevan mala vida, derrochan en vicios y juegos, etc. La idea de la segunda parte se repite en 27:15. La frase es muy expresiva: *Y gotera continua las contiendas de la mujer.* Una gotera continua termina por horadar la piedra; del mismo modo, una esposa pendenciera acaba con la paciencia del marido y le expone a que se marche de casa, pues es como si el hogar se cuartease con el agua que penetra por falta de la necesaria reparación (comp. Ec. 10:8) y para acostarse en seco hiciese falta salir de allí.

Versículo 14

En contraste con la mujer del versículo anterior (v. también 18:22), tenemos el caso de la mujer prudente, *que es de parte de Jehová* (lit.), esto es, un regalo de Dios, ya que, al contrario de la pendenciera, asegura la casa y es una bendición para el marido y para los hijos. El versículo contrasta este *regalo de Dios,* debido únicamente al amor de nuestro Padre Celestial, con *la casa y las riquezas* que llegan, y siguen el curso natural de las cosas, como *herencia de los padres.*

La esposa no se hereda; se la encuentra en el lugar y el momento que Dios dispone.

Versículo 15

Una vez más se exponen las consecuencias funestas de la pereza. El haragán duerme cuando debería trabajar; sueña mucho, pero hace poco.

De esta forma, hasta su poder mental se oxida. Lo que le espera es el *hambre,* no como apetito, sino como *padecimiento.* ¿Y qué diremos del que es perezoso en los asuntos de la salvación, que no se preocupa por lo espiritual ni inquiere sobre lo que es necesario para la vida y la verdadera dicha del alma?

Versículo 16

Los que son diligentes en *guardar el mandamiento* en todo, y hacen de él la norma de su conducta, *guardan su alma,* es decir, preservan su vida. Si guardamos la Palabra de Dios, la Palabra de Dios nos guardará. En cambio, el que no pone diligencia en ir por el camino recto, sino que menosprecia los caminos por los que debería andar, morirá prematuramente (así se suele leer, pero el hebreo está en forma *Pual*—*«se le dará muerte»* mediante sentencia de los tribunales—).

Versículo 17

El deber de ser caritativo incluye dos cosas: 1. Compasión, la cual es el principio interior de la caridad en el corazón. El vocablo para *«pobre»* significa aquí *«débil»*, necesitado de ayuda, no necesariamente en forma de dinero. 2. Generosidad. No sólo hemos de tener compasión del pobre, sino que hemos de ayudarle efectivamente, de acuerdo con su necesidad y con nuestras posibilidades (Stg. 2:15, 16). Lo que se da a los pobres *se presta a Jehová,* es como si se le diera a Dios. Y Él lo *recompensará,* y pagará un interés tan subido que superará con mucho al capital que le hayamos prestado al ayudar al necesitado.

Versículo 18

Tan pronto como aparece un principio de corrupción en los hijos, hay que aplicar el correctivo antes que se convierta en hábito. Si con la corrección se mejora, mejor que mejor; si no, aplíquese el conveniente castigo físico, pero sin excederse, aunque la segunda parte del versículo, contra la opinión del famoso rabino Rashi, significa, según dice Ryrie, «no le causes la muerte por negligencia en corregirle».

Versículo 19

Es probable que este versículo tenga conexión con el anterior del modo siguiente: *el iracundo* (el padre que castiga al hijo sin medida) *pagará la pena,* esto es, las consecuencias de su ira desmedida. O si el iracundo se refiere al hijo, significaría que no sirve castigarle, pues volverá a las andadas: «aguántalo, y ya pagará él las consecuencias». Ryrie opina que se trata de un caso diferente, más general: «Es fútil rescatar a un hombre de su enojo, porque su mal genio le hará recaer repetidamente en nuevos incidentes».

Versículo 20

Hasta aquí, se había instruido a los padres acerca de los hijos; aquí se exhorta al hijo a escuchar el consejo y la corrección del padre. Los que hayan de ser *sabios al final,* no en la hora de la muerte, sino en los últimos años de su vida, han de estar dispuestos a ser instruidos y corregidos cuando son jóvenes.

Versículo 21

El vocablo que traducimos (RV. 1977) por *«proyectos»* significa (lo mismo que en Sal. 33:11) *«decisiones»*. A primera vista, parece indicar algo parecido a lo de «el hombre propone y Dios dispone» (comp. 16:1, 9; 20:24). Cohen parece seguir la opinión de Gerondi, quien conecta el versículo 21 con el 20 del modo siguiente: «Que no piense el joven que se volverá serio y aceptará la instrucción en sus últimos años, pues nadie conoce los planes de Dios, y quizás no viva muchos más años».

M. Henry entiende «proyectos» en el sentido peyorativo de los rebeldes del Salmo 2, pero la opinión más probable—nota del traductor—es, en mi opinión, que se cumplirá, no lo que el hombre decida, sino lo que Dios haya resuelto.

Versículo 22

La primera parte de este versículo es, según Cohen, «un acertijo para el intérprete».

La versión más probable es la que ofrece la *New American Standard Translation* y que se halla al pie de la letra en *La Biblia de las Américas: «Lo que es deseable en un hombre es su bondad»*. El sentido de la segunda parte es que es preferible asociarse con un pobre, aunque éste no disponga de medios para mostrar su generosidad, antes que con un rico mentiroso, que promete favores, pero no los cumple.

Versículo 23

Los temerosos de Dios son protegidos del mal; es de esperar que sean visitados con aflicciones, pero no habrá en ellas daño para su alma, mientras que las satisfacciones de los sentidos se pasan pronto. La piedad sincera tiende directamente a *la vida,* aquí y después de la muerte, pues *aprovecha para todo* (1 Ti. 4:8).

Versículo 24

El uso de cucharas y tenedores es relativamente reciente. El uso corriente (perdura en muchas aldeas) era meter la mano en el plato. Esta costumbre se toma aquí como ejemplo para ridiculizar, una vez más, al perezoso: *«enterrar* (lit.) *la mano en el plato»* no necesita ningún esfuerzo, pero *levantarla hasta la boca* (lit. *hacerla volver a la boca)* es para él tan duro que prefiere morirse de hambre.

Versículo 25

Al castigar al malvado, el que no es de suyo prudente (el *«simple»)* aprende al escarmentar en cabeza ajena. Y el que de suyo es discreto (hebr. *nabón)* sólo necesita una pequeña reprensión para aumentar de modo considerable su conocimiento, y para rectificar enseguida un paso mal dado.

Versículo 26

Se expone aquí el caso triste, realmente infame y vergonzoso, de un hijo que hace causa común con unos ladrones a fin de robar a su propio padre (que es el que tiene el dinero) y compartir con aquellos criminales el despojo. Como consecuencia, su propia madre tiene que marcharse de casa.

Versículo 27

La versión correcta de este versículo, conforme la trae la NVI es la siguiente: *«Cesa, hijo mío, de escuchar la instrucción, y te extraviarás* (lit. *para extraviarte) de las palabras* (lit. *dichos*) *del conocimiento».* Esto es, el que no quiere escuchar la corrección se expone a extraviarse por los derroteros del pecado.

Versículo 28

Testigo impío (lit. *de Belial)* es el que da falso testimonio contra su prójimo, y perjura para hacer gran daño a otro, y llega a *burlarse de la justicia.* Háblale de justicia y equidad, de la ley, de la santidad del juramento y de la Palabra de Dios, de que llegará el día de la cuenta, etc., y se echará a reír. Es codicioso y sólo le interesa el beneficio material que pueda obtener del pecado.

Versículo 29

«Preparados están los juicios» (lit.), esto es, *los castigos de Dios* (con la mayor probabiblidad). Aunque los escarnecedores lleguen a escapar del castigo que impone la ley humana, no escaparán del juicio de Dios. Además (comp. 18:6b), esta clase de necios suelen recibir golpes de sus propios amigotes.

CAPÍTULO 20

Versículo 1

El vino y el licor se entran suaves, como con sonrisas, pero muerden al final. Hacen daño a la salud corporal y, peor aún, a la salud mental. Cuando entra el vino, sale la prudencia y el hombre, dejado en

manos de sus bajos instintos, se torna neciamente petulante o se enfurece como un loco. La bebida, que pasa por ser una exigencia social, vuelve a los hombres dañosos para la sociedad.

El hebreo *shekhar* (nota del traductor) significa *bebida fuerte* (lo que llamamos *«licor»*). Los escritores del Nuevo Testamento (no los LXX) lo vertieron por *síkera, licor fermentado,* pero la Vulgata lo transliteró en *sicera, sidra,* vocablo que todavía se halla en algunas versiones. Esta bebida fuerte, en realidad, se preparaba mediante la fermentación, no de manzanas, sino de dátiles y, especialmente, de granadas (v. Cnt. 8:2).

Versículo 2

Una vez más (v. 16:14; 19:12) se insiste aquí en el peligro que encierra el suscitar la ira de reyes y príncipes, contra los que no hay apelación a poder superior humano. Por eso, el terror que produce es gráficamente comparado al miedo que inspira el rugido de un león cuando está a punto de lanzarse sobre su presa. El que los provoca *peca contra su vida* (lit.), es decir, la pone en peligro.

Versículo 3

De ordinario, se cree listo el hombre que se resiente de una afrenta y toma rápida venganza de ella, pero los que de esta manera son muy puntillosos, se crean innecesariamente enemigos y daños. En cambio, *es un honor para el hombre evitar la contienda,* porque al abandonar una disputa y al perdonar una injuria, se mantienen la paz y los amigos.

Versículo 4

El labrador perezoso se abstiene de arar en invierno por temor al frío. En vano, pues, mendigará en verano cuando los diligentes traigan con gozo sus gavillas a casa.

Versículo 5

Por muy ocultas que sean las intenciones de los hombres (v. en 18:4 el significado de *«aguas profundas»),* siempre habrá hombres *entendidos* especializados en psicología, que, de diversas formas, descubrirán lo que los otros tratan de ocultar; *lo sacarán* (lit.), como se saca de una honda vasija el vino.

Versículo 6

El sentido del proverbio se expresa gráficamente en el refrán castellano: «Una cosa es predicar, y otra dar trigo». Muchos aparecen generosos y hasta prometen ser generosos, pero cuando llega la hora de la verdad, se echan para atrás. Puede observarse que los que se las echan de filántropos, esto es, «amigos del hombre», se interesan muy poco en el bienestar de los individuos humanos.

Versículo 7

El que es bueno tiene conciencia y, con su integridad moral, lega a sus descendientes una gran bendición (comp. Éx. 20:6).

Versículo 8

Un buen rey, al ser juez supremo de la nación, puede favorecer la causa del inocente y deshacer los entuertos de injustos subalternos. Con su prudencia, sabe *aventar* (lit.) *todo mal,* y separar lo falso de lo verdadero en las causas que le llegan; *«con su mirar»* significa que, por su oficio, Dios le ha dotado de intuición y discernimiento suficientes para el desempeño de su cargo.

Versículo 9

Este proverbio declara una verdad frecuentemente inculcada en la Palabra de Dios: En esta vida, no hay nadie perfecto, enteramente libre de pecado, excepto Jesucristo (Jn. 8:46; He. 7:26). Por tanto, la obvia respuesta a la pregunta de este versículo es: *«¡nadie!»* Los que se creen sin pecado, se engañan a sí mismos (1 Jn. 1:8, 10), mientras que los más santos son los que mejor reconocen sus faltas y pecados.

Versículo 10

Una vez más (v. 11:1; 20:23) se pone de relieve lo abominable que es a los ojos de Dios la injusticia en las transacciones. El hebreo dice literalmente: *«piedra y piedra* (peso), *efá y efá»* (medida), es decir, empequeñecidas para vender, y engrandecidas para comprar. Aquí se incluyen todas las formas de engaño y fraude en el comercio.

Versículo 11

El proverbio enseña una verdad muy sencilla: Desde la más tierna infancia, muestran los niños las líneas caracteriales que señalarán su conducta durante toda la vida. Por eso, los padres y maestros deben observar diligentemente a sus hijos y alumnos, a fin de descubrir sus disposiciones e inclinaciones y, de este modo, dirigirles hacia la profesión que mejor se aviene con sus cualidades.

Versículo 12

Este proverbio es muy sencillo (comp. Sal. 94:9), pero encierra una verdad muy importante. Precisamente porque Dios ha hecho el ojo y el oído, no sólo hemos de estarle agradecidos por esos órganos maravillosos, sino que hemos de servirle con ellos de la mejor manera.

Versículo 13

Una cosa es *buscar* el sueño necesario para el descanso, y otra es *amar* el sueño, como quien odia el trabajo. No ames el sueño por sí mismo, sino para restaurarte las fuerzas a fin de que puedas trabajar con nuevo vigor y con la mente alerta. Y, cuando despiertes, no dejes pasar las oportunidades de obrar el bien y de aplicarte con diligencia a tu trabajo.

Versículo 14

¡Qué bien se las arreglan los hombres para hacer una buena compra y que les salga barato! Delante del vendedor, le quitan valor a lo que saben que lo tiene: *«Malo es, malo es.* Tiene este defecto o el otro: es demasiado caro. Lo puedo comprar más barato en otra parte, etc.». Por otra parte, los vendedores suelen subir el precio, y recomendar sus mercancías para justificar así el alto precio que les ponen. Por tanto, hay falta por las dos partes. Pero, cuando el comprador consigue que le den el artículo por el precio que a él le parece razonable, se marcha muy contento de la mercancía y se jacta de sus artes para llevársela a buen precio.

Versículo 15

Aquí se da a entender que un malvado o un necio puede poseer oro y piedras preciosas en abundancia, pero su valor es inmensamente menor que la *joya preciosa* que son *los labios prudentes* (lit. *labios de conocimiento),* pues un buen conocimiento que guíe nuestros labios para decir la palabra apropiada (comp. 25:11) es de mucho mayor provecho para todos, así como es más escaso que el oro y las perlas y más difícil de conseguir.

Versículo 16

Repetidamente se advierte en este libro contra los peligros de salir fiador por extraños (desde 6:1, en muchos lugares). Parece ser que en 27:13 se repite a la letra este proverbio, por lo que los judíos leen «*mujer extranjera*» donde el texto actual dice aquí «*extraños*». Es probable que el proverbio, según piensa Cohen, establezca una distinción «entre el infortunio que le sobreviene inadvertidamente a un hombre, quien, por ello, debería ser tratado con cierta consideración, y el que le sobreviene a uno por estupidez y descuido voluntario del consejo que se le dio». M. Henry añade que los que tienen conexión con mujeres abandonadas, pronto llegarán a mendigos; no se les debe dar crédito ni préstamo sin una buena prenda. Para el trasfondo del proverbio véase Éxodo 22:25–27.

Versículo 17

Se habla aquí del alimento obtenido por medios deshonestos; ese alimento resultará después duro de digerir, cuando se descubra el engaño. Puede aplicarse a todos los placeres y provechos del pecado (Rashi lo entiende de relación sexual con mujer casada), los cuales son verdaderamente *pan de mentira.* Son falsos, robados, pues son fruto prohibido; y engañan al hombre, pues no resultan ser lo que prometen. Por algún tiempo, parecen *sabrosos* al paladar, *pero después su boca será llena de cascajo.* En algunas naciones se castigaba a los malhechores mezclándoles el alimento con cascajo.

Versículo 18

El proverbio aconseja consultar a hombres experimentados cuando uno proyecta una campaña militar, como se ve por el contexto (no se trata directamente de pedir consejo a Dios). Está claro que va dirigido a una persona puesta en autoridad civil o militar. Se repite, con pocas variantes, en 24:6. Hay quienes piensan que basta la valentía para lanzarse a la batalla, pero la valentía sin la estrategia no es suficiente para ganar la guerra (comp. con Lc. 14:31, 32).

Versículo 19

La primera parte del proverbio es similar a la del que ya vimos en 11:13. En la segunda parte, hallamos aquí la exhortación a no juntarse con tal sujeto, del que se dice literalmente *que abre mucho sus labios,* describiéndole así como a un individuo que comunica a otros la información que se le ha dado confidencialmente. El mal que esta clase de sujetos puede hacer es incalculable, ya que pone rencillas entre parientes y vecinos, y siembra rebeldía y celos contra gobernantes y pastores, etc. Los aduladores suelen tener también este defecto de chismosos.

Versículo 20

Un hijo desmandado se pervierte gradualmente. Comienza por menospreciar a su padre y a su madre y acaba por maldecirlos, con lo que desafía así a Dios y a su ley, que condena tal crimen con la pena capital (Éx. 21:17). Por *lámpara* puede entenderse, ya sea la vida o el honor y la estima de los demás, o muchas otras cosas de las que la luz es símbolo: Falta de consejo cuando lo necesite, falta de respuesta de Dios a sus oraciones, etc.

Versículo 21

El proverbio se refiere (como en 28:22) al que se hace rico *deprisa* y, robablemente, por medios ilícitos, al engañar a sus padres y privándose a sí mismo y a su familia del alimento necesario. Pero una fortuna que se levanta tan deprisa por esos medios, también suele derrumbarse deprisa. Lo que madura antes de tiempo, se pudre pronto.

Versículo 22

Similar a 24:29, este proverbio hace una exhortación que ya aparece en Deuteronomio 32:35 y entra en el Nuevo Testamento (Mt. 5:39; Ro. 12:17). A Dios hemos de encomendar nuestro caso y nuestra causa (comp. Sal. 37:5, 6). Él hará valer nuestro derecho y llamará a cuentas a quienes nos hayan hecho daño; lo hará del modo apropiado y en el tiempo conveniente.

Versículo 23

Para este versículo, véase el versículo 10 de este mismo capitulo, así como 11:1. Se dice aquí de la balanza falsa que *no es buena* a los ojos de Dios. No debe usarse ni siquiera para engañar a quien nos haya engañado a nosotros de modo semejante o distinto. *Tampoco es buena,* en realidad, para el que la usa, pues lo que se adquiere por engaño no puede ser verdaderamente beneficioso.

Versículo 24

Este proverbio parece una cita de Salmos 37:23. Dice Cohen: «El sentido es que, aun cuando una persona tiene libertad para escoger su camino, comoquiera que el poder para caminar le es dado por Dios, Dios podría retirarle ese poder si su camino es impropio». En todo caso, se pone aquí de relieve la constante dependencia que tenemos de la providencia y de la gracia de Dios. Nosotros no tenemos el poder ni la prudencia necesarios para dirigir, por nosotros mismos, nuestros pasos, por eso se nos viene a decir aquí que *no podemos entender nuestro camino,* ya que sólo en la todosuficiencia de Dios puede apoyarse nuestra insuficiencia; por eso, se nos exhorta a *encomendar a Dios nuestro camino* (Sal. 37:5).

Versículo 25

Hay aquí una seria advertencia contra los votos hechos sin la suficiente ponderación, y reflexionar después cuando ya no tiene remedio, pues se ha dado el paso (comp. Ec. 5:4) ¿Tendría Salomón en su mente el triste caso de Jefté? (v. el comentario a Jue. 11:30–40). Por eso dice que es un *lazo,* es decir, una *trampa*. El verbo que corresponde en hebreo a *«hacer* (lit. *decir*) *a la ligera»* ocurre sólo aquí y en Job 6:3.

Versículo 26

El verbo *«avienta»* salió en el versículo 8, pero aquí tiene el significado preciso de separar a los súbditos desleales de entre los leales, a fin de que no se organicen o se rebelen contra él. Al seguir con el símil de la era, dice literalmente que *hace volver sobre ellos la rueda* (lit.), es decir, la de la carreta que se usaba para trillar (comp. Is. 28:27).

Versículo 27

El alma del hombre, a diferencia de la de los brutos animales, es una luz divina; es *lámpara de Jehová,* candela que Dios ha encendido en nuestro interior. La conciencia, esa noble facultad, es el delegado de Dios en el alma. Con ayuda de la conciencia, llegamos a conocernos a nosotros mismos, aunque siempre con dificultad. El espíritu humano es autoconsciente, uno de los elementos de la personalidad (v. 1 Co. 2:11). Esta luz es como una candela suficiente para ver en la oscuridad, aun cuando no es un sol que todo lo ilumina. Al escudriñar con ella lo *más profundo del corazón,* Dios nos conoce de modo infinito, exhaustivo (comp. con Sal. 139:1–12, 23, 24); nosotros podemos conocernos lo suficiente para quedar sin excusa de lo que hacemos u omitimos indebidamente.

Versículo 28

Un buen rey ha de tener *misericordia y verdad* (comp. con 3:3) para estabilizar su trono, ejercitar la justicia con equidad y hacerse de querer de sus súbditos (comp. con Is. 16:5).

Versículo 29

Tanto la juventud como la ancianidad tienen sus ventajas y sus desventajas y, por tanto, ni los jóvenes deben despreciar a los viejos, ni los viejos envidiar a los jóvenes. Lo mejor de los jóvenes es su vigor físico; lo mejor de los ancianos, su experiencia de la vida.

Versículo 30

Muchas personas merecen reproches duros. Algunos criminales han de sentir el rigor de le ley y de la justicia pública, ya que con ellos no valen los métodos suaves. El proverbio enseña el poder medicinal de dichos *azotes:* de ordinario, hacen entrar en razón y llegan a tener efecto purificador (comp. Sal. 119:71).

CAPÍTULO 21

Versículo 1

El corazón de cada hombre (aquí se especifica al rey) está en las manos de Dios, y tiene el poder de cambiarlo de lo que parecía cosa fija en él a lo más inesperado de tal persona (v. el comentario a Est. 6:1). *Los repartimientos de las aguas* (hebreo, *palguey mayim*), según explica maravillosamente Bullinger, se refiere al modo de regar los campos por medio de canales que el labrador aprovechaba para hacer llegar el agua a los distintos surcos del terreno por medio de un fácil movimiento del pie, con el que, al cerrar el paso hacia un surco, hacía que el agua penetrase en otro que el pie había tenido cerrado hasta entonces. Bullinger lo aplica al caso extraño del insomnio de Asuero, insomnio que facilitó la promoción de Mardoqueo y, después, la caída de Amán. Así, de la misma manera que, sin alterar la cantidad ni la calidad del agua, el agricultor la dirige con el pie a un surco o a otro, así también, sin forzar la libertad que Él mismo otorgó al hombre, Dios puede moverle a seguir un curso distinto del anterior, y servir así a los soberanos y amorosos propósitos de su providencia y de su gracia.

Versículo 2

Este versículo es idéntico a 16:2, con dos pequeñas variantes: 1. Allí dice *«espíritus»;* aquí dice *«corazones»;* 2. Allí dice *«limpio»;* aquí dice *«recto»*. Son, con todo, sinónimos.

Versículo 3

Este versículo repite el pensamiento del versículo 27 y 15:8, y que se halla ya en 1 Samuel 15:22 y, con frecuencia, en Salmos y en los profetas. Se engañan quienes piensan que, si ofrecen sacrificios, ya por eso tienen aceptación con Dios, sea cual sea su conducta.

Vivir una vida de justicia, sobriedad, piedad y obediencia es más aceptable a Dios que la más pomposa devoción. Los sacrificios eran de institución divina y eran aceptables a Dios con tal que se ofreciesen con fe y arrepentimiento; de lo contrario, no (v. Is. 1:11, etc.). Pero aun entonces, los deberes nobles tenían prioridad sobre ellos.

Versículo 4

«Altivez de mirada y anchura de corazón (no *"soberbia",* sino *"codicia"); la lámpara de los impíos es pecado.»* Esta segunda parte del versículo es muy oscura.

La gran mayoría de las versiones traducen *nir* por *«lámpara»;* querría decir entonces que la conciencia (la luz del hombre) del malvado está orientada siempre hacia el pecado, es decir, cauterizada (comp. con 1 Ti. 4:2). M. Henry, al seguir la A. V. (también Cohen), traduce *nir* por *«labranza»* y dice: «El que se comporta altiva y burlonamente con Dios y con los hombres y que está siempre labrando y

tramando algún mal, es de veras un malvado». Cohen amplía esta idea del modo siguiente: «El labrador ara su campo en preparación para recoger una cosecha. De modo similar, el orgullo y la ambición conducen metafóricamente a la labranza del terreno para los malvados, para sus maquinaciones, cuyo objetivo es pecaminoso».

Versículo 5

Si queremos vivir en abundancia y comodidad, hemos de ser diligentes en nuestros asuntos y negocios y no evadirnos del esfuerzo y de la fatiga y aflicción que comportan.

Los que son precipitados en sus asuntos o quieren hacerse ricos muy deprisa (comp. 13:11; 28:20) suelen acabar en desastre. La vía rápida hacia la pobreza es la prisa en enriquecerse por medios ilícitos.

Versículo 6

Empalmando quizá con el v. anterior, se nos muestra aquí que el enriquecerse deprisa por medios deshonestos puede conducir a amontonar riquezas, pero no conduce a la satisfacción que de ellas se espera; son como *un vapor* (lit.) llevado de una parte a otra: *vaciedad y persecución del viento* (Ec. 1:14, etc.). Estos impíos se exponen a la envidia y mala voluntad de los hombres y a la ira de Dios.

Versículo 7

Los que recurren a la violencia para enriquecerse quedarán como *arrastrados* (el mismo verbo de Hab. 1:15) en la red de sus planes malvados que ellos idearon para cazar a otros.

Versículo 8

El hombre inclinado al engaño obra de forma *tortuosa y extraña* (quizá, mejor, *criminal*, según probable versión del hebreo *vazar);* en todo caso, bien se puede llamar *extraño* su camino, pues es contrario a todas las normas de honor y equidad; es también extraño, pues no se sabe lo que va a hacer en la próxima ocasión. En cambio, las obras del justo, del *limpio,* son *rectas;* no son extrañas, sino «normales» (de acuerdo con la norma); son aceptadas por Dios y aprobadas por los hombres buenos.

Versículo 9

Este versículo, repetido en 25:24, contiene una idea similar a la del versículo 19, así como a la de 19:13; 27:15. La enseñanza es clara: *Mejor es vivir* solo y dormir *en un rincón de la azotea* que *con mujer de contiendas y casa de compañía* (lit.); como dice el refrán: «Mejor solo que mal acompañado».

Versículo 10

El malvado desea que se haga el mal y que él mismo tenga parte en él. *Su prójimo,* vecino o pariente, no puede obtener de él ningún favor, porque el malvado es profundamente egocéntrico.

Versículo 11

La enseñanza de este versículo viene a ser idéntica a la de 19:25. El simple escarmienta en cabeza ajena y se hace prudente; el sabio, al ser amonestado, recibe mayor conocimiento.

Versículo 12

El justo (con la mayor probabilidad, el juez o el magistrado) que tiene consideración con el malvado, por compasión a su esposa y a sus hijos, y no ejecuta en él la necesaria justicia, *lo precipita a la ruina,*

puesto que el malvado se aprovecha malamente de la lenidad que se tiene con él y se anima a cometer más y mayores males. Esta interpretación rabínica del proverbio tiene ventajas sobre cualquier otra.

Versículo 13

El hombre sin compasión, que *cierra su oído al clamor del pobre* y no le socorre, clamará también un día a Dios, pero Dios no le oirá, sino que le pagará con la misma moneda, *pues el juicio será sin misericordia para aquel que no haga misericordia* (Stg. 2:13).

Versículo 14

Un buen presente (no precisamente para sobornar), bien presentado, aplaca furores y consigue favores (comp. con 17:8).

Versículo 15

Es un placer para los buenos ver que se hace justicia y practicarla ellos mismos. En cambio, para los malvados es motivo de espanto ver que las leyes se ponen en práctica para ejecutar juicio y justicia contra ellos.

Versículo 16

El pecador vaga incesantemente al extraviarse del *camino de la prudencia.* El camino de la piedad es camino de prudencia; no hay extravío para los que andan en él.

Los que no son piadosos no son, en realidad, inteligentes, sino que se extravían como ovejas perdidas (comp. Sal. 119:176). Según Cohen, la segunda parte del versículo no se ha de entender como si se tratase de una muerte prematura, sino de que el imprudente que vaga constantemente, sólo hallará descanso cuando se muera.

Versículo 17

El que vive como un epicúreo morirá como un mendigo. Dios permite el uso moderado de todo lo bueno que Él ha creado, hasta *el vino que alegra el corazón y el aceite que hace brillar el rostro,* pero el que abusa de esos dones, y piensa solamente en regalar el gusto y adornar la figura, se empobrecerá, pues esos artículos son muy caros.

Versículo 18

La enseñanza de este proverbio es expuesta concisamente por Ryrie: «El impío, más bien que el justo, sufrirá en última instancia el castigo» (comp. con 11:8). Por supuesto, la ideología es típicamente la del Antiguo Testamento «antes de la división del reino», como dice J. J. Serrano. No siempre paga el malvado por lo que se merece, mientras no se presente ante el *«gran trono blanco»* (Ap. 20:11 y ss.).

Versículo 19

Se repite, con ligeras variantes, la idea del versículo 9, así como de 19:13; 25:24 y 27:15.

Versículo 20

Los prudentes saben administrar sus bienes e incrementarlos de modo honesto, pues su prudencia les enseña a establecer la debida proporción entre los gastos y los ingresos y a tener en reserva artículos de primera necesidad que en algún momento pueden escasear. Se menciona específicamente *el aceite,* por

ser algo, no sólo muy útil, sino también símbolo de toda clase de comodidades, en las que abundaba Canaán.

Versículo 21

El que sigue la justicia y la misericordia (comp. 15:9; Mi. 6:8; Mt. 5:6), *hallará vida* (prolongación de días, como en otros lugares), *justicia* (lit.), no en el sentido de la primera parte, sino del Salmo 24:5, donde, por paralelismo, es sinónimo de *«bendición»* y también hallará *gloria*, es decir, honor.

Versículo 22

Ésta es una ilustración práctica de nuestro adagio español: «Más vale maña que fuerza» (comp. con 25:5 y ss.; Ec. 9:14 y ss.). Una estratagema, bien preparada y llevada a cabo, puede, como el mejor caballo de Troya, tomar fácilmente por asalto la plaza mejor guarnecida. Del mismo modo, un sabio gobernante puede ganarse el afecto de los súbditos por medio del poder de la razón, y eso es una conquista más noble que la que se lleva a cabo por la fuerza de las armas.

Versículo 23

Se repite aquí una enseñanza bien conocida (comp. Sal. 141:3; Stg. 3:2 y multitud de otros lugares en Proverbios). El freno en la boca supone sabiduría en el corazón. Guarda tu corazón, y el corazón guardará de pecado la lengua; guarda la lengua, y ella guardará de aflicciones al corazón.

Versículo 24

Características del escarnecedor son la soberbia y la presunción. Se muestran en su desprecio a todas las leyes, divinas y humanas. El vocablo hebreo para «presuntuoso» ocurre únicamente aquí y en Habacuc 2:5.

Versículos 25–26

Los haraganes están tan equipados para el trabajo como los demás hombres, pero, al negarse a trabajar, se hacen enemigos de sí mismos, pues su pereza les lleva a pasar hambre y pobreza. Y aunque sus manos rehúsan trabajar, su corazón no cesa de codiciar riquezas, placeres, honores, etc. Esperan que todos trabajen para ellos. Muchos que desean dinero suficiente para gastarlo en vicios, pero odian el trabajo que se requiere para obtenerlo honestamente, se hacen bandidos y, al preferir el ocio al trabajo, caen en manos de la justicia y pagan muy cara su pereza. En cambio, las personas laboriosas pueden ver satisfechos sus legítimos deseos, además de la satisfacción de hacer bien a otros, pues siempre están dispuestos a dar, mientras que los perezosos sólo están dispuestos a recibir.

Versículo 27

La primera parte es similar a la de 15:8, donde se añade *«a Jehová»*. Los sacrificios eran de institución divina, lo repetimos, y cuando se ofrecían con las disposiciones interiores debidas, eran agradables a Dios. Pero le eran *abominación* cuando eran ofrecidos por malvados, que no reformaban su conducta impía. Si esto ya era abominación, *¡cuánto más ofreciéndolo con mala intención!* Esta mala intención podría ser la de seguir adelante con sus malvados planes, y usar el sacrificio para impresionar a otros con su falsa devoción y ganándose así su confianza para más fácilmente practicar el engaño y el fraude (comp. Is. 66:3–5).

Versículo 28

Una persona puede decir una mentira en un momento de apuro o perplejidad, pero el que da falso testimonio lo hace con toda deliberación y solemnidad, y es así un pecado de presunción. La venganza que imprecó sobre sí mismo al jurar en falso, caerá sobre él. En cambio, *el que escucha,* es decir, *obedece* al comunicar fielmente a los jueces lo que conoce de los hechos, *hablará para victoria, o hablará para siempre* (se puede traducir literalmente de las dos maneras), es decir (con la mayor probabilidad), vivirá para seguir diciendo la verdad, mientras que *el testigo falso perecerá.*

Versículo 29

El impío endurece su rostro, es decir, es un desvergonzado, no se ruboriza por los pecados y crímenes que comete y, de este modo, muestra al exterior su temple de desafío a la ley de Dios y su determinación a seguir sus tortuosos caminos, como se ve por el contraste que el proverbio establece entre el malvado y *el recto,* el cual *ordena sus caminos,* pues sabe discernir entre el mal y el bien.

Versículos 30–31

Nadie puede tener éxito enfrentándose con Dios (comp. 1 Co. 10:22). Aunque los hombres piensen que tienen de su parte la prudencia de los políticos, la ciencia de los sabios y la fuerza y estrategia de los militares, nada de eso puede prevalecer contra Dios. Sólo con Dios se puede prevalecer y tener éxito. Es cierto que ni siquiera la obra de Dios se puede llevar a cabo sin instrumentos humanos ni recursos de toda clase, *pues el caballo se apareja para el día de la victoria,* y también los pies de la infantería, *mas Jehová es el que da la victoria* (comp., por una parte, Sal. 20:7; 33:17; 76:6; por otra, 1 S. 17:47).

CAPÍTULO 22

Versículo 1

Un buen nombre, una buena reputación, ganada con bondad y honradez, es superior a cualquier riqueza (comp. Ec. 7:1). Con las riquezas se puede aliviar la necesidad material del prójimo, pero con el buen nombre se da testimonio convincente de la verdad del Evangelio, con lo que se puede prestar ayuda en las necesidades espirituales que son las más urgentes e importantes.

Versículo 2

El rico y el pobre son iguales a los ojos de Dios que hizo a ambos (comp. con 14:31) y ante el que han de rendir cuentas por igual. Común es su origen, como es común su responsabilidad. Ambos tienen un solo Dios, un solo Mediador (1 Ti. 2:5), una sola Biblia, un solo. Espíritu, un solo pacto de promesas y un Cielo.

Versículo 3

El prudente prevé el mal antes que llegue y se apresta a evitarlo. Al ver formarse el nublado de la tormenta, corre a refugiarse en Dios como en su refugio y fortín. *El simple,* en cambio, *pasa adelante,* es decir, prosigue su camino sin percatarse del peligro y ha de pagar las consecuencias. El verbo hebreo significa «*ser multado*» e indica que tiene que sufrir el castigo que merece la transgresión.

Versículo 4

Este versículo pone de relieve el principal elemento de lo que Dios exige de nosotros (v. Mi. 6:8 «… y *caminar humildemente ante tu Dios*»). Con ello se consiguen «*riquezas, honor y larga vida*» en este

mundo, en la medida que Dios cree conveniente para cada uno de nosotros y, con los privilegios sublimes del pacto de gracia, la vida eterna.

Versículo 5

La vida es comparada aquí a un camino bordeado de *espinos,* los cuales son *lazos* (es decir, *trampas o cepos*) para el *tortuoso* (lit. *retorcido*), pues le atrapan con sus encantos fugaces del pecado (comp. 15:19). Es de notar que en el hebreo no aparece la conjunción y que las versiones añaden. En cambio, el prudente, que tiene discernimiento para apartarse de lo que puede poner en peligro su vida, va rectamente, por en medio de la calzada, por lo que los espinos no le hacen daño.

Versículo 6

La época de la niñez y de la juventud es la época de la instrucción en el camino que se ha de seguir en la vida; este camino es, ante todo, el camino de la rectitud moral, pero también se implica aquí la senda más apropiada para cada individuo según su capacidad, habilidad y buena inclinación (comp. Dt. 6:7). Todo lo bueno, en religión, ciencia y conocimientos prácticos que en la juventud se aprende, será una buena base para crecer mental y espiritualmente, de forma que no se aparte del buen camino cuando se haga mayor.

Versículo 7

La intención primordial de este proverbio no es denigrar al rico y ensalzar al pobre, sino, como se ve por el paralelismo con la segunda parte, poner de relieve la dependencia que la pobreza comporta, mientras que el que, por medios honestos se hace rico, alcanza una sana independencia que le facilita gobernarse sin tener que satisfacer exigencias ajenas. La pérdida de la independencia se ejemplifica en el caso del deudor, quien se convierte prácticamente en esclavo del acreedor.

Versículo 8

El proverbio enseña, 1. Que el malhechor recogerá la iniquidad que haya sembrado, es decir, recaerá sobre él el mal que haya hecho. 2. Que *la vara,* símbolo de poder y autoridad, *de su insolencia,* esto es, la autoridad que ha usado para obrar injustamente, ilegalmente, *se acabará,* le será arrebatada (comp. Is. 10:24, 25).

Versículo 9

El hombre caritativo es *«bueno de ojo»* (lit.), es decir, bien dispuesto a ver las miserias ajenas y tratar de aliviarlas; es lo contrario del *«malo de ojo»* (lit.) de 23:6; 28:22. Pero no es sólo «bueno de ojo», sino también «bueno de mano», pues *da de su pan al indigente;* su bondad no es teórica, sino práctica (comp. Stg. 2:15, 16).

Nótese que no dice «del pan», sino *«de su pan»,* del que estaba destinado para su boca. Hay quienes dan de lo que quitan a otros, lo cual no es caridad, sino hurto cubierto de hipocresía.

Versículo 10

El verbo hebreo indica que al escarnecedor se le ha de expulsar de la comunidad, y así lo entendieron los LXX, porque mientras él esté dentro, no faltarán contiendas; en cambio, en marchándose él, *se irá la contienda, y cesarán las riñas y los insultos.*

Versículo 11

Un caballero de cuerpo entero, apto para los altos puestos de responsabilidad, es alguien *limpio de corazón,* esto es, carente de engaño, de todo egoísmo y de malas intenciones, y resuelto a mantener siempre limpia su conciencia.

También es alguien que habla *con gracia* (comp. Col. 4:6), sin adulación, pero que expresa sus ideas en lenguaje decente y limpio como su corazón. *El rey,* si es un rey sabio y bueno, que procura su propio bien y el bien de sus súbditos, *lo tendrá por amigo* (comp. con 16:13).

Versículo 12

Dios es el Guardián de la verdad, del *conocimiento* (entendido, como siempre en Proverbios, en sentido ético) y, por consiguiente, preserva al que sigue *la verdad, la sana doctrina,* pues a eso equivale aquí el *conocimiento.* Esta interpretación se corrobora por el paralelismo antitético de la segunda parte: Dios *trastorna* (lit.) *las palabras del desleal* (lit.), puesto que no expresan la verdad.

Versículo 13

En 26:13 y ss. se repite este proverbio, así como 19:24. Son un conjunto de frases satíricas contra el perezoso. Aquí, el perezoso se inventa la excusa de que *hay un león afuera; seré muerto en plena calle.* Eso es fruto de su imaginación, la cual viene en ayuda de su pereza. Se imagina que hay *un león afuera,* pero no se da cuenta de que tiene un demonio junto a él, ese *león rugiente, que busca a quien devorar* (1 P. 5:8) y lo hará, si continúa en la cama ociosamente.

Versículo 14

Este proverbio amonesta a todos, especialmente a los jóvenes, contra el vicio de la impureza sexual. Los que sientan interés por el bien de su alma, huirán *de la boca,* de las frases seductoras y de los besos, *de la mujer ajena.* Los que se abandonan a este vicio, son abandonados de Dios pues le provocan a ira y *caerán* en *esa fosa profunda,* que es la boca de la mala mujer.

Versículo 15

El pecado es *necedad,* pues es lo contrario a la sana razón y al verdadero interés de la persona. Además, *está ligado en el corazón del muchacho;* en otras palabras, el estado natural del hombre, desde la infancia, comporta una inclinación a la delincuencia.

La corrección de padres y maestros, etc., es el único remedio para impedir que esa mala inclinación tuerza el árbol para siempre, y hacer que se enderece y se mantengan a raya los malos brotes de amargura que pugnen por salir a la superficie. Todos, en realidad, necesitamos la corrección de nuestro Padre Celestial (He. 12:6 y ss.) y hemos de besar la vara que nos corrige.

Versículo 16

El texto hebreo es ambiguo y puede interpretarse de varias maneras, pero la única que es compatible con el tono general del libro (y aun de toda la Biblia) es la que concisamente ofrece el Dr. Ryrie: «Tanto la explotación del pobre para enriquecerse, como el sobornar al rico, conducirán a la pobreza».

Muchos han llegado a la pobreza por el camino de una necia, o pecaminosa, generosidad, pero nunca por medio de una prudente caridad (v. Lc. 14:12, 13).

Versículos 17–21

Comienza aquí una colección de *«palabras de los sabios»,* la cual, en realidad, llega hasta el final del capítulo 24, como se ve por 25:1. El autor (o compilador) es desconocido y se admite comúnmente (incluso con base en 25:1) que no los compuso Salomón, contra lo que opina M. Henry; téngase esto en cuenta al comentar toda la sección (nota del traductor). En los versículos que ahora nos ocupan, hallamos:

1. Una seria exhortación a adquirir sabiduría y gracia y atender a estas máximas de los sabios: Hay que escucharlas y estar dispuestos a ponerlas por obra, pues el oído no servirá de mucho si falta el corazón.

2. Razones con las que corrobora esta exhortación: (A) El valor y el peso de las cosas mismas que se nos recomiendan: Son *cosas deliciosas* (comp. 3:17), es decir, sus consecuencias serán placenteras, pues tienen que ver con la gloria de Dios, la santidad y dicha de nuestra alma, el bienestar de la humanidad y, quizá, aptas para que los reyes las hablen y los senados las oigan. Digo «quizá» (nota del traductor), pues M. Henry sigue así la interpretación del vocablo hebreo *shilshom* en el sentido de «cosas excelentes, principescas», cambiándolo así en *shalishim*. *Shilshom* significa *el día antes de ayer* (lit.), pero aquí no cabe duda de que significa *«anteriormente»*. (B) La claridad de estas cosas y la aplicación que para nosotros tienen en particular. El énfasis está en esos pronombres personales *«te», «ti»*, tan repetidos en estos versículos, como si fuese una carta dirigida a una persona con su nombre y apellido; como si dijese: «Es cosa apropiada para ti y para tu caso», para tenerla *a punto sobre los labios* (v. 18b). (C) El provecho que se nos sigue de ellas. Las cosas *excelentes* (valga esta versión para la aplicación) que Dios ha *escrito* (v. 20) para nosotros no son como los mandatos que un amo da a su criado, los cuales tienen por objeto el beneficio del amo, sino como los que un maestro da a su alumno. No podemos confiar en Dios saliéndonos del camino del deber, es, pues, necesario que se nos enseñe nuestro deber, a fin de tener razón para confiar en Dios. Es deseable tener no sólo *las palabras de verdad* (v. 21), sino su *certidumbre* (comp. Lc. 1:3, 4), a fin de que nuestra fe sea inteligente y razonable, hasta crecer y convertirse en plena seguridad. Pero ha de preceder la obediencia (v. Jn. 7:17). El conocimiento se nos da a fin de hacer el bien, a fin de que otros puedan encender en nuestra lámpara su candela, y a fin de que, en el lugar y tiempo en que nos hallamos, podamos servir a nuestra generación de acuerdo con la voluntad de Dios.

Versículos 22–23

Después de este solemne prefacio, esperaríamos hallar algo nuevo y sorprendente, pero no es así; vemos aquí una admonición lisa y llana contra la práctica inhumana de oprimir a los débiles. Gran pecado es robar a cualquier persona, pero mucho peor es *robar al pobre*, a quien deberíamos aliviar. *Quebrantar al afligido*, añadiéndole nueva aflicción, y eso *en la puerta*, es decir, ante el tribunal de justicia, es cosa malvada, vil y cobarde, aprovechándose de alguien que no puede ayudarse a sí mismo; es ser peor que las bestias, puesto que es antinatural. Pero el que de tal manera se comporta, lo hace para su propio mal, pues el oprimido encontrará en Dios su poderoso patrón (v. 23).

Versículos 24–25

Un oportuno consejo a no trabar amistad íntima con una persona de mal genio, pues quien fácilmente se enfada, se ofende y se resiente, no es persona apropiada para tenerla por amigo, pues no sólo se puede enfadar fácilmente con nosotros, sino que esperará que también nosotros nos enfademos con otras personas, como él hace, y de ese pecado tendremos nosotros la culpa.

Versículos 26–27

Una vez más se amonesta contra los peligros de *hacer tratos* (lit. *chocar la mano)* a la ligera, y de salir fiadores por otros. Pero aquí se considera el caso especial, más grave, en que el que así sale por fiador *no tiene para pagar* (v. 27), y el acreedor es tan cruel que no tiene en cuenta las normas de Deuteronomio 24:10 y ss. las cuales se aplican únicamente al deudor, pero no al que sale fiador por él.

Versículo 28

Los mojones o piedras grandes, frecuentemente encaladas, servían de testigos de los derechos de propiedad de cada hombre (v. también 23:10). La ley (Dt. 19:14) prohibía *reducir los límites* o linderos que marcaban las fronteras de las respectivas propiedades.

Cambiarlos de lugar no sólo es una injusticia en sí, sino que provoca disputas y riñas sin cuento.

Versículo 29

Un hombre solícito, *experto* (lit. Comp. Esd. 7:6; Sal. 45:1b) *en su trabajo,* aunque no haya nacido de noble estirpe, llegará a entrar al servicio de reyes, quizá como consejero, como embajador y aun como primer ministro. No seguirá perteneciendo a los empleados de *oscura* (lit.) condición, que carecen de la diligencia y de la pericia que él posee.

CAPÍTULO 23

Versículos 1–3

Estamos siempre expuestos a este peligro por falta de circunspección. Siempre es tentadora una buena mesa, especialmente cuando se tiene apetito. Las razones para «refrenarse» (ese es el sentido del «*pon cuchillo a tu garganta»)* son dos: 1. Dar rienda suelta a la gula, sin tener en cuenta las normas de urbanidad, puede provocar el desagrado del anfitrión, al ser éste un *gobernador* o *magnate.* 2. Puede ser *pan engañoso* (v. 3b); es decir, la invitación del magnate puede encerrar propósitos siniestros. Dice un aforismo rabínico: «Mantente en guardia contra el poder del gobernante, pues quienes lo detentan no dejan a nadie acercarse a ellos, a no ser por sus propios intereses».

Versículos 4–5

Así como hay algunos *dados a la gula* (v. 2), muchos otros son dados a la codicia.

Es cierto que podemos y debemos ser diligentes en nuestro trabajo, a fin de ganar una condición de vida acomodada para nosotros y nuestra familia; no se prohíbe aquí enriquecerse honestamente. Lo que sí se ha de evitar es hacer de la riqueza un fin en sí misma (comp. 1 Ti. 6:9), pues eso lleva a ser esclavo, no amo, del dinero (comp. Sal. 127:2). Muy gráfica es la comparación con las alas de águila (v. 5b), para expresar la fugacidad de las riquezas.

Las alas con que vuelan las fabricamos nosotros mismos muchas veces, pero ya en sí son volátiles, puesto que llevan en sí mismas los principios de corrupción. Se van ágiles y son irreversibles, como el *águila que se remonta al cielo,* que vuela fuerte, que pronto se pierde de vista y no atiende a las voces que se le dan para que vuelva; así dejan las riquezas al hombre en pesadumbre y aflicción, si se les pega el corazón a ellas.

Versículos 6–8

El caso que aquí se expone encierra los mismos peligros que en el comer con el magnate, pero las circunstancias son distintas. Hay avaros que invitan hipócritamente a comer, quizás esperan que el invitado se excuse, con lo que no pierden el agradecimiento que se les debe ni el dinero que no han gastado. Pero el caso presente es peor. El invitado ha aceptado, y el *avaro* (lit. *malo de ojo)* anfitrión, por no faltar a las corrientes normas de la cortesía, insta al invitado a *que coma y beba,* pero no lo hace de corazón, sino que se comporta conforme al cálculo que hace en su interior sobre lo que le va a costar la invitación (éste es el sentido del versículo 7 en su primera parte, no el que se le suele atribuir, como si el autor de Proverbios anticipase el pensamiento de Séneca de que «cada uno es producto de la opinión que de sí mismo ha formado»,—nota del traductor—). Si alguien es tan vil que no puede hallar en su corazón un sincero deseo de invitar a sus amigos, no debería añadir el pecado de disimulo al urgir a comer y beber cuando no lo siente. Por eso advierte el versículo 8: *Vomitarás la parte que comiste,* es decir, sentirás náuseas ante la evidente hipocresía del anfitrión, y *perderás tus suaves palabras,* esto es, en vano gastarás las palabras de gratitud y cumplimiento que la cortesía demanda.

Versículo 9

Es nuestro deber aprovechar todas las oportunidades para comunicar las verdades divinas, pero hay quienes hacen burla de todo, y al sabio se le exhorta aquí a *no hablar a oídos de tales necios,* pues aunque lleguen a entender lo que se les dice, no apreciarán el contenido, sino se burlarán de él.

Versículos 10–11

Los huérfanos y las viudas son mencionados siempre como faltos de protección humana y, por eso, están bajo la protección especial de Dios. Él es su *redentor* (lit.), esto es, el que hace de pariente más próximo en la función de recobrar una hacienda que hubo de ser enajenada (v. Lv. 25:25, comp. con Sal. 68:5). Por tanto, si está prohibido remover los linderos de cualquier persona, mucho más los del huérfano (v. 10b).

Versículos 12–16

Los padres deben persuadir a los hijos a prestar atención a las instrucciones que se les dan, a fin de que tomen conciencia de sus deberes. Un buen padre siente repugnancia en castigar a su hijo, pero, por el bien del propio hijo, lo castigará *con vara,* con la que se usa para personas humanas, no para brutos animales. La vara, bien empleada, no lo matará, sino que lo preservará de morir como un criminal (v. 14b). Y al aprender a hacer cosas rectas cuando es joven, aprenderá después a *hablar cosas rectas* (v. 16b), con lo que a su padre *se le alegrará el corazón y también los riñones* (lit., v. 16), considerados como sede de la emociones. Bien pueden alegrarse los padres que ven a sus hijos que se aprovechan de las buenas enseñanzas que les dieron, pues, ¿qué mayor recompensa que ver andar por el camino que lleva al Cielo a los hijos que Dios nos dio?

Versículos 17–18

La exhortación a no envidiar a los pecadores sale ya en Salmos 37:1; 73:3, y comprende *el fin de ellos* (Sal. 37:38; 73:17); más merecen compasión que envidia. Hemos de ser temerosos de Dios y contentarnos con el cumplimiento de su voluntad y la contemplación de su gloria. No debe confundirnos el presente, cuando hay un mañana en que el pecador recibirá su castigo, y la esperanza del justo no resultará fallida (comp. Ro. 5:5 y ss.).

Versículos 19–28

Vienen aquí una serie de consejos sabios que un buen padre da a su hijo y que pueden distribuirse en cuatro apartados:

1. Advertencia contra la intemperancia (vv. 19–21). Dentro de la sabiduría práctica entra evitar los excesos, tanto en la bebida como en la comida, no sólo por el daño que pueden causar a la salud, sino por lo caro que cuestan, con lo que el bebedor y comilón llega pronto a empobrecerse, y la *somnolencia* (es decir, el sopor) causada por el licor hace que la persona carezca de la disposición mental necesaria para el trabajo; y, sin trabajo, no hay salario para comprar nuevas ropas, hay que vestirse de harapos.

2. Exhortación a la obediencia a los padres (v. 22). Aparece ya en 1:8 y se repite a lo largo del libro. En cuanto a la segunda parte del versículo, ya aludida en 15:20, como también en 30:17, Cohen dice lo siguiente: «Cuando las mujeres se vuelven ancianas, se hacen con frecuencia demasiado locuaces, gárrulas; un hijo no debe perder la paciencia con ella ni desentenderse de lo que diga. Lo que ella le dice tiene por objeto el bien de él».

3. Cosas que dan contentamiento a los padres (vv. 23–25). (A) El que los hijos no ahorren esfuerzos por adquirir la verdad: *«compra la verdad y no la vendas»* (comp. 4:5). Como si dijese: «La verdad es la que rige y gobierna al corazón, pues sin la verdad no hay bien. Así que adquiérela a cualquier precio, pues te saldrá tan barata que nunca te arrepentirás del precio que hayas pagado. Las riquezas han de ser usadas para adquirir el conocimiento, no es el conocimiento el que ha de usarse para adquirir exclusivamente riquezas materiales. Y *no la vendas,* no te deshagas de ella por nada de este mundo: placeres, honores, riquezas». (B) El que los hijos sean diligentes en practicar lo *recto,* en que sean *justos* (v. 24). Es una

consecuencia del versículo anterior, pues si el hijo aprende lo que la verdad contiene: *sabiduría, instrucción e inteligencia,* no cabe duda de que también obrará con justicia.

4. Admonición contra la inmoralidad (vv. 26–28). Por ser tan urgente e importante la admonición de los versículos 27, 28, va precedida de una llamada de atención: *«Dame, hijo mío, tu corazón».* La frase no tiene el sentido que se le suele dar; no es amor directamente lo que demanda aquí el padre, sino atención. La frase equivale a *«¡Préstame atención!»* Por eso añade: Y tus *ojos observen,* miren, *mis caminos.* El hijo ha de prestar atención, no sólo a la enseñanza, sino también al ejemplo, de su padre. Tras este prefacio, el padre amonesta al hijo contra los peligros de ir tras de la mujer ajena; ya lo ha hecho el sabio en otros lugares. Dos detalles son de notar aquí: (A) Se llama *«fosa profunda»* a la *ramera,* frase que en 22:14 se usa de la *mujer extraña;* aquí (quizá también en 22:14) significa la dificultad en que puede uno encontrarse a causa de las exigencias monetarias de la mujer. De la *extraña o ajena* (ordinariamente, de otra nacionalidad) se dice que es *pozo angosto,* es decir, demasiado estrecho, del que uno no se puede escapar. (B) A esta mujer extraña, ajena, se la tacha (v. 28) de *ladrona* (el verbo sale en Job 9:12 en el sentido de «arrebatar por la fuerza»), pues *acecha,* como animal de presa, para devorar al que puede y, por medio de su seducción, *multiplica entre los hombres los desleales* (lit.) Simula amistad, pero sólo para despojar a los hombres de su honor y de su dinero.

Versículos 29–35

Vienen ahora serias advertencias contra la ebriedad, para corroborar lo que ya vimos en el versículo 20. *«No mires al vino cuando rojea»* (v. 31). El vino rojo era considerado en Canaán el mejor; por eso se le llama *la sangre de la uva.* No ha de desearse lo que agrada a los ojos, pero es dañoso: *«al fin como serpiente morderá»,* con lo que se expresan las perniciosas consecuencias de este vicio. El borracho perjudica a su salud, a su hacienda y a su conciencia, enreda a los hombres en riñas y contiendas. Muchos profieren *ayes y quejas,* sufren *dolores y heridas sin razón* (v. 29), donde no había motivo para entablar una contienda. Los ojos se enturbian y ven cosas extrañas, distorsionadas, y la boca (de lo que rebosa entonces el corazón estúpido por el alcohol) profiere *perversidades* (lit. *cosas cabeza abajo),* contrarias a la religión, a la moral y a la cortesía natural. Su estado mental es deplorable, pues, al sentirse incapaz de tenerse en pie, se tiende en el suelo, pero aun así, por el mareo que sufre, le parece estar en medio del mar, mecido por las olas, o en la punta de un mástil, de donde puede caerse y ahogarse (interpretación probable). Pero lo peor es que, a pesar de los efectos desagradables de la borrachera, no sólo no siente los golpes recibidos en la refriega a la que se alude en el versículo 29, sino que, al despertar, todavía espera sentirse lo bastante recuperado para pedir otra botella u otra ronda de beber (vv. 35, 36). Parece como si la ebriedad convirtiese a los hombres en maderos o piedras; no se les puede reconocer como hombres racionales, sino, y aun escasamente, como brutos irracionales; están como muertos en vida.

CAPÍTULO 24

Versículos 1–2

No tengas envidia de los malos, de los que han aprendido el oficio del crimen; *no tengas envidia* del dinero que ganan inicuamente, *ni desees estar con ellos,* en compañía de ellos y asociado con ellos (comp. 3:31; 23:17), porque su *corazón medita violencia* (lit.), es decir, perpetrar la rapiña, el robo con violencia; *no les tengas envidia,* pues sólo se merecen indignación ante sus malvadas obras, y compasión por el daño que se hacen a sí mismos.

Versículos 3–6

Una persona, mediante una prudente administración, puede levantar un *hogar* y, con la bendición de Dios, *consolidarlo* sobre una base firme (v. 3). Se puede edificar una casa con base en prácticas injustas, pero así no se consolida porque el cimiento está corrompido (Hab. 2:9, 10). *Con conocimiento* (v. 4. Los vocablos *«sabiduría»* del versículo 3 y, aquí, *«conocimiento»* no tienen connotación moral, sino mental)

se adquiere buen mueblaje y una despensa llena de todo lo bueno. Una mente sabia encuentra recursos para todo (v. 5). Aun en circunstancias en que la fuerza es factor primordial, la sabiduría halla la *estrategia* necesaria *para ganar la guerra.* Incluso robustece para las batallas contra la tentación. La sabiduría levanta lo mismo una universidad que un consejo de Estado, y sirve también para obtener una paz ventajosa cuando el horizonte comienza a nublarse con la negra perspectiva de una guerra.

Versículos 7–9

No es cosa fácil adquirir la sabiduría, ya que, aun los bien dotados para ella en el plano intelectual, si se vuelven holgazanes, se dan al vicio y cultivan las malas compañías, no la alcanzan; les resulta *demasiado alta* (lit.) y, por falta de sabiduría, no son aptos para servir al país en puestos de responsabilidad, como es el de actuar en función de jueces o consejeros *en la puerta* de la ciudad, adonde se llevaban los casos de litigio; o si se les llega a admitir por alguna otra causa (influencia, posición social, soborno, etc.), estarán allí como estatuas mudas: por falta de sabiduría, *no abrirá la boca* (v. 7). Hay una necedad mayor, perversa: Malo es hacer el mal, pero es peor estar siempre tramándolo, pues llegarán a descubrirse sus planes y la gente le pondrá un mote muy apropiado: *«amo* (hebr. *baal*, dueño o señor) *de planes malvados»* (lit.). Su carácter moral y social se hará manifiesto, pues *su pensamiento* (el vocablo hebreo es de la misma raíz que el que expresa los *«planes malvados»* del v. anterior) *es pecado* (hebr. *jatat*, errar el blanco), una desviación de Dios, fin último del hombre; y, en su aspecto social, es *abominación a los hombres,* porque, con sus planes malvados, promueve contiendas (comp. 22:10). Este necio malvado es llamado «escarnecedor», como merece ser llamado todo el que carece de principios morales y religiosos. El paralelismo sugiere que se trata de la misma persona.

Versículo 10

En el día de la adversidad (lit.), somos proclives al desmayo y al desánimo. Es señal de que a una persona le falta resolución, firmeza de convicciones, fuerza de voluntad. El que es *así flojo* (el mismo vocablo que el *«negligente»* de 18:9), *verá reducida su fuerza.* La interpretación de esta última frase, que parece una perogrullada, depende quizá del contexto posterior, ya que muchos exegetas la creen conectada con el versículo 11.

Versículos 11–12

Es nuestro deber ayudar a los inocentes que son objeto de la opresión de los potentados, aunque no tengamos con ellos una particular obligación por razón de parentesco o amistad. Es muy fácil excusarse y decir: *«No nos dimos cuenta» o «Se me olvidó».* Tales excusas no valen ante el tribunal de Dios (v. 12), pues *Él pesa los corazones* (comp. 21:2) y *dará al hombre según sus obras,* no sólo de comisión, sino también de omisión. Al tener en cuenta la posible conexión de estos versículos con el versículo 10 podría entenderse así: Si eres flojo en acudir a socorrer a otros cuando se hallan en grave peligro, tu fuerza será reducida, pues te retirará su ayuda cuando tú la necesites. El plural *«No nos dimos cuenta»* sugiere, según Cohen, que ese hombre no tenía excusa, porque aun cuando él solo no tuviese fuerza suficiente para socorrer, pudo haber llamado a otros para que le ayudasen en la operación de socorro.

Versículos 13–14

Se dice con frecuencia de Canaán que manaba leche y miel, y la miel era alimento ordinario del pueblo (Lc. 24:41, 42), incluso de los niños (Is. 7:15). La exhortación a comer miel viene aquí, no sólo por ser buena para el cuerpo, sino como símil de la sabiduría (v. 16:24; Sal. 19:10; 119:103), a fin de que hagamos todo lo posible por *hallar el conocimiento de la sabiduría,* mucho más dulce y beneficiosa que la miel. Los que han experimentado el poder de la verdad y de la piedad están abundantemente satisfechos con el placer de ambas; han probado su dulzura, y todos los ateos del mundo, con todos sus sofismas, no pueden alterarles el gusto ni el sentimiento.

Versículos 15–16

Los malvados acechan la *tienda* de los justos para saquear su *morada.* Ambos vocablos tienen un trasfondo pastoril, y podrían indicar el riesgo que corrían los pastores y los agricultores, al estar más desvalidos contra los ataques de los criminales de la ciudad. Al malvado se le advierte que no se aproveche de esta aparente debilidad de los justos, pues (v. 16) éstos gozan de la protección de Dios, de forma que aunque sean derribados *siete veces,* es decir, con mucha frecuencia, volverán a levantarse (¡nada tiene que ver con las caídas espirituales de los justos!) mientras que los malvados *se hunden* sin remedio. Un solo golpe basta para aplastarlos de una vez.

Versículos 17–18

Cuando alguien nos ha hecho daño y después sufre alguna adversidad, nuestro corazón corrompido nos incita a concebir una secreta satisfacción por ello, como si hallásemos así nuestra venganza del daño que nos hizo, pero esta satisfacción no es humana; mucho menos, cristiana (comp. Ro. 12:19–21). Dios muestra su desagrado (v. 18) ante este insano gozo, aunque sea Él quien haya castigado a nuestro enemigo. Malbim ofrece de la última frase la siguiente explicación: «La intención es que Dios verá tu crueldad y tu venganza y pesará tus obras frente a las obras de tu enemigo. De este modo, te declarará a ti más malvado que él y te visitará a ti con la retribución que le ha dado a él». A un buen padre no le agrada que un hijo suyo se alegre del castigo que está imponiendo a otro de los hijos.

Versículos 19–20

La prosperidad material de que puedan gozar los malvados no nos ha de exasperar ni llenarnos de envidia (comp. Sal. 37:1 y el v. 1 del presente capítulo). Basta con reflexionar sobre el fin de ellos (Sal. 37:38; 73:17). Por mucho que brille su *lámpara,* es decir, su gozo y su prosperidad (comp. Est. 8:16), *será apagada* (comp. 13:9) sin tardar mucho. También se puede entender *«lámpara»* por «vida», que *no llegará al fin,* o por *«posteridad»* en la que se prolonga la vida de la persona. Todas estas interpretaciones caben según se traduzca el vocablo hebreo *ajarit* de la primera parte del versículo 20, que literalmente significa «lo que viene después».

Versículos 21–22

La religión y la lealtad van de la mano, aunque, en conflicto de lealtades, hay que obedecer a Dios antes que a los hombres (comp. Hch. 4:19). Nótese que se nombra a *Jehová* antes que al *rey.* Como creyentes y como ciudadanos, hemos de ser leales a Dios y a las autoridades civiles que Dios ha puesto sobre nosotros (Ro. 13:1, 2). No son leales súbditos los que no son religiosos, pero tampoco son religiosos los que no son leales súbditos. Los que se rebelan contra la autoridad de Dios o la del gobierno legítimamente establecido, han de temer *el furor de ambos.*

Versículos 23–26

Así como los súbditos deben cumplir con su deber de lealtad a los gobernantes, también éstos deben cumplir con su deber de administrar justicia equitativa e imparcialmente, pesar los méritos y las razones de una causa y no dejarse llevar de favoritismos de ninguna clase. Un buen juez ha de reconocer la verdad, no el rostro de la persona. No ha de ayudar a un amigo a salir bien en una mala causa, ni ha de omitir nada que sirva para favorecer a un enemigo que presente una buena causa. Tanto los magistrados como los ministros de Dios han de denunciar la violencia, la injusticia y la inmoralidad, y reprender a los malvados, de forma que vengan a arrepentimiento o a confusión; así tendrán *felicidad y bendición* (v. 25), dándoles la conciencia testimonio de que han sido fieles en el cumplimiento del deber. Dice Ryrie sobre el versículo 26: «Así como un beso en los labios sella un asunto entre una pareja, así también una respuesta honesta confirma un juicio equitativo».

Versículo 27

Aquí tenemos una norma de prudencia en la administración de los asuntos domésticos. Hay que dar prioridad a lo más importante, antes de ocuparse de lo accesorio. Lo necesario ha de procurarse antes de lo conveniente, y no se ha de gastar en ostentación lo que habría de gastarse para el sustento de la familia. «*Edificar la casa*» (comp. Rut 4:11) significa aquí «casarse y formar un hogar». Este versículo queda bien expresado en el siguiente dicho rabínico: «Un hombre debe primero construir una casa (literalmente), plantar luego una viña, y después de eso, tomar esposa».

Versículos 28–29

Una vez más, se amonesta contra el falso testimonio, y aun contra un testimonio que no sea claramente falso, pero en el que no haya *motivo*, es decir, fundamento alguno para presentar evidencia de los hechos, únicamente por venganza contra el prójimo (v. 29). El texto sugiere que ese prójimo, en un caso similar, dio testimonio contra él sin motivo (comp. con 20:22).

Versículos 30–34

Esta porción es semejante a 6:6–11 y, como en otros lugares también, se reprueba y ridiculiza la conducta del perezoso. El escritor describe sus experiencias: Observó la condición del campo y de la viña del perezoso (v. 30) y vio que el dueño era un hombre *falto de entendimiento* por no percatarse de que el florecimiento de la agricultura depende del trabajo que se haga en ella. El estado de la finca era deplorable (v. 31): llena de cardos y espinos; el vallado de piedras, derribado. Esto le hizo reflexionar y aprender una lección (v. 32) sobre las funestas consecuencias de la pereza: La pobreza vendrá inexorable, como un bandido que merodea para robar y como un hombre armado que asalta para matar. Plutarco refiere un dicho de Catón el Viejo: «Los sabios sacan mayor provecho de los necios que los necios de los sabios, porque los sabios evitan las faltas de los necios, pero los necios no quieren imitar las virtudes de los sabios». También nuestra alma es como una viña que cada uno de nosotros tiene el deber de cultivar y proteger. Con buenas labores se puede mejorar grandemente, al arrancar los cardos y espinos de nuestras pasiones desordenadas, y al reparar el vallado de la vigilancia contra las tentaciones del enemigo. Cuando el alma se halla falta del necesario cultivo y de la oportuna defensa, ello se debe a la pereza espiritual de la persona, lo cual es una tremenda insensatez.

CAPÍTULO 25

Versículo 1

Este versículo es el título de esta última colección de los proverbios de Salomón. Los editores fueron hombres de especial habilidad literaria que el rey Ezequías empleó para este menester, ya que él mismo estaba interesado en la literatura (v. 2 Cr. 31:21, así como Is. 38:10–20, donde se conserva un poema compuesto por él mismo después de recuperarse de su enfermedad). Esos hombres copiaron los proverbios de los archivos del reinado de Salomón, y los publicaron como apéndice a una anterior edición de este libro. Es un ejemplo digno de imitarse: Se ofrece un buen servicio a la Iglesia al publicar tesoros de piedad y sabiduría de santos que nos precedieron y que quizá yacen escondidos en la oscuridad.

Versículos 2–3

Las obras de Dios son misteriosas, tanto en el plano de su providencia como en el de su gracia (Dt. 29:29; Ro. 11:33). Vemos lo que hace, pero no comprendemos sus razones; ésta es su gloria y hemos de reverenciarla y alabarla. Pero el honor del rey exige escudriñar los asuntos que le son presentados, a fin de poder obrar con justicia y equidad en todos ellos. El versículo 3 describe la realidad: «Así como es imposible para el hombre, dice Cohen, calcular la altura del espacio que hay encima de su cabeza, y la

profundidad de la tierra que hay debajo de sus pies, así también está fuera del alcance de su poder comprender las maniobras diplomáticas de la regia mente».

Versículos 4–5

El esfuerzo vigoroso de un príncipe para suprimir el vicio y reformar las costumbres de su pueblo es el medio más eficaz de afianzar su trono. El deber de los magistrados es usar su poder para infundir terror a los malhechores (v. Ro. 13:3), a fin de que no extiendan su infección por todo el reino. Esto es lo que aquí (v. 4) se llama *quitar las escorias de la plata,* lo cual se lleva a cabo por medio del fuego. La reforma de la corte promueve la reforma del reino (Sal. 101:3–8).

Versículos 6–7

La religión, lejos de destruir las buenas maneras, nos enseña a dejar a otros el lugar que les corresponde; más aún, nos instruye en la humildad y la abnegación, que es una enseñanza superior a la de las buenas maneras en sociedad. Este es, por otra parte, el modo de alcanzar una promoción, como lo muestra nuestro Salvador en una parábola que parece tomada de este lugar (v. Lc. 14:8–10). Mejor es ser ascendido a un lugar cercano al rey con todo honor, que ser degradado, lleno de vergüenza, por haber ocupado un lugar que correspondía a otro más noble.

Versículos 8–10

«No entres apresuradamente en pleito, sin consultar con tus amigos y consejeros, sobre el caso. Asegúrate de que llevas la razón de tu parte, *no sea que no sepas qué hacer al fin* al hallar que el veredicto es dado en contra tuya. ¿Qué harás entonces, al ver que *tu prójimo* ha ganado la causa y *te ha avergonzado?* Mejor es que *arregles tu pleito con tu vecino* a solas (v. 9. Comp. Mt. 5:15; 18:15) y, si tienes información secreta acerca de él por ese medio, no la descubras a otro; no sea que te delate como a un chismoso y no puedas reparar ya la mala reputación que con eso te has granjeado (v. 10).» Esta parece ser la mejor interpretación de todo este pasaje.

Versículos 11–12

Un consejo, una corrección, una palabra de consuelo y aliento, o de testimonio, cuando se dan a tiempo, se expresan lo mejor posible y se adaptan perfectamente al caso de la persona a quien se dirigen, así como al carácter personal de la persona que habla, son como *manzanas de oro en engastes de plata* (v. 11). El hebreo de esta frase admite dos versiones igualmente probables: 1. Se trata de bolas de oro, o recubiertas de oro, en un trasfondo escultórico de plata (lit. *figuras de entalladura).* 2. Se trata de un trabajo de filigrana, en que las manzanas de oro están cubiertas por una red o encaje de plata; las manzanas de oro se ven a través de la red. Sin duda, era alguna clase de adorno de mesa, bien conocido en aquel tiempo. El versículo 12 parece un símil del mismo género: *La reprensión de un sabio,* es decir, de alguien con la discreción suficiente para dar una buena palabra de corrección a tiempo, que *cae sobre un oído obediente* (lit. *que escucha) es como pendiente de oro y joyel de oro fino;* buen adorno, que cae bien al que habla y al que escucha.

Versículo 13

Un mensajero debe ser fiel al que lo envía y dar con toda exactitud el mensaje que se le ha confiado sin falsificar en nada el contenido. Esto llenará de satisfacción al que le envió, como el refrigerio que causaría un poco de nieve en el ardor de la siega si se la pudiese conseguir de lo alto de las cumbres nevadas.

Versículo 14

En constraste con el versículo anterior, vemos ahora a uno que se jacta falsamente de tener y dar lo que nunca tuvo ni dio, al inventar grandes proezas y provechosos servicios que sólo existen en su imaginación; en vez de refrescar como la nieve, éste es como nube estéril y viento que hace mucho ruido, pero que no traen lluvia (comp. con Jud. v. 12), y causan la desilusión del labrador.

Versículo 15

Dos cosas se recomiendan aquí en el trato con los demás: 1. Paciencia para soportar el ardor de la ira ajena sin contagiarse de ese ardor, y para esperar una buena oportunidad de presentar nuestras razones y dar a las personas el tiempo suficiente para considerarlas. Por este medio, hasta *un príncipe puede ser aplacado.* 2. Suavidad, para hablar sin pasión ni provocación: *la lengua blanda quebranta los huesos.* El hueso es una sustancia muy dura y sirve aquí de símil. Una palabra suave ablanda los ánimos más duros y prevalece sobre los más morosos, como pasa a veces con el rayo que quebranta el hueso sin pinchar la carne.

Versículo 16

Este proverbio enseña moderación en cosas que, por otra parte, son muy agradables (comp. v. 27). En 24:13, la miel era símbolo de sabiduría, pero aquí es símbolo de cualquier cosa deseable, que ha de ser usada con moderación. Los placeres de los sentidos pierden su dulzura con el abuso y se vuelven nauseabundos, como puede pasar si se come demasiada miel.

Versículo 17

Otro proverbio sobre la moderación. Esta vez sobre las visitas a vecinos y parientes. Es norma de cortesía y afecto visitarles, pero es norma de prudencia no multiplicar las visitas, no estar demasiado tiempo, no llegar a la hora de comer y no entremeternos en los asuntos ajenos. La excesiva familiaridad engendra menosprecio. «Después del tercer día, saben mal pescado y compañía.» El adagio castellano dice que «al tercer día hieden el cadáver y el huésped». Por aquí vemos que Dios es un amigo mucho mejor que cualquier otro, puesto que cuanto más vamos a Él, tanto mejor nos recibe y agasaja.

Versículo 18

Un falso testimonio es como un *mazo* con que le pueden romper a uno la cabeza, como una *espada* que atraviesa desde cerca y como una *saeta aguda* que traspasa desde lejos. Por eso tenemos necesidad de orar: *«Libra mi alma, Jehová, de los labios mentirosos»* (Sal. 120:2).

Versículo 19

Como diente roto y pie que resbala (lit.) *es la confianza en el desleal* (o traidor) *en tiempo de angustia.* Sólo al desastre conduce poner confianza en quien no es digno de ella, del mismo modo que un diente roto produce un dolor que impide comer, y un pie que resbala no permite tenerse de pie.

Versículo 20

Aquí se expresa la tremenda inoportunidad de cantar canciones alegres a una persona que está triste.

Los que sufren alguna aflicción han de ser consolados mediante la simpatía y el consuelo que puede ofrecer una persona comprensiva, pero vamos por el mal camino si intentamos aliviarles sintiéndonos alegres e intentamos que también ellos se pongan alegres. *Quitándole a una persona la ropa en tiempo de invierno,* se la enfría más todavía, y si *se echa vinagre sobre sosa cáustica,* se la pone en fermentación; la persona se enfada con toda razón.

Versículos 21–22

El Apóstol cita estos dos versículos en Romanos 12:20. El mandamiento de amar a todos, aun a nuestros enemigos, era ya un precepto del Antiguo Testamento, aunque nuestro Salvador le dio todavía más fuerza al amarnos y morir por nosotros cuando aún éramos enemigos suyos (v. Ro. 5:6–10). Si devolvemos a nuestros enemigos bien por mal, los ablandaremos y refinaremos como se refina en el crisol a los metales. Más aún, *amontonaremos ascuas sobre su cabeza.* Comenta Cohen: «Una acción amistosa de esta clase, tan inesperada y tan inmerecida, le producirá un efecto (sanamente) doloroso y le causará remordimiento por su enemistad». Ese es el mejor medio de convertir en amigos a los enemigos.

Versículo 23

El texto hebreo de este versículo dice literalmente: *«El viento norte hace girar la lluvia, y los rostros enojados* (hacen cesar) *la lengua de secreto»* (lit.), es decir, la lengua solapada, detractora. Los detractores no hablarían tan fácilmente si no se les oyese fácilmente, pues si hallasen entre sus oyentes muestras de desagrado, se callarían. Si no podemos mostrar nuestro desagrado por medio de palabras, hagámoslo por medio de un rostro ceñudo. ¿Quién sabe si eso bastará para corregir de una vez al detractor? Son muchos los que perjudican a las personas de quienes hablan, únicamente por la esperanza que tienen de ganarse el favor de las personas a quienes hablan.

Versículo 24

Este versículo es una repetición de lo que ya vimos en 19:13 y 21:9.

Versículo 25

A veces, esperamos con impaciencia recibir buenas noticias de amigos o parientes que viven en tierras lejanas; nuestra alma tiene sed de ellas. Así que, cuando llegan, caen como el agua fresca a uno que está sediento. También el cielo, nuestra verdadera patria, es una tierra lejana mientras peregrinamos por este mundo. ¡Cuán refrescante es oír buenas noticias de allí, tanto en el Evangelio que precisamente significa «buena noticia», como en el testimonio que el Espíritu da con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios! (v. Ro. 8:16).

Versículo 26

Como fuente enturbiada (lit. *pisoteada.* Comp. Ez. 34:18) y *manantial corrompido* (o *corriente contaminada) es el justo que claudica delante del malvado.* El creyente que cae en pecado manifiesto a la vista de los incrédulos entristece a los buenos, alegra a los malos y contagia e infecta a otros animándolos a hacer lo mismo. La gloria de Dios, el honor del Evangelio y el decoro de la Iglesia pierden mucho con la mala conducta de los creyentes. Es un contratestimonio. El versículo admite también otra interpretación: Cuando los justos son oprimidos (*«caen»*, no «claudican») y pisoteados por la violencia de malos hombres, y aun de malos gobernantes, se enturbian las fuentes de la justicia y se corrompen los manantiales mismos del buen gobierno (comp. 28:12, 28; 29:2).

Versículo 27

Los hombres no suelen estar satisfechos de los deleites ni aun cuando están hartos, por lo que sufren las consecuencias de una ambición nunca satisfecha. Así pasa con los que *buscan su propia gloria* a toda costa; buscar descaradamente el aplauso no es gloria, sino vergüenza; todos se ríen de quien así se comporta. La primera frase repite la idea del versículo 16. El hebreo de la segunda frase (nota del traductor) dice así: «Y *la búsqueda de su* (de ellos) *gloria* (es) *gloria*». Tomado literalmente no puede estar más oscuro, pero viene bien aquí la sabia explicación del rabino Cohen: «Mediante la aplicación del

paralelismo, se suplen en esta cláusula las palabras *no* y *mucha* de la primera cláusula». Es, pues, uno de los frecuentes casos de elipsis.

Versículo 28

Una persona prudente y virtuosa sabe frenarse, tiene dominio de sí misma. El vicioso, que no sabe ni quiere dominarse a sí mismo, es como una *ciudad derribada y sin muro;* está sin defensas, expuesto a todas las tentaciones del mundo y del diablo, y es fácil presa de Satanás.

CAPÍTULO 26

Versículo 1

Los necios, malvados, que no tienen seso ni gracia, son a veces puestos en sitios de honor, poder y responsabilidad. Eso es un absurdo, una grave inconveniencia; cae tan mal como la nieve o la lluvia en tiempo de siega, pues estorba a los labradores y echa a perder los frutos del campo cuando están a punto para ser recogidos.

Versículo 2

El que es maldecido sin causa, sea mediante furiosas imprecaciones o mediante solemnes anatemas, no recibirá de ello más daño que el que causa un pájaro que revolotea en torno a la cabeza de una persona. Así David no recibió daño alguno (al contrario) de las maldiciones que le lanzó Goliat (1 S. 17:43) ni de las que le lanzó Simeí (2 S. 16:5 y ss.).

Versículo 3

Como en 10:13; 19:29, se expresa aquí la inutilidad de los buenos avisos y consejos a los necios y malvados, por lo que, para dirigirlos por el buen camino, como a los caballos, o para frenarlos de seguir por el mal camino, como a los asnos, hay que emplear la fuerza de la severa reprensión y aun el castigo físico, impuesto por la autoridad competente, simbolizados aquí por el látigo y el cabestro.

Versículos 4–5

Estos dos versículos parecen recomendar actitudes contradictorias, pero no es así. Se trata de circunstancias diferentes, en las que un hombre prudente sabrá tratar al necio de forma también diferente. El proverbio viene a decir: «Si el necio se jacta, no le respondas jactándote tú también; si grita desaforado, si maldice, etc., no le respondas con su mismo lenguaje, pues te rebajarás al nivel de él. Pero si tienes motivos para pensar que tu silencio va a ser interpretado como una muestra de debilidad, respóndele como se merece su necedad, venciéndole con sus propias armas. Si profiere algo que tiene la pretensión de ser un argumento a su favor, dale la respuesta conveniente, sabia, *no sea que vaya a creerse que es un sabio* por haber presentado una razón a la que no has sabido responder».

Versículos 6–9

Salomón muestra aquí que el necio no sirve para nada útil: o es tan tonto que no sabe pensar bien, o es tan malo que no sabe pensar otra cosa que el mal. Por eso, no se le puede encomendar ningún asunto que comporte responsabilidad e importancia para el que les ordena algo o les envía a cumplir un encargo. La persona que así hace uso de un necio es como si *se cortara los pies,* pues se inhabilita (se queda inválido) para cumplir el objetivo que se proponía; además, *bebe su amargura,* ya que un comunicado mal entendido por haberlo distorsionado el criado necio, puede enfurecer a la persona que recibe el

mensaje y, al creer que esa era en efecto la intención del amo, tomar venganza contra él, lo que sería como un brebaje amargo. El símil del versículo 7 da a entender que el proverbio del necio es una forma de expresión tan inútil para los que le escuchan como las piernas de un cojo, incapaces de soportar el peso del cuerpo al andar. Del mismo modo (v. 8), dar honores a un necio, que no sabe apreciarlos ni usarlos debidamente es como *atar la piedra en la honda,* acción sin sentido, pues la piedra no podrá, si está atada, ser disparada de la honda. No es claro el sentido del versículo 9, pero, en todo caso, indica un grado de necedad mayor que el del versículo 7. El sentido más probable es que un necio, con sus refranes o dichos, puede hacer a otros, y a sí mismo, daños incalculables, como *un borracho a quien le viene a la mano* (versión más probable) un objeto punzante con el que hiere a diestro y siniestro, y también a sí mismo, porque no sabe cómo manejarlo, debido al estado en que se encuentra.

Versículo 10

El texto de este proverbio es oscuro, pero el sentido se adivina (nota del traductor). Creo que la explicación mejor (similar a la versión que, al margen, ofrece *La Biblia de las Américas)* es la que da J. J. Serrano: «El sentido del proverbio es claro: el jefe o maestro que, como el nombre y la antítesis del verso suponen, es sabio, sabe y puede hacerlo todo, esto es, todo lo que pertenece a su oficio. Pero el necio es tan inútil para todo como puede serlo un cualquiera para un trabajo determinado que desconoce. Por eso se dice que alquilar al necio es como alquilar al desconocido, al ignorante o, como dice el texto, al transeúnte».

Versículo 11

En principio, el proverbio se refiere al necio que repite sus necedades, como el perro que, al ser sin sentido, vuelve a comer lo que vomitó por resultarle indigesto. San Pedro alude a esto (2 P. 2:22) para referirse a los pecadores que, convictos de pecado, pero no debidamente arrepentidos de él, vuelven al pecado, a pesar de lo dañoso que les había resultado.

Versículo 12

Grave enfermedad espiritual es tener de sí mismo un concepto más alto del que debería tener (Ro. 12:3). De ahí la exhortación de 3:7 a no ser sabio en la propia opinión, pues induce a la persona al fanatismo, al orgullo y a la crítica insana. *Más esperanza hay del necio que de él,* porque el necio tiene la posibilidad de aprender, pero el que se cree sabio no tiene remedio, pues no sabe que le queda mucho por aprender (v. 1 Co. 8:2).

Versículos 13–16

Esta porción vuelve a tomar el tema del perezoso. El versículo 13 repite, con una ligera variante, el proverbio de 22:13. El versículo 14, bajo el símil de la puerta que gira sobre sus goznes, unas veces a la derecha, otras veces a la izquierda, según se entra o se sale, pero sin salirse de quicio ella misma, describe al perezoso que da vueltas en la cama: se halla cómodo en ella y, cuando se cansa de estar echado de un lado, se da la vuelta al otro lado, pero sin salirse de ella, aunque esté ya muy avanzado el dia y haya trabajo que hacer. El versículo 15 es casi idéntico al proverbio de 19:24, con la variante aquí de *«se cansa»,* como si el esfuerzo para llevarse la mano a la boca le resultase demasiado fatigoso. El versículo 16 nos recuerda los proverbios que ya hemos visto en 3:7; 26:5 y en el versículo 12 de este mismo capítulo, pero este perezoso del que aquí se habla es el mayor necio que pueda darse, pues se cree más *sabio que siete* hombres lo suficientemente sabios para *saber aconsejar con prudencia* (comp. con 27:11b). El número *siete* indica un número considerable. La buena opinión que de sí mismo tiene este perezoso es una de las causas determinantes (quizá, la única) de su pereza; no se esfuerza por adquirir la sabiduría porque piensa que es ya suficientemente sabio; si al menos se detuviese a examinarse a sí mismo, se daría cuenta de su ignorancia.

Versículo 17

Lo que aquí se condena es, como dice la expresión castellana, *meterse en lo que a uno no le importa.* El que se interfiere en asuntos ajenos o se mete a intermediario imprudente en pleitos que no le van y en los que no sabe dar un consejo pacificador, se expone a causarse problemas a sí mismo y encender más, en lugar de apagar, la disputa. Es como *tomar por las orejas al perro;* no al perrillo doméstico, sino al que vagaba suelto por las calles en Palestina.

Versículos 18–19

Se exponen aquí los peligros de las bromas que llamamos «pesadas». Del hombre en cuestión se dice que *enloquece,* pues no se percata de las fatales consecuencias de sus acciones al engañar a sus prójimos. Es tan loco como *el que lanza llamas y saetas mortíferas* por hacer deporte, con evidente peligro para todo el que se acerque a él o pase cerca de él.

Versículos 20–22

De la misma manera que el fuego se apaga cuando le falta combustible, también la contienda cesa donde faltan los chismosos (v. 16:28; 22:10). El versículo 21 viene a expresar la misma verdad de modo diferente: El hombre *pendenciero enciende* (mejor, *inflama,* aviva) *la contienda,* como hace el carbón con las brasas, y la leña con el fuego. El versículo 22 es una repetición de 18:8. Estas repeticiones tienen por objeto, con sana pedagogía, poner de relieve el tremendo daño que causan los que gustan de llevar chismes de un lado a otro, revelan secretos, dan malas interpretaciones a lo que otros dicen, insinúan malas ideas y malas intenciones con respecto a personas que son completamente inocentes o, al menos, no tan malas como éstos las presentan. En fin, son incendiarios que, por el bien de la misma sociedad, deberían ser tenidos a raya, pues dan fatales heridas al amor y al afecto fraternal (2 P. 1:7) que deben reinar entre los creyentes. Cuanto menos tratemos con tales personas, mejor, porque es muy difícil evitar pendencias con quienes son pendencieros de oficio.

Versículo 23

El proverbio compara *los labios ardientes* (lit.), labios que profesan amistad de modo fervientemente lisonjero, pero esconden un corazón malvado que trama la ruina de la persona a quien halaga, con una *vasija de loza, barnizada de escoria,* es decir, del metal de baja calidad que queda después de refinar la plata, pero que guarda todavía las apariencias de la plata. Una persona sabia se percata pronto de la falsedad que entrañan esas apariencias.

Versículos 24–26

La falta de sinceridad en las muestras que los hombres hacen de amistad, y el uso que de esas apariencias hacen para sus maquinaciones perversas, se presentan aquí como algo corriente (v. 24): El *que odia* a su prójimo y planea hacerle algún perjuicio, pero *disimula* (oculta sus intenciones) *con sus labios,* y habla amablemente, como Caín con Abel, este hombre *maquina engaño en su interior,* esto es, guarda en su mente el mal que intenta hacer a su prójimo. Debes recordar que esa persona no merece crédito (v. 25): *No le creas* cuando adopte un *tono amable,* a no ser que le conozcas bien de antemano, pues es posible que albergue *en su corazón siete* (es decir, innumerables) *abominaciones,* maldades perversas. Pero, aunque el engaño sea llevado adelante por algún tiempo, no tardará en *ser descubierto en la congregación,* es decir, en público (v. 26). El odio encubierto se ha de descubrir tarde o temprano. Alguien ha dicho que el amor es la mejor armadura, pero el peor manto, y quienes se lo ponen con engaño sacarán de él el mismo provecho que sacó Acab cuando se disfrazó, pero no pudo evitar la muerte.

Versículo 27

Los hombres se toman grandes fatigas para hacer daño a otros, y ocultansus malas intenciones bajo la capa de amistad. Es como *cavar un foso o hacer rodar una piedra grande,* dura tarea; sin embargo, se dedican a ella con todas sus fuerzas con tal de satisfacer su pasión y su venganza. Pero tales fatigas para tan malvados propósitos se volverán contra ellos mismos, pues *caerán en el foso que cavaron y se les vendrá encima la piedra grande que echaron a rodar.*

Versículo 28

Hay dos clases de mentiras igualmente detestables: 1. *La lengua mentirosa* (lit.) que *odia al que ya es su víctima;* la aflige con reproches y calumnias porque la odia. No lo disimula: le hace daño porque la odia y así lo reconoce descaradamente. 2. *La boca lisonjera,* es decir, aduladora, que actúa solapadamente; la víctima no sospecha nada malo y se perjudica a sí misma por dar crédito a los halagos y cumplidos que le hacen, con lo que es *empujada* de modo suave, pero fuerte, *hacia el precipicio.* Un hombre prudente temerá más al adulador que le bese para matarle, que al calumniador que proclama la guerra.

CAPÍTULO 27

Versículo 1

Este proverbio nos recuerda lo que dice el Señor (Mt. 6:34) y, en otro contexto, Santiago (Stg. 4:13, 14) sobre *el día de mañana.* Eso no quiere decir que no hayamos de proveer para el día de mañana, sino que no hemos de presumir acerca del día de mañana. En especial, no hemos de dejar para mañana la gran obra de la conversión, la única necesaria, como si estuviésemos seguros del mañana, sino que hemos de procurar escuchar la voz de Dios *mientras dura este Hoy* (He. 3:13). *No sabemos lo que dará de sí el día,* lo que el tiempo lleva encerrado en su seno antes de darlo a luz. Dios nos tiene sabiamente en la oscuridad acerca del futuro, a fin de que aprendamos a depender de Él y a estar dispuestos continuamente para cualquier eventualidad (Hch. 1:7). Hemos de darle gracias por ocultarnos el futuro; si ha de ser adverso, nos ahorra la preocupación; si ha de ser próspero, nos encantará la sorpresa.

Versículo 2

Así como el versículo anterior trata de la jactancia sobre el porvenir, éste se refiere al pasado y al presente (comp. 25:27; 2 Co. 10:12, 18; 12:11). Dejemos que sean nuestras obras, no nuestra boca, las que publiquen nuestras alabanzas; alabarse a sí mismo es muestra evidente de gran orgullo. Puede haber ocasión justa de vindicarnos, pero no de aplaudirnos.

Versículos 3–4

La cólera de un necio que, cuando se le provoca, no sabe lo que dice ni lo que hace *es más pesada que una piedra* grande *o un saco de arena,* pues los que no dominan sus pasiones se hunden bajo su peso, como se hunde sin remedio la persona que se pone a nadar con una piedra o con un saco de arena. Es, pues, de sabios no provocar a un necio, cuya ira puede hundir también a otros, sino, si está de mal genio, dejarlo solo. Pero una maldad enraizada es mucho peor. *Cruel es la ira* (v. 4) y da paso a bárbaras acciones, pero la enemistad secreta, la envidia de la prosperidad ajena y el deseo de venganza por la menor afrenta, son mucho más perjudiciales. Se puede evitar un enfado repentino, como evitaba David la jabalina de Saúl, pero cuando se convierte en persistente envidia, como le pasó a Saúl, no hay modo de *sostenerse delante de ella.*

Versículos 5–6

Es muy bueno, y mucho se ha de apreciar, el que nos corrijan nuestros amigos y nos digan nuestros defectos. No es genuino el amor que, por no ofender, encubre, es decir, omite, la reprensión (ésta parece la mejor interpretación del v. 5b, nota del traductor). *Fieles son* (v. 6) *las heridas del que ama* (comp. con Sal. 141:5), pues son heridas limpias que curan aunque duelan. El deber del médico es curar la enfermedad, no complacer al paladar del enfermo. En cambio, son peligrosos e *importunos*, es decir profusos y aparatosos (éste es el significado del verbo griego en Mt. 26:49), *los besos del que aborrece.* Así eran los besos de Joab y de Judas.

Versículo 7

Aquí, como en otros lugares de este libro, muestra Salomón que, en algunos aspectos, los pobres llevan ventaja a los ricos, porque, l. Saben disfrutar mejor de lo poco que tienen. El hambre es la mejor salsa. El más rústico manjar, mezclado con buen apetito, es vianda excelente. En cambio, los que banquetean a diario, llegan a sentir náuseas del manjar más delicado. 2. Además, los pobres son más agradecidos, pues bendicen a Dios por el pan y el agua, mientras que los ricos piensan que las golosinas más exquisitas escasamente merecen alguna gratitud.

Versículo 8

Hay quienes no saben soportar una residencia fija; les gusta vagar, hallar una excusa para irse al extranjero, sin interés por la obligación que les ata al hogar. Los que así abandonan el puesto que se les ha asignado son *como el ave que se va de su nido,* volando de rama en rama, descuidando los huevos o los polluelos que quedaron en el nido. Quienes gustan de viajar al extranjero, dejan sin hacer el trabajo que tienen en casa.

Versículos 9–10

El versículo 9 es semejante, en cierta medida, al versículo 6, aunque ahora no se trata de *heridas,* de reprensiones, sino de *consejo cordial* (lit. *del alma),* sincero, de un buen amigo. En consecuencia, se exhorta en el versículo 10 a no dejar a un amigo de casa que así *consuela al hombre* (v. 9), pues es un amigo bien probado en toda clase de experiencias; su compañía y su afecto son como *el aceite y el incienso* (Lit.), cuyo perfume se difunde fácilmente y agrada a todo el que lo huele. Roboam se perjudicó grandemente por no escuchar los consejos de los mejores amigos de su padre y también de los suyos. El versículo 10b parece decir, a primera vista, que acudir a un hermano es como un último recurso en tiempo de aflicción (comp. con 17:17; 18:24). Comenta concisamente Ryrie: «El versículo no hace de menos al hermano distante, pero recomienda al amigo íntimo».

Versículo 11

Aquí el maestro estimula a su discípulo a que se comporte conforme a las enseñanzas que ha recibido de él, a fin de que, si alguien pone en duda, o critica, la competencia del maestro, pueda éste señalar a sus alumnos como prueba de su capacidad para el oficio, pues las cualidades de un buen profesor se ven en la conducta y en los éxitos de sus alumnos. Puede aplicarse también a los padres con respecto a sus hijos: los que han recibido buena educación han de conducirse de forma que puedan hacer callar a quienes dicen: *"joven santo, diablo viejo",* y probar lo contrario: *"joven santo, ángel viejo".*

Versículo 12

El mal se puede ver venir. Donde hay tentación, es fácil prever que, si nos metemos en ella, habrá pecado y habrá castigo. Dios avisa antes de golpear. Por eso, *el hombre prudente ve el peligro y se esconde,* es decir, evita que el mal le alcance. En cambio, *los simples,* ingenuos e ignorantes, no se percatan del peligro y, en lugar de esconderse, *siguen adelante y reciben el daño,* pues les alcanza el mal.

Versículo 13

Este versículo es una repetición de 20:16 y los judíos lo leen de la misma forma, aunque el texto ofrece aquí una variante: en lugar del *"extraños"* de 20:16, aquí dice: *"extraña".*

Versículo 14

El texto del proverbio (nota del traductor) está claro, pero su interpretación, especialmente de la segunda parte, no es tan fácil. Lo más probable es que se trate, más bien de un amigo inoportuno, de uno que aparenta cordialidad en público y gran interés por la persona (comp. con el "desde temprano" de Jer. 7:13), pero todo es falso. *«Se le contará por maldición»* puede significar que Dios le castigará por su falta de sinceridad, o que se merece que la persona a quien saluda se dé cuenta de sus sentimientos y tenga por maldición la bendición que le dirige.

Versículos 15–16

El versículo 15 repite, ampliándola, la segunda parte de 19:13. Las rencillas de un vecino son como un fuerte aguacero del que uno puede librarse metiéndose en casa, pero las de la esposa son como lluvia continua que moja dentro de casa, contra la cual no hay otro remedio que la paciencia. Un hombre prudente hará todo lo posible por evitarlas, pero no conseguirá evitar que los vecinos se den cuenta del mal carácter de ella, de la misma manera que no se puede ocultar el sonido del huracán ni el olor del perfume. Los alborotadores publican su propia vergüenza, incluso cuando sus amigos íntimos y sus parientes más cercanos tratan de ocultarla por hacerles un bien.

Versículo 17

Las conversaciones sabias y provechosas aguzan el talento y el ingenio de los hombres. Del mismo modo, las cualidades espirituales de los hijos de Dios se estimulan con el trato con otros hermanos. Por eso es tan provechoso el estudio de la palabra de Dios en grupo. El carácter mismo se aguza, se afila y se afina mediante esos contactos sociales, tanto en lo civil como en lo religioso, hasta el punto de que, con frecuencia, personas de genio áspero, de mente obtusa y de voluntad inactiva, se hacen, mediante esa conversación, suaves de genio, brillantes de ingenio y aptos para un oficio o negocio.

Versículo 18

Por bajo que sea el oficio que se desempeña, si se cumple con toda diligencia y competencia, obtendrá provecho. Un pobre hortelano, dedicado a cuidar higueras, no tiene por qué desanimarse; aunque tenga que trabajar con esfuerzo para plantarlas y cuidarlas hasta que hayan crecido, tiempo llegará en que comerá de su fruto (comp. con 1 Co. 9:7). Del mismo modo, un pobre criado que es diligente en servir a su señor y mirar por sus intereses, tendrá el honor y el provecho que le son debidos.

Dios es un buen Amo que se ha comprometido a honrar a los que le sirven con fidelidad (Jn. 12:26).

Versículo 19

Este versículo puede entenderse de dos maneras: 1. De la misma manera que el agua de un estanque tranquilo refleja exactamente los rasgos de la persona que en él se mira como en un espejo, así también en el corazón del hombre se refleja su interior. Si un hombre examina su conciencia, sus pensamientos, afectos e intenciones a la luz de la palabra de Dios, podrá discernir su carácter espiritual, del mismo modo que puede ver en un espejo su rostro natural (Stg. 1:23). 2. Así como una persona halla en el agua como una copia de su propio rostro, así también halla en su propio corazón rasgos parecidos a los de sus semejantes, pues Dios ha hecho los corazones humanos de forma parecida. Especifica Meiri: «Si ama sinceramente a su amigo, puede estar seguro de que su amigo le ama con la misma sinceridad». Esta

segunda interpretación es la más probable (M. Henry admite ambas, como hemos visto. Nota del traductor).

Versículo 20

Se comparan aquí tres cosas que nunca se sacian: *El Seol* o morada de los muertos, *la destrucción* (hebr. *Abadah;* aquí, sin vocales en el texto actual) que, probablemente, es, como el Seol, sinónimo del sepulcro, y *los ojos del hombre,* órganos que suscitan *los deseos* (comp. 1 Jn. 2:16), nunca satisfechos, del corazón humano. Pero los que tienen los ojos fijos en el Señor quedan satisfechos, y por siempre lo estarán. Aquí vale lo de Agustín de Hipona: «Nos hiciste, Señor, para ti, y está intranquilo nuestro corazón hasta que descanse en ti».

Versículo 21

De la misma manera que la calidad del oro y de la plata se descubre en el crisol, así también el crisol del hombre son las alabanzas que se le tributan: Si se enorgullece con los aplausos, es un necio que se atribuye a sí mismo la gloria que le pertenece a Dios y, por tanto, no se merece dichas alabanzas. Pero si las alabanzas le inducen a ser más agradecido a Dios, más respetuoso con sus amigos y más diligente en hacer el bien a otros, demostrará con esto que es sabio y bueno (comp. 2 Co. 6:8). El orgullo se reviste, a veces, con capa de falsa humildad.

Versículo 22

Salomón había dicho anteriormente (22:15) que *la vara de la corrección aleja del muchacho la necedad que está ligada en su corazón,* pero ahora muestra que, si eso no se hizo cuando el corazón del niño podía ser moldeado y los vicios no habían arraigado todavía en él, va a ser punto menos que imposible conseguirlo después que se ha hecho mayor: los golpes de la vara no hacen en él ningún efecto. Las nueces más duras despiden la cáscara cuando se las machaca, pero al necio no se le va la necedad *aunque lo machaquen en un mortero.* Dios lo machacará un día con eficacia, pero los magistrados tienen la obligación de hacerlo mediante el rigor de la ley. Cuando una persona no se deja gobernar por las fuerzas de la razón, del amor y de su propio interés, hay que usar la razón de la fuerza.

Versículos 23–27

En esta sección, Salomón ensalza las ventajas de la vida rural y pastoril. Según Cohen, "el objetivo de esta sección es aconsejar a un joven en la elección de su carrera. El comercio internacional que ofrecía la perspectiva de grandes ingresos tentaba a muchos a abandonar las labores agrícolas de sus antepasados. El sabio describe el contento que ofrece la sencilla vida campestre dándole preferencia sobre las ventajas y comodidades de la ciudad". Trata, pues, de convencer a la gente de que el dinero obtenido en los negocios de la ciudad es inestable (v. 24), fluctúa con los avatares del comercio y de la industria, mientras que el campo ofrece mayor estabilidad, aunque sus beneficios no vengan tan de repente y requieran esfuerzo y paciencia. Por otra parte, el ganado no requiere sembrar ni segar; el alimento del ganado es fruto espontáneo de la tierra (v. 25), hierba que sale después de segado el heno; y mientras tanto, *los corderos* le proveerán de lana que las mujeres hilarán en casa para la confección de *vestidos* (v. 26), *los cabritos* se pueden vender para, con *el precio,* añadir nuevas fincas a la hacienda (comp. con 31:16) y *la leche de las cabras,* mencionada como parte de la dieta en Deuteronomio 32:14, para mantenimiento de toda la familia.

CAPÍTULO 28

Versículo 1

La culpa en la conciencia hace que los hombres se aterroricen de sí mismos, hasta el punto de *huir sin que nadie los persiga;* como quien se esconde por estar en deudas, pensando que toda persona con quien se encuentra es un alguacil. El pecado acobarda a los hombres. En cambio, *el justo está confiado como un león,* puesto que en medio de los mayores peligros, tiene a un Dios omnipotente en quien confiar.

Versículo 2

Los pecados nacionales ocasionan desórdenes nacionales. Una defección general en la que una nación, casi en masa, se aparta de Dios y se entrega al materialismo y a la inmoralidad, ocasiona la inestabilidad nacional, con frecuentes cambios de gobierno, divisiones del pueblo en clases, facciones y partidos que se muerden y devoran unos a otros. Sólo una persona de autoridad, honestidad, prudencia y competencia puede devolver la estabilidad al país. No podemos imaginarnos el gran servicio que una persona sabia y entendida puede ofrecer a su país en una coyuntura crítica.

Versículo 3

Quienes conocen por experiencia propia las miserias de la pobreza deberían ser compasivos con los que sufren lo mismo que ellos sufrieron, y son bárbaros y crueles sin explicación y sin excusa cuando oprimen y explotan a los pobres y débiles. Los pobres llegados a ricos suelen ser los peores ricos (comp. con 30:21–23). *Es como lluvia torrencial que deja sin pan.* Dice Thomson: "Esta comparación ilustrativa es de lo más impresionante. Se funda en un fenómeno que frecuentemente he presenciado y, a veces, sentido. Una pequeña nube negra atraviesa el firmamento en la última parte del verano o al comienzo del otoño y arroja un tremendo aguacero que se lleva por delante todo lo que encuentra a su paso … Cada verano, las eras que caen a lo largo de la línea de su marcha (de la nube), quedan barridas de todo su precioso producto, el ganado se ahoga y los rebaños desaparecen".

Versículo 4

Los que abandonan (aunque la conozcan bien) *la ley, alaban al malo,* al que no cumple la ley, al que la ley condena. Los malvados hablan bien unos de otros y, de este modo, se fortalecen mutuamente las manos en sus malvados planes, esperando así silenciar el clamor de su conciencia y servir los intereses del reino del diablo. Pero los que cumplen a conciencia la ley de Dios, se oponen vigorosamente al pecado, sea cual sea el puesto que ocupen en la sociedad.

Versículo 5

Así como el predominio de la concupiscencia en el hombre se debe al entenebrecimiento de su inteligencia, este mismo entenebrecimiento se debe, a su vez, al predominio de la concupiscencia, formando así un círculo vicioso.

Los malos no entienden el derecho (lit. *juicio)* porque son malos. Por su parte, *los que buscan a Yahweh* ya demuestran con eso que entienden mucho, y esa búsqueda de Dios es, a su vez, el mejor medio de entender más, hasta llegar a *entender todas las cosas* (comp. con Jn. 7:17; 1 Jn. 2:20, 27); es decir, a alcanzar pleno discernimiento entre lo bueno y lo malo, lo falso y lo verdadero.

Versículo 6

La primera parte de este versículo es una repetición de la primera frase de 19:1. La segunda dice aquí textualmente: *«que el perverso de dos caminos* (es decir, el que obra con doblez, tortuosamente) *aunque sea rico él»*.

Para un mundo cegado por el diablo (V. 2 Co. 4:4), la riqueza, con salud, es fuente de todos los bienes, pero el hombre sabio conoce que la riqueza es transitoria y exterior a la persona, mientras que la rectitud de carácter es algo íntimo que enriquece al hombre, le hace aceptable a Dios, le gana el respeto y el afecto de los buenos y le proporciona una mejor vida y una mejor muerte.

Versículo 7

Este sencillo proverbio muestra, una vez más, el honor y la prudencia que la observancia de la ley de Dios dan a un hombre ya desde su niñez, mientras que la amistad con jóvenes libertinos es una vergüenza, no sólo para él mismo, sino también para su familiares más allegados.

Versículo 8

Lo mal ganado, aunque aumente mucho, no durará mucho (Comp. 13:22). Por medio del fraude y de la usura, una persona puede amasar una fortuna en poco tiempo, pero no ha de permanecer por largo tiempo en su casa. Para sí mismo acumula riquezas, pero otro mejor que él disfrutará, sin tardar mucho, de ellas. De esta forma, al parecer tan extraña, la providencia de Dios hace que el dinero mal ganado sea un día bien gastado.

Versículo 9

Dios nos habla por medio de su ley y espera que en ella le oigamos y le prestemos atención; nosotros le hablamos a Él por medio de la oración y esperamos que nos escuche y nos responda favorablemente, pero no podemos esperar que Él nos escuche si nosotros no le escuchamos a Él.

Versículo 10

Los seductores que tratan de pervertir a los buenos hasta conseguir que vayan por *el mal camino* (como en 8:13), esto es, camino de maldad, *caerán en la fosa que cavaron* (comp. con 26:27) para otros. Al haber sido, no sólo pecadores, sino tentadores, su condenación será mucho más severa (Mt. 23:14, 15). En cambio, los íntegros, los intachables, no sólo serán preservados de los males a los que los tentadores procuren lanzarlos, sino que disfrutarán de los bienes que Dios les otorgará ya en esta vida (comp. 2:21).

Versículo 11

Los ricos están inclinados a pensar que son sabios e inteligentes; al haber prosperado en el negocio, se tienen por expertos en toda clase de materias y esperan que sus opiniones sobre cualquier asunto sean respetadas por todos, como si sus palabras fueran oráculos y leyes. Pero el pobre que, a fuerza de trabajo y esfuerzo, ha logrado prudencia y experiencia, *lo escudriña* (al rico) y puede demostrar que no es tan sabio ni entendido como él se cree.

Versículo 12

Cuando un país es gobernado con justicia, prosperan los buenos y es grande la gloria, es decir, el esplendor de la nación por las ventajosas condiciones de vida; hay riqueza, paz, justicia y libertad. Pero, cuando suben al poder, *se levantan* los malvados, se eclipsa la belleza y la prosperidad de la nación; todo lo sagrado es perseguido y hasta *los hombres han de esconderse,* es decir, los buenos desaparecen en la oscuridad; o, más probable (comp. Abd., v. 6*), "son escudriñados"* (lit.) para saquearlos con toda clase de medidas injustas.

Versículo 13

De nada sirve negar o excusar el pecado, echando la culpa a otros; la propia conciencia le acusará (comp. Sal. 32:3–5). Mientras el paciente oculta su mal, no puede esperar remedio. Dios perdona sólo al que *confiesa sus* pecados (Jer. 3:12, 13; 1 Jn. 1:9) y *los abandona* (lit.), pues una confesión sin arrepentimiento, sin firme propósito de la enmienda, equivale a hipocresía o a engañarse a sí mismo.

Versículo 14

La traducción literal de este versículo (nota del traductor) es la siguiente: *«Dichoso el hombre que tiene miedo; pero el que endurece su corazón caerá en el mal»*. La mayoría de los comentarios, incluidos los rabínicos, entienden por *"miedo",* el temor al pecado y a las consecuencias del pecado; por *"endurecer el corazón"* entienden desechar ese temor, menospreciar el castigo de Dios y cometer el pecado a plena conciencia. J. J. Serrano (al que parece seguir la *Nueva Biblia Española)* entiende por *"miedo"* la prudencia ante el peligro; por *"endurecer el corazón"* un atrevimiento temerario compara esto con el versículo 26. Opine el lector erudito.

Versículo 15

La ley prohibía (Éx. 22:28) hablar mal del príncipe del pueblo; pero si es un malvado que oprime al pueblo, la Escritura lo llama aquí *león rugiente* (comp. con Am. 3:4; 1 P. 5:8) y *oso hambriento* (el mismo verbo de Jl. 2:9), que cae sobre un *pueblo pobre*, es decir, débil e indefenso. Es, pues, un gobernante brutal, bárbaro, cruel.

Versículo 16

Este versículo está conectado (probablemente; así opina Ibn Ezra) con el anterior, pues dice textualmente al comienzo: *«Príncipe que carece de entendimiento y* (es) *gran opresor»*. A esta opinión favorece el paralelismo antitético de la segunda parte: *«Los que* (el gobernante y el príncipe) *aborrecen la ganancia injusta prolongará* (lit.) (sus) *días»,* lo cual era siempre una muestra de especial bendición de Dios.

Versículo 17

J. J. Serrano (nota del traductor) conecta ("probablemente", dice) este proverbio con el anterior: "Al tirano despiadado, a quien alcanza la justicia de la que huye, no hay que ayudarle, aunque se halle en peligro de muerte, aunque huya hasta la fosa o el pozo". "El versículo es oscuro", dice Cohen. Parece escrito cuando había cesado de funcionar lo de las ciudades de refugio (Nm. 35). Pero, ¿qué decir del mandato de Génesis 9:6? Aquí no se habla de matar al asesino, sino sólo de no ayudarle. M. Henry lo compara al caso de Caín, perpetuo fugitivo. También Rashi entiende así el vocablo hebreo *bor*, fosa: "permanece fugitivo hasta la muerte", dice. Lo más seguro, en todo caso, es que se trate de un asesino que huye del vengador de la sangre.

Versículo 18

Para estar a salvo de verdaderos males basta con ser intachable, ya que, quien tiene temor de Dios, no tiene por qué temer ninguna otra cosa ni a nadie más. Su integridad y rectitud le darán una santa seguridad en el peor de los tiempos. Podrán herirle, pero no dañarle. Por el contrario, los falsos y deshonestos nunca están seguros.

Versículo 19

Este versículo es muy semejante a 12:11, pero aquí hay una variante que pone de relieve el contraste entre el diligente y el ocioso, pues mientras el primero *se saciará de pan,* el segundo *se llenará de pobreza.* Como suele decirse, el primero tendrá "para dar y vender"; para mantener a su familia y dar a los pobres; el segundo ha tomado el camino de la miseria.

Versículo 20

El varón de fidelidades (lit.), es decir, el que muestra lealtad en sus transacciones, *tendrá muchas bendiciones* de parte de Dios y de los hombres. En cambio, *el que se apresura a enriquecerse* (comp. v. 22, y 20:21; 23:4; 1 Ti. 6:9), por los medios que sean, justos o injustos, *no quedará impune;* mejor, *no*

quedará libre de culpa; no será tenido por inocente por sus vecinos, sino que su prójimo le cobrará desafecto y hablará mal de él. El texto no dice, en efecto, que no puede ser inocente, sino que no podrá demostrarlo fácilmente, pues su afán en acumular riquezas rápidamente puede tentarle a cometer fraude o robo.

Versículo 21

Es un error fundamental en la administración de la justicia tener en consideración a las personas más bien que el derecho, hasta el punto de favorecer a uno porque es rico o pariente, o del mismo partido, de la misma opinión, etc., y cargar la mano a la otra parte porque es pobre o porque ha sido de distinta opinión o porque ha votado contra mí, etc. Los que son parciales serán perjudiciales.

Quienes han quebrantado los vínculos de la equidad, aunque al principio sólo se inclinen por un regalo de subido precio, una vez que han perdido la delicadeza de la conciencia, se dejarán sobornar, a la larga, *hasta por un bocado de pan.*

Versículo 22

Salomón muestra aquí el pecado y la insensatez de los que quieren ser ricos a todo trance *(«el malo de ojos",* dice el hebreo, como en 23:6).

El *ojo malo* es el que envidia a los que tienen más (Comp. Mt. 20:15, lit.). *"No sabe, etc.",* es decir, no se percata de que Dios le va a castigar con la indigencia.

Versículo 23

Los aduladores suelen agradar al principio a los vanidosos, pero, a la larga, se hacen pesados y despreciables. En cambio, los que corrigen con amor suelen molestar al principio, pero después, cuando el remedio amargo ha producido su buen efecto, pasado el primer momento del mal gusto al paladar, se hacen de respetar y querer.

El que grita contra el cirujano (en tiempos de M. Henry no existía la anestesia de hoy, nota del traductor) por el daño que le hace al escudriñar la herida, le paga después a gusto y se lo agradece, cuando le ha curado.

Versículo 24

Así como Cristo muestra la maldad de los hijos que piensan que no tienen la obligación de mantener a sus padres (Mt. 15:5), así también Salomón muestra aquí la maldad de los que piensan que no es pecado robar a sus padres, ya sea quitándoles el dinero o contrayendo deudas y haciendo que las paguen sus padres. El que así se comporta es *compañero de los bandidos,* pues se porta como uno de ellos.

Versículo 25

El codicioso (como correctamente traduce la *New International Version* la frase literal *"ancho de alma".* Comp. con 10:3) *suscita contiendas* a menudo, puesto que, debido a su avaricia, tiende a apoderarse sde lo que no es suyo, con lo que son inevitables las disputas y contiendas.

En cambio, *el que confía en Jehová,* el que depende de Dios, el que, en lugar de contender a favor de sí mismo, encomienda a Dios su caso (Sal. 37:5) *será prosperado* (lit. *engordado*) con la bendición de Dios (comp. 11:25).

Versículo 26

El necio *confía en su propio corazón,* es decir, en sus propios planes y pensamientos, en su propia fuerza, etc., puesto que tiene de sí mismo una opinión muy elevada. En cambio, *el que camina en*

sabiduría, esto es, por las sendas que la prudencia aconseja, *será librado* del daño que le sobreviene al que confía en sus propios juicios, sin dejarse aconsejar por quienes saben más que él.

Versículo 27

El que da al pobre no carecerá de ninguna cosa necesaria (el mismo verbo de Sal. 23:1), pues es como si prestara a Dios (V. 19:17). Pero *el que aparta sus ojos* (comp. Lc. 10:30–32) para no ver las miserias ajenas, temeroso de que los ojos le afecten el corazón y le arranquen alguna muestra de compasión, *tendrá muchas maldiciones*, pues Dios y los hombres le maldecirán.

Versículo 28

Este versículo es una variante del versículo 12 (V. también 29:2). El verbo hebreo que cierra el versículo puede significar "aumentar", "cundir", "multiplicarse", "prosperar", etc. El verbo que mejor cuadra al contexto, conforme al paralelismo (comp. también el v. 12) es *prosperan*, triunfan.

CAPÍTULO 29

Versículo 1

Muy de lamentar es la obstinación de los malvados. Son reprendidos y amonestados con frecuencia *(«el hombre de reprensiones»*, dice lit. el texto) por padres y amigos, por magistrados y ministros de Dios, pero *endurecen su cerviz* (comp. Éx. 32:9), es decir, se niegan a inclinar el cuello en señal de sumisión; lo cual es una locura, pues les espera *un quebrantamiento sin medicina*. El que no se inclina ante la vara, será quebrantado con el hacha.

Versículo 2

Aquí tenemos otra variante de 28:12, 28, como ya indicamos allí.

Versículo 3

Para la primera parte del versículo, véase 10:1; 15:20. Podrá llamársele «filósofo», que significa «amigo de la sabiduría», pero el verbo hebreo para «amar» es aquí más fuerte que el griego; además, la sabiduría semita, bíblica, es práctica, no es meramente especulativa como solía ser, con pocas excepciones, la filosofía griega. Cohen hace notar que la sustitución de «hijo» por «varón» en este proverbio podría dar a entender un hijo ya mayor que es el sostén de sus padres, por lo que éstos se alegran de que no gaste su dinero con rameras (comp. Lc. 15:30), quienes le arruinarían el alma, el cuerpo y la hacienda.

Versículo 4

Por medio de la justicia el rey afianza, esto es, estabiliza y hace prosperar, *su país*, pues se asegura la paz, se respetan las libertades y las propiedades de los súbditos e impera el orden en la sociedad. *Mas el que lo carga de impuestos lo destruye*, lo arruina. El vocablo hebreo para «impuestos» significaba la parte de las ofrendas en los sacrificios que se asignaba a los sacerdotes, pero en Ezequiel 45:13, 16 indica los dones presentados al *príncipe de Israel*. Es curioso—nota del traductor—que Salomón diga esto (v. Mt. 7:3–5), cuando él mismo cargó de impuestos al país (v. 1 R. 4:7 y ss.; 12:4). Es muy probable que Salomón escribiera esto antes de caer él en el mismo vicio. El caso es muy frecuente.

Versículo 5

El hombre que lisonjea (lit. *suaviza,* ya sea sus palabras o, más probable, la senda, haciéndola resbaladiza) *a su prójimo* para atraérselo y conseguir de él algún favor no según justicia, le está incitando al pecado, *le tiende un lazo;* sin embargo, tanto Cohen como Ryrie opinan (nota del traductor; en efecto, guarda mejor el paralelismo y conecta con el v. 6) que se trata de *los pasos* del propio adulador (comp. con 26:27; 28:10).

Versículo 6

Un pecado es tentación para otro pecado y hay calamidades que, como un *lazo,* caen de repente sobre los malvados en medio de sus transgresiones. Esos lazos echan a perder todo el placer que los malvados hallan en sus transgresiones; pero los justos son preservados de tales lazos, caminan en libertad y, por eso, *cantan y se alegran.*

Versículo 7

El juez *justo conoce* (es decir, considera, investiga y reconoce) *la causa* (lit. *el juicio,* el derecho) *de los pobres,* de los desvalidos. Todos deben tener consideración con los pobres (v. Sal. 41:1), pero los jueces tienen un deber especial por el cargo que desempeñan. El sentido de la justicia debe hacer a los jueces y a los abogados tan solícitos y laboriosos en la causa del pobre como si se tratase de un magnate de quien esperasen grandes beneficios. *Mas el* juez *malvado no entiende conocimiento* (lit.), no presta atención a los derechos de los pobres, de los desvalidos, porque carece del discernimiento necesario para reconocerlos (v. Job 29:16).

Versículo 8

Compárese este versículo con 11:11; 22:10, especialmente con el segundo. *Los escarnecedores* siembran el desorden y la confusión, pues no se paran a pensar en las consecuencias de sus acciones; se burlan hasta de pensar con reflexión, se burlan de ser refrenados por leyes y constituciones; quebrantan la palabra dada, porque se burlan de verse ligados por sus propias palabras. En cambio, *los sabios calman la ira,* es decir, se esfuerzan en suavizar diferencias a fin de que impere una atmósfera de paz.

Versículo 9

Si un sabio contiende con otro sabio, puede esperarse entendimiento entre las partes y que se resuelva el asunto amistosamente; pero, si *contiende* (hebr. *nishpat,* contender en juicio) *con un necio,* no habrá arreglo posible, no habrá *quietud* (lit.) de ánimo. Lo mismo da que el necio se enfurezca o se burle de lo que se le dice; no sacará nada de él. Si se entiende del sabio (el sentido es ambiguo), *ya se enoje o se ría,* lo mismo si toma en serio que si toma a broma el tratar con tal necio, ningún bien sacará con ello, sólo perderá la calma propia del hombre prudente.

Versículo 10

Los sanguinarios, los sedientos de sangre inocente, *aborrecen al íntegro,* al intachable, pues son como la descendencia de la vieja serpiente, *el homicida desde el principio* (Jn. 8:44), mientras que *los rectos van en busca* del intachable, desean hacerle bien. Es cierto que la frase *«buscar el alma»* (o mejor, *la vida*) de alguien suele significar intención de dar muerte a la persona, pero, como dice J. J Serrano, «la mala intención queda excluida en el caso presente por el paralelismo antitético». Lo mismo opina el rabino Cohen, quien añade: «Este es el único modo satisfactorio de explicar el texto y el argumento de que la frase tiene de ordinario el sentido opuesto no es decisivo contra él».

Versículo 11

Necio es ciertamente el que ante la menor provocación, *da rienda suelta a toda su ira,* y dice lo que le viene a la boca, sin reflexión ni consideración. En cambio, *el sabio se domina a sí mismo;* prudente y reflexivo, mide sus palabras con calma y escucha con atención lo que se dice.

Versículo 12

Las mentiras sólo afectan a los que se aprestan a escucharlas, al ser así el que las recibe tan malvado como el que las da. No es extraño que *todos los servidores* de un gobernante de esta catadura *sean malvados,* pues serán tentados a aprovecharse de esta debilidad y le presentarán falsas acusaciones, falsos hechos, etc. Además, se percatarán de que también de ellos se cuentan mentiras al gobernante.

Versículo 13

El versículo presente es una variante de 22:2 y pone, una vez más, de relieve la igualdad de todos los hombres ante Dios. Ricos y pobres, malos y buenos, *se encuentran* en la calle, en el negocio, etc. (más probable que *«se enfrentan»,* lo cual no cuadra con la segunda parte). *Jehová alumbra los ojos de ambos:* a ambos ha dado ojos para ver, y sobre ambos hace salir el mismo sol (Mt. 5:45). Cabe un sentido más profundo (reconocido por el rabino Cohen—nota del traductor—): Alumbra los ojos del pobre para darle paciencia, y los ojos del opresor para darle arrepentimiento, como hizo con Zaqueo. Pensamos, a veces, que esa mezcla de pobreza y opresión es algo que afea a la Providencia, pero es más bien algo que muestra la belleza de la Providencia.

Versículo 14

El proverbio es sencillo y la idea es frecuente (v. 20:28, así como Sal. 72:4; 82:3). A eso mismo va la exhortación de 31:9. Los magistrados que se comportan rectamente en esto, *afianzan su autoridad para siempre.* Como el proverbio trata especialmente del rey, hallamos «su *trono*», en lugar de «su autoridad».

Versículo 15

Compárese con 13:24. La *corrección* debe hacerse primero; la *vara* debe usarse cuando la corrección verbal no surte efecto. No hay sabiduría verdadera y efectiva sin disciplina (He. 12:11), pues el hombre no nace «educado». El niño consentido, al que, como a Adonías, nada se le niega, todo se le consiente, será un malvado, un libertino, que causará la vergüenza de su madre, por ser ella la que lo dio a luz (comp. con 1 S. 20:30; v. el comentario a este lugar).

Versículo 16

Cuanto mayor es el número de los pecadores, tanto mayor es el número de los pecados. En el antiguo mundo, *cuando comenzaron los hombres a multiplicarse* (Gn. 6:1), comenzaron a degenerarse y a corromperse a sí mismos y unos a otros. Y cuanto mayor es el número de pecados, tanto más cerca está la ruina profetizada. Pero el aumento de pecados y de pecadores no debe sacudir la fe ni la esperanza de los justos. Que no digan éstos que Dios ha abandonado la tierra, sino que esperen con paciencia y tendrán la satisfacción de *ver la ruina* de los malvados.

Versículo 17

Es un placer para los padres, sólo conocido de quienes disfrutan de esta bendición, ver el feliz resultado de la buena educación que dieron a sus hijos, y contemplar la perspectiva de un buen porvenir para ellos, tanto en este mundo como en el otro. Los niños deben ser disciplinados; no se les debe permitir que hagan lo que quieran y que se vayan sin reprensión cuando hacen algo que no es conveniente.

Versículo 18

Sin profecía (lit. sin *visión,* esto es, sin visión profética), sin alguien que exponga la ley y amoneste al pueblo de parte de Dios (comp. Éx. 32:25,—el efecto de la ausencia de Moisés—), *el pueblo se desenfrena* (comp. 1 S. 3:1). pero cuando se guarda la ley, hay dicha, porque hay moralidad y orden, así como justicia y generosidad. Dice Cohen: «Se indica aquí que cuando los judíos son responsables de la cesación de la profecía, arrojan de sí todo freno y adoptan caminos malvados».

Versículo 19

Los malos sirvientes obedecen, no por amor, sino por miedo; *no se corrigen con palabras,* esto es, con buenas razones, sino por la fuerza. *Entienden* lo que se les dice o se les manda, *pero no hacen caso;* se portan como si fuesen sordos: *no hay respuesta* (lit.) de ellos.

Versículo 20

El que es *ligero en sus palabras,* que se precipita a hablar sin reflexionar (contra lo que dice Stg. 1:19 «*tardo para hablar*») es sin remedio; *más esperanza hay del necio que de él* (comp. 26:12 para esta frase). Al menos, al necio que reflexiona un poco antes de hablar, ya reconoce algún tanto su necedad, con lo que puede comenzar a ir por el camino de la sabiduría. Hay quienes, por naturaleza, son de cortos alcances y avanzan muy despacio en sus estudios, pero llegan a obtener mayores conocimientos y ser de mayor provecho en la vida que los que poseen genio vivo y clara inteligencia, pero carecen de reflexión y prudencia.

Versículo 21

La amonestación es clara, pero la predicción es oscura, porque el vocablo hebreo *manón* no sale en ningún otro lugar de la Biblia. Los eruditos Ewald y Nowack lo traducen por «*desagradecido*» (nota del traductor). Según eso, el proverbio diría: «*El que mima desde la niñez a su esclavo, al final se le volverá desagradecido*», es decir, se creerá que es el amo, como si a él le perteneciese la hacienda. Aunque los comentaristas difieren en cuanto a la traducción del vocablo *manón*, el sentido que a la frase le dan los modernos es, más o menos, el que aquí le hemos dado.

Versículo 22

La primera parte del versículo es una repetición de 15:18, con la ligera variante del vocablo «*iracundo*» que, en 15:18, significa literalmente «*hombre de ardor*», de genio pronto, presto a enfurecerse, que es precisamente el vocablo que sale en la segunda parte del presente versículo, y del que se dice aquí que abunda en transgresiones (lit.), porque, en su furia, el sentido moral queda obnubilado por los humos del mal genio.

Versículo 23

Compárese este proverbio con 11:2; 15:33; 16:18 y 18:12. Cohen cita un adagio rabínico, de autor desconocido: «El que corre tras el honor, halla que el honor huye de él; pero al que huye del honor, le persigue el honor».

Versículo 24

El cómplice del ladrón aborrece su propia alma, pues contribuye a su propia ruina, conforme al contexto posterior: oye la imprecación, es decir, el conjuro, la invitación del juez a testificar el hecho y no lo denuncia (comp. Lv. 5:1) porque se denunciaría a sí mismo; será condenado, por tanto, por no querer testificar o, más probable, por perjurio.

Versículo 25

La enseñanza de este proverbio es frecuente en la Biblia (v. 18:10; 28:25, además de Gn. 12:12; 20:2, 11; Sal. 91:1–6; Lc. 12:4; Jn. 12:42, 43). Aun hombres buenos, como Abraham y Simón Pedro, por temor a los hombres *cayeron en el lazo;* Abraham negó a su esposa, y Pedro negó a su Maestro.

Versículo 26

El proverbio se refiere al caso en que una persona *busca el favor* (lit. *el rostro,* esto es, una expresión facial favorable) *del gobernante* y, para ello, emplea cualquier medio (soborno, adulación, etc.) con tal de obtener veredicto favorable en un juicio, litigio, etc. Pero el *juicio definitivo de cada uno,* en cada caso, pertenece a Dios, aun cuando un gobernante o juez injusto condene a un inocente. Salomón mismo era un gobernante y, como se dice en castellano «conocía bien el paño»; más de uno acudiría a él en busca de favor por medios deshonestos. Amán disponía del favor de Asuero, pero de poco le sirvió. Lo que importa de veras no es el favor del príncipe, sino el favor de Dios.

Versículo 27

El proverbio expresa no sólo la oposición innata entre el vicio y la virtud, sino también la antigua enemistad, siempre existente, entre la simiente de la serpiente y la simiente de la mujer (Gn. 3:15). Todos los que han sido santificados tienen arraigada antipatía a la maldad y a los malvados. Con esta mutua repugnancia entre el justo y el impío, entre el mal y el bien, se cierran los proverbios de Salomón, pues lo que queda son apéndices al libro.

CAPÍTULO 30

Como acabamos de decir, este capítulo y el siguiente son un apéndice a los proverbios de Salomón, pero ambos se llaman expresamente «oráculo profético» (lit. *carga,* término frecuente en la literatura profética), por lo que se tienen también como inspirados. Este capítulo fue escrito por alguien que lleva el nombre de *Agur hijo de Yaqué.* Tenemos aquí: I. Su profesión de fe (vv. 1–6). II. Su oración (vv. 7–9). III. Su aviso a los que perjudican a sus siervos (v. 10). IV. Cuatro clases de mala gente (vv. 11–14). V. Cuatro cosas que no se sacian (vv. 15, 16), y se añade a ello una severa, pero justa amonestación a los hijos que se portan mal con sus padres (v. 17). VI. Cuatro cosas inescrutables (vv. 18–20). VII. Cuatro cosas intolerables (vv. 21–23). VIII. Cuatro cosas pequeñas, pero sabias (vv. 24–28). IX. Cuatro cosas majestuosas (vv. 29–31). X. Sobre la necesidad de ejercitar el dominio de sí mismo (vv. 32, 33).

Versículos 1–6

Agur significa «colector», pero de ahí no se puede sacar ninguna conclusión para identificarle. Se nombra a *Itiel* y a *Ucal* como a dos de sus alumnos. Según cierto rabino, se duplica el nombre de Itiel para «mostrar una estima superior a la de Ucal». Tres son las cosas que aquí se propone Agur:

1. Humillarse a sí mismo. Antes de hacer profesión de su fe, hace confesión de su ignorancia y, en general, de la debilidad de la pura razón humana cuando no es iluminada y gobernada por la fe. Cualquiera sea la opinión que los demás tengan de nosotros, debemos tener modesta (realista; comp. Ro. 12:3) opinión de nosotros mismos. Agur habla de sí mismo como de quien necesita una revelación que le dirija por los caminos de la verdad y la sabiduría. El hombre natural, es decir, el que se guía por la luz de su naturaleza corrompida, sin haber nacido de nuevo, *no capta las cosas que son del Espíritu de Dios* (1 Co. 2:14).

2. Ensalzar a Dios e, implícitamente, al Señor Jesucristo, pues todas las preguntas que expone en el versículo 4 tienen por objeto mostrar que, para tener *el conocimiento del Santo* (v. 3b), haría falta subir al Cielo (comp. con Jn. 3:13; Ef. 4:8). El señor Jesús bajó del Cielo, volvió a subir y volverá a bajar por

segunda vez. Las preguntas de este versículo esperan, por supuesto, una contestación negativa, y se parecen a las que Dios hace a Job en los caps. 38 y 39 del libro de *Job.* La última pregunta del versículo encierra cierto sarcasmo, como si dijese: Si conoces bien el nombre del que hizo todas estas cosas, quizá sabrás también el nombre de sus familiares. Deducir de aquí (nota del trad.) un argumento a favor de la filiación divina de Jesucristo es olvidar las normas de una exégesis seria.

3. Asegurarnos de la verdad de la Palabra de Dios y recomendárnosla (vv. 5, 6). Los alumnos de Agur esperaban ser instruidos por él en las cosas de Dios. «¡Ay!», viene a decir él, «yo no me siento competente para instruiros en eso; id a la Palabra de Dios, porque *toda palabra de Dios es pura»* (lit. *probada,* acendrada); *«acrisolada es la palabra de Jehová»,* leemos en Salmos 18:30, de donde Agur parece citar. Por eso, no se le puede añadir, quitar ni alterar (v. 6), pues dejaría de ser absolutamente fidedigna. En su persona y en su palabra, Dios es *escudo,* segura protección *para todos los que en Él se refugian.*

Versículos 7–9

Después de la confesión y del credo de Agur, ahora viene su letanía.

1. El prefacio a su oración: *Dos cosas te pido; no me las niegues antes que muera* (v. 7). Antes de ponernos a orar, bueno es considerar lo que necesitamos, y qué cosas son las que le tenemos que pedir a Dios.

2. La oración. Las dos cosas que le pide a Dios son: (A) Gracia para su alma: *Aparta de mí falsedad* (lit. *vanidad*) *y mentira.* Para vivir con rectitud, es menester amar la verdad y la integridad, sin dejarse engañar por las vanidades de la vida. (B) Alimento conveniente para su cuerpo: *No me des pobreza ni riquezas; concédeme mi* (diaria) *ración de pan* (comp. con Mt. 6:11; 1 Ti. 6:8). Ruega contra los dos extremos de la abundancia y de la miseria (v. 8b) y presenta (v. 9) buenas razones para ello: *No sea que me sacie y te niegue,* es decir, me olvide de que dependo de ti en todo. La prosperidad da paso al orgullo y al olvido de Dios, como si ya no se necesitase de Él. *O que siendo pobre* (mejor, *empobreciéndome,* como en 20:13), *hurte.* La pobreza extrema tienta a la deshonestidad y *a profanar el nombre de Dios* (Éx. 20:7), ya sea jurando en falso o quejándose de la providencia de Dios.

Versículos 10–14

1. Amonestación contra el pecado de perjudicar al criado ajeno, acusándole ante su amo, acto especialmente reprensible cuando la víctima es un esclavo, que no tiene quien le respalde y no le creerán cuando niegue la acusación. Este pecado no queda sin castigo (v. 10).

2. Una relación de algunas clases de personas especialmente abominables: (A) Jóvenes rebeldes e ingratos que no quieren soportar el yugo de la obediencia y maldicen e insultan a su padres (v. 11). (B) Hipócritas presuntuosos (v. 12) que se creen limpios cuando están llenos de inmundicia por dentro (comp. 16:2; Lc. 18:11). (C) Orgullosos altivos (v. 13). Los *párpados levantados en alto* significan el desprecio con que miran a sus semejantes (parecido a la frase «mirar por encima del hombro»). (D) Codiciosos insaciables, de *«dientes grandes»* (lit. El mismo vocablo hebreo de Jl. 1:6), como bestias de presa, que abusan de su poder para explotar sin compasión a los desvalidos.

Versículos 15–17

1. Aunque Agur menciona cuatro cosas que no se sacian, en realidad son cinco, pues implícitamente dice lo mismo de la *sanguijuela* (v. 15), cuyas *dos hijas,* según Cohen, son las dos aberturas por las que la sanguijuela chupa la sangre.

En el original hallamos: «… *dos hijas: Dame, dame»,* por lo que puede entenderse de dos maneras: (a) como una exigencia, según lo interpretan la mayoría de las versiones; (b) como los nombres de las dos hijas; sus dos nombres iguales denotan idéntica disposición. Cuatro veces en este capítulo, a tres cosas se añade una cuarta (comp. con Am. 1 y 2, donde ocho veces se añade a tres pecados un cuarto), lo que tiene el significado de «colmar la medida».

2. Las cuatro cosas restantes aquí (v. 16) son: (A) *El sepulcro* (hebr. *Sheol,* morada de las «sombras»), que se va tragando a todos los que nacen, sin devolver a ninguno, excepto al Señor. (B) *La*

matriz estéril, en el sentido de que no se sacia el deseo de la mujer de tener hijos, hasta llegar a preferir la muerte a la esterilidad (v. Gn. 30:1) (C) *La tierra* sedienta de agua, puesto que el suelo depende del agua para ser fértil; esto tiene especial significado en países donde el calor aprieta, como en Palestina. (D) *El fuego* que codiciosamente se apodera de todo objeto combustible.

3. Añade una terrible imprecación contra los hijos que menosprecian a sus padres (v. 17). Se menciona al *ojo* por ser como la ventana por la que se muestran los sentimientos interiores de la persona. A estos hijos que se mofan de sus padres cuando éstos les reprenden, Agur les desea que los cuelguen tras muerte violenta (v. Dt. 21:18–23).

Los cadáveres de los malhechores no habían de estar colgados durante toda la noche, pero antes de que se hiciese de noche, los cuervos les sacarían los ojos y *los hijos del buitre* (lit.) devorarían el cadáver.

Versículos 18–23

1. Un relato de cuatro cosas que son demasiado maravillosas para ser comprendidas; mejor dicho, no se pueden saber porque no dejan rastro visible de su acción: (A) El rumbo y la rapidez del águila (aun cuando el vocablo es el mismo del versículo 17, donde significa «buitre»). (B) Sobre la arena se puede descubrir el rastro de la culebra, pero no si se ha deslizado sobre una peña. (C) La nave en el mar deja, por un momento, una estela de espuma que pronto desaparece. (D) El rastro del hombre en una doncella suele entenderse comparándolo con el contexto del versículo 20. La interpretación rabínica difiere algún tanto en cuanto a (A), (B) y (D): Resulta misterioso el que un ave tan pesada como el buitre vuele por largo tiempo sin caerse, el que una serpiente pueda moverse rápidamente sin pies, y también es un gran misterio la procreación.

2. El versículo 20 tiene cierta semejanza con la cuarta de las cosas *ocultas* del versículo 19. Ambas encierran una especial iniquidad: El hombre que usa de todas sus malas artes para seducir y violar a una doncella es tan abominable como la adúltera que emplea todos los medios posibles para que su pecado permanezca oculto a los ojos de los demás. *Come* del fruto prohibido y *se limpia la boca.* Con todo descaro, se opone incluso a su propia conciencia y dice: *No he hecho nada malo.* Así es como grandes multitudes arruinan su alma al llamar bien al mal y al acallar las convicciones con el intento de justificarse cada uno a sí mismo.

3. Un relato de cuatro cosas que resultan intolerables, cuatro clases de personas que perjudican de modo especial: (A) El esclavo que llega a reinar (comp. con 19:10), caso que no era raro en la antigüedad (v. 1 R. 16:9 y ss.), pues suele ser la persona más insolente e imperiosa. (B) El necio que se sacia de pan, que llega a hacerse rico (comp. el v. 9 en su primera parte). (C) La mujer *aborrecida* (lit.) no es la soltera que ha tenido que esperar mucho tiempo a que alguien se enamorase de ella, sino la esposa de un bígamo que la tiene en menor estima que a otra, como fue el caso de Jacob con Lea (Gn. 29:31); cuando la desdeñada recupera el afecto de su marido, resulta desdeñosa. Tanto Lea como Raquel mostraron su recíproca rivalidad en los nombres que les ponían a sus hijos. (D) La criada que ha conseguido de su señora que la hiciese heredera de toda su hacienda se vuelve imperiosa, intolerable y hasta maliciosa, pues piensa constantemente que la dueña le escatima algo. Todos aquellos a quienes la Providencia ha concedido o permitido prosperar desde bajos comienzos hasta los más altos puestos, deben velar con diligencia contra el orgullo y la altivez.

Versículos 24–28

1. Después de haber enumerado cuatro cosas que parecen grandes y, sin embargo, son despreciables, pasa Agur a enumerar cuatro cosas que son pequeñas y, sin embargo, admirables, grandes en miniatura. Estas cuatro cosas nos enseñan: (A) A no admirar el volumen, la belleza o la fuerza, sino a juzgar a los hombres por su sabiduría, rectitud y laboriosidad. (B) A admirar el poder y la sabiduría del Creador en los animalitos más viles e insignificantes; en una hormiga, lo mismo que en un elefante. (C) A reprocharnos a nosotros mismos por no actuar en favor de nuestros verdaderos intereses con el mismo esfuerzo y la misma tenacidad que esos animalitos ponen para lo que les conviene. (D) A no despreciar las cosas pequeñas de este mundo, pues dentro de un cuerpo pequeño puede habitar extraordinaria sabiduría, ya sea por instinto, como en los animalitos, o por gracia, como en las personas.

2. Las cuatro cosas que, en este apartado, especifica Agur son: (A) *Las hormigas,* tan pequeñas y, al mismo tiempo, tan fuertes, hábiles, laboriosas y organizadas (comp. con 6:7, 8). *Sin fuerza* (lit. *no fuerte)* se las llama por comparación con otros animales, pero no es porque no tengan más que suficiente fuerza en comparación con su propio tamaño. (B) *Los damanes,* de tamaño muy inferior al de los conejos, y muy tímidos, pero que muestran un instinto extraordinario en el modo de construir sus nidos en las hendiduras de las rocas. (C) *Las langostas* que carecen de rey o reina, de la que no carecen las abejas y, sin embargo, van en *bandadas,* como en regimientos (comp. con Jl. 2:2 y ss.), que llegan a alcanzar tal número que pueden oscurecer el sol y devorar, en pocas horas, todo el verde de una provincia entera. (D) *La araña o la lagartija,* pues el vocablo hebreo puede significar ambas cosas; *que se agarra con las manos* (lit.), es decir, se le puede agarrar, y hasta aplastar, con la mano (ésta es mejor versión que la de «*se sostiene con sus patas*»), pero no se asusta ante la magnificencia de un suntuoso palacio; habita en cualquier edificio. Si se trata de la araña, es de admirar la destreza, la exactitud y el ingenio que muestra al elaborar su tela.

Versículos 29–33

1. Enumeración de cuatro cosas que son majestuosas en su andar: (A) *El león,* rey de los animales, llamado aquí *el más fuerte entre las bestias,* que no altera su paso ni su marcha por miedo a nadie que pueda hacerle frente. (B) El original dice (no se puede asegurar de cierto): *El ceñido de lomos.* Las versiones modernas identifican a este segundo animal, no con el caballo, sino con *el gallo* que se contonea delante de las gallinas (M. Henry, nota del traductor, al seguir a la A.V. inglesa, lo traduce por *galgo o lebrel;* en inglés, *greyhound*). (C) *El macho cabrío* que marcha al frente del rebaño con su barba y con la altiva mirada con que recibe a cualquier desconocido. (D) *El rey* cuando marcha *al frente de su ejército.* Del león, hemos de aprender a no asustarnos ni arredrarnos ante las dificultades, del *gallo,* dignidad y presteza; del *macho cabrío,* a velar por los que tengamos a nuestro cargo; y del *rey,* a tener nuestros hijos en sumisión con seriedad y afecto; y de todos ellos, a caminar con dignidad.

2. Un aviso a dominar nuestro genio en todo tiempo y bajo cualquier provocación (vv. 32, 33). Hemos de humillarnos siempre que se nos acuse justamente de alguna falta; en lugar de insistir en nuestra inocencia o enaltecer nuestra posición, *mano a la boca* (lit.). Si hemos albergado el pensamiento de hacer algún mal, arrepintámonos y no dejemos que lo malamente pensado sea expresado al exterior, pues eso demuestra pleno consentimiento en el mal. *Provocando la ira* con insinuaciones malévolas *se causa contienda,* de la misma manera que *la violenta agitación de la crema de la leche produce cuajada,* esto es, leche cortada, y *el sonarse demasiado fuerte las narices puede provocar hemorragia.* Los ánimos se van calentando más y más cuando no se dominan las pasiones; una palabra airada engendra otra, hasta que se acaba en una enemistad irreconciliable.

CAPÍTULO 31

Este capítulo fue añadido a los proverbios de Salomón; según algunos porque Lemuel es otro nombre de Salomón; otros porque, aun viniendo de otra pluma, es de naturaleza semejante. En todo caso, es un capítulo escrito bajo la inspiración de Dios. I. Exhortación a Lemuel, joven rey, para que evite ciertos pecados a que será tentado y cumpla con las obligaciones a las que ha sido llamado por su alto cargo (vv. 1–9). II. Descripción de la mujer hacendosa, «la esposa ideal, dice J. J. Serrano, ejemplo práctico de la verdadera sabiduría aplicada a la mujer, que cierra con broche de oro dándole perfecto complemento, las instrucciones precedentes, dedicadas todas al varón». Lo más probable es que esta sección forme un grupo totalmente aparte, y ser obra de algún escriba verdaderamente docto; de seguro, no pertenece a las exhortaciones de la madre de Lemuel (vv. 10–31).

Versículos 1–9

Hay quienes opinan que *Lemuel* es otro nombre de Salomón y que se le llama así por estar dedicado «hacia (hebreo, *lemo)* Dios (hebreo, El)». En cambio, J. J. Serrano sostiene que su verdadero nombre es

Muel, al ser *le* la preposición de dativo, como lo muestra el paralelismo con la segunda parte del versículo; en este caso, ha de traducirse *«Palabras a Muel rey de Massá; el oráculo* (lit. *carga) con que le instruyó* (o corrigió) *su madre»*. Sea como sea, tenemos aquí «la discreta solicitud maternal de la madre de un joven rey, a quien advierte de los peligros que le acechan» (J. J. Serrano). Es deber de los padres y de las madres (nótese el sustantivo de la misma raíz en 1:8, aplicado al padre) instruir a los hijos en el bien, a fin de que lo practiquen, y en el mal, a fin de que lo eviten; cuando son muy jóvenes, están más tiempo bajo el ojo de la madre, y ella tiene entonces la oportunidad de moldear el carácter de los hijos.

1. La apelación que hace esta madre a su hijo, en razón de la especial relación que tiene con él (v. 2). Le llama *«hijo mío», «hijo de mi vientre» e «hijo de mis deseos»* (lit. *votos*. comp. con 1 S. 1:11). Ese *«¿Qué?»*, tres veces repetido, parece ser una abreviatura de *«¿Qué habré de decirte?»* Como si dijese: «Hijo mío, tú eres algo de mi ser, algo muy mío, tengo para ti afecto, autoridad, y buenos deseos. Sé prudente y bueno, y me daré por bien pagada de haberte dado a luz».

2. El aviso que le da contra dos pecados especialmente *destructores:* la lujuria y la ebriedad (vv. 3 y ss.). Si para todos resultan fatales dichos vicios, lo son de modo especial para los reyes, por estar más expuestos a ellos y por el deplorable efecto que causan en la sociedad. (A) *No agotes tus fuerzas físicas en el harén* (v. 3), viene a decirle, *quedando así mal equipado para el desempeño de las importantes funciones que un rey ha de ejercer.* El verbo *«destruir»* (v. 3b) tiene probablemente, un alcance más largo que el de minar la salud del joven príncipe. Según Cohen, indica una conducta que ocasiona revueltas en la población y conduce a la destrucción de la dinastía. (B) El otro vicio es la embriaguez. Como siempre en la Biblia, no se recrimina el uso del vino, sino su abuso. Más que a ninguno de los súbditos, al rey le es necesario no abusar del vino ni del licor fuerte (v. 4), no sólo porque es una vergüenza para la majestad regia, sino, especialmente, porque puede trastornarle el juicio e impedirle la discreción y la imparcialidad que necesita en el gobierno de la nación y en la administración de la justicia. También nosotros somos *«regio sacerdocio»* (1 P. 2:9) y, por tanto, hemos de abstenernos de los vicios que aquí se critican. Es muy triste la queja que se hace de los sacerdotes y de los profetas (Is. 28:7) de que *desvarían por el licor, están trastornados por el vino.*

3. El consejo que le da sobre el modo de comportarse con los demás. (A) En cuanto a la bebida, viene a decirle: «Tienes vino y licores a tu disposición; en vez de hacerte daño a ti mismo con ellos, haz bien a otros con ellos; que los usen quienes los necesitan, ya sea por debilidad física (comp. 1 Ti. 5:23) o por depresión de ánimo (vv. 6, 7), pues del vino se dice que *alegra el corazón del hombre* (Sal. 104:15). (B) Ha de hacer el bien por medio de la justa administración, del amparo a los desvalidos, de la imparcialidad en los juicios (vv. 8, 9). El *mudo* es aquí, en sentido figurado, el que, por alguna razón, es incapaz de apelar o de defender su propia causa.

Versículos 10–31

Esta descripción de la mujer hacendosa tiene por objeto mostrar las cualidades de una buena esposa, para estímulo de las mujeres mismas y para indicar a los hombres la clase de mujer que han de buscar para esposa. La porción consta de 22 versículos, cada uno de los cuales comienza por una letra distinta del alfabeto hebreo en sucesión ordenada; se trata, pues de un poema acróstico. Podemos hallar en el Nuevo Testamento dos como compendios de lo que aquí se dice (1 Ti. 2:9, 10 y 1 P. 3:1–6).

I. Comienza por una pregunta: *«Mujer hacendosa* (éste es el sentido de la expresión hebrea, lo mismo aquí que en Rut 3:11) *¿quién la hallará?* Como si dijese: «Una mujer como ésta es muy difícil de hallar, pero dichoso es el que la halle, pues es de valor inestimable». Muchas son las virtudes que se incluyen en la expresión hebrea *éset jayil* con que se designa a esta mujer: prudencia, fidelidad, laboriosidad, generosidad, iniciativa, como se verá al analizar esta porción. Cuanto más escasas son estas mujeres, tanto más son de estimar (v. 10b).

II. Una descripción detallada de sus excelentes cualidades.

1. Es muy de fiar, muy leal en todo, lo que le merece la estima y el afecto de su marido. Se comporta de tal manera que él puede depositar en ella toda su confianza. Confía en su castidad, y confía igualmente en la prudencia y discreción con que lleva ella todos los asuntos domésticos. Cuando él se marcha de viaje para servir los intereses de su pueblo, sabe que todo marchará bien en casa y *no carecerá de*

ganancias (v. 11). Ella, por su parte, justifica plenamente la confianza que su marido ha puesto en ella (v. 12), trata a su marido con el amor y el respeto que las santas mujeres muestran hacia sus maridos (1 P. 3:5, 6) y prestándole todas las atenciones de una buena esposa *todos los días de su vida;* no conforme al humor del momento, sino siempre. Su marido es respetado y honrado, por tener tan buena esposa, *en las puertas* (v. 23), es decir, en el lugar en que los ancianos de la ciudad se sentaban para juzgar los asuntos locales (comp. con Rut 4:1). Es conocido especialmente por las buenas ropas que lleva, según insinúa el contexto anterior y posterior.

2. Es una mujer que no ahorra fatigas para cumplir con sus deberes de ama de casa, y lo hace de buena gana: *no come el pan de ociosidad* (v. 27b. Lit.). Emplea bien el tiempo, de forma que no se pierda ni un minuto. Cuando se apaga la luz del día, ella enciende su *lámpara de noche* para los quehaceres de puertas adentro (v. 18). Duerme únicamente lo indispensable y *se levanta* muy temprano, *cuando todavía es de noche* (v. 15), a fin de preparar el desayuno a la familia, lo que incluye a los criados y criadas, y asigna a cada criada la labor que debe hacer en el día. No es de las que gustan pasar la velada jugando a las cartas o asistiendo a un baile de sociedad. *Busca lana y lino* (v. 13), a fin de conseguir lo mejor en calidad y precio y trabajarlo con sus propias manos (v. 19), no sólo para las ropas de la familia (v. 21), sino también para socorrer a los menesterosos (v. 20). No piensa que, con eso, rebaje su rango. El huso y la rueca se mencionan aquí en honor de ella, mientras que los ornamentos de las hijas de Sion se mencionan en Is. 3:18 y ss. para el deshonor de ellas. Y no se ocupa sólo en estas labores que se pueden llevar a cabo en el reposo del hogar y sentada en una silla, sino que se emplea en otros trabajos que requieren todas sus fuerzas (v. 17).

3. Hace todo lo posible para que las finanzas domésticas lleven buen curso. *Como nave de mercader* (v. 14), se aprovisiona de todo lo necesario, de forma que ni hambre ni carestía la tomen por sorpresa. Puesto que el marido está ocupado en los asuntos del lugar (v. 23), ella se encarga de negocios que suelen estar en manos de hombres. Por ejemplo, *observa una finca y la compra* (v. 16) *y planta una viña del fruto de sus manos,* lo cual no significa que la planta con sus propias manos, sino que la adquiere con el dinero que su prudente administración y su trabajo manual han acumulado. *No teme al frío* (v. 21. Esto es lo que significa aquí el vocablo *«nieve»),* pues los miembros de su familia llevan trajes no sólo vistosos (v. 22b), sino también debidamente forrados, seguramente con lana. *Ella misma se hace los tapices* (v. 22) o más bien, *colchas* de cama (es el mismo vocablo hebreo de 7:16). Comercia también con los mercaderes (v. 24) con las *telas y fajas* que ella misma fabrica. Como quien se viste de ricas vestiduras, ella *se viste* (en sentido figurado) *de fuerza y honor* (v. 25), esto es, de una posición económica fuerte y de la estima y el respeto que acompañan a un rango social honestamente alcanzado. Bien puede *sonreír ante el porvenir* la que tan estupendamente lo prepara en el presente.

4. Con la discreción y prudencia que la caracterizan, siempre *abre su boca con sabiduría y la instrucción bondadosa está en su lengua* (v. 26). Nótese que el vocablo hebreo para «instrucción» no es aquí *musar* (corrección), sino *torat* (¡ley, en sentido de enseñanza! Compárese con 1:8b, donde también se aplica a la madre esta función). No es charlatana, criticona ni áspera, sino que sus palabras están llenas de bondad y de sabiduría celestial, incluso cuando sus manos están ocupadas en faenas de índole material. Su lengua habla de lo que lleva bien metido en el corazón.

5. Lo que corona y completa las buenas cualidades de su carácter personal es que *teme a Jehová* (v. 30), que es el valor primordial y que da su verdadero valor a todas las demás virtudes. El temor de Dios al reinar en el corazón es la genuina belleza del alma; presenta a la persona como disfrutando del favor de Dios y es, por otra parte, de gran precio a los ojos de Dios. Es algo que perdurará por toda la eternidad, cuando la muerte haya consumido la hermosura del cuerpo de corrupción. «Así, dice Ryrie, el libro acaba por donde empezó» (1:7).

III. La felicidad de esta mujer hacendosa y virtuosa.

1. Tiene en su mente el consuelo y la satisfacción de quien cumple con su deber (v. 25b). De este modo, está bien equipada para todos los problemas, todas las adversidades y contrariedades que la vida le pueda traer a ella y a su familia. Esta es su mejor vestidura, lo mismo para defensa que para decencia. Como trata con honor a todos, bien puede sonreír ante el porvenir, se alegrará en la ancianidad de haber sido diligente en la juventud.

2. Es una gran bendición para sus familiares (v. 28). *Sus hijos, y también su marido se levantan y la alaban.* El «levantarse» puede entenderse de dos maneras: (A) Al levantarse de mañana y hallar todo bien preparado; (B) Como una muestra de respeto. El versículo 29 expresa la alabanza del marido.

3. Los versículos 30, 31 expresan las reflexiones del poeta sobre la descripción que acaba de hacer de la mujer hacendosa y la lección que desea imprimir en la mente del lector. Sin despreciar la belleza exterior de la mujer, da a entender que es superficial y efímera; y tras exponer (v. 30b) dónde radica la hermosura verdadera y duradera, exhorta retóricamente a todos a dar a esa mujer todo el crédito que se merece. Incluso *en las puertas* (v. 31), públicamente, debería reconocerse la enorme contribución que, con sus actividades, aporta al bienestar de la comunidad.

ECLESIASTÉS

El relato que tenemos de la apostasía de Salomón hacia el fin de su reinado (1 R. 11:1) es la parte trágica de su historia. Podemos suponer que escribió *Proverbios* en su juventud, mientras conservaba su integridad, y que redactó su *Eclesiastés* cuando ya era viejo y, por la gracia de Dios, se había recobrado de su apostasía (es posible, pero la Biblia no menciona tal recuperación, nota del traductor). Del libro podemos decir:

I. Que es un sermón escrito; el texto es: *«Vanidad de vanidades; todo es vanidad»* (1:2). Esta es la enseñanza primordial, demostrada ampliamente con muchos argumentos, con la respuesta a diversas objeciones y con la exhortación final, por vía de aplicación personal, a *temer a Dios y a guardar sus mandamientos.* Hay en este libro muchas cosas oscuras y difíciles de entender, y algunas que los hombres *tuercen para su propia perdición* (2 P. 3:16) por no saber distinguir entre los argumentos de Salomón y las objeciones de los ateos; pero aquí hay suficiente materia para convencernos de la vanidad del mundo, pues nada de él puede proporcionamos la felicidad, de la vileza del pecado, pues tiende directamente a hacernos miserables, y de la sabiduría que entraña la religión verdadera, con la sólida satisfacción que se halla en el cumplimiento de nuestros deberes hacia Dios y los hombres. Es de notar, nota del traductor, ya desde ahora, la frecuencia con que se repite la frase *«debajo del sol»* (ya desde 1:3), lo cual nos da, en cierto modo, la clave para interpretar todo el libro, que trata, no de cosas celestiales, sino terrenales.

II. Es un sermón penitencial, como de retractación, en que el autor lamenta con tristeza su propia necedad al prometerse satisfacción en las cosas de este mundo, incluidos los placeres prohibidos del pecado, los que ahora halla más amargos que la muerte. Su caída es una prueba de la debilidad de la naturaleza humana, aun en el hombre más sabio, como fue Salomón, el cual, sin embargo, hizo el necio tan egregiamente. Y si el sabio no debe glorificarse en su sabiduría, mucho menos debe gloriarse el rico en sus riquezas, pues a Salomón le hicieron mucho más daño que a Job su pobreza. En cambio, su recuperación (si efectivamente se dio) es una prueba del poder de la gracia de Dios al traer de vuelta hacia Dios a quien tan lejos se había apartado de Él.

III. Es un sermón muy práctico y provechoso. Parece como si Salomón, ya arrepentido de sus pecados, resolviese, como su padre, *enseñar a los transgresores los caminos de Dios* (Sal. 51:13). El error fundamental de los hombres es el mismo de nuestros primeros padres, que esperaban ser *como dioses* mediante lo que parece *bueno para comer, agradable a los ojos y codiciable para alcanzar la sabiduría* (Gn. 3:6). Ahora bien, el objetivo de este libro es mostrar que eso es un grave error, que nuestra felicidad no consiste en ser como dioses para nosotros mismos, al tener todo lo que queremos y al hacer lo que nos viene en gana, sino en hacer que el que nos creó sea para nosotros Dios. Salomón asegura, al final del libro, que *temer a Dios y guardar sus mandamientos es el todo del hombre.* Muestra la vanidad de las cosas en que los hombres suelen poner su felicidad, como es la erudición, la política, los placeres de los sentidos, el honor, el poder y las riquezas. También prescribe remedios. Aunque no podemos curarnos de su vanidad, podemos evitar los problemas que pueden ocasionarnos, si nos mantenemos desligados de ellos, si no esperamos de ellos lo que no pueden dar, si nos guiamos por la ley de Dios y nos sometemos a la voluntad de Dios, especialmente al recordar a Dios en los años de nuestra juventud y continuar en su temor y servicio durante todos los días de nuestra vida.

CAPÍTULO 1

En este capítulo tenemos: I. La inscripción del libro (v. 1). II. El principio doctrinal general de la vanidad de las criaturas expuesto (v. 2) y explicado (v. 3). III. La prueba de esta doctrina, sacada: 1. De la brevedad de la vida humana (v. 4). 2. De la naturaleza inestable de todas las criaturas y del perpetuo flujo y reflujo que hay en el sol, el viento y el agua (vv. 5–7). 3. Del constante fastidio que le dan al hombre (v. 8). 4. De la constante repetición de lo mismo, con lo que se muestra que no hay nada perfectamente acabado (vv. 9, 10). 5. Del olvido al que todas las cosas están abocadas (v. 11). IV. El primer ejemplo de la vanidad del conocimiento de los hombres. 1. La prueba a que Salomón los sometió (vv. 12, 13, 16, 17). 2. El juicio que pronunció de que todo es vanidad (v. 14). No hay satisfacción en ello (v. 18). Y, si todo ello es futilidad y afán de viento, todas las demás cosas de este mundo, al ser inferiores en dignidad y valor, deben de serlo también.

Versículos 1–3

I. Una referencia al redactor de este libro: Fue Salomón, pues ningún otro hijo de David fue rey de Jerusalén, pero él oculta su nombre, que significa *pacífico,* porque, a causa de su pecado, atrajo sobre sí y sobre su reino graves problemas y quebrantó su paz con Dios; por lo cual no fue ya digno de tal nombre. Parodiando a Noemí, pudo decir: *No me llaméis Salomón, llamadme Mara, pues en lugar de paz tuve gran amargura.* Se llama a sí mismo:

1. *Kohélet*, epíteto que describe su actual función, pues el vocablo hebreo significa *el que convoca una reunión y habla en medio de la asamblea.* En cierto modo, es un *predicador,* y así se suele interpretar el titulo del libro mismo, junto con el del redactor. Si Salomón redactó este libro en la vejez, desengañado y arrepentido de su apostasía (según opinan muchos), está aquí reuniendo y predicando a otros que hayan podido extraviarse como él se extravió. Esta comisión que Dios le dio era ya un tácito perdón de Dios. Cristo expresó suficientemente su perdón a Pedro al encomendarle el pastoreo de sus ovejas y de sus corderos.

2. *Hijo de David.* Al mencionar este detalle, es como si tuviese por una circunstancia agravante de su pecado el haber tenido tal padre. Por otra parte, el ser hijo de David le animó a arrepentirse y esperar misericordia, pues también David había caído en pecado, pero se había arrepentido y de él tomó ejemplo su hijo para hallar misericordia como la había hallado su padre.

3. *Rey de Jerusalén.* Dios había hecho mucho por él al elevarlo al trono de Israel, pero él se había portado muy mal con Dios. Ahora, no le pareció rebajarse al tomar el oficio de predicador, al ser rey; en realidad, el pueblo le consideraría tanto más como a predicador cuanto que era también su rey.

II. El objetivo general del libro es instruir a los lectores, sobre la vanidad de todas las cosas de este mundo y, por tanto, lo poco que de ellas hemos de esperar. En efecto, muestra:

1. Que todas ellas son *vanidad* (v. 2), no en el sentido de vanagloria, como actualmente suele entenderse, sino de *vaciedad o futilidad.* No dice que todo es vano, sino que es vanidad, como si fuese algo que constituye la esencia misma de cada cosa, como una propiedad inalienable de todas las cosas de este mundo. Más aún, dice que son *vanidad de vanidades,* es decir, una vaciedad (lit. *soplo)* superlativa. Hay muchos que hablan del mundo con desprecio: ermitaños, que no lo conocen, o mendigos, que no lo tienen; pero Salomón lo conoció bien (1 R. 4:33) y lo tuvo en abundancia. Hablaba aquí en nombre de Dios, divinamente inspirado, y lo presenta como principio fundamental sobre el que ha de basarse la necesidad de ser verdaderamente religioso, *temiendo a Dios y guardando sus mandamientos.* Algo también importante que aquí nos quiso enseñar es que el trono y el reino eternos deben proceder de otro mundo, pues todas las cosas de este mundo están sujetas a vanidad y, por tanto, no tienen en sí mismas la suficiente calidad para corresponder a tal promesa.

2. Que son insuficientes para hacernos felices (v. 3): *«¿Qué provecho saca el hombre de toda su fatiga, etc.?»* Los quehaceres de este mundo son *fatiga;* el vocablo hebreo indica un trabajo duro y fatigoso. En Proverbios 14:23, había dicho Salomón que *en toda labor hay fruto.* Sin embargo, aquí dice, con esa pregunta retórica, que *no hay provecho.* Es de notar, en primer lugar, que los vocablos hebreos no

son los mismos de Proverbios 14:23. Allí, la enseñanza es que todo trabajo útil proporciona algún fruto al que trabaja, y come el pan con el sudor de su frente (Gn. 3:19). Aquí, en cambio, habla de algo que no es suficiente para hacer feliz al hombre. El contexto y el objetivo de la frase son, pues, diferentes. Diez veces ocurre en este libro el vocablo *«provecho»*. Y, a continuación, viene la frase clave del libro: *«debajo del sol»*, que aparece en el libro veintinueve veces y expresa el escenario terrestre de todas las actividades y vicisitudes humanas.

Versículos 4–8

Para demostrar la futilidad de todas la cosas terrestres, Salomón muestra ahora que el tiempo en que podemos gozar de todas estas cosas es muy breve.

Entra en escena una generación y sale de escena la generación anterior. Y mientras la corriente de la humanidad fluye sin cesar, ¡cuán breve es el goce que puede proporcionar una gota de esa corriente que se desliza por entre los deliciosos bancales! Bien podemos dar a Dios la gloria de la constante sucesión de las generaciones, pero, en cuanto a nuestra dicha y felicidad, no esperemos gran cosa de tan estrechos límites, sino pongamos nuestra esperanza en lo que es eterno y sustancial. La misma monótona mutabilidad de las generaciones humanas aparece también en el sol (v. 5), el viento (v. 6) y el agua (v. 7); recorren su ciclo una y otra vez sin cesar, pero al hombre individual no le cabe esta suerte: *el hombre yace y no vuelve a levantarse* (Job 14:12). El versículo 8 expresa, de modo general y compendioso esta, al parecer, inútil movilidad de todas las cosas, movilidad que el poder de la palabra humana es incapaz de expresar y que, por su inconsistencia, no puede satisfacer al ojo ni al oído del hombre: ni la mente ni el sentido tienen dónde reposar.

Versículos 9–11

La misma monotonía que había visto en el curso de la naturaleza, la ve el *Kohélet* en el curso de la vida humana. Nosotros (especialmente en los dos últimos siglos XIX y XX, nota del traductor) nos jactamos de nuevas modas, nuevas hipótesis, nuevos métodos, nuevos inventos. Pero todo ello es una equivocación.

Lo mismo que en el reino de la naturaleza, ¿qué podemos decir que sea nuevo en la vida humana? El corazón del hombre, sus múltiples corrupciones, siempre son lo mismo. Taciano el asirio, al mostrar a los griegos que todas las artes de las que ellos se gloriaban debían, en realidad, su origen a las naciones que ellos llamaban bárbaras, les dice: «No llaméis *invenciones* a lo que no son sino *imitaciones*». Tampoco podemos esperar que el mundo se porte con nosotros de diferente manera de la que adoptó con nuestros antecesores. Si realmente queremos ver nuevas cosas, debemos adquirir una nueva naturaleza; entonces es cuando *las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas* (2 Co. 5:17).

Muchos piensan que ya es una gran satisfacción el que sus nombres sean perpetuados y que la posteridad celebre las grandes hazañas que llevaron a cabo. Pero hubo en todos los tiempos cosas y personas que parecían muy grandes a los que vivían entonces y, sin embargo, *no hay recuerdo* (v. 11) de todo ello.

Versículos 12–18

El autor se refiere ahora a su propia experiencia personal.

1. Salomón nos dice aquí la investigación que emprendió para, por medio de la sabiduría, descubrir si había algo que pudiese procurar satisfacción permanente durante esta vida. Era *rey sobre Israel en Jerusalén;* por tanto, estaba en situación privilegiada para emprender esta investigación. Su honor y sus inmensas riquezas le capacitaron para hacer de Jerusalén un emporio de cultura y lugar de encuentro para toda persona sabia y erudita. Aunque no necesitaba de darse a quehaceres penosos para vivir, se entregó a ese *penoso trabajo* (v. 13), sin desanimarse por las dificultades ni asustarse ante los abismos que tal tarea puede ir descubriendo. Y esto no lo hizo únicamente para satisfacer su curiosidad científica, sino para servir mejor a Dios y a su generación, y para experimentar hasta qué grado el aumento de los conocimientos podía contribuir al reposo de la mente y al descanso del corazón. Examinó, pues, todo (v. 14) lo que se hacía *debajo del sol*. Nadie mejor que él pudo sacar las consecuencias de esta investigación,

puesto que, además de poseer más sabiduría que ningún otro de sus coetáneos o de los que le precedieron, disponía de todos los recursos financieros para llevar a cabo esa tarea.

2. ¿Cuál fue la conclusión que dedujo de toda su investigación? Concisamente la expresa al final del versículo 14: *«Todo ello es futilidad y afán de viento»*. Después de entregarse a tan *penoso trabajo* (v. 13), ¡qué desilusión! Cuanto más vemos de las cosas de este mundo, tanto mayor es el desasosiego que nos causan. Heráclito decía que sólo se las podía contemplar con los ojos llenos de lágrimas. Esto es lo que Salomón viene a expresar en forma poética en el versículo 15, al ver que lo *torcido no puede enderezarse y lo incompleto no puede enumerarse*. ¡Ni él daba con la clave para remediar tales entuertos! Ni su posición, ni su sabiduría, ni su poder eran bastantes para corregir las muchas imperfecciones y corrupciones que hallaba en su reino. Todas las filosofías y todos los sistemas políticos del mundo son incapaces de corregir la corrompida naturaleza del hombre. Aun en nosotros mismos, cuanto más sabemos, mejor conocemos nuestra ignorancia. *«Sólo sé que nada sé»*, decía Sócrates (comp. con 1 Co. 8:2). No es sólo la propia ignorancia lo que se descubre por medio de la sabiduría, sino que cuanto más sabemos, mayor es, con el desengaño, el dolor de corazón (v. 18): *Porque en la mucha sabiduría hay mucha pesadumbre; y quien añade conocimiento, añade pena*. En cambio, la verdadera dicha, la vida verdadera, se consigue *conociendo a Dios y a su enviado Jesucristo* (Jn. 17:3).

CAPÍTULO 2

Después de expresar su desilusión por no haber hallado en la búsqueda de la sabiduría la satisfacción que buscaba, Salomón ahora, I. Muestra que tampoco ha de buscarse la felicidad en los deleites de los sentidos (vv. 1–11). II. Reconsidera la sabiduría y llega a admitir su excelencia y utilidad, pero la ve insuficiente para procurar a un hombre la dicha (vv. 12–16). III. Inquiere hasta qué punto podrá la riqueza proporcionar felicidad y concluye, por su propia experiencia, que quienes ponen en ella el corazón, hallarán que es también futilidad y afán de viento (vv. 17–23) y que, si de ella se ha de sacar algún provecho, sólo lo podrán obtener quienes no tengan el corazón apegado a ella (vv. 24–26).

Versículos 1–11

En su búsqueda de la felicidad, Salomón pasa ahora de su oficina de estudio, donde en vano había buscado la dicha, al parque de su jardín, y cambia la compañía de los filósofos por la de los músicos y las concubinas, por ver si aquí podía encontrar satisfacción verdadera y duradera. Con eso, da un paso hacia abajo, y desciende de los nobles placeres del intelecto a los brutales del sentido.

1. Resuelve probar lo que pueden dar de sí la alegría y el jolgorio (v. 2): *«… Ven ahora»,* una llamada a actuar, que hallamos también en Is. 1:18, pero con muy distinto objetivo. *«Gozar de bienes»* (lit. *mirar a lo bueno)* es participar en las disipaciones de los disolutos, precisamente de los que no se guían por la sabiduría. Esta alegría, a la que después equipara con la locura (v. 2), no es la carnalidad del bruto, pero tampoco la alegría seria del científico descubridor, sino la del payaso ingenioso, que a veces se halla en gente pobre y hasta, de suyo, melancólica. En inglés, nota del traductor, hay un proverbio que se aproxima algún tanto al nuestro que dice: «Cuando el español canta, o rabia o no tiene blanca». Y hay quien ha distinguido al hombre del bruto, no sólo por ser *animal racional,* sino también por ser *animal que ríe,* pues los brutos animales saben llorar, pero no reír. El buen humor es conveniente con moderación, pues ayuda a suavizar las fatigas del trabajo y las dificultades de las relaciones con el prójimo, pero si es excesivo y fuera de tono se vuelve necio y sin provecho.

2. Al verse incapaz de hallar la dicha mediante lo que place al ingenio, resolvió probar luego lo que puede satisfacer al paladar (v. 3): Darse al placer de la bebida, pero sin perder el seso, de forma que, *mientras iba tras el desvarío* (lo opuesto a la cordura), mantenía la mente clara a fin de experimentar en sí mismo esa, al parecer, felicidad que alcanzan los bebedores al ponerse alegres, pero sin dar tumbos ni provocar reyertas. Resolvió, pues, darse a la bebida, pero teniendo las riendas del desvarío, en vez de dejarse dominar por él, a fin de ser así el juez imparcial del experimento. Pero también esto era futilidad, vaciedad, pues *el vino es escarnecedor* y, por eso, resulta punto menos que imposible, respecto del vino y del licor, decir: «Hasta aquí llegaré, y de aquí no pasaré».

3. Al ver lo poco que podía conseguir del vino, trató de hallar en diversiones lo que buscaba:

(A) Se dedicó a construir casas, huertos y jardines, así como estanques para regar los parques (vv. 4–6). De los edificios de Salomón leemos en 1 Reyes 9:15–19, y todos eran *grandes.* Es cierto que, con esto, daba trabajo y ganancia a los pobres y hacía bien al país, pero su error estaba en confundir las *grandes obras* con las *buenas obras;* es la misma equivocación que sufren muchos.

(B) Para construir grandes obras necesitaba muchas manos; por eso, *compró siervos y siervas, además de los nacidos en su casa* (v. 7), que además de ser empleados en la construcción y en la agricultura, le cuidasen también el numeroso ganado que poseía, como también lo había poseído su padre (v. 1 Cr. 27:29, 31).

(C) Como disponía de grandes riquezas y tenía, sin duda, buen gusto para la música, se hizo con un buen orfeón de cantores y cantoras, y quizás, con una orquesta, según interpretan algunos la última frase del versículo 8. Sin embargo la frase dice literalmente *«concubina y concubinas»,* es decir, un harén de concubinas (comp. con Jue. 5:30, donde dice literalmente: *«una doncella, dos doncellas»;* es decir, varias).

(D) En resumen (vv. 9, 10), alcanzó las cotas más altas en cuanto a poder y sabiduría, así como en cuanto a gozar de todo lo que le vino en gana, sin dejar nada por probar: *«No negué a mis ojos ninguna cosa que desearan ni aparté mi corazón de placer alguno …».* ¡El sueño de Epicuro! La segunda parte del versículo 10 da claramente a entender que sacó de todos los placeres las agradables sensaciones que deseaba. Nadie como él estuvo en condiciones de sacarle a esta vida todo el jugo que se le pueda extraer.

(E) Cuando, después de haber experimentado todo lo experimentable en este mundo, se puso a reflexionar seriamente sobre el sentido de todo ello, su conclusión no pudo ser más pesimista (v. 11b): *«Hete aquí que todo era futilidad y afán de viento y ningún provecho debajo del sol».* Nada, absolutamente nada, había podido llenar el vacío de su corazón.

Versículos 12–16

Después de afirmar que ni la sabiduría ni el desvarío pueden darle al hombre la felicidad, Salomón hace ahora una comparación entre la cordura y la necedad, cosa que no había hecho hasta ahora.

1. *Se volvió a mirar* (v. 12. El verbo es el mismo con que se encabeza el v. 11) *la sabiduría, los desvaríos y la necedad.* El resto de dicho versículo es difícil de traducir literalmente, pero el sentido claro es como sigue: «Si yo, el rey, con todas las ventajas de mi parte, saqué esta conclusión de mis experiencias, ¿qué provecho sacará cualquier otro sujeto en repetir mi experiencia? ¡Ninguno! Le volverá a suceder algo parecido, pero no mejor».

2. Lo que sí sacó en limpio es que, después de todo, es preferible ser cuerdo a ser necio (v. 13), pues el sabio, prudente, cuerdo, *tiene sus ojos en la frente* (v. 14), es decir, ve lo que tiene delante y sabe cómo alcanzar sus objetivos por la ruta más directa, mientras que el necio va a ciegas por el camino de la vida.

3. Sin embargo, en las cosas más importantes que buscaba, vio que el sabio le lleva poca ventaja al necio, pues ninguno de ellos puede alcanzar la felicidad en las cosas de este mundo y, lo que es peor, tanto el sabio como el necio acaban de la misma forma. Las mismas enfermedades aquejan a uno y a otro, la misma espada puede acabar con la vida del uno y del otro (vv. 14b, 15). Ambos son olvidados después de haber pasado a una misma muerte (v. 16). Son los nombres de los justos, no los de los sabios, los que están escritos para siempre en el cielo, donde brillarán como estrellas. Así que hay una tremenda diferencia entre la muerte de un justo y la de un malvado, pero no entre la de un sabio y la de un necio.

Versículos 17–26

Para hallar la felicidad, Salomón se dedicó primero a la vida contemplativa; luego, a la vida disoluta y, finalmente, a la vida activa. Pero en ninguna halló satisfacción verdadera y duradera (v. 17): *«… debajo del sol … todo es futilidad y afán de viento».*

1. Todos sus quehaceres fueron sobre cosas de este mundo, aun los que desempeñaba como rey; *trabajo para la comida que perece* (Jn. 6:27. También Is. 55:2), aun siendo un trabajo *con sabiduría, conocimiento y rectitud* (v. 21); trabajo en que Salomón mostró su *sabiduría* (vv. 19, 20), algo que todos desearían poseer, más que ninguna otra cosa, en la tarea de llevar sus negocios por buen camino.

2. Llegó a aborrecer, no sólo todo *el trabajo* (v. 18) que se había tomado, sino su misma *vida* (v. 17). Este aborrecimiento no era el santo odio que consiste en amar a Dios por encima de todo lo demás (Lc. 14:26), aunque tampoco el pecaminoso odio que consiste en aborrecer el lugar y el puesto en que Dios nos ha colocado en este mundo, sino una especie de hastío natural de las cosas, surgido del desencanto que su disfrute nos ha causado. La desilusión que las cosas de este mundo nos producen debería conducirnos a *la esperanza que no avergüenza* (Ro. 5:5).

3. Dos cosas le habían hecho concebir tal aborrecimiento: (A) El trabajo que había tomado a pechos *le resultaba fastidioso* (v. 17). Veía en él una ocupación penosa y sin provecho (vv. 22–23). Ni goza de la vida de día, ni reposa del trabajo por la noche. Por aquí se ve la necedad de los que se olvidan de Dios y se afanan únicamente por las cosas de esta vida; sólo sacan fatigas sin provecho. (B) Todas las ganancias de sus fatigosos trabajos habían de ser para otros. A una persona piadosa le preocupa muy poco la forma en que otros han de disfrutar de lo que ella haya ganado honradamente. Pero el caso de Salomón, *debajo del sol,* era muy diferente: Había de dejar el cuidado y la responsabilidad de todo lo que había trabajado *al hombre que le había de suceder* en el trono (v. 18). No cabe duda de que, mucho antes de ahora, conocía bien la necedad de su hijo y sucesor Roboam.

4. Lo mejor que se puede hacer, pues, con las riquezas de este mundo es usarlas con alegría y hacer el bien con ellas. Con esto concluye este capítulo (vv. 24–26). Esta porción encabeza toda una serie de lugares (3:12, 13, 22; 5:18, 19; 8:15; 9:7–9) que, con éste, muestran claramente que la religión verdadera no está reñida con la alegría y los goces honestos de la vida. Jesús mismo adoptó este programa hasta ser tildado de «comilón y bebedor». La manera de rescatar esta vida de la futilidad y del afán de viento, es disfrutar honestamente de todo lo bueno que Dios ha creado para bien del hombre. El ascetismo oriental es de base platónica, no cristiana. Pero también está lejos del sensual hedonismo de los epicúreos, cuya frase *«comamos y bebamos, que mañana moriremos»,* repetida por los necios y malvados israelitas (Is. 22:13) en vísperas de la espantosa ruina de Jerusalén, dista muchísimo de la doctrina aquí enseñada por el Predicador (comp. también 1 Co. 15:32), ya que, (A) Aquí no se trata de desenfreno lindante con el desespero, sino del honesto disfrute de los bienes de esta vida; (B) aquí se considera como *venido de la mano de Dios* (v. 24), no como incentivo del placer sensual; (C) Salomón advierte (12:14) que de todo se ha de dar cuenta a Dios; está, pues, lejos de la permisividad y del libertinaje tan en boga en todas las épocas de decadencia moral y social. El Apóstol Pablo lo condensó en una breve frase: *«Gran fuente de ganancia es la piedad, acompañada de contentamiento»* (1 Ti. 6:6).

CAPÍTULO 3

Después de mostrar la vanidad de las investigaciones eruditas, de los placeres epicúreos y del afán por acumular tesoros, etc., que se han de dejar a otros, y que no hay mejor cosa, debajo del sol, que disfrutar de la vida como un don de Dios, Salomón pasa ahora a demostrar la tesis expuesta en los últimos vv. del cap. precedente, y muestra: I. La mutabilidad de todos los asuntos humanos (vv. 1–10); II. La inmutabilidad de los decretos divinos (vv. 11–15); III. La vanidad de los honores y poderes mundanos (v. 16). Como reproche a los orgullosos opresores y para mostrar cuán vanos son, les recuerda: 1. Que tendrán que dar cuenta a Dios (v. 17); 2. Que su condición, en lo que respecta a este mundo, no es mejor que la de los brutos animales (vv. 18–21).

Versículos 1–10

Vivimos en un mundo siempre cambiante. Los sucesos de cada día, así como las condiciones de la vida humana, difieren grandemente y estamos constantemente pasando y volviendo a pasar de un estado a otro. En la *rueda de la naturaleza* o curso de la existencia de que habla Santiago (Stg. 3:6), hallamos toda clase de altibajos de los que está llena la ambigüedad de la existencia humana; para soportarlos bien, es preciso armarse de ecuanimidad, paz de conciencia y humilde dependencia de la providencia de Dios.

1. Una verdad de tipo general: *«Todo tiene su tiempo»* (v. 1). Aun las cosas y actividades que parecen ser contradictorias pueden, al cambiar las circunstancias, ser oportunas, es decir, hallar su conveniencia de tiempo y lugar.

2. Algunos de estos cambios se deben únicamente a la mano de Dios; otros dependen de la voluntad del hombre. En el cielo hay movimiento sin cambio, pero bajo el sol todo cambia. El Predicador comienza por los dos sucesos entre los que discurre, como entrecomillada, la vida del hombre sobre la tierra: *Nacer y morir,* como ocurre en el mundo de la naturaleza: *sembrar y segar* (v. 2). *Matar y curar* (dar vida) son prerrogativas de Dios (v. 3), aunque, por delegación expresa suya (Gn. 9:6), los magistrados pueden imponer la pena de muerte en caso de asesinato. Como al individuo humano, así le ocurre a la casa donde vive (v. 3b). La adversidad o la prosperidad (v. 4) ocasionan distintas condiciones de ánimo; ejemplos típicos son (v. 4b) la muerte o la boda, respectivamente, de algún pariente o amigo íntimo. En consonancia con el paralelismo de sinonimia, claramente perceptible entre las dos frases de cada versículo, es muy probable la interpretación rabínica del versículo quinto en sentido sexual; para la segunda parte del mismo versículo véase Proverbios 5:20; Joel 2:16; 1 Corintios 7:3–5. El versículo 6 es claro. El versículo 7 se refiere a *rasgar* los vestidos como señal de duelo y volverlos a *coser* cuando se pasó ya el luto; para la segunda parte del versículo compárese Levítico 10:3; Job 2:12 y siguientes. El versículo 8 muestra, primero en los individuos, después entre las naciones, sentimientos opuestos de amistad y enemistad que, con mucha frecuencia se deben a causas ajenas a las partes en discordia.

3. Como conclusión a esta galería de vicisitudes humanas, ajenas tantas veces a la voluntad del hombre, el Predicador pregunta (v. 9): *«¿Qué provecho saca el que trabaja, de aquello en que se afana?»* La respuesta, como en 1:3, es: *«Ninguno»*. El versículo 10 repite la idea de 1:13, pero con una notable diferencia: Aquí no se añade el adjetivo *penoso* al trabajo que Dios ha dado al hombre para que se ocupe en él; por eso, está en lo cierto la interpretación rabínica que conecta el versículo 10 con el 11, arrojando alguna luz a un difícil versículo.

Versículos 11–15

Salomón muestra ahora la mano de Dios en todos los cambios que ha mencionado anteriormente.

1. Si sabemos adoptar una actitud positiva y tomar lo mejor de lo que hay al alcance de nuestra mano, podremos percatarnos de que, frente a las diversas, y aun opuestas, vicisitudes de la vida, Dios ha dado a los hombres una tarea interesante (v. 10) en un mundo que Dios creó *hermoso,* bueno en gran manera (Gn. 1:31); todo es hermoso *en su sazón.* Al invierno le conviene el frío, tanto como el calor al verano; la noche, como el día, tiene sus encantos. No sólo en la creación material, sino también en los designios de la Providencia, se percibe una maravillosa armonía. La insatisfacción del hombre proviene, en realidad, de su incapacidad para contemplar el todo en su perspectiva; los muchos árboles le impiden percibir el bosque en toda su belleza.

2. Es precisamente esta belleza del Universo creado, tan vasto en su extensión, tan misterioso en su profundidad, lo que hace imposible al hombre *descubrir en su totalidad* (v. 11b. Eso es lo que significa «*desde el principio hasta el fin».* comp. 10:13) *la obra que ha hecho Dios.* Dios sigue en su obra; y el hombre, contempla lo que Dios hizo y hace. Mientras el cuadro no se acabe de pintar y mientras el edificio no se acabe de construir no vemos *toda* la belleza que encierran. No la podremos ver en este mundo, *debajo del sol.*

3. Es dentro de este contexto, tanto el remoto del libro con su frase clave *«debajo del sol»,* como el próximo, anterior y posterior, de la difícil frase intermedia (hebreo, *gam el-haolam natán blibam),* donde ha de buscarse la interpretación adecuada del término *haolam*. Digamos, de entrada, que *ha* es el artículo determinativo; *olam* proviene de una raíz que significa «ocultar»; para el pensamiento judío (semita, práctico, concreto), tanto el principio la remota antigüedad) como el fin (el remoto porvenir) son cosas que sólo Dios conoce; están ocultas a los ojos y a la mente del hombre. De ahí la frase (v. Sal. 90:2, por ej.): *meolam ad olam, «desde el siglo y hasta el siglo»,* que expresa la eternidad de Dios. Pero, como algo que, en su totalidad, está oculto a los ojos y la mente del hombre, *haolam* significa *el Universo,* como lo usan los judíos para la bendición de la mesa. Cohen, como en general los rabinos, alega que *olam* significa únicamente «eternidad» en la Biblia. Pero a esta interpretación, presento (todo es nota del traductor) las siguientes objeciones: 1.ª Cuando un vocablo tiene, de suyo, varios significados, el uso de uno de ellos no ha de tomarse del uso general del otro, como si en esto hubiésemos de regirnos por estadísticas, sino del contexto en que está inscrito. 2.ª ¿Cuadra el sentido de «eternidad» en el contexto que estamos examinando? No ciertamente en el sentido teológico que dicho vocablo tiene para nosotros, pues pugna con el contexto del libro entero *(«debajo del sol»).* 3.ª El único sentido posible aquí de *«la*

eternidad» (así, con artículo) sería (según Cohen y Ryrie): una perspectiva eterna, de duración indefinida, con la que le sea posible al hombre remontarse por encima de las experiencias transitorias, rutinarias, de la vida humana (tan breve), que son la causa de la insatisfacción que siente el ser humano. No quiero ser tan dogmático que llegue a negar la posibilidad de esta interpretación, pero pregunto: ¿Cuadra realmente con el contexto del versículo? No me extrañaría, si la frase estuviese inmediatamente después del versículo 9; pero dentro de la tarea, no penosa, que se le ha encomendado al hombre de investigar la obra de Dios en el mundo, un mundo *todo hermoso,* sin que el hombre alcance a llegar a descubrir en su totalidad esa obra de Dios, prefiero entender *haolam* por *el Universo* inalcanzable al hombre EN EL TIEMPO *(debajo del sol),* pues si lo que Dios *les ha puesto* (lit. *dado) en el corazón a los hombres* es LA ETERNIDAD, con ella les bastaría y les sobraría para descubrir la obra de Dios.

4. Como ya apuntó Salomón en 2:24, para escapar de la insatisfacción que ofrece el v. 11b, no hay cosa mejor que disfrutar honestamente del presente (vv. 12, 13). Hemos de usar nuestros bienes, así como nuestras facultades, para nuestro bien y para hacer el bien. Esta vida nos brinda las únicas oportunidades de moldear el propio carácter y hacer el bien a los necesitados. Tras la muerte, la suerte del hombre está echada y, además ya no habrá necesitados a quienes pueda hacer el bien.

5. El sentido de los versículos 14, 15 es el siguiente: Las condiciones que Dios ha impuesto a la vida humana son inmutables; por tanto, es inútil que el hombre intente sustraerse a ellas, y trate de alterarlas; lo único que puede, y debe, hacer, es someterse a Dios con todo respeto. Dice un adagio rabínico: «Todo está en las manos de Dios, excepto el temor de Dios». La última frase del versículo 15 dice literalmente: *«Y Dios busca lo perseguido»;* frase oscura que ha dado lugar a multitud de interpretaciones entre los rabinos mismos; *«lo perseguido» es,* con la mayor probabilidad, *«lo que pasó»;* de ahí, la versión que parece más probable es la de la *New International Version; «Y Dios llamará a cuentas lo pasado»* (comp. con 12:14). Esto es lo que realmente importa en medio de los vaivenes de la vida: tener la vista fija en el juicio de Dios.

Versículos 16–22

Salomón continúa y muestra en estos versículos que, sin el temor de Dios, tampoco el poder ni la vida misma sirven para nada útil.

1. Aquí tenemos la vanidad del hombre, de un hombre sentado en el trono o en la silla del juez, donde, si está regido por las leyes de la religión, es el delegado de Dios. Pero sin el temor de Dios, no es sino *vanidad,* ya que, entonces, (A) El juez no juzgará rectamente (v. 16): *En la sede del juicio hay impiedad, etc.* El hombre que está en un puesto de honor y no entiende qué debe hacer, es como las bestias que perecen, como fiera de presa. Mejor les sería a los pueblos no tener jueces que tener tales jueces. Y más les valdría a los jueces no poseer ningún poder que el tenerlo para abusar de él de tal manera. (B) El juez mismo será juzgado (v. 17), cuando Dios juzgue *al justo y al impío.* Es un consuelo inefable para el justo oprimido saber que su causa será oída de nuevo. Tengan, pues, los buenos paciencia, porque el Supremo Juez no tardará en enderezar los entuertos que hayan llevado a cabo los jueces impíos y venales, aunque de momento no se vea (Job. 24:1).

2. También tenemos aquí la vanidad del hombre en cuanto que es mortal. Sin el temor de Dios, la razón natural que los hombres poseen les da poca ventaja sobre los brutos animales. Pero no culpen a Dios y digan que ha hecho de este mundo la prisión del hombre, y de esta vida un castigo, pues Dios hizo al hombre *un poco inferior a los ángeles* (Sal. 8:5); si es vil y miserable, es únicamente culpa suya. No es fácil convencer a los orgullosos de que *no son sino hombres* (Sal. 9:20b), pero es más difícil todavía convencerles de que, sin el temor de Dios, *son como bestias* (comp. con Sal. 49:12). La muerte se lleva al hombre lo mismo que al animal; ambos retornan al polvo del que salieron (v. 20); ambos perecen igualmente cuando se les corta la *respiración* (hebreo, *ruaj*, tanto en el versículo 19 como en el versículo 21; éste es el significado de *ruaj* aquí, como sinónimo del *nishmath*, soplo o aliento, de Gn. 2:7); ambos van al mismo lugar, al mismo estado, de corrupción. Nadie percibe la diferencia, pues no es visible, pero el mismo Predicador nos dice después (12:7) que el espíritu del hombre vuelve a Dios. El salmista dice (Sal. 49:12) que el hombre *es semejante a las bestias que perecen,* pero se refiere (v. 6) a *los que confían en sus bienes, al hombre que está en honra y no entiende* (v. 20), pues de sí mismo dice (v. 15): *«Pero Dios redimirá mi alma* (lit. es decir, *mi persona) del poder del Seol, porque Él me tomará consigo».* Los que viven como bestias no pueden esperar otra cosa que morir como bestias. La conclusión que deduce el

autor (v. 22), como ya lo había hecho en los versículos 12 y 13, es que hemos de procurar sacarle a la vida honestamente *nuestra porción* (lit. Comp. 2:10) y, con el temor de Dios, mantener limpia la conciencia, pues nadie en esta vida (debajo del sol) puede hacernos vislumbrar lo que nos espera en la otra, ya que *por fe andamos, no por vista* (2 Co. 5:7).

CAPÍTULO 4

Salomón muestra aquí, I. La tentación que los oprimidos sienten a la impaciencia y al descontento (vv. 1–3). II. La tentación que sienten los amigos de la comodidad a tomarse la mayor comodidad que pueden (vv. 4–6). III. La necedad de acumular riqueza avaramente y privándose a sí mismo de todo bienestar (vv. 7, 8). IV. Remedio contra esa necedad: procurar asistirse y ayudarse unos a otros (vv. 9–12). V. Lo efímero de la dignidad regia, no sólo por la necedad del mismo rey (vv. 13, 14), sino también por la volubilidad del pueblo (vv. 15, 16).

Versículos 1–3

Salomón era un hombre de amplia visión (1 R. 4:29) y, por lo que aquí dice, nos damos cuenta de que sentía compasión e interés por los afligidos. Ya había anunciado lo que le esperaba al opresor (3:16, 17); ahora observa a los oprimidos y, como fruto de su observación, nos da aquí un resumen de lo que sentía por ellos.

1. Le afligían las miserias de los pobres y oprimidos (v. 1). Siervos y obreros, oprimidos por sus amos; deudores, oprimidos por acreedores, etc. *Lágrimas en los ojos de los oprimidos, sin consuelo; poder en manos de los opresores violentos, sin vengador.* ¡Qué cuadro tan triste!

2. Al hallarse en esta situación, los afligidos se sentían tentados a envidiar a los muertos y a los que no habían nacido (vv. 2, 3) y Salomón está de acuerdo con ellos:

Mejor es la no existencia que la existencia encadenada en este valle de lágrimas, sin posibilidad de desatarse de esas cadenas y hasta sufrir el mal por hacer el bien.

Demos gracias a Dios de que, por calamitosa que sea nuestra condición, no podemos tener motivo para desear no haber nacido, ya que podemos glorificar a Dios incluso en medio de las llamas.

Versículos 4–6

1. El hombre que, con esfuerzo y habilidad, logra tener éxito en su trabajo, se concita inmediatamente la envidia de su prójimo; tanto más cuanto mayor sea la honradez con que haya conseguido el éxito (v. 4). Caín envidiaba a su hermano Abel, Esaú a su hermano Jacob, Saúl a David siempre sin motivo, y con la mayor frecuencia por buenas obras. Esto es sencillamente diabólico. Los que sobresalen en virtud causan mal de ojos a los que se exceden en el vicio; lo cual no debe quitarnos ánimos para obra el bien, sino llevarnos a esperar alabanzas, no de los hombres, sino de Dios. Tanto Ryrie como Cohen (nota del traductor) hacen notar que el que de tal manera se esfuerza en su trabajo lo *hace por rivalizar con su prójimo,* según da a entender el original; lo hace, pues, por el deseo de sobrepujar a su semejante, no por el incentivo de obrar algo útil y de valor.

2. En el otro extremo, tenemos al perezoso que *cruza sus manos* (v. Pr. 6:10; 14:2) y *come su propia carne,* es decir, se muere de hambre antes que trabajar. El versículo 6 podría interpretarse de dos maneras: (A) Como una excusa del perezoso: más vale poco sin esfuerzo que mucho con fatiga. (B) Como consejo sabio del Predicador: más vale reposo de ánimo y contentarse con ganar lo suficiente, sin ánimo de competir con otros, que esforzarse por ganar mucho, concitar la rivalidad ajena y perder así la paz del ánimo; aconseja, pues, el equilibrio entre la fatiga del versículo 4 y el ocio del versículo 5. Esta es la interpretación más probable. Como dice M. Henry: «Lo mejor es el esfuerzo moderado con ganancia moderada».

Versículos 7–12

1. Salomón se refiere a una de las mayores necedades que se dan en este mundo; y por cierto, con mucha frecuencia (v. 7): Un hombre solo, sin socio ni sucesor, que se afana y se fatiga en acumular riqueza por el único motivo de ver cómo crece el caudal, privándose a sí mismo de todo bienestar y no parándose a pensar en la necedad de tal comportamiento. Compárese con el rico insensato de Lucas 12:13–21 y se verá que la insensatez del rico que aquí describe Salomón es todavía mayor, pues el otro pensaba disfrutar de lo cosechado. Nota del traductor: Este versículo 7 me recuerda a un señor que conoce bien, célibe, que más de una vez leería esta porción. En cierta ocasión, alguien le dijo: «¡Cómo se van a reír sus sobrinos, al gozar de su dinero!» A lo que contestó él: «Por mucho que gocen ellos gastándolo, nunca gozarán tanto como disfruto yo haciéndolo». ¿Cabe mayor necedad?

2. El remedio para esta necedad egoísta se halla en la ayuda mutua, prestada por altruismo, es decir, por amor al prójimo. Salomón muestra, mediante varios ejemplos, que *no es bueno que el hombre esté solo* (Gn. 2:18) y recomienda la amistad y el matrimonio, puesto que:

(A) Cuando dos personas trabajan juntas en un negocio, se aconsejan y estimulan mutuamente en el trabajo, de modo que, aun al dividir por dos las ganancias, ambos resultan mejor pagados que si trabajasen cada uno por su cuenta. (B) De la misma forma, cuando alguien tiene una equivocación, sufre algún accidente, etc., puede serle fatal para el negocio y aun para la vida, pero si trabaja o convive con otro, tiene quien le aconseje y quien le asista y ayude. (C) El versículo 11 puede interpretarse de dos maneras: (a) del marido y la mujer en la misma cama; esto es lo que, a primera vista, se deduce; (b) de dos amigos, compañeros de viaje, «que se acuestan juntos en las frías noches que siguen tras el ardor del día en el oriente» (Cohen, contra la primera interpretación defendida por Rashi). M. Henry (nota del traductor, todo ello) lo espiritualiza, aplicándolo al *mutuo estímulo* de los creyentes *al amor y a las buenas obras* (He. 10:24); lo mismo hace con la 1.ª parte del versículo 12, que aplica, con buena razón, a las batallas contra nuestros enemigos espirituales, a los que hemos de vencer unidos en la comunión con Dios. Cita un dicho latino de cuando Inglaterra fue invadida por los romanos: *Dum singuli pugnant, universi vincuntur*—Mientras luchan en facciones separadas, sacrifican la causa general (traducción libre de M. Henry). (D) Salomón concluye con lo que parece ser un dicho ya proverbial: *«El cordel de tres cabos no se rompe rápidamente»* (lit.; no, *fácilmente).* Este proverbio tenía mejor aplicación en el antiguo Oriente, y la tiene especialmente cuando se aplica espiritualmente a *dos* creyentes que, con Dios o Cristo, son *tres* (irrompibles, con lo que el proverbio, aplicado de esta forma, «cojea», pues no dice que no se pueda romper, ni siquiera que no se pueda romper fácilmente, sino «rápidamente»). En realidad, especialmente en España (quizá, en otros países), cuando a dos amigos se une un tercero, es corriente hablar de «un tercero en discordia»; no cabe duda de que la intimidad y los secretos se guardan mejor entre dos que entre tres (especialmente, entre mujeres). M. Henry cita el caso de los dos discípulos de Emaús, a quienes se agregó Jesús.

Versículos 13–16

1. Un rey no puede ser dichoso a menos que sea sabio (vv. 13, 14). Si es necio, no admitirá ningún consejo, ninguna advertencia que se le haga. La necedad y la terquedad suelen ir de la mano, y los que más necesitan un buen consejo son los que peor lo reciben. Mas ni la edad ni los títulos más elevados pueden procurarle a una persona el respeto de los demás, si carece de la prudencia y de la virtud que la acrediten. En cambio, la sabiduría y la virtud granjean honor a una persona, incluso bajo las desventajas de la poca edad y de los pocos bienes de fortuna.

2. Un rey no puede continuar por largo tiempo en el trono, si carece del interés y del afecto de su pueblo. Pero, además, las masas son volubles.

Los que, el domingo de Ramos, decían *«¡Hosanna!»,* al viernes siguiente decían *«¡Crucifícale!»* El sentido de los versículos 15 y 16 es ambiguo. Escogemos, como más probable, la interpretación de Cohen: «El primer rey se hace impopular y el pueblo aclama a un joven sucesor, pero éste, a su vez, pierde el favor de sus súbditos, quienes aplauden a un nuevo héroe. La historia de Saúl, David y Absalón es un ejemplo de la verdad que expresa (el *Kohélet*)».

CAPÍTULO 5

Se nos habla, I. De la forma en que debe adorarse a Dios, sin los frecuentes defectos que empañan o corrompen tal adoración (vv. 1–7). II. De la vanidad de las riquezas de este mundo, con la preocupación y los males que proporcionan (vv. 8–17). III. Concluye con sabios consejos para sacar de las presentes circunstancias el mejor partido posible (vv. 18–20).

Versículos 1–7

El propósito de Salomón aquí es llevarnos a la casa de Dios, para mostrarnos nuestro deber, después de apartarnos del mundo al mostrarnos su vanidad. Que nuestros desengaños con las criaturas nos ayuden a levantar la mirada hacia el Creador. En la Palabra de Dios y en la oración hay bálsamo para toda herida.

1. Nos encarga comportarnos debidamente en la casa de Dios: (A) En primer lugar, hemos de *vigilar nuestros pasos,* es decir, nuestra conducta, acercándonos en actitud de *obediencia (para oír),* previa al *sacrificio* (v. 1. comp. 1 S. 15:22). Sacrificio sin obediencia es de *necios,* con la connotación moral (no sólo intelectual) que tal epíteto tiene aquí lo mismo que en Proverbios. (B) En segundo lugar, no hemos de apresurarnos a hablarle a Dios ni a multiplicar palabras (comp. Pr. 10:19; Mt. 6:7). Lo de *«Dios está en el cielo»* (v. 2) no significa que Dios esté lejos, sino que su infinita majestad y grandeza exigen de una humilde criatura reverencia interior y parquedad de palabras. El versículo 3 lo confirma con un ejemplo: Así como las muchas preocupaciones estropean el descanso de la noche, así también las muchas palabras oscurecen el sentido de la expresión. El Talmud hace notar que la oración de Moisés, en Números 12:13, consta en hebreo de cinco monosílabos únicamente.

2. Nos encarga a continuación tener mucha precaución al prometer solemnemente (con voto) a Dios alguna cosa. El versículo 4 repite, casi a la letra lo de Deuteronomio 23:22. El voto es una «atadura» (v. Dt. 30:2). Sólo con su fiel cumplimiento se suelta uno de él. Dos razones se nos dan para el alegre y pronto cumplimiento de los votos: (A) Porque, de lo contrario, afrentamos a Dios, *porque Él no se complace en los insensatos.* (B) Porque, de lo contrario, nos hacemos daño a nosotros mismos, al incurrir en el castigo correspondiente (v. 6b). No sirven las excusas: *«… ni digas* (v. 6) *delante del sacerdote* (lit. *mensajero,* es decir, puesto por Dios para recoger lo ofrecido): *fue una equivocación».* A Dios no se le puede engañar con excusas. *«Mejor es que no prometas, y no que prometas y no cumplas»* (v. 5), pues no hay ninguna obligación de hacer tales votos (Dt. 23:23).

3. Como conclusión de estos consejos, tras compendiar lo del versículo 3, el Predicador exhorta a *temer a Dios* (v. 7); como si dijese: «Haz del respeto a Dios la norma de tu conducta y evitarás los defectos de que te he hablado y, al mismo tiempo, no incurrirás en la ira de Dios».

Versículos 8–17

Salomón muestra en esta sección la vanidad de la vida; en especial, la futilidad y fragilidad de las riquezas materiales y la necedad de afanarse con esfuerzos y fatigas para acumularlas.

1. Comienza (vv. 8–9) por un caso de opresión, debido a la corrupción del gobierno *en la provincia* (hebreo, *mediná.* Comp. Est. 1:1; 8:9; de ahí la expresión *beney hammediná,* hijos de la provincia, esto es, «provincianos», que hallamos en Esd. 2:1; Neh. 7:6; 11:3, para designar a los judíos que habían vuelto de la cautividad). Aun en el caso de que el gobierno de una nación sea bueno, puede haber un gobernador o un alcalde que sean *opresores de los pobres y torcedores del derecho y de la justicia* (v. 8). No hay por qué asombrarse, pues no es caso raro, ni por qué perturbarse por ello, pues *sobre ellos hay otro más alto* (¡el Altísimo!), aunque el verdadero sentido aquí es que «sobre el alcalde está el gobernador, el rey»; así lo muestra el contexto próximo (v. 9), aunque las interpretaciones de este versículo son muy diversas, pues el hebreo resulta muy oscuro. La mejor versión es, sin duda, la que ofrece la NVI: *«El provecho sacado de la tierra es tomado* (en forma de extorsión) *por todos* los funcionarios subalternos); *el rey mismo se aprovecha de los campos»,* es decir, tan pronto como un terreno sin cultivar (el mismo vocablo de 2 S. 17:8) se convierte en campo de cultivo, cae bajo las exacciones que impone el rey. En todo caso, es cierto que todos viven del campo, hombres, incluido el rey, y bestias; lo cual presta honor al trabajo del labrador y debería estimular a los gobiernos a proteger a los labradores de las pérdidas que el mal tiempo les puede ocasionar.

2. Pasa luego el Predicador a mostrar la vanidad de las riquezas, pues no pueden hacer feliz al hombre, ya que (A) Cuanto más se tiene, más se quiere (v. 10). Hay deseos corruptos que nunca se sacian.

Además, al hombre hambriento los lingotes de oro no le aprovechan más que si fuesen trozos de barro. (B) Cuanto más aumentan los bienes (v. 11), más *aumentan los que los consumen,* no sólo porque la mejora de condición social exige, con la suntuosidad de una mejor casa, mejores servicios y más criados, sino porque aumentan los amigos y parientes lejanos que desean sacar tajada de dicho aumento. (C) El rico, con todo eso, tiene la desventaja del continuo temor de robo, exacciones fiscales altas, secuestro, etc. (v. 12), mientras que el modesto trabajador puede dormir tranquilo: ni hace daño al oprimir a otros, ni se lo hacen a él, pues posee poco. (D) Para colmo de males, el que tiene mucho dinero suele invertirlo en negocios y empresas que pueden ir a la bancarrota con una desafortunada operación financiera (vv. 13, 14), y no quedar nada para los herederos; lo cual es tanto más doloroso, cuanto más alto era el nivel de vida al que estaban acostumbrados. (E) El resultado es que se marcha de esta vida sin haberle sacado provecho, sino fatigas y dolores (vv. 15–17). Es cierto que *«desnudos nacimos, y sin nada nos iremos* al sepulcro» (comp. Job 1:21; 1 Ti. 6:7), pero un hombre prudente puede sacar la satisfacción de haber hecho el bien en esta vida (v. Ap. 14:13), pero el avaro codicioso y opresor no saca nada de lo que acumuló (comp. Sal. 49:17). Lo de *«comerá en tinieblas»* (v. 17b) no significa que ahorre hasta la luz, ni que aguarde a la noche para comer, ya que pasa el día afanándose por ganar más y más, sino que es sinónimo de la pobreza, miseria, etc. del contexto posterior (comp. con Pr. 20:20b).

Versículos 18–20

Después de meditar sobre la necedad de acumular riquezas sin sacarles provecho duradero y efectivo, el Predicador exhorta a seguir un curso de vida con el que podamos servir mejor a Dios y sacar más provecho nosotros mismos. Ya había insistido antes en esto (2:24; 3:22) y lo hará repetidamente después (8:15; 9:7; 11:7 y ss.). La vida es don de Dios, y don de Dios son *todos los días de vida* que vivimos; bueno es, pues, agradecerlo todo como venido de su mano y disfrutarlo alegremente como muestra notoria de tal agradecimiento, ya que, con ello, dan gloria al Dador, responden a la intención del don, obran sabiamente, actúan generosamente y sacan de la vida el mejor partido que se le puede sacar honestamente (v. 18). Un corazón así dispuesto es un don de la gracia, que corona todos los otros dones de la Providencia (v. 19). Todas la versiones modernas dan bien el sentido del versículo 20; quizá la más cercana a la letra del original es la que ofrece la *New American Standard Translation*. Personalmente (nota del traductor) me parece deliciosa la versión de J. J. Serrano: *«No se piensa demasiado en la vida* (es decir, si es breve, fatigosa, etc.) *cuando Dios le ocupa a uno con tan íntima satisfacción»*. Esta *«alegría de su corazón»* (lit.) hace que el hombre prudente tenga por bien empleado su trabajo al ver que Dios le permite disfrutar honestamente de él.

CAPÍTULO 6

En este capítulo, el Predicador continúa mostrando la vanidad de las riquezas materiales, pues I. En manos de un miserable avaro, no sirven para nada (vv. 1, 2). II. Tanto que un feto muerto en el vientre de su madre es más feliz que él (vv. 3–6). III. Más vale gozar de lo presente que vivir de ilusiones (vv. 7–9). IV. En vano es que el hombre luche contra los designios de la Providencia; mejor es que se someta a los planes de Dios, quien sabe mejor que nosotros lo que nos conviene (vv. 10–12).

Versículos 1–6

Salomón muestra ahora la necedad de tener y no usar. Como rey, se había percatado bien de ello. Tanto el derroche como la avaricia son un perjuicio para el individuo, tanto como para la sociedad, pues la circulación del dinero en el país es como la circulación de la sangre en el cuerpo: puede matar de alta presión (¡inflación!) lo mismo que de anemia, por estancamiento. Veamos:

1. Las muchas razones que tiene el hombre para ser agradecido a Dios y servirle (v. 2): *«… riquezas, bienes y gloria, y nada le falta de todo lo que desea»*. Pero el hombre vano no sabe disfrutar de todo eso, porque (A) O vive poco tiempo y se lleva un extraño todo lo que ha ganado él; (B) O, aunque *viva largos*

años (hasta *carecer de sepultura*, es decir, no morir) y *engendrar cien hijos* (es decir, muchos), no saca satisfacción de lo que ganó (v. 3).

2. ¿De qué le sirve la vida, si no sabe emplearla para su bien? Un hombre así, *aunque viva mil años dos veces* (lit. v. 6), es decir, más del doble que Matusalén (v. Gn. 5:27), saca de la vida menos que *un abortivo* (v. 3b), quien parece venir a este mundo sin propósito alguno (v. 4), pero, al menos, no ha conocido las fatigas y las decepciones que la vida comporta (v. 5), con lo que se le compensan las desventajas de no haber tenido ni nombre y de ser pronto olvidado en la oscuridad de la tumba, sin haber visto la luz (vv. 4b, 5a), pues del vientre de la madre es llevado a toda prisa al vientre de la tierra.

Versículos 7–9

El Predicador enseña ahora que más vale tener poco y disfrutarlo que desear mucho y no tenerlo. La enseñanza ha de depender de una buena versión del texto (nota del traductor, por eso, nos desviamos de M. Henry).

1. El deseo del hombre es insaciable. Este mal aqueja, como dice Ryrie, *«al sabio, al necio y al pobre»*. De ahí, la proposición general del v. 7. La versión más probable del versículo 8 es la que ofrece Cohen (v. también la de la NVI, que se acerca mucho al original): *«Porque, ¿en qué aventaja el sabio al necio?* (puesto que ambos han de morir, en nada desde este punto de vista de satisfacer los deseos. Comp. 2:15 y ss.).

¿O qué ventaja tiene el pobre que sabe cómo andar entre los vivientes (sobre el necio que carece de este conocimiento)? Comenta el mismo Cohen: «El primero, en su pobreza, ha aprendido a acomodarse a las circunstancias y sacar el mejor partido de lo que le ha tocado en suerte, mientras que el necio está abrumado por un hambre insaciable de poseer más de lo que tiene. No obstante, ambos se parecen en que viven sin alegría, debido a la insatisfacción de sus deseos».

2. El disfrute legítimo de lo que tenemos a mano es preferible a todas las ilusiones que nos podamos forjar (v. 9): *«Más vale ver con los ojos que divagar con el deseo»*, a no ser que se trate del deseo de Dios y de las cosas santas, pues eso no es «divagar», sino afianzar. La enseñanza de este versículo queda bien recogida en el bien conocido refrán: «Más vale pájaro en mano que ciento volando».

Versículos 10–12

En estos versículos, el Predicador viene a decir que el destino del hombre está determinado, no por el hombre mismo, tampoco por un destino ciego, sino por un Dios sabio y amoroso.

1. Todo lo que existe (v. 10) tiene nombre (es conocido por Dios); el original dice literalmente «*fue llamado su nombre»*. Del ser humano, en concreto, *se sabe que es* sólo eso: «mero *hombre»* (hebr. *Adán*, el nombre que describe su condición de *«formado del polvo de la tierra»* en Gn. 2:7), hecho de arcilla como una vasija de alfarero. Ricos y pobres deben recordar que están hechos de la misma pasta (Sal. 103:14).

2. Al ser esto así, ¿cómo podrá el hombre contender con su Hacedor? (v. 10b. Comp. con Job 9:32; 40:2; Pr. 21:30; Is. 45:9). El texto hebreo dice escuetamente: *«… contender con el que* (o lo que) *es más fuerte que él»*. Puesto que el vocablo hebreo *takkif* nunca se aplica a Dios en la Biblia, los rabinos lo interpretan en el sentido de que el hombre no puede prevalecer sobre la muerte.

3. El *debarim* del versículo 11 puede traducirse por *«palabras»*, con lo que el Predicador exhortaría a no estar quejándose de la suerte que a cada uno le ha cabido, pues no se saca de ello ningún provecho, o por *«cosas»*, con lo que da a entender así de nuevo la vanidad de poseer mucho, ya que no le podrán ayudar a cambiar su suerte. Con cualquiera de las dos versiones, lo más prudente para el hombre es someterse a la voluntad de Dios, pues (v. 12): (A) ¿Quién sabe lo que es realmente *bueno* para uno en cada determinada circunstancia? ¡Sólo Dios! (B) Además, la incertidumbre del mañana añade nueva dificultad al problema de definir lo que es bueno para el hombre.

CAPÍTULO 7

Tras considerar la futilidad de la vida presente, el Predicador nos introduce ahora, I. En una serie de reflexiones serias, expresadas en proverbios que comienzan, de ordinario, por el vocablo *tob* (lit. *bueno*) en el sentido de *«es mejor» o «vale más»,* y exhortan a la seriedad y a la prudencia (vv. 1–12). II. En una serie de exhortaciones a depender de la Providencia y a procurar en todo la «áurea medianía» que nos preserva de extremos peligrosos, siempre con mansedumbre y humildad (vv. 13–22). III. En una porción autobiográfica, donde Salomón resume sus amargas experiencias (vv. 23–29).

Versículos 1–12

Esta sección puede resultar paradójica a quienes no tengan en cuenta el contexto entero de *Eclesiastés.*

1. *La buena reputación vale más que el mejor perfume* (v. 1. Comp. Cant. 1:3). La virtud es preferible a todas las riquezas y delicias del mundo (Pr. 22:1). El *«buen aceite»* (lit.) engloba lo mejor de los productos de la tierra, lo mejor de los placeres (el *«óleo de alegría*») y lo más alto de los honores, pues reyes y sacerdotes eran ungidos con él. Por el precioso ungüento que María derramó sobre Jesús, la galardonó el Señor con un *buen nombre,* tan duradero como la predicación del Evangelio (Mt. 26:13). Con un buen nombre, *el día de la muerte,* que pone fin a todas las aflicciones y fatigas de esta vida, *es preferible al día del nacimiento.*

2. *Es mejor ir a un funeral que a una fiesta* (v. 2), pues la fiesta sirve de pábulo a la frivolidad, mientras que el funeral (el dolor, no la pompa) es: (A) Buen medio de amonestación: *«al que vive le hará reflexionar».* En cierto epitafio se leía: «Lo que hoy eres, lo fui ayer; lo que soy hoy, lo serás mañana». Ver en la muerte ajena un anticipo seguro de la nuestra es un mensaje más efectivo que cualquier sermón. El *pesar* (la emoción penosa) que suscita un funeral, hace que *se mejore el corazón* (v. 3), mientras que la frivolidad del necio (2:2) le impide reflexionar seriamente sobre la vanidad de la vida presente. Por eso, el corazón del sabio y el del necio sintonizan respectivamente con el pesar y con el jolgorio.

3. Vale más que nuestras corrupciones sean mortificadas por *la reprensión del sabio,* antes que verlas acariciadas por *la canción de los necios* (v. 5). ¡Qué bien se describe la risa del necio al compararla al *crepitar de las zarzas bajo la olla* (v. 6), pues producen mucho ruido y gran llamarada, pero dura muy poco, pronto acaba en cenizas y no contribuye al hervor de la olla, que requiere un fuego continuo!

4. La interpretación más probable del versículo 7, según lo exige el paralelismo de sus dos estilos es que, tanto la extorsión a fin de enriquecerse, como el soborno recibido para hacer un favor injusto, desmoralizan al más sabio y le hacen comportarse como un necio. El versículo 8 se entiende mejor si traducimos *dabar* por tema o *asunto,* más bien que por *cosa;* la moraleja del versículo es, pues, que hay que ser parco en hablar y no extenderse en juicios u observaciones que puedan perjudicar a otros o al mismo que habla sin prever el efecto que pueden producir sus palabras. Con esta reflexión empalma la segunda parte del versículo al advertirnos que es precisamente el *altivo* el que, por menosprecio al prójimo, no mide sus palabras, mientras que el *sufrido,* el que sabe dominarse y soportar lo que se le imputa, se calla y evita la prolongación de la discordia (v. 9). Otra muestra de necedad, común entre los impacientes (los altivos del v. 8), es quejarse de los problemas presentes (v. 10), y pensar que en años pasados disfrutaron de mayor tranquilidad y bienestar. El verdadero sabio es ecuánime al pesar las ventajas y desventajas que cada época de la vida comporta. Como advierte Cohen, estaría fuera de contexto leer aquí el conocido adagio: «Todo tiempo pasado fue mejor».

5. La mejor versión de los versículos 11 y 12 es la que da *La Biblia de las Américas; «Buena es la sabiduría con herencia, y provechosa para los que ven el sol. Porque la sabiduría protege* (resguarda) como *el dinero protege. Pero la ventaja del conocimiento es que la sabiduría preserva la vida de sus poseedores».* El sabio sabe cómo vivir; el rico tiene de dónde vivir. Pero el conocimiento de la sabiduría da vida porque se apoya en Dios, pues *el temor de Jehová es el principio del conocimiento* (Pr. 1:7) y *el comienzo de la sabiduría* (Pr. 9:10). Nótese, empero, que *Eclesiastés* no vuela tan alto como *Proverbios;* la *«vida»* del versículo 12 se entiende mejor a la vista del versículo 19.

Versículos 13–22

1. Después de las alabanzas a la sabiduría, procede el Predicador a presentarnos algunas normas de sabiduría, y es la principal (vv. 13, 14) someterse a la voluntad de Dios, sin intentar cambiar el curso de la

Providencia. Dios ha dispuesto lo adverso lo mismo que lo próspero, a fin de que guardemos en cada momento la compostura de ánimo, total dependencia de Él y buen uso del presente, sin afligirnos inútilmente ni preocuparnos excesivamente por el porvenir, el cual está únicamente en las manos de Dios.

2. La prudencia (siempre *debajo del sol)* nos exige guardar el justo medio, mediante el temor de Dios (vv. 15–18), ante el hecho innegable (v. el caso de Job) de quien perece *en* (no *por) su justicia,* cuando otros tienen vida larga *en su* maldad (v. 15). El justo medio está en huir (v. 18) de los dos extremos que se mencionan en los versículos 16 y 17. El extremo que llamaríamos «bueno» hasta *pasarse de bueno y de listo* (v. 16) consiste en poner demasiado énfasis en detalles minuciosos de piedad que conducen a los escrúpulos de conciencia y en una dedicación tan exagerada al estudio de la sabiduría, que la persona *se destruye,* no literalmente, sino en el sentido (más probable) de enajenarse la amistad de sus vecinos y ser abandonado como un neurótico solitario. Esto no contribuye a la felicidad. El extremo «malo» (v. 17), fácil de comprender, consiste en no preocuparse de las normas de moralidad y, por miedo a parecer timorato, desentenderse de los innumerables preceptos, algunos muy complicados, de la Ley, lo cual es una necedad que acorta la vida. El versículo 19 es como un resumen de los consejos precedentes, y establece una vez más el valor de la sabiduría por encima de todos los demás valores de esta vida (comp. con el v. 12 y con Pr. 4:7).

3. Al empalmar (lo más probable) con el versículo 18, donde se habla del temor de Dios como remedio para *salir bien en todo,* el versículo 20 sienta la afirmación ya conocida (1 R. 8:46; 2 Cr. 6:36; Sal. 143:2; Pr. 20:9 y, después, Ro. 3:23; Stg. 3:2) de que *«no hay hombre tan justo en la tierra, que haga el bien* (se entiende, continuamente) y *nunca peque»*. De donde se deriva la prudencia del consejo siguiente (vv. 21, 22): «No esperes que se hable siempre bien de ti, especialmente de parte de tu servidumbre (recuérdese el adagio: "No hay hombre grande para su ayuda de cámara"), pues el tema general de las conversaciones son los pecados, no las virtudes, del prójimo». Por otra parte (v. 22), tu *corazón,* es decir, tu conciencia, *sabe que tú también dijiste mal de otros muchas veces.*

Versículos 23–29

En estos versículos confiesa Salomón que, a pesar de ser el hombre más sabio (1 R. 3:12), su sabiduría no le alcanzaba para comprender todos los misterios de la vida (v. 23, comp. con Dt. 29:28 y Job 28:12 y ss.).

1. Confiesa que el universo, en toda su inmensa belleza y grandeza, le resulta demasiado *vasto* (lejos) *y profundo* (comp. Job 11:7 y ss.).

2. De la consideración del mundo físico, pasa a la del mundo moral (vv. 24–29), investigación prolija y fatigosa, como lo muestra la acumulación de verbos (v. 25); «… *a conocer, escudriñar e inquirir*». Hay algo para lo que no ha necesitado investigar demasiado: el perjuicio que causa la mala mujer (v. 26), tema que había tocado en numerosos lugares de *Proverbios* (especialmente, todo el cap. 7). La frase con la que la describe *(«más amarga que la muerte»)* está bien parafraseada en Proverbios 5:3, 4. Sólo el que en todo trata de agradar a Dios, escapará de los lazos y redes de la mala mujer (v. 26b). De la investigación aludida en el versículo 25, y *pesando las cosas una por una,* el Predicador ha sacado las siguientes conclusiones:

(A) Hay algo a lo que no halla razón (v. 28. El empalme con el v. 27 ha de leerse así: *«para hallar la razón que continúa buscando mi alma*—es decir, mi persona—y *no la encuentra»):* No halla Salomón por qué, aun habiendo encontrado un hombre cabal entre mil, no ha hallado ninguna mujer cabal (comp. Pr. 31:10) entre todas esas, es decir (más probable), entre mil. Para no sacar falsas conclusiones de este versículo es preciso tener en cuenta: (a) que su lenguaje es hiperbólico, cosa corriente entre los semitas; lo hallamos incluso en el Nuevo Testamento (v. por ej. Jn. 3:26; 11:48). (b) que Salomón conocía sobradamente a las mujeres de su tiempo (v. 1 R. 11:1–13) y estaba de vuelta (probablemente) del perjuicio tan enorme que le habían causado.

(B) Hay algo único a lo que ha hallado explicación completa (v. 29): *Dios hizo al ser humano* (hebr. *haadam) recto,* es decir, bien inclinado; *pero ellos se buscaron muchas artimañas;* se entiende, para desviarse de la rectitud original, por lo que no pueden culpar al Hacedor, sino a sí mismos, de su maldad y de sus males.

CAPÍTULO 8

En este capítulo, Salomón nos recomienda la sabiduría como el más poderoso antídoto. I. Beneficio y alabanza de la sabiduría (v. 1). II. Algunas normas especiales de sabiduría que se nos prescriben: 1. Nos hemos de someter al gobierno que Dios haya puesto sobre nosotros (vv. 2–5). 2. Hemos de estar preparados para ciertos males que nos pueden sobrevenir súbitamente, especialmente para una muerte repentina (vv. 6–8). 3. Hemos de ponernos en guardia contra la tentación que nos ocasiona un régimen opresor (vv. 9, 10). La impunidad de los opresores les hace más atrevidos (v. 11), pero a la larga, les irá bien a los buenos, y mal a los malvados (vv. 12, 14). 4. Hemos de usar con alegría los dones de la providencia de Dios (v. 15). 5. Debemos conformarnos, con entera satisfacción, con la voluntad de Dios.

Versículos 1–5

1. Un encomio de la sabiduría (v. 1). El verdadero sabio piadoso con Dios, justo con los demás, sobrio consigo mismo (Ti. 2:12) es difícil de hallar. La primera pregunta equivale a la de Proverbios 31:10, y viene a decir que un hombre verdaderamente sabio es una verdadera joya para sí mismo y para la sociedad en que vive, pues puede *interpretar las cosas,* es decir, posee la sagacidad y la intuición necesarias para resolver los difíciles problemas que la vida terrenal presenta. Su rostro resplandece como el de Moisés; en él se refleja la serenidad y la paz interior, que es una bendición para los demás (Nm. 6:25). Este resplandor hace que su seriedad, áspera a primera vista (la misma frase de Dt. 28:50), se torne benigna y atractiva.

2. Una señal especial de sabiduría es la sumisión a las autoridades legítimas. El versículo 2 comienza por una elipsis notable (comp. Is. 5:9, donde falta el primer verbo en el original): «Yo (te aconsejo. El pronombre yo está explícito, pero falta, aunque se suple fácilmente, el «te aconsejo»): *Guarda el mandamiento del rey en atención al juramento* (pronunciado delante) *de Dios* (lit.). Se da aquí el motivo más elevado para obedecer la autoridad constituida: el respeto al nombre de Dios, invocado en el acto de prestar juramento de fidelidad y sumisión al rey (v. 2 S. 5:3; 2 R. 11:17). Tras esto viene una norma de prudencia, bien apoyada con buenas razones: *No te apresures a irte de su presencia* (v. 3), es decir, si el rey te dice algo que te ofende, no te marches lleno de resentimiento ni dimitas, por ello, de tu cargo (comp. 10:4), *ni persistas en ninguna cosa mala,* que sea la causa del regio descontento hacia ti (sentido más probable), pues, aunque tuvieses la razón de tu parte, el rey es soberano y nadie puede pedirle explicaciones (v. 3b, 4). La primera parte del versículo 5 es fácil y nos recuerda Proverbios 12:21; Romanos 8:28 y 1 Pedro 3:13, pero la segunda parte no es tan clara. Ryrie ofrece la explicación más probable: «El sabio confía en que las injusticias llegarán un día a su fin y quedará él vindicado con decisiones judiciales apropiadas».

Versículos 6–8

El versículo 6 forma un paréntesis y, en realidad, pertenece a la sección anterior (nótese lo de *«momento»* y el *«modo»,* que corresponden al *«cuándo»* y al *«cómo»* del v. 5). La interpretación más probable de la difícil segunda parte del versículo es: cada uno tiene ya suficientes problemas, ¿para qué aumentarlos rebelándose abiertamente contra un gobernante intolerable? Mejor es someterse y dar tiempo al tiempo. El versículo 7 da una razón más para someterse: ¿Quién sabe lo que puede ocurrir para poner fin a la tiranía? la muerte les llega a todos; también al tirano. En efecto (v. 8), ni siquiera el rey tiene armas ni ejército suficientes para luchar contra el poder de la muerte, como no las tiene nadie para *«detener el viento»* (lit. Comp. Pr. 30:4). No se trata aquí, pues, del aliento vital humano.

Versículos 9–13

Salomón pondera aquí las incongruencias de la vida, especialmente las formas diversas, inconvenientes y raras, en que la gente reacciona en una situación como la descrita en la sección anterior (v. 9, donde su *mal* significa el del que lo padece, no el del que lo inflige.—Nota del traductor, contra la opinión de M. Henry—). El versículo 10 es un verdadero rompecabezas y la mayoría de las versiones

dicen las cosas más disparatadas, incluso al alterar el texto para darle algún sentido. La única versión que ofrece algo inteligible conforme al contexto y sin alterar el original es la Reina-Valera (todo es nota del traductor). El versículo 11 expresa el efecto que sobre la mayoría de la gente causa ver lo que describe el versículo 10 (según la RV), pues induce a los hombres a cometer el mal, al ver que los crímenes quedan impunes, sin que Dios ponga rápidamente fin a la anómala situación. Pero se engañan los malvados (vv. 12, 13), pues, aunque la sentencia no se ejecute con rapidez, se ejecutará un día con severidad. En cambio, *les irá bien a los que temen a Dios*, incluso bajo la opresión que padezcan de parte de los tiranos. Los buenos viven una vida sustancial, con propósito definido, santo y provechoso; mientras que los malos, por muchos que sean sus días, son días sin valor, huidizos *como la sombra* (comp. Job 14:2). Sólo el temor de Dios tiene promesa de vida verdadera, de vida eterna, pues todo lo que hay debajo del sol es vaciedad fútil.

Versículos 14–17

A pesar de su anterior profesión de fe, el Predicador insiste en la anomalía de que a los malos les vaya bien, y a los buenos mal (comp. con 7:15). Sin embargo:

1. Esto no ha de sorprendernos como si fuera algo extraño (v. 14); en realidad, es otra *vanidad*, es decir, otro *«engaño»*, como traduce J. J. Serrano, quien añade: «No hay que guiarse por las apariencias, pues el malo no puede ser feliz y el bueno lo es siempre».
2. Al ser un «engaño», no se ha de culpar de injusticia a Dios, sino de ignorancia a los hombres, pues esto no es más que una evidencia más de que las cosas de este mundo no han sido designadas por Dios para darnos la felicidad; de lo contrario, Dios no permitiría que los malos lo pasasen mejor que los buenos.
3. La consecuencia práctica, tantas veces recomendada en Eclesiastés, es (v. 15) sacarle a la vida presente el mejor partido posible, dentro del temor de Dios, y disfrutar de todo como de un regalo de nuestro Padre, sin impacientarnos por lo que suceda en torno nuestro. J. J. Serrano hace notar que «*Qoh* (es decir, *Kohélet*; más exacto, *Qohélet*) repite por cuarta vez su consejo … Pero ahora añade de modo más explícito que el hombre ha de ser feliz por medio del trabajo».
4. Los versículos 16 y 17 muestran muchas semejanzas (y en un contexto similar) con lo que ya vimos en 3:10, 11. El Predicador confiesa que no sólo él, sino también otros, habían emprendido esta tarea difícil de investigar las obras de Dios, especialmente en los métodos de su providencia con los hombres, y lo habían hecho con tanto afán que hasta les quitaba el sueño. ¡Todo en vano! Los designios de Dios son inescrutables (Is. 55:8; Ro. 11:33, 34).

CAPÍTULO 9

Para darnos una prueba más de la futilidad de este mundo, Salomón nos ofrece aquí cuatro observaciones: I. Había observado que, por lo que se ve al exterior, los buenos y los malos vienen a salir lo mismo (vv. 1–3). II. También, que la muerte pone punto final, en este mundo, a todas las labores y a todos los dolores (vv. 4–6), de donde infiere que es de sabios sacarle a la vida el mejor partido posible (vv. 7–10). III. Que los infortunios, como las oportunidades, le sobrevienen al hombre muchas veces por sorpresa (vv. 11, 12). IV. Que, aun cuando la sabiduría hace a los hombres buenos y útiles a la sociedad, hay personas de gran mérito que son menospreciadas (vv. 13–18).

Versículos 1–3

Alguien ha hecho notar acerca de los que han intentado hallar la piedra filosofal que, aun cuando no hallaron lo que buscaban, dieron con algunas otras cosas útiles que no buscaban. Esto es lo que le pasó a Salomón: Por mucho que se esforzó, *no pudo alcanzar la obra que se hace debajo del sol* (8:17), pero pudo observar algo que sería de utilidad a los lectores.

1. Antes de describir la tentación en toda su fuerza, sienta una verdad importante e incuestionable. Job enfatiza la omnisciencia de Dios (Job 24:1); Jeremías, la justicia de Dios (Jer. 12:1); Habacuc, su santidad (Hab. 1:13); el salmista, su bondad y los especiales favores dispensados al pueblo elegido (Sal. 73:1). Con todo esto se contenta Salomón, y parece reducirlo a su compendio al decir que *«los justos y los sabios, y sus obras, están en las manos de Dios»* (v. 1). ¡En buenas manos están! Aunque no comprendamos los caminos de Dios, sometámonos a su voluntad, que dispone para nosotros lo mejor (comp. Dt. 33:3; Sal. 31:15; Jn. 10:29).

2. Sienta luego la norma de que *el amor o el odio* (esto es, la relegación a segundo lugar) de Dios no pueden medirse ni juzgarse por lo que aparece al exterior (prosperidad o adversidad): *ambas cosas* (el amor y el odio) *están delante de ellos* (lit.), es decir, no saben cuál de las dos les tocará a cada uno. Como es obvio, esto no tiene nada que ver con la salvación o la condenación eternas (nota del traductor).

3. Después de sentar estos principios, reconoce (v. 2) que, *al final* (de la vida, no del mundo), *una misma suerte aguarda a todos* (la muerte), pero hay que tener en cuenta: (A) La gran diferencia entre los caracteres de unos y otros: (a) *los justos* son *buenos y limpios, ofrecen verdadero sacrificio, hacen el bien y sienten gran respeto al pronunciar juramento;* (b) *los impíos son inmundos, malos, no sacrifican* (o lo hacen con falso corazón, lo que es mayor abominación) y no muestran reverencia por el nombre de Dios cuando *juran.* (B) La poca diferencia que hay entre las condiciones respectivas de unos y otros en este mundo: *una misma suerte.* ¿Era David rico? ¡También Nabal! ¿Fue Acab muerto en batalla? ¡También Josías! Según las apariencias, eran iguales. Según el corazón, distintos.

4. Reconoce que esto da pesar y amargura a los que son buenos y sabios (v. 3): *«Este mal hay entre todo lo que se hace debajo del sol».* Da ánimos a los ateos y fortalece las manos de los malhechores. Al ver que a todos les sucede lo mismo, llegan a deducir que a Dios lo mismo le da el que sean justos o malvados (comp. con Sal. 14:1; 53:1); a esta conclusión que sacan los malvados se refiere todo lo que sigue al y *también* en la segunda parte del versículo 3.

Versículos 4–10

Apenado por la violencia que se comete debajo del sol, Salomón había alabado a los muertos más que a los que viven (4:2), pero ahora, más tranquilo, considera las ventajas de los vivos sobre los muertos.

1. «Mientras hay vida, hay esperanza», dice nuestro refrán. Lo mismo viene a decir el Predicador (v. 4). *«Mejor es perro vivo,* continúa, a pesar de ser entonces el más despreciado de los animales (v. 1 S. 17:43; Pr. 26:11), *que león muerto,* el más fuerte de los animales (Pr. 30:30). La razón es (v. 5) que *los vivos saben que han de morir* (ya es saber algo), *mientras que los muertos no saben nada;* hasta su *memoria es puesta en olvido.* Cohen comenta: «Este es el ingrediente de la muerte que tan amargo le sabe a *Kohélet* (v. en 1:11). Una persona viva es alguien; una persona muerta es menos que nadie; no es ni siquiera un recuerdo».

2. De aquí deduce que es una muestra de sabiduría hacer de la vida el mejor uso posible. Después de haber caído en el abuso de todos los placeres, Salomón advierte a otros de los peligros de tales abusos, no mediante la prohibición de todo deleite, sino mediante el uso moderado de todos ellos (vv. 7, 9, 10). Dice Cohen: «Un método ascético de vida no haría sino intensificar la melancolía que surge de la contemplación». *Pan y vino,* con corazón alegre, son una sana dieta (Gn. 27:28; 1 S. 16:20). *«Goza de la vida* (v. 9) *con la mujer que amas, todos los días de la vida de tu futilidad* (lit.), *que Él te dio debajo del sol, etc.»* Como puede verse, Salomón, después de haber tenido tantas esposas y concubinas, exhorta a disfrutar de la vida con una sola mujer *(la que amaste,* dice literalmente) y eso durante toda la vida que Dios le de a uno. El sentido del versículo 10 es el siguiente: Todas esas fuentes de dicha mencionadas (pan, vino, mujer, trabajo) deben ser utilizadas con diligencia mientras el hombre tiene para ello las fuerzas necesarias durante el breve tiempo que se le ha concedido en la vida presente.

3. Especial atención merece el versículo 8, incluido entre las cosas que pueden conferir alegría a la breve vida del hombre en la tierra. Los *vestidos blancos* eran vestidos de fiesta, de gala; entran aquí en la exhortación a vivir *con corazón alegre* (v. 7). Lo del *«perfume»* se entiende mejor dándole al vocablo el sentido literal del original *shémen;* aceite, el cual era usado por su efecto refrescante sobre la cabeza. Es curioso el que, según Cohen, «El Targum, el Midrás y Rashi interpretan el versículo metafóricamente …: al ser la blancura de los vestidos símbolo de vida santa (¡comp. con Ap. 19:8! Paréntesis del traductor), y

el aceite símbolo de una buena reputación (7:1)». La idea es buena, pero totalmente fuera de lugar en el contexto general de *Eclesiastés.*

Versículos 11–12

Después de exhortarnos a hacer todo con diligencia (v. 10), ahora el Predicador nos exhorta a que, después de poner lo que está de nuestra parte, dejemos a Dios el resultado.

1. Muchas veces quedamos decepcionados por haber puesto la esperanza en algo que creíamos seguro, pero que no nos ha dado el resultado apetecido. ¿Quién habría de pensar que *el más ligero* de piernas no fuese el primero en llegar a la meta? Un calambre o cualquier otro accidente inesperado puede impedir el triunfo; *ni la guerra* es *de los fuertes* en ejército, armas y dinero, pues Jonatán y su escudero acabaron una vez con toda una compañía de filisteos. También podría pensarse que a una persona sabia, lista, no habría de faltarle *el pan;* pero también los bien educados e instruidos fracasan a veces en hallar un empleo que sea remunerador. Ni aun la elocuencia puede asegurarnos de que nos ganaremos el favor de los oyentes (v. los vv. 14–18), *pues la ocasión y la suerte claman a todos ellos* (lit.); es decir, todos los aludidos están expuestos a oportunidades e infortunios (éste es el sentido del vocablo hebreo usado aquí para «suerte»). A nosotros nos parecen casualidades, pero, de acuerdo con los designios de Dios, son oportunidades (comp. 3:1 y Sal. 31:15).

2. El versículo 12 no se refiere específicamente al momento de la muerte (contra la opinión de M. Henry y de muchos otros comentaristas), sino a cualquier oportunidad (el mismo vocablo del v. anterior), aquí mala, en que el hombre no calcula bien o no se precave suficientemente y cae *de improviso, en una oportunidad mala* (lit.), en la red que le tiende, no precisamente un enemigo personal, sino el albur de los riesgos que cualquier actividad o negocio pueden acarrearle al que se aventura en la vida. A veces, se hunde uno donde creía ver una mina de oro. Estemos, pues, preparados para cualquier eventualidad, y no nos aterraremos cuando nos sobrevenga de improviso.

Versículos 13–18

Discuten los exegetas sobre si el caso que presenta aquí Salomón es histórico o se lo inventó él como anécdota aleccionadora. Nota Cohen que las circunstancias cuadrarían bien al relato de 2 Samuel 20:15 y ss., pero halla una nota discordante en el hecho de que allí es una mujer la heroína. Sin embargo (nota del traductor), al tratarse de un caso que (v. 13) *le hizo gran impresión* a Salomón, como el propio Cohen interpreta lo de *«me pareció grande»* (lit.), es más natural admitir la historicidad del caso, con el pequeño cambio (explicable; en especial, al venir de Salomón, para quien las mujeres habían adquirido mala fama) de género (masculino por femenino); nótese lo de *«mujer sabia» y «con su sabiduría»* en 2 Samuel 20:16, 22.

1. El caso, pues, como lo presenta Salomón, es el siguiente: Un rey, con un buen ejército y grandes pertrechos de guerra, sitia una ciudad; pero un hombre, pobre, del vulgo, pero *sabio,* libra a la ciudad *con su sabiduría,* aunque nadie se acordó de él después (se explica mejor si el sabio era mujer, como en el lugar citado). M. Henry halla algo parecido en Jueces 11:7 y también cita 2 Samuel 20:16.

2. A pesar de la amarga experiencia del hombre que salvó la ciudad, pero no recibió por ello ni recompensa ni recuerdo, Salomón insiste en que, a pesar de todo (v. 16), *«la sabiduría es mejor que la fuerza».* Dice el refrán castellano: «Más vale maña que fuerza». Para reforzar esto y, quizá, para contrarrestar el mal efecto que el olvido referido en el versículo 15b pudiera causar en el lector, añade (v. 17) que *las palabras tranquilas de un sabio* (nótese en 2 S. 20:18 y ss. la sabia tranquilidad de la mujer sabia) *se escuchan mejor que los gritos de un jefe de necios* (¿qué mejor descripción del gobernador y de los habitantes de la ciudad de Abel de Beth-maacá?)

3. El versículo 18 viene a repetir la misma idea que encabeza el versículo 16, pero se advierte una triste circunstancia que no le pasó desapercibida a Salomón (¿recordaba el caso de Acán, Jos. 7:1 y ss.?) La segunda parte de este versículo dice literalmente: *Pero un solo pecador destruye mucho bien.* No hay pecados estrictamente «privados», «individuales»; el pecado o la virtud de un miembro de la comunidad hace descender o subir respectivamente el nivel espiritual de la misma, pues todos formamos un cuerpo.

CAPÍTULO 10

Sin solución de continuidad, el Predicador sigue aquí dando consejos sobre la sabiduría y la necedad; frecuentemente, en forma de proverbios. I. Recomienda sabiduría al pueblo en general. 1. Es muestra de sabiduría preservar la buena reputación (vv. 1–3). 2. Hemos de someternos con toda humildad a nuestros superiores (v. 4). 3. Hemos de procurar vivir en paz con todos sin mezclarnos con sediciosos (vv. 8–11). 4. Hemos de dominar la lengua (vv. 12–15). 5. Hemos de ser diligentes en nuestro trabajo y proveer así para nuestras familias (vv. 18, 19). 6. No hemos de hablar mal de los gobernantes (v. 20). II. Recomienda también sabiduría a los gobernantes; que no piensen que pueden hacer todo lo que se les antoje. 1. Han de mirar bien a quiénes ponen en lugares de poder y confianza (vv. 5–7). 2. Han de ser generosos y sobrios, sin infantilismo y sin derroches inútiles (vv. 16, 17).

Versículos 1–3

1. *Una pequeña necedad* puede estropear la buena reputación de una persona, de la misma manera que una mosca a punto de morir, por carecer de fuerzas al llegar el invierno, echa a perder el perfume con el que se mezcla al introducirse en el recipiente.

2. Desde tiempo inmemorial, la mano derecha fue considerada la mano del honor, del poder y de la fuerza, mientras que la izquierda (del vasco *escu erdi*, media mano) fue tenida por maliciosa y siniestra (nótese el significado del latín *sinister*, mal agüero). Así se entiende el versículo 2, que dice textualmente: *«El corazón del sabio está* (inclinado) *a su mano derecha, mas el corazón del necio a su mano izquierda»*. Lo normal, pues, es que el sabio tome decisiones afortunadas, y el necio insensatas.

3. Tan pronto como el necio se mezcla con otras personas, muestra su falta de cordura, pues a todo aquel que le corrige o está en desacuerdo con él, le dice que es un necio (el interlocutor, mucho más probable que él mismo).

Versículos 4–11

El objetivo de estos versículos es guardar a los súbditos en la lealtad y sumisión a los gobernantes.

1. Los súbditos, especialmente los colocados en puestos de mando, no deben irritar a los gobernantes; aun cuando, por alguna razón, el rey o el príncipe se irriten contra ellos (v. 4) no deben abandonar sus puestos (comp. 8:3), sino actuar con mansedumbre (Pr. 25:15).

2. Eso no quiere decir que el gobernante siempre tenga razón, pues también ellos pueden cometer, y cometen, *errores* (v. 5) que, en realidad son graves males: ponen en lugares de autoridad y poder a *necios,* que carecen de cordura y competencia, mientras otros que son *nobles,* sabios y competentes, están sentados en el suelo como la clase baja del pueblo (v. 6). Vio el Predicador *esclavos* a caballo (v. 7), siendo así que sólo a los más nobles del país se les permitía tal cosa (v. Est. 6:8 y ss.; Jer. 17:25), mientras *altos funcionarios* (esto es lo que aquí significa el vocablo «príncipes») (comp. Gn. 40:2) *andaban a pie como esclavos;* ni siquiera montados en asnos o mulos como los ciudadanos ordinarios.

3. Los seis ejemplos siguientes (vv. 8–11), no parecen tener conexión con los versículos anteriores. Quizá confirman el principio general (v. 1) de que *una pequeña necedad* puede costarle cara al más sabio. Más todavía, cuando a la necedad se junta la perversidad. Los ejemplos parecen poner de relieve el riesgo que comporta el entrar en sediciones o conspiraciones contra el príncipe: se vuelven contra uno mismo al ser descubiertas antes de surtir ningún efecto. El ejemplo del hoyo (v. 8) es frecuente (v. Sal. 7:15; 57:6; Pr. 26:27). La grieta en el muro (v, 8b) nos recuerda Proverbios 24:31. El que intenta hacerla má grande para entrar a robar, puede ser mordido por una serpiente, enfurecida al ser perturbada en su escondrijo (v. Am. 5:19). Los ejemplos del picapedrero y del leñador son fáciles de entender (comp. Dt. 19:5), así como el del encantador de serpientes (v. 11).

4. El versículo 10 requiere especial atención. El sentido, según lo aclara perfectamente Cohen, es el siguiente: cuando el filo del hacha está embotado, el trabajo es más fatigoso (¿Quizás una alusión al mayor esfuerzo que requiere una insurrección mal preparada?) «Si el obrero hubiese preparado convenientemente la herramienta, habría llevado a cabo su tarea con mayor éxito.» En este sentido, la

«sabiduría» de la última frase equivale lisa y llanamente al sentido común. El proverbio que aquí se encierra tiene aplicación a todas las áreas y a todos los niveles de la vida, incluido el espiritual.

Versículos 12–15

Aquí Salomón muestra los perjuicios que causa la necedad.

1. Los necios hablan demasiado para nada y muestran su necedad en la impertinencia de sus palabras: mientras *las del sabio son llenas de gracia* (v. 12, comp. con Pr. 10:32; 22:11; Lc. 4:22; Col. 4:6), pues sirven de provecho a otros y se ganan la aprobación de los que las oyen; *las del necio causan su propia ruina.* De punta a cabo en su totalidad (comp. con 3:11 en lo de *«principio» y «fin»),* todas sus palabras son *nocivo desvarío,* locura dañosa (comp. con 1:17), lo cual es una forma extrema de necedad. El versículo 14 envuelve una fina ironía: *El necio multiplica palabras* sobre todo lo que se le ocurre, incluso sobre temas profundos y misteriosos que los más sabios no se atreverían a tocar en público. Como dice Martin, «ignora la ignorancia general de los destinos de la vida humana» *(«lo que va a pasar … lo que después sucederá»).*

2. Los necios trabajan demasiado para nada (v. 15): Se fatigan sin provecho alguno. Trabajan sin cesar hasta quedar exhaustos sin haber sacado nada en limpio. Ni *siquiera saben por dónde se va a la ciudad,* a pesar de que siempre hay un camino real que conduce derechamente a las ciudades. No dan con el método más obvio de llevar a cabo una cosa.

Versículos 16–20

1. La dicha de un país depende, en gran parte, del carácter de sus gobernantes. (A) No puede prosperar un país en que el rey es un joven sin formación ni escrúpulos (probablemente, el necio subido a rey de los vv. 6 y 7), y los magnates *banquetean de mañana* cuando es hora de trabajar. (B) En cambio, pueden esperarse buenas cosas cuando el rey es de noble cuna, educado y competente, y los magnates *comen a su hora, para reponer fuerzas,* una vez que han acabado el trabajo del día.

2. El versículo 18 es probablemente un inciso que al Predicador se le ocurrió al terminar el versículo 17 con la frase *«Y no para banquetear»* como los magnates del versículo 16. Cuando los que están en puestos de poder y autoridad pasan la vida en banquetes y jolgorios, no es de extrañar que toda la sociedad se agriete y, por falta de manos que se dedican al trabajo, se caiga la casa. Es cierto que el versículo sienta un principio general, de amplia aplicación a la pereza y a la diligencia, pero encaja bien con el contexto anterior y posterior.

3. El versículo 19 (contra el parecer de M. Henry y de otros autores que ven en él una invitación al trabajo y una alabanza de la diligencia, nota del traductor), empalma (ya se consideren los vv. 17, 18 como un paréntesis o no) con el versículo 16 (así piensan Ryrie y Cohen), con lo que dan a entender que estos malos gobernantes emplean el dinero que adquieren mediante la extorsión de los súbditos en jolgorio y diversión, y comen y beben en abundancia; para todo esto les sirve el dinero que han extraído al pueblo.

4. El versículo 20 cierra estupendamente esta sección con un consejo lleno de sabiduría. Viene a decir: Por mucha razón que tengas para criticar esta deplorable situación, no se te ocurra censurarla en público; no lo pienses, para que no se te escape una palabra acerca de ello, porque lo que digas en el más remoto aposento de tu casa (comp. con 2 R. 6:12) puede llegar a oídos del gobierno y lo vas a pasar mal. ¿Quién sabe dónde están los espías? Lo de *«las aves del cielo» y su* paralelo *«las que tienen alas»* es una expresión idiomática semejante a la nuestra: «Me lo ha contado un pajarito».

CAPÍTULO 11

I. Una exhortación a la generosidad con los pobres (vv. 1–6); II. Una seria advertencia a prepararse para la muerte y el juicio de Dios (vv. 7–10).

Versículos 1–6

1. Vemos primero el deber de ser caritativos (v. 1). *Echar el pan a las aguas* equivale al proverbio «Haz el bien y no mires a quién»; es como sembrar a voleo. Pero no cabe duda de que *después de muchos días,* cuando menos se espere, vendrá la recompensa, ya que según se siembra, se recoge (Gá. 6:7). Nuestra caridad, dentro de nuestras posibilidades, no ha de tener límite (v. 2): *Reparte a siete y aun a ocho;* al ser *siete* un número de perfección, de algo completo, el *ocho* colma la medida indefinidamente. Es como quien invierte su capital en muchas empresas, para tenerlo más seguro; muy raro sería que todas fuesen a la bancarrota. La exhortación es tanto más urgente cuanto que no sabemos cuándo puede sobrevenir una calamidad que nos prive de la vida o, al menos, de las oportunidades de seguir haciendo el bien.

2. Del mismo modo que debemos ser generosos con los pobres mientras tenemos la oportunidad de serlo, también debemos llevar a cabo nuestros quehaceres cotidianos, a pesar de que no sabemos lo que en el porvenir puede frustrar nuestros esfuerzos. El producto de la tierra depende de la lluvia (v. 3), y la lluvia depende de que las nubes lleven agua, pero esto no está en nuestro poder detenerlo o acelerarlo. La misma impotencia del labrador se pone de manifiesto ante un tornado que arranca recios y copudos árboles. Son accidentes inevitables que el hombre tiene que aceptar según vienen: «… *allí se quedará*». El que, por incertidumbre ante un posible huracán, no siembre; o, por temor a un aguacero, no siegue (v. 4), se quedará sin cosecha. Puede aplicarse a todas las áreas de la vida. El versículo 6 remacha la misma idea: No esperes a que sople el viento de un lado o de otro, sino siembra hasta donde te lo permitan las fuerzas, pues no sabes qué semilla prosperará más, si la que siembres por la mañana o la que siembres por la tarde, o si ambas.

3. El versículo 5 requiere especial atención, dentro del contexto en que el hombre es incapaz de dominar los fenómenos atmosféricos, sobre los que sólo Dios tiene el control (comp. 5b con 7:13 y aun con Jn 3:8, donde *«pneuma»* significa, con la mayor probabilidad, el Espíritu, no el viento). Lo de la formación del feto en el vientre de la madre se pone aquí como ejemplo clásico (comp. con Sal. 139:13–16; Pr. 30:19) de un misterio que impresionaba grandemente a la mentalidad hebrea. La moraleja que de toda la porción se desprende (aparte de las aplicaciones a gusto del consumidor) es reconocer, por una parte, nuestra dependencia de Dios en cosas que escapan a nuestro control y, por otra parte, nuestro deber en aprovechar todas las oportunidades para hacer el bien.

Versículos 7–10

Después de darnos excelentes consejos para vivir bien, el Predicador pasa ahora a dar buenos consejos para morir bien. Los consejos van especialmente dirigidos a los jóvenes, pues no suelen ver tan cercana la muerte.

1. Primeramente, y al empalmar con lo que acaba de decir en la porción anterior, hace ver que, cuando una persona ha obrado generosamente y ha trabajado diligentemente, la vida vale la pena de vivirse a pesar de todos los inconvenientes que comporta (v. 7), con tal que no se olvide (v. 8, comp. con 12:1) que han de venir días de vejez y aun de decrepitud, llenos de molestias y sinsabores y, finalmente, la muerte (12:7), que acabará con todo. Ese *porvenir sí* que *es,* del todo, *vanidad.*

2. El versículo 9 comienza con unas expresiones irónicas que desconciertan a primera vista. Es preciso guardar la calma hasta leer el versículo entero. Se lee en el Midrás (nota del traductor): «los rabinos trataron de suprimir el Libro de *Kohélet* porque descubrieron en él palabras que conducen a la herejía». Declararon: «¡Esta es la sabiduría de Salomón para llegar a decir: *¡Alégrate, mozo en tu mocedad!* Ahora bien, Moisés dijo: *No miréis en pos de vuestro corazón* (Nm. 15:39), mientras que Salomón dice: *¡Anda en los caminos de tu corazón!* ¿Se ha de abolir el freno? ¿No hay juicio ni Juez?». Pero al continuar y decir: *Pero ten en cuenta que sobre todas estas cosas te juzgará Dios,* exclamaron: «¡Bien ha hablado Salomón!» En realidad, Salomón no prohíbe aquí al joven nada. Lo que le urge a considerar es el juicio final de Dios sobre todas sus acciones, con lo que el joven tiene bastante para saber qué camino le conviene seguir.

3. El versículo 10 resulta difícil de interpretar en este contexto. La explicación más probable es la que da Cohen: «Ten en cuenta (v. 9) que has de dar cuenta a Dios por la forma en que emplees el vigor y las oportunidades de la juventud. *Por tanto* (v. 10), *aparta de tu corazón la congoja, y de tu cuerpo el*

sufrimiento. Al evitar los abusos, un joven puede evitar las consecuencias que el libertinaje acarrea a la mente y al cuerpo». La última frase del versículo 10 podría entenderse de dos maneras: (A) *La adolescencia y la juventud son efímeras* (lit. *vanidad,* en el sentido ya conocido de «futilidad», «cosa huidiza». Comp. 7:15; 9:9); por tanto, no merece la pena disfrutar de los placeres de la juventud. (B) Hay que sacar de ellas el mejor partido posible. Esta es la explicación más probable, dentro de todo el contexto de *Eclesiastés.*

CAPÍTULO 12

El sabio Predicador va a terminar aquí su sermón; y lo termina con lo que habría de impresionar más a sus oyentes. I. Exhortación a los jóvenes para que practiquen desde temprana edad la verdadera religión, sin dejar los ejercicios de la piedad para la vejez, cuando todo son molestias y dificultades (vv. 1–7). II. Repetición del texto que le sirvió de base para todo el sermón (v. 8). III. Confirmación y urgente recomendación de todo lo que había escrito, tanto en éste como en los demás libros, como digno de ser pesado y considerado con toda seriedad (vv. 9–12). IV. Resume y concluye todo el tema del libro, con un encargo a todos para que sean verdaderamente piadosos y temerosos de Dios (vv. 13, 14).

Versículos 1–7

1. Un llamamiento a los jóvenes para que piensen en Dios y tomen conciencia del deber que tienen para con Él mientras son jóvenes: *«Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud»* (v. 1). Como si dijera: «Los que sois jóvenes no os lisonjeéis con la esperanza de grandes cosas de parte del mundo, las cuales no satisfacen al alma; acordaos de vuestro Creador y os guardaréis así de los males que provienen de la futilidad de las criaturas». Este recuerdo del Creador es el mejor antídoto contra las especiales enfermedades morales de la juventud, *las pasiones juveniles* y la futilidad a que están sujetas la niñez y la adolescencia. Dios es nuestro Creador, *Él nos hizo y no nosotros mismos;* por tanto, es nuestro legítimo Dueño y Señor. Hemos de pagarle el honor, el respeto y la obediencia que le debemos como a nuestro Hacedor. La palabra *Creador* está en plural en hebreo, como en Job 35:10. Es un plural de intensidad, como *Elohim.*

2. Una razón que corrobora este mandato: *«antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento».* Como si dijese: «Hazlo pronto, enseguida, antes de que vengan la enfermedad y la muerte». Y aun antes de que llegue la vejez cuando ya no quedará otro contentamiento que el testimonio de una buena conciencia acerca de lo hecho en esta vida, y la expectación gozosa de una mejor vida en el Cielo.

3. Expone después en detalle las debilidades y miserias de la decrepitud, a fin de persuadirnos a no entregar al diablo la flor y nata de nuestra vida, y reservar para Dios las heces y los desperdicios. Si las miserias de la última edad van a ser como aquí se las describe, necesitaremos de algo que nos sostenga y consuele entonces, y nada mejor ni más efectivo que el testimonio de nuestra conciencia de haber recordado a tiempo a Dios. ¿Cómo podemos esperar que Dios nos ayude cuando seamos viejos, si no le servimos mientras somos jóvenes?

4. Describe las debilidades de la vejez con bellas metáforas, que han sido interpretadas de diversas maneras; la más probable es la siguiente: (A) Los fenómenos atmosféricos descritos en el versículo 2 indican los vaivenes de lucidez y oscuridad, de alivio y de dolor, que se suceden en la vejez; se alivia una molestia y pronto viene otra a sustituirla; (B) *Los guardas de la casa* son los brazos o, quizá, la columna vertebral con todo el costillar, que sostienen a la persona; (C) *Los hombres fuertes* son las piernas que se debilitan y encorvan en la vejez; (D) *Las que muelen* son las muelas y dientes que habrán disminuido o desaparecido. (E) *Las que miran por las ventanas* son los ojos. Como caso extraordinario de vigor en la vejez se nos propone el de Moisés, quien, a los 120 años, *no había perdido su vigor ni se le habían oscurecido los ojos* (Dt. 34:7). (F) *Las puertas de afuera* (v. 4) son, con la mayor probabilidad, los oídos, cuya capacidad también se merma en la vejez. (G) *El ruido del molino* simboliza, según Cohen, el poder del estómago para digerir el alimento. (H) *Levantarse a la voz del ave* indica la fragilidad del sueño de los ancianos, a quienes el menor ruido turba, o la disminución del tiempo necesario para dormir, por lo que

están inclinados a levantarse tan pronto como comienzan a cantar los pájaros. (I) *Las hijas del canto* podrían ser las notas musicales (Cohen) o la música en general (Ryrie), cuyo aprecio suele disminuir en la ancianidad. (J) *El temor a las alturas* indica la dificultad para subir cuestas, escaleras, montículos, etc. (K) *Los terrores en el camino* indican el miedo a caerse o a cualquier otro accidente mientras andan. (L) Lo *del florecer del almendro* es la más difícil de toda esta serie de metáforas, por lo que muchos exegetas prefieren la lectura (posible) de: *La almendra,* fruto muy apreciado en Oriente (v. Gn. 43:11) *será desdeñada,* por falta de muelas en la vejez. (M) *La langosta que se arrastra pesadamente* indica la menguada movilidad de los ancianos. (N) *Resultará ineficaz la alcaparra* (lit.), la cual se usaba como condimento que estimulaba el deseo sexual, el cual habrá disminuido y, finalmente, perdido en la ancianidad.

5. La última parte del versículo 5, así como los versículos 6 y 7, nos colocan ya ante la muerte, cuando el hombre va *a su morada eterna.* «Los judíos, observa Cohen, todavía usan la frase *Beth Olam,* casa eterna, para designar al cementerio.» Esto se refiere al cuerpo, no al espíritu (comp. v. 7) y, dentro del contexto del Eclesiastés, no puede haber ninguna alusión a la otra vida, al tener en cuenta también todo lo que dice el Apóstol en 1 Corintios 15:35 y ss. El cuerpo de carne y sangre que ahora tenemos *no* volverá a existir. La vida debajo del sol ha terminado y vemos ya el funeral, con *los endechadores,* o lamentadores alquilados por la familia, que hacen el duelo por la calle, camino del cementerio. Los cuatro símiles del versículo 6 son sumamente interesantes, rayando en el esoterismo: *El cordón de plata* es lo que llamamos «el hilo de la vida», que se quiebra en la muerte; *el cuenco de oro* es (probablemente) el cráneo, que encierra el cerebro, lo más noble del organismo humano; *el cántaro que se quiebra,* es sin duda, nuestro *frágil vaso de arcilla* (2 Co. 4:7, comp con Gn. 2:7), y *la rueda,* la maquinaria necesaria para sostener el curso de la vida, *se rompe sobre el pozo* del que nuestro organismo recibía la constante provisión de «agua» para el sostenimiento de la vida. De esta forma (v. 7), la persona se disuelve en sus dos elementos componentes (comp. con Gn. 2:7): *el polvo que* vuelve al lugar de origen (Gn. 2:7; 3:19), y *el espíritu,* el soplo que Dios introdujo por las narices, que *vuelve a Dios que lo dio.* Dice M. Henry, al final de esta porción: «El hombre es una extraña clase de criatura, un rayo del cielo, unido a un trozo de barro; se separan en la muerte, y cada uno se va al lugar de donde vino. El cuerpo, el trozo de barro, vuelve a su tierra. El alma, ese rayo de luz, vuelve a Dios que, cuando *hizo al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz un aliento de vida,* para hacer de él *un alma viviente»* (Gn 2:7). El alma (debería decir, el espíritu o aliento—nota del traductor—) no muere con el cuerpo; es *redimida del poder del sepulcro* (Sal. 49:15. El salmo trata de la «vida» o de la «persona», no del alma. Nota del traductor); puede subsistir y subsistirá en un estado de separación del cuerpo, del mismo modo que una candela brilla y arde, más y mejor, cuando se la extrae de la oscura linterna.

Versículos 8–12

Salomón está a punto de terminar el libro y repite el texto con que lo comenzó.

1. *Vanidad de vanidades, dijo el Predicador, todo es vanidad* (v. 8). Estas palabras las dice un Predicador, penitente, convertido, que podía hablar, con base en una experiencia alcanzada a muy alto precio, de la futilidad completa de este mundo, y de la necedad de esperar de él grandes cosas.

2. Son palabras de un *sabio* (v. 9), famoso dentro y fuera de su país por su extraordinaria sabiduría. Tanto que venían a consultarle de todas partes; por tanto, es un juez muy competente en esta materia.

3. Y, *cuanto más sabio fue, tanto más enseñó sabiduría al pueblo.* No sólo aprendió para sí mismo, sino que, como buen sabio, puso todo su empeño en enseñar a otros las importantes, prácticas, verdades que él mismo había *escudriñado.* No se limitó a dar lecciones a una *élite* de nobles y eruditos, sino que enseñó *al pueblo,* ya que sus lecciones son de la máxima importancia para todos.

4. A fin de que sus enseñanzas se grabasen bien en la mente de sus discípulos, el Predicador enseñaba especialmente: (A) *En proverbios* (v. 9b), es decir, dichos breves, sentenciosos y fáciles de retener. (B) Los exponía en *palabras agradables* (v. 10), es decir, expresivas, que daban placer a quienes las oían y suscitaban el interés de los alumnos. (C) Sus escritos, sus lecciones puestas por escrito, tenían dos cualidades que no deben faltar en ningún escrito: *rectitud y verdad.*

5. Para describir las virtudes de los dichos de los sabios, usa dos símiles muy expresivos: *aguijadas y clavos* (v. 11). La aguijada del pastor sirve para acuciar a los animales del ganado a seguir adelante; del mismo modo, las palabras de los sabios estimulan la mente y favorecen el progreso intelectual y moral.

Los *clavos plantados* (lit.) sirven para el efecto opuesto: no para mover, sino para fijar, plantados, para echar raíces de convicción, los dichos de los sabios aseguran bien las enseñanzas de forma que los discípulos las permitan entrar en el corazón, bien martilladas por la Palabra de Dios (Jer. 23:29), y así *no se dejen llevar a la deriva por todo viento de doctrina* (Ef. 4:14). La mención del *único pastor,* quizás conectada con los aguijones o aguijadas para el ganado, puede ser interpretada de dos maneras: (A) Referida a Dios (v. Sal. 23:1; 80:1), según la entienden Cohen, Ryrie y el mismo M. Henry (nota del traductor); (B) Referida a un pastor maestro, humano, quizás el mismo Salomón, como insinúa el versículo siguiente (así lo interpretan la mayoría de los modernos).

6. Con la misma expresión paternal *(«hijo mío»),* tan frecuente en *Proverbios,* el Predicador previene ahora contra el peligro de buscar demasiada información en otras fuentes, no tan sabias ni tan sanas como las suyas y las de *los sabios maestros de las congregaciones; nunca se acaba de hacer muchos libros* (¿qué diría hoy?); y *la mucha dedicación* al estudio de los libros, de libros que no poseen las garantías de verdad y rectitud, no sólo puede perjudicar al espíritu, sino que también es *fatiga para el cuerpo* (lit. *la carne).* Ya Marco Aurelio, el emperador filósofo, decía que debemos librarnos de la sed de libros. En consonancia con esto (nota del traductor), se solía citar un adagio latino: *Timeo hominem unius libri,* temo al hombre de un solo libro. La interpretación que se nos daba era que el bien versado en un solo libro de texto era de temer en una discusión porque estaba firme en sus convicciones, sin el peligro de confusión ante diversas opiniones o diferentes formulaciones de doctrina. Mi interpretación personal es que tal individuo es digno de temer, no por su erudición personal, sino por su fanatismo. ¡Es muy fácil irse al otro extremo si, al estudiar este versículo, se toma el rábano por las hojas!

Versículos 13–14

La gran investigación que Salomón emprendió en este libro es sobre *cuál es la dicha de los hijos de los hombres, por la que se afanan debajo del cielo todos los días de su vida* (2:3); es decir, en qué consiste la verdadera felicidad y por qué medios se consigue. Lo ha encontrado por medio del descubrimiento que desde muy antiguo hizo Dios al hombre (Job. 28:28): Que la piedad sincera es el único camino que lleva a la dicha verdadera. Lo va a resumir aquí: *La conclusión de todo el discurso es ésta* (v. 13).

1. Un compendio de la verdadera religión. Si dejamos a un lado todas las materias discutibles, ser religioso es *temer a Dios y guardar sus mandamientos.* (A) La raíz de la piedad es el temor de Dios que reina en el corazón: un respeto a su majestuosa santidad, una deferencia a su soberana autoridad y un temor profundo a su terrible ira. (B) El fruto de la piedad se echa de ver en la observancia de los mandamientos de Dios.

2. La enorme importancia de esto para cada ser humano: *Esto es el todo del hombre* (lit.); es decir, con eso cumple el hombre todo su deber y en eso está toda su dicha; ésta es la respuesta de *Kohélet* al afán de felicidad que anida en el corazón del hombre.

3. Un poderoso incentivo para esto (v. 14). Las consecuencias de haber cumplido o de no haber cumplido con ese requisito que es el objetivo *total* de la vida del hombre en este mundo se echan de ver cuando consideramos la cuenta que cada uno ha de rendir en breve a Dios *de toda obra* hecha en esta vida, *juntamente con toda cosa secreta* (sólo conocida de Dios) *sea buena o sea mala*. Vemos, pues, cuán diligentes debemos ser en caminar en los caminos de Dios, para que podamos rendir con gozo nuestra cuenta.

CANTARES

No cabe duda de que este Libro es inspirado por Dios, como lo entendió Israel y lo entiende la Iglesia. Este Cantar de Salomón es muy diferente de los que compuso su padre David: No contiene el nombre de Dios (excepto el lugar, problemático, de 8:6 b); no aparece citado en el Nuevo Testamento, y no se hallan en él expresiones de devoción espiritual ni huella alguna de revelación divina. Más que ninguna otra Escritura, cuesta mucho ver en él *«olor de vida para vida»* (2 Co. 2:16), y podría resultar fácilmente *«olor de muerte para muerte»* a cualquiera que se acercase a él con mente carnal y corazón corrompido. Por eso, los doctores judíos aconsejaban a los jóvenes a no leerlo hasta que tuviesen treinta años de edad, a fin de que no se encendieran las llamas de la pasión con el abuso de lo que es más puro y sagrado. Tenemos aquí un cántico nupcial; de eso no hay duda. Desde tiempos antiguos (nota del traductor), se le ha dado una interpretación más bien alegórica, y se ha visto en él la expresión lírica de la comunión íntima, espiritual, de Dios con Israel; o de Cristo con la Iglesia y, en la Iglesia de Roma, se le ha llegado a dar un sentido mariológico. Los exegetas modernos, tanto católicos como protestantes y judíos ven en él un romance amoroso de Salomón («quizás el único romance puro de Salomón», según Ryrie) con una joven sulamita. La exégesis moderna rompe viejos moldes también en otro punto importante: Los personajes de esta especie de «drama lírico» no son dos, sino tres: la sulamita, un pastorcillo que la ama y a quien ella ama de veras, y Salomón que desea conquistar el corazón de la sulamita, pero no lo consigue. Por fin, Salomón tiene que dejarla marchar, y ella se va en busca de su amado pastorcillo. Toda aplicación devocional que aparezca en este comentario, de la pluma de M. Henry, ha de entenderse, pues, como una acomodación. Salgo, pues, responsable de la exégesis, que raras veces coincidirá con la que M. Henry hace.

CAPÍTULO 1

Después del título, I. Hallamos a la sulamita en soliloquio, en el que expresa su nostalgia del amado ausente (vv. 2–4). II. Al ver que las damas de la corte la espían, les explica por qué está morena (vv. 5, 6) y proclama a gritos su deseo de saber dónde está su amado (v. 7), a lo que responden las damas que vaya a buscarlo (v. 8). III. Entra el rey, ensalza su belleza y promete adornarla con joyas (vv. 9–11). IV. Después de marcharse el rey a comer, la sulamita cae como en un sueño, en el que, en su imaginación, tiene con el amado una conversación amorosa (vv. 12–17).

Versículos 1–6

El título *Cantar de los cantares* es una especie de superlativo, para decir que es un cantar muy excelente, como se llama *Santo de los santos* al Lugar Santísimo. Su autor es Salomón, cuyos cánticos fueron 1.005 (1 R. 4:32); los demás se han perdido. No se sabe cuándo lo compuso, pero es probable que lo compusiera a principios de su reinado.

1. La sulamita se dirige, con la imaginación, a su amado ausente. Dos son las cosas que de él desea:

(A) Su amor (v. 2): *«¡Oh, si él me besara con besos de su boca!»* Puesto que está enamorada, desea que su amado la bese cariñosamente. Quizá es un beso de reconciliación, semejante al de Esaú a Jacob y al del padre del Hijo Pródigo que volvía arrepentido. Da varias razones de su deseo: (a) La estima en que tiene su amor: *«Porque mejores son tus amores* (hebr. *dodim*, caricias de amor) *que el vino»*, es decir, mejores que un buen banquete, pues eso es lo que significa aquí el *vino* (comp. Est. 7:2; Is. 24:9). Las almas piadosas estiman el amar a Cristo y ser amadas de Él más que los más exquisitos placeres del sentido. (b) La fragancia de los perfumes del amado (v. 3): *«Tus perfumes son gratos al olfato»* (espléndida versión de F. Asensio). «El Midrás, dice el rabino Lehrman, lo aplica a Abraham, quien extendió el conocimiento del verdadero Dios del mismo modo que un perfume difunde su esencia.» Nosotros estamos llamados a difundir *el buen olor de Cristo* con una conducta realmente cristiana. (c) El prestigio de su nombre: *«Tu nombre es como un ungüento que se vierte»;* es estimado por todos los que le conocen. *«Por eso las doncellas te aman.»* Se imagina que todas habrían de estar tan enamoradas de su amado como lo está ella. Nótese en el versículo 2 el cambio repentino de la tercera persona a la segunda. ¡Tan intensa es su pasión!

(B) Su compañía (v. 4). Pide ansiosa a su amado que venga y se la lleve corriendo: *«Llévame en pos de ti; corramos»*. Vemos, pues, (a) Su petición de ayuda; *«Llévame»* (lit. *atráeme.* Comp. Jn. 6:44); esto es, «atráeme a ti, cerca de ti a casa contigo». También Cristo ha dicho que nadie puede venir a Él a menos que el Padre lo atraiga. (b) *«¡Corramos!»* La sulamita tiene prisa por salir del palacio de Salomón, que simboliza el mundo con sus placeres. El deseo del alma de correr tras Cristo es efecto de la gracia de Dios (2 Co. 3:5; Fil. 4:13). (c) Da una razón de la prisa que tiene: *«El rey me ha hecho entrar en sus mansiones»;* esto es, me ha sacado de mi casa por la fuerza. Cuando los mártires cristianos eran obligados por la fuerza a ofrecer incienso a los dioses falsos, les podían forzar las manos, pero no el corazón. (d) El resto del versículo 4 se puede interpretar de dos maneras; *primera*, la sulamita viene a decir ahora que, a pesar de eso, ella se acuerda de su amado (v. la semejanza con los vv. 2b y 3b); *segunda* (menos probable), las damas de la corte responden que ellas prefieren la compañía de Salomón.

2. La sulamita explica, a continuación, a las damas de la corte, por qué está morena (vv. 5, 6), literalmente *negra, como las tiendas de Cedar*, las negras tiendas de campaña de las tribus nómadas descendientes de Ismael (Gn. 25:13; Sal. 120:5); ello se debe a la tristeza y a los sufrimientos que padece (comp. Lm. 4:7). Pero todavía esta *hermosa, como las cortinas de Salomón, sus* pabellones de pieles preciosas (Sal. 104:2). También la Iglesia puede estar negra por la persecución que sufre, pero hermosa con la paciencia y constancia con que la soporta. En efecto, la negrura de la sulamita no es natural, sino contraída: (A) *El sol la ha tostado* (v. 6), en la ocupación fatigosa que le ha sido encomendada, pero eso ya se le pasará; así que no tienen que *reparar en ella* con menosprecio; cuando se le pase, aparecerá más hermosa que ellas. (B) *Sus hermanos se enfadaron con ella y la pusieron a guardar las viñas.* Probablemente, su padre había muerto; sus hermanos estaban irritados contra ella a causa de sus amores con el pastorcillo, por lo que la pusieron a cuidar las viñas para impedir que se viese con él.

Algo parecido les pasa a los creyentes, a quienes Cristo profetizó que, en muchos casos, sus propios familiares vendrían a ser sus peores enemigos. La última frase del versículo 6: *«Mi propia viña no*

guardé» puede interpretarse de tres maneras: (a) *no me cuidé de mis apariencias,* al contrario que vosotras (así Ryrie); (b) *Nunca tuve viñas propias que cuidar* (Ibn Ezra); (c) *Dejé de cuidar las viñas de la familia* para venir en busca de mi amado (F. Asensio). Esta interpretación es la más probable.

Versículos 7–11

1. Se dirige ahora humildemente a su amado ausente. En sentido espiritual, como la pastora al pastor, así también la Iglesia (y cada creyente) a su Señor y Salvador, para tener una más íntima comunión con Él (v. 7): *«Hazme saber, etc.».* Nótense: (A) El título que da a su pastorcillo (nosotros, a Cristo): *«Oh, tú a quien ama mi alma»* (es decir, *mi persona.* V. Gn. 2:7b). (B) La opinión que tiene de él como de buen pastor de sus ovejas; no duda de que *apacienta* bien a las ovejas y las hace *descansar al mediodía.* Ambas cosas hace Cristo (Jn. 10:9; Mt. 11:28). (C) Su petición de ser admitida a tener comunión con él: *«Hazme saber ... dónde ... dónde ...».* Desea saber dónde se halla pastoreando el rebaño y abrevándolo durante las horas más calurosas del día. Es entonces, *al mediodía,* cuando su amado sestea con las ovejas, no por la noche como los amantes de las damas de la corte (comp. con Sal. 23:2). ¡Qué bien cumple con nosotros este oficio nuestro Buen Pastor!

2. Presenta una razón muy poderosa para no estar vagando en busca de él (v. 7b): *«¿Por qué había de estar yo como vagabunda* (lit. *como la que se cubre),* y alude quizás a la práctica de las rameras (v. Gn. 38:15) *tras los rebaños de tus compañeros?»* Dejar al Pastor de nuestras almas (1 P. 2:25), para ir en busca de otros amores, es una grave deslealtad al que nos amó y se entregó por nosotros (Gá. 2:20).

3. Las damas de la corte le responden sarcásticamente, y le hacen ver que, si no le gustan las delicias de palacio, más le vale volver a su oficio de pastora (v. 8). Como ella había dicho de sí misma que era *hermosa* (v. 5), ellas la llaman burlonamente (es lo más probable) *«la más bella de las mujeres».* De manera semejante se mofan de los creyentes, como de seres extraños, los que antes eran sus amigotes y compañeros de vicio (v. 1 P. 4:4).

4. Ahora (v. 9) es Salomón, con la mayor probabilidad, quien habla, resuelto a intentar de nuevo ganarse el corazón de la sulamita. (A) La compara a *yegua de los carros de Faraón.* Esta comparación sería suficiente, en nuestros países occidentales, para ganarse el enojo y el desprecio, si un enamorado le hablase así a una joven; pero ha de tenerse en cuenta que, para Salomón, el caballo egipcio poseía una belleza que le fascinaba. Él fue el primero en introducir el caballo y el carro como parte normal del ejército de Israel, observa Lehrman. (B) A continuación la lisonjea y le dice que, aun con ornamentos sencillos como los que lleva, *son hermosas sus mejillas* (v. 10) *y su cuello.* Pero, ¡cuánto más hermosa parecerá con *los pendientes de oro, incrustados de plata* (v. 11), que él va a mandar hacer para ella! El apóstol Pedro señala que el atavío interior de la persona vale más que todos los adornos exteriores que una mujer pueda ponerse (1 P. 3:3, 4). Así será presentada la Iglesia a Cristo en el último día (Ef. 5:27).

Versículos 12–17

1. *Mientras el rey estaba en su diván* (v. 12), reclinado junto a la mesa redonda para comer, los pensamientos de la sulamita vagan, lejos de allí, hasta su amado pastorcillo (v. 13), que es para ella su *saquito de mirra,* como lo llevaban en estas ocasiones las mujeres suspendido del cuello por debajo del vestido. También para los creyentes, Cristo es *el Amado* (mejor, *el Bienamado),* el único Amado. Es comparable a un *manojito de mirra* y a *un racimo de alheña,* como compara la sulamita a su amado (vv. 13, 14), es decir, a todo lo más agradable y deleitoso. El vocablo hebreo para alheña es *kófer,* el mismo vocablo que significa el precio para redimir una vida. ¡La sangre de Cristo es precisamente el precio con que fuimos redimidos! (1 P. 1:18, 19).

En la comparación del manojito de mirra (v. 13b), la sulamita dice *que reposa entre sus pechos,* cerca del corazón. Cristo permitió al discípulo amado (y a todos nosotros) reclinar la cabeza en su seno. ¿Por qué, pues, no habríamos de permitir nosotros que Él reposara en el pecho de cada uno de nosotros? El rey, en comparación de su amado, no significa nada para la sulamita. Lo mismo hemos de pensar los creyentes acerca de todos los atractivos que el mundo nos pueda ofrecer (1 Jn. 2:15–17).

2. Embebida en estos pensamientos, la sulamita cae como en un sueño y, con la imaginación, entabla un diálogo con su amado pastor, diálogo que se prolonga hasta 2:6. Resulta muy difícil decidir si, en el versículo 15, es Salomón quien habla, y continúa con sus lisonjas (como opina Lebrman), o es el

pastorcillo en el sueño de la sulamita. La paloma se toma como símbolo de inocencia y pureza. Unos ojos hermosos son, en la mentalidad hebrea, índice de una bella personalidad, de un hermoso carácter. Jesucristo considera hermosos a los que tienen, no el ojo penetrante del águila, sino la pura y casta mirada de la paloma; no a los que son como el halcón que, cuando alza el vuelo al cielo, todavía tiene el ojo sobre la presa que hay en la tierra, sino a los que tienen ojos modestos y humildes, con los que descubren una sencillez, una piadosa sinceridad y una inocencia de paloma, iluminados y guiados por el Espíritu Santo.

3. Al ignorar los requiebros de Salomón (v. 16) o, más probable, responder imaginariamente a las también imaginarias frases de su pastorcillo, la sulamita responde con frases parecidas a las de él: *«¡Qué hermoso eres, amado mío! ¡Y qué encantador!»* (*New International Version*). También la Iglesia, al ser reconocida como *hermosa* por el Señor Jesucristo, debe decirle: «¿Dices tú que yo soy hermosa? ¡Sólo lo soy por haber estampado tú en mí tu propia imagen!»

4. Con menosprecio al lujoso diván de Salomón, la sulamita continúa y dice: *«Nuestro lecho es de flores»* (lit. de verdor). Piensa, dice Lehrman, en el campo donde se enamoraron (v. 16b). Siempre en forma de comparación con el suntuoso palacio de Salomón, agrega (v. 17): *«Las vigas de nuestras casas* (lit.) *son de cedro, y de ciprés los artesonados»*. Habla metafóricamente, y es por demás interesante el significado de estas frases: Ellos no tienen *una* casa, como Salomón, sino *muchas*, y alude a los cedros bajo los que se cobijaban en lo más caluroso del día. *Y los artesonados* (el vocablo hebreo no sale en ningún otro lugar de la Biblia) o, más probable, el mueblaje de esas casas es *de ciprés.* Como aplicación espiritual, y al ver en el pastor a nuestro amado Señor Jesús, podemos recordar que, con Él, *todo es nuestro* (1 Co. 3:22). Y aun Él mismo es para nosotros: *«El cuerpo para el Señor, y el Señor para el cuerpo»*, dice el apóstol Pablo (1 Co. 6:13, comp. con Cnt. 2:16; 6:3).

CAPÍTULO 2

En este capítulo, I. Continúa el imaginario diálogo de la sulamita con su amado pastorcillo (vv. 1–6). II. Como vuelta de su sueño, se dirige a las damas de la corte (v. 7). III. Refiere, a continuación, un incidente del pasado (vv. 8–17).

Versículos 1–7

1. La sulamita se compara a sí misma humildemente con una modesta flor de los prados. El vocablo hebreo aparece aquí y en Isaías 35:1. Suele traducirse por *«rosa»*, pero su significado es incierto y es más probable que se refiera al *narciso*, abundante en Palestina y muy estimado de los nativos. *Sarón* es la zona costera, llana, entre Yaffá o Joppe y Cesarea. *El lirio de los valles*, otra flor muy común, era, al parecer, una variedad de color rojo, según se desprende de 5:13. El Midrás hace la siguiente aplicación: Los justos han de ser comparados al lirio del valle que dura mucho, no al lirio de la montaña que pronto se marchita. En su humildad halla su humedad, mientras el de la altura no perdura.

2. Al oír esta modesta declaración, Salomón aprovecha la ocasión para lisonjear, una vez más, a la sulamita con un ingenioso cumplido (v. 2). «Sí, es verdad que eres un lirio—viene a decir—, pero eres *como el lirio entre los espinos*, ya que *las doncellas* de Jerusalén no son otra cosa que espinos si se las compara con tu hermosura sin par.» La belleza de los creyentes consiste en parecerse a Jesucristo. Los buenos creyentes superan en belleza a los hijos del siglo como un parterre de rosas supera a una hilera de zarzas. Los malvados, *«doncellas»* del mundo, al no tener amor a Cristo, no son sino espinos, inútiles y dañosos. El pueblo de Dios son como lirios entre espinos que les dañan con su mala voluntad y los oscurecen con su altivez, pero Dios ama a los suyos y les protege de todo mal.

3. Sin dar oídos a la adulación de Salomón, la sulamita compara a su amado pastorcillo a un manzano, árbol que da fruto delicioso, no a un cedro que de nada sirve mientras no es cortado para vigas o muebles (v. 3), y recuerda cuán dulce le resultaba su compañía, por la sombra que le daba y el fruto que le ofrecía. Algo parecido, pero inmensamente mejor, hallan los creyentes junto al Señor: (A) Sombra que refrigera y alivia a los cansados y fatigados (Mt. 11:28); (B) Alimento abundante (Jn. 10:9). *La bodega* (v. 4. lit. *La casa del vino*) significa el festivo banquete con que su amado la obsequia. También el Señor

Jesús aprovechó la cena pascual como banquete de despedida de los suyos. «*Su bandera sobre mí fue amor*», continúa (v. 4b). Comenta Gesenio: Sigo tras la bandera de amor que mi amado despliega delante de mí, igual que los soldados siguen el estandarte militar y nunca lo abandonan.

4. Estos pensamientos le producen tal nostalgia de su amado, que está a punto de desmayarse (v. 5) y pide estimulantes que la sostengan. ¡Si tan fuerte fuese nuestra nostalgia por estar en la presencia del Señor! (Comp. Sal. 63:1–8).

5. El versículo 6 se entiende mejor en optativo, puesto que su amado está ausente: *«Esté su izquierda bajo mi cabeza, y su derecha me abrace» (Biblia de las Américas y New American Standard Tr.).* En el Señor Jesucristo hallan los creyentes protección, soporte y amor sin par.

6. El versículo 7 resulta difícil, pero su sentido es claro. Ante la insistencia de las damas de la corte para que la sulamita se deje enamorar por los requiebros de Salomón, ella responde que *el amor no puede ser despertado desde fuera;* tiene que nacer de dentro, tan libre y espontáneo como *las gacelas y las ciervas del campo* que no están enjauladas ni sujetas con cadenas, sino que corretean a su gusto por la campiña. Compárese con la delicada invitación del Señor Jesús en Apocalipsis 3:20. El versículo viene a ser como el epifonema que cierra las secciones del libro (comp. 3:5; 8:4).

Versículos 8–17

Comienza aquí una nueva sección que acaba en 3:5, en la cual la sulamita refiere un incidente del pasado.

1. Cambia el escenario. Ya no estamos en el palacio de Jerusalén, sino en la residencia regia en el campo, probablemente al norte de Palestina. Pero los personajes son los mismos: La sulamita y las damas de la corte. El versículo 8 debe traducirse como en la *New International Version: «¡Escuchad! ¡Mi amado! ¡Mirad, aquí viene, etc.!»* En su imaginación, la sulamita oye a distancia los pasos de su amado y le ve *saltando sobre los montes y brincando sobre los collados.* También Abraham vio a distancia el día del Señor Jesús y se regocijó (Jn. 8:56). Por el amor que nos tenía, el Señor Jesús vino dando grandes saltos: Del cielo al seno de una virgen; cargado con nuestros pecados, al madero (1 P. 2:24); del madero, a la tumba; de la tierra, al cielo. La maldición de la ley y la muerte en cruz han de ser soportadas, y hay que amarrar a todos los poderes de las tinieblas, pero, antes de las realizaciones de su amor, esas grandes montañas se convirtieron en llanuras. Cualquiera sea la oposición que se haga, en cualquier tiempo, a la liberación de la Iglesia de Dios, Cristo se abrirá paso por en medio de ella. Viene rápido, *como el corzo y el cervatillo;* el tiempo se les hacía largo, pero en realidad se apresuraba.

2. Vivamente se le representa su amado pastorcillo *llegando ya al* vallado, *mirando por las ventanas y atisbando por las celosías* (v. 9). Comenta Lehrman: El verbo hebreo para «atisbar» significa «chispear» y quizás insinúa que ella piensa que su rescatador está tan cerca que puede ver en ella el ardiente fulgor de los ojos de su amado. Con la misma viveza (v. 10), se representa al amado *respondiendo* (lit.), es decir, tomando la palabra, y *diciéndole, etc.* La invita a salir y a marcharse con él. Para mejor incitarla a seguirle, le dice que ha llegado ya la primavera con todas las agradables señales que anuncian la llegada de tan deseable estación del año: *Pasó el invierno y las lluvias* de marzo y abril (v. 11), *han brotado las flores* (v. 12), *llegó el tiempo de la poda* (más probable que *de la canción)* de las vides, y *se ha oído la voz* (no el canto) *de la tórtola* (v. Jer. 8:7), lo que anuncia la llegada de la primavera. Durante todo el invierno, las flores están muertas y enterradas en sus raíces; no queda ninguna señal de ellas; pero en la primavera reviven y se muestran en toda su admirable variedad, y con todo el verdor y su múltiple colorido. Esta descripción de la primavera que retoma, como razón para venir a Cristo y con Cristo, es aplicable a la introducción del evangelio en la habitación de la dispensación de la Ley, durante la cual era invierno para la Iglesia. El evangelio de Cristo calienta lo que estaba frío y hace fructífero lo que antes estaba muerto y estéril; cuando llega a un lugar, pone en él gran belleza y gloria (2 Co. 3:7, 8). La estación primaveral es muy agradable; también lo es la dispensación de la gracia del evangelio. La liberación de la Iglesia del poder de sus enemigos perseguidores es como una primavera después de un invierno de sufrimiento y falta de libertad. Cuando han pasado las tormentas de la aflicción, cuando *se oye la voz de la tórtola,* el alegre sonido del evangelio de Cristo, predicado con toda libertad, *levantémonos y vayamos* (comp. v. 13b).

3. Los *higos* de que habla el versículo 13 no son los que maduran en agosto, sino los primerizos o brevas, que son deliciosas. *Y las vides en flor difunden su fragancia.* Frutos primerizos y olor fragante se

dan a conocer en la conversión de un pecador: salir del estado de la naturaleza al estado de la gracia es, también para él, el retorno de la primavera, un cambio total, un nuevo nacimiento. El alma que era dura y fría, estéril como la tierra en invierno, se vuelve fértil y fructífera como la tierra en primavera y, por grados también, como la tierra, produce su fruto hasta llevarlo a perfección. Este feliz cambio se debe únicamente a la influencia del sol de justicia. Un hijo de Dios, cuando está bajo el peso de dudas y temores, es como la tierra en invierno: las noches son largas y los días son oscuros y fríos; pero pronto retornará el consuelo: volverán a cantar los pájaros y aparecerán las flores. *Levántate,* pues, pobre alma, y *ven.* Los huesos que yacían en el sepulcro, como las raíces de las plantas en el suelo durante el invierno, *reverdecerán como el césped* (Is. 66:14, comp. con Is. 26:19). Aquello será un eterno adiós al invierno y una gozosa entrada en una perpetua primavera.

4. Tras esta descripción de la llegada de la primavera, la ilusionada sulamita escucha la voz de su amado que la invita de nuevo (v. 13b, comp. con v. 10b) a salir y marcharse con él. *«Paloma mía»,* dice el pastorcillo, *«que estás … en lo escondido de escarpados parajes»* (v. 14). «Las palomas, dice Lehrman, hacen sus nidos en las hendiduras de las rocas y se resisten a salir de allí cuando están asustadas. El amante pastor, impaciente por la tardanza de ella en unirse a él, la urge a que deje su escondite.» Así también, Cristo es la roca en la que el alma busca su refugio, como la paloma en las hendiduras de las rocas, cuando se siente perseguida por las aves de presa (Jer. 48:28). A la invitación, une el amado dulces requiebros.

5. El versículo 15 es difícil de interpretar dentro de este contexto. Según Ryrie, «ambos (el pastorcillo y la sulamita) resuelven tomar medidas contra todo lo que pueda echar a perder sus relaciones». Según Lehrman, junto con el versículo 14, podría ser una canción popular en el tiempo de la cosecha. F. Asensio viene a dar como probables ambas opiniones. Cabe otra interpretación: los hermanos de la sulamita la envían de nuevo a cuidar la viña (comp. con 1:6). Pero entonces, ¿cómo se explica ese plural *«cazadnos»?* Aunque la interpretación literal de este versículo es tan difícil, la acomodación espiritual es sencilla. «El zorro, dice Watchman Nee, se come el fruto de la vid, pero las pequeñas raposas estropean los tiernos pámpanos.» Esto es, según M. Henry, A) Un encargo a los creyentes a que mortifiquen sus apetitos pecaminosos, pequeñas raposas que destruyen las gracias, aplastan los buenos comienzos e impiden que lleguen a la perfección. *Cazad las pequeñas raposas,* los comienzos del pecado, de esos pecados que parecen insignificantes, pero son tan peligrosos. (B) Un encargo a todos a impedir la extensión de opiniones y prácticas que tienden a corromper el sano juicio de los hombres, a viciar las conciencias, a poner en perplejidad las mentes y a desalentar las inclinaciones a la virtud.

6. Los versículos 16 y 17 constituyen: (A) Una ferviente profesión del amor que la sulamita y el pastorcillo se tienen recíprocamente, a pesar de todos los esfuerzos de los hermanos de ella por separarlos; (B) Una tierna, amorosa y urgente llamada al amado para *que vuelva, ligero como el corzo o como el cervatillo, hasta que soplen las brisas del atardecer* (éste es el sentido de la primera parte del v. 17) y *huyan las sombras* al ponerse el sol que las ocasionaba. En vano esperó la sulamita, pues llegó la noche (3:1) sin que él apareciese *sobre los montes de Báter.* La Iglesia no duda de que llegará el frescor de la brisa del atardecer y de que huirán las sombras presentes, para dar paso a las realidades futuras. El vocablo hebreo *báther* significa división o separación. Según esto, caben varias interpretaciones: (a) montes con quebradas intermedias (probable, según Lehrman); (b) montes de separación, por el corte que parece efectuar el horizonte (según Dhorme); (c) montes de división de la víctima para el sacrificio (comp. con Gn. 15:10) en dos partes iguales (según Joüon y Robert-Tournay). Estas dos últimas opiniones son expuestas por F. Asensio al relacionar nuestro *Báter,* dice, con la raíz *btr,* separar o cortar. Esta nostalgia de la sulamita por su amado puede aplicarse al *Maranatha,* ¡Señor, ven! que la Iglesia primitiva solía repetir en sus cultos con tensa y viva expectación de la Segunda Venida del Señor (v. el griego original de 1 Co. 16:22, comp. con Ap. 22:20).

CAPÍTULO 3

En este capítulo, I. La sulamita continúa refiriendo el incidente del que habló en la segunda parte (vv. 8 y ss.) del capítulo precedente, y termina con el mismo encargo que dio en 2:7 (vv. 1–5). II. Salomón,

con un enorme alarde de esplendor majestuoso, intenta de nuevo ganarse el afecto de la sulamita (vv. 6–11).

Versículos 1–5

1. Desanimada por no haber aparecido su amado, la sulamita no puede conciliar el sueño (v. 1). Cuatro veces, una por cada versículo (vv. 1–4), repite la frase *«al que ama mi alma»,* que ya vimos en 1:7. Nótese el gozo que se muestra en ese *«Hallé … lo agarré y no lo solté»* (v. 4. Comp. con Sal. 119:2, 10; Jer. 29:13; Lc. 15:4). ¿Es así de ferviente nuestro amor a Cristo? Por largo tiempo, la consolación de Israel se dejó esperar, mas el buen Simeón tuvo, por fin, en sus brazos al Mesías que esperaba y amaba. Locamente enamorada, la sulamita se levanta del lecho y comienza a dar vueltas por la ciudad (probablemente, Sulam, más bien que Jerusalén). Su resolución: *«Me levantaré, etc.»* (v. 2) no puede menos de recordarnos la misma frase del Hijo Pródigo en Lucas 15:18; y la pregunta a los guardas: *«¿Habéis visto al que ama mi alma?»* (v. 3) nos recuerda igualmente la santa locura que mostró la Magdalena en su conversación con quien ella creía que era el hortelano (Jn. 20:15). Los guardas fueron incapaces de decirle a la sulamita dónde se hallaba su amado. Sólo los que tienen íntima comunión con Cristo pueden mostrar a otros el camino para hallarlo. La meditación de las Escrituras y la oración nos facilitarán esa comunión.

2. *«Apenas había pasado de ellos* (de los guardas) *un poco, etc.»* (v. 4). Pasó de los guardas tan pronto como se percató de que no podían darle noticias de su amado. Pero, en seguida que hubo pasado de los guardas, *halló a su amado.* Cuán dulce hubo de ser el hallazgo, después de esta persistente búsqueda, es difícil de expresar, pero fácil de imaginar. *«Buscad* (lit. *continuad buscando) y hallaréis»,* dijo el Señor y nos aseguró que *«el que continúa buscando, halla»* (Mt. 7:7, 8. Los verbos están en presente continuativo). ¡Nadie se desanime! El Señor alarga muchas veces la pregunta para que mejor satisfaga la respuesta.

3. El versículo 4b, mediante un paralelismo de sinonimia, parece mostrar que la madre de la sulamita aprobaba las relaciones que ella mantenía con el pastorcillo. El versículo 5 cierra la sección, como en 2:7, donde se puede ver el comentario.

Versículos 6–11

1. Cambia la escena, si no el escenario, y en el resto del capítulo se nos describe, con la mayor probabilidad, la vuelta de Salomón, con gran escolta, a su regia residencia del norte de Palestina. Es probable que la pregunta del versículo 6 saliese de labios de la sulamita. Aunque el pronombre demostrativo está en singular femenino, la verdadera versión debe ser *«Qué es eso …?»* en neutro, ya que, como muy bien advierte Lehrman, ¿Cómo podría un espectador distinguir, a tal distancia, si el ocupante de la regia litera era una mujer, y si estaba perfumada con mirra? Uno de los sirvientes del rey responde (vv. 7–10) con una descripción de todo el cortejo del rey: Entre nubes de incienso aromático que parecen una columna de humo (v. 6), se acerca la litera o, mejor, el palanquín de Salomón (v. 7), una carroza lo bastante amplia para que vaya cómodamente reclinado el regio viajero, cubierta la carroza con un rico dosel, y con sendas columnas en los cuatro extremos, es llevada en procesión por cuatro o más hombres. Solían tener cortinas para resguardarse del sol y ventanas o celosías a ambos lados, según Ginsburg. Setenta guardaespaldas, de entre los más valientes de Israel, bien armados, le hacen escolta (vv. 7b, 8), *por las alarmas de la noche,* como dice explícitamente el texto; es decir, para protegerle de los merodeadores nocturnos. Cristo mismo estuvo bajo la protección especial de su Padre; tenía a su disposición legiones de ángeles. También la Iglesia está bien guardada y protegida; son más los que están con ella que los que están contra ella (v. 2 R. 6:16; comp. con 2 Cr. 32:7; Sal. 55:18b; 1 Jn. 4:4). Todos los atributos de Dios entran en juego para salvaguardar a los creyentes; su paz protege a los que son verdaderamente suyos (Fil. 4:7). Nuestro peligro viene de *los dominadores de este mundo de tinieblas,* pero estamos a salvo con *la armadura de Dios,* que es una armadura de luz (v. Ef. 6:12 y ss.; comp. con 1 Ts. 5:1–8).

2. Los versículos 9 y 10 detallan los materiales con que estaba construido el palanquín de Salomón. El *mittah,* litera, del versículo 7 es llamado en el versículo 9 *apiryón,* palanquín cubierto, por donde se adivina su forma que ya hemos descrito. La última parte del versículo 10 debe traducirse así: *«Su interior,*

tapizado con amor (es decir, *amorosamente) por las doncellas de Jerusalén».* Dice M. Henry: «La plata es mejor que el cedro, el oro es mejor que la plata, pero el amor es mejor que el oro, y por eso se pone el último, porque no puede haber ninguna cosa mejor que él» (v. 1 Co. 13:13). El Evangelio nace del amor de Dios (Jn. 3:16; 1 Jn. 3:1), y sin el amor, nada vale todo lo demás (1 Co. 13:1–3).

3. El versículo 11 va dirigido a *las doncellas de Sion,* sinónimo de *las doncellas de Jerusalén* del versículo anterior. Es el coro de cantores el que ahora habla, según F. Asensio. En todo caso, se trata evidentemente de llamar la atención de la sulamita, a fin de que le impresione más la llegada del rey y esté mejor dispuesta a consentir en la petición de mano que Salomón insiste en proponerle. Sin embargo, la sulamita está enamorada del pastorcillo y seguirá siéndole fiel, a pesar de todos los intentos de Salomón para deslumbrarla y conquistarla. Todo esto es, de algún modo, imagen del esplendor mundano y de las variadas formas que reviste para tentar a los creyentes (comp. con Ec. 2:4–8; Gá. 6:14; Fil. 3:8; 1 Jn. 2:15 y ss.). Puede verse el contraste entre Filipenses 1:20, 21 y 2 Timoteo 4:10. ¡Ojalá los creyentes tuviésemos el mismo grado de amor al Esposo Celeste que la sulamita tenía a su amado pastor!

4. *«Con la corona, etc.»* (v. 11b). Cuando los creyentes aceptan a Cristo por su amado Señor y Salvador y se unen a Él con pacto perpetuo, es el día de la coronación de Cristo en los corazones de ellos. Antes de la conversión se coronaban a sí mismos, pero después comienzan a coronar a Cristo (comp. con Ap. 4:10) y así continúan haciéndolo desde aquel día. Es *el día de sus desposorios,* en el cual se desposa con ellos para siempre en amor, gracia y favor. Es *el día del gozo de su corazón.* Se alegra del honor que los suyos le dispensan.

CAPÍTULO 4

En este capítulo, el rey Salomón, ya llegado a su residencia de verano, I. Requiebra ferviente y profusamente a la sulamita para obtener su amor (vv. 1–7). II. Ella, sin embargo, se imagina escuchar la voz de su amado pastorcillo, que la invita a marchar con él y la llena de dulces requiebros (vv. 8–15). III. El versículo 16, todo él, es, con la mayor probabilidad, una respuesta de la sulamita a los requiebros de su amado.

Versículos 1–7

Lehrman tiene como más probable que todo el capítulo refiere los requiebros del pastorcillo, quien habla (real o imaginariamente) a su amada a la llegada del regio cortejo. En favor de esta opinión (aunque Lehrman no menciona ninguna razón) está la dificultad de hacer un corte abrupto en el versículo 8, así como el lenguaje pastoril y campestre de los versículos 1–7, tan distinto del de Salomón en 1:9–11. Sin embargo, otros autores de indiscutible prestigio opinan que los primeros siete versículos refieren requiebros de Salomón.

1. Comienza el capítulo con requiebros parecidos a los de 1:15 (un tanto más a favor de la opinión de Lehrman), donde ya vimos lo de «*Tus ojos* (como) *palomas*» (v. 1. lit.). Aquí se añade *«detrás del velo»,* que cubría todo el rostro, excepto los ojos. Las líneas tercera y cuarta del versículo 1 han de traducirse: *«Tu cabellera como rebaño de cabras que descienden del monte Galaad».* Para entender este símil es preciso saber que la sulamita llevaba una cabellera negra, distribuida en trenzas, entre las cuales quedaban al descubierto como una líneas blancas en el fino cutis cabelludo. Así pues, el interlocutor (ya sea Salomón o el pastorcillo) se imagina un rebaño de cabras negras que bajan en hileras, justamente antes del alba, y que forman líneas blancas (entre las hileras) frente al oscuro trasfondo de la luz pálida (Lehrman). La siguiente comparación (v. 2) es acerca de los dientes blancos, sin que falte ninguno y correspondiéndose exactamente los de arriba con los de abajo *(«todas con crías gemelas»*). Con su lana blanca, comparada a la nieve (v. Is. 1:18) y, para mayor blancura, *que suben del baño,* las ovejas son un buen símil de los dientes de la sulamita. Los ministros, dice M. Henry, son los dientes de la Iglesia; como las nodrizas, ellos mastican la carne para los bebés de Cristo. Nota del traductor: Recuérdese lo que dijimos al comienzo del comentario al *Cantar.* Este difícil Libro Sagrado, pero, al fin y al cabo, inspirado por Dios, necesita una exposición concienzuda del sentido literal en el plano exegético. Las aplicaciones espirituales pueden ser útiles, con tal de que se tenga en cuenta que son acomodaciones devocionales. En

este plano, ahora que ya estamos familiarizados con los personajes del drama lírico, podemos ver en la sulamita a la Iglesia (también, al creyente individual); en el pastorcillo, a Cristo, el Buen Pastor de Juan 10; y en el rey Salomón, al mundo con sus muchos y variados atractivos. Además del comentario devocional de M. Henry, cuya sustancia hemos traducido en todo lo que no va directamente contra el sentido literal del texto, pueden verse, entre otros, los comentarios de Watchman Nee y de Samuel Vila.

2. Continúan los símiles: *«Tus labios como hilo de escarlata»* (v. 3), por su rojo vivo, índice de belleza y salud, así como los labios pálidos son signo de debilidad física. Los llama *«como hilo …»* por ser finos, sin la sensualidad de los labios gruesos. Aunque el hebreo *midbar* significa el hablar, es más probable que aquí signifique *la boca,* como traducen la *New International Version* y la *New American Standard Translation*. Cuando alabamos a Dios con nuestros labios, y *con la boca le confesamos para salvación* (Ro. 10:9, 10), entonces nuestros labios son *como hilo de escarlata.* Todas nuestras buenas palabras, como todas nuestras demás obras, tienen que ser lavadas en la sangre de Cristo, teñidas como en un baño de escarlata, y entonces se vuelven blancas (comp. con Ap. 7:14), completamente aceptables para Dios.

3. Las mejillas, por ser sonrosadas, son comparadas a *dos mitades de granada* (expresión favorita de la poesía oriental, dice Lehrman). Su *cuello* (v. 4), derecho, sin arrugas prematuras y adornado con collares, es comparado a *la torre de David,* adornada con *escudos* (comp. con Ez. 27:11). Nuestra fe es comparada a un escudo (Ef. 6:16). *Mil* es un número redondo para expresar abundancia, pues es el cubo del número básico *diez* (v. Gn. 18:32; Rut 4:2). Los *dos pechos,* bien desarrollados, son comparados (v. 5) *a dos cervatillos* saltarines *que pacen entre los lirios del campo.* (¡Cuán lejos estamos aquí de la imaginación occidental!)

4. El versículo 6 parece ser una interrupción de la sulamita a los requiebros anteriores (sean de quien sean. La semejanza de 6a con 2:17a confirma la opinión de que el interlocutor es el pastor). Hasta que sople la brisa del atardecer y huyan las sombras a la puesta del sol, ella, enamorada y enaltecida por los requiebros, desea retirarse por unas horas para aspirar los perfumes campestres de la montaña. *El monte de la mirra* es símbolo del monte Moria, sobre el que fue edificado el templo, en el que cada día se quemaba incienso en honor de Dios. Hay quienes observan que dicho santo monte es llamado en el mismo versículo 6 *«monte de la mirra»,* la cual es amarga, y *«collado del incienso»,* el cual es suave, con lo que allí tenemos oportunidad tanto para hacer duelo como para regocijarnos; el arrepentimiento mismo es una mezcla de amargura y dulzura. Pero en el Cielo, todo será incienso, sin mirra.

5. Tras un requiebro que compendia a todos los demás (v. 7; comp. con Gn. 1:31; Ef. 5:27), el pastorcillo (con la mayor probabilidad) pronuncia las frases del versículo 8, que veremos a continuación.

Versículos 8–16

1. En el versículo 8, el pastorcillo (con la mayor probabilidad, según acabamos de indicar) invita a su amada sulamita a salir cuanto antes de la residencia regia, que él describe como *guaridas de los leones y montes de los leopardos.* Los llama así, sin duda, por los peligros que allí la acechan, y la invita a unirse con él fuera de las cumbres del norte de Palestina.

2. En lo restante del capítulo, el amante pastorcillo expresa su amor a la sulamita con frases que superan con mucho a los cumplidos convencionales, calculados, del rey Salomón. El repetido verbo hebreo *libabtini, libabtini* del versículo 9 es difícil de traducir literalmente. La mejor versión sería: *«Me has dado un nuevo corazón»,* lo cual tiene mucha más fuerza que el *«me has robado el corazón»* (que, a primera vista, parece decir lo contrario de lo que significa el hebreo). Dice Lehrman: La reunión le ha investido de coraje para llevársela de su forzado confinamiento. Agrega: *«con uno de tus ojos»* (lit.), porque, según costumbre oriental, ella se había levantado el velo y había descubierto justamente un ojo para dirigirse a él. Con ello, había descubierto también una *gargantilla* que llevaba al cuello. *Sus caricias* (v. 10) le resultan a él *muy dulces,* más agradables que *el vino* (comp. con 1:2). *Miel y leche* (los preciados productos de la Tierra Prometida) halla él en *los labios y debajo de la lengua* de ella. El Líbano era famoso por su fragancia (v. Os. 14:7).

3. También la llama (v. 12) *huerto cerrado* para todos, excepto para él; casta, modesta, virginal, la sulamita está vallada contra la intrusión de ajenos: *fuente sellada.* Al ser el agua escasa en el Oriente, dice Lehrman, los propietarios de fuentes las sellan con barro, el cual se seca rápidamente bajo la acción del sol. El sello es aquí el símbolo e índice de propiedad privada (comp. con 8:9). *Los renuevos* (v. 13) son

los finos y deliciosos productos de tan hermoso huerto (vv. 13, 14). Tanto los frutos como las especias aromáticas son de lo más fino. *«Plantío de Jehová»* se llama proféticamente a los otrora *afligidos de Sion* (Is. 61:3), y la Iglesia es, con Cristo, *vid* plantada por el mismo *agricultor* (Jn 15:1). Finalmente, el pastor compara a su amada con un *pozo-fuente de aguas vivas* (v. 15; comp. con Jer. 2:13; Jn. 4:14; 7:38), con que no sólo se riega el huerto, sino que de ahí sacia su sed el poseedor del huerto. Como *huerto de riego* es profetizado Israel en Jeremías 31:12.

4. A todos estos requiebros del pastorcillo, y al tomar nota especial de que él la ha llamado *«huerto cerrado»,* la sulamita prorrumpe (v. 16) en un ardiente apóstrofe a los vientos del norte y del sur, *al Aquilón y al Austro,* para que soplen fuertemente sobre ese *huerto suyo* que es ella misma, a fin de que *se desprendan sus aromas.* Como se ve por las dos últimas líneas del versículo 16 y por el versículo 1 del capítulo siguiente, la sulamita abre completamente su corazón a su amado y se expresa como quien ha celebrado ya solemnemente las tan deseadas nupcias: *«Venga mi amado a su huerto y coma de su dulce fruta».* El creyente no puede disfrutar mucho de su propio huerto, a no ser que Cristo, el amado de su alma, venga a él y produzca en él la gracia necesaria para que los frutos de ese huerto redunden en gloria de nuestro Señor y Salvador.

CAPÍTULO 5

En este capitulo, I. El novio habla también como quien ha celebrado la solemnidad nupcial e invita a sus amigos a participar en el banquete de bodas (v. 1). II. La novia refiere un sueño perturbador que ha tenido (vv. 2–8). III. Ante una pregunta de las damas de la corte, hace de su esposo una descripción apasionada (vv. 9–16).

Versículos 1–8

1. Ante la invitación de la amante sulamita, el amado pastor se imagina (v. 1) que ya se halla en posesión del jardín-huerto que es ella, y que ha recogido, tanto *los aromas,* como *la miel, el vino y la leche* de que él mismo había hablado en 4:10–14. No está claro, en realidad, quién pronuncia la invitación de la última parte del versículo. Parece obvio que habría de ser el novio mismo, pero desconcierta ese *amados,* después del *amigos,* que son los convidados. «Sugieren algunos, dice Lehrman, que unas pocas amistosas damas de la corte, al ver la dicha de los amantes al hallarse juntos, les urgen a aprovechar la ocasión lo mejor posible.» Según Ryrie, es el mismo Dios, que bendice la unión de la pareja; es difícil ver tal intervención dentro de este contexto, sin negar su posibilidad. Watchman Nee llega a ver aquí, en los invitados, nada menos que a la Trinidad entera, quien disfruta de todos los frutos del huerto. Dios solo, dice, y no el hombre, es quien recibe el fruto de la vida del creyente.

2. En los versículos 2 y ss., la novia refiere un sueño turbador que ha tenido. Han pasado ya, probablemente, varios días después de los desposorios. «Yo *dormía, pero mi corazón velaba»* no significa que el amor la tuviese despierta, sino que su mente se veía agitada por ensueños mientras dormía. La propia conciencia puede recriminar en sueños al creyente que languidece espiritualmente.

(A) En el sueño, *escucha la voz de su amado, que llama, etc.* (Nótense los cuatro epítetos amorosos: *hermana, amiga, paloma, perfecta,* mejor, *sin tacha,* irreprochable; el mismo vocablo de Job 1:1, etc.). *«Ábreme …».* La situación es comparable a la del Señor llamando a la puerta de la iglesia de Laodicea (Ap. 3:20). Para dar mayor fuerza a su súplica, agrega: *«Porque mi cabeza está llena de rocío, etc.».* Quizás venía de casa de su madre tras largo viaje a pie y la había cubierto el rocío que cae copiosamente en Palestina antes de la madrugada (comp. Jue. 6:38).

(B) Las razones que, en sueños, da ella para no levantarse a abrirle son en extremo triviales (v. 3): *«Me he desnudado de mi ropa … Me he lavado los pies …».* De no ser en sueños, sería inexplicable tal actitud en una esposa realmente enamorada de su esposo. Por desgracia, no es en sueños, sino en vela, como muchas veces ponemos frívolas excusas para negarle al Señor lo que nos demanda: «No puedo, no tengo tiempo, no es de mi incumbencia, etc.».

(C) El amado no se desalienta (v. 4) y trata de abrir la puerta, *metiendo la mano* por la abertura que permitía a los amigos y parientes levantar desde fuera la aldaba interior. No hay ningún motivo para ver

en este gesto ningún sentido erótico, pues contradice al contexto. Como se ve por el versículo 5, la cerradura estaba asegurada con pestillo o cerrojo; así que no pudo abrir. Es cierto que el Señor abre el corazón desde dentro (Hch. 16:14) cuando se trata de oír la Palabra de Dios para *conversión,* pero llama desde fuera (Ap. 3:20) cuando se trata de abrirle para *comunión.*

(D) Al ver la mano del amado, se le enternece el corazón a la sulamita (v. 4) y se levanta ligera (v. 5) para abrirle. Era la mano con que el amado pastor la había abrazado (2:6). Las cicatrices en las manos del Resucitado deberían ser suficiente motivo para hacernos más diligentes en amarle y servirle. *Las manos y los dedos* de la sulamita *gotearon mirra sobre la manecilla del cerrojo* (v. 5b), ya fuese porque el amado había rociado con esencia la puerta al intentar abrirla o, más probable, porque ella misma se había ungido con mirra antes de retirarse a dormir. Si reservásemos para el Señor el perfume de nuestras gracias (comp. con Lc. 7:46; Jn. 12:3), en lugar de ser remisos en ejercitarlas para Él, nuestra vida espiritual sería próspera y floreciente.

(E) Pero ya era demasiado tarde (v. 6). Su *amado se había ido;* lo cual le causó un tremendo desconsuelo. La tercera línea del versículo dice textualmente: «Mi *alma salió en su hablar*». Versiones y comentarios suelen entender esta frase en el sentido de que *el corazón de ella se fue tras él* o de que *ella salió en su seguimiento.* Únicamente la *Nueva Biblia Española* ofrece la siguiente espléndida versión: *«Al escucharlo se me escapa el alma».* En efecto, ésta es también la versión rabínica. Comenta Lehrman: «Su desilusión le produjo una momentánea pérdida de conciencia»; es decir, desfalleció y estuvo a punto de desmayarse. Opina Rashi que el novio, al no poder entrar, dijo algunas palabras, algo así como: Ahora no voy a entrar puesto que no quisiste abrirme. Ya repuesta de su desmayo, salió a buscarlo, pero no le halló ni respondió él. De modo parecido, si no le abrimos al Señor cuando llama a la puerta de nuestro corazón, es de temer que no nos responda cuando le llamemos; de este modo, castiga Cristo nuestra demora y suspende la comunicación de sus dulces consuelos a los que son remisos en escuchar su voz y obedecerle.

(F) En su desconsuelo (nótese la semejanza con 3:1–3), salió en busca de su amado. Era ya noche cerrada; quizá medianoche. *Los guardas que rondan por la ciudad,* los vigilantes de turno que patrullaban por las calles, tomándola por mujer de mala vida, la detuvieron; sin duda, ella quiso desasirse de ellos, por lo que *la golpearon* (v. 7) y se quedaron con el manto que ella llevaba puesto (comp. con Sal. 69:26). La primera vez (3:2–4), los guardas (comparables espiritualmente con los ministros de Dios, supervisores) no pudieron decirle dónde estaba el Amado (sólo el Espíritu Santo puede en realidad, hacerlo), pero no la descaminaron ni la hirieron; en cambio, ahora, ella buscaba en ellos algún consuelo y no halló otra cosa que reproche y baldón; lejos de cubrir la multitud de pecados, la expusieron a la vergüenza, descubriéndola a la vista de cualquier transeúnte malintencionado. Bien pudieron venirle a las mientes los lamentos del Salmo 69:20.

(G) Despierta ya, su disposición es muy diversa de la que tenía en sueños. El mismo ensueño había estimulado el amor hacia su deseado esposo. De ahí, su anhelante súplica, su conjuro (v. 8) a las damas de la corte a que la asistan en la búsqueda de su amado; y si le hallan antes que ella, *que le hagan saber que está enferma* (que desfallece) *de amor.* Mejor es desfallecer por amor a Cristo que reanimarse en el amor del mundo.

Versículos 9–16

Ante esta ferviente declaración de amor al pastorcillo, su amado esposo, las damas de la corte (v. 9) le preguntan: *«¿Qué es tu amado más que otro amado, etc.?»* Como si dijesen: ¿Qué has visto en él de extraordinario, para que así nos supliques que te ayudemos a encontrarle? Esta pregunta le da a la sulamita una magnífica oportunidad para describir en detalle los hermosos rasgos de la figura de su amado.

1. Comienza por el color de su tez (v. 10): *«Mi amado es blanco y sonrosado».* Es una pena que todavía la excelente versión *la Biblia de las Américas* haya conservado el adjetivo *«rubio»,* surgido de una mala traducción a través de la Vulgata Latina, cuando el versículo 11 dice que sus cabellos son *negros.* El hebreo *adom* significa *rojizo* (comp. con *Adán y edom).* Su cutis era blanco brillante y sonrosado, como suele ser el de los que llevan una vida campestre (comp. 1 S. 16:12). *«Descuella entre diez mil»,* añade. El número 10.000 es siempre símbolo de magnitud o abundancia, al multiplicar por diez el perfecto número mil. El hebreo *dagul* significa literalmente *«marcado con un estandarte» (déguel,* estandarte), y da a entender que, así como el portador del estandarte de un ejército se destaca entre todos

los soldados del regimiento, así se destaca su amado entre diez mil hombres. El estandarte de Cristo es la Cruz. *El Cordero que fue degollado* fue también *el León de la tribu de Judá,* vencedor del diablo (Ap. 5:5, 6; comp. con He. 2:14b). Bajo esa bandera, *somos más que vencedores* (Ro. 8:37).

2. De su cabeza (v. 11) dice que es *oro puro* (comp. Is. 13:12), no por el color, sino por el valor que tiene para ella lo más destacable y característico de la anatomía humana de su amado. La cabellera consta de hermosos *rizos (taltallim, ondulantes* como los collados—hebr. *tel*—), *negros como el cuervo.* De todas las muchas versiones que poseo, nota del traductor, sólo la NVI y la *The Good News Bible* han captado el significado del hebreo *taltallim,* que casi todas vierten por *racimos de dátiles* (o *de palmera*). No es de extrañar, sin embargo, esa diversidad, ya que dicho vocablo no ocurre en ningún otro lugar de la Biblia. De los ojos dice que son *como palomas* (v. 12) *... que se bañan en leche.* Dice Lehrman: «El oscuro iris, rodeado del blanco brillante del ojo, sugiere este bello símil»; *«a la perfección colocados»* significa que no son salientes ni hundidos, no están colocados demasiado cerca el uno del otro, ni demasiado separados entre sí. Las sonrosadas *mejillas* del amado le parecen como *lecho de flores* saliente (hebr. *arugath,* Ez. 17:7) y como redondos parterres *salientes* (hebr. *migdaloth,* torres). La comparación de los *labios* con lirios rosáceos que *destilan* mirra *fragante* expresa la dulzura que halla en su conversación (comp. con el v. 16).

3. Pasa después a describir sus *manos: cilindros de oro redondeados* (v. 14. lit.), y alude a la delicada y bien formada redondez de sus dedos, *con engastes de berilo* o crisólito *de Tarsis,* pues así es como ella se representa las uñas de su amado, cual piedras preciosas engastadas en la punta de los dedos.

4. El *cuerpo* todo (v. 14b) del amado le parece hecho *de pulido marfil* blanco, suave, aunque fuerte y duro. Dice Lehrman: «Su intención es dar a entender que cada pulgada de su cuerpo es para ella más preciosa que todas las riquezas de Salomón»; *«cubierto de zafiros»* es una expresión que indica, con la mayor probabilidad, el aspecto que la piel de su cuerpo ofrecía al resplandecer bajo la fina túnica de púrpura que le cubría. Este es el símbolo de la celeste claridad que *el embaldosado de zafiro* de Éxodo 24:10 despedía.

5. *Las piernas* (v. 15), que sostienen en pie al cuerpo, le parecían *columnas de mármol, asentadas en basas de oro fino.* Es la tercera vez que menciona el *oro puro,* oro fino, en la descripción del cuerpo del amado: (A) Oro en los pensamientos de su cabeza (v. 11); (B) Oro en las obras de sus manos (v. 14); (C) Oro en la estabilidad de los pasos de sus pies (v. 15).

6. En los versículos 15b y 16a, la amada resume el aspecto encantador que, en conjunto, le ofrece su amado, aunque en medio de esta descripción, no puede menos de mencionar su *paladar,* no por alusión al gusto de las cosas, sino como sinónimo de la boca (así como de los labios en el v. 13b), de la cual sólo salen para ella expresiones agradables, deliciosas. El amado sobrepuja, según ella, a todos los hombres de la misma forma que los cedros del Líbano sobrepujan a todos los demás árboles (Dt. 3:25; Am. 2:9). *«Todo lo de él* (es) *deliciosidades»* (lit.), añade. Y, como respondiendo retadora a las preguntas que en el versículo 9 le habían hecho las damas de la corte, resume: *«Tal es mi amado, tal es mi amigo, hijas de Jerusalén»* (v. 16b). Como si dijese: ¿Cómo os puede extrañar que yo esté enamorada de tal hombre? ¡Oh, si nosotros tuviésemos a nuestro Salvador el mismo afecto que la sulamita muestra aquí hacia su pastorcillo! ¡Oh, si con toda sinceridad y ante el mundo entero nos atreviésemos a proclamar que todo Él es *una delicia para nosotros!* (comp. 1 P. 2:7). En esta línea de aplicación espiritual, dice W. Nee: «Al llegar a este punto, el corazón de un verdadero creyente no puede por menos de calentarse y conmoverse de admiración ante quien profiere tan altas expresiones de alabanza a Él. Bien podemos pararnos un momento a repasar el camino recorrido y reflexionar sobre Aquel a quien hemos confesado como Señor nuestro ¡cómo podría alguien hacer otra cosa que gritar con esta doncella: *"Todo él es delicioso,* esto es, encantador"! Sea cual sea la parte de Su vida o el rasgo de Su carácter del que podamos hablar, hemos de concluir que *todo Él es encantador.* Y quienes de todo corazón le siguen, con santo orgullo pueden decir con esta doncella: "Tal es mi Amado, tal es mi Amigo, ¿y quién puede reprocharme que le busque y le siga?"»

CAPÍTULO 6

En este capítulo, I. Las damas de la corte, impresionadas por la descripción que de su amado ha hecho la sulamita, le preguntan adónde se fue, para buscarlo con ella, a lo cual ella declara que nadie, sino ella puede tener el privilegio de poseerlo (vv. 1–3). II. Entra luego en escena Salomón y la cubre otra vez de requiebros, asegurándole que hasta sus reinas y concubinas la admiran y la alaban (vv. 4–10). III. La sulamita le interrumpe para referir lo que estaba haciendo el día en que, ante alabanzas semejantes a ésas de ahora, trató de huir y, sin darse cuenta, se halló de pronto en el palacio del rey (vv. 11–13)

Versículos 1–3

1. La descripción que de su amado ha hecho la sulamita ha producido fuerte impresión en las damas de la corte, hasta el punto de que se ofrecen a buscarlo con ella (v. 1). Como si dijesen: «Si es tan encantador, déjanos buscarlo también nosotras contigo». Un testimonio vibrante de nuestro Salvador, de lo que es y de lo que ha hecho por nosotros y puede hacer por otros, es capaz de ganar la atención y el interés de los inconversos y aun llevar a algunos a los pies de la Cruz en búsqueda de perdón. Y el celo por las cosas de Dios puede igualmente *estimular a la mayoría* de los creyentes débiles e indecisos (2 Co. 9:2).

2. La respuesta de la sulamita (v. 2) ha desconcertado a muchos exegetas, atribuyéndola a mero recurso literario-poético. Así opina F. Asensio, quien dice: «Respuesta lógicamente desconcertante en labios de quien acaba de confesar haberlo buscado inútilmente de noche, e inmediatamente (¿de día? cf. v. 2b) añade saber que está en el jardín». Evidentemente, la sulamita no sabe con plena certeza si su amado está o no está en el huerto, pero lo da por seguro por ser el lugar y la ocupación usuales del pastorcillo. Opina Lehrman del modo siguiente: «Quizá celosa del interés que ha despertado acerca de su amado, ofrece una respuesta evasiva, e insinúa simplemente que él ha podido marchar a su acostumbrado oficio, y a recoger lirios como solía».

3. Por un momento, le acechan los celos ante el interés que las damas han mostrado por su amado; por lo que asegura (v. 3), como ya lo había hecho antes (2:16) y lo hará después (7:10), que ellas no tienen ningún motivo para buscarle, puesto que *él es solamente de ella, así como ella es solamente de él.* En la unión matrimonial no caben fisuras ni interferencias: uno con una, y para siempre (v. Mt. 19:6). De manera similar, no se puede servir a Dios y a las riquezas (Mt. 6:24), a la ley y a la gracia (Ro. 7:46), a Cristo y a Belial (2 Co. 6:15), a Cristo o a otro dueño (2 Co. 11:2), a Dios y al mundo (1 Jn. 2:15). Muchas veces nos hallamos en la oscuridad, sin sentir de modo sensible la presencia del Amado; quizá se ha escondido por nuestra poca diligencia en abrirle cuando llamó a la puerta; pero, al menos, aferrémonos a esta segura verdad: *«¡Cristo es mío, y yo soy de Él!»*

Versículos 4–10

1. En este momento, llega Salomón (v. 4) y, como en otras ocasiones, intenta ganarse con requiebros el corazón de la sulamita. Las frases son semejantes a las que ya vimos en 4:1 y ss. La compara ahora en belleza con la hermosa ciudad de Tirsa, antigua capital del reino del norte desde los tiempos de Jeroboam I hasta los de Omrí; la compara igualmente con Jerusalén, la incomparable e imperecedera, que en Lamentaciones 2:15 es llamada *la perfección de la hermosura y el gozo de toda la tierra.* Añade que es *terrible* (lit.), es decir, imponente, avasalladora y conquistadora con sus encantos seductores (comp. con Pr. 7:26), como lo podrían ser los escuadrones de un ejército con las banderas desplegadas (hebr. *nidgaloth,* del vocablo *déguel,* que ya vimos en otros lugares: 2:4; 5:10). De tal manera *le subyuga la mirada de ella* (v. 5), hasta dominarle, que le pide que *aparte de él los ojos.* Los versículos 5b, 6 y 7 repiten los requiebros que ya vimos en 4:1–3.

2. No es sólo Salomón el que admira y alaba la belleza de la sulamita. Incluso las reinas y las concubinas del harén regio la alaban también con las frases que leemos en el versículo 10. Una indicación más de que Salomón escribió el Cantar en los primeros años de su reinado es que menciona 60 *reinas y 80 concubinas* (v. 8), cuando vemos en 1 Reyes 11:3 que tuvo 700 *con rango de princesas y 300 concubinas.* A pesar de tal abundancia de mujeres, y no cabe duda de que escogería las más hermosas de Israel y de los países limítrofes, esta sulamita era para él (v. 9) tan *única* en su perfecta hermosura y en el amor que él le tenía como *única* era la nación de Israel en el afecto de Dios (2 S. 7:23). También para su madre, para la que la dio a luz, había sido *la única, la preferida,* entre todas las hijas (v. 9b). Y, como ya

hemos dicho antes, también las reinas y concubinas de Salomón vieron en ella algo *único,* pues la comparan (v. 10) a cosas únicas por su belleza: la luz creciente del alba, la suave luminosidad de la luna en un cielo sin nubes, y el brillante, sin par, esplendor del sol. El símil de los escuadrones con banderas desplegadas es el mismo que ha usado Salomón en el versículo 4. Estas alabanzas a la sulamita, hechas por quienes menos podríamos sospechar, ya que lo normal sería tenerle envidia, celos, resentimiento, nos dan la oportunidad para hacer una observación de carácter espiritual. Con frecuencia, las gentes del mundo, en especial los jefes de empresas, etc., aunque no alberguen ninguna simpatía hacia Dios y la religión, respetan la conducta leal, sincera, honesta y responsable de los creyentes a su cargo y llegan a ponerles en los puestos de confianza. Hasta los ateos desprecian al creyente que es inconsecuente con su profesión de fe.

Versículos 11–13

Estos versículos son muy difíciles de traducir y más difíciles aún de interpretar.

1. El versículo 11 parece indicar que la sulamita, sin dejarse ganar por los requiebros del rey, le interrumpe y viene a decir; «¿Es que he salido acaso a buscar al rey para seducirle? No es así, sino que fui a los huertos y a las viñas de mi familia para ver si habían madurado sus frutos». Los nogales eran muy abundantes en el norte de Palestina. Las nueces, así como las almendras, avellanas, etc., tienen sobre otros frutos la ventaja de que, aunque caigan al agua o al fango, su fruto no se mancha ni se echa a perder, porque lo protege la cáscara que lo cubre. Es semejante a la armadura completa de Efesios 6:11 y ss., de la que el creyente debe estar revestido continuamente para protegerse de los ataques del enemigo.

2. La versión más probable del dificilísimo versículo 12 es la siguiente: *«Mi alma me ha traído, sin darme cuenta, a los carros de los compañeros de mi príncipe» (Search The Scriptures).* Semejante es la paráfrasis del rabino Lehrman: «Antes de que me diese cuenta, pues estaba muy ocupada en el quehacer que me habían encomendado mis hermanos en el huerto, los siervos del rey se me llevaron y, antes de que pudiese percatarme de ello, me hallé en la corte». La única aplicación espiritual que aquí se me ocurre (nota del traductor), ya que los comentarios devocionales están muchas leguas aparte de la versión más probable del versículo es que, en medio de nuestros quehaceres ordinarios, hemos de estar siempre alerta para no ser sorprendidos por las numerosas tentaciones que el mundo pueda ofrecernos.

3. El versículo 13 es, en la Biblia Hebrea (y así lo tienen muchas versiones) el versículo 1 del capítulo siguiente, pero lo conservaremos como está en la Reina Valera, ya que otras versiones modernas usadas por los lectores de habla hispana (la *Biblia de las Américas* y la NVI) lo conservan igualmente en el capítulo 6. El versículo parece insinuar que la sulamita pudo, por fin, huir de la corte, lo que explicaría ese, cuatro veces repetido *«¡Vuélvete!»,* para volver a verla y contemplarla ¿Quién pronuncia esas frases de la primera parte del versículo? Algunos opinan que las profieren los de la escolta de Salomón, quizá los mismos que la habían traído a la corte. Lerhman opina que las profiere el propio Salomón. «Dándose cuenta, dice, de que todos sus intentos habían fracasado, el rey le suplica que no huya de su presencia, sino que les permita a sus ojos disfrutar de su belleza.» Igualmente piensa que es la propia sulamita la que pregunta (v. 13b): *«¿Qué veréis en la sulamita?»* Como si dijese: «¿Qué podéis ver en una doncella campestre, para que así os llame la atención?». La última parte del versículo es, según Lehrman, la respuesta del rey a dicha pregunta. Sin embargo, el texto mismo favorece a la opinión (nótese la cursiva en la Reina-Valera 1977) de que continúa la pregunta de la sulamita del modo siguiente: *«¿Qué veréis en la sulamita, como si fuese la danza de dos compañías?* (Hebr. *majanáyim,* dual, no plural, que, en 2 S. 17:24, es el nombre de una ciudad y significa “ambos campamentos”)».

CAPÍTULO 7

I. Nuevo intento de Salomón por ganarse el corazón de la sulamita (vv. 1–9). II. Nueva negativa de ella, que, una vez más, proclama su amor a su único amado (vv. 10–13).

Versículos 1–9

1. Al obedecer a la invitación del rey, la sulamita vuelve sobre sus pasos. La gracia misma con que ella camina suscita la admiración de Salomón, por lo que comienza ahora (v. 1) por alabar los pies de ella. «*Hija de príncipe*» no significa aquí a la letra «hija de rey» como en el Salmo 45:13, sino poseedora de una belleza de cuerpo y de carácter, semejante a la de las nacidas de noble familia. En un nuevo requiebro, el rey alaba los muslos de la sulamita, aunque es más probable que los versículos 1–6 refieran alabanzas de las damas de la corte mientras la visten en sus habitaciones privadas, antes de presentarla de nuevo al rey, ya que solamente al estar desnuda, podían apreciarse los encantos que se alaban en el versículo 2.

2. La comparación de los muslos o, mejor, de las caderas de la sulamita con las *ajorcas* artísticamente enlazadas como anillos de una cadena que se bambolea al andar (v. 1b), sugiere el contoneo de las caderas que tanto puede influir en el poder seductor de una mujer. Estas joyas enlazadas, que así se mueven al caminar, simbolizan la belleza espiritual escondida a los ojos de la carne, de una congregación cristiana que, *viviendo por el Espíritu, avanzan también* codo con codo, según implica el original, *por el Espíritu* (Gá. 5:25). La alabanza del *ombligo* (v. 2, ver el comentario a Pr. 3:8) es totalmente ajena a la imaginación occidental, pero a las damas de la corte de Salomón se les antoja parecido a una *copa redonda* (hebr. *agán hasahar*, y ser este último vocablo la única vez que sale en la Biblia). Dice el Midrás: «Hay lugares en que a la luna se la llama *Sahara. Sahar* es una alusión a los asientos del Sanedrín en filas semicirculares, como una media luna, que es semejante a la figura de una era». El ombligo, como ya vimos en Proverbios 3:8, equivalía a la fuente de energías del cuerpo humano, al tuétano de los huesos, aunque es probable que representase también, como reminiscencia del cordón umbilical, el vehículo de la alimentación obtenido, en principio, de la madre. En sentido espiritual vendría a significar la próspera condición, sana y madura, del creyente.

3. Si en el hebreo *sahar* hemos visto la figura de una era, no es extraño ver mencionado en la segunda parte del versículo, *el vientre* como *montón de trigo,* más que por el cereal mismo, por el color moreno claro del trigo, después que ha sido trillado y aventado en la era. Es muy rara, después del montón de trigo, la añadidura de la frase *«cercado de lirios»*. Quizás aluda de nuevo al color (o colores) del vestido que lleva. Ginsburg da la siguiente explicación: «Las eras … estaban al aire libre y, después que el trigo había sido trillado, aventado y amontonado, cada montón era cercado con espinos para evitar que se lo comiese el ganado. En ocasiones festivas, el trigo era decorado con flores. Para hacer más lisonjero el cumplido, el enamorado rey cambia las cercas de espinos en lirios». El versículo 4 lo hemos visto ya en 4:5. Aquí no se añade la segunda parte de aquel versículo. La razón podría ser que *los lirios* de allí ya se han mencionado aquí en el versículo anterior. Algunos de los elementos del versículo 4 se han visto ya, pero aquí aparecen con ciertas variantes y se añade uno nuevo: (A) *El cuello como torre,* no de David (4:4), sino *de marfil.* En 4:4 prevalecía la idea de fuerza, aquí prevalece la idea de fina belleza, suave como el marfil, pero el elemento dominante (torre) permanece el mismo. En 4:1, *los ojos* eran *como palomas;* ahora son *como los estanques de Jesbón, junto a la puerta de Bat-Rabim.* No se conoce ningún lugar de este nombre, pero como *Bath Rabbim* significa «la hija de multitudes», es probable que de a entender una ciudad populosa, que en este caso sería la propia Jesbón, antigua capital de Sijón el rey de los amorreos, después que éstos echaron a los moabitas (v. Nm. 21:25; Jos. 9:10). Era famosa por su fertilidad y tranquilidad, por lo que la mirada suave y clara de la sulamita sugiere la paz y belleza de los estanques de Jesbón. Muy raro resulta el requiebro que menciona *la nariz como la torre del Líbano, etc.*, pues una nariz demasiado grande nunca ha sido indicio de belleza femenina, pero lo más probable es que la comparación no tenga nada que ver con el tamaño, sino con la exacta posición y la excelente proporción con el resto del rostro.

4. Para entender la comparación de la cabeza con el monte Carmel, etc., del versículo 5, es menester conocer bien la situación de dicho monte, majestuosamente erguido entre el mar Mediterráneo y la llanura del noroeste de Palestina. Así también, la cabeza de la sulamita está bien plantada y erguida como dicho monte. Así como las pestañas aparecen en Proverbios 6:25 como la red en que la mujer extraña, ajena, prende a los incautos, así también aquí la red con que el rey está prendido no son precisamente las pestañas en este momento, sino *las trenzas.*

5. El final del versículo 5 da a entender claramente que no es el rey el que habla, sino otras personas. En cambio, el versículo 6 parece comenzar una nueva serie de requiebros, ahora del propio rey. De seguro, en los versículos 7–9. Parece ser que el rey ha escuchado la descripción poética que de la belleza de la sulamita han hecho las damas de la corte y, contagiado del mismo entusiasmo lírico, prorrumpe

arrebatadamente en ese *«¡Qué hermosa eres y cuán suave, oh amor deleitoso!»,* del versículo 6. Si se hace de aquí alguna aplicación espiritual, es de notar que la belleza interior del creyente (o de la Iglesia) no es nativa (v. Ef. 2:1 y ss.), sino recibida: no nacimos hermosos, sino que somos hermoseados por la pura gracia de Dios. Por otro lado, si Salomón representa en esta pieza poética al mundo, ¿qué significarían estos requiebros en labios de los mundanos, sino una tentación a usar para el mal los encantos con que Dios nos ha favorecido? Esto ocurre con frecuencia cuando algún indrédulo lisonjea y tienta a un mismo tiempo a un creyente ilustrado, diciéndole: «¡Qué lastima que un hombre del talento y de las cualidades de usted crea todavía en esas añagazas de la religión!» Es menester, como la sulamita, poseer un ferviente amor al Esposo y tener la santa osadía de rechazar tales insinuaciones.

6. El rey comienza otra vez a ensalzar en detalle la hermosa figura de la sulamita, y compara su *talle a la palmera* (v. 7). Tres árboles llamaban la atención de los israelitas: la majestuosa palmera, el erguido y alto cedro y el gracioso ciprés. Como ya hemos visto en otros lugares, el vocablo hebreo para «palmera» es *tamar,* por lo que ocurre varias veces en la Biblia como nombre de mujer. Menciona de nuevo *sus pechos,* pero ahora los compara con los *racimos de uva* de una viña que él aspira a poseer. Tan enamorado está, que piensa incluso en *subirse a la palmera* (v. 8) con desdén de su regia majestad, con tal de poder *alcanzar su fruto y* ganarse también *los racimos de uva de sus pechos.*

7. A esto añade, una vez más, alabanzas de la boca de ella. Es cierto que el hebreo dice literalmente (v. 8d): *«el olor de tu nariz»,* pero como el aliento se supone, ya desde Génesis 2:7, introducido por las narices, lo que aquí alaba el regio lisonjeador es *el perfume que desprende el aliento* de ella y que a él se le antoja como el de las apetitosas *manzanas* (comp. con 2:3–5). Hallamos también una nueva mención del *paladar,* para indicar que la conversación de la sulamita le resulta más dulce que el vino más generoso, *que se entra a mi amado suavemente.* Esta última frase resulta absolutamente desconcertante en boca del rey, por lo que prestigiosos exegetas como D. Buzy, G. Gerleman, W. Rudolph y también la *Good News Bible* y la *New I. Version* hacen un corte abrupto, pero inevitable si hemos de mantener la integridad del texto masorético, y, después de la primera línea del versículo 9, hasta el final del capítulo, ponen en boca de ella todas las frases restantes. El versículo 9 quedaría, pues, así: (Habla el rey) *«Y tu paladar como el mejor vino».* (Habla ella): *«Sí, el vino que se entra a mi amado suavemente* (comp. con Pr. 23:31), y *hace hablar los labios de los adormecidos»* (y sigue hablando la sulamita en los vv. siguientes). La última frase significa que ese vino se entra suave, de forma que, sin darse cuenta, el que lo bebe cae en el típico sopor de los ebrios, quienes, sin embargo, suelen, en sueños, musitar frases incoherentes. Lerhman sugiere otra interpretación: El vino que se entra suave «produce tal animación que, a menudo, rompe el silencio y hace hablar a los labios silenciosos». En otras palabras, hasta los tímidos, los reservados y los retraídos se vuelven locuaces tras un par de vasos del buen vino. Esto es una realidad, pero es dudoso que sea ése el significado de la frase en el texto.

Versículos 10–13

1. Por tercera vez (v. 10; comp. con 2:16 y 6:3), la sulamita proclama la exclusiva pertenencia mutua de su amado pastorcillo y de ella. Tras desdeñar olímpicamente todos los halagos del rey, asegura que *ella es* solamente *de su amado* y que *el deseo* (lit.) *de su amado es* solamente *hacia ella.* ¿Quién no ve aquí una reminiscencia de Génesis 3:16, pero a la inversa? Comenta la *Biblia de Jerusalén,* en nota a este versículo: «Génesis 3:16 contraponía la atracción que empuja a la mujer hacia el hombre a la autoridad discrecional de éste. Distinta es la actitud de Yahvéh para con su esposa mística: los anhelos del amor sustituyen al dominio». ¡Que Cristo sienta deseo hacia nosotros, miserables pecadores, ingratos y rebeldes, es un misterio del infinito, inexplicable, pero adorable, amor del Dios que es Amor! (Jn. 3:16; Ro. 5:5; 8:39; 1 Jn. 4:8, 16).

2. Al dirigir ahora (vv. 11–13) la palabra a su amado, la sulamita le invita (¿Quizás ha reaparecido o se dirige a él imaginariamente?) a *salir al campo,* lejos de la regia residencia, para *pasar la noche* tranquilos *en las aldeas* solitarias (v. 11). Es una invitación a disfrutar de la primavera. Al parecer, ha pasado un año desde la otra primavera (v. 2:10 y ss.) en que él la invitó, pero ahora la invitación procede de ella. También el Señor, lleno de compasión hacia sus fatigados discípulos, les invitaba a recogerse en la soledad con Él, a fin de reposar y tener tranquila comunión con Él (v. Mr. 6:31). Entusiasmada con el pensamiento de volver a casa con su amado, ya se representa en su imaginación las escenas familiares de ir a ver si *ya brotan las vides, si han florecido los granados* (v. 2). Dice Lehrman: «Tan impaciente está

por volver a casa que le suplica posponer hasta entonces sus manifestaciones de amor hacia ella» (Ver el final del v.).

3. El capítulo termina (v. 13) con el ofrecimiento de la sulamita a su amado de *toda clase de dulces frutas, nuevas y añejas,* es decir, de las recién recogidas y de las puestas a secar, *que para él ha guardado.* ¿Qué frutos tenemos nosotros en reserva para nuestro Amante Salvador? ¿Cómo está la temperatura espiritual de nuestra alma, si ha de *entrar a cenar con nosotros, y nosotros con Él?* (Ap. 3:20b). Cita en particular (v. 13b) *las mandrágoras* (hebr. *dudaím*, relacionado con *dodim*, amor), fruta del tamaño de una manzana pequeña, de color rojizo y de sabor muy agradable; se las consideraba como excitantes, es decir, afrodisíacas (v. Gn. 30:14 y ss. así como el comentario a ese lugar).

CAPÍTULO 8

En este capitulo, I. La sulamita continúa dirigiéndose amorosamente a su pastorcillo, y repite el mismo conjuro de 2:7 y 3:5 (vv. 14). II. Queda libre y regresa con su amado a su casa, donde hace un ferviente encomio del amor (vv. 5–7). III. Le vienen a la memoria las palabras de sus hermanos y ella declara su fidelidad hacia el amado (vv. 8–12). IV. Termina el Cantar con una invitación de su amado a ella para que hable en presencia de los amigos de él (v. 13); ella, por su parte, al repetir lo que había dicho en 2:17, le urge a que se apresure a venir a ella (v. 14).

Versículos 1–4

1. Se resiente ahora la sulamita de las restricciones que le impone la etiqueta social. Si el pastorcillo fuese *hermano suyo* (v. 1), nadie tomaría a mal que estuviesen juntos y que se besasen en público, pero así no puede ofrecerle esas muestras de cariño, pues los orientales ni a su propia mujer hablaban en público; mucho menos, se atrevían a besarla o mostrarle ninguna otra señal de afecto conyugal. Entonces, podría llevarlo (v. 2), sin restricción ninguna, *a casa de su madre,* la cual *le enseñaba,* es decir, la adiestraba en cuanto al amor. Léase, pues, *«ella* (no, *tú) me instruía»,* como traducen, con ligeras variantes, la *Biblia de las Américas, la New I. Version* y la *New American Standard,* así como el rabino Lerhman, quien hace notar que la segunda persona del singular masculina y la tercera femenina son idénticas (en el imperfecto, también llamado, menos propiamente, futuro). Incluso podría entenderse (líneas tercera y cuarta del v.) que su madre la instruía también (o solamente) en el modo de preparar la mezcla de vino y mosto de granadas (comp. con 7:2, donde el hebreo dice *«vino mezclado*»). ¡Cuán grande es el privilegio de los creyentes, puesto que Cristo no es solamente nuestro Esposo (2 Co. 11:2; Ef. 5:27; Ap. 19:7), sino también nuestro hermano primogénito (Ro. 8:29; He. 2:11 y ss.)!

2. El versículo 3 repite las frases de 2:6. Recordemos aquí que, de modo más sublime, *la derecha de Dios nos sostiene* (Sal. 63:8). Más aún, del mismo modo que a Israel, también a nosotros van dirigidas las palabras de Moisés en Deuteronomio 33:27: *«El eterno Dios es tu refugio, y acá abajo los brazos eternos».* En cualquier aflicción, problema o aprieto en que nos veamos metidos, digamos como David (Sal. 25:15): *«Mis ojos están siempre vueltos hacia Jehová, porque él sacará mis pies de la red».*

3. El versículo 4 repite las frases de 2:7; 3:5, con el significado ya conocido: el amor no se puede imponer desde fuera; es un sentimiento que brota espontáneo. El Señor mismo, que nos impone como mandamiento primero: *«Yo soy Jehová tu Dios … No tendrás dioses ajenos delante de mí»* (Éx. 20:2, 3; Dt. 5:6, 7), nos manda amarle, pero no nos fuerza a ello. Nótese el condicional «si *alguno …»* en la invitación a recibir al Señor para tener comunión con Él (Ap. 3:20).

Versículos 5–7

1. El versículo 5 comienza de forma parecida a la de 3:6, pero el contexto es aquí muy diferente y no cabe duda de que ahora no son las damas de la corte quienes profieren esas palabras, sino, con toda probabilidad, los aldeanos y aldeanas de Sulam, al ver acercarse a la pareja. El vocablo «desierto» se refiere probablemente a la llanura de Esdrelón, la cual estaba sin cultivar y sin pastos, por lo que la llaman

desierto. Apoyada sobre su amado significa que, al estar unida al pastorcillo, éste se había convertido en el apoyo y sostén de ella. También la Iglesia se apoya en Cristo como en su fundamento y piedra principal del ángulo. Por eso, no pueden conmoverla las puertas del Hades, pues está edificada sobre la Roca.

2. Comienza ahora (v. 5b) el último diálogo entre la sulamita y su amado pastorcillo. Habla él y dice: *«Debajo de un manzano te desperté»*, es decir, fue debajo de aquel árbol donde surgió el mutuo amor de la pareja. Las dos líneas siguientes, en paralelismo de sinonimia, se nos hacen raras, pero hay que tener en cuenta que, en los países orientales, dar a luz al aire libre no era cosa rara. Todavía se da el caso hoy en algunos países como la India.

3. Contesta la sulamita pidiéndole que no se aparte de ella, sino que la lleve siempre consigo *como un sello* suspendido del cuello, *sobre el corazón*, como lo llevaban algunas mujeres atado con una cuerda. El anillo de sello lo llevaban los hombres en la mano derecha como un objeto muy valioso (v. Jer. 22:24); esto último es lo que, con la mayor probabilidad, significa lo de *«como una marca sobre tu brazo»;* más bien que una sinonimia según piensa F. Asensio. El sello, en este contexto, indica posesión, es decir, propiedad del dueño (ver Gn. 38:18). Los hombres mismos llevaban, a veces, el sello atado a la muñeca para mejor preservarlo de robo o caída.

4. A continuación (v. 6b) y para justificar su petición, la sulamita eleva un ferviente canto al amor, donde culmina todo el fervor que el Cantar contiene. Según ella, *el amor es fuerte como la muerte y como el Seol*, que nunca dicen: «¡Basta!» (v. Pr. 30:15, 16) y da origen a unos *celos obstinados* por el temor de que el amado pueda transferir a otra persona su amor. La última parte del versículo 6 debe traducirse así: *«Sus centelleos son centelleos de fuego, llama misma de Yah»*, es decir, tienen un poder extraordinario, sobrenatural.

5. El versículo 7 marca el clímax de todo este encomio sublime del amor: *«Las muchas aguas no podrán apagar el amor»*. Nadie ni nada puede destruir, apagar, un verdadero amor (comp. con Ro. 8:35–39). Y toda persona, añade, que se se atreviese a venderlo por todas las riquezas de este mundo, sería digna del mayor menosprecio. Ella misma lo ha demostrado con su reciente experiencia, pues no se ha dejado seducir por toda la pompa y por las inmensas riquezas del rey Salomón. Este amor, elevado al plano divino de la gracia, es como la perla de gran precio, digna de que el hombre venda todo lo que tiene para adquirirla. ¿De qué sirven las riquezas en una familia sin amor entre los esposos? Y al seguir la tipología del Cantar: Iglesia, mundo, Cristo, ¿de qué le sirve a una persona ganar todo el mundo, si carece de la unión con el Señor?

Versículos 8–12

1. En los versículos 8–10, la sulamita refiere reminiscencias de cuando era todavía muy joven, *cuando no tenía pechos todavía y sus* hermanos discutían lo que harían con ella cuando fuese pedida en matrimonio, según el significado de la frase *«cuando de ella se hable»*. Pedir en matrimonio se llama *«hablar con»* en 1 Samuel 25:39. Sus hermanos la iban a poner a prueba: si resultaba fuerte para resistir las tentaciones, como *un muro* (v. 9), le harían regalos de plata. Dice Lehrman: «Las mujeres solían llevar una especie de cuerno de plata en la cabeza, ornamento que apreciaban mucho ellas. El Talmud registra que el rabino Akiba hizo para su novia un adorno de oro que representaba a Jerusalén». Pero, si la hermana resultaba ser *una puerta*, que daba entrada a las tentaciones, entonces la defenderían cercándola con gruesas planchas de cedro, cuya madera es muy dura. A estas sospechas de sus hermanos, replica ella con sano orgullo (v. 10) que no es puerta, sino *muro*, como lo ha demostrado ahora que está ya bien desarrollada: *«Y mis pechos como torres»*, y viene a decirles: «¿Dónde está la recompensa que me prometisteis?» La última parte del versículo 10 debe traducirse, con la mayor probabilidad, del modo siguiente: *«Entonces fui a sus ojos* (o, así soy a sus ojos), es decir, a los ojos de él, del amado, *como quien ha encontrado la paz»*. El sentido es clarísimo: Una vez que ella ha demostrado a sus hermanos que era fuerte como un muro, ellos han quedado satisfechos, le han dado la recompensa que le prometieron, y a los ojos de su amado es como quien disfruta ya de toda clase de bendiciones, pues hasta sus familiares ven ya con buenos ojos este matrimonio al que tantos obstáculos se habían opuesto; contra el incendio del amor nada ni nadie ha podido (vv. 6 y 7).

2. Todavía no ha terminado ella de recordar experiencias pasadas. Dice que *Salomón tenía una viña en Baal-Hamón* (v. 11), lugar que no ha podido ser identificado; una viña tan magnífica y productiva que *los guardas* arrendatarios de ella le pagaban anualmente, *cada uno mil monedas de plata.* Esa magnífica

viña era uno de los atractivos con que Salomón esperaba seducir a la sulamita, pero ella (v. 12) la desprecia y dice diciendo: *«Mi viña, la que es mía, está delante de mí»;* es decir, «Yo no tengo más que una viña, pequeña, de la que soy dueña, no arrendataria; con ella me contento». Y añade: *«Las mil* (monedas) *serán tuyas, Salomón, y doscientas para los que guardan su fruto»*. No se trata de una devolución de la sulamita a Salomón con una especie de «propina» para los guardianes, según opina F. Asensio. El meollo (quizá metafórico) de todo esto es que, a pesar de las fuertes tentaciones, ella ha permanecido leal a su amado. ¡Ojalá fuésemos nosotros tan leales a nuestro amante Salvador!

Versículos 13–14

Llegamos al final con una petición del esposo a la esposa, y con otra petición de la esposa al esposo.

1. Habla el pastorcillo (v. 13). Ella está *en los huertos,* cuida el huerto y la viña como acostumbra. *Los compañeros* de que habla son, probablemente, amigos del pastor que, como él, desean escucharla, pues ella tiene muchas experiencias que contar de su estancia en la regia residencia de Salomón, tanto en el palacio de Jerusalén como en la del norte de Palestina.

2. Por lo que el versículo 14 parece indicar, ella, tímida y recatada, le pide a él que la dejen por ahora (comp. con 2:9, 17) y, cuando los dos estén solos, en la brisa del atardecer, ella hablará y aun cantará para él. La última frase es semejante a la última de 2:17, pero con una notable diferencia: En 2:17, la última palabra es *«división»* (lit. hebr. *báther),* pero ahora es *besamim, «balsameras».* Comenta Lehrman: «Ahora que están finalmente unidos, las quebradizas alturas ya no son barreras entre ellos, sino deliciosas como montañas de especias aromáticas». Es hora de que el esposo venga, para no volver a marcharse jamás. La súplica enfervorizada que le dirige es una manifestación del deseo anhelante que le late en el pecho de que la felicidad de que ahora disfrutan se prolongue indefinidamente.

3. Todo creyente que lea y medite con devoción este Libro Sagrado, tan sagrado como los demás de la Biblia, ha de sentir su corazón enfervorizado de amor a nuestro Salvador y, como la sulamita, decir: *«Apresúrate, amado mío. ¡Sí, ven, Señor Jesús!»* (v. 14; comp. con Ap. 22:20). ¡MARANATHA!

ISAÍAS

Profeta es alguien que tiene gran intimidad con el Cielo y gran interés en la Tierra y, por consiguiente, gran autoridad sobre el mundo. La profecía era expresada de ordinario por medio de sueños, voces o visiones; era comunicada primeramente a los profetas y, por medio de ellos, a los hijos de los hombres (v. Nm. 12:6). Antes que comenzase a ser redactado el canon del Antiguo Testamento había ya profetas, quienes hacían las veces de una Biblia para los hombres. Nuestro Salvador insinuó que Abel fue uno de los profetas (v. Mt. 23:31, 35). También Enoc fue profeta; Noé fue predicador de justicia. De Abraham dijo Dios: *«es profeta»* (Gn. 20:7). Jacob predijo futuros acontecimientos (Gn. 49:1 y ss.). Moisés fue, más allá de toda comparación, el más ilustre de todos los profetas del Antiguo Testamento, pues Dios hablaba con él *cara a cara* (Dt. 34:10). Pero después de la muerte de Moisés, durante mucho tiempo, el Espíritu de Dios se manifestaba y actuaba en el pueblo de Israel más bien como espíritu marcial que como espíritu profético; en tiempos de los Jueces, inspiraba a los hombres para la acción más bien que para la proclamación. Así hallamos al Espíritu de Dios que viene sobre Otoniel, Gedeón, Sansón y otros para servir al país, no con pluma, sino con espada. En todo el Libro de Jueces no se halla una sola mención de un profeta; sólo Débora es llamada profetisa. Entonces la Palabra de Dios era de mucho precio; no había visión frecuente (1 S. 3:1).

Pero con Samuel revivió la profecía, y él constituyó el principio de un famoso período profético, un tiempo de gran luz en constante e ininterrumpida sucesión de profetas, hasta un par de siglos después de la deportación a Babilonia, cuando quedó completo el canon del Antiguo Testamento. Entonces cesó la profecía por casi cuatrocientos años.

Hallamos profetas levantados por Dios para especiales servicios públicos, entre los cuales los más famosos fueron Elías y Eliseo en el reino de Israel. No ha quedado de ellos nada escrito, excepto una breve carta de Elías en 2 Crónicas 21:12–15. Sin embargo, en los siglos finales de los reinos de Judá e Israel, plugo a Dios instruir a sus siervos los profetas para que pusiesen por escrito algunos de sus mensajes.

Muchas fechas de tales profecías son inseguras, pero las primeras datan de tiempos de Uzías rey de Judá y de Jeroboam II, contemporáneo suyo, rey de Israel, unos 200 años antes de la deportación. Hubo quienes asesinaron a los profetas, pero no pudieron matar sus profecías; éstas permanecen como testigos contra ellos.

Oseas fue el primero de los profetas escritores. Joel, Amós y Abdías publicaron sus profecías por el mismo tiempo. Isaías lo hizo algún tiempo después, pero su profecía está colocada al principio de los libros proféticos, no sólo por ser la más larga de todas, sino por su predominante referencia al Mesías, de quien todos los profetas dieron testimonio; tanto que justamente se le apellida el *Profeta Evangélico,* y hasta hubo escritores antiguos que lo llamaron el *Quinto Evangelista.* De él nos vamos a ocupar de inmediato. Y, antes de entrar de lleno en el comentario de su profecía, conviene hacer constar dos puntos por vía de introducción especial:

I. En cuanto al profeta mismo. Si hemos de dar crédito a la tradición de los judíos, pertenecía a la familia real, pues dicen que su padre era hermano del rey Uzías. Lo cierto es que se le veía con mucha frecuencia en la corte, especialmente en tiempos de Ezequías. Notemos que el Espíritu de Dios proveía con frecuencia a sus propios designios por medio del carácter particular del profeta, ya que los profetas no eran trompetas parlantes *a través de* las que hablaba el Espíritu, sino hombres con razón y lengua propias, *por medio de* los cuales hablaba el Espíritu, y hacía uso de los poderes naturales de ellos, tanto con respecto a la luz de la inteligencia como con respecto a la llama del corazón, aunque elevándolos por encima de sí mismos.

II. En cuanto a la profecía. Es de primerísima importancia y utilidad; sirve para convencer de pecado, instruir en el deber y consolar en la aflicción. Dos grandes aprietos del pueblo de Dios se nos refieren en ella: La invasión de Senaquerib, la cual ocurrió en vida del profeta, y la deportación a Babilonia, que aconteció mucho tiempo después. En el aliento y ánimo que la profecía de Isaías proporciona para el tiempo de tales aprietos, hallamos abundante gracia del Evangelio. De ninguna otra profecía (y aun de todas juntas) quedan en los Evangelios tantas citas como de ésta. También sobrepasa a todas en explícitos testimonios acerca de Cristo, como lo vemos en cuanto a su nacimiento de una virgen (7:14) y a sus padecimientos redentores (cap. 53). Al comienzo del libro abundan especialmente los reproches por el pecado y las amenazas de castigo, pero la última parte está llena de palabras de consuelo. Éste es el método que el Espíritu de Cristo usó primero en los profetas y sigue todavía usando: convencer primero y consolar después; y quienes deseen verse bendecidos con las consolaciones deben someterse a las convicciones.

CAPÍTULO 1

El primer versículo de este capitulo sirve de título a todo el libro. El mensaje que aquí se contiene consta de los siguientes puntos: I. El cargo que, por medio del profeta, hace Dios a la nación judía: 1. Por su ingratitud (vv. 2, 3). 2. Por su endurecimiento (v. 5). 3. Por la universal corrupción y degeneración del pueblo (vv. 4, 6, 21, 22). 4. Por la perversión de la justicia a manos de los gobernantes (v. 23). II. La triste queja de Dios en los juicios que ellos mismos se habían atraído por sus pecados y por los que habían llegado al borde de una casi completa ruina (vv. 7–9). III. El justo rechazo de aquellas caretas de religión que se ponían, no obstante la general degeneración y apostasía (vv. 10–15). IV. El urgente llamamiento al arrepentimiento y a la reforma de conducta, al poner ante ellos la vida y la muerte (vv. 16–20). V. Amenaza de ruina a quienes rehúsen cambiar de mentalidad y de conducta (vv. 24, 28–31). VI. Promesa de una feliz renovación final y de un retorno a su primitiva pureza y prosperidad (vv. 25–27).

Versículo 1

1. El nombre del profeta. *Isaías* (hebr. *Yeshayah o Yeshayahu)* significa *«salvación de Jehová»* y es equivalente de *Yehoshuah o Yeshúah* (Jesús), nombre muy apropiado para este profeta, cuya profecía contiene tantas cosas acerca de Jesús nuestro Salvador y de la gran salvación que Él llevó a cabo a favor nuestro. De él leemos que era *hijo de Amós,* quien, según la tradición judía, era hermano del rey Amasías, padre de Uzías.

2. La naturaleza de la profecía. Es una *visión* (hebr. *jazón).* Los profetas eran llamados *videntes*, ya fuese porque realmente veían lo oculto y lo futuro, ya fuese porque *tenían visiones.* Este segundo sentido es el que tiene aquí el vocablo hebreo. Mediante la revelación divina, Isaías contemplaba con los ojos del espíritu todo lo que aquí va a exponer, incluidos los oráculos que comunicará proféticamente a lo largo de todo el libro.

3. El contenido de la profecía. Algunos capítulos se refieren a Babilonia, Egipto, Tiro y otras naciones vecinas; pero en su título hace referencia a lo que va a ser el objeto principal de la profecía y, por consiguiente, dice que es *una visión que tuvo concerniente a Judá y Jerusalén.* Singulariza a ésta por ser la capital del reino. El profeta comunica su mensaje: (A) en forma de instrucción, pues a ellos les pertenecían los oráculos de Dios (Ro. 3:2; 9:4); (B) en forma de reproche y amenaza, porque si se halla iniquidad en Judá y en Salem, tarde o temprano serán llamados a cuentas; (C) en forma de consuelo y aliento en tiempos difíciles, pues los hijos de Sion se regocijarán en su rey.

4. La fecha de la profecía. Isaías profetizó *en días de Uzías, Jotam, Acaz y Ezequías.* De aquí se deduce: (A) Que profetizó por largo tiempo, especialmente si, como dicen los judíos, terminó su vida aserrado por medio bajo orden de Manasés, a lo que algunos suponen que se refiere el autor de *Hebreos* en 11:37. Desde el día en que murió el rey Uzías (6:1) hasta la enfermedad y recuperación de Ezequías, pasaron cuarenta y siete años. Por cuánto tiempo profetizó antes de lo uno y después de lo otro, no se sabe de cierto. (B) Que pasó por diversas vicisitudes. Jotam fue buen rey; Ezequías, todavía mejor, y no cabe duda de que se aconsejó del profeta; pero entre ambos, y cuando Isaías se hallaba en la flor de la vida, el reinado de Acaz fue muy profano y malvado.

Versículos 2–9

1. El profeta, aunque habla en nombre de Dios, al no esperar ser escuchado por sus compatriotas, se dirige a los cielos y a la tierra (v. 2): *«Oíd, cielos, y escucha tú, tierra».* De criaturas inanimadas, que cumplen las leyes que les fijó su Creador, se puede esperar que escuchen el mensaje de Dios mejor que este pueblo estúpido y sin sentido. ¡Avergüencen las luminarias del cielo la tenebrosidad de ellos, así como la fructuosidad de la tierra la esterilidad suya, y la regularidad con que cielos y tierra siguen sus órbitas y se ajustan a las diversas estaciones; avergüence la irregularidad de ellos! Así comienza también Moisés en Deuteronomio 32:1.

2. Les acusa de vil ingratitud. Que escuchen los cielos y la tierra y se asombren: (A) del amoroso comportamiento de Dios con un pueblo tan displicente y provocador: *... Crié hijos y los engrandecí».*

Estaban bien criados e instruidos (v. Dt. 32:6); (B) de la conducta antinatural de ellos hacia el que tan tiernamente se había comportado con ellos: … Y *ellos* (enfático en el hebreo) *se han rebelado contra mí»*.

3. El profeta atribuye esta anomalía a la ignorancia e irreflexión de ellos (v. 3): «*El buey conoce … pero Israel no conoce»*.

(A) Perspicacia del buey y del asno, criaturas de la más lerda especie; no obstante, el buey tiene tal sentido del deber como para reconocer a su amo y servirle. El asno, por su parte, tiene tal sentido de su interés como para reconocer el pesebre de su amo y apresurarse a llegar allá donde se le da de comer. Por tan lerdos animales es avergonzado el hombre en su falta de conocimiento, y no sólo se le manda a la escuela del buey y del asno para que aprenda de ellos (Pr. 6:6, 7), sino que se le coloca en un grado inferior al de ellos (Jer. 8:7).

(B) Necedad y estupidez de Israel. Dios es su amo y propietario. Él los creó y ha provisto abundantemente para ellos. Lo mismo ha hecho con nosotros. No obstante, muchos que dicen pertenecer al pueblo de Dios exclaman: *«¿Qué es el Todopoderoso para que hayamos de servirle?»* No saben ni reflexionan. Conocen, es cierto (comp. con Ro. 1:21), pero tal conocimiento no les sirve de nada, porque no consideran lo que conocen ni lo aplican a su caso. La inconsideración de lo que conocemos es un enemigo tan grande como la ignorancia de lo que deberíamos conocer. Éstas son las causas de que los hombres se rebelen contra Dios.

4. Se lamenta Isaías de la corrupción del reino de Judá. La enfermedad del pecado era epidémica y todos los estamentos de la sociedad, todas las clases, estaban sufriendo la infección de dicha epidemia: *«¡Oh nación pecadora …!»* Tanto más culpable cuanto que era el pueblo escogido de Dios.

(A) La maldad era universal. La generalidad del pueblo era presa de los vicios y de la profanidad. Su perversidad pesaba sobre ellos como *un talento de plomo* (Zac. 5:7, 8). Procedían de mala estirpe; eran *raza de malhechores dañosos* (lit.). Llevaban la traición en la sangre. Y eran *hijos depravados.* Como indica el hebreo, no sólo eran corruptos, sino también *corruptores;* propagadores del vicio, que infectaban a otros. *«Abandonaron a Jehová, despreciaron al Santo de Israel y le volvieron la espalda»* (v. 4b). El hebreo *niatsú* indica un desprecio provocativo, deliberado y con mala intención: Sabían lo que irritaba a Dios y lo ponían por obra.

(B) El profeta lo ilustra mediante una comparación tomada de un cuerpo infectado totalmente por la lepra o, como el de Job, por llagas malignas (vv. 5, 6, comp. con Job 2:6, 7). La enfermedad afectaba a los órganos vitales y amenazaba así ser mortal. Se habían corrompido en su discernimiento: tenían la cabeza llena de lepra, se había extendido por todo el cuerpo la enfermedad, y se había vuelto así extremadamente nociva. *«No hay en él cosa sana»* (v. 6b). No habiendo buenos principios, no queda *sino herida, hinchazón y podrida llaga.* Como advierte Trenchard, «las expresiones del versículo 6 corresponden a heridas causadas por palos o látigos, y no a los síntomas de una grave enfermedad».

(C) Por otra parte, no había intentos de reforma; o, si los había mostraban ser ineficaces (v. 6b): *«No están curadas, ni vendadas ni suavizadas con aceite»*. Mientras el pecado permanece sin arrepentimiento ni confesión, las heridas espirituales no se curan ni se cierran; en realidad, es imposible su curación.

5. El profeta se lamenta tristemente de los juicios divinos que los israelitas han atraído sobre sí mismos. Su reino está al borde de la ruina (v. 7): *«Vuestra tierra* (es) *una desolación»* (lit.). Y continúa: En cuanto a los frutos de vuestros campos, que habrían de servir de alimento a vuestras familias, *extranjeros los devoran en presencia vuestra,* sin que podáis impedirlo; morís de inanición, mientras vuestros enemigos se sacian. *«La hija de Sion* (v. 8), Jerusalén, como una doncella cuya madre era el templo edificado sobre el monte Sion, se hallaba ahora *como choza en viñedo, como cabaña en melonar …* Dice F. L. Moriarty: «El aislamiento en que quedará Jerusalén lo compara a la frágil y solitaria choza del que guarda la viña». En todo esto, Isaías se refiere a la invasión de Tiglat-Pileser en 734 o, más probable, a la de Senaquerib en 701.

6. Isaías se consuela al considerar el remanente que había de ser un monumento de la gracia y la misericordia de Dios, a pesar de la general corrupción del país (v. 9): «*Si Jehová de las huestes no nos hubiese dejado un exiguo remanente* (lit.), conservado puro en medio de la común apostasía y a salvo de la general calamidad, *habríamos sido como Sodoma, habríamos llegado a ser semejantes a Gomorra»*. «Jehová de las huestes» es el título que indica el omnímodo poder y la soberanía de Dios cuando actúa como general en jefe de las fuerzas armadas de Su pueblo. Pablo cita esto en Romanos 9:27–29, y lo aplica a los pocos israelitas que habían abrazado el cristianismo. Este remanente es, con frecuencia, exiguo. La cantidad no es nota distintiva de la verdadera Iglesia. La manada de Cristo suele ser pequeña.

Quienes, por la gracia y la misericordia de Dios, se han salvado de la ruina, deben volver la vista atrás con gratitud, para ver cuánto deben a unos pocos que cerraron las brechas y, especialmente, a Dios, quien les otorgó este pequeño remanente.

Versículos 10–15

1. Ahora Dios les invita (aunque en vano) a que escuchen Su palabra (v. 10). Los epítetos que les impone son muy extraños: *«Gobernantes de Sodoma … Pueblo de Gomorra»*. Esto da a entender cuán justo habría sido Dios si los hubiese consumido como hizo con las ciudades citadas, así como la corrupción del pueblo y de sus gobernantes, tipificada en la perversidad de Sodoma y Gomorra. Isaías no se mordía la lengua; y es tradición de los judíos que estas palabras fueron las que, al andar el tiempo, le ocasionaron una muerte violenta. En Sodoma y Gomorra no fue hallado un remanente puro de diez personas; por eso perecieron. Si Judá y Jerusalén han sobrevivido ahora, lo deben al resto que Dios les había dejado. La demanda que les hace es muy razonable: *«Oíd la palabra de Jehová … Prestad oídos a la instrucción* (lit. ley) *de nuestro Dios»*. La Palabra de Dios es luz y vida. Con ella, no marcharán ciegos a la ruina.

2. Justamente rehúsa Dios escuchar las oraciones de ellos y aceptar sus sacrificios (v. 11), su asistencia a los servicios del templo (v. 12), sus ofrendas y sus asambleas festivas de toda clase (vv. 13, 14), sus manos extendidas en oración, mientras están llenas de sangre (v. 15). Todo es pura fachada, máscara burda de una religión externa, que oculta un corazón corrompido.

(A) Hay muchos que son ajenos a la religión, y aun enemigos de ella; y, sin embargo, muestran un celo enorme en guardar las formas y poner de relieve lo que es pura sombra de piedad. Esta nación pecadora sentía y mostraba enorme interés en llevar muchas víctimas animales al altar de los holocaustos y mucho incienso al altar de los perfumes, pero el corazón estaba vacío de verdadera devoción; sus holocaustos carecían de interior dedicación (comp. Ro. 12:1); sus oraciones, de verdadero fervor y sentido. Venían a *ser vistos* (v. 12, lit.) delante de Dios. Es curioso que, cuando los pecadores se sienten bajo el juicio de Dios, están más prestos a correr a sus devociones externas que a dejar sus pecados y reformar su vida.

(B) Las devociones más pomposas y costosas de los malvados están tan lejos de agradar a Dios que le resultan abominables. Todo lo que se contiene en los versículos 11–20 muestra, en una gran variedad de expresiones, el gran principio de que *la obediencia es mucho mejor que el sacrificio.* Tan vanas son todas estas manifestaciones externas de religión que a Dios le producen asco. Nótese cómo lo declara: *«Me es ofrenda de abominación …* (lit.). *No puedo aguantarlo …* (v. 13). *Las tiene aborrecidas mi alma; me son una carga; estoy hastiado de soportarlas»* (v. 14, lit.).

(C) Las oraciones y los sacrificios del pueblo, además de resultar abominables a Dios, son sin provecho alguno para ellos mismos: *«¿Quién demanda esto de vuestras manos?»* (v. 12). Como si dijese: «Ni me sirve a mí (v. 11) ni os aprovecha a vosotros». Aunque multipliquen oraciones, Dios no las oirá (v. 15), porque no proceden de un corazón recto. «Son, dice Jehová, *vuestros* sacrificios (v. 11), *vuestras* fiestas solemnes (vv. 13, 14), no *míos*». Se presentan delante de Dios, no para honrar Su templo, sino para *hollar,* como animales salvajes e inmundos, *sus atrios* (v. 12). Dios nunca se cansa de escuchar las oraciones de los justos, pero le hastían pronto los costosos sacrificios de los malvados. De tal modo odia Dios el pecado, que las oraciones más prolijas y los sacrificios más caros le resultan abominables cuando están teñidos de pecado. La piedad hipócrita es doble iniquidad.

Versículos 16–20

1. Viene ahora un llamamiento al arrepentimiento y a la reforma: «Si queréis que vuestros sacrificios sean aceptados y escuchadas vuestras oraciones, debéis comenzar por el verdadero principio. ¡Limpiad el corazón, y todo lo demás quedará limpio! ¡Obedeced y serán aceptados vuestros sacrificios!» Así como la generosidad y aun el martirio no pueden expiar la falta de amor (1 Co. 13:3), así tampoco las oraciones y los sacrificios pueden expiar el fraude y la opresión (vv. 16, 17).

(A) Deben *dejar de hacer lo malo* (v. 16b), de apartarse de toda iniquidad. Ésta es la forma de *lavarse y limpiarse* (v. 16a). No es suficiente abandonar las prácticas malvadas; es preciso atacar a las raíces del pecado, como mostró el Señor en el Sermón del monte.

(B) Deben *aprender a hacer lo bueno* (v. 17). Éste es el lado positivo de una conducta reformada por un verdadero arrepentimiento. Hacer el bien no es algo congénito en nosotros; necesitamos *aprenderlo,* sin ahorrar esfuerzos, puesto que es una asignatura de primerísima importancia. Les urge en particular a cumplir los mandamientos de la segunda tabla del Decálogo (comp. con Stg. 1:27). Dice literalmente el hebreo: *«Buscad juicio* (esto es, haced lo recto); *enderezad al opresor* (esto es, refrenadle mediante el poder de la ley); *juzgad al huérfano* (defended su causa); *proteged a la viuda».* El bien que aquí se demanda es, con mucha frecuencia, arduo, arriesgado: Vindicar a los débiles, a los faltos de poder, ayuda y dinero, a los que son objeto de abuso, opresión y explotación por parte de codiciosos, arrogantes y sin conciencia.

2. Tenemos a continuación una de las más tiernas manifestaciones de la condescendencia y de la equidad de Dios en el modo de comportarse con ellos (vv. 18–20). *«Vamos ahora y deliberemos juntos»* (lit.), les dice Dios (v. 18). Como si dijese: «Mientras estén vuestras manos llenas de sangre, no tengo nada que hacer con vosotros aunque me traigáis multitud de sacrificios y oraciones; pero si os laváis y limpiáis, podéis acercaros a mí con toda confianza; venid y discutiremos juntos este asunto». La religión tiene a la razón de su parte. Hay toda la razón para que hagamos lo que Dios quiere que hagamos. Basta con que el caso se examine a la luz del día, y por sí mismo se resolverá.

(A) En efecto, ellos no podían esperar razonablemente otra cosa mejor que, con tal que se arrepintiesen y cambiasen de conducta, ser readmitidos al favor de Dios a pesar de sus anteriores provocaciones. No se les impone ninguna penitencia ni se les agrava el yugo. No les dice: «Si obedecéis a la perfección», sino: «*Si estáis dispuestos a obedecer»* (v. 19, lit., Si *queréis y escucháis).* Con eso tienen bastante para que Dios les perdone sus pecados y no vuelva a mencionar sus iniquidades.

(B) El perdón de Dios, en tal caso, será tan eficaz y completo que, aunque sus pecados (y los nuestros) hayan sido como la grana y el carmesí (v. 18), es decir, aunque el pecado esté tan embebido en nosotros como lo está una tela profundamente teñida de rojo y mantenida por largo tiempo en dicho tinte, el perdón misericordioso de Dios descargará, con la misma profundidad, el teñido. Si nos limpiamos por medio del arrepentimiento, Dios nos blanqueará totalmente con su perdón. Más aún, nos restaurará todos sus anteriores favores (v. 19): *«Si queréis y obedecéis, comeréis el bien de la tierra»;* todo lo bueno que la tierra prometida produce.

(C) Pero, por la misma razón, y con toda razón, *si rehúsan obedecer* (v. 20) y *continúan en su rebeldía, serán consumidos a espada, «porque ha hablado* (lit.) *la boca de Dios»,* quien no puede mentir ni desdecirse. Es de notar que el verbo «hablar» está aquí en la forma intensiva *Piel,* para mayor énfasis.

Versículos 21–31

Estos versículos contienen una lamentación sobre Jerusalén (vv. 21–23), seguida de una resolución divina de enderezar los entuertos (vv. 24–31).

1. Por medio de Isaías, Dios se lamenta de la terrible degeneración de Jerusalén, la capital del reino, la ciudad regia, que había sido *fiel* a Dios y a los intereses de Su reino, así como a la nación y a los intereses del pueblo: *«Llena estaba de justicia … En ella se alojaba la rectitud».* Dice el rabino Slotki: «La segunda es el principio de la rectitud y del justo comportamiento mutuo de los hombres, mientras que la primera, también traducida por "juicio", es la práctica de dicho principio ante los tribunales y en la vida cotidiana».

(A) El contraste no puede ser más fuerte: Sion, aquella hermosa y fiel esposa, *«se ha convertido en ramera»* (v. 21a); donde antes se alojaba la rectitud, *ahora habitan los homicidas* sin que nadie les moleste. Los gobernantes mismos se habían vuelto tan crueles y opresores que no eran mejores que los asesinos.

(B) La degeneración de Jerusalén es ilustrada (v. 22) por medio de una comparación con la escoria de los metales preciosos y con el aguamiento de un buen vino: *«Tu plata se ha convertido en escoria, tu vino está mezclado con agua».* No es que esta plata esté rodeada de escoria, sino que toda ella se ha convertido en escoria inútil. Es posible que la escoria retenga el brillo de la plata, y que el vino aguado retenga el color del vino, pero ni la escoria ni el vino aguado sirven para nada. Así también ellos retenían un alarde y una pretensión de justicia y virtud, pero carecían del verdadero contenido de ambas.

(C) El contraste sube de punto en los gobernantes (v. 23): *Tus príncipes,* los encargados de mantener a otros en sujeción a la ley de Dios, se han vuelto *rebeldes,* y han desafiado a Dios y a Su ley. Los que

deberían tener a raya a los ladrones, se han hecho *compañeros,* esto es, cómplices, *de ladrones,* pues comparten con ellos la ganancia ilícita de sus explotaciones, protegiéndoles *y dejándose sobornar* por ellos. Todo su interés se cifra en enriquecerse con las «propinas» que reciben, sean justos o injustos los medios con que se han obtenido las ganancias.

(D) Al proteger así a los explotadores, dejan sin defensa a los más necesitados (v. 23b): *«No hacen justicia al huérfano,* que no tiene quien le defienda, *ni llega a ellos la causa de la viuda»,* porque la pobre carece de dinero con que hacer valer su causa y recurrir al soborno.

2. Ante tan lamentable situación, Dios toma la decisión de poner fin a estas iniquidades. La purificación del pueblo de Dios se llevará a cabo a distintos niveles de tiempo (vv. 24–31).

(A) La declaración tiene carácter sumamente enfático (v. 24): *«Por tanto, dice el Señor, Jehová de las huestes, el Fuerte de Israel,* que tiene poder suficiente para hacer buena Su palabra: *¡Ah! Yo me satisfaré en mis adversarios, me vengaré de mis enemigos»* (lit.). Dios hallará tiempo y modo apropiados para descargarse de este peso. Si el pueblo que profesa ser el pueblo de Dios no se asemeja a la imagen del Santo de Israel (v. 4), tendrá que sentir todo el peso de las manos del Fuerte de Israel (v. 25). Aunque la plata se haya convertido en escoria, Dios no la arrojará a la basura, sino que la refinará: *«Limpiaré hasta lo más puro tus escorias y quitaré todas tus impurezas»* (v. 25b). El vicio será suprimido; los opresores, privados del poder de hacer daño.

(B) La reforma del pueblo de Dios es obra de la mano de Dios (v. 25a): *«Volveré Mi mano contra ti».* Dios hace para el reavivamiento de su pueblo lo que hizo para su alumbramiento. Lo hará bendiciéndoles con buenos magistrados y gobernantes (v. 26): *«Restauraré tus jueces como al principio,* antes que penetrase la corrupción, y tus *consejeros como eran antes»,* a fin de que los malhechores sean tenidos a raya. Lo hará también (v. 27) al implantar en la mente de los hombres principios de justicia y al hacer que gobiernen su conducta mediante tales principios. Los hombres pueden hacer mucho al frenar lo que aparece al exterior, pero sólo Dios puede actuar con eficacia mediante el influjo de su Espíritu.

(C) Todos los redimidos por Jehová serán convertidos, y su conversión será su redención efectiva (v. 27b). El reavivamiento de las virtudes de un pueblo es el medio de que se restaure su honor (v. 26b): *«Entonces te llamarán Ciudad de justicia, Ciudad fiel».*

(D) Por el contrario (v. 28), los que rehúsen reformarse serán, no sólo castigados, sino destruidos. Juntamente serán destruidos los abiertamente profanos que se han sacudido toda forma de piedad y los que han vivido perversamente bajo la máscara de una falsa profesión de fe, pues todos ellos entran en el grupo de *los que dejan a Jehová,* al que profesaban haberse unido anteriormente. *Serán consumidos,* como se consume pronto el agua de una cañería cuando se le corta el suministro de la fuente.

(E) De nada les servirán entonces sus ídolos (vv. 29, 30): *«Porque se avergonzarán de los terebintos que amasteis y seréis sonrojados por los jardines que escogisteis»* (lit.). Se habían postrado en adoración a los árboles, y escogido así abandonar al Dios viviente. Con referencia a los terebintos, dice Moriarty: «Ésta es una de las pocas veces en que Isaías alude a los árboles sagrados bajo los cuales celebraban los cananeos sus ritos religiosos de la fecundidad. Como estos árboles corpulentos se secaban y perdían el vigor bajo un sol ardiente en tierra de secano, así serían destruidos los apóstatas en las llamas del juicio».

(F) Se avergonzarán de sus ídolos, porque los ídolos mismos irán con ellos a la cautividad (v. 46:1, 2). Los terebintos se marchitarán y los jardines se secarán por falta de agua (v. 30). Y ellos mismos perderán todo su vigor (v. 31): *«El hombre fuerte será como estopa,* no sólo en gran quebranto y presa de la debilidad, sino convertido en fácil combustible, y su *trabajo como chispa* que encienda pronto la estopa. Si toda su obra es *chispa,* y todo él es *estopa,* bien puede entenderse que *ambos ardan juntamente y no haya quien los apague».*

3. Todo esto que aquí se dice (vv. 24–31) tiene aplicación a tres niveles históricos: (A) a la bendita obra de reforma llevada a cabo en tiempo de Ezequías después de las abominables corrupciones campantes en el reinado de su padre Acaz; (B) a la purificación del pueblo mediante la deportación a Babilonia; (C) especialmente, al tiempo del reino mesiánico milenario.

CAPÍTULO 2

Con este capítulo comienza un nuevo mensaje, el cual se continúa en los dos capítulos siguientes. En el capítulo presente, el profeta: I. Contempla la gloria del reino futuro (vv. 1–4); y II. La purificación necesaria que ha de llevarse a cabo previamente en la casa de Jacob (vv. 5–11). III. Contempla a continuación el Día de Jehová, tema favorito en todos los profetas del Antiguo Testamento (vv. 12–22).

Versículos 1–4

El título del presente mensaje (v. 1) es el mismo que el del que ya vimos en el primero (1:1), pues el tema concierne igualmente a Judá y Jerusalén. El mensaje comienza con la profecía que se refiere a los días del Mesías, cuando su reino será erigido en el mundo al final de los tiempos. El profeta predice aquí:

1. El triunfo de la causa de Dios en el mundo, *«en lo postrero de los tiempos»* (v. 2). Dice Isaías que *... el monte de la casa de Jehová,* es decir, el monte Sion, *será asentado como cabeza de los montes, etc.»*. Es obvio aquí el sentido figurado de *«monte»* como «reino», y de *«cabeza»* como «potencia» que impone su dominio sobre los demás *«montes»* o «reinos». La fuerza del monte Sion se deriva de la presencia especial de Dios en él (comp. con Ez. 48:35); por eso, lo llama *«el monte de la CASA de Jehová»*.

2. Jerusalén será el emporio, no sólo del poder, sino también de la luz y de la ley (vv. 2c, 3): «… *y confluirán a él* (al monte de la casa de Jehová) *todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos y dirán: Venid y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos y caminaremos por sus sendas»*. No les arredrará el que el viaje sea cuesta arriba, pues Dios les habrá ensanchado el corazón para que corran por el camino de sus mandamientos (Sal. 119:32). Merece la pena subir a ese monte donde se enseñan los buenos caminos, y quienes estén dispuestos a emprender ese viaje hallarán que no han trabajado en vano. *«Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová»,* como de una fuente. Dice Slotki: «Se llama *la casa del Dios de Jacob* porque fue él quien llamó al lugar *la casa de Dios* (Gn. 28:19)».

3. Con la erección del reino mesiánico, no sólo se impondrá la justicia, sino que reinará una paz universal (v. 4): «Y *juzgará* (Dios) *entre las naciones y será árbitro de muchos pueblos* (ya no harán falta las "Naciones Unidas" para arreglar pleitos entre naciones y pueblos) *y forjarán* (lit.) *sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces de podar; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra»*. ¡El reverso de la carrera armamentista de nuestros días! Como observa Trenchard, «Satanás será "atado", de modo que "lo bueno" tendrá todas las ventajas». Toda esta profecía de 2–4 se halla también en Miqueas 4:1–4.

4. Algo parecido ocurre donde penetra el Evangelio de Cristo: pone en los corazones *amor, gozo y paz* como primeros frutos del Espíritu Santo (Gá. 5:22); el amor de Cristo, infundido en el corazón del hombre, constriñe a los cristianos a amarse mutuamente. Hasta los paganos se percataban del—para ellos—extraño fenómeno del amor que reinaba en los miembros de la primitiva Iglesia. La diferencia, sin embargo, entre la justicia y la paz del reino milenario y las del cristianismo es doble: (A) La justicia y la paz del reino milenario serán universales, mientras que las del Evangelio quedan limitadas (a) en cantidad, pues los verdaderos creyentes son minoría en el mundo; (b) en calidad, ya que aun muchos de los sinceros creyentes son demasiado carnales. (B) Por otra parte, la justicia y la paz del reino milenario se impondrán por la fuerza, sin cambiar de por sí el corazón del hombre, mientras que el Evangelio de Cristo, donde se recibe, produce un nuevo hombre, y regenera su corazón mediante el nuevo nacimiento.

Versículos 5–11

Tras este cuadro de la luz venidera, Isaías contempla las sombras tenebrosas de la situación presente.

1. La invitación del profeta al pueblo está teñida de triste lamento (vv. 5, 6): *«Venid, oh casa de Jacob, y caminemos a la luz de Jehová. Pues tú* (esto es, Jehová) *has desechado a tu pueblo, la casa de Jacob, porque están llenos del oriente* (lit.; es decir, de idolatrías, brujerías y supersticiones importadas de las naciones al oeste de Palestina) y *de agoreros, como los filisteos; y pactan con hijos de extranjeros»*. Según comenta el Dr. Slotki: «El profeta viene a decir: "En vista de que tenemos por delante un futuro tan brillante, paz universal y el reconocimiento de la ley de nuestro Dios por parte de todas las naciones de la tierra, comencemos aquí y ahora nosotros mismos a *caminar a la luz del SEÑOR".* Pero, hay!, Israel está todavía hundida en los vicios de la idolatría y de la superstición; y, por esta razón, Dios los ha

abandonado». No puede ser más deplorable la situación de un pueblo al que Dios ha abandonado (comp. con Mt. 23:38). El caso es tan grave que el profeta llega a decir (v. 9b): *«¡No los perdones!»*

2. La suerte funesta de Israel y las razones en que está fundada. En general, es el pecado lo que provoca a Dios a abandonar a su pueblo. Los pecados particulares que el profeta especifica aquí son los que por aquel tiempo abundaban en Israel. Nótense los contrastes entre el comportamiento de Dios y el de ellos:

(A) Dios los había elegido y separado para sí como un pueblo de su especial propiedad, dignificándolo sobre todos los demás pueblos (Nm. 23:9); pero ellos *se llenaron del oriente.* No sólo importaron los abominables vicios de las naciones vecinas, sino que naturalizaron a extranjeros mezclándose con ellos (Os. 7:8). El país se llenó de sirios y caldeos, moabitas y amonitas; y, peor todavía, adoptaron las malas costumbres de todos estos paganos, y profanaron así la corona de su dignidad especial y quebrantaron el pacto de su Dios.

(B) Dios les otorgó sus oráculos, las Escrituras y los videntes, pero ellos habían despreciado a éstos y se habían vuelto *agoreros como los filisteos* (v. 6); habían introducido las artes de adivinación y escuchado a los que, por medio de los astros, de las nubes, del vuelo de las aves o de las entrañas de los animales, trataban de descubrir lo secreto o predecir lo futuro. Los filisteos eran famosos adivinos (1 S. 6:2).

(C) Dios les había asegurado que Él sería su riqueza y su fuerza; pero, al desconfiar del poder y de la promesa de Dios, ellos habían hecho del oro y de la plata su esperanza, y se habían equipado de multitud de caballos y carros, y dependían de ellos para su seguridad (v. 7). La prosperidad del reinado de Uzías había contribuido a todo ello. No es que el poseer plata y oro, caballos y carros sea un pecado, pero desearlos insaciablemente y poner en ellos su confianza es una provocación contra Dios.

(D) Jehová era el Dios de ellos, y había instituido las formas y ritos con que habían de servirle y prestarle adoración; pero ellos le desdeñaban a Él y sus a instituciones (v. 8). El país estaba infestado de ídolos; cada ciudad tenía su dios (Jer. 11:13). Quienes desean ídolos, desean tenerlos en abundancia; tan necios eran como para *adorar la obra de sus manos.* El oro y la plata con que Dios les había hecho prosperar y enriquecerse, los empleaban en hacerse ídolos.

(E) Dios los había colmado de honores; pero ellos se habían degradado vilmente (v. 9): «*Se inclina el hombre,* el individuo vulgar y corriente, y *se humilla el varón,* el ciudadano de pro». Hacen ídolos de metal, madera y piedra, materiales mucho más viles que el ser humano que los fabrica y que en ellos se envilece a sí mismo por debajo de la propia obra de sus manos.

3. Isaías pasa luego a declarar el funesto destino que espera a estos malvados. Los versículos 10 y 11 vienen a formar una especie de estribillo (comp. con los vv. 17, 19, 21) con que el profeta va a introducir su profecía sobre el gran Día de Jehová (comp. con Ap. 6:15).

(A) No es que Isaías piense que los malvados pueden escapar del juicio de Dios escondiéndose entre rocas o bajo la tierra (v. 10), ni que, como piensan muchos comentaristas judíos, sea el versículo como un grito de pánico de los israelitas sorprendidos por el castigo divino, sino que es una figura de dicción que expresa irónicamente lo inútil de tal subterfugio (comp. con el v. 19).

(B) Los que se degradaron humillándose ante los ídolos, serán verdaderamente humillados y abatidos (v. 11) el gran Día del juicio de Dios. Como observa Slotki, «el verbo hebreo *shaphel* está en perfecto *("fue abatida").* El profeta está tan seguro del resultado, que describe el acontecimiento como si ya se hubiese llevado a cabo. El verbo está también en singular, y pone de relieve su efecto en cada individuo». Aunque la expresión «Día de Jehová» aparece por primera vez en Amós 5:18, Moriarty hace notar que lo de *«aquel día»* es una frase que aparece nada menos que 45 veces en los primeros 39 capítulos de Isaías, aunque «su significado temporal—añade—hay que determinarlo por el contexto».

Versículos 12–22

En estos versículos, el profeta detalla el castigo que los malvados han de sufrir el día de Jehová, y muestra la desolación que se ha de abatir sobre ellos.

1. *Dios se ha reservado un día* para juicio (v. 12), después de los muchos días de paciencia y misericordia (comp. con Ro. 2:4, 5). Ese día *vendrá sobre todo soberbio y altivo, etc.* Se repite la idea del versículo 11, el cual, a su vez, se repite literalmente en el 17, así como el contenido del 10 se amplía en el 19, y éste, a su vez, se repite con pocas variantes en el 21.

2. Los individuos sobre los que ha de venir el juicio de Dios son descritos por medio de metáforas muy expresivas para los israelitas (vv. 13–16). *Los cedros del Líbano, altos y erguidos* (v. 13), representan literalmente a los fenicios que ocupaban la sierra del Líbano, pero sirven de símil para designar a toda persona altiva y arrogante. *Las encinas de Basán* (v. 13b) representan a los amonitas del otro lado del Jordán. Basán era una región famosa por el vigor de sus animales y por la fertilidad de sus tierras; de ahí que sus encinas, en lugar de ser altas y erguidas, fuesen anchas y recias, símbolo de los ricos bien engordados por su buena mesa y su fácil vida. Los *montes y collados elevados* (v. 14), provechosos para la estrategia militar, simbolizan, como ya dijimos, reinos y potencias humanas. *Torres altas y muros fortificados* (v. 15) son símbolos de seguridad y protección contra el enemigo. Y *las naves de Tarsis* (v. 16), el antiguo Tartesos español, cerca de la actual Cádiz, eran los buques mercantes de mayor fuerza, dimensión y calado de aquel tiempo, por lo que representaban la prosperidad comercial del país.

3. Todo ello va a desaparecer, pues sobre todo ello se abatirá el juicio de Dios. También desaparecerán los ídolos (v. 18), no sólo porque serán destruidos sus adoradores, sino porque, en su pánico, se desharán prontamente de ellos los mismos que los fabricaron (v. 20). De nada servirá la altura de los cedros, ni lo recio de las encinas, ni lo macizo de los muros y torres. Lo más elevado es lo más expuesto a los rayos de una tormenta. Las naves más grandes y más llenas de ricas mercancías son las que sufren naufragios más lamentables.

4. ¿Acaso podrán encontrar protección y refugio en sus amigos, en los mismos que los extraviaron apartándolos de Dios y haciéndoles servir a los ídolos? ¡No hay nada en el hombre que pueda servir de sostén y refugio el día del gran juicio de Dios! (comp. con Jer. 17:5 y ss.). *«Desentendeos* (lit. *cesad) del hombre»* (v. 22), dice Dios por medio del profeta. ¡Cuán débil es el ser humano! Su *aliento,* lo que le hace ser *alma viviente* (v. Gn. 2:7), *está en su nariz.* Dice Moriarty: «El hombre es un ser frágil, cuya alma no es sino un soplo que Jehová envía o retira (Job 7:7)». Positivamente, la vida del hombre está en la sangre (Lv. 17:11); negativamente, en las narices, en el sentido de que, cortándole al ser humano la respiración, fallece en un par de minutos. De ahí la conclusión que deduce el versículo 22b: *«Porque, ¿en qué consideración ha de ser tenido?»* (lit.). El profeta no se refiere aquí al valor intrínseco del ser humano, sino, de acuerdo con el contexto anterior, a su incapacidad para ayudar en momentos de apuro, por lo que es una necedad poner en él la confianza o tenerle miedo.

CAPÍTULO 3

Al seguir en este capítulo la división que hace E. Trenchard, tenemos aquí: I. La falta de orden y la abundancia de violencia en Judá por este tiempo (vv. 1–8). II. El mensaje de Dios para justos e impíos dentro de esta lamentable situación (vv. 9–12). III. Los rectos juicios de Dios (vv. 13–15). IV. El atavío extravagante de las mujeres de Jerusalén (vv. 16–26).

Versículos 1–8

Dios se dispone ahora a terminar con todo lo humano en que habían puesto su confianza los israelitas, de forma que no hayan de tener sino desengaños en las esperanzas que habían puesto en ellos (v. 1): *«Porque he aquí que Jehová de las huestes quita de Jerusalén y de Judá sostén y apoyo»*. Es curioso que el hebreo tiene aquí un mismo vocablo, en forma masculina y en forma femenina, para dar a entender que les iba a faltar «toda clase de apoyo» (Slotki). De tal manera habían envejecido todas las instituciones del reino que, a la manera de un anciano (v. Zac. 8:4), tenían que apoyarse en un bastón. Ahora Dios les iba a quitar también ese bastón.

1. El pan es el sustento de la vida. Pero Dios puede quitar *«todo sustento de pan y todo socorro de agua»* (v. 1b). Y justo es que así lo haga cuando lo que Él ha dado para provisión de la vida se toma provisión de concupiscencias. Con sólo retener la lluvia, puede retirar el suministro de pan y de agua (v. Dt. 28:23, 24). al retirar estas bendiciones, la vida del hombre se halla al borde de la muerte. Cristo es nuestro pan de vida y nuestra agua de vida (Jn. 4:14; 6:27). Si Él es nuestro sustento, hallaremos que ésa es la buena parte que no nos será jamás quitada.

2. Su ejército jefes, y soldados rasos, les serán quitados (vv. 2a, 3a): *«El fuerte y el varón …; el capitán de cincuenta y el hombre de rango»*. El «fuerte» es el veterano avezado a la guerra, probado en muchas y duras batallas; el «varón» es el soldado valiente, alistado en el ejército; el «hombre de rango» (lit. *elevado de rostro)* es el que, con su sola presencia, impone respeto. El Dios de los ejércitos de Israel les enseña aquí que ni los fuertes deben gloriarse en su fuerza, ni los paisanos deben confiar demasiado en sus militares y personajes de rango.

3. También les serán quitados sus políticos, sus consejeros, sus hombres sabios y, en general, todos los aristócratas (vv. 2b, 3b): «*El juez y el profeta, el adivino* (que, al acudir a toda clase de superstición, aconsejaba a los gobernantes) y *el anciano* o consejero experimentado dentro del concejo local; los *consejeros* superiores, de tipo nacional, renombrados por su sabiduría, *el hechicero astuto y el hábil encantador* que, como dice Slotki, "no podían ofrecer verdadera ayuda, pero contribuían de alguna forma a la estabilidad de las estructuras sociales"».

4. En lugar de príncipes prudentes y experimentados, Dios les va a poner (v. 4) *«jovenzuelos por príncipes, y gobernarán sobre ellos los caprichos»* (lit.), es decir, niños pequeños que se dejan llevar por sus desatinados caprichos infantiles. Dice Moriarty: «Aquí y en el versículo 12 es posible que haya una alusión a la juventud de Ajaz cuando subió al trono. Nada mejor que esta frase para indicar el desorden que habría cuando la autoridad se ponía en manos de irresponsables jóvenes».

5. Con todo esto, se ciernen sobre la sociedad el desorden y la violencia (v. 5). Dios les enviaría entre ellos, como en Jueces 9:23, *un espíritu de discordia* que les haría quebrantar todas las buenas normas de amistosa vecindad y de respeto social. Y, comoquiera que los príncipes eran jovenzuelos caprichosos, irresponsables, no habían de poner coto a tales violaciones del orden y de la paz. Mala señal es para una nación cuando la nueva generación resulta intratable e ingobernable. (¿Qué diría hoy M. Henry?—nota del traductor—).

6. En tales circunstancias, toda persona prudente se negará a desempeñar en la sociedad funciones de responsabilidad (vv. 6, 7). Puesto que los príncipes y demás gobernantes no estarán capacitados para poner orden en tal caos, cada uno se atribuirá facultades para prescribir quiénes han de ejercer cargos de responsabilidad. Un ciudadano cualquiera (v. 6) *agarrará,* para obligarle por la fuerza, a un pariente suyo, *de la familia de su padre, y le dirá: Tú tienes manto,* señal de que eres persona respetable; *sé tú nuestro jefe* (hebreo, *qatsín,* equivalente a nuestros locales «jueces de paz»).

7. Pero él (v. 7) protestará, *«levantará la mano»* (lit.), en actitud de juramento, *diciendo. No seré vendador* (lit.), es decir, sanador de las heridas del pueblo. Los buenos gobernantes son médicos y vendadores que procuran unir a los súbditos, en lugar de ensanchar las diferencias que existen entre ellos. Pero, ¿por qué no querrá tal sujeto pechar con esa responsabilidad? Porque, dice él, *«en mi casa no hay pan ni manto»;* esto es, «yo soy tan pobre y desamparado como los demás, ¡bastante tengo con mis propios problemas!»

8. En el versículo 8, el profeta resume la situación, y repite el motivo de tal desolación: Jerusalén y todo Judá se hallan en ese estado porque sus habitantes han provocado a Dios de palabra y obra, y han acarreado sobre sí mismos la ruina por haber desafiado a Jehová en Su propio rostro, como si se enorgulleciesen tanto más de despreciarle cuanto mayor era el conocimiento que tenían de Su gloria.

Versículos 9–12

En estos versículos Dios prosigue, por boca del profeta, la controversia con el pueblo.

1. El motivo por el que Dios se enfrenta con ellos es el pecado manifiesto de ellos. *No lo disimulan* (v. 9). Se han vuelto insensibles *como Sodoma. Sus rostros mismos dan testimonio contra ellos,* pues en la cara llevan la falta de vergüenza. Esto es lo que, más que ninguna otra cosa, contribuye al endurecimiento del corazón, y cierra así la puerta a un sincero arrepentimiento. Quienes dan de lado a la vergüenza, dan de lado a la gracia y, en último término, a la esperanza de recuperación.

2. Aunque las circunstancias son desfavorables, «Dios gobierna (vv. 10, 11) en las vidas particulares» (Trenchard). Cada uno recogerá de lo que siembre. Si todos fuesen rectos, a todos les iría bien. Al que le va mal, no le sucede otra cosa sino el pago de la labor mala que ha llevado a cabo (comp. con Ro. 6:23).

3. En el versículo 12, Isaías ve el cumplimiento de lo que ha declarado en el versículo 4: *«En cuanto a mi pueblo, su gobernante actúa como un niño de pecho»* (lit.), es decir, de forma arbitraria, caprichosa, tiránica. «*Y mujeres se enseñorean de él»,* añade el profeta. Dice Slotki: «La influencia corruptora de las

mujeres provoca la denuncia de los versículos 16 y ss». Además, como hace notar Moriarty, «malos recuerdos guardaban los de Judá de una mujer que los había gobernado, Atalía (2 R. 11:1–16)». Tampoco puede echarse en olvido aquí la tremenda influencia que la reina madre tenía, en los países de Oriente, no sólo cuando el rey era muy joven, sino aun durante toda la vida de éste. Con tan malos guías (v. 12b), los que debían conducir por el camino recto, no hacían otra cosa que extraviarse y extraviar a los demás.

Versículos 13–15

1. En esta controversia, Dios mismo se alza como litigador (v. 13): «*Jehová está en pie para litigar,* como un fiscal, y *está en pie para juzgar a los pueblos*», como un juez que sentencia a Su pueblo por haber quebrantado el pacto (vv. 14, 15). Los hombres de más alto rango no pueden eximirse del escrutinio y de la sentencia del juicio de Dios.

2. Los cargos que Dios presenta contra Su pueblo están a la vista de todos (vv. 9, 15): Los opresores muestran en el rostro su desdén y su arrogancia; no la disimulan; los oprimidos aparecen *machacados* y con *la cara molida* por los opresores.

3. Para castigar a los que así abusan de su poder, Dios les pone por gobernantes a quienes carecen de sentido para gobernar (v. 12). Además, los jueces, que deberían ser los defensores y protectores de los oprimidos, eran los peores opresores; y los ancianos y los príncipes del pueblo (v. 14) *habían devorado la viña del pobre,* despojándole así de la finca que era el sustento suyo y de su familia. Es como si la consumiesen a fuego, según indica el verbo hebreo, para que no retoñe. ¡Y eran ellos los encargados de cuidar y cultivar la viña del pueblo de Dios! (v. el cap. 5).

4. Todavía razona Dios con ellos (v. 15): *«¿Qué pensáis vosotros que machacáis a mi pueblo,* como si yo os hubiese conferido la autoridad y el poder para cometer tales desafueros, y *moléis las caras de los pobres,* haciéndoles sufrir penas y terrores semejantes a los padecimientos que habrían de sufrir si los triturasen en un molino?»

Versículos 16–26

La función del profeta era mostrar a todas las clases del pueblo la medida en que habían contribuido a la culpabilidad de la nación, y la parte que les había de tocar en los juicios que habían de sobrevenir a la nación. Ahora va a reprender y amonestar a las hijas de Sion, esto es, a las mujeres de Jerusalén.

1. El pecado de que acusa a las mujeres de Jerusalén se halla en el versículo 16: *«Asimismo dice Jehová. Por cuanto las hijas de Sion son altivas, y andan con el cuello erguido y con ojos desvergonzados; cuando andan, van danzando y haciendo son con los pies».* La descripción es sumamente gráfica. Dos son los cargos que les hace:

(A) Son altivas, pues *andan con el cuello erguido,* para así parecer más altas, además de mostrar con ese gesto su arrogancia y su desdén hacia otras.

(B) Son lascivas, pues van *guiñando el ojo,* como indica el verbo hebreo, tratan, como dice Ryrie, de seducir a los maridos de otras con sus lujosos vestidos importados». También andaban coqueteando con un andar parecido al de las danzarinas y hacían sonar unos cascabeles sujetos a los tobillos. Así se portaban *las hijas de Sion,* que deberían comportarse como conviene a mujeres que profesan la piedad (comp. con 1 P. 3:3, 4).

2. El castigo que les espera es el que se merecen por su pecado (vv. 17, 18):

(A) Ellas *andaban con el cuello erguido,* pero *el Señor* (hebr. *Adonay*, el Señor Soberano) *iba a raparles la cabeza* (v. 17a), una de las mayores afrentas que pueden hacerse a una mujer; especialmente, en la antigüedad. La segunda parte del versículo 17 dice literalmente: «y *Jehová descubrirá sus partes secretas*», según el significado claro del hebreo *pathén*. No es, pues, un paralelismo de sinonimia, como traducen muchas versiones modernas, sino lo que la Reina-Valera designa con la expresión *«descubrirá sus vergüenzas»*. En cambio, el hebreo dice literalmente en la primera parte del versículo: «Y *herirá con sarna el Señor la coronilla de la cabeza de las hijas de Sion*» (mejor que el «rapar la cabeza» de la Reina-Valera. *La Biblia de las Américas* ha traducido bien la primera parte, pero, como la NVI y otras modernas, ha seguido en la segunda parte una lectura menos probable del hebreo. Nota del traductor).

(B) Ellas llevaban vestidos lujosos y provocativos, sin cuidarse de lo que dejaban al descubierto, pero Dios las va a reducir a tal miseria que no tendrán dinero suficiente para cubrir su desnudez. De esta forma quedará castigada su arrogancia, juntamente con su lascivia provocadora.

(C) También estaban muy orgullosas de su ornamentación, con toda clase de paños, turbantes, joyas y amuletos que se ponían (vv. 18–23. No quiere decir el profeta que cada mujer llevase todo lo que en estos versículos se especifica). Dice Moriarty: «Los versos siguientes … nos dan el catálogo más extenso de galas femeninas conservado en el Antiguo Testamento». No tiene mucha importancia investigar en qué consistían muchos de estos ornamentos, por cuanto las modas cambian constantemente y, con ellas, cambian también los nombres. Muchas de estas cosas podemos suponer que eran rídiculas y, si no hubiese sido porque era la moda, habrían sido objeto de burla.

3. Ellas se preocupaban demasiado del adorno exterior, pero Dios iba a castigarlas (vv. 24–26), al hacer que llevasen la pena que correspondía al pecado: «*Y en lugar de los perfumes aromáticos habrá hediondez* (v. 24), pues todo vestido lujoso se convertirá en harapos malolientes de tanto usarlo para toda clase de menesteres; y *cuerda* vulgar, *en lugar de cinturón* recamado, valioso; *en vez de peinado artificioso, calvicie*, es decir, cabeza rapada, como era costumbre en tiempos de duelo (v. 15:2; Jer. 16:6), o en dura esclavitud (v. Ez. 29:18); *en lugar de peto* (lit.), *ceñimiento de cilicio*, en señal de profunda humillación, y *marca de fuego* (como se hacía para marcar a los esclavos) *en lugar de hermosura* radiante, como la de toda mujer libre, dueña de su propio atavío. Peor aún (v. 25), los maridos caerán en la guerra, *las puertas* de la ciudad (v. 26), donde se discutían todos los asuntos públicos de los habitantes, estarán llenas de duelo y lamentación, y la ciudad misma, *desamparada*, desolada y arruinada, *se sentará en tierra*, como una viuda sin sustento y sin consuelo».

CAPÍTULO 4

En este breve capítulo tenemos: I. La amenaza de una tremenda escasez de hombres (v. 1). II. La promesa de una gloriosa restauración de la paz y pureza. Rectitud y seguridad de Jerusalén durante el reino mesiánico (vv. 2–6).

Versículo 1

Efecto y consecuencia de la gran mortandad de hombres en la guerra futura.

1. La providencia divina ha dispuesto sabiamente que, más o menos, haya en la sociedad humana un número igual de hombres y mujeres. Sin embargo, en el día del gran castigo impuesto por Dios a los rebeldes, escasamente quedará un hombre por cada siete mujeres. Así como hay muertes que afectan especialmente a las mujeres, al dar a luz, así también hay muertes que afectan especialmente a los hombres por causa de las guerras, de forma que la espada devora más que el alumbramiento.

2. Como advierte el rabino Slotki, «el número *siete* no ha de tomarse literalmente en este contexto. Aquí significa "muchos, un puñado"». En todo caso, es un «puñado» grande, con lo que se pone de relieve la tremenda escasez de varones por causa de las enormes bajas sufridas en guerra o persecución. Lo cierto es que tal escasez de hombres hará que, en lugar de ser los hombres quienes soliciten a las mujeres para casarse, serán las mujeres las que, en su desesperación, no se preocuparán de su dignidad, con tal de evitar quedarse solteras, lo cual era una desgracia entre los orientales.

3. La ley (Éx. 21:10) obligaba al marido a procurar a su mujer sustento y vestido, pero estas mujeres se ven tan apuradas que, con tal de tener marido, están dispuestas a renunciar a los derechos que, a este respecto, les otorgaba la ley y prefieren proveerse a sí mismas de sustento y vestido antes que quedarse solteras: *«Comeremos de nuestro pan y nos vestiremos de nuestras ropas; solamente permítenos llevar tu nombre* (pues, como sucede aún en muchos países, la mujer perdía el nombre de familia al casarse), *quita nuestro oprobio»*.

Versículos 2–6

Todo, en el versículo 1, rezuma melancolía. El cielo está nublado. Pero ahora asoma el sol por entre las nubes. En estos versículos tenemos muchas, grandes y preciosas promesas, y que dan seguridad de consuelo y apuntan ciertamente al reino mesiánico, bajo la figura de la restauración de Judá y Jerusalén bajo el reinado reformador de Ezequías, después del catastrófico reinado de su padre Acaz, así como bajo la figura del regreso de los cautivos después de la deportación a Babilonia, aunque el verdadero y final cumplimiento se llevará a cabo en el reino milenario del Mesías.

1. *«En aquel día»* (v. 2), cuando la justicia de Dios haya dado buena cuenta de los malvados en el Día de Jehová, será erigido el reino del Mesías.

(A) Jesucristo será exaltado en la tierra. *«El renuevo de Jehová será para hermosura y gloria.»* El *renuevo* (retoño o brote) es el Mesías-Rey, como puede confirmarse por Jeremías 23:5; 33:15; Zacarías 3:8; 6:12, donde se halla el mismo vocablo hebreo. En 11:1, leemos del mismo Mesías: *«Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un retoño brotará de sus raíces».* La hermosura y la gloria del Mesías redundarán en hermosura y gloria de todos sus súbditos.

(B) Aunque el Mesías, por su naturaleza divina, es enviado por el Padre y desciende del cielo (Jn. 3:13; 6:38 y ss.; Gá. 4:4), en cuanto hombre es *«fruto de la tierra»* y, en el reino milenario, servirá también de *grandeza y honra* especiales *a los sobrevivientes de Israel.*

2. Dios se reservará un remanente *santo* (v. 3). Cuando todos los rebeldes hayan sido cortados como ramas secas, a causa de su incredulidad, muchos habrán sido dejados en el árbol. Nótese: (A) que este remanente está registrado específicamente por Dios en el libro de la vida; (B) que no han quedado así por casualidad, sino por la gracia de Dios, ya que no son ellos los que se inscriben a sí mismos por sus propios méritos o esfuerzos, sino que es Dios, en su misericordia, el que allí los registra; (C) que *será llamado santo,* pues santo es todo el que es aceptado por Dios.

3. Efectivamente (v. 4), bien podrá ser llamado *«santo»* este resto *«cuando el Señor* (hebr. *Adonai) haya lavado las inmundicias de las hijas de Sion y limpie la sangre de Jerusalén* (es decir, la sangre que habrá sido derramada allí) *de en medio de ella, con espíritu de juicio y con espíritu de devastación».* En ambos casos el original hebreo usa el término *ruaj*. Aunque dicho vocablo significa aquí algo así como el vendaval con que Dios barre y agosta, en su gran juicio, todo lo inmundo y dañino, puede verse también la acción del Espíritu Santo, el *«ruaj Jehová»,* que sopla, convierte, renueva, etc. La obra de reforma, de reavivamiento, de nuevo nacimiento, es obra de Jehová. ¿Cómo? Por el juicio de Su providencia son destruidos los malvados, pero con el Espíritu de Su gracia son convertidos y hechos santos los elegidos.

4. A los que Dios elige y santifica, también los protege y glorifica (vv. 5, 6).

(A) Sus moradas estarán protegidas (v. 5), pues en ellas rendirán culto y servicio a Dios con sus familias. Dios cuida y protege las moradas de los suyos, lo mismo las cabañas de los menesterosos que los palacios de los monarcas. Así también, donde dos o tres creyentes están reunidos en nombre de Jesús, allí está Él, por medio de Su Espíritu, en medio de ellos (Mt. 18:19, 20). Esta promesa de protección está tipificada en la nube de humo que protegía al pueblo de Dios en sus andanzas por el desierto, que los escondía de los enemigos y los preservaba del sol abrasador durante el día, y se convertía en columna de fuego durante la noche para iluminarles. Jehová *lo creará* (el mismo verbo de Gn. 1:1).

(B) La gloria de Dios (v. 5, al final) tendrá su dosel y el pueblo entero de Dios tendrá su tienda de enramada (hebr. *sukkah;* comp. con Mt. 17:4) para protegerles del sol, de la lluvia y del viento, del mismo modo que la presencia de Dios tendrá su dosel, como si toda morada y toda congregación de Su pueblo le fuese tan querida como Su propio tabernáculo (comp. con Ap. 21:3).

(C) Si Dios mismo es la gloria que nos circunda, Él mismo será como pared de fuego en torno nuestro, impenetrable e inexpugnable. La gracia en el alma es la gloria del creyente, y los que han sido favorecidos así por el amor de Dios, *son guardados por el poder de Dios* (1 P. 1:5) como en un fortín inatacable. El poder y la bondad de Dios serán el mejor tabernáculo de todos los santos. Dios mismo será su *refugio y escondedero* (v. 6, comp. con Sal. 32:7). El Altísimo será la segura morada de ellos (Sal. 91:9). Sean cuales sean el tiempo y la temperatura, Dios es siempre refugio de los suyos.

CAPÍTULO 5

En este capítulo, el profeta, en nombre de Dios, muestra al pueblo sus transgresiones y los juicios que se ciernen sobre ellos a causa de sus pecados: I. Por medio de la alegoría de una viña infructuosa (vv. 1–7). II. Mediante la enumeración de seis pecados específicos en los que incurría la generalidad del pueblo: 1. Codicia, que será castigada con hambre (vv. 8–10). 2. Orgías (vv. 11, 12, 22, 23), que han de ser castigadas con la cautividad (vv. 13–17). 3. Presunción y desafío a la justicia de Dios (vv. 18, 19). 4. Confusión de los principios morales del bien y del mal (v. 20). 5. Engreimiento de sí mismos (v. 21). 6. Perversión de la justicia, por lo que se les amenaza con una grande y general desolación (vv. 24, 25), que habría de llevarse a cabo mediante una invasión desde el exterior del país (vv. 26–30).

Versículos 1–7

En sus diversos métodos para despertar a los pecadores a fin de que se arrepientan y vivan, Dios habla unas veces en términos literales, y otras veces se expresa por medio de parábolas y alegorías; unas veces, en prosa; otras, en verso, como aquí. Esta alegoría fue puesta en verso, no sólo para que así resultase más conmovedora, sino también para que fuese mejor aprendida, recordada y transmitida a la posteridad. Es como una exposición del cántico de Moisés en Deuteronomio 32, y muestra que lo que Moisés profetizó entonces se va a cumplir ahora.

1. Vemos primero las grandes cosas que Dios había hecho por Israel. El *«amado»* (hebr. *yedidí*, vocablo que se repite tres veces en el v. 1) es, sin duda, Jehová, aunque, como dice Trenchard, «quizá se anticipa la persona y obra del Mesías» (comp. con Mr. 12:1–12). La figura aparece también en el Salmo 80:8–19. Véanse las ventajas que tenía esta viña:

(A) Dios la había plantado *en una ladera fértil* (v. 1b). El hebreo dice literalmente: *«en un cuerno del hijo de la gordura»*, expresión cumulativa con la que se pone de relieve la fertilidad de la tierra de Israel.

(B) *«La había cavado y despedregado y plantado de vides escogidas»* (v. 2a). Había ahondado en el terreno, a fin de que le resultase más fácil echar raíces en una tierra que manaba leche y miel. Había sacado de allí las piedras, para que los corazones estuviesen prestos a recibir la divina gracia, y la había plantado con cepas escogidas, como fueron los primeros patriarcas del pueblo de Israel: Abraham, Isaac y Jacob; en especial, la simiente no podía ser más pura, por los principios morales y religiosos que había inculcado a Su pueblo.

(C) Le había puesto una doble defensa (v. 5): un *vallado* de espinos y una *cerca* bien construida de sólidas piedras, para evitar así que en ella penetrasen los transgresores. Si ellos mismos no hubiesen derribado la cerca e inutilizado el vallado, nadie habría podido invadir el país (v. Sal. 121:4; 125:2).

(D) *Había edificado en medio de ella una torre* (v. 2b), no sólo para facilitar la vigilancia, sino también para mejor defenderla de cualquier ataque exterior. El templo era esta torre.

(E) *Había excavado también en ella un lagar* (v. 2c). No había, pues, peligro de que las uvas fuesen robadas en el camino o se echasen a perder antes de llevarlas a las prensas; en la misma viña estaba el lagar para pisar las uvas, extraer el jugo y fabricar el vino. Este lagar era como un tipo del altar al que habían de llevarse los sacrificios, como frutos de la viña.

2. Vemos luego la decepción del divino viñador al ver frustradas sus esperanzas (v. 2d): «y *esperaba que diese uvas, y dio agrazones»*. Dios espera frutos especiales de aquellos a quienes ha conferido especiales beneficios y privilegios. Los buenos propósitos y los buenos comienzos son cosa buena, pero no es suficiente; debe haber fruto, verdadero, maduro y duradero, salido de un corazón cambiado y de una conducta digna: pensamientos, afectos, palabras y acciones agradables al Espíritu de Dios. Sus esperanzas habían salido frustradas: (A) agrazones son uvas agrias, fruto de una naturaleza corrompida; (B) también son actuaciones religiosas hipócritas, que parecen uvas agradables, pero son ásperos y amargos agrazones.

3. Ante este fracaso, Jehová llama al pueblo de Israel a que razonen con Él (comp. con 1:18) sobre el caso, a ver qué les parece. El hebreo del versículo 3 dice literalmente: «Y *ahora, habitante de Jerusalén y varón de Judá, juzgad, os ruego, entre mí y mi viña»*. Al principio, como advierte Slotki, «usa el singular en ambos casos para designar al pueblo colectivamente»; pero el verbo «juzgad» está en plural, con lo que es manifiesta la apelación a los individuos. La partícula *nah* (como en *hosan-nah)* puede traducirse como *ahora* o como *ruego.* Slotki prefiere aquí el segundo sentido, con lo que se pone de relieve la mansedumbre y la condescendencia de Dios.

4. Esta condescendencia divina sube de punto en las conmovedoras preguntas del versículo 4: *«¿Qué más se podía haber hecho a mi viña, que yo no lo haya hecho en ella? ¿Cómo, esperando yo que diese uvas, ha dado agrazones?»* Aquí les reta Dios a que muestren en qué les ha faltado. Él había puesto de Su parte todo lo necesario y conveniente para que la viña estuviese bien cuidada y produjese los buenos frutos que podían esperarse de vides tan escogidas. ¿Qué motivo, pues, había para que, en lugar de dar uvas exquisitas, diese uvas agrias, que no se pueden comer?

5. Vista la causa, Dios les lee la sentencia (vv. 5, 6). El hebreo del versículo 5a dice literalmente: «Y *ahora os daré a conocer lo que yo hago a mi viña»*. Dice Slotki: «El uso del presente hebreo implica decisión irrevocable y actuación pronta». Como si dijese: «Ya que no hay excusa alguna que presentar por tal proceder, me voy a despreocupar de esa viña y será convertida en un desierto. *Le quitaré su vallado* (v. 5b) y quedará completamente al descubierto, con lo que será presa segura de cuantos quieran hollarla y destruirla. No le quedará ni la figura de viña». Quienes no quieren llevar buen fruto serán castigados y hará que no lleven ninguno, ni bueno ni malo. La maldición de esterilidad no es más que el justo castigo por el pecado de esterilidad.

6. Explicación de la alegoría (v. 7): «La viña es *la casa de Israel,* e indica así su pecado colectivo, y *el varón de Judá* (lit.) *es la planta de sus delicias,* pues a Dios le plugo escogerla como cepa de su agrado. De ahí que *esperase de ella justicia y rectitud:* que los reyes y magistrados administrasen verdadera justicia, y que el pueblo se portase con rectitud; pero los hechos eran muy diferentes: en lugar de *justicia había violencia* opresora; *en lugar de rectitud, alaridos* de los oprimidos que clamaban por ayuda y protección. Isaías, con su elegante estilo, buen letrado y poeta, pone de relieve dichos contrastes por medio de vocablos que se parecen muchísimo, pues *mishpat* (justicia en juzgar) se parece a *mispaj* (violencia): *y tsedaqah* (justicia en actuar) se parece a *tseaqah* (grito o alarido).

Versículos 8–17

La codicia de las cosas materiales y el afán de satisfacer a la carne son los dos pecados contra los que el profeta, en nombre de Dios, pronuncia aquí sus ayes. Estos pecados, que abundaban en los hombres de Judá, eran algunas de las uvas agrias que la viña de Israel producía (v. 4).

1. El primer *ay* es para los que ponen el corazón en las riquezas de este mundo (v. 8), *los que juntan casa a casa, etc.,* de tal forma que se *quedan solos en medio de la tierra,* pues, al monopolizar las fincas urbanas y rústicas, no queda espacio para los demás. Tan desordenados son sus deseos de enriquecerse que no se preocupan ni de las malvadas artes de que se valen para hacerse con todo, ni de la miserable condición en que quedan los desposeídos por ellos de sus casas y sus tierras. El castigo que les espera por este pecado (vv. 9, 10) será la desolación de las moradas y la casi total esterilidad de las tierras: *Aun las casas grandes y hermosas quedarán sin morador,* ya sea por muerte violenta, por pestilencia o por deportación; y las tierras que han acumulado producirán una mínima fracción de lo que se sembró, hasta el punto de que un *hómer* (hebreo, *jómer) de semilla producirá un efá* (que es la décima parte de un hómer). ¡Cosecharán el diez por ciento de la semilla!

2. El segundo *ay* va para los que se entregan a los placeres de los sentidos (vv. 11, 12). La sensualidad arruina a los hombres tanto como la codicia. Estos malvados *madrugan y trasnochan para embriagarse,* hasta que el alcohol *les enciende,* es decir, los inflama hasta darse a toda clase de bajas pasiones; en especial, lujuria y violencia. Tan dedicados están a comer, beber y danzar (v. 12), que *no miran la obra de Jehová ni consideran la obra de sus manos.* El placer sensual les absorbe de tal modo que no tienen tiempo para reflexionar, ni acerca del poder, la sabiduría y la bondad de Dios que se muestran en las mismas cosas de las que ellos abusan, ni acerca de la munificencia de la providencia divina al permitirles disfrutar de aquellas cosas que para ellos sirven de pábulo a sus bajas pasiones. El castigo que les espera es terrible:

(A) Van a ser desalojados del país, para que la nación quede así libre de irreflexivos borrachos (v. 13): *«Por tanto, mi pueblo fue llevado cautivo por falta de conocimiento …».* Isaías habla en pasado como si ya viese realizado el castigo que profetiza. ¿Cómo iban a tener conocimiento, si el alcohol les privaba constantemente del sano juicio? Hasta tal punto iban a empobrecer por esta vida de continua orgía, que hasta *sus notables,* personas que habrían de imponer respeto por su alta posición en la sociedad, *habían de perecer de hambre, y la multitud se había de secar de sed.* ¡Justo castigo a los que de tal modo abusaban de la comida y de la bebida!

(B) El *Sheol* o morada de los muertos *ensanchó sus fauces* (v. 14); literalmente, su *alma;* es decir, en este contexto, su apetito voraz. Tantos serán los que mueran de una manera u otra, que el Sheol tendrá que ensanchar sus puertas para poder tragarse de una vez a la enorme cantidad que va a pasar por sus fauces. La metáfora es muy expresiva y no necesita ulterior explicación, debido a su claridad.

(C) Los versículos 15 y 16 forman, según Slotki, un paréntesis; quizá se les podría designar mejor como un epifonema de lo descrito hasta ahora: Todo pecador será abatido, mientras Jehová de las huestes será exaltado en sus juicios. Un tercer castigo de los que así abusan de los dones de Dios será la desolación en que va a quedar todo el país por culpa de los sensuales haraganes: Los sobrios pastores tendrán pasto copioso para sus corderos en pastizales abandonados, mientras que nómadas *extranjeros* (hebr. *garim) devorarán los lugares desiertos de los gordos* (lit.), es decir, de los que engordaron a costa de los demás, que comían y bebían sin preocuparse de Dios ni de los hombres.

Versículos 18–30

I. Tenemos aquí otros cuatro *ayes* (vv. 18, 20, 21 y 22), con lo que son *seis* (número de hombre) los que el profeta dirige en este capítulo contra otras tantas clases específicas de malvados. En 6:5 veremos un séptimo *ay* muy diferente de los del capítulo 5.

1. El tercer *ay* (vv. 18, 19) va dirigido contra los que tienen en poco la iniquidad y hasta desafían a Dios a que se apresure a cumplir lo que está diciendo por boca del profeta. Las metáforas del versículo 18 *(«arrastran la iniquidad como con cuerdas de vanidad, y el pecado como con sogas de carreta»)* pueden interpretarse de dos modos, como sugiere el rabino Slotki:

(A) La negligencia de la propia conducta, de forma que la comisión de pecados menos graves conduce gradualmente (como con cuerdas tenues; *de vanidad,* porque son delgadas y finas) a cometer pecados más graves. Este sentido es aquí poco probable.

(B) La determinación de entregarse al pecado a toda costa, sea con métodos suaves o violentos. Dice Moriarty: «La imagen compara el apego del pecador hacia su pecado con una fuerte cuerda, de las usadas para llevar por el cuello a las ovejas o los novillos. En otras palabras, los pecadores están uncidos a sus pecados». M. Henry deduce diferentes aplicaciones: Los que se creen seguros de conseguir sus malvados propósitos como si los arrastrasen tras de sí con sogas de carreta, verán que les resultan cuerdas de vanidad, que se quiebran cuando se las estira demasiado. Los que pecan por debilidad, son arrastrados por el pecado; pero los que pecan por presunción, arrastran hacia sí la iniquidad, a pesar de las resistencias que les opone la Providencia y los remordimientos que les presenta la conciencia. Hay quienes, por su pecado, atraen sobre su cabeza los juicios de Dios como si los hiciesen venir al tirar de ellos con sogas de carreta.

2. Estos malvados no sólo tienen en nada los pecados que cometen, sino que, además (v. 19), desafían al Todopoderoso a que cumpla en ellos las amenazas que profiere por medio de Sus profetas: *«¡Venga ya, apresúrese su obra y veamos! ¡Acérquese y cúmplase el plan del Santo de Israel, para que lo sepamos!* Ridiculizan al profeta y a Dios mismo, y no están dispuestos a creer la ira de Dios desde los cielos (Ro. 1:18) a no ser que la vean ejecutada. Si Dios se presenta contra ellos, según les ha amenazado, es posible que se apresten a entrar en tratos con Él: «Ya hemos oído su palabra—vienen a decir—, pero es puro hablar; que apresure su obra, que nosotros ya nos las arreglaremos bastante bien por nosotros mismos».

3. El cuarto *ay* cae (v. 20) sobre los que confunden los valores morales de las cosas: *«los que al mal llaman bien, y al bien, mal, etc.*». Esto es llegar, como dice Moriarty, al «límite máximo de la depravación». No se puede ofender más a Dios, endurecer la propia conciencia, hacerse mayor daño a sí mismos y a los demás, que tergiversar los valores de las cosas, hasta el punto de llamar a la ebriedad buen compañerismo; a la desfloración de doncellas, aprovechar bien la ocasión; a la codicia y al hurto, buena administración. Y, por otra parte, llamar a la seriedad mal genio; a la piedad, insensatez; a la bondad, infantilismo; al perdón, cobardía.

4. El quinto *ay* (v. 21) va dirigido a *los que son sabios en sus propios ojos, etc.* (comp. con Pr. 3:7; Ro. 12:16; 1 Co. 3:18–20). Estos insensatos creían que podían superar la infinita sabiduría de Dios y torcer los caminos de la divina providencia.

5. El sexto *ay* (v. 22) amenaza a los *valientes y fuertes «en el arte de mezclar los "cócteles" de aquel tiempo»,* como gráficamente los designa Trenchard. Estos ebrios y embriagadores abusan del vigor que

Dios les confirió para buenos fines al ponerlo al servicio de la maldad. Al darse a los licores, debilitan su cuerpo en lugar de darle *vigor*. Este versículo 22 añade a lo dicho en el segundo *ay* (vv. 11, 12) una nota de ironía y, además, explica también la conexión con el versículo 23, ya que, quienes tan bien se las apañan con los licores, también están prestos, si se hallan en posición de autoridad (jueces y gobernantes), a recibir propinas y ser sobornados para *justificar al impío y condenar al justo,* quitándole a éste sus derechos a que se le haga la debida justicia.

II. En los versículo 24–30 se describen los castigos que tales pecados van a atraer sobre los transgresores. El justo Dios va a tomar justa vindicación. Él mismo había comparado su pueblo a una viña (v. 7), de la que esperaba recibir buen fruto; pero la gracia de Dios había sido recibida en vano (v. 24): la raíz misma se había podrido, al secarse desde abajo, por lo que todos los brotes, áridos y sin fruto, habían sido aventados como el polvo o el tamo de las eras (comp. con Sal. 1:4). El pecado debilita la fuerza de los pueblos, de forma que fácilmente son arrancados de raíz, les quita la belleza del florecimiento y les priva de toda esperanza de buenos frutos de éxito y prosperidad. ¿Qué pueden esperar, sino el enojo de Jehová de las huestes, del Santo de Israel, cuya ley pisotearon? Dios no rechaza a los hombres por una transgresión cualquiera de Su ley y de Su Palabra; pero cuando Su ley es pisoteada, y Su Palabra es menospreciada y hasta hecha objeto de burla, ¿qué otra cosa pueden esperar, sino que Dios los abandone del todo?

1. Así pues (v. 25), *«se encendió el furor de Jehová contra su pueblo y extendió contra él su mano»*. Esa mano que tantas veces se había extendido a favor de ellos contra sus enemigos, ahora se extiende contra ellos *para herirlos, y se estremecieron los montes.* Cuando Dios arremete airado contra un pueblo, tiemblan los montes; incluso los más valientes son presa del pánico. ¿Y qué vista puede ser tan aterradora como la de *los cadáveres que yacen como basura en medio de las calles?* (v. 25b). Esto da a entender que es una gran multitud la que va a caer; no sólo van a morir soldados en el campo de batalla, sino también muchos habitantes de las ciudades, pasados a cuchillo, a sangre fría. También insinúa que los supervivientes no dispondrán de manos ni de corazón para enterrar los cadáveres.

2. Esta ruina será llevada a cabo por fuerzas extranjeras (con la mayor probabilidad, los asirios), pues quienes conocen a Dios no son empleados por Él como instrumentos de los que se valga para llevar a cabo Sus designios. Comenta Trenchard: «Sin embargo, según la "perspectiva profética", la invasión asiria prefiguraría otras que han asolado Palestina en el decurso de la historia, y quedaría la más terrible para los tiempos del Día de Jehová, descrito tan gráficamente en la profecía de Joel». El texto sagrado (v. 26) dice que *alzará pendón* (como señal para que reúnan sus fuerzas y las preparen para la batalla) *a naciones lejanas.* Si Dios alza su pendón como señal para la guerra, puede inclinar el corazón de los hombres para que se alisten en las fuerzas armadas, aun cuando no sepan por qué.

3. Los versículos 27–30 describen, con brillantes imágenes, «la rapidez, disciplina y empuje del enemigo asirio» (Moriarty), mencionadas ya en el versículo 26b.

(A) Aunque sus marchas sean prolongadas y los caminos sean ásperos (v. 27), *«no habrá entre ellos cansado ni quien tropiece»*.

(B) Aunque se vean forzados a mantenerse en vela por mucho tiempo, sin quitarse los arreos militares ni tomarse un momento de descanso (v. 27b), *«ninguno se dormirá, ni le tomará el sueño; a ninguno se le desatará el cinto de los lomos, ni se le romperá la correa de las sandalias»,* sino que llevarán siempre puesto el cinto y la espada al costado.

(C) Sus armas y municiones estarán en óptimo uso; sus caballos y sus carros, tan fuertes para la guerra que no habrá miedo de que se les estropeen en medio de la batalla (v. 28): *«Sus saetas estarán afiladas, y todos sus arcos tensados; los cascos de sus caballos parecerán como de pedernal, y las ruedas de sus carros como torbellino»*.

(D) Todos los soldados serán bravos y atrevidos (v. 29): «*Su rugido será como de león,* el cual se anima a sí mismo por medio de su rugido y causa terror a cuantos se aproximan a él. Su bramido será aquel día (v. 30) *como el bramido del mar*. No habrá entonces para los israelitas la menor esperanza de alivio ni de socorro. *Si la luz se oscurece en los cielos* (v. 30b), ¡cuán grande será tal oscuridad! Si Dios esconde Su rostro, no es extraño que los cielos escondan el suyo (comp. con Job 34:29)». Es de advertir que el sujeto del verbo *«mirará»* (v. 30b) no es precisamente el enemigo invasor, sino que el sentido es el siguiente (según lo han visto las versiones modernas, como la NVI): Y *si alguien mira a la tierra, verá tinieblas y tribulación …».*

CAPÍTULO 6

Hasta ahora Isaías, con una comisión profética solamente virtual, y aun tácita, al ver tan poco fruto en su ministerio, comenzaba a pensar en dimitir de su oficio. Por consiguiente, Dios va a renovarle la comisión de tal manera que pueda estimularle el celo, aunque parecía que estaba trabajando en vano. En este capítulo tenemos: I. Una visión que Isaías tuvo de la gloria de Dios (vv. 1–4). II. El terror que dicha visión le infundió (vv. 5–8). III. La comisión que recibió de Dios para ir a predicar a un pueblo impenitente, aunque Dios mismo se reservará un remanente de misericordia (vv. 9–13).

Versículos 1–4

Contra la opinión de M. Henry—nota del traductor—expresada en la precedente introducción y división del capítulo, es altamente probable que aquí tengamos el *primer* llamamiento de Isaías a la función profética, de forma que los capítulos 1–5 habrían de considerarse como «una *introducción* a la colección total de oráculos, destacando los temas principales del libro» (Trenchard).

Va, pues, Isaías a comenzar su ministerio con una visión de la gloria de Dios. Como Dios de la gloria (Hch. 7:2), se apareció primero Dios a Abraham; también (Éx. 3:2) a Moisés. La profecía de Ezequiel y el libro profético de Juan (Apocalipsis) se abren también con visiones de la divina gloria. Quienes han de enseñar a otros el conocimiento de Dios, tienen que estar ellos mismos en íntima comunión con Él.

Dice el texto sagrado que la visión fue (v. 1) *«en el año en que murió el rey Uzías»*. Uzías reinó desde el año 790 a. de C. hasta el 739. La visión, pues, tuvo lugar el año 739, antes o después de la muerte del rey. El contraste que Isaías pone de relieve no puede pasar desapercibido por ningún lector atento: «El mismo año que murió el rey de Judá, tras un reinado de 51 años, sólo sobrepasado en Judá por Manasés (quien reinó 55 años), Isaías vio en Su trono al Rey de los cielos y de la tierra». ¡Los reyes humanos, por mucho que reinen, al cabo mueren! Uzías murió leproso en un hospital. Dios es un Rey que nunca muere, y cuyo reinado no tiene fin.

El texto sagrado nos ofrece también otra insinuación: Isaías no tiene que turbarse por la muerte del monarca en tiempos que van a ser desde ahora muy difíciles, porque Jehová, el verdadero Rey de Israel, no muere ni se duerme. Tiene el mismo poder y amor de siempre para proteger a Su pueblo; también para castigarle como se merece, pero en la ira se acordará de la misericordia (v. 13). Pasemos ya al análisis de la porción.

1. Dios se aparece a Isaías *«sentado* (v. 1b) *sobre un trono alto y sublime*, esto es, excelso; elevado sobre todos los demás tronos, no sólo porque los trasciende, sino también porque los domina y controla. El profeta no vio la invisible esencia de Dios; el hebreo no dice que vio a *Jehová*, sino a *Adonay* (el Señor); esto es, las señales externas de Su soberano señorío. Según aclaró el propio Jesús (Jn. 12:41), Isaías vio *la gloria de Cristo*, al Monarca Eterno (v. Lc. 1:33) *sobre un trono:* (A) trono de gloria, ante el que hemos de adorar; (B) trono de gobierno, al que nos hemos de someter; (C) trono de gracia, al que podemos acercarnos con toda confianza (He. 4:16).

2. «Y *la orla de Su manto* (v. 1b)—continúa Isaías—*llenaba el templo*». Como hace notar Trenchard, Isaías no era sacerdote; no podía, pues, penetrar en el santuario propiamente dicho, sino que estaría «en el patio de los israelitas que rodeaba al de los sacerdotes … Quizá hemos de pensar que Isaías, al adorar a Dios en el patio de los israelitas, cayera en un éxtasis, y recibiese así la visión que describe». De acuerdo totalmente con Trenchard—nota del traductor—, hago notar que Isaías no es aquí un «vidente» (hebr. *roeh)*, sino alguien «que tiene una visión» (hebr. *jozeh)* por medio de figuras, símbolos, etc. (como Juan en el Apocalipsis). Isaías llama *«la orla de Su manto»* al humo o nube (la *shekinah)*, que mostraba visiblemente la presencia especial de Jehová en medio de Su pueblo.

3. Pero Isaías no vio solamente al Señor (v. 2): *«Sobre Él* (el Señor), es decir, asistiéndole, *estaban los serafines»*, vocablo derivado del verbo *saraph* (arder o quemar). Los serafines arden de amor a Dios, de celo por Su gloria y de odio al pecado. La gloria de ellos está en tener abundancia, no sólo de la luz del conocimiento de Dios, sino del ferviente amor a Su santo nombre. *Cada uno tenía seis alas*, pero no extendidas (como las que vio Ezequiel, 1:11), sino que:

(A) Cuatro eran para cubrirse: *«Con dos cubrían sus rostros*, en señal de reverencia, para no mirar hacia la gloria de la presencia de Dios; *con* otras *dos cubrían sus pies*, en señal de modestia, a fin de no

descubrir el cuerpo» (metafóricamente). Reverencia, humildad y modestia son las lecciones que estos serafines enseñan con esto a los adoradores de Dios.

(B) Dos eran para volar. Cuando Dios los envía para cumplir algún encargo urgente, vuelan rápidamente (v. 6, comp. con Dn. 9:21). Esto nos enseña a hacer la obra de Dios con gozo y sin demora.

4. El profeta escucha luego las voces de alabanza a Dios que los serafines profieren (v. 3). Hacemos notar, y lo repetiremos más de una vez, que la Biblia NUNCA presenta a los ángeles cantando, sino dando voces. *«El uno al otro»* no significa que todos gritasen a la vez, sino alternándose, como en forma antifonal. Se expresaban de manera semejante a la de los cuatro seres vivientes de Apocalipsis 4:8, y ensalzaban de modo especial la santidad de Dios. Del poder de Dios se habla *dos veces* en Salmos 62:11, pero aquí se repite tres veces Su santidad, lo cual, en hebreo, equivale a un gran superlativo, no a la Trinidad de personas en Dios. *Jehová de las huestes* es el título que, como siempre, pone de relieve el poder de Dios, como general en jefe de las fuerzas armadas de Israel.

5. Obsérvese a continuación (v. 4) la respuesta de los elementos inanimados ante esta invocación de la santidad y del poder de Dios: *«Los quiciales de las puertas,* como sacudidos por un terremoto, *se estremecieron con la voz de los que clamaban, y la casa,* esto es, el templo, *se llenó de humo;* la nube de la *shekinah,* que ya se extendía por el santuario (v. 1), se hizo más densa y extensa, a fin de velar todavía más la trascendente presencia de Dios (comp. Job 26:9). En el templo celestial, todo se verá con claridad, a la luz de la gloria de Dios (Ap. 21:23; 22:5). Allí Dios *habita en una luz inaccesible* (1 Ti. 6:16). En la tierra, *habita en una nube densa* (2 Cr. 6:1), es decir, muy oscura, de las que el sol no puede atravesar con su luz.

Versículos 5–8

1. Aquí vemos primero la consternación del profeta ante esta visión de la gloria de Dios (v. 5): *«Entonces dije. ¡Ay de mí, que estoy muerto!»,* es decir, perdido, arruinado. Recuérdese que, en el capítulo 5, son seis las veces que Isaías dirige el dedo hacia los demás, y dice: *«¡Ay de los que …!»* Pero ahora que ha visto la gloria de Dios, ya no dice: «¡Ay de los que …!», sino *«¡Ay de mí!»* La gravedad de los propios pecados sólo se echa de ver a la vista de la santidad del Dios tres veces santo, del mismo modo que las partículas de polvo, flotantes en una habitación o adheridas a los cristales de la ventana, sólo se ven bien cuando les dan de lleno los rayos del sol. Veamos:

(A) Qué es lo que Isaías vio en sí para exclamar de ese modo: *«Estoy perdido, porque soy hombre de labios inmundos y habito en medio de un pueblo de labios inmundos»*. Tenemos muchos motivos para clamar así ante el Señor, porque: (a) «El énfasis recae sobre "los labios" por la razón de que éstos dan a conocer la corrupción interna del hombre caído, tal como recalcó el Maestro en Marcos 7:18–23» (Trenchard). Si nuestros labios no están consagrados a Dios, seremos indignos de tomar el nombre de Dios en nuestros labios. La impureza de nuestros labios debería sernos objeto de pesadumbre, pues por nuestras palabras seremos justificados o condenados. (b) Vivimos en medio de gentes que tienen también inmundos los labios. Esta enfermedad es hereditaria y epidémica, lo cual, lejos de disminuir la culpa, debería aumentar la pesadumbre, al considerar que no hemos hecho todo lo posible para limpiar los labios de nuestros prójimos; en lugar de ello, hemos aprendido el lenguaje de ellos, como José en Egipto cuando juró por el Faraón (Gn. 42:16).

(B) Qué es lo que motivó tan tristes reflexiones (v. 5b): *«Mis ojos han visto al Rey, Jehová de las huestes»*. Estamos perdidos si no hay un Mediador entre nosotros y este Dios santo (v. 1 S. 6:20). Isaías fue humillado de esta manera, a fin de prepararle para el honor que se le iba a conferir con el llamamiento al ministerio profético.

2. Vemos luego la forma en que los temores del profeta fueron acallados con las palabras de consuelo que el serafín le dirigió (vv. 6, 7). Uno de los serafines voló rápidamente hacia él para purificarle. Quienes son abatidos con las visiones de la gloria de Dios pronto serán levantados de nuevo con las visitas de su gracia. Aquí vemos despedido por algún tiempo del trono de la gloria de Dios a un serafín, a fin de ser mensajero de gracia para un hombre bueno; y vino a él volando. También al Señor Jesús, en su agonía, *se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle* (Lc. 22:43). El ángel vino *con un carbón encendido, tomado del altar* (ya fuese de los holocaustos o de los perfumes). El Espíritu de Dios actúa como fuego (Mt. 3:11). Al profeta que se sentía muerto (v. 5), el serafín le infundió vida, porque el modo de purificar los labios de la impureza del pecado es encendiendo el alma con el amor de Dios (v. 7):

«Mira que esto ha tocado tus labios, te es quitada la culpa y expiado el pecado». La culpa del pecado es removida con el perdón de la misericordia; la corrupción del pecado, con el efecto renovador de la gracia. Por tanto, nada puede impedir que Isaías sea aceptado por Dios, no sólo como simple adorador, sino como mensajero suyo a los hijos de Israel.

3. Tenemos luego la comisión que Isaías recibe de parte de Dios (v. 8). Sólo el que tiene íntima comunión con Dios puede recibir comunicaciones de parte de Dios: «*¿A quién enviaré,* dice Dios, y *quién irá de nuestra parte?»* Este último plural puede tomarse como mayestático o, mejor en este contexto, deliberativo. Dice Ryrie: «Se ve a Dios como a un rey en consejo. Esta frase abre ciertamente paso a más plenas revelaciones de la Trinidad en el Nuevo Testamento». De este modo Dios nos enseña que el envío de obreros de la Palabra no debe hacerse sin una madura deliberación. Y el ministerio recibe un singular honor al ver a Dios así consultado en el seno de la Trinidad antes de enviar a un profeta en su nombre. La incapacidad natural del profeta es absoluta, y Dios toma la iniciativa, pero al decir: «*¿A quién enviaré …?»,* insinúa que ha de enviar *un* profeta *semejante a sus hermanos* (He. 2:17). Dios se complace en enviarnos hombres como nosotros, implicados en los mensajes que traen, pues los colaboradores de Dios son copecadores con nosotros. «Y *para estas cosas, ¿quién está capacitado?»* (2 Co. 2:16b). A nadie se le permite ir en nombre de Dios, sino a los que son enviados por Él (Ro. 10:15). Con los labios ya limpios por el fuego del altar, el joven profeta se pone enteramente a disposición del Señor, incluso antes de conocer el mensaje que había de predicar. Así le ofrece a Dios «carta blanca», sean cuales sean las dificultades que puedan salirle al paso en el desempeño de su misión.

Versículos 9–13

Dios le toma la palabra a Isaías y le envía a predicar un extraño mensaje: Predecir la ruina de su pueblo, e incluso madurarlos para dicha ruina. La misma habría de ser la situación en los días del Mesías, cuando la gran mayoría de los judíos iban a rechazar obstinadamente el Evangelio y a ser, por eso mismo, temporalmente rechazados por Dios. Estos versículos son citados en parte, o claramente aludidos, por seis veces en el Nuevo Testamento. Se le dan aquí a entender a Isaías cuatro cosas:

1. Que la generalidad del pueblo al que es enviado va a hacerse el sordo a su mensaje y a cerrar voluntariamente los ojos a las revelaciones de la mente y de la voluntad de Dios que el profeta les va a comunicar (v. 9).

2. Que, puesto que no quieren hacerse mejores mediante su ministerio, se harán peores por él. Quienes cierran voluntariamente los ojos a la luz de la verdad divina, merecen ser cegados por justo juicio de Dios (v. 10): *«¡Engórdale el corazón a este pueblo, agrávales los oídos y ciérrales* (por completo) *los ojos!»* «Engordar» (lit.) significa rodear de grasa el corazón, de forma que se vuelva sensual e impermeable a las cosas de Dios. «Agravar los oídos», esto es, hacerlos pesados, significa endurecerles el tímpano para que no puedan oír. El verbo hebreo *hashá*, más bien que «cerrar», significa «untar, embarrar, ensuciar», de forma que, por mucho que abran los ojos, no puedan ver por incapacidad funcional justamente merecida.

Para entender mejor—nota del traductor—estos difíciles versículos 9 y 10, es necesario tener en cuenta: (A) Que el hebreo no hace distinción entre conjunciones finales *(a fin de que)* y consecutivas *(de forma que).* Así, la frase: *«para que no vean»* habría de entenderse como: *«de modo que no verán»*. (B) De manera semejante, el hebreo del Antiguo Testamento tampoco distingue entre lo que es efecto de la voluntad *directiva* de Dios y lo que es efecto de Su voluntad *permisiva* (v. por ej. 2 S. 24:1, a la luz de 1 Cr. 21:1).

3. Que la consecuencia de este endurecimiento habría de ser la *ruina casi total* del pueblo (vv. 11, 12). El profeta, asustado por la terrible sentencia de Dios, pregunta (v. 11): *«¿Hasta cuándo, Señor?»* Como si dijese: «¿Va a durar por siempre esta condición del pueblo? ¿Vamos a estar, yo y otros profetas, trabajando en vano entre ellos, de forma que nunca mejore la situación?» En respuesta a esto, Dios le dice que ha de continuar predicando al pueblo y profetizando su ruina aunque el pueblo se haga el sordo a su mensaje y sufra las consecuencias en la deportación a Babilonia, cuando la tierra quedará completamente desierta (v. 11) y los hombres serán alejados de ella (v. 12). Los juicios espirituales comportan muchas veces castigos temporales sobre personas y lugares.

4. No obstante (v. 13), Dios se reservará un remanente como monumento a su misericordia. Recordemos que la visión de Isaías tiene lugar antes de la caída del reino del norte. Cuando las diez tribus

del reino de Israel marcharon deportadas a Asiria, quedó *«la décima parte»*, esto es, el reino de Judá, pero también ésta, dice aquí el Señor, *«será devorada de nuevo»* (lit.). A su vez, después de la deportación a Babilonia, había de volver una *décima parte* de aquella décima parte que constituía el reino de Judá, con lo que siempre queda del pueblo de Dios un *tocón*, esto es, una pequeña parte del tronco con su raíz, de forma que no sólo queda suficiente para chupar la savia, sino también para recibir injertos (v. Ro. 11:17–24). El tocón es como el del *terebinto* (mejor que roble), que, «al ser cortado, fluye de él un jugo fragante y resinoso» (Ryrie), y el de la encina, árbol fuerte y añoso; *«la simiente santa*, añade (v. 13b), *será su tocón»*. A pesar de su apostasía y del consiguiente terrible castigo de Dios, el remanente es la «simiente santa» (comp. con Dt. 7:6; Esd. 9:2), por ser del pueblo «santo», elegido por Dios.

CAPÍTULO 7

Este capítulo nos presenta mensajes juntamente de juicio y de gracia en un momento crítico de la historia del reino de Judá. Tenemos aquí: I. La consternación del rey Acaz ante las amenazas de las fuerzas confederadas de Siria e Israel contra Judá (vv. 1, 2). II. La seguridad que Dios le da, por medio de Isaías, de que el intento de los confederados será frustrado y Jerusalén será preservada (vv. 3–9). III. La confirmación de esto por medio de una señal milagrosa que Dios ofrece al rey Acaz (vv. 10–16). IV. La amenaza de una gran desolación que Dios hará venir, por medio de los asirios, sobre Acaz y su reino, aun cuando hayan escapado de la tormenta presente, por haber continuado en su maldad (vv. 17–25).

Versículos 1–2

1. Isaías había recibido su comisión profética el año en que murió Uzías (6:1). Su hijo Jotam reinó, y reinó bien, durante dieciséis años. No cabe duda de que Isaías profetizó durante ese tiempo como se le había mandado, pero el texto sagrado no registra ninguna de sus profecías durante ese tiempo. Las que hallamos en este capítulo fueron hechas *en los días de Acaz hijo de Jotam* (v. 1).

2. Vemos aquí una temible confederación contra Judá y Jerusalén por parte de *Retsín, rey de Siria, y de Peqaj, rey de Israel*, quienes ya habían hecho sus correrías contra Judá en tiempos de Jotam (v. 2 R. 15:37). Pero ahora, en el segundo o tercer año de Acaz, entraron en coalición contra Judá. Como Acaz, a pesar de hallar la espada pendiente sobre su cabeza, había comenzado con idolatría su reinado, *«Jehová su Dios lo entregó en manos de los sirios, los cuales lo derrotaron … Fue también entregado en manos del rey de Israel, el cual lo batió con gran mortandad»* (2 Cr. 28:5). Envalentonados con esta victoria, se pusieron en camino en dirección a Jerusalén para ponerle asedio.

3. Vemos luego la consternación de Acaz y de su corte al recibir la noticia: *«Siria se ha confederado con Efraín»*. El reino del norte es llamado así por haber sido su primer monarca, Jeroboam, de la tribu de Efraín. Y, sin mencionar por su nombre en este versículo 2 a Acaz, porque, como dice la tradición rabínica, «el nombre de este rey malvado no merece el honor de ser mencionado», *«se le estremeció el corazón y el corazón de su pueblo, como se estremecen los árboles del monte a causa del viento»*. La causa real de este pánico era la debilidad de su fe y su subconsciente sentimiento de culpabilidad.

4. Para entender mejor esta acción de Siria e Israel, así como la imprudente reacción de Acaz, bueno será recordar el trasfondo histórico, magníficamente compendiado por Ryrie: «2 Reyes 16:5–18 y 2 Crónicas 28:5–21 registran el trasfondo histórico de este capítulo. *Aram* (Siria) y *Efraín* (las diez tribus norteñas de Israel) se habían rebelado contra su señorón, Asiria, y trataban de forzar a Judá a aliarse con ellos, aun cuando esto tuviese como consecuencia la deposición de Acaz y la entronización de un rey-títere, el hijo de Tabeel (Is. 7:6)».

Versículos 3–9

1. Entonces Isaías recibe la orden de salir al encuentro de Acaz (v. 3): *«Sal ahora al encuentro de Acaz tú y Sear-jasub tu hijo, al extremo del acueducto del estanque de arriba, en el camino del campo del Batanero»*. Dios tiene compasión de Acaz, no por él mismo, sino porque era hijo de David y rey de Judá;

por atención a David, que no debía ser olvidado, y por atención a su pueblo, que no debía quedar abandonado. Dios le ordena que lleve consigo a su hijo, porque su nombre mismo llevaba en sí un mensaje, pues el hebreo *Shear-yashub* significa «un remanente volverá». El lugar escogido por Dios para el encuentro con el rey era donde Acaz «se hallaba inspeccionando la acequia abierta que proveía de agua a la ciudad» (Moriarty). Quizás se hallaba allí para ver de qué forma podía fortificar la ciudad, a la vez que aseguraba la traída de aguas a la ciudad en caso de asedio.

2. Dios pone en la boca de Isaías las palabras que ha de dirigir al rey; de lo contrario, el profeta no habría sabido el modo de llevar un mensaje tan bueno a un monarca tan malo. Dios lo hacía, no por él, sino en atención a los israelitas que todavía permanecían fieles. Isaías debe decirle al rey (v. 4): *«¡Alerta, pero ten calma!»* Las cosas buenas pueden echarse a perder tanto por falta de vigilancia como por sobra de agitación nerviosa.

3. Añade que debe despreciar a sus enemigos, no por orgullo o falsa seguridad, sino por fe y dependencia de Dios. El miedo le hacía pensar al rey Acaz que tenía delante dos poderosos enemigos, con quienes, aun por separado, no podía competir con éxito. Pero Isaías le dice, de parte de Dios, que no tiene por qué temer ni desmayar *«a causa de estos dos cabos de tizón que humean»* (v. 4b). Con esta expresión, quería dar a entender el Señor que Siria e Israel estaban a punto de apagarse por completo; el primero, el año 732 (unos tres años después de la presente profecía; el segundo, el reino del norte, iba a perder su existencia como nación el año 722. Por eso, eran como dos tizones que sólo despedían *humo,* bravatas, pero eran ya incapaces de consumir a Judá.

4. Tiene que persuadir a Acaz de que el actual designio de estos dos países ahora confederados contra Judá ha de fracasar con toda certeza y va a quedar en nada (vv. 5–7). Judá no les ha hecho ningún daño; no tienen, pues, excusa para atacar al rey ni al reino. Nótese la nota de desprecio (v. 5) al no mencionar por sus nombres al rey de Siria ni al de Israel, a pesar de que ellos (v. 6) parecen estar seguros de su victoria, pues ya quieren repartirse los despojos *(«hagámosla pedazos y repartámosla entre nosotros»):* una parte para el rey de Israel, y otra parte para el de Siria, después de concertarse en poner en Judá una especie de virrey de ellos, un rey-títere, cuyo nombre no se menciona; sólo se dice de él que era *«hijo de Tabeel»,* «probablemente, un aventurero sirio o efrainita» (Slotki). Dios mismo (v. 7) da Su palabra de que la coalición de Siria e Israel contra Judá fracasará.

5. Todavía añade el Señor dos razones para mostrar que el intento de Siria e Israel de subyugar a Judá está condenado al fracaso:

(A) Ninguno de los dos países ha de ensanchar sus dominios, sino que, de momento, han de contentarse con los territorios que ocupan. Sus respectivos límites están bien marcados, por lo que no deben intentar invadir el territorio de Judá; mucho menos, ocupar Jerusalén, la capital. Éste es, en efecto, el sentido del versículo 8, según comenta Slotki: «La idea contenida aquí parece ser que Retsín y Peqaj bien pueden ser los soberanos de sus respectivos países y de sus capitales …, pero nunca conseguirán la conquista de Judá ni de Jerusalén, que siempre han de disfrutar de la protección misericordiosa de Dios».

(B) Efraín, que es ahora el enemigo más próximo y seguramente el más malicioso, va a perecer muy pronto (v. 9): «*Y dentro de sesenta y cinco años Efraín será quebrantado hasta dejar de ser pueblo».* Comoquiera que el encuentro de Isaías con Acaz tuvo lugar el año 735, e Israel cayó bajo el poder de Asiria el año 722, muchos autores encuentran el plazo de 65 años (el año 669) demasiado largo. Ryrie lo entiende como «el tiempo en que tuvo lugar la repoblación del país de Israel por colonos extranjeros». Trenchard opina que «la predicción no señala la fecha de la derrota de Israel y de la deportación a Mesopotamia, sino la época en que dejaría de ser un pueblo». El rabino Slotki, por su parte, hace notar, a la vista de Amós 1:1; 7:17, que la cifra debe «calcularse desde el tiempo del terremoto en el reinado de Uzías, cuando el profeta anunció que Israel ciertamente había de ser llevado cautivo fuera de su país». Otros, como Kissane (citado por Moriarty), cortan por lo sano, y se atreven a corregir el texto sagrado. Pienso—nota del traductor—que la opinión de Slotki es la más probable.

6. La porción termina (v. 9b) con una seria advertencia de que, como siempre, la fe en la Palabra de Dios es condición indispensable para salvarse de esta ruina y de cualquier otra: *«Si no creéis, tampoco estaréis firmes»* (lit.). Sin fe no hay seguridad posible. El profeta juega con los dos vocablos hebreos *taaminu* (creeréis) y *teamenu* (seréis establecidos), ambos de la misma raíz: el conocido verbo *amán* = asegurar o estar seguro. Acaz no debe esperar que Dios le ayude si le falta confianza en el omnímodo poder de Dios para derrotar a cualquier enemigo, por fuerte y numeroso que sea, del pueblo elegido.

Versículos 10–16

En estos versículos, Dios, por medio del profeta, hace al rey Acaz una bondadosa oferta que el rey va a rechazar; por lo que, después de un duro reproche, Dios le ofrece misericordiosamente una señal de Su buena voluntad hacia Israel y hacia la casa de David.

1. Para confirmar las predicciones anteriores, Jehová le dice a Acaz (vv. 10, 11) «Pide *para ti una señal* (es decir, un milagro) *de Jehová tu Dios, demandándola ya sea de abajo en lo profundo* (desde lo más distante del mundo subterráneo), *o de arriba en lo alto* (desde el cielo empíreo)». Dios tiene en cuenta nuestra condición (Sal. 103:14) de que, al vivir en un mundo del sentido, no hay señales que nos afecten tanto como las que nos entran por los ojos, los oídos, el tacto, etc. Véase cuánta bondad despliega Dios aun con los malvados e ingratos. Así como Gedeón pidió a Dios señales (Jue. 6:37), así es aquí Dios mismo quien las ofrece al rey Acaz.

2. Acaz rechaza descortés e irreverente la oferta de Dios (v. 12): *«No la pediré y no tentaré a Jehová»*. La verdadera razón por la que Acaz no quería pedir a Dios una señal era que, al haber puesto su confianza en la ayuda que le habían de prestar (según pensaba él) los asirios con sus poderosos ejércitos y sus dioses, no deseaba la ayuda de Jehová, el Dios verdadero, el Dios de Israel. Con todo, oculta sus malvados pensamientos bajo capa de falsa piedad. ¿Cómo podía alegar la excusa de no tentar a Dios, cuando Dios mismo era quien le ofrecía la señal que confirmase la profecía?

3. Isaías le reprocha entonces, no sólo el insulto contra el mismo profeta, sino la hipócrita repulsa de la garantía que el propio Dios le ofrece (v. 13): *«Dijo entonces Isaías. Oíd ahora, casa de David* (en vez de dirigirse al rey en persona, Isaías se dirige ahora a los miembros de la familia real y a los cortesanos allí presentes): *¿Os es poco el ser molestos a los hombres, para que también lo seáis a mi Dios?»* Como si dijese: «Al afrentar a los profetas, pensáis que estáis ofendiendo meramente a hombres como vosotros, y no consideráis que estáis afrentando también a Dios mismo, cuyos mensajeros somos».

4. A continuación, el profeta, en nombre de Dios, les da una señal (vv. 14–16), que es una gran manifestación de la buena voluntad de Dios hacia Israel y hacia la casa de David. La señal tenía dos niveles: uno, de corto alcance, pues había de cumplirse en un próximo futuro; otro (comp. con Mt. 1:23), de largo alcance, pues se cumpliría al nacer el Mesías de una doncella judía. La versión literal de los versículos 14–16 es la siguiente: *«Por tanto* (por causa del escepticismo del rey), *el Señor* (hebr. *Adonay) mismo os dará una señal. He aquí que la doncella ha concebido y ha dado a luz un hijo y le ha puesto por nombre CON NOSOTROS DIOS* (hebr. *immanuel). Requesón y miel comerá, al saber* (esto es, *cuando sepa) rechazar el mal y escoger el bien. Porque, antes que el niño sepa rechazar el mal y escoger el bien, será abandonada la tierra de cuyos dos reyes tú estás horrorizado».* Estos versículos merecen especial atención.

(A) Comencemos por decir que la señal que Dios ofrece a Acaz debe cumplirse, de alguna manera, poco tiempo después de ser profetizada; de lo contrario, mal podría ser una señal para los allí presentes. Esto no obsta para que, en un plano más elevado, mesiánico, se cumpliese en el nacimiento de nuestro Salvador, como sabemos por Mateo 1:23, respecto de lo cual no es necesario que, en Isaías 7:14–16, se cumplan *todos* los detalles que se cumplieron después en la concepción y nacimiento del Salvador.

(B) En efecto, del niño de Isaías 7:14 se dice que, cuando haya llegado a la edad de la discreción, se tendrá que mantener de alimentos silvestres, puesto que la tierra de los reyes confederados contra Judá estará desierta (comp. con los vv. 21–23). Recuérdese que Isaías está hablando en el año 735 a. de C. Siria fue aplastada, y su capital (Damasco) capturada, por el rey de Asiria el año 732. Israel cayó el año 722. Así que, como dice Trenchard, «el sentido de la señal es que antes de que el niño pasara de la infancia hasta la edad del discernimiento, el peligro de la alianza sirioefrainita habría pasado».

(C) El hebreo no usa para «doncella» el término *bethulah* (virgen), sino *almah* (joven casadera), aunque se suponía que tales jóvenes eran, en efecto, vírgenes antes de casarse. Téngase esto en cuenta para no sacar las cosas de quicio. Tampoco los verbos «concebir» y «dar a luz» están en presente (como traducen algunos), sino en pretérito. Mucho menos se indica en el hebreo que la doncella conserve su virginidad a través de la concepción y del parto, aunque en María (cumplimiento a largo alcance) ocurriese así en la concepción, *no en el parto,* pues esto último está en contradicción con el texto sagrado (v. Lc. 2:22–24).

(D) La mujer de la que se habla en Isaías 7:14 nos es desconocida. La cronología de los reyes de Judá excluye, por sí misma, a la madre de Ezequías, el hijo de Acaz. Hay quienes opinan, a la vista de 8:1–4,

que se trata de la esposa del propio Isaías («la que Isaías tomó después como segunda esposa», dice Ryrie). Pero contra esto hay dos poderosas razones: (a) No hay indicación alguna en el sagrado texto de que la esposa de Isaías, en 8:1–4, sea una «segunda» esposa, y la verdadera mujer de Isaías ya había tenido anteriormente un hijo, por lo que no se la podía llamar «doncella casadera»; (b) no se menciona en el sagrado texto ningún hijo de Isaías con el nombre de Manuel (hebr. *Immanuel).*

(E) En opinión de muchos y expertos autores, a la que me adhiero—nota del traductor—, el profeta, de parte de Dios, está usando un símil hipotético (en cumplimiento a corto alcance), como si dijese: «Suponed que una doncella ha concebido y acaba de dar a luz un hijo, y le ha puesto por nombre Immanuel. Antes de que tal niño llegue a la edad de la discreción, la tierra de esos dos reyes habrá quedado desierta, con lo que el niño habrá de mantenerse de productos silvestres que no necesitan la industria del hombre». ¡Todo el énfasis de la señal está en el nombre del niño: *Immanuel: DIOS ESTÁ CON NOSOTROS!* Por mucho que los hombres se empeñen, Dios salvará a su pueblo en este conflicto, y salvará siempre a quienes pongan su confianza en Él (comp. con 1:23; Ro. 8:31b). ¡Qué consuelo para la casa de David y, especialmente, para la casa del hijo de David, la Iglesia, saber que *«Jesús»* (Jehová salva) es *«Immanuel»* (Dios con nosotros)!

Versículos 17–25

Después de la consoladora promesa hecha a la casa de David en esta ocasión, vienen ahora las amenazas contra el rey Acaz, contra su familia y el reino de Judá. Asiria será el instrumento, en manos de Dios, para castigar la rebeldía de Judá, y hacer que sus habitantes vivan una vida precaria por mucho tiempo antes de la deportación a Babilonia.

1. El castigo con que el profeta, en nombre de Dios, amenaza al rey, a su familia y a su pueblo, es muy grande (v. 17): *«Jehová hará venir sobre ti, sobre tu pueblo y sobre la casa de tu padre, días cuales nunca vinieron desde el día que Efraín* (Jeroboam, con las diez tribus del norte) *se apartó de Judá:* (hará venir) *al rey de Asiria»*. Este castigo no se llevó a cabo de inmediato, pues Acaz logró que el rey de Asiria atacase a Damasco, pero acabó siendo prácticamente su vasallo (v. 2 R. 16:5–10). Fue, en realidad, unos treinta años después de la profecía de Isaías 7:14 cuando comenzaron de veras las pesadillas de Judá, como se ve por los versículos 18 y ss.

2. En efecto, fue en el año 701 cuando Egipto y Asiria, al luchar por la supremacía politicomilitar en Asia, chocaron en tierras de Judá, así que recibiendo los judíos recibieron severos golpes, tanto del norte como del sur. Lo expresa así el texto sagrado en los versículos 18–20: «Y *acontecerá aquel día, que silbará* (como dando la señal para que comiencen su actuación) *Jehová a la mosca que está en los confines* (esto es, en las regiones más remotas, como indica el original) *de los ríos de Egipto* (los brazos del Nilo), donde enjambres de insectos voladores infestaban las riberas, y *a la abeja que está en la tierra de Asiria* (país de muchas abejas); y *vendrán y acamparán todas* (Asiria y Egipto al enfrentarse mutuamente) *en los valles desiertos, y en las cavernas de las piedras, y en todos los zarzales y en todos los abrevaderos. En aquel día, el Señor rapará con navaja alquilada de los que habitan al otro lado del río, esto es, con el rey de Asiria, la cabeza y el pelo de los pies, y aun la barba también afeitará»*. Notemos algunos detalles de estos dos últimos versículos 19 y 20.

(A) Los egipcios y los asirios, a los que el texto sagrado ha comparado (v. 18) a enjambres de insectos que infestan la tierra y molestan a los hombres, van a invadir, en su mutuo enfrentamiento, las tierras de Judá (v. 19), y se harán fuertes (como si fueran leones, en lugar de moscas y abejas) entre las rocas, e invadirán y devastarán, como una plaga, los poblados y los campos, ocuparán incluso los mismos abrevaderos de los rebaños, con lo que la tierra quedará desierta y sin cultivar (v. los vv. 21–25).

(B) Cambiando de metáfora, el profeta compara luego (v. 20) al rey de Asiria a una navaja de afeitar; la llama *alquilada,* porque Dios la va a usar, como pedida en préstamo, para castigar a su pueblo. El *río* que aquí se menciona es, por supuesto, el Éufrates. El afeitado de *todo* el pelo del cuerpo, incluida la barba (señal de especial dignidad entre los orientales), es símbolo del pillaje, de la degradación y de la terrible devastación que la tierra de Judá va a sufrir con esa invasión de esos dos países sin temor de Dios ni respeto a los hombres. En el epíteto *alquilada,* ve el rabino Slotki «probablemente, una alusión al oro y a la plata con que *alquiló* Acaz al rey de Asiria para que viniese en su ayuda». (cf. 2 Reyes 16:7 y ss.)

3. Los versículos 21–25 ponen de relieve la deplorable situación en que van a quedar las tierras de Judá después que se hayan marchado los ejércitos invasores: (A) El ganado quedará casi completamente

destruido, de tal modo que un campesino podrá tenerse por rico con una vaca y dos ovejas (v. 21). (B) Para su mantenimiento (v. 22), tendrá que contentarse con el producto abundante de la vaca y las dos ovejas, además de la miel silvestre que se críe en los campos devastados. (C) La devastación será tal (v. 23) que *«el lugar donde había mil vides que valían mil siclos de plata, será para espinos y zarzas»*. Esto muestra que las vides en tiempos de Isaías tenían un precio muy superior al de nuestros días. (D) En lugar de azadas y podaderas, los moradores tendrán que salir al campo armados de *saetas y arco* (v. 24), para defenderse de las fieras tanto como de los ladrones y salteadores. (E) En fin (v. 25), los montes y collados, lugares apropiados para plantar y cultivar viñedos, estarán tan *cubiertos de espinos y cardos*, que sólo el ganado que haya quedado podrá aventurarse a pastar por tan inaccesibles parajes. Dice Slotki: «Los espinos y las zarzas que mantienen a distancia a los seres humanos no asustan a los bueyes ni a las ovejas».

CAPÍTULO 8

Este capítulo y los cuatro que le siguen (hasta el 13) forman un discurso continuo, cuyo objetivo es mostrar la gran destrucción que, en breve, había de sobrevenir al reino de Israel, pero se anuncia también una provisión abundante de consuelo para los que temían a Dios en aquellos días tenebrosos. En este capítulo tenemos: I. Una profecía de la destrucción, a manos del rey de Asiria, de los reinos confederados de Siria e Israel (vv. 1–4). II. De las desolaciones que tan orgulloso y victorioso príncipe había de llevar a cabo en los países de Israel y de Judá (vv. 5–8). III. Se anima grandemente al pueblo de Dios en medio de tantas y tan graves calamidades, pues se le asegura: 1. Que los enemigos no podrán con ellos (vv. 9, 10). 2. Que si guardan el temor de Dios y echan de sí el temor a los hombres, hallarán en Dios su refugio (vv. 11–14). 3. Que, mientras otros caigan en la desesperación, ellos serán favorecidos por Dios con la esperanza de mejores tiempos (vv. 15–18). IV. Finalmente, amonesta a todos los que acuden a los adivinos, que no vayan a consultar a tales gentes, sino a Dios y a Su Palabra (vv. 19–22).

Versículos 1–8

En estos versículos tenemos una profecía de los éxitos del rey de Asiria contra Damasco (Siria), Samaria (Israel) y Judá; que los dos primeros serán devastados por él, y que al tercero le propinará un susto mayúsculo.

1. El Señor ordena a Isaías que escriba su profecía de forma que todos puedan leerla, a fin de que, cuando se cumpla, todos sepan que Dios le ha enviado, ya que éste es uno de los fines de la profecía (Jn. 14:29). Ha de *tomar una tabla (o un rollo) grande*, y ha de escribir allí solamente cuatro palabras con grandes caracteres, puesto que la tabla (o rollo) es también grande, a fin de que todos puedan leer en ella una importante profecía. Ha de escribir *con pluma de hombre* (lit.), es decir, con una escritura corriente y unos caracteres ordinarios que todos puedan leer y entender. Las cuatro palabras son, en hebreo: *Maher shalal jash baz*, que significan: *«El despojo se apresura, la presa se precipita»*, y da a entender la rapidez con que los ejércitos asirios habían de caer sobre Damasco y Samaria.

2. El esmero con que el profeta había de registrar el mensaje, por orden de Jehová, quien es el sujeto («yo») del verbo *tomaré* (v. 2). Había de tomar por testigos a dos personas fieles, es decir, tenidas por el pueblo como dignas de crédito. Uno había de ser *el sacerdote Urías*, de quien se hace mención en 2 Reyes 16:10, 11. Del otro no se halla ninguna otra mención en las Escrituras.

3. En cumplimiento de la orden de Dios, Isaías se llegó (v. 3) a su mujer, la cual es llamada *profetisa* por estar casada con un profeta. El hijo que ahora concibió y dio a luz había de ser un mensaje vivo, pues había de llevar por nombre (v. 3b) precisamente *Maher-shalal-jash-baz*, que era el mensaje profético escrito en la tabla grande. El primer hijo (V. 7:3) llevaba un nombre que expresaba misericordia, pero el de este segundo expresaba juicio; cada vez que su nombre fuese pronunciado, había de servir de recordatorio del inminente castigo de los dos reinos del norte.

4. La profecía misma, contenida en ese misterioso nombre, viene a decir:

(A) Que Siria e Israel, que se hallaban ahora confederados contra Judá, habían de ser en breve presa del rey de Asiria (v. 4): *«Antes de que el niño* (que iba a ser concebido ahora) *sepa decir: Padre mío, y*

Madre mía», esto es, antes de que sepa distinguir entre sus padres y otras personas, lo cual podría hacer a una edad muy temprana, sin esperar a la edad del discernimiento entre el bien y el mal (que suponía llegar a los 12 o 13 años). En ese breve tiempo, no superior a dos años, *la riqueza de Damasco y los despojos de Samaria serán llevados,* como trofeo de victoria, *delante del rey de Asiria,* a saber, Tiglat-pileser III (745–727 a. de C.).

(B) Que, por cuanto había en Judá muchos que estaban a favor de Siria e Israel, y desafectos hacia la casa de David, Dios les había de castigar también a ellos por manos del rey de Asiria (vv. 6–8).

(a) ¿Cuál era el pecado específico de estos descontentos? *«Desechar* (v. 6) *las aguas de Siloé, que corren mansamente».* Las aguas de Siloé son una metáfora para indicar simplemente la casa de David. Estos traidores despreciaban el manso fluir de estas aguas porque hacían poco ruido (como la voz del Espíritu, semejante a un suave susurro—v. 1 R. 19:12—), y *se regocijaban* (la traducción es correcta, contra la opinión de Trenchard) con los dos enemigos del norte. La expresión, sin embargo, indica sólo, como dice Slotki, «un deseo de llegar a un arreglo con el enemigo». Las naciones crían con frecuencia en su seno víboras de esa ralea, que comen de su pan mientras fomentan los intereses de los enemigos de la patria.

(b) Pero tampoco esos traidores habían de escapar del castigo que el rey de Asiria había de infligir a Damasco y Samaria (vv. 7, 8): los que desechaban las mansas aguas de Siloé habían de ser anegados por las bravías ondas *(«aguas del río»*—dice literalmente el hebreo del v. 7—) del gran Éufrates, bajo cuya metáfora se menciona al rey de Asiria, como el propio texto sagrado declara (v. 7b). Dios les viene a decir: «¡Bien! Si sois admiradores del Éufrates, tendréis bastante de él». El rey de Asiria caerá sobre ellos como un diluvio, llegándoles *hasta la garganta* (v. 8b), es decir, hasta poner asedio a la propia Jerusalén. Menos mal que, en el mayor diluvio de la aflicción, Dios puede guardar por encima del agua la cabeza de sus hijos. ¡Estemos satisfechos con las mansas (y curativas—Jn. 9:7—) aguas de Siloé porque las corrientes impetuosas son siempre peligrosas!

(c) Al cambiar de metáfora (v. 8b), el sagrado texto contempla los ejércitos asirios como una gran ave de presa que extiende sus alas hasta abarcar toda la anchura de la tierra de Judá. Pero no debe pasar desapercibida la última frase del versículo 8: «… *abarcará la anchura de tu tierra, oh Emanuel».* Aunque el rey de Asiria extienda las potentes alas de su ejército por toda la tierra de Judá, esa tierra es, sin embargo, la tierra del Mesías y, por tanto, no le había de faltar la protección de Dios.

Versículos 9–15

Vuelve ahora el profeta a referirse al apuro en que se hallaba Acaz con toda su corte y su reino, a causa de la confederación de Siria e Israel contra el reino de Judá.

1. Se muestra triunfante frente a los invasores y, en realidad, les invita a emplear todos sus recursos en la empresa (vv. 9, 10): *«Reuníos, pueblos … todos los que sois de lejanas tierras;* prestad oídos a lo que el profeta os dice en nombre de Dios. No dudamos de que ahora vais a hacer vuestros mayores esfuerzos contra Judá y Jerusalén. Habéis hecho una coalición, *ceñíos,* pues, y *disponeos* (lit. *ceñíos)* para la batalla; *trazad un plan,* es decir, planead vuestra estrategia; *proferid palabra,* esto es, expresad la resolución que habéis tomado y con la que confiáis plenamente en que vais a vencer. Todos vuestros esfuerzos *van a fracasar. Seréis despedazados … seréis despedazados … seréis despedazados* (v. 9—tres veces en un solo versículo—). No sólo se arruinarán vuestros planes, sino que vuestros planes serán vuestra ruina; *seréis despedazados* por esos mismos planes que habéis formado contra Jerusalén. *Porque Dios está con nosotros* (hebr. *ki immanuel).* Él está de nuestra parte para luchar a nuestro favor; y, *si Dios está por nosotros, ¿quién podrá contra nosotros?»* (Ro. 8:31).

2. Consuela y anima al pueblo de Dios con los mismos consuelos y alientos que él ha recibido:

(A) El profeta nos dice cómo le enseñó Dios a no ceder ante tan grandes amenazas (v. 11): *«Porque Jehová me dijo de esta manera con su mano fuerte sobre mí, y me enseñó que no caminase por el camino de este pueblo …».* Dice Slotki: «La mente del profeta estaba bajo el influjo directo y preponderante del Espíritu Santo; así que se hallaba en una posición adecuada para ver la situación en su verdadera perspectiva, sin dejarse influir por ningún elemento perturbador». Isaías no había de seguir la corriente de un pueblo descaminado en su visión, en su emoción y, por consiguiente, en su andadura Hasta los mejores pueden verse tentados a asustarse ante la amenazadora tormenta, especialmente cuando el pánico se toma epidémico.

(B) A continuación, Isaías refiere lo que Dios le mandó decir al pueblo:

(a) Les había de precaver contra un miedo pecaminoso (v. 12). Parece ser que éste era el camino del pueblo en aquella sazón. Y el miedo es contagioso. El corazón que desfallece provoca el desfallecimiento de otros corazones (v. Dt. 20:8). Dios le manda decir al pueblo: *«No llaméis conspiración a todas las cosas que este pueblo llama conspiración,* es decir, no os dejéis llevar del miedo a los hombres, al desconfiar del poder de Dios y de la santidad de Su causa; no penséis en llamar a los asirios en socorro vuestro por temor a la conjura de Siria e Israel contra vosotros. ¡No llaméis *coalición* a lo que Dios ve como *disolución!»*

(b) Les había de instigar a tener un temor santo (v. 13): «A *Jehová de las huestes, a Él santificad* (comp. con 1 P. 3:14, 15), es decir, a Él debéis dar la gloria de ser el único Salvador vuestro, sin miedo a ningún otro (comp. con Jer. 17:58)». El temor reverencial a Dios es el mejor preservativo contra el temor perturbador a los hombres. Pedro saca de los versículos 12 y 13 su exhortación a los creyentes para que no se amedrenten ante la persecución.

(c) Si así lo hacen, les asegura que estarán a salvo y gozarán de gran serenidad mental (v. 14): *«Entonces Él será por santuario,* esto es, por lugar de santo refugio, a quienes pongan su confianza en Dios, de forma que no tengan nada que temer».

(C) Muy diferente será la suerte de los rebeldes, incrédulos y desobedientes (vv. 14b, 15): *«… pero a las dos casas de Israel* (la de Efraín—reino del norte—y la de Judá—los rebeldes del sur—), *por piedra para tropezar».* Dice Moriarty: «La piedra *(ʾeben)* contra la que tropieza Israel es la piedra angular que soporta la nueva casa del pueblo de Dios (28:16). En el Nuevo Testamento se hallan ideas semejantes (Lc. 2:34; Mt. 21:42; Rom. 9:32; 1 P. 2:8)». Con cuatro metáforas *(piedra, roca, lazo y trampa)* describe el profeta la suerte que espera a los desobedientes de Judá, lo mismo que a los de Israel (v. 15): *«tropezarán* en la piedra, *serán quebrantados* contra la roca, *serán atrapados* en el lazo y *apresados* en la trampa o red». Sin embargo, el profeta no dice que ésta es la suerte que les espera a *todos,* sino a *muchos: «Muchos entre ellos tropezarán, etc.»,* «porque escapará un remanente» (Slotki). La misma piedra que había de ser *refugio santo* para algunos, había de ser ocasión de tropiezo, caída y quebrantamiento para muchos; *… para los unos, olor de muerte para muerte, para los otros, olor de vida para vida»* (2 Co. 2:16).

Versículos 16–22

1. El inefable privilegio del pueblo de Israel al serles entregadas las Sagradas Escrituras. Sigue hablando Dios en el versículo 16, como desde el versículo 11, y le dice ahora: «*Ata el testimonio, sella la ley entre mis enseñados»* (lit.). Nótese: (A) La Palabra de Dios es un *testimonio* que Él ha asegurado y, como tal, ha de informar nuestra fe; es también una *ley* que instruye y, en este sentido, ha de dirigir nuestra conducta. Así que hemos de suscribir sus verdades y someternos a sus preceptos. (B) Este testimonio y esta ley están atados y sellados, de forma que no podemos añadirles ni quitarles nada (comp. con Ap. 22:18, 19). (C) Están alojados como sagrado depósito en manos de los *enseñados* por Dios (comp. con Hch. 3:25). Este es el *buen depósito* que les ha sido encomendado (2 Ti. 1:13, 14).

2. El buen uso que hemos de hacer de este privilegio. Esto se nos enseña:

(A) Mediante la práctica y las resoluciones del propio profeta (vv. 17, 18). Especifica dos motivos de desaliento: (a) El enfado de Dios contra Su pueblo (v. 17b), pues *«escondió Su rostro de la casa de Jacob»,* como si no se interesase más por el pueblo que escogió; (b) el desprecio y los reproches de parte de los hombres, no sólo hacia él, sino también hacia sus hijos, cuyos nombres eran ya, de por sí, un mensaje; no obstante, como dice Moriarty, «la palabra *yeladim*, "hijos", incluye probablemente a sus discípulos, cuya tarea era preservar la revelación dada a Isaías y ser testigos de ella». También Cristo considera a los creyentes como hijos que el Padre le dio (Jn. 17:6), y tanto Él como ellos están para ser señales y portentos contra los que se habla (v. Lc. 2:34; Hch. 28:22). Sin embargo, Isaías vio también la mano de Dios en todo lo que le desanimaba (v. 17): *«Esperaré, pues, a Jehová … y en Él confiaré».* Ésta es la fe y la esperanza que no pierden de vista a Dios aun en ocasiones en que Dios parece esconder por completo Su rostro.

(B) Mediante el consejo y la advertencia que da a sus discípulos; quienes habían sido encomendados los sagrados oráculos. Supone que, en días de aflicción, serán tentados (v. 19) a *consultar a los adivinos y agoreros,* como hizo Saúl, en su apuro, al acudir a la médium de Endor (1 S. 28:7, 15) y Ocozías al dios de Ecrón (2 R. 1:2). Se dice que estos adivinos *susurran y bisbisean* (v. 19b), porque «las voces que salen

de los fantasmas y de los espíritus familiares no son claras» (Slotki). El profeta les dice cómo han de responder a esta tentación: (a) *«¿No consultará el pueblo a su Dios?* El Dios de Israel es Jehová, el Todopoderoso, infinitamente sabio y bondadoso, presto a impartir gracia, paz, perdón y consejo, refugio y protección; (b) *«¿Consultará a los muertos por los vivos?»* ¿Cabe mayor absurdo que acudir a los amigos y parientes difuntos, rogándoles como si fuesen dioses a que nos digan y hagan por nosotros lo que no pueden hacer nuestros amigos y parientes vivos? (c) Es a la ¨Palabra de Dios a la que hemos de acudir (v. 20): «A *la ley y al testimonio*». Quienes saben hacer buen uso de su Biblia no acudirán jamás a los adivinos. Esas son las *«sanas palabras»* (1 Ti. 6:3) que nos han de servir de norma y de pauta.

(C) Mientras el pueblo acuda a los adivinos y agoreros, en lugar de atenerse a la Palabra de Dios, caminará en tinieblas, pues *no le ha llegado la luz del amanecer* (v. 20b). ¿Qué otra cosa pueden esperar cuando rechazan la luz que Dios ofrece? (v. Sal. 119:105): Hambre y fatiga, oscuridad y angustia (vv. 21, 22): «Y *pasarán por la tierra*, sin reposo y sin rumbo, sin residencia fija, yendo de una parte a otra, *fatigados* de tanto caminar, y *hambrientos* por carecer de lo necesario para el sustento. Los que solían comer hasta saciarse se verán hambrientos hasta desfallecer, pues quienes se desvían de Dios se desvían del camino de todo bien. Esta necesidad, en lugar de hacerles volver a Dios, les servirá de ocasión de enojo contra su Dios y su rey, hasta llevarles a *maldecir* de ambos, *levantando el rostro en alto*, en señal de reproche y desafío a Dios. Su mirada al cielo será de rebeldía, y su mirada a la tierra (v. 22) será de desesperación. ¿Qué puede ofrecer la tierra a los que están en guerra contra el cielo?

CAPÍTULO 9

El profeta viene a decir a los justos, en este capitulo, que les irá bien, mientras que a los malvados les irá mal. Tenemos aquí: I. Buenas promesas para los que se adhieren a la ley y al testimonio. Para ellos habrá una gran luz, la luz del Evangelio con la venida del Mesías (vv. 1–7). II. Tremendas amenazas contra los rebeldes, los que rechazan la luz y no buscan a su Dios en el día de la aflicción (vv. 8–21).

Versículos 1–7

Antes de entrar a comentar esta porción, es menester advertir que el versículo 1 de este capítulo es el versículo 23 del capítulo 8 en la Biblia Hebrea. En realidad, los comentaristas judíos no aciertan a interpretar este versículo y se ven a oscuras en él, por no comprender que aquí se hallan los primeros rayos de la luz del Evangelio (v. Mt. 4:15, 16, donde se halla citado).

1. Tres cosas son las que aquí se prometen (vv. 1–5) y todas ellas apuntan, en último término, a la gracia del Evangelio, con que deben animarse los santos en días de tinieblas y oscuridad.

(A) Una luz gloriosa que gradualmente hará desaparecer la oscuridad, de forma que, a través de las tinieblas, se vayan filtrando los primeros rayos de luz donde antes sólo había negra noche (v. 1): La oscuridad ya no será *«tal como la aflicción que le vino en el pasado a la tierra de Zabulón y a la tierra de Neftalí»*, las dos primeras tribus del norte que cayeron en poder de Tiglat-pileser III. Si una ligera aflicción no nos humilla y reforma, hemos de esperar otra aflicción más grave. Pero la oscuridad con que el profeta, en nombre de Dios, amenaza al pueblo (8:22) no prevalecerá hasta ese grado, porque (v. 2) *«el pueblo que andaba en tinieblas ha visto una gran luz»*. En el tiempo en que Isaías escribía esto, había en Judá e Israel muchos profetas, cuyas profecías servían de luz, dirección y consuelo al pueblo de Dios que se atenía a la ley y al testimonio, pero esto había de tener cumplimiento pleno cuando el Señor Jesús apareciese como el gran profeta y comenzase a predicar el Evangelio en la tierra de Zabulón y de Neftalí.

(B) Un incremento glorioso, con el consiguiente regocijo universal (v. 3): *«Multiplicaste la nación y aumentaste la alegría»*. El profeta habla en pretérito como si ya hubiese sucedido lo que anuncia. Es un gozo santo, espiritual, pues *«se alegran delante de ti»*, es decir, en el santuario, donde brillaba la gloria de la presencia especial de Dios. Allí acudirán en actitud de adoración, alabanza y acción de gracias. La recolección siempre era, en Israel, una ocasión festiva de regocijo nacional delante de Dios. Todos los que esperan con paciencia los preciosos frutos de la tierra, hacen la siega y la vendimia con gran alegría; y los que han reñido duras batallas, *se gozan cuando reparten los despojos* (v. 3b). El Evangelio nos trae abundancia y victoria.

(C) Una libertad gloriosa (vv. 4, 5): «Con razón se alegrarán delante de ti, *porque tú quebraste su pesado yugo,* no sólo al quitar, sino al quebrar y destruir, el instrumento de servidumbre; de la misma manera *quebraste la vara de su hombro o,* más probable, *al que hacía que se inclinase su* (de Israel) *hombro, y el cetro de su opresor, como en el día de Madián,* por manos de Gedeón (v. Jue. 7:22)». No se ve con toda claridad a qué liberación próxima se refiere aquí el profeta, pero es probable que se refiera a la intervención silenciosa y milagrosa de Dios para impedir que Senaquerib se hiciese el amo de Jerusalén. Pero no hay duda de que el vaticinio va mucho más lejos, hasta llegar a la luz que había de visitar a los que estaban sentados en la oscuridad y a la liberación de los cautivos de que nos habla Lucas 4:18. El objetivo del Evangelio es quebrantar el yugo del pecado y de Satanás, quitar el pesado fardo de la culpa y de la corrupción y otorgarnos la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Cristo quebró el yugo de la ley (Hch. 15:10; Gá. 5:1) y nos libró de las manos de nuestros enemigos, para servirle a Él sin miedo (Lc. 1:74, 75). Esto se lleva a cabo mediante el Espíritu, que obra como fuego (Mt. 3:11), no como en la batalla del guerrero, donde se lucha con gritos confusos, puesto que las armas de nuestra milicia no son carnales.

2. Pero, ¿quién, y dónde, es el que ha de acometer y llevar a cabo tamaña empresa a favor de los suyos? El profeta nos dice (vv. 6, 7) que lo hará el Mesías, *Emanuel* (7:14). En su estilo profético, da por ya cumplido lo que profetiza de Él. Todo lo que Dios hace, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento, lo hace mediante su Verbo, el único Mediador entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5).

(A) Vedlo en su humillación. El mismo que es *el Dios Fuerte* es *un niño que nos ha nacido.* De tal forma se vació y se humilló a sí mismo (Fil. 2:6–8), a fin de llenarnos y exaltarnos a nosotros. *Nos ha nacido,* porque *el Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros* (Jn. 1:14). *De tal manera amó Dios al mundo que lo dio* (Jn. 3:16), nos lo dio; por eso, *nos* ha nacido. Nos *ha nacido* como Hijo del Hombre; nos *ha sido dado* como Hijo de Dios. Dice Moriarty: «al rey davídico se le saludaba como hijo de Dios (Sal. 2:7); la base de esta creencia se halla en 2 Samuel 7:14».

(B) Vedlo en su exaltación. Este niño, Hijo de Dios e Hijo del Hombre, está investido del mayor honor y poder, de forma que no podemos menos de sentirnos felices si es nuestro amigo. Su pueblo le reconocerá y le prestará adoración mediante los gloriosos apelativos que aquí (v. 6b) se le atribuyen, y que, de acuerdo con el original, deben leerse así: *«Maravilloso Consejero, Dios Fuerte, Perpetuamente Padre, Príncipe de Paz».*

(a) Es *Maravilloso Consejero,* porque conoce, desde la eternidad, los designios de Dios (Jn. 1:18). Él es la Sabiduría del Padre y nos ha sido hecho por Dios *sabiduría* (1 Co. 1:30). Dice Trenchard: «El futuro hijo de David será el mismo Consejero de carácter sobrehumano, que es lo que indica "admirable"». (comp. Jue. 13:18)

(b) Es *Dios Fuerte o Dios, el Fuerte.* Así como tiene sabiduría sin límites, así también tiene poder infinito. Puede salvar completamente y perpetuamente (He. 7:25).

(c) Es *perpetuamente Padre;* es decir, *siempre actúa como un buen padre.* Es cierto que es *eterno,* pero no es éste el concepto que la profecía nos presenta aquí, pues el vocablo hebreo no es *olam*, eterno, sino *ad*, perpetuo (o *a perpetuidad).*

(d) Es *Príncipe de paz,* porque, como Rey, preserva, ordena y crea paz en Su reino. Él es nuestra paz. No olvidemos que el vocablo hebreo *shalom* indica el cúmulo de bendiciones que nos vienen de parte de Dios (Stg. 1:17). Todos esos bienes nos llegan por manos del Mediador.

(C) Además, Su trono está por encima de todo otro. *«El principado se halla sobre su hombro.»* Es posible que estas expresiones se cumpliesen, de algún modo, en Ezequías, el hijo de Acaz, pues fue coronado príncipe durante la vida de Acaz. Pero su cumplimiento pleno se halla en el Mesías, quien había de llevar sobre su hombro, no sólo la señal de autoridad, *la llave de David* (22:22), sino también el peso de la responsabilidad en el gobierno. De ese gobierno se dicen grandes cosas en el versículo 7:

(a) Se irá extendiendo y dilatando; irá aumentando su lustre, hasta brillar más y más. Especialmente glorioso será durante el reino mesiánico milenario.

(b) Será un *imperio de paz ilimitada,* pues gobernará con amor, que es creador de paz, y no habrá peligro de que esta paz sea turbada desde el exterior, tanto porque quebrantará con cetro de hierro a los enemigos como por estar atado Satanás, el gran enemigo de la paz y de la dicha de la humanidad (Ap. 20:1–3).

(c) Su gobierno será administrado con prudencia y equidad (v. 7b): *«consolidado en juicio y en justicia desde ahora y para siempre».*

(d) Dios mismo se ha comprometido a poner esto por obra (v. 7c): «El *celo de Jehová de las huestes realizará esto»,* frase con la que se nos asegura el indefectible cumplimiento de la promesa divina.

Versículos 8–21

Aquí tenemos las terribles amenazas, primeramente dirigidas contra Israel, esto es, el reino del norte, cuya ruina se predice aquí y que había de ocurrir en el espacio de unos pocos años, pero apunta más lejos, al funesto destino de todas las naciones que se olvidan de Dios y no quieren que Cristo reine sobre ellas.

1. El prefacio de esta predicción (v. 8): *«El Señor* (hebr. *Adonay) profirió una palabra,* esto es, un mensaje, *en Jacob y cayó,* como si fuese una tempestad, *en Israel».* Jacob e Israel son sinónimos y designan el reino del norte en contraposición a Judá. Dios avisa antes de herir. Pero ellos no hicieron ningún caso de la ira de Dios, por lo cual les alcanzó de lleno.

2. Los pecados de que era culpable el pueblo de Israel y que provocaron a Dios a enviar estos castigos:

(A) Su insolente desafío a la justicia de Dios, al pensar que eran capaces de hacer frente al poder de Dios, puesto que, *«con soberbia y con altivez de corazón»* (v. 9), le retan a que actúe como le plazca (v. 10). Si Dios destruye sus casas de ladrillo, ellos las reedificarán con piedras sillares. Si el enemigo tala los sicómoros, ellos repoblarán el bosque con cedros.

(B) Su impenitencia y endurecimiento a pesar de todos los reproches y castigos (v. 13): *«El pueblo no se convirtió al que lo castigaba ni buscó a Jehová de las huestes».* O es que son ateos y carecen totalmente de religión, o son idólatras y buscan a los ídolos que son obra de sus propias manos.

(C) La general corrupción de costumbres y su abundante profanidad. Los que debían instigarles a la reforma les ayudan a extraviarse (vv. 14–16). Llama *cabeza* a los ancianos y nobles porque son ellos los que dirigen; llama *cola* a los profetas porque no hacen otra cosa que seguir lo que mandan los gobernantes. Bajo la metáfora de *palmera* designa a las clases altas; bajo la de *junco,* a las clases bajas, pues palmera y junco son respectivamente «la más alta y la más corta de las plantas» (Slotki). La peor enfermedad de un pueblo es tener malos médicos. La maldad era universal y todos estaban infectados de ella (v. 17): *«Pues cada cual es un impío y un malhechor»* (lit.). *Impío,* esto es, falto de piedad hacia Dios, y *malhechor* que hace daño a su prójimo. De ordinario, estos dos pecados van de la mano Quienes no temen a Dios, tampoco tienen consideración a los hombres.

3. Los castigos con que Dios les amenaza por esos pecados:

(A) En general, quedan por ellos expuestos a la ira de Dios, que abrasará como fuego a los que están secos como estopa (vv. 18, 19): *«La maldad se encendió como fuego»,* tan secos había dejado a los impíos. Las *zarzas y los espinos,* dice Slotki, «representan al pueblo ordinario, que es el primero en sufrir los efectos de una desmoralización nacional». Pero el fuego consume también *lo espeso del bosque,* los nobles y los gobernantes. Todo el pueblo se convierte así en combustible, en pasto general de las llamas (v. 19), de tal forma que el país entero queda sumido en la oscuridad a causa de las *densas espirales de humo* (v. 18b).

(B) Dios arma a las naciones vecinas contra ellos (vv. 11, 12). En esta sazón, Israel se hallaba coligado con Siria contra Judá; pero los asirios, que eran adversarios de los sirios, después de conquistar a éstos, iban a invadir Israel. Dios iba a juntar contra Israel a los asirios, a los sirios y a los filisteos, quienes lo habían de devorar *a boca llena* (lit. *con toda la boca,* esto es, a dos carrillos). Quienes son cómplices en el pecado, como Israel y Siria en su ataque a Judá, han de compartir también los castigos por el pecado. Los sirios mismos, cuando no estuviesen en liga con ellos, les habían de azotar por delante, mientras los filisteos les azotarían por detrás. Rodeados de enemigos por todas partes, serían presa común de todas las bocas. Es curioso que, a la sazón, los filisteos no eran considerados como temibles enemigos, y los sirios eran considerados como fieles amigos. No obstante, ambos a una habían de devorar a Israel.

(C) Pero Dios había de sacar de en medio de ellos a aquellos mismos en quienes ellos habían puesto su confianza (vv. 14, 15): *«Por eso, Jehová cortará de Israel cabeza y cola, palmera y junco en un mismo día, etc.»,* metáforas que ya han sido explicadas en el punto 2 (C). Los magistrados, que estaban puestos para dirigir y hacer justicia, pero, en cambio, habían extraviado al pueblo, serían cortados como ramas podridas. Los falsos profetas, que habían actuado servilmente a las órdenes de los malos dirigentes, en vez de reprenderles como era su obligación, también serían cortados, pues un mal ministro de Dios es el

peor de los hombres. Como dice el adagio latino, *corruptio optimi, pessima—Las mejores cosas, cuando se corrompen, se convierten en las peores.*

(D) La desolación había de ser tan general como lo había sido la corrupción, y ninguno había de escapar (v. 17): *«… Por tanto, el Señor no tomará contentamiento en sus jóvenes,* que estaban en la flor de la vida, ni dirá: *Tratadles bien en atención a mí. Ni* siquiera *tendrá compasión de sus huérfanos y viudas,* a pesar de ser, de modo especial, el patrón y protector de ellos, *porque todos son impíos y malvados,* han corrompido sus caminos como todos los demás».

(E) Cada uno contribuirá a la ruina común (v. 19b): *«El hombre no tendrá piedad de su hermano».* Las guerras civiles hacen que un reino se precipite en la ruina. Esto es lo que ocurría en Israel. En tan tristes circunstancias, cada uno se apoderaba de lo que estaba al alcance de su mano, robaba para comer, sin poder saciarse (v. 20), y llegaba incluso a cebarse en sus prójimos más allegados. Este parece ser el sentido de la última frase del versículo 20, *«cada cual comerá la carne de su propio brazo»,* esto es, de quienes podían ayudarle y sostenerle en su aflicción. Dice Slotki: «El versículo describe el horrible estado de un hambre que culmina en la locura». Y esto había de ocurrir, no sólo entre individuos, sino también entre las mismas tribus (v. 21): *«Manasés a Efraín, y Efraín a Manasés, y ambos a una contra Judá».* Los que eran capaces de unirse contra Judá no podían unirse entre ellos mismos. La mutua enemistad y animosidad entre las familias de los hijos de Dios es un pecado que las hace madurar para la ruina y un triste síntoma de que esa ruina se acerca a pasos agigantados.

(F) A pesar de tantos castigos, la ira de Dios no estaba aplacada. Como un estribillo (vv. 12, 17, 21), se repiten las frases: *«Ni con todo esto ha cesado su furor, sino que todavía su mano está extendida».* La ira de Dios no se apaga, porque el pueblo no se vuelve hacia el que los está hiriendo.

CAPÍTULO 10

En este capítulo, el profeta se refiere: I. A los orgullosos opresores de su pueblo dentro de la misma nación, los cuales abusaban de su poder (vv. 1–4). II. A un amenazante invasor de su pueblo desde fuera, a Senaquerib rey de Asiria, con respecto al cual obsérvense: 1. El encargo que se le da de que invada Judá (vv. 5, 6). 2. Su orgullo e insolencia en el desempeño de tal encargo (vv. 7–11, 13, 14). 3. La reprensión que se le hace por su altivez, y la amenaza de su caída y ruina, una vez que haya cumplido los objetivos para los que Dios le levantó (vv. 12, 15–19). 4. Una promesa de gracia para el pueblo de Dios, a fin de capacitarle para que pueda aguantar la aflicción (vv. 20–23). 5. El gran ánimo que se les da para que no tengan miedo de la inminente tormenta, sino que abriguen la esperanza de que resultará en destrucción de este formidable enemigo (vv. 24–34).

Versículos 1–4

1. El cargo que se les hace a estos opresores (vv. 1, 2). Se les acusa: (A) de *«decretar decretos malvados»* (lit.), es decir, de ordenar una legislación injusta y vejatoria. Esto va contra los magistrados. La frase siguiente se refiere a los escribas o secretarios que ponían por escrito tales decretos: *«y de los escribientes que escriben iniquidad»* (lit.); (B) de pervertir la justicia y el derecho (v. 2) en la ejecución de tales decretos; (C) de enriquecerse a sí mismos mediante la opresión de los débiles, quienes no tienen quien les proteja: *«para hacer de las viudas su despojo, y de los huérfanos su presa»* (lit.).

2. El reto que se les hace a que, con todo su orgullo y poder, se atrevan a arrostrar los juicios de Dios (v. 3): «¿Y *qué haréis en el día del castigo* (lit. *de la visitación)? ¿A quién os acogeréis para que os ayude, cuando venga de lejos el asolamiento?* Podéis pisotear a las viudas y a los huérfanos pero *¿qué haréis cuando Dios se levante?* (Job 31:14). *¿En dónde dejaréis vuestra gloria,* para volver a encontrarla cuando pase la tormenta?» Su «gloria» era la riqueza que malamente habían acumulado, y no quedaría lugar seguro donde poder depositarla.

3. Se les lee la sentencia (v. 4), por la que son castigados: unos, a prisión y deportación; otros, a una muerte violenta. Los que habían oprimido y pisoteado a las viudas y a los huérfanos, habían de ser ellos mismos objeto de una opresión todavía mayor. El versículo 4 termina con la repetición, al pie de la letra, del mismo estribillo de 9:12, 17, 21.

Versículos 5–19

La destrucción del reino de Israel a manos de Salmanasar rey de Asiria fue predicha en el capítulo anterior y ocurrió en el sexto año del reinado de Ezequías (v. 2 R. 18:10). Fue total y definitiva; cabeza y cola fueron cortadas. El correctivo que el reino de Judá había de sufrir de manos de Senaquerib, también rey de Asiria, nos es narrado en el capítulo presente. La predicción se cumplió el año decimocuarto del reinado de Ezequías (2 R. 18:13, 17). Acabó en confusión para los asirios, y en gran ánimo para Ezequías y su pueblo en su conversión a Dios.

1. En su infinita soberanía, Dios comisionó al rey de Asiria (vv. 5, 6) para que le sirviese de instrumento con que descargar su ira sobre el pueblo mismo de Dios, convertido ahora en *el pueblo objeto de la ira de Jehová* (v. 6), pues, aun cuando exteriormente parecían muy buenos, eran *una nación impía,* enormemente hipócrita, ya que, al profesar ser religiosos y, a la sazón, incluso deseosos de reforma, no eran realmente ni lo uno ni lo otro. Ezequías era un rey piadoso y, en gran medida, les había curado de su idolatría, pero continuaban siendo idólatras en su corazón. El asirio, con toda su grandeza, no era otra cosa que *báculo y vara* (v. 5) de la ira de Dios; instrumento prestado, con el que iba a herir a Su pueblo. A veces, Dios se sirve de una nación idólatra, que no le presta ninguna clase de adoración, para castigar a una nación hipócrita, que no le adora con sinceridad y verdad. Nótese que el asirio (v. 6b) *ha de sacar despojos, arrebatar presa y hollarlos como al lodo de las calles,* pero no ha de derramar sangre. Despojará a la nación, saqueará las casas, se llevará el ganado y arrebatará la riqueza suntuosa del pueblo. ¿Por qué ha de prevalecer así el asirio contra Judá? No para que se arruinen, sino para que se reformen.

2. En su orgullo, el rey de Asiria pensaba ser dueño absoluto y actuar para su propio honor (vv. 7, 8). No se daba cuenta de que era un mero instrumento en las manos de Dios y, por tanto, siervo de Dios y aun amigo, a pesar suyo, de Judá. «*Su intención* (v. 7b) *es destruir y exterminar muchas naciones*». La vanagloria y la arrogancia de su ánimo se echan de ver en la carta que, por manos de su general, envió a Ezequías.

3. Su altivez y presunción son descritas aquí, en parte para ponerlo a él en ridículo, y en parte para asegurar al pueblo de Dios del final funesto que le esperaba al asirio. Nótense las bravatas de Senaquerib y en qué paró todo ello:

(A) De los reyes de las naciones había hecho sus cortesanos (v. 8): «*Mis príncipes, ¿no son todos reyes?*» Esto es, los que ahora eran príncipes de su corte, habían sido reyes anteriormente. Y los que no se hallaban sirviéndole en su palacio, le estaban sometidos y le pagaban tributo.

(B) Menciona específicamente ciudades importantes que habían sido conquistadas por Asiria: *Calnó* fue sometida lo mismo que *Carquemís, Jamat* como *Arpad, Samaria* como *Damasco.*

(C) Se imagina que es más poderoso que Dios por haberse apoderado (v. 10) *de los reinos de los ídolos,* como si la conquista de un reino significase la derrota de un dios. Se jacta incluso de haber *borrado las fronteras de los pueblos* (v. 13), *saqueado sus tesoros y destronado sus reyes.* Observemos que los grandes conquistadores no han sido otra cosa que grandes ladrones.

(D) Se jacta de que todo esto lo ha hecho por ser poderoso y sabio (v. 13): *«Con el poder de mi mano lo he hecho, y con mi sabiduría, porque soy inteligente».* Para él había sido como una fácil diversión, como quien se apodera de los nidos de los pájaros (v. 14): *«como quien toma un nido …».* Las frases finales del versículo 14 describen de manera pintoresca la debilidad de los derrotados. Dice Moriarty: *«No hubo quien moviera el ala.* Tan aterrorizados estaban los habitantes, que no hicieron nada para defenderse. Como el pájaro que permaneciera inmóvil en el nido, presa del miedo, mientras se dejaba robar la cría». Como Alejandro Magno, Senaquerib se imaginaba que había conquistado el mundo entero.

(E) Amenaza con hacer lo mismo a Jerusalén, a la que tenía puesto asedio (vv. 10, 11). Blasfema al llamar *ídolo* al Dios de Israel y yerra gravemente al pensar que la fuerza de una nación estriba en el número de sus imágenes idolátricas, con lo que Israel sería más débil que las demás naciones, por no poseer imágenes, ya que ahora Ezequías había corregido este pecado. Tomen buena nota las iglesias que hacen del esplendor exterior y de la suntuosidad la marca de una fiel asamblea de cristianos. Como había conquistado Samaria, el asirio se imaginaba que también conquistaría Jerusalén. Pero se equivocaba, pues Jerusalén se adhería aún a su Dios, mientras que Samaria le había abandonado.

3. Dios, en su justicia, reprende a Senaquerib por su orgullo y le lee la sentencia de su caída.

(A) Le muestra la vanidad de su insolencia y de sus temerarias bravatas (v. 15): «¿Se *jactará el hacha frente al que con ella corta? ¿Se ensoberbecerá la sierra contra el que la mueve?*» De dos maneras puede

decirse que se jacta el hacha contra el que con ella corta: (a) Hace resistencia y oposición. Senaquerib blasfemaba de Dios, con el reto de que no había de someterse a Él más de lo que se había sometido a los ídolos de otras naciones. Esto es como si el hacha se levantase por encima del que la maneja. La herramienta que discute con el obrero no es menos absurda que el barro que alterca con el alfarero (Ro. 9:20, 21). ¿Cómo podrá el hombre altercar con Dios y usar de los mismos dones que Dios le ha otorgado? (b) Hace competencia o competición (v. 13): *«Con el poder de mi mano lo he hecho y con mi sabiduría»…* ¿Se alabará el hacha por la obra en que el amo la emplea? Sin embargo, esto es lo que hace Senaquerib (v. 15b): *«¡Como si la vara moviese al que la levanta …!» ¿No* se está quieto el leño hasta que lo levanta *el que no es un leño?*

(B) Se le predice al asirio su caída y su ruina. Cuando Dios haya llevado a cabo Su obra por medio de él, hará Su obra contra él (v. 12).

(a) Con respecto a la invasión de Senaquerib, Dios se propuso hacer el bien a Jerusalén. Cuando Dios pone en aprieto a Su pueblo es para convencerle de pecado, despertarle el sentido de responsabilidad y enseñarle a orar y al amor mutuo entre los hermanos. Cuando estos puntos se ganan mediante la aflicción, ésta desaparece por mano de la misericordia (Lv. 26:41, 42). La vara llevará a cabo aquello para lo que fue empleada.

(b) Cuando Dios haya llevado a cabo esta obra de gracia a favor de Su pueblo, llevará a cabo una obra de ira contra los invasores (v. 12b): *«Yo castigaré el fruto de la soberbia del corazón del rey de Asiria y la altivez de sus ojos»*. El intento contra Sion y Jerusalén será de cierto frustrado y vendrá a parar en nada (vv. 16, 17). Dios mismo lo hará como *Jehová de las huestes y la luz de Israel.* Sabemos que *puede* hacerlo por ser el General en jefe de todas las huestes de cielos y tierra; que *sabe* hacerlo, porque es la luz de Israel; y que *quiere* hacerlo, porque es el fiel *Santo de Israel* (v. 20, al final).

(c) Esta destrucción será semejante a la consunción de un cuerpo humano por medio de una enfermedad (vv. 16–19): *«Enflaquecimiento entre los robustos»* (v. 16), ya que hace que los engordados con las riquezas ajenas las vomiten y queden flacos, y que los ya flacos *(«zarzas y espinos»,* el pueblo bajo, como en 9:18) sean totalmente consumidos. *«La gloria de su bosque y de su campo fértil»* (v. 18) es, con toda probabilidad, como en 9:18b, lo *«espeso del bosque»,* una alusión a los oficiales de alto rango del ejército; también éstos vendrán a desfallecer, *«como enfermo que languidece»* (v. 18b).

(d) Al seguir con este mismo símil, el profeta (v. 19) compara el remanente del ejército asirio a un bosque en el que han quedado tan pocos árboles, que *un niño los podrá poner por escrito* (lit.), es decir, «consignar por escrito todos sus nombres» (Slotki).

Versículos 20–23

Vemos aquí el buen fruto de la aflicción que el pueblo de Dios había sufrido durante la invasión de Senaquerib.

1. La conversión de algunos, a quienes la providencia había hecho producir el apacible fruto de justicia, aunque al presente no había sido motivo de gozo, sino de tristeza (He. 12:11). Éstos son un resto, *«los que hayan quedado»* (v. 20), *«un remanente»* (vv. 21, 22), *«el remanente de Jacob»* (v. 21). De hecho, el versículo 20 dice literalmente: «*Y sucederá en aquel día que el remanente de Israel y los que hayan escapado de la casa de Jacob no volverán a apoyarse en el que los hirió* (Asiria), *sino que se apoyarán en Jehová, que es de verdad el Santo de Israel*». La posición del vocablo hebreo *beemeth* al final del versículo favorece a esta versión propuesta por Ehrlich. Recordemos que el nombre del primer hijo de Isaías era (7:3) *Shearyashub,* un remanente volverá. Esta profecía se había de cumplir a tres niveles: (A) Cuando se levantase el asedio de Jerusalén y retornasen, no sólo a la pacífica posesión de sus casas y tierras, sino también a su Dios y a su deber: se arrepentirán, orarán, buscarán el rostro de Dios y reformarán su vida. (B) Cuando vuelvan a Palestina, después de la deportación a Babilonia. Serán pocos, pero se habrán curado para siempre de la idolatría. (C) El apóstol Pablo (Ro. 9:27) aplica precisamente esta promesa a la conversión de Israel a su Mesías, primero en un remanente pequeño; después (v. Ro. 11:26), masivamente, al final de los tiempos.

2. La consunción de otros (v. 23): *«El Señor, Jehová de las huestes, realizará en medio de toda la tierra un exterminio ya decidido»*. Esto significa la consunción de las haciendas y las familias de muchos judíos a manos del ejército asirio. Está ya *decidido,* no sólo que será una realidad tal consunción, sino

también cuánta ha de ser su extensión y por cuánto tiempo ha de continuar. Dios traerá justamente esta consunción sobre un pueblo provocador, pero en Su sabiduría y gracia le pondrá límites y fronteras.

Versículos 24–34

El profeta, en su predicación, distingue entre lo valioso y lo vil. Con respecto a la invasión de Senaquerib, pronuncia frases de terror contra los hipócritas, que eran *el pueblo objeto de la ira de Dios* (v. 6). Pero aquí habla palabras de consuelo a los sinceros, que eran el pueblo objeto del amor de Dios.

1. Exhortación al pueblo de Dios a que no se asusten ante la inminente calamidad. *¡Que se espanten los pecadores de Sion, los hipócritas!* (33:14), pero no los adoradores sinceros de Jehová: *«Pueblo mío, morador de Sion, no temas de Asiria»* (v. 24).

2. Los motivos que tienen para no amedrentarse: Los asirios no pueden hacer contra ellos más de lo que Dios ha determinado. La tormenta pasará pronto (v. 25): *«Pues de aquí a muy poco tiempo, se consumará mi furor, y mi enojo los destruirá;* ese enojo que (v. 5) es *la vara* que yo he puesto en manos de ellos». El enemigo que ahora les amenaza será llamado a rendir cuentas. Ha levantado su vara contra Sion y Jerusalén (v. 12), pero luego *«levantará* (v. 26) *Jehová de las huestes un azote contra él»;* él es ahora un terror para el pueblo de Dios, mas luego será Dios un terror para él. Isaías, para animar al pueblo, cita algunos precedentes. La destrucción de los asirios será *«como en la matanza de Madián en la peña de Oreb»* (Jue. 7:25), efectuada por un poder invisible. *También alzará* (Dios) *Su vara sobre el mar como lo hizo en Egipto* (v. 26b, comp. con Éx. 14:26, 27). Así como alzó su vara sobre el mar Rojo, a fin de dividirlo, de forma que se abriese para que escapasen los israelitas, y que se cerrase en seguida para destrucción de sus perseguidores, así también levantará luego su vara, *como lo hizo en Egipto,* para liberación de Jerusalén y destrucción de los asirios.

3. Serán completamente libertados, no sólo del poder de los asirios, sino también del miedo que les tienen a los asirios (v. 27). El yugo que los asirios les han impuesto, no sólo les será quitado de encima, sino que *será destruido a causa de la gordura* (lit.). Dice el rabino Slotki: «Así como la creciente gordura de un animal haría reventar el yugo de su cuello, así también la fuerza renovada y la creciente prosperidad de Israel había de quebrantar toda opresión extranjera».

4. El avance y la destrucción de los ejércitos asirios son descritos ahora (vv. 28–34) con una rapidez sobrecogedora y un despliegue de metáforas que hacen de esta porción uno de los más bellos cantos de guerra (nota del traductor).

(A) ¡Cuán formidables eran los ejércitos asirios! Aquí tenemos una descripción viva de la rápida marcha de Senaquerib en su avance hasta las afueras de Jerusalén: *«Vino hasta Ayat …, en Micmás dejó el bagaje»* (v. 28, lit.), como si no necesitase más de sus pesadas máquinas de guerra; ¡tan fácilmente se le rendían cada una de las plazas! *… Han pasado el desfiladero»* (v. 29, lit.).

(B) ¡Cuán acobardados estaban los hombres de Judá, la degenerada estirpe del cachorro de león! *Huyeron* (v. 29, al final) a la primera alarma. *Y la pobre Anatot,* ciudad sacerdotal, que debería ser modelo de bravura, se encoge llena de cobardía (v. 30). Las ciudades contiguas, *Madmená, Guebim,* etc., se unen, no en la resistencia frente al enemigo, sino en la desbandada de espaldas al enemigo (v. 31). Esto muestra cuán deprisa se extendían por todo el reino las noticias del avance rápido del enemigo. *«¡Ha llegado hasta Ayat!»,* diría uno; *«¡No, pasó ya hasta Migrón!»,* le replicaría otro (v. 28).

(C) ¡Cuán impotente el intento de Senaquerib contra Jerusalén! (v. 32) *«Ese mismo día hará un alto en Nob,* desde donde podrá ver el monte Sion, y allí *sacudirá su mano* (lit.) en señal de amenaza; pero en eso quedarán todas sus bravatas».

(D) ¡Cuán fatal le resultará a él mismo tal avance! (vv. 33, 34). Al mismo tiempo que sacuda él su mano contra Jerusalén, *el Señor, Jehová de las huestes, desgajará el ramaje con gran poder, y los árboles de gran altura serán cortados, y los elevados serán abatidos en tierra; y cortará con hierro la espesura del bosque, y el Líbano caerá frente al Fuerte* (o Potente). Nos hallamos ante metáforas conocidas: Los ejércitos asirios son comparados a un bosque talado por el hacha del leñador; *los árboles de gran altura, elevados,* son símbolo del orgullo nacional de los sirios. El *hierro* del versículo 34 indica la parte metálica del hacha; *la espesura del bosque* es la flor y nata del ejército asirio (comp. con 9:18 y 10:18). El *Líbano,* con sus cedros majestuosos, es aquí el símil que el profeta usa para describir el orgullo de Asiria, basado especialmente en su poderoso ejército, el cual *cayó* de un solo golpe *a manos del Fuerte* (v. 34b), es decir,

del ángel del Señor. El vocablo hebreo para «fuerte» es *addir*, que significa «noble» o, mejor, «majestuoso».

CAPÍTULO 11

Tras del relato de la tremenda derrota del ejército asirio, viene una estupenda profecía acerca del Mesías. Aquí vemos: I. Cómo del tocón remanente en Judá (6:13) sale un brote en la casa de David. Ese brote es el Mesías (v. 1). II. Vemos luego los dones con que el Espíritu Santo lo equipará para su misión (vv. 2, 3). III. La justicia y la equidad de su gobierno (vv. 3–5). IV. La paz del reino mesiánico (vv. 6–9). V. La admisión de las naciones gentiles en dicho reino, juntamente con los judíos recogidos de todas partes en que se hallarán dispersos (vv. 10–16).

Versículos 1–9

El profeta había hablado ya de un niño que había de nacer y sobre cuyos hombros había de gravitar la responsabilidad del gobierno (9:6). Ahora va a especificar su estirpe y las cualidades de que estará dotado.

1. El Mesías había de nacer, a su debido tiempo, de la estirpe de David, como *renuevo* del que Jehová había dicho (4:2) que había de ser hermoso y glorioso. Este renuevo había de brotar *del tronco de Isaí.* Así como Cristo es llamado «el hijo de David», a David se le suele llamar «el hijo de Isaí». Dice Slotki: «El padre de David simboliza la dinastía davídica». En otro notable anuncio profético, el ángel Gabriel declaró a la Virgen María que al hijo que le había de nacer, *el Señor Dios le dará el trono de su padre David* (Lc. 1:32). Aunque nació como un *brote* (v. 1) y creció como un tierno *retoño* (53:2), expuesto a los malos tratos de los hombres, salió victorioso sobre sus enemigos. Se dice que saldrá de Isaí, más bien que de David, porque la casa de Isaí era de baja posición antes que David ascendiera al trono (1 S. 18:18) y, al nacer el Mesías, había vuelto a su baja posición, como lo muestra la pobreza material de María y de José.

2. Los dones con que el Espíritu Santo le había de equipar (vv. 2, 3a). Este tierno brote había de ser regado con el rocío de los cielos hasta llegar a ser una fuerte vara con que gobernar a judíos y gentiles. El Espíritu Santo que se posaba temporalmente sobre reyes, profetas, jueces, etc., a fin de capacitarlos para sus funciones específicas, no se *posará* sobre el Mesías, sino que *reposará sobre Él* (v. 2a) de modo completo y permanente (42:1; 48:16; 61:1; Mt. 3:16; Jn. 1:32; 3:34). A continuación vienen los dones con que el Espíritu le había de dotar: *«Espíritu de sabiduría y de entendimiento; espíritu de consejo y de fortaleza; espíritu de conocimiento y de temor de Jehová. Y su deleite estará en el temor de Jehová»* (vv. 2b, 3a). Observemos algunos detalles:

(A) Fácilmente se advierte la estructura binaria de los dones: tres pares de a dos, y termina con uno que los resume a todos, como el espigón que atravesaba el candelabro de los siete brazos, y llegaba así al número perfecto: siete.

(B) Slotki hace ver que el primer par expresa las cualidades de orden intelectual; el segundo, las de carácter administrativo; y el tercero, las de carácter espiritual. También hace notar la similitud con Bezaleel (Éx. 35:31) en cuanto al primer par.

(C) Jesús comenzó su predicación precisamente con estas palabras: *... EI Espíritu del Señor está sobre mí»* (Lc. 4:18). Su sabiduría era notoria a todos, ya desde niño (Lc. 2:47). Su entendimiento, esto es, la habilidad de aplicar los principios a las situaciones concretas, fue también notorio en todos los casos que se le presentaron. Su consejo siempre era certero y atinado. Sabía muy bien cómo administrar los asuntos del reino espiritual para gloria de Dios y beneficio de los hombres. También tenía fama de fuerte y valiente en el modo de enseñar los caminos de Dios, sin temor a los hombres ni acepción de personas (Mt. 22:16). Su conocimiento de Dios y su íntima comunión con el Padre fueron inigualables (v. Mt. 11:27; Lc. 10:22; Jn. 1:18; 6:46; 10:15; 17:21, 25).

3. Su gobierno estará caracterizado por la justicia y la equidad (vv. 3b–5): *«No juzgará según las apariencias,* puesto que sabrá lo que hay en el interior del hombre (Jn. 2:25), *ni decidirá por lo que sepa de oídas,* no tendrá que recurrir a informaciones de segunda mano, como suele ocurrirles a los

gobernantes de este mundo. Estará siempre ceñido de justicia y de fidelidad (v. 5); serán para Él ceñidor de honor y cinturón de fortaleza. Así no habrá nadie que se le oponga ni le resista cuando haga justicia a favor de los necesitados (hebr. *dalim)* u oprimidos, y de los mansos de la tierra (hebr. *anwey érets*, esto es, los *anawim Jehová*, los *pobres en el espíritu* de Mt. 5:3)». Las dos últimas frases del versículo 4 están construidas en paralelismo de sinonimia, por lo que han de leerse del modo siguiente: «*y herirá (al culpable de) la tierra con la vara de su boca, y con el aliento* (hebr. *ruaj) de sus labios matará al impío*». Un vistazo a 2 Tesalonicenses 2:8, compárese con Apocalipsis 19:15–21, nos ayudará a comprender dicho paralelismo.

4. Durante su reinado habrá gran paz y tranquilidad (vv. 6–9, comp. con 9:6). La paz, como cúmulo de todos los bienes, se cifra especialmente en dos bienes fundamentales:

(A) La unidad o concordia, descrita en los versículos 6 y 7, hasta el punto de que el *lobo morará* pacíficamente *con el cordero.* Del mismo modo, los hombres de peores disposiciones temperamentales se avendrán a convivir pacíficamente durante el reinado milenario del Mesías. Cristo, que es nuestra paz, vino a matar las enemistades y establecer entre los suyos una paz fundada en el amor; esto no se logra por completo ahora, debido al poder del pecado que todavía anida en nuestra naturaleza caída. *El leopardo,* lejos de devorar al cabrito, *se acostará con él.* Y como el carácter depende, en gran parte, de la dieta, los animales carnívoros se volverán vegetarianos (v. 7). Esto se cumple, en sentido espiritual, en las personas que de veras y con todo el corazón reciben el Evangelio de Jesucristo: quienes eran, antes de su conversión, temibles y feroces como leones, se tornan después amables y mansos como corderos. Entonces se cumplirá también lo de 2:4.

(B) La seguridad o tranquilidad libre de temores. Cristo, el gran Pastor de las ovejas, cuidará de su rebaño, no sólo para que no se destruyan unas a otras, sino también para que no se le permita a ningún enemigo del exterior la ocasión de molestarlas. El pueblo de Dios será libertado, no sólo del mal, sino también del temor al mal. El fruto de todo esto será la afabilidad y docilidad de los hombres, una excelente disposición para recibir instrucción, de forma que *«la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar»* (v. 9b). No habrá tampoco temor de las fieras, pues los animales que ahora son tremendamente feroces y temibles, serán entonces tan mansos que *un niño los pastoreará* (v. 6, al final). Se nos presenta una condición paradisíaca. Igualmente, el áspid y la víbora dejarán de destilar su ponzoña (v. 8), de modo que los padres podrán permitir a sus niños pequeños jugar impunemente con ellos. Donde antes había engendros de víboras, habrá generaciones de santos.

Versículos 10–16

Una ulterior profecía del avance y extensión del reinado del Mesías bajo la figura de Judá en los postreros años del reinado de Ezequías, tras de la derrota de Senaquerib.

1. Esta predicción se cumplió en parte cuando las grandes cosas que Dios había hecho por Ezequías y por su pueblo fueron como un pendón o señal para los pueblos circunvecinos; por este motivo envió el rey de Babilonia a sus embajadores en visita a Ezequías, y Jerusalén mostró su gloria (v. 10). Muchos israelitas de las tribus del norte, que habían sido forzados por el rey de Asiria a emigrar de su país, se animaron a regresar a su patria y a ponerse bajo la protección del rey de Judá.

2. Se volvió a cumplir en parte con el edicto de Ciro, cuando un remanente, no muy crecido, regresó a Palestina, según se nos narra en los libros de Esdras y Nehemías.

3. Su cumplimiento definitivo se llevará a cabo en los últimos días. Un augurio de la definitiva repatriación de los judíos lo tenemos ya desde el establecimiento oficial del Estado de Israel en 1948, «la vuelta en incredulidad de los judíos a Palestina que estamos presenciando en nuestros días», como dice Trenchard. Pero, como señala el mismo autor, la repatriación final que aquí contempla Isaías será llevada a cabo, no por obra de la iniciativa humana, sino por la iniciativa directa y soberana de Dios mismo. Nótense los siguientes detalles:

(A) *«La raíz de Isaí* (v. 10), *la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes»*. Cuando Jesús, esa raíz, fue crucificado, fue *levantado de la tierra,* como un pendón y un faro, de forma que *todos habían de ser atraídos a Él* (Jn. 12:32). *Las gentes,* esto es, los gentiles, comenzaron a buscar a Jesús cuando aquellos griegos de que nos habla Juan (Jn. 12:21) dijeron: *«Queremos ver a Jesús»* (v. el comentario a este versículo).

(B) La vuelta final de los expatriados se describe, en los versículos 11 y ss., sobre el esbozo de lo que ocurrió en la vuelta de los deportados a Asiria y Babilonia:

(a) El *Señor* mismo (v. 11. El hebreo dice *Adonay*, no *Jehová) alzará su mano* para recobrar a los suyos de todos los lugares a los que fueron *esparcidos* (v. 12, «… *los dispersados de Israel ... los esparcidos de Judá»,* dice lit. el hebreo). Hasta el final, el pueblo de Dios se halla en continua *«diáspora»* (v. Stg. 1:1; 1 P. 1:1).

(b) Tanto los procedentes del reino del norte como los procedentes de Judá volverán a sentirse hermanos, procedentes de un padre común (v. 13, comp. con Jer. 3:18; Ez. 17:22; 37:16; Os. 1:11).

(c) Los que se encuentren allende el Mediterráneo *volarán sobre los hombros de los filisteos* (v. 14), como aves de presa que se lanzan sobre su víctima, aunque la figura describe, más bien, la orografía de Palestina. Dice Slotki: «La tierra de los filisteos, en su declive hasta el Mediterráneo bien podía ser vista desde las colinas de Judá como un hombro».

(d) *Los de oriente* (v. 14b, lit. *Ios hijos del este)* eran las tribus árabes que vivían en el desierto oriental.

(C) Todo lo que podría impedir o estorbar el regreso de los expatriados (o esparcidos) será quitado de en medio (vv. 15, 16). «Y *secará Jehová la lengua del mar de Egipto,* es decir, el mar Rojo, como lo hizo cuando salieron los israelitas bajo la conducción de Moisés, y *con un viento abrasador agitará su mano sobre el río,* esto es, el Éufrates, y lo *dividirá* (lit. *herirá) en siete corrientes, es* decir, en multitud de corrientes». De esta manera, el volumen de agua será tan escaso que *podrán pasar por él en sandalias,* es decir, a pie enjuto. Lo que era un obstáculo insuperable, tanto del lado de Egipto como del de Asiria, se convertirá en *camino real* (hebr. *mʾsillah)* por donde podrán regresar tranquila y fácilmente.

CAPÍTULO 12

La salvación prometida en el capítulo anterior fue comparada a la de «Israel el día que subió de la tierra de Egipto» (11:16, al final). Y así como Moisés y los hijos de Israel cantaron entonces un cántico de alabanza a la gloria de Dios (Éx. 15:1), así también el pueblo de Dios entonará el maravilloso cántico que vemos en el presente capítulo, cuando la raíz de Isaí sea puesta por enseña del pueblo y se convierta en el deseo y el gozo de todas las naciones. En aquel día: I. Todo creyente entonará un cántico de alabanza (vv. 1–3). II. Muchos se unirán en el cántico de alabanza a Dios por el común beneficio resultante de esta salvación (vv. 4–6).

Versículos 1–3

Ésta es la primera parte del himno de alabanza preparado por Isaías para que lo cantasen los israelitas en las grandes liberaciones que Dios hacía a favor de ellos y, especialmente, para que se cante cuando el Mesías venga a inaugurar su reino milenario en este mundo.

1. La promesa es segura, y las bendiciones contenidas en ella, cuando Dios las otorgue, serán materia de alabanza y de acción de gracias para todos los súbditos del reino mesiánico.

2. «*En aquel día dirás* (v. 1), esto es, cada uno de vosotros habrá de decir: *Yo te alabo* (lit. *te daré gracias), Jehová; pues, aunque te enojaste contra mí, tu indignación se apartó y me has consolado.»* Aun cuando se haya enojado Dios contra nosotros a causa de nuestros pecados, no hemos de cesar por eso en nuestras alabanzas y acciones de gracias a Él. Por medio de Jesucristo, la raíz de Isaí, la indignación de Dios contra la humanidad ha sido apartada (2 Co. 5:19). Y a los que Dios reconcilia consigo mismo, también los consuela. Dios lleva, a veces, a los suyos al desierto para *hablarles al corazón* (Os. 2:14).

3. Se les enseña a triunfar en Dios (v. 2): *«He aquí, Dios es mi salvación»* (hebr. *yeshuatí;* ¡Jesús para mí!) No sólo es el Salvador, sino que es *mi salvación,* en quien estoy seguro. Tendremos trabajo que hacer y tentaciones que resistir, pero podemos depender de Él para ser capaces de trabajar y de vencer las tentaciones. En lo más oscuro de la tribulación, podemos depender de Él y darle gracias, pues *Él da cánticos en la noche* (Job 35:10).

4. Obsérvese el título que aquí se le da a Dios (v. 2b): *«Yah Jehová»; Yah* es una abreviatura de *Jehová.* Con esa repetición se pone de relieve el carácter eternamente inmutable de Dios, lo cual es un grandísimo consuelo para quienes han puesto su confianza en Él como su fuerza y su cántico.

5. *«Por consiguiente* (v. 3), es decir, porque Jehová es vuestra fuerza y vuestro cántico y será vuestra salvación (el hebreo lleva un *vau* consecutivo que falta en nuestras versiones—nota del traductor—), *con gozo sacaréis aguas de las fuentes de la salvación* (hebreo *yeshuah*, Jesús)» Cuando se nos cumplen las grandes promesas de Dios y se nos invita a que nos abrevemos con abundancia en las fuentes de la salvación, no podemos menos de hacerlo con sumo gozo. No olvidemos que el agua tenía para los orientales un valor especial, y compárese con Jeremías 2:13; Jueces 5:11.

Versículos 4–6

Ésta es la segunda parte del cántico de Isaías; aquí se invita a todos a unirse a este cántico de alabanza y de acción de gracias a Dios por una salvación tan grande.

1. *Los habitantes de Sion y Jerusalén* (v. 6), a quienes Dios había protegido de la violencia de Senaquerib, debían ser los primeros y los más celosos en tributar a Dios estas alabanzas y acciones de gracias. *«Moradora de Sion»* es femenino, no precisamente porque Isaías se dirija aquí a las mujeres, como opina M. Henry, sino porque «Sion, como en cualquier otro lugar, es llamada como una mujer» (Slotki).

2. La exhortación no es sólo a alabar a Dios y darle gracias, sino también a *invocar Su nombre* en oración (comp. con Ro. 10:13) y a *declarar en los pueblos Sus obras y proclamar que Su nombre es sublime,* exaltado (v. 4b, comp. con 1 P. 2:9b).

3. Todos estos anuncios y todas estas proclamaciones han de hacerse, conforme al gozo del versículo 3, de forma que expresen en todos los tonos la alabanza y la gratitud que brotan del corazón. Por eso, el versículo 5 comienza con estas palabras: *«Cantad* (lit. *tañed,* con instrumento de cuerda) *a Jehová, etc.»,* y el versículo 6 empieza con un *«da gritos de júbilo y canta».* No sólo hemos de dar gritos de júbilo cuando obtenemos personalmente la salvación, sino también cuando vemos a otros que son salvos mediante la predicación del Evangelio, como quienes gritan para celebrar la victoria (Éx. 32:18) o en las aclamaciones a un rey (Nm. 23:21).

4. El versículo 6b apunta el motivo principal que hace surgir los gritos de júbilo: *«Porque grande es en medio de ti* (Sion) *el Santo de Israel».* Es infinitamente glorioso por ser infinitamente santo. ¡Qué felicidad para Israel (y para todo creyente sincero) que el Dios que ha hecho pacto con ellos y mora en medio de ellos, es infinitamente grande!

CAPÍTULO 13

Hasta ahora, las profecías de este libro tenían que ver únicamente con Israel y Judá y, especialmente, con Jerusalén. Pero ahora el profeta comienza a leerles la sentencia a los reinos circunvecinos, porque el que es Salvador de los suyos es también el Soberano de las naciones. Las naciones aludidas aquí y en los capítulos siguientes son aquellas que conciernen, de un modo u otro, a la historia de Israel (v. Dt. 32:8, 9). Las amenazas que hallamos contra ellas tenían por objeto animar a los israelitas temerosos de Dios, pero aterrados y oprimidos por estos poderosos y malvados vecinos. Este capítulo y el siguiente contienen lo que Dios tenía que decir a Babilonia y a su rey, quien, más adelante, había de ser el mayor enemigo de Israel y por medio del cual había Dios de ajustarles a ellos las cuentas. En este capítulo tenemos: I. Una revista general de las fuerzas que habían de ser empleadas contra Babilonia (vv. 1–5). II. La sangrienta tarea que estas fuerzas habían de llevar a cabo en Babilonia (vv. 6–18). III. La completa ruina y desolación de Babilonia (vv. 19–22).

Versículos 1–5

El título general del libro de Isaías es: *«Visión de Isaías, hijo de Amós»* (1:1), pero la inscripción particular del presente mensaje es: *«Carga* (hebr. *massá) de Babilonia»*. El texto sagrado llama «carga» a todo oráculo de Dios que encierra una advertencia amenazante o una sentencia de destrucción. Aunque en tiempo de Isaías, Babilonia era una provincia dependiente de la monarquía asiria, cuya capital era Nínive, se había de sublevar más tarde y convertirse en monarquía independiente, hasta llegar en tiempo de Nabucodonosor al pináculo de su poderío. El profeta anunciará más tarde (39:6) la cautividad de los judíos en Babilonia, pero ahora convoca a las naciones que Dios usará como instrumentos para la destrucción de Babilonia. El profeta da el nombre de dichos instrumentos (v. 17): los *medos,* quienes, en unión con los persas, bajo las órdenes de Darío el medo y de Ciro el persa, habían de llevar a cabo la ruina de la monarquía babilónica.

1. Babilonia es llamada aquí (v. 2) *«puertas de los nobles»,* a causa de la abundancia de moradas nobiliarias que en ella se hallaban y, en especial, como hace notar Slotki, como «insinuación del nombre de Babilonia, derivado de Babel *(Bab-ilu),* "puerta de Dios". La etimología tradicional hebrea del nombre es "confusión" (Gn. 11:9)». Pero no sólo la ciudad, sino todo el país, reciben la sentencia de destrucción (v. 5), porque, aun cuando los nobles eran los jefes en la persecución contra el pueblo de Dios, toda la nación les apoyaba en esta empresa.

2. Las personas convocadas para llevar a cabo la destrucción de Babilonia son llamadas aquí (v. 3) los *consagrados* de Dios, en el sentido de que Dios los escoge y los separa, los pone aparte, para que lleven a cabo el objetivo que Su providencia se ha propuesto. Insinúa que, en la intención de Dios, aunque no en la de ellos, es una guerra santa. La intención de ellos era ensanchar las fronteras de su imperio, pero la de Dios era llevar a cabo la liberación de Su pueblo. Ciro, en particular, es llamado *«ungido»* (hebr. *meshijó,* ¡mesías!) de Jehová (45:1), porque lo había destinado Dios para llevar a cabo esta obra de liberación de los deportados de Judá, y ser así tipo del gran Mesías, del gran Libertador que había de venir. En ese mismo lugar (45:1) leemos que, en su expedición, Dios *le tomó por su mano derecha.* Aunque Ciro no conocía al Dios verdadero, Dios le usó como siervo Suyo (45:4).

3. También llama Dios a tales personas *«mis valientes»* (v. 3b; hebr. *guiboray,* el mismo vocablo de 9:6), porque recibían de Dios su fuerza y la iban a usar al servicio de Él. Son numerosos (v. 4): *«multitud ... mucha gente ... reinos ... naciones reunidas».* No son tropas inexpertas, rudas, sino tropas regulares, bien disciplinadas y conocedoras del arte de la guerra. Y *«vienen de tierra lejana, de lo más lejano de los cielos»* (es decir, de los confines del horizonte, donde parece que el cielo se toca con la tierra). Para los judíos, las regiones de Medo-Persia eran como los confines del mundo conocido. Y añade que *vienen ... a destruir toda la tierra* (v. 5b), porque «se suponía que Babilonia abarcaba todo el mundo civilizado» (Slotki).

4. El llamamiento que se hace a tales ejércitos es efectivo. Tras de *«levantar bandera en un alto monte y gritarles»* (v. 2), ya se han congregado rápidamente, pues (v. 4) *... Jehová de las huestes pasa revista a las tropas para la batalla».*

Versículos 6–18

Descripción de la terrible desolación que los medos y los persas iban a llevar a cabo en Babilonia.

1. Los que ahora se sentían seguros, habían de *aullar* (v. 6) *... porque cerca está el día de Jehová; vendrá como una destrucción de parte del Todopoderoso* (hebr. *mi-Shadday, de parte del Todosuficiente)».* Con la sola excepción del vocablo inicial del versículo *(«Aullad»),* todo el versículo se repite al pie de la letra en Joel 1:15. La mención del «Día de Jehová» es aquí muy apropiada, pues la destrucción de la Babilonia histórica era tipo de la destrucción de la Gran Babilonia de Apocalipsis capítulos 17 y 18, que se llevará a cabo durante el «Día de Jehová» por antonomasia, dentro de la Gran Tribulación final (comp. el v. 10 con Ap. 6:12 y 13).

2. A los atacados les había de fallar el corazón (v. 7, lit. *se les derretirá*), hasta llenarse de terror y de angustia (v. 8). Los que, en días de paz, eran *arrogantes y altivos, soberbios y tiranos* (v. 11), cuando venga el apuro se convertirán en cobardes y débiles (vv. 7, 8): *Toda mano se debilitará,* incapaz de manejar ninguna arma, *todo corazón de hombre* (hebr. *enosh,* que pone de relieve la debilidad del hombre) *se derretirá* como la cera ante el fuego. Tal será el terror, que cada *cual se asustará al mirar a su compañero,* al ver reflejado en el rostro del vecino el mismo terror que cada uno siente. Tendrán el rostro *encendido* de vergüenza y de rabia impotente.

3. Como en muchos otros lugares, el versículo 10 nos ofrece los fenómenos astronómicos que señalan una intervención extraordinaria de Dios para castigar a los rebeldes e inaugurar una nueva era (comp. con 5:30; 24:23; 50:3; Ez. 32:7; Jl. 2:10; Mt. 24:29; Mr. 13:24; Lc. 21:25; Hch. 2:20; Ap. 6:12, 13).

4. Dios los castigará *por su iniquidad* (v. 11), particularmente por su soberbia. Ese orgullo ha de ser ahora abatido; especialmente, el de Nabucodonosor y el de su nieto Belsasar, quienes, más que ningún otro tirano, habían atropellado al pueblo de Dios.

5. Tan grande será la matanza, que los varones resultarán más escasos que el oro fino (v. 12). Países de suyo populosos, quedan despoblados con las guerras.

6. La confusión de los vencidos será semejante a una gran sacudida de cielos y tierra, por obra de la indignación de Jehová (v. 13). Dice Moriarty: «la palabra *reash*, "sacudir", "moverse", es, por así decirlo, el término técnico que expresa la vuelta al caos primordial en el período escatológico en que Dios inaugura su día». Y aquella Babilonia que antaño era como un león rugiente y un oso enfurecido, será ahora (v. 14) *«como gacela perseguida,* que se apresura a escapar del cazador, y *como oveja sin pastor,* que no acierta a volver al rebaño». El pánico les dirá interiormente: «¡Sálvese quien pueda!»; así que (v. 14b), *«cada cual enfilará hacia su pueblo, y cada uno huirá a su tierra».*

7. Será escena de sangre y horror, como es corriente cuando la espada devora. El conquistador no concede armisticio, sino que pasa a todos a cuchillo. Quienes vengan en ayuda de ellos correrán la misma suerte. Puesto que, en el furor de la guerra, quedan silenciadas las más sagradas leyes de la naturaleza y de la humanidad, los conquistadores emplearán los métodos más bárbaros (v. 16): *«Sus niños serán estrellados ante sus ojos … y violadas sus mujeres».*

8. El enemigo será inexorable. Estos medos, en unión con los persas, no aceptarán soborno (v. 17): *«no estiman la plata ni codician el oro».* No tendrán compasión de los *jóvenes* que están en la flor de la vida, ni de *los niños, aun de los recién nacidos (el «fruto del vientre»).*

Versículos 19–22

1. Destrucción final de Babilonia (v. 19), aquella ciudad que era *«la joya de los reinos, prez y orgullo de los caldeos».* En efecto, ella era *la cabeza de oro* de Dn. 2:37, 38, la *«señora de reinos»* de 47:5, *la que era alabada por toda la tierra* (Jer. 51:41), como una agradable gacela, aunque ahora ya era *como gacela perseguida* (v. 14) y alcanzada. Se añade que había de ser destruida (v. 19b) *«como cuando destruyó Dios a Sodoma y Gomorra»,* es decir, de improviso y con total destrucción. En efecto, Babilonia fue tomada cuando Belsasar estaba en su orgía; y, aun cuando Ciro y Darío no la destruyeron por completo, su ruina se completó gradualmente.

2. Se predice aquí (v. 20) que *«nunca más será habitada».* En tiempo del emperador Adriano (76–138) no quedaba sino el muro. Y, aunque de Nínive estaba profetizado que, cuando quedase desierta y desolada, aún habían de yacer rebaños en medio de ella, aquí se dice de Babilonia (vv. 20b, 21) que *«ni levantará allí tienda el árabe, ni los pastores tendrán allí majada»;* es decir, «incluso las tribus nómadas del desierto la evitarán» (Slotki). En cambio, será morada de *fieras del desierto,* que gustan de la soledad, y *sus casas se llenarán de hurones (o búhos).* El significado del hebreo *ojim* es incierto, pues es un vocablo que no sale en ninguna otra parte de la Biblia. Añade el profeta que *«allí habitarán avestruces* (comp. con 34:13; 43:20 y Jer. 50:39) y *allí danzarán los sátiros».* Aunque el hebreo *seirim* significa también *cabras,* es más probable la versión que ofrecemos. Los sátiros eran demonios en forma de machos cabríos, que se suponían tener reuniones en los prados desiertos. En vascuence existe el vocablo *aquelarre,* que significa «prado del macho cabrío». La enciclopedia del *Reader's Digest* da la siguiente definición y descripción de «aquelarre»: «Junta o reunión nocturna de brujos y brujas. En la Edad Media se creía que ocurrían tales reuniones, y que las presidía Satanás en figura de macho cabrío, en algún prado, donde los participantes se entregaban a orgías desenfrenadas y a la práctica de las artes de hechicería». Un cuadro de Goya, existente en el Museo Lázaro Galdeano de Madrid, ha recogido una de esas escenas.

3. Benjamín Bar-Yona, en su *Itinerario,* al hablar de Babel, tiene estas palabras: «Ésta es aquella Babel que se extendía por treinta millas y ahora está desolada. Allí están las ruinas de un palacio de Nabucodonosor, pero nadie se atreve a entrar allí, por miedo a las serpientes y a los escorpiones que se han posesionado del lugar». Se insinúa aquí (v. 22b) que *la hora de su destrucción estaba al llegar.* Esta profecía de la destrucción de Babilonia tenía por objeto sostener y animar al pueblo de Dios cuando se

encontrasen allí cautivos y grandemente oprimidos. Su cumplimiento se llevó a cabo casi 200 años después de haber sido pronunciada.

CAPÍTULO 14

En este capítulo: I. Se añade más peso a la carga de Babilonia. 1. Es defendida la causa de Israel en esta reyerta con Babilonia (vv. 1–3). 2. El rey de Babilonia será abatido (vv. 4–20). 3. Será exterminada toda la raza de los babilonios (vv. 21–23). II. Una confirmación de tal profecía sobre la destrucción de Babilonia, que estaba muy distante en el tiempo, se incluye aquí en la profecía sobre la destrucción del ejército asirio, que había invadido el país; hecho que ocurrió no mucho después de la declaración de la presente profecía (vv. 24–27). III. Se predice aquí el éxito de Ezequías contra los filisteos, y los beneficios que el pueblo había de obtener con ello (vv. 28–32).

Versículos 1–3

Babilonia va a ser destruida a causa de la misericordia que Dios tiene reservada para Su pueblo. La opresión que los Suyos han sufrido ha de ser vengada en la cabeza de sus perseguidores. El yugo que ha puesto Babilonia sobre el cuello de ellos ha de ser quebrantado para que ellos sean puestos en libertad.

1. La base de estos favores a Israel es la compasión de Dios hacia Jacob (v. 1), esto es, a los descendientes de Jacob, deportados ahora en Babilonia, *y la elección,* nunca revocada (v. Zac. 1:17; Ro. 11:29), *de Israel* como pueblo escogido de Dios, aunque de momento parezca que Dios los ha rechazado.

2. Los favores específicos que les otorgará todavía:

(A) *«Le hará establecerse en su tierra* (v. 1b), de la que fueron deportados—la Tierra Santa, la Tierra Prometida—; y *a ellos se unirán extranjeros, y se juntarán a la familia de Jacob»* (56:3, 6; 60:4, 5, 10; Ef. 2:12–19). Les dirán: *Dejadnos ir con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros* (Zac. 8:23b).

(B) Estos prosélitos les habían de ser de gran ayuda en su retorno a la patria (v. 2): «*Y los tomarán los pueblos y los traerán a su lugar»* lo cual es una predicción de lo que Ciro había de hacer a favor de ellos, dejándoles marchar (v. Esd. 1:4, 6), no por estar asqueados de ellos, como pasó con los egipcios, sino por amor hacia ellos.

(C) Estos prosélitos, no sólo marcharían con ellos, sino que les *servirían como criados y criadas en la tierra de Jehová;* de tal forma que se cambiarían las tornas en la relación amo-criado (v. 2b): *«Cautivarán a los que los cautivaron y dominarán sobre los que los oprimieron».* Esto no indica un espíritu de revancha por parte de los israelitas, sino de justa compensación por la opresión que Israel había experimentado en Babilonia.

(D) Israel había de conocer un dichoso final de todas sus aflicciones (v. 3): *«En el día en que Jehová te de reposo de tus trabajos, de tu desazón y de la dura servidumbre en que te hicieron servir».* Dios mismo se compromete a llevar a cabo este bendito cambio.

Versículos 4–23

Los reyes de Babilonia fueron, sin solución de continuidad, opresores del pueblo de Dios. La monarquía babilónica pretendía ser absoluta, universal y perpetua y, con estas pretensiones, intentaba competir con el Omnipotente. Era, pues, justo que fuese abatida y que su último rey, Belsasar, fuese asesinado la misma noche en que fue tomada Babilonia (v. Dn. 5:30). Veamos:

1. La caída del rey de Babilonia. De ella se hace aquí una hermosa y pintoresca dramatización, y se nos da un relato de la vida y muerte de este poderoso monarca: *«¡Cómo terminó el opresor!»* (v. 4b), *descendiendo al Seol … por cuanto el terror de los fuertes fue en la tierra de los vivientes* (Ez. 32:27).

(A) La prodigiosa altura de poder y riquezas a la que este monarca y su monarquía habían llegado. Según el texto masorético actual, la última frase del v. 4 viene a decir de Babilonia, *«la que exigía oro».* Los modernos expositores rechazan esta expresión por ser un inusitado arameísmo y cambian el *dálet* por

resh, y hacen que diga *«insolente»,* y así es como aparece en nuestras versiones (nota del traductor). Lo cierto es que el rey de Babilonia vivía en la opulencia, era *la cabeza de oro* de Daniel 2:38, que dominaba a las naciones con cetro de terror (v. 6), hasta abatirlas (v. 12). Tan poderosos y numerosos eran sus ejércitos *que hacía temblar la tierra* (v. 16); todos sus vecinos tenían miedo de él y se veían forzados a someterse a él.

(B) El perverso abuso que hacía de su riqueza y de su poder:

(a) Se le menciona con el epíteto de *opresor* (v. 4), de *bastón de los impíos y cetro de los déspotas* (v. 5), *el que hería a los pueblos* (v. 6), no con justicia, sino *con furor,* y continuamente, *con llagas permanentes,* no para reforma y corrección, sino *con ira y con acoso sin tregua.* De forma que el que dominaba a todos cuantos se hallaban en derredor suyo, no sabía nunca dominarse a sí mismo.

(b) El versículo 17 describe hasta qué punto llegó su crueldad: *«Puso el mundo como un desierto,* tan grande fue la devastación que llevó a cabo; por doquier *asoló sus ciudades,* de forma que no quedase de ellas ni el recuerdo, y *a sus presos nunca abrió la cárcel;* les hacía sufrir cadena perpetua, sin esperanza alguna de regresar a sus hogares». Esto lo hizo especialmente con los judíos, pero no fue más benigno con sus propios súbditos (v. 20): *«destruiste tu tierra, mataste a tu pueblo».*

(c) A esto se añadía su orgullo, altivez y arrogancia. Se toma nota aquí de su *pompa* (v. 11), esto es, de la extravagancia en el séquito, del lujo de la vestimenta, de la suntuosidad en el mueblaje, etc. Pero era sobre todo la presunción orgullosa de su fantasía lo que le hizo madurar para la ruina (vv. 13, 14): *«Subiré al cielo, por encima de las estrellas de Dios levantaré mi trono».* Como Satanás, aspira a ser igual a Dios. Todo este pasaje ha sido aplicado, desde antiguo, al diablo, pero no es éste el sentido literal de la porción, ni los judíos lo entendieron jamás así. El *monte de la reunión* es, con alguna probabilidad, Sion (comp. con Sal. 48:3), aunque no puede descartarse la opinión de que Isaías se refiera a la montaña sagrada de la mitología babilónica. Dice Slotki: «La ambición de Nabucodonosor en unirse a la asamblea de los dioses principales de su pueblo». Moriarty hace notar que *Elyón* (Altísimo) (v. 14) «es un epíteto que se aplica a Él, el dios supremo en la mitología de Canaán». Entre los fundadores de la monarquía asiria había algunos que habían sido deificados y sus nombres habían sido puestos a ciertas estrellas, pero el monarca de Babilonia quería subir *«por encima de las estrellas de Dios»* (v. 13).

(C) La ruina total que le había de sobrevenir:

(a) Se predice que su poder y su riqueza serán quebrantados. Ha sido un opresor por largo tiempo, pero *el opresor* (no sólo la opresión) *va a terminar* (v. 4). A los que no cesan de pecar, Dios les hará cesar de existir. Dios, *Jehová, ha quebrantado su bastón y su cetro* (v. 5). Y él mismo queda *cortado por tierra* (v. 10), es decir, talado y derribado en tierra. Su fuerza ha resultado tan débil (v. 10) como la de cualquier otro rey que acabó en el sepulcro y, con él, *descendió al Seol su pompa* (v. 11).

(b) Este poderoso príncipe, que solía dormir en un lecho de edredón, tendrá ahora (v. 11) *«gusanos por cama y gusanos que le cubrirán».* Aun cuando se hacía venerar como dios, se comprobará que estaba hecho del mismo material que los demás hombres. *«Todos los reyes de las naciones* (v. 18) *yacen con honor, cada uno en su morada»,* es decir, tienen su propio sepulcro, pero este rey de Babilonia *es echado* (v. 19) *de su sepulcro como un brote abominable,* como una planta ponzoñosa que nadie se atreve a tocar, en lugar de una mortaja regia, con su cadáver embalsamado, estará *«vestido* (lit.) *de muertos pasados a cuchillo»,* es decir, rodeado de los cadáveres de sus soldados, y «como *cadáver pisoteado»* por los caballos y los soldados que habrán pasado sobre él. Ese *«ellos»* del versículo 20 se refiere, no a sus antepasados, sino a los *reyes* del versículo 18.

(c) Ahora que está muerto, *toda la tierra está en reposo y en paz* (v. 7), pues él era el gran perturbador de la paz internacional; y no sólo los seres humanos *prorrumpen en aclamaciones* (v. 7b), sino que *hasta los cipreses y los cedros del Líbano* (v. 8) *están de fiesta,* pues se creen seguros ahora que no hay peligro de que los talen para proveer de maderamen al monarca. Si esto se toma como símil para simbolizar a los príncipes de los países circunvecinos (v. Zac. 11:2), esos príncipes se sentirán ahora a salvo de ser desposeídos de sus derechos reales.

(d) Los muertos le darán la bienvenida (vv. 9, 10), especialmente los *príncipes y reyes,* porque el tan temido rey de Babilonia ha corrido la misma suerte que ellos, y ha descendido al sepulcro como los demás. Como muy bien hace notar Trenchard, «el "rey" no es tanto Nabonido, quien, con su "hijo" Belsasar, regía el imperio en el momento de su caída, sino la encarnación de todo el orgullo carnal de Babilonia, que fue representado por la cabeza de oro de la imagen de Daniel capítulo 2 y por el león con alas de águila en la visión de las bestias de Daniel capítulo 7».

(e) El que pensaba poner su trono por encima de las estrellas (v. 13), no sólo ha caído *del cielo* (v. 12) a la tierra, sino desde la tierra *al Seol* (v. 11) *con toda su pompa.* Se le llama *«lucero»* (hebr. *heilel)* e *«hijo del alba»* (hebr. *ben shájar).* Como ya dijimos—nota del traductor—, algunos escritores eclesiásticos de los primeros siglos de la Iglesia aplicaron esto a Satanás, de donde le vino el apodo de «Lucifer». El propio Trenchard dice: «Muchos expositores han visto aquí por lo menos una ilustración del orgullo y de la ambición de Satanás, quien, por soberbia y ambición, cayó de su sublime lugar angelical». Lo curioso del caso es que la Biblia aplica el epíteto de «Lucifer» (gr. *phosphóros*, portador de luz), no a Satanás, sino al Señor Jesucristo en su parusía o Segunda Venida, como puede comprobarse leyendo 2 Pedro 1:19 (donde el gr. *phosphóros* corresponde al hebr. *heilel* de Is. 14:12), a la luz de Isaías 60:1, 2; Lucas 1:78.

(f) ¿Cómo ha podido un lucero de tal magnitud convertirse en un pedazo de barro putrefacto? ¿Ha caído jamás un ser humano de tal elevación de honor y poder a tal abismo de vergüenza y miseria? (v. 15). *«Se inclinan hacia ti los que te ven, te contemplan de cerca* asombrados (v. 16), *diciendo: ¿Es éste aquel varón que hacía temblar la tierra, que sacudía los reinos …?* ¿Quién habría imaginado que iba a parar en esto? (v. Sal. 82:7). Vienen a comentar: «¿Hubo jamás un hombre a quien la muerte produjese un cambio tan tremendo como a este? ¿Es posible que un hombre, que hace pocas horas parecía tan grande, parezca ahora tan horrible, tan despreciable?

(D) La consecuencia que el profeta saca de esto (v. 20b): *«No será mencionada para siempre la descendencia de los malignos (o malhechores)».* Los príncipes de la monarquía babilónica eran unos malhechores y, por consiguiente, habían de llevar su infamia como blasón deshonroso de su linaje. Los caminos del pecado carecen de prestigio.

2. Se predice también aquí la ruina total de la familia real, junto con la de la ciudad regia.

(A) La familia real será completamente extirpada. A los medos y persas, que van a ser empleados en esta obra destructora, se les ordena que, cuando hayan dado muerte a Belsasar, *preparen para sus hijos el matadero* (v. 21). Nabucodonosor había ordenado la muerte de los hijos de Sedequías (Jer. 52:10) y, por esta iniquidad suya, a sus descendientes se les paga con la misma moneda, para *que no se levanten ni posean la tierra,* no sea que hagan en su tiempo tanto daño como hicieron sus antepasados en sus días. La providencia de Dios vela por el bien de las naciones más de lo que nosotros nos apercibimos, pues hace que mueran tempranamente algunos que, si viviesen por más tiempo, harían daños incalculables.

(B) La ciudad imperial ha de ser demolida y abandonada (v. 23). Va a ser *el patrimonio* (v. 23), la posesión perpetua, *de erizos* (también podía significar *alcaravanes,* aves de mal agüero comp.—con 34:11—) y *en pantanos,* agua estancada, maloliente, donde la ciénaga cultiva miasmas e insectos malignos.

Versículos 24–32

Pasaron cerca de 200 años desde la predicción de la caída de Babilonia hasta su cumplimiento. La gente a quienes Isaías anunciaba este futuro acontecimiento podía decirle: «¿Qué nos va a nosotros en eso?» A esta posible pregunta, el profeta se adelanta a responder con otra predicción de la ruina que en breve iba a sobrevenir a los asirios y a los filisteos. Esto vendría a ser como prenda de la futura liberación de las garras de los babilonios.

1. Se da seguridad de la destrucción de los asirios (v. 25): *«Quebrantaré al asirio en mi tierra».* Senaquerib trajo a Judá un formidable ejército, pero Dios lo quebrantó por completo. Solamente Dios va a hacerlo; nadie pondrá un solo dedo para colaborar en la empresa. El quebrantamiento del poder asirio será el quebrantamiento del yugo que pesa sobre el cuello del pueblo de Dios (v. 25b): «*Su yugo será apartado de ellos y su carga será quitada de sus hombros».* Y la profecía es ratificada y confirmada con juramento (v. 24): *«Jehová de las huestes juró …».* Lo que aquí se dice en este caso particular tiene aplicación en todo lo que Dios se propone. El quebrantamiento del poder asirio viene a ser un ejemplo de lo que Dios había de hacer con todas las naciones que maquinasen el mal contra Judá (vv. 26, 27), como después contra la Iglesia. Esto es aún verdad y siempre lo será. Dios es el enemigo de los enemigos de Su pueblo (Éx. 23:22). Todos los poderes de la tierra quedan retados a cambiar los planes de Dios (v. 27): *«Porque Jehová de los ejércitos lo ha determinado, y ¿quién lo impedirá? Y su mano extendida, ¿quién la hará retroceder?»*

2. *También se da seguridad de la destrucción de los filisteos y de su poder*. Esto ocurrió (v. 28) «*en el año en que murió el rey Acaz*», esto es, el año 720 a. de C. A los filisteos se les reprocha por el triunfo que consiguieron al morir el rey Uzías, quien había sido para ellos como una *culebra* (v. 29b), abatiendo su poderío (v. 2 Cr. 26:6)—aun cuando Slotki da como más probable que se refiera a la muerte de Tiglat-pileser III en el año 727, a la de Salmanasar IV en 722 o a la de Sargón en 705, y aun a la del propio Acaz en 720—. Lo cierto es que, cuando Uzías se vio obligado a abdicar en su hijo Acaz, se anunció con gozo en Gat y *se publicó en las calles de Ascalón* (hebr. *Ashkelón).* Hicieron represalias contra Acaz y tomaron muchas ciudades de Judá (2 Cr. 28:18), pero *de la raíz de la culebra salió una víbora,* un adversario más temible que Uzías, su nieto Ezequías, quien *batió a los filisteos hasta Gaza* (2 R. 18:8). Lo que de Filistea quede, su *raíz* (v. 30b) será destruida por el mismo Dios, pues *la hará morir de hambre*, mientras los menesterosos de Judá (v. 30) vivirán seguros y bien alimentados. *Toda Filistea aullará* (v. 31) y *se derretirá* de miedo, *porque vendrá una humareda del norte.* Dice Moriarty: «Las fuerzas asirias se comparan a la tormenta que viene del norte». Y del ejército asirio, ningún recluta faltará a la revista de tropas ni desertará en medio del combate (v. 31b).

3. El buen uso que de tales acontecimientos ha de hacer el pueblo de Dios para su propio consuelo y aliento (v. 32): «¿Y *qué se responderá a los mensajeros de las naciones?*» Resulta oscuro el sentido de esta pregunta. ¿A qué «naciones» se refiere el profeta? Dice Slotki: «Probablemente, enviados de Filistea que busquen una alianza con Judá». Ryrie comenta con mayor seguridad: «Acaz era pro-asirio, pero Asiria se hallaba en dificultad (v. 29a). Mensajeros de Filistea propusieron al rey Ezequías una coalición para sublevarse contra Asiria (v. 32). El Señor dijo a Isaías que la tregua del dominio asirio era solamente temporal (v. 29b), que Filistea estaba sentenciada a fenecer (v. 30) y que ellos debían confiar únicamente en el Señor (v. 32)».

(A) Todo esto implica que las grandes cosas que Dios lleva a cabo a favor de los Suyos no les pasan desapercibidas a sus vecinos. Van a venir mensajeros para inquirir acerca de ellos. A nosotros nos concierne estar siempre preparados para dar, con mansedumbre y respeto, razón de la esperanza que tenemos en Dios y en Su providencia (1 P. 3:15).

(B) La respuesta que ha de darse a los enviados: Dios es, y seguirá siendo, el gran amigo de los Suyos. Decidles *que Jehová fundó a Sion* (v. 32b), y ¿quién hará sacudir sus fundamentos? Los mensajeros de las naciones venían a Jerusalén a tratar de política y del arte de la guerra, pero ha de decírseles que triunfos de esta naturaleza no se deben a tales artes, sino al cuidado que Dios tiene de los Suyos. Por eso, *los afligidos,* los necesitados, del pueblo de Dios, *se acogerán a ella,* a Sion, es decir, en ella encontrarán refugio. *Los pobres* son *los que reciben el evangelio* (Mt. 11:5). Confían en esta gran verdad, que Dios es quien ha fundado a Sion. Sobre ese fundamento construirán ellos sus esperanzas, sin confiar en brazo de carne.

CAPÍTULO 15

Este capítulo y el que sigue forman la carga de Moab—una profecía de la gran desolación que había de sobrevenir a esa nación, que lindaba con Israel y había causado daños y vejaciones a los judíos, a pesar de que los moabitas eran descendientes de Lot, el sobrino y compañero de Abraham, y aunque los israelitas, por orden de Dios, les habían perdonado la vida, cuando fácil y justamente podían haberlos exterminado juntamente con los países limítrofes de Moab—. En este capítulo tenemos: I. Una gran lamentación de los moabitas y del propio profeta por ellos (vv. 1–5). II. Las grandes calamidades que había de ocasionar tal lamentación (vv. 6–9).

Versículos 1–5

El país de Moab era poco extenso, pero muy fértil. Lindaba con la tribu de Rubén al otro lado del Jordán y sobre el mar Muerto. Noemí se fue allá con su familia cuando hubo hambre en Canaán. Éste es el país que (según se predice aquí) había de quedar devastado. En Jeremías 48 hallamos en Jeremías 48 otra profecía de su ruina, la cual fue efectuada por Nabucodonosor. La profecía que en el presente capítulo se hace tuvo su cumplimiento *tres años después* (16:14) y, por tanto, fue llevada a cabo por

Salmanasar IV, hacia el tiempo en que fue tomada Samaria (en el cuarto año de Ezequías), o por Senaquerib, diez años después, en la invasión de Judá. Slotki da como posible también que fuese Jeroboam II el invasor. El profeta declaró esta profecía a su propio pueblo, a fin de mostrarles que hay una Providencia que gobierna el mundo con todas las naciones que en él se hallan—y que los adoradores de los falsos dioses habían de rendir cuentas al Dios de Israel—. El cumplimiento de esta profecía, tan cercano (en el plazo de tres años—16:14—), podía ser un respaldo de la misión del profeta y una confirmación de que todas sus demás profecías eran verdaderas. Con respecto a Moab se predice aquí:

1. Que sus principales ciudades habían de ser ocupadas por sorpresa, en una noche, por el enemigo (v. 1): Por eso habría gran lamentación, porque *de noche fue destruida Ar de Moab … y Kir de Moab,* las dos principales ciudades de dicho reino. Con esto, la caída de Moab era un hecho, porque la toma de esas dos ciudades abrió de par en par las puertas del país y convirtió en fácil presa todas sus riquezas. Así como la nación protege a las ciudades, también las ciudades alimentan y protegen a la nación, y ninguna puede decir a la otra: *No te necesito* (1 Co. 12:21).

2. Que los moabitas recurrirían a sus ídolos en busca de socorro (v. 2): *«Él* (esto es, el rey de Moab) *subió a Báit* (o *al templo) y a Dibón, a los lugares altos, a llorar».* Fue a pronunciar su lamento y sus quejas delante de los dioses a quienes él y su pueblo adoraban.

3. Que habría duelo general por todo el país, lo cual se describe aquí muy gráficamente (v. 3): *«Se vestirán de saco … aullarán todos, deshaciéndose en llanto».* El país entero se convertirá en un valle de lágrimas—un pequeño mapa de este mundo—. Los moabitas llorarán la pérdida de Nebó y de Medbá, otras dos ciudades notables, las cuales, como es lo más probable, fueron saqueadas e incendiadas. Se mesarán el pelo de la barba y de la cabeza hasta tal punto que *«toda cabeza será rapada, y toda barba rasurada»* (v. 2b), conforme a las expresiones de duelo que se usaban por aquel tiempo en aquellos países. La frase *«deshacerse en llanto»* (lit. *irse abajo en llanto)* solamente ocurre en este lugar, pues, como hace notar Slotki, en todos los demás lugares de la Escritura el texto habla de irse abajo en llanto, no la persona entera (como es aquí el caso), sino sólo *el ojo* (v. Jer. 9:17; Lm. 1:16; 3:48).

4. Que les faltará la bravura propia de los militares. Los soldados bien entrenados, *los guerreros de Moab* (v. 4), *aullarán* como los demás ciudadanos: «Su *alma* (la de cada uno) *le desfallece (o se estremece) dentro de él»* (lit.).

5. La predicción de estas calamidades le produce tal impresión al profeta, que le hace conmoverse de compasión (v. 5): *«Mi corazón dará gritos por Moab».* Aunque son enemigos de Israel, son criaturas de Dios y parientes lejanos de Israel. Bien les va a los ministros de Dios ser de espíritu tierno, para asemejarse a su Maestro, quien lloró sobre Jerusalén, previendo su destrucción, cuando iba a ser crucificado en ella, y ser también semejantes a Dios, quien *no desea la muerte del pecador* (Ez. 18:23). Las ciudades circunvecinas se harán también eco de los lamentos de Moab. *Los fugitivos* de Moab se apresurarán a ponerse a salvo, *huyendo presurosos hasta Zoar,* la ciudad a la que su antepasado Lot había huido para escapar de las llamas de Sodoma, y que, en atención a él, fue preservada de la destrucción. Con su llanto harán tanto ruido como una *novilla de tres años,* llena de salud y vigor, cuando muge por su ternero, como en 1 Samuel 6:12. *«Por la cuesta de Luhit subirán llorando* (como subió David por la del Olivete—2 S. 15:30—) y *por el camino de Joronáim (o Joronáyim)»,* un camino que se bifurca, como indica el dual hebreo (v. Jos. 16:3, 5).

Versículos 6–9

Para entonces (v. 8) *«el llanto ha rodeado los límites de Moab»,* hasta llegar a *Eglaim,* ciudad en uno de los extremos del país, y a *Beer-elim,* situada en el otro extremo.

1. *«Las aguas de Nimrim* (v. 6) *serán consumidas* (lit. *desoladas)».* Esta descripción se explica «por la expedición combinada contra Moab por parte de Israel y Judá coligados (Joram y Josafat) en los días de Mesá (2 R. 3:25), cuando taponaron los pozos» (Whitehouse, citado por Slotki). Con ello habrá cesado la irrigación del terreno, se habrá acabado la producción agrícola; los habitantes no tendrán otro remedio, para poder subsistir, que trasladarse *más allá del arroyo de los sauces* (la actual Wadi el-Ahsa), que constituía la frontera entre Moab y Edom.

2. *«Las aguas de Dimón* (v. 9) *se llenarán de sangre»,* lo cual indica el gran número de sus habitantes que allí hallarán la muerte. Slotki es de opinión que *Dimón* es otro nombre de *Dibón* (v. 2), pero ha sido alterado para constituir una aliteración con *dam,* sangre. Aun así, la ira de Dios no se habrá apartado:

todavía vendrán *«males mayores: un león sobre los que escapen de Moab y sobre los que queden en su suelo»*. La desolación no puede ser más completa.

CAPÍTULO 16

En este capítulo se continúa y concluye la carga de Moab. I. El profeta da un buen consejo a los moabitas: Que se reformen y, en particular, que sean bondadosos con el pueblo de Dios, para que no se lleven a efecto los castigos con los que anteriormente se les amenaza (vv. 1–5). II. al temer que no van a seguir este consejo, procede a predecir la devastación del país dentro de tres años (vv. 6–14).

Versículos 1–5

Dios ha puesto siempre en claro que no se deleita en la ruina de los pecadores, y les dice lo que tienen que hacer para impedir tal ruina; así lo hace aquí con Moab.

1. Les aconseja que sean buenos con la casa de David y paguen el tributo que antaño se comprometieron a pagar (v. 1): *«Enviad corderos al gobernador* (hebr. *moshel) de la tierra»*. Slotki hace notar que los moabitas, «al llegar a Edom, que estaba bajo la influencia política de Judá, piden asilo a Jerusalén», y llama al rey de Judá «gobernador de la tierra», es decir, de Edom, porque «el rey de Judá era también el gobernador virtual de Edom». Es de recordar que David había hecho tributarios suyos a los moabitas (2 S. 8:2). Después pagaron el tributo a los reyes de Israel (2 R. 3:4), y lo pagaban en corderos o en lana. Ahora Isaías les aconseja que paguen ese tributo a Ezequías, *desde Sela* (que significa *roca*—¿quizá Petra, ciudad de Edom?; v. 2 R. 14:7—) *que está en dirección al desierto, hasta el monte de la hija de Sion,* la ciudad de David. Es un consejo parecido al que Daniel dio al rey Nabucodonosor (Dn. 4:27) cuando le leía la sentencia. Esto es aplicable al gran deber que todos tienen de someterse, por fe, a Cristo, el gran gobernador de toda la tierra: Cuando nos llegamos al gran Rey, nuestro Dios, hemos de llegarnos en el nombre del Cordero de Dios. *Las hijas de Moab* (v. 2), es decir, los habitantes de las ciudades provinciales de Moab, en su huida del país, tratarán de hallar refugio *en los vados de Arnón,* río que constituía la frontera, y escapar como *«nidada dispersa»,* como aves a medio pelo que son espantadas.

2. Se pide a los israelitas que se porten amablemente con los refugiados de Moab (M. Henry lo ha entendido al revés—nota del traductor—). Las frases del versículo 3 y ss., *«Da un consejo, facilita una decisión …»,* las pronuncian, pues los moabitas (mejor dicho, su país, Moab, personificado). La situación en que se hallaban, al huir de los asirios, era crítica. En su huida necesitaban refugio y protección. Esto es lo que se simboliza en los versículos 3b, 4 como *sombra y escondedero,* y eso es lo que Moab pide a Israel (v. 4): *«Moren contigo mis fugitivos …».* El *devastador, atormentador y pisoteador* (v. 4b) es el asirio. *«No entregues,* le dice a Israel, *a los que andan errantes»* (v. 3b), en contraste con lo que hicieron los edomitas (Abd. vv. 13, 14).

3. Esta petición de misericordia para los fugitivos de Moab conduce a Isaías (v. 5) a profetizar *«un trono establecido sobre la misericodia* y, sobre el trono, *asentado firmemente uno de la dinastía* (lit. *de la tienda) de David, que juzgue y busque justicia* (que juzgue con justicia y defienda los derechos), y *esté presto a obrar con rectitud»*. En un primer plano, esto se cumplía en Ezequías, rey piadoso, justo y lleno de compasión, pero las frases apuntan al Mesías en su reino milenario. Dice Moriarty: «El pensamiento se proyecta en el futuro, y anuncia al rey mesiánico, en cuyo reinado florecerán la justicia y la rectitud (Sal. 89)».

Versículos 6–14

La petición de Moab es rechazada.

1. En un rápido giro, vemos ahora los pecados de que se acusa a Moab (v. 6): El orgullo, con sus múltiples facetas: *soberbia, arrogancia, altivez y falsas jactancias. «Hemos oído,* dice el profeta, *la soberbia de Moab.»* Como si dijese: «Todo el mundo la conoce». Y, como suele ocurrir con los

orgullosos, eran también *altivos,* de mal genio y quisquillosos, *y falsamente jactanciosos,* es decir, mentirosos, pues se jactaban de lo que no eran ni tenían. Es probable que el orgullo haya llevado a la ruina mayor número de almas que ninguna otra pasión.

2. A continuación vemos los castigos con que Moab es amenazado (v. 7): *«Por tanto,* en castigo de su gran orgullo, *aullará Moab* (los moabitas) *por Moab* (por su país)». *«Gemiréis,* dice a continuación, dirigiéndose directamente a ellos en segunda persona, *por las tortas de pasas de Quirjaréset»* (v. 7b). Se hacían con pasas y harina y eran consideradas como la confitura más delicada (v. Cnt. 2:5). Comenta Moriarty que «se consumían en las fiestas paganas y tal vez se ofrecían a la diosa cananea Aserá (Os. 3:1)». Dichas deliciosas tortas no estarán ya más al alcance de los moabitas, porque habrán desaparecido tanto las viñas de donde salían las pasas como los campos de cereal de donde salía la flor de harina. En efecto:

(A) *«Los campos de Jesbón* (v. 8) *se han marchitado, la vid de Sibmá»* (lit). Eran unas vides tan escogidas que se habían extendido por todo el país, *llegando a Yazer* por el norte, *al desierto* por el este, y *hasta el otro lado del mar* (del mar Muerto) por el oeste.

(B) Desaparecidos los campos fértiles y las viñas de escogidas vides, no cabe sino llanto y lamentación (v. 9). *«Quitado es el gozo y la alegría del campo fértil»* (v. 10). Cesan los cánticos de los que vendimiaban, así como de los que pisaban las uvas en el lagar. Si se destruyen las viñas y las higueras, se acaba la alegría de todo corazón carnal (Os. 2:11, 12). Pero una persona espiritual puede regocijarse en el Señor como en el Dios de su salvación incluso cuando no florece la higuera ni hay fruto en la vid (Hab. 3:17, 18).

(C) El profeta mismo se siente conmovido por esta desolación (v. 11): *«Por eso, mis entrañas vibran como un arpa por Moab, y mi interior por Quir-jares* (es el mismo Quir-jaréset del v. 7)». Todo creyente sincero debe lamentarse, no sólo por las aflicciones de sus hermanos en la fe, sino también por las del mundo en general (v. 15:5).

3. En los versículos 12–14, vemos la insuficiencia de los dioses de Moab para proteger a los moabitas: *Cuando fatigados, ya sea* por *la guerra, ya sea por llegar* pronto *a* los *lugares* altos donde celebraban sus cultos paganos (comp. con 15:2), *acudan allá a orar a sus* ídolos, *no les valdrá* (lit. *no prevalecerá).* Comenta Slotki: «Ni la defensa física (o adoración) en *el lugar alto,* ni la oración a sus ídolos *en su santuario salvarán a un* pueblo *al* que el Señor *ha* condenado». Dios *ha* determinado (v. 13) la destrucción de Moab dentro de tres *años* (v. 14) y *tal* destrucción se llevará a cabo puntualmente, *como los años de un jornalero* (comp. con 21:16), es decir, tan puntualmente como se termina el tiempo en que se ha concertado el alquiler de un jornalero, el cual no es como el esclavo que trabaja a tiempo completo.

CAPÍTULO 17

Siria e Israel se habían coligado contra Judá (7:1, 2), por lo que, en este capítulo, tras la carga de Damasco, capital de Siria, se le va a leer la sentencia a Israel también, aunque a éste será mezclada con misericordia. I. Se predice la destrucción de las grandes ciudades de Siria e Israel (vv. 1–5, 9–11). II. En medio del juicio, es recordada la misericordia hacía Israel, con una promesa de que será preservado de las calamidades un remanente al que le irá bien (vv. 6–8). III. Se anuncia la derrota del ejército asirio a las puertas de Jerusalén (vv. 12–14). En el orden cronológico, este capítulo habría de ir después del 9, pues la destrucción de Damasco, que aquí se predice, aconteció durante el reinado de Acaz (v. 2 R. 16:9).

Versículos 1–5

Tenemos aquí «*la carga de Damasco»* (lit.); la paráfrasis caldea lee: *La carga de la copa de la maldición para que la beba Damasco;* y, como las diez tribus israelitas del norte se hallaban confederadas con Siria, había de esperar compartir esta copa de Damasco.

1. Damasco mismo, la capital de Siria, ha de ser destruida; sus casas serán incendiadas; sus muros, puertas y fortificaciones han de ser demolidos; sus habitantes serán deportados. De esta forma, *«a Damasco le es quitado el ser ciudad»* (v. 1, lit.). Las ciudades del país serán abandonadas por sus habitantes (v. 2), de forma que lo que estaba destinado a ser morada de seres humanos, *«serán para los*

ganados … y no habrá quien los espante». Dice Slotki: «Quizás hubo un Aroer en el reino de Siria; pero si es una referencia al bien conocido Aroer sobre el Amón en el sur (Nm. 32:34; Dt. 2:36), el versículo debe aplicarse al reino de Israel al que dicha ciudad perteneció un día».

2. También los fortines de Israel dejarán de existir (v. 3). Los sirios eran los que llevaban la voz cantante en la confederación contra Judá y, por tanto, habían de sufrir los primeros el castigo, un castigo más severo. Ahora le toca a Israel ser *debilitado y enflaquecido* (v. 4). En cuanto al versículo 3, Slotki demuestra, con base en la acentuación, que su versión debe ser como sigue: *«También dejará de existir el baluarte de Efraín, y el reino de Damasco y el remanente de Siria; serán como la gloria de los hijos de Israel, dice Jehová de las huestes»*. Quedarán en una condición tan vil y despreciable como la de Israel. ¿Cómo quedará *la gloria* (es decir, el poder y la riqueza) de Israel? ¡Débil y flaca! (v. 4), sin poder y sin riqueza. Israel murió de consunción gradual, hasta quedarse en la piel y los huesos, como *«un rebusco de espigas»* (v. 5), pues la mayor parte de la cosecha se la habrá llevado el asirio.

Versículos 6–8

Al hacer un paréntesis en medio del juicio, el profeta intercala un puñado de misericordia, pues habrá un remanente que escapará de la ruina general del reino de las diez tribus. Los mansos de la tierra quedaron escondidos en el día de la ira del Señor, y sus vidas quedaron a salvo por su retirada a la tierra de Judá.

1. Serán sólo un pequeño resto, sellado para ser preservado (v. 6): *«rebuscos como cuando sacuden el olivo»*. La masa del pueblo habían de ser deportados, sacudidos por la vara de Asiria, pero quedarían *«dos o tres olivas en las ramas de la punta»*, fuera del alcance de los que sacuden el olivo; eso es todo.

2. Serán un santo resto (vv. 7, 8), pues se habrán arrepentido de sus pecados y habrán abandonado sus ídolos, volviéndose a su Dios, al Santo de Israel (comp. con 1 Ts. 1:9). Mirarán hacia su Hacedor, al Dios que hizo de ellos un pueblo y una nación (comp. con 51:13; 54:5); reconocerán Su mano, aflictiva y curativa, en todos los acontecimientos concernientes a ellos, y se someterán voluntariamente a esa mano. Mirarán desde sus ídolos, *obra de sus manos* (v. 8), al Dios de quienes ellos son obra; de lo que veneró su fantasía, al Dios que ha de ser adorado en Su realidad.

Versículos 9–11

Aquí vuelve el profeta a predecir la desolación que el ejército asirio iba a producir en Israel. Aun las ciudades fuertes, que deberían haber protegido el país, no habrán sido capaces de protegerse a sí mismas (v. 9) y quedarán *abandonadas, como lo fueron las de los jiveos y los amorreos,* cuando los israelitas, con Josué a la cabeza, echaron de sus ciudades a los habitantes de Canaán. Así como los cananeos huyeron entonces de los israelitas, así huirán ahora de los asirios los israelitas. El país quedará desolado (v. 9, al final). ¿Por qué? *«Porque te olvidaste* (vv. 10, 11) *del Dios de tu salvación,* del que tantas veces te ha salvado, y *no te acordaste de la roca de tu refugio,* de la que ha sido tantas veces tu protección y tu refugio, y sin la cual habrías sido quebrantado hace mucho tiempo». Por eso, lo que Israel plante será fruto de desgracia, pues *«la cosecha será un montón de ramas* (lit.) *en el día de la angustia y del dolor desesperado»* (v. 11b). Tanto Moriarty como Slotki ven en las *plantas hermosas* (lit. *plantas de agrado)* del v. 10b esquejes dedicados al dios de la vegetación, el Adonis de los griegos (el Tamuz de Ez. 8:14). Dice Moriarty: «Como estos esquejes simbolizan los abominables cultos de la fertilidad, no darán frutos, y la única cosecha que habrá será de desgracias».

Versículos 12–14

En estos versículos se lee la sentencia de los que despojan al pueblo de Dios; aquí, la referencia es a los asirios: Si se llevan cautivo al pueblo de Dios y dejan desolado el país, que sepan que lo que les espera a ellos es la ruina. El ejército asirio estaba compuesto de soldados de muchas nacionalidades *(«multitud de pueblos»*—v. 12—), que, por su número y por el ruido que hacían (¡siete veces se repite en los versículos 12 y 13 algún vocablo que indica ruido!), pensaban que podían amedrentar al pueblo de Dios. No hay más que ver el ruido que hacían tanto las arengas del Rabsaces como las cartas de Senaquerib a Ezequías. Pero en eso paró todo aquello, en ruido, pues, ante *la reprensión de Dios* (v. 13), *huyeron lejos.*

Senaquerib, el Rabsaces y el resto de sus tropas huyeron presa de sus propios terrores, *ahuyentados como el tamo de los montes delante del viento* (comp. Sal. 1:4). Para poner de relieve la rapidez con que fueron deshechos los ejércitos asirios, el profeta declara en siete vocablos hebreos la prontitud con que se cambiaron las tornas (v. 14): Al atardecer, el enemigo asirio infundía terror; antes de amanecer el día siguiente (para los judíos, el mismo día), el ejército asirio había dejado de existir (v. 2 R. 19:35). El sueño de aquella noche fue para los asirios demasiado profundo (Sal. 76:5, 6).

CAPÍTULO 18

Cualquiera sea la región designada con la expresión de «zumbido de alas», Dios va a entrar en guerra con ella en atención a Su pueblo. I. Amenazan al pueblo de Dios (vv. 1, 2). II. Se invita a todos los países circunvecinos a presenciar el resultado (v. 3). III. Aun cuando Dios parece desentenderse, por algún tiempo, de la aflicción de Su pueblo, aparecerá en escena, a la larga, contra los enemigos de Israel y los exterminará (vv. 4–6). IV. Finaliza el capítulo con una profecía que tendrá cumplimiento especial en el reino milenario (v. 7).

Versículos 1–3

1. A pesar de la expresión *«más allá de los ríos de Etiopía»* (v. 1), no es probable que Isaías se refiera a ninguna otra nación. Moriarty hace notar que fueron etíopes los reyes de la XXV dinastía de Egipto, «que dominó la nación después del 714. Habían venido a persuadir a Ezequías a que se rebelase con ellos contra Asiria». Los versículos 1 y 2 quedan así perfectamente claros. «Zumbido» es, en hebreo, *tsitsal*, con lo que se muestra la gran afinidad con *tsatsalya*, término con el que los nativos del valle del Nilo designan a la temida mosca *tsetsé.* Con respecto a la embajada que menciona el versículo 2, dice Slotki: «Algunos asocian la embajada con Tirhaca, rey etíope, contemporáneo de Senaquerib y Ezequías (cf. 37:9 y ss.). Parece ser que este rey pensó que iba a proteger a los judíos, como si fuese a ponerlos *bajo la sombra de sus alas* mediante un poderoso ataque al rey de Asiria, cuando éste ponía asedio a Jerusalén (2 R. 19:9), pero Dios iba a usar una maniobra muy diferente para proteger a Jerusalén».

2. A esto se refiere la embajada que vemos en el versículo 2. Los enviados de Etiopía vienen a Jerusalén a consultar con el rey de Judá acerca de la estrategia que había de seguirse para resistir al rey de Asiria. Pero Isaías va a decirles (vv. 3–7) que el Dios de Israel está velando por Su pueblo y pronto se las habrá con las bravatas del asirio y el poder y número de sus fuerzas armadas.

3. En el versículo 3 vemos la convocación que el profeta, en nombre de Dios, hace a *todos los moradores del mundo* a que se apresten a contemplar el glorioso espectáculo de lo que Dios se dispone a hacer con el ejército asirio. Jehová de las huestes va *a levantar bandera,* como señal de convocación a las armas, y *a tocar trompeta,* como señal de que va a empezar la batalla.

Versículos 4–7

1. La seguridad que Dios da a su profeta, para que éste la comparta con el pueblo, de que, aun cuando por algún tiempo les habrá parecido que se estaba quieto como un espectador al que nada le va en el asunto, ahora se pondrá a actuar para consuelo de Su pueblo y confusión de los enemigos de Su pueblo (v. 4): *«Porque Jehová me dijo …».* Isaías no tiene por qué temer nada ni de Asiria ni de Egipto. (A) Primero (v. 4b), Dios se estará quieto, pero madurará en silencio sus planes contra Asiria, del mismo modo que el calor del sol y el rocío de los cielos hacen madurar los frutos de la tierra. (B) Cuando Asiria piense que la caída de Jerusalén es cosa segura, como fruto maduro (v. 5), Dios tomará en su mano la podadera y *quitará las ramas inútiles* antes de dar el golpe final al ejército asirio. Contra el parecer de M. Henry—nota del traductor—y del rabino Slotki, opino, con Moriarty, que el texto se refiere aquí a Egipto. Dice Moriarty: «En el tiempo fijado por Jehová, los brotes y los sarmientos de la viña (Egipto) serán cortados con la podadera de la justicia divina. Parece aludirse aquí oscuramente a las aspiraciones de Egipto sobre

el occidente de Asia, aspiraciones que había que podar. Asiria no alcanzará su apogeo militar hasta que Jehová intervenga y destruya a Egipto».

2. El versículo 7 se abre con una frase *(«En aquel tiempo …»)* que no suele indicar precisamente una sincronización con lo que precede, sino que más bien designa vagamente un nivel temporal diferente. En este caso concreto, toda la fraseología del versículo 7 proyecta hacia el futuro reino milenario del Mesías el cumplimiento de lo que aquí se dice. Como advierte Ryrie, la *ofrenda* de que se habla en dicho versículo 7 no es un *presente* que los etíopes traerán al Señor, *al monte de Sion* (comp. con Ap. 14:1; 21:26), sino que *ellos mismos* serán dicha ofrenda, al rendir pleitesía al Señor. En efecto, el versículo 7 comienza así literalmente: *«En el tiempo aquel, será traído un presente a Jehová de las huestes: Un pueblo alto, etc.».*

CAPÍTULO 19

Asiria fue una vara para herir a Judá. Egipto fue una caña rajada, con la que Judá fue engañado. Con ambos se las hubo Dios. Aquí tenemos la carga de Egipto: I. Había de ser abatido, y había de arrostrar el desprecio de las naciones tanto como ahora gozaba de gran consideración por parte de ellas (vv. 1–17). II. El profeta contempla luego el tiempo en que, al igual que Etiopía (18:7), también los egipcios y los asirios temerán y servirán al Dios verdadero durante el reinado milenario del Mesías (vv. 18–25).

Versículos 1–17

A pesar de que Egipto había sido casa de esclavitud para Israel, los incrédulos judíos del tiempo de Isaías confiaban en la ayuda de Egipto (30:2) y allá se fueron, en clara desobediencia al expreso mandato de Dios, cuando las cosas llegaron a su último extremo en su propio país (Jer. 43:7). El propio Rabsaces les había advertido que Egipto era *una caña rajada* (36:6). Mientras pensaban en la ayuda de Egipto, estos judíos no tenían en cuenta los juicios de Dios, sino que dependían de Egipto para su seguridad. Por eso, para poner fin a este desatino, Dios va a sentarle la mano a Egipto.

1. Los dioses de Egipto serán totalmente incapaces de salvar a su pueblo (v. 1): *«Jehová monta sobre una ligera nube y está llegando a Egipto; y los ídolos de Egipto temblarán delante de Él …».* Con todos los arreos de su majestad, Dios va como juez a condenar y castigar a Egipto. En todo este oráculo contra Egipto no se menciona la invasión de ningún país enemigo desde el exterior; Dios mismo, Él solo, va a herir a Egipto *y hará temblar a sus ídolos.* Isis, Osiris y Apis, los ídolos de Egipto, serán incapaces de ayudar a sus adoradores; éstos (v. 3) les consultarán, lo mismo que a sus hechiceros, etc., pero en vano.

2. El ejército egipcio, tan renombrado por su bravura, *se derretirá* de miedo (v. 1b), como la cera al calor del fuego; *«el ánimo* (lit. *el espíritu) de Egipto se desvanecerá en medio de Él»* (v. 3). *«Serán como mujeres»* (v. 16), es decir, tímidos y débiles. La menor alarma los asustará y les pondrá en fuga.

3. Ellos mismos se enredarán en mutuas discordias (v. 2). No habrá necesidad de que venga a pelear contra ellos ningún ejército extranjero, pues ellos mismos se destruirán unos a otros. Egipto estaba entonces dividido en doce provincias, pero Psammético, el gobernador de una de ellas, se hizo el amo de todas tras de enfrentarlas a unas con otras. Un reino dividido entre sí con tales discordias, pronto había de ser presa de la desolación.

4. La política de su gobierno había de parar en planes disparatados, y Dios iba a destruir esos planes (v. 3b). Al enemistarse unos contra otros, cada uno ponía de relieve su propia estupidez; así que la divina providencia los va a tratar a todos como a *locos* (v. 11). Los nobles de Egipto se jactaban de su antigüedad, al registrar una sucesión de dinastías que se remontaba a 10.000 años antes. Según Herodoto, Egipto se jactaba de ser varios millares de años más antiguo que cualquier otra nación. Esto se adivina al final del versículo 11. Pero el profeta les pregunta (v. 12): *«¿Dónde están ahora aquellos tus sabios?»* Si tan sabios son, que les digan lo que Dios ha determinado sobre Egipto, para que así puedan prepararse convenientemente para la lucha. Pero tan lejos están de poder hacer eso que, en realidad, están preparando la ruina de Egipto y aun apresurándola (v. 13). Sus príncipes, no sólo *se han entontecido y engañado a sí mismos,* sino que *han engañado a Egipto* (v. 13b) y *le han hecho errar en todas sus empresas* (v. 14).

¡Triste cosa es que, quienes están puestos para velar por la seguridad de su país, sirvan para apresurar su destrucción!

5. La vara del gobierno se convertirá en serpiente de tiranía y opresión (v. 4). *Dios los va a entregar en manos de un amo duro, de un rey violento,* no de un extraño, sino de alguien que reinará por derecho hereditario. De la misma opinión que M. Henry—nota del traductor—es Moriarty, quien comenta: «Probablemente el etiope Pianhi, cuya estela al conmemorar su avance hacia el Mediterráneo, alrededor de 725, puede verse en el museo de El Cairo». En cambio, Slotki dice: «Algunas autoridades han sugerido que se trata de Cambises o de Jerjes; otros piensan en Esarhadón o Asurbanipal, que saquearon Egipto en los años 672 y 662 respectivamente». Ryrie asegura: «Esarhadón de Asiria, que conquistó Egipto el 671».

6. Egipto es famoso por su río Nilo, que es su riqueza y su fuerza, pero aquí (v. 5) se le amenaza con que *«las aguas del mar faltarán, y el río se agotará y secará».* La prosperidad del país dependía por entero del Nilo. Si el río se secaba, la fértil tierra pronto se convertiría en un árido desierto (v. 7). Si la caña y el carrizo (v. 6) se iban a marchitar, ya que estaban a la orilla del río, ¡cuánto más el cereal, que estaba a mayor distancia del agua! Las aguas no se iban a secar con las plantas de los pies de los soldados asirios de lo que Senaquerib se jactaba (37:25), sino con el soplo de la providencia de Dios, que *cambia los ríos en desierto* (Sal. 107:33). Al secarse los ríos habían de morir los peces (Sal. 105:29), con lo que *los canales apestarán* (v. 6) y la industria del pescado sufrirá la más completa bancarrota (vv. 8–10). A esto se añadirá la perversidad de reyes y magnates, los cuales desviarán las aguas del río para su propia comodidad. Cuenta Herodoto que el Faraón Neco, en su proyecto de hacer un paso navegable desde el Nilo hasta el mar Rojo, estropeó el río, perdió 120.000 de sus hombres y dejó sin llevar a buen término su proyecto.

7. Egipto era famoso también por su industria textil, pero también ésta iría a la ruina. Los mercaderes de Salomón compraban lienzos en Egipto (1 R. 10:28). Este país disponía del mejor lino del mundo y de las más hábiles manos para trabajarlo, pero también *«los que trabajan el lino fino … serán confundidos»* (v. 9). La calamidad se extenderá a todos los oficios y a todas las clases sociales (v. 15): «Y *no le saldrá bien a Egipto cosa alguna que haga la cabeza o la cola, la palmera o el junco»* (v. 9:13).

8. La consternación del pueblo será general (v. 16): Los hombres más valientes serán *como mujeres,* débiles y tímidos, lo cual es evidencia de decadencia y ruina. En cuanto se enteren (v. 17) de las desolaciones que el ejército asirio está llevando a cabo en las ciudades de Judá, sacarán la conclusión de que les va a llegar pronto a ellos el caer como presa del asirio. Verán en ello (v. 16b) *la mano levantada de Jehová de las huestes* contra ellos mismos como lo está contra Judá. Porque *si el juicio comienza por la casa de Dios* (1 P. 4:17), ¿dónde y cómo terminará?

Versículos 18–25

Por entre las densas nubes de la amenaza profética se abren paso los rayos del sol de justicia, que es un sol de misericordia. Dios tiene en reserva mucha misericordia para Egipto y hará que, un día, Egipto adore al único verdadero Dios. Esto se ha ido cumpliendo parcialmente y de maneras muy diversas desde el tiempo mismo de Senaquerib hasta nuestros días, pero su pleno cumplimiento sólo se llevará a cabo en el reino milenario del Mesías. Ya hubo algunos judíos que, al huir a Egipto cuando Senaquerib invadió sus ciudades, se llevaron allá su religión. Más tarde, según el testimonio de Flavio Josefo, Onías, el hijo del sumo sacerdote Onías, que vivía ilegalmente en Alejandría, obtuvo de Tolomeo VI Filométor (186–145 a. de C.) y de la reina madre Cleopatra I permiso para edificar, en Bubastis de Egipto, un templo, semejante al de Jerusalén, dedicado al Dios de Israel; para obtener tal permiso, invocó precisamente la profecía del versículo 19. Sin embargo, como dijimos más arriba, su pleno cumplimiento se realizará en el reino milenario.

1. *«Hablarán la lengua de Canaán»* (v. 18), el lenguaje santo de la Sagrada Escritura del Antiguo Testamento. No sólo la entenderán, sino que la hablarán. *Cinco ciudades de Egipto la hablarán, lo* que indica que habrá muchos judíos en Egipto, hasta llenar pronto cinco ciudades. *«Una* (de ellas) *será llamada la ciudad de la destrucción»* (v. 18, al final); es decir, de la destrucción de la idolatría. Esta versión está en consonancia con la lectura más probable del texto hebreo, que dice *ir haheres*. Pero hay muchos MSS que leen *ir hajeres*, ciudad del sol, con lo que la ciudad (por cierto, una de las más antiguas de Egipto) sería Heliópolis, que, en griego, significa «ciudad del sol». Allí se veneraba, como dios, al sol

y era una de las ciudades más infames por su idolatría, pero incluso allí (si se retiene la lectura «ciudad de la destrucción») habrá una admirable reforma moral y espiritual.

2. *«Jurarán* (v. 18b) *por Jehová de las huestes»,* lo cual indica, no sólo respeto al nombre del Dios verdadero, sino también su compromiso solemne a procurar Su honor y dedicarse a Su servicio.

3. Establecerán en su propio país el culto público al dios de Israel (v. 19): *«Habrá un altar para Jehová en medio de la tierra de Egipto»,* un altar en que *harán sacrificio y oblación* (v. 21, comp. con 56:7; 60:7; Zac. 14:16–18).

4. La verdadera religión campeará en Egipto, pues no sólo se hallará en el corazón del país, sino que *habrá* (v. 19b) *un monumento a Jehová junto a su frontera,* con lo que proclamará que el verdadero Dios es su fortín y baluarte.

5. Al seguir con Egipto la misma pauta providencial que con Israel, Dios no los destruirá, sino que los castigos que les imponga cuando se desvíen, en algo, del camino recto, serán *«medicinales»* (v. 22): Cuando *se conviertan a Jehová, les será propicio y los sanará* finalmente.

6. El conocimiento de Dios prevalecerá en Egipto (v. 21). Dios comenzó a ser conocido respetuosamente en Egipto cuando, dos siglos antes de Cristo, se hizo en Alejandría de Egipto la versión griega del Antiguo Testamento (la versión de los LXX o *Septuaginta).* Pero el conocimiento de que aquí se habla, como se ve por todo el contexto, sólo será una realidad plena en el reino milenario.

7. Con el conocimiento del verdadero Dios, vendrá la paz con sus vecinos (vv. 23–25). Dice Slotki: «Existirán cordiales relaciones entre Asiria y Egipto *("un camino real"—"calzada"* en la RV—), quienes se unirán a Israel en una triple alianza en el Reino de Dios que culminará en una bendición universal». El mutuo intercambio amistoso entre Egipto y Asiria se echa de ver en toda la fraseología del versículo 23. La frase del versículo 24, *«En aquel tiempo* (recuérdese el comentario a 18:7) *Israel será tercero con Egipto y con Asiria …,* no significa que Israel sea el tercero en rango nacional ni espiritual, sino que entrará en alianza con Egipto y Asiria cuando éstos hayan hecho ya su mutua alianza: *Israel será el tercero* en entrar en esta Sociedad de Naciones.

8. Esta triple alianza (v. Ec. 4:12) será (v. 24, al final) *«para bendición en medio de la tierra».* Los que tienen comunión espiritual con un mismo Dios y a Él se allegan ante el trono de la gracia, por fuerza deben amarse y servirse mutuamente, y poner fin a todas las disputas y animosidades. Aunque Egipto fue para Israel «casa de esclavitud», y Asiria un cruel e injusto invasor de Israel y Judá, todo esto se habrá olvidado y perdonado y, lo mismo que Israel, Egipto y Asiria serán bien acogidos por Dios. Los que son tomados bajo la protección de Dios, son igualmente pueblo Suyo.

CAPÍTULO 20

Este capítulo es una predicción de la deportación que multitudes de Egipto y de Etiopía habían de sufrir a manos del rey de Asiria. Tenemos aquí: I. La señal simbólica mediante la cual fue hecha esta predicción (vv. 1, 2). II. La explicación de dicha señal, aplicada a Egipto y a Etiopía (vv. 3–5). III. El buen uso que el pueblo de Dios hizo de eso, al aprender a no confiar jamás en brazo de carne, a fin de no caer en el engaño (v. 6).

Versículos 1–6

Aquí Dios, como Rey Supremo de las naciones, trae una dura aflicción sobre Egipto y Etiopía; pero, como Rey santo de Israel, saca de ello bienes para Su pueblo.

1. La fecha de la profecía. Fue el año en que Asdod, una ciudad fuerte de los filisteos, cayó en poder de los asirios (v. 1). Esto sucedió el año 711 a. de C. Era rey de Asiria Sargón. Tartán, Turtanu en asirio, significa «general en jefe». Fue enviado con Rabsaces a desafiar a Ezequías (v. 2 R. 18:17).

2. Como sucede con frecuencia en los profetas de Israel, Isaías se hizo en esta ocasión símbolo viviente de la devastación que los asirios iban a traer sobre Egipto. Dios ordenó a Isaías que *anduviese desnudo,* es decir, con el mínimo de indumentaria, y *descalzo* (v. 2) *por tres años* (v. 3). Isaías iba vestido de saco (v. 2b), esto es, de paño burdo o material peludo, como Elías (2 R. 1:8) y el Bautista (Mt. 3:4), en señal de duelo por el exilio de las diez tribus del norte. Pero aun esto se había de quitar, y quedar así en

paños menores, expuesto al ridículo de sus compatriotas, «con el atuendo propio de un prisionero de guerra» (Ryrie). Dios le ordenó esto para que fuese ejemplo de obediencia a Él, para confundir así la desobediencia del pueblo, y «para desaconsejar a Ezequías e impedir que se levantara desatentadamente contra Asiria» (Moriarty). Cuando vamos por el camino de la obediencia, podemos confiar en Dios tanto para nuestra seguridad como para nuestro prestigio.

3. La explicación de esta señal (vv. 3, 4). Tenía por objeto dar a entender que los egipcios y los etíopes habían de ser llevados cautivos por el rey de Asiria, desnudos y descalzos, tal como Isaías andaba. Dios llama al profeta (v. 3) *mi siervo Isaías,* por la rendida obediencia que le había prestado en esto como en otras cosas. Aunque para otros fuese objeto de burla por andar de aquella facha, Dios se gloriaba en él. Porque obraba en obediencia a Dios, Isaías no se avergonzaba de andar así durante tres años. En cambio, para los orgullosos egipcios, ser llevados cautivos, desnudos y descalzos, no podía ser mayor deshonra; por eso, se singulariza (v. 4, al final) lo de *«para vergüenza de Egipto»*.

4. El uso y aplicación de esto (vv. 5, 6). Otros países que estaban amenazados de ser presa de los asirios, como Filistea y el propio Judá, esperaban que Tirhaca, rey de Etiopía, pararía en seco el avance de las tropas asirias, y establecería una barrera de protección para ellos, y que Egipto, famoso por su alta política y su astucia, obligaría a los asirios a levantar el sitio de Asdod y retirarse. Pero, en lugar de conseguir estos objetivos, al intentar oponerse al rey de Asiria, sólo obtuvieron caer presa de él. Ahora estaban más asustados que nunca ante la creciente grandeza del rey de Asiria, para quien Egipto y Etiopía mostraban no ser otra cosa que zarzas y espinos lanzados al fuego con el objeto de apagar el incendio. Los judíos en particular se convencerían de su estupidez en querer apoyarse en cañas tan rajadas (v. 6). *El morador de esta costa* designa estrictamente a Filistea, pero el oráculo tiene por objeto llamar la atención especial de Judá. La conclusión que sacan no puede ser más correcta (v. 6b): Si los países en quienes poníamos la esperanza han parado tan mal, *¿cómo escaparemos nosotros?*

CAPÍTULO 21

En este capítulo tenemos una profecía de muy malos tiempos y de muy pesadas cargas: I. Sobre Babilonia, llamada aquí «el desierto del mar», de que había de ser destruida por los medos y los persas (vv. 1–10). II. Sobre Dumá, o Idumea (vv. 11, 12). III. Sobre Arabia, o Quedar (vv. 13–17).

Versículos 1–10

Ya vimos antes (cap. 13) una carga de Babilonia; aquí tenemos otra predicción de su caída. Babilonia aparentaba algunas veces ser amiga de Judá (como en 39:1), y Dios les advierte aquí que no deben confiar en esa amistad ni temer su enemistad. Babilonia está marcada para ser destruida; y todos cuantos creen a los profetas de Dios la pueden ver ya tambaleándose. Se la llama aquí (v. 1) *el desierto del mar,* por su situación cerca del Golfo Pérsico (según Slotki), o quizá «puede referirse a las marismas que había al sur de Babilonia» (Moriarty). Mientras la monarquía estuvo en manos asirias, Babilonia estuvo en la oscuridad por el brillo, la fama y la grandeza de Nínive; pero después llegó a ser la señora de los reinos. No obstante, ya antes del tiempo de su gran rey Nabucodonosor, Dios, por medio de Isaías, profetizó una y otra vez la ruina de Babilonia, a fin de que Su pueblo no se asustase al verla elevarse tan alto, ni desesperar de la liberación cuando se encontrasen allí deportados y cautivos (comp. con Job 5:3; Sal. 37:35, 36).

1. El poderoso ataque que los medos y persas habían de lanzar contra Babilonia (vv. 1, 2): Vendrá *del desierto* (v. 1—véase al principio—), *de una tierra de terror:* de Persia, que iba a ser el terror de Babilonia. *«Elam* (v. 2b) estaba situada al norte del Golfo Pérsico y al este del Tigris; Media se extendía al norte de Elam. Ciro gobernó primero sobre Ansán, al norte de Media, país que conquistó en 549 a. de C., y unió así ambos países en un solo reino» (Slotki). Estas fuerzas vendrían *como torbellino del Négueb* es decir, del sur, aunque *négueb* significa literalmente «seco». Como es corriente en tales casos, Ciro contaría con algunos desertores. Aun cuando las frases (v. 2): *«El violento usa violencia* (mejor que: *el traidor traiciona) y el saqueador saquea»* se refieren a Babilonia, cuentan los historiadores que Gadatas y Gobrias, dos altos oficiales del rey de Babilonia, se pasaron a Ciro y, buenos conocedores de las avenidas

de la ciudad, condujeron una parte del ejército medopersa directamente al palacio, donde fue muerto Belsasar.

2. Las diferentes impresiones que recibirían los que entonces se hallasen en Babilonia. No es fácil—nota del traductor—determinar quién expresa los sentimientos que se nos declaran en los versículos 3–5. Slotki da como interpretación posible el que Isaías exprese los sentimientos de las víctimas babilónicas, pero es más probable que sea el propio Isaías el que se siente abrumado de terror ante la visión que el Señor le ofrece. Este sentimiento, que le hace hasta compadecerse de lo mucho que van a sufrir los habitantes de Babilonia, contrasta con la irresponsable actitud del rey y de sus comensales (v. 5—*«comen, beben»*—, comp. con Dn. cap. 5). Esta opinión, que con razón goza del favor de la mayoría de los autores (incluido Slotki), se aviene mejor con todo el contexto posterior (vv. 5b–10).

3. El profeta, pues, ante el terrible espectáculo que contempla, espolea (v. 5b) a los estúpidos comensales del rey a que se levanten y se apresten a la batalla, porque *el Señor* (hebr. *Adonay)* le ha ordenado (v. 6) poner un centinela que de noticias sobre el avance medopersa hacia Babilonia. A pesar de la tercera persona (v. 8, «*Y él gritó»),* podemos asegurar que sigue hablando Isaías. Slotki hace notar el frecuente desdoblamiento de la personalidad durante el éxtasis profético. Al principio, no ve nada (v. 8b), pero de repente (v. 9) ve cómo se aproxima la cabalgata mencionada en el versículo 7. Uno de los que vienen (v. 9b) a caballo del campo de batalla, trae la noticia de la caída de Babilonia. La frase *«Cayó, cayó Babilonia»* se repite en Apocalipsis 14:8 y 18:2. Dice Ryrie: «Aun cuando el imperio babilónico fue derrotado en 539, Babilonia, en cuanto que representa todo lo que se opone a Dios, no será definitivamente destruida hasta la terminación del período de la Tribulación».

4. Isaías se dirige entonces (v. 10) a su pueblo, comunicándole lo que Dios le ha hecho ver. Llama a Judá *«trillado y aventado»,* dándole a entender que, aunque el tirano de Babilonia los había de oprimir, pisotear y aventar por todas las provincias de su imperio, la caída de Babilonia había de significar la liberación de ellos. La primera parte del v. 10 dice así literalmente: *«¡Oh mi pisoteado y el hijo de mi era de trillar!»* Aunque estas expresiones son de boca de Isaías, bien pueden considerarse como pronunciadas por el mismo Dios, y son sumamente consoladoras. El pueblo de Dios es la era de Dios. Los creyentes son el trigo de Dios, aunque los falsos profesantes sean únicamente paja y tamo. El trigo de la era de Dios ha de esperar ser trillado por las aflicciones y las persecuciones, pero aun entonces Dios lo reconoce como Suyo; no ha de temer, por tanto. Dios sabe lo que hace (v. Ro. 8:28).

Versículos 11–12

1. Esta profecía concerniente a Duma es muy breve y difícil de entender. Algunos piensan que Duma (hebr. *Dumáh)* era una ciudad idumea, y hasta suponen que sus habitantes descendían de un hijo de Ismael mencionado en Génesis 25:14 con ese nombre. Pero si tenemos en cuenta que Edom es conocido en el antiguo Egipto con el nombre de Aduma, y que Seír es siempre el monte con que se identifica a Edom, no cabe duda de que la profecía se refiere a este país.

2. Su aflicción es predicha aquí, no sólo para que les sirva de aviso, sino también como advertencia a Israel, a fin de que no se apoye en Edom, sino únicamente en Dios. La pregunta: *«¿Qué hay de la noche?»,* repetida (v. 11) para poner de relieve el interés de la persona que pregunta, es hecha a un *guarda* (el vocablo es diferente del que designa al centinela del v. 6), oficio semejante al del sereno o vigilante de noche.

3. La pregunta equivale a decir: «¿Cuánto queda por pasar de la noche con sus incertidumbres atemorizadoras? ¿Cuánto falta para que alboree la redención?» (Slotki). Los profetas y los ministros de Dios están puestos como guardas, como los guardas de una ciudad en tiempo de paz, para ver si todo está seguro y llamar a las puertas cuando hay sospecha de algún peligro interior («¿Están bien cerradas las puertas? ¿Están apagados los fuegos o las luces?, etc.»). También son como guardas en tiempo de guerra (Ez. 33:7), pues deben apercibirse del enemigo y dar la alarma.

4. El guarda (v. 12), como debe hacer todo ministro del Señor, no estaba dormido ni descuidado, y responde: *«La mañana viene y también la noche»* (lit.). La mañana simboliza liberación, paz, consuelo, oportunidad, etc. La noche, inseguridad, opresión, calamidad, etc. *«Mañana* de bendición para Israel; *noche* de juicio para Edom» (Ryrie).

5. Si enigmático es el proverbio anterior (comp. con Abd. vv. 1–9), más enigmática todavia es la segunda mitad del versículo 12: «*Si queréis inquirir, inquirid; volveos, venid*». Explica Slotki: «Aun

cuando ahora no se puede, o no se desea, dar una respuesta clara, podría repetirse con éxito la pregunta en algún día futuro». M. Henry hace la siguiente aplicación devocional: «Sed inquisitivos, sed penitentes, sed obedientes».

Versículos 13–17

Arabia era un extenso país, al oriente y al sur de Canaán. Los *dedanim* (v. 13) descendían de Dedán, hijo de Abraham por Cetura (o Quetura)—v. Gn. 25:3—. Los habitantes de *Temá* (v. 14) y de *Quedar* (v. 16) descendían también de Abraham, pero por Agar (Gn. 25:13, 15). Los árabes vivían en tiendas de campaña, cuidaban ganado y eran de gran resistencia para el trabajo y las incomodidades. Servían a los judíos como de muro de contención contra las naciones guerreras de más allá del este.

1. Se profetiza aquí también una *carga sobre Arabia* (v. 13). Al no estar acostumbrados a la guerra, no les quedaba otro recurso que huir (vv. 14, 15) ante el avance del enemigo asirio. Durante muchos años, los jefes árabes habían pagado tributo a Tiglatpileser III y a Sargón. A los habitantes de Temá (v. 14), que, probablemente, eran los vecinos más próximos de los dedanitas, se les exhorta a que *socorran con pan y lleven agua* a los fugitivos dedanitas, sedientos y hambrientos. Se supone que los de Temá atendieron a la petición de socorro que se les hacía y confortaron a los fugitivos. Aprendamos de aquí a compadecernos de los que están en algún aprieto y a prestarles toda la ayuda que esté al alcance de nuestras manos.

2. Al contrario que los dedanitas, los de Cedar, o Quedar (vv. 16, 17), eran buenos flecheros, como su antepasado Ismael (v. Gn. 21:20), pero, conforme a esta profecía, *la gloria de Cedar,* sus abundantes ganados, y *sus flecheros fuertes,* bien entrenados en el arco y avezados a la lucha, habían de disminuir considerablemente, hasta llegar casi a la extinción *en el plazo de un año* (v. 16). Para la frase *«conforme a los años de un jornalero»,* véase el comentario a 16:14. Este emplazamiento pudo ser de gran utilidad para los árabes, a fin de despertarlos a un sincero arrepentimiento y evitar así, como los de Nínive, la destrucción que se cernía sobre ellos, ratificada por la Palabra de Dios (vv. 16, 17).

CAPÍTULO 22

Este capítulo es «la carga del valle de la visión», Jerusalén. ¡Que escuche ahora Jerusalén su propia sentencia! Este capítulo concierne: I. A la propia ciudad de Jerusalén y a su vecindad (vv. 1–14). II. A la corte de Ezequías y a los funcionarios de tal corte (vv. 15–25).

Versículos 1–7

El título de esta profecía es *«carga del valle de la visión»* (v. 1). Jerusalén es llamada valle por estar rodeada de montañas, y la tierra de Judá tenía gran abundancia de valles. Es llamada *valle de la visión* porque allí era conocido el verdadero Dios, y los profetas conocían los designios de Dios por medio de visiones. Babilonia, por ser extraña al Dios verdadero, aun ser rica y grande, es llamada *el desierto del mar* (21:1); en cambio, Jerusalén, por confiársele los oráculos divinos, es *un valle de visión.* Ahora bien, la carga de este valle de visión no tiene por el momento la intención de anunciar su ruina, sino sólo darle un susto mayúsculo, pues no se refiere a su destrucción por mano de Nabucodonosor, sino al frustrado intento de conquista por parte del asirio (v. caps. 10 y 36). Veamos:

1. La consternación que la ciudad había de experimentar con la llegada del ejército asirio hasta las cercanías de la ciudad, mezclada con la necia seguridad de la mayoría de la población, que se subía a las azoteas (v. 1b) para presenciar el jolgorio de la calle (v. 2), donde se celebraba prematuramente la partida de los ejércitos de Senaquerib.

2. La vergonzosa huida (vv. 2b, 3) de los altos jefes militares, que huyeron desde todas las partes del país, abandonando las armas, hacia Jerusalén (comp. con 36:1), pero no les valió: *todos ellos fueron apresados juntamente.*

3. La gran pesadumbre que esto ocasionó a toda la gente seria; el propio Isaías se puso a llorar amargamente, sobrecogido por la visión del inminente desastre (vv. 4, 5), sin permitir que nadie viniese a prestarle consuelo. La expresión (v. 4b) *«la hija de mi pueblo»* es la única vez que ocurre en Isaías, aunque es frecuente en Jeremías y en Lamentaciones. Toda esta calamidad (v. 5) ha sido determinada por *el Señor, Jehová de las huestes,* en castigo por la infidelidad de Su pueblo. Es día (v. 5a) de *«congoja, pisoteo y confusión (o perplejidad)»* (lit.). Ninguna traducción puede dar adecuadamente la impresionante aliteración de los tres vocablos hebreos: *mehumah, umebusah, umebukhah*.

4. La gran fuerza del enemigo que había de poner sitio a la ciudad (vv. 6, 7). Elam, es decir, Persia, viene con abundancia de arqueros, de carros y de jinetes. Kir, esto es, los medos, saca el escudo para entrar en batalla. Slotki hace notar que «los escudos eran guardados en fundas de cuero cuando no se usaban». El profeta contempla ya (v. 7) llenos de carros de combate los hermosos valles que rodeaban Jerusalén, en los que solían pastar los ganados. Los jinetes enemigos acampan ya a las puertas de la ciudad, y cierran el paso a todos los que intenten traer provisiones a la ciudad.

Versículos 8–14

1. En este apuro, los judíos, en lugar de buscar la ayuda de Dios, se vuelven a una parte y a otra, llenos de pánico, en busca de defensa y de aprovisionamiento. *La casa del bosque* (v. 8b) era el arsenal que Salomón había construido con madera de cedro (1 R. 10:17). Trataron, sin éxito, de cubrir las muchas brechas (v. 9) que se habían multiplicado en Jerusalén, *la ciudad de David. «Y recogisteis* (v. 9b) *las aguas del estanque de abajo»,* es decir, «del depósito construido por Ezequías para recoger el agua que venía por el túnel de Siloé, que también había construido él» (Moriarty). El recuento de las casas (v. 10) tenía por objeto, según Slotki, «ver las que podían salvarse de la destrucción para ser usadas en la fortificación del muro», mientras eran derribadas (v. 10b) las que no servían para tal uso. En todo esto, *no miraron hacia el Señor* (v. 11b), al principal agente de este desastre, determinado por Él *desde mucho tiempo antes* (lit.). De Ezequías se dice (2 R. 18:5) que *«puso su esperanza en Jehová, Dios de Israel»;* en especial, en esta ocasión (2 Cr. 32:8). Pero sus cortesanos y altos jefes militares no miraban hacia el único de quien les podía venir el auxilio.

2. El gran desprecio a la ira y a la justicia de Dios (vv. 12–14). El designio de Dios al traer sobre ellos esta calamidad era humillarlos y hacer que se arrepintieran. En ese día de angustia (v. 12), Dios les llamaba a que mostrasen frutos dignos de arrepentimiento, a que hiciesen duelo y se dispusiesen a cambiar de conducta. Para eso les comunicaba Dios, por medio del profeta, los designios de Su providencia. Pero ellos, en lugar de hacer duelo y arrepentirse (v. 13), se daban al jolgorio en banquetes y orgías, y hacían incluso burla del profeta que les amenazaba con una segura destrucción. Dice Slotki: «La frase *("comamos y bebamos, que mañana moriremos"*—v. 13b—) bien pudo ser el eslogan de atrevidos juerguistas que querían gozarla mientras podían, pues la vida era corta y la muerte podía llegar en cualquier momento. Quizá fuese también una burlona indirecta del profeta a la ruina que les amenazaba». Por mi parte—nota del traductor—, y así parece haberlo entendido M. Henry, la frase de los juerguistas encierra una burla hacia las repetidas amenazas de destrucción que les hacía Isaías. El apóstol (1 Co. 15:32) aplica la frase a los que negaban la resurrección de los muertos. La falta de fe en la vida de ultratumba está en el fondo de la seguridad carnal y de la brutal sensualidad que son la vergüenza y la ruina de gran parte de la humanidad. Contra esta temeridad, Dios les sentencia (v. 14) que *«este pecado no será expiado hasta que muráis»* (comp. con Ro. 6:23). De Dios nadie se burla impunemente; las risas de un momento serán castigadas con una eternidad de llanto.

Versículos 15–25

Tenemos ahora una profecía concerniente al desplazamiento de Sebná, el mayordomo de la corte, y la promoción de Eliaquim a dicho cargo. Es probable que esta profecía fuese pronunciada al mismo tiempo que lo de la primera parte del capítulo y que comenzase a cumplirse antes de la invasión de Senaquerib, pues ahora era Sebná el mayordomo, mientras que entonces lo era ya Eliaquim (36:3) y Sebná había descendido al rango de escriba.

1. La profecía de la degradación de Sebná. Es llamado *ese mayordomo* (v. 15, lit.), donde el demostrativo hebreo indica desprecio. Según los judíos, este individuo era un traidor, que tenía

correspondencia secreta con el rey de Asiria y se había concertado con él para entregarle la ciudad en sus manos.

(A) Sus perversas cualidades pueden observarse aquí: su orgullo, su vanidad y su falsa seguridad (v. 16): «*¿Qué tienes tú aquí*, si eres un aventurero extranjero, o *a quién tienes aquí*, cuando no hay en esta ciudad ningún pariente tuyo, *para labrarte aquí un sepulcro … en lugar alto … en una roca,* como los más nobles de la aristocracia judía?»

(B) A tanta vanidad corresponde la sentencia de su degradación (vv. 17–19). Sebná ha querido asegurar bien su prestigio, para que su fama perdure después de su muerte, pero Dios va a destruir esa falsa seguridad arrojándole, como a una pelota, a un lugar extenso, más amplio que Judá, donde morirá desterrado. La fraseología hebrea de los versículos 17, 18a resulta difícil de entender por su densidad elíptica, pero la imagen es clara: Dios le va a dar vueltas y más vueltas, enrollándolo hasta hacer de él una bola para mejor arrojarle lo más lejos posible. En eso parará (v. 18b) su ostentación vanidosa, para vergüenza del rey que le había dado tan alto cargo, al ser un extranjero ambicioso y aventurero. Seguramente fue Acaz quien le promovió al oficio de administrador de palacio, pero la vergüenza recaía también sobre Ezequías, por conservarlo en el lugar que ocupaba indignamente.

2. La profecía de la promoción y caída de Eliaquim (vv. 20–25), *el hijo de Jilquías* (hebr. *Jilquiyahu).* Notemos lo que se dice de él:

(A) Dios le llama *mi siervo* (v. 20), aprobado por su comportamiento en otros puestos de la administración, por lo que el Señor le promueve al cargo que ostentaba Sebná. El profeta se lo declara a éste, de parte de Dios (vv. 19–21). Eliaquim recibe el atuendo que corresponde al cargo de administrador, por el que se convierte en *padre de la patria*, esto es, en «consejero, amigo y administrador benévolo (cf. Gn. 45:8)» (Slotki).

(B) Su gran autoridad desde dicho cargo se pone de relieve en las frases que leemos en el versículo 22, similares a las que hallamos en 9:6; Job 12:14 y Apocalipsis 3:7, e incluso en Mateo 16:19. Dice Slotki: «En aquel tiempo, una llave era un objeto grande y pesado que había de llevarse sobre el hombro». El poder de abrir y cerrar significa, según el mismo autor, «poseer el supremo poder en todos los negocios del Estado».

(C) Su larga permanencia en el cargo se pone de relieve en los versículos 23, 24. Será como una *clavija firme* (v. 23), que se hincaba en la pared para que sirviese de percha donde colgar la ropa, y como *asiento de honor* para toda su familia *(«la casa de su padre»).* Una percha y un trono tan honorables, que toda la parentela de Eliaquim, grandes y pequeños, hijos y nietos y, probablemente, los hermanos, los sobrinos y hasta los primos, se agarrarán a dicha *clavija* (v. 24) para disfrutar del honor y de los beneficios de toda índole que tan alto cargo podía proporcionarles.

(D) Es a la vista de estos detalles del versículo 24 como se debe interpretar el versículo 25. A primera vista, el contraste con el contexto anterior es tan fuerte, que el rabino Slotki se resiste a pensar que se trate aquí de Eliaquim y prefiere ver ahí, lo mismo que «muchos otros comentaristas, una vuelta a la referencia del despido de Sebná». Sin embargo, esta interpretación resulta demasiado forzada. Más acertado me parece—nota del traductor—el comentario de Moriarty: «El nepotismo fue la ruina de Eliaquim. No aparece claro si fue meramente separado del cargo o si fue destituido. Tal vez cayera en desgracia de Ezequías por haber favorecido el partido pro egipcio». La clavija que parecía tan segura cedió por fin por ser demasiado el peso que se quiso colgar de ella. M. Henry tiene una buena aplicación devocional, y hace ver que nuestro Señor Jesucristo, al tener la llave de la casa de David (Ap. 3:7), es *una clavija en lugar firme*, y que *la gloria de la casa de Su Padre* cuelga de Él. El alma que, por fe, se agarra a Cristo y pende de Él, por mucho que sea el peso de sus pecados, no puede perecer, pues no puede caer por los suelos el amor que Dios nos tiene en él (Ro. 8:39).

CAPÍTULO 23

Este capítulo contiene una profecía sobre Tiro (lit. *la carga de Tiro).* Se predice: I. La tremenda desolación de Tiro, a manos de Nabucodonosor y de su ejército, por el mismo tiempo en que fue destruida Jerusalén (vv. 1–4). II. La restauración de Tiro, pasados setenta años, y la vuelta de los tirios, desde su deportación, a sus anteriores negocios (vv. 15–18).

Versículos 1–14

Al ser Tiro puerto de mar, la profecía de su caída comienza y termina convenientemente con un «*¡Aullad, naves de Tarsis!*» (vv. 1, 14), pues todos sus negocios, su riqueza y su prestigio dependían de sus barcos. Si la industria naviera hacía quiebra, todos ellos estaban perdidos.

1. Vemos primero el florecimiento de Tiro. *Los mercaderes de Sidón,* que traficaban por mar, *la habían abastecido* anteriormente (v. 2). Sidón era la ciudad más antigua de Fenicia, situada también en la costa del Mediterráneo y un poco más al norte. Tiro fue al principio una colonia de Sidón, pero después la hija creció más que la madre. Egipto la había ayudado mucho a crecer (v. 3). *Shijor* es el nombre que se da al Nilo en el versículo 3. Desde ese río, y luego por el mar, los egipcios negociaban con Tiro; así que esta ciudad se hizo rica y grande con el comercio, sin otros arados que los que surcan las aguas. Era una *ciudad alegre* (v. 7), conocida por su jolgorio. Esto la hacía muy poco dispuesta a dar oídos a las advertencias que Dios le hacía por medio de los profetas. Su misma *antigüedad* (v. 7b) contribuía a que se sintiese segura. Era una ciudad tan ilustre que *repartía coronas* (v. 8), una vez que se había coronado a sí misma. *Sus negociantes eran príncipes; sus mercaderes, los honorables de la tierra,* respetados por todos, y en todas partes.

2. Vemos después su caída. No parece ser que esto le ocurriese por haber provocado a sus vecinos, sino más bien por haberlos tentado con sus riquezas; pero, si fue esto lo que indujo a Nabucodonosor a caer sobre Tiro, tuvo que salir muy decepcionado, ya que, después de haber aguantado el asedio por trece años, sus habitantes se marcharon por mar, llevándose todos sus bienes, de forma que no le dejaron a Nabucodonosor otra cosa que la ciudad desierta y desnuda. La destrucción fue completa: *No quedó casa* (v. 1). El profeta incita a Sidón *a avergonzarse, porque el mar* (v. 4) se queja de haberse quedado ahora sin naves que lo surquen, como una madre que se queda sin hijos, hasta el punto de olvidársele que en algún tiempo dio a luz (v. 4b). Egipto mismo se turba ante las nuevas que le llegan de la caída de Tiro (v. 5). Ya que tienen el mar al lado, lo mejor que pueden hacer es huir por mar al país más lejano, a España (v. 6), pues *Tarsis,* como sabemos, es el Tartessos que hubo cerca de Cádiz, donde ya tenían por entonces los fenicios una colonia.

3. El profeta les declara luego (vv. 9 y ss.) quién es el que ha traído sobre ellos este desastre: Lo ha hecho *Jehová de las huestes,* a fin de castigarla por sus pecados; especialmente, *por su soberbia* (v. 9). Dios trata de convencer a los hombres de cuáles son sus designios: Persuadirles de la vanidad e inseguridad de toda gloria terrenal, y mostrarles cuán pronto se marchita aun cuando parezca algo muy duradero. ¿Para qué se glorían los hombres de su erudición, de su pompa, de su poder y de su gloria? ¡Que contemplen las ruinas de Tiro y vean toda su gloria ensuciada, marchita y enterrada en el polvo! Como los señorones fenicios habrán perdido su poder opresor, los nativos de Tarsis (v. 10) habrán quedado libres para surcar el mar en todas direcciones, del mismo modo que el Nilo desborda todos sus bancales. *La mano de Dios* (v. 11) *está extendida sobre el mar,* de modo que a los fenicios no les valdrá refugiarse en Quitim, es decir, Chipre, porque *tampoco allí tendrá reposo.* Sidón, en el versículo 12, representa a todo el país, pero se la singulariza con el apelativo de *virgen* «porque nunca anteriormente había sido conquistada» (Slotki). El versículo 13 resulta muy oscuro en este contexto. La interpretación más probable es que, aunque Asiria (Senaquerib, el año 702 a. de C.) derrotaría a los caldeos (Babilonia), no habían de pensar los fenicios que el peligro caldeo había pasado. Más tarde, Babilonia había de levantar la cabeza bajo Nabucodonosor y conquistar las ciudades fenicias; en concreto, Tiro, pues, en la segunda parte del versículo 13, según Moriarty, «se describe el largo asedio por Nabucodonosor».

Versículos 15–18

1. En estos versículos aparece primero una restauración parcial de la gloria y de la riqueza de Tiro, después de *haber sido olvidada* en su desolación por espacio de 70 años, «desde la conquista de Nabucodonosor hasta la caída de Babilonia» (Ryrie). «*Los días de un rey,* dice Slotki, significan la longevidad ordinaria de un hombre, aunque sea rey (cf. Sal. 90:10); también puede significar el hebreo: "de un cierto rey", esto es, David, quien vivió setenta años».

2. La restauración parcial de Tiro aparece profetizada bajo un símil muy expresivo (vv. 15b, 16). Le va a suceder como a una ramera, que ha estado largo tiempo bajo corrección por su lascivia; pero en cuanto es puesta en libertad, vuelve a las andadas, y echa mano de todas sus artes de seducción. *Volverá a*

comerciar (v. 17) y *otra vez fornicará con todos los reinos del mundo,* es decir, a obtener subidas ganancias con la industria naviera como lo hacía antaño. El amor a las riquezas mundanas es una fornicación espiritual y, por eso, Santiago llama a los amigos del mundo *«almas adúlteras»* (Stg. 4:4). Al haber quedado Tiro destruida y olvidada por la conquista de Nabucodonosor, «recobró bajo los persas algo de su primitivo poder, hasta que Alejandro Magno demolió la ciudad isleña el año 332» (Ryrie).

3. La porción termina (v. 18) con una proyección profética hasta el reino mesiánico milenario (comp. con 60:5–9, así como con Sal. 72:10, 11; Mi. 4:13; Zac. 14:20). Las riquezas que entonces adquiera Tiro serán empleadas según la voluntad de Dios; ya no las emplearán para beneficio exclusivo suyo, sino que serán patrimonio de *los que moren delante de Jehová* (lit.), esto es, los justos. Esta proyección escatológica de la profecía encierra una aplicación útil en todos los tiempos: Hemos de entregarnos primero a nosotros mismos al Señor (comp. con 2 Co. 8:5) en santidad a Jehová, antes de que pueda ser ofrenda agradable a Dios todo lo que hagamos, tengamos y obtengamos. Cuando somos generosos en aliviar a los pobres, sostener a los ministros de Dios y fomentar la extensión del Evangelio, entonces nuestros *negocios y ganancias son consagrados a Jehová,* si en ellos intentamos sinceramente Su gloria.

CAPÍTULO 24

Los capítulos 24 al 27 constituyen un grupo aparte, «fuertemente marcado por su carácter general apocalíptico» (Slotki). Por eso, se les suele llamar «el Apocalipsis de Isaías». En este capítulo tenemos: I. Una descripción general del castigo final sobre la tierra (vv. 1–12). II. El gozo que, en aquel día terrible, sentirán los justos (vv. 13–15). III. Una desolación final, con los fenómenos cósmicos que la acompañan (vv. 16–23).

Versículos 1–12

Esta profecía nos presenta una escena muy oscura y melancólica.

1. La tierra queda desnuda (v. 1): *«He aquí que Jehová vacía la tierra y la despuebla …»,* como si fuese reducida al primer caos, *tohu y bohu;* de nuevo, confusión y vaciedad (Gn. 1:2). Otra vez, en el versículo 3: *«La tierra será enteramente vaciada y completamente saqueada».* Es cosa segura que «tierra», aquí, se refiere a todo el orbe. Por el pecado del hombre (v. 5), la tierra se ha echado a perder y se ha convertido en algo muy diferente de lo que fue al principio cuando Dios la creó. *El mundo* (hebr. *tebel)* significa aquí (v. 4) «las partes habitadas de la tierra» (Slotki).

2. Puesto que los hombres han echado a perder la creación de Dios, Él va a traer sobre la tierra todas las calamidades que aquí se mencionan. El mismo Señor que hizo la tierra fructífera y hermosa para el servicio y la comodidad del hombre, la pondrá entonces *vacía y despoblada* (v. 1), pues su Creador será también su Juez. *Jehová lo ha dicho* (v. 3b) y lo cumplirá.

3. Esta calamidad caerá por igual sobre todas las clases de personas (v. 2). Dice Slotki: «El hebreo es idéntico al de Oseas 4:9. Los otros paralelismos en este versículo insinúan que los sacerdotes formaban la clase dirigente». La dignidad y el rango no servirán de nada. Tanto los sacerdotes como los magistrados habían sido tan malvados como los demás; y si su condición especial no les había servido para refrenarse de pecar, ¿por qué les había de servir para librarse del castigo? Los que tienen dinero habrán de sufrir lo mismo que los menesterosos. Como sucede con la muerte, también la última calamidad medirá a todos por el mismo rasero.

4. Este tremendo juicio de Dios humillará el orgullo de los hombres (v. 4): *«Se marchitaron los nobles del pueblo de la tierra»,* por haber perdido lo que les sustentaba el orgullo. Se acabó la alegría y el jolgorio de todos los amantes de la bebida, de la música y de la danza (vv. 7–9). La alegría carnal es ruidosa (comp. con Ec. 7:6); pero, cuanto mayor es el ruido, tanto peor es su final y, además, se acaba muy pronto. *El regocijo de los panderos* (v. 8) se refiere especialmente «a las celebraciones musicales en los festivales de la vendimia», dice Slotki, y cita a Amós 8:3, 10. El vino que les alegraba (v. 9) ya no les gusta; se les ha avinagrado (comp. con v. 11).

5. Las ciudades experimentarán severamente esta desolación (v. 10): *«Ha sido destruida la ciudad del caos»,* dice literalmente el hebreo, al usar para el último vocablo el término *tohu* de Génesis 1:2.

«Ciudad» no lleva artículo en el original y no significa una ciudad particular, sino la desolación general de todo lugar poblado. *«Toda casa se ha cerrado»* (v. 10b), ya sea por miedo de los sobrevivientes que habiten allí o por haber quedado sepultadas bajo los escombros de la general destrucción (comp. con v. 12).

Versículos 13–15

Viene ahora un rayo de misericordia en medio de la ira. Siempre quedará un remanente del pueblo de Dios, que será preservado de la ruina general, para vivir entre las naciones.

1. El número de los que sobrevivan de la catástrofe será, al principio de la recuperación, pequeño (v. 13): Como lo que queda en las ramas más altas de un olivo sacudido y en las cepas después de la vendimia (comp. con 1:9; 17:6; 27:12). Quedan dispersos entre las ramas y debajo de las hojas de las cepas. Pero Dios sabe quiénes son Suyos, aunque el mundo no los conozca.

2. La gran devoción de estos supervivientes que, de forma admirable, han escapado de la catástrofe universal (v. 14): *«Éstos alzarán su voz, cantarán gozosos»*. Quienes se regocijan en Dios, bien pueden regocijarse en medio de la tribulación. No sólo cantarán por la misericordia que experimentan, sino también *aclamando la majestad de Jehová.*

3. En su santo celo, incitarán a otros (v. 15) a *glorificar el nombre de Jehová, Dios de Israel. «Los lugares de la luz»* es una expresión que designa el oriente; el sentido es «que el oeste llamará al este para que se unan con ellos y con las islas del mar en himnos de alabanza y gloria al Dios de Israel» (Slotki).

Versículos 16–23

Estos versículos desconciertan a primera vista, pues parece ser que el profeta se vuelve atrás después de las manifestaciones de gozo y alabanza de los versículos 13–15. Slotki explica admirablemente, del modo siguiente, el sentido de los versículos 16–20: «El profeta oye cánticos jubilosos que ascienden de las partes más remotas de la tierra; quizás, de Persia o Etiopía. Pero exclama desesperado: *"¡Mi desdicha, mi desdicha, ay de mí!",* porque el regocijo es prematuro; el mundo tiene que pasar todavía por tribulación y pesadumbre antes de que sean barridos los traidores y la traición, y la tierra pueda ser limpiada».

1. Sólo un profeta verdadero, inspirado por Dios, puede darse cuenta de que los cánticos que se escuchan *desde los últimos confines de la tierra* (v. 16) son prematuros. De ahí, su dolor y su grandísima pena al vislumbrar la maldad que todavía existe en la tierra.

2. Precisamente por esa gran maldad que todavía queda en el mundo, Dios va a enviar una catástrofe universal (Día de Jehová—v. 21—) sobre la tierra, después de la Gran Tribulación—nota del traductor—y antes del Milenio, como lo muestra contundentemente el versículo 23b. M. Henry, como todos los antimilenaristas (o antimilenialistas), va del todo descarriado en esta porción. Notemos los detalles más relevantes:

(A) Los versículos 17 y 18 (comp. con Jer. 48:43, 44) describen una doble conmoción cósmica: Un tremendo terremoto que hace temblar los cimientos de la tierra, hasta desmenuzarla (v. 19), y la apertura de las ventanas de los cielos (v. 18b, comp. con Gn. 7:11), no precisamente para inundar de agua la tierra, pues Dios prometió (Gn. 9:15) que no volvería a acabar con la humanidad por medio del agua, sino como manifestación catastrófica del juicio de Dios en su Gran Día.

(B) Juntamente con la humanidad perversa, de la que se destacan (v. 21b) *«los reyes de la tierra»*, como principales responsables, van a ser castigadas *las huestes de los cielos en lo alto,* es decir (contra la opinión de Moriarty), no precisamente los astros, sino los ángeles rebeldes seguidores de Satanás (como hacen ver tanto Ryrie como Slotki). Toda la fraseología del versículo 22 nos recuerda lo que, del apócrifo Libro de Enoc, toman Pablo (1 Co. 6:3), Pedro (2 P. 2:4) y Judas (Jud. v. 6).

(C) El versículo 23 apunta al tiempo en que Jehová de los ejércitos reinará *en el monte de Sion* (comp. con Ap. 14:1) y *esté patente su Gloria delante de sus ancianos.* Moriarty lo entiende así: «Como los setenta ancianos contemplaron la gloria de Jehová en el Sinaí (Éx. 24:9–11), así al fin de los tiempos verán los ancianos de Israel a Dios entronizado como rey en el monte de Sion. La única esperanza del hombre está puesta últimamente en esta manifestación creadora y renovadora de la gloria de Dios». Por mi parte—nota del traductor—prefiero ver en estos «ancianos» a los que se mencionan en Apocalipsis,

desde 4:4 en adelante. Las primeras frases del versículo 23 *(«La luna se avergonzará, y el sol se confundirá»)* significan que la luz de estos astros palidecerá ante el brillo, muy superior, de la gloria de Dios en aquel día.

CAPÍTULO 25

I. Alabanzas agradecidas por lo que Dios ha llevado a cabo. El profeta ofrece a Dios estas alabanzas (vv. 1–5) en nombre de los que han sobrevivido a la catástrofe que hemos visto en el capítulo anterior. II. Preciosas promesas que Dios tiene en reserva para los súbditos del reino mesiánico milenario (vv. 6–8). III. Los redimidos alaban a Dios por haberles salvado, mientras ha destruido a sus enemigos (vv. 9–12).

Versículos 1–5

1. El profeta decide alabar a Dios (v. 1): *«Jehová, tú eres mi Dios*, el Dios que ha pactado conmigo». Cuando Dios *está castigando a los reyes de la tierra sobre la tierra* (24:21), un pobre profeta puede acercarse a Dios y, con humilde franqueza, decirle: *«Jehová, tú eres mi Dios; te exaltaré, alabaré tu nombre»*.

2. Se satisface con el pensamiento de que también otros se verán incitados a alabar a Dios (v. 3): *«Por esto te dará gloria un pueblo fuerte, te temerá una ciudad de gentes terribles»*. Son aquí un pueblo y una ciudad enemigos *los que van a dar gloria al Dios de Israel.* ¿Cómo? O al convertirse y glorificar a Dios en unión con los que son Su pueblo, o, al menos, al quedar convictos de debilidad e impotencia al verse obligados a reconocer que han sido derrotados por un poder sobrehumano. En efecto, esa *«ciudad»* (vv. 2, 3) que aquí, como en 24:10, 12 y 26:5, 6, no es una ciudad determinada, sino el símbolo de toda fortaleza que se opone a Dios, se ve *convertida en un montón de ruinas* (v. 2), mientras Sion, *la ciudad fuerte,* porque tiene a su Dios y Salvador por muros y *antemuro* (26:1), será un día reedificada y establecida a perpetuidad. Téngase en cuenta el carácter escatológico de los capítulos 24–27.

3. Isaías observa los motivos que hay para rendir a Dios alabanza y acción de gracias: Son *cosas maravillosas* (v. 1b), con las que Jehová cumple *con perfecta fidelidad* las promesas hechas a los patriarcas. En cumplimiento de esas promesas: (A) destruye a los enemigos de Su pueblo, haciéndoles morder el polvo de la derrota (vv. 2, 3, 5); (B) levanta y protege a los suyos, a los pobres y menesterosos que ponen su confianza solamente en Él (v. 4), y hace que todos los esfuerzos de los violentos enemigos de Dios y de Su pueblo se estrellen *como un turbión contra el muro* (v. 4b).

4. El pobre y el menesteroso de Israel pueden cantar victoria, porque pertenecen al pueblo de Dios; en cambio, los enemigos de Israel son llamados *extraños* (v. 2), *terribles* (v. 3), *violentos* (v. 4b), *extranjeros* (v. 5) *y tiranos* (v. 5b). Quienes no tienen respeto a Dios, por fuerza han de ser terribles y odiosos para los hombres; no pueden infundir amor, sino miedo.

Versículos 6–8

1. La perspectiva escatológica, frecuente en estos capítulos, se echa de ver en estos versículos: *Jehová de las huestes* (v. 6) *va a preparar un banquete de manjares suculentos en este monte*, es decir, en Sion. Es un festín que se ha de celebrar en la capital del reino mesiánico milenario. El carácter escatológico de este festín es reconocido por autores de tan diversos campos como Ryrie y Trenchard (evangélicos), Slotki (rabino inconverso) y Moriarty (jesuita). M. Henry ve aquí única (o principalmente) «la gracia del evangelio», lo cual puede valer como acomodación devocional, pero está lejos del sentido literal del texto sagrado.

2. En aquel tiempo, Dios «*destruirá en este monte* (v. 7) *la cubierta con que están cubiertos todos los pueblos, y el velo que cubre a todas las naciones*» (comp. con 2 Co. 3:14–18). Dice Trenchard: «Dios deshace la cobertura o velo que impedía que los pueblos se diesen cuenta de la realidad de la esfera espiritual detrás de la engañosa sombra de lo material y de lo temporal. Ahora Él mismo se revela en gloria y "todo ojo le verá"». Este velo desaparece ya para todo el que se convierte al Señor (2 Co. 3:16).

3. En vez de ser la muerte la que se trague a los hombres (5:14), será Dios quien *«se tragará* (lit.), esto es, destruirá por completo, *a la muerte* (comp. con 1 Co. 15:54) *para siempre»* (v. 8). El último enemigo habrá sido destruido (v. 1 Co. 15:26; Ap. 20:14). Y, con él, habrá desaparecido todo lo que es como una antesala de la muerte: pesar, dolor, enfermedad—¡lágrimas!—; «y *enjugará el Señor Jehová* (hebr. *Adonay Jehová) las lágrimas de todos los rostros»* (comp. con Ap. 7:17; 21:4). La esperanza en esta promesa debería ya ahorrar al creyente toda lágrima que es un obstáculo para la siembra y un olvido de que *«las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que ha de manifestarse en nosotros»* (Ro. 8:18). La *«afrenta»* que Isaías menciona en el versículo 8b es «la negligencia con que la Providencia parece tratar al pueblo de Dios» (Slotki). Toda oposición a la verdadera fe, todo ataque y persecución contra los sinceros creyentes, toda malévola interpretación y toda perversa calumnia con que son denigrados, todo eso «*lo quitará el Señor de sobre la tierra; porque Jehová ha hablado»* (v. 8b). Él lo ha dicho y, por tanto, no puede fracasar.

Versículos 9–12

1. La bienvenida con la que el pueblo de Dios acogerá estas promesas (v. 9): *«Y se dirá en aquel día,* con humilde exultación, *he aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado para que nos salvase».* Con este cántico triunfal entrarán los santos en el gozo de su Señor: *«Nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación»,* es decir, en la perfecta salvación que Él nos ha traído.

2. Extraña un poco, a primera vista, ver singularizado, entre los enemigos de Dios y de Su pueblo, a Moab (v. 10); pero es lo más probable que Moab represente aquí a todos los enemigos de Israel. Según Trenchard, «Moab, enemigo milenario de Israel, representa, sin duda, los estados árabes, enemigos de Israel de hoy en día». Quizás sea esto ir demasiado lejos del contexto actual. Para entender esta singularización, basta con recordar el ensañamiento especial de Moab con Judá después de la caída de Jerusalén (v. Jer. todo el cap. 48; Ez. 25:8–11; Am. 1:3; Sof. 2:9).

3. Dios continuará protegiendo a Su pueblo, como lo insinúa la metáfora del *nadador* (v. 11), quien bracea con todo vigor para hacerse paso por en medio de las aguas. El poder omnímodo del Dios de Israel entrará en juego para: (A) *abatir su soberbia* (el pecado característico de Moab—v. 16:6—) mediante juicios humillantes que se sucederán uno tras de otro; (B) *y la destreza de sus manos;* aquellas manos que tan adiestradas estaban para el despojo y la rapiña; (C) y *abatirá la fortificación de tus altos muros* (v. 12), que Moab creía inexpugnables; pero no hay muros, por fuertes que sean, que resulten inexpugnables para el Omnipotente.

CAPÍTULO 26

Este capítulo hace también referencia a un futuro escatológico. En él tenemos: I. Un canto de alabanza y acción de gracias por todo lo que Dios hace a favor de Su pueblo (vv. 1–6). II. Viene luego, con una actitud impregnada de oración y confianza, el recuerdo, como dice E. Trenchard, «del duro camino andado» (vv. 7–18). III. Finalmente, vemos la respuesta de Dios a Su pueblo (vv. 19–21).

Versículos 1–6

1. *«En aquel día* (v. 1), frase que, como en otros lugares de Isaías, apunta a la escatología, *se cantará …: Ciudad fuerte tenemos, etc.».* «Jerusalén dista mucho de ser la ciudad del caos que se menciona en 12:10» (Moriarty). La ciudad no debe su fuerza a una muralla física ni necesita ya defensas materiales, «porque Dios es su Guardián y Protector» (Slotki).

2. Por eso, no es necesario cerrar sus puertas; al contrario, es menester abrirlas de par en par (v. 2) para que *una nación justa* (lit. hebr. *goy tsaddiq), guardadora de fidelidades* (lit.) *entre* por ellas. Dice Slotki: «Una bella interpretación homilética de los rabinos da a la frase el sentido de "un justo gentil", basada en el principio de que "los justos de todos los pueblos tendrán su porción en el mundo venidero"».

3. El versículo 3 dice literalmente: «(Al de) *una disposición constante* (en Ti), (lo) *guardarás en paz, paz,* esto es, en perfecta paz, *porque en Ti confía*» (comp. con Sal. 112:7, 8). Los que de veras confian en Dios, gozan de completa paz; *el Dios de paz* (Fil. 4:9) los guarda en esa paz, a pesar de todas las aflicciones y adversidades que puedan sobrevenirles, como las aguas tranquilas del océano, bajo el oleaje que levantan las furiosas tempestades. Cuando parezca que no nos queda ninguna otra cosa o persona en quien confiar, confiemos en Dios siempre, en todo tiempo, con todo el corazón y con toda la mente. Cualquier cosa de este mundo en que pongamos nuestra confianza, está confinada dentro de los límites del tiempo; pero aquello por lo que ponemos nuestra confianza en Dios, perdurará por toda la eternidad, porque *«en Yah Jehová* (v. 4)—en el que era, y es, y ha de venir—*está la Roca de los siglos»,* es decir, la Roca eterna (lit. *Roca de edades o de eternidades).* Dios es una Roca inconmovible; quien en Él se apoya, no quedará avergonzado ni decepcionado.

4. Con esta confianza puesta en Dios, los creyentes afligidos y menesterosos de Israel (v. 25:4) y de toda *gente justa* (v. 2), *hollarán* (v. 6) *la ciudad altiva* (v. el comentario a 25:2, 3), mientras ésta (los enemigos de Dios y de Su pueblo) *quedará derribada hasta el polvo* (v. 5). No dice que la hollarán poderosos ejércitos, sino *«los pies del pobre, del afligido»* (v. 6), cuando Dios la haya humillado (comp. con Sal. 147:6; Mal. 4:3; Ro. 16:20).

Versículos 7–18

1. El versículo 7 dice literalmente: *«La senda para el justo es rectitudes; oh, Recto, allana la ruta del justo».* El hombre justo se afana por caminar con Dios en continua obediencia. Sobre esta base, el profeta pide a Dios que *allane la pista* (o *ruta) del justo,* y retire, con Su providencia amorosa, todo lo que podría ser ocasión de tropiezo. Es cierto que el verbo *t^e^ phalés* está en imperfecto, no en imperativo, pero es corriente en el hebreo poner en imperfecto lo que es un ruego y hasta un mandato. El verbo significa también *pesar,* «Dios lo *pesa,* dice M. Henry, lo considera, y les dará suficiente gracia para ayudarles a remontar todas las dificultades». En realidad, la conexión de «pesar» con «nivelar o allanar» radica en la posición que adoptan los platillos de la balanza cuando llevan igual peso, pero la acomodación devocional de M. Henry es útil.

2. Los tres versículos siguientes (vv. 8–10) contienen una mezcla de oración y de expresión de confianza. El profeta, con el resto fiel del pueblo de Dios, expresa su confianza inconmovible en Jehová y su deseo de que Dios siga manifestándose a ellos de forma benévola (v. 8). Ese deseo se les agudiza *en la noche* (v. 9), es decir, en medio de la aflicción y de la perplejidad. *«Nombre y memorial»* (v. 8b), como dice Slotki, «son sinónimos cuando se aplican a Dios (cf. Éx. 3:15; Sal. 135:13) y denotan la manifestación de Él, según es experimentada por el hombre y recordada de generación en generación» (comp. Mt. 6:9b; Lc. 11:2b). En efecto, nuestro primer interés en la oración, y en la vida toda, debe ser que *el nombre de Dios sea santificado;* y que ese nombre nos sirva de continuo memorial o recordatorio, para estímulo en nuestro fiel desempeño de nuestras obligaciones y para gran consuelo en medio de nuestras aflicciones.

3. Una gran fuente de consuelo para los justos es (v. 9b) ver que los malvados no escapan impunes, ya que, a la vista del castigo de Dios sobre ellos, *«los moradores del mundo aprenden justicia».* Con esa frase se suele designar en la Biblia a los pecadores (a los que tienen pegado el corazón a las cosas de este mundo). Dios les hace un *favor* con esos castigos, pues ése es el método que suele emplear para llamarles al arrepentimiento y a la reforma de vida. Sin embargo, aunque se haga ese favor (lit. hebr. *yuján*—de la misma raíz que *jen,* gracia—) *al malvado* (hebr. *rashá),* no aprende a obrar el bien, incluso cuando se halla *en tierra de rectitud.* Así como ser recto en tierra de maldad es una muestra de la hondura de buenas convicciones de una persona, así también ser malvado en tierra de rectitud es una muestra de la hondura de las corrupciones de un ser humano, pues se comete la maldad con plena deliberación, sin que contribuyan a ello las ocasiones de tropiezo que vienen del exterior.

4. Dichos malvados *no miran a la majestad de Jehová* (v. 10b), esto es, no tienen ningún temor del Dios infinitamente santo y justo. Tampoco *ven* (v. 11) *la mano de Dios que está akada.* No la ven, pero la verán (v. 11b): *«Verán al fin para vergüenza suya el celo que Dios tiene por Su pueblo».* Por muy ciegos que sean, puesto que son voluntariamente ciegos, Dios les hará ver, quieran o no, que está airado con ellos. Los ateos, los burlones, los indiferentes y los que se sienten seguros sin Dios, verán un día *cuán terrible cosa es caer en manos del Dios viviente* (He. 10:31). Verán que han causado mucho daño al

pueblo de Dios y se avergonzarán de ello, pero ya sin remedio, porque *los consumirá el fuego* de la ira de Dios (v. 11, al final).

5. En uno de sus rápidos giros, el profeta pide a Dios que siga constantemente bendiciendo a Su pueblo con Su protección (v. 12), como lo ha hecho hasta el presente. La segunda parte de dicho versículo dice literalmente según el original: *«Porque todas nuestras obras las has llevado a cabo para nosotros»*, es decir: «Sin la ayuda de Dios, todos los esfuerzos de Israel para salvarse a sí mismo no le habrían servido de nada» (Slotki). M. Henry comenta: «Toda buena obra que es hecha por nosotros, se debe a una buena obra producida por la gracia de Dios en nosotros». Esto es cierto (v. 1 Co. 15:10; Ef. 2:8–10), pero no es ése el sentido del texto que estamos analizando. Los versículos 13 y 14 son como una explanación del versículo 12: El profeta, en nombre del pueblo, expresa su gratitud por lo que Dios ha hecho por ellos: *«Con tu ayuda nos acordaremos* (lit.) *de tu nombre»* (v. 13b), es decir, te seremos agradecidos por la ayuda que Tú solo nos has prestado, porque los señores de este mundo no han hecho otra cosa que oprimirnos. También las pasiones son tiranos opresores que nos llevan en cautividad al pecado y, mediante el pecado, a la muerte. Pero esos señorones (v. 14) han sido destruidos por el juicio de Dios: *«Esos muertos no vivirán* (nótese el contraste con el v. 19); *las sombras*, es decir, los espíritus de esos muertos, *no se levantarán;* no volverán al mundo para aterrorizar de nuevo al pueblo de Dios.

6. Los versículos 15–18 forman un conjunto heterogéneo, pues al optimista versículo 15 (v. su semejanza con 9:3) suceden los versículos 16–18, llenos de quejas. Slotki explica del siguiente modo el versículo 15: «Al destruir a la nación opresora y traer salvación a Israel, Dios se ha vindicado a Sí mismo como Gobernador del mundo». A mi juicio—nota del traductor—, el versículo 15 apunta al Milenio, lo mismo que los versículos 19–21, cuando el Israel «vuelto a la vida», por decirlo así (comp. con Ro. 11:15b), sea el centro del gobierno del Mesías en todo el mundo. Hasta el momento en que el profeta pronuncia su profecía, Israel sólo ha sufrido aflicciones, *dolores de parto*, pero sin fruto positivo, sin alivio de sus males, *sin dar a luz otra cosa que viento* (vv. 17, 18, comp. con Jn. 16:21). Pero, al menos, la tribulación les ha servido para buscar a Dios en oración (v. 16). Las aflicciones nos conducen a Dios, nos muestran que dependemos de Él y nos avivan para que cumplamos con nuestras obligaciones. También nos incitan a orar en privado, con lo que nos sentimos más libres y específicos en la forma en que nos dirigimos al Señor que cuando oramos en público.

Versículos 19–21

En estos versículos, Dios, por medio del profeta, consuela y anima a Su pueblo con la esperanza de una resurrección nacional, como en Ezequiel 37, aunque se insinúe también veladamente la esperanza de la resurrección personal, doctrina que solamente en Daniel 12:2, 13 aparece explícita con toda claridad.

1. El versículo 19 dice textualmente, según el original hebreo: *«Tus muertos vivirán; mis cadáveres resucitarán. ¡Despertad y cantad, moradores del polvo* (esto es, del sepulcro)! *Porque tu rocío es como el rocío de la luz, y la tierra sacará a la vida las sombras»* (v. el comentario al v. 14). El súbito cambio del adjetivo posesivo de segunda persona *(«tus»)* al de primera *(«mis»)*, es tan chocante que todas las versiones que conozco—nota del traductor—lo ignoran, y sólo dos hacen notar (una, al margen; otra, al pie de página) que el hebreo dice *mis.* Slotki explica admirablemente esta aparente anomalía, y dice que este versículo es «un canto antifonal sobre la resurrección de los muertos, introducido como respuesta al sufrimiento y a la aflicción que parecen no tener sentido … Primera voz: *Tus muertos vivirán.* Segunda voz: *Mis cadáveres resucitarán.* Ambas voces al unísono, cantan la proclamación que hará el Omnipotente el día de la resurrección: *Despertad y cantad, moradores del polvo.* Una tercera voz, volviéndose hacia el Cielo: *Porque tu rocío es como el rocío de la luz.* Todos en unión: *Y la tierra sacará a la vida las sombras».*

2. Los dos versículos finales del capítulo (20, 21) constituyen una llamada al pueblo de Dios, para que se retiren a sus *aposentos* (v. 20), «lugares de adoración y estudio» (Slotki; comp. con Mt. 6:6), *hasta que haya pasado la indignación* de Dios contra los enemigos de Su pueblo. (A) Dios invita a los Suyos a retirarse, a fin de no ser envueltos en la tormenta. Debemos hallar, por fe, un camino que conduzca a ese aposento y escondernos allí; con serenidad mental, debemos ponernos bajo la protección divina. Si entramos allá, Dios mismo nos cerrará la puerta para que nuestro refugio sea más seguro, como hizo con Noé (v. Gn. 7:16). Cuando se cierne un peligro grave, bueno es retirarse y esconderse, como hizo Elías en el arroyo de Querit (1 R. 17:3).

(B) Dios les asegura que la tormenta durará sólo *un breve momento* (v. 20b), la más pequeña parte de tiempo que podemos concebir. Cuando la tormenta haya pasado, nos parecerá que ha sido como nada. Cuando Atanasio fue expulsado de Alejandría por un edicto de Juliano el Apóstata, y sus amigos sentían gran pesadumbre por ello, les dijo él que tuviesen buen ánimo: *«Es una pequeña nube, que luego pasará».*

(C) Les asegura también que sus enemigos tendrán que rendir cuentas por todo el mal que han hecho (v. 21): *«Jehová sale de su lugar* (del cielo) *para visitar* (lit.) *al morador de la tierra por sus* (de ellos) *maldades.* Dios *sale de su lugar para castigar.* Observan algunos que el lugar de Dios es el propiciatorio, sede de misericordia; allí es donde le agrada estar; cuando castiga, sale de su lugar, pues no se deleita en la muerte de los pecadores. Y los criminales quedarán convictos (v. 21b): *«La tierra descubrirá la sangre derramada sobre ella»;* la sangre inocente de los santos y de los mártires, que ha sido derramada, será sacada a la luz (v. Gn. 4:10; Job 20:27). «El asesinato quedará al descubierto, y el criminal no gozará de inmunidad» (Slotki).

CAPÍTULO 27

Este capítulo tiene también claro tinte escatológico, como han visto muy bien la mayoría de los autores. I. Tenemos primero el castigo que Dios inflige a los grandes opresores de Su pueblo (v. 1). II. Viene luego un cántico a la viña (Israel), pero en muy diferente contexto del de 5:1–7 (vv. 2–6). III. El profeta declara que el castigo que Israel ha sufrido ha sido moderado e impuesto por el amor, mientras que el castigo impuesto a sus enemigos será durísimo (vv. 7–13).

Versículo 1

1. Bajo metáforas que designan respectivamente a Asiria, Babilonia y Egipto, el versículo 1 profetiza el triunfo final *(«En aquel día …»)* sobre los enemigos de Dios, de Su Ungido y de Su pueblo.

2. Para poner de relieve la dureza del castigo, se dice que *Jehová castigará con su espada dura* (inexorable), *grande* (adecuada para enemigos también grandes) *y fuerte* (como conviene al Omnipotente). Así es también la espada con que Cristo derrotará finalmente al Anticristo y a sus seguidores (Ap. 19:15) y, en fin de cuentas, al diablo, *el dragón rojo* de Apocalipsis 12:3 y ss., pues Cristo vino *a reducir a la impotencia al que tenía el dominio de la muerte, esto es, al diablo* (He. 2:14b, lit.).

3. Los enemigos se describen bajo las metáforas de tres monstruos: (A) *El leviatán serpiente veloz,* con el que se designa, en primer término, a Asiria, por la rapidez con que avanzaban sus ejércitos; (B) *el leviatán serpiente tortuosa* con que se designa a Babilonia, por la doblez astuta de su diplomacia; (C) *el dragón que está en el mar,* con el que se designa a Egipto; *«el mar* significa aquí el Nilo» (Slotki). Detrás, sin embargo, de estos países enemigos de Israel, «está el diablo, de quien son símbolos constantes la serpiente y el dragón» (Trenchard).

Versículos 2–6

Viene ahora un segundo cántico a Israel considerado como *viña* especial de Jehová. El contexto es muy diferente del de 5:1–7, lo que indica que estamos también en un tiempo completamente diferente: el tiempo del fin.

1. En efecto, *«en aquel día»* (v. 2), la viña que antes daba sólo agrazones (5:2, 4), ahora dará *«vino espumoso»* (lit.). El hebreo *jémer* únicamente sale aquí y en Deuteronomio 32:14; pero Slotki advierte que «algunos MSS hebreos leen *jémed* "viña deliciosa" como en Amós 5:11». La razón por la cual esta viña da ahora un fruto tan exquisito es porque *Jehová mismo* (v. 3) *la guarda de noche y de día y la riega cada momento,* es decir, constantemente sin faltar un solo día. Quienes dan fruto agradable para Dios, lo dan por Su gracia y bajo Su protección. Aunque sufran, *nadie les daña* en realidad (v. 1 P. 3:13, comp. con Ro. 8:28). Dios los riega *cada momento,* pero no por eso quedan anegados, pues los tranquilos y

silenciosos rocíos de la gracia y de las bendiciones de Dios descienden continuamente, pero acomodados a la necesidad de cada momento. Dios riega Su viña mediante el ministerio de Su palabra. Pablo cantó, Apolos regó, pero Dios dio el incremento.

2. Aunque en otro tiempo Dios haya contendido con Su pueblo, *su enojo hacia él ha desaparecido* (v. 4). El enojo de Dios es ahora sólo contra los enemigos *(«espinos y zarzas»),* los cuales serán consumidos por el fuego de la ira de Dios, *a menos que se acojan a Su amparo* (lit. *fuerza) y hagan las paces con Él* (vv. 4b, 5). ¿Quién se atreverá a contender con Dios? (v. 1 Co. 10:22). Cristo *crucificado es el poder de Dios* (1 Co. 1:24). Sólo es menester que el ser humano, por fe viva, se asga de Él. Dios está dispuesto a perdonar y salvar, pues ya reconcilió al mundo consigo en la cruz, y demanda de cada uno que esté dispuesto también a reconciliarse con Él (2 Co. 5:19, 20).

3. En esos días *venideros* (v. 6), *Jacob echará raíces,* se establecerá firmemente y prosperará: *florecerá y echará renuevos, y la faz del mundo se llenará de frutos.* Comenta Slotki: «Las bendiciones otorgadas a Israel serán disfrutadas por el mundo entero». Muchos serán añadidos al pueblo de Dios; los prosélitos serán numerosos de entre todas las naciones, y los convertidos darán frutos de justicia, por obra de la predicación del Evangelio (Col. 1:6), frutos que permanecerán (Jn. 15:16).

Versículos 7–13

En estos versículos, el profeta declara que el castigo impuesto a Israel por sus pecados ha sido moderado y mezclado de misericordia, mientras que el castigo infligido por Dios a sus enemigos ha sido muy duro.

1. Esto se ve especialmente en el versículo 7, cuya primera parte se aclara si intercalamos en paréntesis los sujetos y los complementos del modo siguiente: *«¿Acaso le* (a Israel) *ha herido* (Dios) *como Él* (Dios) *hirió a quien le* (a Israel) *hería?»;* la segunda parte viene a contener un cierto paralelismo de sinonimia, y vuelve las oraciones por pasiva, para mayor claridad. La respuesta a ambas preguntas es obviamente: «¡No!» Dios castiga a Su pueblo con moderación (v. 8): *«con medida».* Slotki lo entiende de otro modo: «Justamente tanto como lo merecían los pecados de Israel; pero no más». Esta interpretación da a entender que el castigo de Dios es, a veces, superior a la culpa del hombre, lo cual es insostenible, ya que Dios es infinitamente justo. En realidad, siempre castiga menos de lo que el hombre pecador se merece.

2. La expiación del pecado de Israel muestra la justicia, la sabiduría y la misericordia de Dios: Arrojó lejos a Israel (v. 8b), a Babilonia. Y *el medio eficaz* (lit. *el fruto) para apartar su pecado* fue *desmenuzar* todas las imágenes idolátricas a las que el pueblo rendía culto de adoración. Esas imágenes idolátricas *(«los símbolos de Aserá—o* Astarté—y *las imágenes del sol»)* ya no volvieron a levantarse (v. 9b). Como dice Slotki: «El arrepentimiento sin retirar la causa del pecado no basta». ¡El gran fruto de la deportación a Babilonia fue arrancar de cuajo del pueblo de Israel la idolatría!

3. *«La ciudad fortificada»* (v. 10), y todo lo que sigue en los versículos 10 y 11, hace referencia, según Slotki, Ryrie y Moriarty, a Jerusalén. En cambio, Trenchard ve en ella «la ciudad enemiga de Babilonia». En favor de la primera opinión está la semejanza de muchas expresiones del versículo 11 con otras de Isaías 1:3; 5:13; 9:17; 17:7; 43:1, 7; 44:2, 21, 24; 54:5, así como de Deuteronomio 32:6, 18, 28; Jeremías 8:7. Por otra parte, en favor de la segunda opinión está la contradicción que se halla entre lo que dicen estos versículos 10 y 11 y todo el contexto anterior. Más aún, si dichos versículos se entienden de Israel, también el contexto posterior (vv. 12 y 13) resulta incomprensible.

4. En efecto, los versículos 12 y 13, dentro siempre de la perspectiva escatológica *(«En aquel día …»)* de los capítulos 24–27, tienen un aire triunfal con respecto a Israel, cuyos hijos *serán reunidos uno a uno* (v. 12, al final) en el granero de Dios. El verbo que nuestras versiones traducen por *trillará* significa «golpear», lo cual puede aplicarse a la trilla, pero, mejor aún, a la sacudida que se da a los olivos con un palo. Lo importante es la idea que aquí subyace y es expuesta así por Slotki: «La recogida de los esparcidos exiliados es comparada a la recogida esmerada de un fruto desparramado, olivas por ejemplo, tras de haber sido sacudidas del árbol». *El río* es el Éufrates, y *el arroyo (o torrente) de Egipto* es, con la mayor probabilidad, el moderno Wadi el Arish, aunque no faltan quienes opinan que se refiere al Nilo.

5. De nuevo se mencionan otros acontecimientos de *«aquel día»* (v. 13): (A) *«Se tocará con gran trompeta»* (comp. con Lv. 25:9; 1 Cr. 15:24; Mt. 24:31; Ap. 11:15). (B) *«Vendrán los que habían sido esparcidos en la tierra de Asiria y los que habían sido desterrados a Egipto»,* es decir, desde los últimos

confines de Israel por el este y por el sur. (C) «*Y adorarán a Jehová en el monte santo, en Jerusalén*», para lo que *la gran* trompeta les habrá convocado (v. también 19:21, 23; 49:7; 66:23; Zac. 14:16; He. 12:22). Cuando los cautivos vuelvan a reunirse y regresen a su tierra, la principal ocupación a la que se dedicarán será adorar a Dios. Dice Moriarty: «El monte de Sion se convierte en el centro espiritual del universo».

CAPÍTULO 28

En este capítulo: I. Los efrainitas reciben una reprensión y son amenazados por su soberbia y sensualidad (vv. 1–8), aunque también hay una benévola promesa del favor de Dios al remanente santo de Su pueblo (vv. 5, 6). II. También son reprendidos y amenazados por su estupidez y su ineptitud para sacar provecho de las instrucciones que les han dado los profetas en nombre de Dios (vv. 9–13). III. Los gobernantes de Jerusalén son reprendidos y amenazados por su insolente desprecio de los juicios de Dios; también aquí se intercala una promesa de gracia (vv. 14–22). IV. Todo esto se confirma con una comparación sacada de las labores del agricultor (vv. 23–29).

Versículos 1–8

1. El versículo 1 describe bellamente la luctuosa situación de la capital del reino del norte, designado con el nombre de *Efraín.* Se trata, pues, de Samaria, bella ciudad en aquel tiempo, como una hermosa *flor,* y que, situada sobre un monte y rodeada de torreones, ofrecía el aspecto de una *corona.* Estamos probablemente en el año 725 a. de C.—reina Oseas, cuyo orgullo se echa de ver en su negación a pagar tributo al asirio (2 R. 17:4)—. «Él y su corte continuaron viviendo suntuosamente, sin preocuparse mucho de las medidas que Asiria tomaría» (Moriarty). No hay que ir muy lejos para percatarse de estas «medidas»: Samaria iba a caer en poder de Senaquerib tres años después (722 a. de C.). Los de Efraín eran bien conocidos por su ebriedad. Sobre la cabeza de *los aturdidos por el vino* (v. 1, al final), la hermosa y orgullosa corona de Samaria iba a ser una corona de *flores caducas,* pues Jehová iba a traer (comp. con 10:5) sobre ella (v. 2) *al fuerte y poderoso* rey de Asiria, que avanzaría *como torbellino trastornador* (v. 2b).

2. Para los asirios, que avanzarán impetuosos por el reino del norte, el orgullo de Samaria será humillado; y, ya por los suelos, será pisoteada su corona por los ejércitos asirios. La belleza de sus valles se marchitará por sí misma; en su propia hermosura llevará el principio de su corrupción, pues *será como la fruta temprana de la higuera* (v. 4), que excita el apetito del viandante. Al ser fruto temprano, será tanto más estimado: el asirio no tardará en echarle mano y devorarlo.

3. Pero, *«en aquel día»* (v. 5; nótese su tono escatológico) Jehová será para el remanente de Su pueblo (vv. 5, 6) lo que Samaria no ha sido. Obsérvense los contrastes: (A) Samaria es *corona de soberbia* (vv. 1, 3); Jehová será *corona de gloria* (v. 5); (B) Samaria es *flor caduca de la hermosura de su gloria* (vv. 1, 4); Jehová será *diadema* (permanente) *de hermosura* (v. 5b); (C) Samaria está en manos de *aturdidos por el vino* (vv. 1, 2); Jehová será *por espíritu de juicio al que se sienta en juicio,* sin que el vino le turbe el razonamiento ni la decisión de hacer justicia (recordemos que, por este tiempo, está reinando en Judá el piadoso Ezequías); (D) el asirio tiene bastante con una mano para echar por tierra a los que, ebrios por el vino, son débiles para oponerle resistencia (vv. 1–4); pero Jehová será *por fuerzas a los que rechazan en la puerta a los atacantes* (comp. con 25:4 y 2 Cr. 32:6–8).

4. Pero tampoco Judá está sin defecto: *«También éstos desvarían con el vino»* (v. 7), es decir, muchos de los de Judá. También hay ebrios en Jerusalén como los hay en Efraín. En Judá se hallan los pecados de Efraín, pero no la ruina de Efraín. Hay tres circunstancias que agravan el pecado en este contexto: (A) Eran culpables de este pecado los que, por su cargo, debían servir de ejemplo a los demás (v. 7): *«el sacerdote y el profeta»;* en el vino ha quedado anegado el prestigio del oficio. Los sacerdotes debían observar templanza por la dignidad que el sacrificio requería (Lv. 10:9). Los profetas eran equiparados a los nazareos (o nazireos), según se echa de ver por Amós 2:11; además, su condición de videntes requería claridad de juicio y discernimiento de los oráculos que recibían, todo lo cual era perturbado por el abuso del licor. ¿Y cómo iban a reprender a otros por aquello mismo de que ellos eran culpables? (B) Las

consecuencias, como ya hemos insinuado, eran sumamente perniciosas (v. 7b): Al estar *trastornados por el vino, aturdidos por el licor,* los profetas *desvarían en sus visiones,* mientras que los sacerdotes *titubean en sus decisiones* (comp. con Pr. 31:5). (C) La enfermedad tiene carácter de epidemia (v. 8): *«Porque toda mesa está llena de vómito y suciedad, hasta no haber lugar limpio».* Dice Slotki: «Se ha sugerido que la aristocracia de Judá estaba celebrando la retirada de los asirios y que Isaías, al tomar por sorpresa a los licenciosos juerguistas, presenció una escena como la que describe aquí».

Versículos 9–13

El profeta se queja aquí de la estupidez de este pueblo que no se deja instruir.

1. Sus profetas y sacerdotes estaban para *enseñar conocimiento,* el conocimiento de Dios y de Su voluntad, y *para hacer entender el mensaje* (v. 9). Esta es la forma con que trata Dios con los hombres, a fin de iluminarles primero la mente con el conocimiento de la verdad, y así ganarles los sentimientos e inducir la voluntad a observar Sus leyes. Pero aquí las preguntas del versículo 9 las hacen los propios juerguistas, que se burlan del profeta, y le dicen que ya no son niños para que les vaya con sus enseñanzas, propias de una escuela de primaria. En su burla, estos rebeldes imitan la forma con que se enseñaba la ley a los niños que eran llevados de los pechos al Libro, pues, entre los judíos, las madres criaban así a los niños hasta que tenían unos tres años, cuando estaban ya casi listos para ir a la escuela. Esta enseñanza primaria (v. 10) era *«precepto sobre precepto, precepto sobre precepto, línea sobre línea, línea sobre línea, un poco aquí, un poco allí»* (lit.). En los labios balbucientes de estos borrachos, el hebreo de este versículo sonaba como el burlón recital de una canción de cuna: *«tsav latsav, tsav latsav, qav laqav, qav laqav, zeer sham, zeer sham».*

2. El profeta responde a estas burlas con una sarcástica imitación de sus balbuceos de ebrio, a la vez que les predice el castigo que van a sufrir de manos del conquistador asirio (v. 11): *«Porque con labios balbucientes y en lengua extraña* (extranjera, difícil y dura) *se hablará a este pueblo».* Comenta Moriarty: «No habían querido aprender la lección en hebreo, pero la tendrían que aprender en asirio». Dice Ryrie: «Este versículo es citado por Pablo en 1 Corintios 14:21 para mostrar que las lenguas son una señal para reprensión de los incrédulos». Los sinceros adoradores judíos habían de hallar en Jerusalén (v. 12), morada especial de Dios, *lugar de reposo y de refrigerio* (comp. 11:10; 30:15; 32:17, 18; Jer. 6:16; Mt. 11:28, 29). Dice Slotki: «El verdadero camino de la paz y de la seguridad para el pueblo afligido era mantenerse lejos de cualquier alianza con Egipto y no dar oídos al partido antiasirio», que buscaba la alianza mencionada para ir juntos precisamente contra Asiria. Así que, después de imitar las mismas frases (v. 13) que burlonamente habían pronunciado los ebrios juerguistas, añade que, con la misma precisión y meticulosidad del *«precepto sobre precepto, línea sobre línea, etc.»,* les había de sobrevenir a ellos la retribución que merecían por sus voluntarias transgresiones.

Versículos 14–22

Contra el parecer de Ryrie y del propio M. Henry—nota del traductor—, el versículo 15 da a entender claramente que el *«pacto con la muerte»* (vv. 15, 18) lo hacen aquí *«los falsos trovadores»* (v. 14) del gobierno de Judá, que eran partidarios de un pacto con Egipto contra *el azote restregador* (lit.) de Asiria. Dice Moriarty: «*El pacto con la muerte* contiene una alusión a Mot, el dios cananeo de la muerte y del Seol». El profeta responde a estos cantos de sirena de los gobernantes de Judá y dice que dicho *pacto* no les valdrá: los burlones impíos perecerán; sólo se salvarán quienes sinceramente se adhieran al Señor (v. 16).

1. El profeta se dirige a los burladores (v. 14) que ha mencionado con anterioridad (vv. 9, 10; v. también v. 22 y 29:20), para advertirles que los planes que hacen van a fracasar. Ellos están seguros (v. 15) de que el azote asirio *no les llegará,* pues el pacto que ellos proyectan con Egipto es una medida política tan segura, que es como *un pacto con la muerte, etc.* No van a morir violentamente a manos del asirio, sino en buena edad y en su lecho. Si estamos en paz con Dios, entonces tenemos de veras un buen pacto con la muerte, pues no nos dañará, ¡es nuestra! (v. Ro. 8:38; 1 Co. 3:22, 23). Pero pensar que podemos pactar con la muerte y tenerla por amiga, mientras estamos enemistados con Dios por nuestros pecados, es el mayor absurdo. Las dos últimas frases del v. 15 necesitan un aclaración: Los términos *«mentira» y «falsedad»* no están en labios de los propios burladores, sino que, como advierte Slotki, «son

la reproducción irónica que el profeta hace de las confiadas aserciones de ellos». En efecto, Isaías les hace ver dónde está el verdadero refugio y cómo fracasa la falsa seguridad:

(A) Como dice Moriarty, «Jehová solo será el arquitecto de la reconstrucción de Israel» (vv. 16, 17). Esta reconstrucción está profetizada a tres niveles: (a) En el futuro próximo, se aplica a la reforma del piadoso rey Ezequías; (b) en la dispensación actual, al Mesías-Salvador, como puede verse por la cita que del versículo 16 se hace en Romanos 9:33; 10:11; 1 Pedro 2:6–8; (c) pero esta piedra, el Mesías-Rey, es también la fundación del reino mesiánico (Dn. 2:34). De esta piedra dice el profeta (v. 16b) que es *angular, probada y preciosa.* Comenta Ryrie: «El Mesías es una prueba *angular,* de fundamento, en Su expiación; una piedra *probada,* en Sus tentaciones; y una piedra *preciosa* (de mucho valor—el paréntesis es del traductor) en su relación con Su pueblo». Jehová mismo es el que pone esta piedra. La construcción hebrea del versículo 16b es elíptica y ha de traducirse así: *«Mirad (yo soy* el que) *ha puesto una piedra, etc.».* La forma intensiva del verbo hebreo *(yissad)* da a entender que Dios pone la piedra *muy firme, de cimiento estable,* como dice después el mismo versículo. Y el mismo Dios que pone el cimiento estable, construirá también el resto del edificio, pues por eso se mencionan *el cordel y la plomada* (v. 17, comp. con Zac. 4:10). Así será todo *justo y recto,* no sin que antes barra Dios, por medio de las agencias que va a emplear en la destrucción, los falsos cobijos en que confían los escarnecedores (v. 17b). Pero *el creyente no se apresurará* (v. 16b, lit.), es decir, no se alarmará ante las circunstancias adversas, sino que «permanecerá firme en su fe, por mucho que se demore la realización» (Slotki).

(B) En cambio, a los escarnecedores se les hace ver (vv. 18–22) que *el azote* (v. 18b) del que se creen a salvo (v. 15), no sólo les va a llegar, sino que *los va a pisotear.* De este modo, *«será anulado* (hebr. *kuppar,* el mismo vocablo que significa *expiar o borrar) vuestro pacto con la muerte, y vuestro convenio con el Seol no permanecerá en pie»* (v. 18a, lit.). A los que se quejaban burlonamente de que Isaías les predicaba un *mensaje* sólo adecuado para *los recién destetados* (v. 9), les será dado *un mensaje, cuyo entendimiento les ha de causar un espanto terrible* (v. 19). Los que hasta ahora habían disfrutado de lujosas comodidades, no tendrán espacio suficiente donde acostarse, ni ropa suficiente con que abrigarse (v. 20). A este enojo de Jehová contra Su pueblo lo llama el profeta *«extraña obra»* y *«extraña tarea»,* porque un castigo tan duro no era la forma corriente con que trataba a Su pueblo. El versículo 22 contiene una «severa advertencia a Judá para que deponga su descarada actitud. De lo contrario, las ataduras se apretarían más y sería imposible escaparse. El decreto de destrucción no es irrevocable» (Moriarty). Que no se burlen estos escarnecedores de las amenazas divinas, pues el profeta les asegura que *el Señor* (hebr. *Adonay) Jehová de las huestes ha decidido firmemente exterminación sobre toda la tierra* (lit.). ¿Y creen ellos que van a escapar impunes?

Versículos 23–29

Esta parábola, que (como muchas de las parábolas de nuestro Salvador) está tomada del oficio del agricultor, va precedida (v. 23) de una solemne llamada a prestar atención.

1. La parábola está lo suficientemente clara: el labrador se dedica con todo esmero y prudencia a su oficio y observa cierto método y orden en su obra.

(A) En el arar y sembrar (v. 24): *«El que ara para sembrar, ¿arará todo el día? ¿Estará* (continuamente) *abriendo y rastrillando los terrones de la tierra?»* La respuesta, obviamente, es: ¡No! Puesto que ara para sembrar, no se pasa todo el tiempo arando, sino que, cuando el terreno está ya bien preparado, procede a sembrar (v. 25): *Una vez que ha igualado el terreno,* siembra las semillas en su lugar y proporción convenientes.

(B) En el modo de trillar el grano (vv. 27, 28). Esto también requiere su método y orden. Cada clase de cereal requiere su modo especial de obtenerlo; no todos se trillan, sino que *el eneldo se sacude con un palo, y el comino con una vara* (v. 27); y aun los cereales que se trillan, como el trigo y la cebada *(«el grano»), no son aplastados (o molidos)* con el trillo, sino que, aun cuando la carreta que pasa sobre él, y los caballos que tiran de la carreta, *hagan mucho ruido,* no es para molerlo, sino sólo para separar el grano de la paja.

2. La mayoría de los comentaristas hacen de la parábola una respuesta a los que se rebelan contra los juicios de Dios. Le dan la siguiente aplicación: «Así como el labrador no está siempre arando, sino que también dedica su tiempo a sembrar, así también Dios no está siempre amenazando, sino que también

descarga sobre los contumaces los castigos que se merecen; pero lo hace con sabiduría, a fin de que lleguen a arrepentirse y cambiar de conducta». Pero podemos dar a esta parábola mayor amplitud:

(A) Es *Dios* quien *instruye al labrador y le enseña lo recto,* pues es su *Dios* (v. 26). Los labradores necesitan discreción para hacer bien sus tareas. El arte de la agricultura merece ser recomendado, pues es un servicio más necesario para la humanidad que el que le pueden prestar la mayoría de las demás artes. La habilidad del labrador procede de Dios. Esto disminuye algo el peso de la sentencia que gravita sobre el hombre a causa del pecado, pues vemos aquí que, aun cuando Dios, en castigo del pecado, le mandó al hombre trabajar la tierra con sudores y fatigas, le enseñó cómo hacerlo de la forma que más le convenía. A todos da Dios la habilidad para un oficio determinado, así como la inclinación a practicarlo con gusto; pero los labradores necesitan mayor discreción, y aun mayor inclinación, porque ellos dependen directamente de la Providencia.

(B) En cuanto al otro ejemplo del método del labrador en obtener el grano, leemos (v. 29): *«También esto salió de Jehová de las huestes».* Y si esto, que pertenece todavía al arte de la agricultura, procede de la discreción que Dios otorga, «mucho más el destino y las vicisitudes de la humanidad» (Slotki). En realidad—nota del traductor—, todo el versículo 29 se refiere al caso histórico de Israel en las circunstancias a la sazón. Moriarty resume admirablemente la parábola y su aplicación: «Es Dios quien le ha enseñado al labrador lo que hay que hacer. Dios tiene también su plan acerca de Judá y usa los medios y remedios que las circunstancias requieren».

CAPÍTULO 29

En este capítulo tenemos: I. Los castigos que Dios, por medio de Isaías, anuncia contra Jerusalén (vv. 1–8). II. Una declaración de la ceguera y de la hipocresía de Israel (vv. 9–16). III. Una promesa de bendiciones a Israel, las cuales sólo tendrán pleno cumplimiento en el Milenio (vv. 17–24).

Versículos 1–8

1. El capítulo comienza con un solemne y repetido apóstrofe a Jerusalén (comp. con Mt. 23:37), como se ve por la explicación que sigue a continuación: *«ciudad donde acampó David»,* lo cual añade también peso a la humillación que la ciudad memorial de las proezas de David iba a experimentar. *Ariel,* en este contexto, sólo puede significar «fogón (del altar) de Dios» (v. Ez. 43:15). El vocablo se aplica, pues, a Jerusalén en cuanto que allí estaba ubicado el templo al Dios verdadero.

2. El castigo que Jerusalén va a llevar es declarado (vv. 2–8) tras de una invitación irónica a que sigan comportándose como si no fuese inminente el castigo.

(A) *«Ay de Ariel, Ariel»,* porque de nada le valdrá la observancia exterior de las ceremonias religiosas para eximirla de la destrucción. *«Añadid* (v. 1b) *un año a otro año, gire el ciclo de las fiestas».* Como si dijese: «Continuad con vuestras festividades anuales; vengan tres veces cada año vuestros varones adultos a presentarse ante Jehová en el templo; y que no vengan con las manos vacías, ni falten jamás a ninguna de esas solemnidades; mientras su corazón no se humille y su conducta no se reforme, que no piensen que de ese modo van a pacificar a un Dios ofendido y apartar Su ira».

(B) Jerusalén ha de saber que va a sufrir un duro asedio:

(a) Jerusalén será sitiada. No dice: «Yo destruiré a Ariel», sino «*Yo pondré* (v. 2) *a Ariel en apretura».* Será puesta en aprieto a fin de que, incitada así al arrepentimiento, pueda escapar de la destrucción. *«Acamparé contra ti* (v. 3) *alrededor»,* añade. Era el ejército enemigo el que había de acampar contra Jerusalén, pero bien puede decir que lo hará Dios, pues los asirios serán únicamente instrumentos de la divina justicia.

(b) *«Estará* (v. 2b) *desconsolada y triste* al ver desolado el resto del país, y será para Jehová *como Ariel,* esto es, como un altar de holocaustos, a causa de la sangre que correrá por las calles de la ciudad».

(c) Será humillada y postrada de tal manera, que su voz parecerá salida del interior de la tierra (v. 4). Slotki comenta así este difícil versículo: «Escena de humillación y postración. En lugar del clamor corriente de una ciudad que se siente en paz, se oirán voces sepulcrales como los susurros del nigromante (cf. 8:19)».

3. Pero también se anuncia la derrota de los enemigos de Jerusalén (vv. 5–8). (A) *En un momento, repentinamente* (v. 5), *el terrible enemigo quedará desmenuzado* hasta ser *como tamo que se lleva el viento* (comp. con Sal. 1:4). (B) Dios hará sonar alarma con todos los fenómenos que señalan una intervención extraordinaria de *Jehová de las huestes* contra los enemigos de Su pueblo (v. 6). (C) La decepción de los asirios ante la inesperada derrota a manos del ángel protector de Israel, será parecida (vv. 7, 8) a la del que sueña que come y bebe y, al despertarse, se halla tan hambriento y sediento como estaba. Esto es exactamente lo que le pasó al ejército asirio que ponía sitio a Jerusalén: Mientras esperaban obtener un gran botín en la captura de Jerusalén, enriqueciéndose con el saqueo de la ciudad, sus esperanzas resultaron ser vanos sueños. Ellos mismos, con toda su pompa, poder y prosperidad, se desvanecieron como un sueño.

Versículos 9–16

1. Vemos aquí al profeta, asombrado ante la estupidez de la mayor parte de la nación judía. Tenían profetas que les llevaban mensajes directamente de parte de Dios. *Seguramente esta nación grande había de ser un pueblo sabio y entendido* (Dt. 4:6, al final). Pero, ¡ay! La realidad era muy distinta (v. 9): Están *ofuscados y ciegos* y andan sin rumbo, *tambaleándose,* incapaces de tomar decisiones correctas; y eso, sin estar ebrios de vino o de licor. *Jehová,* en sus justos juicios (vv. 10–12), *ha derramado sobre ellos un espíritu de sopor,* o de letargo, de forma que viendo, no perciben, y oyendo, no se dan cuenta (6:9, 10, comp. con Pr. 23:35). Todo mensaje les parece *como palabras de libro sellado,* «que no se pueden leer hasta que se haya roto el sello y abierto el libro. En Apocalipsis 5:1 hay un pasaje semejante» (Moriarty). Pablo (Ro. 11:8) aplica el versículo 10 a los judíos incrédulos, quienes, al rechazar el evangelio de Cristo, justamente fueron endurecidos en su incredulidad. Lo mismo les aconteció a los principales sacerdotes, a los fariseos, a los escribas y a los ancianos del pueblo, quienes se opusieron decididamente a Cristo y al Evangelio y, por justo juicio de Dios, quedaron como aletargados, de forma que no comprendiesen la verdad. Ante un libro sellado, tanto el experto (v. 11) como el ignorante (v. 12) se hallan incapacitados para conocer el contenido.

2. El profeta, en nombre de Dios, amenaza a quienes, carentes de verdadera devoción, se conformaban, en su hipocresía, con la observancia mecánica y formalista de los servicios religiosos (vv. 13, 14).

(A) La adoración que dan al Señor es un puro fingimiento (v. 13): Es una religión de *boca* y de *labios, pero su corazón está muy lejos de Dios;* no está convertido a Dios porque está vuelto a otras cosas, y todo lo que así desvía el corazón es un ídolo. *El temor que profesan tener al Dios verdadero «no es más que un mandamiento de hombres aprendido* (de memoria)» (lit.). La tradición de los ancianos tenía para ellos mayor valor que las leyes que Dios les había dado por medio de Moisés. Nuestro Salvador aplicó el versículo 13 a los judíos de su tiempo (Mt. 15:8, 9).

(B) El versículo 14, contra la opinión de M. Henry, no contiene una amenaza de mayor juicio, sino una promesa de gracia más abundante. Dios va a obrar de una manera tan extraordinaria, que los «sabios» de Judá se van a dar cuenta de su falsedad, y *la prudencia de sus prudentes se ocultará* (lit.), es decir, se esconderán llenos de vergüenza. Comenta atinadamente Moriarty: «Una vez se haya puesto en claro la falsedad de su (de este pueblo—paréntesis del traductor—) sabiduría, Dios intervendrá de un modo maravilloso en la historia de este pueblo. San Pablo hace buen uso de este texto en 1 Corintios 1:19».

3. Muestra luego la insensatez de quienes pensaban que podían actuar secretamente a espaldas de Dios (vv. 15, 16): *«¡Ay de los que ahondan para ocultar sus planes a Jehová* (lit.), y *sus obras están en tinieblas, y dicen: ¿Quién nos ve, y quién nos conoce?!»* El profeta se dirige aquí «a los conspiradores políticos del partido proegipcio, que estaban negociando en secreto (cf. 31:1 y ss.; 36:9)» (Slotki), y les dice (v. 16): *«¡Oh, qué perversidad* (lit. poner las cosas al revés) *la vuestra! ¿Acaso ha de reputarse el alfarero como barro, como si el objeto hecho dijese del que lo hizo: "No me hizo", o el objeto formado dijese del que lo formó: "No entiende"?»* (lit.). ¡Verdaderamente, eso sería volver las cosas del revés! Comenta Slotki: «La presunción humana de saber más que Dios es tan insensata como si el alfarero hubiese de ser puesto al mismo nivel que el barro que usa para fabricar sus cacharros; o como si un objeto manufacturado se atreviese a poner en duda la inteligencia del hombre que lo fabricó o a negar en redondo el hecho mismo de que fue quien lo hizo». ¡Cuál no será, pues, la locura del hombre que se atreva a altercar con su Hacedor! (v. Ro. 9:20).

Versículos 17–24

En estos versículos cambia del todo el tono del profeta, y podemos hallar en el versículo 18 un agudo contraste con los versículos 11 y 12. Aquí tenemos, como dice Ryrie, «otra descripción de las bendiciones del Milenio». Dios es ahora el que va a volver las cosas del revés. La afirmación de M. Henry de que «apunta más lejos, al rechazo de los judíos en la primera plantación del Evangelio» no puede ir más descaminada (nota del traductor).

1. La vuelta del revés que Dios va a efectuar es presentada primero (v. 17) en frases que bien podrían ser reproducción de un dicho proverbial: *El Líbano,* que era un bosque, *se iba a convertir en breve en campo fértil,* mientras que *el campo fértil* (¿el Carmel?) *había de ser estimado por bosque.* De la misma manera (v. 18), los que antes (vv. 10, 11) eran *sordos y ciegos, oirán* (entenderán) *las palabras del libro* (comp. con Hch. 8:30 y ss.; 26:18) y *verán* claramente, fuera ya *de* (o *en* lugar *de)* la *oscuridad y de las tinieblas.*

2. Esa vuelta del revés tendrá lugar también en el plano social (vv. 19–21): *Los humildes y los pobres* (los más necesitados—hebr. *ebioney—) exultarán de gozo en Jehová, porque* (v. 20) *los tiranos se habrán acabado, y el escarnecedor* (28:14, 22) *habrá desaparecido, etc.* Comenta Moriarty: «El "tirano" *(arits)* es aquel cuyo orgullo y egoísmo ha traído desastre a su pueblo. La desaparición de tiranos y desvergonzados es una de las señales de la futura felicidad prometida». Todos los que pervierten la justicia (v. 21), dan falso testimonio *(«con una palabra»),* odian y tratan de enredar a los jueces *(«al que juzga en la puerta»)* y hacen que al justo se le nieguen sus derechos *(«pervierten la causa del justo»)* al emplear una argumentación sin base, sin orden ni concierto (hebr. *batóhu*, con el caos—el mismo término de Gn. 1:2—), todos ellos *«serán destruidos»* (v. 20b).

3. Jacob, que tuvo que avergonzarse ante las humillaciones que le infligieron sus enemigos, dará ahora al olvido, como cosa del pasado, todo lo que sus opresores le hicieron sufrir (vv. 22–24). Dice Slotki: «La generación futura, así como la antigua, reconocerán su sujeción a un Dios Santo, y los extraviados y descontentos ganarán entendimiento y aprenderán las lecciones de la verdadera religión».

(A) *«Por tanto,* Jehová (v. 22), *que redimió a Abraham, dice así a la casa de Jacob …».* Dios sacó a Abraham de sus apuros y redimirá también a todos los que, por fe, son su descendencia espiritual; en especial, a los de su descendencia física, tanto como espiritual, que se habrán convertido al final de los tiempos. Slotki entiende así lo de *«redimió a Abraham»:* «del horno ardiente en el que, según la tradición, le había echado Nimrod por rehusar adorar a sus ídolos».

(B) Jacob no será *ahora* avergonzado y le desaparecerá la palidez causada por las humillaciones y los sufrimientos que hubo de sufrir antaño a manos de sus enemigos. Comenta Slotki: *«ahora.* En el distante futuro que, en la vívida visión del profeta, aparece como el presente». Jacob, la antigua generación, pudo pensar que su descendencia quedaba extinta, avergonzándose por ello; pero ahora verá que no es así: Verá a sus hijos, muchos hijos, que santifican y temen al Santo Dios de Israel (v. 23, comp. con 8:13, donde ocurren los mismos verbos hebreos). Nótese que, al hablar de *«sus hijos»*, los de Jacob), dice Dios que son *«obra de mis manos»*. Es de gran consuelo a los padres pensar que sus hijos son criaturas de Dios, la obra de las manos de Su providencia. Pero mucho más consuelo les causará ver que sus hijos son nuevas criaturas de Dios, la obra de las manos de Su gracia.

CAPÍTULO 30

Este capítulo parece referirse al inminente peligro que ofrecía la invasión de Senaquerib. Tenemos aquí: I. Una justa reprensión a los que se daban prisa por obtener ayuda de Egipto (vv. 1–7). II. Una terrible amenaza contra los que despreciaban el buen consejo que les daba Dios por medio de Sus profetas (vv. 8–17). III. Una amable promesa a los que confiaban en Dios: Habían de ver días felices, de triunfo, de gozo y de genuina reforma (vv. 18–26). IV. Una profecía de la derrota total del ejército asirio (vv. 27–33).

Versículos 1–7

El pueblo de Dios cometió muchas veces el pecado y la insensatez de pedir socorro a sus vecinos de un lado cuando eran amenazados por los vecinos de otro lado, en lugar de buscar a Dios y poner su confianza en Él. Contra Israel, Judá pidió ayuda a los sirios (2 Cr. 16:2, 3); contra los sirios, buscó el auxilio de los asirios (2 R. 16:7); y contra los asirios, el de los egipcios (2 R. 18:21).

1. Aquí tenemos uno de los casos en que cometió tal pecado (vv. 1, 2): Sin pedir consejo a Dios, esos *«hijos rebeldes»,* como los llama Él mismo, *urden su propia trama,* que no es más que una tela de araña, por no seguir la pauta que indica el Espíritu de Dios. *Buscan apoyo en la fuerza del Faraón, y refugio en la sombra de Egipto* (v. 2b). La «fuerza del Faraón» no era más que una «caña rajada», y el «refugio» que les ofrecía Egipto sólo era una «sombra» que no podía guarecer del fuego enemigo.

2. La maldad de este pecado. Profesaban ser hijos de Dios, pero, al no fiarse de tal Padre, justamente son estigmatizados como «hijos rebeldes». Estaban (v. 1, al final) *«añadiendo pecado a pecado».* ¿Valía la pena enviar embajadores a Egipto, sin considerar si Dios aprobaba o no tal expedición? Y, en su peligrosa travesía por el Négueb *(«tierra de aflicción y angustia»,* v. 6), acarreaban enormes presentes de parte del rey de Judá para los altos funcionarios de la corte de Egipto. Dios les habría socorrido eficazmente y gratis; pero ellos no dudan en gastar fuertes sumas para buscar el apoyo de quienes no podían ayudarles.

3. Las consecuencias de esta insensatez. No está claro de quién son los *príncipes y embajadores* del versículo 4, si del rey de Judá o del de Egipto. Al considerar que *Soán* se hallaba al nordeste de Egipto, y que *Janés* se hallaba al sur de Menfis, mi opinión personal (nota del traductor) es que los príncipes eran de Egipto, y los embajadores, de Judá. Si se tiene también en cuenta que en Egipto gobernaba la dinastía XXV (etíope), se entenderá el comentario de Moriarty: «Los etíopes habían mandado sus delegados al delta oriental, para evitarles a los de Judá el tener que caminar con los presentes hasta Napata, casi a la altura de la cuarta catarata». El enlace con el versículo 5 se explica entonces así: «Aunque los de Egipto les ahorren un largo viaje a los de Judá, o aunque los de Judá lleguen a adentrarse profundamente en Egipto con sus pesados regalos, de nada les servirá» (v. 5): *«todos* (todo el pueblo de Judá a quienes los embajadores representan) *se avergonzarán del pueblo* (Egipto) *que no les aprovecha* (v. 5). Tres veces se repite eso de «sin provecho» en los versículos 5 y 6. La referencia se hace plenamente explícita en el versículo 7: *«Sí, a Egipto, cuya ayuda es totalmente inútil; por eso le he llamado* lit. *he llamado a ése): Ráhab-hem-shábeth»,* que significa «el monstruo (o el arrogante) que se está quieto». Dice Moriarty: «El epíteto es irónico, pues al ser Ráhab símbolo de confusión y turbulencia, no podía esperarse que se estuviese quieto. Sin embargo, tan impotente es ahora que tiene que estarse forzosamente quieto, sin poder hacer nada».

Versículos 8–17

1. La introducción de la amenaza que el profeta, en nombre de Dios, va a lanzar contra los insensatos gobernantes de Judá, es solemne y tremenda. Por segunda vez (comp. con 8:1 y ss.) le pide Dios al profeta que escriba la visión en una *tablilla* y que la registre en un *rollo* de cuero o de papiro, *a fin de que sirva de testimonio eterno* (v. 8) *para el futuro* (comp. con 8:16–18). ¡Quede por escrito para vergüenza de los presentes y para admonición a los venideros! Si no les aprovecha a ellos, que les aproveche a sus descendientes. Éstos podrían verse tentados a pensar que Dios había sido demasiado duro con sus mayores, a no ser que conociesen lo malos que sus mayores habían sido, y lo paciente y bueno que había sido Dios al usar con ellos de todos los medios posibles, antes de traer sobre ellos tal desastre.

2. El apelativo que Dios da a estos judíos profanos y malvados (v. 9): *«Que éste es un pueblo rebelde* (como en el v. 1), *hijos mentirosos,* que prometen pero no cumplen; que cumplen de boca, pero no de corazón; *hijos que no quieren escuchar la instrucción* (lit. *la ley) de Jehová».*

3. La sentencia que pronuncia contra ellos es terrible.

(A) Estos hijos rebeldes y mentirosos no querían oír verdades amargas, sino mentiras dulces (vv. 10, 11). Las frases, como en otros lugares de Isaías, no son precisamente las que salían de los labios de ellos, sino más bien las que el profeta usa para describir la actitud de ellos. Este es un defecto corriente en todos los tiempos. Muchos que profesan ser creyentes, hijos de Dios, se incomodan de que se les diga la verdad, buscan del predicador que les entretenga, no que los fustigue; prefieren fábulas y anécdotas interesantes antes que escuchar el consejo entero de Dios (Hch. 20:27).

(B) A la actitud de esos hijos rebeldes, que no querían escuchar la palabra que, de parte de Dios, les predicaban los profetas, Dios responde «con una serie de metáforas que describen la completa ruina del Estado» (Slotki). La *opresión* (v. 12) es, probablemente, la exacción de excesivos tributos con que han cargado al pueblo a fin de financiar la costosa política (v. 6) que están siguiendo con Egipto. La *perversidad* (hebr. *naloz)* indica la astucia con la que se da de lado a lo que no interesa. Como el pecado del pueblo era, en el fondo, la búsqueda de una falsa seguridad, el castigo es el que corresponde al pecado (vv. 13, 14): *será como grieta en una pared … cuya caída viene súbita y repentinamente.* En esta caída no quedará nada que sea de utilidad para el futuro (v. 14): *se quebrará como vaso de alfarero al que se hace pedazos sin misericordia y* que ya no sirve para nada: ni aun *para traer fuego o sacar agua.* Dice Moriarty: «A falta de otros utensilios que no abundaban, los tiestos se usaban para una multitud de cosas, como la que se menciona en el verso». Todo esto nos recuerda lo que dijo el Salvador sobre la casa que se edifica sobre arena (Mt. 7:26, 27).

(C) Dios les había ofrecido salvación y fuerza (v. 15) con tal que confiasen reposadamente en El. En Dios hemos de apoyarnos con una santa seguridad de que puede hacer cuanto quiera y querrá hacer lo que más conveniente sea para los Suyos. Esta será nuestra fuerza. Pero *ellos no aceptaron,* sino que (v. 16) retaron a Dios con la confianza en que se las arreglarían por sí mismos para hacer frente al enemigo. La interpretación (o paráfrasis) más probable del versículo 16 es la que ofrece Slotki: «*Huiremos en caballos* contra los invasores; *por tanto* (responde Jehová), *huiréis* del enemigo, escaparéis del campo de batalla en derrota». La segunda parte del versículo 16 está suficientemente clara. Cuando Senaquerib capturó las ciudades fortificadas de Judá, estos hijos rebeldes no pudieron ser persuadidos a que esperasen pacientemente la manifestación de Dios a favor de ellos, como lo hizo finalmente. Por eso, en su pecado hallaron el castigo. Los conquistadores protegieron a los que se estuvieron quietos, pero persiguieron a los que se escaparon. Se predice aquí (v. 17) que serán pocos los que sobrevivan: «tan pocos que darán la impresión de ser como un asta abandonada sin enseña» (Moriarty). Sobre un lugar elevado, podría ser una advertencia para otros.

Versículos 18–26

En esta porción se describen, dice Ryrie, «las glorias del Milenio, aunque *el día de la gran matanza* (v. 25) se refiere a Armagedón».

1. En efecto, la conjunción consecutiva hebrea *lakhén,* con que empieza el versículo 18, puede (y debe aquí) traducirse por adversativa *(«pero», o «a pesar de eso»),* pues, frente al cuadro sombrío que presentan los versículos 12–17, el versículo 18 encabeza una sección en la que son prominentes la gracia y la compasión de Dios hacia Su pueblo. Llegará un día en que Israel *esperará en su Dios* (v. 18, al final) y *clamará a Él* (v. 19) en oración; y su Dios les escuchará, porque se habrán convertido a Él. Israel *nunca más llorará.* Los que vivan en Sion, la ciudad santa, tendrán bastantes motivos para enjugar sus lágrimas (comp. con 25:8; 60:20; 61:1–3). Esto se basa en dos grandes verdades: (A) Que *Jehová es un Dios de justicia* (v. 18b): es sabio y justo en todas las disposiciones de Su providencia; fiel a Su palabra y compasivo hacia Su pueblo. (B) Que, por tanto, son *dichosos cuantos esperan en Él* (v. 18c); que no sólo esperan en Él con sus oraciones, sino también le aguardan a Él con sus esperanzas.

2. Se predice una era de abundancia y prosperidad; especialmente, de obediencia a la Palabra de Dios. «*El pan de congoja y* el *agua de angustia»,* es decir, la extrema escasez de alimentos (la frase sale por primera vez en 1 R. 22:27), darán paso a la abundancia; en especial, a la instrucción espiritual que recibirán del Señor (v. 20). La frase *«tus ojos verán a tu Maestro»,* con que termina el versículo significa, como de ordinario, que gozarán del favor especial de Dios, quien se manifestará a ellos con Sus obras maravillosas (comp. con 1 P. 2:9b). Esta instrucción de parte de Dios les será dada con abundancia, y ellos la buscarán con diligencia (v. 21). Dice Slotki: «Estarán tan ansiosos de oír la Palabra de Dios desde cualquier dirección que venga, que escucharán atentamente incluso a una voz que pueda venirles de detrás de ellos». Dice M. Henry: *«Tus oídos oirán a tus espaldas palabra que te diga, etc.,* llamándote como llama uno a un viajero a quien ve que se marcha de su camino. Esta palabra vendrá *de detrás de ti,* de alguien a quien tú no verás, pero Él sí te verá a ti». Y cuando alguien esté a punto de *torcer,* esto es, de desviarse hacia la derecha o hacia la izquierda (v. 21b), la voz que le habla a sus espaldas le dirá: *«Éste es el camino; andad en él»* (lit.; comp. con Jn. 14:6; Col. 2:6b).

3. Con esto vendrá la mayor de las bendiciones (v. 22): Habrán sido curados de raíz de todas sus idolatrías. Arrojarán lejos de sí todos los vestigios de idolatría (comp. con Os. 14:8). Para lo de *«trapo asqueroso»* el hebreo tiene una expresión muy distinta de la de 64:6. En aquellos días, los israelitas no sólo se arrepentirán de todo corazón de las pasadas idolatrías, sino que concebirán una santa indignación contra todo lo que pueda desviarles el corazón a lo que no sea agradable a los ojos de Dios.

4. Con esto, Dios les dará abundancia de toda cosa buena (vv. 23–25). Como ellos buscarán primeramente el reino de Dios y su justicia, Dios les añadirá todas las demás cosas (Mt. 6:33). Algo parecido vemos en Salmos 67:6, 7. Dios les dará (v. 23) la *lluvia* temprana, que cae en octubre para el tiempo de la siembra, y hará que la tierra *de fruto pingüe,* es decir, grueso, de muy buena calidad, y *abundante* en cantidad. Los ganados (vv. 23b, 24) tendrán también pienso abundante, sabroso y bien cribado. Incluso en los montes y colinas, de los que habría de esperarse que estuviesen faltos de agua, *habrá ríos y corrientes de agua* (v. 25). El final del versículo 25 confunde a muchos autores. Dice Moriarty: *«El día de la matanza.* Pensamiento que sorprende en este contexto; tal vez esté desplazado». Como ya hemos citado de Ryrie, *el día de la matanza* se refiere a la gran batalla de Armagedón. El «pensamiento» no está «desplazado», pues se mueve dentro de todo este contexto que se refiere al día de Jehová (en el que se incluyen la Gran Tribulación, Armagedón y el Milenio). *Las altas torres* que entonces *caerán* (v. 25, al final) son una «metáfora que designa a los grandes y poderosos» (Slotki).

5. En aquel *día* (v. 26), la luz, símbolo aquí de dicha y de prosperidad de toda clase, aumentará de tal forma que *la luz de la luna será como la luz del sol, y la luz del sol siete veces* (perfección y totalidad) *mayor, como la luz de siete días,* es decir, siete días de luz en un solo día.

Versículos 27–33

En estos versículos vuelve a predecirse el juicio de Jehová contra Asiria. 1. Jehová es introducido en el versículo 27 con todo el poder de Su majestad y con todo el terror de Su ira. Esto es lo que se implica en la expresión *«el nombre de Jehová».* Se dice que *viene de lejos,* ya sea en sentido espacial: «Desde Su morada celestial, desde Su misteriosa morada» (Slotki); o en sentido temporal, como dice el mismo Slotki: «Tradicionalmente, *desde lejos* significa desde tiempos antiguos, de acuerdo con la promesa que hizo hace mucho tiempo». Nótense las tres metáforas del versículo 28: (A) El agua que *llega hasta el cuello,* «formando una división entre la cabeza y el cuello» (Slotki). (B) El *zarandeo de las naciones con criba de destrucción,* de forma que no quede ni uno, ya que la criba no hallará nada digno de conservarse. (C) *El freno en las quijadas de los pueblos, haciéndoles errar* (lit.) significa que los enemigos serán frenados de forma que todos sus planes fracasen.

2. Recuérdese una vez más todo el episodio de la milagrosa liberación de Jerusalén del asedio que les habían puesto los asirios (2 R. 19:35–37; 2 Cr. 32:21; Is. 37:36). Mientras los israelitas se alegran como quien celebra la Pascua (v. 29), y festejan *con panderos y arpas* (v. 32) *cada golpe de la vara de Dios contra Asiria,* Jehová (v. 30) *hará oír su majestuosa voz* (probablemente, la de los truenos en una gran tempestad) y descenderá airado para quebrantar a los asirios (vv. 31, 32). Esta destrucción del ejército asirio es comparada (v. 33) a una gigantesca pira de hombres consumidos por el fuego. Éste es el *quemadero* (lit.) que Dios prepara para ellos. Dice Slotki: «El hebreo *Tofté* se ha de conectar evidentemente con Tófet, el lugar donde se quemaban a Moloc sacrificios humanos (2 R. 23:10; Jer. 7:31). Aquí, el "sacrificio" será el rey de Asiria, cuya destrucción se predice». En efecto, se supone que en el Tíffet, nombre que designa al valle del Hijo de Hinnom (la *guéenna* del N.T.), fue donde los regimientos asirios cayeron al golpe del ángel exterminador.

CAPÍTULO 31

Este capítulo es como un compendio del anterior. I. Se denuncia a los que, ante la invasión asiria, confiaron en los egipcios, y no en Dios, para su socorro (vv. 1–3). II. Seguridad que se les da de la protección que Dios había de dispensar a Jerusalén en aquel tiempo de peligro (vv. 4, 5). III. Un llamamiento al arrepentimiento y a la reforma de vida (vv. 6, 7). IV. Predicción de la caída del ejército asirio (vv. 8, 9).

Versículos 1–5

1. El pecado de que aquí se les reprende a los israelitas (v. 1): *Descienden a Egipto por ayuda,* como si los adoradores de los ídolos hubiesen de tener más éxito en la tierra que los siervos del Dios vivo y verdadero. Los egipcios tenían muchos carros, caballos y jinetes y, si podían obtener para su servicio tales medios, pensaban los judíos que estarían en condiciones de habérselas con el rey de Asiria. Con esto hacían de menos al Dios de Israel: *«No miran al Santo de Israel ni buscan a Jehová»* (v. 1, al final).

2. Lo absurdo de tal pecado (v. 2): *«Pero Él* (Dios) *también es sabio».* Comenta Slotki: «El profeta habla irónicamente. La sabiduría no es monopolio de los políticos del partido proegipcio. ¡También Dios la posee!» Moriarty hace notar que «éste es el único texto del Antiguo Testamento en que se le llama a Dios sabio». No sólo es sabio, más sabio que ellos, sino que, además (vv. 2, 3), es infinitamente poderoso, pues *«los egipcios son hombres,* criaturas mortales; y *sus caballos, carne»,* débil como toda carne (comp. Jer. 17:5), mientras que Jehová es *Dios,* infinito y eterno, y *Espíritu* (comp. con Jn. 4:24).

3. A continuación, Isaías les dice, de parte de Jehová, que Él mismo va a entrar en liza contra los enemigos de Jerusalén con la misma osadía con que *un león ruge sobre la presa* (v. 4). Cuando un león se lanza sobre la presa, *aunque se reúnan muchos pastores contra él, no lo espantarán.* No se atreverán ni siquiera a acercarse a él; lo más que pueden hacer es *ruido,* y pensar que con sus voces lo van a espantar; pero él no hace caso de dichas voces. *«Así descenderá Jehová de las huestes a pelear sobre el monte de Sion»* a favor de Jerusalén. *«Amparará a Jerusalén* del mismo modo que protege un ave a su nidada *aleteando sobre sus polluelos»* (v. 5). No cabe duda de que aquí la figura es la del águila, en contraste con la *gallina* de Mateo 23:37. El vocablo para *«pasando» («y pasando la preservará»*—dice literalmente la frase final del v. 5—) es *pasóaj,* y únicamente ocurre aquí y en Éxodo 12:12, 13, 27—con referencia al ángel exterminador que pasaba sobre las casas de los israelitas cuando mató a todos los primogénitos de los egipcios—. Del mismo modo iba a ser totalmente destruido el ejército asirio: iban a morir de pestilencia, pero ninguno de los sitiados iba a contraer la infección. De este modo iba a pasar de nuevo sobre las casas de Su pueblo para preservarlos.

Versículos 6–9

1. Una vez que Jerusalén se reforme, será libertada de sus enemigos (vv. 6, 7). Esta era la voz del Señor que gritaba en la ciudad, y la voz de los profetas que interpretaban el juicio de Dios: *«Volveos a aquel contra quien os rebelasteis profundamente, hijos de Israel»* (v. 6). Les recuerda su origen y su linaje; habían sido apóstatas, pero sin dejar de ser hijos; por tanto, que se vuelvan y será curada su apostasía. A eso sigue (v. 7) una promesa misericordiosa: *«Porque en aquel día* (de nuevo, el "día"; compárese con 2:10; 30:22) *arrojará cada uno sus ídolos, etc.».* Aunque lo habían de hacer también (externamente) en tiempo de Ezequías, sólo al final de los tiempos lo harán de todo corazón.

2. Los sitiadores de Jerusalén serán derrotados. Cuando los israelitas hayan arrojado sus ídolos, entonces caerán los asirios (vv. 8, 9). El ejército asirio quedará en el lugar donde se halla, muertos todos sus componentes por la espada de Dios en manos de un ángel. Lleno de *terror* (v. 9), *huirá el que es su fortaleza* (lit. su *peña),* es decir, el rey de Asiria. *Sus príncipes,* es decir, los jefes del ejército asirio, *se espantarán (o desmayarán) de la enseña* (lit.). Esto da a entender que la *enseña* no indica ninguna bandera asiria, sino «la que Dios levantará, por decirlo así» (Slotki). ¿Quién hará esto? *Jehová, cuyo fuego está en Sion, y su horno en Jerusalén* (v. 9b). Moriarty ve aquí una «alusión al fuego del templo (6:6)». Slotki lo entiende de otro modo: *«Fuego … horno.* Que consumirá a Sus enemigos e irradiará luz y calor a Sus amados». M. Henry hace la siguiente acomodación devocional: «Dios guarda allí morada, como hace el hombre en el lugar donde están su fuego y su horno. Que no piensen los asirios que le van a desposeer de su propia casa. Él mismo es *una muralla de fuego alrededor de Jerusalén,* de forma que, quienquiera se lance al asalto de ella, lo hará con peligro de su vida».

CAPÍTULO 32

Aquí hay: I. Una profecía de la buena obra de reforma con que iba a comenzar su reinado Ezequías (vv. 1–8). II. Una profecía de la gran perturbación que había de sufrir su reino a causa de la invasión asiria (vv. 9–14). III. Una promesa de mejores tiempos, durante el reinado milenario del Mesías (vv. 15–20).

Versículos 1–8

Aquí tenemos la descripción de un reino floreciente.

1. Vemos a las autoridades que cumplen con su deber (vv. 1, 2). Los altos funcionarios del Estado (hebr. *sarim*—lit. *príncipes*—) han de tener sobre ellos un monarca que sea principio de unidad y de orden; y el rey ha de tener bajo su cetro altos funcionarios, para actuar por medio de ellos (1 P. 2:13, 14). Han de usar su poder conforme a la ley, no contra la ley. Han de gobernar *con rectitud y con justicia* y equidad, lo cual requiere también sabiduría y prudencia. Así serán de gran bendición para el pueblo (v. 2). Un *varón* así, un rey que gobierne con rectitud, *será* refugio seguro para el pobre y el oprimido, y manantial de social bienestar y prosperidad, pues eso es lo que indican las cuatro metáforas del versículo 2. En su sentido pleno, sólo el Mesías cumple a la perfección todo eso: En Él hallamos ríos de agua viva (v. Jn. 7:37–39) para todos los que tienen sed de justicia, así como todo el refrigerio que un alma necesitada pueda desear; la sombra de una roca que nos proteja del calor excesivo, del viento y de la lluvia; el escondedero y el refugio contra las demandas que la justicia infinita del Dios tres veces santo presenta contra cada uno de nosotros, miserables pecadores.

2. Vemos a los súbditos, deseosos igualmente de cumplir con su deber. Estarán deseosos de ser enseñados (vv. 3, 4), darán de lado a prejuicios y resentimientos contra los gobernantes y los maestros, y se someterán a la luz y al poder de la verdad (v. 3). Cuando esta bendita obra de reforma se pone en marcha, y los hombres ponen de su parte lo necesario, la ceguera anterior (29:9, 10) queda eliminada, y todos abren de par en par los ojos y los oídos a la Palabra de Dios. Experimentarán en su interior un cambio maravilloso (v. 4): Los *atolondrados* que antes se precipitaban a obrar a impulso de sus instintos, *comprenderán para saber* cómo han de hablar y actuar, y los malvados «que temían hablar con claridad, no fuese que sus secretos designios fuesen conocidos» (Slotki), *hablarán claramente.*

3. En un reino como éste, cuyo modelo perfecto sólo se hallará en el reino mesiánico milenario, a las cosas se les llamará por su verdadero nombre (nótese el contraste con 5:20). Las diferencias entre el bien y el mal ya no volverán a ser confundidas (v. 5) por los que llaman luz a las tinieblas, y tinieblas a la luz: *«El ruin nunca más será llamado generoso, etc.».* Los hombres serán estimados por su carácter moral, no por las riquezas que posean. Se describe aquí (vv. 6–8) al ruin y al generoso: El ruin no tendrá respeto a Dios ni consideración a los hombres, pues, a costa de medrar, tramará intrigas para enredar a los ignorantes y a los necesitados, explotándoles hasta dejarles faltos de todo sustento. Pero *el* que es *generoso* (lit. *noble*—v. 8—) *proyectará cosas nobles, y en cosas nobles se sostendrá* (lit.). A fuerza de pensarlas (comp. con Fil. 4:8), las pondrá en práctica. El árbol se conoce por sus frutos. Dice Moriarty: «El epigrama aquí expresado es el equivalente hebreo del *agere sequitur esse*» («el obrar sigue—como el fruto al árbol—al ser». El paréntesis es del traductor).

Versículos 9–14

Como en 3:16–24, el profeta lanza aquí una diatriba contra las mujeres de Jerusalén que, al pertenecer a las clases pudientes, hacían ostentación de lujo en peinado, vestido y joyas.

1. Las llama (v. 9) *indolentes,* esto es, despreocupadas y amantes de la comodidad, y las exhorta a *levantarse* (comp. con Am. 6:1) y dar de lado a su indolencia, porque la vida fácil se les va a terminar pronto (v. 10), ya que, en poco más de un año, Senaquerib invadirá Judá y no habrá cosecha ni vendimia. Las que derrochan en lujo, y gastan para lo superfluo, pronto carecerán hasta de lo necesario.

2. Las exhorta al arrepentimiento (vv. 11, 12). No basta con que se lamenten de lo que va a ocurrir, es preciso que se despojen de sus ropas lujosas y costosas, se vistan de saco y se golpeen el pecho en señal de duelo. Esto da a entender que no sólo las van a desnudar los juicios de Dios, sino que la mejor prevención del aprieto en que se verán ha de ser arrepentirse y humillarse en la presencia de Dios con las evidentes pruebas de una sincera pesadumbre por sus pecados. La mejor preparación para la inminente calamidad será negarse a sí mismas y desligarse de todos los deleites de los sentidos.

3. Ciertamente, habrá sobrados motivos para lamentarse (vv. 13, 14), ya que los campos sólo criarán *«espinos y zarzas»;* las casas—aun los palacios—donde antes había alegría y jolgorio, así como las torres y los fortines, sólo servirán de guarida para los asnos silvestres. Todo será una desolación perpetua. Sin embargo, el *«para siempre»* (hebr. *ad olam)* del versículo 14b significa «por largo tiempo, pues su final se predice en el versículo siguiente» (Slotki). Nótese el *«hasta que»* con que empieza el versículo 15.

Versículos 15–20

De nuevo tenemos en estos versículos una predicción de las bendiciones del reino milenario.

1. La renovación futura, con la restauración de la prosperidad, la justicia y la paz, será obra del *Espíritu de lo alto,* es decir, del cielo (v. 15), el cual será derramado *sobre nosotros—como* dice Isaías, en nombre de todo el pueblo de Dios—. Para la segunda parte del versículo 15, véase el comentario a 29:17. Esta profecía se halla ampliada en Joel 2:28–32, y tuvo parcial cumplimiento el día de Pentecostés (v. Hch. 2:16–21), «pero su pleno cumplimiento se verá cuando Israel se convierta al Señor (Hch. 3:19; Ez. 36:25–27)» (Trenchard).

2. La justicia hallará morada en todas partes, incluso *en el desierto* (v. 16), y *el resultado* (v. 17), es decir, el fruto (lit. *Ia obra) de la justicia será la paz.* Efectivamente, sin justicia no hay paz posible. Por eso, no puede esperarse paz duradera en el actual estado de cosas, ya que la justicia y la rectitud brillan por su ausencia. Pío XII tomó como lema la primera parte del versículo 17 (en latín: *«opus justitiae pax»),* pero el mismo año en que fue coronado papa (1939), comenzó la Segunda Guerra Mundial.

3. Este estado de cosas: rectitud, prosperidad, paz, será—ahora va de veras—*«para siempre»* (v. 17, al final). Tras de este cuadro de plena felicidad, «los dos últimos versos (19, 20) son oscuros», dice Moriarty. Ryrie recurre a la alegoría: «Cuando el bosque de la humana soberbia sea nivelado por el *granizo».* Lo más probable es que Isaías compendie aquí el inminente juicio de Dios sobre Israel por medio de la invasión asiria, pues el granizo es una metáfora que designa el juicio de Dios (comp. con 28:2, 17; 30:30), la posterior destrucción de Jerusalén (no Nínive, según opinan muchos expertos judíos), *«descendiendo al valle»* (v. 19, al final, lit.) «de la destrucción» (Slotki, aunque parece favorecer la idea de que se trata de Nínive) y, finalmente, la dicha (v. 20) general durante el reino milenario (comp. con 30:24, 25).

CAPÍTULO 33

En este capítulo tenemos: I. Un apóstrofe del profeta al invasor asirio, seguido de una oración ferviente a Dios, que Isaías ve ya respondida de antemano (vv. 1–6). II. Se describe, una vez más, la desolación asiria (vv. 7–9). III. Dios se dispone a obrar en respuesta a la oración del pueblo (vv. 10–12). IV. El profeta expone las condiciones requeridas para librarse del juicio de Dios (vv. 13–16). V. La victoria sobre el asirio lleva al profeta a remontarse a las bendiciones del reino mesiánico (vv. 17–24).

Versículos 1–6

1. El profeta apostrofa aquí (v. 1) al invasor asirio sin nombrarlo: «*¡Ay de ti, que saqueas, etc.».* El rey de Asiria había despojado al pueblo de Dios, había quebrantado su pacto de paz con él y había obrado a traición. Así había tratado a quienes no le habían hecho ningún mal. Pero el que había despojado a las ciudades de Judá, será destruido por medio de un ángel; los caldeos harán deslealtad contra él (v. 1, al final), cuando él haya acabado de portarse así con Judá. Peor todavía será la deslealtad de sus propios hijos, quienes le asesinarán mientras rinde devoción a sus falsos dioses.

2. Sigue una oración del pueblo de Dios (v. 2), que acude con fervor al trono de la gracia, e implora misericordia por el país, que se halla en un tremendo apuro: *«Oh Jehová, ten misericordia de nosotros, etc.».* Oran por el rey, sus nobles y los soldados: *«¡Sé tú el brazo de ellos por las mañanas!»* (lit.). El *brazo,* la ayuda y defensa, de todo Israel, no sólo de los nobles y el ejército, a pesar del cambio brusco de la primera persona de plural a la tercera, cosa «no extraña en el estilo hebreo» (Slotki). Isaías vuelve de

nuevo a usar la primera persona: *«Nuestra salvación también en tiempo de aprieto»*. De Dios dependen, no sólo para que les salve ahora, sino para que sea *«salvación»* de ellos.

3. El profeta ve en seguida que Dios va a responder a la oración. El *estruendo* (el trueno—la voz de Dios—), símbolo de la ira divina y del juicio que va a ejecutar, hace huir a *los pueblos* (v. 3), en plural, porque «las huestes asirias se componían de muchas nacionalidades» (Slotki). Sin embargo, como el propio Slotki advierte: «Como el texto no tiene artículo determinativo, puede ser una descripción general de la fuerza invencible de Dios, y la traducción debería ser "pueblos … naciones"».

4. En el versículo 4, Isaías se dirige a los asirios, pues el original dice *«vuestro despojo»*. Estos despojos serán recogidos de forma que no quedará nada: *«como cuando lo recogen las orugas»*. Lo mismo hacen *las langostas,* que devoran cuanto encuentran a su paso. Los que despojen a los asirios derrotados y fugitivos, se harán dueños del botín con la misma facilidad y presteza con que las orugas y las langostas desnudan un árbol o un campo. Con este despojo de los enemigos sobrenaturalmente derrotados, *«será exaltado»* (v. 5). El pueblo disfrutará de la bendición, pero la gloria será del que los salvó. Con gratitud y rendida adoración, el profeta alaba al Dios que, a pesar de *morar en las alturas,* ha descendido a libertar a Su pueblo; más aún, *ha llenado a Sion de justicia y rectitud* (v. 5b, comp. con 32:16).

5. Ezequías y su pueblo son animados (v. 6) con la seguridad de que Dios había de estar del lado de ellos durante su aflicción: *«Rica provisión de salvación, de sabiduría y de conocimiento»*. La base firme de todo esto es que *Él* (Jehová) *será un fundamento estable para tus tiempos. «Salvación»,* con respecto a los enemigos de fuera; *«sabiduría y conocimiento»* para saber cómo gobernarse dentro del país. Y (v. 6, al final) *«el temor de Jehová será su tesoro»*. La sincera piedad es el verdadero tesoro de todo príncipe y de todo pueblo. Esto es lo que les hace de veras ricos.

Versículos 7–12

Se describe ahora la desolación que la invasión asiria ha producido, así como la decisión de Dios de ponerse a actuar en respuesta a la oración del versículo 2.

1. Vemos primero el gran aprieto en que llegó a verse Jerusalén (vv. 7–9). Se predice aquí:

(A) Que el enemigo sería muy insolente y no habría modo de habérselas con él ni con tratados de paz, porque los ha quebrantado (vv. 7b, 8—*«los mensajeros de paz llorarán amargamente; … ha anulado el pacto»—),* ni con preparativos para la guerra (vv. 7a, 8b—«los *valientes darán voces*—de lamentación—*fuera …; despreció las ciudades, tuvo en nada a los hombres»).* Al encontrar tan poca resistencia en su camino hacia Jerusalén, el asirio hace burla de las ciudades y de los hombres.

(B) Que el país quedaría desolado durante algún tiempo a causa de la crueldad del invasor. Nadie se atrevía a salir a los caminos ni aun a la calle (v. 8a). Con esto, el comercio y aun cualquier negocio sufrían un paro general. Lo mismo pasó con la agricultura y el pastoreo (v. 9). La parte del país que correspondía a las diez tribus del norte estaba ya desolada. Nótense las bellas metáforas: *«Se enlutó, enfermó la tierra* (al simpatizar con los sufrimientos de sus habitantes—Slotki—); *el Líbano,* famoso por sus cedros, *se avergonzó y se marchitó,* al ser despojado de lo que era su hermosura; *Sarón,* famoso por sus rosas, *se ha vuelto como un desierto; y están desnudos Basán y Carmel* (lit.): Basán, famoso por su ganado mayor, y Carmel, famoso por su cereal, están desnudos, es decir, pelados por el enemigo». Todos ellos «son mencionados como los lugares más fértiles (cf. 35:2)» (Slotki).

2. Vemos después, por fin, la manifestación de Dios que se dispone a pararle los pies al arrogante invasor (vv. 10–12). Parecía que se había desentendido de lo que estaba sucediendo, sentado en Su trono como un espectador a quien el asunto no le va ni le viene. Pero ahora va a mostrar, no sólo que hay un Dios que juzga, sino también que es un Dios soberano. Cuando fracasan todos los demás auxiliadores, entonces es la hora de Dios para auxiliar (v. 10). Y, dirigiéndose a los asirios, les dice Él mismo (v. 11): *«Concebisteis paja; rastrojo daréis a luz»* (lit.). En sus propios planes, los asirios preparaban el combustible. Y *el mismo aliento* que los asirios respiraban, es decir, el furor con que perseguían a sus víctimas (v. la misma imagen en Hch. 9:1 *«respirando amenazas y muerte …»)* era como el fuego con que ellos mismos se iban a consumir, al ser un combustible tan adecuado. Así es como *los pueblos* (v. 12, comp. con el v. 3) serán consumidos del todo, *calcinados («como las quemas de cal»)* y abrasados, *como espinos cortados,* doblemente secos, *que son quemados en el fuego.* Tal fue, en efecto, la destrucción del ejército asirio.

Versículos 13–16

Como advierte Slotki, el versículo 13 «puede entenderse como conclusión de la sección precedente o como introducción de la que sigue». Al ser una llamada de atención, puede tomarse en los dos sentidos, pero me atrevo a decir (nota del traductor) que más bien sirve de puente o quicio, ya que *«los de lejos»* (v. 13a) se refiere a los invasores gentiles (comp. con Ef. 2:13, 17), por lo que precede (vv. 10–12), mientras que *«los que están cerca»* (v. 13b) son, sin duda, los judíos, como se ve por lo que sigue (vv. 14–16).

1. El tremendo golpe que Dios ha infligido a los enemigos de Su pueblo ha sembrado el terror también entre *los pecadores en Sion* (v. 14), hasta *sobrecoger de espanto a* estos *hipócritas.* Hay pecadores que disfrutan de los privilegios y servicios religiosos de Sion, pero su corazón no está recto en la presencia de Dios. Pero al ver la destrucción llevada a cabo en el ejército enemigo, quedan consternados y convictos en el interior de su conciencia, y se preguntan (v. 14b): *«¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor?»* (comp. con He. 12:29), es decir, «Dios, cuya ira llameante destruye a los malvados y purifica a los penitentes» (Slotki). Sobre lo de las «*llamaradas eternas*» (frase final del v. 14), comenta el mismo Slotki: «El juicio de Dios es eterno como Dios mismo».

2. A continuación, tenemos la respuesta (vv. 15, 16) a las preguntas del versículo 14b. Las condiciones para disfrutar de la comunión con Dios son *«caminar en justicia y hablar lo recto»* (v. 15). Tenemos aquí:

(A) El carácter del bueno aun en tiempos de general iniquidad: Él camina rectamente. Actúa según las normas de la equidad, dándole a cada uno lo suyo; no sólo a Dios, sino también a los hombres. También habla rectamente, con honesta intención y con mesura de palabras. Tiene por cosa sórdida enriquecerse por medio de la opresión del prójimo, así como recibir soborno para impedir que se haga justicia: *«sacude sus manos de recoger soborno,* como si tomase por grave afrenta el que se atrevan aun a proponérselo; *se tapa los oídos para no escuchar propuestas sanguinarias,* es decir, de conspiraciones para derramar sangre; *el que cierra sus ojos para no ver cosa mala,* no para hacer la vista gorda ante los crímenes que se perpetran, sino porque aborrece el pecado de tal manera que no puede sufrir el ver a otros cometerlo». Los que quieran preservar la pureza de su alma, deben también cerrar los oídos a la tentación, y desviar los ojos del pecado y de las vanidades del mundo.

(B) El consuelo del bueno, que puede animarle aun en tiempos de general calamidad (v. 16). Este hombre estará a salvo, pues tendrá comunión con el Dios que es fuego consumidor, pues para él será una luz regocijadora. En cuanto a los presentes apuros y calamidades, no llegarán a hacerle daño, pues *habitará en las alturas,* refugiado en Dios, *baluarte de rocas.* El Dios que es *la roca de las edades* (o de la eternidad) será su alto torreón. Allí no le faltará nada de lo que necesita para subsistir; tiene seguros *el pan y el agua,* por muy duro y estrecho que sea el cerco puesto a la ciudad. Quienes temen a Dios, nunca carecerán de cualquier cosa que sea buena para ellos.

Versículos 17–24

Estos versículos se refieren al reino mesiánico, como lo entienden autores de trasfondo tan dispar como Slotki, Moriarty y Ryrie.

1. El profeta se dirige a la nación, como si fuese un solo individuo, en singular colectivo, y dice (v. 17): *«Tus ojos verán al Rey en su hermosura; verán una tierra dilatada».* Dice Moriarty: «*Al rey en su esplendor:* al rey futuro de la era mesiánica, que reinaría sobre un reino dilatado y tranquilo». Esto se cumplió en parte en Ezequías, cuando apareció de nuevo con su lujosa y larga vestimenta regia, después de haber ido vestido de saco en señal de duelo. Así verán también todos los creyentes la Jerusalén Celestial, la Nueva Tierra Prometida, y se consolarán de las aflicciones y penalidades de la vida presente, cuando recuerden lo que aquí sufrieron (v. 18): «*Tu corazón imaginará el espanto* experimentado durante el asedio, *y dirá: ¿Qué es del que contaba?* (lit.), es decir, del oficial asirio que contaba el número de personas que habían de ser sometidas a trabajos forzados o a pagar tributo. *¿Qué del pesador del tributo,* del oro y de la plata con que se pagaba el tributo? *¿Qué del que contaba las torres* (lit.), para ver cuáles debían ser demolidas "o para comprobar la resistencia de que era capaz la ciudad"? (Slotki)».

2. Estarán tranquilos, porque *ya no volverán a ver* (v. 19) al asirio, *a aquel pueblo orgulloso* (v. 2 R. 19:32), *de lengua difícil de entender, etc.* (v. el comentario a 28:11, así como Dt. 28:49, 50; Jer. 5:15). La permanente estabilidad futura de Jerusalén se declara aquí en una doble promesa (v. 20) de seguridad: (A)

Será una seguridad bien fundada, *morada de quietud* para el pueblo de Dios. Los tiranos habrán desaparecido (v. 29:20); así que no se verán espantados por alarmas de guerra ni de opresión. (B) Será una seguridad inamovible, porque, aun siendo una *tienda o tabernáculo* (¡también en el cielo!—Ap. 21:3—), su estabilidad será tal que *«no será desmantelada, ni serán arrancadas sus estacas, ni ninguna de sus cuerdas será rota»*. Dice Moriarty: «Jehová permanecerá con ellos sin moverse». M. Henry hace la siguiente acomodación devocional: «La iglesia de Dios en la tierra es un tabernáculo que, aunque sea trasladado de un lugar a otro, no será desmantelado mientras dure el mundo, porque en cada época tendrá Cristo una simiente que le sirva. Las promesas del pacto son las estacas, y las ordenanzas e instituciones del Evangelio son las cuerdas que nunca serán rotas».

3. Dios mismo será su protector y Salvador (vv. 21, 22). Ésta es la base principal de la confianza de ellos. Dios será el Salvador de Jerusalén: *«Majestuoso estará allí Jehová para nosotros»* (lit.). Es cierto que habrá *ríos y arroyos muy anchos*, abundancia de agua, no sólo como garantía de fertilidad, sino también de seguridad. Dice Slotki: «Jerusalén es comparada a una ciudad rodeada de agua como protección (cf. Nah. 3:8)». Sin embargo, a pesar de estar rodeada de ríos, por ellos *no andará galera de remos, ni pasará gran nave*, es decir, no habrá peligro de que se acerquen jamás naves enemigas. La razón de esta seguridad la da el propio profeta (v. 22): *«Porque Jehová es nuestro Juez ... Legislador ...* y Rey; en una palabra, nuestro Soberano Omnipotente; *Él mismo nos salvará»*.

4. En el versículo 23 (que, con la mayor probabilidad, debe conectarse con el v. 21), el profeta se dirige a un imaginario enemigo que se haya atrevido a intentar llevar sus barcos a los anchos ríos de Jerusalén: No llegarán a puerto; no sólo se verán incapaces de izar las velas, sino que dejarán en poder de los habitantes de Jerusalén tan abundantes despojos, que hasta *los cojos* podrán participar del botín, al no haber quedado ningún enemigo que los persiga para impedirlo. De esta manera, Dios sacará bienes de males, pues no sólo salvará a Jerusalén, sino que la enriquecerá.

5. No sólo el pecado, sino también la enfermedad, quedarán alejados de allí (comp. con Sal. 103:3). Así como la muerte es paga del pecado (Ro. 6:23), también lo es la enfermedad, que es como la antesala de la muerte. En la feliz y santa Jerusalén, nadie se sentirá enfermo (v. 24), porque *le habrá sido perdonada su iniquidad*, que es la enfermedad del alma, raíz y fuente de la enfermedad del cuerpo. Cuando Dios perdona el pecado, también cura la enfermedad (comp. con Stg. 5:14–16).

CAPÍTULO 34

En este capítulo y en el siguiente tenemos la cara y la cruz del gran Día de Jehová; aquí, Armagedón; en el capítulo 35, el Milenio. En el presente capítulo tenemos: I. Una llamada a todas las naciones del mundo, para que se enteren del juicio que Dios ha sentenciado contra ellas (vv. 14). II. El terrible castigo que Jehová va a infligir a los rebeldes incrédulos, simbolizados en Edom (vv. 5–8). III. El cuadro de la tremenda desolación que seguirá a la conflagración universal (vv. 9–17).

Versículos 1–4

1. Proclamación de la guerra (v. 1). Todas las naciones deben escuchar el bando, porque a todas les concierne: Dios está airado con ellas; Su indignación se cierne sobre *toda la tierra y cuanto hay en ella.*

2. Publicación del bando (v. 2): Todas las naciones están coligadas (v. Sal. 2:1–3) contra Dios, contra Cristo y contra la religión verdadera y dispuestas a fomentar y propagar los intereses del diablo. Así como han disfrutado hasta ahora del beneficio de la paciencia de Dios, así deben esperar ahora sufrir los efectos de Su indignación. Su furia se cierne de modo especial sobre *todo el ejército de ellas* (comp. con Ap. 19:19), pues es por medio de las armas como ha llevado el enemigo su persecución al pueblo de Dios.

3. Se adelanta luego (v. 3) un compendio de la tremenda derrota que van a sufrir los enemigos de Dios y de Su pueblo: Los muertos serán innumerables; sus cadáveres permanecerán insepultos, de forma que un hedor insoportable *se levantará de ellos;* la sangre derramada será tan copiosa que *se derretirán los montes* (lit.). Con expresiva hipérbole, se pone así de relieve la tremenda mortandad. El acontecimiento tendrá (v. 4) repercusiones cósmicas (comp. con Ap. 6:12–14), que dan a entender los efectos, en la tierra y en el cielo, de la indignación divina; por lo cual se repite su mención a diversos

niveles (v. 13:13; 51:6; Ez. 32:7, 8; Jl. 2:31; Mt. 24:29; 2 P. 3:10; Ap. 6:12–14; 20:11; 21:1). Toda la belleza decorativa con que Dios vistió a la creación, quedará entonces desmontada y destruida, como una morada maldita, que comparte el anatema de sus moradores.

Versículos 5–8

Se describen las operaciones de la guerra contra las naciones, simbolizadas en Edom, esto es, Esaú, el enemigo ancestral de Israel.

1. *«Mi espada se ha embriagado en los cielos»* (v. 5, lit.), dice Dios, en una metáfora que indica el furor de la ira divina preparándose para destruir a Edom. La espada guerrera de Dios es siempre una espada de justicia. En ese furor divino ha templado la espada su filo (comp. con Ez. 21:9–11).

2. A continuación, el profeta contempla ya (vv. 6, 7) ejecutada la venganza de Jehová. Ve la espada de Dios *llena de sangre, «cubierta de grasa»*. «Los edomitas son comparados a los animales que son degollados para el altar» (Slotki). Según el mismo autor, los *corderos, machos cabríos y carneros* del versículo 6 «son figura de los diversos tipos entre las clases bajas de los habitantes de Edom», mientras que los *búfalos, toros y becerros* del versículo 7 «son figura—según Slotki—de los rangos entre las clases más altas del dinero y de la milicia».

3. La mención del *sacrificio en Bosrá,* capital de Edom (v. 6b), nos da una nueva pista para ver en esta matanza de los edomitas el tipo de la batalla de Armagedón (comp. con 63:1; Jer. 49:13; Ap. 14:19, 20; 19:13, 15). El versículo 8 nos añade una nueva referencia, que confirma lo que acabamos de decir: *«Porque Jehová tiene un día de venganza, un año de retribuciones en el pleito de Sion»* (comp. con 61:2b; 63:4), es decir, en la controversia de Sion con Edom.

Versículos 9–17

En estos versículos podemos contemplar el cuadro de total desolación después de la conflagración descrita en los versículos anteriores bajo la figura de la destrucción de Edom.

1. El país quedará como Sodoma y Gomorra cuando las consumió (v. Gn. 19:24) el fuego del cielo (vv. 9, 10). Dichas ciudades se hallaban en las cercanías del país de Edom. De ahí, la mención del *azufre* y de la *brea ardiente* (v. 9). Las frases del versículo 10 expresan gráficamente una devastación irreversible: Quedará asolada para siempre, no volverá a ser edificada, nadie pasará por ella, como si ardiese perpetuamente. Esta imaginería es aplicada a los adoradores de la Bestia en Apocalipsis 14:10, 11, y a la «gran ramera» (Babilonia-Roma) en Apocalipsis 19:3.

2. El sentido figurado de las expresiones del versículo 10 se capta claramente al compararlas con las del versículo 11, donde se describe gráficamente el estado en que queda una ciudad asolada por completo, pues las aves ahí mencionadas van siempre conectadas con los lugares desiertos y solitarios (comp. con 14:23). Sobre la ciudad queda extendida *«la cuerda de confusión y la plomada de vaciedad»* (v. 11b, lit.). Es muy interesante notar que Isaías describe el estado caótico de la devastada Edom con los mismos términos hebreos *tohu y bohu* que vemos en Génesis 1:2. «El pecado—dice M. Henry—convierte pronto en caos un paraíso y empaña la belleza de toda la creación. Cuando hay confusión, pronto habrá vaciedad.» Sus nobles desaparecerán y ninguno podrá presentarse (v. 12) que haga valer sus derechos al trono, pues *«todos sus príncipes habrán quedado en nada»*.

3. La devastación de Edom continúa siendo descrita (vv. 13–15) con nueva imaginería: Se mencionan como habitantes de la ciudad desolada *(«espinos, ortigas y zarzas»* son las únicas plantas que allí se crían), animales asociados, como las aves del versículo 11, con lugares solitarios y selváticos (vv. 13–15): *chacales y avestruces* (v. 13b); *hienas y sátiros* (v. 14; comp. con 13:21, 22, donde puede verse el comentario sobre lo que nuestra Reina-Valera vierte por «cabra salvaje»). Especial atención merece el hebreo *lilit («lechuza»,* en la Reina-Valera). Dice Slotki: «El hebreo *lilith*, que en la Biblia se halla únicamente aquí, ocurre con frecuencia en la literatura talmúdica y especialmente en la Cábala, donde es el nombre de un demonio femenino, la primera esposa de Adán antes de Eva». Dice Moriarty: «En los escritos de los rabinos, Lilit es la mujer que engañó a Adán». Contra esta fábula, véase 2 Corintios 11:3, donde se llama precisamente «Eva» la mujer engañada por la serpiente. A los animales mencionados en los versículos 13 y 14, se añaden en el versículo 15 el *búho* y los *milanos* (mejor que «buitres»). Lo de *«cada uno con su compañera»* (v. 15, al final) nos recuerda Génesis 7:2 y ss.

4. El capítulo finaliza con la seguridad que da el mismo Dios (vv. 16, 17) de que esto se cumplirá puntualmente, según queda consignado *en el libro de Jehová* (v. 16). A qué libro se refiere aquí Isaías, no es fácil de adivinar. Ryrie asegura que es el propio libro del profeta, donde se contienen «las profecías concernientes a estos decretos de juicio de parte de Dios». Lo mismo parece sugerir Slotki. En cambio, Moriarty dice: «Al tener en cuenta otros significados que la palabra *sépher* tiene en el Antiguo Testamento y su uso en el tratado arameo de soberanía de Sefire, se ha sugerido que el libro era una copia de un pacto en el que se contenía esta amenaza como maldición a los que lo violasen». Los versículos 16 y 17 amplían la mención del versículo 15, al final, de *«cada uno con su compañera»,* en confirmación de que estos animales obedecerán la voz de Dios para habitar en la desolada Edom, del mismo modo que la obedecieron para entrar, de dos en dos, en el Arca de Noé. Esto da lugar a Slotki a presentar una interpretación alternativa de la frase *«el libro de Jehová»* como referente al libro del Génesis, escrito, como el resto de la Ley, bajo el mandato de Dios. Comenta entonces Slotki: «Si el mandato de Dios hizo que ninguno de estos animales se abstuviese de venir al Arca de Noé a pesar de la escasa provisión de alimentos, mucho más había de hacer Su juicio y Su decreto que ninguno de estos animales se abstuviese de venir a Edom, donde habrían de tener abundante provisión de carne y grasa». El mismo Dios (v. 17) *les echó suertes* allí, y allí *tendrán perpetuamente su heredad.*

CAPÍTULO 35

Este capítulo presenta un notable contraste con el anterior. Tras de la destrucción de Edom, tenemos el retorno de Israel a una Sion nueva, transformada; y, en un plano más elevado, tras de Armagedón, tenemos ahora las grandes bendiciones del reino milenario. Vemos aquí: I. El florecimiento y la gran fertilidad de la tierra (vv. 1, 2). II. El ánimo que el profeta da, en nombre de Dios, a los que se sienten débiles y apocados (vv. 3, 4). III. Desaparecerán los defectos naturales de la tierra y de sus habitantes (vv. 5–7). IV. Será construido un camino real para que por él regresen a Sion los redimidos de Jehová (vv. 8–10).

Versículos 1–2

1. Tenemos aquí (v. 1) un desierto convertido en un vergel. Cuando la tierra de Judá se vio libre de los ejércitos asirios, el país empezó a recuperarse y *a florecer como la rosa.* Lo mismo estamos presenciando en esta segunda mitad del siglo XX, desde que se constituyó oficialmente el año 1948 el nuevo Estado de Israel. Pero la profecía tendrá su pleno cumplimiento en el Milenio. Cuando Cristo fue predicado en Samaria, hubo *gran gozo en aquella ciudad* (Hch. 8:8). La gracia de Dios hace del alma que era un sequedal alegrarse y florecer como un jardín de rosas.

2. Todo el país gritará de júbilo ante la nueva primavera y (v. 2), en especial, *ante la visión de la gloria de Dios.* Dios se manifestará más que en ninguna época anterior en su gracia y en su gran amor al hombre. Esto es lo que primordialmente hace que un desierto se convierta en un vergel. Cuanto más vemos, por fe, de la gloria de Dios, tanto más gozo sentimos y tanto más fruto, con su gracia, producimos.

Versículos 3–4

1. Con esta gloriosa perspectiva, el profeta anima a los que se sienten débiles y apocados. Los profetas y los ministros de Dios tienen la obligación, en virtud de su oficio, de *fortalecer las manos débiles* (v. 3), de consolar y dar fuerzas a los que se sienten debilitados por las fatigas recientemente pasadas, como era el caso de los judíos poco después de levantarse el asedio de Jerusalén y como será el caso de los creyentes, judíos y gentiles, que hayan sobrevivido después de la Gran Tribulación. El objetivo del Evangelio es también éste:

(A) Fortalecer a los débiles. Entre los cristianos sinceros, hay muchos que tienen débiles las manos y vacilantes las rodillas, pues son todavía como bebés en Cristo; pero es nuestro deber (comp. con Lc. 22:32) no sólo aguantar su debilidad, sino robustecer sus fuerzas (Ro. 15:1; 1 Ts. 5:14). Es también una

obligación nuestra el animarnos a nosotros mismos a ser fuertes (He. 12:12), y a hacer buen uso de las fuerzas que Dios nos da.

(B) Animar a los tímidos y apocados (v. 4): *«Decid a los de corazón apocado: No temáis, etc.»*. Las grandes calamidades producen pánico y desequilibran las fuerzas mentales, y llenan de miedo y de confusión a la persona, como dice David en el Salmo 31:22: *«Decía yo en mi inquietud: Cortado soy de delante de tus ojos»*. El Evangelio nos provee de suficiente antídoto contra este veneno, y el que nos dice: *¡Esforzaos!,* nos da las fuerzas necesarias para cualquier contingencia (Fil. 4:13).

2. El profeta les da la seguridad de que Dios viene a vindicar a los Suyos (v. 4b) y a retribuir castigo a los enemigos, «*y os salvará Él mismo»*. No envió a un ángel para redimir a la humanidad, sino que descendió Él mismo, despojándose del manto de Su gloria y ciñéndose la librea de esclavo, para someterse a la voluntad del Padre, subió a la Cruz para morir a favor nuestro y en nuestro lugar.

Versículos 5–7

Con la nueva primavera de la tierra desaparecerán los defectos de las personas y aun de la propia naturaleza.

1. Se realizarán maravillas en los reinos de la naturaleza y de la gracia.

(A) Desaparecen los defectos que impiden a las personas disfrutar plenamente de la vida (vv. 5, 6): *«Los ojos de los ciegos serán abiertos»*. Esto fue llevado a cabo muchas veces por Jesús durante su vida mortal (v. Mt. 9:27; 12:22; 20:30; Jn. 9:6). Por su poder fueron abiertos los oídos de los sordos (Mr. 7:34) y las lenguas de los mudos fueron sueltas (Mt. 9:32, 33). Cristo hizo estos milagros para mostrar que era el Enviado de Dios (Jn. 3:2); más aún, que era Dios, el mismo que había creado los ojos, los oídos y la boca del hombre.

(B) Mayores maravillas aún son realizadas en el alma del ser humano. Por medio de la predicación de la Palabra de Dios y mediante el poder vivificante del Espíritu de Cristo, los que eran espiritualmente ciegos fueron iluminados (Hch. 26:18), y los que eran sordos a los llamamientos de Dios fueron dispuestos a escuchar el mensaje del Evangelio, como le ocurrió a Lidia, a quien *el Señor le abrió el corazón para que estuviese atenta a lo que Pablo decía* (Hch. 16:14). Los que estaban mudos, sin saber cómo hablar de Dios o a Mos, al tener abierto el entendimiento para conocerle, tendrán también abiertos los labios para publicar Sus alabanzas (1 P. 2:9b).

2. Tanto en el orden de la naturaleza (comp. con 41:18; 43:19, 20; 51:3) como en el de la gracia (Jn. 7:38, 39) *«serán alumbradas aguas en el desierto, y torrentes en la soledad»* (v. 6b). Se dice que *serán alumbradas,* como brotando milagrosamente de donde menos se esperaba. El efecto será (v. 7) que *el lugar seco* (lit. *tierra socarrada) se convertirá en estanque, etc.* Dice Slotki: «O "el espejismo se convertirá en un (verdadero) lago", pues el vocablo árabe para "espejismo" corresponde al vocablo hebreo usado aquí». Donde antes (v. 34:13) *tenían su morada los chacales* y otros animales silvestres acostumbrados a lugares desiertos y solitarios, *se guarecerán ahora los rebaños; será lugar de hierba* (lit. hebr. *jatsir),* apropiado *para cañas y juncos,* es decir, una marisma con agua abundante.

Versículos 8–10

Será construido un camino real para que regresen cómoda y gozosamente los redimidos de Jehová.

1. El camino real que será preparado para *los redimidos de Jehová será llamado Camino de Santidad,* sin la cual nadie verá a Dios (He. 12:14). Será un camino planeado y preparado por Dios. El *camino de santidad* es el camino de los mandamientos de Dios; es *el antiguo buen camino* (v. Jer. 6:16). *«No pasará por él el inmundo* (comp. con Ap. 21:27), ni para contaminarlo ni para estorbar o contagiar a los que pasen por él. Será para los que Dios haya escogido para sí (Sal. 4:3), pues han de andar por allí en comunión con Dios, sentido al que favorece la versión que Ehrlich da, al traducir: «y *Él* (Dios, no el camino) será *para ellos el que va por el camino* (lit.), es decir, el Guía». La última frase del versículo 8 dice literalmente: *«Y los necios* (hebr. *evilim) no errarán* o, mejor, *no se extraviarán* (en él)». El sentido es que aun los torpes, los de pocas luces, no se extraviarán, pues la dirección estará bien señalizada y no se presentará a la vista del caminante ningún desvío que le confunda.

2. Por otra parte (v. 9), será un camino seguro, sin peligro de que al caminante le asalte ninguna fiera. Quienes van por el camino de la santidad están fuera del alcance del diablo, que, *como león rugiente,*

anda alrededor buscando a quien devorar (1 P. 5:8). Son los que se han separado de la perversa generación (Hch. 2:40) y van por el camino de *los redimidos de Jehová* (v. 10).

3. El versículo 10 se repite en 51:11. Estos *redimidos de Jehová volverán y vendrán a Sion con alegría.* ¡Buenas nuevas para los ciudadanos de Sion! Dios les abrirá una vía de escape de su cautiverio y llegarán, un día, a unirse todos en aquel monte Sion que es la ciudad del Dios viviente (He. 12:22). Quienes han sido hechos ciudadanos de la Sion celestial, bien pueden *seguir gozosos su camino* (Hch. 8:39). Se regocijan en Cristo Jesús, y los que lloraban son tenidos por dichosos porque serán consolados (Mt. 5:4). Cuando el pueblo de Dios regresó de Babilonia a Sion, lo hicieron *llorando* (Jer. 50:4); pero cuando hayan escapado de la otra Babilonia escatológica, lo harán cantando de alegría (Ap. 18:4, 20). Su gozo será visible y proclamado para gloria de Dios. Y las gozosas esperanzas que abrigamos en la perspectiva de la vida eterna habrían de tragarse no sólo las penas, sino también los gozos, de la vida presente.

CAPÍTULO 36

El profeta Isaías se nos presenta como historiador en este capítulo y en los tres siguientes. La llave de la profecía hay que hallarla en la historia y aquí, como para que mejor podamos entrar, está, como quien dice, colgada en la puerta misma. Se repite en estos capítulos, casi a la letra, lo que tenemos ya en 2 Reyes capítulos 18 y 19 y en 2 Crónicas capítulo 32. En el presente capítulo tenemos: I. La embajada que, tras de sus primeros éxitos en tierras de Judá, envió Senaquerib a Ezequías para que se le sometiera (vv. 1–10). II. La arenga que el Rabsacés hizo al pueblo que estaba sobre el muro de Jerusalén para amedrentarles (vv. 11–20). III. La reacción de los delegados de Ezequías y del pueblo que estaba sobre el muro, ante las blasfemas bravatas del asirio (vv. 21, 22).

Versículos 1–10

1. Es posible que un pueblo marche por el camino del deber y, sin embargo, encuentre aprietos y aflicciones. No ha de extrañarnos que, cuando estamos obrando rectamente, nos envíe Dios aflicciones a fin de estimularnos a una mayor espiritualidad. Los enemigos del pueblo de Dios se esfuerzan en conquistar Jerusalén por medio de la intimidación; en especial, tratando de que pierdan la confianza en su Dios. Así hace el Rabsacés aquí, con clamorosa jactancia, al presentar al rey Ezequías ante el pueblo como incapaz de dominar la situación y arrostrar el ataque de Senaquerib.

2. Ezequías se libró del asirio porque puso su confianza en Dios. Nos interesa, pues, para mantenernos firmes en nuestro puesto (Ef. 6:10–18) contra los enemigos de nuestra alma, que mantengamos en alto el ánimo poniendo por entero nuestra esperanza en Dios. Quienes abandonan el servicio de Dios, se exponen a perder igualmente la protección de Dios. Es cosa fácil, y bastante frecuente, el que quienes persiguen al pueblo de Dios presuman de estar comisionados por Él para obrar así. El Rabsacés (hebr. *Rabshaqué)* pudo decir (v. 10): *«¿Acaso vine yo ahora a esta tierra para destruirla sin* permiso de *Jehová?»,* cuando había subido en realidad *contra* Jehová (v. 37:28). Comenta Moriarty: «Sin duda que habrían llegado a conocimiento de los asirios las palabras de Isaías en 10:5–11. Asiria es el instrumento de Jehová y, consciente de eso, se dispone a cumplir con su oficio».

Versículos 11–22

Mientras los príncipes y altos consejeros están debatiendo asuntos públicos, no es correcto apelar al pueblo; menos aún, tratar de encender los ánimos de los súbditos contra sus gobernantes por medio de bajas insinuaciones. Los orgullosos escarnecedores, cuanto más comedidos son sus interlocutores, tanto más insensata es la osadía con que se dirigen a ellos.

1. En efecto, los enviados del rey Ezequías no pudieron hablarle al Rabsacés con mayor mansedumbre y respeto, pues le dijeron (v. 11): *«Te rogamos que hables a tus siervos en arameo, etc.».* Pero esto mismo le puso en un tono más despectivo e imperioso. Cuando Satanás tienta a los hombres

para que no confíen en Dios, lo hace insinuándoles que, si hacen caso a lo que él les propone, van a salir mejor parados. Cuando el mundo y la carne nos dicen (v. 16): *«Haz las paces conmigo y ven a mí»,* lo hacen con falsas promesas de paz y libertad (v. 16b): «*y coma cada uno de su viña, etc.»* (comp. con 1 R. 4:25; Mi. 4:4; Zac. 3:10). Son promesas falsas, ofrecen una libertad que nos conduciría a la más vil esclavitud (comp. con 2 P. 2:19).

2. Mal camino seguía el Rabsacés, para convencer a los judíos, al medir por el mismo rasero a los dioses falsos y al Dios vivo y verdadero. ¿Cabe mayor absurdo en sí y mayor afrenta al Dios viviente que compararlo con los dioses falsos de los paganos? Los ídolos son *nada,* mientras que Dios es el YO SOY (Éx. 3:14, 15); ellos son obra de las manos de los hombres; Él es el Creador de todas las cosas.

3. Los pecadores presuntuosos están inclinados a pensar que, puesto que han podido tratar duramente a sus semejantes, también pueden perderle el respeto al Creador. Como el asirio había subyugado a esta nación y a la otra y a la de más allá, sin que los dioses respectivos les librasen de las manos del conquistador, tampoco Jehová podría librar a Jerusalén del poder de Senaquerib. Pero, aun cuando los tiestos de la tierra puedan altercar unos con otros, es inútil que se pongan a altercar con el alfarero (Ro. 9:20, 21).

4. Muchas veces, es prudente no *responder al necio según su necedad.* La orden de Ezequías era (v. 21b): *«No le respondáis».* Como si dijese: «Dejad que sea Dios quien le tape la boca, pues vosotros no podéis». Pero, aunque *no le respondieron palabra,* se rasgaron las vestiduras (v. 22) en señal de celo por el honor del nombre de Dios y de indignación por el abuso que el Rabsacés había hecho de tal nombre.

CAPÍTULO 37

En el presente capítulo vemos que Ezequías utiliza el mejor método para vencer a los enemigos de Dios y de Su pueblo. I. Acude a presentar el caso a Jehová y envía recado a Isaías para que interceda por el pueblo y la ciudad santa (vv. 1–7). II. Senaquerib envía a Ezequías una carta insolente y despectiva, en tono parecido al discurso del Rabsacés (vv. 8–13). III. Al recibir la carta, Ezequías se dirige a Dios en humilde oración (vv. 14–20). IV. Respuesta que Dios le da por medio de Isaías, prometiéndole que pronto habría un cambio feliz en la marcha de los asuntos (vv. 21–35). V. El inmediato cumplimiento de esta profecía en la ruina del ejército asirio (v. 36) y el asesinato del propio Senaquerib (vv. 37, 38).

Versículos 1–7

1. El mejor método para hacer fracasar los malévolos designios que nuestros enemigos abrigan contra nosotros es valernos de ellos para tener una comunión más íntima con Dios y un propósito más firme de cumplir con nuestras obligaciones. El Rabsacés procuraba apartar a Ezequías del Señor, pero lo que hizo fue acercarle más al Señor. El viento, en lugar de arrebatar el manto al viandante, hace que éste se lo ciña más apretadamente. Cuanto más trata el Rabsacés de deshonrar al Dios de Israel, tanto más procura Ezequías honrarle: Envía mensajeros a Isaías para pedirle oraciones, recordando lo que los mensajes del profeta habían tenido que ver con lo que acontecía a la sazón. *«Es día de angustia»* (v. 3); por tanto, ha de ser día de oración. Ahora que *los hijos han llegado hasta el punto de nacer, pero la que da a luz no tiene fuerzas,* hay que llamar a la oración. Cuando los dolores de parto son más intensos, los gemidos de la oración han de ser más fervientes. La oración es la comadrona de la misericordia, pues le ayuda a salir en socorro nuestro.

2. *«Quizás,* dice Ezequías (v. 4), *oirá Jehová tu Dios las palabras del Rabsacés, etc.».* Esto no significa que Ezequías desconfiase del poder de Dios y del amor hacia Su pueblo, sino que muestra su completa dependencia de la soberanía divina, la cual tiene Sus tiempos y Sus métodos para actuar. Muestra también que el rey se tiene a sí mismo y a su pueblo por indignos de recibir el auxilio de Dios.

3. Isaías le asegura, de parte de Jehová (v. 6), que no hay por qué temer al Rabsacés, pues éste ha blasfemado del verdadero Dios y el juicio de Dios ha de caer sobre él y sobre el rey de Asiria que le ha enviado. Senaquerib *oirá un rumor* (v. 7), esto es, la noticia que se menciona en el versículo 9, que le hizo temer. Los temores de los pecadores no son sino el prólogo de sus dolores.

Versículos 8–20

1. Dios responde a Ezequías, pero no vemos que le responda a Rabsacés, sino que le deja proseguir su carrera hacia la destrucción. *Volvió, pues, el Rabsacés* (v. 8) a recibir nuevas instrucciones de su soberano. El rey de Asiria, sin haber sido provocado, se puso a hacer la guerra a Judá. Ahora (v. 9), con la misma falta de protocolo, *Tirhaca, rey de Etiopía* (704 a. de C.), que mandaba el ejército egipcio y se apoderó del trono de este país en 690, salió para hacer la guerra a Senaquerib. Quienes son amigos de entablar contiendas, han de esperar que otros las entablen con ellos.

2. Malo es proferir de palabra insultos y blasfemias, pero peor aún es hacerlo por escrito, ya que, por una parte, muestra mayor deliberación y propósito y, por otra, lo que se escribe se extiende más, dura más y produce mayor daño. Los grandes éxitos endurecen más, de ordinario, el corazón de los malvados y los tornan más atrevidos. Los reyes de Asiria no dudaban de que podrían destruir la nación de Dios, porque los reyes idólatras de Jamat, Arpad, etc., habían sido fácil presa de Asiria; por tanto, el religioso rey y reformador de Judá no lo había de pasar mejor.

3. Ezequías tomó la carta de Senaquerib y la extendió en la presencia de Dios, sin intención de hacer más quejas que las que se basaban en el propio escrito del asirio. ¡Que la carta hable por sí misma! *«Abre, Jehová, tus ojos y mira»* (v. 17). Ezequías se anima con la idea de que el Dios de Israel es *Jehová de las huestes y el único que es Dios de todos los reinos de la tierra, pues Él hizo los cielos y la tierra* (v. 16) y, por consiguiente, es poderoso para hacer cuanto quiera. Cuando estemos tentados de tener miedo a hombres que son grandes destructores, apelemos con humilde osadía al Dios que es el gran Salvador.

Versículos 21–38

1. Los que reciben con paciencia mensajes de terror de parte de los hombres, y envían con oración mensajes de fe a Dios, pueden esperar, para su consuelo, mensajes de gracia y de paz de parte de Dios. Isaías envió, de parte de Dios, un largo mensaje a Ezequías como respuesta a su oración: *«Por cuanto me rogaste contra Senaquerib, etc.* (v. 21b), has de saber, para tu consuelo, que tu oración ha sido oída».

2. Los que insultan al pueblo de Dios, a Dios insultan (v. 23): *«¿A quién vituperaste y a quién blasfemaste?… Contra el santo de Israel».* La injuria que Senaquerib hizo a Dios tuvo la agravante de enviar a sus siervos a que lo hiciesen de su parte (v. 24): *«Por mano de tus siervos has vituperado al Señor …».* Y todavía se gloriaba el asirio de ser capaz de remover todos los obstáculos que se opongan a su avance (vv. 24, 25).

3. En respuesta a estas bravatas de Senaquerib, Dios responde, por boca de Isaías, apostrofa al asirio y le hace saber (vv. 26–29) que «todo su poder y sus éxitos se deben enteramente a la voluntad de Dios, quien había decretado desde antiguo el destino de las naciones que él había conquistado» (Slotki). Era, pues, una intolerable arrogancia por parte del asirio gloriarse de sus éxitos como si se debiesen enteramente a la habilidad de su estrategia y al poder de su numeroso ejército. En respuesta a esa arrogancia, Dios le va a frenar en seco (v. 29): *«Pondré mi garfio en tu nariz, y mi freno en tus labios».* Dice Moriarty: «Asiria va a ser como un animal de carga o, como a veces se hacía, un prisionero, a quienes se les perforaba la nariz; a los primeros, para que obedecieran; y a los segundos, para afrentarles».

4. Dios había firmado (10:6) la comisión de Senaquerib contra Judá. Ahora (vv. 33–38, que empalman con el v. 29) la va a cancelar. Jerusalén será amparada (v. 35), y los sitiadores serán derrotados antes de que comiencen de veras el asedio (v. 33). No hay modo de oponerse a Dios ni a Sus juicios cuando se dispone a cumplirlos. Un solo ángel, en una sola noche, destruirá el numeroso ejército asirio en el mismo lugar en que se halla (v. 36). *El gran rey, el rey de Asiria,* aparece diminuto en gran manera cuando se ve forzado a darse la vuelta lleno de terror, no sea que el ángel que ha destruido su ejército le destruya también a él. Pero aún cae más bajo cuando sus propios hijos, que habrían de defenderle, lo ofrecen en sacrificio a sus ídolos, cuya protección él buscaba (vv. 37, 38).

5. Pero esto no es todo. Dios se vuelve misericordioso hacia Su pueblo (vv. 30–32). La tierra de Judá será más fructífera que de ordinario, de forma que sus pérdidas quedarán sobradamente reparadas. Pero que no piensen que las destrucciones llevadas a cabo en el país les van a excusar de observar el año sabático (v. 30). ¡Bien pueden depender de Dios para su provisión quienes han dependido de Él para su salvación!

CAPÍTULO 38

En este capítulo hallamos: I. La enfermedad de Ezequías y la sentencia de muerte que recibió de parte de Dios (v. 1). II. Su oración (vv. 2, 3). III. La respuesta de paz que Dios dio a esa oración, con una señal que la confirmara (vv. 4–8). IV. El cántico con que Ezequías expresó su gratitud a Dios (vv. 9–20). V. Los medios naturales que Isaías ordenó para que el rey se recuperase de la enfermedad (vv. 21, 22).

Versículos 1–8

1. Ni la grandeza ni la bondad exime a los hombres de pagar su tributo a la enfermedad y a la muerte. Ezequías, un potentado en la tierra y un favorito del cielo, es herido con una enfermedad que, de no haber intervenido un milagro, le habría conducido al sepulcro; y esto, en la flor de su vida y de su utilidad para la nación. Le tomó la enfermedad precisamente en medio de su triunfo sobre el deshecho ejército de los asirios. Si estamos preparados para morir, no le adelantaremos a la muerte su llegada, pero le haremos más fácil su entrada; y los que están listos para morir son los que mejor dispuestos están para vivir.

2. Dice Santiago: *«¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración»* (Stg. 5:13). La oración es un bálsamo para cualquier herida, personal o pública. Las aflicciones nos llevan a nuestras Biblias y doblan nuestras rodillas. Cuando Ezequías tenía salud *subió a la casa de Jehová a orar* (38:1). Pero cuando se puso enfermo, *volvió su rostro a la pared e hizo oración a Jehová* (v. 2). Comenta Slotki: *«Volvió su rostro* de los que rodeaban su lecho (cf. 1 R. 21:4) *a la pared.* Para concentrar sus pensamientos y tener comunión en privado con su Creador».

3. El testimonio de nuestra conciencia de que, por la gracia de Dios, hemos caminado con Él muy de cerca y con humildad, nos será de gran consuelo cuando tengamos que ver el rostro de la muerte. Y, aun cuando no dependamos de nuestra rectitud para ser justificados ante Dios, podemos apelar a ella como una evidencia de nuestro interés en la justicia de nuestro Mediador. Ezequías no le pide a Dios una recompensa por sus buenos servicios, sino que le ruega humildemente que no eche al olvido la forma en que se le ha mostrado aprobado con un ojo sencillo y un corazón honesto: *«… que te acuerdes que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón»* (v. 3).

4. El mismo profeta que fue enviado a Ezequías para avisarle que se preparase para morir, le es enviado después con la promesa de que no *sólo* se recuperará, sino que su salud le será restaurada por otros quince años. Cuando oramos en nuestra enfermedad, aunque Dios no nos envíe una respuesta como la que dio a Ezequías, si, por Su Espíritu, nos pide tener buen ánimo, nos asegura de que nuestros pecados están ya perdonados, de que Su gracia será suficiente para nosotros y de que, vivamos o muramos, seremos Suyos, nunca tendremos motivo para decir que hemos orado en vano. Dios nos responde si *nos fortalece el vigor del alma* (Sal. 138:3), aun en el caso de que carezcamos de fuerzas físicas.

5. Como Dios conocía los sentimientos del corazón de Ezequías, le prometió, no sólo que se recuperaría, sino que *vería la prosperidad de Jerusalén todos los días de su vida* (Sal. 128:5). Jerusalén sería (v. 6) libertada del asirio y amparada por Jehová.

6. Dios le había dado a Ezequías repetidas seguridades de Su favor; pero, por si fuera poco en su consideración, le da una señal: *Hará volver atrás diez grados la sombra que había descendido en el reloj de su padre Acaz* (v. 8). El sol es un fiel medidor del tiempo, y el Dios que echó a andar ese reloj puede retrasarlo cuando le plazca, porque *el Padre de las luminarias* (Stg. 1:17) es el director de ellas.

Versículos 9–20

Cántico de acción de gracias de Ezequías, que él puso por escrito, bajo la dirección divina, después de su recuperación. Con todo, hallamos (2 Cr. 32:25) que *«no correspondió al bien que se le había hecho».* Parece ser que las buenas impresiones que se reflejan en su cántico se le pasaron pronto. Un cántico de agradecimiento es cosa buena, pero una vida de agradecimiento es todavía mejor. En el presente cántico:

1. Nos declara (vv. 10–13) los pensamientos que abrigaba cuando se dio por muerto sin remedio. No deberíamos ser excesivamente pesimistas, como si un enfermo grave fuese ya un hombre muerto. El que nos ha abatido nos puede también levantar. Por eso, David recuerda con frecuencia, una vez pasado el

peligro, las conclusiones llenas de melancolía que había deducido mientras se hallaba en aprieto, y las palabras precipitadas que había proferido entonces (v. Sal. 31:22). Notemos que:

(A) Ezequías tenía entonces unos treinta y nueve años de edad, con la perspectiva de muchos y felices años por delante (v. 10). Aún no le había nacido su hijo y sucesor Manasés. La enfermedad le tomó de sopetón y era, de suyo, enfermedad mortal. Al morir entonces, no sólo se vería privado de la comodidad y del consuelo que supone una vida regia, sino también de todas las oportunidades de servir a Dios y a su generación (v. 11).

(B) Las metáforas con que expresa su muerte prematura son (vv. 12, 13) muy gráficas: (a) Su morada es *arrancada como tienda de pastor* (v. 12a), arrancada de cuajo y en un instante, sin dar tiempo a desclavar cuidadosamente las estacas y plegar amorosamente las lonas. ¡Alegrémonos de que nuestra residencia terrenal es sólo como una tienda de campaña, de la que seremos trasladados a mansiones celestiales regias (Jn. 14:2). (b) El hilo de su vida, ya enrollada como el paño de un tejedor, *será cortado* (v. 12b) súbitamente con la enfermedad. Es cierto que nuestros días pasan como la lanzadera de un tejedor (Job 7:6) y, cuando hemos llegado al término de nuestra vida, el hilo se corta y la pieza de tela es presentada al Amo para ver si está bien o mal tejida (v. 2 Co. 5:10). Pero así como el tejedor, cuando ha cortado los hilos, ha terminado su obra, también el creyente, cuando se corta el hilo de su vida, también se cortan con él sus aflicciones y fatigas, de modo que puede *descansar de sus trabajos* (comp. con Ap. 14:13). (c) Con la enfermedad veía Ezequías *triturados todos sus huesos* (v. 13). La posición del hebreo *kaarí («como un león»)* al final de la primera frase, seguido de la conjunción *ken (sí, así, y* otros varios significados), hace que el sentido quede un tanto oscuro. La mayoría de las versiones traducen *«como un león molió (o trituró) todos mis huesos»,* con lo que refiere todo ello a Dios como sujeto. Sin embargo, el rabino Slotki traduce así: *«Cuanto más me hago como un león hasta el amanecer, tanto más* (mi enfermedad) *quebranta todos mis huesos»*. Las aplicaciones dependen de la forma en que se traduzca el versículo 13.

2. Las quejas que profirió al hallarse en ese estado (v. 14): *«Como la golondrina o como la grulla, así cotorreaba»* (lit.). ¡Qué cambios produce la enfermedad en poco tiempo! La aflicción le hacía proferir quejas que se parecían al piar de un ave más bien que al gemir de una persona; sin embargo, esas extrañas voces fueron aceptables a Dios. *«Gemía como la paloma»,* con tristeza, pero en silencio y con paciencia. La segunda parte del versículo 14 debe traducirse así: *«Mis ojos desfallecen de mirar hacia arriba* (a la morada de Dios en el cielo). *Jehová, me veo en aprieto; sé tú mi fiador»*. Comenta Slotki: «La muerte o la enfermedad aparece aquí personificada como un acreedor que demanda el pago por los pecados del inválido; y se pide a Dios, por decirlo así, que en Su misericordia y poder para perdonar, actúe como fiador». «Cuando recibimos dentro de nosotros sentencia de muerte, dice M. Henry, estamos perdidos si la divina gracia no nos transporta, por el valle de la sombra de muerte, al reino celestial que hay al otro lado de él».

3. El agradecido reconocimiento que hace de la bondad de Dios para con él en su recuperación (vv. 15–19).

(A) «*¿Qué diré?*»—pregunta Ezequías (v. 15), incapaz de expresar su gratitud de forma adecuada—. *«El que me lo dijo, Él mismo lo ha hecho»;* esto es, lo prometió, y lo ha cumplido, pues ninguna palabra de Él cae en vano al suelo. Así lo interpreta Slotki—nota del traductor—, pero me parece que encaja mejor con el contexto posterior la interpretación de Moriarty: *«Pues es Él quien lo hace: quejarse y protestar sirven de poco:* Dios ha debido de tener alguna oculta razón para afligir al autor de este salmo, como lo hace».

(B) Ezequías se anima a sí mismo y quiere animar a otros con la experiencia que ha tenido de la bondad de Dios (v. 16): *«Con estas cosas* que tú has hecho por mí, los hombres *viven»*. Con el mismo poder y la misma bondad que me han restaurado a mí, todos los hombres siguen con vida. *«Y en todas ellas está la vida de mi espíritu»*—prosigue—. Esa vida está mantenida por lo que Dios ha hecho para preservarla.

(C) Ha sido levantado de un gran extremo (v. 17): *«Mira, por paz* (es decir, en lugar de paz—más probable—) *tuve gran amargura* (lit. *amargura, amargura*—repetición de abundancia—)». Apenas se vislumbró el triunfo sobre Senaquerib, le sobrevino la enfermedad mortal—*amargura, amargura:* nada sino hiel y ajenjo; ésta era la condición en que se hallaba cuando le envió Dios el alivio. Pudo decir con David (Sal. 18:19b)—: *«Me libró porque me amaba»*. Esto puede aplicarse a nuestra redención por Cristo: *En su amor y en su compasión nos redimió.* Y la preservación de nuestro cuerpo es doblemente

consoladora cuando es por amor a nuestra alma—ya que cuando Dios repara la casa lo hace por amor al morador de la casa—. En realidad, la recuperación de Ezequías fue el resultado del perdón de sus pecados (v. 17b): *«porque echaste tras de tus espaldas todos mis pecados»*. Frase, dice Slotki, «que expresa perdón completo». Cuando los ponemos delante de nuestro rostro con verdadero arrepentimiento, como lo hizo David cuando su pecado estaba siempre delante de él (Sal. 51:3), Dios los echa detrás de sí.

(D) Si la enfermedad aquella le hubiese llevado al sepulcro, habría puesto punto final a una vida de servicio a la gloria de Dios y al bienestar de su nación (v. 18). Al haberse recobrado de ella, resuelve, no sólo proseguir, sino también abundar, en la alabanza y el servicio a Dios (v. 19): *«El que vive, el que vive, éste te dará alabanza, como yo hoy»*. No sólo deberíamos alabar a Dios *todos los días de nuestra vida* (v. 20), sino también (v. 19b) comunicar a los descendientes la fidelidad de Dios en el cumplimiento de Sus promesas, a fin de que las generaciones venideras den gloria a Dios y confíen en Su Palabra. No cabe duda de que Ezequías lo hizo así y, sin embargo, su hijo Manasés no anduvo en los caminos de su padre. Los padres pueden dar a los hijos buenas cosas, buenos ejemplos, buenas instrucciones, buenos libros, pero no pueden darles gracia.

Versículos 21–22

En los dos últimos versículos de este capítulo pueden observarse dos lecciones:

1. Las promesas de Dios no deben sustituir, sino recomendar, el uso de los medios naturales. Era seguro que Ezequías se iba a recuperar; no obstante, *había que ponerle en la llaga un emplasto de higos* (v. 21). No debemos poner a los médicos en el lugar de Dios, pero hemos de acudir a ellos en sumisión a Dios y a Su providencia. ¡Ayúdate, y te ayudará Dios!

2. El fin principal al que deberíamos aspirar cuando deseamos vida y salud es que podamos así dar gloria a Dios, hacer bien al prójimo y mejorar nuestra condición espiritual, al progresar en gracia y en el conocimiento de Dios y de Su Palabra. Esto es lo que Ezequías dio a entender cuando dijo (v. 22): *«¿Qué señal tendré de que subiré a la casa de Jehová?»* Al continuar con vida, podía seguir alabando a Dios (v. 19).

CAPÍTULO 39

Aquí tenemos, como en 2 Reyes 20:12 y ss.: I. El orgullo y la necedad de Ezequías al mostrar a los enviados del rey de Babilonia todos sus tesoros (vv. 1, 2). II. La reprensión que le hizo Isaías a causa de eso y la sentencia que le pasó de parte de Dios (vv. 3–7). III. La paciente sumisión de Ezequías a esta sentencia (v. 8)

Versículos 1–4

1. La humanidad, y aun la cortesía, nos enseñan a regocijarnos con nuestros amigos y vecinos, especialmente cuando se han recobrado de una grave enfermedad. El rey de Babilonia, al oír que Ezequías se había recuperado, le envió una embajada para felicitarle por ello. El sol era el dios de los babilonios; así que, cuando se enteraron de que, en atención a Ezequías, el sol había retrocedido diez grados, se creyeron obligados a rendir a Ezequías todo el honor que podían.

2. El rey de Babilonia rindió este homenaje a Ezequías, no porque éste era piadoso, sino porque era próspero, de la misma manera que desearon los filisteos hacer una alianza con Isaac (Gn. 26:28). El rey de Babilonia era enemigo del rey de Asiria y, por eso, estimaba al rey de Judá porque los asirios habían sido derrotados por el poder del Dios de Ezequías.

3. Ezequías era un hombre bueno y prudente, pero cuando Dios comenzó a obrar en favor de él un milagro tras otro, le resultó difícil conservar el corazón a salvo del lazo de la soberbia. ¡Qué poca cosa era para Ezequías, a quien había concedido tanto honor, sentirse orgulloso por el respeto que un príncipe pagano le presentaba, como si eso le añadiese algo a su prestigio! Tan pronto como este sutil y venenoso

pecado del orgullo se quiere introducir en nuestro corazón, debemos avergonzarnos de él, como hizo Ezequías en fin de cuentas.

Versículos 5–8

1. Dios nos humilla porque nos ama. Le es enviado a Ezequías un mortificante mensaje, a fin de que sea humillado por el orgullo de su corazón y sea convencido de su insensatez. Al jactarse de sus tesoros, le es comunicado que ha obrado como el viajante que enseña su dinero a uno que resulta ser un ladrón y se ve con eso tentado a robarle. Si Ezequías hubiese sabido que los sucesores de este rey de Babilonia habían de ser más tarde la ruina de su familia y de su reino, no habría mostrado a sus embajadores el obsequioso respeto que les tuvo; y cuando el profeta le dijo lo que había de suceder, podemos imaginarnos lo que se enojaría contra sí mismo por lo que había hecho. Los que gustan de aliarse con gente irreligiosa, quedarán hartos de ello y tendrán motivos sobrados para arrepentirse.

2. Ezequías se creyó muy dichoso con la amistad de Babilonia, a pesar de que era la madre de las rameras y de las idolatrías; pero Babilonia, que así cortejaba ahora a Jerusalén, más adelante la conquistaría y se la llevaría cautiva. Ezequías (v. 8) reconoció como *buena* esa palabra de Dios, con lo cual demostró que había vuelto a su sano juicio, ya que, al serle comunicado el castigo de su pecado, dijo: *«Buena es la palabra de Jehová»*. Slotki comenta: *«Buena es ...* Dios es misericordioso al posponer la calamidad hasta después de mi muerte». Moriarty, por su parte, excusa a Ezequías de egoísmo, y dice: «Ezequías se consuela de la calamidad futura con el pensamiento de que no sucederá mientras él viva, no, ciertamente, por egoísmo, sino al acatar la voluntad divina, agradecido a la misericordia que Jehová tenía con él».

CAPÍTULO 40

Con este capítulo comienza la segunda parte de la profecía de Isaías. Así como la primera contenía muchas «cargas», ésta contiene muchas bendiciones. Aquí tenemos: I. La orden de publicar las buenas nuevas de la redención (vv. 1, 2). II. Estas buenas nuevas son introducidas por medio de una voz que clama en el desierto, y da seguridades de que será removida toda obstrucción (vv. 3–5) y de que la palabra de Dios quedará firme y se cumplirá (vv. 6–8). III. Una gozosa perspectiva que de esta redención se ofrece al pueblo de Dios (vv. 9–11). IV. Son enaltecidos el poder y la soberanía de Dios (vv. 12–17). V. Se hace ver a los idólatras, no sólo la gravedad, sino también la necedad, de su pecado (vv. 18–26). VI. El pueblo de Dios recibe una reprensión por sus infundados temores (vv. 27–31).

Versículos 1–2

La comisión que aquí se da a Isaías es aplicable a todos los que proclaman consuelo para el pueblo de Dios. Israel necesitaba un consuelo especial ante la perspectiva de la futura deportación.

1. Se dirigen palabras de consuelo al pueblo de Dios en general (v. 1). Los profetas reciben instrucciones de Dios para animar al pueblo de Dios. Hay en el mundo un pueblo que es el pueblo de Dios, y es la voluntad de Dios que Su pueblo sea consolado, incluso en el peor de los tiempos. Las palabras de reprensión, cuales las tenemos en la primera parte de este libro, deben ser seguidas de palabras de consuelo, cuales las tenemos aquí, pues el mismo que ha herido curará.

2. Estas palabras de consuelo se dirigen, en particular, a Jerusalén (v. 2): *«Hablad al corazón de Jerusalén»;* no le susurréis, *habladle; decidle a voces;* y habladle *al corazón*, es decir, cariñosamente (v. el comentario a Gn. 50:21). ¿Qué hay que hablarle a Jerusalén?

(A) *Que su tiempo de servicio ya es cumplido.* Dice Moriarty: «El destierro es comparado al servicio militar, al fin del cual recobra el soldado la libertad». También la vida, en general, es comparada a una *milicia* (Job 7:1); mucho más lo es la vida cristiana (v. por ej. 1 Ti. 6:12; 2 Ti. 2:4; 4:7). Pero la lucha no ha de durar siempre. Llegará un día en que se cumpla el servicio militar y, entonces, los buenos soldados recibirán, no sólo su descanso, sino también su recompensa.

(B) *Que su pecado es perdonado.* Es retirada la causa de sus males y, por eso, son retirados los efectos. Dios está reconciliado con ella. Ninguna otra cosa puede dar tanto consuelo como ésta: *Hijo, ten buen ánimo; te son perdonados tus pecados.*

(C) *Que ha recibido de la mano de Jehová el doble por todos sus pecados.* Esta frase puede entenderse de dos maneras: «Puede referirse a un castigo pleno y suficiente por los pecados de Israel, o quizás a una gracia sobreabundante para cubrir sus pecados» (Ryrie). De este segundo modo lo entiende Trenchard: «No quiere decir que los sufrimientos de Israel habían bastado para expiar doblemente sus pecados, sino que el Señor le dio en gracia el desquite, ya que era costumbre oriental devolver la factura *doblada* al satisfacer una deuda». Del primer modo lo entienden Slotki y el propio M. Henry: *«Ha recibido el doble* para la curación de *todos sus pecados,* más que suficiente para separarla de sus ídolos, cuya adoración fue el gran pecado del que quiso Dios apartarla mediante la cautividad en Babilonia. Esta produjo en ellos una arraigada antipatía a la idolatría, y fue una medicina doblemente fuerte para purgarla de dicha iniquidad. Los verdaderos penitentes han recibido, de veras, en Cristo y en sus sufrimientos, *de la mano de Dios el doble por todos sus pecados,* pues la satisfacción que Cristo llevó a cabo con Su muerte fue de valor infinito, por lo que fue más que el doble de los deméritos del pecado; *pues Dios no escatimó a Su propio Hijo* (Ro. 8:32)». En esta segunda aplicación, M. Henry une admirablemente ambos sentidos de la frase (nota del traductor).

Versículos 3–8

Al haber llegado el tiempo del favor de Sion, el pueblo de Dios ha de prepararse, por medio del arrepentimiento y la fe, para los favores que están destinados para él.

1. Tenemos aquí (v. 3): *«Una voz está llamando»* (lit.). Lo que la voz pregona es lo siguiente: *«Preparad en el desierto el camino de Jehová, etc.».* Los LXX adoptaron una puntuación diferente, que es la que siguen los escritores del Nuevo Testamento (v. por ej. Mr. 1:3). En primer término, «la voz celestial llama a preparar un camino real para el Señor, quien guía a los deportados en su camino de vuelta a Sion» (Slotki). La exhortación a rellenar los baches, rebajar los promontorios, allanar lo escabroso y enderezar lo torcido (vv. 3b, 4), tiene su fundamento en la costumbre antigua de preparar una vía fácil y cómoda para la llegada de un rey o de un alto personaje.

2. Pero esta exhortación implica un sentido espiritual, que el propio Slotki reconoce: «El lenguaje es figurativo de la retirada de todo obstáculo que se oponga en el camino de la liberación». ¿Cómo ha de prepararse este camino espiritual?

(A) Mediante el arrepentimiento del pecado. Esto es lo que Juan el Bautista predicó a todo Judá y a Jerusalén (Mt. 3:2, 5) y, de este modo, *preparó para el Señor un pueblo bien dispuesto* (Lc. 1:17). Dios viene por un camino de misericordia y hemos de prepararnos para Él (vv. 3–5). Suprímase todo lo que puede ser un obstáculo para la entrada de Cristo en nuestro corazón. Los que carecen de los consuelos de Cristo a causa de sus depresiones y de su desconfianza son los valles que hay que rellenar. Los que carecen de dichos consuelos a causa de su orgullo y autosuficiencia son los promontorios que hay que rebajar. Los que son impedidos por prejuicios contra la Palabra y los caminos de Dios son lo áspero y tortuoso que es menester enderezar. Cuando todo esto se haya llevado a cabo, *«se manifestará la gloria de Jehová»* (v. 5). Cuando los deportados a Babilonia estén preparados, Ciro proclamará el edicto de liberación. Cuando el Bautista había predicado arrepentimiento por algún tiempo y hubo así pueblo preparado para el Señor (Lc. 1:17), fue cuando el Mesías reveló su gloria e hizo milagros, así como vendó con su gracia y curó con sus consolaciones a los que Juan había herido con sus convicciones. Esta gloria *«toda carne la verá»* (v. 5b), no sólo los judíos, sino también los gentiles.

(B) Mediante la confianza en la Palabra de Dios, y no en criatura alguna. Mediante el cumplimiento de las profecías y de las promesas de salvación, se pone de manifiesto que la Palabra de Dios es segura. El poder de los hombres, tanto para librar como para hacer daño, no ha de ser temido; porque será como la hierba (vv. 6–8) frente a la Palabra de Dios; se marchitará y será pisoteada. Cuando Dios se dispone a salvar a los Suyos, hace que cesen de depender de las criaturas y de elevar la mirada a los montes desde donde esperan que les venga la salvación. La Palabra de nuestro Dios, la gloria del Señor que ahora va a ser revelada (ya en esta era, en el Evangelio; después, en el reino mesiánico), y la gracia que con ella viene y produce en nosotros sus efectos, todo eso *permanecerá para siempre* (v. 8b).

Versículos 9–11

En el versículo 5 hemos visto la promesa de que *se manifestará la gloria de Jehová.* Ahora vamos a ver:

1. Cómo será revelada (v. 9). Será anunciada al remanente que quede en Sion y Jerusalén, a los pobres de la tierra, que eran viñadores y labradores; se les dirá que sus hermanos van a retornar a ellos. También será anunciado esto a los cautivos que pertenecían a Sion y a Jerusalén. De Sion se dice (Zac. 2:7): *«La que moras con la hija de Babilonia»;* y allí recibe la noticia de la favorable proclamación de Ciro. Sion misma (v. 9b) ha de pasar a las otras ciudades de Judá la noticia de la liberación: *¡Ved aquí a vuestro Dios!»* Como si dijese: «Por tanto tiempo le habéis estado esperando. ¡Ahí le tenéis!» Esto podría hacer referencia a la invitación que desde Jerusalén fue enviada a las demás ciudades de Judá, tan pronto como tuvieron erigido allí un altar, luego de su regreso de Babilonia, para que vinieran a unirse con ellos en sus sacrificios (Esd. 3:2–4). Pero este anuncio había de tener un mejor cumplimiento en la predicación de los apóstoles a todas las naciones, comenzando por Jerusalén (Hch. 1:8).

2. Qué gloria es ésa que ha de ser manifestada. (A) Viene *en plan de Fuerte, o en Su atributo de Fuerte, y Su brazo gobernará para Él* (v. 10, lit.), es decir, no habrá nadie que pueda oponerse a Su gobierno cuando Él venga a reinar. (B) Su *recompensa viene con Él* (v. 10b, comp. con 62:11; Ap. 22:12). Dice Ryrie: «Su recompensa de bendición a los piadosos y de retribución a los malvados». (C) *«Como un pastor apacentará su rebaño, etc.»* (v. 11, comp. con Jer. 31:10; Ez. 34:12–14, 23, 31; Mi. 5:4; Jn. 10:11, 14–16). Su Palabra es alimento para que se nutra Su rebaño; Sus ordenanzas son prados donde pueden pastar; Sus ministros son pastores subordinados al *Príncipe de los pastores* (1 P. 5:4). El Buen Pastor cuida con toda ternura Sus corderos, especialmente a los más jóvenes, a los recién convertidos, a los débiles. Los reúne cuando vagan dispersos, los levanta cuando caen y los recogerá, finalmente, consigo en el redil celestial; y todo esto, con su propia mano, *de la que nadie podrá arrancarle Sus ovejas* (Jn. 10:28).

Versículos 12–17

Estos versículos describen la grandeza y la gloria del Señor Jehová, Dios de Israel, y fueron escritos para animar a los Suyos que estaban en Babilonia, a fin de que cobrasen esperanza y dependiesen de Él para su liberación; también fueron escritos para llenar de un santo respeto y gran amor a Dios a todos aquellos que reciben las gratas noticias de la redención por medio de Jesucristo.

1. Su poder es ilimitado (v. 12), pues: (A) Tiene muy largo alcance. Veamos las esferas celestes: *Con su palmo abarcó los cielos.* Todas las aguas de mares y océanos le caben *en el hueco de la mano; en un tercio de medida juntó el polvo de la tierra.* Dice Slotki: «Según una interpretación tradicional, el mundo fue dividido en tres partes: un tercio, para desierto; otro, para tierra habitable; y el otro, para mares y ríos». (B) Tiene enorme fuerza, pues puede mover las montañas con mayor facilidad de la que puede mostrar un comerciante cuando pone en la balanza su mercancía; las puede colocar donde le place con la misma precisión que si las pusiese con Sus dedos en los platillos de una balanza.

2. Su sabiduría es inescrutable (vv. 13, 14). Así como nadie puede hacer lo que Dios ha hecho, tampoco puede nadie sugerirle algo que a Él no se le haya podido ocurrir. Cuando Dios creó el mundo (Job 26:13), no había nadie que le pudiese aconsejar. Tampoco necesita consejero alguno que le instruya en el gobierno del mundo.

3. Las naciones del mundo son como nada en comparación de Él (vv. 15, 17). Tomad las naciones más grandes y más poderosas, los más pomposos reyes, los más populosos reinos, las islas más remotas y solitarias. Frente a Dios, son *«como la gota de agua* que se desprende del exterior de un cubo cuando se saca agua de un pozo» (Ryrie) o *como una partícula de polvo en la balanza.* Todas cuentan para Él (v. 17) *como nada.* Las podría lanzar a la nada con la misma facilidad con que las sacó de la nada. Son como *naderías y vaciedad.* El hebreo tiene para esta última palabra el término *tohu*, el mismo de Génesis 1:2. Esto enaltece el amor de Dios al mundo, pues, aun siendo como nada delante de Él, para redimirlo *entregó a Su Hijo Unigénito* (Jn. 3:16).

4. Los servicios religiosos no pueden añadir nada a Su magnificencia (v. 16): *«Ni el Líbano bastará para el fuego, ni todos sus animales para el sacrificio».* Dice Slotki: «La humanidad no puede rendir un

homenaje adecuado al Gobernador del mundo. Todos los bosques del Líbano, con su abundancia de madera y animales, no pueden proveer un sacrificio que llegue a la medida de Su grandeza».

Versículos 18–26

Reprende aquí el profeta: 1. A los que hacían imágenes y después decían de ellas que se parecían a Dios, por lo que les rendían homenaje. 2. A los que ponían a las criaturas en el lugar de Dios, las temían o amaban más que a Dios. Dos veces les lanza aquí el reto: «¿A *qué haréis semejante a Dios?*» (v. 18); y de nuevo (v. 25): «A *quién, pues, me haréis semejante?*» Esto muestra lo absurdo: (A) De hacer imágenes visibles del Invisible, y pensar que la imagen está henchida de deidad; (B) de tener el mismo afecto a las criaturas que al Creador. La gente orgullosa se hace a sí misma igual a Dios; la gente codiciosa hace a su dinero igual a Dios; y todo aquello que estimamos o amamos, tememos o esperamos, más que a Dios, lo estamos igualando a Dios, lo cual es la mayor afrenta que se puede imaginar. Ahora pues, para mostrar lo absurdo de esto:

1. El profeta describe a los ídolos como dignos del mayor desprecio (vv. 19, 20): «Fíjate en el mejor de ellos, hecho de metal no precioso, con la figura que al artífice le plugo darle, y dorado o cubierto con planchas de oro, a fin de que pase como imagen de oro macizo. ¡Es un ser creado! Lo hizo un artesano; *por tanto, no es Dios* (Os. 8:6). Es un puro engaño, incluso en su hechura, pues aunque sea de oro por fuera, por dentro es de plomo o de cobre, y representan así a las deidades, que no eran lo que parecían ser. El que busca tal dios es, a veces, tan *pobre* que no puede pagar por una imagen de metal y se contenta con una *de madera que no se apolille* y no le importa su figura con tal que *no se tambalee.* ¿Cómo pueden imaginarse estos idólatras que dioses de tan baja estofa les vayan a traer algún beneficio? Pero véase también cómo nos avergüenzan a nosotros, que adoramos al único Dios vivo y verdadero: ellos no regatean esfuerzo ni dinero para servir a sus ídolos; nosotros escatimamos lo que gastamos en el servicio de nuestro Dios.

2. El profeta describe a Dios como infinitamente grande y digno de la mayor veneración. Para mostrar la grandeza de Dios, apela:

(A) A lo que de Él se sabe de oídas (v. 21): *«¿No lo habéis oído? ¿Nunca os lo han dicho desde el principio?,* es decir, por una tradición que tiene su origen en el comienzo mismo de la humanidad. Las mismas cosas creadas ya nos dicen por sí mismas algo *del eterno poder y de la divinidad* del Ser Supremo (Ro. 1:20). Cielo y tierra están bajo Su dominio, pues *Él* (v. 22) *está sentado sobre el círculo de la tierra* (comp. con Pr. 8:27). Dice Slotki: «Los antiguos veían la tierra como un disco circular, cubierto con el firmamento que tenía la figura de un dosel abovedado». Y prosigue Isaías (v. 22b): *«Él* (Dios) *extiende los cielos como una cortina»* (hebr. *doq*, de material fino). El firmamento azul era para los antiguos una cortina que Dios descorría por la noche para que se viesen las estrellas, y la volvía a correr al llegar el nuevo día.

(B) A la pequeñez del hombre delante de Dios (vv. 22–24): *«Los moradores de la tierra son como langostas»* (v. 22), pequeños y fáciles de aplastar. Si los espías se vieron a sí mismos como langostas frente a los hijos de Anac (Nm. 13:33), ¿qué seremos nosotros delante del gran Dios? Las langostas viven poco tiempo y despreocupadamente (no como las hormigas); así viven la mayoría de los hombres. Los que actúan contra la voluntad de Dios, por grandes que sean o parezcan, serán abatidos por la poderosa mano de Dios (vv. 23, 24). Su vida y su poder son tan efímeros (v. 24b) que apenas puede decirse que hayan sido *plantados o sembrados,* que son las dos maneras de propagar las plantas: por simiente y por esqueje. Apenas surgidos a la vida, *se secan y el torbellino se les lleva como hojarasca.*

(C) A la visión del cielo estrellado (v. 26): *«Levantad en alto vuestros ojos y mirad, ¿quién creó estas cosas?»,* es decir, los astros. Los idólatras, al levantar sus ojos al cielo, veían los astros, pero no veían más allá de ellos y los adoraban (Dt. 4:19). Pero es el Creador quien *los saca y cuenta su ejército,* como un general saca los batallones de su ejército y les pasa revista; *a todas las estrellas,* a cada una de ellas *llama por sus nombres,* las conoce una por una (comp. con Sal. 147:4). *Ni una faltará* «para responder a la llamada para que cumpla con su quehacer diario» (Slotki). Dice Moriarty: «La mención de las estrellas, *el ejército* del cielo, parece suponer una alusión al culto de las estrellas que se practicaba en Babilonia. Tal culto no tenía razón de ser para un israelita, que sabía que las estrellas habían sido creadas por Dios y dependían de Él».

Versículos 27–31

1. Ahora el profeta reprende al pueblo de Dios por su incredulidad y desconfianza (v. 27): *«¿Por qué dices, oh Jacob, y hablas tú, Israel, etc.?»* Jacob e Israel son aquí sinónimos y representan a todo el pueblo de Dios. (A) Los epítetos con que se dirige a ellos bastaban para avergonzarles: *Jacob, Israel,* ¡el pueblo con quien Dios había pactado!, ¡el pueblo que profesaba pertenecer, de modo especial, a Dios! (B) La forma de reprenderles es mediante el razonamiento (comp. con 1:18). Muchos de nuestros necios temores se desvanecerían con una esmerada investigación de sus causas. (C) Hablaban de Dios como si se despreocupase de ellos, con lo que perdían toda esperanza con respecto a su presente condición. Concluían que: (a) No se preocupaba de ellos: *«Mi camino está escondido* (oculto, no visto) *de Jehová»;* (b) no tenía en cuenta los derechos de ellos: «A *mi Dios se le pasa mi derecho»,* esto es, lo ignora como si no existiera.

2. Les hace a la memoria lo que bastaba para silenciar todos esos temores y desconfianzas (v. 28). Debían saber por sí mismos y recordar lo dicho por sus mayores acerca del amor, del poder y de la sabiduría de Dios. Era precisamente por ser *inescrutable Su inteligencia* por lo que ellos no estaban capacitados para juzgar los caminos de Dios con respecto a ellos, pero habían de saber:

(A) Que es un Dios Omnipotente: Es *eterno, Creador de todas las cosas, que no desfallece ni se fatiga con cansancio* (v. 28). Por ser *eterno,* no conoce el cambio ni la decadencia. Por ser *Creador de todo,* tiene el derecho y el poder de gobernarlo todo. Por ser *inescrutable Su inteligencia,* no hay quien pueda frustrar Sus designios. Porque *no desfallece ni se cansa,* no hay temor de que disminuyan Sus fuerzas.

(B) Que es un Dios fortalecedor. Lejos de cansarse, es Él quien da fuerzas a los débiles. El *Dios Fuerte* es la fuerza de Israel: (a) Dios *da vigor al cansado y acrecienta la energía al que no tiene fuerzas;* es el único que puede multiplicar por cero, sin que el resultado sea cero. La condición indispensable, pero única, es que se confíe en Él, que *se espere a Él,* no a un brazo de carne (Jer. 17:5 y ss.). (b) De tal modo puede dar Dios fuerzas a los que en Él confían (pensemos directamente en el regreso de los deportados, pues ésa es la primera intención del profeta, según el contexto) que, *aunque los jóvenes se fatiguen y se cansen, y los guerreros escogidos flaqueen y caigan* (v. 30) por confiar en sus propias fuerzas, *los que esperan a Jehová* (v. 31), los que sólo en Él han puesto su confianza, *tendrán nuevo vigor,* verán sus fuerzas continuamente renovadas, y disfrutarán en cada momento de la energía que el poder y la gracia de Dios les comunica.

(C) Que la fuerza que Dios da no disminuye con el uso. Slotki ofrece una estupenda interpretación del aparente anticlímax del versículo 31b: *«Levantarán el vuelo como las águilas; correrán y no se cansarán; caminarán y no se fatigarán».* Dice Slotki: «La dificultad del notorio anticlímax: (a) volar, (b) correr, y (c) caminar, quizá pueda tener una explicación si consideramos la secuencia como correspondiendo a las tres etapas en los peligros y dificultades que los exiliados habrán de encontrar y superar en su regreso. En orden cronológico, son: (a) el escape del país del cautiverio; (b) el viaje a la patria; y (c) el asentamiento allí. Remontar los agudos peligros implicados en el escape bien puede describirse como "volando sobre alas de águila" … Los azares del viaje y del asentamiento pueden Justamente compararse, y tener en cuenta su desigual duración, al correr y caminar respectivamente».

CAPÍTULO 41

Este capítulo tiene por objeto convencer a los idólatras y consolar a todos los sinceros adoradores del Dios verdadero. I. Dios, por medio del profeta, muestra la necedad de los que rinden culto de adoración a los ídolos (vv. 1–9). II. Anima a los que son fieles a que continúen confiando en Dios (vv. 10–20). III. Presenta un reto a los ídolos (vv. 21–29).

Versículos 1–9

El interés de Dios por Su pueblo al levantar a Ciro para que fuese el libertador de ellos es una prueba de Su soberanía sobre todos los ídolos y sobre el poder de los dioses falsos para proteger a sus pueblos respectivos.

1. Un reto general a los adoradores de los ídolos (v. 1). Se repite en el versículo 21: *«Alegad por vuestra causa»,* pues es otra manera de decir lo del versículo 1: *«Reunámonos a juicio».* Se establece el tribunal y se envían citaciones a los pueblos y aun a las islas costeras. El versículo 1 comienza literalmente así: *«Guardadme silencio, islas».* Como si dijese: «No juzguéis antes de tiempo, hasta que yo haya presentado mis razones, pues yo soy quien presenta el caso, y hay que oírme a mí primero, como es de protocolo en un tribunal». Pero a los comparecientes se les pide que *se esfuercen,* es decir, que preparen bien sus argumentos para la discusión, y que *se acerquen* a razonar a favor de sus dioses.

2. En particular, Jehová reta a los ídolos a que hagan por sus adoradores lo que Él ha hecho y quiere hacer por los Suyos.

(A) Lo que hay que demostrar es: (a) Que sólo *Jehová es Dios;* Él es *el primero y sigue siéndolo con los últimos* (v. 4): que es infinito, eterno e inmutable, que ha gobernado el mundo desde el principio y lo hará hasta el fin de los tiempos. (b) Que *Israel es Su siervo* (v. 8), al que Él protege y usa, y en el que es, y será, glorificado.

(B) Para probar esto, muestra que Él fue quien levantó a Ciro el Grande, rey de Persia (558–529 a. de C.). A pesar de que esta profecía había de cumplirse casi doscientos años después, lo dice como si ya hubiese acontecido. Dios *le proveyó de continuas victorias, le entregó naciones y le hizo gobernar sobre reyes* (v. 2a). A partir de la mitad de este versículo y en el versículo 3, el sujeto de las oraciones es el mismo Ciro o algo que a él se atribuye: «*Su espada* (de Ciro) *los dio* (lit.) *como polvo; su arco, como hojarasca arrebatada; él* (Ciro) *los persiguió y pasó en paz por camino que no holló con sus pies»;* es decir, «su marcha victoriosa es tan rápida que sus pies no parecen tocar el suelo» (Slotki). Ciro es aquí, como gran libertador de Israel, tipo de Cristo, quien nos libertó del poder de las tinieblas.

3. Pone de manifiesto la necedad de los idólatras al persistir obstinados en su idolatría (v. 5): *«Las islas lo vieron y tuvieron temor, etc.».* Ante el avance victorioso de Ciro, todas las naciones y aun las islas costeras (comp. con v. 1) se echaron a temblar y se animaban todos unos a otros a recurrir a sus ídolos de nueva factura (vv. 5–7) en busca de protección. En lugar de ayudarse unos a otros a buscar al verdadero Dios, se animan mutuamente a endurecerse en su idolatría. No contentos con los antiguos ídolos, se animan a hacer otros nuevos (V. Dt. 32:17). El versículo 7 está lleno de ironía: *El carpintero anima al orfebre,* hasta que ambos quedan satisfechos con su obra, *pero la sujetan con clavos,* no sea que se mueva y se caiga. ¡Qué dioses!

4. Dios anima luego a Su pueblo a que confíen en Él: *«Pero tú, Israel, siervo mío ...»* (vv. 8, 9). Como si dijese: «Los idólatras se han puesto bajo la protección de tan impotentes deidades; los que las hacen son como ellas, y así es todo el que confía en ellas, *pero tú, Israel,* eres el siervo de un mejor Dueño». Los israelitas son siervos del Dios verdadero. Él *los ha escogido* para que sean su pueblo especial, y *no los ha desechado.* Son *la descendencia de Abraham, el amigo de Dios* (v. 8b, comp. con 2 Cr. 20:7; Stg. 2:23). Es el único a quien en la Biblia se da tal epíteto. En atención a tal antepasado, Dios ama y protege a los israelitas, a pesar de que le han provocado tanto y tantas veces.

Versículos 10–20

El objeto de estos versículos es acallar los temores, y animar la fe, de los siervos de Dios en sus aflicciones. En primer lugar, lo más probable es que la porción tenga por objeto levantar los ánimos de Israel durante el cautiverio; pero todos los que sirven fielmente a Dios, abrigarán *esperanza mediante la paciencia y el consuelo de esta Escritura.* Nótense las tres veces que, a poca distancia una de otra, se repite ese *«¡No temas!»* (vv. 10, 13, 14). Va contra la intención de Dios el que Su pueblo sea un pueblo miedoso.

1. Tienen que depender de Su presencia entre ellos como su Dios. Esto se repite continuamente en esta porción: «Yo *estoy contigo ... Yo soy tu Dios, yo te doy vigor, sí, yo te ayudaré y siempre te sostendré con la diestra»* (v. 10). ¿Qué se puede temer yendo de la mano de Dios? (Comp. con Sal. 73:23); *«Yo, Jehová tu Dios, soy quien te sostiene de tu mano derecha ... Yo te ayudo»* (v. 13); *«Yo soy tu socorro, dice Jehová; el Santo de Israel es tu Redentor»* (v. 14).

2. Aunque sus enemigos aparezcan ahora temibles, va a llegar el día en que Dios les pedirá cuentas. Hay quienes están enfurecidos contra el pueblo de Dios y contienden con él (v. 11) y le hacen la guerra (v. 12), porque le odian. Pero el pueblo de Dios debe aguardar al tiempo de Dios. Los enemigos se convencerán de la locura de contender con el pueblo de Dios: *«serán avergonzados y confundidos»* (v. 11), lo que podría conducirles al arrepentimiento, pero les llenará más bien de rabia. En todo caso, Israel no ha de temer, pues sus enemigos serán reducidos a la nada: *«serán como nada» (v.* 11), frase que se repite en el versículo 12. Se estrellarán contra la justicia y el poder de Dios.

3. Los mismos israelitas se convertirán en terror para los que ahora les aterrorizan, y la victoria se volverá del lado de Israel (vv. 14–16).

(A) Jacob e Israel están ahora muy abatidos; son *un gusano* (v. 14): *«el gusano Jacob»* (lit.); tan pequeño, tan débil, tan indefenso, forzado a arrastrarse por el suelo para su propia seguridad y, aun así, expuesto al pisotón de cualquier viandante (comp. con Sal. 22:6). Los hijos de Dios son muchas veces como gusanos, pero no son víboras como sus enemigos, porque ellos no son de la simiente de la serpiente.

(B) Dios considera el bajo estado de Jacob y le dice: *«No temas, gusano Jacob»;* no temas que nadie te aplaste, y *vosotros los pocos de Israel.* A este gusano pequeño, insignificante, su Dios lo va a levantar y va a hacer de él (v. 15) un instrumento duro, cortante y moliente, *un trillo nuevo, de dientes afilados.* Con este instrumento en las manos de Dios, *los montes y collados,* es decir, los enemigos más altos, más fuertes y más enconados de Israel, *serán trillados y molidos* (v. 15b); más aún, una vez *molidos y reducidos a tamo, los aventarás y se los llevará el viento, etc.* (v. 16). Esto se ha cumplido, en fin de cuentas, siempre que los enemigos de Dios y de los Suyos han tratado de acabar con los que sirven fielmente a su Hacedor y Redentor.

4. Tendrán en Dios, no sólo abundancia de consuelo y apoyo, sino también de honor (v. 16b): *«Pero tú te regocijarás en Jehová, te gloriarás en el Santo de Israel»,* por todo lo que ha hecho a tu favor.

5. Si se da la ocasión, Dios hará de nuevo por ellos lo que hizo cuando salieron de Egipto en su marcha hacia Canaán (vv. 17–19). Dice Slotki: «El texto puede entenderse en sentido literal o figurado». Lo mismo viene a decir Trenchard: «Se ha de entender tanto en sentido literal como espiritual». M. Henry saca de aquí varias aplicaciones: (A) Estas promesas de redención fueron provistas por el Evangelio de Cristo. El glorioso descubrimiento de Su amor ha dado plena seguridad de que Dios ha provisto lo suficiente para el suministro de todo lo que necesitamos, y para la respuesta a todas nuestras oraciones. (B) Son aplicadas por la gracia de Dios y el Espíritu de Cristo a todos los creyentes, para que tengan consuelo en el camino y completa felicidad al final de la jornada. Nuestro espíritu busca con anhelo satisfacción, pero no puede hallarla en las cosas de este mundo. Es Dios quien nos *abre en el desierto estanques de aguas, y manantiales de aguas en la tierra seca* (v. 18, comp. con Jn. 7:38, 39). Y en el mismo desierto, hace que broten *cedros, acacias, etc.* (v. 19). El Evangelio produce en los hombres un cambio tan grande como si los cardos y los espinos se convirtiesen en cedros. Todo esto se hace para que (v. 20) *«todos vean y entiendan que la mano de Jehová ha hecho esto, y que el Santo de Israel lo creó».* Todos verán que este cambio extraordinario está muy por encima del curso normal de la naturaleza y, por consiguiente, es obra de un poder superior.

Versículos 21–29

El Señor, por medio del profeta, repite ahora el reto a los idólatras (v. 21): *«Alegad por vuestra causa ... Presentad vuestras pruebas».* Tenéis que demostrar que vuestros ídolos son dioses de veras, dignos de honor y adoración.

1. Los ídolos son retados a presentar pruebas de su conocimiento y de su poder. En vano se esperan tales pruebas, pues: (A) No pueden decir nada que nosotros no podamos conocer. ¡Que nos digan algo del pasado, para ver si hay algún detalle que a la humanidad le haya pasado desapercibido! ¡Que nos digan algo de lo que ha de suceder! (vv. 22, 23b). Con esto último demostrarían ser dioses, pues los hombres no pueden conocer el futuro, a no ser por divina revelación. (B) Tampoco pueden hacer nada que nosotros no podamos hacer: *«Mira, vosotros* (sois) *de nada; y vuestras obras, cosa de nada,* de ningún valor» (v. 24, lit.). Y prosigue: *«Abominación es el que os escogió».* Un siervo es libre para escoger su amo, pero el hombre no es libre para escoger su Dios.

2. A continuación, Dios presenta pruebas de que Él es el verdadero Dios y que no hay otro Dios que Él.

(A) Él tiene un poder irresistible. Esto se mostrará especialmente cuando haga surgir a Ciro (v. 25) *«del norte … del nacimiento del sol».* Ciro era medo por parte de padre, y persa por parte de madre; y su ejército constaba de medos, cuyo país daba al norte, y de persas, cuyo país daba al este. Había de venir a Babilonia para sus propios fines, pero de él dice que *«invocará mi nombre»*, porque había de «reconocer la soberanía de Dios (cf. Esd. 1:2)» (Slotki). (B) Toda oposición a su marcha será deshecha (v. 25b): «y *pisoteará príncipes como lodo, y como pisa el barro el alfarero*».

(B) Tiene también una presciencia infalible (v. 26). Ahora bien, los falsos dioses, no sólo no pudieron hacerlo, sino que ni pudieron saberlo (v. 26). (a) Les reta a que presenten alguna de sus deidades o alguno de sus adivinadores, para poder decir: *«Es justo»,* esto es, confesamos que es una profecía verdadera. (b) Recaba para Sí el exclusivo honor y poder de hacerlo (v. 27): Él es quien va a ser el primero en llevar a Jerusalén las buenas nuevas de su liberación. Esto es aplicable a la obra de nuestra redención, en la que el Señor nos ha dado las buenas nuevas de reconciliación.

3. Se da la sentencia sobre este juicio: (A) Ninguno de los ídolos había predicho esta obra admirable (v. 28). Otras naciones además de los judíos habían salido del cautiverio en Babilonia por decreto de Ciro; sin embargo, ninguna de ellas tenía de antemano ningún conocimiento de ello por anuncio de alguno de sus dioses o de sus profetas y sacerdotes. Ninguno de los dioses de las naciones había mostrado a sus adoradores el camino de la salvación, como lo había de mostrar Dios por medio del Mesías. (B) Ninguno de los que apelaban a esos falsos dioses podía presentar prueba alguna de un poder o conocimiento que tuviese alguna señal de que eran verdaderos dioses. Debe, pues, proferirse sentencia contra el apelante, *por silencio.* Nada podían hacer ni decir (v. 28), pues todo ello era *vaciedad y nada; viento y confusión* (hebr. *tohu,* como en otros lugares de Isaías y en Gn. 1:2). (C) Por tanto, la sentencia es dada de acuerdo con el cargo presentado contra ellos (v. 24).

CAPÍTULO 42

El profeta se adentra ahora todavía más en la profecía del Mesías y de su reino bajo el tipo de Israel, más bien que de Ciro. Tenemos aquí: 1. Una profecía de que el Mesías vendría con mansedumbre, aunque también con poder (vv. 1–4). II. Se presenta la comisión que recibió del Padre (vv. 5–9). III. El gozo con que habrían de recibirse las Buenas Nuevas (vv. 10–12). IV. El éxito del Evangelio en la destrucción del reino del diablo (vv. 13–17). V. El rechazo de los judíos incrédulos (vv. 18–25).

Versículos 1–4

Estamos seguros de que estos versículos son aplicables a Cristo, puesto que el evangelista nos dice expresamente que esta profecía se cumplió en Él (Mt. 12:17–21).

1. La confianza del Padre en Él. (A) Dios lo reconoce como *Suyo* (v. 1): *«He aquí mi siervo».* Aunque era Su Hijo Unigénito, *tomó sobre sí la forma de esclavo* para ser nuestro Mediador. (B) Dios lo ha escogido: «… *mi escogido».* La sabiduría infinita hizo la elección y, luego, reconoció que estaba bien hecha. (C) Dios ha puesto en Él Su confianza: *«En quien mi alma tiene contentamiento».* (D) Dios le cuida, le guarda, le protege: «*Yo le sostendré».* El Padre estuvo siempre a su lado y le sostuvo y dio fuerza, poder y autoridad.

2. Sus cualificaciones para el oficio (v. 1b): *«He puesto sobre Él mi Espíritu,* a fin de equiparle para esta empresa» (comp. con 61:1).

3. La tarea que se le encomienda: «*Él dictará justicia a las naciones»;* es decir, declarará a todo el mundo el propósito salvífico de Dios, ya que tal propósito abarca a los gentiles tanto como a los judíos.

4. La mansedumbre y ternura con que llevará a cabo esta tarea (vv. 2, 3). *No gritará,* ni sonará la trompeta por las calles, como lo hacen quienes invitan a la violencia o a la guerra. Sufrirá en silencio y con toda paciencia la oposición que se levante contra Él (He. 12:3), pues Su reino no es de este mundo y, por tanto, Sus armas no son carnales ni es pomposa Su apariencia. Aunque proclamará la verdad con toda valentía y sin subterfugios (v. 3b): *«de acuerdo con la verdad hará justicia»,* no por eso rechazará a los débiles y vacilantes (v. 3a): *«No quebrará la caña cascada ni apagará el pábilo que humea».* ¡Al contrario! Vendará lo herido y soplará donde se halle la mínima parte de fuego a fin de que pueda surgir

una llama viva de fe y amor. Hay quienes «se rajan» ante el temor y la duda; hay quienes están a punto de apagarse por falta de amor y comunión. Con todos ellos desplegará Cristo Su paciencia y Su ternura. ¡Si así procedieran siempre sus ministros!

5. El coraje y la constancia con que perseverará en el desempeño de su misión (v. 4), hasta que pueda decir: *Está consumado.* Y del mismo modo capacita a sus apóstoles y ministros para que no desmayen ni se desanimen, hasta que también ellos hayan terminado su testimonio. Su objetivo es *«establecer en la tierra justicia»* (v. 4b). Dice Trenchard: «Todo cuanto Dios hace en el mundo se encamina al restablecimiento de las normas de *justicia*, pero sabemos por la revelación del Nuevo Pacto que este propósito sólo pudo realizarse por medio de la Obra de la Cruz». El mundo sólo puede reformarse por el poder del Evangelio y de la gracia.

Versículos 5–12

1. El pacto que Dios hace con el Mesías y la comisión que le da (vv. 5–7).

(A) Los regios títulos con que el gran Dios se da aquí a conocer (v. 5): Él es la fuente de todo ser y, por tanto, de todo poder. En el mundo superior, *Él creó los cielos y Él los despliega* (comp. con 40:22). En el mundo inferior, *extiende la tierra,* y la hace habitable, y lo *que sale de ella como producto* es efecto de Su poder. En el mundo de la humanidad, *da aliento* (hebr. *neshamáh)* de vida física y *espíritu* (hebr. ruay), los poderes y facultades de la vida racional, a los habitantes de la tierra. Todo esto va por delante del pacto de Dios con el Mesías y de la comisión que le encarga, a fin de mostrar que la obra de la redención tenía por objeto restaurar al hombre a la sumisión que debe a Dios como a Su Hacedor.

(B) La seguridad que da al Mesías de que estará a su lado sosteniéndole y protegiéndole (v. 6). El Mesías fue llamado por Dios; no era un intruso (He. 5:4). Cuando fue enviado un ángel del cielo para que le fortaleciese en su agonía, el Padre estaba con Él, y se cumplió esta promesa.

(C) Los altos propósitos de esta comisión ofrecen consuelo a los hombres. Al darnos a Cristo, Dios nos dio generosamente todas las gracias y bendiciones del nuevo pacto. Dos gloriosas bendiciones se especifican aquí (vv. 6b, 7) entre las más gloriosas que se derraman sobre todas las naciones: luz y libertad. El Mesías es dado *por luz de las naciones* (comp. con 49:6; 51:4; 60:1, 3; Lc. 2:32; Hch. 13:47; 26:23), *para abrir los ojos* espirituales *de los ciegos.* Por medio de su Espíritu, en la Palabra presenta el objeto, y en el corazón prepara el órgano. También es llamado a proclamar libertad a los cautivos (v. 7b); no sólo para abrirles las puertas y dejarlos salir, que es lo único que Ciro pudo hacer, sino también capacitarles para hacer buen uso de su libertad. Esto lo hace Cristo por medio de Su Palabra y de Su gracia.

2. Ratificación y confirmación de esta encomienda. (A) La autoridad del que hace la promesa (v. 8): «*Yo soy Jehová, éste es mi nombre»*. Si es el Señor que da el ser y la vida a todo lo que vive, también dará el ser y la vida a esta promesa. (B) El cumplimiento de Sus promesas *primeras* es prueba de que también se cumplirán *las nuevas* (v. 9). *Las hace saber* ya, a fin de dar seguridad de que lo futuro ha de cumplirse lo mismo que se cumplió lo pasado.

3. El cántico de júbilo y alabanza que habría de resonar aquí para gloria de Dios (v. 10): *«Cantad a Jehová un cántico nuevo, etc.»*. Dar luz a los gentiles fue una cosa nueva; las alabanzas a la gracia de Dios requieren también un cántico nuevo, y lo han de cantar: (A) Los que viven en *los confines de la tierra,* en las regiones más apartadas de Jerusalén; (B) los marineros y mercaderes, *que descienden al mar.* Los judíos comerciaban poco por mar, luego se refiere aquí, en especial, a los gentiles. (C) *Las islas y sus moradores* (v. 10b y, de nuevo, en el v. 12); (D) *el desierto y sus ciudades* (v. 11), esto es, las situadas en los oasis; (E) *Cedar* (hebr. *Quedar)* los moradores de sus aldeas eran «una tribu pastoril del desierto sirio» (Slotki). *Sela* es, con toda probabilidad, Pedra, en el país de Edom.

Versículos 13–17

Estos versículos podrían constituir el cántico mismo que los gentiles han de cantar o una profecía de lo que Dios hará para abrir el camino al entonar dicho cántico.

1. Aparecerá Dios en todo Su poder y en toda Su gloria más que nunca (vv. 13–15). Es probable que, en un primer término, como ha visto Slotki, estos versículos se refieran a la ira de Dios contra los que se llevaron cautivo a Israel, mientras el versículo 16 se refiere a los israelitas que vuelven del exilio. Sin

embargo, en un plano más elevado, esta porción apunta a los últimos días. Dice Trenchard: «Es interesante notar el contraste entre los versículos 2 y 3 por una parte, y 13 y 14 por otra. Aquéllos hablan del ministerio terrenal del Siervo de Jehová, que se lleva a cabo sin voces por el que era "manso y humilde de corazón", pero su obra en la Segunda Venida será muy diferente. Dios guarda silencio ahora, aparte del mensaje de las Buenas Nuevas en la boca de sus siervos, pero más tarde ha de "invadir" el mundo que habrá rechazado el Evangelio y, entonces, cual "guerrero", "dará voces", interviniendo públicamente en los asuntos de la tierra, cumpliendo su obra de juicio y restableciendo su Reino de una forma visible».

2. Dios manifestará su favor y su gracia, mostrando el camino de Sion (v. 16) a los redimidos por Él, y *guiándoles por sendas que no habían conocido.* Esto lo hace ya en la conversión de los pecadores, al sacarlos de las tinieblas a la luz. Así, en la conversión de Pablo, fue cegado primero; después, Dios le reveló a Su Hijo, e hizo así que se le cayeran de los ojos las escamas. En el camino de la obediencia hay dificultades *escabrosas,* ásperas, pero Dios *las allana* con Su poder y Su gracia.

3. Dios hará que se den media vuelta, confundidos y avergonzados (v. 17) todos los idólatras. Cuando los babilonios vean que esos judíos que despreciaban las imágenes de los ídolos, son reconocidos por Dios como Suyos y libertados por ese mismo Dios a quien adoran, se avergonzarán de haber dicho a tales imágenes: *«Vosotros sois nuestros dioses».* En tiempos de verdadera reforma, el pecado resulta pasado de moda.

Versículos 18–25

El profeta, después de haber animado a los israelitas creyentes, se vuelve ahora a los que, entre ellos, eran todavía incrédulos. Éstos eran tipo de los judíos que rechazaron a Cristo y fueron rechazados por Él.

1. El llamamiento que se hace a esta gente (v. 18): *«Sordos, oíd, y vosotros, ciegos, mirad para ver».* Estaban incapacitados, por su mente obtusa y su corazón endurecido, para oír y ver; pero si hubiesen obedecido este llamamiento, habrían podido hacerlo, de la misma manera que el hombre de la mano seca no podía extenderla, pero si no hubiese probado ante el mandato de Jesús, no habría sido curado.

2. La condición en que se hallaban estos incrédulos (vv. 19, 20): *«¿Quién es ciego, sino mi siervo, etc.».* El pueblo judío era, por libre elección de Dios y profesión exterior de ellos, *«siervo de Jehová»;* sus sacerdotes y ancianos eran sus mensajeros (Mal. 2:7); pero eran sordos y ciegos, endurecidos y rebeldes. Eran peores que los propios gentiles, por cuanto la ceguera y la sordera en las cosas espirituales son más graves en los que profesan ser siervos y ministros de Dios que en los demás. El profeta continúa (v. 20) y describe la ceguera y obstinación de la nación judía (v. ya desde 6:9 y ss.) de forma parecida a la descripción que nuestro Salvador hacía de los judíos de su tiempo (Mt. 13:14, 15).

3. El interés que Dios tiene en el honor de Su propio nombre, a pesar de la sordera y de la ceguera de ellos. La Escritura se cumplió en el rechazo de los judíos lo mismo que en el llamamiento de los gentiles. Con todo, Dios seguirá enalteciendo Su ley. Dice Moriarty: «Fue un privilegio para Israel el recibir de Dios tal ley *(torá)* o revelación. Pero no se aprovechó de ella, sino que continuó en su pecado. El castigo, pues, era inevitable». La Ley, en efecto, es digna de todo honor y, si los hombres no la enaltecen obedeciéndola, Dios la enaltecerá castigándoles por su desobediencia.

4. Los desastres que Dios va a traer sobre la nación judía por su ceguera y sordera (v. 22). Van a estar *saqueados y pisoteados; atrapados en cavernas y escondidos en cárceles; puestos para despojo,* sin que nadie lo remedie. El pecado del pueblo es el que les ha traído esta calamidad, como lo expresan los versículos siguientes.

5. El consejo que Dios mismo les da para que hallen remedio a dicha situación (v. 23), puesto que, aun cuando el caso es muy grave, no es todavía desesperado. La mayoría están sordos a la voz de Dios; por tanto, les va a golpear para ver si hay alguien entre ellos que de oídos a esto. Cuando un método no resulta, se prueba otro. Si no escuchamos la voz de Dios, esperemos que nos pruebe con dura disciplina (He. 12:6 y ss.). Cualesquiera sean los instrumentos, ha de reconocerse la mano de Dios en las aflicciones de los Suyos (v. 24): *«¿Quién dio a Jacob en botín, y entregó a Israel a los saqueadores? ¿No fue Jehová, contra quien pecamos? No quisieron andar en sus caminos, etc.».* Dice Slotki: «La primera persona se refiere a la generación presente; la tercera, a sus antepasados». El profeta se cuenta a sí mismo entre los pecadores, como Daniel en Daniel 9:7, 8. Véase la calamidad que el pecado desencadena:

provoca a Dios a que se enoje contra un pueblo y, de este modo, enciende una conflagración universal, incendiándolo todo (v. 25).

CAPÍTULO 43

Este capítulo comienza con un agudo contraste *(«Pero ahora …»)* con respecto a los últimos versículos del capítulo anterior. A pesar del pecado de Israel: I. Dios hace preciosas promesas a Su pueblo, y les asegura un brillante futuro (vv. 1–7). II. Reta a los ídolos a que se atrevan a competir con la omnisciencia y la omnipotencia de Dios (vv. 8–13). III. Se da mucho ánimo al pueblo de Dios para que espere su liberación de la cautividad de Babilonia (vv. 14–21). IV. Se adopta el método de preparar al pueblo haciéndoles a la memoria sus pecados, a fin de que lleguen al arrepentimiento y busquen el rostro misericordioso del Señor (vv. 22–28).

Versículos 1–7

Este capítulo tiene una clara conexión con el precedente. Allí se decía que Jacob e Israel no querían andar en los caminos de Dios; podría ahora pensarse que Dios iba a abandonarles; pero no es así. Las primeras palabras son: *«Pero ahora … oh Jacob … oh Israel: No temas, porque yo te he redimido … mío eres tú»*. Aunque muchos de ellos eran rebeldes, Dios continúa amando a Su pueblo, y el remanente de la nación será preservado por la misericordia divina. Por en medio de las densas nubes, se filtra así un brillante y sorprendente rayo de luz. Las expresiones del amor de Dios a Israel son aquí extremadamente ricas y abundantes.

1. El fundamento de este interés de Dios por Su pueblo. Jacob e Israel, a pesar de su miserable condición pecaminosa, hallarán misericordia, porque: (A) Son hechura especial de Dios (comp. con Ef. 2:10). Dios los *creó*, no sólo les dio el ser, *sino los formó (el* mismo verbo de Gn. 2:7) como pueblo, instituyó su gobierno y les otorgó Su pacto. (B) Son el pueblo de Su adquisición: Él los ha comprado y los ha vuelto a comprar, pues eso significa *redimir*. Los rescató primeramente de la tierra de Egipto, los rescatará luego de Babilonia y, después, hasta el fin, de todas las esclavitudes que hayan llegado a padecer. (C) Son Su pueblo de un modo especial, pues lo ha llamado por su nombre y llevan Su nombre: son el Israel de Dios. (D) Jehová ha pactado con ellos como su Dios (v. 3). No tienen, pues, por qué temer, pues Dios está por ellos (comp. con Ro. 8:31).

2. Anteriores ejemplos de esta predilección de Dios por Israel: (A) Por el rescate de Israel, Dios ha dado a Egipto, a Etiopía y a Sebá (v. 3). Dice Slotki: «La liberación de Israel de Babilonia por Ciro cuando la capturó éste, y la conquista de Egipto y Sebá por su hijo Cambises, son descritas por el profeta como sucesos interdependientes y predestinados. Persia es compensada de la pérdida de los israelitas cautivos con la conquista de los tres países africanos». (B) Dios le había puesto precio conforme a esto, pues Israel *era a los ojos de Dios de gran estima* (v. 4). Moriarty advierte que esto se ha de interpretar «sin entender la palabra en su sentido estricto, como si Dios pagara realmente el rescate».

3. Otros ejemplos que Dios estaba dispuesto a presentar de Su amor e interés por Israel: (A) Había de estar presente en medio de ellos en los mayores peligros y dificultades (v. 2). (B) Cuando se diese la ocasión, estaba dispuesto a hacer que todos los intereses de los hijos de los hombres cediesen a favor de los intereses de los hijos de Israel. (C) Los que de Israel estuviesen dispersos por otras naciones, habían de ser reunidos un día para participar juntamente de las bendiciones del pueblo (vv. 5–7), pues habían sido creados para Su gloria y, por tanto, estaban marcados con Su gracia. Esto se refiere, en último término, a la final reunión de los israelitas en la Segunda Venida de Cristo (comp. con Mt. 24:31).

Versículos 8–13

Dios reta a los adoradores de los ídolos a que presenten pruebas de la divinidad de sus falsos dioses.

1. Ha de presentarse primero (v. 8) el pueblo de Dios, al que se llama aquí *ciego y sordo* por su rebeldía, a pesar de tener *ojos y oídos* con los que ha podido apercibirse de los portentos de Dios a su

favor. Ellos son *Sus testigos, Su siervo* (v. 10) que puede declarar a favor del poder, del amor, de la sabiduría; en fin, de la verdadera Deidad del único Dios. *«De que Yo soy Él»*, dice literalmente la frase central del versículo 10; esto es, «de que soy el mismo de siempre, el que fue, es y será» (Slotki). *Ningún otro dios estaba con Él* (v. 12), porque ninguno era capaz de hacer las cosas que Dios dice de sí mismo en la primera parte del versículo. Desde el principio, Él ha sido el único Salvador de Su pueblo (vv. 11–13).

2. Que se presenten también en el tribunal los adoradores de los falsos dioses, como testigos de sus ídolos, y *justifíquense* (v. 9), es decir, ofrezcan pruebas claras de que las demandas que, por medio de ellos, hacen sus falsos dioses, son *verdad.* En vano se presentarán, pues sólo el Dios de Israel está acreditado como verdadero Dios por su poder para salvar (v. 13). Dice Moriarty: «Dios se vuelve a Israel y le nombra su propio testigo. Tal es la misión de Israel en la historia, la de dar testimonio acerca de Dios Creador y Redentor». Nótese la repetición de la frase *«Vosotros sois mis testigos»* (vv. 10, 12; 44:8). De aquí—nota del traductor—han sacado los «Testigos de Jehová» su *«motto»*.

Versículos 14–21

1. Aquí Dios asume títulos que son muy alentadores para Su pueblo (vv. 14, 15): *«Vuestro Redentor, el Santo de Israel … Jehová, vuestro Santo, el Creador de Israel, vuestro Rey».* Con todos estos títulos, no le ha de faltar a Israel suficiente protección, mientras *los babilonios, los caldeos* (v. 14b) huyen por el Éufrates en las naves de las que se gloriaban.

2. Les trae a la memoria las grandes cosas que hizo a favor de sus antepasados cuando los sacó del país de Egipto (vv. 16–18). El que tuvo poder para hacer tales cosas, «¿cómo no hará *una cosa nueva?… un camino en el desierto y ríos en la soledad»* (v. 19). Dice Slotki: *«Ríos en el desierto.* Un milagro mayor que convertir el mar Rojo en tierra seca».

3. No sólo promete libertarlos de la cautividad de Babilonia, sino también conducirles a salvo a su propio país (v. 20). Después de abrirles un camino por entre el desierto y convertir el mismo desierto en un oasis (v. 19), habrá tal abundancia de agua que tanto los hombres como los animales silvestres podrán saciar su sed. Dice Moriarty: «El reino animal unirá sus alabanzas a las del hombre, pues debido a la abundante agua que Dios hará brotar en el desierto, pulularán los animales llenos de vida». M. Henry hace la siguiente acomodación: «Esto apunta, no sólo al cuidado que Dios ofrecerá a la Iglesia judía entre su regreso de Babilonia y la venida de Cristo, sino a la gracia del Evangelio, especialmente según es manifestada al mundo gentil. Los pecadores de entre los gentiles, que habían sido como las bestias del campo, que corrían de modo salvaje, fieros como los dragones, estúpidos como los búhos o avestruces, serán traídos a honrar a Dios por su gracia».

4. Declara cuál es el origen de todas estas bendiciones del pueblo de Israel (v. 21): *«Este pueblo que he creado para mí, a fin de que publique mis alabanzas»* (comp. con 1 P. 2:9). Lo creó para Sí y, por tanto, hace todo eso por ellos, a fin de que publiquen Sus alabanzas, «mediante el cumplimiento de la Torah de Dios y la difusión de sus ideales» (Slotki).

Versículos 22–28

El cargo que aquí le hace Dios de nuevo a Israel tiene por objeto hacer justicia a la providencia divina por haberles llevado al exilio. Ellos habían menospreciado a Dios y le habían dado de lado y, por eso, Él los había rechazado justamente, *había puesto por anatema a Jacob y por oprobio a Israel* (v. 28). Ellos tienen que reconocer esto antes de estar preparados para su liberación.

1. Los pecados de que aquí se les acusa.

(A) Omitir las cosas buenas que Dios había preceptuado. Obsérvese que esta sección es introducida con un *«pero» o «no obstante»* (hebr. *vau* adversativo). Compárese con el versículo 21, donde Dios declara los favores que les había otorgado y lo que de ellos esperaba. Pero ellos le habían pagado muy mal por Sus favores. Habían abandonado la oración (v. 22): *«No me invocaste a mí, oh Jacob»*. Jacob fue famoso por su oración (Os. 12:4). Jactarse del nombre de Jacob y vivir sin oración es burlarse de Dios y engañarnos a nosotros mismos. Se habían cansado de su religión, y habían escatimado las expensas de su devoción (vv. 23, 24). En realidad—nota del traductor—, lo que los versículos 22–24 dan a entender es que durante el exilio en Babilonia, Dios no les había exigido la carga de ofrecerle sacrificios. No habían sido «fatigados» por Dios en esto.

(B) Cometer cosas malas que Dios les había prohibido. Dios no les había *fatigado* (v. 23b) demandándoles sacrificios, pero ellos *fatigaron* a Dios (v. 24b) *con sus maldades.* El amo no había fatigado a sus criados con sus mandamientos, pero ellos le habían fatigado con su desobediencia.

2. Agravantes de este pecado (v. 27): (A) Eran hijos de desobediencia, pues su *primer padre* (con la mayor probabilidad, Jacob—v. Os. 12:3 y ss.) *pecó.* (B) También eran discípulos de desobediencia: *«Tus maestros prevaricaron contra mí».* No aprendían las cosas buenas de sus mayores, pero sí aprendían las cosas malas de sus maestros.

3. Señales del desagrado de Dios contra ellos a causa de sus pecados (v. 28): *«Por tanto, yo profané* (es decir, desecré, no tuve por sagrados) *a los príncipes del santuario».* «Los sacerdotes (cf. 1 Cr. 24:5). Otros traducen "príncipes consagrados", lo que puede referirse ya sea a los sumos sacerdotes o a los reyes, ya que ambos eran ungidos con el óleo de consagración» (Slotki). Ellos se habían profanado a sí mismos con sus enormes pecados; y, al estar ya profanados, Dios los desecró con enormes calamidades (Mal. 2:9). Igualmente fue a la ruina el honor del Estado de Israel (v. 28b): *«Puse por anatema a Jacob y por oprobio a Israel».* Dios expuso a Israel al abuso y a la burla de sus enemigos. Dice Moriarty: «El *anatema (jérem)* era parte de la guerra santa y consistía en la dedicación total a Dios, ordinariamente por destrucción, de la persona o cosa sobre quien se había pronunciado el anatema. Con esto cesaba la ofensa de Dios y el país quedaba purificado. Israel ha de ser purificado por medio de las naciones enemigas».

4. Riquezas de la misericordia de Dios hacia ellos a pesar de todo (v. 25): «*Yo, yo soy el que,* a pesar de todo esto, *borro tus rebeliones».*

(A) Esta bondadosa declaración de la inclinación de Dios a perdonar el pecado de Su pueblo se inserta aquí de modo muy extraño. El cargo había sido muy grave: *«Me fatigaste con tus maldades»* (v. 24, al final). Habría de esperarse ahora que añadiese: «Yo, yo *soy el que* te voy a destruir, para no fatigarme más preocupándome de ti». Pero no es eso lo que dice, sino: *«Yo, yo soy el que te voy a perdonar».* Como si el gran Dios quisiera enseñarnos con esto que el perdonar las injurias es el mejor método de guardarnos de ser fatigados por ellas. Nótese en qué forma se expresa aquí el perdón otorgado a un creyente arrepentido:

(a) «Yo, yo *soy el que borro tus rebeliones»,* como queda borrada una nube por los rayos del sol (44:22), o como se borra una deuda para que no permanezca visible contra el deudor (se pone una cruz en el registro como si la deuda estuviese pagada, pues se perdona con base en el pago hecho efectivo por el fiador).

(b) *«No me acordaré de tus pecados»,* con lo que no habrá disminución de Su amor en lo futuro. Cuando Dios perdona, también olvida. En cambio nosotros cuando perdonamos, raras veces olvidamos, con lo que mostramos que nuestro perdón no era lo suficientemente genuino. Téngase en cuenta que Dios no tiene memoria, porque lo tiene todo presente; pero con este antropomorfismo se nos da a entender que el perdón de Dios es completo y eterno, como completa y eterna habría permanecido Su ira sobre nosotros si nuestros pecados no hubiesen sido perdonados.

(c) Este perdón de los pecados lo otorga Dios, no por algo bueno que haya visto en nosotros o por algo bueno que nosotros le hayamos ofrecido, sino *en atención al amor que le tiene a Su pueblo, o para vindicar la gloria de Su nombre.*

(B) Como en otros lugares de esta profecía (v. 1:18; 41:1; 50:8), el Señor condesciende a razonar con Su pueblo (v. 26): *«Hazme recordar,* esto es, si crees que hay algo a favor tuyo que a Mí se me haya pasado por alto, házmelo saber». *«Entremos en juicio juntamente; habla tú para justificarte».* Como si dijese: «No te acuso sin darte primero una oportunidad de exponer libremente tu caso» (Slotki).

CAPÍTULO 44

En este capítulo, Dios continúa: I. Anima a Su pueblo con la seguridad de las grandes bendiciones que les tenía reservadas al volver del exilio (vv. 1–8). II. Muestra la insensatez de los fabricantes de ídolos y de los adoradores de ídolos (vv. 9–20). III. Confirman las seguridades que había dado a Su pueblo de esas grandes bendiciones y levanta así sus gozosas expectaciones (vv. 21–28).

Versículos 1–8

Dos grandes verdades se hallan en estos versículos:

1. Que el pueblo de Dios es un pueblo dichoso, especialmente a causa del pacto que Dios ha hecho con ellos. Tres cosas hacen que su dicha sea completa:

(A) Sus pactadas relaciones con Dios (vv. 1, 2). Israel es llamado aquí *Yeshurún*, que significa «el recto», pues sólo son de verdad israelitas, como Natanael, aquellos en quienes no hay dolo. Jacob e Israel habían sido presentados al final del capítulo anterior como prevaricadores y expuestos al anatema de Dios, pero el presente capítulo se abre con un *vau* adversativo, cuya mejor traducción sería: *«Con todo, ahora, etc.»;* de nuevo se intercala así la misericordia dentro de la ira: *«Con todo, ahora, escucha Jacob, siervo mío, y tú, Israel, a quien yo escogí;* es decir, a pesar de todo, vamos a ser amigos de nuevo tú y yo». Esto es lo que da a entender en Hebreos 8:12, cuando dice: «*Seré propicio a sus injusticias*». Ahora bien, las relaciones pactadas con Dios son muy alentadoras: (a) Son sus *siervos.* (b) Son sus *escogidos,* y Él se atendrá a la elección que hizo de ellos; a los que ha escogido los guarda bajo especial protección. (c) Son sus criaturas: Él es su *Hacedor* y Él *los formó* (comp. con vv. 21, 24 y 43:1, 7) y, por tanto, les ayudará a cumplir los objetivos para los cuales los formó.

(B) Las bendiciones pactadas que Dios ha puesto en seguro para ellos y para sus familias (vv. 3, 4). (a) Los que son conscientes de sus necesidades espirituales y de la insuficiencia de las criaturas para satisfacerlas, tendrán abundante satisfacción en Dios: *«Yo derramaré aguas sobre el sequedal, etc.».* (b) Los que son estériles como la tierra seca, serán regados con la gracia de Dios. (c) El agua que Dios derramará sobre ellos es Su *Espíritu* (Jn. 7:39, comp. con Jl. 2:28–32 y Hch. 2:17 y ss.). (d) Habrá un extraordinario aumento de convertidos al verdadero Dios, no sólo entre los judíos, sino también entre los no judíos, como se ve por el versículo 5.

(C) Llegará un día en que un número creciente de no judíos (v. 5) se adherirán alegremente al pacto que Dios hizo con Israel. También éstos serán descendientes espirituales de Abraham (v. Ro. 4:16–24). Muchos de los que estaban lejos se acercarán y proclamarán su adhesión, en fe y obediencia, *a Jehová y* se tendrán por *israelitas.* Dice Slotki: «El nombre "israelita" será todosuficiente. Representará para él el nombre más honrado y dignificado, que sobrepasa con mucho a todos los demás títulos». Serán invitados a ello por la gloriosa manifestación de Dios a Su pueblo (v. Zac. 8:23); y, con gran amor a *Jacob,* al pueblo de Dios, estarán dispuestos a seguir la suerte de los israelitas bajo toda clase de condiciones. Lo harán solemnemente, suscribiéndolo de su puño y letra (comp. con Neh. 9:38). Cuanto más explícitos seamos en nuestro pacto con Dios, mejor (comp. con Éx. 24:7, aunque la sinceridad de los que así hablaban dejó mucho que desear).

2. Que, así como el pueblo de Dios es un pueblo dichoso, así también el Dios de ese pueblo es un gran Dios, el único verdadero Dios (vv. 6–8). Esto ha de proporcionar abundante satisfacción a todos los que confían en Él. El Dios en quien confiamos es un Dios de incontestable soberanía y de irresistible poder: Es *Jehová,* el autoexistente y autosuficiente; es *Jehová de las huestes,* de los ejércitos celestes y de los ejércitos de Israel; es *el Rey de Israel y su Redentor;* y quienes toman a Dios por Rey, lo tendrán por Redentor. Es el Dios eterno, antes de todo tiempo y después de todo tiempo, desde siempre y para siempre. Si no hubiese un Dios para crear, nada habría existido. Sólo Él es Dios (v. 6, al final): *«Y fuera de mí no hay Dios».* No hay otro Dios que Jehová. Es todosuficiente y, por tanto, no se necesita ningún otro. Su pueblo no había menester de esperar en ningún otro dios. Los que gozan de la luz del sol, no necesitan la luna ni las estrellas, ni la luz del fuego que puedan encender. Por eso, tampoco necesitaban tener miedo de ningún otro dios. Ningún otro fuera de Él (v. 7) podía predecir lo venidero, como lo hizo Jehová, por medio de Su profeta, al anunciar en esta profecía lo que había de suceder más de 200 años después.

Versículos 9–20

El discurso que sigue tiene por objeto: 1. Armar al pueblo de Israel contra la fuerte tentación de adorar a los ídolos cuando estuviesen exiliados en Babilonia, y agrandar así a los que ahora eran sus amos. 2. Curarlos de su inclinación a la idolatría, pecado que con mayor facilidad hacía presa en ellos. Así como la vara de Dios sirve para dar fuerza a la Palabra, así también la Palabra de Dios sirve para explicar la vara. 3. Equiparles con algo que puedan decir a sus mayorales caldeos. Cuando éstos les

insultasen diciéndoles: *¿Dónde está vuestro Dios?,* que pudieran ellos preguntarles: *¿Qué son vuestros dioses?* Para convencer a los idólatras, tenemos aquí:

1. Un reto a que se descarguen de la acusación de la más vergonzosa locura imaginable (vv. 9–11). Emplean todo su ingenio en imaginar, y sus manos en fabricar, imágenes esculpidas, a las que llaman (v. 9b) *sus delicias* (lit.). Hay que decirles que se engañan a sí mismos y unos a otros, ya que *sus delicias para nada sirven. Ellos mismos son testigos* de eso contra sí mismos; bastaría que dejasen a su propia conciencia darles fiel testimonio de ello, pues los ídolos no pueden darles ningún bien ni librarles de ningún mal. *«¿Quién formó un dios?»* (v. 10). Nadie, sino alguien que no esté en su sano juicio podría pensar en formar un dios, en hacer algo que, si se supone que es un dios, habría de ser el hacedor de quien lo hace. *Los artífices de estos dioses son hombres* (v. 11), débiles e impotentes y, por tanto, es imposible que formen un ser omnipotente.

2. Tenemos luego en detalle el procedimiento de la formación de uno de tales dioses.

(A) Las personas empleadas en tal menester son artesanos, los mismos que cualquiera emplearía en hacer los utensilios comunes de una casa o los útiles de labranza. Hay que llamar a un *herrero* (v. 12) que *trabaja en las ascuas.* Es tarea dura, que no le deja tiempo para comer ni para beber, con el peligro de *desmayarse.* El nuevo dios adquiere su forma gracias a los fuertes martillazos del herrero, según el modelo que le ha sido presentado. Luego viene (v. 13) *el carpintero* con sus propias herramientas: lo mide lo marca, lo corta, lo cepilla y le da la figura de *un hermoso varón,* al estilo de las estatuas paganas de Grecia y Roma. Pero con eso no puede jamás llegar a la hermosura del Dios eterno. Por otro lado, es una mera figura que no puede moverse ni hacer nada por sí misma, sino que tiene que quedarse inmóvil *en casa,* «ordinariamente, en un nicho excavado en la pared» (Moriarty).

(B) El material con que se fabrica este dios no puede ser más rústico (vv. 14–17); se saca de un árbol.

(a) El árbol mismo se escoge *de entre los que crecen en el bosque* (v. 14). Allí ha crecido con otros árboles, sin gozar de mayor virtud o valor que los de sus vecinos. Era un *cedro,* o un *ciprés* o una *encina.* Quizás le había echado el ojo con anterioridad y había favorecido su crecimiento (v. 14b) o lo había plantado él mismo con este propósito. ¡Qué agravio al Dios de los cielos al levantarle un rival que se cría con la lluvia que el verdadero Dios envía sobre justos e impíos!

(b) Las ramas de este árbol no servían sino para combustible, y para hacer fuego las usa el carpintero, lo mismo que los trozos que le sobran del leño en que trabaja (vv. 15, 16). El árbol no manifiesta tener ninguna virtud innata para protegerse, pues puede ser quemado como cualquier otro árbol, y el que lo escogió no vio en él mayor valor que en los demás, pues arrojó en el fuego gran parte de él como basura ordinaria, sin tener por ello ningún remordimiento de conciencia. Le sirve *para calentarse* (v. 15), lo mismo que *para cocer pan* (v. 15b) y *preparar un asado* (v. 16), así queda satisfecho de que, al fin y al cabo, lo que ha quitado para hacer el dios le ha servido para algo. En cambio, el dios que hace no le va a servir para nada.

(c) En efecto, el cuerpo principal del tronco le servirá para hacer un dios; mejor le habría servido para hacer una mesa o un banco. Cuando el insensato idólatra se ha servido para otros usos más provechosos del resto de la madera, *se fabrica un ídolo y se prosterna delante de él* (v. 15b), o, como detalla el versículo 17, *«hace del sobrante un dios, un ídolo suyo; se postra delante de él, lo adora y le ruega diciendo: Líbrame porque tú eres mi dios»,* como si dependiese enteramente de su propia obra para su liberación. La ironía no puede ser más mordaz.

3. Ahora viene el juicio sobre todo este asunto (vv. 18–20). El hombre se ha vuelto peor que las bestias que perecen, pues éstas actúan de acuerdo con el instinto, pero el hombre no actúa conforme a los dictados de la razón (v. 18). Personas que actúan conforme a la razón en otras cosas, actúan del modo más absurdo en ésta. Son rebeldes contra la gran ley de la reflexión (v. 19): *«Ninguno reflexiona en su interior».* No se para a pensar en la insensatez de lo que acaba de hacer: *«No tiene sentido ni entendimiento para decir: Parte de esto quemé en el fuego, y sobre sus brasas cocí pan, asé carne y la comí. ¿Haré del resto una abominación? ¿Me postraré delante de un tronco de árbol?* ¿Seré tan loco como para postrarme ante un tronco de árbol—cosa insensible, sin fuerzas y sin vida—?» Estos idólatras se engañaban a sí mismos (v. 20): *«De ceniza se alimenta».* Dice Slotki: «Alimentarse de cenizas significa apoyarse en algo que es vano, inútil o sin valor». La apostasía de los pecadores al apartarse de Dios, se debe enteramente a ellos mismos y al perverso corazón de infidelidad que llevan en el pecho. A ninguno de ellos se le puede persuadir a que, por lo menos, sospeche hasta el punto de decir (v. 20b):

«¿No es pura mentira lo que tengo en mi mano derecha?», con lo que podrían pensar en la liberación de su alma. La sospecha de sí mismo es el primer paso hacia la liberación de sí mismo.

Versículos 21–28

1. Vemos aquí la obligación que tenía que cumplir Israel para quedar cualificado para la liberación. Nuestro primer interés debe ser sacar bienes de nuestras aflicciones, y entonces podremos esperar salir de ellas. Dicha obligación está expresada en dos palabras: *Acuérdate y vuélvete.* (A) *«Acuérdate de estas cosas, oh Jacob.* Recuerda la locura de la idolatría y que *siervo mío eres tú* (v. 21); y, por tanto, que no debes servir a otros amos» (B) *«Vuélvete a mí»* (v. 22).

2. Los favores que Dios asegura dar a Jacob e Israel, ahora en el exilio; y lo que aquí se promete a los que se acuerdan y se vuelven a Dios, se promete en sentido espiritual a todos los que de manera igual se vuelven a Dios. Cuando comenzamos a acordarnos de Dios, Él comienza a acordarse de nosotros, y tiene en cuenta que, en realidad, Él se acordó de nosotros primero.

(A) Las bases sobre las que estaban edificadas las favorables intenciones de Dios hacia Su pueblo: (a) Son Sus siervos y, por tanto, justamente alterca con los que los detienen. *«Deja ir a mi pueblo para que me sirva»* (Éx. 8:1 b). (b) Él los formó como pueblo (v. 24). Desde que comenzaron a crecer hasta formar una nación, los tuvo Él bajo Su especial cuidado. (c) Él los ha redimido anteriormente, y es siempre el mismo (v. 23b): «*Jehová redimió a Jacob»*. El profeta lo da por hecho, porque Dios ha determinado hacerlo, pues Él es *Jehová el Redentor* (v. 24) de ellos. (d) Dios *es glorificado en Israel* (v. 23, al final); por tanto, lo hará una vez más (comp. con Jn. 12:28). (e) Ha perdonado sus pecados (v. 22), que eran el único impedimento para su liberación. Quebrará, pues, el yugo de su cautividad, ya que declara: «*Yo deshice como una densa nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados»*. Nuestros pecados son como una densa nube que se interpone entre los cielos y la tierra. Cuando Dios perdona el pecado, deshace esa densa nube, de modo que se abre de nuevo, de par en par, el acceso al trono de la gracia.

(B) El gozo universal que acompañará a la liberación del pueblo de Dios (v. 23): *«¡Cantad loores, oh cielos!»* La creación entera tendrá motivos para alegrarse y regocijarse en la redención del pueblo de Dios; y se asegura que, aun cuando ahora gime bajo el peso de la servidumbre de la corrupción, se verá un día libre de ese peso (v. Ro. 8:19–22). La más alta institución en el mundo será el establecimiento del reino de Dios en él (Sal. 96:11–13; 98:7–9). También los ángeles se regocijarán de ello. Los cielos cantarán, porque Jehová lo ha hecho (v. 23). Y hay alegría y gozo en los cielos cuando Dios y el hombre se reconcilian (Lc. 15:7). También los gentiles se unirán a estas alabanzas, pues compartirán estos gozos.

(C) El ánimo que nos da la esperanza de que, aunque haya grandes dificultades en el camino de la liberación del pueblo de Dios, llegará un día en que habrán sido remontadas con toda facilidad, pues *«así dice Jehová tu Redentor …: Yo soy Jehová, que lo hago todo»,* ya que no hay nada que escape a los designios de Su providencia.

(D) La confusión en que todo esto pondrá a los oráculos de Babilonia (v. 25) al dejar sin cumplimiento todas las predicciones de sus adivinos y agoreros, mientras (v. 26) *«confirma la palabra de su siervo y cumple el consejo de sus mensajeros»* (lit.). Su siervo es aquí el profeta Isaías, y los mensajeros son los demás verdaderos profetas.

(E) Los particulares favores que Dios tenía destinados para Su pueblo, al que ahora vemos en el exilio (vv. 26–28). Jerusalén está deshabitada y las ciudades de Judá están en ruinas, pero Dios promete que Jerusalén volverá a estar poblada y que las ciudades de Judá serán reconstruidas. Así como la desolación del santuario fue para todos los judíos piadosos el detalle más lamentable de toda la destrucción, así también su futura restauración había de ser el detalle más gozoso de toda la liberación. Las frases del versículo 27 son interpretadas de diversas maneras. Dice Moriarty a este propósito: *«Que dice al abismo:* a la gran masa de agua que rodea a la tierra. Probable alusión al mito cosmogónico del triunfo sobre las aguas». En cambio, el rabino Slotki se acerca más al sentido del contexto histórico, al decir: «Se alude a la desviación del río Éufrates, según lo registra Herodoto, medio por el cual Ciro pudo hacerse con una entrada a la ciudad fortificada. Otros consideran lo de *profundidades y ríos* como una figura de dicción que designa los obstáculos que Ciro había de hallar». También M. Henry lo entiende de la desviación del Éufrates.

(F) Hallamos, por fin, en el versículo 28, el nombre de Ciro, el futuro rey de Medo-Persia y conquistador de Babilonia. En hebreo es *Koresh;* en persa, *Kurush*. *Ciro* corresponde al griego *Kuros*. De

él dice Dios: *«Es mi pastor»,* porque, al mandato de Dios (v. 28b), cumplirá con Israel los cuidados que un pastor tiene para con su rebaño. Israel es el pueblo del pasto de Dios, pero ahora se halla entre lobos. Ciro será empleado por Dios en la tarea de dar suelta a estas ovejas que ahora están oprimidas y como maniatadas. Mayor presea es para Ciro ser el pastor de Dios que el emperador de Persia. Dios usa a los hombres como le place; en aquello mismo en que ellos buscan sus propios intereses, Dios se sirve de ellos para Sus propios designios.

CAPÍTULO 45

Ciro ha sido mencionado al final del capítulo anterior como pastor de Dios; ahora le vemos como tipo del Gran Redentor. Tenemos aquí: 1. Las grandes cosas que Dios había de hacer en favor de Ciro, a fin de que él diese la libertad al pueblo de Dios (vv. 1–4). II. La prueba que con esto iba a dar Dios de Su eterno poder (vv. 5–7). III. Oración del profeta para que se apresure la liberación (v. 8). IV. Se lanza un reproche a los judíos incrédulos (vv. 9, 10). V. Se anima a los judíos creyentes, que habían puesto en Dios su confianza y perseveraban en la oración (vv. 11–15). VI. Se lanza un reto a los adoradores de los ídolos y se les lee la sentencia, mientras se da verdadera satisfacción a los adoradores del verdadero Dios y se les asegura el consuelo (vv. 16–25).

Versículos 1–4

1. Muchos años antes de que se apoderase de Babilonia, se nos dicen aquí de Ciro las grandes cosas que Dios quiso hacer para él, a fin de que consiguiese el poder suficiente para dar libertad al pueblo de Dios. Con este fin, dispuso Dios que Ciro llegase a ser un poderoso guerrero y un opulento monarca, pues las naciones habían de serle tributarias, abasteciéndole de hombres y dinero. Ciro es llamado aquí (v. 1) *ungido* (*¡Mesías!,* según el hebreo) de Dios, porque estaba destinado por Dios a este gran servicio y había de ser así tipo del verdadero Mesías. Jehová *lo va a tomar por su mano derecha,* como puso Eliseo sus manos sobre las de Joás, el rey de Israel, cuando éste iba a disparar sus flechas contra Siria (2 R. 13:16).

(A) Al estar bajo esta dirección, Ciro había de extender sus conquistas hasta muy lejos, quebrando toda oposición que se le presentara. Reinos populosos se le habían de rendir (v. 1b). Reyes poderosos habían de caer delante de él. Lo de desatar *lomos de reyes* (figura que expresa el quitar las fuerzas a uno) se cumplió literalmente en el rey Belsasar (v. Dn. 5:6). Grandes ciudades habían de ser ocupadas por él (v. 1c), pues Dios mismo le abriría las puertas. Las marchas más largas y peligrosas le iban a resultar fáciles, pues Dios *iría delante de él* (v. 2) allanándole el camino, es decir, quitándole todos los obstáculos que se opusieran a su paso. También será Dios quien *quebrantará* (v. 2b) *las puertas de bronce y hará pedazos los cerrojos de hierro.* Esto se cumplió a la letra si, como dice Herodoto, la ciudad de Babilonia tenía 100 puertas, todas de bronce, con postes y goznes del mismo metal.

(B) Le llenará los cofres (v. 3): «Y *te daré los tesoros de la oscuridad* (es decir, bien escondidos) y *las riquezas ocultas de lugares secretos»* (lit.), tesoros de oro y plata, que habían sido sepultados bajo tierra por los habitantes. Ciro reconoció la bondad de Dios para con él y, en consideración a eso, dio libertad a los cautivos (v. Esd. 1:2).

2. Se nos dice después lo que Dios se había propuesto al hacer todo eso a favor de Ciro.

(A) «*Para que sepas* (v. 3b) *que yo soy Jehová, el Dios de Israel, el que te llama por tu nombre* (lit.), mucho antes de que nacieses».

(B) Para que el Israel de Dios fuese puesto en libertad (v. 4). Aun cuando él *no conocía* a Dios, Dios le llamaba Su *pastor* (44:28) y le mencionaba por su propio nombre de *Ciro,* y añadía que era Su *ungido.* ¿Y por qué hizo Dios todas estas cosas por Ciro? No en atención a él mismo, discutiéndose si era varón de virtud o no. Por cierto, Jenofonte hizo uso del nombre de Ciro cuando quiso describir las virtudes heroicas de un príncipe excelente, pero otros historiadores lo presentan como altivo, cruel y sanguinario. En todo caso, el vocablo *virtud* tenía para los griegos un sentido muy distinto del que se le suele dar en nuestros días. La razón por la que Dios lo escogió a él fue (v. 4) *«en atención a mi siervo Jacob y de Israel mi escogido».* Ciro fue tipo de Cristo en sus victorias sobre principados y potestades y a Cristo le

fueron confiadas riquezas sin límite, para uso y beneficio de los siervos de Dios. *Subiendo a lo alto, se llevó cautiva la cautividad* (Ef. 4:8) y *les abrió la cárcel a los que estaban encadenados.*

Versículos 5–10

Aquí Dios afirma Su soberanía única, manifiesta al mundo en todas las grandes cosas que llevó a cabo a favor de Ciro y por medio de él. Obsérvese:

1. Que esta doctrina está expuesta aquí en dos cosas:

(A) En que no hay otro Dios que Él. Esta es una verdad fundamental, capaz de abolir la idolatría en todo el mundo. ¡Con qué tremendo y soberano aire de majestad y autoridad lo proclama aquí el gran Dios al mundo (v. 5): *«Yo soy Jehová, y ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí.* No hay ninguno otro autoexistente, autosuficiente, infinito y eterno»! *Yo soy Jehová, y ninguno más hay.* Esto se le dice aquí a Ciro, no sólo para curarle del pecado de sus antepasados, que era la adoración de los ídolos, sino también para preservarle de caer en el pecado de algunos de sus predecesores en la victoria y en la monarquía universal, quienes se establecían a sí mismos como dioses y reclamaban adoración idolátrica. Recuerde Ciro que no es más que hombre y que no hay más que un Dios.

(B) En que Jehová es Señor de todo y de todos y que nada es hecho sin Él (v. 7): *«Que formo la luz y creo las tinieblas, que hago la paz,* es decir, toda clase de bendiciones, y *creo el mal* (lit.), esto es, las adversidades y calamidades que son consecuencia del pecado del hombre». La luz y las tinieblas se oponen mutuamente. En la rotación diaria de nuestro planeta, a cada una de ellas le toca su turno, pero la causa de ambas es la misma: la Causa primera de todas las cosas. El que formó la luz de la naturaleza (Gn. 1:3), forma también la luz de la providencia; y el que al comienzo hizo la paz entre los discordantes principios de la naturaleza, hace también esa concordia en los asuntos de los hombres. El que hizo las tinieblas naturales, que eran una mera privación, crea también la oscuridad providencial.

2. Cómo se prueba y publica esta doctrina. (A) Se prueba por lo que Dios hizo por Ciro: *No hay Dios fuera de mí,* porque yo *te ceñí, aunque tú no me conociste* (v. 5). Con esto se echa de ver que el Dios de Israel usa como le place, y emplea incluso a quienes le son extraños y rinden homenaje a otros dioses. (B) Es publicada por todo el mundo por medio de la Palabra de Dios, de Su providencia y del testimonio de los judíos que están sufriendo en Babilonia. La admirable liberación del Israel de Dios proclamó a todo el mundo que *no hay nadie como el Dios de Yeshurún (o Jesurún,* como suele escribirse), *que cabalga sobre los cielos para ayudarles.*

3. Cómo es puesta en práctica esta doctrina y con qué fin.

(A) Para consuelo de los que esperaban pacientemente la redención de Israel (v. 8): *Rociad, cielos, de arriba.* Slotki hace notar que, tanto este verbo como el *destilen* que viene después, son verbos transitivos y que el término directo común de ambos es «la *justicia* en sentido de "victoria" (v. en 41:2)». Dios es el que *decreta las victorias de Jacob* (Sal. 44:4). Todas las criaturas tendrán que contribuir a la realización de esta gran obra (comp. con Ro. 8:28). Y así como, de parte de Dios, la victoria es justicia, así también, de nuestra parte, no puede haber salvación sin justicia, pues ambas brotan juntas y juntas las crea Dios. Cristo murió para salvarnos de nuestros pecados, no en nuestros pecados, y nos es hecho redención al sernos hecho justificación y santificación. Esta gran liberación viene de los cielos y, si nuestro corazón está abierto para recibirla, el producto será los frutos de justicia y la gran salvación.

(B) Para reprensión de los enemigos del pueblo de Dios, que se oponían a esta salvación, y aun de los amigos que desesperaban de obtenerla (v. 9): *¡Ay del que pleitea con su Hacedor!* ¡Ay de los insultantes babilonios que desafiaban a Dios y no dejaban marchar a Su pueblo! Tampoco los oprimidos deben quejarse de Dios por la prolongación de su cautiverio: «*¿Dirá el barro al que lo labra: Qué haces?,* esto es: ¿Por qué me haces de esta forma y con esta figura?» ¿Nos atreveremos, después de haber sido formados maravillosamente (v. Sal. 139:14), a poner en duda la sabiduría o el poder de Dios? ¿Le diremos: *«No tiene manos»* (lit. v. 9, al final)? Es de notar que el texto masorético actual dice de *la obra* de Dios: *«No tiene manos»,* es decir, *no tiene asas* (su figura no está bien hecha); pero A. F. Johns (citado por Moriarty), basándose en el MS 1QIs» (Rollos de Qumrán), propone la siguiente traducción: «Tu Hacedor no es un hombre con manos», es decir, no tiene poder o le falta destreza. Esto es tan antinatural como decirle un hijo a su padre: *«¿Qué has engendrado?»;* o a su madre: *«¿Qué has dado a luz?»* (v. 10)

Versículos 11–19

A los que del pueblo de Dios acataron la voluntad de Dios y esperaron pacientemente el tiempo de su liberación, se les asegura aquí que no esperan en vano.

1. Se les invita a inquirir acerca del resultado final de sus aflicciones (v. 11) «Preguntadme *de las cosas por venir.* Recurrid a los profetas y ved qué dicen. Preguntad a los centinelas: *¿Qué hay de la noche?»* No debemos pleitear, por medio de quejas importunas, con nuestro Hacedor, pero sí podemos luchar con Él por medio de una oración fiel y ferviente. Véase el poder de la oración y su fuerza que prevalece con Dios: «Tú *clamarás y yo te diré: Aquí estoy, ¿qué quieres que te haga?»* Sin embargo—nota del traductor—, son muchos los autores (y las versiones) que entienden el versículo 11 en forma interrogativa: *«¿Vais a pedirme cuentas de mis hijos, o dictarme lo que han de hacer mis manos?»* (versión de Moriarty, y alternativa de Slotki).

2. Se les anima a depender del poder de Dios cuando estén abatidos y se sientan totalmente incapaces de ayudarse a sí mismos (v. 12). Su ayuda está en el nombre y en las manos del Dios que creó el cielo y la tierra.

3. En particular, se les dice lo que Dios iba a hacer por ellos, y esto había de conducirles a esperar un Redentor más glorioso, del cual Ciro era tipo.

(A) Les es proclamada la libertad (v. 13). Ciro será el instrumento de Dios en esto: «*Yo lo suscité* (a Ciro) *en justicia,* es decir, para mi propósito de salvar a mi pueblo, y *enderezaré todos sus caminos,* haré que todo le salga a pedir de boca». Dos cosas tiene que hacer Ciro por Dios: (a) Ordenar la reedificación de Jerusalén, la ciudad de Dios, que ahora está en ruinas; (b) ordenar la suelta de los deportados de Dios, pues, aun cuando ahora están en cautiverio, siguen siendo de Él. Ciro debe soltarlos sin exigir ningún rescate. Cristo fue ungido para hacer por todos nosotros, cautivos en el pecado, lo que Ciro hizo por los deportados en Babilonia: *«Proclamar libertad a los cautivos»* (61:1), en una esclavitud mucho peor que la de los judíos en Babilonia».

(B) Les es anunciada abundante provisión. Marcharon pobres, incapaces de pagar los gastos de su establecimiento; por eso, les es prometido que *el trabajo de Egipto* (v. 14) y *las mercancías de Etiopía* y de otras naciones *pasarán a ser de ellos.* Así como no salieron de vacío del país de Egipto, tampoco saldrán de vacío del país de los caldeos. A quienes Cristo redime, también los enriquece. Cuando Dios levanta los ánimos para ir a la Sion celestial, también da seguridad de que podemos depender de Él para cubrir las expensas del viaje, pues todo el mundo es nuestro en la medida en que nos sirve para nuestro bien (v. 1 Co. 3:22).

(C) También tendrá abundancia de prosélitos (v. 14b): *«Hombres de elevada estatura se pasarán a ti y serán tuyos; irán en pos de ti, pasarán encadenados; te harán reverencia y te suplicarán diciendo: Ciertamente en ti está Dios».* Esto se cumplió en parte cuando muchos nativos se hicieron judíos (Est. 8:17). Dirán: *«Dejadnos ir con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros»* (Zac. 8:23). También se había de cumplir, en mayor escala, cuando los gentiles habían de obedecer al Evangelio con la palabra y con las obras (Ro. 15:18).

4. Se les exhorta a que confíen en Dios aun antes de que se les manifieste. El profeta hace la siguiente reflexión (v. 15): *«Verdaderamente tú eres un Dios que te escondes».* Se escondía al no manifestarse Su gloria ni Su poder para salvar a Su pueblo mientras éste permanecía en el cautiverio. La salvación de una persona es llevada a cabo de modo misterioso, oculto, mientras el Espíritu de Jehová de las huestes trabaja en el espíritu humano (Zac. 4:6) por medio de instrumentos débiles e incompetentes por sí mismos, y por medio de circunstancias que parecen casuales, cuando son providenciales. Nuestro consuelo está en que, aunque Dios se esconda, estamos seguros de que es *el Dios de Israel, que salva* (v. 15, al final; comp. con Job 35:14).

5. También se les asegura que sus enemigos, los idólatras *que fabrican imágenes, quedarán confusos, avergonzados y cubiertos de oprobio todos juntos* (v. 16), mientras que *Israel,* el pueblo de Dios, *nunca quedará avergonzado ni afrentado* (v. 17), sino que *será salvo por Jehová con salvación eterna.* Más allá de la liberación de Babilonia, deben mirar hacia aquella salvación eterna que sólo el Mesías podrá procurarles: «No sólo seréis libertados de la *vergüenza y confusión eternas* (Dn. 12:2), que serán la porción de los idólatras, sino que tendréis honor y gloria eternas». Quienes quedan confundidos como penitentes por sus pecados, no serán confundidos como creyentes en la promesa y en el poder de Dios.

6. Quedan comprometidos a que se adhieran, para siempre, a Dios y a no abandonarle jamás. Que el Dios a quien servimos y en quien confiamos es el único Dios verdadero se manifiesta por las dos grandes luces que son la de la naturaleza y la de la revelación.

(A) Se echa de ver por la luz de la naturaleza; pues Dios creó el mundo y, por tanto, justamente demanda el homenaje de Sus criaturas (v. 18): *«Porque así dijo Jehová, que creó los cielos …, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso …: Yo soy Jehová y no hay otro».* Dios *no creó la tierra en vano (para que fuera un caos*—como vierte Moriarty acertadamente), no la creó *tohu*, como dice el hebreo (comp. con Gn. 1:2, además de muchos otros lugares de Isaías); *la creó para que fuese habitada.* La creó de tal manera que fuese morada adecuada para el hombre, para habitación, escenario y laboratorio. Dios no hace nada en vano, sin orden ni concierto, sino que todo lo hace con orden y con algún propósito. Si hay seres humanos que demuestran haber sido creados en vano, ello se debe únicamente a la culpa de ellos.

(B) Se echa también de ver por la luz de la revelación. Así como las obras de Dios prueban abundantemente que sólo Él es verdadero Dios, así también lo prueba sobradamente Su Palabra, con el descubrimiento que, por ella, nos ha hecho de Sí mismo, de Su mente y de Sus planes. Todo lo que Dios ha dicho está claro: *«No hablé en secreto, en un lugar oscuro de la tierra»* (v. 19). Las deidades paganas proferían sus oráculos desde el fondo de fosos y cavernas, con voz grave y ahuecada y con expresiones ambiguas; los que tenían espíritus familiares (8:19) *susurraban y bisbiseaban;* pero Dios dio Su Ley desde la cima del monte Sinaí, con voz distinta, audible e inteligible. La visión estaba escrita en caracteres claros y grandes, de modo que pudiese ser leída incluso por los que pasaban corriendo. Si para algunos resulta oscura, a sí mismos deben echarse la culpa. Cristo apeló, para su propia defensa, a lo que Dios dice aquí: *«Nada he hablado en oculto»* (Jn. 18:20, al final). Dios, en Su Palabra, invita a los hombres a buscarle y nunca se hace el sordo a las oraciones de ellos. Si alguna vez considera que no es conveniente para el mismo que ora darle la cosa concreta que es objeto de la oración, le da otra cosa más conveniente o le otorga tal gracia, consuelo y satisfacción que superan con mucho a lo que se le había pedido. Lo que decimos del invierno es verdad también de la oración: Nunca se pudre en el cielo.

Versículos 20–25

Lo que aquí se dice va dirigido:

1. A los idólatras, para mostrarles su insensatez en adorar a dioses que no les pueden ayudar, y despreciar a un Dios que puede hacerlo. *Todos los sobrevivientes de las naciones* (v. 20), no sólo los judíos, sino también los de otras naciones que habían sido puestos en libertad por Ciro, deben oír lo que se dice aquí contra la adoración de los ídolos: *«No tienen conocimiento aquellos que erigen sus ídolos de madera, los que ruegan a un dios que no salva».* Aunque recubran de oro la imagen, la vistan de finos ornamentos, y hagan de ella un dios, no por eso deja de ser *de madera. «Ruegan a un dios que no salva.» «Hay* que *convocarlos y reunirlos a todos* (v. 20a), y decirles que el gran pleito entre Jehová y Baal va a ser de nuevo puesto a prueba. Que *vengan todos a consulta* (v. 21), y se verá que no hay ningún otro dios que pueda salvar, sino Jehová: *No hay más Dios que yo; un Dios justo y Salvador; ningún otro hay fuera de mí».* Ningún otro que pueda gobernar ni salvar; así como es *un Dios justo,* también es *un Dios Salvador.*

2. A los fieles adoradores de Jehová, quienesquiera sean (v. 22), para consuelo y ánimo de ellos. Dios lo dice a todos los de Su pueblo, aunque parezcan perdidos y olvidados en su dispersión: *«Volved el rostro* (lit.) *hacia mí,* en fe, arrepentimiento y oración, y *sed salvos, todos los confines de la tierra, porque yo soy Dios y no hay otro».* Como puede verse, el llamamiento es universal: a *todos los confines de la tierra,* esto es, a toda la humanidad, como universal es también la razón que se da a continuación: *Porque yo soy Dios y no hay otro* (comp. con 1 Ti. 2:5—«un *solo Dios, etc.*»—). Cuando Cristo hubiese sido levantado de la tierra, *a todos atraería a sí mismo* (Jn. 12:32). Dios *lo ha jurado por sí mismo* (v. 23) y no tiene otro mayor por quien jurar (He. 6:13): *«De mi boca salió palabra en justicia y no será revocada: Que a mí se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua».* De la boca de Dios ha salido esa promesa; «la palabra de Dios al ofrecer la salvación a todos no será jamás revocada» (Moriarty). Las frases finales del versículo 23 son aplicadas a Cristo en Romanos 14:11 y, más explícitamente, en Filipenses 2:10.

3. A todos en general, ya sean enemigos de Dios y de Su pueblo, ya sean de la descendencia de Israel. Los primeros (v. 24) vendrán a Dios confusos y avergonzados (comp. con 41:11), condenados sin remedio a la ruina, a no ser que su confusión vaya acompañada de sincero arrepentimiento; los segundos *hallarán justificación,* es decir, *vindicación victoriosa* (comp. con 1 Ti. 3:16—*«justificado en el*

Espíritu»—) y gloria triunfal en Jehová. Todos los que creen en el Dios de Israel pueden esperar confiados, en medio de todas sus aflicciones, de que serán vindicados por Él; Él les dará fuerzas para soportar las aflicciones, gracia para santificarlas y esperanza segura de que los libertará de ellas.

CAPÍTULO 46

Aquí el profeta, de parte de Dios, prepara a Israel para su liberación, y les exhorta a detestar los ídolos y poner toda su confianza en Jehová. I. Que no teman a los ídolos de Babilonia, sino que confíen en que Dios les librará (vv. 1–4). II. Que no piensen en hacerse ídolos, sino que pongan los ojos en la Palabra de Dios, no en una imagen vana (vv. 5–7). III. Que dependan de las promesas de Dios y del poder de Dios para llevarlas a efecto (vv. 8–11). IV. Que sepan que la incredulidad del hombre es impotente para dejar sin efecto la Palabra de Dios (vv. 12, 13).

Versículos 1–4

Slotki resume así la enseñanza de esta porción: «La impotencia de los dioses de Babilonia es contrastada con el supremo poder del Dios de Israel. Los primeros *son transportados* lejos de su país al exilio, mientras que el Dios de Israel *transporta* a Su pueblo del cautiverio a la libertad».

1. De cierto, los falsos dioses decepcionarán a sus adoradores (vv. 1, 2). Bel y Nebó eran dos famosos ídolos de Babilonia. El primero «era el título aplicado a Marduk, el dios principal del panteón babilónico» (Moriarty); «el dios babilonio de la luz» (Slotki); el segundo, «Nabú en la lengua de Babilonia, era su hijo» (Moriarty); «el patrono del arte de escribir» (Slotki). Dice M. Henry: «Así como Bel era un príncipe deificado, así (piensan algunos) Nebó era un profeta deificado, pues eso es lo que Nebó significa». Dios les dice aquí lo que será de esos ídolos. Cuando Ciro tome Babilonia, se irán abajo los ídolos. Bel y Nebó, que estaban puestos en alto, tendrán que *postrarse* a los pies de los soldados que lleven a cabo el saqueo de sus templos. Y, como van revestidos de oro y plata, se los llevarán con el resto del botín. Serán llevados sobre *bestias de carga*, sin darles más honorífico trato que a las demás cosas, y transportados así a Persia.

2. El verdadero Dios nunca decepciona a sus adoradores. Él los formó como pueblo y les dio su constitución. Cada hombre bueno es lo que Dios le hace. Dios los había llevado, como en brazos, *desde el vientre* (v. 3), *desde la matriz*, esto es, desde el día en que nacieron como pueblo, y los había de llevar de igual manera *hasta la vejez* (v. 4), *hasta las canas*, desde que necesitaron de nodriza, por su debilidad infantil, hasta que necesiten de toda clase de apoyo, por su debilidad senil. Israel se estaba volviendo ahora viejo; sus pecados, más que sus castigos, le habían hecho envejecer prematuramente. Pero Jehová es todavía su Dios y los llevará en los mismos brazos eternos que los llevaron en tiempo de Moisés (Dt. 33:27). Con alas de águila los iba a llevar ahora desde Babilonia, como los llevó antaño cuando los sacó de Egipto. Y la promesa hecha aquí al envejecido Israel, es aplicable también a todo anciano israelita, ya sea según la carne o según el espíritu. Nosotros cambiamos, pero Dios es siempre el mismo, y Sus brazos omnipotentes tienen siempre la misma fuerza.

Versículos 5–13

De nuevo se promete aquí la liberación de Israel mediante la caída y destrucción de Babilonia, para convicción de idólatras y opresores.

1. Para convicción de los que hacían ídolos y los adoraban; en especial, de los idólatras de Israel.

(A) A unos y otros reta a que modelen una imagen que, aun de lejos, pueda parecerse a Él (v. 5): «*¿A quién me asemejaréis, etc.?*» Absurda cosa es pensar que se puede representar al Espíritu infinito y eterno por medio de la figura de una criatura cualquiera. Nadie vio jamás una semejanza de Dios, ni se puede ver Su rostro y seguir con vida.

(B) Pone al descubierto la insensatez de quienes fabrican ídolos y les dirigen plegarias (vv. 6, 7): «*Sacan oro de la bolsa*, aunque así perjudiquen a sus familias y debiliten su hacienda; *pesan plata con*

balanzas, ya sea para pagar al artífice o, más probable, para calcular el tamaño del futuro dios. Con gran reverencia (v. 7) *se lo llevan sobre los hombros, lo llevan y lo colocan en su lugar,* más bien como a un cadáver que como a un Dios viviente. En su pedestal *se está y no se mueve de su sitio,* pues es materia que, al no tener vida, tampoco tiene movimiento. Ni *puede responder a los gritos* angustiosos que le dirigen *ni puede librar de la tribulación».* ¿Cabe mayor locura que poner la confianza en un dios como éste?

(C) Les invita a entrar en razón (v. *8): «Acordaos de esto y manteneos firmes; volved en vosotros* (comp. con Lc. 15:15), *prevaricadores».* Como si dijese: «Percataos de lo que son los ídolos: imágenes que no ven ni oyen, ni hablan ni pueden ayudar en nada, y mostrad que sois personas de sano juicio, y no insensatos; hombres cuerdos, y no bebés sin conocimiento; no seáis tan mentecatos como para adorar imágenes sin vida, obra de manos humanas».

(D) De nuevo presenta pruebas inconcusas de que Él es Dios (v. 9): *«Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos,* esto es, de lo que el Dios de Israel hizo por Su pueblo desde el comienzo. *Acordaos* de esas cosas y tendréis que reconocer que yo *soy Dios, y no hay otro».* Él es el único Dios, porque es el único que puede (v. 10) *declarar el fin,* es decir, el último porvenir, *desde el principio.* Muchas profecías de la Escritura que fueron proferidas hace muchos siglos, faltan aún por cumplir; pero el cumplimiento de las ya realizadas es una garantía de que también las demás se cumplirán a su debido tiempo. El cumplimiento de esta concreta profecía, que declara la elevación de Ciro y su instrumentalidad en la liberación del pueblo de Dios de su cautiverio en Babilonia, es mencionado aquí como confirmación de esta verdad. Dios, en Sus designios, *llama desde el oriente al ave de presa,* a Ciro, a quien apellida *el varón de mi consejo,* es decir, el que ha elegido para que lleve a cabo el propósito de Dios en este asunto. Dice Slotki que Ciro es descrito aquí como ave de presa «por la rapidez de sus movimientos o por la fuerza irresistible de sus ataques». Dios lo *ha decidido* (v. 11b) y lo *hará.* Aunque Dios tiene muchas cosas en Sus designios que no están en Sus profecías, pero todas las que están en Sus profecías están también en Sus designios.

2. Para la convicción de los que se oponían a los designios de Dios, se da aquí seguridad de que se llevarán a cabo muy en breve (vv. 12, 13).

(A) Esto va dirigido (v. 12) a los *duros de corazón,* es decir, obstinados en su parecer incrédulo y en su actitud desconfiada. No cabe duda de que se refiere a los judíos en el exilio que estaban todavía sin humillar y que, aunque ya llevaban bastante tiempo en el horno, no se habían derretido aún, como sus antepasados incrédulos en el desierto, después de salir de Egipto, quienes no entraron en la Tierra Prometida precisamente a causa de su incredulidad. Esto es también aplicable a la nación judía cuando rechazaron el evangelio de Cristo; aunque *iban tras de la ley de justicia, no la alcanzaron, porque iban tras ella no por fe, sino como por obras de la ley* (Ro. 9:31, 32).

(B) Ahora bien, Dios dice (v. 13) que, piensen lo que piensen, unos por presunción, otros por desesperación: (a) Ciertamente habrá salvación para el pueblo de Dios. Si los hombres no les hacen justicia, Dios se la hará. Pondrá salvación en Sion, esto es, hará que Jerusalén sea lugar de defensa y seguridad para todos los que quieran establecerse allí. (b) Eso se llevará a cabo muy en breve: «*Mi salvación no se detendrá,* es decir, no se retrasará».

CAPÍTULO 47

En este capítulo tenemos, como dice Ryrie, «un cántico de triunfo sobre Babilonia», cuya destrucción se predice. I. La amenaza de ruina: Babilonia será abatida hasta el polvo (vv. 1–5). II. Los pecados que han provocado a Dios a infligirle este castigo: 1. Su crueldad hacia el pueblo de Dios (v. 6). 2. Su orgullo y falsa seguridad (vv. 7–9). 3. Su desprecio de Dios (v. 10). 4. Sus artes mágicas y su dependencia de adivinos y hechiceros (vv. 11–15).

Versículos 1–6

En estos versículos, Dios, por medio de Su profeta, envía un mensaje a Babilonia, como el de Jonás a Nínive: «Se acerca la hora en que Babilonia será destruida». Se le da así un amistoso aviso, a fin de que, por medio del arrepentimiento, pueda apartar de sí la ruina.

1. Controversia de Dios con Babilonia. Ella ha hecho de Dios su enemigo. Sepa que el justo Juez, a quien pertenece la venganza, ha dicho (v. 3b): *«Tomaré venganza»*. La última frase del versículo 3 se presta a diversas versiones. Literalmente dice: «*Y no me encontraré con* (*o no imploraré a*) *hombre»*. La interpretación más probable es: «*Y no aceptaré la mediación (o intercesión) de nadie»*. Dios está decidido a castigar a Babilonia y no habrá quien le aplaque.

2. El trasfondo particular de esta controversia. Dios va a defender contra Babilonia la causa de Su pueblo. Se reconoce (v. 6) que Dios ha entregado a Israel en manos de los babilonios, usando a éstos para corregir a Sus hijos; en este sentido puede decir (v. 6b): *«Profané mi heredad,* esto es, no la tuve por sagrada». Pero los babilonios se habían excedido en esto, y habían atropellado a los judíos más de la cuenta (v. 6c): *«No les tuviste compasión, sobre el anciano agravaste mucho tu yugo»*. Menciona a los ancianos como personas más débiles, pero con los jóvenes habían hecho pesar todavía más su yugo.

3. El terror de esta controversia. Babilonia tiene motivos para temblar, pues se le dice quién es el que alterca con ella (v. 4): «*Es Jehová de las huestes,* que tiene bajo Su mando todas las criaturas y, por tanto, tiene todo poder en los cielos y en la tierra. Él es *el Santo de Israel,* el Dios que ha pactado con Israel».

4. Las consecuencias que de esto se derivan para Babilonia. Era hermosa como una doncella. La llama *virgen* (comp. con 23:12) porque nunca antes había sido conquistada. La llamaban *tierna y delicada* (v. 1c) porque estaba acostumbrada a la comodidad y al lujo. También la llamaban (v. 5b) *señora de reinos,* por su dominio sobre muchos países. Todo eso va a cambiar: Su honor, su poder, su dominio, su comodidad, se van a terminar (v. 1b): *«Siéntate en la tierra, sin trono, hija de los caldeos»*. Quienes abusan de su dignidad y de su poder provocan a Dios a que les quite todo eso y los abata hasta el polvo. Se terminó también su comodidad, así como su libertad (vv. 2, 3): Aun los más nobles del país recibirán de sus conquistadores el mismo trato que ellos daban a sus oprimidos. *Moler harina* (v. 2) *en el molino* era «ocupación de esclavas (cf. Éx. 11:5)» (Slotki). La segunda parte del versículo 2 dice literalmente: *«Quítate el velo, retira la cola* (del vestido), *descubre la pierna, pasa los ríos»*. Velo y cola del vestido eran ornamentos que llevaban las mujeres que no hacían trabajos manuales; descubrir la pierna era necesario para atravesar los ríos de camino hacia el cautiverio. La primera parte del v. 3 se refiere probablemente a la forma en que las esclavas eran expuestas en el mercado. Todas estas figuras de dicción describen el humillante estado en que Babilonia va a hallarse pronto.

Versículos 7–15

Ahora tenemos los pecados que han provocado a Dios a infligir tal castigo a Babilonia.

1. Vemos primero su orgullo y altivez: «*Yo soy, y fuera de mí no hay más*» (vv. 8, 10, comp. con Sof. 2:15). Habla como si fuese Dios y no necesitase de nadie (comp. con 45:5, 6, 18). Se siente dominadora suprema de las naciones.

2. Vemos también su lujo y amor a la comodidad (v. 8): *«Oye … mujer voluptuosa, tú que estás sentada confiadamente»*. Riquezas abundantes son fuerte tentación a la sensualidad y, donde hay sobra de pan, hay de ordinario abundancia de holgazanería.

3. Es igualmente acusada de falsa seguridad y vana confianza. Nótese:

(A) La causa de su seguridad. Se sentían seguros a perpetuidad (v. 7): *«Para siempre seré señora,* hoy como ayer, y mañana como hoy y más aún, *y no has pensado en esto,* en que eres mero instrumento en las manos de Dios para corrección de Su pueblo, *ni te acordaste del fin de esto* (lit.), «de que, cuando el período de castigo se haya terminado, Israel será restaurado a su primera gloria» (Slotki). El fin de todo esto será, para Israel, restauración; para Babilonia, destrucción.

(B) La base de esta seguridad. Confiaban en su maldad y en su sabiduría (v. 10). Ponían su confianza en el poder y en las riquezas que habían adquirido mediante el fraude y la opresión. No dudaban de que prevalecerían sobre todos sus enemigos, puesto que apelaban a la mentira, al asesinato, al perjurio y a todo lo que sirviese a sus intereses. Pero esta perversa sabiduría no les había de librar de la destrucción.

(C) La expresión de esta seguridad se halla en tres frases que muestran su necia altivez: (a) *«Para siempre seré señora»* (v. 7, comp. con Ap. 18:7). Muchas de las frases de este capítulo se hallan en Apocalipsis capítulos 17 y 18. Como dice Ryrie: «Babilonia en la Biblia es también símbolo de la

humanidad organizada en rebelión contra Dios». (b) *«No quedaré viuda* (v. 8, penúltima frase), es decir, nunca me veré privada de monarca que, como esposo, me defienda y me proteja». (c) *«Ni sabré lo que es perder los hijos* (v. 8, última frase), esto es, no me veré privada de habitantes por exterminio a manos de un poderoso conquistador».

(D) El castigo de esta seguridad. Esta misma seguridad será su ruina (v. 9): *«Estas dos cosas,* en que ponías tu confianza, *te vendrán de repente en un mismo día, pérdida de hijos y viudez;* tanto tus príncipes como tu pueblo serán exterminados, de forma que ya no tendrás más ni monarca que te gobierne ni súbditos que te sirvan». La ruina será súbita, imprevista, inevitable e irremediable (v. 11). Babilonia se jactaba de su sabiduría (v. 10), pero, con todos sus conocimientos, no pudo prever la ruina que le amenazaba, ni pudo evitarla con todo su poder. Isaías y otros profetas del Señor le habían advertido de la inminente desolación, pero ella había menospreciado estos avisos no dándoles ningún crédito.

4. Finalmente, se acusa a Babilonia de usar adivinos y hechiceros. Éste es uno de los pecados más provocativos, pues el versículo 9 dice en el original: *«... por la multitud de tus hechizos, etc.»,* aunque la preposición hebrea *be* (en) puede también traducirse aquí «a pesar de». La hechicería es un grave pecado, al dar al diablo el honor que sólo a Dios es debido. En Babilonia estaba bajo la protección del Estado. Pero en vano se habían fatigado echando mano, desde la juventud, esto es, desde la fundación del imperio babilónico, de tales medios (vv. 12, 13). Esta inutilidad de sus hechiceros, consejeros y astrólogos se echó de ver principalmente la noche (v. Dn. 5:8) en que ninguno de ellos supo interpretar la escritura en la pared, cuando cayó Babilonia en poder de los medos y los persas, y el rey Baltasar (o Belsasar) fue asesinado. Todos ellos perecerán en la común ruina (v. 14): el fuego los devorará como si fuesen estopa. Las últimas frases del versículo 14 dan a entender que «el fuego no será confortativo ni beneficioso, sino fiero y destructivo» (Slotki). En vano se fatigaron (v. 15) en acudir a tales consejeros, y aun les pagaban por los consejos y hechizos; cuando suene la hora de la ruina, *«cada uno se marchará por la senda que tenga delante de él»* (lit.).

CAPÍTULO 48

Así como el capítulo anterior trataba de la caída de Babilonia, éste muestra la misericordia de Dios con Israel, no sin antes exponer también los pecados del pueblo de Dios. I. Dios les acusa de hipocresía en lo bueno y de obstinación en lo malo, especialmente en la idolatría (vv. 1–8). II. Les asegura que su liberación se llevará a cabo, pero no por ningún mérito de ellos (vv. 9–11). III. Les anima a depender únicamente del poder de Dios y de la promesa de su liberación (vv. 12–15). IV. Les muestra que, así como fue por su pecado por lo que fueron llevados al cautiverio, así también será únicamente por la gracia de Dios por lo que obtendrán su liberación y aumento posterior (vv. 16–19). V. Proclama su libertad, pero con la salvedad de que los malvados no se beneficiarán de ella (vv. 20–22).

Versículos 1–8

1. La profesión hipócrita que muchos judíos hacían de la religión y de su relación con Dios. Veamos:

(A) Cuán alto ascendía la profesión que hacían, y cuán buena cara ponían sobre un mal corazón. (a) Eran de la *casa de Jacob* (v. 1); tenían un nombre y un lugar en la congregación de Israel—«*A Jacob amé»,* dice Dios (Mal. 1:2; Ro. 9:13)—. (b) *Se llamaban con el nombre de Israel,* que significa, probablemente, «campeón de Dios» (Hertz); y ellos se jactaban de pertenecer a una raza de campeones de Dios (o luchadores con Dios). (c) *Salieron de las aguas de Judá:* pertenecían a la tribu regia, la tribu que se adhirió a Jehová cuando las demás se sublevaron. (d) *Juraban en el nombre de Jehová,* reconociéndole así como el único Dios verdadero. (e) *Hacían mención del Dios de Israel* en sus oraciones y alabanzas. (f) *Se nombraban de la santa ciudad* (v. 2); eran jerosolimitanos. (g) *Se apoyan en el Dios de Israel* (v. 2b, comp. con Mi. 3:11), y se jactaban de las promesas de Dios y del pacto que había hecho con ellos.

(B) Cuán bajo se había hundido su profesión de la religión, a pesar de todo eso. Todas esas cosas eran en vano, porque su corazón no era sincero ni estaba de acuerdo con esas profesiones.

2. Los medios que Dios usó para tenerlos cerca de Sí e impedir que se diesen a la idolatría. Las muchas y excelentes leyes que les dio no sirvieron para refrenarlos del pecado y, por ello, Dios añadió

notables profecías y admirables providencias, todas las cuales estaban destinadas a convencerles que era su obligación adherirse a Él.

(A) Les favoreció con notables profecías (v. 3): *«Lo que pasó, ya antes lo declaré, etc.»*. Ninguna cosa importante le aconteció a su nación desde el principio que no hubiese sido profetizada de antemano—su esclavitud en Egipto, su liberación de allí, el establecimiento de las tribus en Canaán, etc.—. Las calamidades mismas bajo las que estaban gimiendo ahora en Babilonia se las había declarado Dios desde antiguo (Lv. 26:31 y ss.; Dt. 28:26 y ss.; 29:28). También les había declarado que se volverían a Dios, y de nuevo a su país (Lv. 26:44, 45, Dt. 30:4).

(B) Les honró con admirables providencias (v. 6): *«Cosas nuevas te hice oír a partir de ahora»* (lit.). Por medio de los profetas de aquel mismo tiempo, les había hecho ver y oír cosas nuevas, y entonces *las había creado* (v. 7). Además de ser cosas *nuevas,* eran *ocultas,* que no podían conocerse de otra manera, como la profecía concerniente a Ciro y al tiempo exacto en que habían de obtener su liberación de Babilonia. «Considerad—viene a decir Dios—cómo os fue declarado por medio de los profetas cuando era lo último que se os podía ocurrir y no teníais razón para esperarlo (vv. 7, 8), pues parecía totalmente imposible.» *«Lo oíste y lo ves realizado»* (v. 6). Oíste la profecía, y ahora ves su cumplimiento. «*¿Y no lo anunciaréis vosotros?* (v. 6b), es decir, ¿no reconoceréis que así es de veras, que vuestro Dios ha sido para vosotros un buen Dios? Declarad esto para honor Suyo y vergüenza vuestra».

3. Las razones por las que Dios adoptaba este método con ellos.

(A) Para adelantarse a la jactancia que ellos pudiesen tener de sí mismos y de sus ídolos (v. 5): *«Para que no dijeras: Mi ídolo lo hizo, etc.»*. Y los que no eran tan profanos como para atribuir esas cosas a un ídolo, eran todavía tan orgullosos como para presumir de su propia sagacidad para preverlas.

(B) Porque sabía cuán obstinados eran (v. 4): *«Por cuanto conozco que eres obstinado* (lit. *duro*), *y barra de hierro tu cerviz,* inepta para someterse al yugo de los mandamientos de Dios; inflexible a la voluntad de Dios e incapaz de doblarse a los procedimientos de la divina providencia; *tu frente es bronce* (lit.), esto es, tu desvergüenza es tal que es imposible que te salgan los colores a la cara». Todas estas expresiones declaran metafóricamente la hondura de su obstinación. Dios les enviaba Sus profetas, pero ellos no les prestaban oídos ni querían saber nada de ello (v. 8), pues eran rebeldes de nacimiento (v. 8, al final): *«se te llama rebelde desde el vientre»*. Estaban inclinados a la idolatría y, además, habían sido murmuradores desde el momento mismo en que emprendieron la marcha hacia Canaán. Por eso dice Dios (v. 8b): *«porque sabía que habías de portarte con mucha perfidia»*.

Versículos 9–15

La liberación del pueblo de Dios de su cautiverio en Babilonia era algo tan improbable que resultaba necesario animarles con respecto a ella. Dos eran las cosas que desanimaban: la indignidad de ellos para que Dios hiciese tal cosa a favor de ellos, y las muchas dificultades que la empresa presentaba. Pero Dios iba a superar las causas de ese desánimo.

1. Vemos primero un motivo por el que Dios iba a obrar así a favor de ellos, a pesar de ser tan indignos (vv. 9–11).

(A) Es verdad que le habían provocado mucho. La cautividad era el castigo de tal iniquidad. Pero ahora dice Dios (v. 9): *«En atención a mi nombre diferiré,* esto es, daré largas a, *mi ira, y para alabanza mía la reprimiré para no destruirte»*. Si el pueblo de Dios era exterminado de la tierra, los enemigos blasfemarían, se burlarían, del nombre de Dios; en cambio, si Israel era restaurado, eso redundaría en alabanza de la misericordia divina.

(B) También es verdad que ellos estaban corrompidos y muy mal dispuestos, pero Dios los va a disponer para la misericordia que se ha propuesto tener de ellos (v. 10): *«Te he refinado,* para que puedas ser vaso de honor, *y no como a plata;* es decir, el procedimiento no ha sido tan severo como el que se usa para refinar la plata en el crisol, pues es un fuego que habría consumido enteramente al pueblo; *te he probado en el crisol de la aflicción,* a una temperatura suficiente para consumir la escoria, sin destruir el metal». Para muchos de los que han sido vasos escogidos en el servicio de Dios, la obra de la gracia en ellos había comenzado en el horno de la aflicción. Dios lo va a hacer, no porque les deba ese favor, sino para que no se insolenten los enemigos, y piensen que, al triunfar sobre Israel, triunfan sobre el Dios de Israel (v. 11). Moisés apelaba con frecuencia a esto: *«¿Qué dirán los egipcios?»*

2. Tenemos luego una prueba de que Dios podía hacerlo a favor de ellos, cuando ellos eran impotentes para valerse por sí mismos, y la cosa misma parecía totalmente imposible. Son llamados (v. 12) conforme al propósito de Dios; así como los llamó de Egipto (Os. 11:1), así también los llamará de Babilonia y les librará con el poder de Su brazo, porque Él (v. 12) *es el primero,* el único que ya era cuando nada existía, y *el último,* el mismo por toda la eternidad (comp. con 41:4; 44:6). Además (v. 13), *con una mano fundó la tierra,* y con la otra, *la derecha, extendió la bóveda del cielo.* Si eso puede hacer con las manos, ¿qué será cuando extienda el brazo?

3. A continuación, Dios reta *a todos* (v. 14), no a las naciones (en contraste con 41:1), sino a Israel, para que se presenten en la presencia de Dios y digan si hay entre ellos alguno que pueda declarar estas cosas. Nadie podía preverlas y, por tanto, nadie podía predecirlas ni hacerlas. Ciro es la persona que lo va a llevar a cabo. Dios va a hacerle un gran honor al servirse de él como instrumento en la redención de Su pueblo, y ser así tipo del gran Redentor, el Hijo de Dios, en quien Él tenía toda Su complacencia. También de Ciro se dice (v. 14b): *«Aquel a quien Jehová ama».* Dice Moriarty: «Honor distinguido que se tributa a Ciro, el mismo que se tributa a Abraham en 41:8». Dios *le habló, lo llamó y lo trajo* (v. 15) para ejecutar Su voluntad en la destrucción de los caldeos (v. 14b); y, puesto que Dios le ha llamado y traído para esta empresa, de seguro que *será prosperado su camino* (v. 15b).

Versículos 16–22

Jacob e Israel son convocados a escuchar a Dios que habla en el profeta y por medio del profeta. Los que se acercan a Dios pueden esperar que Él les comunique Sus secretos.

1. Dios hace referencia a lo que ya había dicho y hecho anteriormente. Siempre había hablado claramente desde el principio por medio de Moisés y de todos los profetas (v. 16): *«Desde el principio no hablé en secreto».* No dio Sus oráculos en forma oscura y ambigua, sino de forma que pudiesen ser entendidos (comp. con 45:19). Y añade: *«Desde que eso llegó a ser, allí* (estoy) yo» (lit.). Las frases finales del versículo 16 son muy difíciles de entender, pues parecen desconectadas del contexto, a no ser que se entiendan como que es el profeta quien habla: «Y *ahora me envió el Señor Jehová y a Su Espíritu».* Sin embargo, cierta semejanza con 61:1 y, sobre todo, con Zacarías 2:9, 11, hace que muchos autores vean aquí «una referencia al Cristo preencarnado, quien es asociado aquí al Señor Jehová y al Espíritu, dándonos un atisbo del Antiguo Testamento de la Trinidad» (Ryrie).

2. Por medio del profeta, Dios les envía un tierno mensaje. El prólogo de dicho mensaje es, al mismo tiempo, atemorizador y alentador (v. 17): *«Así ha dicho Jehová,* el Dios eterno, tu *Redentor,* pues es *el Santo de Israel,* que no puede engañar». Las mismas palabras que presentan la ley para darle autoridad, presentan la promesa para darle validez.

(A) Aquí tenemos la buena obra que Dios se compromete a llevar a cabo en ellos. Quien es el Redentor será también el instructor: «*Yo soy Jehová tu Dios, que te enseña para provecho tuyo,* esto es, las cosas que pertenecen a tu paz». Dios enseña a quien redime, y a quien ha dispuesto librar de sus aflicciones, primero le enseña a sacar provecho de esas aflicciones. *Les encamina por el camino que deben seguir* (v. 17c). No sólo les ilumina los ojos, sino que les dirige los pasos. Por medio de Su gracia los conduce por el camino del deber, y por medio de Su providencia los guia por la senda de la liberación.

(B) Aquí tenemos también la buena voluntad que Dios declara haber tenido para con ellos (vv. 18, 19).

(a) Como cuando les dio la ley, ardientemente desea que la obedezcan (v. 18): *«¡Oh, si hubieras atendido a mis mandamientos!»* (comp. con Dt. 5:29). Esto confirma lo que Dios había dicho y jurado: que *no se complace en la muerte de los pecadores.*

(b) Les asegura que, si hubiesen sido obedientes, no sólo habrían sido preservados del cautiverio, sino que habrían alcanzado y perpetuado su prosperidad: *«Sería entonces tu paz,* tu bienestar general, *como un río* (caudaloso como el Éufrates), y tu *justicia,* el triunfo de tu causa, *como las ondas del mar».* Pero ahora, por su desobediencia, la corriente de su prosperidad había quedado interrumpida, y el triunfo de su causa había sido impedido. La actual generación (v. 19) sería numerosa y próspera, mientras que ahora son muy pocos, como se ve por el exiguo número de los que regresaron a Palestina (Esd. 2:64). El honor de Israel (v. 19b) estaría íntegro y sin mancha, mientras que ahora aparecía como *cortado y raído de la presencia de Dios.* Esto debería incitarnos (y aun irritarnos) contra el pecado, pues no sólo nos priva de

las cosas buenas de que disfrutábamos, sino que nos impide disfrutar de muchas otras cosas buenas que Dios nos tenía reservadas.

(C) Aquí tenemos, en fin, la seguridad de la gran obra que Dios se proponía hacer por ellos: salvarlos del cautiverio. Dios había proclamado, mucho antes de que Ciro lo hiciese, que todo el que lo deseara podía volver a su país (v. 20). Dios les pide que estas buenas nuevas sean publicadas *hasta lo último de la tierra* (v. 20b, comp. con Hch. 1:8, al final): *«Redimió Jehová a su siervo Jacob»* (lit.). No sólo les soltó las amarras que les aprisionaban, sino que (v. 21) *«no tuvieron sed cuando los llevó por los desiertos, etc.»*. Dice Moriarty: «Las ideas recuerdan uno de los más importantes hechos de Dios con los hebreos en el primer éxodo». Esto es aplicable a los tesoros de gracia escondidos y reservados para nosotros en Jesucristo, de quien todo bien fluye como fluyó el agua de la roca para Israel, pues *la roca era Cristo* (v. 1 Co. 10:4). Pero aunque los pensamientos de Dios eran pensamientos de paz, *«no hay paz para los impíos, dice Jehová»* (v. 22). La frase se repite en 57:21, con la sola variante de *mi Dios* en lugar de *Jehová.* Para los que rehusaban reformarse y obedecer a Dios, no podía haber paz. ¿Qué tiene la paz que ver con los enemigos de Dios?

CAPÍTULO 49

La profecía de la liberación de los exiliados en Babilonia apuntaba más lejos a la redención de los cautivos por el pecado, redención que había de ser llevada a cabo por medio de nuestro Señor Jesucristo. En este capítulo tenemos: I. La designación de Cristo, bajo el tipo de Isaías (personificación de Israel), para el oficio de Mediador (vv. 1–3). II. La seguridad que se le da del éxito de su empresa entre los gentiles (vv. 4–8). III. La redención que había de ser llevada a cabo por Él (vv. 9–12). IV. El ánimo que se da aquí a los afligidos de Sion (vv. 13–17). V. Dios le promete a Sion otros hijos que ella no engendró, esto es, nacidos en el exilio (vv. 18–23). VI. Ratificación de la profecía de la liberación de los judíos exiliados en Babilonia; liberación que había de ser tipo y figura de todas estas bendiciones (vv. 24–26).

Versículos 1–6

1. El capítulo anterior iba dirigido a la casa de Jacob y al pueblo de Israel (48:1, 12), pero éste va dirigido a las islas—esto es, a los gentiles, pues son llamados *las islas (o costas) de los gentiles (o de las naciones)* en Gn. 10:5—, y *al pueblo de lejos,* que eran *extraños en cuanto a los pactos de la promesa* (Ef. 2:12). Que oigan éstos. Las noticias de un Redentor son enviadas a los gentiles, y prestarán atención al mensaje del Evangelio cuando los judíos se hagan el sordo a él.

2. El gran autor de la redención presenta desde el cielo las credenciales de su autoridad.

(A) Dios le había designado: *... Jehová me llamó desde el vientre* (comp. con 44:2, 24; 46:3), esto es, me predestinó antes de nacer; *desde las entrañas de mi madre tuvo mi nombre en memoria»* (v. 1). Esto lo dice de sí mismo Isaías, como lo dicen también Jeremías (Jer. 1:5) y Pablo (Gá. 1:15). Pablo y Bernabé se aplican a sí mismos parte del versículo 6 (v. Hch. 13:47). Sin embargo, Isaías habla aquí como personificación de Israel, el siervo de Jehová, y pasa, casi sin notarse la transición, a designar al Mesías, en el que se compendiaba el remanente de Israel (v. por ej. Os. 11:1, aplicado a Cristo en Mt. 2:15, al final). El versículo 5 deja bien claro que la referencia es ya, exclusivamente, al Mesías, pues «el Siervo se distingue muy claramente de "Jacob" y de "Israel", a los cuales ha de restaurar a su Dios» (Trenchard).

(B) Dios le había equipado para el servicio: *«Puso mi boca como espada aguda* (comp. con He. 4:12; Ap. 1:16; 2:12, 16) … y *me puso por saeta bruñida»* (v. 2), para luchar las batallas de Dios contra los poderes de las tinieblas, conquistar los dominios de Satanás y devolver, mediante Su Palabra, a la lealtad para con Dios a los súbditos que se habían sublevado contra Él.

(C) Dios le había protegido con vistas al servicio que más tarde había de llevar a cabo (v. 2b): *«Me escondió en la sombra de su mano»*. La casa de David fue protegida de modo especial por la divina providencia, porque le pertenecía esta bendición. Cristo en su infancia fue protegido del furor de Herodes. Dios le había reconocido y le había dicho (v. 3): *«Mi siervo eres, oh lsrael, porque en ti me gloriaré»*. De cierto puede llamarse Israel a Cristo, no sólo porque Cristo es el compendio y cifra del verdadero Israel, «campeón de Dios», «que prevalece con Dios», sino también porque «sólo en Él se vieron realizadas

todas las expectaciones de Dios» (Ryrie). También Israel tenía por misión anunciar el nombre de Dios a las naciones. Dice Moriarty: «La vocación de Israel es profética, llamado a hablar en nombre de Jehová, como resulta de Amós (7:15) y de Jeremías (1:5)».

3. Se le asegura un buen resultado en su empresa.

(A) El desaliento que le tomó al principio (v. 4): *Pero yo dije: Por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mis fuerzas,* pues siguen siendo un *pueblo rebelde* (65:2). Ésta era la queja del propio Isaías. Esta misma obstinación del pueblo fue para Jeremías una tentación a abandonar el ministerio profético (Jer. 20:9). Ésta es también la queja de más de un ministro del Señor que no ha escatimado esfuerzos de palabra, de obra y de oración, *gastando y desgastándose* (1 Co. 12:15), sin tener ningún fruto aparente de sus labores. Pero que no piense que le sucede algo extraño, cuando el propio Señor Jesús estuvo predicando en persona el evangelio del Reino, trabajando y agotando sus fuerzas físicas y, con todo, los gobernantes de la nación y el pueblo en masa, con la excepción de unos pocos, le rechazaron a Él y a Su doctrina.

(B) Se consuela, sin embargo, con la consideración de que no es su propia causa, sino la de Dios, la que está en juego (v. 4b): *«Pero mi causa está delante de Jehová,* que es el Juez de todos, y *mi recompensa con mi Dios,* cuyo siervo soy». Su consuelo ha de ser el consuelo de todos los fieles ministros, cuando ven poco éxito en sus labores: están con Dios, por Dios y para Dios; están del lado de Él, y son, de algún modo, colaboradores con Él. Él es su Amo, como sólo Él es también su Juez (1 Co. 4:4). Aun cuando el trabajo sea en vano con respecto al campo en que el siervo de Dios trabaja, no lo es con respecto al propio trabajador, con tal que sea fiel: el Señor le justificará, aun cuando los hombres le condenen. La obra queda con el Señor, para darles éxito, conforme a Sus designios, en el tiempo oportuno y del modo que a Dios le place.

(C) Recibe de Dios una respuesta adicional (vv. 5, 6). A los que destina para usarlos como Sus siervos, Dios los forma y prepara cuando, quizás, ni ellos mismos ni otros se dan cuenta de ello. Cristo había de ser el siervo de Jehová (v. 6), no sólo para levantar a Israel, sino también para iluminar a las naciones (v. Lc. 2:32), a fin de que, de este modo, *la salvación que Jehová ofrece alcance hasta los confines de la tierra.* La descendencia de Jacob se había apartado de Dios, y había que hacerla volver primero. Cristo fue *enviado* a *las ovejas perdidas de la casa de Israel.* Pero el propio Israel ha de ir después en busca de las ovejas que no eran de su propio redil (Jn. 10:16). En efecto, todos los apóstoles eran israelitas, y a ellos se les encomendó predicar el Evangelio a toda criatura (Mr. 16:15) y ser testigos de Cristo hasta los últimos confines de la tierra (Hch. 1:8).

(D) Sea cual sea el resultado de su labor, tanto Cristo como el Evangelio que proclama *son estimados a los ojos de Jehová* (v. 5b):

(a) Estimado y glorioso es Cristo a los ojos de Dios. Aunque fueron pocos los que de la nación judía se convirtieron por la predicación y los milagros de Cristo, y muchos le cubrieron de insultos y afrentas, Dios, sin embargo, le glorificó en su bautismo y en su transfiguración; hablándole desde el cielo, le envió ángeles que le sirviesen, e hizo gloriosa incluso su muerte ignominiosa, y más gloriosa aún su resurrección. En medio de sus sufrimientos, *«el Dios suyo fue su fuerza»* (v. 5, al final), de forma que, aun enfrentándose con el mayor desaliento imaginable, no desmayó ni se desanimó. Le fue enviado un ángel del cielo para confortarle (Lc. 22:43). Los fieles ministros de Dios, aunque no vean ningún fruto en sus labores, no por eso dejan de ser *estimados en los ojos de Dios y,* por tanto, verdaderamente gloriosos.

(b) Estimado y glorioso será el Evangelio, incluso a los ojos del mundo, pues será luz *de las naciones* (v. 6). Parecía que Cristo había venido únicamente *para hacer volver a Dios a Jacob* (v. 5), pero eso era relativamente muy *poca cosa* (v. 6); le estaba destinada una esfera mucho más amplia de servicio y, por eso, dice Dios: *«te daré por luz de las naciones (o de los gentiles), para ser* (esto es, *para que seas; o para que llegue a ser) mi salvación hasta el fin de la tierra»* (lit.). De aquí aprendió Simeón (Lc. 2:32) que Jesús había de ser «luz *para revelación a los gentiles»,* y la exposición de Pablo en Hechos 13:46, 47 sirve de clave para el contexto: *«Nos volvemos a los gentiles. Porque así nos lo ha mandado el Señor, diciendo: Te he puesto para luz de los gentiles».* En esto fue el Redentor verdaderamente glorioso, al iniciar las bendiciones espirituales del Reino en el mundo gentil, lo cual fue para su honor más que si hubiese levantado terrenalmente todas las tribus de Israel.

Versículos 7–12

1. La humillación y exaltación del Mesías, tipificado en Israel (v. 7), *menospreciado de los hombres, abominado de las naciones y siervo de los tiranos.* Dice Trenchard: «El énfasis aquí recae sobre el "Siervo-pueblo", y se reitera la promesa de que la humillación se ha de trocar en gloria en el momento cuando su esparcimiento terminará y los hijos de Israel se restaurarán a la tierra … Al mismo tiempo descubrimos indicios de la Misión del *Siervo* único y escogido, quien, después de ser "despreciado de los hombres" y "abominación de la nación" (v. 7; el hebreo está en singular—nota del traductor—), llega a elevarse por encima de los reyes de la tierra, y es medio de salvación y "pacto" para el pueblo». Cristo llegó a ser abominación de la nación hasta el punto de que llegaron a gritarle a Pilato: *«¡Crucifícale, crucifícale!»* Por otra parte, el rey Herodes sintió pavor cuando dijo de Él: *«¡Es Juan el Bautista!»;* nobles, gobernadores y centuriones vinieron a Él y se postraron a sus pies.

2. Las bendiciones que tiene reservadas para todos aquellos a quienes ha de alcanzar la salvación. Dios reconocerá a su Siervo y estará a su lado en la empresa que ha de llevar a cabo (v. 8). Violentos ataques sufrió Israel por parte de sus enemigos, como violentos fueron también los ataques que el Señor Jesús sufrió por parte del poder de las tinieblas, a fin de desviarle del plan de Dios para salvación, pero Dios promete, tanto a su Siervo-Israel como a su Siervo-Mesías, que le ha de guardar y proteger de todos sus enemigos.

(A) Ha de ser fiador del tratado de paz entre Dios y los hombres: *«Te daré por pacto al pueblo»* (v. 8b). Esta frase y otras más de los versículos 8 y 9 salieron ya en 42:6, 7. Slotki hace notar que la frase citada (en hebreo, *leberit am)* puede traducirse también: *«Te pondré por pueblo del pacto»*. Fue en Cristo donde Dios *estaba reconciliando consigo al mundo* (2 Co. 5:19); y quien no escatimó a Su propio Hijo, no nos negará nada bueno (Ro. 8:32). Cristo nos es por pacto, como *árbitro que ha puesto sus manos sobre ambos* (Job. 9:33), Dios y el hombre.

(B) Él reparará todos los desperfectos que la desolación ha causado (v. 8b): *«Para que restaures la tierra, para que vuelvas a asignar sus asoladas heredades»;* así hubieron de hacer los líderes de Israel a su regreso del cautiverio, y así lo hizo el evangelio de Cristo cuando, de millones de almas áridas y muertas en delitos y pecados, hizo que brotaran vergeles florecientes con toda clase de virtudes cristianas y llenos de frutos del Espíritu.

(C) Él libertará las almas de los hombres de la esclavitud del pecado y de la corrupción y las conducirá a la gloriosa libertad de los hijos de Dios. *Les dirá a los presos* (v. 9): *Salid.* La gracia del perdón nos desata de la maldición de la ley, y la gracia de la renovación interior nos libera del dominio del pecado. Ambas nos vienen por medio de Cristo. Él es quien nos dice: *Salid,* pues *si el Hijo nos liberta, seremos realmente* (lit.) *libres* (Jn. 8:36). También es él quien dice *a los que están en tinieblas. Mostraos:* «no solamente habéis de ver, sino que habéis de ser vistos, para gloria de Dios y consuelo vuestro».

(D) Él proveerá para que tengan un viaje cómodo desde el lugar donde han sido libertados hasta el lugar de su nuevo establecimiento (vv. 9–11). Estos versículos se refieren a la provisión que los judíos obtuvieron para su regreso de Babilonia, pero son aplicables al cuidado que de nosotros tiene el Buen Pastor en nuestra peregrinación hacia la Tierra Prometida Celestial, y tendrán su pleno cumplimiento al final de los tiempos (v. Ap. 7:16, 17). El mundo conduce a sus seguidores a cisternas rotas, pero Dios conduce a los Suyos a manantiales de aguas vivas (Jer. 2:13). Y los que son guiados por Dios, hallarán camino fácil incluso a través de las montañas (v. 11).

(E) Los reunirá de todas partes, a fin de que vuelvan corporativamente como nación y se alienten mutuamente. Habían sido dispersados según plugo a sus enemigos, a fin de impedir que se uniesen. Pero cuando suene la hora de Dios para reconducirlos juntos a su hogar, un mismo espíritu animará a todos ellos (v. 12): *«Vendrán de lejos* (¿del este?), *del norte y del occidente, y de la tierra de Sinim,* esto es, del sur, de Egipto». Sin (v. Ez. 30:15, 16) corresponde al moderno Asuán, junto a la primera catarata, y famoso hoy en día por su presa gigantesca.

Versículos 13–17

El regreso del pueblo de Dios, así como la redención eterna llevada a cabo por Cristo (del que Israel es aquí el tipo), había de ser una gran ocasión de júbilo y una gran prueba del interés que Dios tiene por Su pueblo.

1. Ninguna otra cosa nos puede suministrar mejor materia para cánticos de alabanza y acción de gracias (v. 13): ¡Haya gozo en el cielo y en la tierra, y prorrumpan en alabanzas los montes! *«Porque Jehová ha consolado a su pueblo, y de sus pobres se ha compadecido»* (v. 13b).

2. Ninguna otra cosa nos puede suministrar pruebas más convincentes de la ternura con que Dios cuida de Su pueblo.

(A) Las aflicciones del pueblo habían dado cierta ocasión para poner en duda el interés de Dios hacia él (v. 14): *«Me ha abandonado Jehová, y el Señor se ha olvidado de mí»*. Esto es lo que Sion dice (comp. con Ez. 8:12), como si Jehová no sintiese ya ningún afecto por Su pueblo. Los creyentes débiles, en su desconfianza, están inclinados a decir: La Iglesia está dejada de la mano de Dios. Pero no tenemos más motivo para poner en duda Sus promesas y Su gracia que el que tenemos para poner en duda Su providencia y Su justicia.

(B) Las futuras victorias de Su pueblo, después de las presentes aflicciones, sacarán totalmente de dudas en esta materia: (a) En el versículo 17 se nos dice lo que Dios se propone hacer por Sion: Los amigos, que la habían abandonado, volverán a su regazo: *«Tus hijos vendrán aprisa»*. También los que se convierten a la fe de Cristo vienen aprisa, de buena gana, a unirse a Su Iglesia. El Targum y otras versiones leen *bonáyij* (tus edificadores) en lugar de *banáyij* (tus hijos), con referencia a los que habían de reedificar las casas y los muros de Sion y, especialmente, el templo. Por otra parte, los enemigos, que la habían amenazado, se verán forzados a retirarse de ella (v. 17b). Cristo ha salido victorioso sobre el príncipe de este mundo, Satanás, el gran destructor.

(b) Las insinuaciones de Sion no tenían ningún fundamento (vv. 15, 16). Dios no la había abandonado, no se había olvidado de ella ni se olvidará jamás: *«¿Se olvidará la mujer de su niño de pecho?»* Una madre no puede perder interés por el hijo de sus entrañas, pues es parte de ella. Mas, si llegase el caso (por desgracia, llega) de que una madre desnaturalizada se olvidase de su hijo, *Dios nunca se olvidará de Sion* (v. 15b). El interés de Dios por Su pueblo es tan grande que *lo tiene esculpido* (lit.) *en las palmas de Sus manos* (v. 16). Siempre que Dios abre Sus manos para bendecir o castigar, allí contempla, como tatuado, el nombre de Sion. *«Delante de mí están continuamente tus muros»*—añade Dios (v. 16b—). Las actuales ruinas de Sion, espectáculo poco agradable, están ante la continua consideración de Jehová. También está delante de Dios el modelo de los muros que están por reedificar, y esa empresa de reedificación se llevará a cabo con toda certeza.

Versículos 18–23

Dos cosas promete Dios aquí que se cumplirán en parte cuando vuelva a reunirse la congregación de Israel después de su regreso. De algún modo se cumplirán también en la plantación de la Iglesia mediante la predicación del Evangelio de Cristo, pero su cumplimiento pleno se llevará a cabo al final de los tiempos.

1. Sion se verá un día superpoblada por el gran número de israelitas que vendrán a acogerse a ella. Vimos ya en el versículo 17 la promesa de que *sus hijos vendrán aprisa.*

(A) Multitudes acudirán a ella de todas partes (v. 18): *«Alza tus ojos alrededor y mira: todos éstos se han reunido, han venido a ti»*. Vendrían a Jerusalén porque la ciudad santa era el centro de la unidad del pueblo. También, durante la dispensación del Evangelio, hay una continua incorporación, en fe y amor, al Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

(B) Todos los que habían de acudir a Jerusalén, como los que ahora son incorporados a la Iglesia, no sirven de carga o desdoro, sino que sirven de ornamento y fuerza (v. 18b): «*Vivo yo, dice Jehová, que de todos, como de vestidura de gala, serás vestida; y de ellos serás ceñida como novia»*. Cuando los que son añadidos a la Iglesia son santos, piadosos y ejemplares, le sirven de ornamento (v. Tit. 2:10).

(C) *El país que estaba desierto y desolado, sín habitantes* (5:9; 6:11), será repoblado; más aún, superpoblado (v. 19): *«Porque tu tierra devastada, arruinada y desierta* por tanto tiempo, *ahora será demasiado estrecha por la multitud de los moradores,* mientras que *tus devoradores* que te destrozaban y consumían *serán apartados lejos,* serán alejados para no volver (comp. con v. 17)».

(D) Los nuevos pobladores habrán crecido y se habrán multiplicado de forma sorprendente. Después de haber perdido tantos hijos por obra de la espada, del hambre o del cautiverio, Sion tendrá una nueva familia que habrá crecido muy deprisa (v. 20): *«Aun los hijos de los que fuiste privada* encontrarán *demasiado estrecho el lugar y* dirán cada uno a su vecino: *hazme sitio, para morar yo también»*. En lugar

de *los hijos de los que fuiste privada,* «otros interpretan: los que nacieron en el exilio cuando Sion se hallaba en su desolación» (Slotki). La madre (v. 21) estará sorprendida ante el crecimiento de la familia y dirá: *«¿Quién me engendró éstos,* etc.?» Sion no se daba cuenta de que también eran hijos suyos, porque le habían nacido en el exilio, lejos de ella, mientras ella se hallaba desolada y como estéril (comp. con 66:8).

(E) Y toda esta obra se llevará a cabo con ayuda de gentiles. Dios *alzará su mano* (v. 22) *y levantará bandera* como señal para que presten a los libertados del cautiverio los servicios que se mencionan a continuación (v. 22b): *«Traerán en brazos a tus hijos, y tus hijas serán traídas a hombros»,* frases que describen el interés y la ternura que aun los gentiles mostrarán a los exiliados que vuelven a su patria. Dios puede levantar amigos de Su pueblo, incluso de entre sus más declarados y enconados enemigos.

2. Sion se verá un día cortejada por los potentados de las naciones que un día la despreciaron (v. 23): *«Reyes serán tus ayos, y sus reinas tus nodrizas»,* frases que describen, como las que siguen después, el honor que los gentiles tributarán a los israelitas, y el respeto que mostrarán hacia Jehová, el Dios de Israel. Varios fueron los reyes de Persia que respetaron, y hasta animaron, a los judíos, como Ciro, Darío y Artajerjes. La reina Ester fue como una madre y nodriza para los judíos que todavía quedaban en cautividad, y se jugó la vida para rescatarlos de una muerte segura. *«Y lamerán el polvo de tus pies»*—dice, en alusión a la costumbre de los orientales en sus muestras de respeto—. Dice Moriarty: «Los que antes eran sus amos, ahora vendrán como esclavos a postrarse a sus pies».

Versículos 24–26

1. Ahora parece que se presenta una objeción a la promesa de liberación de los exiliados judíos, como si se insinua que no puede esperarse tal cosa, pues (v. 24) son *presa en manos del fuerte* y, por tanto, no hay probabilidad de que puedan ser rescatados por la fuerza. Legalmente estaban cautivos. Al haber ofendido a Dios, justamente habían sido entregados al cautiverio, conforme a la ley del mismo Dios. Por otra parte, habiendo sido hechos cautivos en guerra, justamente estaban retenidos en su cautiverio, según las leyes comunes de las naciones, hasta que fuesen rescatados o intercambiados por otros prisioneros. Ahora bien, las preguntas de este versículo 24 son hechas, ya sea por los enemigos, como justificándose en su negativa a entregar a los cautivos, ya sea por los amigos, en son de desconfianza.

2. La objeción es contestada mediante promesa explícita de Dios (vv. 25, 26): *«Pero así dice Jehová. Ciertamente el cautivo será rescatado del valiente,* por muy fuerte que éste sea, y *el botín será arrebatado al tirano,* por terrible que el tirano pueda ser; ni la fuerza ni la perfidia de los opresores pueden nada contra el Dios Omnipotente (v. 25b): «Yo—dice Yahweh *litigaré con tus litigadores y yo salvaré a tus hijos».* Dios se llevará cautiva la cautividad (comp. con Ef. 4:8), y a los opresores de Israel (v. 26) *les hará comer sus propias carnes.* Dice Slotki: «Serán aniquilados en sus propias facciones mutuamente destructivas (cf. Zac. 11:9)». Los orgullosos babilonios se convertirán en fácil presa unos de otros. Su ruina, que comenzó por una invasión del exterior, se completará mediante divisiones intestinas. Véase cuán crueles son a veces los hombres unos con otros. No sólo están sedientos de sangre, sino que llegan a beberla con tanto placer como si fuese el vino más exquisito.

3. El efecto de la ruina de Babilonia (v. 26b): «Y *conocerá toda carne* (lit.; es decir, todos los hombres) *que yo, Jehová, soy tu Salvador y tu Redentor, el Fuerte de Jacob».* Dios hará que quede manifiesto a todo el mundo que, aunque Israel parezca perdido irremisiblemente, tiene un Redentor.

CAPÍTULO 50

Aquí vemos: I. Que el exilio de Israel no significaba que Dios hubiese roto Su pacto con él (vv. 1–3). II. Que el profeta declara su prontitud a cumplir el encargo que Dios le da, dispuesto a sufrir lo que por eso le pueda acontecer y confiado en que Dios le permitirá llevarlo a cabo contra toda oposición (vv. 4–9). III. El mensaje es de consuelo para los piadosos, y de amenaza para los impíos (vv. 10, 11).

Versículos 1–3

Quienes han profesado ser del pueblo de Dios y pasan por severas pruebas pueden verse tentados a quejarse de Dios. Pero, en respuesta a cualquiera de esas quejas, tenemos aquí:

1. Un reto a que prueben que el altercado comenzó del lado de Dios (v. 1). Jehová había sido para ellos un buen marido, y a los maridos les era entonces concedido el poder de repudiar a sus esposas por pequeños disgustos (Dt. 24:1; Mt. 19:7). Pero Israel no podía decir que Dios se hubiese portado así con ellos. Es cierto que ahora se hallaban separados de Él y habían permanecido por muchos días sin efod, altar ni sacrificio; pero, ¿de quién era la culpa? Dios había sido para ellos un buen padre, y los padres tenían entonces el poder de vender a sus hijos por esclavos a sus acreedores en pago de sus deudas. Es cierto que ahora los judíos estaban vendidos a los babilonios, como después a los romanos; pero, ¿los vendió Dios en pago de alguna deuda? No, Dios no era deudor de ninguno de aquellos a quienes estaban vendidos.

2. Un cargo, que muestra que ellos mismos eran los autores de su propia ruina (v. 1b): *«He aquí que por vuestras maldades fuisteis vendidos, y por vuestras rebeldías fue repudiada vuestra madre.* Por seguir vuestros propios gustos, os vendisteis a obrar el mal y, por consiguiente, Dios os entregó justamente en manos de vuestros enemigos» (comp. con 2 Cr. 12:5, 8). Los judíos fueron exiliados a Babilonia a causa de su idolatría, y fueron más tarde rechazados por crucificar al Señor de la gloria.

3. La confirmación de aquel reto y de este cargo. Dios vino a ofrecerles Su favor, les tendió la mano para que no entrasen en esta aflicción o para sacarlos de ella, pero ellos le menospreciaron a Él y a Su gracia (v. 2). ¿Es que carecía de poder para salvarlos? ¿No había sido Su omnipotencia la que les había abierto un camino seco a través del mar Rojo (v. Éx. 14:29), había convertido los ríos en desierto (v. Sal. 107:33), y hecho que los peces apestasen de hedor por falta de agua (v. Éx. 7:21)? El mismo poder tiene con respecto a los cuerpos celestes (v. 3): eclipses, tormentas, etc. (comp. con 1 R. 18:45). No se había acortado, pues, la mano de Dios para redimir (v. 2, comp. con 59:1).

Versículos 4–9

Estos versículos se aplican, en cierta medida, al Siervo-pueblo, personificado en Isaías, pero tienen más perfecto cumplimiento en el Siervo-Mesías, como veremos a continuación. El Siervo aparece aquí:

1. Como un predicador aceptable. Isaías, como profeta, fue dotado para la obra a la que había sido llamado, pero Cristo fue ungido con el Espíritu Santo más que ninguno de los profetas. El siervo ha sido equipado por Dios:

(A) Con *lengua de sabios* (v. 4), para saber cómo instruir: *«para saber cómo animar con palabras al cansado»* (comp. con Mt. 11:28). Véase cuál es la mejor instrucción que recibe el ministro de Dios: saber cómo consolar las conciencias atribuladas o perplejas y hablar la palabra precisa, confortadora y oportuna en los diversos casos de las pobres almas. La habilidad para obrar así es un don de Dios.

(B) Con *oído de discípulos* (vv. 4b, 5), para recibir instrucción. Los profetas tienen necesidad de esto, tanto como de la lengua del sabio, pues deben recibir con toda atención la palabra de la boca de Dios, a fin de poder comunicarla con toda exactitud (v. Ez. 3:17). Para ser un buen maestro, es menester haber sido un buen discípulo. Por eso, los apóstoles primero, y todos los creyentes después, fueron llamados «discípulos». *«Mañana tras mañana»* (v. 4b) hay que despertar el oído, ya que, por naturaleza, somos perezosos para oír y todo lo oímos a medias; además, somos cobardes para poner por obra lo que comporta alguna dificultad, mientras que el siervo obediente a lo que escucha (v. 5b) *no es rebelde* (comp. con Hch. 26:19) a lo que se le dice, *ni se vuelve atrás* ante las dificultades, persecuciones y humillaciones.

2. Como un sufridor paciente (v. 6). Aunque preveía dificultades y desalientos, aunque había de perseverar en su difícil servicio, aunque había de humillarse hasta lo más bajo, no huyó de su deber ni desmayó su ánimo: *«Di mis espaldas a los que me golpeaban* (comp. con Mt. 27:26), y *mis mejillas a los que me mesaban la barba* (comp. con Mt. 26:67), algo que suponía una de las mayores afrentas que podían hacerse a alguien (v. por ej. 2 S. 10:4); *no escondí mi rostro de injurias y de esputos.* Todo esto, y más, sufrió Cristo paciente y voluntariamente, para darnos a entender su disposición a salvarnos.

3. Como un valiente campeón (vv. 7–9). El Redentor es tan famoso por su denuedo como por su humildad y paciencia; y, aunque no resiste, se porta en eso mismo como más que vencedor: *«El Señor Jehová* (lit.) *me ayudará»*—dice en el v. 7, y lo repite en el v. 9—. Dios envió a Jesús un ángel que le confortase en lo más recio de su agonía. Y (v. 8) *«cerca estaba de Él Quien había de justificarle,* es decir,

vindicar su inocencia. No cabe duda de que Isaías fue también cargado de insultos malignos, de reproches y calumnias, pero sabía que, al fin y a la postre, Dios había de vindicar su causa que era la del mismo Dios. Por eso podía retar a sus enemigos a que presentasen sus cargos contra él (vv. 8, 9), seguro de que ninguno podía demostrar que el profeta era un malhechor o que no estaba en lo cierto en los mensajes que proclamaba. También en el caso de Cristo hubo muchos que quisieron exigirle cuentas, pero a todos les cerró la boca. Los ministros de Dios, si con proclaman fidelidad el mensaje del Evangelio, no deben temer ninguna oposición; el mismo Dios que les comisionó, hará que su mensaje cumpla, de un modo u otro, el propósito de Dios (v. 55:11). No hay condenación para aquellos a quienes Dios justifica. La justa causa de Cristo y de sus profetas sobrevivirá a toda oposición (v. 9, al final): *«Serán comidos por la polilla»*. Una cosa tan pequeña bastará para destruirlos.

Versículos 10–11

El profeta, como tiene lengua de sabio, hace aquí uso de ella. Es como un compendio del Evangelio. Veamos cómo:

1. Se proclama aquí consuelo a los santos desconsolados y se les anima (v. 10) a poner su confianza en la gracia de Dios. Hijo de Dios es el que teme al Señor con un temor filial frente a la majestad del Altísimo y tiene miedo de incurrir en Su desagrado; obedece a la voz del siervo de Dios y está dispuesto a dejarse gobernar por el Señor Jesús en la gran obra de la redención del hombre. Quienes de veras temen a Dios, también obedecerán a la voz de Jesús. No es nuevo para los hijos y herederos de la luz caminar a veces en tinieblas y carecer, por algún tiempo, de todo rayo de luz. El que así se halla en la oscuridad (v. 10b), *«confíe en el nombre de Jehová y apóyese en su Dios.* Confíe en la bondad, la sabiduría y el poder de Dios, porque *el nombre de Jehová es castillo fuerte».* No importa caminar en la oscuridad si caminamos de la mano de Dios Todosuficiente. Eche mano de su pactada relación con Dios («su *Dios*») y todo le irá bien, aun cuando a veces se sienta mal.

2. Se advierte a los pecadores presuntuosos que no confíen en sí mismos (v. 11). El fuego que encienden contra los justos los consumirá a ellos mismos, como en el caso de Nadab y Abiú, *fuego extraño,* que no era según la voluntad de Dios (Lv. 10:1). Con fina ironía se les dice (v. 11b): *«Andad a la luz de vuestro fuego y de las teas que encendisteis».* Moriarty comenta: «Con dura ironía se les dice a los que rechazan la luz que el profeta les ofrece, que se aprovechen de la que ellos mismos se buscan independientemente de Jehová, luces que un día se convertirán en violento incendio en que perecerán ellos consumidos». Los que hacen del mundo su consuelo y comodidad, y de su propia justicia su confianza, hallarán al final la más terrible amargura. El camino del piadoso puede estar sombreado de melancolía, pero su final será paz y luz perpetua. El camino del impío puede parecer agradable, pero su final será eterna oscuridad.

CAPÍTULO 51

Este capítulo contiene palabras de consuelo para el remanente de Sion. I. Dios cuidará de que ese remanente no perezca (vv. 1–3). II. Dios va a libertar a Su pueblo; la salvación está cerca, pues los perseguidores del pueblo de Dios son frágiles criaturas (vv. 4–8). III. El mismo poder omnímodo que obró en el pasado, obrará también ahora para bien de Israel; de eso puede estar completamente seguro (vv. 9–16). IV. Por muy deplorable que aparezca ahora la situación del pueblo, Dios promete que la copa de aflicción que Israel está bebiendo, pronto será aplicada a los labios de sus enemigos (vv. 17–23).

Versículos 1–3

1. El pueblo de Dios *sigue la justicia* (v. 1) *y busca a Jehová,* pues sólo en el seguimiento de la justicia se puede buscar a Dios con la esperanza de hallarle. Aquí se les instruye a que vuelvan la vista a *la cantera de donde fueron arrancados* (v. 1b), es decir (v. 2), a los orígenes del pueblo. Dice Moriarty: «Los que desconfían, recuerden cómo Abraham y Sara, solos y sin hijos, fueron bendecidos por Dios».

Cuán dura era la roca de la que fueron cortados. La consideración de esto habría de llenarles (y a nosotros también) de pensamientos humildes acerca de sí mismos, y elevados acerca de la gracia divina. Así como se cumplió puntualmente la promesa de Dios a Abraham (Gn. 12:2), así también se cumplirán las promesas hechas al pueblo de Dios, aunque de momento la situación parezca tan difícil como la de Abraham y Sara antes de engendrar a Isaac.

2. El pueblo de Dios recibe la seguridad de que las lágrimas de ahora (v. 3) se tornarán en gozo y alegría. Dios tiene un tiempo y un método apropiados para consolar a Sion. El mayor consuelo de la Iglesia es poder servir para la gloria de Dios y ser como Su huerto y jardín en el que Él se deleita. Dios da alegría a los Suyos y corazón para que se regocijen. Con *los frutos de justicia, serán hallados allí el gozo y la alegría,* pues cuanto mayor es la santidad del hombre, y mayor el bien que hace, tanto mayor es la alegría de que disfruta.

Versículos 4–8

Perpetuidad de la justicia y de la salvación de Dios.

1. El consuelo de que habla aquí el profeta, de parte de Dios, pertenece (v. 4) a *«mi pueblo y* a *mi nación,* el pueblo que yo escogí y la nación que reconozco como peculiarmente mía». Hay un pueblo que *conoce justicia,* pues son capaces de formarse un juicio correcto acerca de lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso. Y así como tienen buena cabeza, también tienen buen corazón, pues tienen en ellos la ley de Dios. Pero incluso los que conocen justicia y tienen en su corazón la ley de Dios, pueden hallarse en grandes apuros y cargados de insultos y desprecios; mas su Dios les consolará y fortalecerá.

2. El consuelo que pertenece al pueblo de Dios.

(A) La *justicia y la salvación* de que habla el versículo 5 equivalen a la liberación que Dios ha de llevar a cabo a favor de Israel. Pero, a la luz del Evangelio, adquieren un significado más profundo (v. Ro. 1:16; 3:21, 22; 10:10). El Evangelio de Cristo será proclamado en todo el mundo: *Una ley* (hebr. *torah) saldrá de mí,* dice Dios (v. 4b); ley en forma de instrucción, más bien que de obligación. Es ahora la ley de la libertad, por la que el mundo será goberndo, pues no será sólo para beneficio de Israel, sino también como luz *para los gentiles.*

(B) Esta ley abrirá un camino llano para los hijos de los hombres, a fin de que puedan ser salvos mediante la esperanza en el poder del brazo de Dios (v. 5). No hay salvación sin justicia y, dondequiera está *la justicia de Dios,* allí está la salvación de Dios (Ro. 1:16, 17).

(C) Esta justicia y esta salvación *están cerca* (v. 5a); cerca en el tiempo y en el espacio (Ro. 10:8).

(D) La justicia y la salvación que trae El evangelio no estarán confinadas a la nación judía, sino que se extenderán a los gentiles: *«Mis brazos juzgarán a los pueblos».* Los que no se sometan a los juicios de la boca de Dios, serán aplastados por los juicios de la mano de Dios. Algunos serán juzgados de esta manera por el Evangelio, pero otros, y *los de las islas, esperarán en Jehová y pondrán su confianza en Él* (v. 5b) y darán la bienvenida al evangelio, lo mismo a sus preceptos que a sus consuelos. *El brazo de Jehová,* que aquí se menciona, es revelado en Cristo (53:1).

(E) Esta justicia y esta salvación serán *por todas las generaciones* (v. 8b), es decir, para siempre. Arriba (v. 6), *los cielos se desvanecerán como humo* (comp. con Sal. 102:25 y 26; Is. 13:13; 34:4; Mt. 24:35; He. 1:10–12; 2 P. 3:10). Abajo, *la tierra se desgastará como ropa de vestir.* Pero cuando el cielo y la tierra actuales hayan desaparecido, cuando toda carne y su gloria se hayan marchitado como hierba, *la palabra de Jehová permanece para siempre.* Quienes tienen ligada su felicidad a la justicia y a la salvación que trae Cristo, tendrán el consuelo de hallarse felices para siempre, cuando todas las cosas temporales hayan dejado de existir.

3. Si la justicia y la salvación de Dios se hallan cerca de ellos, *no han de temer afrenta de hombre* (v. 7), *ni desmayar ante sus ultrajes,* ya sea cuando les pidan que canten los cánticos de Sion o cuando les pregunten: ¿Dónde está vuestro Dios?, pues todos estos burladores serán pronta y definitivamente silenciados (v. 8a): *«Porque como a vestidura se los comerá la polilla* (comp. con 50:9), *como a lana se los comerá el gusano».* La falsedad de sus insultos será descubierta, y la verdad triunfará completamente. Las nubes pueden ocultar la luz del sol, pero no pueden impedir que recorra su carrera por el firmamento.

Versículos 9–16

1. Tenemos aquí primero una oración para que Dios se manifieste y actúe en orden a la liberación de Israel (v. 9): *«Despiértate, despiértate, vístete de poder, oh brazo de Jehová»*. El brazo de Dios es Cristo, aunque también equivale a la persona misma de Jehová (v. Sal. 44:23). Se dice que el brazo de Dios *se despierta* cuando, en favor del pueblo de Dios, se extiende para actuar. No es que a Dios tengamos que hacerle a la memoria algo o incitarle a obrar, sino que Él mismo nos permite que nos mostremos afanosos portales manifestaciones de Su poder cuales pueden servir a Su gloria. Israel (y la Iglesia) ven difícil su caso; los enemigos son muchos y poderosos; los amigos son pocos y débiles; por tanto, dependen puramente, para su liberación, de la fuerza del brazo de Dios.

2. Las razones en que apoyan esta oración.

(A) Apelan a lo mucho que Dios hizo a favor de sus antepasados (vv. 9b, 10). *Ráhab* es «el monstruo mitológico que simboliza a Egipto (como en 30:7)» (Ryrie). Otro monstruo de la mitología cananea era «la victoria del Baal cananeo sobre el dragón del caos» (Moriarty). Pero estos mitos sólo sirven para poner de relieve el hecho histórico de la victoria de Dios sobre Egipto en el paso del mar Rojo. Las pasadas experiencias son buenas razones para aducirlas en nuestras oraciones (v. Sal. 85:1–6).

(B) Apelan también a las promesas de Dios (v. 11): *«Ciertamente volverán los redimidos de Jehová, etc.»* (comp. con 35:10). Cuando los pecadores son sacados de la esclavitud del pecado a la gloriosa libertad de los hijos de Dios, bien pueden venir cantando, como el pájaro al que se le abre la puerta de la jaula. También los habitantes de la Sion celestial entonan cánticos de alabanza y acción de gracias. Y, mientras ese feliz estado nos llega a nosotros, podemos estar seguros de que quien ha destinado para nosotros un gozo tan grande, actuará también para nuestra liberación tantas veces como el caso se presente.

3. La respuesta que se da inmediatamente a esta oración (v. 12): «*Yo, yo soy vuestro consolador»*. Habían orado por la actuación de Su poder; Dios contesta con los consuelos de Su gracia, lo cual puede ser aceptado como equivalente. Si Dios no responde inmediatamente *con la fuerza salvadora de Su diestra,* podemos estar agradecidos si nos responde, como al ángel de Zacarías 1:13, *con palabras consoladoras.* Véase cómo resuelve Dios consolar a Su pueblo: Toma en Sus propias manos la empresa: «Yo, sí, yo, lo haré».

(A) Consuela a los temerosos reprendiéndoles (vv. 12, 13): *«¿Quién eres tú para que tengas temor del hombre, etc.?»* Es absurdo tenerle miedo a un moribundo. ¡Cómo! *¿Tener temor del hombre que ha de morir … destinado a fenecer como heno?* ¿Al que se va a marchitar, y sólo servirá para ser pisoteado o comido? Hemos de considerar cuán necia cosa es de parte de los siervos del Dios viviente tener miedo a hombres mortales que hoy están entre nosotros y mañana han desaparecido. Más absurdo es todavía (v. 13b) *tener miedo todo el día, continuamente, del furor del opresor.* Cuando hay un peligro inminente, puede ser prudente temer; pero estar continuamente temblando, al mero movimiento de una hoja de árbol, es *estar durante toda la vida sujetos a servidumbre* (He. 2:15). En efecto, *«¿en dónde está el furor del opresor?»* (v. 13, al final). Como si dijese: ¿Qué se ha hecho del que oprimía a Israel? ¿En dónde ha parado su furia? La respuesta es: En ninguna parte, pues el enemigo ha sido incapaz de destruir al pueblo de Dios.

(B) Pero ese miedo, no sólo es infundado, sino que es también impío (v. 13a): «Y *ya te has olvidado de Jehová tu Hacedor, que extendió los cielos y echó los cimientos de la tierra»*. Nuestro miedo desordenado a los hombres es un tácito olvido de Dios y un insulto a Su amor y a Su poder para salvar. Cuando nos turbamos con el miedo a un mortal, nos olvidamos de que hay un Dios infinitamente superior a él; olvidamos las experiencias que tenemos del cuidado que Dios tiene de nosotros y de las muchas ocasiones en que nos ha librado del mal; olvidamos que nuestro Dios es *Jehová-yireh* (Jehová proveerá; o, literalmente, verá). Cada una de Sus actuaciones pasadas es un monumento a Su misericordia.

(C) Consuela igualmente a los presos (vv. 14, 15): *«El preso agobiado será libertado pronto y* podrá regresar a su país, del cual fue exiliado; Jehová se cuida de que *no muera en la mazmorra ni le falte su pan»*. El hebreo dice: «Y *no morirá* (bajando) *a la fosa»* (lit.), es decir, no bajará a la tumba, sino que no le faltará ni la vida ni el alimento. De la misma manera (v. 15) que Dios ejerce dominio completo sobre la naturaleza, *agitando las olas del mar* lo mismo que calmándolas, así también puede frenar la furia de los enemigos de Israel, pues es *Jehová de las huestes.*

(D) Su consuelo va más lejos, pues asegura a Israel que va a ser (v. 16) el agente de la revelación divina. Por medio de él, Dios va a impartir sus comunicaciones proféticas a la humanidad. Va a *extender los cielos y echar los cimientos de la tierra* en una nueva época de rectitud moral y va a *poner en la boca*

de Israel Sus palabras, «la instrucción moral y religiosa en la vida de las naciones» (Slotki). Esto apuntaba también a la obra del Evangelio y el establecimiento del cristianismo en el mundo, pues israelitas habían de ser aquellos a quienes se encargaría la comisión de predicar el Evangelio a toda criatura hasta los últimos confines de la tierra. Vemos también que, así como, en el principio, Dios creó el mundo mediante la Palabra que es el Verbo (He. 1:2), así también establecerá, por medio de Él, un nuevo mundo, nuevos cielos y nueva tierra. Comoquiera que el pecado puso en desorden toda la creación, Jesucristo, al quitar el pecado del mundo, pone de nuevo todas las cosas en orden.

Versículos 17–23

Viene ahora un llamamiento, no tanto para despertar del sueño del pecado como para salir del estupor de la desesperación, aun cuando lo más necesario para estar dispuestos a ser libertados de la cautividad es arrepentirse del pecado. Cuando los habitantes de Jerusalén estaban en el exilio, se veían tan abrumados por el sentimiento de su desdicha que no eran capaces de pensar en cosa alguna que tendiese a prestarles ningún consuelo. Vemos que:

1. Jerusalén había estado por largo tiempo en lo profundo de la miseria.

(A) Yacía bajo las señales del desagrado de Dios. Dios le había puesto en las manos (v. 17) *el cáliz de su ira.* Ella le había provocado a ira y tuvo que gustar los amargos frutos de esa ira. Ese cáliz de la ira de Dios es, y será siempre, *cáliz de aturdimiento* para todos los que lo han recibido en las manos. Leemos en Salmos 75:8 que *las heces de ese cáliz, todos los impíos de la tierra las apurarán.* Dondequiera hubo un cáliz de fornicación, como lo hubo en las manos de Jerusalén cuando se entregó a la idolatría, tarde o temprano tiene que haber un cáliz de furor.

(B) Los que deberían haberle ayudado en su apuro, le habían fallado (v. 18). Al no haber quien la guíe ni la tome de la mano, se tambalea como un ebrio. No sabe lo que dice ni lo que hace; mucho menos sabe qué es lo que debería decir o hacer y, en esta desdichada condición, no recibe ayuda ni de sus propios hijos. Y ¿cómo le van a ayudar, si ellos mismos *se desmayaron* (v. 20), *están tendidos por los caminos,* exhaustos y desvalidos, *como un antílope en la red* donde ha sido cazado y *llenos* ellos mismos *de la indignación de Jehová?* Dos son las grandes calamidades que le han acontecido (v. 19): «La ruina del país *(asolamiento y quebrantamiento)* y la muerte de sus habitantes *(hambre y espada)*» (Slotki). Estas mismas dos cosas le habían de acontecer también a Babilonia (47:9).

2. Se promete después que las aflicciones de Jerusalén llegarán a su fin un día (vv. 21–23), cuando *... Jehová tu Señor y tu Dios,* el Dios que todavía es fiel a Su pacto contigo y tiene poder para ayudarte, *el cual aboga por su pueblo* (comp. Jer. 50:34), *te dirá.* Ahora se van a cambiar los papeles; *ya he quitado de tu mano el cáliz del aturdimiento ...; nunca más lo beberás. Lo voy a poner en mano de tus angustiadores, etc.».* Los perseguidores y opresores de Jerusalén tendrán que beber del mismo cáliz amargo del que ella había bebido hasta las heces, lleno otra vez del mismo furor de Dios, del mismo modo que los perseguidores de Daniel fueron arrojados al mismo foso de los leones al que habían conseguido que Daniel fuese arrojado. El caso de Babilonia será todavía peor que el de Jerusalén en sus peores tiempos.

CAPÍTULO 52

La mayor parte de este capítulo prosigue con el mismo tema del capítulo anterior, pero los tres últimos versículos entran en el tema del siguiente, el cual trata de la persona del Redentor, de su humillación y de su exaltación. I. El ánimo que se da a los judíos del exilio para que abriguen la esperanza de que Dios los libertará en su día y del modo determinado en Sus designios (vv. 1–6). II. El gran gozo que, con motivo de ello, tendrán tanto los ministros de Dios como el pueblo en general (vv. 7–10). III. El llamamiento a los que se quedaron en la cautividad cuando fue proclamada la libertad (vv. 11, 12). IV. Una breve idea que se nos da aquí del Mesías, de quien se trata largamente en el capítulo siguiente (vv. 13–15).

Versículos 1–6

1. Se incita aquí al pueblo de Dios a que se revista de fuerzas a fin de aparecer vigoroso ante la perspectiva de su liberación (vv. 1, 2). Que dejen de lado su desconfianza, eleven su ánimo y se alienten unos a otros. Despierten de su depresión, miren hacia arriba y en torno suyo, se fijen en las promesas pasadas y en las providencias actuales mediante las cuales estaba Dios obrando a favor de ellos, y que se eleven así sus expectaciones de las grandes cosas que les han de venir de Dios. Despierten también de su embotamiento y de su pereza, pues Jehová les da aquí la seguridad:

(A) De que el cautiverio debe servirles para que se reformen de sus pasadas idolatrías. Los *incircuncisos* enemigos no habían de volver a venir allá (v. 1, al final); tampoco los *impuros* (los mismos enemigos, según Slotki; los impuros de entre los hijos de Israel, según Moriarty) habían de ser admitidos en la congregación mientras no se purificaran. El nuevo pueblo de Dios es purificado mediante la sangre de Cristo y por la gracia de Dios, para llegar a ser una *nación santa* (1 P. 2:9).

(B) De que serían rescatados de su cautiverio y no volverían a ser invadidos. Si se mantienen adheridos a su Dios, Él les preservará de sus enemigos; pero, si vuelven a corromperse, Antíoco profanará el templo y, más tarde, los romanos lo destruirán. No obstante, por algún tiempo disfrutarán de paz. Que se preparen para regocijarse (v. 2): «*Sacúdete el polvo; levántate y siéntate, Jerusalén, etc.*». Comenta Trenchard: «En el capítulo 47 notamos la descripción de la caída de Babilonia bajo la figura de una señora aristocrática y orgullosa que pierde toda su categoría y es humillada hasta el polvo. Aquí hallamos la metáfora a la inversa, pues Sion, tanto tiempo cautiva, afligida y humillada, ha de levantarse del polvo para vestirse de novia, sentándose luego cual reina sobre el trono que Dios le prepara». El Evangelio proclama libertad a los que estaban atados con temores y hace que tomen como un deber el asirse a esa libertad. Todos los que, hasta ahora, han estado fatigados y cargados, pueden hallar descanso en Cristo (Mt. 11:28, 29); porque, si *el Hijo los hace libres, serán libres de veras* (Jn. 8:36).

2. Dios mismo se incita a Sí mismo a libertar a Su pueblo.

(A) Los caldeos que los han oprimido nunca han reconocido a Dios más de lo que lo reconoció Senaquerib (10:6, 7): *«De balde fuisteis vendidos,* dice Jehová; nada sacasteis con ello, ni tampoco Yo saqué nada con ello» (v. 3). Los babilonios no le dieron gracias a Dios; al contrario, blasfemaron por ello del nombre de Dios. *«Por tanto,* añade Jehová, *sin dinero seréis rescatados»* (v. 3b), como ya estaba prometido (45:13).

(B) Ya antes se habían hallado con frecuencia en apuros similares; sería, pues, una lástima que también ahora hubiesen de ser dejados en manos de sus opresores (v. 4): *«Mi pueblo descendió a Egipto en otro tiempo,* invitados de modo amistoso a morar allí. Mas luego los trataron como a esclavos y los gobernaron con excesivo rigor. Después fueron libertados por Dios. ¿Por qué no habríamos de pensar que Dios librará hoy también a Su pueblo? Más tarde (v. 4b), *el asirio lo oprimió sin razón,* es decir, sin ningún derecho legal o moral (Slotki)».

(C) Jehová se considera a Sí mismo como deportado con Su pueblo a Babilonia (v. 5): «*Y ahora ¿qué hago aquí, dice Jehová, viendo que mi pueblo ha sido llevado sin motivo?»* Comenta Slotki: «En Babilonia, Dios estaba, por decirlo así, juntamente cautivo con Su pueblo, y el opresor se ha vuelto tan degradante e insoportable que tanto la seguridad de Israel como el honor de su Dios demandaban su inmediata liberación del exilio».

(D) La gloria de Dios se va a manifestar en la liberación de ellos (v. 6): *«Por tanto,* por cuanto mi nombre está en la picota, *mi pueblo conocerá mi nombre,* verá y apreciará lo que mi nombre significa y es capaz de hacer. *¡Heme aquí!* (dice literalmente la frase final del v. 6)». Como si dijese: *«Aquí estoy* para cumplir la promesa que hice» (Slotki).

Versículos 7–12

El regreso de los judíos de Babilonia, y la aplicación que del versículo 7 hace el apóstol en Romanos 10:5 al Evangelio, da a entender claramente que la liberación de que aquí se habla era tipo y figura de la redención llevada a cabo por Jesucristo a favor de la humanidad entera.

1. Se habla aquí de una gran bendición, que debe ser recibida con gran gozo. (A) Los que traen las buenas noticias de la liberación merecen un buen recibimiento (v. 7), conforme llegan a través de los montes que rodean a Jerusalén. Se describe en este versículo 7 a los que traen el mensaje de las buenas

nuevas, y proclaman salvación y paz, y dicen a Sion: *«¡Tu Dios reina!»*, es decir, ha restablecido Su reino en Sion. Como lo hace Pablo, esto tiene buena aplicación a la predicación del Evangelio, que es una proclamación de paz y salvación; buenas nuevas de victoria sobre nuestros enemigos espirituales, y de libertad de nuestra esclavitud espiritual. Cristo fue el primero en traer estas buenas nuevas (Mr. 1:15; Lc. 4:18; He. 2:3) y bien puede aplicarse a Él lo de *«¡cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas!»* ¡Cuán hermosos sobre el monte Calvario aquellos pies que fueron clavados en la Cruz!

(B) Tras de los mensajeros que vienen en primera fila del exilio, se regocijan (v. 8) *los atalayas de Sion.* Tales atalayas como los que Dios había de poner sobre los muros de Jerusalén (62:6) para que hiciesen mención del nombre de Jehová y estuviesen en continua y ferviente oración *hasta que Jehová ponga a Jerusalén por alabanza en la tierra* (62:7). Estos atalayas están sobre sus torres, y esperan que se de respuesta a sus oraciones (Hab. 2:1) y, por tanto, cuando llegan las buenas nuevas, ellos son los primeros que las reciben. *Alzan la voz y juntamente dan voces de júbilo* (v. 8b), para invitar a los demás a que se unan en sus alabanzas, al ver que hay perfecto acuerdo entre la profecía y el acontecimiento, entre la promesa y su cumplimiento. La segunda parte del versículo 8 dice literalmente según el hebreo: *«Porque ojo a ojo verán en el volver* (esto es, *cuando regrese) Jehová a Sion»*. La expresión *«ojo a ojo»* es la misma de Números 14:14, que suele traducirse *«cara a cara»*. Dice Slotki: *«Ojo a ojo.* Clara y distintamente como cuando alguien le mira a otro derechamente a los ojos». Por supuesto, se trata de un antropomorfismo y nada tiene que ver, como es obvio, con la llamada «visión beatífica»—nota del traductor.

(C) Los lugares desolados de Sion (v. 9) son invitados igualmente a *prorrumpir en gritos de júbilo conjuntamente y cantar, porque Jehová ha consolado a Su pueblo, ha rescatado a Jerusalén.* La redención de Jerusalén es el gozo de todo el pueblo de Dios (Lc. 2:38), y la gloria es de Dios (v. 10) porque ha manifestado Su poder, *desnudó su santo brazo* (¡se remangó!) *ante los ojos de todas las naciones.* El profeta está tan seguro del futuro acontecimiento que lo da ya por ocurrido, expresándose en tiempo perfecto.

2. Al proclamarse la libertad, el pueblo de Dios debe salir de Babilonia a toda prisa (v. 11, comp. con 48:20 y Ap. 18:4). Babilonia no es lugar apto para israelitas (Esd. 1:5). A todos los que se hallan todavía bajo la esclavitud del pecado y del diablo se hace llamamiento a que usen de la libertad que Jesucristo nos ha proclamado a todos. Y que nadie traiga consigo ninguna de las inmundicias de Babilonia: *«No toquéis cosa inmunda»*. Dice Slotki: «Porque Dios va a la cabeza de ellos y no debe haber contaminación en Su presencia (cf. Dt. 23:15)». Moriarty, por su parte, comenta: «La ocasión es sagrada. Los israelitas marcharán como en procesión a Sion, llevarán los vasos sagrados, y esto requerirá que se observe la pureza ritual evitando todo lo que pudiese hacerles impuros». Pero, aun cuando deben darse prisa en salir, *no han de salir* (v. 12) *a la desbandada como quien huye, porque Jehová irá delante,* como Guía, y *a la retaguardia,* protegiéndoles de los enemigos que se atrevan a perseguirles (comp. con Éx. 14:19).

Versículos 13–15

La profecía que comienza aquí y se continúa hasta el final del capítulo siguiente, apunta claramente al Señor Jesucristo. Hasta los judíos de los primeros siglos de nuestra era lo entendieron del Mesías. Sólo después del siglo XI, y debido a que bastantes se convertían al cristianismo, toda esta porción fue eliminada adrede de las *haftorahs* u oraciones públicas en las sinagogas. El diácono y evangelista Felipe puso este punto fuera de toda discusión al decirle al eunuco etíope (Hch. 8:35) que aquí se trataba de Jesús.

1. Dios encarga a Cristo la empresa que aquí se menciona (v. 13): *«He aquí que mi siervo, etc.»*. Dice Moriarty: «Es Jehová quien habla, quien introduce a su Siervo humillado y afligido y quien anuncia su futura exaltación y su triunfo». El Mesías hace en esto la voluntad de Dios, busca el honor del Padre y sirve a los intereses del Reino de Dios. *Será prosperado,* porque *sobre Él reposará el espíritu de sabiduría y de inteligencia (o entendimiento),* según vimos en 11:2.

2. Tenemos luego (vv. 14, 15) un breve compendio de su humillación y de su exaltación.

(A) *«Así como se asombraron de ti muchos* (v. 14a), etc.». La apódosis de este período se halla a comienzos del versículo 15. El paréntesis del versículo 14b nos describe el objeto de dicho asombro: *«De tal manera fue desfigurado su aspecto que no parecía hombre, y su figura no era como la de los hijos de*

los hombres». Pensemos en el rostro de Jesús, después de ser escupido, abofeteado y coronado de espinas (comp. con 53:2, 3 y Sal. 22:6, 7). La vista de un Maestro sabio, bueno e inocente, puesto así en tan terribles sufrimientos, no podía menos de suscitar el asombro.

(B) Pero Dios le había de exaltar por encima de todo y de todos (v. Fil. 2:9–11). A la sorpresa de verlo así humillado y desfigurado, sucederá otra sorpresa cuando se conozca el motivo de sus sufrimientos (v. 15, donde ha de leerse *«sorprenderá»*, más bien que el *«rociará»* que aparece en algunas versiones). *«Los reyes cerrarán ante Él la boca,* es decir, no hablarán contra Él como lo hicieron antes, *porque verán lo que nunca les fue contado, y comprenderán lo que jamás habían oído».* Dice Moriarty: *«Reyes ante Él se quedarán sin palabra:* cuando la luz de la revelación les descubra el misterio de los padecimientos del Siervo». Cristo decepcionó las expectaciones de quienes buscaban un Mesías de acuerdo con sus falsas ideas, pero superó las de quienes esperaban un Mesías como el que había sido prometido.

CAPÍTULO 53

Las dos grandes cosas que los profetas del Antiguo Testamento, bajo la divina inspiración, atestiguaron de antemano fueron los sufrimientos de Cristo y la gloria que se había de seguir (v. 1 P. 1:11). Pero en ninguna parte del Antiguo Testamento se hallan profetizadas esas cosas tan clara y plenamente como en este capítulo, hasta el punto de que se ha hablado del «evangelista Isaías». Aquí tenemos: I. La persona del Siervo (vv. 1–3). II. La pasión del Siervo (vv. 4–6). III. La pasividad del Siervo (vv. 7–9). IV. La porción del Siervo (vv. 10–12). Los epígrafes precedentes están tomados de la *Ryrie Study Bible*—nota del traductor.

Versículos 1–3

El profeta había previsto y predicho, al final del capítulo anterior, la amable recepción que el Evangelio de Cristo había de hallar entre los gentiles. Ahora predice, con asombro, la incredulidad de los judíos, a pesar de las muchas noticias que previamente habían recibido de la venida del Mesías.

1. El menosprecio con que trataron el Evangelio de Cristo (v. 1). Se aplica igualmente al poco efecto que la predicación de los apóstoles hizo en judíos y gentiles (Ro. 10:16). Fueron pocos los que creyeron a los profetas que hablaron antes de la venida de Cristo; y, cuando Él mismo vino, ninguno de los gobernantes ni de los sacerdotes le siguió, sino alguno que otro de los del vulgo; y, cuando los apóstoles llevaron por todo el mundo este mensaje, algunos en cada lugar creyeron, pero eran relativamente muy pocos. Y aun hasta el día de hoy, de los muchos que profesan creer el mensaje del Evangelio, son pocos los que de corazón se adhieren a él y se someten al poder que comporta. No disciernen el poder divino que acompaña a la Palabra, la obra del Espíritu que da eficacia al mensaje. No creen el Evangelio porque, al rebelarse contra la luz que tenían, han perdido la oportunidad de recibir la gracia de Dios.

2. El desprecio con que trataron a la persona del Mesías a causa de sus modestas apariencias (vv. 2, 3).

(A) La baja condición a la que se sometió, y cómo se abatió y se vació (lit.) a sí mismo (v. Fil. 2:7). La forma con que entró en este mundo y la posición que asumió en él no concordaban de ningún modo con las ideas que los judíos se habían formado del Mesías. Se esperaba que surgiese de la alta sociedad, pues había de ser el Hijo de David; pero, aunque de cierto surgió de tan ilustre y regia familia, ésta se había hundido en el olvido, y José no era más que un pobre carpintero. Esto es lo que se da a entender con la frase *«como raíz* (que brota) *de tierra seca»* (v. 2), pues nació de una familia oscura, en Galilea, de donde nada grande, verde, podía esperarse (v. Jn. 1:46). También se esperaba que apareciese pomposa y majestuosamente en público, pero *«creció como un retoño delante de Él»,* de Dios, no de los hombres, de forma callada e insensible, como el grano de Marcos 4:27. También se esperaba que tuviese en su rostro y en todo su porte una belleza poco común; pero no hallaron en Él nada que fuese extraordinario, como podría esperarse del Hijo de Dios encarnado. Véase el contraste con lo que se nos dice de Moisés (Hch. 7:20; He. 11:23) y de David (1 S. 16:12). Se esperaba que habría de disfrutar de una vida agradable,

humanamente atractiva, pero, por el contrario, fue (v. 3) *«varón de dolores y experimentado en quebranto»*.

(B) La baja opinión que los hombres tenían de Él a causa de su modesta apariencia. había en Él la hermosura de la santidad y la belleza de la bondad, suficientes para que pudiese ser *el deseado de las naciones;* pero la mayor parte de aquellos entre los que vivió no vieron nada de esta belleza, pues tiene que ser discernida espiritualmente. Fue rechazado como un descastado, de quien se vuelve el rostro a otra parte (v. 3b). Al aludir a los colores con que se le dibuja en este versículo 3, Moriarty dice: «El contexto parece indicar que estos epítetos hay que entenderlos no sólo de la apariencia externa, del aspecto físico, sino aun del carácter: pensaban que los sufrimientos eran merecidos, que era pecador, y en lenguaje sapiencial, que era un necio. Por eso no se sentían inclinados a socorrerle, sino a volverle la cara». La humillación a la que se había sometido era como un velo que ocultaba su condición interior, por eso *«fue despreciado y desechado de los hombres»*, ya que no pudieron ver a través de tal velo.

Versículos 4–9

I. Una ulterior descripción de los sufrimientos de Cristo. Vemos aquí algunos detalles más de la condición a la que se abajó a sí mismo, al hacerse obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (v. Fil. 2:8).

1. *«Llevó nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores»* (v. 4a). Por la cita de Mateo 8:17, vemos que no sólo los llevó sobre sí, sino que los quitó de aquellos a quienes sanaba. Los llevó sin quejarse de mala suerte, sin echarse para atrás ante ellos ni hundirse bajo ellos, sino que con ellos perseveró hasta el final, en que pudo gritar: *«Está consumado»* (Jn. 19:30).

2. Fue *azotado, herido y afligido* (v. 4b). Herido con la lengua cuando le contradecían y le calumniaban diciendo de Él toda clase de cosas malas; fue también herido de obra, al recibir golpe tras golpe.

3. Fue azotado, no conforme a la misericordiosa restricción de la ley judía, que no permitía más de 40 azotes ni aun para el peor de los malhechores, sino según la costumbre bárbara de los romanos. Pilato la llevó a cabo con la intención de que fuese un sustituto de la crucifixión, pero, de hecho, resultó ser un prólogo de la crucifixión. Sus manos, sus pies y su costado fueron atravesados.

4. Sufrió toda clase de vejámenes (vv. 7, 8): *«Fue oprimido y humillado* (o mejor, y *permitió que le afligiesen) … con sentencia injusta se lo llevaron* (éste es el mejor sentido del v. 8a)». Se procedió contra Él como contra un malhechor; de esa forma, se le arrestó, se le tuvo bajo custodia, se le acusó, se le juzgó y se le condenó.

5. *«Fue cortado de la tierra de los vivientes»* (v. 8b). Expresión enérgica con la que se da a entender tanto la violencia de su muerte como la injusticia de su condenación y lo prematuro de su partida en la flor de la vida. Nuevo vejamen supuso el ser crucificado en medio de dos ladrones, como si Él fuese el peor de los tres ajusticiados, aunque *con los ricos fue en su muerte* (v. 9), pues fue sepultado en un sepulcro nuevo, perteneciente a José de Arimatea, honorable miembro del sanedrín.

II. Una declaración del significado de sus sufrimientos. No se puede menos de preguntar con asombro: «¿Cómo pudo suceder eso? ¿Qué mal había hecho?» Sus enemigos le tenían *por herido de Dios* (v. 4, al final). Como se tenían a sí mismos por defensores de la causa de Dios, creyeron que Dios mismo había decretado que muriese por sus propios pecados. Pero:

1. Nunca cometió Él nada que mereciese la forma en que fue tratado. Aunque le acusaban de soliviantar al pueblo y promover la sedición, todo eso era completamente falso. No cometió ninguna violencia; al contrario, *«pasó haciendo el bien»* (Hch. 10:38). También fue llamado *impostor* (Mt. 27:63), pero aquí (v. 9b) se nos dice que *«nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca»* (comp. con 1 P. 2:22, donde Pedro cita de aquí). No ofendió jamás de palabra ni de obra. Nadie pudo redargüirle de pecado (Jn. 8:46). El juez que lo condenó (Pilato) no halló falta en Él, el ladrón que le acompañó en el suplicio confesó que no había hecho nada inconveniente (lit. fuera de lugar), y el centurión que presidió la ejecución, hubo de profesar que ciertamente era, no sólo *un hombre justo* (Lc. 23:47), sino también *Hijo de Dios* (Mt. 27:54).

2. Aunque fue *oprimido y afligido, no abrió la boca* (v. 7), ni aun para declararse inocente, sino que se ofreció libre y voluntariamente a sufrir y morir por nosotros. El escándalo de la cruz sólo se quita si se reconoce que Cristo se sometió voluntariamente a la muerte en cruz en cumplimiento de la voluntad de Dios y para la salvación de la humanidad perdida. Con su sabiduría habría podido evadir la sentencia, y con su poder habría podido resistirse a ser ejecutado, pero *estaba escrito que así era necesario que el Mesías padeciese* (Lc. 24:46). *Este mandamiento había recibido del Padre* (Jn. 10:18, al final). Por eso, en obediencia a la voluntad del Padre, en la que somos santificados (He. 10:10), *«como un cordero que es llevado al matadero, y como una oveja que delante de sus trasquiladores está muda, tampoco Él abrió su boca»* (v. 7b); de esta forma, se ofreció a Sí mismo en ofrenda y sacrificio por el pecado del mundo.

3. En efecto, Cristo padeció a favor nuestro y en nuestro lugar, lo cual se afirma lisa y llanamente en esta porción.

(A) Es cosa cierta que todos nosotros somos culpables delante de Dios. *Todos hemos pecado y estamos destituidos de la gloria de Dios* (Ro. 3:23). Como lo dice aquí Isaías (v. 6): *«Todos nosotros nos descarriamos como ovejas* (que se marchan del rebaño y no siguen al pastor), *cada cual enfiló* (lit. *puso el rostro) hacia su propio camino»*. Cada ser humano sigue sus propios caminos para pecar, pero *sólo por un camino* (v. Jn. 14:6) puede volver al rebaño. Al pecar, nos hemos extraviado como las ovejas, animal que es incapaz de por sí de volver al rebaño. Éste es nuestro carácter natural; estamos inclinados a apartarnos de Dios y, por nuestras propias fuerzas, somos incapaces de volver a Él. Seguimos nuestro propio camino, y establecemos así nuestra voluntad en oposición a la de Dios, en lo que está la raíz misma de la malignidad del pecado. Estos pecados son precisamente (v. 4) nuestras enfermedades y nuestros dolores.

(B) El Señor Jesucristo *fue destinado a llevar sobre sí la iniquidad de todos nosotros* (vv. 5, 6). Los llevó al madero en nuestro lugar (1 P. 2:24); es decir, fue nuestro sustituto, al hacerse responsable de los pecados de la humanidad y sufrir así el castigo que la Ley infligía a los que la quebrantaban (Gá. 3:13). Al llevar sobre sí las iniquidades de todos nosotros, esa carga fue levantada de nuestros hombros para pasar a los suyos. Para que tal beneficio se aplique a una persona sólo es necesario someterse a la gracia del Evangelio. Sólo se condena el que rechaza el perdón que tal gracia ofrece. Solamente Dios tiene poder y autoridad para poner nuestros pecados sobre los hombros de Cristo, ya que Dios era el ofendido por el pecado y, por otra parte, Cristo fue el único hombre sin pecado propio (2 Co. 5:21). Además, por su condición divina, sus méritos tenían un valor infinito delante del Padre. Que Él se sometió voluntariamente al suplicio se ve por Salmos 40:6–8; Juan 10:18; Hechos 10:5–7, y aun por el versículo 7 de este capítulo, cuya frase inicial puede traducirse así: *«Aunque oprimido, fue sumiso»*.

(C) Al haber tomado, pues, sobre sí nuestra deuda, tuvo que pagarla: Llevó nuestros pecados sobre sí y, por eso, tuvo que llevar sobre sí nuestros dolores y nuestras enfermedades (v. 4); *… fue herido* (v. 5) *por nuestras transgresiones y molido por nuestros pecados»*. Nuestros pecados fueron la causa de las espinas en su cabeza, de los clavos en sus manos y en sus pies, de la lanzada en el costado. Lo mismo hallamos al final del versículo 8*: «… por la rebelión de mi pueblo fue herido»*. La herida que nosotros merecíamos cayó sobre El.

(D) El resultado de esto para nosotros fue paz y curación. Dice así a la letra la segunda parte del versículo 5: *«El castigo de nuestra paz* (es decir, el castigo que nos procuró la reconciliación con Dios y demás bendiciones que ello comporta) *fue sobre Él,* cayó sobre Él, y *por su azotaina,* por los padecimientos que sufrió, *(hubo) curación para nosotros»*. Esto muestra que no fuimos curados automáticamente con sus padecimientos, sino que ellos preveyeron el remedio para todo el que se lo aplique por fe. Una frase parecida, por contraste, hallamos al final del versículo 9, que dice literalmente así: *«y por la rebelión de mi pueblo (hubo) herida para Él»*. Cristo estuvo dolorido, a fin de que nosotros estuviésemos cómodos espiritualmente, al saber que, por medio de Él, Dios nos perdona los pecados. Se habla de *curación,* porque el pecado no es sólo un crimen, sino también una enfermedad, la única enfermedad temible, pues conduce a la muerte eterna. Con sus padecimientos, nos obtuvo el Señor la gracia y el poder del Espíritu para dar muerte a nuestras corrupciones, que son el destemple del alma, y poner nuestras almas en buen estado de salud, a fin de que puedan servir adecuadamente para el honor de Dios y el provecho del prójimo. Al quebrarse en nosotros el dominio del pecado, quedamos fortalecidos contra lo que fomenta la enfermedad.

Versículos 10–12

En los versículos precedentes, el profeta ha testificado de los sufrimientos de Cristo; ahora, predice la gloria que había de seguir.

I. Veamos primero los servicios que prestaron los sufrimientos de Cristo en su estado de humillación. Venid a ver cómo nos amó, según se desprende por lo que hizo a nuestro favor y en nuestro lugar.

1. Se sometió a las demandas de la justicia de Dios (v. 10: *«Jehová quiso* (es decir, tuvo a bien) *quebrantarlo, sometiéndole a padecimiento* (lit. *haciendo que enfermase)»*. Los hombres pensaban que Dios le había puesto así por algún grave pecado que Él mismo hubiese cometido (v. 4). Ahora bien, es cierto que Dios le había herido, pero no por ningún pecado suyo propio, sino por los nuestros.

2. Se sustituyó en lugar de los pecadores en sacrificio por los pecados de éstos (v. 10b): *«Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, etc.»*. Dice Moriarty: «La palabra *asham*, "expiación", es el término técnico para expresar el sacrificio vicario, en el que la víctima sustituye al pecador (Lv. 5:1–19; 7:1–38; 14:1–57)». Él mismo expresó esto (Mt. 20:28) cuando dijo que *había venido a dar su vida en rescate por muchos.* No fuimos nosotros los que le pusimos como sustituto nuestro. Dios fue quien así le puso (Hch. 2:23) y Él aceptó libremente (Jn. 10:18).

3. Él se sometió a lo que para nosotros es el salario del pecado (v. 12): *«… derramó su vida hasta la muerte»*. Como la vida está en la sangre (Lv. 17:11), derramó toda su sangre como en sacrificio de libación; no tuvo en estima su vida, sino que la vertió como si fuese agua, ya que sabía que ése era el precio de nuestra redención (1 P. 1:18–20).

4. Sufrió así *ser contado en el rango de los pecadores* (v. 12c), al mismo tiempo que *intercedía por los transgresores* (v. 12, al final, comp. con Lc. 23:34). No sólo fue condenado como malhechor, sino también ajusticiado en medio de dos malhechores, como si fuese el peor de los tres. Durante su vida fue también contado con los transgresores, pues fue tenido por quebrantador del sábado, por comilón y borracho y por amigo de exactores del censo y de prostitutas. Aquella oración de Lucas 23:34: *«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»,* fue como el lenguaje de su sangre, que no clamaba venganza, sino misericordia (v. He. 12:24).

II. Las gracias y glorias de Cristo en su estado de exaltación. Se promete aquí:

1. Que el Redentor tendrá una descendencia que le sirva y lleve Su nombre (v. 10b): *«… verá descendencia»* (comp. con Sal. 22:30; He. 2:11 y ss.). Los verdaderos creyentes son como la descendencia de Cristo; por eso, se les llama «cristianos», seguidores de Cristo, así como la descendencia de la serpiente son los imitadores de Satanás (v. Gn. 3:15, comp. con Jn. 8:44).

2. Que, para ver *esa descendencia, vivirá por largos días* (v. 10b). Esto implica necesariamente Su resurrección. Porque Él vive, también nosotros viviremos, pues Él es nuestra vida.

3. Que continuará interesándose por los asuntos y el bienestar de su familia. Dice a la letra la segunda parte del v. 10: *«Verá descendencia, prolongará* (sus) *días, y el beneplácito de Jehová prosperará en su mano»*. Cristo no encargará a ningún otro el cuidado de su familia. Los propósitos de Dios tendrán cumplimiento eficaz en las manos de Cristo; no fracasará en su mano nada de lo que Dios quiera (v. Jn. 17:12).

4. Él mismo quedará satisfecho con el fruto de la Cruz (v. 11): *«Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho»*. Quizás pueda entenderse que lo vio de antemano, con lo que habría tenido a la vista el fruto de su sacrificio, al mismo tiempo que tenía a la vista los padecimientos de ese sacrificio. En este sentido puede entenderse Lucas 22:43. En todo caso, lo había de ver en la conversión y salvación de tantos pobres pecadores, que habían de ser las piedras vivas de la Iglesia de Cristo.

5. La frase central del versículo 11 necesita explicación especial: *«Con su conocimiento, mi siervo justo justificará a muchos»* (lit.). La interpretación más obvia de esta frase es que Jesucristo había de poner a muchos en correcta relación con Dios mediante el conocimiento que Él mismo había de impartir de Dios. La revelación final de Dios, llevada a cabo por mediación de Jesucristo (Jn. 1:18; He. 1:2), comporta la salvación y la vida eterna (Jn. 17:3, 6–8, 14, 26), ya que la fe, mediante la cual obtenemos la gracia de la salvación (Ef. 2:8), no es sino la respuesta obediente al mensaje revelado. Por supuesto, el núcleo central del mensaje evangélico es la persona y la obra de Cristo (v. 1 Co. 15:1–4). De ahí que lo de «*su conocimiento»* pueda interpretarse también como «el conocimiento que tenemos de Cristo» (v. Ro. 3:26), *pues por fe es como le conocemos* (v. 2 Co. 5:16; Gá. 2:20). Dice M. Henry: «Fe es el

conocimiento de Cristo, y sin conocimiento no puede haber fe verdadera. Ese conocimiento de Cristo y esa fe en Él, por la que somos justificados, hacen referencia a Él, tanto como a Siervo de Dios, cuanto como a Fiador nuestro. Él mismo es justo y de su justicia todos hemos recibido. Tenemos que conocerle y creer en Él como en quien llevó nuestras iniquidades—nos salvó de hundirnos bajo el peso de ellas al tomarlas sobre sí mismo».

6. Muchas más cosas podrían decirse de este precioso, extraordinario, importantísimo capítulo 53 de Isaías. Permítaseme—nota del traductor—hacer notar dos posibles variantes: (A) En el versículo 11, es probable la versión *«Verá luz»* (en lugar de *«Verá el fruto»*), pues, según Moriarty, «la palabra luz se halla en los LXX y la confirman los dos rollos de Isaías de Qumrán». (B) El versículo 12 comienza en nuestras versiones del modo siguiente: *«Por tanto, yo le daré parte entre los grandes»*. Pero, como hace notar Ryrie, el vocablo hebreo es el mismo del versículo 11, por lo que debería traducirse como lo hace Moriarty: *«Por eso le daré a muchos como parte suya»;* y comenta: «Cual general victorioso, Dios distribuye el botín entre sus soldados. Al Siervo le dará muchos, proporcionalmente a sus esfuerzos. Alusión, tal vez, a 40:9, 10».

CAPÍTULO 54

Del cántico del Siervo Sufriente, pasamos ahora al cántico de la Sion triunfante, con lo que tenemos un empalme con 52:12. I. Regreso de los exiliados a la madre Sion (vv. 1–3). II. Al volver a Dios como una mujer repudiada a su marido, Israel olvidará la vergüenza del pasado en el amor y el gozo de la reunión (vv. 4–6). III. Mientras la ira de Dios es pasajera, Su amor es duradero (vv. 7–10). IV. El esplendor externo y la belleza de Sion en su condición restaurada (vv. 11–14). V. Ninguna acción violenta y ninguna habladuría maliciosa serán efectivas contra Israel, por cuanto su Protector es Dios (vv. 15–17). Nota del traductor: Los epígrafes de esta introducción están sacados de Slotki. M. Henry anda totalmente equivocado al aplicar este capítulo a la Iglesia en su sentido literal pleno. Todo el capítulo se refiere a Israel.

Versículos 1–5

1. Tenemos primero una profecía del regreso de los judíos del exilio de Babilonia, y se habla aquí del crecimiento de la población después que se hayan asentado de nuevo en el país. Jerusalén había estado en ruinas y deshabitada desde el año 587 a. de C. Por eso es comparada (v. 1) a una mujer estéril y a una viuda desolada, a la que ahora se le promete que tendrá hijos abundantes, es decir, que las ruinas de la ciudad serán reparadas y la nueva Sion, lo mismo que el resto del país, volverá a ser habitada.

2. En efecto, la población de la ciudad será tan numerosa, que su espacio habitable tendrá que ser ensanchado considerablemente (v. 2). Esto se expresa bajo la metáfora del nómada del desierto que, ante el considerable aumento de su familia, se ve obligado a extender las lonas de la tienda de campaña en que vive. Se extenderá por todos lados, dice Ryrie, «añadirá pieles, alargará las *cuerdas* y clavará *estacas* más fuertes». El versículo 3 habla de *extenderse a derecha y a izquierda,* pero, como observa Moriarty, «derecha e izquierda son en hebreo sinónimos de sur y norte. Tal vez haya aquí una alusión a la promesa hecha a Jacob de que sus descendientes se extenderían por los cuatro puntos cardinales (Gn. 28:14)».

3. Con esto, se le quitará a Israel *«el oprobio de su viudez»* (v. 4), hasta el punto de que se le olvidará todo lo que ha padecido, ya que Jehová la colmará de bendiciones y consuelos (v. 5), por cuanto ha vuelto a Él que es su Marido: «*Tu marido es tu Hacedor»*. Dice Slotki: «Israel no tiene necesidad de dudar del cumplimiento de la promesa hecha por Jehová de las huestes, el Dios de toda la tierra». También Jesucristo es el Marido y Hacedor de su Iglesia, por quien ella es sacada del cautiverio y de la esclavitud del pecado, que es la peor de las esclavitudes.

Versículos 6–10

El auxilio y el alivio que Dios envió a sus cautivos en Babilonia se predicen aquí como tipo de todos los consuelos y bendiciones que Dios había de dispensar a los suyos en el futuro reino mesiánico, aunque también pueden acomodarse a los creyentes de la dispensación actual.

1. Miremos primero a las pasadas aflicciones y a los favores que Dios dispensó a Su pueblo (vv. 6–8). (A) Cuán triste había sido la situación de Israel: Como mujer abandonada, rechazada por el marido. Incluso los que están desposados con Dios pueden parecer, a veces, abandonados. El símil se explica en los versículos 7 y 8. Cuando Dios tiene por largo tiempo atribulado a Su pueblo, parece como si lo hubiese abandonado. Así ven el caso sus enemigos (Sal. 71:11). Fue *en un arranque momentáneo de ira* (vv. 7, 8) como *abandonó* Dios a Israel y *escondió de él Su rostro* (v. también 57:17). En comparación con lo que Israel se merecía, la ira de Jehová se desató *sólo por un momento,* pues es *tardo en airarse,* pero veloz en mostrar misericordia. (B) Cuán suave es el retorno de Dios a Su habitual misericordia, como se ve en la forma en que reúne de nuevo a Su pueblo y le llena de consuelos y bendiciones, no por mérito alguno de ellos, sino enteramente por Su gracia. Nótese el contraste (v. 7): *«Por un breve momento te abandoné, pero te recogeré con gran compasión».* Y mejor aún en el versículo 8: *«En un arranque de ira escondí mi rostro de ti por un momento; pero con misericordia eterna tendré compasión de ti».* Su ira es *por un momento;* Su amor, *por toda la eternidad.*

2. Miremos luego hacia delante, a futuros peligros y, en desafío a ellos, los favores de Dios aparecen constantes, y Su benignidad se muestra perpetua, porque proviene de *un pacto de paz.*

(A) Este pacto es tan firme como el que juró a Noé cuando le prometió que no volvería a anegar el orbe con un diluvio de agua (v. 9, comp. con Gn. 8:21, 22; 9:11). Y Dios ha guardado este pacto, a pesar de que el mundo ha ido a más en sus provocaciones a Dios, pues le dice ahora a Israel (v. 9b): *«Así he jurado que no me enojaré contra ti, ni te amenazaré».*

(B) Es también más firme que las partes más fuertes de la creación visible (v. 10): *«Pues, aun cuando los montes se aparten y los collados sean sacudidos, no se apartará de ti*—dice Jehová—*mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene compasión de ti»* (comp. con Hab. 3:6). La versión que damos es propuesta como alternativa a la literal por Slotki, pues da mejor el sentido. De cierto, montañas y collados han sido sacudidos a veces por terremotos, pero no hay terremoto que pueda sacudir las promesas de Dios a Su pueblo. Si los amigos de la tierra nos abandonan, el Amigo del cielo no abandona jamás a los que ama. Su pacto es innamovible e inviolable, porque no está fundado en ningún mérito de nuestra parte, sino en la misericordia de Dios que es desde siempre y para siempre.

Versículos 11–17

Dios promete ahora que, además de continuar amando y protegiendo a Su pueblo, le ha de levantar a una prosperidad tan grande cual jamás la ha disfrutado. En el capítulo anterior, teníamos la humillación y exaltación del Siervo-Mesías. Ahora tenemos la humillación y exaltación del Siervo-Pueblo. Si sufrimos con Él, también reinaremos con Él.

I. El lamentable estado en que se había visto el pueblo de Dios (v. 11): *«Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo».* Esta había sido la situación de Israel en el cautiverio babilónico: Empobrecida hasta el extremo de depender enteramente de sus opresores para subsistir, zarandeada por la aflicción, como un navío próximo a ser engullido por las olas del mar; afligida como mujer abandonada, viuda y sin hijos.

II. El glorioso estado que Dios le promete. Cuando el pueblo de Dios se vea afligido y zarandeado, que escuchen a Dios hablándoles con estas palabras de consuelo. *«En toda angustia de ellos, Él también fue angustiado»* (63:9). Les anima aquí con la seguridad de las grandes cosas que va a hacer por ellos.

1. Promesas de Dios que conciernen a la belleza y el honor que Israel va a obtener de su Marido y Hacedor.

(A) Esto se promete bajo un símil tomado de una ciudad reedificada con gran esplendor. Aunque Jerusalén yacía ahora en ruinas, hecha un montón de escombros, será embellecida y aparecerá más espléndida que nunca. Dice literalmente el versículo 11b: *«Mira, voy a asentar tus piedras sobre antimonio, y tus cimientos sobre zafiros».* Comenta Slotki: *«bellos colores,* lit. "antimonio", usado por las mujeres orientales como polvo o ungüento para pintar los ribetes de sus párpados y aumentar así el brillo

de sus ojos (cf. 2 R. 9:30). El ungüento y los ojos podrían representar, respectivamente, el costoso mortero y las piedras finamente labradas». El versículo 12 describe la belleza del resto del edificio mediante la comparación de las piedras más preciosas. Slotki hace notar que el vocablo hebreo con que se expresa lo de *… tus almenas» (o baluartes)* es *shimshothayij,* «lo que denota algo que centellea con los rayos del sol *(shémesh)».* Basta comparar estos dos versículos 11 y 12 con Apocalipsis 21:18–21 para apreciar la semejanza con la Jerusalén Celestial.

(B) Se promete también mediante la descripción de lo que constituye la belleza interior del pueblo de Dios: el conocimiento, la santidad y el amor, la verdadera imagen de Dios, a semejanza de la cual fue creado el ser humano. Éstas sí que son piedras preciosas con las que se comparan los mejores materiales de construcción empleados en la edificación de la Iglesia (v. 1 Co. 3:12), pues hay gloria y belleza interiores: (a) cuando estamos llenos del conocimiento de Dios (v. 13): «Y *todos tus hijos serán enseñados por Jehová»* (comp. con 50:4). Por cierto, cuando el Señor Jesús citó de aquí en Juan 6:45, dijo escuetamente: «Y *serán todos enseñados por Dios»;* (b) cuando vivimos en paz y unidad (v. 13b): «*Y se multiplicará la paz de tus hijos».* El vocablo que las versiones traducen aquí por *«hijos»* tiene aquí distinta puntuación que en la primera parte del versículo, por lo que, como advierte Slotki, no debe leerse aquí *banáyij, tus* hijos, sino *bonáyij,* tus edificadores; (c) cuando reina la santidad, pues ésta es la mayor belleza del pueblo de Dios (v. 14a): *«En justicia serás consolidada».* La reforma de costumbres, la restauración de la pureza, la debida administración de la justicia, el predominio de la honestidad y de la lealtad en el trato mutuo, son la fuerza y la estabilidad de los estados lo mismo que de las iglesias.

2. Aunque ahora estaba en constante peligro, Dios le promete protección y seguridad.

(A) No habrá temores dentro (v. 14): *«Estarás lejos de la opresión,* no sólo del mal, sino del temor del mal. Tampoco habrá luchas fuera. Aunque conspiren contra ellos, no tendrán éxito (v. 15): *«Si alguno conspira contra ti, lo hará sin mí;* es decir (lo más probable), lo hará sin mi consentimiento y, además, fracasará; *el que contra ti conspire, delante de ti caerá».* Mientras haya un diablo que incite, y un perseguidor que odie a Dios y a Su pueblo, han de esperarse alarmas frecuentes, pero tales intentos están abocados al fracaso. Podemos depender de nuestro Dios con la mayor seguridad.

(B) El herrero que hace armas de guerra es criatura de Dios. Dios mismo le ha dado el arte que posee para trabajar en hierro y bronce (v. Éx. 31:3, 4) y fabricar las armas que maneja el destructor (v. 16). La era del hierro es la era de la guerra. Pero *Dios ha creado al herrero* y, por consiguiente, puede atarle las manos a fin de que no prospere el proyecto del enemigo.

(C) Habrá fuerzas armadas (v. 17), pero no podrán hacer nada contra Israel; *no prosperarán,* porque Jehová protegerá a Su pueblo. Cuando no prosperan las armas de guerra, hay *lenguas que se levantan en juicio* y son peores todavía que las armas, pues bien dice el refrán que «más mató la lengua que la espada». Las malas lenguas presentan alegaciones falsas y acusan al pueblo de Dios como a malhechores públicos y enemigos del gobierno de la nación. Esto es lo que hicieron los enemigos de los judíos, a fin de incitar a los reyes de Persia contra ellos (Esd. 4:12; Est. 3:8). Pero estas lenguas malvadas serán silenciadas *si hacemos el bien* (v. 1 P. 2:15).

(D) *«Esta es la herencia de los siervos de Jehová»* (v. 17b), pues los siervos de Jehová son hijos Suyos. Dios da por heredad el cumplimiento de Sus promesas a los que tienen por heredad el cumplimiento de Sus preceptos (Sal. 119:111). Todo esto tendrá pleno cumplimiento en el Milenio.

CAPÍTULO 55

En este capítulo tenemos la oferta de salvación que Dios hace a todos los que estén dispuestos a escucharle. I. Invitación a todos a que vengan a tomar los beneficios del Evangelio (vv. 1–5). II. Exhortación al arrepentimiento y a la reforma de vida (vv. 6–9). III. Eficacia de la Palabra de Dios (vv. 10, 11). IV. Alegre retorno final de los judíos a su tierra, que florecerá con las bendiciones del reino milenario (vv. 12, 13).

Versículos 1–5

I. Aunque todo este capítulo se dirige, en su sentido literal histórico, a Israel, bien puede servir de hermoso mensaje evangelístico para todos. Al seguir, pues, esta aplicación universal, podemos ver:

1. Quiénes son invitados (v. 1): *«Todos los sedientos».* En ese *todos* podemos incluir, no sólo a los judíos, sino también a los gentiles, a los pobres, los cojos, los mancos, los ciegos, etc., que van por las encrucijadas de los caminos de la vida. Los ministros de Dios han de presentar a todos la oferta general de salvación. El Evangelio no excluye sino a los que se excluyen a sí mismos.

2. Cuál es la cualificación que se requiere: Estar *sedientos.* Quienes están satisfechos con el mundo, sus placeres y sus comodidades, no están sedientos, porque no reconocen su necesidad. Tampoco los que dependen de sus propios méritos y esfuerzos. Para ser salvo es menester sentirse perdido. Pero todos los que están sedientos, insatisfechos, son invitados a *venir a las aguas* (comp. con Jn. 4:14; 7:37; Ap. 21:6b; 22:17b). Cuando Dios da Su gracia, da primero sed de ella; y, una vez que ha dado esta sed, da también la gracia (Sal. 81:10).

3. Adónde se les invita: A *las aguas,* lo que equivale a invitarlos a Cristo, pues las fuentes de la salvación fueron abiertas en el Calvario. Allí fue herida la Roca de la que brotaron dichas aguas.

4. Qué se les manda hacer: (A) *«Venid y comprad.* No estéis perplejos ante los términos de la transacción, pues es altamente beneficiosa». (B) *«Venid y comed;* no sólo veréis satisfecha vuestra sed, sino que también saciaréis vuestro apetito».

5. Cuál es la provisión que se les ofrece: *«Vino y leche»,* que no sólo apagan la sed (también el agua podría hacerlo), sino también nutren el cuerpo y reavivan los ánimos. Cristo supera todas nuestras expectaciones. Se nos invita a venir a las aguas, y luego se nos ofrece vino y leche, que abundaban principalmente en la tribu de Judá. El *agua* es, en la Biblia, símbolo de la Palabra de Dios; en el Antiguo Testamento, esa palabra está especialmente en la *Torah,* en la Ley como instrucción; en el Nuevo Testamento, está principalmente en el mensaje del Evangelio y en la gracia que dicho mensaje comporta. Dice Slotki que el vocablo hebreo para «comprar» significa, de ordinario, «comprar grano» (v. Gn. 42:2).

6. A qué precio se ofrece esa provisión: ¡Gratis! *«sin dinero y sin precio».* El *comprar sin dinero* insinúa: (A) Que los dones ofrecidos no tienen precio, pues su valor excede a todo precio. (B) Que quien los ofrece no tiene necesidad de nosotros ni de ninguna cosa que podamos darle a cambio. (C) Que las cosas ofrecidas han sido ya compradas y pagadas, no con dinero, sino con la sangre preciosa de Cristo (1 P. 1:19). (D) Que seremos bienvenidos a los beneficios de la promesa y debemos reconocer que, si Cristo en los cielos es nuestro, eternamente le seremos deudores por su gracia libremente otorgada.

II. Se nos urge insistentemente a aceptar esta invitación.

1. Se nos exhorta a escuchar atentamente lo que Dios nos propone (v. 2): *«Oídme atentamente ...».* Y de nuevo (v. 3): «*Inclinad vuestro oído ... oíd».* Como si dijese: «Os conviene escuchar con diligencia, a fin de que podáis nutriros abundantemente y vivir eternamente».

2. Los argumentos usados para persuadirnos.

(A) El daño indecible que nos hacemos a nosotros mismos si rechazamos esta invitación (v. 2): *«¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan,* cuando podríais tener conmigo vino y leche sin dinero? *¿Por qué gastáis vuestro jornal,* el esfuerzo de vuestras labores y el salario de esas labores, *en lo que no sacia,* puesto que no es nutritivo?» Las cosas de este mundo *no son pan,* no son alimento apropiado para el alma. Los mundanos gastan su dinero y su esfuerzo en estas cosas inciertas y que *no sacian,* no satisfacen.

(B) El bien inefable que nos hacemos a nosotros mismos si aceptamos esta invitación (v. 2b): *«Oídme atentamente, y comed de lo bueno,* de lo que es espiritualmente sano y agradable al paladar del alma piadosa». La palabra y las promesas de Dios, una buena conciencia y los consuelos del Espíritu Santo son una continua fiesta para los que escuchan con atención y obediencia al Señor Jesucristo. Con esto nos aseguramos felicidad duradera (v. 3): *«Oíd y vivirá vuestra alma».* Además, serán nuestras *las promesas misericordiosas y firmes que Dios hizo a David con pacto eterno.* Respecto de lo cual, bueno será tener en cuenta lo siguiente:

(a) El pacto de 2 Samuel 23:5, que se especifica detalladamente en 2 Samuel 7:8–16, concernía a la dinastía de David (comp. con Sal. 89:26, 27, 30–33), pero aquí se conecta (vv. 3b–5) con la misión universal, evangelística, de Israel, y no se dice ni una palabra del pacto del Sinaí.

(b) La dinastía de David adquiere su «perpetuidad» en el Mesías (v. Lc. 1:32, 33). Esto se confirma por Hebreos 1:5, donde el autor de *Hebreos* aplica a Jesucristo lo que, en 2 Samuel 7:14, Jehová refiere a

Salomón (comp. con 2 Cr. 6:42). Si a esta transferencia unimos otra (Mt. 2:15, al final, comp. con Os. 11:1), veremos que Jesucristo, el Siervo-Mesías, se hace Mediador y Fiador del «pacto eterno» (v. He. 8:6–13) y toma aquí la representación de Israel, el Siervo-Pueblo. Por eso, vemos en Juan 1:14, 17, que Jesús nos trajo *la gracia y la verdad,* binomio que corresponde al del Antiguo Testamento *misericordia y fidelidad,* y que aparecen en el hebreo al final del versículo 3 de esta porción. Véase también 2 Corintios 1:20.

III. En efecto, Jesucristo es presentado, bajo el tipo de David (v. 4), como el que hará buenas todas las promesas que vemos en los versículos 1–3, y a las que se nos invita que aceptemos. Jesús es el David de las promesas misericordiosas y firmes del pacto eterno de Dios. No hay nada en nosotros que merezca tales favores, pero Cristo es el don inefable de Dios (2 Co. 9:15). Nosotros no sabemos hallar el camino a las aguas de que aquí (v. 1) se habla, pero Cristo es un *guía* (v. 4b), o *príncipe* (v. 2 S. 7:8, donde se aplica a David el término *naguid* que vemos aquí) que conduce a esas aguas. Nosotros no sabemos qué hacer, pero Cristo es también el *general* que nos muestra lo que hay que hacer y nos capacita también para ello. Cristo es un *jefe* con sus preceptos y un *guía* con su ejemplo; nuestro deber es obedecerle y seguirle.

IV. Una vez que se ha establecido el Amo y Director de la fiesta, y se ha puesto la mesa, sólo queda que entren los invitados, quienes son aquí (v. 5) los gentiles: *«Mira, llamarás a una nación que no conociste, y una nación que no te conocía correrá a ti, a causa de Jehová tu Dios y del Santo de Israel, porque te ha glorificado»* (lit.). Como advierte Slotki, el singular «nación» equivale a «muchas naciones». El verbo «conocer», en ambos casos, indica que, entre Israel y las naciones de la gentilidad, no había comunión ni aun comunicación normal, ya que el pueblo escogido debía mantenerse alejado de la influencia nefasta de las naciones gentiles, idólatras y corrompidas. Pero aquí Israel va a *llamar* (es decir, a tener una influencia espiritual decisiva sobre) *a las naciones* de la gentilidad. Israel dictará a las naciones su enseñanza y su ley, lo cual apunta claramente al reino mesiánico futuro, aunque ya fue desde Israel desde donde la Iglesia recibió el Evangelio, esto es, el testimonio apostólico sobre Cristo.

Versículos 6–13

Vemos ahora que las bendiciones prometidas en el pacto eterno de gracia ponen a prueba a los que tienen sed de las aguas vivas, y señala las condiciones indispensables, antes de anunciar las bendiciones que se han de dispensar.

I. La oferta gratuita de perdón, paz y felicidad, hecha a los pobres pecadores, se ajusta a los términos señalados en el Evangelio (vv. 6, 7).

1. Han de ejercitar la fe, y buscar suplicantes al que puede oírles y salvarles (v. 6): *«Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano».* La importancia de esta exhortación se echa de ver, no sólo porque en ella entra en juego nuestra eterna salvación o condenación, sino también por las abundantes referencias que a ella se hace en otros lugares (v. 45:19, 22; 49:8; 58:9; 65:24; Sal. 32:6; Am. 5:6, además de otras similares como Mt. 5:25; Lc. 13:25; Jn. 7:34; 2 Co. 6:2; He. 3:13). Dios está siempre cercano, atento a cualquier llamada de fe y oración. El que le invoca, halla salvación. Ahora es el tiempo aceptable; busquémosle, pues Su paciencia nos espera, Su Palabra nos invita, y Su Espíritu contiende con nosotros.

2. Han de arrepentirse, cambiar de mentalidad y de conducta, para que sus pecados les sean perdonados (v. 7). Hay aquí una llamada a los inconversos, *al impío y al inicuo,* al que no tiene temor de Dios y al que no respeta al prójimo; a ellos va este mensaje de salvación, con la seguridad de que los pecadores arrepentidos hallarán a un Dios perdonador. El arrepentimiento incluye dos aspectos complementarios: (A) Arrepentirse es dejar el pecado. Es menester que haya un cambio de mentalidad; el inicuo ha de *abandonar sus pensamientos.* El arrepentimiento verdadero ataca a la raíz, y limpia de maldad el corazón. Debemos cambiar el juicio que abrigamos sobre personas y cosas, desalojar las imaginaciones corruptas y los falsos pretextos bajo los que se cobija a sí mismo el corazón no santificado. (B) Arrepentirse es *volverse al Señor,* contra el que nos hemos rebelado; volver a Dios, que es la fuente

de la vida. Si así lo hacemos, *Dios tendrá compasión de nosotros,* pues *es amplio en perdonar*. También puede traducirse: *«Porque multiplicará el perdón»,* así como nosotros hemos multiplicado el pecado.

II. Se nos anima a aceptar esta oferta y a jugarnos el alma en ella.

1. Si miramos al cielo, hallamos allí los pensamientos y los caminos de Dios (Sus propósitos y Sus actuaciones) a distancia infinita sobre los nuestros (vv. 8, 9). Al inicuo se le urge a dejar sus malvados pensamientos y caminos (v. 7) y a poner sus pensamientos y sus caminos en línea con los de Dios, pues Dios dice: *«Mis pensamientos y mis caminos no son como los vuestros»*. Los vuestros están dirigidos a las cosas de abajo; los míos están muy por encima, *tanto como el cielo está sobre la tierra;* y si os tenéis por verdaderos penitentes, los vuestros deben estar también puestos en las cosas de arriba (Col. 3:2). Los pecadores pueden estar inclinados a temer que Dios no esté reconciliado con ellos, por haberle ofendido tanto y tan frecuentemente. Pero Dios les dice: «Mis pensamientos en este punto no son como los vuestros, sino tan por encima de ellos como los cielos están sobre la tierra». Pensamos que Dios está más presto a tomar ofensa que a otorgar perdón—que, si ha perdonado una o dos veces, ya no nos va a perdonar más—. Pedro pensó que ya era mucho *perdonar siete veces* (Mt. 18:21), pero Dios siempre sale misericordioso y perdonador al encuentro de los pecadores que vuelven arrepentidos. Nosotros perdonamos, pero no podemos olvidar; en cambio, cuando Dios perdona el pecado, también lo olvida.

2. Si miramos abajo, a la tierra, hallamos allí la Palabra de Dios poderosa y eficaz (vv. 10, 11). *Dios dice a la nieve: Desciende a la tierra; y a los aguaceros: Lloved fuerte* (Job 37:6). La lluvia y la nieve (v. 10) no vuelven al cielo, sino que riegan la tierra, a fin de que de fruto: no sólo *pan al que come,* sustento continuo para el dueño y su familia, sino también *semilla al que siembra,* para que pueda haber alimento suficiente al año siguiente. El labrador tiene que ser buen sembrador así como es buen comedor, de lo contrario, pronto verá el fin de cuanto tiene y se verá a sí mismo llegado al fin de lo que es. Así ocurre (v. 11) con *la palabra de Dios: no vuelve al cielo de vacío, sino que cumple el propósito para el que Dios se ha complacido en enviarla.* Y así como la nieve y la lluvia riegan la tierra para que de fruto material, así también la Palabra de Dios riega el alma para que produzca fruto espiritual. Comenta atinadamente Trenchard: «En primer lugar, aquí *la palabra* equivale al decreto divino en cuanto a la bendición de Israel, pero todos los términos pueden aplicarse igualmente al mensaje del Evangelio, que resulta en la gloria y la bendición de la Iglesia». La venida de Cristo, el Verbo de Dios, a la tierra, como el rocío del cielo (Os. 14:5), no será en vano.

3. Los versículos 12 y 13 contemplan «el pacífico y gozoso regreso del exilio, lo cual es el propósito de la *palabra* de Dios, mencionada en el versículo precedente» (Slotki). *«Saldréis con alegría*—dice Jehová a los exiliados de vuestro cautiverio en Babilonia, y *con paz seréis conducidos* de nuevo a vuestro país» (v. 12a). Dice Moriarty: «En el segundo éxodo, hasta la naturaleza se asociará a la alegría que todos sentirán», pues vemos aquí (v. 12b) a *los montes y collados prorrumpiendo en cánticos de júbilo delante de los que regresan, y a todos los árboles del campo dando palmadas de aplauso.* La tierra volverá, en cierto modo (v. 13), a la condición que tenía antes de que Dios la maldijera como efecto del pecado de nuestros primeros padres (comp. con Gn. 3:17, 18). Dice Trenchard: «Los hermosos versículos 12 y 13 tienen su sentido literal en relación con las bendiciones del Milenio, pero la obra de Dios siempre tiende a convertir el árido desierto en florido vergel, sea en el sentido material o espiritual». En este sentido espiritual M. Henry hace las siguientes aplicaciones: «Sin duda, se refiere (lo de *"con alegría saldréis, y con paz seréis conducidos")* a algo más (que lo del éxodo de los judíos de la cautividad—los paréntesis son del traductor—). Esto será *por señal eterna,* es decir: (A) El rescate de los judíos al salir de Babilonia será una ratificación de las promesas que se refieren a los tiempos del Evangelio. (B) Será una representación de las bendiciones prometidas y una figura de ellas. La gracia del Evangelio pondrá en libertad a los que estaban bajo la esclavitud del pecado y de Satanás … Producirá un gran cambio en el carácter de los hombres. Los que eran como zarzas y ortigas, que no sirven sino para el fuego, se tornarán útiles y de gracioso talante como el ciprés y el mirto. El surgir de agradables árboles en lugar de eso otro, significa la retirada de la maldición de la ley, y la introducción de las bendiciones del Evangelio. El pacto de gracia es un pacto eterno; porque sus presentes bendiciones son signos de las eternas». Como puede verse, el aspecto milenario de estos versículos le pasó desapercibido a M. Henry.

CAPÍTULO 56

En este capítulo tenemos: I. La recompensa prometida a los que guardan el pacto de Dios, cualesquiera sean la raza, el lugar o la condición social de que procedan (vv. 1–8). II. Una grave acusación contra los atalayas de Israel, que no se preocupaban del desempeño de sus obligaciones (vv. 9–12).

Versículos 1–2

Cuando Dios se acerca a nosotros por el camino de la misericordia, debemos salirle al encuentro por el camino del deber.

1. Nos declara Dios aquí (v. 1) sus intenciones misericordiosas hacia nosotros: «*Mi salvación está a punto de llegar*»—la gran salvación llevada a cabo por Jesucristo y tipificada aquí en la salvación de los judíos, ya sea de las manos de Senaquerib o de las manos de los caldeos—. En sentido literal histórico, ésta no es la salvación que se obtiene al recibir la gracia de la justificación mediante la fe, sino la que se promete a los que *practican la justicia.*

2. Es tenido *por feliz* (v. 2) *el hombre* (todo hombre, no sólo el judío) *que obra así;* especialmente, *el que guarda el sábado y no lo profana.* Dice Ryrie que aquí (vv. 1, 2) se contiene «una admonición a Israel para que mantenga un buen testimonio, tanto a su regreso del exilio de Babilonia como en la era del reino». Moriarty, por su parte, comenta así: «La observancia del sábado, única institución israelita mencionada en el decálogo, fue de gran importancia para la comunidad post-exílica. Como escribe Msgr. Kissane: "(durante el destierro) fue ésta la única prescripción de la ley mosaica por medio de la cual podían los judíos prestar homenaje al verdadero Dios. De ahí es que la observancia del sábado llegó a ser la marca del verdadero israelita"».

3. También es tenido por feliz (v. 2, al final) «el *que guarda su mano de hacer nada malo»,* esto es, que desagrade a Dios, haga daño al prójimo y perjudique al propio sujeto. La mejor evidencia de haber guardado bien el sábado cristiano es guardar una buena conciencia durante toda la semana. Quedará manifiesto que hemos estado con Dios en el monte si nuestro rostro brilla en una santa conducta ante los hombres.

Versículos 3–8

El profeta está aquí, en nombre de Dios, animando a los que se adherían a Jehová pero estaban bajo grandes desalientos. 1. Algunos se desanimaban porque no eran de la descendencia de Abraham (v. 3): «Y *el extranjero que se ha unido* (mejor que *"sigue") a Jehová no hable diciendo: Me separará ciertamente Jehová de su pueblo».* Al ser gentiles, ajenos a los pactos de la promesa, temían que Dios no les admitiría a las bendiciones del reino. 2. Otros estaban desanimados porque no podían ser padres en Israel. El eunuco decía (v. 3b): *«He aquí, yo soy un árbol seco».* Pensaba que no era de ningún provecho porque no podía tener hijos. A esto se añadía la prohibición que pesaba sobre ellos: no podían ser admitidos al sacerdocio (Lv. 21:20) ni en la congregación misma de Israel (Dt. 23:1). Pero Dios no los iba a excluir del reino mesiánico futuro, ni siquiera de la Iglesia, donde serían sacerdotes espirituales. En esta porción se da ánimo:

1. A los que no tienen hijos propios, aunque tenían el honor de ser hijos del pacto, y habían de ser admitidos en la Iglesia y en el Reino.

(A) Nótese la buena condición bajo la cual se les describe (v. 4): *Guardan los sábados de Jehová,* como se les había mandado que los observasen, *escogen lo que Jehová quiere,* que es siempre lo mejor, y *se mantienen firmes en el pacto de Jehová,* al ofrecerse libre y sinceramente a tener a Jehová por su Dios. El verbo hebreo indica asirse fuertemente del pacto, como se asiría un criminal de los cuernos del altar al huir allá para buscar refugio. En el pacto nuevo hallamos nosotros refugio para escapar de una segura condenación.

(B) Si cumplen con estas condiciones, aunque no formen una familia, les dice Dios (v. 5): «*Yo les daré lugar en mi casa, y dentro de mis muros un monumento* (el mismo vocablo de 2 S. 18:18), es decir, memorial y *un nombre mejor que el de hijos e hijas».* Pertenecer a la familia de Dios en los cielos supera

con mucho al honor de tener una familia numerosa aquí en la tierra. Un lugar y un nombre dan reposo, fama y prestigio. Aunque no tengan hijos que les alegren la casa, Dios mismo les será por lugar y por nombre: *«Nombre perpetuo les daré, que nunca perecerá»*.

2. A los que son hijos de extranjeros:

(A) Se les promete (vv. 6, 7), bajo las mismas condiciones que a los eunucos (v. 6), que los admitirá Dios *en Su santo monte* (v. 7), es decir, en el Templo, donde serán aceptos a Dios sus sacrificios lo mismo que sus oraciones. Que traigan los israelitas, al volver del exilio, cuantos puedan de sus vecinos gentiles, y Dios hallará para ellos suficiente lugar en su casa. Las condiciones para su admisión son: (a) Que abandonen sus falsos dioses; (b) que se unan a Jehová como a su único Dios y Dueño Soberano; (c) que *amen el nombre de Jehová*, a fin de adherirse a Él, honrarle y servirle como es debido.

(B) Se promete también que multitudes de gentiles serán admitidas también en el pacto (v. 8), como serán admitidas en el templo (v. 7b): *«Porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos»,* frase que el Señor Jesús citó en Mateo 21:13; Marcos 11:17; Lucas 19:46. Este universalismo puede verse también en 60:1–14 y 66:18, 19. Nótese: (a) Que no la llama casa de sacrificio, sino casa de oración. (b) Que será casa de oración, no sólo para los judíos, sino también para todos los pueblos (comp. con Hch. 10:35). Se había declarado una y otra vez que *al extranjero que se acercase se le había de dar muerte*, pero ahora (en la Iglesia como en el Reino) los gentiles *ya no serían extranjeros ni advenedizos* (Ef. 2:19). La fraseología misma del v. 8b se parece mucho a la del Señor Jesús en Juan 10:16: *«También tengo otras ovejas que no son de este redil, etc.»*.

Versículos 9–12

De las palabras de consuelo pasa el profeta ahora a las palabras de reprensión, que se prolongarán en los tres capítulos siguientes. Había asegurado al pueblo que, a su debido tiempo, Dios los libraría de la cautividad. Ahora les muestra cuáles son sus pecados y sus provocaciones; especialmente, de los líderes del pueblo.

1. Comienza el profeta esta nueva sección (v. 9) invitando, con amarga ironía, *a todas las bestias del campo, y a todas las fieras del bosque, que vengan a devorar* «a las ovejas indefensas, pues sus pastores las habían dejado sin protección» (Slotki). Algo parecido hallamos en Jeremías 12:9b y Ezequiel 34:8.

2. La razón de los juicios que se pronuncian contra los líderes del pueblo. Estos pastores, que deberían ser los centinelas del rebaño, no se preocupaban de las ovejas: estaban *ciegos,* pues no veían la diferencia entre lo que era bueno y lo que era malo para el rebaño y, en su *ignorancia,* no hablaban lo recto para reprender a los que obraban mal, lo cual se expresa bajo la metáfora de *«perros mudos,* que *no pueden ladrar»*. Esto va dirigido a todas las clases dirigentes: profetas, sacerdotes y magistrados de la nación. También tiene aplicación a todos los ministros de Dios, predicadores de la Palabra (v. 2 Ti. 3:16, 17). Del vocablo *hozim*, delirando, dice Slotki: «Sólo se encuentra aquí y tiene un paralelo en árabe al describir la forma en que habla un enfermo que delira. Puede notarse que el vocablo es casi idéntico con *jozim* (videntes); quizás hay aquí un intencionado juego de palabras».

3. Continúa (vv. 10b–12) la descripción del malvado carácter de estos líderes: (A) Eran holgazanes: *«amigos de dormir»*. (B) Codiciosos, lo que se compara al hambre canina: «Y *esos perros comilones son insaciables»*. Todo su interés estaba centrado en lo que podían obtener, no en lo que debían hacer: *«Cada uno busca su propio provecho, cada uno por su lado»*. Aunque sus opiniones y sus métodos eran diferentes, en una cosa estaban de acuerdo: en obtener más y más. (C) Nunca estaban mejor en su elemento que cuando *se emborrachaban* (v. 12) *de vino y de licor fuerte.* Con este mal ejemplo, invitaban al pueblo a embriagarse también como ellos, pues ¿cómo podía pensar el pueblo que obraba mal, cuando los líderes les marcaban la pauta de esta manera? (D) Estaban confiados en que podían continuar por mucho tiempo con este tren de vida (v. 12b): «*Y será el día de mañana como éste, o mucho más excelente»*.

CAPÍTULO 57

El profeta hace sus observaciones: I. Con base en la muerte de las personas piadosas (vv. 1, 2). II. Con base en la grosera idolatría y en la fornicación espiritual de que eran culpables los judíos, por lo que atraían sobre sí los juicios de Dios (vv. 3–12). III. Con base en la constante misericordia de Dios hacia Su pueblo para poner fin al cautiverio que sufrían y restablecer su antigua prosperidad (vv. 13–21).

Versículos 1–2

El profeta había condenado a los atalayas de Israel por su ignorancia y corrupción; aquí muestra la general estupidez e insensibilidad del pueblo. Vemos aquí:

1. La providencia de Dios al reiterar de este mundo a los piadosos (v. 1): *«Perece el justo»* «bajo el desgobierno y la apatía de los líderes de la nación» (Slotki). La piedad no exime de la muerte. La rectitud nos libra del aguijón de la muerte, pero no del golpe de su guadaña. Los que menos se pueden escatimar son, con frecuencia, los que más pronto desaparecen. Vemos árboles sanos y fructíferos cortados por la muerte, mientras otros secos y estériles *inutilizan la tierra* (Lc. 13:7).

2. El desinterés del mundo al menospreciar tales providencias: «*… y no hay quien piense en ello … y no hay quien considere* (mejor que *"entienda") …».* Hay muy pocos que lamenten la pérdida de un justo como un mal público, y menos todavía los que lo tomen como una advertencia para todos. Los niños, cuanto más pequeños son, menos lamentan la muerte de sus padres, porque no se dan cuenta de la pérdida que para ellos significa tal muerte.

3. La felicidad de los piadosos que así son sacados de este mundo malvado (vv. 1b, 2): «*… de delante de la aflicción es recogido el justo. Entra en la paz; descansan en sus lechos todos los que andan rectamente».* Al llegar el diluvio, son recogidos en el Arca; y cuando la ira de Dios se cierne sobre el mundo, son retirados de él los que cubrían la brecha para apartar los juicios de Dios. Señal es de que Dios intenta la guerra cuando llama a casa a Sus embajadores. Nótese que el justo, al morir, *entra en la paz* (v. Job 3:13) y *descansa en su lecho* como quien duerme.

Versículos 3–12

Aquí se presenta una justa acusación contra la malvada generación de la que los justos son removidos, porque el mundo no era digno de ellos (He. 11:38).

I. Los epítetos con que se les designa (v. 3): *«Hijos de la hechicera (o de la bruja), linaje del adúltero y de la fornicaria».* El pecado es como brujería y adulterio, pues es apartarse de Dios y seguir al diablo. *«Llegaos acá,* dice el profeta al comienzo del versículo 3, y os leeré la sentencia (v. 4b): *¿No sois vosotros hijos de transgresión y simiente de falsedad?»* (lit.).

II. Los pecados concretos de que se les acusa.

1. Burlarse de Dios y de Su Palabra. Eran una generación de burlones (v. 4): *«¿De quién os estáis burlando?* Pensáis que es solamente de los pobres profetas, a los cuales despreciáis y maltratáis, pero en realidad es de Dios mismo, cuyo mensaje profieren ellos». Torcer el rostro, *abrir la boca y sacar la lengua* (v. 4), como hacían estos burlones, eran ya gestos de insulto y desprecio, como lo son ahora.

2. Idolatría. Éste era el pecado del que los judíos eran más notoriamente culpables antes de la deportación a Babilonia; pero aquel exilio los curó de él. Abundaba tal pecado en tiempos de Isaías, como lo testifican las abominables idolatrías de Acaz (al que algunos piensan que el profeta se refiere aquí en particular) y de Manasés.

(A) Tan enamorados estaban de sus ídolos que *«ardían de lujuria* (v. 5) *entre los terebintos* (lit.), *bajo cualquier árbol frondoso»,* al aire libre y en la sombra (v. Os. 4:13 y ss.). «La inmoralidad sexual formaba parte de los ritos idolátricos» (Slotki).

(B) Eran bárbaros y crueles hasta ser desnaturalizados en el culto que tributaban a sus ídolos, pues (v. 5b) *sacrificaban a sus hijos en los valles, debajo de las hendiduras de las rocas* (lit.), lugares oscuros y apartados, los más adecuados para tales obras de las tinieblas.

(C) Eran insaciables en sus idolatrías:

(a) Tenían dioses en los valles, cerca de las aguas (v. 6): *«En las piedras lisas del valle está tu porción; ellas, ellas son tu suerte».* Dice Slotki: «Las piedras sin valor alguno son contrastadas con la

grandeza de Dios, quien era la *suerte* del Israel leal (cf. Sal. 16:5; 119:57; 142:6)». Si veían una piedra finamente alisada, le rendían culto en seguida (v. 6b): «… *y a ellas derramaste libación y ofreciste oblación* (lit.), como si esas deidades falsas te hubiesen dado la comida y la bebida».

(b) También tenían dioses en los montes y collados (v. 7): *«Sobre monte alto y empinado pusiste tu cama,* esto es, un altar que fuese el lecho de tus impurezas; *allí también subiste a ofrecer sacrificio».* Como dice Slotki, «la imagen del *lecho* está insinuada por la estrecha relación entre idolatría e inmoralidad».

(c) Como si todo esto no fuese bastante, tenían también dioses familiares, los *lares y penates* de los romanos (v. 8). El propio rabino Slotki declara que esta porción (vv. 8 y ss.) es difícil: «Hallamos aquí no sólo dificultades de sintaxis, sino también alusiones oscuras». La versión (y paráfrasis) más probable del v. 8 es la siguiente: «Y *detrás de la puerta y de las jambas pusiste tu emblema* (figura erótica de una deidad pagana—v. Ez. 16:17—), *porque apartándote de mí te descubriste y subiste* (a los lugares altos mencionados en el versículo 7) y *ensanchaste tu cama, y te hiciste pacto con ellos* (para cohabitar con ellos—lo más probable, a la vista de la frase que sigue—) y *amaste la cama con ellos cuando veías su mano* (es decir, el gesto de su mano)». Slotki entiende aquí «la señal de invitar con el dedo». Otras versiones entienden (y a mi juicio—nota del traductor—es más probable) que se trata del órgano genital masculino. En todo esto se ve—de ahí la oscuridad de las expresiones—la suma delicadeza con que la Palabra de Dios trata este tema tan escabroso. No hay duda de que estamos ante la prostitución sagrada masculina, corriente entre los idólatras de Canaán.

3. Otro pecado del que se les acusa es confiar en la ayuda de extraños y entablar amistad con los poderes paganos y con sus deidades (v. 9): «Y *fuiste al rey con ungüento»,* donde el vocablo *mélek,* rey, es una referencia a Mólek o Mólok, deidad pagana, cuyo culto «se caracterizaba por ritos orgiásticos que culminaban en el sacrificio de un niño» (Moriarty). Allá iban con ungüentos y perfumes, ya fuese para embellecer su propio rostro y aparecer así más dignos de la amistad de Mólek o, más probable, como presentes que ofrecían a la deidad. Y a donde no podían llegar ellos, *despachaban sus embajadores* en busca de deidades extrañas, y les hacían consultar incluso a los dioses del abismo (hebr. *sheol),* y ejercitar la nigromancia (v. 8:19).

III. Circunstancias agravantes de estos pecados.

1. Habían quedado decepcionados de estos procedimientos en otras ocasiones y, no obstante, continuaban sin convencerse de la necedad e inutilidad de tales métodos (v. 10): *«Te cansaste de tanto caminar, pero no dijiste: Me rindo, etc.».* Quienes olvidan la única senda recta y segura, se pierden por mil atajos que ellos mismos habían descubierto.

2. Aunque estaban convencidos de que el camino que seguían era un camino de pecado, no podían ser persuadidos a arrepentirse de él, por cuanto habían hallado en él cierto placer y hasta prosperidad material (v. 10b): *«Hallaste nuevo vigor en tu mano* (es decir, a tu disposición); *por tanto, no te desalentaste».* Éstos eran también los sentimientos de Efraín cuando decía: *«Ciertamente me he enriquecido; he hallado riquezas para mí»* (Os. 12:8). La prosperidad en medio del pecado es un gran obstáculo para convertirse del pecado.

3. A causa de sus pecados, se habían portado muy indignamente con su Dios, pues daban a entender que la razón por la que le habían dejado era por ser demasiado terrible para ellos; era mejor—pensaban—tener otros dioses más accesibles y familiares. «Pero—dice Jehová (v. 11), *¿de quién te asustaste y temiste, para ser desleal?, etc.».* El sentido de estas frases es más bien—nota del traductor—que «tenían miedo de los ídolos que derriba el viento (v. 13), y no lo tenían de Dios, cuya Ley despreciaban» (Moriarty).

4. El silencio paciente de Dios les había incitado a rebelarse más y más contra Él (v. 11b): *«¿No es porque he guardado silencio desde tiempos antiguos, por lo que nunca me has temido?»* Se habían endurecido en el pecado por la paciencia con que Dios los había aguantado.

IV. Viene, pues, la resolución de Dios de llamarlos a cuentas (v. 12): *«Voy a declarar tu justicia (irónicamente,* pues era una pretensión de justicia) *y tus obras, que no te aprovecharán».* Como si dijese: «Lo mismo de que te jactas se tornará para ti en confusión, pues de nada te va a servir lo que haces».

Versículos 13–16

I. Dios muestra ahora cuán insuficientes eran los ídolos y, en general, toda criatura, para venir en auxilio de los que les rendían culto (v. 13): *«Cuando clames* en medio de la aflicción y pidas socorro, *que te libren todos tus ídolos,* toda esa colección de deidades que has acumulado y en las que has puesto toda tu confianza; pero ¿qué ayuda pueden prestarte? A *todos ellos se los llevará el viento;* no son otra cosa que tamo liviano, y como a tamo *los arrebatará un soplo».*

II. Les muestra también que en Él hay suficiencia, todosuficiencia (v. 13b): *«Mas el que en mí confía poseerá la tierra y heredará mi santo monte».* Quien pone su confianza en Dios, y sólo en Dios, será dichoso en cuerpo, alma y espíritu, en este mundo y en el otro. Los que confían en la providencia de Dios, toman el mejor camino para asegurar sus más sagrados intereses. En particular:

1. Los cautivos que confían en Dios, serán puestos en libertad (v. 14): *«Entonces se dirá,* por boca de los ministros de Dios: *¡Construid, construid! ¡Despejad el camino! ¡Quitad el tropiezo del camino de mi pueblo!»* (lit.). «Despejar el camino» significa «retirar las malas inclinaciones del corazón, que bloquean el paso de la redención» (Slotki). Solamente Dios puede salvar, pero es menester que el pecador se arrepienta de sus pecados.

2. En efecto, *el que es de espíritu contrito y humilde será vivificado* (v. 15b). La gloria de Dios se manifiesta aquí esplendorosamente:

(A) En toda su grandeza y majestad: «Lo *dice* (v. 15) *el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo».* No hay criatura como Él, nada puede comparársele. Las expresiones indican Su dominio soberano sobre todas las cosas y el incontestable derecho que tiene a dar leyes a todos y pedir cuentas a todos en juicio. Es inmortal e inmutable. La rectitud de Su carácter es infinita: Su *nombre es el Santo,* y, todos los que deseen tener amistad con Él han de buscar la santidad, como Él es santo. Y, aunque habita tan alto, condesciende a socorrer a los más bajos: los *huérfanos y las viudas* (Sal. 68:4, 5).

(B) En Su gracia y misericordia, pues tiene compasión del *humilde* y del *contrito.* Por muy pobre que sea, y muy desamparada que esté una persona (y precisamente por ello), Dios la socorrerá, con tal que la condición espiritual se ajuste a la situación material: contritos en su aflicción, y humildes en su abatimiento. *Con éstos habita Dios;* los visita y conversa con ellos, por medio de Su palabra y de Su Espíritu, como pueda hacerlo un hombre con los miembros de su familia. El que habita en los altos cielos, habita también en los más humildes corazones (a ras de tierra); del mismo modo, el que habita la eternidad habita también la sinceridad, se deleita en ella, y revive el corazón y el espíritu de quienes sinceramente le buscan.

3. Aquellos con quienes Dios contiende, si se vuelven a Él, serán bien acogidos (v. 16). También *les vivificará el corazón* (v. 15, al final). A Dios no le gusta contender ni regañar. Su lugar es el amor, no la ira; la misericordia, no el castigo. Slotki comenta así el versículo 16: «El versículo explica por qué está Dios cerca del contrito en espíritu. La ira divina dura sólo por algún tiempo, hasta que el castigo ha producido la deseada purificación y la humildad de espíritu. Una continua prolongación de Su ira y juicio llegaría a destruir las almas (las vidas, las personas—el paréntesis es del traductor—) que Él ha creado».

Versículos 17–21

En estos versículos Dios continúa animando al contrito, mientras hace una seria advertencia al impenitente.

I. Aquí (vv. 17–19) se muestra que la ira de Dios se debe a la iniquidad del pueblo. Pero Dios, en Su misericordia, quebrantará el corazón del pecador, para sanarle y consolarle.

1. Los justos reproches que el pueblo recibe por su pecado (v. 17): *«Por la iniquidad de su codicia me enojé y le herí».* La codicia era un pecado que abundaba mucho. Los que no se dejaban llevar de la idolatría material a imágenes idolátricas, se entregaban a la idolatría espiritual, pues tal es la codicia, y hacían del dinero un dios (Col. 3:5). Pero muchos de ellos, aun siendo codiciosos, eran pródigos y derrochadores en el servicio de sus ídolos (v. 6). Es difícil afirmar cuál de las dos cosas provocaba más a Dios, si su prodigalidad en servir a los ídolos, o su codicia en todo lo demás. Por estos pecados, Dios se enojó con Su pueblo, le hirió, le reprendió por medio de Sus profetas, le corrigió por medio de Su providencia y le castigó en aquellas mismas cosas de las que más codicioso estaba. Dios *esconde Su*

rostro (v. 17b) mientras le castiga. Cuando estamos bajo la vara de Dios, podemos soportarla si Dios se nos manifiesta; pero si se esconde de nosotros, no nos envía profetas y no nos habla palabra de consuelo, no podemos hallarnos más miserables.

2. La obstinación e impenitencia de ellos bajo estos reproches (v. 17c): *«y él siguió rebelde por el camino de su corazón*, es decir, por el malvado camino que había escogido». Véase cuán insuficientes son, de suyo, las aflicciones para reformarnos, a no ser que la gracia de Dios actúe juntamente con ellas.

3. Pero, finalmente, triunfa la misericordia de Dios sobre los que todavía continuaron en su obstinación, pues a pesar de *ver sus caminos* (v. 18), determina *sanarlos, guiarlos y consolarlos.* Tales son las riquezas de la misericordia divina, y tanto se alegra esa misericordia al triunfar sobre el juicio, que tenemos esta, al parecer, paradoja de *viendo sus caminos* malvados, determina *sanarles.* Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Ro. 5:20). Dios les da gracia, y entonces, no antes, les da paz. Es como si Dios dijese: «He visto sus caminos, que de suyo no se va a volver a mí; por tanto, yo mismo lo voy a volver».

(A) Dios le va a curar de su disposición viciosa y corrompida. No hay enfermedad espiritual tan inveterada que la gracia de Dios no pueda curar.

(B) Dios le va a *guiar* también. Él continúa rebelde, respirando maldad como Saulo, pero Dios le va a cambiar la mentalidad, guiándole por un camino mejor.

(C) Y entonces le restaurará aquellos consuelos a los que había él renunciado, y para cuyo retorno Dios lo ha preparado. Hubo primero una admirable reforma llevada a cabo en el corazón de los exiliados a Babilonia y, después, hubo una admirable redención llevada a cabo a favor de ellos.

II. Pero así como cuando el pueblo fue llevado a la cautividad algunos de ellos eran higos buenos, muy buenos, otros eran higos malos, muy malos, y, de acuerdo con eso, la cautividad fue para ellos cosa buena o cosa dañosa (v. Jer. 24:8, 9), así también, cuando volvieron del exilio, todavía algunos de ellos eran buenos, pero otros eran malos y su liberación estuvo de acuerdo con la condición de cada uno.

1. Para los que eran buenos, el regreso de la cautividad fue paz, tipo de la paz que había de ser predicada por Jesucristo (v. 19): *«Produciré fruto de labios»*, esto es, gratitud (comp. con He. 13:15). El hebreo dice literalmente: *«El que crea fruto de labios»*. Él mismo dice a continuación: *«Paz, paz, al de lejos*, al que no ha salido todavía del exilio o en camino de vuelta, *y al de cerca*, que ha llegado a la patria. Paz de conciencia, una santa serenidad de mente, una cierta seguridad, después de las muchas reprensiones de la conciencia y de las muchas agitaciones del espíritu, bajo las que se habían hallado en el exilio. Cuando Dios nos habla paz, nosotros debemos hablarle alabanza. Esta paz es el fruto de los labios de Cristo, quien *predicó paz a los de lejos*, a los gentiles, y *a los de cerca*, a los judíos (Ef. 2:17).

2. Para los que continuaban en su impiedad, aunque volviesen con los demás, el regreso no implicaba paz (v. 20). El impío, dondequiera se halle, en Babilonia o en Jerusalén, lleva consigo el principio de su propia inquietud. No quiere ser curado por la gracia de Dios y, por tanto, no podrá disfrutar de los consuelos de Dios. Los impíos son siempre como el mar en tempestad, pues llevan consigo: (A) Corrupciones no mortificadas. Sus pasiones sin freno les ponen el corazón *como el mar en tempestad.* (B) Conciencia no pacificada. Están siempre bajo la aprensión de la propia culpa y de la ira de Dios, como estaba Caín; *no pueden estarse quietos.* El profeta repite, pues, lo que había dicho en 48:22, con una pequeña variante: Allí dijo *«Jehová»*, mientras que aquí dice *«mi Dios»*. La frase principal continúa la misma: *«No hay paz para los impíos»*. No hay paz con Dios, ni hay paz de Dios, para ellos.

CAPÍTULO 58

En este capítulo, Dios le dice a Su pueblo qué clase de religión es la que Él desea de ellos. Obsérvese: I. La buena profesión que ellos hacían de su religión (vv. 1, 2). II. La jactancia que hacían de tal religión, hasta culpar a Dios de que no hacía ningún caso de ella (v. 3). III. Los pecados por los que sus ayunos resultaban inaceptables para Dios (vv. 4, 5). IV. Instrucciones que Dios les da para que guarden correctamente sus ayunos (vv. 6, 7). V. Preciosas promesas a quienes así lo hagan (vv. 8–12). VI. Promesas igualmente preciosas a quienes observen correctamente el día del sábado (vv. 13, 14).

Versículos 1–2

Cuando el Señor Jesús prometió enviar al Consolador, añadió (Jn. 16:7, 8): *«Cuando Él venga, convencerá …»,* porque la convicción es la que prepara para la consolación. Dios había designado a Isaías para consolar a Su pueblo (40:1), pero ahora le ordena (v. 1) convencerles, mostrando sus pecados.

1. Debe decirles lo malos que son (v. 1). (A) Ha de hacerlo lisa y llanamente. Aunque se les llama *pueblo de Dios y casa de Jacob,* no ha de adularles, sino mostrarles claramente sus transgresiones; los pecados que cometen, sin que reconozcan que son pecados; aunque en algunas cosas se han reformado, en otras siguen tan mal como antes. (B) Ha de hacerlo *«a voz en cuello, sin cejar»,* aun cuando se malquiste con ellos y se exponga a insultos y persecución.

2. Ha de reconocer que aparentan ser muy buenos (v. 2): *«Que me buscan cada día y aparentan deleitarse en saber mis caminos»*. No ven transgresión en ninguna parte, pues son diligentes y constantes en el culto que rinden a Dios. Ahora bien:

(A) El mismo Dios reconoce que eso es verdad. En tanto que los hipócritas hagan el bien, no se les ha de escatimar la alabanza. Se reconoce aquí que tienen *una forma de piedad:* (a) Acuden al templo y observan sus horas de oración: *Me buscan cada día;* (b) les gusta oír buenos mensajes: *«Se deleitan* (lit.) *en conocer mis caminos»,* como Herodes, que oía con gusto a Juan el Bautista. (c) *«Les agrada acercarse a Dios»,* no por lo que Dios significa para ellos, sino por alguna otra circunstancia: la fiesta, la compañía, etc. (d) *«Piden justos juicios»,* es decir, decisiones para obrar justamente; (e) y son *«como nación que obrase justicia y no abandonase la ordenanza de su Dios»* (lit.). Así lo parecían a sí mismos y aun a otros. Hay quienes pueden ir gran trecho en el camino del cielo y quedarse cortos. También hay quienes van al infierno con buena reputación. Pero:

(B) Ya se insinúa aquí mismo que, lejos de ser todo esto un atenuante de sus pecados, no hacía en realidad otra cosa que agravarlos.

Versículos 3–7

I. Estos hipócritas se quejan ahora (v. 3) de que Dios no hace caso de tantos actos religiosos con que le obsequian: *«¿Por qué, dicen, ayunamos, y no hiciste caso; humillamos nuestras almas, y no te diste por enterado?»* Así iban por el camino de Caín, quien se resentía de que Dios no aceptaba sus sacrificios. Al ponderar sus ayunos y sus penitencias, como se exigían en el día de la Expiación, hacían como el fariseo de la parábola (Lc. 18:12), que se jactaba de ayunar dos veces por semana, como dándole a Dios más de lo que Él exigía. Pensaban que sus actos religiosos eran tan buenos, que por fuerza se debía dar Dios por enterado de ellos. Culpan a Dios de injusticia y parcialidad, y quizás insinúen con eso que mejor sería abandonar toda religión, ya que no hallan ningún provecho en ello (comp. con Job 21:14, 15; Mal. 3:14).

II. La verdadera razón por la que Dios no aceptaba sus ayunos ni respondía a las oraciones que le hacían en sus festividades: No lo hacían correctamente. Ayunaban, sí, pero no como los ninivitas (Jon. 3:8), *«convirtiéndose cada uno de su mal camino»,* sino que—dice Dios—*«He aquí* (v. 3b) *que en el día de vuestro ayuno buscáis vuestro propio gusto, y explotáis a todos vuestros trabajadores»*.

1. Eran, pues, unos explotadores, codiciosos e inmisericordes. Aun cuando ayunaban, sus injusticias con el prójimo continuaban siendo las mismas, a pesar de que era al final del ayuno anual cuando se proclamaba liberación de deudas y servidumbres adquiridas por causa de extrema pobreza. Dice Moriarty: «Tal vez se trate aquí de los ayunos con que después de la vuelta del destierro conmemoraban la caída de Jerusalén» (Zac. 7:3; 8:19).

2. Eran también contenciosos y despectivos (v. 4): *«Mira, para riñas y contiendas ayunáis»*. Cuando proclamaban ayuno, aparentaban escudriñar los pecados que más provocaban a Dios; y, con esta buena excusa, llegaban a acusar falsamente a personas inocentes, como pasó a Nabot el día del ayuno de Jezabel (1 R. 21:12). Así, en lugar de juzgarse a sí mismos, condenaban a otros. Comenta Slotki: «En ausencia de un motivo religioso, los estómagos vacíos sólo excitan la irritabilidad y las riñas».

3. Por eso, les dice Dios (v. 4b): *«No ayunéis como hoy,* es decir, como lo hacéis ahora, *para que vuestra voz sea oída en lo alto»*. Esta última frase ha de entenderse en el sentido siguiente: «como si así

pudiese oírse en lo alto vuestra voz». Comenta Slotki: «Ayunos como los que aquí se describen no ayudan en forma alguna a que las oraciones de los hombres asciendan al cielo».

III. Se dan claras instrucciones acerca de la verdadera naturaleza de un ayuno religioso.

1. En general, un ayuno tiene por objeto: (A) Honrar y agradar a Dios. (B) Humillarse a sí mismo. Ayuno es *un día de afligir el alma;* si no expresa un genuino arrepentimiento del pecado y no promueve una verdadera mortificación de las pasiones, no es ayuno.

2. Nos interesa, por tanto, inquirir, en un día de ayuno, qué es lo que resultará aceptable a Dios y aflictivo para nuestra naturaleza corrompida.

(A) Aquí se nos dice en forma negativa lo que no es el ayuno que Dios ha escogido. (a) No basta con poner cara de melancolía ni *inclinar la cabeza como un junco* que se marchita y se quiebra, *como los hipócritas* (Mt. 6:16), que afectaban un aspecto triste y *desfiguraban el rostro para mostrar a los hombres que ayunaban.* El publicano, cuyo corazón estaba verdaderamente humillado, *no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo* (Lc. 18:13); pero aquí (v. 5b) era una pura mímica, un gesto exterior al que no correspondía nada en el interior. (b) No basta con *«yacer en ceniza vestido de saco»* (espléndida versión de Moriarty), mortificando el cuerpo por algún tiempo, mientras el cuerpo de pecado queda intacto. *¿Llamaréis a esto ayuno?* ¡No! No es más que sombra de ayuno.

(B) También se nos dice en forma positiva cuál es el ayuno que Dios ha escogido. No es *afligir el alma por un día,* sino algo que incluye la vida entera. Lo que aquí se requiere es:

(a) Que nos portemos correctamente con aquellos a quienes venimos tratando malamente (v. 6): *«desatar las cadenas de maldad»,* esto es, las ataduras que hemos impuesto injustamente a otros. «Que sea suelto el encarcelado por deudas quien no tiene nada con que pagar, que se acabe la vejación que pesa sobre el vecino, que sea manumitido el esclavo que es retenido por la fuerza por más tiempo que el de su esclavitud, y *se rompa así todo yugo;* no sólo han de ser sueltos los que son oprimidos injustamente bajo cualquier yugo, sino que *debe quebrarse el yugo* mismo, para que no vuelva a oprimir».

(b) Que seamos caritativos con los que están necesitados (v. 7). Contribuir al rescate de los que son oprimidos por otros, a la liberación de los cautivos y al pago de las deudas que los pobres han contraído. Éste es, pues, el ayuno que Dios ha escogido:

Primero: Proveer alimento para los que lo necesitan: *Compartir tu pan con el hambriento.* Debe ser, no el pan ajeno, sino el tuyo, el que has ganado honradamente. Hemos de negarnos a nosotros mismos, a fin de tener algo que dar al necesitado. Éste es verdadero ayuno, darle al hambriento hogaza, no contentarte con despedirlo con una migaja.

Segundo: Proveer albergue para los que lo necesitan (v. 7b): «*y a los pobres errantes* (esto es, vagabundos) *albergues en tu casa*». Si el vagar así no se debe a la holgazanería de ellos, sino a la injusticia de otros, albérgalos en tu casa; y si no tienes espacio, págales el alojamiento en otro lugar conveniente. No te niegues a hospedar extranjeros, pues podrías hospedar a Cristo mismo (comp. con Mt. 25:35): *«fui forastero, y me recogisteis»*.

Tercero: Proveer vestido a los que carecen de lo necesario para cubrirse: *«que, cuando veas al desnudo* (esto es, al mal vestido), lo *cubras»*. Todo esto tiene mayor urgencia cuando el necesitado es un pariente próximo: «*y no te escondas de tu hermano*» (lit. *de tu carne*).

Versículos 8–12

Preciosas promesas para los que observan de buen grado las festividades y guardan correctamente el ayuno que Dios ha escogido.

1. Ulterior descripción de las obligaciones que hay que cumplir (vv. 9, 10).

(A) Hemos de abstenernos de todo acto de violencia y fraude. «Esas cosas *has de quitarlas de en medio de ti* (es decir, que no se de eso dentro del pueblo de Dios). Los que están en puestos de autoridad han de hacer todo lo posible para prevenir toda opresión dentro de su jurisdicción. No sólo deben *romper el yugo* (v. 6), sino también han de *quitarlo de en medio.* También ha de *dejar las amenazas* (Ef. 6:9), *el dedo amenazador* (v. 9, al final) o, mejor, como en Proverbios 6:13b, *el dedo escarnecedor* (el original sólo dice *apuntar con el dedo).* Dice Slotki: «Gesto de burla del rico contra el pobre, del poderoso contra el débil». *«La palabra malvada»* (última frase del v. 9) es toda conversación que denigra al prójimo e incita a actuar injustamente contra él.

(B) Hemos de abundar en todo acto de caridad y beneficencia. Hemos de dar libre y alegremente, inspirados por el sincero amor al prójimo: *... Sacar el alma al hambriento»* (v. 10, lit.), esto es, darle de todo corazón, y simpatizar con él. Que vaya el corazón con el socorro pecuniario, porque Dios ama al dador alegre, y también el necesitado desea que se le de alegremente. No basta con vaciar el bolsillo si se cierran las entrañas (v. 1 Jn. 3:17b) por falta de verdadera compasión. Cuando el Señor Jesús curaba y alimentaba a la multitud lo hacía *teniendo compasión de ellos.* Y no sólo debemos dar lo suficiente para matar el hambre, sino para *saciar el alma afligida* (v. 10b).

2. Plena descripción de las bendiciones y de los beneficios que se obtienen con el cumplimiento de estas obligaciones.

(A) Dios les sorprenderá agradablemente con el retorno de Su favor después de graves aflicciones, de forma que el gozo subsiguiente será como *la luz del alba* (v. 8) después de una noche tenebrosa. Lo dice más ampliamente en el versículo 10b: *«En las tinieblas brotará tu luz, y tu oscuridad será como el mediodía».* A quienes son alegres en hacer el bien, Dios les hará también alegres en disfrutar del bien, pues éste es también un especial *don de Dios* (Ec. 2:24).

(B) Los que han ayudado a otros a salir de apuros, obtendrán ayuda de Dios cuando les llegue a ellos el turno de hallarse en apuros. Las buenas obras serán recompensadas con un buen nombre; quizás esto se incluye también en lo de *la luz que brota en medio de las tinieblas* (v. 10). Ciertamente se incluye en lo de *«irá tu justicia delante de ti»* (v. 8), como una buena protección que asegura contra la carga de los enemigos que vienen de frente, mientras que *«la gloria de Dios será tu retaguardia»* (v. 8, al final), la misma frase de 52:12, al final. Los buenos están seguros por todos los lados.

(C) *«Entonces invocarás,* en las oraciones del día de ayuno, y *te oirá Jehová; clamarás, y dirá Él: Heme aquí»* (v. 9). Cuando se observa lo que Dios manda como Dios lo manda, las oraciones son prestamente respondidas del modo más conveniente para el que las dirige al Señor, pues Jehová *está cercano a él en todo cuanto le pide* (Dt. 4:7).

(D) «*Jehová te guiará continuamente»* (v. 11). Mientras estamos aquí, en el desierto de este mundo, tenemos necesidad de que el cielo nos guíe continuamente. Además, al hombre que hace lo que agrada a Dios, Dios le otorga no sólo sabiduría y conocimiento, sino también gozo, pues le satisface con el testimonio de su buena conciencia y con las seguridades del favor divino. Éstas *sacian el alma* (vv. 10b, 11b), y ponen gozo en el corazón aun en medio de la sequía de la *aflicción, dando vigor a los huesos* (v. 11c), con una alegría que sostiene a la persona de la misma manera que los huesos sostienen el cuerpo.

(E) «*Y serás como huerto de riego,* fructífero en gracias, y *como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan* ni por sequía ni por helada» (v. 11b). Así como un manantial, a pesar de sacar continuamente su agua, está siempre lleno, así también el hombre caritativo abunda en bienes en la medida que abunda en hacer el bien, y nunca se hace pobre por su generosidad.

(F) *«Y los que* (saldrán) *de ti* (lit.) *reconstruirán las viejas ruinas* (viejas, porque desde hace mucho yacen en desolación)» (v. 12). «Tu posteridad será así altamente beneficiosa para su generación. Esto te será atribuido a ti (v. 12b): *Los cimientos de muchas generaciones* (es decir, que yacieron en desolación durante varias generaciones) *levantarás (*lo cual se cumplió en la reedificación del templo—v. Esd. 5:2—). Por todo esto, *serás llamado reparador de portillos,* de brechas que han estado por mucho tiempo abiertas, *restaurador de calzadas para poblados,* calzadas tranquilas y seguras, no sólo para viajar por ellas, sino para vivir junto a ellas».

Versículos 13–14

Siempre se puso mucho énfasis en la correcta observancia del sábado y se les exigió a los judíos de manera especial cuando estaban cautivos en Babilonia, porque, mediante la observancia de ese día en honor del Creador, se distinguían de los adoradores de los falsos dioses que no han creado los cielos ni la tierra (v. 56:1, 2). Vemos aquí:

1. Cómo había de ser santificado el sábado (v. 13).

(A) Nada había de hacerse que indicase menosprecio al día del sábado. *«Si retrajeres a causa del sábado tu pie,* es decir, si te abstienes de caminar y de trabajar, que son ocupaciones mundanas, *de hacer tu voluntad,* de ir en pos de tus caprichos, y *lo llamares delicia,* esto es, "si observases el día santo con espíritu de gozo y alegría" (Slotki), en lugar de tomarlo como una carga pesada».

(B) Había de hacerse todo lo posible por honrar el sábado (v. 13b): «Y (llamares) *al (día) santo de Jehová, honorable»;* donde vemos que el texto hebreo da como epíteto del sábado *«el santo de Jehová»,* pues «día» no figura en el original. El resto del versículo 13 da a entender que la forma de honrar bien el sábado puede resumirse en tres puntos: (a) *«no andar en los propios caminos»,* no hacer lo que a uno le venga en gana, sino lo más agradable a Dios (comp. con Ro. 12:2); (b) *«no buscar el propio negocio»,* no emplear el día del sábado en los negocios de la semana; (c) *«ni hablando de él»;* el hebreo dice: «… *hablando palabra»*. Dice Slotki: «La frase puede significar "hablando palabras ociosas" (cf. Os. 10:4), en lugar de concentrarse en asuntos santos, o "haciendo proposiciones de negocios" (cf. Gn. 24:33)».

2. La recompensa de una correcta observancia del sábado (v. 14).

(A) Habían de gozarse en esa observancia; en la obra misma hallarían la recompensa: *«entonces te deleitarás en Jehová»,* pues Él se había de manifestar más y más a ellos. Si cumplimos con alegría nuestro deber, obtendremos de él cumplida satisfacción.

(B) También obtendrían de él honor subido: Éyo *te haré subir sobre las alturas de la tierra»,* frase que equivale a obtener honor, poder, prestigio e influencia (v. Dt. 32:13). Los que honran el sábado, serán honrados por Dios. Si Dios, mediante Su gracia, nos capacita para vivir por encima de lo mundano, también nos honrará exaltándonos sobre el mundo.

(C) Finalmente, obtendrían también provecho material de la observancia del sábado: «*y te alimentaré con la herencia de Jacob tu padre»*. Con la expresión *«la herencia de Jacob»* se describe todo el territorio que le fue prometido a Jacob (Gn. 28:14). La expresión *«te alimentaré»* puede significar que Jehová hará que pueda disfrutar de tal herencia o que una de las recompensas de la observancia del sábado sería la obtención de copiosas cosechas. En fin de cuentas, ambos sentidos se complementan.

CAPÍTULO 59

Al seguir los epígrafes de la *Ryrie Study Bible,* tenemos en este capítulo: I. La descripción de los pecados de Israel (vv. 1–8). II. La confesión de los pecados de Israel (vv. 9–15). III. El perdón de los pecados de Israel (vv. 16–21).

Versículos 1–8

Aquí vemos el error de quienes habían estado querellándose de Dios por no haber obtenido la liberación que esperaban en respuesta a sus ayunos y oraciones (v. 58:3).

1. Esa demora no se debía a Dios mismo (v. 1), pues todavía tenia poder, la misma omnipotencia de siempre, para salvar: *«Mirad, no se ha encogido la mano de Jehová tanto que no pueda salvar, ni se ha endurecido tanto su oído que no pueda oír»* (versión de Moriarty). El poder de Dios no se había menguado: podía extender Su mano con la misma fuerza y hasta la misma distancia de siempre (comp. con Nm. 11:23). Ni la prolongación del tiempo, ni la fuerza de los enemigos, ni la debilidad de los medios e instrumentos, pueden acortar ni encoger el poder de Dios. Tampoco había perdido el interés por Su pueblo. Él estaba tan presto como siempre a socorrerles y dar respuesta a sus oraciones: «*Su oído no se ha endurecido como para no oír»*. aquí se insinúa más de lo que se dice; no sólo que no se ha vuelto duro de oído, sino que está presto a oír; *antes que le llamen, responde* (65:24). Si no son contestadas nuestras oraciones, no es porque Dios esté fatigado de oírlas, sino porque nosotros estamos fatigados de hacerlas; no porque su oído esté duro cuando le hablamos, sino porque el nuestro está duro cuando nos habla Él.

2. Ellos eran los que impedían el tráfico, al poner una barrera en su propia puerta (vv. 2–8, comp. con Jer. 5:25: *«Vuestras iniquidades han estorbado estas cosas»*).

(A) El perjuicio que el pecado causa. Obstaculiza los favores de Dios; es como un *muro de separación entre nosotros y Dios,* que *oculta de nosotros el rostro de Dios* (v. 2), expresión que denota el desagrado de Dios (Dt. 31:17). Nótese que Isaías no dice: los pecados han hecho separación entre Dios y nosotros, sino *entre vosotros y vuestro Dios,* pues la barrera está del lado del pecador, no del lado de Dios. Al separarnos de Dios, el pecado nos separa de la fuente de todo bien y nos acerca a todo mal (v. Dt. 29:21).

(B) El profeta muestra cuántas y cuán graves eran las iniquidades del pueblo, conforme al encargo que Dios le dio (58:1) de *mostrar al pueblo su transgresión.*

(a) Esta transgresión se incuba en el corazón (v. 7b): «… *sus pensamientos son pensamientos de iniquidad*». *«Conciben maldades* (v. 4c); por lo que no pueden menos de *dar a luz iniquidad»* (comp. con Stg. 1:15). No les importan los dolores de este parto (remordimientos de la conciencia y oposiciones de la Providencia) con tal de ver que *ha nacido un hombre en el mundo* (Jn. 16:21). A esto se llama (v. 5) *incubar huevos de áspides y tejer telas de arañas,* pues quienes participan en la maldad de otros, *comen* del venenoso fruto de esa maldad y *mueren* espiritualmente, al quedar prendidos en las redes de la iniquidad que, como las telarañas, parecen muy finas y débiles, pero atrapan poderosamente.

(b) De esta abundancia de maldad en el corazón habla la boca de ellos, aunque a veces no hable (que también los silencios pueden ser mortíferos), o hable quedamente, pues ya sea en voz alta o en susurro (v. 3b), sus labios siempre pronuncian *mentira y maldad.* Estos labios resultaban doblemente malvados y dañinos cuando, con esas mentiras, se contribuía a que se derramase sangre inocente, al acusar injustamente y defendiéndose falsamente (v. 4a).

(c) De los pensamientos y las palabras pasaban a las acciones perversas (v. 3): *«Vuestras manos están contaminadas de sangre, y vuestros dedos de iniquidad».* La sangre contamina; deja en la conciencia una mancha de suyo indeleble, que sólo la sangre de Cristo puede limpiar y borrar. También *sus pies se apresuran para derramar la sangre inocente* (v. 7). Toda su persona está embebida de maldad, pues toda su *confianza* (v. 4b) *está en una vaciedad caótica* (de nuevo, el hebreo *tohu*).

(d) Y en esa *vaciedad* hallarán el fruto de todos sus esfuerzos y planes malvados (v. 6): *«Sus telas no servirán para vestir, ni de sus tejidos serán cubiertos»,* pues no tienen la consistencia necesaria para hacer de ellos una indumentaria apropiada. Comenta Slotki: «Incluso cuando sus actos parecen producir algún bien, son en realidad inútiles, si no son peligrosos». Nada se consigue con el pecado, y eso se ve con claridad cuando se comparan el provecho y la pérdida. Los caminos de iniquidad son (v. 8b) *veredas torcidas,* que no pueden acabar bien: *«quien por ellas vaya, no conocerá la paz»* (comp. con 48:22; 57:21).

Versículos 9–15

De la tercera persona pasa el profeta a la primera para incluirse a sí mismo entre aquellos del pueblo que confiesan su pecado.

1. Reconocen que Dios ha contendido con ellos (vv. 9–11). (A) Estaban en apuros, oprimidos por sus enemigos, y Dios no se había manifestado a favor de ellos para defender su justa y perjudicada causa (v. 9): *«Por esto se alejó de nosotros la justicia y no nos alcanzó la rectitud». «Por eso»,* es decir, por sus pecados (como en el v. 2). Como si dijese: «Aunque, en cuanto a nuestros perseguidores, la justicia está de nuestra parte, y ellos son los malhechores, tampoco nosotros nos hemos hecho justicia unos a otros y, por eso, Dios permite que nuestros enemigos se porten de forma tan injusta con nosotros». (B) Habían salido muy decepcionados de sus expectaciones (v. 9b): *«Buscamos luz y no hay más que tinieblas; resplandores, y andamos en oscuridad …* (v. 11b): *esperamos justicia, y no la hay; salvación, y se alejó de nosotros.* Hemos buscado luz como quien espera que se haga pronto de día, pero seguimos en la noche oscura; hemos esperado salvación, pues hemos orado por ella con ayunos, pero cada vez se ha alejado más de nosotros». (C) Estaban en plena confusión, sin saber por dónde tirar (v. 10): *«Palpamos la pared como ciegos y andamos a tientas como los sin ojos».* Los que aman las obras de las tinieblas no pueden esperar otra cosa que andar en tinieblas. (D) Se hundían en la desesperación (vv. 10c, 11) «estamos *en lugares oscuros* (hebr. *ashmannim*, única vez que tal vocablo sale en la Biblia) *como los muertos».* Según Slotki, *«ashmannim* parece ser que procede de una raíz que significa "gordura" y puede, por tanto, traducirse por "robusto, lozano"; de ahí la traducción de la Versión Revisada inglesa: "entre los robustos, estamos como muertos"». En medio de la desesperación, *«gruñían como osos y gemían como palomas»,* entre la rabia y la debilidad.

2. Reconocen que han provocado a Dios (vv. 12–15).

(A) Confiesan que habían pecado: «Somos testigos contra nosotros mismos, *porque nuestras transgresiones se han multiplicado delante de ti* (v. 12) … y *conocemos nuestros pecados,* aunque hayamos tratado neciamente de ocultarlos».

(B) Reconocen la maldad del pecado, pues es (v. 13) *«prevaricar y renegar de Jehová, y el apartarse de seguir en pos de nuestro Dios»,* pecados que eran en ellos mucho más graves que en los paganos, por cuanto ellos, al transgredir los preceptos de Jehová, quebrantaban el pacto que Dios había hecho con ellos.

(C) Reconocen también que había en el pueblo una decadencia general de la honestidad moral; los que renegaban de Jehová eran también desleales entre ellos mismos (v. 13b): *«tramar opresión y revuelta, pensar y decir de corazón palabras de mentira»* (versión de Moriarty). Tramaban opresión, a pesar de que era un alejamiento de la verdad. Hay palabras de mentira que se profieren inconsideradamente, por miedo a decir la verdad y ofender a otros o perjudicarse a sí mismo; pero *las palabras de mentira* que ellos proferían, eran dichas con toda malicia y deliberación, *de corazón.* La boca hablaba de la maldad que había en el corazón; hablaban con doblez de corazón (Sal. 12:2).

(D) Reconocen igualmente que no han hecho lo que debían en cuanto a la rectitud en defender los derechos de los oprimidos y hacer justicia sin parcialidad. Sobre la frase (v. 14b) *«la verdad tropezó en la plaza»,* comenta Moriarty: *«La verdad tropieza:* lo absurdo de esta falta contra la verdad, de este tropiezo, aparece claro en hebreo, donde la palabra que significa "verdad" *(émet)* significa también "firmeza", "seguridad". Así que la verdad deja de serlo, pues tropieza y cae». Al *juicio recto* (v. 14a), que habría de seguir su curso normal, como el de una poderosa corriente, *se le ha hecho retirarse,* seguir un curso contra su naturaleza.

(E) Reconocen que la administración de la justicia había degenerado de tal forma que los criminales salían impunes, mientras que (v. 15b) *«el que se aparta del mal se convierte a sí mismo en presa»* (lit.). Dice Slotki: «Los virtuosos son castigados por no seguir el mal ejemplo de la mayoría». El que no sigue la corriente del mal es tenido, primero, por «bicho raro» (v. 1 P. 4:4); después, por dañino (v. Hch. 16:20, 21).

(F) Reconocen, en fin, que todo esto no podía menos de desagradar al Dios de los cielos (v. 15b). Aunque las maldades se tramaban en secreto y bajo muy diversos pretextos, no podían pasar desapercibidas a Jehová: *«Y lo vio Jehová, y desagradó a sus ojos que no se hiciese justicia».* No hacer justicia aparece aquí como el pecado fundamental, que provoca especialmente el desagrado de Dios.

Versículos 16–21

El pecado abundó en la primera parte del capítulo, pero la gracia sobreabunda en estos versículos. Vemos aquí:

I. Por qué Dios obró salvación, a pesar de tantas provocaciones. Lo hizo puramente en atención a Su nombre.

1. Dios se percató de que la cosa no tenía solución humana (v. 16): *«Y vio que no había hombre,* es decir, nadie que mereciese llamarse así, nadie que protestase valientemente contra tanta injusticia, y *se sorprendió de que no hubiese ningún intercesor»* (lit.) entre los hombres y Dios, esto es, con Dios a favor de los hombres o con los opresores a favor de los oprimidos (v. 15), pues ambos sentidos son probables. Se habían quejado (58:3) de que Dios no hacía nada a favor de ellos; pero Dios se queja, con mucha más razón, de que ellos no hacían nada por sí mismos.

2. Ya que no había hombre que pusiese fin a tal estado de cosas, Dios mismo, como un guerrero fuerte, entra en liza para salvarles (v. 17). La obra de la reforma (que es el primero y principal paso para la salvación) será llevada a cabo bajo la directa influencia de la divina gracia en la conciencia de los hombres. Cuando Dios levantó a Ciro y sacó de Babilonia a Su pueblo, *no con la fuerza, ni con el poder, sino sólo con el Espíritu de Jehová de las huestes* (Zac. 4:6), entonces Su brazo, nunca acortado, trajo salvación. La divina justicia, a la que ellos habían armado, con sus pecados, contra sí mismos, se manifestó, mediante la divina gracia, a favor de ellos. Aunque ellos no podían esperar de Dios ningún favor como si les fuese debido, Dios, en Su justicia, castigará a los enemigos de Israel (comp. con Dt. 9:5). En nuestra redención por medio de Jesucristo, puesto que no teníamos justicia propia, Dios nos trajo justicia por la mediación de Su Hijo: *«la justicia que procede de Dios sobre la base de la fe»* (Fil. 3:9).

El versículo 17 nos detalla que, en la obra de la salvación, Dios *«se puso por coraza la rectitud, y como yelmo en la cabeza salvación* (comp. con Ef. 6:14, 17); *tomó ropas de venganza por vestidura, y se cubrió de celo como de manto»* (las dos primeras frases—nota del traductor—son de la versión de

Moriarty; las dos últimas, de la RV 1977). Slotki comenta así el versículo 17: «Dios es presentado como un guerrero cuya cota de malla, escudo y demás equipo consta de justicia, salvación, venganza y celo, atributos para el castigo de los malvados y liberación de los piadosos». M. Henry, por su parte, dice así: «Cuando la justicia es Su escudo de armas, la salvación es su crestón. Al aludir a esto, Pablo menciona entre las piezas de la armadura del cristiano *la coraza de justicia* y, por yelmo, *la esperanza de la salvación* (comp. Ef. 6:14–17 con 1 Ts. 5:8); y se llama la *armadura de Dios* porque Él nos la prepara, pone y ajusta después de llevarla primero Él mismo. Como ellos no tenían ánimo ni celo para hacer nada por sí mismos, Dios lo va a hacer todo a favor de ellos».

II. La salvación que será llevada a cabo por la justicia de Dios mismo. 1. Habrá luego una salvación temporal a favor de los judíos que se hallan, ya sea en Babilonia o en cualquier otra parte. Esto se promete (vv. 18, 19) como tipo de algo que se cumplirá totalmente más tarde. aquí se promete:

(A) Que Dios les ajustará las cuentas a los enemigos de Israel y *les retribuirá conforme a las obras de ellos:* así retribuirá a los enemigos de Su pueblo en el exterior, a los enemigos de la justicia y de la verdad en el interior (pues también ellos son enemigos de Dios), e incluso *a las islas costeras,* que suelen nombrarse como objeto de la misericordia de Dios, pero aquí no escaparán del castigo, pues también se mencionan entre los enemigos (v. Sal. 21:8).

(B) Que por muchos y grandes que sean los intentos que pongan por obra los enemigos de Dios para turbar la paz de Su pueblo, en todos ellos fracasarán, pues Dios cargará contra ellos con toda Su fuerza y con toda Su furia (v. 19b): *«Porque vendrá como torrente impetuoso, empujado por el soplo de Jehová».* Comenta Moriarty: «La cólera divina tiene toda la fuerza de un torrente encajonado, empujado además por la furia del viento».

(C) Que todo esto había de redundar en gloria del nombre de Jehová (v. 19a): «*Y temerán desde el occidente el nombre de Jehová, y desde el nacimiento del sol su gloria».* Esto ya se cumplió parcialmente con la predicación del Evangelio, mediante la cual comenzaron a entrar en las bendiciones espirituales del reino *muchos del oriente y del occidente* (Mt. 8:11), aunque su pleno cumplimiento se llevará a cabo en el futuro reino mesiánico, como se ve por el versículo 20.

2. Habrá una salvación más gloriosa llevada a cabo por el Mesías al final de los tiempos, cuando venga a redimir a Israel (vv. 20, 21).

(A) En efecto, el Mesías *vendrá entonces a Sion como Redentor* (hebr. *goel).* Ya desde el principio, y en el mismo Isaías (41:14; 54:5, 8), aparece el *goel,* «que designa a aquel cuyo deber es rescatar a todo trance al pariente que ha sido hecho prisionero, o vengarle si ha sido muerto» (Moriarty). El hebreo no lleva artículo, por lo que la correcta traducción es *«vendrá un redentor»* (Slotki) o «vendrá *como redentor»* (Moriarty). Es por esta razón por lo que el autor de *Hebreos* (2:14–16) pone de relieve el parentesco de Jesucristo con los que habían de ser redimidos por Él. Pablo cita el versículo 20 cuando profetiza la salvación final de Israel (Ro. 11:26).

(B) En aquel tiempo, como fruto pleno del nuevo pacto (comp. con Jer. 31:31; Ez. 36:24–31; Jl. 2:28, 29), Dios pondrá su Espíritu, el mismo que ponía en los profetas, en todo el pueblo (v. 21): «Y *en cuanto a mí, éste* (es) *mi pacto con ellos, ha dicho Jehová: Mi Espíritu que* (está) *sobre ti, y mis palabras que he puesto en tu boca, no se apartarán de tu boca, ni de la boca de tu prole* (hebr. *zéra,* simiente) *ni de la boca de la prole de tu prole, ha dicho Jehová, desde ahora y para siempre»* (lit.). Por supuesto, esta redención sólo será aplicada a los que *temerán el nombre de Jehová* y se apartarán de sus transgresiones.

CAPÍTULO 60

Este capítulo, como los otros seis siguientes hasta el final del libro de Isaías, se refieren claramente al reino mesiánico milenario, y quien no los entienda así (entre ellos, M. Henry), andará totalmente descaminado en la interpretación del sentido literal de toda esta sección. Nos apartarnos, pues, de M. Henry en casi todo lo que hayamos de decir hasta el final del libro. La *Ryrie Study Bible* pone el siguiente epígrafe a este capítulo: «La gloria de Israel en el reino milenario». I. Jerusalén aparece centelleando de luz con la gloria de Jehová (vv. 1–3). II. Regreso final de los hijos de Israel a Sion (vv. 4–9). III. Las

naciones extranjeras, con sus reyes, se ponen al servicio de Israel (vv. 10–14). IV. El abandono y el odio que Sion había sufrido se toman ahora en honor y prosperidad (vv. 15–18). V. La gloriosa luz de Jehová brillará eternamente sobre Sion (vv. 19, 20). VI. La nueva comunidad será santa y próspera (vv. 21, 22).

Versículos 1–3

1. Se contempla primeramente a Sion postrada en el miserable estado al que la redujo el cautiverio; pero, ante la perspectiva de la futura redención, el profeta, de parte de Dios, la anima diciéndole: *«¡Levántate, resplandece!»* (v. 1). No sólo va a recibir luz, sino que va a irradiar luz. La luz de la gloria de Jehová la va a penetrar por completo (v. 1b): *«porque ha venido tu luz,* esto es, el tiempo de tu redención (v. 59:20), y *la gloria de Jehová ha amanecido sobre ti»*.

2. Como en un lugar que sobresale entre los demás del paisaje, la luz amanece, alborea primero, sobre Sion, pero desde allí (vv. 2, 3) se extenderá al resto de las naciones. Hasta que los rayos del amanecer reverberen con fuerza en Sion, *la tierra estará cubierta de tinieblas* (v. 2a). Dice Moriarty: «Es en Jerusalén donde amanece el día de la salvación, y desde allí se extiende como luz a todo el mundo, que estaba sumido en las tinieblas del pecado, iluminándolos y salvándolos».

3. Los primeros rayos de luz han llegado a las naciones paganas (v. 3), con lo que ellas, y sus reyes, comienzan a caminar a la luz de Sion, es decir, a caminar en los caminos de Jehová, cuya enseñanza les será impartida desde Sion (2:3). Jehová mismo, que ha puesto en Sion esta luz, ha puesto también en el corazón de las gentes una atracción que las impele a subir a Jerusalén en busca de esa luz. También la predicación del Evangelio comenzó en Jerusalén.

Versículos 4–9

Aquí vemos a los exiliados que regresan a Sion, transportados *«a la cadera»* (v. 4, al final, según excelente versión de Moriarty).

1. Los exiliados (v. 4) vienen *todos y reunidos*, juntos. Vienen desde todas partes; por eso, se exhorta a Sion a que *«levante los ojos y mire alrededor»* Vienen *«de lejos»*, no sólo por la distancia física, geográfica, sino también porque siempre se está lejos cuando se está fuera del pueblo del pacto (v. Ef. 2:13). Vienen *las hijas llevadas al lado* (hebr. *al tsad)*, esto es, al costado, sobre la cadera. Dice Slotki: «En los países orientales, un niño es llevado por su madre (o nodriza) en su *costado* o cadera, y es sostenido por el brazo de ella que descansa sobre la espalda de él». La primera parte de este versículo 4 es una repetición de 49:18.

2. El versículo 5 dice literalmente: *«Entonces* (lo) *verás y estarás radiante*, de alegría y felicidad (V. Sal. 34:6), y *tu corazón palpitará y se ensanchará* de gozo (V. Sal. 119:32). Advierte Slotki que el verbo que traducimos por «palpitará», «se traduce ordinariamente por "tener miedo", pero aquí significa "temblar de gozo", "feliz excitación"». Este gozo, que acelera el pulso y ensancha el corazón, se debe al espectáculo que se ofrece a la vista de Sion: no sólo ve venir a todos sus hijos, sino también las riquezas de las naciones que vienen a llenar las arcas del templo de Jehová, además de los animales que traen para el sacrificio (vv. 5b–7). Moriarty hace notar que «se menciona en primer lugar Arabia, representada por cuatro regiones importantes: Madián, Efá, Quedar y Nebayot». Algunos de los regalos (v. 6, comp. con Mt. 2:11) nos hacen ver que los regalos que trajeron a Jesús los magos eran como figura y primicias de lo que al Rey de Sion habían de traer todas las naciones cuando inaugure su reino milenario.

3. El profeta vuelve luego los ojos del oriente al occidente, al Mediterráneo, desde donde ve venir (vv. 8, 9), *volando como nubes y como* blancas *palomas* que vuelven *a sus palomares*, las naves de Occidente con *las de* Tarsis—España—a la *cabeza.* Slotki hace notar que las palomas «vuelan más raudas cuando regresan con alimento para sus pichoncillos que cuando marchan en busca de él». Como temen a Dios y han puesto su esperanza en Él (v. 9a), todos ellos no se contentan con traer a los israelitas dispersos en occidente, sino que traen también sus tesoros, «su *plata y oro con ellos»* (v. 9b), *es decir*—según Slotki—, *«la plata y el oro* pertenecientes a los exiliados que regresan. Ya no volverán a ser robados de sus valiosas posesiones, y todo aquello de lo que fueron saqueados les será devuelto por los pueblos que los despojaron». Los aviones en los que tantos israelitas han vuelto a su país bien pueden compararse a las palomas que vienen volando.

Versículos 10–14

Los extranjeros vienen a ofrecer a Sion, no sólo sus cosas, sino sus personas.

1. Ellos serán (v. 10) quienes *reedificarán los muros de Jerusalén* Puesto que Jehová los admite en Su pueblo (v. 56:3–8), alegremente se prestarán a este servicio que redunda en beneficio de ellos mismos. Los *reyes,* ya mencionados en el versículo 3b, acostumbrados a ser servidos, con gusto asumirán el oficio de servidores (v. 10b): *«sus reyes te servirán»* El resto del versículo 10 contiene frases que nos recuerdan las de 54:7 y ss.

2. La Jerusalén celestial, eterna, recogerá, purificadas y sublimadas, las bendiciones del reino milenario. Esto ha de ser tenido en cuenta al estudiar muchos lugares de estos capítulos 60 al 66 de Isaías. Por eso, el v. 11 tiene un extraordinario parecido a lo que Juan dice (Ap. 21:24, 25) de la Jerusalén celestial. No sólo en el cielo, sino también en la Sion terrenal futura, la necesidad de cerrar las puertas de noche habrá cesado: en el cielo, porque allí no entrarán los ladrones; en la Sion terrenal futura, porque serán tenidos a raya con cetro de hierro (v. 12). En Zacarías 14:17–19 hallamos profecías parecidas a la del v. 12. Las leyes que emanen de Jerusalén habrán de ser obedecidas de buen grado o por la fuerza.

3. A los servicios prestados por los árabes del oriente del país, y por los países de allende el Mediterráneo, se unen ahora (v. 13) «los de los vecinos del norte, que ofrecerán sus incorruptibles maderas, como hicieron para la construcción del primer templo (1 R. 5:8–10)» (Moriarty). Recuérdese que el Líbano era famoso por sus cedros. El versículo 14 resume, en la voluntaria humillación que se imponen a sí mismos los que otrora humillaron y escarnecieron a Israel, el homenaje universal que las naciones tributarán a *Sion del Santo de Israel,* y reconocerán en la capital del pueblo de Dios *la Ciudad de Jehová,* la ciudad que Dios protegió de modo especial y que, ahora, ha redimido definitivamente y exaltado sobre todas las ciudades y pueblos de la tierra.

Versículos 15–18

En estos versículos se le prometen a Israel honor y prosperidad, en lugar del abandono en que se ha hallado recientemente y del odio que sus enemigos han puesto por obra contra el pueblo de Dios.

1. En lugar del abatimiento que durante tanto tiempo ha experimentado (v. 15) y de una desolación expresada en la frase *«tanto que nadie transitaba por ti»,* ahora Dios iba a convertir a Israel en *«orgullo eterno»* (lit.), es decir, en un estado de prosperidad tan excelente que fuese algo digno de qué gloriarse. Esto había de constituir su *gozo de generación en generación* frase que sólo en el reino milenario tendrá perfecto cumplimiento.

2. Las naciones tributarán a Israel (v. 16), no sólo honor, sino también lo mejor que posean. En 49:23 se prometía que las reinas de las naciones serían *sus nodrizas.* Al seguir la misma imagen, aquí se le promete que *mamará la leche de las naciones.* No dice que les chupará la sangre, como hacen los opresores, sino la leche, los dones que, con maternal afecto, como dadores alegres, le presentarán las naciones.

3. Así, la que antes había sido oprimida y empobrecida, ahora será enriquecida (v. 17). Con las bendiciones espirituales vendrán también las riquezas materiales. El pecado convirtió el oro en bronce cuando Roboam hizo escudos de bronce en lugar de los escudos de oro que había empeñado; pero el favor de Dios va a convertir ahora el bronce en oro.

4. La prosperidad será acompañada de la justicia y tendrá como fruto la paz (vv. 17b, 18). Como los magistrados de la nación harán justicia, habrá paz en el gobierno del país. Jamás volverá a existir en el país la violencia, con lo que la desolación y la destrucción se habrán terminado también. Dice Moriarty: «Esta visión magnífica de la tierra en paz contrasta fuertemente con 59:9–15. La Jerusalén vista por Zacarías no necesitará murallas». Aquí (v. 18b) todavía se habla de *muros,* pero es sólo para dar a entender que la ciudad estará protegida contra ataques e invasiones del enemigo. Esto es lo que se da a entender con el epíteto de *Salvación* que se pone a dichos muros. Sus puertas serán llamadas *Alabanza,* porque todo el que entre por ellas sólo oirá y cantará alabanzas.

Versículos 19–20

Como símbolo de la paz interior de Jerusalén y de las bendiciones que Dios le dispensará de forma ininterrumpida, los versículos 19 y 20 (comp. con Ap. 21:23; 22:5) apuntan todavía más lejos que el Milenio para entrar en la eternidad feliz de la Jerusalén Celestial. Sin embargo, en sentido metafórico, las expresiones de dichos versículos dan a entender aquí la paz y la prosperidad permanentes de Israel como bendiciones de su Dios. El sol tiene sus variantes: se pone, vuelve a salir, etc. La luna varía aún más; no sólo sale y se pone, sino que crece y mengua. El versículo 19 dice literalmente: *«El sol ya no será más tu luz de día, etc.»*. Israel tendrá un sol que no cambia (v. Stg. 1:17). Tampoco puede descartarse el que haya aquí «una alusión al culto cananeo del sol y de la luna, importante en el panteón cananeo. Jehová es y será siempre su verdadera luz» (Moriarty)

Versículos 21–22

En resumen de todo lo dicho, los versículos 21 y 22 ponen de relieve que «la nueva comunidad, purificada, recta y numerosa, poseerá la tierra y, en sus vidas santas, darán testimonio de la gloria de Dios» (Slotki). Por su parte Moriarty comenta así el versículo 21: *«Todos serán justos;* afirmación explícita de lo que está implícito en la descripción anterior: todos serán rectos y santos, si no personalmente, por lo menos porque formarán parte de una nación recta y santa, cuyo guardián será Jehová». La viña que Jehová plantó (5:1–7) le había dado agrazones en lugar de uvas, pero la que ahora va a plantar será, dice Jehová (v. 21, al final), «*obra de mis manos en la que gloriarme»*. Y no sólo será una viña buena, sino que se multiplicará prodigiosamente (v. 22). Dios mismo lo corrobora con la fórmula solemne que cierra el versículo 22 y el capítulo: «*Yo, Jehová, a su tiempo apresuraré su cumplimiento»*. «Los rabinos, dice Slotki, descubrieron una aparente contradicción en esta última frase: Si un acontecimiento ha de suceder *a su tiempo,* ¿cómo puede *apresurarlo* Dios? Lo explican así: si Israel es digno, Dios apresurará su llegada; si no, sucederá *a su* (destinado) *tiempo»*. Mayor cordura muestra M. Henry (aunque aplica todo esto a la Iglesia): «Puede parecer que se demora, pero, como ha de hacerlo el Señor, también lo ha de *apresurar;* lo hará en el tiempo designado por Su sabiduría, aunque no en el tiempo prescrito por nuestra necedad. Y esto es realmente apresurarlo; porque, aunque parezca que se retrasa, no se retrasa si sucede en el tiempo de Dios».

CAPÍTULO 61

La *Ryrie Study Bible* pone a este capítulo el siguiente epígrafe: «El ministerio de paz del Mesías durante ambas venidas». Aquí tenemos: I. El anuncio que el Mesías hace de Su misión (vv. 1–3). II. Las ciudades del país serán reedificadas y la nación gozará de gran prosperidad (vv. 4–9). III. Israel, por boca del profeta, expresa sus sentimientos de gozo y alabanza a Dios ante estas bendiciones (vv. 10, 11)

Versículos 1–3

El mejor expositor de la Palabra de Dios (v. Jn. 1:18; He. 1:2) nos ha dado aquí la mejor exposición de estos versículos: el propio Señor Jesús, al leerlos en la sinagoga de Nazaret y aplicarlos enteramente a Sí mismo, diciendo: *Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír* (Lc. 4:17–21). Así como Isaías fue enviado a proclamar libertad a los judíos cautivos en Babilonia, así fue Cristo enviado por Dios a publicar un jubileo más gozoso a un mundo perdido.

I. Cómo fue equipado el Mesías para esta empresa (v. 1): *«El Espíritu del Señor Jehová está sobre mí»*. Los profetas tenían el Espíritu de Dios moviéndolos a ellos, tanto en las instrucciones que les daba sobre lo que habían de decir como en las incitaciones con que les impelía a decirlo. También el Espíritu mismo se movía de uno a otro profeta (v. por ej. 2 R. 2:9). Pero Cristo tenía al Espíritu que reposaba sobre Él siempre y sin medida. Cuando iba a comenzar el ministerio de Su vida pública, el Espíritu Santo *descendió sobre Él,* en figura de una paloma mansa (Mt. 3:16). Este mismo Espíritu es el que Él comunicó a los que habían de proclamar las Buenas Nuevas a todo el mundo, diciéndoles: *«Recibid el Espíritu Santo»* (Jn. 20:22).

II. Cómo fue destinado y consagrado para este ministerio: *«El Espíritu del Señor Jehová está sobre mí, porque me ha ungido Jehová».* Por esto, fue llamado *el Cristo,* es decir, *el Ungido,* ya que *Cristo* es la versión griega del hebreo *Mashiaj* (Mesías), pues Dios *le había ungido con óleo de alegría más que a sus compañeros* (Sal. 45:7), y el aceite de la unción era el símbolo del Espíritu Santo (v. Zac. 4—todo el capítulo—y 1 Jn. 2:20, 27, entre otros lugares).

III. Cuál era la obra para la que había sido destinado y consagrado.

1. Había de ser un predicador, es decir, había de ejercitar en esto el oficio profético. Había de predicar *buenas noticias* (pues esto es lo que significa el vocablo «Evangelio»). Las había de predicar *a los pobres* (comp. con 29:19), es decir, a los humildes, los arrepentidos, los que sólo confían en Jehová, pues no tienen a nadie ni nada en que confiar, excepto Dios (comp. con Sof. 3:12; Mt. 5:3). Para éstos, las buenas nuevas de la redención serán de veras *buenas noticias*

2. Había de ser también un médico, pues había de *vendar a los quebrantados de corazón,* es decir, a curar las heridas producidas por el pecado y, en consecuencia, las producidas por las aflicciones y penalidades que, de uno u otro modo, son efecto del primer pecado. Quienes tienen el corazón quebrantado por el pecado y son así humillados (contritos) bajo el sentimiento de culpa y el peso de la ira de Dios, son equipados en el Evangelio de Cristo con lo que les puede aliviar el peso y silenciar el miedo.

3. Había de ser un libertador. Como profeta, había de enseñar; como sacerdote, había de sanar; y como rey, había de libertar.

(A) Había de proclamar paz para sus amigos: *«para proclamar libertad a los cautivos* (como lo hizo Ciro con los judíos que estaban en el exilio), *y a los presos apertura de los ojos»* (lit.), con lo que se expresa gráficamente «la facultad para ver claramente en contraste con la oscuridad de una prisión» (Slotki). El pecado no sólo nos ata y esclaviza (Jn. 8:32–36; Ro. 6:17, 18), sino que también nos ciega, pues el que no sigue a Cristo anda en tinieblas (Jn. 8:12). Esta libertad es efectiva para todos aquellos que se sacuden el dominio del pecado, y no permiten que reine sobre ellos (Ro. 6:12), así como la visión la obtienen cuantos no cierran voluntariamente los ojos a la luz (v. Jn. 9:39–41).

(B) Había de proclamar guerra y venganza contra sus enemigos (v. 2). Mientras los que creen y se arrepienten entran en el gran jubileo de Dios *(«el año de la buena voluntad de Jehová»*—comp. con Lc. 2:14b—) y, por eso, alcanzan la libertad, los enemigos de Dios (comp. con 66:14) no experimentarán misericordia, sino ira: *el día de la venganza de nuestro Dios.* No cabe duda de que ese día es el día de Jehová. Ese día (comp. con Ro. 2:5) no pertenece a la presente dispensación, sino a la Segunda Venida del Señor, por lo cual, y esto es muy importante, cuando el Señor Jesús leyó estos versículos en la sinagoga de Nazaret, se detuvo bruscamente después de decir: «*… para proclamar el año de la buena voluntad de Jehová»,* pues si hubiese continuado diciendo: «*y el día de la venganza de nuestro Dios»,* ESO NO SE HABRÍA CUMPLIDO *en el HOY* EN QUE CRISTO ESTABA HABLANDO.

4. Había de ser un consolador, pues por eso iba a ser predicador, médico y libertador. Es enviado *a consolar a todos los que lloran* (v. 2b, comp. con 57:18); se refiere especialmente a los que lloran por Sion, como se ve por el versículo siguiente. Ese consuelo que el Salvador va a brindar se describe gráficamente por medio de los símbolos de alegría que van a sustituir a los de duelo. Les dará: (A) *«diadema en lugar de ceniza».* En el hebreo hay un bello juego de palabras: Dará *peér* (diadema) en vez de *epher* (ceniza), donde vemos una trasposición de las dos primeras letras. La diadema o, más exactamente, la guirnalda de honor y alegría reemplazará a la ceniza, que es símbolo de duelo. (B) *«Óleo de gozo en lugar de luto».* Dice Slotki: «La aplicación del aceite al cuerpo para aliviar los efectos del calor era considerada como un gran refrigerio (v. Sal. 23:5; 45:8) y, por eso, su uso se interrumpía en tiempo de duelo (cf. 2 S. 14:2)». (C) *«Manto de alabanza en lugar de espíritu de pesadez»* (lit.). La depresión pesa sobre el alma como plomo; en cambio, la alabanza por los beneficios recibidos es como un manto de honor, que no pesa porque se lleva con sumo gusto.

5. También iba a ser agricultor (comp. con Jn. 15:1): *«Y serán* llamados (los consolados por el Mesías) *terebintos de justicia, plantío de Jehová* (comp. con 60:21), *para gloria suya».* Todo lo que Cristo hace por nosotros es para que seamos pueblo de Dios y le rindamos alabanza y servicio como árboles vivos, de hoja perenne y siempre con frescura primaveral, como los terebintos; con esto, Dios es glorificado en sus santos.

Versículos 4–9

1. Se promete aquí primeramente (vv. 4–7) que «las ruinas de las ciudades desoladas de la Tierra Santa serán reconstruidas, y los extranjeros apacentarán los rebaños y cultivarán los campos, mientras que Israel, libre de cuidados mundanales, consagrará la vida al servicio de Dios y, como sacerdotes Suyos, enseñarán religión y moralidad a las naciones del mundo» (Slotki).

(A) Confortados con la salvación que el Redentor les ha traído, pondrán manos a la obra y reedificarán las ciudades que por tanto tiempo yacieron en ruinas (v. 4). Como advierte Slotki, no está claro quiénes son los que edifican, si *los de Sion* (v. 3) o los *extranjeros* (v. 5), aunque el paralelismo con lo que sucedió a la vuelta del exilio de Babilonia parece implicar que serán los propios judíos los que llevarán a cabo esa tarea (comp. con 49:8); con todo, 60:10 sugiere que serán *extranjeros*

(B) Los que habían sido sus opresores serán sus servidores en las faenas pastoriles y agrícolas (v. 5).

(C) Mientras tanto, los israelitas (v. 6), *«reino de sacerdotes»* (Éx. 19:6), podrán dedicarse a las faenas espirituales que son propias de los sacerdotes, pues el sustento material les será asegurado por los extranjeros, quienes del ganado y de la tierra podrán proveerles de todo lo necesario. Dice Slotki: «Así como los sacerdotes se sustentaban de lo que los israelitas les asignaban, así también la nación sacerdotal será sustentada por los otros pueblos, ya que ellos estarán dedicados al servicio divino». Un adelanto de esto lo tenemos ya en la Iglesia, donde todos los creyentes, no una casta solamente, somos sacerdotes (v. 1 P. 2:9).

(D) Lo que constituía el esplendor de las naciones (v. 6, al final), es decir, las riquezas de toda índole, serán entregadas a los israelitas como ofrendas que se llevan al altar. Se volverán así las tornas (v. 7). Los que de la mano de Dios habían recibido *el doble* (v. 40:2), mientras sus enemigos se alegraban al verlos tan abatidos y humillados, ahora *poseerán doble honra,* con lo que corresponderá así la exaltación actual al abatimiento anterior.

2. Se promete también (vv. 8, 9) que Dios renovará con ellos Su pacto *(«haré con ellos pacto perpetuo»*—v. 8, al final—), de tal forma que no sólo ellos, sino también sus descendientes, serán reconocidos en todas las naciones como *«el linaje que Jehová ha bendecido»* (v. 9). La razón que Dios alega (v. 8a) para hacer este beneficio a Israel es que «*Yo, Jehová, soy amante del derecho, aborrecedor del latrocinio con iniquidad*» (lit.). Así dicen comúnmente las versiones, al seguir a ciertos MSS que leen *awlah*, iniquidad, en lugar de *olah*, holocausto, que es la lectura más probable. Por eso, la *Ryrie Study Bible* y la *Biblia de Jerusalén* (ésta, en pie de página), así como la A.V. inglesa, traducen: «*y aborrezco latrocinio en el holocausto*». Basado en la A.V. es como M. Henry comenta atinadamente: «Ama (Dios) que se haga justicia entre los hombres, tanto entre los magistrados y los súbditos como entre vecino y vecino y, por ello, aborrece toda injusticia. Si los hombres no hacen justicia, Él ama hacer justicia por Sí mismo y compensa a los que padecen injustamente, y castiga a los que obran el mal. Es cierto que los servicios rituales nunca expiarán por la violación de los preceptos morales, ni se justificará ningún latrocinio con decir: "era para holocaustos" o *Corbán—Es un don».*

Versículos 10–11

En estos versículos el profeta expresa los sentimientos de gozo que embargan los ánimos del pueblo redimido. Puede apreciarse claramente el trasfondo escatológico de estos dos versículos si se comparan con Jeremías 33:11; Mateo 22:2; Apocalipsis 21:2.

1. El pueblo *se regocija en Jehová, su Dios* (v. 10). El motivo es que Dios *le ha revestido con vestiduras de salvación:* La salvación que Jehová ha llevado a cabo a favor de Su pueblo es como un hermoso ropaje que le cubre enteramente; por ninguna parte pueden verse ya los harapos que denunciaban su anterior estado de abatimiento y pobreza. Jehová *le ha rodeado de manto de justicia,* es decir, de vindicación, como en otros muchos lugares de Isaías; no queda ya ningún flanco que se ofrezca al ataque o al denuesto de los enemigos de Israel; está *bien cubierto,* y cubierto de gala, como un novio o una novia en el día de su boda.

2. El versículo 11 establece un paralelo entre la fecundidad de la tierra y los frutos espirituales que Jehová hará brotar incluso en las naciones que han sido enemigas de Israel, pues también ellas «se verán obligadas a confesar que éste es el pueblo a quien ha bendecido Jehová» (Moriarty). El original dice que *«el Señor Jehová hará brotar justicia (tsedaqah) y alabanza (tehilah)»,* entendiendo por «justicia» la

«victoria», y por «alabanza» la «gloria». Israel será así vindicado y glorificado ante las naciones, de forma que quienes otrora le oprimieron y llenaron de oprobios, ahora le justificarán y llenarán de alabanzas (comp. con v. 9).

CAPÍTULO 62

En este capítulo llegamos a la cima del ensalzamiento de Sion. La división del capítulo puede hacerse siguiendo los epígrafes que Slotki pone al comienzo de las secciones respectivas. Así tenemos: I. El profeta no puede callarse hasta que la causa de Sion quede definitivamente vindicada (vv. 1–5). II. Dios ha puesto atalayas que le recuerden constantemente Sus promesas a la ciudad (vv. 6–9). III. El profeta convoca a prepararse para dar la bienvenida a los exiliados que vuelven a su patria (vv. 10–12).

Versículos 1–5

1. El profeta, como vidente y como portavoz de Dios, no quiere callar, sino gritar sin descanso, hasta que sea vindicada la causa de Sion. Vemos, pues:

(A) Cuál es la resolución del profeta: *«No callaré, no descansaré»*. Continuará insistente en su predicación y ferviente en su oración.

(B) Cuál es el motivo de esta resolución: *«En atención a Sion, en atención a Jerusalén»;* no lo hace por ningún interés personal suyo, sino por amor a Sion, por el afecto que siente hacia Sion, ya que es la Sion de Dios y, por tanto, le es querida para él como lo es para Dios.

(C) Hasta cuándo. Ha resuelto continuar así *a tiempo y fuera de tiempo* (2 Ti. 4:2), hasta que se cumpla la promesa de la vindicación de Sion ante todas las naciones (v. 1b): *«hasta que salga como resplandor su justicia* (su vindicación), y su *salvación* (su liberación) *brille como una antorcha»*. Dice Slotki: «Así como una antorcha que arde puede verse desde lejos, en una zona extensa, así también la salvación de Sion será visible a todos».

2. Dios, por su parte, va a llevar a cabo la liberación de Sion.

(A) Cuando Dios haya llevado a cabo la salvación de Sion, ésta será manifiesta a todos: *«Entonces* (v. 2) *verán las gentes tu justicia, y todos los reyes tu gloria* (v. 61:11, al final)». Sion quedará vindicada y alabada por quienes antes la oprimieron y la denostaron.

(B) A Sion *le será puesto un nombre nuevo, que la boca de Jehová señalará* (v. 2b, comp. con Jer. 33:16; Ap. 2:17; 3:12). Un nombre nuevo «supone un cambio radical en la persona» (Moriarty); por tanto, es señal de un nuevo carácter y hasta de una nueva relación con Dios. Esta nueva relación con Dios se indica en el versículo 3: «*Y serás corona de adorno en la mano de Jehová, y diadema real en la mano de tu Dios»*. Esta corona y esta diadema no estarán en la cabeza de Dios, como si le añadiesen algún honor o algún poder, sino en la mano, pues Dios la sostendrá así para que todos la admiren.

(C) *«Nunca más* (v. 4) *será llamada Desamparada* (hebr. *Azubah*, que, por cierto, es un nombre propio en 1 R. 22:42) *ni su tierra se dirá más Desolada, sino que será llamada Jeftsi-bah* (que significa: *"Mi deleite en ella") y su tierra, Beulah* (que significa *"desposada").* El versículo 5 explica el motivo del cambio de epítetos: *Del mismo modo que un joven se desposa con una virgen, se desposarán contigo tus hijos; y como el gozo del esposo con la esposa, así se gozará contigo tu Dios»*. Antes había estado desamparada y desolada, como una viuda sin esposo y sin hijos, ahora será como una virgen a quien con gusto desposa Dios y hasta sus propios hijos, una vez que su Dios la ha purificado, refinado y reformado. Para muchos autores, resulta extraño que *los hijos de Sion* vayan a desposar a su madre, y piensan que habría que leer *bonáyij* (tus edificadores) en lugar de *banáyij* (tus hijos). Sin embargo, la lectura correcta es *banáyij*. Slotki presenta esta explicación:

«La aspereza de la expresión que los comentaristas señalan es, quizá, más aparente que real si uno se percata de que la *esposa* es Sion, y los *hijos* son los exiliados que regresan. La comparación no es con el acto del desposorio, sino con el acto de la lealtad, la devoción y la completa dedicación que la motivan. Al tener en cuenta que la raíz original hebrea *baal* significa tanto "desposorio" como "posesión", puede sugerirse que el profeta hace puramente un juego de palabras y que la versión pueda ser: "como un joven se desposa con una virgen, así te poseerán tus hijos"».

Versículos 6–9

Dos cosas se le prometen aquí a Jerusalén:

1. Abundancia de medios de gracia—abundancia de buena predicación y de buena oración (vv. 6, 7—). Se suministra provisión: (A) Para que los ministros puedan cumplir con su obligación de atalayas: «*Sobre tus muros*—dice Dios (v. 6)—*he puesto guardas; todo el día y toda la noche no callarán jamás*». Tienen que aprovechar todas las oportunidades para dar advertencias a los pecadores, a tiempo y a destiempo, y nunca deben traicionar la causa de Dios con un cobarde silencio. ¿Quiénes son estos guardas? Dice Slotki: «*Guardas.* Invisibles seres angélicos. Según otros, los centinelas o *guardas* son los "que hacen duelo en Sion" o "la compañía de profetas" que, mediante sus oraciones por el bien de Jerusalén, le recuerdan a Dios Sus promesas». (B) Para que el pueblo pueda cumplir con su deber. Que no piensen que ya es bastante con que sus guardas oren por ellos, sino que también ellos deben orar por sí mismos. Los que profesan ser pueblo de Dios deben ser un pueblo orante.

2. Abundancia de todas las demás cosas buenas (v. 8). Del grano de ellos se han alimentado sus enemigos. En esto había un doble perjuicio, pues mientras ellos carecían de lo necesario para la vida, sus enemigos se fortalecían precisamente con eso mismo. Se dice que Dios había dado el trigo a los enemigos, en justo castigo por el abuso que ellos habían hecho de la abundancia. El vino por el que ellos habían trabajado, lo habían bebido los extranjeros para satisfacer sus concupiscencias. Pero véase cómo Dios les restaura ahora todas esas cosas (v. 9): «*Los que lo cosechan lo comerán y alabarán a Jehová*». Debemos recoger con diligente laboriosidad lo que Dios nos da, y comerlo con alegría. Hemos de servirle de esta abundancia, usarlo en obras de piedad y caridad, comerlo y *beberlo en los atrios de Su santuario,* donde el altar, el sacerdote y el pobre deben tener, todos ellos, su porción. *Jehová ha jurado* (v. 8a) *por su mano derecha y por su poderoso brazo, que hará* esto por Su pueblo. Es una gran satisfacción para los que edifican sus esperanzas en la promesa de Dios; estar seguros de que *es también poderoso para hacer lo que ha prometido* (Ro. 4:21).

Versículos 10–12

El profeta convoca aquí a prepararse para dar la bienvenida a los que regresan del exilio.

1. Hay que preparar el camino, y quitar todos los obstáculos que se opongan a un viaje cómodo y pacifico (v. 10). M. Henry entiende que *las puertas* de las que se habla aquí son las de Babilonia, a fin de que por ellas salgan los exiliados. Slotki opina que son «las de las ciudades, para hacer la siguiente proclamación». Moriarty dice que «la invitación se dirige probablemente a los ciudadanos de Sion». El contexto posterior del versículo 10 favorece, en opinión del traductor, a Moriarty. También Juan el Bautista fue enviado a *preparar el camino del Señor* (Mt. 3:3).

2. Esta salvación se ha de publicar (vv. 11, 12): (A) Primeramente, a Sion (v. 11b): «*Decid a la hija de Sion: Mira, viene tu Salvador*». El lenguaje de este versículo 11, como advierte Slotki, «tiene reminiscencias de 40:10; 48:20». Sion, Jerusalén, tendrá un consuelo y una satisfacción grandes con esta noticia. De aquí se sigue que (v. 12) *les llamarán* (las naciones a los israelitas que regresan) *Pueblo Santo, Redimidos de Jehová* Las dos últimas frases del versículo 11 han sido comentadas en 40:10. A Jerusalén se le dice, con frases parecidas a las del versículo 4, que ahora *la llamarán Buscada,* pues la prosperidad siempre atrae, *Ciudad no desamparada* y, por tanto, excelente para cobijarse en ella.

CAPÍTULO 63

En este capítulo tenemos: I. La venganza que Dios toma de Sus enemigos (vv. 1–6). II. La gratitud y el reconocimiento con que el pueblo se dirige a su Dios (vv. 7–14). III. Una oración en la que apelan a la misericordia de Dios para que les perdone y les ayude (vv. 15–19).

Versículos 1–6

Tenemos aquí la victoria de Jehová sobre los enemigos. Éste es *el día de la venganza de nuestro Dios* (61:2b). Basta comparar las frases de estos versículos con lugares como Apocalipsis 14:18–20; 19:13, para percatarse de que esta victoria la obtiene Jehová mediante su Siervo-Mesías. Como dice muy bien Trenchard: «Parece increíble que tanto los "Padres de la Iglesia" como los teólogos de la Reforma, amén de muchos expositores modernos, hayan podido ver aquí el anuncio de la obra de Cristo, pues no coinciden más que frases aisladas. Basta notar que la sangre que tiñe los vestidos del vencedor no es la suya propia aquí, sino la de sus enemigos (63:3)».

1. El capítulo comienza con preguntas retóricas del profeta. *Edom* representa aquí a los países de tiranía y opresión. Dice Moriarty: *«Edom,* al sudeste del mar Muerto, era el enemigo tradicional de Israel y simboliza aquí la hostilidad de las naciones contra Jehová. *Bosrá* era la principal ciudad de Edom».

2. Responde el divino guerrero, y dice (v. 1b): «*Yo, el que hablo en justicia,* es decir, en victoria vindicativa, *poderoso para salvar»*. Como advierte Slotki: «No se menciona ninguno de los nombres divinos, sino sólo dos atributos de Dios. Fue a Edom para un propósito concreto: castigar a los opresores y salvar a Su pueblo».

3. Al ver los vestidos del guerrero teñidos en sangre, el profeta pregunta (v. 2) de nuevo qué significan esas manchas. Resulta curioso que el vocablo hebreo *adom*, rojo, es de la misma raíz que *Edom* (y también *Adán*—tierra rojiza, esto es, arcilla—). El divino guerrero responde que esas manchas rojas son de la sangre de sus enemigos (v. 3): al pisarlos como se pisan las uvas en el lagar, *la sangre le ha salpicado los vestidos.* Es ahora el día de Jehová (v. 4), de venganza contra los enemigos, de redención para Israel.

4. Esta victoria la ha conseguido solo (vv. 3a, 5, comp. con 59:16). Dice Moriarty: «Jehová no se ha servido de ningún instrumento para llevar a cabo su juicio, como cuando, en tiempos pasados, utilizó el poder de Asiria y de Babilonia para castigar a su pueblo». La metáfora del versículo 6b: «*y los embriagué en mi furor»,* encaja bien en lo de *pisar el lagar* del versículo 3a, y así lo traen todas las versiones. No obstante, algunos MSS hebreos y el Targum cambian el *kaf* de *ashakrem* en *bet. ashabrem, «los hice pedazos»*. Téngase en cuenta que *kaf y bet* son tan parecidas que sólo un ojo experimentado en la lectura del hebreo puede distinguirlas de inmediato.

Versículos 7–14

En estos versículos el profeta, en nombre del pueblo, hace una fervorosa confesión de la misericordia de Jehová y de la rebeldía de Israel.

1. Tenemos primero (vv. 7–9) un reconocimiento agradecido de *las misericordias (jasdey,* en plural) *de Jehová* (v. 7). Tan abundantes son las fuentes de la misericordia divina, que emplea el plural al mencionarla. *Las alabanzas de Jehová* son los muchos actos, dignos de alabanza, que Dios ha llevado a cabo a favor de Su pueblo. La misericordia amorosa de Dios es tan copiosa porque *Dios es amor* (1 Jn. 4:8, 16); conforme a Su propia naturaleza obra, cuando obra con amor.

2. Dios se confió a ellos (v. 8) y los salvó desde el principio (vv. 11–14), esperaba que le serían leales (comp. con 5:2). *El ángel de su rostro* (lit.) *los salvó* (v. 9b) es el *ángel de Jehová* (Éx. 23:20–23), *«el ángel del pacto»* (Mal. 3:1b), es decir, el propio Señor Jesucristo preencarnado, el cual bien puede llamarse *el ángel del rostro de Jehová,* no sólo porque es *«la fiel representación de su ser real»* (He. 1:3, RV 1977), sino también por ser la *manifestación en carne* del Dios invisible (v. Jn. 14:9; 1 Ti. 3:16; 1 Jn. 4:2).

3. Especialmente conmovedora es la frase que encabeza el versículo 9: *«En toda angustia de ellos Él fue también angustiado»*. Dice Slotki: «Dios mismo, por decirlo así, participa en los sufrimientos de Su pueblo». Es cierto que el actual texto masorético dice: *«En toda angustia de ellos,* (Él) *no* (fue) *adversario»,* pero el adverbio *lo* (no) lleva encima un asterisco, como advirtiendo que en lugar de *alef* podría haber un *vau,* con lo que en lugar de *no* sería *para Él («angustia para Él»,* lit.). A mi juicio—nota del traductor—, se trata de una de las muchas correcciones hechas por los antiguos escribas, por una falsa reverencia; cambiaron el *vau* en *alef.* Vienen a las mientes las palabras de Jesús a Saulo: «… *¿por qué me persigues?»,* cuando Saulo perseguía a la Iglesia. Tan lejos está Dios de *afligir por gusto* (Lm. 3:33), que *es afligido en las aflicciones de ellos,* como se afligen los buenos padres cuando alguno de sus hijos está enfermo.

4. *«Mas ellos* (v. 10) *fueron rebeldes y contristaron su Santo Espíritu* (comp. con Ef. 4:30); *por lo cual se les volvió enemigo, etc.».* No fue por gusto de Dios, sino por los pecados de ellos (comp. con 59:1, 2). ¡Qué cosa tan mala ha de ser el pecado, para convertir en enemigo al mismo Dios que es tan amigo de Su pueblo; como para ser afligido en todas las aflicciones de ellos, y tomar al que es el Amor en persona en un Dios que pelea contra Su propio pueblo!

5. El versículo 11 resulta difícil de interpretar por no estar claro: (A) quién es el que *se acordó;* (B) quién es el que hace las preguntas de los versículos 11b–13. Para no aburrir al lector con prolijas discusiones, bastará con presentar la versión literal más probable del versículo 11: *... Entonces se acordó* (Israel, lo más probable) *de los días antiguos, del que sacó* (hebr. *moshé*—¡el nombre hebreo de Moisés!—) *a su pueblo,* (diciendo): *¿Dónde* (está) *el que hizo subir del mar el pastor* (algunos MSS dicen los pastores, es decir, Moisés y Aarón) *de Su rebaño? ¿Dónde el que puso en medio de ellos Su Santo Espíritu?»*

6. Los versículos 12 y 13 muestran claramente que Moisés (o Moisés y Aarón) fue pastor de Israel (comp. con Jn. 10), guió a los israelitas desde la salida de Egipto hasta las puertas mismas de la Tierra Prometida, y pasó por el mar Rojo y por el desierto. Pero el que en realidad los guiaba por mano de Moisés era Jehová, pues Él era quien *hizo subir del mar el pastor* (Moisés) y Aquel cuyo *brazo glorioso* (v. 12, lit. *brazo de gloria) marchaba a la mano derecha de Moisés,* para darle fuerza sobrenatural cuando empuñaba la vara de los prodigios, la que *dividió las aguas.* El versículo 14 ha de ponerse, con la mayor probabilidad, en labios del propio Isaías, dirigiéndose a Dios. El lugar de descanso al que el Espíritu de Dios llevó al pueblo es, con la mayor probabilidad, la Tierra Prometida. Dice Moriarty: «El descanso incluye no sólo el descanso físico, sino el moral, que es la paz».

Versículos 15–19

En estos versículos hallamos una ferviente plegaria a Dios para que salve y auxilie a Su pueblo.

1. No ha de verse en el versículo 15 ninguna irreverencia en la forma en que el profeta, en nombre del pueblo, se dirige a Dios. Dice Moriarty: «De la consideración del pasado de Israel, el autor se traslada al presente y contempla la desdichada situación de los desterrados … Apunta delicadamente la queja de que Dios está demasiado lejos para ocuparse de su pueblo». Le recuerda a Dios que, a pesar de todas las rebeldías de Israel, sigue siendo (v. 16), no sólo *el Redentor perpetuo* del pueblo, sino también *su Padre* (comp. con Éx. 4:22, 23) y, por tanto, no puede desentenderse de Sus hijos, ya que sus progenitores según la carne, Abraham y Jacob, «yacen en sus sepulcros sin cuidarse de sus descendientes» (Moriarty). De los buenos padres terrenales podrá decirse que *siempre aman,* pero no se puede decir que *siempre viven.* Sólo Dios es nuestro Padre amante e inmortal.

2. La misma queja tierna se expresa en los versículos 17–19, de tres formas diferentes, pero complementarias:

(A) Se queja de que Él mismo, Jehová, les hizo extraviarse de Sus caminos (v. 17) y endureció el corazón de ellos para no temerle, esto es, prestarle la debida adoración. Dice Slotki: «Los sufrimientos de Israel, infligidos por Dios, son en sí mismos un obstáculo para volver a las sendas de la justicia y de la rectitud, y es implorado Dios para que se reconcilie con Su pueblo, si no es en atención a ellos, que lo haga en atención a sus antepasados». A eso viene la mención de *las tribus de tu heredad* (v. 17, al final).

(B) Se queja también (v. 18) de que han sido entregados en manos de los enemigos (de Israel y de Dios), de forma que *un pueblo santo* ha visto *pisoteado por extranjeros su lugar santo: «Por poco tiempo poseyó* (el santuario) *tu pueblo santo; nuestros enemigos han hollado tu santuario»* (lit.). No se quejan aquí de que los enemigos hayan destruido sus hogares y sus ciudades, sino de que han pisoteado el templo. Aunque tuvieron santuario (primero, el tabernáculo; después, el templo) durante más de siete siglos, eso les parece poco tiempo en comparación con la promesa hecha a Abraham (Gn. 17:8) de que habían de poseer la tierra de Canaán a perpetuidad.

(C) Se queja finalmente (v. 19) de que, al ser el pueblo de Dios, en realidad parece como si Israel no fuese ya una teocracia, y el país estuviese dejado de la mano de Dios, hecho semejante a las demás naciones del mundo, en las que Dios ejerce un control remoto, sin cuidarse especialmente de los intereses del pueblo. ¿Habrá cesado Israel de ser el pueblo elegido de Dios? Con esto se insinúa que «la inacción de Dios podría poner en peligro Su reputación» (D. F. Payne).

Sólo queda por hacer notar que la Biblia Hebrea añade al versículo 19 de este capítulo el versículo 1 del capítulo siguiente, mientras que los LXX hacen una partición, con lo que el texto queda como aparece en nuestras versiones. Dice Moriarty: «Y con razón, como lo demanda el sentido, más afín con lo que sigue, la teofanía divina, que con lo que precede».

CAPÍTULO 64

En este capítulo continúa la patética plegaria del capitulo anterior. I. Fervorosa oración para que Dios se manifieste a favor de ellos de un modo extraordinario (vv. 1, 2). II. Apelan a lo que Dios ha hecho en otras ocasiones por Su pueblo (vv. 3–5). III. Confiesan que tienen bien merecido el castigo que ahora padecen (vv. 6, 7). IV. Se entregan a la misericordia de Dios como a Padre que es de ellos, y se someten a su soberanía (v. 8). V. Oran fervientemente por el perdón del pecado y para que se aleje el enojo de Dios (vv. 9–12).

Versículos 1–5

I. Aquí, la petición es que Dios se manifieste de forma maravillosa a favor de ellos (vv. 1, 2). Cuando Dios lleva a cabo alguna extraordinaria liberación de Su pueblo, se dice que *resplandece*, para mostrarse a Sí mismo fuerte; así, aquí piden que *rasgue los cielos y descienda.* Esto es aplicable a la Segunda Venida de Cristo, cuando el Señor mismo *descenderá del cielo con voz de mando, etc.* (1 Ts. 4:16). Los antiguos concebían la bóveda del cielo como una plancha metálica. Le piden, pues, a Dios que haga una abertura en la bóveda, en dirección a la tierra (v. Sal. 18:9), y descienda por allí. Para que esta manifestación sea más notoria, piden a Dios que, a Su presencia *(«es fuego consumidor»*—He. 12:29—), se derritan los montes, *como prende el fuego en la enramada, fuego que hace hervir las aguas* (v. 2). A nadie podría pasar desapercibido un fenómeno tan portentoso, y *las naciones temblarían ante la presencia de Jehová.*

II. Apelan a casos anteriores en los que Dios se había manifestado de forma maravillosa a favor de ellos.

1. Le recuerdan a Dios lo que hizo por ellos cuando sacó a Israel de Egipto (v. 3). Hizo entonces *cosas terribles,* es decir, que infundían terror, en las plagas de Egipto, cosas en que ellos mismos no habían pensado *ni las esperaban.* Después descendió al monte Sinaí (v. 3b) con tal aparato de majestad aterradora que *hizo derretirse a los montes* adyacentes, haciendo que *saltasen como carneros* (Sal. 114:4).

2. Apelan también a la provisión que había hecho para la seguridad y dicha de Su pueblo.

(A) Es una provisión copiosa (v. 4). Los hombres *no habían oído ni visto las cosas que Dios obra en favor del que en Él espera* (comp. con Sal. 31:19). Muchas de esas cosas estuvieron ocultas durante las antiguas dispensaciones, pero iban a ser reveladas en la dispensación del Evangelio, como lo declara el apóstol en 1 Corintios 2:9. Lo que los hombres no habían oído desde el principio del mundo, lo habían de oír antes del fin del mundo. Incluso la paz presente de los creyentes sobrepasa toda expresión (Fil. 4:7). ¡Qué será en la futura bienaventuranza! De las obras de Su gracia maravillosa, lo mismo que de las obras de su portentoso poder, hemos de deducir que *no hay Dios como Él.*

(B) Es una provisión al alcance de la mano (v. 5): *«Sales al encuentro del que con alegría hace justicia;* le sales al encuentro con el bien que le has preparado (v. 4), y no te olvidas *de los que se acuerdan de ti en tus caminos».* ¡Qué comunión la que existe entre un Dios de gracia y un alma en gracia! Hemos de cumplir nuestros deberes *con alegría,* deleitarnos en nuestro Dios y cantar en nuestras labores. Esta buena disposición es preludio de ulteriores gracias, pues Dios sale al encuentro o, mejor, *se adelanta al que obra el bien con gozo.* Se adelanta a perdonar a Su pueblo arrepentido, como se adelantó el padre del pródigo a recibir al hijo que regresaba a casa (Lc. 15:20). Les oye y responde antes que terminen de hablar (65:24).

3. Apelan a la inmutabilidad del favor de Dios y a la estabilidad de Sus promesas (v. 5b): *«Mira,* tú *estás enojado y nosotros somos pecadores,* por lo cual hemos estado bajo las manifestaciones de tu ira; *pero en ellos,* en aquellos caminos tuyos, los caminos de misericordia en los que nos acordábamos de ti,

en ésos hemos continuado. Y, mediante la continuación del pacto, *esperamos ser salvos,* pues en la perpetuidad de ese pacto está toda nuestra salvación». Esta interpretación de M. Henry, contra lo que da a entender la letra de nuestras versiones, está corroborada por la versión inglesa judía, que hace un paréntesis de la frase *«Mira, tú estás enojado y nosotros somos pecadores».* Parece, en efecto, ser la interpretación más correcta.

Versículos 6–12

Vemos ahora las Lamentaciones de Isaías—la destrucción de Jerusalén a manos de los caldeos, y el pecado de Israel que provocó tal destrucción.

1. El pueblo de Dios en su aflicción confiesa y lamenta sus pecados. Ahora que estaban bajo la reprensión de Dios por sus pecados, confiesan que no tienen otra cosa en que confiar, sino en la misericordia de Dios.

(A) Había entre ellos una general corrupción de costumbres (v. 6): *«Todos nosotros somos como suciedad,* como quienes están llenos de lepra y han de ser expulsados del campamento, y aun *todas nuestras justicias,* es decir, las obras que consideramos como suficientemente buenas, son *como trapos de inmundicia* (lit. *paños de tiempos,* con lo que alude a la menstruación periódica de las mujeres—contaminadora, según la Ley—)». Eso es lo que son las mejores personas; todos nosotros estamos corrompidos y contaminados. Nuestras mejores acciones también lo están. No sólo hay una corrupción general de costumbres, sino también generales defectos en nuestros actos de devoción.

(B) Había también entre ellos un general enfriamiento de la devoción (v. 7). La verdadera oración estaba abandonada: *«Nadie hay que invoque tu nombre,* nadie que busque tu gracia para reformarnos, o tu misericordia para aliviarnos y hacer que se aparten los castigos que nuestros pecados han atraído sobre nosotros». Y si había uno aquí o allá que invocase el nombre de Dios, lo hacía con gran dosis de indiferencia: *«Nadie hay … que se despierte para apoyarse en ti* (mejor, *para asirse de ti)».* Orar es *asirse de Dios,* asirse de las promesas que Dios nos ha hecho por su buena voluntad—asirse de Él como se ase el que lucha de aquel con quien está luchando (v. Gn. 32:24–26—). Pero cuando *nos asimos de Dios* es como el barquero que, con su arpón, se ase de la orilla como si quisiese atraer ésta hacia sí, pero en realidad es para tirar de sí mismo hacia ella; así también oramos, no para atraer a Dios a nuestra mente, sino para llevarnos a nosotros mismos a la Suya. Los que quieran asirse de Dios en oración han de *despertarse* para ello, todo cuanto hay en nuestro interior ha de ponerse al servicio de esta tarea (y todo será poco): nuestra mente ha de estar fija, y nuestro corazón ha de estar llameante.

2. Reconocen que sus aflicciones son el fruto de sus pecados y de la consiguiente ira de Dios (v. 6b): «Y *caímos todos nosotros como la hoja.* No sólo nos hemos marchitado y perdido nuestra belleza, sino que nos hemos desprendido del árbol de la vida, como las hojas en otoño, secas ya y sin savia; y entonces *nuestras maldades, como el viento, nos llevaron* deprisa al cautiverio, como vientos de otoño que primero soplan en las hojas y las desprenden, y luego soplan todavía en ellas para llevarlas lejos (v. Sal. 1:3, 4).

3. Apelan a la relación que tienen con Jehová como su Dios y le imploran humildemente (v. 8): *«Ahora, pues, Jehová, tú eres nuestro padre.* Necios y negligentes cuales somos, pobres y despreciados de nuestros enemigos, todavía, con todo, *tú eres nuestro padre;* a ti, por tanto, volvemos en nuestro arrepentimiento». Dios es su Padre, pues les dio el ser y los formó como pueblo, moldeándoles según la figura que le plugo: *«Nosotros somos el barro, y tú nuestro alfarero* (lit.); por consiguiente, esperamos que tú que nos hiciste y formaste, nos rehagas y reformes, aun cuando nos hemos deshecho y deformado a nosotros mismos: *Somos como suciedad* (v. 6), pero *obra de tus manos somos todos nosotros* (v. 8b); por tanto, *no desampares la obra de tus manos* (Sal. 138:8c). *Somos tu pueblo;* y, ¿no buscará un pueblo a su Dios? (8:19). *Somos tuyos, ¡sálvanos!* (Sal. 119:94)».

4. Importunan a Dios para que se vuelva de su ira y les perdone los pecados (v. 9). Oran que Dios se reconcilie con ellos, y entonces sentirán un alivio muy grande, ya sea que la aflicción continúe o sea retirada: *«No te enojes sobremanera,* sino sea mitigado tu enojo con la clemencia y la compasión de un padre».

5. La condición lamentable en que se hallaban.

(A) Sus casas estaban en ruinas (v. 10). Las ciudades de Judá fueron destruidas por los caldeos, y sus habitantes fueron deportados del país: *«Tus santas ciudades están desiertas».* Las ciudades de Judá son llamadas *santas* porque eran *de Dios* y porque el pueblo era un reino de sacerdotes para Jehová; por eso,

se lamentaban de que estuviesen en ruinas sus ciudades. «Incluso *Sion es un desierto,* añaden. La ciudad misma de David yace en ruinas; *Jerusalén,* la hermosa, es una desolación; se ha vuelto la burla y el escándalo de toda la tierra; está hecha un montón de escombros».

(B) También la casa de Dios está en ruinas (v. 11). Esto es lo que lamentan más que todo: que *ha sido pasto del fuego.* Era *«nuestra casa santa y hermosa»;* la santidad de ella era a sus ojos la mayor belleza de esa casa y, por consiguiente, su profanación era el aspecto más triste de su desolación. Era el lugar donde *«te alabaron nuestros padres»*—dicen—. Allí le habían alabado con sus sacrificios y sus cánticos. ¡Qué lástima que yaciera en cenizas lo que por tantos siglos había sido la gloria de su nación! *Todas sus cosas más estimadas habían sido destruidas,* todas las cosas que ellos empleaban en el servicio de Dios; no sólo el mueblaje del templo, los altares y la mesa, sino los sábados y todas sus demás festividades religiosas, que ellos solían observar con alegría.

6. Concluyen arguyendo humildemente con Dios acerca de sus presentes desolaciones (v. 12): «*¿Te estarás quieto, oh Jehová, ante estas cosas?* Cuando se nos maltrata guardamos silencio, porque la venganza pertenece a nuestro Dios, no a nosotros; pero cuando Dios es insultado en Su honor, debería con razón esperarse que Él hable y actúe para vindicarlo; Su pueblo no le prescribe lo que debe hacer, pero le dice: *«¿Callarás?»* (comp. con Sal. 83:1: *«Oh Dios, no guardes silencio»).* Como si dijese: «¡Habla para convicción de tus enemigos! ¡Habla para consuelo y alivio de tu pueblo! Porque, *¿nos afligirás sobremanera?»* Dios había dicho que *no contendería para siempre* y, por tanto, los Suyos pueden asirse de esa promesa para estar seguros de que sus aflicciones no han de continuar hasta la extremidad ni hasta la eternidad, sino que han de ser *ligeras y por un momento.*

CAPÍTULO 65

En este capítulo tenemos: I. El anuncio de la extensión de las buenas nuevas a los gentiles (v. 1). II. El rechazo temporal de los judíos por su obstinación e incredulidad (vv. 2–7). III. La salvación del remanente (vv. 8–10). IV. Los juicios de Dios que han de perseguir a los rebeldes (vv. 11–16). V. Las bendiciones reservadas para el reino futuro mesiánico (vv. 17–25).

Versículos 1–7

El apóstol Pablo nos ha dado una interpretación auténtica de los versículos 1 y 2 de este capítulo en Romanos 10:20, 21, y hace la observación de que *Isaías es muy atrevido* al predecir esto a los judíos, quienes habrían de tomarlo como una grave afrenta hecha a su nación. Sin embargo—nota del traductor—, es muy problemático que el sentido literal histórico del hebreo sea ése, pues parece ser que aquí tenemos la respuesta a la oración del capítulo anterior. Dice Moriarty: «Dios contesta que Él estuvo siempre dispuesto a proteger a su pueblo, pero fue éste quien no pidió ayuda». No obstante, puesto que la acomodación de Pablo fue inspirada por Dios mismo, seguiremos esa línea de interpretación, como lo hace M. Henry.

I. Se predice aquí que los gentiles, que habían estado lejos, habían de ser hechos cercanos (v. 1). Pablo lo lee de la siguiente manera: *Fui hallado por los que no me buscaban; me manifesté a los que no preguntaban por mí.*

1. Los que por tanto tiempo habían estado sin Dios en el mundo, van a ser vistos ahora *hallándole* sin buscarle; los que nunca habían dicho: *¿Dónde está Dios mi hacedor?,* comenzarán ahora a inquirir por Él. ¡Con qué placer habla aquí el gran Dios de ser hallado! Pues hay gozo muy grande en el cielo por pecadores que se arrepienten.

2. Dios se adelantará con sus bendiciones a las oraciones de ellos: *Fui hallado por los que no me buscaban.* Este feliz encuentro y comienzo de buena relación entre Dios y el mundo gentil comenzó del lado de Él. Aun cuando, en el tiempo que sigue a la conversión, Dios es hallado por los que le buscan (Pr. 8:17), en la primera conversión es hallado por los que no le buscan. Sólo después que Dios ha comenzado

a llamar, puede un inconverso buscarle (v. 55:6 y ss.), pues *le amamos porque Él nos amó primero* (1 Jn. 4:19).

3. Dios concedió las ventajas y los beneficios de la revelación divina a quienes nunca habían hecho ninguna profesión de religión: *«Dije a gente que no me llamaba por mi nombre,* que no pertenecía a mi pueblo: *Heme aquí, heme aquí,* es decir, aquí estoy para recibirte, aquí estoy a tu disposición».

II. Se predice a continuación que los judíos, quienes por largo tiempo habían sido un pueblo cercano a Dios, serían rechazados y colocados a distancia por algún tiempo (v. 2). El apóstol aplica esto a los judíos de su época (Ro. 10:21): *«Pero acerca de Israel dice: Todo el día extendí mis manos hacia un pueblo desobediente y contradictor».*

1. Cómo eran cortejados los judíos por la gracia de Dios. Dios mismo, por medio de Sus profetas, de Su Hijo, de Sus apóstoles, *extendió hacia ellos las manos* en actitud de ruego suplicante y de anticipada bienvenida. Cuando Jesús fue crucificado, fueron extendidas sus manos, como si se preparase a recibir a los pecadores, y clavadas se le quedaron para que no se le cayesen de fatiga como a Moisés. Incluso los que lleguen a la hora undécima del día no serán rechazados.

2. Ellos despreciaron la invitación; fueron invitados al banquete de bodas, pero no quisieron venir, sino que *rechazaron el consejo de Dios contra sí mismos.* El mundo verá que no fue por nada por lo que fueron rechazados por Dios. Estaban muy decididos. Bueno o malo, querían obrar lo que mejor les parecía. Dios les había declarado cuáles eran Sus pensamientos, Su mente y Su voluntad, pero ellos prefirieron seguir *en pos de sus pensamientos* (v. 2, al final).

(A) Ésta era la queja de Dios acerca de ellos: le apenaron, *contristaron su Santo Espíritu* (63:10), como si estuviesen decididos a que se tornase enemigo de ellos.

(B) El profeta habla más en particular de *las iniquidades de ellos y las de sus padres* (v. 7), como el motivo por el que Dios los rechazó. La iniquidad más provocadora de sus padres había sido la idolatría. Éste fue el pecado que les condujo al cautiverio y, aun cuando el cautiverio les curó bien de ella, todavía les fue tenida en cuenta cuando llegó la ruina final de la nación.

(C) Quizás eran muchos, largo tiempo después de la deportación, los que, aun cuando no adoraban dioses extraños, se casaron con mujeres extrañas. Abandonaron el templo de Dios y *sacrificaron en huertos* (v. 3b), a su modo, menospreciaron lo instituido por Dios. Abandonaron el altar de Dios y *quemaron incienso sobre ladrillos.* Dice Moriarty: «La práctica aquí condenada formaba parte probablemente del culto cananeo a Aserá, la cual aparece, en la épica ugarítica de Baal, fabricando ladrillos para la casa del dios, como se confirma por una moneda tiria encontrada en 1954». Altar nefando, en comparación con el altar de oro que Dios les había ordenado.

(D) Practicaron la nigromancia o consultas a los muertos, a lo que alude lo de *«se sientan en los sepulcros y pasan la noche en antros»* (v. 4). También violaron las leyes de Dios acerca de los alimentos, *comiendo* (v. 4b) *carne de cerdo y el caldo* (o piezas) *de otras cosas abominables,* es decir, de otros alimentos prohibidos (comp. con 66:17). Dice Slotki: «El *caldo,* preparado de una manera especial, creían que tenía propiedades mágicas. El alimento prohibido es llamado aquí *abominación,* y los que lo tomaban son llamados (Lv. 11:43) ellos mismos *personas abominables».*

(E) El pecado principal de los judíos en tiempo de nuestro Salvador era el orgullo hipócrita, especialmente entre los escribas y fariseos a quienes denunció Jesús con repetidos ayes. Así hacían también éstos (v. 5), diciendo: *«Estate en tu lugar, no te acerques a mí, porque soy más santo que tú».* Como diciendo: «Retírate y júntate con los que son como tú; no te me acerques, que me contaminas; no me toques, que estoy apartado de tu contacto». *«Éstos*—dice Dios (v. 5b)—*son humo en mi nariz, fuego que arde todo el día».* La frase *«humo en mi nariz»,* dice Moriarty, es una «imagen gráfica para indicar una cosa que produce comezón y excita la cólera divina». «Es un humo, dice M. Henry, que no procede de un fuego rápido, que arde pronto en llamas agradables, sino del fuego de madera húmeda, que *arde todo el día,* sin hacer otra cosa que humo.»

(F) La prueba contra ellos es manifiesta y notoria (v. 6): *«He aquí que escrito está delante de mí».* Todas las iniquidades de ellos y de sus padres figuran en los anales de Dios, y Dios les dará su merecido (comp. con Sal. 79:12; Lc. 6:38). Dice Dios que les pondrá el pago *en el seno,* porque «en el seno se guardaba antiguamente la bolsa del dinero» (Moriarty).

Versículos 8–10

Esta porción es explicada por el apóstol en Romanos 11:1–5, donde, al referirse al rechazo de los judíos, se hace la pregunta: *«¿Acaso ha desechado Dios a su pueblo?»* Y responde: *«¡En ninguna manera! ... Ha quedado un remanente conforme a la elección de la gracia».* La presente profecía hace referencia a ese distinguido remanente. Algunos judíos habían de abrazar el cristianismo. Otros muchos más se habían de convertir en la Segunda Venida del Señor (Ro. 11:26); 144.000 serían reservados para un ministerio especial durante la Gran Tribulación (Ap. 7:1–8).

1. Esto es ilustrado aquí por medio de una comparación (v. 8). Cuando una vid se halla tan marchita que parece no tener savia ni vida, y el viñador se siente inclinado a cortarla, quizás uno que pase por allí descubre que alguno de los racimos tiene todavía jugo y le dice: *«No lo desperdicies porque hay bendición en él»*. A veces, Dios no acaba con ciudades, y aun con naciones, en atención a unos pocos.

2. Quiénes son los que formarán este remanente: (A) Los que sirven a Dios (v. 8b): *«Así haré yo por mis siervos»,* dice Dios. Y añade (v. 9, al final): *«Mis siervos habitarán allí»*. Los fieles siervos de Dios *sirven* también *a su generación.* (B) Los que buscan a Dios, tienen por lo más importante de la vida el invocarle.

3. Qué es lo que la misericordia de Dios tiene en reserva para ellos. El remanente volverá a establecerse felizmente en el país (v. 9): será *«descendencia de Jacob»*. De Judá va a sacar *«un heredero de mis montes»;* es decir, de la región montañosa en que está ubicada Jerusalén. También tendrán abundantes pastos (v. 10) para sus ganados. *Sarón y Acor* se llenarán otra vez de ganado. Sarón es «la fértil llanura entre las montañas y el Mediterráneo, que se extiende desde Jaffa (Jope) hasta las cercanías del monte Carmel (cf. 35:2)» (Slotki). *Akor* (comp. con Os. 2:15), según Moriarty, «conocida hoy como Buqueiah, en los montes al norte y oeste de Qumrán, era, y es aun ahora, desierto».

Versículos 11–16

Condiciones diferentes de los piadosos y de los malvados, de los judíos que creyeron y de los que todavía persistieron en su incredulidad.

I. El terrible destino de los que persistían en su idolatría, a pesar de la deportación a Babilonia, y en su infidelidad, después de la predicación del Evangelio de Cristo.

1. Viene primero la amenaza (v. 12): «*Yo también os destinaré a la espada, y todos vosotros os arrodillaréis al degolladero*». Hay aquí un juego de palabras, pues el verbo *manithi* (destinaré) corresponde al dios *Destino* (hebr. *mení)* de final del versículo 11.

2. Los pecados por los que son destinados a la espada. (A) La idolatría era un pecado inveterado (v. 11): *«Vosotros* sois *los que,* en lugar de servirme a mí como pueblo mío, *dejáis a Jehová* para servir a otros dioses *y olvidáis mi santo monte* para quemar incienso sobre los montes de vuestros ídolos (v. 7), tras de haber dejado al único Dios vivo y verdadero. *Ponéis una mesa para la Fortuna* (hebr. *Gad) y suministráis libaciones para el Destino* (hebr. *Mení)»*. Éstos eran, dice Slotki, «nombres de deidades cuyo culto consistía en extender para ellos una mesa con manjares y bebidas». (B) La infidelidad era el pecado específico de los judíos contemporáneos del cautiverio (v. 12b): *«por cuanto llamé y no respondisteis, etc.»*, lo que se refiere a lo mismo del versículo 2, y eso es aplicado (v. Ro. 10:21) a los que rechazaron el Evangelio. Nuestro Señor Jesús los llamó igualmente: *«se puso en pie y alzó la voz»* (Jn. 7:37), pero no respondieron. No es extraño que los que no se dejan persuadir a escoger el bien, persistan en seguir escogiendo el mal.

II. La agravación de este destino, cuando se considera el dichoso estado de los que fueron traídos al arrepentimiento y a la fe. Las bendiciones de los que sirven a Dios y la terrible condición de los que se rebelan contra Él se ponen aquí frente a frente, para que sirvan mutuamente de contraste (vv. 13–16). El pesar de los que perecen se aumentará al ver la felicidad de los siervos de Dios y, especialmente, al pensar que también ellos podían haber compartido esa dicha si no hubiera sido por su propia culpa. La diferencia entre ambos estados estriba en dos cosas:

1. En punto al consuelo y a la satisfacción. Los siervos de Dios no carecerán de nada que sea bueno para ellos. Pero los que ponen el corazón en las cosas del mundo estarán hambrientos y sedientos, siempre vacíos y siempre ansiosos, pues *no es pan* (55:2); harta, pero no satisface. Los siervos de Dios *se alegrarán* (v. 13c) y *cantarán por júbilo del corazón* (v. 14). El cielo será un mundo de perpetuo gozo para todos los que ahora siembran con lágrimas. Pero, por la otra parte, los que dejan al Dios verdadero se cierran a sí mismos las puertas del gozo, pues *serán avergonzados* (v. 13, al final) de su vana confianza, de su propia justicia y de las esperanzas que sobre ella edificaron.

2. En punto al honor y a la reputación (vv. 15, 16): Los malvados perderán la reputación a la que pensaban ser acreedores, de forma que sólo merecerán maldiciones. En efecto (v. 15), ésta es la maldición que se lanzará contra ellos: *«¡Que el Señor Jehová te mate!»* En cambio, Dios dará a sus siervos *otro nombre* (v. 15b), les pondrá «un apelativo de fama y de gloria» (Slotki). Los malvados se bendicen a sí mismos en la abundancia de bienes temporales que poseen (Sal. 49:18; Lc. 12:19); pero los siervos de Dios (v. 16) *se bendicen a sí mismos en el Dios del Amén* (comp. con 2 Co. 1:20), esto es, en el Dios fiel, y dicen: «El Dios fiel me bendiga». Le darán a Dios el honor que se le debe por este bendito cambio, pues *les ha hecho olvidar las angustias anteriores* (v. 16b). Tan olvidadas que *quedarán escondidas de los ojos mismos de Dios.* Dice Slotki: «Dios mismo, por decirlo así, ya no las verá más».

Versículos 17–25

Estos versículos, dice Ryrie, contienen «una descripción del reino milenario, el cual es preliminar a los *nuevos cielos y* la *nueva tierra* (v. 17)».

1. Se predice primero (v. 17) la *«creación de unos nuevos cielos y una nueva tierra».* El contexto posterior aclara que estamos ante el reino milenario, no ante la eternidad (comp. con 66:22–24). ¿Cómo se explica, pues, la semejanza con 2 Pedro 3:13 y Apocalipsis 21:1? Comenta Trenchard: «En parte, se vislumbra un reino terrenal, donde se edifican casas y se plantan viñas, y donde, a pesar de una longevidad desconocida desde el diluvio acá, la muerte puede caer sobre el pecador (65:20 y 21). Pero el oráculo rebasa los límites de un reino terrenal, y pasan a abarcar la nueva creación de los cielos y la de la tierra, o sea, la renovación de todo el universo». Slotki explica la expresión *«nuevos cielos y nueva tierra»* como una «metáfora para designar un nuevo orden mundial». En efecto—nota del traductor—, es probable que éste sea el significado que aquí quiere darle el profeta.

2. Las condiciones del nuevo orden de cosas serán tales que *ya no se acordarán de lo primero* (v. 17b), es decir, de las angustias pasadas (v. 16b, comp. 42:9; 43:18, 19; 2 Co. 5:17). En lugar de angustia, tristeza y dolor, habrá *alegría en Jerusalén y gozo en el pueblo* (vv. 18 y 19), en el sentido probable de que el pueblo de Israel no sólo se gozará en Jehová como Jehová se gozará en él, sino que también irradiará ese gozo a todo el mundo. Así lo entiende Slotki. Estas dichosas condiciones se particularizan (vv. 20–25) en cierto número de detalles de la vida en el Milenio:

(A) Habrá gran longevidad (v. 20). El que muera de cien años será tenido por demasiado joven para morir o por demasiado malo para seguir con vida por más tiempo. Si *cien años* se estima el período más corto de vida, quizás la longevidad normal de los fieles súbditos del Rey habría de cifrarse en mil años, con lo que éstos pasarían del Milenio a la eternidad sin sufrir la muerte. Sin embargo, del texto sagrado sólo pueden extraerse dos datos que arrojan alguna luz, aunque no decisiva, sobre este punto: (a) El versículo 22b asegura: *«porque según los días de un árbol añoso serán los días de mi pueblo».* Hay varios árboles cuya longevidad se acerca al milenio y aun lo sobrepasa, pero la frase del texto no da pie para fijar una cifra, aunque insinúa, desde luego, varias centurias. (b) En Apocalipsis 20:4 (al final) leemos: «*y reinaron con Cristo mil años»,* pero el contexto anterior aclara que esto se refiere específicamente a *los decapitados que volvieron a la vida,* mártires resucitados para toda la eternidad.

(B) La propiedad estará asegurada, pues no serán posibles los hurtos en un régimen de justicia bajo el cetro de hierro del Salvador (vv. 21–23): *«No edificarán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma»* (v. 22). De todo ello disfrutarán ellos y *sus descendientes con ellos* (v. 23, al final), lo cual da a entender que «varias generaciones vivirán juntas simultáneamente» (Slotki).

(C) Habrá una buena correspondencia entre ellos y su Dios (v. 24): «Y *antes que me llamen, responderé yo; mientras aún estén hablando, yo habré oído».* Dios se adelantará a las preces de ellos con las bendiciones de Su bondad. Dice Slotki: «Todos los deseos humanos serán divinamente cumplidos aun antes de que hayan sido expresados».

(D) La naturaleza entera disfrutará de la paz mesiánica, lo cual se notará especialmente en el mundo animal (v. 25, comp. con 11:6): *«El lobo y el cordero serán apacentados juntos, y el león comerá paja como el buey»;* no hará daño porque se habrá vuelto vegetariano. Satanás estará atado (v. Ap. 20:1–3), *mordiendo el polvo: «y el polvo será el alimento de la serpiente».* La alusión a Génesis 3:14 no puede ser más clara. Con esto se indica «que la era mesiánica será el retorno a la era del paraíso» (Moriarty).

CAPÍTULO 66

La *Ryrie Study Bible* ofrece la siguiente división del presente capítulo. I. Reprensión de la hipocresía (vv. 1–6). II. Renacimiento de Israel (vv. 7–9). III. Regocijo en el futuro (vv. 10–24).

Versículos 1–6

1. El primer versículo de este capítulo es aplicado por Esteban (Hch. 7:49, 50) al desmantelamiento del templo material de Israel, para dar paso a la adoración pura y sencilla en espíritu y en verdad (Jn. 4:24). En efecto, en el versículo 2 hace ver Dios que Su atención no estará en las prácticas rituales, sino en la disposición del corazón: *«pero miraré,* es decir, tomaré nota y le atenderé en sus oraciones, *a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra,* esto es, es consciente de su responsabilidad en cumplir mi voluntad» (comp. con Sof. 3:12). Sería, con todo, una equivocación ver en este versículo un repudio absoluto del culto litúrgico; eso supondría una contradicción de lo que el mismo Dios dice por medio de los profetas Hageo y Zacarías. Lo que este versículo significa es que «el mero ritualismo no es un sustituto de la moralidad, ni dejará Dios de mostrar su cólera contra los pecadores porque le edifiquen un templo» (Moriarty).

2. Los versículos 3 y 4 dan a entender que los sacrificios de los malvados no sólo son inaceptables para Dios, sino que son una abominación a Sus ojos (comp. con Pr. 15:8). Los judíos carnales, a su regreso del cautiverio, se volvieron remisos en el servicio de Dios. *Traían lo hurtado, lo cojo, lo enfermo* (Mal. 1:13). Si tenemos en cuenta que la expresión *«como si»,* repetida cuatro veces (v. 3) en nuestras versiones, no existe en el original hebreo, el significado más probable es que el culto había venido a ser una mezcla de ritos legales y supersticiones paganas, abominables a Dios, aunque quizás sea más probable la explicación alternativa que ofrece Moriarty: «o como indicando la falta de sinceridad y respeto con que ofrecían a Jehová los sacrificios rituales, como si fueran cosas profanas». Esto era como una burla a Dios, por lo que Él (v. 4) les dice: *«también yo escogeré para ellos escarnios, etc.».*

3. Después de haber denunciado la hipocresía de la nación, que se mofaba de la Palabra de Dios, el profeta se dirige ahora a los temerosos de Dios *que tiemblan a Su palabra* (v. 5; la misma expresión del v. 2), para decirles que no teman lo que *sus hermanos*—es decir, los judíos que no temían a Dios—sentían acerca de ellos. De estos «falsos hermanos» dice: *«os aborrecen,* precisamente por ser sinceramente piadosos, y *os echan fuera,* esto es, os excluyen de su compañía». Slotki hace ver que «el verbo hebreo para *echar fuera* significa en el hebreo tardío "excomulgar"». Lo que estos falsos hermanos les dicen a los piadosos es una mofa sarcástica, pues es evidente que no sienten lo que dicen. No hay, empero, motivo para temer estas mofas, pues *son ellos* (v. 5, al final) *los que serán confundidos.* Más aún, Dios se dispone (v. 6) a darles el castigo merecido. Dice Moriarty: «Dios viene con la majestad de la tempestad. Su voz se oye desde el templo, lo que anticipa ya el juicio del día de Jehová».

Versículos 7–9

En estos versículos se predice el renacimiento de Israel en tiempos del reino mesiánico milenario. Así la restauración escatológica de Israel es mencionada inmediatamente después de la mención implícita (v. 6) del día de Jehová.

1. A juicio del traductor, el versículo 7 tiene un extraño parecido con Apocalipsis 12:5 y podría arrojar una luz insospechada sobre tan oscura porción (v. el comentario a Ap. 12). En la alegoría que aquí tenemos delante, la mujer que está de parto es Sion (v. 7), lo cual no obsta para que se aplique también a

Israel (Ap. 12:1), por ser Sion el centro religioso del país. Se dice (v. 7b) que *dio a luz un hijo varón antes de que le viniesen los dolores de parto,* lo cual significa que la salvación final de Israel (comp. con Zac. 12:10; 13:1; Ro. 11:26) vendrá por sorpresa, como por sorpresa vendrá también el juicio (v. 6) a los malvados. La razón por la que se especifica que el nacido será *un hijo varón* es porque «el nacimiento de un varón era ocasión de mayor gozo que el de una hembra» (Slotki).

2. Más sorprendente aún que el nacimiento de un varón antes de que la madre sienta los dolores de parto, es que la mujer de a luz *en un solo día a toda una nación* (v. 8). La conversión en masa de los judíos es aquí comparada al nacimiento de una nación. El apóstol Pablo lo compara (Ro. 11:15) a una resurrección de entre los muertos: *«Porque si su exclusión es la reconciliación del mundo, ¿qué será su admisión, sino vida de entre los muertos?»*

3. Esto será obra de Dios, quien no deja nunca las cosas a medio hacer (comp. con Fil. 1:6). El versículo 9 dice así literalmente, según el original hebreo: *«¿Acaso haré yo llegar hasta el punto de dar a luz y no haré nacer, dice Jehová? Si yo hago nacer, ¿cerraré el vientre?,* esto es, ¿dejaré el parto a medio acabar?, *dice tu Dios».* Esto significa que «la rápida restauración que se ha iniciado se completará. Dios no dejará Su obra sin terminar» (Slotki).

Versículos 10–24

A continuación vemos una exhortación a regocijarse en el futuro de Israel, lleno de bendiciones.

I. Tenemos primero (vv. 10–14) una descripción del reino milenario.

1. Las angustias primeras (65:16) serán olvidadas, para dar paso a un gozo puro y sin mezcla de tristezas ni temores. Por eso, el profeta exhorta a todos a que se alegren con Jerusalén, porque viene la nueva era, la era mesiánica, en la que todas las naciones compartirán las bendiciones de Israel (vv. 10, 11). Esto es lo que se declara bajo las gráficas expresiones de *mamar de sus pechos y beber de la abundancia* (hebr. *ziz,* que bien podría verterse por *ubre,* al hacer un paralelo con *pecho* de la frase anterior) *de su gloria.* Continúa, pues, como advierte Moriarty, «la alegoría de la madre». Sion será entonces la madre-nodriza no sólo de Israel, sino también de todas las naciones.

2. El que de tal manera les exhorta a que se regocijen, les explica también (vv. 12–14) el motivo de este gran regocijo:

(A) Jehová establecerá en Sion *la paz como un río* (v. 12), esto es, en gran abundancia, proveyendo a todos de todo bien, del mismo modo que lo hace un río a todas las tierras por donde pasa.

(B) También extenderá Jehová sobre ella (v. 12b) *la gloria de las naciones* (comp. con 60:5; 61:6; Ap. 21:24, 26) *como un torrente que se desborda, y mamaréis* de todo lo mejor que las naciones puedan aportar *(la gloria)* a lo mucho bueno que ya tendrá Sion *(la gloria,* al final del v. 11).

(C) A la abundancia de bienes se une la forma sumamente afectuosa con que serán tratados los de Israel por parte de las naciones (v. 12c) y de Dios mismo (v. 13): (a) *«En brazos seréis traídos* (mejor, *sobre la cadera)»* (comp. con 49:22; 60:4). Hasta las naciones que habían oprimido a Israel se apresurarán a traer a la Tierra Santa a los israelitas que se hallan dispersos por todo el mundo. (b) *«Sobre las rodillas seréis mimados»,* como lo son los niños pequeños sobre las rodillas de sus madres. Sigue, pues, la alegoría de la madre-nodriza. (c) *«Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros, y en Jerusalén tomaréis consuelo»,* donde hay tres detalles dignos de notar: *Primero,* lo que se ha dicho del niño pequeño, se extiende aquí a todo hijo que viene a su madre, cansado o herido, en busca de consuelo. *Segundo,* en realidad, quien de veras da a luz y «da de mamar» al pueblo no es Sion por sí misma (ella no es fuente, sino canal), sino Dios mismo. *Tercero,* vemos que al israelita sincero, como a todo creyente, no le hace falta ninguna otra madre espiritual (la «Madre de la Iglesia» o «la Madre Iglesia»), pues Dios es, al mismo tiempo, *Padre y Madre,* al tener en Sí, infinitamente ampliados y sublimados, los sentimientos paternales y maternales.

(D) *Cuando vean esto* (v. 14), es decir, cuando lo experimenten, *se alegrará su corazón,* es decir, lo más íntimo de la persona, y *sus huesos* (siendo que por todo el ser, ya que el esqueleto es el armazón del cuerpo) *reverdecerán como el césped,* esto es, como la hierba «fresca y llena de savia» (Slotki). Así será notoria la protección de Dios *(la mano de Jehová») a sus siervos fieles,* mientras se desata *Su enojo contra Sus enemigos.* Esta última frase sirve de enlace con lo que sigue.

II. Aquí tenemos (vv. 15–17) una descripción vívida de los juicios de Dios contra los malvados en la Segunda Venida de Cristo (comp. con 2 Ts. 1:7–9).

1. Se describen primero (vv. 15, 16) los juicios de Dios contra los impíos. Aunque la preposición es la misma en la primera frase del v. 15 y en la primera frase del versículo 16, hay que verter en la primera: *«Jehová vendrá en fuego»,* el fuego de la ira de Dios, fuego que refina (Éx. 3:2) sin consumir—a los Suyos—, *o fuego consumidor* (He. 12:29) a todo rebelde. Aquí, con todo el aparato que designa metafóricamente la majestad tremenda de Jehová: *sus carros* (comp. con 5:28; Sal. 68:17; Hab. 3:8) *como el torbellino y la llama de fuego.* Luego (v. 16) se describen los instrumentos con que Dios hará perecer a Sus enemigos: (A) *«Con fuego»,* con el fuego de la Gehenna, es decir, del infierno. (B) *«Con su espada»* (comp. con 27:1). Dice Moriarty: «Jehová vendrá como un guerrero, y sus armas serán el fuego y la espada, y muchas las víctimas».

2. Se declara después (v. 17) cuáles son los pecados por los que ha de venir sobre los impíos el juicio de Dios (comp. con 65:3, 4): (A) *Van a los huertos,* a fin de practicar allí los detestables ritos idolátricos ya mencionados en el versículo 3. (B) Lo de *«siguiendo uno que está en medio»* puede interpretarse de tres maneras, según observa Slotki: «El *kethib* (lo escrito) lee la palabra *(uno)* como masculino, el *keré* (como se lee) como femenino. El primero podría denotar al guía de la procesión, el segundo a una diosa, posiblemente la *aserah.* Maimónides explica como "detrás de un árbol en el medio", lo que él entiende como complacerse en pasión prohibida». (C) *«Los que comen carne de cerdo, abominación* (probablemente, el *caldo* de 65:4) y *ratón»,* todo ello prohibido en la Ley.

III. En los versículos 18–21 se nos dan «detalles del testimonio misionero durante el Milenio» (Ryrie).

1. Se declara primero el tiempo en que esto ocurrirá (v. 18). Es precisamente (¿y paradójicamente?) porque Jehová *conoce las obras y los pensamientos* (v. 18a, comp. con 59:7; 65:2) de los impíos (enlace con el versículo anterior) por lo que se dispone a efectuar una salvación amplia, para la que los israelitas convertidos servirán de misioneros a todas las naciones. Estas naciones, de diversas *lenguas, vendrán* a Sion y *verán la gloria de Jehová* (comp. con 45:22–25; Jer. 3:17), la majestad salvífica y bienhechora del Dios de Israel.

2. No se dice (v. 19a) cuál será la *señal* que Dios hará, pero parece que, en todo caso, será una señal *milagrosa.* Esta señal será como el toque de atención de que va a comenzar la labor misionera *de los escapados de ellos,* es decir, de los supervivientes miembros del remanente judío (contra la opinión de Slotki, que ve en estos *escapados* a «los sobrevivientes del fuego y del furor descritos en los vv. 15 y ss.»).

3. Los misioneros judíos se desplazarán (v. 19b): a *Tarsis* (SO, costa de España), *Put* (Libia), *Lut* (Lidia en el Asia Menor), *los tiradores de arco* (probablemente se refiere a los dos pueblos anteriores), *a Tubal* (NE, Asia Menor) y *Yaván* (Grecia), y *a las islas costeras lejanas,* que no han oído ni visto nada de las manifestaciones gloriosas de Jehová.

4. La labor misionera de estos judíos se resume en pocas palabras al final del versículo 19: *«Y publicarán mi gloria entre las naciones».* Los judíos que así se dispersarán entre las naciones declararán la gloria de la providencia de Dios en la historia de Israel. Se cumplirá así lo predicho por Zacarías 8:23: *«Así dice Jehová de las huestes: En aquellos días acontecerá que diez hombres de las naciones de toda lengua tomarán del manto a un judío, diciendo. Dejadnos ir con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros».*

5. Los versículos 20 y 21 podrían entenderse en el sentido de que los convertidos por la labor misionera del remanente salvo judío han de traer, en toda clase de cabalgaduras y vehículos (comp. con 43:6; 49:22; 60:4), a los israelitas que se hallaban dispersos entre ellos *«por ofrenda a Jehová»* (v. 20) y que, *también de esos* gentiles, hechos ya prosélitos, Dios *tomará para sacerdotes y levitas* (v. 21). Esto puede ser verdad (comp. con 1 P. 2:5, 9), y así lo ve aquí Moriarty; pero lo más probable es que sean los convertidos de las naciones los que traigan a los israelitas dispersos, pero que sea de éstos de los que Dios tomará para sacerdotes y levitas. Cabe todavía, como opina Trenchard, que sean los propios «escapados» del versículo 19 los que, dice él, «predicarán a las naciones y recibirán el encargo de recoger a sus hermanos de la dispersión de todo el mundo».

IV. En los últimos versículos (22–24) del capítulo (y del libro) se mezclan expresiones que apuntan al Milenio, con otras que se refieren al estado final, eterno, tanto de los salvos como de los condenados.

1. Como ya hemos visto en el comentario a 65:17, es probable que la expresión *«los cielos nuevos y la nueva tierra»* (v. 22) se refiera en primer lugar al «nuevo orden mundial» inaugurado en el Milenio, como lo da a entender el que se tome nota de *meses y sábados* (v. 23) con respecto al culto de adoración a Jehová (comp. con 1:13, 14; 19:21, 23; 27:13; 49:7; Ez. 46:1, 6). Tres detalles adicionales confirman esto: (A) En el versículo 22b Jehová asegura a los israelitas que *«así permanecerá vuestra descendencia para siempre»,* lo que no cuadra bien con el estado eterno, donde la descendencia natural no tendrá ninguna relevancia. (B) En el versículo 23b se dice que *«vendrá toda carne* (lit.) *a adorar»,* lo que se explica mejor de la humanidad según existe en la tierra, no en el cielo. (C) El versículo 24 comienza diciendo: *«Y saldrán y verán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí».* Esto tiene su mejor explicación después de la batalla de Armagedón.

2. La segunda parte del versículos 24 es citada por el propio Jesús con indudable referencia al infierno (Mr. 9:48, donde está bien atestiguado por todos los MSS). El versículo 24, como dice Moriarty, «choca con lo que precede. Quizás por ello los masoretas sugirieron que se repitiera la lectura del versículo 23 después del versículo 24, con objeto de que la profecía terminara con una nota positiva y reconfortante». En efecto, así figura en las Biblias hebreas, aunque el versículo 23 aparece, en la repetición, en caracteres más pequeños. En cuanto a las frases *«su gusano nunca morirá ni su fuego se apagará»,* dice el mismo autor: «Como el *gusano* devora el cadáver sin ser devorado, así el *fuego* quema sin consumirse; se trata de una descripción apocalíptica y amedrentadora del juicio contra los apóstatas».

JEREMÍAS

Con respecto al profeta Jeremías, podemos observar: I. Que comenzó de muy joven (a los 20 años más o menos) su ministerio. Observa Jerónimo que a Isaías, por ser ya mayor, le tocó la lengua un serafín con una brasa, para purificarle de su pecado (Is. 6:7), pero que, cuando Dios le tocó a Jeremías la boca (Jer. 1:9), no se dice que fuese para purificarle, por ser de más tierna edad. II. Que continuó ejerciendo su ministerio por más de 40 años, pues lo comenzó en el decimotercer año de Josías y lo continuó a lo largo de todos los perversos reinados que sucedieron al del buen rey Josías. III. Que fue un profeta llamado en especial a reprender, enviado a declararle a Jacob, en nombre de Dios, sus pecados y amenazarle con los castigos de Dios; y los críticos observan que su estilo es más sencillo y áspero que el de Isaías y de otros profetas, pues cuando nos las habemos con pecadores a quienes hay que llevar al arrepentimiento, no podemos ir con remilgos, sino hablar claro y fuerte. IV. Que fue un profeta llorón; así se le llama comúnmente, no sólo porque escribió las Lamentaciones, sino porque a lo largo de su ministerio fue un atribulado espectador de los pecados de su pueblo. V. Que fue un profeta sufriente. Fue perseguido por su pueblo más que ningún otro profeta, según veremos al leer este libro, pues vivió y predicó justamente antes de la destrucción del país a manos de los caldeos, cuando la condición de los judíos era muy semejante a la que les caracterizó justamente antes de la destrucción del país a manos de los romanos, cuando *mataron al Señor Jesús y a sus propios profetas …; no agradaban a Dios y se oponían a todos los hombres …, pues vino sobre ellos la ira hasta el extremo* (1 Ts. 2:15, 16).

La última referencia que hallamos de él es que los judíos que se habían quedado sin ir a Babilonia le forzaron a descender con ellos a Egipto; mientras que, tanto entre judíos como entre cristianos, es tradición corriente que padeció el martirio. Hottinger, al citar de Elmakin, historiador árabe, refiere que, al continuar profetizando en Egipto contra los egipcios y otras naciones, fue muerto a pedradas; y que, mucho después, cuando Alejandro Magno entró en Egipto, tomó consigo los huesos de Jeremías del lugar donde estaban sepultados en la oscuridad, los llevó a Alejandría y los sepultó allí.

Las profecías de este libro que aparecen en los primeros diecinueve capítulos, parecen ser los esquemas de los sermones que predicó contra el pecado en general; después se hacen más concretos, mezclados con la historia de su tiempo, sin estar colocados por orden cronológico. Con las amenazas hay mezcladas muchas benignas promesas de misericordia para los arrepentidos y de liberación de la cautividad babilónica para los judíos, y algunas que hacen clara referencia al reino mesiánico. Entre los escritos apócrifos, nos ha llegado una carta que se dice escribió a los cautivos de Babilonia, amonestándoles contra la adoración de los ídolos, exponiendo la vanidad de los ídolos y la insensatez de los idólatras; está en *Baruc* 6. Pero se supone que no es auténtica; ni creo que tenga nada semejante a la vida y al espíritu de los escritos de Jeremías. También se dice con respecto a Jeremías (2 Mac. 2:4) que, al ser destruida Jerusalén por los caldeos, él, bajo dirección divina, tomó consigo el arca y el altar del incienso, los llevó al monte Nebó, los ocultó allí en una cueva y obstruyó la entrada; pero que algunos que le seguían y pensaban que había señalado el lugar con una marca, no pudieron hallarlo. Entonces él les reprendió por haberlo buscado y les dijo que el lugar había de permanecer oculto hasta el tiempo en que Dios vuelva a reunir a Su pueblo.

Para la división del libro, tomamos de la *Ryrie Study Bible* los epígrafes siguientes:

I. Llamamiento y comisión de Jeremías (1:1–19).
II. Profecías concernientes a Judá (2:1–45:5).
III. Profecías concernientes a las naciones (46:1–51:64).
IV. Suplemento histórico (52:1–34).

CAPÍTULO 1

I. El título general del libro, con el tiempo del ministerio público de Jeremías (vv. 1–3). II. El llamamiento de Jeremías al oficio profético, la respuesta de Dios a su modesta objeción y la amplia comisión que se le encarga (vv. 4–10). III. Las visiones de la vara de almendro y de la olla hirviendo, que significaban la inminente ruina de Judá y Jerusalén a manos de los caldeos (vv. 11–16). IV. El ánimo que se le da al profeta para que prosiga impávido su tarea (vv. 17–19).

Versículos 1–3

Genealogía del profeta y cronología de su profecía.

1. Era *hijo de Jilquías,* uno *de los sacerdotes que había en Anatot* (v. 1). *Jeremías* (hebr. *Yirmeyahu)* significa «*Jehová exalta» o «Jehová confirma»*. Su padre era sacerdote, pero no el sumo sacerdote Jilquías de 2 Reyes 22:4. Jeremías, pues, pertenecía, como Ezequiel, a la clase sacerdotal. Anatot (la moderna Anata), a unas tres millas al NE de Jerusalén, era ciudad sacerdotal, y allí tuvo su casa Abiatar (1 R. 2:26).

2. Comenzó a profetizar (v. 2) *el año decimotercero del reinado de Josías, hijo de Amón, rey de Judá.* Recordemos que Josías, en el año decimosegundo de su reinado, emprendió una gran reforma, dedicándose con toda sinceridad a purificar Judá y Jerusalén *de los lugares altos, imágenes de Aserá, esculturas e imágenes fundidas* (2 Cr. 34:3). Y muy oportunamente fue levantado este joven profeta para ayudar al joven rey en esa buena obra. Podía, pues, esperarse de la conjunción de fuerzas de tal rey y de tal profeta, y ambos jóvenes, que se llevase a cabo una reforma lo bastante completa como para impedir la ruina del país; pero no fue así. En el año decimoctavo de Josías había aún muchísimos restos de idolatría que no habían sido purgados, porque, ¿qué pueden hacer los mejores príncipes y profetas para impedir la ruina de un pueblo que se niega a ser reformado? Por consiguiente, Jeremías continúa su ministerio prediciendo los castigos que se cernían sobre ellos.

3. Su ministerio se prolongó a lo largo de los reinados de *Joacim* (v. 3) y de *Sedequías,* cada uno de los cuales reinó once años. Así profetizó Jeremías *hasta la deportación de Jerusalén en el mes quinto* del año 586, pues fue en ese mes cuando Nebuzaradán quemó el templo y todas las casas de Jerusalén (2 R. 25:8, 9). Pero todavía continuó su ministerio profético fuera de Judá (v. 40:1). Por unos 40 años, pues, tuvo que aguantar Dios, en su profeta, las malas maneras de Su pueblo antes de enviarlos al exilio en el colmo de Su ira.

Versículos 4–10

1. Designación temprana de Jeremías para el oficio de profeta (vv. 4, 5): «Y *vino a mí palabra de Jehová diciendo, etc.».*

(A) Dios le dijo (v. 5b) que le había destinado a *ser profeta a las naciones,* a ser portavoz de Dios a los pueblos diferentes del pueblo escogido. Dice F. Asensio: «Para ellos, como contra Israel, tendrá el profeta sus amenazas de "destrucción" (46–51) y sus promesas de "edificación" mesiánica (3:14–18; 4:1–4; 12:7–17; 16:14–19; 23:5–7)».

(B) También le dijo Dios que así lo había decidido en el consejo de su predestinación eterna, pues eso es lo que significa lo de *«antes que te formase en el vientre ... y antes que nacieses»* (v. 5a). Nótense esos tres verbos: (a) *«te conocí»,* que aquí tiene el sentido de «puse mis ojos en ti y te escogí»; (b) *«te santifiqué»,* es decir, «te separé, te puse aparte»; (c) *«te di»,* esto es, *«te destiné* a ser profeta a las naciones». El profeta, como el poeta, nace, no se hace (comp. Gá. 1:15).

2. Jeremías, al contrario que Isaías (Is. 6:8, al final), pero no tan obstinado como Moisés (Éx. 3:11–13; 4:1, 10–13), rechaza modestamente este honor (v. 6) con un dolorido *«¡ah!»* (hebr. *ahá)* y se excusa con el alegato de que se siente demasiado joven (unos veinte años) y, por tanto, mal equipado, «por falta de madurez y experiencia, para hablar en público … delante del pueblo y de sus dirigentes» (Asensio).

3. La seguridad que Dios le da benignamente de que estará a su lado y le capacitará para el ministerio profético.

(A) Es cierto que es joven (v. 7), pero eso no es obstáculo para que vaya a transmitir el mensaje que Él le ponga en la boca (vv. 7, 9): *«Porque a todos a quienes* (mejor que *todo lo que) te envíe irás, y dirás todo lo que te mande»* (v. 7b). También Samuel era muy joven cuando llevó un mensaje importante de Dios al sumo sacerdote Elí. Dios puede, cuando le place, hacer profetas de los niños y *afirmar Su fortaleza por boca de los niños y de los que maman* (Sal. 8:2).

(B) Es cierto que el oficio profético está lleno de riesgos, pero Jeremías (v. 8) *no ha de tener miedo de ellos,* de los que se le opondrán, por muy grandes que parezcan y por muy altos que estén, pues Dios será su protector: *«porque estoy contigo para librarte, dice Jehová».* Los que hablan en nombre del Rey de reyes, y con la autoridad que han recibido de Él, no tienen por qué temer el rostro de los hombres (comp. con Ez. 3:8, 9).

(C) Dios le capacitará para que hable como quien está íntimamente relacionado con Jehová (v. 9). Esta capacitación se describe por medio de una acción simbólica: *«extendió Su mano»* (acortamiento antropomórfico de la distancia entre Dios y el hombre) «*y tocó la boca de Jeremías»,* dando a entender que la santificaba (comp. con Is. 6:7) a fin de que hablase con autoridad las palabras de Dios. No sólo le puso conocimiento en la cabeza, sino también *palabras en la boca,* pues hay *palabras que el Espíritu enseña* (1 Co. 2:13).

(D) Con el poder y la autoridad que Jehová le otorga, Jeremías, a pesar de no ser un príncipe que gobierna, sino un joven profeta que proclama, va a intervenir tan activamente en la caída y en el alzamiento de naciones y de reinos (v. 10) que lo que Dios va a hacer en momentos cruciales para la historia de Israel y del mundo circundante, es como si lo hiciese el profeta por medio de la palabra que Jehová ha puesto en su boca. Antes de *edificar y plantar,* es preciso *arrancar y destruir.* Cuando una planta está infectada de raíz, no valen los fumigatorios; es preciso arrancarla antes de hacer una nueva plantación. Cuando un edificio se cuartea, no bastan los remiendos; es menester derribarlo, a fin de proceder a la reedificación. Lo que ocurre en el plano material sucede también en el espiritual. Jeremías tiene que poner delante de todos *vida y muerte, bien y mal* (18:7–10). Ha de asegurar a los que persisten en su maldad que serán *arrancados y destruidos;* y a los que se arrepienten de sus pecados, que serán *edificados y plantados.*

Versículos 11–19

I. Dios le da en visión a Jeremías un esbozo de la comisión principal que va a desempeñar: predecir la destrucción de Judá y de Jerusalén, a causa de sus pecados, a manos de los caldeos.

1. Le insinúa que el pueblo está madurando para la ruina y que esta ruina se apresura para llegar. Le pregunta Dios (v. 11): *«¿Qué ves tú, Jeremías?»* Como si dijese: «Mira y observa bien lo que ves». Jeremías responde: *«Una vara de almendro veo yo».* La expresiva lengua hebrea llama al almendro *shaqued,* del verbo *shaqad,* que significa «despertarse, estar en vela», porque el almendro es el primer árbol en florecer, «el primero en despertar del sueño del invierno», dice (citando de Pickering) el rabino H. Freedman. Al hacer un juego de palabras, le contesta Dios (v. 12): *«Bien has visto, porque yo estoy en vela* (hebr. *shoqued) sobre mi palabra para realizarla»* (lit.). Dios le asegura a Jeremías que ha observado bien, que está bien capacitado para el oficio profético; y, por cierto, ha de vivir para ver cumplida la profecía. En medio de la corrupción y de la decadencia de individuos y naciones, Dios no duerme; a Su tiempo, actuará, y no habrá quien le detenga.

2. Le insinúa, por medio de otra visión, de dónde va a venirle a Judá y a Jerusalén su ruina. Le pregunta Dios por segunda vez (v. 13): *«¿Qué ves tú?»* Jeremías responde: *«Una olla hirviendo veo yo, y asoma su rostro desde el norte».* A pesar de la semejanza con Ezequiel 11:7; 24:3, 4, la olla no es aquí Judá ni Jerusalén, sino el propio ejército babilónico que *bulle* en sus preparativos para *«soltar, desde el norte, el mal* (la destrucción) *sobre todos los moradores de esta tierra»* (v. 14). Del norte viene el tiempo despejado, *«la dorada claridad»* (Job 37:22), pero en esta ocasión … A veces, las más fieras tempestades vienen del lugar de donde esperábamos el mejor tiempo. *Todas las* testas coronadas del norte (v. 15), los babilonios y sus aliados (o los previamente sometidos) vendrán a tomar parte en esta expedición. La convocatoria de Dios será puntualmente obedecida: los llamados vendrán; los jefes de las tropas se aprestarán a colaborar en el asedio de Jerusalén. Sin embargo, Freedman hace notar que «el profeta no piensa (aquí) en el sitio de Jerusalén, sino en lo que sigue cuando la ciudad ha sido capturada. Los jefes

victoriosos procederán a sentarse en juicio formal (para este uso de *trono,* cf. Sal. 9:5; 122:5) de los habitantes, *a la entrada de las puertas* donde se ventilaban los pleitos, para determinar lo que había de hacerse con la derrotada población y sus ciudades».

3. Le dice claramente cuál es la causa de todos estos castigos (v. 16): *«Es,* le dice, *a causa de toda su maldad ... porque me dejaron, e incensaron a dioses extraños y adoraron la obra de sus manos».* Jeremías era muy joven y quizá no sabía las abominables idolatrías de que eran culpables sus compatriotas; pero Dios se lo declara a fin de que él mismo quede satisfecho de la equidad de la sentencia que, en nombre de Dios, habrá de pronunciar contra ellos.

II. Dios anima luego a Jeremías. Le es encomendado un importante encargo; es enviado como heraldo de armas (vv. 17–19), pues place a Dios advertir de antemano de los juicios que va a llevar a cabo, a fin de que los pecadores sean despertados a salir al encuentro de Dios por medio del arrepentimiento y así se aparte la ira de Dios. Con este encargo, Dios le anima y le dice: *«Ciñe tus lomos,* es decir, prepárate para actuar, *levántate,* muévete, y *háblales cuanto yo te mande,* les parezca oportuno o no. Pero no sólo tiene que ser activo, sino también atrevido: *«No desmayes delante de ellos»* (como en el v. 8).

1. En dos cosas tiene que ser fiel: (A) *Ha de decir todo lo que Dios le mande.* No debe ocultar nada por miedo a ofender a alguien, sino que debe proclamar *todo el consejo de Dios.* (B) No ha de susurrarlo en un rincón a un pequeño grupo de amigos, sino que ha de darse a ver (v. 18b) *contra los reyes de Judá,* si es que son malvados. Tampoco ha de eximir *a los sacerdotes,* aun cuando también él es sacerdote y ha de estar interesado en mantener la dignidad de su gremio. Ha de presentarse igualmente *contra el pueblo de la tierra,* en la medida en que ellos están contra su Dios.

2. Dos razones se dan aquí para que obre de ese modo: (A) Porque tenía motivo para temer la ira de Dios si no cumplía sus órdenes: *«No desmayes,* le dice, *delante de ellos, para que no te haga yo desmayar delante de ellos».* El temor de Dios es el mejor antídoto contra el temor de los hombres (comp. con 2 S. 12:7; 1 R. 21:19). Mejor es tener por enemigos a todos los hombres del mundo que a Dios solo por enemigo. (B) Porque no tenía motivo para temer a los hombres si era fiel en el desempeño de su comisión (v. 18): este joven profeta es hecho por el poder de Dios como una *ciudad fortificada,* inexpugnable, como con *columnas de hierro y muros de bronce;* hace salidas contra el enemigo con sus reprensiones y amenazas y llena de pavor a todos. Le baten desde todos los flancos: los reyes y príncipes arremeten contra él con todo su poder, los sacerdotes truenan contra él censuras y excomuniones; *el pueblo de la tierra* dispara contra él sus dardos en amargas y calumniosas palabras; pero él no cederá terreno con el auxilio de Dios (v. 19): *«Y pelearán contra ti, pero no prevalecerán contra ti; porque yo estoy contigo, dice Jehová, para librarte».* Le harán sufrir mucho, pero no le harán rendirse; tendrá sus días oscuros, pero la oscuridad será sólo por algún tiempo.

CAPÍTULO 2

El objeto de este capítulo es mostrar al pueblo de Dios sus pecados en forma de reprensión y convicción, a fin de que puedan ser traídos al arrepentimiento. El pecado del que se les acusa principalmente es la idolatría. Se les dice: I. Que esto es una ingratitud hacia Dios (vv. 1–8). II. Que el que una nación cambie su dios es algo sin precedentes (vv. 9–13). III. Que con esto se han arruinado a sí mismos (vv. 14–19). IV. Que han quebrantado sus pactos y han degenerado de sus buenos comienzos (vv. 20, 21). V. Que su maldad es demasiado perversa para que pueda ser excusada (vv. 22, 23, 35). VI. Que persistían en ella de modo voluntario y obstinado (vv. 23, 25, 33, 36). VII. Que se habían deshonrado a sí mismos con su idolatría y que pronto estarían avergonzados de ella cuando viesen que sus ídolos eran incapaces de ayudarles (vv. 26–29, 37). VIII. Que no habían querido convencerse ni reformarse con las reprensiones de la Providencia (v. 30). IX. Que habían menospreciado grandemente a Dios (vv. 31, 32). X. Que con sus idolatrías habían mezclado los más horribles asesinatos, y derramado la sangre de pobres inocentes (v. 34).

Versículos 1–8

I. Se le ordena a Jeremías que lleve un mensaje, de parte de Dios, a los habitantes de Jerusalén. El ministro del Señor debe comparar con todo cuidado con la Palabra de Dios el mensaje que va a proclamar, y ver que está de acuerdo con ella, de modo que pueda decir, no sólo *«Jehová me envió»*, sino también: «Me envió *a decir esto»*. Debe ir desde Anatot, donde vivía en pacífico retiro y en el estudio de la ley, a Jerusalén, aquella ruidosa ciudad, y *clamar a los oídos* (v. 2) de aquellos mismos que se tapaban los oídos para no oír.

II. El mensaje que tiene que proclamar. Tiene que reprenderles por la horrible ingratitud que han mostrado al abandonar a un Dios que, desde antiguo, ha sido tan bueno para ellos.

1. Dios les hace aquí a la memoria los favores que, desde antiguo, les venía dispensando, ya desde el momento en que fueron formados como pueblo (v. 2): *«Recuerdo por ti*, como un punto a tu favor, y ojalá lo recuerdes tú también para que ello te sirva de estímulo, *el cariño de tu juventud*, el afecto que me profesabas en un principio, *el amor de tus desposorios*, la confianza que me mostraste *cuando andabas en pos de mí en el desierto, en una tierra no sembrada»*, frase con la que el profeta matiza el sentido del vocablo «desierto». Dice el rabino Freedman: «No es probable que Jeremías hubiese olvidado, o desease pasar por alto, los muchos casos de falta de fe en el desierto cuando los israelitas murmuraban contra Dios. Pero estos casos no podían borrar la encomiable confianza con la que se embarcaron en tamaña empresa, aun cuando las dificultades del desierto empañaron después el brillo de su fe». Dios correspondía con Su protección al amor de Su Pueblo (v. 3).

2. Les reprende luego por su ingratitud (vv. 4 y ss.).

(A) Les reta a que presenten un solo caso en que les haya tratado injusta o malignamente. Con una asombrosa condescendencia, llega a decirles (v. 5): *«¿Qué maldad hallaron en mí vuestros padres*, o vosotros? ¿Habéis hallado en Dios un amo duro? Vosotros que habéis abandonado las ordenanzas de Dios, ¿podéis decir que fue por lo fatigoso que resultaba servirme? Las decepciones que habéis sufrido no se me pueden achacar a mí, sino a vosotros mismos. El yugo de mis mandamientos es fácil, y *en guardarlos hay gran recompensa»*. Aunque nos aflige, no nos hace ningún daño; todo el mal está en nuestros caminos.

(B) Les acusa de ser, a pesar de todo lo que ha hecho por ellos, injustos e ingratos (v. 5b): *«Se alejaron de mí*, no sólo me dejaron, sino que se fueron muy lejos, y *se fueron tras la vanidad*, esto es, tras la idolatría y, con ella, tras toda clase de maldad, y *se hicieron vanos*, semejantes a los ídolos que adoraban. Por eso, cuando entraron en la tierra que yo les di, *la profanaron* (v. 7b), pues ya eran profanos. Era la tierra de Dios, la tierra de Emanuel, pero *la hicieron abominable»*. Y, una vez que abandonaron a Jehová, no pensaron más en volver a Él. El pueblo *no decía: ¿Dónde está Jehová?* (v. 6). *Tampoco los sacerdotes* (v. 8) *dijeron. ¿Dónde está Jehová?* Los que tenían el deber de instruir al pueblo en el conocimiento de Dios, no se interesaron por adquirir ese conocimiento ellos mismos. Los escribas, *depositarios de la ley* (v. 8b), *tampoco conocieron a Jehová. Los pastores*, que debían guardar de transgresiones el rebaño, eran los cabecillas de la rebelión: *«se rebelaron contra mí». Y los profetas* falsos (v. 23:13) *profetizaron en nombre de Baal, y anduvieron tras de lo que no aprovecha* (los ídolos; v. Hab. 2:18–20), y dejaron al único Dios útil, suficiente y necesario.

Versículos 9–13

Dios no los castiga de inmediato, sino que, como siempre (comp. Is. 1:18), les invita a razonar (v. 9): *«Por tanto, contenderé aún con vosotros etc.»*. Dios, antes de castigar a los pecadores, contiende con ellos, a fin de convencerles y llevarles al arrepentimiento; y no sólo con ellos, sino también *con los hijos de sus hijos* (v. 9b), es decir, hasta la tercera y la cuarta generación (v. Éx. 20:5).

1. Les muestra que han actuado contra la costumbre de todas las naciones. Los pueblos vecinos eran más firmes y fieles en la devoción a sus dioses falsos que ellos al Dios verdadero. *Que vayan a las islas de Quitim* (Chipre y las islas adyacentes) y *a Quedar* (v. 10), es decir, «el occidente de mayor cultura» y «el oriente de vida nómada» (Asensio), y no hallarán una cosa semejante a ésta: *que una nación haya cambiado sus dioses* (v. 11). Tal veneración tenían hacia sus dioses que, aunque eran de piedra y de madera, no los cambiaban por los de plata y oro ni por el único Dios vivo y verdadero. No los alabamos por eso, pero puede insistirse, para vergüenza de los israelitas, que ellos, el único pueblo que no tenía ningún motivo para cambiar su Dios, era, sin embargo, el único pueblo que lo había cambiado por los que

no eran dioses. El celo de los musulmanes y budistas, etc., debería avergonzar a los cristianos, quienes destacamos por nuestra frialdad e inconstancia.

2. Les muestra que han actuado contra los dictados del sentido común ya que han cambiado en peor y hecho muy mal negocio para sí mismos.

(A) Habían dejado a un Dios que les había hecho gloriosos a ellos mismos, ya que Su gloria se había manifestado con frecuencia en el tabernáculo de ellos.

(B) Se habían arrimado a dioses que no podían hacerles ningún bien, dioses que *no aprovechaban* a sus adoradores (v. 11b). Dios mismo apostrofa aquí (v. 12) a los cielos, para que se llenen de asombro, de horror y espanto ante esta anomalía. El versículo 13 (bien conocido) declara en qué consiste esta inexplicable anomalía: *Es un doble mal*, no sólo un doble error:

(a) *«Me dejaron a mí, fuente de agua viva»* (comp. con 17:13; Sal. 36:9; Jn. 4:14), «que, sin trabajo humano, corren generosas e inagotables» (Asensio). En Dios está la fuente de la vida (comp. con Jn. 1:4; 5:26), la todosuficiencia de la gracia y de la fuerza; todas nuestras fuentes están en Él. Y de ese manantial inagotable han descendido hasta nosotros todas las bendiciones de que disfrutamos (v. Stg. 1:17).

(b) «Y *cavaron para sí cisternas, cisternas rotas*, es decir, llenas de grietas, *que no retienen las aguas*». Tres detalles son aquí dignos de consideración: *primero*, han hecho un gran esfuerzo para el mal al cavar las cisternas (comp. con Ro. 6:23), cuando tenían el agua viva gratis y sin esfuerzo (Is. 55:1, 2); *segundo*, en lugar del manantial de agua viva, es decir, corriente, han cavado depósitos donde el agua estancada se corrompe y evapora, gráfica imagen del pecado; *tercero*, son cisternas agrietadas, por lo que el agua se escapa, desaparece sin poder retenerla para ningún provecho. Si de cualquier criatura—dinero, placer, honor—nos hacemos un ídolo, hallaremos que nos resulta como una cisterna, que cuesta gran trabajo y esfuerzo para cavarla y llenarla y, aun así, la poca agua que podamos acumular allí queda estancada, muerta. Es una cisterna rota, que se agrieta en el calor del estío, de forma que se pierde cuando más la necesitamos (Job 6:15). Adhirámonos, pues, al Señor, que *tiene palabras de vida eterna* (Jn. 6:68b).

Versículos 14–19

La insensatez de abandonar a Dios les había costado ya muy cara, pues a ella se debían todas las calamidades bajo las cuales estaba gimiendo ahora su nación.

1. Sus vecinos, que eran sus enemigos declarados, prevalecían contra ellos.

(A) Habían esclavizado a Israel (v. 14): *«¿Es Israel siervo?»* ¡No! *Es mi hijo, mi primogénito* (Éx. 4:22). Son hijos, herederos, descendencia de Abraham, destinados a mandar, no a servir. *«¿Por qué ha venido a ser presa?* ¿Quién le ha despojado de su libertad? ¿Por qué es usado como *hijo de una esclava*, es decir, como esclavo por nacimiento? ¿Por qué se ha hecho a sí mismo esclavo de sus pasiones, de sus ídolos, de lo que no aprovecha? (v. 11). ¿Qué cosa es ésta, que una tal primogenitura se haya vendido por un plato de potaje, que su corona yazca en el polvo? ¡Los príncipes, hechos esclavos de sus súbditos! ¡Los amos, esclavos de sus criados! ¿Nacieron esclavos? ¡No! *Por sus maldades fueron vendidos* (Is. 50:1). Vinieron los príncipes vecinos y los esclavizaron. Lo mismo ocurre en nuestras personas: ¿Fue formado el hombre para ser un esclavo? ¡No! Fue formado para señorear. ¿De dónde, pues, le viene la esclavitud? Es porque ha vendido su libertad y se ha hecho a sí mismo esclavo de diversas pasiones y concupiscencias.

(B) Habían empobrecido a Israel. *Dios los había introducido en una tierra fértil* (v. 7), pero todos sus vecinos habían hecho presa en ella (v. 15). El *león* asirio había sembrado en Palestina la desolación (comp. con 4:7; 50:17; Is. 5:29). Unas veces, un enemigo; otras, otro; otras, varios enemigos coligados, caían sobre Israel, lo vencían y se llevaban como botín lo mejor de la tierra (v. 15b): *«asolaron la tierra; quemadas están sus ciudades, sin morador»*. Incluso (v. 16) *los hijos de Menfis* (hebr. *Nof) y de Tajpanés* (lit.) *te roen el cráneo.* ¡Esos despreciables egipcios, no afamados precisamente por su bravura ni por su fuerza, se habían aprovechado de la debilidad de Israel! Según Freedman, «la figura (de la última frase del v. 16) parece ser la del ganado que rumia la hierba en un campo».

(C) Todo esto se debía a su pecado (v. 17): *«¿No te acarreó esto el haber dejado a Jehová tu Dios cuando te conducía por el camino?»* ¿Por qué camino? Ya sea por el camino del desierto o, más probable, por el camino de la virtud, según lo habían señalado los profetas enviados por Dios.

2. Sus vecinos, los que profesaban ser sus amigos, no les habían ayudado; también esto se debía al pecado de ellos.

(A) En vano habían buscado el auxilio de Egipto y de Asiria (v. 18): *«¿Qué te va a ti en el camino de Egipto, para que bebas agua de Shijor,* esto es, del Nilo?» Dice Freedman: «*Shijor* significa probablemente "oscuro" y describe las turbias aguas de ese río». La misma pregunta vemos acerca de Asiria y del Éufrates (v. 18b). Freedman resume así el contexto histórico de dicho versículo 18: «Los gobernantes de Judá e Israel habían vacilado entre los dos grandes poderes, Egipto y Asiria. Menajem, rey de Israel, buscó la ayuda de Asiria contra Egipto; Oseas cambió la estrategia política de Menajem y llamó a Egipto contra Asiria; mientras que Josías murió peleando contra Egipto en ayuda de Asiria. Ninguna de estas alianzas les reportó ningún beneficio. Estas eran las *cisternas rotas* mencionadas en el versículo 13. La única salvación de Israel estaba en volverse a Dios».

(B) También esto les había ocurrido a causa de su pecado (v. 19): «*Tu propia maldad te castigará, y tus rebeldías te condenarán; sabe, pues, y ve cuán malo y amargo es el haber dejado tú a Jehová tu Dios,* pues eso es lo que da poder a tus enemigos, y quita fuerza a tus amigos». El pecado es *abandonar a Jehová* como a Dios nuestro, y dejar el alma alienada de Él. La causa del pecado es que falta *en nosotros el temor de Dios* (v. 19b). El pecado es un mal que no tiene nada bueno en sí; es amargo; el salario del pecado es muerte, y la muerte es amarga. Y, al ser en sí *malo y* amargo, tiende directamente a hacernos miserables: «*Tu propia maldad te castigará, y tus rebeldías te condenarán»;* el castigo sigue tan inevitablemente al pecado que se dice que es el pecado el que castiga.

Versículos 20–28

I. El pecado mismo: la idolatría.

1. Frecuentaban los lugares de culto idolátrico (v. 20b): *«Sobre todo collado alto y debajo de todo árbol frondoso te echabas como ramera»,* practicando el adulterio espiritual. Dice Freedman: «La infidelidad de Israel a Dios, con quien estaba desposado (cf. v. 2), es asemejada a un acto de adulterio. Hay también una alusión a la crasa inmoralidad que formaba parte de los cultos idolátricos».

2. Hacían imágenes para sí y las honraban (vv. 26, 27); no sólo el pueblo llano, sino también los reyes y los príncipes, los sacerdotes y los profetas, eran tan estúpidos como para decirle a un trozo de madera: *«Mi padre eres tú,* esto es, tú eres mi dios, a ti te debo el ser y, por ello, a ti me debo y de ti dependo; y *a una piedra: Tú nos has engendrado* y, por consiguiente, tú nos tienes que proteger». ¿Qué mayor afrenta se puede hacer a Dios nuestro Padre que nos ha creado? Cuando estos objetos comenzaron a ser venerados, se suponía que estaban animados por algún poder o espíritu celestial, pero gradualmente se fue perdiendo este concepto y el propio objeto material fue considerado como dios y padre y adorado en conformidad con esta nueva idea.

3. Multiplicaban sin límite el número de estas abominables deidades (v. 28b): *«porque según el número de tus ciudades, oh Judá, fueron tus dioses».* No podían estar de acuerdo acerca de un solo dios: a un ciudad le gustaba más un dios; a otra, otro, y así sucesivamente. Refiere un tal Marston (citado por Freedman) que «en mayo de 1929, dos arqueólogos franceses, los señores Schaeffer y Chenet, al excavar entre las ruinas de Ras Shamra en el norte de Siria, frente a la isla de Chipre, hallaron unas tablillas de barro en las que aparecía una nueva forma de escritura cuneiforme … Estas tablillas indican que había unos cincuenta dioses y un número de diosas por la mitad de esa cifra, asociados con Ras Shamra. Esta abundancia de deidades recuerda la amarga acusación de Jeremías, muchos siglos después, a los judíos: *según el número de tus ciudades, oh Judá, fueron tus dioses»* (v. también 11:13, donde se repite la frase).

II. La prueba de esto. Presumían de que podían por sí mismos limpiarse de este pecado: *Se lavaban con nitro* (lejía) y *con abundancia de jabón* (v. 22). Pensaban que los actos exteriores de religiosidad bastaban para expiar, como si fuesen lejía y jabón, las abominaciones idolátricas que, por otra parte, practicaban. Quizás se excusaban con que el respeto que prodigaban a los ídolos no equivalía a honores divinos, sino a temores demoníacos (v. 23): *«¿Cómo puedes decir: No soy inmunda, nunca anduve tras los baales?»* Como lo hacían en secreto y lo ocultaban con todo cuidado (Ez. 8:12), pensaban que nunca podría probarse contra ellos. Pero Dios les dice (vv. 22 y ss.) que a Él no le han pasado desapercibidos todos sus movimientos: *«Mira tu proceder en el valle* (v. 23b), *etc.».* Como si dijese: «Mira los horribles sacrificios humanos que has ofrecido en el valle de Hinnom. Por mucho que quieras lavarte de esas

manchas de sangre, como lo hacen los asesinos para que no aparezca en sus ropas la sangre de sus víctimas, no podrás quitártelas».

III. Las circunstancias agravantes del pecado de que les acusa.

1. Dios había hecho por ellos grandes cosas y, con todo, se apartaban de Él y se rebelaban contra Él (v. 20): *«Porque desde muy atrás rompiste tu yugo y soltaste tus ataduras».* Ésta es la lectura de nuestras versiones según los LXX y la Vulgata Latina, pero el texto hebreo masorético dice: *«Porque desde muy atrás he quebrantado tu yugo y he suelto tus ataduras»,* con lo que el sentido sería que Dios había librado a Israel en muchas ocasiones.

2. En conformidad con esta lectura, Israel habría hecho la promesa de no volver a transgredir: *«No transgrediré»* (hebr. *lo eebor).* Pero el texto masorético dice claramente «*lo eebod», «no serviré».* Por lo que es más probable, según dice Freedman, que *shabarti y nittakti,* que se traducen por *«he quebrado», «he roto»* (o he suelto), sean «formas arcaicas de la segunda persona femenina, y no de la corriente primera persona del singular», con lo que la versión correcta sería la que traen nuestras versiones, que siguen a los LXX y a la Vulgata. Añade Freedman: «Ésta es la que prefieren los modernos comentaristas, como que se aviene mejor al tenor general del contexto».

3. Habían degenerado perversa y miserablemente de lo que fueron cuando Dios los formó como pueblo (v. 21): «Y *eso que yo te planté de vida escogida, simiente verdadera toda ella; ¿cómo, pues, te me has vuelto sarmiento de vid extraña?»* (comp. con Éx. 15:17; Sal. 44:2; 80:8; Is. 5:2, 4). En Josué leemos 24:31 que *«sirvió Israel a Jehová todo el tiempo de Josué y todo el tiempo de los ancianos que sobrevivieron a Josué».* La siguiente generación, sin ir más lejos, ya *«no conocía a Jehová ni la obra que Él había hecho por Israel»* (Jue. 2:10b), y así habían ido de mal en peor hasta convertirse en el degenerado *sarmiento de vid extraña.*

4. Eran violentos y persistentes en el seguimiento de sus idolatrías y no querían ser frenados por la palabra de Dios ni por la providencia de Dios. Son comparados a una *«joven dromedaria ligera que tuerce su camino»* (v. 23, al final), «que corre de un lado para otro, atraviesa y vuelve a atravesar su camino, llevada de su concupiscencia» (Freedman). También son comparados (v. 24) a *«un asna montés, acostumbrada al desierto,* no domesticada por el trabajo y, por tanto, *olfateando el viento en el ardor* de su lujuria» (v. 14:6, comp. con Job 39:5–8). En tal condición, *«¿quién la detendrá de su lujuria?»* F. Asensio hace de los versículos 24–27 la siguiente paráfrasis: «La pasión idolátrica le empuja (a Israel) irresistiblemente, y como *asna salvaje,* indómita y sin freno en sus instintos sexuales, Israel corre desbocado hacia los ídolos. Es como su *mes,* período de su celo, que le hace buscar *descalzo y sediento* a los dioses *extraños, sus* amantes, sin poderlo remediar. Confesión forzada de quien, como *el ladrón sorprendido* mientras roba, ha sido sorprendido en masa (pueblo y dirigentes) cuando invoca al leño como *padre* y a la piedra como *madre.* Cara a los ídolos, obra del hombre, y *de espaldas a Jehová* (7:30, 31; 32:31–35), su Creador y su Padre-madre al mismo tiempo (Éx. 4:22; Dt. 14:1; 32:18; Os. 11:1), hasta que las *calamidades* les hacen cambiar de posición (Jue. 10:6–16; Sal. 78:34–38; Jer. 26:3, 13, 19), para lanzar a Jehová su angustioso *levántate y sálvanos».*

5. Eran obstinados en su pecado y, así como no podían ser frenados, tampoco querían ser reformados (v. 25), a pesar de las advertencias. Como toda persona adicta a un vicio (tabaco, bebida, lujuria, etc.), Israel confiesa su impotencia moral para abandonar la idolatría: *«No hay remedio en ninguna manera, porque a extraños he amado y tras de ellos he de ir».* Ni aun ante la perspectiva del exilio, están dispuestos a dejar ese pecado. Éste puede ser, como lo interpretan rabinos de la mayor talla, el sentido de la primera parte del versículo 25: «No persistas en la idolatría, por la que últimamente serás castigado yendo a la cautividad descalzo y sediento». Contra las frases fatalistas de la segunda parte del versículo, dice M. Henry: «Así como no debemos desesperar de la misericordia de Dios, sino creer que basta para el perdón de nuestros pecados, por horribles que éstos sean, si nos arrepentimos e invocamos misericordia, así tampoco debemos desesperar de la gracia de Dios, sino creer que basta para someter nuestras corrupciones, por fuertes que éstas sean, si oramos y pedimos gracia y cooperamos después con ella. Una persona nunca debe decir *No hay esperanza,* mientras se halla de este lado del infierno».

6. Se habían cubierto de vergüenza al rechazar lo que les habría servido de ayuda (vv. 26–28): *«Como se avergüenza el ladrón cuando es descubierto* (lit. *hallado*), especialmente si antes pasaba por ser hombre honrado, *así se avergonzará la casa de Israel,* no con una confusión de arrepentimiento por el pecado del que ha sido hallada culpable, sino con la que causa la desilusión que el castigo le trae por el

pecado». En la prosperidad le habían vuelto la espalda a Dios, pero cuando la calamidad apriete, no podrán hallar otro alivio que el de acudir a Él con un grito de angustia (v. 27, al final): *«Levántate y líbranos»*. Para conducirlos a este estado de vergüenza y confusión saludable, si sirve para hacer que se arrepientan, se les envía (v. 28, comp. con Jue. 10:14) *a los dioses a quienes habían servido.* Ellos gritan a Dios: *Levántate y líbranos.* Dios dice de los ídolos: *«Levántense ellos, a ver si te podrán librar en el tiempo de tu aflicción,* pues no tienes motivos para esperar que yo lo haga».

Versículos 29–37

1. La verdad de la acusación era evidente e incontestable (v. 29): *«¿Por qué porfiáis conmigo?* Sabéis que *todos vosotros prevaricasteis contra mí. ¿Por qué,* pues, *porfiáis conmigo* por contender con vosotros?»

2. Dios les requiere a considerar su obstinación y su ingratitud.

(A) Han recibido de Dios reprensiones de muchas clases, con las que Él quería llevarles al arrepentimiento, pero *en vano.* Ni se les avivaba la conciencia ni se les ablandaba el corazón. No querían *recibir* (v. 30) instrucción en forma de *corrección* (hebr. *musar;* v. el comentario a Pr. 1:8a); por tanto, el castigo era *en vano.* No contentos con desoír la voz de Dios, mataban a los profetas que la proclamaban (v. 30b): *«Vuestra espada devoró a vuestros profetas como león destrozador»* (v. 26:23; 2 R. 21:16).

(B) *«¡Oh generación!*—les dice ahora (v. 31) tiernamente—. *¿He sido yo un desierto para Israel o una tierra de tinieblas?»* Como si dijese: «¿No he sido para ellos un manantial de agua viva (v. 13) para proveerles de todo lo que bastaba para satisfacer sus necesidades? ¿Acaso los he dejado en la oscuridad, sin guía que les mostrase el camino?» Es cierto que, a veces, Dios lleva a su pueblo *por un desierto y en la oscuridad,* pero siempre va al lado de ellos, dándoles todo lo necesario y guiándoles como de la mano. Así llevó a los israelitas, sustentándoles con el maná y guiándoles de noche con la columna de fuego. Pero se habían vuelto insolentes e imperiosos (v. 31b): *«Vagamos a nuestras anchas; nunca más vendremos a ti»*. Los que, como pordioseros, tenemos que mendigar de Dios cuanto somos y tenemos, ¿cómo podemos decir: Somos ricos, nos bastamos a nosotros mismos, no necesitamos a Dios?

3. La causa de todo su mal comportamiento es que *se han olvidado de Dios* (v. 32) y de todo lo que les habría llevado a recordar a Dios. Se han olvidado de Él *por innumerables días,* es decir, por muchísimo tiempo. ¡Cuántos días de nuestra vida han pasado sin un recuerdo conveniente de Dios! ¿Quién puede contar esos días vacios? Israel no tenía para Dios la consideración que una *doncella* (hebr. *betulah)* recién desposada y una *novia* (hebr. *kallah)* tienen hacia sus galas. ¡No! Ellas están continuamente pensando en ellas y hablando de ellas.

4. Dios les muestra la mala influencia que sus pecados han ejercido en otros (v. 33): *«¿Por qué adornas tu camino para hallar amor?»* Hay aquí una alusión a las mujeres descocadas que se ofrecían a sí mismas con sus lascivas miradas y su vestir inmodesto, como Jezabel (2 R. 9:30), que *se pintaba los ojos con antimonio y se ataviaba la cabeza.* Así cortejaba Israel a sus vecinos paganos, entraba en coaliciones con ellos y *enseñando aun a las perversas sus caminos,* mezclaba las instituciones de Dios con las costumbres idolátricas de sus aliados. Como parafrasea el rabino Freedman: «Eres maestra de maldad incluso para las malvadas».

5. Les acusa del crimen de asesinato (v. 34): «*Aun en tus faldas se halló la sangre de las almas* (es decir, *de las personas) de los pobres inocentes»*. La referencia es aquí a los niños que eran ofrecidos en sacrificio a Mólek (o Moloc, como suele escribirse y decirse); o podría entenderse en general por toda *la sangre inocente* que Manasés derramó, y con la que *llenó a Jerusalén de extremo a extremo* (2 R. 21:16). Esta sangre no se descubrió buscándola en secreto ni cavando en la tierra, sino que estaba a la vista de todos, pues la mostraban *los bordes de los vestidos* donde había salpicado.

6. Israel se niega a confesarse culpable de todo eso (vv. 34b, 35a), pero Dios le asegura que sus excusas no le van a valer. Si piensa que, con su hipócrita confesión de inocencia, *la ira de Dios se apartó de Israel,* se equivoca. Dios *le llama a juicio* (v. 35b), para convencerle de que no es inocente, sino culpable. Dice Asensio: «Es juicio de quien acusa, pero, antes de condenar, espera que Israel reaccione y deje de *apresurarse a cambiar sus caminos* (v. 36), al correr de una nación a otra en busca de alianzas». En efecto:

(A) Les muestra que seguirán sufriendo decepciones mientras continúen poniendo su confianza en criaturas, cuando tienen a Dios por enemigo (vv. 36, 37). Lo mismo que salieron avergonzados de la

alianza con Asiria, serán también avergonzados de su alianza con Egipto. Necia idolatría fue poner su confianza *en brazo de carne* (17:5) y apartar de Dios el corazón. ¿Para qué andar cambiando de camino, cuando hay sólo un camino seguro y bendito? Los que ponen en Dios su esperanza y caminan en continua dependencia de Él, no tienen por qué cambiar de camino, pues en Él podrán reposar, entrar y salir y hallar pastos (comp. con Jn. 10:9).

(B) Viene a decirles que, al cambiar de camino, cambiarán únicamente de decepción. Habían confiado primero en Asiria y, al resultarles una caña rajada, pasaron a apoyarse en Egipto, que no les resultó mejor (v. 37): *«También de allí saldrás con las manos en la cabeza»* (v. 2 S. 13:19 para el sentido de este gesto). En 37:5–10 vemos el cumplimiento de esta profecía. Dios había rechazado a aquellos en que Israel confiaba (v. 37b) y, por tanto, no podía prosperar por ellos. Dice Asensio: «Señor de todas las naciones y árbitro del poderío de los grandes imperios, *Jehová rechaza* y corta en seco *mibtaj = el objeto de confianza,* dioses extraños y naciones, de Israel: al margen de Dios, nada de *éxitos* nacionales».

CAPÍTULO 3

En este capítulo Dios invita benignamente a Su pueblo a que vuelvan y se arrepientan, a pesar de la multitud de sus provocaciones (las que se especifican aquí), para mostrar que donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia. I. Vemos lo mal que se habían portado y, con todo, lo dispuesto que estaba Dios a acogerlos favorablemente si se arrepentían (vv. 1–5). II. Impenitencia de Judá (vv. 6–11). III. Se dan grandes ánimos a estos apóstatas para que vuelvan y se arrepientan, y se les promete que Dios tiene reservada para ellos gran misericordia (vv. 12–19). IV. Se repite la acusación contra ellos por apostatar de Dios, y también se repite la invitación, a la que se añaden aquí las palabras que deberán proferir en su vuelta a Dios (vv. 20–25).

Versículos 1–5

Estos versículos abren una puerta de esperanza. Dios hiere para curar.

1. Cuán vilmente había abandonado este pueblo a Dios y se había ido a prostituirse lejos de Él. Ya hubiese sido bastante maldad admitir entre ellos a un dios extraño, pero ellos eran insaciables en su seguimiento de los falsos dioses (v. 1b): «*Tú has fornicado con muchos amantes*». Buscaban oportunidad para sus idolatrías y buscaban también nuevos dioses a los que adorar (v. 2b): «*Junto a los caminos te sentabas para ellos,* como ramera que se ofrece a los que pasan (v. Gn. 38:14; Pr. 7:8–22; Jer. 42:43; Ez. 16:25, 26), *como árabe en el desierto*», pues así se sientan los beduinos a la puerta de su tienda para atropellar a los indefensos caminantes. No sólo se habían contaminado a sí mismos, sino que *habían contaminado la tierra* (v. 2, al final), pues era un pecado nacional. No obstante (v. 3), seguían con su cara dura y sin vergüenza, como cualquier ramera: *«has tenido frente de ramera y no quisiste tener vergüenza»*. Enrojecer de vergüenza es color de virtud o, al menos, su reliquia; pero los que han pasado de la vergüenza, han pasado de la esperanza.

2. Cuán benignamente les había castigado Dios por sus pecados (v. 3), pues se limitó a detener la lluvia. Lo más probable es que *las aguas, o* aguaceros, que se mencionan en primer lugar, hagan referencia a la lluvia temprana, que solía caer a fines de octubre, así como *la lluvia tardía,* que se menciona a continuación, en la que caía durante marzo y abril.

3. Cuán justamente habría obrado Dios si hubiese rehusado volver jamás a recibirlos; esto habría estado conforme a la norma establecida acerca de los divorcios (v. 1), pues se dice en Deuteronomio 24:4 que *«no podrá su primer marido, que la despidió, volverla a tomar para que sea su mujer, después que fue envilecida»*. Eso sería *mancillar la tierra.* Pero Dios no se ata con las leyes que ha hecho para nosotros ni se resiente como nosotros. Quiere portarse con Israel más finamente de lo que cualquier marido ofendido lo haría con su mujer adúltera, y les dice (v. 4): «A lo *menos desde ahora, ¿no me llamarás a mí: Padre mío, tú eres el amigo de mi juventud?»* Como si dijese: «Ahora que se te ha hecho ver tus pecados (v. 2) y el castigo por ellos (v. 3), ¿no los abandonarás y te volverás a mí, diciendo: *"Iré y me volveré a mi primer marido, porque mejor me iba entonces que ahora"* (Os. 2:7)?» Espera que ellos apelen a su constante relación con Dios, llamándole *Padre y amigo* de su juventud (equivalente a *novio).*

4. Cuán irremediable parece la condición de Israel (v. 5) mientras las obras no estén de acuerdo con las palabras. Buenas son las frases del v. 4b y 5a, pero ¿son algo más que frases? «He *aquí cómo has hablado, pero has hecho maldades y las has colmado.»*

Versículos 6–11

La fecha de este sermón es (v. 6) *en los días de Josías,* que había emprendido de corazón una buena obra de reforma, pero el pueblo no era sincero. Se compara aquí el caso de los dos reinos, el de Israel, esto es, las diez tribus que se habían separado del trono de David y del templo de Jerusalén, y el de Judá, las dos tribus que continuaban adheridas a ambos.

1. El caso de Israel, el reino del norte. Es llamado (v. 6) *«la apóstata Israel»,* porque ese reino se fundó sobre una apostasía, esto es, un apartamiento de las instituciones divinas, tanto del trono como del altar. Israel se había entregado de lleno (v. 6b) a la prostitución idolátrica. Dios la había invitado, por medio de sus profetas, a que se arrepintiese y volviese a Él, incluso si no se volvía a la casa de David. No leemos que Elías, el gran reformador, mencionase jamás la vuelta de ellos a la casa de David. *Pero* (v. 7b) *no se volvió,* y (v. 8) Dios lo *vio.* En efecto, el texto masorético tiene aquí el verbo en primera persona del singular, con lo que la versión más probable sería: «*Y vi que, por cuanto la apóstata Israel había cometido adulterio, la había yo despedido y le había dado carta de repudio, con todo no tuvo temor, etc.»,* al empalmar el vi *que* (del principio) con lo de *con todo no tuvo temor,* etc., como lo hace admirablemente la NVI. La versión siríaca lo vertió en tercera persona: «*Y vio* (Judá) …», y así lo han copiado la mayoría de las versiones.

2. El caso de Judá, el reino del sur. Es llamado (v. 7, al final) «*su hermana, la traidora Judá»;* hermana porque ambas descendían del mismo tronco (Jacob); pero, así como Israel tenía la condición de *apóstata,* Judá es llamada *traidora* porque, aunque profesaba continuar adherida a Dios, así como lo estaba a los reyes y sacerdotes que ejercían su ministerio por designación divina, demostró ser traicionera. El exilio de Israel tenía por objeto servir de advertencia a Judá, pero no surtió el efecto intentado. Judá se creyó segura porque tenía por sacerdotes a hijos de Leví, y por reyes a hijos de David, y se lanzó (vv. 8b, 9) al adulterio idolátrico con todo atrevimiento; eso es lo que significa *la ligereza de su fornicación;* no que fuese ligera, leve, sino que se lanzó a ella sin más consideración, al pensar que era cosa ligera ser infiel de aquel modo a Jehová. El país había llegado a una corrupción total en tiempos del rey Manasés, y aunque Josías era un buen rey, el pueblo *no se volvió* (v. 10) *a Dios de todo corazón, sino fingidamente.* Por eso, dijo Dios en aquellos mismos días (2 R. 23:27): *«También quitaré de mi presencia a Judá, como quité a Israel».*

3. Al comparar los casos de estas dos hermanas, el de Judá resulta ser el peor (v. 11): «Y *me dijo Jehová: Ha resultado justa la apóstata Israel en comparación con la desleal Judá».* El reino del sur estaba más obligado a ser fiel a Jehová, por cuanto disfrutaba aún de los grandes privilegios de un sacerdocio y de un trono recibidos en sucesión legítima y, además, tenía delante el ejemplo de lo ocurrido ya a su hermana. Esta lamentable situación de Israel, ya en el destierro de Asiria, parece notarse en los acentos de ternura con que Dios se dirige a ellos en el versículo 12. Pero nótese que se llama a Israel *justa* sólo en comparación con la *desleal Judá.* Esa comparativa justicia le va a servir de poco al reino del norte. ¿De qué nos sirve decir: *No somos tan malos como otros,* si nosotros mismos no somos buenos? En dos aspectos era peor Judá que Israel, como ya hemos apuntado: (A) Se esperaba de Judá más que de Israel. (B) Debería haber escarmentado en la cabeza de su hermana.

Versículos 12–19

Hay gran cantidad de evangelio en estos versículos. Dios ordena al profeta que *proclame* (v. 12) *hacia el norte las palabras* que siguen, pues constituyen una llamada a la *apóstata Israel,* las diez tribus del norte que habían sido llevadas en cautiverio a Asiria, país que cae al nordeste de Palestina en general, pero al *norte* especialmente, si se mira desde Jerusalén. En esa dirección ha de mirar para reprender a los hombres de Judá por rehusar obedecer a los llamamientos que se les dirigen. La *apóstata Israel está en mejores condiciones* (vv. 12–19) *que la desleal Judá* para volverse a Dios en busca de perdón misericordioso. Sin embargo, no se pierda de vista que la expresión *«en esos días»* (v. 16b), dentro del contexto próximo, apunta al reino mesiánico futuro.

I. Tenemos primero una invitación *a la apóstata Israel* a que se *vuelva a Jehová* (v. 12), el Dios de quien se apartó. Véase la ternura en que va envuelta esta invitación: *«Vuélvete … no haré caer mi ira sobre ti, porque misericordioso soy yo, dice Jehová, no guardaré para siempre el enojo».* Se les instruye sobre el modo de volver a Dios (v. 13): *«Tan sólo reconoce tu maldad, que contra Jehová tu Dios has prevaricado,* es decir, confiesa que la culpa es tuya y, de este modo, echa sobre ti la infamia, y sobre Dios la gloria». Una circunstancia agravante de la condenación de los pecadores es que las condiciones del perdón y de la paz han sido puestas al alcance de la mano, a la altura de cualquier ser humano y, con todo, los pecadores no han querido aceptarlas. Podemos aplicar aquí las palabras que le dijeron a Naamán sus criados (2 R. 5:13): «*Si el profeta te mandara alguna cosa muy difícil, ¿no la harías? ¿Cuánto más, diciéndote: Lávate y serás limpio?» «¡Tan sólo reconoce tu maldad!»* Hemos de confesar nuestras muchas prevaricaciones (v. 13b, lit.): «*y esparciste tus caminos a extraños».* No fue un solo acto de idolatría a un solo ídolo, sino muchas idolatrías a muchos dioses falsos.

II. Tenemos después preciosas promesas a estos hijos apóstatas, si se vuelven, las cuales se cumplieron en parte cuando volvieron los judíos de su cautiverio, pero tendrán pleno cumplimiento en los últimos tiempos (vv. 14 y ss.). Aunque se dirige a ellos como a *«hijos apóstatas»,* está implícita también la relación conyugal entre Jehová e Israel: *«porque yo soy vuestro señor* (hebr. *baal,* amo y esposo a un mismo tiempo)» (v. 14b). Dios no echa al olvido esta relación y recuerda el pacto con los antepasados de Israel (Lv. 26:42).

1. Les promete reunirlos desde todos los lugares a los que han sido esparcidos (v. Jn. 11:52): «y *os tomaré uno de cada ciudad, y dos de cada familia, y os introduciré en Sion»* (v. 14c). Dice Freedman: «La intención es: incluso si sólo se arrepiente un pequeño grupo, Dios no permitirá que queden engullidos en el exilio, sino que les hará regresar a Sion». Por muy esparcidos que se hallen los escogidos de Dios y por muy lejos que se encuentren, Dios ve a cada uno individualmente y tiene poder para traerle al rebaño.

2. Promete que pondrá para guiarles pastores que les sirvan realmente de bendición (v. 15): «*Y os daré pastores según mi corazón, que os apacienten con conocimiento y con inteligencia».* Nótese: (A) Que les dará Dios *pastores según Su corazón,* elegidos por Dios, como David: «en sustitución de los pastores antiguos con sello de mercenarios (2:8; Ez. 34:1–10), pondrá al frente de ellos *pastores* auténticos que, al estilo del "Pastor davídico" (Ez. 34:23), *los apacienten* con desinterés y dentro de la doctrina estrictamente *yahvista»* (Asensio). Con todo, el contexto posterior muestra el tono escatológico de esta porción. (B) Que estos pastores *les apacentarán con conocimiento* (hebr. *deah) y la prudencia* (hebr. *haskeil—sékhel* con artículo—). El sentido del original es que el *conocimiento y la prudencia* son el pasto que los pastores les darán, no las cualidades de los pastores (aunque éstas se suponen). No hay pasto como la Palabra de Dios, *«que nos puede hacer sabios para salvación»* (2 Ti. 3:15).

3. Promete que ya no hará falta *el Arca de la alianza* (v. 16), que había sido entre ellos la señal de la presencia de Dios en el Lugar Santísimo, pues *Jerusalén* (v. 17), la ciudad entera, *será llamada Trono de Jehová.* Allí adorarán *todas las naciones y «ya no andarán más tras la dureza de su corazón»,* porque en el nuevo pacto Dios habrá quitado *el corazón de piedra* y habrá puesto *el corazón de carne* (Ez. 36:26). Dice Asensio: «En la nueva época mesiánica no habrá necesidad del Arca con la Ley escrita, porque, "en los días que vienen", Jehová mismo "escribirá en los corazones" la Ley de la "nueva alianza" (31:31–34)». Ryrie, por su parte, comenta: «Cuando Cristo vuelva, *el Arca de la alianza* no será el lugar donde Dios se encuentra con Su pueblo, sino que Cristo reinará en *Jerusalén».*

4. Promete también que Judá e Israel volverán a unirse felizmente para formar una sola nación (comp. con 50:4; Is. 11:13). Éste fue siempre el sueño y la firme esperanza de los profetas (v. 2:4; Is. 11:12; Ez. 37:16 y ss.; Os. 2:2). La perspectiva es claramente escatológica y está fuera de contexto aplicar todo esto a la reunión de gentiles y judíos en la Iglesia.

III. Dificultades que pueden cruzarse en el camino de todas estas misericordias (v. 19). El profeta vuelve al contexto histórico en que se halla inmerso todo el mensaje que está proclamando. Dice Freedman: «El versículo describe las intenciones de Dios y las esperanzas con respecto a Judá, las cuales, sin embargo, no se realizaron».

1. Dios pregunta ahora: *«¿Cómo te pondré entre los hijos, etc.».* No significa que Dios esté mal dispuesto a otorgar su favor o que lo de de mala gana. La pregunta tiene simplemente en cuenta las

infidelidades del pueblo como lo muestra el contexto posterior y aun todo el anterior (vv. 1–13, como puede verse por la semejanza de la última frase del v. 19 con el v. 4). La mención de *la filiación («entre los hijos»)* y de *la heredad («la más excelente heredad de las naciones»)* deberían *bastar para atraer a* los israelitas (y a nosotros) hacia su Dios. ¿Somos nosotros menos culpables que ellos?

2. Dios mismo ofrece la respuesta a la pregunta que acaba de formular (v. 19b): «Y *dije: Me llamarás: Padre mío; y no te apartarás de en pos de mí*». Para que los hijos apóstatas puedan volverse al Padre, Dios les pondrá en el corazón *el espíritu de adopción* de forma que puedan decir entonces *«Abbá, Padre»* (Gá. 4:6). Entonces les abrazará con Su gracia paternal, de forma que *nunca más se aparten de en pos de Él.*

Versículos 20–25

1. El cargo que Dios presenta contra Israel por su infidelidad (v. 20). Estaban unidos a Jehová por pacto matrimonial, pero habían quebrantado el pacto y sido desleales contra Dios.

2. Ellos confiesan la verdad de este cargo (v. 21). Al reprenderles Dios de su apostasía, hubo algunos *cuyas voces se oyeron sobre las alturas,* en los mismos lugares altos donde, mediante su idolatría, habían abandonado a Dios (v. 2), *el llanto suplicante de los hijos de Israel,* al humillarse ante el Dios de sus padres y confesar así que *han pervertido su camino, de Jehová su Dios se han olvidado.* El pecado es desviarse por caminos tortuosos, torcidos. El olvido del Señor nuestro Dios está en el fondo de todo pecado. Si los hombres se acordasen de Dios, no transgredirían.

3. La invitación que Dios les hace para que vuelvan (v. 22): *«Volveos, hijos apóstatas».* Los llama *hijos,* y siente hacia ellos compasión y ternura de Padre, pero *apóstatas,* porque de Él se han apartado. Freedman hace notar que «los vocablos hebreos, aunque diametralmente opuestos, son semejantes, y la idea que comportan es: en lugar de ser *shobabim* (apóstatas), que sean *shabim* (penitentes)». Dios les promete que si se vuelven, *Él sanará sus apostasías* (comp. con Mt. 11:28) mediante su misericordia perdonadora, su paz tranquilizadora y su gracia renovadora.

4. El presto consentimiento que dan a esta invitación (vv. 22b–25). Es como un eco del llamamiento de Dios; como una voz que devuelven lejanas paredes, así vienen estas voces de sus quebrantados corazones. Dice Dios: *«Volveos».* Responden ellos: *«Aquí estamos; hemos venido a ti».* La respuesta no puede ser más pronta.

(A) Vuelven dedicándose a Jehová como a su Dios: *«Hemos venido a ti, porque tú eres Jehová nuestro Dios.* Ha sido un pecado y una locura habernos alejado de ti».

(B) Vienen al reconocer que solamente de Dios les puede venir la ayuda y el socorro. Nótese ese doble *«ciertamente»* (hebr. *akhén)* del v. 23: *«CIERTAMENTE falsedad eran los collados y el bullicio sobre los montes,* aquellos clamores orgiásticos con que acompañábamos nuestro culto a las falsas deidades; *CIERTAMENTE en Jehová nuestro Dios está la salvación de Israel».* La apostasía comienza por dudas (Gn. 3:1–6); la fe se sostiene sobre *certezas* sin evidencia sensible (He. 11:1). No hay salvación, sino en Dios por medio del que Él envió a este mundo por único Mediador (Jn. 14:6; 17:3; Hch. 4:12; 1 Ti. 2:5).

(C) Vienen y justifican a Dios en las aflicciones que han sufrido y condenándose a sí mismos en las transgresiones que han cometido (v. 24): *«La confusión,* es decir, el vergonzoso culto a Baal (v. Os. 9:10) *consumió el trabajo de nuestros padres,* es decir, todo lo bueno que nuestros padres habían obtenido con sus honestas labores: *sus ovejas, sus vacas, sus hijos y sus hijas».* Como dice Freedman, estas frases «es posible que aludan a sacrificios humanos» (v. 5:17). Los verdaderos penitentes han aprendido a llamar al pecado «confusión vergonzosa».

(D) Ofrecen las señales genuinas de un sincero arrepentimiento (v. 25). *«Yazcamos* en el polvo, en gesto de penitentes, *en nuestra confusión,* es decir, avergonzados de nuestros pecados y arrepentidos de ellos, *que nos cubra nuestra afrenta* como un vestido (v. Sal. 109:29), *porque hemos pecado contra Jehová nuestro Dios, nosotros y nuestros padres, desde nuestra juventud y hasta este día».* Como si dijese: (a) «Somos pecadores por herencia» *(«nosotros y nuestros padres»).* (b) «También lo somos por costumbre inveterada» *(«desde nuestra juventud»).* (c) «Lo somos de manera obstinada» *(«hasta este día, y no hemos atendido a la voz de Jehová nuestro Dios»).*

CAPÍTULO 4

Quizás los dos primeros versículos de este capítulo estarían mejor al final del capítulo anterior, pues van dirigidos a Israel, el reino del norte, animándoles a no ceder en su resolución de volverse a Jehová (vv. 1, 2). El resto del capítulo concierne a Judá y Jerusalén. I. Son llamados a arrepentirse y reformarse (vv. 3, 4). II. Se les advierte del avance de Nabucodonosor, y de su ejército, contra ellos (vv. 5–18). III. Para impresionarles más, el profeta se lamenta amargamente y simpatiza con su pueblo en las calamidades que les han sobrevenido (vv. 19–31).

Versículos 1–2

Cuando Dios invitó al apóstata Israel a volverse (3:22), ellos respondieron de inmediato: *«Aquí estamos; hemos venido a ti».* Ahora Dios se da por enterado de la respuesta de ellos.

1. «¿Dices que *has vuelto a mí?* Entonces has de mostrarlo; has de abandonar de veras tus pecados y retirar de ti, de una vez, las reliquias de tu idolatría: (v. 1b): *Si quitas de delante de mí tus abominaciones y no andas de acá para allá»* (comp. con 1 R. 14:15). Debían quitar de la vista de Dios todo lo que oliese a idolatría, porque era una provocación a los ojos puros de la gloria de Dios; y, cuando haya necesidad de jurar, *han de jurar* (v. 2): *Vive Jehová,* esto es, sólo en el nombre de Jehová lo harán, y con las condiciones para que dicho juramento sea aceptable a Dios, a saber: *«en verdad»,* porque un juramento falso en nombre de Dios es sacrilegio y blasfemia; *«en derecho»* (hebr. *mishpat),* de forma que no se perjudique al prójimo; y «en *justicia»* (hebr. *tsedaqah),* ajustándose a lo que Dios ha prescrito en su Ley.

2. «¿Dices que *has vuelto a mí?* Entonces no sólo serás bendecido, sino que también serás bendición para las naciones. Cuando *jures en el nombre de Jehová,* y lo hagas *en verdad, en derecho y en justicia* (v. 2), *entonces las naciones se bendecirán en Él* (Jehová) y *en Él se gloriarán».* Serán bendiciones para otros, porque la vuelta de ellos a su Dios será el medio de que se vuelvan a Él otros que nunca le conocieron (v. Is. 65:16). *Se bendecirán a sí mismos en el Dios de verdad,* y no en los falsos dioses; y *se gloriarán en Él;* harán de Él su gloria.

Versículos 3–4

El profeta se dirige ahora, en nombre de Dios, a los hombres del lugar en que él mismo vive. Recordemos las palabras que proclamó *hacia el norte* (3:12), para consuelo de los que ya estaban en el cautiverio; veamos lo que va a decir ahora *a todo varón de Judá y de Jerusalén,* que estaban aún en prosperidad, para convicción y despertamiento de ellos. En estos dos versículos les exhorta al arrepentimiento y a la reforma de vida, para impedir así los desoladores juicios que estaban a punto de irrumpir sobre ellos.

1. Lo que se requiere de ellos:

(A) Han de obrar en el interior del corazón de forma parecida a como obran en el terreno del que esperan algún provecho (v. 3): *«Arad campo para vosotros y no sembréis entre espinos,* a fin de no trabajar en vano como lo habéis hecho durante mucho tiempo. Aceptad convicción antes de recibir bendición, y quitad los espinos, todo eso que todavía guardáis y está ahogando el fruto que habría de dar en vosotros la Palabra de Dios (comp. con Mt. 13:7, 22)». Un corazón que no se siente contrito y humillado es como un campo sin arar, sin sembrar, sin ocupar. Esos duros terrones han de ser destripados (v. Os. 10:12), esos nocivos espinos han de ser arrancados de cuajo. De lo contrario, en vano caerá allí la gracia—sol y lluvia del alma (He. 6:7, 8—). Se nos impone un serio examen de conciencia: hay que adentrarse en lo más profundo del propio corazón, *roturando así el barbecho,* y arrancar las corrupciones que, como espinos, ahogan nuestras mejores resoluciones.

(B) Han de hacer con su alma lo que hacen con su cuerpo cuando sellan su pacto con Dios (v. 4): *«Circuncidaos a Jehová y quitad el prepucio de vuestro corazón»,* «quitad la dura excrecencia que se ha formado sobre vuestro corazón y que os impide recibir las exhortaciones de Dios (cf. Dt. 10:16)» (Freedman). Esta circuncisión del corazón es la que de veras importa y no la del cuerpo (v. Ro. 2:25–29), pues ésta es un mero signo, mientras que aquélla contiene la cosa significada.

2. La amenaza que se cierne sobre ellos (v. 4b): *«No sea que mi ira salga como fuego, y se encienda y no haya quien la apague, por la maldad de vuestras obras»*. Lo que más hemos de temer es la ira de Dios. Y hemos de tener siempre en cuenta que es *la maldad de nuestras obras* lo que enciende la ira de Dios contra nosotros. La consideración del inminente peligro debería despertar en nosotros el deseo de *santificarnos para la gloria de Dios* y, para ello, echar siempre mano de la gracia que está a nuestro alcance (v. 1 Co. 15:10).

Versículos 5–18

Dios emplea su acostumbrado método de avisar antes de herir. En estos versículos Dios notifica a los de Judá la general desolación que iba a sobrevenirles en breve por medio de una invasión extranjera. Esto ha de ser anunciado en todas las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén, a fin de que todos puedan oírlo y ser así traídos al arrepentimiento o dejados sin excusa ninguna.

1. Se declara la guerra y se da noticia del avance del enemigo (vv. 5, 6). Hay que *tocar* la *trompeta,* hay que *alzar bandera,* no para llamar a entrar en combate, sino como señal que indica *la dirección de Sion,* hacia donde han de marchar los refugiados (v. Is. 11:12). Las masas que escapan de los lugares indefensos *han de reunirse* (v. 5, al final) y *entrar en las ciudades fortificadas. «Escapad, no os detengáis»,* prosigue (v. 6), es decir, «corred a refugiaros y no permanezcáis en el lugar donde estáis».

2. Llega un emisario con la noticia de que el rey de Babilonia se aproxima a la ciudad con su ejército. El enemigo es comparado:

(A) *A un león que sube de la espesura* (v. 7), hambriento, en busca de su presa. Las indefensas bestias del campo se quedan como petrificadas de terror y, de esta forma, se vuelven fácil presa para él. Nabucodonosor es este león rugiente y rampante, *el destructor de las naciones,* ahora en camino hacia el país de Judá. Ese *«destruidor de los gentiles»* será también *destruidor de los judíos,* ya que éstos, por su idolatría, se han hecho semejantes a los gentiles. *«Ha salido de su lugar* (v. 7b), de Babilonia, su cubil, contra *la tierra,* Palestina, *para ponerla en desolación; tus ciudades quedarán asoladas y sin morador».*

(B) *A un viento seco y fuerte* (vv. 11, 12), que echa a perder los frutos de la tierra y los marchita; *viene de las alturas del desierto,* expresión con que se designa al siroco, que levantan remolinos de fino polvo. Dice Thompson: «Los ojos se inflaman, se forman ampollas en los labios y se evapora la humedad del cuerpo bajo la incesante acción de este viento perseguidor». Así viene el ejército caldeo, como este *viento demasiado fuerte* (v. 12), *no a aventar ni a limpiar* (v. 11, al final), sino a destruir. Sin embargo, Dios dice de este viento demasido fuerte para Judá y Jerusalén (v. 12b): *«me vendrá a mí»,* esto es, a ponerse a mi servicio como instrumento de mi ira.

(C) A un *denso nublado* y a un *torbellino* (v. 13), como los que suelen acompañar o seguir a un ventarrón. Por otra parte, los caballos del enemigo son comparados a las *águilas* (v. 13b). Dice Freedman: «Comparaciones similares se hallan en otros profetas; cf. Ezequiel 38:16 para *nublado;* Isaías 5:28; 66:15, para *torbellino; y* Habacuc 1:8, para *águila* (mejor, buitre)».

(D) A *vigías,* no del pueblo, sino del enemigo (v. 16), es decir, una porción de vanguardia del ejército caldeo que viene a iniciar el bloqueo, «vigilando para hallar una oportunidad de tomar por asalto la ciudad» (Freedman). Son comparados a los *guardas de campo* (v. 17), porque vigilan desde todos los lados (comp. con Lc. 19:43).

3. La causa lamentable de este castigo: (A) Han pecado contra Dios; son ellos los que tienen toda la culpa de esto (v. 17b): *«Porque se rebeló contra mí, dice Jehová».* Los caldeos estaban abriendo brecha, pero era el pecado el que había abierto la primera grieta para que pudiesen entrar (v. 18): «*Tu camino y tus obras te causaron esto».* El pecado es la causa de todos los males. (B) Dios estaba airado con ellos a causa de su pecado; era *la ira de Dios* (v. 8) la que hacía temible el ejército caldeo. (C) En su justo enojo, Dios los condenó a sufrir este castigo (v. 12b): «Y *ahora yo también pronunciaré juicios contra ellos».*

4. Los efectos lamentables de este castigo. El pueblo que habría de luchar caerá en la desesperación y no tendrá ánimos para hacer la menor resistencia al enemigo (v. 8): *«Por esto vestíos de saco, endechad y aullad».* En lugar de ceñirse la espada, se ceñirán el saco. Cuando el enemigo esté aún distante, se darán por derrotados y gritarán (v. 13, al final): «*¡Ay de nosotros, porque estamos perdidos!»* Judá y Jerusalén tenían fama por la valentía de sus hombres; pero véase el efecto del pecado: al privarles de la confianza hacia su Dios, les priva de la bravura hacia los hombres. «*Y sucederá en aquel día, dice Jehová, que desfallecerá el corazón del rey y el corazón de los príncipes».* Tanto el rey como sus príncipes, nobles y

consejeros serán presa del desmayo. A los sacerdotes competía animar al pueblo, y decir: *«No desmaye vuestro corazón, no temáis, etc.»* (Dt. 20:3b, 4). Pero ahora los sacerdotes mismos *estarán atónitos,* es decir, consternados, sin fuerzas para animar al pueblo. Nuestro Salvador predijo que, en la destrucción de Jerusalén, *desmayarían los hombres de miedo* (Lc. 21:26).

5. Se queja el profeta de que el pueblo estaba engañado; lo expresa de forma extraña (v. 10): «Y *dije: ¡Ay, Jehová Dios! Verdaderamente en gran manera has engañado a este pueblo … diciendo: Paz tendréis».* Es cierto que Dios no engaña a nadie. Pero: (A) El pueblo se había engañado a sí mismo con las promesas que Dios les había hecho, confiaban a todo trance en ellas, sin preocuparse de cumplir las condiciones de las que dependían tales promesas. Así se engañaban a sí mismos, y luego se quejaban de que Dios les había engañado. (B) Los falsos profetas les engañaban con promesas de paz que les hacían en nombre de Dios (23:17; 27:9) y Dios permitía que los falsos profetas les engañaran, para así castigarles *por no haber recibido el amor de la verdad* (2 Ts. 2:10, 11, comp. con Ez. 14:9).

6. Los esfuerzos del profeta por desengañarles. (A) Les muestra la herida que tienen. En su pecado deberían descubrir la causa del castigo (v. 18b): *«Esta es tu maldad, por lo cual esta amargura penetra hasta tu corazón».* También *«la espada ha penetrado hasta el alma»* (v. 10, al final). (B) Les muestra también el remedio (v. 14): *«Lava de maldad tu corazón, oh Jerusalén, para que seas salva».* Al decir *«Jerusalén»,* quiere decir cada uno de los habitantes de Jerusalén, pues cada uno tiene su propio corazón, y es la reforma personal la que causa la nacional. Cada uno debe volverse de su mal camino y limpiar su mal corazón. No puede haber liberación sin reforma, y sólo es sincera la reforma que llega hasta el corazón, pues del corazón salen los *siniestros pensamientos que moraban* (v. 14b) *en el interior de ellos* (comp. con Mt. 15:19).

Versículos 19–31

El profeta se angustia aquí hasta la agonía y clama como quien sufre un dolor muy agudo (v. 19): *«¡Mis entrañas, mis entrañas! Me duelen las fibras de mi corazón, etc.».* Las expresiones son de sobra patéticas como para derretir un corazón de piedra. Un hombre bueno, en un mundo tan malo como éste, no puede menos de ser un *varón de dolores.* No se duele así por sí mismo ni por ninguna aflicción de su familia, sino puramente por la situación lastimosa del pueblo.

I. Son muy malos y no quieren reformarse (v. 22). Lo dice Dios mismo: *«Porque mi pueblo es necio, etc.».* Aunque son necios, Dios los llama *mi pueblo.* Ellos *no lo conocen* a Él, pero Él sigue conociéndolos (Ro. 11:1). Sólo *son sabios para hacer el mal, pero para hacer el bien no tienen conocimiento* (v. 22b), no saben aplicar el entendimiento a practicar el bien, sino sólo a tramar el mal.

II. Son muy miserables y no pueden ser aliviados.

1. Grita el profeta (v. 19b): *«No callaré; porque has oído sonido de trompeta, oh alma mía, pregón de guerra».* No ha sido propiamente el oído del profeta el que ha escuchado el sonido de la trompeta ni el pregón de guerra, sino su *alma,* porque lo oye y lo ve por medio del espíritu de profecía que le introduce en el alma las palabras de Dios, del mismo modo que nos entran por los oídos las palabras que escuchamos del exterior.

2. Se anuncia la destrucción en términos inequívocos:

(A) Es rápida y repentina (v. 20): *«Quebrantamiento sobre quebrantamiento,* en rápida sucesión, *es anunciado».* La muerte de Josías abrió las compuertas de la inundación; a los tres meses, su hijo y sucesor Joacaz es depuesto por el rey de Egipto; durante los dos o tres años siguientes, Nabucodonosor pone sitio a Jerusalén y se apodera de ella y, a partir de esto, acomete constantemente contra el país hasta arruinarlo completamente con la destrucción de Jerusalén, pero (v. 20b) *«de repente son destruidas mis tiendas, en un momento mis cortinas»,* pues el país fue ya devastado en un principio, ya que los pastores y todos los que vivían en tiendas fueron saqueados de inmediato; por eso vemos retirarse a Jerusalén a los recabitas, que vivían en tiendas, tan pronto como los caldeos entraron por primera vez en el país (35:11).

(B) La guerra continuó, porque el pueblo estaba muy obstinado y no quería someterse al rey de Babilonia, sino que aprovechó todas las oportunidades para rebelarse contra él. De eso se hace eco el profeta al decir (v. 21): *«¿Hasta cuándo he de ver bandera, he de oír sonido de trompeta?»* Como si dijese: «¿Va a devorar por siempre la espada?»

(C) *«Toda la tierra es destruida* (lit. *saqueada;* lo mismo en la frase siguiente—v. 20—)», hasta quedar finalmente hecha un caos (v. 23); *«asolada y vacía»* (hebr. *tóhu vabóhu*, los mismos vocablos de Gn. 1:2). Incluso la frase final del versículo 23: «*y no había en ellos* (los cielos) luz» parece aludir a *«las tinieblas que estaban sobre la superficie del abismo»* (Gn. 1:2b). No sólo la tierra estaba hecha un caos, sino que hasta el cielo les fruncía el ceño. La calamidad misma era como una densa y oscura nube, a través de la cual eran incapaces de contemplar su verdadera situación calamitosa. Como en todos los grandes juicios de Dios, la naturaleza se asocia mediante fenómenos extraordinarios: Montes y collados se bambolean (v. 24), mientras desaparece la población humana (v. 25), las aves (v. 25b, comp. con Sof. 1:3), «la última palabra en desolación» (Freedman), y la vegetación (v. 26). La desolación es completa.

(D) En medio de este cuadro tétrico, se filtran unas dulces palabras de Dios (v. 27): *«Porque así dice Jehová: Toda la tierra será asolada, pero no la destruiré del todo». Toda,* pero no *del todo.* Dios siempre se reserva un remanente. Jerusalén volverá a ser edificada, y la tierra volverá a ser habitada. Esto se dice para consuelo de los que *tiemblan ante la Palabra de Dios.* La inserción de este versículo 27 parece romper la conexión del versículo 26 con el versículo 28, pues el profeta continúa profetizando destrucción.

(E) En efecto, Dios sigue diciendo (v. 28) que no va a desistir de su resolución de entregarlos a la ruina, puesto que ellos no pueden desistir de su pecado (2:25). La que no podía menos de ir tras de sus amantes, va a verse despreciada por ellos (v. 30, al final). Se ilusionaban con el pensamiento de que podrían hallar algún medio para salir de este atolladero, pero el profeta les dice que todo lo que hagan no les va a servir de nada (v. 30): *«Y tú, destruida, ¿qué haces que te vistes de grana, etc.».* Compara Jerusalén a una ramera abandonada por todos los amantes que solían cortejarla. Hace todo lo que puede para presentarse ante las naciones como país importante, un aliado de mucho valor. Pero todo este proceso de ficticio embellecimiento no sirve para nada. Sus tan solicitados *amantes* no se dejan impresionar por las apariencias (v. 30, al final); más aún, no contentos con *menospreciarla,* quieren *darle muerte.* El espíritu profético se lo anuncia (v. 31) a Jeremías. Comenta F. Asensio: «Jeremías lo presiente y oye el clamor angustioso de la *hija de Sion,* que, viéndose morir entre "dolores de parto" *a manos de asesinos, extiende* inútilmente *sus manos* en *señal de dolor,* acaso en busca de ayuda (Is. 1:15), o en un último esfuerzo por librarse del invasor». M. Henry halla en la fraseología del v. 30 una probable «alusión a la historia de Jezabel, que pensó que, si embellecía su rostro, podría escapar de la calamidad que la esperaba, pero en vano (2 R. 9:30, 33)».

CAPÍTULO 5

Reprensiones y amenazas se hallan mezcladas en este capítulo. I. Los pecados de que aquí se les acusa son: Injusticia (v. 1), hipocresía en la religión (v. 2), obstinación (v. 3), corrupción general (vv. 4, 5), idolatría y adulterio (vv. 7, 8), desleal apartamiento de Dios (v. 11), desafío a Jehová (vv. 12, 13) y, en el fondo de todo esto, falta de temor de Dios (vv. 20–24). Al final del capítulo son acusados de violencia y opresión (vv. 26–28), hasta corromper completamente al país (vv. 30, 31). II. Los castigos con que se les amenaza son muy terribles. Vendrá sobre ellos un enemigo extranjero (vv. 15–17), se los llevará en cautiverio (v. 19) y quedarán privados del bien (v. 25). III. Pero de nuevo se insinúa por dos veces más que Dios no los destruirá del todo (vv. 10, 18). Éste fue el objeto y propósito de la predicación de Jeremías durante la última parte del reinado de Josías y el comienzo del de Joacim.

Versículos 1–9

1. Tenemos aquí (v. 1) como un reto a presentar un solo hombre que sea verdaderamente justo en todo Jerusalén. Esta ciudad, la ciudad santa, se había vuelto como el mundo anterior al diluvio, cuando *toda carne había corrompido su camino* (Gn. 6:12b): *«Recorred las calles de Jerusalén … buscad en sus plazas a ver … si hay alguno que haga justicia, que busque verdad; y yo la perdonaré»* (comp. con Gn. 18:23–32). *La verdad había caído en la calle* (Is. 59:14). Si hubiese habido diez justos en Sodoma, Dios la habría perdonado; pero Jerusalén le era mucho más estimada que Sodoma: *uno solo* ¿entre diez mil? *en Jerusalén* habría bastado para que Dios la perdonase. Dice el rabino Freedman: «Es una exageración

interpretar el versículo como si declarase que no había en la ciudad ni un solo hombre temeroso de Dios, aunque así lo entienden muchos modernos». No tiene nada de extraño que así lo entendamos también nosotros, cuando leemos la interpretación auténtica que Pablo hace, en Romanos 3:10–18, de varias porciones del Antiguo Testamento. Incluso los que profesaban estar a bien con Dios (v. 2) jurando por el nombre de Jehová, no eran sinceros: *«Aunque digan: Como vive Jehová, juran falsamente»*.

2. La queja que el profeta dirige a Dios sobre la obstinación del pueblo (v. 3). Nótese que no se queja de Dios, sino del pueblo a Dios, pues en realidad, «como implícitamente Abraham en el caso de la Pentápolis, Jeremías se ve obligado a unirse al modo de ver de Jehová, *cuyos ojos* están siempre dirigidos a la *emuná = fidelidad,* a un Dios que, siempre fiel y sincero, exige a su pueblo fidelidad y sinceridad en la vida» (Asensio). La obstinación del pueblo se expresa en frases gráficas (v. 3b): *«endurecieron sus rostros más que la piedra* (comp. Ez. 3:7), *han rehusado convertirse»*. No querían recibir instrucción por vía de corrección.

3. La experiencia en pobres y ricos, con el triste hallazgo de que tan malos eran unos como otros.

(A) Los pobres eran ignorantes. El profeta halló a muchos que *rehusaban convertirse* (v. 3, al final). Estaba dispuesto a excusarlos (v. 4): *«Ciertamente éstos son pobres.* Nunca han tenido la ventaja de una buena educación ni tienen ahora la oportunidad de ser instruidos». La ignorancia crasa es la causa lamentable de gran parte de la iniquidad que abunda. Hay pobres de Dios que, a pesar de su ignorancia, *conocen el camino de Jehová* y andan en él, y observan *las ordenanzas de su Dios* sin haberlas aprendido en ningún libro; pero éstos son pobres del diablo, pues desconocen voluntariamente el camino de Jehová.

(B) Los ricos eran insolentes (v. 5): *«Iré a los grandes y les hablaré* para ver si los hallo más doblegables a la palabra y a la providencia de Dios, pero, aunque *conocen el camino de Jehová y la ordenanza de su Dios,* son demasiado altivos como para doblegarse a Su gobierno» (v. 5b): *«Pero ellos también quebraron el yugo, rompieron las coyundas»*. Se consideran a sí mismos demasiado grandes como para ser corregidos, incluso por el Dueño soberano de todos. Los pobres son débiles, los ricos son obstinados y, así, ninguno cumple con su deber.

4. Se especifican algunos pecados de los que eran culpables. *Sus transgresiones* (v. 6b) *eran muchísimas* y, en la misma proporción, *se habían aumentado sus deslealtades.* Su prostitución espiritual otorgaba a los ídolos el honor que es debido únicamente a Dios (v. 7). *Juraban por lo que no es Dios.* También practicaban la prostitución corporal. Habían abandonado a Dios para servir a los ídolos, y los que deshonraban a Dios estaban abocados a deshonrarse a sí mismos y a sus familias (comp. con Ro. 1:24 y ss.). Cometían adulterio sin remordimiento alguno ni temor al castigo, pues *se reunían en compañías en casa de rameras* (v. 7b), sin avergonzarse de verse allí unos a otros. Tan desvergonzada era su lascivia que se volvían como bestias (v. 8): *«Como caballos bien alimentados, cada cual relinchaba tras la mujer de su prójimo»*.

5. La ira de Dios contra ellos por la universal corrupción del país. Un enemigo extranjero va a irrumpir y el país quedará como si por él hubiesen pasado las más feroces bestias devastándolo todo (v. 6a): *«El león de la selva,* indomable cuando codicia la presa, *el lobo del desierto,* que acude por la noche, que es cuando está hambriento y muestra toda su ferocidad, y *el leopardo,* que es muy rápido y cruel». Así acechará las ciudades de Judá el enemigo, y sus habitantes se verán ante un terrible dilema: los que se queden dentro, morirán de hambre; los que salgan de ellas, morirán a espada. Y todo ello se debe a la multitud de sus transgresiones. Es en realidad el pecado el que produce esta matanza (v. 9): *«¿No había yo de castigar esto?* ¿Cómo podéis pensar que el Dios de pureza infinita haya de hacer la vista gorda ante tales abominaciones? *De una nación como esta, ¿no se había de vengar mi alma?»* Es cierto que muchos que habían sido culpables de estos pecados se arrepintieron y hallaron misericordia con Dios (así le aconteció a Manasés), pero las naciones *como tales* sólo pueden ser castigadas en esta vida; por eso no quedaría bien parada la gloria de Dios si una nación impía quedase sin ninguna señal manifiesta del desagrado de Dios.

Versículos 10–19

1. El pecado de este pueblo le conduce a la destrucción (v. 10). *La casa de Israel y la casa de Judá* (v. 11), aunque enfrentadas la una contra la otra, ambas estaban de acuerdo en su *deslealtad contra Jehová.* Abandonaron la adoración sincera de Dios y representaron el papel del hipócrita. Desafiaron los juicios de Dios y las amenazas que les había dirigido por boca de los profetas (vv. 12, 13). Multitud de almas se

arruinan cuando se les hace creer que Dios no es estricto. Así pensaban ellos: *«Él no actúa, y no vendrá mal sobre nosotros, etc.»*. Los profetas les habían amonestado seriamente, pero ellos lo tomaban a broma (v. 13), como si dijesen: «Ellos hablan así porque es su oficio. No es palabra de Dios, sino el lenguaje de su fantasía melancólica». No contentos con eso, auguran a los profetas los castigos con que los mismos profetas les amenazan (v. 13): «*Son como viento* "que pasa de vacío y se puede tomar a risa" (6:10; Ez. 33:30–33) (Asensio). ¿Nos amenazan con hambre? ¡Démosles *pan de aflicción!* ¿Nos amenazan con espada? ¡Que mueran a espada! (2:30)».

2. El castigo del pueblo por sus pecados.

(A) Dios se vuelve al profeta Jeremías, que de esta forma era escarnecido, y le dice (v. 14b): *«He aquí yo pongo mis palabras en tu boca por fuego, y a este pueblo por leña, y los consumirá»*. El pecador se torna a sí mismo, por el pecado, en combustible para el fuego de la ira de Dios. Vendrá el enemigo en obediencia al propósito de Dios (v. 10): *«Escalad sus muros y destruid … Quitad las almenas»*. Eran de piedra cuando el pueblo servía a su Dios; son como de barro ahora que se han apartado de Él.

(B) ¡Cuán terrible es la destrucción que estos invasores van a llevar a cabo¡ (vv. 15–17): «Son *gente de lejos* (Is. 5:26) y, por eso mismo, tanto más de temer, por cuanto sus soldados querrán resarcirse de una marcha tan larga; son *gente que no ceja,* que no se amedrenta ante los obstáculos; *gente antigua* (v. Gn. 11:31), "de solera político-guerrera" (Asensio); *gente cuya lengua ignorarás y no entenderás lo que hable*. Contra ella, "nada podrá la casa de Israel; ni siquiera implorar misericordia en una *lengua que no conoce* y hace del invasor un instrumento ciego y sin entrañas" (Dt. 28:49–51; Is. 28:11; 33:10) (Asensio). La diferencia de lenguaje haría difícil incluso tratar condiciones de paz. No almacenarán, sino que (v. 17) *se comerán tu mies y tu pan; se comerán a tus hijos y a tus hijas,* hijos e hijas que tú ofrecías en sacrificio a tus ídolos, *se comerán tus viñas y tus higueras,* sin dejar para ti ningún fruto de la tierra, y *con su espada demolerán tus ciudades fortificadas, en las que confías,* ya que piensas que, porque están fortificadas, ya están suficientemente protegidas contra un enemigo enviado por Dios mismo».

3. Como en el capítulo anterior, también aquí se declara que Dios tiene reservada para Su pueblo alguna compasión. El enemigo es comisionado para destruir y devastar, *«pero no del todo»* (v. 10b). *«No obstante* (v. 18), *aun en aquellos días, dice Jehová, no os destruiré del todo»;* y si Dios no quiere destruir, el enemigo no podrá hacerlo.

4. La justificación de Dios en todos estos procedimientos. Así como su benignidad se dará a conocer en que no destruirá del todo, así también se dará a conocer su rectitud justa en llegar al casi todo (v. 19). El pueblo dirá: *«¿Por qué Jehová el Dios nuestro hizo con nosotros todas estas cosas?»,* como si contra una nación tan pecadora no hubiese ningún motivo para que Dios actuase de ese modo. Dios le dice al profeta la respuesta que debe dar a esa pregunta (v. 19b): *«Entonces les dirás: De la manera que me dejasteis a mí y servisteis a dioses ajenos en vuestra tierra, así serviréis a extraños en tierra ajena»*. Nótese el perfecto paralelismo, más notorio todavía en el hebreo, donde todos los miembros se corresponden perfectamente. Dice así literalmente la segunda parte del versículo 19: *«Como … habéis servido a dioses extraños en vuestra tierra, así serviréis a extraños en tierra no vuestra»*. No pueden, pues, quejarse de que Dios les pague en la misma moneda con que le han pagado ellos a Él (v. Dt. 28:47, 48; 29:24–26).

Versículos 20–24

Dios envía ahora a Jeremías con otra comisión a Jacob y a Judá (v. 20).

1. Se queja Dios de la vergonzosa estupidez del pueblo (v. 21): Es *«un pueblo necio y sin entendimiento* (lit. *sin corazón)»*. No entendían la mente de Dios, a pesar de que la había expresado tan claramente por medio de Sus profetas y de Su providencia: *«tiene ojos y no ve; tiene oídos y no oye»*. Poseían facultades intelectuales, pero no las usaban como debían, pues su voluntad estaba obstinada y, por tanto, inepta para someterse a las normas de la ley divina (v. 23): *«Este pueblo tiene un corazón obstinado y rebelde»*. La obstinación del corazón es la que entontece el entendimiento. El carácter de este pueblo es el de toda persona humana hasta que la gracia de Dios opera un cambio en el interior. Tenemos un *corazón obstinado y rebelde* contra Dios, no sólo por una arraigada aversión a lo que es bueno, sino también por una fuerte inclinación a lo que es malo.

2. Lo atribuye a la falta de temor de Dios. Al observar que son *sin entendimiento,* pregunta (v. 22): «¿A *mí no me temeréis?, dice Jehová. ¿No temblaréis ante mi presencia?* (lit.)» Y al observar que se han

rebelado y se han alejado, añade esto, como la causa de su apostasía (v. 24): «*Y no dijeron: Temamos ahora a Jehová Dios nuestro, etc.*». Les vienen a la mente malos pensamientos porque no quieren admitir ni albergar buenos pensamientos.

3. Sugiere algunas de estas cosas a fin de impregnarnos de un santo temor de Dios.

(A) Debemos temer a Dios en Su grandeza (v. 22). Aquí tenemos un ejemplo: Dios conserva el mar dentro de los límites que le ha fijado. Aunque la marea sube con fuerza poderosa dos veces cada día, Dios le ha puesto al mar «un muro insalvable de *arena* (Job 38:8–11; Sal. 104:6–9; Pr. 8:29)» (Asensio). Esto es *obra de Dios* y, si no fuese una cosa tan corriente, sería *admirable a nuestros ojos.* Un muro de arena será tan eficaz como un muro de bronce para tener a raya las encrespadas olas, para enseñarnos que *una respuesta suave aplaca la ira* y aquieta el furor espumante, mientras que *las palabras ásperas*, como un duro acantilado, no hacen sino exasperar. Esta frontera ha sido fijada *por orden eterna* (v. 22b), lo que nos retrotrae a la creación del mundo, cuando Dios separó las aguas de la tierra seca (Gn. 1:9, 10: Job 38:8 y ss.; Sal. 104:6 y ss.). Por ser *orden eterna*, ha tenido efecto siempre hasta el día de hoy y lo seguirá teniendo hasta que Dios cree unos cielos nuevos y una nueva tierra. Vemos, pues, que hay buen motivo para temer a Dios, pues vemos que es un Dios que posee soberanía universal.

(B) Debemos temer a Dios en Su bondad (v. Os. 3:5). *Temer a Jehová nuestro Dios* es también adorarle agradecidos, pues está hace el bien continuamente: *Nos da* (v. 24b) *lluvia temprana y tardía en su tiempo* (comp. con 3:3; Sal. 147:8; Mt. 5:45; Hch. 14:17), y *nos guarda* (lit. *reserva para nosotros) los tiempos* (lit. *las semanas) que fijan la siega*, es decir, «preserva el período de la cosecha (hacia la última parte de abril y el mes de mayo) como estación seca, puesto que la lluvia en ese tiempo dañaría a las mieses» (Freedman). En los frutos de la recolección hay que reconocer el poder, la bondad y la fidelidad de Dios, pues todos esos frutos vienen de Él (Stg. 1:17). Hay, pues, también buen motivo para temer a Dios, para mantenernos en su amor.

Versículos 25–31

1. El profeta les muestra el daño que les han hecho sus pecados (v. 25): *«Vuestras iniquidades han estorbado estas cosas* (las buenas cosas descritas en el v. 24)». El pecado es, sí, la causa de que los cielos se vuelvan de bronce, y la tierra de hierro.

2. A continuación les muestra cuán grandes eran sus pecados.

(A) Al haber abandonado el culto al verdadero Dios, hasta la honradez natural se había perdido entre ellos: *«Porque fueron hallados en mi pueblo impíos»* (v. 26); tanto peores por haber sido hallados entre el pueblo de Dios. Fueron *hallados*, es decir, sorprendidos, en el acto mismo de su impiedad. Así como los cazadores ponen lazos y trampas para su deporte, así hacían éstos (v. 26b) *para cazar hombres*, como si también esto fuese un deporte. Hallaban medios de hacer daño a los buenos (a quienes odiaban precisamente por su bondad), especialmente a los que les reprendían fielmente (Is. 29:21), a aquellos cuyas haciendas codiciaban, como hizo Jezabel con Nabot por una viña.

(B) Eran falsos y traidores (v. 27): *«como una jaula llena de pájaros, así están sus casas llenas de engaño; así se hicieron grandes y ricos».* Sus casas estaban llenas del dinero obtenido por medio del fraude, pues engañaban a todos cuantos entraban en trato con ellos. Así es como (v. 28b) *«sobresalieron en obras de maldad»* (versión más probable). ¡Campeones en hacer el mal! Pero prosperaban en esta carrera del mal (v. 28a), *«se engordaron y se pusieron lustrosos»* y, por eso mismo, el corazón se les endureció todavía más; se hicieron *«grandes* según el mundo, y *ricos* en riquezas materiales y temporales» (v. 27, al final).

(C) En la administración pública eran una calamidad (v. 28c): *«no defendían la causa del huérfano … y el derecho de los pobres no sostenían».* Esta es la especie más vil de la explotación social y es un pecado que Dios aborrece de un modo especial. Dice Asensio: «Bárbara explotación social que, *sobrepasando* todos los *límites*, se ha cebado en el *huérfano y* el *pobre* (7:6; 22:3; Sal. 82:3, 4; Is. 1:17–23), sin tener en cuenta lo que la Ley ordena en su favor (Éx. 22:22; Dt. 10:18; 27:19)». Ante esto, Dios declara que no puede dejar de actuar (v. 29): *«¿No castigaré esto?, dice Jehová; ¿y de tal gente no se vengará mi alma?* (repetición del v. 9)». Aunque la paciencia de Dios haya esperado por mucho tiempo, por fin se desbordará Su ira y no habrá quien la calme.

(D) Pero aún quedaba algo más repugnante (vv. 30, 31): *«Cosa espantosa y fea»;* los líderes del pueblo estaban corrompidos y ejercían su oficio con cínica falsedad (v. 31): *«Los profetas profetizaban al*

servicio de la mentira, y los sacerdotes dirigían a su arbitrio». La religión no está nunca tan peligrosamente amenazada como cuando los puestos en el ministerio hacen pasar por Palabra de Dios errores doctrinales y hasta notorias inmoralidades, y cuando los dirigentes ordenan lo que les place bajo pretexto de que la autoridad que ostentan les viene de Dios. Y como la naturaleza humana está de suyo inclinada al mal, *«al pueblo le gustaba esto»* (v. 31b). ¡Les gustaba la mentira y el desgobierno! Pero, *«¿qué harán todos ellos cuando llegue el fin,* es decir, el castigo que Dios les va a imponer?» La pregunta no necesita respuesta. Sucumbirán.

CAPÍTULO 6

En este capítulo, como en los dos anteriores, tenemos: I. Una profecía de la invasión de Judá y del sitio de Jerusalén por el ejército caldeo (vv. 1–6), del saqueo que los caldeos habían de llevar a cabo en el país (v. 9) y del terror que se había de apoderar del pueblo de la tierra (vv. 22–26). II. Un registro de los pecados de Judá y de Jerusalén que provocaron a Dios a descargar este castigo desolador. La injusticia social (v. 7), el menosprecio de la palabra de Dios (vv. 10–12), la mundanidad (v. 13), la deslealtad traicionera de los profetas (v. 14), el cinismo en el pecado (v. 15), su obstinación contra las reprensiones (vv. 18, 19), que hacía inaceptables a Dios los sacrificios que le ofrecían (v. 20), por lo que les entregó a la ruina (v. 21), pero los puso primero a prueba (v. 27), antes de desecharlos como irremediables (vv. 28–30). III. Se les dieron buenos consejos en medio de todo esto, pero en vano (vv. 8, 16, 17).

Versículos 1–8

I. Amenaza de castigo contra Judá y Jerusalén. La ciudad no veía venir el nublado; todo parecía tranquilo y sereno. Pero el profeta les dice que en breve serán invadidos por un poder extranjero que *vendrá del norte,* el cual causará desolación general. Se predice aquí:

1. Que el toque de alarma debe ser fuerte y tremendo (v. 1). Los hijos de Benjamín, tribu en la que caía la mayor parte de Jerusalén, son llamados a escapar por su vida a la campiña, pues la ciudad (a la cual se les exhortó en un principio que fuesen a refugiarse—4:5, 6—) va a ser muy pronto demasiado incómoda para ellos. Se les dice que toquen alarma en Técoa, que caía a doce millas al sur de Jerusalén, y que levantasen señal (algo así como un faro—v. Jue. 20:38—) en Bet-hakérem, sobre cuya ubicación no están de acuerdo los autores, aunque lo más probable es que se hallase en un montículo entre Belén y Técoa.
2. Que el ataque que se cernía sobre ellos iba a ser terrible. *La hija de Sion* (v. 2) es comparada a una mujer *bella y delicada,* que, al no estar acostumbrada a pasarlo mal, no estará en condiciones de resistir al enemigo ni aguantar bravamente la destrucción. Los generales enemigos y sus ejércitos son comparados (v. 3) a *pastores con sus rebaños,* tan numerosos que los soldados habían de seguir a sus jefes como las ovejas a sus pastores. Estos pastores se harían pronto los amos del campo abierto y sus rebaños tendrían abundante que comer, esto es precisamente lo que habían de hacer las tropas caldeas en los alrededores de la capital del país. Es Dios quien les ha comisionado para esta guerra (v. 6). Dios mismo dice: *«Ésta es la ciudad que ha de ser visitada* (lit.) por la justicia divina, y éste es el tiempo de su visitación». Los invasores se preparan a asaltar la ciudad cuanto antes: *«a mediodía* (v. 4), para tomarla por sorpresa, pues los habitantes no pensarán que lo hagamos en lo más recio del calor. ¡Es una lástima que no hayamos avanzado más, pues *ya va cayendo el día!* No importa; haremos el asalto final *de noche* (v. 5)».

II. El motivo de este castigo es enteramente la maldad de ellos. Ellos lo han traído sobre sí mismos; a sí mismos han de echarse la culpa. Son oprimidos de esta manera porque han sido opresores; los va a tratar duramente el enemigo porque ellos se han tratado duramente unos a otros. El pecado se ha vuelto para ellos una segunda naturaleza (v. 7), *«como la fuente nunca cesa de manar sus aguas»,* abundante y constantemente. El clamor de sus pecados ha subido a la presencia de Dios como el de Sodoma (v. 7b): *«continuamente en mi presencia*—dice Jehová—, *enfermedad y herida»*. Ésta era también la queja de los que se veían injustamente heridos en su cuerpo o en su espíritu, en sus bienes o en su reputación.

III. Cómo impedir esta catástrofe (v. 8): *«Corrígete, Jerusalén, para que no se aparte mi alma de ti;* atiende a la instrucción que se te da por medio de mi palabra escrita y por medio de mis profetas». En estas frases se echan de ver la ternura y el interés afectuosos que Dios sentía hacia ellos; Su alma misma estaba unida a ellos, y ninguna otra cosa sino el pecado podía desunirla de ellos. El Dios de misericordia se resiste a apartarse hasta de un pueblo provocador y les exhorta con toda insistencia a que se arrepientan y se reformen para impedir que las cosas lleguen a tan terrible extremo.

Versículos 9–17

1. Se cierne sobre Judá y Jerusalén la amenaza de ruina total.

(A) Anteriormente vimos la prisa que el ejército caldeo se daba (vv. 4, 5); aquí tenemos el estrago que hicieron, pues el enemigo es insaciable en su sed de botín (v. 9): *«Del todo rebuscarán como a vid el resto de Israel,* como *vendimiador* que ha resuelto no dejar nada tras de sí». Es posible que el pueblo, *siguiendo la avaricia* (v. 13), hubiese dejado sin cumplir la ley de Levítico 19:10 de *no rebuscar* en la vendimia, y ahora ellos mismos eran *esmeradamente rebuscados.*

(B) Los hijos van a perecer en la catástrofe que los pecados de sus padres han hecho venir sobre el país (v. 11). El castigo alcanzará a *la reunión de los jóvenes* en sus jolgorios; ni el sexo ni la edad serán preventivo contra el ataque, *«porque será preso* (v. 11c) *tanto el marido como la mujer, tanto el viejo como el muy anciano».* Las casas, así como las haciendas y hasta las mujeres, pasarán a ser de otros (v. 12).

(C) El profeta se justifica de hablar así, pues no puede hacerlo de otro modo, ya que se halla identificado con Jehová que le ha enviado (v. 11a): *«Estoy lleno de la ira de Jehová, estoy cansado de contenerme».* No le causaba ningún deleite tener que expresarse así, pero no podía menos de declarar lo que el Espíritu de Dios le impulsaba a profetizar.

(D) *«Desde el profeta* (v. 13b) *hasta el sacerdote, todos son engañadores»,* dice. Los encargados de avisar al pueblo habían pasado por alto sus pecados y el peligro en que se hallaban. En lugar de ser buenos médicos, mataban a sus enfermos por no poner el remedio oportuno, ya que les aplicaban cómodas cataplasmas en lugar de manejar el bisturí: «Y *curan* (v. 14) *la herida de mi pueblo a la ligera, diciendo: Paz, paz, cuando no hay paz».* La herida estaba enconada, pero ellos les decían: «¡No se alarmen, todo va bien, todo va bien!», cuando las cosas no iban bien, sino muy mal, ya que el pueblo se entregaba descaradamente a las más perversas maldades. Los que nos adulan de forma pecaminosa han de ser considerados no sólo como falsos amigos, sino como los peores y más peligrosos enemigos.

2. El pecado de Judá y de Jerusalén que provocó a Dios a traer esta ruina.

(A) No podían soportar que se les dijese el peligro en que se encontraban. Dios ordena al profeta que les advierta sobre el inminente castigo (v. 9), pero él dice (v. 10): *«¿A quién hablaré y amonestaré para que oigan?* ¿Para qué les voy a hablar si no escucharán? *No pueden escuchar,* porque *sus oídos son incircuncisos,* impenetrables a la Palabra de Dios, pues *la palabra de Jehová les es cosa oprobiosa»,* es decir, «la toman a chacota» (Asensio), «la tratan con irrisión» (Freedman).

(B) Estaban aficionados a lo mundano, y procuraban únicamente acaparar riquezas materiales, aunque fuese con perjuicio del prójimo (v. 13): *«Cada uno sigue la avaricia»;* y eso, *«desde el más chico de ellos hasta el más grande».* De ahí se seguían las violencias e injusticias que se mencionan en los versículos 6 y 7. Esto es lo que les endurecía el oído y el corazón contra la Palabra de Dios y la predicación de Sus profetas.

(C) Carecían totalmente de vergüenza. Tan endurecidos estaban que (v. 15) «no *se avergonzaban ni aun sabían lo que era sonrojarse».* Así presentaban desafío contra el mismo Dios. Los que no se someten a un sonrojo penitencial no pueden escapar a una ruina total: *«Por tanto* (v. 15b), *caerán entre los que caigan».* Nótese que el contexto muestra que esto se refiere principalmente a los profetas y sacerdotes (v. vv. 13b, 14), con lo que la incapacidad de sonrojarse saludablemente es todavía más pecaminosa. Comenta Asensio: «Profetas y sacerdotes *caerán entre los que caen,* víctimas igualmente del propio engañoso "paz" con que desorientaron a los otros».

3. El buen consejo que con la mayor frecuencia se les ha dado en vano.

(A) Dios quería que, como buenos viajeros, inquiriesen por *los caminos buenos, los antiguos* (v. 16), es decir, bien trazados y probados desde antiguo, que conducen derechamente a buen término, en contraste con las sendas abiertas a capricho de cada individuo, que no pueden conducir a ninguna cosa

buena (comp. con Dt. 32:7; Job 8:8). Los *caminos antiguos* eran los que los antiguos patriarcas habían hollado y conducían a la herencia prometida por Dios. Pero ellos (v. 16, al final) se negaron en redondo a la invitación de Dios y *dijeron: No andaremos en él.*

(B) Dios les había puesto *atalayas* (v. 17), vigías que les advirtiesen de los peligros que se cernían sobre ellos y les atemorizasen de esta manera, ya que no querían atender a la Palabra de Dios. La voz de los verdaderos profetas era como *sonido de trompeta,* que alerta al pueblo y le dispone a hacer frente al enemigo. Dios, en Su providencia, hace sonar la trompeta (Zac. 9:14); los profetas la oyen (4:19), e invitan a otros a que presten atención también. «Y *dijeron ellos: No escucharemos»* (v. 17, al final).

Versículos 18–30

1. Dios apela al mundo entero en cuanto a lo que respecta a Su modo de proceder contra Judá y Jerusalén (vv. 18, 19): *«Por tanto, oíd, naciones, etc.».* En cuanto al vocablo *congregación,* dice Freedman: «En todos los demás lugares, el vocablo *edah* se refiere siempre a Israel, pero el paralelismo con *naciones* deja patente que se alude aquí a los gentiles». Dios pide a la congregación de todas las naciones que sean testigos contra Judá y Jerusalén, y les dice (vv. 18, 19): «Observad, *naciones,* a Judá y Jerusalén, *y conoced* (el mal) *que* (hay) *en ellos* (lit.). *Oye, tierra,* no te sorprendas de que yo *traiga el mal sobre este pueblo,* a pesar de que tengo hecho pacto con ellos, pues este mal es "resultado de sus perversas obras, inspiradas por sus malvados pensamientos" (Freedman). Pensaban que se iban a reforzar aliándose con extranjeros, pero precisamente por eso se han debilitado y expuesto a la ruina. Es el justo castigo de su desobediencia y rebelión, *ya que no escucharon mis palabras y aborrecieron mi ley.* Por tanto, no podéis decir que he sido injusto con ellos».

2. Dios rechaza la excusa de ellos, pues insistían en que los servicios del culto eran suficientes para expiar por sus pecados. Esta excusa era totalmente frívola (v. 20): *«¿Para qué a mí este incienso de Sebá y la buena caña olorosa de tierra lejana,* para ser quemada como perfume en el altar de oro? ¿Qué me da a mí de los holocaustos y demás sacrificios que me ofrecéis? *Vuestros holocaustos no son aceptables, ni vuestros sacrificios me agradan».* Sacrificios e incienso tenían por objeto dirigir la fe de ellos hacia el futuro Mediador, y acompañados de una conducta consecuente eran aceptables a Dios. Pero ofrecidos con el pensamiento de que podían servir de salvoconducto para obrar como les viniese en gana y como licencia para el pecado, lejos de ser aceptables a Dios, le provocaban a ira.

3. Dios predice la desolación, puesto que se niegan a reformarse (v. 21): *«Por tanto, Jehová dice esto: He aquí yo pongo a este pueblo tropiezos,* es decir, calamidades físicas en las que *perecerán* sin posibilidad de escape. Ni los *padres* con su experiencia ni los *hijos* con su fuerza hallarán el modo de salvarse de la catástrofe». Dios hará de los caldeos (vv. 22, 23) sus instrumentos para castigar a Su pueblo. Jeremías describe con gran dramatismo las cualidades guerreras y los movimientos incontenibles del ejército de Babilonia, que viene *de los confines de la tierra* (v. 22, al final, comp. con 31:8), bien equipado de armas y caballos *como hombres dispuestos para la guerra* (v. 23), y atacan sin compasión, pues *crueles son y no tendrán misericordia; su estruendo brama como el mar.*

4. Describe la consternación que hará presa en Judá y Jerusalén al acercarse el ejército enemigo (vv. 24–26): *«Su fama oímos, y nuestras manos se debilitaron;* no nos quedan ánimos para resistir, *se apoderó de nosotros angustia, dolor como de mujer que está de parto».* El sentimiento de culpabilidad desanima a los hombres cuando se acerca algún contratiempo. Se esconden en sus casas (v. 25), y prefieren morir allí mansamente, antes que salir al campo a luchar. Unos a otros se dicen: *«No salgas al campo, etc.».* El profeta invita a la lamentación y al duelo (v. 26): *«Hija de mi pueblo, cíñete de saco y revuélcate en ceniza; ponte luto como por hijo único* que se ha muerto en la flor de la vida».

5. Dios constituye al profeta por juez del pueblo en esta hora de dura prueba (vv. 27–30, comp. con Ez. 22:18–22). *Torre* (hebr. *bajón)* sugiere la idea de vigía *escrutador;* de ahí el verbo *examinarás* (todo en el v. 27), que en hebreo procede de la misma raíz *(baján)* que *torre.* Jeremías va a examinar la operación. La prueba en que se halla el pueblo es comparada a un horno de fundición (vv. 28–30). Si los israelitas fuesen *plata,* la operación les quitaría la escoria y quedarían reformados, refinados como buena plata; pero son *«rebeldes porfiados … todos ellos son corruptores»* (v. 28), por lo que la operación no surte el efecto deseado; la aleación de bronce, hierro, plomo y estaño (v. Ez. 22:20) no sirve, porque el plomo que había de servir de fundente, para llevarse la escoria, lo *ha consumido el fuego* (v. 29) y, por eso, *los malvados* (lit.), como escoria resistente, *no se han separado.* Dice Driver, citado por Freedman:

«En el caso imaginado aquí por el profeta, la aleación está tan inseparablemente mezclada con la plata, que, aunque *soplen los fuelles furiosamente* (ése es el sentido de la primera frase del v. 29), y el plomo se oxide con el calor, no se efectúa ninguna purificación: Sólo queda plata impura».

6. Así que Dios le dice a Jeremías cuál es el destino funesto de un pueblo que se niega a reformarse (v. 30): *«Plata de desecho* (lit. *desechada;* hebr. *nimás) los llamarás, porque Jehová los desechó* (hebr. *maás)».* Son *plata reprobada,* inútil y sin valor alguno; brillan como si tuviesen algo de plata, pero no se puede hallar en ellos nada bueno; por eso, Dios los ha desechado. *Dios no se complace en la muerte* ni en la ruina *de los pecadores.* No los desechó hasta que hubo empleado todos los medios apropiados para reformarlos; ni los abandonó como a escoria hasta que se manifestó claramente que eran *plata reprobada.*

CAPÍTULO 7

Al haber reprobado al pueblo, en nombre de Dios, por sus pecados, el profeta ahora: I. Les muestra lo inútil de la excusa de que tenían en medio de ellos el templo de Dios y asistían constantemente a los servicios del culto (vv. 1–11). II. Les trae a la memoria las desolaciones de Siló y les predice que las desolaciones de Jerusalén serán semejantes a aquéllas (vv. 12–16). III. Hace ver al profeta las abominables idolatrías del pueblo (vv. 17–20). IV. Pone ante los ojos del pueblo aquella máxima de que «obedecer es mejor que sacrificio» (1 S. 15:22) y que Dios no aceptaría los sacrificios de quienes persistiesen en la desobediencia (vv. 21–28). V. Amenaza con dejar devastado el país por la idolatría y la impiedad de ellos (vv. 29–34).

Versículos 1–15

En estos versículos comienza otro sermón, el cual se continúa en los dos capítulos siguientes, y tiene por objeto persuadirles al arrepentimiento.

I. Las órdenes que se le dan al profeta: Era *«palabra que vino a Jeremías de parte de Jehová»* (v. 1). 1. Dónde tenía que ser proclamada—*«en la puerta de la casa de Jehová»* (v. 2), por la que se entraba al atrio exterior o, más probablemente, entre el atrio exterior y el interior (comp. con 26:2)—. Esto molestaría a los profetas falsos y enfurecería a los sacerdotes, pero Jeremías no ha de temer rostro de hombre. 2. A quiénes tenía que ser proclamada—a los hombres de *Judá, los que entraban por aquellas puertas para adorar a Jehová* (v. 2b)—. Es probable que esto sucediese en una de las tres grandes fiestas, cuando todos los varones habían de presentarse y no podían venir con las manos vacías.

II. El contenido y el objetivo del sermón. Se proclama en nombre de *Jehová de las huestes, el Dios de Israel* (v. 3), que manda en el mundo entero, pero hace pacto únicamente con Su pueblo. El profeta les dice aquí:

1. Cuáles eran las verdaderas palabras de Dios.

(A) En breve, si se arrepienten y se vuelven a Dios, Él les hará recobrar la paz, curará sus heridas y se volverá a ellos en misericordia (v. 3b): *«Enmendad vuestros caminos y vuestras obras».* Dios les muestra dónde y cómo tienen que enmendarse y les promete aceptarlos (v. 3, al final): *«os haré morar en este lugar;* moraréis pacíficamente aquí y será detenido lo que ahora amenaza vuestra expulsión».

(B) La enmienda ha de ser completa: una reforma general y constante, y perseverar sin vacilaciones. Deben ser honestos y justos en todos sus tratos. Los que ocupan puestos de autoridad tienen que *«con verdad hacer justicia entre un hombre y su prójimo»* (v. 5, al final), imparcialmente. No deben *oprimir al extranjero, al huérfano y a la viuda* (v. 6), ni proteger a los que los oprimen. No deben *derramar sangre inocente,* pues con ella se profana *este lugar* y la tierra que habitan.

(C) Deben adorar únicamente al verdadero Dios (v. 6, al final): *«ni andéis en pos de dioses ajenos para mal vuestro».* Viene a decirles: «Emprended a toda prisa una obra de completa reforma y yo *os haré morar en este lugar* (v. 7); este templo continuará siendo vuestro refugio, el lugar de vuestra reunión con Dios y de unos con otros; y nunca se os echará de la casa de Dios ni de vuestras casas». Lo disfrutarán por pacto; no por providencia, sino por promesa. Eso será *para siempre* (v. 7, al final). Nunca los perturbará

nadie; nada sino el pecado los podía expulsar. Aquí se asegura una herencia perpetua en la Canaán celestial a todos los que viven en piedad y honestidad.

2. Cuáles eran las palabras mentirosas en las que no debían confiar (v. 4): Las de los falsos profetas quienes daban al pueblo vanas seguridades, como si la presencia física del templo fuese garantía de que, con eso, no les podía ocurrir nada malo. El pueblo creía estas *palabras de mentira y* las repetía confiado. Es corriente entre los que más lejos están de Dios jactarse de estar los más cercanos a la Iglesia (comp. con Sof. 3:11). Tenían la forma de la piedad sin el poder de la piedad (v. 2 Ti. 3:5). Dios es Santo, pero, con las excusas que ponían, hacían a Dios contemporizar con los pecados del pueblo (vv. 9, 11). A pesar de cometer toda clase de prevaricaciones (v. 9), pensaban que con llegarse al templo y ofrecer sacrificios *ya estaban a salvo* (v. 10). De esta manera convertían (v. 11) «en *cueva de ladrones*, escondrijo seguro de un pueblo prevaricador y tapadera de sus vicios, una *casa* de santidad que, *llamada con el nombre de Jehová*, es habitación y posesión de Jehová» (Asensio). Aunque los cuernos del altar eran santuario de refugio para quienes mataban involuntariamente a una persona, no lo eran (v. Éx. 21:14; 1 R. 2:29) para los malhechores que cometían los crímenes mencionados en el versículo 9 y que, por cierto, para mayor énfasis, se hallan en infinitivo en el original hebreo: *«¡Hurtar, matar, adulterar, etc.!»*

3. Les muestra la insuficiencia de este pretexto en el caso de Siló (vv. 12–14). *«Andad—les* dice (v. 12—) *ahora a mi lugar en Siló, etc.».* Aquél fue el primer lugar donde estuvo el santuario en la tierra de Canaán (Jos. 18:1), pero los servidores del santuario se habían corrompido totalmente, por lo cual Dios lo *abandonó* (Sal. 78:60). Como ellos repiten ahora *todas estas obras* (v. 13), los pecados mencionados en el versículo 9, Dios va a repetir en el templo de Jerusalén (v. 14) el desastre ocurrido en Siló. Cita también otro precedente (v. 15): la ruina del reino de las diez tribus del norte, que también eran simiente de Abraham y descendencia de Jacob, pero fueron llevados al destierro por los asirios a causa de sus idolatrías.

Versículos 16–20

El templo y el culto que en él se celebraba no habían de servir en modo alguno para impedir el castigo que se cernía. Pero el profeta seguía intercediendo por el pueblo; sus oraciones podían hacerles más bien que las excusas de ellos; pero ahora Dios les quita también este apoyo a los que habían perdido todo interés en las oraciones de los ministros de Dios y de los buenos israelitas.

1. Dios prohíbe aquí al profeta que ore por ellos (v. 16): «Ha salido ya el decreto, *no ores por este pueblo,* esto es, no ores para que se detenga el castigo con que les he amenazado; han pecado *con pecado de muerte* (1 Jn. 5:16; v. el comentario a este versículo) y, por tanto, no ores por su vida». Los profetas de Dios son hombres de oración. Jeremías ha predicho la destrucción de Judá y de Jerusalén y, con todo, ora por su preservación. Incluso cuando amenazamos con la condenación a los pecadores, debemos pedir por su salvación, que *se conviertan y se salven.* Jeremías era escarnecido y perseguido por su pueblo y, no obstante, oraba por ellos. Quienes no sienten ningún interés en la predicación de los buenos ministros, no pueden esperar ningún beneficio de sus oraciones. Si no nos escucháis cuando os hablamos de parte de Dios, Dios no nos oirá cuando le hablamos a favor de vosotros.

2. Dios le dice la razón de esta prohibición.

(A) Ellos están resueltos a persistir en su rebelión contra Dios (v. 17): *«¿No ves lo que éstos hacen en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén,* abierta y públicamente, sin vergüenza ni temor?» Esto da a entender que los pecados eran evidentes y que los pecadores cometían sus maldades incluso en presencia del profeta, lo cual era gran afrenta para el siervo de Dios y para Dios mismo. Pagaban sus respetos idólatras a *la reina del cielo* (v. 18b, comp. con 44:17–25), a la que ofrecían *tortas* (hebr. *kawwanim*, vocablo que sale únicamente aquí y en 44:19), que llevaban sin duda la imagen de la diosa Aserá (Ishtar-Astarté), representada en la Luna o en el planeta Venus. Toda la familia (v. 18) cooperaba en esta importante faena de hacer las redondas tortas para *la reina del cielo.* Es curioso—nota del traductor—que la Iglesia de Roma llame a la Virgen María «reina del cielo», a la que se ofrece, así como a otros santos, una gran variedad de tortas y roscones de forma redonda en las procesiones de los pueblos de España. Que estos malos ejemplos nos inciten a comportarnos debidamente en el servicio de nuestro Dios:

(a) Honrémosle con nuestros bienes, ya que de Él nos viene cuanto somos y tenemos; y de eso que de Él recibimos, comamos y bebamos para gloria de Él.

(b) No nos retraigamos de los más duros servicios con que Dios pueda ser honrado, pues nadie *encenderá fuego en el altar de Dios por nada.*

(c) Que nuestros hijos se acostumbren a hacer algo útil en orden a conservar los ejercicios de piedad, así como los hijos de esos idólatras cooperaban con sus padres *a provocar a Dios a ira* (v. 18, al final). Ése llega a ser su intento deliberado. Pero con eso no consiguen sino hacerse daño a sí mismos (v. 19): *«¿Me provocarán ellos a ira?, dice Jehová. ¿No se exasperan más bien a sí mismos, para su propia vergüenza?»* Es malicia contra Dios, pero es una malicia impotente; no dañan a Dios, se dañan a sí mismos.

(B) Dios decide continuar en sus juicios contra ellos, y no se ha de volver atrás por las oraciones del profeta (v. 20): *«Por tanto, así ha dicho el Señor Jehová: He aquí que mi furor y mi ira se derramarán sobre este lugar».* Y esta inundación de la ira de Dios alcanzará a todo viviente: *hombres, animales, árboles del campo y frutos de la tierra,* pues de todo eso se habían aprovechado los idólatras en el culto a *la reina del cielo y* a otros *dioses ajenos* (v. 18b). El furor y la ira de Dios *se encenderán y no se apagarán* (v. 20, al final). Ni las oraciones ni las lágrimas servirán para nada.

Versículos 21–28

Después de mostrar al pueblo que el templo no les había de proteger mientras lo profanasen con su perversidad, Dios les muestra ahora que sus sacrificios no servirán para expiar mientras ellos continúen en su desobediencia. Se refiere a sus servicios ceremoniales (v. 21): *«Añadid vuestros holocaustos sobre vuestros sacrificios y comed la carne».* Dice Freedman: «Los holocaustos eran consumidos completamente sobre el altar, mientras que de los demás sacrificios había partes que los sacerdotes y los oferentes comían. El sentido es: ¡No hay santidad en ofrendas traídas por hombres culpables; son meramente *carne y,* así, podéis comeros también vuestros holocaustos!» Dice M. Henry: *«Guardaos para vosotros vuestros sacrificios.* Que sean servidos en vuestra mesa, pues no son aceptables en los altares de Dios».

1. Les muestra que lo que de ellos se requiere es obediencia (vv. 22, 23). Apela al contrato original, por el que fueron primero formados como pueblo, cuando fueron sacados de Egipto. Dios los hizo para Sí un *reino de sacerdotes,* no para ser regalado con los sacrificios de ellos como los dioses demoníacos que los gentiles adoraban (v. Dt. 32:37, 38). Para que fuesen el pueblo de Dios, no les pidió sacrificios, sino que le obedeciesen (vv. 22, 23). Los preceptos de la ley levítica vinieron después (Lv. 1:2; 2:1, etc.), como si fuesen instituidos para regular los sacrificios más bien que para exigirlos. Lo importante era (v. 23, al final) *andar en todo camino que mandase la infinita Sabiduría de Dios, para que les fuese bien.* No cabe demanda más razonable para ellos, lo mismo que para nosotros.

2. Les muestra que la desobediencia es la única cosa por la que contendía con ellos.

(A) Pusieron su propia voluntad como norma, en contra de la voluntad de Dios (v. 24): «*Y no oyeron ni inclinaron su oído* para prestar atención; menos aún, para obedecer; *antes caminaron en sus propios consejos,* conforme a sus planes, *en la dureza de su corazón malvado;* sus apetitos y sus pasiones desordenadas habían de ser la ley de ellos».

(B) *«Y fueron hacia atrás y no hacia adelante»* (v. 24, al final), ya que «abandonar la senda de la fidelidad y de la justicia, no importa bajo cuál nombre nuevo o atractivo, es siempre ir hacia atrás» (Hertz). Y hacia atrás querían volverse incluso en términos geográficos, pues hablaban de volverse a Egipto y nombrar un nuevo caudillo que los condujese allá. Y eso que habían prometido (Éx. 24:7): *«Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos».*

(C) Cuando Dios les habló por medio de los profetas, todavía fueron desobedientes. Dios tuvo siervos de entre ellos mismos en todas las épocas para que les declarasen sus pecados, pero ellos se hicieron el sordo a los profetas, como lo habían hecho a la ley (vv. 25, 26). *Eran peores,* no mejores, *que sus antepasados* (comp. con 16:12).

(D) Jeremías mismo va a ser testigo de la obstinación de ellos (v. 27): *«Tú, pues, les hablarás todas estas palabras, pero no te escucharán; los llamarás, pero no te responderán.* O no te responderán de ninguna forma o será una respuesta de desobediencia; lo cierto es que no acudirán a tu llamamiento». Es el profeta quien tiene que ir hasta ellos y decirles (v. 28): *«Ésta es la nación que no escuchó la voz de Jehová su Dios, ni admitió corrección.* Son notorios por su obstinación; ofrecen sacrificios al Señor, pero

no se dejan gobernar por Él; no reciben la instrucción de Su palabra ni la corrección de Su vara. Por tanto, son irreformables. Son falsos, tanto ante Dios como ante los hombres».

Versículos 29–34

I. Viene ahora un urgente llamamiento al llanto y la lamentación. Jerusalén, que había sido una ciudad alegre, tiene ahora que *«levantar llanto sobre las alturas»* (v. 29), donde habían servido a sus ídolos. En señal de pesadumbre, lo mismo que de esclavitud, tiene que *cortarse el cabello y arrojarlo.* El vocablo para cabello es *nézer* y se usa para describir el voto de los nazareos o nazireos, con lo que expresaban su especial dedicación a Dios. Jerusalén había sido una ciudad nazirea para Dios, pero tiene que cortarse el cabello, ser degradada y separada de Dios, como se había separado ella de Dios. Es tiempo de que quienes han perdido la santidad dejen a un lado el júbilo y el gozo.

II. La causa de esta gran lamentación.

1. El pecado de Jerusalén se presenta aquí muy horrible (v. 30): *«Los hijos de Judá han hecho lo que es malo ante mis ojos, dice Jehová;* me han afrentado en mi propio rostro. De dos cosas se les acusa aquí: (A) De que se portaban desvergonzadamente con Dios y le desafiaban (v. 30b): *«Pusieron sus abominaciones en la casa sobre la cual es invocado mi nombre, mancillándola».* Habían puesto sus ídolos en los atrios mismos del templo, como si quisieran reconciliar al cielo con el infierno, a Dios con Baal. (B) *Habían edificado los lugares altos de Tófet,* donde habían erigido la imagen de Mólek o Moloc, *en el valle del hijo de Hinnom* (¡de donde el vocablo Gehenna!), junto a Jerusalén, *para quemar al fuego a sus hijos y a sus hijas* (v. 31), para quemarlos vivos, para honrar, o para apaciguar, a ídolos que eran demonios, no dioses. De cierto era un justo juicio lo que Dios les hacía, pues habían cambiado la gloria de Dios en la semejanza de una bestia. Dios dice acerca de eso que era *«cosa que yo no les mandé»,* es decir, que Él no deseaba que se le ofreciesen tales sacrificios. Freedman hace notar que los fautores de sacrificios humanos en Israel «deliberadamente o por ignorancia habían pervertido el significado de un mandamiento como el de Éxodo 13:2, que quizás citaban en apoyo de tan terrible acto».

2. La destrucción de Jerusalén comportaba una desgracia singular (v. 29b): *«Jehová ha rechazado y abandonado a la generación objeto de su ira».* El pecado convierte en generación de la ira de Dios a los que habían sido generación de Su amor. Y de cierto ha de rechazar Él a los que, por su impenitencia, se han hecho a sí mismos *vasos de ira preparados para destrucción* (Ro. 9:22).

(A) La muerte triunfará sobre ellos (vv. 32, 33): *Tófet será llamado Valle de la Matanza, porque allí serán enterrados* los muchos muertos para cuyo sepelio no quedarán ya otros lugares. Allí y en otros lugares, los cadáveres del pueblo (v. 33) serán *pasto de las aves del cielo y de las bestias de la tierra.* Donde antaño echaban los cadáveres de los sitiadores, echarán ahora los cadáveres de los sitiados; y donde ellos sacrificaban sus hijos a Moloc, caerán ellos mismos víctimas de la divina justicia.

(B) Se apartará de ellos el júbilo (v. 34): «*Y haré cesar de las ciudades de Judá, y de las calles de Jerusalén, la voz de gozo y la voz de alegría, etc.».* Se les amenaza con que no les quedará nada de que se puedan regocijar. Cesará el júbilo de las bodas porque no se celebrará ninguna. Tampoco habrá la alegría acostumbrada en la cosecha, *porque la tierra quedará desolada,* sin cultivar. La melancolía se extenderá por todo el país (comp. con 16:9).

CAPÍTULO 8

El profeta procede en este capítulo a justificar la destrucción que trae Dios sobre el pueblo. I. Presenta tan terrible el castigo, que desearán la muerte más que continuar viviendo (vv. 1–3). II. Muestra que la estupidez y la obstinación de este pueblo son las que han traído sobre ellos esta ruina (vv. 4–12). III. Describe la gran confusión y consternación en la que se hallará todo el país (vv. 13–17). IV. El profeta se siente hondamente afectado (vv. 18–22).

Versículos 1–3

En estos versículos se describe la tremenda desolación en que el ejército caldeo va a dejar al país.

1. La muerte no será ahora lo que siempre solía ser: el descanso de los muertos. Los huesos de los muertos, incluso de los reyes, príncipes, sacerdotes y profetas (v. 1), serán sacados de sus sepulcros (Sal. 141:7). Se les amenazaba al final del capítulo anterior con que los muertos quedarían sin sepultura, pero aquí hallamos que los ya sepultados serán sacados de sus sepulcros, ya sea por codicia, ya sea por simple desprecio de los conquistadores. Las naciones bárbaras obraban a menudo de esta forma absurda e inhumana, así pensaban que era mayor su triunfo sobre los pueblos que habían derrotado. Allí, a la boca de los sepulcros, *esparcirán* (v. 2) esos huesos *al sol, a la luna y a todo el ejército del cielo,* esto es, a todas las estrellas, que para ellos habían sido sus ídolos preferidos, *a los que habían amado, servido, seguido, consultado y adorado.* Todas esas luminarias «mirarán impotentes la deshonra infligida a sus devotos» (Freedman).

2. La muerte será ahora lo que nunca solía ser: la preferencia de los vivientes, no porque se presente con formas deleitosas, sino porque todo lo demás de este mundo aparecerá tan horrible y tan oscuro que (v. 3) *«escogerá la muerte antes que la vida todo el resto que quede de esta mala generación»,* no porque tengan esperanza de felicidad en la otra vida, sino desesperados completamente por no hallar ningún sosiego en la presente. Estos quedarán *vivos en todos los lugares a los que Dios los haya arrojado.* Unos, prisioneros en el país de sus enemigos; otros, mendigarán en el país vecino; y otros, fugitivos y vagabundos en su propio país.

Versículos 4–13

Al profeta se le ordena aquí que ponga ante los ojos del pueblo lo insensato de su impenitencia. Son aquí presentados como gente sin sentido, que se resisten a entrar en razón, a pesar de todos los métodos que la Sabiduría Infinita ha empleado para hacerles volver en sí.

1. No quieren atender a los dictados de la razón. No actúan en los asuntos del alma con la misma prudencia que usan para los asuntos corrientes de la vida (vv. 4, 5): *Vengamos a cuentas,* parece decir el Señor, como en Isaías 1:18: *«¿Acaso el que cae no se levanta, o el que se desvía no se vuelve?»* Así, o de modo parecido, suele traducirse la segunda parte de este versículo 4. Sin embargo, Kimchi hace ver que, en la segunda frase, se repite el verbo *yashub* (se volverá), con lo que el sentido podría ser (lit.): *«si se vuelve* (el pecador de su pecado), *¿no se volverá* (Dios de su intención de destruir)?» Y continúa (v. 5) Dios: *«¿Por qué continúa este pueblo de Jerusalén apostatando con apostasía perpetua? Se han aferrado al engaño y rehúsan volverse».* Ya que han caído por el pecado, ¿por qué no se levantan por el arrepentimiento? El pecado es una *apostasía,* esto es, un apartamiento del camino recto, no por un desvío cercano, sino por una senda opuesta: de espaldas al camino que conduce a la vida, y de cara al camino que conduce a la muerte y a la destrucción. No es sólo un vagar sin rumbo, sino un caminar hacia la ruina. El tentador mete al pecador en el engaño y lo retiene tan agarrado, que él mismo *se aferra a ese engaño.* Las excusas que presenta por sus pecados son también engañosas; con todo, no quieren ser desengañados y, por consiguiente, *rehúsan volverse.*

2. No quieren atender a los dictados de la conciencia, que es nuestra propia razón al reflexionar sobre nosotros mismos y nuestras acciones (v. 6). El profeta *escucha* para ver el efecto que su predicación había tenido en ellos. Dios mismo escucha como quien no desea la muerte del pecador, sino que se alegra al oír algo que promete arrepentimiento. Estas expectaciones quedaron decepcionadas: Ellos *no hablan rectamente, no hay hombre que se arrepienta de su mal.* Dios no halló ninguna señal de arrepentimiento en el país, ningún justo que hubiese contribuido a disminuir la medida del pecado general. Ni siquiera hubo quien diese el primer paso hacia el arrepentimiento, *diciendo: ¿Qué he hecho?* (v. 6b), sino que siguieron resueltos por el camino de la maldad: *«Cada cual se apartó en su propia carrera, como caballo que irrumpe con ímpetu en la batalla».* Dice Freedman: «Así como un caballo se lanza de cabeza a la batalla, sin cuidarse de que le puede llevar a la destrucción, así se lanzan éstos irreflexivamente en su carrera, pecando y apartándose de Dios».

3. No quieren atender a los dictados de la Providencia, ni entienden en ellos la voz de Dios (v. 7). No captan el significado de la misericordia ni el de la aflicción. No saben cómo aprovechar la gracia que Dios les ofrece cuando envía a ellos Sus profetas, ni cómo hacer uso de Sus reprensiones cuando *clama Su voz en la ciudad.* Las criaturas inferiores, como *la cigüeña, la tórtola, la golondrina y la grulla* (por este orden en el original) *conocen sus tiempos:* el instinto les dicta cuándo han de venir y cuándo han de

marcharse, según se altera la temperatura, así como la condición del aire; mientras que este pueblo, dotado de razón, *«no conoce las ordenanzas de Dios,* que son las leyes naturales de su existencia» (Freedman).

4. No quieren atender a los dictados de la Escritura. Dicen (v. 8): *«Somos sabios»,* únicamente porque tienen consigo *la ley* escrita *de Jehová.* Jeremías responde a esto que los escribas que manejan la Ley le hacen «decir lo que no dice, ya que invierten sus valores y hacen pasar por "Ley" sus propias lucubraciones (7:22, 23; Is. 10:1, 2; Mt. 23:4–14)» (Asensio). *«¿Qué sabiduría tienen*—dice Jeremías (v. 9, al final)—*cuando rechazan,* o tuercen, *la palabra de Dios?»*

5. Al ser esto así, el castigo es inevitable (vv. 10–13). Tanto sus familias como sus haciendas irán a la ruina (v. 10): *«Por tanto, daré a otros sus mujeres,* cuando sean hechas cautivas, y *sus campos* les serán quitados por los victoriosos conquistadores y dados *a nuevos poseedores.* Y (v. 12), no obstante todas sus pretensiones de sabiduría y santidad, *caerán entre los que caigan».* En el día en que Dios examine la maldad del país, se hallará que precisamente ésos han contribuido a la ruina más que ninguno. *«Los consumiré del todo, dice Jehová»* (v. 13).

6. Al anunciar el castigo, da también los motivos por los que tales juicios han de venir sobre el país (vv. 10–12). Codiciaban los bienes de este mundo: *«desde el más pequeño hasta el más grande* (v. 10b), *cada uno sigue la avaricia; desde el profeta hasta el sacerdote, todos practican el fraude»* (comp. con Mi. 3:11). Todos obran falsamente. Dicen una cosa y hacen otra; aparentan ser piadosos y son malvados. No hay entre ellos tal cosa como la sinceridad. Hacían la vista gorda ante los muchos pecados del pueblo y querían pasar (v. 11) por buenos médicos mientras *curaban las heridas a la ligera,* mataban al paciente con inútiles paliativos y acallaban sus temores con *«paz, paz;* todo va bien, no hay peligro». Y así continuaban sin inmutarse, al haber perdido todo el sentido de la virtud y del honor (v. 12): *«Ciertamente no se han avergonzado en lo más mínimo, ni aun saben lo que es sonrojarse».*

Versículos 14–22

1. Bajo la presión del desastre, el pueblo se hunde en la desesperación. Ahora que la calamidad se cernía sobre ellos, los que antes carecían de miedo, carecen ahora de esperanza y no tienen ánimos para hacer frente al enemigo ni para aguantar lo que se les viene encima (v. 14): *«¿Por qué nos estamos sentados? Reuníos y entremos en las ciudades fortificadas».* No es que tengan confianza en que allí van a sobrevivir, pues están persuadidos de que allí también *perecerán.* En efecto:

(A) Se percatan de que Dios está enojado contra ellos (v. 14b): *«Jehová nuestro Dios nos ha destinado a perecer y nos ha dado a beber aguas de hiel, porque pecamos contra Jehová».* Como si dijesen: «¿Para qué vamos a luchar contra el destino cuando Dios mismo lucha contra nosotros?» Por fin, comienzan a ver extendida la mano de Dios en estas calamidades y reconocen que le han provocado.

(B) Se percatan también de que el enemigo va a ser demasiado fuerte contra ellos (v. 16): *«Desde Dan se oyó el bufido de los caballos ...».* Las noticias de la fuerza de la caballería caldea pronto se divulgaron y *todos temblaron al sonido de los relinchos de sus corceles.* Vienen y no hay modo de detenerles (v. 16b): *«Vinieron y devoraron la tierra y su abundancia, la ciudad y los moradores de ella».*

(C) Están decepcionados de la esperanza que tenían en ser librados de la catástrofe (v. 15): «*Esperábamos paz, y no hubo bien alguno;* no ha venido ninguna noticia buena; esperábamos *día de curación,* de prosperidad para la nación, y lo que tenemos es *terror* (comp. con 14:19), esto es, alarmas de guerra que infunden terror». Sus falsos profetas les habían repetido *«paz, paz»* (v. 11). Las esperanzas de liberación habían resultado fallidas (v. 20): *«Pasó la siega, terminó el verano, y nosotros no hemos sido salvos».* Comenta Asensio: «Como el labrador ante la cosecha frustrada, nos encontramos, con las manos vacías, abocados al destierro». El porvenir no puede presentarse más negro. Dice M. Henry: «Ha pasado la estación de actuar; se fue el verano y la recolección, y se acerca un invierno frío y melancólico. A sí mismos se hacen perjuicio y atrancan su propia puerta, y no son salvos porque no están en disposición de ser salvos».

(D) Se han engañado en las mismas cosas de las que esperaban obtener seguridad (v. 19): *«He aquí la voz del clamor de la hija de mi pueblo, que viene de una tierra lejana».* Dice Freedman: «Jeremías adelanta la cautividad, como si ya se hubiese llevado a cabo»… *«¿No está Jehová en Sion? ¿No está en ella su Rey?»* En estas dos cosas habían puesto ellos su confianza durante todo el tiempo: (a) En que tenían entre ellos el templo de Dios y las señales de su presencia especial con ellos. (b) En que tenían el

trono de la casa de David. Se decían a sí mismos: «¿No protegerá el Dios de Sion al rey de Sion y a su reino?» Este clamor de ellos es como una acusación a Dios y, por eso, les replica de inmediato (v. 19, al final): *«¿Por qué me hicieron airar con sus imágenes de talla, con vanidades ajenas?»*

2. Jeremías sigue lamentándose personalmente.

(A) Él era testigo de vista de las desolaciones de su país (v. 18): *«Aunque quisiera consolarme de mi pesar, mi corazón desfallece dentro de mí».* Como si dijese: «Todo intento de aliviar mi pesadumbre sólo sirve para agravarla». A veces la tristeza es de tal calibre que cuanto más se la quiere reprimir, más rebota. Éste es el caso de muchas personas piadosas, como el de Jeremías aquí, cuando el alma se resiste a recibir consuelo. Y continúa diciendo (v. 21): *«Soy presa de angustia por el quebrantamiento de la hija de mi pueblo;* angustiado por su miseria y, sobre todo, por sus pecados, que son los que le han traído tal desgracia; *estoy negro,* es decir, vestido de luto, *el espanto me ha sobrecogido,* de forma que no sé a qué lado volverme». Una persona buena sufre por las miserias ajenas. Él había profetizado la destrucción de Jerusalén y, aun cuando el pueblo no le había creído, no sentía él regocijo alguno en que los hechos demostrasen la verdad de dicha profecía, ya que prefería el bienestar del país antes que su personal reputación.

(B) Cuán tenues eran sus esperanzas (v. 22): *«¿No hay bálsamo en Galaad?* ¿No hay medicina apropiada para un reino enfermo, agonizante? *¿No hay allí médico?* ¿No hay mano hábil y fiel que aplique la medicina?» Si se mira a los falsos profetas y a los sacerdotes del pueblo, la respuesta ha de ser negativa. Pero tenían a Dios que les hablaba la verdad por boca del propio Jeremías y, con eso, tenían bastante para haber llegado al arrepentimiento, alcanzado la curación y apartado de sí la destrucción. Ciertamente, no era por falta de médico ni de medicina, sino porque no querían admitir la aplicación del fármaco ni someterse a los métodos de curación. Médico y medicina estaban al alcance de la mano, pero el paciente estaba obstinado en su mal y rehusaba ser sometido a la medicación apropiada

CAPÍTULO 9

En este capítulo el profeta continúa fielmente con la condena del pecado y la amenaza de los juicios de Dios por él, aun cuando se lamenta de ambas cosas. I. Expresa su gran pesadumbre por las miserias de Judá y de Jerusalén, y su detestación del pecado de ellos (vv. 1–11). II. Justifica a Dios en la destrucción que trae sobre ellos (vv. 12–16). III. Invita a otros para que se lamenten con él de este terrible caso (vv. 17–22). IV. Les demuestra la necedad y la vanidad de confiar en su propia fuerza, o en su propia sabiduría o en otra cosa cualquiera que no sea únicamente Dios (vv. 23–26).

Versículos 1–11

El profeta es comisionado para predecir la destrucción y declarar el pecado. Lo que va a decir le sale del corazón, y habría de esperarse que llegase también al corazón.

I. Al considerar la calamitosa condición de su pueblo, el profeta se lamenta sin consolación posible (v. 1. En la Biblia Hebrea, este versículo es el 23 del capítulo anterior): «*¡Oh, si mi cabeza se hiciese aguas, y mis ojos fuentes de lágrimas!*» El mismo vocablo hebreo significa *ojo* y *manantial de agua*, como si en este valle de lágrimas estuviesen los ojos destinados a llorar más que a ver. Cuando hallamos en nuestro corazón una fuente tal de pecados, bien está que nuestros ojos sean fuentes de lágrimas. Pero el pesar de Jeremías se debe a los pecados y las miserias del pueblo, como las lágrimas de Jesús (Lc. 19:41) se debían a la inminente destrucción de Jerusalén. Jeremías se sinte movido a «*llorar día y noche los muertos de la hija de mi pueblo*» (v. 1b), es decir, las multitudes de sus compatriotas caídos a espada en la guerra.

II. También se lamenta de las desolaciones del país; y no sólo las villas y ciudades, sino también (v. 10) *por los montes,* cuya vegetación va a ser devastada, y *por los pastizales del desierto,* que solían estar *vestidos de rebaños o cubiertos de cereal,* pero ahora los *había incendiado* el ejército caldeo *hasta no quedar quien pasase* por allí. Todo respira melancolía al *no oírse el bramido del ganado.* La guerra

siembra en un país la más tremenda devastación, pues es una tragedia que destruye el escenario donde se representa.

III. Llevado de estos sentimientos, Jeremías, como otrora Elías, preferiría marchar al desierto, mientras sus compatriotas huyen a las ciudades fortificadas (4:5, 6): *«¡Oh, quién me diese* (v. 2) *estar en el desierto, en un albergue de caminantes,* cual los suele haber en los desiertos de Arabia para viajeros, *para dejar a mi pueblo y marcharme de ellos!»* Pero no hemos de marcharnos de este mundo (comp. con Jn. 17:15), por malo que sea, antes de tiempo. Si no se puede hacer el bien a muchos, se podrá hacer a unos pocos. Pero a Jeremías le resultaba fastidiosa la vida, al ver a sus compatriotas deshonrando a Dios y destruyéndose a sí mismos.

1. No piensa en dejarlos porque estén en apuros, sino porque están en pecado.

(A) Están corrompidos: Son sucios (v. 2, al final): *«Todos ellos,* es decir, la inmensa mayoría, *son adúlteros».* Son falsos. No sólo eran desleales hacia Dios, sino también unos con otros: «*una banda de traidores».* Siempre están maquinando el engaño y el fraude (v. 3): *«Hicieron que su lengua lanzara mentira como un arco».* El hebreo dice literalmente: *Y comban sus lenguas* (como) *sus arcos de falsedad».* Comenta Freedman: «Así como el arquero tensa el arco para tirar, así disponen éstos la lengua para tirar (y matar) con los dardos de falsedad».

(B) Emplean sus fuerzas para el mal, no para el bien (v. 3b): «Y *se fortalecieron en la tierra, pero no para ser fieles».* Podrían hacer muy buenos servicios si empleasen para la verdad el arte y la resolución que despliegan para la mentira, pero no quieren hacerlo. Los que son fieles a la verdad son valientes para el bien y no se amedrentan ante la oposición. Un día hemos de responder no sólo por nuestra enemistad al hacer frente a la verdad, sino también por nuestra cobardía al no defenderla.

(C) Entre los demás pecados, sobresale el afán de engañar al prójimo a toda costa (vv. 4, 5), *hasta fatigarse en cometer iniquidad* (v. 5, al final). Es curiosa la frase del versículo 4b *«porque todo hermano actúa con falacia»* (hebr. *aqob yaaqob),* donde puede verse una clara alusión a Jacob (hebr. *Yaaqob),* al suplantar a su hermano (Gn. 27:36). Dice el versículo 5b: *«Han enseñado a su lengua a hablar mentira»,* como si dijese: «La lengua del hombre fue creada para decir verdad; necesita un aprendizaje para decir mentiras, antes de que le resulten fáciles» (Freedman). *«Se fatigan en cometer iniquidad,* pero no se fatigan *de* cometerla». Nadie llega de un salto a la cumbre de la maldad; por eso, éstos *proceden de maldad en maldad, y me han desconocido, dice Jehová* (v. 3, al final). Dice Freedman: «Todo pecado descubre sus huellas, en último término, a partir del desconocimiento voluntario de Dios (v. Jue. 2:10; Os. 4:1)». Por otra parte, cada pecado oscurece más y más el conocimiento de Dios. Alguien ha dicho: «Todo pecado destila en el corazón una gota de ateísmo. Algunos lo llenan hasta el borde».

2. El profeta declara lo que ha determinado Dios contra ellos:

(A) Dios ha marcado el pecado de ellos y puede decirle al profeta qué calaña de gente son (v. 6): «*Tu morada está en medio del engaño;* todos los que te rodean son adictos al engaño como a una droga; por tanto, has de estar sobre aviso». Sobre este cargo se extiende en el versículo 8. La lengua de ellos, *como un arco tensado* (v. 3), es aquí llamada *saeta afilada;* el vocablo hebreo puede leerse de dos maneras: *shajut* (afilada) o *shojet* (asesina); en todo caso, es un instrumento de muerte. *«Con su boca* (v. 8b) *dice uno paz a su amigo,* a quien acecha al mismo tiempo, pues *le tiende insidias en su corazón».* Así es como Joab besó a Abner para mejor asestarle la puñalada. Las buenas palabras, si no van acompañadas de buenas intenciones, son despreciables; pero cuando se las usa como pretexto para cubrir malas intenciones, son abominables. Por mucho que a los pecadores obstinados se les enseñe el buen conocimiento de Dios, no aprenden; y donde no hay conocimiento de Dios, ¿qué cosa buena se puede esperar? (Os. 4:1).

(B) Dios los ha marcado a ellos para la ruina (vv. 7, 9, 11). Los que no quieren conocer a Dios como Legislador, le conocerán un día como Juez. Algunos serán refinados (v. 7): «Como están tan corrompidos, yo *los refinaré y los probaré,* los derretiré y los examinaré, para ver si el horno de la aflicción les purifica de la escoria y si, una vez derretidos, pueden ser reformados en un nuevo y mejor molde». No serán rechazados como *plata desechada,* hasta que se vea que *el fundidor los ha fundido en vano* (6:29, 30). Habla como quien no tiene valor para enviarlos a la ruina sin haber probado antes todos los medios posibles para conducirlos al arrepentimiento. Los demás serán destruidos (v. 9): *«¿No los he de castigar por estas cosas?, dice Jehová».* Fraude y falacia son pecados que Dios aborrece y por los que ha de pedir cuentas. Se pronuncia la sentencia y se promulga el decreto (v. 11): *«Reduciré a Jerusalén a un montón*

de ruinas; no servirá para ninguna otra cosa, sino para ser *morada de chacales; y convertiré las ciudades de Judá en desolación, sin que quede un morador».*

Versículos 12–22

Dos cosas intenta el profeta en estos versículos con referencia a la inminente destrucción de Judá y de Jerusalén: 1. Convencer al pueblo de la justicia de Dios al traer sobre sí mismos, por medio de sus pecados, dicha destrucción. 2. Impresionarles con la descripción de la grandeza de la desolación, a fin de que, ante la terrible perspectiva de ella, puedan ser despertados al arrepentimiento y a la reforma de vida.

I. Hace un llamamiento a los hombres reflexivos para que muestren al pueblo la equidad de los procedimientos divinos, aunque parezcan duros (v. 12): *«¿Quién es el varón sabio que pueda entender esto? ¿Y a quién habló la boca de Jehová, para que pueda declararlo?* Os jactáis de vuestra sabiduría y de los profetas que tenéis entre vosotros; presentad uno, y él se dará cuenta en seguida de que Dios tiene motivos para contender con este pueblo». Sin embargo, es posible que Freedman esté en lo cierto cuando dice: «La pregunta es probablemente retórica y expresa su oración ferviente: ¡Ojalá fuesen lo bastante sabios como para entender la causa de su caída y reconocer la verdad de la admonición de Dios!» En todo caso, a la pregunta *«¿Por qué causa ha perecido la tierra, etc.?»,* Dios va a dar una respuesta completa.

1. El proceso presentado contra ellos, con apoyo en el cual han sido hallados culpables (vv. 13, 14).

(A) Han renegado de la pleitesía que deben a su legítimo Soberano. *«Porque dejaron mi ley, dice Jehová* (v. 13), *… y no obedecieron a mi voz ni caminaron conforme a ella, por eso ha perecido la tierra* (v. 12)».

(B) Han entrado al servicio de usurpadores; no sólo le han retirado a su Rey la obediencia, sino que se han levantado en armas contra Él. Han decidido seguir su propia voluntad, la voluntad de la carne, o la mente carnal, en contradicción a la voluntad de Dios (v. 14): *«sino que se fueron tras la terquedad de su corazón;* querían actuar como les pluguiese, por mucho que Dios y la conciencia les indicasen lo contrario, y así *se fueron en pos de los baales,* pues habían tenido muchos baales: el Baal de Peor y el Baal de Berith; el Baal de aquí y el Baal de allá, así tenían *muchos señores* (pues eso es lo que *Baalim,* en plural, significa)». Obraban así (v. 14, al final) *«según les enseñaron sus padres».* Comenta Freedman: «El pecado engendra pecado; la presente generación estaba sufriendo, al menos en parte, por causa de la malvada herencia que habían recibido de anteriores generaciones. En ese sentido ha de entenderse Éxodo 20:5: la iniquidad de los padres conduce al pecado a las siguientes generaciones, y esto, naturalmente, comporta su castigo».

2. La sentencia contra los rebeldes convictos ha de ser ejecutada ahora. *Lo ha dicho Jehová de las huestes, el Dios de Israel* (vv. 15, 16) y, ¿quién podrá revocarlo? Las comodidades que antes tenían darán paso a las mayores incomodidades (v. 15b): «*Yo les daré a comer ajenjo, y les daré a beber aguas de hiel»,* «metáforas que expresan la amargura de la aflicción (v. en 8:14)» (Freedman). Todo cuanto les rodee servirá para aterrorizarles. Dios *maldecirá sus bendiciones* (Mal. 2:2). Su dispersión fuera de la patria será su destrucción (v. 16): *«Los esparciré entre las naciones … y enviaré la espada en pos de ellos, hasta que los consuma,* no a todos, pero sí a la mayoría». Han violado esa verdad que es el cimiento y el vínculo de la sociedad y del trato mutuo y, por eso, justamente son pulverizados y esparcidos entre las naciones paganas. Y ahora podemos ver por qué motivo perece la tierra; toda esta desolación se debe enteramente a las malvadas obras de ellos.

II. Convoca a las plañideras para que vengan a pronunciar lamentación por estas calamidades que habían venido o estaban a punto de venir sobre ellos, para que la nación se prepare a recibir lo que les viene encima (v. 17).

1. Hay aquí buen trabajo para los llorones de oficio, bien retribuidos ya que los verdaderos parientes se ríen en vez de llorar: *«Considerad y llamad a las plañideras … buscad a las hábiles en el oficio, para que vengan».* La cosa urge, porque la catástrofe es inminente (v. 18): «*y dense prisa, y levanten llanto por nosotros,* para que, de este modo, «con *sus cantos lúgubres* provoquen entre los supervivientes un llanto general» (Asensio), como lo expresa el resto del versículo 18.

2. También hay trabajo para los llorones de veras, pues la escena presente no puede ser más trágica (v. 19): *«Porque de Sion fue oída voz de endecha»*. Hay quienes entienden esto como si se tratase del lamento de las plañideras, pero es más bien un eco de ese lamento: los que se habían sentido conmovidos por las endechas de las plañideras se unen ahora de corazón a sus lamentos. En Sion se solía oír la voz del júbilo y de la alabanza, mientras el pueblo se mantenía adherido a su Dios; pero el pecado alteró la nota: ahora es voz *de lamentación.*

3. Pero esta lamentación no está todavía bien orientada. Véase cómo hablan (v. 19b): *«En gran manera hemos sido avergonzados, porque abandonamos la tierra* (forzados por el enemigo a hacerlo)—no dicen: «porque hemos abandonado a Jehová—, *porque han destruido nuestras moradas* (lit. *porque nuestras moradas nos han arrojado)»*—no dicen: «porque Jehová nos ha arrojado»—. De este modo lamentan esos corazones no humillados sus calamidades, pero no sus iniquidades, que son la causa de ellas.

4. Para que las lamentaciones salgan del corazón, y no sean meramente una imitación de los llantos de las plañideras profesionales, Dios les habla ahora (v. 20) a las mujeres y les dice: *«Oíd palabra de Jehová y reciba vuestro oído la palabra de su boca: Enseñad endechas a vuestras hijas, y lamentación cada una a su amiga»*. Dice Freedman: «No se han de usar frases convencionales de lamentación; Dios dictará las frases apropiadas». El versículo 21 trae dichas frases, terribles, pero verdaderas, pues han salido de la boca de Jehová. Nótese la personificación de la muerte en la frase (v. 21, *«la muerte ha subido por nuestras ventanas»*. Para dar más énfasis a toda esta endecha, hay un corte abrupto al comienzo del versículo 22: *«Habla: Así ha dicho Jehová, etc.»*. Lo más probable es que las frases que siguen en este versículo sean una predicción que Dios comunica a Jeremías para que las publique.

Versículos 23–26

El profeta se ha esforzado hasta aquí a imprimir en el pueblo un santo temor de Dios y de sus juicios, pero ellos todavía recurrían a subterfugios con que excusarse de su obstinación. Por consiguiente, va a ponerse ahora a sacarles de esos refugios de falsedades.

1. Al oír que los juicios de Dios eran inevitables, ellos apelaban a la *sabiduría* de sus expertos, a la *valentía* de sus guerreros y a la *riqueza* de sus nobles, con todo lo cual pensaban que su ciudad resultaría inexpugnable (v. 23). En respuesta a esto, Dios mismo les muestra la insensatez de confiar en tales cosas, cuando no estaban a bien con el Dios del pacto (v. 24). Lo único en que el hombre puede alabarse es en conocer a Dios e imitarle. El gran Maimónides de España comenta así este versículo 24 (23 en la B. Hebrea): «Habiendo adquirido este conocimiento, estará entonces determinado siempre a buscar misericordia, juicio y justicia e imitar así los caminos de Dios». Nuestra única confianza en el día de la aflicción será que, al haber cumplido de algún modo, con la ayuda de la gracia de Dios, nuestro deber, hallaremos en Dios al Dios todosuficiente para nosotros. Conformados fielmente a este Dios, se puede confiar jubilosamente en Él. Pero el profeta insinúa que la generalidad del pueblo no tuvo ningún interés en esto.

2. Al oír que sus pecados habían provocado a Dios, ellos alegaban vanamente el pacto sellado con la circuncisión; eran sin duda el pueblo de Dios, pues llevaban en su carne la marca de hijos de Dios. A esto responde (vv. 25, 26) el profeta, de parte de Dios, que Jehová había de castigar a todos los perversos, sin distinción alguna entre los circuncidados y los incircuncisos. Ellos habían vivido en común con las naciones incircuncisas, y perdido así los derechos al beneficio que tal peculiaridad comportaba. El Juez de toda la tierra es imparcial y nadie ha de salir mejor parado en Su tribunal por ninguna marca exterior. Así también la condenación de los pecadores impenitentes que están bautizados será tan segura como la de los pecadores impenitentes que están sin bautizar. Véase Romanos 2:25–29, en conexión con la presente porción. Todos los *incircuncisos de corazón,* estén o no estén circuncidados en la carne, caerán bajo el castigo de Dios. De nada sirve el signo sin la cosa significada (4:4). Junto a la casa de Israel (v. 26), se mencionan los pueblos limítrofes: *Egipto, Edom, Ammón y Moab y todos los que se afeitan las sienes,* práctica supersticiosa de algunas tribus árabes, específicamente prohibida en Levítico 19:27. Esta práctica vuelve a ser mencionada en 25:23 y 49:32.

CAPÍTULO 10

Este capítulo puede dividirse en dos partes: I. A los que han sido llevados al destierro por los caldeos, se les hace ver la insensatez de la idolatría, a fin de que no se contagien de las costumbres paganas del país donde ahora moran (vv. 1–16). II. A los que se han quedado en Palestina, se les advierte contra la falsa seguridad (vv. 17, 18); vendrá un enemigo extranjero, que Dios va a traer sobre ellos a causa de los pecados del pueblo (vv. 20–22). El profeta se lamenta de esta desgracia (v. 19) y ruega a Dios que mitigue el castigo (vv. 23–25).

Versículos 1–16

I. Se le encarga solemnemente al pueblo de Dios que no se acomode a los caminos de los gentiles (vv. 1, 2): Que escuche Israel la voz del Dios de Israel (v. 2): «*No aprendáis el camino de las naciones*, no lo aprobéis ni penséis que es cosa de poca importancia seguirlo». El camino de los gentiles incluía el culto al ejército de los cielos: al sol, la luna y las estrellas; les otorgaban honores divinos, y de ellos esperaban favores divinos. Ahora bien, Dios no quería que Su pueblo se *amedrentase ante las señales del cielo* (v. 2b), «como eclipses y meteoros, que otras naciones consideraban ser portentos del mal» (Freedman). Que teman al Dios de los cielos y no tendrán por qué *temer las señales de los cielos*, pues las estrellas en sus órbitas no pelean contra persona alguna que esté en paz con Dios.

II. Las buenas razones que se dan para fundamentar esta orden.

1. El camino de los paganos es absurdo y está condenado por los dictados de la recta razón.

(A) Los estatutos y las ordenanzas de los gentiles son *vanidad* (v. 3). Los caldeos se jactaban de su sabiduría, en la que se creían muy superiores a todos sus vecinos; pero el profeta muestra aquí que ellos, así como todos los demás que adoraban a los ídolos y esperaban ayuda de ellos, carecían de sentido común. Que consideren el material del ídolo que adoran (v. 3b): *«No es más que un leño que del bosque cortaron*, y que un artífice aserró, pulió y le dio la forma deseada, es *obra de manos de artífice con buril»* (comp. Is. 44:12 y ss.). Para que no se vea la madera, lo *adornan con plata y oro* (v. 4), es decir, lo recubren de metales preciosos; y para que no se caiga ni lo roben, lo *aseguran con clavos y martillo.* Pero, aun así, ¿de qué sirve? *«Son como un espantapájaros en un huerto de pepinos»* (v. 5. ¡Fino sarcasmo!) No hay por qué temerlos (v. 5b), porque *no pueden hacer ni mal ni bien.*

(B) Las instrucciones que de los ídolos se reciben (v. 8) son tan *vanidad* como ellos mismos, pues, por mucho que los adornen, no pasan de ser *un leño* vestido de metal, por más que *artífices y orfebres* (v. 9) se empeñen en hermosearlo con el mejor material: *plata de Tarsis* (sur de España) y *oro de Ufaz* (comp. con Dn. 10:5). «*Los visten* (v. 9b) *de azul y de púrpura*, como si, además de ser dioses, fuesen reyes, de quienes se esperan favores, no sólo divinos, sino también regios.» Tanto los idólatras (v. 14) como los artífices de los ídolos, se llenarán de vergüenza un día (v. 15), cuando quede evidente que *no sirven para nada*, pues son *pura falsedad* (v. 14b), ya que no son lo que aparentan ser: tienen figura de dioses que pueden dar aliento, vida y sentido, cuando ellos mismos no tienen aliento, ni vida ni sentido. «*No hay espíritu* (v. 14, al final) en ella, esto es, en esa obra de fundición»; ni siquiera *el espíritu de una bestia, que desciende abajo a la tierra* (Ec. 3:21).

(C) Así que los adoradores de esos ídolos (v. 8) «*todos a la par están embrutecidos y entontecidos* (comp. con Sal. 115:8; Ro. 1:21, 22)». A pesar de que las obras de la creación reflejan claramente el eterno poder y la deidad del Creador, ellos *«se hicieron vanos en sus razonamientos y su necio corazón fue entenebrecido»* (Ro. 1:21b), por *no tener a bien el reconocer a Dios* (Ro. 1:28), al único Dios verdadero.

2. En efecto, el Dios de Israel es el único Dios verdadero y viviente (vv. 6, 7); erigir cualquier otro dios para que le haga competencia es la mayor afrenta posible que se le pueda hacer. El profeta se vuelve de hablar de los ídolos con el mayor desdén, a hablar del Dios de Israel con la más profunda y temblorosa reverencia.

(A) ¿Qué es la gloria de cualquier hombre sabio que haya inventado un arte primoroso, o haya fundado un reino floreciente (y éstos eran entre los gentiles suficientes motivos para divinizar a un hombre), en comparación con la gloria del Creador del mundo, que forma el espíritu del hombre dentro de

él, pues es el Padre de los espíritus? ¿Qué es la gloria del mayor príncipe o potentado, comparada con la del *«Rey de las naciones»* (v. 7), pues no es un dios tribal ni nacional, sino el Dios y Soberano de todo el Universo?

(B) *Su verdad* es tan grande como lo es *la falsedad* de los ídolos (v. 10). Los ídolos son obra de las manos del hombre; el hombre es obra de las manos de Dios. Los ídolos no tienen aliento ni vida; Dios es la Vida misma, y fuente de vida para todas las criaturas vivientes. Los ídolos, lo mismo que quienes les adoran, *perecerán* (vv. 11, 15); Dios es (v. 10b) *el Rey eterno;* siempre existente y nunca destronado. Aunque todas las naciones se junten contra Él, *«no pueden aguantar,* sobrellevar, su *indignación».*

(C) Jehová es el Dios de la naturaleza, y todos los poderes de la naturaleza están a Su servicio (vv. 12, 13). Si mirarnos atrás, hallaremos que el mundo entero le debe a Él su origen y conservación como a la Causa Primera. Incluso entre los griegos paganos era un dicho común: *«El que quiera erigirse a sí mismo en otro dios, debe primero crear otro mundo». La tierra* (v. 12), con los inmensos tesoros de sus entrañas y los copiosos frutos de su faz exterior, ha sido hecha *con el poder* de Dios; y sólo un poder infinito puede hacerla sostenerse *pendiendo de nada. Su sabiduría fue la que puso en orden el mundo* (v. 12b, comp. con Pr. 8:22–31). *Con Su entendimiento* (v. 12c) *extendió los cielos* «como si fuesen la cubierta de una tienda de campaña (Sal. 104:2)» (Asensio). Ellos *declaran Su gloria* (Sal. 19:1) y nos obligan igualmente a nosotros a publicarla y a no dar a los cielos la gloria que se debe al Creador de los cielos.

(D) Al mirar hacia arriba, vemos también Su providencia como si fuera una continua creación (v. 13). La imaginería de este versículo es bien conocida por otros lugares: «A su voz (comp. con Sal. 29:3–9), es decir, con el trueno, *se produce muchedumbre de aguas en el cielo,* tan convenientes para regar la tierra; y *hace subir las nubes* (comp. con Sal. 135:7) *del extremo de la tierra,* ya que parecen surgir del horizonte; *hace los relámpagos para la lluvia* (lit.). Dice Freedman: "Los relámpagos traspasan las nubes para que éstas vacíen su contenido sobre la tierra (v. Sal. 135:7)"; *y saca el viento de sus depósitos* (v. Sal. 135:7; 147:8)». Dice M. Henry: «Toda la tierra paga el tributo de los vapores, porque toda la tierra recibe las bendiciones de la lluvia. Y así continúa la humedad circulando en el universo para bien de todos y de todo, como circula la moneda en un reino y la sangre en un cuerpo».

(E) Este Dios es el Dios que tiene pacto con Israel. Por tanto, la casa de Israel debe adherirse a Él y no abandonarle para seguir en pos de los ídolos, pues (v. 16) *la porción de Jacob no es así,* esto es, Dios (v. Sal. 16:5) no es como la porción de los idólatras (una *vanidad perecedera*—v. 15—); la roca de ellos no es como nuestra roca (Dt. 32:31). Si nos satisfacemos en Dios como en nuestra porción, Él tendrá Su contentamiento en nosotros como en Su pueblo, a quien Él reconoce como *la tribu de su heredad* (v. 16b), donde Dios mora y donde se le adora y sirve. Gran consuelo es para el pueblo de Dios saber que Aquel a quien aman y sirven es *el Hacedor de todo.*

3. Después de comparar a los dioses de los gentiles con el Dios de Israel, el profeta les lee la sentencia a todos esos idólatras y ordena a los judíos, en nombre de Dios, que sean ellos mismos quienes la lean a los adoradores de los ídolos (v. 11): *«Les diréis así: Los dioses que no hicieron los cielos ni la tierra, desaparecerán de la tierra y de debajo de los cielos».* Los primitivos cristianos dirían cuando se les quería obligar a rendir adoración a un dios así: *¡Que haga un mundo, y será mi dios!* Cuando Dios tome cuentas a los idólatras, les hará estar tan hartos de sus ídolos que *los arrojarán a los topos y a los murciélagos* (Is. 2:20).

Versículos 17–25

I. En nombre de Dios, el profeta amenaza con la ruina a Judá y a Jerusalén (vv. 17, 18). Los judíos que se habían quedado en su país, después que algunos habían sido deportados a Babilonia, se sentían muy seguros: se consideraban *moradores de una fortaleza* (v. 17); pero el profeta les dice que se preparen a seguir a sus compatriotas: *«Recoge de la tierra tu bagaje»* (ésta es la mejor versión de la primera parte del v. 17), es decir, recoge tus enseres. Hoy diríamos: «Haz las maletas». No podrán evitar la marcha, porque esta vez Jehová mismo *los arrojará con honda* (v. 18; el mismo verbo de 1 S. 25:29). Hasta ahora, la salida de los exiliados era como un goteo: unos pocos cada vez; pero ahora van a ser arrojados a gran distancia, en poco tiempo, y con violencia, como salen las piedras de la honda. Y añade (v. 18, al final): «*Y los afligiré, para que lo sientan,* esto es, para que se den cuenta de que les doy su merecido».

II. Hace que el pueblo se lamente amargamente de la desgracia que le ha sobrevenido (v. 19): *«¡Ay de mí, por mi quebrantamiento!»* Algunos, (por ej. Freedman) piensan que es el propio profeta el que así se lamenta, no por sí mismo, sino por las calamidades y desolaciones del país. Pero puede tomarse como dicho por el pueblo, considerado de forma corporativa; por eso habla en singular. Dice Asensio: «Jerusalén (directamente o por boca de Jeremías) responde al anuncio del profeta como si sintiese ya en su carne los efectos de un *desastre* y de una *herida* que se ve obligada a soportar por fuerza».

1. El profeta pone en la boca de ellos las palabras que *deberían* decir. Las digan o no, lo cierto es que tienen motivos sobrados para decirlas. «*¡Ay de mí, por mi quebrantamiento!;* no por lo que temo, sino por lo que ya experimento». No es un simple rasguño, sino una *herida dolorosa,* grave. Y, ¿de qué sirve quejarse? *«Esto no es más que una enfermedad, y debo sufrirla».* Esto es paciencia por fuerza, no por virtud. Faltan aquí los buenos pensamientos que habríamos de tener de Dios, incluso bajo la aflicción, pues no sólo deberíamos decir: «Él puede hacer lo que le plazca», sino: «Hágase como le plazca».

2. El país estaba desolado (v. 20): «*Mi tienda está destruida, etc.».* Dice Freedman: «El país es comparado a una tienda de campaña que ha sido ahora trastornada». Jerusalén, que antes era una ciudad fuerte, es muy débil al presente. Todo lo que la sostenía ha fracasado: *«Mis hijos me han abandonado* (mejor, "se han marchado de mí") *y perecieron* (lit. *y no existen)»:* Unos han huido; otros han muerto; otros han sido llevados al destierro. Así que (v. 20b) *«no hay ya más quien levante mi tienda ni quien cuelgue mis cortinas».*

3. Los gobernantes no tomaron las medidas necesarias para que esta catástrofe pudiese ser evitada (v. 21): *«Porque los pastores se infatuaron y no buscaron a Jehová».* Ellos eran los responsables de que la *tienda* del versículo 20 se matuviese firme, pero los reyes y príncipes no tenían interés alguno en la buena marcha del país. Los sacerdotes mismos, los pastores del santuario de Dios, del tabernáculo de Jehová, contribuyeron grandemente a la ruina de la religión, pero nada a la reparación de la religión. Ni reconocieron el juicio como venido de la mano de Dios, ni esperaron la liberación de Su mano. *«Por tanto* (v. 21b), *no prosperaron,* no tuvo éxito ninguno de sus intentos a favor de la seguridad pública, y *todo su ganado se esparció,* se dispersó». No pueden esperar prosperidad los que no llevan a Dios consigo, por fe y oración, en todos sus caminos.

4. Las noticias del avance del enemigo eran aterradoras (v. 22): *«He aquí que se oye un rumor, ya llega»;* al principio, era sólo un rumor, como algo que se susurra y necesita confirmación. Pero pronto resulta verdadero: *«una gran conmoción de la tierra del norte,* esto es, desde Babilonia, que amenaza *convertir en soledad todas las ciudades de Judá, en morada de chacales»,* pues todos deben esperar ahora ser sacrificados a la avaricia y a la furia del ejército caldeo.

III. El profeta se vuelve a Dios y se dirige a Él, al ver que sirve de muy poco dirigirse al pueblo.

1. Jeremías reconoce la soberanía y el dominio de la providencia divina (v. 23). No estamos a nuestra propia disposición, sino bajo la dirección de Dios; los acontecimientos se desarrollan con mucha frecuencia de forma extraña, contraria a todas nuestras expectaciones. Es cierto que somos responsables de nuestros actos, pero también somos muchas veces sobrepujados por las circunstancias. Así entiende Freedman el versículo 23: «El hombre es moralmente débil y no siempre posee la fuerza necesaria para vencer la tentación y dirigir sus pasos rectamente. Jeremías hace hincapié en esta disculpa a favor de su pueblo para que se mitigue el castigo».

2. Suplica que la ira de Dios no caiga sobre el Israel de Dios (v. 24). No habla sólo por sí mismo, sino en nombre de su pueblo: *«Castígame, oh Jehová, mas con medida* (sólo lo necesario para arrancar de nuestro corazón la insensatez); *no con tu furor;* hazlo con amor y que sea para bien, *para que no me reduzcas a poca cosa;* no conforme a lo que se merecen nuestros pecados, sino conforme a los designios de tu gracia». Si oramos con fe, no podemos pedir que nunca se nos corrija, cuando somos conscientes de que merecemos la corrección y la necesitamos, y sabemos que *«el Señor disciplina al que ama»* (He. 12:6).

3. Pide que la ira de Dios caiga sobre los perseguidores de Israel (v. 25): *«Derrama tu enojo sobre los pueblos que no te conocen».* Esta oración no surge de un espíritu de venganza o de malicia, sino que es una apelación a la justicia. Como si dijese: «Señor, somos un pueblo provocador; pero, ¿no hay otras naciones que son mucho peores? Nosotros somos tus hijos y podemos esperar una corrección paternal; pero ellos son tus enemigos, y contra ellos debe desfogarse tu indignación, no contra nosotros». Los

gentiles son extraños para Dios y están contentos de serlo. *No le conocen* ni desean conocerle. Viven sin oración y sin ninguna otra forma de verdadera devoción; *no invocan el nombre de Dios.* Son perseguidores del pueblo de Dios (v. 25b): «*Se comieron a Jacob* con la misma avidez con que los hambrientos devoran un plato de comida; *lo devoraron, le han consumido y han asolado su morada,* esto es, el país donde Israel habita, o el templo de Dios, que es la morada de Dios entre los israelitas.

CAPÍTULO 11

I. Por medio del profeta, Dios le trae a la memoria al pueblo el pacto que hizo con sus antepasados (vv. 1–7). II. Les acusa de haber rehusado obstinadamente obedecerle (vv. 8–10). III. Les amenaza con castigarles con una completa ruina a causa de su desobediencia (vv. 11, 13); les asegura que sus ídolos no les han de salvar (v. 12) y que sus profetas no habrían de orar por ellos (v. 14); justifica Sus propios procedimientos, pues son ellos los que han traído sobre sí todo este desastre (vv. 15–17). IV. Tenemos aquí el relato de una conspiración formada contra Jeremías por sus propios paisanos los hombres de Anatot; Dios se la descubre (vv. 18, 19); él ora contra ellos (v. 20). Termina el capítulo (vv. 21–23) con una predicción de los juicios de Dios contra ellos por dicha conspiración.

Versículos 1–10

El profeta presenta una denuncia contra los judíos por su voluntaria desobediencia a los mandatos de su legítimo Soberano.

1. Dios le manda *hablar a todo varón de Judá* (vv. 1, 2). En el hebreo los dos verbos del versículo 2 *(«oíd ... hablad»)* están en plural, porque lo que Dios dice a Jeremías es lo mismo que encargaba a todos Sus siervos los profetas. Ninguno de ellos decía otra cosa que lo que Moisés dijo en la ley. Ha de dirigir la atención del pueblo principalmente a esto (v. 3): *«Maldito el varón que no escuche las palabras de este pacto»* (comp. con Dt. 27:26). Jeremías tiene que proclamar esto *en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén* (v. 6), para que lo oigan todos, puesto que a todos concierne. Así, comparándose a sí mismos con el pacto, pronto se darán cuenta del bajo nivel en que se halla la relación que guardan con Dios.

2. Presenta luego la constitución sobre la que se fundó la nación israelita y en la que constan los privilegios de que disfrutan. Ellos se habían olvidado de ella, y vivían como si pensaran que podían hacer lo que les viniese en gana y obtener, no obstante, lo que Dios les había prometido, o como si pensasen que todo lo que Dios requería de ellos era que guardasen las observancias ceremoniales. Por consiguiente, les muestra que lo que Dios requería, por encima de todo, era la *obediencia,* que es *mejor que el sacrificio.*

(A) Así vemos que en esto insiste una y otra vez: «*Escuchad mi voz y cumplid mis palabras*» (v. 4b); «*Prestad atención a mi voz*» (v. 7, al final). Y en forma más concreta: «*Cumplid mis palabras, conforme a todo lo que os mando;* ¡ésa es la norma!» (v. 4); «*Escuchad las palabras de este pacto y ponedlas por obra*» (v. 6b). Como si dijese: «Sed especialmente conscientes de vuestros deberes morales y no descanséis en los que son meramente rituales».

(B) Este fue el contrato original entre Dios y ellos cuando los formó primeramente como pueblo: Es lo *que mandó a sus padres el día que los sacó de la tierra de Egipto* (v. 4), lo *que advirtió a sus padres el día que los hizo subir de la tierra de Egipto* (v. 7). Los rescató de servir a los egipcios, que era perfecta esclavitud, para tomarlos Él a Su servicio, que es perfecta libertad (Lc. 1:74, 75). Esta fue la condición de la relación que se formó entre ellos y Dios (v. 4, al final): «*Y me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios*».

(C) Fue con estas condiciones como se les dio en posesión la tierra de Canaán (v. 5): «*(Escuchad mi voz) para que confirme el juramento que hice a vuestros padres, que les daría una tierra que fluye leche y miel*». Y respecto de este pacto ha dicho (v. 3, comp. con Dt. 27:26): «*Maldito el varón,* todo varón—como si fuese una sola persona—*que no escuche las palabras de este pacto;* mucho más, cuando es el cuerpo de la nación, como tal, el que se rebela».

(D) Para que este pacto no cayese en el olvido, Dios les había urgido, de tiempo en tiempo, a recordarlo por medio de Sus siervos los profetas. Y este pacto recibió el necesario consentimiento (v. 5, al final): «Y *respondí y dije: Amén, oh Jehová*». Estas son palabras del profeta, que expresan, ya sea el

consentimiento personal de Jeremías al pacto en todas las cláusulas que preceden (vv. 3–5), ya sea el consentimiento del pueblo, expresado por boca del profeta.

3. Les acusa de quebrantar el pacto, que es como violar la constitución del país (v. 8): *«Pero no atendieron ni inclinaron su oído, anduvo cada uno en la dureza de su malvado corazón».* Cada uno hacía lo que le placía, tanto en sus devociones como en su conducta con los demás (v. 7:24). ¿Qué otra cosa, pues, podían esperar, sino caer bajo la maldición del pacto? Lo que agravaba la apostasía es que era general y como por consentimiento mutuo. Dios le dice a Jeremías (vv. 9, 10) que *había una conspiración,* una conjura en la rebelión contra Dios y contra el pacto. Lo mismo que habían hecho sus antepasados, también ahora *la casa de Israel y la casa de Judá han quebrantado el pacto.* No quieren *escuchar las palabras de Dios,* sino las imaginaciones de su *malvado corazón.* Abandonan al verdadero Dios, que es además el Dios del pacto con ellos, y *se van tras dioses ajenos para servirles.* Los de esta generación parecen estar en conspiración también con los de las anteriores generaciones, para continuar a lo largo de todas las edades la guerra contra Dios y la verdadera religión.

Versículos 11–17

Esta porción contiene grandes dosis de la ira de Dios.

1. Dios traerá sobre ellos una calamidad de la que no podrán huir (v. 11): «*Por tanto, así ha dicho Jehová: He aquí yo traigo sobre ellos un mal,* el mal del castigo por el mal del pecado, *del que no podrán salir,* pues no les quedará abierta ninguna puerta para una posible evasión.

2. Jehová no les ayudará (v. 11, al final): «Y *clamarán a mí, pero no los escucharé».* Puesto que ellos no inclinan el oído (v. 8) a los mandatos de Dios, Dios no inclina Su oído a los clamores de ellos. Dice Freedman: «Aunque "las puertas de las lágrimas nunca están cerradas" (Talmud), eso es sólo cuando las lágrimas expresan verdadero arrepentimiento. Aquí ellos clamarán únicamente y pedirán misericordia, pero no en contrición por sus pecados».

3. Tampoco sus ídolos les ayudarán (v. 12): «E *irán ... y clamarán a los dioses a quienes queman ellos incienso, los cuales no los podrán salvar en el tiempo de su desgracia».* Sólo el Dios verdadero es amigo en tiempo de necesidad, *ayuda presente y* poderosa *en tiempo de aflicción.* Si los ídolos tuviesen algún poder para otorgar beneficios a sus adoradores, de cierto lo habrían hecho a favor de este pueblo, que los había multiplicado *según el número de las ciudades de Judá* (v. 13); más aún, *según el número de las calles de Jerusalén.*

4. Las oraciones de Jeremías no les ayudarán (v. 14). Dios no quiere animar a los profetas a que oren por ellos: no por la masa del pueblo, sino por el remanente que había entre ellos; orar, sí, por la salvación eterna de ellos, pero no por su liberación de los castigos temporales.

5. La profesión de religión que hacen tampoco les servirá de nada (v. 15) *En la casa de Dios* habían tenido un lugar, habían participado del altar de Dios, donde estaban *las carnes santificadas de las víctimas* que ellos mismos habían traído. Pero *«habiendo cometido tantas abominaciones* (v. 3:24), *¿qué tiene mi amado* (esto es, Judá) *que hacer en mi casa?,* dice Dios». La segunda parte de este difícil versículo 15 dice literalmente: «*Y en cuanto a la carne sagrada* (la de las víctimas sacrificadas), *que pasen* (ahora en plural) *de ti».* Freedman explica así el sentido: «Interrumpe los sacrificios que tú crees que es tu deber traer, ya que de nada te sirven y no han de alejar tu perdición».

6. Los favores que Dios les dispensó en el pasado tampoco les servirán de nada en el presente (vv. 16, 17): Dios había llamado a Israel *«olivo frondoso, lozano, de hermoso fruto»* (v. 16); rico en follaje, de buena planta y fruto de gran calidad (comp. con Sal. 52:10; Os. 14:6 y ss.); justamente como Dios lo *plantó* (v. 17), con todas las ventajas de que disfrutaban para ser un pueblo floreciente y fructuoso, ya que la tierra era tan buena como la ley que Dios les había dado. Pero el profeta (v. 16b) ve ya el olivo pasto de las llamas, después de quebrarse las ramas (Judá e Israel). *Jehová de las huestes,* el Gran Guerrero de Israel, *«ha pronunciado* (v. 17) *el mal* (sentencia de castigo) *contra ti, a causa de la maldad que la casa de Israel y la casa de Judá* (las dos grandes ramas del olivo) *han hecho para sí* (lit.), *provocándome a ira con incensar a Baal.»* Al irritar a Dios, Israel se ha hecho mal sólo a sí (comp. con 7:19).

Versículos 18–23

El profeta Jeremías tiene en sus escritos mucho acerca de sí mismo, ya que fueron muy tormentosos los años en que vivió. Aquí tenemos el comienzo de sus pesares, que le vinieron de su propia ciudad natal, Anatot, que era ciudad sacerdotal.

1. El complot contra él (v. 19): *Tramaban maquinaciones contra él,* armando una conjura para ver el modo de acabar con él. Decían contra Jeremías (v. 19b): *«Destruyamos el árbol* (la persona del profeta) *con su fruto* (el mensaje del profeta)», aunque quizás era una expresión proverbial equivalente a «la raíz y la rama». Los perseguidores de los profetas del Señor no se conformaban con menos que la vida de aquellos a quienes perseguían. Pensaban poner fin a sus días, pero sobrevivió a la mayoría de sus enemigos; querían acabar con su mensaje profético, pero ahí está tan vivo como entonces y vivirá para siempre.

2. La información que Dios le dio de esta conspiración. Él no sabía nada de ello, tan arteramente la habían tramado. Vino a Anatot sin temor alguno (v. 19a) *«como cordero manso que llevan a degollar»,* que se imagina que lo llevan, como siempre, al campo cuando lo llevan al matadero. No hay más que un paso entre Jeremías y la muerte, pero (v. 18) *Jehová se lo hizo saber* mediante sueño o visión, o impresión en su espíritu, para que se pusiese a salvo, como hizo el rey de Israel por la información que le dio Eliseo (2 R. 6:10). Así es como *lo conoció.* Dios *le hizo ver las obras de ellos* (v. 18b). Véase cómo protege Dios a Sus profetas: No permite que les hagan daño; toda la rabia de sus enemigos será impotente para acabar con ellos mientras no hayan terminado su testimonio.

3. Su apelación a Dios a causa de esto (v. 20). Cuando los hombres actúan injustamente contra nosotros, tenemos un Dios a quien acudir en busca de socorro, pues Él defiende la causa del inocente perjudicado y acude a frenar al perjudicador malvado. La justicia de Dios, que es terror para el impío, es consuelo para el piadoso. Él conocía la integridad del corazón de Jeremías, así como la perversidad del corazón de sus enemigos, por mucho que quisiesen ocultarla a los ojos de los hombres. Jeremías pide a Dios que los castigue (v. 20b): *«Vea yo tu venganza de ellos, porque ante ti he expuesto mi causa».* Comenta Pickering, citado por Freedman: «No desea venganza personal, sino una vindicación de la causa que ha asumido por Dios». Es cierto que no vemos aquí los mismos sentimientos de Jesús en la Cruz (Lc. 23:34), pero no se podía esperar tanto de un siervo de Dios en el Antiguo Testamento. Cuando alguien nos hace daño, tenemos un Dios a quien encomendar nuestra causa con la resolución de conformarnos con la definitiva sentencia de Dios, suscribiéndola, no prescribiéndosela.

4. Juicio contra *los hombres de Anatot* (vv. 21–23).

(A) Nada podía hacer Jeremías si apelaba a los tribunales de Jerusalén, pues los sacerdotes de la capital se habrían puesto del lado de los sacerdotes de Anatot, pero Dios toma en Sus manos la causa del profeta y podemos estar seguros de que Su *juicio será conforme a verdad,* pues *Jehová de las huestes juzga con justicia* (v. 20). Ellos *buscaban la vida del profeta,* ya que *le prohibían profetizar en nombre de Jehová bajo pena de muerte* (v. 21b).

(B) Esta es la única provocación que él les hacía: *profetizar en nombre de Jehová,* en lugar de profetizar las cosas suaves y ligeras que decían ellos siempre (v. por ej. 8:11). Tan malo es para los fieles ministros de Dios que les tapen la boca como que les corten el aliento. Se decía que *un profeta no podía perecer sino en Jerusalén,* pues allí es donde se reunía el gran consejo de la nación; pero tan fieros estaban los hombres de Anatot contra Jeremías que se proponían darle muerte ellos mismos.

(C) Dios les lee la sentencia por este crimen (vv. 22, 23): *«Así, pues, ha dicho Jehová de las huestes: He aquí que yo los castigaré* (lit. *los visito); los jóvenes,* aunque sean sacerdotes, *morirán a espada; sus hijos y sus hijas morirán de hambre».* Ellos buscaban la vida de Jeremías, *para destruir «raíz y rama», para que no hubiese más memoria de su nombre* (v. 19b), pero Dios dice de ellos (v. 23): *«no quedará remanente de ellos».*

CAPÍTULO 12

I. Éxito que los malvados tenían en sus perversas prácticas (vv. 1, 2) y la apelación que Jeremías hace a Dios respecto a su propia integridad (v. 3), con una oración para que Dios ponga fin a la maldad (vv. 3, 4). II. Dios reprende al profeta por su poca paciencia ante las presentes aflicciones (vv. 5, 6). III. Una triste lamentación del actual deplorable estado del Israel de Dios (vv. 7–13). IV. Una insinuación de la

misericordia de Dios hacia Su pueblo, dentro de una denuncia airada contra sus vecinos, pero con la promesa de que, si al fin se uniesen al pueblo de Dios, compartirían también sus muchos privilegios (vv. 14–17).

Versículos 1–6

El profeta no duda de que puede ser provechoso a otros saber lo que pasó aquí entre Dios y su alma y, por consiguiente, nos va a decir:

1. La libertad que se tomó humildemente de razonar con Dios acerca de Sus juicios (v. 1). Va a *disputar* con Dios, no por hallar falta alguna de los procedimientos divinos, sino para inquirir sobre lo que significan. No debemos *contender con nuestro Hacedor,* pero podemos razonar con Él. Cuando estamos en completa oscuridad acerca de los procedimientos de la divina providencia, hemos de resolver todavía conservar un correcto concepto del carácter de Dios, de que nunca ha hecho, ni jamás hará, el menor daño a ninguna de sus criaturas. Cuando nos resulta difícil entender algunas providencias particulares, debemos recurrir a las verdades generales de la Escritura como a nuestros primeros principios, y retenerlos firmemente; por oscura que nos parezca la Providencia, *Jehová es justo* (v. 1, comp. con Sal. 73:1).

2. Lo que, dentro de las dispensaciones de la divina providencia, causó tropiezo a Jeremías. Los planes y designios de los malvados parecen prosperar (v. 1b): *«¿Por qué es prosperado el camino de los impíos, y lo pasan bien todos los que se portan deslealmente?»* Son hipócritas y traidores y, con todo, viven felices. El profeta muestra (v. 2) que Dios ha sido indulgente con ellos: «Están plantados en buena tierra, una tierra que fluye leche y miel, *¡y tú los plantaste!* Más aún, tú arrojaste de allí a los gentiles para plantar a ellos» (Sal. 44:2; 80:8); «*y echaron raíces;* su prosperidad parece corroborada, "no es por casualidad, sino que se debe a un decreto de Dios" (Freedman)». Dios les ha favorecido, a pesar de que *se portan deslealmente* con Él. Y añade: *«cercano estás tú en sus bocas, pero lejos de sus riñones»,* es decir, de sus sentimientos más profundos. Aunque no sentían ningún afecto sincero hacia Dios, hacían creer a otros que hablaban sinceramente de Él. No es difícil la piedad de dientes para fuera. Aun cuando tenían presto en la boca el nombre de Dios, y las maneras de hablar que sabían a piedad, no querían guardar en el corazón el temor de Dios.

3. El consuelo que tenía al poder apelar a su propia integridad cuando se dirigía a Dios (v. 3): *«Pero tú, oh Jehová, me conoces».* Dios sabía que él no era un impostor ni un falso profeta; quienes le odiaban no le conocían bien (1 Co. 2:8). Somos lo que es nuestro corazón; y nuestro corazón es bueno o malo de acuerdo con lo que es, o no es, con respecto a Dios.

4. Ora a Dios para que vuelva Su mano contra estos malvados y no aguante que sigan prosperando, aunque ya han prosperado por largo tiempo (v. 3b): *«Arrebátalos como a ovejas para el degolladero, y señálalos para el día de la matanza,* para que así se vea que su larga prosperidad no ha sido sino como el cebar a un animalito con el fin de que esté bien gordo el día de llevarlo al matadero» (Os. 4:16). Dios permitió que prosperasen para que, por medio de su orgullo y su lujuria, llenasen la medida de su iniquidad y estuviesen así maduros para la destrucción. *«¿Hasta cuándo estará de luto la tierra …? Por la maldad de los que en ella moran, han desaparecido los ganados y las aves* (v. 4). Señor, ¿van a prosperar éstos que arruinan todo cuanto les circunda? *Está marchita la hierba de todo el campo.* Los animales están consumidos». Esto fue efecto de una larga sequía que ocurrió al final del reinado de Josías y al comienzo del de Joacim (3:3; 8:13; 9:10, 12; 14:1 y ss.). Ahora bien, ¿cómo es que esta fértil tierra se tornó estéril *por la maldad de los que en ella moran?* Por eso, el profeta ora que estos malvados mueran por su pecado, y que la nación entera no tenga que sufrir por causa de ellos. Llegaron a decir (v. 4, al final): *«Dios no ve nuestro fin».* Es de advertir que, en hebreo, el sujeto de esta oración está oculto: Puede ser, en efecto, Dios; en tal caso significaría que Dios no se preocupa de lo que ellos llevan entre manos y, por tanto, pueden continuar en sus malvados caminos. «Otros lo refieren a Jeremías, de quien dicen que le han de sobrevivir y así él no verá cumplidas sus predicciones» (Freedman).

5. Sin transición aparente, en los versículos 5 y 6 tenemos la respuesta de Jehová. En realidad, la pregunta de Jeremías queda sin contestar; «no se resuelve … el problema planteado, sino que más bien se agudiza, al insinuar enigmáticamente dificultades mayores» (Asensio). Los siervos de Dios tienen lecciones que aprender, así como tienen lecciones que enseñar, y deben escuchar la voz de Dios y predicarse a sí mismos. Jeremías se había quejado de que los hombres de Anatot prosperaban a pesar de su perversidad. Ahora bien, lo que Dios le dice puede servir de respuesta a su queja:

(A) Dios le concede que es cierto que tiene motivo para quejarse (v. 6): *«Porque aun tus hermanos,* también sacerdotes, y *la casa de tu padre, aun ellos se portaron deslealmente contigo* y, bajo apariencias de amistad, te han hecho todo el mal que pudieron; *aun ellos dieron gritos en pos de ti,* persiguiéndote como si fueses un criminal. Son, en realidad, de tal calaña que *no los debes creer* ni has de fiarte de ellos *aun cuando te dirijan buenas palabras,* pues aparentan ser amigos tuyos, pero en realidad son enemigos tuyos».

(B) Pero también le dice que el disgusto que siente ante la actitud persecutoria de sus paisanos es excesivo (v. 5). Lo que ha sufrido es muy poco en comparación con lo que le espera. Bajo los dos símiles del versículo, Dios viene a decirle: si las injurias que te han hecho los hombres de Anatot han hecho tanta impresión en ti, ¿qué pasará cuando los príncipes y los jefes de los sacerdotes de Jerusalén te hagan sentir todo el peso de su poder? (20:2; 32:2)». Asensio explica así las comparaciones: «Si, como hasta ahora, *corres a pie* en competencia con los que igualmente corren a pie y, con todo, *te cansas;* si ni siquiera *te sientes seguro en una tierra de paz* (si te das por vencido con las dificultades menores de hasta ahora), *¿cómo podrás competir* en la carrera *con los caballos* más veloces y *qué harás en la espesura del Jordán* con sus fieras peligrosas?»

Versículos 7–13

El pueblo de los judíos queda aquí marcado para la ruina.

1. Es terrible la frase que pronuncia Dios aquí (v. 7): *«He dejado mi casa*—el templo, mi palacio; lo han profanado y así me han forzado a salir de él—; *desamparé mi heredad,* y no me voy a preocupar más de ella. Si ellos se hubiesen comportado como es debido, yo les habría hecho prosperar abundantemente, pues eran *el amado de mi alma* (lit.); pero me han provocado a *entregarlo en manos de sus enemigos».* Habían degenerado hasta convertirse en *fieras de presa,* a las que nadie ama y todo el mundo evita (v. 8): «Mi *heredad fue para mí como león en la selva»; rugen contra Dios* mismo en las amenazas que respiran contra los profetas que les hablan en Su nombre. Los que eran *ovejas de su pasto* se han convertido en leones feroces y hambrientos. Por eso (v. 8b), *Dios aborreció su heredad.* ¿Qué deleite podía tener el Dios de amor en un pueblo que se había vuelto como bestias, vejatorio para los hombres y para el mismo Dios? Para Dios (v. 9), Israel se ha vuelto como un ave extraña, de variopinto plumaje; por tanto, esta rareza incita a las demás aves de rapiña que la rodean (las naciones vecinas) a atacarla. Dios no impide este ataque. Al contrario (v. 9b), Él mismo *convoca a las fieras del campo a que vengan a devorarla.*

2. Los enemigos caerán sobre ella y la dejarán desolada. El pueblo de Dios siempre resulta *extraño* (v. 1 P. 4:4) a los inconversos; pero la extrañeza de esta *ave de muchos colores* que es ahora Israel no se debe a su piedad, sino a su insensatez. Bien pueden, pues, las demás aves atacarla, pues Dios la ha abandonado. La destrucción del país a manos de los caldeos es presentada aquí como algo que se ha llevado a cabo ya, para poner de relieve que era un hecho inminente y seguro. Dios habla de ello como de algo en que no halla ningún placer, pues Él no se goza en la muerte del pecador.

(A) Véase con qué ternura (v. 10) habla del país, a pesar de los muchos pecados de los habitantes, pues se acuerda de Su pacto con ellos: *«Es mi viña ... mi heredad ... mi heredad agradable».* Así también, Dios siente afecto e interés hacia Su Iglesia, aunque ésta deje mucho que desear.

(B) Véase con qué compasivos acentos habla de la desolación del país (v. 10) «Muchos *pastores* (los generales del enemigo, como en 6:3, o los propios líderes de Israel, como en 2:8) *han destruido mi viña.* Lo que era *heredad agradable* se ha convertido *en desierto y soledad,* porque (v. 12) *sobre todas las alturas del desierto vinieron saqueadores»,* aunque estos saqueadores eran meros instrumentos en manos de Dios; por eso añade *«porque la espada de Jehová devora desde un extremo de la tierra hasta el otro»,* de forma que *no hay paz para ninguna carne,* pues el invasor no sólo devasta a Judá, sino también a las demás naciones circunvecinas.

(C) Véase de dónde procede toda esta miseria. Sí, es *la espada de Jehová* la que *devora,* pero no sin motivo. Mientras el pueblo de Dios se mantiene adherido a Él, la espada del pueblo es la espada de Jehová, como lo atestigua el caso de Gedeón; pero cuando abandonan a Dios, la espada de los saqueadores es *la espada de Jehová,* como lo atestigua aquí el caso de los caldeos. Esto es *a causa de la ardiente ira de Jehová* (v. 13, al final). Lo que ha convertido en enemigo de Israel a Dios es el pecado de ellos (v. 11): «La tierra *lloró sobre mí desolada,* es decir, hizo duelo delante de mi—dice Dios—como quejándose a mí por este desastre, pero los habitantes son tan estúpidos, tan faltos de sentido que *no hubo*

hombre que reflexionase, no hubo nadie que se percatase de que todo esto sucedía por no dar ellos oídos a mis avisos y amenazas».

(D) «*Sembraron* (los de Judá) *trigo* (v. 13), esto es, se afanaron en tomar medidas para que no les faltase el alimento, pero *segaron espinos,* ya sea porque la cosecha resultó un desastre (así piensa Freedman), o porque el extranjero invadió la campiña (Asensio)». Esto es (v. 13b) para ellos *una vergüenza,* «porque su pobreza demuestra que están bajo el desagrado de Dios» (Freedman).

Versículos 14–17

Aquí hay un mensaje para todos los que, de un modo u otro, han perseguido u oprimido al pueblo de Dios.

1. Aunque estos *malos vecinos* (v. 14) habían sido instrumentos de Dios para descargar Su ira justa contra Israel, Dios los va a castigar ahora. Los *vecinos* no incluyen sólo a los caldeos, sino también Moab, Ammón, Siria, Edom, Egipto, los cuales habían sido *malos vecinos* por el influjo que habían ejercido sobre Israel para corromperlo y hacerle apartarse de Dios, y ahora ayudaban a que fuese desolado por los caldeos. El cargo que Dios les hace es *«que tocan la heredad que hice poseer a mi pueblo Israel».* Abusaban sacrílegamente del pueblo que era la heredad agradable de Jehová (v. 10, al final). El que dijo: *«¡No toquéis a mis ungidos!»,* dice también: *«¡No toquéis su heredad!»*

2. Las medidas que va a tomar contra ellos. Va a quebrantar el poder que han ejercitado contra el pueblo de Israel (v. 14, al final): «*y arrancaré de en medio de ellos a la casa de Judá».* Se habían llevado cautivo al pueblo de Dios, y a los que habían acudido a ellos en busca de refugio los habían tomado prisioneros. Dios los *arrancará de en medio de ellos,* les impulsará, por medio de Su Espíritu, a salir de allí, e impulsará también a sus nuevos capataces a dejarles marchar, como arrancó de Egipto a Israel. Y traerá sobre los opresores las mismas calamidades que ellos, como instrumentos de Dios, han traído sobre Israel (v. 14b): *«He aquí que yo los arrancaré de su tierra».* El juicio comenzó por la casa de Dios, pero no se va a terminar allí.

3. La misericordia que Dios tiene en reserva para aquellos, de entre los *malos vecinos* (de Israel y de Dios, pues dice *«MIS malos vecinos»),* que quieran unirse a Él y llegar a ser también pueblo Suyo (vv. 15, 16). Habían arrastrado al pueblo de Dios para que se unieran a ellos en el servicio de los ídolos; si ahora se dejan llevar por el Israel que regresa a unirse con los israelitas en el servicio del único Dios vivo y verdadero, serán recibidos a poseer la misma condición que es propia del Israel de Dios. Esto tuvo parcial cumplimiento cuando, al volver los judíos de la cautividad, muchos de los que habían sido malos vecinos de Israel se hicieron prosélitos de Israel; también tuvo cumplimiento parcial cuando los gentiles comenzaron a entrar en la Iglesia a la par con los judíos; pero su cumplimiento pleno tendrá lugar al fin de los tiempos (v. 48:47; 49:6, 39; Am. 9:14).

(A) Dios les mostrará Su favor, con tal que (v. 16) *«diligentemente aprendan los caminos de mi pueblo»,* dice Jehová mismo. Hay caminos buenos que son particularmente *los caminos del pueblo de Dios:* los de la santidad y la piedad, los del amor y la paz, los de la oración y de la observancia del sábado. Han de aprender a *jurar por el nombre de Dios diciendo. Vive Jehová* (v. 4:2), *así como enseñaron a mi pueblo a jurar por Baal.* No hay que desesperar de la conversión de los peores pecadores, aun de los que han servido de instrumento para corromper a otros; pues también ellos pueden ser conducidos al arrepentimiento; y, si se arrepienten, hallarán misericordia. La conversión de los engañados podría ser una buena oportunidad para que incluso los engañadores se convirtiesen también. Así, los que caen juntos a un pozo, son también sacados de él juntamente.

(B) Cuando se vuelvan a Dios, y Dios se vuelva a ellos (v. 15), los propios malos vecinos serán restaurados. Dice Freedman: «La restauración de Moab es predicha en 48:47, y la de Ammón en 49:6». Dios *tendrá compasión de ellos y los hará volver a cada uno a su heredad y cada cual a su tierra.* Participarán de los privilegios de Israel (v. 16, al final): «*y serán edificados en medio de mi pueblo»* (lit.). Tendrán nombre y lugar en la casa de Jehová, donde había un atrio para los gentiles. Pero (v. 17) «si *no escuchan,* si no se vuelven a Dios, *arrancaré esa nación, sacándola de raíz y destruyéndola, dice Jehová».* Asensio comenta: «Abandonados los dioses falsos (16:19–21), Israel y las naciones deben formar un solo pueblo en torno a Jehová: por la "destrucción" a la "edificación", si no se empeñan en cerrar los oídos a la llamada divina y exponerse a una nueva destrucción sin remedio».

CAPÍTULO 13

El profeta se esfuerza todavía en despertar paz y arrepentimiento a este pueblo obstinado, y les dice: I. Mediante la señal de un cinto podrido, que su orgullo de pueblo escogido se va a echar a perder (vv. 1–11). II. Mediante la señal de los odres de vino, que sus planes van a fracasar (vv. 12–14). III. Tras de la consideración de todo eso, el profeta ha de invitarles a arrepentirse y humillarse (vv. 15–21). IV. Ha de convencerles de que la causa de que los Juicios de Dios se prolonguen tanto es la obstinación de ellos

Versículos 1–11

1. Aquí tenemos una señal simbólica. Dios le manda a Jeremías que *se compre una faja de lino* (v. 1) y que, después de llevarla puesta por algún tiempo (v. 2), vaya a *Perath* (lit.) y la esconda allí (vv. 3–5) *en la hendidura de una peña.* De nuevo le mandó Jehová (vv. 6, 7) ir a *Perath* a tomar la faja, la cual se había echado a perder. Veamos algunos detalles dignos de observar, antes de pasar a la explicación que Dios mismo le dio a Jeremías de esta acción simbólica.

(A) Había de ceñirse la faja *sobre los lomos,* no precisamente sobre la carne, sino como la llevaban los sacerdotes (v. Éx. 28:39, 40) para ceñirse la túnica.

(B) No había de meterla en agua (v. 1, al final), para que no se estropease con la humedad.

(C) Jeremías tenía que ir con la faja *a Perath* (lit.). Es cierto que *Éufrates* se escribe de la misma manera en hebreo, pero, como hacen notar los autores: (a) *Éufrates* va ordinariamente precedido de *río,* lo que no ocurre en este caso; (b) un doble viaje al Éufrates supondría para Jeremías una doble caminata de 1.000 km entre ida y vuelta, lo cual es poco verosímil. Hay quienes hablan de «experiencia interna», es decir, una visión en la que ocurriría todo lo que aquí se dice (así lo da como cierto M. Henry; como más probable, Asensio), pero esto equivaldría a dejar sin efecto visible toda la acción simbólica. Lo más probable, pues, es que se trate de *Perath*, la moderna Wadi Fará, a menos de cinco kilómetros de Anatot, que cumple muy bien todas las condiciones requeridas para la acción simbólica que aquí vemos.

(D) Puesta la faja en la hendidura de una peña (v. 4, al final), junto al agua, el resultado fue que, cuando subía el agua, se mojaba la faja, y cuando el agua descendía, la faja se iba secando, hasta que se echó a perder completamente: *«para ninguna cosa era de provecho»* (v. 7, al final).

2. Viene ahora la explicación, dada por Dios mismo, de esta acción simbólica (vv. 9–11).

(A) El pueblo de Israel había sido para Dios como esa faja en dos aspectos: (a) Él lo había tomado consigo en pacto y comunión (v. 11): *«Como la faja se junta a los lomos del hombre, así hice juntar a mí toda la casa de Israel y toda la casa de Judá».* Hizo que se juntasen a Él por la Ley que les dio, los profetas que les envió y los favores que les dispensó. (b) Cuando los tomó *para que le fuesen por pueblo* (v. 11, al final), fue para que le fuesen *por nombre, por alabanza y por gloria,* como la faja es ornamento para un hombre.

(B) Por medio de sus idolatrías y de otras iniquidades, ellos se habían soltado de Dios, se habían enterrado en la tierra (y, por cierto, una tierra extraña), mezclados entre las naciones y echados a perder, corrompidos, de forma que, *como esta faja, para ninguna cosa es de provecho* (v. 10, al final). No se adhirieron a Jehová, sino que el *pueblo malvado* (v. 10) … *va en pos de dioses ajenos para servirles y para postrarse ante ellos;* se iban tras los dioses de las naciones que estaban al otro lado del Éufrates, de forma que estaban completamente echados a perder e inservibles para su propio Dios, *como esta faja,* esta faja corrompida.

(C) Dios los iba a separar de Sí por medio de Sus juicios, los iba a enviar al cautiverio y les iba a quitar toda belleza, de forma que habían de ser como una hermosa faja que había degenerado en andrajos, en un pueblo sin valor ni utilidad. *De esta manera—dice Jehová* (v. 9)*—echaré a perder «el honor* (mejor que *"soberbia")* de que *Judá* se jacta como reino teocrático y pueblo escogido y *el gran honor de* que *Jerusalén* se gloría como cabeza de ese reino y de ese pueblo» (Asensio). En Jerusalén estaban el templo y el palacio real y, por eso, sus ciudadanos eran muy orgullosos. Esta soberbia les va a hacer caer muy bajo, porque *Dios resiste a los soberbios.* Incluso el templo, cuando se convirtió en el orgullo de Jerusalén, cayó convertido en un montón de escombros calcinados.

Versículos 12–21

1. Mediante otro símil, Dios amenaza con castigar a este pueblo (v. 12): *«Les dirás además esta palabra: Así ha dicho Jehová, el Dios de Israel: Toda vasija* (de barro cocido—v. 18:6—) *se llena de vino;* es decir, los que por sus pecados se han hecho a sí mismos *vasos de ira preparados para destrucción* (Ro. 9:22), serán llenados con la ira de Dios como se llena de vino una vasija; y serán quebradizos como vasijas de barro; pero especialmente quedarán *embriagados* (v. 13), «no en sentido literal, sino de intoxicación mental, confusión y aturdimiento, que les hará estrellarse el uno contra el otro en su impotencia frente al enemigo» (Freedman). Sin percatarse de la intención del profeta, lo ridiculizaban y decían (v. 12b): *«¿Acaso no sabemos que toda vasija se llena de vino?»* «Bien—dice el profeta—, tendréis las vasijas llenas de vino, pero no del que vosotros deseáis o imagináis.» Lo que él quería decirles era:

(A) Que habían de quedar tan aturdidos como los borrachos. Un ebrio es comparado acertadamente a una vasija o botella llena de vino; porque, en la medida en que se llena de vino, va saliendo la prudencia, el decoro y todo lo que es bueno para alguna cosa. Dios les amenaza (v. 13) con *llenarlos de embriaguez,* pues los llenará de confusión en los planes que tramen y las medidas que tomen, y así se expondrán a la burla y al desprecio de cuantos los vean. Esto les iba a suceder *«a todos los moradores de esta tierra,* incluidos *los reyes ... los sacerdotes y profetas».* Decían los romanos: Los dioses ciegan a quienes quieren destruir.

(B) Que, al estar aturdidos, se harían grave daño unos a otros (v. 14): *«y los quebrantaré el uno contra el otro, los padres con los hijos igualmente».* No sólo sus insensateces de ebrio, sino también sus riñas de ebrio, contribuirán a que se arruinen mutuamente. Una vez que Dios ha promulgado este decreto, no se volverá atrás (v. 14b): *«No perdonaré, ni tendré piedad ni compasión para no destruirlos».*

2. Con todo, Dios les da un buen consejo que, si lo recibiesen, les preservaría de la destrucción (v. 15): *«Escuchad y prestad oído; no os envanezcáis».* Equivale a decirles: *«Humillaos bajo la poderosa mano de Dios»* (1 P. 5:6). El engreimiento era el principal pecado por el que Jehová contendía con ellos (v. 9). Por eso les dice: *«No os envanezcáis, pues Jehová ha hablado.* Cuando Jehová os hable por medio de Sus profetas, no os creáis demasiado buenos como para no ser enseñados, y no os burléis».

(A) *«Dad gloria a Jehová vuestro Dios* (v. 16), y no a vuestros ídolos. Dadle gloria y reconoced vuestros pecados y aceptad el castigo que merecen vuestras iniquidades. Dadle gloria mediante un sincero arrepentimiento y una genuina reforma de vida. Entonces, y sólo entonces, podréis comenzar a vivir con algún propósito; pero habéis de daros prisa, *«antes que haga venir las tinieblas,* cuando ya no se puede caminar, pues *los pies tropiezan en montes de oscuridad* y, cuanta más prisa os deis, más tropezaréis». Nótese que los que piensan correr más que los juicios de Dios, hallan intransitable el camino. Sus esperanzas de mejores tiempos quedarán defraudadas: cuando *esperen luz* (por ejemplo, ayuda de Egipto), Dios *la volverá en sombra de muerte y tinieblas densas.*

(B) Todos han de humillarse; la prerrogativa de ser rey o reina no les eximirá de ello (v. 18): *«Di al rey y a la reina madre: Humillaos, sentaos en tierra,* llevados de sincero arrepentimiento, y da así gloria a Dios y buen ejemplo a vuestros súbditos». Cuando seáis llevados al cautiverio, ¿de qué os servirá la corona y todos los privilegios que comporta?

3. Este consejo es reforzado con algunos argumentos.

(A) Si no escuchan, Jeremías se llenará de tristeza inconsolable (v. 17): *«Mas si no oís esto, si* continuáis sin prestar oído a la voz de Dios, *en secreto llorará mi alma a causa de vuestra soberbia,* de vuestro engreimiento, de vuestra obstinación y de vuestra vana confianza». Los pecados de nuestros semejantes deberían ser para nosotros materia de tristeza profunda. Debemos lamentarnos por lo que no podemos enmendar, y tanto más por cuanto precisamente no podemos hacer nada para que el prójimo se enmiende.

(B) Será la ruina inevitable de ellos (vv. 19–21): *«Las ciudades del Négueb* (del sur) *están cerradas,* ya sea porque no vendrá socorro de Egipto (así algunos), o porque no quedarán habitantes para abrirlas (así Freedman). Lo cierto es (v. 19b) que *«todo Judá fue deportado».* Así lo fue bajo Sedequías, porque rehusaron humillarse y arrepentirse. El enemigo está ya a la vista (v. 20): *«Alzad vuestros ojos y ved a los que vienen del norte* del país de los caldeos; ved qué fieros son y cuán deprisa avanzan. *¿Dónde está el rebaño que te fue dado, tu hermosa grey?* ¿Cómo podrán escapar de esos lobos hambrientos?» ¿A quién van dirigidas estas frases? Hay quien piensa que se refiere al rey y a la reina madre del versículo 18, pero es mucho más probable, de acuerdo con el contexto posterior, que se refiera a Jerusalén, como capital de la nación. Puede hacerse una aplicación devocional a los padres de familia que descuidan a sus hijos y

consienten que perezcan por falta de buena educación, y a los ministros de Dios que descuidan a las ovejas que Dios les ha encomendado. Habrían de pensar que Dios les dirige esas preguntas: *«¿Dónde está el rebaño que te fue dado? ¿Qué dirás cuando* Dios te llame a dar cuentas? No podrás decir nada, sino que *Dios es justo en todo lo que ha traído sobre ti.* ¿Cómo podrás sobrellevar la aflicción que está a las puertas? *¿No te darán dolores como de mujer que está de parto?»* (v. 21, al final)

Versículos 22–27

1. Como anteriormente, se predice aquí que los judíos irán al exilio y caerán bajo las miserias de la pobreza y de la esclavitud. Las frases finales del versículo 22: *«fueron descubiertas tus faldas, sufrieron violencia tus calcañares»* no han de tomarse literalmente. Dice Freedman: «La figura es tomada de la práctica de avergonzar públicamente a una prostituta (v. 26; Os. 2:12). La deslealtad de Israel hacia Dios es comparada con frecuencia al adulterio, y los desastres que han de abrumar al pueblo se describen bajo la imaginería del castigo de una adúltera»

2. El pueblo inquiere acerca de la causa de esta ruina (v. 22a): «Y *si dices. ¿Por qué me ha sobrevenido esto?»* No podían ver que hubiesen hecho algo que pudiera provocar justamente a Dios a enojarse de este modo con ellos.

3. Dios quedará justificado cuando hable y nos obligará a nosotros a justificarle y, por consiguiente, pondrá el pecado de los pecadores ante los ojos de ellos.

(A) Esto se debe a la gravedad de sus iniquidades (v. 22b): *«Por la enormidad de tu maldad, etc.».* Dios no los castiga por poca cosa; los pecados por los cuales les castiga ahora son muy graves por su propia naturaleza. El hebreo *rob* puede significar *grandeza* lo mismo que *muchedumbre.* A veces, una gran multitud de pecados de poca monta pone a las almas en mayor peligro que unos pocos de mucha gravedad, pero cometidos con menos frecuencia.

(B) Se debe especialmente a su obstinación en el pecado (v. 23). El pecado se ha convertido para ellos en una segunda naturaleza, casi imposible de cambiar, de la misma manera que *es imposible para un etíope,* de raza negra, *cambiar el color de su piel, y para un leopardo quitarse las estrías,* que están como entretejidas con su piel. Se les había enseñado a hacer el mal, y habían tenido un largo aprendizaje en esta malvada escuela, así que los fieles profetas de Dios desesperaban de traerlos al buen camino. Los que por largo tiempo se han acostumbrado a pecar han sacudido de sí los frenos del temor y de la vergüenza; su conciencia está cauterizada; los hábitos del pecado han quedado firmemente arraigados en el alma. El pecado es la negrura y la deformidad del alma. Por fortuna, la gracia de Dios es todopoderosa para cambiar no sólo la piel, sino también el corazón del etíope, y esta gracia no les faltará a los que lleguen a sentir íntimamente su necesidad y la busquen con diligencia.

(C) Se debe igualmente a sus traicioneros alejamientos del Dios de la verdad (v. 25): *«Esta es tu suerte,* ir al destierro; *la porción que yo he medido para ti, dice Jehová,* sin sobrepasar la medida de lo que te mereces; *porque te olvidaste de mí,* de mi carácter santo y de los muchos beneficios que te he concedido, y *confiaste en la falsedad,* esto es, en los ídolos (v. 10:14)». El olvido de Dios está en el fondo de todo pecado, así como el recuerdo de nuestro Creador es el comienzo feliz y esperanzador de una vida santa.

(D) Se debe a su idolatría, el pecado que, entre todos, provoca más a un *Dios celoso.* Por esto se verán expuestos a la mayor ignominia (v. 26, comp. con v. 22b) y al más irremediable desastre, porque, a pesar de ser culpables de vergonzosa iniquidad, siguen sin avergonzarse de ella (v. 27): *«¡Tus adulterios y tus relinchos!* (comp. con 8:16). *¡La maldad de tu fornicación! Sobre los collados,* lugares favoritos para la práctica de la idolatría (v. 2:20), *en el campo vi tus abominaciones. ¡Ay de ti, Jerusalén!» Es la idolatría la que hace a Dios proferir este ay* con el que denuncia a Jerusalén.

4. Dentro de la negrura de este cuadro de sombras sin luz, se filtra un pequeño rayo de afecto divino para esperanza humana. Mientras hay vida, hay esperanza y, por tanto, hay motivos para intentar traerlos al arrepentimiento (v. 27b): *«¡No quieres ser hecha limpia! ¿Cuánto tardarás tú en purificarte?»* Es un ejemplo de la maravillosa gracia de Dios el que Él desee ardientemente el arrepentimiento y la conversión de los pecadores, y que le parezca largo el tiempo hasta que ellos se ablanden; pero es también un ejemplo de la asombrosa insensatez de los pecadores el que ellos demoren un día y otro algo que es de tan absoluta necesidad. No dice aquí que nunca será purificada, sino que tarda demasiado en purificarse.

CAPÍTULO 14

Este capítulo hace referencia a una gran sequía, castigo que comenzó a fines del reinado de Josías y continuó en el principio del de Joacim. Esta calamidad fue ya mencionada varias veces, pero en este capítulo se menciona más de lleno. I. Descripción melancólica de ella (vv. 1–6). II. Oración a Dios para que ponga fin a esta calamidad (vv. 7–9). III. Una severa amenaza de que Dios proseguirá contendiendo de este modo, porque ellos prosiguen en su iniquidad (vv. 10–12). IV. El profeta excusa al pueblo y echa la culpa a los falsos profetas (vv. 13–16). V. Se ordena al profeta que, en lugar de interceder por ellos, haga lamentación por ellos (vv. 17–22).

Versículos 1–9

1. El lenguaje de la naturaleza que se une al pueblo en el lamento por la calamidad.

(A) Cuando los cielos eran de bronce y no destilaban su rocío, la tierra era de hierro y no producía su fruto; la tristeza y la confusión eran universales.

(B) El pueblo de la tierra se deshacía en lágrimas: *«Se enlutó Judá»* (v. 2), no por sus pecados, sino por la sequía. *Sus puertas,* es decir, todos sus habitantes que entran y salen por ellas, *languidecen,* palidecen y se debilitan por falta de lo necesario para el sustento y por miedo a juicios más temibles; *se sentaron tristes en tierra,* como era el caso de los que se hallaban en gran aflicción; además, están demasiado débiles para tenerse de pie; y *subió el clamor de Jerusalén,* un clamor de lamento, no de oración.

(C) Los grandes de la tierra no quedan exentos de apuros (v. 3): *«Los nobles enviaron sus criados a traer agua; vinieron a los aljibes, pero no hallaron agua; volvieron con sus vasijas vacías»,* pues se habían secado las fuentes al no caer ninguna lluvia. Así que los amos, desconcertados, *«se avergonzaron, se confundieron y,* en señal de duelo (v. 2 S. 15:30), *se cubrieron la cabeza»*.

(D) Lo mismo hicieron *los labradores* (v. 4), *confundidos* al ver *resquebrajada la tierra por no haber llovido en el país.* Véase hasta qué punto dependen de la Providencia los labradores, pues no pueden arar ni sembrar a no ser que Dios *haga que se empapen los surcos del campo* (Sal. 65:10).

(E) Aun el caso de las bestias del campo era digno de compasión (vv. 5, 6). Judá y Jerusalén habían pecado, pero, ¿qué culpa tenían las ciervas y los asnos monteses? Ellos sufrían por culpa de los hombres. Las ciervas especialmente despliegan gran ternura con sus crías, pero el apuro era tan apremiante que, cosa contraria a su naturaleza, abandonaban a sus crías cuando más las necesitaban éstas, para ir a buscar hierba a otra parte. Y si no hallan hierba, no van a volver a sus crías, pues éstas no tendrán ningún alimento que obtener de los pechos de sus madres. Lo que más pesadumbre daba a las ciervas no era el que no hubiese hierba para ellas, sino el que no hubiese alimento para sus crías, con lo cual avergüenzan a los que gastan en cosas superfluas lo que deberían usar para el sustento de sus familias. También los asnos monteses eran dignos de compasión, pues la tierra seca era demasiado caliente para ellos, tan caliente que *«se ponían en las alturas,* donde el aire es más fresco, *aspirando el viento como chacales; sus ojos se debilitan porque no hay hierba»*. Freedman hace notar que «el nombre hebreo *tannim* (chacales) es quizás una variante de *tannin* "el cocodrilo", el cual sale del agua anhelando el aire».

2. El lenguaje de la gracia, lamenta la iniquidad y se queja a Dios por la calamidad. El pueblo no está dispuesto a orar, pero el profeta ora por ellos y les incita así a que oren por sí mismos (vv. 7–9). En esta oración:

(A) El pecado es humildemente confesado. Si contendemos con Dios, como si obrase injusta o malignamente con nosotros al afligirnos, *nuestras iniquidades testifican contra nosotros* que le injuriamos (v. 7) y *nuestras apostasías se han multiplicado, contra Dios hemos pecado.*

(B) Se apela insistentemente a la misericordia: *«Aunque nuestras iniquidades* (v. 7) *testifican contra nosotros, oh Jehová, actúa en atención a tu nombre»*. Se hace apelación al honor del nombre de Dios porque a Dios han de apelar de esta forma lo mismo los penitentes que los pordioseros. Como en Jueces 10:15: *«Hemos pecado; haz tú con nosotros como bien te parezca»*. Como si dijesen: «No tenemos en nosotros mismos nada a que apelar, sino que todo está en ti». Hay otra petición en esta oración (v. 9, al final): *«No nos desampares,* no retires tu favor y tu presencia»

(C) Apelan de la forma más patética (vv. 8, 9) a la relación que tienen con Dios y a lo mucho que esperan de El. Alzan la vista hacia Él como al que tienen motivos para pensar que habría de librarles. En

Dios, la misericordia se ha regocijado muchas veces contra el juicio. Él ha animado a Su pueblo a esperar en Él; al llamarse a Sí mismo con tanta frecuencia *el Dios de Israel, la roca de Israel y el Santo de Israel,* se ha hecho a Sí mismo *la esperanza de Israel.* Dicen (v. 9b): «*Tú estás entre nosotros;* tenemos con nosotros especiales señales de tu presencia: tu templo, tu Arca tus oráculos, y *sobre nosotros es invocado tu nombre,* pues somos el *Israel* de Dios; por consiguiente, esperamos que *no nos desampararás.* ¡Somos tuyos, sálvanos!».

(D) Les da pesadumbre pensar que no acude a librarlos. *¿Qué dirán los egipcios?* (Éx. 32:12). Dirán: *«La esperanza y el Salvador de Israel* no se preocupa de ellos; *se ha hecho* (v. 8) *como forastero en la tierra y como caminante que se retira para pasar la noche».* Ya no tiene por lugar de descanso Suyo el templo. Ya hubo en el pasado (Nm. 14:16) el peligro de que dijesen los enemigos de Israel: *«Por cuanto no pudo Jehová meter este pueblo en la tierra de la cual les había jurado, los mató en el desierto».* Así ahora podrían decir: «O le falta sabiduría o le falta poder (v. 9): o es un *hombre atónito,* consternado, que no entiende cómo debe actuar, o es *un hombre fuerte* (hebr. *guibor), que no puede librar;* "un héroe humano sin recursos para salvar a su protegido" (Asensio). Cualquiera de estas dos cosas sería la más insufrible afrenta a las perfecciones divinas. ¿Cómo, pues, es que no salva?»

Versículos 10–16

La disputa entre Dios y su profeta en este capítulo es parecida a la que vemos en Lucas 13:7 entre el dueño de la viña y el viñador acerca de la higuera estéril. La justicia del amo la condena a ser cortada; la clemencia del viñador intercede para que se suspenda temporalmente la ejecución.

1. Dios rechaza la súplica del profeta.

(A) Nótese que, al hablar de Israel (v. 10), no dice *mi pueblo,* sino *este pueblo,* porque han quebrantado su pacto con Él. Es cierto que se llamaban con Su nombre (v. 9), pero habían pecado y habían provocado a Dios a retirarles Su apoyo. Dios le dice a Jeremías que no tenían las disposiciones necesarias para ser perdonados. El profeta había reconocido que *sus apostasías se habían multiplicado* (v. 7), aunque había esperanza para ellos si se volvían a Dios. Pero este pueblo no mostraba ninguna disposición a volver (v. 10): *«Se deleitaron en vagar,* esto es, en acudir a otros dioses. Las apostasías que deberían haber sido su vergüenza, habían sido su deleite: *no dieron reposo a sus pies,* de tanto vagar en pos de los ídolos». De esto es de lo que Dios les exige cuentas ahora. Al negarles la lluvia del cielo, Dios (v. 10b) *se acuerda ahora de su maldad y castiga sus pecados,* por los que una *tierra fértil* se ha convertido en *desierto estéril.*

(B) Aunque observan los ayunos (v. 12) y *ofrecen holocaustos y ofrendas, Jehová* (v. 10b) *no se agrada de ellos.* Todas esas muestras de devoción: ayunos, sacrificios, etc., *no las aceptará* Dios, puesto que no proceden de un corazón humilde, arrepentido y reformado.

(C) También habían perdido el derecho a beneficiarse de las oraciones del profeta por no haber prestado oídos a su predicación. Por eso vemos que Dios le prohíbe a Jeremías orar por ellos (v. 11): *«Me dijo Jehová: No ruegues por este pueblo para su bien»* (comp. con 7:16; 11:14). Con esto no le prohibía que expresase su *buena voluntad* hacia ellos, sino que, en realidad, les prohibía a ellos esperar cualquier buen efecto de las oraciones de Jeremías, mientras se hiciesen los sordos a la voz de Dios en la ley. De ahí se sigue la resolución de Dios (v. 12b): *«Los consumiré con espada, con hambre y con pestilencia».*

2. El profeta ofrece otra excusa que explica la obstinación del pueblo (v. 13): Los profetas falsos, que pretendían estar comisionados por Dios, adulaban al pueblo con falsas seguridades de paz. Jeremías se lamenta de esto y dice: *«¡Ah, ah, Señor Jehová!* Hay quienes, en tu nombre, les aseguran: *No veréis espada, ni habrá hambre entre vosotros, sino que en este lugar os daré paz verdadera.* Yo, Señor, les digo lo contrario, pero soy uno contra muchos; por tanto, Señor, ten piedad de ellos, porque *son sus gobernantes los que les hacen errar».* Esta excusa habría sido de algún valor si no les hubiese advertido de antemano acerca de los falsos profetas.

3. Dios no sólo rechaza esta excusa, sino que condena, tanto a los guías ciegos como a los ciegos seguidores, a caer en el mismo hoyo (vv. 14–16). En cuanto a la excusa misma, le dice Jehová a Jeremías (v. 14): *«Mentiras profetizan los profetas en mi nombre,* pues lo hacen sin la debida comisión; *no los envié, ni les mandé, ni les hablé».* Los que ponen sus propios pensamientos frente a la Palabra de Dios (Dios dice una cosa, y ellos piensan otra diferente) caminan *en el engaño de su propio corazón, y* eso será su ruina. Dios pronuncia luego la sentencia contra los falsos profetas (v. 15). Que sepan que no tendrán

paz. Se atrevieron a asegurar al pueblo que *no habría espada ni hambre en la tierra,* pero *ellos mismos serán consumidos con espada y con hambre.* Igualmente *caerán por causa del hambre* (v. 16) *y de la espada* todos los del pueblo que se hayan dejado engañar por los falsos profetas. *Sus cuerpos serán arrojados a las calles de Jerusalén y no habrá quien los entierre.* De esta manera *derramará Dios sobre ellos su maldad,* es decir, el castigo que su maldad se merece.

Versículos 17–22

El deplorable estado de Judá y de Jerusalén sirve ahora de materia de lamentación a Jeremías (vv. 17, 18), así como de objeto de su oración por ellos (v. 19). En ambas cosas actúa el profeta bajo la dirección de Dios, como lo muestran las palabras: «*Y les dirás esta palabra*» (v. 17), la cual se refiere tanto a la lamentación de Jeremías como a su intercesión y, de esta forma, es como una revocación de la orden que había dado al profeta (v. 11) de no orar por ellos.

1. El profeta está llorando sobre las ruinas de su país, y esto mismo debe decírseles a ellos: *«Derramen mis ojos lágrimas noche y día».* Así ha de darles a entender que preveía la venida de la calamidad. El profeta habla como si ya viese las miserias que comportará la invasión de los caldeos: *«Porque con gran quebrantamiento* (v. 17b) *es quebrantada la virgen hija de mi pueblo* (así llamada porque hasta ahora ningún enemigo la había conquistado), *con azote muy doloroso,* más doloroso que cualquier otro de los que hasta ahora había sufrido»; porque (v. 18) *yacían en el campo* multitudes de *muertos a espada, y* en la ciudad multitudes de moribundos *de hambre.* Acerca de la segunda parte del versículo 18, dice Freedman: «La cláusula es oscura y dudoso el sentido». Puesto que el verbo hebreo *sajaru*, que las versiones traducen por *«andan vagando»* o *«andan errantes»*, siempre significa «traficar», la interpretación más probable es la que da Metsudath David (citado por Freedman): «Viajan por el país (como un mercader que trata de vender sus mercancías) y profetizan y dan consejo en materias en las cuales son ignorantes».

2. El profeta se pone luego a hacer intercesión por ellos. Había algunos que se unirían a él en sus devociones, y les pondrían el sello de su *Amén.*

(A) Eleva humildemente sus súplicas a Dios con respecto al caso de ellos (v. 19). Lo que esperaban de Dios no llegaba; pensaban que había asegurado que tomaría a Judá bajo Su protección, pero ahora parece ser que lo *ha desechado enteramente;* pensaban que Sion era Su amada, pero ahora Su *alma la aborrecía;* aborrecía incluso los servicios religiosos que allí se celebraban. Todas sus expectaciones caían por el suelo: *Eran heridos sin remedio,* se multiplicaban sus heridas, pero no había *curación* para ellas; *esperaban paz,* porque después de la tormenta suele venir la calma, y paz era además lo que los falsos profetas les habían prometido, pero no les vino *ningún bien.* Sólo había *terror* en la puerta por la que esperaban que entrase la paz.

(B) Hace una confesión penitencial del pecado, confesión que todos deberían haber hecho, pero muy pocos la hicieron (v. 20): *«Reconocemos, oh Jehová, nuestra impiedad,* la abundante iniquidad de nuestro país, y *la iniquidad de nuestros padres,* a quienes nosotros hemos imitado. Sí, *sabemos, reconocemos que contra ti hemos pecado* (comp. con Dn. 9:8) y, por consiguiente, eres justo en todo lo que nos ha sobrevenido; mas, puesto que confesamos nuestros pecados, esperamos hallarte fiel y justo en perdonarlos».

(C) Ora también para que se aparte el desagrado de Dios y apela, por fe, a Su promesa (v. 21). Su petición es: *«No nos deseches;* aunque nos aflijas, *no nos deseches;* aunque se vuelva Tu mano contra nosotros, que no se vuelva Tu corazón, ni se enajene Tu mente de nosotros». Reconocen que Dios puede justamente aborrecerles, pero, no obstante, oran: «*No nos deseches en atención a tu nombre,* ese nombre tuyo por el que somos llamados y el cual invocamos». También apelan al honor del santuario: *«ni deshonres el trono de tu gloria;* merecemos que nos alcance la desgracia pero no permitas que la desolación del templo de ocasión a los gentiles para menospreciar al que adoramos allí». Podemos estar seguros de que Dios *no deshonrará el trono de su gloria* en la tierra. Se atreven humildemente a recordar a Dios el pacto con ellos (v. 21, al final): «Acuérdate, *no invalides tu pacto con nosotros*».

(D) Profesa su dependencia de Dios en cuanto a hacer que descienda la lluvia (v. 22). Nunca pedirán eso a los dioses de los gentiles: *«¿Hay entre los ídolos de las naciones quien haga llover?»* En un tiempo de gran sequía en Israel, todo el pueblo presentó sus oraciones a Baal en los días de Ajab, pero Baal no les pudo aliviar; solamente el Dios que *respondió por fuego,* pudo también responder por *agua. «¿Darán de*

sí los cielos lluvias?», añade. ¡No sin órdenes de parte del Dios de los cielos, pues Él es quien tiene la llave de las nubes, que *abre las ubres de los cielos y riega la tierra desde Sus cámaras!* Por tanto, toda expectación ha de estar puesta en Él: *«¿No eres tú, oh Jehová, nuestro Dios,* de quien podemos *esperar* socorro y al que debemos acudir? ¿No eres tú el que haces llover? *Pues tú has hecho todas estas cosas;* tú les diste el ser y, por eso, tú les diste leyes y las tienes todas a tus órdenes. *Pediremos a Jehová lluvia en la estación tardía* (Zac. 10:1). Confiamos en que nos la dará a su debido tiempo».

CAPÍTULO 15

1. A pesar de las oraciones del profeta, Dios ratifica aquí la sentencia dictada contra el pueblo (vv. 1–9). II. El profeta mismo, a pesar de la satisfacción que sentía en la comunión con Dios, se halla todavía desasosegado y de mal humor. 1. Se queja a Dios del continuo conflicto con sus perseguidores (v. 10). 2. Dios le asegura que estará bajo especial protección, aunque vendrá sobre el país una desolación general (vv. 11–14). 3. Jeremías apela a Dios en cuanto a su sinceridad en el desempeño de su oficio profético (vv. 15–18). 4. Se le da nueva seguridad de que, bajo condición de que continúe fiel, Dios seguirá protegiéndole y mostrándole Su favor (vv. 19–21).

Versículos 1–9

Escasamente se pueden encontrar en cualquier otro lugar de las Escrituras unas expresiones tan patéticas de la ira divina contra un pueblo provocador como las que hallamos en estos versículos. El profeta había orado fervientemente por ellos y encontró algunos otros que se unieron a él; no obstante, ningún alivio se obtuvo ni hubo la menor mitigación del castigo.

1. Cuál fue el pecado que motivó esta severa sentencia. *Lo que hizo Manasés en Jerusalén* (v. 4). Fue su idolatría la que causó la ruina de Jerusalén (2 R. 24:3, 4) y *por la sangre inocente que derramó … Jehová, por tanto, no quiso perdonar.* Ahora, este pueblo no se arrepiente. Su pecado es que han dejado a Jehová (v. 6): *«Tú me dejaste, dice Jehová;* has dejado mi servicio y el deber que tienes para conmigo; *te volviste atrás* y así has venido a ser el reverso de lo que deberías haber sido». Su obstinación es evidente (v. 7, al final); *«no se volvieron de sus caminos,* los caminos de su corazón, para ajustarse de nuevo a los de los mandamientos de Dios». Hay misericordia para los que se han ido, si vuelven; pero, ¿qué favor pueden esperar los que persisten en su apostasía?

2. Cuál es la sentencia de Dios contra ellos: Es ruina.

(A) Dios los abandona (v. 1b): *«No estará* mi alma (lit.) *con este pueblo».* No se deja llevar de un arrebato de pasión, sino que se expresa con justa y santa indignación cuando dice: *«Échalos de mi presencia y salgan,* pues no me voy a molestar más por ellos».

(B) No quiere admitir ninguna intercesión que se haga por ellos (v. 1a): *«Aunque Moisés y Samuel se pusieran delante de mí* con oración o sacrificio para reconciliarme con el pueblo, no me podrían mover a perdonarles». Comenta admirablemente el Rashi (citado por Freedman): *«Moisés y Samuel.* Ambos habían intercedido con Dios a favor de Israel, pero sólo después de haber inducido a Israel a arrepentirse; fue entonces cuando Él prestó atención a las oraciones de ellos. Así, cuando Israel pecó con el Becerro de oro, primero destruyeron a los pecadores y entonces dijo Moisés: *"Yo subiré ahora a Jehová; quizá le aplacaré acerca de vuestro pecado"* (Éx. 32:30). De modo similar, Samuel persuadió primero a Israel a retirar la idolatría, y entonces oró por ellos (1 S. 7:2 y ss.). Pero tú (le dice Dios a Jeremías), oras por Israel aun antes de que se hayan reformado. En ese caso, ni siquiera Moisés y Samuel podrían tener éxito».

(C) Los condena a todos a un juicio destructor u otro; cada uno, al que haya sido decretado para él (v. 2): *«Y si te preguntan: ¿Adónde saldremos?, les dirás: Así dice Jehová: El que a muerte, a muerte; el que a espada, a espada; el que a hambre, a hambre; y el que a cautiverio, a cautiverio»* (comp. con 14:12; 24:10; 43:11; Ez. 5:2, 12; Zac. 11:9; Ap. 13:10). El *cautiverio* se menciona en último lugar porque, en opinión de algunos, es el peor de los castigos, al ser una continua miseria. La *espada* se repite en el versículo 3, a la cabeza de otra serie de cuatro destruidores. Así como los que escapen de la espada (v. 2) serán víctimas del hambre o del cautiverio, así los que caigan a espada (v. 3) serán cortados por la

venganza divina. Habrá *perros* para despedazar los cadáveres, y *aves del cielo y bestias del campo* para acabar con la carroña que los perros hayan dejado. Y si hay alguien que piense que ha escapado de la justicia divina, le pasará como a Caín, que tuvo que *ser fugitivo y vagabundo en la tierra* (v. 4): «*Y los entregaré para horror entre todos los reinos de la tierra*».

(D) Caerán sin haber encontrado ningún alivio.

(a) Dios está contra ellos (v. 6b): «*Yo extenderé sobre ti mi mano y te destruiré,* un golpe premeditado que herirá en lo más profundo; *estoy cansado de arrepentirme*». Dios había estado muchas veces a punto de destruir a Su pueblo, pero se había vuelto atrás; ahora se le acabó la paciencia y no los aguantará más.

(b) Su propio país los expulsará y está a punto de hacerlo (v. 7): «*Y voy a aventarlos con aventador hasta las puertas de la tierra*». Dice Asensio: «Como tamo arrastrado por el viento a impulso del *bieldo* (13:24; Sal. 1:4), desaparecerán de la tierra *los hijos de un pueblo* que, empeñado en *no rectificar sus* caminos—proceder—, ha puesto en marcha el bieldo—juicio de Jehová (Mt. 3:12; Lc. 3:17)».

(c) El pueblo se quedará *sin hijos* (v. 7) y las mujeres se quedarán sin maridos (v. 8): «*Sus viudas se me multiplicaron más que la arena del mar*». Dios dice «*se ME multiplicaron …*» porque, aun cuando los maridos fueron cortados con la espada de la justicia divina, las pobres viudas quedaron a merced de los brazos de la misericordia de Dios, quien ha tenido a bien contar entre Sus títulos el de *Dios de las viudas.* A Nabucodonosor se le llama (v. 8b) «*destruidor a mediodía*» (comp. con 6:4), no ladrón en la noche (que teme ser descubierto), pues sin temor alguno estaba dispuesto a abrir brecha en la ciudad y destruirla. La mejor versión literal de la última frase del v. 8 es la siguiente: «*Hago que caiga sobre ella* (la ciudad) *de repente pánico y espanto*». El hebreo *ir* no significa *ciudad* (v. Os. 11:9, al final, donde suele traducirse por «*ira*»), sino algo así como «*excitación de pánico*» que precede al sentimiento de terror o espanto.

(d) Cuando los hijos mueren, las madres *languidecen* (v. 9) *y llegan a expirar* en la flor de la vida: su *sol se ha puesto siendo aún de día,* pues la vida de la madre estaba íntimamente ligada a la de sus hijos. Una mujer con *siete* hijos había de ser sumamente feliz (comp. 1 S. 2:5), pero ahora se la come la vergüenza. La última parte del v. 9 cambia de la tercera persona femenina del singular a la tercera persona masculina del plural, y dice así: «*y lo que de ellos quede, lo entregaré a la espada delante de sus enemigos, dice Jehová*».

(E) Caerán sin que nadie tenga compasión de ellos (v. 5): «*Porque, ¿quién tendrá compasión de ti, oh Jerusalén?* Cuando tu Dios *te ha echado de Su presencia* (v. 1, al final), ni tus enemigos ni tus amigos tendrán ninguna compasión de ti. ¡Oh Israel, te has destruido a ti misma!»

Versículos 10–14

Jeremías ha vuelto ahora del ejercicio público de su ministerio y se ha retirado a su oratorio; en estos vv. tenemos lo que pasó allí entre él y su Dios.

1. La queja que el profeta hace a Dios por los muchos desalientos con que se encuentra en su trabajo (v. 10).

(A) Halla gran cantidad de contradicción y oposición; tanto que está resultando *hombre de contienda y hombre de discordia.* Tanto la ciudad como el resto del país contendían con él y hacían todo lo posible por hacerle fracasar. Era hombre de paz y, sin embargo, se llama *hombre de contienda,* no porque él estuviese dispuesto a contender, sino porque los demás siempre contendían con él. Él estaba por la paz; pero ellos estaban por la guerra. La verdadera causa de estas contiendas con él en su fidelidad a Dios y a las almas de ellos. Les mostraba que sus pecados eran su ruina y, cuando él hacía cuanto podía para impedir que se arruinasen, ellos se encendían de furor contra él. El Evangelio de paz ocasiona división (Mt. 10:34, 35; Lc. 12:49, 51). Esto ponía a Jeremías muy incómodo y le hacía clamar: «*¡Ay de mí, madre mía, que me engendraste un hombre de contienda, etc.!*» Es una patética lamentación, pero Jeremías no dimite. Si no podemos vivir en paz con nuestro prójimo, no hemos de perder por eso la paz de nuestra propia conciencia ni ser presa del pánico.

(B) Por lo que se ve, le acusaban de cosas que no había hecho y, por el odio que le tenían, lo llenaban de insultos y calumnias. En vez de bendecirle y bendecir a Dios por él, maldecían al mensajero de Dios y procuraban presentarlo ante el pueblo como persona digna de odio (v. 10b): «*Nunca he dado ni tomado en préstamo, pero todos me maldicen*». Se insinúa aquí que los que se enredan en los negocios de este mundo se exponen también a contiendas y discordias. Un ejemplo de la prudencia de Jeremías es que, al

haber sido llamado al ministerio profético, *no se enredó en los asuntos de esta vida,* para no dar ni la más ligera sombra de sospecha de que buscaba ventajas materiales en su oficio. No prestaba dinero porque no era usurero; no tomaba dinero a préstamo porque no era mercader. Hallamos después (16:2) que no tenía mujer ni hijos por los que procurarse medios de subsistencia, y aun así caía bajo el odio general, por lo malos que estaban los tiempos.

2. La respuesta que Dios da a la queja de Jeremías.

(A) Le asegura que va a hacer que amaine el temporal para que, por fin, Jeremías disfrute de algún respiro (v. 11): «*Dice Jehová: Ciertamente te pondré en libertad para bien;* esto es, cuando se aproxime la catástrofe, yo te libraré de ella. Y tus enemigos no podrán acabar contigo. Más aún, *de cierto haré que el enemigo suplique ante ti en el tiempo de la aflicción y en la época de la angustia* (comp. con 21:1 y ss.; 37:3; 42:1 y ss.). Los que ahora te persiguen y calumnian vendrán un día a suplicarte que intercedas por ellos».

(B) Como advierte Freedman, «los versículos 12–14 son claramente una digresión en la que Dios (o, según otros, el profeta) se dirige al pueblo». Esta digresión parece ser un adelanto de lo que, con ligeras variantes, se repite en 17:3, 4, al ser el versículo 12 una especie de dicho proverbial.

(a) El versículo 12 ha de leerse del modo siguiente: «*¿Acaso el hierro* (del sur, esto es, Israel) *puede romper el hierro del norte* (Caldea) y *el bronce* (que es más fuerte que el hierro)?» Según Peake (citado por Freedman), «la intención de la referencia al hierro del norte es que el hierro mejor y más fuerte procedía del mar Negro». Dice Asensio: «el versículo 12 parece ser un dicho proverbial con que se indicaba algo imposible». Por tanto, lo que Dios (o el profeta) quiere decir aquí a Israel es que serán vanos sus empeños en oponerse a los caldeos, pues éstos son más fuertes que los israelitas.

(b) Oiga, pues, Israel su sentencia (vv. 13, 14): *«Tus riquezas y tus tesoros entregaré como botín sin ningún precio,* esto es, sin que recibas del enemigo nada a cambio de lo que se llevará». Jeremías era pobre, no tenía nada que perder, ni *riquezas* ni *tesoros;* por eso, el enemigo le tratará bien. Pero los judíos que tenían grandes riquezas en dinero y hacienda perderían la vida para quitarles lo que tenían. Todas las partes del país, aun las más remotas, habían contribuido a los pecados nacionales y a todas se les había de pedir cuentas luego. La mayoría de los MSS leen el versículo 14 así: «Y *haré pasar* (¿las riquezas?) *a tus enemigos en tierra que no conoces, etc.».* Pero hay todavía muchos MSS (y el Targum) que leen: «*Y te haré servir a tus enemigos, etc.».* Esta última es también la lectura clara en 17:4.

Versículos 15–21

I. El profeta se dirige ahora humildemente a Dios (v. 15): «*Tú lo sabes, oh Jehová.* Tú sabes lo que sufro por cumplir fielmente la comisión que me encomendaste; los demás no quieren percatarse de ello, pero tú lo conoces todo».

1. El profeta pide a Dios (v. 15): (A) Que considere su caso y se acuerde de él para bien: *«¡Acuérdate de mí!»* (B) Que le de fuerzas y consuelo: *«Visítame».* (C) Que se manifieste a favor de él: *«Véngate a mi favor de mis perseguidores»* (lit.) o «*vindícame de mis perseguidores».* Más allá de esto, un hombre piadoso no desearía que Dios le vengase. ¡Hágase algo para convencer al mundo de que Jeremías es un hombre justo, y de que el Dios a quien sirve es un Dios justo! (D) Que le preserve la vida: *«No me dejes perecer en la prolongación de tu enojo».* Aunque, en un momento de gran depresión (v. 10, comp. con 20:14–18), se lamentó de haber nacido, desea ahora, no obstante, que el momento de su muerte no se apresure, pues la vida es dulce para la naturaleza, y la vida de un hombre útil es también dulce para la gracia.

2. Apela a Dios en petición de misericordia y de alivio contra sus enemigos, perseguidores y calumniadores, y le dice a Dios:

(A) Que el honor de Dios está interesado en este caso (v. 15, al final): *«Sábete* (el hebreo está en imperativo) *que por tu causa sufro ultraje».* Si es por hacer el bien por lo que sufrimos ultrajes, y por llevar una vida piadosa por lo que se dicen contra nosotros toda clase de males, podemos esperar que Dios vindique nuestro honor juntamente con el Suyo. Con el mismo objeto dice al final del v. 16: *«Porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová Dios de las huestes».*

(B) Que la palabra de Dios, la que él empleaba en predicar a otros, la había experimentado él mismo en su alma y, por tanto, tenía las gracias del Espíritu que le cualificaban para el favor divino, lo mismo

que sus dones. Jeremías pudo decir (v. 16): *«Fueron halladas tus palabras,* halladas *por mí,* cuando descendieron sobre mí en el espíritu de profecía y halladas *en mí* cuando las recibí gustoso, y no sólo las probé, sino que *las comí* enteramente; las recibí como el alimento más exquisito para una persona que está hambrienta». Al profeta se le pide que *coma el rollo* (comp. con Ez. 2:8; Ap. 10:9); y *tus palabras fueron para mí un gozo y la alegría de mi corazón;* ninguna otra cosa pudo serme más agradable. Esto se puede entender:

(a) Del mensaje mismo que iba a proclamar. Aunque iba a predecir la ruina de su país, que le era tan querido, y en cuya ruina no podría menos de tener una notable participación, todos sus naturales sentimientos, no obstante, quedaron engullidos en su celo por la gloria de Dios, y aun estos mensajes de ira, al ser mensajes divinos, eran una satisfacción para él. Por supuesto, al principio se había regocijado en la esperanza de que el pueblo tomaría buena nota de sus advertencias y evitaría el juicio de Dios.

(b) De la comisión que había recibido para proclamar el mensaje. Aun cuando la obra a la que había sido llamado no comportaba ventajas de tipo material, sino que, al contrario, le exponía al desprecio y a la persecución, era para él *alimento y bebida hacer la voluntad del que le había enviado* (Jn. 4:34).

(c) De la promesa que le había hecho Dios de que le asistiría en todo momento, mientras ejercitase fielmente su ministerio (1:8).

(C) Que se había dedicado al desempeño de su ministerio con seriedad y abnegación, aunque recientemente había encontrado poca satisfacción en él (v. 17): *«No me senté en compañía de gente alegre ni me regocijé; me senté solo,* pasé largo tiempo en mi habitación privada, *por causa de tu mano* que pesaba sobre mí». Esta frase *«por causa de tu mano»* recibe diferentes interpretaciones: (a) «porque me oprimía tu mano» (Asensio); (b) «porque me daba fuerza tu mano» (M. Henry y Freedman, quien cita 2 R. 3:15; Is. 8:11; Ez. 3:14). Según la interpretación que se escoja, será también el matiz con que haya de entenderse la frase final del versículo 17: *«porque me llenaste de indignación»* (¿indignación de quién contra quién?)

(D) Se arroja en brazos de la compasión y de la promesa de Dios en una súplica apasionada (v. 18): *«¿Por qué es perpetuo mi dolor y* no se hace nada para aliviarlo? ¿Acaso el que es fuente de aguas vivas (2:13) *será para mí como arroyo ilusorio,* puro espejismo (Job 6:15), *como aguas que no son estables,* cisternas resquebrajadas que no retienen agua?»

II. Benigna respuesta de Dios a esta quejumbrosa oración de Jeremías (vv. 19–21).

1. Lo que Dios requiere de él. Dios le va a proteger, pero:

(A) Él ha de abandonar su mal humor y continuar gozoso su ministerio (v. 19): *«Si te vuelves*—dice Jehová—, *yo te restauraré y delante de mí estarás:* si te arrepientes de esos malos sentimientos que has expresado, gozarás de mi favor y continuarás tu ministerio en presencia de mí». Sólo así podrá Jeremías ver las cosas en la misma perspectiva en que Dios las ve.

(B) Ha de resolver ser fiel en su obra. Aunque no había motivo para acusar a Jeremías de infidelidad, y Dios sabía que el corazón del profeta era sincero, era conveniente darle este aviso: «*Si entresacas* (v. 19b) *lo precioso de lo vil,* los buenos pensamientos acerca de mi carácter de entre esas sospechas que has abrigado (interpretación más probable), *serás como mi boca,* esto es, serás mi portavoz».

(C) En su trato con los demás, ha de procurar no descender al nivel de ellos, sino hacer que ellos se eleven al nivel de él, que es el nivel espiritual que Dios desea (v. 19c): *«Que se vuelvan ellos a ti, y tú no te vuelvas a ellos».*

2. Lo que Dios le promete. Si él se porta fielmente:

(A) Dios le tranquilizará la mente y pacificará el presente tumulto de su espíritu: «*Si te vuelves, yo te restauraré»* (v. 19, comp. con Sal. 23:3).

(B) Dios le empleará en Su servicio como profeta: «*y delante de mí estarás,* para recibir de mi instrucciones y órdenes, como un criado de su amo, y *serás como mi boca* para dar mensajes al pueblo, como un embajador es la boca del príncipe que le envía».

(C) Tendrá fuerza y valor para afrontar las muchas dificultades que halla en su trabajo, y su ánimo no decaerá como al presente (v. 20): «*Y te pondré en este pueblo por muro fortificado de bronce,* al que, por mucho que las tempestades lo batan, no lo pueden sacudir. *No te rebajes al nivel de ellos* mediante complacencias pecaminosas, y confía entonces en que tu Dios te armará, por medio de Su gracia, con santas resoluciones. No cobardees y Dios te hará atrevido». Se había quejado antes de que había nacido

como *hombre de contienda.* «Tienes que esperar serlo—le dice Dios—; *pelearán contra ti, pero no prevalecerán contra ti».*

(D) Tendrá en Dios a un poderoso Libertador (v. 20, al final): *«Porque yo estoy contigo para guardarte y para librarte, dice Jehová».* Quienes tienen consigo a Dios, tienen consigo un Salvador que posee sabiduría y poder suficientes para habérselas con el más formidable enemigo (v. 21). Hay muchas cosas que se presentan muy atemorizadoras, pero no resultan en modo alguno dañosas para una persona piadosa.

CAPÍTULO 16

I. La gravedad de la desgracia que se cernía sobre la nación judía es puesta de relieve por las órdenes que da Dios al profeta de no formar un hogar (vv. 1–4), de no participar en las manifestaciones de duelo de otras familias (vv. 5–7) y de no participar tampoco en las manifestaciones de regocijo (vv. 8, 9). II. Dios queda justificado en estas severas medidas de separación del ambiente en virtud de la gran perversidad reinante (vv. 10–13). III. Se ofrece una insinuación de que Dios tiene en reserva misericordia (vv. 14, 15). IV. Se dan algunas esperanzas de que el castigo del pecado pueda llevar a la reforma de los pecadores (vv. 16–21).

Versículos 1–9

El profeta sirve aquí de señal al pueblo. Ellos no hacían caso de lo que Jeremías decía; veamos si hacen caso de lo que *hace.* Tiene que actuar como es propio de quien espera ver en ruinas su país muy en breve. Ya lo había predicho, pero tiene que mostrar que está plenamente convencido de que es verdad, al obedecer a la orden de que no se case y de que no asista a manifestaciones públicas de duelo ni de jolgorio.

1. Jeremías no se debe casar ni pensar en formar un hogar (v. 2). Los judíos estimaban en mucho los casamientos tempranos y la prole numerosa. Pero Jeremías debe quedarse soltero. Por aquí se ve que esto sólo era aconsejable en casos de calamidad especial y de *agobio inminente* (1 Co. 7:26), y esto mismo es parte de esa calamidad. En tales circunstancias, los profetas, y otros ministros del Señor, hacen bien en librarse de quedar abrumados con aquello que, cuanto más querido les es, tanto mayor pesar, temor y preocupación les ha de causar. El motivo que aquí se da es que *padres y madres, hijos* e *hijas, morirán de dolorosas enfermedades* (vv. 3, 4). Y precisamente los que tengan mujer e hijos son los que menos podrán escapar de esas muertes. La muerte de cada hijo, y en tan lúgubres circunstancias, será como una nueva muerte para su progenitor. Mejor es no tener hijos que tenerlos para *sacarlos a la matanza* (Os. 9:13). Los muertos serán tantos que no habrá tiempo para hacerles duelo ni aun para enterrarlos (v. 4), por lo que servirán de pasto a buitres y fieras.

2. Jeremías no debe acudir a hacer duelo en casas de vecinos o parientes (v. 5). Solían hacerse grandes señales de lamentación en tales casos, hasta llegar a *hacerse incisiones y raparse los cabellos por ellos* (v. 6), a pesar de estar prohibido por la ley (Dt. 14:1). Solían ir a *consolarlos de sus muertos* (v. 7), como hicieron los judíos con Marta y María; y una señal amistosa era *darles a beber vaso de consolaciones,* «una copa especial de vino que estaba destinada a ser bebida por el que estaba de luto» (Freedman). La razón principal de esta prohibición es que las muertes serán tantas a un mismo tiempo, que no habrá lugar, ni ánimo ni tiempo para todas las ceremonias acostumbradas en casos de muerte. Todos tienen que ser lamentadores, no consoladores, *«porque* (v. 5b) *yo he quitado mi paz de este pueblo, dice Jehová, mi misericordia y mi compasión».* Cualquiera sea la medida de paz de que disfrutemos, ha de ser *la paz de Dios;* es un don suyo y, si *Él da reposo, ¿quién podrá causar molestia?* Pero, si no hacemos buen uso de su paz, puede quitarla y lo hará; entonces, ¡adiós a todo bien! Todo es inútil cuando Dios retira de nosotros su afecto y sus favores.

3. Tampoco debe ir Jeremías a la casa del regocijo, donde se come y se bebe con alegría (v. 8). Dios se manifestaba poderosamente con Sus juicios, y era tiempo de humillarse, no de regocijarse. En esto también los ministros de Dios han de servir de ejemplo a los demás. Sus amigos se asombrarán de que no vaya con ellos al banquete, pero con esto verán que todas esas fiestas van a tener fin rápidamente (v. 9):

«Porque así dice Jehová de las huestes, Dios de Israel: He aquí que yo haré cesar en este lugar, delante de vuestros ojos y en vuestros días, esto es, en vuestra presencia y durante vuestra vida, *toda voz de gozo, etc.»*. Esto había de acontecer *en este lugar,* es decir, en Jerusalén, otrora *ciudad alegre* y que pensaba tener garantizadas para siempre sus alegrías. Con sus iniquidades e idolatrías, ellos habían hecho cesar la voz de la alabanza y, por eso, justamente hacía Dios cesar *toda voz de gozo y toda voz de alegría.* La voz de los profetas de Dios no era escuchada entre ellos; tampoco se escuchará *toda voz de esposo y toda voz de esposa,* es decir, las aclamaciones y los cánticos que engalanaban los festejos nupciales (comp. con 7:34).

Versículos 10–13

Los motivos por los que Dios traía sobre ellos estas calamidades.

1. Ellos se negaban a reconocer su pecado (v. 10b): *«¿Qué maldad es la nuestra, o qué pecado es el nuestro, etc.?* ¿Qué crimen hemos cometido que merezca un castigo tan tremendo?» En lugar de humillarse y condenarse a sí mismos, tratan de justificarse e insinúan que Dios es injusto al pronunciar contra ellos esta sentencia. ¿Y le preguntan al profeta por qué está Dios tan enojado con ellos? El Dios justo nunca se enoja sin causa, sin buena causa. Pero Jeremías tiene que decirles cuál es, en particular, la causa, a fin de que se humillen o, al menos, para que Dios sea justificado.

2. La causa era que (v. 12) se habían portado peor que sus antepasados, los cuales ya habían apostatado de Dios (v. 11): *«Entonces les dirás: Porque vuestros padres me dejaron, dice Jehová, y anduvieron en pos de dioses ajenos,* cuyo culto era más alegre y pomposo y, gustándoles *la variedad y la novedad, les sirvieron y ante ellos se postraron»;* y éste era el pecado que Dios había dicho, en el segundo mandamiento del Decálogo, que había de *visitar sobre sus hijos,* quienes observaban estas costumbres idólatras. Pero ellos se habían obstinado tercamente (v. 12) en el mismo pecado: «*y vosotros habéis hecho peor que vuestros padres; porque he aquí que camináis cada uno tras la terquedad de su malvado corazón, no escuchándome a mí».* Si ellos hubieran hecho buen uso de la longanimidad de Dios con sus padres, de forma que la paciencia de Dios les hubiese conducido al arrepentimiento, se habría podido evitar el castigo y Dios les habría concedido el perdón.

3. Al ser así las cosas, no es de extrañar que Dios haya tomado esta resolución (v. 3): *«Por tanto, yo os arrojaré de esta tierra,* de este país de luz, de este valle de visión, a una tierra lejana, *a una tierra que ni vosotros ni vuestros padres habéis conocido».* Dos cosas habían de hacer más miserable la situación de ellos, y las dos afectaban al alma: (A) «Es una felicidad para el alma el estar empleados en el servicio de Dios; pero *allí serviréis a dioses ajenos de día y de noche»,* quizás obligados por vuestros crueles capataces a hacerlo; y cuando se os fuerce a servir a los ídolos, sentiréis de tal culto tantas náuseas como afición sentíais antes cuando os lo prohibían vuestros piadosos reyes. (B) «Es también una felicidad para el alma tener algunas señales de la benignidad de Dios, pero vosotros iréis a una tierra extraña donde *no os mostraré clemencia.»*

Versículos 14–21

En estos versículos hay una mezcla de misericordia y juicio, y algunos apuntan hacia un futuro lejano.

1. Dios ejecutará sobre ellos, con toda certeza, Su juicio por sus idolatrías.

(A) El decreto ha sido promulgado. Dios ve todos sus pecados (v. 17). Su omnisciencia los deja convictos. Su justicia los condena (v. 18): *«Pagaré al doble,* esto es, en gran medida (comp. con Is. 40:2), su *iniquidad y su pecado».* El pecado por el cual Dios contiende con ellos es *«porque contaminaron mi tierra»,* la tierra de Jehová, con sus idolatrías: *«con los cadáveres de sus ídolos y de sus abominaciones llenaron mi heredad».* Los ídolos son figuras de madera, metal o piedra; por tanto, no pueden tener vida; pero aquí se les llama *cadáveres* para dar a entender que los ídolos contaminan como los cadáveres.

(B) Dios hará surgir instrumentos de Su ira, los cuales sacarán de su tierra a los israelitas por mucho que se escondan (v. 16), por lo que llama al ejército caldeo *pescadores y cazadores,* hábiles en sacar de sus escondrijos a la gente.

(C) Su esclavitud en Babilonia será más pesada que la de Egipto, sus capataces serán más crueles y sus vidas serán más amargas. Esto va implícito en la promesa (vv. 14, 15) de que su liberación de Babilonia será mejor acogida por ellos que la de Egipto. La esclavitud en Egipto cayó sobre ellos

gradualmente; la de Babilonia caerá de un golpe y con todas las circunstancias que agravan el terror. En Egipto llegaron a disfrutar de un Gosen propio, pero en Babilonia no tendrán tal cosa. En Egipto eran empleados como siervos útiles; en Babilonia, como cautivos aborrecidos.

(D) Estos juicios de Dios tienen su voz. Cuando Dios castiga, enseña. Por medio de esta vara, Dios contiende con ellos del modo siguiente (v. 20): *«¿Hará acaso el hombre dioses para sí? Mas ellos no son dioses»*. Como se ve, M. Henry interpreta estas frases como dichas por Dios. Pero es más probable, al seguir la línea del contexto anterior, que sean una «continuación de la confesión de las naciones» (Kimchi, citado por Freedman).

2. A pesar de este severo juicio, Dios tiene para Israel grandes reservas de misericordia. Con aire de extrema severidad, ha dicho (v. 13) que *los ha de arrojar de Palestina;* pero, a continuación, vienen frases de consuelo.

(A) *«No obstante* (v. 14), *he aquí vienen días* (frase que, como en otros lugares, tiene tono escatológico) en que la misma mano que dispersó a los israelitas por tierras extrañas los reunirá de nuevo en su tierra, *«la cual*—dice (v. 15, al final)—*di a sus padres»*.

(B) La liberación de Israel de la tierra de Egipto fue hecha *con fuerza y poder,* pero la del país de Babilonia se obtuvo *con el Espíritu de Jehová de las huestes* (Zac. 4:6). En la liberación de Babilonia hubo mayor dosis de misericordia perdonadora, porque la cautividad de Babilonia tenía también mayor dosis de castigo del pecado que su esclavitud en Egipto.

(C) La liberación de la cautividad de Babilonia irá acompañada de una bendita reforma, pues volverán curados de su inclinación a la idolatría. Habían contaminado la tierra con sus *abominaciones* (v. 13). Pero, después de haber sido castigados severamente por ello, vendrán y se postrarán humildemente ante su Dios.

(D) Los versículos 14 y 15 forman un paréntesis escatológico después del versículo 13. Después de los versículos 14 y 15 vuelve (vv. 16–18) la línea de castigo, para llegar en los versículos 19–21 (al empalmar con el v. 15) a una culminación escatológica en que el profeta avizora el porvenir hasta contemplar el día en que las naciones (v. 19) vendrán al verdadero Dios *desde los extremos de la tierra.* Dice Freedman: «Es digno de notarse que el profeta concibió esta conversión como un acto espontáneo, no debido a compulsión, ni siquiera a persuasión».

(E) El profeta se consuela con esta perspectiva y prorrumpe en estas exclamaciones de gozo (v. 19a): *«Oh Jehová, mi fuerza y mi fortaleza* (baluarte), ahora me siento cómodo y satisfecho, pues me has hecho ver una situación futura en que multitudes de *gentiles vendrán a ti desde los extremos de la tierra,* confesarán sus pasados pecados y te darán gloria (vv. 19b 20). Tenemos, pues, aquí «conversión de los gentiles a la religión de Jehová, al Mesías-Cristo en concreto (Ro. 11:25–31), cansados de los dioses de *sus padres,* que sólo son *mentira, vanidad y,* como tales, *inútiles»* (Asensio).

(F) Todos ellos darán, por esto, alabanza y honor a Dios, pues han llegado a conocer Su nombre por lo que han venido a conocer de Su mano (v. 21). Solamente la poderosa mano de la gracia de Dios puede hacer que conozcamos rectamente el nombre de Dios conforme nos es revelado en Su Palabra y experimentado en nuestra vida.

CAPÍTULO 17

I. Dios convence a Judá del pecado de idolatría y le condena por él al destierro y al cautiverio (vv. 1–4). II. Les muestra la necedad de poner la confianza en lo que no tiene poder para salvar (vv. 5–11). III. El profeta apela a Dios con ocasión de las maquinaciones de sus enemigos contra él y se encomienda a la protección divina, mientras ruega a Dios que se manifieste a favor de él (vv. 12–18). IV. Dios por medio del profeta, amonesta Dios al pueblo a que santifiquen el día del sábado, asegurándoles que, si lo hacen así, se alargarán los días de su tranquilidad (vv. 19–27).

Versículos 1–4

El pueblo había dicho (16:10): *«¿Qué maldad es la nuestra, o qué pecado es el nuestro?»* Aquí tienen la respuesta.

1. El pueblo no puede negar su culpabilidad, porque sus pecados están *escritos* delante de Dios con caracteres perfectamente legibles e indelebles (vv. 1, 2, comp. con Dt. 32:34). Más que *escritos,* están *esculpidos con cincel de hierro,* «usado para escribir en la superficie dura de las piedras, etc. (cf. Job 19:24) y *con punta de diamante,* a causa de la extrema dureza del corazón de la nación» (Freedman). De este modo, permanecerán indelebles y no serán borrados mientras no sean perdonados. Para probar el cargo no hay que ir más lejos que a *los cuernos de sus altares,* sobre los que había sido rociada la sangre de sus sacrificios idolátricos. Sus vecinos serán testigos contra ellos, y *sus propios hijos se acuerdan de los altares y de las imágenes de Aserá* adonde sus padres los llevaban consigo cuando eran pequeños (v. 2). La inclinación hacia sus ídolos es tan fuerte como siempre y ni la Palabra de Dios ni la vara de Dios les hacen rebajar su afecto a dichos ídolos. El hebreo (difícil) del v. 2 admite también esta otra traducción que siguen algunas versiones, después de los famosos rabinos Rashi y Kimchi: *«Como recuerdan a sus hijos,* así recuerdan *a sus altares».* Asensio adopta una tercera lectura y traduce: *«como recordando a sus hijos sus altares»,* pero esta versión me parece—nota del traductor—gramaticalmente incorrecta porque, en tal caso, el verbo hebreo *zekor* debería estar en forma causativa *(Hiphil).*

2. Una vez aprobado el sumario de cargos, se dicta el veredicto y se ratifica la sentencia (vv. 3, 4). Sus tesoros pasarán a manos de extraños. Jerusalén es *el monte de Dios en el campo;* fue edificada sobre un collado en medio de una planicie. Dios *dará al pillaje todos los tesoros* de esa opulenta ciudad. Toda la *tierra santa* era *monte de Dios* (Dt. 11:11; Sal. 78:54), y ellos la habían convertido en *lugares altos* para el pecado (v. 2). Esos lugares altos iban a ser entregados también al pillaje (v. 3) *en todo el territorio. Tendrán que deshacerse* (v. 4) *de la heredad que Jehová les dio* y serán llevados cautivos a una tierra extraña. El pecado produce una cesación (o interrupción) de nuestros consuelos y nos priva del disfrute de aquello que Dios nos ha dado. Pero se insinúa aquí que, si se arrepienten recobrarán sus posesiones. Al presente, les dice Dios (v. 4, al final), *«habéis encendido en mi furor un fuego que para siempre arderá».* Al menos, ardía de tal forma que parecía que nunca se había de apagar.

Versículos 5–11

No todos los sermones del profeta eran proféticos, sino que algunos eran de carácter práctico. Véase lo que dice:

1. En cuanto a la decepción y al dolor que de cierto sentirán los que, cuando se hallan en apuros, dependen de criaturas para su éxito y alivio (vv. 5, 6): *Maldito* (es decir, miserable) *es el varón* que obra de ese modo, porque se apoya en una caña rajada. El pecado que aquí se condena es *hacer de la carne nuestro brazo,* esto es, poner como *brazo* poderoso en que apoyarse, el brazo con que trabajamos y en el que confiamos tener nuestra protección, *carne,* esto es, la fragilidad humana. Dios es el *brazo* de Su pueblo (Is. 33:3). La gran malignidad que hay en este pecado:

(A) Por este pecado, *el corazón se aparta de Jehová* (v. 5, al final). El corazón perverso (v. 9) se aleja, por su incredulidad, del Dios viviente. Los que ponen la confianza en el hombre se apartan de hecho de Dios, aunque se acerquen a Dios con los labios. Adherirse a la cisterna es, a fin de cuentas, renunciar a la fuente (2:13) y, en consecuencia, Dios se resiente de ello.

(B) Por este pecado, el hombre se engaña a sí mismo, porque (v. 6) *será como la retama en el desierto,* triste arbusto, producto de un suelo estéril, sin savia, sin utilidad, sin valor, todos sus consuelos le abandonarán y se marchitará, y será desechado y pisoteado por todos los que transiten por allí; y *no verá cuando viene el bien,* pues no tendrá parte en él; aun en tiempo de lluvia no le llegará la humedad, porque *morará en los sequedales del desierto, en tierra salitrosa y deshabitada* donde sus raíces no se benefician del agua. Así todos los que confían en sí mismos o en otros hombres, en punto a salvación espiritual, es imposible que prosperen: ni producirán frutos de servicios aceptables a Dios ni cosecharán frutos de bendiciones saludables venidas de Dios.

2. En cuanto a la abundante satisfacción de que disfrutan los que ponen en Dios su confianza, que viven por fe y, en los tiempos de mayor intranquilidad, descansan en el poder y el amor de Dios (vv. 7, 8). El deber que se nos impone es *hacer de Jehová nuestra confianza;* de Su favor, el bien que esperamos; de su poder, la fuerza en que esperamos.

(A) El que obra así será *como el árbol plantado junto a las aguas* (v. 8, comp. con Sal. 1:3), un árbol escogido en el que se ha puesto mucho interés para plantarlo en el mejor suelo. Como árbol bien plantado,

extenderá sus raíces junto a la corriente, de donde sacará savia abundante. Quienes hacen de Dios su esperanza viven cómodos, pues disfrutan de continua seguridad y de perfecta serenidad mental.

(B) Un árbol plantado de esta manera *no teme la venida del calor,* pues le sube tanta humedad desde las raíces que está suficientemente preservado de la sequía. *Su follaje está siempre frondoso,* como árbol de hoja perenne: alegre para sí y hermoso a la vista de los demás. Y, así como no pierde la hoja, tampoco *deja de dar fruto.* No tenemos por qué preocuparnos si se quiebra la cisterna, con tal que tengamos la fuente. Los que confían en Dios y, por fe, sacan de Él fuerza y gracia, *no cesarán de dar fruto* (comp. con Jn. 15:5).

3. En cuanto a la pecaminosidad del corazón humano y la divina inspección con que es examinado (vv. 9, 10). Es locura confiar en el hombre, porque no sólo es débil, sino falso y engañoso. Pensamos que confiamos realmente en Dios, cuando no lo estamos, como se ve por el hecho de que nuestras esperanzas y nuestros temores suben o bajan conforme las causas segundas nos sonríen o nos fruncen el ceño. Hay en nuestro corazón maldades que ni siquiera nosotros mismos nos damos cuenta de que están allí ni sospechamos que las haya en nosotros. *El corazón,* lo más íntimo del hombre, *es,* en el estado de naturaleza caída, *engañoso más que todas las cosas.* Llama bueno a lo malo, y malo a lo bueno, y cambia el color real de las cosas. Cuando los hombres *dicen en su corazón que no hay Dios, o que Dios no ve,* el corazón les engaña. De cierto que el caso es grave cuando la conciencia, que debería rectificar los errores de las demás facultades del hombre, es en sí misma una madre de falsedades y la pionera en toda clase de engaños. No conocemos nuestro corazón ni de lo que es capaz en un momento de tentación (David no lo conoció, ni Ezequías ni Pedro). Mucho menos podemos conocer el corazón de otros ni depender en forma alguna de ellos. Pero Dios ve toda maldad que anida en el corazón (v. 10) *Yo Jehová, escudriño el corazón y pruebo los riñones.* Y, con el juicio que hace en base a este examen, *da a cada uno según sus caminos, según el fruto de sus obras.*

4. En cuanto a la maldición pronunciada contra las riquezas mal adquiridas (v. 11): *El que injustamente amontona riquezas,* aunque ponga en ellas sus esperanzas, no disfrutará de ellas; *en la mitad de sus días las dejará y al final resultará un insensato* (hebr. *nabal,* lo mismo que en Sal. 14:1 y otros lugares). El vocablo hebreo no indica «falta de capacidad intelectual, sino carencia de entendimiento moral e incapacidad para distinguir entre lo recto y lo malvado» (Freedman). En cambio, los que desean abundar en gracia *son sabios al final* (Pr. 19:20), ya que tienen su consuelo en que la muerte les conduce a una feliz eternidad, mientras que quienes ponen su confianza en las riquezas se darán cuenta de su necedad cuando sea demasiado tarde. En cuanto al símil de la perdiz, Freedman advierte que «había en la antigüedad una creencia popular de que la perdiz incubaba huevos que no eran suyos. Tristram piensa que esto no es verdad y comenta sobre este versículo: «La perdiz pone gran cantidad de huevos, pero tiene muchos enemigos—no es el hombre el menos destructivo—que van a la caza de su nido y le roban los huevos … Lo que el profeta quiere decir es que el hombre que se enriquece por medios injustos disfrutará muy poco de su mal ganada fortuna, pues la dejará prematuramente como la perdiz que comienza a incubar, pero le roban prontamente las esperanzas de tener cría».

Versículos 12–18

El profeta se retira para meditar en privado, a solas con Dios.

1. Reconoce el gran favor de Dios a Su pueblo al establecer entre ellos una religión revelada y al añadirles dignidad con instituciones divinas (v. 12): *«Trono de gloria, excelso desde el principio, es el lugar de nuestro santuario».* El templo de Jerusalén, donde Dios manifestaba Su presencia especial, donde el pueblo pagaba sus respetos a su Soberano y adonde se refugiaba en tiempos de apuro, era *el lugar del santuario de ellos.* Era trono de santidad, el trono de Dios. Jerusalén es llamada *la ciudad del gran Rey,* no sólo del Rey de Israel, sino del Rey de todo el orbe, de forma que se la puede llamar la ciudad regia del mundo entero. Lo era *desde el principio* (2 Cr. 2:9). Jeremías lo menciona aquí para suplicar a Dios que tenga misericordia del país o como agravante del pecado del pueblo al dejar a Dios, a pesar de que Su trono estaba en medio de ellos.

2. Reconoce la justicia de Dios al abandonar a la ruina a quienes le retiraban la pleitesía que le debían (v. 13). Le habla a Dios como suscribiendo la equidad de Sus juicios: *«¡Oh Jehová, esperanza de Israel!,* de los israelitas que se adhieren a ti, *todos los que te dejan serán avergonzados.* Y de ti se apartan los que no escuchan tu palabra que yo he predicado; y los que a mí se vuelven, a ti se vuelven (15:19, al final); y

los que se apartan de ti serán escritos en el polvo, donde se borrará su memoria, como se borra todo lo que se escribe en el polvo, *porque dejaron a Jehová, manantial de aguas vivas* (2:13), a cambio de cisternas agrietadas.

3. Ora a Dios para que le conceda gracia salvífica sanante (v. 14): *«Sáname, oh Jehová, y seré sano; sálvame, y seré salvo.* Jeremías tenía el espíritu herido con muchas heridas, pues estaba continuamente expuesto a la malignidad de hombres incapaces de razonar. Pero sabe que si Dios le sana, no habrá quien le pueda herir; si Dios le salva, no hay quien le pueda perder; *porque tú eres mi alabanza,* "en Ti me glorío de que Tú eres mi Ayudador y me librarás de mis enemigos" (Freedman)».

4. Se queja de la infidelidad y de la atrevida impiedad del pueblo al que dirigía sus mensajes de parte de Dios. Les había dado fielmente el mensaje de Dios y ¿qué respuesta tenía que dar, de parte de ellos, al que le había enviado? *«He aquí* (v. 15) *que ellos me dicen: ¿Dónde está la palabra de Jehová? ¡Que se cumpla ahora!»* (comp. con Is. 5:19). Se burlaban del profeta y negaban la verdad de lo que él decía: «Si es *la palabra de Jehová* lo que nos hablas, *¿dónde está?* ¿Por qué no se cumple?» Con esto, retan al mismo Dios: «¡Que haga el Dios Omnipotente todo el mal que pueda! ¡Que acontezca todo cuanto dice! ¡Ya nos las arreglaremos! ¡No es tan fiero el león como lo pintan!» (v. Am. 5:18).

5. Apela a Dios acerca de su fiel desempeño del cometido que le había asignado (v. 16). Él continuaba constante en su trabajo. Su oficio, en lugar de servir para protegerle, le exponía al menosprecio y a la persecución. «Con todo—dice él—, *en cuanto a mí, no me he apresurado a dejar de ser un pastor en pos de ti* (lit.); no he abandonado mi ministerio». Tal clase de pastor era Jeremías; y, aunque tenía que afrontar tantas dificultades y desalientos como nadie jamás encontró, no emprendió la huida como Jonás ni deseó que se le excusase de seguir cumpliendo encargos de Dios. Siempre conservó su gran afecto hacia el pueblo de Dios. Aunque ellos se portaban muy mal con él, él tenía compasión de ellos (v. 16b): *«Ni deseé día de calamidad, tú lo sabes».* El día en que se cumpliesen sus profecías iba a ser de veras un día aciago en Jerusalén y, por tanto, él deseaba que nunca llegase. Dios no desea, y, por tanto, sus ministros tampoco deben desear, la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Por otra parte, él cumplía fielmente las instrucciones que Dios le daba. Aunque le habría sido fácil ganarse el favor del pueblo, si no hubiese sido tan severo en sus reprensiones, él resolvió proclamar fielmente su mensaje (v. 16c): *«Lo que de mis labios ha salido, fue manifiesto delante de ti»* (lit.).

6. Humildemente ruega a Dios que le reconozca por Suyo, le proteja y le haga proseguir con alegría en la tarea para la cual tan claramente le llamó. Dos cosas desea aquí: (A) Que encuentre consuelo en servir al Dios que le envió (v. 17): *«No me seas tú por ruina,* esto es, "no permitas que mi lealtad hacia Ti sea la causa de mi ruina" (Freedman), *pues mi refugio eres tú en el día malo,* esto es, tú eres el único que puede protegerme el día en que sobrevenga la calamidad». (B) Que tenga valentía para comportarse con el pueblo al que ha sido enviado (v. 18). Le perseguían precisamente los que deberían haberle acogido y animado: «Señor», dice, *«avergüéncense los que me persiguen y no me avergüence* yo, esto *es,* que queden fallidos los planes y las maquinaciones de ellos y que no deje de cumplirse la palabra que tú me has dado para comunicarla a ellos; *desmayen ellos,* al verse impotentes, y *no desmaye* yo de predicar al ver sus amenazas; *trae sobre ellos,* mis perseguidores, *el día aciago, y quebrántalos a ellos con doble* (es decir, *completo) quebrantamiento,* con la esperanza de que los demás puedan escarmentar en cabeza ajena y de que la completa ruina de ellos pueda servir para la salvación de algunos».

Versículos 19–27

Estos versículos constituyen un sermón acerca de la santificación del día del sábado. Es probable que Jeremías lo predicase en los días de Josías, para apoyar la obra de reforma que el monarca llevaba a cabo. Había de ser predicado primeramente en la puerta pública (v. 19), *«por la cual entran y salen los reyes de Judá,* pues ellos eran los primeros que debían oír y poner en práctica la observancia del sábado antes de hacer que los súbditos la cumplieran. También ha de ser proclamado (v. 19, al final) *en todas las puertas de Jerusalén;* todos deben enterarse, porque es un asunto que concierne a todos».

1. Cómo había de ser santificado el sábado y cuál es la ley acerca de él (vv. 21, 22): Habían de descansar de todo trabajo secular. No debían introducir ninguna carga en la ciudad ni sacar carga de la ciudad, y no habían de hacer trabajo alguno. Lo que entraba en la ciudad era principalmente lo que se producía en los distritos agrícolas. Lo que salía de la ciudad, y aun de las casas particulares (v. 22), serían «artículos con los que traficar por los productos que entraban en la ciudad» (Freedman). *«Guardaos por*

vuestra vida—dice Jehová (v. 21)— …, pues arriesgáis la vida (hebr. *néphesh* = alma, vida o persona) si le robáis a Dios parte del tiempo que Él reservó para sí. No es una nueva imposición, pues es algo que *mandó a vuestros padres* (v. 22, al final). En efecto, a ellos *les mandó santificar el sábado,* y así debéis hacer vosotros, consagrarlo al honor de Dios, y emplearlo en el servicio y la adoración de Dios. Los negocios del mundo deben dejarse a un lado, a fin de que toda nuestra persona esté concentrada en esta obra de santificación del sábado».

2. Cómo había sido profanado el sábado (v. 23): «A vuestros padres se les ordenó santificar el sábado, *pero ellos no atendieron ni inclinaron su oído* para escuchar y obedecer, *sino que endurecieron su cerviz para no oír* (frases que hemos visto en 7:26) *ni recibir corrección».* Como en otras materias, también en ésta se habían obstinado en la desobediencia.

3. Qué bendiciones tenía Dios en reserva para ellos si hubiesen tomado conciencia del deber que tenían de santificar el sábado (vv. 24–26): (A) La corte habría florecido: Los reyes y príncipes entrarían y saldrían con gran pompa. (B) La ciudad florecería también, pues sería *habitada para siempre;* no sería despoblada ni destruida, según estaba amenazada. (C) El país prosperaría, pues (v. 26) *las ciudades de Judá,* las *de Benjamín* al norte de Judá, *la Sefelá* (esto es, la llanura u hondonada) que se extendía al oeste de Judá, *la región montañosa* al sur de Jerusalén, y *el Négueb* (es decir, el sur del país) habrían de estar bien poblados, y abundarían en todo y vivirían en paz. (D) El culto del templo también prosperaría, pues los habitantes llevarían allá abundantes sacrificios de la gran abundancia que poseerían en paz con sus vecinos y en paz con su conciencia. De veras prospera un pueblo cuando en él florece la verdadera religión; y ésta suele florecer donde se santifica el sábado.

4. Los castigos que han de temer que les sobrevengan si persisten en la profanación del sábado (v. 27): *«Pero si no me escucháis en* esta materia de tener cerradas las puertas en días de sábado, de forma que nada se introduzca ni se saque en ese día, sabed que yo *prenderé fuego a sus puertas* (de Jerusalén)». Justamente serán quemadas las puertas que no se han usado como debían, pues debieron estar cerradas al pecado y abiertas al cumplimiento del deber.

CAPÍTULO 18

I. Los caminos de Dios en el modo de tratar a naciones y reinos (vv. 1–6). Si les amenaza con ruina, pero ellos se arrepienten, Él se volverá a ellos en Su misericordia y, entonces, solamente el pecado podrá impedir la continuación de Sus favores (vv. 7–10). II. Una demostración particular de la insensatez de los hombres de Judá y de Jerusalén al apartarse de su Dios para seguir a los ídolos (vv. 11–17). III. Jeremías se queja ante Dios de la vil ingratitud y perversa maldad de sus enemigos y ora contra ellos (vv. 18–23).

Versículos 1–10

El profeta es enviado aquí (v. 2) *a casa del alfarero,* no a pronunciar un sermón, sino a preparar un sermón o, más bien, a recibirlo ya listo para ser predicado: *«Vete a casa del alfarero,* observa cómo trabaja, y *allí te haré oír,* con silenciosos susurros, *mis palabras.* Allí recibirás un mensaje para que vayas a predicarlo al pueblo». Fue, pues, el profeta a casa del alfarero (v. 3) y se fijó en la forma como él *trabajaba sobre las dos ruedas* (lit. *sobre las dos piedras)* «que, al girar una sobre la otra, formaban la "rueda" o máquina de su profesión manual» (Asensio). Y cuando el puñado de barro que había resuelto formarlo de una figura u otra resultaba demasiado duro, o era demasiado pequeño o tenía alguna piedra y «se *echaba a perder en su mano, volvía a* tomar otro puñado y *hacer otra vasija, según le parecía mejor hacerla».* Los ministros de Dios harán buen uso de los negocios y asuntos de esta vida si aprenden de ellos a hablar al pueblo más llana y familiarmente de las cosas de Dios y exponer las comparaciones de la Escritura. Mientras Jeremías observa con toda diligencia la obra del alfarero Dios le fija en la mente estas dos grandes verdades que él debe predicar *a la casa de Israel:*

1. Que Dios tiene incontestable autoridad, así como irresistible poder para formar y modelar reinos y naciones como le place para que sirvan a Sus intereses (v. 6): *«¿No podré yo hacer de vosotros como este alfarero, oh casa de Israel?, dice Jehová».* Dios tiene sobre nosotros un título de propiedad más claro que el del alfarero sobre el barro; porque el alfarero solamente le da forma al barro, mientras que nosotros

hemos recibido de Dios tanto la materia como la forma. Esto da a entender que Dios tiene sobre nosotros absoluta soberanía y que sería tan absurdo poner esto en tela de juicio como para el barro contender con el alfarero. A Dios le es muy fácil hacer de nosotros el uso que le place. Una vuelta de la mano, una vuelta de la rueda, altera completamente la figura del barro, hace de él una vasija, la deshace, la vuelve a hacer. Así están nuestros tiempos en las manos de Dios (Sal. 31:15). Aquí se habla de naciones (comp. con 12:23; 34:29; Sal. 107:33, etc.). Si la vasija del alfarero se estropea para algún uso, podrá servir para otro; los que no quieran ser monumentos de misericordia, serán monumentos de justicia. Dios nos formó del barro (Gn. 2:7; Job 33:6) y todavía somos como barro en sus manos (Is. 64:8).

2. Que en el ejercicio de esta autoridad y de este poder Dios se guía por normas fijas de equidad y bondad. Dispensa sus favores de modo soberanamente libre, pero nunca castiga con poder arbitrario. En los castigos, podemos estar seguros de que eso se debe a nuestros pecados; un arrepentimiento a escala nacional puede detener el avance de esos juicios (vv. 7, 8): Si *Dios habla, con respecto a una nación* (no *«pueblo»), de arrancar* los vallados que la protegen, los frutales que la enriquecen y las fortificaciones que la defienden, y *destruirla* de ese modo—como se destruye una viña o una ciudad—, en este caso, *si esa nación* (v. 8) se arrepiente de sus pecados y se reforman las vidas, si cada uno *se vuelve de su maldad* y se pone en camino hacia Dios de nuevo, también Dios se volverá hacía ellos en misericordia. Es verdad indudable que una sincera conversión del mal del pecado será una prevención efectiva del mal del castigo; y Dios puede levantar de sus ruinas a un pueblo arrepentido, con mayor facilidad que la del alfarero para hacer nueva una vasija que *se le había echado a perder en la mano.* Cuando Dios viene a nosotros por vías de misericordia, si se hace alguna parada en el avance de esa misericordia, sólo al pecado se debe esa detención (vv. 9, 10). El pecado es el gran perturbador de las relaciones entre Dios y el hombre, ya se trate de un particular o de una nación, pues hace perder el beneficio de Sus promesas y echa a perder el buen resultado de las oraciones de ellos, pues inflige la derrota a las mejores intenciones de Dios con respecto a ellos (Os. 7:1).

Versículos 11–17

Aplicación a los judíos de las verdades generales expuestas en la primera parte del capítulo.

1. *«Anda y diles* (habla Dios): *He aquí que yo tramo el mal contra vosotros y trazo contra vosotros maquinación.* La Providencia en todas sus operaciones está claramente actuando para vuestra ruina.»

2. Pero aún les invita al arrepentimiento y a la reforma de vida, para impedir así que tales males se lleven a cabo contra ellos (v. 11c): *«Conviértase ahora cada uno de su mal camino, y enmiende sus caminos y sus obras,* a fin de que Dios se vuelva del mal que ha resuelto haceros y para que la providencia que parecía moldeada contra vosotros como una vasija en la rueda sea arrojada inmediatamente para adquirir una nueva figura y os sea favorable el resultado».

3. Prevé la obstinación de ellos, que llega hasta una perversa negativa (v. 12): «Y *dijeron. Es en vano,* inútil, sin remedio ni esperanza de liberación, pues estamos resueltos a *ir en pos de nuestras propias maquinaciones».* Es poco probable que estas expresiones saliesen de los labios de ellos, sino que Jeremías pone en palabras lo que hay en el corazón de esos malvados. Vienen a decir: «Más le vale a Jeremías callarse, pues no le vamos a hacer ningún caso y haremos lo que nos venga en gana». Piensan que de ese modo son libres, cuando servir a las propias pasiones es la peor de las esclavitudes.

4. Les echa en cara la monstruosa insensatez de su obstinación y del odio que tienen a ser reformados (v. 13): *«Preguntad ahora entre los gentiles,* los que no tienen el beneficio de la revelación divina, sin oráculos, sin profetas, sin promesas: *¿Quién ha oído cosa semejante?* Los ninivitas, ante un mensaje de destrucción, se apartaron de sus malos caminos, pero *la virgen de Israel* se obstina en la impenitencia, digan lo que digan la Providencia y la conciencia, y así *hace una gran fealdad.* Debería haberse conservado casta y pura para su Esposo, pero se ha enajenado de Él y rehúsa volverse a Él. La impenitencia deliberada es el peor suicidio, y eso es *gran fealdad* o, mejor, *una cosa muy horrible».*

5. Les muestra su insensatez en dos cosas:

(A) En la naturaleza del pecado mismo: abandonaron a Dios para irse en pos de los ídolos (vv. 14, 15). El versículo 14 es difícil de interpretar. La interpretación más probable es que «la Naturaleza sigue su curso sin cambiar, mientras que la nación ha cambiado su curso contra naturaleza» (Freedman). Este mismo autor añade que «los comentaristas judíos interpretan de modo diferente este versículo: ¿Abandonará uno el agua pura que desciende de una roca del campo, desde las nieves derretidas (en favor

de las turbias aguas), o habrá de abandonarse el agua que corre clara, por aguas corrompidas y estancadas?» Ésta es la interpretación que sostiene también M. Henry. Una cosa es la versión del versículo, y otra su empalme con el versículo 15.

(a) En cuanto a la versión, el versículo 14 dice así literalmente en el texto masorético actual: *«¿Acaso falta de la roca del campo la nieve del Líbano, o son arrancadas las aguas extrañas, frías, corrientes?»* Ante la oscuridad de algunos vocablos, Ehrlich-Streane proponen la siguiente paráfrasis: *«¿Acaso el agua fría como el hielo* (lit. *nieve) del Líbano faltará* (de descender) *entre* (lit. *desde) las rocas al valle* (lit. *campo)? ¿Acaso desaparece el agua que se filtra por entre las rocas, viniendo de regiones desconocidas* (lit. *extrañas) y frías* (libre así de mucha evaporación)?»

(b) En cuanto al empalme con el versículo 15, en nada afecta a la conexión la versión (de entre las dos propuestas anteriormente) que se escoja, pues ya se enfatice el inmutable curso de la naturaleza o la insensatez del viajero que abandona el agua clara, fresca, corriente, por las aguas turbias y corrompidas de un estanque, la comparación está clara en el versículo 15: Israel, contra naturaleza, *se ha olvidado de su Dios,* fuente de aguas vivas, y se ha ido en pos de los ídolos, *incensando a lo que es vanidad, y* esos mismos ídolos (o ellos mismos—el sujeto no está claro) *les han hecho tropezar en los caminos antiguos* (comp. con 6:16) y *desviarse por sendas* malas, *no transitadas* antes.

(B) En las dañosas consecuencias del pecado, el cual tendía de modo directo (vv. 16, 17) a dejar desolada la tierra, y hechos unos miserables los obstinados en el pecado. *«Todo aquel que pase por ella* (v. 16b) *se quedará atónito y meneará la cabeza* en señal del tremendo asombro que le habrá causado una situación de ruina donde menos podía esperarse. *Como con viento solano* (v. 17), violento y abrasador (comp. 13:24), *los esparciré* acobardados e impotentes *delante del enemigo.* Y, lo peor de todo, *les mostraré las espaldas y no el rostro, en el día de su perdición».* Nuestras desdichas pueden ser soportadas fácilmente si Dios nos mira de frente y nos sonríe, pero si nos vuelve la espalda, y muestra así que está disgustado con nosotros, y nos deja de su mano, estamos perdidos.

Versículos 18–23

El profeta introduce aquí sus asuntos personales para nuestra instrucción.

I. Los métodos comunes de los perseguidores, los enemigos de Jeremías (v. 18).

1. Juntan sus cabezas para consultar sobre lo que deberían hacer contra él, tanto para vengarse de él por lo que lleva dicho hasta ahora, como para taparle la boca para el porvenir: «*Y dijeron: Venid y maquinemos contra Jeremías,* no sólo contra su persona, sino contra las palabras que profiere contra nosotros».

2. En esto, presumían de un gran celo por la religión, la cual, según ellos parecen insinuar, estaba en peligro si a Jeremías se le consentía seguir predicando como lo hacía: *«Venid y* silenciémosle, *porque la ley no faltará al sacerdote, etc.»* (comp. con Mal. 2:6: *«la ley de la verdad estuvo en su boca»).* Parecen decir: «En la boca de ellos buscaremos la verdad; la administración de las ordenanzas de acuerdo con la ley está en manos de ellos, y ninguna de las dos cosas les serán arrebatadas». Dos cosas dan a entender:

(A) Que Jeremías no podía ser verdadero profeta, sino un impostor, porque no había sido comisionado por los sacerdotes ni estaba de acuerdo con los demás profetas. (B) Que el contenido de sus profecías no podía proceder de Dios, porque iba algunas veces contra los profetas y los sacerdotes (v. 5:31), engañaba al pueblo (v. 14:14) y decía que sacerdotes y profetas quedarían estupefactos (v. 9), que practicaban todos ellos el fraude (8:10, al final) y que llegarían a estar intoxicados (13:13).

3. Acuerdan hacer todo lo posible para destruir su reputación (v. 18c): *«Venid e hirámoslo con la lengua».*

4. Para dar ejemplo a los demás, resuelven no tener en cuenta nada de lo que él diga (v. 18, al final): «*Y no atendamos a ninguna de sus palabras,* porque son palabras *suyas,* no palabras de Dios».

5. Para silenciarlo bien de una vez, resuelven darle muerte (v. 23): *«Pero tú, oh Jehová*—dice Jeremías—, *conoces todo su plan contra mí para matarme».*

II. El alivio, también común, de los perseguidos. Podemos ver esto en el procedimiento que usó Jeremías, dándonos ejemplo: Inmediatamente acudió a su Dios en oración.

1. Pone su persona y su causa en las manos de Dios (v. 19). Ellos no querían prestar atención a ninguna palabra que él dijera, ni hacer caso a ninguna de sus quejas ni tomar nota de sus pesares; pero: *«Oh Jehová,* dice, *préstame atención y escucha la voz de los que contienden conmigo* (lit.). Mira cómo gritan contra mí, cuán falso y perverso es todo lo que dicen. ¡Sean juzgados por su propia boca y haz que sus lenguas caigan sobre ellos!»

2. Se queja de la vil ingratitud de ellos hacia él (v. 20): *«¿Es que se paga mal por bien y* queda sin castigo? ¿No me recompensarás tú con bien por ese mal? Mira que *han cavado un hoyo a mi alma,* a mi vida, de un modo cobarde; *cavaron* (v. 22) *un hoyo para prenderme, y a mis pies han escondido lazos»* (comp. con Sal. 119:85). El bien que él les había hecho es muy grande (v. 20b): *«Acuérdate que me puse delante de ti para hablar el bien por ellos, para apartar de ellos tu ira».* Había intercedido por ellos delante de Dios. Pero no es extraño que quienes se han olvidado de Dios no se percaten de quiénes son sus mejores amigos. Esto le daba mucho pesar, como en otro tiempo a David (Sal. 35:13; 109:4: *«En pago de mi amor me han sido adversarios»).* Así tratan los pecadores al Gran Intercesor, crucificándole de nuevo y hablando contra Él en la tierra, mientras Su sangre habla a favor de ellos en el cielo. Jeremías tenía el consuelo de que, aun cuando ellos hablaban de él con tanto desprecio, tenía el testimonio de su conciencia de que había cumplido con su deber hacia ellos.

3. Invoca los juicios de Dios contra ellos en una tremenda imprecación (vv. 21–23). Asensio la llama «petición de castigo inexorable en un estilo durísimo en sí y de frente al estilo del Nuevo Testamento». M. Henry trata de excusarle y dice que «no lo hace llevado de una disposición vengativa, sino por indignación contra la maldad de ellos». Pide aquí: (A) Que sus familias se mueran de hambre por falta de pan. (B) Que sean cortadas por *el poder de la espada* en la guerra. (C) Que los terrores y desolaciones de la guerra caigan sobre ellos súbitamente y por sorpresa, para que así el castigo corresponda al pecado de ellos (v. 22). (D) Que Dios les trate conforme a la gravedad de su pecado, el cual no tenía excusa. (E) Que la ira de Dios contra ellos les ocasione la ruina (v. 23b). Ahora bien, esto no fue escrito para que lo imitemos. Jeremías era profeta y, al impulso del espíritu de profecía, y con la previsión de la ruina que con toda certeza iba a sobrevenir a sus perseguidores, pudo proferir en sus oraciones expresiones que nosotros no debemos proferir, pues nuestro Maestro nos enseñó, con su precepto y con su ejemplo, a *bendecir a los que nos maldicen, a hacer bien a los que nos aborrecen y a orar por los que nos ultrajan y nos persiguen* (Mt. 5:44).

CAPÍTULO 19

El mismo tema melancólico del capítulo precedente es también el del presente: la inminente ruina de Judá y de Jerusalén a causa de sus pecados. I. El profeta tiene que poner plásticamente ante los ojos del pueblo sus pecados (vv. 4, 5). II. Tiene que describir los particulares castigos que se cernían sobre ellos (vv. 6–9). III. Tiene que hacer esto en el valle del Tófet con gran solemnidad (vv. 2, 3). IV. Tiene que convocar a un grupo de ancianos para que sean testigos de esto (v. 1). V. Tiene que confirmar esto mediante una señal, que será la rotura de una vasija de barro, con lo que dará a entender que habían de ser despedazados como una vasija de alfarero (vv. 10–13). VI. Después de hacer esto, lo ratificó en el atrio del templo (vv. 14, 15).

Versículos 1–9

El profeta es enviado ahora con un mensaje que ya había predicado con frecuencia.

1. Tiene que tomar del Estado y de la «Iglesia», *de los encianos del pueblo y de los ancianos de los sacerdotes* (v. 1) algunos que sean auditores y testigos de lo que él va a decir y hacer. Aunque la casi totalidad de los ancianos le eran desafectos, es probable que hubiese algunos que le considerasen como a verdadero profeta de Dios y estuvieran dispuestos a pagar este respeto a la visión celestial.

2. Tiene que ir *al valle del hijo de Hinom y* proclamar allí este mensaje, porque *la palabra de Dios no está atada* a un lugar; tan bueno puede ser un sermón predicado en el valle del Tófet como si se predica en el atrio del templo. Cristo predicó en un monte y en una barca. Este sermón tiene que predicarse *en el valle del hijo de Hinom:* (A) Porque allí habían sido culpables de la más vil idolatría: sacrificar a Moloc

sus hijos. La vista misma del lugar podía servir para llevarles a la memoria tal crimen. (B) Porque allí habían de sufrir su más terrible calamidad; y, puesto que aquello era el vertedero común de la ciudad, podrán ver el miserable espectáculo que ofrecerá esta magnífica ciudad cuando toda ella sea como el valle del Tófet. Nótese (v. 2, al final) que dice Dios: *«y proclamarás allí las palabras que yo te hablaré»* cuando hayas llegado allá. Con frecuencia, los mensajes de Dios no eran revelados a los profetas antes de que estuvieran a punto de comunicarlos.

3. Tiene que comunicar a todos la noticia de una ruina general que va a venir en breve sobre Judá y Jerusalén (v. 3): *«Oíd la palabra de Jehová,* por terrible que sea». Tanto los gobernantes como los súbditos habrán de oírla; *los reyes de Judá* (comp. con 17:20), el rey y sus hijos, tienen que escuchar la palabra del Rey de reyes, que está muy por encima de todos, por altos que estén. También *los moradores de Jerusalén* han de oír lo que Dios tiene que decirles. Tanto los príncipes como el pueblo han contribuido al pecado nacional y tienen que compartir el arrepentimiento nacional, o tendrán que compartir la ruina nacional. Así se describe la ruina de la casa de Elí (1 S. 3:11) y la de Jerusalén (2 R. 21:12).

4. Tiene que decirles lisa y llanamente cuáles eran sus pecados (vv. 4, 5). Se les acusa de apostatar de Dios *(«porque me dejaron»)* y usar mal los privilegios que habían sido su honor («*y enajenaron este lugar»).* Se les acusa también de afecto a los dioses falsos *(«dioses ajenos, los cuales no habían conocido ellos ni sus padres»).* A la ventura los tomaron por dioses suyos; ya que eran aficionados al cambio y a la novedad, les gustaban más, pues las nuevas formas de religión les eran tan gratas a su fantasía como las demás novedades. También les acusa de asesinato cometido con toda premeditación y malicia: «*y llenaron este lugar de sangre de inocentes*». Y, como si la idolatría y el asesinato, cometidos por separado, no fuesen lo bastante malos, los han unido en un solo crimen (v. 5), el de *«quemar con fuego a sus hijos en holocaustos al mismo Baal»*.

5. Tiene que esforzarse en impresionarles con la grandeza de la desolación que se cierne sobre ellos. Ha de decirles que este *valle del hijo de Hinom* va a tener un nuevo nombre, el de *Valle de la Matanza* (v. 6), porque (v. 7) *caerán a espada* multitudes de ellos, ya sea cuando hagan alguna salida contra los sitiadores y sean repelidos, o si intentan escapar y son capturados. En cuanto a los que se queden en la ciudad y no capitulen ante el enemigo, perecerán por falta de alimento, una vez que *se hayan comido la carne de sus hijos e hijas y de sus más queridos amigos* (v. 9), *en el asedio y en el apuro con que los estrecharán sus enemigos.* Y, finalmente, toda la ciudad quedará desolada (v. 8). El lugar al que la santidad había hecho *el gozo de toda la tierra,* el pecado lo convertirá en *el espanto y la burla* de todo el mundo.

6. Tiene que asegurarles que todos los intentos que hagan para evitar esta ruina serán inútiles (v. 7) mientras ellos continúen impenitentes y sin reformar: «Y *anularé los planes de Judá y de Jerusalén en este lugar*». No hay otro modo de huir de la justicia de Dios que yendo hacia Su misericordia.

Versículos 10–15

Se corrobora ahora el mensaje que fue predicado en los precedentes versículos:

1. Mediante un signo visible. El profeta tiene que llevar consigo *una vasija de barro* (v. 1) y, cuando haya comunicado el mensaje, tiene que *quebrar la vasija* (v. 10). En el capítulo anterior había comparado este pueblo al barro del alfarero, que fácilmente se estropea cuando se trabaja con él. Pero alguien podía decir: «Eso ya no cuenta para nosotros, pues hemos sido hechos y endurecidos hace mucho tiempo». «Y ¿qué importa eso?, viene a decir Jeremías; la vasija del alfarero se rompe en la mano de cualquier hombre lo mismo cuando está hecha y endurecida que cuando es aún barro blando y se echa a perder en la mano del alfarero; pero ahora el caso es mucho más grave, pues cuando la vasija es todavía barro blando, puede volver a moldearse, pero si se quiebra después que se ha endurecido, no es posible juntar de nuevo los pedazos». Vean, pues, que:

(A) Así como la vasija se ha roto fácilmente y sin remedio, así serán quebrantados (v. 11) Judá y Jerusalén por el ejército caldeo. Dependían ellos mucho de la firmeza de su constitución y de la bravura de sus ánimos, con lo que se creían endurecidos como una vasija de bronce; pero el profeta les muestra que eso les ha servido solamente para endurecerles como a una vasija de barro, la cual, por dura que sea, es quebradiza y se rompe con mayor facilidad que otras cosas que no son tan duras. Dios mismo, que los hizo, es el que resuelve ahora deshacerlos: «*Así quebrantaré a este pueblo y a esta ciudad, como quien*

quiebra una vasija de alfarero». Éste era el destino de los gentiles (Sal. 2:9; Ap. 2:27), pero ahora es el de Jerusalén (Is. 30:14). Una vasija de alfarero, cuando se ha roto, *no se puede restaurar más.* Sólo el que hirió a Judá y Jerusalén los puede curar; sólo el que quiebra esta vasija la puede reparar. Pero no lo va a hacer ahora.

(B) Esto se llevó a cabo en Tófet, para significar dos cosas: (a) *En Tófet se enterrarán, porque no habrá otro lugar para enterrar* (v. 11, al final). (b) Yo *pondré esta ciudad como un Tófet* (v. 12). Así como ellos habían llenado el valle de Tófet con los muertos que habían sacrificado a sus ídolos, así también Dios iba a llenar toda la ciudad con los muertos que habían de caer como sacrificios a la justicia de Dios. Los cadáveres y toda otra cosa sucia, contaminante, de la ciudad, eran traídos acá, y allí ardía continuamente el fuego para quemar lo que al valle se arrojaba. Tan execrable era considerado el lugar, que, en el lenguaje de nuestro Salvador, servía para aludir al infierno: ¡Gehenna! *¡El valle de Hinnom!* Pues *hasta las casas de Jerusalén* (v. 13) y *las casas de los reyes de Judá serán como el lugar de Tófet, inmundas,* a causa de las idolatrías cometidas allí. Los tejados planos de sus casas eran usados a veces por la gente piadosa como lugares convenientes para orar (Hch. 10:9), y por los idólatras como lugares altos en los que ofrecían sacrificios *a dioses ajenos,* especialmente *al ejército del cielo,* esto es, al sol, a la luna y a las estrellas. Se nos habla (Sof. 1:5) de *los que sobre los terrados se postran al ejército del cielo.* Este pecado sobre los terrados acarreó a las casas una maldición.

2. Mediante un solemne reconocimiento y una firme ratificación, *en el atrio de la casa de Jehová* (v. 14b) de lo que había dicho en el valle de Tófet. El profeta regresó de Tófet al templo, que estaba sobre la colina que domina dicho valle, y allí confirmó lo que había dicho en Tófet. (A) El juicio con que aquí se amenaza es el cumplimiento de las profecías. El pueblo se hacía la ilusión de que las amenazas no tenían otro objeto que asustarles, pero el profeta les dice que se engañan (v. 15), pues *«así dice Jehová de las huestes, Dios de Israel,* que tiene poder suficiente para dar cumplimiento a Sus palabras: *He aquí, yo traigo sobre esta ciudad y sobre todas sus villas todo el mal que hablé contra ella».* Dios se manifestará contra el pecado y contra los pecadores tan terrible como lo presenta la Escritura. (B) El pecado de que aquí se les acusa es el desprecio de las profecías (v. 15, al final): *«porque han endurecido su cerviz para no oír mis palabras».*

CAPÍTULO 20

Esta forma de obrar, lisa y llana, de Jeremías, en lugar de convencer y humillar a los hombres, sirvió para exasperarles más. I. Jeremías es perseguido por Pasur por predicar el sermón (vv. 1, 2). II. A Pasur se le amenaza por ello, de parte de Dios, quien confirma el mensaje que había predicado Jeremías (vv. 3–6). III. Jeremías se desahoga en quejas con Dios (vv. 7–10), se anima luego con el pensamiento de que Jehová está con él y le protege (vv. 11–13), para estallar luego en maldiciones contra el día de su nacimiento (vv. 14–18), con lo que se muestra que era un hombre sujeto a las mismas pasiones que nosotros.

Versículos 1–6

1. Vemos primero el injusto enojo de Pasur (hebr. *Pashjur)* contra Jeremías y los frutos de ese enojo (vv. 1, 2).

(A) Pasur era sacerdote y, por ello, debería haber protegido a Jeremías, que también era sacerdote, y más todavía porque era un profeta de Jehová, por cuyos intereses habían de velar los sacerdotes. Pero este sacerdote era un perseguidor. Era *hijo de Imer;* esto es, de la clase decimosexta de los sacerdotes, de la que el primer jefe fue Imer (v. 1 Cr. 24:14). Así se distingue a este Pasur de otros dos del mismo nombre, uno de los cuales se menciona en 21:1 como perteneciente a la clase quinta; el otro se menciona, junto a este segundo Pasur, en 38:1, donde se habla de *Gedalías hijo de Pasur.*

(B) El Pasur que ahora nos ocupa era *inspector jefe en la casa de Jehová* y, por tanto, «encargado de cortar las actividades subversivas de quienes se presentaban como profetas» (Asensio). Éste era el gran enemigo de Jeremías. No podemos suponer que Pasur fuese uno de los que marcharon con Jeremías al valle de Tófet para oírle predicar; pero, cuando Jeremías vino a los atrios de la casa de Jehová, Pasur *le*

oyó que profetizaba estas palabras (v. 1b) y no pudo aguantar que se atreviese a predicar, sin su permiso, en los atrios de la casa de Jehová, de la que era inspector jefe.

(C) Enfurecido contra Jeremías: (a) «*Pasur le golpeó* (lit.), esto es (lo más probable), hizo que le golpearan (también con la mayor probabilidad) con los 40 azotes prescritos por la Ley (Dt. 25:3; 2 Co. 11:24). (b) También (v. 2b) lo *puso en el cepo que estaba en la puerta superior de Benjamín, la que (había) en* (es decir, *junto a) la casa de Jehová* (lit.). «El cepo aseguraba los pies, las manos y el cuello, hasta doblar el cuerpo casi por completo (cf. 2 Cr. 16:10; Jer. 29:26)» (Ryrie). Pasur intentaba con esto castigarle y exponerle al menosprecio, a fin de que no se le tuviese consideración si profetizaba.

2. Vemos luego el justo enojo de Dios contra Pasur (v. 3): «*Al día siguiente, Pasur sacó a Jeremías del cepo*». El profeta tenía ahora un mensaje, de parte de Dios, para Pasur. Cuando éste le sacó del cepo, le puso Dios a Jeremías en la boca unas palabras que le habrían despertado a Pasur la conciencia, si es que tenía conciencia.

(A) ¿Quería Pasur establecerse firmemente a sí mismo al reducir al silencio a quien le reprendía por sus culpas y probablemente le habría rebajado la reputación que tenía entre el pueblo? Pues por ahí no iba a ganar Pasur ningún punto, porque:

(a) Aunque el profeta estuviese silencioso, la conciencia le daría a Pasur continuo tormento. Para confirmar esto, va a llevar un nuevo nombre impuesto por el propio Jehová: *Magor-misabib*, que significa *terror por todos los lados*, con lo que expresa así el continuo estado de pánico en que Pasur se ha de hallar un día, y del que va a contagiar a sus mejores amigos (v. 3). Su propia imaginación le había de crear ese pánico atormentador.

(b) Al abandonarle sus deudos, contagiados de su terror, Pasur se verá obligado a ir de un lado a otro, como Caín en la tierra de Nod (Gn. 4:16), pues todo el que le vea dirá: ¿Qué le pasa a este hombre para estar aterrorizado de esta manera? Y le contestarán: «Es que pesa sobre él la mano de Jehová por haber puesto a Jeremías en el cepo». Sus amigos, que habrían podido animarle, *caerán* (v. 4) *por la espada de sus enemigos, y los ojos de Pasur lo verán*, es decir, «esto sucederá en vida de Pasur» (Freedman).

(c) Se encontrará con que le espera la venganza divina (v. 6), ya que *él y toda su familia marcharán al cautiverio, a Babilonia*, donde morirá como cautivo y donde será enterrado con sus cadenas, *él y todos sus amigos*. Esta es la sentencia contra Pasur.

(B) ¿Quería Pasur conservar en paz al pueblo, a fin de impedir la destrucción que Jeremías profetizaba y, mediante el daño hecho a la reputación del profeta, hacer que sus palabras cayesen al suelo? Por el v. 6 (al final) vemos que él mismo se había querido hacer pasar por verdadero profeta diciéndole al pueblo que tendrían paz. Con eso les *había profetizado falsamente;* y porque la profecía de Jeremías decía lo contrario de la suya, por eso se enfrentó con él. Pero, ¿podía ganar también este punto? Jeremías se mantiene firme en lo que ha dicho contra Judá y Jerusalén:

(a) El país va a la ruina (v. 4b): «*A todo Judá entregaré en manos del rey de Babilonia*». Por mucho tiempo había sido la tierra de Dios, pero ahora transfiere a Nabucodonosor su título de propiedad; éste será el amo del país y dispondrá de sus habitantes como le plazca, pero ninguno escapará de sus manos.

(b) También a la ciudad le espera la ruina (v. 5). El rey caldeo se llevará a Babilonia todo cuanto de algún valor haya en la ciudad: *Las reservas* acumuladas, *todo su lucro*, es decir, «las riquezas obtenidas mediante las labores de ellos» (Freedman), y *todas sus cosas preciosas* (las cosas de mayor precio y a las que se estimaba como de mayor valor), *etc.* Todo ello *lo pondrá Dios en manos de los enemigos, y* éstos *los saquearán, los tomarán y los llevarán a Babilonia.*

Versículos 7–13

Aquí tenemos ahora a Jeremías, a causa de la debilidad de la carne extrañamente agitado en su interior. En estos versículos se manifiesta que, con ocasión del grave castigo que le había infligido Pasur, Jeremías sentía en su pecho una lucha entre sus gracias y sus debilidades.

I. Veamos el impacto que sobre los sentimientos de Jeremías ha hecho el mal trato recibido. Se queja:

1. De que era objeto de ridículo y escarnio; hacían burla de todo lo que decía y hacía (vv. 7, 8): «*Cada día he sido escarnecido, cada cual se burla de mí*» (v. 7b). ¿Y qué era lo que de tal manera le exponía al escarnio y a la burla? Ninguna otra cosa sino su fiel y celoso desempeño del deber que su ministerio comportaba (v. 8). No podían hallar nada que mereciera el escarnio, sino sólo su predicación:

«porque la palabra de Jehová me ha sido para afrenta y escarnio todo el día». Por dos cosas se reían de él:

(A) Por su manera de predicar: *«Porque cuantas veces hablo, doy voces,* grito». Siempre había sido un predicador afectuoso, vivo; y desde que había comenzado a hablar en nombre de Dios, hablaba como quien tiene un enorme interés. Los predicadores vehementes son el escarnio de oyentes negligentes e incrédulos.

(B) Por la materia de su predicación: «*… grito: Violencia y destrucción* (lit. *despojo)».* Este mensaje se puede entender de dos maneras: (a) «La carga de su mensaje presagia desastre» (así lo entienden, por ej., D. Wiseman y Freedman, de quien es la frase anterior). (b) Jeremías gritaba contra la violencia y la opresión que se hacían unos a otros los judíos (así Asensio y, en parte, M. Henry). M. Henry une así los dos sentidos: «Él les reprendía por la violencia y el despojo de unos hacia otros, y profetizaba la violencia y el despojo que había de sobrevenirles como castigo; por lo primero, le ridiculizaban como demasiado minucioso o preciso; por lo segundo, como demasiado crédulo. Esto ya era suficientemente malo; con todo, aún sigue adelante con sus quejas».

2. De que conspiran contra él y maquinan su ruina. No sólo era ridiculizado como persona débil, sino también vituperado y tergiversado como hombre malo y peligroso para el gobierno (v. 10). Pero había algunos que actuaban con mayor astucia:

(A) Hablaban mal de él a sus espaldas: *«Porque he oído* (de segunda mano) *la murmuración de muchos, terror por todas partes»* (hebr. *magormisabib,* como en el v. 3). Dice Asensio: *«calumnia* descarada y *acusación* insistente con el refuerzo del irónico *Magor misabib = terror en torno,* para provocar la intervención decisiva de Pasur». Dice, por su parte, Freedman: «él mismo se siente rodeado de peligro». Véase cómo traman la conspiración los enemigos de Jeremías (v. 10b): *«¡Denunciadle y le denunciaremos!»* (lit.). «Se incitan mutuamente a presentar falsas acusaciones contra él, a fin de poder entonces denunciarle colectivamente» (Freedman).

(B) Otros *(«mis mayores amigos»,* dice él—v. 10c—) no le atacaban directamente, sino que *acechaban cualquier traspié de él;* quizás le halagaban indiscretamente (así piensa M. Henry) para sacar de él alguna explosión de resentimiento *(«un desatino»)* o de acusación contra las autoridades (los príncipes o los sacerdotes), y así podrían acusarle y hasta vengarse de él. ¿Vengarse de él? ¿Por qué? Freedman apunta que estos «amigos» de Jeremías estaban enojados contra él porque hablaba en contra de la política proegipcia, de la que ellos eran fautores.

II. Veamos también la tentación que le asedió bajo el impacto de esta aflicción.

1. Se vio tentado a contender con Dios por haberle llamado al oficio profético (v. 7): *«Me sedujiste, oh Jehová,* para que fuese Tu mensajero, *y fui seducido,* es decir, me dejé seducir». Jeremías sabía que los profetas que le habían precedido habían sido perseguidos, y no tenía razón para esperar mejor trato. Dios le había dicho expresamente (1:18, 19) que *los reyes de Judá, sus príncipes, sus sacerdotes y el pueblo de la tierra pelearían contra él.* También Cristo les dijo a sus discípulos la oposición que habían de encontrar para *que no tuvieran tropiezo* (Jn. 16:1). El verbo hebreo significa *seducir o engañar,* pero es probable que, aplicado a Dios en este contexto, deba verterse por *persuadir,* lo cual concuerda mejor con lo que sigue. Jeremías era reacio a tomar sobre sí el oficio profético; quiso excusarse con que era demasiado joven y mal equipado para ser profeta, pero Dios no aceptó esas excusas y le dijo que había de comunicar todo lo que Él le mandase (1:6, 7). Según eso, Jeremías viene a decirle ahora: «Señor, puesto que tú me hiciste tomar este oficio, ¿por qué no me proteges en él? Si yo me hubiese lanzado a esto por mi propia iniciativa, justamente me vería escarnecido; pero, ¿por qué he de hallarme así cuando fuiste Tú el que me metiste en esto?»

2. Se vio tentado a abandonar su oficio, en parte porque encontró en él tantas dificultades, y en parte porque aquellos a quienes fue enviado, en lugar de ser edificados y volverse mejores, se exasperaban y se volvían peores (v. 9).

III. Veamos, en fin, su fiel adhesión a la obra que se le había encomendado y su ferviente dependencia de Dios a pesar de todo.

1. Halló la gracia de Dios al obrar poderosamente en él para tenerle fijo en su oficio (v. 9): «*Y si digo* en mi apresuramiento: *No haré más mención de Él ni hablaré más en su nombre …* Si reprimo y me callo

lo que llevo en el corazón para comunicarlo … Pero ¡no! Pronto me encuentro con que *hay en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos;* ese fuego está llameando internamente y hay que darle salida; *me fatigo en tratar de contenerlo, pero no puedo;* es imposible apagarlo» (comp. con Job 32:20; Sal. 39:2, 3; 1 Co. 9:16). Jeremías se ha fatigado pronto de esforzarse en contener la erupción de ese volcán que le impele a predicar el mensaje. No hay cosa que les duela tanto a los fieles ministros de Dios como el que se les impida predicar el Evangelio.

2. Le fue asegurada la presencia de Dios con él, lo cual bastaba para reducir a la impotencia todos los ataques de sus enemigos (v. 11): *«Mas Jehová está conmigo como poderoso guerrero,* para tomar partido a mi favor» (comp. con Ro. 8:31). Sus enemigos decían (v. 10, hacia el final): *«Prevaleceremos contra él».* Pero él asegura (v. 11b): *«Por tanto, los que me persiguen tropezarán y no prevalecerán».* Bien puede decir: *«Jehová está conmigo:* está conmigo para ayudarme a llevar la carga; está conmigo para hacer que la palabra que predico responda al propósito que Él le destinó; está conmigo para sembrar el terror en mis enemigos y hacer así que prevalezca contra ellos». Los más formidables enemigos que actúen contra nosotros aparecerán completamente despreciables cuando veamos al Señor que está por nosotros *grande y temible* (Neh. 4:14). Jeremías habla ahora con toda seguridad: «Puesto que *Jehová está conmigo, los que me persiguen tropezarán y no prevalecerán; serán avergonzados* de su malicia impotente y de sus inútiles esfuerzos».

3. Apela a Dios a que se manifieste contra ellos como Juez justo y que vindique así la causa que le ha encomendado (v. 12). El que escudriña el interior de los justos, escudriña también el interior de los impíos y, por tanto, puede dar infalible veredicto sobre las palabras y las acciones de ambos. Este versículo 12 es casi idéntico con 11:20, y en ambos ha de verterse la frase final: *«porque a ti he expuesto* (o *declarado) mi causa».* No es que Dios no la conociese perfectamente, pero nosotros hemos de exponerla ante Su presencia, pues quiere conocerla de nuestros labios con todos sus detalles, no para impresionarle a Él, sino para que nos impresione y afecte a nosotros mismos.

4. Se regocija grandemente y alaba a Dios, con plena confianza de que Dios se manifestará para librarle (v. 13). En un transporte de gozo, se siente ya libertado y se anima a sí mismo y a otros a *cantar y alabar a Jehová,* dándole la gloria que le pertenece por ello. Vemos aquí un cambio muy grande desde que comenzó esta conversación con Dios: las nubes se han desvanecido y sus quejas se han acallado y se han convertido en alabanzas. Lo que ha efectuado este dichoso cambio ha sido una fe viva puesta en ejercicio, hasta cambiar las quejas en cánticos, y los temblores en triunfos.

Versículos 14–18

¿Qué significan ahora estas exclamaciones? *¿Puede salir de una misma boca la bendición y la maldición?* (Stg. 3:10). Acaba de decir (v. 13) *«Cantad a Jehová, alabad a Jehová»* y, de repente, con todo apasionamiento (v. 14), dice *«Maldito el día en que nací».* La presente porción muestra hasta qué punto le bullía a Jeremías en el corazón toda la amargura acumulada en el tiempo en que estuvo preso en el cepo. Por eso, tras ese breve paréntesis de euforia en los versículos 11–13, su lamentación irrumpe de nuevo como la inundación de una presa contenida. Veamos:

1. El lenguaje del profeta en esta tentación.

(A) Pronuncia una maldición sobre el día de su nacimiento, como lo hizo Job (Job 3:1) en su acaloramiento. Desea no haber nacido. Judas, en el infierno, tiene motivos para ese deseo (Mt. 26:24), pero ningún hombre tiene razón para eso mientras vive en la tierra, pues no sabe si llegará todavía a ser un vaso de misericordia; menos motivo aún tiene para ese deseo un hombre bueno como Jeremías.

(B) También maldice (v. 15) al que le llevó a su padre la noticia del nacimiento. La maldición está expresada en terribles frases: *«Sea el tal hombre como las ciudades que asoló Jehová y no se arrepintió»,* es decir, como Sodoma y Gomorra. Le desea que llegue a ser presa del terror (v. 16b): *«Oiga gritos de mañana,* de las personas atacadas por el enemigo (comp. con 18:22), *y voces de alarma a mediodía,* es decir, *sonido de trompeta y pregón de guerra* (4:19, al final)».

(C) Está enojado porque *no fue muerto en el vientre de su madre* (v. 17), de que su primer aliento no fue el último y de que no fue estrangulado tan pronto como vino a este mundo.

(D) Piensa que su presente aflicción da motivo suficiente para justificar estos apasionados deseos (v. 18): *«¿Para qué salí del vientre para ver trabajo y dolor, y que mis días se consumiesen en la confusión?»* (lit.). Como si dijese diciendo: «En el vientre no era aborrecido, estaba tranquilo y no

conocía ningún mal; ¿para qué haber nacido y pasar ahora tantos trabajos y dolores y consumir mi vida de este modo tan ignominioso?»

2. El uso que podemos hacer de esto. Aunque no está escrito para nuestra imitación, se pueden aprender aquí buenas lecciones: (A) Véase la vanidad de la vida humana y la aflicción de espíritu que comporta. (B) Véase también la insensatez de una pasión pecaminosa y cuán irracionales son los exabruptos en que prorrumpe. ¡Qué insensatez es maldecir un día y a un mensajero por el mero hecho de comunicar una noticia que siempre se recibía con alegría: el nacimiento de un hijo varón! Cuando el corazón hierve de enojo, hay que poner un freno a la lengua (Sal. 39:1, 2).

CAPÍTULO 21

Según Asensio, del capítulo anterior al presente hay un salto histórico de diez años «como mínimo». «El Jeremías humillado del capítulo anterior se convierte de repente en el profeta honrado por la consulta del rey» (Asensio). Aquí tenemos: I. El mensaje que Sedequías envió al profeta, pidiéndole que inquiriese delante de Jehová por ellos (vv. 1, 2). II. La respuesta que Jeremías, en nombre de Dios, dio a dicho mensaje, en la cual: 1. Predice la cierta e inevitable ruina de la ciudad (vv. 3–7). 2. Exhorta al pueblo a que se vaya con el rey de Babilonia (vv. 8–10). 3. Amonesta al rey y a su familia para que se arrepientan y se reformen (vv. 11–14).

Versículos 1–7

1. Tenemos primero un humilde mensaje que el rey Sedequías, al verse en apuros, envió al profeta Jeremías. Se humilló lo bastante como para desear que el profeta le ayudase, pero no para admitir su consejo ni seguir sus instrucciones.

(A) El aprieto en que se hallaba Sedequías ahora (v. 2b): *«Nabucodonosor, rey de Babilonia, hace guerra contra nosotros»*. En efecto, para entonces ya había invadido el rey caldeo el país, había puesto sitio a Jerusalén y embestía fuertemente contra ella.

(B) Los mensajeros que envió—*Pasur, hijo de Malaquías* (no es el mismo Pasur de 20:1 y ss.), y *al sacerdote Sofonías, hijo de Maasías*—. Habría sido mejor tener una entrevista personal con el profeta, y el profeta le habría recibido si hasta eso llegaba la humillación del rey. Estos dos sacerdotes tienen que llevar a Jeremías, de parte de Sedequías, un respetuoso mensaje, lo cual era una humillación para ellos, y un honor para el profeta.

(C) El mensaje era el siguiente: *«Te ruego que consultes acerca de nosotros a Jehová»* (v. 2). Ahora que el ejército caldeo había invadido el país, se convencían de que Jeremías era verdadero profeta, aunque les repugnase tener que reconocerlo. Bajo esta convicción desean que, como amigo de ellos, consulte a Jehová: *«Consulta a Jehová acerca de nosotros*—le dicen—; pregúntale qué curso hemos de tomar en el apuro presente, pues las medidas que hemos tomado hasta el presente nos han resultado fallidas todas». Vemos aquí que:

(a) Los que no quieren recibir la dirección de la gracia de Dios en cuanto a verse libres de sus pecados, se alegrarían de recibir las direcciones de la providencia de Dios en cuanto a verse libres de sus apuros (v. 2b): *«Quizás*—dicen—*Jehová hará con nosotros según todas sus maravillas* (los portentos obrados en el pasado) y *se alejará* (Nabucodonosor) *de nosotros»*.

(b) Todo su interés está centrado en verse libres de la aflicción, no en hacer las paces con Dios, y reconciliarse con Él. Por eso, no dicen: «Para que nuestro Dios se vuelva a nosotros», sino: *«Para que él*, nuestro enemigo, *se aleje de nosotros»*.

(c) Toda su esperanza está puesta en que Dios ha llevado a cabo en el pasado maravillosos portentos, como ocurrió en la liberación de Jerusalén cuando Senaquerib la tenía sitiada (2 Cr. 32:20, 21). ¿Por qué no podría también destruir del mismo modo a los que ahora tienen sitiada la ciudad? Si aquello lo hizo por oración de Isaías, ¿no podrá hacer esto por oración de Jeremías? Pero no consideraban la diferencia existente entre el rey de entonces, el piadoso Ezequías, y el de ahora, el malvado Sedequías. Además, aquellos eran días de piedad y reforma; éstos lo son de apostasía y corrupción.

2. Tenemos luego la terrible respuesta que Dios, por medio del profeta, da a este mensaje. Dios conoce, mucho mejor que Jeremías, los corazones de ellos y les da una respuesta que escasamente comporta una palabra de consuelo. Jeremías pone bien en claro que lo que dice es, no frases suyas, sino palabra de Dios (v. 4): *«Así ha dicho Jehová, Dios de Israel»*. Así les da a entender que, aun cuando Dios permitía que se le llamase *el Dios de Israel* y que había hecho anteriormente portentos maravillosos a favor de Israel y todavía tenía en reserva grandes cosas para Israel, todo esto no le valdría para nada a la presente generación, pues eran israelitas sólo de nombre. Aquí se predice:

(A) Que Dios tornará inútiles todos los esfuerzos que ellos hagan para su propia seguridad (v. 4).

(B) Que los sitiadores se harán en breve los amos de Jerusalén y se apoderarán de todas sus riquezas (v. 4, al final): «y yo *los reuniré* (a los caldeos sitiadores) *en medio de esta ciudad*».

(C) Que Dios mismo será enemigo de ellos. ¿Quién será entonces amigo de ellos? Jeremías no lo será, por cierto (v. 5). Los que se rebelan contra Dios, justamente pueden esperar que Él les declare la guerra.

(D) Que los que, en busca de una falsa seguridad, traten de quedarse en la ciudad para no morir a espada, no escaparán de la espada de la justicia divina (v. 6): «*Y heriré a los moradores de esta ciudad, a los hombres y a las bestias juntamente; y morirán de pestilencia grande*».

(E) Que el rey mismo, y todo el pueblo que escape de pestilencia, espada y hambre, *caerán en las manos de los caldeos* (v. 7). *El rey de Babilonia … los herirá a filo de espada; no los perdonará, ni tendrá piedad de ellos, ni tendrá compasión de ellos.*

Versículos 8–14

A juzgar por el cortés mensaje que el rey envió a Jeremías, podría pensarse que tanto él como el pueblo comenzaban a tenerle respeto; pero la respuesta que Dios le obliga a dar es suficiente para destrozar el poco respeto que comenzaban a tenerle y para exasperarles contra él más que nunca. No sólo las predicciones de los anteriores versículos, sino también las prescripciones de los versículos presentes les iban a resultar provocativas.

1. Aconseja al pueblo que se rindan a los caldeos, como único medio para salvar la vida (vv. 8–10). Este consejo desagradaba a los que eran lisonjeados por los falsos profetas para que tomasen la resolución desesperada de resistir hasta el fin, al confiar en el grosor de sus murallas, en la bravura de sus soldados o en la ayuda de alguna potencia exterior con la que poder levantar el cerco de la capital.

(A) El profeta les asegura (v. 10b) que *la ciudad … será entregada en manos del rey de Babilonia,* el cual no sólo la saqueará, sino que *la quemará a fuego,* pues Jehová mismo dice (v. 10a): *«He puesto mi rostro contra esta ciudad para mal, y no para bien»*. Así que el mejor partido que podían tomar era pedir cuartel a los caldeos y rendirse a ellos como prisioneros de guerra.

(B) Tanto la Ley como los profetas les habían puesto delante con frecuencia la vida y la muerte en otro sentido—la vida si obedecían la voz de Dios, la muerte si persistían en la desobediencia (Dt. 30:19)—. La expresión (v. 8) *«He aquí pongo delante de vosotros el camino de la vida y el camino de la muerte»* no denota, como en Deuteronomio 30:15 y ss., una alternativa entre una existencia próspera y una existencia miserable, sino un dilema melancólico, aconsejándoles a escoger el menor mal entre dos males: El que se quede en la ciudad (v. 9) morirá de cierto, ya sea de muerte violenta *a espada, de hambre o de pestilencia;* pero el que se persuada a abandonar sus vanas esperanzas, *que salga y se pase a los caldeos … vivirá, y su vida le será por despojo,* esto es, como se consigue agarrar algo de manos de un hombre forzudo, ya que no se pueda conseguir otra cosa. Al fin y al cabo, un hombre da cualquier cosa a cambio de la vida.

2. Exhorta al rey y a los príncipes a reformarse. Hay en la respuesta al mensaje regio un consejo especial para *la casa del rey* (vv. 11, 12): *«Haced justicia cada mañana,* esto es, justa, pronta y diligentemente, sin dilaciones ni favoritismos, y *librad al oprimido de manos del opresor, para que mi ira no salga como fuego,* y lo paséis peor los que pensáis escapar mejor, *por la maldad de vuestras obras»*. Precisamente era *la maldad de sus obras* la que había encendido el fuego de la ira de Dios. Con esta claridad le habla a la misma casa del rey; porque quienes deseen beneficiarse de las oraciones del profeta, tienen que recibir con agradecimiento las reprensiones del profeta. Los príncipes deben empezar dando un buen ejemplo, para que el pueblo se sienta animado a reformarse. Les hace a la memoria que son *la casa*

de David (v. 12, primera frase) y, por tanto, que deben seguir las pisadas de David, el cual hizo juicio y justicia a su pueblo.

3. Les muestra la vanidad de todas sus esperanzas mientras continúen sin reformar (vv. 13, 14). Jerusalén es presentada aquí como *moradora del valle y de la roca de la llanura* (v. 13), lo que resulta muy difícil de entender, ya que Jerusalén no estaba edificada ni en una llanura ni sobre una roca. Dice Asensio: «El recuerdo del rey ha provocado la inserción un tanto enigmática de Jerusalén, descrita como *moradora del valle* (*¿Tiropeón?*) y *roca de la llanura* (que circundaba el monte donde estaba edificada)». Con esta explicación concuerda la del rabino Kimchi, citado por Freedman, quien dice: «Como Jerusalén estaba sobre una colina, el terreno circundante era una *llanura»*. Quizás—opinión del traductor—la explicación esté en la segunda parte del versículo, donde los moradores de Jerusalén retan a quien se atreva a bajar (el *valle)* hacia ellos o a entrar en la ciudad, para ellos inexpugnable como una *roca.* Pero este reto, insultante para el profeta y para Dios mismo, es necio e inútil, porque contra Dios nadie puede prevalecer (v. 13a): *«He aquí yo estoy contra ti»*. Y después (v. 14): «*Yo os castigaré conforme al fruto de vuestras obras, dice Jehová, etc.». Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?* (Ro. 8:31). Pero, si Dios está contra nosotros, ¿quién podrá hacer algo por nosotros?

CAPÍTULO 22

Este capítulo y el siguiente contienen juicios contra algunos reyes de Judá, y comienzan por el reinante (probablemente Joacim), con referencias también a su antecesor Joacaz, llamado aquí (v. 11) Salum, y a su hijo y sucesor Joaquín, llamado aquí (vv. 24, 28) Conías. I. Un mensaje enviado a la familia real, al parecer en el reinado de Joacim, con algunas referencias a Joacaz, su antecesor, que fue llevado cautivo a Egipto (vv. 1–9). II. Una lamentación a Joacaz (vv. 10–12). III. Reprensión y amenaza al rey Joacim (vv. 13–19). IV. Otro mensaje enviado en el reinado de Joaquín (alias Jeconías), el hijo de Joacim. Se le acusa de rehusar obstinadamente escuchar y se predice que, en él, se acabará la dinastía salomónica (vv. 20–30).

Versículos 1–9

1. Se le ordena a Jeremías que vaya a predicar delante del rey (v. 2): *«Oye la palabra de Jehová, oh rey de Judá, etc.»*. Se dice de este rey *«que estás sentado sobre el trono de David»* (v. 2b), quien era, según elección divina, no del pueblo solo, rey de Israel. Con esto se le quiere dar a entender a Joacim que está ostentando la dignidad y el poder regios en virtud del pacto que hizo Dios con David. Que siga este rey el ejemplo de David y se beneficiará de las promesas hechas a David.

2. Qué es lo que se le ordena a Jeremías predicar.

(A) Debe decirles lo que requiere de ellos Jehová su Dios (v. 3). Han de procurar con toda diligencia: (a) Hacer todo el bien que puedan con el poder que tienen. Deben hacer justicia en defensa de los oprimidos. (b) Evitar hacer daño a nadie (v. 3b): «y *no engañéis ni robéis al extranjero, ni al huérfano ni a la viuda,* pues éstos están de manera especial bajo la tutela protectora de Dios (Éx. 22:21, 22).

(B) Debe asegurarles que el fiel desempeño de su deber habría de traerles la prosperidad (v. 4). Habría una ininterrumpida sucesión de monarcas, *sobre el trono de David,* que disfrutarían de tranquilidad y vivirían con toda dignidad. El medio más efectivo de preservar la dignidad del gobierno es cumplir fielmente con el deber correspondiente.

(C) También debe asegurarles que la iniquidad, si persistían en ella, sería la ruina de sus familias (v. 5). El pecado ha sido con mucha frecuencia la ruina de los palacios reales, por muy fuertes y majestuosos que hayan sido, y el pecado será también la ruina de las casas principescas como de las casas de los menestrales.

(D) Debe mostrarles cuán fatal había de ser su iniquidad para su reino como para ellos mismos y, especialmente, para Jerusalén, la regia ciudad (vv. 6–9). Judá y Jerusalén habían sido de mucha estima a los ojos de Dios (v. 6b): *«Como Galaad eres tú para mí y como la cima del Líbano,* así de espléndida como esos dos lugares por su riqueza maderera (véase el v. 7)». Pero el país iba a ser *convertido en soledad y como ciudades deshabitadas* (v. 6, al final). Dios mismo va *a preparar los destruidores* (v. 7).

¿Y quién podrá contender con los destruidores preparados por Dios? Habrá quienes estén dispuestos a justificar a Dios por este juicio (vv. 8, 9): personas de *muchas naciones* que, cuando pasen junto a las ruinas de la ciudad en sus viajes, preguntarán (v. 8b): *«¿Por qué hizo así Jehová con esta gran ciudad?»* Pregúntale al primero que pase y él te lo dirá (v. 9): *«Porque dejaron el pacto de Jehová su Dios, y adoraron dioses ajenos y les sirvieron»*. Dios a nadie abandona mientras no es abandonado por él.

Versículos 10–19

1. Tenemos aquí primeramente la sentencia contra Salum, sobrenombre de Joacaz (v. 1 Cr. 3:15), pues se dice que *«reinó en lugar de Josías su padre»* (v. 11). Fue el pueblo quien le eligió, aun cuando no era el primogénito (2 R. 23:30; 2 Cr. 36:1). Quizás lo eligieron porque vieron en él un joven más activo que su hermano mayor y mejor equipado para gobernar; pero pronto les mostró Dios la insensatez de esta injusticia, porque en el término de tres meses vino contra él el rey de Egipto, lo depuso y se lo llevó prisionero a Egipto, conforme a la amenaza de Dios (Dt. 28:68). No se dice que ninguna otra persona del pueblo fuese llevada al cautiverio con él. Tenemos el relato de esto en 2 Reyes 23:34 y 2 Crónicas 36:4. Ahora bien:

(A) Se exhorta al pueblo a hacer lamentación por él, más bien que por su padre Josías (v. 10): *«No lloréis al muerto,* esto es, no hagáis ya más duelo por el rey Josías». Jeremías mismo había hecho lamentación por él (2 Cr. 35:25); pero ahora, también él tendrá que desviar sus lágrimas hacia otro canal. Deben *llorar amargamente* por Joacaz, *que se va,* es decir, que se marchó cautivo a Egipto.

(B) Josías se fue al sepulcro en paz y honor, no hay que llorar por él, sino por su desdichado hijo, que está destinado a vivir y morir en la desgracia y la miseria de un prisionero. Bien pueden ser envidiados los santos en su muerte, mientras que han de ser compadecidos los pecadores en vida y, por supuesto, en muerte. Joacaz *no volverá jamás* (vv. 10, al final; 11, al final) de su cautividad, contra las expectaciones del pueblo y las suyas propias, sino que morirá en el cautiverio. Como les costaba mucho creerlo, se repite una y otra vez. Esto le sobrevino por no seguir el buen ejemplo de su padre y por usurpar los derechos de su hermano mayor.

2. Tenemos luego la sentencia de Joacim, que le sucedió. No gobernó mejor que su hermano menor y, al final, tampoco lo pasó mejor que él.

(A) Se le reprende por sus pecados. No se le acusa aquí de idolatría, sino que los crímenes por los que se le reprende aquí son orgullo y ostentación vanidosa; como si todo el negocio de un rey fuese aparecer grande, sin tener el menor interés en hacer el bien.

(a) Quiere edificar para sí un palacio suntuoso (v. 14): *«una casa amplia y salas espaciosas»*. Las ventanas tienen que abrirse según la última moda, los techos han de estar *cubiertos de cedro,* la clase más cara y valiosa de madera, y todo *pintado de bermellón.* Lo malo de todo esto es que tenía por objeto halagar su propia vanagloria. Reinó los primeros tres años por permiso del rey de Egipto; el resto de su reinado, por permiso del rey de Babilonia; y al figurar como un virrey, codiciaba rivalizar en pompa con los más poderosos monarcas.

(b) Lo peor del caso es que (v. 13) *edificó su casa con injusticia … sirviéndose de su prójimo de balde y no dándole el salario de su trabajo.* A esta extorsión injusta añadió la opresión y la violencia (v. 17): *«Mas tus ojos y tu corazón no son sino para tu avaricia, para derramar sangre inocente, para opresión y para hacer violencia»*. Dios se da cuenta de la violencia que los mayores potentados hacen a sus pobres criados y obreros, y no dejará sin castigo a quienes tratan sin justicia a los que emplean en su servicio. En la codicia, el corazón se va detrás de los ojos; por eso se la llama *concupiscencia de los ojos* (1 Jn. 2:16; Job 31:7).

(c) Lo que hacía más graves todos estos pecados: El rey era hijo de un buen padre, y le había dejado un buen ejemplo, si él hubiese querido seguirlo (vv. 15, 16). Jeremías le dice que la conducta de su padre le debería haber servido de pauta para el cumplimiento de las obligaciones regias. Josías (v. 15b) *hizo juicio y justicia y así le fue bien.* No sólo no usó del poder para hacer el mal, sino que lo usó para fomentar el bien. *Él juzgó* (v. 16) *la causa del afligido y del menesteroso.* Esto sí que fue *conocer a Jehová* (v. 16, al final), es decir, amarle, seguirle y servirle. Y Dios le bendijo con bienestar y paz. Joacim edificó una casa grande para servirle de orgullo, mientras que su padre Josías conservó una casa buena que le sirvió de alabanza. Es mejor vivir con Josías en un palacio pasado de moda y hacer el bien, que morar con Joacim en un suntuoso palacio y dejar deudas sin pagar.

(B) Se le lee fielmente a Joacim la sentencia (vv. 18, 19). Podemos suponer que Jeremías puso en peligro su vida al predecir la vergonzosa muerte de Joacim; pero *«así ha dicho Jehová acerca de Joacim»* y, por tanto, así lo dice también Jeremías: Morirá sin que nadie haga duelo por él. Se ha hecho tan odioso por su opresión y su crueldad, que nadie le hará el honor de derramar una lágrima por él. Ni siquiera sus parientes más allegados le lamentarán. Sus súbditos no harán tampoco duelo por él como solían hacerlo junto a las tumbas de sus príncipes. *«Como un asno será enterrado»* (v. 19), es decir, sin sepelio, pues el cadáver de un animal era arrojado a un pozo o a un estercolero. No será llevado en pompa a un suntuoso mausoleo, sino que se lo llevarán *arrastrándole y echándole fuera de las puertas de Jerusalén.* Flavio Josefo dice que Nabucodonosor le dio muerte en Jerusalén y dejó su cadáver expuesto al público en un lugar a gran distancia de las puertas de Jerusalén.

Versículos 20–30

La profecía que sigue parece haber sido pronunciada con relación al ignominioso reinado de Joaquín, el hijo de Joacim, el cual reinó tres meses y fue después llevado cautivo a Babilonia, donde vivió muchos años (52:31). Se le llama también *Jeconías,* que no es sino la vuelta al revés, muy significativa, de *Joaquín* (que significa «Jehová establece firmemente»). Pero todavía es más significativo el hecho de que, en este capítulo, no se le llama Joaquín ni Jeconías, sino *Conías,* con lo que se le ha suprimido precisamente la sílaba *Ye,* que es la abreviatura de Jehová; con lo que se le da a entender que Jehová *no lo establece ya.*

1. Las desolaciones del reino se acercan ahora apresuradamente (vv. 20–23).

(A) Jerusalén y Judá son mencionadas aquí como si fuesen una sola persona (v. 21): *«Te hablé en tus tiempos de prosperidad»* (lit.). Dios les había hablado, por medio de Sus profetas, les había reprendido, exhortado, aconsejado; *«pero dijiste. No oiré».* Es cosa corriente que los que viven cómodamente vivan menospreciando la Palabra de Dios. *«Este fue tu camino desde la juventud, que nunca escuchaste mi voz.* Cuando *veas a tus amantes* (Egipto y otras naciones que Joaquín había cortejado para que le ayudasen contra Caldea) *ir al cautiverio* (v. 22), ésa será tu vergüenza y tu confusión por tu maldad. *Tus pastores,* es decir, tus gobernantes, *serán pastoreados por el viento,* se los llevará apresuradamente el viento al destierro delante de su rebaño, a la vista de sus súbditos y delante de ellos.

(B) El país es llamado aquí (v. 23) *habitante del Líbano,* «porque muchos edificios de Jerusalén estaban construidos con cedros del Líbano» (Ryrie) y toda la nación se sentía tan fuertemente protegida como con fortines; pero tan orgullosos estaban de ello que se dice aquí que *tiene* (el pueblo) su *nido en los cedros,* fuera del alcance de todo peligro y desde donde puede mirar con desdén a todos los países circundantes. «Pero, continúa la profecía, *¡cómo gemirás* (v. 23b) *cuando te vengan dolores, dolor como de mujer que está de parto».* Ésta es la versión que los LXX, la versión siríaca y el Targum hacen de la segunda parte del versículo 23; pero el texto masorético actual dice con ironía: *«¡Qué agraciada estarás cuando te sobrevengan dolores de parto!»;* como si dijese: «¿Te parece que hallarás alguna gracia cuando vengan sobre ti los horrores de la invasión caldea?»

2. Viene luego una profecía de la desgracia del rey Jeconías, quien, como hemos dicho, es llamado aquí Conías.

(A) Será llevado al cautiverio y allí pasará el resto de sus días. Dios lo abandonará (v. 24): *«Vivo yo, dice Jehová*—lo afirma con juramento—, *que si Conías hijo de Joacim rey de Judá fuera anillo en mi mano derecha, aun de allí te arrancaría»* (nótese el paso rápido de la tercera persona a la segunda). El anillo con que se sellaban los documentos era tan indispensable que resultaba «algo así como parte del que lo llevaba» (Freedman). «Arrancarse ese anillo de la mano de Dios» significaba, pues, que Jehová renunciaba definitivamente a tener nada que ver con Conías.

(B) Lo apresará el rey de Babilonia (v. 25) y se lo llevará cautivo (v. 26) a él, a su madre y (v. 28) a su descendencia, y de allí (v. 27) no volverán. Joacaz había sido llevado al sur, a Egipto; Jeconías será llevado al norte, a Babilonia, para no volverse a ver ni volver a respirar el aire del país nativo. Hay cierto énfasis en esa parte de la profecía que dice (v. 26b): *«a tierra ajena en que no nacisteis; y allí moriréis».* Esto le hará despreciable a los ojos de sus vecinos, los cuales dirán (v. 28): *«¿Es este hombre Conías una vasija despreciada y quebrada? ¿Es un trasto que nadie estima?»* Hubo tiempo en que fue dignificado, y hasta casi deificado. Los que habían visto depuesto a su padre Joacim, estaban prestos a adorarle cuando le vieron en el trono, pero ahora es como *un trasto que nadie estima.*

(C) Además, no dejará posteridad que herede su trono ni sus honores. ¡Que vea todo el mundo los juicios de Dios sobre una nación y una regia familia que tan cercana y querida le había sido, y de ahí podrán inferir cuán imparcial es Dios en la administración de Su justicia! Conías quedará (v. 30) *privado de descendencia*. Leemos en 1 Crónicas 3:17, 18 que fueron siete *los hijos de Jeconías el cautivo* (hebr. *asir),* pero lo que en esta profecía se dice es que (v. 30b) *«ninguno de su descendencia* (lit. *de su simiente*, ¡la descendencia física!) *logrará sentarse sobre el trono de David».* Zorobabel, su nieto, fue uno de los jefes del pueblo al regreso del exilio, pero no se sentó en el trono de David. Nuestro Salvador (v. Lc. 1:32, 33) se había de sentar en ese trono, pero no descendía de Jeconías, pues su madre procedía de David por Natán (Lc. 3:31, 32), no por Salomón, mientras que los derechos reales le venían de José, el cual sí descendía de Jeconías, pero no era físicamente el padre de Jesús. ¡Maravillas de la Providencia!

CAPÍTULO 23

I. El profeta, en nombre de Dios, pronuncia una profecía acerca del Pastor-Mesías, Rey davídico (vv. 1–8). II. Denuncia después a los falsos profetas y a los malvados sacerdotes que engañaban al pueblo (vv. 9–32). III. Denuncia finalmente al pueblo profano, que ridiculizaba a los verdaderos profetas de Dios (vv. 33–40).

Versículos 1–8

1. Hay primero una palabra de terror a los pastores negligentes (v. 1): *«¡Ay de los pastores*, es decir, de los gobernantes, *que destruyen y dispersan las ovejas de mis pastos!, dice Jehová»,* puesto que «bajo el liderato de ellos, el pueblo abandonó los caminos de justicia e incurrió en el exilio» (Freedman). No eran los dueños del rebaño y abusaban de la autoridad que Dios había delegado en ellos. El verdadero dueño era Jehová, quien llama al país *«las ovejas de mis pastos»,* porque Él las proveía de buenos pastos. ¡Ay de aquellos, pues, a quienes Dios encomienda el ministerio de apacentar a Su pueblo y, en lugar de ejercer fielmente este oficio, *dispersan a las ovejas* y hacen que cada una se extravíe por su camino, y las *destruyen* al privarlas del pasto realmente alimenticio de la Palabra de Dios.

2. Viene luego una palabra de consuelo a las ovejas que han sido descuidadas por los pastores. Aunque los pastores subalternos no las han cuidado, el Pastor en jefe mirará por ellas. Dios llevará a cabo su promesa aunque los pastores que emplea no cumplan con su deber.

(A) Los dispersos judíos volverán un día a su tierra y se establecerán felizmente bajo un buen gobierno (vv. 3, 4). Aunque no quede más que un remanente del rebaño de Dios, Él los recogerá de dondequiera se encuentren y las traerá (v. 3) *de todas las tierras adonde las echó, haciéndolas volver a sus moradas,* como ovejas a sus rediles, donde *crecerán y se multiplicarán.* Antes eran constantemente perturbadas, pero ahora (v. 4) *no temerán más ni se amedrentarán.* Sin ir más lejos, pastores-líderes como Zorobabel y Nehemías, aunque no vivieron con la pompa de Joacim y Jeconías, fueron de gran bendición al pueblo, así como los otros habían sido una verdadera plaga para el país.

(B) El Rey-Mesías, el gran Pastor de las ovejas, *el pastor excelente* (Jn. 10:11; véase el comentario a este versículo), será *un renuevo justo* (v. 5, comp. con Is. 4:2; 11:1), «significando la nueva vida que traerá el Mesías» (Ryrie). El versículo comienza con un *«He aquí que vienen días …».* expresión bien conocida como anuncio de algo que pertenece a los últimos tiempos. Este retoño había de crecer *como raíz en tierra seca* (Is. 53:2), hasta ser enterrado, sin esperanza humana de que volviese a brotar, pero había de resucitar por el poder omnímodo de la Deidad. Freedman hace notar que el hebreo *tsémaj*, que traducimos por *«renuevo»* (Reina-Valera) o *vástago* (Asensio), «es el término usado para designar al rey mesiánico (cf. 33:15; Zac. 3:8; 6:12)».

(C) De este rey mesiánico, que es Jesucristo nuestro Salvador, se dice lo siguiente:

(a) Que *«obrará con prudencia* (v. 5b), llevará a cabo una política que sea la más beneficiosa para el pueblo (es el mismo verbo de Is. 52:13) y *hará juicio y justicia en la tierra»,* expresiones «que resumen la función de un gobernante ideal (cf. 2 S. 8:15, de David)» (Freedman).

(b) Que *«en sus días* (v. 6) *será salvo Judá* (salvo de toda amenaza de invasión y destierro), *e Israel habitará confiado»,* «porque también los exiliados del reino del norte serán redimidos y volverán a su país» (Freedman).

(c) Que (v. 6b) *«éste será su nombre con el cual le llamarán: Jehová es nuestra justicia»* (comp. con 33:16; Is. 45:24; Dn. 9:24; Ro. 3:22; 1 Co. 1:30). El significado de ese nombre es muy amplio: Él es nuestra vindicación, pues por Él somos constituidos justos en la presencia de Dios; Él nos ha sido hecho por Dios justificación y justicia de Dios en Él; Él es nuestra justicia eterna, pues toda nuestra justicia existe por Él y en Él subsiste; *en Él somos hallados* (Fil. 3:9) *no teniendo nuestra propia justicia, que es a base de la ley, sino la que ... procede de Dios sobre la base de la fe.*

(D) Esta gran salvación que ha de venirles a los judíos en los últimos días (Ro. 11:26), cuando Dios los restaure (comp. con 16:15), después de traerlos *«de todos los países adonde los había echado»* (v. 8b), será un acontecimiento nuevo de tal magnitud que «hará olvidar el gran beneficio (v. 7), considerado en Israel como clave nacional, de la liberación de la esclavitud egipcia» (Asensio).

Versículos 9–32

Viene ahora una larga lección para los falsos profetas. Jeremías se había quejado ante Dios de esos falsos profetas (14:13) y había predicho con frecuencia que se habían de ver envueltos en la ruina común; pero aquí tienen ayes que les pertenecen de modo especial.

I. El profeta expresa la pena que le causaba ver a estos hombres, que pretendían estar comisionados e inspirados por Dios, arruinándose a sí mismos, y al pueblo en medio del cual vivían, con su falsedad y su traición (v. 9): *«Mi corazón está quebrantado dentro de mí ... estoy como un ebrio».* Jeremías era una persona a quien las cosas le llegaban muy hondo, y todo lo que era una amenaza para su país, hacía enorme impresión en su ánimo. Aquí se halla en tanta aflicción: 1. *Por causa de los profetas,* de su pecado, de las falsas doctrinas que predicaban y de la mala vida que llevaban, a pesar de que presumían de recibir sus instrucciones directamente de Dios. 2. *«Por causa de Jehová y por causa de sus santas palabras».* Temblaba al pensar en la ruina y en la desolación que estaban llegando *«de la faz de Jehová y de la faz de las palabras de su santidad»* (lit.).

II. Se lamenta de la desbordante perversidad del país y de las actuales señales del desagrado de Dios (v. 10): *«Porque la tierra está llena de adúlteros».* Aunque la idolatría es descrita bajo la designación de «adulterio» (espiritual), Freedman hace notar que aquí «probablemente ha de interpretarse en sentido literal, no en el sentido figurado de adoradores de ídolos». M. Henry lo entiende en ambos sentidos. Asensio sólo en el sentido figurado. El contexto parece estar a favor del sentido literal. El desagrado de Dios se muestra (v. 10b) en que *la tierra está desierta* (comp. con 9:9), no sólo deshabitada, sino también asolada, pues *los pastizales del desierto se secaron.* Las dos últimas frases del v. 10 son así literalmente: «*Su curso,* el fin que se proponen, *es malo y su fuerza no es recta»,* es decir, «utilizan su poder para objetivos malvados» (Freedman).

III. Culpa de todo esto a los falsos profetas y a los sacerdotes, especialmente a los profetas. Ambos *son impíos* (v. 11); los sacerdotes profanan las ordenanzas de Dios que pretenden administrar; los profetas, la palabra de Dios que pretenden comunicar, *aun en mi casa hallé su maldad, dice Jehová* (v. 11b): en el templo, donde ministraban los sacerdotes y donde profetizaban los profetas, ambos eran culpables de idolatría e inmoralidad. De dos cosas se les acusa:

1. De que, con su ejemplo, enseñaban al pueblo a pecar. Los compara con los profetas de Samaria, la capital del reino del norte, que estaba desolada desde hacía mucho tiempo. Los profetas de Samaria habían sido muy insensatos al *profetizar en nombre de Baal* (v. 13), *haciendo así errar al pueblo de Israel,* al que todavía llama Dios *mi pueblo.* Los profetas de Jerusalén no hacían eso, pues profetizaban en nombre del verdadero Dios y se estimaban mucho en eso de no ser como los profetas de Israel que profetizaban por Baal; pero corrompían la nación con sus inmoralidades (v. 14), tanto como los otros con sus idolatrías. Hacían uso del nombre de un Dios santo, mientras se revolcaban en todo género de impurezas. En el nombre del Dios de la verdad profetizaban, mientras (v. 14b) *andaban en mentiras.* Con

todo esto, Judá y Jerusalén habían llegado a ser *como Sodoma y Gomorra* (v. 14, al final) y así los veía Dios como maduros para sufrir la misma destrucción que las ciudades nefandas de la Pentápolis.

2. De que animaban al pueblo, mediante sus falsas profecías, a continuar pecando. Se habían llegado a convencer a sí mismos de que no había ningún peligro y ningún daño en el pecado y se ajustaban, en la práctica, a esta falsa convicción (v. 16): «*hablan visión de su propio corazón,* es decir, de su imaginación exaltada, *no de la boca de Jehová*». Les dicen a los pecadores (v. 17) que todo les irá bien aunque persistan en sus pecados. Estos profetas lisonjeaban falsamente al pueblo. Tenían que haberles dicho: *No hay paz para los malvados* (Is. 48:22; 57:21). Pero ellos les decían: *«Jehová ha dicho: Paz tendréis … No vendrá mal sobre vosotros»* (v. 17b). Lo peor es que se lo decían *en nombre de Jehová.*

IV. Dios repudia todo lo que estos falsos profetas decían para apaciguar a la gente en sus pecados (v. 21): *«No envié yo aquellos profetas,* no les comisioné yo para ese ministerio; sin embargo, ellos estaban tan ávidos de comunicar sus mensajes que *corrían* a hacerlo; yo *no les hablé, pero ellos profetizaban* con todo atrevimiento, sin hallar las dificultades que los verdaderos profetas hallan con frecuencia». Les decían a los pecadores: *Paz tendréis* (v. 17). Pero (v. 18), *«¿quién asistió al consejo de Jehová?* Comunicáis vuestro mensaje con gran aplomo y seguridad; pero, ¿habéis consultado a Dios acerca de él? No habéis *percibido ni oído Su palabra,* no habéis comparado con la Escritura lo que estáis diciendo; si hubieseis tomado nota del tenor general de la Biblia, nunca habríais pronunciado un mensaje semejante». Que no habían *asistido al consejo de Jehová ni habían oído Su voz,* se declara después (v. 22). *«Si hubiesen asistido a mi consejo,* dice Dios, como ellos pretenden:

1. Habrían hecho de las Escrituras su norma de predicación: *Habrían hecho oír mis palabras a mi pueblo.*

2. Habrían hecho de la conversión de las almas su objeto (v. 22b) de interés primordial, y eso es lo que habrían buscado en toda su predicación.

3. Habrían mostrado algunos sellos de su ministerio. *Si hubiesen asistido a mi consejo,* y las palabras que predicaban hubiesen sido *mis palabras,* ellos mismos habrían sentido el impacto de tales palabras y habrían cesado de obrar el mal».

V. Dios amenaza con castigar a estos profetas por su maldad. Ellos prometían al pueblo *paz;* y, para mostrarles la insensatez de eso, Dios les dice que ellos mismos no habían de tener paz. Se aproxima sobre ellos la calamidad y no se aperciben de ella (v. 12). Por ser profanos los profetas y los sacerdotes (v. 11), *por tanto* (v. 12), su *camino será como resbaladeros en oscuridad* (comp. con 13:16; Sal. 35:6). Dice Freedman: «Hasta ahora, los corrompidos profetas habían proseguido su malvado curso con seguridad; pero ahora el camino será resbaladizo y oscuro para ellos, de modo que tropezarán y caerán». Los que pretenden enseñar a otros el camino, estarán ellos mismos en la oscuridad. Los que pretenden dar a otros seguridad, no hallarán ellos mismos terreno firme donde asentar los pies. Los que pretenden poner a la gente cómoda con sus halagos, se hallarán ellos mismos extremadamente incómodos: *serán empujados y caerán* (v. 12b). Pretenden evitar el mal que amenaza a otros, pero (v. 12, al final) Dios *traerá el mal sobre ellos en el año de su visitación* (comp. con 11:23), que será el año de su retribución. Más adelante (v. 15) se les amenaza con otras amarguras: *He aquí que yo les hago comer ajenjos, y les daré a beber agua de hiel* (comp. con 9:15).

VI. Al pueblo se le advierte aquí que no de crédito alguno a estos falsos profetas (v. 16): *«No escuchéis las palabras de los profetas que os profetizan; os alimentan con vanas esperanzas,* pues es la palabra de Jehová la que está firme y permanece para siempre, pero no la de ellos. Ellos os dicen (v. 17, al final): *Ningún mal vendrá sobre vosotros;* pero oíd lo que dice Dios (v. 19): *Mirad que una tormenta de Jehová y,* por tanto, muy fuerte, *va a estallar con furor.* Ellos os dicen que todo está en calma, pero Dios os dice (v. 19b) que es *una tempestad que remolinea y se cierne sobre la cabeza de los malvados,* y no la podrán aguantar. Esta sentencia es irreversible (v. 20): *No se apartará la ira de Jehová hasta que lo haya hecho y hasta que haya cumplido los designios de su corazón.* Dios no se va a volver atrás en modo alguno. Ellos no lo entienden ahora, pero *en los postreros días* ("frase mesiánica", dice Freedman) *lo entenderéis cumplidamente,* esto es, os daréis cuenta perfecta de la situación en que ahora os halláis». Sin embargo, Freedman hace notar que el verbo hebreo *tithbónnu* está en la forma *Hithpael* (reflexiva), por lo que propone la siguiente versión: *«Os consideraréis a vosotros mismos en esto (con) entendimiento»,* «es

decir, al presente rehusáis reconocer esto, pero en el fin lo conoceréis a fuerza de examinaros a vosotros mismos y por vuestra experiencia».

VII. Varias cosas se ofrecen aquí a la consideración de estos falsos profetas, a fin de que se vean incitados a retractarse de su error.

1. Han de considerar que, aun cuando hayan podido engañar a los hombres, Dios es demasiado sabio para que puedan engañarle.

(A) Dios afirma su omnipresencia y su omnisciencia en general (vv. 23, 24). Dice textualmente el versículo 23: *«¿Acaso (soy) un Dios de cerca yo, oráculo* (hebr. *nehúm) de Jehová, y no un Dios de lejos?»* La mejor interpretación de este versículo es, sin duda, la que da Asensio: «Jehová *no es un Dios cercano* que sólo puede conocer y dirigir lo que sucede en torno a sí, sino *un Dios lejano* que, desde su altura inaccesible a todo hombre, todo lo alcanza con su ciencia y poder». Entre los hombres, la cercanía y la lejanía marcan una enorme diferencia, tanto en nuestras observaciones como en nuestras operaciones, pero con Dios no sucede así; para Él, lo mismo es la luz que la oscuridad, lo que está al alcance de la mano y lo que está a una distancia astronómica. Por eso, ni el carácter ni la conducta del hombre pueden esconderse del ojo divino que todo lo ve (v. 24): *«¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?»* (comp. con 1 R. 8:27; Sal. 139:7–12). Ningún lugar puede encerrar a Dios, como ningún lugar puede excluirlo.

(B) Aplica esto a los falsos profetas, que tenían un arte notable en disfrazarse (vv. 25, 26). Dios les hará saber que está enterado de toda la confusión que han sembrado en el mundo, bajo color de divina revelación. Dios descubre fácilmente los fraudes. Dice Freedman sobre el versículo 26: «El versículo es difícil. Su probable significado es éste: ¿Por cuánto tiempo continuarán éstos engañando al pueblo? ¿Puede la verdadera Palabra de Dios residir en el corazón de hombres que profetizan engaños que ellos mismos conciben?»

2. Han de considerar que, al embaucar al pueblo con falsificadas revelaciones y al atribuir sus propias fantasías a la inspiración divina, están provocando el menosprecio a la religión verdadera y hacen que los hombres se vuelvan incrédulos y aun ateos (v. 27): *«los que piensan hacer que mi pueblo se olvide de mi nombre con sus sueños que cada uno cuenta a su prójimo»*. Lo que más desea Satanás es que los hombres se olviden de Dios, especialmente de la justicia y de la santidad de Dios, según se han manifestado en todos los tiempos. El mejor medio de que lleguen a olvidarse del Dios verdadero es hacer que se aficionen a dioses falsos (v. 27, al final), *«al modo que sus padres se olvidaron de mi nombre por Baal»*. Hoy día hay muchos «baales» por los que se olvida el nombre de Dios.

3. Han de considerar qué colosal diferencia había entre sus profecías y las que eran pronunciadas por los verdaderos profetas de Jehová (v. 28): *«El profeta que tenga un sueño, cuente el sueño;* y como sueño habrá que considerarlo, algo que está completamente lejos de la realidad; pero *el que tenga mi palabra*—dice Dios—, *cuente mi palabra verdadera,* que la declare fielmente, ajustándose en todo a lo que yo le he dicho, y pronto veréis la enorme diferencia que hay entre el sueño de un falso profeta y las instrucciones divinas que un verdadero profeta comunica. Los que tienen sentidos espirituales bien ejercitados pueden distinguir fácilmente entre la *paja* y el *trigo.* Los sueños de la imaginación no valen para nada, como la paja que se lleva el viento; pero la Palabra de Dios es sustanciosa, de valor, nutritiva, pan de vida». Otros distintivos de la Palabra de Dios son descritos en el versículo 29: *«¿No es mi palabra como fuego, dice Jehová, y como martillo que hace pedazos la roca?»* Los sueños de los falsos profetas eran fantasías inútiles para la vida, sin poder ni eficacia para cambiar la conducta; pero la Palabra de Dios es un poder, una «dinamita» (gr. *dynamis* = poder) que, como *el fuego,* produce diferentes efectos conforme al material en el que actúa: endurece el barro y ablanda la cera; consume la escoria, pero purifica la plata. Así también, la Palabra de Dios es para unos *olor de vida para vida;* para otros, *olor de muerte para muerte* (2 Co. 2:16). También es comparada a un *martillo que hace pedazos la roca.* El corazón del hombre sin humillar es como una roca; si no se derrite por el fuego de la Palabra de Dios, será hecho pedazos por el martillo de la Palabra de Dios.

4. Han de considerar finalmente que, mientras siguiesen este curso, Dios había de estar contra ellos. Tres veces se les dice esto (vv. 30, 31, 32). Quedan procesados aquí: *«Hurtan mis palabras cada uno de su prójimo»* (v. 30b). Eran extraños al espíritu de la profecía, pero imitaban el lenguaje de los verdaderos profetas, tomaban algunos buenos dichos de ellos y los comunicaban al pueblo como si fuesen de ellos mismos. Con estas medias verdades y, además, carentes del verdadero espíritu, anulaban la eficacia de la

Palabra de Dios en la mente y en el corazón de algunos que quizá comenzaban a estar bajo la convicción que la Palabra de Dios, mediante el Espíritu de Dios, imprime en el que la escucha con las debidas disposiciones. Dios está contra ellos (v. 31) porque *usaban la lengua* según les parecía bien en sus discursos al pueblo, y hacían pasar como dicho por Dios lo que era producto de su imaginación. Quedan encausados como vulgares tramposos (v. 32), pues *profetizan sueños mentirosos y los cuentan* con la pretensión de que se debe a la inspiración de Dios, lo que es invento de ellos. Malo es el error del pueblo al tomar por verdades las mentiras que los falsos profetas dicen, pero es mucho peor el caso de estos falsos profetas, pues son ellos *los que hacen errar al pueblo de Dios con sus mentiras y con sus lisonjas.* Dios decían que no tiene nada que ver con ellos: «*Yo no los envié ni les mandé* y, puesto que no proceden de la verdad, tampoco pueden hacer nada para la vida: *ningún provecho pueden hacer a este pueblo, dice Jehová*».

Versículos 33–40

La mundanidad del pueblo, así como la de los sacerdotes y profetas, es aquí condenada en un caso particular que podría parecer de poca importancia, pero no lo es, pues la vulgaridad profana en el modo de hablar, y la corrupción del lenguaje de una nación, son evidencia clara del predominio de la impiedad en esa nación.

1. El pecado de que aquí se les acusa es tomar a broma a los profetas de Dios y los vocablos especiales que usaban. Preguntan (vv. 33, 34): *«¿Cuál es la carga de Jehová?»* Recordemos que el vocablo hebreo *massá*, que significa *carga,* ocurre en la Biblia cuando el oráculo de Dios hace referencia especial a ciertas amenazas o ciertos castigos que se ciernen sobre los destinatarios. Los profetas verdaderos usaban este vocablo con toda la seguridad que el caso requería, pero los contemporáneos de Jeremías lo usaban para burlarse de él y de su mensaje, cuando deberían temblar ante el juicio que dicha *carga* comunicaba. Cuando alguien hace burla de lo más sagrado, pocas esperanzas quedan de verle salvado.

2. A la vez que se les reprende por esta burlona forma de hablar, se les dice cómo hay que expresarse decentemente. Vemos que el término es usado todavía después (Nah. 1:1; Hab. 1:1; Zac. 9:1; Mal. 1:1), pero aquí Dios quiere que Jeremías se atenga a la norma que le dio en 15:19b: «*Y nunca más volveréis a mencionar: Carga de Jehová* de esta forma irónica y sacrílega» (v. 36). ¿Cómo, pues, han de expresarse? Se les dice (v. 37): «*Así dirás al profeta: ¿Qué te respondió Jehová, y qué habló Jehová?*» Y lo mismo han de hacer cuando pregunten cada uno a su prójimo y cada cual a su hermano (v. 35).

3. En esta misma línea de prohibición al pueblo en cuanto al uso irónico y escarnecedor del término *massá,* Dios amenaza (vv. 38–40) con hacer caer sobre ellos afrenta y confusión perpetuas (v. 40) y con hacerles caer a ellos mismos después de levantarlos en alto (v. 39), si continúan abusando del vocablo *carga* (v. 38). Hay un juego de palabras con los vocablos *massá* = carga, y *nashá* = cargarse (o levantar en alto) en los versículos 38 y 39. Atención especial merece a este respecto el versículo 33: «*Y cuando te pregunte este pueblo, o el profeta o el sacerdote diciendo: ¿Cuál es la carga de Jehová?, les dirás: ¡Qué carga! Y yo os arrojaré—oráculo de Jehová*» (lit)—. El sentido queda así un tanto oscuro con la lectura del actual texto masorético (*eth-mah-massá:* al qué carga), por lo que, con una división y una vocalización diferentes (según lo han visto la Septuaginta—los LXX—y la Vulgata Latina) tendríamos: *attem hammassá: «vosotros (sois) la carga, y yo os arrojaré* "como se arroja de alguien una carga" (Freedman)». Así lo entiende el gran rabino Rashi.

CAPÍTULO 24

La visión del presente capítulo ocurrió después que Jeconías fue llevado, con otros más, al cautiverio (año 597 a. de C.). En ella: I. Dios le muestra a Jeremías dos cestas de higos: unos muy buenos y otros muy malos (vv. 1–3). II. Dios le explica la visión: Los higos buenos son los israelitas que, obedientes a la orden de Dios, han marchado al exilio para su bien (vv. 4–7); los higos malos son los que, por no haber obedecido a Dios, sufrirán las consecuencias para su mal (vv. 8–10).

Versículos 1–10

El mejor resumen de este capítulo se halla en estas líneas del rabino Freedman: «Su mensaje es que, al contrario de lo que podría esperarse, los judíos que habían de hallar el favor de Dios serían los que habían sido exiliados, no los que se habían quedado en la Tierra Santa. No se da una razón explícita de esta diferenciación, pero se apunta en el versículo 7».

I. La fecha de este mensaje. Fue poco después de haber marchado al cautiverio Jeconías (v. 1), el cual era una *vasija despreciada y quebrada* (22:28), pero con él fueron desterradas otras personas de mucho valor, como Ezequiel (v. Ez. 1:12); muchos *príncipes de Judá* marcharon también al cautiverio; del pueblo, sólo *los artesanos y los herreros* fueron forzados a marchar, porque los caldeos necesitaban gente de esos oficios (tenían muchos astrólogos y adivinos, pero pocos herreros y carpinteros). Mucha gente buena marchó al exilio, lo cual le llegó al corazón a Jeremías, mientras había quienes se alegraban de ello, ya que pensaban que les había tocado la suerte privilegiada de quedarse en el país y consideraban definitivamente perdidos a los que habían sido deportados a Babilonia.

II. La visión por la cual fue presentado a la mente del profeta el beneficio que Dios había reservado para los deportados a Babilonia. Vio (v. 1, al final) *dos cestas de higos, puestas delante del templo de Jehová*, a punto de ser ofrecidas en honor de Dios como primeros frutos. Los higos de una cesta eran extraordinariamente buenos; los de la otra, extremadamente malos. Todos los hombres son como los frutos de una higuera (Jue. 9:11); pero unos son buenos, más dulces que cualquiera otra fruta; otros están podridos, con lo que dan náuseas más que cualquiera otra cosa. Los buenos higos eran *como los que maduran primero* (lit.), es decir, las brevas—en junio—, consideradas como una fruta exquisita (v. Is. 28:4; Os. 9:10; Mi. 7:1; Nah. 3:12). Los malos higos eran *tan malos que no se podían comer de malos* que eran. Los que no honran a Dios ni hacen buen servicio a su generación son como los higos malos, que no son comestibles, pues no sirven para nada bueno. De las personas que son presentadas al Señor a las puertas de Su tabernáculo, unas son sinceras y resultan muy buenas; otras disimulan delante de Dios y resultan muy malas.

III. Exposición y aplicación de esta visión. Con ella, Dios quería levantar los ánimos de los que habían marchado al destierro, asegurándoles un feliz regreso, y humillar los ánimos orgullosos de los que permanecían en Jerusalén, augurándoles un miserable cautiverio.

1. Los higos buenos, tempranos y maduros, representaban los cautivos piadosos, que parecían al principio maduros para la ruina, pues fueron los primeros en marchar al exilio, pero habían de mostrar que eran los primeros en madurar para misericordia, y el cautiverio mismo les había de ayudar a ello; son agradables a Dios, y serán cuidadosamente preservados. Los primeros sufrimientos prueban con frecuencia ser los mejores. Cuanto antes es corregido el niño, tanto mejores son los frutos que de la corrección cabe esperar. Los primeros en ir al exilio eran como *el hijo al que el padre castiga porque lo ama* (He. 12:6–8). Pero los que se quedaron en Palestina eran como el hijo que queda sin corrección al principio y, cuando se le quiere corregir después, ya está obstinado en el mal. Dios dice aquí que es Él mismo quien les ha llevado al cautiverio (v. 5b): «… *a los cuales eché de este lugar, etc.*». Es Dios quien mete el oro y la plata en el horno de la aflicción para que se purifiquen. El juez ordena que el malhechor sea entregado en manos del verdugo, pero el padre corrige con su propia mano a su hijo. En todo se ve que la mano de Dios era para bien de los que aquí son comparados a los higos buenos:

(A) A primera vista parecía que el destierro era para mal de ellos, pues no sólo significaba la ruina de sus haciendas y de su libertad, sino que también les hundía los ánimos, les desalentaba la fe, les privaba del beneficio de los oráculos y de las ordenanzas de Dios, y les exponía a las tentaciones; con todo, estaba destinado para su bien como lo demostró el resultado. Mediante las aflicciones, quedaron convictos de pecado, humillados bajo la mano de Dios, destetados del mundo, enseñados a orar y vueltos de su iniquidad. Los parientes que dejaron tras de sí, escasamente querrán reconocerles y aun se burlarán de ellos, pero Dios dice (v. 6): «*Pondré mis ojos sobre ellos para bien y los volveré a esta tierra*». Él los sacará del horno de la aflicción tan pronto como estén purificados; los volverá a moldear y serán *vasos de honor* para uso Suyo.

(B) A fin de prepararles para esos beneficios temporales, Dios se compromete a dispensarles mercedes espirituales (v. 7). Van a aprender más de Dios mediante Sus providencias en Babilonia que lo

que habían aprendido en Jerusalén mediante todos Sus oráculos y ordenanzas. Se les promete aquí, no tanto una mejor cabeza, sino *«un corazón para que me conozcan que yo soy Jehová … porque se volverán a mí con todo su corazón»*. Dios mismo asegura que esto se llevará a cabo, y renovará Su pacto con ellos (v. 7b): «*y me serán por pueblo, y yo les seré a ellos por Dios*». Los que se han apartado de Dios si con toda sinceridad se vuelven a Él, son admitidos, a la par con todos los demás, a todos los privilegios y consuelos del pacto eterno.

2. Los higos malos. *Sedequías, sus príncipes* y partidarios *(el resto de Jerusalén que quedó en esta tierra*—v. 8—) se sentían seguros en su orgullo (Ez. 11:3). Muchos otros habían huido a Egipto (v. 8, al final) en busca de refugio, y se jactaban de que, aun cuando así contravenían el mandato de Dios, actuaban prudentemente para bien de sí mismos. Ahora bien, en cuanto a éstos, que miraban con escarnio a los que habían sido deportados a Babilonia, vemos aquí que se les amenaza:

(A) Con que habían de ser dispersados y *arrojados a todos los reinos de la tierra* (v. 9), mientras que los deportados a Babilonia se habían de establecer en una sola nación, donde tendrían el consuelo de la mutua compañía.

(B) Con que, mientras los otros habían sido deportados para su bien, ellos serían arrojados a todos los países para su mal.

(C) Con que, mientras los otros tendrían el honor de ser reconocidos por Dios en medio de sus aflicciones, ellos sufrirían la infamia de ser abandonados por toda la humanidad (v. 9): «Y *los daré por horror,* esto es, como objeto de terror, y *por calamidad (o desventura) a todos los reinos de la tierra; por infamia y por proverbio, por sarcasmo y por maldición, en todos los lugares adonde yo los arrojaré*» (lit.).

(D) Con que, mientras los otros *habían de volver a su país* (v. 6), ellos *habían de ser exterminados de la tierra* (v. 10b), que no volverían a ver jamás.

(E) Con que, mientras los otros eran guardados en reserva para días mejores, ellos estaban destinados a tiempos peores, pues *a todos los lugares a los que serán arrojados por Dios* (v. 9, al final), *en pos de ellos enviará Dios* también *espada, hambre y pestilencia.*

CAPÍTULO 25

La profecía de este capítulo lleva una fecha anterior a la de los capítulos inmediatamente precedentes, pues fue proferida en el primer año de Nabucodonosor (605 a. de C.), aquel año notable en que comenzó a ser desenvainada la espada de Jehová. Tenemos aquí: I. Una revisión de las profecías que habían sido comunicadas a Judá y a Jerusalén por muchos años en el pasado, por medio de Jeremías mismo y de otros profetas, con la poca atención que el pueblo les había prestado (vv. 1–7). II. Una muy clara amenaza de destrucción a Judá y Jerusalén, de parte del rey de Babilonia, porque continuaban obstinadamente en el pecado (vv. 8–11), a lo que se agrega una promesa de que serían libertados de su cautividad de Babilonia 70 años más tarde (vv. 12–14). III. Una predicción de la devastación de otras varias naciones a manos de Nabucodonosor, representada en una «copa de furor» puesta en sus manos (vv. 15–28), en una espada enviada entre ellos (vv. 29–33) y en una desolación llevada a cabo entre los pastores, sus rebaños y pastos (vv. 34–38).

Versículos 1–7

Tenemos aquí un mensaje de parte de Dios, concerniente a todo el pueblo de Judá (v. 1), que Jeremías dio a conocer a todo el pueblo de Judá (v. 2). Jeremías es enviado *a todo el pueblo,* probablemente cuando todos habían subido a Jerusalén a adorar en una de las fiestas solemnes.

1. La profecía está fechada en el año cuarto de Joacim y primero de Nabucodonosor. Ahora que este príncipe comenzaba su carrera hacia el dominio del mundo, Dios, por medio de su profeta, da a conocer que no es sino Su siervo. Si Nabucodonosor había de ascender tan alto, era debido a que Dios tenía Sus propios planes para los cuales había de servirse de él.

2. En este mensaje pueden observarse todos los medios que se habían puesto en juego a fin de que el pueblo fuese conducido al arrepentimiento y que aquí son expuestos para que Dios quede justificado en la

manera de proceder contra este pueblo. Jeremías, por su parte, había predicado constantemente entre ellos durante 23 años; y durante todo este tiempo les había enviado mensajes incesantemente, según había oportunidad (v. 3): *«Desde el año trece de Josías … ha venido a mí la palabra de Jehová, y he hablado desde temprano* (la misma expresión de 7:13) y *sin cesar,* para vuestro bien». Así el Espíritu de Dios contendía con ellos, como con el mundo antiguo (Gn. 6:3). Jeremías había sido fiel y laborioso en la predicación de sus mensajes, declarándoles *todo el consejo de Dios* con respecto a ellos.

3. Además de él, Dios había enviado a ellos otros profetas (v. 4) con el mismo objetivo. Hubo muchos otros profetas, siervos de Jehová, quienes predicaron sermones avivadores, los cuales no han quedado registrados en las Sagradas Escrituras.

4. Todos ellos les declararon sus pecados, incitándoles (v. 5) a *volverse de su mal camino y de la maldad de sus obras.* Los que les lisonjeaban como si todo fuese bien no eran enviados por Dios. Los enviados de Dios les reprendían por *ir en pos de dioses ajenos* (v. 6), *obra de las manos de ellos,* y les exhortaban a arrepentirse de sus pecados y reformar sus vidas. Ésta era la carga de cada mensaje. La reforma personal es indispensable para la liberación nacional. La calle no quedará limpia hasta que cada vecino barra junto a su propia puerta. Si se vuelven a Dios, disfrutarán de las bendiciones que Dios les ha otorgado hasta el presente (v. 5b): «Y *moraréis en la tierra que os dio Jehová a vosotros y a vuestros padres para siempre.* Sólo el pecado os puede expulsar de ella y no lo hará si vosotros os volvéis de él».

5. Pero todo fue inútil. No estaban dispuestos a seguir el único método prescrito para apartar de sí la ira de Dios. Jeremías era un predicador vehemente y afectuoso, pero (v. 4b) *no le hicieron caso ni inclinaron el oído para escucharle.*

Versículos 8–14

Aquí tenemos la sentencia fundada en el cargo que precede (v. 8): *«Por tanto, así dice Jehová de las huestes: Por cuanto no habéis escuchado mis palabras,* tendré que tomar otras medidas». El pecador tiene que partir ahora de su pecado, o tiene que partir al otro mundo con él.

1. La ruina del país de Judá a manos del ejército de Babilonia es decretada (v. 9). Dios les había enviado *sus siervos los profetas* y no les habían hecho caso; por tanto, Dios va a enviar su *siervo Nabucodonosor rey de Babilonia.* Los mensajeros de la ira de Dios serán enviados contra aquellos que no quieren recibir a los mensajeros de su misericordia. Nabucodonosor, un extraño a Dios, es un instrumento en la mano de Dios para la corrección del pueblo escogido de Dios, y va a servir realmente a los designios de Dios mientras piensa que sirve a sus propios intereses. Los dos monarcas más poderosos de aquel tiempo son *siervos de Dios:* Nabucodonosor, instrumento de Su ira, no es menos siervo Suyo que Ciro, instrumento de Su misericordia.

2. Se describe aquí (vv. 9–11) la completa destrucción de este país, así como la de las naciones circundantes. Esta desolación será la ruina del prestigio que los judíos habían ganado entre sus vecinos (v. 9, al final, comp. con 18:16) y, con ella, se acabará todo lo que, en la vida cotidiana, era señal de gozo, paz y prosperidad (v. 10, repetición de 7:34). Juan ha recogido estas imágenes en Apocalipsis 18:22, 23, refiriéndose a la caída de la Babilonia escatológica. Sobre las expresiones finales del versículo 10, dice Peake (citado por Freedman): «El ruido del molino, que puede oírse a cierta distancia en las horas de la madrugada, es una señal invariable de la vida humana en el Oriente, y aun en la casa más pobre es indispensable la lámpara». Todo eso se habrá acabado en Judá. Y, peor todavía, serán privados de su libertad (v. 11): «servirán *estas naciones al rey de Babilonia setenta años*». La fijación de este plazo había de ser muy útil, no sólo para confirmar la profecía, sino también para consolar al pueblo de Dios en su cautiverio y dar ánimos a su fe y a su oración.

3. Se predice a continuación la ruina de la propia Babilonia (vv. 12–14), como lo había hecho Isaías muchos años antes. Los destruidores serán destruidos. Esto se llevará a cabo *cuando sean cumplidos los setenta años.* Los más prestigiosos autores de todos los campos computan estos setenta años a partir de la primera deportación (año 604 a. de C.), en el cuarto año de Joacim, hasta el regreso de los primeros exiliados que volvieron de Babilonia (536 a. de C.). Cuando llegue el tiempo de favorecer a Sion, Dios visitará al rey de Babilonia y le pedirá cuentas de su tiranía; entonces, esa nación *será castigada por su maldad* (v. 12) y *convertida en desiertos para siempre,* como ella había hecho con otras naciones. Esta destrucción de Babilonia fue llevada a cabo por los medos y los persas. Dios dice (v. 13): *«Y traeré sobre aquella tierra todas mis palabras, etc.»*. El mismo Jeremías que profetizó la destrucción de otras naciones

a manos de los caldeos, profetizó también esta destrucción de los caldeos a manos de otras naciones (v. 14). Y añade (v. 14b): «*Y yo les pagaré conforme a sus hechos y conforme a la obra de sus manos*».

Versículos 15–29

Bajo el símil de una copa que pasa de mano en mano, es ahora presentada la inminente desolación que había de cubrir todos los países. Esta copa de la ira de Dios va a usar, para su oficio, una espada (v. 16).

I. Las circunstancias de este juicio.

1. Esta espada destructora vendrá *de la mano de Dios* (vv. 15, 17). Los impíos sirven con frecuencia de espada para Dios (Sal. 17:13). Es *la copa de vino del furor,* símbolo frecuente de desastre inminente. El furor que envía esta copa es un enojo justo, pues es el de un Dios infinitamente justo. Se compara a un licor intoxicante que se verán forzados a beber hasta las heces, como antiguamente había malhechores que eran ejecutados mediante una pócima venenosa. De los impíos se dice que han de *beber de la ira del Todopoderoso* (Job 21:20; Ap. 14:10).

2. Había de serles enviada por mano de Jeremías, quien había sido puesto por Dios *sobre las naciones* (1:10) como juez que había de leerles la sentencia, y por mano de Nabucodonosor, que había de actuar como verdugo que ejecuta la sentencia. Jeremías tiene que *tomar la copa de la mano de Dios* (vv. 15, 17) y *obligar a las naciones a beberla.*

3. Esta copa había de pasar de mano en mano por todas las naciones dentro de las líneas de comunicación de Israel. Jeremías *tomó la copa* (v. 17) *y la dio a beber a todas las naciones,* es decir, profetizó una gran desolación a cada uno de los países aquí mencionados.

(A) Se mencionan en primer lugar *Jerusalén y las ciudades de Judá* (v 18), porque *el juicio debe comenzar por la casa de Dios* (1 P. 4:17), en el santuario (Ez. 9:6). Y esta parte de la profecía había comenzado ya a cumplirse, como se ve por la última frase del versículo 18 *«como* (ocurre en) *el día este»* (lit), pues en el cuarto año de Joacim las cosas estaban tomando un sesgo funesto.

(B) Se menciona en segundo lugar (v. 19) *Faraón rey de Egipto,* pues los judíos habían confiado en él para su daño (era *una caña rajada).* El resto de los fugitivos (los que no habían ido a Babilonia) se habían dirigido a Egipto, y allí había de profetizar Jeremías, en particular (43:10, 11) la destrucción de este país, con *toda su mezcla de naciones* (los extranjeros establecidos allí—Freedman—)

(C) Todas las otras naciones que limitaban con Canaán tenían que compartir también con Jerusalén esta copa. *Los reyes de tierra de Uz* (v. 20), «tribu aramea (Lm. 4:21), probablemente al este o noreste de Edom, no lejos de Egipto» (Freedman).

(D) Los filisteos habían hecho mucho daño a Israel, pero ahora sus ciudades, *Ascalón, Gaza, Ecrón, el remanente de Asdod,* eran presa del poderoso enemigo. «El vocablo *remanente* insinúa que sus habitantes habían sido muertos en su mayoría o deportados después de haber sido tomada por Psamético, rey de Egipto» (Freedman).

(E) *Edom, Moab, Amón* (v. 21), *Tiro y Sidón* (v. 22) son lugares bien conocidos como limítrofes de Israel. *Las islas que están del otro lado del mar* (v. 22b) son las colonias fenicias de las costas del Mediterráneo. Dedán y otros países mencionados en los versículos 23, 24 estaban formados por tribus nómadas del norte de Arabia. *Los de Elam* (v. 25b) son los persas que se unieron a los *medos.*

(F) *Los reyes del norte* (v. 26) es una designación indefinida, que cubre a todos los países que estaban fuera del alcance de las líneas que comunicaban con Israel, como pertenecientes a un mundo exterior, pero que también había de ser alcanzado por la furia de Nabucodonosor, de la misma manera que se dice de Alejandro Magno que conquistó *el mundo,* y el imperio romano es llamado *el mundo* (lit. *toda la tierra habitada)* en Lucas 2:1.

(G) Finalmente (v. 26, al final), *«el rey de Sesac beberá después de ellos»* (lit.). Que bajo el nombre de Sesac se quiere mencionar a Babilonia, está claro por 51:41, donde *Sesac y Babel* aparecen como sinónimos. Dice Freedman: «Conforme a una tradición judía, el nombre es una clave críptica de Babel, según un sistema por el cual la última letra del alfabeto es sustituida por la primera, la penúltima por la segunda, y así sucesivamente … Otra clave críptica de esta clase ocurre en 51:1». Ha de tenerse en cuenta que *Sesac* en hebreo es *Sheshak;* la *sh* es la letra penúltima del alfabeto hebreo, mientras que la *b* (beth) es la segunda; por otra parte, la *ele* de Babel ocupa el lugar decimosegundo, si empezamos por el comienzo

del alfabeto; mientras que la *k* (kaph) de Sheshak ocupa también el lugar decimosegundo, pero al comenzar por el final. Tenemos, pues, que el propio rey de Babilonia, que ha propinado a todos sus vecinos esta amarga copa, la va a beber también él, y hasta las heces. La ruina de Babilonia ha sido predicha ya en los versículo 12 y 13.

4. Las desolaciones de todos estos países están representadas en las consecuencias de un beber excesivo (v. 16): «Y *beberán, y andarán tambaleándose y enloquecerán»,* es decir, «los terrores de la guerra les pondrán frenéticos» (Freedman). Y más adelante (v. 27): *«Bebed, embriagaos y vomitad; caed y no os levantéis».* A veces, los borrachos se caen para no levantarse más; es un pecado que lleva dentro su propio castigo. Cuando Dios envía la espada sobre una nación, con el permiso para dejarla desolada, pronto se vuelve esa nación como un borracho y se llena de confusión, pues sus gobernantes se ciegan para no ver el desastre que les va a caer encima.

5. Se supone que todos estos países *no querrán tomar de las manos de Jeremías dicha copa para beber de ella* (v. 28), es decir, no darán crédito a la predicción de un hombre, para ellos tan despreciable, como el profeta. Pero él tendrá que decirles: «Así *dice Jehová de las huestes: Tenéis que beber»* (v. 28b); es en vano querer resistir al Omnipotente. Y les declarará la razón: Es tiempo de visitación, de rendir cuentas, y a Jerusalén ya le llegó la hora (v. 29): *«Porque he aquí que a la ciudad en la cual es invocado mi nombre yo comienzo a hacer mal; ¿y vais a quedar vosotros totalmente impunes?»* Si Jerusalén es castigada por aprender idolatría de las naciones, ¿no van a ser castigadas las naciones que le enseñaron la asignatura? «No, añade (v. 29b), *no quedaréis impunes; porque traigo espada sobre todos los moradores de la tierra, dice Jehová de las huestes»,* puesto que ellos han corrompido a los habitantes de Jerusalén.

II. Hay un Dios que juzga al mundo, al que todas las naciones de la tierra han de rendir cuentas y a cuya sentencia tendrán que atenerse. Todos los que han perseguido y perjudicado al pueblo de Dios, rendirán cuentas los últimos. El día del Redentor será también el día del gran Jubileo (Is. 61:1, 2), en el que, después de haberse proclamado de modo suficiente *la buena voluntad de Jehová,* se proclamará también *el día de la venganza de nuestro Dios.* Y eso se aplica ya en este mundo a las naciones impías. *La carga de la palabra de Jehová* vendrá a ser la carga de sus juicios. Isaías había profetizado mucho tiempo atrás contra la mayoría de estas naciones (Is. caps. 13 y ss.) y ahora todas sus profecías iban a tener cumplimiento. Nabucodonosor estaba tan orgulloso de su poder que había perdido por completo el sentido de la rectitud. Éstos son los hombres que hacen del mundo un caos y, aun así, esperan que se les admire y se les adore. Alejandro se creyó a sí mismo el más grande de los príncipes, mientras otros no vieron en él otra cosa que el mayor de los piratas.

Versículos 30–38

Otra descripción de las terribles desolaciones que el rey de Babilonia, con sus ejércitos, había de llevar a cabo en todas las naciones vecinas de Jerusalén.

1. Pronto se darán cuenta de que Nabucodonosor les amenaza con la guerra; pero al profeta se le ordena decirles que es Dios mismo el que va a pelear contra ellos (v. 30): *«Jehová ruge desde lo alto, etc.».* Y primeramente *ruge fuertemente contra Su morada,* comienza por Su casa. Ruge *como un león que ha dejado su guarida* (v. 38) para ir en busca de su presa. Pero su furia se dirige en seguida *contra todos los moradores de la tierra* (v. 30, al final), pues (v. 31) *tiene pleito contra las naciones* por la perversidad de ellas y por el menosprecio del poder y de la magnanimidad que les ha mostrado. *Él es el Juez de toda la humanidad* (lit. *de toda carne) y va a entregar los impíos a la espada.* Han provocado el enojo de Dios, y ése es el motivo de toda esta gran destrucción (v. 31a): *«Llega el estruendo hasta el fin de la tierra».*

2. La alarma no se da por medio de toque de trompeta o redoble de tambor, sino (v. 32) de *gran tempestad que se levantará desde los confines de la tierra.* El ejército caldeo será como un huracán que surge del norte, se aproxima a toda velocidad y se lleva por delante todo cuanto encuentra a su paso. *Los pastores* (v. 34) *aullarán y clamarán:* todas las clases dirigentes *(«mayorales del rebaño»),* que antes hacían alarde de bravura, *se revolcarán en el polvo. Gritarán los pastores* (v. 36) y *aullarán los mayorales del rebaño.* Quizá sigue aquí la metáfora del león que sale en busca de su presa y alude al susto mayúsculo que se llevan los pastores cuando oyen el rugido de un león que se acerca a sus rebaños y se dan cuenta que (v. 35) *no tienen camino para huir.*

3. Grandes multitudes caerán por *la espada opresora* (v. 38) de los caldeos; pero aquí (vv. 36, 37) se pone bien en claro que es *Jehová* quien *devasta los pastos,* pues *son destruidos por el ardor de la ira de Jehová.* Así es como fue *asolada* (v. 38) la tierra *de ellos.* Pero hallamos aquí dos expresiones que hacen más miserable el caso: (A) Dice la frase final del versículo 34: *«Caeréis como un vaso precioso* (según el texto hebreo) o, *como carneros escogidos* (según los LXX, que leyeron *keelé,* en lugar de *kiklí)».* Las personas más conspicuas entre ellos, que eran respetadas como *vasos de honor* caerán y se harán añicos como un vaso de Venecia o un plato de China que se quiebran fácilmente. (B) Incluso *las moradas pacíficas* (v. 37) *son destruidas.* El hebreo *neoth hashalom* significa *moradas* (bajo la metáfora de *apriscos) pacíficas,* y así debe traducirse. Incluso los que gozaban de mayor paz, sin molestar a sus vecinos ni ser molestados por ellos, no podrán hallar ninguna vía de escape. Éste es uno de los efectos directos de la guerra. Gracias a Dios, hay arriba *mansión pacífica* para todos los hijos de la paz; esa mansión está fuera del alcance del fuego y de la espada.

CAPÍTULO 26

Así como en Hechos de los Apóstoles la predicación de éstos está entretejida con sus sufrimientos, así también ocurre en el relato que tenemos aquí acerca del profeta Jeremías Vemos: I. Cuán fielmente predicaba (vv. 1–6). II. Cuán cruelmente le perseguían por ello los sacerdotes y los profetas (vv. 7–11). III. Cuán bravamente se mantuvo en sus convicciones frente a sus perseguidores (vv. 12–15). IV. Cuán maravillosamente fue protegido y librado por la prudencia de los príncipes y de los ancianos (vv. 16–19). Aunque Urías, otro profeta, murió por entonces a manos de Joacim (vv. 20–23), Jeremías halló quienes le cobijasen (v. 24)

Versículos 1–6

Mensaje que Jeremías predicó y que causó tal ofensa que estuvo a punto de perder la vida por causa de él.

1. Dios le dijo dónde tenía que predicar este sermón, cuándo y a qué auditorio (v. 2). Le dio orden de predicar *en el atrio de la casa de Jehová,* que estaba bajo la supervisión directa de sus enemigos jurados, los sacerdotes. Tiene que predicar esto en una de las fiestas solemnes, cuando acuden personas de *todas las ciudades de Judá, que vienen para adorar en la casa de Jehová.* Estos adoradores tenían en gran veneración a sus sacerdotes y habían de estar al lado de ellos contra Jeremías. Pero ninguna cosa de éstas había de intimidarle, sino que tenía que predicar un mensaje que, si no les convencía, les provocaría. Dios le encarga en particular que *no retenga ni una sola palabra,* sino que hable *todas las palabras que le manda decirles.*

2. También le dice Dios qué palabras son las que ha de decir. Tiene que asegurarles que, si *se arrepienten de sus pecados y se vuelven cada uno de su mal camino* (v. 3), Dios apartará de ellos su castigo, aun cuando está ya a las puertas. Éste era el principal objetivo por el que Dios les enviaba este mensaje por medio de Jeremías. Dios les ha enviado sus profetas *desde temprano y sin cesar* (frase que se repite desde 7:13), es decir, con toda solicitud para que se conviertan y se salven. Ensaya Dios varios métodos (para nosotros, lo mismo que para ellos) hasta que una persona queda dispuesta para el reino o para la ruina. Por eso les asegura que, si continúan en su obstinación, ciertamente verán la ruina de la ciudad y del templo (vv. 4–6). Lo que Dios requería de ellos era que *anduviesen* (v. 4b) *en la ley que había puesto delante de ellos y* (v. 5) *atendiesen a las palabras de los profetas, sus siervos.* Hasta ahora, se habían hecho los sordos (v. 5, al final). Todo lo que ahora espera de ellos es que, por fin, presten atención y hagan de la Palabra de Dios su norma de vida. Si no hacen caso esta vez, se repetirá aquí el triste caso de Siló (v. 6), y no es la primera vez que les menciona esto (v. por ej. 7:12–14).

Versículos 7–15

En lugar de despertar las convicciones de ellos, el mensaje del profeta sirvió para exasperar sus corrupciones.

1. Tienen por un crimen el que Jeremías les haya predicado ese sermón y como a criminal lo arrestan. *Los sacerdotes* (v. 7), *los profetas y todo el pueblo le oyeron hablar estas palabras,* y eso bastó para basar en eso su procesamiento. Jeremías había dicho: «Si *no me oís …, yo pondré esta casa como Siló, etc.»* (vv. 4–6); pero ellos abrevian y así escamotean lo que la mano de Dios había de hacer si ellos no escuchaban la voz de Dios, y acusan a Jeremías de que blasfema contra la ciudad y contra el templo, por decir (v. 9): *«Esta casa será como Siló, etc.»*. La acusación es parecida a la que se hizo después contra el Señor Jesús y contra Esteban. Con un fundamento tan débil, no es extraño que la sentencia fuese injusta (v. 8, al final): *«De cierto morirás»*. Lo que acababa de decir estaba de acuerdo con lo que Dios había dicho en 1 Reyes 9:6–8; sin embargo, es condenado por decir lo mismo que allí.

2. Pero el tribunal que va a juzgar a Jeremías no es tan fanático (vv. 16 y ss.). Sus jueces van a ser los *príncipes del pueblo* (vv. 10 y ss.). Al oír este alboroto que venía del templo, *subieron de la casa del rey a la casa de Jehová* para ver qué pasaba, y *se sentaron en la entrada de la puerta nueva de la casa de Jehová* para juzgar el caso. *Los sacerdotes y los profetas* eran sus demandantes, enfurecidos contra él, y dijeron al tribunal y a todo el pueblo (v. 11) que Jeremías *había incurrido en pena de muerte por profetizar contra la ciudad.* Cuando Jeremías profetizó en la casa del rey acerca de la ruina de la familia real (22:1 y ss.), la corte, aunque estaba corrompida, lo llevó con paciencia y no leemos que le persiguieran por ello; pero cuando viene a *la casa de Jehová* y toca el lugar que los sacerdotes usufructuaban y, por otra parte, contradice las mentiras lisonjeras de los falsos profetas (v. 5:31), entonces es considerado por unos y otros como *digno de muerte.*

3. Jeremías presenta su defensa ante los príncipes del pueblo. No se retracta de lo que ha dicho, sino que se ratifica en ello aunque le cueste la vida, pero: (A) Afirma que lo ha hecho con buena autorización, no por espíritu de contradicción o sedición, sino porque (v. 12) «*Jehová*—dice—*me envió a profetizar contra esta casa y contra esta ciudad todas las palabras que habéis oído»*. Lo mismo repite al final del versículo 15. Mientras los ministros de Dios se atengan en todo a las órdenes que han recibido del cielo, no tienen que temer la oposición que se les haga, ya sea de parte del mundo o del infierno. Está bajo la protección de Dios, y toda afrenta que se haga al embajador, será resentida por el Príncipe que le envió. (B) Les advierte, no como quien amenaza, sino como quien amonesta (vv. 13–15), que se enmienden y escuchen la Palabra de Dios. En cuanto a él, el asunto no es de gravedad: *«heme aquí*—dice (v. 14)—*en vuestras manos;* ni tengo poder para resistir, ni tengo tanto amor a mi vida como para traicionar mi deber; *haced de mí como mejor y más recto os parezca»*. Pero, en cuanto a ellos, les advierte que son ellos los que peligran si le dan muerte (v. 15): *«Mas sabed de cierto que, si me matáis, sangre inocente echaréis sobre vosotros, etc.»*.

Versículos 16–24

1. Jeremías es absuelto. Las palabras que a los sacerdotes y a los profetas les habían parecido dignas de muerte, no les parecieron al tribunal sediciosas ni traicioneras. Así que tanto los príncipes (v. 16) como el pueblo no le hallaron culpable; más aún, admitieron que Jeremías les había hablado en nombre de Dios: *«No ha incurrido este hombre en pena de muerte, porque en nombre de Jehová nuestro Dios nos ha hablado»*. Pero si reconocen que Jeremías les ha hablado en nombre de Jehová, ¿por qué no se arrepienten de sus pecados y reforman su vida?

2. Se halla un precedente para justificar la absolución de Jeremías. *Algunos de los ancianos de la tierra* (v. 17) *se levantaron* e hicieron memoria a la asamblea de un caso anterior. El caso referido es el de Miqueas.

(A) ¿Había de parecer extraño el que Jeremías profetizase contra esta ciudad y el templo, cuando Miqueas lo hizo antes que él, incluso en el reinado de Ezequías, el reinado de la reforma? (v. 18). Miqueas lo dijo tan públicamente como ahora Jeremías: *«Por culpa vuestra Sion será arada como un campo,* puesto que, una vez hecha escombros, nada impedirá que se pase el arado por el suelo, y *Jerusalén vendrá a ser montones de ruinas, y el monte del templo como oteros del bosque,* donde crece toda clase de maleza» (literalmente de Mi. 3:12). Por esto se podía deducir que un hombre podía ser, como lo fue Miqueas, un verdadero profeta de Jehová y, con todo, profetizar la destrucción de Sion y de Jerusalén.

(B) ¿No estuvo bien lo que los príncipes hicieron al justificar a Jeremías en lo que había hecho? Pues eso es lo que hizo Ezequías antes de ellos en un caso parecido. ¿Acaso dieron muerte a Miqueas Ezequías y el pueblo de Judá? ¡Al contrario! Ellos tomaron muy buena nota de lo que Miqueas les advirtió. Ezequías dejó a sus sucesores un buen ejemplo, pues *temía a Jehová* (v. 19b). La predicación de Miqueas le puso de rodillas: «*y oró en presencia de Jehová* para que apartase de ellos el juicio inminente y se reconciliase con ellos, y no lo hizo en vano, pues *Jehová se arrepintió del mal que había hablado contra ellos* y se volvió a ellos en misericordia: envió un ángel, que derrotó a los asirios, cuyo ejército amenazaba con *arar Sion como un campo»*.

3. Un ejemplo, muy distinto, de otro profeta a quien Joacim mandó matar por profetizar como lo había hecho ahora Jeremías (vv. 20–23). Es muy probable que los acusadores de Jeremías citasen este otro ejemplo para contrarrestar el efecto que el caso de Miqueas podía haber hecho a favor de Jeremías. También *Urías, de Quiryat-Yearim,* había profetizado *conforme a todas las palabras de Jeremías,* y tuvo que escapar a Egipto (v. 21) para evitar la furia del rey, pero Joacim mandó por él (v. 22) y, una vez que lo trajeron, *el rey lo mató a espada y echó su cuerpo en la fosa común* (v. 23). El caso de Urías, contemporáneo de Jeremías, se parecía al de éste como una gota de agua a otra. Parece como si Joacim, al dar muerte al profeta Urías, quisiera dar a entender que todo el que se atreviese a profetizar como Urías correría la misma suerte que él. Pero eso no amedrentó a Jeremías. También Herodes Antipas creyó haber ganado la partida cuando mandó decapitar al Bautista, pero pronto se llenó de terror cuando oyó lo que se decía de Jesús, y dijo asustado: *«Ése es Juan, al que yo decapité, que ha resucitado»* (Mr. 6:16).

4. Liberación de Jeremías. Urías había muerto a manos de Joacim, pero Dios preservó maravillosamente a Jeremías, aunque éste no huyó como Urías. El que tenía una misión extraordinaria podía esperar también una protección extraordinaria. Dios hizo surgir un amigo de Jeremías, quien «le echó una mano», pues era un hombre principal. Su nombre era *Ajicam, hijo de Safán;* el mismo que, con otros, fue enviado por Josías a consultar a la profetisa Juldá (2 R. 22:12); era padre de Gedalías, el que fue encargado del gobierno de los que quedaron en Judá después de la invasión babilónica. También el hijo fue buen amigo de Jeremías (39:14).

CAPÍTULO 27

Jeremías no ha podido persuadir al pueblo a someterse al mandato de Dios, con lo que habrían evitado la destrucción del país. Ahora intenta persuadirles a que se sometan a la providencia de Dios rindiéndose mansamente al rey de Babilonia, la medida más prudente para evitar el asolamiento total de la nación por el fuego y la espada. I. Da este consejo, en nombre de Dios, a los reyes de las naciones vecinas, asegurándoles que no queda otro remedio, sino someterse al rey de Babilonia; al fin y al cabo, el dominio de Babilonia se acabaría en el plazo de setenta años (vv. 1–11). II. Da este consejo, en particular, a Sedequías, rey de Judá (vv. 12–15), a los sacerdotes y al pueblo, asegurándoles que el rey de Babilonia había de proceder todavía contra ellos hasta que las cosas llegasen al último extremo, y que una sumisión paciente era el único medio de mitigar la calamidad (vv. 16–22).

Versículos 1–11

Hay alguna dificultad para fechar esta profecía (comp. 27:1 con 28:1). El Dr. Lightfoot soluciona así el problema: Al comienzo del reinado de Joacim es cuando Jeremías tiene que hacer las coyundas y los yugos (v. 1) y ponérselos en el cuello en señal de la sumisión de Judá al rey de Babilonia, que comenzó por entonces; pero ha de enviarlos a los reyes vecinos después, en el reinado de Sedequías, de cuya subida al trono y de los mensajeros que le fueron enviados, se hace mención por vía profética. Es, pues, lo que se llama prolepsis.

1. Jeremías tiene que preparar una señal simbólica de la sumisión que todos esos países (v. 3) habían de prestar al rey de Babilonia. Dios le dijo (v. 2): *«Hazte coyundas (o ataduras) y yugos, y ponlos sobre tu cuello;* yugos con las atadura correspondientes, como se hacía para que los animales no sacasen el cuello del yugo. Jeremías tiene que ponérselos él mismo al cuello, pues todos habían de preguntar: ¿Qué

significan esos yugos de Jeremías? Le hallamos con uno puesto en 28:10. Con eso les daba a entender que no les incitaba a ninguna cosa que él no fuese el primero en cumplir.

2. Tiene que enviar esto, con un mensaje, a los príncipes vecinos (v. 3). Se mencionan los más cercanos a la tierra de Canaán. Se ve que estaba en ciernes una especie de alianza entre el rey de Judá y dichos príncipes y que se iba a celebrar una reunión en Jerusalén para tratar el modo de librarse del yugo de Babilonia. Tenían gran confianza en la fuerza de esta coalición; pero, cuando los enviados volvían a sus amos respectivos con la ratificación del tratado, Jeremías les regala sendos yugos para que los lleven a los príncipes y les den a entender que lo mejor que pueden hacer es someterse al rey de Babilonia. En este mensaje:

(A) Dios afirma su indiscutible derecho a disponer de los reinos de este mundo como le place (v. 5), pues Él es el Creador de todas las cosas y las da a quien quiere. Así como benévolamente *ha dado la tierra a los hijos de los hombres* en general (Sal. 115:16b), así también da a quien quiere una parte mayor o menor de esta tierra.

(B) Dios publica un documento de cesión de todos estos países a Nabucodonosor: «Esto sirve para certificar y dar a conocer a todos los interesados, que *he puesto* (v. 6) *todas estas tierras en mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi siervo, y aun las bestias del campo le he dado para que le sirvan*». Nabucodonosor era un rey orgulloso, malvado e idólatra; sin embargo, Dios, en Su providencia, le da este vasto dominio y estas extensas posesiones. Nótese que las cosas de este mundo no son las mejores, pues Dios, con frecuencia, las da en abundancia a hombres perversos, rebeldes contra Él. La dominación temporal no está fundada sobre la gracia. Nabucodonosor es una mala persona y, a pesar de ello, Dios lo llama *mi siervo,* porque lo emplea como instrumento de Su providencia para castigar a las naciones.

(C) Les asegura que, inevitablemente, han de quedar todos ellos sometidos, por algún tiempo, al dominio del rey de Babilonia (v. 7): «*Y todas las naciones le servirán a él* (Nabucodonosor), *a su hijo* (Evilmerodac) y *al hijo de su hijo* (Belsasar), con quien cesó la hegemonía caldea y el cetro pasó a manos de los medos y los persas (v. 25:14).

(D) Amenaza a los que no quieran someterse al rey de Babilonia (v. 8): *«Y a la nación y al reino … que no ponga su cuello debajo del yugo del rey de Babilonia, visitaré a tal nación con espada, con hambre y con pestilencia, dice Jehová, hasta que la haya consumido yo por su mano,* es decir, por la mano del rey de Babilonia». Más les vale, pues, someterse de buena gana, porque, de lo contrario, lo van a pasar mucho peor.

(E) Les muestra la vanidad de todas las esperanzas que abrigaban en orden a preservar su libertad (vv. 9, 10). También estas naciones tenían sus profetas, quienes pretendían predecir los acontecimientos futuros, ya fuese por medio del estudio de las estrellas, o mediante sueños o por medio de encantamientos. Estos falsos profetas, para complacer a sus dueños, les aseguraban diciendo (v. 9, al final): *«No serviréis al rey de Babilonia».* Pero Jeremías les dice, de parte de Dios, que esa vana presunción les llevará a la ruina (v. 10), mientras que, si se someten (v. 11), aparte de esta servidumbre, serán dejados en paz. Habrá quienes consideren esto como muestra de cobardía, pero el profeta lo recomienda como muestra de mansedumbre, que prudentemente se pliega ante la necesidad y saca el mejor partido posible de una tranquila sumisión a las más duras vicisitudes impuestas por la divina providencia. Muchos habrían evitado el golpe de la mano destructora si se hubiesen sometido al toque de la mano humilladora. Más vale tomar de buen grado una pequeña cruz que caer bajo una pesada cruz que nosotros mismos nos hemos ganado con nuestra rebeldía.

Versículos 12–22

Lo que se ha dicho a todas las naciones se aplica ahora, con especial ternura, a los judíos, por quienes Jeremías estaba particularmente interesado. El caso se presentaba del modo siguiente: Judá y Jerusalén se habían enfrentado al rey de Babilonia y lo habían pasado muy mal; tanto las personas de más alto rango como los bienes de mayor valor habían sido transportados ya a Babilonia y algunos utensilios de la casa de Jehová. ¿Cuál sería el resultado final? Había en Jerusalén falsos profetas que alentaban al pueblo a seguir resistiendo y aun ver de recobrar lo perdido. Pero Jeremías es enviado allá a pedirles que se rindan, porque, en lugar de recobrar lo perdido, perderán lo que queda si se obstinan en resistir.

1. Jeremías se dirige humildemente al rey de Judá, para persuadirle a que se rinda al rey de Babilonia. Su acción será representativa de todo el pueblo y, por eso, se dirige a él en plural (v. 12): *«Someted*

vuestros cuellos al yugo del rey de Babilonia … y vivid». Era una muestra de sabiduría someterse al yugo de hierro de un cruel tirano, con el fin de salvar la vida del cuerpo. ¿No será muestra de muy superior sabiduría someterse al suave y dulce yugo de nuestro legítimo Señor y Dueño Jesucristo, a fin de asegurar la vida eterna de toda nuestra persona? Humillemos nuestro espíritu por medio del arrepentimiento y de la fe pues ése es el medio de hacer que nuestro espíritu suba a la gloria del cielo.

2. Se dirige igualmente a los sacerdotes y al pueblo (v. 16), para persuadirles *a servir al rey de Babilonia* (v. 17) *y vivir. «¿Por qué*—añade—*ha de ser desolada esta ciudad,* como lo será de cierto si os resistís?»

3. En todos estos discursos les amonesta que no den crédito a los falsos profetas que les halagaban con vanas seguridades (v. 14): *«No hagáis caso de las palabras de los profetas …»;* (v. 16): *«No atendáis a las palabras de vuestros profetas …* No son profetas de Dios, pues *Él no los envió* (v. 15); son *vuestros,* porque dicen lo que vosotros queréis que digan, y sólo están tratando de complaceros». Dos cosas decían estos profetas:

(A) Que el dominio que el rey de Babilonia había ganado sobre ellos sería quebrantado en breve. Decían (v. 14): *«No serviréis al rey de Babilonia».* No necesitáis someteros a él voluntariamente, porque no os veréis obligados a someteros por la fuerza». Y eso lo profetizaban *en nombre de Jehová* (v. 15), como si Dios los hubiese enviado. Pero eso era una mentira, pues *Dios no los había enviado.*

(B) Que los utensilios del templo, que el rey de Babilonia se había llevado ya, serían devueltos en breve (v. 16). Sabían cuánto agradaría esta falsa profecía a los sacerdotes, quienes amaban *el oro del templo* más que *el templo que santifica al oro.* Dichos utensilios fueron llevados a Babilonia cuando Jeconías fue deportado allá (v. 20). Tenemos el relato de esto en 2 Reyes 24:13, 15; 2 Crónicas 36:10. El templo les llenaba de orgullo, y su desmantelamiento era una clara indicación de lo que el verdadero profeta les había dicho: Que su *Dios se había alejado de ellos.* Por consiguiente, sus falsos profetas no tenían otro medio de consolarlos que diciéndoles que el rey de Babilonia se vería forzado en breve a devolverlos. En vez de profetizar, Jeremías les dice que deben *orar ahora a Jehová de las huestes* (v. 18), a fin de que el rey de Babilonia no se lleve también los utensilios que han quedado (vv. 19, 20). Pero pueden estar seguros de que también éstos serán llevados por Nabucodonosor a Babilonia; no sólo los que hay *en la casa de Jehová,* sino también *en la casa del rey de Judá y en Jerusalén* (v. 21).

4. Jeremías concluye con una consoladora promesa de que llegará un *día* en que habrán de ser devueltos (v. 22): «A *Babilonia serán deportados y allí estarán hasta el día en que yo los visite, dice Jehová; y después los traeré y los restauraré a este lugar».* De seguro estuvieron bajo la protección especial de la Providencia, porque, de lo contrario, los habrían derretido, pero tenía que haber un segundo templo, para el cual estaban reservados. En Esdras 1:7–11 tenemos el relato de su retorno. A veces, los molinos de Dios muelen despacio, pero muelen siempre a su debido tiempo, porque muelen seguro.

CAPÍTULO 28

En el capítulo anterior, Jeremías había acusado a los falsos profetas de profetizar mentiras al decir que pronto se había de quebrar el yugo del rey de Babilonia y que los utensilios del santuario volverían a Jerusalén en breve. Ahora se enfrenta con un solo hombre, también falso profeta. I. Hananías (hebr. *Jananyah*), un pretendiente a profeta, predice el hundimiento del poder de Nabucodonosor y el regreso tanto de las personas como de los utensilios que habían sido deportados (vv. 1–4), y, en señal de esto, quiebra el yugo de sobre el cuello de Jeremías (vv. 10, 11). II. Jeremías desea que tal profecía pudiese resultar verdadera, pero apela a los hechos, y no duda de que éstos dejarán fallida la seudoprofecía de Hananías (vv. 5–9). III. Se lee luego la sentencia, tanto de los engañados como del engañador: El pueblo verá su yugo de madera convertido en yugo de hierro (vv. 12–14), y el falso profeta será pronto exterminado, ya que murió el mismo año (vv. 15–17).

Versículos 1–9

Esta contienda entre un verdadero profeta y otro falso sucedió (v. 1) *en el principio del reinado de Sedequías;* concretamente, *en el año cuarto* (594–593 a. de C.), porque los cuatro primeros años de su

reinado bien pueden llamarse *el principio,* ya que durante esos años reinó bajo el dominio del rey de Babilonia como un vasallo; mientras que el resto de su reinado, que bien puede llamarse la segunda parte, reinó en rebelión contra el rey de Babilonia. En este cuarto año de su reinado fue en persona a Babilonia, como vemos en 51:59. Esto dio al pueblo alguna esperanza de que, yendo en persona, podría poner buen fin a la guerra, y fue esta esperanza la que los falsos profetas alentaban, en especial Hananías.

1. La predicción que Hananías hizo solemnemente *en la casa de Jehová* (v. 1b), y en nombre de Jehová (v. 2), *delante de los sacerdotes y de todo el pueblo* (v. 1, al final). Al proferir esta profecía, se encaró con Jeremías, dirigiéndose a él con intención de contradecirle, como si dijese: «Jeremías, estás mintiendo». La predicción era que (v. 3), *en el plazo de dos años, todos los utensilios de la casa de Jehová serían devueltos a Jerusalén,* y que también Jeconías (v. 4) y los demás deportados habían de volver en breve; mientras que Jeremías había profetizado que el yugo del rey de Babilonia se apretaría todavía más y que, tanto los utensilios como los cautivos, no regresarían hasta dentro de setenta años. Al comparar esta seudoprofecía de Hananías con las de los verdaderos profetas, se advierte en seguida una gran diferencia entre ellas, pues aquí no hay nada del espíritu y de la vida, ni de la sublimidad de expresión, que se manifiestan en los discursos de los profetas de Dios. Pero lo que más se echa en falta aquí es la piedad; habla del retorno de la prosperidad, pero no hay ni una sola palabra de exhortación a que se arrepientan, se vuelvan a Dios, oren y busquen Su rostro. Les promete bendiciones materiales, en nombre de Dios, pero no hace ninguna mención de las bendiciones espirituales que siempre ha prometido Dios (v. por ej. 24:7).

2. Respuesta de Jeremías a esta seudoprofecía.

(A) Desea de corazón que pudiese resultar cierta, pues tiene grande y sincero afecto a su país y desea con vehemencia que su ruina pudiese ser alejada. Por eso, dice (v. 6): *«Amén, así lo haga Jehová. Confirme Jehová tus palabras, etc.».* No era ésta la primera vez que Jeremías oraba por su pueblo, a pesar de profetizar contra él. También Dios, aun cuando haya determinado la muerte de los pecadores, no la desea, sino que *quiere que todos sean salvos* (1 Ti. 2:4). Del mismo modo, el Señor Jesús oró diciendo: *«Padre, si es posible, pase de mí esta copa»,* aunque sabía que no había de pasar de Él.

(B) Apela a los hechos, los cuales demostrarán que la profecía de Hananías es falsa (vv. 7–9). Los falsos profetas odiaban a Jeremías, como Acab a Miqueas, porque *no les profetizaba bien, sino mal.* Pero él hace ver, ante todos, que «el hecho de que un profeta tenga el valor de predecir una calamidad nacional, a sabiendas de la impopularidad y aun del odio en que por eso haya de incurrir, es en sí una prueba de que es verdaderamente consciente de que pronuncia un mensaje divino. De lo contrario, escogería el camino más fácil de agradar a sus oyentes con las profecías que él sabe que ellos prefieren oír» (Freedman). No es que Jeremías niegue en redondo que haya profecías *de paz;* él mismo las ha pronunciado también. Pero, sea lo que sea lo que el profeta diga, «sólo su *cumplimiento* (Dt. 18:21, 22) podrá ser la garantía de su autenticidad, de la *misión auténtica* de quien anuncia, adulador y de continuo, sospechosos mensajes de "paz"» (Asensio).

Versículos 10–17

1. La insolencia del falso profeta. Para completar la afrenta a Jeremías, *quitó el yugo del cuello del profeta* (v. 10), que llevaba como memorial de lo que había profetizado acerca de las naciones que habían de ser sometidas al dominio del rey de Babilonia, y lo *quebró,* a fin de dar una señal del cumplimiento de su profecía, así como Jeremías la había dado de la suya, y que pareciese que había derrotado el designio e intención de la profecía de Jeremías. El espíritu de mentira, en la boca de este falso profeta, trata de imitar el lenguaje del Espíritu de la verdad (v. 11): *«Así dice Jehová: De esta manera romperé el yugo de Nabucodonosor, rey de Babilonia,* no sólo del cuello de esta nación, sino también *del cuello de todas las naciones, dentro de dos años».*

2. La paciencia del verdadero profeta. Jeremías *siguió* tranquilamente *su camino* (v. 11, al final), no porque no tuviese nada que responder, sino porque quería permanecer callado hasta que pluguiese a Dios darle una respuesta directa, que entonces no había recibido todavía. Esperaba que Dios había de enviar un mensaje especial a Hananías y, por eso, dejó al arbitrio de Dios responderle, y se hizo el sordo de momento, puesto que «la desaparición del yugo, base de profecía de "destrucción" en nombre de Jehová, le deja inerme como profeta y ha de esperar una nueva revelación divina que le señale el camino de la lucha y de la victoria» (Asensio).

3. La justicia de Dios, al juzgar entre Jeremías y su adversario. Jeremías se fue por su camino, como hombre *en cuya boca no había reproche,* pero pronto puso Dios en su boca una palabra. Hananías *había quebrado yugos de madera* (v. 13), pero Jeremías *tiene que hacer yugos de hierro, porque* (v. 14) *así dice Jehová de las huestes, Dios de Israel: Yugo de hierro he puesto sobre el cuello de todas estas naciones,* un yugo mucho más duro y pesado que el yugo de madera, *para que sirvan a Nabucodonosor, rey de Babilonia. Y* repite lo que ya había dicho (27:6, al final): «*Y también le he dado las bestias del campo*» (v. 14, al final), como si hubiese en eso algo que tuviese un sentido especial. Los hombres se habían hecho, por su perversidad, *como las bestias que perecen* y, por tanto, merecían ser gobernados como se gobierna a las bestias, y éste era el poder con que Nabucodonosor gobernaba, pues *a quien le parecía bien lo mataba, y a quien le parecía bien lo dejaba con vida.* Hananías es sentenciado a morir *aquel mismo año* (v. 17) por contradecir a Jeremías, y éste, después de ser comisionado por Dios para hacerlo, se lo dice en su cara (vv. 15; 16). Los crímenes de los que Hananías queda convicto son *engañar al pueblo* (v. 15b) *y hablar perversión* (lit.) *contra Jehová* (v. 16, al final), es decir, pervertir el mensaje de Dios. Jeremías, de parte de Dios, le lee la sentencia (v. 16): *«Por tanto, así dice Jehová: He aquí que yo te quito de sobre la faz de la tierra; morirás en este año, y* morirás como un rebelde contra Dios». La sentencia fue ejecutada puntualmente (v. 17): «Y *en el mismo año,* el cuarto año del reinado de Sedequías, murió Hananías, *en el mes séptimo»,* esto es, en el plazo de dos meses (véase el v. 1).

CAPÍTULO 29

La disputa entre Jeremías y los falsos profetas se ha llevado a cabo hasta ahora de palabra, pero en este capítulo se hace por escrito. I. Tenemos aquí una carta que escribió Jeremías a los cautivos de Babilonia contra los falsos profetas que tenían allí (vv. 1–3). En dicha carta 1. Se esfuerza en persuadirles a que aguanten con buen ánimo su cautiverio (vv 4–7). 2. Les precave para que no den ningún crédito a los falsos profetas, quienes les hacían abrigar esperanzas de una pronta liberación (vv. 8, 9). 3. Les asegura que Dios los restituirá, en Su misericordia, a su patria al término de setenta años (vv. 10–14). 4. Predice la destrucción de los que continuasen profetizando falsedades (vv. 15–19). 5. Profetiza la muerte de dos de sus falsos profetas en Babilonia, los cuales les apaciguaban la conciencia en sus pecados y les daban malos ejemplos (vv. 20–23). II. Hay también aquí una carta que Semaías, falso profeta de los que estaban en Babilonia, escribió a los sacerdotes de Jerusalén, a fin de soliviantarles para que persiguieran a Jeremías (vv. 24–29) y una declaración de la ira de Dios contra él por haber escrito semejante carta (vv. 30–32).

Versículos 1–7

1. Jeremías escribió, en nombre de Dios, una carta a los que estaban cautivos en Babilonia. Jeconías se había rendido como prisionero (v. 2), junto con la reina madre, los dignatarios de su corte, llamados aquí *eunucos* (lit), y muchos de los príncipes *de Judá y de Jerusalén. Los artesanos y los herreros* (son los mismos vocablos hebreos de 24:1) son también forzados a rendirse, a fin de que los que se queden en Jerusalén no dispongan de manos adecuadas para fortificar la ciudad. Con esta mansa sumisión podía esperarse que Nabucodonosor se aplacase, pero el tirano conquistador se crece con las concesiones que ellos le hacen. Así que, no contento con eso, después que todos aquellos (v. 2) habían salido de Jerusalén, vuelve otra vez y se lleva muchos más (v. 1) de *los ancianos, de los sacerdotes, de los profetas y del pueblo.* El caso de estos cautivos era especialmente triste, pues parecía como si fueran mayores pecadores que todos los demás hombres que vivían en Jerusalén. Por eso Jeremías les escribe una carta a fin de consolarles. Esta carta de Jeremías fue enviada a los cautivos de Babilonia por manos de los embajadores que el rey Sedequías envió a Nabucodonosor con el fin (es probable) de pagarle su tributo y renovarle su sumisión. Por medio de tales mensajeros quiso Jeremías enviar su carta, porque era un mensaje de parte de Dios.

2. Viene ahora una copia de la carta que Jeremías envió a los deportados. En ella:

(A) Les asegura (v. 4) que les escribe en nombre de *Jehová de las huestes, Dios de Israel,* del que Jeremías es sólo como el amanuense. Les había de servir de consuelo en su cautiverio oír que Dios es

Jehová de las huestes, capaz de darles ayuda y liberación, y de que es el *Dios de Israel* que guarda todavía el pacto con Su pueblo. Esto sería, de por sí, una advertencia para que estuviesen en guardia contra toda tentación de idolatría allí en Babilonia. El que Dios les enviase esta carta había de animarles, pues era una prueba evidente de que no los había abandonado ni desheredado, aunque estaba disgustado con ellos y los estaba disciplinando.

(B) En efecto, Dios reconoce en esta carta que es Su mano la que les ha llevado a Babilonia: *«a todos los que hice deportar»* (v. 4 y, de nuevo, en el v. 7). Si era Dios quien los había llevado allá, podían estar seguros de que lo había hecho para bien de ellos, no para su daño.

(C) Les pide que no piensen en otra cosa, sino en establecerse allí y sacar de la situación el mejor partido posible (vv. 5, 6): *«Edificad casas y habitadlas, etc.».* No deben abrigar esperanzas de un pronto regreso a su país, sino acomodarse allí lo mejor que puedan; han de *plantar, casarse, casar a sus hijos e hijas, y multiplicarse allí.* Si viven con temor de Dios, ¿qué les puede impedir una vida confortable en Babilonia? Es cierto que, a veces no podrán menos de *llorar cuando se acuerden de Sion,* pero el llorar no les ha de impedir el sembrar. En todas las condiciones de la vida presente es muestra de sabiduría y de amor al deber sacar el mejor partido posible de la situación y no echar por la borda las ventajas de que podamos disfrutar, so pretexto de que no tenemos cuanto desearíamos tener. Es comprensible que tengamos afecto especial a nuestro país nativo, pero si la Providencia dispone que nos traslademos a otro lugar, hemos de resolver vivir allí lo mejor que podamos. Si *la tierra es del Señor,* adondequiera que un hijo de Dios vaya, nunca sale del territorio de Su padre. No deben inquietarse con temores infundados de dificultades intolerables en su cautiverio.

(D) Les exhorta a que busquen el bien del país donde se hallan como cautivos (v. 7), que oren por él y se esfuercen en promover el bienestar general de ese país. Esto significa una prohibición de intentar cualquier cosa contra la paz pública mientras sean súbditos del rey de Babilonia. Han de vivir pacíficamente bajo su mando, con toda piedad y honestidad, y no tramar el sacudirse el yugo, sino dejar pacientemente a Dios el actuar, a su debido tiempo, para traerles la liberación; *porque en su paz*—dice—*tendréis vosotros paz* (v. 7, al final). Así también los primeros cristianos, conforme al tenor de su santa religión, oraban por las autoridades constituidas, aun cuando fuesen perseguidores. Todo pasajero de un barco debe estar interesado en la seguridad de la nave.

Versículos 8–14

1. Dios les retrae ahora de edificar sobre los falsos cimientos que sus presuntuosos profetas estaban echando (vv. 8, 9). Les decían que su cautiverio iba a ser breve y, por tanto, que no debían pensar en echar raíces en Babilonia. *«Os engañan* en esto, les dice Dios, *porque* (v. 9) *falsamente profetizan en mi nombre.* Pero no os dejéis engañar (v. 8): *No os engañen vuestros profetas ... ni atendáis a los sueños que soñáis o,* mejor (lit.), *los sueños que hacéis que sean soñados* al pedir a los adivinos profesionales que revelen el futuro por medio de oráculos derivados de sueños» (Freedman). Ellos mismos, pues, animaban a los falsos «videntes» a que les engañasen, *diciéndoles cosas halagüeñas* (Is. 30:10).

2. Les ofrece luego un buen fundamento sobre el que podrán edificar sólidamente sus esperanzas. Dios les promete aquí que, aunque no habían de volver pronto *Él mismo les visitaría cuando se cumpliesen setenta años y les haría volver* a su país (v. 10), poniendo fin a su cautiverio en Babilonia. Aunque se hallen dispersos, unos en un país y otros en otro, *los traerá de todos los lugares adonde los arrojó y les hará volver al lugar de donde les hizo llevar cautivos* (v. 14). Dios *cumplirá así su favorable promesa* (v. 10, al final), lo cual hará más consoladora la vuelta a la patria, por ser efecto de una amorosa promesa. Todo esto es según el plan de Dios para con ellos, pues *Sus pensamientos son de paz, para darles un porvenir y una esperanza* (v. 11). Cuando las cosas hayan llegado al extremo, comenzarán a mejorar. Dios no hace nada a medias. Cuando ellos estén bien dispuestos, les dará liberación completa. No les dará según la expectación de sus temores ni según la expectación de sus fantasías, sino según la expectación de su fe y en respuesta a sus oraciones (vv. 12–14). Cuando se acerca la liberación, hemos de salirle al encuentro mediante la oración. Aquí tenemos la norma de una búsqueda eficaz (v. 13): *«Me buscaréis y me hallaréis cuando (o porque*—hebr. *ki*) *me buscaréis con todo vuestro corazón»,* no con actitudes rituales externas, ni por miedo a ulteriores castigos, sino con las características de una búsqueda amorosa (comp. con Dt. 6:5).

Versículos 15–23

1. Jeremías se vuelve ahora a los que tenían en poco los consejos y los consuelos que él ministraba y dependían de los falsos profetas. Cuando llegase esta carta de Jeremías, ellos estarían prestos a decir: «¿Para qué se preocupa tanto en darnos sus consejos? *Jehová nos ha levantado profetas en Babilonia* (v. 15). Estamos satisfechos con ellos y no tenemos por qué escuchar a profetas de Jerusalén». Estos profetas les decían que ya no vendrían más cautivos y que ellos regresarían pronto de su cautiverio. En respuesta a esto, Jeremías predice aquí la completa destrucción de los que se habían quedado en Jerusalén: «En cuanto al rey y al pueblo de la ciudad (vv. 16–18), de los que pensáis que van a daros la bienvenida cuando volváis, estáis equivocados; caerán sobre ellos los juicios de Dios unos tras otros: *espada, hambre y pestilencia,* que se llevarán por delante grandes multitudes; y los pobres miserables que queden serán esparcidos afrentosamente por todas las naciones». Así los tratará Dios *como a higos malos, que de tan malos no se pueden comer* (v. 17). Tenemos aquí una referencia a la visión que el profeta había tenido anteriormente (cap. 24).

2. La razón que se da para esto es la misma (v. 19): *«Por cuanto no han hecho caso de mis palabras, dice Jehová, que les envié por mis siervos los profetas …, pero no quisisteis escuchar, dice Jehová».* En cuanto a los profetas de Babilonia, de los que se jactaban los deportados (v. 15), Dios les dice ahora *a todos los deportados* (vv. 20 y ss.): «Estaos quietos y escuchad la sentencia de los profetas en los que tanto confiáis». Los dos profetas que se mencionan aquí por sus nombres son *Ajab y Sedequías* (v. 21). Los crímenes de que se les acusa son impiedad e inmoralidad: *«Os profetizan falsamente en mi nombre»* (v. 21b y, de nuevo, en el v. 23b). Atribuir mentiras al Dios de la verdad es uno de los mayores crímenes. Además (v. 23a), *«hicieron maldad en Israel y cometieron adulterio con las mujeres de sus prójimos».* Mal podían corregir a otros quienes se comportaban con tanta inmoralidad. Su castigo será terrible, pues *el rey de Babilonia los matará y los asará al fuego* (vv. 21, al final, y 22, al final). Podemos suponer que Nabucodonosor no les castigó tan severamente por su impiedad y por su inmoralidad, sino por sedición, pues incitarían al pueblo a rebelarse, precisamente por las falsas esperanzas que estos seudoprofetas les hacían concebir. Sus nombres servirán de maldición entre los deportados (v. 22). La mayor maldición había de ser: *«Póngate Jehová como a Sedequías y como a Ajab, etc.».*

Versículos 24–32

Los falsos profetas se enfurecieron al enterarse de la carta de Jeremías. Uno de ellos, Semaías, mostró su gran malignidad contra el profeta.

1. Su nombre era *Semaías el nejelamita,* sin que se sepa si este apelativo alude a su localidad nativa (que se desconoce) o es su nombre de familia (que también se desconoce). Obtuvo una copia de la carta de Jeremías a los deportados, y le sentó tan mal que se dispuso a contestar en seguida. ¿Cómo? No le escribe a Jeremías para justificar sus quejas y defender sus propios derechos de pretencioso profeta, sino que escribe a los sacerdotes, para incitarles a perseguir a Jeremías.

2. Escribe en su propio nombre como si fuese el dictador de toda la humanidad y se dirige especialmente (v. 25b) *al sacerdote Sofonías, hijo de Maasías* (comp. con 21:1; 29:29; 37:3; 52:24; 2 R. 25:18), que, como sucesor de Pasur (v. 20:1), era el inspector-jefe del templo, y, en tono adulador, le dice (v. 26): *«Jehová te ha puesto por sacerdote en lugar del sacerdote Joyadá, etc.».* Freedman da por seguro que es el mismo Joyadá (mejor, Yoyadá) de 2 Reyes 11:18. Asensio asegura que es «distinto del homónimo sumo sacerdote». M. Henry da como probables las dos opiniones. Sofonías ha sido promovido a este alto cargo y Semaías parece insinuarle que la Providencia le ha elevado para poner orden en el templo y tomar las medidas pertinentes contra (v. 26b) *«todo hombre loco que se las eche de profeta* (v. el comentario a 2 R. 9:11), *poniéndolo en el calabozo y en el cepo».* Vemos aquí, una vez más, que los fieles profetas de Dios son presentados con frecuencia como usurpadores del oficio y hombres locos que están bajo la acción de algún demonio o habituados al «trance» frenético.

3. Le informa de la carta que Jeremías había escrito a los cautivos (v. 28). Los falsos profetas habían dicho al principio que nunca vendría el cautiverio (14:13). Jeremías había dicho que vendría, y los hechos probaban que tenía razón. Semaías demanda ahora que se proceda contra Jeremías, y da por seguro que era un loco y que se las echaba de profeta (v. 27): *«¿Por qué, pues, no has castigado ahora a Jeremías de Anatot, que se las echa de profeta con vosotros?»* Jeremías no se las echaba de profeta, sino que Dios

mismo le había comisionado (1:5, 9). Pero, al no profetizar las cosas suaves que deseaban ellos oír, lo consideran como no llamado legítimamente al oficio de profeta. Justamente son enviados a la esclavitud por burlarse de los mensajeros de Dios y maltratar a sus profetas. Las aflicciones no bastan, por sí mismas, para curar de sus pecados al hombre, a no ser que la gracia de Dios obre eficazmente en medio de esas aflicciones; de lo contrario, más bien exasperan las corrupciones que intentan mortificar (Pr. 27:22): *«Aunque machaques al necio en un mortero …, no se apartará de él su necedad».*

4. *Sofonías leyó esta carta* (v. 29) *a oídos del profeta Jeremías.* Es evidente que Sofonías sentía simpatía por el profeta, pues le hallamos también empleado en enviarle mensajes como a profeta (21:1; 37:3) y, por consiguiente, le protegía. Le comunicó a Jeremías el contenido de la carta, a fin de que viese qué enemigos tenía incluso entre los cautivos.

5. La sentencia contra Semaías por escribir esta carta (vv. 30–32). Dios le va a contestar por medio de Jeremías, pero no directamente a él, sino a los deportados que le animaban y halagaban como si fuese un verdadero profeta de Jehová. *Semaías les había engañado.* Les había prometido paz en nombre de Dios, *pero Dios no le había enviado* (v. 31); predicándoles falsos consuelos, les había privado del verdadero consuelo. Al ser él un traidor a la Palabra de Dios, les había enseñado a ser traidores también ellos, *porque* (v. 32, al final) *habló perversión contra Jehová* (lit.). La expresión es casi literalmente la misma de 28:16, al fin al. Será castigado con algo muy temible para un judío: *Carecerá de descendencia masculina («no tendrá varón que more entre este pueblo»)* y, además, *no verá el bien que Jehová hará a Su pueblo,* esto es, el nuevo establecimiento del pueblo en su país. Advierte Freedman: «Como Semaías no podía en ningún caso tener experiencia de tal acontecimiento, pues había de ocurrir setenta años más tarde, debe entenderse como referente a sus descendientes: Se les había de negar la felicidad de regresar a su hogar ancestral».

CAPÍTULO 30

El sermón que tenemos aquí y en el capítulo siguiente es diferente de los anteriores. Hasta ahora, casi todo era reprensiones; pero estos dos capítulos (30 y 31) están enteramente llenos de preciosas promesas de retorno de la cautividad. Se le ordena al profeta que lo ponga por escrito (vv. 1–3) para consuelo de las generaciones venideras. Se promete aquí: I. Que habían de tener después una gozosa restauración: 1, aunque estaban muy aterrados (vv. 4–7); 2, aunque sus opresores eran muy poderosos (vv. 8–10); 3, aunque ahora carecían de restauración (v. 11); 4, aunque todos los medios de su liberación parecían fallidos (vv. 12–14); 5, aunque era Dios mismo quien los había llevado al cautiverio (vv. 15, 16); y 6, aunque todos consideraban desesperado el caso (v. 17). II. Que, tras de su gozosa restauración, volverán a instalarse felizmente en el país y será reedificada su ciudad (v. 18), aumentará considerablemente su número (vv. 19, 20), se restablecerá el gobierno (v. 21), renovará Dios Su pacto con ellos (v. 22) y serán destruidos sus enemigos (vv. 23, 24).

Versículos 1–9

1. Se le ordena a Jeremías *escribir* todo lo que Dios le había dicho referente a la futura restauración de Israel, a fin de que, al tenerlo por escrito, puedan los deportados reflexionar y consolarse mejor que si se les comunicase de palabra. Ha de escribirlo para las generaciones venideras, no en una carta, sino *en un libro,* para ser preservado en los archivos. Se insinúa que *son amados por causa de los padres* (v. 3, al final, comp. con Ro. 11:28b): *«los haré retornar a la tierra que di a sus padres, y la disfrutarán».*

2. Se declara luego (vv. 4 y ss.) cuáles *son las palabras* que debe poner por escrito Jeremías.

(A) Ha de escribir una descripción de la consternación en la que se hallaba el pueblo al presente (v. 5). Nótese que lo que aquí dice Dios es «una cita de las palabras del pueblo, sobrentendiéndose delante una frase como vosotros decís. El versículo expresa el temor y la inseguridad del pueblo» (Freedman). Los falsos profetas les habían dicho que tendrían *paz,* pero lo que ellos experimentan no es *paz,* sino *temblor y espanto.* Incluso los hombres de guerra (hebr. *guéber)* se ven angustiados, y *palidecen* (v. 6) *como mujer que está de parto* con dolor intolerable.

(B) ¿A qué se refiere aquí la Palabra de Dios? El versículo 7 nos da la clave de esta porción. Dos frases son dignas de notarse: (a) «*¡Ah, cuán grande es aquel día!*» (comp. con «*En aquel día*» del v. 8). La referencia es clara al *dia de Jehová,* «que verá también la restauración de Israel bajo el Mesías, hijo de David» (Ryrie); (b) «*tiempo de angustia para Jacob*», frase que apunta a la Gran Tribulación, cuando el Anticristo perseguirá con saña especial a los israelitas (v. el comentario a los capítulos 12 y 13 del Apocalipsis).

(C) Jeremías debe escribir las seguridades que Dios da de que habrá para Israel un final feliz después de tal tribulación, pues: (a) Dios le salvará de ella y a través de ella (v. 7, al final); (b) no volverá a estar bajo servidumbre extranjera (v. 8); (c) habrá una maravillosa restauración del altar y del trono (v. 9): «*servirán a Jehová su Dios y a David su rey*». Nunca más servirán a dioses falsos; nunca más estarán bajo sujeción a reyes impíos. Dice el propio Freedman: «Su regente (de Dios) mesiánico en la tierra habrá de ser un renuevo de la casa de David (cf. Ez. 34:23; Os. 3:5)». ¡Exactamente! Y ese *renuevo* lo conocemos ya bien. ¡Es el Mesías-Rey, el Hijo de David, nuestro Señor Jesucristo! Pueden verse numerosas referencias a estos versículos en otros lugares del Antiguo Testamento (2:27, 28; 14:8; Is. 2:12; 9:4; 55:3–5; Ez. 34:23–27; 37:24, 25; Dn. 9:12; 12:1; Os. 1:11; 3:5; Jl. 2:11; Am. 5:18; Sof. 1:14); y del Nuevo Testamento (Lc. 1:69; Hch. 2:30; 13:23, 24).

Versículos 10–17

Aquí es presentado el deplorable caso de los judíos en cautiverio, pero se declaran también muchas promesas preciosas.

1. Dios mismo se ha manifestado contra ellos: *Él los esparció* (v. 11 b); *Él les ha hecho estas cosas* (v. 15, al final), aunque ha sido un *castigo con medida* (v. 11, comp. con 10:24; 46:28), no más de lo que ellos podían llevar. Dios odia el pecado en mayor grado en aquellos que están más cercanos a Él. Si castiga así a Su pueblo es *por sus muchos pecados* (v. 14, al final; v. 15, al final). Pero lo que Dios intentaba como disciplina paternal, ellos (y otros) lo interpretaban como un acto de hostilidad (v. 14): «… *como hiere un enemigo …, con azote de adversario cruel».* En verdad, parecía como si Dios hubiese luchado contra ellos como fiero enemigo (Is. 63:10). También Job se quejaba de que Dios se había vuelto cruel con él y *le había multiplicado las heridas.*

2. Sus amigos les habían abandonado (v. 13). Si a nosotros se nos ultraja, esperamos que nuestros amigos salgan en nuestra defensa. Si estamos enfermos o heridos o atribulados, esperamos que nuestros amigos simpaticen con nosotros y, si llega la ocasión, nos echen una mano para curarnos. Aquí no hay ninguno que haga eso, ninguno que vende las heridas: «*Todos tus amantes te olvidaron*» (comp. con 22:20). Cuando Dios está contra un pueblo, ¿quién estará con ellos? El caso parece ya sin esperanza y sin remedio (v. 12): «*Incurable es tu quebrantamiento, y grave tu herida*» (v. 15): «Incurable *es tu dolor*». Humanamente hablando (pues Dios es omnipotente), el caso no tenía remedio ni alivio, pues se estaban endureciendo en él. En esta deplorable situación, los miran con desdén: «*… porque te llamaron desechada, diciendo: Ésta es Sion, de la que nadie se cuida*». Todo estaba en ruinas ahora. Cuando miraban al pueblo que había vivido anteriormente en Sion, pero ahora estaban en cautiverio, los llamaban *desechados,* de los que a nadie le importan un bledo.

3. Pero Dios actuará para librarlos y salvarlos a su debido tiempo. (A) Aunque parezca distanciado de ellos, les asegura de Su presencia con ellos: «… *Yo soy el que acudo a salvarte desde lejos a ti* (v. 10); yo *estoy contigo para salvarte*» (v. 11, comp. con 46:27, 28, donde se repiten casi a la letra estos dos versículos). (B) Aunque están lejos de su país, *en la tierra de su cautividad,* allí los hallará la salvación y de allí los traerá a ellos y *a su descendencia* (v. 10b). (C) Aunque estaban ahora llenos de temores, tiempo llegará en que *descansarán y vivirán tranquilos,* salvos y cómodos, *y no habrá nadie que los espante* (v. 10, al final). (D) Aunque las naciones a las que han sido esparcidos sean llevadas a la ruina, ellos serán preservados (v. 11) «Y *destruiré a todas las naciones entre las cuales te esparcí, pero a ti no te destruiré del todo*». El pueblo de Dios puede estar a veces muy bajo, pero nunca *destruido del todo.* (E) Aunque Dios los corrija, y con toda justicia, aún se volverá hacia ellos en Su misericordia, y ni siquiera los pecados de ellos impedirán la liberación cuando llegue la hora de Dios. (F) Aunque sus adversarios eran poderosos, Dios quebrará su poder (v. 16): «*Serán consumidos todos los que te consumen; y todos tus adversarios, todos en general,* sin ninguna excepción, *irán en cautiverio,* y llegará el día en que *los que te*

despojan, serán despojo». (G) Aunque la herida sea incurable, Dios la curará (v. 17): *«Pues yo haré venir sanidad para ti y sanaré tus heridas, dice Jehová».*

4. Se les previene contra el temor y la tristeza desmedidos, porque en estas precisas promesas hay bastante para silenciar ambos: *«Por tanto* (v 10) tú *siervo mío Jacob, no temas, dice Jehová, ni desmayes, Israel».* No deben entristecerse como los que no tienen esperanza (v. 15): *«¿Por qué gritas a causa de tu quebrantamiento?* Es *por tus muchos pecados* (vv. 14, al final, y 15, al final). Por consiguiente, en lugar de quejarte, necesitas humillarte».

Versículos 18–24

Vemos aquí más pruebas del favor que Dios tenía en reserva para ellos después que hayan pasado los días de su calamidad.

1. La ciudad y el templo serán reedificados (v. 18). *Las tiendas de Jacob* están bajo los efectos de la cautividad, pues yacen en ruinas, pero *Dios tendrá compasión de ellas, y la ciudad* de Jerusalén *será reedificada sobre su propio montón* o terrero (lit. hebr. *tel).* Driver (citado por Freedman) hace notar que un *tel* (de ahí los nombres de lugares como Tel-aasar—2 R. 19:12—, Tel-abib—Ez. 3:15—, Tel-mela y Tel-harsá—Esd. 2:59—) «no es una colina ordinaria, sino un terreno algo elevado, cuya cima, al menos, consiste de una masa de ruinas». El que puede *hacer de la ciudad un montón* (Is. 25:2), puede también hacer, cuando le place, *de un montón una ciudad. «Y el palacio*—añade (v. 18, al final)—, es decir, el templo, *será restablecido tal como era».* Esto es, será reedificado según el modelo antiguo.

2. Las festividades sagradas serán solemnizadas de nuevo (v. 19): «Y *saldrá de ellos,* de la ciudad, del templo, de las tiendas, *acción de gracias y voz de gente que está en regocijo»* (comp. con 33:11).

3. La gente se multiplicará (v. 19b): «*Y los multiplicaré y no serán disminuidos; los multiplicaré y no serán menoscabados.* Habrá una constante sucesión de fieles magistrados en la congregación de los ancianos, y de fieles adoradores en la congregación de los santos».

4. Serán bendecidos con buenos gobernantes (v. 21): *«Su príncipe será uno de ellos, y de en medio de ellos saldrá su jefe»;* es decir, ya no estarán más sometidos a un soberano extranjero, sino que el que los gobierne habrá compartido con ellos las aflicciones del cautiverio. Así también Jesucristo fue hecho en todo como sus hermanos, como nosotros, excepto el pecado. De este príncipe o jefe dice (v. 21b): «*Y le haré llegar cerca, y él se acercará a mí».* Dice Peake (citado por Freedman): «Este gobernante estará en la más íntima relación con Dios, ante el cual ciertamente actuará como sacerdote». Y Asensio, por su parte, comenta: «Privilegio divino concedido a un príncipe, que sólo así puede acercarse a Jehová sin peligro de la propia vida. Príncipe-sacerdote, Zorobabel llena históricamente estas condiciones, pero como tipo del Mesías, en quien se cumplirían con más plenitud y perfección (San Jerónimo)». En efecto, Él es nuestro sumo sacerdote y es por su medio como podemos *acercarnos confiadamente al trono de la gracia* (He. 4:16).

5. Volverán a entrar en pacto con Dios, conforme al pacto hecho con sus padres (v. 22): «Y *me seréis por pueblo …»* Es una magnífica obra de Dios el que también a nosotros, los gentiles, *nos toma Dios como pueblo para Su nombre* (Hch. 15:14).

6. Sus enemigos serán llamados a cuentas y abatidos (v. 20, al final): *«Y castigaré a todos sus opresores,* para que así se vea cuán peligroso es *tocar a los ungidos de Dios* (Sal. 105:15)». Los versículos 23 y 24 repiten lo dicho en 23:19, 20. Allí eran una denuncia de la ira de Dios contra los malvados hipócritas en Israel; aquí lo son contra los malvados opresores de Israel. La ira de Dios contra los malvados es presentada aquí como *un torbellino que remolinea* irresistible *sobre la cabeza de los malvados* (v. 23b). Y cumplirá sobradamente aquello para lo cual fue enviado (v. 24): *«No se calmará el ardor de la ira de Jehová hasta que haya hecho y cumplido los designios de su corazón».* Tanto los designios de la ira de Dios como los designios de Su amor se cumplen puntualmente.

CAPÍTULO 31

En este capítulo tenemos una continuación del tema de la restauración de Israel. I. Les serán restaurados el gozo y la paz (vv. 1–14). II. Se pondrá punto final a la tristeza que sienten por la pérdida de

sus hijos (vv. 15–17). III. Se arrepentirán sinceramente de sus pecados, y los recibirá Dios con todo amor (vv. 18–20). IV. Aumentará el número, tanto de las personas como de sus ganados (vv. 21–30). V. Dios renovará Su pacto con ellos y los enriquecerá con bendiciones espirituales (vv. 31–34). VI. Estas bendiciones serán hechas extensivas a sus descendientes (vv. 35–37). VII. Primicia de esto será la reedificación de la ciudad de Jerusalén (vv. 38–40).

Versículos 1–9

Dios le asegura aquí a Su pueblo:

1. Que los recibirá de nuevo en una relación pactada con Él. Serán reconocidos por Él como hijos de su amor: «*Yo seré por Dios* (esto es, mostraré que soy el Dios) *a todas las familias de Israel*» (v. 1)—no sólo de las dos tribus del sur, sino de todas las tribus; y no sólo de las tribus en general, sino de cada una de las familias; cada una de ellas tendrá una relación especial con Dios—. Si nosotros y nuestras casas servimos al Señor, nosotros y nuestras casas seremos protegidos y bendecidos por Él (Pr. 3:33).

2. Que lo hará por ellos y los sacará de Babilonia, como lo hizo con sus padres cuando los sacó de Egipto.

(A) Les trae a la memoria lo que hizo con sus padres cuando los libertó de la servidumbre de Egipto (v. 2). Como entonces, *los escapados de la espada hallaron gracia en el desierto;* en Egipto, escaparon de la espada de Faraón, quien había mandado matar a todos los niños varones tan pronto como nacieran; en Babilonia (y Asiria), los escapados de la crueldad del opresor. Así lo entiende M. Henry con gran número de autores (entre ellos, Ryrie y Asensio); pero Freedman hace notar que precisamente «la frase *el pueblo que escapó de la espada* descarta la interpretación de que el profeta alude al éxodo de Egipto», y que la expresión *«en el desierto»* denota «el país de su destierro». Lo mismo parecen opinar los autores de la obra *Search the Scriptures*, todos ellos eminentes escrituristas.

(B) Les trae a la memoria lo que había hecho Dios por sus padres, insinúan que ahora no veían tales señales y estaban dispuestos a preguntar como Gedeón: *«¿Dónde están todas sus maravillas que nuestros padres nos han contado?»* (Jue. 6:13b). Como si dijesen: «Los días antiguos eran días gloriosos, pero ahora no es así; ¿qué puede hacernos la buena voluntad del que se apareció en los días antiguos, cuando ahora es *un Dios que se esconde de nosotros?»* (Is. 45:15).

(C) A esto responde Dios asegurándoles la constancia de Su amor (v. 3b): *«Con amor eterno te he amado* (comp. con Os. 3:1); no sólo con amor antiguo, sino con amor eterno—¡desde que Dios es Dios!—y hasta siempre. El término hebreo *aabath* corresponde al griego *agápe;* el amor *que no caduca jamás* (1 Co. 13:8), aunque sus consuelos se suspendan por algún tiempo, pues nadie ni nada puede separarnos de ese amor (Ro. 8:39). Y a los que Dios ama con este amor, *los atrae hacia Sí con Su gracia* (hebr. *jesed*, misericordia) «a una relación anterior que fue interrumpida por el cautiverio» (Freedman). A todos los que Dios ama, los atrae a una comunión íntima con Él y pone en el corazón de ellos su Santo Espíritu (Ro. 5:5).

3. Que otra vez hará de ellos un nuevo pueblo, y les procurará una dichosa instalación en su país (vv. 4, 5). Volverán a tomar las arpas que tenían colgadas en los cipreses de Babilonia, las afinarán y también ellos estarán a tono para hacer uso de ellas. El gozo de la ciudad depende, en gran parte, de la producción de su suelo. Por eso se promete aquí (v. 5): *«Aún plantarás viñas en los montes de Samaria»,* que había sido la capital del reino del norte, en oposición a Judá; pero ahora estarán unidas (Ez. 37:22) y habrá entre todos tal paz y seguridad que podrán dedicarse sin temores al mejoramiento de su economía (v. 5b): *«plantarán los que planten y disfrutarán de ellas* (las viñas)». Freedman hace notar que el verbo *jillel*, usado aquí para *disfrutar,* «es el vocablo técnico para la redención» de los frutos, aludida en Levítico 19:23–25; Deuteronomio 20:6 (también en este último sale el verbo *jillel).* Esto da a entender (probablemente) que estarán dispensados de la prohibición que vemos en Levítico 19:23.

4. Que tendrán amplia libertad y oportunidad para adorar a Dios en las ordenanzas que Él mismo estableció (v. 6): *«Porque habrá día*—¡y será un día verdaderamente glorioso!—*en que clamarán los guardas en el monte de Efraín* (los guardas puestos como centinelas en la frontera, para avisar en caso de que se acercase algún enemigo): *Levantaos y subamos a Sion, a Jehová nuestro Dios,* para alabarle por la paz pública». Como ya no habrá ningún peligro del exterior, estos guardas pueden ahora acompañar al pueblo en su peregrinación a Jerusalén, lo cual es tanto más notable cuanto que, en Oseas 9:8, *el guarda*

de Efraín … halla en todos sus caminos el lazo del cazador; hostilidad en la casa de su Dios (comp. con Os. 5:1, al final).

5. Que Dios tendrá la gloria, y el pueblo la honra y el consuelo, de este bendito cambio (v. 7): *«Cantad por Jacob con alegría,* esto es, que todos sus amigos y los que le desean bien se regocijen con él (Dt. 32:43): *«Alabad, naciones, a su pueblo»* (citado por Pablo en Ro. 15:10). Al publicar estas noticias (v. 7b), *«alabad y decid: Oh Jehová, salva a tu pueblo, el remanente de Israel;* alabad al Dios de Israel; alabad al Israel de Dios; hablad honorablemente de ambos». Dice Freedman: «Lo de *alabad* (hebr. *hallelú)* se refiere probablemente a la recitación litúrgica de las alabanzas de Dios en el culto de adoración religiosa (cf. Sal. 118:25, que forma parte de lo que se conoce, en la liturgia judía, como *Hallel*)».

6. Que, en orden a instalarse de nuevo en su país, tendrán un feliz regreso del país de su cautiverio (vv. 8, 9).

(A) Aunque están esparcidos en lugares remotos, todos serán traídos juntamente *de la tierra del norte y … de los últimos confines de la tierra* (v. 8).

(B) Aunque muchos de ellos no estén en condiciones de viajar, no habrá nada que les impida volver: vendrán *ciegos y cojos* (v. 8b). Tendrán tantas ganas de volver y les brincará el corazón con tanta alegría, que no pondrán como excusa para quedarse el que son ciegos o cojos. Sus compañeros mismos estarán prestos a ayudarles, y serán *ojos para el ciego y piernas para el cojo,* como deben ayudarse los cristianos en su viaje hacia el cielo (Job 29:15).

(C) Pero, sobre todo, su Dios les ayudará; y que nadie se excuse de ser ciego cuando Dios es su guía, ni cojo cuando Dios es su fuerza. Las *mujeres encinta* están pesadas y en malas condiciones para emprender un largo viaje; peor están todavía *las que han dado a luz* recientemente y han de llevar en brazos, todo el tiempo, a sus criaturas. Con todo, al tratarse de regresar a Sion, ninguna de ellas hallará dificultades. Cuando Dios llama, no debemos excusarnos con nuestra incapacidad para ir, porque el que nos llama también nos ayudará a partir y nos dará fuerzas para llegar.

(D) Llorarán con mayor amargura y mayor ternura por su pecado, cuando sean libertados de su cautiverio, que cuando estaban gimiendo bajo ese cautiverio. Pero las oraciones ayudan a enjugar las lágrimas (v. 9): *«Vendrán con llanto y los guiaré con plegarias»,* pues éstas son señales genuinas de un sincero arrepentimiento. ¿Es seco e inhóspito el país por el que atraviesan en su regreso? *«Los haré andar junto a arroyos de aguas»* (v. 9b), de aguas vivas, corrientes, no de aguas de riada, que escasean en verano. ¿Es su viaje por el desierto, donde no hay camino ni senda? Él los llevará *por camino derecho en el cual no tropezarán* (v. 9c). Adondequiera que Dios llama claramente a los suyos, o los hallará ya allí o les preparará el camino.

(E) Se declara el motivo por el que Dios tendrá tanto interés por Su pueblo: *«Porque soy a Israel por padre,* y como padre he de comportarme con él (v. 9, al final, comp. con Sal. 103:13), y *Efraín es mi primogénito».* Efraín, novillo indómito, que, al apartarse de Dios, *no era digno de llamarse hijo* (Lc. 15:19, 21), es reconocido como hijo *primogénito,* particularmente querido y agraciado con doble porción (v. Gn. 48:17–20; 49:25, 26). Contra la opinión de Freedman, y de acuerdo con Ryrie—nota del traductor—, *Israel* no representa aquí a Judá, sino al reino del norte, y *Efraín* está en paralelismo de sinonimia, por ser el primogénito de José y, en este caso, el representante de las diez tribus del norte. La misma razón que se dio para su liberación de Egipto se da también para su liberación de Babilonia: Son libres y, por tanto, no deben ser esclavizados; son hijos de Dios y no pueden ser siervos de los hombres (v. Éx. 4:22, 23).

Versículos 10–17

Tenemos ahora los propósitos del amor de Dios con respecto a Su pueblo. Es una *palabra de Jehová* (v. 10), que *las naciones tienen que oír,* porque es una profecía de la obra del Señor. Son noticias que se deben publicar hasta los últimos confines, *«en las islas que están lejos».* Se predice:

1. Que los que ahora están esparcidos serán traídos de nuevo de las naciones en que están dispersos (v. 10b): *«El que esparció a Israel, lo reúne y lo guarda, como un pastor a su rebaño».* Bajo el cayado de este Grande y Buen Pastor, sus ovejas no volverán a ser esparcidas. La promesa tendrá pleno cumplimiento al final de los tiempos, no antes.

2. Que los que han sido vendidos y enajenados, *serán redimidos* (v. 11) y, así, devueltos a su verdadero Dueño. Aunque el enemigo que se posesionó de Israel era *más fuerte* que ellos, Dios es todavía más fuerte que ese *más fuerte* y los ha recobrado, no con precio, sino con Su poder.

3. Que, juntamente con la libertad, tendrán abundancia y gozo, y Dios será glorificado (vv. 12, 13). Cuando hayan regresado a su tierra, *«vendrán y darán gritos de gozo en lo alto de Sion»*. En la cima de ese monte cantarán alabanzas a Jehová y *se deleitarán radiantes en el bien de Jehová* (probable versión literal), esto es, en la abundancia de bienes (de los que se enumeran a continuación) de que Dios les provee. Con gusto le ofrendarán las primicias. Las dos últimas frases del versículo 10 dicen literalmente: «Y *el alma de ellos* (la persona misma o su vida) *llegará a ser como huerto regado y ya no languidecerán* (como había ocurrido en el cautiverio) *más en modo alguno»*. Preciosa promesa, que se cumplirá plenamente en la Jerusalén celestial (Ap. 21:4). Nuestra alma es como un huerto bien regado cuando desciende a ella el rocío del Espíritu Santo y trae gracia y poder. Esta ausencia de lo que hace de este mundo un valle de lágrimas se declara de forma más explícita todavía en el versículo 13, donde predominan el gozo y la alegría.

4. Que tanto los ministros del santuario como el pueblo llano tendrán abundante satisfacción en lo que Dios les dará (v. 14): «Y *satisfaré el alma del sacerdote con grosura»* (lit.). Habrá tantos sacrificios sobre el altar, que los que viven del altar vivirán acomodadamente (v. Lv. 7:34), ellos y sus familias; «*y mi pueblo será saciado de mi bien, dice Jehová»*. Precisamente porque el pueblo abundará en toda clase de bienes *(«mi bien»*—dice Dios—, comp. con Stg. 1:17), los sacerdotes participarán de esa abundancia a través de las muchas ofrendas y sacrificios que les serán llevados.

5. Que los que habían hecho duelo por la pérdida de sus hijos, al ser llevados éstos al cautiverio, habrían de ver ese duelo convertido en gozo cuando ellos volviesen (vv. 15–17): *«Se oye una voz en Ramá, lamento y llanto amargo; Raquel que llora por sus hijos y rehúsa ser consolada porque no los hay»* (lit.). Este versículo es citado en Mateo 2:18, con ocasión de la matanza que hizo Herodes en los niños de Belén y sus cercanías. Ramá es mencionada aquí por ser el lugar de reunión de los cautivos (v. 40:1) y por estar cerca de allí el sepulcro de Raquel (Gn. 35:19 y 1 S. 10:2), de la que tanto Benjamín, una de las dos tribus del sur, como Efraín, jefe de las diez tribus del norte, descendían. Dice Freedman: «Según una antigua leyenda judía, Jacob la sepultó allí, junto al camino, con toda intención, porque previó que sus descendientes habían de pasar por allí, camino del exilio, y ella lloraría e intercedería por ellos». Los versículos 16 y 17 le aseguran a Raquel que «la fatiga y el cuidado que ella empleó en dar a luz a sus hijos y criarlos» (Freedman) no ha sido en vano: *«porque hay salario* (recompensa) *para tu trabajo»* (v. 16b). Dios le asegura (v. 16, al final) que *«volverán de la tierra del enemigo»,* por lo que (v. 17) *«hay esperanza para su* (de Raquel, en sus descendientes) *porvenir»*. Nuestra mejor esperanza está en la futura resurrección, con la mansión asegurada en la Canaán celestial.

Versículos 18–26

1. Arrepentimiento de Efraín, y su vuelta a Dios (vv. 18, 19). Efraín recuerda sus años de rebeldía *«como novillo indómito»* (v. 18b, comp. con Os. 4:16; 10:11) y se vuelve de todo corazón a Dios *(«porque tú eres Jehová mi Dios»),* y acepta el castigo impuesto: *«me castigaste y fui castigado»* (lit.), y pide que Dios le ayude con Su gracia a arrepentirse: *«conviérteme y seré convertido»*. Y no sólo acepta de buen grado el castigo que Dios le impuso por su rebeldía anterior, sino que, sinceramente arrepentido, se enoja contra sí mismo y *se golpea la cadera* («herí mi muslo», en la RV. 1960), gesto significativo «de un dolor extremo» (Asensio) y que se halla también en Ezequiel 21:17, así como en Homero. Todos los piadosos movimientos del corazón hacia Dios son el producto de la acción de la gracia. Cuando los pecadores llegan a un recto conocimiento, llegarán también a un camino recto.

2. La compasión que Dios tuvo de Efraín y la amable acogida que le dispensó (v. 20). (A) Dios le reconoce por hijo, aunque ha sido un mal hijo, como el Pródigo de Lucas 15: *«¿No es Efraín para mí un hijo predilecto? ¿No es el niño mimado?»* Aunque la negación no está en el texto original, lo más probable es, como afirma Bullinger, que deba suplirse para que tengan sentido las preguntas. «Por eso, prosigue, *mis entrañas suspiran por él»*. ¿Cabe mayor ternura? (B) Cuando Dios aflige a los Suyos, no los olvida. Dice de Efraín (v. 20b): *«Pues siempre que hablo de él, todavía me viene con fuerza a la memoria»*. Aunque le haya arrojado del país, no lo ha echado de Su memoria ni de Su corazón de Padre. Fue la compasión de Dios la que mitigó el castigo de Efraim (Os. 11:8, 9), y es ahora la misma compasión

la que acepta el arrepentimiento de Efraín (v. 20, al final): «Ciertamente *tendré de él compasión, dice Jehová.»*

3. El pueblo de Dios que se halla en Babilonia recibe grandes ánimos para que se prepare a regresar a su patria. ¡Que no tiemblen ni les flaquee el espíritu! ¡Que no se entretengan vanamente ni pierdan el tiempo! ¡Resuélvanse firmemente a emprender el regreso! (vv. 21, 22): *«Establécete señales …, nota atentamente la calzada; vuélvete por el camino por donde te fuiste»,* es decir, «señala bien el camino por donde fuiste al cautiverio, porque por ese camino has de volver» (Freedman). La invitación es hecha a la *«virgen de Israel»* (v. 21, al final, comp. con v. 4), para que se vuelva, después de tener muchos señores, al que *la amó con amor eterno* (v. 3), a Jehová, que es su *Hacedor y su* legítimo *Marido* (Is. 54:5). Para animar más a los cautivos que van a regresar, Dios promete algo extraordinario (v. 22b): *«Porque Jehová ha creado una cosa nueva sobre la tierra: la mujer rodeará al varón».*

No sólo en la exégesis seguida por muchos siglos en la Iglesia de Roma, sino también entre evangélicos, como insinúa M. Henry («muchos buenos intérpretes», dice), se ha entendido la última frase en el sentido de que *una mujer* (señal, como en Is. 7:14) había de rodear en su vientre a un *guéber,* varón apto para la guerra, que es presentado en Isaías 9:6 como *El-Guibbor, el Dios Fuerte.* Por muy extendida que haya estado esta interpretación, es totalmente producto de la fantasía y está fuera del contexto actual. En mi opinión—nota del traductor—, que no veo expuesta en ningún otro autor, la interpretación es muy sencilla: Lo ordinario es que los hombres, como avezados a la lucha, rodeen a las mujeres para protegerlas del enemigo; la señal que Dios crea es, por eso, extraordinaria, porque (y esto es señal de una seguridad que sólo Dios puede dar) ahora serán las mujeres las que rodeen a los hombres, como quienes ya no necesitan de que éstos las protejan.

4. La perspectiva de una nueva y dichosa instalación en su propio país. Todos sus vecinos, según da a entender el versículo 23, tendrán para los recién vueltos a su patria palabras de bendición. Esto da a entender que ellos mismos volverán muy reformados y que esta reforma será tan conspicua que todos se percatarán de ella. Las ciudades, que solían ser nidos de piratas, serán ahora (v. 23, al final) *«moradas de justicia», y* el monte de Sion será especialmente *«monte santo».* Los versículos 24 y 25 indican un estado de gran prosperidad, tanto material como espiritual. Se mencionan las dos grandes profesiones más antiguas de la humanidad: *«los labradores y los que van con rebaño»* (v. Gn. 4:2).

5. El profeta nos dice el placer que le dio este descubrimiento (v. 26): *«En esto me desperté, y vi, y mi sueño me fue muy agradable».* Dice Freedman: «La visión le vino mientras estaba en un arrobamiento de éxtasis del cual se despertó ahora». Es la explicación más probable, conforme a lo que conocemos de las experiencias proféticas en el Antiguo Testamento.

Versículos 27–34

Siguen las promesas. Aquí se nos dice:

1. Que el pueblo de Dios llegará a ser numeroso y próspero. Israel y Judá se llenarán de gente y de ganado, lo cual se expresa aquí bajo la metáfora de que Dios mismo *«los sembrará con simiente de hombres y de ganados»* (comp. con Ez. 36:9 y ss.). La porción comienza (v. 27) con la frase *«He aquí vienen días …»,* lo que indica que estamos ante una promesa de orden, primordialmente, escatológico. Las frases del versículo 28 hacen clara referencia a 1:10 (v. también 18:7–9). Hasta ahora, Israel ha sido castigado por sus pecados; ha sido el tiempo de *arrancar, derribar, trastornar, destruir y afligir.* Ahora, Dios se compadece de Su pueblo y lo devuelve a su patria; es el tiempo en que *se va a ocupar en edificar y plantar.*

2. Ya no podrá decirse que los hijos pagan las consecuencias de los pecados de los padres (v. 29), sino que cada uno pagará la pena de su propio pecado (v. 30, comp. con Ez. 18:2 y ss.). Los que se expresaban con las frases proverbiales del versículo 29 interpretaban mal el principio de solidaridad expuesto en Éxodo 20:5, 6; Números 14:18, 19, 33, 35; Josué 7:24–26; 2 Samuel 21:1–14. Citando a Streane, dice Freedman: «El castigo que seguía a las iniquidades acumuladas de *la tercera y cuarta generación* podía ser alejado mediante el arrepentimiento … El mandato, pues, no se opone en modo alguno a las palabras *cada cual morirá por su propia maldad,* palabras que expresan esa visión más justa de los pecados de *cada* generación, la más joven lo mismo que la más vieja, visión que había de suceder al tono quejoso adoptado por aquellos ciegos a su propia desobediencia y convencidos de que, aun siendo inocentes, sufrían solamente por las faltas de sus padres».

3. Dios renovará Su pacto con ellos, de forma que disfrutarán de todas estas bendiciones, no sólo por providencia, sino también por promesa. Pero este pacto apunta hacia el porvenir y con doble alcance:

(A) Tiene un primer cumplimiento parcial (en cuanto a bendiciones generales que emanan de la salvación por gracia mediante la fe—Ef. 2:8—) en la presente dispensación; por eso, el autor de *Hebreos* hace alusión a él en Hebreos 8:8 y ss.

(B) Pero su pleno cumplimiento literal será (v. 31) *con la casa de Israel y con la casa de Judá;* en estas expresiones, contra la opinión de M. Henry, es un error ver «la Iglesia del evangelio», como la llama él. Dice Ryrie: «Será hecho (el pacto nuevo) en el futuro con la nación entera de Israel (Jer. 31:31); será diferente del pacto mosaico en que será incondicional (Jer. 31:32); sus estipulaciones incluirán: (1) un cambio de corazón, (2) comunión con Dios, (3) conocimiento del Señor, y (4) perdón de los pecados. Todo esto se cumplirá para Israel cuando el Señor vuelva (Ro. 11:26, 27)». El primer pacto fue invalidado por Israel (v. 32); pero este nuevo pacto no será quebrantado, porque será escrito, no en tablas de piedra, sino en el corazón (v. 33, comp. con Ez. 36:26).

4. Todos los artículos de este pacto contienen bendiciones espirituales. No dice: «Os daré la tierra de Canaán», sino: «Os daré perdón, paz, gracia, buena cabeza y buen corazón». Les promete disponerles para obedecer (v. 33b): *«Daré mi ley en su mente y la escribiré en su corazón».* Los volverá a tomar en una íntima relación con Él (v. 33c): «*Y yo seré a ellos por Dios,* un Dios todosuficiente para ellos, y *ellos me serán por pueblo,* un pueblo leal y obediente». *Cada uno conocerá a Dios* (v. 34), no en el sentido de un conocimiento intelectual, sino de conocimiento experimental, de comunión íntima, como es el sentido más frecuente del verbo hebreo *yadoa*. Y, como base de todas estas bendiciones, asegura (v. 34, al final): *«Porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado».*

Versículos 35–40

1. Para corroborar la firmeza del pacto que Dios ha prometido en los versículos anteriores, añade ahora (vv. 35–37) que, mientras los astros sigan sus órbitas, tal pacto permanecerá. Dice Asensio: «Como Dios Creador, omnisciente y omnipotente, que ha fijado las leyes inmutables de la naturaleza inanimada, Jehová concede a la *descendencia de Israel* el privilegio de ser *una nación delante de mí para siempre:* dejaría sólo de serlo en el caso imposible de que esas leyes fallasen, o en la hipótesis absurda de que el hombre pudiese *medir* en toda su inmensidad las alturas del *cielo y* los abismos de la *tierra,* al ser uno y otra obra exclusiva de la omnipotencia de Jehová». La constancia del reino de la naturaleza debe animarnos a depender de la promesa divina de que continuarán las glorias del reino de la gracia.

(A) Las glorias del reino de la naturaleza. *«Da el sol para luz del día»* (v. 35). No sólo lo hizo en un principio para eso, sino que todavía *sigue dándolo* para eso, pues la luz y el calor y todas las demás propiedades beneficiosas del sol dependen continuamente de la acción del Creador. Da también *las leyes de la luna y de las estrellas para luz de la noche* (v. 35b). Las llama *leyes* (lit. *estatutos;* hebr. *juqot),* porque se observan con toda regularidad (v. Job 38:31–33). Obsérvese cómo gobierna también el mar, pues es Él quien lo *agita y hace bramar sus ondas* (v. 35c). Los cielos no pueden medirse (v. 37) y, sin embargo, Él los llena (1 R. 8:27). Todos estos estatutos son fijos, no pueden faltar (v. 36, comp. con Sal. 119:90, 91). El cielo puede estar nublado, el sol y la luna tienen sus eclipses, la tierra puede ser sacudida por terremotos y el mar por tempestades bravías, pero todos ellos guardan su lugar; pueden ser movidos, pero no removidos.

(B) Las seguridades del reino de la gracia. *La descendencia de Israel no faltará* (v. 36b), a pesar de *todo lo que hicieron* (v. 37, al final). El Dios que se ha comprometido a preservar a Israel es un Dios omnipotente, y el Mediador *«sostiene todas las cosas con su palabra poderosa»* (He. 1:3b). Dios no se tomaría tanto interés en este mundo si no estuviese destinado para Su gloria; y ¿cómo la tendrá si no es proveyéndose de un pueblo que *le sea por nombre y por alabanza?* Si el orden de la creación continúa firme porque fue establecido firmemente en un principio, y no sufre alteración porque no la necesita, también el método de la gracia continuará invariable por la misma razón, ya que en el nuevo pacto lo establece en los mismos términos que el de la naturaleza.

2. La reedificación de Jerusalén, ahora en ruinas, será como arras de esas grandes cosas que Dios hará en el porvenir por Su pueblo (vv. 38–40). En estos versículos se nos dan los nuevos límites de la ciudad: *la torre de Jananel,* al noreste (v. Neh. 3:1; 12:39); *desde allí, hasta la puerta del Ángulo,* al noroeste (v. 2 R. 14:13); ambas son mencionadas en Zacarías 14:10. Luego (v. 39) *saldrá … hasta el collado de*

Gareb y torcerá hasta Goa. Estos lugares resultan desconocidos para los autores, pero «el versículo parece indicar que la Jerusalén reedificada se extenderá por el lado occidental» (Ryrie). Toda la ciudad será *santa,* consagrada, *a Jehová,* incluido *el valle de los cuerpos muertos y de las cenizas* (v. 40, comp. con Zac. 14:20, 21), es decir, el valle de Hinnom (¡lo más impuro de las cercanías de la ciudad!). *La puerta de los caballos* estaba al sureste (v. Neh. 3:28). Y, al ser una ciudad *santa* por completo, ningún poder humano podrá acabar con ella (v. 40, al final): *«No será arrancada ni destruida más para siempre».*

CAPÍTULO 32

I. Jeremías es encarcelado por predecir la destrucción de Jerusalén y el cautiverio del rey Sedequías (vv. 1–5). II. Le vemos luego al comprar un terreno, por orden de Dios, como seguridad de que, a su debido tiempo, se pondría punto final y dichoso a los presentes sufrimientos (vv. 6–15). III. Tenemos también su oración, que elevó a Dios en dicha ocasión (vv. 16–25). IV. Finalmente, tenemos aquí un mensaje que Dios le dio para que lo comunicase al pueblo: 1. Tiene que predecir la ruina completa de Judá y de Jerusalén a causa de sus pecados (vv. 26–35). Pero: 2. Al mismo tiempo, tiene que asegurarles que, aunque la destrucción será total, no será definitiva (vv. 36–44).

Versículos 1–15

Las desolaciones de Judá y Jerusalén a manos de los caldeos no vinieron de una vez, sino gradualmente; pero, al no arrepentirse ellos, el castigo se consumó en el año undécimo de Sedequías. Lo que aquí se relata ocurrió en el décimo. El ejército del rey de Babilonia había embestido ahora la ciudad y continuaba su asedio con vigor.

1. Jeremías profetiza que tanto la ciudad como la corte caerán en manos del rey de Babilonia. Les dice que Dios, cuya es la ciudad, los entregará en sus manos y les retirará Su protección (v. 3), y aunque Sedequías intente escapar, será alcanzado y entregado como prisionero en las manos de Nabucodonosor. Oirá al rey de Babilonia pronunciar su sentencia y verá con qué furia e indignación le mira el caldeo a los ojos («y *sus ojos verán sus ojos*»—v. 4, al final—). Sedequías será deportado a Babilonia y continuará allí como un miserable prisionero *hasta que Dios lo visite* (v. 5b), es decir, hasta que Dios ponga fin a su vida, así como Nabucodonosor habrá puesto fin a su luz al sacarle los ojos.

2. Por profetizar esto, Jeremías es encarcelado, no en la prisión común, sino *en la casa del rey de Judá* (v. 2, al final); no estaba allí confinado estrechamente, sino, más bien, protegido de los abusos de las masas. No obstante, era una prisión, en la que Sedequías le había puesto (vv. 2, 3) por haber profetizado como lo hizo Tan lejos estaba el rey de *humillarse delante de Jeremías* (2 Cr. 36:12), que *se endureció* contra él. Aun cuando anteriormente le había reconocido implícitamente como profeta al rogarle *que consultase a Jehová* por él y por el pueblo (21:2), ahora le riñe por profetizar (v. 3) y lo encierra en prisión, quizá para impedirle que vuelva a profetizar.

3. Al estar en prisión, compró de un pariente próximo una parcela de terreno cerca de Anatot (vv. 6 y ss.).

(A) Era la cosa más extraña el que hubiese de comprar una parcela de terreno, cuando sabía muy bien que todo el país había de ser desolado en breve y había de caer en manos de los caldeos. Pero era la voluntad de Dios que la comprase y se sometió, aunque pareciese que tiraba el dinero

(B) Su pariente vino a ofrecérsela, no fue él a buscarla; además, a él le pertenecía el derecho de redimir la heredad (v. 8b) y, si rehusaba, no cumpliría con el papel que le correspondía representar. Era una heredad que caía en los suburbios de una ciudad sacerdotal y, si él no la aceptaba, había el peligro de que, en tiempos de desorden, como eran aquellos, pudiese ser vendida a otra persona de distinta tribu, lo cual era contra la ley. También era un acto de amabilidad hacia su pariente, el cual es probable que se hallase ahora muy escaso de dinero.

(C) Cuando Jeremías *se dio cuenta,* al venir Janamel a la prisión, como Dios le había predicho que lo haría, *de que era palabra de Jehová* (v. 8, al final), esto es, de que Dios quería que comprase la heredad, no puso ninguna objeción, sino que *compró la heredad* (v. 9) y pagó el precio justo, *diecisiete siclos de*

plata (v. 9, al final), con toda honestidad, pesándole el dinero en su presencia. No nos ha de extrañar la exigüidad del precio si tenemos en cuenta la escasez que había de dinero a la sazón y la poca estima que las tierras merecían, debido a la precaria situación del país en aquellas circunstancias.

(D) Obró muy prudentemente al suscribir y preservar los documentos. La transacción fue suscrita delante de testigos (v. 10). Una copia fue *sellada* y la otra quedó *abierta* (v. 11). La escritura de compra fue puesta en manos de Baruc (v. 12), también ante testigos, con la orden de meterla en una *vasija de barro,* donde había de continuar *muchos días* (v. 14), para uso de los herederos de Jeremías. El designio divino de esta compra-venta era dar a entender que, aunque Jerusalén estaba ahora bajo asedio, y todo el país había de quedar desolado, llegarían días en que *se comprarían casas, heredades y viñas en aquella tierra* (v. 15).

(E) Así como Dios ordenó a Jeremías confirmar sus predicciones de la inminente destrucción de Jerusalén mediante su propia experiencia de quedarse soltero, así también le ordenó confirmar sus predicciones de la futura restauración de Jerusalén mediante su propia práctica de comprar esta heredad. Refiere Lucio Floro, como un gran ejemplo de la bravura de los ciudadanos romanos, que, en tiempo de la Segunda Guerra Púnica, cuando Aníbal estaba poniendo sitio a Roma y a punto de hacerse dueño de la urbe, fue puesto a la venta por entonces un campo que caía donde se hallaba ya parte del ejército enemigo, y fue comprado de inmediato, por la firme creencia de que el valor romano levantaría el asedio. ¿Y no tenemos nosotros mucho mayor motivo para aventurarlo todo sobre la palabra de Dios?

Versículos 16–25

Oración de Jeremías a Dios con ocasión de las revelaciones que Dios le había hecho acerca de Sus propósitos con respecto a esta nación, para derribarla primero y volverla a edificar a su tiempo, lo cual dejó perplejo al profeta, quien, aun cuando proclamaba fielmente sus mensajes, con todo, al reflexionar sobre ellos, no entendía cómo podían compaginarse; en medio de esta perplejidad, derramó su corazón delante de Dios en oración; Jeremías estaba en prisión, en aflicción y en perplejidad acerca del significado de las providencias de Dios, pero es entonces cuando ora.

1. Jeremías adora a Dios y le da la gloria que corresponde a Su nombre como Creador del universo (vv. 17–19). Cuando, en cualquier circunstancia, estamos perplejos acerca de alguna disposición de la Providencia, es bueno satisfacernos con las doctrinas generales de la sabiduría, del poder y de la bondad de Dios. Consideremos, como lo hace aquí Jeremías: (A) Que Dios es la fuente de todo ser y poder, de toda vida, moción y perfección «*Tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder y con tu brazo extendido*» (v. 17). (B) Que para Él nada es imposible «*Y no hay nada que sea demasiado difícil para ti*». (C) Que es un Dios de misericordia sin límites, como lo expresa la frase *«que haces misericordia a millares»,* no sólo a millares de personas, sino, de acuerdo con el contexto, a millares de generaciones. (D) Que es un Dios de justicia imparcial e inflexible. (E) Que es un Dios de universal dominio y mando. Es Dios *grande,* porque es *poderoso.* Es *Jehová de las huestes* (vv. 18b, 19a). (F) Que todo lo ordena para lo mejor, pues es *grande en designios,* ya que son profundísimos los planes de Su sabiduría

2. Reconoce la percepción universal que Dios tiene de todo lo que ocurre en el mundo (v. 19b), *«cuyos ojos están abiertos sobre todos los caminos de los hijos de los hombres,* dondequiera se hallen y cualesquiera sean las actividades, buenas o malas, en que estén ellos ocupados». No los observa como espectador despreocupado, sino como Juez justo y observador, pues los hombres hallarán a Dios según sean hallados por Él.

3. Hace el recuento de las grandes cosas que Dios ha llevado a cabo anteriormente a favor de Su pueblo Israel. (A) *Los sacó de Egipto,* aquella casa de esclavitud, *con señales y portentos* (v. 21). Cada año se le traía esto a la memoria a Israel mediante la celebración de la Pascua. Todas las naciones vecinas hablaban de ello como de algo que había redundado grandemente para la gloria del Dios de Israel y le *había dado nombre, como se veía aún en aquel día* (v. 20, al final). (B) Los introdujo en Canaán (vv. 22, 23), *«la tierra que fluye leche y miel». Juró a sus padres que se la daría,* y así lo hizo, y *entraron y la disfrutaron.* Bueno es que reflexionemos con frecuencia sobre las grandes cosas que Dios ha hecho por nosotros, para que tengamos fe en su providencia para lo futuro y acudamos a Él en todas nuestras necesidades.

4. Deplora las rebeliones de las que han sido culpables contra Dios y lamenta los juicios que Dios ha traído sobre ellos a causa de esas rebeliones. Es un triste relato el que aquí hace de la ingratitud del pueblo

hacia Dios. Él había hecho todo lo que había prometido hacer, pero ellos (v. 23) *«nada hicieron de lo que les mandaste hacer»*. (A) Compara el presente estado de Jerusalén con las predicciones divinas y halla que todo lo que Dios ha hablado, también ha ocurrido: *«Ha venido, pues, a suceder lo que tú dijiste»* (v. 24, al final). (B) Encomienda el presente estado de Jerusalén a la compasión divina (v. 24a): *«He aquí que con terraplenes han acometido la ciudad para tomarla … y he aquí que lo estás viendo* (al final del v. 24)». Como si dijese: «¿Es ésta la ciudad que escogiste para poner en ella tu nombre? ¡Pues mira cómo la están poniendo! ¿La vas a dejar así abandonada?» Con todo, no se querella con Dios por lo que ocurre ni le prescribe lo que debe hacer, sólo desea que considere el caso. En cualquier apuro en que nos hallemos, hemos de consolarnos con el pensamiento de que Dios lo ve y sabe cómo ponerle remedio.

5. Parece deseoso de conocer más profundamente el sentido que tiene la orden que Dios le ha dado de comprar la heredad (v. 25): «*¡Y tú me has dicho, oh Señor Jehová: Cómprate la heredad por dinero, y pon testigos; aunque la ciudad es entregada en manos de los caldeos!»* Es obvio que esta última frase no la dice Dios, sino que es una observación del propio profeta. Tan pronto como supo que eso era lo que Dios deseaba, compró el campo; pero, aun después de hacerlo, quería entender mejor por qué le había ordenado Dios eso. Aunque estamos obligados a prestar a Dios una obediencia rendida y completa, debemos esforzarnos para que sea, más y más, una obediencia inteligente Nunca debemos discutir los preceptos ni los juicios de Dios, pero sí podemos y debemos inquirir: *«¿Qué significan los testimonios y estatutos y decretos que Jehová nuestro Dios os mandó?* (Dt. 6:20).

Versículos 26–44

Respuesta de Dios a la oración de Jeremías para tranquilizarle la mente. Es una completa revelación de los propósitos de la ira de Dios contra la presente generación y de los designios de Su gracia con respecto a las futuras generaciones. Jeremías no sabía cómo cantar a un mismo tiempo en honor *de la misericordia y del juicio,* pero aquí le enseña Dios cómo debe hacerlo. Cuando le ordenó Dios que comprase la heredad en Anatot, esperaba el profeta que Dios estuviese a punto de ordenarles a los caldeos que levantasen el asedio. «No», dice Dios, «la ejecución de la sentencia se llevará a cabo; Jerusalén quedará en ruinas». Pero, a fin de que Jeremías no piense que al ordenarle comprar el campo, Dios le daba a en tender que toda la misericordia que tenía reservada a Su pueblo después del regreso del exilio consistía únicamente en que pudiesen obtener de nuevo la posesión de su tierra, le informa de que eso no era sino tipo de las bendiciones espirituales que había de otorgarles abundantemente y que eran inefablemente más valiosas que los campos y las viñas. En esta *palabra de Jehová* a Jeremías tenemos primero más terribles amenazas, y luego más preciosas promesas, que quizá cualquiera otra que podamos hallar en el Antiguo Testamento.

I. Se declara aquí la ruina de Judá y de Jerusalén.

1. Dios afirma en estos versículos su soberanía y su poder (v. 27): *«He aquí que yo soy Jehová,* un ser que existe por sí mismo y es suficiente por sí mismo, el *Yo soy el que soy, el Dios de toda carne,* de todo ser vivo y, especialmente, de toda la humanidad

2. Sostiene lo que ha dicho con frecuencia acerca de la destrucción de Jerusalén a manos del rey de Babilonia (v. 28): *«He aquí que voy a entregar esta ciudad … en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia»;* además (v. 29) *«vendrán los caldeos que atacan esta ciudad, y la pondrán a fuego y la quemarán, asimismo las casas,* sin exceptuar la casa de Dios ni la casa del rey».

3. El motivo por el que Dios procede con tanta severidad contra la ciudad. Es el pecado lo que la lleva a la ruina; sus habitantes cometen los pecados con osadía y desvergüenza *Ofrecían incienso a Baal,* no en rincones, como avergonzados de hacerlo en público, sino *sobre las azoteas de las casas* (v. 29), *provocando así a ira a Dios.* De nuevo repite este pecado de provocación (v. 30b) *«porque los hijos de Israel no han hecho más que provocarme a ira con la obra de sus manos».* Y de nuevo otra vez (v. 32) *«por toda la maldad de los hijos de Israel y de los hijos de Judá* (ahora conjuntamente el reino del norte y el del sur, lo cual ya estaba implícitamente en la segunda mitad del v. 30), *que han hecho para provocarme a ira»* (el mismo verbo hebreo del v. 30). Es como si hubiesen resuelto provocar los celos de Dios hasta el límite, y hacer todo eso delante de Su propio rostro (v. 31): *«Porque esta ciudad me ha sido motivo de enojo y de ira desde el día en que la edificaron hasta hoy».* Habían continuado incesantemente en sus provocaciones (v. 30a): *«Porque los hijos de Israel y los hijos de Judá* (toda la nación) *no han*

hecho sino lo que es malo delante de mis ojos desde su juventud, es decir, desde la primera vez en que fueron hechos un pueblo, como lo atestiguan sus rebeliones y murmuraciones en el desierto, y la fabricación y adoración del becerro de oro junto al mismo Sinaí, donde habían recibido la Ley por primera vez». En cuanto a Jerusalén, a pesar de que era *la ciudad santa, había sido motivo de* enojo y de ira (v. 31) *desde el día en que la edificaron hasta hoy.*

4. Todos habían contribuido a la culpabilidad nacional y, por tanto, todos quedaban justamente envueltos en la común ruina. No sólo los *hijos de Israel* que se habían rebelado contra el altar y contra el trono, sino también los *hijos de Judá,* que seguían exteriormente adictos a Jehová y al sucesor de David. Dios les había invitado, una y otra vez, al arrepentimiento, pero ellos le habían vuelto la espalda con toda ingratitud y descortesía (v. 33): «*Y me volvieron la espalda, y no el rostro; y aunque les instruía desde temprano y sin cesar, no escucharon para recibir corrección (o instrucción*—hebr. *musar—)*» (son frases que, con pocas variantes, vemos repetidas en 7:13; 25:13; 26:5; 35:15; 2 Cr. 36:15, 16—comp. con Jn. 8:2—) Cuanto más les corregía Dios, menos se enmendaban ellos.

5. Había en las idolatrías de ellos un impío desprecio de Dios (v. 34): *«Pusieron sus abominaciones* (es decir, sus ídolos) *en la casa en la cual es invocado mi nombre, contaminándola».*

6. También eran culpables de la crueldad más antinatural con sus propios hijos, pues los sacrificaban a Moloc (v. 35), *haciendo pecar a Judá.* El país entero estaba infectado de las idolatrías contagiosas y de las iniquidades de Jerusalén.

II. Se promete luego la restauración de Judá y de Jerusalén (vv. 36 y ss.). Dios, en medio del juicio, se acordará de la misericordia y llegará un día, ya fijado, para actuar en favor de Sion.

1. El pueblo estaba abocado a la desesperación. Cuando el juicio fue anunciado a distancia, no tuvieron miedo; pero cuando la amenaza se convirtió en ataque, perdieron la esperanza. Decían de la ciudad (v. 36): *«Entregada está en manos del rey de Babilonia por espada, por hambre y por pestilencia».* Acerca del resto del país, decían con enfado (v. 43): *«Está desierta* (la tierra), *sin hombres y sin animales;* no hay alivio ni remedio; *es entregada en manos de los caldeos».*

2. La esperanza que Dios les da de misericordia. Aunque sus cadáveres caerán en el cautiverio, sus hijos volverán a ver esta buena tierra y la bondad de Dios en ella. Regresarán del cautiverio y se establecerán en esta tierra (v. 37): *Los había echado a todas las tierras.* Los que huyeron se dispersaron ellos mismos. Los que cayeron en manos del enemigo fueron dispersados por él con prudencia política, a fin de que no formasen grupos fuertes ni conjuras de revuelta. La mano de Dios estaba en todo esto. Pero ahora Dios *los iba a reunir de todos los países a los que los había echado* (v. 37), como había prometido ya en la Ley (Dt. 30:3, 4). Ya reformados, y al haber vuelto a su Dios, ni la conciencia desde dentro ni los enemigos desde fuera les van a infundir terror.

3. Les promete (v. 41): *«Los plantaré en esta tierra en verdad;* allí tendrán seguridad y reposo; allí echarán raíces», pues serán plantados *«con estabilidad»,* como puede también traducirse lo de *«en verdad».* Dios renovará con ellos Su pacto, un pacto de gracia, con bendiciones espirituales. Es llamado (v. 40) *pacto eterno* (comp. con 31:33, 34; 50:5; Is. 55:3; Ez. 37:26), no sólo porque Dios será siempre fiel a él, sino también porque perdurará mientras exista este mundo, y sus consecuencias serán eternas.

4. Una y otra vez vemos repetido lo de «y *me serán por pueblo, y yo seré a ellos por Dios*» (v. 38). Para asegurar en ellos el temor de Dios y el cumplimiento de Sus mandamientos (v. 39), *les dará un solo corazón y un solo camino* (comp. con Hch. 4:32), lo que «expresa unanimidad y unidad de propósitos» (Freedman). No será una formalidad exterior, sino fruto de una convicción interna, porque (v. 40b) *«pondré*—dice Dios—*mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí»;* Dios actuará en el interior de ellos (comp. con Ez. 36:26, 27) por medio de Su Espíritu, de forma que las disposiciones interiores gobernarán todas las actuaciones exteriores. Los maestros, padres y ministros de Dios pueden poner en la mente cosas buenas, pero Dios es el único que actúa en el interior del corazón, *obrando tanto el querer como el hacer* (Fil. 2:13).

5. Dios proveerá eficazmente los medios para que perseveren en la gracia y para perpetuar el pacto que ha establecido con ellos. Él no los dejará ni los abandonará jamás (v. 41): «Y *me alegraré con ellos haciéndoles el bien».* Con respecto a las últimas expresiones de este versículo 41 *(«con todo mi corazón y con toda mi alma»),* comenta Freedman: «En ninguna otra parte se aplica esta frase a Dios». Los príncipes terrenos son volubles, pero *la misericordia de Dios es para siempre.* A veces puede parecer (Is. 54:8) que Dios le vuelve la espalda a este pueblo, pero, aun entonces, no cesa en Sus designios de

hacerles el bien. No tenemos motivos para desconfiar de la fidelidad ni de la constancia de Dios, sino sólo de nuestra fidelidad y de nuestra constancia; por eso, se promete aquí que Dios *les dará un corazón para que le teman perpetuamente* (v. 39, comp. con Pr. 23:17)

6. Dios vinculará una bendición a la descendencia de ellos, dándoles gracia para que le teman (v. 39c) *«para el bien de ellos, y de sus hijos después de ellos».* Así como el apartamiento de Dios ha sido con perjuicio de sus hijos, así también su adhesión a Dios será para beneficio de sus hijos. El mejor medio de mirar por el bien de nuestra posteridad es establecer en nuestra familia el temor y la adoración de Dios.

7. Cuando Dios castiga, lo hace con repugnancia: *«¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín?»* (Os. 11:8). En cambio, cuando les restaura los bienes, *se alegra con ellos haciéndoles el bien* (v. 41). Él mismo es un Dador alegre, y por eso ama a siervos alegres. Al final, se verá que todas las cosas han estado cooperando juntamente para el bien de los Suyos (Ro. 8:28), y podrán decir: «El gobernador de este mundo está completamente ocupado en procurar el bien de Su pueblo escogido, lo mismo que de Su Iglesia».

8. Estas promesas se cumplirán con la misma seguridad que las amenazas anteriores (v. 42): *«Porque así dice Jehová: Así como traje sobre este pueblo todo este gran mal, así traeré sobre ellos todo el bien que sobre ellos pronuncio».* Y, como arras de esto, las casas y los campos tendrán de nuevo un alto precio en Judá y en Jerusalén (vv. 43, 44): *«Y se comprarán campos en esta ciudad … Heredades comprarán por dinero, y harán escritura, etc.».* Revivirán el comercio y la agricultura, y seguirán de nuevo su curso las leyes. Esto se menciona aquí a fin de que Jeremías esté satisfecho de la compra que ha hecho recientemente. Aunque no podía ver la parcela de campo que había comprado, esto era una garantía de que, en el futuro, se harían muchas transacciones como ésta.

CAPÍTULO 33

Este capítulo sigue en la misma línea del anterior: confirmar la promesa de la restauración de los judíos, no obstante la presente desolación del país y la dispersión de Su pueblo. Se promete aquí: I. Que la ciudad será reedificada y restablecida (vv. 1–6). II. Que los cautivos, después de serles perdonados los pecados, serán restaurados (vv. 7, 8). III. Que esto redundará para la gloria de Dios (v. 9). IV. Que el país tendrá gozo y abundancia (vv. 10:13). V. Que, en los últimos días, el Rey-Mesías emergerá de la dinastía davídica (vv. 14–16). VI. Que la casa de David, la casa de Leví y, en general, la casa de Israel florecerán en el futuro reino mesiánico.

Versículos 1–9

I. La fecha de esta consoladora profecía es posterior a la de lo que vimos en el capítulo anterior, cuando las cosas se estaban poniendo cada vez peor, pues dice (v. 1): *«Vino palabra de Jehová a Jeremías la segunda vez».* Dios habla una y otra vez para consuelo, lo mismo que para admonición, de Su pueblo. Y es que nosotros, no sólo somos tan desobedientes que necesitamos *precepto sobre precepto* para traernos al camino del deber, sino también tan desconfiados que necesitamos promesa sobre promesa para traernos al camino del consuelo. Esta palabra, como la anterior, le vino a Jeremías *estando él aún preso.*

II. El contenido de la profecía.

1. Quién es el que les asegura este consuelo (v. 2): «*Es Jehová, que hizo la tierra, Jehová, que la formó* (el mismo verbo de Gn. 2:7a) *para afianzarla; Jehová es su nombre».* Nótese la triple repetición del nombre sagrado en este versículo. El mismo que primero hizo la tierra y después le dio forma para afianzarla conservándola en el ser y gobernándola por medio de la Providencia, también rehará a Jerusalén y, después de restaurarla, la establecerá firmemente. Y el que ha hecho la promesa, de seguro la cumplirá, porque *Jehová es su nombre,* un Dios que da el ser a Sus promesas y las cumple, conocido por ese nombre (Éx. 6:3), un Dios que lleva las cosas a la perfección. Por eso, cuando *los cielos y la tierra fueron acabados,* y no antes, el Creador es llamado *Jehová* (Gn. 2:4).

2. Cómo ha de obtenerse este consuelo: mediante la oración (v. 3): *«Clama a mí, y yo te responderé»*. Cristo mismo debe pedir (Sal. 2:8): *«Pídeme, y te daré por herencia las naciones»*. Y continúa (v. 3b): «*Y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces»*. Las promesas no se dan para sustituir a la oración, sino para avivarnos y animarnos a orar (v. Ez. 36:37). Freedman hace notar que el texto masorético dice *betsuroth* («fortificadas», es decir, inaccesibles al hombre), aunque unos pocos MSS leen (como en Is. 48:6) *netsuroth* («ocultas»); concluye que «el más raro, o menos usado, de los dos vocablos (esto es, *betsuroth)* es el que con mayor probabilidad figuraba en el texto original del presente versículo».

3. La condición de Jerusalén hizo necesario que le fuesen reservados tales consuelos como éstos (vv. 4, 5): «… *las casas de esta ciudad,* sin exceptuar *las casas de los reyes de Judá, están derribadas* (para ser usadas) *contra los terraplenes y contra la espada»*. Esta magnífica traducción de la NVI es la que mejor cuadra con el original hebreo. Las ruinas mismas de la ciudad, reunidas en montones, servían de defensa contra los terraplenes que el enemigo formaba para facilitar el ataque. Freedman explica brevemente el sentido del versículo 5: «El sujeto (del verbo *llegaron)* son los defensores judíos de la ciudad sitiada. Su resistencia, aunque heroica, es inútil y sólo sirve para añadir más cadáveres a los montones de los muertos». Dios dice (v. 5b): *«a los cuales* (los defensores muertos por el enemigo) *herí yo en mi furor y en mi ira»*. Una vez más se pone de relieve que los caldeos eran meros instrumentos en manos de Dios para castigar a Su pueblo.

4. Las bendiciones que Dios tiene reservadas para Judá y Jerusalén, con las cuales contrarrestará todas las aflicciones que ahora están experimentando.

(A) Dios proveerá para la curación, aunque la herida está considerada como incurable y mortal (v. 8:22, comp. con Is. 1:5); pero Dios dice (v. 6): *«He aquí que yo les traeré sanidad y medicina;* yo impediré su muerte, curaré la enfermedad, y pondré en orden todas las cosas» (v. 30:17).

(B) El pecado de Jerusalén era su enfermedad (Is. 1:6); así pues, su reforma será su recuperación (v. 6b): *«Los curaré, y les revelaré abundancia de paz,* esto es, de toda clase de bienes, y *de verdad,* es decir, de estabilidad, garantizada por la fidelidad de Dios a Sus promesas. *Paz y verdad* son los dos grandes epígrafes de todas las doctrinas contenidas en la divina revelación—verdad, para dirigirnos; paz, para confortarnos—. La gracia y la verdad nos vinieron de forma sobreabundante *por medio del Señor Jesucristo* (Jn. 1:14–17).

(C) La divina *revelación de paz y verdad* trae *sanidad y medicina* a todos los que, por medio de la fe, la reciben. ¿Están los judíos dispersos y esclavizados, y yace su nación en ruinas? *«Haré volver los cautivos de Judá y los cautivos de Israel»* (v. 7). ¿Es el pecado la causa de todas sus aflicciones? *«Los limpiaré de toda su maldad con que pecaron contra mí; y perdonaré todos sus pecados, etc.»* (v. 8). Así como los ceremonialmente inmundos y, por tanto, excluidos del santuario, una vez que eran rociados con el *agua de la purificación,* recobraban la libertad de acceso al tabernáculo, así también tendrán ellos de nuevo el acceso a su país, con los privilegios que esto comporta, cuando Dios *les haya limpiado de toda su maldad.* ¿Han servido esos pecados para contribuir al deshonor de Dios? Su reforma y su restauración redundarán, en la misma medida, en su honor y alabanza (v. 9). Las naciones vecinas llegarán a temblar ante el espectáculo de la nueva grandeza de la nación judía. Así también, cuando la Iglesia es *hermosa como la luna, y esclarecida como el sol,* también es *imponente como ejército en orden* (Cnt. 6:10).

Versículos 10–16

Otra predicción del feliz estado de Judá y Jerusalén, después del regreso del cautiverio, con un futuro cumplimiento pleno en el reinado glorioso del Mesías.

1. Se promete que el pueblo que por tanto tiempo ha estado afligido, volverá a estar lleno de gozo. Todos sacaban ahora la conclusión de que el país quedaría desolado a perpetuidad, que no quedarían animales en tierras de Judá, ni habitantes en las calles de Jerusalén (v. 10); pero, aunque el llanto continúe por algún tiempo, el gozo volverá por fin. Con la feliz llegada de los cautivos, volverá también (v. 11) «el ambiente de vida social y religiosa: alegre bullicio en la vida familiar (7:34; 16:9; 25:10) y ciudadana (30:19; 31:4, 5, 13; Is. 51:3), santificado con el clásico himno de acción de gracias que sube en el templo hasta "Jehová bueno y misericordioso"» (Asensio). Volverán a cantar los cánticos que no podían cantar en un país extranjero. Después de tanto tiempo, estos cánticos de alabanza les sonarán a cosa nueva. En Esdras 3:11 hallamos esto cumplido literalmente. Todos los sacrificios tenían por objeto principal la alabanza, pero aquí predominan los sacrificios espirituales de humilde adoración y gozosa acción de

gracias (comp. con He. 13:15), *«los terneros de nuestros labios»* (Os. 14:2, lit.), que agradan a Dios más que un buey o un ternero.

2. Se promete que el país, que ha estado despoblado por largo tiempo, volverá a llenarse de gente (vv. 12, 13): *En todas las ciudades de Judá y Benjamín habrá cabañas de pastores.* Cuando regresen del cautiverio, el país no será morada de mendigos, que carecen de todo, sino de pastores y labradores. La descendencia de Jacob, en sus comienzos, se gloriaban de su oficio (Gn. 47:3), y así será de nuevo, se dedicarán de lleno a ese empleo honesto, inocente y bucólico de apacentar rebaños, *hacerles acostarse* (v. 12, al final) *y hacerlos pasar* bajo el cayado a fin de *contarlos* (v. 13, al final), para ver si falta alguna res. Parecía increíble que un pueblo abatido hasta lo más bajo pudiera recuperarse hasta alcanzar tal grado de paz y prosperidad. Por lo que ha de quedar claro que esto se lleva a cabo en cumplimiento de la palabra de Dios (v. 12: *«Así dice Jehová de las huestes»)* y como arras de lo que sucederá en los últimos días (v. 14).

3. En efecto, la profecía alcanza en los versículos 14 y ss. un punto en que se observa una clara referencia al reino mesiánico futuro *(«He aquí que vienen días …»*): «El Rey-Mesías emergerá de la dinastía davídica para gobernar en el reino milenario (v. 23:5)» (Ryrie). Esta promesa, que corona todas las demás bendiciones que Dios tiene en reserva para Israel, es realmente (v. 14) una *«buena palabra»,* de la cual todo otro establecimiento de Israel en su país no es sino una lejana preparación. *«Desde la deportación a Babilonia hasta Cristo»* (Mt. 1:17) es uno de los famosos períodos de la historia de Israel. Desde la Ascensión de Cristo a los cielos hasta su Segunda Venida (Hch. 1:11), es el período más importante de la historia del mundo. Cristo es profetizado aquí:

(A) Como un Rey legítimo, pues es (v. 15) un *Renuevo de David,* el «hijo de David», heredero *del trono de su padre* (Lc. 1:32, 33); por eso es *«Renuevo de justicia»,* al que justamente corresponde el trono.

(B) Como un Rey justo, que obrará en todo con justicia: justas leyes, justo gobierno, justos juicios para vindicar el derecho de los que más necesitan la protección de un gobernante (v. 15, al final): *«ejecutará justicia y equidad en la tierra».*

(C) Como un Rey que asegurará a sus súbditos la paz y la prosperidad (v. 16): *«En aquellos días Judá será salvo,* salvo de enemigos de fuera y de dentro, salvo de la ira de Dios y de la maldición; y, por tanto, *Jerusalén habitará segura,* sin miedo al mal, y gozará del bien, confiada en este *Príncipe de paz* (Is. 9:6)».

(D) Como un Rey que de tal modo servirá a los intereses de los súbditos, que *Jerusalén,* como centro y sujeto de atribución de todo el país, *será llamada* con el nombre divino de *Jehová es nuestra justicia* (v. 16, al final, comp. con 23:6; Is. 45:24, 25; 1 Co. 1:30; 2 Co. 5:21; Fil. 3:9). Los versículos 15, 16 repiten, con algunas variantes, 23:5, 6. Una de ellas es que en 23:6 (al final), la frase *«Jehová es nuestra justicia»* es aplicada al Rey-Mesías, mientras que en 33:16 (al final) es aplicada a Jerusalén. Como dice Kimchi (citado por Freedman): «Será algo así como la contraseña de los habitantes de la ciudad».

Versículos 17–26

Tres de los pactos de Dios: el davídico con la descendencia dinástica, el levítico con la sucesión de sumos sacerdotes descendientes de Aarón, y el abrahámico con su descendencia general de pueblo escogido, parecían haber quedado rotos y perdidos mientras duró el cautiverio de Babilonia. Pero aquí se promete que, en el nuevo pacto, quedarán no sólo restaurados, sino ampliamente rebasados.

1. El pacto davídico quedará perfectamente cumplido en el reino mesiánico futuro (v. 17). Con la muerte de Sedequías en el destierro, y sin hijos que le sucediesen, y con la maldición que pesaba sobre la descendencia de Jeconías (22:30), la dinastía davídica había quedado históricamente cortada. Pero la promesa de Dios no había de fracasar (2 S. 7:16; 1 R. 2:4; 8:25; 1 Cr. 17:11–14; Sal. 89:29–37), y aquí tenemos el anuncio de un sucesor de David (v. el comentario a 22:30), *cuyo reino no tendrá fin (*Lc. 1:33). Con frases semejantes a las de 31:35–37, donde se asegura la perpetuidad del nuevo pacto, se asegura también aquí (vv. 19–21) que, mientras la naturaleza siga su curso, *«no faltará a David varón que se siente sobre el trono de la casa de Israel»* (v. 17). Véase también Ezequiel 37:24, 25.

2. También quedará perpetuamente asegurado el pacto aarónico, en cuanto al culto y las funciones de sacerdotes y levitas. Durante el cautiverio no había templo ni altar, ni podían los sacerdotes ejercer sus funciones. Pero también esto revivirá. Inmediatamente después del regreso a Jerusalén hubo sacerdotes y

levitas prestos a ofrecer holocaustos, toda clase de sacrificios y ofrendas (Esd. 3:2–5). Pero ellos volvieron a *corromper el pacto de Leví* (Mal. 2:8) y, en la destrucción de Jerusalén a manos de los romanos, se puso punto final a los sacrificios. Jesucristo se ofreció en sacrificio único para remisión de los pecados (He. caps. 9 y 10), y los creyentes son ahora sacerdotes (1 P. 2:9) que ofrecen con Él y por Él sacrificios espirituales (Ro. 12:1; He. 13:15, 16; 1 P. 2:5). En este sentido, los «reyes» descendientes de David, y los sacerdotes y levitas descendientes de Aarón y, en general, de Leví (vv. 17, 18), serán numerosísimos (v. 22b). Pero el alcance escatológico de esta profecía nos obliga a examinar a fondo Isaías 66:21 (véase comentario), así como los capítulos 44–46 de Ezequiel y Zacarías 14:20, 21.

3. Finalmente, el pacto abrahámico, por el cual Israel había de ser, a través de su padre Isaac, el patriarca del pueblo escogido, con una tierra especial (la Tierra Santa), una descendencia carnal numerosa y una descendencia espiritual más numerosa todavía, quedará también perfectamente cumplido a perpetuidad (vv. 24–26). Este pacto parecía roto durante el cautiverio (v. 24), de tal manera que el *pueblo* mismo, no sus enemigos, reacciona de forma derrotista: *«Las dos familias que Jehová habla escogido, las ha desechado»*. Nótese lo de *este pueblo* (el pueblo rebelde) en la primera parte del versículo 24, y lo de *mi pueblo* (el pueblo escogido) en la segunda. Dice Asensio: «Con tono burlón y casi sacrílego evoca el privilegio de la "elección" como algo irremediablemente perdido y considera el antiguo "pacto patriarcal y davídico" como pasado para siempre». ¿Cómo responde a esto el propio Dios?

(A) Es un desprecio que el pueblo mismo hace de los privilegios que Dios le ha otorgado (v. 24b): «Y *han tenido en poco a mi pueblo, hasta no tenerlo más por nación.* Es decir, han menospreciado el privilegio de ser mi pueblo, como si fuese un privilegio sin valor alguno».

(B) No obstante esta manera despectiva de hablar de los israelitas mismos, Dios les asegura que el pacto abrahámico queda firme, y que *la descendencia de Jacob no será desechada por Él* mientras los astros regulen el curso del día y de la noche (v. 25), así como las estaciones del año, etc.; en fin, mientras rijan *las leyes del cielo y de la tierra.*

(C) En cumplimiento de esta promesa, y ya en el futuro próximo, Dios (v. 26) pondrá en marcha la ratificación solemne de este pacto, *«porque hará volver los cautivos de ellos y tendrá compasión de ellos»*.

CAPÍTULO 34

Dos mensajes que Dios hizo llegar mediante Jeremías. I. El uno es para predecir el destino de Sedequías rey de Judá: había de caer prisionero en manos del rey de Babilonia, pero moriría en paz en su cautiverio (vv. 1–7). II. El otro, para leerles la sentencia al príncipe y al pueblo por su forma traicionera de comportarse con Dios, al poner de nuevo bajo esclavitud a los siervos ya manumitidos conforme a la Ley (vv. 8–11), por lo que Dios hará también volver el ejército caldeo cuando ya comenzaban a esperar que se habían visto libres de ellos (vv. 12–22).

Versículos 1–7

Esta profecía concerniente a Sedequías es entregada a Jeremías y, por medio de él, al propio rey antes de que éste fuese entregado en manos de Nabucodonosor (32:4).

1. El mensaje fue enviado a Sedequías *cuando el rey de Babilonia* (v. 1), *y todo su ejército … peleaban contra Jerusalén y contra todas sus ciudades* con el firme propósito de destruirlas. Se mencionan (v. 7) las ciudades que todavía quedaban en pie: *Laquís y Azecá.* Esto da a entender que las cosas no habían llegado todavía a su último extremo; no obstante, Sedequías resistía obstinadamente.

2. El mensaje que le fue enviado. Se le dice lo que tantas otras veces se le había dicho: que la ciudad será capturada por los caldeos y *quemada a fuego* (v. 2), y que él mismo será hecho prisionero, llevado a la presencia de Nabucodonosor y deportado a Babilonia (v. 3). Ezequiel profetizó que no vería Babilonia (Ez. 12:13), lo cual es perfectamente compatible con lo que leemos aquí en el versículo 3, pues Sedequías había de ver al rey de Babilonia antes de que éste mandara sacarle los ojos y, por tanto, ya no podría ver Babilonia porque entraría allá ciego. Por lo demás, *no había de morir a espada* (v. 4, al final), *sino en paz* (v. 5), esto es, de muerte natural. M. Henry asegura que Sedequías se arrepintió de sus pecados en la

prisión de Babilonia y murió reconciliado con Dios. El texto sagrado no dice eso en ningún lugar de la Biblia, y 2 Crónicas 36:13 insinúa más bien lo contrario. Lo que sí dice el texto (v. 5) es que habían de darle una sepultura honrosa, como a sus antepasados, no como la de su hermano mayor Joacim (22:18, 19).

3. Fidelidad de Jeremías al comunicar el mensaje. Aunque sabía que dar este mensaje le había de acarrear un grave peligro (pues fue puesto en prisión a causa de ello), *habló,* no obstante, *a Sedequías, rey de Judá, todas estas palabras en Jerusalén* (v. 6).

Versículos 8–22

Otra profecía de Jeremías en otra particular ocasión.

1. Cuando Jerusalén estaba estrechamente sitiada por el ejército caldeo, los príncipes y el pueblo acordaron reformar el trato que se daba a los siervos.

(A) La ley de Dios era explícita: los siervos de la nación judía no habían de ser tenidos en servidumbre por más de siete años, sino que, al término de ese plazo, habían de ser puestos en libertad, aunque se hubiesen vendido a sí mismos en pago de sus deudas, o hubiesen sido vendidos por los jueces en castigo de sus crímenes. Los de otras naciones, prisioneros de guerra o comprados por dinero, podían ser conservados en perpetua esclavitud, pero sus compatriotas no habían de servir más de siete años. Dios apela (vv. 13, 14) al pacto que hizo con ellos *cuando los sacó de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre.* Ésta fue una de las primeras leyes judiciales que Dios les dio (Éx. 21:2). Dios los había sacado de la esclavitud de Egipto y quería que expresasen su gratitud dando la libertad a quienes habían estado en sus casas como en *casa de servidumbre* (como Egipto lo había sido para sus antepasados). Las compasiones de Dios hacia nosotros deberían animarnos a tener compasión de nuestros hermanos; debemos libertar así como nosotros somos libertados.

(B) Esta ley la habían quebrantado ellos lo mismo que sus padres. El provecho material contaba para ellos más que el pacto de Dios. Cuando los siervos habían estado siete años en sus casas, veían que el negocio había prosperado mucho con la ayuda de estos esclavos, y no querían que se marchasen. *«Vuestros padres*—dice Dios (v. 14, al final)—*no me oyeron, ni inclinaron su oído»,* y ellos seguían el ejemplo de sus padres. Por este pecado suyo, y de sus padres, Dios les imponía ahora una nueva servidumbre, y con toda justicia.

(C) Pero, al verse estrechamente cercados por los caldeos, y tras de escuchar la palabra de Dios mediante Jeremías (vv. 8, 9), pusieron inmediatamente en libertad a sus siervos (v. 10), como hizo Faraón cuando la plaga de la muerte de los primogénitos era ejecutada en todo Egipto y consintió en *dejar marchar al pueblo.* Obedecieron, pues, *los príncipes* y los siguió el pueblo, *todo el pueblo,* aunque no fuese más que por vergüenza. Se ligaron a esto por pacto jurado en el templo, en presencia de Dios (v. 15): «… *habíais hecho pacto en mi presencia, en la casa en la cual es invocado mi nombre».* Nótese la forma solemne (vv. 18, 19) con que fue ratificado este pacto, con la tremenda imprecación que la acompañaba: «Que seamos partidos por medio de la misma manera, si no cumplimos lo que hemos prometido».

2. Pero, al asomar cierta esperanza de que el sitio se levantase y desapareciera el peligro de destrucción, deshicieron lo que habían hecho y forzaron a sus siervos, ya manumitidos, a volver a la esclavitud de antes. En efecto, el sitio se había levantado por poco tiempo (v. 21, al final): «… *se ha retirado de vosotros».* Faraón traía de Egipto un ejército para oponerse al avance de las victorias de Babilonia, y los caldeos levantaron el asedio por un tiempo (37:5). Esta acción de los príncipes y del pueblo (v. 11) fue una gran afrenta hecha a Dios, pues con ella (v. 16) *profanaron el nombre de Dios.*

3. Por esta traición al pacto Dios les amenaza con el más severo castigo. *«No os dejéis engañar—dice* Pablo (Gá. 6:7)—; *de Dios nadie se mofa».* Quienes piensan que pueden hacerle trampa a Dios mediante una reforma pasajera y oportunista, están realmente entrampando a su propia alma. Puesto que ellos no dan libertad a sus siervos para que marchen al lugar que les plazca, Dios dará libre curso a sus juicios y les hará marchar a ellos al lugar que no les agrada (v. 17), después de acabar con la mayoría de ellos *mediante la espada, la pestilencia y el hambre.* Príncipes y pueblo habían tomado parte en esta traición (v. 19), y juntos habían de sufrir el castigo. Puesto que ellos habían vuelto al pecado, los caldeos también volverían al asedio de Jerusalén (vv. 21, 22), *por mandato de Jehová («He aquí, mandaré yo, dice Jehová»,* v. 22). Iban a tomar la ciudad y reducirla a cenizas; las demás ciudades de Judá serían *reducidas*

a soledad, pues quedarían *sin habitantes.* Si nos arrepentimos del bien que pensábamos hacer, Dios se arrepentirá del bien que se había propuesto hacernos.

CAPÍTULO 35

El objetivo del mensaje que contiene este capítulo es avergonzar al pueblo de su desobediencia, si es que todavía conservaban algún sentido del honor. Aquí Jeremías: I. Pone delante de ellos la obediencia de la familia de los recabitas a los preceptos que les impuso su antepasado Jonadab (vv. 1–11). II. Les hace ver cómo contrasta con esta obediencia la desobediencia de los judíos a Dios y el desprecio a los preceptos divinos (vv. 12–15). III. Predice los juicios de Dios sobre los judíos por su impía desobediencia (vv. 16, 17). IV. Asegura a los recabitas las bendiciones de Dios sobre ellos por su piadosa obediencia (vv. 18, 19).

Versículos 1–11

Lo que se contiene en este capítulo ocurrió *en días de Joacim* (v. 1), en la última parte de su reinado, pues fue después que el rey de Babilonia viniese con su ejército (v. 11), atacase la Judea y forzase a sus habitantes a refugiarse en Jerusalén (año 598 a. de C.). Entre estos refugiados estaban los recabitas, originalmente quenitas o ceneos (v. 1 Cr. 2:55), que se habían establecido en la tierra de Israel (Jue. 1:16; 1 S. 15:6; 27:10), al ser descendientes de Hobab, cuñado (no «suegro»—v. Nm. 10:29—, donde Reuel es el mismo Jetró, suegro de Moisés) de Moisés. Una familia de estos ceneos (o cineos, o quenitas) se llamaban recabitas de su antepasado Recab. Su hijo, o descendiente lineal, fue Jonadab, famoso en su tiempo por su sabiduría y su piedad, que vivió en los días de Jehú, rey de Israel, casi trescientos años antes de esto (v. 2 R. 10:15, 16).

1. Las normas de conducta que Jonadab encargó a sus hijos y a su descendencia que las observasen religiosamente, eran las que él mismo había observado durante toda su vida (vv. 6, 7).

(A) Se contenían en dos singulares preceptos: (a) les prohibió *beber vino,* conforme a la ley de los nazireos o nazareos. Aunque no es el uso, sino el abuso, del vino lo que daña, la gente es tan propensa a pasarse de la raya, que más vale abstenerse del todo de él o usarlo en pequeñas cantidades, casi como medicina (1 Ti. 5:23), antes que exponerse a las graves consecuencias de la ebriedad. (b) Les ordenó *vivir en tiendas;* no habían de edificar casas, ni habían de comprar terrenos, ni tomar en alquiler ni ocupar casas edificadas por otros. Esto era un ejemplo de sobriedad y mortificación. Las tiendas de campaña son moradas muy modestas, con lo que se les enseñaba a ser humildes; son también habitaciones frías, con lo que aprenderían a ser fuertes y no halagar al cuerpo; además son movibles, con lo que se les enseñaba a no pensar en establecerse ni echar raíces en ninguna parte de este mundo, pues *habían de morar en tiendas todos sus días* (v. 7b).

(B) ¿Por qué prescribió Jonadab estas normas de conducta a sus descendientes? Para mostrar, junto con su gran sabiduría y prudencia, el interés que tenía por el bien de ellos, no ligándoles con voto ni juramento, sino sólo exhortándoles a que se ajustasen a esta disciplina en la medida en que les ayudase para su edificación espiritual (v. 11). Sus antepasados se habían dedicado a la vida pastoril (Éx. 2:16) y él quería que su posteridad siguiese por el mismo camino. Moisés les había dado esperanzas de que se establecerían entre los israelitas (Nm. 10:32), pero ellos eran *peregrinos en la tierra* (v. 7, al final), no tenían heredad en ella y, por tanto, habían de vivir de su oficio y acostumbrarse a una vida dura y a una vivienda incómoda. La humildad y el buen contentamiento en la oscuridad de una vida modesta son con frecuencia la mejor protección de las personas. Jonadab vio la general corrupción del país; abundaban los borrachos de Efraín y temía que sus hijos se contagiasen de ellos; por eso, les obligó a retirarse de las ciudades y vivir del modo más morigerado. Es posible que previese la destrucción de un pueblo tan degenerado y quisiera así proveer para que su familia, aun en medio de los mayores aprietos, *disfrutase de paz.* Si no tenían mucho a que aficionarse, sería menor el dolor al ser despojados de ello. Buena cosa es vivir bajo disciplina y enseñar a nuestros hijos a vivir también así.

2. Cuán estrictamente observó su posteridad estas normas (vv. 8–10).

(A) Todos ellos, en sus respectivas generaciones, *habían obedecido a la voz de su padre Jonadab* (v. 8) y *habían hecho conforme a todas las cosas que les mandó* (v. 10). *No bebieron vino* en un país en que lo había en abundancia, no edificaron casas ni cultivaron la tierra, sino que vivieron de los productos de su ganado. En cuanto a uno de los detalles particulares, se vieron en necesidad de dispensarse de él (v. 11): *Cuando Nabucodonosor rey de Babilonia subió a la tierra* con su ejército, aunque hasta entonces habían vivido ellos en tiendas, las dejaron y se vinieron a vivir en casas en Jerusalén. Las normas de una disciplina no deben ser demasiado estrictas, sino que han de admitir excepción y dispensa cuando la necesidad lo reclama. Estos recabitas habrían tentado a Dios, en lugar de confiar en Él si no hubiesen empleado los medios más convenientes para su seguridad, no obstante la norma (y la costumbre) de su familia.

(B) Jeremías los llevó al templo (v. 2) porque tenía para ellos un mensaje de parte de Dios. Allí, no sólo les preguntó si querían beber vino, sino que (v. 5) *puso delante de ellos tazas y copas llenas de vino y les dijo: Bebed vino.* La tentación era muy fuerte. Era como decirles: *«Bebed vino,* lo tenéis gratis. Ya habéis quebrantado una de las normas de vuestro padre al venir a vivir en Jerusalén, ¿por qué no quebrantar también ésta, y actuar como los demás que viven en la ciudad?» Pero ellos rehusaron terminantemente y con toda unanimidad (v. 6): «*Mas ellos dijeron: No beberemos vino, etc.».* El profeta vio claramente que estaban firmemente resueltos.

Versículos 12–19

La prueba hecha a la constancia de los recabitas tenía el propósito de servir únicamente de señal; aquí tenemos su aplicación.

1. La obediencia de los recabitas al encargo de su padre, y la desobediencia de los judíos a los preceptos de Dios. Que lo vean y se avergüencen de ello. El profeta les pregunta ahora, en nombre de Dios (v. 13): *«¿No aprenderéis a obedecer mis palabras?, dice Jehová.* ¿No habrá nada que pueda inclinaros a descubrir vuestro pecado y el deber que tenéis? Ya veis cuán obedientes son los recabitas al encargo de Jonadab (v. 14); pero vosotros (v. 15, al final) *no inclinasteis vuestro oído ni me hicisteis caso».* Los recabitas obedecían a uno que era hombre como ellos, pero los judíos desobedecían al Dios infinito y eterno, que tenía absoluta autoridad sobre ellos. Además, a los recabitas nadie les había traído a la memoria la obligación de obedecer a su padre, mientras que Dios había enviado (v. 14) con mucha frecuencia profetas a Su pueblo. Dios les había dado a los judíos una *tierra buena* y les había prometido que, si le obedecían, la poseerían a perpetuidad; así que, tanto la gratitud como el propio interés les obligaban a obedecer; sin embargo, *no quisieron hacer caso.*

2. Los castigos que se predicen, como ya hemos visto en muchos otros lugares, contra Judá y Jerusalén. Los recabitas se levantarán en el juicio contra ellos, porque (v. 16) ellos *han cumplido el mandamiento que les dio su padre,* lo han cumplido con toda constancia, *pero este pueblo,* este pueblo rebelde y contradictor, *no me ha obedecido,* dice Dios. La sentencia no se hace esperar (v. 17): *«He aquí que yo traeré sobre Judá y sobre todos los moradores de Jerusalén el mal que contra ellos he hablado*—lo he hablado por medio de mi Palabra y por medio de mi providencia—y *no oyeron; los llamé y no han respondido».*

3. Se promete misericordia a la familia de los recabitas por su constante adhesión a las buenas normas de su familia. Aunque la prueba de su constancia tenía únicamente por objeto avergonzar a Israel, no obstante, al haber resultado inconmovible, les será premiado con gran alabanza y honor (vv. 18, 19): *«No faltará de Jonadab*—dice Dios—, *hijo de Recab, varón que esté en mi presencia todos los días»* (v. 19b). Sobre esta frase dice Freedman: «Véase sobre 15:19. La frase suele indicar en cualquier otro lugar servicio en el templo. No es seguro si es ésta la intención aquí». Según Asensio, indica que «a lo largo de su historia, la descendencia de Jonadab *estará delante de mí* fiel siempre a la religión de Jehová». M. Henry comenta: «Aunque no eran sacerdotes ni levitas, ni parece ser que tuviesen oficio alguno en el servicio del templo, sin embargo, en el curso constante de una sincera devoción, estarán delante de Dios para ministrarle». El verbo, aquí, resulta algún tanto ambiguo, pues hay muchas maneras de «ministrar» (v. Ro. 12:1).

CAPÍTULO 36

Aquí tenemos la prueba de otro procedimiento seguido con esta perversa generación, también en vano. Para conocimiento del pueblo, el profeta dicta a Baruc una especie de resumen de los mensajes que había predicado anteriormente. I. Redacción del rollo por mano de Baruc, según lo dictaba Jeremías (vv. 1–4). II. Baruc lee el rollo a todo el pueblo en el templo, con ocasión de la proclamación de un ayuno público (vv. 5–10); después lo lee en privado a los príncipes (vv. 11–19), y, finalmente, Jehudí lo lee al rey (vv. 20, 21). III. El rey quema el rollo y da orden de procesar a Jeremías y a Baruc (vv. 22–26). IV. Se escribe otro rollo, con grandes añadiduras, en particular la de sentencia contra el rey Joacim por haber quemado el primero (vv. 27–32).

Versículos 1–8

En el comienzo de la profecía de Ezequiel nos encontramos con un *rollo* escrito *en visión* (Ez. 2:9, 10; 3:1). Aquí, en la última parte de la profecía de Jeremías, nos encontramos con un *rollo* escrito *de hecho,* para comunicar al pueblo las cosas contenidas en él.

1. La orden de Dios a Jeremías de escribir un resumen de sus sermones desde que comenzó a predicar, en el año decimotercero de Josías *hasta hoy* (v. 2, al final), que era *el cuarto año de Joacim* (v. 1), es decir, en el 605 o el 604 a. de C. Convenía resumir todo lo que habían oído hasta ahora y hacer que lo recordasen, por si ahora les hacía mayor impresión que cuando les fue anteriormente predicado. Este motivo está explícito en el versículo 3: *«Quizás oiga la casa de Judá todo el mal que yo pienso hacerles y se arrepienta cada uno de su mal camino».* El objetivo principal de la predicación del Evangelio es que los pecadores se conviertan. En vano escucharán éstos al predicador si esto no se consigue. «*Y yo perdonaré*—añade Dios (v. 3, al final) su *maldad y su pecado».* Esto da claramente a entender que Dios es infinitamente justo; no sería consecuente consigo mismo si perdonase el pecado sin que se arrepintiese el pecador, pero también expresa claramente Su misericordia, pues está presto a perdonar los pecados y sólo aguarda hasta que el pecador esté en condiciones para recibir el perdón; por eso, usa diferentes medios para llevarnos al arrepentimiento, *a fin de perdonarnos.*

2. Las instrucciones que Jeremías dio a Baruc, su secretario, de acuerdo con la orden que había recibido de Dios (v. 4). Dios ordenó a Jeremías que lo escribiese él, pero parece ser que el profeta no tenía *pluma de escribiente muy ligero* (Sal. 45:1), pero sí Baruc, por lo que Jeremías se sirvió de él como amanuense. San Pablo escribió muy poco de su propio puño y letra (Ro. 16:22; Gá. 6:11). Dios imparte sus dones de forma muy variada: a unos les da facilidad para hablar, a otros, para escribir, y nadie puede decir a otro: *«no te necesito»* (1 Co. 12:21). Dios le inspiró a Jeremías, y éste lo dictó a Baruc. Si habíamos de dar crédito al apócrifo que lleva el nombre de Baruc, él tambien fue después profeta para los cautivos que estaban en Babilonia. Baruc *escribió en un rollo de libro* (v. 4), esto es, en piezas de pergamino o de vitela, que después se unían en un rollo y se enrollaban en torno de un palo.

3. Las órdenes que Jeremías dio a Baruc de leer al pueblo lo que había escrito, ya que él no podía *por estar detenido* (v. 5). No quiere decir que estuviese preso (no lo estaba todavía), sino que estaba *impedido* (éste es aquí el sentido del verbo hebreo *atsur)* de ir al templo por la prohibición de los sacerdotes tras de sus mensajes de destrucción (caps. 7, 20 y 26). También Pablo escribió epístolas a las iglesias que no podía visitar en persona. Cuando Dios ordenó escribir el rollo, dijo: *«Quizás oiga la casa de Judá … y se arrepienta cada uno de su mal camino»* (v. 3). Cuando Jeremías ordena leerlo, dice (v. 7): *«Quizá presenten sus súplicas ante Jehová, y se vuelva cada uno de su mal camino».* La oración a Dios para que se digne convertirnos es necesaria para nuestra propia conversión. Conforme a la orden de Jeremías, Baruc *leyó* (v. 8) *en el libro las palabras de Jehová en la casa de Jehová.*

Versículos 9–19

Parecería que Baruc hubiese de leer con frecuencia el rollo a todo el que le prestase oídos, antes de la lectura solemne ante la congregación, ya que la orden de escribir el rollo se dio *el año cuarto de Joacim* (v. 1), y la lectura pública se llevó a efecto *en el año quinto de Joacim* (v. 9); aunque hay quienes piensan que la redacción del rollo llevó bastante tiempo.

1. Las autoridades convocaron un ayuno extraordinario (v. 9b), ya fuese debido a la aflicción causada por el avance del ejército caldeo o por falta de lluvia (14:1). Una vez más vemos cómo los que son enemigos y desconocedores del *poder de la piedad,* se esfuerzan en conservar *las formas.* Pero, ¿de qué servirán tales observancias llenas de hipocresía? El ayuno sin verdadero arrepentimiento no apartará los juicios de Dios (comp. con Jon. 3:10).

2. Baruc repitió los sermones de Jeremías públicamente en la casa de Jehová, en una solemnidad religiosa. Se puso en pie *en el aposento de Guemarías* (v. 10) y, desde una ventana o galería, leyó el rollo al pueblo congregado en el atrio.

3. Se dio informe de esto a los príncipes que estaban reunidos en la oficina del secretario, llamada aquí (v. 12) *aposento del secretario.* Parece ser que, aun cuando los príncipes, o el rey mismo, habían convocado al pueblo en el templo para ayunar, orar y escuchar la Palabra de Dios, no creyeron apropiado el asistir personalmente ellos mismos. Miqueas informa a los príncipes de lo que Baruc había leído, ya que su padre Guemarías respetaba a Baruc lo suficiente como para dejar que hablase desde su aposento.

4. Mandan traer a Baruc y le ordenan que se siente entre ellos y les lea el rollo (vv. 14, 15), lo cual hizo él puntualmente. Los príncipes quedaron muy impresionados por las palabras que les fueron leídas (v. 16): *«cada uno se volvió espantado hacia su compañero»,* lo mismo que el gobernador Félix cuando oyó a Pablo (Hch. 24:25). Las reprensiones eran justas, y las predicciones llevaban ahora cara de estar a punto de cumplirse; por lo que todos eran presa de la consternación.

5. No se nos dice qué impresión hizo en el pueblo la lectura del rollo (v. 10), pero lo cierto es que los príncipes se miraban unos a otros, atónitos, consternados y sin saber qué decir. Acordaron enterar del asunto al rey y, si él da crédito a *todas estas palabras* (v. 16, frase que se repite en los vv. 17, 18 y 20), también ellos lo harán. Al mismo tiempo, como conocían la mente del rey, aconsejaron a Baruc y a Jeremías que se escondiesen (v. 19) para su seguridad, ya que temían que el rey, en lugar de quedar convencido, se exasperase todavía más.

6. Preguntaron a Baruc algo importante (v. 17): *«Cuéntanos ahora cómo escribiste al dictado de él todas estas palabras».* Tanto el rabino Freedman como el profesor Asensio concuerdan en que este expediente era necesario. Dice Asensio: «El contenido interesaba a la existencia de la nación como tal, y sus representantes oficiales quisieron cerciorarse de su autenticidad profética». Baruc les da una respuesta clara y llana (v. 18): Jeremías le dictó, y él lo escribió.

Versículos 20–32

El rollo y el rey.

1. Tan pronto como se enteró el rey, envió por el rollo y ordenó que se lo leyesen (vv. 20, 21). No quiso que lo leyese el propio Baruc, a quien por cierto le habían aconsejado los príncipes que, junto con Jeremías, se escondiese «y *que nadie sepa dónde estáis»* (v. 19, al final). Lo mandó leer a un tal Jehudí (hebr. *Yehudí,* que significa «judío»), el cual ya ha salido en el versículo 14, junto a un tal *Cusí* (hebr. *Cushí,* que significa «etíope»).

2. El rey Joacim no tuvo la misma paciencia que los príncipes para esperar a que Jehudí terminase la lectura, sino que, tan pronto como Jehudí *leyó tres o cuatro planas* (v. 23), enfurecido el rey, *las rasgó con un cortaplumas y las echó al fuego.* Así lo hizo con las demás planas, *hasta que todo el rollo* (v. 23b) *se consumió sobre el fuego que en el brasero había.*

(A) Este gesto fue la más desvergonzada afrenta al Dios de los cielos, cuyo era este mensaje. Así mostró su impaciencia y su rebeldía ante la reprensión que recibía.

(B) Así mostró también su indignación contra Baruc y contra Jeremías, a quienes habría cortado en pedazos y echado al fuego si hubiesen estado al alcance de su mano; tal era su pasión en estos momentos.

(C) Así expresó su obstinada resolución de no plegarse jamás a las condiciones de las advertencias que se le hacían.

(D) Así, finalmente, dio a entender que tenía necias esperanzas de que no se cumplirían las amenazas declaradas contra él. Pensó que había tomado todas las medidas necesarias para que las cosas contenidas en este rollo no se divulgasen más.

3. Ni el rey ni ninguno de los príncipes quedaron ahora impresionados por la palabra (v. 24): «Y *no tuvieron temor ni rasgaron sus vestidos, etc.».* Los mismos que antes (v. 16) estaban *espantados,*

consternados, cuando se les leyó el rollo por primera vez, se sacudieron todo espanto al ver cuán a la ligera tomaba el rey estas cosas.

4. Había tres príncipes que tuvieron el suficiente sentido y la santa valentía necesaria para tratar de impedir que el rey quemase el rollo, aunque fue en vano (v. 25).

5. Después de entregar al fuego el documento por el cual quedaba arrestado por la palabra de Dios, firmó luego, para vengarse, la orden de arresto de Jeremías y Baruc, ministros de Dios (v. 26), *«pero Jehová los escondió».*

6. Jeremías recibió de Dios la orden de escribir en otro rollo las mismas palabras que habían sido escritas en el rollo que Joacim había quemado (vv. 27, 28). Los enemigos pueden quemar muchas Biblias, pero no pueden abolir la Palabra de Dios ni impedir su cumplimiento. Aunque las tablas de la Ley fueron quebradas, otras nuevas fueron hechas y, del mismo modo, de las cenizas del rollo quemado por Joacim surgió como otra Ave Fénix el segundo rollo. *«La palabra de Dios permanece para siempre»* (1 P. 1:23).

7. Joacim, a pesar de ser el rey de Judá, fue severamente llamado a cuentas por el Rey de reyes por la indigna forma con que había tratado la Escritura Sagrada. Joacim estaba enojado porque *estaba escrito allí* (v. 29): *De cierto vendrá el rey de Babilonia y destruirá esta tierra.* Dios y sus profetas se habían vuelto sus enemigos únicamente por decirle la verdad al declarar la inminente desolación, pero, al mismo tiempo, le habían dado una buena oportunidad para impedirlo. La ira de Dios vendrá sobre él y su familia, en primer lugar, por mano de Nabucodonosor. Su muerte y su sepultura serán ignominiosas (v. 30, comp. con 22:19). Además, dentro de unas pocas semanas, su hijo será destronado y tendrá que cambiar su regio manto por las ropas de un preso, de forma que (v. 30b) *«no tendrá* (Joacim) *quien se siente sobre el trono de David».* Hasta su *descendencia y sus siervos* (v. 31) lo pasarán peor por su parentesco o relación familiar con él, pues serán castigados, no por la iniquidad de él, pero antes y peor que lo serían por su propia iniquidad si no tuvieran ninguna relación con él.

8. Cuando volvió a escribirse el rollo, a las palabras del primero (v. 32, al final) *fueron añadidas muchas otras palabras semejantes,* es decir, muchas más amenazas, porque, como están decididos a caminar en contra de Dios, Dios ordenará que *el horno se encienda siete veces más de lo acostumbrado.*

CAPÍTULO 37

Este capítulo nos lleva cerca de la destrucción de Jerusalén a manos de los caldeos, pues el relato que aquí vemos tiene que ver con hechos sucedidos en la última parte del reinado de Sedequías. I. Idea general del mal cariz de dicho reinado (vv. 1, 2). II. Mensaje que Sedequías, a pesar de ser tan malvado, envió a Jeremías rogándole que orase a Dios por él y por sus súbditos (v. 3). III. Esperanzas lisonjeras de que los caldeos iban a levantar el asedio de Jerusalén (v. 5). IV. La seguridad con que Dios les declaró, por medio de Jeremías (que estaba ahora en libertad—v. 4—), que el ejército caldeo renovaría el asedio y capturaría la ciudad (vv. 6–10). V. Prisión de Jeremías, bajo pretexto de que era un desertor (vv. 11–15). VI. La amabilidad con que le trató Sedequías cuando estaba preso (vv. 16–21).

Versículos 1–10

1. Es menospreciada la predicación de Jeremías (vv. 1, 2). Sedequías sucedió a su sobrino Conías (como se llama en *Jeremías* al rey Jeconías) y, aunque vio en su predecesor las fatales consecuencias de la rebeldía contra la palabra de Dios, no escarmentó en cabeza ajena (v. 2): *«No obedeció él, ni sus siervos ni el pueblo de la tierra a las palabras de Jehová»,* a pesar de que comenzaban a cumplirse ya.

2. Sedequías (v. 3) envía mensajeros a Jeremías para que le digan: *«Ruega ahora por nosotros a Jehová nuestro Dios».* Ya había hecho esto anteriormente (21:1, 2), y uno de los mensajeros, Sofonías, es el mismo en ambos casos. Es un punto a favor de Sedequías el hacer esto y por aquí se ve que había en él alguna cosa buena, algún sentimiento de la necesidad que sentía del favor de Dios. Cuando estamos en algún aprieto, deberíamos desear las oraciones de nuestros pastores y otros amigos cristianos, ya que con ello manifestamos nuestra estima de la oración, así como la estima en que tenemos a nuestros hermanos. Los propios reyes habrían de considerar a sus súbditos orantes como la fuerza de la nación (Zac. 12:5, 10). Con todo, esto sólo sirve para contribur a condenar a Sedequías por su propia boca. Si consideraba a

Jeremías como verdadero profeta de Jehová, ¿por qué *no hacía caso de las palabras de Jehová,* comunicadas por medio de Jeremías? ¿Cómo podemos esperar que Dios escuche las oraciones de otros a nuestro favor, si no queremos escuchar las palabras que ellos nos dicen de parte de Dios? En lugar de rogar a Jeremías que orase por él, mejor le habría sido a Sedequías pedirle que orase con él.

3. Jerusalén se ve lisonjeada con la retirada del ejército caldeo. Jeremías estaba ahora en libertad (v. 4). También la ciudad estaba, de momento, en libertad (v. 5). Aunque Sedequías era ya tributario del rey de Babilonia, había entrado en una coalición secreta con el rey de Egipto (Ez. 17:15), en virtud de la cual, cuando Nabucodonosor vino a castigar a Sedequías por su traición, el rey de Egipto envió fuerzas para aliviar el asedio de Jerusalén. Los caldeos levantaron el sitio, por miedo a las fuerzas egipcias (37:11), y hasta por estrategia militar, para combatir con ellas a distancia, antes de que se les uniera ninguna de las fuerzas judías. Desde ese día los judíos estaban animados con la esperanza de que Jerusalén quedase definitivamente libre de peligro.

4. Pero la ciudad volvió a ser amenazada con el regreso del ejército caldeo. Sedequías envió a pedir a Jeremías que orase para que no volviese dicho ejército; pero Jeremías le comunica que el decreto de Dios ha sido ya firmado y rubricado, por lo cual era una locura de ellos el esperar la paz (v. 9): *«Así dice Jehová: No os engañéis a vosotros mismos, etc.».* Ni aun el mismo diablo, al ser el gran engañador, podría engañarnos, si no nos engañásemos a nosotros mismos. Jeremías no echa mano de oscuras metáforas, sino que les dice lisa y llanamente: (A) Que los egipcios *se retirarán a su tierra* (v. 7, al final). (B) Que los caldeos volverán y renovarán el asedio, *y «no se apartarán»* (v. 9, al final), sino que *volverán y atacarán la ciudad* (v. 8). (C) Que Jerusalén será entregada de cierto en manos de los caldeos, los cuales *la tomarán y la pondrán a fuego* (v. 8, al final). No tienen motivo alguno para hacerse ilusiones (v. 10): *«Porque, aun cuando hirieseis a todo el ejército de los caldeos que pelean contra vosotros, y quedasen de ellos solamente hombres heridos, cada uno se levantará de su tienda y pondrán esta ciudad a fuego».*

Versículos 11–21

Otro relato concerniente a Jeremías, quien refiere de sí mismo más cosas que ningún otro de los profetas.

1. Jeremías, cuando tenía oportunidad, se retiraba de Jerusalén a la campiña (vv. 11, 12): *«Cuando el ejército de los caldeos se retiró de Jerusalén por miedo al ejército de Faraón, Jeremías* resolvió *salir de* allí o, según una versión más literal del hebreo, *salió de Jerusalén para escabullirse a la tierra de Benjamín para recibir una porción* (o parte de heredad) *de allí en medio del pueblo».* Intentaba zafarse del tráfago de las masas, porque, aun cuando era persona de gran importancia, estaba contento con pasar desapercibido y vivir escondido en una cabaña, máxime cuando era muy poco el bien que podía hacer en la capital. Como el verbo hebreo *jaliq* (recibir) está en la forma *Hiphil* (causativa), su significado es *«hacer recibir» o,* mejor aún, *«hacer que se repartiese»,* lo cual indicaría, como dice Freedman, «que se había muerto algún pariente en Anatot y era necesario que Jeremías estuviese allí en conexión con la herencia».

2. En este intento de escabullirse fue aprehendido como desertor (vv. 13–15): *«Cuando estaba en la puerta de Benjamín, estaba allí un capitán de la guardia,* que probablemente tenía a su cargo la vigilancia de aquella puerta, quien *le apresó,* acusándole de que iba a pasarse a los caldeos». El capitán que le detuvo se llamaba Irías y era nieto de un tal Hananías, quien (contra la opinión de M. Henry) «no ha de ser identificado con el contradictor de Jeremías en 28:10 y ss., el cual difícilmente podía tener un nieto tan mayor» (Freedman). Jeremías negó rotundamente el cargo que se le hacía, pero no le valió. Fue llevado a presencia del consejo privado, donde los príncipes (v. 15) *se airaron contra Jeremías, le azotaron y le pusieron en prisión en la casa del escriba Jonatán.* Allí permaneció *«por muchos días»* (v. 16, al final). Fue durante estos «días» cuando los caldeos reanudaron el asedio de Jerusalén.

3. Éste es el motivo por el que *Sedequías envió por él* (v. 17) y *le sacó* de la cárcel. Cuando todas sus ilusiones se habían desvanecido, la confusión y la consternación del monarca y del pueblo subieron de punto.

(A) El rey envió a que le trajesen a su presencia para consultar secretamente con él, como embajador que era de Jehová, pues le dijo (v. 17b): *«¿Hay palabra de Jehová?* ¿Hay alguna palabra de consuelo? ¿Puedes darnos alguna esperanza de que los caldeos volverán a retirarse?» El rey lo llamó secretamente, avergonzado de que se le viese en compañía de un hombre detenido bajo el cargo de desertor.

(B) No sólo el bienestar, sino también la vida de Jeremías están en manos de Sedequías, y el rey le hace una petición que el profeta podría explotar a su favor, sin embargo, en lugar de aprovechar esta ocasión para granjearse el favor del rey, le dice llanamente que *sí había palabra de Jehová* (v. 17b), pero que esta palabra no le iba a dar ningún consuelo ni a él ni al pueblo: *«En manos del rey de Babilonia serás entregado».* Si Jeremías hubiese consultado con carne y sangre, le habría dado al rey una respuesta plausible, al menos de momento, y habría guardado lo peor del mensaje para más tarde. Pero Jeremías era de los que *han obtenido misericordia del Señor para ser fieles,* y de ninguna manera iba a ser desleal a Dios y al propio soberano al callarse la verdad para obtener favor de los hombres. Jeremías aprovecha la ocasión para echar en cara al rey y al pueblo el crédito que habían dado a los falsos profetas, quienes les decían que *el rey de Babilonia no había de venir,* y cuando, después de venir, levantó el asedio de la ciudad, que *no volvería contra ellos* (v. 19): *«¿Y dónde están vuestros profetas que os profetizaban diciendo: No vendrá el rey de Babilonia contra vosotros ni contra esta tierra?* ¿No era falsa la paz que os anunciaban?»

(C) Aprovechó también la ocasión para presentar implícitamente una petición, como pobre prisionero injustamente encarcelado (vv. 18, 20): *«¿En qué pequé*—le dice al rey (v. 18)—*contra ti, o contra tus siervos o contra este pueblo, para que me metieseis en la cárcel?»* Como si dijera: «¿Qué ley divina o qué precepto real he quebrantado para ser encarcelado?» También ruega con vehemencia y patetismo (v. 20): *«Ahora, pues, oye, te ruego, oh mi señor el rey; caiga bien ahora mi súplica delante de ti, y no me hagas volver a casa del escriba Jonatán, para que no muera allí».* No hay aquí ni una sola palabra de querella contra los príncipes que le habían maltratado y encarcelado, sino una modesta súplica al rey. Un león por la causa de Dios, tiene que ser un cordero por su propia causa. Vemos que: (a) El rey le concedió lo que le pedía, pues dio orden (v. 21) de que lo custodiasen *en el patio de la guardia de la cárcel* (como en 32:2), donde podía respirar el aire libre. (b) También ordenó el rey que se le diese del almacén público *una hogaza de pan diaria mientras hubiese pan en la ciudad («hasta que todo el pan de la ciudad se gastase»*—v. 21b—). Sedequías debería haber soltado al profeta, pero le faltó coraje para hacerlo; menos mal que algo hizo.

CAPÍTULO 38

Aunque Jeremías había sido menospreciado por los príncipes, fue honrado por el rey; ellos lo trataron como a criminal, mientras que el rey lo usó como consejero privado. I. Por su fidelidad, Jeremías es metido en una cisterna por orden de los príncipes (vv 1–6). II. Por la intercesión de Ébed-mélec, un etíope, el rey ordena que sea sacado de allí, y es puesto de nuevo en el patio de guardia de la cárcel (vv 7–13). III. Al estrecharse el cerco, el rey hace llamar de nuevo al profeta y tiene con él una consulta privada (vv 14–23). IV. Se toman las medidas necesarias para que no se sepa nada de lo que allí se trató (vv 24–28).

Versículos 1–13

1. Jeremías persiste en su predicación lisa y llana (v. 3) *«De cierto será entregada esta ciudad en manos del ejército del rey de Babilonia.* Por mucho que resista, al fin caerá». Lo cierto es que la repetición de este molesto mensaje tenía por objeto advertir a la gente para que, ya que no había salvación para la ciudad, al menos ellos se pusieran a salvo mientras había tiempo (v. 2): «… *el que se pase a los caldeos, vivirá;* ellos le darán cuartel, y escapará de *la muerte a espada, de hambre o de pestilencia,* que es lo que les espera a los *que se queden en la ciudad».*

2. Los príncipes persisten en su malignidad contra Jeremías. Él era leal a su patria y fiel a su vocación profética y, aun cuando por este tiempo comían el pan de la mano del rey, no se le tapó con eso la boca. Pero sus perseguidores se quejaron de que abusaba de la libertad que se le había concedido para pasearse por el patio de la cárcel, porque, aunque no podía ir al templo a predicar, decía las mismas cosas en conversación privada a los que iban a visitarle y, por consiguiente (v. 4), lo describieron ante el rey como hombre muy peligroso, desafecto al gobierno del país «*porque este hombre no busca la paz de este pueblo, sino su mal»* (v. 4, al final). Esto decían de alguien que había hecho, y estaba haciendo, a

Jerusalén mayor bien que ninguna otra persona. Le acusan ante el rey de que *desmoraliza* (lit. *debilita las manos) a los guerreros que han quedado en la ciudad y desalienta a todo el pueblo* (v. 4b). Es corriente entre los malvados considerar como enemigos suyos a los ministros fieles de Dios, sólo porque éstos les muestran cuán enemigos son ellos de sí mismos mientras continúan impenitentes.

3. Como consecuencia de esta acusación, y con permiso del rey, el profeta es encarcelado de una forma que le habría llevado necesariamente a morir en breve tiempo. *«Está en vuestras manos»* (v. 5), les dice el rey a los príncipes. Aunque tenía la convicción de que Jeremías era un verdadero profeta de Dios, no tuvo el coraje necesario para ponerse de parte de él. Mucho es lo que tendrán que responder ante Dios los que, aunque profesan un afecto secreto a una buena persona, no quieren salir en su defensa cuando es necesario. Obtenido el permiso del rey, los príncipes (v. 6) *tomaron a Jeremías y lo hicieron echar en la cisterna de Malaquías,* a quien se llama aquí *hijo del rey* (hebr. *ben hamélek*—la misma expresión de 36:26 con respecto a Jerameel—), «por amistad con él o por su parentesco con la familia real» (Asensio). *«En la cisterna* (v. 6, al final) *no había agua, sino cieno, y se hundió Jeremías en el cieno;* según Flavio Josefo, se hundió hasta el cuello. Los que lo echaron allí esperaban sin duda que se muriese de hambre o de frío, temerosos de que el pueblo se soliviantase si le quitaban la vida de forma más violenta. Muchos fieles testigos de Dios han muerto así oscuramente, de hambre o de frío en una cárcel, de cuya sangre habrá que rendir cuentas un día. Lo que hizo Jeremías en esta grave aflicción lo dice él mismo en Lamentaciones 3:52–57.

4. Intercedió a favor del profeta un etíope, llamado (en hebreo) *Ébed-mélek*, que significa «siervo del rey», del que también se dice que era *«eunuco de la casa real»* (v. 7). El hebreo *sarís* significa de ordinario lo que en castellano se entiende por «eunuco», pero también sirve para designar altos funcionarios de la casa real, como es claramente el caso de Potifar *«eunuco de Faraón»* (Gn. 39:1), quien estaba casado. Al ser etiope, Ebed-mélec era *extranjero en cuanto a la ciudadanía de Israel y en cuanto a los pactos de la promesa* (Ef. 2:12) y, sin embargo, mostró más humanidad y, casi podríamos decir, más divinidad, que los israelitas. También Jesucristo halló más fe entre los gentiles que entre los judíos. Ébed-mélec vivía en una corte impía y en medio de una generación corrompida y, no obstante, tenía un gran sentido de la equidad y de la piedad. Dios tiene su remanente en todos los lugares. También en *la casa del César* había *santos.*

5. El rey estaba ahora (v. 7, al final) *sentado a la puerta de Benjamín* para recibir allí consultas, apelaciones y peticiones. Allá se fue inmediatamente Ébed-mélec, pues el caso no admitía demora. Con toda valentía le dice al rey que a Jeremías se le había tratado injustamente y de muy mala manera; lo dice sin ambages ni subterfugios (v. 9): *«Mi señor el rey, mal hicieron estos varones en todo lo que han hecho con el profeta Jeremías».* Dios puede hacer que surjan amigos de Su pueblo donde menos se piensa que los pueda haber.

6. El rey da orden de que se suelte a Jeremías y encarga al propio Ébed-mélec la tarea de llevar a cabo el rescate del profeta. Sedequías tiene estos altibajos de carácter: unas veces débil, otras veces firme. En este caso, muestra cierta valentía al comportarse de forma desafiante frente a los príncipes, pues ordena que sean nada menos que treinta (v. 10) los hombres que hayan de emplearse en dicha operación, a fin de que pudiesen contrarrestar cualquier oposición que se presentase de parte de los príncipes. Ébed-mélec había conseguido su objetivo y pronto llevó a Jeremías las buenas noticias.

7. Se relata con especial detalle (vv. 11–13) la gran ternura y habilidad con que obró el etíope al proveer a Jeremías de ropas para que se las pusiese debajo de los sobacos, de forma que no le lastimasen los brazos al ser sacado de la cisterna con las cuerdas o sogas que le echaron. Quizás (así lo piensa M. Henry) tenía los sobacos desollados por las sogas con que le habían bajado a la cisterna. También es digno de notarse el detalle de que no le echó las ropas sueltas, sino *con las mismas sogas* con que lo iban a sacar (v. 11 al final). Así se evitaba que se perdieran en el cieno. De este modo (v. 13) fue sacado de allí Jeremías, *quedando* de nuevo *en el patio de la cárcel.*

Versículos 14–28

Tenemos ahora al rey en consulta privada con Jeremías, aunque (v. 5) lo había entregado anteriormente en manos de sus enemigos.

1. El honor que Sedequías le hizo al profeta. Después que éste fue sacado de la cisterna, el rey envió por él para que le aconsejase en privado. Se encontró con él *en la tercera entrada* (v. 14) *de la casa de*

Jehová. Dice Freedman: «Esto no se menciona en ninguna otra parte. Es quizás lo mismo que *la entrada del rey* de 2 Reyes 16:18». Es posible que, de este modo, tratase de mostrar respeto a *la casa de Jehová,* ahora que deseaba oír *la palabra de Jehová.* En efecto, Sedequías le dice a Jeremías literalmente: *«Te voy a preguntar una palabra* (es decir, *una cosa); no ocultes de mí* (ninguna) *palabra* (es decir, *ninguna cosa)».* O sea, Sedequías desea que el profeta le diga la verdad, toda la verdad, por amarga que sea, aun cuando abriga esperanzas de que le diga mejores cosas que en ocasiones anteriores.

2. Jeremías teme (v. 15) que el mensaje que le va a dar al rey no sirva para nada bueno: que el rey no haga caso al consejo que se le de y que, por otra parte, sólo sirva para poner en peligro la vida del profeta, especialmente conocida la debilidad del monarca, quien antes permitió que los príncipes hiciesen con Jeremías como les plugo. No es que Jeremías tuviese miedo de sellar con su sangre la verdad que proclamaba de parte de Dios, pero, al cumplir con nuestro deber, hemos de ser también prudentes como serpientes, como Jesús mandó, y usar los medios legítimos para preservar nuestra vida y servir a Dios y a nuestros semejantes. También Pablo invocó su condición de ciudadano romano cuando fue conveniente para proseguir su ministerio y poder presentar su caso ante el tribunal del emperador romano. Jeremías está dispuesto a darle al rey el consejo más sano, sin echarle en cara su falta de humanidad al permitir que le arrojasen a la cisterna.

3. Sedequías le garantizó, bajo juramento, que no le había de matar ni entregarle en manos de los príncipes (v. 16). Nótese la solemnidad del juramento del rey: *«Vive Jehová que nos hizo esta alma …».* Freedman lo explica del modo siguiente: «Dios es el que da la vida y el que la quita; así lo haga a Sedequías si quebranta su juramento». M. Henry comenta: «No me atrevo a quitarte la vida injustamente, ya que sé que entonces perdería el derecho a conservar la mía ante Aquel que es el Señor de la vida».

4. El buen consejo que Jeremías le dio al rey, basado en buenas razones, no de prudencia política humana, sino (v. 17) en el nombre de *Jehová, Dios de las huestes, Dios de Israel.* Como profeta, no como estadista, le aconseja que se rinda sin condiciones, así como la ciudad, *en seguida a los príncipes del rey de Babilonia.* Éste es el mismo consejo que había dado al pueblo (v. 2; véase también 21:9) de que *se pasasen a los caldeos.* Para persuadir al rey a aceptar su consejo, pone ante él el bien y el mal, la vida y la muerte. Si se rinde, salvará de la espada a sus hijos, y de las llamas a Jerusalén. Con sólo que reconozca la justicia de Dios, experimentará la misericordia de Dios (v. 17, al final): «Esta *ciudad no será puesta al fuego, y vivirás tú y tu casa».* Pero si resiste obstinadamente, será la ruina de su casa y la de la ciudad (v. 18). Éste es el caso de los pecadores con Dios: Si se rinden a su gracia, se salvan; si resisten a la gracia, se condenan.

5. La objeción que Sedequías puso al consejo de Jeremías (v. 19). Si hubiese tenido la debida consideración a la autoridad, al poder, a la sabiduría y la bondad de Dios, tan pronto conoció la mente de Jehová, se habría sometido inmediatamente sin poner objeciones, pero aquí aporta consideraciones personales de carácter humano: tiene miedo, no de los caldeos cuyos príncipes son hombres de honor, sino *de los judíos que ya se habían pasado a los caldeos.* Viene a decir: «Temo que cuando vean que sigo el mismo camino que ellos, después de haberme opuesto tanto a que se marchasen, se rían de mí y digan: *¿Tú también te has vuelto débil como nosotros?* (Is. 14:10)». Aunque su prudencia humana le aconsejase obrar de otra manera, debería aventurarse a obedecer la palabra de Dios, para preservar así, tanto su vida y la de su familia como la integridad de Jerusalén a fin de que no sufriese mayor destrucción.

6. La apremiante importunidad con que Jeremías siguió adelante con el consejo que le había dado al rey. Le asegura que, si en esto se pliega a la voluntad de Dios, lo que temía no le sobrevendrá (v. 20): *«No te entregarán. Escucha,* es decir, *obedece, te ruego, la voz de Jehová que yo te hablo, y te irá bien y vivirás».* Le dice también cuáles serán las consecuencias si no obedece (vv. 21–23): *«No escaparás* (v. 23b) *de sus manos* (de las de los caldeos) como esperabas». También será responsable de la destrucción completa de Jerusalén (v. 23, al final): «y tú *serás la causa de que esta ciudad sea incendiada* (lit. "y tú *quemarás con fuego esta ciudad"),* pues con un poco de sumisión y abnegación habrías podido impedirlo». Sobre el versículo 22, dice Asensio: «En caso contrario (si no escucha la palabra de Dios), no ya los desertores, sino hasta *las mujeres* de su harén le despreciarán: en lúgubre procesión hacia los caldeos, las ve el profeta cantándole una elegía como al único responsable, que, miserablemente *engañado por sus hombres de confianza,* ha caído para siempre hundido en un fango mucho más degradante que el de la cisterna de Malaquías, a (v. 6)».

7. El interés que puso Sedequías en que nada se supiese de esta entrevista privada con Jeremías (v. 24): *«Que nadie sepa estas palabras».* No tiene nada que objetar al consejo de Jeremías y, con todo, no lo

va a seguir. Sedequías quiere que se guarde el secreto, no tanto por la seguridad de Jeremías como por su propia reputación. Le dice a Jeremías cómo tiene que expresarse si los príncipes le fuerzan a explicar el motivo por el que ha venido a hablar con el rey (vv. 25, 26): Ha de decirles que vino únicamente a *suplicar al rey que no le hiciese volver a casa de Jonatán el escriba.* Así lo hizo él (v. 27), y no hay duda de que era verdad, aunque no era toda la verdad ni tenía ninguna obligación de decirla toda a los príncipes.

CAPÍTULO 39

En este capítulo el profeta narra la tantas veces predicha caída de Jerusalén. I. Después de 18 meses de asedio, Jerusalén cayó en poder del ejército caldeo (vv. 1–3). II. Sedequías intentó escaparse, pero fue apresado y hecho cautivo del rey de Babilonia (vv. 4–7). III. La ciudad de Jerusalén fue incendiada hasta los cimientos, y el pueblo fue conducido al cautiverio, excepto los más pobres (vv. 8–10). IV. Los caldeos se portaron amablemente con Jeremías y lo tomaron a su cuidado (vv. 11–14). V. También Ébed-mélec, por el favor hecho al profeta, fue protegido por Dios en este día de desolación (vv. 15–18).

Versículos 1–10

Al final del capítulo precedente (38:28) leemos que *Jeremías quedó en el patio de la cárcel hasta el día en que fue tomada Jerusalén.* Ni molestó más a los príncipes con sus predicaciones, ni ellos le molestaron más a él con sus persecuciones.

1. La ciudad vino por fin a caer por asalto de las tropas caldeas (vv. 1, 2). *En el año noveno de Sedequías, en el mes décimo,* comenzó el asedio de la ciudad, *y en el undécimo año de Sedequías, en el mes cuarto* (18 meses después), *se abrió brecha en el muro de la ciudad.* Los soldados judíos estaban tan débiles por el hambre tras de un asedio tan largo, que fueron impotentes para oponer ninguna resistencia. El pecado había provocado a Dios a retirar Su protección y, entonces, como Sansón después que le cortaron la cabellera, quedó tan débil como cualquier otra ciudad no santa.

2. Los príncipes del rey de Babilonia tomaron posesión de *la puerta de en medio* (v. 3), «probablemente, la puerta central en los muros de Jerusalén» (Freedman). Aquí hicieron cautelosamente una parada, sin atreverse aún a penetrar por entre grupos de hombres que quizás estarían dispuestos a vender muy cara su vida; más bien examinarían con cuidado todos los rincones, para no ser sorprendidos por alguna emboscada. Donde solían sentarse *Elyaquim y Jilquiyah,* que llevaban el nombre del Dios de Israel, se sientan ahora *Nergal-sarétser y Samgar-nebó,* etc., que llevaban los nombres de sus dioses paganos. Y ahora se cumplía lo profetizado por Jeremías (1:15): que *vendrían de los reinos del norte y pondría cada uno su trono a la entrada de las puertas de Jerusalén.*

3. Sedequías pensó que era la hora oportuna para ponerse a salvo y, cargado de miedo y de culpa, *salió de noche de la ciudad* (v. 4), creyendo que así no sería descubierto. Pero (v. 5) *lo siguieron y lo alcanzaron en los llanos de Jericó.* De allí lo llevaron prisionero a Riblá, donde el rey de Babilonia dictó la sentencia: *Degolló a los hijos de Sedequías* (v. 6) *en presencia de éste* (comp. con 38:23). Sedequías no tenía más de treinta y dos años entonces, y la muerte de sus hijos en tan tierna edad tuvo que equivaler para él a otras tantas muertes suyas, especialmente al considerar que su propia obstinación era la causa de ellas. A continuación, el rey de Babilonia *le sacó los ojos* (v. 7), con lo que condenó a la oscuridad de por vida a quien había cerrado los ojos a la clara luz de la Palabra de Dios, y *le aprisionó con cadenas para llevarlo a Babilonia,* donde había de pasar el resto de sus días en la más miserable condición.

4. Poco después los caldeos pegaron fuego a la ciudad, incendiando también (v. 8) *la casa del rey y la casa del pueblo.* Al seguir a la versión siríaca (v también 52:13; 2 R. 25:9), muchas versiones traducen *las casas del pueblo.* Freedman advierte que «el singular se usa en sentido colectivo». Los habitantes que aún quedaban (v. 9) *fueron deportados a Babilonia por Nabuzaradán, capitán de la guardia.* Marcharían centenares de kilómetros acarreados como bestias delante de los vencedores, que ahora eran sus crueles dueños, para estar a merced de ellos en tierra extraña. Unos pocos, *los pobres del pueblo que no tenían nada* y que nunca habían opuesto ninguna resistencia, fueron dejados en el país (v. 10) y *el capitán de la guardia les dio viñas y heredades en aquel día.* Los ricos habían sido opresores orgullosos, y ahora eran

justamente castigados por sus injusticias; los pobres habían sido pacientes víctimas, y ahora eran benignamente recompensados por su mansedumbre.

Versículos 11–18

1. Una benigna providencia para Jeremías. Nabucodonosor había dado orden de que se le tratase bien (vv. j, 12). *Nabuzaradán* (v. 13), *Nabusazbán, que era el Rabsaris* (vocablo que significa «jefe de los príncipes»), *Nergal-sarétser, que era el Rabmag* («jefe de los magos») y *todos los jefes superiores del rey de Babilonia,* sacaron (v. 14) a Jeremías de la prisión e hicieron todo lo necesario para que estuviese cómodo.

(A) Esto fue un acto generoso de Nabucodonosor, al preocuparse de este pobre profeta. Fue una muestra de prudencia y honestidad dar la orden de libertarlo antes de que la ciudad fuese capturada. De parte de los capitanes, fue también un acto de generosidad observar la orden del rey en lo más recio de la operación militar, y queda registrado en las Escrituras para ser imitado.

(B) También fue un duro reproche a Sedequías y a los príncipes de Israel, quienes metieron en la cárcel a Jeremías, mientras que el rey de Babilonia y sus príncipes lo sacaron de la cárcel.

(C) El cumplimiento de la promesa de Dios a Jeremías, en recompensa de sus servicios: *«Ciertamente te pondré en libertad para bien»* (15:10). Jeremías había sido fiel a su misión profética, y ahora Dios se muestra fiel a la promesa que le había hecho. Los mismos que fueron instrumentos de Dios para castigar a los perseguidores, lo fueron también para soltar a los perseguidos; y Jeremías nunca pensó que su liberación fuese de mal signo por venir de manos del rey de Babilonia, sino que vio tanto más la mano de Dios en ello.

2. Un benigno mensaje para Ébed-mélec, asegurándole una recompensa por el buen trato que había dado a Jeremías y el gran favor que le había prestado. Había aliviado a *un profeta en el nombre de profeta,* y así recibía ahora *recompensa de profeta.* Jeremías le dice que Dios iba a traer de cierto sobre Jerusalén la ruina con la que por largo tiempo la había amenazado (vv. 15, 16), y así tendría la satisfacción de ver que Jeremías era verdadero profeta del Dios verdadero, puesto que se cumplía puntualmente su profecía. En cuanto a él mismo, aquí (vv. 17, 18) está la promesa de Dios de que había de ser librado de la común calamidad: *«Pero en aquel día yo te libraré, dice Jehová … Porque ciertamente te libraré, etc.».* Ébed-mélec había sido el instrumento humano para sacar de la cisterna al profeta de Dios, y ahora Dios promete librarle a él, *«porque pusiste tu confianza en mí, dice Jehová»* (v. 18, al final). Ébed-mélec confió en que Dios le reconocería y estaría de su parte, con lo que no tuvo miedo a los hombres. Y todos los que confían en Dios, como lo hizo este buen hombre, en el camino del deber, hallarán que su esperanza no les avergüenza en las horas de mayor peligro y en tiempos de la mayor calamidad.

CAPÍTULO 40

En este capítulo, y en los cuatro siguientes, tenemos la triste historia de aquellos pocos judíos que fueron dejados en el país después que sus hermanos fueron deportados a Babilonia. Pronto quedó patente que estaban tan obstinados en el pecado como siempre, sin ser humillados ni reformados, pues carecían de arrepentimiento. I. Un informe más detallado del descargo de Jeremías y de su posterior acomodación con Gedalías (vv. 1–6). II. Los judíos que habían quedado dispersos por el país, así como los que estaban en los países vecinos, acuden a ponerse al amparo de Gedalías, a quien el rey de Babilonia había puesto por gobernador de la tierra (vv. 7–12). III. Traición de Ismael contra Gedalías (vv. 13–16).

Versículos 1–6

En estos versículos tenemos a Jeremías acogiéndose al amparo de Gedalías por consejo de Nabuzaradán. Ya vimos (39:3, 14) cuán honorablemente había sido sacado el profeta del patio de la cárcel por manos de los príncipes del rey de Babilonia; pero, al haber sido hallado después entre los

demás del pueblo en la ciudad, cuando se dieron órdenes a los oficiales inferiores de maniatar a cuantos hallasen, a fin de llevarlos cautivos a Babilonia, también él, por ignorancia y equivocación ajenas, fue atado entre los demás y comenzó a ser deportado. Pero, al llegar los cautivos, así maniatados, a Ramá, pronto fue reconocido Jeremías y soltado.

1. El capitán de la guardia le reconoce solemnemente como a verdadero profeta (vv. 2, 3): *«Jehová tu Dios habló,* por medio de ti, *contra este lugar;* les habías advertido amorosamente, pero ellos no quisieron recibir la admonición, y lo *ha traído y hecho Jehová según lo había dicho* por tu boca y lo ha llevado a cabo por nuestras manos». Y este pagano les dice a todos los que estaban encadenados delante de él (v. 3b): *«Porque pecasteis contra Jehová, y no atendisteis a su voz, por eso os ha venido esto».* Los príncipes de Israel no estaban dispuestos en forma alguna a reconocer esto, pero este príncipe pagano lo ve claramente.

2. Luego da suelta al profeta para que disponga de sí como le plazca (v. 4): *«Y ahora, mira, te suelto hoy de las cadenas que tenías en tus manos»,* le dice a Jeremías. A continuación le invita a ir con él a Babilonia, donde estaría bien cuidado; pero, si prefiere quedarse en su país, puede establecerse donde mejor le parezca (v. 4, al final): *«Mira*—le dice—, *toda la tierra está delante de ti; ve adonde mejor y más cómodo te parezca ir».*

3. Le aconseja que se vaya al lugar donde estaba Gedalías (v. 5). El comienzo del versículo 5 dice literalmente según el original hebreo: «Y (mientras) *todavía no se había vuelto* (Jeremías). *Vuélvete entonces a Gedalías, etc.».* Dice Freedman: «El hebreo es gramaticalmente extraño y forma una frase cortada. Quizás el sentido sea el siguiente: Jeremías interrumpió a Nabuzaradán con la observación de que no deseaba volver (presumiblemente a Jerusalén); por lo que el capitán de la guardia, al percatarse, por la actitud de Jeremías, de que éste no deseaba acompañarle a Babilonia, le propuso que se fuera con Gedalías».

4. No sólo le dio Nabuzaradán libertad y aprobación para que escogiera el camino que mejor le pareciese, sino que también le proveyó de lo más necesario (v. 5, al final): *«Le dio provisiones y un presente,* en ropa o en dinero, y *le despidió».* Jeremías aceptó el presente, siguió el consejo que le había dado y *se fue a Mizpá* (v. 6) *a Gedalías y habitó con él.* La cosa no le resultó tan cómoda como parecía. No obstante, es de alabar e imitar su piadoso afecto a la tierra de Israel, pues no quiso abandonarla, ya que prefirió vivir con los pobres en la tierra santa, más bien que morar con príncipes en un país impío.

Versículos 7–16

1. Se abren claros los cielos sobre el remanente de los judíos que habían sido dejados en su país, y se percibe una perspectiva de paz y tranquilidad después de los muchos años de aflicción y terror. La divina providencia parecía infundir y alentar tal expectación, que podía ser para este pueblo tan abatido como vida de entre los muertos.

(A) Gedalías, uno de ellos, es nombrado *gobernador de la tierra* (v. 7b), *puesto por el rey de Babilonia.* Era *hijo de Ajicam, el hijo de Safán* (v. 9), uno de los príncipes. Su padre (26:24) se puso de parte de Jeremías contra el pueblo. Parece que había sido un hombre de gran sabiduría y temperamento apacible y que, bajo su gobierno, los pocos que habían quedado podrían haber sido muy dichosos.

(B) Todos los que eran ahora los judíos de la dispersión vinieron a ponerse bajo su gobierno y protección. Los hombres de pro que habían escapado de los caldeos vinieron y se sometieron pacíficamente a Gedalías. Se mencionan aquí (v. 8) varios. Vinieron *«ellos y sus hombres»* (v. 8, al final), esto es, sus criados y sus soldados. El rey de Babilonia tenía tan buena opinión de Gedalías, que no le daba celos el incremento de estas fuerzas; más bien parece que le complacía eso. Los pobres hombres que habían huido a refugiarse en los países limítrofes tales como Moab, Amón y Edom, fueron incitados por el amor que le tenían a su país a regresar a él tan pronto como oyeron que Gedalías había sido encargado del gobierno allí (vv. 11, 12). Dios se acordó de la misericordia y admitió algunos de ellos tras una ulterior prueba de su obediencia.

(C) El modelo de este nuevo gobierno está diseñado y establecido mediante un contrato original (v. 9). «Venid, les dice Gedalías; *no tengáis temor de servir a los caldeos».* Aunque la ley de Dios les había prohibido hacer alianzas con los paganos, la sentencia de ese mismo Dios les había obligado a rendirse al rey de Babilonia, por lo que no era ninguna vergüenza para nadie el obedecerle. «No temáis las consecuencias de ello—viene a decirles Gedalías—. Si queréis vivir en paz, no hay más que hacer; no

molestéis al gobierno, y el gobierno no os molestará. *Servid al rey de Babilonia, y os irá bien»* (v. 9, al final).

(D) Probablemente bajo órdenes del rey de Babilonia, Gedalías trata en todas las ocasiones de actuar a favor de ellos (v. 10): *«En cuanto a mí, heme habitando en Mizpá* (lit.), *para estar delante de los caldeos que vendrán a nosotros,* para rendirles homenaje en nombre de toda la comunidad si se presenta la ocasión, para recibir órdenes y para pagar el tributo que les debemos». Gedalías les asegura bajo juramento (v. 9) que les protegerá, pero, al ser caritativo, no les exige a ellos bajo juramento que le sean fieles; si lo hubiese exigido, quizás podría haber sido evitada la traición que veremos después. Aunque sus tierras son, de derecho, de los caldeos, ellos tendrán, no obstante, pleno usufructo de ellas (v. 10): *«mas vosotros tomad el vino, los frutos del verano y el aceite, y haced uso de ellos; ponedlos en vuestros almacenes* (lit. *en vuestras vasijas)* para el resto del año, como quienes viven en un país de paz y esperanza para comer del fruto de sus labores».

(E) De acuerdo con estas instrucciones de Gedalías, ellos *recogieron vino y abundantes frutos* (v. 12, al final). El vocablo hebreo da a entender que *eran frutos de verano,* no la cosecha de cereales, pues el desastre había tenido su culminación *en el quinto mes* (2 R. 25:8), es decir, hacia comienzos de agosto; pero quedaba aún la vendimia y las frutas de verano, pues «evidentemente, los babilonios no habían talado las cepas ni los árboles» (Freedman). Gedalías les permitió que disfrutasen de la abundante cosecha y, por lo que parece, no les exigió ningún tributo, pues no buscaba su propio provecho.

2. Se cierne luego una negra nube sobre este gobierno que está aún en la infancia, y les amenaza una terrible tormenta. *Baalís, rey de los amonitas,* odiaba a Gedalías y tramaba darle muerte, ya fuese por encono contra los judíos o por resentimiento personal contra Gedalías (v. 14). Dice Freedman: «Su motivo era probablemente impedir la rehabilitación del país inaugurada por Gedalías, a fin de que Judea sucumbiese como fácil víctima ante sus propios planes expansionistas». Podría esperarse que este pequeño remanente estuviese a salvo bajo la protección del gran rey de Babilonia; sin embargo, es arruinado por los esbirros de este insignificante reyezuelo. Dichosos son los que tienen de su parte al Rey de reyes, pues el más poderoso rey de la tierra no puede asegurarnos contra la traición. Baalís usó, como instrumento de sus planes asesinos, *a Ismael, hijo de Netanías* (v. 14; ya salió en el v. 8), instigándole primero a que se enrolase entre los súbditos de Gedalías y le prometiese lealtad. Ismael era *de la descendencia real* (41:1) y, por tanto, fácilmente podía verse tentado a matar a quien había sido puesto por gobernador de Judá sin ser del linaje de David. Johanán (vv. 13, 15), hombre activo y conocedor de este complot, informó a Gedalías de lo que se tramaba y le ofreció sus servicios para impedirlo: *«¿Por qué te ha de matar, etc.?»* Pero Gedalías, hombre sincero a carta cabal, no sospechó nada y no quiso dar crédito a las palabras de Johanán (v. 16) y le dijo: *«No hagas esto, porque es falso lo que tú dices de Ismael».* Muchos son los que se han arruinado por confiar demasiado en la fidelidad de quienes les rodeaban.

CAPÍTULO 41

Muy trágica es la historia que se relata en este capítulo, y muestra que el mal persigue a los pecadores. La nube negra estalla en terrible tormenta. Los pocos judíos que habían escapado de ir al cautiverio estaban orgullosos al pensar que todavía se hallaban en su propio país y seguros bajo la protección de Gedalías, pero: I. Gedalías es bárbaramente asesinado por Ismael (vv. 1, 2). II. Igualmente son asesinados todos los judíos que estaban con él (v. 3) y sus cadáveres son arrojados a una cisterna (v. 9). III. Algunos hombres piadosos, en número de ochenta, que se dirigían a Jerusalén, fueron atraídos con engaño por Ismael y asesinados igualmente (vv. 4–7), escapando solamente diez de ellos (v. 8). IV. Los que escaparon de la espada fueron hechos prisioneros por Ismael y transportados hacia el país de los amonitas (v. 10). V. Son recuperados los prisioneros por la conducta y la bravura de Johanán, quien se convierte ahora en su comandante en jefe (vv. 11–16). VI. Su plan es llevarlos al país de Egipto (vv. 17, 18).

Versículos 1–10

Se nos refiere aquí la obra vil, bárbara y sangrienta que llevaron a cabo hombres que por su nacimiento deberían haber sido personas de honor y por su religión personas justas; y esto lo hicieron con hombres de su propia nación y religión, y hermanos suyos en la aflicción, sin ser provocados—todo ello a sangre fría.

1. Ismael y sus esbirros mataron primeramente a Gedalías a traición. El rey de Babilonia había hecho a Gedalías *gobernador de la tierra* (v. 2, al final). Dios le había hecho buena persona y gran bendición para su país. Ismael era *de la descendencia real* (v. 1) y, por ello, celoso de la creciente grandeza de Gedalías. *Tenía consigo diez hombres* (v. 2). La versión más probable de las frases centrales del v. 1 es como sigue: «*… de la descendencia real y de los principales* (oficiales) *del rey, y diez hombres de él …».* (lit.). Freedman da también como posible la versión que aparece en nuestra RV, aunque (es opinión del traductor) esto último proyecta cierta oscuridad sobre el versículo 2 (¿qué hacían allí esos «príncipes del rey»?) Estos hombres (v. 40:8, al final) se habían puesto bajo la protección de Gedalías, junto con Ismael. Vinieron ahora también con él, y todos ellos *comieron pan juntos allí en Mizpá* (v. 1, al final). Pasaban por amigos de Gedalías y no dieron ninguna indicación por la que él tuviese que ponerse en guardia. Y éstos que *comieron pan con él, levantaron contra él el calcañar.* Buscaron una oportunidad y, cuando le tuvieron a él solo, le asesinaron (v. 2).

2. Igualmente pasó Ismael a cuchillo a todos los que estaban allí al servicio de Gedalías, tanto judíos como caldeos (v. 3). Los viñadores y los labradores estaban ocupados en los campos y no se apercibieron de la terrible matanza, tan astutamente planeada.

3. Algunos hombres honestos, que se dirigían a Jerusalén a fin de hacer lamentación allí por las desolaciones de la ciudad, fueron también asesinados.

4. Venían (v. 5) *de Siquem, de Siló y de Samaria,* lugares que habían sido famosos, pero ahora estaban reducidos a poco menos que nada. Iban *a la casa de Jehová,* el templo de Jerusalén, a pagar sus respetos a las cenizas del santuario. *Llevaban en las manos ofrenda e incienso,* para no presentarse con las manos vacías, con lo que mostraban así su buena voluntad, aunque el altar había dejado de existir. *Iban con la barba rapada, harapientos y arañados,* señales de duelo todas éstas. Pero iban a caer en una trampa fatal por la malignidad de Ismael, quien seguramente les odiaba por la devoción que mostraban y el objetivo que les llevaba a Jerusalén.

(B) Ismael les salió al encuentro (v. 6) con lágrimas de cocodrilo, y fingió que lamentaba, tanto como ellos, las desolaciones de Jerusalén; y para probar qué actitud adoptaban con respecto a Gedalías y su gobierno, les sonsacó lo suficiente para ver que le tenían respeto, lo que le confirmó en la resolución que había tomado de asesinarlos. Les dijo: *«Venid a Gedalías, hijo de Ajicam»,* como si le agradase que se presentasen al gobernador y se pusieran a sus órdenes, cuando lo que de veras intentaba era darles muerte.

(C) Cuando los tuvo en medio de la ciudad (v. 7), cayó sobre ellos Ismael y los degolló. Echó los cadáveres de estos hombres, así como los demás cadáveres de los otros hombres que había asesinado anteriormente, en una gran cisterna (v. 7b), la misma que Asá rey de Judá había cavado (v. 9) en otro tiempo para que le sirviese de guarnición y barrera con que prevenirse de Baasá rey de Israel. Entre estos últimos que fueron sentenciados a muerte por Ismael hubo diez que obtuvieron indulto al aprovecharse de la codicia de los que les tenían a merced de ellos, pues le dijeron a Ismael (v. 8): *«No nos mates; porque tenemos en el campo escondites de trigo, cebada, aceite y miel».* Este anzuelo surtió su efecto. Ismael les perdonó la vida, no por compasión, sino por codicia. Freedman sugiere también otro posible motivo para esta matanza: «Mantener secreto, tanto tiempo como fuese posible, el asesinato de Gedalías».

4. *Después se llevó cautivo a todo el resto del pueblo que estaba en Mizpá* (v. 10). Las *hijas del rey* (no literalmente, sino las damas de la corte) y los pobres del país, labradores y viñadores, que habían sido encomendados al cargo de Gedalías, fueron todos llevados prisioneros al país de los amonitas. Estos prisioneros pensarían: *De seguro que ha pasado ya la amargura de la muerte* (1 S. 15:32b); no obstante, algunos fueron pasados a cuchillo, y otros murieron en cautiverio. Nunca se está del todo seguro en este lado de la vida terrena, pues no son pocos los navíos que naufragan junto al puerto. Sobre esta acción de Ismael comenta Freedman: «Parece imposible que hiciese todo esto con sólo diez hombres. Por fuerza hubo de tener una banda mucho más numerosa, pero tomó consigo solamente diez cuando fue a ver a Gedalías, a fin de no suscitar sospechas».

Versículos 11–18

1. Todo hubiese marchado bien si Johanán, cuando informó de la traición de Ismael a Gedalías, se hubiera quedado con éste, ya que él y las fuerzas con que contaba podían haber servido de guardaespaldas a Gedalías, pero parece ser que estaban en alguna expedición cuando deberían haber estado donde más se las necesitaba. Los que andan siempre correteando de un lugar a otro están con frecuencia fuera de su lugar cuando más falta hacen.

2. Por fin (v. 11) *oyeron todos los crímenes que había hecho Ismael.* Johanán sólo consiguió rescatar los cautivos. Reunió sus fuerzas (v. 12) y *fueron a pelear contra Ismael.* Le alcanzaron *junto al gran estanque que está en Gabaón,* del que leemos en 2 Samuel 2:13. Al ver venir esta tropa, cobardeó Ismael y no se atrevió a presentar batalla. Los pobres cautivos que estaban con Ismael *se alegraron cuando vieron a Johanán y a todos los capitanes de guerra que estaban con él* (v. 13), reconociéndoles como a libertadores suyos, y hallaron el modo de *darse la vuelta* (v. 14) para irse al lado de Johanán, sin que Ismael intentase detenerles.

3. Soltó Ismael su presa para salvar la vida, y *escapó con ocho hombres* (v. 15). Parece ser que dos de sus diez hombres, de los que eran sus esbirros y matones, le desertaron. Él se marchó al país de Amón y ya no sabemos más de él. La decisión de Johanán y de los que estaban con él fue demasiado precipitada; sólo se les ocurrió dirigirse a toda prisa a Egipto (v. 17) y, para ello, acamparon por algún tiempo en Guerut-Quimham, que significa «habitación de Quimham», cerca de Belén, la ciudad de David. Aquí puso Johanán su cuartel general, antes de entrar en Egipto, ya fuese por afecto personal a este país o por tener alguna confianza en los egipcios. Parece ser que habían escapado algunos *hombres de guerra;* a éstos los tomó Johanán, junto con las *mujeres,* los *niños y eunucos* que había recobrado de Ismael.

CAPÍTULO 42

Uno de los que van con Johanán es el profeta Jeremías. I. Johanán y los suyos le piden un mensaje de parte de Dios para que les oriente en aquella hora (vv. 1–6). II. El mensaje de Jehová es que no vayan a Egipto, sino que se queden en el país a merced del rey de Babilonia (vv. 7–18). III. Al verles resueltos a no obedecer la palabra de Dios, Jeremías confirma las amenazas de Dios (vv. 19–22).

Versículos 1–6

Jeremías había escapado de la espada de Ismael, y no era la primera vez que Dios le había escondido. Lo buscan ahora y vienen, todos ellos (v. 1), a preguntar a Dios, por medio de él, qué es lo que deben hacer (vv. 2, 3).

1. Desean que ore por ellos a Jehová para obtener de Dios la guía y dirección que necesitan en esta crítica coyuntura (vv. 2, 3). Se expresan con gran respeto hacia el profeta. Aunque era pobre y de baja condición social, acuden humildemente a él y le imploran su ayuda (v. 2): *«Acepta ahora nuestro ruego delante de ti ...».* Le lisonjean de este modo para persuadirle a que diga lo que ellos quieren que diga (v. 2b): «… *y ruega por nosotros,* pues no sabemos cómo orar *a Jehová tu Dios,* pues nosotros somos indignos de llamarle *nuestro,* y no podemos esperar obtener de Él ningún favor». Hablan de sí mismos como objeto de piedad y compasión: *pues de muchos hemos quedado unos pocos, como puedes ver».* Como si dijesen: «Somos tan pocos que fácilmente nos pueden devorar. *Tus ojos nos ven* (lit.) en el apuro en que nos hallamos; si puedes hacer algo, ayúdanos. Que *Jehová tu Dios* tome en sus manos estas ruinas y (v. 3) *nos enseñe el camino por donde vayamos,* en el que podemos esperar que nos acompañe Su presencia, y lo *que hemos de hacer,* el curso que hemos de tomar para nuestra seguridad».

2. Jeremías promete fielmente orar por ellos y comunicarles el mensaje de Dios, *sin ocultarles nada* (v. 4), tan pronto como Dios le haya hablado. Aunque ellos le habían tenido en poco hasta ahora, *tampoco él* (comp. con 1 S. 12:23, donde también vemos a Samuel menospreciado) *pecará contra Jehová dejando de orar por ellos,* sino que orará por ellos y les declarará todo el consejo de Dios.

3. Ellos le prometen que se atendrán a la voluntad de Dios (vv. 5, 6) tan pronto como la conozcan. Ahora llaman a Dios (v. 6) *«nuestro Dios»,* ya que Jeremías les había animado a ello al decir «voy *a orar a Jehová vuestro Dios»* (v. 4). Prometen que obedecerán la voz de Dios, sea cual sea la respuesta que Dios de *(«conforme a todo el mensaje que Jehová tu Dios te de para nosotros»,* v. 5). Añaden (v. 6) que

lo cumplirán *«ya sea bueno, ya sea malo»* (lit.), es decir, ya sea agradable o desagradable. Por desagradable que parezca, lo que Dios ordena para nosotros es también lo mejor para nosotros y no hemos de discutirlo, sino aceptarlo y cumplirlo. Así responden ellos de boca, pero con corazón insincero, como veremos. Piensan que Dios va a responder como a ellos les gusta y por eso hablan tan sumisamente.

Versículos 7–22

Respuesta que Jeremías ha de dar a los que le habían rogado que buscase la dirección de Dios para ellos.

I. Jeremías no recibió respuesta de Dios hasta que no pasaron diez días (v. 7). Quizá quería Dios tenerles en suspenso por tanto tiempo para castigarles por su hipocresía o, más probable, para mostrar que el profeta no hablaba de sí mismo, según lo que a él le parecía, sino que había de esperar a que Dios le instruyese.

II. Cuando, por fin, le habló Dios, comunicó públicamente el mensaje, tanto a los capitanes como al pueblo (v. 8), y les dijo plena y fielmente todo lo que Dios le había comunicado a él. Lo que iba, pues, a decirles era (v. 9): «lo que *ha dicho Jehová Dios de Israel»,* a quien le habían pedido que orase por ellos.

1. La voluntad de Dios es que se quedasen donde estaban (v. 10), con la promesa de que les irá bien si así lo hacen. Sus hermanos habían sido llevados al cautiverio; es un favor para los que han quedado el que se estén donde se les permitió que fuesen dejados. Dios expresa un interés lleno de ternura por ellos (v. 10c): *«porque estoy arrepentido del mal que os he hecho».* No quiere decir que cambie de plan, sino que está presto a cambiar ahora de ruta y volverse a ellos en Su misericordia.

2. Contesta a la objeción que tenían contra el quedarse en el país (v. 41:18: *«pues temían a los caldeos»),* no fuese que vinieran y se vengasen en ellos de la muerte de Gedalías y de los que con él estaban, aunque era cierto que ellos no habían tomado parte en aquellas muertes. *«No temáis al rey de Babilonia*—les dice (v. 11)—; *no le temáis*—repite—, *porque con vosotros estoy yo para salvaros y libraros de su mano».* Si el Dios de Israel, omnipotente y amoroso, está de parte de ellos, ¿quién podrá hacerles daño?

3. Les asegura que, si se quedan en el país, no sólo estarán a salvo del rey de Babilonia, sino que serán dichosos con el Rey de reyes, pues Él (v. 10) *los edificará y los plantará* (comp. con 24:6; 31:28; 33:7; Ez. 36:36), les hará echar raíces de nuevo en su tierra y ser el nuevo fundamento de un renovado Estado, un reino-fénix, resucitado de las cenizas del pasado. Dios les mostrará Su misericordia en que el rey de Babilonia, no sólo no los destruirá, sino que (v. 12) *tendrá compasión de ellos* y les ayudará a establecerse de nuevo en el país. Dios hace que nuestro deber sea realmente un privilegio, y que nuestra obediencia lleve consigo la recompensa.

4. De ninguna manera deben pensar en ir a Egipto precisamente, de entre todas las demás naciones, pues fue de allí de donde Dios sacó a sus antepasados. Además, les ha dicho con frecuencia que no hagan pacto ni alianza con tal país.

(A) Si comienzan a decir (v. 13): *«No moraremos en esta tierra,* ni aunque Dios se comprometa a protegernos, *sino que* (v. 14) *entraremos en la tierra de Egipto … y allí moraremos»,* al ser así que la orden de Dios es que no vayan a Egipto, lo van a pasar muy mal (vv. 15 y ss.).

(B) Se advierte que tienen el corazón puesto en marchar a Egipto a vivir allí, por los motivos que alegan (v. 14): *«en la cual* (la tierra de Egipto) *no veremos guerra,* cuyos resultados ya hemos visto, *ni oiremos sonido de trompeta,* que hace desmayar el corazón, *ni padeceremos hambre de pan,* que también lo hemos experimentado por largo tiempo en esta tierra».

(C) La sentencia que se cierne sobre ellos por su pecado, si persisten en su resolución de marchar a Egipto (v. 17). Dios mismo les dice (vv. 15, 16): *«Pues bien, en este caso, oíd palabra de Jehová, remanente de Judá* los que creéis que, porque sois un *resto pequeño* (v. 2), vais a ser perdonados, ¿tenéis miedo de la espada y del hambre? Pues esos castigos precisamente son (v. 17) los que os perseguirán y en Egipto os alcanzarán. ¿Pensáis que, por haber estado esta tierra por mucho tiempo bajo la espada y el hambre, ya están ligadas a ella estas calamidades? No es así, sino que si confiáis en Dios, Él puede hacer de esta tierra un país de completa paz para vosotros».

(D) Los que se vayan a Egipto en contra de la explícita voluntad de Dios, al pensar que escapan allí de la espada y del hambre, en Egipto *«morirán a espada, de hambre y de pestilencia»* (v. 17). ¿Les asustaban las desolaciones de Jerusalén? ¿Querían marchar tan lejos de ellas como pudieran? En Egipto se hallarán también con la segunda parte de ellas (v. 18). Cuando los que profesan pertenecer al pueblo de Dios se unen a los infieles y les hacen la corte, pierden toda su dignidad y se hacen a sí mismos *objeto de execración y de espanto, de maldición y de afrenta* (v. 18, al final).

5. Dios conocía la hipocresía con que le habían preguntado y que estaban resueltos a seguir el camino que más les agradaba; por tanto, ahí tienen la sentencia. El profeta declara solemnemente que les ha comunicado con toda fidelidad el mensaje de Dios (v. 19). La conclusión de todo el asunto es: *«No vayáis a Egipto;* desobedeceréis la orden de Dios si os vais; *sabed ciertamente que os lo aviso hoy;* no podéis alegar ignorancia de la mente de Dios».

6. Jeremías les acusa de vil disimulo en la súplica que le hicieron para que pidiese a Dios instrucciones con respecto al camino que habían de tomar (v. 20): *«Porque estáis obrando engañosamente contra vuestras almas.* Estáis diciendo una cosa, y sentís otra; hacéis promesas y no las cumplís … *Ahora, pues* (v. 22), *sabed de cierto que moriréis a espada, de hambre y de pestilencia en el lugar donde deseáis entrar para morar allí»*. Las amenazas de Dios pueden ser despreciadas, pero no pueden ser anuladas por la incredulidad de los hombres.

CAPÍTULO 43

Jeremías había comunicado fielmente su mensaje de parte de Dios. Vemos aquí: I. El desprecio que el pueblo muestra hacia su mensaje, pues niegan que sea palabra de Dios (vv. 1–3). II. Se marchan a Egipto y se llevan consigo a Jeremías (vv. 4–7). III. Dios los persigue con otro mensaje, y les predice que el rey de Babilonia los va a perseguir hasta Egipto (vv. 8–13).

Versículos 1–7

Lo que dijo Dios de los constructores de la torre de Babel puede aplicarse a este pueblo (Gn. 11:6b): «… y *nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer»*. Se sienten atraídos hacia Egipto, y allá se van, diga Dios lo que quiera. Jeremías les hizo oír todo lo que tenía que decirles, pues era lo que Jehová el Dios de ellos le había ordenado que les dijese, y lo van a tener todo.

1. Niegan que lo que Jeremías dice sea mensaje de Dios (v. 2): «… y *Johanán … y todos los varones soberbios dijeron a Jeremías: Mentira dices»*. La causa de su desobediencia fue el orgullo. Eran unos orgullosos los que acusaron de mentira a Jeremías. No podían aguantar que nadie llevase la dirección de sus asuntos, ni siquiera la sabiduría ni la voluntad de Dios. O es que no estaban convencidos de que lo dicho por el profeta fuese palabra de Dios, o, si lo estaban, no querían reconocerlo públicamente. Pero, ¿no habían consultado a Jeremías como a verdadero profeta de Jehová? ¿No esperaban recibir instrucciones de Dios por medio de él? ¿Y no había mostrado Dios que Jeremías era verdadero profeta? No pensaban mal de Jeremías, pero insinúan aquí que (v. 3) *«Baruc*—dicen—*te incita contra nosotros»*. Si Jeremías y Baruc tuviesen tanto afecto a los caldeos, según ellos piensan, se habrían ido a Babilonia con Nabuzaradán, y no se habrían quedado a compartir la mísera suerte de este despreciado, exiguo e ingrato remanente. Si Baruc abrigaba tan viles pensamientos contra ellos, ¿cómo podían pensar que Jeremías se hubiese dejado influir por él hasta el punto de hacer del nombre de Dios una autoridad para patrocinar un designio tan villano?

2. De todos modos, deciden marcharse a Egipto. Resuelven no *quedarse en tierra de Judá* (v. 4, al final), como les había ordenado Dios, sino marchar, por consentimiento unánime, al país de Egipto. Los que *habían venido de todas las naciones donde habían sido echados, para morar en tierra de Judá,* por sincero afecto hacia esta tierra, no iban a ser dejados en libertad, sino que fueron forzados a ir con los orgullosos líderes a Egipto (vv. 5 y ss.); *«… hombres, mujeres y niños …»* (v. 6). Forzaron incluso a Jeremías el profeta y a su secretario Baruc a marchar a Egipto con ellos. *«Y llegaron* (v. 7, al final) *hasta Tafnes* (hebr. *Tajpanjés)»,* famosa ciudad de Egipto, que debía su nombre a una reina del mismo nombre (v. 1 R. 11:19). Allí había una *casa de Faraón,* «palacio real o simple edificio público» (Asensio). Si

hubiesen tenido verdadero espíritu de israelitas, habrían preferido vivir en el desierto de Judá antes que en las más pomposas y populosas ciudades de Egipto.

Versículos 8–13

Tenemos ya a Jeremías en Tafnis, entre idólatras egipcios y traidores israelitas, pero también allí recibió *palabra de Jehová,* que *le vino a él* (v. 8). Dios puede visitar a los suyos, compasivo o justiciero, dondequiera que estén. El espíritu de profecía no estaba confinado al país de Israel. Cuando Jeremías se vio forzado a marchar a Egipto, Dios no le retiró su gracia ni su Espíritu. Y, por tanto, siguió comunicando al pueblo lo que había recibido de Jehová. Dos fueron los mensajes (uno en este capítulo, otro en el siguiente) que recibió Jeremías, cuando estaba en Egipto, precisamente acerca de Egipto: el del presente capítulo, para predecir la destrucción de Egipto; el del capítulo siguiente, para reprender a los israelitas que moraban en Egipto. Dios les había dicho que, si se dirigían a Egipto, allá los perseguiría la espada; aquí les dice que los va a perseguir la espada de Nabucodonosor.

1. Esto les es predicho mediante una señal. Jeremías ha de tomar (v. 9) unas *piedras grandes y cubrirlas de barro en el cimiento del pavimento que está a la entrada de la casa de Faraón* (versión más probable). El egiptólogo Flinders Petrie (citado por Freedman) asegura haber hallado, en una de sus excavaciones, exactamente lo que aquí se dice. Egipto era famoso por su industria de ladrillos (Éx. 5:7). El cimiento de las desolaciones de Egipto fue dejado en ese pavimento de ladrillos y en aquel *barro con que cubrió Jeremías las grandes piedras «a vista de los hombres de Judá»,* como se le había mandado, a fin de que, ya que no pudo impedir que se marcharan a Egipto, pudiese traerlos al arrepentimiento de haberse marchado a Egipto.

2. Lo que se predice es:

(A) El actual rey de Babilonia, Nabucodonosor, había de venir en persona contra el país de Egipto y *había de poner su trono sobre esas piedras* precisamente que Jeremías había puesto allí (v. 10). Se predice en particular esta circunstancia a fin de que, cuando se cumpliese la profecía, pudiesen convencerse de la certeza que hay en la presciencia divina acerca de los detalles más insignificantes. Dios llama, una vez más, *mi siervo* a Nabucodonosor, porque también aquí será el ejecutor de los designios de Dios.

(B) Nabucodonosor hará perecer a muchos egipcios, y los tendrá todos a merced suya (v. 11): «*Y vendrá y asolará la tierra de Egipto,* matando a los que bien le parezca, y llevándose cautivos cuantos desee».

(C) También destruirá los ídolos de Egipto: los templos y las imágenes de los dioses de aquel país (v. 12): *«Y pondrá fuego a los templos de los dioses de Egipto … Además* (v. 13) *quebrará las estatuas de Betsemes* (hebr. *Beth-shémesh*, que significa "casa del sol")». El rey de Babilonia era él mismo un gran idólatra y tenía sus templos y sus imágenes dedicados al sol. No obstante, es usado para destruir los ídolos de Egipto.

(D) Se hará el amo del país (v. 12b). La segunda parte de este versículo 12 puede traducirse de dos maneras según el significado que se le de al verbo hebreo *atah*. Si se traduce por *limpiar,* la idea es que *no dejará nada* (se lo llevará todo) del país de Egipto, *«como el pastor espulga su capa»* (Asensio). Si se traduce por *cubrir o envolver,* la idea es enrollar algo para llevárselo. Esta es la interpretación seguida por Freedman y (al cambiar un poco el sentido del verbo) preferida por Asensio: *Envolverá (o se envolverá en*—Asensio—) *la tierra de Egipto* «con la misma facilidad *con que un pastor dobla su capa* y se marcha» (Freedman). El sentido general es claro y no varía sea cual sea el significado que se de al verbo hebreo. La última frase del versículo 12 («y *saldrá de allí en paz»)* quiere decir que *saldrá de allí* para su tierra *sin que nadie se lo impida ni le moleste.* Esta destrucción de Egipto a manos del rey de Babilonia se predice también en Ezequiel 29:19; 30:10.

CAPÍTULO 44

I. Un sermón avivador que Jeremías predica a los judíos en Egipto, reprendiéndoles de su idolatría (vv. 1–14). II. El desprecio con que el pueblo recibió esta amonestación, y la resolución que tomaron de

seguir con sus idolatrías, a pesar de las advertencias de Dios y de Jeremías (vv. 15–19). III. La sentencia pronunciada contra ellos: Todos ellos, con excepción de un pequeño número, perecerán en Egipto; y, como una señal o arras de esto, el rey de Egipto había de caer en breve en manos del rey de Babilonia, con lo que ya no podría protegerles por más tiempo (vv. 20–30).

Versículos 1–14

Los judíos que habían marchado a Egipto estaban ahora dispersos por varias partes del país: *«en Migdol, en Tafnes, en Nof y en tierra de Patrós»* (v. 1). Es Baruc el que redacta lo que sigue y, por eso, dice: *«La palabra que vino a Jeremías acerca de todos los judíos que moraban en la tierra de Egipto».*

1. Dios les trae a la memoria las desolaciones de Judá y Jerusalén, que los fugitivos parecían haber olvidado (v. 2): *«Vosotros habéis visto todo el mal que traje sobre Jerusalén, etc.».* Como si dijese: «Ya visteis la deplorable condición en que se hallan Judá y Jerusalén; ¿vais a considerar ahora de dónde proceden todas esas desolaciones? De la ira de Dios; fue Su enojo el que *se encendió en las ciudades de Judá … y fueron puestas en soledad y en destrucción»* (v. 6).

2. Les trae también a la memoria los pecados que ocasionaron esas desolaciones de Judá y Jerusalén. Fue *«a causa de la maldad que ellos cometieron para enojarme»* (v. 3), al honrar a falsas deidades con el honor que se debe únicamente al verdadero Dios. Abandonaron al Dios que era conocido entre ellos, para rendir culto *a dioses ajenos que ellos no habían conocido, ni ellos ni vosotros ni vuestros padres,* sin poder presentar ningún motivo por el que hacer ese extraño cambio: el único Dios verdadero por unas invenciones de impostores.

3. Asimismo les trae a la memoria los frecuentes y amables avisos que, por medio de sus profetas, les había dado de no servir a otros dioses (v. 4, comp. con 7:13, 25; 25:4; 26:5; 29:19; 35:15). Dios les había mostrado su tierno interés al decirles (v. 4b): *«No hagáis esta cosa abominable que yo aborrezco».* También a nosotros nos conviene apercibirnos del peligro del pecado y advertir también a otros para que no lo cometan: *«¡No lo hagas!* Si amas a Dios, no lo hagas, pues eso le provoca; si amas tu propia alma, no lo hagas, pues la destruirás. Si Dios odia el pecado es porque sabe bien el veneno que encierra y el desastroso final que acarrea; ¡ódialo tú también!» Pero (v. 5) ellos *no atendieron ni inclinaron su oído, etc.* ¿Cuáles fueron las consecuencias? *«Se derramó, por tanto, mi ira y mi furor, etc.»* (v. 6). ¿Y no van a escarmentar en cabeza ajena? (v. 7): *«Ahora, pues, así dice Jehová … ¿Por qué hacéis este mal tan grande contra vosotros mismos, etc.».*

4. Les reprende por continuar en sus idolatrías (v. 8): *«ofreciendo incienso a dioses ajenos en la tierra de Egipto, etc.».* Marcharon a Egipto contra la voluntad de Dios y metiéndose así en el lugar de la tentación; es justo que Dios les abandone a sus deseos, y estos deseos acabarán con ellos y con el nombre honorable que un día tuvieron entre los países vecinos (v. 8, al final, comp. con 18:16; 24:9; 29:18; 44:12). Habían colmado la medida de sus padres (v. 9): *«¿Os habéis olvidado de las maldades de vuestros padres, etc.,* y de los castigos que sufrieron?» En el versículo 9 merece notarse el detalle de la mención de *las maldades de los reyes de Judá y de sus mujeres,* delante de la mención de *vuestras maldades y de las maldades de vuestras mujeres,* las cuales les instigaban a la idolatría (v. 15), del mismo modo que las mujeres de Salomón le instigaron también a la idolatría. El Dr. Lightfoot halla, efectivamente, aquí una tácita alusión a las mujeres de Salomón, en especial a sus mujeres egipcias.

5. Les amenaza con una completa ruina por persistir en su idolatría ahora que se encuentran en Egipto. Perecerán en Egipto. Quienes se atreven no sólo a afrentar a Dios, sino a confrontarle, se verán ellos mismos confrontados por el Dios Omnipotente. No caerán de muerte natural, como Israel en el desierto, sino de muerte violenta (vv. 10–14) y terrible. *Sólo unos pocos volverán a la tierra de Judá* (v. 14, al final). Los displicentes y descontentos siempre se hallan sin sosiego y deseosos de cambio, dondequiera se hallen. Cuando estaban en la tierra de Judá, los israelitas deseaban marchar a Egipto (42:22), pero cuando se hallaban en Egipto, deseaban volver de nuevo a la tierra de Judá (v. 14b). Este deseo se expresa en el hebreo con la frase *«levantar el alma»,* que indica un anhelo ferviente *(«suspiran»,* en la RV).

Versículos 15–19

El pueblo rehúsa obstinadamente someterse al poder de la Palabra de Dios en la boca de Jeremías.

1. Las personas que de este modo desafían a Dios y sus juicios se saben culpables, ellos y sus mujeres, de la idolatría que Jeremías ha condenado (v. 15). Las mujeres habían sido más culpables de idolatría y de superstición que los hombres, no porque los hombres estuviesen en comunión con Dios, sino porque eran prácticamente ateos y, al no estar interesados de ninguna forma en Dios ni en la religión, fácilmente podían permitir a sus mujeres profesar cualquier falsa religión. Fue la conciencia de pecado la que les hizo impacientarse ante la reprensión (v. 15): *«Sabían que sus mujeres habían ofrecido incienso a dioses ajenos,* y que ellos mismos lo habían permitido, *y todas las mujeres que estaban presentes* sabían que sus maridos las habían acompañado en las prácticas idolátricas»; así que lo que Jeremías decía les ponía el dedo en la llaga.

2. La respuesta que estas personas dieron a Jeremías y, en él, al mismo Dios.

(A) Declaran su decisión de no hacer lo que Dios les manda, sino lo que a ellas les plazca (pues son las mujeres las que llevan la voz cantante en el contexto posterior, v. 19), a saber: continuarán en su adoración a *la reina del cielo* (vv. 17–19), es decir, la diosa asiriobabilónica *Ishtar* (Astarté, Aserá), en la figura de la luna. Estas atrevidas idólatras no presentan ahora excusas por su negativa a obedecer a Dios ni insinúan que Jeremías hablase por sí mismo sin orden de Dios (como antes 43:2), sino que dicen lisa y llanamente (v. 16)*: «No te haremos caso».* Como si dijesen: «Haremos lo que nos es prohibido y correremos el riesgo de las amenazas que se nos hacen». Los que viven en marcada desobediencia a Dios suelen volverse cada vez peores, y se les endurece más y más el corazón por *el engaño del pecado.*

(B) Veamos qué razones dan de la resolución que han tomado:

(a) Apelan a la antigüedad: Estamos resueltas a *quemar incienso a la reina del cielo* (v. 17b), porque también *nuestros padres lo hicieron.*

(b) Apelan a la autoridad: Quienes estaban en el poder lo practicaban y lo prescribían a otros: *«Nuestros reyes y nuestros príncipes,* a quienes Dios puso sobre nosotros, y que eran de la descendencia de David».

(c) Apelan a la unidad: *«Entonces todos …, una gran concurrencia … respondieron a Jeremías, etc.»* (v. 15). Hablaban por consentimiento unánime.

(d) Apelan a la universalidad notoria (v. 17b): Esto se había hecho *en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén,* en público y a la vista de todos; no se había hecho en rincones ni en la oscuridad.

(e) Apelan a la prosperidad (v. 17, al final): «Y *tuvimos abundancia de pan y prosperamos, y no nos sucedió nada malo».* Pero, suponiendo que todo esto fuese cierto, eso no les excusaba del gran pecado de idolatría; la pauta de nuestra conducta es la ley de Dios, no las prácticas de los hombres.

(f) Apelan a la adversidad (v. 18), y dan a entender que los castigos que han sufrido recientemente han venido sobre el pueblo precisamente porque *«dejamos*—dicen—*de ofrecer incienso a la reina del cielo».* Así también, en los primeros siglos del cristianismo, cuando Dios castigaba a las naciones paganas por sus maldades y por perseguir a los cristianos, los perseguidores echaban a los cristianos la culpa de los castigos que sufrían y gritaban: *«¡Los cristianos a los leones!»*

(g) Apelan a la obediencia conyugal (v. 19), pues, aunque ellas eran las más activas en las prácticas idolátricas, lo hacían con la notoria aprobación de sus maridos.

(C) Estas mujeres imitaban el culto del templo en la forma de adorar *a la reina del cielo:* (a) le quemaban incienso, como hacían los sacerdotes en el templo; (b) le ofrecían libaciones (sin duda, con derramiento de vino), como en las libaciones del templo; (c) le ofrecían *tortas,* pero no en la forma en que se ofrecían en el templo de Jerusalén, sino, como apunta Ryrie, «probablemente, dándoles una figura semejante a la de la diosa»; esto es, *redondas* como la luna, mientras que los judíos siempre usan la forma cuadrada para sus panes, etc.

Versículos 20–30

1. Jeremías tiene algo que decirles por sí mismo. Decían ellos que aquellas desgracias les habían venido porque *habían dejado de ofrecer incienso a la reina del cielo.* Pero él les dice: «No, no es porque hayáis cesado de hacerlo ahora, sino por haberlo hecho anteriormente». El incienso que ellos y sus padres habían quemado a otros dioses estuvo sin ser castigado por algún tiempo a causa de la magnanimidad y de la paciencia de Dios; por eso *les había ido bien,* como ellos decían, y *no les había sucedido nada malo;* pero, a la larga, se hicieron tan provocadores que *no pudo sufrirlo más Jehová* (v. 22). Algunos de ellos habían hecho una reforma superficial en tiempo de Josías, pero al ser su corrupción la misma de

siempre, Dios se acordó contra ellos de las idolatrías *de sus padres, de sus reyes y de sus príncipes … en las calles de Jerusalén* (v. 21). Todas las *abominaciones que habían hecho* (v. 22) fueron tenidas en cuenta; *por tanto, vuestra tierra fue puesta en asolamiento, en espanto y en maldición … como está hoy día* (v. 22b) … *como sucede hoy día* (v. 23, al final)».

2. Jeremías tiene que decirles también algo, especialmente a las mujeres, *de parte de Jehová* (v. 24). Ellos y ellas habían dado su respuesta. ¡Que oigan ahora la réplica de Dios!

(A) Puesto que estaban resueltos a persistir en su idolatría, Dios iba a continuar castigándoles. Repite lo que había dicho (v. 25): *«Vosotros y vuestras mujeres* estáis de acuerdo en esta obstinación; *hablasteis con vuestras bocas, y con vuestras manos lo ejecutasteis, y* habéis dicho: *Cumpliremos efectivamente nuestros votos que hicimos, de ofrecer incienso a la reina del cielo»,* como si fuese pecado dejar de cumplir los votos a una falsa deidad y, por eso, hubiese de ser suficiente excusa para continuar con sus idolatrías; al ser así que nadie puede, por medio de un voto, hacer legítimo (mucho menos, obligatorio) lo que Dios tiene por pecado.

(B) Dios les jura (v. 26) que lo poco de religión que les haya quedado, pronto se ha de perder. Aunque se habían unido a los egipcios en sus idolatrías, todavía hacían mención del nombre de Jehová, especialmente en sus votos solemnes pues decían (v. 26, al final): *«Vive el Señor Jehová».* Pero Dios les declara que Su *nombre* (v. 26b) *no será pronunciado más en la tierra de Egipto por boca de ningún hombre de Judá.* De veras son desgraciados aquellos a quienes de tal modo ha dejado Dios de Su mano; que han olvidado por completo su religión. Decían ellos que se recuperarían tan pronto como volviesen a adorar *a la reina del cielo.* Dios les dice que, lejos de recuperarse, van a arruinarse por completo.

(C) Les dice también que muy *pocos de ellos* (v. 28) *escaparán de la espada y volverán a la tierra de Judá.* Ciertamente serían *pocos en número* en comparación de los muchos que habían de volver de la tierra de los caldeos.

(D) Les da una señal de que todas estas amenazas habían de cumplirse en Egipto (v. 30): *«He aquí—dice Jehová—que yo entrego al Faraón Jofrá rey de Egipto en manos de sus enemigos y en manos de los que buscan su vida»,* esto es, de los que quieren darle muerte. Comenta Asensio: «No pocos de los judíos de Egipto podrán comprobarlo muy pronto, cuando *el faraón Jofrá* caiga víctima de una revolución intestina hacia el 570. La palabra de Jehová está en marcha, y la expedición victoriosa de Nabucodonosor contra el faraón Amasis (43:8–13) el 568–567 la empujará en su avance irresistible».

CAPÍTULO 45

La profecía de este capítulo concierne únicamente a Baruc y es cronológicamente anterior a las de los capítulos precedentes, pues nos traslada al año cuarto de Joacim, esto es, al 605–604 a. de C. Aquí vemos: I. Cómo se aterrorizó Baruc cuando se vio en aprieto por haber escrito y leído el rollo de Jeremías (vv. 1–3). II. Cómo fueron acallados sus temores con una promesa de especial preservación (vv. 4, 5).

Versículos 1–5

Baruc era el secretario de Jeremías y, por tanto, ponía por escrito sus profecías; pero además tuvo que leerlas públicamente en cierta ocasión (cap. 36), y fue amenazado por el rey a causa de ello. Escapó gracias a la especial protección de Dios.

1. La consternación que se apoderó del pobre Baruc cuando le buscaron los enviados del rey (v. 3). Era un joven deseoso de servir a Dios y a su profeta. Pero cuando se vio expuesto al desprecio y en peligro, gritó: «*¡Ay de mí ahora!* Voy a caer en manos de mis perseguidores y me encarcelarán o me matarán. *Ha añadido Jehová tristeza a mi dolor,* ya que, después del pesar de escribir y leer las profecías de la ruina de mi país, tengo el dolor de ser tratado como criminal por ello; es una carga demasiado pesada para mí; *fatigado estoy de gemir, y no hallo descanso».* Los nuevos creyentes son propensos a desanimarse por las pequeñas dificultades que encuentran al principio en el servicio de Dios. Cuando así *desmayan en el día de la adversidad,* muestran que *su fuerza es reducida* (Pr. 24:10) y su fe es débil. Baruc debería haberse regocijado de que había sido tenido por digno de sufrir en una causa tan digna y con tan buena compañía; pero, en lugar de eso, se queja de Dios como si le tratase demasiado duramente.

2. Jeremías se apuraba de verle en tal agitación y no sabía qué decirle. Le repugnaba reprenderle y deseaba animarle, pero Dios le comunica (v. 4) lo que tiene que decirle. Es nuestro anhelo excesivo de las cosas buenas de la vida presente lo que nos quita la paciencia cuando vienen las cosas malas. Por eso, Dios le muestra que es culpa suya y una insensatez de su parte el desear abundancia de riquezas y honores de este mundo. El navío estaba naufragando y era inminente la ruina de la nación judía. Dios estaba (v. 4) *destruyendo y arrancando en toda la tierra,* ¿y estaba Baruc (v. 5) *buscando para sí grandezas?* Cuando todo caía tan bajo, ¿esperaba él subir tan alto? ¿Era ahora el tiempo de esperar honores y riquezas para figurar?

3. Dios le da segura esperanza de que, aunque no vaya a ser grande *va a estar a salvo en todos los lugares adonde vaya* (v. 5, al final); *«Te daré tu vida por botín»,* dice literalmente el hebreo. La frase ha salido en 21:9, al final, donde puede verse el comentario. No todo serán facilidades para Baruc: tendrá que ir de un sitio a otro y se verá a veces en peligro, pero su vida será maravillosamente preservada por Dios.

CAPÍTULO 46

El juicio había comenzado por la casa de Dios, pero no iba a acabar allí. En este capítulo y en los siguientes tenemos predicciones de las desolaciones que habían de sufrir los países limítrofes de Judá, principalmente de manos del rey de Babilonia, hasta que, al fin, la propia Babilonia sea llamada a rendir cuentas. Figura en primer lugar la profecía contra Egipto. I. Una profecía de la derrota del ejército del Faraón Necó a manos de las fuerzas caldeas en Carquemís (vv. 1–12). II. Una profecía de la expedición guerrera que Nabucodonosor llevó a cabo contra Egipto y que tuvo cumplimiento algunos años después de la destrucción de Jerusalén (vv. 13–26). III. Una palabra de aliento al Israel de Dios en medio de estas calamidades (vv. 27, 28).

Versículos 1–12

El primer versículo es el titulo de esta parte del libro que se refiere a las naciones vecinas. Es *«la palabra de Jehová que vino al profeta Jeremías acerca de las naciones»,* esto es, de los gentiles. En el Antiguo Testamento tenemos *la palabra de Dios contra los gentiles;* en el Nuevo Testamento, *la palabra de Dios a favor de los gentiles,* para que los que estaban *lejos* viniesen a juntarse con los que estaban *cerca,* y ser hechos ellos mismos *cercanos a Dios* por medio de Jesucristo (v. Ef. 2:11–22).

Comienza por Egipto, porque ellos habían sido los antiguos opresores de Israel y los modernos engañadores de los judíos que allí se habían refugiado tras de la caída de Jerusalén. En estos versículos se profetiza la *derrota del ejército del Faraón Necó,* a manos de Nabucodonosor, *en el año cuarto de Joacim.* Esta derrota (como vemos en 2 R. 24:7) le hizo a Necó pagar muy cara la expedición que llevó a cabo para ayudar al rey de Asiria cuatro años antes, en la cual el Faraón mató al rey Josías (2 R. 23:29). Este acontecimiento es aquí predicho con gozosas expresiones de triunfo sobre Egipto, tan humillantemente derrotado, de lo que Jeremías había de hablar con gran placer, porque la muerte de Josías era ahora vengada en el Faraón Necó.

1. Se les echa en cara a los egipcios la tremenda preparación que están haciendo para esta expedición, en la que el profeta les desafía a que hagan todo lo posible (v. 3): *«Preparad escudo y coraza y acercaos a la batalla».* Egipto era famoso por sus caballos (v. 4): *«Uncid caballos y montad, etc.».* Compara la expedición al desbordamiento del Nilo (v. 8) que amenaza con inundar todas las tierras limítrofes. Es un ejército verdaderamente formidable. El profeta los espolea (v. 9): *«Subid, caballos; y alborotaos, carros etc.».* Les reta a que traigan con ellos todas las tropas confederadas (v. 9b), *los etíopes,* que descendían del mismo tronco familiar que los egipcios (Gn. 10:6) y eran sus vecinos y aliados, *los libios y los lidios,* ambos en África, al oeste de Egipto, de los que los egipcios alquilaban sus fuerzas de apoyo. Todo será en vano; quedarán vergonzosamente derrotados, porque luchará Dios contra ellos (Pr. 21:30, 31).

2. Se les echa en cara la gran esperanza que habían concebido con respecto a esta expedición. Ellos conocían sus propios pensamientos, y también Dios los conocía, *pero ellos no conocían los pensamientos de Jehová ni entendieron su consejo; pues Él los junta como gavillas en la era* (Mi. 4:12). Egipto decía

(v. 8b): «*Subiré, cubriré la tierra,* y nadie me lo impedirá, *destruiré la ciudad,* es decir, cualquier ciudad que se oponga a mi avance. Como el antiguo Faraón, *perseguiré y los alcanzaré*». Pero Dios dice que ese día no será el del triunfo de Egipto, sino *el día del triunfo de Jehová de las huestes* (v. 10), en el que Él será exaltado con la derrota de los egipcios.

3. Se les echa en cara su cobardía (vv. 5, 6): «*¿Por qué los veo medrosos y retrocediendo,* a pesar de tanto preparativo y de un ejército tan numeroso y tan bien equipado?» Incluso los *valientes,* de los que podía esperarse que se mantuviesen firmes, *huyen a la desbandada,* como un solo hombre, pero en plena confusión; no tienen tiempo ni ganas para *volverse a mirar atrás,* sino que *el terror* los rodea *por doquier.* Todos (v. 6) *tropiezan y caen,* precisamente *al norte, junto a la ribera del Éufrates,* porque en lugar de volverse atrás, a su país, la confusión en que se hallan no les permite reconocer el lugar donde se encuentran, con lo que, sin quererlo, todavía se acercan más a la tierra del enemigo.

4. Se les echa en cara la incapacidad para recuperarse de esta derrota (vv. 11, 12). La *virgen hija de Egipto* (epíteto aplicado antes a Jerusalén—véase el comentario a 14:17), que vivía en gran pompa, ha quedado gravemente herida con esta derrota. Busque ahora *bálsamo en Galaad;* que eche mano de todas las medicinas que sus sabios puedan prescribirle para reparar la pérdida experimentada con esa derrota; todo será en vano; «*no hay curación para ti*» (v. 11, al final). Nunca más podrá poner de nuevo en pie de guerra un ejército tan formidable. Sólo le queda (v. 12) *vergüenza y clamor.* Comenta Asensio: «Mal interno irremediable de quien un día pensó inundar la tierra con su poder, y ahora la contempla testigo de su fracaso, de cara a la *ignominia* absoluta de su pueblo y al *clamor* doloroso de sus héroes en derrota».

Versículos 13–28

1. El terror y la confusión hacen presa en Egipto. El cumplimiento de la predicción en la primera parte del capítulo dejó a los egipcios inhabilitados para intentar ningún ataque contra otras naciones. Pero todavía permanecían fuertes en su país, y ninguno de sus vecinos se atrevió a intentar nada contra ellos. El objetivo de la profecía es ahora mostrar cómo *el rey de Babilonia había de venir* en breve *para asolar la tierra de Egipto* (v. 13). Esto se llevó a cabo mediante las mismas manos que las de antes, las de Nabucodonosor, pero muchos años más tarde (en opinión de M. Henry). De esta expedición, sin embargo, dice Asensio: «por sus puntos de contacto con 43:8–13, algunos han querido retrasar (la fecha de la expedición) hasta el 587; sin embargo, parece preferible adelantarla al 605 (2 R. 24:7; Jer. 46:1, 2)».

(A) Sonó en Egipto la alarma de guerra (v. 14). Se acerca el enemigo, «*la espada ha devorado en torno tuyo*» (v. 14, al final, lit.), esto es, en las comarcas limítrofes, y es tiempo de que Egipto se prepare a dar al enemigo la más calurosa bienvenida. Esto debe ser proclamado en todos los lugares de Egipto, particularmente en Migdol, Nof y Tafnes, porque los refugiados judíos se habían establecido en estos lugares, al despreciar el mandato de Dios (44:1). Que oigan el triste cobijo que les va a brindar Egipto.

(B) Se predice también aquí la retirada de las fuerzas de otras naciones que los egipcios habían alquilado para su expedición. Algunas de estas fuerzas estaban apostadas en las fronteras para guardarlas, y allí fueron batidas por los invasores, con lo que tuvieron que emprender la huida. El versículo 15 dice así literalmente: «*¿Por qué fue abatido tu fuerte? No se mantuvo en pie porque Jehová lo derribó*». Hay quienes toman el singular «fuerte» por un colectivo, «tus fuertes, tus valientes»; pero es mucho más probable que se refiera al toro Apis, el dios egipcio que protege al Faraón, y que es abatido y derribado por otro «Más Fuerte», Jehová, el Dios de Israel.

(C) Cae el ejército egipcio, con su Faraón y con su dios Apis (vv. 16, 17), y las tropas mercenarias se retiran en completa confusión. Dice Asensio: «Con el faraón y sus dioses protectores *tropieza y cae* la multitud del abigarrado ejército mercenario de extranjeros (vv. 9, 21), que se apresuran todos a volver a *la tierra natal,* y proclaman burlones la impotencia de un faraón que, después de sus bravatas de victoria (v. 8), se repliega en sí mismo *y deja pasar el tiempo* hábil para oponerse al ataque enemigo (Is. 30:7)».

(D) Se describe el formidable poder del ejército caldeo como llevándose por delante todo lo que encuentra a su paso. *El Rey* de reyes, *cuyo nombre es Jehová de las huestes* (v. 18), declara con juramento («Vivo yo») que, de la misma manera que el Tabor sobresale sobre las montañas circundantes, y el Carmel se yergue majestuoso sobre el mar Mediterráneo, así también preponderará el rey de Babilonia sobre Egipto. Él y su ejército vendrán a Egipto *con hachas* (v. 22) *como cortadores de leña,* y los egipcios serán tan incapaces de resistirles como son los árboles al hacha del leñador.

(E) Se predice la desolación de Egipto, hasta ahora *«becerra hermosa»* (v. 20), bien cebada y brillante de grasa, y no acostumbrada al yugo de la sujeción, lasciva como becerra bien cebada. Humillada y derrotada (v. 24), *se avergonzará la hija* (es decir, el pueblo) *de Egipto; es entregada en manos del pueblo del norte.* La primera frase del versículo 22 se refiere a los egipcios, abocados a la derrota; las frases siguientes, al ejército caldeo. Comenta Freedman: «En lugar del pesado paso de los soldados victoriosos, el sonido hecho por el ejército egipcio será como el de una serpiente que se desliza furtivamente cuando se la incomoda». Y, al citar a Peake, continúa: «La metáfora es tanto más apropiada cuanto que la serpiente ocupa un lugar tan destacado en las insignias reales de Egipto». Al cautiverio marcharán los egipcios, según la fraseología del versículo 19: hay que hacer las maletas con lo más indispensable, para mejor huir, pues sus ciudades serán evacuadas.

(F) *Es Jehová de las huestes, Dios de Israel* (v. 25), quien se hace responsable del castigo impuesto a Egipto; en particular, *«a Amón dios de Tebas»* (hebr. *No*—actualmente, Luxor—), que fue antiguamente (v. Nah. 3:8) la capital del Alto Egipto. Igualmente serán abatidos (v. 25b) y entregados en manos del rey de Babilonia (v. 24) *Faraón* con su pueblo, *Egipto, sus dioses y sus reyes* (no sólo el Faraón reinante). Comparten este castigo (v. 25, al final) *los que confían en el Faraón,* tanto los países satélites de Egipto como los judíos que se habían refugiado en Egipto, con la confianza puesta en el Faraón más que en Jehová.

(G) Hay, sin embargo, una insinuación (v. 26, al final) de que, en el curso del tiempo, Egipto se recuperará de esta desolación: *«pero después será habitado como en los días pasados, dice Jehová».*

2. A Israel se le hablan aquí palabras de consuelo y paz (vv. 27, 28). Se repiten, casi a la letra, las frases de 30:10, 11. Esto da a entender que la salvación de que aquí se habla está inscrita en un marco mucho más amplio que el que ofrece el contexto próximo anterior. Comenta el rabino Freedman: «Como sucede con tanta frecuencia, el profeta termina con un mensaje de esperanza, hasta un grado que trastueca lo sombrío de lo que precede. El punto de vista optimista surge de la convicción de que la mejor entraña de Israel (ingl. *Israel's beeter self*) se afirmará a sí misma antes de que le alcance la destrucción final».

CAPÍTULO 47

Este capítulo les lee la sentencia a los filisteos, así como el anterior se la leyó a los egipcios, y por la misma mano, la de Nabucodonosor. Es breve, pero terrible. Tiro y Sidón comparten la destrucción de los filisteos. I. Se predice que las fuerzas invasoras vendrán del norte (vv. 1–5). II. Que la guerra continuará por largo tiempo, y que todos los esfuerzos por ponerle fin resultarán en vano (vv. 6, 7).

Versículos 1–7

Así como los egipcios habían demostrado con frecuencia ser falsos amigos del Israel de Dios, los filisteos habían sido siempre enemigos jurados; y tanto más peligrosos cuanto que estaban más cerca que los egipcios. Habían sido humillados en tiempo de David, pero parece ser que habían levantado de nuevo la cabeza hasta que Nabucodonosor los destruyó como a sus vecinos, suceso que es el que se predice aquí. La fecha de esta profecía es (v. 1) *«antes que Faraón destruyese a Gaza».* Cuándo se llevó a cabo esta acción por parte de Egipto no se sabe con certeza, pero esta *palabra de Jehová vino a Jeremías acerca de los filisteos* (v. 1) cuando no estaban en peligro de que les atacase ningún adversario; con todo, Jeremías profetizó su ruina. Se predice aquí:

1. Que vendrá contra ellos un enemigo exterior (v. 2): *«He aquí que suben aguas del norte y se harán torrente, etc.».* De un país frío llega una terrible tormenta, y el ejército caldeo inundará el país como un diluvio.

2. Que, ante esto, ellos se llenarán de consternación. A los hombres les faltará ánimo para luchar (v. 2b): *«los hombres clamarán, y sollozará todo morador de la tierra»,* de forma que no se oirá por todas partes otra cosa que llanto y lamento. Antes de que se llegue a matar y degollar, *el estrépito* (v. 3) *de los cascos de los caballos, el ruido de los carros y el estruendo de sus ruedas* aterrorizarán de tal forma a todos, que *a los padres se les caerán las manos de debilidad, incapaces de hacer nada por sus hijos,* los cuales se hallarán, por tanto, totalmente indefensos.

3. Que el país de los filisteos será presa del saqueo y de la destrucción (v. 4). Tiro y Sidón eran ciudades fuertes y ricas, y solían prestar ayuda a los filisteos en momentos de apuro, pero ahora ellas mismas se verán envueltas en la ruina común, y Dios retirará de ellas toda ayuda: *«todo aliado que les queda todavía». La isla de Caftor* (v. 4, al final) es, con toda probabilidad, la isla de Creta (v. Am. *9:7), y el resto,* o remanente, de dicha isla es lo que quedó de la población primitiva «después de las guerras entre Egipto y Asiria» (Freedman).

4. Se mencionan en particular algunos lugares como Gaza y Ascalón (hebr. *Ashquelón).* De dos maneras puede entenderse (v. 5) lo de *«Gaza fue rapada»* (lit. *la calvicie le ha venido a Gaza):* (A) «Ha sido raída hasta el suelo, de lo que la calvicie es un símil. (B) Se menciona la calvicie como símbolo de duelo» (Freedman).

5. Sin embargo, los caldeos son únicamente instrumentos en la mano de Dios. Por eso (v. 6), se atribuye toda esta destrucción a la *espada de Jehová.* Ante esta destrucción tan grande, el propio profeta siente compasión hasta de los filisteos y ruega a Dios que repose Su espada (v. 6), pero «admite (v. 7) que eso no puede suceder, porque Dios le ha ordenado destruir» (Freedman). Cuando se ha desenvainado la espada, no podemos esperar que se envaine hasta que haya cumplido su cometido. Así como la Palabra de Dios, así también Su vara y Su espada cumplirán aquello para lo cual las envía.

CAPÍTULO 48

Las predicciones de Isaías concernientes a Moab habían tenido su cumplimiento (Is. caps. 15 y 16, y Am. 2:1) cuando los asirios, bajo Salmanasar, invadieron Moab. Pero la presente profecía es acerca de la desolación de Moab a manos de los caldeos, bajo el mando de Nabuzaradán, unos cinco años después de la destrucción de Jerusalén. Asensio resume así el capítulo: I. Invasión de la tierra de Moab (vv. 1–10) y fin de su tranquilidad antigua (vv. 11–17). II. La catástrofe total de la altiva Moab (vv. 18–28), objeto de lamentación (vv. 29–39). III. Castigo inevitable, con un rayo de salvación (vv. 40–47).

Versículos 1–13

1. El autor de la destrucción de Moab es (v. 1) *Jehová de las huestes, Dios de Israel,* que va a defender la causa de Israel contra un pueblo que siempre ha sido vejatorio para los israelitas, y los va a castigar ahora por los daños que ellos les infirieron de antiguo a los judíos.

2. Los instrumentos de este castigo: *«Vendrá el despojador* (lit.)» (v. 8) y vendrá con una *espada* (v. 2, al final). Esa *espada les va a perseguir.* Ese *despojador ha tramado el mal contra Jesbón* (v. 2), una de las principales ciudades de Moab, y su objetivo es destruir la nación entera (v. 2b): *«Venid y quitémosla de entre las naciones».* El profeta, en nombre de Dios, espolea a los invasores a que no hagan el trabajo a medias (v. 10): *«Maldito el que haga indolentemente la obra de Jehová, y maldito el que detenga de la sangre su espada».* Asensio hace notar que este versículo «se hizo célebre por el sentido espiritual en que lo explicó Gregorio VII».

3. Los efectos de esta destrucción. Las ciudades quedarán en ruinas: *Nebó ha sido devastada* (v. 1); *Quiryatáyim, avergonzada y tomada; Misgab,* desconocida si es nombre propio, pero probablemente *«alta fortaleza»* (como en Is. 25:12), *confundida y desmayada. Madmén,* cuya ubicación se desconoce, pero podría ser idéntica a Madmanah (Jos. 15:31) o Madmenah (Is. 10:31), *será cortada.* La campiña será devastada (v. 8) y las ciudades (v. 9) quedarán desiertas. *Sus sacerdotes y sus príncipes* (v. 7, al final) *irán juntamente al cautiverio* con *Quemós,* el dios principal de Moab (v. Nm. 21:29). Ya no volverán a jactarse de sus dioses (v. 13): «*Y se avergonzará Moab de Quemós, como la casa de Israel se avergonzó de Betel* (es decir, del becerro de oro erigido por Jeroboam allí), su *confianza».* Así como el becerro de oro de Betel no libró a las diez tribus del norte de caer en manos de los asirios, así tampoco Quemós podrá librar a los moabitas de caer en manos de los caldeos.

4. Ante la destrucción llevada a cabo por el ejército caldeo habrá clamor y llanto por todas partes: *Clamor en Joronáyim* (vv. 3, 5), de ubicación incierta; *clamor de los niños* (v. 4) en todo Moab; *por la subida de Lujit* (v. 5) *subirán llorando con llanto* (lit.), es decir, llorarán continuamente. Todos tendrán lágrimas en los ojos. Y se gritarán unos a otros (v. 6): *«Huid, salvad vuestra vida;* escapad, aunque

tengáis que vivir en completa soledad, *como la retama en el desierto.* Cobijaos allí, aunque sea en un suelo estéril. Id deprisa, el tiempo urge (v. 9); *«dad alas a Moab, para que se vaya volando»*.

5. Dios va a pedirle cuentas ahora a Moab, porque se han sentido demasiado seguros, al confiar en sus riquezas y en sus fuerzas (v. *7)*: *«Pues por cuanto confiaste en tus obras y en tus tesoros, tú también serás tomada»*. Por *«obras»* podrían entenderse todos los logros del país, tanto en la agricultura y la ganadería como, especialmente, en la ingeniería. Dice Binns (citado por Freedman): «Quizás haya en este versículo una referencia a las elaboradas *obras* de irrigación, cuya destrucción significaba la ruina del país». *Confiaban en la multitud de sus riquezas, mientras se mantenían en su maldad* (Sal. 52:7). Era un antiguo reino, anterior a Israel, que había disfrutado de gran tranquilidad, a pesar de ser un país pequeño, pues nadie les había molestado. Tampoco habían ido jamás al cautiverio. Sin embargo, era una nación idólatra y perversa, y *conjurada contra los protegidos de Dios* (Sal. 83:3, 6). Corrompidos por largo tiempo, sus moradores se habían sentido seguros en su prosperidad y vivían en la molicie; no han cambiado;son los mismos de siempre en los mismos lugares de siempre (v. 11) *«… sobre su sedimento ha estado reposado, y no fue vaciado de vasija en vasija, ni marchó cautivo al desierto,* no ha tenido que ir de una parte a otra como los israelitas; *por tanto, quedó su sabor en él, y su aroma no ha cambiado;* sigue tan malo como siempre». ¡Bellísimo símil!

Versículos 14–47

Continúa ahora en lenguaje conmovedor la profecía de la destrucción de Moab, no sólo para despertarles a que se arrepientan a escala nacional para impedir el desastre, o a escala personal para que se preparen convenientemente, sino también para incitarnos a nosotros a considerar el estado calamitoso de la vida humana, y el poder de la ira de Dios frente a un pueblo provocador.

1. La destrucción con que aquí se les amenaza vendrá de repente y por sorpresa. Se creían (v. 14) *«hombres valientes y robustos para la guerra»*, capaces de hacer frente al más poderoso enemigo, y, con todo, el desastre es inminente (v. 16). De la misma manera que el águila se cierne sobre su presa, así también (v. 40) el enemigo *volará como águila y extenderá sus alas contra Moab,* de modo que nadie pueda escapar. Rápidamente (v. 41) *son tomadas las ciudades, y ocupadas las fortalezas.* Consumidas así sus defensas, los más valientes de Moab se volverán débiles como mujeres con dolores de parto.

2. Moab va a quedar en ruinas (v. 15): *«Saqueado fue Moab»* del todo devastado, *avergonzado y destruido* (v. 20). El reino queda destituido de su dignidad y autoridad (v. 25): *«Cortado es el cuerno* (lit.) *de Moab,* es decir, el cuerno de su fuerza y de su poder, y su *brazo quebrantado,* de modo que no puede golpear ni impedir que le golpeen. Los jóvenes del país descendieron a la batalla prometiéndose que volverían victoriosos; pero Dios les dice (v. 15) que *descenderían al degolladero.* Los que son enemigos del pueblo de Dios dejarán pronto de ser pueblo.

3. La destrucción es digna de gran lamentación y tornará el gozo en profunda tristeza. El propio profeta se une al coro de lamentadores (v. 31): *«yo aullaré sobre Moab, etc.».* Amargamente *llorará por Sibmá* (v. 32); su *corazón* (v. 36) *resonará como flautas por causa de Moab*—dice—, en clara alusión a las flautas con que se acompañaba el canto fúnebre de los lamentadores. La ruina de los pecadores no es un placer para Dios y, por tanto, también a nosotros debería causarnos pena. Estos pasajes, y muchos otros de este capítulo, son parecidos a los de Isaías en sus profecías contra Moab (Is. 15:1); porque, aun cuando mediaba gran distancia de tiempo entre su profecía y ésta de Jeremías, ambas eran dictadas por un mismo Espíritu.

4. También los moabitas se lamentarán, por supuesto. Los que se sentaban *en gloria,* en medio de las riquezas y del jolgorio, *se sentarán* ahora (v. 18) *en tierra seca,* en lugares áridos, sin agua y sin alivio. Los moabitas que habiten en los remotos rincones del país preguntarán *a cualquiera que vaya huyendo: ¿Qué ha acontecido?* (v. 19). Y cuando se les diga que todo *Moab está devastado* (v. 20, al final), *aullarán* (lit.) y *gritarán* (v. 20b); *dejarán las ciudades* (v. 28) *e irán a habitar en peñascos,* donde podrán dar rienda suelta a su melancolía; ya no serán aves cantoras, sino aves lamentadoras *como la paloma* (v. 28b, comp. con Ez. 7:16).

5. Lo que mayor gozo daba a Moab eran sus frutas agradables y la abundancia de sus ricas viñas. Si se les quitaban esos deleites de los sentidos y se les destruían los huertos y los viñedos, *se les haría cesar todo gozo* (Os. 2:11, 12). Eso es lo que vemos en el versículo 33: *«Y fue cortada la alegría y el regocijo de los campos fértiles, y de la tierra de Moab, etc.».* Quienes hacen de los deleites del sentido su gozo

más importante, se someten a sí mismos a la tiranía de la mayor pesadumbre, puesto que pueden quedar desposeídos de tales cosas en poco tiempo y con la mayor facilidad; mientras que *los que se regocijan en Dios,* pueden disfrutar del mayor gozo incluso *cuando la higuera no florezca ni en las vides haya frutos* (Hab. 3:17, 18).

6. Todos sus vecinos son convocados a lamentarse con ellos y a condolerse de su ruina (v. 17): *«Compadeceos de él* (Moab) *todos los que estáis alrededor suyo».* Que nadie se engría de su fuerza ni de su belleza, ni ponga su confianza en esas cosas, pues ninguna de ellas le asegurará contra los juicios de Dios, sino que le dejará en la mayor vergüenza y confusión, como a Moab, cuya lamentable destrucción lo dejó completamente avergonzado. *«Embriagadle,* dice el profeta, *porque contra Jehová se engrandeció»* (v. 26, comp. con 25:15). «Embriagarle» equivale a darle de beber de la copa del vino del furor de Jehová.

7. Esta destrucción les afecta en lo que más estiman: sus riquezas (v. 36), más aún que las frutas de verano y las uvas de la vendimia: «*porque perecieron las riquezas que habían hecho».* Las riquezas, como el polvo, se nos escabullen de los dedos tanto más fácilmente cuanto más fuertemente las apretamos. Y aun esto no es lo peor de todo; incluso aquellos cuya religión es falsa estaban encantados de ella más que de ninguna otra cosa, y, por consiguiente, aunque en realidad era una promesa, para ellos era una amenaza (v. 35) el que Dios *había de exterminar de Moab a quien sacrifique en los lugares altos y a quien ofrezca incienso a sus dioses.* Los lugares altos habían de ser derruidos completamente, los campos de los oferentes quedarían en total desolación y los sacerdotes mismos de los ídolos serían asesinados o deportados como cautivos (v. 7).

8. Era una justa destrucción, pues la habían merecido por sus muchos y graves pecados.

(A) El pecado del que más notoriamente eran culpables era el orgullo. Se menciona seis veces en un solo versículo (v. 29): *«Hemos oído,* dice, todos hemos oído, *la soberbia de Moab, etc.».* Ya se les acusaba de eso en Isaías 16:6, pero aquí se pone de relieve más que allí. Dos ejemplos se nos presentan del orgullo de Moab: (a) Se ha portado insolentemente con Dios y, por eso, debe ser abatido, *porque contra Jehová se engrandeció* (v. 26). Los moabitas preferían a Quemós antes que a Jehová y creían que podían así desafiar al Dios de Israel. (b) Se ha portado de modo escarnecedor con Israel en las recientes horas de aflicción para el pueblo de Dios; por consiguiente, Moab caerá en las mismas aflicciones y *será motivo de escarnio* (v. 26, al final), *por cuanto Israel le fue motivo de escarnio* también a él (v. 27). Los moabitas (v. 27b) se llenaban de gozo y se reían de cualquier israelita que se hallase en aflicción: *«Porque siempre que hablas de él* (Israel), *meneas la cabeza»,* en un gesto de desprecio y burla, como hicieron con nuestro Salvador cuando se hallaba en la Cruz por nuestros pecados.

(B) También habían sido culpables de malignidad contra el pueblo de Dios, y actuado traicioneramente contra él (v. 30), como se ve todavía mejor en 2 Reyes 24:2, donde vemos a los moabitas que ayudan a las tropas caldeas contra Israel. Pero la nación de cuya caída se alegran, se ha de recuperar un día. Lo que se dice de los pecadores en general (Is. 24:17, 18), que *el que huya del pánico, caerá en el foso; y el que salga de en medio del foso, será preso en la trampa,* se predice aquí en particular acerca de los pecadores de Moab (v. 44). Las expresiones figuradas que se usan en dicho versículo, se hallan explicadas en el v. 45 en cuanto a uno de los ejemplos: «*A la sombra de Jesbón se pararon sin fuerzas los que huían»,* es decir, los que huían de las aldeas por miedo a las fuerzas del enemigo se cobijaron en Jesbón; pensaban que allí estarían seguros, del mismo modo que, aún ahora, se cobijan algunas fuerzas debajo de los cañones y tanques de una ciudad fortificada; pero, cuando *hayan huido del hoyo, caerán en la trampa:* Jesbón, que ellos creían que les iba a dar cobijo, los va a devorar, *los va a consumir a fuego,* según había profetizado Moisés muchos siglos antes (Nm. 21:28).

9. El capítulo concluye con una breve promesa de que (v. 47) Dios *hará volver a los cautivos de Moab en lo postrero de los tiempos.* El mismo Dios que hace ir a la cautividad, hace también volver de ella. Así de tiernamente se porta Dios con los moabitas. Y si así trata a los descendientes de Lot, ¡qué no hará por Su pueblo escogido! Esta profecía concerniente a Moab es larga, pero aquí termina, y termina de forma consoladora: *«Hasta aquí es la sentencia sobre Moab»* (v. 47, al final).

CAPÍTULO 49

La copa del aturdimiento va pasando todavía de mano en mano, y todas las naciones tienen que beber de ella (v. 25:15). Este capítulo la pone en manos de: I. Los amonitas (vv. 1–6). II. Los edomitas (vv. 7–22). III. Los sirios (vv. 23–27). IV. Los de Quedar y los del reino de Jasor (vv. 28–33). V. Los elamitas (vv. 34–39).

Versículos 1–6

Los amonitas eran los más cercanos a los moabitas, tanto en cuanto al parentesco con ellos, pues también descendían de Lot, como en proximidad geográfica.

1. Se llama aquí a juicio, en nombre de Dios, a los amonitas, por su ilegal intrusión en el territorio perteneciente a la tribu de Gad, la cual caía cerca de ellos (v. 1). Estos territorios habían quedado casi despoblados y convertidos en fácil presa del primer invasor, desde que el rey de Asiria se llevó deportados a los galaaditas (2 R. 15:29; 1 Cr. 5:26). Los amonitas aprovecharon el «vacío» de propiedad para posesionarse del territorio de Gad. Pero Jehová les hace esta pregunta: *«¿No tiene hijos Israel? ¿No tiene heredero?»* Como si dijese: «Aunque es verdad que los galaaditas han sido deportados y morirán en el exilio, ¿no tienen *herederos* que regresarán y reclamarán la tierra?» (Freedman). De esta intrusión en el territorio de Gad, Dios culpa (v. 1b) al dios de los amonitas *Malcam,* puntuado en 1 Reyes 11:5 como *Milcom.* Dice Freedman: «El dios, como sucede con frecuencia, se menciona para representar al pueblo que lo adora». *Se engrandecieron así los amonitas con el territorio arrebatado a Gad* (Sof. 2:8). Quienes piensan que es suyo todo aquello a que pueden alcanzar sus manos, se engañan miserablemente. Lo que en justicia se debe a los dueños, se debe también a sus herederos; y es un gran pecado defraudar a éstos, aunque no conozcan sus derechos o no sepan cómo hacerse con la propiedad que les pertenece.

2. Se pasa sentencia contra ellos por esta intrusión. Dios hará (v. 2) que *se oiga alarma de guerra contra Rabá de los hijos de Amón.* Rabá era la capital del reino amonita, junto al río Yabbok, donde se halla hoy situada Ammán, la capital de Jordania. Las ciudades del país quedarán en ruinas (v. 2b), al ser devastada así una tierra de la que tanto se jactaban sus moradores (v. 4). Es extraño que, en el hebreo del v. 4b, se llame a Amón «*hija apóstata* (o *rebelde*)», cuando este apelativo está reservado exclusivamente a Israel (v. 31:22). M. Henry opina que se le llama así «por ser la posteridad del justo Lot». Según Freedman, «ha de entenderse en el sentido de flagrante desconsideración de las leyes ordinarias de humanidad y decencia (llamadas en la literatura talmúdica "los siete preceptos de los hijos de Noé") obligatorias para todos los hombres». Por haber arrebatado a los de Gad su territorio, *Israel* (v. 2, al final) *desposeerá a los que los desposeyeron a ellos.* Y por todo aquello de que se jactaban: seguridad, riquezas, tesoros (vv. 3, 4), sepan que serán desposeídos de todo ello y arrojados de su suelo (v. 5). Tan grande será el *espanto,* que *cada uno huirá en derechura hacia adelante,* sin preocuparse del vecino que está huyendo como él. Para completar este cuadro de miseria (v. 5, al final), *no habrá quien recoja a los fugitivos.*

3. Como antes con respecto a Moab (48:47), también aquí (v. 6) hay una promesa de misericordia para los amonitas: «*Y después de esto, haré volver a los cautivos de los hijos de Amón, dice Jehová*».

Versículos 7–22

Vienen ahora los edomitas a recibir su sentencia de parte de Dios, por medio de la boca de Jeremías; también ellos eran enemigos, desde muy antiguo, de Israel. Muchas expresiones de esta profecía aparecen también en la profecía de Abdías, dos terceras partes de la cual están dirigidas a Edom. Se predice aquí:

1. Que el país de Edom será totalmente devastado, pues (v. 8b) Dios *traerá el infortunio de Esaú sobre él en el tiempo en que lo castigue* (lit. *lo visite).* Dios le pedirá cuenta por sus pecados. *Temán* (v. 7) era famosa por sus sabios, pero los edomitas han preparado su propia ruina sin acertar con lo que es necesario para evitar el estallido de la ira de Jehová. Van a pagar ahora el odio ancestral que concibieron contra Israel, desde el resentimiento de Esaú contra su hermano Jacob. Asensio comenta así los versículos 9–11: «Jehová enviará contra ellos *ruina* total a manos de *vendimiadores* sin compasión en el *rebusco,* y de *ladrones* sin dificultades en el *saqueo,* a quienes Jehová *manifiesta* los posibles *escondrijos* donde algunos hubieran podido salvarse. Sólo los elementos sociales más necesitados e indefensos, *huérfanos y viudas,* se salvarán». Los que se hacían el grande *serán empequeñecidos por Dios* (v. 15), y los que se jactaban de sabiduría *serán menospreciados entre los hombres* (comp. con Abd. v. 2). Tan grande será su

destrucción (como en Sodoma y Gomorra—v. 18—), que *nadie morará más allí,* para no acercarse ni a sus ruinas.

2. Que los instrumentos de su destrucción habían de ser resueltos y temibles. Dios ha determinado que el país de Edom quede desolado, y el que va a llevar a cabo esta obra de destrucción vendrá rápido y poderoso pues es Nabucodonosor el *león* al que se alude aquí (v. 19) como al instrumento, en manos de Jehová, para castigar a Edom: *«león que sube de la espesura del Jordán* (12:5; 25:38; Job 10:16; Is. 34:4), ataca destructor al reino—rebaño de Edom—sin que *pastor* alguno pueda *pedirle cuentas o resistirle»* (Asensio). Incluso *las crías de los rebaños los arrastrarán, etc.* (v. 20b), esto es (probablemente), los más modestos servidores de Nabucodonosor serán suficientes para llevarlos al matadero y *destruir sus moradas,* después de obligarles a rendirse. No sólo vendrá *como león que sube de la espesura del Jordán* (v. 19), sino también *como águila que extenderá sus alas* (v. 22) *sobre Bosrá,* como *las extendió sobre Moab* (48:40), de forma que *a los más valientes les desmayará el corazón como a mujer que está en angustias de parto* (comp. con 48:41).

3. Que la confianza de los edomitas les había de faltar en el día de su calamidad. (A) Confiaban en su sabiduría, pero esto es lo primero que les va a faltar, por eso se menciona primero (v. 7). Una nación que era famosa por su sabiduría, y cuyos estadistas eran tenidos por los más expertos en política, había de tomar ahora medidas tan descabelladas que todos habían de preguntar asombrados (v. 7b): *«¿No hay más sabiduría en Temán?»* Si era así, podemos asegurar que Dios tramaba su ruina, pues a quien quiere destruir lo entontece primeramente (v. Job 12:20). (B) Confiaban también en su fuerza, pero tampoco les va a valer (v. 16). Ellos habían sido un terror constante para sus vecinos y, comoquiera que sus vecinos no se atrevían a meterse con ellos, habían sacado la conclusión de que ninguna nación del mundo se atrevería. Su país era montañoso y ellos pensaban que podrían guardar bien todos los puertos de montaña contra cualquier invasor (v. Abd. vv. 3, 4, 8).

4. Que su destrucción había de ser inevitable. (A) Dios la había determinado (v. 12); *la había jurado* (v. 13); ciertamente, *habían de beber* (v. 12) *el cáliz* del aturdimiento, que es puesto también en las manos de todos sus vecinos. (B) Todo el mundo se dará cuenta de ellos (v. 21): *«Del estruendo de la caída de ellos la tierra temblará,* señal figurativa de que a todas las naciones ha llegado la noticia, y *el grito de su voz se oirá en el mar Rojo,* donde los barcos esperaban para tomar cargamento» (v. 1 R. 9:26). El hebreo de la segunda parte de este versículo 21 es más abrupto de lo que aparece en las versiones: *«Un grito—en el mar Rojo se oye su ruido—».* Freedman cita, como más probable, la versión de Ehrlich: *«Como el grito en el mar Rojo* (cuando los egipcios fueron abrumados allí) *es su sonido».*

Versículos 23–27

El reino de Siria, al norte de Canaán, había sido, con mucha frecuencia, vejatorio hacia Israel. Damasco era la metrópoli de dicho reino. Jamat y Arpad, otras dos importantes ciudades, son mencionadas (v. 23), y son también mencionados (v. 27b), como abocados a la ruina, *los alcázares de Ben-adad,* que él había mandado edificar (v. también Am. 1:4).

1. El juicio de Damasco comienza con susto y desmayo (v. 23) *«porque oyeron malas nuevas».* Estas malas nuevas eran que el rey de Babilonia venía hacia ellos con su ejército, con lo cual ellos *se avergonzaron y se derritieron,* expresiones que significan confusión y espanto, como el mar encrespado, *que no puede sosegarse* (comp. con Is. 57:20).

2. Damasco, la capital, *se tornó débil* (v. 24) y *se dio media vuelta para huir,* acobardada *como mujer con dolores de parto.* Ve que no hay más objeto en contender con su destino que el que tiene una mujer en trance de dar a luz, pues tampoco puede contender con los dolores que la acometen. Era una ciudad de gloria y gozo (v. 25), pero ahora se halla abrumada por la pena y la tristeza. El hebreo del versículo 25 dice literalmente: *«¿Cómo no fue desamparada la ciudad de alabanza, la ciudad de mi gozo?»* Y la única interpretación plausible es la que dan los autores de la obra *Search the Scriptures:* «Parece ser una exclamación de pesar, puesta en la boca de un ciudadano de Damasco, de que la ciudad no fue abandonada por sus habitantes antes de la matanza descrita en el versículo siguiente».

3. Su final es terrible (vv. 26, 27): *Sus jóvenes caerán en plena calle, sus hombres de guerra serán silenciados* (lit.) y *la ciudad, con sus regios alcázares, será consumida por el fuego.* Al caer, muertos a espada, los jóvenes y los guerreros, que habrían podido hacer algo para defenderla, la ciudad quedará a

merced del enemigo, quien incendiará aquellos palacios en los que tantos planes malvados se tramaron contra Israel.

Versículos 28–33

Estos versículos predicen la desolación que Nabucodonosor y sus tropas iban a llevar a cabo en el pueblo de Quedar (Cedar en la RV). Este pueblo se componía de tribus nómadas, descendientes de un hijo de Ismael con el nombre de Quedar o Cedar. Respecto a Jasor (Hazor en la RV), dice el rabino Freedman: «Varios expertos modernos sostienen que el vocablo tiene aquí conexión con *jatser* "villorrio sin muros" y denota a los árabes que vivían en asentamientos, como distintos de los nómadas».

1. Vivían en *tiendas* (v. 29) y no tenían muros, sino *cortinas,* pues no eran ciudades fortificadas; así pues, no tenían *puertas* propiamente dichas (v. 31) *ni cerrojos.* Eran pastores, y no tenían tesoros ni dinero, sino rebaños y camellos. No había soldados entre ellos, pues no temían ninguna invasión; *vivían en solitario* (v. 31, al final). Se ve que, con la multitud de ganados y de camellos, vivían acomodadamente (v. 32), a pesar de no dedicarse al comercio ni a otros modos de incrementar la riqueza. Son verdaderamente ricos los que tienen suficiente para sus necesidades y saben cuándo tienen bastante. Para hallar gente rica, no es menester que vayamos a los tesoros de los príncipes ni a los cofres de los mercaderes, sino a los pastores que viven en tiendas de campaña.

2. El rey de Babilonia determina hacer que no se diga que, quien ha conquistado poderosos reinos y ciudades fortificadas, va a dejar sin molestar a los que viven en tiendas. Es extraño que tal águila se agache a capturar estas moscas. Estas gentes habían vivido inofensivamente entre sus vecinos, pero (v. 28): *«Así dice Jehová: Levantaos, subid contra Cedar y saquead a los hijos del oriente».* Dios ordena este saqueo para castigar a un pueblo ingrato.

3. El asombro que esto causa entre ellos, y la desolación causada por el enemigo. La frase final del versículo 29 queda un tanto oscura (¿Quién clama contra quién?). Freedman da como más probable la traducción de Ehrlich: «Ellos (los habitantes de la región) clamarán a causa de ellos (los babilonios): "Terror por todos los lados"». Como si dijese: «Estamos rodeados por el enemigo; no tenemos remedio; estamos perdidos».

4. Ninguno de ellos tendrá coraje para resistir al enemigo; así que éste no necesitará dar ni un solo golpe. Los caldeos *tomarán para* sí todo lo que hallen en las tiendas de los habitantes, incluidas las *cortinas, y* se llevarán también *los ganados y los camellos* (v. 32). No se dice que vayan a matar a nadie, pues, al no encontrar resistencia, les desposeerán de todo lo que tienen, y los despojados aceptarán este despojo como un rescate por sus vidas. Su país quedará deshabitado y, al estar apartado de las grandes vías de comunicación, y al no tener ciudades ni tierras de laboreo que inviten a extranjeros, nadie tratará de sucederles, así que (v. 33) «*Jasor será morada de chacales, soledad para siempre, etc.».*

Versículos 34–39

Esta profecía está fechada en el comienzo del reinado de Sedequías, esto es, en 598 o 597 a. de C.

1. Los elamitas eran descendientes de Elam, hijo de Sem (Gn. 10:22), y llegaron a constituir un poderoso imperio hasta que cayeron bajo el poder de Asiria el año 640 a. de C. Estaban situados al este de Babilonia, servía el río Tigris y de frontera entre ambos países. Se recuperaron después hasta que fueron totalmente incorporados al imperio persa. Eran famosos por su maestría en el manejo del arco (v. 35), pero Dios dice: *«He aquí que yo quiebro el arco de Elam, parte principal de su fortaleza,* con lo que el ejército elamita quedará indefenso». Esto sucede porque (v. 37) *el ardor de la ira de Jehová* se cierne sobre Elam. Dios ordena con frecuencia que aquello en que ponemos especialmente nuestra confianza, nos falte o no nos sirva para nada, y busquemos así en Él al que nunca falta y siempre es útil para todo lo bueno.

2. La población de Elam se dispersará. De todas partes vendrán contra ellos enemigos que se llevarán cautivos a muchos de ellos (v. 36), *y serán aventados a los cuatro vientos.* Las tormentas vienen unas veces de un punto, otras de otro; esta tormenta va a venir de los cuatro puntos cardinales.

3. Sus príncipes, lo mismo que su rey, serán destruidos (v. 38), con un cambio radical de gobierno. *Dios pondrá su trono en Elam,* «frase que significa que Dios se sentará en juicio sobre la nación» (Freedman). El rey de Elam había sido famoso ya de antiguo. Quedorlaomer (Gn. 14:1) era rey de Elam y

hombre poderoso en su tiempo. Podemos suponer que sus sucesores fueron igualmente poderosos. Pero el rey de Elam no es para Dios más que cualquier otro hombre. Sin embargo, la destrucción de Elam no será perpetua (v. 39): *«Pero acontecerá en los últimos días* (es literalmente la misma expresión de 48:47), *que haré volver a los cautivos de Elam, dice Jehová».*

CAPÍTULO 50

En este capítulo y en el siguiente tenemos el juicio de Babilonia, el cual es puesto en último lugar en las profecías de Jeremías contra los gentiles, porque fue la última en cumplirse. Además, Babilonia había sido usada por Dios como vara en Su mano para castigar a todas las demás naciones, y ahora, por fin, esa vara iba a ser arrojada al fuego. Esta destrucción fue ya predicha por Isaías, y ahora lo es por Jeremías. Puesto que el reino babilónico era mucho mayor y más poderoso que ningún otro de los que, hasta ahora, han recibido de Dios su sentencia, también su caída será más notable y de mayor consideración. Tenemos aquí: I. La ruina de Babilonia (vv. 1–3, 9–16, 21, 22, 3546). II. La redención del pueblo de Dios (vv. 4–8, 11–20, 33, 34).

Versículos 1–8

1. *«La palabra que habló Jehová contra Babilonia»* (v. 1). Así empieza el capítulo. El rey de Babilonia se había portado muy amablemente con Jeremías; no obstante, el profeta recibe orden de Dios de predecir la ruina de ese imperio, porque los profetas de Dios no han de dejarse llevar por el favor o el afecto de los hombres. Sean quienes sean nuestros amigos, si son enemigos de Dios, no podemos hablarles palabras de paz. La destrucción de Babilonia se da aquí por cosa hecha, y hecha por completo (v. 2). Los ídolos de Babilonia, a los que todo el imperio atribuiría los grandes éxitos de su rey, son destruidos, sin que puedan proteger en nada al pueblo caldeo. Sus dos principales deidades, Bel y Merodac (mejor conocido como Marduk), son incapaces de proteger a sus adoradores y quedan *avergonzados y desmayados. Una nación del norte* (v. 3), esto es, los persas bajo el mando de Ciro, vendrá sobre Babilonia y *pondrá su tierra en asolamiento.*

2. Pero hay también una palabra de Dios para consuelo de los hijos de Dios: *para los hijos de Israel ... y los hijos de Judá* (v. 4).

(A) Se promete aquí que se volverán, primero a su Dios, y después a su tierra; y la promesa de su conversión y reforma es la que abre el camino para todas las otras promesas (vv. 4, 5). Vendrán *llorando, lamentándose toda la casa de Israel en pos de Jehová* (1 S. 7:2). Estas lágrimas manarán de una tristeza según Dios (2 Co. 7:10), pues serán lágrimas de arrepentimiento por el pecado y lágrimas de gozo por la bondad de Dios en la alborada del día de su liberación. «Y *buscarán a Jehová su Dios»* (v. 4, al final); no se hundirán bajo la tristeza, sino que se levantarán por la esperanza de volver a su país y, en especial, a un nuevo templo. *«Preguntarán* (v. 5) *acerca de Sion, vueltos sus rostros hacia acá»,* «indicación—dice Freedman—de que Jeremías se hallaba en la Tierra Santa». El viaje será largo y no conocen el camino (después de 70 años o más), pero *preguntarán.* Todos los que se convierten sinceramente a Dios tienen un deseo genuino de alcanzar el objetivo y un constante interés en seguir por el camino recto. También quieren renovar su pacto con Jehová (v. 5b): *«Venid y juntémonos a Jehová con pacto eterno que jamás se ponga en olvido».*

(B) Su caso actual es presentado como muy lamentable y como que lo ha sido por mucho tiempo (v. 6): *«Ovejas perdidas era mi pueblo; sus pastores las hicieron errar, por los montes las descarriaron, etc.».* Estas frases admiten dos sentidos, según el rabino Freedman: (a) Iban de una parte a otra en busca de instrucción y dirección sin líderes de confianza. (b) Iban de idolatría en idolatría, la cual se practicaba con la mayor frecuencia en los lugares altos. Así les ha pasado como a toda oveja descarriada: *«Todos* (v. 7) *los que las hallaban, las devoraban»,* y además creían que no cometían nigún desafuero (comp. con 40:3): *«No pecamos, porque ellos pecaron contra Jehová».* Lo cual recuerda el famoso dicho español: «El que roba a un ladrón, tiene cien años de perdón». Pensaban que Israel estaba dejado de la mano de Dios y, por eso, que no era culpable quien abusara de él, pues merecía sufrir tales cosas.

(C) El profeta los ve en tan miserable condición que, ante el anuncio de la caída de Babilonia, les exhorta a que escapen hacia su patria los primeros, tan pronto como se abra la puerta de la libertad (v. 8), *como los machos cabríos que van delante del rebaño,* los cuales se abren paso los primeros tan pronto como se abre la puerta del redil. La vuelta a Sion bien merece un esfuerzo especial por parte de los que un lejano día fueron arrancados de la ciudad santa.

Versículos 9–20

En nombre de Dios, el profeta prosigue ahora en su controversia con Babilonia.

1. La comisión y el encargo que se da a los instrumentos de Dios que van a ser empleados en la destrucción de Babilonia. El ejército que va a llevar a cabo esta obra es llamado (v. 9) *«una confederación de grandes pueblos de la tierra del norte»,* es decir, los medos y los persas, con sus aliados y auxiliares, que se enumeran en 51:27, 28. Dios es el que *los hace despertar y subir contra Babilonia,* aptos para el servicio que les va a encomendar, para que *se pongan en plan de batalla* (v. 14) *contra Babilonia alrededor. «Tirad contra ella, no escatiméis las saetas, porque pecó contra Jehová»,* les dice (v. 14b). De inmediato ve la ciudad ya rendida (v. 15): *«Gritad contra ella en derredor; se rindió».* Sorprendida cuando no esperaba ningún ataque y se creía segura, *los gritos de guerra* del enemigo la han aturdido más todavía y, sin ofrecer mucha resistencia, *ha capitulado.*

2. La desolación y destrucción que le van a sobrevenir a Babilonia se describen con gran variedad de expresiones. (A) Las riquezas de Babilonia van a ser fácil y rica presa para los conquistadores (v. 10). (B) El país quedará despoblado y no volverá a ser habitado (v. 13); el lenguaje de este versículo 13 se parece al de 18:16, donde es aplicado a Judá. (C) La *madre* (v. 12) de los caldeos, es decir, la capital del reino (Babilonia) quedará llena de confusión cuando se vea abandonada de sus hijos. (D) Los grandes admiradores de Babilonia la verán hecha despreciable (v. 12b): «*… la última de las naciones, desierto, sequedal y páramo».* La gran ciudad, cabeza del imperio más poderoso de la tierra, quedará completamente arruinada. (E) Para que la desolación sea completa, no quedará allí nadie (v. 16) que cuide de los campos: *«cada uno* (las mismas frases de Is. 13:14) *volverá el rostro hacia su pueblo, cada uno huirá hacia su tierra».* Todos los extranjeros que residan en el país se apresurarán a salir de él y a encaminarse cada uno a sus respectivos países de origen.

3. La causa de esta destrucción. Se debe al desagrado de Dios (v. 13): *«A causa de la ira de Jehová no será habitada».* Y la ira de Dios es justa, *porque* (v. 14) ella *pecó contra Jehová.* Lo que ellos hicieron contra Jerusalén lo hicieron con deleite (v. 11). Cuando Tito destruyó Jerusalén, dicen que lloró sobre ella, pero cuando estos caldeos la destruyeron, *se alegraron* contra ella. Hicieron uso de los despojos de la ciudad santa para dar pábulo a su propio lujo, orgullo y comodidad. Pero los que de este modo se tragan las riquezas de otros, tendrán que vomitarlas un día (v. 15, al final): *«haced con ella como ella hizo».* No se contentaban con menos que con la ruina total del pueblo de Dios. Israel era ya *rebaño dispersado* (v. 17, comp. con v. 6), y no son sólo los perros los que le ladran y le molestan, sino que hasta *los leones lo dispersaron* (comp. con 2:15). Un rey de Asiria se llevó las diez tribus del norte y las devoró; otro invadió Judá y lo empobreció, hasta arrancarles lana y piel a estas pobres ovejas; ahora, este rey de Babilonia ha caído sobre él y *le ha quebrado los huesos* (v. 17, al final). Por tanto, el rey de Babilonia tiene que ser castigado (v. 18) como fue castigado el rey de Asiria.

4. La misericordia prometida al Israel de Dios. Serán libertados de su servidumbre y *traídos de nuevo a su pastizal* (v. 19), como ovejas que estaban dispersas y han vuelto a ser recogidas en su propio redil. Dios les restaurará la prosperidad: no sólo vivirán, sino que vivirán cómodamente, de nuevo en su tierra, pues (v. 19b) *«pacerá en el Carmel y en Basán,* las regiones más ricas y fructíferas del país». Ellos *buscarán a Jehová su Dios* (v. 4, al final) y *preguntarán acerca de Sion* (v. 5), donde podrán adorar y servir a su Dios; esto era lo que más les atraía para volver a su patria; pero Dios los traerá al Carmel y a Basán, donde podrán alimentarse con abundancia. La raíz de esta prosperidad está expresada en el versículo 20: *«En aquellos días y en aquel tiempo, dice Jehová, la maldad de Israel será buscada y no aparecerá».* No sólo habrá desaparecido la pena, el castigo que merecieron por sus pecados, sino también la culpa que mereció tal castigo. ¿Por qué? *«Porque* (v. 20, al final) *perdonaré a los que yo haya dejado como remanente.»* Esto demuestra, una vez más, que, *cuando Dios perdona el pecado, también se olvida de él* (31:34, al final). Esto debe incluir una completa reforma en el corazón y en la conducta, junto con

esa total y definitiva remisión de los pecados. Aquellos a quienes Dios les perdona los pecados, también los reserva para algo muy grande, pues, *a los que justificó, a éstos también glorificó* (Ro. 8:30b).

Versículos 21–32

1. Se pasa revista a las fuerzas que tienen la comisión de destruir Babilonia. Son convocadas las tropas de Ciro para subir contra ella (v. 21). Se mencionan dos localidades, en las que el autor sagrado juega con los nombres: *Meratáyim,* que significa «doble rebelión», corresponde a una población llamada, en acadio, *Mat Marratim* (según la llama Freedman; Asensio la llama *nar marratim); y Pecod,* que significa «visitación», corresponde al acadio Puqudu. Se convoca a todos, porque para todos habrá trabajo y pago (v. 26); pero, en especial, a los *arqueros o flecheros* (v. 29), pues Dios *abrió su arsenal* (v. 25) y *sacó las armas de su furor*. Media y Persia son ahora la armería de Dios y de allí saca las armas de su furor: las tropas de Ciro.

2. Se les dan instrucciones de lo que tienen que hacer (v. 21): *Han de abrir los almacenes de Babilonia* (v. 26) y *apilarla como montones* (lit.), lo cual puede entenderse de dos maneras: (A) Apilar sus tesoros (lo que saquen de los almacenes o, mejor, graneros) en un montón para llevárselos. (B) Apilar todo lo que tiene para destruirlo. Sus jóvenes guerreros (*«sus novillos»*—v. 27—) *han de ir al matadero* (comp. con Is. 34:7) como reses, más bien que como hombres de guerra en el campo de batalla.

3. A los atacantes se les dan seguridades de éxito. Que hagan como Dios les manda, y tendrán éxito completo en llevar a cabo lo que Dios amenaza. Ciro vencerá sin duda alguna, pues está luchando a las órdenes de Dios.

4. Se declaran los motivos de esta severidad con que Dios trata a Babilonia:

(A) Babilonia ha sido muy molesta, vejatoria e injuriosa con todos sus vecinos; ha sido (v. 23) *«el martillo de toda la tierra»,* pues ha quebrantado a todas las naciones. Pero el Dios de todas las naciones afirmará los lesionados derechos de éstas, tarde o temprano, contra los que injusta y violentamente las han invadido.

(B) Babilonia ha desafiado al mismo Dios (v. 24, al final): *«te sublevaste contra Jehová».* Una traducción más literal sería: «Te *has puesto a litigar* (ante los tribunales o en el campo de batalla) *con Jehová,* pero eso ha sido un *lazo, del que no te diste cuenta* (v. 24a)».

(C) Babilonia arruinó a Jerusalén, la ciudad santa, y su santuario (v. 28), los cuales fueron reducidos a cenizas por Nabucodonosor. Por eso, a su castigo se le llama (v. 28, al final) *la venganza de su templo.* Tanto más cuanto que, además de incendiar el templo, el rey caldeo se había llevado a Babilonia todos los utensilios sagrados del santuario. El *martillo de toda la tierra* (v. 23) tenía que pagar muy cara la forma como trató a la *hermosa* Sion, que era *la alabanza y el gozo de toda la tierra* (Lm. 2:15).

(D) Babilonia ha sido arrogante e insolente y, por tanto, debe ser abatida (comp. con Job 40:12). Su caída no se deberá tanto al esfuerzo que hagan otros en tirarla como a su propio derrumbamiento, pues llevan siempre la cabeza tan alta que nunca se percatan de lo que tienen debajo de los pies.

Versículos 33–46

1. Sufrimientos de Israel, y la liberación de tales padecimientos (v. 33): *«Oprimidos fueron los hijos de Israel y los hijos de Judá juntamente».* Los que quedaron de los cautivos de las diez tribus se mezclaron, al parecer, con los de las dos tribus, al unirse los reinos de Asiria y Caldea, con lo que *fueron oprimidos juntamente.* Pero tienen un consuelo en medio de su aflicción y es que, aunque ellos sean débiles, su *Redentor es poderoso* (v. 34), pues es el propio *Jehová de las huestes,* y Él hará honor a Su nombre de *Vengador de la sangre* (ya que eso entra dentro del oficio del hebreo *goel)* para todos los que dependen de Él para su liberación y vindicación; *«de cierto abogará la causa de ellos para hacer reposar la tierra,* la tierra de Emanuel, a fin de que no vuelvan a ser molestados por sus vecinos». Esto es aplicable a todos los creyentes, que gimen bajo el peso del pecado y de la corrupción, así como de su propia debilidad. Que sepan que su *Redentor es fuerte,* capaz de guardar a todos los que a Él se encomiendan. El pecado no tendrá dominio sobre ellos, porque no están bajo la ley, sino en la gracia; Él *los hará libres, y* serán *libres de verdad; les dará reposo, el reposo que queda para los hijos de Dios.*

2. El pecado de Babilonia, y el castigo por ese pecado.

(A) Los pecados de que se les acusa son la idolatría y la persecución del pueblo de Dios. (a) Han oprimido a Israel (v. 33b): *«los tomaron cautivos, los retuvieron; se negaban a soltarlos»* (comp. con Is. 14:17: *«a sus presos nunca abrió la cárcel»).* (b) Han injuriado también a Dios y le han robado, y dado a otros la gloria que debe darse únicamente a Él; pues (v. 38) *«es tierra de ídolos y se entontecen con imágenes de horror»*. El vocablo hebreo para *ídolos* es *phesilim*, imágenes de talla, y el que se usa para *imágenes de horror* es *emim*, nombre aplicado también a gigantes que daban mucho miedo; estos ídolos son llamados aquí *cosas de horror* (lit.) «por el terror que imponía su aspecto grotesco» (Freedman).

(B) Los juicios de Dios por esos pecados serán tan severos que los arruinarán por completo.

(a) Todo lo que habría de ser para su defensa y sostén será cortado por la espada. Los caldeos habían sido por mucho tiempo la espada de Dios, con la que Jehová había desfogado su ira contra las naciones de alrededor; pero ahora, al ser los caldeos tan malos como los demás o peores que todos los demás, viene sobre ellos una *espada* (v. 35), la espada de la guerra y, en manos de Dios, la espada de la justicia. Viene (v. 35b) *contra los moradores de Babilonia, contra sus príncipes y contra sus sabios.* Sus filósofos, sus estadistas y consejeros privados no podrán hacer nada para detener el castigo. El texto hebreo dice, en el versículo 36, *baddim*, charlatanes o jactanciosos (lo mismo que en Is. 44:25), en lugar del *baddeha*, adivinos, de la Vulgata y de la versión siríaca. De hecho se refiere a los adivinos, en cuanto que éstos «le aseguraban a Babilonia un dominio permanente» (Freedman), con lo que resultaban unos insensatos al engañar a otros y al engañarse a sí mismos.

(b) La espada de la guerra caerá también *contra los más valientes* (v. 36b) y *desmayarán,* cobardearán sin mostrar ningún signo de su antigua valentía. Igualmente caerá (v. 37) *contra los caballos y los carros,* pues serán destrozados en la batalla o caerán en manos de los invasores, y *contra la mezcolanza de gentes que hay en medio de ella,* es decir, las tropas asalariadas de otras naciones al servicio de Babilonia o, quizás, «los mercaderes o mercenarios extranjeros (cf. 25:20)» (Freedman). Toda esta gente se portará cobardemente, como débiles *mujeres.* Finalmente, la *espada* caerá *contra sus tesoros* (v. 37, al final), que son la base de intendencia de la guerra y el atractivo de los conquistadores, y *serán saqueados,* botín para beneficio del enemigo. Nada menos que cinco veces en tres versículos (35–37) se lee en el hebreo la expresión *jéreb el, espada contra …* Y todavía la versión siríaca tiene *jéreb,* espada, en la primera palabra del versículo 38, en lugar de *jóreb*, sequedad, del texto masorético.

(c) El país quedará desolado (v. 38): *«Sequedad contra* (hebr. *el*, la misma preposición de los versículos anteriores) *sus aguas y se secarán»*. La prosperidad de Babilonia dependía de estas aguas, así como el suministro de riego y de agua potable para la ciudad. Ciro desvió el río Éufrates en varios canales, de forma que fuese fácil para su ejército llegar a los muros de la ciudad, que se consideraban inaccesibles precisamente por la protección que esas aguas les brindaban. La ciudad se convertirá en *morada de hienas y chacales, etc.* (v. 39, comp. con Is. 13:19–22).

(d) El rey de Babilonia, juntamente con su reino, serán puestos en la mayor confusión y consternación por los enemigos que los invadirán (vv. 41–43). Los que se portan cruelmente, sin muestras de compasión, han de esperar ser tratados también con crueldad, sin hallar misericordia.

(e) El invasor *vendrá como un león* (v. 44) a desgarrar y destruir, y dejará la tierra completamente asolada (v. 45); la desolación será tan terrible y asombrosa, que todas las naciones quedarán aterrorizadas (v. 46). Estos tres versículos repiten, casi a la letra, lo que ya vimos antes (49:19–21) en la profecía de la destrucción de Edom a manos de los caldeos, y la vemos ahora repetida en la destrucción de los caldeos a manos de los medos y los persas.

CAPÍTULO 51

Continúa en este capítulo la profecía de la destrucción de Babilonia, de la que daban testimonio también otros profetas. Aquí tenemos: I. El relato de la sentencia de Babilonia, con detalles particulares que agravaban su caída, y de los ánimos que aquí se dan al pueblo de Dios, que tan cruelmente había sido oprimido por ella (vv. 1–58). II. La ratificación de la sentencia contra Babilonia mediante el gesto simbólico de echar en el río Éufrates una copia de esta profecía (vv. 59–64).

Versículos 1–58

1. Reconocimiento de la gran pompa y del poder que Babilonia había disfrutado, y el uso que Dios, en su Providencia, había hecho de eso (v. 7): *«Copa de oro fue Babilonia en la mano de Jehová,* un imperio rico y poderoso, la *cabeza de oro* de Daniel 2:38 (comp. con 25:15 y ss.)». *En mano de Jehová,* porque Babilonia fue instrumento con que Dios castigó a muchas otras naciones. *Mazo* de guerra (v. 20) con que *quebrantar* a diestro y siniestro. En la Biblia Hebrea impresiona ver, formando una columna al comienzo de cada renglón, nueve veces repetido (vv. 20–23), el vocablo *wenipatstí («y quebrantaré con mazo»*—en imperfecto, por el *waw* conversivo, que cambia los tiempos—). Nada de lo que hay de provechoso en otras naciones se libra de estos *mazazos* de Dios por medio de Babilonia: *caballos y jinetes, carros y aurigas, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, donceles y doncellas, pastores y rebaños, labradores y sus yuntas, gobernadores y magistrados.* Tal es el desastre que los caldeos han causado cuando Dios los ha usado como instrumentos de Su ira para castigar a las otras naciones. Ahora les va a tocar a ellos.

2. El cargo que se le hace a Babilonia en el versículo 9 es que se ha hecho incorregible: *«Hemos intentado curar a Babilonia y no ha sanado»*. ¿Quién dice esas palabras? Como en otras ocasiones, es probable que Peake (citado por Freedman) esté en lo cierto cuando comenta: «Debemos suponer que los que así hablan son extranjeros residentes en Babilonia, no los cautivos, puesto que estos últimos celebrarían con gozo la caída del opresor. Responden a la irónica invitación del versículo 8». Con todo, no es de despreciar la opinión de M. Henry, quien ve aquí un intento de Israel de sanar la idolatría de Babilonia, convenciéndoles de la inutilidad de sus falsos dioses (10:11), tanto más cuanto que este último versículo que acabamos de citar ¡está en arameo!, como para testimonio a los babilonios en una lengua que todos podían entender.

3. Otro cargo que se le hace es su inveterada malignidad contra Israel. Las demás naciones habían sido tratadas igualmente con crueldad por los caldeos, pero es Israel la que acude a su Dios a quejarse del trato que Babilonia le ha dado y le pide que caiga sobre Babilonia toda la violencia que Israel ha sufrido de manos de los caldeos (vv. 34, 35). Los detalles del versículo 34 son muy gráficos. Únicamente el último vocablo (hebr. *hedijaniw*—con el *waw* puntuado como incierto—) resulta oscuro; las versiones varían entre el *«me echó fuera»* (RV 1960), o expresiones parecidas, y el *«me dejó sin nada»* (RV 1977), que parece más probable (lit. *me limpió del todo,* me lavó hasta dejarme limpia), figura que aparece en otros lugares del Antiguo Testamento. Comenta Freedman: *«Me ha lavado limpia.* Ha hecho una limpieza general de mis posesiones, dejándome sin nada».

4. La sentencia que, ante esta apelación de Israel, pronuncia el justo Juez de cielos y tierra a favor de Su pueblo y contra Babilonia. Responde (v. 36): *«He aquí que yo abogo por tu causa;* déjamela a mí y, a su debido tiempo, yo la patrocinaré, la defenderé y *haré venganza* por ti; de cada gota de la sangre de Jerusalén se pedirá cuenta con todo interés». Dios trata a Israel mejor de lo que se merece y, a pesar de sus iniquidades y de las severidades de Dios, *Israel no está desamparado.* Dios es todavía su Dios y actuará a favor de él como *Jehová de las huestes,* un Dios poderoso. *Jehová, Dios de retribuciones* (v. 56, al final), *de cierto da la paga.* Él *pagará* (v. 24) *a Babilonia y a todos los moradores de Caldea, todo el mal que ellos hicieron en Sion.* Ciro medirá a los caldeos con la misma medida con que los caldeos midieron a los judíos. Los hijos de Sion saldrán triunfantes y podrán decir (v. 10): *«Jehová hizo patente nuestra justicia; venid y contemos en Sion la obra de Jehová nuestro Dios»*.

5. Una declaración de la soberanía de Dios al defender la causa de Sion y tomar a su cargo el pedir cuentas a este orgulloso y poderoso enemigo (v. 14): «*Yo te llenaré de hombres como de langostas y levantarán contra ti gritos de victoria* (hebr. *heidad*, "el *hurra de* victoria"—Asensio—). Dios llenará Babilonia de un número tan grande de fuerzas enemigas, que serán como una enorme plaga de langostas. Pero, ¿quién es el que puede hacer añicos un imperio tan poderoso como el de Babilonia? El profeta se refiere a Él con base en la descripción que de Él había hecho en 10:12–16, y la repite aquí para mostrar que Dios ha de convencer por medio de Sus juicios a los que no se dejan convencer por Su palabra, de que es *Dios sobre todos.* En efecto:

(A) Él es el Dios que creó el Universo (v. 15): *«El que hizo la tierra con Su poder, el que afianzó el mundo con Su sabiduría, y extendió los cielos con Su inteligencia»* (v. el comentario a 10:12 y ss.).

(B) Él gobierna y controla todas las criaturas que ha hecho (v. 26). Su providencia es una continua creación.

(C) Los ídolos (vv. 17, 18) que se oponen al cumplimiento de la palabra de Jehová son *una falsedad, no tienen aliento; son una cosa vana, obra digna de burla, sus adoradores están embrutecidos,* son, en realidad, peores que las bestias, y *sus orfebres quedan avergonzados* cuando el poder de sus obras es puesto a prueba y resulta que no sirven para nada, pues no pueden ayudar ni proteger.

(D) Pero el Dios de Israel no es como esos ídolos (v. 19): *«No es como ellos la porción de Jacob* (v. el comentario a 10:16). El Dios que habla de este modo y cumple lo que habla *es el Formador de todo … Jehová de las huestes es Su nombre; y* hay una relación muy estrecha entre Él y Su pueblo, porque Él es *la porción de Israel, e Israel es la tribu de Su herencia».*

6. Una descripción de los instrumentos que han de emplearse en este servicio (v. 11): *«Jehová ha despertado el espíritu de los reyes de Media,* Darío y Ciro, que vendrán contra Babilonia por instigación de Dios, *porque contra Babilonia es su estrategia para destruirla».* Los que son empleados por Dios contra Babilonia son comparados (v. 1) a *un viento destructor* que, o con su frío helador congela los frutos de la tierra, o con su fiero empuje los abate y los arrastra. Este viento *es sacado de los depósitos de Dios* (v. 16), *viento* (v. 1) *destructor y aventador* (v. 2) *contra Babilonia y contra los habitantes de Leb-Camay.* El hebreo *Leb qamay* significa «el corazón de los que se levantan contra mí», pero aquí es, como *Sheshak* en 25:26, un vocablo críptico que designa *Cashdim* (Caldea). Los extranjeros que aventarán a los caldeos (v. 2) son comparados al bieldo con que los labradores separan el grano de la paja. Los caldeos serán arrastrados por el viento (comp. con Sal. 1:4), de la misma manera que ellos han servido de bieldo para aventar el pueblo de Dios (15:7).

7. Se les da amplia comisión a los conquistadores de Babilonia para que destruyan el ejército caldeo (v. 3). La primera parte de este versículo 3 resulta difícil, ya que parece contradecir a la segunda. Los autores de la obra *Search the Scriptures* y otros exegetas entienden la primera parte como dirigida a los defensores de Babilonia para advertirles que toda defensa será inútil. Cuentan con el apoyo de muchos MSS que leen *el* (contra) en lugar de *al* (no), pero la construcción gramatical no admite otra partícula que *al,* conforme a la lectura de bastantes MSS. Además, la segunda parte del versículo va dirigida obviamente a los atacantes; luego también la primera debe referirse a ellos. «La mejor solución es la propuesta por Ehrlich, quien acepta la lectura *al y* entiende todo el versículo como dirigido al ejército sitiador, y lo conecta con el versículo 5: *No entese su arco el arquero ni se vista de su cota de malla;* no tendréis necesidad de luchar porque (según se declara en el v. 5) Dios acude a rescatar a Israel; *no perdonéis a sus jóvenes,* porque (según se declara en el v. 5) *la tierra de ellos* (los caldeos) *está llena de culpa»* (Freedman).

8. Se convoca (vv. 27, 28) a que se hagan todos los preparativos necesarios para esta empresa. Hay que *alzar bandera* (v. 27) para reunir a las naciones que van a participar en el ataque contra Babilonia. Hay que *tocar la trompeta* para dar las señales convenientes antes de, y durante, la batalla. Para esta lucha deben reclutar las naciones lo mejor de sus hombres aptos para la guerra, lo mejor de sus jinetes y de sus cabalgaduras: *los reinos de Araraty de Miní,* en Armenia, y *de Askenaz,* no lejos de los dos anteriores (Gn. 10:3); *haced subir caballos como langostas erizadas.* Dice Payne Smith (citado por Freedman): «El vocablo para *erizadas (samar)* describe a las langostas en la tercera fase de su desarrollo, cuando sus alas están envueltas en duras cápsulas córneas, adheridas a su espalda. Es en esta fase cuando son tan destructivas». Con esta figura se describe la desolación que los enemigos de Babilonia van a llevar a cabo contra ella (comp. con Jl. 1:4).

9. La debilidad de los caldeos y su impotencia para hacer frente al ataque que se les viene encima. Los versículo 11 y 12, contra la opinión de M. Henry, no van dirigidos «irónicamente» a las fuerzas caldeas, sino a las tropas atacantes, a quienes se exhorta a desempolvar las armas y llevar a cabo el ataque contra Babilonia (comp. con v. 27). Los caldeos (v. 30) *han dejado de pelear, se encerraron en sus fortines, les faltaron las fuerzas, se volvieron como mujeres.* Dios se encargó de quitarles el coraje necesario para combatir y las fuerzas físicas para ello; con lo que el enemigo, al no hallar resistencia, pondrá fuego a la ciudad (vv. 30, 56–58). Todos los estamentos de la sociedad (v. 57) cobardearán del mismo modo. De nada les servirá *el muro ancho de Babilonia* (v. 58). Si el enemigo va a ser capaz de vadear el Éufrates, que era considerado intransitable, ¿acaso podrá ser considerado inexpugnable el muro de Babilonia, por ancho que sea? *¡Será derribado enteramente, y sus altas puertas serán quemadas a fuego!* (v. 58b).

10. La destrucción de Babilonia es segura. Está empeñado en ella el poder de Dios, al que nadie ni nada puede resistir (v. 8), aunque cuando Jeremías profetizó esto, y por muchos años después, Babilonia

estaba en el cenit de su poder y de su grandeza. Y es que, además de estar empeñado en esta destrucción el poder de Dios:

(A) Era una destrucción justa. Babilonia se la ha merecido, porque (v. 25) ha sido un *monte destructor de toda la tierra,* del mismo modo que las grandes rocas desprendidas de los montes quebrados echan a perder todo lo que hay bajo sus pies en muchos kilómetros a la redonda; pero ahora Dios (v. 25b) *lo hará rodar de las peñas y lo reducirá a monte quemado.* También ha sido Babilonia (v. 33) como una *era bien apisonada y* dispuesta para trillar a Israel, pero también a ella le llegará la hora de ser trillada (comp. con Is. 21:10; 41:15, 16; Mi. 4:13). *Mora entre muchas aguas y es rica en tesoros* (v. 13), pero le viene su fin (vv. 13b y ss.). *Correo tras correo, mensajero tras mensajero, vienen anunciándole al rey de Babilonia* (v. 31) *«que su ciudad es tomada por todas partes».* Por otro lado, es demasiado orgulloso como para negociar condiciones de paz. El corazón de los caldeos se endurece para su propia destrucción.

(B) Era una destrucción repentina. El propio rey (Nabonido) de Caldea estaba a tal distancia de la ciudad que se enteró de su caída cuando todavía estaba lejos de ella. Las noticias que llegaban eran terribles (v. 32): *«Los vados fueron tomados, los baluartes quemados a fuego, y se consternaron los hombres de guerra».* El versículo 39 (comp. con Dn. 5:30) parece aludir al banquete profano y sacrílego que celebraban a la misma hora en que la ciudad era tomada. Mientras calientes por el vino, *rugen como leones, todos a una* (v. 38), *Jehová los va a embriagar* (v. 39) con el cáliz de Su ira. Han pasado de mano en mano las copas del licor; ahora *se vuelve hacia ellos el cáliz de la mano derecha de Jehová* (Hab. 2:15, 16). Ya pueden ponerse tan alegres como deseen, pues (Dn. 5:30), *«aquella misma noche fue muerto Belsasar, rey de los caldeos».* La fuerza de los enemigos es comparada aquí a una gran inundación (v. 42): *«Subió el mar sobre Babilonia; fue cubierta de la multitud de sus olas»,* sobrepujada por un enorme ejército que la devasta (v. 43): *«Sus ciudades han quedado hechas una desolación, tierra seca y desierto»;* un desierto deshabitado y sin cultivar.

(C) Era una destrucción que había de alcanzar a los dioses de Babilonia, a los ídolos y a sus imágenes. «En señal de que *toda la tierra* (v. 47) *será avergonzada y todos sus muertos caerán en medio de ella,* Dios *castigará los ídolos de Babilonia.* Este *castigo-visitación de los ídolos* se repite en el versículo 52, mientras *en toda su tierra gemirán los heridos* (v. 52b). Pero el primer ídolo castigado por Dios será el principal dios que los babilonios adoraban por eso, su nombre se menciona el primero, pues será el primero en el castigo (v. 44): «*Y castigaré a Bel*—dice Dios—*en Babilonia, y sacaré de su boca lo que se ha tragado»,* esto es, todo lo que los babilonios han consagrado en sacrificios a su dios, después de despojar a las naciones que han conquistado. Los ídolos serán destruidos cuando Babilonia sea reducida a montones (v. 37) y a perpetuo asolamiento (v. 26, al final); una desolación tal que ni siquiera las piedras de sus antiguos edificios *serán tomadas* (v. 26) *para piedras de esquina ni para cimiento.* Esto no es de extrañar por cuanto, al ser incendiada la ciudad, sus piedras quedarán calcinadas y, por tanto, inservibles para cualquier construcción.

11. Viene ahora un llamamiento de Dios a Su pueblo para que salga de Babilonia. *«Huid de en medio de Babilonia, y librad cada uno su vida»* (v. 6). Es una medida obvia de prudencia el abandonar la ciudad cuando se aproxima la ruina. Y de nuevo (v. 45, comp. con 50:8; Is. 48:20; Ap. 18:4): *«Salid de en medio de ella, pueblo mío, etc.».* Los que no disponen de gracia suficiente para guardar su temple durante la tentación, deben tener la prudencia suficiente para escabullirse lejos del camino de la tentación. Se les manda no detenerse; que el recuerdo de Jehová y de Jerusalén les espolee a escapar (v. 50): *«Los que escapasteis de la espada* de los caldeos, vuestros opresores, y de la espada de los persas, sus destructores, *no os detengáis,* daos prisa en salir y daos prisa en llegar; *acordaos desde lejos de Jehová, y que Jerusalén os venga en mientes;* daos prisa en llegar a Canaán, pues es la tierra prometida, la tierra de vuestro descanso; Babilonia no lo es; no es lugar de promesa y de descanso, sino de maldición y de confusión, *de espanto y burla* (v. 37, al final)».

12. Los israelitas habían sufrido primero la afrenta a manos de los caldeos. El mero recuerdo de Jerusalén (v. 50, al final) hace que los cautivos (v. 51) confiesen su vergüenza ante la afrenta que los caldeos infirieron a la casa de Dios: *«Estamos avergonzados, porque oímos la afrenta; la confusión cubrió nuestros rostros, porque penetraron extranjeros hasta los santuarios de la casa de Jehová.* El templo ha sido profanado, ¿cómo podemos pensar en él con placer?» A esto responde Dios en los versículos 52, 53 que ahora va a castigar y destruir los dioses de Babilonia y, de este modo, aquella afrenta quedará por siempre resarcida.

13. Los diversos sentimientos suscitados por la caída de Babilonia. (A) Algunos se lamentarán de la destrucción de la ciudad (v. 41): *«¡Cómo fue apresada Sesac* (nombre críptico de Babilonia—v. 25:26—), *y fue tomada la que era alabada por toda la tierra!, etc.»*. En cambio, los versículos 54 y 55 (contra la opinión de M. Henry) no reflejan los sentimientos de los amigos o admiradores de Babilonia, sino que «con mayor probabilidad, se refieren al tumulto del enemigo atacante, que ahogará el ruido del interior de la ciudad sentenciada» (Freedman). (B) Muchos más se alegrarán de la caída de Babilonia (v. 48); los buenos se gozarán de ello, no por la terrible destrucción que se cierne sobre unos semejantes, criaturas de Dios como nosotros, sino como una manifestación del justo juicio de Dios y porque abre las puertas para la liberación de los cautivos de Jehová.

Versículos 59–64

1. Se saca una copia de esta profecía; al parecer, por mano del propio Jeremías, puesto que su secretario Baruc no se menciona aquí (v. 60): *«Escribió, pues, Jeremías en un libro* (es decir, en un rollo) *todo el mal que había de venir sobre Babilonia»*.

2. Es enviado a Babilonia, a los cautivos, por manos de Seraías (v. 59), que fue a Babilonia como asistente de Sedequías, *en el cuarto año de su reinado.* De Seraías se dice aquí (v. 59, al final) que era *«el príncipe de alojamiento»* (lit.) del rey, o «camarlengo», como dice Asensio. Pero, como el hebreo *menujah* «en 1 Reyes 8:56 y 1 Crónicas 22:9, significa lo contrario de guerra, Seraías podría ser descrito aquí como el jefe del partido que abogaba en Judea por la paz» (Freedman, cita esto como una ingeniosa interpretación de Ehrlich). También advierte Freedman, al conectar la frase *«hijo de Nerías»* del versículo 59 con 32:12, que «Seraías era, por tanto, hermano de Baruc». Al ser hombre de calma, no de guerra, bien hacía Jeremías en comisionar a Seraías para este asunto tan delicado.

3. Se desea que Seraías lo lea a sus compatriotas que han marchado ya al cautiverio (v. 61): *«Cuando llegues a Babilonia, verás y leerás todas las palabras estas* (lit.), esto es, *mirarás en el rollo y lo leerás»*. Comenta Freedman: «La lectura no podía hacerse en público porque esto habría sido una cosa muy peligrosa; tenía que leerlo a solas o a unos pocos líderes de los judíos en Babilonia».

4. Se le instruye para que de solemne testimonio de la autoridad y de la certeza divinas de lo que acaba de leer (v. 63). Aunque Seraías vea Babilonia floreciente, después de leer esta profecía verá Babilonia decadente; más aún, como cae para no levantarse. Cuando vemos lo que es este mundo, cuán brillantes son sus alardes de poder, de honor, de riqueza, de placer y de diversiones, y cuán lisonjeras son sus propuestas, leamos en el libro de Dios que *«la apariencia de este mundo se pasa»* (1 Co. 7:31) y entonces aprenderemos a mirarlo con santo menosprecio.

5. Después, Seraías tiene que *atarle una piedra al rollo* (v. 63) y *echarlo en medio del río Éufrates,* como una señal corroboradora de las cosas contenidas en él, ha de decir (v. 64): *«Así se hundirá Babilonia y no se levantará más, etc.»*. (comp. con el v. 53). En la señal, fue la piedra la que hundió al rollo o libro. Pero en la cosa significada, fue más bien el libro el que hundió a la piedra, pues fue la sentencia de Dios contra Babilonia en esta profecía la que hundió aquella ciudad que parecía más firme que una piedra.

6. Las últimas palabras del capítulo sellan la visión y la profecía de este libro (v. 64, al final): *«Hasta aquí son las palabras de Jeremías»*. Dice Freedman: «Esto insinúa que el capítulo siguiente no es de la mano de Jeremías. Está tomado ampliamente de 2 Reyes 24:18–25:30». Esta profecía estaba fechada *en el cuarto año del reinado de Sedequías* (v. 59), mucho antes de que el profeta terminase su testimonio, pero había de ser la última en cumplirse de todas sus profecías *acerca de las naciones* (46:1).

7. Queda por observar un detalle extraño. Leemos en el versículo 59b que Seraías, en la comisión que acabamos de estudiar, *iba con Sedequías, rey de Judá, a Babilonia, etc.* Comenta Freedman: «Esta visita de Sedequías no está registrada en ninguna otra parte. Es posible que fuese a rendir homenaje a Nabucodonosor para sacudir de sí mismo la sospecha de estar implicado en la sublevación que se estaba fraguando». Asensio, por su parte, dice: «Sabemos que el último rey de Judá había enviado una embajada a Nabucodonosor (29:3), pero no se tiene noticia alguna sobre un viaje personal de Sedequías a Babilonia; con todo, dada la situación comprometida en que se encontraba respecto a Nabucodonosor (caps. 27, 28), tal viaje no aparece como imposible».

CAPÍTULO 52

La historia es el mejor expositor de la profecía, y, por consiguiente, para mejor entender las profecías que refieren la destrucción de Jerusalén y del reino de Judá, tenemos aquí un relato adicional, pues leemos aquí casi lo mismo que en 2 Reyes 24 y 25; pero el asunto se repite aquí para que sirva como de introducción luminosa al libro de Lamentaciones. I. El mal reinado de Sedequías (vv. 1–3). II. El asedio y la toma de Jerusalén por los caldeos (vv. 4–7). III. La severidad con que fueron tratados Sedequías y los príncipes (vv. 8–11). IV. La destrucción del templo y de la ciudad (vv. 12–14). V. El cautiverio del pueblo (vv. 15, 16) y las cifras de los que fueron deportados (vv. 28–30). VI. El traslado del botín del templo (vv. 17–23). VII. La matanza de los sacerdotes y de otros hombres notables (vv. 24–27). VIII. Los mejores días que el rey Joaquín (llamado Jeconías o Conías en la profecía de Jeremías) pudo ver, hasta el final de su vida, después de la muerte de Nabucodonosor (vv. 31–34).

Versículos 1–11

Esta narración empieza en el comienzo del reinado de Sedequías, aunque hubo antes dos deportaciones, una en el cuarto año de Joacim, y otra en el primero de Jeconías. Vemos:

1. El justo desagrado de Dios contra Judá y Jerusalén por su pecado (v. 3). Determinó *arrojarlos de su presencia.* Los expulsó de aquella buena tierra que había tenido tales señales de Su presencia en la magnanimidad de Su providencia, y de aquella ciudad santa y del templo que tantas señales había tenido de Su presencia en Su gracia y en Su amor pactados.

2. La mala conducta de Sedequías, por la que le castigó Dios. Este rey había llegado a una edad de discreción cuando subió al trono, pues *tenía veintiún años* (v. 1); no fue el peor de los reyes de Judá (nunca leemos que fuese idólatra); sin embargo (v. 2), *hizo lo que es malo ante los ojos de Jehová,* pues no hizo el bien que debería haber hecho. El mal que hizo y que aceleró esta destrucción fue (v. 3, al final) que *«se rebeló contra el rey de Babilonia».* Fue un pecado y una insensatez, que le arruinaron a él y a su pueblo. Dios se disgustó mucho con él por su conducta traicionera contra el rey de Babilonia (Ez. 17:15 y ss.).

3. Los caldeos se apoderaron de Jerusalén después de 18 meses de asedio. En recuerdo de dos pasos hacia esa ruina, cuando estaban en el exilio, guardaban *un ayuno en el mes cuarto, y otro ayuno en el décimo* (v. Zac. 8:19); el del *quinto mes* era en recuerdo del incendio del templo, y el del *séptimo* en recuerdo del asesinato de Gedalías. Las provisiones de alimento quedaron cortadas durante el asedio. A pesar de los constantes ataques, la guarnición rehusó rendirse, pero pronto (v. 6) *arreció el hambre en la ciudad, hasta no haber pan para la gente del pueblo,* por lo que no es de extrañar que (v. 7) *fuese abierta una brecha en el muro de la ciudad.* En estos casos, los muros no se sostienen por largo tiempo sin hombres, asi como los hombres tampoco pueden resistir por mucho tiempo sin muros; mucho menos pueden sostenerse hombres ni muros en forma alguna sin la protección de Dios.

4. El rey y sus hombres de guerra más importantes salieron *de noche* (v. 7b) de la ciudad, pero fueron alcanzados (v. 8) *en los llanos de Jericó, y todo su ejército se dispersó de su lado.*

5. La sentencia pronunciada por el rey de Babilonia contra Sedequías. Lo trató como a rebelde (vv. 9–11). *Sus hijos, y todos los jefes de Judá* (v. 10) *fueron degollados delante de sus ojos.* El rey caldeo le conservó los ojos el tiempo preciso para que pudiese presenciar estas macabras y horribles escenas. Después (v. 11), *le sacó los ojos a Sedequías y, encadenado, lo hizo llevar triunfalmente a Babilonia.* Condenado a cadena perpetua, pasó el resto de su vida en reclusión, oscuridad y miseria. Jeremías le había amonestado con frecuencia sobre lo que podía ocurrirle si no atendía a la voz de Dios, pero él rehusó seguir el consejo que le habría salvado la vida, y al pueblo le habría evitado la ruina.

Versículos 12–23

Un relato del terrible estrago que el ejército caldeo, bajo el mando de *Nabuzaradán* (v. 12), *capitán de la guardia,* llevó a cabo un mes después de la conquista de la ciudad.

1. Redujo a cenizas el templo, después de llevarse de allí todo cuanto era de algún valor material (v. 13): *«Quemó la casa de Jehová»,* aquel templo *santo y hermoso donde sus padres habían alabado a Dios* (Is. 64:11).

2. También quemó *la casa del rey,* el palacio real, probablemente el que Salomón había edificado después de construir el templo, y el cual fue, desde entonces, *la casa del rey.* Igualmente quemó *todas las casas de Jerusalén,* especialmente *todo edificio grande,* es decir, las mansiones de los ricos.

3. También (v. 14b) *«destruyó todos los muros de Jerusalén en derredor»,* para vengarse así del largo tiempo en que la ciudad le había resistido durante el asedio. De este modo, una ciudad bien defendida vino a ser una completa ruina (Is. 25:2).

4. *«Hizo deportar* (v. 15) … *a los más pobres del pueblo, y a toda la otra gente del pueblo que había quedado en la ciudad,* que no habían muerto en el ataque final, *a los desertores que se habían pasado al rey de Babilonia* con anterioridad». El hebreo dice gráficamente: «*y los caídos que cayeron hacia el rey de Babilonia».* La frase final de este versículo 15 añade que, además de todos los citados, se llevó también *a todo el resto de la multitud del pueblo,* los que no habían sucumbido a la espada, al hambre ni a la tentación de desertar. Todo esto hay que entenderlo de la gente que vivía en la ciudad, puesto que, de los que vivían en las aldeas, *«los pobres del país»* (v. 16), *dejó Nabuzaradán capitán de la guardia para viñadores y labradores».*

5. Los caldeos (v. 17) entraron a saco en el templo, y la casa de Dios fue objeto del pillaje, de la rapiña y del vandalismo. Todo lo que era de algún valor material fue transportado a Babilonia (vv. 17–23). Se llevaron incluso los utensilios de bronce. Cuando fueron demolidos los muros de la ciudad, fueron derribadas también las columnas del templo, en señal de que Dios, quien era la fuerza y la estabilidad de todas las instituciones judías, tanto civiles como religiosas, se había apartado de ellos. No hay muros que puedan proteger, ni columnas que puedan sostener, a aquellos de quienes Dios se retira. Estas columnas estaban allí para ornamento más que para sostén. Recordemos que sus respectivos nombres eran *Yaquín,* «él establecerá», y *Boaz,* «en él hay fuerza». Así que la rotura de estas columnas significaba que Dios no iba a establecer en adelante ese templo ni iba a ser su fuerza (vv. 21–23, comp. con 1 R. 7:15).

6. Todos los utensilios que pertenecían al altar de bronce fueron transportados, puesto que la iniquidad de Jerusalén, como la de la casa de Elí (1 S. 3:14), no había de ser purificada mediante sacrificio ni ofrenda. Se dice en el versículo 20, al final, que *«el bronce de todos estos utensilios (era) sin peso»* (lit.), es decir, era incalculable (comp. con 1 R. 7:47; 2 Cr. 4:18).

Versículos 24–30

Una narración muy triste:

1. De la matanza, a sangre fría, de algunos nobles en Riblá, en número de 72, conforme al número de los ancianos de Israel (Nm. 11:24 y ss.). Este relato está de acuerdo con 2 Reyes 25:18, 19, excepto en que los consejeros íntimos del rey eran *siete* (v. 25), mientras que en 2 Reyes 25:19 hallamos *cinco.* «Rashi conjetura que dos de estos siete hombres eran de menor importancia (cf. Est. 1:14, donde se ve que eran siete los hombres que ocupaban en la corte persa la posición a la que se alude aquí)» (Freedman). El Dr. Lightfoot, por su parte, piensa que el capitán de la guardia se llevó consigo siete de los consejeros del rey, pero que dos de ellos eran Jeremías y Ébed-mélec, quienes fueron indultados, por lo tanto fueron sólo cinco los que fueron ejecutados. *Seraías,* el sumo sacerdote (aunque aquí no se le llama así, sin duda lo era, como puede verse por 1 Cr. 5:29–40), va el primero en fila. El otro Seraías (51:59) era *«jefe del reposo»* (lit.), pero el Seraías sacerdote era tal vez un hombre turbulento, por lo que se había malquistado con el rey de Babilonia. Los líderes habían hecho que el pueblo errara, y ahora eran ellos objeto de la justicia divina.

2. Del cautiverio de los demás (v. 27, al final): *«Así Judá fue deportada de su tierra»* (comp. con Lv. 18:28). Aquí tenemos el relato:

(A) De dos deportaciones; una (v. 28), *en el séptimo año de Nabucodonosor* (598–597 a. de C.) y parece ser que duró hasta entrado el *octavo* (v. 2 R. 24:12); otra (v. 29), *en el año dieciocho de Nabucodonosor* (588–587 a. de C.), y parece ser que duró hasta el año *diecinueve* (v. 12, comp. con 2 R. 25:8).

(B) De una tercera deportación, no mencionada antes, que se llevó a cabo (v. 30) *el año veintitrés de Nabucodonosor* (582 a. de C.), cuatro años antes de la destrucción de Jerusalén. Es probable que esta

última deportación se llevase a cabo en venganza del asesinato de Gedalías, que constituyó otra rebelión contra el rey de Babilonia, y que se diese muerte a los que en ella fueron deportados.

(C) Del número de los que fueron llevados al cautiverio en cada una de estas deportaciones. Según el cómputo de Jeremías 52:28–30, en la primera deportación el número de los cautivos ascendió a 3.023 hombres; en la segunda, las personas deportadas fueron 832; y en la tercera, el capitán de la guardia se llevó cautivos a 745 de los hombres de Judá. El propio autor sagrado hace la suma (v. 30, al final): 4.600 personas. En 2 Reyes 24:14–16 aparecen cifras muy diferentes; por lo que se han buscado diversas soluciones, y ser la más plausible (apuntada tanto por Ryrie como por Freedman) la que sugiere que los 3.023 mencionados en la primera deportación son únicamente «los varones adultos» (Ryrie), «a los cuales se permitió que llevasen consigo a sus mujeres y a sus familias, lo que elevó el número a 10.000» (Freedman).

Versículos 31–34

Estos versículos repiten, casi al pie de la letra, la narración que tenemos en 2 Reyes 25:27–30, donde puede verse el comentario en el volumen correspondiente de los libros históricos, tomo 2, págs. 921–922. Una sola discrepancia se advierte entre ambas narraciones: En 2 Reyes 25:27 leemos que Evil-merodac alzó la cabeza de Joaquín a los veintisiete días del mes, mientras que en Jeremías 52:31 se dice que fue a los veinticinco días del mes. M. Henry opina que «es probable que la orden de soltarlo (a Joaquín) se diese el día veinticinco, pero que no fue presentado al rey hasta el día veintisiete». Freedman refiere la opinión del Rashi: «Nabucodonosor murió el día 25, fue sepultado el 26, y al día siguiente su sucesor dio suelta a Joaquín».

Por si puede resultar interesante para los lectores, añadiremos aquí dos observaciones de Freedman: 1. La frase «alzó la cabeza de Joaquín», que aparece tanto en Jeremías 52:31 como en 2 Reyes 25:27, significa que «se apercibió de él—ya sea para bien o para mal—(cf. Gn. 40:13, 19 y ss.)». Por supuesto, aquí fue para bien, como se ve por el contexto posterior. 2. Evil-merodac, el hijo y sucesor de Nabucodonosor, es llamado en caldeo Amel Marduk (o Amil Marduk—según Freedman—), que significa «siervo de Marduk», una de las deidades caldeas. Su reinado duró unos dos años (561–559 a. de C.), pero, como hace notar Asensio, el trato de respeto y de favor que recibió Joaquín de él, «se prolongó sin duda durante el reinado de Neriglissar (559–555)».

LAMENTACIONES

I. El título de este libro. En hebreo se le llama *Ekháh*, por la primera palabra, que significa «*¿Cómo …?»,* aunque el Talmud lo apellida *quinot*, «elegías», por el argumento, que es eso precisamente: elegías. Jerónimo le puso, en griego, el nombre de *Thrénoi*, que equivale a *Lamentaciones.*

II. El autor fue Jeremías, según el consentimiento unánime de la tradición judía, aunque el nombre del autor no aparece en el libro, y dicha autoría es admitida por todos los cristianos fundamentalistas.

III. La estructura del libro. Se compone de cinco poemas, uno por cada capítulo, y los primeros cuatro están escritos en forma acróstica, pero con notables diferencias: 1. El primero, el segundo y el tercero constan de tres esticos por cada letra del alfabeto hebreo, con algunas pequeñas irregularidades que veremos; el cuarto consta de dos esticos por cada letra hebrea. Esta división puede notarse en nuestras versiones. 2. El primero, el segundo y el cuarto comienzan cada estrofa con una letra hebrea por orden alfabético; el tercero repite dicha letra tres veces, es decir, al comienzo de cada estico. 3. El quinto poema consta de 22 versículos, pero no está en orden acróstico.

IV. En cuanto al uso del libro, dice Ryrie: «Los judíos leen este libro públicamente el día nueve del mes de Ab (hacia mediados de julio), en conmemoración de las destrucciones de Jerusalén, en 586 a. de C. (por los babilonios) y en el 70 d. de C. (por los romanos). Los catolicorromanos lo usan durante los tres últimos días de Semana Santa (concretamente, en los maitines del jueves, del viernes y del sábado de dicha semana—nota del traductor—). La preocupación del libro nos trae a la memoria el agobio que Jesús sentía sobre Jerusalén (Mt. 23:37, 38). Los versículos mejor conocidos del libro son, sin duda alguna, 1:12a y 3:22, 23».

V. División. Adoptamos la de la *Ryrie Study Bible*, y seguimos sólo los epígrafes en negrita:

1. La desolación de Jerusalén (cap. 1).
2. La destrucción de Jerusalén (cap. 2).
3. El desconcertado profeta (cap. 3).
4. El derrotado pueblo de Jerusalén (cap. 4).
5. La oración por el pueblo (cap. 5).

CAPÍTULO 1

Aquí tenemos el primer alfabeto de esta lamentación, veintidós estrofas, en las que son lamentadas las miserias de Jerusalén, y su presente deplorable condición es presentada más grave todavía al compararla con el próspero estado anterior; el pecado es reconocido como la causa de todas estas miserias; y el autor apela a Dios para que haga justicia contra los enemigos de Jerusalén y para que tenga piedad de Su pueblo. I. Una queja a Dios por las calamidades de Jerusalén (vv. 1–11). II. Otra queja a los amigos de Sion (vv. 12–17). III. Apelación a Dios y a Su justicia con respecto a todo esto, hecha de forma humilde (vv. 18–22).

Versículos 1–11

I. Las miserias de Jerusalén.

1. En cuanto al aspecto civil de su actual estado:

(A) Una ciudad que antes era populosa está ahora despoblada (v. 1). La llenaban no sólo gente del propio pueblo judío, sino también de otros países que se habían acogido a ella y con los que mantenía un provechoso comercio, pero ahora su propio pueblo es deportado al exilio, y ella *está sentada en solitario.* Los principales lugares de la ciudad no son ahora, como solían ser, lugares de concurrencia. *¡Cómo ha quedado viuda!* (v. 1b). Su rey-esposo ha tenido que marchar al destierro, y ha sido privada también de sus hijos.

(B) Una ciudad que antes era señora, pues ejercía dominio como capital *de las provincias* (las tribus de Israel) está ahora en sujeción, hecha *tributaria* (v. 1c). Los vocablos hebreos para «señora» y «tributaria», respectivamente (*sarati* y *lamás*), designan literalmente a una *princesa* que es llevada a *trabajos forzados* (¡a un campo de concentración!), por lo que Ryrie hace notar que «el contraste entre *princesa y trabajadora forzada* (tributaria) muestra la extensión de la caída de Jerusalén». Y no sólo señoreaba en Israel, sino también en países como Moab y Edom, «que estaban sometidos a Israel en los días de David y Salomón» (rabino Goldman). Unas naciones la amaban, otras la temían; unas le llevaban presentes, otras le pagaban impuestos y tributos. Pero ahora, no sólo ha perdido a sus amigos y está *sola,* sin o que ha perdido su libertad y es *tributaria;* primero pagó tributo a Egipto, y ahora a Babilonia. El pecado no sólo conduce a la soledad, sino también a la esclavitud.

(C) Una ciudad que estaba llena de gozo y alegría está ahora llena de pesadumbre. Allá subían las tribus de Israel a regocijarse delante de Jehová; era *el gozo de toda la tierra,* pero ahora *llora amargamente en la noche* (v. 2a), llora en silencio y soledad; *en la noche,* cuando otros descansan, ella tiene su pensamiento fijo en sus aflicciones. Su cabeza es como *aguas, y sus ojos como fuentes de lágrimas,* de forma que *llora día y noche* (Jer. 9:1); *sus lágrimas están continuamente en sus mejillas.*

(D) Los que estaban separados de los gentiles *habitan* ahora *entre los gentiles* (v. 3b); los que eran un pueblo especial de Dios son ahora una mezcla de razas y n aciones. *Judá está desterrada* (v. 3a), fuera de su país al país de sus enemigos, entre los que son extraños a Dios y a los pactos de la promesa, con los cuales ella *no halla descanso* (v. 3b). Al citar, no habría anhelado volver a Jerusalén». *«Sus hijos* (v. 5c) *salieron para la cautividad delante del enemigo;* los que tenían que haber sido la simiente de la generación siguiente son deportados, por lo que parece lo más probable que el país se quede todavía desolado por falta de herederos». Quienes viven entre su propia gente, libres y en su país, estarían más agradecidos por las mercedes que reciben, si considerasen las miserias de los que se ven forzados a vivir en países extraños.

(E) Los que estaban acostumbrados a conquistar están ahora en condición de conquistados (v. 3c): *«Todos sus perseguidores la alcanzaron entre las estrechuras»*. Esto, dice Goldman, «podría entenderse literalmente, con referencia al alcance dado a los fugitivos en estrechos desfiladeros, pero probablemente debe preferirse el sentido figurado de peligros y dificultades que alcanzan y cercan a la gente». Así que, al no haber escape, no pudo menos de *caer en manos del enemigo* (v. 7a). En todas partes (v. 5a) *«sus enemigos han sido puestos por cabeza,* en el puesto del dominio (comp. con Dt. 28:44), *sus aborrecedores fueron prosperados».*

(F) Los que habían sido un pueblo digno y honorable, en quienes Dios había puesto honor, y a los que las naciones vecinas pagaban sus respetos, son ahora tenidos en menosprecio (v. 8b): *«Todos los que la*

honraban la han menospreciado». Ellos mismos se han rebajado por sus pecados, y contra ellos (v. 9c) *«el enemigo se ha engrandecido».* El pecado es la mayor afrenta de un pueblo.

(G) Los que vivían en una tierra fértil, fructífera, estaban ahora a punto de perecer por falta del alimento necesario (v. 11): *«Todo su pueblo gime en busca de pan»,* pues *llegó a faltar el pan para la gente del pueblo* (Jer. 52:6), *y en su cautiverio tuvieron que pasar grandes apuros para mendigar un pedazo de pan* (5:6). *Tanto es así que* (v. 11b) *«dieron por la comida todas sus cosas preciosas,* es decir, sus tesoros más valiosos, *para recobrar la vida* (lit. *para hacer subir el alma);* tan desmayados estaban».

2. En cuanto al aspecto religioso de su actual estado:

(A) Sus fiestas religiosas no eran observadas (v. 4): *«Las calzadas de Sion están de luto,* llenas de maleza, *porque no hay quien venga a las fiestas solemnes».* Esas fiestas habían sido descuidadas y profanadas (Is. 1:11, 12); y, por consiguiente, así como *las calzadas de Sion* (v. 4a) *estaban de luto,* así también *«las puertas de Sion* (v. 4b) *estaban desoladas,* pues ya no pasaban por ellas los fieles judíos que venían a rendir a Jehová culto de adoración».

(B) *«Sus sacerdotes gimen»* (v. 4b) por las desolaciones del templo; sus cánticos se han convertido en gemidos y suspiros. En los días de prosperidad de Sion (Sal. 68:25), iban *las doncellas con panderos;* y se toma buena nota aquí de que (v. 4c) *«sus doncellas están afligidas* y, por eso, *ella está en amargura»;* esto es, todos los habitantes de Sion *están afligidos* y, para ellos, *el oprobio de ella es una carga* (Zac. 3:18).

(C) Sus lugares religiosos eran profanados (v. 10b): *«Ella ha visto entrar en su santuario a las naciones,* es decir, a los gentiles», adonde ni los israelitas podían entrar, por muy devotos y reverentes que fueran, sino sólo los sacerdotes. Ahora los gentiles entran allá en masa y sin ningún respeto, pues no van a adorar, sino a saquear.

(D) Todas las cosas valiosas que adornaban el templo y servían para el culto al verdadero Dios eran botín para el enemigo (v. 10a): *«Extendió su mano el enemigo a todas sus cosas preciosas».* Cuáles eran esas cosas preciosas podemos aprenderlo en Isaías 64:11, donde, a la queja del incendio del templo, se añade: «… *y todas nuestras cosas más estimadas han sido destruidas»;* el Arca y el altar, y todas las demás señales de la presencia de Dios en medio de ellos, estimables sobre toda otra cosa, habían sido hechas pedazos ahora y transportadas lejos de allí. Así que (v. 6) *«desapareció de la hija de Sion toda su hermosura,* la hermosura de la santidad». Cuando fue destruido el templo, la santa y hermosa casa de Dios, desapareció también la hermosura de Sion.

(E) Los enemigos de Sion hacían burla de sus días religiosos (v. 7d): *«La miraron los enemigos, y se burlaron de su ruina».* Así dice el texto masorético actual, pero la Vulgata (es decir, Jerónimo) leyó *shabb totéha,* sus sábados (y ésa es la lectura que M. Henry comenta, con base en la AV inglesa), en lugar de *mishbatéha,* su desaparición. M. Henry cita un par de hexámetros de Juvenal, en que el poeta ridiculiza a los judíos por perder una séptima parte del tiempo:

«Guardan los sábados a su costa,
pues se pierde así un día entre siete».

Mientras que si el día de descanso se santifica como es debido, puede ser más provechoso que todos los demás días de la semana juntos. Los enemigos de los judíos podían decir ahora (aunque descartemos la versión *«sus sábados»*): «¿Qué provecho sacáis de observar las ordenanzas de vuestro Dios, quien ahora os abandona en vuestra aflicción?»

(F) Su estado era ahora el reverso de lo que anteriormente había sido (v. 7b): Ahora, *en los días de su aflicción,* cuando todo aparece negro y desalentador, *ella recuerda también todos los bienes que tuvo desde los tiempos antiguos.* Con frecuencia, Dios nos hace apreciar los beneficios mediante la ausencia de ellos.

II. Los pecados de Jerusalén son la causa de todas estas calamidades. Es *Jehová* quien *la afligió por la multitud de sus transgresiones* (v. 5b) y lo hizo como justo Juez. ¿Son muchas sus congojas? Sus pecados son muchos más (v. Jer. 30:14); y no son poca cosa, sino cosa grave (v. 8a): *«Pecado grave cometió Jerusalén, por lo cual se ha vuelto cosa impura».* El hebreo es muy expresivo, pues dice: *«Pecado pecó Jerusalén, etc.»;* como si dijese: «Pecó con toda voluntad y deliberación». Así pecó la que tal profesión de fe en Dios hacía y la que de tales privilegios disfrutaba; *«por eso* (v. 9b) *ha caído de modo tan sorprendente».* Habían sido opresores los unos de los otros, los ricos de los pobres (v. Jer. 34:11), y eran ahora especialmente los ricos los *sujetos a opresión y servidumbre* (v. 3a). Y, en el v. 8b, *«todos los que la honraban la han menospreciado, porque vieron su vergüenza,* esto es, su desnudez

moral y espiritual». Dice Goldman: «La imagen de este versículo es la de una mujer que otrora fue honrada y aceptada por todos, pero ha sido sorprendida en pecado, y ahora es esquivada como impura». Según Asensio (en opinión del traductor, con toda razón—véase el v. 9—), la imagen es la de «una mujer desnuda durante su menstruación».

III. Se queja de sus amigos Jerusalén por la falsedad con que se han comportado con ella (v. 2c): *«Todos sus enemigos la han traicionado, se le volvieron enemigos». «Sus príncipes* (v. 6b) *han venido a ser como ciervos* que, a la primera alarma, se han apresurado a huir, famélicos *por falta de pasto* y van a ser alcanzados por el cazador, pues (v. 6c) *caminan sin fuerzas delante del perseguidor.»* Tampoco sus vecinos se portan amistosamente, pues (v. 7a) «*… no hubo quien la ayudase»; «… no tiene quien la consuele»* (v. 9b), nadie que simpatice con ella o le preste algún alivio.

IV. Jerusalén apela a su Dios y lo encomienda todo a la consideración compasiva de Jehová (v. 9c): *«Mira, oh Jehová, mi aflicción»;* y de nuevo (v. 11c): «Mira, *oh Jehová, y ve cómo estoy de despreciada»*. La única forma de sentirnos aliviados bajo nuestras cargas es depositarlas primero en los hombros de Dios y dejar a Su discreción el obrar con nosotros como mejor le parezca.

Versículos 12–22

En estos versículos, el profeta, en nombre del pueblo que se lamenta reconoce particularmente la mano de Dios en estas calamidades, y la justicia de dicha mano.

1. Sion muestra aquí la magnitud de su aflicción a todos cuantos la ven (v. 12): *«¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino? Mirad, y ved si hay un dolor como el dolor que me aflige»*. Esto pudo aplicarse quizá con toda razón a Jerusalén en su tremenda calamidad; pero somos muy propensos a aplicárnoslo a nosotros mismos al menor agobio que padecemos. Si las aflicciones del mundo entero pudiesen echarse en un solo saco y se repartiesen después entre todos a partes iguales, la mayoría de lo hombres diría: «Por favor, devuélvame la aflicción que tenía antes».

2. Mira luego, por encima de los instrumentos, al autor de su aflicción (v. 12c): *«Porque Jehová me ha afligido en el día de su ardiente furor* y me ha afligido porque está muy enfadado conmigo». La fiebre se la come hasta los huesos (v. 13a): *«Desde lo alto envió* (Dios) *fuego y lo hizo penetrar en mis huesos»*. Dice Goldman: «El Midrash toma esto a la letra para significar que Dios mismo le pegó fuego al Templo a fin de que los gentiles no pudiesen jactarse de haberlo destruido ellos». También se ve como metida (v. 13b) *en una red*, en la que se le enredan más y más los pies cuanto más procura ella desenredarse. Dios *la ha hecho volver hacia atrás*, a fin de que no pueda huir hacia adelante, hacia donde ella desea ir, y así *la dejó desolada y con dolor todo el día* (v. 13c).

3. Especialmente interesante es la figura bajo la que se ve Sion en el versículo 14: *«El yugo de mis rebeliones* (o *transgresiones) está impuesto por Su mano; entretejidos han subido sobre mi cuello»* (lit.). Dice Goldman: «Figura complicada, cuyo significado es que Dios, como si hubiese entretejido las transgresiones de Jerusalén con un yugo, se lo hubiera puesto en el cuello para hundirla con él». El yugo de los preceptos de Cristo es fácil y ligero (Mt. 11:30), pero el de nuestros pecados es pesado. Cuando la conciencia, como voz de Dios, nos ata para llevarnos a Su juicio, entonces el yugo va *atado y entretejido* por la mano de Su justicia, y solamente la mano de Su misericordia perdonadora lo desatará.

4. También es Dios quien (v. 15), después de *quitar de en medio a los más valientes* del pueblo, *ha convocado solemne asamblea para aplastar a los jóvenes de Sion, y* a ella misma, *la inviolable virgen* (4:12) *de Judá, la ha estrujado como en un lagar.* Dice Goldman: «El derramamiento de sangre es comparado con el estrujamiento de las uvas en un lagar para sacarles el jugo». Esa sangre la derraman los enemigos de ella y de Dios, pero ellos son instrumentos en la mano de Dios (v. 14c): *«Me ha entregado el Señor* (hebr. *Adonay) a merced de aquellos ante quienes no podré resistir»*. El que (Sal. 44:4b) *decretaba las victorias de Jacob*, ahora ordena una invasión contra Jacob (v. 17b), porque Jacob ha desobedecido los preceptos de Su Ley. 5. Sion justifica su pesadumbre (v. 16): *«Por esta causa lloro; mis ojos, mis ojos se deshacen en lágrimas* (lit. *aguas;* comp. con v. 2a)». *Extiende sus manos* (v. 17), *pero no tiene quien la consuele.* Extiende las manos no como gesto de deseo, sino más bien de desesperación, pues su Dios se ha retirado de ella. No es extraño que el alma de los santos desmaye, cuando Dios, que es el único Consolador que puede aliviarles, se mantiene a distancia. Sus hijos le han sido arrebatados y no pueden venir en ayuda de ella. ¿Cómo podrán ayudar a su madre cuando no pueden ayudarse a sí mismos? (v.

18c): *«Mis doncellas y mis jóvenes fueron llevados al cautiverio».* Sus amigos tampoco pueden ayudar a Sion; unos, porque no quieren; otros, porque no pueden. *Sus amantes* (v. 19, comp. con v. 2b) *la han engañado;* esperaba de ellos ayuda, pero no acudieron. Los que habrían estado encargados de mirar por ella, *los sacerdotes y los ancianos* (v. 19b) *perecieron de hambre.* Los que no mueren a espada (v. 20c), mueren de hambre y de pestilencia dentro de la ciudad. Y, para mayor congoja, *los enemigos* (v. 21), especialmente los más cercanos (edomitas y amonitas), *se alegran de lo que Dios le ha hecho.* Les gusta ver que Dios e Israel están mutuamente enemistados.

6. Pero no por eso deja de justificar a Dios, pues reconoce que sus pecados han merecido estos castigos. El yugo que tanto le pesa en el cuello y tanto aprieta es *el yugo de sus transgresiones* (v. 14). Los palos que sufrimos nos vienen de nuestra propia vara. Reconoce la equidad de Dios, al reconocer su propia iniquidad: «*Jehová es justo, porque contra su palabra me rebelé*» (v. 18); y, de nuevo (v. 20b), «*mi corazón se retuerce dentro de mí, porque me rebelé en gran manera*». Nunca debemos minimizar la culpa de nuestros pecados, ni tratar de excusarlos, sino que hemos de considerarlos y llamarlos como lo hace la Palabra de Dios: transgresión, iniquidad, rebelión, etc. No puede haber sincero arrepentimiento del pecado si falta la debida consideración de la enorme gravedad que encierra cada pecado.

7. En el presente caso apela juntamente a la misericordia y a la justicia de Dios. Apela a la justicia de Dios con respecto a las injurias que los enemigos le han infligido (vv. 21, 22), y pide que *llegue pronto el día* en que sufran ellos lo que ella está ahora padeciendo. Esta súplica equivale a una protesta contra todo pensamiento de coligarse con sus enemigos. Nuestras oraciones deben estar acordes con la palabra y la voluntad de Dios; y aunque estamos obligados por el amor que debemos a nuestros enemigos a orar por ellos y perdonarles, podemos también pedir para que se cumpla lo que Dios ha predicho contra los enemigos Suyos y de Su Iglesia. Asensio ha captado muy bien todo el sentido de esta plegaria de Sion para que llegue el día en que, lo que ahora sufre ella, lo sufran sus enemigos. «Esta igualdad de trato, dice Asensio, pondrá a salvo la justicia de Jehová como justicia universal. La Jerusalén culpable se rinde ante ella; la Jerusalén religiosa la pide igual para todos; la Jerusalén arrepentida hace una llamada a la misericordia de su Dios».

CAPÍTULO 2

La segunda elegía acróstica sigue el mismo tono que la primera, y su contenido es parecido. Comienza también con el hebreo *Ekhah, «¡Cómo …!*». Tenemos aquí: I. La ira de Dios como la causa de las calamidades de Sion (vv. 1–9). II. La tristeza de los hijos de Sion como efecto de dichas calamidades (vv. 10–19). III. El asunto encomendado a la consideración misericordiosa de Dios (vv. 20–22). La mano que hirió es la que debe curar.

Versículos 1–9

Vemos aquí un cuadro muy triste de la situación del pueblo de Dios, de Jacob e Israel, de Sion y Jerusalén; pero lo que estos versículos ponen especialmente de relieve es la mano de Dios. Lo que causa la tristeza es que Dios está enfadado con ellos; los está castigando, y los castiga *en Su desagrado.*

1. Hubo un tiempo en que Dios se deleitaba en Su pueblo y se manifestaba a él como amigo. Pero ahora está enfadado con él y se porta como enemigo. Para quienes saben apreciar el favor de Dios, no hay nada que les parezca tan terrible como Su dedo amenazador; las correcciones hechas con amor se soportan fácilmente, pero los reproches en amor hieren profundamente. Es la ira de Dios la que (v. 3c) *«ha encendido en Jacob como una llama de fuego que devora todo alrededor»,* pero era el pecado de Jacob lo que había encendido aquel fuego. Dios es un Padre tan tierno con Sus hijos, que podemos estar seguros de que nunca se enfada con ellos, a menos que ellos le den motivo para enfadarse. Ahora es *como enemigo* (v. 5); *«entesó* (v. 4) *su arco como enemigo, afirmó su mano derecha como adversario»;* contra ellos se mantuvo con la derecha alzada y extendida y con la espada desenvainada. No dice que sea *enemigo* ni aun cuando les castiga con enojo, sino que es *como enemigo* cuando todas Sus providencias concernientes a ellos llevan las apariencias de tender a arruinarles.

2. Hubo un tiempo en que el pueblo de Dios aparecía muy ilustre y de gran prestigio entre las naciones; pero ahora *el Señor* (hebr. *Adonay) ha cubierto con una nube a la hija de Sion* (v. 1, lit.), la ha oscurecido con una negra, densa, nube, a través de la cual ella no puede ver el rostro de Dios; no es la nube con que los condujo por el desierto, ni la que se posaba sobre el tabernáculo y el templo llenándolos de Su gloria; no, el lado de esa nube que ahora está vuelto hacia ellos es el mismo que estaba vuelto hacia los egipcios en el mar Rojo. *«Retiró* (v. 3b) *de él* (de Israel) su *diestra frente al enemigo»,* de forma que no pudieron ponerse en guardia frente al golpe que se les venía encima. ¿Qué puede hacer la mano derecha del mayor ejército del mundo contra cualquier enemigo si Dios les retira a sus amigos Su mano protectora?

3. Hubo un tiempo en que Jerusalén y las ciudades de Judá eran fuertes y estaban bien fortificadas. Pero ahora (v. 2b) Dios … *ha derruido las fortalezas de la hija de Judá»;* y, de nuevo (v. 5), *«destruyó todos sus palacios, derribó sus fortalezas y,* de este modo, *multiplicó en la hija de Judá la tristeza y el lamento,* cuando vieron que todas sus defensas habían desaparecido». En esto se insiste otra vez en los versículos 7–9: *«Ha entregado* (v. 7b) *en manos del enemigo los muros de sus palacios».* Los muros de los palacios no pueden protegerles, a menos que Dios mismo sea para ellos un muro de fuego en derredor. Pero toda desolación que Dios envía a los Suyos es de acuerdo con Sus propósitos santos y con medida: «*Extendió el cordel* (v. 8b), *no retrajo su mano de la destrucción»,* para obrar con exactitud, como si dijese: «Hasta aquí llegará, y de aquí no pasará». Dice Goldman: «Con su habitual fuerte sentido de trágico contraste, Jeremías describe al Omnipotente mostrando tanta precisión en la destrucción como la que muestra un albañil en la construcción».

4. Hubo un tiempo en que su gobierno prosperaba y el volante del poder estaba en su mano; pero ahora no es así (v. 2c): *«Ha echado por tierra* (Dios) y *profanado el reino y a sus príncipes».* Primero, se habían profanado ellos a sí mismos con sus idolatrías y, después, Dios los trató como cosas profanadas, inmundas. No es extraño que *el rey y el sacerdote* (v. 6d, al final), cuyas personas siempre parecían venerables e inviolables, sean despreciados por todos, cuando Dios, *en el ardor de Su ira, los ha desechado.* La corona se les ha caído de la cabeza, porque (v. 9b) «su *rey y sus príncipes están entre los gentiles»,* es decir, prisioneros de ellos y en el exilio, y tratados como lo más bajo del mundo, sin consideración alguna a su condición regia. Es justo que Dios rebaje con Sus juicios a los que se han rebajado a sí mismos con sus pecados.

5. Hubo un tiempo en que las ordenanzas de Dios eran administradas en toda su pureza y comportaban las señales de la presencia de Dios en medio de ellos; pero ahora esa parte de *la hermosura de Israel* que era su mayor belleza, ha desaparecido.

(A) El Arca era el escabel de los pies de Dios, debajo del *kapporeth o propiciatorio, entre los querubines; éste era, entre todos los demás, el más sagrado símbolo de la presencia de Dios. Es llamada «el estrado de Sus pies»* (1 Cr. 28:2; Sal. 99:5; 132:7); allí reposaba la *shekinah;* pero ahora (v. 2c) *«no se acordó del estrado de sus pies».* El Arca misma cayó en manos de los caldeos, como otrora había caído en manos de los filisteos. ¡Qué poco valor tienen las señales de la presencia de Dios cuando ha cesado Su presencia! Dios y Su reino pueden subsistir sin tal estrado.

(B) Los que ministraban en las cosas sagradas, y aun sus nobles: todos *sus distinguidos* (lit.) *eran más puros que la nieve, más blancos que la leche* (4:7), pero ahora habían sido asesinados y su *sangre había sido mezclada con la de los sacrificios* (Lc. 13:1). El templo era el tabernáculo de Dios pero el mismo Dios *había destruido* (v. 6b) *el lugar donde se congregaban,* ha arrancado las estacas y ha roto las cuerdas, para que no vuelva a ser tabernáculo, ni Suyo ni de nadie. Cuando los hombres profanan el tabernáculo de Dios, justo es que Él se lo lleve. Ahora (v. 7), *«desechó el Señor su altar, menospreció su santuario».* Ha sido profanado por el pecado, la única cosa que Él odia y, por esa causa, aborrece ahora hasta su santuario en el cual se deleitaba y lo llamaba *el lugar de su reposo para siempre* (Sal. 132:14).

(C) *Las fiestas solemnes y los sábados* habían sido cuidadosamente recordados, pero ahora *Jehová* (v. 6c) *los ha hecho olvidar incluso en Sion.* Ahora que la ciudad estaba en ruinas, no se hacía diferencia entre días de reposo y otros días, entre días festivos y días ordinarios; cada día era día de duelo y de lamentación.

(D) *El altar* que santificaba las ofrendas *está ahora desechado por Dios* (v. 7), pues Él no quiere ya aceptar más sus ofrendas ni ser honrado con sus sacrificios. El altar no era *la mesa de Jehová,* pero Dios no quiere ya ser comensal de ellos.

(E) Habían sido bendecidos con profetas y maestros de la Ley, pero ahora (v. 9b) *«¡Ya no hay Ley!* (hebr. *torah*, la ley como *instrucción).* Ya no la lee el pueblo, ya no la exponen los escribas, ya no la enseñan los sacerdotes. Además, las tablas de la Ley han desaparecido con el Arca; les ha sido quitado el libro de la Ley. *Sus profetas tampoco reciben ya visión de Jehová,* porque la mayoría de ellos no habían cumplido con las obligaciones de su oficio». «No es, pues, el profetismo lo que se condena aquí, sino su defectuoso desempeño de los deberes de ese oficio» (Goldman).

Versículos 10–22

Justamente se llaman *Lamentaciones* estos versículos, expresiones perfectas de dolor y pesadumbre, como el contenido del rollo de Ezequiel (Ez. 2:10).

I. Son presentados aquí casos extremos de lamentación y gráficamente descritos en la vida real.

1. Los jueces y magistrados, que solían aparecer en ropas majestuosas, están despojados de ellas y vestidos con hábito de enlutados (v. 10). Los ancianos no se sientan ya en los asientos del tribunal, los *tronos de la casa de David,* sino *en tierra. Guardan silencio,* abrumados de pena, sin saber qué decir, *con el polvo sobre la cabeza y vestidos de saco.* Igualmente (v. 10c), *las doncellas,* que siempre estaban dispuestas para la alegría y la diversión, *inclinan la cabeza hasta la tierra* en señal de duelo (comp. con Job 2:12; Ez. 17:30).

2. El propio profeta es modelo de enlutados (v. 11): *«Mis ojos están consumidos de lágrimas»;* ha llorado hasta no poder más, hasta quedarse casi ciego de tanto llorar. Jeremías recibía mejor trato que sus prójimos, mucho mejor que el que había recibido de sus compatriotas anteriormente; de hecho, la destrucción de ellos significó la libertad de él. Con todo, sus intereses personales quedan completamente absorbidos por su preocupación en favor de los intereses del pueblo, y se lamenta (v. 11b) *«del quebrantamiento de la hija de su pueblo»,* como si fuese él mismo quien sufriera más en esa común calamidad. La mención del *hígado* indica hasta qué punto el centro mismo de las emociones (en la mentalidad hebrea) estaba afectado por el dolor y la tristeza. Comparar con Job 16:13c. Asensio ve aquí un «dolor intenso e íntimo, hasta provocar un vómito de hiel», pues también en Job 16:13 ocurre el vocablo hebreo *kabed* (hígado).

II. *El corazón del pueblo clama al Señor* (el verbo hebreo está en indicativo, no en imperativo), y continúa (v. 18b—ahora en imperativo—): *«Oh muro de la hija de Sion* (comp. con v. 8a), *echa lágrimas cual torrente día y noche».* La razón por la que aquí, como en el versículo 8, se menciona el *muro* en lugar de la ciudad misma es que, «desde el punto de vista militar era la parte más importante de la ciudad» (Goldman). Esto es algo que sirvió de lamentación a Nehemías muchos años después (v. Neh. 1:3, 4). Las calamidades iban a continuar, y las causas de pesadumbre habían de recurrir, con lo que darían así nuevas ocasiones para que se lamentasen cada día y cada noche. Había peligro de que se volvieran insensibles y tendrían necesidad de afligir su alma, hasta que su orgulloso y endurecido corazón quedase completamente humillado y ablandado.

III. Se citan ahora varios motivos para lamentarse.

1. Muchedumbres perecían de hambre. Dios les había disciplinado mediante la escasez de provisiones por la falta de lluvia que habían padecido anteriormente (Jer. 14:1), y ahora, mediante las estrecheces del asedio, Dios los condujo al extremo de la calamidad, pues *los niños y aun los lactantes* (vv. 11c, 12, 19, 21) mueren de inanición *en las calles y plazas de la ciudad.* Había incluso niños que eran muertos a manos de sus madres y comidos por ellas (v. 20), como ocurrió también en el asedio de Samaria (v. 2 R. 6:29).

2. Muchedumbres caían a espada, que devora a diestro y siniestro, especialmente en manos de tan crueles enemigos como eran los caldeos. Estos no atendían a edad ni sexo (v. 21). Ni los niños ni los ancianos tenían fuerzas para combatir, tampoco las doncellas empuñaban la espada; no obstante, *«niños y ancianos yacen por tierra en las calles; mis vírgenes* (esto es, como siempre, doncellas casaderas) y *mis jóvenes cayeron a espada».* Y, como los caldeos eran meramente instrumentos de Jehová, Jeremías continúa, dirigiéndose a Dios (v. 21c): *«Mataste en el día de tu furor; degollaste sin piedad».* sólo un

corazón profundísimamente afectado por el dolor puede desahogarse de esta manera ante Dios; y así lo han hecho santos como Moisés, Job y el propio Jeremías. Recordemos que Dios no toma como insulto el que un hijo Suyo derrame humildemente las penas de su corazón delante de Él (v. el v. 19b).

3. Sus falsos profetas les habían engañado (v. 14). Esto es algo que Jeremías había lamentado mucho antes y había observado con honda preocupación (Jer. 14:13): *«¡Ah!; ¡ah, Señor Jehová! He aquí que los profetas les dicen: No veréis espada, etc.».* Aquí inserta también esta queja en sus lamentaciones. Las visiones de los falsos profetas eran pura fantasía, y, con la mayor probabilidad, ellos mismos sabían que las visiones que pretendían haber tenido eran una impostura. El pueblo mismo los había elevado y les había dictado lo que habían de decir; así que eran profetas según el corazón del pueblo. Los profetas verdaderos son los que le dicen al pueblo, de parte de Dios, tanto sus pecados como la necesidad de arrepentirse de ellos, con lo que impiden así su ruina; pero estos falsos profetas sabían que, si obraban de ese modo, el pueblo les negaría su afecto y su contribución pecuniaria. Por consiguiente (v. 14b), *«no revelaron tu pecado para impedir tu cautiverio»,* cuando la remoción del pecado habría sido el mejor medio para evitar el exilio.

4. Sus vecinos se reían de ellos (v. 15): *«Todos los que pasan por el camino baten palmas sobre ti, etc.».* Son gestos de gozo y desprecio malignos. Y añadían (v. 15c, comp. con Sal. 48:2; 50:2): *«¿Es ésta la ciudad que decían de perfecta hermosura, el gozo de toda la tierra?»* ¡Ahora no era sino la perfección de la deformidad! ¿Adónde se había ido su belleza?

5. Sus enemigos cantaban victoria sobre ellos (v. 16). Los que odiaban a Jerusalén *abrían la boca,* como si quisieran tragarse al pueblo de Dios (comp. con Sal. 22:14), *silbaban y rechinaban los dientes,* en gesto de rabia triunfal. *«Nos la hemos tragado»,* añaden, como si ya se la hubiesen comido; y piensan que lo consiguen con sus propias fuerzas, como si Dios no anduviese por medio: *«Ciertamente éste es el día que esperábamos; lo hemos hallado, lo vemos».*

6. Dios mismo, el Dios de ellos, se manifiesta, en todo esto, contra ellos (v. 17): *«Jehová ha hecho lo que tenía determinado, etc».* (comp. con Jer. 4:28). Lo que Dios trama contra Su pueblo está destinado a ellos y, por consiguiente, sucederá como Dios predijo. Cuando les dio la Ley por medio de Moisés, ya les dijo los castigos que, con toda certeza, había de infligirles si transgredían aquella Ley; y ahora que por tanto tiempo han sido culpables de transgredir en muchos puntos esa Ley, Él ha ejecutado la sentencia correspondiente, de acuerdo con Levítico 26:16, etc., y Deuteronomio 28:15.

IV. A continuación, se buscan, y se prescriben, consuelos para la curación de este estado de profundas lamentaciones.

1. El profeta (v. 13) trata de hallar la forma más conveniente de consolar a *la virgen hija de Sion.* Pero no encuentra las frases más apropiadas para ello. Dice Goldman: «El sentido del versículo es: ¿Puedo mencionar alguna otra nación que haya sufrido una calamidad igual que la tuya, y consolarte con el pensamiento de que no eres la única en tu pesadumbre?» Nos esforzamos en consolar a nuestros amigos diciéndoles que su caso no es el único (y éste es un recurso malísimo, como lo he visto por propia experiencia—«¡Vaya un consuelo que me das!»—, me dijo un amigo a quien se le había muerto a los catorce años el hijo único, en quien tantas esperanzas tenía puestas; nota del traductor).

2. Y es que el caso de Jerusalén era realmente *único.* Único era su castigo, como únicas eran su ingratitud y su rebeldía contra Dios (v. Is. 1:26), y único el honor que Dios le había otorgado en el pasado. No había ya remedio en este caso, porque la herida estaba gangrenada (v. 13c): *«Porque grande como el mar es tu quebrantamiento; ¿quién te podrá curar?»* Ni la sabiduría ni el poder de ningún hombre puede reparar una brecha tan profunda; por lo que es inútil el querer aplicar ninguno de los remedios corrientes.

3. El método prescrito para la curación de este caso desahuciado es dirigirse humildemente a Dios y, mediante una oración de verdadero penitente, encomendarle el caso a Él, ya que es el único que puede ponerle remedio eficaz (v. 19): *«Levántate,* no sigas acostada en tu indolencia, *da voces* de oración ferviente *en la noche, al comenzar las vigilias»,* frase que puede entenderse de dos maneras: (A) *al comienzo de la primera vigilia,* cuando la gente disfruta del primer sueño; (B) *al comienzo de cada una de las tres vigilias* en que se dividía la noche. En este segundo sentido lo entienden Asensio, Ryrie y el propio M. Henry (Goldman da como probables ambos sentidos). Y prosigue (v. 19b): *«Derrama como agua tu corazón ante la presencia del Señor* (como ya hemos aludido arriba, al final de III, 2), con toda libertad, con seriedad, con sinceridad; *alza tus manos a Él,* con santo deseo y confiada expectación,

implorando la vida de tus pequeñitos. ¿Qué habían hecho esos pobres corderitos? Y dile a tu Dios (v. 20): *Mira, oh Jehová, y considera a quién has tratado así*». Como si dijese: «¿No son tuyos? ¿No son descendientes de Abraham, tu amigo, y de Jacob, tu escogido? ¡Oh, Señor! ¡Toma en tu compasiva consideración su caso!»

CAPÍTULO 3

El objetivo del presente capítulo es el mismo que el de los capítulos anteriores, pero la estructura poética es diferente: en aquéllos, el verso era largo; aquí, es corto; en aquéllos, la letra del acróstico figuraba sólo al comienzo de cada estrofa; aquí, figura al comienzo de cada estico, es decir, tres veces en cada verso. Aquí vemos: I. Una triste queja del desagrado de Dios y de sus consecuencias (vv. 1–20). II. Palabras de consuelo al pueblo de Dios (vv. 21–36). III. El deber que se prescribe en este estado de aflicción (vv. 37–41). IV. Se renuevan las quejas (vv. 42–54). V. Los ánimos que otorga la esperanza en Dios (vv. 55–66). Dice Goldman: «Son posibles dos interpretaciones de este capítulo: que es una descripción de las experiencias personales de Jeremías, o una personificación, en un individuo, de las experiencias de todo el pueblo». Goldman se adhiere a esta segunda interpretación y da varias razones para ello.

Versículos 1–20

El título del Salmo 102 estaría más que apropiado al comienzo de este capítulo: *«Oración del que sufre, cuando está angustiado, y delante de Jehová derrama su lamento»*. El profeta se queja:

1. De que Dios está enojado. Esto es lo que da nacimiento y amargura a la aflicción (v. 1): «*Yo soy el hombre* (hebr. *haguéber*, el varón apto para el servicio militar) *que ha visto aflicción bajo la vara de Su enojo*». La ha visto, es decir, la ha sentido. Dios está, a veces, enojado con Su pueblo; pero no usa la espada para cortar, sino la vara para corregir; es *la vara de Su enojo*, y el enojo de Dios es siempre provechoso, aunque de momento no lo parezca (He. 12:11). Bajo esta vara hemos de esperar *aflicción*, no caricias; y si llega el caso en que se nos hace ver una extraordinaria aflicción, no debemos querellarnos, pues podemos estar seguros de que el enojo es justo y de que la aflicción está mezclada con misericordia.

2. De que él (el profeta) está en la oscuridad. La oscuridad es aquí símbolo de aflicción y perplejidad; éste es el caso del que aquí se queja (v. 2): «Me guió mediante una innumerable cadena de sucesos y *me hizo caminar en tinieblas y no en luz;* en las tinieblas que yo temía y no en la luz que yo esperaba». Y (v. 6) *«me dejó en oscuridad*, en una oscuridad como la del sepulcro, *como los muertos de hace mucho»*. Así suelen traducir las versiones el *olam* del original, pero seguramente tiene razón Goldman al decir que «lo *"desde hace mucho"* escasamente añade nada a los de *muertos*, por lo que una traducción preferible sería "muertos para siempre"».

3. De que Dios se presenta contra él como un enemigo: «Sí, dice (v. 3), *contra mí vuelve y revuelve su mano todo el día»* (comp. con Sal. 73:14: *«… azotado todo el día, y castigado todas las mañanas»*). Cuando la mano de Dios se vuelve y revuelve contra nosotros, estamos tentados a pensar que también Su corazón se ha vuelto contra nosotros. *«Fue para mí* (v. 10) *como oso que acecha*, sorprendiéndome con sus juicios, *como león en escondrijo*, de suerte que a cualquier lado que me vuelvo, nunca me puedo sentir seguro.» *«Entesó su arco* (v. 12) *y me puso como blanco de sus saetas.»* Y de nuevo (v. 13): *«Hizo entrar en mis riñones* (que los antiguos suponían ser el asiento de la vida—v. Job 16:13; Sal. 38:3; Pr. 7:23—) *las flechas* (lit. *los hijos) de su aljaba»*, por lo que le herían en lo más vital.

4. De que la nación judía podría ser comparada muy apropiadamente con un hombre lleno de arrugas por la edad (v. 4): *«Hizo envejecer mi carne y mi piel; quebrantó mis huesos»;* su cuerpo se va deteriorando por momentos. *«Me llenó* (v. 15) *de amarguras, etc.»*, pues estas penas y aflicciones sólo destilan amargor. Al cocerle el pan mezclado con *guijarros, le ha roto los dientes* (v. 16) *y le ha hecho revolcarse en ceniza* (así lo entiende Goldman).

5. De que no puede discernir para sí ninguna vía de escape (v. 5): *«Edificó baluartes contra mí,* como se construyen para atacar una ciudad ya sitiada, y *me rodeó de amargura y de fatiga*, como a quien se esfuerza por escapar y no encuentra por dónde salir». Se siente (v. 7) *cercado* (mejor, *amurallado*) *por*

todos los lados y, para hacer más terrible su prisión, *encadenado.* Dice Ryrie: «Los asirios popularizaron la práctica de amurallar a los prisioneros, a fin de que se muriesen más rápidamente». Además (v. 9), la cerca es *de piedras sillares,* con lo que *le torció los senderos,* e hizo que su conducta se volviese perpleja y hasta tortuosa (así lo entiende Goldman), o que fuese de un lado para otro, sin conseguir ningún avance (así lo entiende M. Henry y es lo más probable). *«Torció mis caminos»,* añade (v. 11), es decir, le ha hecho desviarse «como la presencia de una fiera le haría desviarse de su camino a un viandante» (Goldman), y continúa (v. 11b): *me despedazó y me dejó desolado* (lit.), privado de todo consuelo en mi alma.

6. De que Dios se hace el sordo a sus oraciones (v. 8): *«Aun cuando grito y pido auxilio,* como quien se halla en una situación desesperada, *cierra los oídos a mi oración,* como quien rehúsa deliberadamente escuchar». Algunas veces Dios parece estar enojado incluso *contra las oraciones de Su pueblo* (v. Sal. 80:4), y es verdaderamente deplorable el caso de aquellos a quienes se niega el consuelo de la aceptación.

7. De que sus mismos vecinos se ríen de sus aflicciones (v. 14): *«He venido a ser la irrisión de todo mi pueblo, etc.».* Esto podría parecer extraño, cuando todo el pueblo de Israel está sufriendo estas calamidades; pero, si recordamos que quien así habla (con la mayor probabilidad—v. la introducción a este capítulo—) es «una personificación, en un individuo, de las experiencias de todo el pueblo» (Goldman), se entenderá, como explica el propio Goldman (y Asensio está de acuerdo con esta interpretación), que «como un individuo es al pueblo de su propio país, así lo es una nación con respecto a los demás pueblos del mundo», con lo que el versículo se entiende perfectamente.

8. De que él mismo estaba a punto de desesperar de cualquier liberación (v. 17): «Y *mi alma se alejó de la paz,* esto es, de la felicidad que las bendiciones divinas comportan, y *me olvidé del bienestar* (lit. hebr. *tobah)».* Como si dijese: «Hace tanto tiempo que lo paso mal, que ya ni me acuerdo de lo que es el pasarlo bien; tan acostumbrado estoy a la tristeza y a la esclavitud, que ya no sé lo que significan el gozo y la libertad». «*Y dije* (v. 18): *Perecieron mis fuerzas, y mi esperanza en Jehová;* ya no puedo confiar en Dios para apoyarme en Él, cuando se muestra tan inexorable».

9. De que le abrumaba la tristeza cada vez que recordaba su desdicha, y sus reflexiones eran tan melancólicas como su expectativa (vv. 19, 20): «*Acuérdate* (el hebreo *zekhar* es ciertamente imperativo, no infinitivo) *de mi aflicción y de mi vida errante* (el vocablo hebreo puede significar también "angustia" o "sufrimiento"; quizás hayamos de ver aquí juntas la culpa y la pena como causa y efecto, respectivamente), *del ajenjo y de la amargura* (lit.)». El pecado es el que hace que el cáliz de la aflicción sea un cáliz de amargura. Los cautivos de Babilonia tenían continuamente en su mente todas las miserias del asedio de Jerusalén y *lloraban cuando se acordaban de Sion; nunca, nunca, podían olvidarse de Jerusalén* (Sal. 137:1, 5).

Versículos 21–36

Aquí las nubes comienzan a disiparse y el cielo a serenarse. Cambia la melodía, y los que hacían el duelo en Sion cobran un aspecto más grato. Si no fuese por la esperanza, el corazón se rompería. Para evitar que el corazón se quebrante por completo, hay aquí (v. 21) algo con cuya *meditación* se aviva la esperanza. Lo que reposa en el fondo de nuestro corazón está con frecuencia como olvidado, hasta que Dios, con Su gracia, hace que salga de ese fondo y aflore a la conciencia. Podríamos decir parodiando a Descartes: *Espero, luego medito.* Una meditación pacífica acerca de las promesas de Dios salva de la desesperación al hijo de Dios.

1. Aunque las cosas están mal, a la misericordia de Dios se debe el que no estén todavía peor. *Somos afligidos por la vara del enojo de Dios* (v. 1), pero el enojo de Dios tiene límite, mientras que Su amor misericordioso no lo tiene (v. 22): «*Las misericordias* los favores del amor) *de Jehová ciertamente no se han agotado, porque sus compasiones no decaen»* (lit.). Este versículo 22 y el 23 son de los más conocidos, y vale la pena estudiarlos con base en la versión literal del original. Lo que aquí da a entender el hebreo es que los favores del *amor misericordioso* (hebr. *jasdey) son inagotables* de verdad, precisamente *porque las ternuras de su compasión* (hebr. *rajamáyu*) *no se menguan.* El amor de Dios no es un amor en frío, un amor platónico que no se conmueve, sino un amor cálido, salido de unas entrañas llenas de compasión. Es cierto que el texto masorético actual trae *lo-tamnu, no hemos sido consumidos,* y así traducen muchas versiones: «*A las misericordias de Jehová* (se debe) *que no hayamos sido consumidos»,* pero el signo (asterisco o círculo) sobre la primera sílaba del verbo indica que es una

lectura dudosa, por lo que, al tener en cuenta el paralelismo del estico, la mayoría de los modernos (Asensio, Ryrie, Goldman) leen *lo-tamu, no se han agotado.* La AV inglesa, como la RV anterior a la 1977, han seguido la versión *no hemos sido consumidos;* sobre esa lectura, M. Henry hace un par de aplicaciones en particular:

(A) Se presta reconocimiento a los raudales de la misericordia: *No hemos sido consumidos.* El pueblo de Dios es como la zarza de Moisés: arde, pero no se consume; es perseguido por los hombres, pero no es abandonado de Dios, y, por consiguiente, aunque esté *derribado,* no está *destruido* (2 Co. 4:9b); *refinado,* como se refina la plata en el horno, pero no *consumido* como se consume la escoria.

(B) Estos raudales fluyen de la fuente: *Se debe a las misericordias de Jehová.* Dios es una fuente inagotable de misericordia, *Padre de misericordias o,* más exactamente, *de compasiones* (2 Co. 1:3b). Si Dios nos hubiese tratado *conforme a nuestros pecados,* hace mucho que habríamos sido consumidos; pero nos ha tratado *conforme a sus misericordias.*

2. Incluso en lo más profundo de su aflicción, disfrutan de la gozosa experiencia de la ternura de la compasión de Dios y de la certeza de la promesa de Dios. Varias veces se habían quejado de que Dios se había mostrado *sin piedad* (2:17c, 21c, al final), pero ahora se retractan y reconocen: (A) Que *las compasiones de Dios no se menguan* (v. 22b); no se menguan, no, ni siquiera cuando, en su furor, parece haber cerrado con llave sus compasiones. Estos ríos de misericordia fluyen de lleno y constantemente, pero nunca se secan. *«Nuevas son* (v. 23a) *cada mañana;* cada mañana nos trae frescas pruebas de la compasión que Dios nos tiene». Como leemos en Sofonías 3:5b, *«cada mañana saca a luz su juicio».* Aun cuando nos falte el consuelo, no nos faltarán las compasiones de Dios. (B) Que *la fidelidad* (hebr. *emunah) de Dios es grande* (hebr. *rabah)*—no sólo en tamaño (hebr. *gadol*), sino en *abundancia* de cantidad y calidad—. Aunque Jerusalén esté en ruinas, la fidelidad de Dios permanece para siempre.

3. Dios es, y siempre será, el Todosuficiente para la felicidad de Su pueblo, por lo que bien puede Su pueblo depender entera y únicamente de Él (v. 24): *«Mi porción es Jehová, dice mi alma».* Esto es: (A) «Aun cuando he perdido todo lo que tenía en este mundo, libertad, sustento y casi la vida misma, todavía no he perdido mi interés en Dios». (B) «Mientras tenga interés en Dios, con eso tengo bastante; tengo lo que es suficiente para contrapesar todas mis aflicciones y dar por ganancia todas mis pérdidas». (C) «Esto es lo que sirve de sostén a mi esperanza (v. 24b): *"por eso espero en Él";* en Él me apoyaré cuando todos los demás apoyos me fallen».

4. Los que así confían en Dios hallarán que no lo hacen en vano (v. 25). Mientras *esperamos en Él* por fe, hemos de *buscarle* en oración. La búsqueda diligente ayuda a mantener la espera paciente. *«Bueno es* (v. 26)—es bueno por ser nuestro deber y por ser nuestro consuelo y satisfacción—, *esperar en silencio la salvación de Jehová,* la que sólo Él puede proveer (comp. con Jon. 2:9c)»; esperar que ha de venir, esperar hasta que venga y, mientras esperamos, guardar calma y silencio, no en discusión con Dios, sino sometiéndonos a las disposiciones divinas: *Padre, ¡hágase tu voluntad!*

5. Las aflicciones son realmente buenas para nosotros y, si las llevamos bien, obrarán para nuestro bien. No sólo es bueno esperar la salvación, sino también (v. 27) estar mientras tanto bajo disciplina: *«Bueno le es al hombre llevar el yugo desde su juventud».* Muchos jóvenes eran llevados en cautiverio. Jeremías parece decirles que les era bueno *llevar el yugo* de ese cautiverio, y que así lo hallarían si procuraban responder a los objetivos que Dios se había propuesto al imponerles ese pesado yugo. Aquí parece significar el yugo de la aflicción. Muchos han hallado que les fue bien en llevarlo ya en su juventud, pues les hizo ser humildes y sumisos cuando, de otro modo, habrían sido orgullosos y díscolos, como *el novillo no acostumbrado al yugo.* Pero, ¿cuándo *llevamos el yugo* de forma que *nos sea* realmente *bueno llevarlo en nuestra juventud?*

(A) Cuando nos mantenemos en calma bajo nuestras aflicciones, cuando *nos sentamos solos y en silencio* (v. 28), a fin de conversar con Dios y meditar calladamente, para ver de acallar todos los pensamientos de descontento y desconfianza.

(B) Cuando nos portamos con humildad y paciencia bajo la aflicción. Para sacar provecho del yugo es menester no sólo *poner la mano en la boca,* guardando silencio, *sino poner la boca en el polvo* (v. 29), «el modo oriental de expresar absoluta sumisión» (Goldman). Los que de veras se humillan por sus pecados, se alegrarán de obtener buena esperanza, por la gracia de Dios, aunque tengan que *poner la boca en el polvo* para ello.

(C) Cuando nos portamos mansamente con los que son el instrumento de nuestra aflicción, y estamos dispuestos a perdonarles (v. 30). El Señor Jesús nos ha dejado buen ejemplo en esto, pues dio su *mejilla*

al que le golpeaba, como estaba profetizado (Is. 50:6; Mt. 26:67). El que soporta bien el desprecio y el insulto, y no responde con afrenta a la afrenta, ni con palabras amargas a las palabras ásperas, hallará que *es bueno llevar el yugo,* pues le habrá procurado beneficios espirituales.

6. Dios devolverá benignamente a Su pueblo los consuelos conforme al tiempo en que les ha afligido (vv. 31, 32). Debemos cobrar ánimo con lo siguiente: (A) Con que, cuando estamos abatidos, no estamos *desechados para siempre* (v. 31); el padre que corrige a su hijo, no lo deshereda por eso. (B) Con que, cualquiera que sea la pena que nos aflija, en ella está la mano de Dios y, por consiguiente, podemos estar seguros de que es sólo *por un poco de tiempo* (1 P. 1:6). (C) Con que Dios tiene en reserva compasiones y consuelos, incluso para aquellos a quienes Él mismo ha entristecido: *«Él ha desgarrado, y Él nos curará»* (Os. 6:1). (D) Con que, cuando Dios vuelve a tratarnos benignamente, no será de acuerdo con nuestros méritos, sino (v. 32) *según la multitud de sus misericordias.*

7. Cuando Dios entristece, es por sabios y santos objetivos, pues no se deleita en nuestra aflicción (v. 33): *«Porque no humilla ni aflige por gusto* (lit. *de su corazón) a los hijos de los hombres».* En otras palabras, la aflicción al hombre no le brota a Dios espontáneamente del corazón; la inflige contra Su gusto, como a regañadientes. Dice Goldman: «Dios no trama aflicciones ni pesares sin relación a la conducta de una persona. Dios causa la aflicción, pero es el hombre quien la atrae sobre sí mismo». En efecto:

(A) Dios sólo nos aflige cuando le damos motivo para ello. Cuando actúa con amabilidad hacia nosotros, es porque así le parece bien; pero si escribe contra nosotros cosas amargas, es porque nos las merecemos y las necesitamos.

(B) Dios no se deleita en la muerte del pecador ni en el desasosiego del justo, sino que castiga con repugnancia. No le agrada la miseria de ninguna de sus criaturas; tan lejos está de ello que leemos (Is. 63:9): *«En toda angustia de ellos* (los israelitas), *Él fue también angustiado»,* y Su alma estaba apenada por la miseria de Israel.

(C) Dios conserva el amor que tiene a Su pueblo, incluso cuando los está afligiendo. *Si no aflige con gusto a los hijos de los hombres,* mucho menos afligirá con gusto a Sus propios hijos. Estos pueden, por fe, ver el amor en el corazón de Dios, aun cuando vean el ceño fruncido en Su rostro y la vara en Su mano.

8. Aunque hace de los hombres instrumentos en Su mano para corregir a Su pueblo, está muy lejos de complacerse en la injusticia, la violencia y la malignidad con que dichos instrumentos actúan personalmente (vv. 34–36). De dos maneras oprimen los enemigos al pueblo de Dios, y el profeta nos asegura aquí que Dios no aprueba ninguna de las dos:

(A) Si los hombres le oprimen por la fuerza de las armas, Dios no lo aprueba, pues no es Él quien *aplasta bajo sus pies a todos los prisioneros de la tierra.* Goldman halla extraño que se singularice aquí a *los prisioneros de la tierra,* y opina que es mejor interpretarla poéticamente en el sentido de toda la humanidad, «esto es, a los que están *atados a la tierra».* Con todos los respetos al rabino Goldman, ¿no es más fácil ver aquí una alusión a los israelitas prisioneros de los caldeos? Tanto más cuanto que el vocablo *árets o érets,* tierra, designa con la mayor frecuencia la «tierra santa».

(B) Si los hombres lo oprimen *torciendo el derecho del hombre* (v. 35), un derecho que todo hombre tiene *delante de la presencia del Altísimo,* «esto es, un derecho otorgado por Dios, o derecho *natural»* (Goldman), o hacen (v. 36) que se condene injustamente a una persona—ése parece ser el sentido—, sepan que Dios lo *ve,* no lo aprueba. Aquí se implica más de lo que se expresa. Pervertir el derecho y la justicia, privar a una persona de sus derechos humanos y condenar a un inocente, son cosas que afrentan gravemente a Dios, y Él, tarde o temprano, tomará severa cuenta a los que así se comportan.

Versículos 37–41

1. No debemos disputar con Dios por ninguna aflicción que tenga a bien enviarnos en cualquier tiempo (v. 39): *«¿Por qué se queja un hombre viviente? ¡Que sea un valiente* (hebr. *guéber) contra sus pecados!»* Ésta parece ser la versión literal más probable de este difícil versículo. Dice el Midrás (citado por Goldman): «Debería estar agradecido de estar vivo». La soberanía de Dios en la administración universal de los planes de Su providencia habría de ser suficiente base doctrinal para acallar todas las quejas que contra Dios se atreven a presentar los seres humanos *(Adán,* en la primera parte del versículo). En concreto, los llevados al cautiverio de Babilonia deben someterse a la voluntad de Dios en sus

padecimientos. ¿Se cree alguien lo suficientemente valiente, fuerte, frente a Dios? (v. 1 Co. 10:22). ¡Que tenga esa valentía para reconocer sus pecados y enmendarse de ellos! Quien se acusa así mismo, hallará a un Dios misericordioso, pero quien se excusa y se queja de sufrir sin merecerlo, hallará a un Dios justiciero.

2. Debemos ponernos a responder a los objetivos que Dios abriga al afligirnos, lo cual conseguiremos si nos ponemos primero (v. 40) a *escudriñar nuestros caminos,* con lo que estaremos dispuestos a *volvernos a Jehová.* ¡Examinemos nuestra conducta! ¡Que nos ayude la conciencia a buscar y a juzgar! Al examinar nuestra conducta, nos examinaremos a nosotros mismos, pues hemos de juzgar de nuestro estado espiritual, no por nuestras inútiles fantasías y nuestros débiles deseos, sino por los motivos que nos incitan, las normas que nos rigen y el tenor general de nuestra vida conforme a esos motivos y esas normas. *¡El árbol se conoce por sus frutos!* Cuando nos hallamos en aflicción, es conveniente *meditar bien sobre nuestros caminos* (Hag. 1:5), para que lo que no está del todo derecho sea enderezado por el arrepentimiento y enmendado para lo futuro y, de este modo, podamos responder al objetivo de la aflicción. En tiempo de pública calamidad, estamos inclinados a señalar con el dedo a otros para echarles la culpa de lo que ocurre, mientras que el deber nuestro, y el de cada uno, es examinar *nuestros* caminos. «Y (v. 40b) *volvámonos a Jehová.* Ya estuvimos con Él, y nunca nos ha ido bien desde que nos separamos de Él; volvámonos, pues, a Él». Y, cuando elevamos (v. 41) nuestras manos al cielo para orar a Dios, *«levantemos* también *el corazón sobre las palmas de las manos,* del mismo modo que hemos de poner toda el alma en nuestras palabras». Orar es levantar el alma a Dios (Sal. 25:1), como a *nuestro Padre que está en los cielos;* y el alma que abrigue la esperanza de estar con Dios en el cielo para siempre, ha de querer estar siempre aprendiendo, mediante frecuentes actos de devoción, el camino hacia allá y proseguir diligentemente hacia esa meta.

Versículos 42–54

El profeta ha reconocido que un ser viviente no debe quejarse a Dios, pero aquí vuelven las nubes de la perplejidad y de la amargura.

1. Confiesan la justicia de Dios al afligirles (v. 42): *«Nosotros hemos transgredido y nos hemos rebelado».* Si llamamos al pecado *rebeldía y transgresión,* lo llamamos por sus propios nombres, no exageramos.

2. Se quejan de las aflicciones que padecen, no sin ciertos reproches a Dios.

(A) Se quejan de las señales de Su desagrado (v. 42b): «*Tú no has perdonado».* Y más aún en el versículo 43: *«Te has cubierto de ira* (comp. con 2:1) y *nos has perseguido; mataste sin piedad».* Se quejan de que hay como un muro que les separa de Dios (v. 44, comp. con Is. 59:2): *«Te cubriste de nube para que no pasase nuestra oración»* (comp. con el v. 8). ¡Una nube tan densa como un muro!

(B) Se quejan del menosprecio en que les tienen sus vecinos (v. 45): *«Nos has hecho basura y desecho en medio de los pueblos».* Si ellos no se hubiesen envilecido a sí mismos, sus enemigos no los habrían tenido por basura y desecho.

(C) Se quejan de la destrucción que han sufrido a manos de sus enemigos: *«Terror y fosa es nuestra porción, desolación y ruina».* Hay un juego de palabras en el hebreo para cada uno de los dos pares de vocablos de este versículo 47: *pajad waphájath … hasheth whasháber.* Y, en el versículo 48, «… el quebrantamiento de la hija de mi pueblo». Y, en el versículo 51, «… *por todas las hijas de mi ciudad».* Por medio de metáforas, más bien que con expresiones de sentido literal, el poeta se lamenta de la forma en que el enemigo ha tratado al pueblo (vv. 52–57). Como advierte Goldman, no ha de pensarse, por algunas expresiones de los versículos 52–54, que Jeremías se refiere a sus experiencias personales, pues «no consta que le arrojaran piedras, y su cisterna no tenía agua, sino sólo cieno».

(D) Se quejan (vv. 48, 49) de su extraordinario pesar. Nótese la bella metáfora del versículo 51: *«Mi ojo afecta a mi alma»,* que significa: *mis muchas lágrimas me están poniendo enfermo.* Cuanto más llora, peor está; cuanto peor está, más llora (es un círculo vicioso).

(E) En medio de todas estas tristes quejas hay una palabra de consuelo (v. 50). Continúa llorando sin alivio, pero (como un rayo de luz que se filtra por entre la densa nube) hay un atisbo de esperanza en esa frase … *hasta que Jehová mire y vea desde los cielos».* Aun cuando el caso parece desesperado, una mirada favorable desde los cielos bastará para poner todo en orden. Mientras continuaban llorando, también continuaban aguardando. Cuando Jehová mire desde arriba, todas las lágrimas serán enjugadas.

Versículos 55–66

Lucha en el pecho del profeta entre la fe, el temor y la esperanza; pero la fe tiene la última palabra y sale del conflicto vencedora. En tres cosas han hallado bueno a Dios el profeta y sus amigos:

1. En que *ha escuchado sus oraciones,* aunque habían estado inclinados a temer que la nube del enojo de Dios fuese tal que *no pudiese pasar su oración* (v. 44). Cuando estaban en *lo más profundo de la fosa* (hebr. *bor,* no *sheol), invocaron el nombre de Jehová* (v. 55). Y *Jehová oyó su grito* cuando clamaban en busca de auxilio (v. 56). Ante la aparente contradicción entre la segunda parte del versículo y la primera, el Rashí sugería que «los verbos de estos versículos estaban en imperfecto» (Goldman), lo cual es muy difícil de sostener desde el punto de vista gramatical; es mucho más probable que la segunda parte exprese el contenido del *grito* de la primera frase del versículo, como lo tienen, entre otras versiones, la *Biblia de las Américas* y, más claro todavía, la *Nueva Versión Internacional.* El versículo 56 dice, pues, literalmente: *«Mi voz* (hebr. *qolí) escuchaste. "No cierres tu oído a mi suspiro* (hebr. *leravjatí,* de *ruaj), a mi grito* (hebr. *leshavatí)"».* Obsérvese cómo llama a su oración su *aliento,* porque en la oración alentamos, respiramos, hacia Dios. La oración es la respiración del hombre nuevo, aspirando el aire de la misericordia en las peticiones, y respiramos el aire de nuestro pecho en alabanzas; es, a un mismo tiempo, la evidencia y el sostén de la vida espiritual.

2. En que Dios había acallado los temores de ellos (v. 57): *«Te acercaste el día que te invoqué, y dijiste. No temas».* Cuando nos acercamos a Dios por el camino del deber, podemos verle, por fe, acercándose a nosotros por el camino de la misericordia.

3. En que ya había comenzado a manifestarse a favor de ellos (v. 58): *«Abogaste, Señor, las causas* (lit.) *de mi alma; redimiste mi vida».* Se consuela con el pensamiento de haber apelado a la justicia y a la omnisciencia de Dios: «*Tú has visto* (v. 59), *oh Jehová, mi agravio:* que estoy sufriendo tanto, sin haber dado motivo para ello». *«Has visto* (v. 60) … *todos sus planes contra mí.* Ellos se están divirtiendo con mis calamidades (vv. 61–63), como los filisteos con Sansón. ¡Que sean tratados de la misma forma con que nos tratan a nosotros! (vv. 64–66). ¡Que tu mano pese sobre ellos como su mano ha pesado sobre nosotros!»

CAPÍTULO 4

Este capítulo guarda la misma estructura acróstica que los dos primeros con la sola diferencia de presentar dos esticos, en vez de tres, bajo cada letra. Una característica común a los cuatro primeros capítulos, y que no hemos hecho notar anteriormente, es que la letra *Pe* aparece delante de *Ayin,* invirtiendo en esto el orden alfabético. No se sabe cuál es la razón de esto: *pe* significa «boca», y *ayin* «ojo»; ¿por qué va el *hablar* antes del *ver?* Mejor es dejarlo así, para no inventar explicaciones que podrían ser ingeniosas, pero dudosamente bíblicas. I. El profeta se lamenta aquí de las indignidades cometidas contra aquellos a quienes se solía guardar y mostrar mayor respeto (vv. 1, 2). II. Se lamenta también de los efectos del hambre (vv. 3–10). III. Se lamenta igualmente del saqueo de Jerusalén (vv. 11, 12). IV. Reconoce que los pecados de los líderes fueron la causa de todas estas calamidades (vv. 13–16). V. Abandona toda esperanza de que pueda evitarse la ruina total (vv. 17–20). VI. Predice la destrucción de los edomitas, que se regocijaron con la caída de Jerusalén (v. 21). VII. Anuncia el regreso de los cautivos a Sion (v. 22).

Versículos 1–12

La elegía de este capítulo comienza con una lamentación del triste cambio que ha experimentado Jerusalén. La ciudad que antes era *como el oro más fino, ha perdido su brillo* (v. 1); se ha convertido en escoria.

1. El templo, que era la gloria y la protección de Jerusalén, está derruido (v. 1b). Más bien que *el oro del templo,* lo que aquí (v. 1a) se describe, según Goldman, es «metafóricamente el pueblo mismo. El pueblo de Sion era con respecto a los demás pueblos de la tierra como el oro con respecto a un vil metal, pero han sido tratados como escoria». El paralelismo con el versículo 2 demuestra que la explicación de

Goldman es correcta. De la misma forma que el oro, *las piedras del santuario* (v. 1b) habían perdido también su gloria, *pues estaban esparcidas a la cabeza* (lit.), es decir, en la esquina, *de todas las calles.* Allí estaban mezcladas con las piedras de la común demolición.

2. Los príncipes, los sacerdotes, etc., en una palabra, *los preciados hijos de Sion* (v. 2), *estimados más que el oro fino,* por su posición, dignidad y autoridad, han sido tratados de la manera más baja, como si fuesen *vasijas de barro.* Se habían empobrecido y habían marchado al cautiverio, como si fueran criminales despreciables.

3. Los niños pequeños perecían de hambre y de sed por falta de alimento, por una carestía de tal calibre que había desnaturalizado a las madres. Asensio comenta los versículos 3 y 4 del modo siguiente: «Madres desnaturalizadas por fuerza, *las hijas de mi pueblo* hacen buenos a los *chacales,* que, entre las ruinas de la ciudad destruida (Is. 13:22; 34:13; Jer. 50:39), siguen *amamantando a sus crías.* Atontadas por el dolor, proceden como las estúpidas *avestruces,* que, después de las fatigas pasadas para la puesta de los huevos y la incubación de las crías, lo abandonan todo *en el desierto* con peligro de que el hombre o la bestia lo aplaste con su pie (Job 39:13–16). Abandonados e indefensos, los *pequeñuelos* van pereciendo faltos de la leche materna o del pan que en vano reclaman (1:11; 2:11)».

4. Las personas de rango fueron reducidas a la pobreza del pordiosero (v. 5). Quienes eran de buena familia y habían estado bien alimentados *desfallecen en las calles,* sin el alimento necesario, por haber quedado despojados de todo a causa de la guerra, y yacen en la calle al no tener lecho cómodo donde acostarse. Así como, algunas veces, *es alzado del muladar el menesteroso* (Sal. 113:7b), así también hay casos en que *los que se criaron entre púrpura se abrazan a los estercoleros,* esto es, «yacen postrados allí» (Goldman).

5. Personas que habían sido eminentes por su dignidad, y aun quizá por su santidad, compartían con los demás la común calamidad (vv. 7, 8). «*Sus distinguidos* (lit.), es decir, *sus nobles,* más bien que sus nazareos o nazireos, *eran más puros que la nieve, más blancos que la leche* (v. 7); *más sonrosados eran sus cuerpos que el coral, su talle más hermoso que el zafiro»,* todo ello, «tipos de frescura y de hermosura natural *(puros, blancos y rojos:* Cantares 5:10), realzada con retoques y vestir elegante *(zafiro)*» (Asensio); pero ahora (v. 8) su *aspecto se ha oscurecido más que el hollín* (lit. *es más negro que la negrura); no los reconocen* (¡tan cambiados están!) por las calles, pues hoy son como «esqueletos ambulantes» (Asensio); *huesos y piel* (comp. con Job 19:20).

6. Jerusalén murió de muerte lenta (recuérdese que fueron 18 los meses de asedio); el hambre contribuyó a su destrucción más que ningún otro castigo. Murió centímetro a centímetro, hasta sentirse ella misma morir (vv. 9–12). La iniquidad de Jerusalén se había agravado más que la de Sodoma; no es extraño que el castigo sea también más severo, pues Sodoma nunca dispuso de los medios de gracia que poseyó Jerusalén. Vemos de nuevo (v. 10, comp. con 2:20) a *las mujeres cociendo y comiéndose a sus propios hijos.* Ya era bastante serio el caso de no tener con qué alimentarlos, pero era mucho peor el de llegar a alimentarse de ellos. La destrucción de Jerusalén era total, completa (v. 11) y sorprendente (v. 12), impensable e increíble. No sólo los israelitas, sino aun *los reyes de la tierra y cuantos moran en el mundo no podían creer que el enemigo y el adversario entrara por las puertas de Jerusalén,* la ciudad santa, la morada del gran Rey. Pensaban que había de estar bajo la protección divina, de forma que fuese vano intento de parte de sus enemigos atacarla con éxito.

Versículos 13–20

1. Los pecados por los que trajo Dios esta destrucción sobre ellos sirvieron para justificar la intervención divina en ella (vv. 13, 14): *«Es por causa de los pecados de sus profetas, y las iniquidades* (hebr. *avonoth) de sus sacerdotes».* El pecado particular de que se les acusa es la opresión y persecución de los justos inocentes (v. 13).

2. Ahora (vv. 14–16) les llega su pago. La explicación más probable de dichos versículos es la siguiente: En pago de sus pecados (v. 13), vagan ahora por las calles; temen la venganza de los sencillos ciudadanos, los cuales ven en ellos gente *contaminada con sangre* (v. 14) y, por tanto, lo mismo que los leprosos, personas cuyo contacto había que evitar (v. 15; comp. con Lv. 13:45). Incluso en las naciones extranjeras (v. 15b) se les negaba la estancia. Jehová mismo los ha dispersado (v. 16). La segunda parte de este versículo ha confundido a varios autores, haciéndoles errar en toda esta porción. Acerca del

versículo 16b, comenta Goldman: «Esto, en contraste con el v. 13, ha de referirse a los *buenos* sacerdotes. La segunda parte de este versículo declara la razón del enojo de Dios».

3. Los versículos 17–20 ponen de relieve la desesperación del pueblo bajo todas estas calamidades: En vano esperaban socorro del exterior (v. 17); en concreto, de *una nación que no puede salvar,* es decir, de Egipto (v. Is. 30:1–7; Jer. 37:7). Sin auxilio del exterior, y dejados de la mano de Dios, más aún, al pesar sobre ellos la mano de Dios, eran fácil presa de los caldeos que (v. 18), como crueles cazadores, acechaban (con razón) todos los movimientos de los judíos que habían quedado en Palestina después de ser ocupada por los babilonios. Los que quisieron huir fueron prontamente cazados (v. 19). Dice Asensio: «Destacamentos ligeros del ejército babilónico dan alcance a los fugitivos y apresan al *respiro de nuestra nariz* (v. 20), *ungido de Jehová y a cuya sombra pensábamos seguir viviendo entre las naciones* adonde con él huíamos. Tres títulos honoríficos con que se llama al rey de Judá».

Versículos 21–22

Los salmos de lamentación de David suelen concluir con alguna palabra de consuelo, la cual es como vida de entre los muertos, y luz que alumbra en medio de las tinieblas; así pasa con la lamentación de Jeremías en este capítulo. Aquí se predice, para dar ánimos al pueblo de Dios:

1. Que un día se pondrá fin a las aflicciones de Sion (v. 22). Las aflicciones de los hijos de Dios solamente continúan el tiempo preciso hasta que hayan producido el efecto para el cual las envió Él.

2. Que también se pondrá fin a las alegrías y regocijos de Edom. Las frases son irónicas (v. 21): «*Alégrate y regocíjate, hija de Edom, la que habitas en tierra de Us* (hebr. *Uts*), porque te van a durar poco esas alegrías; *también a ti te llegará la copa,* la copa del castigo y de la destrucción que ahora intoxica a Sion; *te embriagarás y te desnudarás,* exponiéndote al desprecio de los espectadores, como Noé después de embriagarse». La destrucción de los edomitas ya fue predicha por este profeta (Jer. 49:7–22). La imagen de la desnudez de Edom (Esaú) a manos (en último término) de Dios ya salió en Jeremías 49:10, y volverá a salir en Abdías 6. Dice Asensio: *«desnuda …* totalmente devastada y con la vergüenza de una esclava al arbitrio de un enemigo cruel y sin pudor (Ez. 16:37; Os. 2:3; Nah. 3:5)».

CAPÍTULO 5

Este capítulo tiene los mismos versículos que el primero, el segundo y el cuarto, pero no es acróstico como los cuatro primeros. Representación del actual estado calamitoso del pueblo de Dios en su cautiverio (vv. 1–16). II. Declaración solemne de su interés por el santuario de Dios (vv. 17, 18). III. Humilde súplica a Dios a que se vuelva a ellos en Su misericordia (vv. 19–22). Algunas versiones antiguas llaman a este capítulo «La oración de Jeremías».

Versículos 1–16

El pueblo de Dios, abrumado de pesadumbre, da rienda suelta a sus tristezas ante el trono de la gracia, y comienza a hablar como haciéndole a la memoria a Dios sus calamidades pasadas y su oprobio presente (v. 1), como si Dios *las hubiese tenido en poco* (Neh. 9:32). La palabra que parece compendiar mejor la desgracia es *oprobio: «Acuérdate, oh Jehová, de lo que nos ha sucedido; mira, y ve nuestro oprobio»*. Puesto que era un oprobio para el pueblo de Dios, era algo que repercutía en el nombre y en el honor del Dios de Israel.

I. Reconocen el oprobio del pecado, el oprobio de la nación. Es una confesión penitente de los pecados de sus padres (v. 7), pecados en los que ellos mismos habían persistido y por los que ahora sufrían. Aunque podría pensarse que se refieren a sus próximos antepasados, se alcanza a ver una solidaridad general de la generación presente con las anteriores (v. Éx. 20:5; 2 R. 23:26, 27; Jer. 16:11–13). Dice Asensio: «No es un recurso a la amarga cantilena de otras ocasiones para descargo propio y acusación de culpas ajenas (Jer. 31:19; Ez. 18:2), sino confesión de las propias culpas que han convertido en esclavos de pueblos *esclavos* (v. 8), inferiores al Israel escogido, al pueblo hijo de Jehová (Éx. 4:22,

23; Os. 11:1)». De hecho, como advierte Goldman, el propio «Jeremías había negado explícitamente tal doctrina (de que los hijos sean castigados por los pecados de los padres—Jer. 31:29 y ss.—); pero las malas consecuencias del pecado se sienten inevitablemente durante muchas generaciones».

II. Presentan en diversos detalles particulares, que tienden a incrementar su desgracia, el oprobio que soportan:

1. Se les ha desposeído de la buena tierra que les dio Jehová (v. 2): *«Nuestra heredad ha pasado a extraños; nuestras casas a forasteros;* ¿no es un gran oprobio el que ellos vivan en las casas que nosotros edificamos?»

2. Los israelitas se sienten todos ellos (v. 3) *huérfanos sin padre*, esto es, huérfanos de padre, sin el apoyo de la fuerza y del dinero que el padre les proporcionaba. Viven las madres, pero *como viudas:* «el destierro de los hombres ha completado el cuadro de la muerte en la batalla» (Asensio).

3. Se hallan en situación muy precaria en cuanto al sustento (v. 4). Antes disponían de agua abundante; ahora tienen que comprarla; antes tenían también combustible suficiente, pero ahora han de pagar alto precio por cada gavilla de leña. ¿Y qué harán para comer pan? Habían *extendido la mano* (v. 6), es decir, se habían sometido, *a Egipto* (v. Jer. 43:5–7) y *Asiria*, esto es, a Babilonia (v. Jer. 2:18, donde también vemos Asiria en lugar de Babilonia). Así opina Goldman, mientras Asensio dice: «los israelitas evocan antiguas alianzas politicoeconómicas con *Egipto y Asiria* (Jer. 2:18, 36; Os. 7:11; 11:5), con que un día creyeron poder asegurar su libertad y su existencia». La dificultad en procurarse el pan de cada día se expresa también en el versículo 9, donde, al aludir a los peligros de caer en manos de los babilonios, o de ladrones armados, que ocupaban toda la campiña, leemos: *«Con peligro de nuestras vidas nos procuramos nuestro pan* (es decir, el alimento, no precisamente el pan) *ante la espada del desierto»*.

4. Han sido puestos en esclavitud, y esto es para ellos el peor de los oprobios (v. 5): *«Hasta nuestros cuellos somos perseguidos* (lit.); *nos fatigamos* con el trabajo forzado, y *no hay para nosotros reposo»*. La frase que menciona los *cuellos* no alude a ningún yugo (contra la opinión de algunos, incluido M. Henry), sino «probablemente es una referencia a la práctica bárbara de cabalgar sobre los cuerpos de los enemigos conquistados, como aparece en algunas inscripciones asirias (cf. ls. 51:23)» (Goldman). Los israelitas no querían someterse al gobierno suave de su Dios, y tienen que someterse ahora al riguroso trato que les dan sus nuevos amos y hasta los esclavos de sus amos (v. 8).

5. Los que solían banquetear están ahora *ennegrecidos por el hambre* (v. 10), es decir, por la fiebre producida por el hambre; *ardientes como un horno*—dice el original—, *a causa del calor abrasador del hambre (*lit. *de la fiebre del ardor del hambre).*

6. Todas las clases del pueblo fueron víctima de abusos e indignidades (v. 11) «*Violaron a las mujeres en Sion, a las doncellas en las ciudades de Judá». «A los príncipes colgaron* (v. 12), esto es, ahorcaron *por sus manos, "*por las manos de los esclavos mencionados en el versículo 8"» (Goldman). A los *adolescentes* (hebr. *nearim*, casi niños) les obligaban a acarrear enormes cantidades de *leña, bajo cuyo peso se tambaleaban,* mientras a los *jóvenes* algo mayores (hebr. *bajurim)* les forzaban a hacer girar *la piedra de moler el grano,* «duro y humillante trabajo» (Asensio), propio de mujeres (v. Jue. 16:21).

7. Se puso fin a toda alegría (v. 14b): *«Los jóvenes,* acostumbrados a cantar y a toda alegría festiva, *dejaron sus canciones»*. Y lo mismo (v. 15) ocurrió al resto del pueblo: *«Cesó el gozo de nuestro corazón. Nuestra danza se cambió en luto»*. La *«corona»* (v. 16), es decir, «el prestigio y la prosperidad nacionales» (Goldman), *se le cayó de la cabeza* a Israel. Gracias a Dios que la corona que Dios da no cae ni se marchita, pues las coronas terrenas de toda clase son caducas.

Versículos 17–22

1. El pueblo de Dios expresa su profunda preocupación por las ruinas del templo, más que por ninguna otra de sus calamidades (vv. 17, 18). Aunque no se menciona por su nombre el santuario en estos versículos, la mención del *monte de Sion que está asolado* implica, ante todo, la desolación del templo, de tal manera que *las raposas merodean por allí,* sin temor de encontrarse con seres humanos.

2. A pesar de todo, se consuelan con el pensamiento de que *Jehová y Su trono permanecen para siempre;* ¿permanecerá para siempre Su enojo contra Israel? ¡Evidentemente, no! La Biblia entera está diciendo que Dios se compadecerá, finalmente, de Israel. Su ira puede durar algún tiempo, pero *su amor*

misericordioso dura para siempre (Sal. 100:5; 106:1; 107:1; 118:1; 136—repetido en cada uno de sus 26 versículos).

3. Confiados precisamente en que Dios siempre es el mismo, hacen humildemente una pregunta al Señor (v. 20): *«¿Por qué te olvidas completamente de nosotros, y nos abandonas tan largo tiempo?»* Comenta Asensio: «Bajo la apariencia externa de duda e incertidumbre, late en realidad la evocación de experiencias antiguas, como base de una inconcusa y tradicional (3:31–42; Éx. 20:6; 34:6, 7; Jer. 3:5) fe-esperanza en que ese olvido-abandono divino no se prolongará *por mucho tiempo*». Aunque no debemos disputar con Dios, sí podemos alegar nuestra causa ante Él (v. Jer. 12:1).

4. Suplican a Dios con vehemencia que les otorgue Su misericordia y Su gracia (v. 21): *«Haznos volver, oh Jehová, a ti, y nos volveremos; renueva nuestros días como antaño»;* «nostalgia de aquellos *días* perdidos en el recuerdo de un *pasado* lejano (hebr. *quedem)* de su historia de pueblo escogido» (Asensio). El versículo 22 termina de un modo melancólico, tras de este rayo de esperanza, por lo que los rabinos hicieron que, en caracteres más pequeños, se repitiese el versículo 21, para que acabase el libro de modo más optimista. El mismo recurso se repite al final de *Eclesiastés*, de *Isaías* y de Malaquías.

EZEQUIEL

Los escritos de los profetas que hablan de *las cosas que han de ser después de éstas* (Ap. 1:19b) parecen proferir la misma llamada que Juan recibió (Ap. 4:1b): *«Sube acá»*. Pero, en la profecía de este libro, es como si la voz dijese: *«Sube más alto»*. Conforme avanzamos en el tiempo (pues Ezequiel profetizó durante el cautiverio, así como Jeremías lo hizo justamente antes del cautiverio), nos elevamos cada vez más en descubrimientos más y mas sublimes de la gloria divina. Estas aguas del santuario calan todavía más hondo; tan lejos están de ser vadeables, que en algunos lugares a duras penas se pueden sondear; con todo, aun siendo tan profundas, de ellas fluyen raudales que *alegran la ciudad de nuestro Dios.*

I. El redactor humano fue Ezequiel. Su nombre significa *«Fuerza de Dios» o «Dios me fortalece»*. Ciertamente Dios le fortaleció dentro de las dificultades que las circunstancias oponían a su ministerio. Dios le dice (3:9): *«Como diamante, más fuerte que el pedernal he hecho tu frente»*. Si hemos de dar crédito a la tradición de los judíos, los propios judíos cautivos en Babilonia le dieron muerte en Babilonia por su osadía en reprenderles. La misma tradición dice que le hicieron saltar los sesos. Un historiador árabe dice que le dieron muerte y que fue sepultado en el sepulcro de Sem, el hijo de Noé.

II. En cuanto a la fecha, el lugar y la época de su ministerio. La escena se abre en Babilonia, cuando era casa de esclavitud para el Israel de Dios, allí fueron escritas las profecías de este libro, cuando el propio profeta y el pueblo al que profetizaba estaban exiliados allí. Ezequiel profetizó al comienzo del cautiverio. Fue una indicación de la buena voluntad de Dios y de Sus amorosos designios en aquella aflicción de Israel el que levantase profetas para convencerles cuando, al principio de sus aflicciones, estaban sin humillarse, lo cual fue tarea de Ezequiel, así como consolarles cuando estaban deprimidos y desanimados.

III. En cuanto a la materia y el objetivo del libro.

1. Hay mucho que es misterioso, oscuro y difícil de entender, en especial al comienzo y al final de él, por lo que los judíos prohibían a los jóvenes su lectura hasta que llegaban a los treinta años de edad, no fuese que, por las dificultades que encontrasen, cobrasen prejuicios contra las Escrituras; pero si leemos esas partes difíciles con humildad y reverencia, y las investigamos diligentemente, aun cuando no seamos capaces de desatar todos los nudos, como tampoco podemos comprender muchos fenómenos del libro de la naturaleza, podremos, no obstante, recoger de ellos, como de los que hay en el libro de la naturaleza, muchas cosas buenas con las que confirmar nuestra fe y avivar nuestra esperanza en Dios.

2. Aunque las visiones son aquí tan intrincadas que un elefante podría nadar en ellas, los mensajes son claros y, en su mayor parte, tan sencillos que un cordero podría vadearlos; y el designio principal es *mostrar al pueblo de Dios sus transgresiones,* a fin de que, en su cautiverio, puedan estar arrepentidos, pero no quejumbrosos. Así como para los cautivos mismos fue de gran provecho tener con ellos un profeta, también fue un testimonio a favor de la religión de ellos y en contra de sus enemigos que les ridiculizaban a ellos y a su religión.

3. Aunque los reproches y las amenazas son aquí fuertes y audaces, hacia el cierre del libro se dan, no obstante, seguridades consoladoras de la gran misericordia que Dios les tenía reservada; y allí halla uno

alguna referencia a la dispensación del Evangelio y, en especial, a su cumplimiento pleno en la época del Reino milenario. Por medio de la apertura de los *terrores de Jehová,* prepara el camino de Cristo. Las visiones eran las credenciales del profeta.

IV. Para la división, echamos mano de los epígrafes en negrita que aparecen en la *Ryrie Study Bible:*

1. Llamamiento y comisión de Ezequiel (1:1–3:27).
2. Profecías contra Judá y Jerusalén (4:1–24:27).
3. Profecías contra las naciones extranjeras (25:1–32:32).
4. Profecías de la restauración de Israel (33:1–39:29).
5. Profecías concernientes a Israel en el Reino milenario (40:1–48:35).

CAPÍTULO 1

I. Las circunstancias de la profecía que iba a ser comunicada, el tiempo en que fue comunicada a Ezequiel (v. 1), el lugar donde lo fue (v. 2) y la persona por medio de la cual había de ser comunicada a los demás (v. 3). II. Introducción a la profecía mediante una visión de la gloria de Dios: 1) En el mundo superior, donde el trono de Dios está rodeado de unos seres angélicos llamados aquí «seres vivientes» (vv. 4–14). 2) En sus providencias concernientes al mundo inferior, que está representado por las ruedas y los movimientos de éstas (vv. 15–25). 3) En el aspecto, sin figura definida, del que se sienta en el trono (vv. 26–28).

Versículos 1–3

Las circunstancias de la visión que tuvo Ezequiel, y en la que recibió su comisión, se hacen constar aquí en particular, a fin de que el relato lleve las marcas de la autenticidad.

1. El tiempo en que tuvo Ezequiel la visión fue *en el año treinta* (v. 1). Feinberg, Ryrie y Asensio, entre otros, dan como más probable la interpretación de que Ezequiel se refiere a su propia edad, esto es, que tenía treinta años de edad. M. Henry y el rabino S. Fisch dan como más probable el que Jeremías se refiera a la fecha en que fue hallado el libro de la Ley, treinta años antes, durante el reinado de Josías, por haberse celebrado entonces «el último Jubileo que ocurrió en la tierra de Israel antes del exilio babilónico» (Fisch). Las razones que aporta el rabino Fisch en favor de su opinión son muy fuertes. Aún hay quienes datan la profecía desde el comienzo del reinado de Nabopolasar, el fundador del imperio babilónico y padre de Nabucodonosor, pero esta opinión es muy improbable.

2. Las tristes circunstancias en que se hallaba Ezequiel cuando Dios tuvo a bien honrarle. Estaba (v. 1b) *entre los deportados junto al río Quebar* (hebr. *Kebar), y* esto sucedía (v. 2) *en el quinto año de la deportación del rey Joaquín, a los cinco días del mes.* Como Joaquín (llamado Jeconías—y Conías—en Jeremías) fue deportado el año 598–597 a. de C., la visión de Ezequiel tuvo lugar el año 593–592.

(A) Una parte del pueblo de Dios estaban ahora cautivos *en la tierra de los caldeos* (v. 3). La masa de la nación judía permanecía aún en su país, pero éstos eran los primeros frutos del cautiverio, y algunos de los mejores. La palabra de instrucción y la vara de corrección pueden sernos de gran provecho cuando se conjuntan y complementan mutuamente: la palabra para explicar la vara; la vara, para reforzar la palabra; y ambas juntas confieren sabiduría. En el cautiverio, los judíos estaban destituidos de ordinarias ayudas para el alma y, por eso, Dios hizo surgir estas otras extraordinarias; porque los hijos de Dios, si algo les estorba para ser educados de una manera, obtendrán su educación de otra manera. Los judíos que se habían quedado en el país tenían consigo a Jeremías; los que habían marchado al cautiverio tenían a Ezequiel; porque adondequiera que sean esparcidos los hijos de Dios, Dios les proveerá de instructores.

(B) El propio profeta estaba (v. 1) *entre los deportados junto al río Quebar,* «conocido entre los babilonios como el Gran Canal, que fluía al sureste desde el Éufrates en Babilonia» (Feinberg). Los mejores hombres, y más estimados por Dios, comparten con frecuencia las públicas calamidades nacionales que Dios inflige por el pecado; reciben castigo sin haber contribuido a la culpa. Los cautivos hallarán su mejor instructor en un cautivo como ellos, que conoce experimentalmente sus aflicciones. Dondequiera nos hallemos, podemos guardar nuestra comunión con Dios. Cuando Pablo estaba encarcelado, el Evangelio tenía curso libre; y cuando Juan fue exiliado a la isla de Patmos, recibió allí la visita de Jesucristo.

3. La manifestación que Dios tuvo a bien hacer de Sí mismo al profeta. Aquí nos cuenta él mismo lo que vio, lo que oyó y lo que sintió.

(A) *Vio visiones de Dios* (v. 1, al final), lo cual puede significar «visiones acerca de Dios o ideadas por Él» (Fisch). Nadie puede *ver a Dios y continuar* vivo (Éx. 33:20), pero algunos han visto *visiones de Dios,* es decir, manifestaciones de la gloria divina que les han servido de instrucción. Ezequiel fue usado para la tarea de volver los corazones del pueblo a Jehová su Dios y, por consiguiente, él mismo había de ver visiones de Dios. Todos aquellos cuyo ministerio consiste en traer a otros al conocimiento y al amor de Dios, deben tener íntima comunión con Dios, pues difícilmente pueden comunicar bien lo que no conocen bien. Para que pudiese tener *visiones de Dios, se abrieron los cielos* (v. 1b). Sólo así podían ser conquistadas la oscuridad y la distancia que impedían estas visiones.

(B) Oyó la voz de Dios, pues (v. 3) *le vino expresamente palabra de Jehová,* y lo que vio estaba destinado a prepararle para lo que iba a oír. La visión del capítulo 1 es la introducción del mensaje del capítulo 2. El adverbio *expresamente* sirve para verter la reduplicación del hebreo *hayóh hayáh* (lit. *habiendo hubo,* repetido por énfasis).

(C) Sintió el poder de Dios que le abría los ojos para ver las visiones, que le abría los oídos para oír la voz, y que le abría el corazón para recibir lo que las visiones y las palabras de Dios daban a entender.

Versículos 4–14

El objeto de estas visiones: (A) Infundir en la mente del profeta altos y honorables pensamientos de Dios por quien era comisionado. Lo que vio (v. 28) fue «*la apariencia de la imagen de la gloria de Jehová*». Un Dios tan grande como éste había de ser servido con reverencia y piadoso temor. (B) Aterrorizar a los pecadores que quedaban en Sion, lo mismo que a los que habían llegado ya a Babilonia, y que, tanto unos como otros, habían menospreciado las amenazas de la ruina de Jerusalén. Esta referencia a la destrucción de Jerusalén parece clara si comparamos esta porción con 43:3. (C) Consolar a los temerosos de Dios, que se habían humillado bajo la poderosa mano del Señor. Que sepan que, aunque están exiliados en Babilonia, tienen a Dios cerca de ellos; aunque no tengan el lugar del santuario, sin embargo tienen al Dios del santuario. Ahora que la congregación de Israel iba a ser plantada, para largo tiempo, en otro país, el Señor muestra Su gloria en medio de ellos, como lo hizo cuando los constituyó como nación en el desierto. La primera parte de la visión presenta a Dios asistido y servido por ángeles.

1. La introducción a esta visión de los ángeles es magnífica y despertadora (v. 4). El profeta *miró y vio que venía del norte un viento tempestuoso.* Del norte le habían venido a Israel las grandes calamidades (comp. con Jer. 1:14, 15; 4:6). La representada ahora era, por supuesto, la invasión total de la Tierra Santa a manos de los caldeos. Pero, como la visión de Isaías 6, el objetivo principal era expresar la absoluta soberanía de Dios. Dice Feinberg: «Entre los atributos de Dios puestos de relieve en esta visión están Su omnipresencia, omnisciencia y omnipotencia. Compárese el llamamiento de Ezequiel con el de Moisés (Éx. 3), Amós (Am. 7:15), Isaías (Is. 6) y Jeremías (Jer. 1:4–10)».

2. La visión misma.

(A) El pabellón de Dios en el que descansa y el carro en que se pasea es *una gran nube* (v. 4b, comp. con Sal. 18:11; 104:3). La nube va acompañada *de fuego fulgurante,* como en el Sinaí, donde Jehová *llamó a Moisés de en medio de la nube. Y la apariencia de la gloria de Jehová era como un fuego abrasador* (Éx. 24:16, 17). La primera aparición de Dios a Moisés fue también en *una llama de fuego en medio de una zarza* (Ex. 3:2). Y continúa Ezequiel (v. 4b): «y *alrededor de él* (el fuego) *un resplandor*». Comenta Ryrie: «Ezequiel vio una nube que fulguraba desde un centro de metal reverberante». El hebreo lo llama *jashmal* e indica una mezcla brillante de oro y plata, que los LXX vertieron por *élektron,* y la Vulgata Latina por *electrum,* y de ahí pasó al castellano en forma de *electro.* Una consideración devocional se desprende de todo esto: Si queremos hallar a Dios, es cierto que no podremos ver el centro de la luz *inaccesible en que habita* (1 Ti. 6:16), pero podremos ver el resplandor que le rodea. Tampoco Moisés pudo ver el rostro de Dios, sino sólo la espalda (Éx. 33:23).

(B) *Del centro* (v. 5) *emergía la figura de cuatro seres vivientes,* «identificados como querubines (10:15, 20; v. nota en Ap. 4:6). Los querubines son un orden de ángeles, interesados en guardar la santidad de Dios. Guardaban el acceso al árbol de la vida (Gn. 3:24)» (Ryrie). Vemos que no eran Dios, sino criaturas de Dios, obra de Sus manos. Su aspecto general era como una *semejanza* (hebr. *demut,* el mismo vocablo de Gn. 1:26: «… *conforme a nuestra semejanza*»). Esto se dice especialmente para hacer notar que tienen inteligencia, no son animales. De ellos se nos dan los siguientes detalles:

(a) *Cada uno tenía cuatro caras y cuatro alas* (v. 6). De las *alas,* el detalle general es que (v. 9) *con las alas se juntaban el uno al otro.* Más adelante (v. 11b), vemos que *tenían sus alas extendidas por encima, las cuales se juntaban,* esto es, la derecha de uno con la izquierda de otro; y *las otras dos cubrían sus cuerpos.* Puede verse la diferencia, en esto, con las de los serafines de Isaías 6:2. Se notará en este último lugar que los serafines ocultaban con dos alas su rostro, no su cuerpo, con otras dos sus pies, y necesitaban otras dos para volar, mientras que los querubines de Ezequiel 1:5 y ss. no volaban, sino que *caminaban* (v. 12); no necesitaban, pues, cubrir los pies, sino el cuerpo, por reverencia a Jehová. El rostro quedaba cubierto, según la más probable explanación (ya ofrecida por el Rashí), de forma que «dos de las

cuatro alas de cada criatura estaban extendidas por encima del rostro y unidas por ambos lados a las alas del respectivo vecino, de forma que cada rostro quedaba oculto por las alas» (citado por Fisch).

(b) En cuanto a las caras, la cara frontal (v. 10) era de *hombre;* la del lado derecho, de *león;* la del lado izquierdo, de *buey;* y por detrás, de *águila.* Dicen los rabinos, según cita Ryrie: «El hombre está exaltado entre las criaturas; el águila, entre las aves; el buey, entre los animales domésticos; el león, entre las fieras; y todos cuatro han recibido dominio y se les ha dado grandeza; sin embargo, están estacionados debajo de la carroza del Santo». Otras explicaciones pueden verse en el comentario a Apocalipsis 4:7.

(c) Los *pies* o piernas de los cuatro seres vivientes *eran derechos* (v. 7), es decir, sin junturas como la de la rodilla, a fin de estar listos para moverse rápidamente en cualquier dirección; la *planta* era (v. 7b) *como planta de pie de becerro,* es decir, «redonda, para volverse lisamente en cualquier dirección» (Lofthouse, citado por Fisch); añade que los pies (v. 7c) *centelleaban a manera de bronce muy bruñido* (comp. con Dn. 10:6; Ap. 1:15). Recordemos que el bronce es símbolo de la ira, o de la majestad severa, de Dios.

(d) Además de las caras, las alas y los pies, se añade (v. 8) que, *debajo de sus alas, a sus cuatro lados, tenían manos,* esto es, cuatro manos, *de hombre.* Feinberg compendia del siguiente modo el significado de todos estos miembros:

Las manos de hombre hablan del poder de manipulación y de cierta destreza de toque. La unión de las alas pone de relieve la perfecta unidad de acción por parte de las criaturas vivientes. Sus rostros son: el de hombre, que nos habla de inteligencia; el de león, que indica majestad y poder; el de buey, que despliega servicio paciente; el de águila, que sugiere rapidez de juicio y discernimiento a distancia.

(e) Finalmente, se nos dice (v. 9, y se repite en los vv. 12 y 17) que *no se volvían cuando andaban, sino que cada uno caminaba derecho hacia adelante.* Para que el lector pueda imaginarse fácilmente estos movimientos, ténganse en cuenta estos tres puntos: *Primero,* que los cuatro seres vivientes forman un cuadrado en el que las respectivas caras de hombre miran al frente, *segundo,* que, al tener cada uno una cara a cada lado, no necesitan volverse cuando se les ordena cambiar la dirección del movimiento; *tercero,* que caminan (v. 12b) *hacia donde el espíritu les mueve a que anden;* no siguen sus propios impulsos, sino los del espíritu divino que les anima. El caminar derecho, como dice Feinberg, «nos declara la verdad de que los principios de la soberanía de Dios siguen su curso sin desviación». Según la dirección a las que el espíritu les impulsaba, estos *seres vivientes* (v. 14) *corrían y volvían a semejanza de relámpagos,* ¡tal era su rapidez!

(C) El versículo 13 es vertido de dos maneras: (a) El texto masorético dice: «*Y la semejanza de los seres vivientes* (era): *su apariencia como de carbones de fuego, ardiendo como la apariencia de antorchas; fulguraba de un lado a otro en medio de los seres vivientes; el fuego resplandecía; y del fuego salía el relámpago*» (lit.). (b) Algunas versiones modernas (no la NVI) siguen a los LXX, la Vulgata y a ciertas versiones muy antiguas, y cambian del modo siguiente la primera frase del versículo: «Y *en medio de los seres vivientes, una visión como de carbones de fuego encendidos, etc.*». En cualquiera de los dos casos, y no hay por qué apartarse del texto hebreo, el sentido es claro: El profeta vio estos seres vivientes a la luz misma que de ellos emanaba, debida al resplandor como de brasas ardiendo que había en el centro del cuadro que ellos formaban. Los ángeles son criaturas *de luz,* y están *en la luz,* pero nosotros los vemos a ellos y sus obras como a través de antorchas que fulguran de un lado a otro por entre ellos; cuando *se marchen las sombras y despunte el día,* los veremos con toda claridad.

Versículos 15–25

1. La visión de las ruedas (vv. 15–21). La gloria de Dios no aparece solamente en el esplendor del mundo superior, sino también en la firmeza de Su gobierno en el mundo inferior. *Mientras Ezequiel* (v. 15) *miraba los seres vivientes* y contemplaba cosas tan gloriosas, se presenta ante sus ojos otra visión.

(A) Las dispensaciones de la Providencia son comparadas a las ruedas de una carroza. Las ruedas, aunque no se mueven por sí mismas como los ángeles, son sin embargo movibles. A *los cuatro lados, junto a los seres vivientes, había una rueda sobre la tierra.* Había tal conexión entre los vivientes y las ruedas, que juntos se movían y juntos descansaban (vv. 19 y ss.). La razón es (v. 20, al final) *porque el espíritu de los seres vivientes estaba en las ruedas.* Advierte Feinberg que «esta descripción no tiene absolutamente nada que ver con ninguna invención ni con ningún descubrimiento modernos».

(B) En los versículos 15 y 16 vemos que había una rueda al lado de cada ser viviente; en realidad, era una rueda «doble» (v. 16, al final): «como *una rueda en medio de otra rueda*». Dice Asensio: «Ruedas misteriosas a tono con toda la visión …; "dobles" todas ellas y cruzadas perpendicularmente de modo que pudiesen seguir el movimiento de los animales (mejor sería que dijese: de los seres vivientes) sin cambiar».

(C) El versículo 16 comienza asi textualmente: *«La apariencia de las ruedas* (hebr. *opharim*, vocablo con el que también se designa un grado inferior de querubines) y *de su hechura* (era) *como ojo de Tarsis …».* Esta expresión, que vuelve a salir en 28:13, indica una piedra preciosa, «una de las especies del crisólito, quizás el topacio» (Fisch). En el versículo 18 se nos dice que *los aros,* es decir, las llantas de estas ruedas, *eran altos y atemorizadores,* pues estaban *llenos de ojos alrededor en las cuatro.* Dice Feinberg: «Los ojos en los aros simbolizan la omnisciencia divina en las obras de la naturaleza y de la historia (v. Zac. 3:9; 4:10; Ap. 4:6; 2 Cr. 16:9; Pr. 15:3)». No hay nada que se escape de la mirada de Dios.

2. La visión de la bóveda (vv. 22–25). *«Y por encima de las cabezas* (v. 22) *de los seres vivientes* (había una) *semejanza de expansión* (hebr. *raquía,* el mismo vocablo de Génesis 1:6–8, para designar la bóveda del firmamento), *como el ojo*—es decir, el color—*de un hielo terrible»* (lit.), esto es, de un cristal aterrador. La extensión y el resplandor de esta bóveda produjeron en Ezequiel un sentimiento de reverencia pavorosa. Dios está en lo alto, por encima del firmamento; estos seres vivientes están presentados como debajo del firmamento, lo cual denota sumisión y sujeción al dominio de Dios. Ezequiel *oyó el sonido de las alas de los ángeles* (v. 24), a fin de despertarle la atención a lo que Dios iba a decirle *desde encima de la bóveda* (v. 25). Oyó una voz del que se sienta en el trono. Y, cuando resonaba esta voz, los ángeles *plegaban sus alas* (v. 25, al final) con lo que cesaba el ruido que producían sus alas, y toda la atención del espectador podía dirigirse hacia el que hablaba desde encima de la bóveda. La voz de Dios sólo puede percibirse bien cuando se cierran los oídos a las voces y a los ruidos del mundo.

Versículos 26–28

Las otras partes de esta visión no eran sino el prefacio. En ellas, Dios se daba a conocer como Señor de los ángeles y supremo director de todos los asuntos de este mundo inferior. Pero ahora que el profeta va a recibir una revelación de Dios mismo, hemos de mirar por encima de los seres vivientes y de las ruedas.

1. Nótense las semejanzas de esta porción con Apocalipsis 1:12–17. Ezequiel, al oír la voz que salía de encima de la bóveda, miró, como Juan en Apocalipsis 1:12, 13, y vio *«como la figura de un trono que parecía de piedra de zafiro»* (v. 26, comp. con Éx. 24:10; Is. 6:1; Dn. 7:9; Ap. 4:2). Es un trono de gloria, de triunfo, de gracia, de gobierno y de juicio.

2. Sobre el trono vio (v. 26b) *«una semejanza como la apariencia de un hombre sobre él, en lo alto»* (lit.). Feinberg hace notar que «son nueve las veces que el vocablo "semejanza" se menciona en este capítulo». Pero hay un detalle que a este traductor se le antoja extraordinario: Había de esperarse que en un libro profético del Antiguo Testamento no se mencionase ni siquiera *«la apariencia de un hombre»* al hablar de Dios, al ser así que en el libro profético del Nuevo Testamento se evita cuidadosamente la mención de ninguna apariencia de hombre al hablar del que *está sentado en el trono* (Ap. 4:2, 3). La razón no puede ser otra que la siguiente: El que aparece *«sobre la figura del trono»* en Ezequiel 1:26–28 no es otro que el Cristo preencarnado, por medio del cual Jehová-Dios va a comunicar a Ezequiel su mensaje. Una vez encarnado todos los detalles con que se describe al que está en el trono coinciden con lo que Juan vio en Apocalipsis 1:12–17, atribuido a Jesucristo. Por tanto, ya puede quedar Dios el Padre, en Apocalipsis 4:2 y ss., en su absoluta trascendencia (comp. con Jn. 1:18; 14:9), ya que tenemos a *uno semejante al Hijo del Hombre* (Ap. 1:13).

3. Ezequiel vio a continuación (v. 27) *«como el color—u ojo—del electro* (lo mismo que en 1:4; 8:2), *como la apariencia de fuego en derredor envolviéndolo».* Refiriéndose a la división descrita en el versículo 27, «*… de sus lomos para arriba; y desde sus lomos para abajo …»,* dice M. Henry: «Lo de arriba era interior y envuelto. Lo de abajo era exterior. Algunos piensan que lo primero significa la naturaleza divina de Cristo, escondida dentro del *color del ámbar* (es decir, del electro); esto es lo que ningún hombre ha visto ni puede ver. Lo segundo suponen que es su naturaleza humana, cuya gloria fue

vista por algunos … (Jn. 1:14)». En una línea parecida, dice Maimónides cosas tan interesantes como éstas (*Guía,* III, 7, citado por Fisch):

Es también digno de notarse que la apariencia de hombre sobre el trono está dividida, y es la parte superior como el color de *jashmal*, y la parte inferior como la apariencia de fuego … Ahora considera cómo afirmaron claramente los sabios que la apariencia dividida de hombre no representa a Dios, quien está sobre toda la carroza, sino que representa una parte de la creación. Asimismo dice el profeta: *Ésta era la apariencia de la semejanza de la gloria del SEÑOR* (los judíos evitan nombrar a Jehová—nota del traductor—); pero *la gloria del SEÑOR* es diferente del *SEÑOR* mismo.

Basta leer Filipenses 2:6 y Hebreos 1:3 *(«siendo el resplandor de su*—de Dios—gloria») para ver hasta qué punto tales «sabios» judíos llegaron a ser *casi* cristianos.

4. El trono estaba aureolado por algo *«semejante al arco iris* (v. 28) *que aparece en las nubes el día que llueve»* (v. el comentario a Gn. 9:13 y comp. con Ap. 4:3; 10:1). Así como es un alarde de majestad, es también prenda de misericordia, pues es confirmación de la benigna promesa que Dios tiene hecha. Ahora que el fuego de la ira de Dios fulguraba contra Jerusalén, se podía *mirar al arco iris y recordar el pacto,* como prometió en referencia al pacto con los patriarcas (Lv. 16:42).

5. Como en el caso de Juan (Ap. 1:17), Ezequiel (v. 28c) *se postró sobre su rostro,* abrumado por lo que había visto; lo cual, a su vez, sólo tenía por objeto prepararle para escuchar lo que iba a oír: «y *oí la voz de uno que hablaba*» (lit.). Lofthouse hace notar, citado por Fisch, que «la reticencia al final del versículo es digna de especial atención después de la abundancia de los detalles precedentes».

6. Nada mejor para terminar el comentario a este difícil capítulo 1 de Ezequiel que transcribir lo que dice Feinberg al final de su comentario al presente capítulo, bajo el epígrafe «¿Cómo se refiere todo esto a nosotros?» Dice así:

Cuando el lector corriente de la Escritura llega a un pasaje como Ezequiel 1, puede a veces pensar que las materias bajo consideración están muy alejadas de su vida y servicio. Pero lo contrario es lo cierto. Justamente como Ezequiel fue un mensajero fiel por Dios, que advirtió del juicio para los incrédulos, y aseguró bendición para los creyentes, así también nosotros hoy tenemos el privilegio sin par de convocar a todos los hombres a la verdad en Cristo el Señor. Si hemos tenido alguna vez una visión de la santidad y majestad de nuestro Dios, ¡cómo podemos dejar de proclamar Su mensaje de urgencia para los perdidos! Si somos fieles, El ha prometido llamar a un remanente de entre todos los pueblos. ¡Ojalá sea llevado a cabo este cumplimiento en nuestras vidas!

CAPÍTULO 2

Tenemos en este capítulo el llamamiento de Ezequiel al ministerio profético. I. Es comisionado para ir como profeta a la casa de Israel, ahora cautiva en Babilonia (vv. 1–5). II. Se le ordena que no les tema (v. 6). III. Se le instruye sobre lo que ha de decirles mediante la entrega de un rollo (vv. 7–10).

Versículos 1–5

Dios le llama *«hijo de hombre»,* expresión que se repite 93 veces en este libro «para recordarle a Ezequiel que, en contraste con el Dios majestuoso, él era meramente un hombre mortal» (Ryrie).

1. Se le ordena que se ponga en pie para recibir su comisión (vv. 1, 2).

(A) Mediante un mandato divino: *Hijo de hombre, ponte sobre tus pies.* Su postración en tierra era una postura de mayor reverencia, pero su presencia de pie era postura de mayor preparación.

(B) Mediante un poder divino que acompañaba al mandato (v. 2). Dios le hizo *estar de pie;* pero, como no tenía fuerzas propias para mantenerse en pie ni el ánimo necesario para soportar la visión, *entró el espíritu en él y le asentó sobre sus pies,* y le dio así la vitalidad que necesitaba para ello (comp. con 37:10). El mismo espíritu que le asentó sobre sus pies, le alertó para escuchar al que le hablaba. Fisch hace notar que el verbo *hablar* (hebr. *dabar),* «no está puntuado *medabber* como en 1:28, sino *middabber*, esto es, en el modo reflexivo. Podría traducirse "Que se estaba dirigiendo a Sí mismo hacia mí", con lo que comportaba la idea de relación íntima».

2. Ezequiel es enviado con un mensaje para los hijos de Israel (v. 3): *«Hijo de hombre, yo te envío a los hijos de Israel»*. Estaban ahora en cautiverio por no haber prestado atención a los mensajeros de Dios, pero aun allí les envía Dios este profeta entre ellos.

(A) La rebeldía del pueblo al que es enviado este embajador. Son llamados *hijos de Israel;* retienen el nombre de sus piadosos antepasados, pero han degenerado, se han convertido en *goím,* en *gentiles rebeldes,* pues *goím* es el vocablo que se usa para designar a naciones y personas que no pertenecen al pueblo de Dios, a Israel según la carne. Por largo tiempo habían sido una generación rebelde (v. 3b): «*… que se rebelaron contra mí; ellos y sus padres han pecado contra mí hasta este mismo día»*. El que le habla a Ezequiel desde encima del firmamento (1:25 y ss.) describe a la presente generación de judíos como (v. 4) *hijos* que *tienen la cara dura* como el pedernal (no se avergüenzan ni temen) y *el corazón empedernido* (sin contrición, no se arrepienten).

(B) Pero, rebeldes como son, Dios les envía este profeta (v. 4b): «*Yo te envío a ellos, y les dirás: Así dice el Señor Jehová»*. Todo lo que les diga ha de ser dicho en nombre de Dios, como emanado de los labios de Dios y garantizado por la autoridad de Jehová. Los escritos de los profetas son Palabra de Dios y como Palabra de Dios han de ser tenidos. Cuando al corazón del hombre se le hace arder bajo la Palabra de Dios, y a su voluntad se le hace doblegarse a ella, entonces conocen y llevan en sí mismos el testimonio de que *no es palabra de hombres, sino de Dios.* Si se hacen el sordo a dicha Palabra, se les hará saber que aquel a quien han menospreciado era realmente un profeta; si no se dan cuenta mediante los reproches de su propia conciencia, lo sabrán mediante los justos juicios de Dios sobre ellos por haberle rechazado.

Versículos 6–10

Después de recibir su comisión, el profeta recibe su encargo. Se le ordena aquí:

1. Que sea atrevido (v. 6): «*Y tú, hijo de hombre, no les temas ni tengas miedo de sus palabras»*. Ellos son *«zarzas, espinos y escorpiones»* (v. 6b), es decir, «desafiantes y despectivos» (Fisch) y «contradictores» (Asensio), vejadores de todo el que les salga al paso. Los impíos son como zarzas y espinos, que impiden *la labranza de Dios* (1 Co. 3:9). Son también escorpiones malignos y venenosos. La picadura de un escorpión es mil veces más dañosa que el arañazo de una zarza. Ezequiel había tenido una visión en la que había estado con ángeles, pero cuando baja del monte se halla *morando con escorpiones,* que se le van a enfrentar fieramente.

2. Que sea fiel (v. 7): (A) Fiel al que le envía: *«Les hablarás mis palabras»*. (B) Fiel a las almas de aquellos a quienes es enviado: «Es cierto que son *muy rebeldes, pero les hablarás mis palabras, escuchen o dejen de escuchar,* ya sea que les agraden o les desagraden las palabras de Dios.

3. Que sea cumplidor:

(A) De las instrucciones que se daban en el rollo que estaba *extendido delante de él* (v. 10). El rollo estaba escrito *por delante y por detrás,* es decir, *por dentro y por fuera* (Ap. 5:1; v. el comentario a este lugar). Según M. Henry, «un lado contenía los pecados de ellos; el otro lado contenía los juicios de Dios que venían sobre ellos por esos pecados». Triste misión la suya; la materia contenida en el libro era *lamentaciones, endechas y ayes.* ¡Qué podía haber más lamentable, más de endechar y más lastimero que ver a un pueblo santo y dichoso, hundido en tal pecado y miseria!»

(B) Del cargo expreso que se le da al profeta, tanto en la recepción del mensaje como en su comunicación al pueblo. Ha de atender con toda diligencia a lo que se le dice (v. 8): *«Hijo de hombre, oye lo que te hablo; no seas rebelde como esa casa rebelde»*. Si los ministros de Dios hacen la vista gorda al pecado y son indulgentes con los pecadores por miedo a desagradarles, se hacen con esto partícipes de sus culpas, *rebeldes como los rebeldes,* Pero Ezequiel no ha de limitarse a *oír,* sino que ha de *asimilar* bien el mensaje, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO 3

Ulterior preparación del profeta para la obra a la que Dios le ha llamado. I. Ha de comerse el rollo que le ha sido presentado (vv. 1–3). II. Más instrucciones y alientos (vv. 4–11). III. El poderoso impulso que

tomó el control de él y le transportó al lugar donde se hallaban los que habían de ser sus oyentes (vv. 12–15). IV. Su oficio como profeta, bajo el símil de un vigía (vv. 16–21). V. Se le impone por algún tiempo un silencio absoluto, recluido en su casa (vv. 22–27).

Versículos 1–15

Estos versículos pueden considerarse como una continuación del capítulo anterior, pues tratan de la misma materia: la misión que Ezequiel recibe de comunicar al pueblo lo contenido en el rollo que le ha sido presentado en 2:9, 10. Vemos aquí:

1. Cómo debe recibir él mismo la revelación que se le hace (v. 1): *«Hijo de hombre, come lo que hallas; come este rollo,* asimila su contenido, imprimiéndolo en tu mente y en tu corazón, de forma que tu alma se nutra de él y sea fortalecida por él; llénate de él como se llena el que está hambriento del alimento material». Toda palabra de Dios es provechosa para el alma (2 Ti. 3:15–17), y hemos de recibirla sin repugnancia y sin discutir. El que, por medio de su Espíritu Santo, nos extiende el rollo y nos abre el entendimiento, nos incita también a comerlo, asimilarlo hasta hacerlo, por la práctica, parte de nuestra sustancia espiritual. Si Él no hiciese todas estas cosas, seríamos para siempre extraños a la Palabra de Dios. Aunque el rollo estaba lleno de *lamentaciones, endechas y ayes* (2:10), a Ezequiel *le supo en la boca dulce como la miel* (v. 3, al final). Dice Feinberg: «Por muy penosa que sea la labor, hay satisfacción en hallar y poner por obra la voluntad de Dios y en ejercer un servicio en comunión con el Dios viviente».

2. Cómo ha de entregar a otros la revelación divina que él mismo ha recibido (v. 1b): *«Come este rollo, y ve y habla a la casa de Israel».* No es enviado a los caldeos para reprenderles por sus pecados y la opresión que ejercen sobre el pueblo de Dios, sino a *la casa de Israel* para reprenderles por sus pecados; porque un padre corrige a su hijo que no se comporta como debe, pero no corrige al hijo de un extraño.

(A) Ha de recordar que son *la casa de Israel* a la que Dios le envía para que les hable, casa de Dios y también suya. Con ellos estaba estrechamente relacionado, no sólo por ser compatriotas, sino también compañeros de tribulación (vv. 4–6).

(B) Ha de recordar lo que ya le había dicho Dios del carácter de los destinatarios de su mensaje, a fin de que no se decepcione ni se desanime si no le prestan atención, pues son gente *dura de frente y obstinada de corazón* (v. 7, al final, comp. con 2:4). No hay en ellos convicción de pecado que les haga ruborizarse, ni denuncia del pecado que les haga temblar. Su obstinación va dirigida contra Dios mismo (v. 7): *«Mas la casa de Israel no te querrá oír, porque no me quiere escuchar a mí».* No están dispuestos a obedecer la ley de Dios y, por eso, se hacen los sordos a la voz de los profetas, cuyo oficio es hacer cumplir dicha ley.

(C) Pero Dios le capacitará a poner buena cara ante esta perspectiva (vv. 8, 9): *«He aquí que yo he hecho tu rostro fuerte contra los rostros de ellos, etc.».* Dios le dará firmeza y osadía. Cuanto más desvergonzados y atrevidos son los impíos en su oposición a la religión, tanto más abierta y resueltamente debería portarse el pueblo de Dios en la práctica y la defensa de la religión. Cuando el vicio es atrevido, la virtud no debe escabullirse furtivamente.

(D) Por consiguiente, se le ordena que tenga coraje y se lance a la obra, sin miedo a las censuras ni a las amenazas de sus enemigos. Ni el rostro enojado ni la lengua maldiciente deben intimidar a unos labios que reprenden con la mejor de las intenciones. No sólo ha de decirles lo que Dios dice, sino también que es Dios quien lo dice (v. 11b): *«Así dice el Señor Jehová; háblales y diles* eso, *escuchen o dejen de escuchar».* No quiere decir que a Ezequiel (y, por extensión, a cualquier ministro de Dios) le haya de resultar indiferente el resultado del ministerio, sino que, cualquiera sea dicho resultado, hemos de seguir adelante con nuestra obra y dejar a Dios las consecuencias.

(E) Después oyó Ezequiel (v. 12) *una voz de gran estruendo,* como si los ángeles se reuniesen a presenciar la inauguración de un profeta. Según Malbim (citado por Fisch), *«la voz de gran estruendo* escuchada por el profeta fue la de la *Merkabah* (la carroza de los querubines—nota del traductor—), que estaba presente en la visión, pero se retiró al marcharse Ezequiel a cumplir su misión». Esta explicación es confirmada por el paralelismo del versículo 13. Pero todo este estruendo terminó con voces de alabanza (v. 12, al final): *«Bendita sea la gloria de Jehová desde Su lugar».* Aunque es cierto que el lugar de la gloria de Dios es el Universo entero (v. Is. 6:3), *Su lugar* puede designar específicamente, como explica Malbim, «Jerusalén, que continúa siendo la morada de la gloria divina».

(F) Con amargura e indignación de su propio espíritu (v. 14), fue transportado por el espíritu divino, infinitamente más fuerte que el suyo propio, para cumplir su difícil misión. Esto mismo es lo que expresa la frase final del versículo 14: *«mientras la mano de Jehová era fuerte sobre mí»*. Dios le había ordenado ir, pero no le impulsó a ir hasta que *el espíritu le levantó y lo transportó* al campo de misión. De buena gana se habría guardado Ezequiel para sí todo lo que había oído y visto, pero fue transportado por el impulso de Dios, de forma que *no pudiese menos de proclamar las cosas que había visto y oído,* como los apóstoles (Hch. 4:20).

(G) Allá se fue con el espíritu amargado e indignado, «porque la obstinación de su pueblo había de hacer tan difícil su tarea (cf. Mt. 11:21–24; Lc. 4:24–27)» (Ryrie). Quizás había presenciado lo que le había sucedido a Jeremías en Jerusalén: las dificultades para ejercer su ministerio y lo mal que le habían tratado. Sin embargo, no desobedeció a la visión celestial, ni se escabulló, como Jonás, del llamamiento de Dios, sino que, amargado e indignado como estaba, sin embargo fue. La misma mano de Dios, que fue fuerte sobre él para llevarlo al campo de misión, había de ser también fuerte sobre él para equiparle y animarle frente a las dificultades que le esperaban.

(H) *Así llegó* (v. 15) *a los cautivos en Tel-abib* (que significa, según Feinberg, «colina de las espigas verdes»), *que moraban junto al río Quebar* (comp. con 1:1). Allí estuvo sentado durante siete días, a la espera de que le llegase el mensaje de Dios. Comenta Fisch: «Durante siete días, estuvo sentado el profeta entre su pueblo, sin hablar ni moverse, probablemente esperaba nuevas instrucciones, que recibió a continuación. El número *siete* juega un papel significativo a lo largo de las Escrituras. En opinión de Kimchi, éste y los demás incidentes narrados hasta el final del capítulo 11, no fueron llevados a cabo en realidad, sino sugeridos a Ezequiel durante su estado visionario. Sólo entonces como se menciona en 11:25, le fue permitido hablar al pueblo y contarles todas sus experiencias».

Versículos 16–21

Las instrucciones que siguen las dio Dios a Ezequiel *al cabo de los siete días* (v. 16), es decir, al séptimo día después de la visión que había tenido; y es probable que tanto ésta como aquélla tuviesen lugar en sábado. *Vino,* pues, *a él palabra de Jehová* (v. 16b). Después de meditar toda la semana sobre las cosas de Dios, estaba preparado para hablar al pueblo en nombre de Dios, y para oír a Dios hablándole. Vemos:

1. El oficio al que es llamado el profeta (v. 17): *Hijo de hombre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel.* Ezequiel va a ser un vigía, como es el guarda en una ciudad, el pastor en un rebaño, el centinela en el campo de batalla, especialmente en un país invadido por el enemigo o en una ciudad sitiada, a fin de que vigile los movimientos de las fuerzas enemigas y haga sonar el toque de alarma ante la inminencia del peligro. Esto supone que la casa de Israel se halla en estado de guerra y expuesta a los ataques de un enemigo poderoso y sutil. Los centinelas corren grave peligro, pues el enemigo obtiene una señalada victoria si logra dar muerte, o hacer desertar, a los centinelas, ya que así puede tomar por sorpresa a las tropas adversarias. Por otra parte, los centinelas no pueden abandonar su puesto, sea cual sea el peligro que les aceche, pues caerían ejecutados por sus propios jefes. Tal es el dilema de los pastores de la Iglesia, vigías del rebaño: los hombres los maldicen si son fieles, pero Dios los maldice si son falsos.

2. El oficio de un centinela es recibir informe y dar informe.

(A) El profeta, como atalaya, tiene que tomar nota de lo que Dios ha dicho con respecto a Su pueblo. No debe hacer como los demás atalayas, que vigilan y miran a todas partes para espiar un peligro o adquirir por sí mismos la necesaria información, sino que ha de mirar arriba, a Dios y a nadie más (v. 17b): *«Oirás, pues, la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte»*.

(B) Debe informar de lo que ha oído, no por su propia investigación, ni en su propio nombre, sino en nombre de Dios y conforme a la información recibida de Dios.

(a) Dios ha dicho, y dice, a todo pecador que si continúa pecando, *de cierto morirá.* Su iniquidad será de seguro su ruina. Pero *si se convierte de su pecado, vivirá ciertamente* (33:14–16), y se evitará la ruina con que le había amenazado Dios. Para ello, se le avisa del peligro en que está. Deber de los ministros es advertir a los pecadores del peligro del pecado, y darles seguridad del beneficio del arrepentimiento. Los que sean fieles tendrán su recompensa, aunque no hayan tenido éxito visible.

(b) Entre aquellos a los que Ezequiel tenía que predicar, había otros que eran *justos;* a éstos tenía que advertirles que *no se apartasen de su justicia* (vv. 20, 21). Un buen medio para guardarnos de caer es

guardar un santo temor de caer (He. 4:1). Cuando una persona *se aparta de su justicia,* pronto aprende a cometer iniquidad, pues al volverse descuidada en sus deberes, pronto se torna fácil presa del tentador. La justicia abandonada no servirá para nada, por no haber sido continuada. No se debe halagar al pecador como si no le amenazase una ruina eterna, pero tampoco se ha de halagar al justo como si nada tuviese que temer mientras está de este lado del cielo. Nada hay tan bello como *un reprendedor sabio sobre un oído obediente;* el amonestado *vivirá porque fue amonestado;* el que le amonestó *habrá librado su alma* (v. 21b). Justamente hace notar Fisch que «el descuido en salvar la vida equivale al asesinato».

Versículos 22–27

Después de esta manifestación de Dios al profeta y de las plenas instrucciones que le había dado, su trabajo, al principio, no parece estar en proporción con su llamamiento. Para animarle contra las dificultades que ya preveía, Dios le favorece con otra visión de Su gloria. Dios le hace *salir al campo* (v. 22b) *para hablar con él.* Véase la condescendencia de Dios al conversar tan familiarmente con un pobre cautivo que, además, estaba de muy mal humor (v. 14) para emprender la tarea. Gran consuelo da estar a solas con Dios, retirados del mundo para conversar con Él: oírle y hablarle; y una persona piadosa dirá que nunca se está menos solo que cuando se está solo con Dios. Ezequiel *fue al campo* de mejor gana que cuando fue a los cautivos en Tel-abib (v. 15).

1. En el campo vio la misma visión que había visto *junto al río Quebar* (v. 23). Le había llamado a *que saliese al campo para hablar con él* (v. 22); pero hizo mucho más, pues le mostró Su *gloria* (v. 23). No hemos de esperar en la actualidad gozar de tales visiones, pero es un favor de mayor categoría poder *mirar,* por fe, *la gloria del Señor e ir siendo transformados de gloria en gloria a la misma imagen, por la acción del Espíritu del Señor* (2 Co. 3:18).

2. Podría esperarse ahora que Dios le enviase a un lugar de mucha concurrencia y hacer que él y su mensaje resultasen aceptables, a fin de que tuviese una más amplia puerta de oportunidades, abierta para él; pero lo que aquí se le dice es lo contrario de eso. En lugar de enviarle a una pública asamblea, le ordena confinarse en su alojamiento (v. 24, al final). Él no estaba bien dispuesto (v. 14) a aparecer en público y, cuando lo hizo, el pueblo no lo tomó en consideración y, como en justa reprensión a él y a ellos—a él por su timidez, y a ellos por su frialdad—, Dios le prohíbe aparecer en público. Tiene que *encerrarse dentro de su casa,* para recibir más tarde ulteriores revelaciones de la mente de Dios.

3. *Los ancianos de Judá* le visitaron y *se sentaron delante de él en su casa* (8:1), para ser testigos de sus éxtasis; pero sólo a partir de 11:25 (v. la explicación de Kimchi en el comentario al v. 15) es cuando *habló a los deportados todas las cosas que Jehová le había mostrado.*

4. En lugar de procurarle la estima y el afecto de aquellos a quienes era enviado, Dios le dice (v. 25) que *le atarán con cuerdas y no podrá salir entre ellos.* No hay por qué ver aquí, como lo hace M. Henry, una medida de fuerza por parte de los cautivos, persiguiéndole como a un perturbador de la paz, bajo pretexto de que está loco. Se trata, en todo caso, de un gesto simbólico: Tanto en este encierro, como en la mudez que se le impone en el versículo 26, se da a entender que Dios le impone «un corte provisional en su predicación profética» (Asensio).

5. El que mejor podía hablar a sus compañeros de cautiverio se ve impedido de hacerlo por prohibición expresa de Dios, *hasta que Él le abra la boca* (v. 27). Y la razón que se da, repetida una y otra vez, es que *son casa rebelde* (v. 27, al final, como en el versículo 9; 2:6; 12:2, 3) aquellos a quienes él es enviado y no merecen tenerle por reprendedor. Cuando Dios le hable y se proponga hablar por medio de él, *le abrirá la boca.* Feinberg dice: «La cohibición había de ser moral más bien que física. Igualmente, las ataduras no significaban que estuviese encarcelado, ni se sigue que en alguna parte del libro los exiliados quisieran atacarle de modo hostil. Mediante su dureza de corazón y su oposición le limitarían la libertad para predicar».

CAPÍTULO 4

Los cautivos en Babilonia llevaban todavía Jerusalén en su corazón; los piadosos miraban hacia allá con ojos de fe; los presuntuosos miraban con ojos de orgullo, y se lisonjeaban con la vana ilusión de que

en breve iban a regresar. Dios le da al profeta en este capítulo una previsión muy clara y conmovedora del asedio de Jerusalén a manos de los caldeos y de las calamidades que habían de acompañar a dicho asedio. I. Las fortificaciones que iban a levantarse contra la ciudad (vv. 1–8). II. El hambre canina que había de intensificarse dentro de la ciudad (vv. 9–17).

Versículos 1–8

Se le ordena aquí al profeta que represente por medio de signos el asedio de Jerusalén; esto constituía una predicción.

1. Sobre un *ladrillo* (v. 1) de barro cocido había de grabar la ciudad de Jerusalén. Era un honor para Jerusalén el que Dios *la tenía tatuada en las palmas de Sus manos* (Is. 49:16); también los nombres de las doce tribus estaban grabados en las piedras preciosas que el sumo sacerdote llevaba sobre su pecho; pero, ahora que *la ciudad fiel se ha convertido en una ramera,* un vil ladrillo de barro es suficiente para *diseñarla sobre él.*

2. También se le ordena que construya contra el diseño de la ciudad *fortalezas, baluarte o terraplén, trincheras de campamento y arietes* (v. 2), todo ello en miniatura; y (v. 3) *una sartén de hierro,* que simule *un muro de hierro.* Este hierro simbolizaba lo fuerte de las defensas de la ciudad, junto con la dureza del asedio, y representaba así la inflexible resolución de ambos bandos: los caldeos, resueltos a no abandonar el asedio hasta haber conquistado la ciudad; los judíos, resueltos a no capitular jamás.

3. Se le ordena después que se acueste (v. 4) sobre su lado izquierdo, «no continuamente, sino durante las horas en que estaba profetizando; así ilustraba Ezequiel el pecado del reino del norte, Israel; y, cuando estuviese acostado del lado derecho, la iniquidad del reino del sur, Judá» (Ryrie). De este modo, «de asediante, se convierte el profeta en asediado» (Asensio).

(A) El número de días en que debe Ezequiel estar acostado junto al diseño sobre sus costados respectivos corresponde (vv. 4–6) a los *años de maldad* de cada uno de los dos reinos. Tanto el texto hebreo como los LXX coinciden en asignar *cuarenta años* (v. 6) a los de *la maldad de la casa de Judá,* pero, en cuanto a la de Israel, no coinciden, pues el texto hebreo tiene (v. 5) *trescientos noventa años,* mientras que los LXX tienen *ciento noventa.*

(B) Aunque no hay razón suficiente—a juicio del traductor y de algunos otros autores—para apartarse del texto hebreo, el Dr. Ryrie explica así las cifras de ambos cómputos: «Trescientos noventa años desde la división del reino (en 931) llegan al 541 (los exiliados quedaron libres para regresar el 538). Ciento noventa años desde la cautividad asiria en 722 llegan al 532. Los cuarenta años podrían contarse desde el 586 (la caída de Jerusalén) hasta el 546, cuando Ciro era un poder amenazante para Babilonia». Quizás sea más probable, en este punto, la opinión de Malbim, según el cual, «el tiempo se computa desde el año decimotercero del reinado de Josías (626 a. de C.), cuando Jeremías comenzó su ministerio (Jer. 1:2)». De esta forma, el término de los días-años para Judá sería exactamente el año 586.

4. Se le ordena que, con gesto simbólico, prosiga vigorosamente el asedio de la ciudad (v. 7): *«Después volverás tu rostro hacia el asedio de Jerusalén, con el brazo descubierto, y profetizarás contra ella».*

(A) De esta forma representaba Ezequiel la determinación de los caldeos en el asedio de Jerusalén. La indignación de Nabucodonosor por la traición de Sedequías a causa de haber roto éste el pacto con el rey caldeo explotó en un acceso de furia para apretar más y más el cerco, a fin de castigar a este príncipe desleal y a su pueblo. Esta determinación de emplear todos los recursos militares posibles en el asedio estaba representada por el brazo remangado de Ezequiel, gesto que indica la preparación del guerrero para entrar en acción (Is. 52:10). En una palabra, los caldeos van a persistir con toda resolución en su ataque a Jerusalén.

(B) Todo esto tenía por objeto servir de *señal para la casa de Israel* (v. 3, al final), esto es, para los exiliados en Babilonia, lo mismo que para los que habían quedado en el país. El profeta *estaba mudo* (3:26), pero Dios no se dejó a Sí mismo sin testimonio, sino que le ordenó hacer gestos que sirviesen de señales con las que poder comunicar a sus compatriotas la mente de Dios, ya que los judíos tenían ahora tan embotado su entendimiento, que había que hablarles como a los niños, por medio de gráficos y dibujos. Por la misma razón, el Señor Jesús hablaba en parábolas al pueblo. Parábolas e imágenes producen en la mente una impresión más directa que las palabras, ya que hacen trabajar a la imaginación, la cual, como el fuego, es un mal amo, pero es un buen criado. Toda esta operación parece infantil y

aburrida, pero nuestra comodidad debe ser sacrificada en aras de nuestra obligación, y nunca debemos llamar servicio duro al servicio de Dios.

(C) Este modo de profetizar contra Jerusalén no había de hacer popular a Ezequiel ni ganarle el afecto de sus compañeros de cautiverio, pero es un profeta del Dios verdadero y debe seguir las instrucciones de Dios, no los afectuosos impulsos de su propio corazón, y debe proclamar lisa y llanamente la ruina de la ciudad, por muy vehementes que sean sus deseos de verla indemne y próspera. Todo esto que el profeta pone ante los ojos de sus compatriotas concerniente a la destrucción de Jerusalén tiene por objeto llevarles al arrepentimiento. Pero obsérvese que es un día de castigo por cada año de pecado (v. 5): *«Pues yo te he fijado los años de su maldad por el número de los días».*

Versículos 9–17

La mejor exposición de esta parte de la predicción de Ezequiel acerca de la desolación de Jerusalén es la lamentación que Jeremías hace de ella en Lamentaciones 4:3 y ss.; 5:10.

1. Para impresionar al pueblo, el profeta tiene que limitar su dieta a una escasísima ración de alimentos de la más baja calidad, cocidos de forma repugnante y en una mezcla considerada inmunda por la Ley; y eso, durante 390 días; o, más probablemente, 430, esto es, 390 más 40.

(A) Su alimento ha de ser de lo más común (v. 9): panes hechos de una mezcla de *trigo, cebada, habas, lentejas, mijo y avena,* como se hace para alimentar a los caballos o los cerdos, o como se hallan en las bolsas de los mendigos, un plato de una casa; otro, de otra casa; todo junto. De eso, tiene que comer el profeta cada día (v. 10) *un peso de veinte siclos* (unos 220 gramos). Su bebida diaria había de ser (v. 11) *la sexta parte de un hin* (poco más de un litro) *de agua,* «una cantidad muy pequeña en un clima cálido» (Fisch). El profeta tenía pan de sobra en Babilonia, pero, a fin de poder confirmar su predicción y servir de señal a los hijos de Israel, Dios le obliga a vivir de esta forma tan austera. La naturaleza se contenta con poca cosa; la gracia, con menos; la pasión no se contenta con nada. Bueno es que seamos parcos voluntariamente, para mejor soportarlo si se nos obliga a serlo por necesidad.

(B) La forma como ha de cocerlo es repugnante. De paso vemos que las *ataduras* que menciona el versículo 8, y ya vimos en 3:25, son simbólicas, como (probablemente) el estar acostado de un lado y de otro; de lo contrario, no podría cocer ni comer. Sin embargo, para ser *señal para la casa de Israel,* es más probable que haya de entenderse, tanto lo de estar atado como lo de estar acostado, literalmente, pero sólo durante las horas en que profetizaba. Ha de cocer el pan, no con excremento de animales (según era costumbre en Oriente), sino (v. 12) *a la vista de ellos en el rescoldo de excrementos humanos.* Con esto se daba a entender que, en lo más extremo del asedio, no sólo no tendrían los sitiados cosas delicadas con que alimentarse, sino ni aun cosas limpias. Había de cocer la mezcla, repugnante en sí y más repugnante aún por el combustible usado, *a la vista de ellos,* para impresionarles más eficazmente con la inminencia de la calamidad.

(C) Seguramente por la prohibición de Deuteronomio 23:13 y ss., el profeta suplica humildemente a Dios que le dispense de usar excremento humano, pues eso había de ofender todavía más a los cautivos (v. 14). Los piadosos temen, más que nada, la contaminación producida por el pecado y, sin embargo, muchas veces las personas de conciencia delicada temen sin causa, por escrúpulos acerca de cosas exteriores que no son pecado, como el profeta aquí, quien todavía no había aprendido que *no es lo que entra en la boca lo que contamina al hombre* (Mt. 15:11). Ahora bien, comoquiera que Ezequiel puso esta objeción llevado de su conciencia delicada, el Señor le dispensó de usar excremento humano y le concedió (v. 15) *usar estiércol de bueyes.*

2. Esta señal significaba:

(A) Que los que se quedasen en Jerusalén habían de caer en la miseria más profunda por falta del alimento necesario. Al haber sido cortado el aprovisionamiento por los sitiadores, Dios iba a *quebrantar el sustento del pan en Jerusalén* (v. 16). Grandes muchedumbres morirán de hambre, de muerte lenta en la que se sentirán morir (v. 17) *mirándose unos a otros con espanto y consumiéndose en su maldad.* Lo que trae todo este mal sobre ellos es el pecado. Dios obra justamente al privarnos de aquellos goces con los que fabricamos el alimento y el combustible de nuestras pasiones.

(B) Que los que eran transportados como cautivos a Babilonia se habían de ver forzados a *comer su pan inmundo entre las naciones* (v. 13), esto es, a comer el pan cocido por manos de gentiles inmundos y de modo diferente del prescrito por la ley judía; o habrían de verse forzados a comer carne mortecina, si

era lo único que sus opresores les concedían en su esclavitud, tal como antes en su patria les habría parecido repugnante aun el tocarla.

CAPÍTULO 5

Una ulterior denuncia, y no menos terrible, de los juicios de Dios que venían sobre la nación judía. I. Esta destrucción de Judá y Jerusalén es aquí representada por una señal simbólica de cortar, quemar y esparcir cabellos (vv. 1–4). II. Dicha señal es explicada y aplicada a Jerusalén. 1. La causa de la calamidad es el pecado de la ciudad—desprecio de la ley de Dios (vv. 5–7—) y profanación de Su santuario (v. 11). 2. Se la amenaza con un desatamiento singular de la ira de Dios (vv. 8–10) y con una variedad de miserias (vv. 12, 16, 17), tales que habían de ser su oprobio y su ruina (vv. 13–15).

Versículos 1–4

Aquí tenemos la señal mediante la cual es representada la destrucción completa de Jerusalén; como anteriormente, el profeta mismo es la señal, a fin de que el pueblo pueda ver cuán impresionado está él mismo con el caso de Jerusalén y cuán profundamente lo tiene grabado en su alma.

1. Tiene que afeitarse la cabeza y la barba (v. 1), lo cual significa que Dios rechaza a ese pueblo como a una generación inútil que no vale la pena conservar. Jerusalén había sido la cabeza, pero había degenerado de tal manera que ya no era más que cabello, algo que cuando se hace largo y espeso, sólo sirve de carga. Ezequiel debe afeitar, no sólo el cabello superfluo, sino todo entero, para dar a entender que Dios acabará del todo (por ahora) con Jerusalén. El hebreo dice literalmente: «*… toma una espada aguda, navaja de los barberos …».* Dice Fisch: «La navaja es descrita como *espada,* y representa el ejército invasor que Nabucodonosor va a enviar contra ellos».

2. Tiene que *pesar el cabello y dividirlo en tres partes* (v. 1, al final). Esto ha de hacerse al final de los 430 días en que el profeta habrá estado acostado (v. 2b). «La balanza—dice Fisch—es símbolo de la divina justicia». (A) *Una tercera parte* (v. 2) de los cabellos cortados *ha de quemarla a fuego en medio de la ciudad,* para dar a entender las muchedumbres que allí morirán de hambre y de peste y, quizás, en el incendio final de la ciudad, *al final del asedio.* (B) *Otra tercera parte la cortará con espada alrededor de la ciudad;* éstos son, según Fisch, «los que tratarán de escapar antes y después de la caída de la ciudad, como, por ej., el rey Sedequías y su escolta (cf. 2 R. 25:4 y ss.)»; según Ryrie, «los muertos en la batalla». (C) *«La otra tercera parte*—le dice Dios—*esparcirás al viento»;* éstos eran los que iban a ser deportados a Babilonia. Sin embargo, no quedarían tranquilos, pues Dios *desenvainaría espada en pos de ellos.* Dice Fisch: «No hallarán paz en los países de su dispersión. La misma suerte es predicha por Jeremías (9:15)».

3. Debe, no obstante, preservar una pequeña cantidad de entre los de la tercera clase y *atarlos en el vuelo de su manto* (v. 3). ¡Siempre queda un remanente del pueblo de Dios! A este remanente le quedarán aún pruebas y aflicciones, pero, «a pesar de las defecciones de algunos de ellos, se convertirán a Jehová en el destierro (6:8–10) y entre los gentiles celebrarán sus maravillas (12:16; Zac. 13:8, 9)» (Asensio).

Versículos 5–17

Ahora viene la explicación del símil que hemos visto en los versículos 1–4, pues *dice así el Señor Jehová* (v. 5): *Ésta es Jerusalén.* La cabeza del profeta, rapada del todo, juntamente con su barba, representaba la ciudad santa, despojada ahora, por justo juicio de Dios, de todos sus ornamentos y vaciada de sus habitantes. La cabeza de uno que era, al mismo tiempo, profeta y sacerdote, persona santa, era la más apropiada para representar a Jerusalén, la ciudad santa.

1. Los privilegios con que había sido honrada Jerusalén (v. 5): *«La puse en medio de las naciones y de las tierras alrededor de ella».* Jerusalén estaba situada en medio de reinos que eran populosos y civilizados, afamados por su cultura, sus artes y ciencias. Estaba *puesta en medio de ellos* como en posición de preeminencia sobre todos ellos—en medio de ellos como una lámpara sobre el candelero para irradiar la luz de la revelación divina hasta los más oscuros rincones de las naciones vecinas, e incluso

hasta los últimos confines de la tierra—. Jerusalén estaba destinada a ser como el corazón en el cuerpo, para dar vigor, con una vida divina, a este mundo muerto por el pecado. Si ellos hubiesen preservado esta reputación (1 R. 4:34), ¡qué bendición habría sido Jerusalén para todas las naciones vecinas! Pero, al malograr esta estupenda oportunidad, el cumplimiento de este designio había de quedar para los últimos tiempos, en que *de Sion saldrá la Ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová.*

2. Jerusalén fue hallada culpable. Se le hace aquí un cargo evidente: *Se había rebelado contra las ordenanzas y los estatutos de Dios más y peor que las naciones vecinas* (vv. 6, 7); *los desecharon y no anduvieron en ellos* (v. 6, al final); *no anduvieron en los estatutos de Dios ni observaron Sus ordenanzas* (v. 7). El pueblo, no sólo había quebrantado los mandamientos de Dios, sino que de tal manera los había pervertido que había hecho de ellos la excusa y el pretexto de sus iniquidades. Habían introducido las abominables costumbres de los paganos, en lugar de las instituciones de Dios, pues habían multiplicado los altares de los ídolos, y los ídolos mismos, y servido a muchos dioses falsos, al ser así que el Dios de Israel es uno solo, uno solo Su nombre y uno solo Su altar. Habían corrompido la religión revelada más de lo que los gentiles habían adulterado la religión natural. *Habían profanado* (v. 11) *también el santuario de Dios con toda clase de abominaciones.* Feinberg cita a este propósito el adagio latino: *Corruptio optimi pessima*, la corrupción de lo mejor es la peor, porque la nación favorecida por Dios con los mayores privilegios y los mejores beneficios se había portado como la peor de las naciones paganas.

3. Pero cual había sido el pecado, tal había de ser el castigo.

(A) Dios va a tomar en Sus propias manos esta tarea de castigar a Jerusalén: «¿Pensáis que es solamente el ejército caldeo el que lucha en contra vuestra? Ellos no son sino mi mano o, mejor, la vara que está en mi mano (v. 8): *He aquí yo estoy contra ti; sí, yo, y haré justicia en medio de ti ante los ojos de las naciones*». Dice Fisch: «La retribución será ejemplar para vindicar el honor de Dios, que Israel ha profanado públicamente». Los que no quieren observar los juicios de la boca de Dios, no escaparán de los juicios de la mano de Dios.

(B) Estos castigos procederán del desagrado de Dios. En cuanto a la masa del pueblo, no serán una corrección amorosa, sino *en furiosos escarmientos* (v. 15). Extrañas expresiones en un Dios que tantas veces se ha declarado *clemente, misericordioso y lento para la ira* (ya desde Éx. 34:6), pero están destinadas a poner de relieve la malignidad del pecado. Así como cuando Dios es deshonrado por los pecados de los hombres leemos (Sal. 95:10) que está *disgustado,* así también cuando es honorificado con la destrucción de los malvados se dice que es *consolado.*

(C) Al ejecutar estos castigos contra Israel *ante los ojos de las naciones* (v. 8, al final), aprenderán éstas a temer ante el Dios de Israel, al ver cuán severamente castiga el pecado aun en aquellos que le son los más cercanos. Será (v. 15) *el escarmiento de las naciones;* esta vez en cabeza ajena. Jerusalén debía haber instruido a las naciones vecinas en el temor de Dios por medio de la piedad y la virtud, pero, al no haber obrado así, Dios les instruirá por medio de la ruina de Israel.

(D) Estos castigos serán tales que no tendrán precedente (v. 9): «Y *haré en ti*—dice Jehová a Jerusalén (v. 5)—*lo que nunca hice, ni jamás haré cosa semejante,* aun cuando la has merecido con mucha frecuencia». Dice Fisch: «Así como las *abominaciones* son sin precedente, así lo será la manifestación de los juicios de Dios». Los más fuertes vínculos del afecto natural serán quebrantados, lo cual será un justo juicio por haber quebrantado deliberadamente los vínculos de su deber hacia Dios (v. 10). A causa del hambre, *los padres se comerán a los hijos, y los hijos se comerán a los padres*. De lo primero tenemos otras predicciones, como Lamentaciones 4:10, pero de lo segundo no hallamos paralelo en la Biblia.

(E) Según el símil de los cabellos cortados (vv. 1–4), vemos ahora (v. 12) que *una tercera parte de los habitantes de Jerusalén morirá de peste, la cual pasará por en medio de la ciudad* (v. 17); *los que, de esta tercera parte, no mueran de peste, serán consumidos por el hambre*, mientras que *otra tercera parte caerá a espada alrededor de la ciudad* (v. 12b); también la espada será enviada por Dios (v. 17). Otros (v. 17) *serán destruidos por bestias feroces*. Dice Feinberg: «Los cuatro azotes de Levítico 26—hambre, bestias feroces (como en Samaria, 2 R. 17:25), peste y la espada—alcanzarán a la nación bajo el juicio de Dios». Y, finalmente, los que escapen de todas esas cosas *serán esparcidos a todos los vientos* (v. 12c), es decir, a todos los lugares de los cuatro puntos cardinales (v. también v. 10, al final).

(F) Estos castigos producirán por grados la ruina de los habitantes de Jerusalén. En lugar del hebreo *egdá, quebrantaré* (lit. *cortaré),* el texto masorético actual tiene *egrá, disminuiré,* y así lo tiene la AV inglesa, en la que se basa M. Henry. Sin embargo, el *resh* de dicho vocablo lleva encima un circulito, el

cual indica que tal lectura es dudosa, lo que no ha de extrañar si se tiene en cuenta que las letras hebreas *dáleth y resh* tienen un parecido extraordinario, como puede comprobarse en algunas versiones que traen las letras hebreas al comienzo de las secciones respectivas del Salmo 119. Sea cual sea la lectura, la destrucción gradual de Jerusalén salta a la vista. Podemos suponer que esta predicción tiene un alcance más remoto, y apunta a la destrucción que se llevó a cabo en el año 70 de nuestra era, a manos del ejército romano.

(G) Todo esto queda ratificado por la autoridad y la veracidad de Dios mismo (v. 17, al final): «*Yo Jehová he hablado*». También en el versículo 13b: «… *y sabrán que yo Jehová he hablado en mi celo*». Había quienes pensaban que todas estas cosas las había dicho Ezequiel en su delirio; pero la Palabra de Dios demostrará su autenticidad.

CAPÍTULO 6

I. Amenaza de la destrucción de Israel a causa de su idolatría, y de la destrucción de sus ídolos con ellos (vv. 1–7). II. Benigna promesa del regreso de un remanente de ellos a su Dios mediante un sincero arrepentimiento y una genuina reforma de vida (vv. 8–10). III. Algunas instrucciones que se le dan al profeta, para que se lamente de las iniquidades y de las calamidades de Israel (vv. 11–14).

Versículos 1–7

1. La profecía va dirigida a *los montes de Israel* (vv. 1, 2); el profeta tiene que *dirigir su rostro hacia* ellos. Si podía alcanzar con su vista el país, lo primero que vería son *los montes;* hacia ellos, pues, ha de dirigirse con los ojos fijos en ellos, como mira un juez al reo cuando le lee la sentencia. Aun cuando los montes de Israel sean muy fuertes, debe *dirigir su rostro contra* ellos, como quien tiene que anunciar tales castigos que habrían de sacudir sus cimientos. *Los montes de Israel* habían sido *montes santos,* pero ahora que los habían manchado con sus altos lugares idolátricos, Dios pone Su rostro contra ellos y, por tanto, el profeta debe hacer otro tanto. Por otra parte, como hace notar Asensio, «los *montes de Israel, …* en su complejo *montes-collados-cauces-valles,* equivalen a la totalidad del país».

2. Se les amenaza con la destrucción completa de los ídolos y de los idólatras. Dios mismo dice (v. 3, al final): *«He aquí que yo, si, yo, haré venir sobre vosotros espada»,* la espada de los caldeos bajo el mando de Dios. Los *lugares altos,* que estaban en la cima de los montes, habían de ser *asolados* (v. 6). Los *altares,* en los que ofrecían sacrificio a dioses extraños, serían también *asolados, y las imágenes hechas pedazos* (v. 4); todo eso debe quedar (v. 6) *desierto, asolado, quebrado, destrozado, deshecho.* Se añade una notable circunstancia al decir que (vv. 4, 5) *los cadáveres de ellos mismos caerán delante de sus ídolos,* ante los que se habían postrado en vida. Así, se echa en cara a los mismos ídolos el ser incapaces de ayudar a sus adoradores, y a los idólatras se les echa en cara la necedad de poner su confianza en ellos.

Versículos 8–10

El juicio había triunfado hasta ahora, pero en estos versículos triunfa la misericordia sobre el juicio. La ruina parece ser universal, pero Dios dice (v. 8): *«Mas dejaré un resto …»,* un pequeño remanente; y es Dios quien lo deja.

1. Es un resto que Dios preserva de la ruina general (v. 8). Ninguno de los que habían de *caer a espada alrededor* de Jerusalén, *había de escapar,* pues éstos confiaban en los muros de la ciudad para su seguridad. Pero algunos de ellos *escaparán de la espada entre las naciones,* donde, privados de todo otro sostén, se sostendrán únicamente en Dios. Ellos serán la simiente de otra generación, de la cual Jerusalén volverá a florecer.

2. Es un resto arrepentido (v. 9): «*Y los que de vosotros escapen se acordarán de Mí*». Donde Dios otorga gracia para arrepentirse, concede también espacio para arrepentirse; con todo, muchos que

disponen del espacio carecen de la gracia; muchos de los que *escapan de la espada* no abandonan el pecado.

(A) La ocasión de su arrepentimiento es una mezcla de castigo y de misericordia—fueron *llevados cautivos,* pero *escaparon de la espada* en el país de su cautiverio—. El arrepentimiento sincero siempre es aceptado por Dios, aunque seamos conducidos a Él por medio de nuestras aflicciones; más aún, las aflicciones santificadas resultan con frecuencia medios de conversión.

(B) La raíz y principio de su arrepentimiento: «… *se acordarán de Mí entre las naciones*». El hijo pródigo no pensó en la casa de su padre hasta que estuvo a punto de morir de hambre en un país lejano. El recuerdo de Dios fue el primer paso que dieron para volverse a Él. *Se habían apartado de Él* (v. 9b), de Su palabra, que debía haber sido su norma, y de Su obra, a la que debían haberse dedicado con diligencia. *El corazón se les fue de Dios, y los ojos se les fueron tras sus ídolos.* La malignidad de este pecado está especialmente en que es un *adulterio* espiritual («… su *corazón adúltero»).* Se acuerdan ahora del pesar que esto ocasionó a Dios y cómo se resintió de ello. En el día de su arrepentimiento, lo que les humillará más que ninguna otra cosa no será tanto el que ellos perdieron la paz, ni el que su país quedó destruido, como el que *Dios fue quebrantado* por el pecado de ellos.

(C) La evidencia de su arrepentimiento (v. 9, al final): «*y tendrán hastío de sí mismos, a causa de los males que cometieron en todas sus abominaciones*». Los verdaderos penitentes ven en el pecado algo muy digno de odio y de abominación, la abominación que Dios aborrece y que hace que sean odiosos a Dios no sólo los pecadores, sino también los servicios que le ofrecen (Is. 1:11; Jer. 44:4). El pecado contamina la conciencia del pecador y hace que se sienta abominable a sí mismo, a no ser que haya perdido por completo la sensibilidad.

(D) La gloria que redundará a Dios del arrepentimiento de ellos (v. 10): «*Y sabrán que yo soy Jehová* (comp. con v. 7), pues verán que se han cumplido todas mis palabras». Dice Feinberg: «La lección de su castigo no habrá sido en vano para ellos. ¡Bendita sea la reprensión del Señor cuando tiene un efecto tan saludable!»

Versículos 11–14

Se repiten las mismas amenazas, con una orden al profeta para que haga lamentación por ellas.

1. Por medio de ciertos gestos, tiene que proclamar el sentimiento que tenía de las iniquidades y de las calamidades de la casa de Israel (v. 11): «*Palmotea con tus manos y golpea con tu pie*», «gestos que expresan pesar y duelo» (Fisch). Pensar que pueden ser gestos de satisfacción equivale a equivocar completamente el carácter y la misión de Ezequiel. Por dos cosas tiene que hacer duelo de esta manera el profeta: (A) Los pecados nacionales: «*¡Ay por todas las grandes abominaciones de la casa de Israel!*» Los pecados de los malvados son la pesadumbre de los fieles siervos de Dios. (B) Los castigos nacionales (v. 11, al final): «*porque caerán con espada, con hambre y con peste*». Es nuestro deber ser afectados no sólo por nuestros pecados y nuestros sufrimientos, sino también por los pecados y los sufrimientos ajenos; y mirar con compasión las miserias que los malvados acarrean sobre sí mismos, así como Cristo *miró a Jerusalén y lloró sobre ella* (Lc. 19:41).

2. Debe inculcar lo que había dicho anteriormente sobre la destrucción que se les venía encima. (A) Caerán y serán destruidos por medio de una variedad de castigos que les alcanzarán y les seguirán dondequiera que estén (v. 12). (B) En la sentencia de su castigo leerán la gravedad de su pecado (vv. 5–7). Donde se habían postrado en honor de sus ídolos (v. 13), allí dejará Dios tendidos sus cadáveres, para oprobio juntamente de ellos y de sus ídolos. (C) El país quedará completamente devastado (v. 14), como antes *las ciudades* (v. 6). Con respecto a la mención del *desierto de Diblá* (v. 14, hacia el fin), dice Fisch: «*Dibláh* es la misma Ribláh situada en la frontera norteña del país (Nm. 34:11). Las letras *d* y *r* son intercambiables, como en Deuel y Reuel (Nm. 1:14; 2:14)».

CAPÍTULO 7

El profeta tiene que decirles ahora: I. Que se acerca una destrucción completa, con lo que el final será de lo más miserable (vv. 1–6). II. Que ya está a las puertas (vv. 7–10). III. Que es inevitable (vv. 10–15).

IV. Que ni la fuerza ni la riqueza podrán defenderles en modo alguno contra eso (vv. 16–19). V. Que el templo mismo quedará desecrado y arruinado (vv. 20–22). VI. Que la ruina será universal, como universal ha sido el pecado que la ocasionó (vv. 23–27).

Versículos 1–15

El profeta proclama aquí (v. 2): *«¡Fin, viene el fin sobre los cuatro extremos de la tierra!»* (lit.). Como si dijese: *«El que tenga oídos, oiga»*.

1. El fin hacia el que todos los castigos anteriores apuntaban y para el cual obraban como medios para hacerlo venir, ha tardado en venir, pero *ahora ha venido.* Quizás esto apunta más lejos, a la ruina de la nación a manos de los romanos; y aun esa ruina era como tipo del fin del mundo (Mt. 24:2, 3).

2. *«Así dice el Señor Jehová. Una desdicha, he aquí que viene una calamidad sin igual»* (v. 5). El pecado es un mal sin mezcla de bien y, por tanto, el peor de los males; el único mal que lo es de verdad y por entero, pero el mal de que aquí se habla no es el mal de la culpa, sino el mal de la pena, del castigo; en este sentido es *sin igual,* pues es un caso único en la historia. Los malvados tendrán que *apurar hasta las heces el cáliz* de la ira de Dios (Sal. 75:8).

3. *Ha llegado el tiempo* (v. 7) fijado por Dios, pues para todos los divinos designios hay un tiempo apropiado, su tiempo. Aunque los castigos anunciados tarden en llegar, no dejarán de cumplirse. Aunque la paciencia de Dios los demore, sólo el sincero arrepentimiento del hombre puede detenerlos.

4. El cuerpo entero de la nación se ha convertido *en vaso de ira preparado para destrucción* (Ro. 9:22). Los que menosprecian la divina misericordia cuando les es ofrecida, *tendrán juicio sin misericordia.*

5. Todo esto es justo castigo por sus pecados, y es lo que han traído sobre sí mismos por su insensatez. Específicamente se mencionan dos pecados como particularmente provocativos para que Dios trajese sobre ellos estos juicios: el orgullo y la opresión de los débiles. (A) Dios los humillará mediante estos castigos, ya que se han engrandecido a sí mismos. Sin embargo, tanto Fisch como Feinberg entienden la segunda parte del versículo 10 *(«ha florecido la vara, ha reverdecido la soberbia»*) como aplicable a Babilonia, no a Israel (comp. con Is. 10:5; Jer. 51:20–24). (B) Sus enemigos los tratarán duramente, así como ellos han tratado duramente a sus propios compatriotas (v. 11). Dice Fisch: «La violencia que han perpetrado ha forjado el arma para su propio castigo».

6. No habrá escape de estos juicios.

(A) Los hombres no estarán seguros en ninguna parte, pues aun *el que esté en el campo, morirá a espada* (v. 15b, comp. con 6:12), ya que el campo de labranza se habrá convertido en campo de batalla, y *al que esté en la ciudad,* aun siendo la ciudad santa, *lo consumirá el hambre y la peste.* El pecado había abundado tanto en la ciudad como fuera de ella.

(B) Los que caigan no serán lamentados (v. 11, al final): «*… ni habrá entre ellos quien se lamente*». pues no quedará nadie para poder lamentarse. No puede terminar bien quien endurece su corazón contra Dios. Los que se fortalecen en su maldad, se verá que no sólo se han debilitado a sí mismos, sino también arruinado (Sal. 52:7).

(C) *La multitud* no podrá resistir el torrente de estos castigos (v. 14): *«Tocarán trompeta y todo estará a punto, pero no habrá quien vaya a la batalla; porque mi ira está sobre toda la multitud»*. Dice Fisch: «Aunque se hayan hecho los preparativos para resistir el ataque, nadie tendrá valentía para afrontar la batalla, porque la ira de Dios ha extenuado el poder de ellos para resistir».

(D) Las operaciones de compra-venta (vv. 12, 13) habrán perdido todo su sentido. Dice Ryrie acerca de estos dos versículos: «El significado es el siguiente: puesto que el exilio es inminente, el comprador de una propiedad no necesita alegrarse de que ha hecho un buen trato, ni el vendedor necesita entristecerse de haber tenido que venderla». Además (v. 13), *«el que vende no recuperará lo vendido»,* porque nadie podrá en el destierro apelar a la ley del jubileo de Levítico 25, y nadie podrá disfrutar de ninguna heredad que posea en la tierra santa hasta que se hayan cumplido los 70 años de cautiverio.

Versículos 16–22

Algunos de ellos *escaparán* (v. 16), pero, ¿para qué? Mejor morir de una vez que, en una vida miserable, morir mil muertes y escapar sólo para ser, como Caín, *fugitivos y vagabundos*, y temer siempre que los mate el primero que los encuentre.

1. No tendrán consuelo ni satisfacción en su mente, porque, adondequiera que vayan, llevarán consigo su conciencia culpable, que les resultará una carga. Siempre estarán solitarios *«sobre los montes como palomas de los valles»* (v. 16b). Las palomas, dice Tristram (citado por Fisch), «eligen como lugares para anidar y descansar los altos riscos y las hondas quebradas, y siempre esquivan los árboles o la cercanía del hombre». Comenta Ryrie: «Así como las *palomas* cuyos nidos están en los valles pueden escapar al huir a los *montes*, así también algunos del pueblo escaparían *haciendo duelo* por sus pecados». Los que antes se consideraron a sí mismos como leones, se verán ahora como *palomas de los valles*, tímidos, sin ánimos, prestos a huir sin que nadie persiga y a temblar ante el simple movimiento de una hoja de árbol. Perderán (v. 17) las fuerzas físicas y (v. 18) lamentarán la pérdida de todas sus esperanzas.

2. No obtendrán ningún beneficio de sus riquezas (v. 19). Pensaban que sus tesoros de oro y plata podrían ser para ellos como un baluarte inexpugnable, pues con ellos podían comprar amigos y sobornar enemigos y, por tanto, tener con que rescatar sus vidas. Pero de nada les servían ahora, pues el oro y la plata no pueden proteger de los juicios de Dios. Tampoco les servían para alimentarse, pues el hombre no se alimenta de metales, por preciosos que éstos sean. En casos como éste, mejor se sobrevive con campos de trigo que con minas de oro. Mucho menos podían servir de consuelo y apoyo a sus almas. Sólo les servirán de estorbo para huir y, especialmente, verán en ellos cosa inmunda y abominable, pues les sirvieron para fabricar imágenes de ídolos que no pueden venir en auxilio de ellos cuando más lo necesitan.

3. Tampoco el templo de Dios les va a sacar del apuro (vv. 20–22), ya que lo habían profanado y puesto en él imágenes de las falsas deidades, y causado así el máximo deshonor al único Dios vivo y verdadero. Por consiguiente, quedarán privados del santuario, el cual no les ofrecerá ningún auxilio. Que hagan los soldados lo que quieran; pueden entrar en el Lugar Santísimo, pues la presencia de Jehová se ha marchado de allí.

Versículos 23–27

1. El prisionero es emplazado (v. 23): *«Haz la cadena,* con la que sea arrastrado el criminal al tribunal». Esta cadena es símbolo de la cautividad que les espera a los habitantes de Jerusalén.

2. El cargo presentado contra el preso: *«porque la tierra está llena de delitos de sangre, y la ciudad está llena de violencia»*. El hebreo dice literalmente «*juicios de sangre»,* «lo que podría significar crímenes castigados con la pena de muerte» (Fisch). Tales eran la idolatría, la blasfemia, la hechicería, la sodomía y cosas parecidas.

3. El veredicto que se pronuncia ante tales cargos. Dios les tomará cuentas, no sólo por la profanación de su santuario, sino también por pervertir el derecho y la justicia entre ellos mismos. Puesto que habían andado por los caminos de los paganos y se habían portado peor todavía que ellos, Dios iba a traer sobre ellos (v. 24) a *los más perversos de las naciones* para que los destruyesen y se apoderasen de las suntuosas mansiones que muchos de ellos poseían. Por haber puesto las imágenes de dioses falsos en el templo del Dios único, Jehová apartaría de allí todas las señales de Su presencia benévola.

4. Por haber cometido un crimen tras otro, Dios los iba a perseguir con un castigo tras otro (v. 26): *calamidad sobre calamidad y rumor sobre rumor* les asustarán como grandes olas de una tempestad. Carecerán asimismo de la dirección necesaria que esperaban para un trance como éste, ya que no tendrán *visión de profeta,* ni *instrucción de sacerdote* ni *consejo de anciano,* pues no habrá ya profeta que sea vidente, ni habrá líder religioso ni político que les pueda instruir ni aconsejar. Por tanto, no podrán oír lo que Dios les había de decir por vía de convicción, ya que no les había de decir nada por vía de consuelo.

5. Para que no quede ninguna de las clases dirigentes sin mencionar, se nombran también *el rey y los príncipes,* con el resto del *pueblo;* todos ellos recibirán el castigo que se merecen (v. 27b): *«según su camino haré con ellos, y según su merecido los juzgaré»*. Respecto de la frase *«el pueblo de la tierra»,* Fisch tiene una observación que puede resultar interesante: «El término *am haárets*, "el pueblo de la tierra", ha sufrido varios cambios de significado. Originalmente, significaba la masa del pueblo. En los tiempos talmúdicos, designaba a un hombre ignorante que no estaba versado en la Torah, o a una persona poco escrupulosa acerca de las leyes de la pureza ritual. Todavía ha sido sugerido por Sulzberger otro uso

de la frase, pues él lo define en muchos pasajes bíblicos, incluido este versículo, como “miembros del consejo nacional”».

CAPÍTULO 8

Después de conceder al profeta una clara previsión de las miserias que se cernían sobre el pueblo, Dios le otorga aquí una clara percepción de las iniquidades de este mismo pueblo. En una visión, Dios le trae a Jerusalén para mostrarle los pecados que se cometían allí (vv. 1–4), y allí ve: I. El ídolo del celo, junto a la puerta del altar (vv. 5, 6). II. A los ancianos de Israel que adoran toda clase de imágenes en una cámara secreta (vv. 7–12). III. A las mujeres que lloran por Tamuz (vv. 13, 14). IV. A los hombres que adoran al sol (vv. 15, 16). Entonces, Dios le pregunta a Ezequiel si toda esta gente tan provocadora se merece alguna muestra de compasión (vv. 17, 18).

Versículos 1–6

Ezequiel estaba por ahora en Babilonia; pero los mensajes de ira que había comunicado en los capítulos precedentes hacían referencia a Jerusalén. Aquí tiene una visión de lo que ocurría en Jerusalén, y esta visión se continúa hasta el final del capítulo 11.

1. La fecha de esta visión. La primera visión que tuvo fue *en el quinto año de la deportación, en el mes cuarto y en el quinto día del mes* (1:1, 2). Esta otra fue catorce meses después. Quizá la tuvo después de haber estado acostado los 390 días sobre su lado izquierdo, para llevar la iniquidad de Israel, y antes de comenzar los cuarenta días sobre su lado derecho, para llevar la iniquidad de Judá, puesto que ahora *estaba sentado en su casa,* no acostado.

2. Quizá se hallaba Ezequiel sumido en profunda meditación. *Los ancianos de Judá,* que eran compañeros suyos de cautiverio, *estaban sentados delante de él* (v. 1). Es probable que se hallasen allí con ocasión de inquirir de Dios, por medio del profeta, sobre algún asunto importante. Ahora que estaban en el destierro, estos ancianos mostraban mayor respeto que antes a la persona y a las palabras de un profeta verdadero. La casa de un ministro de Dios debería ser como una iglesia para todos sus vecinos. Pablo predicaba en su piso alquilado de Roma, y allí lo hacía *con toda libertad y sin obstáculo alguno* (Hch. 28:31), ya que tenía, sobre todo, el reconocimiento y el apoyo de Dios.

3. El poder divino que hizo presa ahora en el profeta (v. 1, al final): *«allí se posó sobre mí la mano del Señor Jehová»*.

4. La visión que el profeta tuvo (v. 2) y que es semejante a la del capítulo primero, versículo 27.

5. Visión que luego tuvo de Jerusalén. Ezequiel se sintió (v. 3) *alzado entre el cielo y la tierra por la mano de la figura* que había visto, y *fue transportado en espíritu, en visiones de Dios* (expresión que ya vimos en 1:1, al final). No cabe duda de que tuvo un éxtasis en el que fue llevado en espíritu *a Jerusalén, a la entrada de la puerta del atrio interior, etc.* (v. 3b). Los que mejor preparados están para la comunión con Dios y para las comunicaciones de la divina luz son aquellos que, por la gracia de Dios, tienen su espíritu elevado por encima de la tierra y de las cosas que hay en ella.

6. Las revelaciones que le fueron hechas en el santuario de Dios, al cual fue transportado en espíritu.

(A) Vio la gloria de Dios (v. 4), conforme la había visto en el capítulo 1. Varias veces tuvo Ezequiel esta visión, pero aquí parece tener una segunda intención. Cuanto más glorioso vemos que Dios es, tanto más odioso y abominable veremos que es el pecado, especialmente el de idolatría.

(B) Allí vio el oprobio de Israel—*el ídolo del celo, puesto al norte, junto a la puerta del altar* (vv. 3, 5—); este ídolo era, con la mayor probabilidad, la figura de Aserá (o Astarté), colocada allí por Manasés (2 R. 21:7), que posteriormente fue destruida por su nieto Josías (2 R. 23:6), pero parece ser que los sucesores de este rey la volvieron a colocar allí, como hicieron probablemente con *los carros del sol* que Josías halló *a la entrada del templo de Jehová, y los quemó* (2 R. 23:11). El profeta tiene interés en hacer constar que era *la imagen del celo, o el ídolo del celo,* dando así a entender que, cualquiera fuese dicha imagen, era ofensiva a Dios en el más alto grado, y le *provocaba a celos.* Y ahora Dios le pregunta al profeta (v. 6) si tales abominaciones no son suficientes para que se aleje Él de allí y hunda al pueblo en la

ruina y el oprobio. Pero no para ahí la cosa; *todavía verá mayores abominaciones* (v. 6, al final). Los pecados no van solos.

Versículos 7–12

Ulterior revelación de las abominaciones cometidas en Jerusalén dentro del recinto del santuario.

1. Cómo le comunicó Dios estas cosas. Lo llevó, en visión, *a la entrada del atrio* (v. 7), del atrio exterior, a cuyos lados tenían los sacerdotes sus cámaras de alojamiento. Allí había (v. 7b) *un agujero en la pared,* como un agujero para espiar lo que ocurría dentro. Dios le dijo entonces que agrandase el agujero, a fin de poder pasar a través de él (v. 8). Allí había (v. 8, al final) *una puerta;* con la mayor probabilidad, distinta del gran orificio que él había hecho al *horadar la pared.* Esta puerta daba a un aposento oculto, y allí ve Ezequiel (v. 9) *las malvadas abominaciones que se hacían.*

2. Qué es lo que Dios le descubrió. Vio (v. 10) una cámara, *en cuyas paredes, todo alrededor, estaban pintados todos los ídolos de la casa de Israel,* además *de toda forma abominable de reptiles y bestias.* Era una especie de Panteón, esto es, según la etimología del vocablo, una colección de todos los ídolos. Aunque el segundo mandamiento del Decálogo prohíbe literalmente *imágenes de talla,* sin embargo, las pintadas son tan malas y tan peligrosas como las talladas o esculpidas. Ezequiel ve este aposento (v. 11) lleno de adoradores idólatras: Había *setenta varones de los ancianos de la casa de Israel ofreciendo incienso* a estos ídolos pintados. *Cada uno estaba con su incensario en la mano.* Todos querían hacer de sacerdotes, y se atrevían a decir con todo cinismo (v. 12, al final): *«No nos ve Jehová; Jehová ha abandonado la tierra»*. Comenta Fisch: «Ocultan del público sus prácticas abominables, pero no tienen escrúpulos en violar la ley de Dios, al creer que Él no está interesado en los asuntos de los hombres (cf. Sal. 10:11; 73:11). Además, las calamidades que le habían sobrevenido al país demostraban que Él había abandonado a Su pueblo y la tierra».

Versículos 13–18

1. Todavía descubre el profeta *mayores abominaciones* (vv. 13, 14). *Las mujeres estaban sentadas,* en una de *las puertas de la casa de Jehová, endechando a Tamuz.* De esta deidad babilónica, dice Ryrie: «esposo de Ishtar, y que, después de su muerte, se suponía que se convirtió en el dios del averno. Algunos lo consideran una deidad de la vegetación, que muere con el ardor del estío y resucita en la primavera. Inmoralidades de baja catadura estaban conectadas con su adoración». Por esta «muerte de Tamuz» es por lo que hacían duelo las mujeres de Jerusalén. Más tarde, este Tamuz fue el Adonis de los griegos. Dice Feinberg: «La idolatría y la inmoralidad son gemelos inseparables a lo largo de la historia del mundo».

2. Pero *aún verá Ezequiel mayores abominaciones que éstas* (vv. 15, 16). Como hace notar Feinberg, sólo ahora, no antes, el hebreo usa la forma comparativa, pues anteriormente el original dice *grandes,* no *mayores,* lo cual indica, como dice él, que «se nos alerta para el clímax de sus caminos idolátricos». ¿En qué consistía esta culminación de las idolatrías de Israel? Nos lo dice el versículo 16: «… *entre el vestíbulo y el altar* (¡luego eran sacerdotes!—v. Jl. 2:17), *había unos 25 varones, con las espaldas vueltas al templo de Jehová*—al santuario propiamente dicho, por el lugar preciso donde estaban—*y los rostros hacia el oriente, y ellos adoraban al sol, postrándose hacia el oriente»*. Fisch hace notar que «la inusitada forma hebrea *mishtajavithem* se explica tradicionalmente como un compuesto de dos verbos: *mashjithim* (destruyen) y *mishtajavim* (adoran), con lo que da a entender la doble naturaleza de su ofensa: la degradación del Templo y la adoración del dios-sol». El pronombre *ellos* de la última frase del versículo 16 está enfático en el original, y así lo hemos hecho constar, aunque no suelen hacerlo las versiones. Todos estos detalles, poco importantes a primera vista, ayudarán al lector a entender por qué el texto hebreo usa en el versículo 15 la forma comparativa *mayores* que no ha usado antes.

3. La inferencia a que nos llevan estos descubrimientos (v. 17): *«¿Has visto esto, hijo de hombre?* ¿Suponías que tales cosas se llevasen a cabo alguna vez en mi Templo?» Dios condesciende a preguntar así al profeta. Verdaderamente, ¿qué excusa tenía *la casa de Judá para hacer las abominaciones que hacen aquí?* Esta gente que tiene los oráculos, las ordenanzas y las promesas del Dios verdadero, ¿es posible que se comporten así? ¿Y no merecen por ello sufrir tanto como están sufriendo y lo que les queda por sufrir? «*Y me provocan más todavía*—dice Jehová (v. 17b); *y míralos aplicando la rama a sus narices»* (lit.). Esta última frase requiere un análisis más detenido:

(A) En primer lugar, tenemos aquí una de las 18 enmiendas oficiales de los antiguos escribas, quienes, por un sentimiento de equivocada reverencia a Dios, escribieron *appam* (la nariz de ellos), en lugar de *appí* (mi nariz), que era lo que originalmente aparecía en el texto hebreo. Lo hicieron así por entender que aquí se trata (como es el hecho) de un rito obsceno.

(B) Sobre cuál sea el rito obsceno que aquí se indica, no se ponen de acuerdo los autores, ni siquiera los rabinos, quizás por el horror que les causa. Dos son las explicaciones más probables: (a) Según el famoso Rashí y otros, el hebreo *zemoráh* (rama) puede significar «rotura de viento», es decir, lo que en España se llama «ventosidad». (b) Otros autores opinan (y es más probable) que tenemos aquí un gesto de culto fálico, como lo era también el culto que hasta los judíos tributaban a la diosa Aserá. Dice la *Biblia de Jerusalén* en nota a Éxodo 34:13: «El cipo sagrado, *aserá*, era el emblema de la diosa del amor y de la fecundidad, *Aserá* (griego: Astarté) de donde toma su nombre».

4. Ante estos horrores, el furor de Jehová no puede menos de arder (v. 18): *«Pues también yo procederé con furor; no perdonará mi ojo ni tendré compasión»*. Comenta Fisch: «La justicia demanda que el castigo divino corresponda a la medida del abominable carácter del pecado de ellos». Así que Dios no les va a responder, por mucho que le griten (v. 18b, comp. con Pr. 1:28): *«Aunque griten a mis oídos con gran voz, no los oiré»*. Los pecados de ellos requieren venganza con una voz mucho más fuerte que la de sus oraciones que imploran misericordia.

5. Finalmente, permítasenos ofrecer aquí la excelente aplicación devocional que, sobre la frase *«no perdonará mi ojo»* del versículo 18, trae el rabino converso Dr. Feinberg: «En estos días de gracia, cuán extrañas son a nuestros oídos tales palabras de incisiva condenación. Estamos tan acostumbrados a oír los dulces acentos de armonía celestial que nos solicitan a confiar en Cristo como Salvador, que las palabras de Ezequiel tienen para nosotros un sonido extranjero. Pero son tanta verdad como las palabras de Juan 3:16. Si a los perdidos no se les dice la verdad de Juan 3:16, quedan abandonados al juicio de Dios. ¿No vamos a ayudarles a escapar del juicio de ese día inminente?»

CAPÍTULO 9

I. Se preparan los instrumentos que habían de servir para la destrucción de la ciudad (vv. 1, 2). II. Desde encima de los querubines se retira la *Shekinah* al umbral del Templo (v. 3). III. Se dan órdenes para marcar al remanente que será preservado de la común destrucción (vv. 3, 4). IV. Se firma la cédula y comienza la ejecución (vv. 5–7). V. Ezequiel intercede para que se mitigue la sentencia (vv. 8–10). VI. El encargado de marcar al piadoso remanente da su informe de lo hecho (v. 11).

Versículos 1–4

1. Se convoca a los destruidores de Jerusalén. Varios ángeles, en forma humana, reciben el encargo de dejar devastada la ciudad que hasta hace pocos años tenían a su cargo proteger y vigilar (v. 1). Están ya preparados como ángeles destructores, ministros de la ira de Dios, pues *«cada uno traía en su mano su instrumento para destruir»* (vv. 1, 2), como el ángel que guardaba el acceso al árbol de la vida con una espada flamígera.

2. De inmediato se nos notifica su llegada (v. 2): «Y *he aquí que seis varones venían, etc.»*, uno por cada una de las puertas principales de Jerusalén. Las naciones de las que se componía el ejército del rey de Babilonia, las cuales eran seis según la opinión de algunos, y los jefes principales de tal ejército (que algunos cuentan como *seis* en la enumeración de Jer. 39:3), pueden ser llamados los «cuchillos de matarife» en manos de estos ángeles. *Venían del camino de la puerta de arriba que mira hacia el norte* (probablemente, la misma que mandó construir el rey Jotam (v. 2 R. 15:35), ya fuese porque los caldeos vinieron por el norte (Jer. 1:14), o porque *la imagen del celo estaba a la entrada de la puerta … que mira hacia el norte* (8:3, 5).

3. El relieve que se da a uno de dichos ángeles; aunque se dice que estaba (v. 2b) *entre ellos*, es obvio que no era uno de ellos. Este *varón* iba *vestido de lino*, como los sacerdotes, y *traía a la cintura un tintero* (lit. *un cuerno) de escribano*, como lo llevaban antiguamente los secretarios, así como los abogados y los fiscales de un tribunal. De él iba a hacer uso este varón, así como los otros usarían *sus instrumentos para*

destruir. Aquí, los honores de la pluma sobrepujaban a los de la espada, pues, según opinión unánime de los exegetas cristianos, este varón no era otro que el Mediador, el Cristo preencarnado, dispuesto a salvar a los Suyos de la flamígera espada de la justicia divina. Como sumo sacerdote, va vestido de lino y, como profeta, lleva el tintero de escribano, pues el Libro de la Vida es el Libro del Cordero y toda la Biblia es, en cierto modo, la *revelación de Jesucristo.* ¡En medio de los destruidores está el Mediador, nuestro gran sumo sacerdote!

4. La retirada de la apariencia de la gloria divina de sobre los querubines *al umbral de la casa* (v. 3); según Fisch, «al umbral del Lugar Santísimo». Por comparación con 8:4, es probable que se aluda aquí al mismo despliegue de gloria divina que el profeta había visto en otras ocasiones. Ezequiel observa inmediatamente que *la gloria del Dios de Israel se elevó de encima del querubín, sobre el que estaba.* Y, ¿qué es una visión de ángeles, si Dios se ha marchado? En cuanto al singular *«querubín»,* en lugar del acostumbrado plural, dice el Talmud (citado por Fisch) que «la retirada de la Presencia Divina antes de la invasión de Jerusalén ocurrió en diez etapas, y fueron las dos primeras desde la cubierta del Arca a uno de los querubines, y desde él al otro querubín».

5. El encargo que se da *al varón vestido de lino* para que preserve de la general desolación al piadoso remanente. No leemos que este varón fuese llamado como lo fueron los seis que venían a destruir, porque Él siempre está en la presencia de Dios para interceder por nosotros. Los que habían de ser marcados eran (v. 4b) *«los hombres que gimen y que claman a causa de todas las abominaciones que se hacen en medio de ella* (de Jerusalén)». El vocablo hebreo para *señal* es precisamente *taw,* nombre que se le da a la última letra del alfabeto hebreo. Salta a la vista la semejanza con lugares como Apocalipsis 7:1–3. Ch. L. Feinberg dice sobre esto:

Los escritores judíos han explicado el uso de la última letra del alfabeto hebreo (que es literalmente «marca» o «señal») como una marca en tres aspectos: (1) por ser la última letra, indica algo completo; (2) es la primera letra del vocablo «torah» (ley); o (3) es la primera letra en el vocablo hebreo para «vivirás». De paso, también es la primera letra en el vocablo hebreo para «morirás». Los intérpretes cristianos han visto una alusión un tanto profética a la señal de la cruz. En la antigua escritura, la última letra del alfabeto hebreo *(taw)* tenía la forma de una cruz».

Versículos 5–11

1. Se da orden a los destructores para que lleven a cabo la comisión para la que fueron llamados.

(A) Se les ordena destruir todo. Esto se cumplió en la muerte de multitudes a causa del hambre, de la peste y, especialmente, de la espada del ejército caldeo. Pero, ¡qué cosa tan mala tiene que ser el pecado, pues provoca a una severidad tan extrema al Dios de infinita misericordia! *«¡No perdone vuestro ojo* (v. 5b), *ni tengáis compasión!»* Los que viven en pecado, si rehúsan arrepentirse, perecerán en el pecado (comp. con Jn. 8:24); podían haber evitado fácilmente la ruina, pero no quisieron.

(B) Se les ordena que no hagan ningún daño a los que están marcados para salvación (v. 6b): *«pero a todo aquel sobre el que haya señal, no os acercaréis».* Como si dijese: «No os atreváis ni siquiera a asustarles». Dios había prometido que les iría bien a los Suyos (v. por ej. Jer. 15:11), y tenemos buenas razones para suponer que ninguno de los que *gemían y clamaban a causa de todas las abominaciones* (v. 4), caería bajo la espada de los caldeos. En la destrucción de Jerusalén por los romanos, el año 70 de nuestra era, los cristianos se refugiaron en una ciudad llamada *Pella, y* ninguno de ellos pereció.

(C) Se les ordena que *comiencen por el santuario* (v. 6c), pues allí había comenzado la perversidad que provocó a Dios a enviar estos juicios tan severos. El templo de Dios es un santuario, un refugio y un lugar de protección para los pecadores arrepentidos, pero no para los que persisten en su iniquidad.

(D) Se les ordena (vv. 5–7) que *vayan por la ciudad matando.* Aunque *el juicio comienza por la casa de Dios* (comp. con 1 P. 4:17), no por eso se va a terminar allí.

2. Ellos obedecieron las órdenes que se les habían dado (v. 6, al final): *«Comenzaron, pues, desde los varones ancianos que estaban delante del templo»,* es decir, los setenta de los que se habla en 8:11. Es probable que se incluyan entre ellos también los *veinticinco varones* de 8:16, 17, aunque no se les llame *ancianos,* al ser su abominación aún mayor que la de los setenta ancianos.

3. Ahora tenemos la intercesión del profeta para que se mitigue el castigo (v. 8): *«Cuando ellos iban matando y quedé yo solo, me postré sobre mi rostro y clamé, etc.».* Dice Feinberg: «La compasión del varón de Dios por sus compatriotas halló en esta hora una bella expresión. El pasaje revela cuán

equivocada es la opinión que ve en Ezequiel solamente un fanático religioso inmisericorde. Los profetas de Dios tenían tierno corazón hacia las personas a quienes tenían que predicar condenación y juicio». Comenta M. Henry: «Habla como quien ha escapado de la destrucción por las justas, atribuyéndolo a la bondad de Dios, no a sus merecimientos». Bien pudo Ezequiel tener estos pensamientos, pero no es eso lo que se desprende del texto directamente, sino la compasión hacia su pueblo.

4. Dios niega, en esta ocasión, a Ezequiel lo que le pide (vv. 9, 10). El Señor estaba deseoso de mostrar misericordia tanto como el profeta pudiese anhelar, y aún más, pues ése es Su carácter (v. Éx. 34:6, 7). Pero el caso actual es de tal naturaleza que no admite el ejercicio de la misericordia sin dañar gravemente la justicia. Los pecadores se excusan (v. 9, comp. con 8:12) con el mismo principio ateo con el que se halagaban a sí mismos en sus prácticas idolátricas: *«Ha abandonado Jehová la tierra, y de ningún modo* (hebr. *éin) ve Jehová»* (lit.). Como si dijesen: «A nosotros nos pertenece hacer lo que mejor nos parezca, pues Dios no se entremeterá en nuestros negocios; así que, hagamos lo que hagamos, Él *no lo ve»*. ¿Y cómo podrán esperar beneficiarse de la misericordia de Dios los que de esta manera desafían Su justicia?

5. El documento de protección para preservar la vida de los que hacían duelo por Sion (v. 11): *«El varón vestido de lino … dio su informe,* dio cuenta de lo que había hecho: Había hallado a todos los que se lamentaban en secreto por los pecados del país y clamaban contra ellos, y los había marcado en la frente: *He hecho conforme a todo lo que me mandaste»* (v. 11b, comp. con Jn. 4:34; 5:30; 6:38; 8:29).

CAPÍTULO 10

De nuevo contempla el profeta la visión de la gloria de Dios, como la contempló junto al río Quebar. I. Se esparcen por la ciudad carbones encendidos, sacados de entre los querubines (vv. 1–7). II. Se retira del templo la gloria de Dios (vv. 8–22).

Versículos 1–7

1. De nuevo tenemos ante nosotros el relato de la gloriosa aparición de la majestad de Dios. Algo del mundo invisible se hace aquí visible, débiles representaciones de su resplandor y belleza, sombras oscuras de realidades celestes, que no pueden compararse con la verdad y sustancia del ser de Dios, como no puede compararse un mal dibujo con una persona viva. Dios aparece aquí (v. 1, comp. con 1:22), *«en la bóveda que había sobre la cabeza de los querubines …».* Allí estaba en Su *trono* (comp. con Is. 6:1) y desde allí ve a los hijos de los hombres. La gloria y el gobierno de Dios trascienden infinitamente todas las ideas más brillantes que nuestra mente sea capaz de formar o recibir. La aparición de la gloria de Dios es velada con una nube y, a pesar de ello, de en medio de esa nube salen rayos de una luz cegadora, hasta *llenar de resplandor el atrio interior* (vv. 3, 4, comp. con Hab. 3:4). Dios *se cubre de luz* y, sin embargo, *hace de la oscuridad su pabellón. Es* que no hay nada tan claro como *que Dios es,* y nada tan oscuro como *lo que Dios es.*

2. Se dan nuevas órdenes para la destrucción de Jerusalén. Tenemos aquí el mandato de reducir a cenizas la ciudad, *esparciendo sobre ella carbones encendidos,* los cuales, en la visión, son sacados *de entre los querubines* (comp. con Is. 6:6). Lo hace (v. 2) *el varón vestido de lino,* al obedecer la orden recibida del trono. Esto simbolizaba el incendio que de la ciudad iban a llevar a cabo los caldeos. Esto no debe hacer olvidar el efecto purificador que se atribuye a los carbones encendidos en el altar de Dios (Is. 6:7).

3. A continuación (v. 4), *«la gloria de Jehová se elevó de encima del querubín al umbral de la casa, etc.»,* a imitación de los tribunales de juicio que los judíos tenían en las puertas de sus ciudades. El versículo 5 es casi idéntico a 1:24, y los versículos 6 y 7 nos refieren la ejecución de la orden dada al *varón vestido de lino.* Acerca del versículo 4, es oportuna la siguiente observación de Feinberg: «En 9:3, el Señor había descendido de Su trono encima de los querubines hasta el umbral del templo; en 10:4, volvió otra vez allá. En el intervalo de tiempo, debió de haber tomado de nuevo Su asiento sobre los querubines, como implica el versículo 1».

Versículos 8–22

Un informe ulterior de la visión de la gloria de Dios que Ezequiel contempló, y que tiene por objeto presentarnos la partida de dicha gloria de en medio de ellos.

1. Ezequiel ve la gloria de Dios que resplandece en el santuario, como la había visto junto al río Quebar, según él mismo hace notar (vv. 15, 22). Advierte Fisch (al citar a Kimchi) que las expresiones del versículo 8 «dan a entender que la forma de los querubines, según se describen aquí, existían sólo en la visión profética, pero no en la realidad». Por lo demás, la descripción que vemos aquí (vv. 9–17) coincide casi por completo con la que vimos en el capítulo 1. La única diferencia que atormenta a los exegetas es el cambio, en el versículo 14, en *rostro de querubín*, la cara que, en 1:10, era *rostro de buey*. Hay una explicación rabínica antigua, según la cual Ezequiel pidió a Dios que cambiase la cara de buey por la de querubín, pues se acordaba del Becerro de oro y «un acusador no puede ser abogado». Los modernos, incluido el rabino Fisch, tienen por fantástica esta explicación, y siguen otra que el Dr. Ryrie resume con su acostumbrada lucidez: «En 1:10, las cuatro caras de los seres vivientes son descritas como la de un hombre (de frente, según se movían hacia Ezequiel), de un león (a la derecha), de un toro (a la izquierda) y de un águila (a la espalda). Aquí (10:14) están al sur de Ezequiel, y se mueven hacia el este, con la cara de toro vuelta hacia Ezequiel, la cual él llama el rostro de querubín, quizás por ser la primera que vio».

2. Ezequiel ve luego la gloria de Dios retirándose del santuario, del lugar donde por tanto tiempo había habitado el honor de Dios; este espectáculo era muy triste. Al principio (v. 4), *la gloria de Jehová* se fue *al umbral de la casa*, pero ahora (v. 18) *se puso sobre los querubines*, no precisamente para quedarse en el santuario con ellos, sino que (v. 19) inmediatamente *los querubines alzaron sus alas* para salir del santuario, no sin antes *detenerse a la entrada de la puerta oriental de la casa de Jehová etc.* Feinberg comenta: «Hubo una parada pequeña (inglés, *lingering)* de la gloria a la entrada de la puerta oriental, pero era para, en último término, salir de allí. La puerta era la principal entrada al atrio exterior. Dios estaba a punto de abandonar el templo y pronto habría de escribirse sobre la fábrica entera, lo mismo que sobre toda la vida religiosa de ellos, *Icabod* (la gloria se ha marchado)». Ryrie, por su parte, hace notar que «si Jesucristo hubiese sido aceptado como Mesías en Su primera venida, es de suponer que habría entrado en el Templo por esa misma puerta. Al ser rechazado, se marchó por ella (Mt. 21:12–17)». En los atrios del Templo, el pueblo de Israel había deshonrado a su Dios. Ahora Él se marcha, con todo lo que esa partida significaba. Se marcha con paradas y pausas, como a quien le repugna irse y como para ver si hay alguien que le constriña a quedarse suplicándoselo con una intercesión especial. Dios se aparta por grados de un pueblo provocador; y, cuando ya está resuelto a marcharse por el disgusto que le causan las abominaciones de Su pueblo, siempre está en anhelante inclinación a volver con Su misericordia, tan pronto como ellos estén bien dispuestos a tenerle mediante un sincero arrepentimiento y una oración ferviente.

CAPÍTULO 11

En este capítulo concluye la visión que Ezequiel tuvo. I. Mensaje de ira contra los que todavía permanecían en Jerusalén (vv. 1–13). II. Mensaje de consuelo para los deportados a Babilonia, que estaban al borde de la desesperación (vv. 14–21). III. Fin de la visión (vv. 22–25).

Versículos 1–13

1. La seguridad de los príncipes de Jerusalén. El profeta es llevado, en visión, a la puerta del templo donde estos príncipes estaban sentados en consejo (v. 1): *«El espíritu me elevó y me llevó a la puerta oriental de la casa de Jehová … y he aquí a la entrada de la puerta veinticinco hombres, etc.».*

(A) A éstos no se les acusa de corrupciones en el culto, sino de mala administración en el gobierno. Dos de ellos son mencionados por su nombre: *Jaazanías, hijo de Azur* (distinto, pues, del Jaazanías de 8:11) y *Pelatías, hijo de Benayá.* Hay quienes dicen que Jerusalén estaba dividida en veinticuatro distritos, y que estos hombres eran lo que en España llamamos alcalde de barrio, subordinados al alcalde

principal de la ciudad. Se le dice a Ezequiel (v. 2) que *«éstos son los hombres que maquinan perversidad y dan en esta ciudad* (Jerusalén) *perversos consejos».* Bajo pretexto de seguridad pública, endurecían al pueblo en sus pecados y les quitaban el temor a los juicios de Dios con los que les amenazaban los profetas.

(B) Los *perversos consejos* que daban a la gente eran, sin duda, los insinuados en el versículo 3: Decían a la gente: *«No será tan pronto;* es decir, la ruina de Jerusalén no está tan cercana como dicen esos profetas; *edifiquemos casas* aquí mismo; la ciudad es lo bastante fuerte para protegernos, porque *ella es la olla y nosotros somos la carne»,* expresión, al parecer, proverbial, para dar a entender lo siguiente: «Estamos tan seguros en esta ciudad como la carne en una olla, la cual es protegida del fuego por el fondo y las paredes de la olla misma, los muros de Jerusalén serán para nosotros como *muros de bronce,* y no recibirán de los sitiadores mayor daño del que la carne de una olla recibe del fuego que está debajo». Cuando Satanás no puede persuadir a una persona a tener por dudoso e incierto el juicio venidero, obtiene su victoria persuadiéndole a que lo considere como cosa lejana.

2. El método usado para despertarles de esa falsa seguridad. A fin de ayudarles a comprender, les es enviada la palabra de Dios en forma de advertencia (v. 4): *«Por tanto, profetiza contra ellos y* haz por sacarles de su engaño; *profetiza, hijo de hombre,* sobre estos huesos muertos y secos». Deben percatarse de que (v. 5, al final) *Dios sabe muy bien lo que están pensando.* El hebreo dice enfáticamente en la última frase: «Y *las cosas que suben a vuestro espíritu* (comp. con 1 Co. 2:9b), yo *lo sé».* A Dios no se le escapa ninguno de nuestros pensamientos ni tampoco uno solo de los secretos motivos que influyen en nuestro modo de pensar y actuar.

3. A continuación, se especifica el crimen que han cometido y se les lee la sentencia (vv. 6–12). *Han llenado de muertos las calles de la ciudad* (v. 6). Y, al apelar al proverbio que ellos mismos han proferido (v. 3b), *el Señor Jehová les dice* (v. 7) que esos muertos son la carne que ha quedado en la olla de la ciudad. Y ellos, los perversos consejeros, saldrán, sí, de ella, pero para ser entregados en manos de los enemigos extranjeros (vv. 7b–9) *y caerán a espada en la frontera de Israel* (v. 10); exactamente, *en Riblá* (6:14), en el año 587 a. de C. Que sepan bien, dice Dios (vv. 10 y 12), *que yo soy Jehová.* Ellos le han provocado a abandonar la ciudad, y todavía pensaban que podrían arreglárselas bien, con su propia fuerza y astucia, después de marcharse de allí la visible presencia de la gloria de Dios; pero Él les hace saber que no puede haber paz ni seguridad para los que han apostatado de su Dios. Que sepan que todo esto es el castigo bien merecido por sus pecados, y la revelación del justo juicio de Dios contra ellos (v. 12).

4. Esta palabra de amonestación fue seguida de una providencia de confirmación (v. 13): «Y *aconteció que, mientras yo profetizaba, aquel Pelatías, hijo de Benayá, murió».* Parece ser que esto lo contempló él en visión, pero era completamente seguro que, cuando esta profecía se hiciese pública, la muerte de Pelatías sería ya un hecho real y, al mismo tiempo, la prenda del completo cumplimiento de la profecía de Ezequiel sobre la suerte funesta que habían de correr los consejeros perversos de este capítulo.

5. Aun cuando la muerte súbita de Pelatías era una confirmación de su profecía, Ezequiel se echó a temblar (v. 13) ante la perspectiva de las otras muertes que habían de seguirse, por lo que, *postrado con el rostro en tierra, clamó con gran voz,* llevado de la preocupación que su amor al pueblo de Israel le causaba, y le dijo a Dios: *¡Ah, Señor Jehová! ¿Destruirás del todo al remanente de Israel?* Comenta Fisch: «El profeta sacó de este incidente la conclusión de que la población entera de Israel iba a compartir el destino de Pelatías y perecer».

Versículos 14–21

Después de recibir instrucciones para despertar a los que se sentían cómodos en Sion, Ezequiel recibe en estos versículos palabras consoladoras para los que hacían duelo en Babilonia cuando se acordaban de Sion.

1. Los piadosos cautivos eran atropellados e insultados por los que continuaban en Jerusalén (v. 15). Son *«tus hermanos, sí, tus* hermanos—dice Dios al profeta—, *los hombres de tu parentela, y toda la casa de Israel».* Dios los menciona con tanto énfasis, porque son los únicos que han conservado su integridad. No sólo eran de la misma familia que Ezequiel, sino también del mismo espíritu que él. Los que se hallaban todavía libres, y aun con relativa comodidad, se burlaban de sus hermanos que habían sido humillados y llevados al exilio, como si no perteneciesen ya a la congregación de Israel. Precisamente porque, en obediencia a la voluntad de Dios, se habían rendido al rey de Babilonia, los excomulgaban y

decían: *¡Alejaos de Jehová! A nosotros es dada la tierra en posesión* (v. 15, al final). Como si dijesen: «El Dios de Israel no tiene nada que ver con vosotros, y al rendiros al rey de Babilonia, habéis renunciado a vuestros derechos a poseer la Tierra Prometida».

2. Las bondadosas promesas que Dios les hace. Los que les odiaban y los querían echar de la congregación de Israel, decían: *«¡Que Jehová sea glorificado, para que podamos ver vuestra alegría!»* (Is. 66:5). Pero lo que esos burladores decían por escarnio, iba a ser cierto de parte de su Dios, pues les iba a consolar de veras. Dios reconoce que Su mano se ha descargado contra ellos enviándolos al exilio, pero no les ha privado de Su presencia amorosa (v. 16): *«Aunque les he arrojado lejos entre las naciones, y les he esparcido por los países extranjeros, con todo eso les he sido por un pequeño santuario en las tierras adonde han llegado»*. ¡Qué conmovedor! Dice Fisch: «A la humillante alegación de los habitantes de Jerusalén de que los exiliados, al estar tan alejados del Templo, habían perdido la paternidad y la protección de Dios, replica el propio Jehová que ésos conservan todavía su relación con Él por medio de sus casas de adoración y de sus casas de estudio, cada una de las cuales cumplía el designio de un Templo en miniatura, en el que estaba presente el Espíritu de Dios». Los que se habían quedado en Jerusalén tenían aún el Templo, pero sin Dios; los que estaban en Babilonia tenían a Dios, aunque no tuvieran el Templo.

3. A su debido tiempo, Dios había de poner punto final a las aflicciones que sufrían, sacándolos del país de su cautiverio y estableciéndolos de nuevo, a ellos o a sus hijos, en su país (v. 17). Y, lo que es todavía mejor, el cautiverio (v. 18) les habrá curado eficazmente de sus idolatrías. Dios implantará en ellos los buenos principios y hará bueno el árbol (v. 19). La promesa de la donación del *nuevo espíritu* y del *nuevo corazón*, ya insinuada en Jeremías 32:39, 40 y, más detalladamente, en Ezequiel 36:26, 27, va más allá de lo que había de ocurrir en los propios exiliados, al llegar a un segundo nivel a la dispensación del Evangelio y, en un tercer nivel, a la del Milenio. Cuando el Señor Jesús le dijo a Nicodemo (Jn. 3:10): «*Tú eres el maestro* (lit.) *de Israel, ¿y no conoces estas cosas?»*, aludía a esto, porque «aquí está afirmada la verdad del nuevo nacimiento» (Feinberg). Un nuevo nombre, una nueva fachada, una reestructuración de las instituciones judías, no servirían para nada sin un *nuevo espíritu.* Y esto ha de ser obra de Dios, un regalo suyo conforme a Su promesa. De esta forma, la conducta de ellos (v. 20) estará de acuerdo con los nuevos principios, de forma que guardarán la Ley de Dios y en ellos renovará Él Su pacto (v. 20, al final, comp. con Lv. 26:12): «*y me serán por pueblo, y yo seré a ellos por Dios*».

4. Pero aquellos que, dentro o fuera de las fronteras de Israel, tengan el corazón apegado a *sus idolatrías* (v. 21) y *a sus abominaciones*, y carezcan de gracia, ¿cómo van a disfrutar de paz? *El Señor Jehová* (v. 21b) asegura: «Yo *les echaré su camino* (lit.) *sobre sus propias cabezas»;* es decir, «sufrirán las consecuencias de sus acciones» (Fisch).

Versículos 22–25

Tenemos ya la partida de la presencia de Dios del Templo y de la ciudad. 1. Cuando el mensaje fue comunicado al profeta y él pudo evaluarlo en su justo significado, tuvo lugar la partida de la presencia visible de Dios (vv. 22, 23): Entonces *«alzaron los querubines sus alas … y la gloria de Jehová se elevó de en medio de la ciudad, y se posó sobre el monte que está al oriente de la ciudad»,* es decir, el monte de los Olivos. Recuérdese (v. 10:18, 19) que la *Merkabah*, como se llama en hebreo la carroza que formaban los querubines con las ruedas, etc., se había parado *a la entrada de la puerta oriental de la casa de Jehová;* ahora, al salir de allí, se posó sobre el Olivete. Fue precisamente desde allí (Hch. 1:11) de donde partió para el cielo el Señor Jesucristo, y allí volverá a posar sus pies (Zac. 14:4) cuando vuelva. Dice Feinberg: «Hay un interesante Midrás (comentario) que dice así: "Dijo el rabino Jonatán: Por tres años y medio estuvo posada la *Shekinah* sobre el monte de los Olivos, en la esperanza de que Israel haría penitencia; pero no hizo ninguna"».

2. Había otro motivo para que la gloria de Dios se detuviese en el Olivete. En ese monte habían puesto los judíos apóstatas sus ídolos, a fin de enfrentarlos contra Dios en Su Templo (1 R. 11:7). Desde ese monte se tenía una completa panorámica de la ciudad; allá se fue, pues, Dios, para hacer bueno lo que había dicho (Dt. 32:20): *«Esconderé de ellos mi rostro, veré cuál será su fin».* Y fue también desde este monte desde donde vio *Cristo la ciudad y lloró sobre ella*, al prever la terrible destrucción que había de padecer a manos de los romanos el año 70 de nuestra era. La gloria de Dios se quedó, por algún tiempo,

allí, como si todavía quisiese estar al alcance de la voz de quienes deseasen invocarle, si hubiesen entendido *las cosas que eran para su paz.*

3. Terminada toda esta larga y compleja visión, que abarca muchos capítulos, Ezequiel, ya sea «recobrado "misteriosamente" de su estado de éxtasis-visión», como opina Asensio, ya sea en plena lucidez, «al observar cómo *se iba de él* (v. 24) *la visión que había visto,* monte arriba, hasta perderse de vista» (M. Henry), *«les contó a los deportados* (v. 25) *todas las cosas que Jehová le había mostrado».* Dice Fisch: «La transportación del profeta desde Babilonia hasta Jerusalén y vuelta no había sido real, sino que se llevó a cabo en visión (cf. 8:3)». Esto se desprende claramente de la frase (v. 24b) *«me volvió a llevar en visión»,* que, como dice Feinberg, «contienen la clave de las operaciones (inglés, *transactions)».*

CAPÍTULO 12

Aunque la visión de la gloria de Dios se había marchado del profeta, la palabra de Dios viene una vez más a él. I. El profeta, con gesto simbólico, ha de recoger sus enseres y salir de su alojamiento, como quien va al destierro, con lo que da a entender la huida de Sedequías de Jerusalén, en la confusión más completa, cuando los caldeos tomaron la ciudad (vv. 1–16). II. Después, al comer y beber con temblor, Ezequiel ha de simbolizar el hambre que ha de padecer la ciudad durante el asedio (vv. 17–20). III. Dios envía al pueblo un mensaje para asegurarles que todas estas predicciones habían de cumplirse en un plazo muy breve (vv. 21–28).

Versículos 1–16

Quizás reflexionó Ezequiel más de una vez sobre las visiones que de la gloria de Dios había tenido, y quizá deseó también que volviesen a él de nuevo, pero no hallamos en el texto sagrado que disfrutase otra vez de ellas. Pero sí que *vino a él de nuevo la palabra de Jehová* (v. 1). Bien podemos tener y conservar nuestra comunión con Dios, aunque carezcamos de éxtasis y arrobamientos. En estos versículos se le dice al profeta:

1. Con qué señales y acciones simbólicas había de expresar el inminente cautiverio de Ezequías, rey de Judá.

(A) Esto es lo que Ezequiel había de predecir, y predecirlo precisamente a los ya deportados, porque, mientras Sedequías estuviese en el trono de Jerusalén, se lisonjeaban con la esperanza de que él había de acertar a rescatarles en breve. Era, pues, necesario convencerles de que el rey Sedequías, lejos de ser su futuro libertador, iba a ser en breve su compañero de sufrimientos.

(B) Para prepararles, debe darles primero una señal, hablándoles a los ojos antes que a los oídos. Les hablará por señas, como se hace con los sordomudos. Tiene que proveerse de todo lo necesario para un traslado y no precisamente para ir a otro lugar más cómodo, sino (v. 3) *para el destierro;* ha de hacerlo *de día, a vista de ellos; delante* (v. 4) *de los ojos de ellos, ha de sacar sus enseres* ya empaquetados como bagaje de deportación, pero él ha de salir *a la tarde, a vista de ellos.*

(C) Todavía le quedan otras operaciones simbólicas por llevar a cabo: Como las puertas de la ciudad se suponen cerradas y bien vigiladas, *ha de abrirse paso por entre la pared, y salir por ella* (v. 5). Así, a la luz del crepúsculo, *ha de sacar a hombros* (v. 6) su bagaje, para no ser descubierto; pero él mismo (v. 6b) ha de salir *en la oscuridad* (lit.), *con el rostro cubierto* para no ser reconocido, «*y no verás (o no mirarás) la tierra»* (lit.). Esta última frase es interpretada de diversos modos por los autores: (a) Asensio dice: *«cubierto el rostro* en ademán de tristeza y *sin mirar* hacia atrás, hacia la *tierra-patria* perdida *para* siempre». (b) Fisch, al citar a Lofthouse, dice: «el significado más probable es que Sedequías, en su último viaje, ni siquiera había de ver la tierra que abandonaba». (c) Feinberg comenta: «En la oscuridad, Ezequiel había de transportar sus enseres con el rostro cubierto para no ver la tierra»; aunque, con referencia a Sedequías, la persona simbolizada, añade que «el relato histórico del asedio y de la destrucción de Jerusalén en el tiempo de Sedequías revela que no vio la tierra; fue llevado a Riblá y cegado».

(D) De este modo, Ezequiel había de ser una señal para los deportados que se hallaban ya en Babilonia. Dios dice de ellos (v. 3, al final): «… *por si tal vez se dan cuenta, ya que son casa rebelde*». Como si dijese: «Es posible que, de este modo, reflexionen y se les quiten las vanas ilusiones que abrigan, aunque no es muy probable, al ser como son gente rebelde». Vemos a continuación (v. 7) la pronta y fiel obediencia del profeta: «*Y yo hice como me fue mandado, etc.*».

2. Se le dice también a Ezequiel con qué palabras ha de explicar estas señales y acciones.

(A) El profeta tiene que hacer una cosa ruda y extraña, a fin de que ellos pregunten qué significa tal cosa. Tiene que decirles (v. 10): «*Esta profecía* (lit. *carga* vocablo que ya conocemos bien) *se refiere al príncipe en Jerusalén, etc.*». «Pero diles, añade Dios (v. 11), que en todo lo que has hecho pueden leer ellos la suerte que les espera a sus amigos de Jerusalén. *Diles: Yo soy vuestra señal.* El pueblo será llevado en cautiverio; *como yo hice, así se hará con ellos;* serán forzados a salir de sus casas y marchar lejos, para no volver jamás a ellas».

(B) ¿Qué será del rey? En vano intentará escapar, pues también él ha de ir al cautiverio. Ezequiel lo predice aquí a los que se prometían a sí mismos que habían de recibir de él alivio a su situación. Él mismo tendrá que sacar a hombros sus enseres. Dios puede convertir en mozo de cuerda a un rey. El que estaba acostumbrado a que se llevasen sus reales insignias delante de sus ojos, tendrá que sacar ahora a hombros su bagaje más indispensable y escabullirse de la ciudad al llegar la media luz del crepúsculo. Al estar bien vigiladas por el enemigo todas las avenidas que conducían al palacio real, habrá que horadar la pared para salir por el orificio. El versículo 12 dice textualmente según el hebreo: «Y *el príncipe que está entre ellos cargará la espalda* (se entiende, con su equipaje) *en la oscuridad* (el vocablo hebreo ocurre únicamente aquí y en el v. 6 en toda la Biblia) y *saldrá a través del muro. Perforarán para hacer salir por él. Cubrirá su rostro, para no ver con el ojo él la tierra*».

(C) Será hecho prisionero y llevado cautivo a Babilonia (v. 13). Ya Jeremías había profetizado que el rey Sedequías *había de ver al rey de Babilonia* y que *había de ir a Babilonia* (Jer. 32:4, 5; 34:3, 4; 39:7). Ezequiel dice de parte de Dios (v. 13b): «Y *lo llevaré a Babilonia, tierra de los caldeos, pero no la verá, aunque allí morirá*» (lit.). En efecto, Sedequías vio al rey de Babilonia en Riblá, pero allí mandó Nabucodonosor que le sacaran los ojos, por lo cual no pudo ver la ciudad de Babilonia cuando fue llevado allá.

(D) Pobre gozo pudieron tener los deportados al ver a Sedequías, cuando él ni siquiera podía verlos a ellos. Además, toda su escolta (v. 14), lo mismo que el resto de sus tropas, Dios *los iba a esparcir a todos los vientos,* es decir, a los cuatro puntos cardinales. Entonces (vv. 15, 16), el remanente que haya quedado, al ver realizadas las profecías, «se darán cuenta de que Dios, no sólo es el Creador, sino también el Gobernador, del Universo, y de que el castigo de los impíos es un aspecto esencial de Su Soberanía sobre la humanidad» (Kimchi, citado por Fisch). Ése es, sin duda, el sentido del «*sabrán que yo soy Jehová*», que aparece al principio del versículo 15 y al final del versículo 16, ya que, *en las naciones adonde lleguen, contarán todas las abominaciones suyas* (v. 16b), es decir, las que hicieron y con las que provocaron la cólera divina. Reconocerán así la justicia de Dios y harán confesión de sus pecados; y de este modo se mostrará que habían sido preservados por la misericordia de Dios.

Versículos 17–20

De nuevo tenemos aquí al profeta hecho señal simbólica de las desolaciones que se cernían sobre Judá y Jerusalén. Tiene que comer y beber con agitación y con ansiedad, especialmente cuando esté a la vista, o en compañía, de otros (vv. 17, 18), a fin de expresar así la calamitosa condición de los que habían de vivir en Jerusalén durante el asedio de la ciudad. Debe decirles a sus compañeros de cautiverio (v. 19) que *los moradores de Jerusalén … comerán su pan con temor, y beberán con espanto su agua,* del mismo modo que él lo hace con gesto simbólico, puesto que estarán en constante temor de que los sitiadores ocupen la ciudad, y ellos sean llevados cautivos a Babilonia. La decadencia de la virtud en una nación lleva consigo la decadencia de todo lo demás; y cuando los de un mismo país se devoran unos a otros, es justo que Dios traiga sobre ellos enemigos de fuera que los devoren a todos ellos.

Versículos 21–28

Varios métodos se habían usado para despertar a este pueblo confiado y negligente, a fin de levantarlos por medio del arrepentimiento y la reforma de vida. Las profecías de su ruina eran confirmadas por medio de visiones e ilustradas por medio de acciones simbólicas, pero aquí se nos dice que no hubo nada que pudiese convencerles, pues se decían a sí mismos, y unos a otros, que, aun en el caso de que estos castigos con que se les amenazaba llegasen un día a realizarse, tardarían mucho tiempo en llegar.

1. Tenían un dicho que se había hecho proverbial *en la tierra de Israel* (v. 22). Decían: *«Se van prolongando los días, y perece* (esto es, no se cumple) *toda visión profética»*. Como si dijesen: «La destrucción no llega, contra la predicción de los profetas. No hacen otra cosa que asustarnos; así que no debemos hacerles caso». A lo más (v. 27), llegaban a conceder que la profecía podía ser cierta en cuanto al contenido, pero no en cuanto al tiempo: «… *éste profetiza para tiempos lejanos*». La paciencia misma de Dios, que habría de llevarles al arrepentimiento (2 P. 3:9), estaba endureciéndolos en el pecado.

2. Se les asegura que no hacen otra cosa que engañarse a sí mismos (v. 23): *«Diles, por tanto … Diles, pues: Se han acercado los días»*. Y de nuevo (v. 28): *«No se diferirá más ninguna de mis palabras»*. Dios va a silenciar esos mentirosos proverbios y las falsas profecías con que mantenían a flote sus vanas esperanzas (v. 24): *«No habrá más visión vana»*. Dios cumplirá con toda certeza y muy en breve cada palabra que ha hablado. ¡Con qué majestad lo dice (v. 25): *«Porque yo soy Jehová»!* Los que ven *visiones de Dios* no ven *vanas visiones;* Dios confirma la palabra de Sus siervos realizándola. *«Se han acercado los días* (v. 23) en que os daréis cuenta de que se lleva a cabo *el cumplimiento de toda visión.»*

CAPÍTULO 13

Los verdaderos profetas de Dios se expresan de manera más incisiva contra los falsos profetas que contra cualquier otro género de pecadores, no porque fuesen los enemigos que se portaban más despectivamente con ellos mismos, sino porque eran los que más afrentaban a Dios y los que mayor daño causaban al pueblo. Ezequiel muestra aquí el pecado y el castigo: I. De los falsos profetas (vv. 1–16). II. De las falsas profetisas (vv. 17–23). Tanto los unos como las otras se expresaban suavemente con los que persistían en sus pecados y los halagaban con esperanzas de que todavía habían de tener paz; pero se demostrará que estos profetas son unos mentirosos, que sus profecías son imposturas y que las esperanzas que han tratado de infundir en el pueblo son vanas ilusiones.

Versículos 1–9

De los falsos profetas había algunos en Jerusalén (Jer. 23:14): *«En los profetas de Jerusalén he visto torpezas* (lit. *cosa horrible)»*. Los había también entre los cautivos de Babilonia, pues les dice así Jeremías en su carta (Jer. 29:8): *«No os engañen vuestros profetas que están entre vosotros»*. Ezequiel debe profetizar contra ellos, con la esperanza de que el pueblo pueda ser advertido para que no les haga caso. Para ello, recibe órdenes expresas de *profetizar contra los profetas de Israel que profetizan* (v. 2), esto es, que no se callan, sino que se llenan la boca con una comisión que no les ha sido dada (v. 6): *«Ha dicho Jehová»*. Lo que Ezequiel tiene que hacer con respecto a ellos es:

1. Descubrirles a ellos el pecado que cometen.

(A) Se les llama aquí (v. 3) *profetas insensatos* (el mismo vocablo del Sal. 14:1, entre otros lugares). Se han lanzado al oficio profético sin haber recibido de Dios comisión ni autoridad para ello, lo cual era algo insensato y malvado, ya que, ¿cómo podían esperar que Dios les reconociese como Suyos en una obra para la que no les había llamado? Eran profetas (v. 2b) *que profetizaban de su propio corazón,* es decir, cosas que Dios no les había dicho, sino que ellos mismos se las habían inventado. *«Jehová no los envió»* (v. 6b).

(B) Estos falsos profetas afrentan la revelación divina y debilitan el crédito que Dios se merece. Al demostrarse que estos presuntuosos son unos impostores, los incrédulos y los ateos se sienten inclinados a inferir: «Todos son iguales». A pesar de que Dios no los había enviado, proferían su mensaje como si Dios les hubiese hablado, cuando era mero producto de su ardiente fantasía, o fruto deliberado de su

propia invención (v. 3b): *«andan en pos de su propio espíritu, y de cosas que no han visto»*. Y de nuevo (v. 6): *«Vieron vanidad y adivinación mentirosa»*. Otra vez (v. 9) *«ven vanidad y adivinan mentiras»*.

(C) Se les describe (v. 4) *«como zorras entre las ruinas»*. Dice Asensio: «Los compara a *zorras entre ruinas,* ya porque reflejen su incansable actividad en la destrucción del clásico muro, en sí poco consistente, de la viña; ya porque imiten su vivir cobarde, como en el propio elemento, en las intrincadas madrigueras inexplorables para el hombre; ya simplemente porque atenten con su taimada predicación contra la felicidad de Israel». Si fuesen verdaderos profetas, intercederían para que se apartase la ira de Dios, pero no eran profetas orantes. Igualmente, si fuesen verdaderos profetas, habrían procurado, al predicar y aconsejar, traer al pueblo al arrepentimiento y a la reforma de la vida, con lo que (v. 5) *habrían subido a las brechas y habrían edificado un muro alrededor de la casa de Israel* (comp. con 22:30). Pero todo su afán estaba en complacer al pueblo, no en hacerle beneficio.

2. Declarar los juicios de Dios contra ellos por estos pecados, y no les van a eximir del castigo sus pretensiones de ser profetas. Son sentenciados a ser excluidos de todos los privilegios de la comunidad de Israel, pues han perdido el derecho a todos ellos (v. 9): *«No estarán en la congregación de mi pueblo*— dice Dios—, *ni serán inscritos en el libro de la casa de Israel»*. Su insensatez se manifestará tan claramente que nunca volverán ser consultados ni asistirán a los servicios religiosos de la congregación de Israel. *No volverán a la tierra de Israel* después del destierro, sino que morirán en el cautiverio. Con respecto a la frase (v. 9b) *«ni serán inscritos en el libro de la casa de Israel»,* dice Feinberg: «Algunos lo han tomado en el sentido de que no serían hallados en la lista de los piadosos en el venidero reino de bendición. Otros creen que significa la excomunión de la congregación de Israel, mientras todavía otros consideran que sus nombres habrían de ser borrados de los registros familiares y tribales (Jer. 17:13). La idea se originó del registro que se llevaba de los ciudadanos de una localidad (v. Éx. 32:32; Esd. 2:62; Is. 4:3; Dn. 12:1). El pasaje de Esdras muestra para qué se usaban estos registros, cumplimiento literal de esta amenaza».

Versículos 10–16

1. Vemos aquí la manera como el pueblo era engañado por los falsos profetas. Estos aduladores los seducían *diciendo* (v. 10): *Paz, no habiendo paz* (comp. con Jer. 6:14; 8:11; 14:13). Les decían a los idólatras y a otros pecadores que no había daño ni peligro en el camino que seguían. De esta forma *extraviaban al pueblo de Dios* (v. 10). Nótese lo de *«mi pueblo»*, repetido seis veces en este capítulo. Dios, a pesar de todos los castigos que trae sobre Israel, sigue considerándolo Su *pueblo.* Proclamar paz al no haber paz es como edificar sobre arena (comp. los vv. 10–15 con Mt. 7:26). Por mucho que revoquen y estuquen la pared, al no tener fundamento sólido, no podrá resistir el embate de los elementos que Dios va a enviar contra ella. El versículo 11 dice literalmente: *«Di a los que revocan con estuco blanco, que se caerá; habrá un aguacero torrencial; y vosotras, piedras de granizo, caeréis; y un viento violento estallará»*.

2. Vemos también cuán pronto serán desengañados por el juicio de Dios, del que podemos estar seguros que es conforme a verdad. El ataque que el ejército caldeo llevará a cabo contra Judá, y el asedio que pondrá a Jerusalén, serán como un *aguacero torrencial.* La furia de Nabucodonosor y de sus príncipes (o generales), que tan ofendidos se sentían por la traición de Sedequías, hizo que la invasión fuese de veras terrible, pero eso no era nada en comparación con el desagrado de Dios. Es la cólera divina la que, en realidad, va a desbaratar todo lo que los falsos profetas han edificado y estucado (v. 15). La furia de los hombres no puede sacudir lo que Dios edifica, pero la ira de Dios puede desbaratar todo cuanto los hombres edifiquen en oposición a Él. Edificio y edificadores juntamente (v. 14) van a ser consumidos por obra de Jehová, y justamente expuestos al ridículo de todo espectador (v. 12: *«¿Dónde está el revoque con que la habíais estucado?* ¿Qué se ha hecho de todas las halagadoras promesas que hicisteis y de las seguridades que dabais de que las aflicciones de la nación se iban a acabar muy pronto?» *«¡No existe la pared, ni los que la recubrieron, los profetas de Israel, etc.!»* (vv. 15b, 16a).

Versículos 17–23

Así como Dios ha prometido que, cuando derrame Su Espíritu sobre Su pueblo, tanto *sus hijos* como *sus hijas profetizarán,* así también el diablo, cuando actúa como espíritu de mentira y falsedad, está en la

boca, no sólo de los falsos profetas, sino también en la de las falsas profetisas. *«Hijo de hombre*—le dice Dios a Ezequiel—, *pon tu rostro contra las hijas de tu pueblo* (v. 17) *que profetizan de su propio corazón»* (comp. con v. 2). Estas mujeres pretendían tener el don de profecía, y están en la misma línea de los hombres contra los que ha tenido que profetizar Ezequiel.

1. Se describe aquí el pecado de estas falsas profetisas:

(A) Decían deliberadamente mentiras a los que las consultaban y venían a ellas para recibir consejos y que les leyesen la fortuna. Para embaucar con ritos mágicos a quienes venían a consultarles (v. 18), les ataban unas *vendas* en el antebrazo, y les ponían en la cabeza unos *velos para todas las tallas.* Dice Fisch: «correspondían a la altura de la persona y cubrían todo el cuerpo».

(B) Las dos últimas frases del versículo 18 se detallan en el versículo 19. Estas profetisas pecaban directamente contra Dios y contra el prójimo:

(a) Contra Dios (v. 19a): *«Vosotras* (el verbo está en forma femenina, aunque el pronombre no está explícito) *me habéis deshonrado ante mi pueblo».* «Al incitar al pueblo a abandonar su confianza en Dios y a poner su fe en adivinaciones mentirosas, las mujeres hacían que Su nombre fuese profanado» (Fisch).

(b) Contra el prójimo (vv. 18c, 19b): Los que iban a consultar a estas mujeres les pagaban en especie (*«por puñados de cebada y por pedazos de pan»).* De esta manera, *para mantenerse a sí mismas, cazaban las vidas ajenas.* Dice Mac Fadyen, citado por Fisch: «El objeto de estas prácticas supersticiosas es la captura y el control de las almas «más sencillamente, matar y perdonar la vida, esto es, determinar su destino mediante una solemne predicción de muerte o de buena suerte, según sea el caso». Ésta es una sencilla explicación de las frases del versículo 19b: *«matando a las personas que no deben morir, y dando vida a las personas que no deben vivir»:* ya que predecían muerte a los justos, y prometían vida a los impíos.

(c) Con las mismas *vendas* con que pretendían asegurar la suerte de las personas, al fortalecer sus manos, les endurecían el corazón, y con el *velo* con que las cubrían como para obtenerles protección, las hacían objeto de perdición segura.

2. Dios se manifiesta contra los métodos que estas falsas profetisas usan para engañar y cazar a las personas (v. 20). Dios abolirá la profesión que ellas han ejercido (v. 23): *«No veréis más visión vana, ni practicaréis más adivinación».* A las personas que ellas ataban con *vendas y* cubrían con *velos* para asegurarles protección y buena suerte, Dios las va a desatar y les va a dar verdadera libertad (v. 20b): «*yo las libraré de vuestras manos, y soltaré para que vuelen como aves las almas que vosotras* (lit. vosotros) *cazáis al vuelo».* Con respecto al sufijo masculino en lo de *«vuestras manos»,* y al pronombre masculino *«vosotros»,* en una clara referencia a mujeres, dice Fisch: «El uso de la forma masculina al hablar de mujeres no es raro en la Biblia, y la forma femenina vuelve en lo de *"vuestra mano"* en el versículo 21».

CAPÍTULO 14

I. Los ancianos de Israel vienen a escuchar la palabra y a preguntar al profeta, pero, como no están en las debidas disposiciones, se encuentran con una reprensión en lugar de una aceptación (vv. 1–5) y se les exhorta a arrepentirse de sus pecados y a reformar la vida (vv. 6–11). II. Su condición es tan desesperada que, aunque se hallasen en el país en intercesión patriarcas de oración tan poderosa como Noé, Daniel y Job, no serían escuchadas sus oraciones (vv. 12–21). III. Sin embargo, hay al final la promesa de que un remanente escapará (vv. 22, 23).

Versículos 1–11

1. Algunos ancianos de Israel se dirigen a Ezequiel, como si fuese un oráculo, para inquirir de Jehová por medio de él (v. 1): *«Vinieron a mí*—dice el profeta—, *… y se sentaron delante de mí».* A juzgar por la severa respuesta que les dio el profeta, podría sospecharse que vinieron para tenderle un lazo.

2. Dios les descubre lo que son en realidad (v. 3): Eran idólatras, y habían venido a consultar a Ezequiel como lo habrían hecho con un oráculo cualquiera de una falsa deidad, únicamente para satisfacer su curiosidad. Por eso dice Dios (v. 3, al final): *«¿Acaso he de ser consultado yo en modo alguno por ellos?»* Como si dijese: «Ya que *han puesto sus ídolos en su corazón* (v. 3a), que los pongan

también en sus *oídos»*. Dice Fisch: «La frase no indica que diesen culto de adoración a ídolos, sino que sus pensamientos estaban influidos por ideas paganas, tales como la creencia en conjuros mágicos y en adivinaciones». La frase *«han puesto sus ídolos en su corazón»* es un hebraísmo que, como dice Fisch, significa: *«han puesto su mente en sus ídolos»,* lo cual, como hace ver M. Henry, «da a entender que estaban resueltos a persistir en el pecado, cualquiera fuese el resultado de ello».

3. La respuesta que Ezequiel ha de darles por orden de Dios (v. 4). Que sepan que hay una norma para *todo hombre de la casa de Israel,* que si pone su afecto y su interés en los ídolos, y viene luego a preguntar a Dios, Dios le contestará conforme a su verdadera iniquidad, no conforme a su pretendida piedad (v. 4, al final): «*Yo Jehová responderé al que venga conforme a la multitud de sus ídolos». Los entregará a los deseos de su corazón,* y permitirá que sigan siendo tan malos como hayan decidido en su corazón que lo han de ser, hasta que *hayan llenado la medida de su iniquidad.* La versión más probable de la primera parte del versículo 5 es la que propone Ehrlich: «a fin de responsabilizar a la casa de Israel por lo que tienen en la mente (lit. en el corazón) de ellos». Dice él que el verbo hebreo *taphás* significa, como en Proverbios 30:9 y en el hebreo rabínico, «tener por responsable».

4. Esta respuesta era para toda *la casa de Israel* (vv. 7, 8). Y no sólo concierne a cada israelita (como anteriormente—v. 4—), sino a *los extranjeros que residen en Israel.* Tampoco los prosélitos hallarán aceptación si no son sinceros. Los hipócritas *se apartan de andar en pos de Dios cuando ponen el corazón en los ídolos* (v. 7, v. el comentario al v. 3), uniéndose a éstos, cortan su relación con el Dios verdadero (comp. con 2 Co. 6:14–16). No será el profeta quien le de la respuesta de parte de Dios, sino que Dios mismo le dará la respuesta por medio de Sus juicios (vv. 7, al final, 8): «*Yo Jehová le responderé por mí mismo; y pondré mi rostro contra aquel hombre, etc.».* Ese tal pensaba que podría hacerse pasar por uno de los del pueblo de Dios, pero dice Él (v. 8b): «*y lo cortaré de en medio de mi pueblo».*

5. La sentencia contra los que falsamente pretenden ser profetas, que dan el visto bueno a los que falsamente pretenden ser piadosos (vv. 9, 10). Estos hipócritas preguntones, aunque no reciben de Ezequiel una respuesta que les satisfaga, esperan todavía hallar otros profetas que les complacerán; y si los hallan (que quizá los hallen), que sepan que Dios permite que esos falsos profetas los engañen para su castigo, tanto del que pregunta como del que responde (v. 10); especialmente, del que responde, como se ve por el versículo 9b: «y *extenderé mi mano contra él* (el profeta), y lo *exterminaré de en medio de mi pueblo Israel».*

6. El consejo que se les da, a fin de que eviten un destino tan terrible (v. 6): *«Por tanto, di a la casa de Israel: Así dice el Señor Jehová: Convertíos y volveos de vuestros ídolos, y apartad vuestro rostro de todas vuestras abominaciones».* Entonces será cuando podrán venir a consultar a Dios con esperanza segura de hallar buena respuesta.

7. El castigo de los falsos profetas, lo mismo que de los hipócritas preguntones, tenía por objeto *hacer escarmiento* (v. 8), de forma que, con lo ocurrido en cabezas ajenas, el resto del pueblo se apartase de los ídolos, siguiese a su Dios y no se contaminase más con sus transgresiones (v. 11).

Versículos 12–23

1. Los pecados nacionales acarrean castigos nacionales (v. 13): «*Si un país peca contra mí,* cuando el vicio y la impiedad se hacen endémicos y prevalecen universalmente las impiedades más osadas y las más groseras inmoralidades, y *extiendo yo mi mano sobre él,* el castigo que yo les imponga será irreversible».

2. Dios dispone de gran variedad de juicios con que castigar a las naciones sumidas en el pecado. Se especifican aquí cuatro castigos muy duros: (A) *Hambre* (v. 13). Al retener los beneficios comunes, Dios puede castigar severamente al hombre; negándole, por ejemplo, la lluvia, *le quebranta el sustento del pan.* (B) *Bestias feroces que pasen por el país* (v. 15), de forma que los hombres no puedan pasar por él, y tengan que permanecer en casa o ser devorados por las fieras. Cuando los hombres se rebelan contra Dios, es justo que las criaturas inferiores se rebelen contra el hombre (Lv. 26:22). (C) *Guerra* (v. 17). Dios castiga con frecuencia a las naciones pecadoras y trae sobre ellas la espada del invasor: *«Espada*—dice Dios—, *¡pasa por la tierra!»* (v. 17b). (D) *Peste* (v. 19), una enfermedad terrible que, a veces, ha dejado casi despobladas las ciudades.

3. Cuando los que profesan ser pueblo de Dios se rebelan contra Él, justamente pueden esperar que contra ellos caigan varios de esos castigos juntos, incluso todos los cuatro mencionados en los versículos 13–19. Así aparecen juntos en el versículo 21.

4. Suele haber algunas personas buenas aun en aquellos lugares que, por la abundancia y gravedad de los pecados, están maduros para la ruina. Incluso en un país que haya *transgredido gravemente* (v. 13) *contra Dios,* podría haber *tres* hombres como *Noé, Daniel y Job* (vv. 14, 20). Daniel fue llevado en cautiverio (Dn. 1:6). Quizás hubo en Jerusalén quienes pensasen que, si Daniel hubiese continuado en la ciudad, Dios la habría perdonado en atención a él. «No—dice Dios—, aunque le tuvieseis a él, tan eminente en santidad en tiempos y lugares tan malos como lo fueron los de Noé en el viejo mundo y los de Job en la tierra de Uz, ni aun los tres juntos podrían librar de la catástrofe a Judá ni a Jerusalén (vv. 14, 16, 18, 20). *Ni siquiera a sus hijos e hijas podrían librar* (vv. 16, 18, 20); *ellos por su justicia únicamente librarían sus propias vidas* (vv. 14, 16, 18, 20)».

5. Dios, con frecuencia, perdona lugares extremadamente perversos en atención a unos pocos hombres piadosos que viven allí. Recuérdese el caso de Abraham, quien habría podido salvar con su oración a ciudades tan nefandas como Sodoma y Gomorra, que Dios le prometió perdonar si se hallaban allí diez justos. Los tres varones mencionados en los versículos 14 y 20, y aludidos también en los versículos 16 y 18, fueron muy poderosos con sus oraciones: Noé guardó su integridad y, en atención a él, su familia (a pesar de que uno de sus hijos, Cam, era perverso) se salvó en el Arca. Job fue poderoso en sus oraciones por sus hijos y por sus amigos. Daniel, compañero de tribulación de ellos, era varón de eminente humildad, de constante integridad, de perseverante oración. Pero, cuando el pecado de un pueblo ha llegado a su cota más alta, y del consejo de Dios ha salido el decreto de su ruina, ni la piedad ni las oraciones de los varones más eminentes de la historia pueden hacer que Dios revoque su sentencia. sólo ellos escaparían de la ruina.

6. Los versículos 22 y 23 muestran que, después del exterminio que los cuatro grandes castigos del versículo 21 han causado, queda un *remanente* de hombres y mujeres que serán deportados a Babilonia. La mención de un *remanente* ha desconcertado completamente a M. Henry, haciéndole creer que se trata también aquí de un remanente *justo.* Comenta así la frase «*Y os consolarán cuando veáis su camino y sus hechos*» (v. 23, repetida, casi a la letra, del v. 22): «Y, cuando vengan, *veréis su camino y sus hechos;* les oiréis hacer una confesión voluntaria de sus pecados y una humilde profesión de arrepentimiento con promesas de reforma; y veréis ejemplos de su reforma, veréis cuánto bien les ha hecho su aflicción. *Os consolarán cuando veáis sus caminos*». Los tres grandes comentarios que poseo—nota del traductor—de autores tan diversos como Fisch (rabino inconverso), Feinberg (rabino convertido) y Asensio (jesuita católico), así como la *Ryrie Study Bible,* dan la correcta interpretación de dichos versículos. La clave de la interpretación está en el vocablo hebreo *alilotham («las acciones perversas de ellos»).* No son, pues, *hechos* de justicia: «confesión de pecados» y «profesión de arrepentimiento», lo que estos deportados muestran, sino *acciones perversas,* las cuales ofrecerán una «prueba positiva de la justicia del juicio de Dios sobre Jerusalén» (Ryrie). Sobre la frase *«os consolarán»* del versículo 23, es de advertir, como hace notar Fisch, que no se trata aquí de un «consuelo directo». Lo que quiere decir aquí Dios por medio de Ezequiel es que, con la evidencia de la mala conducta de los recién inmigrados de Jerusalén, verán los anteriormente deportados que lo que ha sucedido era un justo castigo de Dios y «recibirán consuelo de ese hecho, pues les enseñará que, si son leales a Él (a Jehová), escaparán de una suerte similar» (Fisch). Es curioso que el verbo hebreo *nijam* significa tanto *consolarse* como *arrepentirse*.

CAPÍTULO 15

Ezequiel ha predicho, una y otra vez, en nombre de Dios, la completa ruina de Jerusalén; pero parece ser que le cuesta resignarse a ello. Aquí, en este breve capítulo, Dios le muestra que era indispensable que Jerusalén fuese destruida, de la misma manera que los sarmientos muertos y secos de una vid deberían ser cortados y echados al fuego. I. El símil es muy elegante (vv. 1–5), pero: II. La explicación del símil es muy aterradora (vv. 6–8).

Versículos 1–8

Podemos suponer que el profeta estaba pensando lo gloriosa que era la ciudad de Jerusalén y, por tanto, qué pena era que hubiese de ser destruida. Dios da aquí la respuesta al comparar Jerusalén a una vid. Es cierto que si una vid es fructífera, es un arbusto de mucho valor. Así Jerusalén fue *plantada de vid escogida, simiente verdadera toda ella* (Jer. 2:21); y, si hubiese producido fruto adecuado a su carácter de ciudad santa, habría sido la gloria tanto de Dios como de Israel. Pero, al no ser fructífera, es tan inútil como las zarzas y los espinos. *¿Qué es el sarmiento entre los árboles del bosque* (v. 2b); es decir, si no lleva fruto, como ocurre con la mayoría de los árboles del bosque, ya que están destinados a dar maderamen, no frutas? Ahora bien, hay algunos árboles frutales que, aun cuando no llevan fruto, son, no obstante, de cierta utilidad, ya que su madera puede ser muy valiosa para otros usos; pero la vid no es de esta clase: si no responde a su objeto de árbol frutal, su madera no sirve para nada.

1. Cómo se expresa aquí este símil. La vid silvestre (a la que Israel es comparado—Os. 10:1—) no sirve para nada. *Su madera no sirve para ninguna obra; ni siquiera se puede sacar de ella una estaca para colgar en ella alguna cosa* (v. 3). Entre las plantas, hay algunas cuyas raíces no son muy útiles; hay otras cuya semilla o cuyo fruto es comestible; de otras, las hojas y los tallos son de mucho provecho; así que, entre los árboles, unos son fuertes, como los robles y los cedros, aunque no den fruta; otros son débiles, como la vid, pero dan mucha fruta. Pero el árbol o arbusto que no da fruto ni sirve para madera, *es echado al fuego para ser consumido* (v. 4). Cuando no vale para otra cosa, sólo sirve para combustible (comp. Jn. 15:6).

2. Aplicación del símil a Jerusalén.

(A) Esta otrora santa ciudad se ha vuelto inútil hasta el punto de que no sirve para nada. Sólo sirvió, y mucho, cuando abundó en frutos de justicia para gloria de Dios. Cuando el culto a Dios fue observado como convenía, se recogieron de allí gozosas vendimias; y, para que continuase así, protegida de ataques del exterior, Dios mismo le construyó una cerca; era una *planta deliciosa* (Is. 5:7); pero ahora había degenerado de tal manera que sólo producía *agrazones,* uvas silvestres y amargas (Is. 5:4), *y* aun *ponzoñosas* (Dt. 32:32), *«por cuanto cometieron gran prevaricación»* (v. 8b).

(B) La nación judía, que había sido famosa como el pueblo santo de Jehová, al pervertirse no servía ya para nada, sino para entregarla al fuego, y así lo iba a hacer Dios (vv. 6, 7). Como los moradores de Jerusalén habían puesto su rostro contra Dios con sus iniquidades, Dios *estaba poniendo Su rostro contra ellos* (v. 7, al final) y los iba a consumir del todo. *Ya había consumido los dos extremos* (v. 4), es decir, los reinos del norte, Efraín, y del sur, Judá. *La parte de en medio,* es decir, lo que aún quedaba en Jerusalén, *estaba ya quemada* (mejor, *socarrada o chamuscada)* con lo mucho que habían sufrido ya los que aún quedaban en la ciudad. De esta parte de en medio, ya chamuscada, pregunta Dios (v. 4, al final): *«¿servirá para obra alguna?»* Y Él mismo responde (v. 5): *«He aquí que cuando estaba entero, no servía para ninguna obra; ¿cuánto menos después que el fuego lo ha consumido* (mejor, *devorado) y está chamuscado?»;* esto es, si cuando podía dar fruto no lo daba, ¿cómo lo dará cuando sus pámpanos están ya chamuscados?

CAPÍTULO 16

Dios muestra al profeta, y ordena a éste que lo muestre al pueblo, que no les inflige otro castigo, sino el que sus pecados se merecen. En el capítulo anterior había comparado a Jerusalén con una vid inútil; en este capítulo la compara a una mujer adúltera, la cual, en justicia, debería ser abandonada. I. Los comienzos tan poco gloriosos de la nación israelita (vv. 3–5). II. Los muchos honores y favores que Dios le otorgó (vv; 6–14). III. La ingratitud que ellos le mostraron a su Dios, al apartarse de Él para irse en pos de los ídolos (vv. 15–34). IV. Amenaza de castigos que Dios les va a imponer por este pecado (vv. 35–43). V. Una comparación con Sodoma y Samaria (vv. 44–59). VI. Promesa de la misericordia que Dios había de mostrar a un remanente arrepentido (vv. 60–63).

Versículos 1–5

Ezequiel está ahora entre los cautivos en Babilonia; pero, así como Jeremías en Jerusalén escribió para uso de los deportados a Babilonia (Jer. 29), así Ezequiel en Babilonia escribió para uso de Jerusalén. Además, Jeremías escribió a los deportados para consolarles, pero a Ezequiel se le ordena que escriba a los habitantes de Jerusalén para convencerles de pecado y humillarles.

1. La comisión de Ezequiel es aquí la siguiente (v. 2): *«Haz saber a Jerusalén sus abominaciones,* esto es, sus pecados; pónselos delante de los ojos, a fin de que se den cuenta de ellos». Es menester que conozcamos nuestros pecados, a fin de que podamos confesarlos.

2. Para que Jerusalén pudiese darse cuenta de sus pecados, era preciso que se le hiciese a la memoria lo mucho que Dios había hecho por ella. En estos versículos se le recuerda los pobres comienzos desde los que Dios la había levantado y cuán indigna era ella del favor de Dios. Jerusalén representa aquí a toda la nación judía, como aclara bien todo el contexto posterior, la cual es comparada aquí a una niña desechada, de baja condición y abandonada.

(A) La extracción de la nación judía era vil (v. 3): *«Tu origen y tu nacimiento es de la tierra de Canaán;* por naturaleza te viene el espíritu y la disposición de una cananea». Jerusalén había sido una ciudad de Canaán y la nación judía había venido a ser una familia, con residencia propia, en el país de Canaán. La frase final del versículo 3 *(«tu padre fue un amorreo; y tu madre, una hetea»)* no indica la ascendencia física de los israelitas, sino, como dice Ryrie, «la "genealogía moral" de Israel». Como los amorreos y los heteos o hititas eran dos de las principales naciones que habitaban en Canaán (v. por ej. Jos. 1:4; Am. 2:10), la mención de estos dos progenitores de Israel da a entender que al «haber tenido su origen allí, su carácter oral correspondía a su origen cananeo y a él se había adherido a lo largo de toda su historia» (Davidson, citado por Fisch).

(B) Los versículos 4 y 5 nos presentan, por medio de crudas metáforas, el estado en que la nación de Israel se hallaba al nacer como pueblo. Dice Asensio: *«en el día de su nacimiento,* no sólo nadie entre los conocidos y de casa le prestó los servicios normales que se prestan a todo neonato para salvar su vida y asegurar su salud, *sino que se la arrojó, por el asco* que inspiraba su vista, fuera de casa y se la dejó abandonada en *campo* abierto, forastera en la tierra de Egipto». Nótense los siguientes detalles:

(a) En el descuido con que se la trató, *no le fue cortado el ombligo* (v. 4), es decir, no tuvo una existencia independiente, sino que nació como esclava en Egipto, adonde los patriarcas de Israel no tuvieron más remedio que emigrar, forzados por el hambre.

(b) *No fue lavada con agua para limpiarla, ni fue salada con sal* (v. 4b). Ni la lavaron para quitarle la sangre que se le había adherido (v. 6) ni la frotaron con sal, lo cual se suponía que ayudaba a tener una piel limpia y fuerte. Dice Fisch: «En conexión con el nacimiento, el Dr. Masterman describe costumbres que perduran hoy en Palestina: Tan pronto como es cortado el ombligo, la comadrona frota enteramente al recién nacido con sal, agua y aceite, y lo faja apretadamente en pañales durante siete días; al final de este tiempo, retira los pañales sucios, lava y unge a la criatura, y la envuelve de nuevo en pañales por otros siete días—y así sucesivamente hasta el cuadragésimo día».

(c) También es notable el que la criatura sea presentada como *niña,* no sólo porque el contexto posterior lo exige (su casamiento con el Señor), sino también para explicar el descuido con que se la trató al nacer. Dice Fisch: «En el mundo antiguo, y aun mucho más tarde, cuando el recién nacido resultaba ser una niña, era corriente que quedase expuesta a morir por negligencia. Ésta fue la condición de Israel en Egipto». En efecto, Egipto está representado, en el versículo 5, por *el campo al que fue arrojada* la niña-Israel *el día en que nació.*

(d) La frase que, hacia el final del versículo 5, hallamos en nuestra Reina-Valera *(«con menosprecio de tu vida»),* dice textualmente en el original: *«en el asco de tu alma»;* es decir, por el asco que su vista producía en los que la veían. En efecto, *los israelitas eran abominación para los egipcios,* como hallamos en Génesis 43:32; 46:34. Lo peor es que, por sus rebeldías posteriores, se hicieron también abominables a Dios.

(e) En resumen, como hace notar M. Henry, «Dios los tomó para que fuesen Su pueblo, no porque en ellos viese algo atractivo o prometedor, sino porque *así le pareció bien a Sus ojos*».

Versículos 6–14

Relato de las grandes cosas que Dios hizo por la nación judía cuando la fue elevando gradualmente a un considerable nivel.

1. Dios los salvó de la ruina, cuando estuvieron a punto de perecer en Egipto (v. 6). A pesar de su aspecto repugnante, Dios decretó que continuasen con vida (nótese el repetido *¡Vive!* en el v. 6). Cuando Dios decreta que alguien tenga vida, la tendrá, y la tendrá en abundancia (Jn. 10:10b), lo mismo en el plano físico que en el espiritual (comp. con Ef. 2:5).

2. Dios los miró con afecto y ternura, *se enamoró de Israel,* aunque no había en ellos nada que atrajese ni mereciese tal amor (comp. con Jn. 3:16; Ro. 5:8). El cuidado de Dios hizo (v. 7) que Israel creciese en Egipto de forma extraordinaria, hasta llegar a ser como una hermosa joven llegada a la pubertad, con las señales anatómicas que la manifiestan; pero *estaba desnuda y descubierta* (v. 7, al final), esto es, «desprovista de ricos vestidos y de adornos apropiados: era la existencia de Jerusalén-Israel, en Egipto, esclava y sin patria» (Asensio).

3. Dios volvió a mirar a Israel (v. 8, comp. con Éx. 3:7) y vio que su *tiempo era tiempo de amores,* es decir, que se había convertido en una doncella casadera. Y, de la misma manera que Cristo amó a su Iglesia y la santificó para desposarse con ella (Ef. 5:23–27; Ap. 19:7–9), también Dios *extendió Su manto sobre Israel,* como símbolo de que, no sólo estaba dispuesto a protegerla y cubrir su desnudez, sino también a recibirla en matrimonio (comp. con Rut 3:9). Con respecto a las últimas frases del versículo 8, comenta Asensio: «después el *juramento* solemne de cara al matrimonio inmediato; finalmente, el *berit o pacto* mutuo con que Jehová, al elegir a Israel por su pueblo-esposa para ser su Dios-Esposo en la tierra prometida, e Israel obligándose a cumplir la ley divina, ratificaban definitivamente el misterioso matrimonio. El *fuiste mía* en labios divinos respondía desde entonces a una realidad que abría paso a una serie ininterrumpida de delicadezas por parte de Jehová-Esposo». Así tenemos, desde el Sinaí (v. Éx. 24:8—*«la sangre del pacto»—)* hasta el nacimiento de la Iglesia el día de Pentecostés, que Israel es el pueblo consagrado entera y exclusivamente a Jehová, y que Jehová-Dios está comprometido a proteger, defender, libertar y bendecir de modo exclusivo y continuo a Israel, cumpliendo hacia los demás pueblos con los indispensables beneficios comunes (Hch. 14:16, 17), del mismo modo que un marido fiel reserva todo su amor a su esposa, y da a las demás mujeres solamente las muestras de cortesía que son exigidas por los elementales principios de urbanidad.

4. Después del baño preparatorio para el matrimonio (v. 9, comp. con Rut 3:3), lo cual «puede ser una referencia simbólica a la purificación de los israelitas antes de la revelación de la Torah en el monte Sinaí (Éx. 19:10)» (Fisch), viene todo el atavío minuciosamente descrito en los versículos 10–13. Como el mismo M. Henry hace notar, «no necesitamos ser precisos en la aplicación de estas cosas». Sólo son dignas de consideración dos observaciones de Feinberg. Con respecto a los vestidos, dice: «Es interesante el que tres de los cuatro artículos de vestimenta son prominentes en los materiales del tabernáculo». Y, con respecto a los regalos citados en los versículo 11–13, dice: «Los regalos mencionados a continuación eran los regalos de boda usualmente presentados a una reina». De ahí, la última frase del versículo 13: «y *prosperaste hasta llegar a reinar*».

5. Lo de *reinar y,* especialmente, *la fama adquirida entre las demás naciones* (vv. 13b, 14), llegaron a su mejor cumplimiento durante los reinados de David y de Salomón (comp. con 1 Cr. 14:17). Pero toda esta grandeza y toda esta hermosura no las ganó Israel por sus propias fuerzas ni por la sabiduría de Salomón, sino que todo eso se debía (v. 14b) *«al esplendor que yo había puesto en ti, dice el Señor Jehová»*. Sin embargo, la belleza de una sola alma, santificada por la gracia y el Espíritu de Dios, supera infinitamente a todas las bellezas y grandezas temporales de Israel. Eso nos ha de servir de consuelo y ha de espolear nuestra gratitud a nuestro Padre Celestial.

Versículos 15–34

Relato de la gran perversidad del pueblo de Israel, a pesar de los grandes favores que Dios les había otorgado. Esta perversidad es aquí representada, como en otros lugares de la Escritura, bajo el símbolo del adulterio. Es una traición por parte de Israel-esposa contra su Esposo sin igual, Jehová-Dios. A partir de Salomón, comienza su carrera de prostituciones idolátricas y alianzas con naciones paganas. La imaginería de este capítulo, como la del capítulo 23, puede parecer cruda a primera vista, pero el sentido de la porción y las aplicaciones, no sólo para un israelita, sino también para un cristiano, son de la más profunda (o alta, si se prefiere) espiritualidad. Con ojos espirituales (v. Ef. 1:18) hay que estudiar, pues, toda esta porción.

1. La idolatría es aquí presentada como prostitución y adulterio: (A) Porque es la violación del pacto matrimonial con Dios. (B) Porque corrompe y contamina la mente y el corazón y esclaviza la parte espiritual del hombre. (C) Porque pervierte y cauteriza la conciencia.

2. Las causas de este pecado: (A) Se habían vuelto orgullosos (v. 15): *«Pero te envaneciste de tu hermosura, y* esperabas que, al ser tan atractiva, se interesaran por ti, y *te prostituiste a causa de tu renombre».* Salomón se entregó a la idolatría por complacer a sus mujeres. (B) Se habían olvidado de sus comienzos (v. 22). (C) Se habían vuelto débiles de entendimiento e inconstantes de voluntad (v. 30). La fuerza de la concupiscencia es una evidencia de la debilidad de la voluntad.

3. Los detalles de su pecado.

(A) Adoraban a todos los ídolos que se ponían en su camino (v. 15b), así estaban a merced de sus vecinos en la creencia de que tales ídolos les podían servir de algún provecho. No sólo estaba a merced del que pasaba por su camino, sino que ella misma los solicitaba (v. 25).

(B) Adornaban los templos de sus ídolos y sus lugares altos con los finos vestidos que Dios les había regalado (vv. 16, 18).

(C) De las joyas que Dios les había dado, se hacían imágenes para adorarlas (v. 17). En cuanto a la frase *«te hiciste imágenes de hombres y fornicaste con ellas»,* dice Fisch: «Al seguir la metáfora de la esposa adúltera, el profeta habla de las imágenes que ella adora como de *hombres.* Es posible que tuviesen forma humana».

(D) Servían a sus ídolos con las buenas cosas que Dios les había dado (vv. 18b, 19): *«Pusiste delante de ellas mi aceite y mi incienso,* esto es, en los altares de las imágenes que adoraban. *Mi pan también, que yo te había dado, la flor de la harina, el aceite y la miel, con que yo te mantuve, los pusiste delante de ellas para olor agradable».* Todo lo que deberían haber ofrecido a Dios en la oblación prescrita en Levítico 2:1 y ss., lo ofrecían a los ídolos, incluida la miel (tan abundante en Canaán), a pesar de que no estaba permitida en las oblaciones a Dios (Lv. 2:11).

(E) *Habían sacrificado sus propios hijos e hijas* a los ídolos (v. 20), *degollándolos* (v. 21) para *ofrecerlos a aquellas imágenes, haciéndolos pasar por fuego.* Dios los llama (v. 20) *«tus hijos y tus hijas que habías dado a luz para mí»;* y en el versículo 21 los llama *«mis hijos»,* porque «al entrar en pacto con Dios, Israel había sido elevado al rango de "los hijos de Dios" (cf. *"Hijos sois de Jehová vuestro Dios",* Dt. 14:1)» (Fisch). ¡Qué absurdo tan grande era el que los hijos que habían sido dados a luz para Dios, fuesen ofrecidos en sacrificio a los demonios!

(F) Edificaban templos y altares de toda clase a sus ídolos (vv. 23–25). Como si fuese poca *toda tu maldad* (v. 23) a nivel individual, como en privado, llegaste finalmente a tal grado de desvergüenza que te lanzaste a proclamarla en público (v. 24): *«te edificaste lugares altos* (lit. *un lugar elevado) y te hiciste un altar idolátrico en todas las plazas».* Según M. Henry, el hebreo *gab («lugar elevado»),* conforme a la lectura marginal de la AV inglesa, podría traducirse por *burdel;* «en realidad, dice Henry, eso es lo que venían a ser los templos de los ídolos». Así (v. 25) *la hermosura de Israel* resultó, por su propia conducta, *abominable,* por haberla prostituido a los ídolos, en lugar de reservarla exclusivamente para su Esposo-Jehová.

Nota del traductor: Nuestra Reina Valera ha recatado, bajo expresiones eufemísticas, frases que, en el hebreo y en otras versiones más literales, son más crudas. Por ejemplo, en el versículo 25, la frase de la RV *«ofreciéndote a cuantos pasaban»,* dice en el original *«abriendo las piernas a todo el que pasaba».* Igualmente, en el versículo 26, la frase de la RV 1977 *«de cuerpos fornidos»* dice en el original *«grandes de carne»* (RV 1960 *«gruesos de carnes»),* acerca de lo cual dice Fisch: «Una expresión que denota excesiva sensualidad, lo cual era una característica de los egipcios (cf. 23:20)». Efectivamente, Ezequiel 23:20 ofrece la mejor paráfrasis de Ezequiel 16:26.

4. Las agravantes de su pecado.

(A) Eran muy aficionados a los ídolos de aquellas naciones que les habían oprimido y perseguido, como los egipcios (v. 26) y los asirios (v. 28).

(B) Habían sido disciplinados por la providencia de Dios, pero aún persistían en su pecado (v. 27): *«Por tanto, he aquí que yo extendí* contra ti mi mano, para amenazarte y asustarte, y *disminuí tu provisión ordinaria»,* lo cual parece aludir al saqueo efectuado por las tropas asirias en 701 a. de C., que costó a Ezequías la pérdida de las ciudades filisteas de Asdod, Ecrón y Gaza. De *las hijas,* es decir, de las ciudades, *de los filisteos, que aborrecían a Israel* (v. 27b), se dice que, aun siendo tan malvadas, *se avergonzaban del camino deshonesto de Israel,* lo cual, como advierte Fisch, es «lenguaje irónico».

(C) Eran insaciables en su prostitución espiritual (vv. 28b y 29, al final): *«… por no haberte saciado; … y tampoco te saciaste … y tampoco con esto te saciaste».*

(D) Todo esto, a pesar de lo cara que les resultaba materialmente su idolatría, pues gastaban grandes sumas en imágenes y altares, y en alquilar sacerdotes de otros países para que les oficiasen en sus cultos idolátricos. En todo eso se insiste mucho en los versículos 31–34, donde se hace notar que Israel no se comportaba como las prostitutas comunes ni como las mujeres adúlteras, *que van buscando la paga* (v. 31, al final), sino que era ella *la que pagaba por pecar* (v. 34).

5. Y, con todo esto, ¿no se percatará Jerusalén de la enormidad de sus abominaciones? Vemos, con sorpresa y horror, lo que es la corrompida naturaleza de los hombres cuando Dios los deja de Su mano, aun cuando disfruten, como Israel, de las mayores ventajas para ser mejores y portarse mejor.

Versículos 35–43

Después de la enumeración de todas las abominaciones de que ha sido culpable esta notoria adúltera, le leen la sentencia, la cual es pronunciada con toda solemnidad (v. 35): *«Por tanto, ramera, oye palabra de Jehová».* Dice Lofthouse, citado por Fisch: «Todo el ludibrio de la sección anterior se resume en este insultante apelativo». *¡La ciudad fiel, convertida en ramera!* (Is. 1:21).

1. Se declara el crimen y se hace el sumario con el pliego de cargos (vv. 36, 43). (A) La violación de los dos primeros mandamientos de la primera tabla del Decálogo, por medio de la idolatría: *sus prostituciones con sus amantes,* es decir, con *todos los ídolos de sus abominaciones.* (B) La violación de los dos primeros mandamientos de la segunda tabla, mediante el asesinato de sus niños inocentes (v. 36, al final): «*y por la sangre de tus hijos, los cuales les diste».* (C) Su vil ingratitud es otra circunstancia agravante de sus pecados (v. 43): *«Por cuanto no te acordaste de los días de tu juventud, y me provocaste a ira en todo esto … y nunca se te ha ocurrido arrepentirte de tus abominaciones».*

2. Se lee la sentencia en general (v. 38): «*Yo te aplicaré la sentencia de las adúlteras y de las que derraman sangre»,* y estos dos crímenes eran castigados con pena de muerte. Esta mujer criminal tiene que ser expuesta a la pública vergüenza (v. 37): *Dios va a descubrir a todos los anteriores amantes de Israel la desnudez de esta ramera,* esto es, según Feinberg, «todo este juicio (o castigo) había de llevarse a cabo en presencia de las naciones vecinas; ella (Israel) iba a ser espectáculo y escarmiento para todas las naciones». Fisch lo explica de esta otra manera: «Ellos (los amantes) serán usados por Dios para infligir una humillación nacional a Su pueblo pecador». Las calamidades de Jerusalén servirán de pesar a sus amigos, y de gozo a sus enemigos. Aquellos a quienes la nación israelita permitió que la despojasen de su virtud, la verán ahora despojada de su honra (v. 39).

3. Se detallan otros pormenores del castigo que va a ser aplicado a esta ramera:

(A) *«Te apedrearán* (como se debe hacer con las adúlteras—Lv. 20:10—) *y te destrozarán con sus espadas* (según el significado más probable del verbo hebreo *bittek*, que no sale en ningún otro lugar de la Biblia)» (v. 40). Cuando los muros de Jerusalén fueron derribados con grandes piedras catapultadas contra ellos, y los habitantes de la ciudad fueron pasados a cuchillo, se ejecutó literalmente esta sentencia.

(B) *«Destruirán tus lugares altos* (v. 39) *y derribarán tus altares y … se llevarán tus hermosas alhajas. Quemarán* (v. 41) tus *casas a fuego,* como se destruyen las habitaciones de las malas mujeres.» Había la queja, en los mejores reinados de los reyes de Judá, de que *no habían sido quitados los lugares altos;* pero ahora el ejército caldeo los destruirá todos. La cautividad en Babilonia hizo que el pueblo de Israel *dejase de ser ramera, y que cesara de prodigar sus regalos de ramera* (v. 41b), pues allí quedó curada de raíz su idolatría. Esta observación de M. Henry es cierta históricamente, pero no es eso lo que se desprende del texto del versículo 41, al tener además en cuanta que dicha explicación rompería el hilo de la porción, como lo muestra el contexto posterior. Lo que dicho versículo 41b quiere decir es que «con la destrucción del Estado, las maniobras políticas con otras naciones, en las que se había enredado (Israel), llegarían a su fin»; y «ya no volvería Judea a estar en disposición de sobornar a sus vecinos para obtener su amistad» (Fisch). O, como dice el refrán español, «muerto el perro, se acabó la rabia».

4. Con la destrucción de Judá y Jerusalén a manos de los caldeos, en justo castigo de los pecados y de las graves abominaciones de Israel, *la ira de Dios* (v. 42) *se habrá desahogado, cesará el celo de Dios,* pues no habrá motivo para darle celos, como no puede dar celos una esposa ya difunta, *y el enojo de Dios* será sustituido por la calma del *descanso.*

Versículos 44–59

Ahora Dios, por medio del profeta, le muestra a Jerusalén:

1. Que era tan mala como su *madre* (vv. 44, 45), esto es (v. 3), los malditos heteos que poseyeron el país antes que ella: *«Cual la madre, tal la hija».* El carácter de la madre fue tal que (v. 45) *aborreció a su marido y a sus hijos.* Dice Asensio: *«Hija* carnal-espiritual de tal padre y de tal *madre,* fáciles en pasar de su *marido* a otro, en cambiar una divinidad por otra, Jerusalén-Israel ha seguido sus huellas, lo mismo que lo han hecho *sus* dos *hermanas».* Cuando Dios introdujo a Israel en Canaán, les advirtió en especial que no obrasen de acuerdo con las *abominaciones de los hombres de aquella tierra* (Lv. 18:27), pero ellos aprendieron el camino de los cananeos y siguieron en sus pasos.

2. Que era peor que sus hermanas Sodoma y Samaria, las cuales habían destacado por sus idolatrías y sus prácticas abominables de toda clase.

(A) Las hermanas de Jerusalén (es decir, de Judea, de donde Jerusalén era la capital). Samaria es llamada (v. 46) su *hermana mayor* porque el reino del norte (del que Samaria era la capital) era más extenso y estaba más poblado que el del sur. Esta ciudad de Samaria, con sus hijas (las ciudades subordinadas a la capital), habían sido destruidas hacía más de un siglo, debido a su prostitución espiritual. Sodoma (v. 46b) es llamada su *hermana menor* porque su territorio era menos extenso y su influencia política era más débil. Sodoma, con las demás ciudades de la Pentápolis, fueron destruidas, en especial, por su abominable y universal homosexualidad (Jud. 7).

(B) Los pecados de Jerusalén se parecían a los de sus hermanas, en particular a los de Sodoma (v. 49): *«Ésta fue la maldad de Sodoma tu hermana: soberbia, saciedad de pan, y abundancia de ociosidad».* No se menciona lo de *ir en pos de una carne diferente* (Jud. 7. Lit. V. el comentario a este lugar), que era la abominación más flagrante de las ciudades nefandas, sino aquellos otros pecados que abren la puerta a esos otros más sucios. El orgullo fue lo que convirtió en demonios a los ángeles caídos, y *el jardín de Jehová* en un *infierno sobre la tierra.* La glotonería es llamada aquí *saciedad de pan.* La *abundancia de ociosidad* era el odio al trabajo y el amor a la comodidad, lo cual abre la puerta a todos los vicios. Las aguas estancadas acumulan suciedad, y el pájaro que se sienta despreocupado es pronto presa del cazador. Con el orgullo, la abundancia y la ociosidad, iba de la mano *la falta de interés por el pobre y el desvalido* (v. 49, al final).

(C) Los pecados de Jerusalén superaban a los de sus hermanas Sodoma y Samaria. La perversidad de la ciudad santa, la favorita de Dios, le era más provocativa que la de Sodoma y Samaria, que no disponían de los privilegios ni de los medios de gracia de Jerusalén (vv. 47, 48). *«Samaria* (v. 51) *no cometió ni la mitad de tus pecados,* no adoró ni la mitad de tus ídolos ni asesinó la mitad de los profetas que tú mataste …; *has justificado a tus hermanas* (se repite en el v. 52, al final), es decir, las has hecho aparecer como menos culpables.» Jerusalén debería estar avergonzada de esto (v. 52b). No hay en el pecado nada tan digno de vergüenza como el que sirva para animar a otros a pecar. En su soberbia (v. 56), Jerusalén no quería ni mencionar el nombre de Sodoma por la mala reputación que dicho nombre había adquirido; «pero esto era un acto de hipocresía en quien era de condición todavía peor» (Fisch).

(D) Las desolaciones que Dios había traído, y todavía iba a traer, sobre Jerusalén por estas abominaciones, en las que había superado a Sodoma y a Samaria: (a) Había caído en desgracia ante sus vecinos (v. 57) *de Edom* (más probable que *de Aram,* esto es, *Siria) y de Filistea.* (b) Está ahora en cautiverio (v. 58), o a punto de ir al cautiverio, no sólo por su *lujuria* (v. 58), sino también por su perfidia al quebrantar el pacto (v. 59). Quienes no se adhieren a Dios como a su Dios, no tienen motivo para esperar que Dios continúe reconociéndolos por pueblo Suyo. (c) El cautiverio y la ruina de los judíos impíos serán tan irrevocables como la destrucción de Sodoma y Samaria. Irrevocables de momento, en cuanto a las respectivas generaciones y hasta un tiempo que Dios tiene prefijado, pues el contexto posterior (vv. 60–63, comp. con Dt. 30:3) muestra bien a las claras que habrá, finalmente, una restauración de Israel. Pero, por ahora, sucederá lo profetizado en Jeremías 24:9, 10.

(E) Que habrá finalmente una restauración, no sólo para Israel (vv. 60–63), sino también para Sodoma y Samaria, se advierte por la frase hebrea *shabtí et-sh^{e}bíthen («haré volver—esto* es, *cambiaré—la suerte de ellas»).* A esto (vv. 53–58) llama Asensio «primer paso en el camino de la salvación, de la *vuelta al estado primero* de pureza y bienestar», paso que alcanza primero, pues fueron *menos pecadoras,* a Sodoma y a Samaria y, más tarde, a Jerusalén, pero sólo (v. 54) *cuando se avergüence de todo lo malo que ha hecho.* En cuanto al *consuelo* del que habla el versículo 54, al final, dice Fisch: «Judá era *consuelo*

para ellas por su (de Judá) mayor culpabilidad. Si Dios la restaura a ella, ¡de seguro que habrá de restaurar a las que habían pecado menos!»

Versículos 60–63

Al cierre del capítulo, después de la convicción de sus ignominiosos pecados y de las más aterradoras amenazas, es recordada la misericordia para los que vendrán después. Estos últimos versículos son, sin duda, una preciosa promesa, que se cumplió en parte cuando volvió, arrepentido y reformado, el remanente judío que sobrevivió al cautiverio en Babilonia; pero ha de tener pleno cumplimiento cuando Dios introduzca a Israel «en las bendiciones del nuevo *pacto* en el reino milenario (cf. 11:19, 20; Jer. 31:31)» (Ryrie).

1. Esta misericordia surgirá de la mente misma de Dios (v. 60), quien recordará el pacto que hizo con ellos: «*Yo tendré memoria de mi pacto que concerté contigo en los días de tu juventud*», es decir, poco después de la salida de Egipto, cuando Israel, como pueblo, estaba aún, por así decirlo, «en pañales».

2. También Israel habrá de prepararse y disponerse para esta misericordia (v. 61): *«Entonces te acordarás de tus caminos*, de tus malos caminos (Dios hará que los recuerde), y *te avergonzarás, etc.»*. Comenta Fisch: «La magnanimidad de Dios al pasar por alto los pecados pasados, hacer un nuevo pacto con la nación y presentarles incluso como un regalo Sodoma y Samaria, suscitará en ellos un profundo sentimiento de remordimiento».

3. La misericordia que Dios les tiene reservada.

(A) *Establecerá con ellos un nuevo pacto* (v. 60, 62), más firme que el primero, pues será un *pacto sempiterno* (v. 60, al final).

(B) Hará que los gentiles entren también a participar en las bendiciones espirituales de dicho pacto (v. 61b): «… *cuando recibas a tus hermanas, las mayores que tú* (más grandes o más antiguas) y *las menores* (más pequeñas o más modernas)», en fin, todas las naciones paganas, que se acogerán a la protección y a la dirección de Israel.

(C) Todo esto le será otorgado a Israel, *«pero* (v. 61, al final) *no por tu pacto»*—dice Jehová (v. el v. 62). ¿De qué pacto se trata aquí? Sin duda alguna, del pacto sinaítico, que era privilegio exclusivo de Israel. Así que la anexión de las naciones paganas a Israel se llevará a cabo en virtud *del pacto sempiterno, del nuevo pacto* que Dios hará con Israel. Los antidispensacionalistas lo entienden del *pacto de gracia* en el que los gentiles entran, a la par con los judíos, y forman parte de una misma corporación: la Iglesia de Cristo. Feinberg lo conecta con el pacto abrahámico:

Las ramificaciones del pacto abrahámico corren a lo largo de la Palabra de Dios y desafían a la imaginación humana en la extensión que abarcan. Los rasgos del nuevo pacto son en la actualidad el resultado visible de los básicos elementos de las promesas hechas a Abraham. En su simiente, todas las familias de la tierra serán bendecidas. Pero Dios quería decir, antes que nada que la Simiente de Abraham había de ser una bendición para Su pueblo Israel. Ellos no disfrutan ahora de estas bendiciones y provisiones. Cristo no ve todavía el fruto de la aflicción de Su alma a favor de ellos de forma que quede satisfecho. Podemos ser usados por Dios para que eso sea posible mediante la entrega del Evangelio a los judíos en todo el mundo. La hora es tardía y la oportunidad pasa rápidamente con el día y apela a una obediencia inmediata. ¡Ojalá (tal obediencia) sea prestada gozosa y plenamente!

4. Cuál será el fruto y el efecto de esto. (A) Dios será glorificado con ello (v. 62): «… *y sabrás que yo soy Jehová».* Así se sabrá que el Dios de Israel es un Dios de poder y de fidelidad a Su Palabra. Se sabrá para consuelo y gozo de Su pueblo. (B) Con eso, quedarán más humillados en su convicción de pecado (v. 63): *... para que te acuerdes y te avergüences y nunca más abras la boca, etc.»*. Dice Fisch: «La manifestación de la gracia de Dios después de la apostasía nacional los abrumará de vergüenza por su deslealtad en el pasado. No tendrán "apertura de la boca" (lit.), sin excusas para justificarse a sí mismos ni quejas por el duro trato que Dios había infligido a Su pueblo».

CAPÍTULO 17

Dios pide cuentas a Sedequías por su traición, al romper el pacto con el rey de Babilonia mediante el complot con el rey de Egipto para sacudirse el yugo del caldeo y violar así la lealtad que le había jurado. Por esto, Dios, mediante el profeta: I. Le amenaza con su ruina personal y la de su reino por medio de una parábola de dos águilas y una vid (vv. 1–10) y la explicación de dicha parábola (vv. 11–21). II. Promete que después levantará de nuevo la familia real de Judá, la casa de David, en el Mesías y su reino (vv. 22–24).

Versículos 1–21

Se le ordena aquí al profeta (v. 2) *proponer un enigma a la casa de Israel,* pero no para desconcertarlos, puesto que inmediatamente les va a decir lo que significa. Pero tiene que dar el mensaje envuelto en una *parábola* (hebr. *mashal)*—aunque, en realidad, es más bien una alegoría—, a fin de que puedan recordarlo mejor y comunicarlo a otros. Los ministros de Dios deben probar y ensayar diversos métodos para hacer el bien; y habrían de llevar a su predicación lo que es familiar, y llevar a su conversación familiar también lo que es parte de su predicación. Ezequiel tiene que comunicar y explicar este enigma o parábola *a la casa rebelde* (v. 12).

1. Nabucodonosor se había llevado, hacía algún tiempo, a Joaquín, el mismo que es llamado Jeconías, cuando sólo tenía 18 años y había reinado en Jerusalén solamente tres meses. Se llevó deportados a Babilonia a él y a sus príncipes (2 R. 24:12). El rey caldeo es representado aquí por *un águila* (v. 3) *grande, de grandes alas,* que simboliza el poder de Nabucodonosor, que se extendía a una región muy extensa del Asia; *llena de plumaje de diversos colores,* que sugieren las diversas naciones que habían caído bajo su dominio. El águila es ave de presa, que vive de despojos, como los grandes invasores y conquistadores; *el Líbano* representa a Jerusalén, y la familia real es *el cedro. La punta más alta* (lit. *cabeza)* (v. 4) *de sus renuevos es el rey Joaquín. Lo llevó a un país de tráfico* (hebr. *érets kenáan),* es decir, Caldea, y lo *puso en una ciudad de comerciantes* (hebr. *ir rokhlim),* es decir, Babilonia.

2. Al llevarse al rey Joaquín a Babilonia, dejó por rey en su lugar a su joven tío Sedequías (vv. 5, 6), que está aquí (v. 5) representado por *la simiente de la tierra,* es decir, del linaje real, nativo de Judá, en lugar de poner allí a uno de sus príncipes; fue *sembrado en suelo fértil,* pues todavía lo era, y *lo puso junto a aguas abundantes,* a fin de que creciese y se desarrollase con vigor. Así sucedió (v. 6): Era *de baja altura,* pues era ahora un Estado-vasallo, *cuyas ramas miraban hacia el águila,* pues Sedequías tenía que servir al rey caldeo, y *sus raíces estaban debajo de ella,* del águila, a fin de que no se extendiera más de lo que se lo permitiese el rey de Babilonia (comp. con el v. 14). Los versículos 13 y 14 especifican que Nabucodonosor *hizo pacto* con Sedequías y *le hizo prestar juramento,* asegurándole su trono de vasallo, la vid *de poca altura* del versículo 6, con tal que Sedequías le fuese leal (comp. con 2 Cr. 36:13).

3. A Sedequías le fue bien mientras continuó leal al rey de Babilonia y, si se hubiese dedicado a la reforma de su reino y se hubiese vuelto a Dios y a su deber, quizás habría recuperado pronto su primera dignidad (como sugiere el v. 6), al ser útil a su país como una vid que, aunque *de poca altura, extiende sus ramas;* y es mejor ser una vid extendida, aun cuando sea de poca altura, que un encumbrado cedro de poca, o nula, utilidad. Nabucodonosor estaba contento, porque *las ramas miraban hacia él* y se apoyaban en él como la vid en una pared, y participaba además él abundantemente de los frutos de dicha vid. *Las raíces estaban* también *debajo de él,* bajo su dominio y control. Los judíos tenían motivo para estar complacidos, si no satisfechos, al tener su propia vid, que *extendía sus ramas y echaba renuevos.* Véase cómo los juicios de Dios vinieron gradualmente sobre este pueblo provocador, dándoles así plazo para arrepentirse. Es cierto (v. 14) que el reino *quedaba en baja condición,* pero era para ver si llegaban a humillarse.

4. Sedequías no se percató de lo que más le convenía, sino que se llegó a impacientar de ser tributario del rey de Babilonia y entró en una conjura privada con el rey de Egipto. Si se hubiese portado fielmente, habría podido ser una vida muy buena. Pero *había otra gran águila* (v. 7) a la que le había cobrado afecto y en la que había puesto su confianza, y ésa era el rey de Egipto. Los dos potentados, el rey de Babilonia y el de Egipto, eran dos grandes águilas, *aves de presa.* De esta gran águila que era el rey de Egipto, se dice que tenía *grandes alas y muchas plumas,* pero no se dice que fuese *de largas plumas remeras* (comp. con v. 3b), ya que su dominio no alcanzaba tanto como el del rey de Babilonia. El rey Sedequías, al prometerse libertad, se hizo vasallo del rey de Egipto, por lo que se dice (v. 7b) que *esta vid dobló hacia ella* (hacia la segunda águila—el rey de Egipto—) *sus raíces y extendió hacia ella sus ramas,* dando a

entender que codiciaba en gran manera una alianza con ella, *para ser regada por ella,* al ser así que para nada necesitaba de esta ayuda, puesto que estaba plantada (v. 5b) *junto a aguas abundantes.* Esto se explica en el versículo 15, donde se nos dice que Sedequías *se rebeló contra él* (el rey de Babilonia) *al enviar embajadores a Egipto para que le diese caballos y mucha gente,* a fin de equiparse con los medios suficientes para contender con el rey de Babilonia.

5. Dios amenaza aquí a Sedequías con la completa destrucción suya y de su reino, por su rebelión traicionera contra el rey de Babilonia. Esto está representado en la parábola (o alegoría) mediante la figura de *ser arrancadas sus raíces por el águila primera* (v. 9), *ser destruido su fruto y quedar secas todas sus hojas lozanas.* La conjura con Egipto no va a prosperar; se va a marchitar por completo. *Ha menospreciado el juramento y ha quebrantado el pacto* (v. 19), *y el Señor Jehová lo hará recaer sobre su cabeza*—el castigo vendrá a caer allí donde surgió el pecado—. al comparar el versículo 19 con el versículo 13, Fisch comenta: «La violación de una alianza hecha en el nombre de Dios, incluso con un pagano como el rey de Babilonia, equivale a quebrantar un pacto con Dios mismo».

(A) Su sentencia es ratificada por un juramento de Dios (v. 16): *«Vivo yo, dice el Señor Jehová, que … en medio de Babilonia morirá».*

(B) Esta sentencia está justificada por la enormidad del crimen del que es culpable. Ha sido muy ingrato con su bienhechor, quien le hizo rey cuando bien podía haberle hecho prisionero y esclavo. Su falsedad fue tremenda. *Menospreció el juramento y quebrantó el pacto* (vv. 15, 16, 18, 19). El juramento con que se había ligado al rey de Babilonia era un juramento solemne, como se ve no sólo por la frase (v. 18b) *«cuando he aquí que había dado su mano»,* sino también por las expresiones de Dios (v. 19) *«mi juramento … mi pacto».* Este pecado de Sedequías es el que Dios *va a hacer que recaiga sobre su cabeza* (v. 19, al final), pues ha sido una *infidelidad cometida contra Dios* mismo (v. 20, al final). Aunque Nabucodonosor era un adorador de falsos dioses, el verdadero Dios, sin embargo, será el vengador de este crimen cuando uno de Sus adoradores quebranta el pacto con el caldeo, porque la verdad es una deuda que tenemos para con todos los hombres.

(C) El castigo corresponderá al pecado. Sedequías se había rebelado contra el rey de Babilonia, y el rey de Babilonia será el que lo prenderá y se lo llevará a la capital de su reino (v. 16). Dios mismo será el que dirigirá la operación contra él (v. 20): *«Extenderé sobre él mi red, y será preso en mi lazo y le haré venir a Babilonia».* Había confiado en el rey de Egipto, pero el rey de Egipto no iba a poder ayudarle (v. 17): «Y *ni con su poderoso ejército ni con mucha compañía le socorrerá Faraón en la batalla».* Al aproximarse el ejército egipcio, los caldeos se retiraron del asedio de Jerusalén, pero, al marcharse los egipcios, el ejército caldeo regresó y tomó la ciudad. Sedequías tenía en su ejército *hombres escogidos,* pero, a pesar de que se puede suponer que fuesen los mejores soldados que el reino podía aportar, se convertirían *en fugitivos y caerían a espada* (v. 21). Los detalles del cumplimiento de esta profecía pueden verse en Jeremías 52:7. Por cierto, el texto masorético dice: «Y *todos sus fugitivos»* (hebr. *mibrajav),* al comienzo del versículo 21. Pero hay bastantes MSS hebreos que leen *mibjarav (hombres escogidos,* como en Dn. 11:15), y ésa es la lectura que siguen la mayoría de las versiones.

Versículos 22–24

La incredulidad del hombre no puede invalidar la promesa de Dios, pues Él hallará otra *simiente de David* en la cual se cumplirá.

1. La casa de David volverá a ser engrandecida, y de sus cenizas surgirá otra ave fénix. La metáfora del árbol, de la que se hizo uso en la amenaza, es aquí presentada en la promesa (vv. 22, 23). Hay quienes la ven cumplida, en parte, en Zorobabel, no sólo de linaje real, sino descendiente de Joaquín, aunque todos admiten que su cumplimiento pleno se llevará a cabo en el Mesías (Lc. 1:32). Dos objeciones hay contra su cumplimiento, aun parcial, en Zorobabel: 1) La fraseología de los versículos 22 y 23 sólo puede tener algún sentido si se refieren al Mesías (comp. lo de *«tallo tierno»* con Is. 11:1; 53:2; Jer. 23:5; 33:15; Zac. 3:8; 6:12). 2) Al ser Zorobabel descendiente directo de Jeconías o Joaquín, caía sobre él la exclusión del trono, a la vista de Jeremías 22:30.

(A) Vemos que Dios mismo se hace cargo de la restauración de la casa de David. Nabucodonosor había intentado restablecer la casa de David, al hacerla dependiente de él mismo (v. 5). Pero esta plantación se había secado y tuvo que ser arrancada. «¡Bien!», dice Dios, «la próxima plantación será de mi mano: *Tomaré yo* (v. 22), *sí, yo, del cogollo de aquel alto cedro, y lo plantaré».*

(B) La casa de David había de revivir de *un tallo tierno,* el cual, como ya hemos aludido anteriormente, es el Mesías, no Zorobabel. Ezequiel mismo tiene que decir aún muchas cosas sobre ese Rey de la casa de David (v. 34:23, 24; 37:24, 25).

(C) El *«monte alto y excelso»* del versículo 22, al final, es el monte Sion. Dice Feinberg: «El monte alto es el monte Sion. En el monte de Israel, Dios establecerá a su Elegido (Sal. 2:6). Prosperará, y todas las naciones serán bendecidas bajo su gobierno mundialmente universal».

(D) La prosperidad y la seguridad a que alude el versículo 23 serán también una magnífica realidad en el reino mesiánico. Dice el mismo Feinberg: «Para la misma figura de vivir en seguridad bajo los grandes de la tierra, véase Daniel 4:12, 21; Mateo 13:32; Marcos 4:32. ¡Qué contraste entre la vid de poca altura y el cedro robusto! Dios es quien abatirá el gobierno pagano mundial y restaurará el reino de Israel. Entonces, todas las naciones de la tierra (v. 24) conocerán que el que hace la promesa tiene poder para llevarla a efecto».

2. Dios será con ello glorificado (v. 24). Nunca se habrá obtenido una mayor convicción de esta verdad: que todas las cosas son gobernadas por una Providencia infinitamente sabia y poderosa, que cuando se haya establecido en la tierra el reino mesiánico: *Todos los árboles del campo,* todas las naciones de los gentiles, al mirar hacia arriba, hacia el robusto cedro de la casa de David, lo *sabrán.* Sabrán que, «si un día *abajo* (Jehová) *el árbol elevado y seco el árbol verde* en la persona del presunto Sedecías (vv. 5, 10, 14), hoy, fiel a la promesa davidico-mesiánica, *eleva el árbol humilde y hace florecer el árbol seco* en el nuevo retoño de la dinastía de la promesa» (Asensio). La casa de Nabucodonosor, que ahora parece tan elevada, será extirpada; y la casa de David, que ahora aparece tan despreciable, volverá a ser famosa.

3. Al final de este capítulo, resultará provechosa la siguiente consideración devocional de Ch. Feinberg:

«La Biblia tiene un mensaje unificado, ya sea antes de la Cruz, ya sea ahora después de la Cruz, o en las edades por venir: solamente en el Señor Jesucristo hay bendición. Su reino llenará toda la tierra con justicia y equidad para todo el mundo. Pero la participación personal en esas aseguradas glorias se obtiene únicamente mediante fe personal en el Redentor. ¿Cómo pueden los hombres entrar en estos gozos si no creen? Hemos de encararnos con nuestra responsabilidad de transmitirles el mensaje.»

CAPÍTULO 18

Este capítulo nos concierne a todos, pues, sin especial referencia a Judá y Jerusalén, establece la regla de juicio conforme a la que Dios ha de tratar a los hijos de los hombres. I. El corrompido proverbio usado por los profanos judíos, el cual dio ocasión al mensaje que aquí se les envía (vv. 1–3). II. La respuesta a este proverbio, en la que Dios afirma Su soberanía y Su justicia; y que no se inquiete el justo, pues le irá bien (vv. 4–9). III. En particular, se nos asegura a todos: 1. Que le irá mal a un impío, aunque haya tenido un padre piadoso (vv. 10–13). 2. Que le irá bien a un hombre piadoso, aunque haya tenido un padre impío (vv. 14–18). 3. Por consiguiente, que Dios es justo en esto (vv. 19, 20). 4. Que les irá bien a los que cambien de mentalidad y de conducta, por muy mal que se hayan portado en el pasado (vv. 21–23, 27, 28). 5. Que les irá mal a los apóstatas, por muy bien que se hayan portado en el pasado (vv. 24, 26).

Versículos 1–9

A veces, los malos proverbios engendran buenas profecías.

1. Un malvado proverbio, comúnmente usado por los judíos en su cautiverio, con el que se acusa de injusticia a Dios (v. 2): «Usáis este proverbio *sobre la tierra de Israel,* ahora que está desolada por los juicios de Dios, y decís: *Los padres comieron las uvas agrias, y los dientes de los hijos tienen la dentera;* somos castigados por los pecados de nuestros antepasados, lo cual es tan absurdo como si los hijos sufriesen dentera por haber comido sus padres uvas agrias, mientras que, si los hombres comen o beben algo que haga daño, ellos solos sufren las consecuencias». Es cierto que Dios había dicho con frecuencia que había de *visitar la iniquidad de los padres en los hijos,* especialmente el pecado de idolatría, con lo que expresaba la maldad del pecado. Había también declarado a menudo, por medio de los profetas, que,

al traer sobre Judá y Jerusalén la presente ruina, tenía en cuenta los pecados de Manasés y de otros reyes que le precedieron. Todo esto lo veían como una injusticia por parte de Dios.

2. Dios da una justa respuesta a este injusto proverbio: «Vuestra propia conciencia os es testigo de que vosotros mismos habéis comido de esas uvas agrias que vuestros padres comieron antes de vosotros; si no fuese así, no sufriríais ninguna dentera». Dios no castiga a los hijos por los pecados de los padres, a no ser que sigan las pisadas de sus padres y *llenen así la medida de su iniquidad* (Mt. 23:32). Sólo en las calamidades temporales es donde los hijos suelen pasarlo peor a causa de la maldad de sus padres, pero Dios puede hacer que esas calamidades les sirvan de provecho espiritual. En cambio, en cuanto a las miserias espirituales y la condenación eterna, de ninguna forma pagan los hijos por los pecados de los padres.

3. Al dar esta respuesta, Dios declara también Su absoluta soberanía sobre cada ser viviente (v. 4): *«He aquí que todas las almas son mías»*. Como dice Fisch: «Incluso el padre y el hijo, que tan relacionados están físicamente el uno con el otro, son entidades separadas a los ojos de Dios». Por eso, no carga la culpa del padre sobre el hijo, ni la del hijo sobre el padre. Tiene tal amor por cada alma, que ninguna morirá (v. 4, al final) si no es por su propia culpa. El pecado es un acto del *alma* (el cuerpo es sólo un *siervo* obediente; de suyo, neutral); por consiguiente, el castigo del pecado es *tribulación y angustia sobre toda alma* (Ro. 2:9, lit.). Si un *hombre es justo y obra según el derecho y la justicia* (v. 5), *de seguro* (v. 9) *vivirá, dice el Señor Jehová*.

4. Ahora bien, un hombre justo es diligente en guardarse: (A) De pecados contra el segundo mandamiento del Decálogo. En esta materia, *«no come sobre los montes»* (v. 6), es decir, no participa de los sacrificios rituales ofrecidos a los ídolos sobre los lugares altos (comp. con 1 Co. 10:20). (B) De pecados que violan el séptimo mandamiento (v. 6b), pues conserva bajo control, en sujeción a la razón y a la virtud, los apetitos de la pasión sensual. (C) De pecados contra el octavo mandamiento (vv. 7, 8); no sólo no peca por comisión, sino que tampoco peca por omisión; no oprime a nadie ni se aprovecha de la necesidad de nadie, sino que trata a todos con justicia y caridad. En una palabra (v. 9), *obra rectamente en todo;* «es un auténtico *tsaddiq justo* ante los hombres y sobre todo ante Jehová; de aquí la promesa *seguro que vivirá* con una vida que se opone a la muerte del pecador (v. 4)» (Asensio).

Versículos 10–20

Después de haber establecido la norma general de juicio, Dios, por medio del profeta, muestra en estos versículos que el parentesco no influye en la responsabilidad moral de forma que altere los casos expuestos; en otras palabras, es falso el principio de la responsabilidad heredada.

1. Ocurre con frecuencia que unos padres piadosos tienen hijos impíos, y que padres impíos tienen hijos piadosos.

(A) Un impío morirá en su iniquidad, aunque sea hijo de un padre piadoso (vv. 10–13). Se supone aquí que este hijo comete toda clase de enormidades que su padre evitó con esmero. Este malvado morirá, a pesar de ser hijo de un padre tan bueno.

(B) Un hombre justo será dichoso, aunque sea hijo de un padre impío (vv. 14–18). Aunque el padre comió las uvas agraces, si los hijos no tuvieron parte en ello, no lo pasarán peor por lo que hizo su padre. Sólo el malvado padre morirá en su iniquidad, pero su hijo piadoso no sufrirá ningún daño personal por ello.

2. Dios apela inmediatamente (v. 19) a los judíos murmuradores para que digan si no han sido injustos con Él al expresar su proverbio: «Así de sencillo es el caso y, *con todo, decís* (lit.): *¿No carga el hijo con la iniquidad del padre?* ¿Es que no existe el principio de culpabilidad solidaria?». «¡Pues no!—contesta Dios (v. 19b). No carga con ella. *Puesto que el hijo ha obrado según el derecho y la justicia, y ha guardado todos mis estatutos y los ha cumplido, de cierto vivirá.»* Los que acusaban de injusticia a Dios eran hijos que llevaban la iniquidad de sus padres, sencillamente porque no habían obrado según el derecho y la justicia y, por tanto, habían seguido las pisadas de sus impíos padres y sufrían así justamente por sus propios pecados. No tenían, pues, motivo para quejarse contra el modo de proceder de Dios con ellos, como si fuese injusto en modo alguno, aunque tuviesen razón para quejarse del mal ejemplo que les habían dado sus padres (comp. con Lm. 5:7). Es cierto que hay una especie de maldición ligada a ciertas familias malvadas, pero también es cierto que tal vinculación puede cortarse por medio del

arrepentimiento y de la reforma de vida. Sepan, pues, los impenitentes que a nadie tienen que echar la culpa del castigo que sufran, sino sólo a sí mismos.

3. Por consiguiente, Dios repite (v. 20) la norma de juicio antes establecida: *«El alma que peque, ésa morirá, y* no ninguna otra por causa de ella». Dios cumple así con la instrucción que Él mismo dio a los jueces humanos (Dt. 24:16): *«el hijo no llevará el pecado del padre, si* no sigue las pisadas del padre, *ni el padre llevará el pecado del hijo,* a no ser que le haya dado mal ejemplo o no haya hecho nada para disuadirle de sus malos caminos». En el día de la revelación del justo juicio de Dios, que está ahora como en nublado o eclipse, *la justicia del justo* aparecerá ante todo el mundo que *está sobre él,* para su eterno consuelo y honor; sobre él, como un manto o como una corona; y *la impiedad del impío será sobre él,* para su eterna confusión; sobre él, como una cadena o como un peso enorme que lo hunda en el abismo.

Versículos 21–29

Otra norma de juicio por la que se demuestra la equidad del gobierno de Dios. Aquí muestra Dios que premiará o castigará conforme al cambio que se haya llevado a cabo en el individuo mismo. Mientras estamos en este mundo, nos hallamos en estado de prueba. El tiempo de la prueba dura tanto como el tiempo de la vida misma.

1. Como el caso es un asunto de vida o muerte, se le da aquí todo el relieve que se merece, como ya se ha hecho en otro lugar (3:18 y ss.) y se hace aquí repetidamente (vv. 21–24, 26–28).

(A) Primero hay una sincera invitación a los impíos para que se conviertan de su impiedad; se les asegura que, *si se vuelven, de cierto vivirán* (vv. 21, 27). El primer paso para la conversión es la reflexión (v. 28): *«Porque ha abierto los ojos y se ha vuelto, etc.»* (comp. con Lc. 15:17). Esta consideración ha de producir aversión al pecado y ha de ir acompañada de una sincera conversión a Dios y al deber. El que así se vuelve del pecado a Dios, *hace vivir su alma,* según dice literalmente el versículo 27, al final. Un pecador que vuelve arrepentido es consciente de que su futura obediencia nunca puede compensar por su anterior desobediencia, pero la naturaleza de Dios (y el deleite de Dios) es tener misericordia y perdonar (v. 23).

(B) Una benévola advertencia a los piadosos para que no se aparten de su camino de justicia (vv. 24–26).

2. Se apela a las conciencias, incluso de la casa de Israel, a pesar de lo corrompidas que estaban, con respecto a la equidad de Dios en todos estos modos de proceder. La acusación que formulaban contra Dios era blasfema (vv. 25, 29). Dios razona con ellos (comp. con Is. 1:18) del modo más benévolo, pues Él desearía que incluso estos blasfemos quedasen convencidos y se salvasen (comp. con 1 Ti. 2:4), más bien que el que se condenen.

Versículos 30–32

Tenemos aquí un milagro de la divina misericordia; el día de gracia y de la paciencia de Dios se prolonga todavía; y, por consiguiente, aun cuando, por fin, *ha de juzgar Dios* (v. 23) *a cada uno según sus caminos,* todavía espera con benevolencia, y termina con una invitación al arrepentimiento y con una promesa de perdón a los que se arrepientan.

CAPÍTULO 19

El objeto de este capítulo es parecido al del capítulo 17: predecir y lamentar la ruina de la casa de David (v. 1) por medio de símiles. I. El reino de Judá y la casa de David son comparados a una leona; sus reyes, a leones jóvenes, feroces y voraces, pero cazados luego y llevados con redes (vv. 2–9). II. Después, el reino y la casa son comparados a una vid; sus reyes, a pámpanos que habían sido fuertes y fructíferos, pero que ahora estaban rotos y quemados (vv. 10–14).

Versículos 1–9

1. Ezequiel recibe orden (v. 1) de hacer duelo por la caída de la familia real. Los reyes de Judá son llamados *aquí príncipes de Israel,* pues su gloria había venido a menos considerablemente.

2. El profeta tiene que comparar el reino de Judá a una *leona* (v. 2). La familia real es como una madre para el reino, una *leona* feroz, cruel y voraz. *Entre los leones,* «en medio de las otras naciones poderosas» (Asensio), *crió sus cachorros,* esto es, enseñó a los príncipes a ser tiranos. Si se hubiesen atenido a la ley y a las promesas de Dios, les habría preservado Él el poder y la majestad del león, como lo ha hecho en Cristo, *el León de la tribu de Judá* (Ap. 5:5), pero estos *cachorros de león* fueron crueles y opresores. El león era símbolo, dice Fisch, «de Judá y, en especial, del reino de David».

(A) Joacaz, uno de los cachorros, se hizo *león joven* (v. 3); una vez hecho rey, pensó que podía hacer cuanto le viniese en gana, pero no prosperó por largo tiempo en su tiranía (v. 4): *«Las naciones se juntaron contra él* (lit. *le oyeron,* esto es, oyeron de él); *fue tomado en la trampa* (lit. *fosa) de ellos,* como fiera rapaz, y lo *llevaron con garfios a la tierra de Egipto».*

(B) Aunque los exegetas judíos (también M. Henry) identifican al segundo leoncillo con Joacim, el hermano y sucesor de Joacaz, la mayoría casi unánime de los exegetas modernos lo identifican con Joaquín, el hijo y sucesor de Joacim. Dice Feinberg: «Joacim fue omitido probablemente porque su castigo no fue tan conspicuo como el de los otros (2 R. 24:6)». En vez de escarmentar en cabeza ajena, siguió las pisadas de su tío y de su padre (v. 6): *«subía y bajaba entre los leones* correrías bélicas con pretensiones de león (Asensio), … *aprendió a arrebatar la presa, devoró hombres,* se hizo con las haciendas de sus súbditos y devoraba todo cuanto encontraba a su paso». Varios detalles (vv. 7–9), algunos de ellos difíciles de descifrar, podrán ayudar a identificarle:

(a) La frase inicial del versículo 7 es difícil de descifrar. El hebreo del texto masorético actual es *wayyéda almenothaiw («y conoció sus viudas»).* Los autores suelen tomar la segunda palabra como una forma anormal de *armenothaiw* («*sus castillos*» o ciudadelas), como en Isaías 13:22. «No obstante, se usa comúnmente para el conocimiento carnal; por lo que Rashí y Kimchi lo interpretan como "conoció sus viudas", esto es, su política produjo la muerte de gran número de hombres y la violación de sus mujeres» (Fisch).

(b) Con su opresión (v. 7b), *«asoló ciudades; y la tierra quedó desolada* (u *horrorizada)».* Se dice (v. 7, al final) que eso ocurrió *«al estruendo de sus rugidos»,* para seguir con la alegoría de la leona y los leoncillos.

(c) Pero con eso no hizo otra cosa que acelerar su propia ruina (v. 8). Por cierto, aquí y en el versículo 9, hallamos detalles que cuadrarían mejor con la historia de Joacim que con la de Joaquín. Dice Feinberg: «De nuevo las naciones en tomo de Israel se sintieron incitadas a actuar contra el perpetrador de tales hechos, no porque ellas fuesen mejores, sino a causa del juicio de Dios contra el rey. Una declaración de cómo esas naciones se confederaron contra Joacim, el padre de Joaquín, se halla en 2 Reyes 24:2». Véase también 2 Crónicas 36:6. ¿Acumula el autor sagrado en el reinado de Joaquín hechos sucedidos en el reinado de su padre? Ésa puede ser una solución posible, en opinión de este traductor.

Versículos 10–14

Jerusalén, la metrópoli del reino del sur, es presentada aquí bajo otra figura: la de una vid, y los príncipes son sus pámpanos. Ya vimos esta comparación en el capítulo 15.

1. Jerusalén es una *vid.* El versículo 10 comienza literalmente del siguiente modo: «*Tu madre* (el reino del sur), *como una vid en tu sangre»,* esto es, «en tu vigor natural» (Fisch). Sin embargo, la mayoría de los autores lee *«en tu semejanza»,* al cambiar ligeramente el vocablo hebreo. Y una vid en todo su vigor puede tener muchos pámpanos. Jerusalén estaba llena de hábiles magistrados, que eran *robustos sarmientos* (v. 11), ramas de vigor poco común, tan fuertes que podían servir *para cetros de reyes.* Cuando la familia real de Judá era numerosa, y los tribunales de justicia estaban llenos de hombres con seso y probidad, *la estatura de Jerusalén se elevó por encima de entre los ramajes espesos* (lit.). Muchos autores modernos opinan que la o breve de *abothim* sustituye a una o larga, por lo que habría de traducirse: «… *se elevó hasta en medio de las nubes».* Cuando Sedequías se mantuvo sumiso bajo el yugo del rey de Babilonia, su reino floreció considerablemente.

2. Esta vid aparece ahora destruida. Provocado por la traición de Sedequías, Nabucodonosor *la arrancó con ira* (v. 12), asoló la ciudad y cercenó todas las ramas de la familia real: *«sus fuertes sarmientos fueron quebrados y se secaron; los consumió el fuego»* (v. 12b). *«Ahora* (v. 13) *está plantada*

en el desierto.» Así describe el texto sagrado la condición de la capital caldea donde se hallaban ahora los deportados de Judá, porque Babilonia era realmente como un desierto para los israelitas que habían sido llevados allá cautivos. Aquellos *sarmientos fuertes* del versículo 12 habían sido instrumentos de opresión, y son ahora destruidos con la vid. La tiranía es la puerta que da paso a la anarquía y, cuando la vara del gobierno se convierte en serpiente de opresión, es justo que Dios diga: «No habrá sarmiento robusto que sirva para cetro de gobernante (v. 14); ¡sean los hombres como los peces del mar, donde el gordo se traga al chico!» El cetro quedará en las manos de Dios, hasta que venga Aquel Siloh, para quien está reservado (v. Gn. 49:10; Lc. 1:32, 33. V. también Ez. 21:27).

CAPÍTULO 20

I. Vienen otra vez algunos ancianos a consultar a Jehová por medio de Ezequiel (v. 1). II. Dios le comunica la respuesta que tiene que darles. Debe declararles: 1. El desagrado de Dios contra ellos (vv. 2, 3), y 2. Los justos motivos que tiene Dios para ese desagrado, con un resumen histórico de la benévola forma como se comportó Él con los padres de ellos: (A) En Egipto (vv. 5–9). (B) En el desierto (vv. 10–26). (C) En Canaán (vv. 27–32). 3. Los juicios de Dios contra ellos (vv. 33–36). 4. La misericordia que Dios tiene reservada todavía para ellos (vv. 37–44). 5. Otro mensaje alegórico contra Judá y Jerusalén, el cual es explicado en el capítulo siguiente (vv. 45–49). Esta última porción figura, en la Biblia Hebrea, al comienzo del capítulo 21.

Versículos 1–4

«Vinieron algunos (v. 1) *de los ancianos de Israel a consultar a Jehová».* Su consulta era sobre si, ahora que estaban exiliados en Babilonia, donde no tenían templo, ni sinagoga, para rendir culto a Dios, no les era permitido ser *como las demás familias de la tierra, que sirven al leño y a la piedra* (v. 32). Pero tienen que saber que Jehová está justamente indignado contra ellos (v. 4): *«¿Los quieres juzgar tú, hijo de hombre?»,* le dice Dios al profeta. El sentido de dicha frase es, según Fisch, el siguiente: «El objeto de la pregunta es: ¿Vas a actuar tú como abogado a favor de ellos? La respuesta es: No es éste el tiempo propicio para que desempeñes ese oficio. Tu trabajo ahora es *hacerles conocer* el motivo de su peligrosa situación, el cual les resultará evidente cuando repasen el pasado nacional».

Versículos 5–9

1. Los benévolos designios de Dios con respecto a Israel durante su estancia en Egipto, donde eran esclavos del Faraón.

(A) Escogió a Israel (v. 5) para que le fuese un pueblo escogido, de Su exclusiva propiedad, aunque su condición era mala y su carácter todavía peor, a fin de tener Él el honor de corregir ambos defectos.

(B) *Se dio a conocer a ellos* (v. 5b) por su nombre propio, *Jehová: Yo soy Jehová* (un nuevo nombre—Éx. 6:3—), *vuestro Dios* (comp. con Éx. 20:2). Lo hizo así cuando, por razón de su esclavitud, casi habían olvidado el nombre por el cual le habían conocido sus padres: *El-Shadday, El Dios Todosuficiente* (mejor que *Todopoderoso*).

(C) Se comprometió a entrar en pacto con ellos, para ser el Dios de ellos (v. 5, hacia el final): «… *cuando alcé mi mano y les juré diciendo* (declaración ratificada con juramento): *Yo soy Jehová, vuestro Dios».*

(D) Prometió con juramento (v. 6) sacarlos de Egipto; e hizo buena Su palabra al cumplir la promesa.

(E) Les aseguró que los introduciría (v. 6b) en la tierra de Canaán y les daría posesión de ella … *la más hermosa de todas las tierras* (v. 6, al final), y no sólo *por su situación* (Sal. 48:3). Dice Fisch: «Sus aspectos geográficos y su clima hacen de ella la más hermosa de todas las tierras».

2. Los razonables mandamientos que les impuso (v. 7): *«Cada uno arroje lejos de sí las abominaciones de delante de sus ojos, y no os contaminéis con los ídolos de Egipto».* Dice Fisch: «Esto

insinúa que los israelitas habían seguido algunas de las prácticas religiosas de sus vecinos egipcios, un hecho atestiguado en Josué 24:14.

3. La sinrazón de su desobediencia a tales mandamientos, por la que Dios justamente pudo haberlos exterminado tan pronto como comenzaron a constituir un pueblo (v. 8). Es extraño que ni aun todas las plagas de Egipto fuesen suficientes para curarles de su afecto *a los ídolos de Egipto.* Sin violar Su justicia, Dios podía haber dicho «¡Que se mueran con los egipcios!»

4. La maravillosa liberación que Dios obró a favor de ellos, no obstante. Aunque habían perdido el derecho al favor de Dios, cuando Él mismo se les estaba otorgando, *la misericordia,* a pesar de eso, *se regocijó contra el juicio;* y Dios llevó a cabo lo que se había propuesto puramente (v. 9) *por consideración a Su nombre.* Cuando no hay en nosotros nada que le preste un motivo para concedernos sus favores, Él mismo Se provee de la razón de Su amor.

Versículos 10–26

La historia de la lucha entre los pecados de Israel, con los que ellos hacían todo lo posible para arruinarse a sí mismos, y las misericordias de Dios, con las que estaba decidido a procurarles salvación y dicha, continúa en esta porción. En 1 Corintios 10 y Hebreos 3, hallamos abundantes referencias a la historia de Israel en el desierto, además del detallado informe que nos presta el Pentateuco desde el Éxodo en adelante. Esta abundancia de documentación debe servirnos a los creyentes cristianos de seria advertencia.

1. Las grandes cosas que Dios hizo por ellos, las cuales les hace recordar, no como escatimándoles Sus favores, sino para mostrarles cuán ingratos habían sido. *Dios les hizo salir de la tierra de Egipto* (v. 10), aunque no los introdujo de inmediato en la tierra de Canaán por la razón que ya sabemos y que se declara en el versículo 13. Pero, al fin y al cabo, era preferible disfrutar de libertad en el desierto a ser esclavos en un país de abundancia. Les dio (v. 11) estatutos y ordenanzas para su bien y les impuso la ya olvidada *observancia del sábado* (v. 12). Comenta así Asensio este versículo 12: «con su observancia, el pueblo escogido había de profesarse pública y solemnemente consagrado a Jehová; Jehová por su parte, viéndose honrado de este modo, *le santificaría,* le proclamaría como su pueblo santo—dedicado exclusivamente a su culto-servicio—y como tal le protegería».

2. La conducta desobediente de ellos hacia su Dios, por la que habría podido justamente Él haberles revocado el pacto que había hecho con ellos (v. 13): *«Mas se rebeló contra mí la casa de Israel en el desierto».* Allí donde habían recibido de Dios tantos favores y donde se hallaban de camino hacia Canaán, se sublevaron en abierta rebelión contra el Dios que les guiaba y los mantenía.

3. Determinación de Dios de exterminar en el desierto a esta rebelde generación. Lo que estaba en el fondo de su desobediencia a Dios y de su negligencia de las instituciones que les había establecido, era el secreto afecto que abrigaban hacia los ídolos de Egipto (v. 16, al final).

4. Pero cada vez que determinaba exterminarlos, se sentía movido de tierna compasión hacia ellos y no acababa del todo con ellos, sino que les ofrecía un respiro hasta que surgiese una nueva generación.

5. Pero también la siguiente generación se rebeló contra Dios (v. 21), por lo que también ellos se hicieron merecedores de la ira de Dios, pues (v. 24) «… *profanaron mis sábados,* como sus padres, y *se les fueron los ojos tras los ídolos de sus padres».* A todo trance querían tener ídolos que se pueden ver.

6. Los juicios de Dios sobre ellos a causa de su rebelión (v. 25): *«Por eso yo les di también estatutos que no eran buenos, y ordenanzas por las cuales no podrían vivir».* Este versículo sorprende a primera vista y ha causado muchos quebraderos de cabeza a los exegetas de todos los tiempos. La opinión de M. Henry de que se trata de castigos impuestos por Dios en el desierto (plagas, serpientes venenosas, etc.) es del todo insostenible, pues difícilmente se puede llamar a eso *estatutos y ordenanzas.* Tampoco puede referirse a los *estatutos y ordenanzas* del versículo 11 (pues eran para vida) y va además directamente contra Romanos 7:12. Feinberg, que hace un estudio exhaustivo de todas las opiniones, concluye así su estudio:

«Finalmente, se da un paso adelante hacia la solución cuando uno se percata de que los estatutos que no eran buenos eran el culto a Mólec del versículo 26 … Ezequiel declaraba que, como castigo, el Señor les permitió ir en pos de sus propios caminos a fin de castigarles conforme a sus hechos. El pasaje habla en el sentido de sentencia judicial … . El Señor les dio estos estatutos inútiles y sin provecho en el mismo sentido que en Isaías 63:17. La desobediencia conduce a un pecado mayor. El pecado se convierte en su

propio castigo (Sal. 81:12; Ez. 14:9; Hch. 7:42; Ro. 1:24, 25; 2 Ts. 2:11). Los estatutos no eran buenos en el sentido de que no conducían a la vida ni al bienestar (v. 25b) … El versículo 26 es el comentario divino del versículo 25. En el culto contaminador de Mólec los niños eran arrojados al fuego como sacrificio al ídolo. La ceguera judicial de Dios (esto es, infligida por Dios) resultó en esta degradación.»

Ya en el buen camino, comenta M. Henry: «Hizo (Dios) que en su pecado hallasen el castigo, entregándoles a una *mente reprobada,* como hizo con los gentiles idólatras (Ro. 1:24, 26). A veces, Dios hace que el pecado sea su propio castigo, y no necesita más para hacer miserables a los hombres que entregarles a sus viles apetitos y pasiones».

Versículos 27–32

Prosigue el profeta con la historia de las rebeliones del pueblo de Israel.

1. Después de establecerse en el país de Canaán (v. 27), los hijos de Israel persistieron en sus rebeliones. Habían estado muchas veces próximos a ser exterminados en el desierto, pero, a pesar de todo, llegaron por fin a Canaán. También el Israel de Dios llega al cielo por las puertas del infierno; tan grandes son sus transgresiones, y tan fuertes son sus corrupciones, que sólo a un milagro de la misericordia divina se debe el que alcancen al fin la dicha; en cambio, los hipócritas van al infierno por las puertas del cielo. Los israelitas persistían en el pecado a pesar de todas las advertencias que se les hacían (v. 29).

2. Y en el momento mismo en que los vemos ahora en este capítulo, todavía persisten en el pecado, pues el profeta *tiene que decirle a la* presente *casa de Israel,* de la que algunos ancianos estaban ahora sentados delante de él (vv. 30 y ss.): *«Cuando os contamináis a la manera de vuestros padres …».* Parece ser que estos ancianos habían estado tramando una coalición con los paganos (v. 32b). Se le ordena aquí al profeta comunicarles a los que querían hacer concordia entre Dios y Baal que no habían de tener el consuelo ni el beneficio de ninguno de los dos (v. 32): «*Y no ha de ser lo que habéis pensado …».* No se gana nada con pecaminosas complacencias; y los carnales proyectos de los hipócritas no les servirán absolutamente de nada bueno.

Versículos 33–44

El plan que los ancianos se habían propuesto era que el pueblo de Israel se atuviese a los usos y costumbres de aquellos entre quienes vivían; pero Dios les ha dicho que ese plan no se llevará a efecto (v. 32). En estos versículos les va a mostrar la forma en que se va a frustrar.

1. Ni Babilonia ni ningún otro país de los gentiles les ha de proteger, porque Dios mismo les va a sacar un día de entre esas naciones a cuyas costumbres desean ahora acomodarse (vv. 33–36). Como dice Ch. Feinberg: «Buscar la aplicación de los versículos 33–44 a los días del profeta o a cualquier otra época del pasado requiere una extraña manipulación de las declaraciones lisas y llanas del pasaje. Como ocurre con todos los demás profetas, Ezequiel vio en los acontecimientos históricos del pasado de Israel la matriz misma y el molde para los acontecimientos que todavía duermen en un futuro distante». Y Ch. Ryrie resume así el contenido de esta porción: «Esta sección describe el juicio venidero de los judíos que vivirán al final del período de la Tribulación, cuando Cristo vuelva a la tierra. El Pastor en Jefe (Cristo) examinará entonces Su rebaño *("os haré pasar bajo la vara"*—v. 37; cf. Lv. 27:32)».

2. Sí, vendrá un día en que Dios separará lo precioso de lo vil (v. 38): *«y apartaré de entre vosotros* (los que hayan entrado en el nuevo pacto—v. 37—) *a los rebeldes, etc.».* Los rebeldes habrán salido, como otrora de Egipto, *de la tierra de sus peregrinaciones* (v. 38), *pero no entrarán en la nueva Tierra Prometida.*

3. La transición de los versículos 33–38 al versículo 39 es difícil, como hace notar Feinberg. No cabe duda de que la primera parte del versículo 39 se dirige a la generación en que vivía Ezequiel, mientras que la segunda parte, separada por ese *«después»* en medio del versículo, se refiere a los últimos tiempos. La única duda está en la intención de la frase de la primera parte: *«Cada uno a sus ídolos id* (y) *servid»* (lit.). ¿Es ironía o desahucio? Fisch da como preferible la ironía, mientras que Feinberg da como posibles ambas soluciones.

4. Los versículos 40–44 vuelven claramente a predecir la feliz condición de Israel en los últimos días. Dice Feinberg:

«Una vez que Israel haya pasado por la obra del Señor de purificarle y refinarle (Zac. 13:7–9), se cumplirán todas las esperanzas y promesas de su plena restauración espiritual. Tanta dicha será entonces vivir en la tierra, que Ezequiel se refiere a la tierra seis veces en el versículo 40. El objetivo de la obra de restauración es que servirán de todo corazón al Señor en la tierra, después que la idolatría se haya acabado para siempre. Todos estarán también presentes, porque la brecha abierta en la nación será curada finalmente. Una nación unida participará en un culto de adoración unido y purificado (v. Is. 11:13; Ez. 37:22, 23).»

El verbo hebreo para *«servir»* en el versículo 40 se usa para el servicio del templo, lo cual pone de relieve el carácter litúrgico-sacrificial de estos versículos 40 y 41, el cual está ya de por sí suficientemente explícito en ellos. Un pueblo purificado ofrecerá a Jehová *un incienso agradable* (v. 41, comp. con Mal. 3:3, 4), y *a los ojos de* todas *las naciones* (v. 41, al final), *Jehová será santificado,* pues aparecerá como el único Dios verdadero, justo, poderoso y misericordioso por la forma con que, a través de tantas vicisitudes, habrá conducido a Su pueblo a un final tan esplendoroso (v. 42). Los israelitas, por su parte, *se acordarán,* arrepentidos y asqueados de sí mismos, de sus antiguas maldades (v. 43), y reconocerán humildemente (v. 44) que un cambio tan maravilloso de suerte se debe, pura y únicamente, no a sus propios merecimientos, sino al «Dios único y omnipotente, salvador de su pueblo y defensor celoso del honor *de Su nombre»* (Asensio).

Versículos 45–49

En la Biblia Hebrea, estos versículos figuran al comienzo del capítulo siguiente, que es adonde claramente pertenecen. Nuestras versiones siguen el orden de los LXX, de la Vulgata Latina y de la versión siríaca. Tenemos aquí una profecía de ira contra Judá y Jerusalén, que malamente cuadra con el presente capítulo, mientras que tiene su explicación en el capítulo siguiente, donde el pueblo se queja de que no entienden la parábola. En esta parábola:

1. La profecía va dirigida a un bosque, *el bosque del sur* (hebr. *négueb),* que aquí es Judá y Jerusalén. Como la profecía es pronunciada en Babilonia y Babilonia, estaba al nordeste de Jerusalén, se le ordena al profeta (v. 46) que *ponga su rostro hacia el sur,* para dar a entender que Dios había puesto Su rostro contra ellos. Pero, aunque es un mensaje de ira, ha de predicarlo con cierta ternura, *derramando* (lit. *destilando o goteando) su palabra, etc.* (comp. con Dt. 32:2), para que el corazón de los oyentes se esponje y ablande poco a poco, en lugar de ser abrumado y aturdido por un torrente rápido que lo deje tan mal como estaba o peor. Fisch hace notar que de dicho verbo se formó el vocablo para «predicador» en el hebreo tardío.

2. Judá y Jerusalén son llamados *bosque* porque habían quedado vacías de fruto, ya que en los bosques no se dan los árboles frutales. Los que debían haber sido como el huerto y el jardín de Jehová, se habían convertido en un bosque, desierto y descuidado, lleno de espinos y cardos, donde sólo las alimañas podían habitar. Es en este bosque (v. 47) donde el Señor Jehová va *a encender un fuego que lo consumirá todo y no se apagará* (v. 48) mientras no haya llevado a cabo su obra. *Todos los rostros* (v. 47, al final), es decir, todo lo que cubre la faz de la tierra, *desde el sur hasta el norte serán quemados.* Dice Fisch: «Todos los habitantes de la tierra sufrirán por la crueldad del invasor, hasta los justos». El Dios que había sido para ellos un fuego protector es ahora un fuego consumidor.

3. Ellos (v. 49) no entienden o fingen no entender la parábola. Dice Asensio: «Con desprecio, traducido externamente en una fórmula de ignorancia, los oyentes se mofan del estilo "parabólico" y fingen no darle importancia (12:21–28), como si se tratase de un pasatiempo del profeta».

CAPÍTULO 21

I. Explicación de la profecía, al cierre del capítulo anterior, concerniente al fuego en el bosque (vv. 1–5), con instrucciones al profeta para que se muestre hondamente afectado por la noticia que ha de comunicar (vv. 6, 7). II. Otra predicción acerca de la espada que se cernía sobre la tierra (vv. 8–17). III. Un informe del acercamiento del rey de Babilonia a Jerusalén (vv. 18–24). IV. Sentencia contra

Sedequías rey de Judá (vv. 25–27). V. Se predice la destrucción de los amonitas por la espada (vv. 28–32).

Versículos 1–7

El profeta entregó fielmente el mensaje en los mismos términos con que lo recibió, pero la palabra de Jehová vino de nuevo a él y le dio la clave para interpretar el mensaje parabólico.

1. Se le dice al profeta contra quién ha de disparar el dardo de esta profecía (v. 2): Tiene que *derramar* (el mismo verbo de 20:46) su *palabra hacia los santuarios* (lit.), es decir, sobre los diversos edificios que componían el Templo.

2. El significado del fuego que había de consumir el bosque del sur: *la espada* (v. 3) de la guerra que había de dejar desolado el país. ¿No devoró el fuego *todo árbol verde y todo árbol seco?* (v. 17b). Pues así había de *cortar la espada al justo y al impío* (v. 3b, comp. con Lc. 23:31). Nótese que Dios dice tres veces en tres versículos *mi espada* (vv. 3–5), pues Nabucodonosor era mero instrumento, aunque culpable, en las manos de Dios. Los justos fueron cortados del país cuando los deportaron a Babilonia. Varones tan excelentes como Daniel y sus compañeros, y, después, Ezequiel, fueron cortados de la tierra y trasladados a Babilonia. Pero de ningún modo se puede pensar que *los justos son como los impíos;* las gracias y los consuelos de Dios hacen muy grande la diferencia. Los *higos buenos* son enviados a Babilonia *para su bien* (Jer. 24:5, 6).

3. Se le ordena al profeta que haga todo lo posible, mediante expresiones de su pesar y preocupación por estas inminentes calamidades, impresionar también de igual manera al pueblo. Tiene que *gemir* (vv. 6, 7) *con quebrantamiento de lomos,* esto es, «con emociones que quebrantan» (Fisch) y *con amargura,* de forma que también ellos (v. 7) se sientan desfallecidos y quebrantados física y emocionalmente.

Versículos 8–17

Otra profecía concerniente a la espada. Ya estaba desenvainada en los versículos anteriores; aquí está lista para la ejecución, y esto es lo que se le ordena al profeta que lamente.

1. *La espada* (v. 9) *está afilada, pulida está para que relumbre* (comp. con Dt. 32:41), a fin de que su mismo centelleo infunda terror a las futuras *víctimas* (vv. 9b, 10a). La segunda parte del versículo 10 es sumamente difícil de traducir e interpretar, debido a su tremenda concisión. Dice así a la letra: *«La vara de mi hijo despreciando (o rechazando) todo árbol».* Al cubrir los evidentes huecos, la versión más probable es la que ofrece Fisch: *«(La espada es) la vara de mi hijo, rechaza todo (otro) árbol».* Contra la opinión de Feinberg, que ve aquí una alusión a Génesis 49:9, 10 (aunque él mismo confiesa que «deja algo que desear, pues la promesa del Génesis se introduce aquí demasiado abruptamente»), la interpretación más probable es también la de Fisch, con la que está de acuerdo la de M. Henry. Dice Fisch: «La palabra *vara* se usa comúnmente para indicar el castigo de Dios (cf. Is. 10:24; 30:31; Lm. 3:1) y el instrumento también del castigo humano (cf. Pr. 13:24). Puesto que Jerusalén es comparada a un bosque (v. 2—en la Biblia Hebrea; 20:46 en nuestras versiones—; el paréntesis es del traductor) las naciones son mencionadas como "árboles"». M. Henry, por su parte comenta: «O (es una interpretación alternativa) esta espada es *la vara de mi hijo,* vara de corrección, para castigo de la transgresión del pueblo de Dios (2 S. 7:14), no para cortarlos de ser pueblo. Es una espada para otros, una vara para mi hijo».

2. Cómo es puesta aquí la espada en manos de los ejecutores (v. 11, al final); «… *en mano del matador»;* no del esgrimidor deportivo, sino del que va a ejecutar la sentencia de Dios.

3. Contra quién es enviada (v. 12): «… *ésta pende sobre mi pueblo»* Todos, príncipes y pueblo, van a *caer a espada.* La espada de los paganos va a caer sobre el pueblo de Dios. Pero, si la espada cae alguna vez sobre el pueblo de Dios, ¿no tienen ellos interiormente el consuelo suficiente para armarlos contra todo lo que es atemorizador? Sí que lo tienen, mientras se comporten como conviene al pueblo de Dios; pero éstos no se habían conducido así; por consiguiente, la espada está contra todos ellos (v. 15b); *«en todas las puertas de ellos he puesto la punta de la espada»,* dirigiéndose a todos los que se creían seguros de que no entraría en su casa. Caerá especialmente contra los grandes de Israel (v. 12b: *«sobre todos los príncipes de Israel»),* porque eran los mayores pecadores de todos. Pero, como no había nadie libre de culpa, se le da a la espada carta blanca para que *corte a diestro y siniestro* (v. 16).

4. La naturaleza de esta espada y sus limitaciones en cuanto al pueblo de Dios. Veamos, con todo, la versión literal y la interpretación más probable del difícil versículo 13. Dice así a la letra: *«Porque una prueba (ha sido hecha), ¿y qué, si aun a la vara desprecia (la espada)? ¡No existirá! Oráculo del Señor Jehová»*. En cuanto a la interpretación, la de Rashí (citado por Fisch) es la preferible: «(Mi hijo) ha sido probado por otros castigos, pero menos drásticos, de Dios. ¿Qué será, pues, de él si también la espada que rechazó las otras naciones le golpea a él? Cesará de existir».

5. Vemos aquí que tanto el profeta como el pueblo tienen que mostrarse afectados por la amenaza de estos castigos. El profeta no tiene que pensar en palabras elegantes: *«¡Una espada, una espada …!»* (v. 9b. Lit.) y (v. 14), donde a Ezequiel se le ordena *batir palmas* de indignación (más probable esto último, a la vista de la frase posterior y del v. 22), así como lo de *«golpéate la cadera»* del versículo 12 (al final) es muestra de desesperación (comp. con Jer. 31:19). La fuerza destructiva de la espada se había de *duplicar tres veces,* o se había de *triplicar* (no está claro el sentido), lo que indica la fuerza con que había de caer, en especial, sobre Sedequías (v. el v. 25). Los muertos serían tantos que los supervivientes huirían *dando trompicones* (v. 15) contra los cadáveres de los caídos. Dios mismo podrá, «unido antropomórficamente al profeta (v. 17), *batir sus manos* en señal de venganza satisfecha y *sentir saciado su furor* tan loca y obstinadamente provocado (cf. 5:13)» (Asensio).

Versículos 18–27

El profeta, en los versículos anteriores, les ha mostrado que la espada se acercaba.

1. Tiene que mostrar ahora que se acerca el ejército caldeo contra Jerusalén. El profeta tiene que *trazar dos caminos* (v. 19) y ha de conducir al ejército del rey de Babilonia al lugar en que ambos caminos se cruzan, porque en la encrucijada tienen que hacer una parada. Uno de los caminos conduce a Rabá, la capital del país de los amonitas, y el otro lleva a Jerusalén. El caldeo está resuelto a llevar la ruina a los dos lugares, pero no ha decidido aún a cuál de ellos ha de atacar primero. Muchos habitantes de Judá se han refugiado en Jerusalén; por eso dice el texto sagrado (v. 20b) *«a Judá en Jerusalén, la fortificada»*.

2. El profeta ve (v. 21) al rey caldeo *detenido en la encrucijada, al principio de los dos caminos,* que trata de saber, al recurrir a la adivinación, a cuál de los dos lugares debe dirigirse primero, ya que tiene en cuenta, como dice Fisch, que Rabá es «una ciudad que podría tomarse sin dificultad», mientras que «Jerusalén, con sus fuertes muros, habría de requerir un prolongado asedio para ser capturada. Esta consideración podría inducir a Nabucodonosor a hacer de la primera su primer objetivo, pero quiere decidirlo con el uso del arte de la adivinación». Usa para ello ritos muy empleados por los asirios y los babilonios. *Ha sacudido las flechas,* mezclándolas en un recipiente, después de escribir en cada una de ellas los respectivos nombres (o señales) de Rabá y de Jerusalén; *ha consultado a sus ídolos* (hebr. *teraphim*, comp. con Gn. 31:19, 30; Jue. 17:5; 18:17, 20), *examinó el hígado* de la víctima sacrificada, rito que también se usaba en Grecia y Roma. De él dice Cooke (citado por Fisch): «Conforme a ciertas ideas primitivas, el hígado era la sede de la vida porque está lleno de sangre; de aquí que, para obtener el omen, como de un órgano vivo, se sacrificaba primero una oveja y luego se examinaba su hígado para hallar el color y las marcas que aparecían en él». *La adivinación señaló* (v. 22) *a su mano derecha*, es decir, *a Jerusalén.*

3. Ezequiel tiene que mostrar al pueblo y al rey Sedequías que ellos mismos han atraído sobre sí esta destrucción a causa de sus pecados.

(A) En cuanto al pueblo, se creía seguro por el pacto que el caldeo había hecho con Sedequías (17:13, 16, 18), pacto que el propio Sedequías quebrantó después. Esto no les va a valer, pues Dios recuerda bien todas sus maldades pasadas (vv. 23b, 24), además de que ellos *tienen por mentirosa esta adivinación* incluida en la profecía que Ezequiel les hace de parte de Dios (v. 23a). Es cierto que, de parte de Nabucodonosor, aquello era una superstición, pero también eso entraba en los designios de la divina providencia para conducir derechamente a Jerusalén al ejército caldeo.

(B) También el rey Sedequías había traído sobre sí esta ruina, pues era un malvado; se le llama aquí (v. 25) *profano e impío,* pues no sólo pecó directamente contra Dios, sino que violó también el pacto que habla hecho con juramento con el rey de Babilonia. Con ello, ha perdido el derecho a la corona y será humillado hasta lo más bajo (v. 26). «Ezequiel le ordena "se despoje" de las insignias reales del *mitsnépheth o turbante* y de la *ataráh o corona»* (Asensio). Coronas y diademas son cosas que se pueden

perder fácilmente; solamente en el otro mundo hay una corona de gloria que nunca se desvanece. Los intentos de restablecer el gobierno quedarán en nada, *hasta que* (v. 27b) *venga aquel cuyo es el derecho, y yo (habla el Señor Jehová*—v. 26—) *se lo entregaré.* Clara referencia a Génesis 49:10.

Versículos 28–32

La predicción de la destrucción de los amonitas a manos de Nabucodonosor tuvo su cumplimiento unos cinco años después de la destrucción de Jerusalén.

1. Se insinúa aquí el pecado de los amonitas (v. 28). Su *oprobio* consistió (25:6) en alegrarse del exterminio de Israel, lo cual fue vil e inhumano. En su orgullo, creyeron que eran mejores que los israelitas, al quedar, de momento, exentos de la destrucción que caía sobre el pueblo de Dios. Pero también, sin tardar mucho, les llegará su día, cuando (v. 29) *caerán sobre los cuellos de los malvados sentenciados a muerte,* es decir, «sobre los cadáveres de los judíos, y formarán un solo montón» (Fisch).

2. Se predice la ruina completa de los amonitas. Dios se resiente de las indignidades e injurias que los amonitas han cometido contra Su pueblo como si las hubiesen cometido contra Él mismo (v. 31). Feinberg explica así el sentido de los versículos 30 y 31: «El versículo 30 no se ha de interpretar como una indicación de que Amón aprovechó la oportunidad para obtener solapadamente el favor de Nabucodonosor, cuando éste marchaba contra Jerusalén, al recurrir al ataque contra Judá, en lo que el Señor les mandó que desistieran. Dicho simplemente, Ezequiel advertía a Amón que la resistencia contra Babilonia de parte de ellos sería inútil. El castigo les había de alcanzar en su propio país. La figura del fuego reemplazaba a la de la espada».

CAPÍTULO 22

Tres diferentes oráculos que Dios encomienda al profeta para que los entregue al pueblo; conciernen a Judá y Jerusalén, a fin de mostrarles sus pecados y los inminentes castigos. I. Un catálogo de sus pecados (vv. 1–16). II. Son condenados al fuego como escoria (vv. 17–22). III. Todos son hallados culpables (vv. 23–31).

Versículos 1–16

El profeta es autorizado para juzgar (v. 2) *a la ciudad de sangres* (lit.), es decir, *derramadora de sangre* (comp. con 7:23).

1. En este oficio de *juzgar* a la ciudad, Ezequiel abre el pliego de cargos, que contiene un catálogo de crímenes abominables y repugnantes. En los versículos 3–6 es probable que se aluda al sacrificio de hijos e hijas para propiciar a Moloc, así como a los crímenes de sangre como resultado de decisiones judiciales injustas; en particular, por calumnia de los demandantes (v. los vv. 6 y 9, y comp. con 23:27; 24:6, 9). Siguen (vv. 7–12) groseras inmoralidades de toda clase: faltas de respeto a los padres, opresión de extranjeros, huérfanos y viudas (v. 7), profanación del santuario y del sábado (v. 8), banquetes idolátricos en los montes (v. 9), violación de la madrastra y de la menstruante (v. 10), de la mujer del prójimo, de la nuera y de la hermana de padre (v. 11); soborno, usura y explotación con violencia (v. 12). En el fondo de toda esta serie de abominaciones estaba el olvido de Dios: *«te olvidaste de mí, dice el Señor Jehová»* (v. 12, al final).

2. Por esos crímenes, Ezequiel tiene que dictar sentencia contra Jerusalén. Que sepa que ha colmado la medida de su iniquidad, y que sus pecados claman pronta venganza. Ha hecho todo lo posible para que *venga su hora* (v. 3, hacia el final), *ha hecho acercarse sus días* (lit.), es decir, la hora de su castigo, y *ha llegado al término de sus años,* esto es, a su desaparición completa por destrucción. Malbim (citado por Fisch) entiende la segunda frase del siguiente modo: «Han traído también sobre sí mismos los años de dispersión y de exilio que han de seguir al derribo del Estado». Es más probable que ambas frases ofrezcan un caso de paralelismo de sinonimia. Dios la ha expuesto al escarnio de las naciones vecinas (v. 4b). Puesto que ha ido en pos del camino de los gentiles, y aprendido las costumbres de ellos, va a tener

bastante de ellos (v. 15): «No sólo te enviaré a las naciones, fuera de tu país, sino que *te dispersaré por las naciones y te esparciré por las tierras,* aunque con el objetivo amoroso de *hacer fenecer de ti tu inmundicia».*

Versículos 17–22

1. Se describe aquí la miserable degeneración de la casa de Israel. En tiempo de David y de Salomón había sido *cabeza de oro;* cuando se dividió en dos el reino, era como los *brazos de plata.* Pero ahora había degenerado en metales más bajos (v. 18b): *«todos ellos son bronce, estaño, hierro y plomo»,* lo que, según algunos, significa las diversas clases de pecadores entre ellos. *«La casa de Israel se me ha convertido en escoria»* (v. 18). Eso es lo que ahora vale a los ojos de Dios: *«en escorias de plata se convirtieron»* (v. 18, al final); el vocablo significa toda la suciedad, la basura y desperdicios inútiles que se separan de la plata en el proceso de limpiarla, derretirla y refinarla.

2. A continuación se predice (vv. 19–22) la terrible destrucción de esta degenerada casa de Israel. Están todos reunidos en Jerusalén; allá se ha refugiado la gente desde todas las partes del país, como si la capital fuese realmente una ciudad de refugio. Dios les dice ahora que esta aglomeración de israelitas en Jerusalén había de ser como la reunión de diversos metales en el horno o crisol, a fin de ser derretidos para separar de ellos la escoria.

Versículos 23–31

1. Se nos da aquí una idea general del país de Israel, de lo mucho que se merecían los castigos que iban a culminar en su destrucción, y de lo mucho que necesitaban estos castigos para ser refinados por ellos. El profeta tiene que decirles con toda claridad: «*Tú eres una tierra que no ha sido limpiada,* no ha sido regada, ni refinada como lo es el metal precioso y, por consiguiente, necesitas entrar de nuevo en el horno» (v. 24).

2. Todos ellos habían contribuido a llenar la medida de los pecados de la nación, y nadie había hecho nada en orden a vaciarla de culpa.

(A) *Los profetas,* que pasaban por ser los encargados de hacer conocer al pueblo la mente de Dios, no sólo eran *engañadores,* sino *devoradores* (v. 25). Devoraban las almas de los pecadores, lisonjeándolos con falsas promesas de paz.

(B) Los *sacerdotes,* que eran por oficio maestros de la Ley, *violaban esa misma ley* (v. 26), que ellos debían haber observado y enseñado a otros a observarla; *entre lo santo y lo profano no hicieron diferencia, ni enseñaron a distinguir entre inmundo y limpio,* e ignoraban las normas de la Ley (v. Lv. 10:10 y ss., por ej.) a este respecto. También (v. 26b) *apartaron sus ojos* de mis *sábados,* es decir, «veían con indiferencia la desecración que el pueblo hacía de los días sagrados (cf. Jer. 17:21 y ss.)» (Fisch).

(C) Los *príncipes* (v. 27) se atrevían a transgredir la Ley tanto como cualquier otra persona: *«Son como lobos que arrebatan la presa»,* pues eso es lo que hace el poder cuando carece de justicia y de bondad para dirigirlo.

(D) De nuevo vuelve Ezequiel a mencionar los *profetas* (v. 28), como «responsables de la vil conducta de los otros. No sólo no les reprendieron, sino que les apoyaron en sus malvadas obras, al poner "un revoque inútil" sobre una estructura tambaleante (v. en 13:10)» (Fisch). Les decían en nombre de Dios que no había nada malo en lo que hacían. Los profetas estucadores son los grandes sostenes de los príncipes devoradores.

(E) Finalmente, el *pueblo* llano (v. 29), si tenía en sus manos algún poder, había aprendido de sus príncipes a abusar de él. Y no había entre ellos ninguna persona lo suficientemente buena para interceder a favor del país (v. 30), *«poniéndose en la brecha delante de mí*—dice Dios—*a favor de la tierra».* El pecado abre una brecha (comp. con Is. 59:2) en la cerca de protección que hay en torno a un pueblo en el que las cosas buenas salen, y las malas entran sin cesar. Hay sólo un medio para ponerse en la brecha: el arrepentimiento, la oración y la reforma de la conducta. Así es como pudo Moisés ponerse en la brecha cuando hizo intercesión a favor de Israel, *a fn de apartar la indignación de Dios* (Sal. 106:23).

CAPÍTULO 23

Otra historia de las apostasías del pueblo de Dios bajo la alegoría de la prostitución corporal y del adulterio carnal. Aquí se consideran por separado los reinos de Israel y de Judá, con sus respectivas capitales, Samaria y Jerusalén. I. Israel y Samaria apostatan de Dios (vv. 1–8) y atraen sobre sí su propia ruina (vv. 9, 10). II. También Judá y Jerusalén apostatan de Dios (vv. 11–21) y serán destruidas de manera similar (vv. 22–35). III. La maldad conjunta de ambas hermanas (vv. 36–44) y la ruina conjunta de ambas (vv. 45–49).

Versículos 1–10

Las personas cuyos pecados se exponen aquí son *dos hermanas,* dos reinos, Israel y Judá; son (v. 2) *hijas de una misma madre,* y han sido por largo tiempo *un solo pueblo.*

1. Cuando todavía estaban unidas (v. 3), *ya fornicaron en Egipto.* El texto sagrado usa frases que podrían sonar mal a muchos oídos, pero sirven para expresar de la manera más vívida la gravedad del pecado de idolatría, que Israel cometió ya en Egipto (v. 20:8). Dice sobre el v. 3b Fisch: «Los profetas suelen referirse a la idolatría bajo la imagen del libertinaje sexual. Las "hermanas" perdieron su castidad durante su juventud en Egipto, esto es, se corrompieron con los cultos de los egipcios».

2. Sus nombres cuando se separaron una de otra (v. 4). El reino del norte, Israel, es llamado *la hermana mayor,* por constar de diez tribus y su consiguiente superioridad geograficodemográfica, mientras que el reino del sur sólo constaba de dos tribus. En esta alegoría, Samaria y el reino de Israel reciben el nombre propio de *Oholáh,* que significa «su tienda» (o «su tabernáculo»), porque los lugares de culto que dicho reino tenía, así como el culto mismo que allí practicaba, eran de su propia invención. Jerusalén y el reino de Judá llevan el nombre de *Oholibáh,* que significa «mi tienda (o tabernáculo) en ella», porque el templo de Jerusalén era el lugar que Dios mismo *había escogido para poner allí su nombre.*

3. La traicionera apostasía del reino de Israel, al separarse de Dios juntamente con su separación de Judá (v. 5). Aun cuando las diez tribus habían desertado de la casa de David, todavía Dios las reconoce como Suyas: *«aun cuando me pertenecía a mí».* De no haber sido así, no se la podría haber tenido ya por adúltera. Mientras adoraron sólo al Dios de Israel, aunque fuese por medio de la imagen del becerro de oro, Dios no los rechazó de sí. Pero *Oholáh* se prostituyó en el culto a Baal (1 R. 16:31) en competición con Jehová (1 R. 18:21); del mismo modo que una vil adúltera *se enamora de sus amantes,* así se enamoró ella de sus vecinos, especialmente los asirios (vv. 5–9). Admiraba sus ídolos y les rendía culto.

4. La destrucción del reino del norte por haber apostatado de Dios (vv. 9, 10): «*Por lo cual la entregué en manos de sus amantes, etc.».* Por su apostasía, Dios la entregó primero a su concupiscencia y, en castigo de ello, *la entregó a sus amantes.* En 2 Reyes 17:6 y ss. tenemos en detalle el informe de dicho castigo.

Versículos 11–21

El profeta Oseas, en su tiempo, hizo notar que las dos tribus del sur retuvieron su integridad, en gran medida, después que apostataron las diez tribus del norte. Pero el desdichado cruzamiento entre la casa de David y la casa de Acab fue la ocasión para que el culto a Baal se introdujese en el reino de Judá. Es cierto que hubo en Judá reyes buenos, reformadores, que acabaron con tal culto. Pero en el reinado de Manasés, precisamente poco después de que el reino de Judá presenciase la ruina del reino de Israel, los de Judá se corrompieron más de lo que Israel se había corrompido en su desordenado amor a los ídolos (v. 11).

1. Jerusalén, que había sido una *ciudad fiel, se convirtió en ramera* (Is. 1:21). También ella *se enamoró de los asirios* (v. 12), y se unió en coalición con ellos, ya que se unió en el culto con ellos. De esta forma, se aficionó más y más a todo lo extranjero, y menospreció más y más todo lo que era de su propia nación; incluso su religión vino a ser mero formalismo. Se enamoró de los capitanes babilonios (vv. 15, 16), se unió en alianza con ese reino y envió por modelos de sus imágenes, altares y templetes, e hizo uso de ellos en su adoración.

2. Cuando se cansó de los asirios y caldeos, se puso a cortejar a los egipcios (v. 19–21), y entró en alianza con ellos y se unió a ellos en sus idolatrías; con eso *multiplicó sus fornicaciones* (v. 19), con lo que repitió con gusto las cometidas en su juventud allí, pues *trajo a su memoria aquellos días.* Los que, en lugar de reflexionar con pesadumbre y vergüenza sobre sus pecados anteriores, los recuerdan con placer y orgullo, desafían la gracia del arrepentimiento.

3. Especialmente crudo, a primera vista, parece el versículo 20, en el que las versiones o extreman la crudeza o la cubren de tal modo que el lector no se entera del sentido literal del texto hebreo, que es como sigue: «Y *se enamoró de entrar en concubinato con ellos, cuya carne es como la carne de asnos, y cuyo semen es como el semen de caballos*». La *Nueva Biblia Española* tiene una versión muy elegante, que cubre castamente algo de la crudeza del original: «Y *volvió a enamorarse de sus rufianes, que tienen sexo de garañones y esperma de sementales*». Son frases, como dice Lofthouse, proverbiales, con las que Ezequiel expresa su asco y su menosprecio. Fisch comenta así el versículo: «Así como una ramera es atraída por la potencia sexual, así Judea fue seducida por el poder militar de Egipto». En línea parecida, dice Feinberg: «Aquí hay una probable referencia a las llamadas hechas por Judá a Egipto para que le ayudase contra Babilonia (v. 27; Jer. 2:18; 37:7)».

4. Dios entrega con toda justicia, a esta ciudad infiel, el libelo de repudio. El pecado enajena la mente de Dios con respecto al pecador, y eso es muy justo, pues también es la alienación de la mente del pecador con respecto a Dios.

Versículos 22–35

Jerusalén, mencionada aquí bajo el nombre de *Oholibáh,* es encausada como un traidor a su Señor soberano, el Dios de los cielos. Al no tener ante sus ojos el temor de Dios, e instigada por el diablo, se ha rebelado de la lealtad que le había prometido.

1. Sus antiguos aliados han de ser sus destruidores (v. 22): «… *yo suscitaré contra ti a tus amantes,* los caldeos, a los que tanto admirabas antes, y cuyo pacto has quebrantado deslealmente».

2. La destrucción a la que va a ser sometida.

(A) Sus enemigos vendrán contra ella *de todas partes* (v. 22, al final) *o desde todos los lados* (lit. *desde los alrededores).* Vendrán con gran alarde de fuerzas militares (v. 24); un ejército muy grande y muy bien armado. *La juzgarán por las leyes de ellos* (v. 24, al final), de cuya rudeza no se puede dudar a la vista de los versículos 25, 26 y 29, y al tener en cuenta que es una guerra de revancha.

(B) Será despojada de sus lujosos vestidos y de sus valiosas joyas (v. 26), con las que trataba de captarse la simpatía de sus amantes. Tanto la ciudad como el país quedarán empobrecidos, y sus hijos tendrán que marchar al exilio en cautiverio. Sobre la frase del versículo 25b *«te quitarán la nariz y las orejas»,* dice Fisch: «En la antigüedad, estas deformaciones eran llevadas a cabo en las adúlteras. Aquí, los vocablos tienen sentido figurado, e indica que la nación se verá privada de sus jefes, los cuales serán llevados cautivos».

(C) Por haber seguido las pisadas de los pecados de Samaria, no puede esperar otra *suerte («cáliz»)* distinta de la de Samaria (v. 31). Se habían portado mal, muy mal, y eso justificaba a Dios en todo lo que había traído sobre ellos (v. 30): *«Estas cosas se harán contigo porque fornicaste en pos de las naciones y te contaminaste con sus ídolos».* Y, de nuevo (v. 35), el pecado fundamental: *«Por cuanto te has olvidado de mí y me has echado tras tus espaldas».* El olvido de Dios está en el fondo de todas nuestras traicioneras separaciones de Él.

(D) Este fuego, aunque consuma a muchos, será refinador para un remanente (v. 27). Antes del cautiverio en Babilonia, ninguna nación (si tenemos en cuenta todas las circunstancias) estuvo tan inclinada hacia los ídolos y hacia la idolatría como ellos; pero después del cautiverio, ninguna nación fue tan vehementemente contraria a los ídolos y a la idolatría como ellos.

Versículos 36–49

Después que las diez tribus fueron llevadas en cautiverio, lo que quedó de ellas fue incorporándose gradualmente al reino de Judá, y se estableció en Jerusalén; de forma que las *dos hermanas* llegaron realmente, hasta cierto punto, a ser otra vez *una* sola; por consiguiente (v. 36), al profeta se le ordena juzgarlas a las dos a la vez. La cosa está peor todavía después de la reunión.

1. Ezequiel (v. 36b) tiene que *echarles en cara sus abominaciones.* Han sido culpables de abominable idolatría, llamada aquí (v. 37) *adulterio,* pues han quebrantado el pacto matrimonial con Dios. También han cometido los más bárbaros asesinatos, al sacrificar a sus hijos a Moloc. Y han profanado (v. 28) lo más sagrado con que Dios los había dignificado y distinguido. Para mayor indignidad, *el mismo día* (v. 29) *en que habían sacrificado a sus hijos a los ídolos, entraban en el santuario para contaminarlo.* Otra forma de adulterio espiritual eran las alianzas (v. 40) que pactaban con países extranjeros, pues mostraban que no ponían toda su confianza en Dios. Grandes eran las preparaciones que hacían para recibir las legaciones extranjeras, pues las compara el profeta (vv. 40–42) al penoso acicalamiento con que se prepara una mujer adúltera para hacerse atractiva a sus amantes. Sea cual sea la lectura del versículo 42 *(«sabeos» o «borrachos»),* el cuadro que presentan estos versículos es el de un país que «se ha sumido en tales profundidades que entra en alianzas con los tipos más degenerados» (Fisch).

2 El profeta tiene también que hacerles prever los castigos que se les vienen encima a causa de tales pecados (v. 45). Los profetas tenían por oficio juzgar al pueblo en nombre de Dios y leerles la sentencia. Como este juicio era llevado a cabo por *hombres justos* (v. 45), el Dios justo garantizará la justa ejecución de la sentencia que por sus crímenes se merecen estas adúlteras (vv. 45–47). Comparar con los versículos 23 y ss. y con 16:38. La opinión más probable es que dichos *hombres justos* no son varones piadosos de la propia nación (pues éstos no van a ejecutar el castigo), sino los propios asirios y babilonios que ejecutaban esos juicios como instrumentos de Dios. Se les llama *justos,* ya sea porque, «en comparación con *Oholáh* y *Oholibáh,* eran *justos»,* según lo interpretan el Targum y los comentaristas judíos, o porque, conforme a los versículos 46 y 47, iban a ser los ejecutores de la *justicia* de Dios (comp. con 7:21, 24).

3. La destrucción de la ciudad de Dios, como la muerte de los santos de Dios, conseguirá en ellos lo que no pudieron llevar a efecto antes las ordenanzas y las providencias; de forma que Jerusalén se levantará después de sus propias cenizas para ser una nueva masa, a la manera como el oro sale del crisol purificado de su escoria.

CAPÍTULO 24

Tenemos en este capítulo dos mensajes, predicados en una especial ocasión, y ambos proceden del monte Sinaí, el monte del terror, y ambos también proceden del monte Ebal, el monte de las maldiciones; ambos hablan del fatal destino final de Jerusalén. Los profirió el profeta con ocasión del asedio de Jerusalén a manos del rey de Babilonia. I. El primero fue predicado por medio de la señal de una olla hirviente, en la que se simbolizan todas las miserias que Jerusalén había de soportar durante el asedio (vv. 1–14). II. El segundo mensaje fue predicado por medio de otra señal: la de ausencia de duelo, por parte del profeta, tras la muerte de su propia esposa, en lo que se simbolizaban las calamidades que se cernían sobre Jerusalén, demasiado grandes para ser lamentadas; tan grandes que se habían de hundir bajo ellas en callada desesperación (vv. 15–27).

Versículos 1–14

1. Dios notifica a Ezequiel en Babilonia el asedio que Nabucodonosor ha puesto a Jerusalén (v. 2): *«Hijo de hombre, escribe la fecha de este día, de este día mismo,* toma buena nota de ello en tu diario, pues se trata de una fecha muy importante: *en este mismo día,* muy lejos de aquí, sin que tú puedas verlo, *ha embestido a Jerusalén el rey de Babilonia».* Se lo dice Dios al profeta, a fin de que éste pueda comunicarlo al pueblo y, de este modo, cuando se demuestre puntualmente su verdad, sea una confirmación de la misión del profeta.

2. La fecha exacta que ha de escribir como *memorándum* en su diario el profeta (v. 1): El asedio de Jerusalén por Nabucodonosor ha comenzado *«en el año noveno, en el mes décimo, a los diez días del mes»,* es decir, a comienzos de enero del año 588 a. de C. La fecha coincide con la que leemos en 2 Reyes 25:1 y Jeremías 52:4; en estos dos últimos lugares se especifica que era *el año noveno del reinado de Nabucodonosor*.

3. La comunicación que debe hacer Ezequiel al pueblo: La casa rebelde será muy pronto la casa ruinosa.

(A) Lo tiene que comunicar por medio de una señal: la de *una olla hirviente* (vv. 3 y ss.). La imagen era bien conocida de los destinatarios (11:3) y tendía precisamente a despojarles completamente de las vanas esperanzas que habían abrigado en cuanto a la protección que el metal mismo del fondo de la olla podía prestar a la carne en ella metida, como si los muros de Jerusalén fuesen como muros de bronce. «¡Bien!», viene a decirles Dios, «así será; seréis cocidos en Jerusalén, como *la carne en la olla*». Para los que vengan de otras partes de Judea a buscar refugio en Jerusalén, esto va a ser una gran decepción, pues una vez metidos en la olla, no podrán salir de ella, sino que se cocerán con los demás habitantes de la ciudad.

(B) Tiene que explicarles el significado de esta señal (v. 6), y es algo terrible, ya de entrada, pues comienza por un fuerte «*¡ay!*». *La ciudad de sangres* es el apelativo que se le da a Jerusalén, conforme a lo que ya vimos en 22:2. Para que *la olla hierva bien* (v. 5), hará falta poner buen fuego, y bien arrimado, debajo de ella, lo que significa la estrechez del cerco de la ciudad. «La puesta de la olla en el fuego y el echar en ella el agua, la primera etapa en el proceso de la cocción, representa el asedio de Jerusalén, que es el paso preliminar para su conquista» (Fisch). Más y más combustible se va apilando bajo la olla (v. 10), pues los caldeos no van a perdonar a nadie. Todo lo mejor de la carne, es decir, los jefes (v. 4), ha de entrar en la olla, de lo mejor del rebaño, de la aristocracia de la nación (v. 5), incluidos los huesos, «gráfica alusión a la extrema ferocidad del ataque babilonio» (Fisch). Feinberg entiende lo de *«debajo de ella»* (v. 5b) como si hubiese de poner huesos también *debajo de la olla*, pero Fisch lo entiende como *debajo de la carne* (quizá sea esto lo más probable). A la vista del versículo 10, donde claramente aparece *haetsim* (*«los leños»),* hay versiones modernas que modifican el texto masorético del versículo 5, y leen también *haetsim* donde el hebreo dice *haatsamim («los huesos»).*

(C) Dios no usaría estos métodos tan severos con Jerusalén si no hubiese sido provocado a ello (vv. 7, 8). Jerusalén tenía que servir de ejemplo y escarmiento y, por consiguiente, es hecha espectáculo para el mundo. Como su enfermedad es incurable (ni la cocción en la olla ha servido), y su perversidad ha llegado a su colmo, es abandonada a su ruina, sin remedio. Todos los remedios ensayados han sido en vano (v. 13). Se ha decidido, pues, que no vuelvan a usarse tales métodos (v. 13, al final): «… *nunca más te limpiarás, hasta que yo haya saciado mi ira sobre ti*». El fuego ya no va a ser un fuego refinador, sino un fuego consumidor.

Versículos 15–27

Con estos versículos concluyen las profecías de Ezequiel acerca de la destrucción de Jerusalén; porque después de esto, aunque va a profetizar mucho acerca de otras naciones, ya no dirá nada más acerca de Jerusalén hasta que se entere de su destrucción, casi tres años después (cap. 33).

1. La señal con la que ahora había de ser presentada al pueblo la destrucción de Jerusalén.

(A) Tiene que perder a su buena esposa, la que le iba a ser quitada súbitamente por la muerte. Dios se lo comunicó de antemano (v. 16). Una esposa querida es, según la poética expresión del texto sagrado, *«el encanto de los ojos»* de un buen marido. Cuando el encanto de nuestros ojos nos es arrebatado de un golpe, debemos ver y reconocer en ello la mano de Dios: *«He aquí que yo te quito de golpe el deleite de tus ojos»*.

(B) Tiene que negarse a sí mismo la satisfacción de hacer duelo por su esposa (vv. 16, 17), lo cual habría sido un honor hacia ella y, al mismo tiempo, un alivio a la opresión de su propio corazón. Pero a Ezequiel no se le permite hacer esto, aunque quizá pensará el pueblo mal de él por no hacerlo. Tiene que *suspirar en silencio* y evitar toda otra señal de luto (comp. con 2 S. 15:30; Mi. 3:7), como la de *comer pan de enlutados* (v. 17, al final), es decir, las provisiones que sus vecinos y amigos habrían de traerle, como era costumbre en tales casos, pues se suponía que el enlutado no tendría ánimos para proveerse por sí mismo de comida. Dice el rabino Fisch: «Es todavía una ley judía que la primera comida después del entierro les sea suministrada por otros».

(C) No podía haber cosa que tan profundamente fuese en contra de la disposición de la carne y de la sangre como el no hacer duelo por la muerte de una persona a quien tan entrañablemente amaba, pero Dios lo ordena así y Ezequiel obedece (v. 18, al final): «… *hice como me fue mandado*». Apareció en público sin ninguna de las señales de duelo. Para convertirse en señal para el pueblo, Ezequiel tiene que poner por obra aquí un extraordinario ejercicio de abnegación.

2. La aplicación de la señal. El pueblo inquirió su significado (v. 19): *«¿No nos explicarás qué significan para nosotros estas cosas que haces?»* Sabían que la muerte de su esposa le había causado gran aflicción y que no se portaría de una manera tan extraña si no tuviese algún motivo serio.

(A) Ezequiel tiene que explicarles que, si un fiel siervo de Dios pasaba por una tribulación como ésta sólo para probarlo, ¿podrá quedar impune una tal generación de rebeldes contra Dios? ¡No! ¡No quedarán sin castigo! Caerá el templo, que era el mayor orgullo de ellos (v. 21a): *«He aquí yo profanaré mi santuario, la gloria de vuestro poderío, el encanto de vuestros ojos* (¡la misma frase del v. 16!) y *la pasión de vuestra alma»*. Dios lo *profanará* entregándolo en manos del enemigo caldeo, para ser saqueado y consumido por el fuego. *Caerán* también *a espada* (v. 21b) *los hijos y las hijas de ellos; «los que dejasteis»*—dice Dios—, como se insinua que les habían de ser tanto más queridos cuanto que les habían quedado pocos, ya que habían perecido los demás bajo el hambre y la peste.

(B) Tiene que hacerles saber que, así como él no ha sollozado por su aflicción, tampoco ellos deberían sollozar por la suya (v. 22): *«Haréis de la manera que yo hice»* (v. 23b): «… *no endecharéis ni lloraréis»*. Lo que se avecina sobre ellos va a ser de tal calibre que van a quedar completamente abrumados bajo su peso, y las calamidades van a llegar con tal rapidez que los dejarán como aturdidos y entontecidos. Pero no habrá en ellos ni pizca de ese sentimiento de tristeza santa que conduce al arrepentimiento, sino sólo de esa amargura que lleva a la desesperación (v. 23b): «… *os consumiréis a causa de vuestras maldades, y gemiréis unos con otros»*. *Se consumirán* en sus cauterizadas conciencias y mentes reprobadas, y *gemirán*, no a Dios en oración y confesión de sus pecados, sino *unos con otros*, quejándose de Dios (quizás estas expresiones de M. Henry sean demasiado duras—nota del traductor—, pues lo del *«unos con otros»* significa más bien que han de evitar toda manifestación externa de duelo).

3. *«Cuando esto ocurra* (v. 24b), como se predice aquí, cuando Jerusalén, que está hoy bajo asedio, esté completamente destruida, lo cual vosotros no podéis creer ahora que llegue jamás a suceder, *entonces sabréis que yo soy el Señor Jehová*, que os he avisado de ello de la manera más franca y benévola. Entonces recordaréis que Ezequiel os fue por señal».

4. Por especial dirección de la Providencia, el día en que Jerusalén (y con ella, el templo) caiga (v. 25), vendrá a darle a Ezequiel la noticia (v. 26) *«uno que haya escapado para hacértelo oír con tus propios oídos»*, lo cual sucedió puntualmente (33:21). Pero, desde este momento hasta entonces, Ezequiel se mantuvo en silencio en cuanto a la suerte funesta que le esperaba al país de Israel, pues se le ordenó profetizar contra las naciones vecinas, como veremos en los capítulos siguientes. Después, desaparecerá esta «mudez» (v. 33:22 al final) cuando Dios le ordene de nuevo *«hablar a los hijos de tu pueblo»* (33:2). Mientras Dios hablaba tan alto mediante la vara, no había tanta necesidad de que hablara mediante la palabra.

CAPÍTULO 25

Ezequiel ha terminado su testimonio concerniente a la destrucción de Jerusalén. Pero no por eso va a quedar en silencio; hay varias naciones limítrofes con el país de Israel contra las que tiene que profetizar, como lo habían hecho antes de él Isaías y Jeremías. En este capítulo tenemos su profecía: I. Contra los amonitas (vv. 1–7). II. Contra los moabitas (vv. 8–11). III. Contra los edomitas (vv. 11–14). IV. Contra los filisteos (vv. 15–17). Lo que se les echa en cara a cada uno de ellos es su conducta bárbara e insolente hacia el Israel de Dios.

Versículos 1–7

1. Se le ordena al profeta que se dirija contra los amonitas en el nombre del *Señor Jehová*, del Señor Soberano de toda la tierra, que es Jehová, el Dios de Israel. Se le pide (v. 2) que *ponga su rostro hacia los hijos de Amón*, porque es el embajador de Dios y debe dar así a entender que (Sal. 34:16) *«el rostro de Jehová* (está) *contra los que hacen* (el) *mal»* (lit.). Tiene que mostrar que, aunque había profetizado por largo tiempo contra Israel, estaba, no obstante, a favor de Israel y que, mientras testificaba contra sus corrupciones, se gloriaba del pacto de Dios con ellos.

2. Se le instruye acerca de lo que debe decirles. Ezequiel es ahora un cautivo en Babilonia y sabe muy poco de las naciones circunvecinas; pero Dios le dice lo que estaban haciendo y lo que Él se disponía a hacer con ellas.

(A) Tiene que echarles en cara a los amonitas su alegría insolente e inhumana por las calamidades de Israel (v. 3). De entre todos los pueblos, los amonitas no deberían haberse regocijado de la ruina de Jerusalén, sino más bien haberse echado a temblar, pues ellos mismos habían escapado por las justas (21:20), y tenían motivos para pensar que el rey de Babilonia había de ponerles a ellos por el próximo blanco de sus ataques. Gozarse de las calamidades de otros es algo muy perverso.

(B) Tiene que amenazar a los amonitas con ruina completa por su insolencia. Ya había predicho anteriormente la destrucción de los amonitas (21:28). Si ellos se hubiesen arrepentido, esa destrucción habría sido revocada; pero ahora es ratificada. Vinieron los caldeos del nordeste, y su ejército, bajo el mando de Nabucodonosor, destruyó el país de los amonitas unos cinco años después de la destrucción de Jerusalén; más tarde, tribus nómadas árabes *(«los orientales»*—v. 4—) se posesionaron del país por sí mismos. Incluso a la capital, *Rabá, la puso Dios por pastizal de camellos* (v. 5). Así va a mantener Dios Su honor y hará que se manifieste que Él es el Dios de Israel, aunque soporte el que, por algún tiempo, vivan como cautivos en Babilonia.

Versículos 8–17

Tres más, entre los malvados vecinos de Israel, son condenados aquí a la destrucción por contribuir a la caída de Jerusalén y alegrarse de esta calamidad.

1. Los moabitas. Seír, que era la sede de los edomitas, es unida a ellos (v. 8).

(A) Decían los moabitas (v. 8b): *«He aquí que la casa de Judá es como todas las naciones,* esto es, en nada se diferencia de otros pueblos; de seguro que no son el pueblo escogido de Dios, pues lo están pasando peor que ningún otro pueblo». Pensaban así que el Dios de Israel no era más poderoso que cualquier otro dios de las demás naciones. Dice Asensio: «Negación blasfema del poder de Jehová a través del desprecio de Su pueblo, que Jehová mismo se encarga de vengar».

(B) En efecto, Dios va a castigar a Moab por este pecado; su país será destruido como el de los amonitas, pues eran culpables del mismo pecado que ellos (vv. 9, 10). Sus ciudades fronterizas, en las que radicaba la fuerza del país, serán demolidas por las tropas caldeas y quedarán al descubierto. *Los hijos del oriente* (v. 10, comp. con el v. 4), cuando vengan a tomar posesión del país de los amonitas, también se harán con el de los moabitas. Los árabes, pastores nómadas, que vivían tranquilamente en sus tiendas de campaña, habían de ser, por la Providencia omnipotente de Dios, puestos en posesión del país de los moabitas, los cuales eran guerreros y vivian turbulentamente. Los caldeos destruirán por medio de la guerra a Moab, y los árabes disfrutarán en paz del país.

2. Los edomitas eran descendientes de Esaú (también llamado Edom), entre el cual y su hermano Jacob se había perpetuado una vieja enemistad. Éstos no sólo se habían regocijado de la ruina de Judá y de Jerusalén, como también los moabitas y amonitas habían hecho, sino que se habían aprovechado del miserable estado al que los judíos se veían ahora reducidos, para hacerles todavía más daño (v. 12), pues habían ayudado positivamente a todos los enemigos de Israel («*vengándose con venganza»,* como dice literalmente el v. 12b); probablemente se refiere Ezequiel a 2 Reyes 14:7, cuando el rey Amasías *mató a diez mil edomitas.* Pero ahora es Dios quien va a vindicar a Israel contra esa venganza de Edom (v. 13): «*Yo también extenderé mi mano sobre Edom»,* dice Dios, y su país quedará «*asolado desde Temán* en el sur; *hasta Dedán,* que está al norte, *caerán a espada».* Sufrieron mucho a manos de los caldeos, pues a eso parece referirse Jeremías 49:8. En el apócrifo (pero histórico) 1 *Macabeos* (5:3) leemos: «*Judas* (el macabeo) *movió la guerra a los hijos de Esaú en Idumea* (el país de Edom) … *Les infligió fuerte derrota, les humilló y se alzó con sus despojos»* (*Biblia de Jerusalén*. Los paréntesis son de este traductor). Y Flavio Josefo dice (*Antig.* lib. 13, cap. 17) que Hircano hizo a los edomitas (o idumeos) tributarios de Israel.

3. Los filisteos. El pecado de éstos era muy parecido al de los hijos de Edom, como puede verse por la fraseología del versículo 15, donde se palpa que «habían sido motivados repetidamente por la venganza y habían continuado en perpetua enemistad contra Israel» (Feinberg). El castigo de los filisteos será (v. 16) semejante al de los edomitas, como semejante ha sido su pecado. Su país fue asolado por el ejército caldeo, no mucho después de la destrucción de Jerusalén, lo cual es predicho en Jeremías 47. La mención

de los *cereteos* en el versículo 16b nos recuerda la guardia personal que David tenía (2 S. 8:18), formada por *cereteos y peleteos,* filisteos a los que se alude también en otros lugares de 1 y 2 Samuel.

CAPÍTULO 26

La próxima en acudir al tribunal de Dios es la ciudad de Tiro, la cual, al ser una localidad de enorme comercio, era conocida en todo el mundo; y, por consiguiente, hay tres capítulos (éste y los dos siguientes) empleados en la predicción de la destrucción de Tiro. Ya tenemos en Isaías 23 «la carga de Tiro». En Jeremías sólo se hallan esporádicas menciones (Jer. 25:22; 27:3; 47:4). Pero a Ezequiel se le ordena que abunde en esta materia. En este capítulo tenemos: I. El pecado de que se acusa a Tiro, que es regocijarse en la destrucción de Jerusalén (v. 2). II. Se predice la destrucción de Tiro: 1. Va a ser una destrucción extremada (vv. 4–6, 12–14). 2. Los instrumentos de esta destrucción (v. 3) y el rey de Babilonia con su poderoso y victorioso ejército (vv. 7–11). 3. La sorpresa de las naciones vecinas (vv. 15–21).

Versículos 1–14

Esta profecía está fechada *en el año undécimo* (v. 1) del reinado de Sedequías, es decir, a fines del 587 o comienzos del 586, pues no se menciona el mes; en todo caso, es el mismo año en que Jerusalén fue capturada.

1. El placer con que vieron los tirios las ruinas de Jerusalén (v. 2): *«¡Ea! Quebrantada está la que era puerta de las naciones»*. Llaman así a Jerusalén porque «atraía mercaderes de muchos países» (Fisch). Una de las razones por las que se regocijan tanto es que (v. 2b) con la caída de Jerusalén, Tiro ganará muchos clientes. No es que los tirios fuesen gente de espíritu perseguidor, sino simplemente gente de negocios. Todo su interés se centraba en aumentar sus haciendas y ensanchar su comercio y, por eso, veían en Jerusalén, no precisamente un enemigo, sino un rival. Tiro se prometía que la caída de Jerusalén sería para ella una ventaja en cuanto a negocios y comercio, pues tendría ahora los clientes de Jerusalén, con lo que la prosperidad de Tiro surgiría de las ruinas mismas de su rival. Pero es muy justo que Dios eche por tierra los planes y proyectos de quienes de tal forma traman levantarse sobre las ruinas de otros.

2. Tiro era una ciudad agradable y opulenta, y podría haber continuado siéndolo si hubiese simpatizado con Jerusalén en las calamidades de ésta: *«Haré subir*—dice Dios (v. 3b)—*contra ti muchas naciones, como el mar hace subir sus olas»*. Lo de *muchas naciones* es interpretado de diversos modos. Fisch lo entiende «Nabucodonosor y sus satélites». Ryrie hace notar que Nabucodonosor la destruyó después de un asedio de 13 años (585–572 a. de C.). Alejandro Magno se apoderó de la parte isleña de la ciudad en 332 a. de C. después de un asedio de seis meses. «La ciudad fue reedificada—dice Ryrie—y es mencionada en Mateo 15:21–28; Marcos 3:8; Mateo 11:21, 22; Hechos 21:3–6. La ciudad fue casi completamente destruida por los musulmanes en 1291 de nuestra era». M. Henry piensa que lo dice por ser «un ejército de soldados de muchas naciones, o una nación que será tan fuerte como si fuesen muchas».

3. Se menciona por su nombre la persona que ha de traer sobre ellos este enorme ejército (v. 7): «… *Nabucodonosor, rey de Babilonia, rey de reyes»,* pues tenía muchos reyes que le eran tributarios, además de los que eran sus prisioneros (Dn. 2:37, 38). Vendrá con un poderoso ejército: *«con caballos, carros, jinetes, tropas y mucho pueblo»* (v. 7b). «… *levantará contra ti un terraplén, y alzará baluartes, etc»*. (v. 8). «Y *pondrá contra ti arietes, etc»*. (v. 9). *Sus caballos* (v. 10) *levantarán tal cantidad de polvo que cubrirán la ciudad con él.* La ciudad aguantó un largo asedio, pero, al fin, fue tomada. No sólo los soldados que sean hallados con armas en la mano, sino también el *pueblo* llano (v. 11b), serán pasados a cuchillo *(«a filo de espada»)*, pues el rey de Babilonia estará tremendamente exasperado contra ellos por aguantar tanto tiempo el asedio a que ha sometido la ciudad.

4. Las riquezas de la ciudad pasarán todas a ser botín del vencedor (v. 12). *Las casas suntuosas serán destruidas* (v. 12b). Cuando Jerusalén fue destruida, fue *arada como un campo* (Mi. 3:12). Pero la destrucción de Tiro irá todavía más lejos, pues hasta el suelo será raído de tal manera que quedará *como*

una roca pelada (vv. 4, 14), sin tierra que la cubra; será solamente un lugar para *tendedero de redes* (vv. 5, 14), es decir, servirá únicamente para que los pescadores puedan secar sus redes sobre *la roca pelada.*

Versículos 15–21

1. ¡Qué alto había estado y qué grande había sido Tiro! ¡Quién habría dicho que iba a caer tan bajo! Estaba (v. 17b) *poblada de los mares* (lit.), es decir, de gente que vivía del comercio marítimo, y que venían a ella de todas partes por mar. Todos *sentían terror* ante su poderío y temían desairar a los tirios.

2. ¡Qué pequeña es ahora y qué bajo ha caído Tiro! (vv. 19, 20) Esta renombrada ciudad ha sido convertida por Dios en *ciudad asolada* y cubierta por una gran inundación, no literal, sino figurada. Es el gran *abismo* (hebr. *tejom*, el mismo vocablo de Gn. 1:2) el que la va a engullir, con lo que *será puesta* (v. 20) *en la tierra de las profundidades* (lit.), *con los que descienden al sepulcro* (hebr *bor).* La última frase del versículo 20 («*y daré gloria en la tierra de los vivientes»)* es difícil de entender en este contexto. Muchos autores siguen la versión de los LXX que dice: *«ni seas levantada sobre tierra de vida»* (lit.). Fisch dice que «según los comentadores judíos, Ezequiel traza un contraste entre el destino final de Tiro y de Judea … Dios decreta la desaparición de Tiro y la restauración de Israel». Finalmente, Feinberg afirma que el contexto no admite ese contraste aquí y que no por eso hay que dejar el texto hebreo conforme se halla vertido en la AV inglesa (y en la RV española), «pero entendiendo la referencia, no a la teocracia, sino a toda la tierra en contraste con el reino de los difuntos considerado poco antes». Esta opinión es la más probable.

3. La congoja que va a afligir a los habitantes de Tiro puede colegirse por *la matanza que se va a hacer en medio de ella* (v. 15, al final). Pero no serán sólo los habitantes de Tiro los que sufran esta congoja. Hasta *las regiones costeras* limítrofes de Tiro (vv. 15, 18) *se estremecerán ante su caída.* Para expresar su simpatía hacia Tiro, los *príncipes del mar,* esto es, de esas regiones costeras limítrofes, *descenderán de sus tronos* (v. 16) y mostrarán todas las demás señales de duelo, según la costumbre oriental (comp. con Jon. 3:6). Quizás haya aquí una referencia a los opulentos mercaderes que vivían como príncipes (v. Is. 23:8). Cuando cayó Jerusalén, la ciudad santa, no hubo tales muestras de duelo de parte de los países vecinos (v. Lm. 1:12); en cambio, la caída de Tiro, la ciudad comercial, provocó una lamentación universal.

CAPÍTULO 27

Tenemos en este capítulo: I. Un largo informe de la dignidad, de la opulencia y del esplendor de Tiro cuando contaba con toda su fuerza (vv. 1–25). II. Una predicción de su caída y de su ruina (vv. 26–36). Una vez más vemos aquí la vanidad e inseguridad de las riquezas, los honores y los placeres de este mundo.

Versículos 1–25

1. Se le ordena al profeta que haga lamentación por Tiro (v. 2). La ciudad estaba todavía en la cima de su prosperidad y no aparecía el menor síntoma de su decadencia; no obstante, el profeta debe hacer duelo por ella, porque su misma prosperidad será el lazo en que caiga, lo que hará más lastimosa su caída.

2. Se le instruye sobre lo que ha de decir, y decirlo en el nombre del *Señor Jehová.*

(A) Tiene que echar en cara a Tiro su orgullo (v. 3, al final): *«Tiro, tú has dicho: Yo soy de perfecta hermosura».* Dice Fisch: «Tiro codiciaba la alabanza que otrora se tributó a Jerusalén (cf. Lm. 2:15, donde sale la misma frase)». Si a la opulencia se le llama *hermosura,* ciertamente Tiro tenía hermosos edificios y abundaban en ella el dinero y el comercio.

(B) También tiene que echarle en cara el que su prosperidad ha sido el pábulo de su orgullo.

(a) La ciudad de Tiro estaba situada en el extremo oriental del mar Mediterráneo, lo que le venía muy bien para su comercio con los países de tierra adentro de Levante, así como con los demás países costeros de la región (v. 3). Como caía entre Grecia y el Asia, llegó a ser lugar de cita de mercaderes de todas

partes. *«En el corazón de los mares* (v. 4) *están tus confines.»* Dice Fisch: «Edificada en una isla roqueña, Tiro era la Venecia de la antigüedad». Y, al aludir a las expresiones que hallamos en los versículos 5–9, prosigue: «Por consiguiente, el símil de un navío le cuadraba del modo más apropiado. Al contrario que una barquilla, la cual tiene que arrimarse a la costa, el navío al que Tiro es comparada va bogando en alta mar».

(b) A continuación se enumeran los materiales de tal «navío»: *Cipreses del monte Senir* (v. 5), esto es, del Hermón; para el *maderaje* de los flancos; *cedros del Líbano* (el mismo material que para el Templo) *para hacerle mástiles; los remos* (v. 6), de las fuertes *encinas de Basán;* de Chipre *(«kittiyím»;* lit. *de los kittitas,* esto es, chipriotas), *marfil incrustado en boj* para todo el tablado de cubierta; *de lino fino* (v. 7) *bordado de Egipto, la vela señera:* «Enseña para la identificación. Como en la antigüedad no se usaban banderas distintivas en los navíos, el color de las velas servía para ese objeto» (Fisch). Finalmente, *el toldo* (el vocablo hebreo está en singular) que cubría el navío *era de azul y púrpura* (que se halla entre las ofrendas para el tabernáculo—v. Éx. 25:4), material procedente *de las islas de Elisháh.* Sobre la identificación de este punto, dice Fisch: «Elisháh fue un hijo de Javán, que llegó a ser fundador de un pueblo (Gn. 10:4). Italia, Sicilia y Grecia se han sugerido para identificar su territorio». Y, al citar a Lofthouse, continúa: «Uno de los nombres de Dido, Elissa, podría sugerir Cartago o, quizá más en general, el territorio costero del norte de África. Eran muy estrechos los vínculos raciales y comerciales entre Cartago y Tiro».

(c) En cuanto al personal, *los remeros eran de Sidón y Arvad* (v. 8), a fin de que, entre los que hacían bogar a la nave, figuren gentes del resto de los fenicios; pero *los timoneles eran de la misma Tiro. De Guebal* (v. 9), la antigua Biblos (hoy Yebel o Yubayl), venían los más expertos reparadores y calafateadores de navíos de aquella época. No es extraño (v. 9b), pues, que Tiro fuese «el centro *comercial* de "todas las naciones"» (Asensio).

(d) Junto al personal de la industria naviera, se menciona (vv. 10, 11) el de tipo militar: Tiro reclutaba sus soldados *de Persia* («mencionada aquí por primera vez en la Biblia»—Fisch—), *de Lud y Fut,* etc., pues los fenicios eran comerciantes, no guerreros. Fisch hace notar que «aunque Lud y Put salen juntos aquí y en 30:5, son de diverso linaje. *Lud* es semita, y *Put* camita (cf. Gn. 10:6, 22). El país de Israel les proveía de maderas, pero no hallamos que les proveyese de hombres, pues eso habría violado la libertad y la dignidad de la nación judía (2 Cr. 2:17, 18). Es de notar que Ezequiel sabría muy poco, de su propio saber, acerca del comercio de Tiro, pues él era sacerdote de oficio y profeta por llamamiento de Dios, y llevaba ya once años en Babilonia, lejos de Tiro; no obstante, habla en detalle del comercio de Tiro tan bien como si hubiese estado allí de oficial de aduanas.

3. Aun cuando la prosperidad de Tiro había servido de pábulo a su orgullo, podemos hallar en esta porción buen fundamento para aplicaciones de tipo devocional.

(A) La sabiduría y la bondad de Dios, como el Dador de todos los bienes, se ven en que hace abundar una nación en una conveniencia, y otra en otra, pues no hay país que se baste a sí mismo en todos los productos y materiales; lo hace a fin de que haya mutuo comercio entre aquellos a quienes *Él ha hecho de una misma sangre,* aunque hayan de *habitar sobre toda la faz de la tierra* (Hch. 17:26).

(B) Por consiguiente, cada nación debería dar gracias a Dios por las producciones de su país; aunque no sean sus productos tan valiosos como los de otras naciones, todavía pueden ser de provecho para el uso común de la humanidad. Este tráfico internacional con Tiro es el que aquí se nos refiere; comienza por Tarsis de España (vv. 12 y ss.) hasta acabar también por Tarsis en el versículo 25. Vemos (v. 17) que *Judá y la tierra de Israel comerciaban con Tiro, con trigos de Minit y Panag, etc.* De *Minit* (hebr. *Minnith)* dice Fisch: «Ciudad amonita mencionada en Jueces 11:33; 2 Crónicas 27:5 registra las grandes cantidades de trigo y cebada que los amonitas pagaban al rey Jotam como tributo». *Panag* es desconocida.

(C) Aunque Tiro tenía copiosas riquezas como resultado de su enorme comercio con todas las naciones, se habla también (v. 16) de *la multitud de sus productos mercantiles.* Aunque algunos MSS hebreos y los LXX leen, en ese versículo 16, *Edom,* la lectura mejor atestiguada en los MSS hebreos es *Aram,* es decir, Siria. En el versículo 18 se vuelven a mencionar los *muchos productos* de Tiro, es decir, manufacturas de tipo industrial, quizá con materias primas importadas de otros países, que luego los tirios exportaban a otros países. Es extraño que Fisch interprete lo de *tus productos* (lit. *de tu hechura)* como «los artículos manufacturados exportados a Tiro por otros pueblos», cuando el hebreo dice precisamente lo contrario, pues el hebreo *merob maasáyij* significa de seguro: *«de tus abundantes hechuras»,* esto es,

de muchas cosas hechas por ti. Es una prueba de sabiduría, por parte de individuos y de naciones, animarse a producir, tanto en la agricultura como en el arte, la industria, etc., pues contribuye mucho a la riqueza de un país, y a su condición social, económica, política (y hasta moral), el poder exportar *productos de su propia hechura.*

Versículos 26–36

Como dicen los autores de la excelente obra *Search the Scriptures*, «los versículos 5–11 nos dan una descripción del navío; los versículos 12–25, de su cargo; y los versículos 26–36, de su naufragio y pérdida total, con el duelo ampliamente difundido que le siguió».

1. La destrucción de Tiro fue súbita. Su *sol se puso al mediodía.* Y toda su pompa y opulencia, su dignidad y su poder, no hicieron sino agravar su ruina. Ahí la tenemos, como un gran navío ricamente cargado que se hunde por la indiscreción de sus remeros (v. 26): *«A alta mar te condujeron tus remeros,* sin percatarse de la tempestad que se cernía a sotavento; así que *el viento solano te quebrantó en medio de los mares»* (comp. con Éx. 14:21; Sal. 48:8). Los gobernadores de la ciudad se enredaron en una guerra con los caldeos, que fue la ruina del país. Con su insolencia, provocaron a Nabucodonosor a invadirles y, con su obstinación, le enfurecieron hasta tal punto que decidió acabar con ellos y, *como un viento solano, los quebrantó en medio de los mares.*

2. Todas sus riquezas quedaron sepultadas con ella (v. 27): *«Tus riquezas, tus mercancías, tu tráfico, tus remeros, etc … caerán en medio de los mares el día de tu ruina».* Todos los que tienen a su cargo la nave, «*los marineros*» (v. 28), es decir, los gobernadores y los potentados del país, gritarán tan alto que *se estremecerán los suburbios* de la ciudad. No es seguro el significado del vocablo hebreo *migroshoth,* que podría significar *las olas* (comp. con Is. 57:20), esto es, las flotas que por entonces surquen los mares junto a Tiro, aunque «en todos los demás lugares de la Biblia, *migrash* denota las dehesas que rodean una ciudad» (Fisch). También podría significar los vecinos distritos costeros.

3. A Tiro se le echará entonces en cara su anterior prosperidad (vv. 32–34): la que antes era Tiro *la renombrada,* será llamada ahora Tiro *la quebrantada por los mares en lo profundo de las aguas.* La reacción de los espectadores será muy diversa: (A) Unos (v. 35) quedarán *atónitos de espanto, temblando, demudado el rostro;* la ansiedad estará retratada en sus caras. (B) Otros (v. 36) *silbarán* «con silbidos de mofa y alegría» (Asensio), escarnecen el orgullo que la dominaba, critican la mala administración de sus gobernantes o, simplemente, llevados de una rivalidad vengativa, ya que tienen por muy justa la ruina de la ciudad: *«para siempre dejarás de ser»;* como si dijesen: «de este golpe no se va a recobrar» (Feinberg).

4. No estará de más terminar el comentario a este capítulo con la siguiente aplicación devocional del propio Feinberg:

RICO SIN DIOS. El informe sobre Tiro tiene una relevancia especial para nuestros días, pues las áreas en las que sobresalía y por las que constituía la envidia de todo el antiguo mundo son precisamente los campos en los que toda nación moderna intenta afirmar su superioridad. Pero Tiro tiene un mensaje para nuestra época, y es que las riquezas sin Dios son incapaces de satisfacer el corazón del hombre y, con frecuencia, impiden a muchos depender de Dios. ¿Acaso no se ha introducido este espíritu en la Iglesia, y se ha metido muy hondo en la vida de demasiados creyentes?

CAPÍTULO 28

I. Predicción de la caída y de la ruina del rey de Tiro, quien, en la destrucción de dicha ciudad, es señalado en especial como blanco de los dardos de Dios (vv. 1–10). II. Lamentación por el rey de Tiro, aun cuando ha caído por su propia iniquidad (vv. 11–19). III. Profecía de la destrucción de Sidón, que estaba ubicada en la vecindad de Tiro (vv. 20–23). IV. Promesa de restauración del Israel de Dios, aunque en el día de su desgracia habían sido objeto de insultos y escarnio por parte de sus vecinos (vv. 24–26).

Versículos 1–10

El rey de Tiro es aquí singularizado de entre el resto, pues hay un mensaje de parte del *Señor Jehová* (v. 2) para él, y el profeta se lo va a enviar.

1. Debe echarle en cara su orgullo (v. 2): *«Por cuanto se enalteció tu corazón, y dijiste: Yo soy un dios … (siendo tú hombre y no Dios …)».* Sólo un orgullo, justamente llamado «satánico», puede hacer que un mero hombre se crea un dios. Quizá pensaba que la ciudad de Tiro dependía de él tan necesariamente como depende el mundo de Dios que lo creó. Pero se le dice claramente que *no es un dios, sino un* mero *hombre,* una frágil y mortal criatura de Dios (comp. con Is. 31:3). No importa que le adulen hasta hacerle creer que es superior a todos los demás mortales. Con fino sarcasmo (v. 3), se le dice a Itobal II (pues así se llamaba el a la sazón rey de Tiro): *«¡He aquí que tú eres más sabio que Daniel! ¡No hay secreto que te sea oculto!»* (comp. con Dn. 4:6). Dice Fisch: «En 14:14, Daniel fue mencionado como un prominente ejemplo de piedad; aquí, de sabiduría».

2. Así como algunos reyes de Judá eran *aficionados a la agricultura* (v. por ej. 2 Cr. 26:10, al final), así el rey de Tiro era aficionado al comercio (vv. 4, 5) y, de este modo, *había acumulado riquezas y adquirido oro y plata en sus tesoros.* Atribuía a sí mismo, a su sabiduría y a su sagacidad el incremento de sus riquezas, no a la providencia de Dios; se olvidaba así del que *da el poder para hacer las riquezas* (Dt. 8:17, 18). Se creyó sabio porque era rico, siendo así que *un necio puede llegar a enseñorearse de una gran fortuna* (Ec. 2:19).

3. Comoquiera que *el orgullo va delante de la destrucción, y un espíritu altivo antes de una caída,* el profeta tiene que referirle al rey de Tiro esa destrucción y esa caída. «Por haber pretendido ser un dios (v. 6), vas a dejar de ser ni siquiera hombre» (v. 7): *«He aquí que yo traigo sobre ti extranjeros, los más feroces de las naciones*—los caldeos, un ejército formado de soldados de muchas naciones y temibles por su fuerza y su ferocidad—. Destruirán todas las riquezas que el rey acumuló con su sabiduría (vv. 4, 7) y *mancharán tu esplendor»,* es decir, profanarán esa gloria que él ha considerado «divina». Y hasta en su muerte va a quedar tan envilecido que bien puede desesperar de ser deificado después de morir (vv. 8–10). *¿Acaso le dirá al que le mate: «Yo soy Dios»?* La *«muerte de incircuncisos»* (v. 10) significa aquí una muerte vergonzosa, «la de los pasados a cuchillo y cuyos cadáveres, o yacen insepultos y sin honor, o son enterrados donde mejor parece, sin discriminación y sin honores fúnebres» (Davidson, citado por Fisch).

Versículos 11–19

Después de la caída del rey de Tiro, vemos ahora predicho el duelo que se va a hacer por él.

1. Gran parte de los exegetas modernos, especialmente judíos y catolicorromanos, aplican esta porción al rey de Tiro Etbaal, Itobal o Itobaal. Asensio viene a terminar su comentario sobre esta porción del modo siguiente: «En este ambiente de gloria y *perfección,* recogido en un cuadro bíblico con reflejos de la mitología cananea-fenicia, vivió feliz y seguro el rey-personificación de Tiro, hasta que la *iniquidad,* orgullo e injusticia en su vida de comercio, hizo presa en él». El rabino Fisch interpreta el pasaje de manera similar, aunque sin acudir a «reflejos de mitología». Sobre el versículo 15 dice: *«Perfecto eras.* Antes de que sus vastas riquezas le llenasen de orgullo y ambición, no se podía hallar ninguna falta en su conducta».

2. Sin embargo, la voz unánime de los exegetas antiguos y la de los más expertos evangélicos modernos, ha visto, tras la figura del rey de Tiro, otra figura todavía más siniestra: la del propio diablo. Dice Ryrie: «Esta sección (vv. 11–19), con sus referencias sobrehumanas, claramente describe a uno diferente del gobernante humano de Tiro; a saber, Satanás». Feinberg, por su parte, comenta: «Según tenía a la vista (Ezequiel) los pensamientos y los caminos de aquel monarca (el de Tiro), claramente discirnió detrás de él la fuerza motivadora y la personalidad que le impelía en su oposición contra Dios. En una palabra, vio la obra y la actividad de Satanás, a quien el rey de Tiro emulaba en tantos aspectos». Y la tan mencionada y prestigiosa obra *Search the Scriptures,* al comienzo del estudio de los capítulos 27 y 28, dice: «Los términos usados con referencia a él (el rey de Tiro), especialmente en los versículos 11–19, son tales que la figura del gobernante humano parece fusionarse con la del propio Satanás, el originador de los pecados de los que Tiro era culpable».

3. Extrañamente, nuestro M. Henry no ha acertado a ver aquí, en forma alguna, a Satanás, y llega a explicar el *«perfecto eras»* del versículo 15 del modo siguiente: *«Perfecto eras en todos tus caminos;* prosperabas en todos tus negocios y todo marchaba bien contigo» (¡!). Téngase en cuenta que el vocablo

hebreo *tamim*, que aquí usa el texto sagrado, es el mismo de Job 1:1, entre otros lugares, y su significación literal es «íntegro», «cabal», «irreprochable», algo que Dios mismo (Job 1:8) atribuye a Job en presencia de Satanás. ¿Podrá decirse que el rey de Tiro era alguien tan cabal como Job, por ejemplo, antes de que el orgullo le ganase el corazón?

4. Todas las expresiones de estos versículos 11–19 tienen sentido si detrás de la figura del rey de Tiro vemos la figura siniestra del propio Satanás, y ninguna tiene sentido si no acertamos a ver al diablo. Por otra parte, los autores sagrados evitan cuidadosamente los elementos mitológicos, especialmente en sus profecías. Veamos algunos detalles:

(A) En el versículo 12b: «Tú *el que sella perfección*» (lit.), expresión que designa su belleza perfecta, física y mental, según lo explica el contexto posterior en el mismo versículo 12: *«lleno de sabiduría y acabado en hermosura»*. ¡Demasiada adulación a un rey como el de Tiro!

(B) En el versículo 13: *«En Edén, en el huerto de Dios estuviste»*. Sí, allí estuvo Satanás, para desgracia de toda la familia humana. Contra la opinión de que en el Próximo Oriente el rey era como la personificación del primer hombre, dice Feinberg: «Ninguna prueba se nos da, con base en la Escritura, de esta posición, y no está justificada aquí. La descripción supera con mucho lo que se nos induce a creer con respecto a Adán en el Edén».

(C) En el versículo 14: «Tú *eras el ungido querubín* (comp. con v. 16, donde se repite) *que cubre*» (lit.). Dice el propio Fisch: «El rey de Tiro es comparado a un *querube*, porque los querubines en el Tabernáculo y en el Templo de Salomón extendían sus alas por encima del Arca, y simbolizaban protección». Y en la *Ryrie Study Bible* leemos: «Satanás había ocupado un lugar especial de prominencia en guardar el trono de Dios (cf. Éx. 25:20)». ¿Estaba Satanás, antes de su caída, encargado de velar por la gloria de Dios en todo nuestro actual sistema solar? Esto arrojaría mucha luz sobre algunas referencias novotestamentarias a él. La etimología de kerub es asiria, no hebrea, y comporta la idea de «fuerza protectora» (comp. con Gn. 3:24), con lo que el papel de querubín es muy distinto del papel del serafín (de *saraph*, arder). Esto explica la posición de prominencia de Satanás antes de su caída (un «superprotector», de lo más alto de la nobleza angélica), y que llegase a ambicionar el trono de Dios (si se admiten, en este sentido, las referencias de Is. 14:12–14), faltándole el «ardor» del serafín, que le habría mantenido en la humildad y el amor de Dios.

(D) En los versículos 14b y 16b se hace mención del *monte de Dios»*, no la mitológica «montaña de los dioses» (Asensio), sino, en conformidad con 20:40, el monte donde resplandece de modo especial la presencia de Dios. En Ezequiel 20:40, el monte de Dios es el monte Sion, como es claro por el contexto, pero en 28:14, 16 no puede referirse al monte Sion. Sólo queda interpretarlo como el lugar donde se asienta el trono de Dios en el cielo. Y, como allí no puede habitar ninguna cosa inmunda e *impura*, tan pronto como el pecado entró en Satanás, éste tuvo que *ser arrojado del monte de Dios* (v. 16. El v. 17 nos dice cuál fue ese pecado: el orgullo; comp. con 1 Ti. 3:6; Is. 14:13, 14).

(E) Ya en el versículo 17 y, sobre todo, en los versículos 18 y 19, vuelve poco a poco la figura terrena, humana, del rey de Tiro, sin perder del todo los rasgos de Satanás. Dice Ryrie: «El juicio de Satanás, anunciado en estos versículos, no se consumará hasta que sea arrojado para siempre al lago de fuego (Ap. 20:10)». Personalmente opino—nota del traductor—que estos versículos, especialmente el 18 y el 19, se aplican, en primera línea, al rey de Tiro, incluso la última frase, que dice literalmente «*y nada de ti para siempre*».

Versículos 20–26

La destrucción de Sidón, ciudad que estaba cerca de Tiro. Era más antigua, pero no tan importante; dependía de Tiro, con ella se sostuvo y con ella cayó.

1. Los sidonios eran más adictos a la idolatría que los tirios, los cuales, al ser hombres de negocios, no se interesaban tanto ni por la religión ni por la superstición. Los sidonios eran notables por su culto a la diosa Aserá o Astarté. Jezabel, hija del rey de Sidón, fue la que introdujo en Israel el culto a Baal (1 R. 16:31); así que Dios había sido muy deshonrado por los sidonios.

2. Los castigos que serán infligidos a Sidón son la guerra y la peste (v. 23). Y no sólo sobre Tiro y Sidón ejecutará Dios sus juicios, sino también sobre todos los que hayan despreciado a Su pueblo Israel y se hayan regocijado de sus desgracias; pues éste era ahora el motivo de controversia de Dios con las naciones que estaban *en los alrededores* (v. 26) de Israel.

3. Dios será glorificado en la restauración final de Su pueblo. También por Su pueblo había sido deshonrado Dios a causa de los pecados de ellos; y los sufrimientos de ellos habían dado también al enemigo ocasión para blasfemar (Is. 52:5); pero Dios los sanará un día de sus pecados y los rescatará de sus aflicciones (vv. 24–26) y, de este modo, *será santificado* (v. 25b) *en ellos ante los ojos de las naciones, y habitarán en su tierra. Habitarán* (v. 26) *en ella seguros, etc.*, porque no habrá nadie ni nada que les inquiete. El versículo 24 (y, por consiguiente, los dos siguientes) sólo podrá tener cumplimiento al final de los tiempos, esto es, durante el Milenio, cuando hayan salido ya de la Tribulación y haya ocurrido la Segunda Venida de Cristo. En efecto, antes de eso, ni ha sucedido ni es de esperar que suceda lo que en estos versículos 24–26 se dice de Israel. Feinberg hace notar que «Cincuenta y cuatro veces usa Ezequiel la expresión (o su equivalente) «*y sabrán que yo soy Jehová su Dios*». La idea es que todos han de conocer finalmente que Jehová es la fuente de todas las bendiciones, calamidades y cambios de fortuna de las naciones, de forma que Su voluntad sea reconocida por todos los hombres».

CAPÍTULO 29

Vienen ahora cuatro capítulos concernientes a Egipto y a su Faraón. Egipto había sido en la antigüedad casa de esclavitud para el pueblo de Dios; recientemente, los israelitas habían dependido demasiado de ese país; por consiguiente, ya llegase hasta Egipto esta predicción o no, habría de ser útil para Israel, a fin de quitarles la confianza que habían puesto en Egipto. En este capítulo tenemos: I. Predicha la destrucción del Faraón, por haberse portado engañosamente con Israel (vv. 1–7). II. Predicha la desolación del país de Egipto (vv. 8–12). III. Prometida su posterior restauración parcial después de cuarenta años (vv. 13–16). IV. La posesión que se había de dar de la tierra de Egipto a Nabucodonosor (vv. 17–20). V. Una promesa de misericordia a Israel (v. 21).

Versículos 1–7

1. Fecha de esta profecía contra Egipto. *El 12 del mes décimo del año décimo* (v. 1) del reinado de Sedequías, es decir, en enero del 586 a. de C., unos siete meses antes de la caída de Jerusalén. La primera profecía contra Egipto se da justamente cuando el rey de Egipto viene en socorro de Jerusalén para levantar el asedio (Jer. 37:5), pero el objetivo no se llegó a lograr.

2. La profecía va dirigida (v. 2) *contra Faraón rey de Egipto ... y contra todo Egipto.* Comienza por el rey, pues la profecía empezó a cumplirse en las rebeliones del pueblo contra el príncipe, no mucho después de esto.

3. La profecía misma. El Faraón Jofrá, nieto de Necó (el que mató a Josías—2 R. 23:29—), pues él era a la sazón el Faraón de Egipto, es representado aquí (v. 3) como *el gran dragón que yace en medio de sus ríos*, es decir, los afluentes y los canales del Nilo. Ese «*gran dragón*» es, por supuesto, el cocodrilo. El Nilo era famoso por sus cocodrilos.

(A) El orgullo y la falsa seguridad del Faraón. Se jacta de ser un príncipe absoluto, príncipe único, sin socio ni competidor en el mando. El motivo del Faraón para sus pretensiones es vano y ridículo (v. 3, al final): «*Mío es el Nilo* (lit. *Para mí es mi río), pues yo lo hice para mí*». Aquí usurpa dos prerrogativas divinas: las de ser el autor y el fin de su ser y de su felicidad. El «Yo» es el gran ídolo al que todo el mundo presta adoración, con desprecio de Dios y de Su soberanía.

(B) El procedimiento que Dios usó con este orgulloso, a fin de humillarle. Si él es el gran dragón de las aguas, Dios lo va a tratar de acuerdo con eso (vv. 4, 5).

(a) Cuenta Herodoto que este Faraón que era ahora rey de Egipto, reinó 25 años en gran prosperidad y se engrió tanto con sus éxitos que llegó a decir que *ni el mismo Dios podía echarle de su reino.* En nombre de Dios, Ezequiel le corta el vuelo con una amenaza divina que se ajusta estupendamente a las bravatas del Faraón: Si el Nilo es el país, los peces son los habitantes, y él es el cocodrilo que reina y todo lo controla en el río, Dios va a lanzarle (v. 4) *grandes anzuelos a las quijadas, y pegados a sus escamas saldrán con él todos los peces de sus ríos.* Una vez que lo haya sacado del Nilo, con toda su gente, Dios (v. 5) *los arrojará a él y a todos los peces de sus ríos al desierto.* Puesto que los peces han decidido vivir

o morir con su rey, todos saldrán en la misma red, *caerán en campo abierto,* y allí morirán como peces sacados del agua. ¡Buen banquete para las fieras de la tierra y las aves del cielo! (v. 5b).

(b) Ahora bien, esto es lo que suponen los historiadores que ocurrió poco después, cuando este Faraón, en defensa de Aricio rey de Libia, que había sido arrojado de su trono por los habitantes de Cirene, reclutó un gran ejército y marchó contra los de Cirene para restablecer en el trono a su amigo, pero fue derrotado en el campo de batalla, lo cual ocasionó a su reino tal disgusto que se sublevaron sus súbditos contra él. Así fue *arrojado al desierto él y todos los peces* (los soldados, magistrados, etc.) *de los ríos.*

(C) El motivo de la querella que tenía Dios con los egipcios era que habían engañado al pueblo de Dios, pues no le ayudaron cuando tanta confianza había puesto Israel en Egipto. Egipto resultó (vv. 6 y 7) *«báculo de caña para la casa de Israel»,* al fin y al cabo, frágil caña que, al quebrarse (v. 7), disloca los hombros del que se apoya en él y le hace perder el equilibrio. Siempre que Israel se apoyaba en Egipto, los egipcios no podían, o no querían, ayudarle. Es probable que el rey de Egipto hubiese incitado a Sedequías a romper su pacto con Nabucodonosor, con la promesa de que él le apoyaría en la rebelión contra el caldeo, lo cual no hizo. Dios les había dicho (comp. v. 6 con 2 R. 18:21; Is. 36:6) que los egipcios eran *como caña rajada,* inservible (Is. 30:6, 7). Y ahora pudieron convencerse de ello.

Versículos 8–16

1. Profecía de la ruina de Egipto. La amenaza es bien específica; y el pecado es el orgullo (v. 9). Dios está contra el rey y contra el pueblo de Egipto (v. 10): *«He aquí que yo estoy contra ti y contra tus ríos».* Las aguas significan *pueblos y muchedumbres* (Ap. 17:15). Así que muchedumbres paganas serán exterminadas por la espada de la guerra, de una guerra civil. El país quedará despoblado (vv. 8–12) *durante 40 años* (v. 11, al final). Esto fue como resultado de la guerra que el rey de Babilonia emprendió contra ellos. La frase del versículo 12 *«Y pondré a la tierra de Egipto en soledad entre las tierras asoladas»* significa que «el estado de desolación en Egipto será tan extremado que resultará notorio, incluso en comparación con otras tierras que hayan sido asoladas por un ejército invasor» (Fisch). *Serán esparcidos* (v. 12, al final) *entre las naciones,* de forma que aquellos que pensaban tener en sus manos el control del poder, iban a convertirse ahora en la gente más despreciable.

2. Profecía de la restauración de Egipto (v. 13). Cuando hayan pasado cuarenta años (v. 13), serán recogidos y devueltos a su país los egipcios que fueron esparcidos por las naciones. La cautividad de los egipcios terminó, poco más o menos, al mismo tiempo que la de los judíos, aunque la de éstos había comenzado unos treinta años antes. Sin embargo, los egipcios no volverán a levantar cabeza (vv. 14–16), pues *serán un reino de baja condición* (v. 14, al final); «pequeño en dimensión y de condición humilde» (Fisch). No sólo será *de baja condición,* sino que *será* (v. 15) *el más humilde en comparación con los otros reinos.* Será humillado de esta manera por dos razones: (A) Para que no se enseñoree de sus vecinos (v. 15b), sino que sepa lo que es estar bajo y menospreciado. (B) Para que no vuelva a engañar al pueblo de Dios (v. 16): «Y *no será ya más para la casa de Israel apoyo de confianza»;* no volverán a confiar en él como lo habían hecho en el pasado.

Versículos 17–21

La fecha de esta profecía es *el día primero del mes primero del año veintisiete* «del reinado del destronado Joaquín (marzo-abril del 571)» (Asensio). Como veremos al examinar el contexto posterior, esto coincidió con el año decimotercero del asedio de Nabucodonosor contra Tiro, el cual era precisamente el año 571 a. de C. Veamos aquí:

1. Las circunstancias históricas que concurrieron en los hechos a que aluden los versículos 18–20. Después de la destrucción de Jerusalén, Nabucodonosor empleó dos o tres campañas en la conquista de los amonitas y moabitas. Luego pasó trece años en el asedio de Tiro. En todo ese tiempo, los egipcios estuvieron enredados en guerra contra los de Cirene, lo que les debilitó y empobreció enormemente; y, al final del asedio de Tiro, Dios comunica esta profecía a Ezequiel, para darle a entender que la completa destrucción de Egipto, que le había comunicado quince o dieciséis años antes, sería llevada a cabo ahora por manos de Nabucodonosor. Parece ser que la profecía que comienza aquí se continúa hasta el versículo

20 del capítulo siguiente. Es la última profecía (cronológicamente) de este profeta, pero se pone aquí a fin de que figuren juntas todas las profecías contra Egipto.

2. El éxito que Dios iba a otorgar a Nabucodonosor contra Egipto (vv. 19, 20). Fue una presa fácil y barata. Jeremías había profetizado (Jer. 43:12) que Nabucodonosor *«se envolvería en la tierra de Egipto como se envuelve un pastor con su capa»* (versión más probable), lo que insinúa cuán rica y barata presa le iba a resultar.

3. Este éxito era una recompensa por el arduo servicio que había hecho prestar a la causa de Dios, al hacer que su ejército atacase a Tiro (vv. 18, 20). En efecto:

(A) La toma de Tiro le costó a Nabucodonosor abundancia de dinero y de sangre. En el asedio, *«toda cabeza había quedado calva, y todo hombro pelado»,* de tanto llevar pesadas cargas sobre los hombros y con el yelmo puesto en la cabeza.

(B) En este servicio, Dios reconoce que *trabajaron para Él* (v. 20). Dios mismo los puso a trabajar allí, a fin de humillar a una ciudad llena de soberbia, donde reinaba un rey extremadamente orgulloso, aun cuando ellos no tenían la intención de servir a Jehová ni pensaban tal cosa en su corazón.

(C) Por este servicio no habían recibido paga humana. La toma de Tiro fue para los babilonios una empresa muy cara. Nabucodonosor se había prometido un rico botín, pero los tirios enviaron por barco lo mejor que tenían y arrojaron al mar el resto, por lo que los babilonios no hallaron otra cosa que unos muros desnudos.

(D) Nabucodonosor tendrá el despojo de Egipto para recompensarle por el servicio que prestó contra Tiro.

4. La misericordia que tenía reservada Dios para la casa de Israel (v. 21). Cuando las aguas del mar están en pleamar, se disponen a bajar; y cuando están en bajamar, se disponen a subir. Nabucodonosor estaba en el cenit de su gloria cuando había conquistado el Egipto, pero en el plazo de un año se volvió loco (Dn. 4). Cuando él estaba en lo más alto, Israel estaba en lo más bajo; pero *en aquel día* (v. 21), es decir, «con la caída de Egipto» (Feinberg), *retoñará el poder* (lit. *el cuerno,* símbolo de poder y fuerza, como también de abundancia) *de la casa de Israel. Dios lo hará retoñar.* En cuanto a la frase del versículo 21b «Y *te daré el abrir de la boca en medio de ellos*» (lit.), dice Asensio: «no se trata de sacarle del mutismo relativo a que había estado sujeto durante un período más o menos largo (cf. 3:26 con 24:27), sino de abrirle el camino para el anuncio seguro y alegre (cf. 16:63) de la restauración de Israel». Fisch, por su parte, comenta: «El cumplimiento de la predicción de Ezequiel establecerá la autenticidad de su mensaje. Ya no sentirá por más tiempo su palabra restringida por el escepticismo de su pueblo».

CAPÍTULO 30

I. Continuación de la profecía contra Egipto, justamente antes de que la desolación de aquel otrora floreciente reino fuese completada por Nabucodonosor; en esa profecía se predice la destrucción de todos sus aliados (vv. 1–19). II. Repetición de una anterior profecía contra Egipto, justamente antes de la desolación del país, comenzada por la mala conducta de sus habitantes, lo que los fue debilitando poco a poco y preparó el camino para el rey de Babilonia (vv. 20–26).

Versículos 1–19

La profecía de la destrucción de Egipto se detalla aquí de lleno.

1. Será una destrucción muy de lamentar, tal que ocasionará gran pesadumbre (vv. 2, 3): «Ahora es vuestro día, cuando lleváis a todos por delante y los holláis a diestro y siniestro, pero Dios tendrá en breve Su día; será un *día de nublado»;* añade *«el día de las naciones»* porque «Egipto es considerado aquí como una representación del juicio de Dios sobre todas las naciones impías» (Ryrie). Para Feinberg, «el juicio de Egipto fue el comienzo del castigo a escala mundial de todas las naciones, especialmente las de alrededor de la tierra de Palestina que habían hecho sufrir a Israel las que más».

2. Será la destrucción de Egipto y de todas las naciones aliadas de Egipto. Caerá Egipto (v. 4) y caerán las naciones vecinas con él. *Cuando caigan* espesamente *las víctimas en Egipto* (v. 4), *habrá alarma* angustiosa *en Etiopía.* Había muchos extranjeros que, por un motivo u otro, residían en Egipto,

«probablemente mercenarios que Egipto había alquilado de diversas razas» (Fisch). *«Los hijos de la tierra del pacto»* (v. 5b. Lit.) es una frase que designa, con la mayor probabilidad, «los judíos que, sobre todo a partir de la deportación del 597, se habían instalado en Egipto y engrosado, en mayor o menor número, su ejército» (Asensio). Fisch niega esto al interpretar la frase como «la tierra en alianza con Egipto». Feinberg deja la puerta abierta a la discusión. Esta desgracia va a caer también sobre esos «hijos del pacto» (comp. con Hch. 3:25), que se fueron a Egipto contra la voluntad de Dios.

3. Todos los que intenten dar su apoyo a un Egipto que se hunde, se hundirán también con él (v. 6). *Desde Migdol hasta Sevené* (comp. con 29:10b), de norte a sur, todo el poderío de Egipto se derrumbará, hasta el punto de que *la multitud* nativa *de Egipto llegará a desaparecer* (v. 10), *por mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia* (comp. con 29:19). Un país tan poblado quedará casi despoblado. ¿Piensa Egipto que el Nilo le sostendrá, y que varios canales del río le van a servir de defensa? *Dios los secará* (v. 12). ¿Le sostendrán sus ídolos? *Dios los destruirá* (v. 13). ¿Acaso hallarán su apoyo en la familia real? *«No habrá más príncipe en la tierra de Egipto»* (v. 13b). ¿Piensan que tendrán la bravura suficiente para resistir al enemigo en el campo de batalla? *Dios sembrará el terror en la tierra de Egipto* (v. 13, al final). Pero, ¿quizá la generación siguiente restablecerá el poderío de la nación? ¡Ay! *«Los jóvenes de Aven y de Pi-béset* (de Heliópolis y de Bubastis, ciudades importantes del Bajo Egipto) *caerán a filo de espada, y éstas* (lit.), ya sean las ciudades o las mujeres, *irán al cautiverio»*. Las esperanzas de Egipto habrán quedado privadas de todos sus posibles puntos de apoyo.

4. Dios será el que infligirá a Egipto todos estos castigos (v. 8), pues el rey de Babilonia y su ejército serán únicamente instrumentos, en manos de Dios, de esta destrucción (v. 10). Los que intentaron proteger a Israel contra el rey de Babilonia no podrán protegerse a sí mismos.

5. No habrá lugar en la tierra de Egipto que quede exento de la furia del ejército caldeo, por muy fuerte que sea o por muy apartado que esté: La espada recorrerá todo el país, *llenando de muertos la tierra* (v. 11). Se mencionan por su nombre varias ciudades: *Patrós, Soan* (hebr. *Tsoan)* y *No*, es decir, Tebas (v. 14); *Sin y la multitud de No* (v. 15). Por segunda vez se menciona a *Sin*, y por tercera vez a *Tebas* (No), en el v. 16. El énfasis sobre *No* (Tebas) quizá se deba a que estaba muy bien fortificada y Dios quiere dar a entender que, «aun siendo una fortaleza, el ejército invasor le abrirá una brecha y la invadirá» (Fisch). Sigue la lista de las ciudades: *Aven y Pi-béset* (v. 17), *y Tafnes* (hebr. *Tejafnejés*). Todas ellas quedarán desoladas y a todas puede aplicarse lo que el autor sagrado aplica a esta última, por representar «el último paso del hundimiento definitivo de Egipto como gran nación bajo el peso del *justo juicio* (cf. 29:6, 9, 21) *de Jehová»* (Asensio). Las frases del v. 18 tienen, efectivamente, sabor escatológico.

6. El final de esta predicción (v. 19) deja: (A) El orgullo de Egipto mortificado: *«Así, pues, ejecutaré juicios en Egipto»*. (B) El Dios de Israel glorificado: «Y *sabrán que yo soy Jehová»*.

Versículos 20–26

Esta breve profecía acerca de la debilitación del poder de Egipto fue pronunciada en tiempos en que el ejército egipcio, al intentar el levantamiento del asedio de Jerusalén, vio frustrado su plan y tuvo que volverse de vacío a su país.

1. Se predice aquí que el rey de Egipto se volverá cada vez más débil, lo cual ya se había realizado en parte (v. 21): «*he quebrado el brazo de Faraón*». Puede decirse que se le rompió un brazo a Egipto cuando el rey de Babilonia derrotó las fuerzas del Faraón Necó II en Carquemís (Jer. 46:2) y se hizo el amo *«de todo lo que era suyo desde el río de Egipto hasta el río Éufrates»* (2 R. 24:7b). Le rompieron el brazo antes que le rompieran el corazón y el cuello. Esta fractura se iba a repetir ahora, pero más grave (v. 22): «… y *quebraré sus brazos, el fuerte y el fracturado»*. El rey de Egipto se quedará sin ánimos ni fuerzas cuando se halle en peligro de caer en manos de las tropas del rey de Babilonia (v. 24, al final): «… *y delante de aquél* (del rey de Babilonia) *gemirá* (el rey de Egipto) *con gemidos de herido de muerte»*.

2. Se predice también que el pueblo de Egipto *será esparcido por Dios entre las naciones y dispersado por las tierras* (v. 23), profecía que se repite en el versículo 26, con la añadidura del estribillo: «*y sabrán que yo soy Jehová»*.

3. Al revés que el rey de Egipto, del rey de Babilonia se predice aquí (vv. 24, 25) que se hará cada vez más fuerte.

CAPÍTULO 31

La profecía de este capítulo es igualmente contra el país de Egipto, y tiene por objeto humillar al Faraón, a quien se acusa aquí de orgullo y altivez, así como de los daños causados al pueblo de Dios. Pero el Faraón se considera a sí mismo tan alto como para no tener que rendir cuentas a ninguna otra autoridad, y tan fuerte como para no poder ser conquistado por nadie. Por consiguiente, Dios ordena a Ezequiel que vaya a informarle del caso del rey de Asiria, cuya capital era Nínive. I. Ha de mostrarle cuán grande había sido el monarca de Asiria y cuán vasto el imperio que estaba bajo su dominio (vv 3–9). II. Tiene que mostrarle luego cuánto se parecía él al rey de Asiria en su orgullo (v. 10). III. A continuación, ha de leerle el relato de la caída y de la ruina del rey de Asiria (vv. 11–17). IV. Debe, al fin, dejar a la consideración del Faraón el aplicarse a sí mismo todo esto, al ver su propio rostro en el espejo del pecado del rey de Asiria, y prever así su propia caída (v. 18)

Versículos 1–9

Esta profecía lleva la fecha del mes anterior al de la caída de Jerusalén, así como la que se halla al cierre del capítulo anterior era de unos cuatro meses antes. Cuando el pueblo de Dios se hallaba en lo más profundo de su aflicción, podría servirles de algún consuelo el que se les dijese desde el cielo que la copa de aturdimiento que ellos apuraban sería quitada en breve de las manos de ellos y puesta en las manos de quienes les odiaban (Is. 51:22, 23).

1. Se le ordena al profeta que vaya al Faraón y le urja a buscar un caso paralelo al suyo (v. 2). Las caídas ajenas, tanto en el pecado como en la ruina, nos sirven de admoniciones para que *no tengamos de nosotros mismos un concepto más alto del que debemos tener* (Ro. 12:3), ni pensemos que ya estamos fuera de todo peligro (v. 1 Co. 10:12).

2. También se le ordena que le muestre al Faraón el ejemplo de uno a quien él se parece en grandeza (v. 3). Senaquerib era uno de los más poderosos príncipes de la monarquía asiria, pero ésta se hundió poco después de la caída de él, y la monarquía caldea fue edificada sobre las ruinas de la asiria. El monarca asirio es comparado aquí (v. 3) a un esbelto cedro del Líbano.

(A) En efecto, Senaquerib era como un *cedro en el Líbano … cuya copa estaba entre densas ramas* (v. 3). «La rama cimera no estaba aislada, sino rodeada de frondoso y espeso ramaje, algo que presta belleza y grandeza majestuosa a un árbol» (Fisch). Además, *sobrepasaba en altura* (v. 5) *a todos los árboles del campo;* podría pensarse (v. 8) que eran como arbustos al lado de él.

(B) Era además un cedro que alargó mucho sus ramas (vv. 5, 7), lo cual es una alusión a las numerosas conquistas que llevó a cabo, con una influencia todavía más amplia que el territorio de sus conquistas. Sus largos dominios eran hábilmente administrados. Su gobierno era admirable a los ojos de todos los hombres. En todas las naciones circundantes no había un solo príncipe tan admirado ni tan cortejado como el rey de Asiria.

(C) *«A su sombra habitaban todas las grandes naciones»* (v. 6, al final), es decir, las naciones circundantes buscaban refugio y protección en este poderoso príncipe y, con tal de gozar de esta refrescante sombra, los reyes de otras naciones le rendían homenaje y pleitesía. Pero la mayor seguridad y protección que un ser creado pueda ofrecer, aunque sea el más poderoso rey de Asiria, no es más que como la sombra de un árbol, lo cual es una protección muy escasa; mientras que Dios nos toma *bajo la sombra de sus alas,* donde estaremos más calientes y seguros que si estuviésemos bajo la sombra del más fuerte, esbelto y copudo cedro (Sal. 17:8; 91:4).

(D) Este cedro parecía estar bien establecido y arraigado en su grandeza y su poder. No era *como la retama en el desierto,* hecha para *morar en los sequedales* (Jer. 17:6), ni como *raíz de tierra seca* (Is. 53:2). Tenía abundancia de riquezas con que sostener su grandeza y su poder (v. 4): *«Las aguas lo hicieron crecer,* pues tenía enormes ingresos no sólo de su país, sino también de los tributarios, los *ríos* que *corrían alrededor del lugar en que estaba plantado».* La frase segunda de dicho versículo («lo *encumbró el abismo*») significa que lo que más contribuyó al crecimiento del árbol fueron las corrientes de agua subterráneas, y denotaba así una provisión de humedad que no suele cesar. Todas estas riquezas y reservas de recursos económicos de toda clase le capacitaban para asegurar y fortalecer sus intereses en todas partes; de forma que, como en el caso de Agripa I (Hch. 12:20), *los territorios limítrofes eran abastecidos por el del rey,* ya que él *«enviaba sus corrientes a todos los árboles del campo»* (v. 4, al

final). Como suele decirse, el rey asirio tenía más que suficiente «para dar y vender» a los demás príncipes que le rendían tributo y vasallaje.

Versículos 10–18

El rey de Egipto se parecía al rey de Asiria en pompa, poder y prosperidad.

1. Igualmente se parece a él en orgullo (v. 10); pues la misma tentación de una condición próspera, por la que muchos son vencidos, resulta también fatal para otros. Dos detalles son de notar en el versículo 10: (A) Hay un cambio rápido (cosa común en el estilo bíblico) de la segunda persona del singular a la tercera, pues el versículo comienza así literalmente: *«Por consiguiente, así dice el Señor Jehová: Por cuanto TE has encumbrado en estatura, y HA puesto su cima entre las densas ramas …»* (B) El profeta no se dirige en este versículo a Egipto (contra la opinión de M. Henry), sino al rey de Asiria, tanto en la primera frase como en la segunda, a pesar del cambio súbito de persona (que es lo que desconcertó a Henry). Nótese, en Isaías 36:4 y ss., la forma altiva con que el asirio habla de sus éxitos. El parecido con el Faraón está implícito.

2. Cómo se parecerá también a él en su caída.

(A) Veamos primero la caída del rey de Asiria.

(a) Ciájares, rey de los medos, en conjunción con Nabucodonosor, rey de Babilonia, destruyó Nínive y, con ella, el imperio asirio. Con respecto al asirio, tres cosas se afirman aquí: *Primera,* que es Dios mismo el que ordena su ruina (v. 11): «*Yo lo entregaré …, yo lo he desechado». Segunda,* que es su propio pecado *(«según su maldad»)* el que le acarrea esa ruina. *Tercera,* que es *un poderoso de las naciones* paganas el que servirá de instrumento para arruinarle.

(b) En esta historia de la caída del rey de Asiria todavía subsiste el símil del cedro. Se hizo muy alto y extendió sus ramas mucho; pero en este día va a caer, a pesar de ser un cedro tan majestuoso y tan fuerte (v. 12): «*Y lo cortan extranjeros, los más feroces de las naciones»* (expresión que, una y otra vez, vemos aplicada al ejército caldeo). Primeramente le van cortando *ramas,* ciudades o regiones arrancadas a la monarquía asiria. Después lo *abandonan* (v. 12, al final) quienes se habían acogido *a su sombra,* pues ven que ya no puede servir de protección. Finalmente, lo que queda del árbol sirve únicamente de habitación (v. 13) a fieras y aves de presa; «esta vez, dice Fisch, en sentido literal, no como en el versículo 6: los muertos de Asiria serán pasto de aves y bestias de presa».

(c) Con su caída, todos los árboles que aún se sostenían enhiestos (v. 15, al final) *se desmayaron,* es decir, desfallecieron las naciones que todavía se tenían en pie al ver cómo caía una nación más fuerte que ellas; y los demás árboles que ya habían sido cortados con anterioridad (vv. 16, 17) *se consolaron* con la caída del asirio al mismo lugar en que ellos se encontraban *(«en lo profundo de la tierra»,* comp. con Is. 14:10 acerca de Babilonia). Con el corte de este cedro se da a entender la muerte de este poderoso monarca y de todos los que le apoyaban. El estruendo de su caída sembró la alarma en las naciones (v. 16). Le habría ido bien a Nabucodonosor, cuando estaba ocupado en la demolición del imperio asirio, si hubiese recibido el aviso que con esto se le daba también a él.

(B) El versículo 18 hace la aplicación de la caída del asirio a la que le espera al rey de Egipto. De igual manera caerá el Faraón.

CAPÍTULO 32

Concluye aquí el relato de la destrucción del Faraón y de Egipto. Este capítulo es descrito por Davidson (citado por Fisch) como «uno de los más extraños pasajes en la literatura». Consta de dos endechas: I. La primera, sobre Faraón rey de Egipto, bajo el símil de un leoncillo cazado y muerto (vv. 1–16). II. La segunda, sobre la multitud de Egipto, bajo el símil de un gran jefe, cuyo funeral se describe (vv. 17–32).

Versículos 1–16

1. Se le ordena al profeta que *levante endecha* (v. 2) *sobre Faraón rey de Egipto.*

2. Se le ordena también que muestre el motivo de esta endecha.

(A) El Faraón ha sido un perturbador de las naciones, incluso de su propia nación (v. 2b): Se hacía pasar a sí mismo *como un leoncillo* que espanta con sus rugidos, mientras que, en realidad, *era como el dragón en los mares,* esto es, «como un cocodrilo (v. en 29:3) cuyo dominio está confinado a las aguas» (Fisch). Si Egipto hubiese tenido sentido común, se habría limitado a su propio país.

(B) El que se empeñaba en perturbar las demás naciones, había de esperar que le perturbasen a él, pues Dios es justo (Jos. 7:25). Esto es descrito mediante una comparación. ¿Es Faraón como *un gran dragón?* Dios tiene una red (v. 3) lo suficientemente fuerte para sujetarle. El ejército caldeo, compuesto de soldados de muchas naciones *(«reunión de muchos pueblos»),* se encargará de pescarlo en la red de Dios.

(a) *La carne* de este gran dragón quedará tendida *sobre los montes* (v. 5). Jehová la pondrá y *llenará los valles con su* enorme *carroña* asquerosa. Con el Faraón caerán en la batalla tantos cadáveres de sus soldados, y hasta del pueblo llano, que quedarán esparcidos por los montes y apilados por los valles. La destrucción de Egipto producirá en los países vecinos una tremenda impresión. Cuando el Faraón, que ha sido como una gran antorcha ardiente y llameante, *se extinga* (v. 7), la humareda que levantará será tan gigantesca que *cubrirá el sol con nublado.* Esta frase y las demás de este versículo 7 tienen claro sabor apocalíptico (comp. con Jl. 2:10, donde la figura apunta al «Día de Jehová»).

(b) *El corazón de muchos pueblos* (v. 9) se llenará de terror al ver que la palabra del Dios de Israel se ha cumplido en la destrucción de Egipto, y que todos los dioses de Egipto han sido incapaces de impedirla o aliviarla. *Los dejará atónitos* (v. 10), al ver que tal opulencia y tanto poder han venido a parar en nada (comp. con Ap. 18:17). No será un asombro de admiración, sino de terror. Cuando otros son llevados a la ruina por el pecado, tenemos motivo para estremecernos de miedo, como sabiéndonos culpables y reos de muerte. Es (v. 11) *la espada del rey de Babilonia la que cae sobre Egipto; y,* con la del rey, la de su poderoso ejército, *los más feroces de las naciones* (v. 12, comp. con 28:7; 30:11).

(c) La muchedumbre de Egipto será destruida. La pompa de Egipto será un buen botín para el enemigo. El ganado del país, que solía pastar junto a los ríos, será destruido también (v. 13), ya sea por la espada o por transporte a Caldea. Las aguas de Egipto, que solían correr saltarinas, correrán ahora mansamente, *como ríos de aceite* (vv. 13b, 14), cual si se unieran en su correr pacífico al duelo de la nación, *al no quedar ya planta de hombre ni pezuña de animal que pueda enturbiarlas.* El país entero de Egipto quedará despojado de su riqueza (v. 15); así *«sabrán que yo soy Jehová»*—dice el Señor.

Versículos 17–32

Esta profecía completa el oráculo-carga de Egipto.

1. El funeral de este reino, antaño floreciente.

(A) Este cadáver de reino es llevado aquí al sepulcro. Se le ordena al profeta (v. 18) predecir su destrucción. No obstante, tiene que hacerlo como alguien que se ha interesado afectuosamente por ellos; ha de *endechar sobre la multitud de Egipto,* incluso cuando los está *despeñando.* Una vez que Egipto ha muerto, que tenga un funeral honroso; que sea enterrado juntamente *con las hijas de las naciones poderosas,* es decir, «con otros Estados y pueblos que experimentan una suerte similar» (Fisch).

(B) A este cadáver de reino se le da la bienvenida *en el sepulcro* (hebr. *bor), en las profundidades de la tierra* (hebr. *tajtiyyoth érets),* y, por supuesto, aunque la sinonimia no es completa, *en el Seol* (v. 21), donde es investido con la ciudadanía de la congregación de los muertos, no sin alguna pompa y ceremonia. Allí yacen, con el imperio asirio, todos los príncipes y potentados de aquella monarquía (v. 22). Allí yace también Elam, que había sido un gran reino en la remota antigüedad, pero quedó más tarde subordinado a Asiria (vv. 24, 25). También *Mésec, Tubal* (v. 26, comp. con 27:13) y *toda su multitud,* esto es, sus respectivos pueblos. Fisch resume así el contenido del versículo 27, referente a Mésec y Tubal:

Mésec y Tubal tienen un final más humillante que las otras naciones. Estas últimas, que antaño fueron potencias guerreras, descienden al Seol con su equipaje militar; pero Mésec y Tubal reposan entre los que han sido despojados de sus armas. No se declara cuáles fueron sus excepcionales *iniquidades* que les ganaron este destino especial.

También yace allí el reino de Edom (v. 29), que había florecido por largo tiempo, pero había sido asolado antes de la destrucción de Egipto (v. 25:13), a la que se alude de nuevo aquí en el versículo 28. *Los príncipes del norte* (v. 30) es indudablemente una alusión a los sirios, que aparecen aquí cerca de los *sidonios* (en representación de todos los fenicios).

(C) Todo esto es aplicado al Faraón y a los egipcios en general, quienes no tienen ningún motivo para lisonjearse a sí mismos con esperanzas de tranquilidad, cuando ahora ven, *quebrantados como ellos* (v. 28), a sus vecinos más sabios, más ricos y más fuertes.

2. El panorama que esta profecía nos ofrece de tantos Estados que yacen para siempre arruinados, puede mostrarnos algo del mundo presente y del imperio de la muerte en él. Los hombres se ingenian para hallar nuevos medios de destruirse unos a otros. No sólo es el mundo un gran hoyo, sino también un gran reñidero de gallos.

CAPÍTULO 33

El profeta se vuelve ahora a los hijos de su pueblo. I. Tiene que hacerles saber que es un vigía y que había recibido un encargo concerniente a ellos (vv. 1–9). La sustancia de esto ya la vimos en 3:17 y ss. II. Tiene que hacerles saber también en qué situación se hallan ellos delante de Dios: se hallaban bajo prueba (vv. 10–20). III. Un mensaje especial para los que habían quedado todavía en el país de Israel (vv. 21–29). IV. Una reprensión a los que asistían personalmente a los mensajes que proclamaba Ezequiel, pero no eran sinceros en sus profesiones de devoción (vv. 30–33).

Versículos 1–9

Ahora que Jerusalén ha sido capturada por los caldeos, se le ordena al profeta dirigirles de nuevo la palabra. Aquí le es renovada su comisión.

1. Se declara cuál es el oficio de un vigía, centinela o atalaya, la confianza que en él se pone y el encargo que se le da (vv. 2, 6).

(A) Se supone que lo que da ocasión al nombramiento de un vigía es un peligro público (v. 2). Cuando un país teme una invasión extranjera, ha de estar siempre sobre aviso. A fin de no ser tomados por sorpresa, y para apercibirse con tiempo de lo que se le viene encima y dar al invasor la calurosa bienvenida que se merece, *se nombra un atalaya, un hombre del fin de ellos* (lit.), es decir, de los más dignos de ellos (comp. con Gn. 47:2). Otros (entre ellos, M. Henry) lo entienden como de los que viven en la frontera del país. Este hombre puede prestar un gran servicio a todo el país.

(B) Se supone que el pueblo otorga su confianza al vigía y que es al pueblo a quien tiene que rendir cuentas él por el desempeño de su cargo. Si él hace lo que está de su parte y da la alarma a tiempo, ha cumplido con su deber y no sólo *habrá librado su propia vida,* sino que se habrá hecho acreedor al salario que su oficio se merece. Si el pueblo no hace caso de la alarma, es culpa de ellos; el vigía no es digno de censura por ello. Pero si el vigía no cumple con su deber y no hace *sonar la trompeta para avisar al pueblo,* de forma que alguien del pueblo es sorprendido por el enemigo y muerto, el tal (v. 6) *morirá por su propio pecado,* pero el vigía tendrá que sufrir la pena que merece su negligencia. Si todos, tanto el vigía como el pueblo, cumplen con lo que a cada uno corresponde en estos casos, todo irá bien.

2. La aplicación de todo esto al profeta (vv. 7, 9).

(A) *Él es puesto por atalaya a la casa de Israel* (v. 7). A las naciones vecinas había dado sus avisos cuando Dios se lo había ordenado según lo demandaba la ocasión, pero para la casa de Israel era un vigía constante por oficio. No eran ellos los que le habían nombrado para ese cargo, sino Dios.

(B) Su deber como vigía de Israel es avisar a los pecadores del peligro en que se hallan por razón de sus pecados. Ésta es *la palabra que ha de oír de la boca de Dios para amonestarles de parte de Dios* (v. 7). Dios ha dicho (v. 8): *«Oh malvado, de cierto morirás»*. A no ser que se arrepienta de su pecado, será cortado de la presencia de Dios. La ira de Dios se revela desde el cielo, no sólo contra las naciones malvadas, sino también contra los individuos malvados. Pero es voluntad de Dios que al malvado se le amoneste de Su parte. Esto da a entender que existe la posibilidad de que el malvado se arrepienta y se salve; de lo contrario, tal amonestación sería una burla. También es una señal de que Dios desea

efectivamente que se corrija y se salve (comp. con v. 11). Por eso, es una grave obligación de los ministros de Dios decir a los pecadores: *«Te irá mal»* (Is. 3:11), pues eso es lo que Dios dice. Y no ha de hablar así llevado de la pasión, con lo que podría provocar al pecador a endurecerse, sino llevado de la compasión, y avisarle de sus caminos tortuosos, a fin de que se vuelva de ellos (v. 9) y viva.

(C) Si perecen almas por culpa de él, por haber descuidado su deber, atraerá sobre sí mismo el castigo que se merece. Pero si cumple con su deber, podrá con eso obtener algún consuelo, aun cuando no vea éxito en el desempeño de su oficio.

Versículos 10–20

1. Las cavilaciones del pueblo contra la manera de proceder de Dios con ellos. El Señor había puesto delante de ellos *la vida,* pero ellos se excusan y dicen que la ha puesto fuera del alcance de ellos. Ezequiel había dicho de parte de Dios (24:23): «*… os consumiréis a causa de vuestras maldades»;* y esto es lo que ahora le echan en cara, como si hubiese sido Su intención conducirlos a la desesperación, cuando Él lo había dicho condicionalmente, a fin de conducirles al arrepentimiento. Ellos habían dicho (18:25): *«El camino del Señor no es recto»,* con lo que danban a entender que Dios era parcial en sus procedimientos, y que era más severo de lo debido contra el pecado y contra los pecadores.

2. Dios da una respuesta satisfactoria a estas cavilaciones.

(A) Cuando hablaron de *consumirse en su iniquidad,* Dios les envió con toda presteza al profeta, para decirles que todavía había esperanza en Israel (v. 11). Dios no se complace en la ruina de los pecadores, ni la desea. Ponen en duda si han de vivir, aun en el caso de que se arrepientan y cambien de conducta. «Sí, dice Dios, *tan cierto como que yo vivo,* vivirán también los que se arrepientan de veras.» Es cierto que, si los pecadores mueren en su impenitencia, de ellos es la culpa; mueren porque se empeñan en morir.

(B) Los más loables profesantes, si apostatan, ciertamente perecerán para siempre en su apostasía; y los más notorios pecadores, si se arrepienten, ciertamente serán dichosos para siempre en su vuelta a Dios. Estas normas de juicio son tan claramente justas que no necesitan para ser confirmadas otra cosa que su repetición.

(a) Si los que han hecho una gran profesión de religión arrojan de sí esta profesión, la profesión que hicieron no les servirá de nada, pues no era más que eso: profesión externa (vv. 12, 13, 18). El que vive normalmente, seguirá viviendo. Seguramente que una tal persona no puede menos de ser dichosa. Hay hombres justos que pueden tener en sí mismos buenas esperanzas, pero están en peligro de desviarse hacia el pecado por confiar en su propia justicia.

(b) En cambio, si los que han llevado una vida de pecado y disolución se arrepienten y cambian de conducta, les serán perdonados sus pecados y, al ser justificados, serán salvos. Así es como incluso las amenazas de la Palabra de Dios son para algunos, por la gracia de Dios, *olor de vida para vida,* mientras que incluso las promesas de la Palabra de Dios vienen a ser para otros, por sus propias corrupciones, *olor de muerte para muerte.* Hay muchos perversos que se apresuran a la perdición y que, no obstante, están bajo la operación de la gracia de Dios para que se vuelvan a Él por medio del arrepentimiento: *Se convierte de su pecado* (v. 14b) y (v. 15) *restituye la prenda,* que había tomado (o conservaba) injustamente o contra el amor debido al prójimo.

(c) Este hombre no sólo ha dejado el pecado, sino que ha aprendido a hacer el bien. Y en este bien continúa *sin cometer iniquidad* (v. 15b); aunque no está libre de debilidad, no está tampoco bajo el dominio de la iniquidad: *«Vivirá ciertamente, y no morirá»* (v. 15, al final). Y de nuevo (v. 16, al final): *«vivirá ciertamente»*. Y aún otra vez (v. 19, al final): *«vivirá por ello»*. Ahora que hay una clara separación entre él y el pecado, no habrá ninguna separación entre él y Dios (v. 16): *«No se le recordará ninguno de los pecados que había cometido»;* esto es, ningún pecado pasado será el menor obstáculo al perdón completo, ni disminuirá en nada la gloria que le está preparada.

(C) La conclusión de todo este asunto es (v. 20): «*… Yo os juzgaré, oh casa de Israel, a cada uno conforme a sus caminos;* aun cuando todos os halláis ahora implicados en la misma común calamidad, habrá, no obstante, distinción de personas en cuanto al estado espiritual y al destino eterno; yo *os juzgaré a cada uno conforme a sus caminos* por los que ahora está andando».

Versículos 21–29

1. Llegan a Ezequiel noticias de que Jerusalén ha sido incendiada por los caldeos. Esto se llevó a cabo el mes quinto del año undécimo del cautiverio (Jer. 52:12, 13). Llevó la noticia un testigo de vista de la destrucción (v. 21), un año y casi cinco meses después de que ocurriese el incendio. Esta es la primera vez que Ezequiel se enteraba de ello con base en el relato de uno que había escapado de Jerusalén.

2. La forma en que Dios le preparó para recibir esta tristísima noticia (v. 22): «*Y la mano de Jehová había sido sobre mí* (v. el comentario a 1:3) *la tarde antes de llegar el fugitivo, y había abierto mi boca, etc.*, para profetizar con libertad y osadía». Dice Fisch: «El silencio impuesto a Ezequiel (cf. 3:26 y ss.) fue retirado con la llegada del fugitivo, como fue predicho en 24:26 y ss.». Ahora que la mano de Dios había estado sobre él, veía renovada su comisión con nuevas instrucciones, a la vez que sentía abierta su boca, para hablar con poder al pueblo y decir justamente lo que tenía que decir.

3. El mensaje especial que ahora se le comunica con referencia a los judíos que todavía quedaban (v. 24) *en aquellos lugares asolados en la tierra de Israel.*

(A) Unos pocos que habían escapado de la espada y de la deportación, continuaban aún allí y comenzaban a pensar en establecerse de fijo. Aun cuando la Providencia los había humillado, y todavía los amenazaba, ellos continuaban, no obstante, intolerablemente altivos (v. 24, al final): *«A nosotros nos es dada la tierra en posesión»,* dicen. Como si dijeran: «Se han marchado nuestros compatriotas; así que ahora es toda para nosotros». Piensan que tienen el mismo derecho a que Dios se la de que el que Dios otorgó a Abraham cuando se la prometió, pues razonan del modo siguiente (v. 24b): «Si Dios le dio la tierra a él, que era un solo adorador Suyo, en recompensa por su servicio a Él, con mucho mayor motivo nos la dará a nosotros, que somos muchos adoradores de Él, en recompensa por nuestros servicios».

(B) Como las providencias de Dios no les han humillado ni les han intimidado, les envía un mensaje suficiente para producir ambos efectos. Les dice que la maldad en la que todavía persisten les hace totalmente indignos de poseer la tierra. Véase de cuántas cosas les acusa (v. 25): *«Coméis con sangre»* (comp. con Gn. 9:4; Lv. 3:17; 19:26); *«Alzáis los ojos a vuestros ídolos»,* cosa especialmente abominable a los ojos de Dios; *derramáis sangre,* sangre inocente; *«estáis* (v. 26) *sobre vuestras espadas», obráis en todo con violencia, a punta de cuchillo; «hacéis abominación»* (comp. con 18:6); «y *contamináis cada cual a la mujer de su prójimo. ¿Y poseeréis la tierra?»* (Esta última frase es la misma en los vv. 15 y 16—al final—, y el pronombre «vosotros» no está enfático en ninguno de los dos versículos.)

(C) Para infundirles terror, les habla de los castigos que todavía les tiene reservados Dios. Los que están ahora en las ciudades, llamadas aquí *ruinas* (v. 27), *caerán a espada,* ya sea la espada de los caldeos, ya sea la de ellos mismos, que se matarán unos a otros, como sabemos por 2 Reyes 25 y, con más detalle, Jeremías 41. Los que están *en el campo serán devorados por las fieras.* Y los que se crean seguros *en las fortalezas y en las cuevas, morirán de peste.* Con esta desolación tan completa, *«sabrán* (v. 29) *entonces que yo soy Jehová»,* dice Dios.

Versículos 30–33

La palabra de Dios se dirige ahora a los que estaban en cautiverio en Babilonia, bajo la reprensión de Dios, pero sin reformarse por ello. Hacían cierto alarde de religión y devoción, pero su corazón no era recto a los ojos de Dios. Se les acusa aquí de tomar a la ligera los mensajes de Ezequiel.

1. El texto sagrado no deja lugar a dudas de que estos cautivos sentían interés por las cosas que Ezequiel decía y hacía, especialmente por la noticia que les había comunicado de la destrucción de Jerusalén, que él había predicho, de parte de Dios, con tanta frecuencia. La AV inglesa tradujo equivocadamente *hablan contra ti* (v. 30) donde el hebreo dicen *hablan de* ti, por lo que M. Henry ha orientado su comentario a esta frase de forma también equivocada. El versículo 30 da a entender que la noticia de que se había cumplido dicha profecía de Ezequiel excitó la curiosidad de los judíos cautivos en Babilonia y que, por ello, «en público y en privado, unos con otros comentan la triste noticia y se animan mutuamente a llegar hasta el profeta para escuchar de su boca la palabra de Jehová» (Asensio). Era mera curiosidad, sin arrepentimiento.

2. En efecto (v. 31), eran asiduos en la asistencia a los mensajes que les comunicaba Ezequiel. Profesaban piedad e interés por las cosas de Dios, pero eran como aquellos de los que el Señor Jesús dijo (Mt. 15:8): *«Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí».* Venían a Ezequiel *como pueblo de Dios,* es decir, como si de veras fuesen el pueblo de Dios, interesado en escuchar Su palabra y ponerla por obra. No sólo mostraban exteriormente gran interés por oír lo que Ezequiel les

decía, sino que *hacían halagos con sus bocas* o, como ha vertido literalmente *la Biblia de Jerusalén: «Porque hay amores en su boca»*.

3. Pero todo este interés no era sino un lujoso manto con que cubrían su hipocresía (v. 31, al final): «*pero su corazón anda en pos de su codicia*». *Ezequiel era para ellos* (v. 32) *como canción de amores* (lit) *de alguien que tiene voz agradable y toca bien un instrumento.* Todo aquello les sonaba bien a los oídos (comp. con 2 Ti. 4:3 *«comezón de oír»),* sin llegarles a la conciencia ni al corazón; el oído quedaba satisfecho, y el corazón seguía tan corrompido como antes. Dice Feinberg muy a propósito: «La melodía lo era todo para ellos; las palabras no significaban nada». Es de temer que, en muchísimos casos, eso sea también lo que muchos oyentes sacan de nuestros servicios pomposos, con coros espléndidos, solos de profesionales y hasta renombradas orquestas: mera música; peor todavía cuando el predicador de turno ha venido a ostentar sus magníficas dotes de «orador sagrado». Véanse también Mateo 7:21 y ss.; Juan 12:47, 48.

4. ¿Quedará sin efecto la palabra de Dios a causa de la incredulidad de ellos? ¡No! Dios confirmará las palabras del profeta, aunque ellos las hayan tomado a la ligera (v. 33). Cuando se cumpla lo profetizado, *«sabrán que ha habido un profeta entre ellos»,* alguien que, de parte de Jehová, ha dicho verdades de la mayor importancia y urgencia, aunque para ellos pueda ser demasiado tarde por su obstinación e impenitencia. Dice Fisch: «Cuando *todas* las predicciones se hayan cumplido, se percatarán de que sus palabras no eran precisamente oratoria elegante, sino verdadera profecía».

CAPÍTULO 34

En este capítulo son llamados a rendir cuentas los pastores de Israel. I. Se les recrimina severamente por su negligencia y falta de fidelidad en el desempeño de los asuntos públicos (vv. 1–6 y 8). II. Dios los destituye fulminantemente de su oficio (vv. 7–10). III. Una amorosa promesa de Dios de que Él mismo tomará a Su cargo este oficio, ya que ellos no lo han desempeñado como debían (vv. 11–16). IV. Otra recriminación a los que de entre el rebaño, eran fuertes, por el daño que habían hecho a los débiles (vv. 17–22). V. Nueva promesa de que, en la plenitud de los tiempos (comp. con Gá. 4:4), Dios había de enviar el Mesías para que fuese el gran Buen Pastor (v. Jn. 10) de las ovejas, quien pondrá en orden todas las cosas durante Su reino mesiánico milenario (vv. 22–31).

Versículos 1–6

La profecía de este capítulo no lleva fecha, como tampoco las de los capítulos siguientes, hasta llegar al capítulo 40.

1. Se le ordena al profeta (v. 2) *profetizar contra los pastores de Israel*—príncipes y magistrados, sacerdotes y levitas; especialmente, los reyes, pues eran dos ahora los cautivos en Babilonia: Sedequías y Joaquín, a quienes, lo mismo que al pueblo llano, había que mostrarles sus transgresiones, a fin de que se arrepintieran. «¡Ay *de los pastores de Israel!»* son palabras del mismo Dios. Como muestra el contexto posterior, eran peor que mercenarios (comp. con Jn. 10:12, 13), pues eran lobos que se comen a las ovejas.

2. De dos cosas se les acusa:

(A) De que todo su interés era enriquecerse a sí mismos y figurar como personas muy importantes: *«¿No deben los pastores apacentar el rebaño?»* (v. 2, al final). Traicionan la confianza que en ellos se ha puesto si no lo hacen así. Pero estos pastores *se apacentaban a sí mismos,* y eso a costa del propio rebaño (v. 3). ¡Devoraban a las ovejas! Dice Fisch: «El único interés de los gobernantes era incrementar sus posesiones mediante extorsiones y actos de injusticia. Así satisfacían su apetito y se vestían de lo ajeno.

(B) De que no les importaba un bledo el bienestar de los que estaban encomendados a su cargo: *«mas no apacentáis a las ovejas»* (v. 3, al final). Los príncipes y los jueces no enderezaban los entuertos cometidos por los que tenían dinero o autoridad; no se interesaban por los pobres. Los sacerdotes no instruían a los ignorantes. Los magistrados no hacían lo posible por poner coto a los crecientes males del reino. No cumplían con su deber con respecto a los que habían sido conducidos lejos por los enemigos y forzados a buscar refugio donde pudiesen hallar lugar para ello; muchos andaban vagando de un lado a

otro, por falta de tal guía, como ovejas perdidas por los montes y expuestas a la voracidad de las fieras (vv. 5, 6). En cuanto al versículo 4, Fisch hace notar que «todos esos términos tienen la forma femenina, por aplicarse a clases de ovejas que requieren de un pastor un cuidado extraordinario. Corresponden a los pobres, los oprimidos, las viudas, los huérfanos, etc., entre la población». Cristo se quejó de que *las multitudes* del pueblo de Dios, en Su tiempo (v. Mt. 9:36), *estaban extenuadas y abatidas como ovejas que no tenían pastor,* a pesar de que *«en la cátedra de Moisés estaban sentados los escribas y los fariseos»* (Mt. 23:2).

Versículos 7–16

1. ¡Cuán disgustado estaba Dios con los pastores de Israel! Este desagrado se pone de relieve en la repetición de los crímenes de los pastores (v. 8). El rebaño de Dios se había convertido en presa de los engañadores que lo habían arrastrado a la idolatría, y de los destructores que lo habían deportado al cautiverio; y estos pastores no se habían preocupado en impedir ni lo uno ni lo otro. Dios está *contra ellos* (v. 10), y ellos lo saben. Tendrán que rendir cuentas por la manera como han desempeñado su oficio: «*y demandaré mis ovejas de su mano,* culpándoles de que faltan muchas, y *les haré dejar de apacentar las ovejas,* es decir, de hacer como si desempeñaran debidamente su oficio, y *los pastores ya no se apacentarán más a sí mismos,* pues yo los habré destituido del cargo».

2. Cuánto más preocupado está Dios por el rebaño, pues *con él halla misericordia el huérfano.* Las preciosas promesas que Dios hace aquí habían de tener su pleno cumplimiento cuando los judíos fuesen restablecidos finalmente en su *país. ¡Oigan los pastores esta palabra de Jehová* (v. 9) y sepan que ya no tienen arte ni parte en este asunto!

(A) Dios reunirá a todas sus ovejas que están dispersas y las traerá de nuevo al redil del que se marcharon (v. 11): *«Aquí estoy yo; yo mismo iré a recoger mis ovejas y las recogeré como hace* (v. 12) *el pastor,* es decir, todo buen pastor, y las traeré a hombros *de todos los lugares en que fueron esparcidas el día del nublado* (comp. 30:3; Jl. 2:2) y *de la densa oscuridad».* Dios inclinará, por medio de Su gracia, el corazón de ellos para que quieran venir, y abrirá, por medio de Su providencia, la puerta para que puedan salir, y retirará del mismo modo todos los obstáculos que se presenten en el camino (v. 16): «Yo *buscaré la perdida, y haré volver al redil la descarriada».* Dice Feinberg: «Será una recogida del exilio y la dispersión a escala mundial. Es innecesario, tanto como imposible, espiritualizar estas promesas. Si la dispersión fue literal, y nadie será tan temerario como para negar esto, entonces la recogida debe serlo también».

(B) Dios volverá a traer a sus cautivos, sanos y salvos, a su propio país (v. 13): *«las traeré a su propia tierra y las apacentaré en los montes de Israel … Las apacentaré* (v. 14) *en buenos pastos … y serán apacentadas con pastos suculentos sobre los montes de Israel … y* (v. 15) *yo las haré reposar»,* lo cual denota descanso de sus fatigosas y continuas andanzas, y una residencia permanente para el futuro.

(C) Socorrerá a todas las que han sufrido algún daño (v. 16b): «*Yo … vendaré la perniquebrada y fortaleceré la débil;* así tendrán pleno consuelo los que *hacen duelo por Sion* y con Sion».

Versículos 17–31

El profeta tiene ahora otro mensaje para el rebaño. Dios le había ordenado hablarles tiernamente y asegurarles de la misericordia que les tenía reservada. Pero ahora se le ordena hacer diferencia entre lo precioso y lo vil y, entonces, darles una promesa del Mesías.

1. Hay que convencer de pecado a los que, en el rebaño, estaban gordos y robustos, *los carneros y los machos cabríos* (v. 17), «la clase dirigente (31:11) sin conciencia (cf. 22:27, 29)» (Asensio). Los que, como los más fuertes del rebaño, «echan a los demás a empujones a la hora de pastar» (Fisch). Todos éstos no se contentaban con comer bien ellos (v. 18), sino que, además, echaban a perder lo que quedaba, a fin de que no quedasen para los pobres ni las migajas que caían de su mesa (comp. con Lc. 16:21). La violencia que estos malvados empleaban contra los débiles queda gráficamente descrita en el versículo 21.

2. Se da consuelo a los que, en el rebaño, eran pobres y débiles, y que *esperaban la redención en Jerusalén* (Lc. 2:38, al final). Dios mismo dice (v. 22): *«Por tanto, yo salvaré a mis ovejas, y nunca más servirán para el pillaje;* no volverán a ser presa de los pastores malvados, que se han convertido en lobos

para el rebaño». Y, con ocasión de esta promesa, viene aquí una predicción de la Segunda Venida del Mesías y del establecimiento de Su reino milenario.

(A) En cuanto al Mesías mismo. Será comisionado por Dios: «*Suscitaré* (v. 23) *para ponerlo al frente de ellas a un solo pastor*» (Jn. 10:16, al final). Él es el gran Pastor de las ovejas de Dios, el único que puede hacer, y ha hecho, por sus ovejas lo que nadie jamás hizo ni pudo hacer: Morir por sus ovejas, y alimentar de su misma vida a sus ovejas, las de lejos y las de cerca, hasta hacer de todas ellas *un solo rebaño*. En cuanto a las frases: *«a mi siervo David»* (v. 23b), *«mi siervo David será príncipe en medio de ellos»* (v. 24b), dice Ryrie: «No el rey David resucitado, sino el más grande descendiente de David, el Mesías». Y el gran rabino Kimchi (citado por Feinberg), poco sospechoso de simpatías pro cristianas, escribió: «David es el Mesías, que surgirá de su descendencia en el tiempo de la salvación». Allí, en el monte Sion, establecerá Su trono, *«el trono de su padre David»* (Lc. 1:32). Hará allí (v. 29) *«un plantío de renombre»,* porque (Jer. 23:5) Jehová *«levantará a David un renuevo justo, y reinará como Rey»* (comp. con Is. 4:2).

(B) En cuanto a la gran Constitución sobre la que el reino del Mesías será establecido, dice Dios (v. 25): «*Y estableceré con ellos pacto de paz*». El pacto de paz es un pacto de gracia, y el tenor de este pacto es como sigue (v. 24): «*Y yo Jehová les seré por Dios,* un Dios que es, para ellos, Todosuficiente». Sólo los que tienen al Señor Jesús por su Salvador, tienen a Jehová por su Dios.

(C) En cuanto a los privilegios de los fieles súbditos de este reino del Mesías. Están aquí expuestos en sentido figurado, como bendiciones del rebaño. Pero tenemos la clave de la interpretación en el v. 31, donde leemos: *«Y vosotras, ovejas mías, ovejas de mi pasto, sois hombres»* (mejor, *«seres humanos»*—hebr. *Adam—).* Comenta Barnes (citado por Fisch): «Vosotras sois mi rebaño; más aún, vosotras sois *Adán,* Mi especial creación de antiguo». ¿Cuáles son esos privilegios?

(a) Disfrutarán de santa seguridad bajo la protección divina. Cristo, el grande y Buen Pastor, *habrá quitado de la tierra las fieras* (v. 25), después de haber destruido el poder del diablo (He. 2:14b). Entonces podrán vivir seguros (v. 25b), no sólo en los rediles, sino también en los campos: *en el desierto ... en los bosques.* Por medio de Cristo, Dios libra a los Suyos, no sólo del temor a los peligros, sino del temor a ser atemorizados por nada.

(b) Disfrutarán de abundancia de todas las cosas buenas, tanto materiales como espirituales: *«Nunca más serán consumidos* (v. 29) *de hambre en la tierra»*. Caerán sobre ellos (v. 26, al final) *«lluvias de bendición»,* pues, al haber sido levantada la maldición de la tierra, las cosechas abundantes serán una muestra de la bendición que el cielo otorgará a la tierra. No cabe duda de que «el sentido literal es el concepto primario, y los elementos espirituales son un corolario de él» (Feinberg). Ambos sentidos están integrados en la referencia que a esto hace Pedro en Hechos 3:19, 20, pues los *«tiempos de refrigerio»* han de abarcar necesariamente ambos aspectos. Feinberg hace notar también que «los refrigerios que da el Espíritu son, a menudo, comparados a un aguacero (Is. 44:3)». De este modo (v. 27), *«el árbol* (todo árbol) *del campo dará su fruto, y la tierra dará sus productos»*.

(c) Y, mejor aún que todo eso, «Dios (v. 26) *hará de ellas* (de las ovejas) *y de los alrededores de Su collado* (es decir, del monte Sion) *una bendición»* (comp. con Gn. 12:2, al final). Los israelitas serán una gran bendición para todos los demás pueblos. Los que son *benditos de Jehová* han de procurar ser ellos mismos bendición para el mundo. El que es bueno, ha de hacer *el bien* (Stg. 4:17); el que ha recibido un don, una gracia, ha de administrar de eso mismo a los demás.

CAPÍTULO 35

Extraña, a primera vista, ver este capítulo aquí, como una cuña de maldición entre las bendiciones prometidas a Israel. En realidad, todo el capítulo es una ampliación de la profecía ya pronunciada contra Edom en 25:12–14. ¿Por qué se inserta aquí? Dice Feinberg: «Es aquí, probablemente, un punto de contraste con el capítulo 36, es decir, ira para el monte Seír, en contraste con la bendición para los montes de Israel». La *Ryrie Study Bible* reúne los capítulos 35 y 36 bajo un mismo epígrafe: «EL RENACIMIENTO DE LA NACIÓN», con un aspecto negativo: *«La destrucción de Edom»* (cap. 35), y otro positivo: *«El nuevo pacto con Israel»* (cap. 36). En cuanto al capítulo presente, vemos: I. Que el pecado de que se acusa a Edom es su desprecio y odio a Israel (vv. 5 y 10–13). II. Que Dios estará contra

ellos (v. 2), y entonces su país quedará asolado (v. 4), despoblado (vv. 6–9) y dejado así mientras se recuperen otras naciones que también habían quedado en desolación (vv. 14, 15).

Versículos 1–9

El monte Seír fue mencionado como compañero de Moab en una de las amenazas que ya vimos antes (25:8), pero aquí tiene ayes que le son propios.

1. Dios defiende la causa de Su pueblo y toma como hecho contra Sí mismo lo que se hace contra ellos; es por este motivo por lo que Dios contiende ahora con los edomitas, pues éstos: (A) Siempre habían sido enemigos del pueblo de Dios (v. 5): *«Por cuanto tuviste un odio perpetuo, etc.»*. Los edomitas abrigaban un resentimiento *hereditario* contra los israelitas, el mismo que Esaú abrigó siempre contra su hermano Jacob. La posteridad de Esaú nunca se avino a reconciliarse con la posteridad de Jacob. Es cosa extraña lo arraigadas que a veces están las antipatías nacionales y la forma en que persisten a lo largo de los siglos. (B) Habían hecho mucho daño al pueblo de Israel. No les atacaron de frente, dando la cara, sino que *les acechaban en las encrucijadas para matar a los que de ellos escapasen* (Abd. v. 14).

2. Cuál había de ser el efecto y el resultado de esta contienda. Si *Dios extiende su mano* contra el país de Edom (v. 3), *lo convertirá en la mayor soledad.* La segunda parte del versículo 6 debe leerse como en la RV 1977, pues la mayoría de las versiones parecen no haber comprendido el sentido de la conjunción hebrea *im*. El sentido, como lo expone Fisch, es el siguiente: «Edom aborrecía a Israel, con quien estaba emparentado por vínculos de sangre». Feinberg parece defender la interpretación que dan la mayoría de las versiones: «Edom no había odiado la sangre, pues odiar la sangre es tener miedo a cometer asesinato. Dos veces se declara que les perseguirá la sangre». La objeción que este traductor ve en esa versión es que no guarda el paralelismo, pues ha de esperarse que la sangre persiga al que aborrece la sangre, no al que no la aborrece; por eso, tengo como más probable la versión e interpretación del rabino Fisch, que es la que se refleja en la RV 1977. Los que prestan su apoyo a los desoladores de Israel, han de esperar ser ellos mismos desolados. Y lo que completa el castigo de Edom es que *será puesto por Dios en asolamiento perpetuo* (v. 9).

Versículos 10–15

1. Un nuevo informe del pecado de los edomitas y de su malvada manera de conducirse con el pueblo de Dios. La oración de los cautivos de Babilonia era la siguiente: *«Oh Jehová, recuerda contra los hijos de Edom el día de Jerusalén, cuando decían: Arrasadla, arrasadla hasta los cimientos»* (Sal. 137:7). Estaban inflamando una rabia que no necesitaba acicate. Se regocijaban cuando los caldeos destruían el pueblo de Israel, y se lisonjeaban con la esperanza de que, cuando fuese destruido el pueblo de Israel, se les permitiría a ellos entrar en posesión del país. Quienes desean la muerte ajena tienen espíritu de edomitas, ya que actúan de ese modo porque piensan conseguir algo con eso. En este caso, había algo más grave, ya que, al codiciar el país de Israel al precio de la destrucción de los israelitas, hacían una tremenda afrenta al mismo Dios. Esperaban posesionarse de una vacante, al haber sido expulsado Israel, *mientras Jehová estaba aún allí* (v. 10). Esa era *la tierra de Emanuel* (Is. 8:8); en esa tierra había de nacer, pero había de nacer de Israel, no de Edom.

2. Dios advirtió esta bárbara insolencia de los edomitas y pronunció sentencia contra ellos: «Y *sabrás* (v. 12) *que yo Jehová he oído todas tus injurias, etc.»*. Y de nuevo (v. 13b): «*y multiplicasteis contra mí vuestras palabras. Yo lo oí»*. Dios ha escuchado los insultos y las blasfemias de los edomitas. ¡Que escuchen ellos ahora su sentencia! (vv. 14, 15). Era un pecado nacional y, por eso, la desolación iba a ser nacional también, para que el castigo corresponda, de algún modo, al pecado: *«Así dice el Señor Jehová: Cuando* (equivalente *a para que) toda la tierra se regocije, desolación te haré. Como te alegraste sobre la heredad de la casa de Israel, al ser desolación, así te haré a ti: Llegarás a ser desolación, monte de Seír y todo Edom por entero; y conocerán que yo* (soy) *Jehová»* (versión literal).

CAPÍTULO 36

Para el estudio de un capítulo como éste, nada mejor que el brillante comentario de Ch. Feinberg, quien asegura: «Este capítulo constituye la prueba contundente contra los que se empeñan en explicar la profecía de cualquier otro modo que no sea el literal. Hay que admitir, aunque lo hagan de mala gana, que en el capítulo se habla de un Israel literal, de una tierra literal y de una literal experiencia de regeneración». Seguimos la división que del capítulo hace el propio Feinberg: I. El país de Israel ha sido tomado por el enemigo (vv. 1–7). II. La futura fertilidad de la tierra (vv. 8–15). III. La paciencia de Dios en atención a Su Nombre (v. 16–21). IV. La conversión de Israel (vv. 22–31). V. El único objetivo de todo esto es la gloria de Dios (vv. 32–38).

Versículos 1–7

Ahora que Dios se vuelve hacia Israel en Su misericordia, el profeta debe hablar palabras buenas y consoladoras (v. 1 y, de nuevo, en v. 4): *Montes de Israel, oíd palabra de Jehová*». Y lo que dice a los montes lo dice también (v. 4b) *«a los collados, a los arroyos, a los valles, a las ruinas asoladas y a las ciudades desamparadas»*. Comenta Fisch: «Ezequiel proclama la reversión de la sentencia que había pronunciado en 6:3». Dicha enumeración se repite, en parte, en el versículo 6, el cual viene a ser un resumen de los versículos 4 y 5. Los caldeos se habían llevado deportados a los habitantes del país, pero no se pudieron llevar los montes, ni los collados, arroyos y valles; sin embargo, se mencionan por la sencilla razón de que, aun sin llevárselos, el enemigo se había hecho el amo de todo eso, lo había codiciado y devastado (v. 5).

1. La mirada compasiva que Dios echa sobre la presente condición deplorable del país de Israel. Ha llegado a ser *entregado al pillaje y al escarnio de las otras naciones alrededor* (v. 4, al final). (A) Sus enemigos se han enriquecido con el botín que han sacado de allí. Nadie pensó que fuese un crimen despojar a un israelita. Cuando una persona ha quedado malparada, es frecuente el grito: «¡Duro con él!» (B) Los israelitas han venido a ser la burla de sus enemigos, que decían (v. 2): «*¡Ea!, también las antiguas (mejor* que *eternas) alturas nos han sido dadas por heredad»*. Pero Dios se ha ofendido de esas bravatas y las ha tomado como una circunstancia agravante de la presente calamidad de Israel (v. 3, al final): «*y andáis en boca de habladores y en la difamación de la gente»*.

2. Las expresiones del justo desagrado de Dios contra los que se alegraban (en especial, Idumea) de las desolaciones de la tierra de Israel.

(A) Habían trinchado para sí grandes porciones de la tierra de Dios, pues Suya era ciertamente (v. 5b): «… *se apropiaron entre ellos mi tierra por heredad»*, por lo que no sólo habían invadido la propiedad del prójimo, sino que habían usurpado también la prerrogativa de Dios. Y los que no habían tenido oportunidad de hacer presa en el pueblo de Dios, se habían burlado de él (v. 6, al final): *«habéis llevado el oprobio de las naciones»*.

(B) Dios ha determinado pedirles cuentas por ello, y ello *«en el fuego*—dice—*de mi celo»* (v. 5). Es el celo de Su santidad y de Su veracidad, pero es también el celo de Su honor como único Salvador de Su pueblo. Ellos hablaban de forma denigrante contra el pueblo de Dios; por tanto, Dios *habla en su celo y en su furor* (v. 6). Y con juramento afirma (v. 7): *«las naciones que están a vuestro alrededor han de llevar su afrenta»*.

Versículos 8–15

Aquí aparecen las promesas del favor de Dios hacia Israel, y la seguridad que les da de la gran misericordia que les tiene reservada.

1. El profeta tiene que decir a *los montes de Israel* (v. 8), ahora desolados y despreciados, que *Dios está por ellos* (comp. con Ro. 8:31) y *a ellos se volverá* (v. 9). Sus legítimos dueños volverán a tomar posesión de ellos, *porque* (v. 8, al final) *están a punto de volver.* Aunque están dispersos por muchos países, todavía *hay esperanza para Israel* (Jer. 31:17) *y los hijos volverán a su propia tierra.* Y es ahora cuando ha llegado el tiempo de que vuelvan. Los montes de Israel están desolados; pero *Dios hará que sean muchos los hombres que pasen por ellos* (v. 10), *toda la casa de Israel,* no como viajantes, sino como residentes. Al haber disfrutado de sus sábados por tantos años, la tierra será tanto más fértil: *«seréis labrados y sembrados»* (v. 9, al final); *«llevaréis vuestro fruto* (v. 8b) *para mi pueblo Israel»*.

2. El pueblo de Israel se restablecerá de forma cómoda en su propio país (v. 10b): *«las ciudades serán habitadas, y edificadas las ruinas»*. Y (v. 11b) *«os haré morar*—añade—*como solíais antiguamente;* más aún, *os haré mayor bien que en vuestros principios»*. Nótese que dice (v. 10b): «… *a toda la casa de Israel, TODA ELLA»* (nótese el énfasis que Dios pone en ello), es decir, no sólo de *todos aquellos* (Esd. 1:5) *cuyo espíritu despertó Dios para subir, etc.* (como quiere M. Henry), sino de todos los que hayan sobrevivido a la Gran Tribulación, pues «las condiciones aquí descritas son claramente mileniales» (Feinberg).

3. El baldón antaño lanzado contra la tierra de Israel por los espías malvados de que era *«tierra que traga a sus moradores»* (v. 13; comp. Nm. 13:32b) por las luchas continuas a fin de ocuparla en exclusiva, y quizá también por las frecuentes sequías (v. 30), no volverá a repetirse (v. 14): *«por tanto, no devorarás más hombres, y nunca más matarás a los hijos de tu nación, dice el Señor Jehová»*. Y cuando una nación disfruta de paz completa (v. 15), especialmente cuando reina la justicia, al quitarse de en medio el desorden y el crimen, ya *no se oye más el ultraje de las naciones ni el denuesto de los pueblos.*

Versículos 16–21

En estos versículos vemos cómo la gloria del nombre de Dios había sido empañada tanto por los pecados como por las miserias de Israel.

1. La gloria de Dios había sido empañada por el pecado de Israel cuando el pueblo estaba en su país (v. 17). Era una tierra muy buena, pues gozaba de la protección especial de Dios, pero *la profanaron con sus caminos y con sus obras.* Y lo que se ha hecho inmundo es mejor no usarlo. Si abusamos de los dones que nos ha otorgado la munificencia de Dios, perdemos el derecho a usarlos; y si nuestra conciencia está contaminada por el pecado, no nos queda ningún consuelo, pues *nada hay limpio* para nosotros. Otros pecados graves del pueblo, cuando aún estaban en su país, fueron *el derramamiento de sangre y la adoración de ídolos* (v. 18); también con esto *contaminaron la tierra*. Dios fue justo, pues, al *juzgarlos* (lit.) *conforme a sus caminos y conforme a sus obras* (v. 19).

2. «*Y cuando llegaron a las naciones adonde fueron»* (v. 20), es decir, adonde fueron echados (pues no fueron por su propia voluntad), tampoco allí dieron a Dios ninguna gloria; al contrario, *... profanaron el santo nombre de Dios»*, de forma que los enemigos de Dios y de Israel tomaron de ahí pie para vituperar a Dios, como si fuese impotente para proteger a Sus adoradores y hacer buenas las promesas que les había hecho.

Versículos 22–31

Pero Dios no va a permitir que Su santo nombre continúe siendo profanado. Aunque los israelitas no han hecho ningún merecimiento para que Dios los levante y los salve, Él lo va a hacer en atención a Su nombre (vv. 22, 23), que es grande al par que santo. Las profecías que siguen, tanto en este capítulo como en los siguientes, son de carácter escatológico.

1. La salvación final de Israel (Ro. 11:26) comenzará por la reunión de los israelitas de todos los países a los que hayan sido echados (v. 24: *«Yo os tomaré de entre las naciones, y os recogeré de todas las tierras, y os traeré a vuestro país»*. Dice Ryrie: «profecía que hallará su cumplimiento al final del período de la Tribulación (Mt. 24:31; cf. Jer. 16:15)».

2. Entonces, como inauguración del nuevo pacto de Dios con Israel al tiempo de la Segunda Venida de Cristo, Jehová derramará el Espíritu sobre Su pueblo y, con esto, se retirará el velo que les impedía ver las realidades del reino de Dios en Cristo (v. 2 Co. 3:14–18). El versículo 25 habla de un *rociamiento de agua limpia sobre ellos.* «Hay una referencia al lavamiento con agua por la Palabra» (Feinberg). En efecto, ése es el sentido de lugares como Juan 3:5; 15:3; Efesios 5:26; Tito 3:5; 1 Pedro 1:22, 23. Dice Feinberg: «Aquí hay una alusión a los ritos mosaicos de purificación … El rociamiento simbolizaba las purificaciones por medio del agua general y colectivamente (Lv. 14:5–7), pues todas ellas eran figura de la eliminación de la inmundicia».

3. Tras esta limpieza, que tiene que ver con la justificación, no (todavía) con la santificación interior, viene la obra de la regeneración espiritual (vv. 26, 27, comp. con 11:18–20), en la que son de notar estos tres aspectos:

(A) *Dios les dará un corazón nuevo* (v. 26), esto es, una nueva fuente de conducta (v. Mt. 12:33–35), y *un espíritu nuevo;* «el espíritu es el aliento que anima las acciones» (Lofthouse, citado por Fisch). Tendrán, pues, una nueva mentalidad. En lugar de un *«corazón de piedra»,* esto es, endurecido y obstinado en seguir sus propios malvados caminos, Dios les pondrá en el pecho, con el *espíritu nuevo, un corazón de carne,* esto es, no un corazón carnal (aficionado a las cosas de la carne), sino uno que es tierno, sumiso, obediente, que responde como es debido a todas las demandas de la Ley y de la gracia de Dios.

(B) Para que esto pueda ser una constante realidad, Dios pondrá en ellos su propio Espíritu Santo (v. 27, comp. con 37:14; Jl. 2:28).

(C) Animados por el propio Espíritu de Dios, serán entonces capaces (v. 27b) de *poner por obra* todos los mandamientos de Dios, cosa que antes les era imposible, por cuanto la Ley daba el conocimiento (el diagnóstico) del pecado (Ro. 3:20), pero no aportaba el remedio para evitarlo ni para curarlo.

Todos estos elementos entran en la regeneración espiritual, que el Señor Jesús llamó *«nacer de nuevo»* o, mejor, *«nacer de arriba»* (Jn. 3:3 y ss.). Por eso, cuando le dijo a Nicodemo (Jn. 3:10): «*Tú eres el maestro de Israel, ¿y no conoces estas cosas?»,* se refería a esta profecía, que Nicodemo debería haber recordado.

4. Una vez dispuestos interiormente, los israelitas estarán ya convenientemente preparados para *habitar* (v. 28) permanentemente *en la tierra que Dios dio a los antepasados de ellos.* Éste es siempre el método de Dios: Hacer primero que los hombres se aparten de sus pecados y contaminaciones, y derramar después sobre ellos sus consuelos y bendiciones (v. 29): *«Y os libraré de todas vuestras inmundicias; y llamaré al trigo y lo multiplicaré, y no os haré pasar hambre».* Como en Levítico 26:3–12, todas estas bendiciones están enmarcadas en el *pacto* de Dios con Su pueblo; ahora un nuevo pacto (v. 28b, comp. con Jer. 31:31–34), de cuyas bendiciones espirituales ya somos partícipes los creyentes (He. 8:6–10:18).

5. Finalmente muestra (v. 31) cuáles son los dichosos efectos de este bendito cambio. Ahora sienten profundo arrepentimiento de sus pecados anteriores, hasta *sentir asco de sí mismos.* Esto nos enseña una verdad bíblica mal conocida, cuando no es ignorada del todo: Antes de que el corazón y el espíritu de una persona sean regenerados, a esa persona le es imposible, no sólo obedecer los mandamientos de Dios, sino también sentir dolor y repugnancia de sus pecados. La razón es que, antes de recibir esa vida nueva de parte de Dios, estamos muertos espiritualmente (Ef. 2:1 y ss.), y un cadáver espiritual no puede nada en todo lo que se refiere a esa esfera. En realidad, la mirada de fe al Calvario, por la que el hombre queda justificado (Jn. 3:14, 15), ya supone un despertamiento espiritual, obra del Espíritu Santo en el corazón del pecador.

Versículos 32–38

En estos versículos domina un pensamiento: El fin último de todas estas bendiciones divinas es la gloria misma de Dios.

1. En efecto, al condensar lo que ya ha dicho en los versículos 21–23, hace saber Dios a los israelitas que sólo el celo por Su gloria de único Salvador de Su pueblo es lo que le ha llevado a hacer todas esas cosas. Ellos no tienen de qué gloriarse, sino, al contrario, tienen mucho de qué *avergonzarse* (v. 32). Y cuanto más altos son los privilegios que se les confieren, tanto mayor debe ser la confusión que sientan por un pasado que se ha caracterizado por una secuencia ininterrumpida de apostasías.

2. Todas las bendiciones, pues, que los versículos 33b–38 repiten (después de lo ya dicho en los vv. 28–30), tienen como punto de partida una limpieza general (v. 32a). Y Dios mismo es quien va a efectuar esa limpieza, como Él mismo es quien va a convertir en un nuevo Paraíso (v. 35) la tierra que estaba asolada. Éste es el pensamiento que recorre los versículos 33b–38.

3. El ministerio de la oración va a jugar un papel importante (v. 37): *«Así dice el Señor Jehová: Aún seré solicitado por la casa de Israel, para hacerles esto».* Dice Feinberg:

Hubo un tiempo en que el Señor rehusó ser preguntado (o rogado) por Su desobediente pueblo (14:3; 20:3), pero ahora el Señor les prestará acceso por haberse vuelto ellos a Él con arrepentimiento genuino, y les concederá sus peticiones. El objeto de toda profecía es incitar a una actuación piadosa. Lo que de aquí se deduce es que habían de ser oídos por el Señor.

4. Un detalle importante en las promesas que hace aquí Dios a Su pueblo es (vv. 37b, 38) el de «*multiplicarles los hombres como se multiplican los rebaños*». Dice Fisch: «Las desoladas ciudades de la Tierra Santa rebosarán de habitantes, igual que Jerusalén rebosaba antaño de ganado para los sacrificios en los tres festivales de peregrinos».

CAPÍTULO 37

En este capítulo, «Ezequiel: 1. Predice el reavivamiento político y espiritual de su nación (vv. 1–14), y: II. La reunión de sus dos divisiones (vv. 15–28). Los huesos secos indican un ejército muerto en batalla, descripción muy apropiada de la a la sazón desesperada condición de Israel» *(Ryrie Study Bible).*

Versículos 1–14

I. Visión de una resurrección de muerte a vida.

1. En su sentido literal, el presente capítulo *solamente* se refiere a la resurrección política y espiritual de Israel. Toda otra interpretación podrá ser útil para aplicaciones devocionales, pero ha de entenderse que es una acomodación, por muy provechosa que sea. El texto sagrado no deja lugar a dudas (v. 11): «*Me dijo luego: Hijo de hombre, estos huesos son toda la casa de Israel*».

2. En su sentido acomodaticio, puede aplicarse a la resurrección espiritual del pecador, de la muerte del pecado a la vida de la justicia, a una vida santa, espiritual, celestial y divina, mediante el poder del Espíritu Santo que, con su gracia y la eficacia de la Palabra de Dios, nos hace nacer de nuevo (Jn. 3:5).

3. En cuanto a los detalles particulares de esta visión, tenemos:

(A) La deplorable condición de estos huesos. Como otras veces (por ej., en 3:12; 8:3; 11:24), Ezequiel fue transportado *en espíritu, esto* es, en trance profético, y *puesto en medio de un valle* (v. 1), «al vecino y ya conocido valle de Tel Abib (cf. 3:22), que esta vez se le presenta *lleno de huesos*» (Asensio). Por lo que vemos en el versículo 2, estos huesos estaban: (a) por supuesto, muertos; (b) secos; (c) separados y (d) esparcidos por todo el campo. Es como si una gran batalla hubiese tenido lugar allí, y los soldados hubiesen muerto en lucha feroz cuerpo a cuerpo y, después, los cadáveres que yacían en tierra hubiesen quedado insepultos y a merced de buitres y fieras del campo que, al cebarse en ellos, hubiesen dejado todos los huesos descoyuntados y dispersos. Después de hacer notar que eran *muchísimos,* el texto sagrado dice enfáticamente (v. 2, al final): «Y *¡mira!, ¡secos en gran manera!*» (lit.), como si hubiesen estado expuestos por largo tiempo al sol y al aire.

(B) Así estaban los judíos en Babilonia y en otros países: como muertos y secos, sin formar pueblo, sino esclavos de sus opresores y separados unos de otros, sin esperanza humana de que volviesen jamás a unirse, y menos aún a formar un solo cuerpo; y lo menos probable aún, a formar un cuerpo político y espiritualmente vivo. Dios le da a entender claramente a Ezequiel lo deplorable del caso, para que se percate de que no había otro poder en el Universo, fuera del poder de Dios, capaz de hacer algo que remediase, en el menor grado, la situación (v. 3): «*Y me dijo: Hijo de hombre, ¿pueden revivir estos huesos?*» La respuesta de Ezequiel es notable (v. 3b): «*Señor Jehová, tú lo sabes*». Dice Feinberg: «La respuesta de Ezequiel revelaba que se requería un poder sobrehumano para realizar aquello. Fue una respuesta de reverencia, sin contestar positiva ni negativamente». Detrás de esta reticencia puede leerse lo que Ezequiel pensaba: «Señor, tú sabes si pueden revivir y si de hecho revivirán; si tú no pones vida en ellos, es cosa cierta que no pueden revivir».

(C) Los medios usados para reunir todos estos huesos muertos, secos, separados y dispersos; y, después de unidos, hacerles volver a la vida. Dios ordena a Ezequiel *profetizar sobre los huesos* (v. 4), esto es, proclamar sobre ellos la palabra del Señor, y, después, le ordena (v. 9) *profetizar al espíritu,* esto es, apelar al *aliento vital* que hace que una persona sea *un ser viviente* (Gn. 2:7). Así lo hizo Ezequiel (vv. 7 y 10): «*Profeticé como me fue mandado … Me profeticé* (es curiosísima, en este segundo caso, la forma reflexiva del verbo) *como me mandó*». Es como si hubiese predicado a los huesos y, después, se hubiese predicado a sí mismo mientras se dirigía al espíritu de vida. Así es como, por la palabra de Dios, aquel gran milagro tuvo efecto y aquellos muertos volvieron a la vida. La profecía al espíritu fue como una

oración, de forma que la vida real, espiritual, de aquellos muertos fue resultado, conjuntamente, de la predicación y de la oración del profeta. Nótese que solamente cuando entró en ellos el espíritu de vida *se pusieron de pie* (v. 10b). La palabra del profeta les ha dado esqueleto, tendones, carne y piel; pero sólo la oración del profeta tuvo como respuesta que los muertos tuviesen vida: *«Espíritu, ven … y entró el espíritu en ellos, y vivieron»* (vv. 9, 10). La gracia de Dios puede salvar almas sin nuestra predicación, pero nuestra predicación no puede hacerlo sin la gracia de Dios. Y esa gracia hay que buscarla en oración.

(D) Véase en detalle el resultado maravilloso del empleo de dichos medios. Quienes obran como les es mandado, aun frente a situaciones que parecen desesperadas, no tienen por qué dudar del éxito. Ezequiel miró por encima de aquella gran multitud de huesos secos y dispersos, profetizó sobre ellos y vinieron a ser cuerpos humanos.

(a) Primero, lo que tuvo que hacerles saber es que Dios quería decididamente devolverles la vida (vv. 5 y 6). Enfáticamente se repite ese «*y viviréis*».

(b) Lo que de inmediato se consiguió con ellos es que *se pusiesen en movimiento* (v. 7). Una tal cantidad de huesos secos había de producir por fuerza gran *ruido,* «y *el ruido* llegó a ser *conmoción* cuando los huesos se juntaron para formar esqueletos humanos» (Fisch). Incluso los muertos y secos, como estos huesos, comienzan a moverse cuando son llamados a oír la palabra del Señor.

(c) A pesar de haber una multitud de huesos tan separados y dispersos, a la voz de Dios todos ellos se movieron y, sin errar uno solo, cada uno se unió a su compañero en el lugar que le correspondía y en el esqueleto respectivo (v. 7, al final): «*y los huesos se juntaron, cada uno en su sitio* (lit. *hueso a su hueso)*».

(d) Un paso más, y sobre los esqueletos respectivos, ya formados (v. 8), aparecen *tendones, «sube»,* es decir, crece, *la carne, y los cubre la piel por encima; pero* (éste es un grandísimo «pero») *«no había nada de espíritu en ellos»* (lit.). ¿De qué sirve un gran ejército de soldados, fuertes y robustos de cuerpo, si les falta el aliento de vida? Comenta atinadamente Feinberg: «Es evidente que la referencia a la ausencia de aliento en los cuerpos indicaba que, cuando Israel haya regresado al país en los últimos días, estarán sin convertir. Seguramente que el tenor general de las Escrituras proféticas apunta en esa dirección (V. Zac. 13:8, 9). De no ser así, es difícil ver cómo podrá hacerse un pacto a escala nacional con un impío tal como el príncipe romano de los tiempos del fin (cf. Dn. 9:27)».

(e) Una vez que *el aliento de vida entró en ellos* (v. 10), *vivieron, y se pusieron en pie; un ejército grande en extremo.* El espíritu de vida hizo de ellos, no sólo hombres vivos, sino también hombres activos, prestos para el servicio y el ejercicio. Hace notar Feinberg que «es importante repetir que Ezequiel no hablaba de una resurrección física de los muertos, sino del reavivamiento de Israel y de su restauración a la vida espiritual».

II. Aplicación de la visión a la condición calamitosa en que se hallaban los judíos en aquellos momentos, cautivos y exiliados en Babilonia (v. 11): *«Estos huesos son toda la casa de Israel,* esto es, tanto las diez tribus que moraban arriba, en el reino del norte, como las dos que moraban abajo, en el reino del sur».

1. Lo profundo de la desesperación a la que se hallan ahora reducidos (v. 11). Israel no es ahora otra cosa que eso: Una multitud de huesos muertos, secos, separados y dispersos. La aflicción había durado demasiado tiempo, y las esperanzas se habían marchitado con la continua y persistente frustración. Así lo veían ellos mismos (v. 11b): *«Nuestros huesos están secos, se ha perdido nuestra esperanza, y estamos cortados del todo».* «Se comparan a sí mismos a miembros separados del cuerpo, para no volver jamás a ser unidos en un organismo viviente» (Fisch).

2. Pero una fe activa en el poder, la promesa y la providencia de Dios pueden reanimarles las perdidas esperanzas (vv. 12–14): *«Por tanto,* porque las cosas han llegado así a tal extremo, *profetiza y diles* que ésta es la hora en que Dios se va a manifestar a ellos (la hora final): *os haré subir de vuestras sepulturas y os traeré a la tierra de Israel»* (v. 12b).

Versículos 15–28

Después de la promesa del reavivamiento de Israel en los últimos tiempos, viene una promesa complementaria, ya insinuada en el versículo 11: *«Estos huesos son TODA la casa de Israel».* Israel volverá a la vida como *un solo* cuerpo.

1. Se promete aquí que *Efraín* (el reino del norte) y *Judá* (el del sur) se unirán felizmente de nuevo. Desde la deserción de las diez tribus de la casa de David bajo Jeroboam, las disputas, animosidades y querellas entre las dos facciones habían sido continuas, incluso en el país de su cautiverio. Ahora se iban a volver a unir, y esto se promete bajo el símbolo de una señal. El profeta tiene que tomar *dos palos* (v. 16) y escribir en uno de ellos *Judá y los hijos de Israel que le están asociados,* es decir, de las tribus de Benjamín, Simeón y Leví, y restos de otras tribus; en el otro ha de escribir *José, palo de Efraín, y de toda la casa de Israel que le está asociada.* Nótense los siguientes detalles:

(A) En el segundo palo figura a la cabeza el nombre de *José,* por descender de él las dos tribus más importantes del reino del norte: Efraín y Manasés. Se nombra con preferencia a José por dos razones: (a) Su carácter piadoso, recto con Dios, contrasta con el de Efraín, el *novillo indómito* (Jer. 31:18); quizá sea ésta la razón por la que su padre José le sustituye en Apocalipsis 7:8b. (b) José era el heredero de la primogenitura en cuanto a las bendiciones temporales (Gn. 49:25, 26), mientras que Judá lo había de ser de las bendiciones espirituales y del cetro (Gn. 49:10).

(B) José es llamado *palo de Efraín* por dos razones igualmente: (a) Por ser el primogénito de José (v. Gn. 48:17–20); (b) pero, sobre todo, porque de la tribu de Efraín era Jeroboam, el primer rey de la tribu del norte.

(C) Ezequiel tiene que juntar los dos palos en su mano (v. 17), de forma que *se hagan uno solo en su mano.* El verdadero significado era que se habían de hacer uno solo en la mano de Dios (v. 19), de quien el profeta era aquí como el embajador de Dios.

2. Así que, cuando se cumpla esta profecía, las dos casas, la de José y la de Judá, *serán una sola nación* (v. 22): no tendrán intereses diversos y, por consiguiente, no estarán divididos sus afectos. Hasta entonces habrán sido dos palos distintos apaleándose e hiriéndose el uno al otro recíprocamente; ahora serán uno solo, y se ayudarán y reforzarán mutuamente. El haber sufrido juntamente en sus cautiverios y persecuciones a lo largo de la historia (v. 21), contribuirá a esta mutua comprensión y al mutuo afecto. El haberlos amado Dios a los dos sin ellos merecerlo será un buen motivo para amarse ellos el uno al otro. Cuando dos trozos del mismo metal se meten en el horno, fácilmente se hacen uno solo al derretirse con el calor.

3. Las dos casas serán una sola *en las manos de Dios,* porque: (A) Su poder y su amor los habrán unido. (B) Su gloria será el centro de su unidad, y Su gracia el cemento que los mantenga unidos. (C) Su Hijo el Mesías será *el Rey davídico* (v. 24, comp. con 34:23), del que todos ellos serán súbditos sumisos y obedientes. Una sola nación, un solo Rey, unas mismas normas de gobierno para todos.

4. También se promete que los judíos se habrán curado para siempre de su idolatría (v. 23). Esto ya ocurrió a la vuelta de la cautividad de Babilonia, pero entonces (comp. con 36:25 y 26) será una curación segura y completa, como fruto de la regeneración espiritual de la nación, que les habrá cambiado la mentalidad y les preservará de las tentaciones exteriores, ya que: (A) Satanás estará atado (Ap. 20:2), y: (B) El Mesías *gobernará con cetro de hierro,* para quebrantar a los enemigos (Sal. 2:9).

5. Se promete también aquí que vivirán de forma cómoda y próspera (vv. 25, 26). Vivirán en la buena tierra de Israel, con el pacto ahora renovado; por lo que vendrán a ella con el título de su ascendiente *Jacob,* al que Dios llama (v. 25) *mi siervo.* La tierra fue una heredad otorgada por Dios a los antepasados de ellos y, por consiguiente, de ellos será por prescripción legal: *«son amados por causa de los padres»* (Ro. 11:28b). Así que habitarán allí *para siempre ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos* (v. 25b). *Para siempre* no significa aquí *por toda la eternidad,* sino «sin que se interrumpa ni cese *en el tiempo»,* mientras dure la presente creación, antes que *desaparezcan el primer cielo y la primera tierra* (Ap. 20:11; 21:1).

6. Igualmente se promete aquí (vv. 26, 27) que Dios habitará en medio de ellos: *«Pondré mi santuario entre ellos para siempre. Estará sobre ellos* (lit.) *mi tabernáculo, etc.».* Esto mismo será privilegio de todos los salvos, no sólo de Israel, en la eternidad (v. Ap. 21:3). Tendrán siempre la oportunidad de tener comunión íntima con Dios, lo cual será el mayor consuelo de sus almas. Dispondrán de todos los medios de gracia. Mediante los oráculos de Dios en Su tabernáculo, se harán más sabios y mejores cada día, y *todos sus hijos serán enseñados por Dios* (Is. 54:13; Jer. 31:34), con aplicación general a todos los creyentes (v. Jn. 6:45; 14:26; 1 Jn. 2:20, 27). La relación pactada con Dios será, de este modo, mejorada; el vínculo de dicha relación, reforzado.

7. Tanto Dios como el propio Israel obtendrán gloria y honor entre las naciones (v. 28) a causa de esto: «*Y sabrán las naciones* (los gentiles) *que yo Jehová santifico a Israel, cuando mi santuario esté en*

medio de ellos para siempre». Comenta Feinberg: «Conforme a la visión viejotestamentaria del futuro, el hombre no es asumido a habitar con Dios en el cielo, sino que Dios condesciende a habitar con el hombre, por lo que la tierra es transformada gloriosamente (47:1–12)». El sentido escatológico de porciones como ésta es tan obvio que, aunque a tantos evangélicos (incluido el propio M. Henry) les pase totalmente desapercibido, comienza a entrar en los mejores y más expertos exegetas catolicorromanos (el renombrado exegeta alemán Max Meinertz acepta incluso el Milenio, aun contra las condenaciones de Roma). Dice Asensio: «La omnipotencia y la fidelidad de Jehová, Señor y Árbitro de la historia, al servicio del nuevo Israel, que, santificado otra vez y bajo un segundo David, el Rey ideal de la promesa davídica, abre paso a una especie de cruzada jehovista en una perspectiva escatologico-mesiánica». La tradición de la primitiva Iglesia, como se puede ver en los escritores de los primeros siglos, es todavía más explícita a favor del Milenio.

CAPÍTULO 38

Para este capitulo y el siguiente, resulta iluminadora la introducción de Feinberg al presente capítulo, quien dice así: «En la última gran división de la profecía de Ezequiel, los temas son distintos y significativos. El capítulo 34 pone de relieve los gobernantes; el capítulo 35, los enemigos; el capítulo 36, la nación convertida; el capítulo 37, la nación resucitada; los capítulos 38 y 39, la tierra; y los capítulos 40–48, el santuario. Se reconoce generalmente que los capítulos 38 y 39 constituyen una sola profecía. Nos hablan, si se interpretan literalmente (conforme debe hacerse—el paréntesis es del traductor—), de una venidera confederación norteña de naciones alrededor de los mares Negro y Caspio con Persia y el norte de África, que invadirán la Tierra Prometida después de la instalación de Israel en ella». Con respecto a la fecha en que tal invasión ha de ocurrir, el mismo autor, tras discutir las soluciones propuestas, se inclina por la siguiente: «El autor está a favor del final del período de la tribulación, antes que Cristo se manifieste visiblemente al mundo (v. Zac. 14:1–4)». Conforme a la división propuesta por Asensio, el presente capítulo puede estudiarse bajo estos cuatro epígrafes: I. Dios pone coto a la invasión de Gog contra Israel (vv. 1–9). II. Dios descubre y frustra los planes malvados de Gog (vv. 10–13). III. Gog va a ponerse al alcance del gran castigo de Dios (vv. 14–16). IV. Jehová destruye completamente a Gog y a todo su ejército (vv. 17–23).

Versículos 1–9

I. Los expositores tienen aquí abundante materia para disquisiciones sobre nombres de personas y lugares; pero, como advierte Feinberg, «no es digno de la profecía hacer identificaciones meramente basados en la semejanza de sonidos».

1. El primer nombre que aparece a la cabeza de esta gran coalición apocalíptica contra el pueblo de Dios es *Gog, de la tierra de Magog* (v. 2), al ser Magog mera designación del «país de Gog». De él se dice que es *príncipe soberano* (o *príncipe de Ros*—el hebreo *rosh* significa, de ordinario, «cabeza»—) *de Mésec y Tubal;* estos dos ya salieron en 27:13 y, junto con Magog, aparecen en Génesis 10:2 como hijos de Jafet. Aunque no han faltado quienes han identificado *Rosh* con Rusia, Feinberg niega tal identificación. Flavio Josefo identificaba Magog con el país de los escitas, «la región N y NE de los mares Negro y Caspio (ocupada ahora por Rusia)» (Ryrie).

2. Otros nombres de aliados de Gog son mencionados en los versículos 5 y 6: *Persia, Cus* (esto es, *Etiopía), Fut (o Put),* que es la actual *Libia, Gomer,* «probablemente, la parte oriental de Turquía y Ucrania» (Ryrie), y *la casa de Togarmá,* «la parte de Turquía, próxima a la frontera con Siria» (Ryrie).

II. Uno de los detalles más notables de esta profecía es que lo primero que aparece en ella es la decisión de Dios de enfrentarse contra esta malvada coalición *(«vuelve tu rostro hacia Gog ...»*—v. 2—), y la confusión que va a sembrar en el ejército de Gog, pues les va a dirigir por otro camino distinto del que llevaban; y, aunque será prisionero de Dios *(«pondré garfios en tus quijadas»*—v. 4—), llegará un día *(«al cabo de muchos años»*—v. 8—) en que vendrá, también dirigido por Dios, *contra los montes de*

Israel, para lo cual *habrá recibido*—del mismo Dios—la orden. Dice Fisch: «El ataque de Gog se llevará a cabo en el futuro distante, cuando Israel haya sido restaurado y haya disfrutado, por algún tiempo, de paz y seguridad».

III. Dios exhorta irónicamente a Gog y a sus tropas a que *se preparen* lo mejor posible para tal empresa (v. 7); estarán *todos perfectamente equipados* (v. 4b). Gog ha de ser *el comandante en jefe* de tal ejército (v. 7b). El equipo militar se describe con la terminología de aquel tiempo; iría contra el genio y el sentido mismo de la profecía hablar en términos del moderno armamento. Basta con que se mencionen (v. 4b), además de los *caballos* (lo más apto para el movimiento rápido en aquellos tiempos), las dos clases de armas defensivas, *el escudo* corto, *el pavés* o escudo largo y oblongo (v. 4), y *el yelmo* (v. 5), y el arma ofensiva más terrible y mortífera que entonces se conocía: *la espada en mano de cada uno* de los guerreros (v. 4, al final).

IV. El versículo 8 nos suministra varios detalles importantes para fijar la fecha de la invasión:

1. El hebreo dice en el versículo 8 *beajarith hashanim, «en los postreros años»,* lo que equivale a los «postreros días» (hebr. *beajarith hayamim),* con respecto a lo cual dice Feinberg: «Ningún estudioso de la profecía puede permitirse el lujo de pasar por alto esta frase en el Antiguo Testamento o su paralela en el Nuevo Testamento … Cuando la usan los escritores del Antiguo Testamento, dice referencia a los tiempos mesiánicos, esto es, al tiempo en que la historia nacional de Israel hallará su cumplimiento y clímax».

2. El verbo para *«recibirás la orden»* (RV 1977) significa literalmente *«serás visitado»* (RV 1960), verbo que admite diversos matices, pues puede significar una gran bendición, un tremendo castigo o, como aquí, una misión importante—siempre, de parte de Dios—. La importancia de esta misión corre pareja con la importancia de la fecha.

3. A *la tierra* de Israel, a la que vendrá la gran coalición que aquí estudiamos, se la llama *«salvada de la espada, recogida de muchos pueblos»,* frase que, comparada con 34:13, indica inequívocamente los últimos días; esto se confirma por las últimas palabras del mismo versículo 8: *«mas fue sacada de las naciones, y todos ellos moran confiadamente»* (comp. con vv. 11, 14; 39:26). Dice Fisch: «La gravedad del crimen de Gog residirá en el hecho de que su ataque ha sido dirigido contra una tierra que había estado desolada y cuyo pueblo había sido redimido de los países de su dispersión». Lo de *«recogida de muchos pueblos»* no cuadra bien con la vuelta de la deportación a Babilonia, sino que apunta más bien a los últimos días.

V. Conforme al plan que se había trazado, Gog, con todo su ejército, invade la tierra de Israel (v. 9), *como una tempestad* (comp. con Is. 5:28; 21:1; 25:4, 28:2, Jer. 4:13), *como un nublado para cubrir la tierra, etc.* (comp. con v. 16, 30:18; Jl. 2:2). Esta tempestad, como un nublado que todo lo oscurece y lo entristece hasta el terror, es «una figura de la fuerza y del aspecto aterrador de los ejércitos de Gog al ir acercándose» (Fisch).

Versículos 10–13

En estos versículos, que han desconcertado a bastantes autores, por parecer que Gog obra ahora por su cuenta, fuera del alcance de la orden que le dio Jehová (v. 8), lo que se pone de relieve es la motivación principal del ataque contra Israel. El tiempo es el mismo, no es una secuencia (v. 10 *«en aquel día»),* pero ahora se nos dice:

1. Que Gog planea la invasión de Israel (v. 10, esos son sus *«malvados designios»)* al hallar la tierra *indefensa y confiada* (v. 11, comp. con v. 8, al final), pues todos sus habitantes se hallan ahora en paz y seguridad. Pensaba Gog que esta guerra le iba a resultar muy barata, pues no iba a perder hombres ni equipaje.

2. Pero no sólo pensaba que le iba a salir barata la guerra, sino que pensaba enriquecerse sobremanera (v. 12), ya que *el pueblo había repuesto su ganado y su hacienda* (comp. con Is. 60:5–9), lo cual no es extraño cuando hemos visto las promesas de Dios de bendecir a Su pueblo en aquellos días con toda clase de bendiciones. Esto se deduce también del *gran botín* mencionado al final del versículo 13.

3. Las preguntas de *Sebá, Dedán y los mercaderes de Tarsis, etc.* (v. 13a) no significan que estos países se pongan del lado de Israel como amigos, sino que las preguntas «pueden ser irónicas para hacer ver la enormidad de la aventura en la que se han embarcado las naciones invasoras» (Feinberg). Fisch opina que pensaban beneficiarse del botín tomado por Gog.

4. Un detalle digno de notarse es la expresión *«el ombligo de la tierra»* (lit.), que aparece al final del versículo 12, y que sólo ocurre aquí y en Jueces 9:37. De ella dice Fisch: «La Tierra de Israel era considerada geográficamente como el centro del mundo, del mismo modo que el ombligo es el centro del cuerpo (cf. 5:5). Esto se menciona para poner de relieve lo vicioso del plan de Gog. Él vivía en el remoto norte, a gran distancia de la Tierra de Israel; de forma que el pueblo de esta última no podía abrigar ningún plan agresivo contra él».

Versículos 14–16

En los versículos 10–13 hemos visto las intenciones de Gog y de sus aliados. Ahora vemos las intenciones de Dios, al traer a Gog y a su numeroso ejército a invadir la tierra de Israel. Cuando Gog, por conocer el estado de confianza y seguridad del pueblo de Dios en su nuevo, y definitivo, restablecimiento en su país (v. 14, al final), se lance con la mayor osadía (pues no piensa hallar ningún obstáculo en su empresa) a invadir la tierra de Israel (vv. 15 y 16, que repiten ideas de los vv. 8 y 9), entonces se manifestarán las intenciones de Dios al traerle allá (v. 16b): «Y *te traeré contra mi tierra, para que las naciones me conozcan, cuando sea santificado a costa tuya, oh Gog, delante de sus ojos*». Consideremos algunos detalles:

1. Dios dice: *«Te traeré contra mi tierra»*. Noticia extraña es que Dios no sólo permita a los enemigos Suyos y de Su pueblo que vengan contra Sus hijos, sino que Él mismo los atraiga. Dice Fisch: «Aunque se nos dice que el designio de la campaña de Gog es el deseo de destrucción y despojo, es un acto destinado en la sabiduría de Dios a obligar a la humanidad a percatarse de que Él es el Rey del universo».

2. En efecto, Dios va a traer a Gog contra la tierra de Israel *«para que las naciones*—dice Dios—*me conozcan»*. «Las naciones sin Dios no habían podido figurarse que Dios estuviese tan interesado en todo lo que concierne a Su pueblo y a Su tierra» (Feinberg). Con el súbito aniquilamiento de Gog y de todo su enorme ejército, que son enemigos mortales de un Israel definitivamente restaurado, con nuevo pacto, como el pueblo de Jehová, las naciones impías no tendrán más remedio que reconocer una manifestación sobrenatural de la grandeza y de la santidad del Dios de Israel.

3. Por eso añade (v. 16, al final) que entonces Él será *santificado a costa de Gog delante de los ojos de todas las naciones*. El nombre de Jehová como único Salvador de Su pueblo quedará *vindicado* delante de todo el mundo (comp. con el v. 23), pues todos serán «testigos de su omnipotencia al servicio de su bondad-fidelidad con el pueblo de la elección» (Asensio).

Versículos 17–23

Estos versículos son una explanación detallada del castigo tremendo que Dios va a infligir a Gog y a sus huestes.

1. Hay primero (v. 17) una referencia a los antiguos profetas. Moisés, en su profecía (Dt. 32:43), habló de los últimos días, así como David (Sal. 2:1–9; 9:15, 16 y en otros muchos lugares de los Salmos), y también Isaías 27:1; 61:2b; 63:1–6; Joel 3:1, 2; Sofonías 3:8; Zacarías 14:2–4, entre otros.

2. Se predice que este formidable enemigo será completamente exterminado cuando intente la destrucción de Israel. Gog va a ser un «instrumento inconsciente de este complejo de profecías en su última fase» (Asensio).

3. El celo con que Jehová ejecutará este castigo en Gog se describe gráficamente en la última frase del versículo 18: *«subirá mi ira en mis narices* (lit.)». Es, como dice Feinberg, «un vívido antropomorfismo (v. Sal. 18:8). Representa el aliento que un hombre enfurecido inhala y exhala por su nariz».

4. El gran terremoto de que habla el versículo 19b, así como todos los fenómenos que se describen en los versículos 20:22, forman parte del conocido cuadro de detalles apocalípticos que acompañan a toda manifestación extraordinaria del poder de Dios. En el mismo sentido que aquí, pueden verse muchos otros lugares que describen alguno (o varios) de estos fenómenos (v., por ej., Sal. 11:6; 18:12–14; Is. 2:19;

28:17; 66:16; Jer. 4:23–26; 25:31; Os. 4:3; Jl. 3:16; Nah. 1:4–6; Sof. 1—todo el cap.—; Hag. 2:6; 7:21; Zac. 14:4).

5. El versículo 23 es como una paráfrasis de la última frase del versículo 16, y termina con el repetido estribillo: «*y sabrán que yo soy Jehová*».

CAPÍTULO 39

Este capítulo concluye la profecía contra Gog y Magog, con cuya destrucción Dios corona Sus favores a Su pueblo Israel. Tenemos aquí: I. Una predicción explícita de la completa destrucción de Gog y sus aliados (vv. 1–7). II. La amplitud de tal destrucción: 1. La quema de las armas enemigas (vv. 8–10). 2. El sepelio de los muertos en el campo de batalla (vv. 11–16), y: 3. El festín de las aves de presa con la carroña de los cadáveres que han quedado insepultos (vv. 17–22). III. Una declaración de los benignos designios que Dios abriga con respecto a Su pueblo Israel (vv. 23–29).

Versículos 1–7

Esta profecía comienza como la anterior (vv. 1, 2, comp. con 38:3, 4): *«… He aquí que yo estoy contra ti, Gog, príncipe soberano (o príncipe de Ros) de Mésec y Tubal. Y te haré dar media vuelta, etc.»*.

1. Los soldados de este gran ejército quedarán desarmados por Dios, de forma sobrenatural (v. 3), y quedarán así incapacitados para seguir adelante con esta aventura.

2. Tanto Gog, comandante en jefe (38:7, al final) de la coalición armada, como *todas sus tropas* (vv. 4, 5), *caerán muertos en el campo* de batalla. Incluso en los montes no hallarán un paso que puedan defender, ni en campo abierto hallarán camino por el que puedan escapar. Nunca jamás anteriormente había sido tan totalmente derrotado un ejército como lo ha sido éste. Y, para mayor oprobio y deshonra, sus cadáveres serán pasto de las aves de presa (v. 4).

3. No solamente el ejército será destruido en el campo de batalla, sino que hasta en los lugares mismos de donde salieron los coligados contra Israel hará Dios sentir el fuego de su indignación (v. 6): «*Y enviaré fuego* (fuego literal) *sobre Magog y sobre los que moran con seguridad en las islas (o,* mejor, *zonas costeras)*». Israel conocerá así, más y mejor, la grandeza del nombre de Jehová, su santidad, bondad y fidelidad a Sus promesas.

4. Ése es el método de Dios en Su trato con los hombres en general: Les ilumina primero el entendimiento y, por este medio, influye en el hombre entero; nos hace conocer primero Su santo nombre, y así nos preserva de mancharlo y nos anima a honrarlo (v. 7). Una vez más, *«sabrán las naciones*—dice Dios—*que yo soy Jehová, el Santo de Israel»*.

Versículos 8–22

Aunque esta profecía había de tener su cumplimiento en los últimos días, se habla aquí de ella como si ya se hubiese cumplido, a fin de poner de relieve la seguridad de su cumplimiento, ya que la palabra y los designios de Dios no pueden fracasar (v. 8). A fin de presentar como extraordinariamente grande la derrota del ejército de Gog, se especifican aquí tres cosas como consecuencia de tal derrota. Dios mismo es el que derrota a los enemigos de Israel, pues no hallamos que ninguna persona del pueblo de Israel desenvaine una espada ni aseste un solo golpe.

1. Quemarán sus armas, *los arcos y las saetas que se les cayeron de las manos* (v. 3), es decir, todo el armamento combustible (vv. 9, 10). Tan grande será la cantidad de armas del enemigo ya derrotado, que, con la parte combustible de las armas, habrá bastante para estar quemando *durante siete años* (v. 9, al final).

2. Darán sepultura en Israel a los muertos (vv. 11–16). Los cadáveres de los derrotados yacerán dispersos por los montes de Israel, y a la casa de Israel incumbirá el darles sepultura *para limpiar la tierra,* tarea tan ardua por la inmensa multitud de cadáveres, que les llevará *siete meses* acabarla (vv. 12, 14). Además de *todo el pueblo de la tierra,* que *adquirirá renombre* (v. 13) por el hecho mismo del

tiempo que se les llevará la tarea (pues será prueba de la magnitud de la derrota enemiga), tendrán que *tomar hombres a jornal* (v. 14) que hagan lo mismo en el resto del país. Habrá una inmensa tumba común en *el Valle de Hamón-gog* (v. 11, al final, comp. con v. 15, al final), que significa «multitud de Gog». Para conmemorar este hecho, será edificada junto al valle una ciudad que llevará el nombre de *Hamoná* (v. 16), que significa «la multitud».

3. A pesar de toda esta extensa y prolija tarea de dar sepultura a los cadáveres, todavía quedará suficiente carroña para dar un gran *banquete a las aves de toda especie y a toda fiera del campo* (v. 17). La fraseología de los versículos 17–22, especialmente la del versículo 17 (que da la pauta a la porción), indica que la derrota enemiga ha sido un sacrificio aceptable a Dios, pues dice literalmente el versículo 17b: *«Juntaos y venid; reuníos de todos los lados a mi sacrificio, que yo sacrifico para vosotros, un sacrificio grande sobre los montes de Israel»*. Queda solamente una necesaria observación: Todo el que compare estos versículos 17–22 con Apocalipsis 19:17 y ss., no podrá menos de percatarse de la semejanza. En efecto, Ezequiel habla de la misma batalla. Lo mismo puede decirse al comparar con Apocalipsis 16:14–18. Estamos, pues, ante la batalla de Armagedón. Es cierto que Apocalipsis 20:8 menciona a *Gog y Magog*, pero que no se trata de la misma batalla es claro por el simple dato de que esta batalla después del Milenio no tiene por líder de las fuerzas enemigas a Gog, sino a *Satanás* (v. Ap. 20:7, 8). Se menciona a Gog y Magog porque la magnitud del número de los enemigos (v. 8, al final) y la súbita derrota que Dios les inflige (v. 9, al final) aparecen con caracteres como calcados de la batalla que Ezequiel contempla en los capítulos 38 y 39 de su profecía.

Versículos 23–29

Estos versículos hacen referencia no sólo a las profecías concernientes a Gog y sus aliados, sino también a todas las que conciernen a la casa de Israel, a su restauración final y al regreso de todos sus cautiverios, así como al final de todas sus persecuciones. Dice Ryrie: «El doble objeto de estos juicios es que las naciones reconozcan la gloria de Dios, y que Israel conozca la gracia de Dios».

1. Dios hará que los gentiles conozcan el significado de las penas y aflicciones de Su pueblo. Una vez reformados y vueltos a Él, cambia Él la suerte de ellos y les hace volver del cautiverio a su propio país y, cuando ya están establecidos allí, les protege y colma de bendiciones. Así no hay lugar para que nadie piense que Israel fue al cautiverio porque Dios no podía protegerles, sino porque, por los pecados de ellos (vv. 23, 24), habían perdido el derecho al favor de Dios y se habían apartado ellos mismos de Su protección. Ése era el verdadero motivo por el que *Dios había escondido de ellos Su rostro y los había entregado en manos de sus enemigos* (v. 23b). Vemos, pues, que:

(A) Dios castiga el pecado de cualquier persona, incluidos a los de Su pueblo Israel, porque aborrece el pecado tanto más cuanto más le es cercana y querida la persona del que lo comete (Am. 3:2).

(B) Cuando Dios entrega por presa y botín a Su pueblo, lo hace con el fin de corregirles y reformarles, no con el de dar satisfacción a sus enemigos (Is. 10:7; 42:24).

(C) Tan pronto como los hijos del pueblo de Dios se humillan bajo la vara de corrección, Dios se vuelve a ellos lleno de misericordia.

2. Dios hará que los israelitas conozcan el favor que les tiene reservado (vv. 25, 26).

(A) *Dios tendrá ahora compasión de toda la casa de Israel* (v. 25b), porque están arrepentidos de sus pecados. Justamente los ha llevado a menudo a situaciones de extremo aprieto, en las que vivían en constante temor (basta con recordar el «holocausto» a manos de Hitler), por haber transgredido Sus mandamientos en tierra de paz, donde nadie les inspiraba temor. Pero, cuando ellos se humillan bajo las providencias humilladoras, Dios los saca de sus apuros y de sus cautiverios y persecuciones.

(B) Así como Dios mismo sufrió el oprobio que ellos sufrían durante las aflicciones pasadas (Is. 63:9), así también es santificado (Su gloria es vindicada) cuando Su pueblo se deja reformar y vuelve a ser una nación santa. Entonces Dios les hace ser un pueblo dichoso (vv. 26–29). El secreto de todo esto estará en que (v. 29b) *Jehová habrá derramado Su Espíritu sobre la casa de Israel* (comp. con 36:27; 37:14; Is. 32:15; Jl. 2:28).

CAPÍTULO 40

Los capítulos 40–48 de Ezequiel figuran entre las porciones más difíciles de la Escritura, pero (contra la opinión del famoso Lightfoot) no hay razón para que dejen de interpretarse literalmente. Permítaseme—nota del traductor—traducir aquí la excelente introducción que la *Ryrie Study Bible* trae, al pie de página, al comienzo de estos caps. 40–48. Dice así:

«Estos capítulos son complemento de las muchas predicciones de juicio anunciadas por Ezequiel. Ahora prevé la reedificación del Templo, el establecimiento de una correcta relación entre el SEÑOR (Jehová) e Israel, y la reorganización de su vida nacional. Son registradas detalladas instrucciones para la edificación de este futuro Templo y para el servicio a él asignado. La descripción no es la del Templo de Salomón, al ser diferentes y más amplias las particularidades (ingl. *specifications).* Si la descripción se ofrecía para ayudar a los exiliados a reedificar el Templo a su vuelta de Babilonia, no se puede explicar por qué Esdras, Nehemías o Hageo no se refieren a él. Si es una descripción de la relación de Dios con la Iglesia, resulta entonces tan simbólica que pierde todo sentido. Si se entiende lisa y llanamente, el Templo y el culto aquí indicados deben referirse a Israel cuando haya sido restablecido en su tierra (cf. caps. 47, 48) durante el reino milenario de Cristo.»

En el presente capítulo tenemos: I. Un informe general de esta visión del templo y de la ciudad (vv. 1–4). II. Una relación particular, en la que se nos da una descripción: 1. Del muro exterior (v. 5). 2. De la puerta oriental (vv. 6–19). 3. De la puerta que daba al norte (vv. 20–23). 4. De la puerta que daba al sur (vv. 24–31) y de las cámaras y otras cosas pertenecientes a estas puertas. 5. Del atrio interior, tanto hacia el este como hacia el sur (vv. 32–38). 6. De las mesas (vv. 39–43). 7. De las habitaciones de los cantores y de los sacerdotes (vv. 44–47). 8. Del pórtico de la casa (vv. 48, 49).

Versículos 1–4

1. La fecha de esta visión. *Fue el año 25 de la cautividad de Ezequiel* (v. 1), *a los catorce años después que la ciudad fue tomada.* Puesto que Ezequiel, como el rey Joaquín, fue al cautiverio el año 597 a. de C., la fecha de la presente profecía es 572 a. de C. Y como la visión de la *Merkabah* o carroza de los querubines (1:1) tuvo lugar el año 30 del último Jubileo (es lo más probable), también esta otra visión del nuevo templo ocurrió al comienzo de un año jubilar. Dice Kimchi, citado por Fisch: «El comienzo del año jubilar, que es también el Día de la Expiación, cuando los esclavos recobraban su libertad, y los pecadores obtenían el perdón de sus transgresiones, era así el día más apropiado para la visión que presentaba la redención de Israel y la reedificación del Templo».

2. El profeta fue transportado *en visión* (v. 2), como otras veces, *a la tierra de Israel.* Aunque ahora estaba desolada, Ezequiel va a tener ahora una agradable perspectiva de la gloria que el futuro reserva a Israel. *La mano de Jehová* (v. 1) fue la que *le llevó allá y le puso* (v. 2) *sobre un monte muy alto,* como a Moisés en la cima del Pisgá (Dt. 34:1), para ver aquella tierra que, por segunda vez, era ahora una Tierra Prometida. Desde la cumbre del monte (sin duda, Sion) vio Ezequiel «alzarse, *como la construcción de una ciudad,* el grandioso complejo del futuro templo jerosolimitano» (Asensio). Tan grande era el templo que Ezequiel lo ve en proporciones semejantes a las de una ciudad. Y será como una ciudad en la que los israelitas se sentirán a sus anchas, pues la gloria de Dios habitará de nuevo allí.

3. El mensajero que le va a explicar a Ezequiel las características del nuevo templo era *un varón cuyo aspecto era como aspecto de bronce* (v. 3, comp. con 1:7), «evidentemente el Ángel de Jehová, esto es, el Señor mismo (44:2, 5)» (Ryrie). Feinberg hace notar que «el bronce era, en realidad, cobre, con el significado simbólico de fuerza (1 R. 4:13; Job 40:18), firmeza inconmovible (ya sea para el bien o para el mal, Jer. 1:18; 15:20; Is. 48:4) y juicio (Dt. 28:23; Lv. 26:19; Mi. 4:13)». Incluso en ese templo, es Cristo el que da acceso a los beneficios y privilegios de la casa de Dios.

4. Las dimensiones de este templo, grande como una ciudad, se toman *con un cordel de lino* (v. 3b) y *una caña de medir.* «El primero se usaba para medidas grandes, y la segunda para pequeñas» (Fisch).

5. Al profeta (v. 4) se le ordena que ponga mucha atención (lit. *pon tu corazón;* comp. con Pr. 23:26) en todo lo que se le va a decir, ya que él, a su vez, *ha de informar a la casa de Israel de todo lo que vaya viendo.*

Versículos 5–26

La caña de medir que estaba en la mano del varón que Ezequiel vio fue mencionada en el versículo 3, pero ahora (v. 5) se nos dice cuál era su largura exacta: *seis codos de largura, de a codo y palmo cada codo,* es decir, unos 3 metros y 15 centímetros en total, pues cada codo de los grandes medía 525 milímetros.

1. Hay primero (v. 5) un informe de muro exterior de la casa, el cual, al rodearla, indica la separación entre el mundo común y el santuario.

2. Viene después un informe de las distintas puertas, con las cámaras anejas a ellas.

(A) Comienza por la *puerta oriental* (v. 6), porque ésa era la que se usaba para entrar en el extremo inferior del templo, en el que estaba el Lugar Santísimo en el extremo occidental. La descripción de compartimentos y medidas puede resumirse del modo siguiente:

(a) Después de *subir por sus gradas* (v. 6b), el varón midió los *postes* o umbrales *de la puerta;* cada uno, *de una caña de ancho* (3'15 m). Seguía un *vestíbulo* o corredor *con tres cámaras a cada lado,* unas en frente de otras y de la misma medida (cerca de 10 metros cuadrados, es decir, 3' 15 m en cuadro). Estaban destinadas al alojamiento de los que tenían a su cargo los servicios del templo. Estaban separadas unas de otras por *un muro* (v. 7b) *de cinco codos* de espesor (unos 2'60 m).

(b) Al final de dicho corredor, después de pasar las cámaras (tres a cada lado), había otro umbral de una caña en cuadro (v. 7, al final) y, al salir al vestíbulo, comunicaba, por medio de una puerta, con el atrio exterior de la casa; esa *puerta* o portal (v. 9) medía *ocho codos de largo* (unos 4'20 m). Lo separaban del atrio unos *postes* o pilares *de dos codos* (como 1'05 m).

(c) De la misma manera que las cámaras que hemos visto, también el vestíbulo tenía *ventanas estrechas* (v. 16), esto es (según el significado del hebreo), *enrejadas.* Los postes o pilares del vestíbulo tenían *sesenta codos* de alto (unos 31 m), rematados con unos adornos de *palmeras.*

(B) Luego (vv. 17 y ss.), el varón y el profeta pasan *al atrio exterior,* en el cual había *treinta cámaras* en derredor, y *estaba enlosado.* La longitud de este atrio exterior, al medirlo desde el frontis interior de la puerta oriental hasta el frontis exterior de la puerta del atrio interior, *era de cien codos* (unos 52 m), tanto en dirección al oriente (a la puerta oriental) como al sur. Se dice de este enlosado que era *inferior* (v. 18, al final), porque el del atrio interior estaba más elevado.

Versículos 27–38

Un informe sobre el atrio interior. Comienza por el lado sur (v. 27), sigue hacia el este (v. 32) y lugo hacia el norte (v. 35).

1. Las puertas que dan entrada al atrio interior guardan uniformidad exacta con las del atrio exterior. Así también la obra de la gracia es la misma, sustancialmente, en los cristianos ya maduros y en los principiantes.

2. La subida al atrio exterior por cada puerta era *por siete gradas o peldaños* (v. 26); en cambio, la subida al atrio interior por cada puerta era *por ocho peldaños,* en cuya declaración se advierte cierto énfasis, como puede advertirse por la repetición (vv. 31, 34, 37). La razón de esta diferencia es la distinta altura de los atrios, pues el interior estaba más elevado (v. 18, al final). M. Henry hace aquí una hermosa aplicación devocional: «Cuanto más nos acercamos a Dios, más deberíamos elevarnos sobre este mundo y sus cosas». Así el pueblo llano, que había de adorar en el atrio exterior, había de subir siete peldaños para elevarse sobre los del mundo; pero los sacerdotes, que habían de servir en el atrio interior, habían de elevarse sobre el común de la gente, y subir un peldaño más.

Versículos 39–49

Tenemos aquí un informe:

1. De las mesas que estaban en el pórtico de las puertas del atrio interior. Había aquí *ocho mesas* (v. 41), *cuatro a un lado, y cuatro al otro lado, sobre las cuales se habían de inmolar las víctimas.* Al que vea difícil de comprender el que, una vez ofrecido el sacrificio del Calvario, se ofrezcan todavía sacrificios de víctimas de animales en el templo del futuro, Feinberg le hace la siguiente observación:

Hay que reconocer que los sacrificios del Antiguo Testamento nunca tuvieron ninguna eficacia redentora (v. He. 10:4 para un principio significativo, determinante y permanente del modo de obrar de Dios). Pero así como los sacrificios del Antiguo Testamento pudieron tener valor al apuntar hacia delante

a la muerte de Cristo, ¿por qué no pueden tener el mismo valor para apuntar hacia atrás a la muerte de Cristo como hecho ya cumplido? La celebración de la Cena del Señor a lo largo de los siglos de cristianismo no ha añadido ni una partícula infinitesimal a la eficacia de la obra de Cristo en la Cruz, pero, ¿quién se atreverá a negar que tiene valor para el creyente, puesto que nos está ordenada como un memorial?

2. Del uso de las cámaras. Unas eran para los *cantores* (v. 44). El canto de los salmos se ha perpetuado en la era de la Iglesia, pero su uso en los servicios del templo será lo ordinario, como lo es en la denominación presbiteriana. Otras cámaras eran para los *sacerdotes*, tanto los que tenían a su cargo el servicio del templo en general (v. 45), como los que tenían a su cargo el servicio del altar (v. 46).

3. Del atrio interior, que era el atrio de los sacerdotes, y era un cuadrado de *cien codos de lado* (v. 47), es decir, unos 52 metros, lo que nos da una superficie de más de 2.700 m cuadrados. En medio del atrio interior y frente al santuario propiamente dicho *(«delante de la casa»*—v. 47, al final—), *estaba el altar* de los holocaustos.

4. Del pórtico de la casa (vv. 48, 49). La longitud de este pórtico era de *veinte codos de largo, y once de ancho* (v. 49). Por los detalles que nos da el versículo 48, vemos que los *veinte codos* de largura habían de contarse del modo siguiente: *«catorce* del umbral, y *seis* (tres más tres) de las *partes laterales* o salientes *de la puerta»* (Asensio). De este pórtico dice M. Henry: «Había un pórtico, a fin de enseñarnos a no lanzarnos deprisa e inconsideradamente a la presencia de Dios, sino con toda seriedad y con solemnidad, y pasar primero por el atrio exterior, después por el interior, luego al pórtico, antes de entrar en el santuario».

CAPÍTULO 41

La descripción del templo propiamente dicho comenzó ya en el capítulo 40, donde vimos la descripción del pórtico (40:48, 49). Ahora vemos: I. La nave o santuario (vv. 1, 2). II. El Lugar Santísimo (vv. 3, 4). III. Las cámaras laterales (vv. 5–11). IV. Un gran edificio detrás del templo (v. 12). V. Las medidas totales del templo con todas sus dependencias y estructuras complementarias (vv. 13–17). VI. Una descripción del interior del templo (vv. 18–26). Seguimos la división de la *Ryrie Study Bible*.

Versículos 1–11

1. Después de haber observado los atrios, el profeta es conducido al interior del templo (v. 1). Así también, si ponemos diligencia en aprender las instrucciones que se nos dan acerca de los más elementales principios de la fe cristiana, seremos instruidos también en los más intrincados misterios del reino de Dios. Los que están dispuestos a morar en los atrios de Dios, serán finalmente introducidos en Su íntimo santuario.

2. Cuando el Señor Jesús habló de destruir *«este templo»*, que sus oyentes interpretaron como si hablase del templo de Herodes en Jerusalén, Él hablaba del templo de Su cuerpo (Jn. 2:19, 21). También la Iglesia (1 Ti. 3:15), y cada creyente, es *casa de Dios y templos vivos* respectivamente, donde Dios habita por Su Espíritu, pero Ezequiel no hablaba ni del segundo templo (el herodiano) ni de la Iglesia (contra la opinión de M. Henry) cuando hablaba del templo futuro en Ezequiel 40 y capítulos siguientes.

3. Las medidas que siguen nos son ya familiares (vv. 1–3). M. Henry (útil aquí sólo en un plano devocional, basado en acomodaciones pías) hace notar que los postes de la puerta estaban a gran distancia el uno del otro, con lo que la entrada era muy amplia; «en comparación con lo que había sido bajo la ley, podemos decir: *Ancha es la puerta* que conduce a la Iglesia, al haber sido derribado el muro de división, la ley ceremonial, que tanto había estrechado la puerta de entrada».

4. El Lugar Santísimo era un cuadrado exacto (v. 4) de unos diez metros y medio de lado. También la nueva Jerusalén estará *establecida en cuadro* (Ap. 21:16), lo cual denota firmeza de base.

5. Las cámaras laterales eran tanto más anchas cuanto más altas estaban en el edificio (v. 7), pues el edificio se iba ensanchando al subir. Dice Asensio: «En torno a la casa-templo (santo y santo de los santos), por sus lados sur, norte y oeste surgía un muro de seis codos de espesor y, entre él y otro paralelo exterior de *cinco codos*, había un *edificio lateral* de *cuatro codos* de ancho, con «tres pisos» y *treinta*

pequeñas *estancias* (para los utensilios del templo) en cada uno de ellos. Apoyadas en unos *salientes* del muro y no directamente en el muro (para evitar toda apariencia de profanación de la casa-templo): las treinta estancias *se iban ensanchando* según su altura (el segundo piso respecto al primero, y el tercero respecto al segundo) y descansaban sobre una plataforma maciza alta *seis codos sobre el nivel* del atrio interior». Comenta M. Henry: «Cuanto más alto nos edificamos en nuestra santísima fe, tanto más deberían ensancharse nuestros corazones, esos templos vivos».

Versículos 12–26

1. Informe de un *edificio* (v. 12) *que estaba delante del espacio abierto, etc.*, es decir, separado del templo propiamente dicho, *en dirección del oeste*, o sea, en la fachada posterior del templo.

2. Tenemos también una descripción de la ornamentación del templo y del otro edificio. Los muros interiores, de arriba abajo, estaban adornados *con querubines y palmeras* (v. 18), en alternancia. *Cada querubín tenía dos rostros; un rostro de hombre … y un rostro de león* (vv. 18b, 19), y representaban la sabiduría superior a la del hombre, y la bravura superior a la del león.

3. Descripción de los postes de las puertas, tanto del templo como del santuario propiamente dicho: *eran cuadrados* (v. 21). En el tabernáculo, lo mismo que en el templo de Salomón, la puerta del santuario era más estrecha que la del templo, pero aquí tiene la misma anchura. Sus puertas se describen en los versículos 23 y 24.

4. El altar mencionado en el versículo 22 es el altar del incienso, no el de los holocaustos (ya lo veremos en 43:13–17). Dos dificultades se nos ofrecen aquí: (A) Si es el altar del incienso, ¿cómo puede ser *de madera?* (¡combustible!). (B) Si es un altar, ¿cómo es que el varón le dice a Ezequiel: *«Ésta es la mesa que está delante de Jehová»* (v. 22, al final)? La diversidad de opiniones entre los mayores expertos muestra la dificultad de la solución. Dice Feinberg: «Se ha sugerido que era una mesa parecida a un altar (cf. 44:16)». Asensio, por su parte, opina que, contra la actual puntuación del texto masorético, habría de unirse el final del versículo 21 con el comienzo del versículo 22, que dice literalmente: «Y *el aspecto como el aspecto del altar de madera* (que era) *de tres codos, etc.»;* y que, por tanto, es el altar-mesa «que el "hombre" presentará después como la mesa (para colocar los panes de la proposición)». En efecto, es de notar que el texto sagrado no menciona *otra* mesa para los panes de la proposición, aunque tampoco menciona el candelabro, tan importante en todos los demás santuarios anteriores. El Targum, según Fisch, «lo interpreta como referido a la mesa de los panes de la proposición» (lo mismo que Asensio). Concluye M. Henry: «Al haber sido ofrecido ya el gran sacrificio, lo que tenemos que hacer es deleitarnos en el sacrificio junto a la Mesa del Señor». (¿Y qué decir del altar de los holocaustos en ese templo?—nota del traductor—).

CAPÍTULO 42

En este capítulo se concluyen la descripción y la medición del templo futuro. I. Descripción de las cámaras en torno a los atrios (vv. 1–14). II. Un resumen de las medidas generales del templo y de sus atrios (vv. 15–20).

Versículos 1–14

El profeta ha tomado buena nota del interior del templo y es llevado de nuevo al atrio exterior.

1. Descripción de las cámaras. Podemos observar en general:

(A) Que, en torno al templo, que era el lugar de adoración pública, había cámaras privadas. No sólo hemos de rendir culto a Dios en los atrios de Su casa, sino también, antes y después de eso, entrar en nuestras cámaras personales, a fin de leer, meditar y *orar a nuestro Padre en secreto* (Mt. 6:6).

(B) Que estas cámaras eran muchas y divididas en tres pisos (vv. 5, 6) y, aunque eran privadas, estaban cerca del templo, para mejor prepararse a los ejercicios públicos de devoción.

(C) Que *delante de estas cámaras había un corredor* (lit. *paseo o avenida) de diez codos de ancho* (v. 4) y *cien codos* de largo (v. 8, al final), donde los que se alojaban en las cámaras podían encontrarse, conversar y compartir sus experiencias espirituales. El hombre está hecho para vivir en sociedad; el cristiano, para la comunión de los santos.

2. El uso para el que estaban destinadas estas cámaras (vv. 13, 14).

(A) Eran *para los sacerdotes que se acercan a Jehová* (v. 13b). Por eso se llaman *cámaras santas,* pues pertenecían a los que ministraban en las cosas santas.

(B) Y allí, en efecto, habían de depositar los sacerdotes (v. 14) *sus vestiduras con que ministran, porque son santas.* La última parte del v. 14 ha de leerse así: «y *se pondrán otras vestiduras y se acercarán a lo del pueblo»* (lit. La lectura de la RV 1977, en esa línea, es una errata de imprenta). La última frase *(«se acercarán a lo del pueblo»)* significa que, una vez vestidos como el común de la gente, saldrán adonde se encuentra el pueblo llano.

Versículos 15–20

Tenemos ahora las medidas generales del templo y de los atrios, que son unas medidas colosales. No es extraño que Ezequiel viese el templo (40:2) *parecido a una ciudad.*

1. Por todos los lados se extendía en un espacio de *quinientas cañas* que a seis codos (40:5) la caña, nos dan *tres mil codos* de lado en cuadro. Entiéndase que éstas no son las medidas del templo propiamente dicho, sino de una especie de muralla exterior, real o ideal, que estableciese la separación, por decirlo así, entre lo sagrado y lo secular (no precisamente profano). En total, una superficie de unos 2.560.000 metros cuadrados.

2. Esto significa, como hace notar Feinberg, que todo ello «requiere un gran cambio en la topografía del país, cambio que ocurrirá según se indica en Zacarías 14:9–11, justamente el tiempo que Ezequiel contemplaba», pues el área del nuevo templo «es demasiado amplia para el monte Moria donde estuvieron los templos de Salomón y de Zorobabel» (Feinberg).

CAPÍTULO 43

Después de haber inspeccionado bien el templo futuro, Ezequiel tiene ahora una visión maravillosa. I. La gloria de Jehová toma posesión del nuevo templo (vv. 1–6). II. Se promete la continuación de esta presencia de Dios allí, a condición de que el pueblo vuelva al modo correcto de adorar a Dios y abandone para siempre toda clase de idolatría (vv. 7–12). III. Descripción del altar de los holocaustos (vv. 13–17). IV. Se dan instrucciones para la consagración de dicho altar (vv. 18–27).

Versículos 1–6

Después que Ezequiel inspeccionó pacientemente el templo de Dios, la mayor gloria de este mundo, fue honrado con la visión de las glorias del mundo superior: *Sube acá.* Ha visto el templo, espacioso, espléndido; pero, mientras no entre en él la gloria de Dios, será como los cuerpos que había contemplado en 37:8, al final: enteros, *«pero no había en ellos aliento de vida».* Aquí ve la casa-templo de Dios, lleno de la gloria de Dios.

1. Visión de la gloria de Dios (v. 2), *la gloria del Dios de Israel,* el Dios que había pactado de nuevo con Israel. Los ídolos de los paganos no tienen más gloria que la que le deben al orfebre o al pintor. Esta gloria *venía del oriente.* También la estrella de Cristo que fue *vista en el oriente,* porque Él es el astro de la mañana, el sol de justicia. Dos cosas pueden observarse en esta aparición de la gloria de Dios: (A) Se hizo notar el poder de Dios: *«su sonido* era *como el sonido de muchas* aguas» (v. 2b, comp. con 1:24; Ap. 1:15; 14:2). (B) Se hizo notar un gran resplandor: «y la tierra *resplandecía a causa de su gloria»,* porque Dios es luz, y nadie puede soportar el resplandor de Su luz; nadie ha visto a Dios ni lo puede ver (1 Ti. 6:16), pero la gloria de Dios se verá en el cielo, proyectada por *el Cordero, que es Su lumbrera* (Ap. 21:23, comp. con He. 1:3; Ap. 21:11; 22:5, así como con Is. 60:19).

2. Visión de la entrada de esta gloria en el templo. Cuando Ezequiel vio esta gloria, *se postró sobre su rostro* (v. 3, al final), en humilde y reverente adoración. Pero *un espíritu* (v. 5; no «el Espíritu») lo *levantó,* después que la gloria de Dios llenó la casa, pues, aunque era sacerdote, no podía estar allí mientras la gloria de Dios lo llenaba (comp. con Éx. 40:35). Desde el atrio interior pudo ver (v. 5b) que *la gloria de Dios llenaba la casa.* Dice Fisch: «Hasta ahora, el profeta había sido conducido de un lugar a otro por un ángel; pero ahora que vio la *Merkabah,* fue transportado por el *espíritu* como en la primera visión de ella». Recordará el lector que, para nosotros, el ángel de que habla Fisch no era otro que Jesucristo preencarnado.

3. El profeta recibe instrucciones más inmediatas desde la gloria de Dios como Moisés las recibió luego que Dios tomó posesión del Tabernáculo (Lv. 1:1): «*Y oí a alguien que me hablaba desde la casa*» (v. 6). Dice Feinberg: «El que se dirigió a Ezequiel desde la casa fue el Señor, como en 2:2 y 40:3, en la forma de un ángel, esto es, el Ángel de Jehová».

Versículos 7–12

Dios, en efecto, renueva aquí Su pacto con Su pueblo Israel, al volver a tomar posesión del templo, y se dirige a ellos por medio del profeta.

1. Por medio de Ezequiel, Dios les trae a la memoria sus antiguas provocaciones. Habla así para mejor dar paso a los consuelos que les reserva. Antiguamente ellos *habían profanado el santo nombre de Dios* (v. 7). *Ellos y sus reyes* habían llevado el menosprecio a la religión que profesaban, por cuanto habían erigido altares a sus ídolos incluso en los atrios del templo, la afrenta más desvergonzada que podía hacerse a la infinita majestad de Dios. Así es como levantaron *una pared de separación entre Él y ellos,* la cual obstruyó la corriente de los favores de Dios a Su pueblo. A menudo resulta verdadero el proverbio de que «cuanto más cerca de la Iglesia, tanto más lejos de Dios».

2. Les invita al arrepentimiento (v. 9): *«Ahora arrojarán lejos de mí sus fornicaciones, etc.».* El tiempo futuro (imperfecto) puede también entenderse, como en muchos otros lugares, por imperativo. Lo que no puede hacerse es traducirlo por pretérito (perfecto), como hace Asensio. El contexto posterior favorece el sentido de imperativo. Ahora que Dios, en Su misericordia, vuelve a ellos y establece de nuevo Su santuario en medio de ellos, han de arrojar de sí sus abominaciones, entre las que se menciona aquí la presencia de *los cadáveres de sus reyes* (vv. 7, 9, al final, en ambos versículos) *en sus lugares altos,* ya fuese en la proximidad del templo o en sus palacios, cercanos al templo, donde guardarían, según algunos, «unos "monumentos-estelas" de sentido idolátrico» (Asensio).

(A) Si ellos ven una especie de maqueta de la casa que Ezequiel ha visto (v. 10), seguramente que se avergonzarán de sus pecados pasados. La bondad de Dios hacia nosotros debería conducirnos al arrepentimiento (v. Ro. 2:4). Que midan ellos con esmero el modelo que Ezequiel les presenta y verán que este templo es mucho mayor que el antiguo, de donde podrán colegir las grandes cosas que Dios les tiene reservadas ahora.

(B) Si *se avergüenzan de sus pecados* (v. 11), entenderán mejor el diseño del nuevo templo. Dice Feinberg: «Aquí está la clave de la visión entera desde el capítulo 40 en adelante. Una mirada sostenida y meditada al ideal futuro plan de Dios sería suficiente para mostrarles lo mucho que ellos se habían perdido con sus transgresiones. El camino del transgresor es siempre duro, pues sólo el obediente hijo de Dios halla ligero Su yugo y fácil Su carga».

3. Les promete que han de cumplir con lo que Él quiere de ellos (vv. 7–9) y, con eso, siempre disfrutarán del favor Suyo (v. 9, al final): «Y *habitaré en medio de ellos para siempre*».

4. Establece también la norma general de la casa de Dios (v. 12). Mientras que, antes, sólo el santuario propiamente dicho era *muy santo,* ahora todo el recinto, «el área del Templo dentro del muro circundante es *muy santa*» (Fisch). Sin duda, el hebreo usa el superlativo relativo para dar a entender que, aunque toda la ciudad de Jerusalén era *santa,* todo el recinto del santuario lo era de un modo especial (comp. con 42:20, al final). En sentido espiritual de nuestro sacerdocio, todos los creyentes tenemos ahora acceso al Lugar Santísimo (He. 4:16; 10:19); mientras que el sumo sacerdote entraba allá en virtud de la sangre de los toros y de los machos cabríos, nosotros entramos en virtud de la sangre de Jesús y, dondequiera nos hallemos, tenemos, por medio de Él, *acceso al Padre.*

Versículos 13–27

Lo que viene ahora se refiere al altar de los holocaustos, del que tenemos primero las medidas (vv. 13–17) y, después, la consagración (vv. 18–27).

1. Las medidas del altar. Al tener en cuenta que se trata de codos grandes (v. 40:5), Fisch advierte, con todo, que la terminología del versículo 13 es oscura y, por ello, «ha dado ocasión a una variedad de interpretaciones en cuanto a las dimensiones y figura del altar». Él propone como la más convincente la que da Malbim, fundada en el Talmud: «El altar, construido en forma cuadrada, probablemente de piedra, tenía diez codos de alto y constaba de tres bloques formados por dos mellas o entrantes. La base tenía treinta y dos codos de ancho y dos de alto. Mellado un codo por cada lado, subía el segundo bloque del altar hasta una altura de cuatro codos, y reducía su anchura a treinta codos … Sobre éste el tercer bloque, también de cuatro codos de altura, pero reducido ahora a veintiocho codos de altura … Finalmente, la plataforma sobre la que se ofrecían los sacrificios, es llamada *el fogón*». Feinberg hace notar que un detalle interesante de este altar es que tenía gradas para subir a él, lo cual estaba expresamente prohibido en la Ley (Éx. 20:26), «pero la altura de este altar las hace necesarias».

2. La consagración del altar. Las normas para ello se llaman aquí (v. 18b) *ordenanzas* (hebr. *juqqoth),* y son como sigue:

(A) Han de dedicarse *siete días* (vv. 25, 26) a la consagración del templo, y cada día han de ofrecerse sacrificios (v. 25). Ni nuestra persona ni nuestras acciones pueden ser aceptables a Dios si no se nos quitan los pecados, lo cual sólo puede conseguirse mediante la sangre de Jesucristo, que santifica el altar y la ofrenda sobre el altar. No se olvide que estos sacrificios, lo mismo que los del Antiguo Testamento, no tienen ningún valor redentivo; sólo sirven de memorial (como la Cena del Señor) del sacrificio llevado a cabo, una vez por todas, por el Señor en la cruz del Calvario.

(B) La consagración del altar es llamada aquí (vv. 20, 26) *purificación y expiación.* Todos los sacrificios habrán de ser sazonados con sal (v. 24). La gracia es la sal con que son sazonadas todas nuestras obras de piedad (Col. 4:6).

(C) En cuanto al uso constante que había de hacerse del altar después de su consagración (v. 27), había de santificarse para poder santificar así lo que se ofrezca sobre él. Dos detalles importantes:

(a) ¿Quiénes han de servir al altar? *«Los sacerdotes levitas* (v. 19) *que son del linaje de Sadoc».* Hace notar Fisch que «Sadoc, el primer sumo sacerdote en el templo del rey Salomón, era descendiente de *Pinjás* (Fineés, en nuestras versiones), quien fue recompensado con *el pacto del sacerdocio perpetuo* (Nm. 25:13). Solamente sus descendientes serían hallados dignos de ministrar en el templo del futuro (v. sobre 40:46)».

(b) ¿Cómo han de preparar para este ministerio? (vv. 20–26). Por medio de sacrificios de expiación y purificación del altar durante siete días. Como hace notar Asensio: «A partir del segundo día hasta el séptimo inclusive, se repetirá el *sacrificio expiatorio* por el pecado, pero con una doble diferencia: el "novillo" es sustituido en él por un macho cabrío sin defecto, y al sacrificio expiatorio sigue *el holocausto de un novillo joven y de un carnero, los dos sin defecto, ofrecidos a Jehová por los sacerdotes después de haber arrojado sal sobre ellos».*

CAPÍTULO 44

I. La puerta oriental del templo es reservada al príncipe (vv. 1–3). II. Se reprende a la casa de Israel por las anteriores profanaciones del santuario de Dios (vv. 4–9). III. Degradación de los levitas que anteriormente habían sido culpables de idolatría, y establecimiento del sacerdocio en la familia de Sadoc, que había guardado su integridad (vv. 10–16). IV. Diversas leyes y ordenanzas concernientes a los sacerdotes (vv. 17–31).

Versículos 1–3

El profeta es llevado por tercera vez a la puerta oriental y la halla cerrada, lo que insinúa que las demás puertas estaban abiertas en todo tiempo a los adoradores. Pero el que esta puerta esté cerrada confiere gran honor: 1. Al Dios de Israel, pues es un honor para Él el que la puerta del atrio interior, por el que entró Su gloria para tomar posesión de la casa, quedase siempre cerrada después de ese

acontecimiento (v. 2). 2. Al príncipe de Israel (v. 3), pues él se *sentará allí para comer pan,* esto es, alimento *delante de Jehová,* pero no entrará allá por la puerta misma, sino *por el vestíbulo de la puerta,* y no pasará adelante, sino que *saldrá por ese mismo camino*. Este detalle basta para negar que dicho príncipe sea el Mesías. Pero hay además otros tres detalles que no son compatibles con el carácter del Señor Jesucristo: (A) Este príncipe no es sacerdote, mientras que Cristo «tendrá prerrogativas sacerdotales durante el Milenio (Sal. 110:4; Zac. 6:12, 13). (B) Este príncipe tiene que ofrecer sacrificio por el pecado (45:22). No hay ocasión concebible en que el Mesías sin mancha, Hijo de Dios, necesite ofrecer sacrificio por el pecado Suyo. (C) El príncipe tiene hijos (46:16), lo que es impensable a la luz de la persona del Señor Jesucristo» (Feinberg). El mismo autor descarta que se trate de David en persona, y opina que será «un futuro vástago de la dinastía de David, que representará al Mesías en el gobierno de los asuntos de la tierra».

Versículos 4–9

El profeta tiene que mirar de nuevo lo que antes vio y también oirá lo que antes oyó. Aquí, como antes, ve la casa *llena de la gloria de Jehová* (v. 4), lo que de nuevo le obliga a *postrarse sobre su rostro.*

1. Dios le ordena al profeta tomar nota de todo lo que vea y de todo lo que se le diga (v. 5). (A) *«Mira con tus ojos,* esto es, mira con la mayor atención, especialmente (v. 5b) *las entradas de la casa y las salidas del santuario»,* «para que su pureza no sea manchada, ni su santidad sea comprometida por la intrusión de alguna persona o acto contaminante» (Feinberg). (B) *«Oye con tus oídos todo lo que yo voy a hablar contigo sobre todas las ordenanzas de la casa de Jehová y todas sus leyes,* para poder después instruir al pueblo».

2. Le envía después al pueblo (v. 6*): «a los rebeldes, a la casa de Israel»*.

(A) Tiene que mostrar a la casa de Israel sus pecados (vv. 6–8), pues habían admitido para el desempeño de las funciones sagradas a personas que no estaban cualificadas para ello (vv. 7 y 8). Y, si estos extraños hubiesen sido piadosos, circuncisos de corazón, aunque no en la carne, el pecado no habría sido tan grave, pero el caso era más grave, pues no sólo eran *incircuncisos de carne,* sino también *de corazón,* extraños a Dios y a toda bondad.

(B) Tiene que mostrarles también sus deberes (v. 9): *«Ningún hijo de extranjero, etc.»*. La orden es tajante, y la excepción que M. Henry contempla («hasta que se haya sometido a las leyes del santuario») es insostenible.

Versículos 10–16

El Dueño de la casa, al establecerla de nuevo, va a decir quiénes poseen las cualidades necesarias para servir en el santuario.

1. Los que se han portado indignamente son degradados a una posición inferior. Aquellos levitas—o sacerdotes—que se habían dejado llevar de la corriente, en la anterior apostasía de Israel (v. 10), y habían dado su anuencia a los idólatras reyes de Israel o de Judá, *sirviendo delante de sus ídolos* (v. 12), justamente son señalados como quienes han desagradado a Dios. Son sentenciados a ser privados, en parte, de su oficio, y de la dignidad de sacerdotes son degradados a la condición de levitas ordinarios. Con todo, Dios mitiga misericordiosamente la sentencia (vv. 11, 14), pues podrán ayudar a *matar las víctimas para el holocausto y el sacrificio* (v. 11), no en el altar, sino en las mesas (40:39). También podrán ser *porteros de la casa.*

2. Los que se han portado dignamente son objeto de honor y establecidos en su oficio (vv. 15, 16): «*Mas los sacerdotes levitas, hijos de Sadoc,* que guardaron su integridad en tiempos de general apostasía, que *no se apartaron de Dios* como los demás, *ellos … se acercarán a mi mesa* (comp. con 41:22) *para servirme, y se encargarán de mi ministerio»*. Es digna de citarse una observación de Feinberg a este respecto: «La mesa aludida en el versículo 16 es el altar de los holocaustos (v. 40:46; 41:22). Aunque el altar en el Antiguo Testamento es mencionado como la mesa del Señor, en el Nuevo Testamento la mesa del Señor nunca es llamada Su altar» (v. el comentario a 1 Co. 10:18–21).

Versículos 17–31

Se dan aquí algunas normas acerca de los sacerdotes.

1. Acerca de sus vestiduras (vv. 17–19). Cuando vayan a ministrar, han de llevar vestiduras de lino, no de lana, pues la lana provoca el sudor. Y cuando hayan acabado de ministrar, han de cambiarse otra vez de ropa y dejar las vestiduras de lino en las cámaras designadas para ello.

2. Acerca del cabello (v. 20), han de evitar los extremos: *No se han de rapar la cabeza* como los sacerdotes paganos, *ni se dejarán crecer el cabello* como si fuesen nazireos (o nazareos), no siéndolo, *sino que lo recortarán solamente.*

3. Acerca de la dieta (v. 21), *ninguno de los sacerdotes beberá vino cuando haya de entrar en el atrio interior,* es decir, a ministrar, pues así se evita que se embriaguen y traten indignamente las cosas de Dios.

4. Acerca del matrimonio (v. 22). Como puede verse, «las normas que se referían sólo al sumo sacerdote en la economía mosaica, se extenderán a todos los sacerdotes (cf. Lv. 21:14). Ezequiel nunca menciona un sumo sacerdote, omisión significativa, y subraya la profecía de Zacarías 6:12, 13» (Feinberg).

5. Acerca de su ministerio de enseñar y juzgar (vv. 23, 24). Parte del oficio sacerdotal consistía en enseñar la Ley al pueblo; y en eso han de mostrarse competentes y fieles (v. 23). También era parte de su oficio juzgar en casos de apelación a ellos (v. Dt. 17:8, 9); y, *en los casos de pleito, ellos estarán para juzgar* (v. 24). Habrán de tener la honradez necesaria para estar de parte de lo que es recto y, cuando hayan dado un veredicto justo, habrán de tener el coraje necesario para mantenerse firmes en él. Otra parte de su trabajo será (v. 24, al final) *santificar los sábados de Dios* y ver de que el pueblo también los observe y no haga nada que los profane.

6. Acerca del duelo por los parientes difuntos, la norma es la misma que en la Ley de Moisés (Lv. 21:1, 11). Un sacerdote no puede acercarse a ningún cadáver, a no ser de los parientes más próximos (v. 25); y aun en estos casos, se atendrá a las normas para la purificación de esa contaminación (vv. 26, 27).

7. Acerca de su mantenimiento, deben vivir del altar al cual sirven (v. 28). Se les asignará territorio (v. 48:10), pero el principal medio de subsistencia material será su mismo oficio. Vemos:

(A) Lo que los sacerdotes habían de recibir del pueblo para su sostén material: Han de recibir la carne de muchas de las ofrendas, así como *toda cosa consagrada en Israel* (v. Lv. 27:21, 28), la cual, en muchos casos, era convertida en dinero y entregada al sacerdote; otros detalles quedan explicados en el versículo 30. Se especifican *las primicias de todas las moliendas,* lo mismo la primera masa que va al horno que las primeras espigas que van al granero. Si el pueblo cumple con esta obligación, la bendición de Jehová reposará en sus casas (v. 30, al final).

(B) Lo que los sacerdotes habían de evitar en su comida (v. 31) es lo mismo que había de evitarse bajo la ley mosaica: *«No comerán ninguna cosa mortecina ni desgarrada, así de aves como de animales».* Al estar bien provistos de todo, por lo que el pueblo ha de ofrecerles, no tienen excusa ninguna para faltar a esta ley. Aunque, como hace notar Feinberg, esa obligación incumbe especialmente al pueblo, pues «el oferente debe tener cuidado en lo que ofrece, pues solamente lo mejor ha de ser presentado a un Dios santo».

CAPÍTULO 45

En este capítulo es presentada al profeta, en visión, la futura repartición de la tierra, al tener «presente en primer término el aspecto más directamente religioso, y conservar de este modo el enfoque espiritual de toda la sección» (Asensio). I. La división de la tierra en cuanto a lo que ha de reservarse al templo y a los sacerdotes dedicados a su servicio (vv. 1–4), así como en lo que ha de darse a los levitas (v. 5), como para propiedad de la ciudad (v. 6), para el príncipe y para el resto del pueblo (vv. 7, 8). II. Las ordenanzas justas que se imponen tanto al príncipe como al pueblo (vv. 9–12). III. Las ofrendas que habían de presentar (vv. 13–17); especialmente, al comienzo del año (vv. 18–20), en la Pascua y en la Fiesta de los Tabernáculos (vv. 21–25).

Versículos 1–8

Se dan aquí instrucciones para la repartición de la tierra en el reino mesiánico milenario.

1. Tenemos aquí la porción asignada al santuario, es decir, a todo el recinto sagrado, en medio del cual había de edificarse el santuario propiamente dicho (v. 1); esto figura como *porción para Jehová,* pues lo que se da para el sostenimiento del culto de Dios y la extensión de la religión, Dios lo acepta como dado a Él. Esta *porción santa* de]a tierra había de ser medida (vv. 1–5), y sus límites habían de ser fijados. Los sacerdotes y los levitas que habrán de servir en el nuevo santuario tendrán sus mansiones en esta porción de la tierra que estará en torno al santuario.

2. *Al lado y paralelamente* (v. 6) *a lo que se apartó para el santuario* estará la porción asignada a la ciudad. *«Será para toda la casa de Israel»,* añade el texto sagrado (v. 6, al final). Comenta Fisch: «Esta sección de Jerusalén ha de estar libre para que more en ella cualquier israelita, y no ha de asignarse exclusivamente a una sola tribu».

3. Después de la porción del santuario y de la porción de la ciudad viene la porción de la corona (vv. 7, 8). Se extenderá desde ambos lados de las otras dos porciones, para dar a entender que el príncipe, con su riqueza y con su poder, ha de proteger a los moradores de ambas, y *nunca más*—dice Dios—*mis príncipes oprimirán a mi pueblo* (v. 8). Al tener más que suficiente para proveer a sus propias necesidades, los príncipes no deberán atreverse a privar de los derechos de propiedad a ningún ciudadano de Israel, *sino que darán la tierra a la casa de Israel conforme a sus tribus* (v. 8b).

Versículos 9–12

Algunas normas generales de justicia, para ser cumplidas tanto por el príncipe como por el pueblo.

1. Que los príncipes no hagan ninguna violencia a sus súbditos, sino que administren fielmente la justicia entre ellos, como es debido (v. 9). No sólo han de administrar justicia en los casos que se presenten, sino que han de *quitar las exacciones* de tributos e impuestos que resulten una carga demasiado pesada para la población.

2. Que los súbditos no hagan trampa, engañándose mutuamente, en el comercio general (vv. 10–12). Todas las pesas y medidas han de ser justas. Es decoroso para el Israel de Dios ser honestos y justos en todo trato, puntuales y exactos en dar a cada uno lo suyo, porque, de lo contrario, echan a perder su reputación tanto ante Dios como ante los hombres.

Versículos 13–25

Después de presentar las normas de justicia para con los hombres, viene ahora a dar instrucciones concernientes a su relación religiosa con Dios.

1. Se les ordena ofrecer oblación al Señor (v. 13), ya que el hebreo *trumáh* indica una ofrenda *sagrada,* que se eleva (raíz *rum).* Pero es, en realidad, el príncipe (v. 16) el que recibe todas estas ofrendas del pueblo y, luego (v. 17), a él le corresponde dar todo lo que haga falta para los sacrificios que han de ofrecerse a Dios. Los versículos 13–15 especifican la cantidad que ha de ofrecerse de cada cosa:

(A) *Un sexto* (v. 13) *de efá por cada jómer de trigo o de cebada,* es decir, unos 6 litros por cada 360 (la sexta parte de una décima parte).

(B) En cuanto al aceite (v. 14), *la décima parte de un bato por cada coro, el cual equivale a diez batos.* Aquí, es la décima parte de una décima parte (esto es, una centésima parte). Las tasas que Dios impone no son jamás tan altas como las que imponen los gobernantes humanos.

(C) En cuanto al ganado (v. 15), la tasa es todavía más baja: *una cordera por cada doscientas de los bien regados pastos de Israel* (lit.), es decir, de las bien cebadas y desarrolladas, pues para Dios hay que dar lo mejor, ya que es muy poco lo que nos exige, comparado con lo muchísimo que nos da.

2. En cuanto a las solemnidades religiosas que se les ordenan:

(A) Al comienzo del año será la solemnidad anual de purificar el santuario (v. 18): *El mes primero, el día primero del mes.* En ese día habían de ofrecer un sacrificio para la purificación del santuario e implorar gracia para el mejor cumplimiento del servicio en el santuario durante todo el año que comenzaba.

(B) Este sacrificio había de repetirse el séptimo día (v. 20), para hacer expiación, no sólo por la casa, sino también *por todos los que pecaron por error o por ignorancia* (comp. con Nm. 15:22–31).

(C) Limpios así todos, ellos y el santuario, siete días después, *«a los catorce del mes»* (v. 21), había de celebrarse la Pascua (vv. 21–24).

(D) Finalmente, *en el mes séptimo, a los quince días del mes, en la fiesta* (v. 25), es decir, la de los Tabernáculos (comp. con Lv. 23:34), *hará como en estos siete días, etc.*

(E) Son notables dos omisiones: (a) No se menciona el Día de la Expiación, algo muy digno de señalarse por la importancia que tenía en la ley mosaica. ¿Qué otra explicación puede darse, sino que el último *Yom Kippur* fue en el Calvario, cuando Cristo hizo la verdadera y única expiación efectiva, hacia la que apuntaban, como figuras y sombras, todas las expiaciones ceremoniales del Antiguo Testamento? (b) Otra omisión igualmente significativa es la de la Fiesta de Pentecostés. Feinberg dice que hay más de una explicación posible. Una de ellas es que «la fiesta de Pentecostés está conectada con la Iglesia (Hch. 2)». ¿No habrá otra—nota del traductor—en el hecho de que la profecía de Joel 2:28–32, que Pedro precisamente cita (Hch. 2:17–21), habrá tenido su cumplimiento pleno en la inauguración del Milenio (v. 39:29; Is. 44:3; Zac. 12:10), con lo que la Fiesta de Pentecostés será ya completamente superflua?

CAPÍTULO 46

I. Algunas normas adicionales, tanto para los sacerdotes como para el pueblo, con referencia al culto (vv. 1–15). Il. Una ley concerniente a la forma en que el príncipe ha de disponer de su heredad (vv. 16–18). III. Una descripción de los lugares apropiados para la cocción de los sacrificios y de las ofrendas (vv. 19–24).

Versículos 1–15

1. Se fija aquí el lugar del culto, y se dan normas para el príncipe y para el pueblo.

(A) La puerta oriental, cerrada de ordinario, *se abrirá el sábado y el día de la luna nueva* (v. 1), así como (v. 12) *cuando el príncipe ofrezca holocausto voluntario u ofrendas de paz.* El modo de acercarse allá (vv. 2, 8, 12, comp. con 44:3) será como en las demás ocasiones: *«entrará* (v. 8) *por el camino del portal de la puerta y* no pasará más adelante; desde allí podrá presenciar el servicio de los sacerdotes, y *por el mismo camino saldrá».*

(B) En cuanto a las puertas del norte y del sur (v. 9), por las que se ha de entrar al atrio del pueblo, *todo el que entre por la puerta del norte para postrarse, saldrá por la puerta del sur,* y viceversa; *no volverá por la puerta por donde entró,* para evitar así obstrucciones y confusiones; por otra parte, todos ellos pueden seguir adelante, ¡ya que no tienen que atravesar por el santuario!

(C) *El pueblo* (v. 3) *adorará,* lo mismo que el príncipe, *a la entrada de la puerta, en los sábados y en las lunas nuevas;* es un caso distinto del de las solemnidades del versículo 9.

2. Se fijan luego las normas para la celebración del culto.

(A) *Cada mañana* (v. 13) *se ofrecerá en holocausto un cordero de un año sin defecto.*

(B) No habrá sacrificio vespertino, pero las ofrendas (vv. 14, 15) que han de acompañar al sacrificio matutino serán de mayores proporciones que las requeridas en la ley mosaica.

(C) Los sábados, en lugar de los dos corderos que exigía la ley de Moisés (Nm. 28:9), serán ofrecidos seis (v. 4).

(D) En los novilunios (primer día del mes lunar) se habían de añadir un becerro y un carnero, ambos sin defecto, a los seis corderos (v. 6).

(E) Todos los sacrificios habían de tener anejas las correspondientes ofrendas de comida, para mostrar el agradecimiento que se debe a Dios por los frutos del campo, lo mismo que por los del ganado (Dt. 28:4).

Versículos 16–18

Tenemos luego una ley que limita el poder del príncipe al disponer de los terrenos que pertenecen a la corona: 1. Si tiene un hijo que lo merezca, puede recompensarle por sus servicios, *haciéndole un regalo* (v. 16) *de su propio patrimonio.* 2. Pero si regala (v. 17) alguna parte a uno de sus siervos favoritos, *éste podrá disponer de ella hasta el año del jubileo,* en que volverá de nuevo a pertenecer a la corona. 3. Todo

lo que regale a sus hijos ha de ser de su propio patrimonio (vv. 16, 18), *no tomará nada de la herencia del pueblo, despojándolos de su posesión* (v. 18). Es del interés de los príncipes ganarse el corazón de sus súbditos. Es preferible ganarles el afecto al proteger sus derechos, más bien que ganarles la hacienda despojándoles de ellos.

Versículos 19–24

Lugares en los que hay que cocer la carne de las ofrendas (v. 20). Había algunos lugares en la entrada al atrio interior (v. 19), y otros (vv. 21–23) *en los cuatro rincones del atrio exterior.* En estos lugares es donde *se han de cocer la ofrenda por el pecado y la expiación,* esto es, las porciones correspondientes a los sacerdotes; *allí habían de cocer también la ofrenda,* es decir, la de Levítico 2:4 (v. 20b).

CAPÍTULO 47

Tenemos: I. La visión de las aguas sagradas: su manantial, su extensión, profundidad y virtudes curativas; los peces que habrá en ellas, y los árboles frutales que crecerán a la orilla del río (vv. 1–12). II. Señalamiento de los límites de la futura Tierra Prometida, la cual habrá de ser repartida, a suertes, a las tribus de Israel y a los extranjeros que moren entre ellos (vv. 13–23).

Versículos 1–12

Todos los amilenialistas (como el propio M. Henry) sostienen que «esta parte de la visión de Ezequiel ha de tener necesariamente un significado místico y espiritual» (Henry). El mismo autor hace referencia a Zacarías 14:8 (que, por cierto, ha de tomarse literalmente, según veremos) y a Apocalipsis 22:1 (que no es el mismo caso que el presente, como luego veremos, aunque las apariencias engañen). Con Feinberg, Fisch y Ryrie—nota del traductor—, adoptaremos, pues, la interpretación literal de este pasaje, como la de todos los demás de esta profecía.

1. El nacimiento de estas aguas (v. 1): *«He aquí que salían aguas de debajo del umbral de la casa hacia el oriente … y las aguas descendían de debajo, del lado derecho de la casa, al sur del altar».* Y de nuevo (v. 2): *«… las aguas fluían del lado derecho»,* es decir, al sur de la puerta oriental. Feinberg hace notar que «el sacar agua en la Fiesta de los Tabernáculos (la base de las palabras en Jn. 7:37–39) debía mucho de su simbolismo ceremonial a esta porción». De esta fuente de aguas dice Asensio: «Fuente milagrosa y símbolo de las bendiciones de Jehová sobre una tierra tan frecuentemente amenazada de sequías, con posible inspiración en textos bíblicos, como Génesis 2:10–14; Salmos 46:5; Isaías 8:6, reflejada también en otros, como Joel 3:18–4:18 en la Biblia Hebrea—; Zacarías 13:1; 14:8».

2. El curso y aumento de estas aguas (vv. 3–5). El profeta ya estaba fuera, pues el varón le había sacado (v. 2) *por el camino de la puerta del norte,* ya que las dos del oriente estaban cerradas (44:2; 46:1, 8, 12), y, ya fuera del santuario, el varón midió con un cordel (v. 3) el curso del río: *mil codos de largo* en el primer tramo, es decir, unos 525 metros, «y *me hizo pasar—dice Ezequiel—por las aguas».* Para hacer notar el rápido crecimiento del caudal de las aguas, el profeta dice *que, en ese* medio kilómetro, *el agua le llegaba sólo a los tobillos* (v. 3, al final). En el medio kilómetro siguiente (v. 4a), *el agua le llegaba a las rodillas;* en el siguiente medio kilómetro *le llegaba hasta los lomos* (v. 4b), esto es, hasta la cintura; pero (v. 5) al llegar al siguiente medio kilómetro, era ya un *río que no se podía pasar sino a nado.* Todo esto en poco más de dos kilómetros de curso.

3. La extensión de este río (v. 8). Desde este punto, poco más de dos kilómetros al sudeste de Jerusalén, la corriente del río se dirige *hacia el oriente,* al valle del Jordán y, al atravesar *el Arabá,* es decir, la zona sur de dicho valle, desciende hasta desembocar en el mar Muerto, también llamado «mar de la sal».

4. La virtud curativa de estas aguas. Al llegar el río al mar Muerto, ese lago sulfuroso en las cercanías de las ciudades nefandas de Sodoma y Gomorra, *las aguas saladas* («seis veces más saladas *que* las del océano»—Feinberg—) del mar Muerto, *quedan saneadas* (v. 8, al final), hasta tal punto (vv. 9, 10) *que*

«las aguas hasta entonces incapaces, por su composición, de toda vida animal, se poblarán de peces en grandísima abundancia, y en sus orillas podrán habitar los pescadores» (Asensio). Pero la región pantanosa (v. 11) en torno al mar Muerto quedará como está al presente, no como zona «maldita», sino «para proveer de la sal necesaria al pueblo» (Fisch).

5. Los árboles que había en la ribera del río (vv. 7, 12). Ya desde el punto en que Ezequiel había notado que el río no podía pasarse, sino a nado, *el varón le hace volver por la ribera del río* (v. 6, al final), para que obtenga una vista panorámica (v. 7) de los *muchísimos árboles* que flanquean el río en ambas riberas. El versículo 12 especifica que son *árboles frutales*, y toda la fraseología de ese versículo se parece grandemente a la de Apocalipsis 22:1–3. Aunque la visión de Ezequiel 47 se refiere a la condición de la Jerusalén terrenal y de las zonas geográficas que aquí se señalan, mientras que Apocalipsis 22 tiene que ver con la Jerusalén celestial, no hay por qué negar que Juan tuviese en su éxtasis una visión de lo que aquí vio Ezequiel, aunque aplicado al cielo.

6. Queda un punto por analizar con respecto al versículo 8b, donde las versiones adoptan distintos términos para traducir el hebreo *mutsaím*. Dicho vocablo es, evidentemente, el plural de *mutsaáh* y no puede significar otra cosa que *«desembocaduras»*. Si se une esto a la frase del versículo 9 «dondequiera *que entren estos DOS RÍOS»*, tenemos que no hay un solo río, ni una sola desembocadura, sino dos, lo cual coincide con la profecía de Zacarías (Zac. 14:8): «… *saldrán de Jerusalén aguas vivas la mitad de ellas hacia el mar oriental* (el mar Muerto), y *la otra mitad hacia el mar occidental* (el mar Mediterráneo)». En el comentario a Zacarías 14 veremos los cambios topográficos producidos en aquel tiempo con la Segunda Venida del Señor.

Versículos 13–23

Vienen ahora las nuevas fronteras de la Tierra Prometida, no las de ahora, sino las que regirán durante el Milenio.

1. La heredad de cada tribu será la misma durante todo el tiempo (vv. 13, 14), pues así lo ha jurado Dios (v. 14b): «… *ya que por ella alcé mi mano jurando que la había de dar a vuestros padres»*. Dios no ha olvidado lo que prometió con juramento.

2. Dios mismo es también el que fija las nuevas fronteras (vv. 15–20). Hace notar Asensio que «Números 34:1, 2 sigue el orden sur, oeste, norte, este, mientras en Ezequiel 47:15–20 el orden es norte, este, sur, oeste». Aparte del orden, «estas fronteras han de estudiarse a la luz de Números 34:1–5, pues prácticamente son las indicadas allí» (Feinberg). El lector necesita solamente tener a la vista dos mapas: uno, de la antigua Palestina, como suele figurar en las últimas páginas de muchas ediciones de la Biblia; otro, de un Atlas moderno, suficientemente detallado.

3. El territorio encerrado en dichas fronteras ha de repartirse, por suerte, *entre las doce tribus de Israel. José tendrá dos tribus* (v. 1b), lo cual significa que Leví no tendrá (tampoco en el Milenio) territorio propio, pues ya le ha sido asignado acerca del santuario (45:4, 5). Esta orden se repite en el versículo 21. Los extranjeros (vv. 22, 23) que vivan entre ellos, *que hayan engendrado hijos*, y forman así familias residentes en el país, *tendrán heredad entre las tribus de Israel como si fuesen nativos,* esto es, «israelitas por adopción» (Asensio). Desafortunadamente, este autor, ya desde Jerónimo, a quien cita, y casi todos (¿o todos?) los antidispensacionalistas, y aun amilenialistas, ven en todo esto el derribo del muro de partición entre judíos y gentiles. Dice M. Henry: «Esto apunta ciertamente a la era del Evangelio, cuando ha sido derribado el muro de separación entre el judío y el gentil, y ambos son puestos al mismo nivel delante de Dios, hechos ambos uno en Cristo, en el cual *no hay diferencia,* Romanos 10:12» (v. el comentario a Gá. 3:28).

CAPÍTULO 48

Instrucciones específicas para la repartición de la tierra. I. Las porciones de las doce tribus, siete al norte del santuario (vv. 1–7) y cinco al sur (vv. 23–29). II. Se señala el lugar para el santuario y para los sacerdotes (vv. 8–11), así como para los levitas (vv. 12–14), la ciudad (vv. 15–20) y el príncipe (vv. 21,

22). III. Un como plano de la ciudad; sus puertas, y el nombre que aquel día se impondrá a la ciudad (vv. 30–35), con lo que concluye la visión y la profecía de este libro.

Versículos 1–30

En la distribución del país entre las doce tribus, podemos observar:

1. Que es muy diferente de la que se hizo en tiempo de Josué, como iremos viendo.

2. Que la tribu de Dan, que, en la primera división del país, fue la última en ser provista de territorio (Jos. 19:40), es aquí (v. 1) la primera, a pesar de no tener ningún *señalado* en Apocalipsis 7:4–8.

3. Que todas las tribus que fueron un día deportadas, tanto por el rey de Asiria como por el de Babilonia, tienen aquí su lote, pues las antiguas diferencias, lo mismo que las antiguas aflicciones, pasaron.

4. Que cada tribu tiene asignada su heredad por designación divina (comp. con Sal. 47:4: «Él—Jehová—*nos elegirá nuestras heredades*»).

5. Que los límites de las tribus son contiguos, sin intersticios de separación, lo que indica la fraternidad que ha de brillar entre todas las tribus.

6. Que la heredad de Rubén, que antiguamente caía a gran distancia (al otro lado del Jordán), ahora cae cerca de la de Judá (comp. con Ap. 7:5), y separada de la porción del santuario únicamente por otra tribu, lo que da a entender que el escándalo que le valió ser privado de la primogenitura ha comenzado, por este tiempo, a desvanecerse algún tanto.

7. Que el santuario estaba *en medio de ella* (de la porción santificada), en el corazón del reino mesiánico, con siete tribus al norte de él y cinco al sur. Y donde estaba el santuario habían de estar los sacerdotes (vv. 9, 10). Como ya vimos, y se pone de relieve nuevamente (v. 11), estos sacerdotes serán exclusivamente *de los hijos de Sadoc que guardaron fielmente el ministerio divino, mientras se descarriaban los hijos de Israel y los levitas* (comp. con 44:10, 15).

8. Que la heredad que corresponda a los ministros del santuario no podrá ser enajenada (v. 14), *porque es cosa consagrada a Jehová.* Es un sacrilegio dedicar a otros usos lo que se ha consagrado a Dios.

9. La porción asignada a la ciudad y a sus suburbios (v. 15) es llamada *de uso común.* En la mayor parte de los lugares el adjetivo *común* equivale a *inmundo;* aquí sirve sólo para distinguirlo de lo que pertenece a la porción del santuario; en comparación con el santuario resulta profano, pero no inmundo.

10. La ciudad resulta un cuadrado perfecto, y los suburbios se extienden por igual en las cuatro direcciones, como ocurría con las ciudades de los levitas en la primera división de la tierra (vv. 16, 17).

11. Antiguamente, como sólo las tribus de Judá y de Benjamín formaban el grueso de la población de la ciudad, los de esas tribus eran, más que ninguno de las demás tribus, los que servían a la ciudad, pero ahora (v. 19) *servirán a la ciudad de todas las tribus de Israel.* Dice Fisch: «La ciudad es la posesión de toda la nación. Por consiguiente, todos sus habitantes, sin tener en cuenta el linaje tribal, tendrán que trabajar en ella para el bien común».

12. Todos los que hayan de trabajar en la ciudad, lo mismo que en el santuario, deberán disfrutar de una manutención honorable y acomodada (v. 18), pues sabemos que Dios va a bendecir ricamente sus productos.

13. El príncipe (v. 21) tendrá su porción especial, como conviene a la dignidad de su alto oficio.

14. Así como Judá tendrá su heredad contigua a la del santuario por un lado, así también Benjamín tendrá la suya contigua a la del santuario por el otro lado. Este honor será reservado a las dos tribus que permanecieron adheridas a la casa de David y al templo de Jerusalén cuando las otras diez tribus apostataron del trono y del altar.

Versículos 31–35

Un informe adicional, como un apéndice, de la ciudad que había de ser edificada para los que habían de venir a rendir adoración a Dios en el santuario que se hallará en medio de ella. Ya no se la llama Jerusalén, ni a la tierra se la llama Canaán. Con respecto a esta ciudad, vemos:

1. Las medidas de las *salidas* (v. 31) y del terreno (v. 35) *en derredor.* (A) Las *salidas* hacen referencia «a los extremos de un trecho de terreno» (Feinberg). 4.500 cañas equivalen a 14.175 metros. Así que: (B) *En derredor* tendrá cuatro veces más, esto es, 18.000 cañas, que equivalen a 56.700 metros.

2. El número de las puertas. Tendrá doce puertas (v. 31), *según los nombres de las tribus de Israel* (comp. con Ap. 21:12, 13).

(A) *Al norte* (v. 31), *la puerta de Rubén,* el primogénito en edad; *la puerta de Judá,* el primogénito del cetro, y *la puerta de Leví,* «el servidor de Dios en lugar de cada primogénito de Israel» (Feinberg). Nótese que los tres son hijos de Lea, la «aborrecida», y que aparecen también los primeros en la bendición de Moisés (Dt. 33:6–8).

(B) *Al lado oriental* (v. 32), *la puerta de José,* el hijo mayor de Raquel, que representa las dos tribus de Efraín y Manasés, a fin de que Leví pueda entrar en la enumeración de las puertas (aunque su territorio no entre en suerte con los de las demás tribus, por pertenecer a la porción sagrada del templo); *la puerta de Benjamín,* el hijo menor de Raquel, y *la puerta de Dan,* hijo primero de la sierva de Raquel Bilháh. Los tres, pues, hijos de Raquel.

(C) *Al lado del sur* (v. 33), *la puerta de Simeón,* segundo hijo de Lea; *la puerta de Isacar,* el quinto hijo de Lea, y *la puerta de Zabulón,* el sexto hijo de Lea. Los tres, pues, hijos de Lea.

(D) *Y al lado occidental* (v. 34), *la puerta de Gad,* primer hijo de Zilpáh, sierva de Lea; *la puerta de Aser,* segundo hijo de Zilpáh, y *la puerta de Neftalí,* hijo segundo de Bilháh, la sierva de Raquel. Aquí, pues, los tres son hijos de las siervas, en proporción de dos a uno a favor de Zilpáh, la sierva de Lea. Feinberg comenta: «El hecho de que los nombres de todas las tribus hayan de aparecer en las puertas de la gloriosa ciudad está en armonía con la aserción de nuestro Señor Jesucristo con respecto al gobierno en el reino (Mt. 19:28) y simboliza bellamente, al mismo tiempo, en forma visible, la unidad y armonía en la nación, por tanto tiempo dividida».

3. El nombre dado a esta ciudad (v. 35b). No tendrá por nombre *Jerusalén* (¿visión de paz?), sino lo que realmente hace que sea una bella visión de verdadera paz para siempre: «*Jehová está allí*» (hebr. *Jehová*). Fisch comenta: «La Jerusalén del futuro recibirá un nuevo nombre, y simbolizará la permanencia de la Presencia Divina en la nueva ciudad. Ezequiel tuvo una visión de la salida de la gloria de Dios del primer Templo y de la ciudad primera (caps. 10 y ss.); también la vio volver al nuevo Templo (cap. 43). Ahora concluye con la seguridad de que la gloria de Dios nunca más se marchará del Templo y de la nueva Jerusalén (v. en 44:2)».

DANIEL

El libro de Ezequiel dejó a Jerusalén en ruinas, pero con una gozosa perspectiva de la futura gloria milenaria. Con esto encaja estupendamente el libro de Daniel. Ezequiel nos ha dicho lo que vio y lo que previó en los primeros años del cautiverio de los judíos en Babilonia. Daniel nos dice lo que vio y lo que previó en los últimos años del cautiverio. Y fue un gran consuelo para los cautivos tener primero un gran profeta, y después otro gran profeta, para mostrarles que Dios no los había rechazado del todo.

Su nombre hebreo era *Daniel*, que significa «Dios es mi juez», pero el nombre caldeo que le puso Nabucodonosor era *Belteshazzar*, que significa «Bel proteja su vida». Era de la tribu de Judá y del linaje real, pero, sobre todo, fue un varón eminente en piedad y sabiduría; totalmente irreprochable, quizá más que ningún otro personaje del Antiguo Testamento. El propio Ezequiel (Ez. 28:3), de parte de Dios, se dirige irónicamente al rey de Tiro, y le dice: *«¡He aquí que tú eres más sabio que Daniel!»* Y, entre los varones reconocidos en el cielo como los más grandes intercesores (Ez. 14:14), aparece juntamente con Noé y Job.

Comoquiera que Daniel no desempeñó el ministerio profético público, su libro no figura en la Biblia Hebrea entre los libros proféticos (la segunda división de libros en la Biblia Hebrea), sino entre los «Escritos» (hebr. *ketubim),* que constituyen la tercera división. El libro se divide en dos partes simétricas: los primeros seis capítulos contienen principalmente historia; los últimos seis, exclusivamente profecía, cuya importancia se verá al estudiarlos. Un detalle curioso es que el libro consta de dos secciones escritas en hebreo (1:1–2:3 y 8:1; 12:13), precisamente donde Israel es el protagonista del escrito; y una gran sección en arameo (2:4–7:28), donde los gentiles desempeñan el papel principal.

En cuanto a la fecha de la redacción del libro, Ryrie presenta una brillante defensa de la opinión tradicional, que atribuye a Daniel la autoría y, por tanto, confiere al libro una fecha dentro del siglo sexto a. de C. En la división del libro seguimos los epígrafes del esquema que aparece en la *Ryrie Study Bible:*

I. *Dedicación de Daniel* (1:1–21).
II. *Sueño de Nabucodonosor: La Gran Imagen* (2:1–49).
III. *El Horno Ardiente: Una Lección de fe* (3:1–30).
IV. *Visión de Nabucodonosor del Gran Árbol* (4:1–37).
V. *Banquete de Belsasar* (5:1–31).
VI. *Daniel en el foso de los leones* (6:1–28).
VII. *Visión de Daniel de las Cuatro Bestias y del Anciano de días* (7:1–28).
VIII. *Visión de Daniel del Carnero, del Macho Cabrío y del Cuerno Pequeño* (8:1–27).
IX. *Profecía de Daniel de las Setenta Semanas de Años* (9:1–27).
X. *Panorama Profético de Daniel* (10:1–12:13).

CAPÍTULO 1

Daniel comenzó su educación humana antes de recibir las visiones divinas. I. Deportación del rey Joacim (vv. 1, 2), en la que Daniel y otros jóvenes de la nobleza fueron también deportados a Babilonia. II. Daniel y otros jóvenes fueron escogidos para recibir la educación caldea, a fin de que fuesen aptos para desempeñar después puestos de gobierno (vv. 3–7). III. Rechazan piadosamente participar de los manjares de la mesa del rey, y piden ser alimentados con legumbres y agua, lo cual consiguieron del jefe de los eunucos (vv. 8–16). IV. Sus admirables progresos, muy por encima de sus compañeros de estudio, en sabiduría y conocimiento (vv. 17–21).

Versículos 1–7

1. El primer ataque, hecho contra Judá y Jerusalén, por Nabucodonosor, rey de Babilonia, en el primer año de su reinado, y tercero del reinado de Joacim, rey de Judá (vv. 1, 2): *Puso sitio a Jerusalén,* y se llevó lo que le plugo, incluido al rey; pero nótese que el texto sagrado dice expresamente que *«el Señor entregó en sus manos a Joacim, etc.»* (v. 2). No fue la fuerza de Nabucodonosor, sino la ira de Dios por los pecados de Su pueblo, lo que causó la ruina de Israel. Estamos en el año 605 a. de C. La fecha que aquí pone Daniel *(«año tercero del reinado de Joacim»)* no pugna con la de Jeremías 25:1 *(«en el año cuarto de Joacim»),* si se admite que Daniel echa mano de la cronología caldea, mientras Jeremías usa la cronología judía.

2. Nabucodonosor no destruyó, en este primer ataque, la ciudad ni el reino, pero llevó a cabo el primer perjuicio causado a Israel, en cumplimiento de la profecía de Isaías (Is. 39:6, 7), por la tremenda imprudencia de Ezequías al mostrar todos sus tesoros a los embajadores del rey de Babilonia.

(A) El rey caldeo se llevó a su país los vasos sagrados (v. 2) y los puso *en la casa de su dios,* a quien daba las gracias por todos los éxitos que estaba consiguiendo. Véase la justicia de Dios: Su pueblo había introducido en Su templo imágenes de otros dioses; ahora permite que los utensilios del templo de Jerusalén sean trasladados a los tesoros de otros dioses. No se llevó ahora todos, sino *parte de ellos* (v. 2); quedaron todavía algunos, por si el pueblo se arrepentía y se impedía con eso el que fuese deportado también el resto (v. Jer. 27:18).

(B) También hizo traer a Babilonia (vv. 3, 4) algunos jóvenes del linaje real o de la nobleza, de buen parecer y fina educación, que fuesen aptos para estar en el palacio del rey, y mandó al jefe de los eunucos (funcionarios de palacio) que les educase en la lengua, la literatura y las leyes y costumbres de los caldeos, pues todo eso, y más, va incluido en la última frase del versículo 4. Walvoord hace notar que «es muy significativo que la erudición de los caldeos no sirviese a Daniel y a sus compañeros cuando se puso a suprema prueba en la interpretación del sueño de Nabucodonosor». J. Alonso Díaz, por su parte, advierte que «por *caldeos,* aquí y en todo el libro, a excepción de 5:30 y 9:1, donde tiene un sentido étnico, se entiende una especie de sacerdotes-videntes babilónicos, especializados en las ciencias ocultas (cf. Is. 47:9–13)».

(C) *«Y les señaló* (v. 5) *el rey una porción para cada día, de la provisión de la comida del rey, y del vino que él bebía.»* Quería tratar con toda generosidad a los que se educasen para ayudarle después en las tareas de gobierno. Su educación cultural había de durar *tres años.* Dice Alonso Díaz: «Tres años de educación era la costumbre vigente entre los persas, como lo testimonia Jenofonte en la *Ciropedia* (1, 2) y Platón en *Alcibíades* (1.37)».

3. Daniel y sus compañeros eran *de entre los hijos de Judá* (v. 6), la tribu del cetro real, y probablemente de la casa de David. El príncipe de los eunucos les cambió los nombres (v. 7) hebreos y *les puso nuevos nombres.* «El cambio de nombre, en la mentalidad semítica, significa acto de dominio (cf. 2 R. 23:24; 24:27). Los jóvenes pasan, de la condición que tuvieron antes, al servicio del soberano, que les impone los nombres nuevos» (Alonso Díaz). *A Daniel* (que significa «Dios es mi juez») le puso *Beltsasar* (lit. *Belteshazzar,* que significa «Bel proteja su vida»); *a Ananías* (hebr. *Jananyah,* que significa «Yah agració») le puso *Shadraj* (que significa probablemente, aunque «intencionadamente desfigurado»—Alonso Díaz—, lo mismo que Marduk, el principal dios de Babilonia); *a Misael* (hebr. *Mishael,* probablemente «Dios es salvación») le puso *Meshaj* (probablemente contracción de *Mishaaku,* que significa «¿quién es lo que es Aku?»—Aku era el dios-luna de los caldeos); y *a Azarías* («Yah ayuda») le puso *Abed-negó* («siervo de Nebó», que era considerado como hijo del principal dios babilonio Bel). Como puede verse, también aquí el dios *Nebó* aparece desfigurado como *Negó.* Es muy probable que estos cambios fuesen hechos con la intención de no ofender demasiado a los jóvenes.

Versículos 8–16

1. Daniel pronto fue favorito del jefe de los eunucos (v. 9), como José lo fue (v. Gn. 39:21–23) del jefe de la cárcel.

2. Daniel se mostró totalmente firme en su devoción israelita. Le habían cambiado el nombre, pero no le pudieron cambiar el corazón. Le llamasen como le llamasen, él retuvo el espíritu de un israelita sin dolo. *Resolvió* (v. 8) *no contaminarse con la comida ni con el vino del rey;* y sus compañeros hicieron lo mismo (vv. 11, 12). Obraron así por principios de conciencia. No era, de suyo, pecado comer de la mesa del rey ni beber del vino del rey. Pero:

(A) No estaban seguros de que la carne fuese de animales limpios según la Ley, ni de que hubiese sido preparada de la forma prescrita por las leyes mosaicas concernientes a la comida.

(B) Tanto la comida como el vino habían sido dedicados previamente a los dioses de Babilonia, como era la costumbre; participar, pues, de ello equivalía a reconocer como verdaderas deidades a los ídolos del país.

3. El jefe de los eunucos, Aspenaz, puso objeciones a la petición de Daniel (v. 10), pero éste consiguió que el subalterno Melsar (v. 11) consintiera (v. 14). La prueba (v. 12) era fácil: una dieta vegetariana y abstemia durante diez días, y a comparar (v. 13) el aspecto de ellos con el de los demás jóvenes que eran educados juntamente con ellos.

4. La prueba resultó un éxito para los cuatro israelitas (vv. 15, 16) y, por consiguiente, continuaron con su dieta vegetariana, lo cual les aprovechó, no sólo en lo físico, sino también en lo mental y hasta en lo espiritual. Como advierte Walvoord, «aunque estaba sobre ellos la bendición de Dios, no es necesario imaginar aquí ningún acto sobrenatural de Dios».

Versículos 17–21

La gran sabiduría que otorgó Dios a Daniel y a sus compañeros fue:

1. Un contrapeso a sus pérdidas. Por la iniquidad de su padres, estos jóvenes habían sido privados de sus honores, riquezas y honestos deleites de que habrían podido disfrutar en su patria; pero, a fin de contrapesar esas pérdidas, *Dios les dio* (v. 17) *conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias y*, con ello, mejores honores y placeres.

2. Una recompensa por su integridad. Ellos guardaron las normas de su religión aun en los detalles más minuciosos, y Dios les recompensó por eso. A Daniel le dio doble porción, pues, además del conocimiento y la sabiduría en ciencias y letras, le dio (v. 17b) *facilidad para interpretar toda clase de visiones y sueños.*

3. Una estupenda preparación para el futuro. *Pasados los tres años de educación* (vv. 18–20), fueron presentados al rey, quien los examinó a fondo y los halló muy superiores a todos los demás condiscípulos. Y no sólo superaban a los demás jóvenes que se educaban con ellos, sino que (v. 20), en las consultas que el rey les hizo, *los halló diez veces superiores a todos los magos y astrólogos que había en todo su reino.*

El versículo 21 no significa que Daniel dimitiera, o fuese depuesto, de su cargo el año 538 a. de C. *(«el año primero del rey Ciro»).* Lo contrario es lo cierto, a la vista de 10:1, por ejemplo. En 1:21 sólo le interesaba hacer constar que «su ministerio continuó durante todo el tiempo del imperio babilónico, y que todavía vivía cuando Ciro entró en escena» (Walvoord).

CAPÍTULO 2

En este capítulo tenemos: I. Un sueño del rey Nabucodonosor, y la incapacidad de los sabios caldeos para adivinarlo e interpretarlo (vv. 1–13). II. La intervención de Daniel que pide un plazo para declarar al rey la interpretación, y ruega que no se ejecutase la orden de matar a todos los sabios de Babilonia (vv. 14–23). III. La declaración del sueño, y la interpretación del mismo, que Daniel hizo ante el rey Nabucodonosor (vv. 24–45). IV. El reconocimiento que Nabucodonosor hizo del poder y de la sabiduría del Dios de Israel, y los honores y dones que concedió a Daniel (vv. 46–49).

Versículos 1–13

Hay cierta dificultad en la fecha de lo que aquí se relata, pues se nos dice (v. 1) que ocurrió *«en el segundo año del reinado de Nabucodonosor»,* al ser así que Daniel fue deportado a Babilonia en el primer año de dicho reinado (1:1 y ss.), y estuvo bajo tutores durante tres años antes de ser presentado al rey (1:5, 18). ¿Cómo pudo, pues, ocurrir esto en *el segundo año?* La solución más probable es la que aportan Wiseman, Thiele, Finegan y Walvoord: Se cuenta, al estilo semita, un año entero y fragmentos de otros dos para obtener *tres.* Así que, cuando Nabucodonosor puso sitio a Jerusalén y se llevó, entre otros, a Daniel (agosto del 605 a. de C.), fue el primer año de estudios de Daniel. El 7 de septiembre del mismo año fue entronizado rey de Babilonia, tras la muerte de su padre Nabopolasar, ocurrida el 16 de agosto. Del Nisán (entre marzo y abril) del 604 al Nisán del 603 a. de C. tenemos el primer año del reinado de Nabucodonosor (los meses de accesión al trono: septiembre del 605 a marzo del 604 no se cuentan como un año de reinado) y es el segundo año de estudios de Daniel. Finalmente, del Nisán del 603 al del 602 tenemos el *segundo año del reinado de Nabucodonosor,* que es ya el tercero de los estudios de Daniel, y el año (meses más tarde) en que Nabucodonosor *soñó sueños* (v. 1. Lit.).

1. La perplejidad que tuvo Nabucodonosor ante el sueño que había tenido. Lo había olvidado, pero le había quedado la impresión de que era un sueño importante y perturbador: *«se turbó su espíritu y no podía dormir»* (v. 1, al final). Nabucodonosor era un perturbador del Israel de Dios, y ahora Dios le perturbaba a él. Todos los tesoros y deleites que este poderoso monarca poseía no le podían conceder ningún reposo.

2. La prueba a que sometió a sus *magos, astrólogos, etc.* (v. 2), *para que le explicasen sus sueños.* Muy ufanos se presentarían ante el rey, orgullosos de que los llamase a ellos (¡no a Daniel!) Pero el rey les pide un imposible, humanamente hablando: Les dice (v. 3) que *ha tenido un sueño,* y que *está turbado por el deseo de comprenderlo.* Ellos (v. 4) le piden *en arameo* (y aquí comienza la porción aramea que se extiende hasta 7:28) que les declare el sueño y ellos le darán la interpretación.

3. El rey insiste (v. 5) en que le declaren el sueño y se lo interpreten bajo pena de muerte y de que sus casas sean convertidas en muladares o, quizás, en campos abonados de estiércol. Si logran (v. 6) mostrarle al rey el sueño y la interpretación, serán colmados de honores. Comenta Alonso Díaz: «La exigencia inaudita del rey de que los adivinos le descubran no solamente la interpretación, sino el sueño mismo, prepara el que se den por vencidos y resalte más a continuación la figura de Daniel».

4. Vuelven a insistir los magos en que el rey tiene que decirles el sueño y, entonces, si no le dan la interpretación, la culpa será de ellos (v. 7). Pero el poder arbitrario es sordo a las razones. El rey se deja llevar de la pasión (v. 8), les dirige palabras muy fuertes y les acusa de que quieren afrentarle (v. 9): *«Ciertamente preparáis respuesta mentirosa y falsa que decir delante de mí, entretanto que pasa el tiempo»,* es decir, ya sea hasta que se le pase al rey el deseo de conocer su sueño, ya sea hasta que lo haya olvidado tan perfectamente que puedan ellos inventar uno nuevo sin que él se de cuenta del engaño. Por eso, quizás, tiene él tanta prisa en que se lo digan sin demora.

5. En vano apelan ellos: (A) A que no hay hombre en este mundo (v. 10) que sea capaz de *declarar el asunto al rey,* sólo lo pueden hacer (v. 11) *los dioses que no viven entre los seres de carne;* por cierto, yerran en cuanto al número de dioses, pero dicen la verdad en cuanto a que sólo Dios, que es Espíritu y el padre de los espíritus, puede conocer perfectamente el espíritu del hombre y todo lo que hay en su corazón, aunque el propio individuo lo olvide o no se percate de ello. (B) También apelan a que (v. 10b) *ningún rey, príncipe ni señor exigió cosa semejante a ningún mago, ni astrólogo ni caldeo* (es decir, *vidente babilónico.* V. el comentario a 1:4).

6. El rey pronuncia sentencia de muerte contra *todos los sabios de Babilonia* (v. 12), pues con ella les había amenazado (v. 5) si no le satisfacían su deseo, y una misma había de ser para todos ellos (v. 9). Se publica, pues, el edicto correspondiente (v. 13) y, aunque Daniel y sus compañeros no habían sido llamados antes a la presencia del rey, no por eso quedan exentos.

Versículos 14–23

¡Cuán miserable es el caso de los que viven bajo un gobierno tirano y arbitrario como el de Nabucodonosor! Pero hay un poder superior al de todos los tiranos juntos, y ese poder, celestial, está a favor de Daniel y de sus compañeros; y, en atención a ellos, se salvarán también las vidas de los sabios

caldeos, no adoradores del verdadero Dios. Daniel era famoso tanto por su piedad como por su prudencia; por su piedad, tenía poder con Dios; por su prudencia, lo tenía con los hombres; y en ambos casos prevalecía. En estos versículos tenemos un notable ejemplo de ello.

1. Por su prudencia, Daniel sabía cómo tratar con los hombres. Al ir a arrestar a Daniel, pidió éste (vv. 14, 15) a *Arioc, capitán de la guardia del rey,* que le explicase *cuál era la causa de que tal edicto se publicase de parte del rey tan apresuradamente.* A la vista del versículo 24, es posible que el v. 16 no indique precisamente una audiencia con el rey, sino una petición por medio del propio Arioc (ésta es la opinión del traductor). El contexto posterior da a entender que le fue concedido a Daniel el plazo requerido *para declarar al rey la interpretación,* y el sueño mismo, como sabemos.

2. Por su piedad, sabía Daniel cómo conversar con Dios en oración.

(A) Su humilde petición a Dios fue que tuviese a bien descubrirle el sueño y su interpretación. Es cierto que (1:17b) dice que *Daniel alcanzó entendimiento en todas visiones y sueños* (lit.), pero no el adivinar sueños, a no ser por revelación de Dios.

(B) *Se fue,* pues, *a su casa* (v. 17), para estar con su Dios a solas, e instó también (v. 18) a sus compañeros *a implorar la misericordia del Dios del cielo sobre este misterio.* También el apóstol Pablo rogaba a sus amigos que orasen por él. Así hemos de mostrar el valor que damos a nuestros amigos, encomendándonos a sus oraciones. A este asunto del sueño lo llama Daniel *misterio,* porque era verdaderamente una cosa secreta, oculta. Cualquiera sea la materia de nuestra preocupación, debe ser también la materia de nuestra oración. Dios desea que nos sintamos humildemente libres con Él. Bien podemos, en fe, orar al que tiene en Su mano todos los corazones y obra portentos en Su providencia, para que nos descubra lo que está fuera del alcance de nuestra vista, y nos obtenga lo que está fuera del alcance de nuestra mano.

(C) La misericordia que Daniel y sus compañeros imploraron a Dios les fue otorgada (v. 19): *«Entonces le fue revelado a Daniel el misterio en visión de noche».* Aunque la mayoría de los autores sostienen que el vocablo *«visión»* es aquí específico y más noble que «sueño» (que se concede igualmente a un rey pagano, y tirano, como Nabucodonosor), no faltan quienes opinan que Daniel pudo soñar el mismo sueño que había tenido el rey caldeo.

(D) La gratitud de Daniel por esta misericordia (v. 19b): *«por lo cual bendijo Daniel al Dios del cielo».* El contenido de esta oración de acción de gracias aparece en los versículos 20–23 y, como observa Alonso Díaz, «tiene bastantes paralelos con Job 12:13, 15, 18, 22; 38:16–20». El comienzo es corriente en muchos salmos de alabanza (v. Sal. 103:1, 2, 113:1, 2, 115:18 145:1, 2, 21): *«Bendito sea el nombre de Dios de siglos en siglos»,* porque *por siempre* hay en Dios lo que debe ser bendecido y alabado; está inmutable y eternamente en Él. Nótese, al final del versículo 23, la humildad de Daniel al dar como revelado a sus amigos lo que le había revelado Dios a él sólo: «… *pues NOS has dado a conocer el asunto del rey».* Así también, el apóstol une consigo en las inscripciones de muchas de sus epístolas a Silvano, Timoteo o a cualquier otro de sus principales colaboradores.

Versículos 24–30

Introducción a la declaración que Daniel hace del sueño del rey y a la interpretación del mismo sueño.

1. Su primera preocupación fue ahora procurar la revocación de la sentencia pronunciada contra los sabios de Babilonia (v. 24). Fue a toda prisa a decirle a Arioc, el capitán de la guardia del rey: *«No mates a los sabios de Babilonia».*

2. Se ofreció, con gran seguridad, a ir al rey para declararles el sueño y su interpretación (vv. 24, 25).

3. Aprovechó la ocasión para dar a Dios todo el honor. El rey dio a entender que era una empresa muy difícil la que Daniel se atrevía a acometer (v. 26): *«¿Podrás tú hacerme conocer el sueño que vi, y su interpretación?»* Cuanto más improbable le parecía al rey que Daniel pudiese hacer esto, tanto más glorificado fue Dios en capacitarle para que lo hiciese. Daniel desengaña al rey con respecto a sus adivinos (v. 27): *«El misterio que el rey demanda, ni sabios, ni astrólogos, ni magos, ni adivinos lo pueden revelar al rey».* Como si dijera: «Por tanto, no se enfade el rey con ellos por no hacer lo que no pueden; sino más bien despídalos por no poder hacerlo. Pero, aun cuando ellos no pueden, no desespere el rey de no hallarlo, pues (v. 28) *hay un Dios en los cielos, el cual revela los misterios».*

4. Confirmó al rey en la opinión de que el sueño era de gran valor e importancia. Era una revelación de lo alto, un rayo de luz divina introducido en su mente desde el mundo superior, referente a los grandes

asuntos de este mundo inferior. Dios, en ese sueño, *«ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los postreros días»*. Comenta Alonso Díaz: «La frase *al final de los días* es escatológica, y no significa simplemente la sucesión de los imperios». ¡Estupenda confesión de parte de un jesuita católico! En realidad, va más allá de lo que los dispensacionalistas afirmamos (nota del traductor), pues *los postreros días,* para un judío del Antiguo Testamento, significan todo el espacio de tiempo desde que la profecía comienza a cumplirse hasta la inauguración del reino mesiánico en la tierra. Lo veremos al estudiar la interpretación del sueño.

5. Profesa solemnemente que no ha sido por ningún mérito de su parte por lo que le ha sido revelado este misterio (v. 30): «*Y a mí me ha sido revelado este misterio, no porque en mí haya más sabiduría que en todos los vivientes;* no, no lo he hallado yo con mi sabiduría». El misterio le fue revelado por Dios, de pura gracia, a fin de dar a conocer datos importantes de la historia universal de la humanidad y, de paso, honrar a Daniel y a sus compañeros en presencia del rey. Los profetas reciben para dar, y comunican a otros lo que ellos han recibido de Dios.

Versículos 31–45

Ahora Daniel va a dar plena satisfacción al rey Nabucodonosor con respecto a su sueño. Y también el rey será abundantemente recompensado por escuchar a este profeta, aunque no lo haga en nombre de un profeta.

I. El sueño en sí (vv. 31, 45).

1. Nabucodonosor era adorador de imágenes y, ¡hete aquí que se le presenta *una gran estatua* ante los ojos! Era la estatua de alguien que *estaba en pie delante de él* (v. 31b); *en pie,* como de alguien vivo. Y, como las monarquías representadas en la estatua eran admirables a los ojos de sus amigos, *la estatua era muy grande y de un brillo extraordinario;* mas, porque era de temer para sus enemigos, su *aspecto era terrible:* tanto los rasgos del rostro como la postura y las dimensiones del cuerpo la hacían aparecer *terrible.*

2. Pero lo que daba a la estatua un aspecto verdaderamente extraordinario era la diversidad de los metales de que estaba compuesta: (A) *La cabeza* (v. 32) *era de oro fino,* el metal más precioso y duradero; (B) su *pecho y sus brazos, de plata,* que es un metal valioso después del oro; (C) su *vientre y sus caderas (o costados o lomos), de bronce,* metal que sigue, en nobleza, al oro y a la plata; (D) *sus piernas* (v. 33), *de hierro,* metal menos noble que el bronce o cobre; y, finalmente: (E) *sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido.* Véase lo que son las cosas de este mundo: cuanto más bajas, tanto más viles. Mas a Nabucodonosor, gran admirador de *los reinos de este mundo y de su gloria* (Mt. 4:8), le eran presentadas bajo la imagen pomposa, grande y variopinta de un hombre brillante y terrible.

3. Sin embargo, ¿qué quedó después de esta imagen o estatua? La secuencia del sueño la presenta (v. 34) hecha añicos, reducida a polvo y aventada como el tamo de las eras. Vio el rey una piedra que se desgajó de la cantera sin que la tocasen manos humanas y golpeó los pies de la estatua, que eran una mezcla de hierro y de barro cocido, y *los desmenuzó;* falta entonces de base, cayó por tierra la gran estatua, y el oro, la plata, el bronce y el hierro (v. 35) *fueron también desmenuzados;* más aún, llegaron a ser (v. 35b) *como tamo de las eras en verano, y se los llevó el viento sin que de ellos quedara rastro alguno. Mas la piedra que había golpeado a la estatua fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra.*

II. La interpretación del sueño (vv. 37–45).

1. La estatua representaba los reinos de la tierra que habían de gobernar sucesivamente sobre las naciones e influir, de un modo u otro, en los asuntos del pueblo de Israel. Las cuatro monarquías son representadas no por cuatro estatuas diferentes, sino por una sola, porque todas ellas tienen el mismo espíritu en cuanto a su oposición al Dios verdadero y al pueblo de Dios.

(A) *La cabeza de oro* simbolizaba la monarquía caldea, de la que el rey Nabucodonosor (vv. 37, 38) era el representante más notable: «*tú eres aquella cabeza de oro*» (v. 38, al final). Dice Alonso Díaz: «*Rey de reyes* (v. 37) es un título persa (cf. Esd. 7:12), aunque también se encuentra aplicado por Ezequiel a Nabucodonosor (cf. Ez. 26:7)». Para las otras frases de los versículos 37 y 38, véase especialmente Jeremías 25:9, 11; 27:5–7. Había por este tiempo en el mundo otros reinos poderosos,

como el de los escitas; pero fue el de Babilonia el que reinó sobre los judíos. Es llamado *cabeza* por su sabiduría; *de oro,* por sus riquezas (comp. con Is. 14:4).

(B) *El pecho y los brazos de plata* significaban la monarquía de los medos y los persas, *reino inferior* (v. 39) al caldeo, no en extensión, sino en calidad. En realidad, según bajamos en la calidad de los metales, más extensos son los reinos, y hasta más poderosos. La monarquía medopersa fue, en realidad, fundada por *Darío el medo y Ciro el persa,* y aun el propio Ciro era persa por parte de padre, pero medo por parte de madre. El poderío medopersa duró desde 538 hasta 333 a. de Cristo.

(C) *El vientre y las caderas de bronce* (o *cobre)* significaba la monarquía griega, llegada al pináculo de su poderío bajo Alejandro el Grande, quien derrotó al último de los emperadores persas, Darío III. De este *tercer reino de bronce* (v. 39b) no se dice que sea *inferior* al anterior, aunque el bronce es inferior, en calidad, a la plata; quizás se tiene en cuenta que *dominará sobre toda la tierra,* ya sea porque en el occidente no había cuajado aún ningún reino de importancia política o militar, ya sea por la jactancia del propio Alejandro Magno, quien se gloriaba de haber conquistado el mundo entero (y aun dice la leyenda que lloró por no poder conquistar la luna).

(D) *Las piernas y los pies de hierro* simbolizan, sin duda, el imperio romano, que, como el hierro, aplastaba todos los pueblos que conquistaba. Walvoord hace notar que «Daniel presta más atención a este cuarto reino que a todos los precedentes reinos juntos». También hace notar, en cuanto a los pies, que Daniel «presta especial atención a esto y, de hecho, dice de los pies de la imagen tanto como de toda la imagen por encima de los pies». Esto significa que lo de los pies reviste especial importancia:

(a) Al explicar (v. 41) el significado de la mezcla de hierro y barro cocido, dice que *«será un reino compuesto»* (mejor que *«dividido»),* ya que «estaba compuesto de pueblos fuertes *(hierro)* y débiles *(barro)»* (Ryrie). Se trata de *«barro cocido»,* pues si estuviese sin cocer no se sostendría en modo alguno; además, es el barro cocido, endurecido, el que resulta *frágil.*

(b) La clave de la interpretación del cuarto reino se halla en el versículo 44: *«Y en los días de estos reyes, el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre».* El plural *reyes* da a entender claramente que los *diez dedos* de los pies de la estatua representan diez reyes que reinan simultáneamente; es decir, *hay diez reinos simultáneos en los días en que Dios hace surgir el reino que permanecerá para siempre.*

(c) Que éste es el reino mesiánico del futuro se prueba por las siguientes razones: *Primera,* la fraseología del versículo 44 concuerda con la profecía de Lucas 1:32, 33, la cual apunta a la Segunda Venida de Cristo, pues en la Primera no se inauguró el reino mesiánico, sino que el Mesías-Rey de Israel fue rechazado por su propio pueblo y crucificado. *Segunda,* la Iglesia no puede ser el reino representado por la piedra cortada, porque no coincide con las características que aquí se asignan a dicho reino: ni es un monte, ni es un reino propiamente dicho, ni ha llenado de una vez la tierra, ni ha desmenuzado los reinos existentes, ni estaba el Imperio Romano dividido en diez reinos cuando surgió la Iglesia. *Tercera,* el paralelismo con el capítulo 7 de la presente profecía muestra que los diez reinos del capítulo 2 pertenecen al futuro, en una especie de reinstauración del Imperio Romano, que ya parece comenzar a fraguarse. *Cuarta,* será precisamente en su Segunda Venida (v. Ap. 19:11–21) cuando Cristo aparecerá como *Rey de reyes* para (Ap. 19:15) *regir a las naciones con vara de hierro* (comp. con Sal. 2:9); *y Él pisa el lagar del vino del furor de la ira del Dios Todopoderoso* (comp. con Is. 63:1–6). *Quinta,* la distancia entre la caída del Imperio Romano antiguo (año 1453 de nuestra era en su parte oriental) y su futuro establecimiento en forma de diez reinos no ha de extrañar, como no extraña la clara división de épocas distantes en Isaías 61:2 (v. el comentario a dicho versículo). El profeta pasa por alto lo que no interesa al nervio de su profecía.

III. Después de interpretar el sueño, a plena satisfacción del rey Nabucodonosor, Daniel cierra con una solemne aserción: 1. Del origen divino del sueño (v. 45b): *«El gran Dios ha dado a conocer al rey lo que sucederá después de esto»* (lit.). Ni los magos del rey, ni sus dioses pudieron revelar al rey este misterio, pero *el gran Dios,* el único verdadero ha podido hacerlo y lo ha hecho. 2. De la indudable certeza de las cosas predichas mediante este sueño. Bien podemos creer con toda firmeza y seguridad lo que Dios nos ha dado a conocer.

Versículos 46–49

En vez de resentirse como de una afrenta, el rey recibió como un oráculo del cielo toda la explicación que Daniel le hizo del famoso sueño, y aquí tenemos sus expresiones sobre las impresiones que la explicación de Daniel le había producido.

1. Estaba dispuesto a considerar a Daniel como a un semidiós o que, al menos, tenía dentro de sí algo de la deidad digna de adoración (v. 46). Al comparar la actuación de Daniel aquí con la de Pablo y Bernabé en Listra (Hch. 14:13–18), dice Alonso Díaz: «Daniel no se opone, pero la situación no contiene aquí equívoco, puesto que Daniel se ha presentado antes como actuando en virtud de una revelación de Dios. Honrar a Daniel es honrar al Dios que descubrió el enigma a Daniel». Y Walvoord hace notar que «Nabucodonosor consideraba a Daniel meramente como a un digno sacerdote o representante de su Dios, y lo honraba como a tal». Lo confirman sus expresiones en el versículo siguiente.

2. Reconoció (v. 47) que el Dios de Daniel era el gran Dios: *el Dios de dioses, Señor de reyes y revelador de misterios.* No era, pues, a Daniel propiamente a quien Nabucodonosor adoraba, sino al Dios de Daniel.

3. El rey promovió a Daniel (v. 48), *le engrandeció,* pues, además de colmarle de regalos y honores, *le nombró gobernador de toda la provincia de Babilonia y jefe supremo de todos los sabios de Babilonia* (comp. con Gn. 41:39–44).

4. Daniel mostró, una vez más, su humildad y su compañerismo al *influir ante el rey* (v. 49) *para que pusiera sobre los negocios de la provincia de Babilonia a Sadrac, Mesac y Abed-negó, quedando él mismo en la corte del rey* (lit. *en la puerta del rey),* es decir, la cancillería de palacio. Dicen los autores de la obra *Search the Scriptures:* «El significado es que Daniel, a quien Nabucodonosor había conferido un doble oficio (v. 48), rogó que el gobierno de la provincia de Babilonia fuese transferido a sus amigos, mientras él quedaba en la corte como jefe de los sabios del rey». Todos estos piadosos judíos, aunque habían sido deportados a Babilonia como cautivos de guerra, no solamente ascendieron a los más altos puestos de autoridad y responsabilidad en el imperio babilónico, sino que tuvieron ocasión así de favorecer y servir a sus demás compañeros de cautiverio.

CAPÍTULO 3

Aquí tenemos ahora los mismos tres hombres bajo tanto desagrado del rey cuanto era antes el favor que del rey disfrutaban; con todo, su Dios les dispensa ahora mayores honores que los que les había otorgado antes el príncipe, y les capacita con Su gracia para que prefieran sufrir antes que pecar. Es un relato memorable, que presta gran aliento a la constancia del pueblo de Dios en tiempos de prueba. El autor de *Hebreos* menciona (He. 11:34), entre los héroes de la fe, los que «*apagaron fuegos impetuosos*». I. Nabucodonosor mandó hacer una estatua de oro y ordenó a todos sus súbditos adorarla, lo cual hicieron la mayoría de ellos (vv. 1–7). II. Le informan que ciertos dignatarios judíos se niegan a rendir adoración a la estatua (vv. 8–12). III. Ellos persisten con toda constancia en su negativa, a pesar de las amenazas del rey (vv. 13–18). IV. Por ello, son arrojados a un horno encendido (vv. 19–23). V. Son milagrosamente preservados por el poder de Dios, y el rey les invita a salir de allí, convencido por este milagro del error que cometió al arrojarlos allá (vv. 24–27). VI. El honor que el rey dio por todo esto al Dios verdadero, y el favor que mostró a estos fieles varones (vv. 28–30).

Versículos 1–7

1. *Es erigida una imagen de oro* (v. 1) para ser adorada. Babilonia estaba llena de ídolos, pero quienes han abandonado al único Dios vivo y comienzan a erigir muchos dioses falsos, hallan que esos dioses no les satisfacen en modo alguno, por lo que andan constantemente en busca de otros. Era *una estatua de oro,* es decir, cubierta de oro (v. Is. 40:19). Es probable (no seguro) que tuviese forma humana. La falta de proporción entre la altura y la anchura parece indicar que los 60 codos de altura incluyen también el pedestal sobre el que estaba colocada. Extraña que Nabucodonosor, que había confesado al Dios de los judíos como *«Dios de dioses, Señor de reyes y revelador de misterios»* (2:47), haya perdido ya aquellos sentimientos, pero han pasado algunos años y el rey caldeo es muy voluble. Quizás le había

quedado de la interpretación del sueño del capítulo 2 únicamente el recuerdo de que él era *la cabeza de oro* (2:38, al final). Ahora *se hace una imagen de oro* y quiere competir con Dios.

2. Todos los estamentos de la sociedad caldea son convocados a rendir adoración a la imagen (vv. 2, 3). Se emprenden largos viajes con un objetivo tan necio; pero, como los ídolos son cosas sin sentido, así también sus adoradores carecen de sentido.

3. El pregonero del rey (vv. 4–6) hace la proclamación del edicto, y manda a todos que se postren y adoren la imagen del rey, bajo pena de ser arrojados dentro de un horno de fuego, encendido previamente para este fin. Y (v. 7) *«todos los pueblos, naciones y lenguas se postraron y adoraron la estatua de oro que el rey Nabucodonosor había levantado»*. Con la cobardía y el servilismo masivos de tanta gente iba a contrastar la valentía y la fidelidad de tres varones judíos.

Versículos 8–18

1. Ciertos *caldeos* (v. 8), no precisamente de entre los sabios, sino en sentido étnico, informan al rey (vv. 9–12) de que los tres judíos a quienes el rey había confiado el gobierno de la provincia de Babilonia *no respetan al rey, no sirven a sus dioses ni adoran la estatua de oro* (v. 12). Dos motivos parecen entreverse en esta acusación: (A) Celos. Eran judíos y habían sido promovidos a tan alto cargo con preferencia a todos los caldeos. (B) Desprecio. Entre los hechos del capítulo anterior y los de éste media un período de tiempo durante el cual Nabucodonosor ha consumado la destrucción de Jerusalén y de su Templo. Walvoord da como probable que «hubiesen transcurrido veinte años entre el capítulo 2 y el capítulo 3». Una pregunta ocurre enseguida a cualquier lector atento: ¿Dónde se hallaba Daniel en este momento? El mismo autor da tres opciones, y se inclina a favor de la última como «más probable» 1) Daniel consideró que era un acto político que no violaba su conciencia (me repugna esta solución—nota del traductor—); 2) Daniel no adoró, y su alta posición bastó para que sus enemigos no le acusaran (en contra de esta opinión, basta comparar este caso con el de 6:4 y ss.); 3) Daniel estaba ausente por el motivo que fuese (no cabe duda de que ésta es la verdadera solución).

2. El rey ordena que los tres judíos sean conducidos a su presencia (v. 13) y les pregunta si es verdad que han decidido deliberadamente (ése parece ser el sentido del texto original) no servir a los dioses caldeos ni adorar la estatua que él ha erigido. Nótese que el rey no parece dudar de la lealtad personal de estos tres hombres, pues calla lo de *«no te han respetado»* del v. 12b). Está dispuesto a perdonarles si están ahora dispuestos a adorar la estatua tan pronto como suene la música (v. 15). De lo contrario, no quedarán exentos de ser arrojados al horno encendido. La última frase del versículo 15 nos recuerda la arrogancia de Senaquerib en Isaías 36:18–20.

3. La respuesta de los tres hombres es una obra maestra de valentía, humildad y confianza (vv. 16–18); brillan aquí:

(A) Su desprecio a la muerte (v. 16b): *«No necesitamos darte una respuesta sobre este asunto»*. No ha de verse en esta respuesta ninguna arrogancia ni falta de respeto al rey. Tampoco es una respuesta evasiva. Lo que vienen a decir es que: (a) No necesitan deliberar sobre lo que habrían de responder; (b) no necesitan presentar excusas; (c) no les permite la conciencia obrar de otro modo.

(B) Su confianza en Dios y su total dependencia de Él (v. 17). Contra la arrogancia del rey (v. 15, al final: «*¿y qué dios será aquel que os libre de mis manos?»)* responden, según dice literalmente el original: *«Si es que nuestro Dios, a quien servimos, puede librarnos de un horno de fuego ardiente, también de tu mano, oh rey, librará»*. No es que pongan en duda el poder de Dios para librar del fuego y de la mano del rey, sino que arguyen de mayor a menor: El que puede librar del daño que puede hacer un horno de fuego de tal manera encendido, también puede librar de las manos de un hombre mortal.

(C) Su firme resolución de adherirse a sus principios religiosos, sea cual sea la consecuencia (v. 18). ¡Qué firmeza tan digna, tan solemne y majestuosa la de estos varones judíos al responder al rey! «*Y si no, que te sea sabido* (lit.), *oh rey, que no serviremos a tus dioses ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado»*. No le imponen a Dios lo que ha de hacer, sino que se someten a Su santa voluntad, ya que «la liberación o el martirio eran igualmente posibles en Su plan» (Ryrie). ¡Cuán diferente es el carácter de estos héroes del de sus antepasados de las diez tribus, quienes, sin que nadie de fuera les provocara ni les amenazara, habían adorado el becerro de oro en Dan y en Betel! Alguien habría pensado que obraban imprudentemente, pues con un pequeño acto de respeto, ofrecido en un minuto al rey en su imagen, habían podido salvar su propia vida y estar así en condiciones de hacer muchos y grandes servicios a sus

hermanos de raza. Pero hay más que suficiente en aquellas palabras de Dios en el segundo mandamiento del Decálogo para dar respuesta y hacer callar a éstos y a muchos otros razonamientos carnales. Antes morir que pecar. No se pueden hacer males para que surjan bienes (v. Ro. 3:8).

Versículos 19–27

1. Al rehusar obedecer la orden del rey, estos tres valientes fueron arrojados al horno de fuego, pues Nabucodonosor, en lugar de quedar persuadido por la firmeza y la dignidad de ellos, se exasperó todavía más (v. 19) hasta demudársele el rostro. No estaba acostumbrado a que le llevasen la contraria. «*Y ordenó* (v. 19b) *que el horno se encendiese siete veces más de lo acostumbrado*». Y, vestidos según estaban, los ataron y los arrojaron en medio del horno de fuego encendido (vv. 20, 21). Pero cuanto más fuerte era el fuego y más seguras las ataduras, tanto mayor el milagro.

2. Ahora nótese los numerosos detalles milagrosos en la liberación que Dios llevó a cabo a favor de esos campeones de la fe:

(A) Habían encendido tanto el horno que las llamas mataron a los mismos hombres que arrojaron a los tres judíos en medio del horno (v. 22).

(B) Esas mismas llamas, no sólo no hicieron ningún daño a los que así habían sido arrojados al interior del horno, sino que no les chamuscaron el cabello ni las ropas (v. 27), de forma que *«ni siquiera tenían olor de fuego»*. Sólo les quemaron las ataduras para ponerlos en libertad.

(C) Los tres *habían caído atados dentro del horno* (v. 23), pero el propio rey y todos los más altos funcionarios de Caldea pudieron verlos *paseándose* (v. 25) *por en medio del fuego sin sufrir ningún daño*, lo cual insinúa que el horno de fuego era lo bastante grande para que cuatro personas estuviesen paseándose allí. Los cuerpos, sin daño; las mentes, sin ofuscación.

(D) Además, ahora resultaba que, en lugar de tres, eran *cuatro los varones sueltos* que se paseaban por el interior del horno. Esto fue lo que más llamó la atención de Nabucodonosor (vv. 24, 25): *«se quedó atónito y se levantó apresuradamente»*. Estaba cómodamente sentado, a fin de presenciar el espectáculo con el que esperaba demostrar que *no había dios que librase de sus manos a estos hombres* (v. 15, al final), pero había un Dios que los había librado del fuego y de su mano. ¿Quién era el cuarto personaje? El rey dijo (v. 25, al final) que *«el aspecto del cuarto es como de un hijo de dioses»* (lit.). Luego (v. 28b) especificará un poco más.

3. Inmediatamente (v. 26) el rey se acercó a la boca del horno y, al llamar a los tres varones por sus nombres, añadió *«siervos del Dios Altísimo»*, lo que significa que reconocía al Dios de Israel como *más alto* que los dioses de Babilonia, les invitó a salir del horno. No se menciona más al cuarto varón, pues es obvio que, para entonces, había desaparecido. Los tres, como hemos visto, salieron totalmente indemnes (v. 27), y del milagro había tantos testigos que nadie se habría atrevido a negarlo. Los caldeos adoraban el fuego como una de las imágenes del sol, de modo que, al frenar el poder del fuego, Dios había menospreciado, no sólo al rey, sino también a su dios.

Versículos 28–30

El efecto que el milagro hizo en Nabucodonosor.

1. Da gloria al Dios de Israel como a un Dios poderoso para proteger a Sus adoradores y presto para protegerles (v. 28): *«¡Bendito sea el Dios de Sadrac, etc.»*. Dios puede extraer confesiones de bendición aun de aquellos que han estado dispuestos a maldecirle en Su rostro. (A) Le da gloria por Su poder (v. 29, al final): *«no hay dios que pueda librar como éste»*. Si puede librar como nadie, también puede demandar obediencia como nadie. (B) Le da gloria por su presteza en ayudar a los Suyos (v. 28b): *«envió a su ángel y libró a sus siervos, etc.»*. Hay una alusión inequívoca al Ángel de Jehová, el propio Mesías preencarnado. Bel no pudo preservar a sus adoradores de ser quemados junto a la boca del horno (v. 22), pero el Dios de Israel preservó del fuego a los Suyos, que habían sido arrojados, atados, en medio del fuego.

2. Aplaude ahora la constancia de estos tres hombres en su devoción a Dios, y lo declara para honor de ellos (v. 28): *«confiando en Él* (Dios), *no cumplieron el edicto del rey, y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a ningún otro dios fuera de su Dios»*. El original tiene una fraseología más fuerte que la de nuestra Reina-Valera en la frase *«no cumplieron el edicto del rey»*, pues dice literalmente:

«cambiaron la palabra del rey», es decir, la *conculcaron (o violaron),* como dicen algunas versiones. Estas frases de Nabucodonosor son tan extraordinarias que, si no las avalase la autoridad de las Escrituras, que no pueden errar, serían francamente increíbles en un rey pagano, cruel y déspota.

3. Da un edicto en el que prohibe estrictamente que se hable mal del Dios de Israel (v. 29). El milagro que acaba de presenciar le ha hecho tal impresión que la pena que impone a toda persona *«que hable sin respeto del Dios de Sadrac, etc.»,* es terrible: *«sea descuartizada, y su casa convertida en muladar»;* la misma que había decretado contra sus sabios si no acertaban a declararle el sueño que había tenido (comp. con 2:5).

4. No sólo revoca la proscripción de estos tres hombres, sino que los restablece en los puestos de gobierno que ocupaban. En realidad, el verbo arameo para *«engrandeció»* (v. 30) significa «hizo *prosperar»,* lo que indica que les confirió mayores honores, dignidades y poderes de los que anteriormente poseían.

CAPÍTULO 4

Lo registrado en este capítulo concerniente a Nabucodonosor se nos ofrece con sus propias palabras. I. El prólogo a esta narración, en el que reconoce el dominio de Dios sobre él (vv. 1–3). II. La narración misma, en la que refiere: 1. Su nuevo sueño (vv. 4–18). 2. La interpretación que del sueño le dio Daniel, mostrándole su pecado y exhortándole al arrepentimiento (vv. 19–27). 3. La humillación que Dios le infligió al hacer que enloqueciese por espacio de siete años, recobrando después el uso normal de la razón (vv. 28–36). III. La conclusión del relato, con humilde reconocimiento y adoración de Dios como Rey del cielo y Soberano de todos (v. 37).

Versículos 1–3

1. La forma de la proclamación es la acostumbrada en Nabucodonosor (v. 1). El estilo del rey es breve y sin florituras afectadas, como puede verse: *«Nabucodonosor rey».* La proclama va dirigida *«a todos los pueblos, naciones y lenguas que habitan en la tierra».* El saludo es el acostumbrado entre los antiguos orientales: *«¡Paz abundante a vosotros!»* Como hace notar Walvoord, el saludo se parece mucho al de Pablo en sus epístolas (comp. también con 6:25), pero el sentido del vocablo en los escritos de Pablo es muy diferente.

2. La proclama tiene por objeto:

(A) Dar a conocer a otros los caminos de la Providencia con respecto a él (v. 2): *«Me place dar a conocer las señales y milagros que el Dios Altísimo ha hecho conmigo».* Ahora que se ha recuperado de su enfermedad, reconoce como una deuda a Dios y al mundo el referir cuán justamente le había humillado Dios y cuán benignamente le había restaurado después. Debemos dar gloria a Dios, no sólo alabándole por sus misericordias, sino también al confesar nuestros pecados y aceptar el castigo de nuestra iniquidad.

(B) Mostrar la convicción que en su ánimo habían engendrado los caminos de la Providencia con respecto a él (v. 2). Nabucodonosor admira lo que Dios ha hecho con él. Era ya muy entrado en años, pues había reinado más de cuarenta años y había visto mucho de las cosas del mundo, de guerras y revoluciones, pero nunca hasta ahora había llegado a admirar las señales y los milagros del Dios verdadero. *«¡Cuán grandes,* dice (v. 3), *son sus señales y cuán potentes sus prodigios!»* Y de ahí infiere la magnitud del señorío y de la soberanía de Dios: «*Su reino* no es como el mío, próximo a acabarse, sino que *es un reino sempiterno.* Otros señores reinan durante una generación; otras dinastías perduran por algunas, más o menos, generaciones, pero *el señorío de ese Dios perdura de generación en generación».*

Versículos 4–18

Antes de referir el castigo que Dios le impuso por su soberbia, Nabucodonosor da cuenta de las advertencias que había recibido a ese respecto.

1. La alarma le fue dada (v. 4) cuando *estaba tranquilo en su casa y floreciente en su palacio.* Había conquistado recientemente Egipto, completado con ello sus victorias y terminado sus guerras hacia el año trigesimocuarto o trigesimoquinto de su reinado (v. Ez. 29:17). Entonces fue cuando tuvo este sueño, el cual se cumplió un año más tarde. Siguieron los siete años de su locura y, al recuperarse de ella, escribió esta declaración; vivió después unos dos años más, y murió en el cuadragesimoquinto año de su reinado.

2. La impresión que le hizo este sueño (v. 5): *«Tuve un sueño que me espantó».* Comenzó a cavilar en su lecho sobre lo que había visto y cada vez le turbaban más sus imaginaciones. En vano consultó sobre el sueño (vv. 6, 7) *a todos los sabios de Babilonia. Ninguno pudo mostrarle la interpretación,* a pesar de la jactancia con que, en otra ocasión (2:4, 7), le habían dicho que, si les mostraba el sueño, se lo interpretarían. Ahora empezaba a cumplirse lo predicho por Isaías (Is. 47:12, 13): que de nada le habían de servir a Babilonia sus muchos consejeros cuando llegase la hora de la destrucción del imperio caldeo.

3. *«Hasta que vino a mi presencia Daniel, etc.»* (v. 8). Hay muchos que acuden a la Palabra de Dios como al último refugio, y nunca acuden a ella hasta que se les acaban todos los demás recursos. Nótense los elogios que, de entrada, hace de Daniel. La razón por la que el rey repite su nombre caldeo, Beltsasar, es porque, como hace notar Walvoord, «el decreto era publicado a lo largo y ancho de todo el reino, donde la mayoría de la gente conocería a Daniel por su nombre babilónico». M. Henry advierte una *decadencia* en el modo de hablar de Nabucodonosor aquí, pues, tras de llamar *Dios Altísimo* al Dios de Israel, ahora menciona (vv. 8, 9) *el espíritu de los dioses santos,* y, en lugar de llamar a Daniel *siervo de Dios,* le llama (v. 9) *jefe de los magos.* Para este traductor, la razón de esta manera de hablar, distinta de la que hemos visto en 3:26–30, es muy sencilla: En el capítulo 3 está en presencia de tres varones judíos y algunos de los altos dignatarios del país, y se halla tremendamente impresionado por el milagro que Dios acaba de realizar. En cambio, ahora se dirige en una proclama a todos los súbditos del imperio y por fuerza tiene que usar el lenguaje de los caldeos. Sin embargo, este lenguaje politeísta, y especialmente la frase del versículo 8 «… *cuyo nombre es Beltsasar, como el nombre de MI DIOS»,* me resulta una de las graves objeciones contra la opinión de que Nabucodonosor fue realmente convertido al Dios verdadero.

4. El relato que hace de su sueño.

(A) *Vio en el centro de la tierra* (v. 10b) *un árbol cuya altura era muy grande* (comp. con Is. 14:4–20; Ez. 28:1–19 y, especialmente, con Ezequiel 31:2–9, donde el Faraón figura como un majestuoso cedro del Líbano). Tan alto se había hecho este árbol que (v. 11) el rey vio su *copa llegando hasta el cielo, de modo que se le podía ver desde todos los confines de la tierra. Su follaje* (v. 12) *era hermoso* a la vista. Pero, además, había en este árbol dos excelentes cualidades que no se hallaban en el cedro de Ezequiel 31:6. Además de dar excelente sombra contra el ardor del sol, mucha más que el aludido cedro: (a) *tenía fruto abundante,* no como el cedro de Ezequiel, que sólo ofrecía sombra; (b) *«se mantenía de él toda carne»* (v. 12, al final. Lit.), es decir, todo ser viviente, tanto hombres como animales, con lo que da a entender la grandeza de Nabucodonosor como proveedor de todo lo necesario para satisfacer las necesidades materiales de sus súbditos, tanto de los hombres como de sus bestias.

(B) Oyó la sentencia dictada contra este árbol por medio de un ángel a quien él llama *«un vigilante, un santo que descendía del cielo»* (v. 13, 17, 23). Este ángel ordena talar el árbol (v. 14), pero sin arrancarlo de raíz: *Se ha de dejar* (v. 15) *en la tierra el tocón y sus raíces, con ataduras de hierro y de bronce.* La finalidad de esto último es explicada así por Ryrie: «Ya sea para freno (como se hace con un loco) o para preservación, a fin de impedir que el tocón sea desarraigado».

(C) El ángel explicó (v. 16) el significado de la sentencia que pendía sobre la persona representada en este árbol: La tal persona ha de ser privada de su dignidad humana y de su mente racional, para que viva durante siete años como un animal bruto. Los orgullosos tiranos que *ponen su corazón como corazón de Dios* (Ez. 28:2, al final), bien se merecen que Dios les prive de su corazón de hombre y ponga en ellos corazón de animales brutos. Que todo esto no es una fantasía, sino una realidad afirmada por la Palabra de Dios, se confirma por los numerosos casos que se han dado de esta locura, designada por Keil con el epíteto latino de *insania zoanthrópica;* más específicamente, puede hablarse aquí de locura boantrópica, esto es, de un hombre que llega a sentirse y a comportarse como un buey.

(D) La sentencia se cumplió *por decreto de los vigilantes.* Aunque, como observa Alonso Díaz, «en el libro de Henoc (1 *Henoc* 10:6; 16:1; 19:1) los *vigilantes* son los ángeles caídos», es muy improbable que en este contexto puedan ser ellos los que dan tal decreto; basta con notar el objetivo de tal resolución (v. 17b): *«para que conozcan los vivientes que el Altísimo es dueño del reino de los hombres, y que a quien*

Él quiere lo da, y puede establecer sobre él al más bajo de los hombres». Este lenguaje sólo tiene sentido si procede de un ángel de Dios, no de un ángel caído (comp. con Lc. 4:6 para ver el contraste).

5. Hecho el relato de su sueño, Nabucodonosor pide a Daniel que se lo interprete (v. 18), *«porque*—dice—*todos los sabios de mi reino no han podido mostrarme su interpretación; mas tú puedes, porque mora en ti el espíritu de los dioses santos».*

Versículos 19–27

Interpretación del sueño de Nabucodonosor. Una vez que se le diga: «*Tú eres ese hombre»* (2 S. 12:7), queda muy poco por añadir. La cosa estaba tan clara que, tan pronto como Daniel escuchó el sueño, *«quedó atónito* (mejor, *aterrado) durante una hora»* (lit.), es decir, por algún tiempo. *«Una hora»* expresa gran lapso de tiempo pero sólo relativamente (comp. con Ap. 8:1). Dice Ryrie: «No porque el sueño le resultase ininteligible, sino por su repugnancia a declarar el juicio de Dios al rey, a quien se ve que había llegado a amar».

1. El rey se dio cuenta del aturdimiento de Daniel y, al pensar que tardaba en hablar por temor de ofenderle, le animó a decirle las cosas claras: *«Beltsasar*—le dijo a Daniel (v. 19b)—, *no te turben ni el sueño ni su interpretación».* Sin duda dijo esto como quien sinceramente deseaba saber la verdad, por amarga que fuese. Daniel muestra el afecto que sentía hacia el rey al decirle: *«Señor mío, sea el sueño para tus enemigos; y su interpretación, para tus adversarios».* Resulta poco menos que increíble que haya autores que entiendan estas palabras como si Daniel quisiera decir que el sueño iba a causar alegría a los enemigos de Nabucodonosor. El sentido es obvio: «Sea para tus enemigos el castigo que este sueño significa». Aunque este rey era un opresor del pueblo de Dios, al presente era, sin embargo, el príncipe de Daniel.

2. La interpretación es solamente una repetición del sueño, con aplicación personal al rey caldeo (vv. 20–23): *«El árbol que viste ... eres tú mismo, oh rey, etc.».* En cuanto al decreto que, de parte del Altísimo, había recaído sobre el rey (v. 24), la sentencia (vv. 25, 26) era que sería depuesto de su trono, y aun *echado de entre los hombres* para morar con las bestias del campo, de forma que *le apacentarían con hierba del campo como a los bueyes* (recuérdese lo dicho sobre la locura boantrópica) y, también como los bueyes, dormiría al raso (v. 26b: *«serás bañado con el rocío del cielo»).* Esto había de ser durante *siete tiempos,* es decir (con la mayor probabilidad), siete años, al cabo de los cuales, vuelto en sí, reconocería la soberanía de Dios sobre los hombres. La última frase del versículo 26 dice literalmente: *«luego que hayas reconocido que* (quien) *gobierna* (son) *los cielos».* Comenta Alonso Díaz: «La expresión *los cielos* para designar a Dios, tan frecuente en el tardío judaísmo (cf. Mt. 3:2: "el reino de los cielos"), únicamente se usa aquí en todo el Antiguo Testamento». Compárese con la expresión del Hijo Pródigo (Lc. 15:18, 21): *«Padre, he pecado contra el cielo y ante ti».*

3. La exhortación que, como fiel profeta de Dios, le hizo Daniel al rey al acabar la interpretación del sueño (v. 27). Véase: (A) Con qué humildad le da su consejo, con qué ternura y con qué respeto: *«Por tanto, oh rey, acepta mi consejo».* (B) Con qué prudencia, afecto y sabiduría le aconseja lo que debe hacer: No le aconseja que vaya a un médico para que le prescriba algo contra una posible recaída en la enfermedad, sino que *rompa con sus pecados.* Había oprimido a sus súbditos y se había comportado de mala manera con sus aliados.

4. La última frase del versículo 27 dice literalmente: «*si habrá duración para tu prosperidad»,* pero la conjunción aramea *hen* no es propiamente condicional, sino que, más bien, equivale al adverbio de modo «así». Sobre este versículo 27 (24 en la Biblia Hebrea) dice Alonso Díaz: «Este verso ha sido campo de discusión entre protestantes y católicos. La posibilidad del arrepentimiento queda clara con estas palabras. Los acontecimientos no los maneja un hado inexorable, sino un Dios personal y bondadoso». Me parece que el docto jesuita—nota del traductor—está aquí dando golpes al aire, pues no conozco a ningún «protestante» (al menos, evangélico) que niegue la posibilidad del arrepentimiento ni defienda que «los acontecimientos los maneja un hado inexorable». Pero permítaseme añadir que el texto sagrado no significa que los pecados se puedan *expiar o redimir* con obras de misericordia, y es una pena que las ediciones de la Reina-Valera anteriores a la del 1977 hayan introducido aquí el verbo *redimir* (tomado de la Vulgata Latina), cuando el verbo arameo significa literalmente *«romper con».* Dice a este propósito el Dr. Walvoord: «Este pasaje ha creado alguna controversia a causa de una mala traducción de la Vulgata, que dice: "Redime tus pecados por medio de obras de caridad y tus iniquidades por medio de obras de

misericordia con los pobres". Esto, por supuesto, no es lo que está registrado en el libro de Daniel. A Nabucodonosor no se le promete perdón con base en buenas obras o limosnas a los pobres; sino que, más bien, lo que dice es que, si es rey prudente y benévolo, disminuirá la necesidad de que Dios intervenga con un juicio inmediato a causa del orgullo de Nabucodonosor».

Versículos 28–33

Se cumple el sueño de Nabucodonosor, y queda justificada y confirmada la aplicación que Daniel había hecho de dicho sueño a Nabucodonosor.

1. La paciencia de Dios con él: *«Todo esto sobrevino al rey Nabucodonosor»* (v. 28), pero no inmediatamente, sino *«al cabo de doce meses»* (v. 29), durante los cuales no se ve que *rompiese con sus pecados* ni *mostrase misericordia hacia los pobres cautivos oprimidos.* Dios le había dado *todavía un año más* (comp. con Lc. 13:8), por ver si se arrepentía.

2. Su orgullo, su altivez y el abuso que hizo de la paciencia de Dios. *Se paseaba por el palacio real de Babilonia* (v. 29), pomposo y lleno de soberbia. La ciudad aparece grandiosa a sus ojos y dice (v. 30): *«¿No es ésta la gran Babilonia que yo edifiqué con la fuerza de mi poder?»* Es cierto que él había engrandecido y embellecido la ciudad, pero él no la había comenzado a edificar, pues existía muchos siglos antes que él naciese. Sus palabras nos recuerdan aquellas otras que se cuentan de César Augusto con referencia a Roma: «La hallé ladrillo, pero la dejé mármol». Dice que la edificó (v. 30b) *«para residencia real,* metrópoli del imperio, y *para gloria de mi majestad»*.

3. Su castigo. Tan pronto como acabó de decir esas palabras (v. 31) vino del cielo una poderosa voz, por la cual fue inmediatamente privado. (A) De su honor como rey (v. 31, al final): *«El reino ha sido quitado de ti»*. (B) De su honor como hombre (v. 32): «*y de entre los hombres te arrojarán»*. Pierde la salud mental y, con eso, pierde su dominio. El cumplimiento de la sentencia no se hizo esperar (v. 33): *«En aquel mismo instante se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor y fue echado de entre los hombres»*. Todo sucedió en el plazo de unos minutos. Al marchársele su inteligencia y su memoria y quebrarse todas las facultades de un alma racional, hubieron de echarle de la sociedad de los hombres. Desnudo, y a cuatro patas, como bruto animal, fue a correr por campos y bosques, *comiendo hierba como los bueyes* y llevando pelo y uñas semejantes también a los de los animales (v. 33b). El que se creía superior a todos los hombres queda así reducido a un estado inferior al de cualquier hombre y puesto al nivel de las bestias.

Versículos 34–37

Ahora tenemos a Nabucodonosor recobrado ya de su boantropía y vuelto al uso normal de sus facultades racionales. «*Al cabo del tiempo señalado*—dice (v. 34)—, esto es (con la mayor probabilidad), al cabo de los siete años, *alcé mis ojos al cielo»,* no en desafío a Dios, sino como hombre erecto, capaz de mirar hacia arriba, no como bestia que mira hacia el suelo. *Ha recobrado la razón,* como él mismo asegura, y lo muestra al razonar perfectamente, pues no sólo habla como hombre, sino también como penitente. Veremos después hasta qué punto.

1. Le son restauradas sus facultades mentales hasta el punto de que glorifica a Dios y se humilla a sí mismo. Los hombres nunca usan de modo correcto su razón hasta que comienzan a reconocer *el eterno poder y la deidad del Creador* (v. Ro. 1:19, 20); tampoco viven como hombres de veras mientras no viven para la gloria de Dios. Su locura fue así, paradójicamente, el mejor medio para entrar en razón. Para *volver en sí* (comp. con Lc. 15:17) es menester *haber salido fuera de sí.* Sus aduladores le habían lisonjeado muchas veces con la frase: *«¡Rey, para siempre vive!»* (2:4, por ejemplo). Pero ahora él mismo está convencido de que ningún rey vive para siempre, sino sólo el Altísimo (v. 34): «… *al que vive para siempre, etc.»,* pues «*su dominio es sempiterno y su reino* no es por una generación, como el de Nabucodonosor mismo, sino *por todas las generaciones»*. No hay sucesión, ni revolución, en el reino de Dios.

2. Se explaya en declarar las múltiples perfecciones de Dios: (A) *«Todos los habitantes de la tierra* (v. 35) *son considerados ante él como nada»,* no porque no se interese por ellos, sino porque, comparados con el Infinito, son menos que una gota de agua en comparación con el océano. (B) Su poder es irresistible, pues (v. 35b) *«hace lo que le place* (aunque sin arbitrariedad, favoritismo ni tiranía) *con el*

ejército del cielo y con los habitantes de la tierra». (C) *«Todas sus obras son verdaderas»* (v. 37), es decir, es veraz y fiel en todo lo que dice y hace, y cumple siempre lo que promete. (D) «*Y sus caminos son justicia»* (lit.), esto es, están de acuerdo con las normas de la rectitud y de la equidad hasta tal punto que puede decirse que son la justicia misma, como lo es Dios. (E) «Y (v. 37, al final) *Él puede humillar a los que caminan con soberbia».* Esto es parte de Su justicia, y si alguna vez no lo hace de inmediato (comp. con el v. 29), es por dar lugar al arrepentimiento (v. 2 P. 3:9).

3. Con el uso normal de la razón le es restaurado también el reino (v. 36). Se ve restablecido en su trono y en su reino tan firmemente como si no hubiese ocurrido ninguna interrupción. Las aflicciones duran sólo el tiempo preciso que se necesita para que lleven a cabo la obra para la que son enviadas, o permitidas, por Dios. Tan pronto como Nabucodonosor es restablecido en su reino (v. 37), *«alabo*—dice—, *engrandezco y glorifico al Rey del cielo».*

4. No mucho después de esto, Nabucodonosor terminó su reinado y su vida. Abideno, citado por Eusebio, cuenta que, en su lecho de muerte, predijo que Ciro había de tomar la ciudad de Babilonia. No se nos dice si continuó hasta el fin en la misma buena línea de conducta que aquí muestra. Si nuestra caridad puede alcanzar tan lejos como nuestra esperanza de que así fuese, hemos de admirar la libre y soberana gracia de Dios, por la que Nabucodonosor perdió su sanidad mental por algún tiempo, a fin de que su alma fuese salva para siempre. Con autores tan expertos como Calvino, entre los antiguos, y Keil, entre los modernos (y muchos otros), este traductor opina (contra el parecer de Young y Walvoord) que Nabucodonosor no llegó a alcanzar la fe y el arrepentimiento que se requieren para una verdadera conversión a Dios, ya que no se menciona tal cosa en el texto sagrado (v. el v. 27), y peor aún es la omisión de que deshiciese los muchos entuertos que había cometido durante la destrucción de Jerusalén. No obstante, lo más prudente y caritativo es dejar nuestro juicio en manos de Dios. Como dice E. L. Carballosa: «Es posible que nunca sepamos aquí en la tierra cuál de las dos posiciones es la correcta. No obstante, la lección que todos podemos aprender es que Dios es soberano aun en la administración de su gracia. El hombre está muerto en delitos y pecados y, por lo tanto, es totalmente incapaz de hacer algo en su favor para agradar a Dios. Sólo el poder regenerador del Espíritu Santo puede reproducir la vida de Dios en el corazón humano».

CAPÍTULO 5

Desde la muerte de Nabucodonosor en 562 a. de C. han pasado 23 años, pues la historia que el presente capítulo nos refiere tiene su fecha en el 539, año de la caída de Babilonia en manos de los medos y de los persas. A Nabucodonosor le había sucedido su hijo Evil-merodac (v. 2 R. 25:27; Jer. 52:31), el cual, después de un corto reinado de dos años, fue asesinado por su cuñado Neriglisar, que reinó cuatro años (560–556 a. de C). A su muerte le sucedió su hijo Laborosoardoc o Labasi-Marduc, todavía un niño, quien reinó sólo unos meses, pues fue asesinado en una conjura. Subió entonces al trono Nabónido, yerno (es lo más probable) de Nabucodonosor (556–539 a. de C.). Ocupado en frecuentes correrías fuera de la capital, dejó como regente en la propia Babilonia a su hijo Belsasar (nos movemos dentro de las hipótesis más probables). Según el testimonio de Beroso, citado por Josefo, Nabónido fue derrotado por Ciro fuera de Babilonia. Por lo que leemos en el capítulo presente, Belsasar no se enteró de la derrota de su padre y fue sorprendido, sin previo aviso, por las tropas enemigas. Tenemos aquí: I. La ruidosa, sacrílega e idólatra fiesta que Belsasar celebró en el palacio real de Babilonia (vv. 1–4). II. La alarma que recibió a causa de una escritura, de mano invisible, en la pared, la cual no pudo descifrar ninguno de sus sabios (vv. 5–9). III. La interpretación que de los extraños caracteres le dio Daniel, quien le declaró con toda valentía y fidelidad lo que aquello significaba, mostrándole su sentencia escrita allí (vv. 10–28). IV. El inmediato cumplimiento de la interpretación dada por Daniel, pues fue asesinado el rey y cayó el reino en poder de los medos y los persas (vv. 30, 31).

Versículos 1–9

Tenemos aquí a Belsasar demasiado alegre, pero poco le va a durar esa alegría. Está afrentando a Dios, pero Dios le va a dar un susto mayúsculo.

1. *«Dio un gran banquete* (v. 1) *a mil de sus magnates, y en presencia de los mil bebía vino.»* Quizás era su cumpleaños o algún otro especial aniversario. Dicen los historiadores que Ciro, que estaba poniendo sitio a Babilonia, se enteró de esta fiesta y, al suponer que estarían desapercibidos, sepultados bajo el vino y el sopor, aprovechó bien la oportunidad para atacar de improviso la ciudad y hacerse el amo de ella. En ese suntuoso banquete:

(A) Belsasar desafió los juicios de Dios. Su capital estaba sitiada; su reino y su misma vida estaban en la picota. Debería haber proclamado ayuno, saco y oración (comp. con Jon. 3:5–9), pero, resuelto a ir por un camino contrario al de Dios, proclamó banquete, fiesta y jolgorio.

(B) A la crápula y la orgía añadió el sacrilegio (v. 2), pues *«animado por el vino, mandó que trajesen los vasos de oro y de plata que Nabucodonosor su padre* (es decir, su *abuelo*, como es corriente en la Biblia) *había traído del templo de Jerusalén, etc.»*.

2. Pero Dios hizo que Belsasar quedase espantado y aterrado en medio de su orgía. Ha llegado la hora en que se iba a cumplir lo dicho por Isaías: *«El crepúsculo de mis deseos se me volvió en espanto»* (Is. 21:4b).

(A) *«De pronto* (v. 5), *sobre el encalado de la pared del palacio real, aparecieron los dedos de una mano de hombre y comenzaron a escribir delante del candelabro,* para que pudieran verlo bien todos; y *el rey veía la palma* (lit.) *de la mano que escribía»*. No era la espada del ángel exterminador, sino simplemente una pluma en la mano del que escribía en la pared, aunque nadie supo quién era la persona cuya mano escribía. También nosotros vemos en la naturaleza la obra de la mano de Dios, y en la Biblia la Escritura de la mano de Dios, y eso es bastante para postrarnos en pavorosa adoración del Dios a quien no vemos. Si éste es *el dedo de Dios,* ¿qué será su brazo extendido y remangado?

(B) El rey fue inmediatamente presa del pánico (v. 6): *«Entonces se le cambió el color al rey* (lit.), es decir, se puso pálido, *le turbaron sus pensamientos,* pues aquello no auguraba nada bueno para él, *se le fueron las fuerzas* (lit. *se le soltaron las junturas de sus lomos) y sus rodillas golpeaban una contra otra»*. ¿Por qué tal pánico? Sin duda su propia conciencia le decía que no tenía motivos para esperar buenas noticias. Dios puede hacer que tiemble el corazón del pecador más endurecido, y no necesita sino turbarle los pensamientos.

(C) Son llamados (v. 7) todos los sabios de Babilonia, para ver qué pueden decir del escrito que ha aparecido en la pared. El que logre leer e interpretar aquellos extraños caracteres será colmado de regalos y honores, entre los cuales destaca el ser nombrado *el tercer señor en el reino* (el primero era el rey Nabónido; el segundo, su hijo Belsasar, que es el que hace la promesa). Pero Belsasar queda decepcionado, pues (v. 8) *«ninguno pudo descifrar la escritura ni mostrar al rey su interpretación»*. Todos, rey y magnates (v. 9), estaban consternados.

Versículos 10–29

I. En este momento de apuro aparece en la sala del banquete (v. 10) *la reina,* es decir, la reina madre; con la mayor probabilidad, la viuda de Nabucodonosor y abuela de Belsasar, más bien que la mujer de Nabónido, quien se hallaba prisionero de Ciro en estos momentos. Como sabemos por Ester 1:9, entre otros lugares, las mujeres tenían su banquete aparte de los hombres. Para calmar la turbación de Belsasar y de los demás comensales, le aconseja llamar a Daniel, del que hace (vv. 11, 12) elogios parecidos a los que le solía tributar Nabucodonosor. Habla de Daniel muy honoríficamente, como de alguien en quien *se había hallado* (v. 11b) *sabiduría semejante a la de los dioses.* Era evidente que estaba inspirado por los dioses, por cuanto (v. 12) sabía *interpretar sueños, descifrar enigmas y resolver dudas.* La reina madre estaba segura (v. 12, al final) de que *Daniel le daría a Belsasar la interpretación* del escrito en la pared.

II. *Fue,* pues, *traído Daniel a la presencia del rey* (v. 13), el cual le pregunta con altivez: *«¿Eres tú Daniel, de los hijos de la cautividad de Judá, que mi padre trajo de Judá?»* No obstante la altivez que estas expresiones denotan, el rey reconoce (vv. 14–16) que *ninguno* de los sabios y astrólogos convocados *ha podido mostrarle la interpretación del asunto,* y le promete las mismas recompensas que ha prometido a ellos si podían hacerlo.

III. La interpretación que Daniel dio de aquellos extraños signos no calmó de ningún modo los temores del rey. Daniel era ya bastante entrado en años, mientras que Belsasar era joven; por tanto, parece

tomarse mayor libertad en hablarle llana y rotundamente que la que había mostrado en ocasiones parecidas, cuando hablaba con Nabucodonosor.

1. Se pone, pues, a leer el escrito que tanta alarma estaba causando y a interpretarlo (v. 17). Comienza menospreciando las recompensas que el rey ofrece, pues él no es de los que adivinan por dinero: *«Tus dones sean para ti*—le dice al rey—, pues te van a durar muy poco, y *da tus recompensas a otros»*. También nosotros debemos cumplir con nuestro deber, leer los escritos de Dios y dar a conocer su interpretación.

2. Refiere (vv. 18, 19) la forma en que se condujo Dios con el abuelo de Belsasar, el gran Nabucodonosor, la gran dignidad y el enorme poder con que la Providencia le había favorecido. Su poder era tan fuerte que resultaba irresistible. Su autoridad, tan absoluta que venía a ser incontrolable: «*A quien quería mataba, y a quien quería dejaba con vida,* sin consideración a si eran inocentes o culpables las personas a las que así trataba; *engrandecía a quien quería, y a quien quería humillaba»*.

3. También le refiere (vv. 20, 21) los pecados de que había sido culpable Nabucodonosor, y con los que había provocado a Dios contra él. La descripción misma de su poder (v. 19) ya insinuaba el abuso de ese poder. Pero mayor fue su pecado cuando (v. 20) su *corazón se ensoberbeció, y su espíritu se endureció en su orgullo.* Por lo cual, Dios le infligió un tremendo correctivo, pues (v. 20b) *fue depuesto del trono de su reino y despojado de su gloria,* pero no para quedar como simple ciudadano, sino (v. 21, repite casi a la letra 4:25) que *«fue echado de entre los hijos de los hombres, etc.».* Un detalle que no había sido mencionado en el capítulo 4 es que *«con los asnos monteses fue su morada»* (v. 21b).

4. Después de referir el pecado y el castigo de Nabucodonosor, Daniel presenta los cargos contra el propio Belsasar.

(A) *A pesar de conocer* (v. 22) *todo eso,* es decir, todo lo que le había sucedido a su abuelo Nabucodonosor, *Belsasar no se había humillado.* No había recibido el aviso que contenía el castigo de Dios a Nabucodonosor; no había escarmentado en cabeza ajena.

(B) Había afrentado al Dios verdadero con mayor desvergüenza que la de su abuelo, como lo atestiguaba la orgía de aquella noche (v. 23): *«Te has ensoberbecido contra el Señor del cielo,* has profanado *los vasos de Su casa,* y has convertido en instrumentos de tu iniquidad los utensilios del santuario de Israel».

(C) También había afrentado a Dios, *al dar alabanza* (v. 23b) *a dioses de plata y oro, de bronce, de hierro, de madera y de piedra* (¡nótese el descenso gradual de «categoría» en el material de los dioses!), *que ni ven, ni oyen, ni saben,* como si hubiesen de ser preferidos al Dios vivo y verdadero, que ve, oye y sabe todo.

(D) Finalmente, había errado el fin último de su vida, pues *«no has dado gloria*—le dice (v. 23, al final—) *al Dios en cuya mano está tu vida y todos tus caminos»* (lit.). Este es un cargo universal, que se yergue en el tribunal de Dios contra todos los pecadores inconversos (comp. con Ro. 1:21). No sólo nos viene de Su mano el primer aliento de vida, sino que continúa constantemente *estando en Su mano.* Igualmente están en Su mano *todos nuestros caminos:* cuanto hacemos y cuanto dejamos de hacer. Todos somos reos ante su tribunal, pues *todos hemos pecado y hemos estado destituidos* (mientras inconversos) *de la gloria de Dios* (Ro. 3:23).

5. A continuación, procede a leerle la sentencia (vv. 24–28), según lo que estaba *escrito en la pared. «Entonces* (v. 24), precisamente cuando tú has llegado a tal colmo de impiedad como para atropellar las cosas más sagradas; *entonces,* cuando tú estabas en medio de tu banquete sacrílego e idolátrico, *entonces fue enviada de Su presencia,* de la presencia de Dios, *la mano que trazó esta escritura. Y* (v. 25) *la escritura que trazó es: M^{e}NÉ, M^{e}NÉ, T^{e}QEL y PARSÍN».* Las versiones antiguas, incluida la Reina-Valera anterior a la de 1977, escribían la última de esas cuatro palabras *«UPARSÍN»,* pero la «u» de esa palabra es simplemente la conjunción copulativa «y». Daniel da a continuación la interpretación de cada palabra:

(A) *«Ésta es* (v. 26) *la interpretación del asunto* (es decir, del mensaje): *M^{e}NÉ: Contó Dios tu reino, y le ha puesto fin».* Como *m^{e}né* es la forma nominal del verbo *maná,* que significa *contar* completamente, hasta el fin, el vocablo significa un número al que se pone fin; por eso (es probable) aparece repetido dicho vocablo. La aplicación es clara: Dios ha contado los días del reinado de Belsasar y les ha puesto fin. Ha dicho: «¡Basta!»

(B) *«T^{e}QEL: Has sido pesado en la balanza* (v. 27) y *has sido hallado falto de peso».* El vocablo *t^{e}qel* es la forma nominal del verbo arameo *taqal,* que significa *pesar.* En las alabanzas de Dios, Belsasar ha sido hallado falto de peso, *demasiado ligero* (como indica el verbo hebreo afín al arameo). Hay un *peso*

malo, que oprime como el plomo e impide correr la carrera de la fe: es el pecado (He. 12:1); pero hay otro *peso bueno,* que vale más que el oro y ayuda a volar hasta el cielo; es *un peso de gloria* (2 Co. 4:17). Belsasar pesaba mucho en la balanza del pecado; pero no pesaba nada en la balanza de la virtud. Por aquí vemos que Dios no pronuncia Su juicio contra Belsasar hasta que ha pesado sus acciones y ha considerado los méritos de su caso.

(C) «PERÉS*: Tu reino ha sido dividido y dado a los medos y a los persas»* (v. 28) como un botín para ser repartido entre ambos. El vocablo *perés* es la forma nominal del verbo *parás,* que significa *dividir.* Su significado es, pues, *división,* y es el singular de *parsín,* según aparece en el versículo 25, al final. La diferencia, según la opinión de este traductor, se explica de la manera siguiente: En el versículo 25, el vocablo está en plural porque el reparto es doble: el reino va a ser entregado *a los medos y a los persas.* En el versículo 28 usa el singular: (a) porque los medos y los persas son mencionados explícitamente; (b) para que el juego de palabras resulte más relevante, ya que, en lugar de *parsay,* persas, usa *parás,* Persia, con lo que el parecido con *perés,* división, salta mejor a la vista.

6. Belsasar quedó lo bastante convencido por su propia conciencia de la racionalidad de todo lo que Daniel había dicho, por lo que concedió a Daniel la recompensa que le había prometido (v. 29): *«mandó revestirle de púrpura, ponerle en el cuello un collar de oro y proclamar que él era el tercer señor del reino»* (v. el comentario al v. 16). Si aceptó Daniel el agasajo, quizá fue por no disgustar más innecesariamente al que ya era «reo en capilla», a quien se suele conceder su última voluntad.

Versículos 30–31

1. La muerte del rey. Los historiadores paganos dicen que Ciro tomó Babilonia por sorpresa, con la ayuda de dos desertores que le mostraron el mejor camino para entrar en la ciudad.

2. El reino fue entregado a otras manos. Desde la cabeza de oro descendemos ahora al pecho y los brazos de plata. *Darío el medo se apoderó del reino* en consorcio con Ciro y con su consentimiento, pues Ciro fue, en realidad, el que se apoderó de la ciudad. El texto sagrado especifica (v. 31) que Darío *era de* 62 *años de edad* cuando tomó el reino. De la identidad de este monarca hablaremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO 6

Daniel selecciona los episodios históricos que mejor sirven para confirmar nuestra fe en Dios. Según alusión de Hebreos 11:33, Daniel, por fe, fue de los que *«taparon bocas de leones»,* aunque dicha alusión se aplica mejor aún a Sansón (Jue. 14:5, 6) y a David (1 S. 17:34–36). Los tres compañeros de Daniel fueron arrojados a un horno de fuego encendido por negarse a cometer un pecado, y salieron de allí ilesos y con gran honor. Daniel fue arrojado al foso de los leones por no omitir un deber. I. Daniel es promovido de nuevo al más alto cargo del reino después del rey (vv. 1–3). II. La envidia de sus enemigos trama un plan contra él y logran ellos un edicto del rey con el que puedan solapadamente obtener la muerte de Daniel (vv. 4–9). III. A pesar de que el edicto del rey le era desfavorable y él lo conocía, Daniel persiste con toda constancia en sus oraciones diarias (v. 10). IV. Se informa al rey de que Daniel ha contravenido su edicto y es echado en el foso de los leones (vv. 11–17). V. Es milagrosamente preservado de la muerte (vv. 18–23). VI. Son entonces arrojados al foso de los leones sus acusadores y allí son destruidos juntamente con sus familias (v. 24). VII. Darío da entonces un decreto en honor del Dios de Daniel; y el capítulo termina con el informe de la subsiguiente prosperidad de Daniel durante el reinado de Darío y de Ciro (vv. 25–28).

Versículos 1–5

Mucho se ha escrito acerca de la identidad del Darío de 5:31, que es el mismo del capítulo presente y de 11:1. En espera de futuras investigaciones que logren aclarar el asunto, la opinión más probable—a juicio de este traductor (y de otros autores)—es que Darío es un segundo nombre de Gubaru, a quien Ciro

puso por gobernador de Babilonia al capturar la ciudad. Sin detenernos más en este asunto, pasamos a ver lo que de Daniel nos dice esta porción.

1. Lo primero que vemos es su promoción al más alto cargo del gabinete gubernamental. Darío nombró (v. 1) 120 sátrapas o gobernadores de provincia (en tiempos de Ester habían ascendido a 127—v. Est. 1:1). Sobre ellos (v. 2) estableció un triunvirato, *«tres ministros* (lit. *presidentes) a quienes habían de rendir cuentas los sátrapas, para que el rey no saliese perjudicado».* Dice Alonso Díaz: «El daño que no debía sufrir el rey era sin duda en materia de tributos». De los tres presidentes del gobierno de la nación, *Daniel era superior,* es decir, descollaba, no sólo sobre los sátrapas, sino también sobre los otros dos presidentes, *pues había en él un espíritu superior.* Así que *el rey pensó en* (esto es, proyectó) *ponerlo sobre todo el reino».*

2. Varias circunstancias parecían estar en contra de Daniel: (A) Había ocupado el cargo de primer ministro en el régimen caído (quizá sólo durante el reinado de Nabucodonosor, no de sus sucesores). (B) Era nativo de un reino extranjero, de un reino destruido y, además, había sido deportado a Babilonia como un cautivo. (C) Por otra parte, Daniel tenía ahora unos 85 años; ¡demasiado viejo para los menesteres de primer ministro de la nación! Pero el rey Darío no lo halló tan viejo como para no poder gobernar el timón del Estado y, sobre todo, se percató pronto de que había en él algo realmente extraordinario, pues lo halló sabio, prudente y virtuoso sin tacha (v. 4); y aun probablemente había oído que era inspirado por los dioses. Por lo tanto, proyectó hacer de él como su mano derecha.

3. Los sátrapas y los otros dos presidentes comenzaron a tenerle envidia, pues veían que era el favorito del rey. La causa de la envidia es alguna cosa buena, pero el efecto de la envidia es siempre el mal. Los que envidiaban a Daniel no se conformaban con ningún otro mal sino con su ruina total. Así que se pusieron a espiarle (v. 4): *«buscaban ocasión para acusar a Daniel en lo tocante a la administración del reino».* Al fin, concluyeron que no podrían hallar nada de que acusarle, a no ser (v. 5, al final) *en relación con la ley de su Dios.* Parece ser que a Daniel no se le había obligado a seguir la religión del Estado, sino que era libre para proseguir con sus devociones propias de un piadoso judío, sin que ello le incapacitase para ocupar los más altos puestos del gobierno de la nación.

Versículos 6–10

Fue, pues, en esta materia religiosa donde los enemigos de Daniel pensaron cazarlo en una trampa y, para ello, obtuvieron del rey un edicto cuya violación le costase la vida a Daniel.

1. Aunque fueron los enemigos de Daniel los que obtuvieron el edicto, Darío no queda por ello exento de culpa: Es su edicto, y es un impío e injusto edicto; impío, contra Dios; injusto, contra Daniel.

(A) Le dicen al rey (v. 7) que el consentimiento unánime de todos los dignatarios del reino está a favor de que *se promulgue un edicto real, y que el rey lo confirme, para que* (v. 8) *no pueda ser revocado, conforme a la ley de Media y de Persia, la cual no puede ser abrogada.*

(B) El edicto había de prohibir (v. 7b) que, por espacio de 30 días, se hiciese ninguna petición (esto es, oración de súplica) *a cualquier dios u hombre fuera del propio Darío,* bajo pena de *ser echado en el foso de los leones.*

(C) Resulta difícil decir cuál de los dos crímenes es más abominable, si el de los enemigos de Daniel al adular a Darío hasta el punto de obtener de él la prohibición de hacer peticiones *a cualquier dios u hombre* fuera de él, o el del propio Darío al promulgar y confirmar un edicto en ese sentido, por el cual, estrictamente hablando, hasta se prohibía a los hijos pedir pan a sus padres, y a los mendigos pedir limosna a los acaudalados.

(D) Nótese la astuta malicia de los enemigos de Daniel. Hacen el ruego en la forma más general posible, y más lisonjera para el propio rey, porque si hubiesen propuesto a Darío un edicto que prohibiese a los judíos orar a su Dios, es muy improbable que el rey hubiese consentido en ello, pues habría visto en seguida que se trataba de cazar a Daniel, a quien tanto estimaba.

(E) Pero todavía es más de notar, y en extremo sorprendente, que Darío promulgase tal edicto. Prohibir la oración por espacio de 30 días equivale a robar a Dios todo el tributo que se merece de parte del hombre, y al hombre de todo consuelo y ayuda que puede obtener de Dios. ¿Qué hará todo hombre piadoso, cuando se encuentre en un aprieto, si no puede recurrir a su Dios en busca de ayuda? ¿Y qué decir de los propios súbditos no judíos de su Estado? ¿Tampoco podían hacer ninguna petición a sus dioses? ¡Tampoco, según este edicto! Eso era convertir a Darío en el único dios, con la agravante de que

no era omnipotente, por lo que de poco le servía a la nación tener tal protector. Ni siquiera Nabucodonosor, en sus días de mayor altivez, se había atrevido a tanto. Sin duda que Darío fue, en este asunto, inconsciente e irresponsable, lo cual no disminuye su culpabilidad.

2. Daniel desobedeció el decreto del rey (v. 10), no por falta de respeto a su príncipe, sino por la necesaria devoción a su Dios (comp. con Hch. 4:19; 5:29). Tampoco se retiró a otro lugar del país, pues sabía que era ésta una buena oportunidad para honrar a su Dios delante de los hombres.

(A) *Daniel entró en su casa,* que para él era un hogar sagrado, una casa de oración, como debería serlo todo hogar cristiano. Dondequiera tenemos una tienda de campaña, Dios ha de tener un altar donde ofrecerle sacrificios espirituales.

(B) Daniel, por lo que aquí se ve, *oraba con las ventanas abiertas, las que daban hacia Jerusalén. Cuando se enteró del edicto* no cerró las ventanas, como lo habrían hecho otros para disimular (aunque siguiesen orando), sino que las abrió de par en par, *como lo solía hacer antes.*

(C) Nótense también otros detalles de su devoción: (a) *Oraba de rodillas,* una de las posturas más reverentes y de las más olvidadas en nuestros días. (b) *Oraba tres veces al día,* como buen judío. Buena cosa es tener nuestras horas fijas de oración, no para atar la conciencia, sino para habituarla. (c) *Oraba y daba gracias delante de su Dios,* pues en toda oración debemos alabar y dar gracias a Dios. La gratitud es aprecio y estímulo de la generosidad. (d) *Oraba mirando hacia Jerusalén,* la ciudad santa, aunque ahora se hallaba en ruinas, a fin de mostrar el afecto que tenía aun *a sus piedras y al polvo de ella* (Sal. 102:14). ¡Cuánto más deberíamos mirar nosotros al cielo, donde está *la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros!* (Gá. 4:26).

Versículos 11–17

1. Los enemigos de Daniel (v. 11) *se juntaron tumultuosamente* (lit.) para espiar a Daniel y, como suponían, *lo hallaron orando y rogando a su Dios.* Sabían, sin duda, cuáles eran las horas de oración de Daniel y vinieron en grupo, y acordaron de antemano el lugar desde el que le habían de espiar.

2. Sin perder tiempo (v. 12), *se presentaron ante el rey.* En primer lugar, le refrescaron la memoria con respecto al edicto que había promulgado, de forma que no pudiese negar que lo había hecho. El rey, sin sospechar la intención de ellos, responde que así es: el edicto dice lo que ellos preguntan.

3. ¡Con qué alegría recibirían ellos las palabras del rey! Ahora no hay escape para Daniel. Veamos (v. 13) cómo pintan su caso: (A) «*Daniel, uno de los deportados* (lit. *de los hijos del exilio) de Judá …* Como si dijesen: «Es uno de los cautivos, de los prisioneros de guerra, de Judá, un forastero despreciable, que no tiene sino lo que el favor del rey le ha concedido». (B) «Y, a pesar de eso, *no te respeta a ti, oh rey, ni acata el edicto que confirmaste …»* Como si dijesen: «¡Es un agravio personal a ti, que eres el soberano de la nación!» (C) «… *sino que tres veces al día hace su oración*». No dicen: «Hace oración a su Dios», no fuese que Darío viese en ello un motivo de alabanza a Daniel por su fidelidad religiosa; sino: *«hace su oración»,* que era lo que el edicto prohibía.

4. *«Cuando el rey oyó el asunto* (v. 14), *se llevó un gran disgusto.»* Se dio cuenta en seguida de que todo lo que estos envidiosos le decían no era por honrarle a él, sino por odio y desprecio a Daniel. Así que *resolvió librar a Daniel; y hasta la puesta del sol estuvo haciendo esfuerzos por librarle.* Dice Walvoord: «En vez de enfadarse con Daniel, como lo había hecho Nabucodonosor con los compañeros de Daniel en el capítulo 3, el rey se dio cuenta de que él mismo había cometido un error e intentó, por todos los medios legales, hallar una escapatoria con la que pudiera ser librado Daniel».

5. Los demandantes exigían sentencia de condenación contra Daniel (v. 15). No sabemos lo que dijo Daniel. El rey mismo abogaba a su favor, pero los demandantes insistieron en que tenía que cumplirse el edicto. Así que, en contra de su conciencia y repugnándole de un modo extraordinario, el rey firmó el decreto de ejecución. Daniel, aquel piadoso y venerable anciano, que llevaba en su rostro una mezcla de majestad y dulzura, fue echado al foso de los leones (v. 16), únicamente por rendir a su Dios el culto que se le debe. Para asegurar que ningún ser humano pudiese interferirse ni para salvar a Daniel ni para que se le hiciese otro daño que el que los leones podían hacerle, el cual suponían sus amigos que sería suficiente, se tapó la boca del foso con una piedra, y el rey y los dignatarios (v. 17) la sellaron con sus anillos respectivos. Estos fosos, como se podían ver recientemente en Marruecos, tenían una puerta por la que tanto los guardianes como los leones podían entrar cuando no estaba tapada por la piedra. Pero, además,

había una abertura en el techo del foso, lo cual explica que Darío pudiese conversar con Daniel aun antes de retirar la piedra de la entrada.

6. Antes de que Daniel fuese arrojado al foso, el rey (v. 16b) le animó y le dijo: «*Tu Dios, a quien tú sirves con perseverancia, Él te librará»* (lit.—aunque es más probable que haya de traducirse por optativo—: *«Él te libre»).* Deja, pues, en manos del Dios de Daniel el curso de la acción, aunque desea vehementemente que, efectivamente, Dios le libre de la boca de los leones. Con eso vindica implícitamente la inocencia de Daniel y reconoce que el único motivo del castigo que se le impone es haber sido fiel en la devoción a su Dios.

Versículos 18–24

1. La melancólica noche que el rey pasó por causa de Daniel (v. 18). No podía perdonarse a sí mismo el error que había cometido por no haber sido cauto y haber dado a los enemigos de Daniel la oportunidad de cumplir el complot que habían tramado contra él. No quiso cenar, sino que *se acostó en ayunas y en vela,* y no permitió *diversiones,* que es lo que literalmente significa el vocablo arameo *dajawán;* es decir, *música* o *concubinas,* o ambas cosas.

2. La temprana investigación que hizo el rey con respecto a Daniel en la mañana siguiente (vv. 19, 20): *«Se levantó* (v. 19) *muy de mañana y fue apresuradamente al foso de los leones».* Llegado allá (v. 20), el rey le gritó a Daniel *con voz triste: «Daniel, siervo del Dios viviente, ¿ha podido tu Dios, al que tú sirves con perseverancia, librarte de los leones?»* (lit., si tenemos en cuenta que la sintaxis castellana exige una colocación de las palabras diferente de la hebrea y la aramea). Esta pregunta confirma lo dicho sobre el versículo 16—el verbo tenía allí sentido optativo.

3. ¡Cuál no sería el gozo del rey al oír la voz de Daniel! Allí, en el foso de los leones, estaba él (vv. 21, 22), pero estaba vivo, seguro, sano y salvo, sin haber sufrido ningún daño de unos leones a los que no se habría echado ningún otro alimento. Daniel reconoció la voz del rey y le respondió con el saludo cortés que se daba al soberano (v. 21): *«¡Oh rey, vive para siempre!»* No le reprocha el haber mandado que le arrojasen al foso, sino que le ha perdonado de todo corazón. El informe de Daniel al rey es como un himno triunfal:

(A) Dios ha hecho un milagro para preservarle la vida (v. 22): *«Mi Dios*—dice—, al que reconozco por mío, y el que me reconoce por Suyo, *envió su ángel.* Probablemente, el mismo que fue visto *en la forma de un hijo de los dioses* con los tres compañeros de Daniel *en el horno de fuego encendido* (3:25), visitó también a Daniel y *cerró la boca de los leones,* es decir, les quitó el apetito y les dio respeto a Su siervo, *para que no me hiciesen daño».* Véase cómo cuida Dios a Sus fieles adoradores y servidores, pues llega a *cerrar la boca de los leones* para que no les hagan ningún daño.

(B) Daniel había sido difamado ante el rey como si fuese desafecto al soberano (v. 13) y a su gobierno, pero él asegura (v. 22b) no sólo *haber sido hallado inocente ante Dios,* sino también *no haber hecho nada malo contra el rey.* Cuando le llevaron ante el rey, no dijo nada para vindicar su inocencia, sino que dejó a Dios establecer su integridad. Y así lo hizo Dios, quien le preservó la vida mediante un gran milagro.

4. El rey, regocijado al ver sano y salvo a Daniel (v. 23), *mandó sacarle del foso.* Sus demandantes no tienen más remedio que reconocer que el edicto se ha cumplido y que la ley ha quedado satisfecha, aunque ellos no lo están. Ya no puede presentarse ninguna alegación para que Daniel no sea sacado de su confinamiento.

5. Como en el libro de Ester, el castigo recae ahora (v. 24) sobre los enemigos mismos de Daniel, quienes habían torcido la justicia al obligar al rey a dar un edicto por el que se condenaba a muerte a un varón sabio y piadoso por el único delito de ser fiel a sus deberes para con el único Dios verdadero. Darío se anima ahora con este milagro que Dios ha obrado a favor de Daniel y comienza a ser valiente y actuar como compete a un soberano dueño de sus acciones. Los acusadores de Daniel, *juntamente con sus hijos y mujeres son echados, por orden del rey, en el foso de los leones,* y son destrozados *aun antes de llegar al fondo del foso.*

Versículos 25–28

Aquí Darío hace lo posible por enmendar el deshonor que ha causado tanto a Daniel como al Dios de Daniel.

1. Da honor a Dios, publica un decreto por el que se ordena a *todos* los súbditos del reino (v. 26) que *«teman y tiemblen ante la presencia del Dios de Daniel, etc.».* Este decreto va más lejos que el de Nabucodonosor, en el que se prohibía *hablar sin respeto de Dios* (v. 3:29), mientras que en el de Darío se manda que *todos teman y tiemblen ante la presencia del Dios de Daniel.* Pero también el decreto de Darío se queda corto, porque, si hubiese estado realmente convicto de pecado y se hubiese sentido necesitado de salvación, no sólo habría mandado que todos temiesen y temblasen ante la presencia de Dios, sino también que le amasen y pusiesen su confianza en Él, y abandonasen el culto a los ídolos, para servir únicamente al Dios verdadero (comp. con 1 Ts. 1:9), comenzando por sí mismo. Razones no le faltaban, al comparar sus frases de la segunda parte del versículo 26 y las del versículo 27 con otros lugares bíblicos como versículo 20; 2:44; 4:2, 3, 34; 7:14, 27; Salmos 93:1, 2; Oseas 1:10; Malaquías 3:6; Lucas 1:33 y Romanos 9:26.

2. Aunque no se habla de honores o regalos específicos que Darío otorgara después a Daniel, es suficiente lo que leemos en el versículo 28 para estar seguros de que fue promocionado a cargos más altos. Dice Carballosa: «El verbo prosperar (ZELEJ) es usado en 3:30 donde se traduce "engrandeció". De modo que no tan solamente Daniel sirvió en el gobierno de Darío, sino que fue prosperado y engrandecido. La idea tal vez sea que fue tenido en mayor estima que antes de haber sido echado en el foso de los leones». Contra los que sostienen que «Darío y Ciro eran la misma persona», al tratar de hallar incluso alguna evidencia gramatical en el versículo 28, opinamos, con el mismo Carballosa, que «estos dos reyes reinaron simultáneamente, aunque Darío estaba supeditado a la autoridad de Ciro». La razón es fácil de adivinar: Ciro, el persa, era el que llevaba la voz cantante, como general en jefe, en la guerra contra el rey caldeo Nabónido y su hijo regente Belsasar, así como en la conquista de Babilonia, pero, como dice el texto sagrado (5:28), «*tu reino ha sido roto, y dado a los medos y a los persas*». Luego, con 5:31, se intentan dos cosas: 1) contrapesar el papel de protagonista que el texto sagrado suele dar, en Esdras, Isaías, etc., a Ciro; 2) dar a entender que Darío tomó posesión del reino con el consentimiento de Ciro y bajo su mando supremo. Quizás era un honor que Ciro quería tributar a su colega más anciano.

CAPÍTULO 7

Los seis primeros capítulos de Daniel son históricos; entramos ahora en los seis últimos, que son proféticos, y en los que hallaremos *algunas cosas difíciles de entender* (2 P. 3:16); no en todas se podrá dogmatizar, pero de todas se podrá sacar provecho espiritual. En este capítulo tenemos: 1. La visión que Daniel tuvo de las cuatro bestias (vv. 1–8). II. Su visión del trono de Dios, trono de gobierno y de juicio (vv. 9–14). III. La interpretación de estas visiones (vv. 15–28).

Versículos 1–8

1. La fecha de esta visión (v. 1) es anterior a los sucesos del capítulo 5, que es el último año de Belsasar, y a los del capítulo 6, que es el primer año de Darío. El texto sagrado dice explícitamente que esta visión ocurrió *en el primer año de Belsasar,* es decir, el año 553 a. de Cristo y, por tanto, catorce años antes de la caída de Babilonia.

2. Las circunstancias de la visión (v. 1b): *«Tuvo Daniel un sueño, y vio visiones de su cabeza* (lit., esto es, *de su cerebro*) *mientras estaba en su lecho,* es decir, cuando estaba durmiendo. Dios revela a veces sus secretos *«cuando el sueño cae sobre los hombres»* (Job 33:15). Y, cuando despertó, *escribió el sueño,* medida muy prudente, pues los sueños suelen desvanecerse rápidamente de la mente, y *relató lo principal del asunto,* con lo que éste quedó no solamente registrado para la posteridad, sino incorporado en las Escrituras, como era voluntad de Dios por lo importante de su contenido.

3. La visión misma.

(A) Observó (v. 2b) que *«los cuatro vientos del cielo irrumpieron en el gran mar».* El verbo *m^{e}guiján* tiene una variedad de significados, pero el castellano *irrumpieron* refleja bien el sentido de «romper» o «estallar» de repente sobre el mar. El *mar,* y especialmente *el gran mar,* es una metáfora que designa la

muchedumbre de los hombres paganos (v. Ap. 17:15 y, a su luz, Ap. 13:1). El versículo 17, en efecto, dice que *«estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la TIERRA»*, por donde se ve el sentido figurado de «mar».

(B) *«Vio salir del mar cuatro bestias grandes* (v. 3), *diferentes la una de la otra.»* El contexto determina (vv. 5–7) que las bestias no salieron del mar todas a la vez, sino una detrás de otra. Al ser, en realidad, seres humanos que, a su vez, personifican reinos (vv. 17, 18), la notada *diferencia* de estas bestias denota los diferentes genios de los diversos países, pueblos y culturas.

(C) *La primera bestia* (v. 4) *era como un león,* y corresponde a *la cabeza de oro* de la estatua del capítulo 2 (v. 2:37, 38, y comp. con todo el cap. 4). Simbolizaba, pues, la monarquía caldea en todo su apogeo en tiempos de Nabucodonosor. Además de la majestad y grandeza del león, vemos que tenía *alas de águila,* lo que representaba la rapidez con que dicho monarca conquistaba las naciones. El hecho de que Daniel vio que *le fueron arrancadas las alas y levantada del suelo* apunta claramente a la experiencia de Nabucodonosor en 4:29–37, la cual le obligó a concluir que no era un semidiós, sino *un hombre* como los demás.

(D) *La segunda bestia* (v. 5) era *semejante a un oso,* animal fuerte, pero más pesado que el león y no tan fuerte como él. Esta bestia simbolizaba la monarquía medopersa que sucedió a la caldea en el dominio sobre las naciones. De este oso se dice (v. 5b) que *se alzaba de un costado más que del otro,* para indicar la preponderancia que, a la sazón, había adquirido Persia sobre Media (comp. con 8:3b). Se añade que *tenía en su boca tres costillas entre los dientes,* lo que indica con esto la voracidad medo-persa en absorber nuevos territorios, pero sin poder «digerirlos». Corresponde al pecho y brazos de plata de la estatua del capítulo 2.

(E) *La tercera bestia* (v. 6) era *semejante a un leopardo,* animal que se distingue por su rapidez, su astucia y su crueldad, y representa la monarquía griega en su apogeo bajo Alejandro Magno. Las *alas de ave en sus espaldas* representan la misma rapidez que también hemos visto en la primera bestia. Dice que *tenía cuatro cabezas,* las cuales representan los cuatro generales del ejército de Alejandro (comp. con 8:8, 22) y que, al morir él, se repartieron el territorio conquistado, el cual era muy extenso, ya que, en el breve espacio de seis años, Alejandro se hizo dueño de todo el imperio persa, gran parte de Asia, Siria, Egipto, India y otras naciones.

(F) *La cuarta bestia* es más fiera, más fuerte y cruel que las otras tres (v. 7). Como dice Walvoord, «el punto crucial en la interpretación del libro entero de Daniel, y especialmente del capítulo 7, es la identificación de la cuarta bestia». Los conservadores, en general, admiten que designa el imperio romano, pero difieren entre sí acerca de detalles importantes: mientras los amilenialistas sostienen que la época de la cuarta bestia acabó hace muchos siglos, los premilenialistas defienden que queda por cumplir una etapa importante, cuando dicho imperio resurgirá al final de los días bajo diferente forma.

(a) Comencemos por hacer un poco de historia. El poder de Roma empezó a manifestarse en la conquista de Sicilia el año 241 a. de C., isla que estaba antes en poder de los cartagineses. Con la derrota final de los cartagineses en la batalla de Zama (202 a. de C.), Roma se hizo dueña del Mediterráneo. Desde el norte de Italia, las águilas romanas avanzaron hacia el este, y se pasearon triunfales por Macedonia, Grecia y el Asia Menor. El año 63 a. de C., Pompeyo, general en jefe de las fuerzas romanas que luchaban en el Oriente, se apoderó de Jerusalén tras destruir los restos que quedaban del imperio seléucida en Siria. En las décadas siguientes, y bajo el mando de Julio César, los romanos extendieron su dominio a todo el resto de la Europa continental al oeste del Rin, además del sur de Gran Bretaña (España había sido conquistada dos siglos antes). El imperio romano siguió creciendo poco a poco (en contraste con los otros tres anteriores, que lo hicieron rápidamente) durante otros cuatro siglos, y llegó a alcanzar su punto más alto el año 117 de nuestra era.

(b) La decadencia de dicho imperio fue también gradual: Comenzó en el siglo III de nuestra era y se hizo manifiesta en el siglo v, cuando las fuerzas romanas tuvieron que abandonar la Gran Bretaña el año 407; vino luego el saqueo de Roma por los visigodos el año 410. Un nuevo saqueo de Roma el año 455 dejó la capital en manos de los bárbaros, y en el 476, el imperio romano, en su parte occidental, fue destruido, y sobrevivió la parte oriental hasta el año 1453, en que Constantinopla cayó en poder de los turcos.

(c) Al entrar ya en la exégesis de los versículos 7 y 8, vemos que coincide con las *piernas de hierro* de la estatua de 2:33, 40. Aquí la fiera tiene (v. 7b) *unos dientes grandes de hierro.* La terrible crueldad de los soldados romanos es patente en todas las páginas de la historia; en especial, en la destrucción de

Jerusalén el año 70 de nuestra era, que es lo que más de cerca atañe a los judíos. Las frases *«devoraba y desmenuzaba, y lo sobrante lo pisoteaba con sus patas»* son muy expresivas para designar las tropas romanas que destruían cuanto se oponía a su avance, en lugar de conquistarlo para conservarlo, como hacían los imperios anteriores, representados en las otras tres bestias.

(d) En todo era esta bestia (v. 7, al final) «muy *diferente de todas las bestias que vi antes de ella».* Pero la principal diferencia, y la que determina contundentemente el carácter escatológico de esta bestia, es que *tenía diez cuernos.* Es necesario aquí volver la vista a 2:43, 44, a fin de percatarse de que estos diez cuernos, ¡simultáneos!, son los *diez reyes, en cuyos días* (2:44) *levantará Dios el reino mesiánico* (v. el comentario a dicha porción). Esos diez reyes (del nuevo imperio romano, pues nunca antes se dieron en el antiguo imperio romano diez reyes simultáneos) son diez reinos que, políticamente, tendrán su centro en Roma (v. el comentario a Ap. caps. 17 y 18).

(e) Daniel (v. 8) ve salir, de entre los diez cuernos de la cuarta bestia, *otro cuerno pequeño;* es pequeño, no porque tenga menos importancia, sino porque es *una persona, con ojos como de hombre* (no «parecidos a los ojos del hombre», sino «como son los ojos de hombre», lo cual no podía esperarse de un cuerno) y *una boca que hablaba con gran arrogancia* (comp. con Ap. 13:5, 6). La interpretación que de la visión es dada a Daniel (vv. 15 y ss.) confirma contundentemente todo lo que acabamos de decir, al declarar al mismo tiempo la gran fuerza y el poder enorme del *«cuerno pequeño»* (vv. 24, 25).

Versículos 9–14

Para que los siervos de Dios no tiemblen ante la perspectiva que la cuarta bestia presenta, los versículos que siguen tienen por objeto consolarles con el pensamiento de que Dios está sentado en Su trono, y llegará un día en que el Mesías derrotará a todos sus enemigos (comp. con Ap. 19:11–21). Tres cosas se nos dicen aquí que sirven de ánimo a todos los hijos de Dios en general, pero muy especialmente a los que vivan en el tiempo de la Gran Tribulación:

1. Que hay un gran Juicio por venir, y Dios será el Gran Juez (vv. 9, 10). Ahora los hombres tienen su día. Al fin de los tiempos, el dominio del mal, con el imperio del Anticristo, que habrá recibido su poder del propio Satanás (siempre bajo el control directo de Dios), se hará sentir con mayor fuerza y extensión todavía, pero tenemos al comienzo del versículo 9 un *«hasta»* que acaba con dicho poder. El plural *«tronos»* da idea de «una corte celestial en sesión» (Young). Los autores de la obra *Search the Scriptures* son más explícitos: «Son los tronos de los ángeles que asisten en el juicio (cf. Ap. 4:4)». En el trono central se sienta Dios. Véase cómo se le describe:

(A) «*Anciano de* (muchos) *días»* es una expresión que designa a Dios como *Juez Eterno* (comp. con Is. 57:15); el mismo simbolismo ofrece la expresión (v. 9b), «*y el pelo de su cabeza como lana limpia»,* es decir, blanca (comp. Is. 1:18, al final).

(B) «*Cuyo vestido era blanco como la nieve»,* lo que simboliza su santidad y pureza infinitas (comp. con 1 Jn. 1:5).

(C) «*Su trono, llama de fuego; y las ruedas del mismo, fuego ardiente»* son frases que nos recuerdan inmediatamente la visión de Ezequiel (Ez. 1:15, 16. Comp. también con Éx. 3:2; Dt. 4:24; 1 Ti. 6:16; He. 12:29; Ap. 1:14, 15).

(D) «*Un río* (v. 10) *de fuego procedía y salía de delante de Él»* (comp. con Sal. 18:8; 50:3; 97:3; Is. 30:27, 33); es el fuego que destruye a sus enemigos: *«Fuego irá delante de Él, y abrasará a sus enemigos alrededor»* (Sal. 97:3).

(E) *«Millares* (v. 10b) *de millares le servían, y miríadas de miríadas asistían delante de Él».* Este ejército celestial, tan numeroso, nos trae a la memoria el pasaje de 1 Reyes 22:19, así como el de 2 Reyes 6:16, 17. La numeración que aquí se nos da de los ángeles es la misma de Apocalipsis 5:11, con la única diferencia de que en Apocalipsis el orden está a la inversa: primero figuran las miríadas y después los millares.

(F) Las frases finales del versículo 10 dicen así, conforme al original: «*La corte se sentó, y los libros fueron abiertos»* (comp. con Ap. 20:11–15). Leupold (citado por Carballosa) da de la primera frase una excelente traducción, que aclara el sentido: «El tribunal entró en sesión».

2. Que los crueles enemigos del pueblo de Dios serán abatidos a su debido tiempo (vv. 11, 12). Esto es representado aquí:

(A) En la destrucción de la cuarta bestia. Dios contiende con ella con toda justicia (v. 11) por *«las grandes palabras que hablaba el cuerno»* (comp. con los vv. 8, 20), en desafío a Dios. Antíoco IV Epífanes, Julián el Apóstata, Agripa I y otros monarcas han tenido una muerte miserable por hablar *grandes cosas,* ya por haber blasfemado de Dios o por tenerse a sí mismos por iguales a Dios; pero aquí se trata específicamente del Anticristo, como aclara todo el contexto posterior, comparado con Apocalipis 13:5–7; 19:20; 20:10. Estos dos últimos lugares confirman, en efecto, que ésta es la bestia-cuerno que se menciona en el versículo 11b: *«hasta que mataron a la bestia, y su cuerpo fue destrozado y arrojado al fuego para que se quemase»*.

(B) En la destrucción conjunta de las otras tres bestias (v. 12, comp. con 2:34, 35). La segunda parte de dicho versículo 12, *«pero les había sido prolongada la vida hasta cierto tiempo»,* ha causado perplejidad a muchos autores. Por ejemplo, dice Alonso Díaz: «Las otras bestias siguen con vida hasta un tiempo determinado. Hay una diferencia respecto a la visión análoga del capítulo 2, donde los reinos representados por metales eran totalmente destruidos a la aparición de la piedrecilla desprendida del monte». Es precisamente esta analogía la que nos obliga a examinar con precaución el versículo 12b, a la luz de los lugares paralelos de Apocalipsis capítulos 13, 19 y 20. La única explicación válida es que, como dice Walvoord, «evidentemente, las tres primeras (bestias) continúan sobreviviendo, en otra forma, en el reino que las sustituye. De aquí lo de "habían quitado también a las otras bestias su dominio, pero les había sido prolongada la vida por una sazón y un tiempo". Esto es corroborado por la imagen del capítulo 2, como afirma Driver: "la imagen entera permanece intacta hasta que la piedra cae en los pies (que representa el cuarto y último reino), cuando toda ella es abatida juntamente"».

3. Que el reino del Mesías será establecido tras de la derrota de la cuarta bestia. Daniel ve esto en la visión, para consuelo suyo y de sus amigos.

(A) El Mesías es llamado aquí *«hijo de hombre»* (no *«el Hijo del Hombre»).* Dice Alonso Díaz: «A las bestias que proceden del abismo se contrapone una especie de figura humana que viene con las nubes del cielo». Sin embargo, basta repasar una buena Concordancia para percatarse de las muchísimas veces que el propio Señor Jesucristo se atribuye a sí mismo el título *el Hijo del Hombre*. Hay dos lugares especialmente notables por la conexión que guardan con Daniel 7:13, 14: (a) Juan 5:27, donde Jesús dice que *«también le dio* (el Padre a Él) *autoridad de ejecutar juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre»*. Recordemos que, en esta porción del capítulo 7 de Daniel, estamos ante un juicio (v. 10), y veremos que en los versículos 13 y 14 es el Padre (el *«Anciano de muchos días»)* el que otorga al *«hijo de hombre» dominio, gloria, etc.* (b) En Mateo 26:64, el Señor declara ante el sanedrín: «*… veréis al Hijo del Hombre … viniendo sobre las nubes del cielo»* (comp. con Hch. 1:9, 11).

(B) El reino del Mesías, del *hijo de hombre,* es descrito (v. 14b) como un *«dominio eterno, que nunca pasará, y su reino, un reino que no será destruido jamás»*. El Dr. Pentecost (citado por Carballosa) dice a este respecto: «El amileniarista ve un conflicto aquí e insiste en que la eternidad del reino de Cristo no permite sitio alguno para un reinado terrenal de mil años. La razón por la que Calvino rechazó el punto de vista premilenial fue su concepto de que un reinado de mil años anularía el reino eterno de Cristo». Dos observaciones bastarán para hacer notar la equivocación sufrida por Calvino en este punto:

(a) La primera intención del versículo 14b es hacer notar que, al contrario que todos los reinos anteriores que han sido dominados por un poder más fuerte que los ha subyugado, los ha destruido como tales reinos y se ha constituido en *sucesor* de ellos, este reino del *hijo de hombre* no será destruido ni dominado por ningún otro poder y, por tanto, no será sucedido ni sustituido por ningún otro reino en este mundo. En este sentido *permanece para siempre* un reino, o cualquier otra cosa, que dura mientras dure el presente cosmos u orden de cosas, *«hasta la consumación de los siglos»*.

(b) Como el mismo Dr. Pentecost hace, un repaso a 1 Corintios 15:24–28 nos aclara definitivamente las dudas que respecto a esto puedan surgir. En efecto, el apóstol dice allí que Cristo *«entregará el reino al Dios y Padre»*. Ese día será el fin del reino mesiánico milenario en la tierra y el comienzo del reinado eterno de Cristo por toda la eternidad. En efecto, mientras no se haya librado la última batalla contra el mal y Satanás no haya sido definitivamente derrotado (¡después del Milenio!—v. Ap. 20:7–10), Cristo no entregará el reino al Padre (v. de nuevo 1 Co. 15:24–28), pues todavía estará el mal actuando en el corazón de los hombres y en los propósitos de Satanás. Una vez congregados en el cielo los frutos del reino histórico de Cristo, *Dios será todo en todos* sin la necesidad de que actúe todavía el Mediador. Cristo no necesitará *regir,* pues ya no habrá nada que *corregir;* más bien que el *reino* de Cristo, lo que permanecerá por toda la eternidad es la *realeza* de Cristo. En cuanto a dos lugares que se citan en apoyo

del reino *eterno* del Mesías (Ap. 11:15 y 1 Ti. 1:17), la opinión de este traductor es que el primero se refiere al reinado mesiánico milenario, según la explicación que acabo de hacer en el punto anterior (a); en cuanto al segundo, el *«Rey de los siglos»* no es Jesucristo, sino Dios el Padre (comp. con Ro. 16:27; 1 Ti. 6:16 y Jud. v. 25), el que, como dice Alan G. Nute, «en Su soberanía, está llevando a cabo Sus designios redentores a lo largo de todas las edades».

Versículos 15–28

1. La profunda impresión que estas visiones le hicieron a Daniel (v. 15): *«Yo, Daniel, quedé profundamente turbado en mi espíritu».* Literalmente: *«En cuanto a mí, Daniel, fue turbado mi espíritu en medio de su funda».* El cuerpo es comparado aquí a la funda o vaina de una espada. «Ejemplos de esta figura se hallan también en Job 27:8 y en los escritos de los rabinos … También es usado por Plinio» (Walvoord). *«Las visiones de mi cabeza*—continúa Daniel (v. 15b) *me alarmaban.»* La forma en que estas cosas le eran reveladas le abrumaba.

2. Tanto más, por eso (v. 16) deseaba conocer *«la verdad acerca de todo esto».* Se acercó, pues, *a uno de los que asistían* (comp. con v. 10), es decir, a uno de los ángeles de la «corte en sesión», y él le dio la interpretación de la visión.

3. El ángel le da un compendio de lo que significan las bestias y lo del reino que seguirá al imperio de la última de las cuatro bestias:

(A) *«Estas cuatro bestias* (v. 17) *son cuatro reyes que se levantarán en la tierra.»* Aun cuando es cierto que «los cuatro reyes simbolizan los respectivos cuatro imperios» (Alonso Díaz), el hecho de que personalice en este momento se debe, en opinión de este traductor, al deseo de que el lector esté preparado para ver, en el centro de la cuarta bestia, *una persona.* No han faltado tampoco quienes han querido ver una contradicción entre el versículo 3, donde se dice que estas bestias *salieron del mar,* y este versículo 17, que dice que *se levantarán de la tierra.* Si se recuerda que el mar simboliza las multitudes humanas, especialmente las naciones gentiles, no habrá dificultad en darse cuenta de que «lo que es simbólico en Daniel 7:3 es literal en Daniel 7:17» (Walvoord).

(B) El versículo 18 dice que: *«Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino para siempre, siempre y por siempre»* (lit. En realidad, el arameo original usa tres formas distintas de la raíz *olam).* En cuanto a este énfasis en la permanencia «eterna» del reino, recuérdese lo que dijimos más arriba. *«Los santos del Altísimo* (hebr. *Elyonín,* plural mayestático de *Elyón,* vocablo que ya conocemos en hebreo)» son, lo mismo que en los versículos 21, 22 25, los miembros del pueblo escogido de Dios, es decir, Israel. Para Daniel, no podía significar ningún otro pueblo. No se debe perder nunca de vista que los santos del Antiguo Testamento no podían tener «ninguna noción de lo que Pablo llama "el misterio" de la Iglesia (Ef. 3:4–6)» (los autores de *Search the Scriptures).*

4. Daniel entiende perfectamente lo de las tres primeras bestias; la que le intriga es *la cuarta bestia* (v. 19), *que era tan diferente de todas las otras, etc.* Los versículos 19 y 20 repiten lo que ya había dicho en los versículos 7 y 8. El versículo 21 basta por sí solo para identificar *el cuerno pequeño* de los versículos 8, 20, 24 y 25 con la bestia de Apocalipsis 13 (v., en especial, los vv. 5–7 de dicho cap.). El versículo 22 es una especie de compendio de los versículos 9–14, 18; pero hay una frase que necesita explicación en ese versículo 22, es la frase central, que dice así literalmente, según el original arameo: «*Y el juicio fue dado a los santos del Altísimo».* Aunque podrían citarse varios lugares a favor de la opinión que interpreta esta frase en el sentido de que se otorgó la facultad de juzgar a los santos del Altísimo (v., por ej., Mt. 19:28; Lc. 22:30; 1 Co. 6:2; Ap. 20:4), es lo más probable que la preposición *l*^{e} signifique aquí «a favor de», más bien que «a» o «para».

5. Viene, por fin (vv. 23–27), la interpretación que el ángel da a Daniel de la *cuarta bestia.*

(A) *«La cuarta bestia* (v. 23) *será un cuarto reino en la tierra, etc.»* (comp. con v. 17). De este reino se dice que «*devorará toda la tierra»,* porque cuando se manifieste el Anticristo la situación política mundial estará en poder de una organización (los *«diez reyes»* del v. 24), que posibilitará el liderato mundial del Anticristo (el «cuerno pequeño»). Lo que se nos dice en este versículo 23 no es, en realidad, nada nuevo, pero es una necesaria introducción de lo que sigue.

(B) *«Los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes.»* Que estos reyes reinarán simultáneamente, se ha indicado ya en el comentario a 2:40–44; pero la confirmación decisiva de ello la hallamos en Apocalipsis 13:1; 17:12–14, donde no se puede negar la simultaneidad. Dice

Walvoord: «Son claramente simultáneos en su reinado porque tres de ellos son derribados por el cuerno pequeño que es otro gobernante, pero no se le da aquí el título de rey. También será diferente de los primeros, esto es, de los diez cuernos, y subyugará a tres de ellos».

(C) Es precisamente este *«cuerno pequeño»* el que trae de cabeza a los amilenialistas. Dice M. Henry: «La pregunta es ahora: ¿Quién es este enemigo? Los intérpretes no se ponen de acuerdo. Algunos tienen por el cuarto reino al de los seléucidas, y por el pequeño cuerno a Antíoco, y muestran el cumplimiento de todo esto en la historia de los Macabeos; pero otros sostienen que el cuarto reino es el de los romanos, y que el *cuerno pequeño* es Julio César, y los emperadores que le sucedieron (dice Calvino), el Anticristo, el reino papal. Otros hacen del *imperio turco* el cuerno pequeño; así Lutero, Vatablo y otros». Véase el comentario a Apocalipsis 17:3 para percatarse de la tremenda equivocación que supone hacer del papado el Anticristo, si tenemos además en cuenta que el Anticristo será *una persona* (v. 2 Ts. 2:3, 4), no una organización o institución.

(D) Las dos primeras frases del versículo 25 son una confirmación de lo que dicen el versículo 20c *(«boca que hablaba con gran arrogancia»*—comp. con Ap. 13:5—) y el versículo 21. Lo de *«pretenderá cambiar los tiempos y la ley»* (v. 25b), que, por lo que se ve, quedará en mero «proyecto», sin llegar a ponerlo por obra, no se sabe a ciencia cierta en qué consistirá, pero no está de más recordar los nuevos nombres que la Revolución Francesa puso a los meses, etc., con la intención de establecer un «nuevo orden de cosas».

(E) La frase final del versículo 25 determina tajantemente la duración del dominio tiránico, violento y persecutorio del Anticristo: «y *serán entregados* (los santos del Altísimo) *en su mano hasta un tiempo, y tiempos y medio tiempo»,* es decir, tres años y medio (la segunda mitad del período de la Gran Tribulación). Compárese con 12:7 y Apocalipsis 12:14, y aun 11:2, 3; 12:6 y 13:5.

(F) Los versículos 26 y 27 resumen lo que ya hemos visto en los versículos 9–14. Para lo del *«reino eterno»* del versículo 27, véase lo que hemos dicho en el comentario al versículo 14. Que un autor como Keil haya equivocado este concepto es cosa que asombra. Dice L. Wood (citado por Carballosa): «Los versículos 13, 14 y 27 hablan claramente de la inauguración del reino de Cristo (no de su conclusión, como arguye Keil), y los versículos muestran que este reino será un gobierno glorioso en el que todos los pueblos servirán a Cristo—algo que no ha ocurrido aún en nuestros días, en lo que concierne a su gobierno espiritual, pero que será verdad cuando Él venga para establecer su reinado terrenal después de la destrucción del Anticristo (Ez. 37:23)».

6. Después de referir lo que el ángel le había dicho, Daniel declara (v. 28) la impresión que la visión le había hecho: le sobrecogió el ánimo y le demudó el color del rostro. Una y otra vez reflexionaba sobre ello, pues eso es lo que significa la frase final «*y guardé el asunto en mi corazón*» (comp. con Lc. 2:19, 51).

CAPÍTULO 8

Este capítulo y los cuatro siguientes, esto es, hasta el final del libro, ya no están escritos en arameo, sino en hebreo, ya que los temas tratados en ellos conciernen especialmente a Israel. I. La visión del carnero y del macho cabrío, y el cuerno pequeño que había de luchar contra el pueblo de Dios y había de prevalecer contra ellos por un tiempo limitado (vv. 1–14). II. El ángel Gabriel le da a Daniel la interpretación de la visión, y le muestra que el carnero significaba el imperio persa, cuyo rey sería, a la sazón, Darío III Codomano, y el macho cabrío el reino de Grecia, con Alejandro Magno a la cabeza; el cuerno pequeño de este capítulo había de ser Antíoco IV Epífanes, de una rama salida del antiguo reino griego de Alejandro (vv. 15–27). Aunque Antíoco Epífanes puede ser considerado, de alguna manera, como tipo del Anticristo, la visión del presente capítulo es totalmente diferente de la del capítulo precedente.

Versículos 1–14

1. La fecha de esta visión (v. 1). Fue *«en el año tercero del reinado del rey Belsasar»,* es decir, el año 551 a. de C. Fue una *visión,* esto es, mientras estaba despierto, no fue una visión en sueños (comp. con

7:1). Fue después de esa *«que me había aparecido antes»*—dice—, porque la anterior había tenido lugar *«en el primer año de Belsasar»*, es decir, en el 553 a. de C.

2. El escenario de la visión. El lugar donde Daniel tuvo la visión era Susa, capital de la satrapía de Elam (v. 2). Como da a entender el texto sagrado, Daniel fue transportado en espíritu (como Juan en Ap. 1:10) a un lugar de Susa *junto al río Ulay.* Susa se hallaba situada a unos 400 km al este de Babilonia. Así como Ezequiel fue transportado en espíritu, con alguna frecuencia, a Jerusalén, mientras corporalmente estaba, como cautivo, en Babilonia, así también Daniel fue transportado ahora, también en espíritu, a Susa. El espíritu puede estar en libertad mientras el cuerpo está en cautividad, porque, incluso cuando estamos atados, el Espíritu de Dios (como Su Palabra) no está atado.

3. La visión misma.

(A) *Vio un carnero que tenía dos cuernos* (v. 3). Ésta era la segunda monarquía, de la que los reinos de Media y de Persia eran los dos cuernos. Los cuernos eran *altos,* pero el más alto de los dos era *el que había comenzado a crecer después del otro.* En efecto, los medos fueron los primeros en establecerse como reino, pero los persas, bajo Ciro, se hicieron más fuertes que los medos.

(B) Vio (v. 4) luego a este carnero que avanzaba en todas direcciones y conquistaba las naciones que se oponían a su paso. Dice Alonso Díaz: «Históricamente, Ciro comenzó por conquistar el septentrión, al vencer a los lidios, que ocupaban el centro del Asia Menor. Después, toda la parte occidental del Próximo Oriente. Su hijo Cambises invadió Egipto hasta Etiopía. Tal es la "cornada" del carnero hacia mediodía».

(C) Cuando tenía la mirada puesta en el carnero (v. 5), *«he aquí que un macho cabrío venía del lado del poniente,* es decir, de Grecia, *sobre la superficie de toda la tierra,* pues realmente se hizo dueño de todos los reinos que significaban algo en la civilización de aquella época». De este macho cabrío dice que avanzaba *sin tocar el suelo,* expresión que simboliza la tremenda rapidez de sus conquistas. Este macho cabrío (el imperio grecomacedonio) *tenía un cuerno bien visible entre sus ojos,* puesto que toda la terrible fuerza y la sabia estrategia de dicho imperio residía en su jefe, Alejandro Magno. La batalla que se nos describe en los versículo 6 y 7 entre el macho cabrío y el carnero de los dos cuernos no es otra que la que tuvo lugar a las orillas del Iso (año 333 a. de C.) entre Alejandro Magno y Darío III Codomano, y que acabó con la derrota de éste. Volvió a derrotarle definitivamente (año 331) en Arbela.

(D) El versículo 8 nos describe el progresivo engrandecimiento de Alejandro hasta su muerte prematura, de unas fiebres infecciosas, el año 323 a. de C., *«estando en su mayor fuerza»,* pues no había cumplido aún 33 años. Al morir (v. 8b), su inmenso imperio fue repartido entre sus cuatro generales, *«cuatro cuernos bien visibles hacia los cuatro vientos del cielo».* Macedonia le correspondió a Casandro; Tracia, a Lisímaco; Egipto, a Tolomeo; Siria, a Seleuco.

(E) De uno de éstos (v. 9)—en concreto, de Seleuco—*salió un cuerno pequeño,* en el que los autores, sin excepción, ven a Antíoco IV Epífanes (rey de Siria desde el 175 hasta el 163 a. de C.). En lo que los autores antidispensacionalistas están completamente equivocados es en identificar este *cuerno pequeño* con el del capítulo 7, si bien es cierto que Antíoco IV resulta, en muchos detalles, tipo del Anticristo. De sus vicisitudes y correrías, lo que le interesa al autor sagrado es su ataque *«hacia la hermosura»* (hebr. *weel hatsébi),* como dice el final del versículo 9, frase que equivale a la de *«tierra hermosa»* (hebr. *érets hatsebí)* de 11:16, 41, y designa, indudablemente, a Palestina (comp. con Sal. 48:2; Ez. 20:6, 15). Del ataque de Antíoco a Palestina destaca el autor sagrado los detalles siguientes:

(a) La persecución que llevó a cabo (v. 10) contra *«el ejército del cielo»,* que aquí designa metafóricamente a los «santos de Israel» (comp. con 12:3). *«Echó por tierra»,* es decir, dio muerte, a parte de ese ejército (unos 80.000 judíos) y *de las estrellas,* esto es, de los jefes de Israel.

(b) No sólo eso, sino que (v. 11) *«se irguió contra el príncipe de los ejércitos»,* que en el versículo 25 es llamado *«el Príncipe de los príncipes»,* es decir, contra Dios mismo, como lo muestra el propio versículo 11b: «*y por él* (por Antíoco) *le fue quitado* (a Dios) *el continuo sacrificio, y el lugar de Su* (de Dios) *santuario fue echado por tierra».*

(c) El versículo 12 declara que *«a causa de la iniquidad,* esto es, de las transgresiones del pueblo mismo, *el ejército* (el pueblo judío) *le fue entregado* (a Antíoco) *junto con el continuo sacrificio,* pues lo hizo cesar el malvado invasor». La frase *«echó por tierra la verdad»* significa que, por algún tiempo, suprimió la verdadera religión de los judíos. En ese tiempo, y para disciplina de Israel, Dios le consintió que *hiciera cuanto quería* sin que nadie le estorbara: «y *le acompañó el éxito».* Los horribles sacrilegios que Antíoco cometió (v. 1 Macabeos 1:44 y ss.) fueron una abominación con la que, de paso, Dios

castigaba el menosprecio con que los israelitas habían tratado los sacrificios que se ofrecían a Dios en el templo (v. Mal. 1:6–14).

(F) Igualmente, Daniel *oyó a un santo* (v. 13), esto es, a un ángel declarar el tiempo que tal sacrilegio había de durar. Alonso Díaz hace notar que «el grito *¿hasta cuándo?* refleja la fe bajo la prueba a través de los tiempos (Sal. 6:3; 74:9; 79:5; 80:4; 90:13)». Podemos ver otro *¿hasta cuándo?* similar en Apocalipsis 6:10. Aunque tanto la pregunta como la respuesta la hacen dos ángeles, el verdadero destinatario de la respuesta es Daniel, puesto que el versículo 14 comienza literalmente diciendo: «Y (él) *me dijo …».* Contra la opinión de Walvoord y muchos otros autores, y al seguir la de R. Culver y de los autores de *Search the Scriptures*, este traductor opina que el número 2.300 del versículo 14 indica las veces (no los días) que el sacrificio continuo estuvo en suspenso. 2.300 veces nos dan 1.150 días, un poco más de tres años; esto coincide con lo que sabemos por los libros históricos, especialmente por los de los Macabeos, ya que la profanación del templo hasta llegar a la suspensión del sacrificio se llevó a cabo en el año 168 a. de C., mientras que Judas Macabeo llevó a cabo la purificación y rededicación del templo el 25 de diciembre del 165.

Versículos 15–27

1. Daniel tiene un vivo deseo (v. 15) de comprender la visión y, para cumplirle este deseo, un personaje (v. 16), cuya voz se describe como «*voz de hombre*», ordena al ángel Gabriel que le explique a Daniel la visión. Quién sea dicho personaje no está claro. Dice Walvoord: «La voz de hombre puede ser la de Miguel el Arcángel o incluso la voz de Dios, pero no es identificada en el texto. Calvino cree que el hombre que habla es Cristo». A esta opinión me adhiero (nota del traductor).

2. Gabriel obedece la orden y se acerca (v. 17) a Daniel para explicarle la visión. Con esto, Daniel *se sobrecoge* de espanto y *se postra sobre su rostro.* Es la misma reacción que vemos en Juan en Apocalipsis 1:17, en Ezequiel (Ez. 1:28; 44:4) y en Nabucodonosor con respecto al propio Daniel (Dn. 2:46). Posteriormente, *«mientras Gabriel sigue hablando»* (v. 18), Daniel pierde el conocimiento, pero el ángel le toca para que *se ponga de pie.*

3. Dentro del contexto histórico del presente capitulo, los versículos 17–19 son sumamente difíciles de interpretar. Por una parte, tenemos expresiones como *«el tiempo del fin»* (v. 17, al final), *«al fin de la ira; porque el fin está fijado»,* así como las descripciones de los versículos 23–25, que parecen apuntar a un «fin» escatológico. Por otra parte, todo el contexto del capítulo indica que lo que se dice aquí se cumplió en la persona de Antíoco IV Epífanes. El gran experto en profecía Dr. J. D. Pentecost, defiende, con gran despliegue de argumentos, que la profecía de este capítulo es de doble cumplimiento, al ser Antíoco tipo del Anticristo. Este sentido típico real es admitido incluso por un autor amileniarista como Leupold.

4. La explicación que el ángel dio a Daniel de esta visión.

(A) Con respecto a las dos monarquías de Persia y Grecia (vv. 20–22). El *carnero* significaba la sucesión de los reyes de Media y Persia; el *macho cabrío* significaba los reyes de Grecia; el *cuerno grande* era Alejandro; los *cuatro cuernos* que surgieron en su lugar son los cuatro reinos que vimos en el versículo 8. Refiere Flavio Josefo que, cuando Alejandro había capturado Tiro y marchaba hacia Jerusalén, Yaddas, que era a la sazón el sumo sacerdote, al temer la ira del macedonio, recurrió a Dios en oración y se le avisó en sueños que, cuando se acercase Alejandro, abriesen las puertas de la ciudad y que Yaddas y los demás sacerdotes saliesen a su encuentro vestidos con sus vestiduras sacerdotales, y todo el pueblo vestido de blanco. Al ver este grupo a distancia, Alejandro se fue, él solo, hacia el sumo sacerdote y, postrándose en el suelo, le saludó; y, al preguntarle uno de sus capitanes por qué lo hacia, contestó que, mientras estaba aún en Macedonia y cavilaba sobre la conquista de Asia, se le apareció un hombre vestido como aquél, quien le invitó al Asia y le aseguró que tendría éxito en conquistarla. Los sacerdotes le condujeron al templo, donde ofreció sacrificio al Dios de Israel según le instruyeron, y ellos le mostraron este libro del profeta Daniel, donde se predice que un griego había de destruir a los persas, lo cual le animó en su expedición contra Darío. Por esta causa, él tomó bajo su protección a los judíos y su religión y prometió portarse benignamente con los de esa religión que viviesen en Babilonia y Media, adonde él se dirigía ahora.

(B) En cuanto a Antíoco y a la persecución que llevó a cabo contra los judíos. Se dice que esto había de ocurrir (v. 23) *«al fin del reinado de éstos* (los cuatro reinos del v. 22), *cuando las transgresiones*

lleguen a su colmo». Será *un rey altivo de rostro* (v. 23b), sin temor de Dios ni de los hombres, *y experto en intrigas,* hábil y astuto en tramar planes malvados. Con todo, había de ejercitar su poder *no con fuerza propia* (v. 24), sino con el permiso de Dios (comp. con Ap. 17:17). Sus planes eran de destrucción: *«causará grandes ruinas … y destruirá a los fuertes y al pueblo de los santos».* En todas estas expresiones el ángel se refiere al pueblo judío. Y de la misma manera que ha prosperado por habérselo permitido Dios para disciplina de Su pueblo, también *será quebrantado* (v. 25, al final) por mano de Dios, *contra el que se habrá levantado* al profanar el templo del Dios viviente y colocar allí la imagen de Júpiter Olímpico. Del quebrantamiento de Antíoco nos da cuenta el *Libro Primero de los Macabeos,* 6:1–16. Enterado de los fracasos de su ejército en Palestina y otros lugares, cayó enfermo y, al sentir que su muerte estaba próxima, dijo lo siguiente: *«Ahora caigo en cuenta de los males que hice en Jerusalén, cuando me llevé los objetos de plata y oro que en ella había y mandé exterminar sin motivo a los habitantes de Judá. Reconozco que por esta causa me han sobrevenido los males presentes y muero de inmensa pesadumbre en tierra extraña»* (1 Mac. 6:12, 13. *Biblia de Jerusalén*). Antíoco murió en el otoño del año 164 a. de C., en un lugar próximo a Babilonia.

5. Llegamos así (vv. 26, 27) a la conclusión de esta visión y al encargo que recibió Daniel de mantenerla en secreto (v. 26): «*y tú guarda la visión, porque es para días lejanos*» (unos 300 años después de la visión). *Daniel quedó quebrantado* (v. 27) hasta tener que guardar cama *durante algunos días.* Ya recuperado, *volvió a ocuparse en los asuntos del rey* en Babilonia, lo cual «prueba que había estado en Babilonia todo el tiempo y que su presencia en Susa había sido puramente en visión» (Jeffrey, citado por Walvoord).

CAPÍTULO 9

I. Oración de Daniel por la restauración de su pueblo, que todavía estaba en cautiverio (vv. 1–19). II. Respuesta inmediata, por medio del ángel Gabriel, a esta oración, con la profecía de las setenta semanas (vv. 20–27). Esta es una de las profecías más importantes del Antiguo Testamento. Según el propio M. Henry, «la profecía más clara del Mesías en todo el Antiguo Testamento».

Versículos 1–3

1. Fecha de la oración de Daniel y de la profecía subsiguiente: *«En el año primero de Darío»* (el mismo Darío del cap. 6), es decir, en 538 a. de C. De él se dice que era *«hijo de Asuero»,* el cual no puede ser el mismo Asuero del libro de Ester, pues vivió casi un siglo más tarde que el presente.

2. Investigación que llevó a cabo Daniel sobre los años que había de durar la cautividad de Babilonia (v. 2). Daniel *miró atentamente* en la profecía de Jeremías y sacó la conclusión de que la desolación de Jerusalén estaba a punto de acabarse (v. Jer. 25:11, 12; 29:10–14).

3. Equivocación que sufrió Daniel en el cómputo de los setenta años. Daniel contaba a partir de la fecha en que Jerusalén había capitulado ante Nabucodonosor (año 605 a. de C.), y que era precisamente la fecha en que él mismo había sido deportado, con algunos otros, a Babilonia. Sin embargo, la destrucción del templo y de la ciudad se llevó a cabo el año 586 a. de C., con lo que el error de Daniel era de más de 18 años con respecto al cómputo correcto.

4. Daniel decide (v. 3) dirigirse en oración a Dios, y acompaña su oración con las señales que solían indicar la pesadumbre por el pecado: *«buscándole en oración y ruego, con ayuno, saco y cenizas* (lit. *polvo)».* Vemos aquí a Daniel dispuesto a interceder por los pecados de su pueblo, incluyéndose a sí mismo.

Versículos 4–19

Tenemos aquí la oración de Daniel, una de las más admirables del Antiguo Testamento. 1. Comienza con una introducción reverente (v. 4), en la que da gloria a Dios: (A) Como a un Dios que debe ser temido: *«¡Ah, Señor, Dios grande, digno de ser temido,* tú que puedes enfrentarte con el mayor y más

terrible de los enemigos de Tu pueblo». (B) Como a un Dios que debe ser creído y en quien puede depositarse una confianza absoluta: *«que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y,* como prueba de ese amor, *guardan tus mandamientos»*. Es un Dios que mejora Sus promesas, pues añade a Sus palabras misericordia, algo más de lo que había en la letra del pacto. Fue muy apropiado el que Daniel pensase en la misericordia de Dios ahora que iba a poner ante Su presencia las miserias del pueblo y el que, por decirlo así, le hiciese a Dios a la memoria el cumplimiento de Sus promesas.

2. Sigue con una penitente confesión del pecado (vv. 5, 6). Cuando rogamos a Dios por bendiciones de carácter nacional, debemos humillarnos por los pecados de carácter también nacional. Dos circunstancias hacían más graves dichos pecados: (A) Con ellos habían quebrantado las leyes (v. 5) que Dios les había dado por medio de Moisés. (B) Con ellos habían menospreciado los amables avisos (v. 6) que Dios les había hecho por medio de los profetas.

3. Aquí tenemos un reconocimiento humilde de la justicia de Dios en todos los castigos que ha impuesto a Su pueblo: *«Las rebeliones con que se rebelaron contra ti»*—dice (v. 7, al final)—eran la causa de todas las aflicciones que el pueblo había sufrido. Era algo de lo que todo el pueblo presente, y sus padres, debían avergonzarse (v. 8). Los versículos 10–14 detallan las rebeliones del pueblo y los castigos que Dios les infligió por esas rebeliones:

(A) Al hacerse solidario de los pecados de su pueblo, dice Daniel (v. 10) «*No obedecimos a la voz de Jehová nuestro Dios, etc.»*. Como hace notar Ryrie, «Daniel se hace solidario de los pecados de su pueblo 32 veces en esta notable oración de confesión». *«Todo Israel—añade* (v. 11) *traspasó tu ley, apartándose para no obedecer tu voz.»* Y más adelante (vv. 13 y 14): «… *y no hemos implorado el favor de Jehová nuestro Dios, para convertirnos de nuestras maldades y prestar atención a su verdad … pero nosotros no hemos hecho caso de su voz»*. Si los hombres fuesen llevados rectamente a *considerar la verdad de Dios* y a someterse al poder y a la autoridad de Su Palabra, se volverían del extravío de sus caminos. El primer paso para ello es *implorar el favor de Jehová nuestro Dios,* a fin de que la aflicción sea santificada antes de ser retirada.

(B) Daniel confiesa que Dios ha sido justo al castigar los pecados del pueblo. Por eso, dice, *«ha caído sobre nosotros la maldición y el juramento que está escrito en la ley de Moisés»* (v. 11, alude a Lv. 26:14 y ss.; Dt. 27:15 y ss.; 28:15 y ss.; 29:20, 27, etc.). En concreto, al referirse a los pecados que habían provocado directamente la ruina de Jerusalén *(«tan grande mal …»*—v. 12b—), dice que *«ha cumplido la palabra que habló contra nosotros»* (v. 12a, comp. con Is. 1:10–31; Mi. 3). Esta confesión de la justicia de Dios al castigar a Israel con tan terrible ruina tiene su clímax y compendio en el versículos 14: *«Por tanto, Jehová veló sobre este mal y lo ha hecho venir sobre nosotros, porque es justo Jehová nuestro Dios en todas las obras que ha hecho»*. Porteous hace notar (citado por Walvoord) que el verbo *veló,* que puede traducirse también por «se mantuvo dispuesto» o «vigilante», es el mismo que usa Jeremías para decir que Dios estuvo atento a Su palabra para ponerla por obra (Jer. 1:12; cf. 31:28; 44:27).

4. Tenemos luego una confiada apelación a la misericordia de Dios. (A) Dios siempre ha estado dispuesto a perdonar el pecado (v. 9). Es *«un Dios de perdones»* (Neh. 9:17b. Lit.), *«amplio en perdonar»* (Is. 55:7, al final). (B) Daniel se remonta al pasado para dar aliento a su fe (v. 15): *«Señor Dios nuestro, que sacaste tu pueblo de la tierra de Egipto con mano poderosa, etc.* ¿Y no nos sacarás ahora de Babilonia con esa misma mano poderosa? ¿No ha dicho Dios que su liberación de Babilonia había de oscurecer a la que llevó a cabo al sacarles de Egipto (Jer. 16:14, 15)?»

5. Viene después una patética queja del oprobio bajo el que se hallaba el pueblo de Dios, y de las ruinas en que yacía el santuario de Dios. Sus vecinos se reían de ellos hasta el escarnio (v. 16) y se alegraban de su desgracia (comp. con Éx. 32:12). El lugar santo de Dios estaba en ruinas; Jerusalén, la ciudad santa, hecha oprobio de Israel (v. 16); el *santuario, asolado* (v. 17); los altares, demolidos; todos los edificios, reducidos a cenizas.

6. Su oración se hace santamente importuna al rogar a Dios que restaure la condición de los judíos cautivos: *«Oh Señor, conforme a todos tus actos de justicia* (v. 16), que son también actos de misericordia, *apártese ahora tu ira y tu furor de sobre tu ciudad Jerusalén, tu santo monte … Ahora, pues* (v. 17), *Dios nuestro, escucha la oración de tu siervo y sus ruegos»*. Atendamos bien al objeto de sus peticiones:

(A) Pide que Dios *aparte Su ira y Su furor de Jerusalén, Su santo monte* (v. 16). Esto es lo que todos los santos temen y así es como todos ellos imploran a Dios. No ruega directamente para que Dios los

aparte a ellos del cautiverio (que Jehová obre con ellos como mejor le parezca a Sus ojos), sino, en primer lugar, que *se aparte la ira de Dios. Si* se quita la causa, cesará el efecto.

(B) Pide a Dios *que Su rostro resplandezca* (v. 17, comp. con Nm. 6:25) *sobre el santuario asolado.* El resplandor de la faz de Dios sobre las desolaciones del santuario es el único medio de que el santuario sea reparado, y sobre ese fundamento ha de ser reedificado. Por consiguiente, si los que aman el santuario quieren empezar su obra por el lado correcto, deben primero implorar con ahínco el favor de Dios.

7. Tenemos varios alegatos y argumentos con que Daniel refuerza sus peticiones. Dios nos permite, no sólo orar, sino también apelar, no para moverle a Él (pues sabe bien lo que va a hacer), sino para movernos a nosotros mismos y avivar nuestra fe.

(A) Confiesa que no merecen el favor de Dios, pues no dependen de ninguna justicia propia, sino sólo de la misericordia divina (v. 18). Ya Moisés le había dicho a Israel (Dt. 9:4, 5) que lo que Dios hiciese por ellos no se debería a la justicia de ellos ni a la rectitud de su corazón.

(B) Se anima a orar a Dios, y toma de Dios mismo el ánimo para orar, sabedor de que Dios les favorecerá y perdonará en atención a la gloria de Su santo nombre: *«¡No tardes más, en atención a ti mismo, Dios mío!»* (v. 19b. También al final del v. 17). En fin de cuentas, *«Suyo es el tener compasión y el perdonar»* (v. 9). Todo aquello por lo que pide es algo que le atañe de cerca a Dios: *«tu pueblo»* (v. 15), *«tu ciudad Jerusalén, tu santo monte»* (v. 16), *«tu santuario asolado»* (v. 17), *«la ciudad sobre la cual es invocado tu nombre»* (v. 18b), *«porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo»* (v. 19, al final). Es como un eco del Salmo 119:94: *«¡Tuyo soy yo, sálvame!»*

Versículos 20–27

La respuesta que recibe inmediatamente la oración de Daniel contiene una de las más ilustres predicciones que acerca de Cristo se hallan en el Antiguo Testamento.

I. El tiempo en que se dio esta respuesta.

1. Fue mientras Daniel estaba en oración. Esto es lo que él mismo pone de relieve al decir (v. 21): *«aún estaba hablando en oración»*. Antes que se levantase de sus rodillas y cuando quizás estaba dispuesto a seguir implorando con vehemencia, le vino del cielo la respuesta. Así se cumplía lo que Dios había dicho por Isaías (Is. 65:24b): *«Mientras aún estén hablando, yo habré oído»*. Daniel había orado con gran fervor (vv. 18, 19), y Dios le envió un ángel, nada menos que el ángel Gabriel, para darle una respuesta asombrosa. No podemos esperar que Dios envíe por medio de ángeles la respuesta a nuestras oraciones, pero si oramos con fervor por aquello que Dios ha prometido, podemos, por fe, tomar la promesa como respuesta inmediata a nuestra oración; pues *fiel es el que prometió.* A Daniel le fue descubierto mucho más y mejor de lo que había rogado.

2. Fue (v. 21, al final) *«como a la hora del sacrificio de la tarde»*. El altar estaba en ruinas y no se ofrecía, por tanto, ninguna oblación sobre él, pero los judíos piadosos, durante su cautiverio, tenían en cuenta diariamente el tiempo en que habrían sido ofrecidos el sacrificio matutino y el vespertino, y esperaban que *sus oraciones subiesen a la presencia de Dios como el incienso,* y que *el alzar de sus manos,* y del corazón con las manos, fuese aceptable a los ojos de Dios *como la ofrenda de la tarde* (Sal. 141:2). La oblación de la tarde o sacrificio vespertino era tipo del sacrificio que Cristo había de ofrecer en la tarde del Viernes Santo y en el atardecer del mundo; era en virtud de este sacrificio futuro de Cristo como fue aceptada la oración de Daniel cuando imploraba a Dios *en atención a Su nombre.*

II. El mensajero por medio del cual fue enviada esta respuesta. No se le dio a Daniel en un sueño ni por medio de una voz procedente del cielo, sino que fue enviado un ángel con este propósito, quien se apareció a Daniel en forma humana para dar respuesta a su oración. Gabriel como ángel y Miguel como arcángel son los únicos seres angélicos que se mencionan por su propio nombre en las Escrituras canónicas. De Gabriel dice Daniel (v. 21b) que era *«el varón a quien había visto en la visión al principio»* (comp. con 8:16). Nótese la forma como se dirige Gabriel a Daniel al anunciarle el propósito de su visita (vv. 22, 23):

1. *«Daniel*—le dice (v. 22b), *he salido ahora para ilustrar tu inteligencia.»* Dice Walvoord: «Aunque la oración de Daniel no iba dirigida a su propia necesidad de entender los procedimientos de Dios con el

pueblo de Israel, ésta es la suposición que subyace a toda su oración. Dios, en una palabra, quiere dar a Daniel seguridades sobre Su inconmovible propósito de cumplir todo lo que se ha comprometido a hacerle a Israel, incluida su restauración final».

2. *«Al principio de tus* ruegos—continúa el ángel (v. 23)—*fue dada la palabra* (lit.), y yo *he venido para revelártela.»* Le había revelado anteriormente (8:19) las aflicciones del pueblo bajo Antíoco, pero ahora tenía mayores y mejores cosas que revelarle. En ese *«fue dada la palabra»* (lit.), es decir, la orden, ve M. Henry la probabilidad de que «saliese *la palabra, o el mandato, de Ciro de restaurar y edificar a Jerusalén».* M. Henry se equivoca de medio a medio en este cómputo, como veremos luego.

3. Grande sería el ánimo que Daniel recibiría al oír de labios del ángel Gabriel la frase (v. 23b): *«porque tú eres muy amado».* Esto de *«muy amado»* es como un epíteto que se repite otras dos veces (10:11, 19). Bien pueden tenerse por muy amados de Dios aquellos a quienes, y en quienes, tiene Él a bien revelarles *Su Hijo.*

III. El mensaje mismo es revelado, y queda registrado, con gran exactitud. Nota del traductor: Tanto M. Henry como Alonso Díaz no me sirven para nada en el resto del capítulo (vv. 24–27), pues no captan en forma alguna el sentido de la porción. Para dichos versículos tomaré prestado el material de mi libro *Escatología* 11, páginas 164–172, a la vez que recomiendo a mis lectores la lectura de, entre otras, las obras de J. D. Pentecost, *Eventos del Porvenir,* y E. L. Carballosa, *Daniel y el Reino Mesiánico.* Los que sepan inglés, disfrutarán con la lectura del libro de J. F. Walvoord *Daniel the Key to Prophetic Revelation*. Dichos versículos dicen así literalmente:

Versículo 24: *«Semanas setenta han sido decididas* (hebr. *nejtakh,* cortadas, conforme a la etimología del verbo "decidir") *sobre tu pueblo y sobre tu ciudad santa para acabar con la transgresión (o rebelión,* hebr. *pésha,* como en Is. 1:2) y *poner fin a los pecados* (hebr. *uljathem jattaoth,* un juego de palabras que expresa poner fin a algo que en sí es una barrera) y *expiar la iniquidad* (hebr. *awón) y hacer que venga justicia de eternidades* (es decir, *eterna), y sellar* (hebr. *ulajtom*, el mismo verbo de antes para "poner fin") *la visión y la profecía* (en hebreo no llevan artículo) y *ungir al santo de los santos».*

Versículo 25: *«Sabe entonces y entiende que, desde la salida de la palabra* (es decir, *de la orden) para restaurar y reedificar a Jerusalén hasta* (el) *Mesías Príncipe* (habrá) *semanas siete y semanas sesenta y dos. De nuevo será edificada* (con) *plaza y foso, incluso en angustia de tiempos* (esto es, *en tiempos angustiosos)».*

Versículo 26: «Y *después de las semanas sesenta y dos, será cortado* (esto es, *se le quitará la vida al) Mesías* (sin artículo en el original) y *en ninguna manera* (hebr. *ein,* negación fuerte) *para Él (o nada para Él),* es decir, *no tendrá nada* (según la versión más probable). Y *destruirá la ciudad y el santuario* (el) *pueblo de un príncipe que viene; y su fin* (será) *con una inundación, y hasta* (el) fin (habrá) *guerra, estricta decisión de desolaciones* (las desolaciones decretadas por Dios. V. 8:25)».

Versículo 27: «*Y hará* (el príncipe) *que prevalezca un pacto* (hecho) *a muchos* (por) *una* (numeral cardinal, no artículo indefinido) *semana. Y a mitad de la semana hará que cese el sacrificio y la ofrenda, y sobre un ala* (esto es, sobre el pináculo del templo) *de abominaciones* (habrá, o vendrá) *un desolador, incluso hasta completa destrucción. Y lo que ha sido decretado será derramado sobre* (el) *desolador».* Vemos que:

1. El hebreo tiene dos vocablos distintos, aunque de la misma raíz, para decir *siete. shéba,* que significa simplemente *siete,* y cuyo plural *(shibim)* es la segunda palabra del versículo 24 en el hebreo; y *shabúa,* que significa un *conjunto o período de siete* (días, años, etc.), es decir, una *hebdómada* (del griego) o *semana* (del latín *septimana,* donde se ve la raíz de *septem,* siete); el plural de *shabúa, shabuim,* es la primera palabra del versículo 24 en el original hebreo. Por tanto, si decimos *setenta semanas,* no necesitamos hacer ninguna aclaración; pero los autores ingleses suelen decir *setenta sietes,* por la sencilla razón de que, en inglés, *semana (week,* como el alemán *Woche)* no es de la misma raíz que *siete (seven).* Con todo, es más exacto decir *setenta hebdómadas* (como dice Carballosa) que *setenta sietes.*

2. Nadie discute que las *semanas* de Daniel significan *semanas de años.* Dice R. D. Culver:

Esta interpretación era común en la antigüedad. Daniel había estado pensando en un múltiplo de «siete» de años (9:1, 2; cf. Jer. 25:11, 12). Sabía que ese múltiplo (setenta años) era un tiempo de juicio por los 490 años de sábados quebrantados (490, dividido por 7, igual a 70. V. 2 Cr. 36:21). Además, había una común «semana» de años, que se usaba tanto en recuentos civiles como religiosos (Lv. 25, especialmente v. 8). No sólo esto, sino que cuando se desea referirse a semanas de días (Dn. 10:2, 3), se añade el vocablo hebreo para «días» *(yamim)* al de «semanas» *(shabuim) ...* y, lo más importante, si se

quiere dar un sentido literal a las semanas, únicamente un período de semanas de años cumple las condiciones que requiere el contexto.

3. Como advierten los autores de la obra *Search the Scriptures*, lo de *«acabar con la transgresión y poner fin a los pecados»* (v. 24b) «son expresiones paralelas que significan poner punto final al pecar de Israel (cf. Ro. 11:26, 27)». Puesto que, detrás de estas expresiones, viene lo de *«expiar la iniquidad»*, «poner fin al pecado» ha de significar algo así como «pronunciar sobre el pecado de Israel un juicio final, perdonador», conforme a Romanos 11:26, 27.

4. Como dice el texto sagrado (v. 24: *«sobre tu pueblo y sobre tu ciudad santa»),* esta profecía tiene que ver únicamente con Israel y con Jerusalén. De ahí la fuerza de la preposición hebrea *al*, sobre; como una carga que pesa sobre el pueblo judío: las pruebas, tribulaciones, persecuciones, etc., por las que Israel tendrá que pasar hasta que venga su Gran Libertador, que expíe sus pecados e introduzca la justicia en el nivel perfecto, tantas veces profetizado anteriormente.

5. Lo de *«expiar la iniquidad»* (v. 24c) «se refiere a la muerte de Cristo en la cruz, que es la base para el futuro perdón de Israel (Zac. 12:10; Ro. 11:26, 27)» (Ryrie). Puesto que el verbo para «expiar» es el mismo que se emplea para «limpiar o borrar», bien puede añadirse Zacarías 13:1.

6. La *«justicia eterna»*, en sentido de *perpetuidad* durante el tiempo prefijado (concepto ya conocido) apunta al reinado milenial de Cristo (comp. con Jer. 23:5, 6), mientras que lo de *«sellar la visión y la profecía»* equivale a decir que Dios ha puesto Su sello para ratificar el cumplimiento seguro de tal visión profética.

7. La expresión hebrea (v. 24, al final) *qodesh qodashim* puede significar el «Lugar Santísimo», «un sumo sacerdote», o ambas cosas a la vez: el sacerdote o el santuario. Lo más probable (contra lo que dije en mi libro *Escatología* 11, p. 165, nota 27) es que se refiera a la unción del Lugar Santísimo en el templo milenario, como señal del regreso de la presencia de Jehová para morar de nuevo en medio de Su pueblo.

8. El decreto (lit. *palabra)* al que hace referencia el versículo 25 es, como admiten hoy la mayoría absoluta de los autores, el de Artajerjes Longimano en el año 445 a. de C., según queda registrado en Nehemías 2:1 y ss. Al tener en cuenta que este decreto se dio en el mes de Nisán (esto es, últimos de marzo y primeros de abril), y que los 483 años que cubren las primeras sesenta y nueve semanas de Daniel llegan exactamente, según el cómputo más probable, al año 30 de nuestra era—la fecha más probable de la muerte del Señor—, se puede comprender mejor el lamento de Jesús en Lucas 19:41–44, especialmente la exclamación del versículo 42, donde está bien atestiguada la lectura: *«¡Si conocieses tú, Y POR CIERTO EN ESTE TU DÍA, lo que es para tu paz!»* ¡Era el día 9 de Nisán, y se cumplían precisamente en ESE DÍA las 69 semanas (483 años), tras de las que *el Mesías Príncipe había de ser cortado,* según el versículo 26. Es posible, como hacen notar los autores de *Search the Scriptures*, que a esto se refiriese el Señor cuando proclamaba (Mr. 1:15): *«El tiempo*—griego *kairós—se ha cumplido»,* y que a esto se debiese la creciente expectación (v. Mt. 2:1, 2; Lc. 2:25, 26; 3:15) de la Venida del Mesías.

9. Como puede verse (v. 25b), el texto sagrado distingue *«semanas siete»* antes de *«semanas sesenta y dos»*. En efecto, «la plaza pública y el foso fueron reedificados al tiempo en que se completaban las primeras siete semanas (49 años)» (Ryrie). Los *tiempos angustiosos* en que todo esto se llevó a cabo se comprenden con una somera lectura del libro de Nehemías.

10. Ese corte entre las primeras *«siete semanas»* y las *«sesenta y dos semanas»* restantes, que, a su vez (nótese bien), se separan también de la semana restante *la septuagésima semana,* se percibe aún con más claridad al comienzo del versículo 26: «Y *después de las semanas SESENTA Y DOS, será cortado, etc.»*. Al traducir dicho versículo 26 ya hemos dicho que la frase hebrea *(ein lo*, nada para Él) significa, según la versión más probable, *«no tendrá nada»*. ¡Qué bien encaja dicha frase en la manera como Cristo vivió y murió! ¡Siempre de prestado! Especialmente, en Su pasión y muerte: fue tenido por blasfemo en el tribunal religioso; por loco, en el del arte y el placer; por sedicioso, ante el tribunal político. Antes de morir fue despojado de todas sus ropas; y, ya en la cruz, otorgó el perdón a sus verdugos; el Reino, a un criminal; Su madre, a un discípulo. Y cuando ya lo había dejado todo, aún fue desamparado por Dios, ¿cabe mayor pobreza?

11. «El *pueblo* (v. 26b) *del príncipe venidero»* es, sin duda, el pueblo romano, pero el príncipe no es Tito (el que destruyó Jerusalén el año 70 de nuestra era), pues el contexto no cuadra con lo que de él sabemos. El texto sagrado dice de dicho príncipe *«que viene»,* porque ha sido introducido ya en 7:8, 24–26, y hace un pacto con el pueblo judío al comienzo del período de la Gran Tribulación. Pero, *a mitad de la semana septuagésima* (v. 27, comp. con 7:25b), quebrantará dicho pacto y profanará el templo, y hará

que cesen los sacrificios y se erigirá a sí mismo como objeto de adoración en el propio santuario (comp. con 2 Ts. 2:4).

12. Quizás el dato más importante de toda la porción, y la clave para la correcta exégesis del pasaje, es determinar quién es el sujeto del verbo hebreo *higbir*, vocablo con que comienza el versículo 27. La norma gramatical más elemental exige que el sujeto sea el antecedente más próximo, y ese antecedente no puede ser otro que *«el príncipe»* del versículo 26, como concede hasta un amilenarista como Leupold. El verbo *higbir* es la forma *Hiphil* (causativa) del verbo *gabar*, ser fuerte o prevalecer; por tanto, su sentido no es el de *confirmar un pacto ya existente*, sino el de *hacer que prevalezca, o hacer que se concierte, un nuevo pacto.* Los *muchos* con quienes el príncipe venidero concertará un pacto son, de modo especial (no exclusivo), los judíos, puesto que todo el contexto (vv. 24, 27) trata de *«tu pueblo y … tu ciudad santa».* Este pacto nadie lo ha hecho todavía. La rotura del pacto y la consumación de que habla el versículo 27 se comprenden mejor a la luz de Apocalipsis 13:4–7, a cuyo comentario remitimos al lector. Es evidente que el «pacto» será llevado a cabo entre el Anticristo y el pueblo de Israel, vuelto a su patria en los últimos días.

13. No cabe duda de que *el desolador* (hebr. *shomem)* al que alude el versículo 27 (al final) es *el príncipe venidero*, esto es, el Anticristo, sobre el cual pende un decreto divino de ruina, que *«será derramada sobre él»* (comp. con 7:11b; 2 Ts. 2:8; Ap. 19:20). Este es un dato que no puede aplicarse a Tito, el destructor de Jerusalén el año 70 de nuestra era, ya que, aunque murió joven (a los 40 años de edad), murió tranquilamente el año 81.

14. Finalmente, los versículos 26 y 27 nos hablan de una semana aparte, la septuagésima y última de la presente profecía, pues ya quedaron atrás *siete* (v. 25b) y *sesenta y dos* (vv. 25, 26), *después* de las cuales suceden los acontecimientos referidos en los versículo 26 y 27. De esta septuagésima semana hemos de decir:

(A) Que constará de *siete* años como las anteriores. Al ser las primeras 69 semanas de Daniel «semanas de años», no hay razón para negar que la septuagésima semana sea igualmente una semana de siete años.

(B) Que dicha semana está por venir, es decir, es plenamente escatológica. Esto se prueba por las siguientes razones:

(a) *«Después de las sesenta y dos semanas»* (v. 26) que siguen a las siete primeras, ocurren dos acontecimientos separados entre sí por unos 40 años: la muerte de Jesucristo y la destrucción de Jerusalén. Estos dos acontecimientos no caben en una sola *semana de años.* Luego si se admite un lapso aproximado de tiempo de 40 años no incluidos en una semana, no hay razón suficiente para descartar otro lapso mayor; sobre todo, cuando este lapso está de acuerdo con todo el contexto de la profecía. Separaciones similares pueden verse en muchos otros lugares del Antiguo Testamento, siendo el más notable Isaías 61:2, donde la primera parte del versículo se refiere a la Primera Venida de Cristo, y la segunda se refiere a la Segunda Venida (¡en un mismo versículo!).

Es interesante consignar que la prestigiada versión catolicorromana *Biblia de Jerusalén,* en nota a Daniel 9:25, y refiriéndose a «los Padres más antiguos de la Iglesia», declara lo siguiente: «Algunos remitían la última semana al fin de los tiempos». En esta misma línea, resulta también interesante consignar que la mayoría de los escritores eclesiásticos de los tres primeros siglos de nuestra era creían en un Milenio literal. Sólo después que la Iglesia oficial ganó la protección del Estado y comenzó a identificarse a sí misma con el Reino de Dios en la tierra, el milenarismo fue atacado y, finalmente, proscrito por la Sede romana. Esta «tradición» antimilenarista es la que heredaron los Reformadores (Lutero, Calvino, etc.), mientras identificaban erróneamente el papado con el Anticristo por ignorar el sentido de Apocalipsis 17 (v. el comentario a dicho cap.).

(b) Mateo 23:37–39 es posterior al relato de la entrada triunfal en Jerusalén, pero el versículo 39 habla de un rechazo que perdurará hasta la restauración del favor de Dios hacia el pueblo como tal (v., por ej., Zac. caps. 12–14; Ro. cap. 11). Pero si la semana septuagésima ya se ha cumplido, las bendiciones prometidas para ella se habrán cumplido también; lo cual no es cierto si tenemos en cuenta que toda la porción se refiere a Israel, no a la Iglesia.

(c) La comparación con Mateo 24:9 y ss. nos da a entender que el Señor Jesucristo coloca la semana septuagésima de Daniel al final de los acontecimientos profetizados en dicha porción, es decir, en los años que preceden inmediatamente a su Segunda Venida. La comparación con Hechos 1:6–8 nos hace ver

que queda por delante toda una «era» o *kairós* (sazón), que bien puede traducirse por *economía o dispensación.*

CAPÍTULO 10

Este capítulo y los dos siguientes presentan un solo panorama profético, comunicado a Daniel para provecho de Israel y nuestro, no por medio de signos y figuras, como antes (caps. 7 y 8), sino por medio de frases explícitas. En este capítulo tenemos detalles que forman como introducción a la profecía, y se nos muestran aquí: I. El solemne ayuno que Daniel se impuso, con otras señales de humillación de sí mismo, antes de que le fuese concedida esta visión (vv. 1–3). II. La visión en la que se le apareció gloriosamente el Hijo de Dios (vv. 4–9). III. El gran aliento que recibió Daniel para esperar una revelación tal de futuros acontecimientos que habría de ser útil a otros y a él mismo, y para que fuese capacitado en orden a comprender el significado de dicha revelación (vv. 10–21).

Versículos 1–9

Esta visión está fechada *en el año tercero de Ciro, rey de Persia* (v. 1), es decir, de su reinado después de la conquista de Babilonia; el tercer año desde que Daniel había comenzado a relacionarse con él. Era, pues, el año 536 a. de C., unos 72 años desde que Daniel había sido deportado a Babilonia; así que estaría ya por los 90 años de edad.

1. Una idea general de esta profecía (v. 1b): *«La palabra* (esto es, el mensaje) *era verdadera, y el conflicto* (es decir, la confrontación bélica) *grande.* A diferencia de anteriores visiones, que habían dejado a Daniel confuso y perplejo, de ésta se nos dice (v. 1c) que *«entendió el mensaje y tuvo entendimiento en la visión»* (lit.).

2. Relato de la mortificación que Daniel se impuso antes de tener esta visión (v. 2): *«Estuve en duelo*—dice—*por espacio de tres semanas»*. Sin duda, como ya vimos en 9:3 y ss., oraba y se humillaba al tiempo que se hacía solidario de los pecados y de los pesares de su pueblo. Hay quienes opinan que la ocasión de este prolongado duelo fue la indolencia de muchos judíos, quienes, aunque tenían libertad para regresar a su país, preferían continuar en el país de su cautiverio. Otros piensan que fue por haberse enterado de la obstrucción que ponían a la edificación del templo los enemigos de los judíos, quienes *sobornaban a los consejeros para frustrar sus propósitos* (de edificación—v. Esd. 4:4, 5), *todo el tiempo de Ciro, etc.* Durante estas tres semanas Daniel (v. 3) *no comió carne ni bebió vino, ni se ungió con perfume.*

3. Descripción de la gloriosa persona que Daniel contempló en su visión. Es opinión casi unánime de los autores que no fue otro que el propio Señor Jesucristo preencarnado. Estaba Daniel (v. 4) *a la orilla del gran río que es Jiddequel* (lit.), es decir, el Tigris. Probablemente estaría meditando a la orilla del río, como Isaac en el campo (Gn. 24:63). *Alzó los ojos* (v. 5) *y vio un varón vestido de lino, etc.* Todos los detalles de la visión se parecen tanto a la del Señor Jesucristo en Apocalipsis 1:13–15 que expositores de la talla de Young y Keil «consideran al varón como genuina teofanía o una aparición de Cristo como el Ángel de Jehová» (Walvoord). Sobre el tono general de la aparición dice el mismo Walvoord: «La impresión dada a Daniel fue que el cuerpo entero del varón en la visión era como una gigantesca joya transparente, que reflejaba la gloria del resto de la visión».

4. Impresión que esto le hizo a Daniel. Como en el caso de los que acompañaban a Saulo de Tarso (Hch. 9:7; 22:9), sólo Daniel vio la visión *«y no la* vieron—dice (v. 7)—los *hombres que estaban conmigo»*. Pero, aun cuando no vieron la visión, *«fueron presa de gran terror y huyeron a esconderse»*, probablemente entre los sauces que crecían a la orilla del río. Daniel mismo (v. 8) no pudo soportar la impresión que le hizo la visión, pues quedó completamente sin fuerzas y se le fue el color natural hasta el punto de que el original dice textualmente: «Y *mi color fue cambiado dentro de mí en corrupción»,* es decir, adquirió una palidez mortal. No obstante, oyó todavía (v. 9) las palabras del que le hablaba, y fue entonces cuando *cayó desmayado, dando con su rostro en tierra.*

Versículos 10–21

Poco a poco Daniel volvió en sí.

I. La mano que le había tocado le hizo levantarse del suelo, pero *de rodillas* (v. 10) y *apoyado en las palmas de las manos.* Después le hizo *ponerse de pie* (v. 11), pero aun así *se quedó temblando.* Dios hace que los Suyos se percaten de su propia debilidad antes de concederles fuerza y poder. Por fin recobró no sólo el uso de los pies, sino el de la lengua también (v. 16). Y lo primero que dijo fue excusarse de su silencio, pues no le habían quedado fuerzas (vv. 16, 17).

II. El varón que le hablaba le animó (v. 12) diciéndole: *«No temas»* (comp. con Ap. 1:17). A continuación le dio una información sumamente interesante.

1. Para animarle de veras a escuchar, repitió la frase que ya vimos en 9:23b: *«varón muy amado»* (v. 11), y la volvió a repetir (v. 19): *«muy amado, no temas»*. Con esto le aseguraba que Dios le estimaba de modo muy especial. Siguió animándole el varón (v. 19b) hasta que él recobró las fuerzas y dijo: *«Hable mi señor, porque me has fortalecido»*.

2. Le aseguró que su oración había sido oída (v. 12b) inmediatamente y que por eso había venido él. El motivo por el que no había llegado antes era (v. 13) que *«el príncipe del reino de Persia se me opuso*—dice el personaje en cuestión—*durante veintiún días»*, esto es, durante el tiempo preciso en que Daniel había estado de duelo (v. 2, *«tres semanas»).*

3. *Miguel, uno de los jefes de primer rango* (v. 13b), vino en ayuda del que así hablaba. Este dato hace que gran parte de los autores se niegue a identificar con el Señor preencarnado al personaje. Al seguir, con Carballosa, a E. Young, mi opinión es que esta circunstancia no impide que se trate aquí del Señor, pues estas «ayudas» no se deben a falta de poder de Dios, sino a condescendencia divina que usa la cooperación angélica y humana de muchas formas; entre ellas, la intercesión. Dos detalles, en mi opinión, avalan lo que venimos diciendo:

(A) Si el personaje en cuestión fuese el ángel Gabriel, como opinan la mayoría de los que niegan que se trate del Ángel de Jehová, esto es, el Cristo preencarnado, es muy extraño que no se le mencione por su nombre después de su mención explícita en la última parte del capítulo 9.

(B) Por el versículo 20 vemos que el de *«conforme a la semejanza de los hijos de Adán»* (v. 16. ¡Lit.!) es el mismo que viene hablando todo el tiempo. Es cierto que en las tres veces (v. 16, v. 17—dos veces—) en que ocurre la expresión *«mi señor»* el texto sagrado no dice *Adonay*, sino *Adoní*, pero ¡también es *Adoní* (no *Adonay)* el vocablo hebreo que hallamos en Salmos 110:1, y que precisamente usó el Señor Jesús (v. Mt. 22:44 y paral.) para demostrar Su mesianidad!

4. Una importante pieza de información, respaldada por otros lugares de la Biblia (v., por ej., Ef. 6:10 y ss.; Ap. 12:7), es que existe una lucha entre las fuerzas del mal y las fuerzas del bien, en la que actúan como jefes respectivos Satanás y el arcángel Miguel. Esta lucha sólo se acabará de forma definitiva después del Milenio (v. Ap. 20:10).

5. La porción da a entender claramente (vv. 13, 20) que las naciones tienen sus ángeles tutelares, aunque de la presente porción no pueda afirmarse con seguridad. Lo que sí es seguro es que Miguel es el ángel tutelar de Israel (v. 21, al final; 12:1; Ap. 12:7). Y, puesto que aquí se llama «príncipes» a los ángeles tutelares, no cabe duda de que *«el príncipe del reino de Persia»* es un ángel tutelar, pero no un ángel bueno, sino un ángel «caído», un demonio; posiblemente el propio Satanás, aun cuando la mención de Miguel para hacerle frente no basta para asegurarlo, ya que Miguel es el ángel tutelar de Israel, SEA CUAL SEA EL ENEMIGO INFERNAL QUE SE LE OPONGA.

6. La versión más probable de la frase final del versículo 13 es: *«porque yo había sido dejado allí con los reyes de Persia»*. ¿Qué tenían que ver los reyes de Persia con todo esto? La mejor respuesta, en mi opinión, a dicha pregunta es la que da Keil, quien, después de afirmar que los «reyes de Persia» es una referencia a los que sucedieron a Ciro, añade: «El plural denota que, al ser subyugado el demonio del reino de Persia, se le puso fin a su influencia no sólo sobre Ciro, sino sobre todos los siguientes reyes de Persia, a fin de que el conjunto de reyes persas se volviesen accesibles a la influencia del espíritu procedente de Dios y promoviesen la prosperidad de Israel».

7. El personaje declara a Daniel (v. 20) que tiene que volver *«para pelear contra el príncipe de Persia»,* lo que indica que la lucha a que se refiere anteriormente (v. 13) no se ha terminado todavía; más

aún, esa lucha persistirá cuando el poderío persa haya terminado a manos de Grecia, es decir, de Alejandro Magno. También el ángel «malo», tutelar de los intereses contrarios a Dios y, por consiguiente, a Israel, tendrá que ser subyugado por el personaje que habla y por Miguel (v. 21). Dice Walvoord: «La mención tanto de Persia como de Grecia dirige también nuestra atención a los principales imperios segundo y tercero que están implicados en las profecías de Daniel 11:1–35» (v. también 8:20, 21).

III. El *varón vestido de lino* (v. 5) que exhortó (v. 11) a Daniel a que *estuviese atento a sus palabras,* le dice ya (v. 21, comp. con v. 14) que va a *declararle lo que está consignado en el escrito de la verdad* (lit.), y lo va a hacer desde 11:2 en adelante. Walvoord cita de Jeffrey lo siguiente: «Leemos en el Talmud que, en el Día de Año Nuevo, se abrían los libros y se registraban los destinos (inglés *fates*, hados, suertes). Estas tablillas en el libro se mencionan frecuentemente en los Jubileos y en los Testamentos de los Doce Patriarcas; y en la Oración de José, preservada en Orígenes (*Philocalia* 23:15), leemos: "Porque he leído en las tablillas del cielo todo lo que os sucederá a vosotros y a vuestros hijos"».

CAPÍTULO 11

El varón vestido de lino cumple ahora la promesa que hizo, en el capítulo anterior, a Daniel de «hacerle saber (10:14) lo que había de suceder a su pueblo en los postreros días», conforme a lo que estaba «consignado (10:21) en el escrito de la verdad». I. Una breve predicción del establecimiento de la monarquía griega sobre las ruinas del imperio persa (vv. 1–4). II. Una predicción de los asuntos de los dos reinos de Egipto y Siria en recíproca referencia (vv. 5–20). III. Predicción del surgimiento de Antíoco IV Epífanes y de los males que causará al pueblo de Dios (vv. 21–35). IV. Profecía del Anticristo hasta introducirnos en la Gran Tribulación (vv. 36–45), siguiendo (en el cap. 12) hasta la resurrección final.

Versículos 1–4

1. El mismo *varón vestido de lino* del capítulo anterior continúa hablándole a Daniel aquí y le comunica los buenos servicios que ha hecho al país de Israel (v. 1): «Y yo *mismo*—dice—*en el año primero de Darío el medo, estuve para animarlo y fortalecerlo*». Este versículo muestra bien el empalme del capítulo anterior con el presente. La persona a quien este varón (el verbo indica un *estar* de tipo militar, guerrero) animó y fortaleció no fue Darío, sino (con la mayor probabilidad) el arcángel Miguel de 10:21, lo cual es otro tanto a favor de su identificación con el Ángel de Jehová o Mesías preencarnado. El primer año de Darío el medo es también el primer año de Ciro el persa (539 a. de C.), pues no cabe duda de que reinaron simultáneamente, estando encargado especialmente Darío de los asuntos de Babilonia, la capital caldea.

2. A continuación, dicho varón predice el reinado de cuatro reyes persas (v. 2) que reinaron después de Ciro: Su hijo Cambises II, el cual asesinó a su hermano Esmerdis, pero un sacerdote llamado Gautama se hizo pasar por Esmerdis y usurpó el trono; el tercero fue Darío Histaspes, llamado el Grande; el cuarto, su hijo Jerjes, llamado Asuero en el libro de Ester. Los datos que nos ofrece el versículo 2b coinciden con lo que de él sabemos por la historia secular. Destaca la derrota que sufrió, a manos de los griegos, en Salamina.

3. La profecía da un salto de más de un siglo (vv. 3, 4) para poner ante nuestros ojos *un rey poderoso o fuerte* (hebr. *guibbor*, como en Is. 9:6 «Dios *fuerte*»). Por lo que ya hemos visto en otros capítulos, en especial en 8:8, 22, sabemos que se trata aquí de Alejandro Magno, que *hará cuanto quiera*, es decir, reinará como un déspota; morirá sin sucesión y se repartirán sus conquistados territorios, además de su nativa Macedonia, cuatro generales suyos. No es que Alejandro careciese de descendencia. Pero, al morir él en plena juventud, su hermano Arideo se hizo proclamar rey de Macedonia, pero Olimpia, la madre de Alejandro, lo mató y envenenó a los dos hijos de Alejandro, Hércules y Alejandro. De esta forma, la familia de Alejandro acabó a manos de su propia madre.

Versículos 5–20

La presente porción nos ofrece una detallada profecía de lo que había de ocurrir en dos de los cuatro reinos en que resultó dividido el imperio de Alejandro Magno, a saber, Egipto y Siria, hasta llegar al comienzo del reinado de Antíoco IV Epífanes. Abarca, pues, un siglo y medio de historia. Al rey de Egipto se le llama en esta porción *«el rey del sur»*; y al rey de Siria, *«el rey del norte»*.

1. *El rey del sur* (v. 5a) que *se hizo fuerte* es Tolomeo I de Egipto (305–285 a. de C.). Vemos (v. 5b) que *uno de sus príncipes llegó a ser más fuerte que él.* Se refiere aquí a Seleuco I de Siria, el cual fue uno de los sucesores de Alejandro Magno, pero se le llama *uno de los príncipes* de Tolomeo porque, en un principio, fue protegido por éste y hasta llegó a ser uno de los generales del ejército egipcio; pero *llegó* a ser más fuerte que su protector, pues gobernó un imperio mayor y más fuerte (Siria y los territorios anexionados por Seleuco) que el egipcio. El versículo 6 se refiere a Tolomeo II (285–247 a. de C.), quien dio su hija Berenice en matrimonio a Antíoco II de Siria (261–246 a. de C.). El matrimonio se celebró bajo la condición de que el hijo de ambos había de ocupar el trono de Siria. Berenice y el hijo *fueron entregados* (v. 6b), como dice el texto sagrado, pues ambos fueron muertos por «intrigas de la primera esposa de Antíoco II» (Alonso Díaz).

2. Entra en escena (v. 7) *«un renuevo de sus raíces»*, Tolomeo III (247–222 a. de C.), hermano de Berenice, el cual atacó el reino del norte, donde reinaba Seleuco II (246–226 a. de C.), y volvió de Siria con gran botín, al que se refiere el v. 8. Después de esto, Seleuco II invadió Egipto (v. 9), pero su expedición no prosperó y *se volvió a su tierra* de vacío.

3. Los versículos 10–16 dan ciertos detalles importantes de las guerras llevadas a cabo por Antíoco III el Grande (223–187 a. de C.), de una parte, contra Tolomeo IV (222–205 a. de C.) y Tolomeo V (205–182 a. de C.), de la otra parte. La victoria se inclinaba unas veces del lado de Siria (v. 10), y otras veces del lado de Egipto (vv. 11, 12). Los versículos 13–17 nos refieren los éxitos de Antíoco III contra Egipto, después de los reveses sufridos en Rafia, a los que aluden los versículos 11 y 12. Los éxitos de Antíoco III se vislumbran en los versículos 15 y 16. Sobre el versículo 14 dice Alonso Díaz: «Parece que un grupo de Jerusalén, que está bajo el dominio de los Tolomeos, le es favorable (a Antíoco). Después de algunos incidentes bélicos, derrota a Tolomeo en Panion. Palestina pasa definitivamente del dominio lágida (los Tolomeos) al dominio seléucida».

4. Antíoco III, envalentonado con sus éxitos, da un paso más (v. 17) al *concebir el proyecto de poner bajo su dominación todo el reino* del sur. Para ello, dio a Tolomeo V por mujer a su hija Cleopatra. El final del versículo 17 nos dice que no tuvo éxito en sus planes. En efecto, en los años 196–191 a. de C., hizo una campaña en *las islas* (v. 18), pero, después de algunos éxitos iniciales, el general romano Lucio Cornelio Escipión, a quien se llama en el versículo 18b *«un príncipe»*, frenó la ambición del sirio derrotándole en las Termópilas (191 a. de C.), y en Magnesia (190 a. de C.). Antíoco hubo de retirarse (v. 19) *a las fortalezas de su tierra*, donde murió. Dice Alonso Díaz: «Antíoco III murió el 187 mientras asaltaba, según parece, un templo de Bel en Elimaida». El versículo 20 se refiere a Seleuco IV (187–175 a. de C.), quien gravó con tributos *«la gloria del reino»* (v. 17b. Lit.), es decir, *«la tierra gloriosa»* (Palestina) del versículo 16b. Poco después de esta exacción de impuestos, Seleuco murió *«no en ira ni en batalla»* (v. 20, al final), es decir, no murió en una riña ni en guerra, sino asesinado a traición por Heliodoro, el mismo exactor enviado por Seleuco a llevarse de Jerusalén los tesoros del templo (v. 2 Macabeos 3:1–40).

Versículos 21–35

Esta porción trata, por entero, de Antíoco IV Epífanes y de sus campañas en Egipto y en Palestina.

1. El sagrado texto llama a Antíoco Epífanes *«un hombre despreciable»* (v. 21), por la forma indigna de ocupar el trono y mantenerse en el poder (vv. 21, 22). No le pertenecía a él *«el honor de la realeza»*, pues el legítimo heredero de la corona siria era su sobrino, el hijo de su hermano Seleuco IV, pero Antíoco regresó inmediatamente a Antioquía y logró, *mediante intrigas* (v. 21b), usurpar el trono. El versículo 22 describe, según parece, la forma en que Antíoco aplastó toda oposición: *las fuerzas* que se oponían a que asumiese el poder. El *príncipe del pacto* (v. 22, al final) «debe de referirse a Onías III, sumo sacerdote en Jerusalén, que, por ser contrario al partido helenizante, fue depuesto por Antíoco Epífanes el 175 y sustituido en el cargo por su hermano Jasón (cf. 2 Mac. 4:7 y ss.)» (Alonso Díaz). Onías III fue posteriormente asesinado por orden de Antíoco, según Walvoord, aunque 2 Macabeos 4:30–38 trae una historia muy distinta: Onías fue asesinado por Andrónico, y «Antíoco, hondamente entristecido y

movido a compasión, lloró al recordarlo la prudencia y la gran moderación del difunto. Encendido en ira, despojó inmediatamente a Andrónico de la púrpura y desgarró sus vestidos, etc.» *(Biblia de Jerusalén).*

2. Los versículos 23 y 24 quedan algún tanto oscuros, de forma que hay quienes (como Alonso Díaz) los aplican «a la invasión de Palestina y a los saqueos efectuados allí». Esto es posible a la vista de la última frase del 24 «*y hasta un tiempo*» (lit.), lo que indica que Dios le paró los pies, además de la mención, al comienzo del versículo 24, de su *«tranquila entrada en lo más fértil de la provincia»* (lit.). Por otra parte, *«sus designios contra las plazas fuertes»* (v. 14, hacia el final) y todo lo demás de los versículos 25–27 nos pone al corriente de sus campañas en Egipto, donde dos sobrinos suyos (hijos de su hermana Cleopatra), Tolomeo VI Filométor y Tolomeo VIII Everguetes (gr. *Euergetes*, bienhechor), se disputaban el trono. Antíoco se puso de parte del primero, pero el año 169 a. de C., en una primera campaña contra Egipto, Antíoco hizo la guerra a su sobrino, derrotó al ejército egipcio y ocupó varias plazas fuertes (vv. 24b, 25a). Tolomeo le hizo frente (v. 25b) con un gran ejército, pero no pudo prevalecer contra él, pues fue traicionado (v. 25, al final) al ser «mal aconsejado por dos consejeros que vivían con él en palacio» (Alonso Díaz), según insinúa el versículo 26. El versículo 27 nos declara, aunque muy compendiosamente, las intrigas con que, con capa de amistad, se hacían mutuamente Antíoco y su sobrino Tolomeo, tan mentiroso el uno como el otro, pero, «como aclara la última parte del versículo 27, a pesar de toda su intriga, Antíoco cumplía la profecía puntualmente» (Walvoord).

3. Otra expedición de Antíoco contra Egipto. De la primera *volvió con gran riqueza* (v. 28) y, por ello, aprovechó la primera ocasión que se le presentó para invadir de nuevo Egipto. Pero antes, cuando volvía de Egipto, *«su corazón estaba contra el pacto santo»*, esto es, contra Israel, y, como sabemos por 1 Macabeos 1:20–28, saqueó el templo de Jerusalén y sembró la consternación en el pueblo. Esto ocurría en el otoño del año 169 a. de C. En el año 168 a. de C. *volvió de nuevo al sur* (v. 29), a Egipto, pero esta expedición no tuvo el mismo éxito que *la primera.* Las naves de *Kittim* que *desanimaron* a Antíoco, es decir, le obligaron a retirarse, eran las naves romanas bajo el mando de Gayo Popilio Laenas. Dice Alonso Díaz: «Kittim (cf. Nm. 24:24) significó primeramente una ciudad de la costa sur de Chipre y pasó a significar después las regiones costeras del Mediterráneo. Como *Kittim* son designados también los romanos en los manuscritos de Qumrán».

4. *No se quedó*, por eso, *inactivo* (v. 30) Antíoco, sino que volvió su rabia y su resentimiento contra los judíos, con la cooperación de algunos traidores de entre los propios israelitas, como Jasón, Menelao y los seguidores de éstos (v. 1 Mac. 2:18; 2 Mac. 6:1), cuya fidelidad había sucumbido ante los halagos de los invasores. Estos traidores son los que aparecen al final del versículo 30 como *«los que abandonan el santo pacto»*. Fue entonces (v. 31) cuando las tropas de Antíoco, junto con los traidores al pacto, profanaron el santuario. El altar fue profanado cuando Antíoco mandó sacrificar sobre él una cerda, prohibió que continuasen los sacrificios y erigió allí una estatua de Júpiter Olímpico, que es lo que, al final del versículo 31, se llama *la abominación desoladora* (lit.). Los detalles pueden verse en 1 Macabeos 1:54; 2 Macabeos 5:15 y ss.; 6:2.

5. No contento con estas abominaciones, Antíoco desencadenó una terrible persecución contra los judíos fieles al pacto. Aunque hubo quienes, seducidos con lisonjas, *violaron el pacto* (v. 32), hubo también quienes, como *pueblo que conoce a su Dios, se mantuvieron firmes y actuaron.* Por la historia de 1 Macabeos 2:39 y ss. hasta el final del capítulo 5, sabemos que dicha actuación se manifestó en forma de una especie de guerra santa, en la que se distinguió Judas Macabeo. Dice Carballosa: «En el año 166 a. de C., sólo unos meses después de comenzada la guerra, Matatías murió, y uno de sus hijos, Judas, le sucedió como líder del movimiento. Antíoco pensaba que su ejército aplastaría la rebelión en un corto tiempo, pero se equivocaba. El ejército sirio sufrió derrota tras derrota. En diciembre del año 164 a. de C., el ejército de los macabeos marchó triunfante por las calles de Jerusalén. El 25 de diciembre de ese año el templo fue purificado y rededicado el culto a Jehová». El texto sagrado (vv. 33–35) contempla la persecución y el conflicto bélico subsiguiente como un medio providencial para separar lo precioso de lo vil, y hace que *los sabios* con sabiduría de Dios salgan de la prueba *depurados, limpiados y emblanquecidos* (v. 35).

Versículos 36–45

Ya el versículo 35b daba a entender que, desde los sucesos narrados en la sección anterior *«hasta el tiempo final»*, quedarían muchas cosas por cumplir, *«porque el plazo fijado está aún por venir»*.

1. Es, pues, aquí, ya desde el versículo 36, donde no sólo todos los premilenaristas, sino aun amilenaristas de la talla de Keil y Leupold, ven un salto de muchos siglos, hasta ponernos delante de los ojos la figura del Anticristo, a quien se llama, con artículo, *«el rey»,* sin calificarlo por ahora como rey del norte o del sur. La descripción, aunque somera, que de él se hace en los versículos 36–39 no cuadra con lo que sabemos de Antíoco, de Herodes el Grande ni de cualquier otro personaje en quien los amilenaristas en general han visto cumplidas las características que aquí se reseñan.

(A) La primera frase del versículos 36 *(«hará lo que quiera»)* se ha cumplido en muchos déspotas; en este mismo capítulo y en el versículo 3 la hemos visto cumplida en Alejandro Magno. Pero lo que sigue del versículo 36 no se ha cumplido en ningún déspota; en cambio, la fraseología misma equivale a la que describe al Anticristo: (a) *«Se ensoberbecerá y se engreirá por encima de todos los dioses»* puede verse, en parecidos términos, en 2 Tesalonicenses 2:4, con respecto al Anticristo; (b) *«proferirá cosas inauditas contra el Dios de los dioses»* equivale a lo que, con respecto al Anticristo, leemos en Apocalipsis 13:5, 6.

(B) La exaltación de este personaje sobre todos los dioses se repite al final del versículo 37; pero hay otros dos detalles en dicho versículo que no encajan con lo que sabemos de cualquier personaje histórico de alguna importancia en los asuntos de este mundo: (a) *«no respetará a los dioses* (mejor que *al Dios) de sus padres»* es una frase que describe el rabioso ateísmo de este personaje siniestro. Dice Ryrie: «El Anticristo no tendrá respeto a ninguna religión ni a herencias religiosas. Será duro, cruel e inhumano». Tanto Antíoco Epífanes como Herodes y otros monstruos han tenido sus dioses. Déspotas verdaderamente ateos no se han conocido hasta el siglo XX. (b) Ya se entienda lo del *«deseo de las mujeres»* en sentido objetivo (desear mujeres) o subjetivo (lo que las mujeres desean), ninguno de estos dos sentidos pueden aplicarse a Antíoco ni a Herodes. Sin embargo, hay otras dos explicaciones de dicha expresión. La primera es la que identifica *«el deseo de las mujeres»* con Tamuz (el Adonis de los griegos), lo cual tiene el respaldo de Ezequiel 8:14. Esto no tendría mucho que ver con el Anticristo. La segunda, propugnada especialmente por A. Gaebelein, sostiene que «se refiere al deseo de las mujeres judías de llegar a ser la madre del Mesías prometido». Opine el lector.

(C) Los versículos 38 y 39 resultan difíciles de entender, en especial por la mención del *«dios de las fortalezas»* (v. 38), *«ese dios extraño»* (v. 39) con el que quiere suplir su ateísmo el Anticristo; pero un autor tan experto (¡y amilenarista!) como Keil (citado por Carballosa) escribe lo siguiente:

«El "dios de las fortalezas" es la personificación de la guerra, y la idea es ésta: no considerará otro dios sino solamente la guerra; el capturar fortalezas constituirá su dios, y adorará ese dios por encima de todo como su medio para obtener el poder mundial. De este dios, guerra como el objeto de deificación, podría decirse que sus padres no supieron nada, porque ningún otro rey había hecho de la guerra su religión, su dios, a quien ofreció en sacrificio todo, oro, plata, piedras preciosas, joyas.»

2. La mayoría de los autores, incluidos gran parte de los amilenaristas (y, entre ellos, aun los catolicorromanos como Alonso Díaz), entienden la porción de los versículos 40–45 como cosa del futuro. Dice Alonso Díaz: «Esta predicción incumplida sigue el esquema creado ya antes por la apocalíptica, que predecía un conflicto final entre los paganos y los judíos en las proximidades de Jerusalén (cf. Jl. 3:9–21; Zac. 12:2–9; 14:2, 3; Ez. 38–39, etc.)». En efecto, aunque estamos ante una porción difícil, una cosa es segura: La referencia es *al tiempo del fin* (v. 40) y ese *«él»* contra el que combaten tanto *el rey del sur* como *el del norte* no puede ser otro que el Anticristo. Veamos:

(A) Quiénes son esos dos reyes del sur y del norte que contienden con el Anticristo. Si el rey del sur representaba, en la primera parte del presente capítulo, a Egipto, es de esperar que lo incluya también ahora, pero, como hace notar Walvoord, «es probable que incluya mucho más que Egipto y puede ser identificado como un ejército africano». La opinión de este traductor es que se trata de una confederación árabe o, para ser más exactos, musulmana. En cuanto al rey del norte, caben pocas dudas de que se trata de la confederación aludida en los capítulos 38 y 39 de Ezequiel, es decir, una coalición comunista. Por muy extraño que parezca, estas dos confederaciones lucharán contra el Anticristo y sus fuerzas. No se olvide que, según 9:27, *habrá hecho un pacto con muchos,* incluidos los judíos, por una semana, y que, *al entrar en la tierra gloriosa* (v. 41, comp. con v. 16 y 8:9), tendrá su base militar en Palestina.

(B) Al invadir, entre otras tierras (v. 40, al final), la Palestina (v. 41a), el sagrado texto especifica que el Anticristo matará a muchos («y *muchos caerán»*—RV 1977. Ésa es la versión correcta—), *«pero* (v. 41b) *escaparán de su mano Edom, Moab y la mayoría de los hijos de Edom»,* lo cual está de acuerdo con lo que leemos en Isaías 11:14; Jeremías 48:47; 49:6.

(C) Los versículos 42 y 43 dan a entender que el Anticristo no se contentará con derrotar al rey del sur, Egipto y sus aliados árabes, sino que *se apoderará de sus tesoros.* La frase final del versículo 43 dice literalmente: «*y los libios y los etíopes* (seguirán) *en sus pasos»,* es decir, vendrán también a formar «parte de sus dominios» (Ryrie), lo cual es natural, puesto que serán aliados de Egipto.

(D) Los versículos 44 y 45 nos ofrecen un resumen de lo que Apocalipsis describe con todo detalle. Las *noticias del oriente y del norte* que *lo atemorizarán* se refieren, con la mayor probabilidad, a la gigantesca invasión procedente del oriente (China) que vemos en Apocalipsis 9:13–21 y 16:12: «*… doscientos millones. Yo oí su número»*—dice Juan (Ap. 9:16)—. Es curioso hacer notar que esa cifra precisamente representa el número de hombres que la China comunista puede poner hoy en pie de guerra. Los *del norte* serán los restos de la confederación comunista, en cuyo auxilio habrán venido las fuerzas del oriente. El choque de las fuerzas del Anticristo con ese ejército colosal habrá de ser, por fuerza, tan aterrador que no es extraño que el ángel de Apocalipsis 9:15 anuncie *la matanza de la tercera parte de la humanidad.* Una comparación de esto con la guerra de Gog y Magog que se predice en Ezequiel, capítulos 38 y 39, daría a entender que las guerras del Anticristo, en las que el pueblo de Israel se ve envuelto de una u otra manera, son *dos,* no una: la primera (de la que habla el v. 44) tendría que ver con la gran batalla de Armagedón (Ap. 16:16). Después de esto tendríamos al Anticristo en paz y triunfante, y habrá trasladado su cuartel general desde un punto de Palestina *«entre los mares y el monte glorioso y santo»* (v. 45a) al centro de la Comunidad Europea, Roma (Ap. caps. 17 y 18), donde todavía se habrá sostenido la religión apóstata a lomos de la Bestia (v. Ap. 17:3); la segunda guerra será la que el Anticristo y sus fuerzas llevarán a cabo contra el pueblo de Dios, y cuya batalla decisiva se librará en las afueras de Jerusalén (Zac. 14:2–4; Ap. 19:19). Allí es donde el Anticristo y sus fuerzas *habrán llegado a su fin, sin que tenga quien le ayude* (v. 45b, comp. con Ap. 19:20).

CAPÍTULO 12

Después de la predicción de las aflicciones que el pueblo de Dios había de sufrir a manos de Antíoco Epífanes y, al final de los tiempos, a manos del Anticristo. I. Los consuelos que sostienen (y sostendrán) al pueblo de Dios en tiempos de aflicción (vv. 1–4). II. Una conversación llevada a cabo entre el Cristo preencarnado y un ángel con respecto al tiempo en que habían de suceder estos acontecimientos (vv. 5–7). III. Pregunta de Daniel acerca del fin, y respuesta que recibe para su satisfacción (vv. 8–13).

Versículos 1–4

1. *En aquel tiempo* (v. 1) es el tiempo del fin, pues se refiere al tiempo del contexto anterior (11:36–45), que es el de la segunda parte del período de la Gran Tribulación. Dice el jesuita Alonso Díaz: *«En aquel tiempo,* por el contexto, claramente se refiere al "tiempo del fin" (cf. 11:40–45). *Momento de angustia …* es también una frase escatológica (cf. 24:2 1; Mr. 12:19; Jl. 2:2)». Podría haber añadido uno de los principales lugares de referencia: Jeremías 30:7b, *«tiempo de angustia para Jacob».* Las frases siguientes (v. 1b): *«cual nunca lo hubo hasta entonces, desde que existen las naciones»,* nos recuerdan las palabras del Señor Jesucristo en Mateo 24:21.

2. Una vez más se menciona (v. 1a) a *Miguel, el gran príncipe* (esto es, arcángel) *que está de parte de los hijos de tu pueblo*—se le dice a Daniel, es decir, del pueblo judío—. *Se levantará* tiene tono militar, y coincide con lo que, de la actividad de Miguel, sabemos por lugares como 10:13 y Apocalipsis 12:7. Aquí, es claro que Miguel se alza contra el Anticristo y sus fuerzas.

3. La última parte del versículo 1 dice literalmente: «*Y en aquel tiempo será librado* (hebr. *yimmalet) tu pueblo: todo el que sea hallado escrito en el libro».* Este libro es *«el libro de la verdad»* que ha sido mencionado en 10:21. La frase, pues, no se refiere a la salvación eterna, sino a la preservación temporal. Esto concuerda con lo que leemos en Ezequiel 20:38; 34:12 y ss.; Mateo 24:22, 31, etc.

4. El versículo 2 declara, sin lugar a dudas, *la resurrección de los muertos,* pero hay una notable diferencia entre las dos partes del versículo. (A) Nótese que el texto sagrado no dice *todos,* sino *muchos.* También es de notar que, de estos *muchos,* se dice que *duermen en la tierra del polvo* (lit.), es decir, en el sepulcro. Nadie niega que todos ellos son salvos, pues la propia terminología lo avala. (B) La segunda

parte hace una división que, a la vista de Apocalipsis 20:4–6, no tiene por qué cumplirse simultáneamente (v. el comentario a Jn. 5:29). Es aquí donde tenemos, no la única, pero sí la más explícita referencia a la resurrección corporal en todo el Antiguo Testamento. Permítaseme transcribir un interesante comentario (dentro de un *excursus)* del jesuita Alonso Díaz:

«Tanto en el versículo 1 como en el versículo 2 se trata del *pueblo escogido.* El doble grupo está sin duda constituido en ambos versos por los justos y los pecadores. El primer grupo tendrá como recompensa la vida; el segundo grupo, la muerte y la corrupción.

Las esperanzas escatológicas se conservan todavía terrenas y, por lo tanto, para participar de ellas se precisa la resurrección. La resurrección está en función de la remuneración.

La resurrección de los pecadores y la resurrección universal habían de ser un desarrollo posterior.

La idea de resurrección universal, que incluye también a los pecadores, en los pocos textos en que aparece en el Nuevo Testamento claramente (Jn. 5:28), sólo fue posible cuando las ideas de *muerte* y de *vida* estuvieron más o menos espiritualizadas. La resurrección, por su naturaleza, sólo se puede entender para la vida y no puede ser, sino prerrogativa de los justos. Hubiera sido inverosímil que la primera vez que se habla de resurrección (vuelta a la *vida,* considerada como una *gran recompensa)* se aplicase a los pecadores.»

La forma en que Alonso Díaz entiende el versículo 2 queda resumida, en sus propias palabras, del modo siguiente: «De los que duermen en el polvo, unos resucitan, otros no resucitan. Unos (los que resucitan) es para la vida eterna, otros (los que no resucitan) es para el oprobio eterno». Debo añadir que Alonso Díaz no niega la doctrina bíblica de la resurrección universal, ni la de la retribución eterna en el cielo o en el infierno, sino *el concepto de resurrección en Daniel.* No olvidemos que la divina revelación es fragmentaria y progresiva hasta el momento en que *Dios nos habló, en estos últimos días, en el Hijo* (He. 1:1, 2).

5. El versículo 3 expresa una bendición general para los que enseñan a otros el camino de la verdad y de la virtud, pero se aplica directamente a los que, como dice Ryrie, «comprenderán el engaño del Anticristo. Conducirán también a otros a la verdad durante el período de la Tribulación».

6. A continuación, Daniel (v. 4a) recibe la orden de *«guardar en secreto las palabras y sellar el libro hasta el tiempo del fin».* El mismo Ryrie explica en pocas palabras lo que esto significa: «No es que su significado (el del libro) haya de ser dejado sin explicación, sino que el libro había de ser preservado intacto, para ayudar así a los que vivan en los días de la Tribulación futura».

7. La segunda parte del versículo 4 es bien conocida. Dice en nuestra Reina Valera: *«Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia se aumentará».* La explicación más corriente de estas frases es que, en los últimos tiempos (como ya se comienza a ver), la gente viajará mucho y a gran velocidad, debido a los adelantos crecientes de la técnica; y también aumentarán rápidamente, y de modo extraordinario, los inventos y, en general, los conocimientos científicos. Dos cosas son ciertas: (A) Que las frases tienen que ver con el libro; así lo exige el contexto. (B) Que el hebreo *haddáat* debe traducirse *«el conocimiento»;* no se trata aquí de «ciencias», sino de conocer más y mejor lo que significa esta profecía de Daniel. En mi opinión, el sentido de Daniel 12:4b es que habrá muchos que estudiarán de tapa a tapa, y volverán a repasar este libro de Daniel, y el conocimiento del mismo irá en aumento según nos vayamos acercando al fin, cuando se aclararán muchos detalles que aún continúan oscuros. Es interesante la versión que hace la *Nueva Biblia Española:* «Muchos lo repasarán (el libro), y aumentarán su saber».

Versículos 5–13

1. Los versículos 5–7 nos recuerdan la escena a orillas del río Ulay (8:16 y ss.). Vemos de nuevo al *varón vestido de lino* (vv. 6, 7) que interviene para revelar a Daniel acontecimientos futuros. El segundo de los dos personajes angélicos del versículo 5 pregunta (para mejor dramatizar la escena—comp. con Ap. 7:13 y ss.—) al varón vestido de lino (v. 6b): *«¿Hasta cuándo el fin de las maravillas?»* (lit.), es decir, *«¿cuánto tiempo pasará hasta que se cumplan estas prodigiosas predicciones?»* En un gesto muy parecido al del ángel de Apocalipsis 10:5 y ss., *el varón vestido de lino* (como hemos dicho desde 10:5, el propio Cristo preencarnado—es lo más probable—) interpone juramento en nombre de Dios de que, como ya vimos en 7:25, durará tres años y medio *(«un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo»).* Conforme a la nota de la columna central de la RV 1977, el significado más probable de la última parte del versículo 7 es como sigue: «Y *que todo esto se cumplirá cuando la fuerza del pueblo de los santos esté*

completamente quebrantada», es decir, cuando los judíos no puedan ya depender, para su liberación, de ningún poder humano, propio o ajeno (v. Zac. 14:3, 4; Ap. 19:11–21). Hay una diferencia muy significativa entre el gesto del varón vestido de lino y el del ángel de Apocalipsis 10:5, 6, ya que éste, al jurar, pone por testigos ante Dios los tres elementos del Universo: un pie sobre el mar, otro sobre la tierra, y la mano derecha que apuntan al cielo, mientras que el varón vestido de lino de Daniel 12:7 *alzó su diestra y su siniestra al cielo* (v. en Dt. 32:40 al propio Jehová *alzando Su mano al cielo* para jurar por Sí mismo).

2. A continuación (v. 8), vemos que Daniel no ha entendido todavía estas profecías, y pregunta: *«¿cuál será el fin de esto?»,* es decir, «¿cuándo y cómo se cumplirán estas cosas?» El varón vestido de lino responde con una serie de afirmaciones muy interesantes, que han desconcertado a la mayoría de los autores, a pesar de que no resulta muy difícil su explicación a quien conozca el conjunto de profecías que tienen que ver con el final de los tiempos.

(A) En el v. 9 le dice a Daniel (comp. con el v. 4) que estas cosas han de quedar intactas hasta el tiempo del fin, cuando se entenderán perfectamente.

(B) La primera frase del versículo 10 es semejante a la de 11:35 y no necesita más explicación. La segunda *(«los impíos procederán impíamente»)* se comprende bien al compararla con Apocalipsis 22:11, donde el contexto anterior es semejante al de aquí (v. el comentario a dicho lugar). La tercera frase *(«ninguno de los impíos entenderá, pero los entendidos*—es decir, los que tienen penetración espiritual—*comprenderán»)* es explicada de la siguiente manera por el profesor Walvoord:

«El entendimiento de la profecía requiere especialmente penetración espiritual y la función docente del Espíritu Santo. Aun cuando las Escrituras describen con gran detalle el tiempo del fin, es obvio que los impíos no harán uso de esta revelación divina, pero ésta será una fuente de consuelo y dirección para los que sinceramente creen en Dios. La divina revelación se da con frecuencia de tal forma que queda oculta a los impíos, aunque sea comprensible para los de mentalidad espiritual.»

(C) Los versículos 11 y 12 dan algunos detalles que clarifican la duración de particulares acontecimientos al tiempo del fin, es decir, entre el final de la Gran Tribulación y el comienzo del reino mesiánico milenario. Dichos versículos deben leerse conforme a la *Nueva Versión Internacional,* que dice así: *«Desde el tiempo en que sea abolido el sacrificio diario, y sea erigida la abominación que causa desolación, habrá 1.290 días. Dichoso el que espere y llegue hasta el final de 1.335 días».* Por muchos otros lugares de esta profecía y de Apocalipsis sabemos que los tres años y medio (v. 7) de la segunda parte del período de la Gran Tribulación (la Tribulación propiamente dicha, después de otros tres años y medio de falsa paz—v. 9:27—) equivalen a 1.260 días. Pero, ¿qué significan esas dos cifras, aquí, de 1.290 y 1.335 días respectivamente? Sin dogmatizar sobre el significado de estas cifras, quizá sea la más probable la solución que ofrece R. Culver, quien ve en la cifra de 1.290 días una especie de *limpieza general* en los treinta primeros días del reino milenario; y, en los 45 días adicionales, la puesta a punto de toda la organización del reino. «El Milenio—dice—, si ha de ser una verdadera administración de las normas del cielo en la tierra de forma visible, requerirá algún tiempo para que comiencen a funcionar los procedimientos administrativos».

(D) Finalmente, Daniel recibe la más consoladora promesa profética (v. 13) que un creyente en el Dios verdadero pueda apetecer: *«En cuanto a ti, ve por tu camino hasta el fin. Descansarás y, después, al fin de los días, te levantarás para recibir la heredad a ti asignada»* (NVI). R. Culver tiene un delicioso comentario a este versículo:

«Ve por tu camino. Un hombre de edad tan avanzada como Daniel no puede ponerse una vestimenta de alpinista y ascender a la cima del collado más próximo para esperar allí la venida del Señor. Tampoco nosotros podemos. Todos debemos, más bien, como Daniel, servir fielmente hasta el final … *Descansarás.* A la luz de lo que significa en la Biblia el descanso, estas palabras quieren decir simplemente que Daniel, como todos los verdaderos creyentes, había de hallar ciertamente una especie de *descanso* en el sepulcro (cf. Is. 57:2), regocijándose su espíritu en la presencia de Dios, donde había de "ver su rostro" (Ap. 22:4; Lc. 16:19–22). Este estado intermedio, esto es, el período entre la muerte y la resurrección, no consiste en un doloroso purgatorio, como enseña la Iglesia de Roma, ni en un sueño inconsciente de cuerpo y alma. Consiste más bien en "partir y estar con Cristo" (Fil. 1:23), "en el paraíso" (Lc. 23:43). Es un tiempo de descanso, como leemos aquí, en el seno de Abraham (Lc. 16:22) y un tiempo de consuelo (Lc. 16:25). Al *fin de los días, te levantarás para recibir la heredad a ti asignada.* Ni Daniel ni ningún otro santo saldrá jamás perdiendo en el "ancho campo de batalla del mundo, en el vivac

de la vida”—más bien, *se mantendrá en alto* en la gloria de la resurrección—. Sembrado en corrupción, cosechado en incorrupción. Abatido en deshonor, levantado en honor; yaciendo en derrota, alzándose en victoria; sepultado en pesadumbre, resucitado en regocijo, cada uno de nosotros se levantará a recibir su *heredad*. Hay una “corona de justicia” reservada, que nuestro Señor nos dará en aquel día.»

OSEAS

Con Oseas comienzan los llamados «Profetas Menores». Fue Agustín de Hipona el primero que los llamó así en su libro *La Ciudad de Dios.* La *Septuaginta* (los LXX) se refiere a ellos como *Dodekaprophetón,* esto es, *Doce Profetas.* Tanto los hebreos como los griegos los llamaban simplemente *«Los Doce».* Los judíos los tenían en un solo rollo, a fin de que no se extraviasen. Se llaman «Menores», no porque tengan menos importancia, sino porque son más breves.

Nota del traductor: En todo el comentario a los Profetas Menores pienso incorporar todo el material que, bajo el título *Lecciones sacras sobre los Profetas Menores,* desarrollé para la asamblea que se reúne en Vigo, C/. Pi y Margall, 25, durante los años 1979 y 1980. Si algo añado del propio Matthew Henry, lo haré notar expresamente.

Ciñéndonos ya a *Oseas,* diremos que su nombre significa «salvación». Es el mismo nombre que tenía *Josué* (equivalente a *Jesús)* antes de que Moisés le cambiase el nombre. Fue contemporáneo de Isaías y de Miqueas, los cuales profetizaban en el reino del sur (Judá), mientras Oseas lo hacía en el reino del norte (Israel). Su ministerio se extendió durante los reinados de Uzías, Jotam, Ajaz y Ezequías de Judá, y de Jeroboam II de Israel. Según algunos, su ministerio duró unos 50 años, aunque no faltan quienes opinan que fueron 60, 70 y aun 80.

La situación en Israel era la siguiente: Jeroboam II tuvo el reinado más largo en Israel (794–753 a. de C.), mientras que Uzías de Judá tuvo un reinado todavía más largo (791–740 a. de C.), sobrepasado después por el de Manasés, que duró 55 años. Nótese también que, mientras en Judá hubo cuatro reyes buenos: David, Josafat, Ezequías y Josías (no sin defectos, aun graves en los tres primeros), en Israel no hubo ni uno solo que fuese bueno; todos ellos se dieron a la idolatría, de una forma u otra. Jeroboam I había iniciado este mal camino al erigir un becerro de oro en cada uno de los dos extremos del reino, a fin de que sus súbditos no se viesen tentados a subir a Jerusalén para adorar en el templo. Tres notas caracterizan el reinado de Jeroboam II: idolatría, corrupción moral y prosperidad material.

¿Quién era Oseas? Se supone que era oriundo del norte y, como Amós, procedente más bien del campo que de la ciudad; probablemente, de clase rural acomodada. Pero lo más significativo de Oseas es su mensaje. Lo característico de este mensaje es que, más que en Isaías (Is. 8:18), su propia vida doméstica sirve para simbolizar el mensaje. Así como Jesucristo es la Palabra viva del Padre, Oseas es mensaje vivo para su pueblo en su propia vida conyugal.

Los tres primeros capítulos nos dan un resumen de este mensaje mediante la propia experiencia del profeta, mientras que los once restantes lo declaran en forma discursiva. Al tener en cuenta que, según Deuteronomio 32:15, *«Jesurún engordó y tiró coces … rechazó a Dios su Hacedor y menospreció la Roca de su salvación»,* vemos que el pueblo que Dios amó y escogió por puro amor, desposándolo consigo, se fue tras de otros dioses—adulteró espiritualmente; concretamente, en tiempos de Oseas, tras de Baal, adorándolo como a proveedor de sus bienes (dios de la fertilidad), aunque confiaba, de algún modo, en Jehová como en el que había de defenderles de sus enemigos—. Por eso, esto es adulterio, no simple fornicación. Dios increpa y castiga a Su pueblo, pero continúa amándole y perdonándole, y

mantiene con él Su pacto eterno. La dispensación milenaria está bien clara en Oseas, como en todos los demás profetas, mayores y menores.

Como explica Feinberg, Oseas y Amós se complementan mutuamente: «Amós predica arrepentimiento; Oseas, amor. Amós, la inaccesible justicia de Dios; Oseas, el indeficiente amor de Dios. Él es el primer profeta de la Gracia y el primer Evangelista de Israel. Así como Lucas nos presenta el Hijo Pródigo, Oseas nos presenta la Esposa Pródiga».

En esta línea, es interesante la división que del libro de Oseas hace la *Ryrie Study Bible:*

I. *La Esposa Pródiga* (1:1–3:5).
II. *El Pueblo Pródigo* (4:1–14:9).

CAPÍTULO 1

En este capítulo tenemos: I. El título (v. 1). II. Instrucciones que Dios da a Oseas en cuanto a la mujer que ha de tomar por esposa (vv. 2, 3). III. Instrucciones en cuanto a los nombres que había de poner a los hijos, y el simbolismo que dichos nombres encerraban con relación a Israel (vv. 4–11).

Versículos 1–3

1. El título del libro (v. 1) es *«Palabra de Jehová* (hebr. *Debar*, en sentido de "mensaje", *Jehová) que vino (o llegó;* hebr. *hayah) a Oseas, hijo de Beerí, etc.».*

2. A continuación (vv. 2, 3) tenemos la orden que Dios da a Oseas de que *tome por esposa a una prostituta y engendre hijos de fornicación.* Tres consideraciones son necesarias a este respecto:

(A) Se trata aquí de una *realidad,* no de una mera alegoría, porque: (a) está en armonía con el realismo literal del estilo profético antiguo; (b) los nombres de Gómer y Dibláyim no encierran ningún sentido simbólico; (c) es la mejor forma de presentar de modo vívido el mensaje.

(B) Es muy importante entender que no se casa con una mujer que *ya* era adúltera o prostituta, sino que se la *llama fornicaria* (v. 2b) prolépticamente, es decir, como una mujer que *iba a serlo después.* Sólo así podía reflejar bien la historia de Israel (v. Dt. 32; Jer. 2). Se la *llama fornicaria,* en lugar de *adúltera,* aunque también es esto último, por la sencilla razón de que se ofrece a muchos, como hacen las rameras vulgares.

(C) Lo de «*… y engendra hijos de fornicación*» (v. 2b) no quiere decir que no sean realmente hijos de Oseas, sino que se tiene ya en cuenta la futura infidelidad de la madre.

3. Oseas no puso objeción alguna a la orden de Dios, sino que obedeció puntualmente (v. 3): *«Fue, pues, y tomó a Gómer, hija de Dibláyim, la cual concibió y le dio a luz un hijo».* Si *Dibláyim* es el nombre del padre de Gómer, según parece, pues no se conoce ninguna localidad de ese nombre, resulta muy curioso, pues en primer lugar es un dual, es decir, algo que, por naturaleza, es doble (por ejemplo, dos ojos, dos manos, etc.) y significa en hebreo «dos tortas de higos». Hay quienes, según la *Wycliffie Bible Encyclopedia,* opinan que dicho nombre ha de tomarse en sentido figurado, «y significar que ella (Gómer) estaba completamente entregada a su prostitución, puesto que las tortas de higos o pasas se usaban en ciertos ritos del culto a la fertilidad». ¿Quién, si no ha pasado por una experiencia semejante, podrá comprender el tremendo dolor de corazón de Oseas al tener que obedecer la orden de Dios? (Comp. con Mt. 1:18, 19).

Versículos 4–11

Vienen ahora los nombres que Dios ordena a Oseas ponerles a los hijos que le da Gómer.

1. Al primero (v. 4), un hijo varón, ha de ponerle por nombre *Izreel* (así debe escribirse), que significa *«Dios sembrará».* Era éste el nombre también de un pueblecito ubicado a unos 40 km al noreste de Samaria. En su valle, fue asesinado Nabot por los esbirros del rey Acab (v. 1 R. 21). Allí murió Acab tras de ser herido mortalmente en la batalla de Ramot de Galaad (1 R. 22), y allí murió también su mujer Jezabel a manos de Jehú (2 R. 9). Jehú era un hombre sanguinario y abominable, pero fue instrumento de Dios en esa ocasión según norma constante de la divina providencia. Allí también (en Izreel) había de ser *quebrado el arco* (v. 5), es decir, el poder, *de Israel,* como puede verse en 10:14 y en 2 Reyes 15:8–12; 18:9 y ss.

2. El segundo vástago de esta unión fue una hija (v. 6). Su nombre hebreo *Lo-rujama* significa *«no compadecida».* La raíz hebrea expresa una compasión *entrañable,* como la correspondiente raíz griega, en el Nuevo Testamento, con la que se expresa la ternura con que nuestro Salvador contemplaba a las masas hambrientas y sin pastor. En contraste con esta actitud hacia la casa de Israel, Dios declara (v. 7) que va a *tener compasión* (el verbo es de la misma raíz que *rujama)* de Judá. Precisamente a últimos de ese mismo siglo (701 a. de C.) se llevará a cabo la derrota de Senaquerib, que ya estaba a las puertas de Jerusalén. En una sola noche (v. 2 R. 19:32–36), 180.000 soldados del ejército asirio fueron matados por el Ángel de Jehová.

3. Destetada la hija (lo cual ocurría entonces a los dos o tres años de edad del hijo o de la hija), le nace a Oseas otro hijo de Gómer (v. 8). A éste ha de ponerle por nombre (v. 9) *Lo-ammí*, que significa «*no pueblo mío*». A quien piense que esto contradice a las palabras del apóstol Pablo en Romanos 11:1, le basta con leer el contexto posterior en este mismo lugar de Oseas (vv. 10, 11). Dice Ryrie: «Este niño simbolizaba el rechazo de Israel, que, junto al Sinaí, había pactado ser el pueblo de Dios (Éx. 19:1–8)». Que este rechazo era temporal, no perpetuo, es cosa clara para todo el que entienda las profecías con respecto al futuro de Israel (v. todo el cap. 11 de Romanos, por ejemplo). Israel será todavía el pueblo de Dios, pero no en virtud del pacto del Sinaí sino del *nuevo pacto* (v. Jer. 31:31 y ss.; Ez. 36:24–38, etc.).

4. Los dos últimos versículos de este capítulo (vv. 10, 11) aparecen en la Biblia Hebrea en cabeza del capítulo 2, pero los estudiamos a continuación. El versículo 10 comienza con un *vaw* claramente adversativo, que las versiones traducen correctamente por un *«Con todo»* (Reina-Valera y *Nueva Versión Internacional*) más apropiado, en mi opinión, que el *«Pero»* de la *Biblia de las Américas*. En esos versículos 10 y 11 vemos una estupenda paradoja con matices netamente escatológicos. Las frases nos recuerdan lo de Pablo en 2 Timoteo 2:13: *«Si somos infieles, Él* (Dios) *permanece fiel; no puede negarse a sí mismo»*. Si examinamos bien dichos versículos 10 y 11 del presente capítulo, veremos que:

(A) En ellos se predice: (a) crecimiento nacional; (b) conversión nacional; (c) reunión nacional; (d) caudillaje nacional; (e) restauración nacional (incluido 2:1).

(B) En ellos se mantiene la promesa a Abraham (Gn. 32:12—es Jacob el que habla aquí—). El número de los israelitas será todavía *como la arena del mar* (v. 10). Y *en el mismo lugar* (Izreel) *donde se les dijo: No sois mi pueblo, se les dirá: Sois hijos del Dios viviente.* Comenta Ryrie: «Después de haber predicho juicio, Oseas le asegura al pueblo su final restauración, numérica y espiritualmente. Izreel, lugar de juicio en el versículo 4, es visto en el versículo 11 como lugar donde bendecirá Dios a Israel en la era del reino». En efecto, es allí donde se reunirán (v. 11), y la reunión será señal del manifiesto favor de Dios hacia su pueblo (Ez. 37:15–23). «Y *nombrarán un solo jefe*»—añade (v. 11b)—, el mismo de 3:5 y Jeremías 30:21: un vástago de David, no precisamente el Mesías en persona, sino un delegado suyo. La frase *«subirán de la tierra»* es interpretada de varios modos. Buck la traduce en el sentido de *«se desbordarán del país»*, pero la interpretación más probable es que *subirán del país* (la «tierra» en este contexto es Palestina) a Jerusalén para celebrar sus fiestas solemnes.

CAPÍTULO 2

I. Dios, por medio del profeta, descubre a Israel su pecado de idolatría, que es su prostitución espiritual (vv. 1, 2, 5, 8). II. Les amenaza con quitarles las cosas buenas con que han servido a sus ídolos (vv. 3, 4, 6, 7, 9–13). III. Con todo, les promete que, al fin, se volverá a ellos en Su misericordia (v. 14), para darles abundancia de todo bien como antiguamente (v. 15), curarles radicalmente de toda inclinación a la idolatría (vv. 16, 17), renovar Su pacto con ellos (vv. 18–20) y bendecirles con toda clase de bienes (vv. 21–23).

Versículos 1–9

1. El versículo 1 ha de unirse necesariamente a los dos últimos versículos del capítulo anterior, como aparece en la Biblia Hebrea, pues sigue la misma línea del favor de Dios hacia Su pueblo, con la restauración de los tres nombres de los hijos de Oseas y Gómer a su mejor sentido: (A) *«Izreel* disfrutará de un *día grande*, de solemne celebración» (1:11), pues dicho nombre, conforme al doble significado del verbo hebreo *zará*, puede significar *«Dios esparcirá»* (para mal, como en 1:4), así como *«Dios sembrará»* (para bien, para multiplicar, como en 1:10). (B) El que antes era (1:9) *Lo-ammi, «no mi pueblo»*, ahora (2:1) será *Ammí, «mi pueblo»*. (C) La que antes (1:6) era *Lo-rujamah, «no compadecida»*, será ahora (2:1b) *Rujamah, «compadecida»*.

2. A continuación (vv. 2–9) tenemos la declaración de Dios con respecto al juicio inminente sobre Israel a causa de sus pecados. Dios repudia a Israel. Estamos *en el valle de Acor*, valle de maldición y castigo, donde Acán y su familia fueron muertos a pedradas (Jos. 7:24, 26 y 1 Cr. 2:7), pero será

convertido después en *puerta de esperanza* (v. 15, comparado con Is. 65:10), donde se expresan las bendiciones de obediencia por parte de Israel, y de restauración por parte del Dios de Israel.

(A) Los aludidos en el versículo 2 («*Contended, etc.»)* no son los hijos de Oseas y Gómer, sino el remanente fiel, los hijos de Israel, vistos individualmente, frente a la nación de Israel, como madre infiel. Han de contender con ella, como si indicasen que la maldad personal es fruto de una como epidemia nacional de pecado (v. 2b). *Contender* es término forense, corriente entre los acadios, pues significa en el original «emprender una acción ante el tribunal» (Buck).

(B) Dios mismo dice de ella: *«porque ella no es mi mujer, ni yo su marido».* «Frases parecidas a la fórmula judía para el divorcio» (Ryrie). El significado es: «¿No se comporta como debe comportarse una esposa? ¡Pues tampoco yo me comportaré como marido!» Oseas proclama su mensaje con toda la viveza que le proporciona su propia amarga experiencia. *«Aparte, pues, sus fornicaciones, etc.»* (v. 2b) puede entenderse de dos maneras: (a) «Quite de sí los afeites provocadores y los actos impúdicos» (v. Ez. 23:8, 21), o: (b) como piensa Rudolph, «quite de sí el velo (v. Gn. 38:14) y los collares de amuletos obscenos».

(C) En el versículo 3 comienza el castigo que Dios va a infligir a Israel por su infidelidad. El castigo del adulterio antes de darse la Ley del Sinaí parece haber sido la hoguera (v. Gn. 38:24). La Ley (v. Dt. 22:24) lo castigaba con lapidación. Pero el Señor Jesús, que veía el interior del corazón, dio a entender (Jn. 8:4, 5) que habían de ejecutar la sentencia aquellos a quienes la conciencia no acusase de la misma culpa. Parece ser que, en tiempos de Oseas (comp. el v. 3 con Ez. 16:28–40), las adúlteras eran desnudadas, expuestas así a la pública vergüenza, y despojadas de todo lo que les había dado el marido. *Los hijos* de que habla el versículo 4 son los judíos idólatras, los cuales han seguido personalmente las huellas de prostitución de tal madre.

(D) En la misma línea de Ezequiel capítulos 16 y 23 (v. especialmente la frase *«ofreciéndote a cuantos pasaban»,* en el original de Ez. 16:25b), esta madre infiel a Dios no necesitaba que la incitasen al pecado, sino que ella misma se ofrecía (v. 5): *«Iré*—decía—*tras mis amantes, que me dan mi pan y mi agua, mi lana y mi lino, mi aceite y mi bebida».* Así que atribuye a Baal *su sustento* (pan y agua), su *vestido* (lana y lino) y su *lujo* (aceite, es decir, ungüentos, y bebida). La religión cananea, como muchas otras del Medio Oriente, era una religión del culto a la fertilidad y, por eso, entraba dentro de su ritual la prostitución «sagrada» de ambos sexos. De esta forma, la idolatría unía los aspectos literal y espiritual de adulterio y fornicación.

(E) Dios (v. 6) le cierra el camino con un seto alto y sólido. Así sus hijos se encuentran en un «callejón sin salida». «Como en el caso de Balaam, cuando el ángel se le plantó delante en su camino, para impedir que fuese a maldecir a Israel (Nm. 22:22), ésta es una merced similar. Las cruces y los obstáculos en el camino del mal son grandes bendiciones. Son vallas que Dios pone para refrenarnos del extravío y para tornar difícil el camino del pecado» (M. Henry). Dice Ryrie: «Ni Gómer ni el pueblo de Dios pudieron hallar satisfacción en la infidelidad». La experiencia, y hasta la fraseología, del versículo 7 son similares a las de Lucas 15:11 y ss. en la parábola del Hijo Pródigo.

(F) En los versículos 8 y 9 se advierte un doble contraste con las frases del versículo 5. En el versículo 5, la infiel esposa (Israel) decide irse tras los baales que *… me dan*—dice—*mi pan y mi agua, etc.»,* sin percatarse de que no era Baal, sino Jehová, quien le daba todas estas cosas: «Yo—dice Dios (v. 8)—*le daba el trigo, el vino, etc.»* (comp. con Dt. 26:2, 10, 11). Desconocer esto era una falta de humildad y, sobre todo, de gratitud hacia Dios. El contraste se acentúa en el versículo 9, cuando Dios dice: *«Por tanto, yo volveré y tomaré Mi trigo a su tiempo, y Mi vino a su sazón, etc.*, es decir, haré que le falten aquellos productos que ella ofrecía a Baal». Dice M. Henry: «¡Cuán vilmente abusaban de su abundancia! (a) Le robaban a Dios el honor de Sus dones: *No reconoció que yo le daba el trigo y el vino;* no lo recordó. (b) Servían con ellos a los enemigos de Dios: lo *usaban para Baal,* cuyas imágenes adornaban con *oro y plata* (Jer. 10:4), y se adornaban para rendir culto a sus imágenes (v. 13)».

Versículos 10–13

Dios le va a quitar ahora todo aquello de que se gloriaba y con lo que servía a sus baales. El abuso de la gracia merece el despojo de la gracia.

1. Dios la va a castigar (v. 10) *«descubriendo su vergüenza a ojos de sus amantes»,* es decir, a la vista misma de las naciones vecinas, con las que había procurado hacer alianzas y cuyos dioses había adorado,

de forma que aun las mismas naciones paganas se percaten de la ingratitud y desvergüenza sin par de una nación a la que el único Dios verdadero había tratado con un amor también sin par.

2. También hará cesar Dios (v. 11) las ocasiones de gozo y alegría de Israel en las solemnidades que estaban destinadas al servicio y adoración de Jehová y que ella ha dedicado a Baal. Dios quería que se celebrasen en honor Suyo y en el templo de Jerusalén. Israel (el reino del norte) las seguía celebrando, sin duda, al principio, pero no en el templo de Jerusalén, pues habían desertado del trono y del altar de Judá, sino en Dan y en Betel donde estaban los becerros de oro. *Dios va a hacer que cesen del todo esas solemnidades,* pues al final de ese mismo siglo, el reino del norte va a caer en poder de los asirios.

3. Por todo el tiempo (v. 13) en que Israel ha servido a los baales y se ha olvidado de Jehová, Dios los va a castigar (v. 12) y talará todo aquello en que esperaba la bendición de Baal por la fertilidad de la tierra, y por cuyos abundantes productos daba gracias a los ídolos, como si dichos productos fuesen el *«salario»,* esto es, la paga con que Baal les recompensaba su generosidad hacia él. Dios hará que toda la tierra cuya fertilidad atribuían ellos a Baal, quede convertida *en un matorral,* es decir, en una jungla donde sólo las fieras podrán vivir y desenvolverse.

Versículos 14–17

Después de los castigos anunciados en los versículos anteriores, vemos aquí un súbito y completo cambio, debido, no a la buena voluntad de Israel, sino a la pura, libre y soberana iniciativa del amor de Dios.

1. Como un tierno amante o esposo que procura con ahínco enamorar a su amada, Dios va a *seducir* (v. 14), esto es, a atraer eficazmente (comp. con Jn. 6:44) a Israel, la va a llevar a la soledad, *al desierto,* a cortejarla, *hablándole al corazón,* es decir, con frases amables (comp. con Gn. 50:21, al final). Dice M. Henry: «Cuando Dios libró de Egipto a Israel, los condujo al desierto, *para humillarlos y ponerlos a prueba, a fin de hacerles bien* (Dt. 8:2, 3, 15, 16), y así lo va a hacer de nuevo ahora. Cuando Dios tiene en reserva gracia y misericordia para alguno, *lo conduce* primero *al desierto*—a la soledad y al retiro—, para mejor poder conversar con él fuera del ruido de este mundo y, a veces, a la aflicción y al apuro del exterior, para abrirle así el oído a la disciplina».

2. Con el favor de Dios volverán también las antiguas bendiciones de todo orden (v. 15). *«Desde allí»,* esto es, a partir del desierto, *le dará Dios de nuevo sus viñas; y el valle de Acor,* que, desde la transgresión de Acán (Jos. 7:1–26), fue «el valle de las dificultades», en su anfractuosidad será luego *«puerta de esperanza».* Y, para mostrarle Su renovado amor, Dios le devolverá la antigua fertilidad de la tierra. El nombre mismo de Baal será olvidado para siempre en Israel (v. 17). Y, como *Baal* significa «dueño o señor», *«en aquel tiempo* (v. 16), *dice Jehová, me llamarás Ishí,* esto es, *mi marido* (lit. *mi nombre,* de *ish*—v. Gn. 2:23, al final—), y *nunca más me llamarás Baalí,* esto es, *mi señor».* Todo esto tiene una especial referencia al Milenio, como iremos viendo.

Versículos 18–20

1. En efecto, las expresiones del versículo 18 tienen un tono claramente escatológico. Las condiciones que se describen en él (comp. con Is. 11:6–9), Sólo tendrán su cumplimiento en el reino mesiánico milenario, cuando hasta las fieras más salvajes serán tan mansas como los animales domésticos.

2. Pero mucho más importante que las nuevas condiciones de la naturaleza vegetal y animal será la nueva relación pactada de Jehová con Israel (vv. 19, 20). Jehová anuncia aquí una renovación de los votos conyugales. «Aunque Dios le había dado el libelo de repudio por sus fornicaciones, todavía, una vez arrepentida, la recibirá de nuevo consigo en pacto matrimonial» (M. Henry). *«Te desposaré conmigo para siempre»*—dice Dios (v. 19)—. El verbo hebreo *arash,* que aquí usa el texto sagrado, tiene el sentido de desposarse con una virgen, con lo que se olvida totalmente la infidelidad anterior de Israel (comp. con 2 Co. 11:2). Esto nos ayuda a entender lo que sucede en nosotros cuando se nos perdonan los pecados en la justificación: ¡No queda *ninguna condenación!* (Ro. 8:1).

3. Tres elementos son dignos de tenerse en cuenta: (A) La *perpetuidad* (*«para siempre»*—v. 19a—); (B) la *fidelidad* inconmovible de Dios (v. 20), por la que nuestra confianza en Dios descansa siempre en una base segura y firme, y: (C) una especie de *dote* a la novia, consistente en los cuatro regalos que se enumeran en el versículo 19b: (a) *rectitud,* conformidad a un regla fija, inalterable; (b) *justicia,* decisión

judicial que asigna a cada uno lo que le corresponde; (c) *amor constante* (hebreo *jesed*, que suele traducirse por «misericordia», pero es mucho más que eso—el vocablo sale unas 250 veces en el Antiguo Testamento—), y: (d) *compasión* (hebr. *rajamim;* lit. *compasiones).* Mientras *jesed* indica la *amabilidad* de Dios hacia Su pueblo, al que se ligó por pacto, *rajamim* indica la compasión nuestra hacia el prójimo necesitado, especialmente hacia los huérfanos y las viudas. Sin embargo, en Oseas, esta *compasión* (v. 1), en contraste con la *no-compasión* anterior (1:6), es como un sentimiento especial de Dios hacia Israel, extendido después a la Iglesia (v. Ro. 9:25, 26; 1 P. 2:10). El sentido primordial, con todo, de *rajamim*, como el del griego *philostorguía*, es el de un sentimiento fraternal entre hermanos uterinos. Como detalle curioso, es de notar que, cuando un israelita ortodoxo coloca las filacterias en el dedo medio de la mano izquierda, recita los versículos 19 y 20. La última frase del versículo 20, «*y conocerás a Jehová*», expresa un conocimiento íntimo, una nueva experiencia espiritual y, en este contexto, un reconocimiento práctico y eficaz, junto con una confesión humilde y llena de gratitud.

Versículos 21–23

Como quien pasa una consigna de boca en boca, o un objeto cualquiera que necesita entrar en circulación para surtir el efecto apetecido, todos los elementos se concatenan para bien de aquellos a quienes Dios promete Su favor.

1. *«En aquel tiempo responderé* (v. 21), *dice Jehová, yo responderé a los cielos, etc.».* «Esto es—dice Ryrie—, responderé las oraciones que se han elevado al cielo». En opinión de este traductor, los versículos 21 y 22 establecen una como cadena en cuyos dos extremos está Dios: Dios es el que comienza la siembra, ya que *Izreel* (v. 22, al final) significa *Dios sembrará* y, con su bendición, hará que *la tierra responda al trigo, al vino y al aceite* (v. 22a), pues Dios es el que, desde dentro, hace que todo germine (comp. con 1 Co. 3:7) y crezca, y reciba el suelo el sustento necesario. Dios mismo, no Baal, es el que da la fertilidad a la tierra, y hace así que *la tierra responda* bien a lo que se ha sembrado en ella. La tierra, a su vez, necesita (v. 21b) que *los cielos respondan a la tierra,* es decir, envíen la lluvia y el sol, sin lo que la cosecha no podría llegar a su madurez; y, en último término, los cielos no darán la lluvia ni el sol si Dios no responde a los cielos. *Dios,* pues, *responde a los cielos* al ser Él quien dirige y controla los vientos, la lluvia, el movimiento de los astros, con las estaciones del año, etc. (v. Gn. 1:11, 12; Is. 55:10; Zac. 8:12; Mal. 3:10, 11; Hch. 14:17). Dice M. Henry: «Véase aquí la coherencia de las causas segundas una con otra, como anillos de una cadena, y la necesaria dependencia que todas ellas tienen de Dios, la Causa Primera».

2. De la misma manera que, por la coordinación que Dios establece entre las causas segundas, la siembra de los productos de la tierra ha de fructificar en aquel día, en el tiempo venidero del reino milenario, también *Israel* (v. 23) *será sembrado* (comp. con Jer. 31:27) *para que se multiplique y llene la tierra de Israel,* de la misma manera que bendijo Dios a la primera pareja humana (Gn. 1:28) para *que fructificaran, se multiplicaran y llenaran la tierra. Así,* el capítulo termina (v. 23b) por donde empezó (v. 1): «*Dios tendrá compasión* (hebr. *rijamti*, de la misma raíz que *rujamah)* de la *no-compadecida* (*Lo-rujamah) y dirá* al *no-mi pueblo (Lo-ammí): Tú eres mi pueblo, y él dirá:* (¡Tú eres) *mi Dios!*»

CAPÍTULO 3

Este capítulo tiene solamente 81 palabras en el original, y aun así es el mejor compendio de la historia de Israel, y el corazón mismo de esta profecía. Dice A. Schmidt: «Oseas conoce la pena de Dios por medio de la suya; pero conoce el perdón suyo por medio del de Dios». I. Oseas recobra a Gómer (vv. 1–3). II. Jehová redime a Israel (vv. 4, 5).

Versículos 1–3

1. Conforme a la lectura más probable, el versículo 1 dice así literalmente: *«Y Jehová me dijo: Ve de nuevo y ama a una mujer que es querida de un amante y es adúltera, conforme al amor de Jehová a los*

hijos de Israel, a pesar de volverse ellos a otros dioses y deleitarse en tortas de uvas pasas». Cuatro veces sale en este versículo el verbo hebreo *ahab,* amar. El pensamiento se mueve en la forma de una proporción matemática: x es a x como x es a x. Israel es a Jehová como Gómer es a Oseas. Dios había desposado consigo a Israel, pero Israel se había ido tras los dioses ajenos; a pesar de eso, Jehová continuaba amando a Israel. No quería romper Su relación marital con Israel; por eso, los dioses ajenos no eran nuevos esposos, sino amantes, de Israel. También Oseas debe ir a recobrar a Gómer, pues no vive ahora con un nuevo marido, sino con un amante (hebr. *réa).* Las *«tortas de uvas pasas»* (v. Is. 16:7; Jer. 7:18) se hacían en la vendimia del otoño. Tenían forma redonda y las ofrecían especialmente a «la reina del cielo» (Jer. 44:17, 18), esto es, la luna en la figura de la diosa Aserá o Astarté.

2. Parece extraño que Oseas (v. 2) tenga que comprar a Gómer, ya qe era su mujer. ¿Por qué no la reclaman sin más? Como hace notar Buck, si se había vendido como esclava a su amante, éste tenía que ser indemnizado al recobrarla. Como el precio de un esclavo (Éx. 21:32) era treinta monedas de plata (el precio que le dieron a Judas por la entrega del Señor), Oseas pagó la mitad en dinero y la otra mitad en especie, pues *un jomer y medio de cebada* costaría, según dicen, unas quince monedas de plata en tiempos de Oseas. ¿Quizás no tenía Oseas dinero suficiente para pagar en moneda? Nosotros hemos sido comprados al precio de la sangre del Cordero de Dios (1 P. 1:18, 19). Nosotros no tuvimos que pagar nada (Is. 55:1–3), pues nada teníamos, pero Dios nos compró al más alto precio que puede pagarse. Y, como Cristo había tomado la forma de esclavo (Fil. 2:7), como esclavo fue tratado en la transacción de las autoridades religiosas de Israel con Judas. La cebada era alimento de animales y sólo en tiempos de extrema carestía servía para las personas.

3. La única condición que Oseas le puso al recobrarla (v. 3), ya que podía haberla condenado a muerte según la ley, fue un período de prueba: Había de guardar continencia *durante muchos días,* cuyo número no se especifica. También él guardaría continencia durante todo ese tiempo. Dice Buck: «No fue venganza, sino amor, lo que movió a Oseas a conducirse de esta forma con Gómer». Y, al citar a H. H. Rowley, prosigue: «Al disciplinar a su esposa negándole relaciones con cualquier hombre, Oseas estaba sin remedio disciplinándose a sí mismo, y tanto más cuanto más la amaba».

Versículos 4–5

Estos versículos aplican lo de *«durante muchos días»* del versículo 3 a la historia de Israel, pero la profecía es aquí de largo alcance, pues apunta a todo el tiempo que media entre la destrucción del templo y los últimos tiempos. Esto es suficiente para garantizar el origen divino y la infalibilidad de la Biblia.

1. De la misma manera que Oseas y Gómer han de guardar continencia *durante muchos días,* así también (v. 4), *durante muchos días estarán los hijos de Israel sin rey,* esto es, sin el representante visible del gobierno teocrático, *sin príncipe* que imponga algún orden en el país, lo cual había de conducir a una situación anárquica, *sin sacrificio* (y así continúa todavía el judío inconverso; sólo tiene servicios religiosos de sinagoga), *sin estela.* Lo de *estela* se refiere aquí a columnas sagradas que se erigían originalmente en lugares donde Dios había manifestado claramente su presencia y su poder (v., por ej., Jos. 4:5; 24:26; 1 S. 7:12).

2. No habiendo templo ni sacrificio, sobraban también las funciones sacerdotales propiamente dichas. Había de faltar incluso la intercesión propia del sumo sacerdote; por eso, había de estar Israel (v. 4b) *sin efod,* vestidura ligera de lino que cubría la parte anterior del cuerpo (v. 2 S. 6:14), y que en realidad formaba parte de la vestimenta del sumo sacerdote (Éx. 28:6–14). Tampoco dispondrían de *terafines,* que eran una especie de dioses domésticos (v. Gn. 31:30–34): pequeñas imágenes, estatuillas o gallardetes, que se usaban en la antigüedad en el culto a los antepasados y que, como el efod, servían para consultar a Dios. Téngase en cuenta que ni Dios ni Oseas aprueban esta costumbre al mencionarla.

3. Cuando pase el tiempo (v. 5) de los *muchos días, los hijos de Israel volverán* (hebr. *yashúbu,* el verbo que se emplea para expresar la conversión a Dios) y *buscarán a Jehová su Dios.* El verbo hebreo para *buscar* tiene el sentido de «buscar a Jehová mediante el culto del santuario». Aquí tiene aplicación el pensamiento de Pascal: «No me buscarías—habla Dios—si no me hubieses encontrado». *Buscarán* también (v. 5b) *a David su rey,* en la persona del Mesías o, mejor, de Su representante en la tierra (comp. con Jer. 30:9; Ez. 34:23, 24; 37:24). Es curioso que el *Targum de Jonatán* dice sobre esto: «Éste es el Rey Mesías». El pueblo viene a su Dios, pero viene *temblando;* no sólo con temor reverencial, sino hasta con miedo, pues el verbo *pajad* expresa *miedo,* un miedo santo, ya que el pueblo es consciente de su

indignidad frente a la infinita santidad de Jehová. Sin embargo, el miedo no es el único sentimiento que anida en el corazón de ellos; van también con un santo regocijo, pues *acuden a Jehová y a su bondad* (comp. con Ro. 2:4); es decir, van a Dios con la seguridad de ser aceptados por Él, lo cual indica que van sinceramente arrepentidos.

4. *«En el fin de los días»* (v. 5, al final), esto es, de los *muchos días* de los versículos 3 y 4, es una expresión de sentido claramente escatológico (comp. con Is. 2:2, 3; Jer. 31:9).

CAPÍTULO 4

Comienza ahora la segunda parte de la profecía de Oseas. Los tres primeros capítulos han sido como un resumen o esquema de lo que ahora veremos hasta el final del libro de Oseas. Recuérdese que Gómer es a Israel como Oseas es a Jehová. Vemos que Oseas y Jehová se indignan por la infidelidad de sus respectivas esposas (Gómer e Israel), pero el amor y la compasión prevalecen, en ambos, sobre la indignación. Toda esta segunda parte del libro puede subdividirse del modo siguiente: (A) Idea dominante: *pecado* (4:1–6:3). (B) Idea dominante: *castigo* (6:4–11:11). (C) Idea dominante: *salvación* (12:1–14:9).

En el presente capítulo tenemos, según la fraseología de la *Ryrie Study Bible*, el proceso de Jehová a Israel, «el Pueblo Pródigo», mientras que el cap. 5 contiene el veredicto. Para la división del capítulo presente seguiremos la división de Buck: I. Corrupción general de Israel (vv. 1–3). II. Irresponsabilidad de los sacerdotes (vv. 4–10). III. Idolatría e inmoralidad (vv. 11–14). IV. Advertencia a Judá e Israel (vv. 15–19).

Versículos 1–3

Tanto este capítulo como el siguiente comienzan con un solemne *«¡Oíd!»*, expresión frecuente en otros profetas, pero muy rara en Oseas.

1. La idea de *pleito* de Dios con Su pueblo es también frecuente en otros profetas: Además de 12:2, puede verse en Isaías 1:18; 3:13; Jeremías 25:31; Miqueas 6:2. La causa de este pleito está expresada de dos formas: negativa, en el versículo 1b; positiva, en el versículo 2. *«Porque no hay verdad»*—dice (v. 1b)—, es decir, sinceridad en el trato mutuo (hebr. *emeth),* donde se incluye la fidelidad a la palabra dada, aunque en la raíz de esta mala conducta está la falta de lealtad al pacto con Dios; tampoco hay *amor constante*, cariño misericordioso (hebr. *jesed)* al prójimo, *ni conocimiento* íntimo, experimental, *de Dios* (hebr. *dáath),* donde deberían tener su fundamento tanto la *verdad* como el *amor* (v. 1 Co. 8:3; 1 Jn. 4:8).

2. La falta de esas tres virtudes fundamentales, *fidelidad, amor y conocimiento de Dios*, se reflejaba al exterior en el quebrantamiento de la Ley (v. 2). Para mejor poner de relieve este quebrantamiento de la Ley, ensarta los pecados con la conjunción copulativa *we,* y, una serie de infinitivos absolutos: *«Perjurar y mentir y asesinar y hurtar y adulterar»* (lit.). Un pecado engendra otro. El perfecto *parátsu* que sigue a esa lista puede traducirse de dos maneras: (A) *«Se incrementan»,* se refiere a los infinitivos que preceden. (B) *«Hacen violencia»*, uniéndolo con lo que sigue: *«y la sangre toca en la sangre»* (lit.), es decir, *los asesinatos se suceden sin solución de continuidad.* Recuérdese que, tras el largo y próspero reinado de Jeroboam II en Israel, se sucedieron tres reyes en un solo año; dos de ellos fueron asesinados a sangre fría.

3. *La tierra,* esto es, Palestina (más concretamente, Israel, el reino del norte), como al final del versículo 1, *se viste de luto* (v. 3). Es el pecado del hombre lo que atrae el castigo de Dios sobre la tierra (v. Gn. 3:17, 18; Is. 16:8; Jer. 12:4; Amós 8:8; Ro. 8:22). Dice Buck: «El universo todo se pone a tono con el destino humano. Por eso, cuando el hombre desconoce a Dios y se arroja al pecado y a la muerte, arrastra consigo al país y al universo entero … Por otra parte, cuando san Pablo escribe que «toda la creación ha estado gimiendo hasta ahora con dolores de parto» (Ro. 8:22), se indica que la restauración completa en la creación, a fin de cuentas, ha de resultar del retorno del hombre a la amistad con su Dios».

Versículos 4–10

1. Los versículos 4–6 han de leerse conjuntamente para entenderlos bien. Por medio de Oseas, Dios manda que nadie se meta a juzgar a nadie (comp. con 1 Co. 4:3–5), porque *juzgar al pueblo o ponerle pleito es como juzgar o ponerle pleito al sacerdote.* La razón es que el pueblo como tal era un *reino de sacerdotes* (Éx. 19:6). Pero en el Antiguo Testamento había una casta aparte, la casta sacerdotal, de la tribu de Leví. Estos sacerdotes levitas ejercían su ministerio en representación del pueblo. A ellos se les había confiado la Ley (Dt. 17:18) para que instruyesen al pueblo en ella (Lv. 10:11; Mi. 3:11). Si el pueblo desconoce la Ley, la responsabilidad es de los sacerdotes por haber fracasado en cumplir el ministerio que Dios les asignó.

2. Si a los sacerdotes competía enseñar la Ley, a los profetas competía aconsejar, amonestar, amenazar, de parte de Dios. Dice Buck: «Se suponía que (sacerdotes y profetas) debían enseñar las verdades religiosas, censurar los pecados, aconsejar sabiamente. Pero con demasiada frecuencia ejercían su ministerio para provecho y ganancia propia». Al ser ciegos y guías de ciegos (comp. con Is. 56:10; Mt. 15:14; 23:16, 24; Lc. 6:39), juntamente sacerdotes, profetas y pueblo tropezaban *en pleno día y de noche,* es decir, continuamente (v. Is. 28:7; Am. 7:12; Mi. 3:11); por lo que *la madre* (v. 5, *al final), es decir, la nación misma de Israel, iba a ser destruida.* En un perfecto proléptico, Oseas ve ya destruido el pueblo (v. 6) *por falta de conocimiento.* Y, puesto que el sacerdocio estaba destinado a impartir el conocimiento de la Ley, *«por cuanto*—dice (v. 6b)—*desechaste el conocimiento, yo te echaré del sacerdocio».* Dice Ryrie: «La nación será rechazada de su posición sacerdotal delante de Dios». Pero nótese que Dios dice todavía (v. 6) *«mi pueblo»,* a pesar de todo.

3. Pero, como dice Buck, «el pecado de los sacerdotes no fue solamente descuidar sus obligaciones, sino dejarse llevar ellos mismos al ignominioso culto de los ídolos. ¡Y prosperaban materialmente! (vv. 7, 8). Y cuanto más prosperaban, tanto más prevaricaban (v. 7). Pero Dios (v. 7b) iba a *cambiar su honra en afrenta.* La honra, o gloria, del pueblo era la presencia de Dios, lo que les distinguía de los demás pueblos. Era precisamente eso lo que les había hecho prosperar antiguamente. Pero ahora los sacerdotes malos de este mal pueblo *se enriquecen con el pecado* mismo del pueblo, y apetecen con avidez dicho pecado (v. 8). Dice Ryrie: «Quizás se refiera al sacrificio por el pecado (pues se usa el mismo vocablo hebreo), e indica que los sacerdotes se enriquecían al tomar para sí las ofrendas que traía el pueblo».

4. Los versículos 9 y 10 nos declaran lo que hace el mal ejemplo de los líderes religiosos: El pueblo es lo que son sus líderes religiosos. Por tanto, un mismo castigo alcanzará a unos y a otros (v. 10, comp. con Hag. 1:5, 6): Los banquetes que ofrecen a los ídolos *no les satisfarán,* y a pesar de los ritos idolátricos de fertilidad *(«fornicarán»,* esto es, la prostitución «sagrada»), *no se multiplicarán,* «les será negada la fecundidad» (Buck).

Versículos 11–14

1. El versículo 11 establece una especie de proverbio. En realidad, algo parecido puede leerse en Proverbios 20:1; 23:29–32; 31:2–5 (comp. con 1 R. 11:1, en la experiencia del propio Salomón); Efesios 5:18a. El versículo 12 podría referirse a la rabdomancia (adivinación por medio de vara) o a la belomancia (adivinación por medio de saetas—v. Ez. 21:21—); pero lo más probable es que se refiera «al dios-árbol semejante al usado por los cananeos» (Buck).

2. Una ojeada a Jeremías 3:6 y Ezequiel 6:13 nos pone en condiciones de ver lo que el versículo 13 significa. Es cierto que Jehová mismo se había aparecido en el monte Sinaí, pero los lugares altos de los cananeos, cuyas lascivas prácticas había aprendido Israel, significaban mucho más que una simple *altura.* En aquellas alturas, y a la grata sombra de encinas, álamos y terebintos, israelitas de toda condición, edad y sexo se prostituían con prácticas de la más grosera inmoralidad. Era el culto a Astarté, la diosa de la fertilidad.

3. El versículo 14 no significa que Dios vaya a pasar por alto el pecado de las hijas y nueras, sino que los que más culpa tienen son los padres y esposos que les han dado tan mal ejemplo, por lo que ellos son los que sufrirán mayor castigo también. El final de dicho versículo 14 viene a repetir algo parecido al comienzo del versículo 6, pero con dos diferencias de léxico: (A) En el versículo 6 hallamos el hebreo *nidmu,* pasiva del verbo *damah,* cesar, mientras que en el versículo 14 hallamos *yillabet,* de *labat,* echar por tierra. (B) En el versículo 6 leemos *conocimiento* (hebr. *dáath);* en el versículo 14 vemos *yabín,* entender, que tiene que ver con el discernimiento.

Versículos 15–19

Dice Buck: «Sorprende oír que se menciona a Judá en un contexto que trata evidentemente de Israel. Algunos autores piensan que este verso ha sido adaptado a Judá por editores tardíos. Sin embargo, este oráculo puede muy bien presentar una afirmación genuina de Oseas, que esperaba y deseaba que Judá sacara algún provecho de la suerte de Israel. También en 1:7; 5:5; 6:11; 8:14; 12:1 se menciona a Judá». No hay duda de que Buck está en lo cierto, y por aquí puede verse que los exegetas modernistas se pasan de listos en sus apreciaciones.

1. Es por consideración a Judá (v., por ej., 1:7) por lo que aquí se le exhorta (v. 15) a que no siga el ejemplo de su hermana Israel; y, para evitar tal peligro, se le prohíbe llegarse a *Guilgal* o a *Bet-aven.* El primero, entre el Jordán y Jericó, había sido anteriormente escuela de profetas (2 R. 2:1; 4:38). El segundo, *Bet-aven,* significa «casa de iniquidad», y con él se designa en realidad a *Betel* («casa de Dios»); pero Dios, y el profeta en nombre de Dios, no quiere llamarlo por su propio nombre, porque la idolatría cometida allí desde que Jeroboam erigió allí uno de los dos becerros de oro ha hecho que degenerase de tal modo que, mejor que *casa de Dios,* debe llamarse *casa de iniquidad. «No digáis*—dice Oseas—*¡Vive Jehová!* (v. 15b) *en Guilgal ni en Bet-aven* (Betel), porque en ninguno de los dos lugares se adora al verdadero Dios».

2. *«Israel* (v. 16), es decir, el territorio a cuya cabeza se nombra Efraín de ordinario (v. 17) por haber sido Jeroboam, de la tribu de ese nombre, el principal promotor de la rebelión contra la casa de David, *se ha encabritado* o, mejor, *se ha vuelto terco* como una *novilla o ternera imposible de domar,* pues siempre sacude de sus hombros el yugo de Jehová, por lo que Dios no lo puede pastorear *como a corderos en lugar espacioso,* en lugar donde puede pastarse en abundancia y con libertad. *Está ligado*—añade Dios (v. 17)—, como por un maleficio, *a los ídolos. ¡Déjalo,* Judá!» Dice M. Henry: «El padre deja de corregir a un hijo rebelde cuando ha determinado desheredarlo. Los que no son estorbados en su pecado, serán destruidos por su pecado».

3. El versículo 18 dice literalmente según el hebreo: *«Se ha vuelto rebelde la embriaguez de ellos. Fornican continuamente. Los escudos de ella aman la ignominia* (o *la vergüenza,* en sentido de *ignominia)».* Muchas versiones modernas aciertan a traducir bien la última frase, ya que *«escudos»* significa, en efecto, los líderes o gobernantes del país; pero ninguna versión acierta a traducir bien la primera frase, y al talento de E. W. Bullinger debemos la correcta versión e interpretación de dicha frase. Dice así (v. *Diccionario de figuras de dicción usadas en la Biblia,* de Bullinger—Lacueva, pág. 483, sobre *Oseas* 4:18): «Su embriaguez se ha vuelto rebelde», es decir, les ha hecho volverse rebeldes contra Jehová (nota del traductor—del traductor de Bullinger, que es el mismo de M. Henry—: esta versión de Bullinger, con referencias a Isaías 5:11; 18:1—y, ¿por qué no, también a Os. 4:16, donde sale dos veces la misma raíz del vocablo hebreo *sar?*—, es la más probable de todas las que han propuesto los comentaristas de todos los colores). Por no haber percibido la *metonimia,* los traductores tratan de hallar otros significados para el vocablo *sar.* Vemos, pues, que de la crápula, que les hace rebelarse contra Dios, pasan a entregarse de continuo a la prostitución «sagrada». Y sus líderes son los primeros en amar esa ignominiosa conducta. Pero el *viento* (v. 19), es decir, el torbellino de la invasión asiria, se lo llevará todo por delante. Será el viento del juicio de Dios. «Ya en el destierro, demasiado tarde, reconocerán la inutilidad de su idolatría» (Buck). Sólo entonces *sentirán* sana *vergüenza de sus sacrificios* (v. 19, al final). Compárese con Isaías 57:13.

CAPÍTULO 5

Si el capítulo 4 describía el proceso de Israel, el presente describe el veredicto. I. Se resume primero el pliego de cargos (vv. 1–7). II. Se lee después la sentencia de destrucción (vv. 8–14), con un rayo de esperanza al final (v. 15).

Versículos 1–7

1. Tres son los estamentos sociales a los que aquí se convoca para leerles la sentencia (v. 1): *Los sacerdotes,* encargados de enseñar a los demás la Ley; *la casa de Israel,* representada probablemente por los ancianos del pueblo, y *la casa del rey,* toda la familia real. En nombre de Dios, el profeta les declara (v. 1b): *«contra vosotros es el juicio, pues habéis sido un lazo (o trampa) en Mizpá y una red tendida sobre el Tabor».* Trampa, red y pozo (en el v. 2) eran términos familiares para los cazadores. Mizpá (hebr. *Mitspáh),* al este del Jordán, y el Tabor al oeste señalan los dos extremos del reino. Los lugares de corrupción quedan mejor señalados aún si, como da por «conjetura probable» Buck, el *setim* del versículo 2 *(«los sediciosos»)* es una corrupción de *shittim,* «lugar en la región montañosa al este del Jordán, donde los israelitas se dejaron arrastrar por primera vez al culto inmoral de Baal-Peor (Nm. 25:1 y ss.)» (Buck). Un detalle digno de ser notado es que el castigo de Israel es descrito (v. 2b) como *correctivo* disciplinar (hebr. *musar,* el mismo término de Proverbios 1:8a, entre muchos otros lugares). A pesar de todas las corrupciones y apostasías, Israel sigue siendo el pueblo de Dios.

2. Esto se pone de relieve en los versículos 3–5. Nótese el contraste: Aun cuando ellos *no conocen a Jehová* (v. 4, al final), Jehová *conoce* (v. 3) *a Efraín, e Israel no le es desconocido* (paralelismo de sinonimia en las dos formas de costumbre: positiva y negativa). *Hay dentro de ellos—dice* Dios (v. 4b)—*un espíritu de fornicación,* una tendencia habitual, fijada por la obstinación, de la que brotan inevitablemente obras de inmunda prostitución (vv. 3b, 4a). Pero lo que hace este vicio más irremediable todavía es la arrogancia de Israel, su *soberbia* (v. 5). Dice Buck: «Imaginan que pueden ser ellos su propia ley, salvarse con sus fuerzas y su religión, y ya no sienten necesidad de abandonarla». Pero esta arrogancia les presta una falsa seguridad, pues Dios asegura que *Israel ¡y Judá! tropezarán,* es decir, experimentarán la calamidad y la ruina.

3. En efecto, los versículos 6 y 7 anuncian proféticamente ruina inminente: De nada les valdrán unos sacrificios (v. 6) en los que Dios no se complace (8:13; Is. 1:11; Mi. 6:6, 7). Jehová se retira de ellos (v. 6, al final) hasta que se arrepientan. *«Han traicionado* (v. 7) *a Jehová,* pues han violado el pacto (6:7; Is. 48:8; Jer. 3:20), *han engendrado hijos bastardos,* ya que «sus hijos han seguido su ejemplo y ahora son extraños a Jehová» (Buck). *«La luna nueva los consumirá a ellos y sus heredades»* (v. 7b). Esta frase puede entenderse de dos maneras: (A) Los novilunios son festividades que Dios abomina (2:11; Is. 1:14) y, por eso, Dios los consumirá también en un novilunio (hebr. *jódesh).* (B) Como el hebreo *jódesh* significa igualmente *mes,* Dios los consumirá en un mes. Esta segunda versión me parece más natural. Sobre ella, escribe M. Henry: «Un *mes* los *devorará.* Los juicios de Dios hacen a veces una obra rápida con la gente pecadora. Un mes devora más y más porciones que las que muchos años pueden reparar».

Versículos 8–15

Se anuncia en estos versículos el castigo de la deportación, después de la insensatez de Israel, y de Judá, de acudir en busca de auxilio a Asiria Como dice J. M. Myers (citado por Buck), los dirigentes políticos y religiosos del país «estaban perforando el tejido de su existencia», pero Dios mismo era la causa última y directa de la decadencia de Israel, pues era (v. 12) *«como polilla a Efraín, y como carcoma a la casa de Judá».*

1. Los versículos 8 y 9 dan el toque de alarma, lo cual se hacía con el *cuerno* de carnero (hebr. *shophar).* Dice Ryrie: *«Guibeá y Ramá* eran altas montañas en el centro de Palestina, lugares excelentes para tocar alarma». *Bet-aven,* como sabemos, es el nombre peyorativo de Betel, a unos 15 km al norte de Jerusalén; lugar, pues, muy apropiado para sonar allí también la alarma. El castigo es cierto e inminente (v. 9). ¡Que nadie se engañe! *Lo que Dios hace saber en las tribus de Israel es COSA SEGURA.*

2. El pueblo de Dios se destruyen unos a otros (vv. 10, 11). Los líderes de Judá se aprovecharon de la invasión asiria para invadir el territorio israelita (v. 10), lo cual era un crimen parecido al de *desplazar los linderos* (Dt. 19:14; 27:17). Por lo que la ira de Dios (v. 10b) se iba a derramar sobre Judá como una inundación (comp. con Sal. 32:6; 93:3, 4). Conforme a la amenaza de Jehová en Deuteronomio 28:33, *«Efraín* (v. 11) *es vejado (u oprimido), quebrantado en juicio, porque se complace en seguir su propia norma»* (RV 1977). La última frase de dicho versículo 11 resulta difícil de traducir por la concisión y ambigüedad del original, que dice así: *«le agradó, anduvo tras de la norma* (hebr. *tsaw*—término ambiguo—)». Creo que la RV 1977 da la mejor versión posible.

3. Ya vimos el versículo 12. Los versículos 13 y 14 nos describen la insensatez de Israel y de Judá. Ambos se dan cuenta de su situación extremadamente difícil (v. 13); Efraín es el que con mayor urgencia

necesita remedio y acude a Asiria. Esto sucedió cuando el rey Oseas de Israel se hizo con el trono al matar a *Péqaj* (2 R. 15:30) y sometiéndose al rey de Asiria Tiglat-piléser III, el cual es llamado en el versículo 13b *«rey Yareb»*, pues el hebreo *yareb* significa *pendenciero* (lit., en imperfecto yusivo, *¡que contienda!*, lo cual sería como una orden—¿de Dios?—al rey asirio para que contendiera con Israel). Recordemos (v. Is. 7:17 y ss.) que Judá también había pedido ayuda a Tiglat-piléser por miedo a sus vecinos Siria e Israel (v. Is. 7:1 y ss.). Los mensajes de Israel y Judá al asirio habían de surtir el efecto contrario, porque Dios mismo había de tramar la ruina de ambos (v. 14).

4. El versículo 15 empalma perfectamente con el contexto siguiente, por lo que aparece en nuestra Reina-Valera bajo el mismo epígrafe. «Voy—dice Jehová—*a volverme a mi lugar*.» ¿A qué lugar? A su lugar celeste, pues este versículo no puede menos de traer a la mente del que esto escribe la marcha progresiva de la *shekinah*, desde el templo, en la *merkabah* que vio Ezequiel (v. Ez. 10:18). La gloria de Dios volverá definitivamente al templo en el reino milenario del futuro (v. Ez. 43:4). La última frase del versículo 15 *(«en su angustia me buscarán»)* nos lleva a Lamentaciones 5:20–22. Todavía (v. 6:4) el arrepentimiento de Israel será insincero, superficial y pasajero, pero llegará un día en que la conversión de Israel será un acontecimiento real y glorioso (v. Jer. 31; Ez. 37; Zac. 12:10–14; Ro. 11:15, 26–29).

CAPÍTULO 6

El empalme con el versículo 15 del capítulo anterior podría dar a entender que los versículos 1–3 expresan una resolución del pueblo de Israel. Así opinan muchos, con Ryrie y el propio M. Henry. Buck lo tiene como probable, pero añade: «Parece mejor considerar estas palabras como dichas por el mismo Oseas». A favor de esto último militan las expresiones hondas y, al parecer sinceras, de los versículos 1–3. Con todo, el versículo 4 da a entender que es el pueblo el que habla y que, como en muchas otras ocasiones, hace promesas que no tarda en olvidar. En todo caso, tenemos aquí: I. Una especie de súplica o instancia a Jehová (vv. 1–3). II. La respuesta de Jehová (vv. 4–11).

Versículos 1–3

1. Las palabras del versículo 1 nos recuerdan lugares como 5:14; Deuteronomio 32:39; Isaías 30:26; Jeremías 30:17; 50:4, 5. Están fundadas en una segura esperanza de que Dios no quiere la muerte del impío, sino que se arrepienta y viva, pues Jehová es un Dios de vida, de misericordia y salvación. Dice en Isaías 45:22: *«Volved el rostro a mí y sed salvos, todos los confines de la tierra, porque yo soy Dios y no hay más»* (comp. con 1 Ti. 2:4–6). Una y otra vez repite: *«Convertíos y volveos»; «volveos y me volveré»* (v. Ez. 14:6; Zac. 1:3, 4). Y, apoyado en Joel 2:32, dice Pablo (Ro. 10:13): *«Porque todo el que invoque el nombre del Señor, será salvo»*. En efecto, Dios está siempre presto a salvar, pero es preciso estar dispuestos a abandonar el pecado, pues es lo único que interpone una barrera en la comunión con Dios (Is. 59:1, 2).

2. El versículo 2 expresa una seguridad de que Jehová salvará definitivamente a Israel. Dice Ryrie: *«después de dos días … en el tercer día.* Esto es, en un breve período de tiempo (v. Lc. 13:32, 33; 2 P. 3:8). La restauración de Israel ocurrirá en la segunda venida de Cristo (Ro. 11:26)». Es precisamente sobre la base de 2 Pedro 3:8 como ven muchos en este versículo 2 una velada referencia al lapso de tiempo que habría de pasar entre esta profecía y la inauguración del Milenio. Puesto que Oseas está diciendo esto a mediados del siglo VIII a. de C., los dos primeros «días» de mil años habían acabado hacia el año 1250 de nuestra era; el tercer día estaría, pues, ya muy entrado en estos últimos años del siglo xx. Dogmatizar, con todo, sobre esto sería apurar mucho la exégesis y, en fin de cuentas, correría el peligro de lindar en la insensatez.

3. El versículo 3 parece expresar un sincero deseo, no sólo de *conocer*, sino también de *proseguir en conocer a Jehová*, pues Dios sale al encuentro del que le busca con la misma certeza con que está fijada la salida del sol cada mañana, y como la lluvia temprana y tardía (comp. con Stg. 5:7). Dice Buck: «En un encuentro personal y nacional con Dios, los israelitas aprenderán que Dios es fiel como el amanecer, que aparece un día tras otro». De la lluvia, hace M. Henry esta consideración devocional: «La gracia de Dios

en Cristo es como la *lluvia temprana* y también como la *tardía,* pues, por medio de ella, no sólo se comienza nuestra buena obra de llevar fruto, sino que también se continúa».

Versículos 4–11

Ya sean las frases anteriores palabras del mismo pueblo o, al menos las últimas (v. 3), del propio Oseas, los versículos 4–6 muestran que el arrepentimiento del pueblo no existió o fue insincero.

1. Dios se dirige a Efraín (v. 4) como a un hijo díscolo, indócil; con palabras que nos recuerdan las del mismo Dios en Isaías 5:4, pregunta: *«¿Qué haré contigo, Efraín? ¿Qué haré contigo, Judá?»* Como si dijese: «Tanto las advertencias como las amenazas que os he dirigido por medio de mis profetas han caído en saco roto, ¿qué más tendré que hacer para que abandonéis los ídolos y os volváis a mí? *Vuestro amor* (mejor que *piedad,* pues el vocablo hebreo es el conocido *jesed) es como nube* (es decir, neblina) *de la mañana, y como el rocío de la madrugada, que se desvanece* al salir el sol». Los deseos de reforma eran pasajeros (comp. con Mt. 13:21).

2. El versículo 5 es una justificación del proceder severo de Dios con Su pueblo: «y *mi juicio saldrá como la luz»* (al final del versículo; comp. con Sal. 51:4b; Ro. 3:4). Las dos primeras frases de este versículo 5 conviene leerlas teniendo a la vista lugares como 1 Samuel 15:32, 33; Jeremías 1:10; 5:14; 23:29, y aun Hebreos 4:12; Apocalipsis 19:15. Lo de *tajado,* al comienzo del versículo, como el vocablo *tallado,* nos traen a la memoria la imagen de una cantera, pero el tallado es con el fin de hacer buen uso del sillar, mientras que el *tajado* de que aquí se habla tiene un final de *muerte,* aunque esto no puede atribuirse a la obra de Dios por medio de Sus profetas, sino a la mala disposición de ellos. Dice M. Henry: «Estaban dispuestos a decir que los profetas los mataban cuando los estaban tratando con lealtad. Ellos eran inconstantes en su religión (v. 4); por eso, Dios los cortó. El corazón de los pecadores es piedra dura, que requiere mucho trabajo para hacer de él una figura de talla … Hay personas a quienes los ministros deben reprender duramente; cada palabra habría de ser cortante, aun cuando el reprendido huya de la presencia del que lo reprende y lo tenga como enemigo por decirle la verdad».

3. El versículo 6 repite una idea favorita del Señor ya desde 1 Samuel 15:22. Traduce espléndidamente Buck: *«Pues yo deseo amor* (hebr. *jesed), y no sacrificio; el conocimiento* (hebr. *dáath) de Dios más bien que holocaustos»*. El Señor Jesucristo citó la primera parte en lugares como Mateo 9:13; 12:7, y vino a expresar la misma idea en Mateo 5:23, 24. En la segunda parte del versículo vemos que *jesed* (amor constante) y *dáath* (conocimiento íntimo) son conceptos correlativos (comp. con 1 Co. 8:3).

4. En los versículos 7–11, Dios hace, como dice Buck, «un historial de apostasía» de Israel y de Judá. Comienza desde atrás (v. 7) y resume las transgresiones. La primera parte del versículo 7 dice así a la letra en el original: *«Mas ellos, como Adán, transgredieron el pacto»*. Opina Buck que habría de leerse *«b^{e}adam», en Adán,* más bien que *«k^{e}adam», como Adán, y* sostiene que es una referencia a Josué 3:16, aunque «no sabemos—dice—el caso concreto a que se refería Oseas». Es mucho más probable que no haya por qué corregir el actual texto masorético, y entonces «puede referirse a los hombres en general, los cuales transgreden los mandamientos de Dios o, específicamente, al pecado original de Adán» (Ryrie). A este pecado de Adán lo aplica Henry diciendo: «Como él transgredió el pacto de inocencia, así también éstos transgredieron el pacto de gracia». En mi opinión, la primera alternativa de Ryrie es la más probable: los hombres, corrompidos por naturaleza, tienden siempre a transgredir los pactos de Dios. Varios detalles necesitan análisis:

(A) En el versículo 8 se especifica a Galaad como *«ciudad de hacedores de iniquidad, manchada de sangre»*. No sabemos si Oseas se refiere aquí a la revuelta de *Péqaj* (2 R. 15:25). «De cualquier manera, Galaad tiene reputación de ciudad sanguinaria, donde no se respeta la vida humana» (Buck).

(B) Más seria todavía es la acusación lanzada (v. 9) contra *«la pandilla de sacerdotes que mata en el camino hacia Siquem* (hebr. *Shékmah)»*. Siquem era una de las ciudades de refugio (Jos. 20:7). Dice Buck: «Tal vez los sacerdotes violaron la ley del asilo (cf. Nm. 35:22–34) o se hicieron culpables de algunas transgresiones en el culto». Aunque no sea, sino como curiosa coincidencia, es digna de reseñarse la consideración de M. Henry de que *«en el camino hacia Siquem* (piensan algunos) significa: de la misma manera que el padre de ellos, Leví, con su hermano Simeón, mató a los siquemitas (Gn. 34) por medio de fraude y engaño».

(C) El versículo 10 quizás no exprese más de lo que ya hemos visto en 5:3; Jeremías 5:30, 31; 23:13. Es posible, sin embargo, que haya alguna alusión a Betel, donde comenzó la corrupción con la erección del becerro de oro. Finalmente, el versículo 11 da a entender que Judá no se queda atrás (comp. con Ez. cap. 23) y, por tanto, también a ella le espera su correctivo (comp. con 5:5, 10, 13, 14).

CAPÍTULO 7

Este capítulo es una descripción de los muchos crímenes de Israel. Tenemos aquí: I. Un cargo general contra Israel por los muchos y grandes crímenes con los que habían obstruido el curso de los favores de Dios hacia ellos (vv. 1, 2). II. Una acusación particular de las francachelas e intrigas de la corte (vv. 3–7). III. Otra acusación contra la funesta política del país, al buscar alianzas con las naciones paganas, en lugar de depender completamente de Jehová (vv. 8–12). IV. Una declaración de las terribles consecuencias de la perversidad del pueblo y de sus príncipes (vv. 13–16).

Versículos 1–7

1. Los israelitas no quieren ser curados por el método de Dios (v. 1). Los tres nombres son sinónimos: Israel designa el reino del norte. En ese reino, Efraín es la tribu principal por ser la de Jeroboam. Samaria es la ciudad capital de dicho reino. La última parte del versículo 1 muestra que no había seguridad ni dentro ni fuera de los poblados. Por falta de conocimiento de la santidad de Dios, y, por consiguiente, por falta de temor de Dios, cometen iniquidad y no se percatan (v. 2) de que sus malas obras les cierran el paso (Is. 59:1, 2), pues están a la vista de Dios, como dice Moisés, en su salmo-oración: *«Pusiste nuestras culpas delante de ti; nuestras faltas ocultas, a la luz de tu mirada»* (Sal. 90:8).

2. Los versículos 3 y 4 nos describen, con breves pero expresivas frases, la astucia y la premeditación con que el pueblo maquina sus intrigas contra las autoridades. Oseas emplea un símil muy apropiado: Así como el panadero controla el calor del horno, y calcula la temperatura apropiada para una buena cocción del pan, «así los conspiradores controlan el fuego de sus pasiones para no arruinar sus planes con un celo excesivo» (Buck).

3. Los versículos 5–7 parecen referirse a un acontecimiento especial de la corona (cumpleaños o coronación del rey—*«el día de nuestro rey»,* dice literalmente el v. 5—). En todo caso, estos versículos dan a entender que los asesinos se aprovechan de los festivales regios, cuando el vino hace su efecto y las víctimas no se aperciben de las intenciones aviesas de los que se acercan a ellos, con lo que, bien calculadas las intrigas (v. 6), los asesinos devoran a jueces y reyes (v. 7, comp. con 2 R. 15:10, 14, 25). Ryrie hace notar que «cuatro de los seis últimos reyes de Israel fueron asesinados». Y, a pesar de tanto crimen y de tanto desastre, *«no hay entre ellos quien clame a mí»*—dice Jehová (v. 7, al final), pensando que todo ello no era otra cosa que vicisitudes políticas inevitables.

Versículos 8–12

Las imágenes con que se describe a Efraín en esta porción son muy expresivas. El cargo principal contra Israel es aquí su funesta política al buscar alianzas con Egipto y con Asiria, sin depender enteramente de Jehová su Dios.

1. Al hacer alianzas con los pueblos paganos, Efraín se ha vuelto «débil *(una torta no volteada)* y decrépito (como lo evidencian sus *canas)»* (Ryrie). Quizá lo de *«torta a la que no se ha dado la vuelta»* (v. 8b) aluda a una ortodoxia religiosa que está falta de ortopraxis. ¡El mismo desequilibrio que ronda también a las iglesias! ¡Sardis! *Los extranjeros* (v. 9), enemigos de Israel, *devoran su vigor sin que él se de cuenta:* devoran su economía, su moralidad, su espiritualidad. Por eso envejece sin percatarse de ello, como Sansón (Jue. 16:20): *«no sabía que Dios se había apartado de él».* Al contrario, se creen arrogantemente estar en plena madurez (v. 10) y se vuelven autosuficientes y obstinados (v. 10b): *«no se vuelven a Jehová su Dios, ni lo buscan con todo eso».*

2. Al obrar de manera tan estúpida en su política exterior, Israel es comparado (v. 11) a una *paloma incauta, sin entendimiento,* estúpida, que sale de un peligro para meterse en otro. Pero, para castigo y, por fortuna para ellos, para correctivo, van a caer finalmente (v. 12) *en la red de Dios.* La última frase del versículo 12 dice así conforme al texto masorético del original: *«los castigaré conforme al anuncio hecho a la congregación de ellos»* (v. Lv. 26:14–39; Dt. 28:15).

Versículos 13–15

1. El versículo 13 comienza con un *«¡ay de ellos!»* Como hace notar Buck, «esta frase, usada con frecuencia por los profetas (cf. Os. 9:12; Is. 3:9, 11; Jer. 13:27, etc.), es amenaza y amonestación; también cierta desilusión, pues a pesar del amor de Dios, *se han alejado* de Él». En lugar de agradecer los muchos y grandes beneficios recibidos de Jehová, y esperar de Él, solamente de Él, la salvación, estos malos hijos *se apartaron de Él,* que era su nido bueno y seguro, *se rebelaron contra Él, fueron* desleales a Su pacto, *y hablaron mentiras contra Él. «Hablan mentiras* contra Él al no reconocerlo como única fuente de seguridad y refugio» (Buck).

2. En el versículo 14 vemos que, en lugar de clamar sinceramente a Dios *aúllan,* como lobos, sobre sus lechos, no por arrepentimiento, sino de rabia por el dolor del castigo (comp. con Ap. 9:20, 21; 16:21). Sólo les interesaban sus provisiones materiales, como al rico de Lucas 12:16–21. El texto masorético de mayor aceptación tiene (en el v. 14b) *yithgoráru («se congregan»),* pero hay no menos de veinte MSS hebreos (también los LXX) que leen *yithgodádu («se hacen incisiones»*—como en 1 R. 18:28—), lo cual estaba severamente prohibido por la Ley (Lv. 19:28; 21:5; Dt. 14:1). El versículo 15 da a entender que usaban contra Dios precisamente lo que Él les había dado: con los productos que Jehová bendecía, servían a los ídolos.

3. *«Se vuelven* (“apuntan”—podríamos decir, para seguir el símil—), *pero no* (hay) *altura»* (lit.), es decir, el tiro no da en el blanco, los clamores de ellos no llegan al cielo, porque son *«como arco engañoso,* traicionero». Dice Buck: *«Traicionero* puede llamarse a un arco que se rompe y hace fallar el tiro. En sentido figurado, *arco traicionero* (cf. también Sal. 78:57) puede llamarse a una persona que defrauda las esperanzas que se habían puesto en ella. En este sentido, es muy apta la figura para ser aplicada a Israel». Y puesto que sus lenguas (v. 16b) han sido insolentes, serán escarnecidos por las lenguas de sus enemigos. Dice Buck: «Muchos israelitas que oyeron estas palabras de Oseas vivieron lo suficiente para verlas cumplirse. Unos doce años más tarde, en 722–721, Asiria destruyó a Samaria y al reino del norte, y Egipto pudo reírse del desconcierto de Israel».

CAPÍTULO 8

Siguiendo la división de Buck, tenemos en este capítulo: I. Una como alarma de guerra (vv. 1–3). II. Descripción de la anarquía política y religiosa de Israel (vv. 4–7). III. Lo cual ha puesto a Israel al borde del desastre (vv. 8–10). IV. Los israelitas son arruinados por falta de religión y sobra de lujo (vv. 11–14).

Versículos 1–7

1. *«Pon trompeta a tu boca»* (v. 1). El profeta tiene que actuar como vigía que da la voz de alarma, porque *viene* (el enemigo) *como un águila sobre la casa de Jehová.* El enemigo (Asiria), tan conocido que el texto sagrado ni lo menciona, se va a precipitar sobre Israel con la fuerza y la rapidez de un águila. La causa de este castigo es que los de la casa de Israel *quebrantaron el pacto de Jehová y se rebelaron contra Su ley* (v. 1b), donde vemos que hay un paralelismo de sinonimia entre *pacto y ley.* Jehová llevó como un águila a Israel (Dt. 32:11) después de sacarlo de Egipto, y hace que Sus devotos se rejuvenezcan como el águila (Sal. 103:5; Is. 40:31), pero el águila de Asiria no viene a dar fuerzas, sino a devorar.

2. Los versículos 2 y 3 nos muestran la insinceridad de Israel cuando profesan ser el pueblo del pacto. El versículo 2 nos recuerda las frases de Mateo 7:21–23. El Señor viene a decirles como en Isaías 29:13, palabras que Cristo cita en Mateo 15:8, 9 (v. también Ez. 33:31). *El bien* (v. 3) *que Israel ha desechado* es

la aceptación y obediencia de los mandamientos de Dios (comp. con Dt. 30:15; Am. 5:14; Mi. 6:8). Por tanto, el castigo es inevitable e inminente. Dice R. F. Horton (citado por Buck): «Las palabras de religiosidad no serán aceptadas en lugar de las obras, aunque las obras sí podrían tomar el lugar de las palabras». Los pecados de Israel se especifican en los versículos 1, 4, 5, 9 y 11.

3. Los versículos 4–6 nos declaran los comienzos de la historia del reino del norte, comienzos malos que no pudieron menos de tener consecuencias funestas. Es cierto que a Jeroboam se le había profetizado, por medio de Ajías (1 R. 11:29), que sería rey de Israel, pero esa profecía no significaba que fuese aprobado por Dios (v. 4). Las leyes sobre violaciones del tráfico normal no significan que aprueben dichas violaciones. Lo de *«no lo supe»* del versículo 4b equivale a *«no lo aprobé»*. En el espacio de 200 años (desde el 922 a. de C. hasta el 722) hubo en el reino del norte (Israel) 19 reyes, mientras que en 335 años (desde el 922 a. de C. hasta el 587) hubo en Judá solamente 20 reyes. A continuación (vv. 5, 6), Dios repudia el becerro de oro que Jeroboam mandó erigir en los dos extremos del reino. Es cierto que la intención de Jeroboam, como antiguamente la de Aarón, fue tener una representación de Jehová como verdadero Dios de la fertilidad, para que no añoraran el templo de Jerusalén. En efecto, en un pueblo agrícola, como era Israel una vez establecido en Palestina, el becerro era símbolo de fuerza y energía, pero los cananeos usaban un símbolo parecido para Baal, por lo que el peligro para Israel era manifiesto.

4. El versículo 7, *«siembran viento y recogerán tempestad»*, es un proverbio que nos recuerda Gálatas 6:7. La siembra y la cosecha se apoyan en tres leyes biológicas: (A) Por la vitalidad misma de la semilla es inevitable que algo haya de brotar (ley de la siembra). (B) Por la identidad de especie entre la semilla y el brote, ha de recogerse algo semejante a lo que se siembra (ley de la uniformidad). (C) Y, por la finalidad de la sementera de convertirse en cosecha, lo que se siembra se recoge multiplicado (ley del aumento). El mal y el bien son como una bola de nieve, que aumenta según avanza. El versículo 7 debe leerse así: *«Porque viento sembraron y tempestad cosecharán; el tallo no dará espiga* (lit. *cabeza), ni producirá harina; y aunque la llegase a producir, la devorarán extranjeros»*.

Versículos 8–14

1. No sólo las cosechas de Israel serán devoradas por extranjeros, sino que Israel mismo será pronto (v. 8) *engullido* (mejor que *devorado).* Y, al cambiar de metáfora, prosigue: *«pronto será entre las naciones como vasija de desecho»*, vaso inútil, de deshonra para su amo y que, por su carencia de valor, no merece la pena tenerlo en casa. Luego (v. 9) compara Oseas a Israel a un asno montés, lo que nos recuerda aquello de Jeremías (Jer. 2:24), y alude a la infidelidad de Israel: *«asna montés acostumbrada al desierto, etc.»*. Los asnos monteses suelen ir en grandes manadas. Dice Buck: «Cuando uno de ellos se separa de la manada, vaga taciturno, sin rumbo fijo. Tal vez este aspecto fue lo que hizo a Oseas comparar a Israel con un asno salvaje». Pero este asno montés, que es Efraín, no se halló a gusto vagando a solas, sino que, como en el caso de Jeremías 2:24, se dejó llevar de la lujuria espiritual, la idolatría, y fue en busca de apoyo a las naciones paganas y a sus falsos dioses. Una vez más se repite la idea (comp., por ej., con Ez. 16:33, 34) de que, al revés que las rameras ordinarias, Israel *alquila por dinero a sus amantes;* es él quien les paga. Dice Buck: «Esta expresión contiene una alusión obvia a los tributos y regalos con los cuales Israel buscaba la alianza y ayuda de asirios y egipcios».

2. El versículo 10 alude precisamente a esos regalos con que Israel quería bienquistarse con asirios y egipcios, pero Dios le va a poner en el pecado la penitencia, pues va a juntar a todos esos amantes contra él (v. Ez. 16:37), quienes lo desnudarán y devorarán; quedará aplastado *bajo el peso* (v. 10b) de la enorme contribución que le va a exigir *el rey de los príncipes,* es decir, el rey de Asiria (v. Is. 10:8); se cierne sobre la cabeza de Israel la deportación *«por un poco de tiempo»*, aunque el hebreo sugiere más bien otra versión: *«comenzarán a debilitarse* (lit. *a disminuir)»*, como traducen la *Biblia de las Américas* y la *Nueva Versión Internacional.*

3. Los versículos 11–13 deben leerse como en la *Nueva Versión Internacional,* donde dicen así (por su claridad, apenas necesitan comentario, que intercalaremos en el texto): « Aun *cuando Efraín haya erigido muchos altares para ofrendas por el pecado, se han convertido en altares para pecar. Escribí para ellos las muchas cosas de mi ley, pero ellos las consideraron como algo extranjero. 0frecen sacrificios dedicados a mí y se comen la carne* (comp. con 1 S. 2:12–17), *pero Jehová no se agrada en ellos. Ahora se acordará de su iniquidad y castigará sus pecados; ellos* (enfático en el original) *volverán a Egipto»*. Aclara Buck: *«Habrán de volver a Egipto* (cf. 9:3, 6; 11:5), es decir, volverán al estado de

cautiverio que tenían antes, cuando fueron sacados de Egipto». En realidad, hubo algunos que, al huir de Asiria (722 a. de C.), escaparon efectivamente a Egipto (comp. con Dt. 28:68). ¡Cuántas veces habían deseado volver a Egipto mientras vagaban por el desierto! ¡Al Egipto de la esclavitud y del pecado! *«El perro, al vómito; y la puerca lavada, al cieno»* (2 P. 2:22, que cita Pr. 26:11).

4. Esta suerte les espera por *haber olvidado Israel* (v. 14) *a su Hacedor*, o Creador (según el contexto de Is. 51:13). ¡Olvido del Creador, de quien dependemos en todo! (Hch. 17:25, 28). Ha compensado este olvido del Hacedor *edificando* grandes *palacios* (mejor que *templos*, pues este vocablo da la idea de *santuario).* Al seguir en la misma línea de orgullo y autosuficiencia, *Judá multiplicó ciudades fortificadas* (lit. *inaccesibles o inexpugnables).* Los ricos líderes del pueblo han construido para *sí palacios* (comp. con Hag. 1:4), también fortificados, pues el último vocablo del versículo 14 *(armenoteiah)* significa *«ciudadelas de ella»* (¡curioso cambio de género después de *«ciudades de él»!)* Pero de nada les van a servir sus fortificaciones y sus falsas seguridades: *«Enviaré fuego—dice* Dios*—en sus ciudades y consumirá sus ciudadelas»* (v. 14b. Lit.).

CAPÍTULO 9

En este capítulo: I. Dios amenaza con quitarle a esta degenerada descendencia de Israel todas las comodidades mundanas de que disfruta (vv. 1–5). II. Los destina a la ruina por sus pecados y por los pecados de sus profetas (vv. 6–8). III. Les echa en cara la iniquidad de sus padres, cuyas pisadas siguen ellos (vv. 9, 10). IV. Les amenaza con privarles del todo de descendencia (vv. 11–17).

Versículos 1–6

1. En estos versículos el profeta se refiere a las fiestas que se celebraban durante la siega o, más probablemente, durante la cosecha de otoño (frutas, uvas, olivas, etc.). En estas fiestas ofrecían sacrificios y libaciones, cánticos, etc., pero seguían ahora las costumbres paganas de sus vecinos, contaminándolo todo con las prácticas licenciosas del culto a Baal al que atribuían la fertilidad. De ahí las fuertes frases del profeta. No todos se atreverían a proferir las frases de los versículos 7 y 8, por ejemplo. Nótese que no dice (v. 1): «No te regocijes», sino: *«No te regocijes como los demás pueblos»* (comp. con 1 Ts. 4:13). Dios no prohíbe la alegría; más aún, la quiere (v. Fil. 4:4). Pero la alegría del pueblo de Dios tiene que ser distinta de la del mundo (v. Pr. 29:6). Esto es lo que se le echa en cara a Israel aquí: que no se distingue de los demás pueblos.

2. En un principio Israel trató de servir a los baales, pero sin abandonar su profesión religiosa de ser pueblo de Jehová. Pero no se puede servir a dos señores que reclaman todo el tiempo y toda la vida. No se puede adorar a dos dioses, e Israel (vv. 2–6) ha abandonado a Jehová al irse a Baal, ¡ha roto el pacto! Por eso, también Jehová se apartará de ellos y hará que les falte el fruto de la tierra (v. 2), para que vean lo inútil de acudir a Baal. Todavía se llama (v. 3) *«la tierra de Jehová»*, pero el pueblo no merece estar en ella; así que marcharán a Asiria (v. 3b) y a Egipto (v. el comentario a 8:13). La vara correctiva de Dios los arrojará precisamente a los países en los que habían pensado hallar ayuda. Allí—dice—*«comerán viandas inmundas»* (v. 3, al final), por ser inmundos los países, por ser ofrecidas a los ídolos y aun por no reunir las condiciones que la Ley exigía (comp. con Ez. 4:13; Dn. 1:8).

3. Su alimento, en realidad (v. 4), había de ser *«pan de enlutados»*, es decir, inmundo. Dice Buck: «Durante los siete días de luto, todo lo que rodeaba al cuerpo se consideraba inmundo, hasta el pan que se comía en casa del muerto (cf. Dt. 16:24)». ¡Tener que comer por necesidad lo que tanto les repugnaba! Por eso, dicho pan no se podía poner en la mesa de los panes de la proposición. ¿Qué harán, pues, al ser inmundos, en los días festivos de Jehová? (v. 5). En vez del gozo festivo, tendrán el duelo fúnebre (v. Sal. 137:3).

4. El profeta los ve ya (v. 6) que marchan a la deportación. Menfis, la más antigua de las capitales de Egipto, famosa por sus pirámides, será la tumba solitaria, y olvidada, de los deportados. Donde antes estaban sus moradas suntuosas y escondían sus cofres llenos de oro y de plata (v. 6b), la desolación será tan grande que solamente crecerán ortigas y espinos, que son siempre símbolo de asolamiento y soledad desértica.

Versículos 7–9

Esta porción se abre y se cierra con la amenaza seria de castigo por parte de Dios; especialmente, por la insensata reacción del pueblo contra las advertencias del profeta, quien, de parte de Dios, no quería la ruina del pueblo, sino su curación (v. 7:1).

1. Aunque el texto masorético actual dice en el versículo 7: «… *conocen* (los de) *Israel: licencioso* (hebr. *ewil) el profeta, y loco de rabiar* (hebr. *mᵉshuggá) el varón del espíritu*» (lit.), varios de estos vocablos llevan encima un circulito blanco, lo cual indica que la lectura es problemática. En especial, es muy problemática la lectura *yedú (conocen),* siendo más probable la lectura *yariú (claman),* con lo que el sentido queda completamente claro: *«Los de Israel claman que es estúpido el profeta, e insensato el varón del espíritu».* Dice Ryrie: «El pueblo reaccionaba contra las sombrías admoniciones de Oseas, y declaraba que era un *loco,* cuando en realidad era el *vigía* de la nación». Le llaman *«el hombre del espíritu»* en sentido despectivo, por supuesto.

2. En efecto (v. 8), Oseas es *el centinela de Efraín,* que no habla por cuenta propia, pues es *un profeta; … junto con mi Dios»,* dice; y precisamente por decir la verdad de parte de Dios, *el profeta* (v. 8b) *halla en todos sus caminos el lazo del cazador,* la trampa en la que quieren hacerle caer sus malvados oyentes, *hostilidad en la casa de su Dios.* Dice Buck: «Parece ser que aun en el santuario encontraba solamente oposición y hostilidad». A no dudar, los sacerdotes mismos eran sus más fuertes oponentes, como le ocurrió al propio Señor Jesucristo.

3. Tanto se han rebajado los enemigos de Oseas que han llegado a descender al nivel (v. 9) de lo que pasó en Guibeá (v. Jue. 19:16 y ss.). No es que intentasen hacer con el profeta lo que los de Guibeá habían hecho entonces con la concubina del levita, pero le trataban tan afrentosamente como había sido tratado entonces el levita a quien pertenecía dicha concubina, es decir, sin ningún miramiento a su condición de mensajero de Jehová y centinela de Israel.

Versículos 10–14

1. En los comienzos de la nación de Israel (v. 10), Dios se complacía en Su pueblo como quien *halla en el desierto uvas* refrescantes y los *primeros frutos de la higuera.* Recordemos que Dios sacó de Egipto al pueblo de Israel y lo constituyó *nación* especial Suya en el Sinaí. A pesar de sus quejas y murmuraciones, Dios les amaba y se complacía en ellos, conforme lo dieron a entender las bendiciones de Balaam (contra su voluntad). En efecto, los buenos padres castigan en secreto a sus hijos, pero no los rebajan públicamente ante los extraños. Pero (v. 10b), justamente después de estas bendiciones, *al llegar a Baal-peor, se consagraron a la ignominia.* En *Números,* capítulo 25, se nos narra la abominable conducta de Israel en Sitim, al adorar al Baal de Peor y al cometer groseras inmoralidades, hasta que Fineés (hebr. *Pinjás)* aplacó a Dios.

2. Por eso (vv. 11, 12), la *gloria de Efraín,* aquella relación única del primogénito de Jehová, se marchará *volando cual ave y,* con ella, se marchará también la prosperidad, especialmente la fecundidad, que tanto apreciaban ellos y por la que rendían culto al dios (Baal) y a la diosa (Aserá o Astarté) de la fertilidad: *«no habrá* (v. 11b) *nacimientos,* pues *no habrá embarazos;* no los habrá, porque *no habrá concepciones».* La esterilidad, tan temida hasta ser considerada como una maldición de Dios, será el triste destino de las mujeres de Israel (comp. con el v. 14). Los hijos ya crecido« (v. 12) morirán prematuramente.

3. La lectura del versículo 13 resulta problemática, como puede verse en la excelente edición crítica de Stuttgart, pero todavía puede seguirse sin inconsistencias en nuestra Reina-Valera: Aun cuando Efraín goza de excelentes condiciones en cuanto al clima y al suelo, sus hijos están destinados a la masacre. Según la lectura apoyada en los LXX, Buck traduce así el versículo 13 *«Efraín, como la cierva cría a sus hijos para ser cazados, así Efraín tiene que entregar a sus hijos a la matanza».* El versículo 14 ha de leerse como aparece en la mayoría de las versiones modernas (entre ellas, la NVI y la *Biblia de las Américas*): *«¡Dales, oh Jehová! ¿Qué les has de dar? ¡Dales matriz que aborte y pechos secos!»* (comp. con Lc. 23:29). Oseas ama a su pueblo, pero no puede pedir otra cosa que lo que Dios quiere y ellos se merecen (comp. con Jer. 2:2).

Versículos 15–17

Guilgal era un lugar (v. 15) de doble mal recuerdo: 1. Había sido corrompido con la adoración del pueblo a Baal. 2. Había sido profanado por la petición que allí hizo el pueblo de que se les diese un rey como lo tenían las demás naciones, y la proclamación de Saúl por primer rey de Israel (1 S. 11:14, 15), por capricho del pueblo, no *conforme al corazón* (al designio) *de Dios.* Allí, pues, es donde *comenzó Dios a tenerles aversión.*

Buck hace aquí un comentario (sobre lo de *«no los amaré más»)* que necesita aclaración: «Oseas no favorece la distinción de los modernos escritores de espiritualidad, según la cual Dios odia el pecado, pero ama al pecador. El pecado, después de todo, no existe fuera del hombre que peca, al rechazar el amor de Dios. Dios, por tanto, ha de odiar al pecador mismo, en este caso, Israel». Es extraño que el erudito jesuita sufra aquí una tremenda equivocación, que habría podido evitar al recordar la distinción que, a no dudar, le habrían enseñado sus profesores de teología: En cuanto al amor de *complacencia,* Dios no se complace en el pecador (por santo que haya sido o haya de ser después) mientras permanece en su pecado, sin arrepentimiento ni confesión a Dios; pero con amor de *benevolencia,* Dios ama a todos aquellos que, en Su soberana gracia, *ha predestinado a ser modelados conforme a la imagen de Su Hijo* (Ro. 8:29), aunque, al presente, estén sumidos en las mayores profundidades del pecado (v. también Ro. 5:6–10); en cuanto a Israel, v. Romanos 11:29.

Lo de «*los echaré de mi casa*» (v. 15b) no significa que los arrojará del templo, sino del país (comp. con v. 3). Nótese que el verbo *garash* (sacar o arrojar) significa, en su raíz, repudiar o divorciar. La razón principal es la apostasía de los dirigentes (v. 15, al final), quienes, con su mal ejemplo, arrastran consigo al pueblo.

Los versículos 16 y 17 dan una primera impresión de rechazo definitivo, pero basta leer 11:8–11 para convencerse de lo contrario y rebatir a todos los que sostienen que Dios ya acabó con Israel como pueblo Suyo y que cada israelita, en plan individual, está al mismo nivel que los gentiles en todo y por todo (v. el comentario a Gá. 3:28). Lo de *«andarán errantes entre las naciones»* (v. 17b) es, al fin y al cabo, el cumplimiento de la amenaza que Jehová les había hecho en Deuteronomio 28:64, 65. Nos recuerda, por otra parte lo de Caín en Génesis 4:14: «… *seré errante y extranjero en la tierra».* A todo Hijo Pródigo le ocurre algo parecido.

CAPÍTULO 10

I. Al pueblo de Israel se le acusa aquí de groseras corrupciones en el culto de adoración a Dios (vv. 1, 2, 5, 6, 8). II. También se les acusa de corrupción en la administración de los asuntos civiles (vv. 3, 4, 7). III. Igualmente se les acusa de imitar los pecados de sus padres y de persistir en sus propias iniquidades (vv. 9, 11). IV. Finalmente, se les invita con insistencia a que se arrepientan y cambien de conducta (vv. 12–15).

Versículos 1–8

1. Vuelve Oseas a la carga (v. 1) de lo que ha dicho en 8:4, 11: *«Israel es una frondosa viña, que da abundante fruto para sí mismo».* Nótese ese *«para sí mismo»,* que nos recuerda lo de Lucas 12:21. Lo peor es que, a medida que prosperaba, se hacía rico y tenía mayor abundancia de todo bien material, tanto mayor era su afición a los ídolos, y más bellos y costosos eran los ídolos que para sí fabricaba (comp. con 8:4).

2. *«El corazón de ellos está dividido»*—dice (v. 2), pues honran a Jehová con los labios, pero el corazón se les va, en realidad, hacia Baal—. *«Pero ahora*—dice—*lo van a pagar; Jehová demolerá sus altares, destruirá sus ídolos».* El verbo hebreo para «demolerá» *(yaarof)* designa la rotura del cuello de un animal, cosa muy apropiada tratándose de ese *novillo indómito* que es Efraín. El versículo 3 no necesita el arreglo que dice Buck *(«¿No tenemos un rey? Pero, si no tememos, etc.»),* pues el hebreo está clarísimo en el original: *«Pues ahora dirán: No tenemos rey, porque no temimos a Jehová, y ¿qué haría el rey por nosotros?»* (lit.). Dice Ryrie: *«No tenemos rey,* esto es, ninguno digno de ese nombre, pues sus reyes hacían pactos sin valor». Sin embargo, opino que dicha afirmación del pueblo tiene otro sentido: el

rey nuestro es sólo una marioneta de Asiria. Dice Buck: «Esto puede ser una referencia al rey Oseas, que había sucedido a Péqaj en el trono y se había sometido inmediatamente a Asiria».

3. El versículo 4 viene a decir que así como las hierbas venenosas echan a perder las plantaciones, así también la falsedad y la doblez corrompen la rectitud moral y, especialmente, la rectitud de juicio. El hebreo del versículo 5 dice *becerras,* en femenino, probablemente porque la fertilidad se atribuye especialmente a las hembras, pero es seguro que Oseas alude a los dos becerros de oro que Jeroboam mandó erigir (v. 1 R. 12:28): uno, en Dan; otro, en Betel, que, como siempre en Oseas, es llamado Bet-aven en señal de desprecio y aborrecimiento. Al comentar los versículos 5 y 6, dice Buck: «Si el rey no puede ayudar, ¿podrá el becerro de oro? La respuesta de Oseas es irónica: el becerro de Bet-aven, no sólo no podrá ayudar, sino que será ocasión de mayor ansiedad, cuando vean que es *llevado a Asiria como oblación para el gran rey».* Lo cual será una señal simbólica de la victoria del dios de Asiria sobre el dios de los vencidos. Como en 5:13, el hebreo dice (v. 6): «… *al rey Yareb»* (v. el comentario a dicho lugar).

4. La magnitud del castigo de Israel por su pecado es descrita en términos muy fuertes (vv. 7, 8): *Samaria es cortada,* desaparece del mapa, *y su rey es como astilla* (mejor que *«espuma»),* traída y llevada por las encrespadas olas del mar. *Serán destruidos* (v. 8) *los lugares altos,* donde Israel se prostituía espiritual y sexualmente, *de Aven,* esto es, de Bet-aven, *el pecado de Israel,* llamado así por haber sido como una especie de «pecado original» del reino del norte, pues su apostasía comenzó con la adoración del becerro de oro en aquel lugar; y (v. 8b) *«crecerán cardos y abrojos sobre los altares* donde antes se elevaba el humo de los sacrificios» (Buck). La fraseología del versículo 8b expresa una destrucción apocalíptica, como puede verse por la cita que hacen de este lugar Lucas 23:30; Apocalipsis 6:16; 9:6.

Versículos 9–15

En estos versículos vemos el resultado terrible del pecado de Israel.

1. De nuevo se menciona en el versículo 9 lo de Guibeá (comp. con 9:9), que siempre fue «emblema de sensualidad grosera y cruel (Jue. 19)» (Ryrie). Lo de *«allí tomaron posiciones»* es como si dijera: *«allí fue donde estalló la rebelión».* Por cierto, hay quienes leen *maradu (se rebelaron)* en lugar de *amadu (se estacionaron). «Hijos de iniquidad»* (v. 9, al final) es una expresión semítica corriente, que ya conocemos bien, y señala como una identificación muy estrecha de la persona con la iniquidad. El *doble crimen* que se menciona al final del versículo 10 no es probable que sean los «dos males» de Jeremías 2:13, ni la «lascivia y autosuficiencia», según opina Buck («parece ser»—dice—), sino, como dice Feinberg, los dos becerros de Dan y Betel.

2. Lo de *«novilla domada»* (v. 11) parece, a primera vista, contradecir lo de 4:16 y Jeremías 31:18, donde se llama precisamente a Efraín *«novilla (o novillo) indómita»,* esto es, *no domada;* pero las expresiones no son contradictorias, sino complementarias, pues se refieren a diferentes tiempos. El significado del versículo 11 es el siguiente: Efraín es como una novilla de tres años, que ha sido tratada generosamente por su amo (Jehová), pues no le ha puesto yugo ni bozal, y le ha permitido comer libremente mientras da vueltas trillando (v. Dt. 25:4). De esta forma, engordó demasiado (Dt. 32:15) y *tiró coces,* es decir, se hizo *indómita* y abusó de la libertad que Jehová le había concedido, por lo que va a ser sometida al yugo («yo *pasaré el yugo sobre su lozana cerviz»*—v. 11b—) y a dura labranza, esto es, Jehová la va a llevar por el camino del sufrimiento.

3. Para *segar amor (jesed)* es menester (v. 12) *sembrar justicia (tsedaqáh,* rectitud moral), y es preciso *roturar* la tierra abandonada (comp. con Jer. 4:3), *porque es el tiempo de buscar a Jehová* (comp. con 12:6; Is. 55:6), *hasta que venga,* como Salvador de Israel, *a enseñar justicia* (hebr. *tsedeq).* Esta última frase es muy expresiva en el hebreo, pues dice: «*y llueva justicia para vosotros*», lo que nos recuerda Isaías 45:8. Se notan los ecos escatológicos (v. Jer. 31:27–40; 32:37; 33:26; Ez. 36:24 y ss., y las consiguientes referencias en el Nuevo Tetamento). Sobre la necesidad de ese *«roturar el barbecho»,* de que habla aquí (v. 12b) Oseas, dice Buck: «No pueden esperarse frutos de religiosidad si no se aplica ninguna disciplina religiosa, si no se rompen hábitos inveterados, si el corazón y el carácter no se reforman a fondo». En realidad, el barbecho tiene que dar paso a una vida nueva.

4. Israel ha segado lo que sembró (v. 13, comp. con Job 4:8; Pr. 22:8; Gá. 6:7, 8), lo contrario del versículo 12 (comp. con 4:2; 7:3; 11:12), por *confiar en sus caminos (o en sus carros de guerra,* como vierten los LXX) y *en la multitud de sus valientes guerreros* (mejor, *fuertes;* hebr. *guibboreikhá*—el mismo vocablo de Is. 9:6—). En cuanto al *Salmán* del versículo 14, opina Buck que es «probablemente

Salamanu de Moab, un contemporáneo de Oseas», pero tanto Feinberg como Ryrie están a favor de interpretarlo como Salmanasar V de Asiria. *Bet-arbel* podría ser la que los griegos llaman Arbela, o «la actual *Irbid,* en Transjordania, unos 15 km al norte de Ramot-Galaad» (Buck). La frase final: «cuando *la madre fue aplastada con los hijos»,* es una nota que pone de manifiesto la crueldad asiria.

5. Así, de forma parecida a como Salmanasar destruyó a Bet-arbel con destrucción completa (v. 14), destruirá Jehová (v. 15) a Israel *«por la maldad de vuestra maldad»*—dice literalmente el original hebreo, en una frase que trae a la memoria aquello del *«extremo de la pecaminosidad»* de que habla Pablo en Romanos 7:13 (al final)—. No obstante, todavía llama Dios a Israel *«casa de Dios»* (hebr. *¡Beth-el!),* con lo que todavía resalta más el contraste, casi paradójico, de que Dios vaya a destruir Su propia casa; y eso, total y rápidamente: *«al rayar el alba»* (v. 15b); es decir, «con la rapidez y celeridad con que aparece la aurora después de un sueño tranquilo» (Buck). ¡Hay que estar en vela!

CAPÍTULO 11

Aquí vemos: I. La gran bondad de Dios hacia su pueblo Israel (vv. 1, 3, 4). II. La ingrata conducta de ellos hacia Él (vv. 2–4, 7, 12). III. Amenazas airadas contra ellos por su conducta traicionera (vv. 5, 6). IV. La misericordia es recordada en medio de la ira (vv. 8, 9). V. Las promesas de lo que Dios haría todavía por ellos (vv. 10, 11). VI. Parece ser, según la lectura más probable, que Judá todavía conserva algo digno de alabanza (v. 12).

Versículos 1–4

«La nota dominante de los cuatro últimos capítulos del libro—dice Feinberg—es el amor de Dios.» Y Buck, por su parte, añade: «Este capítulo es único, no sólo en Oseas, sino en el Antiguo Testamento. Nos da la más bella descripción del amor de Dios».

1. Entre tantos pueblos circunvecinos, Dios amó a Israel (v. 1) cuando era *niño y esclavo.* No escogió a Egipto con su avanzada cultura, ni a Fenicia con su prosperidad comercial, ni al imperio asirio con su poder militar, sino al pueblo hebreo, un pueblo de pastores nómadas y, más tarde, de labradores. «La elección—dice Buck—se puede expresar con los términos "escoger" (Dt. 7:6), "adquirir" (Éx. 15:16) y "conocer" (Am. 3:2). Aquí, en las palabras de Jehová, se contiene toda la realidad de la elección: *Yo le amé.»* El amor es soberano, libre, espontáneo. Es curiosa la cita del versículo 1b *(«de Egipto llamé a mi hijo»)* en Mateo 2:15, donde es aplicada a Cristo, con lo que se observa, una vez más, esa identificación del Mesías-Cristo (el *Escogido y* el *Ungido)* con Su pueblo (v. también He. 11:26; 13:13 y 1 P. 4:14).

2. *Cuanto más les llamaban a gritos* (hebr. *qarú)* (v. 2) los profetas, *más se alejaban ellos de Dios.* Desde la «niñez» como pueblo, se mostraron, una y otra vez, rebeldes, rompieron el pacto y practicaron el más infame adulterio espiritual *(«¡almas adúlteras!»*—Stg. 4:4—). Pero Jehová no se desanimaba por eso: *«Con todo* (v. 3), yo (enfático en el original) (fui quien) *le enseñé a andar a Efraín,* para que sus pasos fuesen rectos (v. Is. 55:8), *tomándole en brazos* cuando se cansaba, «y *no conocieron,* no se dieron cuenta, *de que yo los curaba* (hebr. *refatim)* cuando se lastimaban como se suelen lastimar los niños». No eran los baales los que hacían esto, sino Jehová, el único Dios vivo y verdadero.

3. Nótese la ternura del versículo 4: *«Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor …»;* no como a las bestias de tiro o de carga, a quienes se sujeta y atrae con fuertes y ásperas sogas, sino con los hilos de seda del amor (comp. con Jn. 6:44). Dios no fuerza a nadie, sino que atrae—como los labradores que le quitan el yugo a la yegua o al mulo cuando vuelven a casa después de trabajar, y *se inclinan* para darles de comer ellos mismos (v. 4b)—. Cuenta Feinberg algo que él mismo presenció en San Antonio, Texas (U.S.A.), después de uno de sus mensajes allí: «Una madre joven, con una hija muy crecida recostada en una almohada, se puso en los primeros bancos de la iglesia. La hija tenía ahora cuatro años, pero era totalmente incapaz ni aun de llevarse a la boca el alimento. Escasamente podía tragar. Cada día se veía obligada la madre a darle de comer durante seis horas. No necesito decirles cuán desolada se hallaba esta madre por el lastimoso estado de esta criatura que no podía responder a su amor, aunque con verdadera sumisión cristiana agradecía a Dios esta carga que la acercaba más a Dios en busca de una

ayuda más plena». En *King Lear* dice Shakespeare: «¡Más afilado que el diente de una serpiente es tener un hijo ingrato!»

Versículos 5–7

Esta porción forma como un paréntesis de desánimo, después de lo que antecede, lo mismo que a la vista de lo que sigue (vv. 8–11).

1. Sólo la *Nueva Versión Internacional*—de las que conozco—lee el versículo 5 con signos de interrogación, no sé con qué fundamento. La versión Reina-Valera es correcta y no hay por qué alterarla en este punto. Nótese que el original usa el mismo verbo hebreo *(shub)* para el *«volverá»* de comienzos del versículo 5 y para el *«convertirse»* del final. El significado real del verbo hebreo *jalah*, con que comienza el versículo 6, es «girar rápidamente de un lado a otro»; se expresa así la tremenda carnicería que, en poco tiempo, producirá la espada enemiga en las ciudades de Israel, *destruirá* también las barras con que atrancaban las puertas y, como dice literalmente el hebreo en la última frase del versículo 6, *«los devorará* (la espada) *a causa de los designios de ellos»*.

2. El versículo 7 es traducido de varias maneras por causa de su ambigua concisión; además, el texto masorético actual abunda en circulitos de perplejidad en las ediciones críticas. Caben dos versiones (como las más probables): (A) La NVI—adherida al texto actual—traduce: *«Mi pueblo están determinados a apartarse* (lit. *volverse) de mí. Aun cuando llamen al Altísimo, de ningún modo los exaltará Él»*. (B) La versión de Buck—al corregir el texto actual—es la siguiente: *«Mi pueblo está resuelto a apartarse de mí; y llaman a Baal, él no los levantará»*. Al comentar este empeño de Israel en apartarse de Dios y seguir a los baales, cita Buck una especie de proverbio que dice: «Ten miedo del amor que se te da, es tu cielo o tu infierno».

Versículos 8–12

1. Para Feinberg, el versículo 8 es el más grande de todo el libro. El giro que toma toda la porción en este punto, tras de los versículos 5–7, y la ternura que late en esas expresiones del versículo 8 son algo que no puede menos de conmover al más frío. Admá, Seboyim (lit. *Tseboyim)* y Bela o Sóar, formaban con Sodoma y Gomorra el grupo nefando de la Pentápolis (vocablo griego que significa «cinco ciudades»). De las cinco, sólo Sóar escapó de la destrucción, en atención a Lot (v. Gn. 19:22 y ss.). Pero Dios no va a destruir de ese modo a Efraín (v. 9). Las entrañas de amor de Dios no lo permiten. No lo hará, sino que quedará un resto o remanente (Is. 4:2 y ss.; 10:20–22; 11:11, etc., Am. 5:14, 15, etc.).

2. La razón que el propio Jehová da es (v. 9b): *«Porque Dios soy, y no hombre»*. Así lo reconoció Balaam (Nm. 23:19, comp. con 1 S. 15:29; Ro. 11:29). Cita Buck el comentario de san Jerónimo a este pasaje: «Soy Dios y no hombre. El hombre castiga para destruir, Dios castiga al hombre para librarlo de sus errores». El sentido, sin embargo, de dicha afirmación se halla en los lugares de referencia arriba aludidos. La segunda parte del versículo 9 dice literalmente: *«Porque Dios (soy) yo, y no hombre* (hebr. *ish, varón), el Santo en medio de vosotros, y no entraré en la ciudad»*. Dios muestra su santidad gloriosa, trascendente e inmanente, esto es, majestuosa y bondadosa, en medio de Su pueblo, en la tierra de Immanuel (Is. 7:14; Jn. 1:14). Dios *no se deleita en destruir,* según podría leerse la última frase del versículo 9, porque *no se deleita en la muerte del impío* (Ez. 18:23. ¡Se deleitó en la del Hijo inocente! v. He. 10:5–10).

3. El propio Jehová (v. 10) se constituye en heraldo, alférez, esto es, abanderado, guía y pastor de Su pueblo. Va delante de ellos; su llamada es poderosa como *el rugido del león* (v. 10b, comp. con Am. 3:8). Delante de ellos va, sí (v. 11), como en el desierto, después que salieron de Egipto. Pero la profecía adquiere aquí un alcance mucho más largo, pues se refiere especialmente al tiempo final, en que los israelitas vendrán veloces como palomas (comp. con Is. 60:8) desde los cuatro puntos cardinales. Ya no serán ahora la *«paloma incauta»* de 7:11. Y añade Dios (v. 11, al final): «*y los haré habitar en sus casas»,* como las palomas en sus nidos.

4. El versículo 12 es, en la Biblia Hebrea, el versículo 1 del capítulo 12. Por eso, no sigue el contexto de amor triunfal de los versículos 8–11. *Efraín (o Efraín,* como dice el hebreo) *ha rodeado de mentiras,* hasta envolverlo, *a su Dios,* en vez de rodearle de amor y gratitud. *Israel lo ha rodeado de engaño.* En cambio, todavía se vislumbra un rayo de esperanza en Judá, ya que la versión más probable del versículo

12b es la siguiente: *«Pero Judá todavía gobierna con Dios y es fiel con los santos»*, o como traducen Buck y Feinberg: *«Judá todavía es conocido para Dios* (hebr. *El) y fiel al Santo* (hebr. *quedoshim*, en plural de intensidad)».

CAPÍTULO 12

Este capítulo puede dividirse en tres partes, siguiendo a Buck: I. En Israel impera la falsedad que tuvo su comienzo en la persona del propio Jacob (vv. 1–6). II. Israel es un pueblo de mercaderes que se enriquecen injustamente (vv. 7–9). III. Israel es un pueblo que se rebela continuamente contra su Dios (vv. 10–14).

Versículos 1–6

1. Efraín ha sido falso (v. 1), no sólo en su relación vertical (con Jehová), sino también en su relación horizontal con el prójimo. Dice Feinberg: «La actitud que se toma hacia Dios determina la actitud que se toma hacia los hombres». *«Efraín pastorea el viento y sigue al solano»*—dice literalmente el original—. Eso significa que «en vano corre a Egipto y Asiria en busca de auxilio» (Ryrie). El *viento (ruay)* aparece aquí como algo insustancial; más aún, el viento *solano* es, en general, dañino para la salud, sofocador. Como hace notar Ryrie: «Al mismo tiempo que hace un *pacto* con Asiria, Israel exporta *aceite* a Egipto, el rival de Asiria. En el juego que está haciendo con ambos extremos, Israel pronto será atrapado en el medio».

2. *Jehová tiene también pleito con Judá* (v. 2), pues «comienza a degenerar—dice Henry—, a pesar de que hace poco *gobernaba con Dios y era fiel con los santos»* (v. 11:12b). A Oseas, la mención de *Jacob* (al englobar así las dos casas, el reino del norte y el del sur) le trae a la memoria (vv. 2, 3) la persona misma del patriarca con sus contrastes paradójicos. Aun en medio de su debilidad psíquica y espiritual (¿y qué santo no tiene defectos?), Jacob buscó en la primogenitura, no sólo las bendiciones materiales (como Esaú), sino también las espirituales. El vocablo *Jacob* (hebr. *yaaqob)* viene del verbo *aqab*, que se suele traducir por «asir del talón», pero también tiene el sentido de «ir pisándole los talones—como se dice vulgarmente al que va delante, para ver si éste falla» (M. Trezzi)—. Esto es lo que describe concisamente la primera parte del versículo 3; lo de 3b y 4 se refiere, como es obvio, al episodio de Génesis 32:22 y ss. Notemos algunos detalles:

(A) El hebreo *b^{e}onó* (v. 3b) significa propiamente *«en su madurez»* (mejor que *«con su fuerza»)*, es decir, cuando ya era un hombre hecho y derecho, en contraste con lo de *«en el seno materno»* de la primera parte del versículo. En efecto, lo de «con su fuerza» no cuadra bien con lo que añade el versículo 4b. *«Luchó con un ser divino»* (lit. *luchó con Dios)* en la persona del *ángel*, como aclara el versículo 4. También en la narración de Génesis 32:28, 29 se llama al que contendió con Jacob *«Dios»* (v. 28) y «varón» (v. 29). Al citar de A. S. Herbert, dice Buck: «En el pensamiento bíblico, el agente se identifica tan claramente con el que lo envía, que puede decirse uno con él en el desempeño de su misión». Si se admite que el «varón» que luchó con Jacob era «el Ángel de Jehová», es decir, el propio Cristo preencarnado, se entenderá mejor el que se llame «Dios».

(B) El versículo 4 continúa y dice que *«prevaleció* porque *lloró y buscó Su favor»*. Eso de prevalecer a fuerza de lágrimas no aparece en la narración del Génesis, pero tenemos algo parecido en Hebreos 5:7, donde se nos dice del Salvador que *«ofreció ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas»*, detalle este último que no aparece en ninguno de los cuatro Evangelios.

(C) El hebreo dice en la frase final del versículo 4: *«en Betel nos halló y allí habló con nosotros»*. Los autores tratan de verter en singular el pronombre en ambos lugares de la frase. Sin embargo, el empleo del plural es, en mi opinión, fácil de entender si se comprende que quien *nos halló y habló con nosotros* es Dios en la persona del Ángel de Jehová, ya que la iniciativa de la lucha de Génesis 32:24 no se atribuye a Jacob, sino al *varón; y* que dice *con nosotros* porque, para emplear el lenguaje de Hebreos 7:9, 10, los israelitas estaban «en los lomos de Jacob», cuando el varón luchó con él y le dijo: *«No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido»* (Gn. 32:28). Pero de esa lucha salió Jacob cojo de por vida (Gn. 32:32. V., sin embargo, el comentario a dicho lugar).

3. El versículo 5 aclara que *«Jehová,* con quien Israel contiende, *es el Dios de las huestes, Jehová es su nombre»,* el YO SOY (Éx. 3:14, 15) eterno y omnipotente. En esa fuerza debería Israel confiar, y ésa es la fuerza que habría de obtener por medio de la oración sincera a Dios, como prevaleció Jacob con el Ángel de Jehová, no por su propia fuerza, sino con sus gemidos y oraciones *(«lloró y rogó»*—v. 4b—).

4. *«Por consiguiente, tú*—dice Oseas a Israel (v. 6)—*vuélvete a tu Dios»* (comp. con 6:1–3; 10:12). «El que fue el Dios de Jacob es el Dios de Israel, es tu *Dios;* de él te has apartado; por tanto, vuélvete a Él por medio del arrepentimiento y de la fe, vuélvete a Él como al que es tuyo, para amarle, obedecerle y depender de Él» (Henry). Pero Oseas, como los demás profetas, no es meramente un teórico; sus consejos están orientados a la práctica. Una genuina vuelta a Dios se mostrará en lo siguiente (v. 6b): *«Guarda misericordia* (mejor: *amor,* según el sentido del hebreo *jesed) y justicia* (hebr. *mishpat), y espera siempre en tu Dios»* (comp. con Mi. 6:8; 7:7). Comenta acertadamente Buck: *«Guardar* significa observar, cumplir lo mandado. El *amor* que se manda es el amor de Dios y del prójimo (cf. 6:6). *Guardar la justicia* es esforzarse en cumplir las leyes dadas por Dios a la comunidad. *Guardar el amor y la justicia* es, pues, en otras palabras, el esfuerzo para vivir interna y externamente conforme al pacto».

Versículos 7–9

1. Aquí (v. 7) se llama a Efraín *mercader* (hebr. *k^{e}naán),* esto es, Canaán, el pueblo de mercaderes codiciosos y deshonestos, porque, como dice Ryrie, «Israel entró en Canaán y los caminos de Canaán entraron en Israel». En la etimología popular, *Canaán* significaba «las tierras bajas» (la costa y el valle del Jordán). Dice Buck: «Probablemente a causa del espíritu comerciante de los fenicios, el término *cananeo* llegó a ser sinónimo de mercader (cf. Is. 23:8; Ez. 17:4; Pr. 31:24). Los israelitas son *mercaderes,* es decir, tienen toda la deshonestidad y codicia atribuida generalmente a los fenicios (cf. Am. 1:9, 10)». Ya Homero designa a los fenicios como «amantes del dinero». Efraín muestra su carácter de mercader deshonesto en que *«engaña con balanza falsa y oprime con violencia»* (v. 7b).

2. El versículo 8 nos lleva a Zacarías 11:5 y Apocalipsis 3:17. Su prosperidad le sirve a Efraín para engañarle en cuanto a su relación con Dios (v. Ec. 8:11), cuando esa bondad de Dios con él debería conducirle al arrepentimiento (Ro. 2:4). Efraín peca continuamente (v. 8), pero se tiene por inocente. Dios, en cambio, lo juzga de modo muy diferente (v. 9). Dios los conoce bien y sabe que, desde que salieron de Egipto, han obrado iniquidad y se han rebelado continuamente. «Aún *te haré morar en tiendas*—le dice Dios (v. 9b)—, *como en los días de la fiesta»,* esto es, de la fiesta de los tabernáculos (v. Lv. 23:34). Esas frases son tomadas en forma peyorativa por Ryrie («porque sus ciudades habían de ser destruidas»—dice—) y por Buck («serán destruidas las casas de piedra … Serán reducidos a una vida de simplicidad y austeridad, como la que experimentaron sus antecesores en el desierto»). Feinberg es más optimista: «Hemos de recordar—dice—que los días de fiesta solemne, la Fiesta de la Pascua, la Fiesta de las Semanas y la Fiesta de los Tabernáculos, eran todas ellas tiempo de regocijo (nótese Dt. 16:13–17)». Quizás puedan unirse los dos puntos de vista: *Morar en tiendas, como en los días de la fiesta* podrá significar que, sin casas suntuosas ni tanta prosperidad material, pero más cerca de su Dios que lo es todo para ellos, serán auténticamente felices en esa «vida de simplicidad y austeridad» que dice Buck. Su cumplimiento escatológico aparece en Zacarías 14:16–19; Apocalipsis 7:15–17; 21:3, 4.

Versículos 10–14

1. Israel no puede quejarse de falta de información (vv. 10, 11). Dios ha usado profetas y videntes que han hablado de manera sencilla al pueblo. Sin embargo, tanto en Galaad como en Guilgal hay iniquidad, mucha iniquidad. La mejor traducción, en mi opinión, del versículo 11, por ser la más ajustada gramaticalmente al original, es la de la NVI: *«¿Que si es Galaad inicua? ¡De cierto se han hecho vanos* (vacios)! *¿Sacrifican toros en Guilgal? ¡Sí, también!* (Por eso), *sus altares* (serán) *como montones de piedra en los surcos de un campo».* El sentido es que la apostasía tendrá como resultado la destrucción, una destrucción que, en opinión de Buck, está sugerida, en un juego de palabras, por el término *gallim* (montones de piedras), parecido a *Guilgal.*

2. En los versículos 12–14 vuelve el profeta a la historia de Jacob (v. 12) y Moisés (v. 13), para poner de relieve el cuidado e interés que Jehová se tomó por Su pueblo. Pero la respuesta del pueblo ha sido *provocación* (v. 14) *muy amarga,* ya que han rechazado la mano que los conducía y alimentaba. La

mucha *sangre* vertida (v. 14b) de muchas maneras (asesinatos de reyes y reyes asesinos, ofrecimiento de niños a Moloc, etc.) les hace a los israelitas acreedores de un juicio muy severo por parte de Dios, que es todavía *el Señor Soberano* (hebr. *Adonaiw)* de ellos.

CAPÍTULO 13

I. Aquí el pueblo de Dios es reprendido y amenazado por su idolatría (vv. 1–4). II. Son también reprendidos por su sensualidad, su orgullo, su lujo y otros vicios con que abusan de su riqueza y prosperidad (vv. 5–8). III. Se les predice una ruina inminente (vv. 12, 13, 15, 16). IV. A los que, de entre ellos, conservan todavía algún respeto hacia su Dios, se les anima a esperar que todavía se manifieste Él para darles alivio (vv. 9–11, 14).

Versículos 1–5

1. Para entender el versículo 1 es preciso recordar algunos detalles de la tribu de Efraín: (A) Efraín fue constituido primogénito por su abuelo Jacob (Gn. 48:12–19), en lugar de su hermano Manasés, que era el mayor. Dado que su padre José fue hecho el heredero de la primogenitura (salvo el cetro, que pasó a Judá—v. Gn. 49:8–12, 22–26—), Efraín pasó a ser el primogénito. (B) En el territorio de Efraín residió el Arca, en Siló, hasta que fue tomada por los filisteos (1 S. 1:3). (C) Samuel era de la tribu de Efraín, así como Jeroboam, el primer rey del reino del norte. (D) Dice Buck: «Efraín llegó a ser tan importante en el reino del norte, que Israel y Efraín se empleaban como términos sinónimos (4:17; 12:1; Is. 7:2 y ss.; 9:9; Jer. 31:20, etc.)». Por eso dice Oseas (v. 1) que, *«cuando Efraín hablaba, cundía el terror»*.

2. Pero (v. 1b) *se hizo culpable por Baal,* por el culto a Baal y, con la muerte espiritual *(«murió»*—al final del v. 1—), le espera también la destrucción física, las tumbas de Asiria. Su muerte espiritual se echa de ver, pues, en su corrupción idolátrica, la cual se describe en el versículo 2. *«Según su entendimiento»* (v. 2b) significa: en su falsa opinión. Las últimas frases del versículo 2 pueden traducirse de tres maneras: (A) *«Los que sacrifican hombres* (hebr. *Adán),* esto es, los que ofrecen sacrificios humanos, *a becerros besarán»*. (B) *«Los hombres que ofrecen sacrificios besan a becerros»*. (C) Al arrancar de más atrás, Buck traduce: «*Y a éstos* (a los que son *obra de artífices*—contexto anterior—) *dirigen la palabra y ofrecen sacrificios. ¡Hombres besan a becerros!»* Parece más probable la primera versión, sin negar cierta probabilidad a la tercera. El beso en la mano, en el pie, etc., era un acto de homenaje, que suponía gratitud e indicaba servidumbre (v., por ej., 1 R. 19:18—a ídolos—; Job 31:26, 27—a cosas naturales—; Sal. 2:12—«al Hijo»—).

3. Para describir la rapidez con que van a desaparecer los que de tal modo ofrecen sacrificios a los ídolos y besan a los becerros, el texto sagrado acumula figuras o imágenes de cosas muy pasajeras (v. 3), como son *la niebla de la mañana, el rocío de la madrugada, el tamo que el viento se lleva de la era, y el humo que sale por la ventana.* De todas estas figuras, sólo el rocío puede tener algún valor (v. Gn. 27:28; Dt. 32:2), pero aquí se usa para indicar fugacidad. Las otras tres cosas: niebla, tamo y humo, sólo indican algo insustancial y sin valor.

4. Frente a la insustancialidad de los ídolos, que hacen también insustanciales y sin valor a los que los adoran, está el Dios vivo y verdadero: *«Jehová tu Dios* dice Él mismo (v. 4) … *y fuera de mí no hay salvador»* (comp. con Dt. 32:37–39; Is. 43:11; 45:21, 22). A pesar de que está amenazando con la destrucción a Su pueblo, nótese que todavía dice: *«Jehová tu Dios»,* con lo que les lleva a la memoria que fue Él quien los sacó de *la tierra de Egipto,* y quien (v. 5) los condujo, como Buen Pastor, *por el desierto,* guiándolos, alimentándolos y también soportándolos con toda paciencia, a la vez que los disciplinaba con severos castigos.

Versículos 6–8

1. Tal generosidad de parte de Jehová ha servido a Israel de falsa seguridad y de pretexto para su despreocupación (v. 6). De la abundancia con que Dios les bendijo, vino la saciedad; la saciedad

engendró en ellos el orgullo, con el orgullo entró la autosuficiencia; y, creyéndose autosuficientes, se olvidaron de Jehová (V. 2:13; 4:6; 7:14; 8:14; Dt. 8:12, 14; 32:13–15; Jer. 5:7).

2. En su celo (vv. 7, 8)—*«como osa que ha perdido los hijos»* (v. 8)—, Dios se va a revolver contra ellos para consumirlos. Dice Ryrie: «Dios, que había sido el protector de Israel en el desierto (vv. 5, 6), había de ser su destructor. Como *león,* los devorará; como *leopardo,* los acechará, y caerá de repente sobre un pueblo despreocupado; y como *oso,* Su juicio será fiero».

Versículos 9–16

1. No puede estar más explícita la causa de la destrucción de Israel (v. Is. 59:1, 2): «*Tu destrucción, Israel, es obra de tu rebelión contra mí»* (v. 9). *«La paga del pecado es muerte»* (Ro. 6:23). ¡Qué ironía! (vv. 10, 11). Los reyes que pidió Israel le han resultado un fracaso. Ellos mismos han contribuido en gran parte a la apostasía y al castigo de Israel (comp. con 10:7; 1 S. 8:7; 10:17–24; 15:26; 1 R. 14:7–10).

2. El caso está juzgado, fallado y asegurado para sentencia (v. 12): *«Cerrada en saco está la maldad de Efraín, su pecado está guardado en lugar seguro».* El primer verbo significa *atar bien,* y con toda seguridad, una cosa. Dice Buck: «La figura (cf. Job 14:17) puede haber sido tomada de la costumbre de atar y sellar los documentos y papiros para así hacerlos inaccesibles para quien no tuviese autorización de romper el sello» (comp. con Ap. 5:1–5).

3. En el versículo 13 tenemos la imagen de un *mal parto* a consecuencia de la pereza del feto en salir del vientre de su madre. *«Detenerse al punto mismo de nacer»—dolores de parto* que no terminan en parto—, es algo que acarrea la muerte segura al feto. Aquí se culpa de esta insensatez al feto. «Así pasa—dice Feinberg—con los castigos de Dios: si no resultan en arrepentimiento del pecador, conducen a su destrucción». Comenta Buck: «Efraín es necio. El niño no hace la parte que le ha asignado la naturaleza, y como resultado no será dado a luz. Es la última oportunidad de Efraín. Las dificultades representadas por los dolores de parto son la angustia y aflicción que rodean a Efraín, una última oportunidad para que recapacite y se arrepienta. Pero la oportunidad no será aprovechada, porque (como dice G. A. Smith) Israel se acuesta en el camino de su propia redención.» Para que el niño sea dado a luz se requiere de él, por decirlo así, una especie de obediencia a los esfuerzos de la madre por darlo a luz, y Efraín se niega a obedecer a Jehová.

4. ¿Qué significan las frases del versículo 14 que el apóstol Pablo cita, respectivamente, en 1 Corintios 15:55 y Romanos 11:29? En la cita de 1 Corintios 15:55, se recoge de aquí la determinación de Dios de rescatar y salvar un día a Israel (comp. con Ro. 11:26–29). El amor constante y la gracia de Dios triunfan completamente, al dar muerte a la muerte y vida al que ya era un feto abortivo. Ésta es una de las interpretaciones de este dificilísimo versículo 14. Pero las versiones modernas traducen *nijam* por *«compasión»,* en lugar de *«arrepentimiento»,* en la última frase, y ponen con signos de interrogación las cuatro primeras frases. Esta segunda interpretación tiene la grandísima ventaja de que no rompe la línea de castigo que aparece en todo el contexto anterior y posterior. En este caso, la cita de Pablo en 1 Corintios 15:55 es una de las muchas acomodaciones, al estilo rabínico, que de él conocemos. Para mejor información de nuestros lectores, damos la traducción que del versículo 14 hace F. Buck, con su propio comentario a continuación:

«¿Los rescataré del poder del Seol? ¿Los redimiré de la muerte? ¿Dónde están tus plagas, oh muerte? ¿Dónde está tu destrucción, oh Seol? La compasión está oculta a mis ojos.

»¿Los rescatará ahora Jehová del *Seol,* del abismo? No, puesto que ellos deliberadamente rechazan su ayuda. Jehová llama, pues, a la muerte y al Seol a cumplir su cometido, acarrear plagas y destrucción. Y cuando el amor de Dios tiene que obrar con rigor, su compasión, por así decirlo, tiene que ocultarse a sus ojos.

»Para san Pablo, estas palabras de Oseas no son una sentencia, sino que las cita como un grito de desafío a la muerte: "¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" (1 Co. 15:55). Pero la diferencia entre ambos no es tan fundamental como parecería. *Muerte y Seol* sólo son instrumentos del juicio de Dios, mientras que Jehová, el Dios vivo (Os. 2:1), es Señor aun de la muerte y del Seol.»

5. Los versículos 15 y 16 siguen en la misma línea de juicio y castigo que los anteriores (con la posible—aunque poco probable—excepción del v. 14). *«Aunque él*—Efraín—*fructifique entre* (sus) *hermanos* (lit.), *vendrá el solano. El viento de Jehová se levantará desde el desierto; y se secará su*

manantial, y se agotará su fuente; él (el viento de Jehová) *saqueará el tesoro de todos los utensilios de valor* (lit. *de deseo)».* El profeta juega con el significado del vocablo «Efraín», que significa «fructuosidad». El *viento solano* al que aquí se refiere es Asiria. Es *viento de Jehová* porque es un mero instrumento en las manos de Dios para castigar a Su pueblo. El castigo de Samaria (v. 16) a manos de Asiria será horrible, pero los mayores horrores los cometerá el propio rey de Israel Menajem, después de asesinar a su antecesor Salum (v. 2 R. 15:14, 16). Estos reyes fueron contemporáneos del profeta, el cual alude también a estas atrocidades en 10:14.

CAPÍTULO 14

El versículo 16 del capítulo anterior es el versículo 1 del presente capítulo en la Biblia Hebrea. Al seguir el orden de nuestras versiones, el capítulo puede dividirse del modo siguiente: I. Una invitación a arrepentirse sinceramente (vv. 1–3). II. Una promesa de Jehová de bendecir todavía al pueblo, lo cual tendrá su pleno cumplimiento en el Milenio (vv. 4–8). III. Una especie de epílogo sapiencial al libro (v. 9).

Versículos 1–3

1. Tenemos primero una tierna exhortación al arrepentimiento, tras declarar la causa del castigo (v. 1): *«Vuelve, oh Israel, a Jehová tu Dios; porque es tu pecado el que te ha hecho tropezar».* ¡Cómo afectarían estas frases al propio Oseas, puesto que le recordaban su propia amarga experiencia de la infidelidad de Gómer, su mujer! El versículo 2 dice así a la letra en el original: *«Tomad con vosotros palabras y volved a Jehová. Decidle: Quita toda iniquidad y recíbe(nos) bien,* esto es, amablemente, *para que podamos ofrecerte los terneros de nuestros labios».* Según Éxodo 23:15, ninguno había de comparecer ante Jehová con las manos vacías (v. también Mi. 6:8). Las *palabras* (hebr. *debarim)* de que habla aquí Oseas no son meras palabras, sino, como interpreta bien nuestra Reina-Valera, *palabras de súplica,* solemnes, porque expresan arrepentimiento y confesión del pecado, así como de alabanza del Dios de bondad. Para dar a entender que ésos son los sacrificios en que Jehová se agrada de modo especial, llama *terneros* (lit.) *de nuestros labios* a lo que el autor de *Hebreos* llama «*fruto de labios que confiesan su nombre»* (He. 13:15b, comp. Sal. 69:30; Mal. 1:11).

2. Junto con arrepentimiento y confesión de pecados, Israel va a proclamar ahora (v. 3) que ya no confían *en hombres («el asirio»)* ni *en caballos* (el poderío militar) *ni en ídolos,* que son *obra de manos humanas,* sino en Jehová, un Dios que está *lleno de compasión* hacia el que se confiesa necesitado *(«huérfano»).*

Versículos 4–8

1. Jehová responde inmediatamente a la súplica del arrepentido Israel (vv. 4, 5). Nótense esos tres verbos en imperfecto: *«Sanaré ... amaré ... seré».* ¿Y quién dirá ¡No! a estas tiernas expresiones? *«Los* amaré—dice Jehová—*libremente»* (lit.), es decir, con amor espontáneo, de buen grado, generosamente, con largueza, etc., pues todos estos conceptos están encerrados en el hebreo *n^{e}dabáh*. ¡Y qué ternura poética en esa otra frase del versículo 5: «Yo *seré a Israel como rocío»!* Dice Buck: «El rocío (cf. 6:4) significa aquí el beso amable del amor de Dios que refresca y renueva la vida». *«Él,* esto es, Israel—continúa Dios (v. 5b)—*florecerá como lirio.»* En esa imagen se expresa no sólo la pureza y la hermosura que todos contemplan en el lirio, sino también la productividad (una sola raíz puede producir hasta cincuenta bulbos) y la profundidad (como la de los cedros del Líbano—¡firmes!—). Sobre lo de *«la fragancia* (v. 6, al final) *como el Líbano»,* dice Buck: «indica la futura reputación y renombre de Israel entre las naciones». ¡Con Dios, siempre hay esperanza!

2. Por supuesto, todas estas bendiciones, como las que se expresan en los versículos 7 y 8, tendrán su pleno cumplimiento solamente en el Milenio. Aunque el texto masorético actual dice al comienzo del versículo 7: *«los que habitan a su sombra»,* la edición crítica de Stuttgart advierte que, donde dice

betsilló, quizás debería leerse *betsillí, a mi sombra,* lo cual encaja mejor en el contexto. El «trigo» y la «vid» representan respectivamente el *pan y* el *vino,* como compendio del sustento diario. Todo el fruto de Efraín (v. 8) vendrá de Dios (comp. con Jn. 15:1–5), puesto que para entonces Efraín se habrá arrepentido completamente de sus pasadas apostasías: *«¿Qué más tendré ya que ver con los ídolos?»*

Versículo 9

Para quienes tengan, o lean, el comentario de F. Buck, me parece oportuna una advertencia. De este versículo 9 (v. 10 en la Biblia Hebrea) dice él: «Fue probablemente un discípulo de Oseas o un editor posterior quien añadió este verso a la colección final de los sermones de Oseas». Esta opinión podrá ser discutible, pero Buck no quiere decir con ello que el versículo *no entre dentro de la Escritura que es toda ella inspirada por Dios.* No es él quien hace esta advertencia, pues de seguro supone que sus lectores saben distinguir entre autoría e inspiración.

Del versículo en sí puede decirse que es como un epílogo de todo el libro, pero su estilo es sapiencial más bien que profético. *«Sabio y prudente»,* como en Proverbios (1:7, etc.), es el que anda en los caminos del Dios santo: el que conoce íntimamente a Dios y actúa en consecuencia. Por el contrario, *los transgresores* (frase final) *tropezarán en ellos,* en los caminos que Dios ha puesto delante de Su pueblo, a fin de que todos caminen en ellos (v. Dt. 30:19). Dice Buck: «Así, los mismos caminos en un caso conducen a la vida y en otro a la muerte». De ahí que, mientras los que andan rectamente por los caminos de Dios no sólo son *justos,* sino también *sabios y prudentes,* los transgresores son, además de inicuos, necios e imprudentes, pues con sus pecados atraen sobre sí su propia ruina: *tropezarán y caerán.*

Esta ha de ser también la última lección que hemos de aprender de este libro de la profecía de Oseas: ¿De dónde esperamos nosotros vida, paz, felicidad y seguridad? ¿De Dios o de nuestros «ídolos»?

JOEL

Joel (hebr. *Yoel*—que es como debería pronunciarse) significa: «*Yah*—Jehová—es Dios», y es un nombre bastante frecuente, pues se cita 15 veces en el Antiguo Testamento. Entre ellos está el primogénito de Samuel. De su vida, es decir, de este profeta Yoel, sólo sabemos el nombre de su padre, pues se nos dice (1:1) que era *hijo de Petuel.*

Parece ser que Yoel procedía del reino del sur, de Judá, puesto que su predicación se concentra sobre Judá y Jerusalén. Es muy difícil poner fecha a su ministerio. El texto sagrado no dice nada a este respecto. Mientras Feinberg opina que es uno de los primeros profetas menores (también L. Wood), sin atreverse a dogmatizar, Buck—con otros exegetas modernosse inclina por una fecha posterior al exilio. Los argumentos principales a favor de esta segunda opinión son tres: (A) Toda la profecía se centra en Judá, Jerusalén y Sion. (B) Ni una sola vez se alude a Samaria. (C) Tampoco se mencionan los grandes y terribles enemigos de Israel: Asiria y Babilonia.

El libro se divide en dos partes: La primera abarca desde 1:1 hasta 2:27, y puede llevar por epígrafe LA PLAGA DE LANGOSTAS. La segunda parte abarca el resto del libro, aunque hemos de tener en cuenta que 2:28–32 forma, en la Biblia Hebrea, el capítulo 3, mientras que el capítulo 3 de nuestras Biblias es el capítulo 4 en la Biblia Hebrea.

Sobre el estilo del libro dice F. Vigouroux, citado por Buck: «Su estilo es elevado por la sublimidad, superior a los otros profetas, si exceptuamos a Isaías y Habacuc. Une la fuerza de Miqueas, la ternura de Jeremías y la vivacidad de colores de Nahúm. La descripción de la invasión de las langostas es un admirable trozo literario». En cuanto al mensaje doctrinal, el tema principal lo constituye el Día de Jehová. Sobre este tema, dice Ryrie: «Se pueden discernir tres facetas del Día de Jehová: (1) La histórica, la intervención de Dios en los asuntos de Israel (Sof. 1:14–18; Jl. 1:15) y de las naciones paganas (Is. 13:6; Jer. 46:10; Ez. 30:3); (2) la ilustrativa, donde un incidente histórico representa un cumplimiento parcial del escatológico Día de Jehová (Jl. 2:1–11; Is. 13:6–13); (3) la escatológica. Este "día" escatológico incluye el tiempo de la Gran Tribulación (Is. 2:12–19; 4:1), la segunda venida de Cristo (Jl. 2:30–32) y el Milenio (Is. 4:2; cap. 12; 19:23–25; Jer. 30:7–9)».

La primera parte se puede subdividir así: (A) Plaga y lamentación (1:2–12). (B) Exhortación al arrepentimiento (1:13–20). (C) Alarma en el pueblo ante la cercanía del Día de Jehová (2:1–11). (D) Llamamiento urgente al arrepentimiento (2:12–17). (E) Respuesta de Jehová (2:18–27).

CAPÍTULO 1

I. La desolación causada por una plaga de langostas (vv. 1–7). II. Todos los estamentos del pueblo son invitados al duelo y al arrepentimiento (vv. 8–13). III. Ante el cuadro de tan tremenda desolación, se exhorta a todos a elevar los ojos a Dios y a humillarse delante de Él (vv. 14–20).

Versículos 1–7

1. El autor sagrado comienza con el anuncio que va a pronunciar (v. 1) una *palabra de Jehová,* es decir, un mensaje de parte de Dios. Este mensaje es de gran importancia, como lo da a entender el énfasis que el profeta (v. 2) pone en que se le escuche: *«Oíd esto,* vosotros *los ancianos, y prestad atención todos los moradores de la tierra».* Dice Buck: *«Anciano* dice generalmente dignidad y nobleza más que edad avanzada. Aquí, sin embargo, el término designa más bien la edad de la vida, puesto que se apela a una larga experiencia (cf. Dt. 32:7). Nadie puede acordarse de semejante catástrofe», es decir, de algo semejante a esto (v. 2b).

2. El suceso debe ser transmitido oralmente (v. 3) de generación en generación. Se trata de una terrible invasión de lo que alguien llamó «la encarnación del hambre»—como un incendio voraz—. Cuatro son (o parecen ser) los voraces insectos (v. 4) que se suceden el uno al otro en esta tremenda destrucción del campo: *gazam* (el cortador), *arbéh* (el destructor), *yéleq* (el saltador) y *jasil* (el descortezador). Según Buck, dichos insectos corresponden a lo que en castellano se llama, respectivamente, la caballeta, la langosta, el saltón y el langostón. Pero Feinberg asegura que no son cuatro insectos diferentes, ni aun cuatro fases del desarrollo de un mismo insecto, sino que se trata de un nombre *real* con tres sinónimos poéticos, y sólo quiere expresar que hay sucesivas oleadas de langosta.

3. Como la devastación afecta al reino vegetal, comienzan aquí (v. 5) a mencionarse los productos dañados (comp. con Is. 5:11, 22, 23; 24:7–9; 28:7, 8 y Am. 6:1–6 sobre la ebriedad en el país). Hay dos palabras distintas para designar el *vino* (hebr. *yáin)* y el *vino nuevo* (hebr. *asís),* que designa el mosto o el vino nuevo en proceso de fermentación. El vocablo *asís* procede de la raíz *sas,* prensar. La plaga, no sólo *asoló* (v. 7) las viñas, sino que también *descortezó las higueras. Las ramas* de las higueras *quedaron blancas,* pues apareció el color blanco al ser despojadas de la corteza. La plaga es *literal,* pero es también símbolo de una nación, *un pueblo fuerte e innumerable* (v. 6, comp. con 2:2), que va a caer sobre la *tierra,* es decir, sobre Palestina. Para seguir de algún modo con el símil de la langosta, se dice (v. 6b) de este pueblo que tenía *dientes de león y muelas de leona* (comp. con Ap. 9:7, 8).

Versículos 8–12

1. La desolación no se ha detenido en el campo, sino que ha causado también estragos entre el pueblo (v. 8) y en el santuario (v. 9). Yoel se dirige a toda la comunidad, a la que Jeremías llama *«la hija de mi pueblo»* (Jer. 6:26; 14:17), al aludir a *la doncella vestida de cilicio* (mejor, *de saco o sayal) por el marido de su juventud,* «porque lamenta la muerte del *esposo,* al cual amaba con la ternura de la juventud» (Buck). También *los sacerdotes* (v. 9) *están de duelo* porque han cesado *la ofrenda y la libación,* al ser devorados por la plaga los productos (harina, vino y aceite) necesarios para dichas ofrendas.

2. Los versículos 10–12 nos ofrecen una detallada descripción de la desolación llevada a cabo en el campo. Nótense las elegantes imágenes: «… *se enlutó la tierra»* (v. 10), *«se marchó avergonzada la alegría de entre los hijos de los hombres»* (v. 12, al final).

Versículos 13–14

Los sacerdotes, aunque ya estaban de duelo (v. 9) por falta de productos que ofrecer en el santuario, han de ser los primeros en dar buen ejemplo de arrepentimiento, *pasando la noche en saco* (v. 13b), es decir, vestidos de áspero sayal en señal de duelo y penitencia. Se les ordena (v. 14) *proclamar* (lit. *hacer santificar—hebr. quidd*^{e}*shú—) ayuno* como expresión de humillación personal en oración (comp. con Hch. 13:3—aquí, como prueba de completa dependencia en Dios—). Todos estos signos exteriores no valen nada sin la genuina disposición del corazón (v. 2:12, 13), pero el texto sagrado pone aquí cierto

énfasis en las manifestaciones exteriores, las cuales son buenas como testimonio y como ejemplo con el que se puede influir en los demás y hacer que se glorifique a Dios; *sólo son malas cuando encubren hipocresía.* Es bueno que tomemos buena nota de esto, ya que, por un motivo o por otro, es muy fácil irse a uno de los dos extremos.

Versículos 15–20

1. Esta porción se abre con un *«¡ay!»* impresionante (v. 15): *«¡Ay de ese día!, porque cercano está el día de Jehová»* (comp. con 2:1, 11, 31; 3:14; Is. 13:6; Ez. 30:3; Abd. v. 15 y Sof. 1:7). Ese día—añade el profeta—*vendrá como devastación* (hebr. *shod) de parte del Shadday* (nótese el juego de palabras: *shod,* que procede del *Shadday),* esto es, *del Todopoderoso* o, mejor, *del Todosuficiente* (v. el comentario a Gn. 17:1).

2. Yoel ve en la plaga de langostas un presagio y un símbolo profético del *Día de Jehová* (comp. con Am. 5:18–20). Dice Buck: «El día del Señor es una noción muy compleja, un día nefasto y de tinieblas, pero también un día de luz y de promesas». En 1 Corintios 4:3, Pablo habla de un *«día humano»,* en contraste con el *«Día»* de 1 Corintios 3:13. El primero es el día de hoy, cuando el hombre juzga y gobierna. Este día del hombre tocará a su fin cuando venga *el día de Jesucristo* (Fil. 1:6), en el que ocurrirá el arrebatamiento de la Iglesia. Tras de ese día comenzará *el día de Jehová,* que comprenderá el período de la Gran Tribulación—la septuagésima semana de Daniel 9:27—y, con la Segunda Venida de Cristo, el Milenio (v. Is. 2:1–21; Am. 5:18; Sof. 1:14–2:2). Todo eso está comprendido en la expresión «el Día de Jehová». Al final de ese Día de Jehová puede decirse que comienza *el día de Dios* (el día octavo) en que *los elementos se fundirán* (v. 2 P. 3:10 comp. con 1 Co. 15:28 y Ap. 20:11 y ss.). Ese día durará por toda la eternidad.

3. A la plaga acompaña (vv. 16–20) una tremenda sequía, que es como otro *incendio* (nótese la repetida mención del fuego en los versículos 19 y 20) que acaba con todo lo que aún quedaba (v. 19). Así, los animales sufren también las consecuencias *(«toda la creación* gime *a una»*—Ro. 8:22—). «Con razón se dice—hace notar Buck—que la Biblia es zoófila» (v., por ej., Jer. 3:24; 14:3–6; Hab. 3:16, 17; Sof. 1:3). *«Hasta las bestias del campo*—dice el profeta—*jadean tras de ti»,* esto es, de Jehová (v. 1:18; Sal. 42:1; 104:21; 145:15; 147:9). Las bestias *jadean* porque no pueden orar, deben hacerlo por ellas *los moradores de la tierra* (v. 14) y, especialmente, el profeta mismo (v. 19): «A *ti, oh Jehová, clamo»,* frase que era ya una fórmula litúrgica tradicional (v. Sal. 28:1; 30:9; 86:3, etc.).

CAPÍTULO 2

I. Se describe con mayor detalle la futura desolación que se llevará a cabo el Día de Jehová (vv. 1–11). II. Exhortación al arrepentimiento en vista de la desolación (vv. 12–17). III. Promesa de liberación misericordiosa (vv. 18–27). IV. Promesa de la efusión del Espíritu de Dios sobre toda carne (vv. 28–32). Como ya dijimos en la Introducción, los vv. 28–32 forman en la Biblia Hebrea el capítulo 3 de este libro.

Versículos 1–11

1. El profeta arranca (v. 1) ahora de la situación existente tras de la invasión de las langostas, para pintar con vivos colores el gran Día de Jehová. Según Números 10:1, 2, 9, era deber de los sacerdotes tocar las trompetas en ciertas ocasiones. *Shophar* era el cuerno curvado de carnero. *Taqá,* que se suele traducir por «tocar» o «sonar», significa literalmente *empujar.* El toque daba el aviso de inminencia de un peligro (Ez. 33:3, 6; Os. 5:8; Am. 3:6). *«Sion» y «monte santo»* son sinónimos del *templo,* lugar de la *shekináh* o «morada» de Jehová, y centro del culto nacional.

2. El Día de Jehová debe hacer *temblar* a todos (v. 1b). Es un día (v. 2) de oscuridad superlativa (v. Is. 8:22; 60:2; Jer. 13:16; Am. 5:18; Sof. 1:15). Las tinieblas son símbolo de pecado y castigo, pero en este contexto son figura de peligro, apuro, miseria. Cuanto más densas son las tinieblas, más impenetrable es la barrera que marca los confines de la majestad inaccesible de Jehová. La velocidad con que *se*

extiende el alba (v. 2b) es una figura de la rapidez de la invasión. Isaías 10 y Daniel 11 apuntan a una invasión de Israel desde el norte en los últimos días.

3. Desde el punto en que se da el toque de alarma, un testigo de vista (v. 3) describe la invasión de langostas y la sequía posterior como fondo para la predicción del Día de Jehová. La invasión de las langostas va acompañada del fuego que consume, donde algunos ven el *jamsín*, el viento solano, asolador y abrasador. La devastación será tal que, «pareciéndose al huerto del Edén antes de la invasión, la tierra de Palestina quedará reducida después a un desierto asolado» (Ryrie).

4. En su figura, en el ruido que producen y en su orden como las falanges macedónicas en perfecta formación (v. Pr. 30:27), las langostas se parecen tanto a los caballos (comp. con Ap. 9:1–12), que los italianos las llaman *cavalette* (caballitas), y los alemanes las llaman *Heupferde* (caballos del heno). Conforme a Isaías 8:13; Nahúm 2:10, *«todos los rostros se tornan ardorosos»* (v. 6b. Lit.), es decir, *se sonrojan* por la emoción y el pánico.

5. Los versículos 7–10 pueden hacer referencia—dice Ryrie—«a los demonios langostas descritos en Apocalipsis 9:1–12 y/o a la invasión del rey del norte (Ez. 38:15; Dn. 11:40)». Lo cierto es que avanzan de un modo irresistible y no rompen sus filas. Como dice Calvino, «se saben bien el camino». Así será en el Día de Jehová. El versículo 10 compara el ruido y la densa nube de langostas con el estremecimiento de cielos y tierra y el oscurecimiento de los astros (comp. con vv. 30, 31). Son señales apocalípticas, que marcan una intervención extraordinaria de Jehová (v. Éx. 19:16, 18; Hch. 2:19, 20; Ap. 6:12, 13; 8:12). Por el versículo 11 vemos que, en realidad, son *ejército de Jehová.* Dice Mahoma: «No mataréis las langostas, porque son el ejército de Dios Omnipotente». «Y *Jehová da Su voz*»—dice literalmente la primera frase del versículo 11—. Dios va delante, como general en jefe, y Él es quien da la voz de mando, la orden de ataque. ¿Quién podrá hacerle frente? *«¿Quién* será tan valiente que pueda *soportar el Día de Jehová?»* (v. 11, al final).

Versículos 12–17

1. En vista de la inminente desolación, vemos aquí una exhortación al arrepentimiento (vv. 12, 13). Dios no quiere la muerte del pecador y, por tanto, avisa con todo esto a fin de traer a todos a un sincero arrepentimiento, que se conozca por «sus frutos» (comp. con Mt. 3:8): ayuno, llanto, duelo; especialmente, *contrición de corazón y volverse a Dios* (v. 13: *«Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos, y convertíos*—hebr. *shubu*, volved—*a Jehová vuestro Dios»),* disposiciones interiores que no pueden ser sustituidas por cosas exteriores. Hay que *«convertirse a Dios de todo corazón»* (v. 12), con un rotundo *sí.*

2. *«¿Quién sabe*—dice el profeta (v. 14)—*si se volverá* (hebr. *yashub*, el mismo verbo que se emplea para expresar la conversión del pecador) y *se arrepentirá* (hebr. *nijam*—curiosamente, este verbo se usa en el Antiguo Testamento, casi exclusivamente, con referencia a Dios—), es decir, se volverá de su determinación de destruir, y *dejará bendición tras de sí?»* Si hay, por parte del pueblo, arrepentimiento sincero, habrá también perdón seguro, y bendición consiguiente (comp. con Jon. 3:9). Por la pregunta de Yoel al comienzo del versículo 14 *(¿Quién sabe ...?),* podría deducir alguno que el profeta duda de la buena disposición de Dios a perdonar, pero, como dice Calvino, «el profeta no duda, sino que quiere sacudir el torpor del pueblo».

3. De nuevo se repite (v. 15) el toque de trompeta de los sacerdotes para *convocar asamblea solemne,* a la que todos han de acudir (v. 16), incluso los exentos de obligaciones públicas (v. Dt. 20:7; 24:5). La culpa es masiva; también ha de serlo la reunión. Los sacerdotes deben (v. 17) dirigir las manifestaciones penitenciales *entre el atrio* de los sacerdotes y *el altar* de los holocaustos. Este versículo 17 se solía (¿se suele aún?) cantar en las rogativas de lluvia, cesación de epidemias, etc., que se hacían en la Iglesia de Roma. Sobre el ayuno, dice Calvino que es un *«medium opus»,* es decir, moralmente indiferente.

4. La oración que vemos en el versículo 17b es semejante a la primera parte de la oración de Moisés en Éxodo 32:11, 12. Dice Buck: «Si Jehová dejase caer a su pueblo (su propiedad personal) en las manos de las gentes, esto sería el *oprobio* de Israel y haría de Israel un objeto de *befa* entre los pueblos (cf. Jer. 24:9). Los enemigos se burlarían del pueblo escogido al verlo desprovisto de la protección de su Dios (cf. Sal. 79:10; Mi. 7:10)». Con oraciones parecidas a éstas, y con la proclamación valiente del mensaje de Dios, los apóstoles volvían el mundo de arriba abajo. ¿Por qué ahora no?

Versículos 18–27

1. Ante esto, Jehová, *lleno de celo* (v. 18), desnuda su brazo y responde favorablemente (v. 19) a Su pueblo: Perdona, restaura, bendice—¡hasta con *vino!—;* ya no volverá a desamparar a Su pueblo. Y, como prueba de que es Él quien salva a Su pueblo, inflige (v. 20) un severo castigo al ejército invasor, *«al del norte»,* con referencia específica a una invasión de enemigos, pues del norte le venían a Israel las incursiones y los ataques de asirios y babilonios—las langostas no vienen del norte, sino del este o del sur—. La *tierra seca y desierta* es Arabia. El *mar oriental* (v. 20b) es el mar Muerto, y el *occidental* es el Mediterráneo. Esto significa que el ejército enemigo será dividido antes de ser aniquilado; esto último se describe (v. 20, al final) con la imagen de los cadáveres ya en la fase de putrefacción.

2. El profeta invita a todos (vv. 21–24) a que se regocijen, porque la prueba ha pasado, y Dios *ha hecho*—y hará—*grandes cosas.* La *lluvia temprana* es, sin duda, la de otoño (septiembre a noviembre) y la *tardía* la de primavera (marzo-abril). La primera es llamada en hebreo *moréh;* la segunda, *malqosh*. Ambas harán que Israel abunde en toda clase de productos del campo. El texto hebreo dice en el versículo 23b: *«porque os ha dado el guía para la justicia»,* aunque es más probable que el hebreo *moréh,* como ya hemos dicho, signifique *la lluvia temprana,* con lo que la versión más probable es: «*porque os ha dado la lluvia temprana para justicia,* esto es (como traduce la *New American Standard Translation), para* vuestra *vindicación*».

3. Efectivamente, Jehová (vv. 25–27) dará cosechas ubérrimas, «*hará maravillas*» (v. 26b). El vocablo para «maravillas» procede del verbo *palá,* que significa, como dice Buck, «hacer cosas demasiado difíciles para los hombres, pero no para Dios, a quien nada, por difícil y extraordinario que sea, es imposible (cf. Gn. 18:14; Éx. 3:20; Jer. 32:17, etc.)» El versículo 26 habla de beneficios materiales; el 27, de beneficios espirituales. El nombre de *Jehová* es la sola necesaria y suficiente garantía de que todo esto será una realidad. Ante esto, se repite (vv. 26 y 27, al final): «*y mi pueblo nunca jamás será avergonzado*».

Versículos 28–32

1. *«Y después de esto»* (v. 28); como comenta Ryrie, «después del futuro arrepentimiento y restauración de Israel (Zac. 12:10; 13:1) en conexión con la segunda venida de Cristo, según es atestiguada por los portentos del versículo 30 … Entonces será derramado el Espíritu Santo sobre todas las clases de Israel que pertenecen al remanente fiel (v. 32)». Esta expresión (*«Y después de esto»),* de tono escatológico, se halla, en forma parecida, en Isaías 2:2: *«en lo postrero de los tiempos»*, en Oseas 3:5: *«Después … en el fin de los días», y* en Hechos 2:17: «*en los últimos días*».

2. En cuanto a lo de *«derramaré mi Espíritu sobre toda carne»,* es de notar que: (A) es una figura tomada de la lluvia (comp. con el v. 23); (B) se demuestra así que el Espíritu Santo desciende del cielo, (C) se da en abundancia y sobre todos; (D) se da de los tres modos mencionados en Números 12:6: sueños, visiones y profecía, pues en dicho versículo 28 leemos: *«profetizarán … soñarán sueños … verán visiones»*. En cuanto a la cita que de este versículo 28 hace Pedro en Hechos 2:17, 18, dice Feinberg que, en Hechos, esta promesa fue *cumplida en parte* (ingl. *prefilled), no del todo* (ingl. *fulfilled),* puesto que Pedro no dijo que «así se cumplía», sino *«esto es lo dicho por el profeta Joel»* (Hch. 2:16). Además, lo sucedido el día de Pentecostés no agotaba en modo alguno los detalles que aquí figuran en la efusión del Espíritu de Dios.

3. No es ésta la primera vez que las Escrituras mencionan la efusión del Espíritu Santo, ni será la última (v. Is. 32:15; 44:3, 4; Ez. 36:27, 28 37:14; 39:29; Zac. 12:10). Pero ese día (vv. 30, 31) traerá ira y juicio sobre los incrédulos, e irá acompañado de grandes transformaciones en el cielo y en la tierra. Lo que en Éxodo 7:17; 9:24; 19:18 eran fenómenos localizados ahora serán *cósmicos.* La versión de Bover y Cantera dice: «No hay que excluir la posibilidad de que esta descripción aluda a guerras exteriores y civiles que aterrarán los últimos días del hombre».

4. Junto al castigo de los incrédulos está (v. 32) la salvación para los creyentes (Ro. 10:13). El propio Buck opina que esto afecta primeramente a los súbditos de la teocracia judía. Es de notar el doble uso del verbo *llamar:* (A) llamar a Dios comporta liberación y salvación: «Y *todo aquel que INVOQUE el nombre de Jehová se pondrá a salvo»,* que también se halla en Jeremías 33:3; Hechos 2:21 y Romanos 10:13. (B) Ser llamado por Dios. Dice el final del versículo 32: «*y entre los supervivientes estarán los que*

Jehová llame»; éstos son los que forman el remanente de Abdías versículo 17; Sofonías 3:12 y Zacarías 14:1–5, los cuales serán una bendición para toda la tierra. Los que tienen mayor conocimiento del pecado y de la gracia son los que más han de ejercitar el arrepentimiento y la fe.

CAPÍTULO 3

Este capítulo, que, repetimos, es el capítulo 4 en la Biblia Hebrea, puede dividirse en tres partes: I. Dios llama a cuentas a los enemigos de Su pueblo (vv. 1–8). II. Dios juzga a todas las naciones cuando han llenado la medida de sus iniquidades (vv. 9–17). III. Dios tiene reservada a Su pueblo una abundante provisión de bendiciones (vv. 18–21).

Versículos 1–8

1. Ningún profeta del Antiguo Testamento ha tenido acerca de los últimos días una revelación tan importante como la que vemos en este capítulo. La fecha del juicio que se nos describe en los versículos 1–3 será la que la omnipotencia de Dios (v. Jer. 23:1–8) haya marcado para hacer volver de la cautividad al pueblo de Jehová, lo cual se cumplirá a tres niveles: (A) próximo, cuando vuelvan del exilio en Babilonia; (B) intermedio, en la forma en que ya se viene cumpliendo, especialmente desde la constitución del Estado de Israel el año 1948; (C) escatológico, en los últimos días.

2. El fondo histórico del versículo 2 lo hallamos en 2 Crónicas 20:12–26. *Josafat* (que precisamente significa «Jehová juzga») derrota a Moab, Amón y Edom. La tradición localiza dicho valle en el del Cedrón, que ya ha venido en llamarse «el valle de Josafat». Allá por la década de los 50, recuerdo haber recibido, entre mis honorarios de canónigo, un billete de cien pesetas sobre el que una mano, probablemente femenina, había escrito: «Adiós, hasta el valle de Josafat», señal de que no creía que volvería a ver en este mundo dicho billete. El versículo 14 del presente capítulo habla repetidamente del *«valle de la decisión»,* es decir, del veredicto final, para referirse al *«valle de Josafat»* de los versículos 2 y 12.

3. El sentido escatológico de dichas expresiones *(«valle de Josafat», «valle de la decisión»)* está claro cuando se compara con lugares como Isaías 29:1–8; Zacarías 12:1–3, 9; 14:2–4 y, sobre todo, Mateo 25:31–46; Apocalipsis 14:14–20; 19:15. Nótese en el versículo 2 la repetición del posesivo *mi: «... mi pueblo ... mi heredad ... mi tierra»,* que puede compararse con el «… *mis hermanos»* de Mateo 25:40.

4. El gran pecado de las naciones (v. Abd. v. 11; Nah. 3:10) será cometido en el *«tiempo de angustia para Jacob»* (Jer. 30:7). Las gentes y naciones que persiguen a Israel por lo que significa desde el punto de vista religioso, no se dan cuenta de la forma en que incurren en la ira especial de Dios. Dice Buck: «La razón por la cual Dios tratará duramente a las naciones es que ellas no se han cansado de perseguir y atormentar a su pueblo escogido». Cuenta Flavio Josefo que, en las guerras de Roma contra los judíos, el enemigo escogía los mozos más altos y apuestos para llevarlos en triunfo; a los que, del resto de la multitud, eran mayores de 17 años, los encadenaban y los enviaban a las minas de Egipto; y a los menores de 17 años los vendían como esclavos.

5. Al llegar a los versículos 4–6, el profeta hace memoria a los lectores de lo que leemos en 2 Crónicas 21:16, 17. ¿Creen los fenicios y los filisteos que podrán aplicar la ley del talión? No será así, pues Jehová les mostrará que es Soberano absoluto. Será precisamente Dios (vv. 7, 8) quien pagará con la misma moneda a los enemigos de Israel. *Los sabeos* (v. 8b) eran un pueblo del sur de Arabia, en lo que actualmente es el Yemen (v. 1 R. 10:1–3; Jer. 6:20; Ez. 27:22). Aparecen en la Biblia como proveedores de incienso, oro, especias y piedras preciosas. La frase final del versículo 8, *«porque Jehová ha hablado»,* significa que la decisión de Dios es irrevocable.

Versículos 9–17

1. Irónicamente, las naciones son invitadas (vv. 9 y ss.) a proclamar (lit. *santificar* ¡guerra santa!) guerra y hacer todos los preparativos para un gran conflicto contra Dios y contra Su pueblo. Es, dice

Ryrie, «una descripción de la campaña de Armagedón (Ap. 16:14)». Los judíos se preparaban para la guerra con purificaciones cultuales; de ahí está probablemente prestado el verbo *santificad* con el que empieza el versículo 9. Buck hace notar que en los versículos 9–14 hay nada menos que 15 imperativos. El versículo 10 es el reverso de Isaías 2:4; Miqueas 4:3. La razón obvia es que la porción que comentamos se refiere al conflicto armado de Armagedón, cuando es natural que se convoque a las armas, mientras que Isaías 2:4 y Miqueas 4:3 se refieren al pacífico reino milenario que ha de venir cuando los enemigos hayan sido completamente derrotados. Hasta los débiles sacarán fuerzas de flaqueza (v. 10, al final) para dicho conflicto.

2. En los versículos 11–13 vemos que Jehová está impaciente y excita a los enemigos a la lucha (comp. con Sal. 2:1–3). Yoel, entretanto (v. 11b), pide a Dios que haga descender a *sus fuertes (o valientes),* esto es, a sus huestes celestiales (comp. con Ap. 19:14). El versículo 13 resume lo que detallan lugares como Isaías 63:1–3; Mateo 25:31–46; Apocalipsis 14:14–20; 19:15. Los enemigos, *«la mies»* (v. 13), ya están *maduros* para el juicio. *«El lagar está lleno»*—dice—. La *decisión* mencionada en el versículo 14 se describe con frases emocionantes y tremendas en Mateo 25:34, 41: *«Venid, benditos … Apartaos de mí, malditos»* (comp. con Gn. 12:1–3; 27:29b). *«Multitudes y multitudes»* (v. 14) es una expresión que pone de relieve lo numeroso, incontable, de las masas que comparecerán al juicio. Como en 2:10, 31 (entre otros lugares), a la intervención extraordinaria de Jehová se asocian los fenómenos meteorológicos de tono apocalíptico.

3. El León de Judá (vv. 16, 17) ruge (v. Am. 1:2, comp. con Ap. 5:5) y reinará en Sion (Sal. 132:13, 14). *Ya no pasarán más por ella los extranjeros* (v. 17, al final), si no es para adorar al Dios de las huestes (Zac. 8:20–23). Sobre la primera frase del versículo 17 («*Y conoceréis …»),* dice Calvino: «Conoceréis por fe y por experiencia». No pasarán por Sion extranjeros, porque todos se tendrán por *nativos* en aquel tiempo (comp. con Sal. 87:46; Is. 35:8; 52:1; Nah. 1:15; Zac. 14:21).

4. Tras del juicio de las naciones se mencionan (vv. 18, 19) las bendiciones del Milenio (comp. con Ez. 47:1; Am. 9:3, Zac. 13:1). El *valle de Sitim* (v. 18, al final), en el límite entre Moab e Israel, más allá del Jordán, y famoso por su aridez, será un vergel bien regado, mientras que (v. 19) Egipto y Edom se habrán convertido en un *desierto asolado* (comp. con Abd. v. 10). Jehová terminará (vv. 20, 21) de vindicar las injurias hechas a Su pueblo. La última frase dice literalmente: «*Y Jehová mora en Sion*». El verbo *shakán,* que es el que tenemos aquí en el hebreo, y de donde se deriva el vocablo *shekináh* (tan conocido de nuestros lectores), está en participio; y es precisamente con el participio y un sujeto explícito (ya sea nominal o pronominal) como se forma en hebreo el tiempo propiamente presente.

AMÓS

Nacido en Técoa, cerca de Belén, Amós era criador de ovejas, de las de abundante lana, como da a entender el título de *noqued*, que le da el hebreo del texto sagrado. Es un vocablo que sólo ocurre aquí y en 2 Reyes 3:4. Por lo que él mismo dice (7:14), era también *«boyero y cultivador de sicómoros»;* con la mayor probabilidad, como propietario, no como arrendatario o mercenario. *Amós* significa, según algunos, «carga» o «el que lleva una carga». Buck, sin embargo, asegura que es una forma abreviada de *Amasías* (comp. con 2 Cr. 17:16), que significa «Jehová ha sostenido». M. Noth (citado por Buck) interpreta el nombre como expresión de gratitud, porque nació varón.

Amós profetizó en tiempos de Uzías rey de Judá (1:1) y de Jeroboam II de Israel. Fue contemporáneo de Oseas y el primero que ejerció el ministerio de profeta escritor, aunque no era propiamente un profeta «profesional» (7:14), es decir, no había sido criado en una asociación profética, sino que Dios le tomó *de detrás del rebaño* para encomendarle el ministerio profético, especialmente en Israel (7:9–11, 15). La fecha exacta no puede precisarse, a pesar de lo de *«dos años antes del terremoto»* (1:1, al final), ya que los terremotos son frecuentes allí, aunque éste parece haber sido muy fuerte, pues es mencionado por Zacarías (Zac. 14:4, 5) más de 200 años después. Al comparar el mensaje de Amós con el de Oseas, podemos decir que, mientras Oseas pone de relieve el *amor* de Dios en medio de Sus juicios, Amós proclama la majestad y la *justicia* insobornable de Dios contra los pecadores.

La situación en Israel era como sigue: Jeroboam II había extendido considerablemente sus dominios (6:14). Su largo reinado (794–753 a. de C.) comportó un período de paz y de prosperidad muy grandes. Así, las clases dirigentes se enriquecían demasiado: palacios y muebles muy costosos y suntuosos, festines exquisitos, etc. Feinberg resume así la situación: «Gran riqueza, lujo, arrogancia, seguridad carnal, opresión del pobre, decadencia moral y culto formalista».

El estilo de Amós es elegante. A pesar de ser un campesino, Amós es un maestro de la forma. Uno de los mejores críticos modernos (Prado) ha escrito que «ninguno de los profetas hebreos, a excepción de Isaías, le iguala en brillantez literaria, en la pureza del lenguaje y en la sencillez clásica del estilo» (citado por Buck). Se nota su influencia en Jeremías, en Ezequiel y hasta en Yoel. Tres veces se alude a la profecía de Amós en Apocalipsis: Apocalipsis 8:3 (comp. con Am. 9:1); 10:7; 11:18 (comp. con Am. 3:7).

El mensaje de Amós es más fácil de describirlo que de definirlo. Al partir de la situación social, moral y religiosa de Israel, tiene que rechazar la conducta, a la vez que los falsos criterios, del pueblo con respecto a la historia. Así ofrece una síntesis doctrinal que abarca cuatro puntos: 1) monoteísmo tradicional; 2) elección de Israel; 3) universalismo moral; y 4) esperanza mesiánica a doble nivel, evangélico y escatológico. Su predicación puede resumirse en dos conceptos: *salvación y juicio,* como en Éxodo. Es de advertir, como dice Motyer, que «aquí sólo tenemos sus notas», no los mensajes desarrollados. Veamos con mayor detalle el contenido de esos cuatro puntos:

(1) Su convicción monoteísta (un mundo, un Dios—1 Ti. 2:1–5—) no es fruto de reflexiones filosóficas, sino una certeza existencial o profundamente experimental de un Dios grande, todopoderoso, cercano, providente y justo, que juzga a todos los pueblos, pero especialmente a Su pueblo.

(2) Yahweh es el Dios de Israel, pueblo que Él escogió libremente, comprometiéndose con pacto solemne con dicho pueblo (3:2). Israel piensa que este vínculo es natural e indisoluble de suyo, pero Amós insiste en que dicha relación es de gracia y no es de suyo indisoluble: si Israel se comporta mundanamente, Dios enviará el enemigo y el exilio (5:27; 6:14). Pero, al fin, triunfa la gracia.

(3) Yahweh es un Dios universal, porque controla todas las naciones y, especialmente, porque *juzga* a todas las naciones. «Sus leyes obligan a todos» (Buck). Juzgará a los vecinos de Israel, no precisamente porque molestan a Su pueblo, sino porque infringen las leyes de la moral natural.

(4) Como todos los profetas, Amós habla no sólo de amenazas y castigos, sino tambien de promesas y salvación. Él es el primero en usar la expresión *Yom* Jehová, Día de Jehová, día de tinieblas (5:18–20), así como el primero en mencionar el «remanente» (5:15). También los últimos tiempos tienen su lugar preferente en Amós (9:11–15).

División. Siguiendo a Buck, la profecía de Amós puede dividirse del modo siguiente:

I. Exordio: Jehová, dueño absoluto (1:2).
II. Oráculos (1:3–2:16).
III. Sermones (3:1–6:14).
IV. Visiones (7:1–9:8b).
V. Restauración final (9:8c–15).

CAPÍTULO 1

Aquí tenemos: I. El título general de esta profecía (v. 1) con el objetivo general de ella (v. 2). II. Controversia especial de Dios con Siria (vv. 3–5), con Filistea (vv. 6–8), con Tiro (vv. 9, 10), con Edom (vv. 11, 12) y con Amón (vv. 13–15) por la crueldad que todos ellos han ejercitado contra el pueblo de Dios.

Versículos 1–2

1. El libro comienza con un vocablo que ya conocemos bien, pero en plural: *Dibrey, palabras,* que suele usarse cuando se trata del autor de un libro o, más bien, de una sección de un libro (comp. con Neh. 1:1; Pr. 30:1; Ec. 1:1). Luego especifica (v. 1b) *«visiones»* (que, en su sentido específico, veremos en 7:1–9:8b), en el sentido de «revelaciones» que Dios le hizo (comp. con Nm. 12:6).

2. El versículo 2 nos da la síntesis de la predicación de Amós. Habla Dios con *rugido* de león *desde Sion … desde Jerusalén,* donde tiene su morada permanente (2 S. 5:9). Esto es como «una implícita invitación a Israel para que vuelva a la unidad primera con Judá» (M. García Cordero, citado por Buck). *«Rugirá»*—dice (comp. con Jl. 3:16)—, porque Su voz se hará ruidosa y terrorífica como la de un león (3:4, 8). Más aún, de un león será posible huir (5:19), pero no de la justicia vengadora de Jehová (9:22 y ss.). *«Hará oír su voz»,* lo cual «evoca el estruendo del trueno» (Buck).

3. El luto de los prados de los pastores y la sequía en el Carmel (v. 2b) son signos de gran juicio por parte de Dios (comp. con 4:7, 8; 7:4). Indican miseria y destrucción en lugares que habían sido de gran belleza y fertilidad. El vocablo mismo *Carmel* significa «vergel».

4. A pesar de la semejanza con Joel 3:16, la diferencia más notable es que, en Yoel, Jehová ruge *a favor* de Israel, contra sus enemigos; en cambio, en Amós, Jehová lo hace *contra* Israel. Dice Feinberg: «Cuando el león ruge, salta sobre la presa, el juicio está a punto de caer sobre Israel». Y si cae sobre Israel, ¡cómo caerá sobre los que no son Su pueblo! No obstante, el juicio de Dios sobre Su pueblo es, en cierto modo, más temible, puesto que el pecado del creyente es más grave que el de quien no conoce a Dios (comp. con 1 P. 4:17). ¡Temamos y temblemos!

Versículos 3–5

Comienza aquí el juicio contra las naciones (1:3–2:3). Al revés que Isaías, Jeremías y Ezequiel, Amós pronuncia las amenazas de juicio contra las naciones antes de hacerlo contra Judá e Israel. Dichas amenazas siguen un mismo patrón literario: *«Así ha dicho Jehová: Por tres pecados … y por el cuarto»* (1:3, 6, 9, 11, 13; 2:1, 4, 6). El hebreo *peshá* significa propiamente «transgresión». Los números *tres y cuarto* no son cantidades matemáticas literales, sino que *tres* indica una medida llena, y el *cuarto* indica que han rebasado dicha medida. Por lo tanto, el castigo debe caer de modo inevitable e irrevocable. Dios habla en primera persona: *«No lo revocaré* (el decreto de su castigo)». En cada caso se menciona una transgresión particular, excepto en los de Edom, Judá e Israel.

1. En esta forma, aparece primero el oráculo contra *Damasco* (v. 3), la capital de Siria. Damasco era ciudad antigua e importante, ubicada en una llanura fértil y bien regada (2 R. 5:12; Jer. 49:25). Dicen los árabes: «Si hay algún Edén en la tierra, es Damasco; y si lo hay en el cielo, Damasco es su copia en la tierra». A partir del tiempo de David, la historia de Damasco se mezcla con la de Israel (2 S. 8:5, 6). Era un poderoso estado arameo. Siria es llamada *Aram* en hebreo.

2. El crimen que se menciona, como algo específico de Damasco, puede verse en 2 Reyes 10:32, 33; 13:3–7. Dice Ryrie: «Los sirios (arameos) de *Damasco* trillaron literalmente y destrozaron los cuerpos de los prisioneros debajo de rastras de trillar muy pesadas». Galaad era la región al este del Jordán donde residían las tribus de Rubén, Gad y la media tribu de Manasés—abiertas al ataque desde Siria.

3. Excepto contra Israel, a todos dice Dios, como aquí (v. 4): *«prenderé fuego»,* símbolo, en este contexto, de guerra y destrucción completa. Hazael y Ben-adad III estaban entonces haciendo sufrir mucho a Israel. *«Quebrar los cerrojos»* (v. 5) indica quebrar las puertas de la ciudad para dar libre entrada al ejército invasor. *El valle de Aven* (esto es, *de iniquidad)* es probablemente la actual Bekaa, entre el Líbano y el Antilíbano, cuya ciudad más importante era Heliópolis (Baalbek). *Bet-eden* («casa del

placer») está cerca de Harán, en la región de *Bit Adini*, a ambos lados del Éufrates. Parece ser que ésos eran los dos extremos (SO y NE) en las fronteras de Siria. *Kir* es una provincia de Siria, asentada en las riberas del río Kir. Esto ocurrió cuando Tiglat-piléser se llevó a los sirios a Kir (v. 2 R. 16:9). Así hizo Dios que los arameos volviesen precisamente al punto de donde emigraron: Mesopotamia, que también es llamada *Aram*.

Versículos 6–8

1. El juicio contra Gaza (vv. 6, 7) incluye toda la Filistea, como se ve por la mención (v. 8) de Asdod, Ascalón y Ecrón. No se menciona Gat por haber sido conquistada y desmantelada por Uzías (2 Cr. 26:6). El pecado específico de Filistea fue deportar poblaciones enteras y vender a los israelitas como esclavos a Edom (v. 6b), quizás el mayor enemigo de Israel. Si comparamos estos vv. 6–8 con Joel capítulo 3, veremos el tráfico de Filistea hasta Edom y Fenicia y, desde ésta, a Grecia. Parece ser que los acontecimientos aludidos aquí son las incursiones filisteas en tierras de Judá, como se mencionan en 2 Crónicas 21:16; 28:18.

2. El castigo de Filistea será una gran devastación, de la que no quedarán sobrevivientes. El instrumento de Dios para este castigo lo constituirán los reyes de Asiria Tiglat-piléser III, Sargón II, Senaquerib y Asaradón o Esaradón.

Versículos 9–10

1. Juicio contra Fenicia, en su ciudad más representativa: Tiro. Se les castigará por el mismo crimen que a los filisteos: vender como esclavos a los prisioneros de guerra. Recordemos la fama de los fenicios como expertos comerciantes. Lo de *«no se acordaron del pacto de hermanos»* (v. 9, al final) alude a lo que sabemos por 2 Samuel 5:11; 1 Reyes 5:2–6, 15–18; 9:11–14: la alianza fraternal concertada entre Hiram rey de Tiro, por una parte, y David y Salomón por la otra. Esto era lo que agravaba precisamente el crimen de que se les acusa aquí. Además, ningún rey de Israel ni de Judá había hecho jamás la guerra a Fenicia.

2. Un primer cumplimiento del castigo contra Tiro fue cuando parte de la ciudad fue incendiada por los caldeos bajo el reinado de Nabucodonosor. Todavía mantuvo su independencia durante dos siglos y medio más, hasta que fue conquistada por Alejandro Magno el año 332 a. de C.

Versículos 11–12

1. Juicio contra Edom, como se llama a Esaú y a su descendencia desde el *guiso rojo* de Génesis 25:30, ya que *Edom significa rojo* (de la misma raíz que *Adán).* La enemistad entre los dos hermanos perduró agriamente entre los descendientes de ambos: los israelitas y los edomitas o idumeos. El territorio de Edom se extendía entre el mar Muerto y el golfo de Aqabah, y se llama también *Seír* en la Biblia.

2. Se les acusa especialmente de *sofocar* (v. 11b) *todo sentimiento de piedad* (lit. *y corrompió sus compasiones*—hebr. *rajamáiw—).* Ya hemos dicho en otro lugar que *rajamim*, como el griego *philóstorgos*, significan, etimológicamente, «el sentimiento fraternal de quienes han nacido del mismo vientre».

3. Su castigo se cumplió primeramente cuando fueron desplazados progresivamente por los nabateos. Después, los macabeos lucharon con los edomitas y los derrotaron (1 Mac. 5:3, 4, 65). Los temanitas eran descendientes de Elifaz, el hijo de Esaú que le dio a luz Ada, su mujer hetea (Gn. 36:11). Temán es también una ciudad (v. 12) próxima a Bosrá *(Bosrá* significa «lugar inaccesible»); esta última era la capital de los edomitas (comp. con Gn. 36:3), y perdura hoy con el nombre de *El-Busheirah,* a unos 30 km al sureste del mar Muerto.

Versículos 13–15

1. Viene ahora el juicio contra Amón (hebr. *Ammón).* Recordemos el episodio de Génesis 19:30 y ss. De aquellas uniones incestuosas nacieron *Moab,* que significa «del padre», y *Ben-ammí* (mejor conocido

por *Ammón),* que significa «hijo de mi pueblo». Enemigos de Israel ambos pueblos, comenzaron ya sus choques bélicos con Israel bajo los Jueces (Jue. 10:7–9), siguieron bajo Saúl (1 S. 11:1–11) y David (2 S. 10:1–11:1; 12:26–31) y continuaron hasta el tiempo de Joacim (2 R. 24:2) cuando tanto los amonitas como los moabitas, así como los sirios, se unieron a los caldeos contra Israel todavía revivió dicha enemistad hasta el tiempo de los Macabeos (v. 1 Mac. 5:6–8).

2. Su crimen específico fue *reventar a las mujeres encinta de Galaad* (v. 13b). Este hecho concreto no se menciona en los libros históricos del Antiguo Testamento, pero no es extraño, dadas las feroces leyes de guerra de aquellos tiempos. Recuérdese lo que hizo el propio David (1 S. 27:9), *«no dejando con vida ni hombre ni mujer»* (v. también 2 S. 8:2). Los amonitas hicieron eso, dice el texto sagrado, *«para ensanchar sus tierras»:* su «espacio vital» *o Lebensraum,* como hizo Hitler con los territorios colindantes de Alemania, antes de lanzarse a desencadenar la Segunda Guerra Mundial con su agresión a Polonia.

3. Pero el castigo de Dios se cierne sobre la capital, Rabá (v. 14). Ésta fue conquistada por Joab durante el reinado de David (2 S. 11:1; 12:26–31), aunque conservó su propio rey (2 S. 17:27). Posteriormente, Tolomeo II de Egipto llevó allá la cultura griega, y recibió el nombre de *Filadelfia,* por el sobrenombre de *Filadelfo* con que se conocía a dicho rey egipcio. «En 218 a. de C., la ciudad fue conquistada por Antíoco el Grande …; en 63 a. de C., por Pompeyo. Hoy se llama *Ammán,* capital de Jordania» (Buck). El castigo llegará (v. 14b) *entre el clamor* de un *día de batalla*—que infunde miedo y desanima—y con la fuerza de una gran *tempestad*

4. Este capítulo primero de Amós viene a decir que *el que toca a Israel toca la pupila del ojo de Jehová* (Zac. 2:8).

CAPÍTULO 2

En este capítulo tenemos: 1. El juicio de Jehová contra Moab (vv. 1–3). II. Contra Judá (vv. 4, 5), y, finalmente: III. Contra Israel (vv. 6–16).

Versículos 1–3

1. Juicio contra Moab. Los moabitas vivían al este del Jordán, entre el mar Muerto y el desierto sirioarábigo, y desde el torrente Záred, al sur, hasta el Arnón. Ya Deuteronomio 23:4 atestigua la enemistad entre Moab e Israel, aunque los matrimonios mixtos fueron frecuentes (v. Rut 1:4; Esd. 9:1; Neh. 13:23). Después de luchar contra Saúl (1 S. 14:47), fueron sometidos por David (2 S. 8:2), pero Mesá, rey de Moab, rechazó a los israelitas a mediados del siglo IX a. de C. (2 R. 3:4–27). Más tarde fueron sometidos por los asirios.

2. Su crimen específico fue *quemar los huesos del rey de Edom hasta calcinarlos* (v. 1b). Parece ser que esto sucedió con ocasión del episodio que leemos en 2 Reyes 3:26, 27. Quemar un cadáver es, según la mentalidad hebrea, un ultraje que sólo se puede infligir a los grandes criminales (v. Gn. 38:24; Lv. 20:14; 21:9).

3. La destrucción se cierne sobre Queriyoth (v. 2), una de las principales ciudades de Moab. Se menciona especialmente el *juez* (v. 3), en hebreo *shophét,* puesto que cumplió mal con su oficio al no mostrar el camino de la vida. Moab dejó de existir como nación cuando Nabucodonosor la subyugó totalmente.

Versículos 4–5

1. Juicio contra Judá. Así como las naciones paganas fueron castigadas por pecados contra la ley natural, Judá e Israel lo fueron por pecar contra la ley escrita, revelada especial y directamente por Dios (Ro. 2:12, 14, 15). «*Menospreciaron*—dice (v. 4b)—*la ley de Jehová* (hebr. *torath Jehová)», especialmente el primer mandamiento* (Éx. 20:3–5), *y no guardaron sus estatutos* (hebr. *jᵉqqaiw), y sus* (de las de Judá) *mentiras los extraviaron* (lit.)». Por «mentiras» (hebr. *kᵉzabim)* se entienden los dioses falsos, pues son una mentira total, al no ser otra cosa que *leño del bosque* (Jer. 10:3).

2. El pecado de los contemporáneos de Amós era más grave por no haber aprendido—y no haber sacado provecho de—las amargas experiencias de sus antepasados (¡Hagamos examen de conciencia, pues quizá no somos mejores que ellos!). El castigo, tremendo, llegó el año 586 a. de C., cuando Jerusalén, la ciudad santa y hermosa, fue completamente destruida por Nabucodonosor.

Versículos 6–16

1. Amós ha sido enviado a predicar a *Israel.* Por eso, lo deja para el final, tras de pasar revista a todos los demás. El pecado específico de Israel parece ser (v. 6b) el que *«vendieron por dinero al justo, y al pobre por un par de sandalias».* Hay frecuentes protestas en los profetas contra la venalidad de los jueces (v. 5:7; 6:12; Is. 1:23; 3:14, 15; 5:23; 10:1, 2; Jer. 5:28; 22:3; Ez. 22:29; Mi. 3:1–3, 9–11; 7:1–13; Mal. 3:5), por quebrantar lo ordenado en Deuteronomio 16:19 y otros lugares. Buck interpreta la última frase del versículo 6 como dirigida contra los prestamistas: «Ellos prestan dinero al necesitado. Cuando llega el tiempo señalado y el pobre no puede reintegrar el préstamo, el acreedor lo vende como esclavo (cf. 2 R. 4:1; Mt. 18:25), aunque se trate de una deuda insignificante, por ejemplo, de la cantidad que se paga por un par de sandalias».

2. De algunos dice Amós (v. 7) que *«anhelan el polvo de la tierra sobre la cabeza de los desvalidos».* El verbo hebreo *shaaf* puede significar *anhelar o pisotear.* El gran Diccionario de Brown-Driver-Briggs, y gran número de versiones modernas, lo traducen por *pisotear.* La interpretación no varía mucho sea cual sea el sentido que se le de al verbo. Feinberg ofrece, como más probable, la siguiente explicación: «Los injustos no pueden descansar hasta haber abatido al pobre hasta lo más hondo de la pesadumbre». Ryrie lo interpreta así: «Los ricos anhelan ver al pobre reducido al lugar donde se echa polvo en la cabeza como señal de pesar (ingl. *grief)».* *«Un varón y su padre*—añade Amós—*se llegan a la misma joven»*—lo más probable, a una hieródula, esto es, prostituta sagrada de Astarté—. Así *se profana el santo nombre de Jehová* (v. 7, al final). Esto nos recuerda lo de Pablo (2 Ti. 2:19b): *«Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre del Señor».*

3. El pecado de que se acusa a Israel en el versículo 8 se entiende al acudir a Éxodo 22:25, 26 y Deuteronomio 24:10 y ss., lugares donde se establece que el acreedor tiene que devolver el manto del pobre, dejado en prenda, antes de la puesta del sol, pues lo necesita para cubrirse con él por la noche; pero estos malvados lo usaban para sus impíos sacrificios y aun para sus fiestas orgiásticas: «y *beben vino* sacrificial *en el templo de sus dioses,* no de Jehová, *de los multados,* es decir, con el dinero que sacan de las multas que imponen a los pobres».

4. En el versículo 9 se pone de relieve la ingratitud de Israel … Aquellos amorreos, altos y robustos, que asustaron a los espías—excepto a Josué y a Caleb—fueron exterminados por Dios: *«destruí*—dice Dios (v. 9, al final)—*su fruto por arriba y sus raíces por abajo».* Esta frase, como en Ezequiel 17:9, «es la imagen de una aniquilación completa» (Buck). ¿Y qué decir (v. 10) de todo lo que hizo Dios por ellos, antes de eso, cuando *los condujo por el desierto durante cuarenta años* después de *sacarlos* (lit. *hacerlos subir) de la tierra de Egipto?* Dice Buck: «Si no se menciona a Moisés, quien ocupa una parte tan grande en la historia del éxodo, eso se debe tal vez al pensamiento teocéntrico de Amós». Y en el orden espiritual (v. 11) les dio instrucción y testimonio por medio de los propios hijos de ellos. *«¿No es esto así, hijos de Israel?, dice Jehová».* Como si dijese: «¿Hay alguien que pueda negarlo?»

5. Todavía más grave (v. 12) es el crimen que han cometido al *dar de beber vino a los nazareos* (mejor, *nazireos),* y hacer que violasen así el voto de abstenerse de bebidas alcohólicas (v. Nm. 6:1–21), y al procurar por todos los medios tapar la boca a los profetas para que no les avisasen ni reprendiesen en nombre de Jehová (comp. con 7:12–14; Jer. 11:21).

6. Vendrá el castigo (vv. 13–16), vendrá la guerra. El versículo 13 nos recuerda lo de los «trillos» de 1:3. Cuando el enemigo invada el país, no habrá posibilidad de escape ni fuerza para resistir (vv. 14, 15). Aun el más valiente (v. 16) huirá desarmado; *«desnudo»* significa *despojado de toda su armadura. «Aquel día»* es el día del castigo. *«Hoy»* es el *«día de salvación»* (2 Co. 6:2b).

CAPÍTULO 3

Comienzan aquí los *sermones* de Amós (3:1–6:14). Nótese la repetida frase: *«Oíd esta palabra»* (3:1; 4:1; 5:1). El capítulo se divide en dos partes, como hacen notar los epígrafes de nuestras versiones: I. El rugido del león (vv. 1–8). II. La destrucción de Samaria, la capital del reino del norte (vv. 9–15).

Versículos 1–8

1. Jehová dirige este mensaje *contra los hijos de Israel* (v. 1) y, sin embargo, ellos son el *único pueblo conocido de Dios* (v. 2) *de entre todas las familias de la tierra.* Son las ovejas del rebaño de Jehová, *conocidas (yadati,* el conocido verbo *yadoa,* conocer con amor, íntima y experimentalmente—comp. con Jn. 10:14; 1 Co. 8:3—). Pero precisamente por eso, cuanto mayores son los beneficios, tanto mayores son las responsabilidades y tanto más fuerte la disciplina que Dios impone (v., una vez más, 1 P. 4:17).

2. El versículo 3 es bien conocido y se suele usar mucho para resistir al falso ecumenismo. Para hacer el viaje juntas, dos personas tienen que fijar fecha, hora, lugar, etc. Esta concordia falta ahora, pues Israel no guarda una relación amistosa con Jehová, como la guardaba en Jeremías 3:14. Ahora no se pone de acuerdo con Dios, porque los caminos de Israel no son los caminos de Dios (comp. con Is. 55:8). Las otras comparaciones de los versículos 4–6 establecen un nexo entre la causa y el efecto, para dar a entender que Dios es siempre consecuente consigo mismo:

(A) Los leones (v. 4) rugen cuando se van a lanzar contra la presa o cuando ya la han alcanzado. También Jehová *ruge,* es decir, amenaza a Israel, e indica que el castigo es inminente.

(B) Donde no hay *cebo* en la trampa o lazo, el pájaro no acude ni cae; del mismo modo, la trampa no se levanta sin que algo haya caído en ella (v. 5), «donde no hay mecanismo que haga soltar la trampa» (Ryrie).

(C) Cuando se toca alarma, la gente reacciona ante la inminencia del peligro. Este peligro es anunciado, de parte de Dios, por medio de los profetas (vv. 6, 7). «Así el profeta, con sus acusaciones y amenazas, quiere alarmar a Israel. ¿Por qué ellos no se alarman? ¿No creen que Jehová dirige todos los acontecimientos humanos, que revela sus planes a sus profetas e infaliblemente hace lo que ha anunciado?» (Buck). El vocablo hebreo *ra o raah* (en femenino, como aquí) significa *mal* en un sentido muy genérico; aquí, como es obvio, no significa «maldad», sino «calamidad» o «infortunio» (como en la RV 1977—el vocablo *mal* puede confundir a muchos lectores).

3. El versículo 8 declara que el profeta no tiene más remedio que profetizar cuando Dios habla para que Su mensaje sea comunicado.

Versículos 9–15

1. Asdod (ciudad de Filistea) y Egipto son invitados ahora (v. 9) a ver los crímenes de Israel desde *los montes de Samaria,* para que se den cuenta de que han sido superados en maldad por Israel. El versículo 10 da a entender, como dice M. Leahy (citado por Buck), que «el obrar injustamente ha venido a convertirse en una segunda naturaleza para ellos». *«No conocen* (lit.) *hacer lo recto»,* dice la primera frase del versículo 10; es decir, no solamente han perdido la idea de lo que es el obrar bien, sino que no quieren recordarla, «la ignoran voluntariamente», como dice Pedro (2 P. 3:5). De los que *«atesoran rapiña»* (v. 10b), dice S. Amsler (citado igualmente por Buck): «Son los capitalistas de la violencia». *Por tanto* (v. 11), el castigo de Dios no se hará de esperar.

2. El versículo 12 puede interpretarse de dos maneras: (A) Según Buck, lo que el pastor ha podido librar de la boca del león le sirve únicamente para testificar que la oveja en cuestión había sido despedazada por las fieras. (B) Según Feinberg y Ryrie, a cuya opinión me adhiero, es el «remanente» que el pastor ha logrado salvar de la boca del león. La segunda parte del versículo 12 menciona el lujo de los líderes de Samaria, sentados (o recostados) en *divanes* importados *de Damasco,* reclinados sobre cojines de seda, también de Damasco.

3. La mención de Betel en el versículo 14, con sus *altares* idolátricos, nos recuerda lo que dice Oseas sobre lo mismo, aunque dan a Betel el peyorativo epíteto de «casa de iniquidad», *Bet-aven. «Los cuernos del altar»* (v. 14b) eran símbolo de fuerza y de protección divina, la cual se obtenía asiéndose de ellos. Pero si se rompían, el altar quedaba profanado y tanto los cuernos como el altar mismo no servían ya más

para proteger a nadie. Dichos cuernos eran sagrados «a causa de la sangre del sacrificio que era aplicada allí (Lv. 4:30)» (Ryrie).

4. El versículo 15 habla de *«la casa de invierno» y «la casa de verano».* Según Buck, es probable que se trate del mismo edificio, con una planta baja para el invierno, y la alta (con azotea) para el verano. El marfil era artículo de gran lujo. Se utilizaba principalmente para decorar el mobiliario y aun las mismas paredes de las casas (v. 1 R. 10:18; 22:39; Sal. 45:9). *«Muchas casas serán arruinadas»* (v. 15, al final), quiere decir, no sólo la del rey y las de los nobles, sino también *muchas otras.*

CAPÍTULO 4

I. Amenaza a los opresores de los pobres (vv. 1–3). II. Los idólatras de Israel son entregados a las bajas pasiones de su corazón (vv. 4, 5). III. Israel rehúsa convertirse, circunstancia agravante de todos sus pecados (vv. 6–11). IV. Pero todavía son invitados a humillarse en la presencia de Dios (vv. 12, 13).

Versículos 1–5

1. Los versículos 1–3 de este capítulo nos presentan a las mujeres de Israel, satisfechas, disolutas y lascivas, que invitan a sus maridos a la opresión de los pobres y a la crápula. Dice Buck: «Aquí Amós se refiere a las vacas gordas de Basán como símbolo de personas que llevan buena vida y están contentas de sí mismas». Pero Jehová, el Soberano Dueño de Israel (hebr. *Adonay Jehová), jura por su santidad* (v. 2), esto es, por su majestad trascendente y el celo por su honor, que las va a castigar severamente. El castigo está expresado con terminología de pesca: serán atrapadas como peces incautos, y *saldrán* (v. 3) *por las brechas* abiertas en los muros de sus respectivas ciudades, *siendo echadas al Harmón.* El vocablo hebreo *haharmónah* no sale en ningún otro lugar de la Biblia, y las interpretaciones que se le han dado son tantas y tan diversas que mejor es dejarlo como está.

2. En los versículos 4 y 5 se invita a los israelitas, en tono sarcástico, a que vayan a Betel y a Guilgal, a los lugares «sagrados» para ellos, y que prevariquen allí—puesto que viven mal y quieren tapar su mala conducta con asiduos servicios religiosos (v. Nm. 28:3, 4; Dt. 16:16)—. Piensa Feinberg que lo del *diezmo* (v. 4, al final) ha de traducirse *«cada tres años»,* pero el hebreo dice *«por tres días» (yamim).* Dice Buck: «La ley, expresada en Deuteronomio 14:28; 26:12, exige que el *diezmo* se entregue cada tres años. Aquí se exhorta a los israelitas a que entreguen el diezmo cada tres días». No se puede olvidar que Amós está hablando sarcásticamente y, por tanto, invita a los israelitas a que «hagan más de lo necesario» (Buck). Para lo del sacrificio *«con pan leudado»* (v. 5), véase Levítico 7:13, y en este *único* caso de pan con levadura para una ofrenda no se ponía encima del altar.

Versículos 6–11

1. En estos versículos se aprecia gran semejanza con la actitud de Faraón ante las plagas de Egipto (v. 10). De la misma forma que Faraón endurecía su corazón tan pronto como había pasado la plaga, así los israelitas, a pesar de ser duramente disciplinados por Dios con severos castigos, *no se volvían a Jehová.* Por cinco veces (al final de los vv. 6, 8, 9, 10, 11) se repite la frase: *«pero no os volvisteis a mí, dice Jehová». «Yo por mi parte»*—comienza enfáticamente el versículo 6—, con lo que muestra así que Él—Dios mismo—es el que envió el hambre (v. 6), la sequía (vv. 7, 8), el tizón, el añublo y la langosta (v. 9), la peste (v. 10) y el terremoto (v. 11). A pesar de tantas plagas, *«no os volvisteis a mí, dice Jehová».*

2. Al pasar a examinar ciertos detalles de interés en estos versículos, vemos:

(A) Que lo de *«diente limpio»* (v. 6) es una imagen muy expresiva para describir el hambre: *«hubo falta de pan en todos vuestros pueblos»* (v. 6b).

(B) Sin lluvia (v. 7) durante tres meses (comp. con 2 R. 8:1), cuando más falta hacía, la situación se hacía desesperada. Además, la lluvia caía sobre una parte, pero no sobre otra, con lo que se demostraba que el fenómeno no era *casual,* sino *intencionado* por la divina providencia.

(C) El hebreo del versículo 8 dice que *iban vacilantes,* es decir, se tambaleaban a causa de la debilidad que padecían.

(D) En frases que nos recuerdan las de Joel 1:4, el versículo 9 describe las plagas en el campo: El hebreo *shiddapón* significa, mejor que «tizón», la *quemazón* del viento del sureste (el «sirocco») que agosta; el *añublo* (hebr. *yeraqón)* es el mildew u hongo, parásito que ataca los tallos, y las *caballitas* (hebr. *gazam),* que asola higueras y olivos.

(E) El versículo 10 describe la rapidez y la extensión con que, *como en Egipto,* cundió la mortandad que Dios llevó a cabo en Israel (v. Éx. 9:3; Lv. 26:25; Dt. 28:27, 60; Sal. 78:50; Jer. 11:22; 18:21; 48:15; 2 R. 13:3, 7; Jl. 2:20).

(F) El versículo 11 alude a un terremoto con que Dios *trastornó* a Israel de modo semejante a la conflagración con que destruyó *a Sodoma y a Gomorra,* de forma que los que sobrevivieron fueron *como tizón escapado del fuego* (comp. con Zac. 3:2; Jud. v. 23). Por aquí vemos que, al revés que en Egipto, en Israel triunfa, al final, la misericordia de Dios con el «remanente» (comp. con Is. 1:9).

Versículos 12–13

Las frases del versículo 12 *(«así te haré ... y porque te he de hacer esto»)* no especifican el castigo que Dios va a infligir a Israel, a fin de infundir mayor temor. Como es costumbre en el Nuevo Testamento, más que en el Antiguo, todos los pronombres personales y posesivos de este versículo 12 están en singular, «*te* haré a *ti ... te* he de hacer … prepárate … *tu* Dios». Aunque esta exhortación está dirigida directamente a Israel, es válida para cada uno de los seres humanos: *«¡PREPÁRATE PARA VENIR AL ENCUENTRO DE TU DIOS!»* Comenta Ryrie: *«Prepárate* a arrepentirte y, así, ser absuelto cuando *te encuentres con tu Dios».* A este Dios se le describe (v. 13) por medio de cinco participios para denotar su constante acción: Omnipotente, omnisciente, regulador del día y de la noche, el que camina majestuoso sobre las cimas de los montes, Jehová Dios de las huestes; como si nos dijese a cada uno: «¡ÉSTE ES EL DIOS CON QUIEN TE HAS DE ENCONTRAR UN DÍA!»

CAPÍTULO 5

Aquí el profeta les dice a los israelitas: I. Cómo han de prepararse; han de buscar a Jehová, no a los ídolos (vv. 4–8); han de buscar el bien y amar el bien (vv. 14, 15). II. Por qué han de prepararse así para ir al encuentro de su Dios: 1. Por la miserable condición en que se hallan al presente (vv. 1–3). 2. Porque ha sido el pecado lo que les ha llevado a esa situación (vv. 7, 10, 12). 3. Porque hallarían la dicha si buscasen a Dios, cuando Él está dispuesto a ser hallado por ellos (vv. 8, 9, 14). 4. Porque Dios traerá sobre ellos la ruina si no le buscan (vv. 5, 6, 13, 16, 17). 5. Porque todas las demás cosas en que han puesto su confianza les habían de decepcionar si no hacían de Dios su amigo. Por otra parte, el desprecio con que habían tratado los juicios de Dios había de aumentarles el pánico (vv. 18–20). 6. La observancia externa de sus servicios religiosos no les había de servir de nada (vv. 21–24). 7. Tampoco les habían de proteger los privilegios de que por tanto tiempo habían disfrutado (vv. 25–27). Por consiguiente, no les quedaba para salvarse otro camino que el arrepentimiento y la reforma de vida.

Versículos 1–9

1. Los versículos 1 y 2 constituyen una especie de elegía por Israel. Se llama (v. 2) *virgen* a Israel porque no había sido conquistada hasta ahora. Cronológicamente (no en el orden en que tenemos la Biblia), ésta es la primera vez que sale esta figura de *virgen.* Israel es como la doncella que muere antes de casarse. La mención del pueblo de Dios como «virgen» se halla también en lugares como Jeremías 2:1 y ss.; Ezequiel 16:3 y ss.; 23:1 y ss.; Oseas 2:4 y ss.

2. Por el versículo 3 vemos que el reclutamiento se hace ya por ciudades, no por tribus y familias. Se anuncia en este versículo que el 90 por ciento de la población va a ser destruida. Se nota, por eso, en el v. 4 un tono de urgencia: *«¡Buscadme, y viviréis!»* A continuación (v. 5) menciona el profeta lugares donde

había santuarios a los que acudía la gente para sus prácticas idolátricas: *Betel* (comp. con 3:14), *Guilgal* (v. 4:4). *Beerseba* era un lugar ya reverenciado desde Abraham (Gn. 21:33); aunque estaba ubicado en el sur, los del norte iban allá con falso celo por el culto. El profeta parece jugar con los vocablos *Guilgal y galá* (cautiverio). Todos estos lugares serán destruidos.

3. El profeta (v. 6) singulariza a Betel para dar a entender que, a pesar de ser llamada «casa de Dios», no habrá allí nadie que pueda apagar el fuego que va a consumir a Israel *(«la casa de José»),* puesto que (v. 5, al final) *Betel habrá sido reducida a nada* (hebr. *awen).* Amós repite (al comienzo del v. 6) la exhortación de Dios en el versículo 4: *«¡Buscad a Jehová, y vivid!»* Por supuesto, la caída de Israel no es para siempre (v. Is. 27:6), pero, de momento, Asiria se los tragará. Sobre la primera frase del versículo 7 dice Ryrie: «Los que tenían la responsabilidad de administrar justicia la convertían en *ajenjo,* es decir, amargura (cf. Ap. 8:11) de injusticia». El versículo 8 es semejante a 4:13. Amós menciona aquí *las Pléyades y el Orión,* como en Job 9:9; 38:31.

Versículos 10–17

1. En los versículos 10–13 se puede contemplar la terrible condición en que se halla el país. Según Ryrie, en el versículo 10 es el pueblo el que «odia a los jueces honestos»; pero es mucho más probable que el «censor» o «reprensor» (hebr. *mokhíaj)* de que ahí se habla no sea el juez, sino, como dicen Feinberg y Buck, «los testigos honestos y sinceros, a los que los jueces que administran la justicia *en la puerta* no quieren oír» (Buck). Son, sin duda, esos jueces deshonestos (sin excluir a otros explotadores) los que disfrutan de la suntuosidad y prosperidad que se declara en el versículo 11b. Dice Buck: «La mayor parte de las casas, sobre todo de la clase menos acomodada, se construía con ladrillos secados al sol. Una casa de *sillares* era no solamente un indicio de lujo y orgullo, sino también una prenda de seguridad en cuanto al porvenir (cf. Is. 9:9)». A esto se añadía el soborno *(«la carga de trigo» o «tributo de grano»* del versículo 11, y, especialmente, el *«cohecho»* del v. 12). Ante esta situación, los prudentes se callan (v. 13), pues nada sacarían con hablar, pero «Amós, como profeta de Jehová, tiene que hablar» (Buck).

2. En los versículos 14 y 15 vemos una exhortación al arrepentimiento. Hay que ponerse en línea con Dios, amar lo que Él ama y odiar lo que Él odia. Dios tiene gran paciencia y longanimidad. Ha esperado durante muchos años. También esperó 120 años antes de enviar el diluvio. Pero le llegará su Día, día de venganza y de ira. Si ellos se arrepienten, *Jehová Dios de las huestes otorgará su gracia (o favor;* hebr. *yejenán) al remanente de José,* es decir, del reino del norte (v. 15b).

3. En los versículos 16, 17, Amós predice la calamidad que se cierne sobre el país. Llamarán a los *labradores* a que regresen del campo a la ciudad para hacer lamentación y duelo «con sus voces fuertes» (Buck), y los profesionales del llanto—plañideras y endechadores—tendrán mucho trabajo.

Versículos 18–27

1. En los versículos 18–20 «se reprocha a los que esperan, presuntuosos, en el día de Jehová como un día de triunfo» (Buck). Por medio de imágenes rústicas, el profeta les hace ver que el castigo de Dios es inescapable: *«Como el que huye* (v. 19) *de delante del león y se encuentra con el oso.* Por fin, logra escapar también del oso, y, jadeante, *entra en casa y apoya su mano en la pared,* como quien está cansado, y *le muerde una culebra».* El texto hebreo usa la conjunción copulativa u, no la disyuntiva o, dando a entender que se trata del mismo caso.

2. Como en Isaías 1:14; Malaquías 1:10, entre otros lugares, Dios muestra (vv. 21–24) la poca estima en que tiene los servicios religiosos, no por lo que son en sí (pues Él mismo los ordenó), sino porque los llevan a cabo sin las debidas disposiciones. Sin esas disposiciones *(«derecho y justicia»*—v. 24—), tales celebraciones, por muy solemnes que sean, le producen a Dios hastío.

3. Los versículos 25 y 26 resultan difíciles, pues su interpretación depende de la respuesta que se de a la pregunta del versículo 25. Parece opinar Buck que la respuesta habría de ser negativa, pues dice: «En los tiempos del desierto, a causa de su vida nómada y de una legislación rudimentaria, los israelitas podían ofrecer un culto de poca importancia (cf. Jer. 7:22). No obstante, aquel culto pobre, pero sincero, agradaba a Jehová». Feinberg, por su parte, opina que la respuesta ha de ser afirmativa, a la vista de

Éxodo 24:4, 6; Números capítulos 7 y 19. Entonces, el versículo 26 diría: «*Si, pero ... también llevabais las imágenes que os hacíais*». Ryrie parece seguir la opinión de Buck.

4. Los nombres de las deidades mencionadas en el versículo 26 no aparecen en ningún otro lugar de las Escrituras. La correcta lectura, según el hebreo, es *Sikuth y Kiyyún.* El primero de tales nombres es, quizás, una forma, adrede desfigurada, de Sakkut, el dios Ninurta de los acadios, puesto que *shiqqús* significa «abominación». El segundo «se identifica con el nombre de un dios estelar (Saturno), que en los textos acádicos se lee *Kaywan*» (Buck).

5. El castigo de las *rebeliones y pecados* (v. 12) de Israel será (v. 27) *la deportación más allá de Damasco,* es decir, a Asiria.

CAPÍTULO 6

Este capítulo se divide en dos partes de igual extensión: I. Un cuadro de la vida regalada que llevaban los dirigentes de Samaria, sin olvidar los de Judá (vv. 1–7). II. Un cuadro del castigo: destrucción y cautiverio (vv. 8–14).

Versículos 1–7

1. Los *descuidados* del versículo 1 son, como dice el contexto, los *confiados* líderes *(«los señalados como principales»),* que se creen seguros con una falsa seguridad, originada por una piedad sin corazón (comp. con 2 Ti. 3:5) y un culto que ellos creen ciegamente que satisface a Dios. De ahí su *descuido (su* «vida *fácil*»—como dice el hebreo—). Estaban *confiados* en su montaña (comp. con Jn. 4:20); allí estaba el Garizim como parte de la fortificación natural, tanto que le costó al rey de Siria tres años de asedio (2 R. 17:5, 6). Los *señalados,* esto es, los designados nominalmente, a diferencia de la muchedumbre sin nombre. Y eso, *en la primera de las naciones* (¡privilegio sobre privilegio!). Además, *a ellos acuden todos los de la casa de Israel* para rendirles homenaje, buscar consejo y demandar justicia. Pero ellos sólo se preocupan de pasarlo bien.

2. *Calné (Kalnó* en Is. 10:9) fue fundada por Nimrod en Shinar (Gn. 10:10) y parece ser la actual Kullan-köy, cerca de Alepo. Fue tomada por Tiglat-piléser III el 738 a. de C. *Jamat* (hoy *Jamá)* era una ciudad importante *(«la gran Jamat»*—v. 2—) de Siria. Fue subyugada por Jeroboam II (2 R. 14:25) y cayó finalmente (720 a. de C.) en poder de Asiria. *Gat* (hebr. *Gath)* ya no es mencionada en 1:8 entre las ciudades de Filistea, pues había caído en poder de Uzías el 760 a. de C. (2 Cr. 26:6). Si ellos, por su corrupción, sufrieron el castigo de Dios, ¿creía Israel que iba a quedar impune? Sin embargo, Feinberg piensa que la intención primordial del texto sagrado es enfatizar lo de «*la primera de las naciones*».

3. El versículo 3 nos ofrece un tremendo contraste: Tratan de *alejar* con el olvido el Día de Jehová—*«el día malo»*—, mientras *acercan* el asiento (descanso y ocio) de *violencia* (Ec. 8:11 nos da una gran lección acerca de esto). ¡Siempre que se pierde el temor al *día malo,* se portan los hombres de ese modo!

4. En los versículos 4–6 hallamos una viva descripción de la *vida fácil* de estos *señalados:* Se *estiran totalmente* (v. 4) en sus lechos llenos de incrustaciones de *marfil y* se comen lo mejor. *Inventan* (v. 5), *como David, instrumentos musicales,* pero con un fin opuesto: David, para alabar a Dios (Sal. 150); éstos, para deshonrar a Dios y a los hombres. «Una música degradante es señal segura de decadencia nacional»—dice Feinberg—. No contentos (v. 6) con beber en copas, *beben vino en tazones* (grandes tazones). El hebreo usa para describirlos el vocablo *mizráq,* el mismo con que se designan los tazones del culto en los que se recogía la sangre de las víctimas para rociar con ella (v. Nm. 7:13). Cuando habrían de estar enlutados (v. 6b), vestidos de saco y con ceniza en la cabeza, se ungían con los mejores aceites, lo cual estaba prohibido en tiempo de luto (v. 2 S. 14:2).

5. Por eso (v. 7), éstos *irán a la cabeza de los que van en cautividad,* para mayor notoriedad. Y cuanto mayores y más numerosos fueron los placeres anteriores, tanto mayor será el duelo que después habrán de hacer.

Versículos 8–14

1. Dios *jura por sí mismo* (v. 8), como en 4:2. *«La soberbia de Jacob»* (hebr. *gueón yaaqob)* es la misma frase que ocurre en 8:7, donde suele traducirse por *«la gloria de Jacob»*. Esta aparente anomalía tiene la siguiente explicación: El vocablo hebreo *gueón* indica literalmente una «excelencia», esto es, un «sobresalir». Pero se puede sobresalir por la propia valía de la cosa o del sujeto (aunque haya sido otorgada por otra persona), y esto es verdaderamente *gloria,* como en 8:7, o se trata de sobresalir falsamente, por *orgullo,* como aquí. Al ser aquí paralela a lo de *«palacios»,* ha de significar una arrogancia fundada en el *santuario,* en lo que constituía la gloria de la nación (v. Sal. 47:4; Ez. 24:21).

2. En los versículos 9–11 tenemos una viva pintura de una ciudad por la que pasó la guerra sin respetar palacios ni chozas. *Diez* (v. 9) es un número redondo que se usa especialmente para designar un grupo digno de consideración (comp. con Gn. 18:32; Rut 4:2). La cremación (v. 10) estaba prohibida en Israel (v. 2:1), ya que era el enterramiento (en tierra, no en «nichos») lo natural (Gn. 3:19). Pero aquí se hace necesaria la cremación para evitar el contagio, así como fue necesaria también en 1 Samuel 31:12 para evitar que los filisteos deshonrasen los cuerpos de Saúl y de sus hijos. Quedará, pues, *uno* de cada *diez, y* éste dirá, a quien le pregunte si queda alguien más, que *no* queda ninguno más. La última parte del versículo 10 se entiende mejor si se comprende el trasfondo del caso que aquí se cita: Los dos individuos que se mencionan en el texto sagrado están ocupados en enterrar a uno que ha muerto de peste como castigo de Dios. Lo de *«¡Calla!»* (v. 10, al final), en este contexto, significa que no debían hacer lamentación de luto por los muertos ni prorrumpir en expresiones de gratitud por haber quedado ellos con vida, pues en ambos casos había que *mencionar el nombre de Jehová,* lo cual podía suscitar mayor ira por parte de Dios, cuando debería haber sido Dios su único refugio. *«Porque Jehová manda»*—dice Amós (v. 11)—, es decir, Él ordena y controla todo, y usará al asirio como instrumento de Su ira (v. 14).

3. El versículo 12 muestra que la conducta de Israel era perversa al volver del revés el *juicio* y la *justicia,* al hacer que lo que había sido prescrito para curar se convirtiese en *veneno,* y que lo que habría de ser satisfacción y dulzura por haberse cumplido la justicia, resultase en *ajenjo,* esto es, en amargura de resentimiento por violación de la justicia (de los derechos humanos). Sus obras, como dice san Jerónimo, eran tan *contra natura* como el que *los caballos corran por las peñas o los bueyes aren en las rocas.* Así, sus malas obras no podían cosechar bendiciones, pues sembraban veneno al corromper la justicia. De igual manera (v. 13), su arrogancia no tenía fundamento. El profeta juega con las palabras, al decir que se alegraban por la conquista de *Lodebar* (el lugar se menciona también en 2 S. 9:4; 17:27 y, bajo el nombre de *Lidbir,* en Jos. 13:26). Pero *lo-debar* significa, en hebreo, *no-palabra* o *no-cosa,* esto es, *«lo que es nada» o «nada»,* como vierte nuestra Reina-Valera. Se alude así a la facilidad con que dicha localidad cayó en manos de Jeroboam II. *Carnáyim* (hebr. *Qarnáyim)* significa «los dos cuernos». Se juega también aquí con la palabra, pues al ser «cuerno» símbolo de fuerza, se alude a esa «doble fuerza» que fue quebrantada en la toma de dicha localidad (2 R. 14:25, 28).

4. En el versículo 14 se describe proféticamente el castigo: Asiria los quebrantará *desde la entrada de Jamat,* que es el paso entre el Líbano y el Antilíbano, *hasta el torrente del Arabá,* que fluye hasta el mar Muerto, al sur de Jericó, donde marca el límite del reino por el sur.

CAPÍTULO 7

Comienza aquí la tercera parte del libro (7:1–9:15), que es una serie de *visiones de juicio.* Las cuatro primeras llevan la misma fórmula introductoria (7:1, 4, 7; 8:1). Estas visiones no señalan hechos sucesivos, sino uno mismo. El capítulo se divide en dos partes casi simétricas: I. Tres visiones de destrucción (vv. 1–9). II. Un diálogo entre Amós y Amasías (vv. 10–17).

Versículos 1–9

1. Dios se muestra al profeta formando *langostas.* El verbo es el mismo de Génesis 2:7 y Jeremías 18:1–6 *(yatsar). Adonay Jehová* (v. 1) está dedicado a esta tarea *cuando comenzaba a crecer el heno tardío* (hebr. *lequésh,* de *laqash,* ser tarde), la hierba que se había sembrado a últimos de enero y durante todo el mes de febrero, ya que el primer heno que se segaba era para el rey (1 R. 18:5). Esta segunda hierba, de la que vivía el pueblo, es la que se comen las langostas. El profeta intercede (v. 2) a favor de un

Israel (*Jacob) pequeño,* esto es, ya bastante disminuido. Como puede verse, no apela a las promesas de Dios ni al pacto con Su pueblo, sino al perdón bondadoso y gratuito de Dios, ya que el verbo *salah* tiene, en este contexto (como en Sal. 103:4, 8–14), el sentido de «perdonar gratuitamente, sólo por gracia» (Buck). Jehová (v. 3) *se arrepiente,* esto es, desiste del castigo que iba a infligir (v. el comentario a 1 S. 15:29, 35).

2. Ahora (vv. 4–6), *Adonay Jehová* está *llamando* (hebr. *qoréh),* esto es, convoca (o hace venir) *fuego* a Su servicio: una *sequía «para defender su causa»*—hebr. *larib*—. La sequía es tan grande que *consume el gran abismo* (hebr. *t*^{e}*jom,* como en Gn. 1:2), que surte de agua a ríos y manantiales; consume también *la porción o parcela* (hebr. *hajélek),* es decir, Israel, «la porción de Jehová» (comp. con Mi. 2:4). Amós ora de nuevo, pero esta vez ya no apela ni siquiera a la misericordia de Dios: En lugar del *«¡perdona ya!»* del versículo 2, leemos (v. 5): *«¡cesa ya!»* También ahora (v. 6) *se arrepiente Jehová,* y desiste.

3. Otra visión (vv. 7–9). Ahora, *Adonay* (sin el *Jehová* de antes) *está sobre un muro de plomo* (v. 7. Lit.), esto es, *hecho a plomo* (hebr. *anákh), y tenía en su mano un plomo* (de nuevo, *anákh).* Aunque el vocablo no sale en ningún otro lugar de la Biblia, los autores están de acuerdo en que significa «plomo» y, conforme al contexto, *«plomada de albañil»,* aunque no se usa aquí el término corriente (hebr. *mishqoleth*. V. 2 R. 21:13; Is. 28:17) para «plomada de albañil». Dios usa aquí la plomada para comprobar lo defectuoso del muro, el cual simboliza a Israel. Ahora (v. 8), Jehová no se arrepiente. La última frase del versículo 8 se traduce de muy diversas maneras. Literalmente dice: *«Ya no le pasaré otra vez»* (la *Biblia de Jerusalén* es la que más se acerca a esto). La cosa es que el verbo hebreo *abar* que tenemos aquí con la preposición 1^{e} significa «pasar al lado a favor de otro» (Buck), es decir, *perdonar.* Efectivamente (v. 9), los santuarios de Dan y Betel serán destruidos, y el hijo del rey, Zacarías, va a ser asesinado (v. 2 R. 15:8–10). En la generación siguiente habrá desaparecido *la casa de Jeroboam.*

Versículos 10–17

Dice Feinberg al encabezar su comentario a esta sección: «La proclamación lisa y llana (ingl. *straightforward)* de la voluntad y del propósito de Dios siempre desagrada al hombre no regenerado e impío».

1. En efecto, Amasías (Amós es la contracción de Amasías. V. la Introducción), el sumo sacerdote de Betel (v. 10), acusa a Amós ante el rey: (A) *de alta traición: «Conspiró* (lit.) contra ti». Pero Amós no había dicho que Jeroboam moriría a espada (v. 11), sino *en su casa;* (B) de conspirar en *medio de la casa de Israel;* y: (C) de forma que el país entero *(«la tierra»)* no *puede soportar sus palabras.*

2. Después de su entrevista con el rey, Amasías busca a Amós y le dice (v. 12): *«Vidente* (¿le reconoce como a tal o le desprecia?): *¡Vete a la tierra de Judá,* que es tu país, y *come allí tu pan y profetiza allí,* usa allí de tus dones para vivir de ellos». Amasías, por cierto, vivía de su sacerdocio, alquilado por el rey, que era quien nombraba los sacerdotes. A las palabras anteriores añade Amasías (v. 13) algo muy significativo: «*¡y no profetices más en Betel, porque es santuario del rey …!» ¡Menos* mal! ¡Antes, santuario nacional, y ahora, personal del rey!

3. A las frases de Amasías en el v. 12 responde Amós en los versículos 14 y 15, y dice que él no es un profeta *profesional* ni ha sido educado en una *escuela de profetas* (eso es lo que significa *«hijo de profeta»),* sino que tiene un oficio secular para vivir y que, si profetiza, es *porque Dios lo envía.*

4. Nótense (vv. 16 y 17) los siguientes contrastes: En el versículo 11, en frase de Amasías, *«dice Amós»;* en el v. 16, en frase de Amós a Amasías, «*tú dices»;* en el versículo 17, *«dice Jehová».* Y, para demostrar que Dios le ha comisionado para profetizar en Israel (v. 15), Dios mismo, por boca de Amós, se encara con Amasías (v. 17) y le predice el múltiple infortunio: Amasías perderá su honor, su familia, sus posesiones, su patria y su vida *(en tierra inmunda,* esto es, en un país lleno de idolatría e inmoralidad). La oposición a la Palabra de Dios lleva a una persona de tumbo en tumbo.

CAPÍTULO 8

En este capítulo tenemos: I. La cuarta visión de Amós (vv. 1–3). II. Una nueva acusación contra Israel (vv. 4–14).

Versículos 1–3

1. El Señor Jehová *(Adonay Jehová)* le muestra ahora (v. 1), en visión, al profeta *un canastillo de fruta madura,* para indicarle (v. 2) que *ha llegado el fin* de Israel. Hay un juego de palabras en el hebreo, pues el vocablo para «fruta madura» es *qayíts*, y el vocablo para «fin» es *quets* (aquí con artículo: *haquets).* Quiere decir que Israel está *maduro* para el castigo irremisible: *«Ha llegado el fin»* (v. 2b).

2. El *fin* es la muerte, por ahora, de Israel. Hay que prepararse, pues (v. 3), para hacer gran lamentación, más que a grito pelado, con *aullidos* (hebr. *halílu*, donde se ve la afinidad con «ulular»). Los cantores del gozo (los del *templo)* serán los cantores del duelo. Y no habrá tiempo ni lugar para enterrar (v. 6:10).

Versículos 4–14

1. En los versículos 4–6, Amós, de parte de Jehová, se dirige a *los que explotan a los menesterosos* (v. 4) y están hastiados de la religión (v. 5a). Como siempre, la injusticia y la impiedad van aquí juntas. Véase cómo se describen estos dos pecados en los versículos 5 y 6: Les hastían y fastidian los días de observancia religiosa, los novilunios y los sábados *(«el mes … y la semana»*—v. 5a—), porque en esos días no pueden comerciar. ¿Y cómo comercian? Hacen más pequeña la medida, aumentan el precio (lit. *el peso,* porque se pesaba con dinero) y hacen trampa con la balanza (tres injusticias en una sola transacción), hasta que el pobre (v. 6) tiene que venderse como esclavo al precio mínimo: el de *un par de sandalias.* También se aprovechaban de *los desechos del trigo,* esto es, de lo que en Aragón se llaman «las granzas»: lo que queda después de que se ha cribado el trigo, para *venderlo* también. Santiago dice (Stg. 5:1–6) que similar a ésta será la condición del cristianismo antes de que venga el Señor.

2. Ante estas tremendas injusticias, Jehová (v. 7) jura por Sí *(«la gloria de Jacob»)*—como en 4:2; 6:8—que no se olvidará de tal montón de pecados. Más que de un terremoto, la tierra se estremece (v. 8) por el juicio de Dios. En el versículo 9 hallamos las señales apocalípticas que acompañarán al día de Jehová *(«en aquel día»);* concretamente, un eclipse de sol. Dice Ryrie: «Amós usó un eclipse total de sol, que ocurrió en Asia Menor en junio de 763, como imaginería para describir el inminente juicio de Dios sobre Israel». El final («su *postrimería») será* (v. 10) *como día de amargura* (lit.). El *llanto por el unigénito* (el que era la única esperanza, «todo el porvenir»—Buck—de la familia) nos lleva a Jeremías 6:26 y, especialmente, a Zacarías 12:10.

3. En los versículos 11, 12 se anuncia un castigo completamente nuevo: *Hambre y sed de oír la palabra de Jehová;* no de conocer la Biblia—como se suele entender—, sino de conocer la voluntad de Dios, *por medio de los profetas,* para saber lo que va a pasar. «Pero, puesto que ellos antes despreciaron a los profetas (2:12), Dios se callará (cf. 1 S. 3:1; 28:6; Sal. 74:9)» (Buck). Saúl la conoció (probablemente) para su desesperación (v. 1 S. 28:6). Dice Feinberg: «El que no quiere cuando puede, querrá cuando no pueda».

4. Los versículos 13 y 14 describen otros aspectos del castigo de Dios sobre Israel: La flor y nata del porvenir, la hermosura y la juventud (es un contraste con Is. 40:30, 31) perecerán de sed espiritual y material (v. Lm. 2:11, 12, 19). Los que juran por el becerro *(«el pecado de Samaria»)* y por el camino de peregrinación al pozo del juramento *(«Beerseba»*—Gn. 21:33—, lugar de culto para Abraham), *caerán para no levantarse* (v. 14, al final, comp. con 5:2). Por supuesto, todo ello no borra lo prometido en Ezequiel capítulos 36 y 37, entre otros lugares. Termina Feinberg: «El cristianismo apóstata y el Israel inconverso participarán juntamente de esta hambre en el tiempo de la Gran Tribulación». Y nosotros, ¿qué queremos que se nos proclame? ¿Cosas que agraden al oído? ¡Despertemos! ¡Estamos en los últimos tiempos!

CAPÍTULO 9

Al seguir a Buck, podemos dividir este capítulo en dos partes: I. La visión del santuario destruido y la destrucción de Israel (vv. 1–8b). II. Promesa de restauración (vv. 8c–15).

Versículos 1–8b

1. Amós ve ahora *al Señor* (hebr. *Adonay) de pie junto al altar* (v. 1) en Betel, que manda derribar los capiteles de las columnas, con lo que todo se vendrá abajo sobre la cabeza de los que se han congregado para celebrar su fiesta. Van a ser sepultados bajo las ruinas. Si alguien intenta escapar, no podrá huir del castigo de Dios. Con frases que nos recuerdan las de Salmos 139:7–10, Dios afirma (v. 2) que, aun que huyan a los extremos del universo (abajo, el Seol; arriba, el cielo), *de allá* los apresará. Y *si se esconden* (v. 3) en alguna de las 1.000 cuevas del Carmel, como si van a lo profundo del mar, los tomará. Así como el gran pez obedeció a Dios para recoger a Jonás (Jon. 1:17), así ahora llamará a otro monstruo marino para ejecutar Sus juicios. Lo mismo hará (v. 4) contra los que pretendan salvar la vida yendo al cautiverio: *«Pondrá sobre ellos sus ojos»,* pero no para bien, como sugiere de ordinario dicha frase, sino para mal.

2. En los versículos 5 y 6 destaca la omnipotencia de Dios. Como dice Feinberg, «el poder pertenece, no a la bomba atómica, sino a Dios». Con sólo *tocar* (v. 5) la tierra, la funde (¡Y la volatilizará!—Ap. 20:11—) y hace que *suba y baje*—la hace saltar—como suben y bajan las riadas del Nilo (v. 6, al final). En *Apocalipsis* vemos el dominio absoluto que Dios tiene sobre todas las fuerzas de la naturaleza y el uso que hace de ellas para amedrentar y destruir a los malvados.

3. Que no crea Israel que, por ser el pueblo de Dios (v. 7), va a escapar del castigo (v. 1 P. 4:17, 18). Dios, en cuanto al pecado y al castigo, no tiene acepción de personas—son para Él *como hijos de etíopes* (pueblo despreciable—¿intencionado, en esta dirección, el episodio de Hch. 8:26–40?). Es cierto que sacó a los israelitas de Egipto para hacerles existir como pueblo y nación, pero también hizo lo mismo con otros pueblos (v. 7b): *«sacó de Caftor a los filisteos, y de Quir a los arameos».* Nótese la declaración del v. 8: *«Los ojos del Señor Jehová están sobre el reino pecador»* (Israel). Dios había querido (Éx. 19:6) que fuesen *un reino de sacerdotes y gente santa* (comp. con 1 P. 2:9), pero ellos eran un *reino pecador.* ¡Y Jehová es el tres veces SANTO! La segunda parte de este versículo 8 tiene dos niveles: Jehová cribará bien a los suyos: *ni un grano* caerá a tierra, pero *ningún pecador* escapará (vv. 9, 10).

Versículos 8c–15

1. La última frase del versículo 8 contiene, como ocurre siempre en las amenazas de Dios por medio de los profetas, una promesa de conservar un «remanente»: *«mas no destruiré del todo la casa de Jacob, dice Jehová».* Como ya hemos dicho al final de la sección anterior, Jehová cribará, *zarandeará,* a Su pueblo. De ese zarandeo saldrá purificado el remanente, sin que caiga un solo granito en tierra; pero los rebeldes que sigan resistiendo al Espíritu de Dios, los que se apoyan en una falsa seguridad *(«No nos alcanzará ni nos agarrará el mal»,* esto es, la calamidad v. 10, al final), *morirán a espada.*

2. En los versículo 11–15, Jehová promete restaurar la dinastía davídica, tan arruinada que ya no es más que una *«cabaña caída» y* desportillada (v. 11)—y así *el Israel de Dios* se adueñará de las naciones (v. 12), y empezará por Edom, contra la que va toda la profecía de Abdías, que luego veremos—. El versículo 13 pinta vivamente la prosperidad de entonces: La cosecha será tan grande, que no se habrá terminado aún cuando comience la siembra para la cosecha siguiente. Y los viñedos en lo alto de los montes harán que éstos *destilen mosto* (comp. con Jl. 3:18). El hecho de que Santiago cite los versículos 11 y 12 en Hechos 15:16–18, no significa que allí se acabe el cumplimiento de la profecía, sino sólo el aspecto de la conversión de los gentiles.

3. Los versículos 14 y 15 profetizan que, después de ser traídos a su tierra, los israelitas (nótese lo de *«mi pueblo Israel»*—v. 14) la habitarán en paz y (v. 15) para siempre (comp. con Is. 61:4; 62:8, 9; 65:21–23). Ryrie resume así el contenido de los versículos 13–15: «El reino milenario se caracterizará por la fertilidad (v. 13), la prosperidad (v. 14) y la seguridad (v. 15), con Israel que poseerá permanentemente la tierra prometida en Génesis 15:18–21.

ABDIAS

El nombre de este profeta (hebr. *Obad-yah)* significa «siervo de Yah», esto es, de Jehová. Trece personas del Antiguo Testamento llevaron este nombre. No se sabe de cierto cuándo profetizó; desde luego, es anterior a Jeremías, quien parece haberle tenido en cuenta. El libro es el más pequeño del Antiguo Testamento, pues consta de un solo capítulo con 21 versículos.

Si Oseas tenía por tema el amor de Dios a Israel, Yoel el Día de Jehová, y Amós la justicia de Dios, Abdías centra toda su profecía contra Edom. La enemistad entre Edom e Israel es prolongación de la que existió entre Esaú y Jacob.

Edom se hizo nación poderosa (Gn. 36; Éx. 15:15; Nm. 20:14). Cuando Israel salió de Egipto, Edom le negó el paso por su territorio (Nm. 20:20, 21). Con todo, Dios mandó a Israel tratar a Edom como hermano (Dt. 23:7, 8). Pero Edom se portó siempre traidoramente con Israel (tipo de la enemistad de la carne contra el espíritu, como en el caso de Ismael con Isaac—Gá. 4:28, 29—), y ahora el mensaje de Abdías va a ser muy duro contra Edom.

El único capítulo de que consta este libro puede dividirse, según los epígrafes (en negrita) de la *Ryrie Study Bible,* del modo siguiente:

I. El destino de Edom (vv. 1–9).
II. La denuncia de Edom (vv. 10–14).
III. La destrucción de Edom (vv. 15–21).

Versículos 1–9

1. *«Hemos oído»* (v. 1)—en el plural se incluye el propio Abdías con los de su pueblo—. Para «noticia» (RV) o «mensaje» (Buck y NVI), el hebreo usa el vocablo *shemuáh*, algo así como un «pregón para ser *oído»*. El pregón, noticia o mensaje es (v. 1c) una exhortación a las naciones a que se levanten contra Edom. El versículo 2 da ya por cumplido el castigo profetizado.

2. Ya los horeos (Gn. 14:6; Dt. 2:12, 22) habitaban en cavernas, como los edomitas (vv. 3, 4). Edom se creía inexpugnable en sus altas cuevas de las rocas, algunas de las cuales, en los alrededores de Petra, según Ryrie, «tenían 2.000 pies de altura». El vocablo hebreo para «cavidades» *(yagu)* es el mismo que hallamos en Cantares 2:14. De parte de Dios, Abdías le dice a Edom (v. 4) que, aunque se remonte como águila (símbolo de precaución, fuerza y celeridad) *hasta las estrellas* (altura y seguridad manifiestas), Dios lo derribará de allí; puede ser inexpugnable para los hombres, pero no para Dios. *Le engaña* (hebr. *hishshí*, como en Gn. 3:13) *la soberbia de su corazón.*

3. Los ladrones y los vendimiadores (v. 5) dejan algo (al menos, las cuatro paredes), pero a Edom (v. 6) lo habían de destruir por completo. De ahí esa interjección que forma el versículo. No han sido enemigos declarados los que han atacado a Edom (v. 7), sino tus *aliados* (lit. *hombres de tu pacto)*—dice Abdías— *… los que estaban en paz contigo* (lit. *«hombres de tu paz») … los que comían tu pan* (el hebreo sólo dice aquí tu *pan),* pero Edom no se apercibió de ello (v. 7, al final). ¿Qué hacían entonces (v. 8) *los sabios de Edom?* (comp. con Jer. 49:7). Elifaz, el temanita (Job 2:11; 4:1; 15:18) era de Edom. Según el apócrifo Baruc 3:23, «los mercaderes de Temán eran buscadores de inteligencia» (citado por Buck—según él, *Baruc* es canónico, como para todo catolicorromano). Incluso sus *guerreros* (v. 9) perderán el ánimo: *«serán amedrentados»*.

Versículos 10–14

En estos versículos se le declara a Edom la causa por la que le van a acontecer (v. 10) dos calamidades: 1. La confusión *(«te cubrirá vergüenza»).* 2. La destrucción *(«serás cortado para siempre»).* La causa es *«por la violencia hecha a tu hermano Jacob».* Los versículos 11–14 especifican en qué consistió dicha violencia: *«estando tú delante»* (v. 11), y muestra así su complicidad con los enemigos de Israel; *«mirando»* (v. 12a) con gran placer; *«alegrándose*, con jactancia (v. 12b), *del cautiverio* (lit. *la ruina) de los hijos de Judá; dilatando la boca* (v. 12c. Lit.) *en el día de la angustia»; «entrando por la puerta de mi pueblo»* (v. 13), como un intruso traidor; *«echando mano a sus bienes»* (v. 13c), como un salteador ansioso de rapiña; *«entregando a los que quedaban»* (v. 14b); no contentos con *matar en las encrucijadas a los que escapaban* (v. 14a), hacían violencia a los sobrevivientes.

Versículos 15–21

1. *El día de Jehová* (v. 15) será día de juicio *sobre todas las naciones* (comp. con Jl. 3:2); pero, aunque se menciona a Esaú cuatro veces en estos versículos (ninguna vez a Edom), el juicio de Edom, en cuanto nación y descendencia de Esaú, habrá tenido ya lugar. Cuando naciones como Asiria y Egipto hayan sido restauradas e introducidas en el Milenio, «el castigo de Edom, no obstante, no espera hasta ese futuro tiempo, sino que ha sido ya llevado a cabo» (Ryrie). Y añade el mismo autor: «No queda hoy ningún *sobreviviente ("resto"* en la RV—v. 18—) de los otrora poderosos edomitas. (Véase Is. 34:5–17)»

2. Mientras tanto, Israel será de nuevo la nación santa (v. 17), prosperará y, como *fuego* (v. 18a), será instrumento de juicio en manos de Dios (Is. 11:14; Zac. 12:6). Se cumplirá la promesa hecha a Jacob en Génesis 28:14. Ryrie explica así los versículos 19 y 20: *«Ellos* (esto es, Israel; mejor que *los del Néguev) poseerán el Néguev*, es decir, *el monte de Esaú, etc.* En otras palabras, las fronteras del reino davídico incluirán el territorio antiguamente ocupado por Edom en el sur, *la llanura* (hebr. *sefelá) de los filisteos* (Gat, Ecrón, Asdod, Asquelón, Gaza), el territorio de *Efraín y Samaria, Galaad* al otro lado del río Jordán y, por el norte, *hasta Sarepta* (entre Tiro y Sidón). *Sefarad* no se menciona en ningún otro lugar de la Biblia y está sin identificar (algunos dicen que es Sardis en el Asia Menor), pero Abdías se refiere a un grupo particular de exiliados judíos». Sí, aunque es cierto que la Biblia no cita ninguna localización de *Sefarad,* todas las versiones arameicas y los rabinos opinan que *Sefarad* es España.

3. Los *«salvadores»* del versículo 21 son libertadores y gobernantes, al estilo de los primeros *Jueces* de Israel, cuando Israel era todavía una verdadera *teocracia,* sin reyes humanos. Termina Buck su comentario a Abdías, versículo 21, del modo siguiente: «Pero la victoria de los israelitas no es únicamente una victoria nacional, sino más bien la victoria es de Yahvé, y así la inauguración del reino de Jehová y la consumación de la historia. En este sentido, Abdías puede concluir su mensaje con el grito de triunfo de la escatología israelita: *El reino pertenecerá al Señor* (cf. Sal. 22:29; Zac. 14:9; Ap. 11:15)». El hebreo dice, al pie de la letra: «*Y vendrá a ser para* Jehová *el reino*».

JONÁS

De Jonás (hebr. *Yonáh*, que significa «paloma») sólo se conoce lo que leemos en este libro, y su cita en 2 Reyes 14:25. En 1:1 leemos que era *«hijo de Amitay»*. «Amitay» significa «verdadero». Parece ser que Jonás vivió en el siglo VIII a. de C., pero el libro podría ser de redacción más tardía, como se desprende de los arameísmos que contiene. Conforme vemos en 2 Reyes 14:25, Jonás era de Gat-jéfer (al norte de Nazaret, dentro del territorio de Zabulón).

Por supuesto, los incrédulos se ríen de este libro, especialmente por lo del pez del capítulo 2, como si no fuese mayor milagro el arrepentimiento (capítulo 3) de los ninivitas. Es el gran libro misionero del Antiguo Testamento y se lee en las sinagogas el Día de la Expiación. Dicen que el escritor eclesiástico Cipriano fue convertido por la lectura de este libro. Cristo lo cita para probar proféticamente Su propia resurrección y para apostrofar a los judíos con el ejemplo del arrepentimiento de los ninivitas (v. Mt. 12:39 y ss.; 16:4).

El mensaje de Jonás es cuádruple (uno por cada capítulo): 1) De Dios no se puede huir. 2) Dios refina en la tribulación. 3) Al arrepentimiento sigue el perdón. 4) En cuanto a la salvación eterna, Dios no tiene favoritismos. En su excelente comentario (22 sermones) sobre *Jonás*, dice el Dr. R. T. Kendall, actual pastor (en 1989) de la Westminster Chapel de Londres: «El libro de Jonás es uno de los libros más relevantes para el tiempo presente. En primer lugar, guarda analogía con la iglesia moderna … La iglesia es como Jonás, que pagó el billete para viajar en el navío que iba en dirección opuesta a la que Dios requería. La iglesia ha gastado su energía, su tiempo y su dinero en las cosas que no debía. Al presente, la iglesia es como Jonás, que duerme en un lado del navío mientras el mundo es zarandeado en un aturdimiento sin precedentes. El mundo tiene miedo: la iglesia está durmiendo. El mundo hace preguntas: la iglesia no tiene respuestas».

La *Ryrie Study Bible* hace la siguiente división del libro de Jonás:

I. Jonás huye (1:1–17).
II. Jonás ora (2:1–10).
III. Jonás predica (3:1–10).
IV. Jonás aprende (4:1–11).

CAPÍTULO 1

En este capítulo tenemos: I. La orden que se le da a Jonás de ir a predicar a Nínive (vv. 1, 2). II. La desobediencia de Jonás a esa orden (v. 3). III. Por esa desobediencia Jonás es perseguido y arrestado por una tormenta (vv. 4–6). IV. Se descubre que su desobediencia ha sido la causa de aquella tormenta (vv. 7–10). V. Se le arroja entonces al mar, a fin de que se calme la tempestad (vv. 11–16). VI. La milagrosa preservación de su vida en el interior de un pez (v. 17), la cual fue también su reservación para ulteriores servicios.

Versículos 1–3

1. Jonás recibe la orden (vv. 1, 2) de ir a Nínive y *pregonar* contra aquella ciudad. Téngase en cuenta, ya desde ahora, que el mensaje de Jonás no es de *salvación,* sino de *destrucción.* Nínive era una ciudad muy antigua, pues había sido fundada (Gn. 10:11) por Nimrod. Estaba situada en la orilla oriental del río Tigris. Senaquerib hizo de ella la capital de Asiria (hacia el 700 a. de C.), pero fue destruida por los medopersas el 612 a. de C. Tenía la forma de un trapecio y era en su tiempo la mayor ciudad del mundo: Con los suburbios, medía unos 90 km de perímetro y tenía de 600.000 a 1.000.000 de habitantes. Era una ciudad corrompida, más por la inmoralidad y la opresión social que por la idolatría.

2. Pero Jonás no obedece la orden de Jehová (v. 3). En lugar de ir a Nínive, se va en dirección opuesta. No es que pensase que Dios no estaba en todo lugar, pero creía que el feudo de Jehová era el país de Israel. Se embarca y, sin duda, paga un precio especial, pues es el único viajero (todos los demás pertenecen a la tripulación). Se fue a *Jope,* hoy Jaffa, donde Pedro (Hch. cap. 10) tuvo la visión para ir a casa de Cornelio. De allí zarpaba un barco con rumbo *a Tarsis* (España), y allá se va él. ¿Por qué huyó? No precisamente porque Asiria hubiese de ser más tarde azote de Israel, sino porque no veía con buenos ojos el que Dios tuviese la intención (v. 4:2) de salvar *también* a los gentiles. Pero … nadie puede *huir de la presencia de Jehová* (v. 3, comp. con Sal. 139:7–12).

Versículos 4–7

1. Dios (v. 4) envía un viento fuerte, que provoca en el mar una gran tempestad (comp. con Sal. 104:4). Los marineros se percatan en seguida de que no es una tempestad cualquiera. *El navío estaba a punto de saltar en pedazos.* Los marineros, probablemente fenicios, serían de distintas regiones y, por tanto, adorarían (v. 5) a distintas deidades. Mientras oran a sus dioses, van aligerando la nave (v. 5b).

2. Jonás, agotado quizá por la fatiga y la tensión, se relajó hasta caer en un sueño profundo (v. 5b). Dice Buck: «Para indicar el sueño profundo (de Jonás) se emplea el verbo *nirdam,* que se usa del sueño de Sísara (Jue. 4:21), y del que se deriva *tardemá* (Gn. 2:21—el sueño de Adán)». ¡Qué vergüenza para un profeta el que unos gentiles idólatras le inciten a orar! Dice M. Henry: «Hay muchos que no son inducidos a orar hasta que les obliga el miedo; el que quiera aprender a orar, que se haga a la mar». Un mahometano hace sus oraciones cinco veces al día. ¿Y nosotros?

3. Seguramente que Jonás oró, pero la tempestad no cesó. La razón es que, antes de orar y predicar, hay que ponerse a bien con Dios (¡y con el prójimo!—V. Mt. 5:23, 24; 1 P. 3.7, al final—). «*El patrón de la nave* (v. 6) *se le acercó y le dijo: ¿Qué haces aquí, dormilón? Levántate y clama a tu Dios …».* Dice Henry: «Es de alabar el patrón de la nave, mientras da lástima ver a Jonás, que necesitó esta reprensión; como profeta de Jehová, si hubiese estado en el lugar que le correspondía, habría estado reprendiendo al rey de Nínive, pero, al estar fuera del camino de su deber, está expuesto a las reprensiones de un pesaroso patrón de navío. Con todo, hemos de admirar la bondad de Dios al enviarle esta oportuna reprensión, pues ella fue el primer paso para su recuperación, como el canto del gallo lo fue para Pedro».

4. Los marineros se dieron cuenta de que esta tormenta era de un carácter tan extraño y fuera de lo normal, que «llegaron a concluir que era mensajera de la justicia divina, enviada para arrestar a alguien de los que iban en el barco, como que era culpable de haber cometido algún crimen enorme (Hch. 28:4), y que sufrían esto por causa de tal persona» (Henry). Así que (v. 7) *echaron suertes, para saber por causa de quién les había venido aquel mal.* Echar suertes era legítimo, incluso en el pueblo de Dios, como

vemos en Hechos 1:26. Pero notemos que, después de la elección de Matías, ya no se nombran más las suertes, porque ahora tenemos dentro el Espíritu Santo, el cual nos enseña todas las cosas (1 Jn. 2:20, 27).

Versículos 8–16

1. Los marineros le hacen a Jonás (v. 8) un aluvión de preguntas. Y él hace, al menos, una profesión de fe (v. 9) clara y valiente; confiesa incluso (v. 10, al final) que *«estaba huyendo de la presencia de Jehová»*. Ante esto, los marineros se alarman por la desobediencia de Jonás (v. 10) mucho más de lo que él estaba, y temen el castigo de Jehová. Ante el progresivo empeoramiento de las condiciones marítimas (v. 11), le piden consejo al mismo Jonás sobre lo que debe hacerse, con lo que demuestran que, aunque son idólatras, son humanitarios.

2. Jonás se muestra aquí generoso. No se arroja él mismo al mar, no quiere cometer un suicidio, pero pide a los demás que cumplan con él la pena que se merece, como si dijese: «Si soy yo quien ha levantado esta tormenta, de nada sirve para calmarla que echéis el cargo al mar, sino que es a mí a quien tenéis que arrojar» (Henry). Los marineros se afanan todavía por salvarle la vida, y reman con fuerza (v. 13), pero ¡en vano!

3. Así que, por fin (v. 15), lo echaron al mar, después de clamar a Jehová (v. 14) para que no les tuviese en cuenta lo que hacían, pues lo hacían contra su voluntad. Dice Feinberg: «Tenían más respeto a la vida de uno, que Jonás a las almas de cientos de miles en Nínive». Sabían que la vida humana tiene gran precio (Gn. 9:5, 6); además, la suerte, la tormenta y la declaración de Jonás eran tres señales convergentes de la voluntad de Dios. Los marineros ahora, como Jonás después, y los ninivitas con posterioridad, experimentan el poder de una oración ungida con sincero arrepentimiento.

4. Hecha la calma, los marineros (v. 16) reconocen la omnipotencia de Jehová y le ofrecen sacrificios y votos para cuando lleguen a su destino. El versículo 17 es el versículo 1 del capítulo 2 en la Biblia Hebrea. Dios *tenía preparado* un pez enorme. Mucho se ha especulado sobre la naturaleza de este pez. Un antiguo rabino escribe que Dios lo creó ya al principio para este fin específico. En fin de cuentas, su carácter y sus dimensiones no importan, sino el *hombre* que se tragó. No se puede dudar del milagro. Lo de *«tres días y tres noches»* (v. 17, al final) debe entenderse al estilo semita: basta un día entero y fragmentos de otros dos para poder hablar así, lo mismo que del tiempo en que el cuerpo de Jesucristo estuvo en el sepulcro.

CAPÍTULO 2

En este capítulo vemos: I. El gran apuro en que se halló Jonás en el interior del gran pez, como lo muestra su oración (vv. 1–6b). II. El ánimo que cobró con la seguridad de la protección de Dios, a quien rinde alabanzas, tras recomendar a todos que no vayan tras vanidades ilusorias (vv. 6c–9). III. La liberación de Jonás del interior del pez (v. 10).

Versículos 1–6b

1. Como dice Henry, «la preservación de Jonás tenía por objeto ser: (A) Un monumento de la divina misericordia. (B) Un éxito de Jonás como predicador en Nínive. (C) Un ilustre tipo de Cristo, que fue sepultado y resucitó conforme a las Escrituras (1 Co. 15:4), pues, *como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches* (Mt. 12:40). ¿Fue la tumba de Jonás extraña, nueva? También lo fue la de Cristo, pues en ella nadie había sido puesto antes. ¿Estuvo Jonás allí la mayor parte de tres días y tres noches? También lo estuvo Cristo; pero ambos, a fin de levantarse de nuevo para llevar al mundo pagano la doctrina del arrepentimiento».

2. También fue tipo Jonás del pueblo de Israel, pues ambos: (A) fueron escogidos por Dios; (B) comisionados por Él; (C) desobedientes a Él; (D) esparcidos entre las naciones; (E) conociendo allí a Dios; y: (F) preservados milagrosamente. Al aludir a lo milagroso de la situación, Feinberg hace notar

que, quien conserva el feto con vida durante nueve meses en el vientre de su madre, bien pudo conservar a Jonás tres días y tres noches en el vientre de un pez. De la cita de Cristo en Mateo 12:39, 40 sólo se deduce el paralelismo del *tiempo,* no de que Jonás muriese en el vientre del pez (como sostienen algunos), ni de otros detalles. Con todo, la condición de ambos era semejante: Su fe y su confianza plena en la liberación futura quedan manifiestas, como lo proclaman también las palabras de Jesús en Juan 11:11–15; 23–26, 41–43.

3. Jonás sacó su plegaria de los Salmos. Es de notar que el *oró* del versículo 1 es en hebreo *hitpallel*, que «(cf. 1 S. 2:1) significa generalmente *pedir, implorar*, pero aquí *alabar, agradecer* (que también es *orar),* puesto que en todo este cántico no se formula ni una petición» (Buck). Este cántico de Jonás nos muestra cuán llenos estaban su mente y su corazón de la Palabra de Dios. Recuérdese lo que dice Pablo en Romanos 15:4. Jonás se habría hallado presa del terror si lo que le sucedió hubiese sido consecuencia de un accidente; pero él sabía muy bien que era consecuencia de su desobediencia y, por tanto, una disciplina de Dios (Sal. 18:4–6; 30:2; 39:9; 120:1, y una lista muy grande).

4. *«Todas tus ondas y tus olas pasaron sobre mí»*—dice (v. 3c), donde es de notar ese *«tus ... tus»*—. De manera semejante, Pablo nunca se llama a sí mismo «preso de Nerón», sino *«preso de Cristo»*. En cuanto a la frase del versículo 2b *(«desde el seno del Seol»),* dice Ryrie: «Aunque el Seol hace referencia al lugar de los muertos, la expresión significa aquí *desde las puertas de la muerte,* y no indica, de suyo, que Jonás muriese realmente (cf. Sal. 30:3)».

5. El versículo 4 nos hace ver de qué forma se vio Jonás *rechazado* de Dios por causa de su desobediencia, y así comprendió cuán terrible cosa es estar privado de la comunión con Dios. ¡Cómo suspiraba entonces (v. 4b) por el templo, donde se hallaba el símbolo visible de la presencia de Dios como en Su morada terrenal (la *shekináh).* Este anhelo del templo de Jerusalén es tanto más de notar cuanto que Jonás no procede de Judá, del reino del sur, sino del norte.

6. Los versículos 5 y 6 contienen una bella descripción poética de su propia condición mientras se hallaba en el vientre del pez: *«Las aguas me rodearon hasta el alma,* como dejándole sin respiración; *rodeóme el abismo (tehom,* como en otros casos. Veo que el hebreo no dice *tejom*—según sostienen algunos de quienes a veces lo he copiado); *las algas* son aquí una expresión poética, como todas las demás de estos versículos, como símbolo de la «profundidad» a la que Jonás había descendido al tragárselo el pez. Lo mismo significa lo de (v. 6a) *«las raíces* (lit.) *de los montes»,* como cimientos en que se apoyan, desde el mar subterráneo, las montañas; *«la tierra*—añade (v. 6b)—*echó sus cerrojos sobre mí para siempre»,* como si le hubiese expulsado de la habitación de los vivientes, echando el cerrojo para que no volviese a este mundo y se viese así confinado al Seol.

Versículos 6c–10

1. Un *vaw* adversativo da un giro completo al versículo 6 en su última parte: *«Mas tú sacaste mi vida de la sepultura, oh Jehová Dios mío».* Además de Salmos 30:9, pueden verse otros lugares poéticos como Salmos 16:10; 35:7, en que *sacar de las puertas de la muerte* equivale a *sacar de la sepultura.*

2. Jonás había reconocido la mano de Dios en la tormenta, en las suertes, etc., pero ahora (vv. 7–9) lo reconocía y recordaba como nunca antes. La última frase del versículo 9 dice, en hebreo: *«Y^{e}shuátah layhováh»: «La salvación* (pertenece) *a Jehová»* (lit.). La frase se halla primero en Salmos 3:8 y se repite en Apocalipsis 7:10—y, con pocas variantes, en Isaías 45:17—. Jeremías 17:58 nos enseña en quién hemos de confiar y, por tanto, de quién hemos de depender. Jonás lo ha aprendido bien.

3. Inmediatamente (v. 10) *«habló* (lit. *dijo) Jehová al pez, y éste vomitó a Jonás en tierra seca»* (lit.). Hace notar Scofield que «la tormenta y el pez obedecen a Dios mejor que nosotros».

CAPÍTULO 3

I. Le es renovada a Jonás la misión, y se le ordena por segunda vez que vaya a predicar a Nínive (vv. 1, 2). II. Jonás proclama con toda fidelidad el mensaje a los habitantes de Nínive (vv. 3, 4). III. Vemos el arrepentimiento, la humillación y la reforma de vida de los ninivitas (vv. 5–9). IV. Benignamente, Dios revoca la sentencia que había decretado contra ellos (v. 10).

Versículos 1–4

1. Con la experiencia anterior Dios quería hacer a Jonás más útil para el ministerio al que le había llamado. Nótense (vv. 1–3) tres cosas: (A) Dios no cambia el mensaje, no lo rebaja ni al gusto de Jonás ni al de los ninivitas (no hace como los hombres ni como los demonios, que lo suelen rebajar y acomodar); (B) Dios da a Jonás una segunda oportunidad, como se la dio a Pedro, a Juan Marcos y a tantos otros que en un tiempo desobedecieron el llamamiento de Dios; (C) un lector superficial puede ver en la predicación de Jonás un mensaje de *salvación;* pero lo cierto es que Jonás no predicó *salvación,* sino *destrucción* (v. 4).

2. En el versículo 3 vemos que Jonás obedece ahora prontamente. El original del versículo 3b dice literalmente que *«era Nínive una ciudad grande para Dios»,* lo cual no significa precisamente que fuese grande *a los ojos de Dios,* sino que es una de las formas de expresar el superlativo en el hebreo. Lo de que Nínive era *«de un recorrido de tres días»* (v. 3, al final), puede entenderse de varias maneras: (A) Se trata de una hipérbole (Buck). (B) Quiere decir que se necesitan tres días *para pasar por todas sus calles* (A. Vaccari). (C) Ése era el tiempo que se necesitaba para rodearla (san Jerónimo). Pero si el perímetro de la ciudad era de 12 km, no hacía falta tanto tiempo. (D) La solución más probable es que se incluyen aquí también los suburbios, con lo que la circunferencia del «Gran Nínive» (como se diría hoy) era de unos 100 km. Cuentan que sus muros medían unos 35 m de altura, con 1.500 altas torres que los flanqueaban.

3. La predicación de Jonás queda condensada (v. 4), en el original, en cinco palabras: *«od arbaím yom weninvéh nehpákheth»: «De aquí a 40 días, Nínive será destruida».* Buck traduce aún más literal: *«Todavía cuarenta días, y Nínive será destruida».* Hay quienes opinan que eso es solamente parte de su mensaje, y que añadiría otras cosas más, a juzgar por los versículos 7–9. Pero no hay razón para pensar que Jonás añadiese algo a dichas cinco palabras. Primero, porque el texto sagrado no añade nada. Segundo, porque los conceptos de los versículos 7–9 son claramente las conclusiones a las que llegaron los oyentes, pues como dice el Dr. Kendall, *«Dios nunca habla de ese modo cuando no hay esperanza.* Cuandoquiera hace Dios una advertencia en esta vida, ésa es la mejor señal de todas».

4. Nótese que ahora la obediencia de Jonás fue perfecta: (A) No lo dejó para otro día, sino que (v. 3) *«se levantó Jonás y fue a Nínive, etc.».* (B) No le arredró la magnitud de la empresa (v. 4): *«comenzó Jonás a entrar por la ciudad e hizo el recorrido de un día, etc.».* (C) Se portó como verdadero profeta, portavoz o embajador de Dios, sin añadir ni quitar una sola letra al mensaje que Dios le había encomendado que proclamase. Si nuestra predicación no tiene el efecto que debería tener, es porque no predicamos con autoridad y convicción el mensaje que nos ha encomendado el Señor; además, si lo hiciésemos, no nos afectaría el poco o mucho éxito visible de nuestra predicación, pues de las consecuencias se encarga Dios.

5. Se discute en qué lengua predicó Jonás el mensaje. Dicen los expertos que, para entonces, el arameo había sustituido al acádico como lengua diplomática y, de algún modo, internacional. Pero eso no constituye problema, ya que no seria difícil encontrar en palacio (quizás el rey mismo) quien hiciera la traducción de un mensaje tan breve y tan sencillo.

Versículos 5–9

Vemos ahora el efecto que hizo en sus oyentes el mensaje que Jonás predicó (comp. con Ez. 3:4–7).

1. Lo primero que notamos es que *«los hombres de Nínive* (v. 5) *creyeron* (hebr. *yaamínu*, el mismo verbo de Gn. 15:6) *a Dios».* No a Jonás, sino *a Dios* (comp. con Jn. 1:37: *«Le oyeron* (al Bautista) … y *siguieron a Jesús»).* Aceptaron, pues, como bueno y verdadero lo que Dios decía por medio de Jonás, se arrepintieron y dieron muestras manifiestas de contrición. ¡Jamás se vio un éxito semejante en ninguna campaña de evangelización! El hecho de que Dios, un Dios ajeno a ellos, pero tan poderoso: (A) les enviase un profeta para avisarles, y: (B) les diese un plazo de cuarenta días, hubo de hacerles meditar en la misericordia de Dios. ¡Este (y no lo del pez) fue el mayor milagro del libro de Jonás! Es cierto que algo pudo influir la mentalidad oriental, pero lo principal fue la intervención poderosa del Espíritu de Dios ante una proclamación escueta, pero fiel, del mensaje divino. ¡Pensemos de nuevo en lo que podemos aprender de aquí!

2. Vemos luego lo que hacen el rey y los nobles de la ciudad (vv. 6–9). Todos están al mismo nivel ante Dios como pecadores destituidos de la gloria de Dios (Ro. 3:23) y como arrepentidos de sus pecados,

porque Dios no se fija en la púrpura nobiliaria, sino en el corazón contrito y humillado. Vemos también que los animales se unen al duelo, lo cual era muy corriente en el oriente. Dicen que los persas, ante la caída de su general Masistio, esquilaron a sus caballos y mulos. También en algunos funerales de occidente (por ejemplo, en el de Lord Mountbatten) se ven marchar los caballos en la comitiva fúnebre. Pero quizás se advierte aquí algo más profundo (comp. con 4:11; Ro. 8:19–23).

3. El versículo 8 especifica bien todos los aspectos de la conversión: (A) hábito de penitentes; (B) clamor de convictos de pecado; y (C) media vuelta en el camino del mal. En el versículo 9 se expresa una esperanza llena de optimismo: «la esperanza de que Dios *se arrepienta* (hebr. *nijam).* Si Jehová se arrepiente de algo, es que va a realizarse una posibilidad que ya existía en su ira o su amor» (Buck). Vemos una vez más que Dios *se arrepiente* ante el cambio de condición en el individuo en cuestión (o en el grupo en cuestión).

Versículo 10

1. Como los decretos punitivos de Dios son condicionados, puesta una condición positiva, Dios retira su amenaza. Nótese que hablamos de una respuesta positiva a una proclamación amenazante, no de una especie de «salvación por obras» (comp. con Mt. 3:8; Ef. 2:10). Por otra parte, esta conversión a escala casi nacional parece que fue cosa de aquella generación, pues a últimos del siglo siguiente Nínive fue destruida definitivamente por sus pecados. Esto nos enseña dos importantes lecciones: (A) para nosotros, que Dios obra según nuestras disposiciones personales; (B) para nuestros hijos, que nadie es hijo de Dios por herencia (comp. con Jn. 1:13).

2. También aquí fue Jonás *signo* representativo de Israel. Zacarías 8:20–23 hace de Israel el centro religioso del mundo. Ezequiel capítulo 37 trata de la resurrección nacional de Israel (comp. con Ro. 11:15), como Jonás. Es, pues, como un tipo del reavivamiento escatológico universal.

CAPÍTULO 4

«En este capítulo—dice M. Henry—leemos con gran dosis de malestar acerca de otro pecado de Jonás; y así como hay gozo en el cielo y en la tierra por la conversión de los pecadores, también hay pesar por las insensateces y debilidades de los santos. En el primer capítulo le teníamos huyendo de la presencia de Dios; pero aquí le tenemos escapando en la presencia de Dios. Y allí teníamos el relato de su arrepentimiento y de su vuelta a Dios; pero aquí, aunque no cabe duda de que se arrepintió, no se nos ha dejado, sin embargo, ningún informe de su recuperación. Pero, mientras leemos de su perversidad con asombro, leemos también, con no menor asombro, de la ternura de Dios con él, con lo que se muestra que Dios no le había rechazado. I. Jonás se resiente de la misericordia del Señor con Nínive (vv. 1–3). II. La amable reprensión que Dios le dio por ello (v. 4). III. El descontento de Jonás por secarse el árbol de ricino (vv. 5–9). IV. El razonamiento de Dios con él para convencerle de que no debería estar enfadado por la preservación de Nínive (vv. 10, 11)».

Versículos 1–3

Si un hombre no inspirado hubiese escrito este libro, el capítulo 4 no estaría escrito—todo parecía que había terminado bien—. Pero quedaba lo principal: el objetivo de todo el libro, que es mostrar el universalismo del amor salvífico de Dios. Vamos de asombro en asombro.

1. Contra todo pronóstico, Jonás (v. 1) no sólo no está satisfecho del éxito sin igual de su campaña, sino que está muy disgustado. ¿Por qué? Temía perder su reputación en su propio país. Quienes no entienden esto, no pueden comprender la actitud de Jonás. No es sólo su concepto particularista (¡la salvación es sólo para los israelitas!—comp. con Hch. 11:18—) de salvación lo que está en juego; hay algo más hondo. En Deuteronomio 18:22 leemos: *«si el profeta habla en nombre de Jehová, y no se cumple lo que dijo, ni acontece, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló el tal profeta»*. Éste sería el pensamiento de Jonás en esta ocasión: «¿Cómo voy a volver a Israel como profeta

de Jehová, si predije la destrucción de Nínive, y Nínive no ha sido destruido? De seguro me apedrearán». Es cierto que allí estaba la conversión de los ninivitas, como prueba de que era Jehová el que había actuado allí, pero eso no haría sino agravar su situación: «¿Por qué entraste a predicar en ciudad de gentiles?»—podían decirle (comp. con Hch. 11:3). El pecado de Jonás consistió ahora en su desacuerdo con la voluntad de Dios acerca de la salvación de los ninivitas.

2. Tenemos en el versículo 2, dentro de otra «oración» de Jonás, la paradoja de un profeta de Jehová que se resiente de que Jehová sea como es: *«clemente, compasivo, tardo en enojarse, de gran misericordia y que se arrepiente del mal»* (comp. con Jl. 2:13), casi con las mismas palabras con que el propio Jehová se definió a Sí mismo en Éxodo 34:6, 7. Nótese ese *«porque yo sabía …»* (hebr. *yadati*, conocía). Lo sabía cuando Dios le dio la orden de ir a Nínive, y ésa fue la razón por la que huyó a Tarsis (v. 2b). ¡No quería ser un profeta fracasado, proclamando destrucción cuando Dios estaba dispuesto a ofrecer salvación! (comp. con Mt. 18:23–35; Lc. 15:11 y ss.). El corazón humano es siempre igual (Jer. 17:9). Son muchos los que piensan que podrían gobernar el mundo mejor que Dios. Así que Jonás *«oró a Jehová»* (v. 2a), pero no oró conforme a la voluntad de Dios.

3. En el versículo 3 vemos que, después de haber dado gracias a Dios por haberle conservado la vida (todo el cap. 2), ahora pide al Señor que se la quite. Dice Ryrie: «Jonás prefería la *muerte* antes que ponerse de acuerdo con la buena voluntad de Dios». También Elías (v. 1 R. 19:4) pidió a Dios que le quitase la vida, pero él lo decía por celo de la gloria de Dios, mientras que Jonás lo pide por egoísmo y orgullo.

Versículos 4–9

1. Dios es todavía paciente con Jonás y le dirige (v. 4) una sola pregunta: *«¿Haces tú bien en enojarte tanto?»* Lo mismo que en el versículo 1, el verbo hebreo para «enojarse» significa *«ponerse al rojo vivo»* de tan caliente. Jonás (v. 5) no responde a la pregunta de Dios y se marcha fuera de la ciudad. Es muy probable, por el contexto posterior, que Jonás interpretase la pregunta de Dios como diciéndole: «¡No te enojes así, Jonás! Aún no sabes lo que yo voy a hacer».

2. Dios, en su misericordia hacia Jonás (vv. 6–9), prepara *un árbol de ricino* (más probable que «una calabacera»). El hebreo *quiqayón* designa una planta que crece rápidamente hasta llegar a la altura de tres metros. Tiene anchas hojas que pueden dar sombra; pero su tierno tallo puede ser dañado fácilmente. Por única vez en todo el libro, Jonás está muy *alegre* (v. 6, al final); se advierte su satisfacción egoísta. Allí podrá esperar cuarenta días hasta que Jehová destruya a Nínive, pues tal vez ha interpretado en este probable sentido la pregunta de Dios (v. 4). Sin embargo, como hace notar Feinberg, la reprensión de Dios tiene más fuerza si los cuarenta días han pasado ya. Como alguien ha dicho, «la Biblia no canoniza a sus héroes».

3. Dios prepara el ánimo de Jonás para la gran lección. Y prepara también, en forma audiovisual, el objeto adecuado para que Jonás aprenda bien dicha lección (v. 7): hace surgir *un gusano que hiere al ricino y lo seca.* Esto último no es un milagro: es un hecho avalado por las autoridades en la materia. Para colmo de males, *sale el sol* (v. 8) y le produce insolación a Jonás, que ya estaba bastante incomodado por el ardor del enojo y el del *recio viento solano,* abrasador. Todo esto causa una tremenda pesadumbre a Jonás. A la nueva pregunta de Jehová en el versículo 9, Jonás responde recalcando de nuevo su mortal pesadumbre y enojo.

Versículos 10–11

1. Ahora es cuando viene la gran lección. Los contrastes son tremendos: Jonás siente un tremendo pesar por secarse un ricino tan pasajero, en el que él no había hecho nada (v. 10), mientras que Dios tiene misericordia de una gran ciudad, de quizás un millón de habitantes (almas inmortales, hechura del mismo Dios, por los que tambien dio a su Hijo—Jn. 3:16—), en la que había (v. 11) *más de ciento veinte mil personas* que no habían llegado a la edad del discernimiento entre el bien y el mal (eso es lo que significa la frase—v. 11b—*«que no saben distinguir entre su mano derecha y su mano izquierda»* comp. con Dt. 1:39), sin contar *muchos animales,* de los que Dios no se olvida.

2. Es también una gran lección para nosotros, pues nos enseña: (A) El gran valor de las almas, por las que murió Jesucristo (comp. con 1 Co. 8:11). ¿Qué hacemos nosotros para que puedan alcanzar la

salvación? ¿Huimos, quizás, como Jonás, en lugar de dar testimonio ante los demás del gran amor que Dios ha mostrado por ellos? Dice M. Henry: «Si una sola alma es de más valor que todo el mundo, de seguro que también es de más valor que muchos ricinos». (B) El gran valor del arrepentimiento. El perdón sigue al arrepentimiento como la sombra al cuerpo, pues *Dios es rico en misericordia para con todos los que le invocan* (v. Ro. 10:12; Ef. 2:4, leídos conjuntamente). Dice Henry: «El que se arrepiente y se vuelve de su mal camino, hallará misericordia con Él (Dios)».

MIQUEAS

Miqueas (hebr. *mikáh*, forma abreviada de *mikayáh o mikayahu*—«¿Quién como Yah?») procedía del reino del sur, esto es, de Judá. Aunque algo más joven que Isaías, desarrolló su ministerio profético por el mismo tiempo que Isaías, Oseas y Amós. Dice Ryrie: «Mientras Oseas profetizó a las tribus norteñas de Israel, e Isaías a la corte en Jerusalén, Miqueas, un judío de Morésheth en el suroeste de Palestina, predicó al común del pueblo de Judá». El lugar de donde procedía Miqueas, Moréset-Gat, distaba unos 36 km de Jerusalén. Como los profetas contemporáneos de él, que ya hemos citado, Miqueas profetizó en la segunda mitad del siglo VIII a. de C. No se sabe más de él, y no debe ser confundido con el hijo de Imlá (1 R. 22:8), quien vivió casi un siglo antes que el profeta. Es citado por el Señor Jesucristo en Mateo 10:35, 36 (al citar de Mi. 7:6) y por Jeremías (Jer. 26:18, 19). El versículo más importante de su profecía es, con la mayor probabilidad, 6:8.

El libro puede cómodamente dividirse en tres partes: 1) capítulos 1 y 2; 2) capítulos 3 al 5; 3) capítulos 6 y 7. Cada división es señalada por la palabra *«Oíd»* (1:2, 3:1; 6:1). La primera parte comienza por la reprensión de los pecados; la segunda, por el anuncio del castigo; y la tercera, por la promesa de las bendiciones mesiánicas.

CAPÍTULO 1

Aquí tenemos: I. El título del libro (v. 1) y un prefacio que demanda atención (v. 2). II. Un aviso de los juicios que se apresuran a caer sobre Israel y Judá por el pecado (vv. 3–5). III. Detalles de la futura destrucción (vv. 6, 7). IV. Se muestra la magnitud de la destrucción: 1. Por la pena que el profeta siente por ella (vv. 8, 9); 2. Por la general pesadumbre que debería sentirse por dicha destrucción en los lugares que más afectados han de ser por ella (vv. 10–16).

Versículos 1–4

1. Si el mensaje de Jonás es el amor de Dios a todas las naciones, el de Miqueas es el juicio de Dios sobre Samaria y Jerusalén (v. 1), capitales respectivas de los dos reinos, Israel y Judá, del pueblo escogido. Dios las convoca a juicio (v. 2) y cita a todas las naciones como testigos. Habla desde el cielo, «su *santo templo*» (v. 2b), incapaz de ser profanado y aparece antropomórficamente al descender sobre *las alturas de la tierra* (v. 3), la cosa más sólida y estable (los montes), pero también lugar de volcanes y terremotos—teofanía al estilo de la del Sinaí (v. Jue. 5:4; Sal. 18:7–10; 50:3; 68:8; 97:5; Is. 64:1, 2; Hab. 3:5).

2. La reacción de la tierra es expresada (v. 4) con la metáfora de *derretirse,* tan frecuente en la Biblia. Los hechos profetizados son la destrucción de Samaria por Salmanasar, la invasión de Judá por Senaquerib y la destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor.

Versículos 5–9

1. El centro de la corrupción de ambos reinos, el del norte y el del sur, eran (v. 5) sus capitales respectivas, Samaria y Jerusalén. Los *lugares altos,* como ya sabemos, eran aquellos en que se daba culto, ya fuese a los dioses ajenos, ya fuese a Jehová, pero de forma indebida y mezclándolo con infiltraciones paganas, especialmente cananeas. Esos lugares altos tenían, con la mayor frecuencia, altares destinados a que en ellos se ofreciesen sacrificios a los ídolos (v., por ej., 2 R. 12:3; 14:4; Ez. 6:6).

2. Parece ser que la bella ciudad de Samaria había sido antes un viñedo (1 R. 16:24). De ella (vv. 6, 7) no quedará más que un montón de piedras, las cuales descenderán al valle, y descubrirán los cimientos de la ciudad *«para plantar viñas»* (v. 6b). Lo que los asirios llevaron a cabo el año 721 a. de C., lo terminó del todo Juan Hircano el 207 a. de C.

3. Los *«dones de rameras»,* de que habla el versículo 7 b, apuntan a la conocida prostitución «sagrada». En virtud de la ley del talión, correrán la misma suerte, pues irán a parar a templos de ídolos. El profeta acumula expresiones que designan duelo y lamento (vv. 8, 9). Ir *descalzo y desnudo* (es decir, mal vestido) eran señales de duelo (v. 2 S. 15:30). Habla también de *lanzar aullidos como de chacales y lamentos como de avestruces* (v. 8b). Dice Buck: «También en Job 30:29 los lamentos se comparan con los gritos lastimeros de los *avestruces y chacales».*

4. La llaga del pueblo se llama *incurable* (v. 9) porque afecta al propio corazón de la nación: Jerusalén. Y los compañeros en el pecado *(«la puerta de mi pueblo»,* el lugar de juicio—v. 9b—) serán también compañeros en el castigo, porque la paga del pecado es muerte (Ro. 6:23).

Versículos 10–16

1. *«No lo digáis en Gat»* (v. 10). Así comenzó David su elegía por la muerte de Saúl y Jonatán (2 S. 1:20). Feinberg lo entiende en el mismo sentido de las palabras de David, esto es, para que los filisteos no se alegrasen. Buck, en cambio, piensa que «Miqueas pide a sus compatriotas que no vayan a Gat en su aprieto en busca de ayuda». El profeta juega con casi todos los vocablos. *«Tagguídu» («digáis»)* lo conecta con *Gath.* Lo de *lloréis,* hebr. *tibkú)* lo conecta con *en Acó* (hebr. *bakó*—comp. con el hebreo *bokim,* «lugar de llantos» en Jue. 2:1—). *«El polvo* (hebr. *afar) de Bet-le-afrá* («la casa del polvo») es otra manifiesta conexión.

2. Ryrie hace notar que el vocablo para *morador (o habitante)* en los versículos 11 y 12 es femenino. «Miqueas—dice—predijo que las mujeres serían las primeras en ser tomadas cautivas.» Y siguen los

juegos de palabras: *Safir* (v. 11) significa «lugar hermoso», y se pone en contraste *con pasar desnudo y con vergüenza. Saanán* (hebr. *Tsaanán)* suena en hebreo como el verbo *salir («yatsá»);* por contraste también, se dice de la *moradora* de Saanán que *no sale* por miedo al peligro. *El llanto de Bet-ha-ésel os quitará* (lit.) *su apoyo.* Dice Ryrie: *«Beth-étsel* suena como un vocablo que significa "fundamento" y ellos no tenían ninguno». *Marot* (v. 12) significa *amarguras,* porque las noticias se volvieron amargas. También tiene dicho vocablo cierto parecido, según Ryrie, con una «palabra que significa *esperar algo bueno,* mientras que a ellos les esperaba lo malo.

3. Laquís (v. 13) había sido el vínculo de idolatría entre Israel y Judá. Dice Buck: «Por la asonancia entre *Lakish y rékesh* («corcel»), Miqueas invita a esta ciudad para que haga los preparativos de la defensa». *Moréset* (v. 14) era la patria de Miqueas, y el profeta lo conecta con la dote del padre a la hija casadera *(«daréis dones»),* ya que el vocablo *meorasá* (prometida) suena como *Moréset.* Lo que aquí quiere decir Miqueas es que hay que entregar la ciudad a su nuevo dueño. *Akzib* (v. 14b) servirá para *engaño* (hebr. *akzab).* Los *akzabim* eran unos arroyos que estaban secos en verano y engañaban así al viajero sediento (v. Jer. 15:18). *Maresá* (v. 15) era una ciudad importante. Miqueas conecta el vocablo *yorésh* («heredero», «nuevo poseedor» o «el que se apodera de algo») con el nombre hebreo de la ciudad: *Maresháh.* La *gloria* (lit.), es decir, la flor y nata (v. 15b) *de Israel* (sus nobles o sus riquezas) tendrán que huir a *Adullam,* a refugiarse en cuevas (v. 1 S. 22:1) como los forajidos.

4. Finalmente, al contemplar Miqueas la futura deportación del reino del sur a Babilonia, exhorta a todos (v. 16), en un singular colectivo, a raparse en señal de duelo (comp. con Is. 15:2; Jer. 7:29; 16:6, y contra la orden de Dt. 14:1). Se alude (v. 16b) a la fealdad del buitre cuando carece de plumas en la cabeza y en el cuello. Todo el capítulo, con su énfasis en los nombres mismos de las ciudades, recalca las terribles consecuencias del pecado. Dice Feinberg: «El pecado es la más desastrosa actividad del hombre».

CAPÍTULO 2

I. Los pecados de que aquí se acusa al pueblo de Israel (vv. 1, 2, 6–9, 11). II. Los juicios con que se les amenaza, a fin de que se humillen (vv. 3–5, 10). III. Promesas consoladoras al remanente de Israel, en conexión con la segunda venida de Cristo (vv. 12, 13).

Versículos 1–5

1. Si el capítulo 1 refiere los pecados contra Dios, este segundo refiere los que van contra el prójimo—violencia y opresión—. ¡Cómo traman la maldad! (v. 1, comp., por contraste, con Sal. 4:4). Para ellos, el derecho de la fuerza importa más que la fuerza del derecho (v. Gn. 31:29; Pr. 3:27), *«porque tienen en su mano el poder»* (frase final del v. 1). *Codician* (v. 2) la propiedad del pobre, como Acab y Jezabel (1 R. cap. 21). Dice Feinberg: «Siempre que los derechos de Dios son tratados a la ligera, los derechos del hombre no lo pasan mejor». Como en los días de Noé, la corrupción y la violencia campan por sus respetos.

2. El Dios justo amonesta (vv. 3–5) a la nación. Les pondrá (v. 3) un yugo tal, que no podrán mover el cuello (invasión y deportación); así no podrán *andar erguidos con altivez, «porque el tiempo será malo»* no sólo por la maldad de los gobernantes, como en Amós 5:13, sino por el tremendo castigo que alcanzará a todos. El enemigo (v. 4) hará de esto *refrán* proverbial y *endecha* burlona. El original dice: *«lamentarán con lamento de lamentación»* (hebr. *naháh nehí nihyáh).* Se cambiarán (v. 4b) las tornas: los que desposeyeron a los pobres serán desposeídos por los que se repartirán las heredades injustamente adquiridas. A causa de los pecados mencionados en los versículos 1, 2, nadie tendrá heredad que le sea dada en suerte (v. 5); *«no habrá nadie que eche la cuerda»*—dice literalmente el original.

Versículos 6–11

1. El versículo 6 debe leerse como en la *Biblia de Jerusalén: «¡No babeéis—babean ellos—, que no babeen de esa manera! ¡El oprobio no nos alcanzará!»* Y añade en nota a dicho versículo: «El verbo *babear* y el adjetivo *baboso* designan peyorativamente aquí y en el versículos 11 a los falsos profetas que *babean* palabras como borrachos charlatanes». Los que, en verdad, *babean* son los oyentes de Miqueas, enfurecidos por la reprimenda que les propina el profeta, y le tratan de *baboso,* confiados en que no les alcanzarán las amenazas que les lanza de parte de Jehová. Vemos aquí que la codicia y la opresión van unidas al endurecimiento del corazón y a la resistencia a escuchar el mensaje de Dios (comp. con Hch. 7:51). Israel no quiere que le profeticen calamidad. «Dios les toma la palabra, como dice Feinberg, para condenarles con su propio mal deseo.» No tendrán profetas, y así seguirán confiados en sus pecados, sin esperar ninguna confusión.

2. Tanto Buck como la *Biblia de Jerusalén* entienden el versículo 7 como si continuasen hablando los que se oponen a Miqueas; pero, para eso, se ven obligados a hacer demasiadas correcciones en el texto hebreo. Lo más acorde con el original es que, en este versículo 7, Miqueas conteste que no es cierto, como algunos dicen, que se haya acortado el Espíritu de Dios (v. Is. 59:1, 2), ni que Dios obre de forma contraria a Su carácter santo y fiel a Su palabra. ¡No! A Dios no le gusta obrar así, porque no se complace en castigar (comp. con Ez. 33:11). De ahí que Isaías 28:21 llame *«extraña»* la actuación de Dios al facilitar la invasión asiria. Si Dios obra así, es porque el pecado de Su pueblo ha colmado la medida y necesita la más drástica disciplina. *Para el que camina rectamente* (v. 7, al final), *las palabras de Dios son buenas.*

3. Al ser enemigos de sus hermanos (vv. 8, 9), los israelitas se habían vuelto también enemigos de Dios (Éx. 22:25–27; Dt. 27:18), del mismo modo que el que es enemigo de los cristianos es también enemigo de Cristo (v. Hch. 9:4). Decía Agustín de Hipona: «El que comulga con odio en el corazón o con la maledicencia en los labios, es como si besase a Jesús en el rostro y le diese un pisotón en los pies». Las frases del versículo 8b se refieren quizás a los que le quitaban su abrigo al pobre, despojándolo como a prisionero de guerra (v. Sal. 120:7). Desposeían (v. 9) de sus casas a las viudas, de las casas que habían sido construidas con el sudor de sus maridos; y a sus hijos huérfanos habían privado *«de mi dignidad* (hebr. *hadari)»—dice* Dios—. Con base en la última palabra de Salmos 8:5 *(«honra»—hadar,* el mismo vocablo que aquí—), dice Buck: «del uso de este término se puede concluir que se trata de la *dignidad* que distingue al hombre del animal, y al israelita del pagano». Comoquiera que los endeudados se veían con frecuencia obligados a venderse como esclavos—contra las leyes levíticas—(v. también Stg. 1:27; 2:6; 5:1–6), la *dignidad u honra* que aquí se contempla es, a mi juicio, la del hombre libre frente al esclavo que carecía de derechos humanos.

4. Las expresiones del versículo 10 suenan como si Dios les diera ya la orden de marchar al destierro, pues son indignos de continuar permaneciendo en la tierra prometida, donde Dios había querido que reposasen (Dt. 12:9, 10). El pacto palestino tenía su base en la *obediencia* del pueblo; al faltar la obediencia, sólo quedaba el exilio, la expulsión del país.

5. El profeta que les conviene a estos malvados es (v. 11) *el que camina* (tras el) *viento y miente con engaño,* (diciendo): yo *babearé* (el mismo verbo del v. 6) *para ti por vino y por bebida fermentada,* ése *vendrá a ser el babeador de este pueblo* (lit.). El verbo *yataf* significa «dejar caer» (palabras, se entiende), como se deja caer la baba; de ahí su traducción por «babear». La misma preposición (*l*^{e}) va delante de *«ti»* y de *«vino»,* pero los autores suelen traducirla por «acerca de». Quizás la mejor versión de la frase es la que ofrece Buck: «*Yo te profetizo vino y licor*». El *viento* en la imaginería hebrea es símbolo de inestabilidad (v. Ef. 4:14). Sobre lo de *profetizar mentiras* pueden verse también Jeremías 5:31; Ezequiel 13:3; Oseas 9:7. El falso profeta que el texto sagrado designa aquí es el que alienta al pueblo a seguir en sus malas costumbres; «que aconseja más bien el uso de bebidas fuertes que la penitencia» (Buck). Siempre son populares los profetas y predicadores que le dicen al vulgo lo que a éste le gusta; y cada vez se van haciendo más populares conforme nos acercamos al fin (v. 2 Ti. 4:3, 4). El pecado y la ignorancia son los que preparan el camino para esta aberración. Siempre son impopulares los que ponen el dedo en la llaga, en lugar de seguir la corriente.

Versículos 12–13

Después de lo que antecede, difícilmente podría pensarse que el profeta pasase de pronto a formular promesas. Sin embargo, el caso no es infrecuente (v. Os. 2:2; 6:1; 11:9). Después de todo, se trata del

«resto de Israel» (v. 12b). Bosrá era famosa por sus ricos pastos (2 R. 3:4) como Basán lo era por sus robustas vacas (Am. 4:1) y Nebayot por sus carneros (Is. 60:7). *Harán ruido de gran multitud* (v. 12, al final). Lo mejor está aún por cumplir. Tres personajes importantes (v. 13), en gradación de menos a más, entran en escena: 1) *El que abre caminos,* como Elías y Juan el Bautista con respecto al Mesías; 2) *El rey* que *pasa a la cabeza de ellos;* 3) *Jehová, a la cabeza de ellos.* Sin embargo, tanto Feinberg como Buck afirman que se trata de una misma persona, ya que Jehová aparece en Isaías 42:13–16 como *el que abre camino* (aunque el verbo no es el mismo de aquí), y en Isaías 52:12 (v. también Éx. 13:21; Dt. 1:30, 33) le vemos como *el que va a la cabeza* de los que regresan del destierro. Dice Buck: «No hay dificultad en admitir que esta profecía se refiera, al menos típicamente, al Mesías». Y cita a Keil, quien añade que «esta profecía se cumplió cuando Cristo empezó su evangelización». Más acertado va Ryrie al decir: «Es una predicción de la recogida y de la liberación de Israel en conexión con la segunda venida del Mesías, quien es llamado *El rompedor;* esto es, el que va delante para retirar obstáculos en la senda». En efecto, el hebreo dice *haporéts:* El que rompe. Lo de *«pasarán la puerta»* alude a la entrada de las ovejas en el redil y no puede menos de traernos a las mientes Juan 10.

CAPÍTULO 3

Al seguir la división de la *Ryrie Study Bible*, vemos aquí: I. Un juicio sobre los gobernantes (vv. 1–4). II. Un juicio sobre los falsos profetas (vv. 5–8). III. Un juicio sobre Jerusalén (vv. 9–12).

Versículos 1–4

Comienza aquí la segunda parte de la profecía de Miqueas. Este capítulo nos da en detalle el contenido de los versículos 1 y 2 del capítulo anterior. El juicio es uno solo, pero hay mucha variedad de imágenes vívidas, y aun crudas, siempre valientes.

1. Comienza el capitulo (v. 1) llamando la atención *(«¡Oíd ahora!»)* a los gobernantes, es decir, a los jueces y magistrados del pueblo (v. Is. 1:10). A ellos corresponde el *conocimiento* (hebr. *dáath)* práctico, de aplicación a la vida, del derecho y de la justicia, pero ellos no obran según les compete (v. 1b). Su condenación (v. 4) será digna de su perversidad: los que juzgan, serán juzgados (Ro. 2:1). No se trata de un caso suelto, sino de una conducta habitual (vv. 2, 3). *Aborrecen* (v. 2) lo *bueno y aman lo malo;* su ética está vuelta del revés. De tal manera se conducen con los pobres, que su explotación es descrita bajo las figuras (v. 2b, 3) de *despellejarlos, devorarlos, romperles los huesos y echarlo todo dentro de la olla.*

2. Este pecado, expresado de una manera tan vívida, sube de punto al considerar que cada israelita había de ver en su prójimo «su *propia carne y sus propios huesos»* (comp. con Sal. 14:4; Pr. 30:14 y, sobre todo, Ef. 5:29, 30).

3. Cuando venga el castigo (v. 4), *clamarán a Jehová,* pero no por arrepentimiento, sino por la angustia del tormento. Ya que ellos no han escuchado el clamor de los necesitados, tampoco serán escuchados ellos en aquel día (comp. con Jer. 11:11; Pr. 21:13). En lugar de escucharles, Jehová *esconderá de ellos Su rostro.*

Versículos 5–8

1. Estos versículos hacen referencia a los falsos profetas, aludidos ya en el capítulo 2, versículos 6 y 11. Estos «falsos profetas (v. 5) *hacen errar,* esto es, enseñan caminos falsos, *a mi pueblo»*—dice Dios—; igualmente, *proclaman paz cuando tienen algo que comer,* es decir, cuando la gente les favorece con sus dones, y *al que no les da de comer, «santifican»* (lit.) *guerra contra* él—¡le declaran la guerra santa!

2. El versículo 6 acumula contrastes: *visión—noche; oscuridad—presagio: los videntes se quedarán ciegos, y* serán *ciegos que guían a ciegos,* lo mismo que los escribas y fariseos a los que acusaba nuestro Salvador. Los adivinos (v. 7) correrán la misma suerte por el mismo pecado. *Se cubrirán los labios,* es decir, la barba y el bigote. Dice Feinberg que los orientales se gloriaban de su bigote y de su barba;

cubrirlos era signo de vergüenza o de duelo (Lv. 13:45). Estarán confusos y llenos de vergüenza, porque no tendrán respuesta de Dios.

3. Pero Miqueas (v. 8) es un verdadero profeta de Jehová y, por tanto, no tiene por qué avergonzarse (comp. con Ro. 1:16, 17): obra por el Espíritu y el poder de Dios y es imparcial. En este versículo 8 tenemos un buen dibujo a pluma de la preparación y del equipaje del profeta de Dios: *«Mas yo* (enfático en el original) *estoy lleno de poder* (hebr. *khóaj) del Espíritu de Jehová, de sentido de la justicia* (hebr. *mishpat) y de valentía* (hebr. *gueburáh*, fuerza o valentía), *para denunciar a Jacob su rebelión, y a Israel su pecado».*

Versículos 9–12

1. Después de declarar (v. 8) sus cualificaciones como verdadero profeta, Miqueas va a denunciar el pecado, no ya del pueblo, sino de los más poderosos líderes del pueblo, pues se dirige ahora al conjunto (v. 9) de jefes, sacerdotes y profetas, como especifica el versículo 11. Todos ellos son abominables explotadores, que pervierten la justicia y el derecho y (v. 10) levantan lo mejor de la ciudad *con sangre,* es decir, exprimen a los necesitados.

2. ¡Qué perspectiva! (v. 11). *Los jefes,* gobernantes, jueces y magistrados, *juzgan por soborno;* se venden al mejor postor (contra Éx. 23:8; Dt. 16:19). *Los sacerdotes cobran por enseñar* lo que, al fin y al cabo, era su obligación (contra Nm. 18:20; Dt. 17:8–11, etc.). ¡Ya tenían bastante con sus ricos diezmos! *Los profetas adivinan* (verbo nunca usado para designar a los profetas verdaderos) *por dinero,* como Balaam. Y ¡todavía (v. 11b) *se apoyan en Jehová,* puesto que prometen al pueblo seguridad en nombre de Dios y apelan a la *presencia visible* (la *shekináh) de Jehová en medio de ellos!*

3. Adondequiera, pues, que se mirase, sólo se veía pecado y corrupción, especialmente el culto a Mamón. Como dice Ryrie: «Cada uno tenía su precio, porque mammón era su dios». Así había de ser el castigo (v. 12): Por culpa de todos ellos, va a venir sobre Sion, la ciudad santa, la más completa desolación: *Sion* (el monte propiamente dicho, al sur) *será arada como un campo; Jerusalén* (el grueso de la ciudad, al centro y al norte) *vendrá a ser montones de ruinas; y el monte del templo* (es decir, el monte Moria, al este) *como oteros de bosque,* es decir, *«una guarida de bestias salvajes»* (versión de Buck). Son muchos los que opinan que esto ocurrió el año 70 de nuestra era; pero el cuadro de desolaciones se cumplió abundantemente en la destrucción llevada a cabo por Nabucodonosor el año 586 a. de C.

CAPÍTULO 4

Este capítulo se divide netamente en dos partes: I. Las glorias del reino mesiánico milenario (vv. 1–8). II. Los padecimientos que han de preceder a la inauguración de dicho reino (vv. 9–13).

Versículos 1–5

La espléndida profecía mesiánica que contienen estos versículos se halla casi a la letra en Isaías 2:2–4. Esto ha suscitado un problema de crítica textual, con gran diversidad de opiniones. Ciñéndonos únicamente a los autores fundamentalistas, las opiniones son tres: (A) Miqueas cita a Isaías. (B) Isaías cita a Miqueas. (C) Ambos citan una profecía anterior. Es difícil decidirse categóricamente por una de esas tres opiniones, pero la más probable es la segunda: Es Isaías el que cita a Miqueas.

1. El capítulo 3 terminaba con palabras de severo castigo para Israel, pero aquí tenemos el reverso de 3:12. Dios interpone ahora palabras de gracia y misericordia. Hay una clara referencia al tiempo en que el Mesías reinará sobre un Israel restaurado y reunido. Sion (vv. 1, 2) será el centro espiritual, cultural y gubernamental de todo el mundo. Que habrá también cambios físicos, se ve por Ezequiel 47:9 y, en especial, por Zacarías 14:9, 10 (v. el comentario a dichos versículos). Este reino no estará restringido a las fronteras de Israel. *Todos los pueblos afluirán* (lit.) *a él* (v. 1, al final), es decir, serán atraídos de forma irresistible al centro mismo del reino del Mesías, para recibir constante instrucción (v. 2: «y *Él nos instruirá—hebr. yoránu,* de la misma raíz que *toráh—en sus caminos»), pues de Sion saldrá la ley* (hebr.

toráh, sin artículo, esto es, *la doctrina bíblica).* Es interesante la comparación con Zacarías 8:20–23. ¿Podemos imaginarnos hoy a los habitantes de Nueva York, Londres, París, Berlín y Moscú yendo todos a Jerusalén para aprender los caminos de Dios? ¡No! Eso ha de ser en el Milenio.

2. El Mesías, no sólo será Rey y Maestro, sino también (v. 3) el Árbitro en todas las disputas internacionales, pues regirá a todas las naciones con cetro de hierro. Todo lo que hoy (v. 3b) sirve para la guerra, servirá entonces para la paz. No habrá más guerras, ni maniobras bélicas, ni academias militares. Esa paz la impondrá Dios, no las Naciones Unidas, que siempre han fracasado en ese sentido. La viña (v. 4) es, como sabemos, uno de los símbolos de Israel (v. Is. 5); por eso, en el frontis del templo figuraba el racimo de oro (v. el comentario a Jn. 15:1). En tiempos posteriores figuraba también en las monedas judías. La higuera figura en Deuteronomio 8:8 como una plantación característica de la Tierra Prometida. El pensamiento es de *seguridad,* sin temor a guerras, invasiones, etc. Dice Buck: «Que cada familia poseyese un terreno y pudiese pasar agradables horas *sentada bajo la parra y la higuera* era un ideal de felicidad para los israelitas en Palestina». En efecto, basta leer 1 Reyes 4:25, donde aparece la frase subrayada, cuando Israel se sentía seguro, sin guerra, en tiempo de Salomón (que precisamente significa «pacífico»), y Juan 1:48, en tiempo de la vida terrenal de nuestro Salvador. Lo inaudito es que Buck diga luego lo siguiente: «Esta profecía, así juzgan los exegetas católicos, se refiere a la Iglesia cristiana, que es conspicua y visible, que por la excelencia de sus enseñanzas y de su legislación atrae a todas las naciones …». ¡Para qué seguir! ¿Cabe mayor absurdo?

3. A primera vista, el versículo 5 parece contradecir al versículo 2. Sin embargo, la idea, en realidad, es de «protesta de constante fidelidad al puro monoteísmo israelítico» (Buck); no significa que entonces se adorará a muchos dioses, ni que adorarán al verdadero Dios bajo los nombres de sus dioses respectivos (idea muy corriente entre los actuales sincretistas), sino que, al ver la *actual* devoción de los gentiles a sus dioses, se expresa la decidida voluntad de Israel a seguir, ya para siempre, a Jehová. Hay un contraste entre el culto pasajero a los ídolos y el culto eterno *y perenne* (comp. con Is. 9:6: *«perpetuamente Padre»)* al único Dios, lo cual harán entonces de todo corazón: *pero nosotros andaremos en el nombre de Jehová* (que equivale a *"andar en el Espíritu") nuestro Dios eternamente y para siempre*».

Versículos 6–8

Cuando llegue el tiempo fijado en el versículo 1, Dios recogerá su pueblo Israel. Nótese (vv. 6, 7) cómo van llegando: los mutilados y los torturados por el enemigo, etc.; en fin de cuentas, los afligidos por el mismo Dios para disciplina y purificación, al tomar el pensamiento de 2:12, 13 (comp. con Is. 9:6, 7; Dn. 7:14, 27; Lc. 1:33; Ap. 11:15, pues todos esos lugares se refieren al reinado futuro del Mesías). El versículo 8 menciona dos lugares: *Migdaléder, «torre del rebaño»* (que Gn. 35:21 menciona cerca de Belén—Jerónimo dice que estaba a una distancia aproximada de un kilómetro y medio de Belén—) y *Ófel, «fortaleza»,* al sureste del templo de Jerusalén. El primer lugar alude directamente a David y a su progenie, el Mesías; el segundo, a la ciudad de Jerusalén, donde reinó David y reinará también el Mesías.

Versículos 9–13

1. Desde la visión de la gloria incomparable del reino milenario, Miqueas desciende rápidamente hacia el oscuro futuro inmediato de la invasión por parte del imperio babilónico. Le falta rey y consejero; no tiene aún al *«admirable consejero»* de Isaías 9:6. Pero *los dolores* mismos *de parto* que se mencionan en los versículos 9 y 10 encierran una promesa de liberación, pues anuncian un nuevo nacimiento (comp. con Jn. 16:21). *Allí,* en el centro mismo del imperio babilónico, se emitirá el decreto de Ciro.

2. Pero, desde este primer plano, Miqueas se eleva a otro nivel profético (comp. con Ez. caps. 36 y ss.; Jl. cap. 3; Zac. caps. 12–14, etc.). Los versículos 11–13, como dice Ryrie, «apuntan a más lejos, a la gran campaña de Armagedón, inmediatamente antes de la segunda venida de Cristo y del reino milenario. Allí se alineará el mundo contra Israel, pero Dios dará a Israel la victoria, al usar un *cuerno* de hierro y *pezuñas* de bronce». Lo de *«Sea profanada»* (v. 11b) nos presenta la figura de una virgen violada. Así es como los enemigos de Israel se refocilan *(«vean nuestros ojos su deseo cumplido …»)* en la destrucción de Jerusalén.

3. Pero los enemigos de Israel (v. 12) no entienden los pensamientos de Jehová. Siempre habían sido meros instrumentos en las manos de Dios para disciplinar a Su pueblo. Pero ahora (v. 12b) *los va a juntar*

como gavillas en la era, para que Israel (v. 13) *los trille.* Dice Buck: «Las imágenes son tomadas de la trilla. Sion se compara a un buey; sus *cuernos de hierro* simbolizan fuerza triunfadora (cf. 1 S. 2:1; Sal. 75:11; 98:18, 25; 112:9; Ez. 29:21), y con las *pezuñas de bronce* el buey pisará más eficazmente las gavillas extendidas sobre la era». Lo de *«consagrarás a Jehová su botín»* (el de los enemigos) significa que «los *despojos y riquezas* tomados de los enemigos se aparten del uso profano y se consagren a Dios irrevocablemente» (Buck). El versículo 1 del capítulo 5 figura como versículo 14 del capítulo 4 en la Biblia Hebrea.

CAPÍTULO 5

Este capítulo se divide de diversas maneras según la mentalidad de cada autor. Adoptamos la de la *Ryrie Study Bible*, que lo divide así: I. La primera venida del Mesías (vv. 2, 3; el v. 1 pertenece, en realidad, al capítulo anterior, como figura en la Biblia Hebrea). II. La segunda venida del Mesías (vv. 4–15).

Versículos 1–3

1. El versículo 1 se refiere todavía a la tormenta que se cierne sobre Sion. El original dice *«hija de la tropa»* (hebr. *bath-guᵉdud),* pero hay quienes leen *bath-gader («hija del cerco»).* En todo caso, que se alude al asedio de Jerusalén es cosa cierta por el contexto. La última frase de dicho versículo es explicada así por Ryle: *«al juez de Israel.* El rey marioneta Sedequías, que fue llevado cautivo a Babilonia (2 R. 24:17–25:7)». *Herir en la mejilla* era uno de los mayores insultos para un oriental. Desde luego, el personaje al que se alude en este versículo 1 no puede ser el Mesías, porque Cristo: (A) no fue herido con vara; (B) ni fue herido durante el sitio de una ciudad; (C) ni con ocasión de una invasión enemiga.

2. Tenemos aquí (v. 2) una espléndida profecía del Mesías, con el respaldo de Mateo 2:6, donde aparece citada. Belén (hebr. *beth-léjem,* que significa «casa del pan», muy apropiado para que allí naciese *«el pan de la vida»*—Jn. 6:35—) se halla a unos diez km al sudoeste de Jerusalén. Está, como dice el texto, en la región de *Efrátah,* que significa «fructuoso», e indica así ambos vocablos la fertilidad del distrito. Se la menciona como Belén Efrata para distinguirla de otra Belén, menos conocida, en los términos de Zabulón. No se la menciona en Josué 15 ni en Nehemías 11. En Juan 7:42 se alude a ella como «aldea». Pero de allí salió David y su más egregio descendiente, el Mesías. En Mateo 2:6, los sacerdotes y los escribas dan testimonio a Herodes el Grande de que allí había de nacer el futuro rey de los judíos. Ya los rabinos lo entendían del Mesías.

3. Lo que del Mesías se dice aquí merece especial consideración. Es Jehová el que habla y dice: *«De ti* (Belén) *me saldrá …».* Nótese el pronombre personal *me.* Dice eso porque el Mesías vendrá para llevar a cabo los designios de Dios. Su regia función mesiánica está clara en la frase *«el que vendrá a ser gobernante* (hebr. *moshél) en Israel»* (lit.), esto es, «el dominador, el jefe, el príncipe, el rey del renacido Israel» (Buck). El hebreo *motsaotaiw,* del verbo *yatsá* (salir), que va delante en el mismo versículo, puede traducirse por *salidas,* que es su sentido primario y directo, y por *orígenes.* Al estar en plural, da a entender claramente que las *salidas* del Mesías han sido varias: en la creación, en sus apariciones a los patriarcas (la primera, en Gn. 16:7; y, en este caso, precisamente a Agar, la sierva despreciada), y, después, en muchas otras ocasiones, que hemos estudiado en sus lugares respectivos, y aún veremos, por ejemplo, en Zacarías 3:1 y ss., hasta llegar a Juan 1:14.

4. Estas *salidas,* según vemos a continuación en el texto sagrado (v. 2b), han sido *«desde antiguo, desde los días de la eternidad»* (lit.). Dice Feinberg: «Las frases de este texto son el aserto más fuerte posible de infinita duración en el idioma hebreo». La idea, pues, de la eternidad del Mesías está subyacente al texto sagrado, pero la intención primordial del texto no es ocuparse de ese punto teológico, sino de sus múltiples *salidas desde antiguo.* Ver aquí un argumento explícito del origen eterno del Verbo que procede del Padre es uno de los ejemplos de «exceso teológico». Si se pierde de vista el contexto, se pierde también de vista el sentido de la porción.

5. El versículo 3 hay que compararlo con Isaías 7:14 y (con la mayor probabilidad) Apocalipsis 12:1–6. En un solo versículo, podemos apreciar tres niveles de profecía: (A) *«La mujer que ha de dar a luz»*

era, en un principio, una mujer del tiempo de Isaías (Is. 7:14); de lo contrario, no habría podido ser un *signo* para Acaz. (B) Su cumplimiento en la primera venida de Jesucristo queda avalado por Mateo 1:22, 23, donde se cita la profecía de Isaías 7:14. (C) No se puede perder de vista la *Mujer* de Apocalipsis 12, *que estaba para dar a luz* (Ap. 12:4) y, efectivamente, *dio a luz un hijo varón* (Ap. 12:5), que, por el contexto posterior, no puede ser sino el Mesías (v. el comentario al Apocalipsis). Si recordamos la expresión *«virgen hija de Sion»* (Lm. 2:13, comp. con Jer. 14:17), nos percataremos de que, en los tres casos, tenemos la circunstancia de una *virgen israelita,* como ya vio Agustín de Hipona.

6. Esta múltiple conexión de *«la que ha de dar a luz»* se palpa en la segunda parte del versículo 3, que se refiere indudablemente a la segunda venida de Cristo, ya que la obra que aquí se atribuye al futuro Mesías es la de *reunir al remanente de Israel* (comp. con los vv. 7 y 8) en los últimos días. Esta reunión tendrá como prólogo la tarea de unir en *uno los* dos reinos, el del sur (Judá) y el del norte (Israel), como ya vimos en Ezequiel 37:16 y ss.

Versículos 4–6

Los versículos 4–6 nos ofrecen una perspectiva de seguridad absoluta, paz y prosperidad completas durante el reinado futuro del Mesías, y pone al final un ejemplo hipotético de ataque enemigo, «encamado» en *el asirio,* en *¡la tierra de Nimrod!* (vv. 5, 6).

1. El que habrá sido rechazado primero por Su propio pueblo (Jn. 1:11), será el Rey-Pastor de Israel (v. 4). *«ÉI estará de pie»* (lit.), esto es, su gobierno será firme y estable; «*y pastoreará* (hebr. *raáh*, como Jehová, el *roéh* del Sal. 23:1) *con la fuerza* (hebr. *beóz*—comp. con el *boáz* de 1 R. 7:21) *de Jehová».* El oficio de Pastor supremo (v. 1 P. 2:25; 5:4) comporta su cuidado regio y su protección constante. Ya Homero llamaba a los reyes *poiménes laón,* «pastores de pueblos» (v. 2 S. 5:2; 7:7). Durante el gobierno del Mesías, Israel *habitará seguro* (v. 4b, comp. con 4:4). El concepto de alimentar entra en la idea de gobernar (Is. 40:11).

2. En el tiempo del que Miqueas está profetizando, el Mesías será grande y glorioso, porque regirá el mundo entero (Sal. 2:8; 72:8; Mal. 1:11, 14). Todo está incluido en la palabra PAZ: «Y *éste* (v. 5) *será nuestra paz».* Dice Buck: *«Él será la paz: shalom,* que significa salud, salvación, bienestar, felicidad, seguridad, paz, recapitula en sí toda la obra de la restauración mesiánica». Él mismo *será paz;* la tendrá en sí y la dará a su pueblo (Is. 9:6, 7; Ef. 2:14). Lo será para Israel en triple sentido: (A) defendiéndole de sus enemigos (vv. 5, 6); (B) les dará poder para que ellos mismos los venzan (vv. 7–9); y: (C) destruirá todas las armas de guerra y también la idolatría (vv. 10–15), de forma que la guerra será imposible (v. también Is. 9:4–6; Zac. 12:1–13:1).

3. Nimrod (v. 6b) aparece aquí (v. Gn. 10:10) como el tipo de los enemigos de Israel, encarnados en Asiria. De Joel 3, Zacarías capítulos 12 y 14, y otras porciones, sabemos que habrá una gigantesca confederación de las naciones contra Israel. Pero los israelitas pasarán de la defensa al ataque en territorio enemigo. Lo de *«siete pastores y ocho hombres principales»* (v. 5, al final), es una expresión de sentido acumulativo, parecida a las que hallamos en Proverbios 6:16; Eclesiastés 11:2, etc., y, especialmente, en Amós capítulos 1 y 2. *Siete* ya es número perfecto; *ocho,* en este contexto, muestra que es sobreabundante. Es una referencia a los futuros líderes y gobernantes del reino mesiánico milenario, subordinados a Cristo. Dice Buck: «Tal idea de autoridades subordinadas al Mesías no es extraña al profetismo mesiánico (cf. Is. 32:1; Jer. 23:4, etc.)»

4. El Mesías es, pues, presentado aquí (vv. 2–6) en una concisa, pero exhaustiva, biografía: Desde bebé en Belén, pero con actividades *desde antiguo, desde los días de la eternidad,* pasa a ser Pastor, Gobernante, Príncipe de paz y gran Libertador de su pueblo. Nadie tan humilde y, al mismo tiempo, tan majestuoso.

Versículos 7–15

1. Con dos ilustraciones muy plásticas (vv. 7, 8), se nos describe el carácter del *«remanente de Jacob»* (v. 7). La expresión aparece también en Isaías 10:21, pero lo corriente es describirlo como *«resto de Israel».* Recordemos que *Jacob* nos presenta más bien el lado débil, mientras que *Israel* es el que, a la larga, prevalece con Dios.

(A) La primera ilustración está tomada del *rocío, «como el rocío de Jehová»* (v. 7). De mayo a octubre no suele llover en Palestina, por lo que el rocío es la única fuente de humedad para la vegetación, y una imagen exquisita de la verdad divina (v. Dt. 32:2: *«goteará como la lluvia mi enseñanza; destilará como el rocío mi razonamiento»).* Aquí, se trata del ministerio abundante, refrescante y fertilizador de Israel a las naciones. Como el rocío, vendrá de arriba; no vendrá de hombres, sino de Dios, por pura gracia.

(B) Pero para quienes en ese tiempo quieran rebelarse, Israel será (v. 8) como un león irresistible, lleno de poder y juicio—*«como el león entre las bestias de la selva»*—en manos de Jehová.

2. «*Tu mano* (v. 9), la mano fuerte del remanente de Jacob, *se alzará* (símbolo de fuerza, en contraste con los brazos caídos de debilidad y apatía—comp. con He. 12:12—). La mano de Israel se alzará poderosa, porque la sostendrá *la mano poderosa* de Dios (Éx. 14:8). ¡Qué cuadro tan diferente del que nos presentaba el versículo 1 en nuestras versiones! El gran cambio no se debía a una distinta disposición de Dios, sino a diferente actitud de parte de Israel. Como en Isaías 47:6–22, tiene que desaparecer y ser desarraigado todo mal. Ya no dependerá Israel (v. 10) de sus carros y caballos, en los que tenía antes puesta su confianza. Asimismo (v. 11) serán destruidas las ciudades fortificadas, quitadas (v. 12) las hechicerías manipuladas *(«de tu mano»)* y cesarán de existir allí los agoreros o adivinos.

3. La idolatría quedará arrancada de raíz (vv. 13, 14): Todos los pilares y las estelas (hebr. *matsebá),* símbolos paganos del culto cananeo, serán destruidos. Las *imágenes de Aserá* (v. 14) eran unos *palos* (mejor, *cipos)* sagrados, colocados junto al altar de Aserá (Astarté). La frase final dice literalmente: «y *destruiré tus ciudades».* Dice M. Henry: «Significa las ciudades que estaban dedicadas a los ídolos». Todos los objetos idolátricos y las prácticas que aquí se mencionan, todo ello estaba prohibido (Dt. 16:21) y debía ser destruido (Éx. 34:13). Sin embargo, los israelitas impíos los habían tenido y usado (2 R. 13:6; 23:6).

4. Conforme a Isaías 61:2b, Miqueas, de parte de Jehová, expresa el desahogo de la ira de Dios sobre las naciones, *«porque no prestaron oídos»* dice: *«las que no escucharon»* (lit. F. Dice Horton (citado por Hertz): «Amós dijo que Dios castigaría a Israel como a las naciones; Miqueas dice que Dios castigará a las naciones como a Israel». Permítasenos concluir el comentario a este capítulo con las siguientes observaciones de F. Buck: «La purificación de Israel, parece, recuerda al autor la del gran día: Israel y los pueblos que a Israel se alleguen (4:2, serán salvados; los demás sufrirán venganza y castigo. Aquí también se declara indirectamente que la verdad divina se anuncia a todos, y que unos la aceptan (cf. 4:1–4; 5:6), mientras otros la rechazan (cf., el gr., 5:7). Este verso, además, con su sentido escatológico, completa la victoria del *león de Judá.* Hay esta diferencia: en 5:6–8 la victoria se atribuye directamente a Israel; en el Apocalipsis 5:5, al Mesías, y aquí a Jehová».

CAPÍTULO 6

Este capítulo, como apunta la *Ryrie Study Bible,* contiene *un mensaje de denuncia.* ¿Contra quién? Contra Su pueblo Israel. Seguimos la división que propone Ryrie: I. Primera acusación de Dios (vv. 1–5). II. Primera respuesta de Israel (vv. 6–8). III. Segunda acusación de Dios (vv. 9–16). La segunda respuesta de Israel se halla, según el mismo autor, en el capítulo siguiente (7:1–10).

Versículos 1–5

Los capítulos 6 y 7 forman la tercera y última parte de esta profecía. Como en las otras dos partes (1:2; 3:1), también aquí (6:1) se comienza con el verbo *«oíd»* (hebr, *shim^{e}hú,* el mismo con que termina el capítulo 5, pero ahora está en imperativo).

1. Estos versículos 1–5 (y aun todo el capítulo) están escritos en forma de contienda judicial. Miqueas, como «encargado de negocios» (Buck) en nombre de Jehová, tiene que abrir el caso (v. Is. 1; Mi. 1). Se nos ofrece aquí un contraste conmovedor entre la misericordia y la fidelidad de Dios, por una parte, y la ingratitud y superstición de Israel que son su ruina, por otra. Dice Henry: «Al final del capítulo precedente, Él (Dios) arguye con los paganos airado, pero aquí arguye con Israel con compasión y ternura, a fin de conducirlos al arrepentimiento». En este momento el profeta no contempla el futuro lleno

de bendición, sino el presente lleno de pecado. Reina Manasés—es un período de tremenda apostasía, un tiempo en que rey y pueblo practican los ritos paganos.

2. Miqueas apela a la conciencia y al corazón de los israelitas, para que digan (v. 3) por qué están contra su Dios. Invita a la tierra, desde sus cimientos hasta los montes más altos (v. 2), testigos mudos, pero perpetuos, de pecado a lo largo de las edades—método con que los profetas demuestran la gravedad del pecado (v. Dt. 32:1; Is. 1:2; Jer. 2:12, 13).

3. ¡Qué ternura la de Dios al contender así con sus criaturas! ¡Cómo repite lo de *«¡Pueblo mío!»* (vv. 3, 5)! Dice Horton (citado por Hertz): «Dios no menciona los pecados de Israel, sino que pregunta solamente cuáles han sido Sus propias faltas». Para información de mis lectores no católicos, diré que estos versículos se recitaban (o cantaban) el día de Viernes Santo durante los «improperios» en la ceremonia de la adoración de la cruz. A pesar de que eran ellos los que tantos y tan graves pecados habían cometido, es Él quien les pregunta qué les ha hecho o en qué les ha molestado para que se aparten así de Él. ¿Les ha mandado cosas demasiado pesadas (Is. 43:23) o ha dejado de cumplirles alguna de Sus promesas (Jer. 2:31)? ¡Al contrario! Son ellos los que han molestado constantemente a Dios (Is. 43:24). Preguntas parecidas a éstas son las que hace a Su viña en Isaías 5:4.

4. Dios les trae a la memoria los grandes favores que les ha hecho en el pasado: la liberación de Egipto (v. 4), que fue un *rescate* (hebr. *padá*, rescate a precio de dinero) *de la casa de servidumbre,* etc. Les dio también a *Moisés* como libertador y legislador; a *Aarón* como sumo sacerdote, para hacer expiación por ellos; y *a María* para enseñar y guiar a las mujeres (v. Jer. 2:6, 7; Os. 11:1; 12:13; Am. 2:10). Todavía más (v. 5): Cuando *Balac rey de Moab* buscó la ruina de Israel y alquiló a Balaam para maldecir a Israel, ¿qué es lo que dijo Balaam? (v. Nm. caps. 22–24). Dios no permite que nadie maldiga a Su pueblo (Sal. 105:14, 15—pero ya desde Gn. 12:3).

5. Delante de lo de *«desde Sitim hasta Guilgal»* (v. 5b), hay que suplir: *«Recuerda lo que pasó»,* puesto que Balaam no cruzó el Jordán hasta Guilgal, sino que fue muerto en tierra de Madián (v. Nm. 31:8). *Sitim* (propiamente, *Sittim)* fue el primer campamento desde el que Israel se encontró con Balaam (Nm. 25:1), así como fue también el último que ocuparon al este del Jordán; mientras que *Guilgal,* entre Jericó y el Jordán, fue el primer campamento que tuvieron en la orilla occidental, ya en Canaán. Allí se cerraba la gran etapa intermedia de la gran gesta *(«las justicias*—hebr. *tsidqoth—de Jehová»*—v. 5, al final—) en favor de Su pueblo. Cada uno de nosotros, peregrinos desde nuestra conversión hasta nuestra entrada en el cielo, puede escuchar también—cuando no obedecemos a nuestro Padre, andamos según la carne y nos olvidamos de Sus muchos y grandes beneficios—Su voz que nos dice: *«¿Qué te he hecho o en qué te he molestado?»*

Versículos 6–8

Ahora el pueblo parece convencido y ansioso de obtener el favor de Dios a toda costa, pero ignora los medios. La respuesta de Israel demuestra cuán poco conocen y entienden cuál es el culto y el servicio que verdaderamente agrada a Dios. (¿No tiene esto ninguna aplicación a nosotros?)

1. El pueblo responde (v. 6), y pregunta, no a Dios, sino al profeta: *«¿Con qué me presentaré ante Jehová y me postraré* (hebr. *ikáf) ante el Dios de las alturas* (hebr. *Elohey maróm)?»* Según advierte Buck, «esta expresión se encuentra solamente aquí». También hace notar el mismo autor que el verbo *kafaf,* postrarse, «se encuentra solamente en textos tardíos (e. gr., Sal. 145:14; 146:8; Is. 58:5)».

2. Piensa, pues, el pueblo en ofrecer dones con los que aplacar a Dios, como se hace con alguien que, por alguna razón, está enemistado y es preciso hacer algo para volver a congraciarse con él, como hizo Jacob para congraciarse con su hermano Esaú (v. Gn. 33:8–11). Lo que la Ley ordenaba era sacrificios, especialmente holocaustos consagrados totalmente a Jehová. Conforme a Levítico 9:3, piensan que lo más agradable a Dios será ofrecerle los mejores animales (v. 7). ¿O será cuestión de cantidad? *¿Miles de carneros? ¿Diez mil ríos de aceite* para libación? (v. Lv. 2:1, 15; 7:12). «La última pregunta—dice Feinberg—es la más desesperada de todas»: *¿Daré mi primogénito por mi prevaricación …?* (v. 7b). Esta pregunta es, o simplemente retórica, o muestra la nefasta influencia de los pueblos idólatras en el pueblo de Dios. Es cierto que los primogénitos pertenecían a Jehová (Éx. 13:2, 12) y tenían que ser redimidos. Pero los sacrificios humanos estaban prohibidos en la Ley bajo pena de muerte (v. Lv. 18:21; 20:2–5; Dt. 12:31; 18:10). Dos observaciones finales acerca de este versículo 7:

(A) Al hablar de la «imposible» expiación (v. 7b), ni aun a costa de la vida del primogénito, el texto sagrado tiene, en hebreo, los términos *peshá*, prevaricación, y *jattáth*, término genérico para «pecado». Aunque no son propiamente sinónimos, aquí aparecen en paralelismo de sinonimia (v. también 1:5 3:8, Am. 5:12).

(B) La última frase ofrece un contraste singular: *«el fruto de mi VIENTRE por el pecado de mi ALMA»* (lit.). La desproporción salta a la vista: Nada que proceda del hombre, aun cuando sea algo tan entrañable como la vida del hijo primogénito, puede expiar por el pecado, que constituye la barrera entre el hombre pecador y el Dios santo.

3. Viene ahora el versículo 8, del que alguien (citado por Feinberg) ha dicho que es «el dicho más grande del Antiguo Testamento». Si no es el más grande, ciertamente es un magnífico compendio de la verdadera piedad. Dice así, a la letra, en el original: *«Te ha declarado* (Dios), *oh hombre* (hebr. *Adán), qué* (es lo) *bueno, y qué demanda* (hebr. *dorésh*, más como un deseo que como un mandato riguroso) *de ti, salvo el hacer justicia* (hebr. *mishpat*, el derecho ajeno que hay que respetar), y *amar benevolencia* (hebr. *jésed) y ser humilde para caminar con tu Dios»*. El versículo requiere un detenido análisis, debido a su importancia.

(A) Ya sabemos que Dios había instituido el sacerdocio y los sacrificios. Como ya hemos advertido en otros lugares, tampoco aquí los reprueba, pero lo que Él requiere y desea, por encima de toda observancia exterior, es la disposición interna del corazón, lo que marca el tono general de la conducta y el carácter personal del individuo. Por eso, demanda la obediencia, no en lugar del sacrificio, sino por delante del sacrificio, para conferirle lo que de más aceptable tiene para Dios.

(B) El profeta declara concisamente lo que Dios desea de todo *hombre.* Dice Buck: «Se usa aquí la palabra *Adán,* tal vez a causa de su significado colectivo y universal; la palabra, además, acentúa la pequeñez del hombre, tomado de la tierra (cf. Gn. 2:7; 3:19; Sal. 8:5)». Como hace notar Hertz, esto no constituye una «nueva revelación. Es el mensaje de Abraham, Moisés, Samuel y Elías».

(C) El profeta aclara precisamente que no es una nueva revelación, al decir: *«Te ha declarado …»* (comp. con Dt. 10:12). El pueblo es culpable por *ignorarlo.* Dice Buck: «El gran programa que el profeta presenta podría llamarse un compendio de la enseñanza de Amós (justicia), de Oseas (piedad, bondad) e Isaías (humildad)».

(D) Como ya hemos insinuado al dar el texto literal del versículo, la *justicia* de que aquí se habla consiste en adherirse a lo que es justo y equitativo en todas nuestras relaciones con nuestros semejantes (v. Sal. 15:2 y ss.). Se trata, pues, de respetar los derechos inalienables de la persona humana.

(E) En cuanto al hebr. *jésed*, que suele traducirse por «misericordia», sabemos que comporta la idea de benevolencia, de un amor activo, fiel y constante, que nos inclina a *hacer el bien a todos, mayormente a los de la familia de la fe* (Gá. 6:10). Pero sólo puede hacer el bien quien tiene el corazón inclinado a hacer el bien. Dice H. Cohen (citado por Hertz): «En cuanto a la justicia, basta con cumplirla, pero la misericordia no basta con hacerla; el *amor* (hebr. *ahab)* es acompañamiento esencial de toda obra misericordiosa».

(F) El tercer elemento consiste en *caminar humildemente con Dios o,* como dice literalmente el original, en *ser humilde para caminar con tu Dios.* Sin humildad no se puede tener comunión íntima con Dios, pues sólo se arrima de veras a Dios el que es consciente de que depende en todo de Él. Dice Buck: «La humildad exige que el hombre esté contento con lo que la voluntad divina dispone, que esté listo para aprender de Dios y someterse a su guía».

(G) Tenemos, pues, aquí, como un epítome de toda la Ley (Dt. 10:12, 18) y aun de todo el Evangelio, en cuanto que connota una *justicia puesta en práctica.* El gran rabino Hertz tiene dos citas notables. La primera es del rabino Fineés (o Pinjás) ben Yair, quien dice: «La devoción conduce a la humildad; la humildad, al temor del pecado; el temor del pecado, a la santidad; la santidad, al Espíritu Santo». «Esto es, dice el propio Hertz, lo que distingue la ética judía de la griega.» La otra cita es de H. Cohen, quien dice: «Todo lo heroico es insignificante y perecedero, toda sabiduría y virtud es incapaz de pasar el test crucial, a menos que sean frutos de la humildad».

Versículos 9–16

1. Pecado y castigo se entremezclan en estos versículos. Los pecados son muchos y flagrantes. ¡Qué triste contraste con el versículo 8! En vez de la actitud que el versículo 8 describe, tenemos ahora a Israel

que fracasa en todos los sentidos de la ética que Dios requiere del hombre. Y el centro mismo del reino (v. 1:5) es también el centro del pecado. Falta el temor de Dios, que es el principio de la sabiduría y del conocimiento (Pr. 1:7; 9:10). *«Escuchad la vara»* (dice lit. el v. 9b). Como si dijese: «Prestad diligente atención, porque el castigo está cercano». Dice Feinberg: «La bendición comienza cuando el alma admite la justicia y rectitud de Dios en sus medidas disciplinarias». ¡Qué catálogo de pecados en los versículos 10–12!

2. Los castigos aparecen especialmente en los versículos 13–15. Israel ya ha sufrido bastante, pero le espera todavía más. Dice Buck: «Todos aquellos que usaron medios injustos o ilícitos para enriquecerse más de lo debido y de lo honesto, serán privados de lo necesario o conveniente (cf. Os. 4:10; Sof. 1:13). Será, en cierto sentido, una aplicación de la "ley del talión"».

3. Lo tiene todo bien merecido, porque (v. 16), en lugar de seguir los estatutos de Dios, han seguido las normas de Omri, el perverso fundador de la ciudad de Samaria (1 R. 16:25), y del idólatra Acab (1 R. 16:33). Y, ¿quién hizo eso? ¿Solamente Efraín? ¡No! El profeta se refiere aquí directamente a Judá, porque era Judá precisamente donde se habían copiado e imitado las prácticas paganas del reino del norte, «especialmente, en cuanto al culto de Baal, al lujo de los jefes, a la opresión de los pobres» (Buck). *«Llevaréis, por tanto*—dice Dios por boca del profeta—, *el oprobio de mi pueblo»* (v. 16, al final). Comenta M. Henry: «Cuando un pueblo que ha sido floreciente es puesto en desolación, viene a ser el asombro de unos y el triunfo de otros. *Llevaréis, por tanto, el oprobio de mi pueblo.* Ahora que sus pecados y los juicios de Dios habían dejado asolado el país, el haber sido antaño el pueblo de Dios repercute tanto más en oprobio de ellos, pues sus enemigos dirán: *Éstos son pueblo de Jehová* (Ez. 36:20)».

CAPÍTULO 7

Al seguir de nuevo la división de la *Ryrie Study Bible*, dividiremos el presente capítulo en dos partes: I. Segunda respuesta de Israel (vv. 1–10). II. Bendiciones futuras para Israel (vv. 11–20).

Versículos 1–7

1. De la misma manera que Diógenes con la linterna, buscaba en pleno día *un hombre* entre la multitud de la plaza pública, así también Miqueas busca un solo *justo* en el país, pero no lo halla (v. 2b): *«no hay ninguno recto entre los hombres»* (comp. con Ro. 3:10–23). *«Faltó el piadoso* (hebr. *jasid) de la tierra»* (v. 2) porque faltaba la *jésed* de 6:8 en el pueblo.

2. ¿Qué piedad va a existir en el pueblo, cuando (v. 3) *tanto el príncipe como el juez piden*, no sólo reciben, *regalo de soborno?* En otras palabras, ambos hacen extorsión, y *el potentado manifiesta lo que su alma ambiciona* (éste es el sentido de la frase *«el grande habla el antojo*—la concupiscencia de *su alma»):* lo que ese magnate ambiciona es prosperar a costa de los demás, y *juntos urden sus maquinaciones* (RV 1977), porque todos sirven al mismo dios: Mamón.

3. Para poner de relieve la maldad del pueblo, el profeta dice (v. 4) que *el mejor de ellos hiere como un espino, y el más recto* es tan «torcido» *como un seto de espinas* (hebr. *mesukáh*, vocablo que no sale en ningún otro lugar de la Biblia). Pero (v. 4b) vendrá *el castigo; el que anunciaron tus atalayas*, es decir, los profetas (comp. con Is. 21:6; Ez. 33:2), *ahora será su consternación* (vocablo más claro que *confusión).*

4. La corrupción, efecto de la desbocada ambición que hemos visto en el versículo 3, ha producido tan nefastos resultados en la sociedad, que «han quedado rotos todos los vínculos de naturaleza, amistad, parentesco y gratitud» (Feinberg). El Señor citó el versículo 6 (v. Mt. 10:35, 36; Lc. 12:53), pero en un contexto diferente: En Miqueas, la situación es resultado de la caótica corrupción del pueblo, mientras que en Mateo y en Lucas comportan «la total adhesión a Cristo (que) se le exigirá al discípulo cristiano, no obstante las tensiones sociales que un seguimiento tal pueda provocar» (Buck).

5. Miqueas no desespera por eso. Aprendió aquello de que *«uno* solo con Dios, ya es *mayoría», y* tanto Miqueas como el remanente han hallado uno en quien confiar. El versículo 7 es una maravilla de fe

y esperanza (comp. con Jer. 17:5–8). ¡Qué consuelo para los creyentes es tener un Dios y Padre en quien se puede confiar totalmente!

Versículos 8–13

1. En los versículos 8–10 habla la ciudad personificada. ¿A quién se dirige? Un repaso a Isaías 34:6, 8; Abdías versículo 12, y aun Salmos 137:7, nos sugiere que se dirige a Edom, pero no se puede asegurar, pues quizás es una figura de dicción para designar en ese singular *(«enemiga mía»*—v. 8—) a todas las naciones vecinas, enemigas de Israel. Los judíos, según dice Feinberg, piensan que esa *enemiga* es Roma, aunque todo el contexto posterior, como el mismo Feinberg hace ver, nos llevaría, en ese trasfondo escatológico que se hace cada vez más explícito conforme nos acercamos al final del libro, a una Roma más moderna que la antigua Roma imperial.

2. Los versículos 9 y 10 dan a entender que nos hallamos ante un Israel ya arrepentido (en los últimos tiempos—comp. con Ro. 11:26—). Así lo proclaman la confesión sincera, humilde y paciente del versículo 9. Israel se somete de buena gana a la disciplina que Jehová le ha impuesto, a la vez que abriga la esperanza segura de que Dios la vindicará y *la sacará a luz,* frase que, ya de por sí, comporta la idea de «prisión»: Jehová va a llevar a cabo por Israel una liberación redentora (comp. con 2 Ti. 1:10). *«Ser hollado»* (frase final del v. 10) *como el lodo de las calles* equivale a ser derrotado completamente, y sufrir la confusión (vergüenza) más espantosa. *«¿Dónde está Jehová tu Dios?»* es, como dice Buck, «el grito blasfemo, a menudo repetido por los enemigos de Israel (cf. Sal. 42:4, 11; 79:10; 115:2; Jl. 2:17, etc.»).

3. En los versículos 11–13 vemos la seguridad de restauración de Israel (comp. con Is. 5:5; Sal. 80:8, 9). Los «muros» (v. 11), reedificados en torno a la ciudad, nos recuerdan el vallado de seguridad en torno a la viña. ¿Cuándo acontecerá esto? Una ojeada a lugares como Salmos 72:8 y Zacarías 9:10 nos lleva a los últimos tiempos. Dice el propio Buck: Así la vuelta del destierro no es más que un cumplimiento parcial, anticipativo y de carácter típico, de la (ahora va a citar Buck de Gil Ulecia) gran vuelta, que se irá verificando, también parcial y paulatinamente, hasta el gran día escatológico». Pero antes de ese feliz final habrá un tiempo de gran desolación (v. 13) *«por el fruto de sus obras»*, esto es, por los muchos pecados del pueblo.

Versículos 14–20

1. En los versículo 14–17 tenemos una oración de Miqueas. En 5:4, él mismo había prometido, de parte de Jehová, que el Mesías apacentaría al pueblo. De acuerdo con esa promesa, el profeta se dirige ahora a Dios como al gran Pastor de Israel para que apaciente al pueblo, *«el rebaño de tu heredad»* (v. 14, comp. con Dt. 26:18), no con la vara de castigo de 6:9, sino con el cayado de Salmos 23:4. Basán y Galaad eran prototipo de fertilidad y, por eso, ese territorio había sido escogido por Rubén, Gad y la media tribu de Manasés, al comienzo de la ocupación de la tierra prometida. Basán y Galaad, con su fertilidad, están aquí contrastados con la frase anterior, que dice literalmente: *«que mora solitario en la maleza»,* es decir, apartados donde sólo se crían malas hierbas. *«El tiempo pasado»* hace referencia directa, como en Amós 9:11, a los días de David y de Salomón (comp. Mi. 4:4 con 1 R. 4:25).

2. El versículo 15 dice literalmente: *«Como en los días de tu salir de la tierra de Egipto, haz que veamos* (hebr. *harénu*, mejor que *arénnu) portentos* (hebr. *niflaóth)»*. La lectura que ha prevalecido en el actual texto masorético *(arénnu,* yo les haré ver) rompe abruptamente el contexto de la oración de Miqueas. Es cierto que se le dice a Jehová *«en tu salir de la tierra de Egipto»,* pero basta leer Éxodo 13:21 para darse cuenta de que, efectivamente, Jehová iba delante de ellos cuando salieron de Egipto. Miqueas pide, pues, en su oración que él y el pueblo (el remanente) de Israel puedan ver portentos semejantes a los que Dios hizo cuando sacó a Israel de Egipto.

3. Entonces (vv. 16, 17), cuando se inaugure el reino mesiánico milenario, y Jehová haya hecho una liberación como la que hizo en los días de Moisés y de Josué (Ro. 11:26—*«el Libertador»—), «las naciones* paganas, enemigas de Israel, *se avergonzarán de su fuerza»,* es decir, de la fuerza propia, que creían invencible, y reconocerán su impotencia al haber luchado contra el Omnipotente. Como en Isaías 52:15, tendrán que cerrar ante Él la boca y quedar ensordecidos (un asombro que priva del uso normal de los sentidos). *«Lamer el polvo»* (v. 17) es ya una expresión proverbial en nuestro propio idioma para designar una derrota completa que obliga a someterse, rostro en tierra, al vencedor. Dice M. Henry:

«Lamerán el polvo como una serpiente, como si estuviesen sentenciados a la misma maldición que cayó sobre la serpiente (Gn. 3:14)». Es curioso que la frase se aplica, como en un desdoble de Miqueas 7:17, a las naciones en señal de sumisión a Israel (Is. 49:23) y al Mesías (Sal. 72:9). La frase *«saldrán temblando de sus fortines»* (lit.) los presenta como medrosas alimañas que salen arrastrándose de los lugares en que se creían fuertes, pero tienen que entregarse derrotados. Nótese que se entregan a Jehová por miedo, no por amor. En cambio, en el Salmo 2:11, el temblor sirve de un buen comienzo a la adoración y al acatamiento. Dice Buck: «Con este mismo pensamiento termina también el libro de Isaías».

4. De la oración de petición pasa Miqueas (vv. 18–20) a la oración de alabanza. La descripción que de la bondad de Dios hace aquí el profeta no es superada en ninguna otra porción de la Biblia. *«¿Qué Dios como tú?»* (v. 18) parece una alusión al nombre mismo de Miqueas *(«Mi-ka-yah»*—¿Quién como Yah?—), y aparece por primera vez en Éxodo 15:11, tras el paso del mar Rojo. Campean aquí (vv. 18–20) tres ideas: perdón, clemencia y misericordia (o benevolencia), y aparecen unos 13 atributos (mejor, perfecciones) de Dios, como en Éxodo 34:6 y ss. En estos versículos hay nada menos que cuatro verbos diferentes para expresar el perdón de Dios a Su pueblo: (A) *Nashá,* que significa, como el griego *aíro* (v. Jn. 1:29), levantar, quitar, suprimir (en la RV es *perdona);* (B) *Abar,* que significa «pasar por alto» (v. Hch. 17:30; Ro. 3:25—corresponde en nuestras versiones a *olvida—)*; (C) *Kabásh* (v. 19b), que significa «hollar o aplastar», con lo que da a entender que vence, con Su fidelidad, nuestra infidelidad; y: (D) *Shalákh,* que significa «echar hacia abajo». *«A lo profundo del mar»* parece una alusión a Éxodo 15:4, 10. Dice Buck: «Algunos Padres (santos escritores eclesiásticos de los primeros siglos, según la Iglesia de Roma—el paréntesis es mío—), además, ven en las palabras de Miqueas una alusión al tránsito del mar Rojo y del bautismo». Las mismas ideas aparecen en Jeremías 31:34; 50:20.

5. En cuanto al futuro, tenemos (v. 20) el ya conocido binomio *jésed veeméth,* misericordia y verdad, aunque en esta ocasión *eméth* (aquí, más bien, equivalente *a fidelidad,* como en la mayor parte de las ocasiones en que aparece el binomio) va delante de *jésed* (amor de misericordia o benevolencia). Representa lo que Dios había jurado a los patriarcas (v. Lc. 1:72, 73) y se halla en Juan 1:14, 17 en forma de un binomio equivalente: *«gracia* y *verdad».*

6. Como final de esta admirable porción, pasamos a nuestros lectores la información que nos da Feinberg acerca de la lectura de los versículos 18–20 en las sinagogas en la tarde del Día de la Expiación, que es el primer día del año religioso. «Todo judío ortodoxo—dice—va esa tarde a un río o arroyo y, con un gesto simbólico, vacía en el agua sus pecados, sacándolos de sus bolsillos, mientras recita estos tres versículos. Este acto de culto se llama *tashlíj*, que significa "arrojarás".» «Por la gracia de Dios—continúa Feinberg—sabemos que no es ése el modo como arroja Dios nuestros pecados a lo profundo del mar. Lo hace a favor de nosotros solamente a causa de la obra el Señor Jesucristo en el Calvario, donde Él llevó por nosotros esos pecados. Al haber sido Él castigado por ellos, Dios puede pasar por alto la transgresión de cualquier pecador.»

NAHÚM

Nahúm (hebr. *Najúm)* significa «consuelo». En 1 Crónicas 4:19 hallamos un *Nájam* de Judá. *Nejemiyah* (Nehemías) significa «Yah es mi consuelo» o «Yah me ha consolado». En Nehemías 7:7 sale un *Nejúm*. Y de la misma raíz es *Menajem*, que aparece como *Manaén* en Hechos 13:1. No se sabe dónde estaba su pueblo: *Elcós* (hebr. *Elqósh)*, pues no aparece en ningún otro lugar de la Biblia. Según información de Feinberg, una tradición del siglo XVI muestra su tumba en Elkosh, en Asiria, pero no merece crédito (en verdad, es bastante tardía para merecerlo). Jerónimo (siglo IV) opinaba que era la aldea de Galilea que conocemos con el nombre de Capernaúm: «Kepar Najúm»—«aldea del consuelo»—. Pero, según Feinberg, tal apelativo es demasiado frecuente en la Biblia para que pueda darnos un lugar específico. Otros opinan que procedía de Judá, pues, como hace notar Buck, «el silencio de Nahúm sobre el reino septentrional, su alusión a Senaquerib, que devastó a Judá y atacó infructuosamente a Jerusalén, y el apóstrofe a Judá (2:2) hacen pensar que Nahúm era originario del reino meridional».

Lo único cierto es que ministró la palabra de Dios en Judea, aunque lo más probable, según Feinberg, es que naciese en Galilea. La forma en que describe la invasión de Senaquerib es demasiado vívida (1:9–13) para que le viniese de segunda mano. Senaquerib invadió Judá el año decimocuarto del reinado de Ezequías (v. 2 R. 18:13–19:37; Is. caps. 36 y 37) y, por tanto, Nahúm es tributario de Isaías (comp. 1:8, 9 con Is. 8:8; 10:23, así como 2:10 con Is. 24:1; 21:3; también 1:15 con Is. 52:7).

El estilo de Nahúm es poético, de alta calidad y muy apasionado. Su mensaje trata solamente de Nínive y de su destrucción. Jonás había profetizado a mediados del siglo VIII a. de C., mientras que Nahúm profetizó, aproximadamente, entre los años 625 y 615 a. de C. La destrucción de Nínive se llevó a cabo el año 612 a. de C. Como dice Ryrie: «Los ninivitas (asirios) convertidos mediante la predicación de Jonás (más de cien años antes de que Nahúm escribiera) no habían transmitido a sus hijos su conocimiento del verdadero Dios, y el pueblo había vuelto rápidamente a sus prácticas crueles y paganas». Los medos y los babilonios se encargaron de destruir completamente a Nínive, como Nahúm había profetizado.

La profecía de Nahúm consta de dos partes: 1) El capítulo 1 presenta a Dios como la gran fuente de fuerza y como el poderoso sostén de Su pueblo. 2) Los capítulos 2 y 3 presentan una vívida descripción de la total destrucción de Nínive. Como el libro es, en su mayor parte, una profecía amenazante de juicio, se titula (1:1) «carga» (hebr. *massá).* En frase de Buck, podríamos definirla como «vaticinio punitivo».

CAPÍTULO 1

Aquí tenemos: I. La inscripción del libro (v. 1). II. Un magnífico despliegue de las perfecciones de Dios (vv. 2–8). III. El castigo con que Dios amenaza a Nínive, junto con una promesa de liberación a Judá (vv. 9–15).

Versículos 1–8

1. Después del título (ya hemos dicho que la primera palabra es «carga»—hebr. *massá—)* tenemos una descripción insuperable del carácter de Dios. Dice M. Henry: «Nínive ya no conoce a Dios y, por tanto, se le dice qué clase de Dios es». Es (v. 2) *celoso* de su gloria como único Salvador necesario y suficiente, de su justicia insobornable, de su santidad sin mácula posible (v. 1 Jn. 1:5). Nahúm pone de relieve esto en primer lugar, porque, como dice Buck, «parece que se ha comprometido su omnipotencia al permitir que el pueblo escogido fuera vencido y dominado por aquellos» (los gentiles). Por esto también, Nahúm hace referencia a la invasión asiria del norte (año 722 a. de C.), pues la omnipotencia de Dios había sido retada, y comprometida, cuando capturó Senaquerib las ciudades fortificadas de Judá en tiempo de Ezequías.

2. El amor a Su pueblo lleva a Yahweh a vindicar Su nombre contra los enemigos de Israel. Tres veces sale en el versículo 2 lo de *«vengarse»*. Lo de *«lleno de indignación»* (v. 2b) no quiere decir que Dios desahogue Su ira dejándose llevar de una pasión, sino que es «como reflejo de las exigencias de su misma justicia y santidad, que no podían tolerar el pecado sistemático sin castigarlo merecidamente» (Buck). La antedicha frase es, a la letra, *«el poseedor de ira»,* pues, como advierte Henry, «nuestra ira es, con frecuencia, un amo que nos domina … pero Dios es siempre Señor de su ira y *dispone camino a Su furor* (Sal. 78:59)». El hebreo dice literalmente: *«iguala* (es decir, *nivela) una senda para Su enojo»,* a fin de que se deslice suavemente sin altibajos hacia su objetivo.

3. Nótese el contraste en el versículo 3: Aunque Dios es longánime, no es por falta de poder, como puede verse en sus efectos (vv. 3, 4) sobre la naturaleza, la cual manifiesta especialmente su majestad. *Las nubes* (v. 3, al final) *son el polvo de sus pies,* es decir, como el polvo que levantan sus pies cuando pasa a través del huracán. En el Salmo 18:11 y 12, Dios aparece como escondido en los nubarrones, los cuales, ante Su presencia, se deshacen en granizo y rayos. Quizás se oculta en eso del *«polvo de sus pies»* esa imagen de lo que se deshace bajos los pies, como la tierra que pisan nuestros pies.

4. En los versículos 4 y 5 siguen las figuras que describen el poder de Dios sobre la naturaleza. Ante la reprensión de Dios, *se secan las aguas,* como en el mar Rojo y en el Jordán (v. Is. 50:2b), o se calman, como hicieron las del mar de Tiberíades ante la reprensión de Jesucristo (Mt. 8:26). Igualmente, hace languidecer los pastos de Basán, las viñas del Carmel y las flores del Líbano (comp. con Is. 33:9; Os. 14:7). Del mismo modo, hace temblar los montes al sacudir los fundamentos de la tierra (v. Job 9:6). Todos ellos son también fenómenos de tipo escatológico (v. Jl. 2:11; Mal. 3:2, Ap. 6:17).

5. El versículo 6 dice literalmente: *«En presencia de Su enojo, ¿quién se mantendrá en pie? ¿Y quién se levantará contra el ardor de Su ira?»* (comp. con 1 Co. 10:22; He. 12:29). Para el creyente, el enojo de Dios da paso a una disciplina santa y santificadora, a fin de no seguir entristeciendo al Espíritu Santo (Ef. 4:30). Por eso, «es gran sabiduría hacer las paces con Dios por medio de su Hijo» (Feinberg). Toda esta descripción del carácter de Dios nos da temor y ánimo a un mismo tiempo, pues, como dice M. Henry, «es como la columna de nube y fuego; tiene un lado brillante para Israel, y un lado oscuro para los egipcios».

6. El versículo 7 dice literalmente: *«Bueno* (es) *Yahweh para refugio en día de angustia, y conoce a los que se refugian en Él».* Este texto no puede menos de traernos a la memoria lo de las ciudades de refugio para los homicidas involuntarios, pero nos recuerda, sobre todo, las palabras de Jesús en Juan 6:37b: *«al que a mí viene, de ningún modo le echaré fuera».* Y lo más consolador de esto es que nadie nos podrá desasir de ese «altar» (v. Jn. 10:28–30). Pero (v. 8) los que se oponen a Él con rebeldía serán invadidos, devastados, destruidos; ni en la más densa oscuridad podrán esconderse (v. 8b). Espiritualmente, las tinieblas son símbolo del pecado (v. 1 Jn. 1:5 y ss.), pero aquí son «imagen de la confusión, de la destrucción y de la muerte» (Buck). Cuenta Ctesias, historiador griego del siglo V a. de C., que, durante una orgía, el río Tigris se salió de madre, arrancó las puertas de la ciudad de Nínive y se llevó por delante el palacio real. Entonces, el ejército de Babilonia, que había puesto asedio a la ciudad,

entró por la brecha y la incendió. La historia se repite, pues algo parecido le pasó después a Babilonia (Dn. 5:24–31).

Versículos 9–15

1. *«¿Qué tramáis contra Yahweh …?»,* comienza diciendo en el versículo 9. El verbo que aquí aparece en el hebreo es *jashab*, que significa «pensar», pero está en la forma *Piel* (intensiva), por lo que adquiere el matiz de «tramar» o «maquinar», «urdir un complot». La última frase del versículo 9 significa que Dios destruirá a sus enemigos *de un solo golpe;* no tendrá necesidad de un segundo golpe. *«Aunque sean* (v. 10) *como espinos entretejidos,* que parecen presentar un frente compacto, en lugar de protegerse mutuamente de esa manera, será para ellos una desventaja, pues no podrá huir cada uno por su lado, sino que juntos serán arrojados al fuego de la ira de Dios, y precisamente por su estado de embriaguez *(«empapados de bebida»),* arderán mejor como la hojarasca sobre la que se ha derramado alcohol o petróleo.

2. El que tramó esto (v. 11), es decir, Senaquerib, es (lit.) *«un consejero de Belial»,* no sólo perverso, sino como la perversidad en persona (así como Mamón es la personificación de las riquezas). Dicha perversidad tiene su mayor agravante en ir dirigida *contra Yahweh,* al ir contra el pueblo de Yahweh, como se ve por el versículo siguiente. *«Aunque* (v. 12) *estén incólumes* (hebr. *shelomim*, completos, de la misma raíz que *shalom*, paz) y *sean numerosos* los enemigos del pueblo de Dios, dispuestos a cortar, puesto que Asiria es *la navaja de afeitar que Yahweh alquiló* (v. Is. 7:20), ellos serán los *pelados, «serán cortados y perecerán»* (lit. *se desvanecerán*—como el humo o la neblina—); es decir, serán destruidos completamente (v. 2 R. 19:35; 2 Cr. 32:7), mientras que Judá (v. 12b), que habrá estado profundamente afligido durante el asedio de Jerusalén, respirará hondo, sin yugo y sin cadenas (v. 13), al contemplar la maravillosa liberación que Yahweh le ha traído cuando menos lo esperaba. Como hace notar Feinberg, la última parte del versículo 12 no significa que los de Judá no vayan a ser afligidos y humillados por medio de algún otro instrumento de la ira divina (lo serán luego por los babilonios), sino concretamente por los *asirios,* como se ve por el versículo siguiente («su yugo»). Nótense en ese versículo 13 los verbos *«quebraré … romperé»,* con los que se indica que dicha opresión no volverá a suceder (v. Is. 10:27). El yugo incluía el tributo impuesto a Ezequías por el rey de Asiria (2 R. 18:14).

3. *«Mas acerca de ti …* (v. 14), esto es, de Senaquerib, *manda Yahweh* (lo ha decretado) *que no quede ni memoria de tu nombre».* Esta frase da a entender que Senaquerib había de carecer de descendencia; al menos, en cuanto a la extinción de la dinastía (como en el caso de Conías—v. Jer. 22:30—). También los ídolos (v. 14b) fueron destruidos por Ciájares, el fundador del imperio medo y bisabuelo de Ciro. Incluso se menciona el lugar donde murió Senaquerib: sus propios hijos lo mataron cuando invocaba a sus dioses («*… de la casa de tu dios … allí pondré tu sepulcro»*—v. 14b—, comp. con 2 R. 19:37; Is. 37:38); *«porque fuiste vil»* (frase final del v. 14), lit. *ligero o despreciable.* Tan despreciable como los ídolos a los que servía. Curiosamente, como dice Feinberg, «los medos bajo Ciájares, quienes, juntamente con los babilonios, destruyeron Nínive, despreciaban la idolatría y estaban contentos de destruir los ídolos de los asirios».

4. El versículo 15 cambia de tema y es el versículo 1 del capítulo 2 en la Biblia Hebrea. El texto de este versículo es casi igual que en Isaías 52:7, con la diferencia de que Nahúm se refiere a Asiria, mientras que Isaías se refiere a Babilonia. No puede afirmarse con seguridad si *las buenas noticias* de que aquí se habla tienen que ver con la milagrosa liberación de la mano de Senaquerib durante el reinado de Ezequías (año 701 a. de C.) o a la destrucción de Nínive (año 612 a. de C.). Aunque, según Feinberg, lo primero es más probable, ambos hechos podrían estar incluidos. Son buenas noticias *de paz* (comp. con Ro. 10:15, donde se cita este versículo); por eso, libres de lo que les impedía celebrar con gozo sus festividades, los de Judá podrán hacerlo de nuevo y *cumplir sus votos* a Yahweh.

CAPÍTULO 2

En este capítulo vemos: I. El anuncio de la llegada del enemigo que había de destruir a Nínive (vv. 1–5). II. La predicción de la captura de la ciudad (v. 6) con el cautiverio de la soberana, la huida de los

habitantes y el saqueo de las riquezas de la ciudad (vv. 7–10). III. Se declaran las verdaderas causas de esta calamidad: Sus continuos pecados contra Dios y la manifestación de Dios contra ellos (vv. 11–13).

Versículos 1–7

1. Se invita irónicamente (v. 1) a Asiria a prepararse contra el ejército medo-babilónico que avanza bajo el mando de Ciájares de Media y Nabopolasar (el padre de Nabucodonosor) de Babilonia. La doble mención (v. 2) de la *gloria* (hebr. *gu^{e}ón*—lit. *excelencia*—. Ya conocemos el vocablo por Sal. 7:4; Am. 6:8—aquí, en mal sentido—; y Am. 8:7) de *Jacob* y de *Israel* indica que se incluyen aquí los dos reinos. El vocablo *gaón (gu^{e}ón,* en estado constructo, como aquí) indica directamente la excelencia de Canaán como país de fertilidad y prosperidad. En cuanto al uso del término *Jacob* para designar específicamente a Judá, pueden verse Isaías 43:1; 44:1; 46:3; Abdías versículo 18. La mención de los *«sarmientos»,* al final del versículo 2, «supone la imagen de la viña» (Buck). Los *saqueadores* de Israel son aquí, por supuesto, los asirios.

2. En los versículos 3–6 se describe de forma vívida el ataque contra Nínive. El *escudo* de bronce aparece como *pintado de rojo* (v. 3), porque «relucía a la luz del sol como fuego rojo (cf. 1 Mac. 6:39) o estaba pintado» (Buck). Lo de *«grana»,* es decir, «púrpura», alude «al color del manto militar y de los uniformes de los soldados» (Buck). También los carros de madera estaban forrados de bronce y, por eso, se dice (v. 3b) que eran *como fuego de antorchas.* La última frase del versículo 3 *(«temblarán los cipreses»)* significa el blandir de las lanzas, cuyas astas estaban hechas de madera de ciprés. El blandir de las lanzas, como el de las espadas, tenía por objeto atemorizar a los enemigos, quienes veían el arma que apuntaba hacia todas las direcciones (comp. con la frase *«que se revolvía por todos lados»* de Gn. 3:24). El versículo 4 se refiere a los defensores de Nínive, mientras que el versículo 5 se refiere, según Buck, a las tropas asaltantes medobabilónicas; en cambio, según Feinberg, se refiere también a Nínive. Me parece más probable la opinión de Feinberg. *Las puertas de los ríos* (v. 6) son las esclusas del Tigris; está en plural porque se designan los diversos canales de junto al muro de la ciudad. *El palacio* (v. 6b) es, según Ryrie, el templo de Ishtar (la misma diosa que Aserá y Astarté—significa «estrella», lo mismo que Ester—), más bien que el palacio real o de los nobles.

3. El versículo 7 es de difícil interpretación a causa de la ambigüedad del primer vocablo: *hutstsáb*. Unos piensan que era ése el nombre propio de la reina de Nínive. Otros leen *hatstsáb*, litera, y explica que se refiere a la persona transportada en la litera, es decir, a la reina. «Según otros …, es más bien la estatua de la diosa Ishtar, rodeada de sus prostitutas sagradas, o la diosa Zib» (Buck). Según Feinberg, «basta con traducir literalmente la palabra *hutstsáb»* («está fijado o decretado») y, en este caso, *«sus criadas»* (las que sirven) serían, según el mismo Feinberg, «sus habitantes», esto es, los habitantes de Nínive, «quienes hacen gran lamentación y se golpean el pecho llenos de angustia».

Versículos 8–10

1. Nínive (v. 8) había sido otrora como un gran lago de aguas que la defendían, pero ahora eran aguas que se le escapaban por todas partes. Dice Buck: «Los defensores de Nínive ya no ofrecen resistencia, sino que huyen de la ciudad por todas partes como las aguas huyen de los *aljibes agrietados* (Jer. 2:13)». Y no hay modo de detener a los que huyen. Escapan tan aprisa que ninguno *se vuelve a mirar atrás.*

2. Por medio del profeta, Dios exhorta (v. 9) a los invasores a saquear la ciudad. Las riquezas de Nínive eran proverbiales. Las crónicas de Babilonia, descubiertas hacia el año 1920, dicen que, tras la conquista de Nínive, «fueron incalculables las riquezas de que se apoderaron» los asaltantes (citado por Buck). Tanto es así que los medos y los babilonios que se apoderaron de la ciudad, decoraron sus respectivas capitales—Ecbatana y Babilonia—«con oro y plata en cantidad que no ha sido igualada en ningún período de la historia» (Feinberg).

3. Las tres primeras palabras del versículo 10 son sinónimos bien escogidos, tanto por su significado de *completa destrucción,* como por su sonido (hebr. *buqáh, m^{e}buqáh, m^{e}bullaqáh),* con el que imitan—según Feinberg—«el vaciado de una botella». La descripción del desaliento es impresionante e insuperable: *corazones que desmayan, rodillas que tiemblan, riñones* (aquí, origen de la fuerza procreadora) *que se estremecen* (lit.), y *rostros que cambian de color,* y pasa de la palidez del pánico al rojo vivo de la emoción sobresaltada.

Versículos 11–13

1. El león, al que se alude tan repetidamente en estos versículos, era representado especialmente en Asiria (cuya capital era ahora Nínive), por invadir ferozmente los asirios a los pueblos circunvecinos. Se le ve representado allí de muchas maneras: a veces, con alas; a veces, con cabeza humana. De un modo u otro, los leones figuran con frecuencia en las antiguas esculturas asirias.

2. La predicción se cumplió de tal forma (v. 11: *«¿Qué es de la guarida de los leones, etc.?»),* que pasaron después sobre las ruinas de Nínive algunos ejércitos extranjeros sin que se apercibiesen de que en aquel lugar había existido una ciudad. Según información que nos ofrece Feinberg, el rey de Asiria Tiglat-piléser I se jactaba de haber derrotado a sesenta reyes. Después de vencer a cinco de ellos al comienzo de su reinado, hizo correr la sangre de los guerreros por los valles y montes, hasta llegar a jactarse de que había teñido de rojo un monte. Les cortaba la cabeza a los enemigos y las apilaba fuera de las ciudades como si fuesen montones de trigo. También incendiaba y devastaba las ciudades. Tiglat-piléser III y Senaquerib no se quedaron cortos. No es extraño, pues, que el sagrado texto hable en el versículo 12 en los términos en que lo hace.

3. Pero Yahweh de las huestes no es como uno de los reyes a los que los reyes asirios trataban como a los corderos que se llevan al matadero. Él (v. 13) va a pagar a los asirios con la misma moneda que ellos han puesto en circulación. Los *mensajeros* que menciona la frase final del versículo son los que el rey asirio enviaba para recoger los tributos de los países conquistados. ¡Palabras terribles son éstas de parte de Yahweh en el versículo 13! En Romanos 8:31 leemos que, si *Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?* Pero el reverso de esta frase es terrible: Si Dios está contra un individuo o contra una nación a causa del pecado, ¿quién defenderá? Se cumple así, una vez más, la promesa hecha a Abraham (y, después, a Jacob): *«Bendeciré a los que te bendigan, y a los que te maldigan maldeciré»* (Gn. 12:3).

CAPÍTULO 3

I. Se acusa aquí a la ciudad de Nínive de grandes pecados: homicidio (v. 1), prostitución y hechicería (v. 4) y una general perversidad (v. 19). II. Se amenaza a Nínive con pagarle en la misma moneda: sangre por sangre (vv. 2, 3) y vergüenza por pecados vergonzosos (vv. 5–7). III. Se ponen ejemplos de desolaciones semejantes a ésta, llevadas a cabo en otros lugares por pecados como los de Nínive (vv. 8–11). IV. Se predice la destrucción de todas aquellas cosas de las que dependía Nínive (vv. 12–19).

Versículos 1–7

En estos versículos se describen los crímenes y la ruina de Nínive.

1. *«¡Ay de ti, ciudad sanguinaria!»*—así comienza el v. 1—. Como dice Buck, «las inscripciones asirias, sin duda, confirman esta acusación». Y, de mano del propio Asarhaddón (681–669 a. de C.), cita casos realmente horripilantes, de los que escogemos el siguiente: «Colgué—dice el propio Asarhaddón—las cabezas de Sanduarri y de Abdimilkutte del cuello de sus notables para manifestar a la población el poder de Asur, mi señor; y así les hice marchar por la larga calle principal de Nínive, mientras cantores con sus arpas les acompañaban». Cosas similares refiere su sucesor Asurbanipal (669–633 a. de C.).

2. Los versículos 2 y 3 nos presentan un resumen inimitable de la batalla. Dice Buck: «Sin darnos detalles, sólo por sus frases cortadas y vigorosas, el profeta nos pinta una imagen de la rapidez del asalto, de su éxito feliz y de la mortandad extraordinaria».

3. En los versículos 4–7 se nos explica la causa de esta tragedia: los graves y numerosos crímenes de Nínive: lujuria, hechicería, ocultismo, prostitución sagrada. En todo esto sobresalía esta *«ramera de hermosa gracia»* (v. 4). Pero, como en 1:13, *«Yahweh de las huestes le dice* de nuevo (v. 5): *Heme aquí contra ti».* El Dios de Israel la va a desnudar y despojar. La imagen está tomada de la mayor afrenta que puede hacerse a una mujer oriental (comp. con Is. 47:3; Ez. 16:37–41). Lo de *«echaré sobre ti inmundicias»* (v. 6) es, según Buck, una alusión «al tratamiento deshonroso e ignominioso con que Yahvé castigará a Nínive». Tendrá que sufrir (v. 7) sin que nadie se compadezca de ella (comp. con Lm. 1:2, 9).

Versículos 8–13

1. Una circunstancia que agrava el pecado de Nínive es que debía haber aprendido a escarmentar en cabeza ajena, al ver (v. 8) lo que le había sucedido a Tebas (hebr. *No-Amón*, «ciudad de Amón»), capital del Egipto Superior. Dicha ciudad había poseído la más alta civilización antigua del mundo, y fue capital de los faraones de las dinastías XVIII, XIX y XX. Su arquitectura fue la admiración de los romanos y de los griegos; éstos la llamaron *Dióspolis,* «ciudad de Zeus». «Estaba situada a ambos lados del Nilo. Homero la describe como la ciudad de las cien puertas. Las ruinas cubren un área de 27 millas. Amón, el dios principal de los egipcios, es representado con cuerpo de hombre y cabeza de carnero» (Feinberg). Jeremías 46:25 y Ezequiel 30:14–16 profetizan la ruina de Tebas, que tuvo lugar el año 663 a. de C., a manos del rey de Asiria Asurbanipal. Además, Tebas tenía muchos aliados (v. 9): Etiopía, Somalia, Libia. Tuvo incluso reyes de origen etiópico, como Taharca (689–663 a. de C.) y Tanutamón (663–659 a. de C.).

2. El versículo 10 refiere detalles que eran corrientes entre los antiguos (v., por ej., 2 R. 8:12). Igual que Babilonia después, también Nínive cayó (v. 11) en medio de una orgía, con vino abundante, pero lo de *«tú también serás embriagada»* no se refiere al vino material, sino a beber la copa del furor de la ira de Yahweh, como en tantos otros lugares del Antiguo y del Nuevo Testamento. Es curioso hallar aquí lo de *«serás encerrada»* (lit. *escondida),* pues hasta sus ruinas quedaron ocultas hasta que fueron descubiertas el año 1842. Buck, sin embargo, vierte el verbo *alam* por «desmayarse», y explica que «las tinieblas delante de los ojos parecen haber establecido la relación entre *cubrir y desmayarse*».

3. En dos figuras (vv. 12, 13) expresa Nahúm la facilidad con que va a caer Nínive: (A) *Como las brevas* maduras (v. 12) que, a poco que se sacuda la higuera, le caen en la boca al que la sacude. (B) Como un ejército de mujeres, sin entrenamiento ni valor guerreros, incapaces de defender una ciudad (v. 13). Con tan pequeña resistencia (¿exagerada poéticamente?) los enemigos entrarán sin hallar ningún obstáculo y prenderán fuego a la ciudad.

Versículos 14–19

1. Irónicamente (v. 14), Nahúm exhorta a los ninivitas a prepararse para la defensa de la ciudad; deben darse mucha prisa, y hacer más y más ladrillos, a fin de reparar prontamente las brechas abiertas por los enemigos en los muros. Pero, aunque los defensores lleguen a ser (vv. 15–17) tan numerosos como las langostas y las estrellas del cielo, serán atacados y destruidos precisamente como se ataca y se destruye a una plaga de langostas. La imagen que presentan los versículos 16 y 17 connota el hecho de que, «cuando hace frío, las langostas acampan en los muros en busca de un poco de calor y allí se quedan como aletargadas. Pero cuando llegan los primeros calores del sol, las langostas recobran su agilidad, levantan el vuelo y no se sabe adónde vuelan» (Buck).

2. Con una imagen frecuente en las Escrituras (v., por ej., Sal. 76:6), los *«pastores»* (v. 18), es decir, los reyes o gobernantes, y los *bravos guerreros «se han dormido» y «reposan»,* no en el sentido que dichos verbos tienen cuando se aplican a los justos que descansan de sus trabajos (v., por ej., Ap. 14:13), sino como «una expresión eufemística para decir que murieron (cf. Jer. 51:39, 57)» (Buck). Y, muertos los pastores, las «ovejas» se dispersaron (v. 18b) por los montes sin que haya quien las pueda volver a reunir.

3. *La fractura* (lit.) *es incurable* (v. 19); lo es: (A) porque el designio de Dios es irrevocable; (B) porque, en vez de acudir en ayuda suya, los pueblos sojuzgados por Asiria *batirán* (v. 19b) *palmas* de regocijo.

4. La última frase del versículo 19 *«porque, ¿sobre quién no pasó* (esto es, *no descargó) continuamente tu maldad?»* da la razón teológica del castigo de Nínive. «Su destrucción—dice Buck—es una vindicación de la santidad y justicia de Yahvé». Sin embargo, como hace notar Feinberg, «somos injustos con Dios si pensamos que eso era lo que Él prefería hacer con Asiria. Dios se deleita en bendecir, y sólo juzga cuando debe hacerlo … Pero Nínive escogió la vergüenza y la ruina» (v. Ro. 2:4–8). ¡No seamos complacientes con nosotros mismos! Digámoslo con palabras de nuestro Salvador: «*Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente*» (Lc. 13:3b, 5b).

HABACUC

Nada se sabe de la persona misma de Habacuc. Por la frase final de su profecía (3:19), hay quienes han querido ver en él un miembro de la casta sacerdotal, pero esa opinión se basa en un fundamento muy débil, inseguro. Su nombre propio se deriva del verbo *jabáq*, abrazar, en una forma especial (que Buck llama *Qatallul—Jabaqquq—),* pero el mismo Buck da como más probable la relación de dicho nombre «con el nombre neobabilónico jambaqu y con la palabra asiria jambaq, nombre de una planta de jardín», que podría ser la albahaca.

Se discute mucho sobre el tiempo en que profetizó. No se indica en el texto sagrado ni el reinado durante el que ejercitó su ministerio ni el reino (¿del norte o del sur?) en que lo hizo. Por eso, hay que tratar de deducirlo, de algún modo, del contenido mismo de su profecía. Hay quienes le han hecho coincidir con el reinado de Manasés o de Josías, pero lo más probable es que lo hiciese en tiempo de Joacim. Así piensa Feinberg. Buck, sin embargo, asegura que fue en el reinado de Josías, entre el 626 a. de C. (los caldeos entran en escena) y el 621, año de la reforma religiosa llevada a cabo por el mismo Josías. Según Feinberg, la descripción de los pecados de Israel y del talante de los caldeos situaría a Habacuc en un tiempo cercano a la deportación a Babilonia, con lo que este profeta sería contemporáneo de Jeremías.

La diferencia más notable entre Habacuc y la mayor parte de los profetas está—según el mismo Feinberg—en que su profecía es un relato de su propia experiencia espiritual con Dios. Los demás profetas hablaron a los hombres de parte de Dios, mientras que Habacuc habla con Dios acerca de la forma en que se comporta Dios con los hombres. En este sentido nos recuerda a Jonás entre los libros proféticos, y a Job entre los poéticos. Lo más notable es que «primaria y esencialmente es el profeta de la FE» (Feinberg). La clave de todo el libro está en 2:4b *(«mas el justo por su fe vivirá»*—comp. con Ro. 1:17b; Gá. 3:11; He. 10:38—). Su tema dominante (como el del Sal. 73) es la aflicción de los buenos y la prosperidad de los malos, para terminar justificando el proceder de Dios. «Así—dice Ryrie—el libro es una teodicea, una defensa de la bondad y del poder de Dios a la vista de la existencia del mal.»

El estilo de Habacuc es elegante, con gran riqueza de vocabulario. El capítulo 3 alcanza las cotas más altas de la poesía hebrea. Todo su lenguaje es hermoso. La comunión con Dios queda muy bien expresada y adornada con estos arreos literarios.

El libro puede dividirse en tres partes, una para cada capítulo:

I. Invasión de los caldeos (cap. 1).
II. Juicio de Dios contra los caldeos (cap. 2).
III. Venida del Señor y destrucción de los poderes hostiles del mundo (cap. 3).

CAPÍTULO 1

En este capítulo, el profeta se queja a Dios de la violencia que se pone por obra con el abuso de la justicia en el pueblo y las dificultades y problemas que, por ello, sufren las personas buenas (vv. 1–4). II. Dios responde, por medio de Él, y predice el castigo de los que así abusan de su poder (vv. 5–11). III. El profeta está aún apesadumbrado por los triunfos que los caldeos están consiguiendo (vv. 12–17), a lo que responderá Dios en el capítulo siguiente.

Versículos 1–4

1. La profecía es, como la de Nahúm, *«carga»* (v. 1), pero aquí lleva artículo: «*la carga»*, esto es, el vaticinio punitivo, puesto que predice castigos, no sólo contra los enemigos de Israel, sino también contra el propio Israel, pues todos ellos son culpables de muchos pecados. El profeta se lamenta ante Dios de la perversidad, violencia e injusticia que campan por sus respetos en Israel, mientras Dios parece no oír ni darse cuenta; al menos, no hace nada para evitarlo. Habacuc se siente celoso de la gloria de Dios, y representa así a los más piadosos del país. El mismo lenguaje se repetirá en los versículos 9 y 13, pero allí lo hace con referencia a los caldeos.

2. El reinado de Joaquín se caracterizó por la injusticia y la violencia (v. Jer. 22:3, 13–17—para una queja parecida, véanse Job 19:7; Jer. 12:1; 20:8—). El profeta *no puede* hacer nada, y Dios, al parecer, *no quiere.* Por eso, pregunta Habacuc: *«¿Hasta cuándo …?»* (v. 2). *«¿Por qué me haces ver iniquidad …?»* (v. 3). Siempre ha sido difícil de entender el silencio de Dios en tales o similares circunstancias. ¿Hay respuesta? ¡Sí, la hay! Pero, entretanto, *la ley* (v. 4) *es debilitada*, está sin fuerzas, como paralizada, ya que los jueces injustos la reducen a la impotencia. Tanto la vida como la hacienda de los mejores están inseguras. La impunidad envalentona—como siempre—a los malos (Ec. 8:11).

Versículos 5–11

1. Ahora, Dios responde a esta queja de Habacuc; y le dice que Él no es un espectador indiferente ante lo que está sucediendo. Podemos estar seguros de que Dios está más atento que nosotros a cuanto ocurre. Dios hace que Habacuc y todo Judá vuelvan la mirada al entorno de las naciones. La entrada de los caldeos en escena no es una mera coincidencia. El imperio asirio (con Nínive, su capital) ha sido destruido por Nabopolasar; este mismo, con su hijo Nabucodonosor, ha derrotado a Egipto, después de fundar el nuevo imperio babilónico. Es como para quedar *estupefactos* (v. 5, al final). Pablo cita dicha frase en Hechos 13:41, en forma de seria advertencia a sus oyentes.

2. El nuevo imperio caldeo va a caer sobre Judá, pero es Dios (v. 6) quien va preparando los acontecimientos. Es probable que, cuando el profeta decía esto, los caldeos se mostrasen aún amistosos (v. 2 R. 20:12–19), pero luego vendría la invasión en tres oleadas sucesivas: los tres asedios que Jerusalén había de sufrir, respectivamente, bajo Joacim, Joaquín y Sedequías. Habacuc ve ya venir a los caldeos.

3. ¿Quiénes eran los caldeos? Eran descendientes de algunos parientes próximos de los patriarcas de Israel, como puede verse por el cuadro genealógico siguiente:

Habacuc (v. 6) describe a los caldeos (hebr. *k^{e}sidim*, de Kesed) por medio de tres pinceladas: crueles, rápidos, de gran capacidad para maniobrar. De ahí (v. 7) que impongan horrible terror: *«formidable y terrible»*. Es un pueblo que impone en todas partes (v. 7b) su ley y autoridad. Sus jinetes (v. 8) se lanzan al ataque como bestias y como veloces aves de presa (se cumple así la amonestación de Moisés en Dt. 28:49).

4. Los versículos 9 y 10 están claros y no necesitan comentario. El versículo 11 está muy claro en la RV 1977 y recoge el sentido que Feinberg recomienda, haciéndonos recordar el dicho de «el derecho de la fuerza, en vez de la fuerza del derecho», que es el tácito lema de todos los dictadores y usurpadores. Lo mismo habían hecho los asirios (Is. 10:13, 14). Y Nabucodonosor no se iba a quedar atrás en esto (v. Dn. 4:30). Dice Feinberg: «Hacer de la fuerza un dios es cometer suicidio del alma».

Versículos 12–17

1. Una nueva perplejidad y una nueva queja de Habacuc, pues Judá va a ser castigado por medio de una nación que es más perversa que el pueblo de Dios. Los apelativos (v. 12) hablan por sí solos: *Jehová* (el YO SOY), *Santo* (que no puede hacer injusticias), *Roca* (refugio y sostén de Israel), parece sostener al *impío* (v. 13) caldeo. Con una fe tremenda, Habacuc asegura que el pueblo de Dios no morirá (v. 12b): «*No moriremos*» (comp. con Sal. 118:17), porque Dios es fiel a Su pacto. El profeta se apoya (v. 12) en dos bases: (A) Jehová ha sido *desde el principio mi Dios,* el Dios de Israel. (B) También es *mi Santo*—dice—, el Santo de Israel, que no deja impunes los pecados, ni los de Su pueblo ni los de los enemigos de Su pueblo. Por tanto (v. 12, al final), se comporta así para *disciplinar* a Israel. Pero (v. 13) ¿por medio de un pueblo más inicuo? ¡Gente que trata a los hombres (v. 14) como a peces sin defensa ni derechos, y como a gusanos y reptiles que no tienen príncipe que los proteja!

2. El versículo 15 nos presenta una vívida imagen, y continua con la figura de la pesca, de la invasión caldea, «que copa a los pueblos como peces indefensos» (Buck). El versículo 16 parece dar a entender que los caldeos ofrecían sacrificios a sus armas victoriosas, pero es más probable que haya de entenderse en sentido figurado: «los caldeos se glorifican a sí mismos, rinden culto a su propia fuerza y armas» (Buck). Es otra manera de decir que *hacen de su fuerza un dios* (v. 11, al final). ¿Continuará (v. 17) el caldeo su obra sin que nadie le pare los pies? Jehová dará su respuesta en el capítulo siguiente. Mientras tanto, resuena todavía el optimista grito de Habacuc (v. 12b): «*¡NO MORIREMOS!*» (comp. con Ef. 2:1–10).

CAPÍTULO 2

El profeta espera pacientemente la respuesta de Dios (v. 1), y, efectivamente, Dios se la da, y le dice: I. Que, después que haya llevado a cabo sus propósitos por medio de los caldeos, humillará y abatirá, no sólo al orgulloso monarca caldeo (Nabucodonosor), sino a la monarquía misma caldea (vv. 2–8). II. Que no sólo los caldeos habían de perecer, sino también todos los demás pecadores como ellos: 1. Los codiciosos de riquezas y honores (vv. 9–11). 2. Los opresores y los que se apoderan de lo ajeno por la fuerza (vv. 12–14). 3. Los que embriagan a sus prójimos para exponerlos a la vergüenza pública (vv. 15–17); y 4. Los que adoran y sirven a los ídolos (vv. 18–20).

Versículos 1–5

1. Como el centinela que vigila el exterior desde su puesto de guardia (v. 1), el profeta vela en espíritu, y aguarda la respuesta de Dios. No significa, pues, que Habacuc estuviese literalmente haciendo guardia en las almenas de Jerusalén. Los profetas son siempre «*atalayas*» (v. Is. 21:8, 11; Jer. 6:17; Ez. 3:17; 33:2, 3).

2. Mientras estaba así esperando, Habacuc recibe (v. 2), por revelación, la respuesta de Jehová: primero, en su mente y en su corazón; luego, de forma que la comunique al pueblo. Dios (v. 2) le manda grabar la visión en *tablas,* cosa corriente en aquellos tiempos (comp. con Is. 8:1). Así se hacían los anuncios en los mercados. La escritura ha de estar bien visible para poder leerla deprisa (lit. *para que pueda correr el que lea).* En efecto, el que lo lea correrá a comunicarlo con júbilo, porque es un mensaje de liberación, aun cuando tarde en cumplirse (comp. con He. 10:37, 38). Se cumplirá puntualmente *a su tiempo.* Dice Feinberg: «La demora está solamente en el corazón del hombre. Dios prepara los detalles de acuerdo con Su plan». «*La paciencia os es necesaria*»—dice el autor de la epístola a los hebreos (He. 10:36)—. No se trata aquí (v. 3) del final de los tiempos de los gentiles, sino del cumplimiento de la profecía en el curso de la historia, aunque en Hebreos 10:37 la última referencia es a la Segunda Venida, que debemos aguardar …

3. El versículo 4, «contraseña posterior del cristianismo» (Feinberg), es la clave del libro y el tema central de la Biblia. No se ponen aquí frente a frente dos clases de judíos, sino el orgulloso caldeo frente al piadoso y humilde «resto» (v. Sof. 3:12). Más bien que de «fidelidad» (Ryrie), se trata aquí de la *fe,* no como *acto,* sino como *actitud* constante: una confianza inconmovible en Dios. Dice Feinberg: «Frente a frente, muerte y vida: el orgullo lleva a la muerte (v. 5), porque no recibe por fe la gracia de Dios». Frente al humilde contentamiento y la espera en la providencia de Dios (v. Mt. 6:33), el orgullo es insaciable en

su ambición, *«ensancha su alma como el Seol»* (v. 5b): no se queda nunca satisfecho, sino que es como el Seol, que se traga a todos los que van muriendo. El Talmud asegura que en lo *«el justo por su fe vivirá»* se contienen todos los 613 preceptos dados en el Sinaí por Dios a Moisés. En Romanos 1:17 vemos que, de principio a fin, el justo se sostiene *por la fe;* el griego dice *ek písteos,* como reserva de donde saca todas sus fuerzas. Por cierto, la única interpretación posible de la frase de Habacuc no es que «el que es justo por la fe, vivirá», sino que *el justo vivirá,* es decir, se salvará de la ruina, etc., *por su fe* (hebr. *beemunató;* en virtud de, apoyado en, su fe). Dice Trenchard: «El israelita fiel podía poner su mano en la de Dios y pasar vivo por en medio de la tempestad». Así es como se salvaron los que, al obedecer a Dios y confiar en Él, marcharon al exilio: Daniel, Ezequiel, etc.

Versículos 6–20

1. Como hace notar Feinberg, los cinco ayes (vv. 6, 9, 12, 15, 18) contra el opresor caldeo se presentan simétricamente en cinco estrofas de tres versículos cada una. Estos ayes los pronuncian las naciones oprimidas que han sido mencionadas en el versículo 5 y, según explica el versículo 6, son *«refrán» o «proverbio»* (hebr. *mashál), «sarcasmos» o «sátiras mordientes»* (hebr. *melitsáh jidóth).* Dice Buck que el término *jidáh* (singular de *jidóth)* «designa los enigmas o juegos de ingenio con que la reina de Sabá puso a prueba a Salomón (1 R. 10:1); es sinónimo de *mashál* en Salmos 49:5; 78:2, y denota dichos oscuros e irrisorios».

2. Tenemos luego (v. 6b y ss.) una maldición contra la codicia. Los caldeos se han hecho con las riquezas de las naciones *(«prenda tras prenda»*—v. 6, al final—), como el usurero contra el que habla Deuteronomio 24:10. Pero (v. 7) *de repente* se va a levantar quien le hará devolver lo mal adquirido. En efecto, los medopersas atacaron *de repente* a los caldeos. *«Te harán temblar»*—añade (v. 7b)—. Los sacudirán, como el acreedor de Mateo 18:28. El vocablo hebreo para *«deudores»* (mejor, *acreedores)* es *noshekhey,* participio del verbo *nashak,* que significa «morder», y se aplica siempre a la mordedura de las serpientes, como hace notar Buck. Por eso, a estos infames y violentos *mordedores* les será aplicada (v. 8) la ley del talión.

3. Viene ahora el segundo ay: Maldición contra las ganancias ilícitas (vv. 9–11). Como dice Feinberg, la raíz del vocablo para *«injusta ganancia»* es «romper», como «es costumbre oriental con las piezas de plata u otros metales en las transacciones monetarias». Con esa comparación se ilustra lo de *ganancia ilícita. «Poner en alto el nido»* (v. 9b) es una imagen tomada del águila, la cual lo hace así como medida de seguridad contra el ataque de cualquier enemigo (comp. con Job 39:27; Jer. 49:16; Abd. v. 4). Pero quedará avergonzado (v. 10) y causará su propia ruina; *«habrá pecado»* (v. 10, hacia el final), lit. *estará pecando;* hebr. *joteh,* en participio y, según el sentido del verbo *jatáh,* está *errando el blanco y perjudicando a su propia alma* (comp. con Mt. 16:26; Mr. 8:36). La *casa* (v. 9a), esto es, el imperio caldeo, ha sido construido con injusticias. Por eso, el «edificio» mismo (v. 11 *clamará,* como la sangre de Abel (Gn. 4:10) y las piedras de Lucas 19:40.

4. Estamos ya ante el tercer ay (vv. 12–14), que podemos titular: «maldición contra la política de violencia» (Buck). Las ciudades caldeas habían sido construidas mediante conquistas injustas, matanzas masivas, deportaciones y trabajos forzados. Este es el sentido que, lo mismo que en Jeremías 22:13, tiene aquí (v. 12b) el vocablo hebreo *awlá,* que las versiones traducen por *injusticia.* No obstante, en este lugar, el sentido de tal vocablo es más genérico. De nada le va a servir (v. 13), pues Dios va a consumir con fuego todo eso (comp. con Jer. 51:58). La conexión con el versículo 14 sugiere una alusión a la escatología, ya que «esta gran profecía (la contenida en el v. 14), que ha de cumplirse en el reino milenario, es dada cinco veces en el Antiguo Testamento: Números 14:21; Salmos 72:19; Isaías 6:3; 11:9 y aquí» (Ryrie). Apocalipsis 11:15 entra aquí para marcar el final definitivo de Babilonia, como se ve por la cita de Isaías 11:9 en este versículo 14: Para que el conocimiento de la gloria de Jehová se extienda, es menester que los reinos del Maligno sean destruidos previamente.

5. El cuarto ay (vv. 15–17) puede llevar por título: «maldición contra la crueldad cínica del conquistador» (Buck). Los versículos 15 y 16 han de tomarse en sentido figurado. En Nahúm 3:11 la embriaguez era símbolo de la conquista de una nación mediante un ataque súbito. Los caldeos han seducido a otros pueblos con el señuelo del despojo, a fin de animarles a que se lancen a campañas de destrucción—de este modo, les *dan a beber del odre* (lit.) *del furor de Jehová,* dejándolos avergonzados—. Lo de *«muestra tu prepucio»* (v. 16b) equivale a decirle *«¡incircunciso!»,* insulto

corriente contra los filisteos (v., por ej., 1 S. 14:6). Dice Buck: «La incircuncisión de los paganos es considerada por los hebreos como un oprobio». La copa de retribución caerá sobre el caldeo con tal abundancia de «vino» que le hará *vomitar* (frase final del v. 16), o, como se dice en España, *¡devolver!* Eso será para los caldeos una gran deshonra o *afrenta.*

6. El versículo 17 describe la desolación llevada a cabo en Palestina: Han cortado los árboles porque les estorbaban en su campaña militar y para maderamen de construcción; han matado a los animales y, sobre todo, han destruido las ciudades y han hecho una gran matanza en sus habitantes (comp. con Is. 14:8). En el versículo 8 la frase se refería a todas las naciones, pero en el versículo 17 se refiere a Judá y Jerusalén.

7. En los versículos 18–20 tenemos el quinto y último ay del capítulo. Buck lo titula: «maldición contra el idólatra», el mayor pecado de todos. Para dar a entender la total inutilidad de los ídolos, pregunta Habacuc: *«¿De qué sirve …?»* Como si dijese: «¿Es útil para algo?» ¡De nada sirve! ¡Para ninguna cosa es útil! (comp. con Is. 44:9, 10; Jer. 2:11–13). El profeta dice (v. 18b) de la estatua de fundición *«que enseña mentira»* (lit. *maestro de mentiras;* hebr. *móreh shéquer).* De cierto eran «maestros de mentiras» los ídolos, por cuanto los oráculos que daban sus sacerdotes eran falsos o amañados de tal forma que, por su misma ambigüedad, no servían para nada. Permítaseme relatar uno de los que fueron dados en Delfos: Un joven que marchaba a la guerra pidió al dios Apolo que le declarase su suerte. Por medio de la sibila délfica le fue comunicada su suerte en una frase griega ambigua, que tanto él como sus padres entendieron del modo siguiente: «Irás, volverás, no morirás en la batalla». El joven, no obstante, murió en la guerra. Cuando los padres del muchacho fueron a quejarse a la sibila, recibieron la respuesta siguiente: Habéis leído mal; el oráculo decía «Irás, volverás no, morirás en la batalla».

8. Dichos oráculos, como acabamos de decir, eran pronunciados por los sacerdotes (o las sacerdotisas) de los ídolos, pero las estatuas mismas, como dice Habacuc (v. 19b), eran *mudas,* inertes y, por mucho que *las recubriesen de oro y plata, «no hay absolutamente ningún aliento* (hebr. *ruaj,* esto es, *hálito de vida) en medio de él»* (lit.), esto es, son cosa muerta, sin vida alguna. Lo del *«¡despiértate!»* del versículo 19a no puede menos de traernos a la memoria aquello de Elías (1 R. 18:27): *«tal vez duerme, y hay que despertarle»*.

9. En contraste con estos falsos dioses, cubiertos de oro y plata, pero *muertos,* está el Dios vivo y verdadero (v. 20), que todo lo ve y controla. No está escondido bajo oro ni plata, sino *en su santo templo,* en el cielo—presto a ayudar y salvar—. Ante Él, individuos y naciones han de *callar,* esto es, aguardar expectantes a que Él hable, sometiéndose todos en silencio a sus justos juicios (v. Sof. 1:7; Zac. 2:17). Dice Buck: «El profeta pide *silencio,* un silencio de reverencia y de pasmo, porque Jehová está para bajar».

CAPÍTULO 3

En este capítulo: I. Habacuc ruega a Dios con vehemencia que socorra al pueblo en su aflicción, que se apresure a libertarlos y, entretanto, que los consuele (vv. 1, 2). II. Hace memoria de las experiencias que Israel había tenido de las gloriosas manifestaciones de Dios a favor de Su pueblo (vv. 3–15). III. El profeta muestra su santa preocupación por la presente condición de Israel, pero se anima a sí mismo y a otros a esperar que el resultado sea, en fin de cuentas, glorioso, aun cuando fracasen todos los medios visibles (vv. 16–19).

Versículos 1–10

1. Poema de oración (hebr. *t^{e}filláh)* y alabanza; aun cuando la oración propiamente dicha ocupa únicamente el versículo 2. El profeta ora por la rápida liberación del pueblo de Dios, y después expresa su firme confianza en un Dios que no cambia. Tenemos ideas semejantes en Deuteronomio 33:25; Jueces 5:4, 5; Salmos 68:7, 8; 77:13–20; 114 (todo él); Isaías 63:11–14. El comienzo, el final y los intercalados *Selah* (vv. 3, 9 y 13) nos dicen que fue compuesto para el culto público. Otros detalles que corroboran esa afirmación son: (A) El vocablo mismo *t^{e}filláh,* que es el singular de *t^{e}fillim,* bajo el que figuran en la

Biblia Hebrea los *Salmos.* (B) La última expresión del versículo 1 es, en el hebreo, *shigyonoth,* cuyo singular, *shiggayón,* aparece como título del salmo 7. La raíz de ese vocablo es el verbo *shagá,* que significa «extraviarse», pero también «serpear» o «hacer eses» (como decimos de los borrachos), por lo que su significado podría ser, a mi juicio, *tonadillas variantes,* cantadas «con gran excitación, en tono triunfal» (Feinberg). Habacuc lo siente íntimamente, no como espectador, sino como actor.

2. Ante la obra de Dios, una persona temerosa de Dios siente pavor. Por eso, el profeta pide (v. 2) que Jehová se manifieste como es. *«He oído*—dice—lo *que tú haces oír»* (lit.). Por eso, ruega: *«¡Aviva tu obra …!»,* es decir, «el programa de juicio sobre Judá y, después, sobre Babilonia, que Dios mismo ha declarado» (Ryrie). Pide que, *en medio de* esos *tiempos calamitosos, castigue a los enemigos* (y a Judá), *pero que aun en medio de Su ira, se acuerde de tener compasión* con Su pueblo.

3. Temán (v. 3), capital de Edom, estaba al sur; y Parán, al otro lado, estaba separada de Temán por el valle de Gor. 1 Reyes 11:18 indica que estaba entre Madián y Egipto. Como Parán designa, en realidad, toda la región montañosa entre Edom y el Sinaí, Habacuc alude aquí a la salida de Egipto y a la promulgación de la Ley en el Sinaí. Lo confirma el versículo 4 con sus imágenes tomadas de las tormentas durante las cuales tienen lugar las teofanías. La luz es como el vestido de Jehová (v. Sal. 104:2). *Peste y fuego* (v. 5) nos recuerdan las plagas de Egipto, así como la forma en que Dios purifica a los Suyos (1 Co. 3:13–15; He. 12:29).

4. Como en todas las porciones apocalípticas (comp. con Ap. 6:12 y ss.), se describen aquí muchos fenómenos cósmicos. La última frase del versículo 6, *«Son sus caminos de siempre»,* puede significar: (A) que ése es siempre el modo de obrar de Dios; (B) que siempre camina *por collados humillados* (de la frase anterior—v. 6d—), lo que nos proporcionaría base para una interesante consideración devocional (comp. con Lc. 3:5b). El versículo 7 nos presenta consternados, en sus tiendas de nómadas, a los etíopes *(Cusán)* y los madianitas.

5. En el versículo 8, Jehová aparece marchando «montado» sobre los elementos (nubes y vientos—comp. con Sal. 104:4—), para secar el mar Rojo y el río Jordán. En el versículo 9 le vemos *sacando («se descubrió»)* de su funda el *arco y* lanza los rayos como flechas de su aljaba. La segunda frase del versículo 9 dice lacónicamente en el hebreo: *sh^{e}buoth matthoth omér;* lit. *«juramentos de las varas de palabra»*. Tanto Hertz como Feinberg citan Deuteronomio 32:40–42; no veo con qué objeto. Se han dado hasta unas cien versiones de tan difícil frase. Feinberg traduce: *«Jurados estaban los castigos de tu palabra»*. Hertz: *«castigos jurados de acuerdo con la promesa»*. Buck acepta la lectura que siguieron los LXX: *«De saetas sacias su cuerda* (la del arco)». Reina y Valera tomaron lo de *«varas»* como símbolo de las respectivas tribus de Israel; de ahí la traducción que aparece en nuestras versiones: *«Los juramentos a las tribus fueron palabra segura»* (que, por cierto, hace muy buen sentido en el contexto). La última frase del versículo 9, *«Hendiste la tierra con ríos»,* indica que «la tormenta se descarga con una lluvia torrencial» (Buck). La poesía del pasaje llega en el versículo 10 a una belleza fabulosa: *«Te vieron y se retorcieron de dolor los montes. Se desbordó la tormenta de las aguas. Dio el abismo* (hebr. *tehom) su voz y levantó en alto sus manos»* (lit.). Se contempla el terremoto, el rugido del mar y el subir y bajar de las olas de un mar embravecido.

Versículos 11–15

1. Dios interviene a favor de Su pueblo como lo hizo en tiempo de Josué (comp. v. 11a con Jos. 10:12). Las *saetas* y la *lanza* del versículo 11b designan, respectivamente, los rayos y los relámpagos de la tempestad. En el versículo 12 el poeta-profeta cambia de imágenes: la figura es de aplastar a las naciones *trillándolas,* pues «el verbo significa trillar con animales, haciéndolos pasar por encima del cereal» (Buck). ¿Quién es el *ungido* del versículo 13b? ¿El rey, el pueblo escogido o el Mesías? Lo más probable, como opinan Feinberg y Hertz (comp. con Sal. 105:15), es que se trate del pueblo escogido, Israel. La *«cabeza»* se refiere al rey; la *«casa»* es la dinastía; *«el impío»* es el opresor, y la frase final del versículo 13, *«para descubrir el cimiento hasta el cuello»* (lit.), con lo que se designa una destrucción total, puede ser una imagen de la vergüenza de una mujer al levantarle las faldas hasta el rostro. Dice *«hasta el cuello»,* porque el techado, o *cabeza* que cubría y protegía, ha sido previamente desmontado y destruido; ahora, pues, se lleva a cabo la demolición de lo que aún quedaba.

2. En el versículo 14 Habacuc se identifica con el pueblo y se considera a sí mismo como una oveja acosada por el lobo, el cual, después de atrapar a la oveja, «se la lleva a su guarida para devorarla allí

(comp. Sal. 10:9)» (Buck). La «oveja», el *«pobre»* (v. 14c), es Israel, con quien el profeta se está identificando. Pero vemos en la primera frase de ese versículo 14 que los enemigos se destruyen a sí mismos con las armas con que acometen a Israel (comp. con 1 S. 14:20 y 2 Cr. 20:23, 24, donde ocurrió algo parecido). El versículo 15 puede entenderse de dos maneras: (A) Como refiriéndose a las victorias que Dios consiguió para Israel en la ocupación de Canaán, al leer: *«Caminaste HASTA el mar* (Mediterráneo) *con tus caballos»*. Así lo entiende M. Henry. (B) Como refiriéndose al paso del mar Rojo (Éx. cap. 14). Así lo entienden todos los autores modernos.

Versículos 16–19

Se describe la impresión que todo esto hace en Habacuc, con lo que el versículo 16 empalma con el versículo 2, como una respuesta a la oración de allí.

1. Cuando el profeta (v. 16) oye el bramido de las olas y el crepitar de los truenos en la tormenta en la que Jehová se revela, experimenta en su interior una convulsión similar a la de la naturaleza. Como dice Driver, «su corazón acelera sus palpitaciones, sus dientes rechinan y se siente próximo al colapso. El *temblar* de los labios se expresa con un verbo que significa *zumbar (retiñir* los oídos, en 1 S. 3:11; Jer. 19:3)—ingl. *quiver*, vibrar, temblar, estremecerse—». La *«pudrición» («caries»,* en la RV 1977) indica que los huesos, a causa del miedo, son incapaces de sostener el cuerpo. El hebreo *raqáb* es traducido por Buck como *escalofrío* en este versículo, pero él mismo lo traduce por *carcoma* en Oseas 5:12. En este mismo sentido de *carcoma («carcoma de los huesos»)* aparece en Proverbios 12:4 (referido a la mujer mala) y 14:30 (referido a la envidia).

2. La última parte de este versículo les resulta difícil a los autores, incluso a los más expertos rabinos como Hertz, quien recomienda la interpretación, en forma de paráfrasis, de Driver: *«Para que yo descanse, esperando tranquilo el día de la angustia …»,* esto es, el día del juicio descrito en los versículos anteriores. Este día aparece personificado al final del versículo en un ejército invasor (comp. con Ap. 16:14–16; 17:14; 19:14–21). Ryrie sugiere como más probable la siguiente versión de las dos últimas frases del versículo 16: «Para que yo descanse tranquilamente en el día de la angustia cuando Él suba contra el pueblo que nos invadirá». Si comparamos la frase *«el día de la angustia»* con Jeremías 30:7 *(¡cuán grande es aquel día … tiempo de angustia para Jacob!),* vemos aquí una clara alusión a la Gran Tribulación, y todo apunta a la final liberación en la que desemboca la batalla de Armagedón—Ap. 16:16—). Ese *temor de Jehová* que es *gozo en Jehová* (v. 18) para los que en confían Dios, siempre culmina en una paz y un regocijo como el de Habacuc, y sirve de modelo y aliento para nosotros, pues muestra que los que siembran con lágrimas, cosechan con regocijo.

3. El profeta (v. 17) piensa en las serias consecuencias de una batalla de tal calibre, librada en Palestina, aunque tal batalla tenga por feliz resultado la destrucción del enemigo: Higueras, vides, olivos y mieses … todo ha quedado completamente destruido; el hambre hace morir el ganado, con lo que cesan los sacrificios. Toda la tierra ha quedado completamente devastada. Nótese la destrucción de los tres principales símbolos de Israel: la higuera (Lc. 13), la vid (Jn. 15) y el olivo (Zac. 4). El contraste de este panorama de destrucción con la reacción del profeta en el versículo 18 es fabuloso: *«Pero, en cuanto a mí* (lit. Y yo—enfático en el original—), *en Jehová me regocijaré, y exultaré en el Dios de mi salvación»* (comp. con Mi. 7:7, *«espero al Dios de mi salvación»).* Aunque todo se hunda, al profeta no le falta la confianza, y todo lo da por bien perdido, con tal que brille la gloria de Dios en la salvación de su pueblo, con el que Habacuc se identifica.

4. ¿A qué se debe esa actitud santa, generosa, abnegada, de Habacuc? A que (v. 19) *Jehová Adonay es su fuerza.* Dios es la fuente inagotable de confianza para Su pueblo y el que capacita a Israel para que soporte impávido todas las persecuciones y todos los sufrimientos hasta que venga el día de la gran liberación. Este versículo 19 nos trae a la memoria aquello del Salmo 18:34: *«Quien adiestra mis manos para la batalla, para entesar con mis brazos el arco de bronce»*. Y continúa el salmista en el versículo siguiente: *«Me diste asimismo el ESCUDO de tu salvación»*. Los dardos venían de frente; ahora apuntan más arriba, por lo que Pablo (Ef. 6:16, 17, cita de Is. 59:17, en un contexto de *«justicia de Dios»*) habla de *«escudo de la fe» y «yelmo de la salvación»*.

5. Hay un detalle muy interesante en la segunda frase del versículo 19. Dice el profeta de Jehová Adonay: *«El cual hace mis pies como los de las ciervas»*. Igual que en el Salmo 18:33 (v. 34 en la Biblia Hebrea), el nombre está en femenino. La razón es que los pies de las ciervas, las hembras, son más

derechos y firmes, según afirma Jarchi, que los de los ciervos. La figura, pues, parece indicar primordialmente agilidad, pero Davidson hace notar que «aquí, la comparación indica la frescura de vida, el poder y la confianza en la acción, que se sienten como sacados de Dios». Las *«alturas»* a las que alude la frase final son las montañas de Judá, por las que marcharán los hombres del país en triunfo y sin oposición de ningún enemigo. Dice Buck: «Para triunfar sobre todos los enemigos se necesita fuerza militar, rapidez guerrera y supremacía; y el profeta espera confiadamente que Jehová le conceda a él y a su pueblo todos estos dones».

6. Al final del capítulo hay dos palabras hebreas: *lamnatséaj binguinotay*, «*para el músico principal, con mis instrumentos de cuerda»* (lit.). El músico principal era el maestro del canto o «director del coro», como diríamos hoy. Este final, que aparece en letra más pequeña en nuestra Reina Valera, parece dar a entender—como el versículo 1—que esta especie de oda formaba parte de la colección de oraciones usadas en el templo, puestas en polifonía por el director del coro. Recuérdese que el canto era antifonal, conducido por los sacerdotes y respondido por los levitas con instrumentos musicales. Dice Hertz: «La afirmación de fe con que termina el libro se ha entretejido con las características del pueblo de Israel y es una de las principales causas de su supervivencia».

7. Ya que, oficialmente, el comentario es de M. Henry, queremos que él diga las últimas palabras. Termina así su comentario a los dos últimos versículos (18 y 19): «Los que, cuando se sentían llenos, se regocijaban *en Dios por todo,* cuando se sienten vacíos se pueden regocijar *por todo en Dios y,* sentados sobre un montón de ruinas, cantar alabanzas a la gloria de Dios. Ésta es la base principal de nuestro gozo en el Señor, que éÉl es el Dios de nuestra eterna salvación y, al ser así, podemos regocijarnos en Él en medio de nuestros mayores apuros, puesto que esos apuros no pueden impedir nuestra salvación, sino, por el contrario, ayudar a ella y promoverla. El gozo en Dios nunca está fuera de tiempo ni lugar, más aún, nunca está en mejor sazón que cuando en el mundo nos encontramos con pérdidas y cruces, pues es entonces cuando se muestra que nuestro corazón no está puesto en las cosas de este mundo, ni ligada a ellas nuestra felicidad. El que es el *Dios de nuestra salvación* en el mundo de arriba, será nuestra fuerza en este mundo de abajo, para llevarnos allá en nuestro caminar y ayudarnos a remontar las dificultades y la oposición que nos salgan al encuentro en nuestro viaje. Por eso, el profeta, que había comenzado su oración con temor y temblor, la concluye con gozo triunfal, puesto que, para un alma buena, la oración es el alivio del corazón. Comenzó con *Sigyonoth, tonos diversos,* tonos de lamentación, y termina con *Neguinoth, instrumentos de cuerda.* Quien está afligido y ha orado correctamente, puede entonces sentirse tan cómodo, puede entonces estar tan alegre como para entonar salmos».

SOFONÍAS

Sofonías (hebr. *Tsefanyah)* significa «Dios oculta», en el sentido de «Dios protege». Su genealogía se remonta (1:1) nada menos que a la cuarta generación, cosa no corriente. A pesar de que su padre se llamaba *Kushí*, «etíope», Sofonías era tataranieto del rey Ezequías y sobrino tercero de Josías, aunque era más viejo que éste, pues no cabe duda de que profetizó durante la niñez de Josías, antes de la reforma del 621 a. de C., fecha en que Josías tenía 28 años. Su bisabuelo Amarías debió de morir antes que su hermano Manasés subiese al trono a los 12 años de edad.

Profetizó, pues, Sofonías medio siglo después de Nahúm. Contra la opinión de Buck, piensa Feinberg que la reforma de Josías había empezado ya, pero había afectado sólo a un pequeño remanente, con lo que la condición masiva de Israel continuaba siendo la descrita en el capítulo 1 de este libro y en Jeremías. Aun predominaba el externalismo, y la reforma fue seguida de una fuerte reacción en contra. Sin embargo, se presenta una objeción a la opinión de Feinberg precisamente en la omisión que en Sofonías se advierte acerca de dicha reforma. Por otra parte, un punto a favor de Feinberg es el rápido deterioro que se advierte en los reinados de los sucesores de Josías. Lo cierto es que el pueblo de Judá estaba maduro para el juicio de Dios.

Sofonías ha sido considerado, en cuanto a su profecía, uno de los más difíciles de entender entre los profetas. Quizás esta dificultad se deba simplemente a que los autores tardan en percibir el punto focal de su mensaje: *«El día de Jehová»*, frase que repite más que cualquier otro de los profetas.

La división del libro es como sigue:

I. En el capítulo primero, Sofonías anuncia el juicio, y lo centra particularmente en Judá.

II. En el capítulo segundo predice el juicio contra diversos pueblos, tras de una exhortación al arrepentimiento.

III. En el capítulo tercero y último, después de un breve mensaje de juicio sobre Jerusalén, promete la futura gloria del remanente de un Israel restaurado en los últimos días.

Un escritor del siglo XVI dijo: «El que quiera tener, en breve compendio, todos los oráculos secretos de los profetas, que estudie Sofonías». En tiempos de Nahúm el enemigo era Nínive (la capital de Asiria); en los de Sofonías, Babilonia (capital de Caldea).

CAPÍTULO 1

En este capítulo, después del título del libro (v. 1), tenemos: I. Amenaza de destrucción de Judá y Jerusalén a manos de los caldeos (vv. 2–4). II. El cargo que se hace contra ellas por su gran pecado (vv. 5, 6); y así continúa en el resto del capítulo, diciéndoles: III. Que no han de protestar, sino callarse, puesto que han pecado grandemente (vv. 7–9), y que han de aullar porque su desgracia será también muy grande (vv. 10–18).

Versículos 1–6

1. Tras del versículo 1, que lleva el título del libro, y del que no hay más que explicar, comienza abruptamente el oráculo *(«palabra de Jehová»*—v. 1—) de Sofonías, y anuncia (v. 2) la destrucción universal. Dios va a destruir todo ser viviente *de sobre la faz de la tierra.* En el versículo 3 se detallan las especies, a fin de poner de relieve el terror y la universalidad del castigo. Hubo ya anteriormente una destrucción total por medio del agua en los días de Noé, a causa de la universalidad del pecado (comp. 1:2, 3 con Gn. 6:7). Habrá, al final, una destrucción también total por medio del fuego (2 P. 3:10–12).

2. Se centra el juicio de Dios sobre Judá y Jerusalén, a causa de lo que Buck llama «sincretismo religioso». *Baal* (que, como sabemos, significa «señor» o «amo») era el dios de los cananeos, y ya fue adorado por los israelitas en tiempos de los jueces (v. Jue. 2:13). El reinado de Manasés se había caracterizado por este culto a Baal (v. 2 Cr. 3:33). Su nieto Josías había destruido los ídolos o imágenes de Baal (v. 2 Cr. 34:4), así como los de la deidad femenina cananea Aserá o Astarté. El culto a estas deidades estaba mezclado, como también sabemos, con prácticas groseramente inmorales.

3. *«Los restos de Baal»* (v. 4b) significa todo lo que quedaba del culto idolátrico en general. De aquí podría inferirse que ya había comenzado la reforma llevada a cabo por el rey Josías. Pero la idolatría sólo quedó arrancada de cuajo de Israel después de la cautividad de Babilonia. Dice (v. 4b) que va a *exterminar de este lugar* (de Judá y de Jerusalén) *los nombres de los sacerdotes idólatras* (hebr. *k^{e}marim*, llamados así por sus *negros* ornamentos—v. Os. 4:4—) *con los sacerdotes* de Jehová (hebr. *kohanim)* que se hayan involucrado en el culto idolátrico.

4. El versículo 5 menciona, entre los idólatras *«a los que sobre los terrados* (para tener una panorámica más amplia del firmamento) *se postran* (en gesto de adoración) *al ejército del cielo»;* era un culto, por decirlo así, astrológico; y, por cierto, la práctica de la astrología, en su forma predictiva y, por tanto, supersticiosa, era corriente ya entre los antiguos y sigue siéndolo entre los modernos. Este culto fue llamado «sabeanismo» y se practicaba especialmente en el oriente (v. la admonición, sin resultado, de Moisés en Dt. 4:19). Otros, como suele decirse, «encendían una vela a Dios, y otra al diablo», pues (v. 5b) *«juraban por Jehová y juraban por Milcom»* (esto es, Moloc o Mólec). Salomón (v. 1 R. 11:7) llegó a erigir en Jerusalén un altar a este dios de los amonitas. En el versículo 6 se llega a la *apostasía.* El verbo hebreo *sug* significa «rebelarse, apartarse, apostatar» (Buck). De los que así *se apartan* se dice (pues no son grupos aparte) que *«no buscan a Jehová,* es decir, ya no se dirigen al verdadero Dios para honrarle, orarle ni servirle, *ni le consultan,* en busca de Su dirección».

Versículos 7–13

1. Ahora (v. 7) Sofonías apela al silencio (comp. con Hab. 2:20) y anuncia que *«el día de Jehová está cercano»,* al alcance de la mano, en etapas sucesivas, preliminares, de juicio. Sofonías habla del mismo acontecimiento que Joel (Jl. 1:15) y Abdías (Abd. v. 15). La víctima del *«sacrificio»* mencionado en los versículos 7 y 8 va a ser Judá, y los *«convidados»* de que habla al final del versículo 7 son los caldeos. Dice que *los ha santificado,* esto es, «consagrado», para que puedan asistir a tal *sacrificio* (v. Is. 13:3; 34:6; Jer. 46:10; Ez. 39:17). Las pinceladas finales se hallan en Apocalipsis 19:17, 18. ¡Qué amargo tiene que ser el juicio, para que Sofonías use las expresiones que emplea en los versículos siguientes!

2. Los primeros en ser castigados van a ser (v. 8) *los príncipes,* esto es, los nobles, todos los cuales, incluidos los de la familia real, han adoptado las costumbres extranjeras paganas, idolátricas e inmorales. Los *«hijos del rey»* no son los hijos de Josías, todavía muy joven, sino los príncipes de sangre real, aun cuando también podría referirse, prolépticamente, a los hijos mismos de Josías en el tiempo en que se

cumpla esta profecía. No obstante, es más probable la primera alternativa, ya que los LXX vierten *«la casa del rey»*. Lo de *vestido extranjero* (al final del v. 8) podría referirse a la indumentaria que usaban en el culto a los ídolos, aunque es más probable la sugerencia de Ryrie: *«vestido extranjero.* Señal de apostasía, porque el vestido judío, con su cinta azul, tenía un significado espiritual (cf. Nm. 15:38, 39)».

3. En el versículo 9, Sofonías denuncia los crímenes de explotación, robo y rapiña (robo con violencia o por sorpresa). Esta violencia de rapiña está explícita en la segunda parte del versículo 9. En cuanto a *«los que saltan por encima de la puerta»* (primera parte de dicho versículo), dice Ryrie: «corren a robar en las casas de la gente, y evitan pisar el umbral para no provocar a los dioses que, según se suponía, eran los guardianes de la casa».

4. En los versículos 10 y 11, los mercaderes malvados, que se han enriquecido injustamente, son amonestados con gran severidad. Se describe aquí la agonía que sufre la ciudad en toda su extensión, es decir, desde todos los puntos vulnerables de Jerusalén. El primero de ellos era (v. 10) *la puerta del Pescado* al norte de la ciudad—por ahí entró Nabucodonosor—, llamada así por su proximidad al mercado del pescado traído del lago de Tiberíades y del Jordán. Después fue llamada (y lo es todavía) «la Puerta de Damasco». La segunda puerta estaba en el segundo distrito de la ciudad, sobre el collado de Acrá, donde vivió la profetisa Juldá (v. 2 R. 22:14). A estos *aullidos* se unirá el *«gran quebrantamiento»* (v. 10, al final), es decir, sobre los tres collados intramuros: el Moria, el Sion y el Ofel. Así se indica el progresivo avance del enemigo hasta ocupar las posiciones centrales. *Maktésh* (v. 11) no es, según Feinberg, un nombre propio y significa simplemente *mortero.* Sin embargo, la mayoría de los autores lo toman como nombre propio para designar un barrio de la ciudad nueva. Dice Ryrie: «*Mortero.* Un distrito de Jerusalén ubicado en un hoyo. Es probable que el vocablo contenga una alusión a la forma en que los habitantes habían de ser golpeados y molidos». Se llama al pueblo (v. 11b) *mercader* (hebr. *k^{e}naán)* porque obraban como los cananeos o fenicios (Os. 12:7 usa la misma designación).

5. Los versículos 12 y 13 van dirigidos a los negligentes, alegres y confiados *(«sentados sobre sus heces»*—¡viva imagen de la indolencia!—), los cuales negaban la providencia de Dios (v. 12, al final). El original dice literalmente: *«No hará bien Jehová ni hará mal»,* lo cual puede entenderse de dos maneras: (A) Como expresión de indiferencia: *«Jehová no se preocupa de nosotros»;* (B) como expresión de impaciencia y de impotencia: «No hay nada que hacer, pues Jehová no viene en ayuda nuestra ni en castigo del enemigo». Es mucho más probable la primera interpretación. De éstos dice el v. 13 que recibirán el castigo que se merecen: *«serán saqueados sus bienes, y sus casas asoladas, etc.»*.

Versículos 14–18

1. Cada una de las calamidades ocurridas durante los reinados de los sucesores de Josías era una prefiguración del Día Final (vv. 14–16), *el Día de Jehová («día grande de Jehová»*—v. 14—). Puede compararse, especialmente, con Joel 2:11, para percatarse de esa prefiguración. Se le llama *grande* por sus efectos. Por eso, hasta los *valientes* (hebr. *guibor;* lit. *el fuerte,* como en Is. 9:6) *gritarán* espantados (v. 14, al final). Es tremendo el énfasis de los versículos 15 y 16. La frase inicial del versículo 15 *(«Día de ira aquel día»)* sirvió de base a Tomás de Celano para componer, en el año 1250, el famoso himno *«Dies irae, dies illa»,* que aparece en la liturgia funeral de la Iglesia de Roma y contiene estrofas de gran efecto sentimental.

2. Incapaces de hallar escape, los habitantes de Judá y Jerusalén (v. 17) *irán como ciegos* (v. Dt. 28:29). El castigo será tan severo que sus vidas no tendrán valor alguno (vv. 17b, 18). «Los juicios de Dios son terribles—dice Feinberg—, pero ¡cuán inefablemente dulce es Su gracia, que Él ha manifestado a culpables pecadores!» Como advierte el mismo Feinberg, en los días de Josías y de Sofonías, había en Judá quienes no buscaban a Dios por maldad o por indiferencia. Según Romanos 10, Pablo indica que hay quienes no le buscan, porque no se les ha predicado debidamente el Evangelio de la gracia redentora mediante la obra del Calvario. ¡Qué responsabilidad tan grande para todos los creyentes, especialmente para los ministros del Señor!

CAPÍTULO 2

I. Una vehemente exhortación a la nación para que se arrepientan y hagan las paces con Dios (vv. 1–3). II. Los juicios de Dios contra algunas naciones vecinas que habían contribuido a la calamidad de Israel o se habían regocijado en ella: 1. Los filisteos (vv. 4–7). 2. Los moabitas y amonitas (vv. 8–11). 3. Los etíopes y asirios (vv. 12–15).

Versículos 1–7

1. Judá es exhortada (v. 1) al arrepentimiento antes que venga el juicio de Dios. Es convocada corporativamente: *«nación»* (hebr. *hagoy*, con artículo, en sentido de exclamación: *¡oh nación!*)—¡como los *goim*, los gentiles o paganos, por sus prácticas; de ahí que la llame *«nación sin pudor»*, sin vergüenza—. Se la convoca a meditar y darse cuenta del inminente juicio antes de que éste sea ejecutado (v. 2) y *sean como el tamo* que se lleva el viento (comp. con Sal. 1:4). Nótese la repetición (v. 2b): «… *el furor de la ira … el día de la ira …».*

2. *«Buscad a Jehová … buscad justicia …»* (v. 3) son expresiones que implican el tratar de conocer el carácter de Dios según se ha revelado en la historia, especialmente en el Éxodo, y procurar poner la conducta en armonía con las responsabilidades derivadas del pacto que Jehová se dignó concertar con Su pueblo. Los *humildes* son los que carecen de fuerza, de poder y de influencia social, que tienen pocos derechos que defender y no se sienten autosuficientes frente a Dios. No se trata aquí de *legalismo,* sino de obediencia humilde. Ellos son los *anawim* (mezcla de pobreza, humildad y mansedumbre) *de Jehová,* que aceptan sumisos las implicaciones del pacto; de este modo, la humilde *mansedumbre* hace resaltar la fuerza de una *fe* que se entrega en manos de Dios, sin confiar para nada en las propias fuerzas. Dios los vindicará como a Moisés (v. Nm. 12:3 y ss.). El *«quizá»* de la última frase del versículo 3 no indica duda; podría compararse a la frase de Pedro en 1 Pedro 4:17, 18: «*Si el justo con dificultad se salva …».* Lo de *«quedar resguardados»* connota la idea de un tesoro escondido para ser protegido, no para campar por sus respetos con una falsa confianza pensando engañar a Dios.

3. Judá puede escarmentar en cabeza ajena al ver el juicio (v. 4) que caerá sobre las ciudades de los filisteos, por sorpresa, cuando deberían estar alerta—o a la hora de la siesta—. El profeta hace juegos de palabras con los nombres de las ciudades: *Gaza* (hebr. *azzá*, fortaleza) *será desamparada* (hebr. *azzubáh); Ecrón* (hebr. *eqrón*, firmemente arraigada) *será desarraigada* (hebr. *teaquér).* Por otra parte, *Ascalón y Asdod* se habían hecho famosas por su tenaz resistencia. De ellas dice Buck: *«Asquelón:* al parecer, los judíos nunca lograron apoderarse de esta ciudad (cf. Jue. 1:18). Sólo los asirios la atacaron repetidamente con éxito. Hacia el 600 a. de C. la destruyó Nabucodonosor. *Asdod:* independiente hasta su conquista por Tiglat-piléser III y Sargón. Más tarde, tras veintinueve años de sitio, según Herodoto *(Hist.* II 157), fue conquistada por el faraón Psammético I (666–610a. de C.)».

4. Pero esas ciudades no van a ser las únicas en ser destruidas. El juicio de Dios va a caer (vv. 5–7) sobre Palestina entera *(«tierra de los filisteos»*—v. 5c—), al tener en cuenta que los filisteos invadieron Canaán desde una base de Creta *(«el pueblo de los cereteos»*—v. 5a—). Puesto que David les hizo retroceder (2 S. 5:17–25, 8:1), el juicio podrá incluir también a Judá (1:4–9; 2:1). Para Sofonías, hombre de la ciudad, las expresiones del versículo 6 indican *desolación completa.* En el versículo 7 comienza el tema del «remanente», tema que se desarrolla en 3:11–20. Este remanente tendrá pastos y cobijo suficientes allí. El verbo *«visitará»,* en la penúltima frase del versículo 7, es el mismo verbo (hebr. *paqád)* de 1:8 pero el sentido es muy diferente, como se ve por el contexto: en 1:8, significa *castigar;* en 2:7c significa *intervenir a favor de.* En ambos casos hay una *intervención* de Dios; de ahí el uso del mismo verbo; en el primer caso, en contra; en el segundo, a favor. Al fin y al cabo, lo mismo ocurre con nuestro verbo castellano *visitar:* hay visitas *deseables y* visitas *indeseables.*

Versículos 8–15

1. Viene ahora (vv. 8–11) un oráculo contra Moab y Amón. Es muy probable que el versículo 8 se refiera a toda una historia de hostilidades entre vecinos, más bien que a un episodio particular. El castigo de Moab y Amón (v. 9) es mucho más terrible que el de Palestina (o Filistea). El versículo 10 repite los motivos de castigo que aparecen en el versículo 8. El *«destruirá»* de la segunda frase del versículo 11 es el verbo hebreo *razáh*, que significa literalmente «hacer enflaquecer», verbo muy expresivo en este contexto, pues el sentido es que no habrá quien ofrezca sacrificios *a los dioses de la tierra,* con lo que

éstos «se morirán de hambre». Lo de *«cada una desde su lugar»* (v. 11, hacia el final), puede referirse a los dioses desde sus templos (comp. con 1 S. 5:3 y ss.) o a los países. Esta adoración *universal* a Jehová, el Dios de Israel, apunta hacia el futuro, a la conversión de estas naciones en una fase previa al día en que, según Isaías 2:2–4 y Zacarías 14:16, «todos los pueblos se mueven de su territorio para adorar al verdadero Dios en Jerusalén» (Buck).

2. Viene después un oráculo (v. 12) contra Etiopía. Es tan breve y abstracto que hay quienes piensan que tenemos aquí solamente un corto fragmento del oráculo original. Podría referirse a Egipto (el sur), donde la XXV dinastía fue etíope (años 712–663 a. de C.). No sabemos cuáles serían los sentimientos de Sofonías al pronunciar este terrible mensaje contra los *kushim* (etíopes), cuando el nombre propio de su mismo padre era *Kushí* (el etíope). *«Con mi espada»*—dice Dios (al final del v. 12)—, porque, sea cual sea la agencia humana, todas ellas son meros instrumentos en las manos de Dios.

3. Los tres últimos versículos (13–15) de este capítulo contienen un oráculo contra Asiria. Lo de *«sequedal»* (hacia el final del v. 13) ha de entenderse de forma relativa; si se entendiese de forma absoluta, ello significaría la desaparición de ríos tan grandes como el Tigris y el Cusar. Los *«rebaños»* del versículo 14 no significan verdaderos rebaños de ovejas o cabras, sino grandes grupos de bestias salvajes. El pelícano (ave inmunda, es decir, no comestible—v. Lv. 11:18; Dt. 14:17—) y el erizo se mencionan aquí (v. 14b) como animales que suelen habitar en lugares desolados. Hay autores, como Buck, que prefieren la corrección *kos*, búho, en lugar de *qol*, voz, en la frase *«una voz cantará en las ventanas»* (v. 14c), pero no hay razón para corregir el texto masorético actual, pues Eclesiastés 12:4 alude poéticamente a *«la voz del ave»*, *y voz* de ave ha de ser la que canta en Sofonías 2:14, cuando no queda ya ningún habitante humano.

4. El final del versículo 14 se refiere al total desmantelamiento del costoso maderamen de cedro de templos y palacios. Nótese la referencia a Nínive (v. 15) como *«ciudad alegre y confiada»*, con una colosal autosuficiencia como para decir: *«¡Yo y nadie más* (que yo)!» Dice Buck: «Declaración casi proverbial, que en Isaías 47:8 se atribuye a Babilonia». La expresión final del versículo 15 *«sacudirá su mano»* (lit.), es un gesto de burla o desprecio contra el ex opresor.

CAPÍTULO 3

Al seguir la división de la *Ryrie Study Bible*, tenemos en este capítulo: I. Un juicio contra Jerusalén (vv. 1–7). II. Otro juicio contra las naciones (v. 8). III. Futuras bendiciones para los judíos (vv. 9, 10). IV. Futuras bendiciones para los judíos (vv. 11–20).

Versículos 1–8

1. Tenemos primero (vv. 1–7) un oráculo contra Jerusalén. Se la compara (v. 1) implícitamente a Nínive por los epítetos que se le imponen: *«rebelde, contaminada y opresora»* (comp. con Jer. 7:28; Am. 1:3–2:8). *No aceptó la corrección* (hebr. *musar*, como en Pr. 1:8a), es decir, la disciplina de Jehová, sino que su fe en Dios y su comunión con Él fueron menguando progresivamente (v. 2b). Magnates y magistrados (v. 3) devoran a sus víctimas. Dice Ryrie: «Tan voraces son que no dejan ni un solo hueso para la mañana». Los profetas, por su parte (v. 4), dicen cosas extravagantes para ganar aplauso; y los sacerdotes cometen sacrilegio (v. 4b) e introducen en el santuario el culto a los ídolos y violan así la *Torah* (la ley instructiva de Jehová).

2. Por tanto (v. 5), *Jehová*—el nombre del Dios del pacto con Israel—no tardará en vindicar a los que han sido oprimidos por los perversos jueces del pueblo, mencionados en el versículo 3. ¿Por qué no ha escarmentado Judá en cabeza ajena, y ha aprendido del castigo infligido por Dios (v. 6) a las naciones extranjeras? El profeta pone todo eso como ya sucedido, al ser como es preliminar al gran Día de los versículos 8 y 11. Pero Judá se queda (v. 7) tan confiada, y piensa que eso no va con ella, cuando debería tomar aviso de un Dios que, en cuanto al pecado y al castigo, no tiene favoritismos. La frase final del versículo 7 dice literalmente: *«Pero* (ellos) *madrugaron* (y) *corrompieron todas sus acciones* (hebr. *alilotham)»*.

3. El versículo 8 es como un resumen. El verbo *«esperadme»* es un verbo que suele ir asociado con deseo, confianza, etc., por parte del hombre, y con favor y misericordia por parte de Dios. Dice Buck: «Parece, por eso, que Sofonías dirige estas palabras a los *humildes* de Judá, a los que no han de temer el día de Jehová». Según eso, ha de entenderse como exhortación al «remanente», para que persevere mientras se desahoga la ira de Dios. No puede, sin embargo, descartarse la probabilidad de que el *«esperadme»* tenga aquí un sentido irónico. Como dato curioso, diremos que en este versículo 8 se hallan todas las letras del alfabeto hebreo o alefato, que para los judíos era como la suma de todo el saber (comp. con Ap. 1:8; 22:13 *«el Alfa y la Omega»*—el comentario a esos textos—).

Versículos 9–10

1. Tenemos en estos versículos un anuncio profético de la conversión de las naciones. Se advierte un cambio de lenguaje: en lugar de orar a los dioses falsos y jurar por ellos, *todos invocarán* (v. 9) *el nombre de Jehová.* Al contrario que en Babel (Gn. 11:1–9), donde el hombre mostró su deseo de independencia, y hasta su concepto de autosuficiencia (Gn. 3:5 y ss.), y perdió la comunión, no sólo con Dios, sino también con sus semejantes (v. La recriminación de Adán en Gn. 3:12), ahora se abre una nueva era en la que un corazón renovado, sumiso a las demandas de un Dios santo (comp. con Ez. 36:26, 27), se expresa con *pureza de labios,* en contraste con un culto idólatra impuro y blasfemo, *invoca al Dios* vivo y verdadero, y es capacitado para *servirle de común consentimiento.* Dice M. Henry: «La gracia que convierte refina el lenguaje, no por hacer ingeniosas las frases, sino por hacer sabia la sustancia … Servirán a Dios *de común consentimiento, con un solo hombro* (así dice literalmente), con lo que alude a los bueyes bajo el yugo, cuanto tiran por igual».

2. Igualmente, al contrario de la dispersión de Babel (Gn. 11:8 y ss.), habrá *reunión* (v. 10). *«De la región más allá de los ríos de Etiopía me suplicarán, etc.»,* es una frase que da a entender los límites, por el sur, del mundo civilizado en tiempos de Sofonías. Los *«esparcidos» o «dispersos»* del versículo 10b son probablemente todas las naciones, las cuales reconocerán el eterno poder y deidad de Dios y le adorarán. Sofonías es universalista tanto en el juicio como en la salvación.

Versículos 11–20

1. Si la autosuficiencia es la raíz del pecado, el reconocimiento de la dependencia de Jehová es el fundamento de la comunión con Dios (2:1, 3, 8, 10, 15; 3:3, 5). Mientras el orgullo (¡en el pueblo escogido!) es reducido a la vergüenza (v. 11) por el juicio de Dios (comp. con 1:14–17), la humildad conduce a un gozo inefable, no sólo para los justos (vv. 14, 20), sino para Dios mismo (v. 17). El reconocimiento del pecado lleva a la exaltación por parte de Dios (2:1; 3:20). También aquí se halla la constante bíblica primordial (Gn. 3:5 y ss. contra Fil. 2:5 y ss.).

2. Para que los humildes no se avergüencen, es menester que sean quitados de en medio los orgullosos (v. 11b). Así queda (v. 12) un verdadero *remanente* con el espíritu de las bienaventuranzas (Mt. 5:3 y ss.), que busca refugio en un Dios santo y misericordioso y (v. 13) no practica el mal, por lo cual puede descansar seguro. Dice M. Henry: «Éste es el método de Dios: hacerlos primero santos, para hacerlos después felices». Un gozo completo (v. 14) es, pues, la consecuencia lógica de tales premisas (v. Jn. 15:11).

3. Tenemos, pues, a la vista una nueva Jerusalén (v. 14b); en especial, por ese conjunto de valores espirituales (en lugar de los pecados de la *«rebelde»*—v. 1—), que se detallan en este versículo 11 y hasta el versículo 20. De la loca orgía del culto a Baal se pasa al culto gozoso y entusiasta, aunque reverente, a Jehová. Nótese la densidad del versículo 15, al apuntar a la escatología: *«Jehová, el rey de Israel, está en medio de ti»*. Dice Ryrie: «Cristo reina personalmente *en medio de ti»*. Buck, por su parte, apostilla: «Con tal rey, Jerusalén ya no tendrá que temer ni enemigos internos ni externos».

4. El versículo 16 es consecuencia del 15b: Donde no cabe el peligro, no cabe tampoco el miedo. El versículo 17 comienza repitiendo, con ligeras variantes, la frase del 15b: *«Jehová tu Dios está en medio de ti»*. Frente a todos los enemigos del pueblo escogido, *el Dios fuerte y* guerrero (hebr. *guibor*—el mismo vocablo de Is. 9:6—) defiende a los Suyos como *poderoso salvador.* Dice Henry: *«Salvará. Será Jesús;* hará honor a Su nombre, pues salvará de sus pecados a Su pueblo». La primera parte del versículo

17 dice literalmente, según el original: *«Jehová "tu Dios* (es menester intercalar tu *Dios"*en nuestra Reina-Valera) está *en medio de ti;* (es) *fuerte; salvará* (hebr. *yoshía)*».

5. Las frases que siguen en el versículo 17 son de una ternura y delicadeza sin par: *«Se gozará sobre ti con alegría»*. Dice M. Henry: «La conversión de los pecadores y el consuelo de los santos son el gozo de los ángeles, porque son el gozo de Dios mismo». La frase siguiente dice: *«Callará en Su amor»* (lit.). Dice Buck: «Tal vez para recordarnos que el amor de Dios no se manifiesta siempre con cantos altos y obras demostrativas». Los LXX vertieron: *«te renueva en su amor»*. ¿Pensaron quizás que era demasiado atrevida la frase? Sin embargo, no hay por qué apartarse del texto hebreo. Comenta Feinberg: «Ésta es una de las afirmaciones más atrevidas de la Biblia. Se afirma que Dios descansará en callado éxtasis sobre Su pueblo Israel. ¡Qué seguridad para Israel! El amor es demasiado grande para ser expresado en palabras»., Y termina el versículo 17 diciendo: *«se regocijará sobre ti con un estallido de júbilo»* (lit.). Los LXX, y también la versión siríaca, dicen: *«Se regocijará por ti con clamor, como en los días de fiesta»*. Dice Feinberg: «Como esposo con su esposa en día de boda».

6. La primera parte del versículo 18 debe leerse como en la *Biblia de las Américas: «Reuniré a los que se afligen por las fiestas señaladas»*. La nota que aparece en la columna central de la RV 1977 puede servir de ayuda para entender esto: «Es decir, la afrenta que sufren por no poder asistir a las solemnidades». En el versículo 19 vemos que Dios abatirá a los opresores y exaltará a los pobres y marginados, a los socialmente débiles y a los exiliados, y cambiará la vergüenza en alabanza. El versículo 20 es una especie de epifonema gozosamente expresado por Sofonías: Los del remanente justo del versículo 12 serán congregados en la patria designada por Dios. Lo de *«cuando haga volver a vuestros cautivos (o "cuando restaure vuestra situación afortunada"*—de ambos modos se puede traducir—) *delante de vuestros ojos»*, sirve para poner de relieve la realización dramática de los acontecimientos, más bien que la proximidad de dichos acontecimientos, durante la vida de ellos.

HAGEO

El verdadero nombre de este profeta, conforme aparece en el hebreo, no es *Hageo* ni *Ageo*, sino *Jaggay*, y significa «festivo», quizás porque nació durante alguna festividad. Su profecía es breve, pero este pequeño libro, como la epístola de Pablo a Filemón, es como una deliciosa viñeta de religión práctica. Los años 587–586 a. de C. son los años en que la desgracia se cierne sobre Jerusalén, como estaba profetizado. Al tomar el rey Nabucodonosor represalias contra la rebelión de los reyes de Judá, la ciudad y el templo fueron destruidos por completo; la mayoría de la población fue deportada a Babilonia y el saqueo fue general; así quedó desolada la tierra hasta la también profetizada restauración (v. Jer., caps. 25 y 26).

El año 539 a. de C., Ciro II de Persia se apoderó de Babilonia y, después de consolidar su poder, tomó sabias decisiones acerca de los pueblos de su dominio y, entre otras cosas, dio un edicto (año 538 a. de C.) para reedificar el templo de Jerusalén. En 537 comenzaron las obras del templo. Ante la oposición de la compleja población que había quedado en el país durante la cautividad, gente que temía la restauración judía, las obras se retrasaron. Ciro murió en el campo de batalla el año 530. Su hijo Cambises—un tirano—pasó a través de Palestina para subyugar a Egipto y gravó a los judíos con pesados tributos, con lo que los empobreció más todavía. El año 522 murió Cambises y subió al trono persa Darío I (diferente del Darío del libro de Daniel), alto jefe del ejército y, además, de sangre real. Su padre era Histaspes, uno de los sátrapas del imperio persa, por lo que a Darío I se le llama Darío Histaspes. Su reinado fue bastante largo (522–486 a. de C.). Aquí es donde se sitúa la profecía de Hageo.

División. Este pequeño libro contiene cinco profecías, bien distintas y fechadas en el propio texto:

I. Apelación de Hageo a recomenzar la edificación del templo (1:1–11). Fecha: 29 de agosto del 520.

II. Respuesta de los líderes y del pueblo a dicha apelación, y un breve mensaje de aliento (1:12–15). Fecha: 21 de septiembre del mismo año 520.

III. Otro mensaje de aliento, dentro de un contexto del propósito universal de Dios (2:1–9). Fecha: 17 de octubre del mismo año.

IV. Mensaje de promesa, dentro de un contexto del favor inmerecido de Dios (2:10–19). Fecha: 18 de diciembre del mismo año.

V. Mensaje personal a Zorobabel (2:20–23). Fecha: La misma del 18 de diciembre del 520.

CAPÍTULO 1

Como ya hemos visto en la división del libro, este capítulo se divide en dos partes: I. Apelación del profeta, en nombre de Dios, a que se comiencen las obras de reedificación del templo de Jerusalén (vv. 1–11). II. Respuesta de los líderes del pueblo y del pueblo mismo a esta apelación de Hageo, y un breve mensaje de aliento al pueblo de parte de Jehová (vv. 12–15).

Versículos 1–11

1. Comienza la profecía de Hageo (v. 1) con una precisión de fechas y nombres que nos recuerdan la precisión de aquel gran historiador—el evangelista Lucas—, en Lucas 3:1. *El primer día del mes sexto del año segundo del rey Darío* Histaspes era, como dijimos anteriormente, el 29 de agosto del año 520 a. de C. Este primer mensaje de Dios, por medio de Hageo, iba dirigido a *Zorobabel hijo de Sealtiel, gobernador de Judá,* el jefe político, descendiente del último rey de Judá, Joaquín (llamado también Jeconías y Conías), y *a Josué hijo de Josadac, sumo sacerdote,* el jefe religioso, descendiente de Sadoc, el cual quedó como único sumo sacerdote en tiempo de Salomón.

2. Junto a esta precisión de fechas y nombres de los nuevos jefes de Israel, destaca la sobriedad máxima en cuanto a la propia persona del profeta (v. 1b, *«por medio del profeta Hageo»*—¡sin más!). Dice Buck: «El Antiguo Testamento menciona a Ageo únicamente en este libro y en Esdras 5:1 y 6:14. Nada se sabe de su vida personal. No se menciona el nombre de su padre, como se hace en el caso de Isaías, Jeremías y otros profetas. Tampoco se indica el lugar donde nació y vivió, lo que se indica en el caso de Amós y Jeremías». De 2:3 deducen algunos que Hageo conoció el primer templo. Si fuese cierta esta deducción, Hageo habría de ser muy anciano cuando recibió y comunicó estos mensajes de Dios a Su pueblo.

3. Siguen las preguntas: ¿Era Hageo uno de los recién venidos del exilio en Babilonia? ¿Era uno de los que se habían quedado en el país y había observado la pérdida de entusiasmo del pueblo y la desmoralización producida por la invasión de Cambises? Lo cierto es que tanto él como su coetáneo Zacarías (v. Zac. 1:1) fueron investidos del espíritu de profecía para declarar la deplorable condición de la nación. Sus mensajes son de reprensión, exhortación y aliento. El denominador común, por decirlo así, de sus mensajes es el siguiente: *La sanación* de los males del pueblo estaba en manos de Yahweh, supremo rector del Universo y de la Historia (1:11; 2:6, 7). Dios está cerca, accesible a todo ser humano que le busca (2:4, 19).

4. Dios había provisto a Israel (v. 1b) de dos buenos líderes: *Zorobabel* (hebr. *z^{e}rubbabel,* que significa «nativo de Babilonia»), que era descendiente de David, por Jeconías, como hemos dicho (v. comentario a Jer. 22:30), *y Josué* (hebr. *y^{e}oshúa,* que significa «Yahweh salvará», y es el mismo nombre que *Jesús* en el idioma hebreo). Como provechosa observación, diremos que Hageo y Zacarías, su coetáneo, se complementan muy bien: Hageo es sencillo, práctico y directo; Zacarías es un vidente y buen poeta, capaz de levantar los ánimos (v. Zac. 1:14–16; 2:8).

5. En los versículos 2 y 4, Hageo contrasta dos hechos lamentables, triste resultado de un egoísmo autodefensivo ante una economía deteriorada. El profeta ve en esta pasividad de 18 años la causa, más bien que el efecto, del bajo estado moral de la población. Por eso, ataca a la raíz: un celo religioso activo les llevará a un reavivamiento nacional. Nótese que (v. 2) «no decían que no iban a reedificar el Templo, sino: *No ha llegado aún el tiempo*» (Henry). Es precisamente de esa frase del versículo 2 de donde toma pie el Señor para decirles (v. 4): *«¿Es para vosotros tiempo de habitar en vuestras casas artesonadas mientras esta casa está en ruinas?»* Como si dijese: «No tenéis *tiempo* para edificar mi templo, pero tenéis abundante *tiempo* para construiros casas lujosas». Dice Buck: «Ellos se habían construido casas con relativo lujo, al utilizar tal vez las maderas de cedro que habían sido importadas desde el Líbano para la construcción del templo (cf. Esd. 3:7), pero la ruina y desolación de la casa del Señor no les preocupaba en manera alguna». Esta justa recriminación de Dios a Su pueblo debería ser tenida muy en cuenta por muchos creyentes cuya opulencia material y «tren de vida» contrastan con frecuencia con la penuria económica de su iglesia como congregación y aun de los pastores de la misma.

6. Los versículos 7 y 8 muestran que el remedio para estos males estaba en las manos de ellos, no en otras fuerzas fuera del control de ellos. Un mensaje complementario de éste puede verse en Isaías 55:1–3. Todo ello se halla compendiado, en fin de cuentas, en Mateo 6:33. La frase última del versículo 6 es

sumamente expresiva en el original, pues dice literalmente: «Y *el que se alquila* (como jornalero), *se vende a sí mismo por un saco de agujeros»*, es decir, está desgastándose a favor de otro, para recibir un salario que se gasta tan pronto como se recibe. Como lo dice Henry: «Todo está tan escaso y tan caro, que gastan el dinero tan deprisa como lo cobran». Con base en dicho versículo 6 (al final), hay quienes deducen que el texto se refiere a moneda acuñada (comp. con Zac. 11:12). Quizá no se refiera a ella, aunque es cierto que Darío la introdujo en Persia, pero sí que es una referencia cierta, y vívida, a la inflación monetaria existente, causada posiblemente por la rapiña de las tropas de Cambises, así como por las desfavorables condiciones meteorológicas (v. 2:16, 17).

7. Un economista moderno se reiría de la sugerencia de Hageo de arreglar la situación mediante la improductiva reedificación del templo, pero esta objeción fue ya contestada cuando, poco después, Darío autorizó una ayuda financiera del tesoro real para el proyecto de reedificación (v. Esd. 6:8, 9), lo cual constituyó una inyección notable, oportuna y estimulante. El versículo 8 no quiere decir que la estructura exterior del templo hubiese de ser de madera, sino que algunos muros estaban ya listos para ponerles las vigas y que, además, la piedra para proseguir la construcción estaba al alcance de la mano en las ruinas circundantes.

Versículos 12–15

Como la respuesta del pueblo (nótese la frase final del versículo 12: «*y temió el pueblo delante de Yahweh»)* fue pronta, Dios ofrece Su presencia y Su ayuda («*Yo estoy con vosotros, dice Yahweh»*—v. 13, al final—). El profeta contempla el renovado celo del pueblo (v. 14) como fruto de la iniciativa divina (otra constante bíblica que se repite a lo largo del Antiguo Testamento tanto como del Nuevo—v., por ej., Ef. 2:8–10; Fil. 2:12, 13—). En esto tiene aplicación la tan conocida máxima de Agustín de Hipona: *«Novum Testamentum in Vétere latet; Vetus Testamentum in Novo patet»:* «El Nuevo Testamento late oculto en el Viejo; el Viejo Testamento está patente, al descubierto, en el Nuevo».

CAPÍTULO 2

En este capítulo tenemos los tres mensajes restantes de la profecía de Hageo: I. Un mensaje de aliento, a pesar de que el nuevo templo no tenía la suntuosidad del de Salomón (vv. 1–9). II. Un mensaje de promesa de que, con la reconstrucción del templo, vendrá también la abundancia de bienes materiales (vv. 10–19). III. Un mensaje personal para Zorobabel, lleno de consuelo para este fiel gobernante de Israel (vv. 12–15).

Versículos 1–9

1. Casi un mes más tarde, a partir del segundo mensaje del profeta, Hageo se hace oír de nuevo de parte de Dios. El entusiasmo se había enfriado. Los problemas de los propios trabajadores, y las voces de los más ancianos, que habían podido conocer en su infancia el templo salomónico, sembraron entre el pueblo la depresión espiritual. Quizá se añadió a todo esto la frecuente idealización del pasado, es decir, aquello de «todo tiempo pasado fue mejor». «¡Qué comparación!»—dirían los más ancianos—. Dice M. Henry: «Es a veces un defecto de los viejos hacer perder el ánimo en cuanto a los servicios del tiempo presente, al exagerar las bondades y éxitos del tiempo pasado. Como dice Eclesiastés 7:10: *Nunca digas: ¿Cuál es la causa de que los tiempos pasados fueron mejores que éstos? Porque nunca de esto preguntaron con sabiduría».*

2. Pero Yahweh está siempre cerca de las dudas y debilidades de los Suyos: les anima recordándoles el pasado (v. 5—¡siempre el Éxodo!—) y anunciándoles un futuro lleno de gloria, cuando el Mesías, Señor de todo, viniese al templo (v. 7). Más allá de un primer nivel (comp. con Mt. 24:1, 2) está el templo escatológico. No se refiere, pues, al espléndido (hasta la extravagancia) templo de Herodes el Grande (v. Jn. 2:20). Las frases de 5b (comp. con Is. 63:11), así como las del versículo 6 y 7a (comp. con el v. 22),

llevan marca apocalíptica. Dice Ryrie: «El objetivo de estas palabras apunta a un cumplimiento todavía futuro, al tiempo de la segunda venida de Cristo».

3. Nótese la insistencia de Hageo en el epíteto *Yahweh de las huestes*, y el título mesiánico *«el Deseado de todas las naciones»* (v. 7b y c) o, como dice Feinberg, «el anhelo de todas las naciones por un *Libertador»*. Para otros, el sentido obvio de la frase es que «el Mesías es el único que satisface». En cuanto a la fase final del versículo 9: «y *daré paz en este lugar, dice Yahweh de las huestes»*, el vocablo *paz* (hebr. *shalom)* tiene aquí todo su elevado tono de *total prosperidad,* como suele, en general, ser el verdadero sentido del vocablo hebreo, de la raíz *shalam*, que significa siempre algo completo en sí.

Versículos 10–19

1. Han pasado otros dos meses. Nos hallamos ahora con el más difícil rompecabezas de toda esta profecía. ¿A qué vienen todas esas preguntas de los versículos 10–14? Se han dado varias soluciones. Descartaremos las soluciones liberales y modernistas: corrupción del texto, etc. Hay quienes interpretan dichas preguntas como referidas a los matrimonios mixtos, según vemos en Esdras 9:1–3; Nehemías 13:23–31. Pero eso sería ahora un anacronismo, pues lo que leemos en Esdras y Nehemías ocurrió mucho después. Otros han llegado a llamar esta profecía «la fecha de nacimiento del judaísmo», y tachan al profeta Hageo de ser «el padre del exclusivismo judaico». Tales afirmaciones equivalen a negar el origen, la autoridad y la inspiración de carácter divino de esta profecía.

Lo más probable y, también, lo más congruente con la mentalidad profética de Hageo es interpretar el vocablo *«inmundo»* por toda actitud perezosa y egoísta, sin objetivo moral ni espiritual, como se ve por 1:4–11. De este modo, las alusiones al culto son vivas ilustraciones y lecciones prácticas, útiles para el objetivo general de Hageo (¡la solución está en el versículo 14!). No se pierda de vista que, en la presencia de Dios, no hacer el bien que se debe hacer es tan malo como hacer el mal que no se debe hacer (v. por ej., Mt. 25:31–46; Stg. 4:17). Dice Ryrie sobre las preguntas de los versículos 12 y 13: «La intención de estas dos preguntas es: la santificación o limpieza no se puede transferir, pero la contaminación sí, del mismo modo que la salud no es contagiosa, pero lo puede ser la enfermedad. La desobediencia del pueblo era como un cadáver en medio de ellos, contaminando a todos ellos (v. 14)».

2. En los versículos 15–19, el profeta, de parte de Dios, les hace notar que, durante el tiempo anterior al comienzo de la reconstrucción del templo *(«antes que pusieran piedra sobre piedra …»*—v. 15b—), habían padecido escasez. ¿A qué se debía esa escasez, sino a la negligencia de ellos? ¿Cómo podían esperar bendición, cuando no se preocupaban en lo mínimo de la casa de Dios? Pero desde entonces en adelante *(«desde el día que se echó el cimiento del templo …»*—v. 18—) la cosa iba a cambiar: Dios les iba a bendecir.

Por cierto, el original no tiene el adverbio *«no»* al comienzo del versículo 19. Hay que tener en cuenta también que nos hallamos en el 18 de diciembre (del año 520 a. de C.). Para esas fechas, la simiente estaba dentro de la tierra, no en los graneros. El versículo 19 ha de leerse como aparece en la *Biblia de las Américas: «¿Está todavía la semilla en el granero? Todavía la vid, la higuera, el granado y el olivo no han dado* (fruto); (pero) *desde hoy yo* (os) *bendeciré».* Las referencias que aparecen en nuestras versiones a Esdras 3:10; 4:24 podrían sugerir que aquello de *echar los cimientos* (v. 18b) se remontase incluso al año 537 a. de C.; en este caso, empalmaría con el capítulo 1, pero es mucho más probable que se refiera al recomienzo de las obras hasta ahora abandonadas.

Versículos 20–23

1. Esta profecía va dirigida personalmente a Zorobabel y tiene un tono claramente escatológico, habida cuenta de que Zorobabel era un príncipe de sangre real, de la línea de David, escogido personalmente, pues era *sobrino,* no *hijo,* de Sealtiel (v. 1 Cr. 3:16–19). El versículo 21, «*Yo haré temblar (o estremecerse) los cielos y la tierra»,* es una expresión proverbial, que designa la fundación de una nueva era, con la construcción de un nuevo templo. Cuando tiemble el Universo y caigan abatidas las naciones de la tierra, el siervo de Dios permanecerá firme y seguro *como anillo de sellar* (v. 23) en la mano de Dios. Esto aviva la fe y la confianza en Dios, en medio del derrumbamiento de los mundos (comp. con Hab. 3:17–19).

2. Para el cristiano, el final, tanto de Habacuc (aproximación del colapso económico) como de Hageo (aproximación del colapso político), se combina y apunta a un solo hombre: el Gran Escogido de Dios, Dios mismo, manifestado en carne. Nótese también que con la expresión *«anillo de sellar»* (símbolo del poder ejecutivo—el Espíritu Santo, Ef. 1:13; 4:30—, ya que era la impresión del sello real en los documentos lo que les daba *autoridad)* Dios exime a Zorobabel—¡a título personal!—de la maldición pronunciada contra su abuelo Jeconías (v. Jer. 22:24, 30). Así viene a ser tipo del Gran *«Siervo de Yahweh»* de las profecías, especialmente de la profecía de Isaías. Dice Buck: «Y no solamente Ageo, sino también muchos del pueblo habían de tener de su persona (de Zorobabel) las más altas esperanzas. Es inverosímil suponer que identificaran a Zorobabel con el Mesías, pero, ciertamente, le consideraron como su predecesor y figura. No se sabe cuánto tiempo duró su gobierno. Se ha expresado la opinión de que, a causa de las esperanzas mesiánicas que giraban en torno a su persona, fue sustituido muy pronto, tal vez ya en la reorganización del imperio, bajo Darío I. Su nombre, en todo caso, se menciona en las genealogías de Marcos 1:12, 13 y Lucas 3:27 como el gran anillo de la cadena dinástica, que había de terminar en la persona del Mesías».

ZACARÍAS

Zacarías (hebr. *z^{e}kharyáh*, que significa *«Yah*—Jehová—*se acordó»)* era contemporáneo de Hageo, pues comenzó su ministerio dos meses más tarde que él (en octubre del 520 a. de C.). Su padre se llamaba (1:1) Berequías, que significa *«Yah*—Jehová—*bendijo»;* y su abuelo se llamaba Iddó, que, según algunos, significa *«fijado»* (el tiempo); según otros, *«ataviado»* Si se acepta el primer significado de Iddó, tendríamos que los tres nombres de la genealogía de 1:1 formarían el mensaje del libro: «Jehová se acuerda de Su pueblo y le bendice en el tiempo fijado».

El profeta proclama el propósito de Dios en tiempo de crisis y reafirma una fe fundamental en Dios como Soberano Señor del Universo, quien un día tomará firme y directamente en Sus manos el gobierno del mundo, y hará que Su pueblo retorne a su verdadero centro y, así, los reinstaurará en su propia heredad. Dios tiene las riendas de los gobiernos y de las naciones, e incluso en medio de graves problemas y desánimo general el profeta anuncia que no hay nada que Dios no pueda restaurar según Su propósito: He ahí un buen resumen del mensaje general de Zacarías.

El libro puede dividirse en dos grandes secciones:

I. Diversos mensajes proféticos (1:1–8:23).
II. Oráculos escatológicos (9:1–14:21).

Estas dos secciones se subdividen del modo siguiente:

Mensajes proféticos (1:1–8:23)
1) Llamada al arrepentimiento (1:1–6).
2) Visiones y oráculos (1:7–6:8).
3) Exaltación del sumo sacerdote Josué (6:9–15).
4) Diversos oráculos proféticos (7:1–8:23).

Oráculos escatológicos
1) Restauración de Judá (9:1–11:3).
2) El buen pastor y los malos pastores (11:4–17).
3) Sufrimientos últimos y liberación final (12:1–14:21).

CAPÍTULO 1

En este capítulo, después de la introducción (v. 1), tenemos: I. Una llamada despertadora a un pueblo pecador para que se arrepientan y se vuelvan a su Dios (vv. 2–6). II. La esperanza de alcanzar favor y misericordia recibe gran aliento: 1. Mediante la visión de los caballos (vv. 7–11). 2. Mediante la oración del ángel por Jerusalén y la respuesta a dicha oración (vv. 12–17). 3. Mediante la visión de los cuatro obreros o artesanos (vv. 18–21).

Versículos 1–6

1. Tenemos aquí, en primer lugar, una llamada al arrepentimiento, ya que Jehová *se había enojado mucho* (v. 2. También en el v. 15) contra la generación anterior. El verbo hebreo *qatsáf* indica una actitud constante en el carácter de Dios, mientras que el verbo *jaráh* expresa indignación pasajera. Dios está indignado contra Israel (v. 2), como lo está también contra las naciones (v. 15), porque entrambos han actuado contra la voluntad y los propósitos de Dios.

2. La llamada al arrepentimiento está expresada, como de ordinario en el Antiguo Testamento, por medio del verbo *shub*, volver *(«Volveos a mí … y yo me volveré a vosotros, dice Jehová de las huestes»*—v. 3—). Dicho verbo corresponde al griego *metanoeín* del Nuevo Testamento, y ambos tienen carácter activo, operativo. De ahí la conexión con el versículo 4 (comp. con Mal. 3:7). Dice M. Henry: «Algunos argüirían: ¿Vamos a ser nosotros más sabios que nuestros padres? Ellos nunca hicieron caso de los profetas. ¿Y vamos nosotros a hacer caso de ellos?» Según se les enseña aquí, eso es lo contrario de lo que debían haber dicho. Esto significa que tienen aún oportunidad para arrepentirse y enmendarse, y no deben olvidar que Dios puede castigarles sin previo aviso. Nótese, de paso, la frase *«Jehová de las huestes»*, que se repite cinco veces en cuatro versículos; de ellas, tres veces en un solo versículo (el v. 3). Es un epíteto que se le asigna a Dios cuando se dispone a actuar «en plan guerrero», por decirlo así.

3. La idea subyacente a los versículos 5 y 6, como hace notar Ryrie, es: «Prestad atención a la Palabra de Dios, porque, aunque los profetas se mueran, ella permanece; y la prueba de que permanece es que sus avisos se cumplen (“*¿no alcanzaron …?”)».* El verbo hebreo para «alcanzar» está aquí en el sentido de *atrapar* adelantándose al pecador, como hace el policía con el conductor que viola las normas de tráfico. La segunda parte del versículo 6 declara el hecho de que los de la generación anterior, los deportados a Babilonia, reconocieron la mano de Dios en el exilio, se arrepintieron y se volvieron a Dios.

Versículos 7–17

En estos versículos tenemos la primera de ocho visiones proféticas, que llegan hasta 6:15. Aunque utilizan símbolos diferentes, todas ellas traen el mismo mensaje.

1. En la presente porción aparecen cuatro jinetes. El caballo es, en la Biblia, símbolo de dominio y de fuerza; especialmente, de fuerza guerrera. La presente visión de los cuatro jinetes difiere mucho de la visión que Juan tuvo en Apocalipsis 6:1 y ss. Zacarías tuvo esta visión (v. 7) *el día 24 del mes undécimo, que es el mes de Sebat.* El vocablo *Shebat*, única vez que sale en la Biblia, pertenece a la nomenclatura babilónica de los meses, no a la hebrea, y viene a coincidir con la última decena del mes de enero y las dos primeras decenas de febrero; por lo que dicha fecha viene a ser el 15 de febrero del 519 a. de C. «Tres meses después de la llamada al arrepentimiento de 1:1–6 y después que Hageo habló (Hag. 2:10–23), el pueblo se había arrepentido» (Ryrie).

2. Los caballos y los jinetes de esta porción han de ser considerados a la luz de lo que sabemos acerca de los correos montados que los reyes de Persia usaban para despachar sus decretos y controlar los asuntos del imperio. Quizá los colores no tengan aquí la importancia que tienen en Apocalipsis 6. Von Rad sugiere que los caballos reflejan aquí el tornasol de la puesta del sol, mientras que en el capítulo 6 (también de la presente profecía) representan la luz del amanecer. Otros sugieren que dichos colores están aquí abreviados, y no faltan quienes opinan que también aquí han de verse los cuatro colores del capítulo 6: rojo, amarillo, negro y blanco (comp. con los de Ap. 6). La diferencia más notable es que aquí los caballos y los jinetes desempeñan una labor de reconocimiento del terreno, mientras que los carros y caballos del capítulo 6 son emisarios de destrucción. El término hebreo *m^{e}tsuláh*, «hondonada», indica

casi siempre la hondura del mar, de un río o de un pantano, pero aquí es probable que designe «una localidad cerca de Jerusalén» (Buck). Lo mismo opina Feinberg. J. G. Baldwin opina que se trata del valle de Cedrón.

3. En la visión, Zacarías contempla varios personajes celestiales: (A) El *varón que cabalgaba sobre un caballo rojo* (hebr. *adom),* al que se identifica con lo de *«que estaba entre los mirtos»* (v. 8), es el propio *Ángel de Jehová* del versículo 11, ya que también de Él se dice *que estaba entre los mirtos;* y, por supuesto, el mismo del versículo 12, ya que aquí se le identifica como el mismo *Ángel de Jehová* del versículo 11. Como ya lo hemos visto repetidas veces desde Génesis 16:7, no es otro que el Señor Jesucristo preencarnado. (B) *El ángel que hablaba con Zacarías* (v. 9) ejerce la función de intérprete de la visión, y es distinto de los demás personajes que entran en escena. (C) El pronombre demostrativo *«éstos»* del versículo 10 y el pronombre personal *«ellos»* del versículo 11 se refieren a los otros tres jinetes, con sus caballos, que estaban *detrás* del *varón sobre caballo rojo* (v. 8) y le informan (v. 11) como subordinados a un jefe supremo.

4. El informe que le dan (v. 11b) es que *«toda la tierra está sentada y tranquila»* (lit.). El imperio persa estaba ahora en paz porque los enemigos de Darío I Histaspes habían sido subyugados, pero el original hebreo *(shoqáteth)* sugiere que dicha tranquilidad no era señal de contentamiento por parte de la población, sino de resignación pasiva ante una injusta situación contra la que nada podían hacer. Como se ve por los versículos 14 y ss., no es esto lo que Dios quiere, pues el templo está todavía sin reedificar; de ahí las exclamaciones del versículo 12, en las que vemos al Ángel de Jehová que intercede por Jerusalén y Judá. Lo del final del versículo 12: *«desde hace setenta años»,* no se refiere, según Ryrie, a los años del exilio, sino «a los años durante los que el templo yacía en ruinas (586–516)». No me cabe duda de que Ryrie está en lo cierto.

5. No se nos dice (vv. 13, 14) todo el mensaje transmitido al *ángel que hablaba con Zacarías,* pero se expresa lo sustancial: El celo de Jehová por Jerusalén (la ciudad como centro político) y por Sion (como centro espiritual) le lleva a *airarse mucho* (v. 15) *contra las* naciones que se excedieron, y fueron en su violencia más allá de lo que Dios les había permitido al castigar a Su pueblo, y *se vuelve compasivo hacia Jerusalén* (v. 16), a la vez que les promete seguridad para estimularles a la obra de reconstrucción (v. 17). Es notable, en el versículo 17, la cuádruple repetición del adverbio hebreo *od,* «aún» (comp. con Ro. 8:34), que anunció prosperidad a Israel, consuelo a Sion y renovada elección a Jerusalén. A la luz de Isaías 2:1–4; Jeremías 33:7 y ss.; Miqueas 4:1–4, puede verse en el *«rebosarán»* (hebr. *t^e^futsénnah,* del *verbo puts)* del versículo 17b la extensión de las bendiciones divinas más allá de las fronteras de Israel. Del verbo hebreo *puts* dice Buck: «Este verbo, que se encuentra sesenta y nueve veces en el Antiguo Testamento, significa generalmente *dispersar, desparramar* (cf. e.gr., 13:7); solamente aquí y en Proverbios 5:16 se interpreta por *derramar fuera, rebosar».*

Versículos 18–21

Segunda visión de Zacarías. En la Biblia Hebrea, el capítulo 2 de esta profecía comienza en el versículo 18 del capítulo 1 de esta misma profecía. La visión se desdobla, en realidad, en dos:

1. Primero (vv. 18, 19) el profeta ve *cuatro cuernos.* Como sabemos, el cuerno, en la Biblia, es símbolo de fuerza o de abundancia. Son cuernos de animales vivos, puesto que actúan poderosamente, aunque no se hace ninguna mención de los animales, pues no viene al caso y podría ser un obstáculo a la recta interpretación de la porción. Hay un dato cierto y otro problemático en la significación de los *cuernos.* El dato cierto es que se refieren a los poderes paganos que acornearon al pueblo de Dios a lo largo de la historia. El dato problemático es qué poderes fueron esos precisamente. Según Buck, el número 4 «se funda en la idea de los cuatro puntos cardinales (cf. Is. 11:12) y en los cuatro vientos (Jer. 49:36; Zac. 2:10; 6:5; Dn. 7:2; Mt. 24:3; Ap. 7:1) y simboliza la totalidad». No obstante, los autores se esfuerzan en hallar cuatro reinos específicos que acornearon a Israel. Hengstenberg (citado por Buck) «cree que se trata de Babilonia, Persia, Grecia y de un reino desconocido». Feinberg opina, con base en Daniel capítulos 2, 7 y 8, del modo siguiente: «Los poderes que dispersaron a Judá, Israel y Jerusalén … fueron Babilonia, Persia, Grecia y Roma. Es cierto que, en tiempo de Zacarías, el tercero y el cuarto de esos poderes no existían aún, pero es prerrogativa de la profecía ver en una sola panorámica todo el esquema de los acontecimientos». Me inclino por la opinión de Ryrie, quien da como más probables los nombres de Asiria, Egipto, Babilonia y Medo-Persia, «los cuales afligieron y *dispersaron* a Israel». De

este modo se evita mejor la objeción de que aquí no estamos ante un oráculo que apunte proféticamente al futuro.

2. Pero, inmediatamente después de la visión de los cuatro cuernos, Zacarías tiene otra visión complementaria (vv. 20, 21); puede decirse que es la misma, porque no cambia el escenario, aunque se sucedan los actores: Ahora aparecen *cuatro artesanos.* El hebreo *jarashim* designa artesanos en piedra, metal o madera. Aquí lo que importa es que tengan la fuerza y el instrumental necesario para ejecutar la tarea que la Providencia les ha asignado, y representan a los pueblos de los que Dios se ha servido para derribar y destruir a las naciones que *acornearon* a Israel.

CAPÍTULO 2

Damos aquí el resumen que, de este capítulo, trae Ryrie como nota en *su Ryrie Study Bible:* «Esta visión significa la seguridad de la restauración y de las bendiciones de Israel y de Jerusalén. En el futuro, Jerusalén se extenderá más allá de sus muros (v. 4), aunque los habitantes vivirán seguros allí a causa de la presencia personal del Señor (v. 5) durante el Milenio. Los que no habían regresado aún de Babilonia *(la tierra del norte,* Jer. 1:14) son convocados a regresar (vv. 6, 7; sólo unos 50.000 habían vuelto tras el decreto de Ciro el año 538), porque Babilonia había de ser tomada pronto (como ocurrió tres años después) … Los versículos 10–13 describen las bendiciones mileniales para las naciones, Israel y Jerusalén».

Versículos 1–5

1. Esta visión del capítulo 2 sirve para recalcar la promesa de 1:16. La medida de las nuevas dimensiones (y *«sin muros»*—v. 4—), implica que la extensión de la nueva Jerusalén será mucho mayor que la de la antigua (comp. con Ez. cap. 40). El *varón* del versículo 1 necesita ulteriores instrucciones acerca del plan de Dios. A primera vista, parece natural que se construyesen murallas para defensa de la ciudad, pero no es ése el plan de Dios: No habrá ningún peligro; podrá ser ciudad abierta (comp. con Ap. 21:25), pues Jehová mismo le servirá de muro (v. 5).

2. En efecto, el versículo 5 nos trae a la memoria Éxodo 13:21 y ss. También entonces les protegió Dios y les guió por medio de la columna de fuego. Ahora no será un fuego visible, pero será notoria la protección divina. Un dato sumamente interesante en este versículo 5 es la inusitada inclusión explícita del verbo *hayah*, precisamente en la misma forma *(«ehyeh»)* en que se halla en Éxodo 3:14, por lo que algunos comentaristas ven en eso una alusión a la teofanía en que se definió Dios a Sí mismo como YO SOY EL QUE SOY (lit. *«seré el que seré»*. V. el comentario a dicho lugar).

Versículos 6–13

Aquí tenemos dos oráculos poéticos (6–9 y 10–13), que se distinguen claramente. En ambos, especialmente en el primero, abundan los *«porque»*.

1. En los versículo 6–9, Jehová urge a los deportados que todavía se hallan en Babilonia a salir de ella: *«escápate»* (v. 7, comp. con Is. 48:20; Jer. 51:6; 2 Co. 6:17; Ap. 18:4). La segunda frase del versículo 8 es sumamente difícil por su concisión. Dice literalmente según el original hebreo: *«Tras* (la) *gloria me ha enviado a las naciones que os despojaron».* De todas las muchas y variadas interpretaciones que de la frase hebrea *ajar kabod* se han intentado, la más plausible es la que propone Feinberg: «Sostenemos con otros—dice—que el Señor (Jehová de las huestes—el paréntesis es mío—) declara que, para vindicación y manifestación de Su gloria (la cual está ligada inseparablemente a la suerte de Su pueblo), enviará al Mesías, no al profeta, a visitar las naciones que han despojado a Su pueblo». La razón es (v. 8b) que quien injuria a Israel, es como si injuriase la pupila de Jehová. «Como bien se sabe—dice Feinberg— … la pupila es la parte más delicada, más fácil de dañar y más importante del ojo.» Tanto en 8b como en el versículo 9, el comentario de Zacarías está entremezclado con el oráculo divino. El cumplimiento de los oráculos garantizará la autoridad del mensajero.

2. En los versículos 10–13 vemos que el retorno de Jehová a Sion es justa causa para una celebración festiva. «*Sion*» (v. 10), entendida aquí como la ciudad con su pueblo, se contradistingue del templo (v. vv. 4 y ss.; 8:3). Con esta promesa se afianza la relación pactada (como en Éx. 25:8; 1 R. 6:13). Este pacto tendrá carácter universalista (v. 11) por un acto positivo y deliberado de las naciones: *«Se unirán …».* En el versículo 12 vemos la única vez que la expresión *«la tierra santa»* ocurre en toda la Biblia. La llama así porque es heredad santa, dada por un Dios santo a Su pueblo santo. Nótese (v. 12, al final) lo de *«escogerá de nuevo a Jerusalén»*. Tenemos una expresión sinónima *(«santo monte»)* en Salmos 2:6; 15:1; 99:9. El versículo 13 nos declara que el júbilo por la inmanencia de Dios ha de estar unido al temor reverencial por la trascendencia, mientras Dios sale de su celestial morada (comp. con Hab. 2:20). Dice Buck: «El silencio trae consigo reverencia y humilde sujeción, y tal postura conviene a *todo ser vivo* delante de Jehová, que está para intervenir. Jehová *se levanta:* se supone que hasta ahora él había quedado inactivo (cf. Dt. 26:15; Jer. 25:30; Sal. 29:9) y silencioso (cf. Is. 42:14) allí en su *santa morada*. Y al despertarse, despertará a todos (cf. Hag. 1:14) y los conmoverá (cf. Hag. 2:7), de manera que se ponga en marcha la realización de las promesas hechas durante la segunda y tercera visión». Como alguien ha dicho: «Cuando Dios se mueve, los hombres han de esperar en silencio reverencial» (v. Ap. 8:1). Esto debería inducirnos a hacer un serio examen de conciencia y *prepararnos para venir al encuentro de nuestro Dios* (Am. 4:12).

CAPÍTULO 3

La *Ryrie Study Bible* resume del modo siguiente el contenido del presente capítulo: «Josué, el sumo sacerdote, es limpiado en esta visión. Esto tenía un significado personal en cuanto al cargo que algunos habían presentado de que Josué estaba inhabilitado para desempeñar tal oficio. Tenía también un significado sacerdotal para la nación, y describe su restauración a la posición sacerdotal delante de Dios. Tenía asimismo un significado profético, al ilustrar la futura limpieza de la nación al retorno de Cristo».

Versículos 1–3

1. Zacarías tiene ahora otra visión. Jehová hace de Juez (v. 1) y el Ángel de Jehová aparece, seguramente, al lado de Jehová. *Delante* del Ángel de Jehová *está de pie el sumo sacerdote Josué* (hebr. *Yehoshuá)* llevando la iniquidad suya y de su pueblo Israel. A la mano derecha de Josué se halla, como fiscal, *el Satanás* (lit. Con artículo, lo mismo que en el libro de Job). Hace notar Feinberg que «la mano derecha es la posición de costumbre del demandante en una litigación (Sal. 109:6), pero es también el lugar del defensor (Sal. 109:31)». En Job 1:7 vemos que Satanás ha recorrido (hebr. *shut)* toda la tierra como *los siete ojos de Jehová* (4:10, al final). Pero mientras los ojos de Jehová recorren la tierra en función santa, el diablo sólo lo hace para buscar motivos (aun falsos) de acusación contra los hijos de Dios. Por algo *Hassatán* (Satán con artículo) significa *el adversario.* Es posible que el nombre original de Satanás fuese *Shatán*, del verbo *shut*, recorrer de una parte a otra.

2. La acusación de Satanás no prospera, porque Jehová reprende al diablo (comp. con Jud. v. 9, al final). Es muy notable ese desdoblamiento de *Jehová* al comienzo del versículo 2: «Y *dijo Jehová a Satanás: Jehová te reprenda»*. Bueno será tener en cuenta que incluso los rabinos judíos admiten cierta identificación del Ángel de Jehová con Jehová, la cual no puede estar más clara en este lugar, advirtiendo que el nombre de Jehová designa corrientemente al único Dios vivo y verdadero. Aquí, el Ángel de Jehová (Cristo preencarnado) se identifica de tal modo con el único Dios vivo y verdadero (comp. con Jn. 10:30), que también a Él se le atribuye el epíteto de *Jehová.* La importancia de este dato, en orden a la afirmación de la deidad de Cristo, es insoslayable.

3. Tenemos, pues, aquí al Cristo preencarnado que intercede ya (v. 2b) por el pueblo de Dios y consigue misericordia y gracia, esto es, justificación gratuita para el pueblo escogido, representado aquí por el sumo sacerdote Josué. Lo del *tizón arrebatado del incendio* (v. 2, al final; comp. con Amós 4:11 y Jud. v. 23) sugiere, según algunos, una alusión a la liberación del pueblo de Israel del «horno» de Egipto (v. Dt. 4:20).

4. En efecto, las vestiduras del sumo sacerdote Josué (v. 3) son como las del que ha escapado de un incendio: sucias y chamuscadas, pues representan las iniquidades suyas y las del pueblo, contra las que Josué es incapaz de hacer nada, ya que *«sin derramamiento de sangre, no hay perdón de pecados»* (He. 9:22b).

Versículos 4–7

1. No se pierda de vista que es el Ángel de Jehová el que continúa hablando en estos versículos y en los siguientes, pues las frases del v. 4b revisten gran importancia en orden a la afirmación, ya vista, de la deidad del Cristo preencarnado. Es el Ángel quien manda que a Josué le quiten las vestiduras sucias y chamuscadas, no sólo por el castigo, sino también por el pecado del pueblo, y *le vistan de gala* (vv. 4b y 5), como al Hijo Pródigo de Lucas 15:22, para indicar que el pueblo es aceptado una vez más en la presencia de su Dios. Es también el Ángel de Jehová quien *perdona* el pecado *(«hago pasar de ti tu pecado»*—v. 4c, comp. con Mr. 2:5–12—).

2. En los versículos 6 y 7 vemos que Josué es reinstalado en su oficio de sumo sacerdote y, además, se le otorgan dos privilegios que no tuvieron antes los sumos sacerdotes: (A) Si observa los mandamientos de Dios y el ritual que describe las funciones del sumo sacerdote, *gobernará* (lit. *juzgará*—hebr. *din—) la casa de Dios,* es decir, el templo, con una autoridad de la que antes disfrutaban los reyes (v. 1 R. 2:27; 2 R. 16:10–19), y que ahora es transferida a Josué. (B) Además, tendrá libre acceso a la presencia de Dios, lo cual es como un anticipo de Hebreos 4:14–16 y, por supuesto, de los 24 ancianos reyes-sacerdotes de Apocalipsis 4:4 y ss. Por cierto, este privilegio no va a ser exclusivo de Josué, el sumo sacerdote, sino que de él van a participar los demás *que aquí están* (v. 7, al final), tú y tus *amigos que se sientan delante de ti* (v. 8b).

Versículos 8–10

1. Los colegas de Josué son (v. 8b) *«varones* (de) *símbolo»* (lit.). El hebreo *mopháth* indica un símbolo en calidad de buen *presagio,* puesto que su continuación en el sacerdocio, a través de todas las vicisitudes del exilio, comporta la garantía de que Dios hará algo mucho mejor mediante Su Siervo, *el Renuevo* (hebr. *tsémaj).* «El término hebreo—dice Buck—significa un brote de una planta; aquí este brote se refiere a una persona, porque se añade *mi siervo.»* El término *tsémaj* vuelve a salir, con su verbo correspondiente *(yitsmáj),* en 6:12. En Isaías 4:2 y Jeremías 23:5; 33:15 aprendemos algo más acerca del *Renuevo o Retoño:* Las dos virtudes gemelas, «justicia» y «rectitud», habrían de ser mantenidas por los descendientes de David, pero aquí todo apunta a preparar el camino para un sucesor de David de proporciones mesiánicas: el *Siervo* de Isaías 52:13–53:12. A las referencias arriba indicadas pueden añadirse Isaías 42:1 y Ezequiel 34:23, 24.

2. *«La piedra …».* (hebr. *haében,* pues lleva el artículo *ha)* del versículo 9 es, quizás, representativa de las que tenían los nombres de las tribus en las hombreras (lugar de soporte) y en el pectoral (lugar de afecto) del sumo sacerdote. A la luz de Apocalipsis 5:6, podemos entender mejor lo de los *siete ojos* de este versículo 9 (comp. con 4:10, al final). También podrían entenderse como *siete facetas* de *la piedra,* en la que estará esculpida la gracia misericordiosa de Dios, que ha quitado el pecado del pueblo. *Siete* nos da el número completo de los destellos que la piedra envía. *«La piedra*—dice Ryrie—es también una referencia al Mesías (cf. Sal. 118:22; Mt. 21:42; 1 P. 2:6). En su segunda venida, limpiará a Israel (Ro. 11:25, 26).»

3. *«En aquel día»* (v. 10)—frase de sentido netamente escatológico—, el pueblo de Dios disfrutará de completa paz, pues *cada uno convidará a su compañero debajo de su parra y debajo de su higuera* (comp. con 1 R. 4:25; Is. 36:16; Mi. 4:4). En los versículos 7, 9 y 10 se repite la expresión *«Jehová de las huestes»,* como ocurre siempre que se quiere poner de relieve el poder de Dios como «general en jefe de las huestes de Israel».

CAPÍTULO 4

Si el capítulo 3 hablaba de la *gracia,* el capítulo presente nos habla del *poder;* en el anterior, el Cristo preencarnado era protagonista; en el actual lo es el Espíritu Santo, con la unción que Él imparte. Al seguir la división de Feinberg, podemos ver: I. A Israel como la Luz del mundo (vv. 1–3). II. Al Espíritu Todopoderoso de Dios (vv. 4–6). III. El ánimo que se da a Zorobabel (vv. 7–10). IV. Los dos canales de gracia y poder (vv. 11–14).

Versículos 1–5

1. No menos de *once* veces se repite, en los seis primeros capítulos de Zacarías, la frase *«el ángel que hablaba conmigo»* (1:9, 13, 14, 19; 2:3; 4:1, 4, 5; 5:5, 10; 6:4), y dicho ángel se contradistingue siempre claramente (v., por ej., 1:12, 13) del Ángel de Jehová. Aunque no se le menciona por su nombre, quizá se trate (esa es mi opinión) del ángel Gabriel. Vemos (v. 1) que este ángel *despierta* a Zacarías, esto es (con la mayor probabilidad), distrae su atención de la visión que acaba de tener para alertarle a percibir una nueva visión.

2. Ahora (v. 2) el profeta ve un *candelabro de oro* (la *menoráh,* como dice el hebreo), clara alusión al candelabro que lucía en el Tabernáculo (v. Éx. 25:31 y ss.). Salomón proporcionó al templo diez candelabros como éste (v. 1 R. 7:49). Se distinguía de una lámpara común (hebr. *ner)* en que se sostenía sobre un pedestal o trípode. El *depósito o cúpula* (hebr. *gulláh)* contenía el aceite mediante *siete tubos* para cada una de las *siete lámparas* (en total, 49 tubos). Además del número 7 (número de perfección), es de notar una vez más el simbolismo del aceite, que representa la unción del Espíritu Santo, como puede verse por la expresión *«con mi Espíritu»* en el versículo 6 (comp. con 1 Jn. 2:20, 27).

3. La provisión de aceite para las lámparas del candelabro está garantizada mediante los *dos olivos* (v. 3), que están directamente conectados con el depósito. La identidad de los olivos nos es dada en el versículo 14 y, por todo el contexto, se ve que los *ungidos* son Zorobabel y Josué. Dice Buck: «A esta visión acerca de las significaciones mesiánicas de Zorobabel y de Yehosúa se debe también que más tarde, en la Comunidad de Qumrán, se esperaran *dos ungidos,* un *Mesías de Aarón,* es decir, un Mesías sacerdotal, y otro *Mesías de Israel,* es decir, un Mesías real y davídico. Pero, de hecho, en la plenitud de los tiempos, los dos poderes, real y sacerdotal, serán reunidos juntamente en la persona de Cristo». Es interesante la observación que el mismo autor hace sobre la unción que reside en todo creyente: «El justo, para describir su dicha, no se compara con la palmera o el cedro (cf. Sal. 92:13), sino con el *olivo* (e. gr., Sal. 52:10)».

4. Zacarías pregunta sobre el significado de todo esto (v. 4), pero su pregunta no es respondida de inmediato, por lo que insiste (vv. 5, 11–13) hasta que recibe la respuesta en el versículo 14. La razón, en mi opinión, está en que el ángel tiene un mensaje mucho más importante que comunicar a Zacarías (vv. 6–10); solamente después de dicho mensaje es cuando el ángel satisface la curiosidad del profeta.

Versículos 6–14

1. En efecto, el ángel tiene un mensaje seguro y urgente (v. 6) para Zorobabel: El templo será reconstruido *«no con fuerza* (hebr. *jayil) ni con poder* (hebr. *kóaj)*—entendiendo por «poder» la habilidad o capacidad propia del ser humano—, *sino con mi Espíritu* (hebr. *ruají).* El mismo Espíritu que formó la tierra, separó las aguas y levantó a los muertos, es el que había de hacer la obra de reconstrucción, como si fuese un «nuevo nacimiento». Esto no excluye el esfuerzo humano y la coordinación necesaria para una obra de tal envergadura, sino que le confiere el *poder* divino y la *unidad del Espíritu* para completar, del modo más conveniente, esa obra sagrada.

2. Con ese poder que sólo el Espíritu de Dios puede conferir, no hay *obstáculo* (v. 7—*«oh gran monte»,* comp. con Mt. 17:20; 21:21; Mr. 11:23) que pueda subsistir, ya que el Espíritu de Dios da fuerzas a quienes, con fe y discernimiento espiritual, llevan a cabo el plan de Dios, como es aquí el caso de Zorobabel. Según la literatura rabínica, el hombre que tiene discernimiento espiritual es llamado «removedor de montañas», lo cual lanza nueva luz sobre las frases de Jesús en los citados lugares de Mateo y Marcos.

3. *«La primera piedra»* (v. 7b) es, en realidad, *«la piedra de remate»* (hebr. *haében harosháh),* como muy bien traduce Buck; es decir, la piedra principal—«cabeza»—que completa y unifica el resto del edificio. *Será sacada y* exhibida al público entre gritos de júbilo: *«Gracia, gracia a ella»* (v. 7, al final),

exclamación que, como dice Buck, equivale a decir: «¡Que Jehová, a causa del templo acabado, de sus bendiciones!» Esta piedra no puede menos de traernos a la memoria lugares como Salmos 118:22 y ss.; Mateo 21:42.

4. El mensaje continúa (vv. 9, 10) y da seguridades, no sólo de que los cimientos quedarán firmemente asentados, sino de que su terminación se llevará felizmente a cabo. El original dice a la letra en la primera parte del versículo 9: *«Las manos de Zorobabel han asentado la casa esta, y sus manos la terminarán»*. *Y «los que menospreciaron el día de las pequeñeces* (v. 10. Lit.), es decir, de los comienzos insignificantes—en opinión de ellos, poco prometedores—*se alegrarán al ver en la mano de Zorobabel la piedra de separación»* (lit.), es decir, *la piedra elegida,* que no es otra que la del versículo 7. Dice Buck: «Los LXX, Aq, Targ, Vg lo tradujeron por *la piedra de estaño,* esto es, *la cuerda con su plomo o plomada* que usan los albañiles. Así lo entienden también muchos autores modernos. Pero este término no es la palabra ordinaria para designar la plomada». En efecto, el vocablo hebreo para «plomada» es *mishqoléth;* únicamente en Amós 7:7, de entre toda la Biblia, tenemos el término *anákh* para designar igualmente la plomada. *«Piedra de separación»* (hebr. *haében habb^{e}dil)* significa que es: sin aleación, sin escoria, sin impurezas. Esta piedra, obviamente, no es la de 3:9.

5. Abruptamente (vv. 11–14), el ángel contesta ahora a la pregunta de Zacarías en el versículo 4: Los dos olivos suministran aceite para las lámparas. El sentido de los versículos 11–14 es el siguiente: Puesto que el candelabro significa el testimonio del templo y del pueblo acerca de Dios, la solución para la impotencia de Israel está en volver a recalcar el papel de *testigo,* con un líder obediente, responsable y activo (Zorobabel), papel que el pueblo había de desempeñar, en anticipación de Mateo 5:14 y Apocalipsis 1:12. Josué y Zorobabel no son los únicos testigos, pero son los más relevantes *«ungidos»* (v. 14. Lit. *hijos del aceite),* ya que habían sido ungidos clara y específicamente para actuar como los agentes designados por Dios. Esto tiene aplicación a nosotros, como miembros del Cuerpo de Cristo y santuario del Espíritu Santo, y, de modo especial, a los ministros del Señor, por cuanto se nos ha encomendado la función primordial (v. Hch. 1:8) de ser «testigos» del Resucitado. Dice Ryrie: «Todo testimonio verdadero ha de darse con el poder del Espíritu».

CAPÍTULO 5

Continúan en este capítulo las visiones de Zacarías: I. Visión del rollo volante (vv. 1–4). II. Visión de la mujer sentada en medio del efá (vv. 5–11).

Versículos 1–4

1. Tenemos primero la visión del rollo volante. Este rollo *vuela* (v. 1) a fin de que todos puedan leerlo desde cualquier lugar donde se hallen. Hoy estamos familiarizados con los anuncios «volantes» hechos desde las avionetas comerciales. Por eso mismo, las dimensiones de este rollo (v. 2) son las que corresponden a un anuncio volante: nueve metros de largo por cuatro y medio de ancho, las mismas que las de la entrada en el templo de Salomón (v. 1 R. 6:3). Es una imagen apropiada para el tiempo (tras del exilio) en que habría un renovado deseo de aprender la *Torah* o Ley.

2. Lo peculiar de este rollo es que está completamente abierto. Por supuesto, como en otros lugares, está escrito por los dos lados. Contiene sendas maldiciones contra dos pecados bien especificados: hurtar y jurar en falso. Robar los bienes o la fama es grave daño contra el prójimo. Peor todavía es invocar el nombre de Jehová para sellar un testimonio falso. Los que tal hacen *han de ser destruidos* (v. 3b) o, como dice a la letra el texto, *cortados* (hebr. *niqqáh),* es decir, extirpados, como se hace con un tumor maligno, de entre una fiel congregación.

3. De acuerdo con Isaías 55:11, la Palabra de Dios cumple su misión con eficacia (ese es el sentido de los vv. 3 y 4) por la autoridad que la respalda. Así, el caso es conectado con el pacto, como en Deuteronomio 29:12, 18. El versículo 4 pone de relieve que, sin la cooperación de ninguna agencia humana, la Palabra de Dios hace su obra eficaz (comp. con He. 4:12) e impone su juicio, sea cual sea el juicio de los hombres, dentro de la conciencia. Dice Buck: «La maldición que *entra en la casa* de cada pecador insinúa que cada uno es responsable de sus pecados (cf. Ez. 18:1 y ss.). Y por el hecho de que la

maldición *permanece dentro de la casa hasta consumirla …* se indica que ningún culpable puede escapar delante del juicio de Dios (cf. Am. 5:18, 19)». Esta función de la conciencia—voz de Dios que acusa y persigue fieramente al delincuente—ha sido expuesta de mano maestra por Dostoievski en su novela *Crimen y castigo*. Feinberg, por su parte, asegura: «Que nadie se llame a engaño: No hay nada tan letal ni tan ineludible para nosotros, en cuanto concierne a nuestros poderes personales, como el pecado».

Versículos 5–11

1. Viene ahora la visión del ánfora de iniquidad. El *efá* (v. 6) era una medida para áridos y contenía de 15 a 18 litros (Rut 2:7). Pero, al tener (v. 7) una figura humana dentro, no importan tanto las medidas como el mensaje. La última frase del versículo 6 dice al pie de la letra: «*Y dijo: Eso es el ojo de ellos en toda la tierra*». Es bien sabida la clara connotación moral y espiritual que el *ojo* tiene tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento (v., por ej., Mt. 6:22, 23). Hay quienes prefieren traducir lo de *«ojo»* por *«semejanza»*, ya que es la figura lo primero que el ojo percibe; vendría a significar entonces: *«Ésta es la semejanza*—del efá—*en toda la tierra»*. Es, sin embargo, mucho más probable la primera interpretación.

2. Dentro del efá (v. 7: *«en medio de aquel efá») estaba sentada una mujer*. Esta mujer tipifica *la Maldad* (v. 8, comp. con Mt. 13:33; Ap. 17:3). El término hebreo que el texto usa para designar dicha Maldad es *harisháh*, que es el femenino (con artículo) de *reshá*, impiedad. Respecto de este término, dice R. Baker Girdlestone en su obra *Sinónimos del Antiguo Testamento:* «Se deriva de *rashá*, que se supone que originalmente se refería a la *actividad*, al *vaivén* y a la *confusión* en que viven los impíos, y a la agitación perpetua que provocan en otros». En cualquier caso, dicha *Maldad* (lit. *impiedad)* comporta diversas formas concretas del mal: social, moral, espiritual, y sólo se la puede dominar con la fuerza que poderes superiores, divinos, confieren (comp. con Ef. 6:10 y ss.).

3. Al corresponder a la figura de la *mujer* del versículo 7, Dios encarga (v. 9) a *dos mujeres* que vuelan (probablemente, con el poder del Espíritu de Dios). El original (v. 9b) dice a la letra: «*Y viento («ruaj») en las alas de ellas*». Dice que *«tenían alas como de cigüeña»*. Esto no indica nada que tenga que ver con la condición «inmunda» de dicha ave, sino que «las *alas* de la cigüeña sugieren que esas mujeres son capaces de volar rápidamente y a largas distancias» (Buck). Es curioso que el término hebreo con que se designa aquí a la cigüeña (o garza) sea *jasidáh*, que no puede menos de sugerirnos cierta asociación con *jesed*, el amor misericordioso de Dios, el cual se ha manifestado tan claramente en el capítulo 3. La mención del *viento* sirve para que el profeta recuerde que esta remoción de la iniquidad es obra exclusiva de Dios.

4. *Sinar* (v. 11) es el antiguo nombre de Babilonia, la que siempre estuvo en marcado antagonismo contra el plan de Dios, como se ve ya desde Génesis 11:1–9 hasta los capítulos 17 y 18 de Apocalipsis. La *casa* que se le va a edificar es probablemente un templete, hornacina o altar. Allí está su lugar apropiado, no en la tierra en que Jehová-Dios ha puesto su nombre. Alguien podría ver aquí una alusión profética a una probable reedificación futura de la ciudad de Babilonia.

CAPÍTULO 6

Este capítulo consta, como el anterior, de dos partes: I. La visión de los carros y los caballos (vv. 1–8). II. Una acción simbólica: La coronación de Josué (vv. 9–15).

Versículos 1–8

1. A primera vista, esta visión parece asemejarse a la de 1:7–17, pero las diferencias son muy notables: Estos *carros* (v. 1 y ss.), que el hebreo designa con el término *markaboth* (¡plural de la conocida *merkabáh* de Ezequiel!), no son vehículos militares, pues salen *de entre dos montes de bronce* (v. 1b), donde los carros de guerra tendrían poca cosa que hacer, sino que son de reconocimiento del terreno. Von Rad y otros opinan que los colores de los caballos (vv. 2 y 3) corresponden al alba, como el anunciar un

nuevo día en la historia de Judá. Otra notable diferencia es que en 1:7–17 los jinetes estaban encargados de traer informes al Ángel de Jehová, mientras que aquí los carros tienen el encargo de llevar a cabo los decretos judiciales de Dios. Por tanto, la semejanza con los jinetes de Apocalipsis 6:1 y ss. se halla en Zacarías 6:1 y ss. más bien que en Zacarías 1:7–17.

2. Tanto el número (dos) como la naturaleza de los montes (de bronce) merecen especial atención. Dice Feinberg: «Los montes no son otros que el monte Moria y el monte Olivete; los carros corren por el valle de Josafat. Son de bronce, no para hacerlos inmovibles, ni para indicar la firmeza del lugar donde mora Jehová, ni la estabilidad del pueblo de Dios o de Su gobierno, sino para indicar la rectitud de Dios en el juicio (v. Sal. 36:6). Nótese el uso del bronce en el tabernáculo y en el Templo y su objetivo allí».

3. Los *«cuatro vientos»* (v. 5) indican que salen de los cuatro puntos cardinales. Recuérdese que el Antiguo Testamento presenta a los vientos como *mensajeros de Dios* (V. Sal. 104:4). La enumeración (y otros detalles) que de los caballos se hace en los versículos 6–8 presenta varias dificultades: (A) En los versículos 2 y 3 hay una neta enumeración: caballos *alazanes* (lit. *rojos;* hebr. *adumim*—comp. con *Adán), negros* (hebr. *sh*^{e}*jorim), blancos* (hebr. *l*^{e}*banim;* recuérdese que *Líbano* significa «blanco») y *tordos* (hebr. *b*^{e}*rudim).* Pero en la enumeración del versículo 6 no se mencionan los alazanes. (B) De los caballos tordos se dice en el versículo 3 (al final) que eran *vigorosos* o, mejor, *briosos* (hebr. *amutstsim).* Pero en el versículo 7, tras la mención de los caballos *tordos* (al final del v. 6), leemos: «Y *los briosos* (hebr. *haamutstsim*, con el artículo claramente expreso) *salieron y se afanaron, etc.»*. Si sólo *los tordos briosos* recorren la tierra ¿qué hacen los demás? Se han propuesto soluciones de todas las clases, habida cuenta de que el hebreo *amutstsim* significa literalmente «fuertemente coloreados», por lo que nuestra Reina-Valera trae *«los alazanes»* al comienzo del versículo 7, para suplir la falta de los alazanes en el versículo anterior. La mejor solución, a mi juicio, es la que presenta Feinberg: «Tanto los caballos negros como los blancos salieron hacia la tierra del norte, que es, con seguridad, Babilonia; los tordos partieron rápidos al país del sur o Egipto. Bajo estos dos nombres se comprenden los implacables enemigos del pueblo de Israel, pero hay una razón para poner énfasis en Babilonia … Los caballos alazanes son pasados en silencio … Debe de ser que los que recorren la tierra por permiso de Jehová no son otros que los caballos alazanes del primer carro … Los caballos alazanes salen para terminar la obra comenzada por los otros grupos». Se ve (v. 7) a los caballos que salta impacientes por recorrer la tierra.

4. Sean cuales sean los caballos que salieron *a recorrer la tierra* (v. 7) (y Feinberg dice que «es imposible restringir la referencia a *la tierra* al país de Palestina»), lo cierto es que (v. 8) *los que salieron hacia la tierra del norte (los negros*—muerte—y *los blancos*—justicia—), es decir, a Babilonia, *hicieron reposar el Espíritu de Jehová.* Esto puede significar: (A) que, con su obra de juicio y destrucción, aplacaron la ira de Dios, o (B) que hicieron su obra entre los exiliados en Babilonia, para disponerlos a renovar una correcta actividad espiritual en el servicio de Dios. El segundo sentido es el más probable.

Versículos 9–15

1. De las visiones (ocho) de Zacarías pasamos ahora a una coronación simbólica del sumo sacerdote Josué. Lo más notable de esta porción es lo siguiente: (A) Se trata de *una* sola corona (v. 11), aunque el hebreo *ataroth* esté en plural. Dice Ryrie: *«una corona adornada.* Una corona compuesta hecha de varios círculos. La corona le fue puesta a Josué. Ninguna corona le fue puesta a Zorobabel». (B) Sobre la cabeza del sumo sacerdote no es emblema de autoridad *regia* (pues esto habría de corresponder a Zorobabel) sino de especial *dignidad.* (C) La alusión al *Retoño o Renuevo* (v. 12) tiene tono escatológico. Dice Ryrie: «La coronación de Josué prefiguraba la coronación del Mesías, el cual (v. 13), en su segunda venida *edificará el templo* (milenial) y unirá en una sola Persona los oficios de Rey y Sacerdote». (D) Lo de *«consejo de paz»* de la última frase del versículo 13 significa, no solamente *unanimidad,* sino más bien, *identidad,* ya que, como hemos dicho, el Mesías unirá en Sí las funciones de Rey y de Sacerdote.

2. En el versículo 10 aparecen los nombres de cuatro exiliados en Babilonia «que habían venido a Jerusalén en una visita, a fin de traer una ofrenda para la construcción del Templo» (Ryrie). Se consignan sus nombres: Jelday, Tobías, Yedayá y Josías hijo de Sofonías. De éste dice Buck: «se distingue de los otros tres, porque se menciona a su padre; además, posee una casa. Su padre o su abuelo, tal vez, es idéntico con aquel *sacerdote segundo, Sofonías,* mencionado entre los deportados en 2 Reyes 25:18 (cf. también Jer. 29:25–29)». En el versículo 14, el nombre de *Jelday* se sustituye por el de *Jélem,* que significa «vigor», y el de *Josías* se cambia en *Jen,* que significa «gracia». Esos cuatro exiliados son los

que, según el mismo versículo 14, han ofrendado el oro y la plata (aunque esto no aparece expresamente en el texto) para fabricar la corona de múltiples círculos que *quedará en el templo como memorial* a la generosidad de ellos.

3. *«Los que están lejos»* (v. 15) no son los todavía exiliados o dispersos, quienes no habían de poner mano en la reconstrucción del templo, sino que tiene sentido de lejanía en el tiempo futuro (v. Hag. 2:7). Son todos aquellos a quienes han de extenderse las bendiciones mesiánicas, aun cuando pertenezcan a las naciones de la gentilidad. También ellos contribuirán a la reconstrucción del templo futuro. «Cuando todo esto se cumpla, se conocerá que Zacarías es un verdadero profeta a quien el Señor ha enviado para anunciar todo esto anticipadamente» (Buck). Eso es lo que significa la frase central del versículo 15. En cuanto a la última frase («Y *esto sucederá si escucháis obedientes la voz de Jehová vuestro Dios»),* no quiere decir que el cumplimiento de la profecía sea bajo condición de obediencia, sino que «Su venida (la del Mesías—el paréntesis es mio—) y obra estaban aseguradas y sin condiciones, pero la bendición y el beneficio de ello estaban condicionados por la obediencia de Israel» (Feinberg).

CAPÍTULO 7

También este capítulo puede dividirse en dos partes: I. La obediencia es antes que el ayuno (vv. 1–7). II. Jehová dice claramente qué es lo que requiere de Su pueblo: juicio, misericordia y compasión (vv. 8–14).

Versículos 1–7

1. El capítulo 7 se abre de una forma que nos da a entender con toda claridad que estamos ante una sección de la profecía de Zacarías completamente distinta de la primera. Ya no tenemos más visiones, sino un grupo de oráculos proféticos (caps. 7 y 8) y otro, más amplio, de oráculos netamente escatológicos (caps. 9 al 14). La línea divisoria, con respecto a los seis primeros capítulos, se nota también en el cuidado con que Zacarías registra la fecha en que ocurre lo que va a narrar a continuación: Fue (v. 1) *el día cuatro del mes noveno, que es Quisléu, del año cuarto del rey Darío,* es decir, el 7 de diciembre del año 518 a. de C. Este Darío no es el del libro de Daniel, sino Darío I Histaspes (521–486 a. de C.).

2. El oráculo que en esta ocasión dio Jehová a Zacarías fue con ocasión de una consulta que ciertos hombres de Betel vinieron a hacer a los sacerdotes y profetas de Jerusalén. A la cabeza de esta delegación («… y *sus hombres»)* venían (v. 2) un tal *Sarétser* (nombre propio, con la mayor probabilidad) y *Réguem-mélec,* que significa «oficial del rey» y, por tanto, no parece que sea nombre personal, sino de oficio, como el Rabsaces de Asiria. Los detalles temporales tan específicos sugieren un viaje largo (desde Babilonia, no desde Betel). Dice Buck: «No sorprende que la consulta se haga ahora en el mes noveno acerca de una observación litúrgica que obligaba en el mes quinto, porque el viaje de Babilonia a Jerusalén, según Esdras 7:7–9, había llevado varios meses».

3. Estos hombres vienen, primordialmente (v. 2b), *a implorar el favor de Jehová* (lit. *acariciar el rostro de Jehová)* mediante actos culturales y, de paso, preguntar a sacerdotes y profetas sobre el ayuno. Desde 1 Crónicas 25:1 y ss., parece ser que los profetas disfrutaban de *status* levítico (comp. con Lm. 2:20). Lejos de Jerusalén y, por tanto, del templo, los exiliados suplían su falta de sacrificios mediante la observancia de los días de ayuno. El ayuno del mes *quinto* conmemoraba la trágica destrucción del templo el año 586 a. de C. (v. 2 R. 25:8); el del mes *cuarto,* la brecha que los asaltantes hicieron en los muros de la ciudad el año 587 (v. Jer. 39:2); el del mes *séptimo,* el asesinato de Gedalías (2 R. 25:23–25; Jer. 41:1 y ss.); y el ayuno del mes *décimo* se observaba en memoria del comienzo del asedio de Jerusalén, el 588 (v. Jer. 39:1). ¿Habrían perdido su sentido estos ayunos tras de la reconstrucción del templo?

4. El profeta, de parte de Dios, responde (vv. 4–7) que esos ayunos y lamentaciones no estaban realmente dirigidos a Jehová y a lo que el templo significaba, sino que representaban simples fechas de calendario, conectadas con hechos que ellos consideraban trágicos para el pueblo de Israel; pero, como alguien ha dicho, «un ritual que no se centra propiamente en su objeto, resulta estéril». El versículo 6

sugiere que los mismos motivos egoístas que operaban en sus fiestas, operaban también en sus ayunos y duelos: puro sentimentalismo egoísta. En el versículo 7 se les hace ver a estos consultantes que los *profetas primeros*, esto es, los anteriores al asedio y destrucción de Jerusalén, cuando el país gozaba de prosperidad, ya habían observado en el pueblo la misma falta de respuesta apropiada a las demandas de Dios.

Versículos 8–14

1. Por medio de Zacarías, Jehová dice ahora (vv. 8–10) lo que Él requiere de Su pueblo: «*Juzgad juicio verdadero*» (lit.), esto es, según justicia y equidad, y *practicar mutuamente el amor fraternal* (hebr. *jésed*—amor benigno) y *la compasión* (hebr. *rajamim).* Estas virtudes se mostrarán prácticamente en la ausencia de dos vicios criminales: la *opresión* (hebr. *asháq*, el mismo verbo de Mal. 3:5) a los desvalidos *(«la viuda, el huérfano, el extranjero y el pobre») y* la *maquinación interior* (hebr. *jasháb) del mal*, ya que del interior, del corazón, es de donde salen todos los males (v. Mt. 15:19, Mr. 7:21). El hecho de que *se maquine el mal*, específicamente, *contra el hermano* (v. 10, al final), añade mayor culpabilidad a la mala acción, lo mismo que al mal pensamiento. Si no se cumplen estas cosas que Jehová requiere, todo el culto no es más que una burla.

2. Pero los antepasados del pueblo (v. 11), pues a ellos alude el contexto posterior (vv. 12 y 13), *no quisieron escuchar* este mensaje de labios *de los profetas primeros* (v. 12b)—v. el comentario al versículo 7—, a pesar de que hablaban movidos *por el Espíritu de Jehová* (con Neh. 9:30, éste es el único caso en que esta *«inspiración»* aparece explícita en todo el Antiguo Testamento—aunque, para ser exactos, los profetas son *llevados por el Espíritu,* como puede verse en 2 P. 1:21; mientras que la Escritura es la *inspirada o*, mejor, *expirada* por Dios, según 2 Ti. 3:16).

3. En lugar de escuchar, *volvieron la espalda* (v. 11b) o, como dice a la letra el texto, *«dieron hombro que se retrae»*. Comenta bellamente M. Henry: «Como en Jeremías 34:10, 11, pusieron primero el hombro, como dispuestos a llevar el yugo, pero al llegar el momento, lo retrajeron de nuevo». El texto del versículo 11 añade: «*Y se taparon los oídos* (lit. *hicieron pesados sus oídos) para no oír*». El diamante es conocido por su extraordinaria dureza (v. Jer. 17:1; Ez. 3:9), por lo que se usa para cortar el cristal, cosa que no se puede hacer con cuchillo de metal. Por eso, le sirve al profeta (v. 12) para expresar el extremo al que habían llegado en el endurecimiento de su corazón: *«pusieron su corazón como diamante»*, haciéndose así completamente insensibles a todos los llamamientos que se les hacían de parte de Dios, e impedían incluso el que pudiesen penetrar en la conciencia (v. Ez. 3:8 y comp. con 1 Ti. 4:2).

4. La consecuencia fue (vv. 12b–14) que el enojo de Jehová descargó sobre ellos, devolviéndoles la pelota, por decirlo de alguna manera (v. 13): *«Y aconteció que, así como Él clamó y no escucharon, también ellos clamaron y yo no escuché, dice Jehová de las huestes»* (así ha de leerse este versículo, conforme al original). Bien lo pudieron experimentar en la gran tragedia de la destrucción de Jerusalén y de su templo, y en la deportación del pueblo a Babilonia.

CAPÍTULO 8

Este capítulo está lleno de profecías mesiánicas, que se proyectan hasta el final de los tiempos. No menos de diez oráculos hablan del glorioso porvenir que le espera a Sion y a su pueblo. De este modo, el capítulo 8 sirve de buen enlace con los siguientes, que contienen oráculos específicamente escatológicos. Aquí tenemos: I. Un oráculo en el que se promete la restauración del pueblo y de la ciudad santa (vv. 1–3). II. Un segundo oráculo en que se promete longevidad, prosperidad y copiosa descendencia (vv. 4–6). III. Otro oráculo en que se promete el regreso del exilio y su pacífica morada en el país (vv. 7, 8). IV. Un nuevo oráculo en el que se anuncia que la maldición antigua será seguida de una abundante prosperidad (vv. 9–13). V. Todavía otro oráculo en que Jehová promete no afligir más a Su pueblo (vv. 14, 15). VI. Dios promete dar las bendiciones pactadas, pero es también preciso que el pueblo cumpla con sus obligaciones (vv. 16, 17). VII. Jehová responde ahora directamente a la pregunta sobre el ayuno (vv. 18, 19). VIII. Dios promete que Jerusalén se convertirá en el centro del mundo en una época futura (vv. 20–

23). Algunos autores (Buck, entre ellos) desdoblan dos de estos dos oráculos, con lo que vienen a resultar diez en lugar de ocho.

Versículos 1–8

1. En el primer oráculo de este capítulo (vv. 1–3) hallamos una expresión que ya vimos, con ligeras variantes, en 1:14 (comp. con Jl. 2:18): *«He celado a Sion con gran celo y con gran fervor* (mejor que *"con gran ira") la he celado»* (v. 2). El término hebreo *quináh*, celo, designa el surgir de una fuerte emoción que colorea de rojo el rostro. Es como si Dios no pudiese controlar sus sentimientos amorosos, a pesar del extremo endurecimiento del corazón de Su pueblo Israel. No obstante el empleo del vocablo *jemáh*, «furor», en este contexto su significado es *de fervor* o, como traduce Buck, de *ardiente pasión,* un sentimiento de amor, más bien que de enfado.

2. Tan grande es el amor de Jehová hacia Sion, que anuncia (v. 3) su intención de volver a habitar en Jerusalén, cuya suerte cambiará cuando sea la *Ciudad Fiel* y el *monte Santo,* esto es, cuando la fe y la conducta marchen de la mano (comp. con Is. 2:16; Jer. 3:17). No habrá entonces (v. 4) miedo—¡no habrá terrorismo!—*en las avenidas amplias* (lit. *en las anchuras;* hebr. *r^{e}jóboth) de Jerusalén,* y la longevidad *(«ancianos y ancianas»)* estará coronada de paz y prosperidad. Por otra parte, la abundancia (v. 5) de alegres niños y niñas será la evidencia de una nueva sana vida de familia, buen augurio para un próspero porvenir de la nación.

3. Esto (v. 6) dejará atónitos a los del «remanente», que tenían pocas esperanzas de ver cosas tan buenas, pero no es ninguna sorpresa para el Dios omnipotente y omnisciente. El plan de Dios (v. 7) se va a cumplir: *Él va a salvar a Su pueblo,* con todo lo que este verbo significa: especialmente, liberación de una cautividad o esclavitud. Es de notar que el verbo está en participio *(moshía),* lo que le da el sentido de un presente continuativo. Dios (v. 8) ejercitará con ellos Su *fidelidad (émet) y Su justicia (tsedaqáh);* ellos corresponderán con sinceridad y obediencia. Lo mismo que en 13:9, las frases de este versículo 8 indican una renovación del pacto de Dios con Su pueblo.

Versículos 9–17

1. El versículo 9 es un llamamiento alentador al pueblo, a fin de que se animen a completar la obra de reconstrucción del templo. *«Los profetas»* (v. 9b), los de *«estos días»,* no pueden ser otros que Hageo y Zacarías. La situación anterior (v. 10) ha sido precaria: ni jornal del que poder sustentarse, ni seguridad física en ningún lugar, por causa del enemigo, ni confianza en el prójimo. Ahora (v. 11) eso va a ser cosa del pasado, ya que de aquí en adelante (v. 12) «*habrá simiente de paz»,* es decir, habrá la suficiente seguridad para sembrar tranquilamente; habrá bendición y prosperidad abundantes (comp. Hag. 1:10 y ss. con Hag. 2:19). Y *sucederá* (v. 13) que los que se habían convertido en *refrán de maldición,* no sólo serán benditos, sino que *serán bendición* (comp. con Gn. 12:2) para otros. Dice Buck: «Cuando los gentiles querían maldecirse, en sus fórmulas de execración se referían a los israelitas, y decían: *Maldito como un israelita».*

2. Pero ninguna de estas cosas ha tomado a Dios por sorpresa. Jehová ha tenido siempre (vv. 14, 15) las riendas del bien y del mal, tanto para castigar como para bendecir; sin embargo (vv. 16, 17), para que la nueva era de bendiciones permanezca, Dios exige a Su pueblo (v. 16) *juicios justos y equitativos* (comp. con 7:9) *en las puertas* (donde se ventilaban los litigios de la comunidad), juicios que conduzcan a una buena armonía social («lo *conducente a la paz»,* a todo bien—comp. con Lc. 19:42—), y que cada uno (v. 17) evite el rencor, el odio y el perjurio contra su prójimo.

Versículos 18–23

1. Después de haber asentado los grandes principios de una ética espiritual, que son los que dan vida a toda la observancia exterior, el profeta contesta directamente (vv. 18, 19) a la pregunta de 7:3. Todos *esos fastos* de ayuno (rutina cuadriculada de calendario) se van a convertir en *fiestas,* con tal que los corazones estén bien dispuestos (v. 19) por la *verdad y* el *amor* (comp. con Ef. 4:15, 16).

2. Esto será para todo el mundo (vv. 20–23) un testimonio tan claro y estupendo de la bendición de Dios (comp. con Jn. 17:21b), que todos querrán asirse de un nativo de Judá (v. 23). Nótese el contraste entre lo de *«en aquellos días»* de este versículo y lo de *«en estos días»* del versículo 15.

3. Sin embargo, no todos en general, sino los de corazón sincero, serán atraídos por el testimonio del Israel reunido y recto, convertido en «misionero» de las naciones. Como dice David Ellis en A *Bible Commentary for Today*, p. 1039: «La verdadera espiritualidad sólo es atractiva para los que ejercitan una fe genuina; pero para otros puede ser una disuasión (inglés, *deterrent*)». El universalismo aquí aludido no es obra de diálogos ni de discusiones; es *obra de Dios.*

CAPÍTULO 9

Comienza aquí la última parte de la profecía de Zacarías, con oráculos específicamente escatológicos. Esta sección está unida a la anterior por medio del tema de la *liberación*, el cual presenta aquí unos horizontes más amplios, sin tener que recurrir a la duplicidad de autoría, como hacen algunos autores modernos («Deutero-Zacarías», dice Buck). Dice Ryrie: «Existen muchas semejanzas entre los capítulos 1–8 y 9–14, y la diferencia de estilo nunca es un argumento conclusivo para afirmar una doble autoría». Conforme a la división que hace la *Ryrie Study Bible*, podemos distribuir el presente capítulo del modo siguiente: I. Las victorias de Alejandro Magno (vv. 1–8). II. Las venidas del Rey (vv. 9, 10). III. Las victorias de los Macabeos (vv. 11–17).

Versículos 1–8

1. El capítulo se abre, como el 12, con el vocablo hebreo *massá*, que, como sabemos, significa literalmente *«carga»*, pues describe un mensaje «pesado», en primer lugar, para los hombros del profeta, el cual tiene que comunicarlo a los demás; también suele ser «pesado» para los destinatarios, e indica el anuncio de un «grave castigo» (v. Is. 13:1). Como *«oráculo* que introduce *la palabra de Jehová»*, sólo aparece aquí, en 12:1 y en Malaquías 1:1. Esta *«carga»* está *«sobre la tierra de Jadrakh y de Damasco»* (lit.). La ciudad siria de *Jadrac* se menciona únicamente aquí; no sale en ningún otro lugar de la Biblia; «en textos asirios y arameos ocurre en la forma de *jatarikka y jazrak;* era capital del principado arameo de *Laásh* y de la provincia asiria de *jatarikka*, a la que dio el nombre» (Buck). En cambio, Damasco se menciona 45 veces en el Antiguo Testamento.

2. El versículo 1b resulta muy difícil de interpretar. La versión literal más natural, según el texto masorético actual, es la siguiente: *«Porque a Jehová* (pertenece) *el ojo del hombre* (hebr. *Adán) y de todas las tribus de Israel».* La paráfrasis que aparece en nuestra Reina-Valera (así como en la *Biblia de las Américas y* en la *Nueva Versión Internacional*, entre otras) hace buen sentido, pero, a mi juicio, no liga bien con la primera parte del versículo. Mejor es la conexión que establece la lectura alternativa que ofrece la *Nueva Versión Internacional: «Porque el ojo de Jehová está sobre toda la humanidad, lo mismo que sobre las tribus de Israel».* En fin, otros autores optan por aceptar la enmienda de *aram* (Siria) por *Adán*, dada la extrema semejanza de las letras hebreas *d y r.* Diría entonces: *«Porque el ojo de Jehová está sobre Siria, como está sobre todas las tribus de Israel».* En esta misma línea de enmienda (de *aram* por *Adán),* Buck traduce así: *«Al Señor pertenece el ojo de Aram, como todas las tribus de Israel».* «El ojo de Aram» vendría a ser entonces expresión para designar a Damasco, un *ojo,* esto es «gema por su belleza e importancia» (Buck). En mi opinión, no se necesita tal enmienda, y la versión que me parece más apropiada es la que da la NVI como alternativa.

3. Jamat (v. 2) es mencionada en Amós 6:2 como una ciudad importante. Génesis 10:18 muestra que era antes una colonia independiente; por algún tiempo estuvo en buenas relaciones con Israel (v. 2 S. 8:9 y ss.; 1 Cr. 18:9 y ss.). Permanece todavía hoy con el nombre de Hama, entre Alepo y Damasco. Tiro es bien conocida como importante ciudad industrial en la antigüedad, mencionada especialmente por el comercio entre su rey Hiram y los reyes de Israel David y Salomón. Después se vio en graves aprietos por parte de Asiria, y su futuro es predicho con maldición (v. Jer. 37:1–11; Ez. 36:1–38:19). Sidón fue una de las primeras ciudades fenicias; fue notable, sobre todo, por su puerto.

4. Los versículos 2b y 3a deberían traducirse de la siguiente manera, para hacer buen sentido: «… *Aunque es muy sabia Tiro, y ha construido para sí un baluarte …».* Hay un juego de palabras entre *tsor* (Tiro) y *matsor* (baluarte). Hiram I, rey de Tiro (979–945 a. de C.) construyó una carretera que unía el puerto con la fortaleza. La referencia al oro y la plata (v. 3) puede aludir a la importación hecha en colaboración con Salomón (1 R. 10:22; 2 Cr. 9:21). Pero, a pesar de su *poderío* (v. 4. Lit. *fuerza;* hebr. *jayil),* es decir, su prosperidad económica y sus potentes defensas militares, estaba destinada a la destrucción, como ya había profetizado Amós (Am. 1:10). El cumplimiento de esta profecía tuvo lugar (es lo más probable) el año 332 a. de C., cuando fue conquistada por Alejandro Magno. El mismo destino (v. 5) espera a las ciudades filisteas Ascalón, Gaza, Ecrón y (v. 6) Asdod. Dice Buck: «Gat es omitida, porque parece que había perdido, después de las invasiones asirias del siglo VIII, su independencia e importancia y ya no era una ciudad puramente filistea».

5. El vocablo *mamzér,* que solamente sale aquí (v. 6) y en Deuteronomio 23:3, no significa «extranjero», sino «mestizo» *(«gente bastarda»,* en la RV 1977) y se refiere, con la mayor probabilidad, a una multitud de diversas razas, como la que causó problemas a Nehemías (Neh. 13:24). También tenemos aquí (v. 6, al final) la última mención bíblica de los *«filisteos»,* que tanto quehacer dieron a Saúl y a David, pero (v. 7) todavía quedará un *«remanente»* incorporado al pueblo de Dios. Quizá comience a cumplirse esto en los palestinos que se hallan vinculados a Israel en el sur del Líbano. Se menciona explícitamente (v. 7, al final) a Ecrón. Y, al ser Jehová el guardián de Su pueblo en todo momento (v. 8), éste se hallará a salvo de enemigos e invasores, pues Dios vigilará con sus propios ojos (v. 8, al final).

Versículos 9–10

1. En un primer nivel mesiánico, el profeta ve ahora al *rey* de Israel que llega (v. Mt. 21:4 y ss.; Jn. 12:14 y ss.). Esta profecía, pues, se cumplió enteramente en la primera venida de Cristo. Zacarías le ve venir (v. 9b) *justo* (para corregir los desafueros), *victorioso* (lit. *salvado*—hebr. *noshá*—de caer en la batalla) y *humilde* (hebr. *aní;* comp. con Mt. 11:29), *cabalgando sobre un asno,* para denotar, no precisamente rebajamiento (era cabalgadura apta para nobles y aun reyes), sino para dar a entender que viene con mansedumbre y en son de paz. El hebreo *«aní»* significa, en realidad, «pobre» (comp. con 2 Co. 8:9). Lo de *«cabalgando sobre un asno»* (comp. con Gn. 49:10, 11) contrasta con Apocalipsis 19:11 y ss., cuando Cristo, en su segunda venida, aparecerá montado sobre un *caballo blanco,* lo que denotará entonces que viene en son de guerra. La repetición del animal es un paralelismo, conservado en Mateo 21:7 (no en Jn. 12:14 y ss.), donde el evangelista se ajusta estrictamente al original hebreo.

2. Como ocurre en muchos otros lugares de la profecía (v., por ej., Is. 61:2), del versículo 9 al versículo 10 hay un salto cronológico de muchos siglos, pues «el cumplimiento de esta profecía de paz universal espera hasta la segunda venida de Cristo» (Ryrie). Efectivamente, durante el tiempo del reino milenario, todos los armamentos serán destruidos (v. 10), algo que las naciones son incapaces de llevar a cabo, y todos los «edictos» del Rey serán *«paz»* (hebr. *shalom).* Este oráculo cita, con bastante libertad, el Salmo 72:8, donde se expresa un deseo universal de paz.

Versículos 11–17

1. «Y tú (el pronombre se halla en femenino porque alude a la *"hija de Sion"*—Jerusalén misma—del v. 9) *también* (o, mejor, *«En cuanto a ti ciertamente …»), en virtud de la sangre de tu pacto* (v. 11), *he sacado tus presos de la cisterna en que no hay agua»* (lit.). Lo de *«serás salva»* no existe en el original. Aunque la mención de la sangre en conexión con el pacto es frecuente, ya que todos los días era recordada en los sacrificios, y Jeremías la menciona también (Jer. 31:31), la frase antedicha sólo sale tres veces en toda la Biblia: aquí, en Éxodo 24:8 y en Marcos 14:24. En este último lugar adquiere la plenitud de su sentido. Zacarías (v. 11b) ve ya como cumplida esta profecía, que indica una completa liberación, un cambio radical de estado en la suerte o bienestar del pueblo. Las *cisternas sin agua* se usaban como prisiones, según hace notar Ryrie.

2. Judá y Jerusalén eran *«fortaleza»* (v. 12), en el sentido de que tenían a Jehová por guardián y defensor, y allí podían refugiarse los exiliados, llamados aquí *«prisioneros de la esperanza»,* esto es, cautivos que estaban esperando su liberación y habían de sentirse animados por la declaración de que *les había de ser restaurado el doble* (v. 12, al final); es decir, a cambio de la desesperación en que les había

sumido la cautividad, les sería otorgado el *doble* de gozo. No ha de pasar desapercibido el vocablo hebreo *(bitstsarón)* usado aquí para *«fortaleza»*. Es la única vez que tal vocablo aparece en toda la Biblia; «se deriva de la raíz *batsar*, ser inaccesible» (Buck).

3. El poder de Jehová (v. 13) permanecerá con el pueblo. Tanto el sur como el norte cooperarán en la victoria como instrumentos de Dios, exactamente igual que el arco y la flecha se usan juntos en las manos del arquero. Al cambiar de figura, el versículo 13b habla de «espada» en manos de los israelitas—«los *hijos de Sion*»—, para vencer a «los *hijos de Yaván*» (v. Gn. 10:2–4), es decir, a los griegos. Como hace notar Ryrie, toda esta porción de los versículos 13–17 «predice la derrota de Grecia (en particular, de Antíoco Epífanes) por el pueblo judío durante la era de los Macabeos (siglo II a. de C.)».

4. En el versículo 14 el profeta emplea un lenguaje claramente apocalíptico. Como en Habacuc 3:4–11, Jehová marcha entre torbellinos, rayos y relámpagos—reminiscencias quizá de Éx. 24:9–15 y del cántico de Débora en Jue. 5:4 y ss.—. Bajo el amparo de Jehová (v. 15), los israelitas vencerán y despojarán a sus enemigos, darán puntapiés de desprecio a las piedras que les arrojen con honda y celebrarán la victoria con vino y ruidoso júbilo, satisfechos y llenos como las vasijas de debajo del altar de los holocaustos, las cuales rebosaban a causa de la abundancia de los sacrificios (v. Lv. 4:7).

5. Así restaurados (v. 16), el profeta los contempla como *piedras preciosas de una diadema*, a causa de todo lo que Dios ha hecho por ellos. Tales condiciones de paz y prosperidad (v. 17) resultarán en una juventud numerosa, alegre y robusta, augurio de un futuro feliz y próspero para Israel.

CAPÍTULO 10

Este capítulo y hasta el versículo 3 inclusive del capítulo 11 nos presentan, como dice Ryrie, «las bendiciones que proceden del Mesías». Vemos aquí que: I. Sólo Jehová puede salvar y salva; por eso, se enciende su enojo contra los malos pastores de Su pueblo (vv. 1–3). II. Pero un día llegará en que Él personalmente se encargará de que Israel triunfe y prospere (vv. 4, 5). III. Los dos reinos resurgirán gloriosos (vv. 6–9). IV. Egipto y Asiria serán humillados (vv. 10–12).

Versículos 1–3

1. Cuando hay fuerza espiritual, sostenida por la oración, hay también (v. 1) prosperidad material (comp. con Stg. 5:7, 16b). Así es como, en contraste con la «sequía» del exilio, habrá *«lluvia abundante»* para *el campo de cada uno*. En cambio, ¿cuáles han sido los resultados de la apostasía del pueblo? (v. 2). Los *terafines* (lit.)—especie de dioses domésticos, usados para adivinación en tiempo de los jueces—(cf. Jue. 17:5; 18:5) han dicho *vanas mentiras* (hebr. *áwen)*, es decir, han dado oráculos falsos. Lo mismo ha sucedido con *los adivinos y los soñadores* (todos ellos prohibidos en Israel—v. Dt. 18:10 y ss.), ya que Dios había dado a Su pueblo profetas, que apuntaban al Gran Profeta (Dt. 18:15 y ss.) que había de venir.

2. Sin líderes espirituales (v. 2b), el pueblo vagaba en la oscuridad y el desconcierto. El profeta alude claramente a Ezequiel 34:6–8 (v. 1 R. 22:17) y nos recuerda las palabras de Jesús mismo en Mateo 9:36; Marcos 6:34. La tragedia del pueblo de Dios ha sido siempre el estar a merced de pastores no llamados ni cualificados para el ministerio. La referencia a los *pastores*, en el Antiguo Testamento, afectaba primeramente a los reyes (Is. 44:28; Ez. 34:23 y ss.; Mi. 5:4), pero, en último término, se refería a Dios mismo (v. Gn. 49:24; Sal. 23:1; Is. 40:11, y comp. con Jn. 10).

3. Luego (v. 3), Jehová toma Su ira directamente contra pastores y líderes, no del pueblo de Israel, sino contra «señorones extranjeros que habían de ser destruidos (v. 11)» (Ryrie). La *Ryrie Study Bible* hace aquí una referencia marginal, muy iluminadora, a Jeremías 25:34–36. El sagrado texto apoya también esta interpretación, pues los contradistingue claramente (v. 3b) del *rebaño de Jehová*, que es *la casa de Judá*. Nueva confirmación hallamos en el epíteto hebreo *atudim*, que significa *«machos cabríos»*, al tener en cuenta que, en Isaías 14:9b, *todos los príncipes de la tierra* son llamados, en hebreo, *kol atudey árets*, *«todos los machos cabríos de la tierra»* (comp. con los *cabritos* de las *naciones*, en Mateo 25:32 y ss., en el juicio de las naciones conforme a su conducta hacia Israel).

4. En cambio, Jehová *visitará* (v. 3b) benévolamente a Su pueblo y, al cambiar súbitamente de metáfora, *«los pondrá como su caballo de honor en la guerra»*. ¡Qué contraste! ¡En lugar de la oveja

desvalida, débil, sin dirección ni seguridad, el honor y la fuerza de una montura dócil, segura, eficaz, obediente a las riendas del jinete!

Versículos 4–5

1. ¡Nuevos honores para Judá! *«De él* (v. 4), de Judá, repetido cuatro veces en este versículo 4, *saldrá la piedra angular»* (v. Sal. 118:22; Is. 28:16; Mt. 21:42; Ef. 2:20b; 1 P. 2:7), única, irremplazable, de la que todo el edificio recibe firmeza, unidad y perfección. En 11:4–17, Zacarías aludirá al rechazo de esta *«piedra»*. Lo de la *«clavija»* alude a la pinza de la tienda de campaña que podría parecer algo insignificante a los ojos de un observador superficial, pero es lo que mantiene enhiesta contra vientos y tempestades a esa tienda de campaña. *«El arco de guerra»,* antes destruido en manos de los hombres (9:10), tendrá ahora su eficacia en manos de los líderes *(«los jefes»)* nombrados por Dios, pero tendrá una eficacia especial, decisiva, en manos del Mesías.

2. Así, Judá (v. 5) saldrá siempre victorioso bajo la dirección de Jehová y *hollarán el lodo de las calles en la batalla* (lit.). El *enemigo* no figura explícito en el texto original aquí, pero se halla expreso en Miqueas 7:10, en una frase similar a la presente. «Y *los que cabalgan en caballos serán avergonzados»* (frase final del v. 5). ¡Y tendrán motivo suficiente para ello pues la infantería habrá derrotado a la caballería!

Versículos 6–9

1. En este nuevo «Éxodo», Dios libertará (v. 6) ambos reinos y *los hará volver* a su patria. Nótese la mención de *José,* en lugar de *Efraín,* al referirse al reino del norte (¡lo mismo que en Ap. 7:8!). Jehová mostrará hacia Israel una misericordia tan grande, que vendrá a ser *como si no los hubiera desechado.* Esto implica un completo *olvido,* por parte de Dios, de los pasados pecados de Israel, los cuales fueron la causa del exilio a Babilonia.

2. Ahora (v. 7) se nombra expresamente a Efraín por haber sido el primero en caer ante las oleadas del ejército asirio. También él será favorecido lo mismo que Judá (v. 9:15 y ss.). Dios, como Buen Pastor, *los llamará* (v. 8) *con un silbido,* «de la misma manera que los colmeneros reúnen a sus abejas por medio de un silbido» (Feinberg). El profeta ve ya cumplido el rescate (v. 8b) de Efraín, con la subsiguiente bendición de una descendencia tan numerosa como la que tuvo en un principio.

3. El versículo 9 resume admirablemente toda la historia de Israel hasta nuestros días. Todos los verbos están en imperfecto, esto es, en tiempo futuro. El original dice *«los sembraré».* Con respecto a este verbo, dice Feinberg: «El verbo *sembrar* no se usa jamás en sentido malo o judicial. Tiene la idea de esparcirse y multiplicarse. Aquí se revela que Dios tenía un propósito especial al sembrarlos así entre los pueblos de la tierra». Efectivamente, en esa «diáspora», el pueblo judío tiene una misión testimonial que cumplir: se van a conservar *sin mezcla («vivirán con sus hijos»*—v. 9, al final—), aunque estén en medio de otros pueblos *en lejanos países,* de la misma forma que el aceite no se mezcla con otros líquidos aunque se echen en una misma vasija, y *volverán* (¡ya vuelven!)

Versículos 10–12

Egipto y Asiria (v. 10) se toman aquí como símbolos, respectivamente, de *esclavitud y destierro.* Ahora los israelitas van a volver *a la tierra de Galaad* (¡y pasarán a la Transjordania!) y *al Líbano, y no habrá bastante sitio para ellos.* ¡No les bastará! «*Y él* (v. 11), esto es, Efraín, *atravesará el mar de la angustia,* clara alusión al mar Rojo en un contexto en que la liberación final de Israel se contempla como un nuevo Éxodo (comp. con Is. 51:9–11). Bajo la dirección de Dios, no habrá barreras que se opongan a su avance. Más aún (v. 12), en Jehová hallarán fuerza para todo (comp. con Fil. 4:13), y así estarán preparados para *caminar en su nombre,* es decir, bajo las órdenes de Jehová y seguirán sus pisadas (comp. con 1 P. 2:21; 1 Jn. 2:6; 3:23). Nótese en este versículo 12 una especie de desdoblamiento de *Jehová,* similar al que vimos en 3:2.

CAPÍTULO 11

Los tres primeros versículos de este capítulo continúan el tema del capítulo anterior. Al seguir a Buck, dividiremos del modo siguiente el presente capítulo: I. Los soberbios serán derribados (vv. 1–3). II. Alegoría del profeta pastor (vv. 4–14). III. Alegoría del pastor insensato (vv. 15–17).

Versículos 1–3

Como acabamos de decir, los tres primeros versículos son continuación del capítulo anterior, y expresan un cántico de triunfo sobre los enemigos de Israel, simbolizados, respectivamente, por los arrogantes cedros del Líbano y las frondosas encinas de Basán. Pero Dios prepara dos instrumentos de destrucción para estos árboles: el fuego y el hacha; con ello, el camino de vuelta quedará expedito para que regresen los exiliados. Ni siquiera la exuberante jungla del Jordán va a escapar del terrible juicio de Dios. Entra aquí para reforzar las imágenes, el símil de los pastores que se lamentan a gritos de la destrucción de sus rebaños por los zarpazos de fieros leones.

Versículos 4–7

1. Para entender esta porción hasta el final del capítulo es menester percatarse de que el rebaño representa a Israel, que los pastores son los líderes del pueblo, y que el propio Zacarías es constreñido a servir como pastor escogido por Jehová. Pero la lección que aquí se enseña tiene una gama mucho más amplia de destinatarios (comp. con Jn. 10). Es una tremenda amonestación para quienes ejercen cargo pastoral en las iglesias. Muy malo es ser pastor mercenario, pero mucho peor es ser pastor lobo, que arruina las ovejas por las que murió el Señor Jesucristo.

2. ¡Qué cuadro nos presenta el versículo 5! Los *pastores* de Israel venden las ovejas y las exponen a la corrupción. El cuadro cobra tintes realmente trágicos cuando estos malvados llegan al extremo de su hipocresía y bendien a Dios por el éxito de sus crímenes.

3. El juicio es, pues, inevitable (v. 6): Cada uno será presa de su compañero y vivirá temeroso del rey que a la sazón se siente en el trono del país. Junto con esto, se habrá perdido toda confianza en el prójimo. Esto ya se cumplió suficientemente en el siglo II a. de C. (la era de los Macabeos) y, después, el año 70 de nuestra era, pero, según el mismo Señor Jesús, tendrá pleno cumplimiento al final de los tiempos, con el aumento de traidores y de falsos maestros (Mt. 24:3–13).

4. Así pues (v. 7), el propio Zacarías se hace cargo del rebaño. Como símbolos de su autoridad, el profeta usa dos cayados: *Benevolencia* (hebr. *noám),* el cual se refiere a la canalización de los beneficios que reporta el favor de Dios, y *Uniones* (hebr. *job^{e}lim),* consecuencia del primero, pues la comunión con Dios comporta necesariamente unión y armonía entre Sus hijos, las ovejas de Su prado. Ambas cosas (la comunión con Dios y el amor a las ovejas) les faltaban a estos pastores. Toda esta porción suministra suficiente materia de meditación y de examen de conciencia para los ministros del Señor.

Versículos 8–14

1. Dice Feinberg que «del versículo 8 se han contado cuarenta interpretaciones diferentes». Gran parte de la dificultad desaparece si se vierte a la letra el original de la primera frase: *«Y destruí a los tres pastores en un* (solo) *mes*». Dice Feinberg: «El mejor punto de vista es el que contempla en los tres pastores tres clases de líderes en Israel: el profeta, el sacerdote y el rey (o, más propiamente, los magistrados civiles) (v. Jer. 2:8)». Buck ve aquí a Joacaz, Joacim y Joaquín.

2. La segunda parte del versículo 8 debe leerse del modo siguiente: *«Pero mi alma se impacientó contra ellos, etc.».* Lo de *«ellos»* se refiere al rebaño en general (así se explica la conexión con el v. 9). No se pierda de vista que Zacarías es aquí tipo del Mesías. En efecto, como advierte Ryrie, «Zacarías estaba desempeñando el papel del Mesías venidero».

3. En vista de la tremenda oposición que este buen pastor halla, renuncia a su oficio (v. 9) y entrega a las impenitentes ovejas a sus propios malvados caminos. Quiebra entonces (v. 10) el cayado llamado *Benevolencia,* a fin de simbolizar el desagrado de Dios y la suspensión temporal del pacto que concertó

con todos los pueblos, no sólo con el pueblo de Israel, ya que, como hace notar Feinberg, «las tribus de Israel no son designadas de ese modo en las Escrituras».

4. El versículo 11 dice literalmente, según el texto hebreo: *«Y fue roto* (el cayado) *en ese día, y conocieron así los afligidos (o pobres) del rebaño que me observaban* (esto es, que le veían romper el cayado) *que aquello era palabra de Jehová».* Es decir, el «remanente» justo se percató de que la promesa de Ezequiel 34:25 había sido suspendida temporalmente. Dice Feinberg: «Dios les puso freno (a los pueblos de la tierra) para que no hiciesen daño a Israel … Cuando fue retirado el freno, los romanos destruyeron su ciudad y su economía. Ni Alejandro, ni Antíoco Epífanes, ni Pompeyo obtuvieron permiso para dañar a su existencia nacional. Pero cuando el Mesías rompió Su cayado, ni Tito ni sus generales pudieron salvar (de su destrucción) el Templo, ni Juliano el Apóstata pudo restaurarlo más tarde».

5. Al terminar su oficio (v. 12), el profeta pastor reclama del pueblo su salario: «Su amor, su obediencia, su devoción a Dios y a Su Pastor» (Feinberg). Y ellos le dan el precio en que estimaban Su persona y Su obra: *Treinta siclos de plata.* Ésta era precisamente la suma compensatoria de un esclavo (v. Éx. 21:32), con lo que Mateo 26:15, compárese con Filipenses 2:7, adquiere una nueva dimensión interpretativa.

6. En el versículo 13, muchas versiones (entre ellas, nuestra Reina-Valera) leen *«tesoro»* (hebr. *otsár),* al seguir a la versión siríaca, pero el texto masorético actual dice *yotsér,* alfarero, y ésta es la lectura que se debe adoptar. El alfarero podría ser el moldeador o fundidor de plata del templo, con lo que, como sugiere F. F. Bruce, tendríamos el lazo de unión entre *el campo del alfarero* de Mateo 27:3–10 y el *«dinero de sangre»* de Judas (Mt. 27:68; Hch. 1:18, 19). Feinberg ofrece esta otra explicación: «Echar una cosa al alfarero podría haber sido una expresión proverbial para deshacerse de lo que es inútil». Quedan dos detalles por analizar en este versículo 13:

(A) La exclamación a *¡El espléndido precio en que he sido valorado por ellos!»* (lit.) es, por supuesto, un sarcasmo, ya que la cantidad de dinero que le ofrecen es ridícula e insultante, algo sin precedentes en la larga historia de las ingratitudes humanas.

(B) En Mateo 27:9 leemos que *«entonces se cumplió lo dicho por medio del profeta Jeremías …»,* y trae a continuación precisamente la cita del versículo 13, que venimos comentando. Al completar lo dicho en el comentario a Mateo 27:9, ponemos aquí la siguiente explicación de Feinberg: «La solución ha de buscarse probablemente en el hecho de que el nombre de Jeremías estuvo a la cabeza de toda la colección de los profetas, porque su profecía estaba colocada la primera. De esta posición hay constancia en los escritos judíos».

7. Luego, el profeta pastor quiebra el otro cayado (v. 14), porque, al rechazar al pastor que Dios había escogido, no habrá para Israel ninguna cosa con la que se pueda mantener la *unión* de los dos reinos. Esta desintegración, que se hizo evidente durante el asedio de Jerusalén por los romanos en el año 70 de nuestra era, ha perdurado hasta hoy.

Versículos 15–17

Al rechazar al Buen Pastor, el pueblo escoge como alternativa a un pastor no sólo inútil, sino sumamente nocivo. Zacarías dibuja bien su carácter y sus acciones. Su fracaso tiene dos aspectos igualmente perversos: Abandona el rebaño y, por otra parte, se lo come, y tira lo que no le sirve *(«las pezuñas»*—v. 16, al final—). Pero el juicio de Dios cae sobre él (v. 17): Quedará paralítico y ciego. Así no podrá defender ningún rebaño. ¿Quién es este pastor inútil y nocivo? Buck afirma que se refiere al rey Sedequías, quien «llevó—dice—una política suicida al enfrentarse con Babilonia». En cambio, Feinberg dice lo siguiente: «El que es presentado como pastor insensato e inútil es, sin duda, el Anticristo personal de Daniel 11:36–39; Juan 5:43; 2 Tesalonicenses 2:1–12 y Apocalipsis 13:11–18».

CAPÍTULO 12

La primera *«carga»* comprendía los capítulos 9 al 11. La segunda *«carga»* contiene los oráculos comprendidos en los capítulos 12 al 14. El presente capítulo puede dividirse del modo siguiente: I.

Jerusalén y Judá van a experimentar una feliz renovación, total y definitiva (vv. 1–9). II. Los que hayan de disfrutar de estos magníficos beneficios necesitarán ser renovados personalmente (vv. 10–14).

Versículos 1–9

1. Como el capítulo 9, también este capítulo comienza con el vocablo hebreo *massá*, carga. Nótese, de entrada, que aquí, como en el resto del capítulo y en los capítulos 13 y 14, ya no se hace distinción entre los reinos del norte y del sur. La escatología se hace aquí preludio del carácter apocalíptico de lo que sigue. Buck toma la segunda parte del v. 1 como una doxología. «La doxología—dice—, que exalta a Jehová como creador y dueño del universo, parece estar calcada sobre Isaías 42:5: *Dios Jehová creó el cielo y lo desplegó, extendió la tierra …, da el espíritu a los que por ella caminan».*

2. La ciudad de Jerusalén se convierte (vv. 2, 3) en centro del propósito de Dios—*«copa»* de las suertes—y en *piedra* donde tropiezan, caen y son despedazados todos los adversarios de Jerusalén, que lo son igualmente de Dios. Jerusalén había bebido demasiado del «cáliz (hebr. *raal)* de la ira de Dios» (Is. 51:17), pero ahora ella va a ser *copa* (hebr. *sap raal)* de la que van a beber otros. Dice Ryrie: «Esta profecía se cumplirá durante la campaña de Armagedón».

3. Aún más, Dios va a sembrar *el pánico* (v. 4) y *la locura* (lo cual es un juicio punitivo de la desobediencia—v. Dt. 28:28), mientras que, en contraste con la ceguera de los enemigos, Dios abrirá sus ojos sobre Judá y abrirá los ojos de Judá, de forma que (v. 5) los jefes de los clanes de Judá reconocerán que la victoria se debe exclusivamente a la intervención sobrenatural de Dios, que está presente en medio de ellos. De Dios (v. 6) reciben poder y fuerza increíbles los mismos jefes, al derrotar rápida y totalmente a los enemigos. Todo vestigio (v. 7) de alienación entre Judá y Jerusalén quedará borrado por la inequívoca intervención de Jehová.

4. *«La casa de David»* (v. 8b), en la que se centran todas las miradas ilusionadas del futuro, será *como Dios* (hebr. *kelohim),* es decir, con la mayor probabilidad, como el Ángel de Jehová, cualificado claramente con atributos divinos. Y (v. 9) todo el que se oponga, será destruido.

Versículos 10–14

1. Pero los que han de disfrutar de estos beneficios necesitarán ser renovados (comp. con Ez. 36:25–27). Dios mismo proporcionará los medios para esta renovación: *gracia* (hebr. *jen;* comp. con el *«Espíritu de gracia»* de He. 10:29) y *oración* (lit. *súplicas;* hebr. *tajanumim).* Son dos gracias gemelas: una actitud orante irá acompañada de constantes favores por parte de Dios, y de una conducta graciosa y generosa de unos con otros. Dice M. Henry: «Cuando Dios se propone otorgar gran misericordia a su pueblo, lo primero que hace es disponerlo a orar». Y, a continuación, Dios toma sobre Sí la injuria hecha a Su representante, así como la mirada futura de arrepentimiento de Su pueblo (v. Jn. 19:37). Dice Ryrie: «En la segunda venida de Cristo, Israel reconocerá a Jesús como su Mesías, y confesará con profunda contrición que Él era aquel a quien sus antepasados traspasaron».

2. En cuanto al *«Hadad-rimón»* del versículo 11, se han propuesto varias interpretaciones. Hay quienes piensan que se trata del nombre de un dios de la fertilidad (v. 2 R. 5:18), cuya muerte era lamentada durante la estación de la sequía, de manera parecida a la lamentación por Tamuz, mencionada en Ezequiel 8:14. Bruce sugiere que este ritual litúrgico podría estar ligado al recuerdo anual de la muerte de Josías, quien cayó en la batalla de Meguidó (2 Cr. 35:25). Delcor llega a la misma conclusión, aunque modifica el texto *(«por el hijo de Amón»*—es decir, Josías—, en lugar de «*Hadad-rimón»).* Probablemente, la mejor explicación es la que ofrece Feinberg, con otros autores modernos, quienes aseguran que se trata de dos dioses sirios: Hadad y Rimón.

3. Que todas estas muestras de duelo y arrepentimiento son un don de Dios, se muestra (vv. 12–14) por lo espontáneo de las actitudes y por su generalización. Se nombran expresamente la familia real *(«la casa real»),* la nobleza *(«la casa de Natán»*—el hijo de David—) y también los sacerdotes *(«la casa de Leví»),* tanto por su rango como por su ejemplaridad.

CAPÍTULO 13

Este capítulo se divide en dos partes: 1. Jehová purifica con todo esmero a Jerusalén (vv. 1–6). II. Muerte del pastor, con la consiguiente dispersión y reducción del rebaño (vv. 7–9).

Versículos 1–6

1. El tono escatológico—apocalíptico de esta parte de la profecía de Zacarías se hace aquí (vv. 1, 2) manifiesto. El capítulo se abre con la expresión *«En aquel día»* (lit.), expresión que se repite, entre este capítulo y el siguiente, diez veces (13:1, 2, 4; 14:1, 4, 6, 8, 9, 20 y 21). Al realizarse el arrepentimiento de Israel, Dios hace la necesaria provisión para que el pueblo quede completamente limpio: *Se abre un manantial* (v. 1, comp. con Ez. 36:25) para que *la casa de David y los habitantes de Jerusalén sean purificados del pecado* (hebr. *jattat*, el sentido genérico de «pecado») y *de la impureza* ceremonial (hebr. *niddáh).* Se alude, probablemente, en primer término a la idolatría (comp. con Ez. 36:16, 17).

2. Entonces (v. 2) Dios acabará con todos los ídolos (hasta se olvidarán sus nombres) y cortará toda relación con *los falsos profetas* y con el *espíritu de inmundicia,* contrapuesto al Espíritu Santo. Comenta M. Henry: «Jesús, el Cordero de Dios … quita la culpa del pecado con la sangre de su cruz … Bajo la Ley, había un lavabo de bronce y un mar de bronce; eran vasijas, pero nosotros tenemos una fuente». Y más adelante: «Quita el dominio del pecado con el poder de su gracia». En apoyo de estas ideas podríamos citar muchos lugares del Nuevo Testamento (v., por ej., Jn. 1:29; 7:37–39; 1 Co. 6:11; 2 Co. 12:9, Fil. 4:13; 1 Jn. 1:7; 3:5).

3. La renovación espiritual de Israel será tal que, si llegase a surgir un falso profeta (v. 3), sus propios padres acabarían con él, tras de la oportuna denuncia: *«le traspasarán cuando profetice»,* como si fuese un caso similar al expuesto en Deuteronomio 13:6–9.

4. Los vv. 4–6 sugieren que ya no se usará el *manto velloso,* esto es, el «manto profesional» de profeta, pues será tenido por augurio de desgracia, y los hombres evitarán ser tenidos por profetas (comp. con Jn. 1:19 y ss.), lo cual puede apreciarse ya en Amós 7:14. Y si existe algún profeta falso, hará todo lo posible por ocultarlo (vv. 5, 6). Y cuando le pregunten: *«¿Qué heridas son ésas entre tus manos?»,* es decir, «en el pecho» (Buck), lo atribuirá a cualquier percance, más bien que a las incisiones autoinfligidas en trance profético (v. 1 R. 18:28). Hay incluso la posibilidad de que las heridas hayan sido producidas por sus propios padres (v. 3) o, como sugiere también Ryrie, «en peleas amistosas» con otros compañeros.

Versículos 7–9

1. Esta porción se refiere directamente a la purificación o refinación que Dios lleva a cabo en el «remanente». Parece ser que Zacarías reasume el tema de 11:4–17. La atmósfera de gran pesadumbre, descrita en 12:10–14, sería tal que haría comprensible el juicio contenido en la segunda parte del poema, aunque resulte difícil aceptarlo dentro del contexto final y glorioso de la era mesiánica. Sin embargo, no ha de perderse de vista que estamos aquí ante uno de los casos en que la profecía se cumple a distintos niveles, distantes entre sí en el tiempo. En todo caso, resulta más inteligible si se liga con el capitulo 12.

2. *«Despierta, oh espada, contra mi pastor, etc.»* (v. 7). La interpretación dada a estas frases por el propio Señor Jesús en Marcos 14:27 nos despeja las dudas acerca de la identidad del pastor (v. también Mt. 26:31). Además, Dios le llama *«el guerrero que está cercano a mí»* (lit. hebr. *guéber amití),* es decir, el Rey en quien Jehová ha delegado su autoridad para gobernar (v. Mt. 28:19). M. Henry comenta: *«Contra el pastor y contra el compañero mío.* Como Dios, es compañero mío (Fil. 2:6). El y el Padre son uno. Como Mediador, es mi Pastor, el Pastor que había de poner su vida por las ovejas. *Levántate, oh espada.* Porque, si había de ser sacrificio, tenía que ser inmolado, ya que sin derramamiento de sangre no hay remisión» (v. He. 9:22). La idea de herir al Rey está ya, por ejemplo, en Miqueas 5:1, pero adquiere un sentido más completo y profundo en Isaías 50:6 *(«Di mis espaldas a los que me golpeaban, y mis mejillas a los que me mesaban la barba …»)* y también en Isaías 53:4, 10.

3. Dos terceras partes de la población (vv. 8, 9) perecerán, y el remanente será purificado como se refinan en el crisol los metales preciosos (v. Ez. 5:1–12). El resultado de este cataclismo purificador será que el remanente estará más presto que nunca a testificar, con todo fervor, del conocimiento de Jehová como su *Dios.* Dios, a su vez, los reafirma como *pueblo Suyo* (comp. con Ro. 11:26). Dice Ryrie: «El

juicio de Dios sobre Israel al regreso de Cristo extirpará a todos ellos, exceptuando una tercera parte, los cuales constituirán el *todo Israel* que será salvo entonces».

CAPÍTULO 14

Al seguir a Buck, este capítulo puede dividirse del modo siguiente: I. El día de Jehová, con la segunda venida de Cristo (vv. 1–5). II. Comienza una nueva era (vv. 6–11). III. Son destruidos los enemigos de Jerusalén (vv. 12–15). IV. Jerusalén se convierte en el centro religioso del mundo (vv. 16–21).

Versículos 1–5

1. El drama final llega ahora (vv. 1, 2) a su clímax. La ciudad es tomada, y la mitad de sus habitantes marchan al cautiverio; pero al llegar la situación al punto más algido, al extremo más crítico, el Señor Jesús desciende de los cielos para intervenir directamente. Es *«un día para Jehová»* (v. 1, lit.), es decir, el tiempo en que compete a Dios hacerse cargo total de las riendas de la historia del mundo (vv. 6, 8), y da a entender que se va a terminar el día del hombre, a fin de que comience el día de Dios. El juicio comenzará por la casa de Dios (Ez. 9:6; 1 P. 4:17). El momento escatológico es declarado por la reunión de todas las naciones (v. 2) contra Jerusalén.

2. Pero Jehová interviene personalmente *«como en el día de la batalla»* (v. 3, al final). Esta frase no se refiere, probablemente, a un episodio particular (el hebreo no lleva artículos), sino que alude «a tantas intervenciones de Jehová en favor de su pueblo, desde los días del éxodo» (Buck). Un dato importante, desde el punto de vista teológico, es que se atribuye aquí a Jehová lo que el Señor Jesucristo hará «tras de la batalla final de Armagedón» (Ryrie). Dice Buck: «Jehová se acerca como guerrero; viene del este, donde se levanta el sol y donde se cree estar la puerta del cielo, es decir, viene del punto cardinal feliz que simboliza vida y salvación».

3. En efecto, serán los pies de Jesús, tanto como la gloria de Jehová (v. Ez. 11:23, comp. con Hch. 1:11), los que se posarán *sobre el monte de los Olivos* (v. 4), llamado así por primera vez (aunque en 2 S. 15:30 se menciona *«la cuesta de los Olivos»).* Desde allí se obtiene una buena panorámica de la ciudad. Tanto David como Jesús vinieron a este monte en momentos críticos de su vida, y no cabe duda de que la promesa de la segunda venida de Cristo tenía en mente este versículo 4. Pero ahora el monte se va a partir por la mitad (v. 4b), de modo que puedan tener franco escape los que huyan de la ciudad (comp. con Hab. 3:6). Amós 1:1 menciona el terremoto aludido en el versículo 5b, y Flavio Josefo confirma que ocurrió en tiempo de Uzías, rey de Judá. «La ubicación de *Azal*—dice Ryrie—es incierta, y es quizás una aldea cerca de Jerusalén».

4. Continúa el profeta y dice (v. 5, al final): «Y *vendrá Jehová mi Dios, y con Él todos los santos».* Una ojeada a lugares como Salmos 96:13; Isaías 66:15, 16; Mateo 16:27; 25:31; Judas versículo 14; Apocalipsis 19:14 nos convence de que es el Señor Jesucristo el aquí aludido.

Versículos 6–11

1. Los versículos 6 y 7 son muy difíciles de traducir e interpretar. Ello se debe, en gran parte, al mal estado en que se halla el texto hebreo mismo. La lectura más probable del versículo 6 es la siguiente: *«En aquel día no habrá luz, sino frío y condensación».* En mi opinión, la solución podría estar en Isaías 49:10, compárese con Apocalipsis 7:16. En todo caso, la idea general es que, como dice Ryrie, «disturbios cósmicos afectarán al día y a la noche cuando Cristo regrese (cf. Hch. 2:19, 20)». En cuanto al versículo 7, véanse Isaías 60:19 y ss. y Apocalipsis 21:23, 25; 22:5.

2. Conforme a los profecías anteriores, ya desde Ezequiel 47:1–12; Joel 3:18, y aun Isaías 30:25 y ss. (quizás Gn. 2:10 y ss. puedan servir de primera referencia), y en vista de Juan 7:37–39 y Apocalipsis 22:1, por las *«aguas vivas»* del versículo 8 (recuérdese el simbolismo del «agua»—«palabra o gracia»—),

se entiende aquello que produce la restauración completa de Israel. El Salmo 65:9 habla del *«río de Dios, lleno de aguas»*. También Jeremías 2:13 añade sentido a este lugar.

3. El versículo 9 apunta claramente al Milenio, cuando el reino de Dios en la tierra será una realidad por la universal sumisión de sus moradores. Deuteronomio 6:4 no será ya una simple afirmación central del «credo» israelita, sino algo vivo, real en cada persona. Jerusalén (v. 10) será una gran meseta desde Guebá, a unos 9 km y medio al nordeste de la ciudad, hasta Rimón, a unos 57 km al sureste. La ciudad (v. 11) estará muy poblada en su centro. Las constantes alusiones en los versículos 10 y 11 al libro de Nehemías, le sirven a Zacarías para poner de relieve su seguridad de que Jerusalén se hallará ahora purificada de contactos extraños y en paz inalterable bajo la protección directa de Dios.

Versículos 12–19

1. Dios castigará (v. 12) con una plaga terrible a cuantos se atrevan a levantarse en armas contra Jerusalén. El versículo 13 hace memoria de la derrota de los madianitas a manos de Gedeón (v. Jue. 7:21 y ss.). En el versículo 14 vemos que Judá peleará y vencerá, y los que la despojaron quedarán despojados. Hay quienes opinan que el v. 15 habría de ser colocado detrás del versículo 12 o del 13. No obstante, la dislocación sintáctica es frecuente en los autores sagrados (comp. con Ap. 13:8—que debe leerse como en la RV 1977—y 20:5—donde todo el versículo, excepto la última frase, debería estar colocado en paréntesis).

2. En el versículo 16 (al final) es notable la mención singular de *la fiesta de los tabernáculos,* en la que se conmemoraba la estación anual de la cosecha. Tenía referencia histórica a la liberación de Egipto (v. Éx. 34:22, etc.; Lv. 23:24) y ponía de relieve la creencia de que la vida de la nación había comenzado bajo el cuidado y la protección de Dios, y así había de continuar. Iba siempre acompañada de la lectura de la Ley (hebr. *Torah),* como puede verse en Nehemías 8:14–18. Su conexión con la lluvia data del tiempo del exilio, según la Mishná *Sukkáh* 4:9, cuando se transportaba agua para las libaciones desde Siloam hasta Jerusalén (v. Jn. 7:37).

3. Egipto sirve (v. 18) de ejemplo representativo de las naciones que no ponen en Dios su dependencia para su bienestar, sino en sus recursos naturales, tales como las inundaciones periódicas del Nilo. En la segunda frase del versículo 18, el original hebreo intercala un «no» que sólo podría tener sentido si se hace en forma interrogativa («*¿no vendrá la plaga …?»),* según aparece en la RV 1977. Otras versiones prefieren suplir «la lluvia». Así, la *Biblia de las Américas* traduce: «Y *si la familia de Egipto no sube ni viene, entonces sobre ellos no* habrá lluvia; *será la plaga con la cual el SEÑOR herirá a las naciones que no suban a celebrar la fiesta de los Tabernáculos»*. Dejo sin subrayar las dos palabras que en dicha versión aparecen en letra cursiva, como para dar a entender que son de relleno. El versículo 19 repite la amenaza para darle más énfasis.

Versículos 20–21

1. Dentro del reinado universal de Dios (esto es, directamente, del Mesías) todo será santo y sagrado; aun las *campanillas de los caballos* (v. 20), usadas por los guerreros paganos para ahuyentar los malos espíritus, serán emblema de santidad tanto como lo era la mitra del sumo sacerdote. Esto es ya una realidad espiritual en los creyentes (v. Ro. 12:1, 2, entre otros lugares), para quienes no debe haber nada profano, sino que todo ha de estar santificado, por cuanto todo debe ser conforme a la voluntad de Dios y para Su gloria (v. 1 Co. 10:31; Col. 3:17).

2. En cuanto al templo nuevo y al culto que en él se rinda a Dios, nadie volverá a hacer mercancía de ninguna clase. Ya no volverá a ser *«cueva de ladrones»* (v. Jer. 7:11; Jn. 2:16 y paral.). *«Cananeo*—dice Ryrie—es símbolo de todos los incrédulos sin escrúpulos.» Buck, por su parte, afirma: «Esta frase no hace únicamente alusión a la exclusión de los negocios del recinto del templo, sino más bien parece querer decir que los impíos y profanos no entrarán más en el templo. Se anticipa así lo que dirá Apocalisis 21:27 con respecto a la entrada en la Jerusalén celestial: *y no entrará en ella absolutamente nada profano,* etc.».

3. Hay quienes piensan que entonces «no se necesitará especial provisión de animales sacrificiales». Pero Zacarías afirma expresamente (v. 21) que *«todos los que sacrifiquen vendrán y tomarán de ellas* (las ollas) y *cocerán en ellas»*. La misma mención de sacrificios en el nuevo Templo del Milenio se halla, con

todo detalle, en Ezequiel (v. Ez. 40:42; 43:1827; 44:7, 11, 15, 29–31), donde puede verse el comentario que explica la función de «memorial» que estos sacrificios ejercerán (¡lo mismo que la Cena del Señor en la Iglesia!)

MALAQUÍAS

El libro de Malaquías figura en último lugar en los llamados Profetas Menores, aunque no es el último libro de la Biblia Hebrea, la cual termina con los dos libros de Crónicas. En este libro hay tres aspectos dignos de especial mención, por los que aptamente constituye algo así como el puente entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento: 1) El anuncio del ministerio de Juan el Bautista (3:1, comp. con Mt. 11:10; Mr. 1:2). 2) La referencia escatológica a Elías (4:5, comp. con Mr. 9:11–13). 3) La última palabra con que se cierra la profecía y, por tanto, el Antiguo Testamento en nuestras versiones, es *«maldición»* (lit. *destrucción* votiva; hebr. *jérem*—vocablo bien conocido, que también se traduce por *anatema—).* Esto contrasta con el final del Nuevo Testamento, el cual termina con una bendición.

El autor es totalmente desconocido, pues incluso su nombre resulta dudoso por dos razones: primera, porque jamás sale en la Biblia ningún otro personaje con ese nombre; segunda, porque significa «mi mensajero», con la relevancia que esta expresión tiene en 3:1. Sin embargo, es posible que ese fuese el nombre propio del profeta.

La fecha de redacción del libro puede señalarse, aproximadamente, hacia la mitad del siglo v a. de C. Se habla en 1:8 de *«gobernador»* (hebr. *pejáh),* la misma palabra usada en Hageo 1:1 para designar a Zorobabel, y en Nehemías 5:14 para expresar su propia posición social. Por las alusiones a las irregularidades en el culto (1:7, 8, 12–14; 3:8, 9), puede deducirse que los servicios en el templo habían sido reasumidos mucho antes, tanto como para que los sacerdotes estuviesen ya cansados de su ministerio continuo y reglamentado.

La estructura literaria característica de este libro consiste en el uso del método de discusión, casi al estilo socrático. Las secciones suelen abrirse con una aserción por parte de Dios, a la que sigue una pregunta en forma de objeción o una respuesta por parte de los oyentes, lo cual da pie para un amplio desarrollo del tema. No es preciso tomar como afirmaciones literales las palabras de los oyentes, sino que representan más bien actitudes y acciones que hablan por sí mismas un lenguaje peculiar, según lo interpreta el propio profeta. Se parece mucho al estilo de la epístola de Santiago.

El mensaje de Malaquías podría resumirse del modo siguiente: Jehová se ha comprometido con Israel en una relación de padre a hijo, y desea para su hijo lo mejor. Pero Israel ha despreciado de continuo esta relación y no se ha comportado al nivel del pacto de Dios. Tanto los sacerdotes como el pueblo han violado el pacto, no sólo con Dios (pues le han despreciado—v. 1:16—y, por eso, le han ofrecido lo peor), sino también con el prójimo, como lo muestra la creciente práctica del divorcio (2:14, 15). El profeta exhorta al pueblo al arrepentimiento y a volverse a Dios, quien no sólo es Padre, sino también Señor y Juez. El día de Su juicio se aproxima, y se vislumbra en el horizonte profético un nuevo orden de cosas, como muestra de que Dios es fiel y controla la historia en beneficio de los Suyos.

Para la división del libro, seguimos a Buck:

I. El título (1:1).
II. Introducción: Jehová ama a Israel (1:2–5).
III. Recriminación a los sacerdotes (1:6–2:9).
IV. La profanación del matrimonio (2:10–16).
V. La Venida de Jehová: Purificación y castigo (2:17–3:5).
VI. Los diezmos, como expresión de fidelidad y prenda de bendiciones divinas (3:6–12).
VII. Triunfo de los justos en el día de Jehová (3:13–4:3).
VIII. Suplementos: Exhortación a obedecer la ley. La venida de Elías (4:4–6).

CAPÍTULO 1

En este capítulo tenemos: I. El título del libro (v. 1). II. Una introducción, en la que se declara el gran amor de Dios a Israel (vv. 2–5). III. Una recriminación a los sacerdotes, en la que se les acusa de tramposos para con Dios (vv. 6–14).

Versículos 1–5

1. Como en otros lugares, el libro se abre con el vocablo *«carga»* (lit.), el hebreo *massá*, que ya conocemos, y que se usa unas 60 veces en el Antiguo Testamento. Recordemos que el vocablo indica, de ordinario, un oráculo de carácter punitivo, como una «carga» impuesta por un gobernante, un dueño o una deidad a sus súbditos o devotos. En el caso que nos ocupa, hace resaltar más bien el sentimiento de urgencia y de responsabilidad del profeta en la proclamación del mensaje que se le ha encomendado. Quizás él no habría escogido decir lo que va a decir, pero la elección del mensaje no es suya, sino de Dios: es una carga que Dios le ha puesto a él en los hombros, y a él le toca, por tanto, aceptarla y desempeñarla, y hacer que *pese* también en la conciencia de los destinatarios, pues es (v. 1b) *«la palabra de Jehová contra Israel, por medio de Malaquías»*.

2. El profeta introduce el mensaje haciéndole memoria al pueblo del gran amor de Jehová a Israel (v. 2), tema central de los profetas del Antiguo Testamento (v., por ej., Is. 43:1–4; Jer. 31:1–3; Os. 11:1–4; Sof. 3:17); en especial, el tema se halla en Deuteronomio 7:8, 13; 10:15, etc. Este amor se echa de ver en la elección inmerecida de Jacob (vv. 2, 3). Se trata aquí de un amor «libre» (en el buen sentido del vocablo), pero no «arbitrario». Tres aclaraciones son aquí necesarias, no sólo para entender bien este lugar, sino también para entender bien otros lugares similares:

(A) El hebreo tiende a presentar hiperbólicamente los contrastes, así «aborrecer» significa aquí «dejar a un lado», para contrastar el amor que Dios mostró a Jacob al *escogerlo* para seguir la línea mesiánica de los patriarcas, mientras *daba de lado a Esaú* a este respecto (comp. con Génesis 29:30, 31; Proverbios 13:24, así como la aserción de Cristo en cuanto a «odiar» al padre y a la madre, etc., en el sentido de ponerlos en segundo lugar con respecto a la obediencia total y primordial que al Señor se debe—v. Mt. 10:37; Lc. 14:26).

(B) También ha de tenerse en cuenta lo que los eruditos llaman «personalidad corporativa», esto es, una manera de pensar y de expresarse en la que los individuos representan grupos de pueblos o naciones; en este sentido, las referencias a Jacob y Esaú no van sólo a los dos hijos de Isaac, sino también a sus respectivos descendientes, los israelitas y los edomitas o idumeos.

(C) El mensaje de Dios por medio de Malaquías llega en un momento en que los edomitas estaban contra Dios y contra Israel, puesto que habían apoyado a las tropas de Babilonia en la destrucción de Jerusalén y en el saqueo de Judá (v. Abd., vv. 10–14).

3. *«¿En qué nos amaste?»*—dice Israel—. Comenta Buck: «El profeta pronuncia esta pregunta retórica, pero la objeción misma viene de sus oyentes, escépticos y malhumorados». Como dice M. Henry: *«¿En qué nos amaste?* ¿No hemos sido asolados, arruinados y llevados en cautiverio?» Es la misma objeción que asedia, como una tentación fuerte, a todos los que sufren sin entender el porqué. «La objeción—continúa Buck—expresa compendiosamente todo el triste y desesperante estado en que se halla el pueblo corporal y espiritualmente.» Ese *«¿en qué?»*—como observa Ryrie—«ocurre en 1:6, 7; 2:17; 3:7, 8, 13, como una expresión de *inocencia dañada* de labios del pueblo».

4. La expresión *«Jehová de las huestes»* (mejor que *«Jehová de los ejércitos»)*, que ya vemos en el versículo 4, ocurre en Malaquías nada menos que 24 veces, y da a entender el papel de Dios como Salvador, Protector y Juez de Su pueblo (comp. con Sal. 46:7, 11). Es inútil que Edom (vv. 4, 5) intente de nuevo ser una gran nación. ¡No prosperará su intento! Pero el juicio de Dios alcanzará también a Israel, como veremos después.

Versículos 6–14

1. A la gente le gusta oír de los juicios de Dios cuando van dirigidos a *otros;* pero el mensaje de los profetas incluye a Israel lo mismo que a las naciones paganas, a los *goim* o gentiles; a los ministros de

Dios lo mismo que al pueblo. El juicio empieza siempre por la casa de Dios (v. Jer. 25:29, 30; Ez. 9:6; Am. 3:2; 1 P. 4:17). En esta porción, Malaquías comienza ahora el juicio contra los sacerdotes (hasta 2:9), para continuar después contra el pueblo (2:10–17).

2. El profeta habla (v. 6) en términos de la relación «padre-hijo» y «amo-criado», que demandan del inferior lo mismo amor que honor y respeto (v. Éx. 20:12; Pr. 30:11). Y si eso demandan las relaciones humanas ¡cuánto más la relación con el Dios Creador y Soberano del Universo! Con sus acciones, los sacerdotes *han menospreciado* (v. 6b) *el nombre de Jehová,* es decir, la persona misma de Dios. Han ofrecido (vv. 7, 8) sobre el altar de Dios cosas ceremonialmente inmundas. La expresión *«la mesa de Jehová»* (vv. 7 y 12) se halla solamente en Malaquías y hace referencia, probablemente, a las mesas del atrio interior del templo en las que se degollaban las víctimas. No obstante, el vocablo hebreo *shulján* designa, a veces, la mesa de los panes de la proposición (v. Éx. 25:30; Nm. 4:7; 1 R. 7:48) o el altar mismo (v. Ez. 44:16), por lo que también es probable que aquí designe igualmente el altar. Dice Feinberg: «Si el *pan* indica los sacrificios, entonces la mesa es el altar de los sacrificios más bien que la mesa de los panes de la proposición (comp. Ez. 41:22)».

3. Este menosprecio de Dios que los sacerdotes mostraban al obrar de esa manera, no era algo que afectaba únicamente al *ritual* del sacrificio, sino que procedía de una mala disposición del corazón. Ese menosprecio de Dios se pone de relieve al presentar en la mesa de Jehová lo que no se atreverían a presentar (v. 8) a un mero hombre. El versículo 9 expresa una fina ironía, pues esos sacerdotes buscaban *el favor de Dios* ofreciéndole lo peor que tenían. El versículo 10 debe leerse como en la RV 1977. Viene a decir: «Cesad de ser hipócritas; sería mejor cerrar las puertas del templo que continuar profanando de esa manera el altar de Dios» (v. Is. 1:13; Am. 5:21–24).

4. En el versículo 11 vemos que, en virtud del sacrificio perfecto, llevado a cabo por el Señor Jesucristo en la cruz del Calvario, los gentiles *(«entre las naciones»)* llegarán a conocer a Jehová y ofrecerle también sacrificios de alabanza (v. He. 13:15), fuera de los confines de Israel y aparte de las ceremonias del ritual judío. Es precisamente de este versículo 11 de donde la Iglesia de Roma saca su principal argumento para defender su doctrina sobre el sacrificio de la misa.

5. El *«vosotros»* del versículo 12 se halla explícito, por énfasis, en el hebreo. Tras el ritual, el profeta ve las intenciones del corazón, que proyectan desprecio e inmundicia sobre el altar de Dios. De nuevo (v. 13) insiste Malaquías en que Dios no acepta sino lo mejor. El versículo 14 se refiere a quienes en momentos de apuro prometen un buen sacrificio de gratitud al Señor, pero después, cuando el apuro ha pasado, lo sustituyen por algo defectuoso. El profeta, de parte de Dios, asegura que los que así intentan engañar a Dios no quedarán sin castigo; y aprenderán que no sólo es Padre y Amo, sino también el *Gran Rey,* que se hace de temer cuando es despreciada Su autoridad suprema.

CAPÍTULO 2

En este capítulo, el profeta: I. Sigue reprendiendo a los sacerdotes y les anuncia el castigo que han de sufrir (vv. 1–9). II. Pasa luego a censurar los matrimonios mixtos y el divorcio (vv. 10–16). III. Termina con una recriminación a la impertinencia del pueblo (v. 17).

Versículos 1–9

1. Todavía insiste Malaquías en el pecado de los sacerdotes, y les anuncia el subsiguiente castigo. El *«mandamiento»* (v. 1, al final) viene a significar aquí algo más que un «precepto». «Es—dice Feinberg—el decreto, sentencia o amenaza del castigo declarado en los versículos 2 y 3». Resulta curioso que el hebreo use para *«mandamiento»* el vocablo *mitsváh,* que, como observa Buck, «frecuentemente se refiere a los preceptos de Dios (e. gr., Dt. 6:25; 8:1; 11:22, etc.)». Por eso, cuando un niño judío llega a la edad de 12 o 13 años, para expresar que viene a estar sujeto a las demandas de la Ley, se le llama *bar-mitsváh,* hijo del mandamiento.

2. El versículo 2 se puede entender de dos maneras: (A) «Haré que las bendiciones que habéis recibido se os conviertan en maldiciones». (B) «Convertiré en maldiciones las bendiciones que proferís.» En línea con la primera interpretación, dice Ryrie: *«Maldeciré vuestras bendiciones.* Esto es, secará la

fuente de la que recibían los sacerdotes el suministro de sus porciones de carne, grano, etc.». Buck, al citar a Jerónimo, une las dos interpretaciones del modo siguiente: «Jehová les privará de los bienes que hasta entonces habían gozado, es decir, de los diezmos y partes del sacrificio. También se les quitará el derecho y la posibilidad de bendecir (cf. Nm. 6:24–27; Sal. 118:26)».

3. La *«sementera»* a la que se alude en el v. 3 puede entenderse de la cosecha o de la descendencia. Feinberg ve aquí como un resumen de las maldiciones de Deuteronomio 27:15–26; 28:15–68. Sobre lo del *«estiércol»* (v. 3b) es preciso recordar que los menudillos de los animales, junto con sus excrementos, habían de ser retirados del santuario y quemados fuera (v. Éx. 29:14; Lv. 4:11, etc.). Ahora, Dios lo va a arrojar al rostro de ellos, como respuesta a la forma en que se comportan en los sacrificios.

4. En los versículos 4 y 5 se les recuerda a los sacerdotes *el pacto con Leví* (otro ejemplo de personalidad corporativa). A este pacto se le llama (v. 5) *«pacto de vida y de paz»*, única vez que ocurre tal expresión en toda la Biblia (comp. con Nm. 25:12 *«mi pacto de paz»).* Los términos *vida* (hebr. *jáyim) y paz* (hebr. *shalom)*—ambos con artículo en el hebreo—tienen aquí su sentido más completo, a fin de expresar el fruto que se obtiene al guardar dicho pacto. Leví, en los versículos 5–7, es presentado como el sacerdote-modelo, aunque las características que aquí se enumeran se han cumplido solamente, de modo perfecto, en nuestro Gran Sumo Sacerdote, el Señor Jesucristo. Esta ejemplaridad del sacerdote, aquí presentada, es de gran importancia, pues, como dice M. Henry, «cuando el sacerdote es recto, muchos serán rectos».

5. En violento contraste con el sacerdote ideal, los sacerdotes de Israel (v. 8) se habían apartado del camino, habían hecho tropezar a muchos y habían así violado el pacto de Dios con Leví. Dice Feinberg: «Por una falsa interpretación de la Ley, y con su mal ejemplo, inducían a otros a violar la Ley lo mismo que ellos». El castigo (v. 9) consistirá en que, por haber despreciado a Dios y su Ley, ellos mismos *serán hechos despreciables y viles ante todo el pueblo* (comp. con Mi. 3:9–12; Mt. 23:1–36).

Versículos 10–16

1. El profeta enfoca ahora su mensaje hacia la nación considerada como una sola familia, puesto que todos tienen (v. 10) un mismo Padre y Creador (comp. con Dt. 32:6; Is. 63:16). Pero ellos han profanado también esta relación de hermandad; han sido desleales con Dios y unos con otros. No podía ser de otra manera, pues, como dice M. Henry, «las conductas perversas son el producto natural de principios perversos».

2. El vocablo *«abominación»* (v. 11) es un término muy fuerte (hebr. *toebáh),* conectado con la peor suerte de prácticas paganas, como se ve por su uso en Deuteronomio 18:9–14; 2 Reyes 16:3, pero también es aplicado a la presentación de sacrificios con mal espíritu (Pr. 15:8; Is. 1:13) y, en general, a una conducta inmoral (v. Pr. 12:22; 20:23). Por su parte, Buck lo define como «término que designa las incompatibilidades rituales entre paganos y judíos (Gn. 43:32; 46:34), las usanzas abominables de los paganos …, prácticas idolátricas paganas (Dt. 23:19; 27:15), y también los ídolos mismos (Dt. 32:16; Is. 44:19)».

3. En forma corporativa, se dice (v. 11, al final) que Israel *«se ha casado con la hija de un dios extraño»*. Con ello se indica, no sólo la condición reprobable de ser un matrimonio mixto, sino también la relajación del vínculo con el Dios del pacto, pues la frase significa que «las mujeres paganas seguían en su religión e inclinaban los corazones de sus esposos a dioses y prácticas ajenas» (Buck). Por eso, comenta Henry, *«casarse con hija de dios extraño* es peor que casarse con hija de nación extraña». Nótese la forma en que enfatiza la relación de cada uno con el dios de su país.

4. Malaquías (v. 12) ora, o profetiza, o ambas cosas a la vez, que los que así se comportan no tengan descendencia que les recuerde y perpetúe su pecado. Los versículos 13–15 son difíciles de interpretar, pero hay una clave que facilita su interpretación: Las *lágrimas,* el *llanto,* el *clamor,* que *cubren el altar de Jehová* (v. 13) son de las esposas traicionadas por el repudio que les han dado sus maridos. Dice Buck: «Ellas vienen al templo y cubren el altar con sus lágrimas para implorar la justicia divina, de manera que ya no atienda al sacrificio» (v. 13b). M. Henry, por su parte, comenta: «Sus esposas, al no querer declararlo a ningún otro, se querellaban a Dios, *cubriendo el altar, etc.* Por eso, se da una razón en 1 Pedro 3:7 por la que los cónyuges deben vivir en santo amor y gozo». No cabe duda de que eso de *«cubrir de lágrimas el altar»* ha de entenderse en sentido metafórico, puesto que las mujeres no tenían acceso físico al altar.

5. Así se entiende perfectamente el versículo 14: Jehová, en efecto, no atiende al sacrificio que los esposos divorciados ofrecen, porque, al ser *desleales con la mujer de su pacto* (v. 14, al final), es decir, con el pacto que el contrato matrimonial significa entre las dos partes, han sido también desleales.con Dios. «Así se dice claramente en Proverbios 2:17, donde el matrimonio se llama *bᵉrit elohim*, pacto de Dios» (Buck). La segunda parte del versículo 15 insiste en esto mismo, y termina con *«no seáis desleales para con la mujer de vuestra juventud»* (comp. con Pr. 5:18; Ec. 9:9). En efecto, el matrimonio no es un asunto privado ni social; ha sido instituido por Dios, y el Señor mismo es testigo principal de la ceremonia nupcial (v. Gn. 2:24; Ez. 16:8; Os. 2:19; Mr. 10:2–9; Ef. 5:21–33).

6. Algo más difícil resulta la primera parte del versículo 15, ya sea por la extrema concisión del texto hebreo, ya sea, según opinan otros (la mayoría de los autores), porque «este verso y el siguiente sufrieron tales corrupciones textuales que solamente mediante el contexto se puede llegar a un sentido inteligible» (Buck). Sea cual sea el modo como se traduzca el conciso texto hebreo, la idea parece ser la siguiente: «Dios hizo una sola esposa para Adán» (Ryrie) o, quizás, hizo un solo varón y una sola mujer para que fuesen *una sola* carne, donde el hebreo usa el mismo numeral *(ejad)* que aparece aquí. La frase (lit.) *«buscando descendencia de Dios»* significa, en este contexto, que Dios procuraba de esta manera que la primera pareja tuviese una descendencia piadosa (comp. con Lc. 3:38, donde Adán es llamado «de Dios», esto es—como en todo el contexto—, hijo de Dios). La aplicación al caso concreto que nos ocupa podría ser la siguiente: Sólo cuando los padres permanecen fieles a los votos de su matrimonio, se cumple el deseo de Dios de que los hijos sean piadosos.

7. En el versículo 16 parece ser que el divorcio es comparado al asesinato, en el que deja visible las señales del crimen cometido, a fin de que todos las vean. En efecto, el texto dice literalmente que *«la violencia cubre su vestido»* (el del que repudia a su mujer), en lugar de ser la «protección» lo que lo cubre, ya que el vestido es, en este contexto, símbolo de protección (comp. con Rt. 3:9). El pensamiento, pues, concisamente expuesto por Ryrie, es el siguiente: «El divorcio retiró la protección de la esposa y la trató cruelmente».

Versículo 17

Este versículo forma parte de otra sección, que abarca hasta 3:5. Los judíos del tiempo de Malaquías se veían confrontados con el mismo problema que tan a menudo se presenta en las páginas del Antiguo Testamento: La aparente prosperidad de los malvados (v. Job 21:7–16; Sal. 73; Hab. 1:2–4, 13). Ante este problema, los judíos habían llegado a adoptar una actitud cínica, hasta dudar—al menos, prácticamente—de la justicia de Dios y, consiguientemente, a no tomar en serio el bien y el mal. Dice Buck: «El fondo histórico de estas quejas era la triste y penosa situación que se insinúa en Malaquías 3:10, 11 y Nehemías 5:1–5: hubo sequía, invasiones de langosta, hambre, carestía; y, para sobrevivir, no pocos tuvieron que vender a sus hijos e hijas como esclavos».

CAPÍTULO 3

A la cínica pregunta de 2:17, Dios responde: I. Anuncia el envío de Su mensajero, con una labor de drástica purificación y justo castigo (vv. 1–5). II. Reprende luego al pueblo por el incumplimiento de los diezmos (vv. 6–12). III. Promete establecer una diferencia visible entre el justo y el impío (vv. 13–18).

Versículos 1–5

1. El capítulo comienza con *«¡Heme aquí enviando a mi mensajero …!»* (lit.). Como si dijera, en respuesta a la objeción de 2:17 (al final): «¡Mirad lo que voy a hacer!». «Mi *mensajero*» es, en hebreo, precisamente *malakhí*, pero no se refiere a Malaquías, sino más bien a un futuro profeta que ha de preparar el camino para el día de Jehová. Por Mateo 11:10, 14; Marcos 1:2; Lucas 1:76; 7:27 sabemos que ese profeta fue Juan el Bautista, *«con el espíritu de Elías»*, pero por 4:5 vemos que en un segundo

nivel—escatológico—será el propio Elías (comp. con Ap. 11:6), ya sea en persona o algún otro personaje, también *«con el espíritu de Elías»*.

2. *«El ángel del pacto»* (v. 1b) es, sin duda alguna, el Mesías, esto es, el Señor Jesucristo (Mt. 26:28; Jn. 1:17, He. 7:22, 8:6, 9:15; 12:24), llamado también *«el Ángel de la presencia de Jehová»* (Éx. 33:14; Is. 63:9 y Hch. 7:38), e innumerables veces—desde Gn. 16:7—*«el Ángel de Jehová»*. Incluso eminentes comentaristas judíos ven en *el Señor que viene a su templo y* en *el ángel del pacto* al Mesías. Dice Feinberg: «No podemos pasar por alto las tres innegables pruebas de la divinidad de Cristo que aquí se presentan: (A) Es identificado con Jehová: *… preparará el camino delante de mí …, dice Jehová de las huestes;* (B) es indicado como el dueño del templo: *a su templo; y* (C) es llamado *el Señor a quien buscaban»*.

3. En los versículos 2 y 3 vemos que el propósito de Dios, en su juicio, es purificar y refinar los caracteres. Una vez que los sacerdotes hayan sido purificados, las ofrendas que serán de presentadas nuevo en el templo del futuro serán aceptadas por Dios (v. 4). *El día de su venida* (v. 2), como se ve por el contexto posterior, es el de su segunda venida (comp. con Is. 61:2b), no de la primera, y la equivocación de Juan el Bautista (v. Mt. 3:10–12; 11:2) estribó en la confusión de los dos niveles.

4. Pero lo que es purificación para unos, será castigo (v. 5) para otros. Los responsables de injusticias sociales, no sólo pecan contra el prójimo, sino también contra Dios; con su conducta demuestran que no le temen. Dios mismo será testigo contra ellos en el día del juicio (v. Sof. 1:14–18; 3:18; Mr. 13:14–37; 2 Ts. 2:1–12).

Versículos 6–12

1. El profeta exhorta ahora al pueblo a un genuino arrepentimiento, es decir, a un arrepentimiento que se traduzca en acciones concretas, en *«frutos dignos de arrepentimiento»*, como dirá después el Bautista (Mr. 3:8). La respuesta de Jehová a tal arrepentimiento será perfectamente observable. A pesar de su incredulidad y de su rebeldía, Israel no ha sido *consumido* del todo porque Dios es fiel a Sus promesas y no cambia (v. 6, comp. con Lm. 3:22; Am. 9:9; Stg. 1:17).

2. Pero el pueblo ha cauterizado su conciencia (v. 7) y se niega a volverse arrepentido a Jehová, porque ha perdido el sentido del pecado. No han dado (vv. 8, 9) a Dios los diezmos y las ofrendas que la Ley exige (v. Lv. 27:30; Nm. 18:21–24) y, por eso, no prosperan (v. 11). Dios les dice con tierna condescendencia (v. 10): *«… probadme ahora en esto …»* (v. Dt. 28:2–12; Ez. 34:25–31). Como si dijese: «Si dudáis de mi bondad y de mi justicia, ¡haced la prueba!» La Palabra de Dios nos recuerda una y otra vez que Dios no se deja ganar en generosidad, y todos los que han hecho esa «prueba» con Dios, han salido sobradamente satisfechos. El *«alfolí»* (término castizo, aunque derivado del árabe, con que nuestra Reina-Valera llama al hórreo o granero) era el reservorio para los diezmos, anejo al templo, y a cargo de los levitas (v. 1 Cr. 9:26, 29).

3. De cierto, una genuina conversión a Dios tendría notables efectos ecológicos (vv. 10b–12). El Antiguo Testamento siempre contempla una estrecha conexión entre las bendiciones espirituales y las materiales (v. Gn. 12:2, 3; 18:18; Sal. 72:16, 17; Is. 61:6–9; Jer. 4:1, 2; 33:7–9; Ez. 34:29–31).

Versículos 13–18

1. Recordemos una vez más que las acciones hablan más alto que las palabras. El pueblo se cree (v. 13) justo, cuando en realidad está blasfemando (v. 14) contra Dios en su corazón, en su conducta y hasta de palabra. Se escucha de nuevo la voz de Asaf en el Salmo 73. La tentación les rondaría especialmente a los levitas, al ver cómo el pueblo dejaba de cumplir sus deberes religiosos en cuanto a los diezmos y, sin embargo, prosperaban (v. 15) en su arrogancia e impiedad.

2. En contraste con estos *arrogantes* está (v. 16) el «remanente»: *«cada uno animaba a su compañero»*, exhortándose mutuamente a una comunión normal y correcta, y a meditar en el carácter santo de Jehová. Y puesto que ellos se han acordado de Dios, Dios los inscribe en su *«libro de recuerdo»* (v. 16b, comp. con Is. 4:3; Dn. 12:1). Hallamos una analogía en el *«libro de las memorias»* de Ester 6:1 (hebr. *séfer hazikaronoth)*, pues este de Malaquías 3:16 es llamado *séfer zikarón* (el mismo término que en aquel, aunque en Malaquías está sin artículo y en singular). Cierta analogía guarda también con el

«libro de la vida» (v. Éx. 32:32–34; Sal. 69:28; 87:6; Is. 65:6; Dn. 7:10; Ap. 3:5; 13:8; 17:8; 20:12). Henry: «Dios tiene un libro para los suspiros y las lágrimas de sus afligidos (Sal. 56:8)».

3. Estos del «remanente» serán para Dios (v. 17) *«especial tesoro»* (lit. *joyas*. Hebr. *s^{e}gulláh).* Es este un concepto que recorre ambos Testamentos (v. Éx. 19:5, 6; Dt. 7:6; 14:2, 21; 26:18; Sal. 135:4; Tit. 2:14; 1 P. 2:9). El día del juicio (v. 18) mostrará quién es *el justo («el que sirve a Dios») y el malo («el que no le sirve»).* Esto debe estimularnos a servir a Dios, aun cuando parezca que la mayoría le han vuelto las espaldas.

CAPÍTULO 4

Este breve capítulo nos declara: I. El advenimiento del día de Jehová (vv. 1–3). II. Una llamada a la observancia de la Ley (v. 4). III. Un anuncio de la futura venida de Elías (vv. 5, 6).

Versículos 1–3

1. En la Biblia Hebrea, los seis versículos de este capítulo forman los versículos 19–24 del capítulo 3. El día de Jehová no sólo será un día de purificación (3:2) y de bendición (3:17), sino también (v. 1, al final) de destrucción total: *«no les dejará ni raíz ni rama»;* es decir, caerá la familia entera: el cabeza de familia (la «raíz») y el resto de la familia (la «rama»).

2. Los primitivos escritores eclesiásticos entendieron ya el título (v. 2) *«Sol de justicia»* como título mesiánico (v. Lc. 1:78, 79, a la luz de Is. 9:2). Dice Feinberg: «Creemos que el sol se usa aquí, en sentido figurado, de Dios mismo y, específicamente, del Señor Jesucristo, el Mesías de Israel (Sal. 84:11. v. también 2 S. 23:4; Is. 9:2; 49:6) … Es llamado el sol de justicia porque Él es Jehová nuestra justicia (Jer. 23:5, 6 y 1 Co. 1:30)». *«En sus alas traerá curación»* (hebr. *marpéh*, del verbo *rafá*, curar). En efecto, para los que temen a Dios, aquel día será día de *salud y sanación* (v. Is. 60:1–3, además de los lugares citados arriba por Feinberg). Dice el mismo autor: «Hay curación espiritual en este Sol, porque así como los rayos del sol físico dan luz y calor para el crecimiento de las plantas y para la vida animal, así también el Sol de justicia curará las heridas infligidas a los justos. De los rayos del sol se dice aquí que son alas por la rapidez con que se extienden sobre la tierra».

3. La frase final del versículo 2 («y *saltaréis como becerros del establo»)* se entiende mejor si se tiene en cuenta el contexto historicogeográfico: En una comunidad agrícola, el nacimiento de terneros y otras crías de ganado es celebrado con gran regocijo. En aquel día (v. 3), como se suele decir, «se dará la vuelta a la tortilla»: los que hollaban serán hollados. La reducción *a ceniza* (hebr. *éfer*, sinónimo de *afar*, polvo) no significa aniquilación total de la persona, pues también los malos resucitarán para comparecer ante el Gran Trono Blanco.

Versículos 4–6

1. Estos versículos son un apéndice—como una conclusión general—, no sólo de Malaquías, sino de todo el «Libro de los Doce». En nuestras Biblias lo son también de todo el Antiguo Testamento. La Ley (v. 4)—en hebreo, *Torah*—se divide aquí en *estatutos* (hebr. *juqqim*, instrucciones normativas y categóricas) y *ordenanzas (mishpatim*, juicios en sentido de sentencias o normas casuísticas), que Dios *encargó para todo Israel en Horeb*, es decir, en el monte Sinaí (v. Éx. 3:1).

2. Después de recordar el pasado, el profeta se vuelve ahora (v. 5) hacia el futuro, hacia un profeta que desempeñará el papel de Elías, el cual llamará a la nación al arrepentimiento, *«antes que venga el día de Jehová, grande y terrible»* (v. 5b, comp. con Jl. 2:31). La tarea del Precursor es vista (v. 6) como la de quien tiende un puente entre dos generaciones. El Nuevo Testamento ve en Juan el Bautista la persona que desempeña este papel (Lc. 1:17). Nótese, sin embargo, que ese *«día de Jehová»* abarca dos niveles, como por ejemplo, en Isaías 61:2.

3. La *«maldición»* (hebr. *jérem*, anatema) con que concluye el libro será removida del mundo con la segunda venida de Cristo, así como la primera venida sirvió para quitar la causa de la maldición. Resta

por decir que, como en otros lugares con que finaliza algún libro del Antiguo Testamento, también aquí los masoretas repitieron, en caracteres más pequeños, el versículo 5, para la lectura pública, a fin de que el libro (y toda la colección de los doce profetas menores) no terminase con «una palabra de tan siniestro significado» (Buck).

NUEVO TESTAMENTO

MATEO

Aquí comienza el comentario al Nuevo Testamento, como suele llamarse a la segunda parte de la Santa Biblia, aunque sería más exacto llamarle el *Nuevo Pacto.* Es conveniente, a este efecto, leer los capítulos 8 y 9 de la *Epístola a los hebreos,* especialmente 8:13, donde leemos: «*Al decir: Nuevo Pacto, ha dado por anticuado al primero; y lo que se da por anticuado y se envejece, está próximo a desaparecer»*.

En efecto, este Nuevo Pacto es tan superior al Antiguo cuanto la Gracia es superior a la Ley. En *Juan* 1:17, leemos: *«Pues la ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo»*. Así, pues, toda la gracia contenida en este libro y en los volúmenes siguientes se debe a la obra de nuestro Señor y Salvador Jesucristo;—y, a no ser que consintamos en aceptarle como Señor, no podemos obtener de Él ningún beneficio como Salvador. Cuando vemos con cuánto cuidado y placer lee y guarda un hijo el testamento en que su padre le deja una herencia rica y abundante, mucho mayor debe ser el cuidado y el placer con que los hijos de Dios hemos de leer, meditar y vivir las incomparables riquezas que en este Nuevo Pacto o Testamento, nuestro Padre nos ha prometido y asegurado, en virtud de la obra que el Señor Jesús llevó a cabo en la Cruz del Calvario.

Este Nuevo Testamento comienza con los cuatro Evangelios o, mejor dicho, con las cuatro versiones que Dios nos ha dejado del Evangelio de gracia. La palabra Evangelio significa *Buenas Noticias o Buenas Nuevas.* Por eso, al nacer el Señor, dijo el ángel a los pastores: *«Os traigo buenas noticias de gran gozo … que os ha nacido hoy un Salvador, que es Cristo el Señor»* (Lc. 2:10–11). Y ¿qué mejores noticias que el anuncio de que Dios enviaba al mundo a su propio Hijo Unigénito, a fin de que todo el que creyese en Él obtuviese el perdón de todos sus pecados y el disfrute de la bienaventurada vida eterna, sin tener que poner otra cosa de su parte que una fe amorosa y arrepentida?

La primera de estas versiones del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo la debemos a la pluma del apóstol Mateo, bajo la inspiración del Espíritu Santo. Mateo era judío de raza, de oficio publicano, es decir, cobrador de impuestos a sueldo de los romanos, por lo que los publicanos eran una clase social sumamente odiosa a los ojos de todo buen israelita. Pero un día, el Señor pasó junto a su despacho y le dijo simplemente: «Sígueme». Mateo se levantó inmediatamente y siguió al Maestro, y llegó a ser uno de los *Doce* grandes testigos elegidos por Jesús para ser sus apóstoles con los requisitos mencionados en Hechos 1:21–22. Así pues Mateo fue un testigo de primera vista de las cosas que menciona en su Evangelio. Esto es lo que nos interesa principalmente en este comentario, dejando a un lado las múltiples discusiones acerca del idioma y de la fecha en que lo escribió.

CAPÍTULO 1

El evangelista comienza su relato mencionando la genealogía y el nacimiento del Señor.

Versículos 1–17

En cuanto a la genealogía de nuestro Salvador, podemos considerar:

I. El título. *Esta genealogía de Jesucristo,* o el registro de sus antepasados según la carne, también podría traducirse: *Libro del Nacimiento,* ya que el original griego dice: *Biblos geneseos* = Libro del génesis. Es curioso que tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo comiencen por un Libro del Génesis. El Antiguo Testamento comienza con el libro de la generación del mundo, pero la gloria del Nuevo Testamento se echa de ver en que comienza con el libro de la generación de Aquel que hizo el mundo.

II. El objetivo. Mateo no intenta dar una genealogía innecesaria, sino que tiene un objetivo bien definido: probar que el Señor Jesús es *el hijo de David, y el hijo de Abraham,* de la nación y de la familia de las que había de salir el Mesías. Abraham y David fueron, en su respectivo tiempo, los albaceas de las promesas referentes al Mesías. Se le había prometido a Abraham que el Cristo había de descender de él (Gn. 12:3; 22:18), y a David igualmente (2 S. 7:12; Sal. 89:3, etc.; 132:11). Cristo es llamado primeramente *hijo de David,* porque bajo ese nombre era mencionado y esperado entre los judíos. Quienes le reconocían como *el Cristo,* le llamaban *el hijo de David* (Mt. 15:22; 20:31; 21:15). Por lo tanto, el evangelista va a demostrar que no solamente es *el hijo de David,* sino que es aquel *hijo de David sobre cuyos hombros había de estar el principado*; y no sólo *el hijo de Abraham,* sino aquel *hijo de Abraham* que había de ser *el padre de muchas naciones.*

Al llamar a *Cristo el hijo de David y el hijo de Abraham,* muestra que Dios es fiel a su promesa, y que va a cumplir cada palabra que ha pronunciado; y esto: 1. Aun cuando su realización se haya demorado tanto. Las demoras de los favores prometidos, aun cuando ejercitan nuestra paciencia, no debilitan la promesa de Dios. 2. Aun cuando algunos hayan comenzado a desesperar de su cumplimiento. Este *hijo de David* e *hijo de Abraham,* que iba a ser la gloria de la casa de su Padre, nació cuando la descendencia de Abraham era una nación despreciada, hecha recientemente tributaria del yugo romano y cuando la casa de David yacía soterrada en la oscuridad; ya que Cristo iba a ser *raíz de tierra seca* (Is. 53:2).

III. La línea recta, trazada desde Abraham para abajo, a semejanza de las genealogías registradas al comienzo de los libros de Crónicas.

Notemos algunos aspectos particulares en esta genealogía.

1. Entre los ascendientes de Cristo que tuvieron hermanos generalmente lo fueron quienes tenían hermanos mayores; ni Abraham, ni Jacob, ni Judá, ni David, ni Salomón fueron primogénitos según la carne; para mostrar así que la preeminencia de Cristo no se debía a la primogenitura de sus antepasados, sino a la pura voluntad de Dios, que *exalta a los humildes, y pone un honor más abundante sobre aquella parte que no lo tiene.*

2. Al nombrar la descendencia de Jacob, además de Judá, de quien había de proceder *Siloh,* se mencionan también *sus hermanos.* No se menciona a Ismael como hijo de Abraham, ni a Esaú como hijo de Isaac, porque habían sido excluidos del pacto; mientras que son mencionados todos los hijos de Jacob como patriarcas del pueblo de Israel, con quien Dios estableció su pacto. Por la misma razón se menciona a Fares y a Zara, los hijos gemelos de Judá.

3. Se mencionan cuatro mujeres, y sólo cuatro, en esta genealogía (además de María); dos de ellas eran originariamente *extranjeras en cuanto a los pactos de la promesa* (Ef. 2:12). Rahab era cananea, y además prostituta, y Rut era moabita; pero en Jesucristo, en cuanto a la salvación, *ya no hay judío ni griego;* los que son extranjeros y forasteros son bienvenidos, en Cristo, *a la ciudadanía de los santos.* Las otras dos, Tamar y Betsabé, fueron adúlteras, lo cual imprimía una marca todavía peor en la humillación que por nosotros asumió el Salvador. Sin embargo, en la mente de Mateo (y del Espíritu Santo), la mención de esas cuatro mujeres habida cuenta de los rumores que correrían sobre la legítima condición del nacimiento de nuestro Salvador (v. el comentario a Jn. 8:19, 41), tenía, sin duda, el objetivo de hacer

ver a los lectores que a Dios no le importa la «pura sangre» en la descendencia carnal, sino el nacimiento de *arriba* (Jn. 1:13; 3:3, 5). Por eso, Jesús tomó sobre sí *la semejanza de carne de pecado* (Ro. 8:3), y admite a los más grandes pecadores, con tal que crean y se arrepientan, a la más estrecha relación con Él.

4. Aunque se mencionan muchos reyes, ninguno de ellos es llamado así, con la sola excepción de David (v. 6), ya que con él fue establecido el pacto dinástico. Por eso leemos, en Lucas 1:32, que el Mesías había de heredar *el trono de su padre David.*

5. En la línea de los reyes de Judá, entre Joram y Uzías (v. 8), quedan excluidos tres reyes, a saber, Ocozías, Joás y Amasías; por eso, cuando leemos que Joram engendró a Uzías, hemos de entender simplemente que Uzías descendía directamente de Joram. Con esto se obtenía el propósito de Mateo de disponer en tres grupos de catorce personas a los ascendientes de Jesús desde Abraham, al tener en cuenta que las letras de *David* (d = 4 + v = 6 + d = 4) suman 14, según la numeración hebrea. También se dice que *Salatiel engendró a Zorobabel* (v. 12), a Pesar de que Salatiel no era padre natural, sino tío, de Zorobabel (v. 1 Cr. 3:17, 19). Sin duda, Salatiel murió sin descendencia y su hermano Pedaías le suscitó heredero legal en la persona de Zorobabel. Al ser ésta la genealogía de Jesús a través de José, lo que le interesa al escritor sagrado es la línea dinástica, con lo que Jesús adquiere los derechos legales al trono de David mediante José que era descendiente directo de Jeconías o Joaquín, que fue el último rey de Judá. Por otra parte, Jesús no queda incluido en la maldición pronunciada contra la descendencia de Jeconías (v. Jer. 22:30), por no ser José el padre natural de Jesús, sino su padre legal, mientras que, según la carne, Jesús es descendiente de David, por medio de María, aunque no por la línea de Salomón, sino por la de Natán (v. Lc. 3:23–32, donde *fiel de Elí»,* como dice el original, habría de referirse al padre de María—suegro de José).

6. Se menciona la cautividad de Babilonia como un período de especial importancia en esta línea (vv. 11–12). Al considerar bien todas las cosas, es algo asombroso el que la raza judía no quedase extinguida en esa deportación, como les ha ocurrido a otras razas en circunstancias similares, pero eso nos insinúa la razón de que la corriente de ese pueblo se mantuviese intacta a través de esa especie de mar Muerto, ya que de ella había de surgir, *según la carne,* el Mesías venidero. Poco importa que, a los ojos de sus coetáneos, no apareciese notoria la dignidad regia en la persona de un pobre carpintero, puesto que, en los designios de Dios, Jesús había de reinar para siempre en la casa de Jacob, como heredero del trono de David (Lc. 1:31–33).

Versículos 18–25

El misterio de la encarnación de Cristo es digno de adoración más bien que de investigación. Si *no sabemos cuál es el camino del viento* (v. Jn. 3:8), *o cómo crecen los huesos en el vientre de la mujer encinta* (Ecl. 11:5), mucho menos podemos saber cómo fue formado el cuerpo de nuestro Salvador en el vientre de la Virgen María. Lo que sí podemos asegurar es que: 1. El *embrión* (v. Sal. 139:16) del cuerpo de Jesús, tomado de la sustancia de su madre era ya el embrión del Hijo de Dios según la carne. De no ser así, habría pertenecido a un ser humano distinto es decir, a una persona distinta de la del Hijo de Dios. No fue, pues, primero formado el cuerpo de Jesús, y después unido a la persona del Hijo de Dios, sino que desde el primer momento, el Hijo de Dios tomó sobre Sí la primera célula viva de aquel cuerpo que se estaba formando, por obra del Espíritu Santo, en el vientre de María. Lo que el texto sagrado nos dice explícitamente es lo siguiente:

I. Que María, la madre de Jesús, estaba desposada, es decir, comprometida para casarse, con José, sin que hubiesen llegado todavía a convivir juntos. En Deuteronomio 20:7, leemos de alguien *que se ha desposado con mujer, y no la ha tomado.* Cristo nació de una virgen, pero de una virgen desposada: 1. Para guardar el debido respeto al estado matrimonial, que ha de ser *honroso en todos* (He. 13:4), ¿qué mayor honor para una mujer judía que estar desposada? 2. Para salvaguardar la honra de la bendita Virgen, que de lo contrario habría quedado en entredicho. Era conveniente que su concepción quedase protegida por el matrimonio, y justificada así a los ojos del mundo. 3. Para que María tuviese en José una ayuda idónea. Hay quienes opinan que José era viudo, y que los que se mencionan como *hermanos de Jesús* (13:55) eran hijos de José de un matrimonio anterior, pero la Palabra de Dios no nos da pie para ello.

II. La concepción de la descendencia prometida: *antes de que viviesen juntos, se halló que estaba encinta por obra del Espíritu Santo.* Podemos imaginarnos la perplejidad de María. Ella conocía el misterio que se obraba en su interior, pero, ¿cómo convencer a los demás de que era inocente? Habría sido tenida por ramera, y sentenciada como tal. Jamás una hija de Eva fue tan digna como ella y, sin embargo, jamás una mujer estuvo en tanto peligro de contraer el reato de uno de los peores crímenes. Con todo no vemos que se angustiase por ello, sino que, al ser plenamente consciente de su propia inocencia, conservó en calma su mente, y encomendó su causa *al que juzga rectamente.*

III. La perplejidad de José, y su gran preocupación por saber cómo obrar en este caso. Por una parte, no podía creer que su virtuosa esposa cometiese tal villanía; por otra parte, la cosa era demasiado evidente como para poder negarla o excusarla. Consideremos:

1. El extremo que procuró evitar: *no quería denunciarla* aunque podía haberlo hecho (v. Dt. 22:23–24). Cuán diferente era el espíritu de José del de Judá, cuando en un caso similar dijo severamente: *Sacadla, y sea quemada* (Gn. 38:24). ¡Cuán bueno es reflexionar correctamente, como hizo José! Si hubiese más deliberación en nuestras censuras y en nuestros juicios, también habría en ellos más misericordia y moderación. Personas de carácter riguroso podrían acusar a José de debilidad en su clemencia, pero la Palabra de Dios nos dice que obró así *porque era justo.* Era un hombre bueno, religioso, según el corazón de Dios, y por eso, inclinado a la misericordia como lo es Dios, y presto a perdonar como quien ha sido perdonado. Nos viene bien, en muchos casos, ser magnánimos y misericordiosos con quienes están bajo sospecha de haber cometido alguna falta. Hay en nuestra conciencia un tribunal encargado de moderar el rigor de la ley y se le llama el *tribunal de la equidad.* Hay quienes son *sorprendidos*—tomados por sorpresa—*en alguna falta,* y deben ser *restaurados con espíritu de mansedumbre* (Gá. 6:1).

2. El procedimiento que encontró para evitar dicho extremo: *resolvió dejarla secretamente,* es decir, ponerle en la mano el certificado de repudio delante de dos testigos y zanjar así el asunto entre los dos. Así deberían zanjarse las causas de ofensa entre hermanos: sin ruido, sin altivez, sin rencor. La prudencia y el amor cristianos *cubrirán una multitud de pecados* (Stg. 5:20), por grandes que estos sean, sin que ello comporte ninguna connivencia ni comunión con los pecadores notorios.

IV. José queda descargado de su perplejidad por un mensaje venido del Cielo (vv. 20–21). *Mientras él pensaba en esto,* sin saber qué partido tomar, Dios se dignó instruirle y llevar paz a su conciencia. Dios guía a quienes usan sus facultades racionales y reflexionan correctamente, no a quienes esperan de arriba la solución a un problema en el que no se han tomado el trabajo de reflexionar. Como en el caso de José, cuando se ha reflexionado lo bastante, y se ha llegado a un punto muerto en nuestras deliberaciones, es cuando Dios viene en nuestra ayuda con una inspiración clara o con una circunstancia reveladora; no son menester luces sobrenaturales ni voces audibles. El tiempo en que Dios nos muestra que es el Todosuficiente es aquel en que estamos convencidos de nuestra total insuficiencia. El mensaje fue enviado a José por medio de *un ángel del Señor.* No sabemos hasta qué punto y de qué forma puede usar Dios el ministerio de los ángeles para sacar a los suyos de sus aprietos, pero sí estamos seguros de que *son espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que van a heredar la salvación* (He. 1:14). Este ángel se le apareció a José en sueños, o a la hora del sueño. En la quietud y tranquilidad de la noche es cuando estamos en la mejor disposición para recibir los mensajes de la divina voluntad. Veamos qué dice el mensaje.

1. Se le anima a José a que siga adelante en su intención de tomar a María por esposa. De entrada se le hace memoria a este pobre carpintero de su alta alcurnia: *José, hijo de David …;* como si le dijera: Ten en cuenta tu estirpe José. Eres el hijo de David a través del cual se va a trazar la línea del Mesías; por tanto *no temas recibir a María por mujer.* Cuando un creyente se halle en apuros, hemos de decirle de manera semejante: «No temas, hijo del creyente Abraham, e hijo de Dios; no te olvides de la dignidad de tu nuevo nacimiento».

2. Se le informa acerca del ser santo que su esposa ha concebido. Lo que es engendrado en ella tiene origen divino. Dos cosas importantes se le dicen en relación con esto:

A) Que ha concebido *por obra del Espíritu Santo,* no por obra natural. El Espíritu Santo que, como agente ejecutivo de la Trina Deidad, llevó a cabo la creación del mundo ha producido ahora al Salvador

del mundo, y le *ha preparado un cuerpo,* como se le había prometido cuando dijo: *He aquí que vengo* (He. 10:5). Es el Hijo de Dios, pero al mismo tiempo participa de la sustancia de su madre hasta el punto de ser llamado *el fruto de su vientre* (Lc. 1:42). Las leyendas nos cuentan casos de quienes vanamente pretendían haber concebido por obra de un poder divino como la madre de Alejandro Magno; pero nadie concibió en realidad de esta manera, excepto la madre de nuestro Señor.

B) Que ella daría a luz al Salvador del mundo (v. 21). El ángel le dice el nombre y le explica el significado:

(a) El nombre con que le habían de llamar es *Jesús: Llamarás su nombre Jesús. Jesús* (hebreo: *Yeoshuah*) es el mismo nombre que *Josué,* al cambiar sólo la terminación, para acomodarla a la lengua griega. Citando de los LXX, Josué es llamado *Jesús* en Hechos 7:45 y Hebreos 4:8. Cristo es nuestro Josué y es a la vez *el capitán de nuestra salvación y el Sumo Sacerdote de nuestra profesión,* y en ambas cosas, nuestro Salvador es un Josué que viene en lugar de Moisés, y hace por nosotros *lo que la ley no podía, puesto que era débil.* Josué se llamaba antes *Oseas,* pero Moisés le cambió el nombre (Nm. 13:16), al cambiar el perfecto en imperfecto al prefijarle la sílaba ya, que es también la 1.ª sílaba del nombre de Dios *(Yehovah),* y resultando así *Yeoshuah: Jehová (o Yahweh) salva* así se insinuaba que el Mesías que había de llevar este nombre, sería Dios; por tanto, *puede salvar completamente* (He. 7:25), y *no hay salvación en ningún otro* (Hch. 4:12).

(b) La explicación es la siguiente: *Porque Él salvará a su pueblo de sus pecados.* Aquellos a quienes Cristo salva, los salva *de sus pecados:* de la culpabilidad del pecado por medio de la obra de su Cruz; del dominio del pecado, por medio del Espíritu de su gracia. Y, al salvarlos del pecado los salva de la ira venidera, de la maldición segura y de toda miseria de esta vida y de la de ultratumba. Quienes dejan sus pecados con arrepentimiento y se entregan a Cristo por fe como *pueblo suyo,* entran en la esfera del Salvador y de la gran salvación que Él ha llevado a cabo.

V. El cumplimiento de la Escritura en todo esto. Este evangelista, al dirigirse primordialmente a los judíos, observa esta circunstancia con más frecuencia que los otros evangelistas, y muestra cómo las profecías del Antiguo Testamento tenían su cumplimiento en el Señor Jesús. La Escritura que se cumplió en el nacimiento de Cristo era aquella promesa que, como señal, dio Dios al rey Acaz (Is. 7:14): *He aquí que la virgen concebirá.* Allí el profeta, para animar al pueblo de Dios a esperar en la prometida liberación de la invasión de Senaquerib, hace que fijen su mirada en el Mesías venidero, que había de surgir de los judíos (Jn. 4:22), y de la casa de David.

1. La señal dada es que el Mesías había de *nacer de una virgen* y así, ser *manifestado en carne* (1 Ti. 3:16). Aunque la voz hebrea *almah* significa una doncella núbil sin más, el cumplimiento de la profecía nos demuestra que se trata de una virgen, de una doncella *que no conoce varón,* como María profesa ser (Lc. 1:34). Cristo había de nacer, no de una reina o de una emperatriz, pues no apareció con pompa y esplendor exteriores, sino de una virgen para enseñarnos el valor de la pureza espiritual.

2. La verdad implicada en esta señal es que el Salvador es el Hijo de Dios, y el Mediador entre Dios y los hombres pues también se le llamará *Immanuel*. El hebreo *Immanuel* significa *Dios con nosotros,* nombre misterioso, pero muy precioso, pues indica que Dios se ha encarnado en medio de nosotros, para así *reconciliar al mundo consigo* (2 Co. 5:19), a fin de que, al tener paz con Dios (Ro. 5:1), disfrutemos de íntima comunión con Él y de su nuevo pacto. Los judíos tenían consigo a Dios habitando entre los querubines, en tipos y sombras, pero nunca como cuando el Verbo se hizo carne y su bendita *Shekinah* se hizo patente entre nosotros en *la forma de siervo* (Fil. 2:7). Por la luz de la *naturaleza,* vemos a Dios *sobre nosotros;* por la luz de la Ley, vemos a Dios *contra nosotros;* pero por la luz del Evangelio, le vemos como *Emanuel,* es decir, Dios *con nosotros,* participando de nuestra naturaleza e interesado en nuestra salvación. En esto consistió la gran salvación que llevó a cabo en la unión de Dios y hombre, pues su objetivo era traer *Dios a nosotros,* en lo que consiste nuestra felicidad, y llevarnos *a nosotros a Dios,* en lo que consiste nuestro supremo deber.

VI. Obediencia de José al precepto divino (v. 24). *Despertando José del sueño* por la impresión que había recibido, *hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió en su hogar a María como su esposa.* Dios tiene todavía medios de hacer saber sus propósitos en casos dudosos, al emplear los recursos de su providencia, los debates de nuestra conciencia, y los consejos de amigos fieles. Con todos estos medios, y al aplicar las reglas generales de la Sagrada Escritura, debemos obtener la dirección de Dios.

VII. El cumplimiento de la promesa divina (v. 25): *dio a luz a su hijo primogénito.* Las circunstancias son narradas con mayor detalle en Lucas 2:1 y siguientes. Si Cristo ha sido formado en nuestro interior, Dios mismo llevará a feliz término la buena obra que ha comenzado (Fil. 1:6); lo que ha sido concebido en *gracia,* sera dado a luz en *gloria.*

Después de haber solemnizado su matrimonio con María, José *no la conoció hasta que dio a luz …* Mucho se ha dicho acerca de la perpetua virginidad de la madre del Señor, y la Iglesia de Roma se aferra tenazmente a esa doctrina, que no tiene fundamento alguno en la Escritura. El citado versículo 25 insinúa que, después que María dio a luz a Jesús, José convivió con ella normalmente de acuerdo con la ley (Éx. 21:10).

CAPÍTULO 2

En este capítulo, tenemos la historia concisa de la infancia de Jesús.

Versículos 1–8

Un detalle importante dentro del estado de humillación que por nosotros asumió nuestro Salvador es que, siendo Él *el Deseado de las naciones, su* primera Venida a este mundo pasase desapercibida, y su nacimiento quedase oculto en la mayor oscuridad. *Vino al mundo, y el mundo no le conoció;* más aún, *vino a su propio pueblo,* al Israel de Dios, y *los suyos no le recibieron* (Jn. 1:10–11). Con todo lo mismo que en las demás fases de su humillación, brillaron algunos rayos de gloria en medio de las más profundas muestras del despojo de su gloria.

Los primeros que tuvieron noticia del nacimiento de Cristo fueron unos pastores (Lc. 2:15 y ss.), quienes vieron y oyeron grandes y gloriosas cosas acerca de Él, y *las dieron a conocer a su vez,* para asombro de todos los que las oían (Lc. 2:17–18). Después de esto, Simeón y Ana hablaron de Él, movidos por el Espíritu, a cuantos estaban dispuestos a prestar atención a lo que decían (Lc. 2:38). Cualquiera podría imaginarse que todo esto habría sido bastante para que los hombres de Judá y los habitantes de Jerusalén se percatasen del gran acontecimiento, y corriesen a estrechar con ambos brazos al por tanto tiempo deseado Mesías; pero por lo que se nos da a entender, Jesús continuó por casi dos años en Belén, y nada se nos dice de Él hasta la venida de los magos. No hay nada que pueda despertar a quienes están resueltos a no darse por enterados. Obsérvese:

I. Cuándo se hizo esta investigación acerca de Cristo. Fue *en días del rey Herodes.* Este rey era idumeo, y fue nombrado rey de Judea por Augusto y Antonio, que eran entonces los jefes del estado romano. Era un hombre lleno de falsedad y de crueldad, a pesar de lo cual se le ha honrado con el título de *Herodes el Grande.*

II. Quiénes eran estos sabios; se les llama aquí *magos.* Este título ha de tomarse aquí en buen sentido, puesto que, entre los persas, eran llamados *magos* los filósofos y los sacerdotes, y especialmente los astrólogos, como se puede evidenciar en este caso por la forma en que se apercibieron de la estrella y la conectaron con el nacimiento del Mesías. Quizás había llegado al conocimiento de ellos la famosa profecía de Balaam (Nm. 24:17). Hay quienes opinan que estos hombres se dedicaban también a las malas artes, así llamadas *artes mágicas,* ya que este es el sentido en que la palabra *mago* aparece en el resto de la Escritura (v. p. ej., Hch. 8:9; 13:6). Sea de ello lo que sea, bien puede llamárseles *sabios,* desde el momento en que se pusieron a inquirir acerca de Cristo.

De lo siguiente podemos estar seguros: 1. Que eran gentiles, y que, por tanto, no pertenecían a la comunidad de Israel. Paradójicamente, mientras para los judíos Cristo pasaba desapercibido estos gentiles estaban deseosos de encontrarle. Nótese cómo, muchas veces, quienes están más cerca de los medios, están más lejos del fin (v. 8:11–12). 2. Que eran estudiosos, expertos en diversas artes. Los grandes expertos deberían ser buenos cristianos, para así completar su aprendizaje *aprendiendo a Cristo,* este es *el saber de salvación* (2 Ti. 3:15), sin el cual de nada aprovechan todos los demás saberes de este mundo, pues como dijo nuestro clásico «aquel que se salva, sabe; y el que no, no sabe nada». 3. Que procedían

del Oriente, cuna, con Egipto, de toda clase de magia (v. Is. 2:6). Arabia misma es llamada tierra del *este* (Gn. 25:6), y los árabes son llamados *hombres del este* (Jue. 6:3). En efecto, los presentes que los magos traían, eran productos de dicho país.

III. Qué les indujo a emprender dicha investigación. En su país, situado en el Oriente, habían visto una *estrella* extraordinaria, cual nunca la habían visto antes; tomaron esto como indicación de alguna persona extraordinaria, nacida en Judea, puesto que la estrella aparecía sobre esta región. Tan distinta era de lo corriente, que con razón concluyeron que indicaba algo no corriente. El nacimiento de Cristo fue notificado a los pastores judíos por medio de un *ángel,* pero a los filósofos gentiles por medio de una *estrella;* a cada uno le habló Dios en el lenguaje de ellos y de la forma a la que mejor estaban habituados. La misma estrella que ellos vieron en el Oriente, la volvieron a ver después guiándoles a la casa donde estaba Cristo, como si fuese una lámpara puesta en lo alto con el propósito de conducirlos a Jesús. Los idólatras, en especial los orientales, adoraban a las estrellas como al *ejército de los cielos.* Así, las estrellas que tan mal uso habían recibido vinieron a ser usadas correctamente para conducir los hombres a Cristo; los dioses de los gentiles pasaron a ser servidores de Jesús.

IV. Cómo prosiguieron su investigación. *Llegaron a Jerusalén,* e inquirieron acerca del príncipe, cuya expectación era general en aquel tiempo, no sólo en Oriente, sino también en Occidente, como puede verse en los autores clásicos griegos y romanos. Podían haber dicho: «Si es que ha nacido tal príncipe, ya oiremos pronto de Él en nuestro propio país, y entonces tendremos tiempo suficiente para llegarnos a prestarle homenaje y pleitesía». Pero estaban tan impacientes por conocerle, que emprendieron un largo viaje con el propósito de preguntar por Él. Quienes de veras desean conocer a Cristo y encontrarle, no reparan en molestias ni en peligros con tal de hallarle.

La pregunta que hacen es la siguiente: *¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos?* No dudaban de que pronto encontrarían respuesta a esta pregunta y que hallarían a todo Jerusalén adorando a los pies de este nuevo rey; pero pronto se percataron de que nadie podía suministrarles minguna información. Hay en el mundo, y también en la Iglesia, mucha más ignorancia de la que nos parece. Muchos de los que pensamos que podrían conducirnos a Cristo le son extranjeros ellos mismos. No hacía falta que nadie les preguntase a los magos: ¿Por qué inquirís eso? Ellos mismos dan la respuesta: *Porque hemos visto su estrella en el oriente.* Y si alguien les preguntase: ¿Y qué tenéis vosotros que ver con Él? La respuesta se halla también en el sagrado texto: *Hemos venido a adorarle.* Todos aquellos en cuyos corazones ha nacido Cristo, *el lucero de la mañana* (2 P. 1:19), tan pronto como con esa luz, les ha amanecido el conocimiento de su Señor y Salvador, han de adorarle con todo fervor y obedecerle con toda prontitud y fidelidad.

V. Cómo fue vista y tratada en Jerusalén dicha investigación. Por fin, llegaron a la corte noticias de ella: *Al oír esto, el rey Herodes se turbó* (v. 3). De seguro que no le serían ajenas las profecías del Antiguo Testamento referentes al Mesías, a su reino y a los tiempos fijados para su aparición en las semanas de Daniel; pero, al haber reinado él tan larga y prósperamente, comenzaría a pensar que tales promesas no se habían de cumplir y que, a pesar de ellas, su reinado se había de establecer y perpetuar. ¡Qué sorpresa, pues, tan desagradable debió de ser para él oír hablar de que este rey había nacido!

Pero aunque Herodes, al fin idumeo, se turbase con la noticia cualquiera pensaría que Jerusalén se alegraría grandemente al oír que llegaba su gran Rey; pero el texto nos dice que *toda Jerusalén se turbó con el rey,* al pensar sin duda cuáles serían las consecuencias adversas que había de acarrear el nacimiento de este nuevo rey. Hay muchísimos que prefieren la esclavitud del pecado a la gloriosa libertad de los hijos de Dios, tan sólo porque prevén las dificultades que ha de comportar esa necesaria revolución en el gobierno de los corazones. Son tan locos como Herodes y toda Jerusalén, turbados por la equivocada noción de que el reinado del Mesías tiene interferencias políticas con los poderes seculares; mientras que la estrella que le anunciaba como rey claramente indicaba que su reino era celestial, no de este mundo inferior.

VI. Qué ayuda encontraron, en su investigación, de parte de los sacerdotes y escribas (vv. 4–6). Nadie se atreve a poder decir dónde está el Rey de los judíos, pero Herodes pregunta *dónde había de nacer.* Estaba bien claro en la Escritura que el Cristo había de nacer en Belén (Jn. 7:42), pero Herodes quería escuchar la opinión de los entendidos, y por eso se dirige a las personas más apropiadas: *Convocados*

todos los principales sacerdotes, y los escribas del pueblo, les preguntaba dónde había de nacer el Cristo. Hay preguntas que llevan muy mala intención.

Los sacerdotes y los escribas no necesitaron mucho tiempo para responder a dicha pregunta; no vacilan entre diversas opiniones, sino que, con plena unanimidad, contestan que el Mesías había de nacer *en Belén de Judea. Belén* (en hebreo, *Bethlehem)* significa *casa del pan;* el más conveniente lugar para que allí naciese *el pan vivo que descendió del cielo y da vida al mundo* (Jn. 6:33, 50, 51, 58). El honor de Belén no estaba, como el de otras ciudades, en la multitud de sus habitantes, sino en la magnificencia de los príncipes que allí surgieron. A Belén se puede aplicar lo que de Sion dice el Salmo 87:6: *«Este nació allí».* Belén era la ciudad de David, y David era la gloria de Belén; allí debía, pues, nacer su hijo y sucesor. Había una famosa fuente a las puertas de Belén, de la que David anhelaba beber (2 S. 23:15). En Cristo tenemos no sólo pan para nuestro sustento, sino también *agua de vida eterna,* de la que podemos beber libremente (Jn. 4:10, 14; 7:37; Ap. 22:17), porque se da gratis a todo el que tenga sed de ella.

VII. El sangriento plan y designio de Herodes, ocasionado por la investigación de los magos (vv. 7–8). Herodes era ya viejo en ese tiempo, y había reinado durante treinta y cinco años; mientras que este rey había nacido hacía muy poco, y no había de emprender ninguna acción considerable por muchos años; sin embargo, Herodes ya estaba celoso de Él. Las testas coronadas no aguantan el pensar en sucesores; mucho menos, en rivales; por eso, nada podrá satisfacer a Herodes, sino la sangre de este rey que acaba de nacer. La loca pasión acaba juntamente con la razón y con la conciencia.

1. Cuán astutamente planea su proyecto (vv. 7–8). *Llamó en secreto a los magos* para hablar con ellos acerca del asunto. No quería publicar sus temores ni sus celos. Los pecadores se ven a veces atormentados de secretos miedos pero se los guardan para sí. Herodes indagó de los magos *el tiempo de la aparición de la estrella,* y les pidió *que averiguasen con diligencia acerca del niño,* para informarle debidamente. Todo esto habría parecido sumamente sospechoso, si no lo hubiese cubierto con el manto de la religión: *para que yo también vaya y le adore.* Las mayores maldades se ocultan a veces bajo una máscara de piedad.

2. Con todo, con qué extraña insensatez se portó Herodes, al confiar este encargo a los magos. Belén está a unos once kilómetros de Jerusalén; cuán fácil le habría sido enviar espías que observasen atentamente a los magos, y que hubiesen tenido la oportunidad de matar al niño tan pronto como hubiesen los magos tenido la oportunidad de adorarle.

Versículos 9–12

En esta porción, vemos a los magos que adoran humildemente al recién nacido *Rey de los judíos,* y le ofrecen sus presentes. Desde Jerusalén habían llegado a Belén, resueltos a buscar hasta que hallasen; pero es muy extraño que fuesen solos. Vinieron desde un país lejano, para adorar a Cristo, mientras que los judíos *los suyos,* no se tomaron la molestia de dar un paso, ni de acudir a la ciudad cercana, para darle la bienvenida. También nosotros aun cuando marchemos solos, hemos de continuar y seguir los pasos de Jesús; hagan otros lo que hagan, nosotros hemos de *servir al Señor.*

I. Véase cómo encontraron a Cristo por medio de la misma estrella que habían visto en su país (vv. 9–10). Obsérvese, 1. Cuán benévolamente los condujo Dios. Con la primera aparición de la estrella, se les dio a entender dónde podrían preguntar por este Rey; después desapareció la estrella, para que empleasen los métodos normales para una investigación de esta clase. Se nos enseña así que no hemos de esperar ayudas extraordinarias cuando están al alcance de la mano los medios ordinarios. Bien, hasta ahora el camino era claro; se acercan a Belén; pero, ¿en qué parte de Belén le podrán encontrar? Aquí se habrían visto perdidos, si se hubiesen guiado por su propia sabiduría, pero les sostuvo la fe; sabían que Dios no les iba a dejar allí. Y no les dejó, porque *«he aquí que la estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos».* Si, en el camino del deber, vamos tan lejos como podemos Dios nos guiará y nos capacitará para que podamos hacer lo que por nuestras propias fuerzas no podríamos. La estrella les había dejado por algún tiempo, pero ahora volvía. Quienes siguen a Dios en la oscuridad, hallarán que la luz *está sembrada,* reservada, para ellos. Esta luz era la señal de la presencia de Dios con ellos porque Él es luz, y va delante de su pueblo como Guía. 2. Obsérvese cuán gozosamente siguieron la dirección de Dios (v. 10). *Al ver la estrella, se regocijaron con enorme gozo.* Ahora veían que no habían sido engañados, y que no habían emprendido en vano tan largo viaje. Ahora estaban seguros de que Dios iba con ellos, y las

señales de su presencia y de su gracia les llenaban de gozo el corazón, una vez que habían comenzado a estimar en su justo valor los favores divinos, que sobrepasan con mucho a nuestras esperanzas. Podemos vislumbrar los transportes de alegría de estos hombres al ver de nuevo la estrella. Ahora tenían suma razón en esperar un pronto encuentro con Jesús, el Sol de justicia. Así deberíamos alegrarnos de todo cuanto nos muestra el camino hacia el Señor. Esta estrella fue ya creada con el propósito de ser enviada para conducir a los magos a la presencia del gran Rey. Dios cumple así su promesa de *salir al encuentro de los que con alegría hacen justicia* (Is. 64:57). Dios se complace, a veces, en favorecer a los recién convertidos con señales sensibles de su amor, de modo que se animen a correr con paciencia la carrera que tienen por delante (He. 12:1), para así contrarrestar las dificultades que salen al encuentro cuando una persona da la espalda al mundo para encaminarse hacia Dios.

II. Véase cómo se comportan con Jesús, una vez que le han encontrado (v. 11). Podemos imaginarnos su decepción cuando encontraron una pobre morada en vez de un palacio, y unos pobres artesanos por toda escolta. Sin embargo, estos magos fueron lo bastante sabios para ver a través del velo. No se creyeron frustrados en su búsqueda, sino que, al haber encontrado al Rey a quien buscaban, se presentaron a sí mismos a Él, y luego le ofrecieron sus presentes.

1. Se presentaron a Él: *Postrándose, le adoraron.* No leemos que dieran tal honor a Herodes, aunque se hallaba en la cima de su regio esplendor; pero a este bebé le dieron tal honor, no sólo como a rey, sino como a Dios. Todos los que han encontrado a Cristo no se contentan con inclinarse ante Él, como se inclina uno ante la grandeza, la bondad, el genio o el heroísmo; a Cristo no se le puede clasificar como a otro ser humano cualquiera; ante Él es preciso caer de rodillas y someterse a su imperio. *Es el Señor.*

2. *Le ofrecieron sus presentes.* Entre los orientales, al prestar homenaje a sus reyes, les ofrecían presentes. Nosotros no hemos de contentarnos con ofrecer presentes a Jesucristo, sino que hemos de darle todo cuanto somos y poseemos. Y no serán aceptados nuestros presentes, a menos que antes nos presentemos nosotros como *sacrificios vivos* (Ro. 12:1). Los presentes que los magos ofrecieron a Jesús fueron: *oro, incienso y mirra.* La Providencia envió así a José y a María unos recursos muy oportunos no sólo en su presente condición de pobreza, sino también en vistas al futuro viaje a Egipto donde el incienso y la mirra, abundantes en Arabia, tendrían un valor considerable. Desde la antigüedad, se ha visto en estos presentes un simbolismo muy en consonancia con la Palabra de Dios: el oro es símbolo, entre otras cosas, de realeza; el incienso es bien conocido como símbolo de la oración que se dirige a Dios; y la mirra es símbolo de sufrimiento. Así, pues, le ofrecieron oro como a Rey; incienso, como a Dios; mirra, como a hombre que había de morir, pues la mirra se usaba para embalsamar los cadáveres.

III. Véase ahora de qué forma se marcharon, luego de haberle presentado sus respetos (v. 12). Herodes les había mandado que a su vuelta le informasen. Y así lo habrían hecho, si no se les hubiese dado contraorden del Cielo, sin sospechar que Herodes los quería como instrumentos de sus malvados designios. Quienes proceden con honestidad están inclinados a pensar que todas las demás personas proceden de la misma manera, sin imaginarse que el mundo es tan malo como es en realidad. Dios salió al paso de la maldad que Herodes pensaba cometer contra el Niño Jesús. Fueron *avisados en sueños que no volviesen a Herodes,* ni a Jerusalén. Quienes tenían ojos para ver, y no percibían, eran indignos de recibir informes acerca de Cristo. *Regresaron a su tierra por otro camino,* para llevar las noticias a sus compatriotas. Aunque parezca extraño, ya no se vuelve a hablar de ellos en las Escrituras. Lo cierto es que ya estaban bien encaminados. *Volverse por otro camino* tiene una clara aplicación espiritual para todo el que ha encontrado a Cristo: el que de veras se ha convertido a Dios, no puede, como suele decirse, «volver a las andadas».

Versículos 13–15

En esta porción, se nos narra la huida a Egipto para esquivar la persecución de Herodes. No sólo fue muy poco el respeto que se le rindió a Jesús en su infancia, comparado con el que debía habérsele rendido; sino que aun el poco que se le dio, en vez de servir para darle más honor entre los suyos, sólo sirvió para exponerlo a peligro.

I. Vemos aquí el encargo que se le da a José en relación con dicho peligro (v. 13). José no conocía el peligro que amenazaba al niño, ni cómo escapar de dicho peligro; pero Dios, por medio de *un ángel,* le descubre ambas cosas *en sueños,* como le había mostrado anteriormente lo que tenía que hacer (1:20). José es informado del peligro: *Herodes buscará al niño para matarlo.* Dios está bien enterado de todos los malvados proyectos de los enemigos de su Iglesia. ¡Cuán temprano se vio envuelto en apuros el Salvador! De ordinario, incluso los que pasan por peligros y sufrimientos en la madurez de su vida, disfrutan de una infancia pacífica y sosegada; pero no fue este el caso de Jesús: su vida y sus sufrimientos comenzaron a un mismo tiempo. José recibe una orden concreta para escapar del peligro: *toma al niño y a la madre, y huye a Egipto.* De este modo, y tan temprano, nos da Cristo ejemplo de su propia norma (10:23): *Cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra.* El instinto de conservación, que es parte de la ley natural, es también parte de la ley positiva de Dios. *Huye;* pero ¿por qué *a Egipto?* Egipto era infame por su idolatría, su tiranía y su enemistad hacia el pueblo de Dios. Sin embargo, ese es el sitio destinado a ser lugar de refugio para el santo niño Jesús. Dios tiene poder para hacer, cuando a Él le place, que el peor de los lugares sirva para el mejor de sus designios. Esto puede ser considerado:

1. Como una prueba para la fe de José y de María. Podían sentirse tentados a pensar: «Si este niño es el Hijo de Dios como se nos ha dicho que es, ¿no tiene otros medios de defenderse de un hombre, que al fin y al cabo es un gusano, que mediante esta retirada vil y vergonzosa?» Hace poco habían oído que este niño sería *la gloria de su pueblo Israel,* ¿y tan pronto le resulta incómoda la tierra de Israel? Con todo, es evidente cuán perfectamente había Dios provisto *para el niño y para su madre,* al destinar a José para que tuviese una relación tan estrecha con ellos; ahora también les sería de mucha ayuda el oro que los magos habían ofrecido a Jesús, para costear el largo viaje y las primeras semanas en tierra extranjera. Dios prevé los apuros de su pueblo, y provee de antemano a sus necesidades. Dios insinúa la continuación de sus cuidados y de su dirección, al decir a José: *permanece allí hasta que yo te diga,* pues así estaba seguro de que volvería a tener aviso del Cielo, sin tener que aventurarse a volver por su cuenta y riesgo.
2. Como un ejemplo más de la humillación del Señor Jesús. Así como no había lugar para Él en el mesón de Belén, tampoco había lugar tranquilo para Él en la tierra de Judea. Si alguna vez nos encontramos nosotros y nuestros niños en algún apuro, recordemos los apuros que pasó Cristo en su infancia.
3. Como señal del desagrado de Dios hacia los judíos, que tan poco caso habían hecho del nacimiento de Cristo, justamente abandona a quienes tan a la ligera habían tomado la venida del Salvador.

II. José obedece prontamente la orden del Cielo (v. 14). El viaje podía parecer inconveniente y peligroso, tanto para el niño como para la madre; pero José *no fue desobediente a la visión celestial,* no puso objeciones ni demoró la partida. Tan pronto como recibió la orden, inmediatamente *se levantó y* se fueron *de noche.* Quienes deseen asegurar el fruto de su obediencia, han de estar dispuestos a obeceder con toda prontitud. Así, pues, José marchó, como lo había hecho su padre Abraham, dependiendo totalmente de Dios, sin saber el lugar concreto al que se dirigía (He. 11:8).

José *tomó al niño y a su madre.* Como algunos observan, el niño se menciona primero, como la persona principal, y María es llamada, no *la esposa de José,* sino, como mayor dignidad, *la madre del niño.* Permanecieron en Egipto hasta la muerte de Herodes. Allí estaban a gran distancia del Templo y de los cultos, y en medio de idólatras; sin embargo, aunque estaban lejos del Templo del Señor, tenían consigo al Señor del Templo. Una ausencia forzada de las ordenanzas de Dios, y una presencia forzada en medio de los impíos, aunque sean penosas para buenos cristianos, han de aceptarse como algo venido de la mano de nuestro Padre para nuestro bien (v. Ro. 8:28).

III. El cumplimiento de la Escritura en todo esto: *De Egipto llamé a mi hijo* (Os. 11:1). Ahora bien, estas palabras del profeta se referían, sin duda alguna, a la liberación de Israel de la tierra de Egipto, cuando Dios les reconoció como a su *hijo,* al *primogénito* (Éx. 4:22); pero aquí se aplica, por analogía, a Cristo, con lo que se atisba una maravillosa identificación del Salvador con su pueblo, y nos permite entender mejor aquello de *el vituperio de Cristo* (He. 11:26. v. también Is. 63:9). Aquí, como en otros muchos lugares, la Escritura tiene varios niveles de cumplimiento. En realidad, Dios está cumpliendo cada día la Escritura. No es cosa nueva para los hijos de Dios el estar en Egipto, en tierra extranjera y en casa de esclavitud; pero han de ser liberados. Pueden quedar escondidos en Egipto, pero no quedarán abandonados.

Versículos 16–18

I. Herodes se siente burlado por la marcha de los magos. Después de esperar por largo tiempo, inquiere y se entera de que han regresado a su tierra por otro camino, con lo cual *se enojó mucho,* sintiéndose alevosamente ultrajado por tal descortesía.

II. Su decisión inmediata es quitar de en medio al *nacido Rey de los judíos.* Si no ha podido alcanzarle en una ejecución particular, no duda de que lo podrá alcanzar en una ejecución general. Es extraño que Herodes pudiese hallar alguien tan inhumano para cometer un crimen tan sangriento y bárbaro, pero a las manos malvadas nunca les faltan instrumentos con que consumar su obra. Herodes tenía para entonces setenta años; de modo que un niño *de dos años para abajo* no era probable que le causase ninguna inquietud. Lo hizo solamente para satisfacer sus brutales instintos de orgullo y crueldad.

Obsérvense las medidas que tomó: 1. En cuanto al tiempo: *A todos los niños de dos años para abajo.* Es probable que el niño Jesús no tuviese por entonces más de un año; sin embargo, Herodes amplió de tal manera la edad para que no se escapase la presa. 2. En cuanto al lugar: mandó matar a todos los niños varones de esa edad, no sólo *en Belén,* sino también *en todos sus alrededores,* en todas las aldeas circunvecinas. La cólera desenfrenada, armada de poder sin ley, lleva con frecuencia a los hombres a los más absurdos y abominables excesos de crueldad. No hemos de pensar que aquellos niños tuviesen mayor pecado que los demás niños de Israel, por el hecho de sufrir tal asesinato. Más bien hemos de considerar su muerte como una especie de martirio o testimonio; derramaron su sangre—aunque inconscientemente—por aquel que más tarde había de derramar su sangre, voluntaria y conscientemente, por ellos.

III. El cumplimiento de la Escritura también en esto (vv. 17–18). *Entonces se cumplió* la profecía de Jeremías 31:15 en un nivel distinto a su cumplimiento en tiempos de Jeremías. Allí aparece la profecía poco antes de la promesa del Nuevo Pacto (Jer. 31:31–34). Ahora cuando aparecía el Mediador del Nuevo Pacto, también había de aparecer precedido de dolor y pena en la muerte de estos niños. Así, la profecía se cumplió:

1. En el lugar de los lamentos, que se oyeron desde Belén a Ramá, ya que Herodes había extendido su crueldad hasta *los alrededores de Belén* ya en territorio de Benjamín entre los hijos de Raquel. El sepulcro de Raquel estaba cerca de Belén (Gn. 35:16, 19, comp. con 1 S. 10:2). Estas madres vivían cerca del sepulcro de Raquel y muchas de ellas descendían de Raquel. No es extraño, pues, que sus lamentos estén elegantemente representados en el *llanto de Raquel.*

2. En la medida de sus lamentos. *Fue llanto y gran lamento;* palabras que no llegan a expresar el sentimiento producido por esta tremenda calamidad. Hubo grandes lamentos en Egipto cuando murieron los primogénitos, y grandes fueron también aquí los lamentos cuando murieron los más jovencitos, por quienes se siente una ternura especial. Esta pena era tan grande, que no cabía consuelo ninguno. ¡Bendito sea Dios, porque no hay para el cristiano ningún motivo de tanta pena en este mundo, ni siquiera el motivo que el pecado proporciona, que justifique el que rehusemos *ser consolados!* Estas madres no querían ser consoladas porque ellos, los hijos, *ya no eran* (como dice el original); es decir, ya no existían en la tierra de los vivientes. Si fuese cierto que los muertos en el Señor han dejado totalmente de existir, habría motivo para entristecerse como los que no tienen esperanza (1 Ts. 4:13); pero sabemos que no se han perdido, sino que han marchado delante de nosotros. Si volvemos la vista a la profecía de Jeremías 31:15, de donde está tomada esta cita veremos que la amargura del llanto en Ramá no era sino el prólogo de un mayor gozo (v. Jer. 31:16–17). Cuanto peores se nos pongan las cosas, tanto más pronto podemos esperar el remedio de parte de Dios.

Versículos 19–23

Aquí se nos refiere el regreso de Cristo de Egipto a *la tierra de Israel.* Egipto puede servir de refugio y lugar de peregrinación por algún tiempo pero no de residencia fija. Cristo había sido enviado *a las ovejas perdidas de la casa de Israel* y, por tanto, a ellas había de volver.

I. Qué es lo que preparó el camino para el regreso: la muerte de Herodes, que ocurrió no mucho después de la matanza de los niños ¡tan rápido fue el juicio de Dios! De todos los pecados el verter sangre inocente llena la medida de la ira de Dios más pronto. Tan dominado de la pasión y de la impaciencia estaba aquel malvado, que era un tormento para sí mismo, y un terror enorme para quienes le asistían. Véase qué clase de personas han sido los enemigos y perseguidores de Cristo y de los cristianos. Quienes más se han opuesto a la Cristiandad, antes se han despojado de la humanidad.

II. Las órdenes venidas del Cielo acerca del regreso, y la obediencia de José a dichas órdenes (vv. 19–21). Dios había enviado a José a Egipto, y allí permaneció él hasta que el mismo que le había ordenado marchar allá le ordenase también volver de allí. En todos nuestros traslados, bueno es ver claro el camino a tomar, y a Dios que marcha delante de nosotros; no deberíamos ir por un lado o por otro sin orden divina. Vemos también que las visitaciones divinas no excluyen ningún lugar; ángeles vinieron a José en Egipto, a Ezequiel en Babilonia y a Juan en Patmos. 1. El ángel le informa de la muerte de Herodes y de sus cómplices: *han muerto los que atentaban contra la vida del niño.* Ellos han muerto, mientras que el niño vive. Muchas veces, los santos perseguidos viven lo suficiente para hollar las tumbas de sus perseguidores. 2. Le muestra lo que debe hacer: *vete a la tierra de Israel;* y así lo hizo sin demora. Los verdaderos hijos de Dios siguen la dirección de su Padre Celestial, cualquiera que sea el lugar al que los conduzca.

III. Todavía le dio el ángel direcciones más correctas de parte de Dios, al especificarle más tarde el lugar al que se había de dirigir dentro de Israel (vv. 22–23). Dios podía haberle dado estas instrucciones desde el principio pero el Señor suele revelar su mente a sus hijos gradualmente, para mantenerlos en constante dependencia de Él, y en anhelante expectación de escuchar su voz. No hay duda de que este *aviso en sueños* lo recibió también por ministerio de un ángel. La orden que se le da a esta santa y regia familia es:

1. Que no fije su residencia en Judea (v. 22). José podía pensar que, puesto que Jesús había nacido en Belén, debía ser llevado allá; pero siente temor por el niño *al oír que Arquelao reinaba en Judea en lugar de Herodes su padre.* Se muere un tirano y surge otro parecido, para conservar viva la antigua enemistad. Así pasó con Cristo y así sucede con la Iglesia. Por tanto José no debe llevar el niño a Judea. Dios no quiere arrojar a sus hijos a la boca del peligro, sino cuando es para su gloria y para probarles.

2. Que se establezca en Galilea (v. 22). Allí gobernaba Felipe que era más pacífico y manso. Nótese cómo la Providencia suele disponer las cosas de tal modo, que no les falte a los hijos de Dios un lugar retirado y tranquilo a salvo de la tormenta y del turbión. A Galilea fueron enviados, a Nazaret, ciudad edificada sobre una colina, en el centro del territorio correspondiente a Zabulón, allí vivía la madre del Señor cuando concibió al *Santo Ser* y, probablemente, allí vivía también José (Lc. 1:26–27). Allí eran bien conocidos, y estaban entre sus parientes; el lugar más apropiado para residir. Allí permanecieron y de allí le vino a nuestro Salvador el apelativo de *Jesús de Nazaret,* lo cual fue para los judíos una piedra de tropiezo, porque, como dijo Natanael: *¿De Nazaret puede salir algo bueno?*

Y añade el texto sagrado: *Para que se cumpliese así lo dicho por medio de los profetas, que habría de ser llamado nazareno* lo cual puede considerarse: (A) Como nombre de honor y dignidad, aunque primordialmente no significa otra cosa que *hombre de Nazaret,* pero sirve misteriosamente para iluminar tres aspectos de nuestro Salvador: (a) Se advierte una alusión al *retoño* (hebreo: *Netser)* de Isaías 11:1; (b) en el lugar humilde, modesto, que en la reputación de los judíos ocupaba Nazaret se nos recuerdan los pasajes de Isaías, capítulos 40–55, referentes al Siervo Sufriente; (c) en la palabra Nazaret, Mateo nos recuerda el nazareato (Nm. 6:1–21). Es cierto que Cristo no fue, en sentido estricto un nazareo, ya que bebía vino y tocaba cadáveres, pero lo era en sentido *eminente,* por su santidad singular y además por su solemne designación y total dedicación al honor de Dios en la obra de nuestra redención, de la misma forma que Sansón fue hecho nazareo para salvar a Israel. O (B) como nombre de reproche o desprecio. Llamarse *nazareno* equivalía a ser llamado *hombre despreciable,* alguien de quien no se debía esperar nada bueno, y a quien no se debía guardar ningún respeto. En este sentido quedó como un apodo para Él y para sus seguidores. Así aprendemos a no resentirnos de la forma en que el mundo nos llame por causa de nuestra fe, al ver que nuestro Maestro mismo fue llamado *nazareno.*

CAPÍTULO 3

Con este capítulo, que trata del bautismo de Juan, comienza el Evangelio propiamente dicho, pues todo lo anterior no es más que prefacio o introducción.

Versículos 1–6

Relato de la predicación y del bautismo de Juan.

I. El tiempo en que apareció. *En aquellos días* (v. 1) *o después de aquellos días,* mucho después de lo narrado en el capítulo anterior, que se refería a la infancia de Jesús. *En aquellos días* significa también: en el tiempo fijado por el Padre para el comienzo de la predicación del Evangelio, cuando *el tiempo se había cumplido.* Tanto de Juan como de Jesús se dijeron cosas gloriosas, en su nacimiento y antes de su nacimiento, que habrían dado ocasión de esperar muestras extraordinarias de la presencia y el poder divinos en ellos ya en su juventud; pero no fue así. Excepto la disputa de Cristo, cuando tenía doce años, con los doctores en el Templo, nada importante se nos dice de ellos hasta que llegaron a la edad de treinta años. Aparte de que, antes de esa edad, ambos cumplían la voluntad de Dios en sus respectivos lugares, está el hecho de que los judíos no habrían admitido como predicadores autorizados a quienes no tuviesen la edad «canónica» rabínica y sacerdotal.

Mateo no dice nada de la concepción ni del nacimiento de Juan el Bautista, lo cual es referido con todo detalle por Lucas, sino que lo presenta ya en su plena madurez, como llovido del Cielo para predicar en el desierto. Después de Malaquías no hubo ningún otro profeta, ni quien pretendiese serlo, hasta Juan el Bautista.

II. El lugar donde apareció primero: *En el desierto de Judea.* No se trata de un desierto completamente deshabitado, sino de una parte del país no tan poblada como las demás, ya que había allí seis ciudades con sus aldeas correspondientes. Fue en estas ciudades y aldeas donde Juan anduvo predicando. La Palabra de Dios vino a Juan en un *desierto.* No hay ningún lugar tan cerrado que pueda excluir las visitas de la gracia divina. Fue en este desierto de Judá donde David escribió el Salmo 63, que tanto habla de la dichosa comunión que tuvo con Dios (Os. 2–14). Juan el Bautista era sacerdote aarónico, pero lo hallamos, no oficiando en el Templo, sino predicando en el desierto; en cambio, Cristo, que no era descendiente de Aarón, se presenta con frecuencia en el Templo, y sentado allí como quien tiene autoridad. *Vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis* (Mal. 3:1); esto está escrito de Cristo, no del *mensajero, el cual preparará el camino.*

El comienzo del Evangelio en un desierto lleva ánimos a los desiertos del mundo gentil: *Se alegrarán el desierto y el sequedal* (Is. 35:1).

III. Su predicación. Esta fue la ocupación de Juan, puesto que el reino de Cristo ha de establecerse mediante *la locura de la predicación.*

1. La doctrina que predicó fue la del arrepentimiento: *Arrepentíos* (v. 2). La predicó, no en Jerusalén, sino en el desierto de Judea, entre la gente sencilla del pueblo, porque incluso quienes se creen a salvo de las tentaciones y alejados de las vanidades y de los vicios de las grandes ciudades, no se pueden lavar las manos en inocencia, sino que han de hacerlo en arrepentimiento. El cometido de Juan era llamar a los hombres a que se arrepintiesen de sus pecados. La palabra griega para *arrepentirse* significa *cambiar de mentalidad.* Así, pues, Juan venía a decirles: «Cambiad de mentalidad; pensáis erróneamente; pensad de nuevo y pensad correctamente». El cambio de *mentalidad* provoca un cambio de *conducta.* Los que tienen sincero pesar por lo malo que han hecho, tendrán cuidado de no volver a hacerlo. Este arrepentimiento es un deber necesario y general, en obediencia al mandamiento de Dios (Hch. 17:30); también es una preparación necesaria para disfrutar de los consuelos del Evangelio de Cristo. Hay que buscar la herida para que pueda ser sanada.

2. El argumento que usaba para inducir al arrepentimiento era: *Porque el reino de los cielos se ha acercado.* Es un *reino* del que Cristo es el Soberano. Es reino *de los cielos,* no de este mundo. Juan lo predicó como que estaba *cerca, al alcance de la mano;* en él van entrando cuantos se arrepienten y creen en el Evangelio (Mr. 1:15). (A) Esto es un gran incentivo para arrepentirse. No hay nada tan eficaz como

la consideración de la gracia divina para quebrantar los corazones *por* el pecado y para apartarse *del* pecado. La bondad es conquistadora. Una bondad de la que se ha abusado es capaz de humillar nuestra cabeza y derretirnos el corazón, y pensar: ¡Qué malvado he sido para pecar contra tal gracia, contra la ley y el amor de tal reino! (B) La proclamación del perdón descubre y detiene al malhechor que antes huía y se escondía. Así somos atraídos a Jesús con cuerdas de amor (v. Jn. 6:44 y el sublime comentario de Agustín de Hipona a este versículo).

IV. Se cumplió en él la *profecía* (v. 3). De él se habla al principio de aquella parte de la profecía de Isaías que más tiene que ver con el tiempo del Evangelio y con la gracia del Evangelio (v. Is. 40:3–4). Se habla aquí de Juan:

1. Como de *la voz de uno que grita en el desierto.* Juan mismo dijo de sí: Yo *soy la voz de uno que clama en el desierto* (Jn. 1:23). Dios es el que habla y da a conocer Su pensamiento por medio de Juan, como un hombre lo hace por medio de su voz. Es voz *de uno que grita,* para despertar y alertar del peligro y del remedio. Cristo es llamado *el Verbo,* vivo, distinto, articulado y con mensaje instructivo y salvador. Juan, *la voz en grito,* despierta la atención de los hombres; Cristo, *el Verbo,* les instruye.

2. Como alguien cuyo cometido es *preparar el camino del Señor y enderezar sus sendas.* (A) Así lo hizo a los hombres de su generación. En aquel tiempo y en la nación de Israel, todo estaba fuera de lugar. La gente en general estaba extremadamente orgullosa de sus privilegios, pero insensible al pecado; y, aunque humillada por la providencia divina bajo el yugo extranjero, hecha una provincia romana, no era *humilde.* Entonces Juan es enviado para rebajar estas montañas, y echar abajo la alta opinión que tenían de sí mismos. (B) Su mensaje de arrepentimiento y humildad es ahora tan necesario como entonces. Hay mucho por hacer para dar a Cristo entrada en un corazón y, para ello, nada hay tan necesario como el descubrimiento del pecado y la convicción de nuestra insuficiencia en cuanto a la justicia propia (v. Ro. 10:1–2). Los caminos del pecado y de Satanás son caminos torcidos; para preparar el camino a Cristo, las sendas deben ser *enderezadas.*

V. El atuendo con que apareció, su figura y su estilo de vida (v. 4). Era grande a los ojos de Dios, pero vil y despreciable a los ojos del mundo; como lo fue Cristo mismo (Is. 53:2–3).

1. Su vestido no podía ser más sencillo: *Tenía el vestido hecho de pelos de camello, y un cinto de cuero alrededor de sus lomos;* al vivir en la campiña, su *hábito* correspondía a su *habitación.* Nos va bien acomodarnos al lugar y a la condición en que Dios, en su providencia, nos ha colocado. Juan apareció vestido de esta manera: (A) Para mostrar que estaba crucificado a este mundo, a sus pompas y deleites. (B) Para mostrar que era *profeta,* pues los profetas llevaban *mantos vellosos* (Zac. 13:4).

2. Su dieta era también sencilla: *Su comida era langostas y miel silvestre.* Estas langostas son insectos volátiles parecidos a nuestros saltamontes, permitidos como limpios según la Ley (Lv. 11:22) y muy apreciados entonces como alimento. Miel silvestre era la que abundaba en la tierra de Canaán (1 S. 14:26). Esto indica que su comida era muy frugal, bastándole con poco cada vez, pues una persona necesitaría mucho tiempo hasta llenar su estómago de langostas y miel silvestre, y Juan estaba tan absorto en las cosas espirituales que apenas encontraba tiempo para una comida formal. Quienes desempeñan el ministerio de incitar a otros a dolerse del pecado y a dar muerte a las obras de la carne, es menester que ellos mismos vivan sobriamente, y se nieguen a sí mismos. Para Juan, cada día era *día de ayuno.* La convicción de la vanidad del mundo y de las cosas que hay en él es la mejor preparación para desear de corazón el reino de los cielos. *Bienaventurados los pobres en el espíritu* (5:3).

VI. La gente que acudía a él: *Acudían a él de Jerusalén, de toda la Judea, y de toda la región de alrededor del Jordán* (v. 5). Grandes multitudes venían a él de la ciudad y de todas las partes del país. Esto era un gran *honor* para Juan, aunque él no lo buscaba. Con frecuencia, quienes no apetecen ni la sombra del honor son los que mayor honor verdadero reciben, pues la gente los estima y respeta en su interior más de lo que puede imaginarse. Esto dio a Juan una gran oportunidad de hacer el bien, y demostró que Dios estaba con él. Era opinión general que *el reino de Dios* estaba para *aparecer.* Por eso había quienes pensaban que Juan era *el Cristo* (Lc. 3:15). Quienes querían beneficiarse del ministerio de Juan, tenían que salir con él al desierto «llevando su vituperio» (v. He. 13:13). Los que quieren aprender la doctrina del arrepentimiento tienen que salir de la prisa y del ruido del mundo en busca de la del espíritu. Por los resultados que se echan de ver, de los muchos que salían al bautismo de Juan, pocos se

adhirieron en realidad a él. Es posible encontrar una multitud de oyentes de primera fila, aunque entre ellos se hallen muy pocos creyentes verdaderos.

VII. El rito o ceremonia con que admitía discípulos (v. 6). Quienes recibían su enseñanza y se sometían a su disciplina, *eran bautizados por él en el Jordán.* Daban testimonio de su arrepentimiento *confesando sus pecados.* Los judíos estaban acostumbrados a *justificarse* a sí mismos; pero Juan les enseña a *acusarse* a sí mismos. Para obtener la paz interior y el perdón de los pecados es menester arrepentirse y confesar el pecado, pues sólo quienes son conducidos a sentir pesar y vergüenza de sus propias culpas quedan bien dispuestos a recibir a Jesucristo como su Justicia (v. 1 Jn. 1:9). Los beneficios del *reino de los cielos,* que ahora estaba al alcance de la mano, eran sellados sobre ellos por medio del bautismo. Juan los bautizaba con agua, en señal de que Dios les limpiaría de todas sus iniquidades. Se trata de un *bautismo de arrepentimiento* (Hch. 19:4). El pueblo de Israel había sido bautizado *en Moisés* (1 Co. 10:2). La ley ceremonial consistía en *diversas abluciones* (He. 9:10) pero el bautismo de Juan apuntaba a la ley sanadora, la del arrepentimiento y la fe. Por el bautismo les obligaba a emprender una vida santa, de acuerdo con la profesión que habían hecho. La confesión del pecado debe ir siempre acompañada de santas resoluciones.

Versículos 7–12

La enseñanza de Juan era sobre el arrepentimiento. Ahora tenemos el lado práctico de dicha enseñanza. La aplicación es la vida de la predicación; así lo era en la predicación de Juan. ¿A quiénes la aplicaba? A los fariseos y saduceos que acudían a su bautismo (v. 7). Los fariseos eran celosos de las ceremonias y de las tradiciones de los ancianos; los saduceos se iban al otro extremo pues eran poco más que deístas, ya que negaban la existencia de los espíritus y de la vida de ultratumba. Nótese que las aplicaciones eran muy sencillas y concretas, bien dirigidas a la conciencia de cada uno. Juan habla como quien ha venido, no a predicar *ante* ellos, sino a predicarles *a* ellos. No se avergüenza al aparecer en público, ni se atemoriza ante el rostro de los hombres.

I. Sus primeras palabras son de alerta y de convicción, sin paliativos. Comienza ásperamente, no les llama *rabí,* no les da títulos; mucho menos, aplausos, a los que tan acostumbrados estaban. 1. El *título* que les da es *engendros de víboras.* Cristo les dio el mismo título (12:34; 23:33). Eran generación y descendencia de quienes habían tenido el mismo espíritu, de modo que había en ellos una disposición congénita. Y eran toda una *generación de víboras* porque todos ellos eran igual; aunque fuesen enemigos unos de otros, todos se coligaban para el mal. Es cosa muy apropiada el que los ministros de Cristo tengan la osadía de mostrar a los pecadores su verdadero estado. 2. El toque de *alarma* que les da: *¿Quién os mostró cómo huir de la ira venidera?* Esto demuestra que todos ellos estaban en peligro de caer bajo la ira de Dios; era casi un milagro esperar de ellos ningún buen efecto. Como si les dijera: «¿Qué os trae acá? ¿Quién podía pensar en veros aquí? ¿Quién os ha asustado de tal forma que venís en busca del reino de los cielos?» (A) Hay, pues, una *ira que está llegando.* (B) La preocupación primordial de cada uno de nosotros debe ser huir de esa ira. (C) Es una maravillosa misericordia el que se nos advierta tan amorosamente a que huyamos de esa ira. Pensémoslo bien: *¿Quién nos da este aviso?* Nos avisa el mismo Dios que no se deleita en nuestra ruina. (D) Tales advertencias asustan a veces a quienes parecen haber permanecido mucho tiempo endurecidos en su falsa seguridad y en la buena opinión que tenían de sí mismos.

II. Hay también una palabra de exhortación y de instrucción: *Haced frutos dignos de arrepentimiento* (v. 8); es decir, que muestren un sincero arrepentimiento. Dice: *Haced, pues …,* y da a entender que si profesan estar arrepentidos, y quieren recibir el bautismo de arrepentimiento, han de mostrar evidencias de que ello es una realidad en su corazón, porque el arrepentimiento, como la fe, se concibe en el corazón; allí ha de estar la raíz; pero en vano podemos pretender que poseemos una buena raíz, si no damos los frutos correspondientes. Por eso, no merecen el nombre ni el privilegio de *penitentes* los que dicen que sienten pesar por sus pecados y, sin embargo, continúan cometiéndolos. La fe y el arrepentimiento no son *actos* pasajeros, sino *actitudes* habituales de la persona. Una práctica contraria evidencia la falta de ellos.

III. Sigue una palabra de precaución, para que no confíen en sus privilegios externos: *No penséis que basta con decir en vuestro interior: Tenemos por padre a Abraham* (v. 9). Siempre que el pecador se enfrenta con la Palabra de Dios, antes de que el Espíritu Santo le humille convenciéndolo de pecado, tiende a escudarse tras pretextos y excusas. Cualquiera que, al escuchar el mensaje del Evangelio, no se decide resueltamente a dejar el pecado y vivir una vida santa, es porque abriga objeciones o falsas excusas con las que cubre su apego al pecado y su falta de decisión. El enemigo de las almas cobra muchas victorias al engañar a los hombres con la idea falsísima de que la santidad está reñida con la felicidad y que el seguimiento de Cristo es un camino penoso y triste. Pero Dios ve lo que pensamos *en nuestro interior,* y su Palabra nos descubre, con el poder de su Espíritu, la vanidad de nuestros pensamientos. Así, Juan les muestra a los fariseos y saduceos:

1. Cuál es su falsa pretensión: «*Nosotros somos hijos de Abraham* (v. Jn. 8:33, 39); no somos pecadores como los gentiles; ¿a qué nos viene eso a nosotros?» Ningún mensaje puede hacernos bien, a menos que lo tomemos como personalmente dirigido a nosotros. Es muy corriente aplicar el mensaje al vecino, como si quisiésemos justificarnos con los pecados ajenos. A los tales, Juan les advierte: No penséis que, por ser descendientes de Abraham: (A) No necesitáis arrepentiros, como si no tuvierais que cambiar vuestra mentalidad ni vuestra conducta. (B) No os va a pasar nada malo, aunque no os arrepintáis. Es una vana presunción creer que, al tener buenos parientes, vamos a estar a salvo, aunque nosotros mismos no seamos buenos. ¿De qué nos va a servir eso, si no nos arrepentimos y llevamos una vida consecuente? Hay muchos que, por desgracia, apoyándose en prácticas exteriores y en su asidua asistencia a los cultos, quedan fuera del reino de Dios, por falta de disposiciones interiores
2. Cuán insensata y sin fundamento era dicha pretensión. Pensaban que, al ser linaje de Abraham, eran la única gente que tenía Dios en este mundo. Juan les muestra la necedad de tal pretensión: *Yo os digo* (contra lo que vosotros podáis decir o pensar en vuestro interior) *que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras.* Estaba entonces Juan bautizando en el Jordán, en Betábara (Jn. 1:28), que significa *la casa del paso,* porque por allí habían pasado los israelitas el Jordán en tiempos de Josué, y allí estaban las doce piedras, una por cada tribu, que Josué había dejado como memorial (Jos. 4:20). Es probable que Juan apuntase a esas piedras, de las que Dios podía levantar, no solo en representación, sino en realidad, las doce tribus de Israel. Dios no tiene acepción de personas y, por otra parte, es suficientemente poderoso para convertir en hijos suyos a los hombres de corazón más empedernido.

IV. También hay una palabra de terror para los infatuados y autosuficientes fariseos y saduceos y los demás judíos que no se percataban de las señales de los tiempos ni del día de su visitación (v. 10). Si el reino de los cielos estaba cerca, también lo estaba la ira de Dios. Por eso, les advierte:

1. Cuán poco es el tiempo que les queda: *Ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles.* Lleváis la marca de la destrucción, y sólo podéis evitarla mediante un pronto y sincero arrepentimiento: *Mira que yo vengo pronto* (Ap. 22:7, 12, 20). Quizás esta era la última oportunidad; por tanto, ahora o nunca.
2. Si no ponéis en regla vuestra situación actual, ¡cuán sombría va a ser vuestra suerte futura! Con el hacha puesta a la raíz, *todo árbol que no produce buen fruto,* por *alto* que sea en dones y honores, por muy *verde* que aparezca en vitalidad natural y en prácticas exteriores, *va a ser cortado,* desechado de la viña de Dios como indigno de ocupar en ella un lugar, y *arrojado al fuego* por la ira de Dios, como es apropiado para los árboles estériles y, además, corrompidos; ¿para qué otra cosa son útiles? Lo que no sirve para el fruto ha de servir para el fuego.

V. Una palabra de instrucción acerca de Cristo. Toda predicación genuina del Evangelio ha de estar centrada en la persona de nuestro Señor Jesucristo.

1. La dignidad y la preeminencia de Cristo sobre Juan. Véase con cuánta humildad habla de sí mismo para mejor engrandecer a Cristo: *Yo a la verdad os bautizo en agua;* es lo más que puedo hacer, *pero el que viene detrás de mí es más poderoso que yo* (v. 11). Juan a la verdad era grande a los ojos de Dios (más que ningún otro nacido de mujer); sin embargo se tiene a sí mismo por indigno (lit. no cualificado, no idóneo) del servicio más bajo que un esclavo podía prestar a su amo: llevarle las sandalias. Nadie mejor que los santos puede percatarse de la propia indignidad. En una habitación con poca luz, no se perciben las partículas de polvo que flotan en el aire, ni las manchas de los cristales; pero cuando el sol les da de lleno, saltan a la vista las manchas y el polvo. Así Juan está bien percatado: (A) De cuán

poderoso es Cristo, en comparación con él. Para los ministros fieles de Dios es un consuelo saber que Cristo es más poderoso que ellos, pues así se puede manifestar la fuerza del Señor a través de la debilidad de ellos (2 Co. 12:9–10). (B) De cuán poca cosa es él en comparación de Cristo ya que se siente indigno aun de llevarle las sandalias. Aquellos a quienes Dios honra con su gracia y con sus dones, también son preparados para sentirse pequeños a sus propios ojos, de modo que Cristo lo sea todo.

2. El propósito y la intención de la aparición de Cristo, a quien ellos esperaban con tanto anhelo. Cristo va a venir para hacer una notable distinción:

(A) Mediante la poderosa eficacia de su gracia: *Él os bautizará*—a algunos de vosotros—*en Espíritu Santo y fuego.* Nótese: (a) Que es prerrogativa de Cristo el bautizar *con el Espíritu Santo.* Esto lo hizo con los extraordinarios dones que confirió a los Apóstoles, y lo hace también con las gracias, dones y consuelos que imparte a cuantos se lo imploran. (b) Que quienes son bautizados en (o con) el Espíritu Santo, son bautizados *con fuego.* ¿Es iluminador el fuego? Así es el Espíritu Santo un Espíritu de iluminación. ¿Calienta el fuego? ¿Y no arden sus corazones dentro de ellos? ¿Consume el fuego? ¿Y no consume el Espíritu de juicio la escoria de nuestras corrupciones? ¿No tiende el fuego a subir hacia arriba, y a hacer las cosas que alcanza semejantes a él? Así también el Espíritu hace al alma semejante a Él, y su tendencia es hacia el Cielo.

(B) Por las finales diferenciaciones de su juicio: *Su bieldo está en su mano* (v. 12). Ahora se presenta como Refinador. Su era es su Iglesia. El Templo, tipo de la Iglesia, fue edificado sobre una era. En el suelo de esta era hay mezcla de trigo y paja. Los verdaderos creyentes son como el trigo; los falsos profesantes son como la paja; ambos están ahora mezclados, buenos y malos, en una misma profesión de fe. Pero llegará el día en que Cristo *limpiará con esmero su era,* y el trigo quedará separado de la paja; *recogerá el trigo en el granero, y quemará la paja en fuego inextinguible.* El Cielo es el granero en que Cristo recogerá a los suyos, sin que se le pierda un solo grano; y allí no habrá paja entre ellos. La paja será quemada en el fuego inextinguible, que es el Infierno o *lago de fuego que arde con azufre* (Ap. 19:20; 20:10, 14–15; 21:8). Como todos los profetas, Juan vio el futuro en un solo plano, sin la perspectiva de los distintos niveles de cumplimiento, a la manera como se dibujaban los cuadros en la antigüedad: en superposición de planos. Así entendió la profecía de Isaías 61:1–3 en un solo plano, sin distinguir *la proclamación del año de la buena voluntad de Jehová, del día de la venganza de nuestro Dios,* con el intervalo de miles de años entre los dos eventos: la Primera Venida del Señor en estado de humillación y la Segunda Venida con poder. De ahí la especie de decepción que Juan sufrió, ya en la cárcel, cuando vio que Jesús se mostraba compasivo con los pecadores, pero no aplicaba el hacha ni esgrimía el bieldo.

Versículos 13–17

Ahora, *el Sol de justicia* se levanta gloriosamente. Se ha cumplido el tiempo para que Cristo entre a desempeñar su oficio profético; y escoge hacerlo, no en Jerusalén, sino donde Juan estaba bautizando, pues a él salían los que esperaban *la consolación de Israel,* quienes por eso mismo estarían dispuestos a dar la bienvenida al Mesías. La venida de Cristo *desde Galilea al Jordán para ser bautizado por Juan,* nos enseña a no ahorrarnos penas ni fatigas cuando tenemos oportunidad de llegarnos a Dios por medio de una ordenanza. Deberíamos estar deseando caminar por largo espacio antes que perder la ocasión de acrecentar nuestra comunión con Dios. Quienes buscan con afán, lo que buscan hallarán.

En este relato del bautismo de Cristo, podemos observar:

I. Cuánto le costó a Juan ser persuadido a administrarlo (vv. 14–15). Fue una señal de la gran humildad de Cristo el ofrecerse *a ser bautizado por Juan.* Tan pronto como comenzó Cristo a predicar, predicó humildad y obediencia. Aun cuando estaba destinado a los más altos honores sus primeros actos públicos no son para exaltarse a sí mismo, sino para bajarse. El que desee subir mucho ha de empezar desde muy abajo; los edificios más altos requieren fundamentos más profundos. *La humildad va delante del honor*, y Dios honra a quienes le honran a Él con humildad y obediencia. Aquí tenemos:

1. La objeción que Juan presenta para no bautizar a Jesús: *Juan trataba de impedírselo* (v. 14) como hizo Pedro cuando Cristo se disponía a lavarle los pies (Jn. 13:6, 8). La condescendencia y la benignidad de Cristo son tan sorprendentes en su profundidad misteriosa, que incluso los que conocen su mente bien tardan en comprender el significado de sus acciones. Juan, en su modestia, piensa que eso es un honor

demasiado grande para él. Por entonces, el Bautista había obtenido ya gran renombre, y gozaba del respeto general; sin embargo, véase cuán humilde se conserva aún. Dios tiene reservados nuevos honores para quienes continúan siendo tanto más humildes cuanto más alta sube su reputación.

(A) Juan juzga necesario ser bautizado él mismo por Jesús: *Yo necesito ser bautizado por ti* con el bautismo del Espíritu Santo y con fuego. (a) Aunque Juan había sido lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre (Lc. 1:15), todavía reconocía que necesitaba tal bautismo puesto que quienes son receptivos a la operación del Espíritu Santo en su interior, son los que se percatan de que necesitan aún mayor receptividad. (b) Juan reconoce que aún necesita ser bautizado, a pesar de ser *el más grande entre los nacidos de mujer.* Las almas más puras son las más sensibles a la impureza que queda en ellas y, por eso, las más deseosas de un continuo lavamiento espiritual. (c) Necesita ser bautizado por Cristo. Los hombres mejores y más santos tienen necesidad de Cristo, y cuanto mejores son, tanto mejor ven la necesidad que tienen de Él. (d) Esto fue dicho delante de una multitud que tenía en gran veneración a Juan y estaba dispuesta a recibirle como Mesías. No es ningún desdoro para los hombres grandes confesar que están perdidos sin Jesús y sin su gracia. (e) Juan era el Precursor de Cristo y, sin embargo, reconoce que necesita ser bautizado por Él. Incluso los que precedieron a Cristo en el tiempo, dependían de Él en cuanto a su salvación. (f) Mientras predica a otros acerca de la salvación de sus almas Juan no olvida lo que tiene que ver con la suya propia. Como dice Pablo a Timoteo: *Ten cuidado de ti mismo y de la enseñanza* (1 Ti. 4:16).

(B) En consecuencia, Juan piensa que es un absurdo el que Cristo se ofrezca a ser bautizado por él: *¿Tú vienes a mí?*

2. Jesús desbarata tal objeción: *Pero Jesús le respondió: Permítelo ahora* (v. 15). Cristo admite la humildad de Juan, pero no su negativa. Véase:

(A) Cómo insiste Cristo: Así debe hacerse *ahora.* Todo está bien a su tiempo. Pero ¿por qué *ahora?* (a) Porque Cristo está en estado de humillación. No sólo es hallado en su porte exterior como hombre (Fil. 2:8), sino *en semejanza de carne de pecado* (Ro. 8:3), y así *hecho pecado por nosotros,* aunque *no conoció pecado* (2 Co. 5:21). (b) Dios está ahora haciendo su obra por medio del bautismo de Juan. Cuando vemos a Dios obrar, y lo que está obrando, hemos de someternos a su obra. (c) Tiene que ser *ahora,* porque ahora es el tiempo de que Cristo comience su ministerio público, y esta es la mejor oportunidad para que su aparición sea manifiesta.

(B) La razón que Cristo da para ello: *Así conviene que cumplamos toda justicia.* El alimento de Jesús era cumplir la voluntad del Padre, y esto era lo que el Padre disponía ahora. Pero había un motivo principal: Como un símbolo del designio que le había traído a este mundo, Jesús se identifica, en su bautismo, con los pecadores cuyo sustituto había de ser en la Cruz del Calvario. Era conveniente que lo hiciera al comienzo de su ministerio público, del mismo modo que, en el Antiguo Testamento, el sacerdote era lavado con agua antes de desempeñar su oficio (Éx. 29:4–7). Es aleccionador ver cómo Jesús *cumplía* siempre y en todo *con toda justicia.* ¿Cuánto nos falta para llegar al nivel de cumplimiento que de nosotros espera Dios?

Con la razón que Cristo da, Juan queda enteramente satisfecho, y *entonces se lo permitió.* La misma modestia que le incitó a declinar el honor que Jesús le ofrecía le hizo también efectuar el servicio que le demandaba. Cuando se trata de cumplir con nuestro deber, no cabe escudarse en una falsa modestia.

II. Cuán solemnemente mostró el Cielo, con un despliegue especial de gloria, el agrado con que el Padre veía el bautismo de Jesús (vv. 16–17). *Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua.* Todos los demás que eran bautizados, se quedaban allí por algún tiempo, *confesando sus pecados* (v. 6); pero Cristo, al no tener pecados que confesar, *subió luego del agua,* sin perder tiempo y como quien pone manos a la obra con la mayor presteza y alegre resolución.

1. *Y he aquí que los cielos le fueron abiertos,* como para descubrir algo en las alturas celestiales, más allá del firmamento estelar. Esto era: (A) Para animarle en su empresa, con el prospecto de la gloria y del *gozo puesto delante de Él* (He. 12:2). (B) Para animarnos a nosotros a recibirle y a someternos a Él. El pecado cierra los cielos y pone una barrera a la comunión entre Dios y el hombre (Is. 59:25); pero ahora Cristo ha abierto el reino de los cielos para todos los creyentes. Los cielos despiden rayos de luz y amor sobre los hijos de los hombres, mediante el Señor Jesucristo, que es como la escalera que se apoya en la tierra y se introduce en el Cielo.

2. *Vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, o como una paloma, y venía* a posarse *sobre Él.* Lucas 3:22 especifica que el Espíritu descendió *en forma corporal, como una paloma.* Cristo lo vio (Mr. 1:10), y Juan también (Jn. 1:33–34), y es probable que también lo vieran todos los que estaban allí, pues de esta manera quedaba inaugurado su ministerio público.

(A) *El Espíritu de Dios descendió y se posó sobre Él.* En el principio de la creación del mundo el Espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas (Gn. 1:2), como un ave que incuba sobre su nido. Así también ahora, en la inauguración del nuevo mundo de la gracia, *el Espíritu del Señor había de reposar sobre Él* (la «palabra» simbolizada por el agua; v. Jn. 3:5), y así lo hizo aquí (comp. Is. 11:2; 61:1). (a) Jesús era el Profeta por excelencia; y los profetas siempre hablaron por el Espíritu de Dios, que venía sobre ellos. (b) Él había de ser la Cabeza de la Iglesia. Así el Espíritu había de permanecer sobre Él y llenarle hasta sobreabundar (Jn. 1:32–33; 3:34), para que de su plenitud todos recibiésemos (Jn. 1:16)

(B) *Descendió sobre Él* en figura corporal, *como una paloma.* Esta última frase puede significar dos cosas: (a) Que el Espíritu tomó la forma corporal de una paloma aunque el texto no lo dice explícitamente, pero sí (en Lc. 3:22) que se hizo visible de alguna forma. (b) Que descendió como descienden las palomas; es decir suave y lentamente, en contraposición con la imagen del águila, que es la que prevalece en el Antiguo Testamento (comp. con lo de la «gallina» en 23:37). Así se resalta la benignidad de la gracia frente a la dureza de la Ley, así como la potencia de un Dios que salva desde arriba con la condescendencia de un Dios que se identifica con los hombres. «Águila», «gallina» y «paloma» vienen así a ser los símbolos del respectivo modo de comportarse las tres personas divinas con nosotros. Concretándonos a la paloma como figura del Espíritu Santo, podemos decir, primero, que la paloma es símbolo de inocencia y de paz. Por eso, Cristo exhortó a los suyos a ser mansos como palomas. La paloma gime (Is. 38:14). Cristo lloró sobre Jerusalén (Lc. 19:41) y el Espíritu es entristecido por el pecado del creyente (Ef. 4:30). También las almas arrepentidas son comparadas a *las palomas de los valles.* En segundo lugar, la paloma era la única ave que era ofrecida en sacrificio (Lv. 1:14), y *Cristo se ofreció a sí mismo mediante el Espíritu eterno* (He. 9:14). Finalmente, las buenas nuevas del descenso de las aguas en el Diluvio fueron traídas por una paloma con un ramo de olivo en el pico (Gn. 8:11). Es, pues, muy apropiado que las buenas nuevas de la paz con Dios nos sean traídas por el Espíritu en figura de paloma. *Que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo* (2 Co. 5:19) es un mensaje de gran alegría, que nos viene *sobre las alas de una paloma.*

3. Para completar y explicar esta solemnidad, *hubo una voz de los cielos.* El Espíritu Santo se manifestó en la figura de una *paloma,* pero el Padre se manifestó por medio de una voz.

(A) Véase cómo reconoce Dios el Padre a nuestro Señor Jesús: *Este es mi Hijo, el Amado.* Obsérvese: (a) La relación del Padre con Jesús: *Este es mi Hijo.* Es el Hijo de Dios por la especial designación para la obra y el oficio de Redentor del mundo (Jn. 10:36) pero especialmente porque en Cristo hay una única persona, la persona del Hijo, del Verbo de Dios (Jn. 1:1, 14 18). (b) El afecto que el Padre le profesa: *Este es mi Hijo, el Amado.* Amado especialmente por su pleno consentimiento en llevar a cabo la obra de la Redención (Jn. 10:17). Por esto mismo nos percatamos de lo mucho que nos ama Dios, al ver que *no eximió a su propio Hijo* (comp. con Gn. 22:12), *sino que lo entregó por todos nosotros* (Ro. 8:32, comp. con 1 Jn. 4:9–10).

(B) Véase también cuán dispuesto está asimismo a reconocernos a nosotros en Cristo, pues dice, no *con* quien he puesto mi complacencia, sino *en quien he puesto mi complacencia.* Dios Padre está complacido con todos los que están en Cristo, unidos a Él por la fe. *En Él nos eligió* ya antes de la fundación del mundo, y en Él disfrutamos de todas las gracias de la redención, puesto que *nos ha colmado de gracia en el Amado* (Ef. 1:4, 6). Fuera de Cristo, Dios es *fuego consumidor* (He. 12:29), pero en Cristo es *Padre reconciliador* (2 Co. 5:19). Este es el resumen y compendio del Evangelio, el cual nos apropiamos por fe, pudiendo decir, con la esposa del Cantar: *«Yo soy de mi amado, y conmigo tiene su contentamiento»* (Cnt. 7:10).

(C) Así que, en el bautismo de Jesús, vemos por primera vez en el Nuevo Testamento la manifestación de la Santísima Trinidad: El Hijo sale del agua, el Espíritu Santo se aparece bajo la forma de una paloma, y el Padre hace oír su voz desde el Cielo, y manifiesta su complacencia en su Hijo Jesús.

CAPÍTULO 4

Juan el Bautista había dicho de Cristo: *Es menester que Él crezca y que yo mengüe* (Jn. 3:30). Conforme el Sol se levanta, desaparece de la vista el lucero de la mañana. En este capítulo se nos narra la tentación de Jesús, el comienzo de su ministerio, el llamamiento de Pedro, Andrés y Juan a seguirle, y la curación de muchos enfermos.

Versículos 1–11

Aquí tenemos el famoso duelo, mano a mano, entre Cristo y el Gran Dragón, entre la descendencia de la mujer y la serpiente antigua (Gn. 3:15), en el cual, como un anticipo de la lucha final, vemos a la descendencia de la mujer que es *tentada,* como herida en el calcañar, pero sale victoriosa.

I. El tiempo en que ocurrió la tentación. Inmediatamente después de su bautismo en el Jordán, leemos que Cristo *fue tentado.* La investidura del Espíritu le preparó para la lucha con Satanás. 1. Los grandes privilegios y las especiales señales del favor de Dios no nos eximen de la tentación. Antes bien: 2. Después de los grandes honores que Dios nos concede, debemos esperar algo que sirva para mantenernos en humildad. 3. Dios acostumbra a preparar a sus hijos para la prueba, antes de meterlos en ella. 4. La seguridad de nuestra filiación divina es la mejor preparación para soportar la prueba.

Entonces—dice el texto—. Precisamente *entonces,* cuando acababa de ser bautizado, y el Padre le había mostrado su complacencia, *fue tentado.* Después que hemos sido admitidos a la comunión con Dios hemos de esperar el ataque de Satanás. El alma enriquecida debe redoblar la guardia, pues el diablo tiene un empeño especial y rencoroso en atacar a las personas útiles, que no sólo son buenas, sino que se dedican a hacer el bien, en particular cuando acaban de escaparse de sus garras, o cuando comienzan a dedicarse de lleno al Señor. Que los nuevos cristianos, así como los jóvenes ministros de Dios, tomen buena nota de esto, y se armen en consecuencia de toda la armadura de Dios (v. Ef. 6:10–18).

II. El lugar en que ocurrió la tentación: *en el desierto.* Después de algún servicio en la obra del Señor, o de alguna señal especial del favor de Dios, es conveniente retirarse por algún tiempo, para no perder, en medio de la ruidosa multitud o de la prisa de los negocios seculares, lo que acabamos de recibir. Cristo se retiró al desierto: 1. Para su propio beneficio. El retiro da oportunidad para la meditación y la comunión íntima con Dios; y cuantos son llamados a una vida de gran actividad deben tener sus horas de contemplación, y encontrar tiempo para estar a solas con Dios, pues no es posible hablar a otros convenientemente de las cosas de Dios, si antes no nos hemos penetrado de esas mismas cosas en secreto, ya que, por nosotros mismos, no somos fuentes, sino depósitos y canales, de vida espiritual; tanto daremos cuanto tengamos, y si no tenemos nada, mal podremos comunicar algo. 2. Para dar ventaja al tentador. Aunque la soledad es un buen amigo para los buenos corazones, el diablo sabe cómo aprovecharse de ella en contra nuestra. Quienes, bajo pretexto de santidad y devoción, se retiran a cuevas y desiertos, se encuentran con que no han escapado del alcance de sus enemigos espirituales, y echan de menos el beneficio de la comunión fraternal. Cristo se retiró al desierto: (A) Para que Satanás pudiese emplear sus peores armas, con lo que la victoria de Jesús sería más gloriosa. (B) Para tener la oportunidad de demostrar la gran fuerza que le comunicaba el Espíritu y ser exaltado en una victoria conseguida sin ayuda de ningún otro ser humano.

III. Los aprestos para la lucha. Estos eran dos:

1. Jesús fue llevado al combate: *Fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo.* El mismo Espíritu que había descendido sobre Él *como una paloma* para infundirle mansedumbre, le infundió también bravura y osadía. Si Dios, en su providencia, nos pone en circunstancias propicias para la tentación a fin de probarnos, no nos ha de parecer cosa extraña, sino que hemos de prepararnos, velar y resistir firmes en la fe (1 P. 4:12; 5:8–9); así, todo irá bien. Adondequiera que el Señor nos lleve, podemos esperar que Él irá con nosotros, y nos proporcionará fuerza suficiente Para ser *más que vencedores* (Ro. 8:37; 1 Co. 10:13).

Cristo fue llevado *para ser tentado por el diablo,* y sólo por él. Los demás *somos tentados, cuando somos atraídos y seducidos por nuestra concupiscencia* (Stg. 1:14), pero Jesús carecía de concupiscencia, ya que su naturaleza humana fue preservada de la corrupción en el primer momento de su concepción, por

la acción santificante del Espíritu (Lc. 1:35). Su corazón podía compararse a un vaso de agua limpia, sin posos de corrupción; podía ser agitado, pero no enturbiado; mientras que el nuestro, cuando somos tentados, no sólo es agitado, sino también enturbiado.

Por otro lado, la tentación de Cristo es: (A) Un ejemplo de condescendencia en su estado de humillación. (B) Un caso de identificación. Nuestro Gran Sumo Sacerdote había de ser *tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado* (He. 4:15, comp. con 2:17–18). (C) Una ocasión de confundir a Satanás. No hay victoria sin combate. Cristo fue tentado para derrotar al tentador. (D) Para consuelo y estímulo de todos los hijos de Dios. En la tentación de Cristo se echa de ver que nuestro gran enemigo no es invencible. Aunque es un *fuerte armado,* el Autor y Capitán de nuestra salvación es *más fuerte* que él. Es un gran consuelo para nosotros saber que Cristo *sufrió, siendo tentado,* pues así vemos que las tentaciones, si no consentimos en ellas son sólo aflicciones, pero no pecados. Como alguien ha dicho, «no podemos impedir que un pájaro vuele en torno de nuestra cabeza, pero sí que haga un nido en nuestro pelo».

2. Mantuvo una dieta apropiada para el combate, como hacen los atletas, quienes *en todo ejercitan el dominio propio* (1 Co. 9:25); pero Cristo extremó dicho dominio, pues ayunó cuarenta días y cuarenta noches, no porque necesitase mortificar su carne, ya que carecía de corrupción en su naturaleza, sino para mejor darse a la oración y como ejemplo para nosotros. Es de notar que, mientras estuvo ayunando, no pasó hambre, su íntima comunión con el Padre le servía de alimento (v. Jn. 4:34), pero *al final tuvo hambre,* para mostrar que era hombre real y verdadero. El primer Adán cayó al comer (y también nosotros pecamos a veces en la comida y bebida); el postrer Adán venció al no comer.

IV. Las tentaciones mismas. El objetivo principal de Satanás al tentar a Jesús, fue desviarle del plan que el Padre había programado para Él, haciendo así que *pecase* contraviniendo la voluntad de Dios, y tornándose incapaz para ser sumo sacerdote santo y víctima sacrificial sin mancha, ofrecida por el pecado del mundo. Así intentaba llevar a Jesús al mismo estado de ánimo que causó la ruina de nuestros primeros padres. En efecto, procuraba inducirle a, 1. hacerle desconfiar de la bondad del Padre; 2. poner a prueba innecesaria el poder de Dios 3. arrebatar al Padre el honor que le pertenece, entregándoselo al diablo. Las dos primeras tentaciones eran tan astutas, que se necesitaba gran sabiduría para discernirlas; la tercera era tan fuerte, que se necesitaba mucha resolución para resistirla.

1. Primero le tentó a desconfiar de la bondad de su Padre y del cuidado que el Padre tenía de Él.

(A) Véase cómo fue propuesta la tentación: *Se le acercó el tentador* (v. 3). El tentador se acercó a Cristo y tomó una forma visible. Si el Diablo *puede transformarse en ángel de luz,* como dice Pablo, de seguro que lo hizo ahora, al pretender hacerse pasar por una especie de ángel de la guarda.

Obsérvese la astucia del tentador, al conectar esta tentación con lo que precede inmediatamente en el texto sagrado, para hacerla más fuerte: (a) Cristo comenzaba a tener hambre por lo que parecía muy apropiado usar su poder divino para convertir las *piedras* en *pan,* y satisfacer así su necesidad apremiante. La necesidad extrema y la pobreza son gran tentación para el descontento, la incredulidad y el empleo de medios ilegales para salir del apuro, bajo pretexto de que la necesidad no tiene ley. Por consiguiente, los que se hallan en tal aprieto, necesitan doble precaución; es preferible morir de hambre que vivir de pecado. (b) Cristo fue declarado después *el Hijo de Dios, y* el diablo se apoya en este título para comenzar la tentación. Como si dijese: Puesto que eres el Hijo de Dios, tienes poder para hacer esto por tu propia cuenta. Además, según Isaías 49:10, la promesa de *«no tendrán hambre ni sed»* entraba dentro del plan de salvación para los tiempos mesiánicos, así como, en Juan 6:30 y siguientes, la muchedumbre desafía a Jesús a que demuestre su mesianidad y que haga descender pan del cielo, como lo había hecho Moisés. (c) ¿El *heredero de todas las cosas* había de estar reducido a tal aprieto? «O Dios no es tu Padre—viene a decirle Satanás—o no te tiene mucho afecto». Lo primero que Satanás intenta es hacer que los hijos de Dios desconfíen de la bondad de su Padre. Los problemas y aflicciones que sufrimos le sirven de argumento poderoso para hacernos dudar de si somos hijos de Dios o no. Para responder a esta tentación hay que estar dispuesto a decir, como Job, *«aunque Él me mate, en Él esperaré»* (Job 13:15). El Padre había dicho poco antes: *Este es mi Hijo Amado, en quien he puesto mi complacencia* (3:17); el diablo viene a decirle: Probablemente no lo dijo; o si lo dijo, no es verdad. No hay cosa que haga tanto daño como haber concebido una falsa imagen, un concepto falso, del ser y de los atributos de Dios. (d) En fin, Satanás parece también decirle: «Ahora tienes una oportunidad de demostrar que *eres el Hijo de Dios, ordenando que estas piedras se conviertan en panes».* No le dice: *«Ruega* a tu Padre que las convierta en

panes», sino: *«Di* que se conviertan en panes; si tu mismo Padre te ha abandonado, arréglatelas por ti mismo y no dependas de Él». El diablo nunca tienta a mantener actitudes de humildad, sino a cuanto tenga que ver con el orgullo, la arrogancia y la autosuficiencia.

(B) Veamos ahora cómo venció Cristo esta tentación.

(a) Jesús rehusó obedecer al diablo, y no quiso decir que aquellas piedras se convirtiesen en panes; no porque no tuviese poder para hacerlo, sino porque no quería hacerlo; ¿y por qué no quería? Porque su alimento era hacer la voluntad del Padre (Jn. 4:34); por eso, respondió a Satanás con la cita de Deuteronomio 8:3. No había venido a hacer su propia voluntad, sino la del que le envió y en esa voluntad habíamos de ser santificados (He. 10:5–10). Su comunión con el Padre era tan íntima, que nadie ni nada podía torcer su dependencia de Él y su entera confianza en Él. ¿Cómo iba Él a obedecer al diablo, el gran enemigo de Dios y de su obra?

(b) La respuesta de Jesús es pronta y certera: *Él respondió y dijo* (v. 4). Obsérvese que Cristo desbarató todas las tentaciones de Satanás con la frase: *Escrito está.* Con eso honraba a la Escritura y, para darnos ejemplo apelaba a lo que estaba escrito en la Ley (Is. 8:20). La Palabra de Dios es *la espada del Espíritu,* arma primordial en la panoplia del cristiano (Ef. 6:17).

Esta respuesta, como las otras dos que da Cristo al tentador está sacada del libro del *Deuteronomio,* que significa *segunda ley,* donde se encuentra muy poco referente a lo ceremonial, los sacrificios y las purificaciones del *Levítico,* aunque eran de institución divina, tenían poca fuerza para ahuyentar a Satanás, pero los preceptos morales y las promesas evangélicas, mezcladas con fe, son poderosas, mediante el Espíritu de Dios, para vencer al diablo. La razón que se da en Deuteronomio para explicar por qué alimentó Dios a los israelitas con el maná es porque *quería hacerles saber que no sólo de pan vivirá el hombre.* Esto lo aplica Cristo a su propio caso. El diablo quería hacerle dudar de su filiación, porque se hallaba en un apuro. Cristo viene a contestarle que eso no es objeción, pues Israel era hijo de Dios; sin embargo, Moisés le dice a Israel, de parte de Dios: *Reconoce en tu corazón que como castiga el hombre a su hijo, así Jehová tu Dios te castiga* (Dt. 8:5). Cristo *siendo Hijo, aprendió obediencia* (He. 5:8). El diablo quería hacerle desconfiar del afecto y del cuidado del Padre, y le inducía a procurarse alimento tan pronto como sintió hambre. Pero Dios quiere que sus hijos, cuando se encuentren en alguna necesidad, esperen en Él. El diablo quería que Cristo se abasteciera de pan por sí mismo. «No—dice Jesús—, ¿qué necesidad tengo de pan? El hombre puede vivir sin pan, como vivió Israel del maná durante cuarenta años en el desierto». *Toda palabra que sale de la boca de Dios* cuanto Dios tenga a bien ordenar o disponer para el hombre, puede mantener la vida tan bien como el pan. Así como podemos disponer de pan y, con todo, no quedar alimentados si Dios niega su bendición, así también podemos carecer de pan y ser alimentados de otra manera. Así como en medio de la mayor abundancia, no debemos pensar en vivir sin Dios, así también en la mayor escasez debemos aprender a vivir esperando en Dios. Sigamos el ejemplo de Cristo y recordemos que uno de los títulos de Dios es *Jehová-jireh = Dios proveerá,* de una manera o de otra. Es mejor vivir pobremente del fruto de la bondad de Dios, que nadar en la abundancia de los productos de nuestro pecado.

2. Después viene la tentación a que se arroje abajo desde el pináculo del Templo al confiar en el poder y en la protección de Dios. Véase la astucia del diablo al proponerle esto:

(A) Al ver Satanás que Cristo, en el caso de satisfacer su hambre, confiaba tan plenamente en el cuidado que el Padre tenía de Él le ataca por ahí, induciéndole a que se arroje de lo alto, con la misma confianza de que el Padre velará por su seguridad. No hay extremos tan peligrosos, especialmente en lo que atañe al bienestar de nuestra alma, como la desesperación y la presunción. Hay quienes, al haber obtenido la persuasión de que Cristo puede y quiere salvarles *de sus* pecados, son tentados a presumir que les salvará también *en sus* pecados. Tan mala es la *inseguridad* de la salvación, como la *presunción* de la salvación. La primera es normal en la Iglesia de Roma; la segunda acecha dentro de la Reforma. Ambos extremos quedan refutados en 1 Juan 5:13 y 3:7–10 respectivamente. Observemos ahora:

(a) Cómo preparó el demonio la tentación. Llevó a Cristo a Jerusalén, no por la fuerza, no contra su voluntad, sino con su consentimiento. *Y le puso en pie sobre el alero del Templo.* Véase aquí *primeramente,* cuán sumiso fue Cristo, al permitir ser llevado de esta manera por Satanás y cuán consolador es para nosotros el saber que, al permitir el Señor a Satanás que ejercitara su poder sobre Él, no consiente que lo ejercite con nosotros, porque conoce nuestra fragilidad. *En segundo lugar,* cuán astuto fue el diablo al escoger el sitio para tentar a Jesús. Lo sitúa en un lugar muy conspicuo y en la populosa ciudad de Jerusalén, *gozo de toda la tierra;* y en el Templo, una de las maravillas del mundo,

continuamente observado con admiración por unos o por otros. Allí puede Cristo hacerse notar y demostrar que es el Hijo de Dios, no en la oscuridad de un desierto, sino ante multitudes.

Téngase en cuenta cómo Jerusalén es llamada *la santa ciudad;* así lo era por nombre y profesión. Pero no hay en la tierra una ciudad tan santa que se halle a salvo de las tentaciones del diablo. La *santa ciudad* es el lugar en que, con mayor ventaja y éxito, induce a los hombres al orgullo y a la presunción. Pero, bendito sea Dios por el hecho de que, en la Jerusalén de arriba, esa ciudad santa del todo, no entrará ninguna cosa impura, ni habrá jamás en ella tentación alguna. Satanás pone a Cristo sobre el alero, en el pináculo del Templo. Los lugares altos son lugares de tentación, pues son lugares que producen vértigo y son resbaladizos. Vemos aquí que el diablo levanta para hacer caer, mientras que Dios humilla para levantar. Especialmente peligrosos son los altos lugares en la iglesia; los que allí sobresalen por sus dones y han ganado buena reputación, necesitan mayormente mantenerse humildes y velar, porque el diablo tiene especial interés en derribarlos, tanto por la pieza que cobra como por el escándalo que levanta.

(b) Cómo presentó el demonio la tentación: *Si eres Hijo de Dios, échate abajo;* muéstrate así al mundo y demuestra quién eres; serás admirado, como quien está bajo una protección especial del Cielo, y serás recibido, como quien viene con una comisión especial del Cielo. Todo Jerusalén verá y reconocerá, no sólo que eres más que hombre, sino que eres *el Mensajero, el ángel del pacto, el Señor que viene súbitamente a su Templo* (Mal. 3:1).

Obsérvese que el diablo le dice: *Échate abajo.* Satanás no podía echarlo abajo, porque su poder es limitado. El diablo puede persuadir, pero no puede coaccionar; puede decirnos: *échate abajo;* pero no puede arrojarnos abajo. Si nosotros mismos no nos hacemos daño, nadie nos lo hará a la fuerza.

(c) Cómo apoyó el diablo en la Escritura su propuesta: *Porque escrito está: A sus ángeles les encargará acerca de ti.* Pero *¿también Saúl está entre los profetas?* ¿Está Satanás tan versado en la Escritura, que puede citarla con tal facilidad? Así parece. Nótese que es posible que una persona tenga su cabeza llena de conceptos bíblicos y teológicos, y su boca llena de expresiones de la Biblia, mientras su corazón está en plena enemistad con Dios y con todo lo divino (v. Stg. 2:19).

Hay una *parte* de verdad en esta tentación, hay una promesa acerca de tal ministración por parte de los ángeles, y el diablo lo sabe por experiencia, pues los ángeles guardan a los santos de las acometidas del enemigo. Pero hay también gran *parte* de mentira, por callar el contexto: *De que te guarden en tus caminos* (Sal. 91:11); en los caminos del deber, no fuera del camino que Dios indica. Si nos salimos del camino, perdemos el derecho a la promesa y nos ponemos fuera del alcance de la protección de Dios. Vemos, pues, que el demonio es un maestro en emplear las *medias verdades,* que son las peores mentiras, porque una mentira pura difícilmente puede conquistar el asentimiento de nuestra mente, la cual ha sido hecha para la verdad, pero cuando la mentira se reviste de una capa de verdad es verdaderamente peligrosa, porque es como el cebo que atrae al pez para que pique en el anzuelo. De ahí la necesidad que tenemos de conocer *todo el consejo de Dios* (Hch. 20:27), para no torcer el sentido de la Escritura por desconocimiento de lo que realmente dice el texto o el contexto; todo *texto,* sacado de su *contexto,* se convierte en un *pretexto.* El diablo, no sólo se calló el contexto, sino que usó el texto como pretexto para inducir a Jesús a tentar a Dios con la presunción del cuidado que Dios tiene de sus hijos.

(B) Cómo venció Cristo la tentación. La venció, como a la primera, con la Escritura *bien citada.* El abuso que el diablo hizo de la Escritura no impidió que el Señor la usase debidamente y citase otra vez del Deuteronomio (6:16): *No tentarás al Señor tu Dios.* En el lugar de donde está tomada la cita, dice en plural: *No tentaréis a Jehová vuestro Dios.* Aquí dice en singular: *No tentarás.* Esto nos enseña a aplicarnos a nosotros en particular, tanto los mandamientos como las promesas que en la Biblia se hallan en plural.

Si Cristo se hubiese echado abajo, habría tentado a Dios, (a) como si aún requiriese una ulterior confirmación de lo que tan expresamente le había sido ya confirmado. Cristo estaba suficientemente convencido de que Dios era su Padre y de que tenía cuidado de Él, (b) como si hubiese requerido una especial protección de Él, haciendo algo para lo que no había recibido ninguna orden del Padre. Si esperamos que, porque Dios ha prometido protegernos, no abandonarnos y proveer a todas nuestras necesidades, ya podemos marchar por el camino que nos parezca, hacer lo que nos plazca y meternos en el peligro, es que estamos llenos de presunción y tentamos a Dios. Hay incluso predicadores que escudan su falta de preparación en la promesa del Señor de que el Espíritu inspirará lo que han de decir quienes sean llevados ante los tribunales por causa de su nombre. Estos también tientan a Dios, aunque se

imaginen que predican *por inspiración.* Nadie debe prometerse a sí mismo más de lo que Dios ha prometido.

3. Finalmente, el diablo tentó a Jesús ofreciéndole *todos los reinos del mundo y la gloria de ellos,* a cambio del más vergonzoso y horrible acto de idolatría.

(A) La peor de todas las tentaciones fue la última. Cuando, con la ayuda de Dios, hayamos vencido alguna tentación, no debemos confiarnos, sino prepararnos para ulteriores, y quizá peores, asaltos. En esta tentación podemos observar:

(a) Lo que mostró Satanás a Jesús: *todos los reinos del mundo.* Para ello, *le llevó a un monte muy alto.* El pináculo del Templo no era bastante alto para su propósito. El príncipe del poder del aire había de buscarle otro lugar en el territorio de su jurisdicción. Allá lo llevó el diablo para poder tener una panorámica más completa, como si el diablo pudiese mostrar al Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas algo más de lo que Él conocía. Podemos aventurar la opinión de que Satanás usó de poderes mágicos para hacer pasar ante la vista de Jesús como en un caleidoscopio, la pompa, la riqueza y el poder de todos los reinos del mundo, cosa que no se habría logrado, sin más, desde una montaña, por alta que esta fuese. Puede notarse de paso que las tentaciones comienzan con mucha frecuencia, por la *vista* (v. por ej. Gn. 3:6 y Jos. 7:21; en ambos casos, el proceso es el mismo: *ver, codiciar, tomar y esconder).* Debemos, pues, como Job (31:1), *hacer pacto con nuestros ojos,* para evitar el comienzo de muchas tentaciones. Vemos también que son muchas las tentaciones que provienen del mundo y de las cosas que hay en el mundo, el diablo tienta con ellas a los ignorantes, incautos e inestables, ya que lo reviste todo de sombras misteriosas y de falsos colores, con los que atrae a los hombres como con un lazo, para ocultar de ellos la negra cara del pecado y precipitarles así en la miseria, en la muerte y en la perdición eterna. Satanás es *padre de la mentira y homicida desde el principio* (Jn. 8:44).

(b) Lo que Satanás dijo a Jesús en esta tentación: *Todo esto te daré, si postrado me adoras* (v. 9). Véase *primero la vanidad de esta promesa: Todo esto te daré.* Lo que promete es sólo la pompa y el vano colorido de los reinos del mundo, desde el pedestal de una ocupación ilegítima que le fue ofrecida en bandeja por el pecado de la humanidad. Quizás al oír: *Este es mi Hijo, el Amado,* Satanás recordó que, en el Salmo 2:7–8 lo que él le ofrecía a Cristo, le había sido prometido por el Padre: *Mi hijo eres tú … Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra;* y quería persuadirle a que lo recibiera de su mano por el camino de la gloria, en vez de recibirlo de manos del Padre por el camino de la Cruz. Esto nos enseña que nunca debemos aspirar a obtener, de manos de Satanás, lo que Dios nos ha prometido, aunque el plan de Dios para nosotros parezca menos placentero que el que nos ofrece el diablo.

En segundo lugar, obsérvese la vergonzosa condición que le propone: Si *postrado me adoras.* El diablo está siempre deseoso de ser adorado. ¿Podía darse una tentación más horrenda y espantosa? Notemos que el mejor de los santos puede ser tentado a cometer el peor de los pecados, pero no tiene que afligirse por ello, con tal de que no consienta en ella, sino que puede sentirse animado al ver que Cristo fue tentado a adorar a Satanás.

(B) Véase cómo Cristo rechazó la proposición:

(a) Con horror y detestación: *Vete, Satanás* (v. 10). Es tan abominable la proposición al primer golpe de vista, que Cristo la rechaza inmediatamente. Cuando el diablo tentó a Cristo a que se echase abajo, aunque no consintió, le oyó; pero ahora que la tentación insinúa tal afrenta contra el mismo Dios, no puede aguantarla ni por un momento. El antiguo adagio latino dice: *Principiis obsta = Resiste a los comienzos.* Es preciso rechazar las tentaciones de forma perentoria y contundente si queremos triunfar de Satanás; la morosidad hace que la tentación vaya cobrando fuerza en nuestro interior hasta debilitarnos y hacernos caer. Este es un punto de suprema importancia. La mayor parte de nuestras caídas se deben a que no nos oponemos con un NO rotundo al atractivo de la tentación, y mantenemos una secreta complicidad con el pecado que no nos decidimos a abandonar. Esta indecisión va unida a cierta desconfianza en la bondad de Dios, pues nos parece que el camino de una virtud *total* es un camino de sufrimiento y de tristeza, cuando el fruto del Espíritu es: *amor, gozo y paz.* El resultado de tales indecisiones suele ser un «*sí, pero no ahora*», que deja para un mañana incierto, que casi nunca llega, el albur de toda una eternidad.

(b) Con un argumento sacado de la Escritura: Al *Señor tu Dios adorarás y a Él solo servirás* (v. Dt. 6:13; 10:20). El Salvador recurre así a la ley fundamental, indispensable y universalmente obligatoria. Sólo a Dios se debe adoración. Cristo cita esta ley concerniente a la adoración religiosa, y la cita

aplicándosela a sí mismo, para mostrar, *primero,* que en su estado de humillación como hombre, adoraba a Dios, tanto pública como privadamente en cumplimiento de *toda justicia; segundo,* para mostrar que la ley de la adoración a Dios es de obligación perpetua.

V. Finalmente, tenemos el resultado de este combate (v. 11).

1. El diablo quedó burlado, y abandonó el campo de batalla: *Entonces le dejó el diablo,* forzado a hacerlo por el poder que acompañó a la voz de mando: *Vete, Satanás.* Batido y en vergonzosa retirada Satanás concluye que es en vano seguir tentando a Cristo por ahora. *Resistid al diablo, y huirá de vosotros*—dice Santiago—(Stg. 4:7). Para el creyente, es un enemigo *vencido.* Por eso, Pablo exhorta a los efesios (Ef. 6:13 y ss.) a *resistirle y* a *estar firmes,* no a avanzar, ya que pisan terreno de victoria, pero pueden ser derribados en dicho terreno, si no resisten con resolución. «El diablo—dice un escritor eclesiástico de los primeros siglos—es como un perro atado a una cadena, que sólo muerde a quienes se acercan a él.»

2. Los santos ángeles vinieron a servir a nuestro victorioso Redentor: *Y he aquí que se le acercaron unos ángeles y le servían.* Con un ángel bastaba para servirle el alimento que necesitaba, pero le sirvieron muchos para mostrarle cuánto le respetaban y cuán prestos estaban a obedecer sus mandatos. Es digno de notarse:

(A) Que así como hay numerosas huestes de maldad, espíritus malignos que luchan contra Cristo y contra su Iglesia, así como contra cada uno de los creyentes en particular, así también hay numerosas huestes de santidad, espíritus bienaventurados, enviados para servir a los santos (v. He. 1:14).

(B) Que las victorias de Cristo son triunfos también de los ángeles.

(C) Que los ángeles servirían al Señor, no sólo con alimentos, sino también con cuanto necesitase después de sus ayunos y fatigas. Aunque Dios permite que los suyos se encuentren en necesidades y en apuros, no dejará de tener cuidado de ellos para que no les falte lo necesario para el sustento diario y, si es necesario, les enviará alimento por medio de ángeles, antes que verlos perecer de hambre. Así fue Jesús auxiliado después de la tentación: (a) Para animarle a seguir en la empresa que el Padre le había confiado. (b) Para que nos animemos nosotros a confiar en Él. Bien podemos esperar, no sólo que se compadezca (simpatice) de los suyos cuando son tentados, sino que venga a socorrerles en el momento oportuno.

Versículos 12–17

Aquí tenemos un relato acerca de la predicación de Cristo en las sinagogas de Galilea.

Por los otros evangelistas, especialmente por Juan, vemos que hubo un lapso de tiempo, con varios episodios, entre la tentación en el desierto y el comienzo del ministerio de Cristo en Galilea. Pero como Mateo residía en Galilea, comienza el relato del ministerio público del Señor a partir del mismo lugar en que él residía.

I. El tiempo: *Cuando Jesús oyó que Juan estaba preso, volvió a Galilea* (v. 12). El clamor de los sufrimientos de los santos llega a los oídos del Señor Jesús. Al ser encarcelado Juan, Jesús se entera, toma buena nota de ello, y organiza su programa en consecuencia. 1. Cristo no fue a Galilea hasta que se enteró del encarcelamiento de Juan, para dar tiempo al Precursor a *preparar los caminos del Señor* antes que el Señor mismo apareciera. Juan debía ser el heraldo de Cristo, no su rival. El Sol sale cuando se ocultan las estrellas. 2. Marchó allá tan pronto como se enteró del encarcelamiento de Juan, no sólo por su propia seguridad, sino también para suplir la ausencia del Bautista y comenzar a edificar sobre el fundamento que Juan había puesto. Dios no se deja a Sí mismo sin testimonio, ni a Su Iglesia sin líderes.

II. El lugar donde predicaba; en Galilea, la parte más remota del país y la más distante de Jerusalén y que, además, era considerada con desprecio como de gente ruda y tosca, hombres a propósito para soldados, pero rústicos y poco aptos para los estudios. Nótese:

1. La ciudad que escogió para su residencia; no Nazaret, donde se había criado; precisamente, en el versículo 13, se especifica que dejó Nazaret. Y tenía buenas razones para dejar Nazaret, porque los hombres de dicha ciudad *le echaron fuera* de allí (Lc. 4:29). Cristo no quería permanecer donde no era bien recibido. ¡Desventurada Nazaret!

Sino que *vino y habitó en Capernaúm,* que era también una ciudad de Galilea, pero distante muchos kilómetros de Nazaret. Se dice aquí que estaba *junto al mar;* no del gran mar, o mar Mediterráneo, sino el mar de Galilea o lago de Tiberíades (también, de Genesaret). Esto no quiere decir que permaneciese fijo allí, porque *pasaba haciendo el bien* (Hch. 10:38), sino que allí tenía, por decirlo así, su cuartel general; el poco reposo que tenía lo tenía allí; y parece ser que en Capernaúm era bien recibido, aunque algunos le rechazaran también allí.

2. La profecía que se cumplió en esto (vv. 14–16). La cita es de Isaías 9:1–2, pero con algunas variantes. El evangelista toma aquí sólo la última cláusula, que habla del retorno de la luz de la libertad y de la prosperidad a las comarcas que antes habían estado en las tinieblas de la cautividad y lo aplica a la aparición del Evangelio entre ellos. Se especifican las comarcas (v. 15). Con la venida de Cristo a Capernaúm llegó el Evangelio a todos los lugares circunvecinos; tan difusivas son las influencias que irradia el Sol de justicia.

(A) Estos lugares estaban *en tinieblas* (v. 16). Quienes están sin Cristo, están en la oscuridad; más aún, ellos mismos son tinieblas. Estaban *asentados* en esta condición. Estar *sentado* es una postura de inactividad; estar *asentado* enfatiza la continuidad de esta postura; y es una postura de contentamiento: estaban en tinieblas y amaban las tinieblas. El que está en la oscuridad por ser de noche, puede estar seguro de que el sol volverá a salir, pero el que está en la oscuridad por ser ciego, no tiene esperanza de abrir los ojos a la luz. Tenemos la luz al alcance de la mano, pero esta luz no nos servirá de nada, si no somos luz en el Señor. (B) Cuando viene el Evangelio, viene la luz; cuando entra el Evangelio en un corazón, se hace de día allí. La ley descubre y orienta; lo mismo pasa con el Evangelio.

Es una *gran luz. Grande* en comparación con la luz de la ley, cuyas sombras eran ahuyentadas ahora. Es una *gran luz,* porque descubre grandes cosas de vastas consecuencias; durará mucho y se extenderá ampliamente. Es una luz *que crece,* como se insinúa en la frase: *les ha amanecido una luz.* Fue entonces sólo un *amanecer,* para brillar después más y más. Como la luz de la mañana el mensaje del Evangelio del reino fue pequeño en sus comienzos, gradual en su auge y grande en su perfección.

Obsérvese que la luz *les* amaneció; no fueron ellos a buscarla, sino que vino sobre ellos antes de que se apercibieran de ella.

III. El texto sobre el cual predicó (v. 17). La línea medular de su mensaje, ampliado en Marcos 1:15, dice: *Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.* Es el mismo mensaje que Juan predicaba (3:2), porque la esencia del Evangelio es la misma en las diversas dispensaciones, ya que es *el Evangelio eterno.* Cristo confirió un gran honor al ministerio del Bautista, al predicar el mismo mensaje que Juan predicaba; así confirmaba Dios la palabra de su mensajero.

1. Con este texto *comenzó Jesús a predicar.* Por ahí comenzó Él, como había comenzado el Bautista, y así nos enseñó a que comencemos nosotros. No es preciso que nos levantemos a grandes alturas ni descendamos a grandes profundidades, en lo que se refiere al contenido o a la expresión de nuestros mensajes. Así como Juan había preparado el camino del Señor, así el Señor preparó el suyo propio y abrió nuevos caminos para los descubrimientos posteriores que había determinado, por medio de la doctrina del arrepentimiento.

2. Sobre este tema predicó *con frecuencia;* adondequiera que iba, este era su tema, y nunca pensaron ni Él ni sus seguidores que el tema estuviese gastado o demasiado trillado. Lo que una vez se ha predicado y escuchado, puede aún predicarse y escucharse de nuevo con mucho provecho, Si se predica y se escucha mejor.

3. Esto lo predicó como *Evangelio.* No sólo el austero Juan, que era tenido por demasiado severo, sino el dulce y bondadoso Jesús, cuyos labios destilaban miel, predicó también arrepentimiento.

4. La razón es todavía la misma: *El reino de los cielos se ha acercado.* Y cuanto más cerca está el reino, tanto más fuerte es el argumento. *Ahora la salvación está más cerca* (Ro. 13:11).

5. *Reino de los cielos* (Mt. 3:2; 4:17) y *reino de Dios* (Mr. 1:15) son sinónimos. Mateo dirige su evangelio primordialmente a los judíos, para quienes era familiar la expresión «reino de los cielos», así evitaba pronunciar el nombre sagrado, mientras que Marcos y Lucas sienten la necesidad de escribir «reino de Dios», para hacerse entender mejor de sus lectores. Este reino empezó a estar al alcance de la mano, y en medio del pueblo, con la Primera Venida del Señor, pero será experimentado en toda su plenitud cuando al nombre de Jesús *se doble toda rodilla* (Fil. 2:10).

Versículos 18–22

Cuando Cristo comenzó a predicar, comenzó también a reunir discípulos, para que fuesen *oyentes* antes de ser *predicadores.* En esta porción, tenemos un recuento de los primeros discípulos que llamó para que conviviesen con Él. Y esto fue un ejemplo: 1. De *llamamiento eficaz* a estar con Cristo. En toda su predicación, hizo un llamamiento general a toda la nación, pero en esto hizo un llamamiento especial a quienes le habían sido dados por el Padre (Jn. 17:6, 9, 12, 24). Todo el país fue llamado a venir; pero estos fueron llamados de forma que vinieran. 2. Fue también como una especie de ordenación o nombramiento para el ministerio. Cuando Cristo, como Maestro, estableció su gran escuela, una de sus primeras ocupaciones fue nombrar ujieres o bedeles—maestros subalternos—que se ocupasen en la obra de la instrucción.

Ahora bien, aquí podemos observar:

I. *Dónde* fueron llamados—*junto al mar de Galilea*—(v. 18), por donde iba *andando.* Acá vino a llamar discípulos; no a la corte de Herodes (porque no son muchos los poderosos, ni muchos los nobles llamados, 1 Co. 1:26), ni a Jerusalén, entre los principales sacerdotes y los ancianos, sino al mar de Galilea. Los ojos de Jesús no ven como los de los hombres. Galilea era una parte remota del país, sus habitantes eran menos cultos y refinados, su mismo lenguaje era rudo y tosco; su *manera de hablar les descubría* (26:73). Con todo, allá fue Cristo a llamar a sus Apóstoles, que habían de ser los primeros ministros de Estado en su reino, porque Él *escoge lo necio de este mundo para confundir a los sabios.*

II. *Quiénes* eran ellos. En estos versículos se nos refiere el llamamiento de dos parejas de hermanos: Pedro y Andrés, Santiago y Juan. Habían sido discípulos del Bautista, y así estaban mejor dispuestos para seguir a Cristo. Quienes se han sometido a la disciplina del arrepentimiento serán bien venidos a los gozos de la fe. Respecto de ellos, podemos observar:

1. Que eran *hermanos.* Es un honor y un consuelo para un hogar, cuando los que son de la misma familia, son también de la familia de Dios.

2. Que eran *pescadores.* Al ser pescadores: (A) No eran *ricos;* si hubiesen poseído mucha hacienda, o considerables ganancias en su oficio, no se habrían dedicado ellos mismos a pescar, a no ser como diversión. Cristo no desprecia a los pobres, y tampoco tenemos que despreciarlos nosotros. (B) Eran *iletrados* (Hch. 4:13), faltos de sabiduría mundana y de erudición rabínica, pero receptivos al Evangelio de la gracia. Esto no justifica el admitir para la obra del ministerio a personas ignorantes y descalificadas. (C) Eran *trabajadores,* hechos al esfuerzo y a la fatiga. La diligencia en un quehacer honesto es agradable a Cristo y no resulta un estorbo para una vida santa. Los holgazanes están a merced de las tentaciones de Satanás, más bien que a los llamamientos de Dios. (D) Eran hombres acostumbrados a las *privaciones* y a los *peligros;* el oficio de pescador, más que ningún otro, es laborioso y peligroso; los pescadores están continuamente expuestos al frío y a la humedad; tienen que velar, esperar, fatigarse y arriesgarse. Quienes están acostumbrados a sufrir privaciones y a correr riesgos, están mejor preparados para la comunión y el discipulado de Jesucristo. Los buenos soldados de Cristo han de aguantar penurias y durezas.

III. *Qué estaban haciendo.* Pedro y Andrés estaban pescando: *echaban la red en el mar,* Jacobo y Juan estaban *remendando sus redes,* lo que es una muestra de su laboriosidad y de su economía. No fueron a pedirle dinero a su padre para comprar nuevas redes, sino que se tomaron el trabajo de remendar las viejas. Es muy recomendable hacer que lo que tenemos dure el mayor tiempo posible. Jacobo y Juan estaban *con Zebedeo su padre,* prontos a ayudarle. Es un feliz presagio ver a los hijos interesados en sus padres y obsequiosos con ellos. Obsérvese: 1. Que *todos* ellos estaban ocupados, todos trabajaban; no había ningún holgazán. Cuando Cristo venga, bueno será que nos encuentre haciendo algo provechoso. 2. No todos hacían *lo mismo,* dos de ellos pescaban; otros dos, remendaban las redes. Los ministros del Señor deben estar siempre ocupados, ya sea enseñando o estudiando; pues remendar las redes es tan necesario, a su tiempo, como pescar.

IV. *Cuál* fue el llamamiento: *Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres* (v. 19). Obsérvese:

1. Para qué los quería Cristo: *os haré pescadores de hombres.* Para que no se ensoberbezcan del honor que les otorga, les hace ver que van a ser simplemente *pescadores;* y para que no se atemoricen ante el ministerio que les va a encomendar, les recuerda un oficio al que están bien acostumbrados. (A) Los ministros de Dios son *pescadores de hombres,* no para destruirlos, sino para salvarlos, sacándolos a otro elemento. (B) Es Jesús quien les confiere este honor y este oficio: *yo os haré pescadores de hombres.* Él es quien les cualifica para este trabajo, los llama a efectuarlo, les autoriza para llevarlo a cabo, y les hace prosperar en él.

2. Qué es lo que tienen que hacer para ello: *Venid en pos de mí.* Tienen que retirarse a una convivencia continua con el Maestro. (A) Aquellos a quienes Cristo usa para algún ministerio, han de quedar antes aptos y equipados para Él. (B) Quienes han de *predicar a Cristo,* tienen antes que *aprender* a Cristo, y aprenderlo de Él mismo. (C) Quienes quieran adquirir un correcto conocimiento del Señor, han de ser constantes y diligentes en la comunión con Él. No hay aprendizaje comparable al que se obtiene mediante el seguimiento de Cristo. (D) Los que reciben el encargo de pescar hombres, deben seguir a Cristo para aprender a hacerlo como Él lo hizo: con diligencia, fidelidad y ternura.

V. Cuál fue el resultado de este llamamiento. Pedro y Andrés, *dejando al instante las redes, le siguieron* (v. 20). Jacobo y Juan, *dejando al instante la barca y a su padre, le siguieron* (v. 22). Quienes de veras quieran ir en pos de Cristo, deben estar dispuestos a dejarlo *todo* inmediatamente, para seguirle.

1. Este ejemplo del poder de nuestro Señor Jesucristo nos anima grandemente a depender de la suficiencia de su gracia. ¡Cuán fuerte y eficaz es su Palabra! *Habla Él, y ya está hecho.*

2. Este ejemplo de docilidad por parte de los discípulos, nos sirve de incentivo para obedecer los mandatos de Cristo. Es una buena propiedad de los fieles siervos de Cristo venir cuando son llamados, y seguir al Maestro adondequiera que los conduzca. Ellos, al ser llamados, obedecieron y, como Abraham *fueron sin saber adónde iban,* pero sabiendo muy bien a quién seguían.

Versículos 23–25

I. ¡Qué predicador tan laborioso era Cristo! *Recorría toda la Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, predicando el evangelio del reino* (v. 23). Nótese: 1. *Qué* predicaba: *El evangelio del reino. El reino de los cielos,* es decir, de la gracia y de la gloria, es enfáticamente *el reino.* El Evangelio es como la carta constitucional de ese reino, contiene el juramento de la coronación del Rey con el que se ha obligado a Sí mismo benévolamente a perdonar, proteger y salvar a los súbditos de este reino. 2. *Dónde* predicaba: *en las sinagogas;* no sólo allí, pero especialmente allí, porque eran lugares de reunión, donde la sabiduría *clama* (Pr. 1:21). 3. El trabajo que se tomaba en predicar: *recorría toda la Galilea.* Jamás hubo un predicador itinerante tan infatigable como Cristo.

II. Qué médico tan poderoso era Cristo; no sólo *enseñaba,* sino que también *sanaba.*

1. ¿Qué enfermedades sanaba? Todas sin excepción: *sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo.* Hay enfermedades que llaman *incurables;* lo son para los médicos de la tierra, pero no para el médico celestial.

Tres términos generales se usan aquí para insinuar la totalidad de las enfermedades que sanaba; *los que se encontraban mal, los que padecían diversas enfermedades, y los que sufrían graves padecimientos.* Ninguna de ellas era tan grave ni tan persistente, como para que Cristo no la sanase.

En particular, se especifican tres enfermedades: los *paralíticos* que es la mayor debilidad del cuerpo, los *lunáticos,* que es la mayor debilidad de la mente, y los *endemoniados,* que es la mayor miseria y calamidad de mente y cuerpo; no obstante, Cristo *los sanó* a todos.

2. Qué número de pacientes tuvo. Por el texto puede verse cómo afluían a Él de todas partes; *le siguió mucha gente,* no sólo *de Galilea* y de la *Decápolis,* sino también *de Jerusalén y de Judea,* que caen ya muy lejos, y *del otro lado del Jordán* (v. 25). Su *fama llegó a difundirse por toda Siria* (v. 24). Esta es la razón que se nos da de que viniesen a Él tales muchedumbres, porque su fama se había difundido tan extensamente. Todo lo bueno que de otros oímos acerca de Cristo, debería invitarnos a ir a Él. El testimonio de una experiencia personal es: *Ven y ve.* Cristo *enseñaba y sanaba.* Todo cuanto conduce a Cristo es bueno; y quienes acuden a Él, hallarán en Él más de lo que esperaban.

En cuanto a las curaciones que Cristo llevaba a cabo, podemos observar en ellas tres aspectos: el *milagro,* la *merced y* el *misterio.*

(A) El *milagro.* De tal manera realizaba Cristo sus curaciones que con toda claridad se veía que eran producto inmediato de un poder sobrenatural y divino, y que eran el sello que Dios estampaba sobre la comisión de Jesús. La naturaleza no puede producir tales efectos. Eso probaba que era *un Maestro venido de Dios,* de no ser así, nadie habría podido hacer las obras que Él hacía (Jn. 3:2). Sus curaciones y sus predicaciones iban juntas, pues las primeras servían para confirmar las segundas; así *comenzó Jesús a hacer y a enseñar* (Hch. 1:1).

(B) La *merced misericordiosa* que se mostraba en ellas. Los milagros que Jesús obró, fueron en su mayor parte curaciones, y todos ellos fueron bendiciones y favores (excepto la maldición de la higuera estéril); porque la dispensación del Evangelio está fundada y edificada en amor, gracia y suavidad. Cristo trataba, mediante sus curaciones de ganar las almas atrayéndolas *con cuerdas de amor* (Os. 11:4), y sanar así al hombre entero, como también era el hombre entero el que se había perdido (Lc. 19:10). Lo que tenían de milagro demostraba que su doctrina era Palabra fiel (1 Ti. 1:15), e iba dirigida a convencer a la mente; lo que tenían de misericordia probaba que su palabra era *digna de toda aceptación,* e iba dirigida a despertar los sentimientos. No sólo eran *grandes obras,* sino también *buenas obras,* que Él *les mostraba de su Padre* (Jn. 10:32).

(C) El *misterio* envuelto en ellas. Al sanar las enfermedades corporales, Cristo quería mostrar que su gran objetivo, al venir a este mundo, era sanar las enfermedades del espíritu, que son la raíz de todo otro mal. El pecado es el *malestar, la enfermedad y el tormento* del alma. Cristo vino a quitar el pecado (Jn. 1:29) y, así, traer curación completa. En todas las narraciones de las curaciones que Cristo llevó a cabo, es preciso ver y exponer este punto, para el honor y la alabanza de este glorioso Redentor, *que perdona todas nuestras iniquidades, y sana todas nuestras dolencias* (Sal. 103:3).

CAPÍTULO 5

Este capítulo, con los dos siguientes, forman lo que se llama *el Sermón del monte.* Es el discurso más largo y más completo de los que registra la Palabra de Dios como salidos de la boca de nuestro Salvador.

Versículos 1–2

En estos versículos se nos da una especie de introducción general en las circunstancias que acompañaron a la predicación del Sermón del monte.

I. El *Predicador* era el Señor Jesús, el Príncipe de los predicadores. Los profetas y Juan habían cumplido bien su misión de predicar, pero Jesús los sobrepasó a todos, porque era el Verbo eterno, *en el cual* y por el cual *nos ha hablado Dios en estos últimos días* (He. 1:1–2). Las muchas curas milagrosas que Cristo había llevado a cabo en Galilea estaban destinadas a disponer al pueblo para recibir instrucción de parte de aquel en quien de tal manera se mostraban la bondad y el poder divinos. Probablemente, este sermón era el resumen de lo que había predicado en las sinagogas. Todo el sermón habla del *reino;* así que su texto bien pudo ser el de su primer mensaje: *Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado* (4:17).

II. El *lugar* fue una montaña de Galilea. El que no tenía lugar conveniente donde reclinar su cabeza, tampoco tiene ahora púlpito más conveniente que una montaña desde donde poder ser visto y oído por la multitud recostada en la ladera; y no desde uno de los santos montes de Sion, sino desde un monte del remoto norte; con lo que Cristo quería indicarnos que, si es la voluntad de Dios *que los hombres oren en todo lugar* (1 Ti. 2:8), también es su voluntad que *se predique el Evangelio por todas partes* (Hch. 8:4), en cualquier lugar que sea decente y conveniente. Cristo predicó este sermón, que es una especie de normativa espiritual del Reino, sobre un monte, porque sobre un monte se había dado la Ley. Pero obsérvense las diferencias: 1. Cuando se dio la Ley, *descendió Jehová sobre el monte Sinaí* (Éx. 19:20); aquí, *subió al monte* (v. 1). 2. En el Sinaí, habló Dios en medio de truenos y relámpagos; aquí, *abrió su*

boca, diciendo (v. 2), no gritando. 3. Allí, se le ordenó al pueblo que se mantuviese a distancia, aquí se les invitó a que se acercasen a Él. 4. En el Sinaí, se promulgó la Ley, que iba directamente contra los *efectos* del pecado; aquí, Jesús atacó directamente a las *raíces* del pecado.

III. Los *oyentes.* Aunque el versículo 1, comp. con Lucas 6:20 parece indicar que los oyentes fueron sólo *sus discípulos,* 7:28 nos muestra que también le oyó *la gente.* El mejor modo de armonizar las aparentes discrepancias, tanto del texto en sí como con Lucas 6:17, es el siguiente: Al noroeste de la antigua Capernaúm hay una montaña sobre la que se cree que Jesús predicó el Sermón del monte. A mitad de camino hacia la cumbre hay una quebrada en la ladera, que da lugar a una amplia explanada donde pueden acomodarse cómodamente varios millares de personas. Es lo más probable que el Señor tomó a los Doce y subió con ellos a la cima del monte, y luego descendió a la explanada y pronunció desde allí su discurso a la multitud. Naturalmente, al ser los discípulos quienes mejor dispuestos estaban para recibir las enseñanzas del Maestro, a ellos principalmente fueron dirigidas las enseñanzas de Jesús, como se nota de una manera especial en 5:13–16. Para un ministro del Señor, es un gran estímulo echar la red del Evangelio donde hay grandes peces y muchos peces, con la esperanza de que algunos serán capturados. La vista de una *multitud* anima al predicador, pero este ánimo ha de surgir del deseo de ser útil no de ser alabado por su oratoria.

IV. La *solemnidad* del sermón se echa de ver en la palabra *sentándose,* que da idea de un acomodo conveniente para mejor ser oído, así como por la frase *abriendo su boca* que ordinariamente insinúa que se va a decir algo importante. Al ser numerosa la asistencia, tendría que levantar la voz más que de costumbre. Uno de los escritores antiguos hace notar lo siguiente: Cristo *enseñó* mucho cuando, *llevado como un cordero al matadero, no abrió su boca* (Is. 53:7), pero ahora *abriendo su boca les enseñaba;* les enseñaba cuál era el mal que debían evitar, y cuál era el bien en que debían abundar; porque el cristianismo tiene por objeto reglar el temple de nuestras mentes y el tenor de nuestras conductas, el tiempo del Evangelio es un tiempo de *reforma* (He. 9:10), en que todo debe ser rectificado.

Versículos 3–12

Cristo comienza su Sermón con bendiciones, porque vino al mundo para eso, *lo ha enviado* el Padre *para bendecirnos* (Hch. 3:26). Y lo hace como *quien tiene autoridad* (7:29), y realiza con su bendición lo que dice; en esto precisamente se diferencia la bendición de Dios de la nuestra, la nuestra es un *bien-decir* en forma de alabanza o de petición a Dios; pero la de Dios es un biendecir que comporta un *bien-hacer,* porque la Palabra de Dios es *viva y eficaz* (He. 4:12). De ahí que Pedro, en Hechos 3:26, continúe y diga: *para bendeciros, HACIENDO que cada uno se convierta de sus maldades.* El Antiguo Testamento termina con la palabra *«maldición»* (Mal. 4:6), pero este gran mensaje de Jesús comienza con bendiciones, y el Nuevo Testamento termina con una bendición. Cada una de estas bendiciones comporta una doble intención: mostrar quiénes son los afortunados, y en qué consiste su felicidad.

1. Esta enseñanza está destinada a rectificar los ruinosos errores de una mente ciega, carnal y mundana. La felicidad es algo que todos intentan alcanzar: *¿Quién nos mostrará el bien?* (Sal. 4:6). Pero la mayor parte tiene un falso concepto de felicidad; y, al errar el concepto, equivocan el camino y pierden lo que buscaban. La opinión general es que *felices* son los ricos, los que gozan de dinero, de placeres, de honores, de poder; los que pasan los días en juergas, y los años en goces corporales; los que comen y beben lo más exquisito, se ven libres de sufrimientos, disgustos y problemas, y se salen siempre con la suya. Ahora bien, nuestro Señor Jesucristo viene a darnos una noción completamente distinta de felicidad. El comienzo de una vida cristiana debe ser tomar buena nota de la noción de felicidad que Cristo nos da con estas máximas, y tratar de actuar siempre en conformidad con ellas.

2. Está también destinada a animar a los débiles y a los pobres que reciben el Evangelio. Incluso el más pequeño en el reino de los cielos, si su corazón es recto delante de Dios, será feliz con los honores y privilegios de tal reino.

3. Está destinada a invitar a las almas a venir a Cristo. Y quienes habían visto las benignas sanaciones efectuadas por su mano (4:23–24), y ahora las benévolas palabras salidas de su boca podrán decir que todo ello es una misma y sola maravilla, hecha de amor y de dulzura.

4. Está destinada a fijar las cláusulas de compromiso entre Dios y el hombre (v. Is. 1:18–19). El objetivo de la revelación divina es hacernos saber lo que Dios espera de nosotros, y lo que entonces

podemos nosotros esperar de Él; y en ninguna otra parte se establece esto en pocas palabras como aquí. Aquí se abre el camino de la felicidad, *el Camino de Santidad* (Is. 35:8). Algunos de los más sabios entre los gentiles tuvieron una noción de felicidad distinta de la del resto de la humanidad, acercándose a la de nuestro Salvador. Séneca, por ejemplo, al describir a un hombre feliz dice que sólo puede llamarse así a quien sea honesto y bueno, *en cuyas apreciaciones nada hay bueno o malo, sino la bondad o la maldad del corazón.*

Nuestro Salvador nos describe aquí ocho caracteres de gente feliz, que representan las principales gracias de un creyente. Sobre cada uno de ellos se pronuncia una bendición presente: *Felices son;* y a cada uno de ellos se le promete una bendición futura.

I. *Felices son los pobres en el espíritu* (v. 3). No se trata de esa pobreza de espíritu que, en lugar de bendición, es una maldición y un pecado: el miedo y la cobardía, sino que *pobre en el espíritu* es:

1. Fundamentalmente, todo el que tiene corazón de pobre que se siente pequeño, mendigo, insuficiente, y depende siempre y en todo de Dios (v. Sof. 3:12).

2. Todo el que no pone su corazón en las riquezas de este mundo y que, al tener así su corazón desapegado de lo temporal, vive contento, como Pablo, lo mismo en la abundancia que en la escasez (Fil. 4:12).

3. Pobre en el espíritu es quien, al tener riquezas de este mundo, está dispuesto, como Job, a bendecir a Dios cuando se las quite, y a simpatizar con los menesterosos, no sólo sintiendo compasión del necesitado, sino también socorriéndole eficazmente en su necesidad.

4. Pobre en el espíritu es quien tiene bajo concepto de sí mismo, como Pablo, el cual, a pesar de abundar en todos los dones espirituales, se tenía por menos que el menor de los Apóstoles y por el primero de los pecadores. Nótese el contraste: el último en la fila de los Apóstoles; el primero en la fila de los pecadores.

5. Pobre de espíritu es el que ha perdido toda confianza en su propia justicia y en sus propias fuerzas, y reconoce que depende totalmente del mérito de la obra de Cristo y del poder de su Espíritu. Ese *corazón contrito y humillado* con el que el publicano clamaba propiciación para un pobre pecador, eso es pobreza en el espíritu.

6. En cambio, no es pobreza bendita la del menesteroso que codicia las riquezas de este mundo, y ve con envidia cómo otros disfrutan de lo que él carece.

7. Tampoco es pobreza evangélica la falsa humildad con que muchos declaran no tener dones o capacidades para servir a Dios y edificar a la iglesia. Eso es ingratitud, mentira y pereza. Lo curioso de los humanos es que solemos enorgullecernos de lo que somos y de lo que hacemos, mientras nos descalificamos de lo que podemos; debería ser lo contrario: estar siempre insatisfechos de nuestras realizaciones, y contentos con nuestras posibilidades, como Pablo, que decía: *Para todo tengo fuerzas en aquel que me da el poder* (Fil. 4:13, lit. del original). Es cierto que no somos nada y que Dios lo es todo, pero precisamente en la conciencia de nuestra nulidad se halla la convicción de que, unidos a Dios, lo podemos todo (v. Mr. 9:23).

(A) Esta pobreza en espíritu figura la primera entre las bendiciones. Los filósofos no reconocieron la humildad como una de las virtudes, pero Cristo la puso en primer lugar, como fundamento de todas las demás virtudes morales. Como ya hemos dicho en otro lugar, cuanto más alto se construye un edificio, más profundo se echa el fundamento. Los que están fatigados y cargados son también pobres en el espíritu, y ellos encontrarán descanso en Cristo.

(B) Son ya *felices* en este mundo porque Dios cuida siempre de ellos; nunca les faltará nada (Sal. 23:1), y tendrán descanso completo, mientras que los arrogantes y ambiciosos se hallan siempre inquietos.

(C) *De ellos es el reino de los cielos.* Aquí disfrutan ya del reino de la gracia, y para después les está preparado y reservado el reino de la gloria (1 P. 1:4). Los grandes y ambiciosos de este mundo *pasan con el mundo y sus deseos* (1 Jn. 2:17), pero los humildes, mansos y misericordiosos obtienen la gloria incorruptible del reino de los cielos. La misma felicidad está reservada a los que están contentos con su pobreza que a los que usan sobria, justa y piadosamente de su riqueza. Si no puedo *dar* alegremente por amor de Dios, me será igualmente recompensado si sé *carecer* alegremente por ese mismo amor.

II. *Felices son los afligidos* (v. 4). Esta es otra extraña bendición. Es fácil pensar: Felices son los que están *alegres;* pero Cristo que fue afligido en todo, dice: Felices los afligidos. Hay una aflicción

pecaminosa, que es enemiga de la bendición: *la tristeza del mundo,* que *produce muerte* (2 Co. 7:10). Hay otra tristeza natural que puede estar sin pecado, y aun próxima a la bendición mediante la gracia de Dios que la acompañe. Pero hay una tristeza o aflicción bendita, cualificada para la felicidad. 1. La tristeza del penitente, que se lamenta de sus pecados, es *tristeza según Dios* que *produce arrepentimiento para salvación.* 2. También es santa la tristeza que se lamenta de los pecados ajenos, por amor a Dios y al prójimo. 3. Finalmente, es santa la tristeza de los que se duelen de las aflicciones de otros, tanto de los que lloran *con* los que lloran, como de los que lloran *sobre* los que perecen, como lloró Cristo sobre Jerusalén.

Todos estos afligidos santamente: (A) *Son felices.* Así como, en la risa vana y pecaminosa, el corazón se queda triste, así también en la aflicción santa, el corazón permanece con genuino gozo, que es fruto del Espíritu (Gá. 5:22), y secreta satisfacción, no enturbiada por circunstancias exteriores. (B) *Ellos recibirán consolación.* La luz está sembrada para ellos; y en el Cielo serán consolados como el pobre Lázaro (Lc. 16:25). Allí *enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos* (Ap. 21:4). El cielo será verdaderamente Cielo para los que caminan hacia él santamente afligidos. Será una cosecha de gozo en retorno de una siembra con lágrimas (Sal. 126:56).

III. *Felices los mansos o apacibles* (v. 5). Estos son los que se someten resignada y alegremente a los designios de Dios, y los que *muestran toda mansedumbre para con todos los hombres* (Tit. 3:2); los que pueden aguantar una provocación sin encenderse en ira, sino que permanecen en silencio o dan una respuesta suave; los que permanecen serenos mientras otros cometen grandes desatinos; cuando, en admirable paciencia, se mantienen dueños de sí mismos al mismo tiempo que son desposeídos de todo lo demás; los que prefieren sufrir y perdonar veinte injurias antes que vengarse de una.

Estos mansos o apacibles son presentados como felices, incluso en este mundo. 1. Son felices porque son como Jesús—el *manso y humilde de corazón*—. 2. Son felices porque tienen el mayor consuelo, con el más pacífico disfrute de sí mismos, de sus amigos y de su Dios; preparados siempre para vivir, lo mismo que para morir. 3. *Ellos recibirán la tierra por heredad.* Esta bendición lleva consigo, de una manera especial, la promesa de posesión del mundo con Cristo, cuando Él venga a posesionarse de los confines de la tierra, conforme a la profecía del Salmo 2:8. Incluso en la presente dispensación, el que ejercita la mansedumbre, aunque sea objeto de burla y desprecio por parte de los mundanos sirve eficazmente para promover la salud, la prosperidad material, la sensación de bienestar y seguridad. Así que los mansos son bendecidos con toda bendición del cielo y de la tierra.

IV. *Felices los que tienen hambre y sed de justicia* (v. 6). Hay quienes entienden esto como si se tratara de los que sufren opresión, violencia o cualquier otra injusticia, y refieren a Dios su causa, con plena confianza de que a su tiempo, serán vindicados. Pero el tenor general de las bienaventuranzas va muy por encima de las vindicaciones meramente sociales. La palabra *justicia* tiene aquí su sentido espiritual más elevado, hasta comportar en sí la mayor de las bendiciones: la *rectitud* moral y espiritual en la presencia de Dios; tener interés en Cristo, en su gracia, en sus promesas en la santidad, todo esto es *justicia.* Esta justicia se da a los que tienen hambre y sed de ella, por medio de la justicia de Cristo, sin precio y sin dinero (v. Is. 55:1 y ss.). El hambre y la sed son apetitos que retornan constantemente y piden nueva satisfacción. Los nacidos de nuevo tienen hambre y sed de alimento espiritual; una vez satisfechos no se hartan, sino que tienen todavía más apetito, pues en esto se diferencian los alimentos espirituales de los corporales: los corporales quitan el apetito en la medida que satisfacen; pero los espirituales lo acrecientan en la misma medida.

Los que así tienen hambre y sed *serán saciados.* (A) Sus deseos quedarán satisfechos. Aunque no todos los deseos de gracia son gracia (no lo son los fingidos ni los lánguidos), un deseo como este sí que lo es, pues es una *evidencia* de algo *bueno,* y una *esperanza* de algo *mejor.* Es también un deseo estimulado por Dios. (B) *Serán saciados* con esas bendiciones. Dios les dará lo que desean, satisfaciéndoles completamente. Sólo Dios puede *llenar un alma,* ya que los favores y las gracias de Dios tienen la medida adecuada para los deseos humanos legítimos. Dios *colma de bienes a los hambrientos* (Lc. 1:53), *satisface al alma cansada y sacia a toda alma entristecida* (Jer. 31:25).

V. *Felices los misericordiosos* (v. 7). Como el resto de las bienaventuranzas, también esta constituye una paradoja; porque los misericordiosos no son tenidos por muy sabios, ni es probable que se hagan muy ricos; sin embargo, Cristo los declara dichosos. Una persona puede ser verdaderamente misericordiosa, aunque no tenga con qué ser generosa y liberal, pues Dios acepta una voluntad bien dispuesta a compartir. No sólo debemos soportar con paciencia nuestras propias aflicciones, sino que hemos de simpatizar cristianamente con las aflicciones de nuestros hermanos. Hay que *consolar al atribulado* (Job 6:14), *vistiéndonos de entrañable misericordia* (Col. 3:12). Hemos de sentir compasión de las almas de nuestros prójimos, y tratar de ayudarles; tener lástima de los ignorantes, e instruirles; de los descuidados, y amonestarles; de los que se encuentran habitualmente en pecado, *arrebatándolos del fuego* (Jud. v. 23). Sí, un hombre bueno es compasivo incluso con su bestia de carga.

1. Se les proclama *dichosos;* ya en el Antiguo Testamento leemos: *Dichoso el que se preocupa del pobre* (Sal. 41:1; Pr. 14:21). En esto se parecen a Dios, cuya gloria está en su misericordia (Éx. 33:18–19, 34:6–7). Uno de los deleites más puros y refinados que pueden darse en este mundo es *hacer el bien.* En esta frase: *dichosos los misericordiosos,* queda incluido aquel dicho de Cristo que no se encuentra en los Evangelios: *Más felicidad hay en dar que en recibir* (Hch. 20:35).
2. *Porque ellos alcanzarán misericordia;* misericordia de parte de los hombres, cuando se hallen en necesidad (no sabemos si bien pronto estaremos necesitados de misericordia), pero especialmente de parte de Dios, pues *con el misericordioso se mostrará misericordioso* (Sal. 18:25). Pero el más caritativo y misericordioso es incapaz de *merecer* misericordia, sino que tiene que volar a recibirla. Pero a los que no tienen misericordia, les espera un juicio sin misericordia (Stg. 2:13).

VI. *Felices los de corazón limpio* (v. 8). Entre todas las bienaventuranzas, esta es la más comprensiva, la que más abarca.

1. En la *pureza de corazón* encontramos compendiado el carácter del creyente. El verdadero cristianismo está en el corazón, en la *pureza* del corazón, en *lavar de maldad el corazón* (Jer. 4:14). Debemos levantar hacia Dios, no sólo manos limpias, sino corazón puro (Sal. 24:4; 1 Ti. 1:15). *Puro* significa: (A) *sin mezclas:* honesto, sencillo, entero en una sola dirección. Cuando decimos *oro puro,* entendemos que aquello es *oro, todo* oro y *sólo* oro. (B) *sin mancha,* es decir, sin suciedad ni contaminación; como un vino sin mezcla y sin posos; un agua clara y sin barro. El corazón debe estar libre de toda suciedad de cuerpo y alma, de todo *lo que sale del corazón y contamina al hombre* (15:18–19). El corazón debe ser purificado por la *fe,* y conservado entero para Dios por el *amor.* Por esta pureza de corazón, hemos de rogar incesantemente a Dios: *¡Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio!* (Sal. 51:10).
2. En la bendición prometida, encontramos también compendiada la felicidad: *Porque ellos verán a Dios.* (A) La felicidad perfecta consiste en *ver a Dios; ver a Dios o ver el rostro de Dios* (Ap. 22:4) es disfrutar del favor de Dios y tener comunión íntima con Él. La Escritura no da pie para el dogma romano de la visión beatífica, directa e intuitiva, de la esencia divina, sino todo lo contrario (v. Jn. 1:18; 14:9; 1 Ti. 6:16). Los que disfrutan, por la fe, de esta comunión íntima con Dios, tienen ya el Cielo en la Tierra. Disfrutar de ella en la eternidad será el Cielo de los cielos. (B) Esta felicidad de ver a Dios es prometida sólo a los limpios de corazón; sólo ellos son capaces de ver a Dios; ¿qué placer sería para un corazón impuro ver a Dios? ¿Qué gozo habrían de tener en el Cielo los que sólo anhelan disfrutar de los placeres de este mundo? Pero los limpios de corazón, santos como Dios es santo, tienen en su corazón deseos que nada sino la visión de Dios puede satisfacer (Sal. 24:3–6).

VII. *Felices los pacificadores* (v. 9). *La sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica* (Stg. 3:17). Los bienaventurados son *puros* para con Dios, y *pacíficos* para con los hombres. Son *pacificadores:*

1. Los que tienen una *disposición pacífica,* que consiste en amar, desear y disfrutar de la paz, hasta vivir en ella como en el elemento propio.
2. Los que observan una *conducta pacífica* y pacificadora, y hacen todo lo posible por preservar la paz de forma que no se quiebre, y por reparar la que ya se ha quebrado. Promover la paz es una tarea que pocas veces es agradecida. Quienes se atreven a impedir una refriega suelen recibir golpes de ambas partes; con todo, es un servicio excelente y debemos estar dispuestos generosamente a prestarlo.

3. Dichas personas son declaradas por Cristo *felices,* porque: (A) Colaboran con Cristo, quien vino a este mundo a *matar la enemistad y anunciar las buenas nuevas de paz* (Ef. 2:16–17). (B) *Serán llamados hijos de Dios.* Dios los reconocerá como hijos suyos. Pero si tal es la bendición para los que procuran la paz, ¡ay de aquellos que procuran la guerra!

VIII. *Felices los que padecen persecución por causa de la justicia* (v. 10). Esta es la mayor paradoja de todas, y exclusiva del cristianismo. El mundo tiene por felices a los que *gozan* y son *seguidos;* Cristo tiene por felices a los que *padecen y* son *perseguidos,* así que la paradoja es doble, como aquel famoso sueño del Faraón, difícil de adivinar y difícil de darle crédito.

1. Se describe aquí la condición de los santos que sufren.

(A) Son perseguidos, cazados, derribados, heridos, como se hace con animales nocivos, a los que se busca celosamente para exterminarlos; son tenidos como *el desecho de todos* (1 Co. 4:13).

(B) Son calumniados, vituperados y han de sufrir que *se diga toda clase de mal contra ellos, mintiendo* (v. 11). Les ponen apodos y motes de desprecio, que les denigren y les hagan abominables, para provocar así el ataque contra ellos. Esto es lo que hacen contra ellos los que no tienen poder para hacer otra cosa; y quienes tienen en su mano el hacerles toda clase de daño, se escudan también en las falsedades que les atribuyen, para cohonestar la bárbara persecución que contra ellos desatan. Esta conexión entre el *hablar cosas duras y hacer cosas impías* puede verse en Judas versículo 15 y Hebreos 11:36. El apóstol Pedro tiene buen cuidado en advertir que sólo el que padece como cristiano, y es acusado falsamente, tiene acceso a esta bendición (v. 1 P. 2:19–20; 4:12–16), pues sólo así es seguidor de Cristo.

(C) En efecto, todo esto es *por causa de la justicia* (v. 10), *por mi causa* (v. 11). Quienes sufren justamente, y de quienes se dicen cosas malas con verdad, no pueden ser partícipes de esta bendición. Pascal cometió una grave equivocación cuando escribió: «Fácilmente me dejo persuadir por testigos que se dejan matar». Más acertado estuvo Agustín de Hipona cuando declaró: «No es la sentencia de muerte la que hace *mártir,* sino la causa por la que muere». Sufrir por causa de la justicia es sufrir por hacer lo que es justo.

2. Se describe también el consuelo de los santos que sufren:

(A) Son después *consolados* por los males que recibieron en vida (Lc. 16:25), a pesar de tener buen testimonio. Son bendecidos, porque es un honor para ellos, ya que han tenido la oportunidad de glorificar a Cristo y de experimentar especiales consuelos y señales de su presencia.

(B) Serán *recompensados: de ellos es el reino de los cielos* (v. 10). Ya ahora tienen asegurado el título de herencia, y gozan de suaves anticipos de dicho reino, y no tarda en disfrutarlo en plena posesión. *Vuestro galardón es grande en los cielos* (v. 12); tan grande, que sobrepujará con mucho al padecimiento sufrido y al servicio prestado. Dios proveerá abundantemente para que quienes han perdido *por* Él, aunque sea la vida misma temporal, vean que, al fin, no han perdido *con* Él. Esto es lo que ha mantenido firmes, en todas las épocas, a los santos que han sufrido por causa de la justicia y por causa de Cristo: *el gozo puesto delante de ellos* (v. He. 12:2).

(C) *Así persiguieron a los profetas que os precedieron* (v. 12). Os precedieron en excelencia, en un nivel que todavía no habéis alcanzado; y os precedieron en el tiempo, para serviros como ejemplo de aflicción y de paciencia (Stg. 5–10). ¿Puedes esperar ir al Cielo por un camino elegido por ti mismo? Es un consuelo ver que el camino del sufrimiento es un camino trillado, y un honor ir en pos de tales pioneros. La misma gracia que fue *suficiente* para ellos para que pudiesen soportar sus padecimientos, no será *insuficiente* para ti.

(D) Por consiguiente, *gozaos y alegraos* (v. 12). No es bastante ser paciente y estar contento en medio de esos sufrimientos, sino que debemos alegrarnos. No es que debamos estar *orgullosos* de nuestros sufrimientos (eso lo echaría a perder todo), sino que hemos de estar alegres en medio de ellos, al saber que Cristo va delante de nosotros y, al mismo tiempo, no nos deja atrás, sino que nos acompaña.

Versículos 13–16

Cuando Cristo llamó a sus discípulos, les dijo que les haría *pescadores de hombres;* ahora les dice que van a ser *la sal de la tierra y la luz del mundo.*

I. *Vosotros sois la sal de la tierra* (v. 13). Los profetas del Antiguo Testamento habían sido la sal de la tierra de Canaán, pero los apóstoles eran *la sal de toda la tierra,* porque habían de ir por todo el mundo predicando el Evangelio (Mr. 16:15). ¿Qué podían hacer ellos en una extensión tan grande? Pero, al tener que trabajar a la manera de la sal, un puñado de sal había de extender su sabor e influencia de una manera progresiva e irresistible. La doctrina del Evangelio es como la *sal:* penetra hasta llegar *al corazón* (Hch. 2:37). Purifica, sazona y preserva de la corrupción, aunque aquí el énfasis parece cargarse en este último aspecto. Es de notar que Jesús quiere en todo esto poner de relieve el *carácter* del discípulo más bien que sus obras. La sal y la luz operan en virtud de lo que *son;* por eso, es menester que conserven su *identidad* más bien que *su actividad.* Un pacto perpetuo se llama *pacto de sal* (Nm. 18:19). Al ser la sal símbolo de la Sabiduría Divina (Mr. 9:49–50; Col. 4:6), se comprende cómo el Evangelio es sal. Su efecto es semejante al del fuego (v. Mr. 9:49) por el cloro que lleva como ingrediente. De ahí que hubiese de emplearse en todo sacrificio (Lv. 2:13). Todo cristiano debe ser sal, pero en especial deben serlo los ministros del Señor.

1. Si son como deben ser, serán como la *buena sal:* blanca, pequeña, rota y desmenuzada en muchos granos, pero muy útil y provechosa. Véase en todo esto: (A) Lo que cada discípulo debe ser en sí mismo: sazonado con el Evangelio, con la sal de la gracia. *Tened sal en vosotros mismos* (Mr. 9:50); de lo contrario, no podéis difundirla entre otros. (B) Con sólo mantenerse como *sal,* harán bien a otros. (C) ¡Qué bendición tan grande son para todo el mundo! La humanidad, que yacía en la ignorancia, en la maldad y en la corrupción, era un enorme montón de materia insípida en proceso de putrefacción; pero Cristo envió a sus discípulos para sazonarla con el conocimiento del Evangelio y preservarla de la corrupción, haciéndola aceptable a Dios. (D) Cómo deben ser usados. Deben ser esparcidos como la sal en la carne, un grano aquí y otro allí. Hay mucha gente que tiene por mal presagio que se caiga el salero y se derrame la sal; eso es pura superstición, pero no lo es, sino verdadero mal presagio, que quien profesa la fe de Cristo carezca de sal.

2. *Si la sal se vuelve insípida*—continúa Jesús—, ¿con *qué será salada?* Los comentaristas explican esto de varias maneras; unos dicen que se trata de la capa superficial de la sal de roca que ha perdido su salinidad por la acción del sol y el agua; otros dicen que se trata de sal adulterada; pero el hecho de que sea físicamente imposible que la sal pierda su sabor, hace pensar que lo que el Señor quería poner de relieve es que un discípulo que no obre como la sal, no es ni ha sido jamás un verdadero seguidor de Cristo. Si un pretendido creyente, y especialmente un ministro del Señor, se halla en esta triste condición, su radio de acción pondrá de manifiesto lo deplorable de su estado, porque, quien habría de ser sal para otros, *¿con qué será salado?* Su utilidad se ha desvanecido por completo: *No sirve ya para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres.* Cuando los generales romanos reducían por la fuerza la rebelión de una ciudad o de una comarca, solían esparcir sal en las tierras para hacerlas improductivas. Esto es lo que hizo Abimelec con Siquem, como leemos en Jueces 9:45, *asoló la ciudad, y la sembró de sal:*

II. *Vosotros sois la luz del mundo* (v. 14). Esta es otra buena utilidad del verdadero discípulo de Cristo, y aún más gloriosa que la de la sal. *Nada tan útil*—ha escrito un autor—*como el sol y la sal.* La luz es la primogénita de las criaturas de este mundo material, hecha por Dios el primer día de la creación, y bienvenida en el mundo entero como lo es cada mañana la luz del día. Así pasa con el Evangelio, y con los que lo proclaman (v. 2 Co. 4:6). Dios es luz (1 Jn. 1:5), y los cristianos son *hijos de la luz* (1 Ts. 5:5). Y de *los que enseñan a muchos la justicia,* leemos que *resplandecerán como las estrellas por perpetuas eternidades* (Dn. 12:3).

1. Como *luces del mundo,* son ilustres y conspicuos, y los ojos de muchos se dirigen a ellos. *Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder.* Son puestos por *señales* (Is. 8:18) y por *varones de presagio* (Zac. 3:8); en especial todos sus vecinos no cesan de observarles. Unos les admiran, les alaban, se regocijan en ellos, y otros tratan de acabar con ellos. Deben pues, comportarse con toda *circunspección,* porque son objeto de *observación* por parte de todos.

2. Como *luces del mundo,* están puestos para iluminar y dar luz a otros (v. 15). Por consiguiente: (A) Deben estar *sobre el candelero.* Al ser Cristo el que ha encendido estas luces, no deben quedar escondidas bajo el almud. El Evangelio es una luz tan fuerte y comporta tanta evidencia de sí mismo, que, como *una ciudad asentada sobre un monte, no se puede esconder,* sino que ofrece claras pruebas de que procede de

Dios. Sirve para dar luz *a todos los que están en casa* y a todos cuantos se acercan al lugar donde ella alumbra. (B) Deben brillar como *luces:* (a) Por medio de su *buen hablar,* pues han de comunicar el conocimiento que tienen, para bien de los demás; no han de esconderlo, sino esparcirlo. Los discípulos de Cristo no se han de ocultar en la oscuridad de un claustro o en el retiro de una ermita bajo pretexto de contemplación, modestia o preservación propia. (b) Por medio de su *buen vivir.* Como el Bautista, deben ser *lámparas que arden y alumbran* (Jn. 5:35). Nótese bien el orden de los verbos; no pueden *alumbrar si* no *arden.*

Primero, Cómo debe brillar nuestra luz:—haciendo *buenas obras,* que *puedan ser vistas* y edificar a los hombres—. No es que hayamos de hacer buenas obras *para que se vean* y sirvan de ostentación para nuestro prestigio, sino que hemos de *alumbrar, de tal modo que vean nuestras buenas obras, para gloria de nuestro Padre que está en los cielos* (v. 16). Nótese que no son las buenas obras las que alumbran, sino que es nuestro *carácter luminoso* el que hace que la gente vea que nuestras obras son buenas. No es suficiente que los demás *oigan* de nosotros *buenas palabras,* sino que es necesario que *vean buenas obras* en nosotros. Alguien tuvo la osadía de decirle a un predicador: «Las acciones de usted hablan tan alto, que no me dejan oír los sermones que usted pronuncia».

Segundo, Para qué debe brillar nuestra luz:—para gloria del Padre—. La gloria de Dios es el objetivo principal que hemos de tener siempre presentes en todo cuanto hacemos (1 Co. 10:31), pues la gloria es lo único que Dios no da a otro (Is. 42:8), porque su gloria consiste en ser el único Creador y Salvador (Is. 43:1–26). Por eso, la mayor gloria de nuestra luz consiste en que sirvamos de instrumentos en las manos de Dios, para llevarle muchas almas que sean salvas y le glorifiquen; nuestras buenas obras les servirán: 1) de *motivo de alabanza* a Dios; 2) de *incentivo de piedad.* Una conducta santa, constante ejemplar, es el medio más eficaz para redargüir al pecador y para estimular al justo. Hay en ello una razón psicológica muy sencilla: Las palabras necesitan una especie de traducción por parte del que las escucha, pues cada uno tenemos, por decirlo así, nuestro propio «diccionario» (de ahí que una misma frase se entienda de tantas maneras como oyentes hay), mientras que las acciones no necesitan traducción; el gesto se comunica por la vía directa de la intuición, y provoca la imitación.

Versículos 17–20

Los que escuchaban a Jesús tenían un ojo puesto en las Escrituras como *norma,* y en esto Cristo les muestra que estaban en lo cierto; pero tenían el otro ojo puesto en los fariseos como *ejemplo,* y en esto Cristo les muestra que están en el error: porque:

I. La norma del reino que Cristo vino a establecer coincide exactamente con las Escrituras del Antiguo Testamento, que aquí se llaman *la ley y los profetas.*

1. En este sentido, Cristo protesta contra la idea de que Él haya venido a abrogar la ley y los profetas. Los judíos piadosos, que tienen gran afecto a la ley y a los profetas, no han de temer que Jesús venga a destruir las Escrituras; y los judíos profanos, que tienen en poco a la ley y a los profetas, no han de esperar que Jesús venga a abrogar las Escrituras. El Salvador de las almas no ha venido a destruir cosa alguna que venga de Dios; mucho menos, los santos preceptos e instrucciones que hallamos en Moisés y en los profetas. *No ha venido a abrogar, sino a cumplir* (v. 17); es decir: (A) A cumplir todo lo que de Él estaba escrito en la Ley y en los Profetas; este es el primer sentido del verbo *cumplir* (gr. *plerosai*), que significa *llenar;* y así se usa frecuentemente en Mateo; (B) A observar con toda fidelidad la Ley, pues jamás quebrantó la Ley en nada, sino que la cumplió con toda perfección; (C) A completar y perfeccionar la Ley, y rellenar los huecos que tenía, de la misma manera que un dibujante hace primero un esbozo, y después lo completa hasta tener una imagen exacta del objeto; por eso, volver al esbozo después de tener la pintura acabada es como volver a edificar lo destruido (Gá. 2:18–19); (D) A llevar sobre sí, de forma vicaria, la maldición de la Ley, a fin de que todos los creyentes podamos participar de las bendiciones de Abraham (Gá. 3:13–14); (E) A promulgar la Nueva Ley del amor (Jn. 13:34), con cuya observancia, no sólo se cumple toda la Ley (Ro. 13:8, Gá. 5:14; 6:2), sino que se supera, pues ya no se está *bajo* ley, sino *dentro* de ella (1 Co. 9:21, según el original griego).

2. Jesús afirma también la inquebrantabilidad de la Ley (v. 18). *De cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasarán de ningún modo de la Ley, hasta que todo se haya realizado.* El cuidado del Señor acerca de la Ley, se extiende a lo más minucioso de las Escrituras, como

es la diminuta letra hebrea *yod,* o una *tilde* una pequeña señal colocada encima de una letra para marcar el tono o acento de la sílaba (más probable que el rasgo que puede cambiar una letra en otra (la *d* hebrea, en *r*, por ejemplo, ya que esto no sería «insignificante»). *Toda* la Escritura es inspirada por Dios; por eso, sus *letras* se llaman *sagradas* (2 Ti. 3:15–16) y, por eso también, dijo el Señor que *la Escritura no puede ser quebrantada* (Jn. 10:35); es decir ninguna parte de la Biblia puede fallar o dejar de ser *palabra de Dios.*

3. En conformidad con todo ello, encarga seriamente a sus discípulos que, *cualquiera que suprima uno de estos mandamientos, aun de los más insignificantes, y enseñe así* (suprimiendo, para que otros no lo conozcan) *a los hombres, será llamado el menor en el reino de los cielos; mas cualquiera que los cumpla y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos* (v. 19). (A) Entre los mandamientos de Dios, unos son menos importantes que otros, pero ninguno es pequeño, sino menos urgente o fundamental que otros. (B) Es muy peligroso, tanto en materia de doctrina como de práctica, anular el menor de los mandamientos de Dios pues significa algo más grave que el transgredir la Ley, ya que equivale a violarla (Sal. 119:126); más aún, a anularla. (C) Cuanto más se extienden estas corrupciones, peores se vuelven. Ya es bastante desvergüenza quebrantar la Ley pero lo es aún mayor enseñarlo así a los hombres. El que obre así, será llamado *el menor en el reino de los cielos,* en el reino de la gloria. Los que hacen y enseñan el bien son en verdad honorables, y dignos de gran estima en la Iglesia de Cristo, porque los que no hacen lo que enseñan, derriban con una mano lo que edifican con la otra. Quienes hablan por propia experiencia y viven al nivel de lo que predican, son verdaderamente grandes; *brillarán* después *como estrellas en el reino de nuestro Padre.*

II. La justicia que Cristo vino a establecer con esta norma debe superar a la de los escribas y fariseos (v. 20). Esta era una doctrina extraña para los que consideraban a los escribas y fariseos como a quienes habían escalado las cimas de la piedad religiosa. Por tanto, fue una gran sorpresa para ellos oír que debían ser mejores que los escribas y fariseos. Estos eran enemigos de Cristo y de su doctrina y eran también grandes opresores, con todo, hay que reconocer que había en ellos algo recomendable. Sin embargo, Jesús les dice aquí a sus discípulos que la religión que Él ha venido a establecer, no sólo excluye lo malo, sino que supera lo bueno, de los escribas y fariseos. Nosotros debemos obrar más y mejor que ellos. Ellos se preocupaban sólo de la piedad *exterior,* pero nosotros debemos tomar conciencia de la *interior.* Ellos se afanaban por conseguir *la alabanza y el aplauso de los hombres,* pero nosotros debemos afanarnos por *ser aceptos a Dios* y, cuando hayamos hecho todo, hemos de *negarnos a nosotros mismos y* decir: *siervos inútiles somos,* y confiar sólo en *la justicia de Cristo* (Ro. 10:3).

Versículos 21–26

Cristo pasa ahora a exponer la Ley en algunos de sus puntos particulares. No añade nada nuevo, sino que limita y restringe algunas cosas permitidas de las que se había abusado; y, en cuanto a los preceptos, muestra su extensión, la necesidad estricta de cumplirlos y su naturaleza espiritual. En otras palabras como ya dijimos al comienzo de este capítulo, ataca a las *raíces* del pecado. En estos versículos, explica el alcance de la ley del sexto mandamiento, de acuerdo con su verdadero objetivo y plena extensión.

I. Aquí está *el mandamiento mismo* (v. 21). Las leyes de Dios no son nuevas ni advenedizas, sino que fueron dadas a los *antiguos,* pero son de tal naturaleza, que no se habían vuelto *anticuadas* ni obsoletas. Aquí se prohíbe *matar:* matarse, matar a otros, directa o indirectamente, o ponerse en camino de hacerlo, o perpetrar cualquier cosa que se asemeje a ello. La ley de Dios, que es Dios de vida, es una barrera de protección para nuestras vidas.

II. La exposición de este mandamiento con la que los maestros judíos se contentaban; su comentario era que *cualquiera que mate será reo de juicio.* Ahora bien, esta glosa que ellos hacían del mandamiento era defectuosa, ya que insinuaba que la ley del sexto mandamiento era sólo externa, y no prohibía sino el acto del asesinato sin poner freno a *las pasiones de donde vienen las guerras y los pleitos* (Stg. 4:1). Este era, por cierto el error de los maestros judíos, *error fundamental:* pensar que la ley de Dios prohibía sólo el acto pecaminoso exterior, no el pensamiento pecaminoso.

III. La exposición que Cristo hizo de este mandamiento.

1. Cristo les dice que el *enojo irreflexivo* equivale al asesinato (v. 22); *Cualquiera que se enoje con su hermano* sin causa, *será reo de juicio* y, por tanto, quebrantará el sexto mandamiento. El enojo es una pasión natural; hay casos en que es legítimo y laudable; pero cuando nos enojamos sin causa, es *pecado.* Cuando surge sin que exista provocación justa, sin causa o sin causa buena, o sin causa proporcionada; cuando nos enojamos por suposiciones sin fundamento, o por afrentas triviales que no merecen respuesta. Cuando no hay ningún objetivo bueno en perspectiva no sólo es en vano, sino que hace daño; mientras que, si en alguna ocasión nos enojamos, debería ser para incitar al ofensor a arrepentirse e impedir así que vuelva a ofender. Cuando sobrepasa los debidos límites, cuando va acompañado del ultraje y de la frase maliciosa, cuando tratamos de herir en lo vivo a quienes se van a resentir de ello. Todo esto es un quebrantamiento del sexto mandamiento pues quien se enoja de este modo, llegaría a matar si pudiese o se atreviese a ello, ya que está dando los primeros pasos en esa dirección.

2. Les dice también que usar un lenguaje oprobioso contra el hermano, llamándole *imbécil y renegado* es asesinato de lengua. Cuando esto se dice con mansedumbre y con buen fin, para convencer a otros de su insensatez e impiedad, no es pecado. Pero cuando con enojo indebido y malicioso, es como el humo del fuego que surge del Infierno. (A) *Raca* es una palabra de desprecio nacida de orgullo, y equivale a *imbécil o mentecato.* Una frase reveladora de esta clase de ultraje es la que enscontramos en Juan 7:49: *Mas esta gente que no conoce la ley, son unos malditos.* (B) *Moreh,* que muchas versiones traducen por loco, no es en realidad término griego, sino arameo, y significa algo así como *impío o renegado;* aquí el desprecio nace del odio, pues se mira al prójimo, no sólo como a despreciable e indigno de honor, sino como a vil e indigno de amor. *Raca* equivale a *sin sentido,* pero *moreh* equivale a *sin gracia* (gracia de Dios); y cuanto más atañe un reproche a la condición espiritual, tanto peor es. Las calumnias y censuras maliciosas son *veneno bajo la lengua,* que mata secretamente y despacio. Son como raíces de asesinato.

3. Les dice que, por muy a la ligera que se piense de estos pecados, hay que considerarlos como tales con toda seriedad. *Quien se enoja con su hermano será reo de juicio;* no sólo del local tribunal judío de 23 miembros, sino del juicio de Dios. Quien le llame *raca, será responsable ante el sanedrín,* palabra griega que los judíos usaban para designar la Corte Suprema de Jerusalén, compuesta de 71 miembros. Pero quien le diga *Moreh* se hace reo, no ante un tribunal humano, sino ante la misma Corte Celestial, *será reo del fuego del Infierno,* de ese mismo Infierno del cual él juzga digno a su hermano. Cristo quería así mostrar cuál de los pecados era más grave, e indica qué castigo era más terrible.

IV. De todo esto se infiere el deber que tenemos de preservar el amor cristiano y la paz con todos nuestros hermanos y que, si en alguna ocasión, se produce alguna ruptura, hemos de afanarnos por procurar la reconciliación.

1. Porque, mientras esto no se haga, estamos completamente indispuestos para tener comunión con Dios en sus santas ordenanzas (vv. 23–24). *Si tenéis algo contra alguien,* pronto se arregla; basta con *perdonar* (Mr. 11:25); pero si el mal ha comenzado de tu lado, de modo *que tu hermano tiene algo contra ti, anda a reconciliarte con tu hermano, antes de presentar tu ofrenda ante el altar;* es decir, antes de acercarte solemnemente a Dios. Siempre que nos dispongamos a efectuar cualquier acto religioso, bien nos irá con tomar de ello ocasión para reflexionar seriamente y examinar nuestro corazón, pues tales actos de religión no son aceptables a Dios, si los efectuamos cuando estamos enojados. Las oraciones pronunciadas en ira están escritas con hiel (v. Is. 1:15; 58:4). El amor es mucho mejor que todos los holocaustos y sacrificios, tanto que Dios se contenta con esperar para la ofrenda, y no con que se le presente mientras somos culpables de odio y metidos en reyerta. Pero, aun cuando estemos indispuestos para la comunión con Dios a causa de alguna continua reyerta con nuestro hermano, esto no puede servirnos de excusa para omitir o descuidar nuestro deber. Muchos dan como excusa o razón de no venir a la iglesia o a la Mesa del Señor, el que no se llevan bien con algún hermano; y ¿de quién es la culpa? Un pecado no excusa el otro, sino que lo multiplica por dos. La falta de caridad no puede significar la falta de piedad. Por tanto, no debemos permitir *que se ponga el sol sobre nuestro enojo* (Ef. 4:26) ningún día, porque debemos ir a la oración antes de ir a dormir.

2. Porque, mientras esto no se haga, estamos expuestos a gran peligro (vv. 25–26).

(A) En el aspecto temporal. Si la ofensa que hemos cometido contra nuestro hermano, en su persona, en sus bienes o en su reputación, es tal que le ha producido un perjuicio considerable, es nuestro deber someternos humildemente a una satisfacción pacífica y equitativa; no sea que lo requiera al recurrir a los

tribunales, y nos ponga en el extremo de ir a la cárcel. Es preferible llegar a un entendimiento, porque los pleitos ante los tribunales se pagan caros. Aunque debemos ser misericordiosos con los que nos causan perjuicio, debemos ser justos con aquellos a quienes hemos causado perjuicio. La cárcel es un lugar incómodo para los que son llevados allá por su orgullo, su insensatez o su despilfarro.

(B) En el aspecto espiritual. *«Anda reconcíliate con tu hermano»,* sé justo con él, pórtate amistosamente con él, porque, mientras continúe la enemistad, así como no estás preparado para *presentar tu ofrenda sobre el altar,* indispuesto para llegarte a la Mesa del Señor, tampoco estás preparado para morir.

Aunque los versículos 25 y 26 no se refieren a la relación del hombre con Dios, sino con su prójimo, bien puede hacerse una acomodación al gran asunto de nuestra reconciliación con Dios por medio de Jesucristo: *Ponte a buenas con él, entretanto que estás con él en el camino.* Nótese que: (a) El gran Dios es *adversario* de todos los pecadores; (b) Mucho nos importa el *ponernos a buenas con él;* (c) Es señal de gran prudencia hacer esto *de prisa, mientra «estamos en el camino;* mientras estamos con vida, *estamos en el camino;* después de muertos, ya es demasiado tarde para ello; (d) quienes continúan en estado de enemistad con Dios, están continuamente expuestos a ser arrestados por su justicia. El Infierno es la cárcel en la que serán arrojados los que continúen en estado de enemistad con Dios. Los pecadores no arrepentidos permanecerán allí por toda la eternidad. *No saldrán de allí hasta que paguen el último cuarto.* En el sentido literal del texto, esto es posible, pero en el sentido acomodado a nuestra relación, esto es imposible, porque nadie puede pagar a Dios, de su peculio, por ninguno de sus pecados. Por lo que acabamos de decir, se ve cuán falso resulta aplicar esto *literalmente* a la relación con Dios, y más falso todavía deducir de aquí, como se ha hecho en la Iglesia de Roma, a partir de Tertuliano, nada menos que la doctrina sobre el purgatorio.

Versículos 27–32

Ahora tenemos una exposición del séptimo mandamiento. Es la ley contra la impureza sexual, lo cual sigue muy apropiadamente al mandamiento anterior. El sexto mandamiento concierne al mayor de los bienes del prójimo, que es la vida; el séptimo concierne al segundo de sus bienes, que es la honra.

I. Primero aparece el mandamiento mismo: *No cometerás0 adulterio* (v. 27), lo cual incluye la prohibición de todos los otros actos de impureza sexual, así como el deseo de ellos.

II. Se explica después la severidad del mandamiento en tres aspectos.

1. Se nos enseña aquí que existe un *adulterio cometido en el corazón,* es decir, pensamientos y deseos que nunca llegan al acto exterior del adulterio o de la fornicación. *Cualquiera que mira a una mujer* (ajena, se entiende) *para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón* (v. 28). Este mandamiento prohíbe, pues, no sólo los actos externos de adulterio y fornicación, sino: (A) Todos los deseos de ellos. La concupiscencia supone una conciencia confusa o predispuesta por una mala inclinación; confusa, si no reacciona contra el pecado; mal inclinada, si muestra su connivencia con el pecado; en el primer caso, no prevalece en lo que dictamina; en el segundo, no dictamina como es debido. (B) Todo acercamiento a ellos; lo cual suele comenzar al alimentar los ojos con la vista del fruto prohibido. El ojo es la puerta de entrada y de salida de gran cantidad de perversidad en esta materia. ¿Para qué tenemos la «cubiertas de los ojos, que son los párpados, sino para frenar las miradas de corrupción, y dejar fuera las impresiones contaminantes? Esta ley prohíbe igualmente el uso de cualquier otro de los sentidos para avivar la concupiscencia. Si las miradas tentadoras son cosa prohibida, mucho más lo son las conversaciones sucias, las diversiones lascivas, etc.; todo cuanto sirve de pábulo y fuelles a este fuego infernal. Estos preceptos son vallas en torno a la pureza de corazón (v. 8). Y, si el mirar es pecado, quienes se visten, se arreglan y exhiben con el propósito, más o menos consciente de ser vistas y codiciadas no son menos culpables. Los hombres pecan, pero el demonio tienta de muchas maneras a pecar.

2. Tales miradas y diversiones son tan peligrosas y nocivas para el alma, que es preferible perder un ojo o una mano antes que aceptar la ocasión de caer. El mundo dice: *«Dura es esta palabra, ¿quién la puede oír?»* (Jn. 6:60). La carne y la sangre no pueden menos de mirar con placer a una mujer bella; y les resulta imposible dejar de codiciar y divertirse con tal objeto. Tales inclinaciones difícilmente pueden ser superadas con razones, por lo cual, es preciso oponerles *los terrores del Señor.*

(A) Es una operación muy seria la que aquí se prescribe para remedio de tal concupiscencia. Si *tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti. Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala y échala de ti.* Si no hubiese otro medio de impedir las miradas lascivas y los perversos desmanes, sería preferible tomar tan drásticas medidas; pero, gracias a Dios, hay un remedio más efectivo que toda precaución externa: la oración ferviente al Señor, para asirse del poder de su gracia, que es suficiente para superar toda tentación. Y si hemos de estar dispuestos a aplicar tales correctivos, mucho más debemos estar resueltos a mantenernos en constante vela sobre los movimientos de nuestro corazón para suprimir inmediatamente en su primer inicio el oleaje de la pasión, para evitar las ocasiones de pecado, para resistir a toda tentación en sus comienzos y huir de la compañía de quienes pueden hacernos caer en el lazo de la seducción, por muy agradable que nos resulte su amistad. ¡Guardémonos de los caminos del mal, y aun del uso de cosas de suyo permitidas, si hallamos en ellas algún motivo de tentación; y, sobre todo, busquemos el rostro del Señor y dependamos continuamente de su gracia! *¡Andemos en el Espíritu, y así no satisfaremos los deseos de la carne!* (Gá. 5:16). Esto será mucho más efectivo que *sacarse el ojo derecho y cortarse la mano derecha,* pues equivale a dejar inoperante nuestro viejo hombre.

(B) Es sobrecogedor el argumento que el Señor usa para encarecer la estricta observancia del precepto: *Más te conviene que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno* (vv. 29–30). No es inconveniente para un ministro del Señor el hablar del infierno y de la condenación, sino que, por el contrario, *debe* hacerlo, por cuanto el Señor lo hizo; y seríamos infieles al encargo que se nos ha confiado, si no advirtiéramos a otros *de la ira venidera.* (a) Hay algunos pecados de los que necesitamos *ser salvados con temor* (Jud. v. 23), particularmente las pasiones de la carne, que son tan brutalmente bestiales, que sólo se pueden tratar poseídos de temor. (b) Los que ponen su alma en riesgo de ruina eterna antes que privarse de las satisfacciones que proporciona el placer de los instintos brutales, no saben lo que es el infierno o no creen en él. (c) Incluso los deberes menos agradables a nuestra carne y sangre, son *provechosos,* pues nuestro Maestro no requiere de nosotros nada que no sea para nuestro provecho y felicidad. Más aún, podemos asegurar que el desprecio o el descuido de la virtud se deben a que la mayoría de la gente (incluso, entre creyentes) no llega a convencerse de que hay una perfecta ecuación entre *santidad y felicidad.*

3. El Señor dice tambien que el divorciarse de sus mujeres por cualquier causa que no sea el concubinato es una violación del séptimo mandamiento, puesto que abre de par en par las puertas al adulterio (vv. 31–32). Observa aquí:

(A) Cómo estaba la cosa respecto del divorcio: *«Cualquiera que repudie a su mujer, que le de carta de divorcio»;* que no piense hacerlo de palabra, cuando está dominado por alguna pasión, sino que lo haga solemnemente. Así prevenía la Ley contra los divorcios precipitados.

(B) Cómo rectificó y enmendó el Señor este precepto, y devolvió la institución del matrimonio a su primitivo estado: *Vendrán los dos a ser una sola carne* (v. el comentario a Gn. 2:24) y por tanto, difícil será separarlos, no debiendo ser permitida la separación, a no ser que se hallen unidos ilegítimamente, en grado prohibido por la Ley. Esta es la más probable interpretación del griego *porneia,* que nunca significa *adulterio* en el Nuevo Testamento. El que repudia a su mujer por cualquier otra causa, *hace que ella adultere;* y no sólo ella, sino también el hombre a quien ella se una después de ser repudiada.

Versículos 33–37

Ahora tenemos una exposición del tercer mandamiento. Dios no tendrá por inocente al que quebrante este mandamiento *tomando el nombre de Dios en vano.*

I. Todos están de acuerdo en que aquí se prohíbe el perjurio y la violación de votos y juramentos (v. 33). El perjurio es un pecado condenado por la luz misma de la naturaleza, como un combinado de impiedad contra Dios y de injusticia contra el prójimo, y hace que el hombre quede grandemente expuesto a la ira de Dios. *Así me ayude Dios,* decimos solemnemente, cuando deseamos carecer de la ayuda de Dios en caso de que juremos falsamente. De este modo, por consentimiento general, se han maldecido a sí mismos los hombres al no dudar de que Dios los había de maldecir, si mentían contra la verdad en el preciso momento en que invocaban a Dios como testigo de lo que decían.

II. Se añade aquí que el mandamiento no sólo prohíbe jurar en falso, sino también el jurar precipitadamente y sin necesidad: *No juréis en ninguna manera* (v. 34). No quiere decir que todo

juramento sea pecado; lejos de tal cosa, el juramento debidamente pronunciado es parte del culto religioso y, por medio de él, *damos a Dios la gloria debida a Su nombre.* Al jurar así empeñamos la palabra en la verdad de algo conocido, a fin de confirmar la verdad de algo dudoso o poco conocido; apelamos de esta manera a un conocimiento más alto, como a un Tribunal Supremo.

La mente de Cristo en esta materia es:

1. Que *no juremos de ninguna manera,* sino cuando somos debidamente llamados a hacerlo, y así lo pide la justicia o el amor hacia nuestro prójimo, o el respeto a la comunidad, *para poner punto final a toda disputa* (He. 6:16). Podemos, pues, ser conjurados, pero no debemos jurar.

2. Que no debemos jurar sin reverencia o a la ligera, en la conversación corriente; es un gran pecado apelar sin necesidad a la gloriosa Majestad de los cielos, porque no hay ninguna excusa para ello y, por tanto, es señal de un corazón sacrílego e irreflexivo.

3. Que de una manera especial hemos de evitar los juramentos promisorios, de los que Cristo habla aquí más en particular pues son juramentos que deben cumplirse. El uso y la frecuente demanda de juramentos son un reproche para los cristianos, quienes deberían ser reconocidos por tan fieles a su palabra, que una sobria afirmación de ellos habría de equivaler al más solemne de los juramentos.

4. Que no debemos jurar por ninguna criatura. Parece ser que había quienes pensaban que por cortesía al nombre de Dios era preferible no usarlo en los juramentos, sino jurar *por el cielo, por la tierra,* etc. Sin embargo, esto es peligroso por dos razones: (A) Es hacer una indebida distinción entre un juramento y otro, pues así se puede engañar a una persona poco versada en estas sutilezas y profanar las cosas sagradas. (B) Al poner por testigo a una persona, puedo inclinarla a garantizar mis afirmaciones o a traer sobre mí una calamidad si juro en falso; pero a las cosas inanimadas no las puedo invocar de esta manera, ni puedo controlarlas; más aún, todas ellas están relacionadas con Dios, como Supremo Hacedor y Controlador del Universo, y sólo en esta conexión con Dios tiene fuerza el juramento pronunciado sobre ellas.

(A) *No juréis por el cielo.* Tan seguro como que hay un cielo, es que *es el trono de Dios,* donde Él se asienta. No se puede, pues, jurar por el cielo sin jurar por Dios mismo.

(B) *Ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies. La tierra es de Jehová;* así que, al jurar por ella, se jura por su Dueño.

(C) *Ni por Jerusalén,* un lugar por el que los judíos sentían tal veneración, que no encontraban nada más sagrado por lo que jurar. *Es la ciudad del gran Rey* (v. 35; y. Sal. 48:2), *la ciudad de Dios* (Sal. 46:4); por eso, Dios está interesado en ella y en cualquier juramento que se profiere sobre ella.

(D) *Ni jurarás por tu cabeza* (v. 36). Más que tuya, es de Dios; pues Él la hizo, y Él formó todas sus facultades y energías; mientras que tú no puedes, a base de un influjo natural e intrínseco, cambiar el color de *un solo cabello* para *hacerlo blanco o negro;* así que no puedes *jurar por tu cabeza* sin jurar por quien es la Vida de tu cabeza, y *el que levanta tu cabeza* (Sal. 3:3).

5. Por consiguiente, en todas nuestras conversaciones debemos contentarnos con un sencillo: Sí, sí; *no, no* (v. 37). *Amén, amén* era el sí, sí de nuestro Salvador. Así que si deseamos negar una cosa, bástenos con decir: *No.* Si nuestra sinceridad y nuestra fidelidad son conocidas, eso nos será suficiente para ganar el crédito necesario; y si alguien lo pone en duda, el querer asegurarlo con juramentos y maldiciones servirá solamente para hacerlo más sospechoso. Quienes pueden tragarse un juramento innecesario, no van a colar una mentira.

La razón que el Señor da es muy de notar: *Pues lo que se añade de más, procede del maligno,* aun cuando no llegue a la maldad de un juramento. Ello surge del carácter engañoso de nuestra naturaleza caída; *todo hombre es mentiroso* (Sal. 116:11, Ro. 3:4). Los hombres usan todas esas protestas de sinceridad porque no se fían unos de otros y piensan que ese es el único medio para que se les crea. Un juramento es como una medicina que supone la existencia de una enfermedad.

Versículos 38–42

En estos versículos se expone la ley del talión. Obsérvese:

I. Cuál era la *tolerancia* del Antiguo Testamento en caso de perjuicio. No estaba mandado que cada cual requiriese necesariamente tal satisfacción; pero podían hacerlo legalmente, si lo tenían a bien; *ojo por ojo, diente por diente* (v. 38). En realidad, era una normativa límite para refrenar a quienes habían

sufrido un perjuicio, de modo que no tratasen de imponer un castigo mayor que el daño sufrido; no es *la vida por un ojo, o un brazo por un diente,* sino que guarda una proporción igualitaria.

Esto es todavía vigente de algún modo, en lo que toca a los magistrados a quienes compete hacer justicia, que usa la espada de acuerdo con el bien común del país, para imponer temor a los malhechores y vindicar a los oprimidos y perjudicados (v. Ro. 13:4); y a ello deben prestar atención los legisladores, a fin de proveer las medidas necesarias para que los criminales no gocen de impunidad.

II. Cuál es el *precepto* del Nuevo Testamento en lo que atañe al creyente perjudicado (de un inconverso no pueden esperarse cosas contrarias a su naturaleza); su deber es *perdonar la injuria recibida* y no insistir en el castigo del delincuente más allá de lo que es necesario para el bien de la sociedad. Dos cosas nos enseña aquí el Señor Jesucristo:

1. No debemos ser vengativos: *Pero yo os digo: No resistáis al malvado* (v. 39); es decir, a la mala persona que os hace un perjuicio. *Debemos evitar el mal,* y aun podemos *resistir al mal* en la medida en que es necesario para nuestra propia seguridad; pero *no debemos devolver mal por mal* (Ro. 12:17); no debemos guardar rencor, ni tomarnos la justicia por nuestra mano, ni tratar de ponernos al mismo nivel de los que se portan con nosotros ásperamente, sino que hemos de ir más lejos perdonándoles de corazón. La ley del talión debe dar paso a la ley del amor. No es excusa para perjudicar a nuestro prójimo decir que él comenzó primero, porque es el segundo golpe el que provoca la reyerta. Tres cosas especifica el Señor, para mostrar que los cristianos deben soportar con paciencia el daño que reciben de otros:

(A) Un golpe en la mejilla, que es una injuria causada en el cuerpo: «A cualquiera que te hiera en la mejilla derecha—lo cual no sólo produce daño, sino también afrenta—, *vuélvele también la otra»;* es decir, sopórtalo con paciencia; no le devuelvas el golpe ni te enfurezcas por ello; si no hay ningún hueso roto, ni herida copiosamente sangrante, perdona y olvida. Y si los vengativos y arrogantes te tienen en poco y se ríen de ti por ello, los equilibrados y verdaderamente sabios te estimarán y honrarán por ello como a un genuino seguidor del bendito Jesús. Aunque esto te exponga ante los viles y perversos a recibir nuevas afrentas, como en efecto ocurre a menudo, no te perturbe si recibes nuevo golpe al volverle la otra mejilla. Pero quizás el perdón de una injuria puede impedir que recibas otra, mientras que el tomar venganza de ella podría acarrearte una segunda, pues hay quienes son vencidos si te muestras apacible y sumiso, cuando resistiéndoles no harías sino exasperarles más y más.

(B) La pérdida de una túnica, que es una pérdida en mis bienes: Y *al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica* (v. 40). Aunque los jueces sean justos y circunspectos, entra dentro de lo posible el que hombres malos que no tienen conciencia y no respetan juramentos, inventen una historia o falsifiquen los hechos, para quitarle a uno la túnica por la fuerza de la ley, llevándolo a los tribunales. *No te maravilles de ello* (Ec. 5:8), sino *déjale también la capa.* Si el precio de lo incautado no es importante, es preferible someterse por amor a la paz. Aunque el precio de la capa sea mayor que el de la túnica, y no esta permitido por la ley quitársela a nadie (v. Éx. 22:26 y ss.), de seguro que te saldrá más barato comprarte otra capa, que lo que te ha de costar recobrar la vieja si recurres a los tribunales.

(C) Recorrer una milla (1.478 m) por coacción, lo cual es un agravio a mi libertad: *Y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos* (v. 41). Más te vale decir: Sí, lo haré pues así te evitarás una reyerta; mejor es servir al opresor, que servir a tu propio orgullo y deseo de venganza. El fondo de todo esto es que el cristiano no debe ser amigo de pleitos; los perjuicios menores es preferible aguantarlos; y si el daño es lo suficientemente importante como para exigir una reparación, hágase para bien y sin deseos de venganza.

2. Debemos ser caritativos y generosos (v. 42). No sólo no debemos hacer mal a nuestro prójimo, sino que hemos de tratar de hacerle todo el bien que podamos. (A) Hemos de estar dispuestos a dar: *Al que te pida, dale.* Si tienes bienes de fortuna o habilidad para prestar un determinado servicio, ten por un honor que alguien te pida, dándote la oportunidad de ser útil a los demás, y ofreciéndote esa felicidad que proporciona el dar más bien que el recibir (Hch. 20:35). Con todo, este asunto de dar debe estar guiado por la discreción, no sea que prives de lo necesario a los tuyos, mientras fomentas la vagancia de holgazanes sin vergüenza, que tratan de vivir como parásitos de la sociedad. Lo prudente es tratar de aliviar la necesidad del modo más eficaz. Hay un proverbio chino que dice: Mucho mejor que regalar un pescado es regalar una caña de pescar. Lo más importante es que haya en nosotros la misma disposición que hay en nuestro Padre Celestial, cuando nos dice: *Pedid, y se os dará.* Demos, pues, a quien nos pide

en su verdadera, no fingida, necesidad; aunque es preferible ser engañado en dos ocasiones, que negar nuestra ayuda a un solo necesitado. (B) También debemos estar dispuestos a prestar. Esto es a veces, más efectivo que un regalo, pues no sólo alivia la necesidad del momento, sino que estimula al beneficiario a ser previsor, laborioso y honesto. *Al que quiera tomar de ti prestado, no lo desatiendas.* No mires a la condición de la persona, sino a la urgencia de su necesidad. Es muy propio del cristiano el adelantarse en los actos de generosidad y amabilidad, y recordar que nuestro Dios nos escucha antes de que le hablemos y *nos previene con las bendiciones de su bondad.* ¡Oh, si cada día meditásemos los cinco primeros versículos del Salmo 103!

Versículos 43–48

Finalmente, tenemos en esta porción una exposición de la gran ley fundamental de la segunda tabla del Decálogo: *Amarás a tu prójimo.*

I. Veamos primero cómo fue corrompida esta ley por los comentarios de los maestros judíos (v. 43). Dios había dicho: *Amarás a tu prójimo;* pero ellos entendieron por *prójimo* solamente a quienes consideraban como amigos, y de ahí dedujeron lo que Dios nunca intentó decir: y *aborrecerás a tu enemigo,* así entendieron por enemigo a cualquiera que no les cayese bien. Nótese cuán prestas están las pasiones corrompidas a sacar falsas consecuencias de la Palabra de Dios, y *tomar ocasión del mandamiento* para justificarse a sí mismas.

II. Veamos ahora cómo queda aclarada la ley por mandato del Señor Jesús, quien nos enseña otra lección: *Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos* (v. 44). Aunque los hombres somos malos por naturaleza, y nos portamos mal con los demás, eso no es ninguna excusa para descargarnos del deber que tenemos para con nuestros prójimos: el deber de amar al semejante, y en especial a los más allegados. Es un gran deber del cristiano *amar a los enemigos.* No significa que hayamos de complacernos en la maldad del enemigo, sino que hemos de desearles toda clase de bien e incluso complacernos en lo que tengan de agradable y encomiable. Debemos de tenerles, no sólo compasión, sino también buena voluntad hacia ellos. Recordemos que Dios nos amó cuando éramos sus enemigos (v. Ro. 5:6–8). Aquí se nos dice:

1. Que debemos *hablar* bien de ellos: *Bendecid a los* que *os maldicen. Si* bendecir es *decir bien,* cuando les hablemos debemos contestar a sus insidias e impertinencias con palabras corteses y amistosas, sin responder a sus ultrajes con ultrajes. Aquellos cuya lengua es fuente de dulzura (Stg. 3:11), pueden hablar palabras dulces a quienes les dirigen palabras amargas.
2. Que debemos *hacerles* bien: *Haced bien a los que os aborrecen;* esto es una prueba de amor más efectiva que las buenas palabras. Estemos dispuestos a hacerles todo el bien que esté en nuestra mano, y alegrémonos de la ocasión que se nos ofrece para ello.
3. Debemos *orar* por ellos: *Orad por los que os ultrajan y os persiguen.* Cristo mismo reaccionó de esta manera hacia los que le ultrajaron y llevaron a morir en la cruz. Si en alguna ocasión nos ocurre algo parecido, tenemos la oportunidad de mostrar nuestra conformidad, no sólo con el precepto de Cristo, sino también con su ejemplo, y orar por los que nos maltratan. Hemos de pedirle a Dios que les perdone, que no tengan que sufrir malas consecuencias por el daño que nos han hecho, y que Él haga de alguna manera que se pongan en paz con nosotros. Esto es *amontonar sobre su cabeza carbones encendidos* (Ro. 12:20). Y hemos de hacerlo así:

(A) Para ser *como Dios nuestro Padre: Para que así lleguéis a ser*—y lo demostréis—*hijos de vuestro Padre que está en los cielos* (v. 45). ¿Podemos copiar un original mejor? Él hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos. El *sol* y la *lluvia* son grandes bendiciones para toda la humanidad, y provienen de Dios. Las gracias y los favores comunes deben ser estimados como ejemplos y pruebas de la bondad de Dios, quien se muestra en ellos como bienhechor generoso. Estos dones generales de la divina providencia se imparten sin discriminación a *buenos y malos, justos e injustos.* Los peores entre los humanos comparten con los demás estos favores de la vida presente, lo cual es un ejemplo sorprendente de la paciencia y de la generosidad de Dios. Estos regalos de la generosidad de Dios a hombres perversos que están en rebelión contra Él, nos enseñan a *hacer bien a los que nos aborrecen.* Sólo quienes se afanen por parecerse a Dios, especialmente en su bondad, serán aceptados como hijos de Dios.

(B) Para que así actuemos *mejor que los demás* (vv. 46–47). (a) *Los publicanos o* cobradores de impuestos *también aman a los que les aman;* siguen así la inclinación de la naturaleza y las direcciones de su propio interés. Hacer el bien a quienes se portan bien con nosotros es una cualidad común de los humanos. (b) Hemos pues, de amar a nuestros enemigos, para así superarlos; pues la cristiandad es algo más que humanidad. Se trata de una pregunta muy seria que deberíamos hacernos con frecuencia: *«¿Qué hacemos más que los que no son creyentes? ¿En qué cosas les superamos?»* Dios ha hecho más por nosotros que por los demás y, por consiguiente, con razón espera de nosotros más que de los demás pero *¿qué hacemos nosotros más que los demás?* ¿En qué está nuestra vida por encima del nivel de la de los hijos de este mundo? No podemos esperar la recompensa de cristianos, si no nos elevamos sobre la virtud de los publicanos. Quienes esperan premio de vencedores han de procurar ser en todo los mejores.

(C) Nuestro Salvador concluye el tema presente con la siguiente exhortación: *Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto* (v. 48). Esto puede entenderse, (a) en general, incluyendo todo aquello en que debemos imitar a Dios *como hijos suyos.* Es deber de todo cristiano aspirar a la perfección en la gracia y en la santidad; perfección equivale aquí, no a impecabilidad—imposible en esta vida—sino a *madurez,* propia de quien no anda según la carne, sino conforme al Espíritu y en el Espíritu (Ro. 8:4; Gá. 5:16). (b) En particular, con respecto al amor que se ha de tener a los enemigos (v. Lc. 6:36), lo cual está más en conformidad con todo el contexto anterior. Propio es de Dios *perdonar y tener compasión* (v. Dn. 9:9), y *ser bueno para con todos* (Sal. 145:9), para buenos y malos, para agradecidos e ingratos. ¡Seamos, pues, como Él! Nosotros que se lo debemos *todo* a la bondad divina, debemos afanarnos por imitar a nuestro Padre en todo, pero especialmente en su bondad para con todos.

CAPÍTULO 6

En el capítulo anterior, Cristo ha prevenido a sus discípulos contra las deformaciones que los escribas y fariseos habían hecho de la Ley de Dios, al enseñar doctrinas falsas y opiniones corrompidas. Ahora les va a prevenir contra la hipocresía y la mentalidad mundana, pecados de los que, más que de otros cualesquiera, necesitan guardarse quienes profesan ser creyentes.

Versículos 1–4

Debemos estar en guardia contra la hipocresía, que era la *levadura* de los fariseos, tanto como contra sus enseñanzas (Lc. 12:1). *Dar limosna, orar y ayunar* son tres grandes deberes del cristiano. Así que, no sólo nos hemos de *apartar del mal,* sino dedicarnos a *hacer el bien,* a hacerlo bien y a perseverar en la práctica del bien.

Se nos advierte aquí contra la hipocresía en dar limosnas. *Guardaos*—dice Jesús—(v. 1), puesto que es un pecado que se insinúa solapadamente; ya que la vanagloria se presenta antes de que nos percatemos de ello e infecta así la buena obra de la limosna Estamos en constante peligro de caer en ese pecado. ¡Guardémonos de la hipocresía, porque cuando reina, arruina! Es parecido a *las moscas muertas que hacen heder al perfume del perfumista* (Ec. 10:1).

Dos cosas se dan aquí por ciertas:

I. El *dar limosna* es un gran deber; un deber que todos los discípulos de Cristo, según sus posibilidades, deben cumplir generosamente. Los judíos llamaban a la bolsa de los pobres *la bolsa de justicia.* Es cierto que las limosnas no merecen el cielo, pero también es cierto que no podemos ir al cielo si no ejercitamos la generosidad. Cristo da aquí por supuesto que sus discípulos *dan limosna,* y no reconocerá por suyos a los que no lo hagan así.

II. Es un deber que tiene gran recompensa, la cual se pierde si se hace con hipocresía. Será recompensado con *riquezas eternas* en la resurrección de los justos (Lc. 14:14). En realidad, *las riquezas que se comparten forman la única riqueza que no se pierde jamás.*

1. Cuál era *la conducta de los hipócritas* en relación con este deber. Ellos practicaban la limosna, pero no lo hacían por obediencia a Dios ni por amor a los hombres, sino por orgullo y vanagloria; no lo hacían por compasión, sino meramente por ostentación. Al seguir esta pauta, escogían las *sinagogas* y las amplias *avenidas* para hacerlo, ya que allí era donde mayor número de gente podía observarlos. No es que esté mal dar limosna *donde la gente pueda vernos;* podemos y debemos hacerlo así. Lo que el Señor reprende es hacerlo *para que nos vean. Tocar trompeta* es aquí sin duda, una hipérbole de gran viveza, para dar a entender la ostentación de los hipócritas. Así como los toques de trompeta especialmente en el ejército, sirven para dar órdenes y llamar poderosamente la atención, así también la vanagloria trata por todos los medios de «hacer mucho ruido» para llamar la atención de los demás y recibir un aplauso muy nutrido.

El reproche que Cristo les hace es muy notable: *De cierto os digo que ya están recibiendo toda su recompensa* (v. 2. La frase se repite en los vv. 5 y 16). Dos palabras hacen que el reproche del Señor sea terrible:

(A) Es una recompensa, pero es su recompensa, no la recompensa que Dios promete a los que practican el bien, sino la que ellos buscan, y ¡qué pobre recompensa es! Su intención es *que los vean los hombres;* los hombres *los ven,* y ahí queda todo.

(B) Esa es *toda su* recompensa; pequeña y pasajera, sin que les quede nada para la otra vida. Tienen ya *todo* lo que buscaban, como indica el verbo del original: *un recibo por la suma total.* Como si dijera: ¿no es eso todo lo que buscaban? ¡Pues ya lo tienen! ¿Cómo van a presentar al cobro delante de Dios un recibo que lleva la tachadura de «pagado»? Dios no fuerza a nadie, sino que concede (o permite) a cada uno *lo que desea* (v. Ro. 2:6–8).

2. Cuál es el *precepto de nuestro Señor* al respecto (vv. 3–4). *«Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha.»* Dar limosna con la mano derecha es una expresión típicamente hebrea (v. Gn. 35:18); es la mano del honor, del poder, de la protección y de la resolución. Que no se entere *la izquierda* expresa con viveza el secreto de la limosna, donde está su mejor cualidad. Darla simplemente porque es una *obra buena,* no porque da *buen nombre* al donante. Precisamente el judaísmo insistía en guardar el secreto en los actos de caridad, para no avergonzar a los pobres; debería ser algo tan secreto que nosotros mismos olvidásemos que habíamos ayudado a una persona cuando nos encontrásemos con ella. De esta forma, se insinúa en las palabras de Jesús: (A) Que hemos de hacer lo posible para que *otros* no se enteren; (B) que nosotros mismos no hemos de tratar de recordarlo. La autocomplacencia, que es algo así como la adoración de nuestra propia sombra, es una de las más fuertes ramas del árbol del orgullo. En cambio, vemos que los que han olvidado sus obras buenas son honrados con el recuerdo que de ellas les hace el mismo Señor: *«¿Cuándo te vimos hambriento, y te alimentamos?»* (Mt. 25:37).

3. Cuál es la *promesa* que se hace a quienes *dan limosna con sinceridad y humildad: Para que tu limosna quede en secreto y tu Padre que ve en lo oculto, te lo recompensará en público* (v. 4). Es un gran consuelo para el creyente sincero saber que Dios *ve en lo oculto.* Obsérvese el énfasis con que se declara que *Él mismo recompensará.* Y no sólo será Él el *Recompensador,* sino también la *Recompensa: galardón sobremanera grande* (Gn. 15:1). Él te recompensará como quien es tu Padre, no como el amo que le da al criado lo justo y nada más, sino como el padre que da abundantemente y sin restricción al hijo que le sirve. Si la obra no ha sido *en público,* el galardón lo será, y eso es mucho mejor.

Versículos 5–8

Cuando ores (v. 5). Se da por supuesto que todos los discípulos de Cristo *oran.* Más fácilmente debería encontrarse vivo a un hombre que no respirase, que a un cristiano que no ore. Si falta la oración, falta la gracia.

Los hipócritas eran culpables de dos grandes faltas cuando oraban: vana gloria (vv. 5–6) y vana repetición (vv. 7–8).

I. No debemos tener *orgullo* ni *vanagloria* en la oración, ni desear ser alabados de los hombres. Obsérvese aquí:

1. Cuál era la *práctica* de los hipócritas. En todos sus ejercicios de devoción, era obvio que su intención primordial era ser encomiados por sus prójimos. Cuando parecían mirar *hacia arriba* en sus oraciones, su intención, el ojo del alma, miraba *hacia abajo* y buscaba ovaciones. Nótese:

(A) Qué lugares escogían para sus devociones: los mismos que para las limosnas, lugares prominentes donde todos podían observarlos y decir: ¡Mirad, qué piadosos son! Jesús no les reprocha por orar en público o en privado, sino por su ostentación. Orar *de pie* era una postura normal, pero hacerlo en lugar prominente (v. en Lc. 18:11 el implícito énfasis en el lugar, si se compara con la *«bastante distancia»* del publicano; v. 13), por ostentación, daba a entender el orgullo y la vanagloria, pues lo hacían *para ser vistos de los hombres,* no para ser aceptos a Dios.

(B) Cuál era el producto que obtenían de esa ostentación: el mismo que en dar limosna, a saber, el aplauso de los hombres. ¡Bien poca cosa! ¿De qué sirve obtener de los hombres buenas palabras, si el Maestro no nos dice un día: *Muy bien hecho, siervo bueno y fiel?* La oración es como una audiencia privada ante el trono de Dios; lo que pasa entre Dios y nosotros en los momentos solemnes de la oración, no puede servir de ostentación pública.

2. Cuál es *la voluntad de Cristo* en oposición a eso: *Pero tú, cuando ores …* (v. 6). Se supone aquí que la oración personal es el deber y la práctica de todos los discípulos de Cristo. Obsérvense:

(A) Las instrucciones que aquí se dan a este respecto: (a) En vez de orar *en las sinagogas y en las esquinas de las plazas* (v. 5), *entra en tu aposento* (v. 6), o en cualquier lugar retirado y solitario: Isaac salía al campo (Gn. 24:63), Cristo subía al monte, Pedro a la azotea (Hch. 10:9). No hay lugar falto de ceremonia, si responde al propósito de la oración. Pero si las circunstancias hacen que nos sea imposible evitar ser vistos, no por eso hemos de dejar la oración, especialmente cuando su omisión produce mayor escándalo que su observación. (b) En vez de orar *para ser vistos, ora a tu Padre que está en lo secreto.* Los fariseos venían a orar a los hombres más bien que a Dios. ¡Ora a Dios, y que esto sea bastante para ti! ¡Ora a Él que es *tu Padre,* presto a escucharte y a responderte, favorablemente inclinado a compadecerte, ayudarte y socorrerte; allí está Él, *en lo secreto,* donde nadie más te ve, donde nadie más está; especialmente cercano a ti, cuando tú estás lejano de los demás; al estar con Él, nunca estás solo! ¡Y cómo te espera! Tiene más deseo de escucharte que tú de hablarle.

(B) El estímulo que aquí se nos da: (a) Él *ve en lo secreto:* hasta el fondo y sin perder detalle de tu situación (Sal. 139:1–4); (b) Él *te lo recompensará en público.* Ellos tienen su recompensa al orar en público, pero tú tendrás la de Dios, ya ores en privado o en público. Es *recompensa,* no de *deuda,* sino de *gracia.* A veces, las oraciones secretas de los hijos de Dios tienen su premio ya en este mundo por las señales obvias de las respuestas que Dios les da, con lo que resulta evidente su condición de creyentes que oran, incluso en las conciencias de sus adversarios que no pueden soslayar un testimonio tan patente.

II. No debemos usar en la oración vanas repeticiones, parlotear sin tino ni medida (v. 7). Aunque el alma de la oración consiste en la elevación de la mente y el derramamiento del corazón en la presencia de Dios, también las palabras tienen su interés, tanto en la oración privada como en la comunitaria. Lo que Jesús reprocha aquí son las *vanas* repeticiones. Nótese:

1. Cuál es, en realidad, la *falta* que aquí se reprueba; no es simplemente la *repetición* que a veces es una muestra saludable del afán o de la angustia con que se ora (26:44; Lc. 22:44), pues Jesús mismo *repetía,* sino las *vanas* repeticiones; es decir: (A) la repetición *mecánica, u «oración* de rodillo»—como alguien ha llamado a devociones como el rosario, etc.—y que se asemeja a las oraciones de los bonzos, que las escriben en rollos y las hacen pasar en un rodillo ante los ojos sin vida de la estatua de Buda. (B) la parlotería sin sentido y sin medida, que es una mera afectación de elocuencia prolija en la oración, ya que a muchos *les encanta oírse a sí mismos hablar.* No es que estén prohibidas las oraciones largas; Cristo oraba durante toda la noche (Lc. 6:12). No es el *orar* mucho lo que aquí se condena, sino el *hablar* mucho; el peligro de esto se halla cuando tratamos de *decir* oraciones, en vez de *orarlas.*

2. Qué razones se dan aquí contra esto:

(A) Este es el modo *como los gentiles* oran, y está muy mal que los cristianos rindan culto al Dios verdadero de la misma manera que los gentiles lo hacen a sus dioses falsos. Al pensar que Dios era como ellos mismos, creían que necesitaba muchas palabras para poder entender lo que se le decía, o para inclinarle a conceder lo que se le pedía. El mero *trabajo de labios* en la oración, por muy bien *trabajado* que esté, si no es más que eso, es un *trabajo perdido.*

(B) No es menester recurrir a ese subterfugio, puesto que *nuestro Padre sabe de qué cosas tenemos necesidad, antes que nosotros le pidamos* (v. 8). Por consiguiente, es superfluo añadir muchas palabras. De ahí no se sigue que no debamos orar, pues Dios mismo nos manda que oremos, que le expongamos nuestro caso, le abramos nuestro corazón, y dejemos en sus manos la solución del problema que nos

agobia. En realidad, aquí tocamos fondo en el concepto mismo de oración: *No oramos para que Dios se entere de lo que necesitamos, sino para percatarnos nosotros mismos de nuestra necesidad y mostrar humildemente que dependemos de Él en todo y de Él lo esperamos todo.* Notemos que: (a) el Dios a quien oramos es nuestro Padre. Los hijos no pronuncian largos discursos ante sus padres cuando necesitan algo; no necesitan decir muchas palabras cuando el Espíritu de adopción les ha enseñado a decir bien esto solo: *Abbá, Padre* (Ro. 8:15). (b) Es un Padre que conoce nuestro caso y nuestra necesidad mucho mejor que nosotros. Con frecuencia *responde antes que le llamemos* (Is. 65:24) y *hace todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos* (Ef. 3:20). No es menester que nos alarguemos al presentarle nuestro caso; Él lo conoce mejor que nosotros, pero quiere oírlo de nuestros labios. Las intercesiones más poderosas son aquellas que se hacen *con gemidos indecibles* (Ro. 8:26).

Versículos 9–15

Precisamente porque *no sabemos qué hemos de pedir como conviene, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad* (Ro. 8:26), y Cristo mismo nos ayuda también al poner las palabras en nuestros labios: *Vosotros, pues, oraréis así* (v. 9). No quiere decir que hayamos de atarnos a ello como a un mero formulario o a un conjunto de frases sagradas o mágicas. Es cierto que la Iglesia, en todos los tiempos y en todas las denominaciones, la ha usado en la oración comunitaria, pero Cristo no dijo: *con estas palabras* sino *de esta manera.* En realidad, el *Padrenuestro* es, más bien que una oración ya *hecha,* un índice de capítulos en que las materias de oración están perfectamente coordinadas; comienza por los valores supremos hasta descender a las necesidades detalladas *de cada día.*

Esta oración (como, en realidad, toda oración) es como una carta enviada de la tierra al cielo, pues contiene todos los datos propios de una carta: la persona a quien la dirigimos *Padre nuestro,* la dirección *en los cielos;* el contenido en las distintas peticiones; la despedida, *porque tuyo es el reino, etc.;* el sello, *Amén;* y, si se quiere, hasta la fecha, *hoy.* Desde luego, tiene una *introducción,* un *contenido* y una *conclusión.*

I. El prefacio o introducción *Padre nuestro que estás en los cielos.* Decimos primero, *Padre nuestro.* Como hijo de Dios, le digo *Padre;* como que soy miembro de una comunidad de hermanos, le digo *nuestro;* esto ya insinúa que hemos de pedir, no sólo por nosotros mismos, sino por nuestros hermanos. Aquí se nos enseña *a quién hay que orar,* sólo a Dios, no a los ángeles ni a los santos. También se nos dice cómo hemos de dirigirnos a Dios y qué título hemos de darle, el que habla de Él más como benéfico que como magnífico, ya que hemos de *acercarnos confiadamente al trono de la gracia* (He. 4:16).

1. Sí, hemos de dirigirnos a Él como a *nuestro Padre* y llamarle por ese nombre. Nada más agradable a Dios ni más placentero para nosotros que llamar *Padre* a Dios. En la mayoría de sus oraciones, Cristo llamó *Padre* a Dios. Si es nuestro Padre, Él se compadecerá de nosotros en todas nuestras debilidades y enfermedades (Sal. 103:13), nos perdonará (Mal. 3:17), tendrá por aceptas nuestras acciones, aunque sean muy defectuosas, y no nos negará nada que sea verdaderamente bueno para nosotros (Lc. 11:11–13). Cuando nos arrepentimos de nuestros pecados, hemos de llegarnos a Dios como a nuestro Padre, conforme lo hizo el Hijo Pródigo (Lc. 15:18), a un Padre amoroso y benigno, que nos ha reconciliado en Cristo (2 Co. 5:19).

2. Como a nuestro Padre *que está en los cielos;* en los cielos está como también en todas partes, puesto que los cielos no pueden contenerle (1 R. 8:27), pero hay un justo énfasis en los cielos porque allí manifiesta de modo especial Su gloria, ya que los cielos son Su trono (Sal. 103:19), el cual es para los creyentes un trono de gracia; por eso hemos de dirigir nuestras oraciones a aquel lugar. Desde allí tiene una visión amplia y clara de todas nuestras necesidades, de todos nuestros problemas, de todos nuestros deseos y de todas nuestras debilidades. Como Padre, está deseando ayudarnos; como Padre Celestial, es poderoso para ayudarnos, y para hacer por nosotros grandes cosas, más de lo que podemos pedir y pensar; Él tiene también abundantes reservas con que proveer a todas nuestras necesidades, pues *toda buena dádiva y todo don perfecto viene de arriba, desciende de parte del Padre* (Stg. 1:17). Por ser Padre, nos acercamos a Él confiadamente; por ser Celeste, nos acercamos a Él reverentemente. Como una carta enviada a casa desde el extranjero, dirigimos nuestra oración allá donde está nuestra verdadera patria, de la que, como creyentes, profesamos estar en camino.

II. Las *peticiones,* que forman el contenido de la oración son seis; las tres primeras se refieren directamente a Dios y a su honor, las tres últimas, a nuestras necesidades. La pauta de esta oración nos enseña a *buscar primero el reino de Dios y su justicia,* con la firme esperanza de que *las demás cosas nos serán añadidas* (v. 33).

1. *Santificado sea tu nombre;* es decir, que se le de a Dios el honor y la gloria que le pertenece (v. Is. 8:13, 1 P. 3:15). (A) Hemos de dar gloria a Dios, antes de esperar recibir de Él misericordia y gracia. Procuremos que Él tenga la alabanza de sus perfecciones, y obtengamos después los beneficios de las mismas. (B) Fijemos nuestra última meta en que Dios sea glorificado, pues ese es el fin último de toda la creación (Is. 43:7); todas las demás peticiones deben estar subordinadas a esta y dirigidas a ella: *Padre, glorifica tu nombre* (Jn. 12:28), al darme el pan de cada día y perdonar mis pecados, etc. Puesto que todo viene de Él y a través de Él, todo debe ser por Él y para Él. Nuestros pensamientos y sentimientos en la oración deberían ir dirigidos, ante todo, a la gloria de Dios: «Haz esto y lo otro por mí, *para la gloria de tu nombre,* y en la medida en que es para tu gloria». (C) En esta petición, oramos que sea glorificado y santificado por todos el *nombre* de Dios, esto es Dios mismo en todo aquello por lo que se ha dado a conocer: «Padre, que sea glorificado tu nombre como Padre, y como Padre que está en los cielos; glorifica tu bondad y tu majestad, tu excelencia y tu misericordia».

2. *Venga tu reino.* Esta petición hace referencia clara a la doctrina que Cristo predicaba por entonces: *El reino de Dios se ha acercado* (4:17). El reino de Dios es como el área inmensa en que Dios tiene su gloria más preclara como Salvador necesario y suficiente de la humanidad, y en él se entra ya ahora *(«en medio de vosotros está»)* mediante la sumisión a su voluntad que es nuestra santificación. No se refiere, pues, a la Segunda Venida del Señor, cuando el Reino se extenderá a todo el mundo y Él los regirá con *cetro de hierro* (Sal. 2:9; Ap. 2:27; 19:15). Rogamos que se extienda ese reino de Dios que está al alcance de la mano, y que venga pronto el Rey que impondrá su voluntad al universo. Esta es una manera de *apresurar la venida del día de Dios* (2 P. 3:12). Así nuestra oración será como un eco del mensaje primero de Jesús (Mr. 1:15), de la misma manera que, cuando Jesús dice: *Ciertamente vengo en breve,* nuestros corazones deben responder: *Sí, ven, Señor Jesús* (Ap. 22:20). Hemos de orar por lo que Dios ha prometido, porque las promesas se nos dan, no para reemplazar nuestras oraciones, sino para estimularlas.

3. *Hágase tu voluntad, como en el cielo, así en la tierra.* Oramos aquí que el reino de Dios se establezca ya ahora mediante nuestra sumisión y obediencia a todas las leyes y ordenanzas de dicho reino. Es cierto que Dios puede quebrantar y someter las voluntades más rebeldes, pero ahora no lo hace mediante coacción, sino mediante atracción (v. Jn. 6:44), aunque Él también controla las malas voluntades y hace que sirvan para Sus designios. En cuanto a los cristianos, hacemos de Cristo un Príncipe meramente *titular,* si le llamamos Rey y no hacemos lo que Él manda; si oramos para que Él reine y nos gobierne, también oramos para que nosotros nos dejemos gobernar en todo por Él. Consideremos: (A) Lo que pedimos aquí: *Hágase tu voluntad.* En este sentido oró Jesús en Getsemaní: *Hágase tu voluntad* (26:42; Lc. 22:42). Digámosle a nuestro Padre: «Capacítame para hacer lo que te agrada; dame esa gracia que es necesaria para el recto conocimiento de tu voluntad, y una obediencia total, para que no te desagrade yo en ninguna cosa que haga, ni sienta desagrado por ninguna cosa que tú me hagas». (B) La extensión de lo que pedimos: *En la tierra* (donde nuestra obra se ha de hacer, o no se hará jamás), *como se hace en el cielo.* Pedimos así que la tierra vaya asemejándose al Cielo mediante la observancia de la voluntad de Dios.

4. *El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.* Comoquiera que la condición física de nuestro ser influye en nuestra condición espiritual en este mundo, por eso, después de orar por las cosas de Dios (su gloria, su reino y su voluntad), pedimos también por las provisiones, ayudas y consuelos de la vida presente.

Cada palabra de esta petición comporta una lección: (A) Pedimos *pan,* no golosinas ni cosas superfluas, sino lo que es necesario y sano. (B) Oramos por *nuestro* pan, lo cual nos estimula a la honestidad y a la laboriosidad. (C) Oramos por nuestro pan *de cada día.* La palabra del original griego sale únicamente una vez en escritos no cristianos; de ahí la dificultad de dar certeramente con su significado preciso. Los intérpretes descartan el sentido de «sobresustancial» o «sobrenatural» que muchos escritores latinos emplean. Puede significar *la ración diaria* de pan, o el pan *necesario para el futuro inminente.* En cualquiera de los dos sentidos, se expresa aquí la continua dependencia nuestra de la provisión divina, de la misma manera que dependían diariamente los israelitas del maná, en su peregrinación por el desierto. Al pedir el pan *de cada día,* no podemos olvidar que es Dios quien nos lo envía. (D) Le rogamos a Dios que *nos lo de.* El más opulento y encumbrado de los hombres debe estar

reconocido a Dios por el *sustento diario.* (E) Notemos que nuestra oración es: *Dánoslo;* es decir, no sólo a mí, sino que otros lo compartan conmigo. Esto nos enseña a tener caridad, y una preocupación compasiva por los pobres y necesitados. (F) Le pedimos a Dios que nos lo de *hoy,* para que la elevación de nuestras almas a Dios vaya sincronizada con la reparación de las fuerzas de nuestros cuerpos. Así aprenderemos a no pasar un solo día sin oración, como no podemos pasarlo sin alimento.

5. *Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.* Esto va de algún modo conectado con lo anterior; porque si no se nos perdonan nuestros pecados, nuestro pan de cada día sólo serviría para engordarnos como a *corderos para el matadero.* También insinúa que hemos de orar por el *perdón* de cada día, de la misma manera que pedimos por el *pan* de cada día.

(A) La petición es: *Padre Celestial, perdónanos nuestras deudas:* las deudas que tenemos contigo. Nuestros pecados son nuestras deudas; hay deuda de obligación («deber»), la cual debemos, como criaturas, a nuestro Creador; no pedimos que se nos descargue de esa deuda; pero, cuando esa deuda no se paga, surge otra deuda de ahí, que es la deuda del castigo. El deseo y la oración de nuestro corazón a nuestro Padre de los cielos debería ser que *nos perdone nuestras deudas* que merecen castigo, a fin de que, no sólo quedemos sin esa carga, sino que ganemos un nuevo consuelo.

(B) El argumento para reforzar esta petición es: *como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.* El original está en tiempo aoristo; es decir, es un hecho que nos comportamos así. Este argumento no ha de interpretarse como si hiciéramos valer un *mérito* nuestro, sino como una razón para implorar la *gracia* del perdón. Esto se entiende mejor (así como los vv. 14–15) a la luz de la parábola de los dos deudores (cap. 18). Es nuestro deber *perdonar a nuestros deudores,* porque un corazón que no perdona no está en condiciones de que *la sangre de Jesús lo limpie de todo pecado,* puesto que alberga un pecado no confesado sinceramente (1 Jn. 1:7, 9). Soportar, perdonar y olvidar las afrentas e injurias que se nos hacen es una necesaria cualificación moral para el perdón y la paz, pues confirma nuestra esperanza de que Dios nos ha de perdonar; el hecho mismo de que Dios haya puesto en nuestro corazón la disposición a perdonar, es ya una evidencia de que nos ha perdonado.

6. *Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal.* Al tener en cuenta que *Dios no tienta a nadie, sino que cada uno es tentado cuando es atraído y seducido por su propia concupiscencia* (Stg. 1:14–15), y que el original griego se traduce mejor en sentido personal, el significado de toda la petición es el siguiente: *Y no nos sometas a una prueba dura, sino líbranos del Maligno,* ya que Dios usa, a veces, a Satanás para probarnos. Después de orar para ser librados de la *culpa* del pecado, oramos ahora para que Dios nos libre del *peligro* del pecado, de modo que no volvamos a cometer semejante locura.

III. La conclusión: *Porque tuyo es el reino, el poder y la gloria, por todos los siglos. Amén.*

1. Es nuestro deber suplicar a Dios en la oración y apelar a sabias razones y fuertes motivos (v. Éx. 32:11–14), no para conmover a Dios, sino para conmover nuestro propio corazón, animar nuestra fe, avivar nuestro fervor y elevar nuestro espíritu. Por eso, los mayores argumentos que podemos emplear en nuestras oraciones son los que se toman del carácter mismo de Dios como hizo Moisés en el lugar citado, y por lo que Dios mismo se ha dado a conocer. Eso es luchar con Dios y emplear la fuerza de Dios. *«Tuyo es el reino»;* Dios salva y da como *rey. «Tuyo es el poder»,* para sostener y reforzar ese reino, y cumplir todo lo que has prometido a tus hijos. *«Tuya es la gloria»,* como fin último de todo lo que das a los tuyos y de lo que haces por ellos, en respuesta a sus oraciones.

2. Esta conclusión constituye también una forma de alabanza y gratitud. El mejor modo de rogar a Dios es alabarle, y por ahí deben comenzar nuestras plegarias, pues la oración de alabanza es la más sublime de todas. Ese es el mejor medio de obtener gracias y favores, puesto que nos cualifica, como ninguna otra cosa, para recibirlos. Alabamos a Dios, y le damos gloria, no porque la necesite, sino porque la merece. La alabanza es la tarea suprema y más deleitosa de los habitantes del Cielo; y todos cuantos hayan de ir al Cielo después, deben comenzar aquí su Cielo. Es muy conveniente que abundemos en las divinas alabanzas; un creyente espiritual nunca piensa que ya es bastante el honor que tributa a Dios. Atribuir a Dios la gloria *por todos los siglos,* da a entender que nos damos perfecta cuenta de que hay que glorificar a Dios eternamente, de que estamos deseando con ansia vivir por toda la eternidad, y llevar a cabo esa bendita tarea con los ángeles y santos que ya disfrutan de Su presencia (v. Sal. 71:14).

3. Finalmente, se nos enseña concluir todo esto con un *Amén,* así sea. El *Amén* de Dios es una garantía: así será. Nuestro *Amén* es sólo el compendio de nuestros deseos: así sea. Decimos, pues, *Amén,* tanto para expresar nuestros deseos, como la seguridad de que Dios nos escucha. ¡Cuán saludable es

concluir nuestros deberes religiosos con calor, fervor y vigor, para que nuestro espíritu salga de ellos lleno de dulzura y de ánimo para hacer grandes cosas.

IV. La mayor parte de las peticiones del Padrenuestro eran usadas de ordinario por los judíos en sus devociones, al menos en expresiones que significasen lo mismo; pero la cláusula de la quinta petición que dice: *Como también nosotros perdonamos a nuestros deudores,* era totalmente nueva y, por eso, nuestro Salvador muestra al final por qué la había añadido, en vista de la necesidad e importancia de la cosa en sí. Cuando Dios nos perdona, tiene muy en cuenta si nosotros perdonamos o no a quienes nos han ofendido; y por consiguiente, cuando le pedimos a Dios perdón, debemos mencionar que somos conscientes del deber de perdonar, no sólo para recordarlo, sino para mostrar que estamos dispuestos a cumplir con tal obligación. Nuestro carácter egoísta tiende a olvidarlo, y por eso se nos inculca aquí (vv. 14–15):

1. En una promesa. *Si perdonáis ... os perdonará también vuestro Padre.* No quiere decir que con esto baste; se requiere siempre fe, arrepentimiento y una constante obediencia. Quien se enternece hacia su hermano, demuestra que se arrepiente hacia Dios. Hay muchas maneras de presentar buena evidencia de que perdonamos a nuestros deudores; una de ellas es tratar de excusarles pues quizá no tenían intención de ofendernos; otra es estar dispuestos a ayudarles en todo lo que podamos; otra, alegrarnos de todo lo bueno que les suceda y apenarnos de cualquier mal que les sobrevenga; otra, en fin, conducirnos amistosamente con ellos desde el momento en que se arrepientan y deseen ser amigos nuestros.

2. En una amenaza. *Pero si no perdonáis ...* es una señal muy mala de que carecemos de los demás requisitos necesarios para alcanzar el perdón; por consiguiente, *tampoco vuestro Padre os perdonará.* No puede haber sinceridad en nuestro carácter cristiano, si fallamos en esto, porque un espíritu vengativo, que se resiste a perdonar, es la prueba más clara de que no se ha experimentado el nuevo nacimiento (v. 1 Jn. 3:10, 14, 15). Quienes deseen encontrar misericordia en Dios, han de mostrarla hacia sus hermanos; pero si oramos con ira, tenemos razón para temer que Dios nos responda también con ira. Con razón se ha dicho: Las oraciones hechas con ira, están escritas con hiel. ¿Qué razón hay para que Dios nos perdone los millones que le debemos, si no perdonamos a nuestros prójimos los céntimos que nos deben? Cristo vino al mundo como el gran *Príncipe de paz* (Is. 9:6) no sólo para reconciliarnos con Dios (Ef. 2:15–16), sino también a los unos con los otros. No se puede tomar a la ligera aquello en que Cristo ha puesto tanto énfasis.

Versículos 16–18

Aquí se nos previene contra la hipocresía en el ayunar.

I. Se da por supuesto en esta porción que el ayuno, como devoción religiosa, es algo en que los discípulos de Cristo deben ejercitarse. Se nos presenta en último lugar, porque, más que un deber en sí mismo, es un medio que nos dispone para cumplir mejor otros deberes. La oración ocupa el lugar intermedio entre la limosna y el ayuno, no porque sea la segunda en importancia, sino porque es el alma que vivifica tanto a la limosna como al ayuno. Lo que Cristo condenó en el fariseo de Lucas 18:11–12, no fue que ayunara *dos veces a la semana,* sino de que se jactara de hacerlo como quien ofrece a Dios más de lo preceptuado. El ayuno es un acto de negación de sí mismo y de humillación bajo la mano de Dios, y es una pena que se practique tan poco entre los cristianos. El hecho de que su práctica haya sido mal entendida y pervertida en la Iglesia de Roma, no es motivo para abandonarla del todo. El más maduro de los cristianos tiene así que reconocer, mediante el ayuno, que, lejos de tener nada de qué sentirse orgulloso, es indigno incluso del pan de cada día.

II. Se nos amonesta que no ayunemos *como los hipócritas,* para que no perdamos la recompensa que lleva aneja. Ahora bien, los hipócritas:

1. Presumían de ayunar sin que en ellos hubiese ni un átomo de la humildad y de la contrición de corazón que es la vida y el alma de tal devoción. Sus ayunos eran una burla, un gran figurón sin sustancia y una sombra sin cuerpo.

2. Proclamaban tan alto sus ayunos para que cuantos les viesen se diesen buena cuenta que era día de ayuno para ellos. En esos días se presentaban en las calles y plazas para que la gente pudiese observar con

cuánta frecuencia ayunaban, y les ensalzaran como a personas devotas y mortificadas. Cosa triste es que, quienes han dominado en cierta medida su placer, que es maldad sensual arruinen su alma mediante el orgullo, que es maldad espiritual; y no menos peligrosa. También éstos *tienen ya toda su recompensa,* y eso es todo lo que les queda.

III. Aquí se nos instruye sobre el modo de practicar un ayuno personal. Jesús no nos dice con cuánta frecuencia tenemos que ayunar; el Espíritu que hay en la Palabra lo ha dejado en manos del Espíritu que está en el corazón; pero podemos seguir la siguiente pauta, cuando quiera que nos sintamos con ánimo de practicar el ayuno: procuremos hacerlo siempre para ser aceptos a Dios, y no para que los hombres tengan una buena opinión de nosotros. Cristo no trata de rebajar nada del hecho ni de la cantidad del ayuno; no nos dice: «Tomad un poco de alimento o de bebida», sino: «está bien que doméis los instintos y las apetencias de vuestro cuerpo (v. 1 Co. 9:27), pero no lo hagáis por ostentación; poned cara alegre, *unge tu cabeza y lava tu rostro,* como haces los demás días, a fin de que no se note siquiera tu devoción; y no vais a perder por eso, a la larga, la alabanza consiguiente; no será la de los hombres, pero sí la de Dios, que vale infinitamente más». El objetivo del ayuno es la humillación del corazón; esa debe ser, por tanto, nuestra principal preocupación. Si somos sinceros y humildes en la práctica de nuestros ayunos, y tenemos por testigo de ellos a un Dios omnisciente, y por galardón a un Dios todosuficiente, hallaremos que Él *ve en lo secreto,* y nos *recompensará en público.* Los ayunos devocionales, practicados correctamente, pronto serán recompensados con un eterno festín.

Versículos 19–24

Después de habernos amonestado contra la *codicia de alabanza humana,* Cristo nos amonesta ahora contra la *codicia de las riquezas mundanas;* en esto también debemos estar alerta, para no obrar como los hipócritas; el error fundamental que en esto sufren es que escogen por recompensa lo que se queda en este mundo.

I. Una vez que hemos escogido un *tesoro,* comenzamos a *allegarlo.* Todo ser humano escoge algo de lo que hace un *tesoro, su* tesoro, donde pone su corazón. Siempre hay algo ante los ojos del corazón que es considerado como *la mejor cosa* del mundo. Cristo no quiere privarnos de nuestro tesoro, sino enseñarnos a escogerlo.

1. Nos previene para que no hagamos de *las cosas que se ven, que son temporales* (2 Co. 4:18), nuestras *mejores* cosas, nuestro tesoro, donde esperamos obtener nuestra felicidad: *No alleguéis tesoros en la tierra* (v. 19). Los discípulos de Cristo lo habían dejado todo para seguirle; así les animaba a continuar con los mismos sentimientos y criterios. No debemos *allegar tesoros en la tierra;* es decir: (A) No debemos tener esas cosas como las mejores, ni como un honor, sino reconocer que no tienen ningún valor en comparación con *el eterno peso de gloria* (2 Co. 4:17), con *la gloria venidera* (Ro. 8:18), que supera en calidad y duración a todas las riquezas del Universo entero. (B) No debemos codiciar la abundancia de esas cosas ni acaparar más y más de ellas como quien nunca piensa que ya tiene suficiente. (C) No debemos poner en ellas nuestra confianza para el futuro; no debemos decir al oro: *Tú eres mi esperanza* (v. Job 31:24). (D) No debemos contentarnos con esas cosas, como si eso fuese todo lo que necesitamos o deseamos. Es menester que escojas sabiamente, porque escoges para ti y vas a tener lo que escojas. Si considerásemos bien quiénes somos, para qué estamos hechos, lo inmensa que es nuestra capacidad y lo larga que es nuestra continuidad, veríamos qué locura tan grande es *allegar tesoros en la tierra.*

2. Jesús nos da una buena razón para que no consideremos como *tesoro* ninguna cosa de este mundo, porque todas ellas están expuestas al deterioro o a la pérdida: (A) por parte de su condición interior que es corruptible: *la polilla y el orín lo corroen.* Hasta del maná salían gusanos. El orín corroe los metales, y la polilla corroe los vestidos. Las riquezas mundanas llevan dentro de sí un principio de corrupción y desmedro. (B) Por parte de la violencia exterior: *Los ladrones horadan y hurtan.* La codicia del ladrón es atraída hacia las casas donde abundan los tesoros de esta tierra; y no hay medios humanos de conservar a buen recaudo dichos tesoros, puesto que la astucia de los ladrones profesionales va en aumento y el instrumental para perpetrar los latrocinios se perfecciona con los inventos modernos. Es, pues, una locura hacer de algo que puede ser robado tan fácilmente nuestro *tesoro.* Ropas finas y metales preciosos eran

los elementos ordinarios que constituían un tesoro entre los orientales, de ahí que Jesús los designara en particular. Hoy podríamos hablar de grandes haciendas, negocios, empresas, factorías y cuentas corrientes, etc.

3. Jesús añade un buen consejo para hacer de los goces y glorias del otro mundo, de *las cosas que no se ven que son eternas* nuestro mejor tesoro, y pone en ellas nuestra felicidad: *Allegaos tesoros en el cielo* (v. 20). Los verdaderos millonarios son los del Cielo. (A) Es una prueba de suma prudencia y sabiduría allegar esa clase de tesoros; poner toda diligencia en asegurar nuestro título para la vida eterna mediante Jesucristo, y depender de eso para nuestra felicidad; miremos los tesoros de aquí abajo con un santo menosprecio. Si hacemos de las cosas celestiales nuestro tesoro, se allegarán sin pérdida ni menoscabo, pues están bien seguras en las manos de Dios (v. 2 Ti. 1:12). No nos agobiemos, pues, con las riquezas de este mundo. Las promesas de Dios son como cheques al portador, mediante los cuales, todos los verdaderos creyentes ven transferida al Cielo su verdadera riqueza, pagadera en la vida futura. Los judíos contemporáneos de Jesús creían que se podía acumular tesoro en los cielos mediante los actos de limosna, pero en el pensamiento del Señor, lo importante no es la transferencia de riqueza, sino la del efecto, pues entraña una nueva motivación. (B) Es un gran estímulo para nosotros saber que si allegamos nuestro tesoro en el cielo, allí está *seguro,* porque allí *ni la polilla ni el orín corroen, ni los ladrones horadan ni hurtan.* Es *una herencia incorruptible* (que no se puede perder), *incontaminada* (que no se puede deteriorar) *e inmarcesible* (que no se puede menguar ni marchitar), *reservada* (total seguridad, más que la «reserva» en un tren, en un avión, en un apartamento, etc.) *en los cielos (no* cabe lugar más ameno) *para nosotros* (no hay nada tan *personal).* ¿Cabe mejor descripción de la *vida eterna,* satisfacción completa en actividad perfecta? (v. 1 P. 1:3–9).

4. Una buena razón de por qué debemos escoger así: *Porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón* (v. 21), ya sea en la tierra o en el cielo. El *corazón* se va tras el *tesoro,* como la aguja se va tras el imán, o el girasol se vuelve constantemente hacia el sol. Donde está el *tesoro,* allí está también el valor y la estima, allí el amor y el afecto. Donde está el tesoro, allí están nuestra confianza y nuestra esperanza, allí estarán nuestro goce y nuestro deleite, allí estarán nuestros pensamientos. El *corazón* se debe a Dios y, para que Él lo tenga, es menester que nuestro *tesoro* esté también en Él y con Él. Nuestro tesoro son nuestras *buenas obras* (Ap. 14:13): nuestras limosnas, nuestras oraciones, nuestros ayunos, etc. y la recompensa por todo ello. Si hemos hecho todas esas cosas sólo por ganar el aplauso de los hombres, *hemos allegado tesoros en la tierra.* Pero esto es una locura, porque esa alabanza humana que tanto codiciamos está siempre expuesta a un proceso de descomposición; una tontería, por pequeña que sea, como una mosca muerta, la va a estropear por completo (Ec. 10:1). La calumnia y la detracción son *ladrones que horadan y hurtan.* Los cultos hipócritas y las devociones egoístas no dejan nada para el Cielo (Is. 58:3). Pero si hemos orado y ayunado, etc. en verdad y justicia, puesta la mira en Dios, *hemos allegado tesoros en el Cielo; un libro de recuerdo está escrito allí* delante de Dios (Mal. 3:16). Los hipócritas tienen sus nombres escritos en la tierra, quizá con letras de oro, pero los fieles hijos de Dios tienen *sus nombres escritos en los cielos* (Lc. 10:20). La aprobación de Dios: *¡Muy bien, siervo bueno y fiel!* (25:21, 23) quedará para siempre; y si hemos allegado nuestros tesoros con Él, con Él quedará nuestro *corazón,* y ¿en qué mejor lugar podrá estar?

II. De la alternativa entre las dos clases de *tesoro,* pasa Jesús a hablar del *ojo del alma,* del ojo de la intención, representado por dos clases de ojos: el ojo *sencillo* y el ojo *malo o maligno* (vv. 22–23).

1. Si *el ojo del corazón* es *sencillo,* sincero, sano y generoso (un ojo con visión clara y única, que no ve los objetos dobles ni borrosos), será un ojo luminoso, dirigido hacia Dios, la santidad, la bondad, la caridad (los verdaderos valores) y dirigirá los pasos de la conducta por el camino recto; toda la vida *estará llena de luz,* la cual *alumbrará delante de los hombres* (5:16); y, con la mirada fija en Dios, no cabrá la hipocresía de segundas intenciones. Pero si *el ojo del corazón* está enfermo, *maligno,* con visión borrosa, especialmente porque ve *doble,* con un ojo puesto en Dios y el otro puesto simultáneamente en el mundo, las cosas no se perciben con claridad ni en su perspectiva correcta; es una visión oscura *tenebrosa.* Y, si ese ojo está en tinieblas, *todo el cuerpo*—toda la vida—*estará en tinieblas* (v. Jn. 12:35; 1 Jn. 1:6–2:11). La conducta del tal será pecaminosa, malvada, impía. Si esa sincera disposición que habría de ser nuestra luz *es tinieblas, ¿cuán grandes no serán las tinieblas mismas?* Toda la conducta estará corrompida. Los hipócritas de los que ha venido hablando el Señor, tenían esta visión *doble:* un ojo hacia Dios, y otro hacia el mundo; hacían ostentación de una cosa y buscaban otra; profesaban la verdadera

religión y actuaban inconsecuentemente en contra de dicha profesión, como un barquero que mirase hacia un lado y remase hacia el lado opuesto; mientras que el verdadero cristiano tiene el ojo puesto en la meta de su viaje.

Vemos, pues, que esta enseñanza de Jesús sobre el ojo sencillo y el ojo enfermo ocupa un lugar importante y a propósito entre el contexto anterior y el posterior.

III. En efecto, después de hablar de visión *simple y doble,* Jesús pasa a hablar de *dos* amos a los cuales no se puede servir a la vez: *Dios y Mamón* (v. 24). *Nadie puede servir a dos señores.* Servir a dos señores es contrario al ojo sencillo, porque *los ojos de los siervos han de mirar a las manos de sus señores* (Sal. 123:1–2). No se puede dividir el *corazón* entre Dios y el mundo; no se puede tener el *tesoro* a la vez en el Cielo y en la tierra; no se puede agradar a Dios y a los hombres a la vez.

1. Jesús establece primero una máxima o principio general: *Nadie puede servir a dos señores;* mucho menos, a dos dioses. (A) Un trabajador, un obrero, un empleado o un criado pueden, de mutuo acuerdo, concertarse para trabajar a distintas horas con dos jefes o amos diferentes; pero un esclavo no puede dividir su vida entre dos amos (Ro. 6:16–23). (B) Cuando dos amos marchan de acuerdo, un criado podría seguir y servir a ambos; pero, si marchan por caminos diferentes, el criado no tiene más remedio que seguir a uno de ellos y dejar al otro (Lc. 16:13), y manifestar así a quién pertenece en realidad.

2. Jesús aplica seguidamente el principio general al caso en cuestión: *No podéis servir a Dios y a Mamón.* El término *Mamón* era usado en tiempo de Jesús para significar la hacienda o riqueza de una persona; con toda probabilidad, es una palabra aramea compuesta de la preposición *me* = en, y la raíz *amán* = sustentar, estar seguro, etc. Es, por tanto, como una personificación de las riquezas, en las que el mundo pone su confianza y su seguridad. En este sentido, dice el refrán castellano: «Poderoso caballero es don dinero»; y el famoso Arcipreste de Hita dice, en una de sus célebres cuartetas: «Si tovieres dinero, habrás consolación/plaser, e alegría, del papa ración/comprarás paraíso, ganarás salvación/do son muchos dineros, es mucha bendición». El sarcasmo es evidente; pero este es el criterio del mundo. Notemos que Cristo no dice: No *debéis,* sino *no podéis servir a Dios y a Mamón;* no podemos buscar, amar, obedecer, servir a ambos, por ser contrarios diametralmente el uno del otro. ¡No estemos, pues, perplejos entre servir a Dios o a Mamón (que, en realidad, es servir a Baal, al mismo diablo)!, sino *escojamos hoy a quién servir* y digamos como Josué: *Pero yo y mi casa serviremos a Jehová* (Jos. 24:15), y mantengámonos en esta disposición, recordando que *hemos elegido a Jehová para servirle* (Jos. 24:22).

Versículos 25–34

En consecuencia con lo que acaba de decir, Jesús añade ahora algo de suma importancia para el creyente: Si hemos escogido servir a Dios, y ponemos en Él toda nuestra *confianza,* se sigue como una consecuencia natural que debemos desechar toda ansiedad acerca de las cosas necesarias para la vida.

I. Jesús nos invita a no sentir ansiedad ni preocupación acosante por las cosas necesarias, como el comer y el vestir: *Por tanto, os digo: No os afanéis ansiosamente por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir* (v. 25). *Por tanto,* como consecuencia de lo que acabo de decir, *os digo,* como Dueño, Legislador, Salvador y Esposo de vuestras almas: *No os afanéis …* Pensar y ocuparse en las cosas necesarias para la vida, y trabajar para ganarse el sustento, es algo, no sólo legítimo, sino preceptuado por Dios. Pero:

1. Lo que Jesús prohíbe es la *ansiedad* atormentadora, que perturba el gozo en el Señor, la paz del espíritu, el sueño reparador y el disfrute de las bendiciones que recibimos de Dios.

2. Tal ansiedad tiene como fondo una *falta de fe.* Dios ha prometido proveer a sus hijos de todo lo necesario para la vida, no de lo superfluo, de modo que podamos decir con David: *Jehová es mi pastor; nada me faltará* (Sal. 23:1). No nos ha prometido banquetes, pero sí *sustento.* Estar ansioso acerca de ello equivale, pues, a dudar de la fidelidad de Dios a Sus promesas, o de la bondad y sabiduría de la divina providencia. Dice Pedro: *Echando toda ansiedad sobre Él, porque Él tiene cuidado de vosotros* (1 P. 5:7). La Palabra de Dios está llena de referencias a esta actitud de confianza filial que debe ser una característica de los creyentes.

3. *No os afanéis por vuestra vida.* Aun tratándose de esta vida terrenal, que es el máximo valor de las cosas temporales: «*todo lo que el hombre tiene, lo dará por su vida*» (Job 2:4). Sin embargo hemos de dejarla confiadamente en manos de nuestro Padre: *En tu mano están mis tiempos* (Sal. 31:15). ¡Están en buenas manos!

4. *No os afanéis por el día de mañana* (v. 34); en general, por el porvenir. ¡No estemos ansiosos por el futuro! Así como no debemos *jactarnos del día de mañana* (Stg. 4:13–16) tampoco debemos *estar ansiosos por el día de mañana;* ya sea dulce, ya sea amargo, lo que nos depare el porvenir, hemos de ponerlo en manos de Dios como un cheque en blanco, y rubricarlo con un *Amén.*

II. Razones y argumentos con que Jesús fundamenta esta prohibición. Para mostrar cuánto interés tiene en esta materia, y cuánto le agrada el que los suyos tengan absoluta confianza en la providencia divina, Jesús respalda su mandato con las más poderosas razones. Para librarnos de todo pensamiento de angustia en este asunto, Cristo nos sugiere los más consoladores pensamientos para que llenemos de ellos nuestra mente y nuestro corazón. Si nuestra razón pura no es suficiente para quitarnos la ansiedad, la fe viva es más que bastante para vencerla.

1. *¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?* (v. 25). Sí, claro que lo es; se trata de algo evidente para todos: la *vida* es más importante que el *sustento.* La comida y el vestido están destinados para la vida, y el *fin* es más noble y excelente que los *medios.* El manjar más exquisito y el más suntuoso vestido proceden de la *tierra* mientras que la vida procede del *aliento de Dios* (Gn. 2:7). Esto nos sirve de estímulo para esperar de Dios que nos conceda el alimento y el vestido necesarios y así desprendernos de toda ansiedad acerca de ellos. Si Dios nos ha dado la vida y el cuerpo, ¿qué no podrá o no querrá darnos para mantenerlos y protegerlos? Si nosotros nos afanamos por Las cosas del alma y de la vida eterna, que valen mucho más que el cuerpo y la vida temporal, podemos dejar en manos de Dios el cuidado de proveernos alimento y vestido, que son de menor importancia. El que nos guarda de los *males* a los que estamos expuestos, nos proveerá de los *bienes* que necesitamos.

2. *Mirad las aves del cielo … Considerad los lirios del campo.* Aquí tenemos un argumento sacado de la providencia que Dios tiene con las criaturas inferiores. ¡A qué bajo estado ha debido de caer el hombre, para que se le envíe a esta escuela de *las aves del cielo* para que *le enseñen!*

(A) Mirad a las *aves y* aprended de ellas a depender de Dios para su alimento (v. 26). Observad la providencia de Dios con respecto a ellas. Hay muchas clases de aves, algunas muy numerosas, algunas muy voraces, pero todas hallan el alimento conveniente para su especie. Estas aves, comoquiera que, en su mayor parte, prestan poco servicio al hombre, tampoco están al cuidado del hombre; los hombres se alimentan de ellas con frecuencia, pero raras veces las alimentan a ellas; pero no les falta el sustento: *Vuestro Padre celestial las alimenta* (v. 26). Él conoce todas las aves silvestres de los montes mucho mejor que lo que tú conoces las aves domésticas de tu corral. Pero lo más digno de notarse en este punto es que dichas aves hallan alimento sin que ellas trabajen o se esfuercen por encontrarlo: *No siembran, ni siegan ni recogen en graneros.* Cada día, tan seguro como que el sol se levanta cada mañana, encuentran el sustento necesario, y todas ellas *esperan en Dios, para que les de su comida a su tiempo* (Sal. 104:27), y Él provee a todas abundantemente, pues *Sus ojos están en todo lugar* (Pr. 15:3). De aquí podemos sacar ánimo y consuelo abundante para acrecentar nuestra confianza en Dios: *¿No valéis vosotros mucho más que ellas?*—dice Jesús—. Sí es cierto; los *herederos* del Cielo valen mucho más que las *aves* del cielo; como seres más nobles y excelentes, pueden, mediante la fe, volar más alto que las aves. Dios es el Hacedor, el Dueño y el Sustentador común de aves y hombres; pero sólo de los suyos es Padre; nosotros somos sus hijos primogénitos (He. 12:23); ahora bien, quien alimenta a sus pájaros no dejará morir de hambre a sus hijos. Si las aves confían en la providencia de nuestro Padre, ¿no vamos a confiar nosotros en ella? Al depender de Dios, viven ellas sin preocupación por el mañana; por eso, disfrutan de una vida más alegre que ninguna otra criatura inferior, como lo muestran *cantando en las ramas* de los árboles. Si nosotros, por fe, estuviésemos tan confiados del mañana como ellas lo están, de seguro que cantaríamos tan alegremente como ellas lo hacen.

(B) *Considerad los lirios del campo,* y aprended a confiar en Dios acerca del *vestido* (v. 28). Esto es también parte de nuestra ansiedad: *¿Qué hemos de vestir?* Esta pregunta recurre casi con tanta frecuencia como la del sustento diario. *Considerad los lirios del campo;* no os contentéis con *mirarlos* (cualquiera puede hacerlo para admirar su belleza), sino *reflexionad* sobre ellos; hay muy buenas cosas que aprender de lo que vemos todos los días, si nos paramos a meditar. ¡Los lirios son tan *frágiles!* Son *la hierba del*

campo, que hoy es y mañana se seca y *se echa en el horno.* Así el hombre es también frágil: Es cortado como la flor, como la hierba (v. Job 14:2; Sal. 103:15; Is. 40:6, 8), aunque algunas de las cualidades del alma y de las prendas de un cuerpo hermoso sean como lirios y reciban mucha admiración, todavía son *como la hierba.* Esta hierba *hoy es y mañana se echa al horno;* dentro de poco, *el lugar* donde vivimos *nos negará diciendo: Nunca te vi* (Job 8:18). Tu nombre desaparecerá de la puerta del despacho, de la nómina de la empresa, del padrón del ayuntamiento; hasta tu recuerdo irá difuminándose paulatinamente en la memoria de los vivientes. ¿Para qué pensar sobre lo que nos pondremos mañana, pues quién sabe si mañana lo que nos pondrán (no lo que nos pondremos) será una mortaja? Consideremos cuán libres de ansiedad están los lirios: *no se fatigan* como los humanos para poder comprar vestidos, *ni hilan* para hacerse el vestido. No quiere decir que no hayamos de trabajar o desempeñar con esmero y sentido de la responsabilidad nuestro oficio o nuestra profesión en esta vida. El perezoso *tienta* a Dios en vez de *confiar* en Él. ¡Considera qué bellos y qué finos son los lirios; *cómo crecen,* y de dónde salen! La raíz del lirio está, en el invierno, escondida y soterrada, pero cuando vuelve la primavera, reaparece y se levanta en poco tiempo; esto ilustra la promesa de Dios a Israel, de que había de crecer *como el lirio* (Os. 14:5). ¡Considera en qué se convierte en pocos días su tallo! Desde la oscuridad en que estuvo soterrado durante el invierno, llega a ser en pocas semanas una flor tan vistosa, que *ni Salomón, en medio de todo su esplendor, se vistió como uno solo de ellos.* Por muy bien que un hombre se vista, se ha de quedar por debajo del esplendor de los lirios, y un parterre de tulipanes le dejará deslucido. Ambicionemos, pues, la *sabiduría* de Salomón más bien que su gloria y *esplendor,* en lo que *un solo lirio* le supera. La inteligencia y la gracia son perfecciones específicas del hombre, no la belleza del cuerpo, y mucho menos la elegancia y finura del vestido. Aquí se nos dice también que *Dios viste a la hierba del campo* (v. 30). Todas las excelencias de las cosas creadas proceden de Dios. Él es quien ha dado al caballo su fuerza y al lirio su hermosura. ¡Cuán instructivo es todo esto para nosotros! (v. 30). En efecto, lo es:

(a) En cuanto a los vestidos *lujosos,* pues nos enseña a no preocuparnos de modo alguno en adquirirlos, a no envanecernos llevándolos, a no codiciarlos, porque, después de todo, los lirios nos han de sobrepujar en esto con mucha ventaja; si no podemos vestirnos tan elegantemente como ellos, ¿por qué nos hemos de empeñar en rivalizar con ellos? Por otra parte, su belleza es tan pasajera como la nuestra.

(b) En cuanto al vestido *necesario,* pues nos enseña a *echar sobre Dios toda nuestra ansiedad* (1 P. 5:7). Si Él viste tan finamente a la hierba, ¿cómo no se cuidará de que sus hijos dispongan de la ropa conveniente? Nótese el título que da Jesús a sus oyentes al final del versículo: *hombres de poca fe.* Esto puede tomarse, *primeramente,* como un reproche por una fe débil, aunque sea verdadera. Si tuviésemos más fe, tendríamos menos ansiedad; *en segundo lugar,* puede tomarse como un estímulo para tener fe, incluso cuando sea débil. Jesús recomienda tener *más* fe, pues una fe mayor puede llevar a cabo grandes cosas, pero la fe pequeña no será rechazada. Dios provee para los creyentes *sanos,* incluso cuando no son *santos;* cuando son *firmes,* aunque no sean aún *fuertes.* Porque, también en una familia, se les da alimento y vestido a los niños lo mismo que a los mayores, y con un cuidado y una ternura especiales.

3. *¿Y quién de vosotros podrá, a fuerza de afanarse, añadir a su vida una sola hora?* Esta es una traducción mejor que: *añadir a su estatura un solo codo* (v. 27), ya que encaja mejor en el contexto y en el uso normal del término griego *helikía,* especialmente en nuestro caso, pues pocos hombres se acongojan por añadir un codo a su estatura, mientras que la mayoría desean prolongar su vida. Podrá objetarse que, especialmente en esta última parte del siglo XX, la medicina y la cirugía han hecho notables progresos para prolongar la vida de los seres humanos, pero de nada sirven todos los esfuerzos humanos sin la bendición de Dios, y por eso decimos de uno que se muere, que *le ha llegado su hora,* la que Dios tenía marcada en su reloj, pues sólo Dios puede hacer que *la sombra retroceda diez grados en el reloj* (2 R. 20:11). Por otra parte, es bien conocido el hecho de que pocas cosas hay que acorten la vida tanto como el disgusto o la *ansiedad,* ya que son fenómenos psicológicos concomitantes, interrelacionados con la úlcera y el cáncer de estómago, aparte de otras enfermedades del sistema nervioso. No es extraño que la *fe,* la confianza absoluta en Dios, sea la mejor medicina en estos casos.

4. *Porque todas estas cosas las buscan con afán los gentiles* (v. 32). Los gentiles *buscan* todas estas cosas, porque no conocen *mejores* cosas; se afanan por todo lo de este mundo, porque son extranjeros para el otro; están ansiosos y preocupados por estas cosas, porque *están sin Dios en el mundo* (Ef. 2:12) y, por ello, no saben nada de la providencia divina. Tienen sus ídolos, los adoran y les sirven, pero no pueden confiar en ellos. Por eso mismo es una vergüenza para los cristianos el que, al poseer principios

más nobles, anden como andan los gentiles, los mundanos, y llenen su cabeza y su corazón con las mismas cosas que ellos.

5. *Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas.* Es decir, de todas estas cosas necesarias: el alimento y el vestido. Dios conoce nuestras necesidades mejor que nosotros mismos. A veces pensamos: Si tal amigo o pariente mío supiese en qué aprieto me hallo, pronto correría a sacarme del apuro. Pensemos, ante todo, que Dios, nuestro buen Padre conoce nuestras necesidades, nos ama, tiene compasión de nosotros y está presto a ayudarnos, porque sabe, quiere y puede hacerlo. Aunque, por otra parte, quiere también que se lo digamos y echemos sobre Él nuestra ansiedad, pues Él es quien *cuida de nosotros.* Veamos finalmente, que Jesús habla de lo que necesitamos, no de lo que nos sea superfluo o nocivo o de lo que sea producto de nuestro capricho. Como bien dice Crisóstomo: «Jesús no dijo: «Considerad cómo vuelan las aves», cosa imposible a los hombres, sino que «vuestro Padre celestial las alimenta» para que no sufran congoja, cosa que podemos alcanzar nosotros también».

6. *Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas* (v. 33). Hay aquí un argumento doblemente poderoso para ahuyentar de nosotros la ansiedad y el afán atormentador acerca de las cosas temporales; como si dijese: No os afanéis ansiosamente por la vida del cuerpo, porque: (A) Tenéis mayores y mejores cosas en que afanaros: la vida del espíritu y la eterna bienaventuranza; esto es *lo único necesario* (Lc. 10:42), en lo que deberíais ocupar vuestro pensamiento. (B) Tenéis un medio más seguro, fácil y sencillo de obtener las cosas necesarias para esta vida y es *buscar primero el reino de Dios.*

(a) Hay aquí la demanda de un gran deber el cual es la suma y compendio de todos nuestros deberes: *«Buscad primero el reino de Dios»*. Nuestro deber es «buscar», *«no que lo haya alcanzado ya»* (v. Fil. 3:12); pero si nuestro buscar es sincero, si nuestro proseguir a la meta es sin desmayo, será sin duda acepto a los ojos de Dios, aunque en muchas cosas tropecemos y nos quedemos por debajo del nivel deseado. Pensemos que el Cielo es nuestra meta, y la santidad nuestro camino. Si no es camino para el Cielo, de nada nos sirve nuestra religión. La *felicidad* de tal reino es consustancial con su *justicia* o rectitud. Profundizando en este concepto, y con la experiencia que suministran tanto el examen de nosotros mismos, como el trato con los demás, podemos asegurar, sin temor a equivocarnos, que la razón principal por la que los incrédulos e indiferentes se muestran reacios a entregarse a Cristo, y los cristianos carnal es a ponerse totalmente bajo el control del Espíritu Santo, es porque, más o menos conscientemente, no perciben la perfecta ecuación entre *santidad y felicidad;* piensan que una vida santa es triste y penosa y procuran seguir su camino haciendo lo que más les agrada. Pero si Dios es infinitamente feliz, y la vida eterna es la suprema felicidad, ¿cómo es posible que alguien se imagine que va a perder en punto a gozo y felicidad lo que gane en íntima comunión con Dios y fruto del Espíritu Santo? Buscar *primero* es también buscar desde la más temprana edad (la vida es muy corta ¡no la desaprovechemos!) y desde el alborear de cada día (las primeras resoluciones después de despertar, tienen una influencia decisiva en lo restante del día). Quien es en todo el *Primero,* bien está que tenga lo *primero.*

(b) La gloriosa y generosa promesa aneja a tal deber: *Todas estas cosas* (lo necesario para la vida) os *serán añadidas.* Y nos serán añadidas, como suele decirse, *con propina* porque la medida del galardón de Dios es muy grande (v. Lc. 6:38). *«La piedad*—dice Pablo—*tiene promesa de esta vida presente …»* (1 Ti. 4:8). Si comenzamos con Dios, comenzamos por el lado correcto en nuestros quehaceres, y podemos estar seguros de que, en las cosas de esta vida, *Jehová-jireh = Dios proveerá* tanto cuanto nos sea, no sólo necesario, sino conveniente y más de lo que podamos desear, pensar y pedir. El Israel de Dios, no sólo fue introducido en Canaán, sino que fue mantenido y protegido por Dios durante toda su peregrinación por el desierto.

7. *El día de mañana traerá su propia inquietud. Le basta a cada día su propio mal* (v. 34). Cada día trae consigo su carga, sus molestias, sus problemas y sus preocupaciones; pero con la providencia de Dios, trae también consigo la fuerza, el ánimo y la provisión consiguientes. ¡Deja que el mañana se ocupe del mañana! Si el problema y el tormento de hoy se renuevan mañana, también *las misericordias de Dios son nuevas cada mañana* (Lm. 3:22–23). *Él sacia de bien tu boca de modo que te rejuvenezcas como el águila* (Sal. 103:5; v. Is. 40:31). Dejemos, pues, para las fuerzas del mañana el trabajo de mañana y la carga de mañana. Esto no prohíbe una sana solicitud y prudente previsión, sino una angustia atormentadora y una necia presuposición de dificultades y calamidades que rara vez ocurren. Como alguien ha dicho, «el noventa por ciento de nuestros disgustos son mero producto de nuestra

imaginación». Lo que el Señor desea es que concentremos nuestra atención en la obra presente, hacer la obra del día a su tiempo, y dejar el futuro en las manos de Dios. El día de hoy tiene en sí suficiente quehacer y exige suficiente dedicación, para que no *dupliquemos* nuestra carga *anticipando* la que vendrá mañana y pidiéndole prestado al día de mañana su *propio mal* para añadirlo al de hoy. No tratemos, pues de llevar a hombros en un pesado saco la carga desmesurada que Dios ha ordenado sabiamente que llevemos repartida en pequeños paquetes. Con nuestras diarias oraciones, obtendremos las fuerzas diarias para hacer frente también a los problemas y tentaciones de cada día. Es muy de notar que uno de los errores más funestos con que el enemigo de las almas consigue engañar a los hombres, es hacerles vivir en el pasado o en el futuro, de recuerdos o de ilusiones, mientras pierden el *aquí y ahora* de cada momento (¡hasta tomar como una diversión «matar el tiempo»!, contra Ef. 5:16; Col. 4:5), que Dios nos da generosamente para que de él saquemos *eterno peso de gloria* (2 Co. 4:17, no sólo en la tribulación, v. Ap. 14:13).

CAPÍTULO 7

En este capítulo se continúa y concluye el llamado Sermón del monte, con la sabia comparación de las dos casas: la una, edificada sobre roca; la otra, sobre arena movediza.

Versículos 1–6

Nuestro Salvador pasa ahora a instruirnos sobre el modo de conducirnos en relación con las faltas de los demás.

I. Hay primero una advertencia contra el vicio de *juzgar* (vv. 1–2). Es una prohibición: *No juzguéis.* Parecería, a primera vista que esto no tiene conexión con el contexto anterior, pero, en realidad, la tiene y muy estrecha, puesto que todos los hipócritas y de doble visión son siempre propensos a formar juicios temerarios respecto de los demás: *«No te acerques a mí … soy más santo que tú»* (Is. 65:5). El orgullo personal tiende a cubrir los propios defectos proyectándolos sobre los demás. Es muy antiguo el proverbio que dice: «Cree el ladrón que son todos de su condición». Y el escritor francés G. Thibon dice, con gran agudeza, que, al juzgar temerariamente, «cada uno proyecta hacia el prójimo la parte de criminal que él mismo lleva dentro». Cada cual debe juzgarse a sí mismo, examinarse a sí mismo (1 Co. 11:28, 31), pues cada uno ha de responder de sí mismo, no de otros, ante el tribunal de *Cristo* (2 Co. 5:10 y Ro. 14:10). No podemos juzgar las intenciones del corazón, pues sólo Dios penetra en ese santuario. No debemos juzgar sin amor, sin misericordia, sin justicia, sin reflexión. Menos aún, atrevernos a juzgar del estado de sus almas, llamándoles *hipócritas, réprobos, renegados,* etc.; eso es pasarse de la propia raya. ¿Quién eres tú para juzgar a tu prójimo? (Ro. 14:10, 13; Stg. 4:11–12). Aconséjale, ayúdale, pero no le juzgues. Resulta triste y poco edificante el que respetables ministros del Señor se atrevan a decir ligeramente de otras personas, vivas o difuntas: Tal señor o tal otro no es (o no era) convertido de corazón, sino sólo de cerebro, etc. La razón de dicha prohibición es: *para que no seáis juzgados.* Esto insinúa que: (A) Si nos atrevemos a juzgar a otros, podemos esperar que *nosotros seamos juzgados* también. Lo corriente es que quienes más censuran a otros, son también los más censurados y criticados; y no habrá misericordia para la reputación de quienes no muestran misericordia hacia la reputación de los demás. Pero esto no es lo peor, pues han de ser juzgados por Dios. Si los que pretenden saberlo todo y ser «únicos» maestros de los demás, han de *recibir un juicio más severo* ¿qué será de *los que ofenden en palabra,* y tienen *la lengua inflamada por el infierno?* (Stg. 3:1, 2, 6). Ofensor y ofendido han de aparecer ante el tribunal de Cristo (Ro. 14:10) quien, así como ha de consolar al *humilde escarnecido,* también resistirá al *arrogante escarnecedor* y le juzgará con toda severidad. (B) Que si somos modestos y caritativos en nuestras censuras y, en vez de juzgar a los demás nos juzgamos a nosotros mismos, *no seremos juzgados por el Señor.* Así como Dios perdona a quien perdona a sus hermanos, así también dejará de juzgar a quienes no juzgan a sus hermanos; *los misericordiosos alcanzarán misericordia* (5:7).

El juicio de quienes juzgan a los demás sigue la pauta de la ley del talión: *Con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados* (v. 2). El Dios justo observa, a veces, en sus juicios la regla matemática de la proporción: *Con la medida con que medís, os será medido;* con frecuencia, esto ocurre ya en la vida presente, para que los hombres puedan leer su pecado en el castigo. En el primer tercio del siglo actual, en un pueblecito de Aragón, un hombre que había matado a su hermano en discusión por la herencia de un caballo fue muerto poco tiempo después, a dentelladas y sin motivo aparente, por el mismo caballo. ¿Qué sería de nosotros, si Dios fuese tan severo en juzgarnos como lo somos nosotros en juzgar a otros? ¿Qué, si Él nos pesase en la misma balanza? Podemos esperarlo así, si persistimos en señalar todo cuanto los demás dejan que desear en nuestra opinión. En esto como en otras cosas, los que tiran piedras al tejado ajeno ven arruinado su tejado de cristal.

II. En conexión con lo mismo, Jesús previene también sobre el modo de reprender al prójimo. Advirtamos de entrada que, aunque no debemos juzgar a los demás, puesto que es un gran pecado, no se sigue de ahí que no hayamos de reprender a los demás, pues eso es un gran deber y puede ser un medio eficaz para *ganar a un hermano* (18:15 y ss.) *y salvar de la muerte un alma* (Stg. 5:19–20).

1. No todos están cualificados para reprender. Quienes son culpables de las mismas faltas, o peores que aquellas de las que tratan de reprender a otros, se cubren ellos mismos de vergüenza y arrojan la tierra a sus propios ojos, y no es de esperar que tengan ningún éxito en sus reprensiones ni que hagan ningún bien a los reprendidos (vv. 3–5). Aquí hay pues:

(A) Un justo reproche a los censurados, que arman reyerta con un hermano por faltas pequeñas, mientras ellos se permiten cosas más graves; que tienen la vista muy fina para detectar una pequeña *mota en el ojo ajeno,* pero no perciben *la viga en el propio.* (a) Hay grados en las faltas; algunos pecados son como *motas* en comparación con otros que son como *vigas,* unos son como *mosquitos;* otros, como *camellos.* No quiere decir que haya pecados *veniales o pequeños,* porque no es pequeño el Dios contra quien pecamos, pero sí hay pecados *mayores* que otros (v. Jn. 19:11). (b) Nuestros propios pecados habrían de aparecer a nuestros ojos mayores que los de los demás, pues nuestra conciencia nos indica las circunstancias agravantes de nuestros pecados, mientras que no podemos ver las circunstancias atenuantes que hay en los pecados ajenos, al ser incapaces de penetrar en la conciencia ajena. (c) Hay muchos que llevan una viga en el ojo y no se paran a percatarse de ello; son culpables de grandes pecados y dominados por múltiples vicios, pero se resisten a reconocerlos y tienden a justificarlos con sofisticadas excusas, como si no necesitasen arrepentirse y reformar su vida. Con gran presunción se atreven a decir: *Vemos* (Jn. 9:41). (d) Es cosa corriente entre quienes están llenos de pecados y con la conciencia cauterizada, el tener mayor presteza y osadía en juzgar y censurar a otros. La soberbia y la falta de caridad son *vigas* que suelen ir juntas en los ojos de quienes pretenden ser piadosos y diligentes, hasta mansos y amables, cuando censuran o reprenden a otros. Más aún, ¡cuántos hay, que son culpables en lo secreto de muchas peores cosas que las que tienen la cara dura de castigar en otros tan pronto como las descubren! Recordemos el episodio de Juan 8:1 y siguientes. No olvidaré lo que ocurrió, a mediados del presente siglo, en un lugar que no deseo mencionar. Un grupo de señores que formaban el comité local para defensa de la mujer y de las buenas costumbres hizo venir ante sí a un señor acusado de reincidencia en adulterio. Cuando él se vio en presencia de tal tribunal dijo con desenfado a uno de los presentes: Haz el favor de salir de aquí, y los demás nos fumaremos un cigarrillo. Así se acabó el juicio; por supuesto sin «sentencia». (e) Cuando las personas son tan severas con las faltas de los demás mientras son tan indulgentes con las propias, es señal de *hipocresía* de la más refinada: *«¡Hipócrita!»* (v. 5). Cualesquiera que sean las pretensiones de tal persona, una cosa es cierta: no es enemigo del pecado, porque, si lo fuese, sería enemigo de su propio pecado; por consiguiente, no merece ninguna alabanza, pues esta, y no otra, es la verdadera *caridad que ha de empezar por uno mismo. ¿Cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, cuando está la viga en el ojo tuyo?* (v. 4). Muchos hay que hablan de reformar el mundo o cualquiera de las instituciones (y la propia Iglesia), sin cuidarse de reformarse primero a sí mismos. (f) La consideración de tus propios defectos aunque no debe impedirte corregir al hermano (de lo contrario sería imposible ejercitar este difícil ministerio), debe preservarte de usar un tono doctoral y estimularte a corregir tus propios fallos y humillarte en la presencia de Dios, con lo que el beneficio espiritual será doble, ya que será provechoso para tu hermano y para ti.

(B) Una buena norma para los que reprenden a otros. El método correcto es: *Saca primero la viga de tu propio ojo* (v. 5). Tan lejos está nuestro pecado de ser una excusa para no reprender a otros, que el

hecho de que nos descalifique para tal servicio, añade gravedad a tal pecado. La ofensa nunca debe servir de *defensa para* nadie, sino que el que reprende ha de *tratar* de reformarse a sí mismo, a fin de *estar así* capacitado *para* reprender *a su herma*no y ayudarle a reformarse. Quien acusa ha de estar libre de acusación, así como las despabiladeras del lugar santo debían ser de oro puro (Éx. 37:23).

2. No todos están en la debida disposición para ser reprendidos: *No deis lo santo a los perros* (v. 6). Nuestro celo contra el pecado ha de estar guiado por la discreción, y no es conveniente ir por todas partes dando instrucciones, consejos y reprensiones (mucho menos, ánimos y consuelos) a gente endurecida y mal dispuesta a recibir buenas palabras. Échale una perla a un cerdo, y lo llevará tan a mal como si le echases una piedra; por tanto, *no des a los perros* ni a los cerdos, que son animales inmundos, *las cosas santas.* Un buen consejo y un manso reproche son cosa santa, más valiosa que una perla; están ordenados por Dios y son de gran precio (a veces, se pagan muy caros, como le pasó al Bautista con Herodes). En una generación perversa, hay tantos que han estado por largo tiempo *en camino de pecadores,* que han llegado así a *sentarse en silla de escarnecedores;* y, una vez aposentados en tan triste condición, odian y desprecian toda reprensión, y así lo proclaman abiertamente en tono de desafío. Tratar de instruirles y reprenderles es exponerse a sí mismo a las reacciones que pueden esperarse de perros y cerdos. ¿Qué remedio puede haber para quienes, en lugar de agradecer la medicina, se revuelven contra el médico e intentan herir al cirujano con el mismo bisturí con que desea extirparles el tumor? *No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros* (15:26). Sin embargo, hemos de ser cautos para no tildar fácilmente de perros y cerdos a nuestros semejantes. Muchos pacientes han perdido la vida por haber sido desahuciados demasiado a la ligera por los médicos. También hay muchas personas que, si se empleasen todos los medios posibles para traerlas al buen camino, saldrían del estado miserable en que se encuentran. Finalmente, podemos apreciar la ternura de Jesús y el cuidado que tiene de los suyos al advertirles que no echen las perlas a los cerdos, *no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen.*

Versículos 7–11

Nuestro Salvador había hablado, en el capítulo anterior, de la oración como de un deber, cuyo cumplimiento correcto da gloria y honra a Dios. Aquí habla de ella como el medio ordenado para obtener lo que necesitamos.

I. El precepto de *orar* está expresado en tres verbos que presuponen el mismo objetivo: *Pedid, buscad, llamad* (v. 7). La repetición de esta especie de sinónimos sirve para enfatizar el precepto, la necesidad y el resultado. *Pedid,* como pide limosna un mendigo. Quienes desean ser ricos en gracia y bendiciones de Dios, han de dedicarse a este modestísimo oficio de mendigos y verán cuán productivo les resulta el negocio. *Pedir* expresa la exposición delante de Dios de tus necesidades y problemas. Este verbo significa también *preguntar,* como un viajante pregunta por una ciudad, una calle, etc. Así leemos: *Enséñame, oh Jehová, el camino de tus estatutos* (Sal. 119:33), y David dice: *Guíame por el camino eterno* (Sal. 139:24). Y en un sentido que abarca ambos: *Así dice el Señor Jehová: Aún seré solicitado por la casa de Israel* (Ez. 36:37). Buscar se emplea para designar algo valioso que hemos perdido: *Volví mi rostro al Señor Dios, buscándole en oración y ruego* (Dn. 9:3). Llamar, como llama a la puerta quien quiere entrar en una casa. El pecado nos cierra la puerta de la comunión con Dios; puestos en oración, y arrepentidos, decimos: *Señor, Señor, ábrenos.* Cristo llama a nuestra puerta (Cnt. 5:2; Ap. 3:20) y nos permite llamar a la suya, cosa que no solemos permitir a los mendigos corrientes. Buscar y llamar implican algo más que rogar y pedir; no hemos de contentarnos con *pedir y preguntar,* sino que hemos de *buscar,* y mostrar nuestro interés por medio de nuestro esfuerzo; y si no hacemos por buscar lo que pedimos, quizás estamos tentando a Dios. No sólo hemos de *preguntar,* sino también *llamar* a la puerta de Dios, e importunarle; no sólo orar, sino suplicar ardientemente en lucha con Dios, como Jacob, si bien no hemos de olvidar que es Dios quien inicia la pelea (Gn. 32:24) para obligarnos a luchar en oración con Él (Os. 12:3).

II. El precepto de orar lleva aneja una promesa: nuestra labor en la oración, si en verdad *laboramos* en ella, *no quedará en vano.* Dondequiera que Dios encuentra un corazón orante, será encontrado como un Dios escuchante; si se le ruega con corazón contrito y humillado, Él da *respuestas de paz.*

1. En efecto, hay promesa de Dios de que la oración tendrá una respuesta que corresponda exactamente al precepto de orar (v. 7). Dios saldrá al encuentro de los que le buscan: *Pedid,* y *se os dará;* no dice: se os prestará o, se os venderá, sino: *se os dará,* y ¿hay algo tan generoso y barato como un regalo? No hay más que *pedir,* y ya lo tienes; *no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís, y no recibís, porque pedís mal* (Stg. 4:2–3). Lo que no se considera de suficiente valor para pedirlo, tampoco tiene suficiente valor para concederlo. *Buscad y hallaréis, y* entonces no habréis perdido vuestro trabajo. Dios mismo *es hallado por los que le buscan* (Is. 55:6), y si le tenemos a Él, ya tenemos bastante. *Llamad y se os abrirá;* la puerta de la gracia y de la misericordia ya no estará más cerrada contra vosotros como contra enemigos e intrusos, sino abierta como a amigos e hijos. Si la puerta no se abre al primer toque, permaneced *constantes en la oración* (Ro. 12:12), es una afrenta para un amigo el llamar a su puerta, y marcharse enseguida; aunque tarde un poco en abrir, esperamos allí.

2. Se repite la promesa con el mismo objetivo, pero con alguna adición. Se expresa de una forma universal, para extenderla a todo el que ora de un modo correcto: *Porque todo aquel que pide recibe* (v. 8), sea judío o gentil, alto o bajo; todos son igualmente bien admitidos al *trono de la gracia* (He. 4:16), si se acercan con fe, pues *con Dios no hay favoritismos.* Los verbos están en tiempo presente, lo cual es mejor que una promesa para el futuro: *Todo aquel que pide,* no sólo *recibirá,* sino que ya *recibe;* tan seguras e inquebrantables son las promesas de Dios, que permiten, en efecto, tomar inmediata posesión de ellas ¡tan sincronizada está la promesa de Dios con el disfrute de lo prometido! Lo que esperamos, de acuerdo con la promesa, es tan seguro y tan deleitoso como lo que ya tenemos a mano. Aquí no pasa como en las concesiones de este mundo, que han de esperar, a veces largos años después de ser solicitadas. Las subvenciones *condicionadas* de Dios se tornan automáticamente en *absolutas* tan pronto como se cumple la condición: *el que pide, recibe.*

3. Jesús lo ilustra con una comparación tomada de los padres terrenales, quienes están prestos a conceder a sus hijos todo lo bueno que estos les piden. Cristo apela así a los pobres que le escuchan: *¿Qué hombre hay entre vosotros* por muy amoroso o malhumorado que sea, *que si su hijo le pide pan le dará una piedra? etc.* (vv. 9–10). No se trata tanto de *conceder o negar* lo que se pide cuanto de conceder una cosa distinta que es *inútil o dañina.* De aquí infiere el Señor: *Pues si vosotros, aun siendo malos* (ignorantes, imprudentes y limitados en comparación con Dios—no precisamente malvados—), *sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le pidan?* (v. 11). Con esta comparación, Jesús quiere: (A) *Dirigir* y encaminar nuestras oraciones y nuestras esperanzas. Hemos de acudir a Dios como hijos a su *Padre de los cielos.* Cuando un niño se halla en necesidad o en apuro, ¡con qué naturalidad corre hacia su padre a exponerle su caso! Pero hemos de acudir a Dios en busca de *cosas buenas,* pues esas son las que Él da *a los que le pidan.* Como Él sabe qué es lo que más nos conviene, no hay mejor método que dejarlo a su parecer: *Padre, hágase tu voluntad.* A veces le pedimos a Dios algo que nos haría daño si nos lo concediera; Él lo sabe y, por eso, no nos lo da. Una negativa con amor es preferible a una concesión con ira; ya estaríamos hechos una ruina en este momento (o antes), si hubiésemos obtenido muchas cosas que deseábamos.

(B) *Animar* y estimular nuestras oraciones y nuestras esperanzas. Podemos estar seguros de que no quedaremos decepcionados en nuestras peticiones: no vamos a recibir una *piedra* en vez de *pan* (aunque tengan cierto parecido), ni una *serpiente* en vez de *pescado* (también tienen algún parecido). Si Dios ha puesto en el corazón de los padres una inclinación compasiva a socorrer a sus hijos y darles lo que necesitan, sin que sea precisa una ley positiva que obligue a los padres a mantener a sus hijos legítimos, ¿cómo no nos va a conceder Dios cosas buenas, cuando ha asumido la relación de Padre con respecto a nosotros, y nos reconoce como hijos suyos? Él mismo compara en Su Palabra el interés que tiene por los suyos con el que tiene un padre por sus hijos (Sal. 103:13), y aun con el que tiene una madre, que de ordinario posee mayor ternura (Is. 49:14–15, 66:13). Pero aquí se da a entender que el amor, la bondad y la ternura de Dios exceden y superan con mucho a los de cualquier padre o madre de este mundo por eso, Jesús resalta: *¿cuánto más …?* Nuestros padres de este mundo, han tenido cuidado de nosotros; y nosotros lo tenemos de nuestros hijos; mucho más lo tendrá nuestro padre celestial de nosotros (v. He. 12:10, en otra línea de la misma comparación), puesto que, *en primer lugar,* Dios es infinitamente sabio, mientras que los padres de la tierra cometen a veces imprudencias por ignorancia *en segundo lugar,* Dios es infinitamente bueno. Comparar la ternura de los padres de la tierra con las *misericordias de nuestro Dios* es como comparar la luz de un fósforo con la del sol o una gota de agua con el océano; *finalmente,* Dios

es infinitamente rico; no se pueden agotar sus tesoros, y está más dispuesto a dar buenas dádivas a sus hijos que nuestros padres según la carne lo están para darnos cosas buenas.

Versículos 12–14

El Señor quiere aquí ungirnos a ejercitar la justicia hacia los hombres, que es una rama esencial de la verdadera religión, y la piedad hacia Dios, que es una rama esencial de la justicia universal.

I. Debemos hacer de la justicia nuestra norma (v. 12). *Así que,* tened como norma hacer como querríais que os hicieran; para que podáis así disfrutar de los beneficios de las promesas anteriores. Es muy apropiado el que la ley de la justicia esté subordinada a la ley de la oración, pues a menos que seamos honestos en nuestra conducta, Dios no oirá nuestras oraciones (Is. 1:15–17; 58:6–9, Zac. 7:9, 13). No podemos esperar *de Dios buenas cosas,* si no hacemos *lo verdadero, lo respetable, lo puro, lo amable, lo que es de buena reputación* (Fil. 4:8).

1. La norma de justicia propuesta: *todo cuanto queráis que los hombres os hagan a vosotros, así también hacedlo vosotros a ellos.* Cristo vino a enseñarnos, no sólo lo que debemos saber y creer, sino también lo que debemos hacer; y lo que hemos de hacer, no sólo para con Dios, sino también para con los hombres. La regla de oro de la equidad es hacer a los demás lo que querríamos que los demás nos hiciesen. No debemos hacer a otros el mal que nos han hecho, ni el que nos harían si pudiesen; sino lo que deseamos que nos hagan a nosotros. Esto está basado en el gran mandamiento: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.* De la misma manera que hemos de tener hacia el prójimo el mismo afecto que nos tenemos a nosotros mismos, así también debemos prestarle los mismos buenos oficios. Debemos hacer al prójimo lo que consideramos apropiado y razonable, no sea que Dios, en sus justos juicios, haga con nosotros lo que nosotros hemos hecho con nuestros prójimos, si no les hemos hecho lo que querríamos que nos hiciesen ellos a nosotros.

2. Para fundamentar esta norma, se nos da una razón: *porque esto es la ley y los profetas.* Es el compendio de aquel segundo gran mandamiento, uno de los dos *de los que dependen toda la ley y los profetas* (22:40). Todo lo que está preceptuado en la *Ley* y en los *profetas* viene a resumirse en esto. Y Cristo lo ha introducido en esta regla, de modo que, tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo, estén de acuerdo en prescribirnos el que hagamos a otros como querríamos que nos hiciesen a nosotros.

II. Debemos tomar en serio la religión pura (Stg. 1:27), y poner empeño en observarla. Nótese aquí:

1. La descripción que se nos da del mal camino del pecado y del buen camino de la santidad. No hay más que dos caminos: recto y desviado, bueno y malo; el camino hacia el Cielo y el camino hacia el Infierno; todos estamos andando por uno de esos dos caminos; así como no hay después lugar intermedio, así tampoco hay ahora camino intermedio.

(A) Tenemos primero lo que se nos dice del camino del pecado y de los pecadores, en lo que tiene de ventajoso y de inconveniente. Lo que atrae hacia él a las multitudes y hace caminar en él es que *la puerta es ancha, y espacioso el camino,* y son muchos los que viajan por él. *Primero* dice: «Tendréis abundante libertad por este camino. Podéis entrar por esta puerta con todo el bagaje de vuestras concupiscencias; no pone freno a vuestros instintos ni a vuestras pasiones; podéis *caminar por el camino de vuestro corazón y con la vista de vuestros ojos.* Hay varios caminos de maldad para escoger, opuestos unos a otros, pero todas las sendas caben en este *camino ancho. En segundo lugar,* «tendréis abundante compañía en este camino; *muchos son* los que viajan por él, tras haber entrado por la *puerta ancha».* Si vamos *siguiendo a las multitudes* será *para hacer el mal;* la multitud va por caminos desviados (Is. 53:6). La naturaleza nos inclina *a seguir la corriente* (Ef. 2:2), y hacer lo que hacen los demás. Pero si muchos perecen en él, debemos escarmentar en cabeza ajena; el hecho de que ese camino *lleva a la perdición* debe atemorizarnos a todos. Ya sea el camino obvio de la maldad descubierta o el camino oculto de la hipocresía, si es el camino del pecado, será nuestra ruina si no nos arrepentimos a tiempo. Notemos que son los peces muertos los que *siguen la corriente.*

(B) Después se nos habla del camino de la santidad. Cristo nos declara lo que retrae a muchos de entrar por él. *Primero, que la puerta es estrecha.* La conversión, el nuevo nacimiento, es la puerta por la que se entra a este camino. Del estado de pecado al estado de gracia se pasa *naciendo de nuevo* (Jn. 3:3,

5). Es una *puerta estrecha;* difícil de hallar y difícil de pasar, como desfiladero entre dos rocas (1 S. 14:4). Tiene que haber *un corazón nuevo, y un nuevo espíritu* (Ez. 36:26), y *las cosas viejas deben pasar* (2 Co. 5:17). El corazón debe cambiar de rumbo; hemos de nadar contra corriente, encontrar mucha oposición, y experimentar gran conflicto, tanto del exterior como de nuestro interior. Es más fácil enfrentar a una persona contra todo el mundo que contra sí mismo y, con todo, esto es lo que hay que hacer en la conversión. Es una *puerta estrecha, y* hay que agacharse si queremos entrar por ella; hemos de hacernos como niños pequeños, negarnos a nosotros mismos, dejar el mundo, y *despojarnos del viejo hombre* (Ef. 4:22); hemos de estar dispuestos a dejarlo todo por la causa de Cristo. La puerta es *estrecha* para todos, pero para unos (como los ricos) más que para otros. La puerta es *estrecha* pero ¡bendito sea Dios, porque no está cerrada ni echada la llave contra nosotros ni custodiada con una espada flamígera, como lo estará un día no lejano! (25:10).

En segundo lugar, que *el camino es angosto.* No pensemos que ya estamos en el Cielo tan pronto como hemos pasado por la puerta estrecha, sino que hemos de atravesar por un desierto, hemos de viajar por un camino angosto, vallado por la ley divina, la cual es excesivamente extensa, lo cual hace angosto el camino; hay que negar el «yo pecador», hay que resistir a las tentaciones de cada día y cumplir con deberes que van contra nuestra inclinación natural. Hemos de aguantar asperezas, luchar agónicamente, velar en todo tiempo y caminar con toda precaución y circunspección. Vamos a pasar por muchas tribulaciones, pues es un camino cercado de espinas. ¡Gracias a Dios que no es totalmente impenetrable! Y, en la medida en que nuestra inteligencia y nuestra voluntad van progresando en el bien, se abre y ensancha hasta hacerse más y más agradable.

En tercer lugar, al ser *la puerta tan estrecha, y tan angosto el camino,* no es extraño que sean *pocos los que lo hallan* y entran por él. Hay muchos que pasan de largo sin preocuparse de él ni tomarse la molestia de hallarlo; se encuentran a gusto por donde van, y no ven ninguna necesidad de cambiar de ruta. Otros lo ven, pero lo desprecian, pues no les apetece verse limitados o refrenados. Los que van por el camino del Cielo son pocos, y esto desalienta a muchos a quienes espanta significarse y andar en solitario. Sin embargo, en vez de desanimarse por la poca compañía, deberían decir: si tan pocos van al Cielo, habrá más lugar para mí. Veamos qué es lo que tiene este camino que, a pesar de todo, debe incitarnos a todos a tirar por él: *lleva a la vida;* al consuelo de la vida presente, con el favor de Dios, que es la vida del alma; y, especialmente, a la bienaventuranza eterna, cuya esperanza, al final del camino, debería compensarnos de todas las dificultades e inconveniencias del viaje (Ro. 8:18; 2 Co. 4:17). La puerta es estrecha, y el camino es angosto y cuesta arriba, pero una hora en el Cielo bastará para compensar del esfuerzo.

2. La gran incumbencia y el deber de cada uno de nosotros, al considerar lo que Cristo ordena: *Entrad por la puerta estrecha.* La cosa está bien clara: la vida y la muerte, el bien y el mal, frente a nosotros; los dos caminos y los dos destinos. Escoge hoy mismo el camino por el que vas a andar; en realidad, el asunto no admite discusión ni debate, se determina por sí mismo. Por tanto, no os demoréis ni lo penséis más, sino *entrad* de una vez por esa puerta estrecha; *llamad* con sincera invocación y oración intensa, *y se os abrirá.* Es cierto que no podemos entrar ni seguir adelante, sin el auxilio de la divina gracia, pero también es cierto que la gracia se nos ofrece generosamente y no les faltará a quienes la busquen y se sometan a ella.

Versículos 15–20

Se nos precave aquí contra los *falsos profetas,* a fin de que estemos alerta para no ser engañados y descarriados por ellos. Los *profetas* verdaderos son los que, de parte de Dios, comunican al pueblo lo que ha de suceder y le intiman lo que debe cumplir. Pero, ya en el Antiguo Testamento, había quienes pretendían hablar en nombre de Dios sin ninguna garantía Para ello los mismos hechos se encargaban de refutar su falsedad. Aquí se trata de falsos maestros que al hablar como *ovejas,* quieren ganar dinero y prestigio como *lobos* devoradores.

Hay muchas clases de estos *falsos profetas.* 1. Los hay que presentan falsas credenciales y pretenden estar inspirados y dirigidos por Dios mismo para el ejercicio de este don, cuando no hay ningún fundamento para esa presunción. 2. Los que predican falsas doctrinas en puntos esenciales de religión: cosas que son contrarias a *la verdad como es en Jesús.* De estos hay que precaverse, en cuanto asoma la

sospecha, probarlos debidamente y, una vez descubierta su falsedad, evitarlos para no tener nada en común con ellos.

I. Se nos da para ello una razón poderosa: porque son *lobos rapaces con piel de ovejas* (v. 15).

1. Tenemos que usar de mucha precaución, porque sus pretensiones parecen a veces buenas y plausibles, hasta el punto de que pueden engañarnos fácilmente, si no estamos sobre aviso. *Vienen con vestidos de ovejas* con hábito de profetas. No nos hemos de dejar impresionar por el vestido y el gesto. A veces, pueden parecer inocentes, inocuos, mansos, útiles, y cubrir su falsa y nociva filosofía con un manto brillante; sus errores pueden ir dorados con capa de santidad y devoción. El mismo Satanás se transforma, a veces, *en ángel de luz* (2 Co. 11:13–14).

2. Bajo inocentes pretensiones, su objetivo es malvado: *por dentro son lobos rapaces.* Todo *hipócrita* es un *cabrito* con piel de oveja; pero un falso profeta es un *lobo* vestido de oveja. Todo el que nos priva de alguna verdad o nos seduce con algún error, sea cual sea su pretensión, trata de dañar nuestras almas. Pablo los llama *lobos rapaces* (Hch. 20:29). Al ser tan fácil la seducción y tan perjudicial el resultado, *guardémonos de los falsos profetas.*

II. El Señor nos da una buena norma para descubrirlos una vez *probados* (1 Ts. 5:21): *Por sus frutos los conoceréis* (vv. 16, 20). Obsérvese: Lo apto de esta comparación, de conocer el árbol por el fruto. No siempre es posible discernir un árbol por la abundancia de follaje, ni por la robustez y extensión de sus ramas, *pero por el fruto se le conoce,* porque cada árbol da fruto, no sólo según su especie, sino también según su condición. Cristo insiste en la ecuación entre el árbol y el fruto. Si se conoce la especie del árbol, se sabe qué fruto esperar. No hay que esperar *uvas de los espinos,* ni *higos de los abrojos,* porque no es conforme a sus respectivas naturalezas el producir tales frutos. (A) Los corazones viciosos, corrompidos, no santificados, son como espinos y abrojos, sin provecho, nocivos y destinados al fuego. (B) Las buenas obras son *buen fruto,* como las uvas y los higos, agradables a Dios y provechosos para el hombre. (C) Este *buen fruto* nunca puede esperarse de un mal hombre, como no se puede esperar *una cosa limpia de una inmunda.* Por otra parte, al ver cómo es el fruto, podemos deducir cómo es el árbol: *todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos.* Debe ser tenido por *fruto* de un árbol lo que este árbol produce natural, abundante y constantemente; al árbol, como al hombre, no se le conoce por un acto particular, sino por el curso y tenor de toda una conducta.

1. Aplicación de esto a los falsos profetas.

(A) Por la vía de las amenazas: *Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego* (v. 19). Ya el Bautista había pronunciado la misma amenaza (3:10). Cristo podía haber dicho lo mismo en otras palabras; pero no pensó que fuese para Él un rebajamiento el decir lo mismo que Juan había dicho antes que Él. Hablar y escribir las mismas cosas no debe hacerse gravoso, puesto que da mayor seguridad. Nótese la descripción que se da del árbol malo: no da *buen* fruto; hay árboles que dan fruto, pero el fruto no es bueno y, por eso, el árbol ha de ser considerado malo. Nótese también el destino del árbol malo: *es cortado,* con toda certeza, y *echado al fuego.* Dios actuará de igual manera con el hombre que no produzca frutos de vida eterna: lo cortará para que no ocupe el suelo en vano.

(B) Por la vía de la probación: *Por sus frutos los conoceréis* (v. 20). (a) Por los frutos de sus *personas;* de sus palabras, de sus acciones y del curso general de su conducta. Si quieres saber cómo son, observa cómo viven; sus obras testificarán a favor o en contra de ellos. Aquellos cuyas vidas dan evidencia de estar bajo la conducción del espíritu inmundo, no son enseñados ni enviados por el Dios tres veces santo. Dios pone sus tesoros en vasos de barro, pero no en vasos inmundos. (b) Por los frutos de sus *enseñanzas,* ¿adónde tienden éstas?, ¿qué sentimientos despiertan y a qué prácticas conducen en los que las acogen? Si *la doctrina es de Dios,* tenderá a promover piedad genuina, humildad, caridad, santidad y amor, junto con otras gracias cristianas; pero si, por el contrario, las doctrinas que estos profetas predican manifiestan una clara tendencia a suscitar en la gente el orgullo, la mundanalidad, las contiendas, las injusticias o la falta de amor, y hacen que los hombres no se avengan a someterse a las reglas estrictas del *angosto camino,* podemos concluir que *esta persuasión no procede de aquel que os llama* (Gá. 5:8). *Esta sabiduría no viene de arriba* (Stg. 3:15). La *fe* y la *buena conciencia* van de la mano (1 Ti. 1:19; 3:9).

Versículos 21–29

Aquí tenemos la conclusión de este largo y excelente sermón cuyo objetivo es mostrar la indispensable necesidad de la obediencia a los mandatos de Jesús.

I. Cristo muestra, con una clara amonestación, que una profesión exterior de la religión, por muy notable que parezca, no nos llevará al Cielo, a no ser que se corresponda con una conducta consecuente (vv. 21–23).

1. El Señor establece la siguiente norma: *No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos …* (v. 21). No sirve confesar a Cristo como Señor nuestro, sólo de palabra y con la lengua, y dirigirnos a Él de esa manera, y profesar seguirle de ese modo. ¿Podemos imaginar que eso es suficiente para llevarnos al Cielo, o que el que conoce y demanda el corazón, se va a contentar con meras manifestaciones sin realidad interior? Los cumplimientos entre los hombres son reglas de urbanidad, correspondidas igualmente con cumplimientos; pero no se consideran como verdaderos servicios (incluso existe un refrán que dice: *cumplimiento* es *cumplo y miento).* Y ¿vamos a pensar que tales «cumplimientos» tengan algún valor para Cristo? Esto no nos debe impedir el invocar al Señor y dar testimonio valiente de Él, sino el quedarnos en *la forma de piedad sin el poder* (2 Ti. 3:5). Para nuestra felicidad es necesario hacer la voluntad de Cristo, que es *hacer la voluntad del Padre que está en los cielos.* ¿Y cuál es la voluntad del Padre? Que creamos en Cristo, que nos arrepintamos del pecado, que vivamos una vida santa, que *nos amemos unos a otros.* En una palabra, Su *voluntad es nuestra santificación* (1 Ts. 4:3). Decir y hacer son dos cosas distintas, que muchas veces no van juntas en la conducta humana: el que dijo: Sí, *señor, voy,* no movió un pie (21:30); pero Dios *ha unido* estas dos cosas en Su santo mandamiento ¡no las separe el hombre!

2. La apelación del hipócrita contra el rigor de esta ley, al ofrecer otras cosas en lugar de la obediencia (v. 22). *Señor Señor*—dicen importunándole y tomándose gran confianza al dirigirse a Cristo con ese nombre; *Señor,* ¿no sabes que, (A) *profetizamos en tu nombre?* Sí; puede que sea verdad; Balaam y Caifás fueron también impulsados a profetizar; y Saúl se encontró contra su voluntad *entre los profetas;* pero esto no les salvó. Estos *profetizaron en Su nombre,* pero Él no les envió; hicieron uso de Su nombre, y eso fue todo. (B) *¿Que en tu nombre echamos fuera demonios?* También eso es posible. Judas echaba fuera demonios y, a pesar de eso, era *hijo de perdición.* Es posible que alguien eche demonios fuera de otros y, con todo, tenga dentro un demonio y hasta sea el mismo diablo. (C) *¿Que en tu nombre hicimos muchos milagros?* Los dones de lenguas y de sanaciones pueden recomendar a una persona ante el mundo, pero es la genuina santidad la que es aceptada por Dios. La gracia y el amor son *un camino más excelente* que el *trasladar montañas o hablar en lenguas humanas y angélicas* (1 Co. 13:1–2). La gracia puede conducir al Cielo a una persona sin que obre milagros, pero el hacer milagros nunca llevará al Cielo a una persona sin gracia. No tenían muchas buenas obras a las que apelar; no habían hecho obras de piedad ni amor, pues una sola de ellas les habría servido mejor que los *muchos milagros.* El don de hacer milagros, como otros dones, han cesado ahora casi del todo, y ya no apelan a ellos hoy los hombres, pero, ¿no se empeñan todavía los corazones carnales en buscar otros pretextos igualmente débiles, con los que nutrir sus infundadas esperanzas? Guardémonos de descansar en privilegios y realizaciones exteriores, no sea que nos engañemos a nosotros mismos.

3. El rechazo, por frívola, de semejante apelación. El mismo que da la ley (v. 21) es ahora el Juez de acuerdo con dicha ley (v. 23): *Nunca os conocí* y, por consiguiente, *apartaos de mí, hacedores de iniquidad.* Obsérvase, (A) por qué, y sobre qué base, les rechaza a ellos y a sus apelaciones; porque son *hacedores de iniquidad.* Es posible que una persona tenga un gran nombre como persona piadosa y, con todo, sea *hacedora de iniquidad.* Tal persona *recibirá una mayor condenación;* (B) cómo lo expresa: *Nunca os conocí.* Eso insinúa que, si en algún tiempo les hubiese conocido, en la forma en que *el Señor conoce los que son suyos,* le hubieran ellos pertenecido y les hubiera Él amado, les habría conocido y amado y le habrían pertenecido *hasta el fin;* pero *nunca les conoció,* porque siempre conoció que eran hipócritas. Los que, en el servicio de Cristo, no van más lejos de una profesión externa, no le son aceptos ni los reconocerá como suyos en el gran día. ¡Véase desde qué ilusión tan alta pueden los hombres caer a una miseria tan honda! ¡Cómo pueden ir al Infierno a través de las puertas mismas del Cielo! En el tribunal de Dios, la profesión de religión no va a salvar a alguien que continúe en la práctica del pecado; por consiguiente, *todo el que invoque el nombre de Cristo debe apartarse de toda iniquidad.*

II. Jesús muestra, mediante una parábola, que el oír todas estas cosas no nos va a hacer dichosos, a no ser que pongamos empeño en ponerlas por obra; pero si las oímos y las ponemos por obra, seremos realmente dichosos (Jn. 13:17).

1. Los oyentes de Jesús aparecen aquí divididos en dos grupos: unos que oyen y ponen en práctica lo que oyen; otros que oyen y no ponen por obra lo que oyen.

(A) Hay algunos que *oyen las palabras de Cristo y las ponen por obra.* ¡Demos gracias a Dios de que hay tales personas, aunque sean relativamente pocas! Oír a Cristo no consiste meramente en prestarle oídos, sino en obedecerle de corazón. Ya es un favor el oír sus palabras: *Bienaventurados esos oídos* (13:16, 17). Pero, si no practicamos lo que oímos, estamos recibiendo la gracia de Dios *en vano.* Todas las palabras de Jesús, no sólo las leyes que nos ha dado sino las verdades que nos ha revelado, las hemos de poner por obra. No basta con *oír* las palabras de Cristo y entenderlas, *oírlas* y recordarlas, *oírlas* y hablar de ellas, repetirlas, discutirlas etc., sino que hemos de *oírlas y hacerlas. Haz esto, y vivirás.* Sólo los que *oyen y hacen* son *dichosos* (Lc 11:28; Jn. 13:17) y de la familia de Cristo (12:50).

(B) Hay otros que *oyen las palabras de Cristo y no las ponen por obra.* La religión de estas personas se queda meramente en oír y no pasa más adelante. *Oyen las palabras de Dios, como gente que hubiese hecho justicia, pero no las ponen por obra* (Is. 58:2; Ez. 33:30–31). Se siembra la semilla, pero no brota nada. Los que *oyen las palabras de Cristo y no las ponen por obra* es como si se sentasen a mitad de camino hacia el Cielo, y eso no les va a conducir a su destino dichoso.

2. Estos dos grupos de oyentes, y sus casos respectivos, quedan aquí representados en sus verdaderos caracteres bajo la comparación de dos edificadores: uno de ellos era *prudente y edificó sobre roca;* así que su casa resistió todos los embates. El otro era *insensato y edificó sobre arena;* así que su casa se derrumbó. El objetivo de esta parábola es enseñarnos que el único medio para asegurar una eternidad feliz es *oír y poner por obra las palabras* del Señor Jesús; eso es asegurarse la *buena parte,* sentándose a los pies de Jesús, como María, para oír Su palabra y someterse a ella. *¡Habla, Señor, que tu siervo escucha!* Los detalles de esta parábola nos enseñan varias buenas lecciones: (A) Que cada uno tenemos que edificar una casa, y que esa casa es nuestra esperanza para el Cielo. Nuestra principal y constante preocupación debería ser *afianzar nuestro llamamiento y nuestra elección* (2 P. 1:10). Hay muchos que nunca se preocupan de esto; nada tan lejos de sus pensamientos; están edificando para este mundo como si hubiesen de vivir aquí siempre, y no piensan en edificar para el mundo venidero. Todos los que profesan una religión, preguntan de alguna manera: *¿Qué debo hacer para ser salvo?* Es decir, cómo ir al Cielo finalmente, y tener entretanto una esperanza bien fundada para ello. (B) Que ha sido provista para nosotros una *roca* sobre la que podamos edificar dicha casa, y que *esa roca es Cristo.* Él *es nuestra esperanza* (1 Ti. 1:1).

Eso es Cristo en nosotros; debemos fundar nuestras esperanzas de gloria celestial sobre la plenitud de los méritos de Cristo para el perdón de nuestros pecados, el poder de Su Espíritu para la santificación personal, y la eficacia de su intercesión para el suministro de todo el bien que Él nos ha conseguido. La Iglesia está *edificada sobre esta Roca, y* así lo está todo creyente. Él es *roca* fuerte, estable e inamovible; bien podemos aventurarnos a colocar sobre ella todo cuanto somos y tenemos, y no quedaremos *avergonzados de nuestra esperanza.* (C) Que hay un remanente, personas que, al oír y practicar las *palabras* de Cristo, edifican sus esperanzas *sobre* esta Roca. *Edifican sobre* Cristo quienes se preocupan constantemente de someterse a todas las normas de Su santa religión, y así dependen enteramente de Él en cuanto a todo lo que reciben de Dios, así como en todo lo que son y hacen de aceptable a Dios, y *tienen todas las cosas por basura, por pérdida, por amor de Cristo y para ganar a Cristo, siendo hallados en Él* (Fil. 3:79). Edificar sobre *roca* requiere cuidado esfuerzo y fatiga; quienes desean *afianzar su llamamiento y elección han de poner diligencia.* Son prudentes edificadores los que *comienzan a edificar* de tal forma que puedan *acabar* (Lc. 14:30) y, por tanto, ponen buenos cimientos. (D) Que hay muchos que profesan abrigar la esperanza de ir al Cielo, pero menosprecian esta *Roca,* y edifican sus ilusiones *sobre arena.* Todo lo que no sea Cristo es arena movediza. Los hay que edifican sus esperanzas sobre la prosperidad material, como si eso fuera una señal segura del favor de Dios (Os. 12:8). Otros, sobre la profesión exterior de la religión. Se llaman cristianos, fueron bautizados, van a la iglesia, oyen la Palabra de Dios, dicen sus oraciones y no hacen daño a nadie; pero todo ello es arena, demasiado débil para sostener hasta el Cielo el elevado edificio de sus esperanzas. (E) Que se avecinan tormentas, las cuales pondrán a prueba el fundamento sobre el que están basadas nuestras esperanzas. *Lluvias, vientos e inundaciones van a embestir contra la casa;* a veces, la prueba acaece ya en este mundo; *cuando viene la*

aflicción o la persecución por causa de la Palabra (13:21) entonces puede verse quiénes se limitaron a oír la Palabra y quiénes la pusieron por obra. Con todo, la mayor tormenta es la del juicio después de la muerte; será entonces cuando todo lo demás nos fallará, excepto las esperanzas colocadas sobre buen fundamento, las cuales se tornarán en disfrute inalienable de la gloria celestial y eterna. (F) Que las esperanzas edificadas sobre la Roca que es Cristo, se sostendrán firmes y sostendrán al edificador cuando venga la tormenta. Sus consuelos no decaerán, sino que le servirán de fuerza y de cántico, como *ancla del alma, segura y firme.* Cuando se aproxime el último encuentro, esas esperanzas le quitarán todo miedo a la muerte y al sepulcro, será aprobado por el Juez; aguantará la prueba del gran día; y será coronado de gloria imperecedera (2 Co. 1:12; 2 Ti. 4:7–8). (G) Que las esperanzas que los insensatos edificadores ponen sobre cualquier otra cosa que no sea Cristo, se derrumbarán y con toda certeza les fallarán en un día de tormenta. *Se apoyará él en su casa, pero no permanecerá ella en pie* (Job 8:15). Se va a derrumbar en la tormenta, cuando más la necesite él, pensando que con ella estaba bien guarecido. ¡Qué desilusión tan grande para el edificador! La pérdida y la vergüenza son muy grandes. Cuanto más altas había puesto sus esperanzas tanto más profunda ha sido su ruina. La ruina mayor es la que les espera a los falsos profesantes.

III. Los últimos dos versículos nos refieren las impresiones que el discurso de Cristo produjo en los oyentes. *La gente se quedaba atónita de su doctrina;* es de temer que pocos de ellos fueron impulsados por ello a seguirle; pero de momento, se llenaron de asombro. Es muy posible, y hasta frecuente, que la gente admire la buena predicación, y sin embargo, permanezca en su ignorancia e incredulidad; quedan atónitos, pero no santificados. La razón de su asombro era que *les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.* Los escribas presumían de tener tanta autoridad como cualquier maestro, y tenían su apoyo en los privilegios y ventajas de que disfrutaban; pero hablaban como meros repetidores, como niños de escuela que repiten su lección, no como maestros de lo que enseñan; así que la Palabra no salía de ellos con vida ni fuerza alguna. En cambio, Cristo hablaba como un juez que da su sentencia; sus lecciones eran leyes; sus palabras, mandatos. Cristo, en la ladera de su monte, mostró una autoridad mucho mayor y más genuina que los escribas en la cátedra de Moisés. Así también, cuando Cristo enseña en nuestro corazón por medio de Su Espíritu, enseña con autoridad. Dice: *¡Sea la luz! y la luz es* (Gn. 1:3).

CAPÍTULO 8

El evangelista procede ahora a presentar algunos ejemplos de los milagros que Cristo obraba: la curación de un leproso, de un paralítico y de una enferma con fiebre. Tras el paréntesis de una conversación con dos que deseaban seguirle, vienen los milagros de calmar una tempestad y echar fuera los demonios que atormentaban a dos posesos.

Versículos 1–4

La gente que le oyó, *quedó atónita de su doctrina;* y, como resultado de ello *cuando Él descendió del monte, le seguían grandes multitudes.* Aquellos a quienes Cristo se ha manifestado, no pueden menos que desear tener un mayor conocimiento de Él. Quienes conocen mucho de Cristo, han de ambicionar conocerle más y mejor. Es agradable ver a la gente tan bien dispuesta hacia Cristo, como si nunca se cansaran de oírle. Con todo, quienes se reunían en torno de Él, no se adherían de veras a Él. Los que le seguían de cerca y con perseverancia eran muy pocos en comparación con la gran multitud de seguidores ocasionales.

En esta porción tenemos el relato de la curación de un leproso. Resulta muy apropiada la narración, en primer lugar, de este milagro: 1. Porque la lepra era considerada, entre los judíos, como una señal especial del desagrado de Dios; por consiguiente, Cristo, para mostrar que había venido a librarnos de la ira de Dios, a quitar el pecado causante de la ira, comenzó por la curación de un leproso. 2. Porque esta enfermedad, así como se suponía que era causada directamente por la mano de Dios así también se suponía que era directamente curada por la mano divina; y, por eso, no se hacía ningún intento de que la

curasen los médicos, sino que era puesta bajo la inspección de los sacerdotes, ministros de Dios, quienes esperaban a ver lo que Dios hacía. Cristo demostró ser Dios al curar directamente a muchos leprosos y al autorizar a sus discípulos a que, en Su nombre, hiciesen lo mismo (10:8); y, como vemos en 11:5, eso aparece como prueba de Su mesianidad. También se mostró a sí mismo como el que salvaría a Su pueblo de sus pecados; pues, aunque toda enfermedad es fruto y figura del pecado, como desorden del alma, con todo la lepra lo es de un modo especial. Es tratada, no como una enfermedad, sino como una impureza; el sacerdote había de pronunciar que el enfermo estaba limpio o inmundo, según las indicaciones; pero el honor de hacer limpio a un leproso estaba reservado a Cristo. La Ley descubría el pecado (pues por la ley es el conocimiento del pecado), y declaraba inmundos a los pecadores; pero no podía pasar de ahí no *podía perfeccionar nada.* Pero Cristo quita el pecado y nos limpia de él.

I. Vemos cómo se dirige el leproso a Cristo. Podemos suponer que este leproso, aunque excluido del recinto de las ciudades de Israel, llegó a enterarse del sermón de Cristo, y se sintió animado a recurrir a Él, pues quien podía *enseñar como quien tiene autoridad,* también podría curar con la misma autoridad. Así que le dice: *Señor, si quieres puedes limpiarme.* Su curación puede considerarse:

1. Como un favor temporal; una merced hecha en favor de su cuerpo. Así que nos enseña no sólo a recurrir a Cristo, sino también la manera de recurrir a Él: seguros de Su poder, pero sumisos a Su voluntad: *Señor, si quieres, puedes.* Sus promesas de escuchar nuestras oraciones están cercadas (y aseguradas) por dos vallas: Su gloria y nuestro bien; cuando no estemos seguros de Su voluntad, podemos estarlo de Su amor y de Su gracia, a los que podemos referirnos gozosamente, diciendo: *Hágase Tu voluntad.*

2. Como un favor con sentido típico. El pecado es la lepra del alma, pues nos aparta de la comunión con Dios, y nos mancha interiormente. Es, por tanto, necesario que seamos limpios de esta lepra. Ahora, obsérvese que nos sirve de gran consuelo saber que cuando nos dirigimos a Cristo como al Gran Médico, puede limpiarnos si es Su voluntad; y ¡qué más quiere Él, si acudimos a Él con fe y humildad! (A) Debemos descansar totalmente en Su poder, confiados plenamente en que *puede* limpiarnos. (B) Debemos encomendarnos a Su compasión; no podemos exigirlo como un deber, pero podemos demandarlo humildemente como un favor: *«Señor, si quieres …* Me arrojo a tus pies, y si he de perecer, que perezca allí».

II. Respuesta de Cristo a esta petición (v. 3).

1. *Extendió la mano y le tocó.* La lepra era una enfermedad asquerosa y horrible, al par que contaminante. Sin embargo, entre el asombro de los circunstantes, Jesús le tocó y mostró así que al curar leprosos y limpiar pecadores, no corría ningún peligro de ser infectado por ellos.

2. *Diciendo: Quiero; sé limpio.* No le prescribió un método tedioso, prolijo, caro o doloroso, sino que lo curó con una sola palabra. (A) Va por delante una señal de amabilidad: *Quiero;* estoy dispuesto a ayudarte en la forma en que lo necesitas. Cristo es un Médico que no necesitamos enviar por él, porque siempre está de camino; no necesitamos importunarle, pues nos escucha compasivo y presto a ayudarnos; no hay que pagarle, pues cura gratis, «sin dinero y sin precio». Su voluntad corre pareja con Su poder para salvar a los pecadores. (B) Viene enseguida una expresión de poder: *Sé limpio.* Poder, tanto de autoridad como de energía, es el que encierra esa palabra. Cristo cura con una expresión de mando, la cual no sólo manda, sino que lleva a cabo la curación; la voz que nos *manda* ser limpios, *quiere* también que, en efecto, lo seamos. La gracia omnipotente que habla así, no les faltará a quienes de veras la deseen.

III. El cambio feliz, operado en el leproso: *Y al instante su lepra desapareció.* La naturaleza actúa gradualmente, pero el Dios de la naturaleza actúa instantáneamente; en cuanto habla, ya está hecho.

IV. Las instrucciones que Cristo le dio después. Es muy apropiado que quienes son curados por Cristo, se sometan después a las prescripciones de Cristo.

1. *Mira, no lo digas a nadie.* Esta prescripción de Jesús aparece en otros lugares (v. 9:30; 12:16; 16:20; 17:9, etc.), por lo que se vislumbra una razón general, que no es otra que la siguiente: Había peligro de que, al oír de estos milagros, el pueblo se excitase al ver en ellos las señales del Mesías-Rey (v. Jn. 6:14–15) y pensasen en un rápido establecimiento del reino glorioso, politicomilitar, del Mesías, con

lo que la predicación del Evangelio se vería estorbada, y los poderes públicos estarían alertados contra Jesús. En efecto, este leproso desobedeció el mandato de Jesús (Mr. 1:45; Lc. 5:15), y causó una interrupción seria en la predicación del Señor. Tenemos el caso excepcional de Marcos 5:19; Lucas 8:39, pero aquí la situación es totalmente distinta, pues en esta región había quedado contra Jesús un sentimiento desfavorable, que el Señor deseaba corregir.

2. *Ve, muéstrate al sacerdote,* de acuerdo con la Ley (Lv. 14:2). Cristo se preocupó de que se observase la Ley en este caso no sólo para no dejar de observarla, sino para mostrar su respeto al sacerdocio establecido por Dios e incluso para garantía oficial de que la curación del leproso era completa. En este sentido, había de *servirles de testimonio.*

3. *Presenta la ofrenda que ordenó Moisés,* en agradecimiento a Dios por el beneficio conseguido, y en recompensa para el sacerdote por el trabajo que se había tomado al examinar al leproso. Como en muchos otros lugares de la Escritura, especialmente en el Nuevo Testamento (v. por ej. Ap. 13:8; 20:5, y tamb. Mr. 16:16; Hch. 2:38), la sintaxis griega no sigue los rígidos cánones de las lenguas modernas, sino que forma parentesis (que es necesario conocer bien para no confundirse); de ahí que la frase *«para que les sirva de testimonio»* ha de conectarse inmediatamente detrás de *«muéstrate al sacerdote»,* pues sólo después del examen requerido, podía el sacerdote permitir la ofrenda del sacrificio. Hay quienes opinan que ese *«testimonio»* se refiere a que Jesús era el Mesías pero esto está en abierta oposición a la prescripción de Jesús: *Mira, no lo digas a nadie.*

Versículos 5–13

En esta porción tenemos el relato de la curación del siervo del centurión, el cual yacía en cama paralítico. Cristo se encontraba entonces en Capernaúm (4:13). Jesús pasó haciendo el bien por todas partes, y continuaba haciendo el bien cuando se hospedaba en un lugar; cada lugar se beneficiaba con Su llegada.

I. Las personas con quienes Cristo trata ahora son:

1. Un *centurión;* es decir, un oficial de las legiones romanas con mando sobre cien soldados. Aunque era un militar (y la compasión parece avenirse poco con tal profesión), era también un hombre piadoso. Dios tiene su remanente entre todas las clases de gente. Por eso mismo, no hay profesión ni lugar en este mundo, que pueda servir de excusa a la impiedad o a la incredulidad. Y muchas veces, la gracia de Dios se muestra doblemente victoriosa al ganar almas donde las circunstancias parecen estar en contra. Aunque era un militar romano, y el mismo hecho de residir entre los judíos era un recuerdo continuo del yugo de Roma, Cristo que es el verdadero *Rey de Israel,* le hizo un gran favor, enseñándonos con Su ejemplo a hacer bien a nuestros enemigos. Aunque era un gentil, el Señor se manifestó a él, con lo que comenzaban a cumplirse las palabras del anciano Simeón: *«Luz para revelación a los gentiles, y para gloria de tu pueblo Israel»* (Lc. 2:32). Al leproso, Cristo le tocó y le curó porque a los judíos les predicaba directamente, ya que había venido a las ovejas de Israel; pero al gentil (tanto a este paralítico como a la hija de la mujer sirofenicia) lo curó a distancia; no fue en persona a manifestarse a ellos, sino que *envió su palabra y les curó;* con todo, en esto mismo quedó su gloria mayormente engrandecida.

2. *El siervo del centurión.* Cristo está tan presto a curar al siervo más pobre como al amo más rico; pues Él mismo *tomó sobre sí la forma de esclavo,* para mostrar su consideración con los humildes.

II. La gracia del centurión yendo al encuentro de Cristo. Podríamos decir: ¿Puede algo bueno salir de un militar romano? Ven y ve, y encontrarás abundancia de cosas buenas que salen de este centurión.

1. La manera afectuosa con que se dirigió a Jesús (vv. 5–6), lo cual demuestra:

(A) Una piadosa consideración respecto de nuestro gran Maestro, como de quien es poderoso para socorrer y aliviar a quien se lo suplique humildemente, y deseoso de hacerlo. Vino a Él *rogándole,* gorra en mano, como un modesto suplicante. Por esto se deduce que había visto en Jesús más de lo que a primera vista aparecía; vio algo que le imponía respeto. Los hombres más grandes tienen que comportarse como menesterosos cuando tienen algo que ver con Cristo. Aunque la palabra *Señor,* aquí como en el versículo 2 no signifique más que un saludo respetuoso, el tenor de su petición muestra que veía en Él a un Soberano, y un sabio y compasivo Médico, a quien la manifestación escueta de la enfermedad

equivalía a la súplica más anhelante. Una confesión humilde y sincera de nuestras necesidades y enfermedades espirituales, no quedará sin respuesta de paz y consuelo. Derrama tu miseria, y te será derramada misericordia.

(B) Una caritativa consideración hacia su pobre siervo. Leemos de muchos que vinieron a Jesús para rogarle a favor de sus hijos, pero este es el único caso de alguien que vino a Él para rogarle a favor de un siervo: *Señor, mi criado está postrado en casa, paralítico.* Es un deber de los amos preocuparse de la salud de sus criados. El criado no habría podido hacer por su amo más de lo que el amo hizo por él aquí. Los siervos del centurión le eran muy obedientes (v. 9), y aquí comprendemos por qué: él se portaba muy cariñosamente con ellos, y esto hacía que le obedeciesen gozosamente. La parálisis es una enfermedad en la que el talento y la habilidad del médico suelen fallar: era, pues, una gran evidencia de su fe en el poder de Cristo el llegarse a Él en demanda de remedio, cuando esto sobrepujaba el poder de los medios naturales. Obsérvese con qué patetismo presenta el caso de su siervo como algo muy triste: *postrado en casa, paralítico, gravemente atormentado.* Al ser la parálisis una enfermedad que ordinariamente hace perder la sensibilidad, podemos colegir el terrible estado de este enfermo, al oír cuán terribles eran sus sufrimientos. Esta enfermedad es símbolo de la insensibilidad de conciencia, que hace a los hombres descuidar sus deberes y no percatarse de su estado miserable. Si hay alguien entre nuestros hijos o criados, con esta clase de enfermedad espiritual, hemos de llevar el caso a Cristo con fe y oración a fin de que el Señor se digne curarle.

2. Obsérvese la gran humildad de este centurión. Después que Cristo ha expresado ya su disposición a llegarse hasta el siervo para curarle (v. 7), él se expresa con una humildad todavía mayor. Las personas humildes muestran mayor humildad a medida que Cristo condesciende con mayores gracias. *Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo* (v. 8); esto expresa pensamientos muy bajos respecto de sí mismo, y muy altos respecto del Señor Jesús. No dice: «Mi siervo no es digno de que vayas a su habitación, pues yace en el desván», sino: *«Yo no soy digno de que vengas a mi casa».* El centurión era persona de situación económica acomodad, pero se confiesa indigno delante de Dios. ¡Qué bien se aviene la humildad con personas de calidad! A la sazón Cristo se hallaba en su estado de humillación; sin embargo, el centurión le rindió pleitesía con todo respeto. También nosotros deberíamos mostrar estima y veneración por lo que vemos de Dios, incluso en aquellos que, en su condición exterior, parecen inferiores a nosotros en todo. Siempre que nos dirigimos a Cristo, y a Dios mediante Jesucristo, es preciso que nos bajemos y permanezcamos conscientes de nuestra propia indignidad.

3. Obsérvese su gran fe. A mayor humildad, mayor fe lo cual no es extraño, pues si la humildad es el fundamento negativo de la construcción (equivalente a «sacar tierra»), la fe es el fundamento positivo (echar cimiento). Este hombre tenía una gran seguridad de fe, no sólo de que Cristo podía curar a su siervo sino:

(A) De que podía curarle a distancia. No necesitaba el contacto físico como en las curaciones naturales, ni aplicación directa del remedio a la parte afectada. Leeremos después sobre aquellos que llevaron a Cristo un paralítico y lograron, con grandes dificultades, ponerlo delante de Él; y Cristo los recomendó por su fe *activa.* Este centurión no trajo a su criado paralítico, y Cristo le recomendó por su fe *confiada;* la fe genuina es siempre aceptada por Cristo, aunque se muestre de muchas maneras. Cristo construye siempre lo mejor sobre los diferentes modos de expresar una fe verdadera. Para Él son lo mismo la cercanía y la distancia, pues su poder divino es *inmenso.*

(B) De que podía curarle con una *palabra,* sin enviarle una medicina; mucho menos, un hechizo; sino *solamente dilo de palabra,* y no me cabe duda de que *quedará sanado mi criado.* Aquí viene ya a reconocer que el poder del Señor es divino. Entre los hombres, decir y hacer son dos cosas distintas, pues la palabra humana expresa, pero no crea; mientras que la Palabra de Dios es *viva y eficaz* (He. 4:12). Cristo era *el Verbo* por quien fueron hechas todas las cosas (Jn. 1:3; Col. 1:16; He. 1:2).

La fe del centurión en el poder de Cristo se muestra bellamente en la comparación que el mismo centurión hace del dominio que él, como centurión, ejercía sobre sus soldados, y del que como amo, ejercía sobre sus criados: *«digo a este: Ve, y va; y al otro: Ven y viene …».* Todos ellos estaban a sus órdenes, de modo que, mediante ellos, podía él ejecutar sus órdenes a distancia De la misma manera, Cristo podía obrar con sola su palabra. El centurión ejercía este dominio sobre sus soldados, aunque él mismo era un *hombre bajo autoridad,* un subalterno; mucho mayor habría de ser el de Cristo, siendo el supremo y soberano Señor de todo. Tales criados deberíamos ser nosotros respecto de Dios, yendo y viniendo a Sus órdenes, de acuerdo con las direcciones de Su palabra y las disposiciones de Su

providencia. Cuando Su voluntad se opone a la nuestra, la Suya debe cumplirse, y la nuestra debe dejarse a un lado. Las enfermedades corporales son para Cristo como humildes siervos. ¡Cuánto consuelo brinda a quienes somos del Señor el pensar que cada enfermedad está destinada a servir a las intenciones de Su gracia! No hay por qué temer la enfermedad, ni sus efectos sobre nosotros, cuando la vemos a las órdenes de un Amigo tan bueno.

III. Veamos ahora la gracia de Cristo manifestándose a este centurión; porque *con los benignos se mostrará benigno.*

1. Jesús corresponde a su petición a las primeras palabras: *Yo iré y le sanaré* (v. 7), no dice: *Yo iré y le veré,* lo que ya mostraría en Él a un Salvador amable, sino: *Yo iré y le sanaré,* lo que le muestra como Salvador todopoderoso. Lleva *salvación bajo sus alas* (Mal. 4:2); su venida es ya salvación (sanación completa). El centurión deseaba que Cristo curase a su criado, pero Cristo le expresa un favor mayor que lo que él podía pedir o pensar: *Yo iré y le sanaré.* Es corriente en Cristo el superar la expectación de quienes le suplican humildemente. No dijo que estaba dispuesto a ir al hijo de un noble, cuando éste le insistía a que lo hiciera (Jn. 4:47–49); en cambio, Él mismo se ofrece a ir a un pobre criado. La humildad de Cristo, al ofrecerse a ir, le sirvió de gran ejemplo al centurión y le fue ocasión de mostrarse también humilde, al confesarse indigno de tener a Jesús bajo su techo. La condescendencia que Cristo tiene para con nosotros debería hacernos más humildes y agradecidos para con Él.

2. Alaba la fe del centurión, y toma de ahí ocasión para decir palabras muy amables acerca de los pobres y menospreciados gentiles (vv. 10–12).

(A) En cuanto al centurión mismo; no sólo le aprobó y aceptó (un honor común a todos los creyentes), sino que le admiró y le aplaudió (un honor reservado a los grandes creyentes).

(a) Cristo le admiró, no por su grandeza, sino por su gracia. *Al oírlo Jesús, se maravilló;* no por ser excesivo, sino por ser poco común, y Cristo lo tuvo por admirable, para enseñarnos lo que debemos admirar; no la pompa mundana, sino la hermosura de la santidad. Las maravillas de la gracia nos deberían impresionar más que las maravillas de la naturaleza o de la misma providencia, y las realizaciones espirituales más que cualquier obra del orden material.

(b) Cristo le aplaudió, como se deduce de lo que *dijo a los que le seguían: De cierto os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe.* Esto expresa: *Primeramente: Un honor para el centurión;* el cual aunque no había salido de los lomos de Abraham, era heredero de la fe de Abraham. Lo que Cristo busca es *fe,* y dondequiera que ésta se halle, Cristo la encuentra, aunque sea tan pequeña *como un grano de mostaza.* También nosotros debemos estar dispuestos a tributar la debida alabanza a los grandes creyentes, aun cuando no estén en las filas de nuestra denominación. *En segundo lugar,* expresa *una vergüenza para Israel.* Cuando *venga el Hijo del Hombre,* encontrará poca *fe* y, por consiguiente, poco *fruto.* Esto lo dijo Cristo a *los que le seguían.* Ellos eran descendencia de Abraham. ¡Ojalá que, celosos de tal honor, no consientan ser sobrepujados por un gentil, especialmente en la gracia en que Abraham sobresalió!

(B) En cuanto a otros, Cristo les dice dos cosas, que no podía menos de ser sorprendentes para quienes habían aprendido que *la salvación procedía de los judíos.*

(a) Que *muchos gentiles serían salvos* (v. 11). La fe del centurión no era sino un ejemplo de la conversión de los gentiles. Este fue un tema sobre el que Jesús volvió con frecuencia. Cristo habla con toda seguridad: *Os digo,* aunque una insinuación semejante enfureció a los de Nazaret contra Él (Lc. 4:27). El Señor nos da aquí una idea: *Primero,* de las *personas* que serán salvas: muchos del oriente y del occidente; antes había dicho (7:14): Son pocos *los que hallan el camino de la vida;* con todo, ahora dice: *muchos vendrán.* Pocos, de una vez y en un lugar, pero cuando vengan todos juntos, serán muy muchos. Vendrán *del oriente* y del *occidente,* lugares muy distantes el uno del otro, pero todos se encontrarán a la derecha de Cristo, quien es el gran Centro de la unidad. Dios tiene su remanente en todo lugar. Aunque hasta ahora habían sido *extranjeros en cuanto a los pactos de la promesa* (Ef. 2:12), ¿quién sabe cuántos tenía Dios *escondidos* entre ellos? Cuando vayamos al Cielo, así como nos sorprenderemos de no ver allí a muchos que pensábamos que caminaban en aquella dirección, así también nos sorprenderemos de ver allí a muchos que no esperábamos. *En segundo lugar,* el Señor nos da una idea de la *salvación misma.* Vendrán juntos, a encontrarse con Cristo (2 Ts. 2:1). 1. Serán admitidos aquí en la tierra, *en el reino de la gracia, y bendecidos con el creyente Abraham.* Esto hizo a Zaqueo hijo de Abraham (Lc. 19:9). 2. Serán admitidos *en el reino de la gloria en el Cielo.* Allí descansarán de sus trabajos, como quien ha trabajado

bien durante la jornada; *sentarse* denota continuidad; mientras estamos de pie, vamos de paso; cuando nos sentamos, es como para estar durante algún tiempo, como *a la mesa,* para tomar alimento; esta es la metáfora aquí: se sentarán para disfrutar del gran *banquete* lo cual expresa, tanto *la libertad de comunión* como la *plenitud de comunión* (Lc. 22:30). Se sentarán *con Abraham.* Quienes, en este mundo, estaban tan distantes unos de otros, en lugar, tiempo y condición exterior, se juntarán todos en el mismo lugar en el Cielo, para siempre. La santa compañía será una parte de la felicidad celestial.

(b) Que muchos judíos habían de perecer (v. 12). Obsérvese:

Primero: Lo extraño de la frase: *Pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera. El reino de Dios,* del cual se jactaban de ser *los hijos,* les será quitado. En el gran día, de poco les servirá a los hombres haber sido *hijos del reino* (destinados a él) por el contexto en que han nacido y se han criado; no importa que sean judíos o gentiles, o que se llamen cristianos, pues entonces los hombres serán juzgados, no por lo que se *llamen,* sino por lo que *sean.* El haber nacido de padres cristianos nos denomina *hijos del reino;* pero si nos quedamos en eso, y no tenemos otra cosa que mostrar en orden a entrar en el Cielo, seremos *echados afuera.*

En segundo lugar lo extraño del castigo para los *hacedores de iniquidad: Serán echados a las tinieblas de afuera,* a la oscuridad de los que se quedan fuera. En aquellos tiempos en que las calles no estaban iluminadas de noche ser excluidos del banquete, donde innumerables lámparas irradiaban su vivo resplandor en la sala, equivalía a quedar en el frío de la calle y en la más densa oscuridad. Ser excluidos del Cielo, de la luz de Dios que lo ilumina, y del calor de una comunión sin estorbos, es mucho más trágico. Ya no quedará el menor rayo de luz ni el menor resquicio de esperanza. Por eso, puso Dante sobre el dintel de la puerta de su *Infierno* la leyenda siguiente: *Lasciate ogni speranza voi ch' entrate* = Dejad toda esperanza los que entráis.

Cristo sana al criado del centurión (v. 13), al concederle a este la petición que le había formulado.

(A) Lo que Cristo le dijo: vino a decirle algo que convirtió la curación en un favor tan grande, y aun mayor, para él como para su criado: *Como creíste te sea hecho.* El criado obtuvo la sanación de su enfermedad, pero el amo obtuvo la confirmación y la aceptación de su fe. Con mucha frecuencia, Jesús da respuestas alentadoras a quienes oran e interceden por otros. Es un gran privilegio para nosotros el ser oídos en favor de otros. *Como creíste, te sea hecho.* ¿Qué mejor cosa podía desear? Lo que le dijo a él, nos lo dice a cada uno de nosotros: *Creed, y recibiréis; creed solamente.* Véase aquí, no sólo el poder de Cristo, sino también el poder de la fe. Así como Cristo puede *hacer* cuanto quiera, así también un creyente activo puede *obtener* cuanto pida.

(B) El efecto que tuvo lo que dijo; la oración de fe fue una oración eficaz; siempre lo ha sido así y siempre lo será. Por la rapidez de la curación, y la distancia a que fue hecha y con una sola palabra, pudo percibirse claramente su carácter milagroso: *habló, y fue hecho.* Esta era una prueba de la omnipotencia de Cristo, la cual tiene un brazo muy largo.

Versículos 14–17

I. Aquí tenemos el relato de la curación de la suegra de Pedro, que se hallaba enferma con fiebre.

1. El caso no tenía nada de extraordinario; se refiere aquí como un ejemplo del interés y de la simpatía que Jesús sentía por los familiares de sus discípulos; hallamos aquí: (A) Que Pedro tenía *esposa,* aunque *había sido llamado a ser Apóstol de Jesucristo;* Cristo veía con buenos ojos el estado matrimonial de los más elevados líderes de su Iglesia. (B) Que Pedro tenía *casa,* aunque Cristo no la tenía (v. 20), con lo que el discípulo estaba mejor provisto que su Maestro. (C) Que tenía una casa en Capernaúm, aunque era originario de Betsaida; es probable que se trasladase allá cuando Cristo puso allí su residencia principal. Es conveniente cambiar nuestro domicilio, cuando podemos así estar más cerca del Señor. (D) Que tenía en su casa y en su familia a su suegra, lo cual es un ejemplo para yernos y nueras, a fin de que muestren su afecto sincero a los familiares del cónyuge como a los suyos propios. Probablemente, esta buena mujer era de edad avanzada, pero esto no era obstáculo para ser respetada y atendida con todo cariño como deberían serlo todos los ancianos. (E) Que estaba *postrada en cama, con fiebre.* La parálisis era una enfermedad crónica; la fiebre, una enfermedad aguda; pero ambas fueron encomendadas a Cristo.

2. La curación (v. 15). (A) Cómo fue efectuada: *Le tocó la mano;* no para conocer la enfermedad tomándole el pulso, como hacen los médicos, sino para curarla. Esto era una señal de su amabilidad y

ternura. La Escritura *dice la palabra,* pero el Espíritu da el toque: toca la mano y toca el corazón. (B) Cómo fue manifestada: *Ella se levantó, y les servía.* Con esto se mostraba: (a) Que el favor había sido hecho. Aunque había obtenido una merced tan privilegiada, no se siente persona importante, sino que está dispuesta a servir a la mesa como cualquier criada, ya que pudo reemprender de inmediato las tareas de la casa. (b) Que el favor había sido santificado. Aunque había obtenido una merced tan privilegiada, no se siente persona importante, sino que está dispuesta a servir a la mesa como cualquier criada. Quienes son honrados por Cristo deben mantenerse humildes. Al haber sido liberada de aquella manera, enseguida piensa cómo podrá ser útil. Es muy apropiado que quienes han sido sanados por Cristo, se animen a servirle humildemente todos los días de su vida.

II. Sigue después un conciso relato de las muchas curaciones que Jesús hizo *caída la tarde.* Parece ser que este milagro anterior se hizo notorio, y fue ocasión de que le llevasen abundancia de pacientes. «La ha curado a ella, ¿por qué no a mí»—se dirían—. Aquí se nos dice:

1. Lo que hizo (v. 16). (A) *Con su palabra echó fuera a los demonios.* La época en que Cristo vino a este mundo parece haber presenciado una suelta más que ordinaria de demonios, que poseían y atormentaban los cuerpos de mucha gente; Dios lo ordenó así en Su infinita sabiduría, para que se le ofrecieran a Jesús más y mejores oportunidades de mostrar Su poder sobre Satanás. (B) *Sanó a todos los enfermos;* a todos sin excepción, por vil que fuese la persona, y por grave que fuese la enfermedad.

2. Cómo se cumplió en ello la Escritura (v. 17). Entre otras cosas, estaba escrito de Él: *Ciertamente Él llevó nuestras enfermedades, y soportó nuestros dolores* (Is. 53:4). Lo más curioso de esta cita es que Mateo se aparta aquí de los LXX, de donde suelen citar todos los escritores del Nuevo Testamento, para ir al original hebreo, que es el que cuadra en esta porción. A primera vista parece mayor obra quitar el pecado que la enfermedad, pero lo primero no es perceptible a los ojos de la carne, mientras que quitar la enfermedad es algo tan notorio a todos, que nadie puede negarlo. El mismo que quitó el pecado mediante la obra de Su muerte, quitó las enfermedades mediante los milagros de Su vida. Nuestros pecados causan la pesadumbre de nuestras enfermedades. Muchas son las dolencias y enfermedades a que estamos sujetos en el cuerpo; sin embargo, en esta sola línea de los Evangelios, hay para nosotros mayor ánimo y consuelo en medio de ellas, que en todos los escritos de los filósofos. Cristo lo llevó todo sobre Sí en Su *pasión,* para llevarlo todo ahora con nosotros en *compasión de nuestras debilidades* (He. 4:15). Recibiéndolas sobre Sí, las quitó de nosotros. Obsérvese con qué énfasis dice el texto: *ÉL MISMO llevó nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores;* podía y quería ser nuestro intermediario en esto y al mismo tiempo, mostrarse como nuestro Gran Médico al sanarlo todo.

Versículos 18–22

I. Ahora Cristo manda que estén listas las barcas para *pasar al otro lado* del lago (v. 18), Pues tiene que pasar para hacer el bien dondequiera que las necesidades de las almas le llamen (*«Pasa a Macedonia, y ayúdanos»;* Hch. 16:9). Se dispuso a trasladarse cuando *se vio rodeado de mucha gente.* Aunque con esto se mostraba lo deseosa que estaba esta multitud de tenerle allí, Él sabía que había otros tan deseosos de tenerle con ellos, y también debían participar de Sus beneficios; el ser aceptable y útil en un lugar no era objeción, sino más bien razón, para ir a otro. Hay muchos que se alegrarían de disfrutar de tal ayuda, si pudiesen tenerla a la puerta de al lado, pero no se sienten con el suficiente ánimo para ir a buscarla *al otro lado.*

II. Cristo conversa con dos que, al trasladarse Él al otro lado, no se resignaban a quedarse atrás, sino que deseaban seguirle, no como los que le seguían a distancia, sino para un seguimiento más cercano, del que la mayoría se sentían avergonzados o intimidados.

Vemos a Cristo aquí habiéndoselas con dos temperamentos muy distintos: El uno, arrojado y animoso; lento y pesado, el otro; y sus instrucciones son muy acomodadas a cada uno, y destinadas a sernos útiles a nosotros.

1. Tenemos primero a uno que era demasiado precipitado al prometer; era *un escriba,* un experto en la Ley, un erudito, que había estudiado a fondo la Escritura y la había expuesto a otros. Los Evangelios nos presentan a esta clase de personas como poco propensos a recibir el mensaje; rara vez se les encuentra

entre los seguidores de Cristo, ni aun a distancia; pero aquí hay uno que muestra gran deseo de ser un discípulo.

(A) Cómo expresa su animosa disposición: *Maestro, te seguiré adondequiera que vayas.* ¿Podría alguien expresarse mejor? Esta profesión de una absoluta dedicación a Cristo es, (a) una *inclinación* espontánea: no es llamado por Cristo, sino que se ofrece él mismo, a una comunión más estrecha con el Señor; no es empujado a ello, sino que se ofrece voluntariamente. (b) una resolución firme; parece decir: «Estoy decidido, y lo haré». (c) una determinación sin límites ni reservas: *«adondequiera que vayas»*. Sin embargo, por la respuesta de Cristo se colige que su resolución era precipitada. Hay muchas decisiones piadosas, producidas por súbitas emociones y tomadas sin las consideraciones debidas, que demuestran ser abortivas, sin llegar a nada práctico; fruta que madura antes de tiempo, pronto se corrompe.

(B) Cómo pone Cristo a prueba esta disposición animosa, ya fuese sincera o no (v. 20). A quien está tan resuelto a seguirle, Cristo le hace ver que *el Hijo del Hombre* (expresión que encontramos sólo en boca del mismo Jesús) *no tiene donde recostar su cabeza.* Es extraño que *el Verbo de Dios* (Jn. 1:1, 14) y majestuoso *(Hijo del Hombre* (Dn. 7:13), en su Primera Venida a este mundo, se sometiese a una condición tan baja como para no tener ni donde reclinar Su cabeza. Véase *primero:* Qué bien provistas están las criaturas inferiores: *Las raposas tienen guaridas, y las aves del cielo nidos* (Sal. 104:17); y eso, sin ninguna preocupación por su parte; *segundo:* Cuán pobremente estaba Jesús provisto de lo más necesario: no tenía morada de su propiedad, ni siquiera una almohada que fuera *suya* para reclinar su cabeza. Tanto Él como sus discípulos vivían de lo que almas generosas les procuraban (v. Lc. 8:2). Cristo se sometió a esta condición para mostrarnos la vanidad de las cosas de este mundo y enseñarnos a mirar con menosprecio santo lo que es superfluo o tiende a pegarse a nuestro corazón. Cuentan de Diógenes el filósofo que, aparte del tonel en que vivía y la linterna con que se alumbraba, poseía una escudilla para el parco alimento que tomaba y el agua que bebía. Pero un día vio a un soldado beber con la mano, y arrojó de sí la escudilla, y dijo: Ahora he visto que poseo algo superfluo. Cristo se despojó de todas esas cosas, no por cínico estoicismo, sino para poder así conseguirnos mejores bienes: *siendo rico, por amor a nosotros se hizo pobre, para que fuésemos enriquecidos con su pobreza* (2 Co. 8:9). Es extraño que Cristo hiciese tal declaración precisamente en esta ocasión. Un solo escriba podía haberle proporcionado mayor prestigio y mejor servicio que doce pescadores; pero Cristo veía su corazón, y contestó a sus pensamientos, enseñándonos así a todos cómo hemos de llegarnos a Él. *En primer lugar,* parece que la decisión de este escriba había sido demasiado precipitada; y Cristo desea que antes de llegar a una decisión en materia religiosa, *nos sentemos antes a calcular los gastos* (Lc. 14:28). No es ninguna ventaja para la verdadera religión el tomar a los hombres por sorpresa, sin que tengan conciencia clara de aquello a que se comprometen. Quienes se agarran a la primera emoción, se soltarán al primer tirón. Mejor es que, quienes se aprestan a seguir a Cristo, se aperciban del lado más difícil de tal seguimiento y se apresten a pagar el alto precio que ello comporta. *En segundo lugar,* parece que su resolución nació de un impulso mundano, ambicioso. Había visto la abundancia de curaciones que Cristo efectuaba, y tal vez sacó en conclusión que obtenía de ello pingües ganancias, y pronto se haría con una buena hacienda. ¿No podría él conseguir algún dividendo, si le acompañaba a todas partes?

2. El segundo era demasiado *lento* en actuar. La demora en actuar es tan mala como la precipitación en el resolver. Nunca se diga que dejamos para mañana lo que podemos hacer hoy.

(A) La excusa que este otro puso para no seguir inmediatamente a Cristo, fue: *«Señor, permíteme que vaya primero y entierre a mi padre»* (v. 21). No se sabe si su padre había muerto ya, o estaba para morir, o enfermo de suma gravedad, o simplemente tan anciano que su muerte no podía hacerse esperar por mucho tiempo, ya que todo esto puede significarse con esa frase. Lo cierto es que su excusa, aunque aparentemente plausible, no era correcta, pues demuestra que no tenía por la obra de Dios el celo que debería tener. A una mente perezosa o cobarde nunca le falta una excusa. Cristo bien merecía tener la preferencia.

(B) Jesús no le admitió la excusa. *Jesús le dijo: Sígueme* (v. 22). No se sabe de seguro que le siguiera, pero es probable que, tanto este como el otro, siguiesen después a Jesús; aunque es más probable en el caso del segundo, por el poder que acompañaba a las palabras de Jesús. Notemos que somos llevados a Cristo por la fuerza que su llamamiento ejerce sobre nosotros, no por la de nuestras promesas a Él. Cuando Cristo llama, supera todos los obstáculos y hace que su llamamiento sea eficaz (v. 1 S. 3:10). Luego responde a la excusa presentada: *Deja que los muertos entierren a sus muertos.* Es decir, deja que los que están muertos espiritualmente, se encarguen de sepultar a los que están muertos corporalmente;

deja que los oficios mundanos sean dejados en manos de las personas mundanas; no te sobrecargues ni te detengas por eso. Dar sepultura a los muertos, en especial a un padre, es una buena obra, pero no es de tu incumbencia en este momento; tú tienes algo mucho más elevado que hacer, y no puedes dejarlo para después. La piedad hacia Dios ha de ir por delante de la piedad hacia los padres, aunque esta forme parte importante de la verdadera religión. Un caso muy distinto (y en el que puede una persona equivocarse igualmente) es cuando un padre o una madre se hallan enfermos, sin otra persona que les asista que un hijo o una hija. En este caso atender al enfermo puede ser más perentorio que acudir a un culto o a otro cualquier ejercicio de devoción.

Versículos 23–27

Cristo había dado orden a sus discípulos de hacerse a la vela y *pasar al otro lado* del lago (v. 18), pues había decidido marchar de este modo, ante el agobio de la multitud que le detenía por tierra. Es un consuelo para *los que descienden al mar en naves* (Sal. 107:23), y se encuentran con frecuencia con muchos peligros allí, saber que tienen un Salvador en quien confiar y al que orar, el cual conoce lo que es hacerse a la mar, y las tormentas que en la mar se producen. *Sus discípulos le siguieron;* los Doce le seguían de cerca. Sólo los que están dispuestos a embarcarse con Cristo y a seguirle en medio de peligros y dificultades, se hallan entre los verdaderos discípulos del Maestro. Muchos se contentarían con seguir a Cristo por tierra, pero quienes deseen descansar después con Jesús, deben seguirle ahora adondequiera que Él los lleve, ya sea a un barco como a una cárcel, lo mismo que a un palacio.

I. El peligro y la ansiedad de los discípulos en este viaje. Los que siguen a Jesús, han de contar con las dificultades (v. 20).

1. *Se levantó en el mar una tempestad tan grande que las olas cubrían la barca* (v. 24). Esta tempestad era para la gloria de Dios y el provecho de los discípulos, como en el caso de Juan 11:4, 15. Cristo quería mostrar que los que atraviesan con Él el océano de este mundo, deben esperar tormentas en el viaje. Sólo la región superior disfruta de perfecta calma, mientras que esta inferior está siempre expuesta a ser perturbada y perturbadora.

2. Jesucristo *dormía.* Nunca leemos que Cristo durmiese, excepto en esta ocasión; no era este un sueño de falsa seguridad, como el de Jonás durante la tormenta, sino de santa serenidad y dependencia del Padre; no abrigaba en su interior culpa ni miedo que perturbase su reposo. Quienes pueden reclinar su cabeza sobre la almohada de una conciencia limpia, pueden dormir tranquilamente en medio de una tormenta (Sal. 4:8), como Pedro en la cárcel (Hch. 12:6). Dormía Jesús ahora para poner a prueba la fe de sus discípulos, a ver si confiaban en Él ahora que parecía desinteresarse de ellos.

3. Los pobres discípulos, aunque acostumbrados al mar, se asustaron mucho y se le acercaron en demanda de socorro (v. 25). ¿A quién otro podían ir? ¡Qué bien que lo tenían tan cerca! *Le despertaron* con sus súplicas, *diciendo: ¡Señor, sálvanos, que perecemos!* Hay un proverbio que dice: Quien quiera aprender a orar, que se haga a la mar. Los peligros claros, inminentes e inevitables, conducen espontáneamente a la gente hacia el único que puede prestar ayuda en momentos de extremo apuro. Su petición fue: *Sálvanos.* Sabían que Él *podía* salvarles; le piden que *quiera.* Cristo vino al mundo a *salvar* (Lc. 19:10) pero sólo *serán salvos los que invoquen el nombre del Señor* (Hch. 1:21). Le llaman *Señor,* y luego le piden: *Sálvanos.* Cristo no salvará sino a los que estén dispuestos a recibirle como *Señor* (Col. 2:6). El motivo de su súplica es: *que perecemos;* era el lenguaje del miedo; habían recibido en su interior respuesta de muerte, y dicen: *«Perecemos,* a menos que tú nos salves; ten, pues, compasión de nosotros»; era también el lenguaje del fervor. Nos va bien el tener que esforzarnos y luchar en la oración; por eso *dormía* Cristo, para darles esta oportunidad.

II. El poder y la gracia de Jesucristo acuden en auxilio de ellos. Puede parecer que Cristo duerme mientras su Iglesia se encuentra en medio de una tormenta, pero su Espíritu siempre vela para no dejarla desamparada.

1. En primer lugar, reprende a los discípulos: *¿Por qué teméis, hombres de poca fe?* (v. 26). No les echa en cara el que le hayan perturbado con sus oraciones, sino el que se hayan dejado perturbar por sus temores. Les reprende antes de salvarles: *¿Por qué teméis?* ¿Vosotros, mis discípulos? Y luego les

descubre la causa de sus temores: *Hombres de poca fe.* Efectivamente tenían varios motivos para confiar en Cristo y no dejarse llevar del pánico. Por una parte, tenían consigo en la barca la *persona* de Cristo, suficiente garantía de que las olas no les harían naufragar y por otra parte tenían la *palabra* de Cristo, que había mandado *pasar al otro lado.* Con un poco más de fe, habrían entrevisto la orilla opuesta a través de la tormenta. También nosotros debemos avivar nuestra fe, y saber que, tras las tormentas de esta vida arribaremos a las tranquilas playas de una eternidad bienaventurada. No les dice: Hombres *sin fe,* sino hombres *de poca fe.* Hay muchos que tienen fe verdadera, pero es pequeña y les sirve para poco en las tormentas de la vida.

2. Después *reprendió a los vientos y al mar.* (A) ¡Con qué facilidad! Con sola Su palabra. (B) ¡Con qué eficacia! *Sobrevino gran calma,* inmediatamente. Ordinariamente, pasado lo peor de una tormenta, todavía queda mucho oleaje hasta que el mar se sosiega por completo; pero, a la voz de Cristo, no sólo cesa la tormenta, sino todo lo que queda de ella. A veces, las grandes tormentas de dudas y temores acaban en una calma maravillosa.

3. Esto les produjo a los discípulos gran asombro: *Los hombres se maravillaron* (v. 27). ¡Aquí había uno que era más que Jonás! (12:41). Dice *hombres,* ya sea refiriéndose especialmente a otras personas que estuviesen con los discípulos, o porque estos, a causa de su poca fe, no merecían ser llamados de otra manera. Todos ellos estaban acostumbrados al mar, pero no habían visto jamás en su vida una tormenta que se calmase de forma tan rápida y completa. Obsérvese: (A) Su admiración de Cristo: *¿Qué clase de hombre es éste?* Cristo es un hombre completamente diferente de todos los demás; todo en él es admirable: nadie es tan sabio, tan poderoso, tan amable y benigno, como Él. (B) La razón de tal asombro: *Aun los vientos y el mar le obedecen.* Según este relato, Cristo es digno de admiración por disponer de un poder tan portentoso, que se impone incluso a la naturaleza inanimada, que es incapaz de ser hechizada por la palabra humana. El que puede hacer esto, puede también hacer cualquier cosa por difícil que parezca; tiene poder para avivar nuestra confianza en Él, en medio de las mayores tormentas.

Versículos 28–34

En esta porción se nos narra el episodio de dos endemoniados, de los que Cristo arrojó fuera a los espíritus inmundos. El objetivo de este capítulo es mostrar el poder de Cristo. Cristo tiene todo poder, no sólo en el cielo y en la tierra, y en las profundidades del abismo sino que posee también las llaves del Infierno mismo. Se observa en general (v. 16) que Cristo echaba fuera los demonios *con Su palabra,* y aquí tenemos un ejemplo particular de ello. Aunque Cristo había sido enviado especialmente *a las ovejas perdidas de la casa de Israel* hizo también unas pocas salidas fuera de los límites de Israel, como aquí, para derrotar en todos los terrenos a Satanás. Respecto a esta legión de demonios, obsérvese la labor que hacían, tanto donde *estaban* como donde *fueron echados.*

I. La obra que hacían donde *estaban* se echa de ver en la miserable condición en que se hallaban estos dos posesos.

1. Vivían entre *los sepulcros;* de allí salieron cuando vinieron al encuentro de Jesús. Viviendo entre los sepulcros, no es extraño que aumentasen la melancolía y la locura de los pobres endemoniados, y también les hacía más temibles de parte de la gente, que generalmente se asusta mucho de todo lo que sale de entre sepulcros.

2. Eran *feroces en gran manera;* no sólo eran indomables sino dañosos, al haber sin duda perjudicado a alguien; por lo que tenían tan asustada a la gente *que nadie podía pasar por aquel camino.* El diablo infunde maldad en la gente, y lo muestra haciendo que los hombres desprecien y teman los unos a los otros. Las mutuas enemistades, donde debería existir cooperación y estímulo, las concupiscencias que hacen la guerra en nuestros propios miembros, el orgullo, la envidia, la malicia, la venganza, incapacitan al hombre para vivir normalmente en sociedad, y le hace indigno de ella, y tan perjudicial para la buena marcha del orden público como lo eran estas pobres criaturas poseídas por el demonio.

3. Se muestran desafiantes ante Jesús, al expresar despectivamente el poco interés que tenían en Él (v. 29). El hecho de que no pudiesen evitar encontrarse con Cristo, demuestra el poder de Dios sobre los demonios. Jesús pudo encadenar con Su palabra a quienes los hombres no podían sujetar con ninguna clase de cadenas. Puestos en presencia de Jesús, protestan contra lo que tienen por intrusión, y montan en cólera: *¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Hijo de Dios?* Aquí tenemos:

(A) *Una* palabra que el demonio habló como un *santo,* al dirigirse a Cristo como al *Hijo de Dios;* palabra *buena* y, en la ocasión en que fue pronunciada, palabra *grande* también. Incluso los demonios creen y confiesan que Cristo es el Hijo de Dios, pero se quedan tan demonios como antes (Stg. 2:19). No es el conocimiento, sino el amor lo que distingue a los santos de los demonios.

(B) *Dos* palabras que el demonio habló como un *diablo,* y en esto mostró su verdadera cara: (a) una palabra de *desafío: ¿Qué tenemos nosotros que ver contigo?* Es cierto que los demonios no tienen nada que ver con Cristo como Salvador. ¡Oh, qué misterio tan profundo del amor de Dios, que los hombres caídos tengan *tanto que ver con Cristo,* cuando los ángeles caídos *no tienen nada que ver con Él!* Por eso, es tanto más triste que haya hombres, incluso entre los que confiesan que Jesús es el Hijo de Dios, que no quieren tener nada que ver con Él. También es cierto que los demonios no desean tener nada que ver con Jesús como Rector del Universo, pues le odian y están llenos de enemistad contra Él, pero no pueden escapar de Su dominio. Por otra parte, no es cierto que los demonios no tengan nada que ver con Cristo como Juez pues no sólo tienen que ver con Él, sino que, además lo saben. (b) Una palabra de miedo y deprecación: *¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?* Estos espíritus malignos sabían sin duda, que llegaría una *«sazón»* (esta es la palabra en el original) en la que sufrirían penas peores que las que habían sufrido hasta entonces, y pensaban que la presencia de Cristo era un indicio de que había llegado el momento (Jud. v. 6; Ap. 20:10). Pero el hecho mismo de que Cristo les impidiese hacer el daño que estaban causando, ya era para ellos un tormento especial también. Nosotros deberíamos tener por tormento únicamente lo que nos impide hacer el bien.

II. Veamos ahora la obra que hicieron en el lugar al que *fueron echados,* cuando fueron arrojados fuera de los hombres y se les dio permiso para entrar *en los cerdos,* que *se hallaban a cierta distancia de ellos* (v. 30). Estos *gadarenos (o gerasenos o gergesenos*—pues de las tres formas aparecen—) parece que eran judíos, aunque vivían al otro lado del Jordán; pero entonces, ¿qué tenían que ver con los *cerdos?*

1. Cómo se hicieron los demonios con los cerdos. Aunque estaban *a cierta distancia de ellos,* se ve que tenían un ojo puesto en ellos.

(A) *Rogaron* a Jesús que, si *les echaba fuera, les enviase a los cerdos* (v. 31). De este modo, (a) mostraban su inclinación a hacer daño, y el placer que esto les causaba. Ya que no se les permitía continuar haciendo daño a los hombres en sus personas, al menos podrían hacerles daño en sus bienes, y aun en eso mismo, les harían daño en sus almas, predisponiéndoles contra Jesús. (b) Reconocen el poder de Jesús sobre ellos, ya que saben que, si Él no les permitiera esto, no tendrían poder ni siquiera para hacer daño a un cerdo. Esto debe servir de consuelo y ánimo al pueblo de Dios pues aunque el poder del diablo es muy grande, sin embargo es limitado y muy inferior a su malicia (¿qué sería de nosotros, si no lo fuera?), y vemos que está especialmente bajo el control de nuestro Señor Jesucristo.

(B) Tuvieron que *salir.* Cristo les dijo: *Id* (v. 32), como le dijo Dios a Satanás, cuando este deseaba atormentar a Job. En sus sabios y santos designios, Dios permite con frecuencia que Satanás desahogue su rabia y haga el daño que desea. Cristo permitió esto para castigo de los gadarenos, los cuales, aunque probablemente eran judíos, se tomaban la libertad de comer cerdo en contra de la Ley, en todo caso el apacentar cerdos rayaba ya en maldad. Los demonios, al obedecer a Cristo, salieron de los hombres y, al contar con el permiso de Jesús *salieron y se fueron a los cerdos.* Véase cuán trabajador es Satanás y qué enemigo tan rápido es; no pierde tiempo para hacer el mal.

2. Adónde condujeron a los cerdos cuando se apoderaron de ellos. Les hicieron *precipitarse en el mar por un despeñadero,* donde todos perecieron en número de *unos dos mil* (Mr. 5:13). La posesión que el diablo toma es para destrucción. De la misma manera precipita el diablo a los hombres en el pecado haciéndoles apresurarse a veces hacia aquello que ellos mismos habían decidido no hacer, pues sabían que les había de causar pesar y vergüenza. Así lleva a la ruina a mucha gente.

3. El efecto que esto tuvo en los dueños de los cerdos. Pronto les llegó el informe que de lo ocurrido les dieron los pastores de la piara quienes parecían más preocupados de la pérdida de los cerdos que de cualquier otra cosa, pues no contaron *lo de los endemoniados* hasta que pasó lo de los cerdos (v. 32). Cristo no entró en la ciudad, pero sí llegaron las noticias de que estaba cerca de allí. ¿Qué hizo entonces esta gente?

(A) La curiosidad les llevó a salir para ver a Jesús: *Toda la ciudad salió al encuentro de Jesús* (v. 34). Así hay muchos que van a Jesús por curiosidad y aun por admiración, pero no le tienen verdadero afecto ni buscan en Él al Salvador.

(B) Su avaricia les indujo a *rogarle que se retirara de sus contornos.* En lugar de invitarle a que viniese a la ciudad o de presentarle los enfermos para que los sanase, estaban deseando que *se retirara de sus contornos.* De este modo, los demonios consiguieron lo que pretendían al precipitar al mar a los cerdos y ahogarlos allí. Así es como el diablo siembra cizaña en el campo de Dios. A lo largo de los siglos se ha venido repitiendo este extraño fenómeno, que los hombres han rechazado a Cristo porque han preferido a los cerdos y, así, al no recibir al Salvador, no han llegado a la salvación.

CAPÍTULO 9

En este capítulo tenemos magníficos ejemplos del poder y de la compasión de Jesús, para el bien, tanto de los cuerpos como de las almas de los hombres. Así demostró ser el Gran Médico de cuerpos y almas, que dispone de suficientes remedios para las enfermedades de ambos.

Versículos 1–8

Las primeras palabras de este capítulo nos obligan a volver nuestros ojos al final del precedente, donde encontramos a los gadarenos resentidos por la pérdida de sus cerdos y tan disgustados de la presencia de Jesús que le piden que se vaya de sus contornos. Aquí se nos dice que *entrando en la barca, pasó al otro lado* (v. 1). Le rogaron que se fuera, y Él les tomó la palabra. Jesús no se detiene mucho donde no es bien venido, pero se queda con los que anhelan su compañía. No dejó tras de sí un juicio destructor para castigarles como se merecían por su desprecio y contumacia porque este era todavía el día de su paciencia; no había venido a destruir, sino a salvar; no a matar, sino a sanar.

Vino a su ciudad es decir a Capernaúm que era entonces el principal lugar de su residencia (4:13; Mr. 2:1). Mientras los gadarenos deseaban que se marchara, los de Capernaúm se alegraron de que viniera. Aunque haya muchos que afrenten a Jesús, nunca faltan quienes le glorifiquen.

Lo primero que encontramos ahora es la sanación de un paralítico. Veamos:

I. *La fe de unos amigos* de este al traerle a Cristo. Su estado era tan lamentable, que no podía venir a Cristo por su propio pie, pero al menos tenía buenos amigos que se preocuparon de llevarle. Tampoco los niños pequeños pueden llegarse por sí mismos a Cristo, pero Él les proveerá alguien con fe para que los conduzca a Jesús. Niño o adulto, sano o enfermo, por su propio pie o conducido por otros, nadie viene a Jesús en vano. *Jesús vio la fe de ellos* (v. 2): la fe del paralítico y la de los que lo llevaban. Esta fe era: 1. Una fe *fuerte;* creían firmemente que Jesús podría y querría curarle. 2. Una fe *humilde.* Aunque el enfermo no podía dar un paso no le pidieron a Jesús que fuese a visitarle, sino que le trajeron el enfermo a Él. Nos compete a nosotros ir a Cristo más bien que esperar a que Él venga a nosotros. 3. Una fe *activa. C*on su fe en el poder y en la bondad de Cristo, le trajeron al enfermo *tendido sobre una camilla,* lo cual comportaría un montón de molestias. Una fe fuerte no se fija en obstáculos con tal de llegar a Jesús.

II. *La amabilidad de Cristo* en las palabras que dirigió al enfermo: *Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados.* Esto fue un estupendo estimulante para un enfermo. No leemos que el enfermo o los que lo llevaban dijesen una sola palabra a Jesús; simplemente pusieron al enfermo delante de Cristo; con esto bastaba. Nunca es en vano el esfuerzo en presentarnos, a nosotros o a nuestros amigos, a Jesús, como objetos de Su compasión. La miseria grita tan alto como el pecado, y la misericordia no está menos presta a oír que la justicia. En lo que Cristo dice aquí, vemos: 1. Un amable tratamiento: *Hijo.* 2. Una amable exhortación: *Ten ánimo.* Es probable que el pobre hombre temiese alguna reprensión por ser introducido a Jesús de aquella manera tan brusca; pero Cristo no se fija en ceremonias, sino en realidades. 3. Una buena razón para tener buen ánimo: *Tus pecados te son perdonados.* Esto ha de considerarse como una introducción a la curación de su enfermedad corporal; como si dijese: «Tus pecados te son *perdonados* y, por consiguiente, serás *sanado*». Si tenemos el consuelo de estar reconciliados con Dios, con el consuelo subsiguiente de recobrarnos de la enfermedad, esto será de veras un gran favor que Dios nos hace como a Ezequías (Is. 38:17). Pero aun en el caso de que no hubiese sido sanado en el cuerpo, habría tenido suficiente motivo para *tener buen ánimo,* si sus pecados le eran perdonados; con esta seguridad, bien valía

la pena de haber venido a Jesús. Todos los que, por la gracia de Dios, tienen evidencia de que les han sido perdonados los pecados, tienen motivo para estar de buen ánimo, cualesquiera que sean los problemas exteriores o las aflicciones corporales que tengan.

III. *La cavilación de los escribas* sobre lo que Cristo acababa de decir: *Decían dentro de sí,* en su corazón (e, incluso quizá cuchicheando por lo bajo): *Este blasfema* (v. 3). Véase cómo aun la mayor muestra del poder y de la gracia del Cielo es infamada con el más negro tizón de la enemistad del Infierno.

IV. El argumento contundente que Cristo les dio de la necedad de tales cavilaciones, antes de proceder a la curación del enfermo.

1. *Les acusó de cavilar el mal.* Aunque sólo lo pensaron dentro de sí mismos, sin expresarlo al exterior, *Él conocía los pensamientos de ellos* (v. 4). El Señor Jesucristo conoce perfectamente todo cuanto decimos en nuestro interior. Los pensamientos son secretos y súbitos, pero delante de Cristo están desnudos y descubiertos. Los pecados que comienzan y acaban en el corazón, aunque no salgan fuera, son tan peligrosos como los demás.

2. *Les arguyó de lo irracional de tal actitud* (vv. 5–6). Obsérvese: (A) Cómo *afirma* su autoridad en el reino de la gracia, y les dice que *el Hijo del Hombre,* el Mediador, *tiene potestad en la tierra para perdonar pecados.* ¡Qué estímulo es esto para los hombres pecadores para que se arrepientan: saber que la potestad de perdonar los pecados está en las manos del Hijo del Hombre, que es carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos! Y si ya tenía esta potestad en la tierra, ¡cuánto más ahora que está exaltado a la diestra del Padre!

(B) Cómo *prueba* dicha autoridad mediante la demostración de su poder en el reino de la naturaleza: ¿No es tan fácil decir: *los pecados te son perdonados,* como decir: *Levántate y anda?* El que puede curar así la enfermedad, puede igualmente perdonar el pecado. Este es un argumento general para demostrar que Cristo era el Gran Enviado de Dios. Tanto el *poder* como la *compasión* que se veían en sus curaciones, probaban que había sido enviado por Dios para *salvar y sanar.* La parálisis era un mero síntoma de la enfermedad del pecado; por consiguiente, al hacer desaparecer inmediatamente el síntoma, presentaba evidencia de que podía curar la enfermedad misma. Quien tiene potestad para levantar la pena, la tiene también, sin duda, para perdonar la culpa. Para eso vino al mundo: *para salvar a su pueblo de sus pecados* (1:21).

V. La curación inmediata del enfermo. Cristo se volvió hacia el enfermo y le dirigió una frase de efectos curativos, y mostró así que la discusión más necesaria no debe impedirnos hacer todo el bien que se halle al alcance de nuestras manos. *Dijo al paralítico: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.* Y, en aquel mismo momento, las palabras fueron acompañadas de un poder curativo rápido y fortalecedor: *Entonces él se levantó y se fue a su casa* (v. 7). Le envió a su *casa,* para que fuese una bendición para su familia, donde hasta entonces sólo había sido una carga.

VI. La impresión que esto hizo sobre la gente: *Las gentes, al verlo, se llenaron de asombro y glorificaron a Dios* (v. 8). Glorificaron a Dios por lo que había hecho a este hombre. Los favores concedidos a otras personas deberían ser alabanzas en nuestros labios y acciones de gracias a Dios por ellos. Le admiraban, no como a Dios, sino como a *hombre a quien Dios había dado tal poder.* Dios debe ser glorificado en todo el poder que los hombres tienen para hacer el bien, pues todo poder es originalmente Suyo; en Él está como en su Fuente; en los hombres, como en canales o cisternas.

Versículos 9–13

En esta porción tenemos un relato de la gracia y favor de Cristo para con los pobres publicanos o cobradores de impuestos, particularmente con Mateo.

I. Llamamiento de Mateo, el escritor de este Evangelio. Marcos y Lucas le llaman Leví. Hay quienes opinan que Jesús le puso el nombre de Mateo cuando le llamó al apostolado, así como a Simón le puso por sobrenombre Pedro. *Mateo* significa «don de Jehová».

1. Dónde estaba Mateo cuando le encontró Cristo: *Estaba sentado en la oficina de los tributos públicos* (v. 9), pues era cobrador de impuestos (Lc. 5:27). Estaba en el ejercicio de su profesión, como el resto de los discípulos cuando Cristo los llamó (4:18). Así como Satanás decide acercarse, con sus tentaciones, a los holgazanes, Cristo suele llegarse, con sus llamamientos a quienes están ocupados. Era un oficio de mala fama entre la gente piadosa, puesto que estaba expuesto a tanta corrupción y a tales tentaciones, que había muy poca gente honesta en dicha profesión; pero Dios tiene su remanente en toda clase de gentes. Nadie puede excusarse en su incredulidad por el cargo que desempeña en el mundo; pues no hay oficio *pecaminoso,* pero algunos han sido salvos *fuera de él,* así como no hay oficio *santificador,* pero algunos han sido salvos *en él.*

2. El poder anticipador de su llamamiento. No encontramos que Mateo buscase a Jesús, o que tuviese alguna inclinación a seguirle. Cristo es hallado por los que no le buscan. Cristo *habló primero.* No le escogimos nosotros a Él, sino que fue Él quien nos escogió a nosotros. *Le dijo* a Mateo: *Sígueme.* Esta llamada fue eficaz, puesto que Mateo enseguida *se levantó y le siguió;* no rehusó ni demoró obedecerle. El poder de la gracia divina responde y supera todas las objeciones. Mateo dejó así su oficio y todas las esperanzas de ser promovido dentro de él; y, aunque los discípulos que habían sido pescadores, les hallamos después ocasionalmente pescando, nunca volvemos a ver a Mateo en su oficina.

II. El encuentro de Jesús con publicanos y pecadores con ocasión de esto: *Estando Él sentado a la mesa en la casa* (v. 10). Los otros evangelistas nos dicen que Mateo *le hizo* a Jesús *un gran banquete,* lo cual no pudieron hacer los pobres pescadores cuando Él los llamó. Pero cuando es Mateo mismo el que narra el episodio, no dice que fue un *banquete,* ni que fue en su propia casa, sino sólo que Jesús estaba *sentado a la mesa en la casa.* Esto nos enseña a ser muy comedidos cuando hablamos de nuestras propias obras buenas.

Cuando Mateo invitó a Cristo, invitó también a *sus discípulos.* Nótese que, cuando recibimos a Cristo, debemos recibir también a los que son de Cristo, a fin de que tengan un lugar en nuestro corazón. Invitó también a muchos publicanos y pecadores para que tuviesen un encuentro con Jesús. Este fue el primer objetivo que tuvo Mateo en esta ocasión: llevar al conocimiento de Cristo a los que habían sido sus compañeros de oficio. Quienes han sido llevados al Señor no pueden menos de estar deseosos de que otros sean también llevados a Él, y ambicionar a contribuir en algo a la extensión del Evangelio. La gracia verdadera no permite que una persona se contente con participar sola del festín, sino que le induce a invitar a otros. Sin duda que algunos seguirán a quien de este modo sigue a Cristo. Esto es lo que hicieron Andrés y Felipe, así como la mujer samaritana (Jn. 1:41, 45; 4:29).

III. El desagrado de los fariseos por ello (v. 11). Enseguida surgió la oposición: *¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores?* No fue para Cristo el menor de los sufrimientos el *soportar tal contradicción de pecadores contra sí mismo* (He. 12:3). Aunque nunca dijo ni hizo nada *fuera de lugar* (así dice lit. Lc. 23:41), en todo lo que decía o hacía encontraban falta sus enemigos. Así nos enseñaba a esperar los reproches y estar preparados para sufrirlos con paciencia. Los que así se querellaban eran *fariseos.* Estos eran muy estrictos con los *pecadores,* pero no con el *pecado;* nadie tan celoso como ellos por la *forma* de la piedad, así como nadie tan enemigo como ellos de la *eficacia* de la piedad. Llevaron su querella ante los discípulos, no ante Jesús mismo. La razón más probable de ello es, no porque se sintiesen cobardes ante Cristo, sino porque al acercarse a los discípulos, intentaban apartarlos de su Maestro como de quien no observaba la ley sobre la contaminación con los inmundos. Como a discípulos de Cristo, nos incumbe justificarle y vindicarle, así como a sus enseñanzas y normas, ante el mundo, *siempre preparados para presentar defensa ante todo el que nos demande razón de nuestra esperanza* (1 P. 3:15). Ya que Él es nuestro Gran Abogado en el Cielo bien está que nosotros seamos sus abogados en la tierra y que hagamos nuestro el reproche que se le hace a Él. Se quejaban de que *comía con los publicanos y pecadores.* Tener intimidad con los malvados era contra la Ley (Sal. 1:1; 119:115); quizá pensaban que acusando de esto a Cristo ante sus discípulos, les inducirían a apartarse de Él. Tener amistad con los publicanos era contra la *tradición de los ancianos* y, por consiguiente lo consideraban como algo nefando. Estaban enojados con Cristo por esto: (A) Porque *le deseaban el mal.* Es cosa fácil y muy corriente echar a la peor parte las mejores palabras y acciones. (B) Porque *no deseaban el bien* a los publicanos y pecadores, sino que tenían envidia del favor que Cristo les mostraba.

Se puede sospechar con razón que quienes se niegan a compartir con otros la gracia de Dios, carecen ellos mismos de dicha gracia.

IV. La defensa que Cristo hizo de Su actitud y de la de Sus discípulos, al justificar el estar acompañados de publicanos y pecadores. Si nosotros somos fieles a Jesús, Él defenderá Su causa y la nuestra. Dos cosas pone Él de relieve en su defensa:

1. La necesidad y urgencia del caso de los publicanos, que requerían con insistencia la ayuda de Jesús. Fue precisamente la extrema necesidad de los pobres y miserables pecadores, la que trajo a Cristo desde las puras regiones de arriba a estas impuras de abajo; y fue esa misma necesidad la que le llevó a buscar la compañía de esta gente que era considerada como impura. Él expresa así la necesidad de estos publicanos: *Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos* (v. 12). Los publicanos son enfermos y necesitan de alguien que les ayude y sane, cosa que los fariseos piensan que no necesitan. Nótese que el pecado es la enfermedad del alma; deforma, debilita, intranquiliza, desgasta y mata, pero ¡gracias sean dadas a Dios! no es incurable. Jesucristo es el Gran Médico de las almas. Las personas buenas y sabias deberían ser como médicos para cuantos están en torno suyo, como lo era Cristo. Las almas que están enfermas con el pecado necesitan de este Médico, porque su enfermedad es sumamente peligrosa; la naturaleza no les puede ayudar; nadie nos puede ayudar en esto; tenemos tal necesidad de Cristo, que, sin Él, estamos perdidos, eternamente perdidos. Hay multitudes que se imaginan estar en perfecta salud y, por ello, piensan que *no tienen necesidad de Cristo* y que pueden arreglárselas bien sin Él, como le ocurría a la iglesia misma de Laodicea (Ap. 3:17, comp. con Jn. 9:40–41). Cristo demuestra que la necesidad de los publicanos y de los pecadores justificaba suficientemente la conducta que Él observaba con ellos, pues esta necesidad hacía de su actitud *un acto de caridad*, que siempre tiene preeminencia sobre las formalidades de las observancias exteriores, ya que la *beneficencia y la magnificencia son* mejores que *la magnificencia, tanto* como la realidad es superior a las apariencias o a las sombras. Si *la obediencia es mejor que los sacrificios* (1 S. 15:22–23), mucho mejor lo será aún, cuando esa obediencia se ejercita en provecho de otros, pues promover la conversión de las almas es el mayor acto imaginable de misericordia, pues es *salvar de muerte un alma* (Stg. 5:20). Obsérvese cómo Cristo cita lo de: *Id, pues, y aprended lo que significa.* No basta con conocer bien la letra de la Escritura, sino que debemos aprender a entender su significado. Y el mejor modo de aprender el significado de las Escrituras es saber cómo hemos de aplicarlas como un reproche de nuestras faltas y como una norma de nuestras acciones (2 Ti. 3:16–17). Este texto que Cristo citó, no sólo servía para vindicar Su propia manera de proceder, sino también: (a) Para mostrar en qué consiste la verdadera religión: no en observancias externas, sino en hacer todo el bien posible a las almas y a los cuerpos de nuestros prójimos, en justicia y paz. (b) Para condenar la hipocresía farisaica de quienes ponen la religión en un ritual, más bien que en una moral (23:23).

2. La naturaleza y objetivo de Su propia comisión: *No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento* (v. 23). Para eso debía llegarse a los publicanos. Vemos, pues: (A) Cuál era el objetivo de Su venida: *llamar al arrepentimiento.* Una llamada a que cambiemos nuestra mentalidad y nuestros caminos. (B) A quiénes afectaba esto: no a los *justos,* sino a los *pecadores.* Si los hijos de los hombres no hubiesen sido *pecadores,* el Hijo del Hombre no habría tenido necesidad de venir a convivir con ellos. Por consiguiente, su *ocupación más importante* tiene que ver con los *mayores pecadores;* cuanto más grave es el estado de un enfermo, tanto mayor es la necesidad de que acuda el médico. Por eso, cuando Pablo habla de sí como *apóstol,* se coloca el último en el desfile (1 Co. 15:9), pero cuando habla de sí como *pecador,* se coloca el primero en la fila (1 Ti. 1:15), como quien tenía más necesidad que nadie de la ayuda de Aquel *que vino a salvar a los pecadores.* Cristo no vino con la ilusión de tener éxito entre los que se creen *justos* y, por ello, se van a sentir hartos del Salvador antes que de sus pecados, sino entre los que están convencidos de ser miserables *pecadores;* a estos vendrá Cristo, porque de estos será bienvenido.

Versículos 14–17

Las objeciones que se hacían a Cristo y a sus discípulos, dieron ocasión a algunos de los más provechosos de Sus discursos; de este modo, la sabiduría de Jesús sacaba bien del mal. Así pasó en esta

porción, pues de una objeción a la conducta de los suyos, sacó Jesús una enseñanza que mostró la ternura que tenía hacia ellos.

I. La objeción la hicieron los discípulos de Juan contra los de Cristo, por no ayunar estos como aquellos lo hacían; para los discípulos de Juan, esto era otro ejemplo de la relajación de su moral, además del de comer con publicanos y pecadores. Por el testimonio de los otros evangelistas (Mr. 2:18; Lc. 5:33), sabemos que los discípulos de los fariseos se les unieron en esta querella seguramente porque, siendo los discípulos de Juan más allegados a Cristo y a Sus discípulos, la objeción parecía más plausible. No es cosa nueva el que los malos se asocien a gente buena para engañar a incautos y salirse con la suya; cuando los hijos de Dios ponen de relieve sus diferencias internas, los seguidores del diablo se aprovechan de ello para sembrar graves discordias. La querella era la siguiente: *¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces, y tus discípulos no ayunan?* Es una pena que los deberes religiosos, que deberían ser una confirmación del verdadero amor se conviertan muchas veces en ocasión de discordia y contienda.

1. Cómo se jactaban de sus ayunos: *Nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces.* El ayuno ha sido considerado a lo largo de la historia de la Iglesia, como una parte integrante del culto (v. Hch. 13:2). Los fariseos ponían gran énfasis en él. También los discípulos de Juan ayunaban con frecuencia. Es muy corriente encontrar entre los observantes de lo más severo que tiene la religión, a quienes están bajo la disciplina del *espíritu de servidumbre* (Ro. 8:15). No es que eso sea malo; más aún, puede ser muy provechoso en ciertas ocasiones; pero quienes hemos recibido el *espíritu de adopción* hemos de pasar a través de esas devociones, para llegar al contentamiento en Dios y a la dependencia de Él, pues esta es la meta a la que dichas devociones deben, en último término conducir. En los meros profesantes hay siempre una natural inclinación a alardear de sus prácticas religiosas externas, jactándose de ellas, no sólo delante de los hombres, sino incluso ante Dios, ya que confían en dichas prácticas y apelan a ellas como realizaciones de *la justicia propia* (Ro. 10:3).

2. Cómo acusaban a los discípulos de Cristo por no ayunar con tanta frecuencia como ellos: *Tus discípulos no ayunan.* No podían menos de percatarse de que, como Cristo había instruido a sus discípulos a mantener en secreto sus ayunos, ellos procuraban *no mostrar a los hombres que ayunaban* (6:18). Por eso no debemos juzgar la devoción de las personas por lo que se percibe con los ojos de la carne. Los vanos profesantes de la religión suelen ponerse a sí mismos como ejemplo de lo que un cristiano debe ser, de modo que, para ellos, quienes hacen menos, se quedan cortos; y quienes hacen más se pasan de la raya.

3. Cómo fueron a Cristo con esa queja. Si los discípulos de Cristo ofenden en algo, por omisión o por comisión, de seguro que la queja va a llegar hasta Él de rebote: *Oh Jesús, ¿son éstos tus cristianos?* La queja contra Cristo fue presentada a los discípulos (v. 11), y la queja contra los discípulos es expuesta a Cristo (v. 14) esta es la manera de sembrar discordia y apagar el amor: enfrentar a los creyentes contra los ministros de Dios, a éstos contra los creyentes, y a un amigo contra el otro.

II. La defensa que Jesús hace de sus discípulos en esta materia. Aunque ellos no hallaban con qué replicar a la acusación, Jesús tenía algo que decir en favor de ellos. Si hacemos algo según el ejemplo y el mandato del Señor, Él se encargará de defendernos por ello.

Dos razones da Cristo para defender a sus discípulos de la acusación de que *no ayunan:*

1. No era el tiempo apropiado para ejercitar dicha devoción: *¿Pueden los que están de bodas tener luto entretanto que el novio está con ellos?* (v. 15). La respuesta de Cristo está expresada de tal modo que sirve con creces para justificar la práctica de Sus discípulos, sin tener que condenar la práctica de Juan ni de los discípulos de este. Siempre que se nos censure injustamente, hemos de procurar defendernos sin que tengamos que recurrir a recriminar a otros.

El argumento de Jesús está tomado del uso corriente de alegrarse y regocijarse durante las solemnidades de las bodas, pues entonces resultan absurdas e impropias la tristeza y la melancolía. Los discípulos de Cristo eran, como dice literalmente el original, *los hijos de la cámara nupcial;* es decir los invitados natos a la fiesta nupcial. Así también, los fieles seguidores de Cristo, que tienen el Espíritu de adopción, están en continua fiesta, mientras que los que tienen el espíritu de servidumbre y temor, no pueden regocijarse del mismo modo. Los discípulos de Cristo *tenían consigo al novio,* mientras que los

discípulos de Juan no lo tenían, ya que su maestro había sido puesto en prisión y, por eso, era para ellos el tiempo apropiado de *ayunar con frecuencia.* También a los discípulos de Cristo les *vendrán días cuando el novio les será quitado, y entonces ayunarán* (v. 15). El pensamiento de Su marcha les puso tristes (Jn. 16:6). La tribulación y la aflicción les sobrevinieron cuando Jesús se fue, y entonces fue la ocasión de *ayunar y orar.* Los «hijos de la cámara nupcial» están alegres o tristes en la medida en que disfrutan más o menos de la presencia del novio. La presencia y la cercanía del Sol dan lugar al día y al verano mientras que su ausencia y lejanía dan lugar a la noche y al invierno. Cristo lo es todo en todos para la Iglesia de Dios pero cada devoción debe ponerse por obra a su debido tiempo (Ec. 7:14; Stg. 5:13). Hay tiempo para el duelo y tiempo para el gozo, y hemos e acomodarnos a cada tiempo para llevarlo en su debida sazón.

2. La incompatibilidad de la dispensación de la Ley con la de la Gracia. Esto lo ilustra con dos comparaciones; una, la de remendar un paño viejo con uno nuevo, que tiene por resultado la destrucción de lo remendado (v. 16); otra la de echar el vino nuevo en odres viejos, con lo que estos se revientan y el vino se derrama (v. 17). Es de advertir que el original no dice paño *nuevo,* sino paño *no batanado.* Un paño que no ha sido batanado se encoge tan pronto como se moja; así que el remiendo de dicho paño tira del viejo y lo desgarra, de forma que la rotura se hace mayor que antes. Lo mismo pasa con los odres o cueros viejos que, con el paso del tiempo, tienden a endurecerse y perder flexibilidad; de esta manera, se resquebrajan fácilmente y revientan con la fermentación propia del vino nuevo. De la misma manera, el espíritu de libertad del Evangelio no cabe en los moldes antiguos del judaísmo. Este fue el error funesto de los judaizantes; querer hacer compatible el judaísmo con el cristianismo es dejar sin mordiente—como dice Pablo—la obra de la Cruz. Así que, muertos a los *rudimentos* o principios elementales del exterior, todo lo antiguo ha quedado superado (Col. 2:8–23). Muchos creyentes, con buena voluntad, *pero no según el perfecto conocimiento* (Ro. 10:2), siguen de alguna manera encastillados en una especie de judaísmo, tanto en lo que se refiere a la comida y a la bebida como al día de reposo, y olvidan que, como dijo el propio Señor, *«el sábado es para el hombre, no el hombre para el sábado».* Todo intento de poner de relieve las exterioridades de la Ley equivale a poner la medida de nuestra justicia al nivel de un cumplimiento legalista. *¡No estamos bajo la Ley, sino bajo la gracia!* (Ro. 6:14). La Ley oprime, la gracia libera; la Ley atemoriza (Ro. 4:15), la gracia salva y cobija (Ef. 2:8).

Versículos 18–26

Dos episodios históricos referidos conjuntamente: la resurrección de la hija de Jairo y la curación de la mujer que padecía *flujo de sangre.* Esto último es introducido como un paréntesis mientras el Señor se dirigía a casa de Jairo; pues los milagros de Cristo fluían de Él con tal exuberancia, que a veces se entretejían como plantas cuyas semillas se siembran con mucha prodigalidad. Es de notar que Jesús fue solicitado a obrar estos milagros precisamente *mientras hablaba estas cosas* que preceden (v. 18), y constituyen así la mejor respuesta a las cavilaciones de los fariseos, así como una agradable interrupción puesta a la desagradable ocupación de discutir, la cual, aunque a veces es necesaria e inevitable, con gusto la dejará todo buen discípulo de Cristo para dedicarse a servir a Dios y hacer el bien a otros.

I. *Se le acercó un dirigente de la sinagoga y se postró ante Él* (v. 18). *¿Acaso ha creído en Él alguno de los gobernantes?*—dirán los fariseos—(Jn. 7:48). Pues, sí; ahí tenéis uno. Este dirigente tenía una hijita de doce años; la muerte de esta niña que sería la alegría de la casa, fue ocasión de que este hombre se llegase a Cristo. En la aflicción hemos de acudir al Señor; la muerte de un familiar nos habría de conducir a Cristo, que es *la vida.* Obsérvese, respecto a este dirigente:

1. Su humildad al dirigirse a Cristo. Vino al Señor cuando se vio abrumado por el dolor. No es ninguna vergüenza para los más encopetados dirigentes el acudir personalmente a Jesucristo. Este dirigente *se postró ante Jesús;* es decir, *le adoró.* Quienes deseen recibir de Cristo su favor, deben dar a Cristo su honor.

2. Su fe en esta ocasión: *Mi hija acaba de morir.* En esta frase expresa Mateo el episodio cuyos detalles aparecen con mayor distinción en Marcos y Lucas. Aunque cualquier otro médico habría llegado ya demasiado tarde, este hombre creía que Jesús nunca llegaba demasiado tarde, porque Él es médico después de la muerte, pues es *la resurrección y la vida. «Ven y pon tu mano sobre ella, y vivirá»*—añade—. Esto estaba totalmente fuera de los poderes de la naturaleza, pero dentro de los poderes de Cristo, que *tiene vida en sí mismo y da vida a los que quiere* (Jn. 5:21, 26). No podemos atrevernos hoy a

ir al Señor con una petición semejante. Mientras hay vida, hay esperanza y lugar para una oración similar; pero cuando alguno de nuestros allegados muere, el caso está ya determinado. Sin embargo cuando Jesús estaba en este mundo y obraba toda clase de milagros, una confianza tal, no sólo era permitida, sino también recomendable.

II. Cristo se mostró inmediatamente dispuesto a acceder al ruego de este hombre: *Se levantó Jesús, y le siguió con sus discípulos* (v. 19). No sólo estaba dispuesto a concederle lo que deseaba y resucitar a su hija, sino también a complacerle, yendo a su casa para realizar el milagro. Seguramente que *nunca dijo a la descendencia de Jacob: En vano me buscáis* (Is. 45:19). Y obsérvese que, cuando Jesús *le siguió,* también lo hicieron *sus discípulos,* a quienes había escogido por compañeros constantes; no lo hizo por pompa o para ser más visto, sino para que fuesen testigos de Sus milagros quienes habían de ser después predicadores de Su doctrina.

III. La curación de la pobre mujer con flujo de sangre. La llamo «pobre mujer», no sólo porque su caso era digno de compasión, sino porque, aunque había tenido algunos bienes de este mundo, *había gastado todos sus bienes, a manos de médicos, sin provecho alguno* (Mr. 5:26), de modo que su miserable condición se veía doblemente agravada, puesto que se había empobrecido por ver si encontraba remedio para su enfermedad y, además, no había encontrado alivio a pesar de tanto dispendio. Esta mujer estaba *enferma de flujo de sangre desde hacía doce años* (v. 20) y, por si fuera poco, esta enfermedad, además de tanto gasto sin ningún alivio, la hacía ceremonialmente inmunda, con lo que quedaba excluida *de los atrios de la casa de Dios;* pero eso no la excluyó de la proximidad del Señor Jesús: se encomendó al poder de Cristo y recibió de Él la tan deseada curación.

1. La gran fe que esta mujer depositó en la persona y en el poder de Cristo. Su enfermedad era de tal naturaleza, que su modestia no le permitía hablarle a Cristo públicamente para rogarle que la sanase de ella, como lo hacían otras personas pero creía firmemente que el Señor tenía una plenitud tan abundante de poder curativo, que con sólo *tocar el borde de su manto* le bastaría para quedar sana. Quizás, en esto, se mezclaba un tanto la fantasía con la fe, pues no había precedente, que se sepa, de esta clase de sanación por parte de Jesús. Pero Cristo no se fijó en la pequeñez de su conocimiento, sino en la fuerza y sinceridad de su fe. En efecto, hay una virtud especial en todo lo que pertenece a Cristo; está tan *lleno de gracia,* que *de su plenitud todos hemos recibido* (Jn. 1:16).

2. El gran favor de Cristo a esta mujer; no dejó sin efecto sus influjos curativos, sino que permitió que esta tímida mujer le robara, por así decir, una curación de la que nadie más se enteró, aunque ella no pudo pensar que a Jesús le fuese a pasar desapercibida. Ahora ya quedaba satisfecha y dispuesta a marcharse, puesto que ya había obtenido lo que deseaba, pero Cristo no quería dejarla marchar así; los triunfos de su fe debían servir para su honor y alabanza; así, pues, *se volvió* hacia ella después de descubrir dónde se hallaba (v. 22). Es un gran consuelo para los creyentes humildes, que aunque pasen desapercibidos para los hombres, son conocidos de Cristo, quien ve lo más secreto del corazón, tanto en los pensamientos como en los deseos. Así, pues, Jesús, al curar a esta mujer:

(A) Puso alegría en su corazón, al decirle: *Ten ánimo, hija.* Ella temía ser reprendida por acercarse clandestinamente pero fue animada. La llama *hija* hablándole con la ternura de un padre, como había hecho con el paralítico (v. 2), a quien llamó *hijo.* La exhorta a que *tenga ánimo* y, al decirlo, le da ánimo así como con sus palabras de sanación, daba también la sanación.

(B) Puso honor en su fe. Esta gracia da a Cristo más honor que las demás y, por eso, Él le concede también mayor honor: Tu *fe te ha sanado* (o salvado). Esta mujer tenía más fe que la que ella misma pensaba. Fue curada también espiritualmente, pues la curación que fue efectuada en ella es el fruto y el efecto propio de la fe, el perdón del pecado y la obra de la gracia. Su sanación corporal fue el fruto de la fe, de su fe, y eso hacía que su curación fuese de veras dichosa y consoladora. Los posesos de los que Cristo arrojó los demonios, fueron ayudados por el poder soberano de Cristo; algunas personas fueron ayudadas por la fe de otras (v. 2); pero, en fin de cuentas, es *tu fe la que te ha salvado.*

IV. El estado en que encontró Jesús la casa del dirigente (v. 23): *Vio a los que tocaban flautas, y la gente que hacía alboroto.* La casa estaba llena de confusión y desorden; esto es lo que la muerte produce cuando llega a una casa; y quizá las urgencias que surgen en tales momentos, cuando nuestro difunto tiene que ser convenientemente preparado para la sepultura, son de cierta utilidad para distraernos de la

pena que tiende a apoderarse de nosotros y dominarnos por completo. Los vecinos irían acudiendo para expresar a la familia su dolencia por la pérdida del ser querido, para consolar a los padres y para ayudar en los preparativos del funeral, el cual, entre los judíos, no se demoraba mucho. Allí se encontraban también los músicos, siguiendo costumbres paganas, con sus tonadas tristes y melancólicas, propias para aumentar la pena y suscitar las lamentaciones de los asistentes. Cuando se trataba de gente rica, como lo sería la familia de este dirigente, se pagaba a músicos que incitasen a la lamentación; como se pagaba (y aún se paga en algunos lugares) a plañideras alquiladas para este fin. Lo falso de estas lamentaciones se echa de ver cuando notamos cuán deprisa se convierte el llanto en risa (v. 24). Lo cierto es que estas señales de dolor eran propias de *los que no tienen esperanza* (1 Ts. 4:13). Por aquí se ve que la verdadera religión administra estimulantes, mientras que la irreligión administra corrosivos deprimentes. El paganismo tiende a agravar el dolor que el cristianismo ayuda a suavizar. Los padres, que eran los más directamente afectados por la pérdida, se mantenían en silencio, mientras que la gente y los músicos, cuyas lamentaciones eran forzadas, hacían tanto alboroto. La pena más ruidosa no siempre es la más profunda, los ríos más someros son los que más ruido hacen. El dolor más sincero escapa de ordinario a la observación ajena.

V. La reprensión que Jesús dio a este alboroto y desorden (v. 24): *Retiraos.* Nótese que, a menudo, cuando prevalece *la tristeza del mundo* (2 Co. 7:10), es difícil que entre Cristo con sus consuelos celestiales. Quienes se endurecen en su dolor y, como Raquel, *rehúsan ser consolados,* deberían escuchar a Cristo que dice a sus pensamientos inquietantes: *Retiraos.* Y a continuación expresa la razón por la que no deberían acongojarse ni inquietarse mutuamente: *La niña no está muerta, sino que duerme.* 1. Esto era especialmente verdadero en el caso de esta niña, pues inmediatamente iba a ser despertada a la vida; sí que estaba realmente muerta, pero no para Cristo, quien sabía muy bien lo que quería y podía hacer. Esta muerte tenía tan poca continuidad, que bien podía ser comparada al sueño, a un pequeño descanso nocturno. 2. En cierto sentido, eso es también cierto respecto a *los que mueren en el Señor* (Ap. 14:13). (A) La muerte es un sueño. Todas las gentes, y en todas las lenguas, se han puesto de acuerdo en llamarla así, quizá para suavizar el pensamiento de una realidad tan temible y, al mismo tiempo, tan inevitable, y acostumbrarse mejor a ella. Pero no es un sueño del alma, pues la actividad de esta no cesa, sino del cuerpo, que yace en el sepulcro, quieto y silencioso. El sueño es como una muerte breve y la muerte es como un largo sueño. Es, sobre todo, *la muerte de los justos* la que, de manera especial, es de considerar como un sueño (Is. 57:2), pues ellos duermen en Jesús (1 Ts. 4:14); más aún, no sólo la vida, sino también *la muerte de sus santos es estimada a los ojos de Jehová* (Sal. 116:15). No es extraño que así sea, pues Pablo enumera entre las *posesiones* del creyente *¡la muerte!* (1 Co. 3:22), ya que, por ella, no sólo *descansan de sus trabajos* (Ap. 14:13), sino que descansan en la gloriosa esperanza de despertar alegres en la dichosa mañana de la futura resurrección, cuando surgirán a una vida que no tendrá ya fin jamás. (B) Estas consideraciones deben servir para moderar el dolor que sintamos en la muerte de nuestros seres queridos. No digamos que los hemos perdido, sino que han arribado antes que nosotros a las playas de una eternidad feliz. Por eso, el Apóstol define como un absurdo el pensamiento de que *los que durmieron en Cristo, hayan perecido* (1 Co. 15:18).

Ahora bien, ¿podría alguien imaginarse que una palabra tan consoladora como esta, salida de los labios de nuestro Salvador, fuese ridiculizada como lo fue? Y *se burlaban de Él.* Es propio de la incredulidad el burlarse de los dichos y de los hechos del Señor, pues no los puede entender (v. 1 Co. 2:14). Nosotros debemos adorar en silencio el misterio de las palabras y de los hechos de Dios que escapan a nuestra inteligencia limitada; será un buen ejercicio de humildad, especialmente cuando confiamos demasiado en nuestros propios conocimientos. Añadamos que, a pesar de todo, esta burla que del Señor hacían venía a confirmar la realidad del milagro, pues si la niña no hubiese estado realmente muerta, no habría tenido la gente por qué burlarse de las palabras del Señor.

VI. La resurrección de la niña por el poder de Cristo (v. 25). *La gente fue echada fuera.* Los burladores que se ríen de lo que ven y oyen sin comprenderlo, no son aptos para ser testigos de las maravillosas obras del Señor, la gloria de las cuales no está en que sean pomposas, sino poderosas. Entonces Cristo *entró y tomó de la mano a la niña,* como para despertarla y ayudarla a levantarse. El sumo sacerdote, que era tipo de Cristo, no podía acercarse a un cadáver (Lv. 21:10–11), pero Cristo tocó a la difunta. Comoquiera que tiene poder para resucitar a los muertos está inmune de toda infección y

contaminación de parte de un cadáver y, por eso, no estaba temeroso de su contacto. *Tomó de la mano a la niña, y ella se levantó.* Así con un simple contacto tan fácil y tan efectivo se llevó a cabo el milagro. Las almas en estado de muerte espiritual tampoco se levantan a una nueva vida, a menos que Cristo las tome de la mano por medio del Espíritu Santo, *el dedo de Dios.* Sin esta ayuda quedarían para siempre *muertas en sus delitos y pecados*

VII. La publicidad que adquirió este milagro, aunque fue llevado a cabo en privado: *Y se difundió esta noticia por toda aquella tierra* (v. 26); este hecho se convirtió en el comentario de toda la gente. Desgraciadamente, las obras de Cristo son objeto de conversación más bien que de imitación y de aplicación personal. Aunque nosotros estamos muy lejos, en el tiempo, de estos milagros de Jesús, hemos de consolarnos con la palabra que Él dijo: *Dichosos los que no vieron, y creyeron* (Jn. 20:29).

Versículos 27–34

En esta porción tenemos el relato de otros dos milagros obrados por nuestro Salvador.

I. La curación de dos ciegos (vv. 27–31). Cristo es la Vida; y es también la Luz. Aquí vemos:

1. La manera importuna con que estos ciegos se dirigieron a Jesús. Volvía Él de la casa del dirigente a su propia residencia, cuando *le siguieron dos ciegos,* como hacen los mendigos con sus *gritos* incesantes (v. 27). Al curar las enfermedades de un modo tan fácil, tan efectivo y, además, tan barato, por fuerza había de tener muchos pacientes. Observemos:

(A) El título con que estos ciegos llaman a Jesús: *¡Ten compasión de nosotros, Hijo de David!* La promesa hecha a David, de que de sus lomos había de salir el Mesías, era bien conocida. En aquel tiempo, era general la expectación de que el Mesías estaba a punto de aparecer; estos ciegos saben, reconocen y proclaman por las calles de Capernaúm que ya ha venido y que Jesús es Él. Quienes por los misteriosos designios de Dios están privados de la vista corporal pueden, mediante la gracia de Dios, tener *los ojos del corazón tan iluminados* (Ef. 1:18), como para discernir las grandes cosas de Dios, *ocultas a los sabios y a los entendidos* (11:25).

(B) La petición que le hacen: *Ten compasión de nosotros.* Cualesquiera que sean nuestras necesidades y preocupaciones, lo único que necesitamos para nuestro alivio y socorro es participar de la compasión del Señor Jesucristo. Nos cure o no, si *tiene compasión de nosotros,* con eso nos basta. Notemos que estos ciegos no le pidieron por separado: *Ten compasión de mí,* sino que ambos a una, le imploraron como beneficio común: *Ten compasión de nosotros.* Los que son compañeros de sufrimiento y de dolor, deberían serlo también de oración y de clamor. No hay temor de que se disminuya la gracia que se comparte, pues en la plenitud de Cristo hay abundancia para todos.

(C) La importunidad de su petición: *Le siguieron, diciéndole a gritos.* Parece ser que, al principio, Cristo no se dio por enterado, porque quizá quería probar la fe de ellos, aunque ya sabía Él que era fuerte; de este modo, avivaba sus oraciones y les capacitaba para apreciar más y mejor su curación, al tener que persistir por algún tiempo en su demanda. Así nos enseñaba a perseverar incesantemente en la oración, a orar siempre, a orar y no desmayar. *Llegado a la casa, se le acercaron los ciegos* (v. 28). Las puertas de Cristo están siempre abiertas a los peticionarios creyentes e importunos. Parecería rudeza por parte de ellos el que se le metieran en casa, cuando Él deseaba retirarse allí; pero es tal la ternura de Jesús, que, no por ser tan atrevidos, fueron menos bienvenidos.

2. La confesión de fe que Cristo les hizo pronunciar en esta ocasión. Al acercarse ellos, les preguntó: *¿Creéis que puedo hacer esto?* La fe es la gran condición para obtener los favores de Cristo. Quienes deseen participar de la *compasión* de Cristo, han de creer firmemente en el *poder* de Cristo. Si queremos que Él haga algo por nosotros, estemos completamente seguros de que *es poderoso para ello* (2 Ti. 1:12). La naturaleza puede producir fervor, pero sólo la gracia puede producir *fe.* Ellos ya habían expresado de alguna manera su fe en el oficio mesiánico de Jesús, como *Hijo de David,* y en Su compasión; pero Él demanda igualmente una profesión explícita de fe en Su poder: *¿Creéis que puedo?* Esta profesión les llevaría a reconocer que Jesús, no sólo era el *Hijo de David,* sino también *el Hijo de Dios,* porque es prerrogativa divina el *abrir los ojos de los ciegos* (Sal. 146:8). También a nosotros se nos hace la misma pregunta: *¿Crees que Cristo puede hacer eso para ti?* Creer en el poder de Jesús no consiste sólo en estar seguros de Él, sino encomendarnos a Él y animarnos en Él.

A la pregunta de Jesús, los ciegos contestan inmediatamente y sin dudar: *Sí, Señor.*

3. La curación que Cristo obra en ellos: *Les tocó los ojos* (v. 29). Cargó la curación a cuenta de la fe: *Conforme a vuestra fe os sea hecho.* Cuando le imploraron compasión, Él les demandó fe: *¿Creéis que puedo?* No les preguntó si podían pagarle, sino si podían creerle; y ahora que habían profesado su fe, a esta fe refiere la curación producida; como si dijese: «El poder en que habéis creído, para vosotros es ejercido». Gran consuelo es para los creyentes saber que Cristo conoce su fe y se complace en ella. Aunque sea débil, aunque otros no la noten, aunque ellos mismos se sientan tentados a ponerla en duda, Cristo la conoce. Quienes se acojan al Señor Jesucristo han de saber, pues, que Él los va a tratar *conforme a su fe;* no conforme a su *imaginación,* ni conforme a su *profesión.* Los verdaderos creyentes pueden estar seguros de poder hallar todos los favores y consuelos que se nos ofrecen en el Evangelio; pero nuestro gozo subirá o bajará en la medida en que nuestra fe sea más fuerte o más débil. No estamos estrechos en Cristo; ¡no nos estrechemos, pues, dentro de nosotros mismos!

4. El encargo que les dio de que no lo dijeran: *Mirad que nadie lo sepa* (v. 30). En el bien que hacemos, no hemos de buscar nuestra propia alabanza, sino sólo la gloria de Dios. Hemos de preocuparnos de ser *útiles,* no de ser *importantes,* conocidos y observados de todos. Jesús les encargó *rigurosamente o severamente* que no divulgaran el hecho. Aquí, la razón es la misma que en 8:4. La forma *severa* en que lo mandó obedecía, sin duda, a que el leproso del lugar citado no hizo caso de la advertencia de Jesús. Además, en esta ocasión, los ciegos le habían confesado públicamente como el Mesías y esto podía suscitar fácilmente el fanatismo popular y precipitar el conflicto con las autoridades religiosas y políticas del país

Pero el honor es como la sombra, la cual huye de los que la siguen, pero sigue a los que huyen de ella: *Pero ellos, apenas salieron, divulgaron la fama de Él por toda aquella tierra* (v. 31). No se puede excusar este proceder bajo el pretexto de honrar al que les había curado. Tras un encargo severo, Jesús deseaba obediencia más bien que honor. Cuandoquiera que deseemos hacer algo por la *gloria* de Dios, hemos de asegurarnos primero que lo que queremos hacer es conforme a la *voluntad* de Dios.

II. La curación de un *mudo, endemoniado.* Observemos respectivamente:

1. Su caso, que era muy triste ya que el no poder hablar se debía a que estaba impedido por un demonio que se había posesionado de él (v. 32). ¡Cuán calamitoso es el estado de este mundo y cuán grande es la variedad de miserias y aflicciones que en él se padecen! Acabamos de dejar a dos ciegos, y nos encontramos ahora con un mudo. ¡Cómo deberíamos estar agradecidos a Dios por la vista y el habla que poseemos! Cuando el demonio toma posesión de una persona, se queda muda para todo lo bueno: para oraciones y para alabanzas. Esta pobre criatura *fue traída a Cristo,* quien atendía, no sólo a los que venían por sí mismos con fe, sino también a los que le eran traídos por sus amigos, con la fe de otros. Lo trajeron justamente *mientras salían los ciegos* ya curados. Por aquí se puede ver cuán infatigable era Cristo en hacer el bien. ¡Una obra buena seguía a la otra sin solución de continuidad! Los tesoros de gracia, maravillosa gracia, están escondidos en Él; aunque los recibamos continuamente, nunca se agotan.

2. Su curación que fue instantánea: *Una vez echado fuera el demonio, el mudo habló* (v. 33). Las curaciones de Cristo operan en la raíz del mal, y así quitan los efectos y actúan sobre las causas; abren los labios y quebrantan el poder del demonio sobre el corazón.

3. Las consecuencias de esta curación:

(A) *Las gentes se maravillaron.* Y con mucha razón. Muchos se maravillaban, pero pocos creían. La admiración de la gente es la más temprana de las emociones en surgir y la primera en marchitarse.

(B) *Los fariseos* blasfemaban (v. 34). Al no poder negar la evidencia de estos milagros, los atribuían al poder diabólico, como si Cristo pactase con Satanás para realizarlos: *Por el príncipe de los demonios echa fuera los demonios.* Esto indica una malicia y una falsedad sin límites, y una enemistad infernal en el más alto grado. No cabe nada más diabólico. Como la gente se maravillaba ellos tenían que decir algo para disminuir los efectos del milagro, y esto fue todo lo que pudieron decir.

Versículos 35–38

I. Como resumen y conclusión del relato que antecede sobre la predicación y los milagros de Cristo leemos aquí: *Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando … predicando … y sanando* (v. 35). Lo mismo leíamos en 4:23. Allí era como una introducción al relato de las enseñanzas de Cristo (caps. 5–

7) y de sus milagros (caps. 8–9), y aquí es como un broche elegante que cierra dicho relato. Obsérvese cómo mostraba Cristo, en su predicación, deferencia hacia:

1. Las pequeñas poblaciones. Visitaba, no sólo las ciudades grandes y ricas, sino también las pequeñas y poco conocidas aldeas; también allí predicaba y sanaba. Las almas de la gente más pobre e insignificante tenían tanto valor para Cristo, y deben tenerlo para nosotros, como las de la gente más opulenta y notable.

2. El culto público. Enseñaba *en las sinagogas de ellos:* (A) Para dar testimonio ante las congregaciones solemnes; (B) Para tener oportunidad de predicar donde el pueblo se reunía con la intención de oír algo provechoso.

II. Viene luego un prefacio o introducción al relato del capítulo siguiente, que se refiere al envío de Sus Apóstoles. *Al ver las multitudes* (v. 36). Se fijaba, no sólo en las muchedumbres que le seguían, sino también en toda la vasta multitud que poblaba el país, como efecto de la bendición de Dios a Abraham.

1. Su observación no estaba acompañada de curiosidad, sino de ternura: *Se compadeció de ellas;* no por motivos temporales, como se compadecía de los ciegos, los cojos, los enfermos, etc., sino por motivos espirituales, pues los veía ignorantes o indiferentes, prestos a perecer por falta de visión. Fue por compasión a las almas por lo que descendió del Cielo a la Tierra, y de aquí a la Cruz. Vemos que Cristo tiene más compasión de los que tienen menos compasión de sí mismos. Lo mismo deberíamos hacer nosotros.

Veamos lo que le movió a compasión. (A) *Porque estaban extenuadas* faltas de vigor en sus almas por no disponer del alimento espiritual conveniente. Los escribas y fariseos las llenaban de vanas nociones ¿qué vigor espiritual podían tener unas almas alimentadas con cáscaras y cenizas en lugar del *pan de vida?* (B) Estaban *abatidas como ovejas que no tienen pastor.* No hay animal tan propenso a extraviarse como la oveja; y cuando se extravía, es completamente incapaz de hallar el camino de vuelta, de defenderse de las fieras, de hallar por sí misma el pasto adecuado, de caminar con rumbo y dirección, incluso de descansar. Ésa es precisamente la condición de los perdidos: *Todos nosotros nos descarriamos como ovejas* (Is. 53:6). Las ovejas extenuadas, abatidas y perdidas necesitan urgentemente de pastores que las guíen a los buenos pastos y las vuelvan al redil. El caso más patético es el de la gente que carece de ministros del Señor; o cuando los que hay, más valdría que no estuvieran, pues no buscan las cosas de Cristo, sino las suyas propias.

2. A continuación, exhortó a sus discípulos a que oraran por ellas. Por Lucas 6:12–13, sabemos que, en esta ocasión, antes de enviar a sus apóstoles, Él mismo pasó mucho tiempo en oración. No debemos limitarnos a compadecer a las multitudes, sino que debemos orar por ellas antes de actuar sobre ellas.

(A) Cuál era la situación: *A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos* (v. 37). Había mucho trabajo que hacer y mucho bien que llevar a cabo, pero faltaban manos para ello. Había un gran estímulo en el hecho de que *la mies era mucha.* No es extraño que haya multitudes faltas de instrucción, pero no es corriente que quienes la necesitan, la deseen. Es una bendición ver a la gente con deseos de oír buenos mensajes. Entonces los valles se ven cubiertos de mies y hay esperanzas de una buena cosecha. La recolección es tarea que comporta mucho trabajo y, si es mucha, requiere muchas manos. Era una pena que, siendo *mucha la mies* hubiese tan *pocos obreros;* que el grano se eche a perder y se corrompa en el campo por falta de segadores; que haya tantos vagos, cuando hay tanto que cosechar.

(B) Cuál era el deber de los discípulos en este caso: *Rogad al Señor de la mies* (v. 38). Cuando la situación tiende a desanimarnos, debemos orar más y quejarnos menos. (a) Dios es *el Señor de la mies. «Mi Padre es el labrador»* dijo Jesús (Jn. 15:1; 1 Co. 3:9). Por Él y para Él, para su honor y servicio se cosecha *la mies.* Es un consuelo para quienes se dedican a esta recolección saber que Dios mismo está al frente de la misma y todo lo planea y ordena para los mejores objetivos. (b) Los ministros del Señor son (y deben así considerarse y ser considerados) *colaboradores* en la *cosecha* de Dios; el ministerio es un *trabajo* y debe ser atendido como tal; y es un trabajo de *recolección;* es decir, necesario y urgente, pues requiere discreción para que todo se haga a su debida sazón, y diligencia para llevarlo a cabo con la perfección que requiere; pero es también un trabajo agradable, ya que se cosecha *con gozo;* por eso, el gozo de los predicadores del Evangelio es comparado al gozo de los segadores (Is. 9:2–3). Y *el que siega recibe salario* (Jn. 4:36). *El jornal de los obreros* que trabajan en el campo de Dios, no *será retenido,* como el de aquellos de quienes habla Santiago (Stg. 5:4). El trabajo de Dios es *enviar obreros a la mies:*

El Espíritu Santo los capacita con sus dones (1 Co. 12:4); Cristo da estos hombres, ya dotados, como ministros a su Iglesia (Ef. 4:11); el Padre les proporciona la *energía* necesaria para la labor (1 Co. 12:6). Dios nombra, Dios llama y Dios cualifica para este trabajo. Todos los que aman a Cristo y a las almas deben mostrar ese amor con fervientes oraciones a Dios, especialmente cuando *la mies es mucha, a fin de que envíe obreros a su mies:* obreros competentes, fieles, prudentes, laboriosos y dedicados. Cristo da a los suyos este encargo de orar así justamente antes de enviarlos a trabajar en la recolección. Primero han de orar *para que Dios envíe.* Luego deben responder: *Heme aquí, envíame a mí* (Is. 6:8). Toda comisión divina que se da en respuesta a las oraciones de los fieles, tiene garantías de alcanzar éxito. Pablo era *un vaso escogido,* del que Cristo mismo dijo: *Mira, está orando* (Hch. 9:11, 15).

CAPÍTULO 10

Este capítulo es una especie de mensaje que Cristo predicó en la inducción de doce de sus discípulos para la dignidad y el ministerio del apostolado. Aquí tenemos la comisión que se les encarga, los nombres de los comisionados y las instrucciones pertinentes para el desempeño de dicha comisión.

Versículos 1–4

I. Quiénes eran los que Cristo envió para que fuesen sus apóstoles o embajadores: eran *discípulos suyos* (v. 1). Los había llamado algún tiempo antes para que fuesen sus discípulos, y les había prometido que los haría pescadores de hombres; ahora les cumplía la promesa. Cristo suele conferir sus honores y sus gracias gradualmente. Hasta ahora, los había tenido:

1. En estado de prueba. Aunque Jesús conoce lo que hay en el hombre, y sabía desde el principio a quiénes había elegido (Jn. 2:25; 6:64), empleó este método para dar ejemplo a su Iglesia. Al ser el ministerio una comisión importante, es conveniente que los candidatos sean puestos a prueba por algún tiempo, antes de conferirles tal comisión.
2. En estado de preparación. Durante algún tiempo les había estado equipando para esta gran obra. Los preparó: (A) *tomándolos consigo para que estuviesen con Él.* La mejor preparación para la obra del ministerio es el conocimiento experimental y la comunión íntima con el Señor Jesucristo. Quienes deseen *servir* a Cristo, han de acostumbrarse a *estar con Él* (Jn. 12:26). Pablo tuvo la revelación del Hijo de Dios, no sólo *a Él* sino *en Él* (Gá. 1:16) antes de ir a predicar a Jesús entre los gentiles; (B) *Enseñándoles.* Estaban con Él como alumnos; Él les abría las Escrituras, y les abría el entendimiento para que entendiesen las Escrituras; *a ellos les fue dado conocer los misterios del reino de los cielos* (13:11). Quienes están llamados a ser maestros, deben ser antes alumnos; hay que recibir antes de poder dar. Cristo enseñó a sus discípulos (5:2 y ss.) antes de enviarlos y, más tarde, cuando les amplió la gran comisión, les amplió de igual modo la instrucción (Hch. 1:3).

II. Cuál fue la comisión que les dio.

1. *Les llamó* (v. 1). Antes les había llamado a que le *siguieran;* ahora les convoca a una mayor familiaridad. Los sacerdotes de la Antigua Ley *se acercaban* a Dios mucho más que el resto del pueblo escogido; algo parecido (no igual) ha de decirse de los ministros del Señor en la Nueva Ley; están llamados a tener una mayor intimidad con el Señor, ya que han de ser *los administradores de los misterios de Dios* (1 Co. 4:1). Es de notar que, cuando los discípulos iban a ser *instruidos, se acercaron* a Jesús de su propio acuerdo (5:1), pero ahora que iban a ser comisionados para predicar el Evangelio, fue Jesús quien *los llamó.* Esto nos muestra que hemos de estar más dispuestos a aprender que a enseñar. Hemos de esperar a que Él *nos llame* con un claro llamamiento, antes de cargar sobre nosotros la tarea de *enseñar a otros.*
2. *Les dio autoridad* (gr. *exousían*= potestad, facultad): les confirió una delegación autorizada en su nombre (v. 1), para reclamar audiencia, imponer obediencia y confirmar su comisión mediante el ejercicio de dicha autoridad sobre los demonios, *echándolos fuera,* y sobre *toda clase de enfermedades y dolencias, sanándolas.* Toda autoridad legítima es derivada de Jesucristo, pues a Él le ha sido dada toda

potestad en el cielo y en la tierra. Y Él delega algo de este honor y de esta potestad en sus ministros, como Moisés lo hizo sobre su asistente Josué. *Demonios y dolencias,* he ahí las causas de todos los males. Por eso, el objetivo del Evangelio era *dominar al demonio y curar al mundo.*

(A) *Les dio autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera.* La potestad puesta en manos de los ministros de Cristo está directamente encaminada a oponerse al diablo y al reino de las tinieblas. Cristo dio poder para arrojar al demonio de los cuerpos, pero esta era la señal de que el dominio del diablo sobre los espíritus quedaba abolido con todos sus efectos legales, pues *para esto se manifestó el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo* (1 Jn. 3:8; He. 2:14).

Les dio autoridad para sanar toda clase de enfermedades y dolencias. Les autorizó para hacer milagros en confirmación de la doctrina, y demostrar así que esta era de Dios; para probar así que, no sólo era *fiel,* sino también *digna de toda aceptación* (1 Ti. 1:15); que el objetivo del Evangelio es sanar y salvar (la misma palabra hay en griego para *sanar y salvar,* así como en hebreo para *ayudar y salvar*); pues los milagros que Cristo llevó a cabo, y para los que dio autoridad a sus apóstoles, no sólo mostraban que era el Gran Maestro y Señor del mundo, sino también el único Redentor. Podrían sanar *toda clase* de enfermedades, sin exceptuar las que son tenidas por incurables y desahuciadas por los médicos. En la gracia del Evangelio hay un bálsamo para cada herida y un remedio para cada dolencia. No hay enfermedad espiritual tan maligna, tan inveterada, tan resistente, que no tenga remedio en el poder más que suficiente de Cristo. Que nadie pues, diga: No hay remedio, no quedan esperanzas. Aunque la brecha sea tan ancha y tan profunda como el océano, el poder de Cristo alcanza siempre mayores distancias.

III. El número y los nombres de los comisionados para ser apóstoles y, por tanto, mensajeros. Las palabras griegas *ángel* = mensajero, y *apóstol* = enviado, son sinónimas, aunque en la primera el énfasis se carga sobre el mensaje, y en la segunda sobre el envío. Todos los fieles ministros del Señor son mensajeros y enviados suyos, pero estos primeros enviados de Cristo, como primeros ministros de Estado de Su Reino, son llamados de una manera especial *apóstoles,* con las cualificaciones exclusivas que Pedro enumera en Hechos 1:21–22. Cristo mismo fue eminentemente el Gran *apóstol,* o enviado de Dios (He. 3:1) y así los envió a ellos (Jn. 20:21). Pablo, el Gran apóstol, aunque *trabajó más que todos ellos* (1 Co. 15:10), no reunía todas las condiciones necesarias para pertenecer al círculo cerrado de los Doce pues no había convivido con el Señor en su vida mortal. También los profetas eran llamados mensajeros de Dios.

1. El número de los apóstoles fue doce, de acuerdo con el número de las tribus de Israel. Así serían los patriarcas de la Iglesia, como los doce hijos de Jacob habían sido los patriarcas de Israel. Los mismos israelitas según la carne habían de ser enviados los *primeros* (Ro. 1:16; 2:9) a las bendiciones del Evangelio de gracia; y aunque la masa del pueblo escogido rechazaría el anuncio mesiánico del Evangelio y, *con su caída, vendría la salvación a los gentiles* (Ro. 11:11), cuando *haya entrado la plenitud de los gentiles, todo Israel será salvo* (Ro. 11:25–26) y, al final de los tiempos, estos mismos apóstoles *han de juzgar a las doce tribus de Israel* (Lc. 22:30. Nótese que tal «autoridad apostólica»—pretensión romanista—no pertenece a la presente dispensación).

2. Sus nombres quedan registrados aquí, lo cual es un honor; pero ellos (y nosotros) tenían mayor motivo de alegrarse por el hecho de que sus nombres (excepto el de Judas Iscariote) *estaban escritos en los cielos* (Lc. 10:20, si bien este versículo no se refiere a la misión de los Doce, sino de los setenta).

(A) Entre estos doce, hay algunos de los que, a base de la Escritura, no conocemos otra cosa que los nombres, como Bartolomé y Simón el cananita. No todos los ministros de Dios son igualmente famosos, ni sus trabajos celebrados de la misma manera.

(B) Son nombrados por parejas, porque al principio fueron enviados *de dos en dos* (Mr. 6:7); aparte de otras razones de conveniencia, no cabe duda de que el motivo principal era el de hacer firme el testimonio con *dos* testigos. Esto es válido para todos los tiempos, porque además de la comunión fraternal que obtiene la bendición de una presencia especial del Señor (18:19–20), está la experiencia bien notoria de que, cuando son dos los obreros, uno puede recordar o puntualizar lo que al otro se le olvida o se le pasa por alto. Tres de estas parejas eran hermanos según la carne: Pedro y Andrés, Santiago y Juan, y el otro Santiago y Judas Tadeo. Cosa excelente es cuando los que son hermanos según la carne, lo son también por gracia, pues ambos vínculos sirven para unirles más estrechamente.

(C) Pedro es nombrado siempre el primero, sin duda, porque era como el portavoz de los demás en las grandes ocasiones (por ej. en Mt. 16:16 y Jn. 6:68); pero esto no le confería ningún poder o autoridad

sobre los demás, ni era señal de ningún primado concedido a él ni reclamado por él, sobre el colegio apostólico o la Iglesia (las citas podrían multiplicarse).

(D) Mateo, el escritor del presente evangelio, es nombrado aquí junto a Tomás (v. 3), pero en dos cosas hallamos una variante en Marcos 3:18 y Lucas 6:15, donde Mateo figura antes, mientras que en el relato que él mismo nos ofrece, Tomás aparece delante de él ¡Buen ejemplo a los discípulos de Cristo, para que den honor preferente a los demás! Los otros evangelistas le nombran sólo como *Mateo;* pero él se nombra a sí mismo como *Mateo el publicano.* Bien está que los que han sido salvos por gracia, recuerden *la piedra de la que fueron cortados* (Is. 51:1), ya que, al ser la salvación obra de Dios, a Él pertenece la gloria. Mateo el publicano es ahora Mateo el apóstol.

(E) Simón es llamado *el cananita,* que en arameo significa el *celador* (gr. *zelotes*), para distinguirlo mejor de Simón Pedro.

(F) Judas Iscariote siempre es nombrado en último lugar), con la coletilla infamante de: *el que también le entregó.* Tales *manchas* suele haber siempre *en nuestros ágapes* (Jud. v. 12), cizaña en medio del trigo, lobos en medio de las ovejas; pero se acerca el día en que se hará la separación y se quitarán los disfraces, cuando a los hipócritas se les desprenda la máscara y aparezcan como son en realidad. (Otros detalles muy interesantes acerca de los nombres de los apóstoles pueden verse en el comentario de Broadus a este lugar.)

Versículos 5–15

En esta porción tenemos las instrucciones que Cristo dio a sus discípulos cuando les encargó la antedicha comisión: *Les dio instrucciones* (v. 5), en forma de preceptos y en realidad de bendiciones. Vemos primero:

I. Las gentes a las que les envió:

1. No a los gentiles ni a los samaritanos. No debían ir *por camino de gentiles.* En cuanto a los samaritanos, no podían evitar ir por el camino de ellos, ya que Samaria estaba entre Galilea y Judea, pero no debían *entrar en las ciudades de ellos* ¿A qué se debía esta restricción cuando el Señor había sido favorablemente acogido en Samaria? (Jn. 4:39–42). Probablemente a que, al ser tan profunda la enemistad entre judíos y samaritanos los apóstoles no estarían aún en las debidas condiciones para romper esta barrera de sentimientos (v. Lc. 9:52 y ss.) desfavorables. Esta restricción fue levantada más tarde, al darles el Señor la comisión de predicar por todo el mundo, incluido Samaria (Hch. 1:8).

2. *Sino id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel* (v. 6). La primera oferta del Evangelio había de ser hecha a los judíos (Hch. 3:26). El Señor tenía una preocupación especial y muy tierna por *la casa de Israel,* a pesar de que fue en Judea donde peor fue recibido (23:37); precisamente tenían menos excusa, pues no podían poner como pretexto que había enviado a sus discípulos a predicar en Samaria o en la gentilidad. Cristo miraba con inmensa compasión a estas *ovejas perdidas,* a las que Él, como buen pastor quería reunir sacándolas de las sendas del pecado y del error, donde se encontraban descarriadas y en trance de perecer si no las rescataba y las juntaba en su redil. Cristo describe así ante sus apóstoles la condición de las gentes a las que les enviaba para estimularles a ser diligentes en su labor. Al ser ellos mismos *de la casa de Israel,* habían de sentir mayor compasión por el estado de tales ovejas, y mayor deseo de prestarles ayuda.

II. Vemos después el mensaje que les encomienda para que lo proclamen. No les envía, no, sin ton ni son, sino que les dice: *Al ir, predicad* (v. 7). Debían predicar el comienzo y la quintaesencia del Evangelio: *El reino de los cielos se ha acercado.* No es que no hubiesen de decir nada más pues en Marcos 6:12 leemos: *Y yéndose de allí, predicaron que se arrepintiesen,* lo cual era la necesaria condición para recibir las bendiciones que comportaba el acercamiento del reino de los cielos. Este mensaje venía a ser como la luz del alba que anuncia la proximidad de la salida del sol. *Así* se proclamaba que la salvación estaba al alcance de la mano; *Ciertamente cercana está su salvación a los que le temen … La misericordia y la verdad se encontraron* (Sal. 85:9, 10). La misma presencia física del Rey presagiaba la irrupción *en medio de ellos* de las gracias espirituales que tal reino comportaba, aunque la plena realización del reino sobre la tierra estaba reservada a los últimos tiempos, que con la nueva era ya habían iniciado su aparición.

Ahora bien, este mensaje era el mismo con que Juan el Bautista y el mismo Jesús habían inaugurado su ministerio público (3:2; 4:17). La gente necesita que, una y otra vez, se les prediquen las verdades fundamentales y, si se predican con renovado vigor y se escuchan con nuevos sentimientos, jamás pierden su frescura original. Habrá una consumación de este reino en la gloria, del cual también hemos de predicar que está al alcance de la mano, para avivar la diligencia de los oyentes con la consideración de una bienaventuranza tan gloriosa.

III. El poder que les dio de obrar milagros para confirmar la verdad de su mensaje (v. 8). Al enviarles a predicar el mismo mensaje que Él mismo había proclamado, les confió los mismos sellos divinos que garantizan su autenticidad ya que no pueden estamparse sobre una mentira. No hay por qué reclamar ahora los mismos sellos para garantizar el mensaje, porque eso equivaldría a echar de nuevo los cimientos cuando el edificio ha alcanzado la altura suficiente. Aquí se instruye a los Apóstoles:

1. A que usen tal poder para hacer el bien: *Sanad enfermos, limpiad leprosos, etc.* (v. 8). Son enviados a impartir grandes bendiciones para dar a entender al mundo que el amor y la bondad eran el espíritu y el genio del Evangelio que venían a predicar y del Reino que venían a anunciar. Con esto se mostraría que eran los siervos de Dios, que es *bueno para todos,* que hace el bien a todos y cuya *misericordia está sobre todas sus obras.* No leemos que resucitaran a nadie antes de Pentecostés, pero fueron instrumentos en manos de Dios para resucitar a muchos a la vida espiritual.

2. A que usen tal poder de balde: *De regalo recibisteis, dad de regalo.* Tenían que sanar *gratis,* para significar la naturaleza y condición del Evangelio, que es Evangelio de gracia, de pura gracia. Y la razón es que *de regalo recibisteis.* La consideración de todo el bien que Cristo nos ha hecho y dado gratis, debe estimularnos a hacer el bien a otros gratis también.

IV. Las cosas de que han de proveerse para esta expedición. En cuanto a esto:

1. *No deben proveerse de ningún dinero, no sólo de oro y plata, sino aun de cobre* (v. 9). Así como, por una parte, no habían de procurarse haciendas con su trabajo, así tampoco habían de gastar en esta expedición lo poco que tendrían. Cristo quería enseñarles: (A) A *actuar conforme a la prudencia.* Iban a emprender una breve expedición; por tanto, ¿para qué cargarse de cosas innecesarias? (B) A *actuar dependiendo de la Providencia.* Ya habían sido instruidos a *no afanarse por su vida* (6:25 y ss.). Quienes marchan en comisión recibida del Señor, tienen mayor motivo que los demás para confiar en Dios para el sustento necesario. Los siervos de Cristo tendrán pan suficiente para sí mismos y para compartir con otros. Si somos fieles a Dios y a nuestro deber, y procuramos hacerlo todo del mejor modo posible, bien podemos descargar sobre Él todos los demás cuidados.

2. Tienen derecho a esperar que aquellos a quienes son enviados les provean de lo necesario para su sustento (v. 10b). No debían pensar en ser alimentados milagrosamente como Elías, pero sí en confiar plenamente en que Dios movería los corazones de la gente entre la que iban a convivir, para que se portasen con ellos amablemente y les proveyesen de todo lo necesario. Los ministros de Dios son obreros, trabajadores, y quienes cumplen fielmente con su tarea, son *dignos de su sustento.* Cristo desea de sus discípulos que no desconfíen de Dios, pero también desea que no desconfíen, sin motivo suficiente, de sus compatriotas en cuanto a obtener de ellos la conveniente manutención. Si se les predica el mensaje que necesitan y se pone esfuerzo en procurarles el bien de seguro que proporcionarán la comida y la bebida suficientes para cubrir las necesidades; si lo hacen así, no hay por qué desear cosas superfluas; Dios nos dará después una medida llena, colmada, apretada y sobreabundante.

V. El procedimiento que habían de seguir al llegar a cada lugar (vv. 11–15).

1. Cristo les instruye acerca del modo como se han de conducir con los extraños.

(A) En ciudades y aldeas extrañas: *En cualquier ciudad o aldea donde entréis, informaos quién es digno en ella.* Se supone que en cada lugar había personas mejor dispuestas que otras para recibir el Evangelio y a los predicadores. En los peores tiempos y lugares, podemos esperar que haya quienes nadan contra la corriente y son como el trigo entre la paja. Hasta en casa de Nerón había creyentes. *Informaos quién es digno;* es decir, temeroso de Dios y hospitalario con sus mensajeros. La buena disposición hacia la Palabra de Dios es siempre un gran estímulo para los predicadores del Evangelio. Siempre hay esperanza cuando hay aceptación, aunque no siempre los más simpatizantes son los más cercanos a la

salvación; hay una simpatía mezclada con indiferencia o falta de coraje, que es mucho peor que la oposición violenta del que da *coces contra el aguijón.* Deben, de todos modos, informarse de las personas mejor dispuestas, sin buscarlas en los alojamientos públicos, a los que se va o con dinero o por dinero, sino en las casas particulares, donde los que les acojan bien no esperarán de ellos otra recompensa que la del profeta y del apóstol: oraciones y mensajes. Quienes acogen a un obrero del Señor no deben escatimar las expensas que ello comporta, sino tener por un gran privilegio hospedarlos como si hospedaran al Señor (v. Gn. 18:3; 19:2; He. 13:2). Por otra parte, los obreros han de encontrarse en casa de otros creyentes como entre hermanos, *ya que quien ama al que engendró, ha de amar al que ha sido engendrado por Él* (1 Jn. 5:1). Al encargarles Cristo que se informen de quién es digno, les da a entender que seguramente podrán encontrarle. Cualquiera podrá decirles: Sí, aquí vive un hombre honrado, sobrio y bondadoso; pues la bondad, como el buen perfume, se descubre por sí misma y llena toda la casa con su aroma. También les encarga que, si son bien recibidos, *se queden en aquella casa hasta que se marchen del lugar.* Quienes cambian constantemente de alojamiento, son sospechosos, al menos, de maligna curiosidad. Aun en la actualidad, los orientales rivalizan en su hospitalidad y, si no se observa rigurosamente un turno en aceptar las invitaciones de todo el poblado o de todo el grupo fácilmente surgen rencillas y contiendas entre los del lugar. Otra ventaja de hospedarse en la misma casa es que queda más tiempo para la obra.

(B) En casas extrañas. Cuando hayan encontrado alguien digno de recibir el mensaje *al entrar en la casa han de saludarla* (v. 12). Ya es un buen comienzo adelantarse en el saludo a los moradores de la casa. *Saludadla:* (a) a fin de entrar mejor en el asunto; el mejor modo de presentar un mensaje es interesar a las personas en una conversación corriente antes de pasar, casi imperceptiblemente, a tratar el tema conveniente para la salvación o la edificación de los oyentes; esto requiere sabiduría, preparación y tacto. (b) Para ver qué clase de acogida se os dispensa; el que no recibe con amabilidad un saludo, no es de esperar que acoja con amabilidad un mensaje. (c) Para dar una buena impresión de vuestra persona, lo cual puede influir grandemente en la impresión que vaya a producir el mensaje; que vean que sois serios, pero no morosos ni aburridos; educados, pero no impertinentes ni pedantes. El fiel cristiano ha de ser también cortés y amable, presto a escuchar y a interesarse por los problemas ajenos. Un modelo de caballerosidad cristiana lo encontramos en la maravillosa carta de Pablo a Filemón. Bastaría ella sola para retratar de cuerpo entero al gran apóstol de los gentiles. *Te ruego por amor …* (Flm. v. 9) ¿Quién puede resistirse a un ruego así? Veamos cómo habla Dios al obstinado Israel: *Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor* (Os. 11:4).

Después del saludo, vendría la conversación y, por ella, se tendrían más elementos de juicio sobre la disposición de la familia: *Si la casa es digna, vuestra paz vendrá sobre ella; pero si no es digna, vuestra paz se volverá a vosotros* (v. 13). Parece ser que, aun habiéndose informado de antemano, podían encontrarse con que no eran tan dignos como parecían aquellos que les acogían. Esto nos enseña a usar constantemente nuestra propia discreción sin confiar demasiado en informes de segunda o de tercera mano, aunque muchas veces es inevitable la necesidad de prestar atención a dichos informes. Esta instrucción del Señor estaba dirigida:

Primero, a la satisfacción de los apóstoles mismos. El saludo judío es: *La paz* (hebr. *shalom,* que compendia toda clase de bendiciones) *sea contigo* (o *con vosotros*). Así se entiende que este saludo fuese un preludio de la proclamación del mensaje del Evangelio, el cual trae a los hombres la Buena Noticia de la mayor bendición que Dios imparte a la humanidad: una salvación de puro regalo para los miserables pecadores, en virtud de la obra de Jesús en el Calvario. ¿Qué mejor bendición puede desearse a una familia? Por eso, si la casa era *digna,* receptiva del mensaje, se beneficiaría de todas las bendiciones que la *paz* bíblica comporta; *pero si no es digna, vuestra paz se volverá a vosotros;* es decir, saldrá de allí sin haber realizado el efecto al que estaba destinada (v. Is. 45:23; 55:11). En realidad, la Palabra de Dios nunca vuelve *vacía;* o deja salvación o deja sin excusa. Por eso, puede afirmarse con toda certeza que toda persona que escucha un mensaje del Evangelio, nunca queda como estaba antes; si no ha recogido *bendición,* habrá recogido *juicio* (Jn. 12:47–48).

En segundo lugar, a la instrucción de los apóstoles mismos. Si al saludo de ellos, la familia visitada respondía favorablemente la extensión de la visita se reflejaría también en extensión de bendiciones, y *la paz de Dios, que sobrepasa a todo entendimiento* (Fil. 4:7), se derramaría abundantemente sobre aquella casa; de lo contrario, una paz rechazada enseñaría a los apóstoles a no gastar más tiempo ni arrojar perlas a los cerdos. ¡Cuántas veces, por una negligencia que parece insignificante, se pierden grandes

bendiciones; en el caso de la predicación del Evangelio, se puede perder toda una eternidad! ¡Qué cosa tan grave, tan seria, es incluso dejar para *otra vez el oír esto* (Hch. 17:32; 24:25), cuando nadie sabe *si otra vez, y otra oportunidad* van a llegar jamás!

2. Cristo les instruye también acerca del modo de conducirse con los que rehúsen *recibirles y oír sus palabras* (v. 14). Sin duda habría quienes les tendrían en poco a ellos y a su mensaje, y llegarían al menosprecio y quizás al insulto. Los mejores y más poderosos predicadores del Evangelio han de encontrarse, sin duda, con algunos que, no sólo no recibirán su mensaje, sino que no se dignarán escucharles una sola palabra ni les guardarán siquiera el debido respeto. Hay muchos que prestan oídos sordos a los más alegres sonidos. El desprecio del Evangelio y el de los predicadores del Evangelio suelen ir juntos, y ambos vienen a recaer en el desprecio de Cristo, y como a despreciadores de Cristo se les juzgará. Pero todo fiel obrero ha de estar contento de participar del *vituperio de Cristo* (He. 13:13; 1 P. 2:21) y de *completar así lo que falta de las aflicciones de Cristo* (Col. 1:24). Nótese:

(A) Qué instrucciones da Cristo a sus Apóstoles para este caso. Deben *salir de aquella casa o ciudad.* El Evangelio no tiene por qué detenerse entre los que lo rechazan. Y cuando salgan, deben *sacudir el polvo de sus pies.* Esto había de ser un símbolo expresivo de que no querían tener que ver con ellos en nada y ni el polvo querían llevarse de allí, considerándolo como inmundo y contaminador. Este gesto denunciaba también la ira de Dios que un día caería sobre aquella ciudad o casa; Dios habría de sacudirlos a ellos como algo vil e indigno de ser llevado ni siquiera bajo la suela del calzado, pues quienes desprecian a Dios y a su Evangelio no merecen ningún aprecio.

(B) Cuál será la sentencia contra los que voluntariamente rechacen el mensaje del Evangelio (v. 15): *En el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma y de Gomorra, que para aquella ciudad.* A pesar de lo abominables que Sodoma y Gomorra fueron, los que rechazan el Evangelio son considerados por el Señor como más abominables todavía, pues quienes voluntariamente se niegan a oír la doctrina que habría de salvarlos, tendrán que oír la sentencia que habrá de arruinarlos para siempre. En el juicio ante el Gran Trono Blanco, habrá diferentes grados de castigo *según sus obras* (Ap. 20:12, 13); todos irán al Infierno para una muerte eterna, al no estar inscritos en el libro de la vida (Ap. 20:14–15), pero unos tendrán mayor castigo que otros, porque hay pecados mayores que otros (Jn. 19:11). El pecado de Sodoma y Gomorra era *extremadamente grave* (v. Gn. 13:13; 18:20; 19:4–14); sin embargo, todavía será más tolerable el castigo que recibirán en el día del juicio que el que han de recibir quienes se niegan a recibir a los ministros del Señor y escuchar su mensaje. *«¡Hijo, acuérdate ...!»* (Lc. 16:25). ¡Cómo sonarán estas palabras en los oídos de quienes tuvieron al alcance de la mano la amorosa oferta de salvación, de *vida eterna,* de parte de un Dios que es *Amor, y* prefirieron la muerte eterna! ¿Qué mayor tormento durante toda la eternidad que ese recuerdo: *Pude ser salvo y no quise?*

Versículos 16–42

Toda esta porción se refiere a los sufrimientos que han de padecer en el cumplimiento de su misión los ministros de Cristo con el fin de que sepan lo que les espera y se preparen para ello; también se les instruye acerca del modo como han de soportarlos y proseguir su labor en medio de ellos. Esta parte de las instrucciones de Cristo apuntaba mucho más lejos que la comisión que entonces les encargaba, pues les anuncia las tribulaciones que han de encontrar cuando, después de la resurrección del Señor, su comisión será *ampliada.* Cristo les dice que han de esperar mayores sufrimientos que los que en aquella ocasión iban a experimentar. Es muy conveniente que se nos avise de antemano acerca de los problemas que nos han de salir al paso, para que así podamos estar convenientemente preparados y no jactarnos de que hemos superado ya las dificultades cuando apenas acabamos de ceñirnos la armadura para combatirlas. Predicciones y prescripciones se hallan mezcladas en esta porción.

I. Predicciones de problemas y aflicciones que los discípulos han de hallar en su labor. Cristo preveía los sufrimientos de ellos como preveía los suyos propios, pero quiere que se lancen a la obra con el mismo valor con que Él se lanzaba a la suya. Les predijo todo esto, no sólo para que las aflicciones no les tomasen por sorpresa y fuesen tropiezo para su fe, sino para que, al cumplirse la predicción, resultasen en confirmación y fortalecimiento de su fe. Así, pues, les dice lo que van a sufrir y de parte de quién.

1. *Lo que habían de sufrir;* sin duda, cosas muy duras: *He aquí que yo os envío como a ovejas en medio de lobos* (v. 16). ¿Qué puede esperar un rebaño de ovejas pobres, indefensas y poco numerosas, en

medio de una gran manada de lobos hambrientos, sino persecución y tormento? Terrible destino, tener que convivir *entre lobos;* pero consoladora perspectiva, saberse enviados de Cristo; porque quien les envía es poderoso para protegerlos y sacarlos de los apuros.

(A) Han de esperar odio: *Seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre* (v. 22); esta es la raíz amarga de todo lo demás que ha de sobrevenirles. El mundo odia a quienes Cristo ama. Si a Cristo *le aborrecieron sin motivo* (Jn. 15:25), no es de extrañar que aborrezcan también a quienes llevan la imagen de Cristo y sirven a los intereses de Cristo. Resulta penoso ser odiado y objeto de la maledicencia ajenas, pero *¡por causa de su nombre!* Esto explica la razón del odio pero también el consuelo de los que por tal razón son odiados. ¡La causa es santa y buena, y santo y bueno es el amigo por el que sufren y con quien la comparten!

(B) Han de esperar arresto y prisión como malhechores. La maldad de los enemigos, no sólo será incansable, sino también a veces irresistible, pues conseguirán a menudo lo que intentan: *Os entregarán … os azotarán … seréis llevados, etc.* (vv. 17–18). Y todo esto, *ante tribunales, en sinagogas, ante gobernadores y reyes.* ¡Cuánto sufren los buenos bajo capa de legalidad y orden público! Y han de esperar persecución, no sólo por parte de alcaldes y de oficiales de inferior categoría, sino también de reyes y gobernadores. Todo esto lo vemos cumplido ya en *Hechos de los Apóstoles.*

(C) Han de esperar ser entregados a la muerte (v. 21). La maldad de los enemigos ha de llegar a estos extremos, y la fe y paciencia de los santos han de mantenerse firmes y constantes como para esperarlos; pero, al mismo tiempo, la sabiduría y el amor del Señor ha de permitirlo, ya que sabe cómo hacer de *la sangre de los mártires semilla de cristianos y sello de la verdad divina.* Por este noble ejército de soldados de Cristo que *menospreciaron sus vidas hasta la muerte* (Ap. 12:11), Satanás es vencido, y el Reino de Dios es extendido.

(D) Han de esperar, en medio de todos esos sufrimientos ser infamados y apellidados con los nombres más odiosos e ignominiosos. Todos los perseguidores de todas las épocas se las han arreglado para colocar etiquetas denigrantes (p. ej., enemigos de la patria, renegados, herejes, alborotadores, etc.; v. Hch. 16:20–21; 19:25 ss.; 22:22–24:5) sobre los creyentes para hacerlos odiosos ante la opinión pública y justificar así toda clase de crueldades contra ellos. Aquí se les asocia con el peor de los insultos que podían lanzarse a la cara de un israelita: *Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¡cuánto más a los de su casa!* (v. 25). *Beel-zebú* significa literalmente: Señor de las moscas, pero es sinónimo de «príncipe de los demonios», con quien los fariseos habían asociado ya a Cristo (9:34). Como se supone que todo el mundo odia al diablo, el mejor modo de hacer odiosa a una persona es representarla como amiga de Satanás. Así se invierten los términos (v. Is. 5:20): los enemigos jurados de Satanás son presentados como sus amigos; y los Apóstoles, que estaban para destruir el reino de Satanás, son llamados diablos. En cambio, los servidores jurados de Satanás pretenden así ser sus enemigos, pero nunca trabajan más y mejor a su favor, que cuando pretenden estar luchando contra él *y rindiendo culto a Dios* (Jn. 16:2). ¡Cuántas veces ocurre que quienes más cerca están del diablo son propensos a achacar a otros una cercanía mayor al príncipe de las tinieblas!

(E) Estos sufrimientos están representados como un grave conflicto, como *espada y enfrentamiento* (vv. 34–35): *No penséis que he venido para traer paz a la tierra.* Cristo no se contradice de esto en Juan 14:27. Él vino a traer su paz, *paz para con Dios* (Ro. 5:1) mediante la reconciliación llevada a cabo en la cruz del Calvario y, así, paz en la conciencia y paz con los demás (Ro. 12:18); pero el mundo no está preparado para esta paz, porque no quiere recibir *el Evangelio de la paz* (Hch. 10:36). En el mundo, habían de esperar *aflicción* (Jn. 16:33). Si todo el mundo recibiese a Cristo, habría una paz universal pero mientras se le rechace, los hijos de Dios, que no son del mundo, han de esperar la enemistad de parte de los que son del mundo.

(a) Cristo trae *espada:* la espada de la Palabra de Dios (Ef. 6:17), que penetra en los corazones (He. 4:12) para llevarlos a la compunción (Hch. 2:37). Con esta espada habían de luchar contra el mundo. Pero, al mismo tiempo, traía (no porque fuese esa su intención, sino una consecuencia prevista de Su mensaje) la espada de la persecución, con la que el mundo lucharía contra los discípulos, cuando los perseguidores, en vez de sentirse *operados* con el bisturí de la Palabra, se sintiesen *heridos* por ella *en lo más vivo* (Hch. 7:54). Con eso, el mensaje del Evangelio daba ocasión a que se desenvainase la espada de la persecución, y en este sentido Cristo pudo decir que venía a traerla.

(b) Cristo trae también *enfrentamiento* y división: *He venido para enfrentar al hombre* (v. 35). De nuevo este efecto del Evangelio no es culpa del mensaje, sino de quienes no lo reciben. La fe de los

creyentes acusa y condena a quienes no creen y, como consecuencia, los no creyentes se convierten en enemigos acérrimos de los creyentes. Las disensiones más violentas e implacables siempre han sido las surgidas por diferencias en materia de religión; no hay enemistad tan encarnizada como la de los perseguidores religiosos, ni resolución tan firme como la de los verdaderos creyentes al ser perseguidos. Cristo ha sido amoroso y fiel con nosotros, al decirnos lo peor que nos espera en Su servicio, y quiere que cuantos se dispongan a servirle, se detengan antes a calcular el coste.

2. Se nos dice también aquí de parte de quiénes y a manos de quiénes habían de sufrir esta oposición. Es como si el Infierno mismo diese suelta a todos los demonios, y estos se posesionasen de los hombres, para que surja una lucha tan encarnizada contra una doctrina cuyo núcleo es *buena voluntad para con los hombres* (Lc. 2:14). Pero la realidad es otra y precisamente en esto se muestra hasta dónde llega el misterio de la iniquidad: Toda esta oposición y enemistad contra los predicadores del Evangelio surge, no de los demonios, sino de aquellos mismos a quienes los ministros de Dios vienen a ofrecer una *salvación* gratuita, completa y eterna. Efectivamente, los discípulos de Cristo han de esperar todas estas cosas.

(A) De parte de *los hombres* (v. 17): *Guardaos de los hombres;* es decir, poneos en guardia para lo que os han de hacer. La enemistad rabiosa y persecutoria convierte a los hombres en fieras. ¡Cuán triste cosa es que los mejores amigos que la humanidad posee, hayan de estar en guardia de los demás hombres. Los sufrimientos de los siervos del Señor son tanto más graves cuanto que son inferidos por sus semejantes, de la misma sangre y de la misma familia humana. La naturaleza humana cuando no está santificada, es la peor de todas después de la diabólica.

(B) De parte de hombres *que profesan religión,* e incluso se jactan de la *forma de la piedad: Os azotarán en sus sinagogas* (v. 17), lugares de reunión para dar culto a Dios y ejercitar la disciplina; de forma que consideran como un deber religioso el azotar y torturar a los siervos de Dios. De esta forma fue azotado Pablo *cinco veces por los judíos* (2 Co. 11:24). Es de notar, como caso curioso, al par que nefando, que las peores persecuciones han sido siempre desencadenadas por motivos religiosos y, con la mayor frecuencia, por los representantes de la Iglesia oficial (de cualquier denominación). Aun dentro de una misma organización eclesial el llamado «odio teológico» ha venido a ser una expresión proverbial, cuyo eslogan descarado podría ser: ¡Muera el que no piense como yo!

(C) Por parte de hombres *en autoridad: Seréis llevados por causa de mí aun ante gobernadores y reyes* (v. 18). Los judíos no se contentarían con azotarles, que era el mayor tormento al que, en aquel tiempo, se extendía su poder, sino que les entregarían a las autoridades del Imperio Romano, como hicieron con el Señor Jesucristo (Jn. 18:30). Así se les llevaba ante quienes, al tener mayor poder, podían infligir mayor tormento.

(D) Por parte de todos: *Seréis aborrecidos de todos* (v. 22), ya que la generalidad de los hombres son perversos y anticristianos. Son tan pocos los que aman, reconocen y favorecen la justa causa de Cristo, que bien puede decirse que los tales son *aborrecidos de todos.* En la medida en que avanza la apostasía, avanza también la enemistad contra los verdaderos creyentes; a veces se muestra con mayor crueldad; otras veces, se insinúa celada y solapadamente; pero siempre permanece algo de este veneno dentro del corazón de todos *los hijos de desobediencia* (Ef. 2:2).

(E) Por parte incluso de los parientes más cercanos: *Hermano entregará a la muerte a hermano, y padre a hijo; y los hijos se levantarán contra sus padres, y los harán morir* (v. 21). Y, por este motivo, *se enfrentarán el hombre contra su padre, la hija contra su madre y la nuera contra su suegra* (v. 35). Donde el afecto natural y el deber filial habrían de contribuir a prevenir o, al menos, acabar pronto con el enfrentamiento, vemos que es donde la enemistad adquiere su mayor virulencia, entre *los de casa* (v. 36). ¿Por qué se enciende el furor de los de la propia casa contra un creyente con mayor ardor que el de los de fuera? La razón es sencilla: Cuanto más profundo es el motivo de disensión, mayor es la enemistad; y, por otra parte, cuanto más estrecha es la intimidad y continua la compañía de las personas, más enconado es el odio e inevitable el choque. No es extraño que la conversión de un familiar desencadene el odio del resto de la familia y haga añicos los vínculos más fuertes y ejerza sobre el creyente la opresión más ominosa, la enajenación total y el ostracismo. *No me afrentó un enemigo*—dice David—, *sino tú, hombre … mi amigo y mi familiar* (Sal. 55:12–14). Tal enemistad es de ordinario, la más implacable: *El hermano ofendido es más tenaz que una ciudad fuerte, y las contiendas de los hermanos son como cerrojos de alcázar* (Pr. 18:19).

II. Junto a estas predicciones de aflicción, tenemos aquí también consejos y disposiciones consoladoras para tiempos de prueba. Veamos lo que dice:

1. Por vía de consejo y dirección de diversos puntos:

(A) *Sed prudentes como las serpientes* (v. 16). La serpiente es un animal que muestra gran cautela y destreza en evitar los peligros y, sobre todo, protege y cubre su cabeza, donde reside su fuerza vital y su poder maléfico. Con esto quería Cristo indicar que los suyos, y especialmente sus ministros, al estar tan expuestos a los ataques y peligros del mundo, no se expusieran sin motivo, sino que usasen todos los medios legítimos para protegerse. En la causa de Cristo, hemos de estar dispuestos a perder la vida temporal con todas sus conveniencias materiales, pero no debemos derrocharla sin motivo. Es un hecho, bien atestiguado por la Historia, que los creyentes que se ofrecían espontáneamente al martirio, sin ser buscados por los perseguidores, eran los más propensos a retroceder en la hora del tormento.

(B) *Sed sencillos como las palomas.* La paloma es símbolo de la paz, de la inocencia, de la pureza, de la mansedumbre. Cristo quería que los suyos fuesen como Él: sin daño y sin engaño, dispuestos a recibir cien injurias más bien que a devolver una sola. Pero, como demostró Él con Su ejemplo, quería que se combinara la prudencia de la serpiente con la sencillez de la paloma. Como ha escrito muy bien Steir: «Que tu sabiduría nunca degenere en astucia, ni tu sencillez en ignorancia o imprudencia». Los creyentes participan del Espíritu de Cristo, el cual descendió sobre Jesús *como paloma,* un Espíritu cuyo primer fruto es *amor,* adornado de todos los atributos del amor verdadero (Gá. 5:22–23).

(C) *Guardaos de los hombres* (v. 17). Tened mucho cuidado en todo lo que decís y hacéis, y evitad las compañías peligrosas; poneos en guardia ante la hostilidad de la humanidad en general. La bondad debe ir unida a la precaución. No prestemos nuestra confianza a quien no conocemos suficientemente. Puesto que nuestro Maestro fue entregado con un beso por uno de Sus discípulos, hemos de *estar en guardia.*

(D) *Cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis* (v. 19). Aunque volveremos sobre esto más adelante nótese que se trata de *«cuando os entreguen».* El Señor quería evitar a los suyos el miedo y la perplejidad a la hora de ser llevados a los tribunales; el aturdimiento puede llevar a decir incongruencias, mientras que la serenidad de ánimo, con toda la confianza puesta en Dios, favorece la conexión apropiada de las ideas y el flujo de las expresiones más oportunas. No hay por qué rebuscar un léxico florido ni períodos rotundos, todo lo cual sirve para dorar causas perdidas; el oro de la verdad no necesita tales coberturas. El discípulo de Cristo debe preocuparse de *vivir* bien más que de *hablar* bien; procurar *preservar su* integridad, más bien que *vindicarla.* Nuestra *vida* santa, mucho mejor que las *palabras* jactanciosas, es la mejor *apología.*

(E) *Cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra* (v. 23). El Señor les instruye a que pongan en práctica la prudencia de la serpiente, y eviten la persecución en cuanto esté de su parte. Un buen ejemplo lo tenemos en el mismo Señor, al escapar de Sus enemigos hasta que llegó Su *hora,* y también en Pablo, como lo podemos observar en el libro de *Hechos.* Siempre que Dios abre a los suyos una *puerta de escape,* ellos han de aprovecharla en caso de inminente peligro, para huir a otro lugar donde, sin duda tendrán oportunidad de ser útiles a la causa del Evangelio, y contar con que, al escapar de un frente de batalla, bien puede ser que tengan que luchar en otro. Nada tiene de vergonzoso el que los soldados de Cristo practiquen la retirada de un lugar, con tal de que no traicionen su testimonio; muy bien pueden escapar del sitio de *peligro,* con tal que no deserten del puesto del *deber.*

(F) *No los temáis* (v. 26). *No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma* (v. 28). Quienes de veras temen a Dios, no tienen por qué temer a ningún hombre; y quienes son temerosos de no cometer el menor pecado no tendrán miedo de pasar por el mayor apuro. Aunque *la tierra sea sacudida de su lugar* (Job 9:6), no hay por qué temer; mientras tengamos un Dios tan bueno y defendamos una causa tan justa, tenemos una gran *esperanza mediante la gracia.* Del soldado de Cristo puede afirmarse con mucha mayor razón que del bravo soldado de la legión romana: *Etsi fractus illabatur orbis, impavidum ferient ruinae* = Aunque el orbe se derrumbe hecho pedazos, él aguantará impávido el impacto de los cascotes.

(a) Para contrarrestar el miedo natural, les da una razón tomada del limitado poder de los enemigos; pueden *matar el cuerpo,* pero eso es lo más que pueden hacer; su poder no se extiende a más; *mas no pueden matar el alma,* no pueden hacer ningún daño al núcleo mismo de la personalidad. El alma sufre la muerte cuando es separada de la comunión con Dios, en la que reside la verdadera vida, y esto está fuera del alcance del poder del perseguidor. *La tribulación, la angustia y la persecución* pueden separarnos del mundo, pero *no pueden separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús nuestro Señor* (Ro. 8:35, 39); no pueden impedir que amemos a Dios, ni que seamos amados de Él. Si, pues, tenemos más cuidado

de nuestras almas que de nuestros cuerpos, no tendremos miedo a los hombres; podrán quebrar la vitrina, pero no podrán robar la joya.

(b) Les da un buen remedio para lo mismo: temer a Dios. *Temed más bien a aquel que puede destruir alma y cuerpo en el infierno.* El Infierno es la destrucción de alma y cuerpo, no porque dejen de *existir,* sino porque dejan de *existir bien.* Esta destrucción viene de la mano de Dios, que es el Único con suficiente poder para ello. A Dios es, pues, a quien deben temer aun los más santos de este mundo. El temor de un Dios amoroso y poderoso es el antídoto más eficaz contra el temor a los hombres. Es preferible caer bajo el enojo del mundo entero, que caer bajo el enojo de Dios (He. 10:31); y, por consiguiente, al ser lo más correcto es también lo más seguro el *obedecer a Dios antes que a los hombres* (Hch. 4:19).

2. Por vía de consuelo y estímulo. Muchas cosas les dice también con la misma finalidad, en la medida en que de momento las podían entender, al tener en cuenta, no sólo las muchas dificultades que después les saldrían al encuentro, sino también la debilidad que a la sazón experimentaban, antes de que descendiera sobre ellos el Espíritu Santo (Hch. 1:8). Cristo les muestra, pues, por qué motivos debían tener buen ánimo.

(A) Hay una promesa que se refiere especialmente, aunque no exclusivamente, al viaje misionero que iban a emprender: *De cierto os digo, que no acabaréis de recorrer las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del Hombre* (v. 23). Era un consuelo muy grande, (a) saber que lo que iban a proclamar se cumpliría; (b) que se cumpliría pronto. Es un gran estímulo para los obreros del Señor el saber que sus trabajos se acabarán en breve. En cuanto al sentido de esta difícil frase, la interpretación más probable es la siguiente: La expresión *«el Hijo del Hombre»* tiene en la Biblia un sentido doctrinal inconfundible; sólo puede interpretarse aquí de Su Venida para juicio y liberación; quizás tiene 2 niveles, como el Sermón sobre el Olivete, pero ciertamente uno de los niveles apunta a la Gran Tribulación que precederá al Milenio.

(B) También hay expresiones que se refieren al trabajo de ellos en general, y las dificultades que habían de encontrar en su tarea; son también palabras de consuelo y estímulo.

(a) Los sufrimientos de ellos habrían de ser *para testimonio a ellos* (a los reyes y gobernadores) y *a los gentiles* (v. 18). Esto se cumplió puntualmente en el caso de Pablo, como vemos en el libro de *Hechos.* La entrega de los discípulos en manos de las autoridades, habría de ser una ocasión magnífica para dar testimonio del Evangelio, tanto a los judíos como a los gentiles. Los hijos de Dios, y especialmente Sus ministros, tienen el privilegio de ser *testigos,* no sólo en el *trabajo,* sino también en el *sufrimiento* (Fil. 1:29). Por eso se llama *«mártires»* (voz griega que significa «testigo») a los que dan el testimonio más auténtico mediante la entrega de su vida. Al ser esto así, ¡con cuánto gozo hay que dar ese testimonio!

(b) En todas las circunstancias tendrían una presencia especial de Dios con ellos, y una inmediata asistencia del Espíritu Santo: *Os será dado en aquella hora lo que habéis de hablar* (v. 19). Los discípulos de Cristo habían sido escogidos de entre *lo necio del mundo* (1 Co. 1:27), hombres iletrados e ignorantes (Hch. 4:13) y, por ello, con razón podían desconfiar de su capacidad cuando fuesen presentados delante de gente culta e instruida. Primeramente, se les promete que *les será dado* no de antemano, sino *en aquella hora, lo que han de hablar.* Tendrán que improvisar, pero, con la ayuda especial de Dios, hablarán tan a propósito como si lo hubiesen estudiado a la perfección. Es en estos casos, y sólo en estos, cuando hay que depender totalmente de la inspiración de Dios para hablar convenientemente y dar respuestas sabias a preguntas inesperadas. Aplicar esto a la predicación de un mensaje como opinan algunos no sólo es una señal de perezosa negligencia y falta de responsabilidad, sino que equivale prácticamente a *tentar a Dios.* Se les asegura también, en segundo lugar, que *el Espíritu de Dios hablará en ellos* (v. 20). No estarán sin ayuda en tales ocasiones, sino que Dios se encargará de socorrerles, y el Espíritu Santo, con Su sabiduría infinita cumplirá con Su papel de *abogado,* y defenderá la causa en ellos y por ellos.

(c) *El que persevere hasta el fin, este será salvo* (v. 22, comp. con 24:13). Este versículo ha sido mal interpretado con frecuencia, como si la *perseverancia* fuese la causa de la *salvación* eterna (contra Ef. 2:8, entre otros lugares). El versículo admite dos sentidos: *el que tenga paciencia hasta el final* (eso dice lit. el griego), *salvará su vida,* al seguir las instrucciones que aquí da el Señor; o también, *el perseverar* (aguantar) *hasta el final,* venida la persecución (v. 13:21), *demostrará que es un verdadero creyente;* es decir, *salvo.* Podemos considerar el consuelo que comporta saber que la tribulación tendrá un *fin;* puede durar por algún tiempo, pero no ha de durar siempre. Es cierto que, mientras dura, hay que *soportarla,* y

soportarla *hasta el final,* porque hasta el final también dispondrá de la fuerza necesaria por parte de Dios, mientras dure la prueba, durará también la fuerza (v. 1 Co. 10:13). La salvación eterna bien merece aguantar la tribulación *por un poco de tiempo* (Ro. 8:18; 1 P. 1:6). Como dice W. Law: «la grandeza de las cosas que siguen a la muerte hace que las cosas que la preceden se hundan en la nada». Entrar en la casa del Padre bien compensará de las peores tormentas de esta vida. En cambio los que sólo aguantan por un poco de tiempo y, cuando viene la tentación se echan para atrás, *han corrido en vano* y han perdido cuanto habían ganado anteriormente. *Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida* (Ap. 2:10).

(d) Por mucho que hayan de sufrir los discípulos de Cristo nunca llegarán al nivel de lo que padeció el Maestro (vv. 24–25 y He. 4:15). *El discípulo no está por encima de su maestro.* Aquí se les expone la razón por la cual no han de tropezar al primer embate ni ante la mayor dificultad. Cristo vuelve a recordárselo en Juan 15:20. Es ya una expresión proverbial que *el siervo no es mayor que el amo* y, por tanto, no ha de esperar *mejores* cosas. Jesucristo, nuestro Señor y Dueño, se encontró con la más dura oposición de parte del mundo (He. 12:3), con lo que culminó de obra, en la muerte más ignominiosa y cruel que se conocía, y de palabra, en el denuesto más vil y abominable que podía lanzarse a la cara del Hijo de Dios, llamándole *Beelzebú,* dios de las moscas y príncipe de los demonios, con el cual decían que estaba en liga. Es difícil de calibrar cuál de las dos cosas era más de admirar, si la maldad perversa de los hombres que así trataron a Jesús o la paciencia del Señor al aguantar tan indigno tratamiento. ¡Que Satanás, el Enemigo y Destructor, pudiese ser el aliado del Dios y Salvador nuestro! ¡Y que el Dios Santo y Todopoderoso aguantase una suposición tan ignominiosa! La consideración de todo lo que el Señor sufrió en este mundo, debería prepararnos para esperar algo semejante y soportarlo con paciencia; no pensemos que es muy duro parecernos a Él en el sufrimiento, Si hemos de ser semejantes a Él en la gloria (1 Jn. 3:2). Cristo bebió en solitario la gran *copa de amargura* para que, siguiéndole, no falte en la nuestra, por amarga que sea, algo de su *dulzura;* Él llegó a ser del todo desamparado del Padre, para que nadie se sienta completamente sin amparo.

(e) *No hay nada oculto, que no haya de ser manifestado* (v. 26). Lo que Cristo les había dicho a ellos en privado, había de ser proclamado públicamente (v. 27) a todo el mundo. Las verdades que al ser misteriosas, están ahora ocultas a los hijos de los hombres, serán hechas notorias a todas las naciones en sus respectivas lenguas (Hch. 2:11), y los últimos confines de la tierra *verán esta salvación.* Es un gran estímulo para los obreros del Señor saber que es una obra que tendrá cumplimiento seguro. Es como un arado que Dios se encargará de empujar y apresurar. También es verdad, aunque el sentido literal del versículo no sea este, que ha de llegar el día en que *el Señor sacará a la luz también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones* (1 Co. 4:5); que los ministros de Cristo proclamen, pues, con toda fidelidad Su mensaje, y Él se encargará, a su debido tiempo, de revelar la integridad de ellos.

(f) Que la providencia de Dios cuidará de ellos, de una manera especial, mientras sufran (vv. 29–31). Buena cosa es recurrir, de vez en cuando, a los primeros principios de las cosas (en lo que consiste la sabiduría) y, en particular, a la doctrina de la providencia universal de Dios, la cual se extiende a todas las criaturas y a todas sus acciones, aun a las más pequeñas e insignificantes.

En primer lugar, la extensión general de la providencia divina a todas las criaturas, incluye las menores como, por ejemplo los *gorriones* (v. 29). Estos pajaritos cuentan tan poco, que uno de ellos apenas posee valor alguno; por eso, es preciso juntar *dos* para que valgan *un cuarto* (y hasta se pueden comprar *cinco* por *dos cuartos;* Lc. 12:6); sin embargo, no están fuera del cuidado de Dios: *Ni uno de ellos caerá a tierra sin consentirlo vuestro Padre.* Aunque *no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros,* Dios los alimenta (6:26). Los hombres podrán cazarlos, pero ya sea que mueran de muerte violenta o de muerte natural, no caen sin el permiso de Dios. Su muerte es «noticia» en el diario divino ¡cuánto más la muerte de uno de los hijos de Dios! El Padre de los cielos que así se ocupa de los gorriones, porque son sus criaturas, mucho más se ocupará de nosotros, que somos Sus hijos, príncipes celestiales y coherederos con Cristo. Esto bastaría para silenciar todos los temores del creyente: *Vosotros valéis más que muchos pajarillos* (v. 31)

En segundo lugar, la cuenta particular que Dios lleva de todo lo que, de algún modo, pertenece a los discípulos de Cristo, especialmente en medio de los sufrimientos: *En cuanto a vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados* (v. 30). Esta frase es ya proverbial, para indicar la cuenta que Dios lleva de todo cuanto pertenece a los suyos, aunque sea tan insignificante como un cabello de la

cabeza. Si Dios tiene contados nuestros cabellos, con mayor razón tendrá contadas nuestras cabezas y cuidará de nuestra vida y de lo más conveniente para toda nuestra persona. Con esto, se nos da a entender que Dios se ocupa de ellos más que ellos de sí mismos: *Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá* (Lc. 21:18). Nadie se aflige por la caída de *un* solo cabello; sin embargo, ni uno solo cae sin permiso de nuestro Padre para indicar que ni el daño más insignificante ha de afectar a los hijos de Dios sin el permiso del Padre Celestial, para quien tan preciosa es la vida (y aun la muerte) de los Suyos.

(g) Que Jesús reconocerá como Suyos en el día del triunfo a los que ahora le confiesan en el día de la prueba, mientras que quienes ahora le niegan, serán negados, desconocidos y rechazados por Él (vv. 32–33). *Confesar a Cristo delante de los hombres* es nuestro deber y, si lo cumplimos, será después un máximo honor y una dicha inefable. Es nuestro deber y nuestro privilegio no sólo creer en Cristo, sino también profesar dicha fe, tanto en sufrir por Él cuando llega la ocasión, como en servirle en todo momento. Aunque ahora pueda exponernos al reproche y a la aflicción, seremos abundantemente recompensados por ello: En la resurrección de los justos, yo *también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos.* Así honrará Cristo a los que le honran; Ellos le honran *delante de los hombres.* ¡Bien poca cosa! Él les honrará *delante de Su Padre.* ¡Esto sí que es gran cosa! Gran peligro es para cualquiera el negar a Cristo delante de los hombres, pues quienes tal hagan, serán negados por Él en el gran Día, cuando más lo necesiten. Al que le niega como Señor, Él le negará como siervo Suyo: *Entonces les diré claramente: Nunca os conocí* (7:23).

(h) Que el fundamento del discipulado había sido dispuesto de tal manera, que había de hacerles ligeros y fáciles los sufrimientos; y fue bajo la condición de estar preparados para los padecimientos, como Cristo los recibió como seguidores Suyos (vv. 37–39). Les advirtió desde el principio que *no eran dignos de Él,* si no estaban dispuestos a prescindir de todo para seguirle. En la profesión de la fe cristiana, son considerados como indignos de la dignidad y de la felicidad que ella comporta, quienes no ponen en el interés por Cristo un valor tan grande como para preferirle a todos los demás intereses de la vida. No pueden esperar la ganancia de un contrato, quienes no se avienen a las condiciones del mismo. Si la religión es digna de algo, ha de ser digna de *todo.* Los que no estén dispuestos a seguir a Cristo a este precio, mejor es que se marchen a su propio riesgo, pero sepan que cualquier cosa que entreguemos a cambio de esta perla preciosísima bien vale la pena por la eterna ganancia del cambio. ¡Qué consuelo tan grande para los que pueden decir, como Pedro: *Nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido* (19:27)! Las condiciones incluyen que hemos de preferir a Cristo:

(i) Antes que a nuestros parientes más próximos y queridos: *padre o madre, hijo o hija* (v. 37). Los hijos han de amar a sus padres, y los padres han de amar a sus hijos; pero si los aman más que a Cristo, son indignos de Él. Así como el odio de nuestros parientes no debe apartarnos de Él (vv. 21, 35, 36), así tampoco debe apartarnos de Él el amor que tengamos a nuestros más allegados y amigos.

(j) Antes que a todas nuestras comodidades: *El que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí* (v. 38). Obsérvese aquí: 1. Que los que quieran seguir a Cristo, *han de tomar su cruz y seguirle.* No se refiere a problemas y penalidades que se nos presentan en la vida, pues eso no lo *tomamos,* sino que se nos viene encima; la cruz que hay que *tomar* es todo lo que comporta el seguimiento de Cristo, incluida una muerte violenta como la Suya; la imagen que aquí se nos presenta es la del criminal condenado a muerte, que toma sobre sus hombros la cruz en que va a ser clavado y ocupa su lugar en la procesión de los que así cargados se dirigen al lugar del suplicio. 2. Pero es un consuelo muy grande para los que *toman su cruz,* saber que van *siguiendo a Cristo* tan de cerca que, como indica Pedro (1 P. 2:21), Él va dejando tras de Sí la *huella calcada* (gr. *hypogrammón),* la pisada inconfundible sobre la cual poner con seguridad nuestro pie. La pisada que lleva por la *cruz* a la luz; por el Calvario, a la Resurrección.

(k) Antes que a la misma vida temporal: *El que halla su vida, la perderá* (v. 39). El que piense que ha encontrado su vida al conservarla mediante la negación de Cristo, bajo la presión de la persecución, la perderá en la muerte eterna; pero *el que pierda su vida* natural *por causa de Cristo,* y prefiera perderla antes que negarle, *la hallará,* con ventaja incomparable, al recuperarla para la vida eterna. Quienes más desprendidos están de la vida presente, mejor preparados están para la vida futura.

(l) Que Cristo mismo se considerará tan ligado a la causa de ellos, que tendrá por amigos Suyos a los amigos de ellos (vv. 40–42): *El que a vosotros recibe a mí me recibe.* Se insinúa aquí que aunque la mayoría inmensa de la gente los va a rechazar, encontrarán, sin embargo, algunos que los recibirán, que escucharán con gusto su mensaje y les darán la bienvenida en su corazón, así como acogerán en sus casas a los mensajeros de Cristo. Los ministros de Cristo *no trabajarán en vano.* Así, pues, Cristo toma lo

hecho a sus fieles ministros, ya sea en amabilidad o en hostilidad como hecho a Él mismo y se considera a Sí mismo *tratado* como son *tratados* ellos. Véase pues, cómo Cristo puede ser todavía obsequiado por los que le presentan públicamente sus respetos; a sus siervos y a sus ministros los tenemos siempre con nosotros; y *Él está con ellos siempre, hasta el fin del mundo* (28:20). Más aún, el honor sube de punto con lo que sigue: Y *el que me recibe a mí, recibe al que me envió.* Al obsequiar a los ministros de Cristo, se obsequia no sólo a *ángeles, sin saberlo,* sino a Cristo, y a Dios mismo, *sin saberlo* igualmente, como se deduce de 25:37: *¿Cuándo te vimos hambriento, etc.?*

Aunque el gesto amable hacia los discípulos de Cristo sea tan pequeño, cuando no hay oportunidad de hacer más, como *darles de beber sólo un vaso de agua fresca,* será aceptado por Cristo y tenido en cuenta para una pingüe recompensa. Los favores hechos a los discípulos de Cristo son anotados en Su libro y evaluados allí no según el precio del regalo, sino según el amor y el afecto sincero del donante. Según esta cuenta, las *dos moneditas* que echó la pobre viuda de Lucas 21:3–4, no sólo pasaron como dinero corriente, sino que fueron estampilladas como de muy alto valor. Así también, todos los que son ricos en gracias pueden ser ricos en buenas obras, aunque sean pobres en bienes de la tierra.

La amabilidad mostrada a los discípulos de Cristo debe ser hecha con la mira puesta en Jesús y por Su causa. Un *profeta* ha de ser recibido *por ser profeta; y* lo mismo ha de decirse, según el Señor, de un *discípulo,* de un *justo,* etc. Recibir a un ministro de Dios, por ejemplo, por su cara, por su traje, por su talento o por su elocuencia, no entra dentro de las recompensas *divinas,* puesto que se trata de valores meramente *humanos.* Lo que no se hace por el interés de Cristo, no merece que Cristo le preste interés.

Esa amabilidad mostrada a los discípulos de Cristo, no sólo será aceptada, sino también ricamente recompensada a su tiempo. No dice que *merecen* una recompensa, porque nadie puede recibir nada como un *salario* de las manos de Dios; pero sí recibirán su recompensa como un *regalo* de las manos de Dios. *De cierto os digo que no perderá su recompensa* (v. 42). No sólo la *recibirá,* sino que *de ningún modo la perderá.* La recompensa puede hacerse esperar, pero de ninguna manera se va a *perder* ni se perderá nada con la demora en recibirla. *Recibirá recompensa de profeta, etc.;* es decir, recibirá la recompensa que el mismo habría recibido si hubiese sido un profeta, hombre inspirado por Dios para comunicar Su mensaje a los demás.

CAPÍTULO 11

Tres cosas se nos refieren en este capítulo: La respuesta de Jesús a los mensajeros de Juan el Bautista, la reconvención a las ciudades impenitentes a pesar de la predicación y de los milagros del Señor, y su misericordiosa invitación a todos los fatigados y cargados con los problemas de la vida; en especial, a los esclavizados bajo el yugo del pecado.

Versículos 1–6

El primer versículo de este capítulo es, en realidad, una conclusión del capítulo anterior, con el cual se une perfectamente; de ahí que los comentaristas lo comenten como perteneciente a dicho capítulo, donde queda situado mejor que en el presente. Destacamos en este versículo lo siguiente:

1. Las instrucciones que Jesús había dado en el capítulo anterior, aparecen en este versículo como una *orden* (gr. *diatasson*) que les da. El encargo de ir a predicar el Evangelio, no sólo es un permiso o facultad que les da, sino una orden de mando, como la de un jefe militar a sus subalternos. Habían de *sentirse constreñidos a anunciar el Evangelio* (1 Co. 9:16).

2. Cuando Jesús terminó de dar este encargo a sus discípulos, *se fue de allí;* como si los discípulos estuviesen tan remisos en dejar Su compañía, que tuviese Él que irse de allí, separándose de ellos como aparta la nodriza su mano del niño para que éste eche a andar solo. Cristo quería enseñarles ahora cómo habían de vivir y trabajar cuando carecieran de Su presencia física. Era *conveniente para ellos* que Jesús se marchase de ellos por un poco tiempo.

3. Cristo se fue de allí *a enseñar y a predicar en las ciudades de ellos;* de los judíos, no de los discípulos. No se nos dice de dónde se fue, pero es probable que fuese de Capernaúm. Tampoco se nos especifican las ciudades a las que fue; es probable que fuese a las mismas ciudades a las que había

enviado a Sus discípulos *a hacer milagros* (10:1–8), con lo que habrían despertado la expectación de la gente, y *preparado así el camino del Señor.* Cuando Cristo les dio poderes para *hacer milagros,* Él mismo se ocupó en *enseñar y predicar,* como si esta ocupación fuese más noble que la otra, pues lo primero estaba ordenado a lo segundo. El curar a los enfermos tenía por objetivo *salvar los cuerpos* pero la predicación del Evangelio es para *salvación de la persona entera.* Cristo había ordenado a sus discípulos que *predicaran* (10:7), pero no por eso dejó de predicar Él mismo. ¡Cuán diferentes de Cristo son los que imponen cargas a otros para quedar ellos en la holganza! Si aumenta el número de trabajadores en la obra del Señor, eso no debe ser un pretexto para la negligencia, sino un estímulo para la diligencia. Cuanto más ocupados estén otros hermanos nuestros, más diligentes debemos ser nosotros, pues todo es poco a la vista de lo mucho que hay que hacer. Jesús *fue a predicar en las ciudades de ellos,* que eran los lugares más poblados, para echar la red del Evangelio donde más peces se podían recoger.

Inmediatamente después se nos narra el mensaje que Juan el Bautista envió a Cristo, y la respuesta que Jesús le dio (vv. 2–6). Ya vimos anteriormente que Jesús se había enterado de la prisión de Juan (4:12). Ahora vemos que Juan en la prisión, se enteró de *las obras de Cristo.* No cabe duda de que se alegraría de enterarse de los milagros que Cristo obraba y de las admirables enseñanzas que impartía. Nada hay tan consolador para los hijos de Dios, especialmente cuando se ven en apuros, como *oír las obras de Cristo,* y ansiar experimentarlas en ellos mismos. Esto basta para convertir una cárcel en un palacio; de una manera o de otra, Jesús enviará noticias de amor a quienes padecen por amor a su causa y para conservar una conciencia limpia ante Dios. Al oír Juan las obras de Cristo, *envió a dos de sus discípulos,* y aquí se nos refiere la entrevista que ellos tuvieron con Jesús. Observemos:

I. La pregunta que le hacen: *¿Eres tú el que ha de venir, o esperaremos a otro?* (v. 3). Esta era una pregunta seria e importante. Se tenía por seguro que el Mesías estaba para venir. La pregunta insinúa que, si Jesús no era el Mesías, habría que estar a la expectativa de otro; esto comportaba cierta impaciencia. No debemos estar impacientes si la Segunda Venida del Señor se tarda. Aunque tarde en venir, hay que velar y esperar, porque el que ha de venir vendrá, aunque no venga en *nuestro* tiempo. La pregunta insinúa también que, si quedan convencidos de que Él es el Mesías, no seguirán perplejos, sino que quedarán satisfechos, y no volverán su vista hacia ningún otro. Por eso, le preguntan: *¿Eres tú?* Juan, por su parte, había dicho: *Yo no soy el Cristo* (Jn. 1:20). La opinión más probable es que Juan propuso esta pregunta para su propia satisfacción. Es cierto que había dado de Cristo un noble testimonio, al presentarle como *el Hijo de Dios* (Jn. 1:34), *el Cordero de Dios* (Jn. 1:29), el que *había de bautizar con el Espíritu Santo* (Jn. 1:33) y *el Enviado de Dios* (Jn. 3:34), todo lo cual ya era gran cosa. Pero deseaba mayores pruebas y seguridades; puesto que cuanto se refiere a Cristo y a la salvación que Él trajo, requiere una seguridad completa. Cristo no se había manifestado en la pompa exterior y con el poder majestuoso con que se esperaba que apareciese, para imponer el reino de Dios *con cetro de hierro,* separar el grano de la paja y cortando sin piedad todo árbol que no llevase fruto (3:10, 12). Jesús pasaba haciendo el bien, *proclamando el año* jubilar *de la buena voluntad de Jehová,* pero dejaba para su Segunda Venida lo del *día de la venganza de nuestro Dios* (Is. 61:2. Nótese cómo, al citar esta porción, Jesús *se detuvo* a la mitad del v. 2; Lc. 4:19). Como muchos otros, Juan no percibió el doble nivel en la perspectiva profética. Cristo se percató de que ello sería piedra de tropiezo para muchos y fue por eso, sin duda, por lo que añadió: Y *bienaventurado es el que no tropieza en mí* (v. 6). Incluso a los mejores hombres de Dios les resulta difícil dejar a un lado los prejuicios de las masas. La perplejidad de Juan pudo aumentar al considerar su propia situación. Llevaba algún tiempo en la prisión de Herodes y se vería tentado a pensar: Si Jesús es de veras el Mesías, ¿cómo es que yo, su amigo, pariente y precursor, sigo encerrado aquí y se me deja así por tanto tiempo? Sin duda que Jesús tenía muy buenas razones para no ir a Juan y consolarlo en su prisión, pero es muy posible que Juan no lo entendiese, y todo ello constituyese un tropiezo para su fe en el Señor. Notemos que: (a) Dondequiera que hay fe verdadera, puede darse una mezcla de duda o, al menos, de perplejidad. Como dice Romano Guardini: «Fe es la capacidad de soportar dudas»; y no siempre los mejores son los más fuertes. (b) Las pruebas sufridas por amor de Cristo, si continúan sin alivio por largo tiempo, resultan a veces tan insoportables, que nublan la visión del espíritu. (c) La duda que con frecuencia anida en el trasfondo de los creyentes, llega a golpear con tanta fuerza en horas de tentación, que las verdades más fundamentales, que parecían bien asentadas en la mente y en el corazón, llegan a ponerse en interrogante en la pantalla de la conciencia psíquica. Los santos más experimentados necesitan ayuda, consuelo y comprensión para fortalecer su fe y equiparse con *toda la armadura de Dios* (Ef. 6:13) para resistir los embates de la tentación de infidelidad.

Por otra parte, hay, y siempre ha habido, comentaristas que opinan que Juan envió a sus discípulos a que llevasen a Cristo dicho mensaje, no porque él dudase, sino para disipar las dudas de sus propios discípulos, al tener en cuenta que, en su celo por Juan, estaban celosos de Jesús (Jn. 3:25–26) y remisos en reconocerle por Mesías, porque estaba eclipsando a Juan. En este caso Juan habría querido que rectificasen su error y quedasen tan satisfechos con Cristo como él lo estaba. Al ver que todavía requerían una instrucción más completa, los enviaba a Jesús, como un buen maestro de escuela desea que sus alumnos lleguen a la Universidad. Todo buen ministro del Señor desea llevar las almas directamente a Cristo, no hacia sí mismo. Y todo creyente que, en vez de acudir directamente a la Palabra y al Espíritu, depende continuamente de otros, muestra su falta de madurez espiritual.

II. La respuesta que les da Jesús (v. 4–6). Fue una respuesta convincente, pues estaba basada en *hechos*, no en *razones.* El cristianismo no se basa en argumentos, sino en hechos incontestables (1 Co. 15:1–5) y, Cristo, Fundador y Esencia del cristianismo daba, mediante hechos, evidencia de Su Misión de parte del Padre.

1. Les dice que tomen buena nota de lo que han visto y oído, para que se lo digan a Juan: *Id e informad a Juan de las cosas que oís y veis* (v. 4). *Ven y ve* es el testimonio más efectivo que podemos dar del Señor (Jn. 1:46); así lo hizo Él mismo (Jn. 1:39). Jesús viene a responder: *Id e informad a Juan, de:*

(A) *Lo que veis del poder de Cristo en los milagros que lleva a cabo;* ya veis cómo, a la sola palabra de Jesús, *los ciegos ven, los cojos andan, etc.* Los milagros de Cristo eran llevados a cabo en público, a la vista de todos. *La verdad no trata de esconderse.* Estos milagros han de considerarse, (a) como *efectos de un poder divino.* Nadie sino el Dios de la naturaleza puede dominar y superar el poder de la naturaleza. En particular, se cita como una prerrogativa de Dios *abrir los ojos de los ciegos* (Sal. 146:3). Los milagros son, por tanto, un sello celestial, y la doctrina que confirman tiene, por necesidad, origen divino. Puede apelarse a falsos milagros para probar falsas doctrinas pero los verdaderos milagros evidencian una comisión divina (Jn. 9:33); tales eran los milagros de Cristo, los cuales no dejaban resquicio para dudar de que era enviado por Dios. (b) *Como cumplimiento de una predicción divina.* Estaba predicho (Is. 35:5–6) que Dios vendría, y entonces *los ojos de los ciegos serían abiertos.*

(B) *Lo que oís de la predicación de Su Evangelio.* Aunque la fe se corrobora con la vista, *viene por el oír* (Ro. 10:17). A *los pobres les es anunciado el Evangelio* (v. 5b). Los profetas del Antiguo Testamento eran enviados, de un modo especial, a los reyes y príncipes, pero Cristo predicó a los *pobres*, a la «gente del campo», a quienes filósofos paganos y rabinos judíos tenían por gente ruda e ignorante (Jn. 7:49). Por eso, es más notable la misericordiosa condescensión del Hijo de Dios al llevar las buenas nuevas de salvación, de modo especial, a los pobres y abatidos (Is. 61:1). Los pobres, los humildes, los que no tienen nada que perder en este mundo, están mejor capacitados para depender exclusivamente de Dios (v. Sof. 3:12). En la moderna sociedad de consumo, en que la mayoría de la gente se preocupa, ante todo, no sólo de tener cubiertas las necesidades, sino de disfrutar de todas las comodidades posibles y asegurarse un porvenir tranquilo en esta vida, ¿qué sentido puede tener la palabra «salvación»? Para saber lo que es «salvarse», hay que verse «perdido», en un sentido muy distinto al que hoy se le da a este vocablo. El *Evangelio* es una «buena noticia» sólo para aquellos que se sienten presos en la cárcel del pecado y sentenciados a una condenación eterna. ¡Qué consuelo es para ellos saber que hay perdón absoluto y vida eterna mediante la obra de Cristo, *para todo aquel que cree* (Jn. 3:16)! La admirable eficacia, que para esto posee el Evangelio predicado por Cristo, es una prueba contundente del origen divino del mensaje y de la mesianidad del mensajero.

2. También pronuncia Cristo una bendición sobre *los que no tropiecen en* Él; es decir, los que no hallen en las palabras y obras de Jesús algo que sea un obstáculo para creer (v. 6). Hay muchas cosas en el Evangelio, como las hay en el resto de la Biblia, donde *los indoctos e inconstantes* tropiezan, no porque la Palabra de Dios sea piedra de escándalo (cuando es mensaje de salvación), sino porque *las tuercen, para su propia perdición* (2 P. 3:16). Sólo por *prejuicio* efecto de la incredulidad y de la impenitencia, se explica la hostilidad que menosprecia, malentiende o escarnece la verdad de las Santas Escrituras. Un espíritu receptivo y una conciencia sincera no pueden menos de abrirse a las maravillosas verdades de la Biblia. Muchas apariencias externas contribuían a dicho prejuicio por parte de los enemigos que Cristo tuvo en aquel tiempo: despojado de su majestad divina, educado en la despreciada Nazaret, de familia pobre, la humilde condición de sus seguidores, la enemistad de los maestros de la Ley, lo estricto de su

doctrina en contradicción con los deseos de la carne y de la sangre, los sufrimientos que eran de esperar para quienes hubiesen de confesar el nombre de Cristo, todo esto era, para muchos, un «escándalo» que les impedía adherirse a Él y recibir su doctrina. Así *estaba puesto para caída de muchos en Israel, y para señal que es objeto de disputa* (Lc. 2:34). *¡Dichosos los que no tropiezan en Él!* La expresión de Jesús insinúa, por una parte, que es cosa difícil remontar tales obstáculos; y, por otra, que es sumamente peligroso tropezar en ellos.

Versículos 7–15

Después del episodio anterior, es probable que algunos de los discípulos de Cristo tomasen ocasión de las palabras de Cristo para tener a Juan por débil, vacilante e inconsecuente consigo mismo. Para impedirlo, Cristo da a continuación un vibrante testimonio de la fidelidad del Bautista, y describe su carácter con breves, pero expresivas pinceladas. En esto, nos sirve de ejemplo para que hablemos bien de los que son dignos de alabanza, aunque pasen por momentos de debilidad. Cuando el prestigio de Juan estaba en su apogeo, y el de Cristo estaba en la oscuridad, Juan dio un testimonio noble y brillante de Cristo; ahora que el prestigio de Jesús estaba en alza, y el del Bautista menguaba en la oscuridad de una lejana prisión (v. Jn. 3:30), es Cristo quien da un noble y brillante testimonio acerca de Juan. Éste se había abajado y desaparecido del centro de la escena, para que Cristo lo fuese *Todo;* Jesús le recompensaba ahora al exaltar la dignidad del carácter recio y noble del Bautista. *Quienes se humillan serán exaltados,* y los que honran a Cristo serán honrados por Él. Juan *había ahora acabado su testimonio,* y Jesús muestra cómo Él reserva el honor para sus siervos cuando estos han acabado su labor (Jn. 12:26).

I. Cristo ensalza a Juan, no cuando los discípulos de este estaban presentes, sino *mientras ellos se iban* (v. 7); *cuando se marcharon* (Lc. 7:24). Lo hizo así porque no quería que sus alabanzas pareciesen adulaciones que pudiesen llegar a oídos del Bautista. Aunque hemos de estar siempre prestos a rendir la debida alabanza que pueda contribuir a estimular a otros, hemos de huir, sin embargo, de todo lo que huela a servil adulación, lo cual sólo ayuda a fomentar el orgullo y, con la mayor frecuencia, a que quienes están en puestos de responsabilidad, se percaten aún menos de sus propios errores. Por eso, la adulación es la peor de las mentiras.

II. Lo que Cristo dijo acerca de Juan tenía por objetivo, no sólo alabar su carácter, sino también beneficiar a los oyentes trayéndoles a las mentes el recuerdo del ministerio de Juan: *¿Qué salisteis a ver en el desierto?* (v. 7). En efecto: 1. Juan predicaba en el desierto. Cuando un buen maestro se retira (o es retirado) a un rincón, es preferible continuar yendo a él que quedarse sin él. Ahora bien, si la predicación de Juan bien merecía la pena de tomarse tanta molestia para oírle, de seguro que merecía la pena de poner empeño en recordarle. Cuanto mayores sean las dificultades que hayamos de superar para ir a escuchar la Palabra de Dios, tanto mayor será, de ordinario, el provecho que saquemos de ella. 2. Salían a ver a Juan, más bien por mera curiosidad que por apremio de su conciencia. Muchos de los que asisten a la predicacion vienen para ver y ser vistos, más que por aprender y ser así enseñados; para tener algo de que hablar, más que para ser hechos *sabios para salvación* (2 Ti. 3:15). Cristo les pregunta: *¿Qué salisteis a ver?* A veces pensamos que, acabado el culto de predicación, se acabó la reflexión; no debe ser así, sino que es entonces cuando hay que reflexionar y poner por obra las buenas reflexiones que el mensaje nos produjo. *¿Qué os llevó allí?*—viene a decirnos Jesús—¿Fue la rutina de siempre, la compañía, o fue el deseo de honrar a Dios y sacar provecho espiritual? *¿Qué habéis sacado de allí?* ¿Qué nuevos conocimientos de la Escritura hemos sacado, qué gracias, qué ayudas y consuelos espirituales? *¿Qué fuisteis a ver?*

III. Veamos ahora cómo alaba Jesús a Juan. ¡Bien! es como si dijera—. Yo os voy a decir qué clase de hombre es Juan.

1. No es *una caña sacudida por el viento* (v. 7), hueca, flexible, llevada por todo viento de doctrina o de fama; no es vacilante en sus principios ni inconsecuente en su conducta. Cuando el viento del aplauso popular «blando y próspero soplaba», lo mismo que cuando la tormentosa ira de Herodes se alzaba fiera y tumultuoso, Juan se mantenía el mismo en todo tiempo, sin doblegarse al peso de las circunstancias. El testimonio que de Cristo había dado no era el testimonio de una *caña* ni de una veleta de campanario. La

gente acudía a él, precisamente porque no era como una caña. Nada se pierde, a la larga, por mantenerse firme tras una resolución prudente y seguir adelante con la tarea a la que Dios nos ha llamado, sin buscar sonrisas ni temer fruncidos entrecejos.

2. Ha sido un hombre abnegado. *«¿Un hombre cubierto de vestiduras lujosas?* (v. 8). Si así fuese, no habríais ido *al desierto* para verle, sino *a la corte.* Fuisteis a ver a uno que llevaba *un vestido hecho de pelos de camello y un cinto de cuero alrededor de sus lomos* (3:4); su atuendo estaba en consonancia con el *desierto* en que vivía y con el *arrepentimiento* que predicaba. Así que no podéis pensar que un hombre tan ajeno a los placeres de la corte, pudiese cambiar de actitud ante el temor de la cárcel». Quienes han llevado una vida de mortificación son los menos propensos a ceder en sus prácticas religiosas por temor a la persecución. No era un hombre lujosamente vestido, porque los tales no suelen estar en las cárceles, sino en los palacios. Es conveniente que los creyentes manifiesten, en su atuendo y compostura, su carácter y condición. Quienes han sido llamados al ministerio de la predicación no han de presentarse bajo la figura de un palaciego ni de un payaso, pues la prudencia cristiana nos enseña a ser *de una sola pieza.*

3. Pero el encomio más elevado que Jesús tributa a Juan se refiere al ministerio que el Bautista desempeñaba.

(A) Era *un profeta* (v. 9); *y más que profeta*—añade Jesús—. Juan había dicho de sí mismo que no era *el profeta* (Jn. 1:21), el gran profeta mesiánico, que Dios había anunciado en Deuteronomio 18:18; esto es, Jesús mismo (Jn. 4:25b); ahora es Cristo quien dice de Juan: *es más que profeta.* El Precursor de Cristo no era rey, sino profeta, pero un profeta de rango superior al de los profetas del Antiguo Testamento; estos vislumbraron de lejos *el día de Cristo* (Jn. 8:56) pero Juan lo vio de cerca, salido ya *el sol de lo Alto* (Lc. 1:78); los otros hablaron del Cristo que había de venir, pero Juan pudo señalarlo con el dedo y decir: *He aquí el Cordero de Dios* (Jn. 1:29, 36).

(B) Era el *Precursor* predicho por los otros profetas y, por tanto, superior a ellos por este otro motivo: *Este es de quien está escrito* (v. 10). En efecto, Malaquías había anunciado: *He aquí que yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí* (Mal. 3:1—*dice Jehová—;* luego Cristo es Jehová). Juan había sido preferido al resto de los profetas al ser el Precursor del Mesías; enviado por Dios para una comisión singular: *preparar el camino del Señor,* como él había dicho de sí mismo, y ahora Cristo lo dice de él. Esta cercanía al Salvador era la que elevaba a Juan por encima del rango de los otros profetas, pues cuanto más cerca está alguien de Jesús, más participa de Su honor (Jn. 12:26).

(C) *Entre los nacidos de mujer, ninguno mayor que Juan* (v. 11). Cristo sabía muy bien apreciar la dignidad y valía de una persona, y pone aquí a Juan por encima de cuantos le precedieron. Entre todos los que Dios había creado y llamado a un ministerio determinado, Juan sobresalía con ventaja. Muchos de los nacidos de mujer habían sido personas importantes en el mundo y habían jugado un papel decisivo en la historia de la Humanidad, pero Cristo coloca a Juan por encima de todos ellos. La grandeza no se ha de medir por las apariencias exteriores y el esplendor del atuendo, sino por la santidad de vida y la abundancia de gracias y bendiciones celestes; *Juan era grande a los ojos del Señor* (Lc. 1:15).

No obstante, *el menor en el reino de los cielos es mayor que él.* Nótese que Jesús no compara los valores personales, la firmeza de carácter, la fidelidad a la comisión recibida, la abnegación y dedicación total de Juan con los de otras personas, sino las ventajas superiores de que gozan quienes pertenecen a la dispensación de la gracia en la Iglesia de Cristo, a la que Juan no llegó a pertenecer; él fue *el padrino del novio,* pero no formaba parte de la *Esposa del Cordero* (Jn. 3:29; Ap. 19:7); a caballo entre ambos Testamentos, Juan disfrutó de la luz crepuscular del alba, pero nosotros gozamos del pleno calor del Sol de Justicia en su cenit; Juan apuntó con su dedo al *Cordero de Dios que quita el pecado del mundo,* pero los Apóstoles del Cordero le proclamaron ya crucificado y resucitado. Nuestra ventaja, pues, sobre Juan no es de carácter *personal,* sino de *situación histórica* en el proceso revelado de la salvación. Juan no pudo ver rasgado el velo del Templo, ni a Cristo resucitado, ni al Espíritu derramado; no pudo, en resumen, gozar de las superabundantes riquezas de la gracia (Ef. 1:7–8), ni del conocimiento superabundante del amor de Cristo, aunque este trasciende a todo conocimiento (Ef. 3:18–19). Así que la actual grandeza de los creyentes se deriva de, y se denomina por, una manifestación mucho más amplia y esplendorosa del que vino *lleno de gracia y de verdad* (Jn. 1:14). ¡Cuántos motivos para estar sumamente agradecidos a Dios por haber nacido en los días del *reino de los cielos,* con tantas ventajas de luz y de amor! Y, al mismo tiempo, ¡qué responsabilidad tan grande la nuestra si, con tantas ventajas sobre Juan, *recibimos en vano la gracia de Dios!* (2 Co. 6:1).

(D) Otra gran alabanza que Jesús hace de Juan es que Dios mismo honró su ministerio, e hizo que tuviera una eficacia admirable para romper el hielo de la indolencia y estimular al pueblo a entrar esforzadamente en el reino de los cielos: *Desde los días de Juan el Bautista* (desde el comienzo de su predicación) *hasta ahora* (el momento en que Cristo hablaba, sin indicar cesación sino continuidad) *el reino de los cielos* (aquí, el tiempo actual de la salvación al alcance de la mano; 3:2; 4:17) *sufre violencia* (es decir, es tomado por la fuerza, como se ocupa un país o una ciudad por una invasión súbita), y *los violentos lo arrebatan;* los que albergan un deseo apasionado y toman una resolución indomable de empezar una vida cristiana y seguir firmes en ella, se hacen con el botín de las bendiciones celestiales que Cristo nos adquirió cuando *se llevó cautiva a la cautividad* (Ef. 4:8). Gracias al fiel ministerio de Juan, multitudes habían sido llevadas a Cristo y, con Él, al reino de los cielos

(a) Estas multitudes eran *improbables,* pues precisamente quienes podría pensarse que no tenían lugar en el reino de los cielos ni títulos para reclamarlo, lo alcanzaban, a pesar de parecer intrusos; mientras los *hijos del reino quedaban fuera vendrían muchos del oriente y del occidente* (8:11–12). Mientras los escribas y fariseos rechazaron a Juan, los publicanos y las prostitutas le creyeron, y marcharon así hacia el reino más aprisa que los maestros de la Ley. No es falta de cortesía adelantar a quienes parecen ser mejores que nosotros para llegar al cielo con ventaja sobre ellos; desde los días de la infancia del Evangelio, la mejor recomendación de la Buena Nueva es que ha llevado a la santidad a muchos que parecía inverosímil que la obtuviesen.

(b) Estas multitudes eran *importunas,* pues su decisión, su vigor y su esfuerzo—su *violencia*—en recibir los beneficios del ministerio de Juan, evidenciaban el celo y el fervor que se requieren para entrar con gozo y entusiasmo en el reino de la gracia. Quienes deseen *entrar en el reino de los cielos* no pueden quedar en la indolencia, sino que han de ser *diligentes en arrebatarlo,* hay que correr y luchar, *agonizar* en el sentido etimológico del vocablo; todo es poco para ganar una perla de tal precio, y su valor es más que suficiente para que superemos la oposición que surge, tanto desde fuera como desde nuestro interior. *Los violentos lo arrebatan.* Quienes tienen interés en su salvación eterna, son poseídos por un deseo tal de alcanzarla, que no cederán ante ninguna condición y no abandonarán la lucha hasta que hayan alcanzado la bendición anhelada (Gn. 32:26). El reino de los cielos no está destinado a favorecer la comodidad de los necios, sino a beneficiar con su descanso a los que se esmeran en su labor. ¡Ojalá viésemos muchos poseídos de esta *santa violencia* en su deseo de alcanzarlo!

(E) El ministerio de Juan era *el comienzo del Evangelio.*

(a) Con Juan, estaba a punto de terminar la dispensación del Antiguo Testamento (v. 13). Los descubrimientos de la antigua dispensación comenzaban a declinar ante una más clara manifestación del *reino que estaba ahora al alcance de la mano.* Cuando Cristo dijo que *todos los profetas y la ley profetizaron hasta Juan,* estaba mostrándonos: *Primero:* Que la luz del Antiguo Testamento estaba para ponerse, cumplida su misión de anunciar al que había de venir. Como dice Atanasio: «Hasta Juan, la ley; desde él, el Evangelio». Había luz en la Ley y en los profetas. pero era una luz que hablaba oscuramente de Cristo y de Su reino. ¡Bendito sea Dios porque tenemos juntamente las enseñanzas del Nuevo Testamento, que nos explican y aclaran las profecías del Antiguo, y las profecías del Antiguo, que nos confirman e ilustran las enseñanzas del Nuevo! (He. 1:1). Como los dos querubines del propiciatorio, ambos Testamentos aparecen cara a cara el uno del otro y se complementan mutuamente, como escribió Agustín de Hipona: «El Nuevo Testamento está latente en el Antiguo, y el Antiguo Testamento está patente en el Nuevo». La Biblia continúa enseñándonos, aunque los escritores sagrados se marcharon de este mundo. Moisés y los profetas están muertos; e igualmente lo están los Apóstoles y los evangelistas (Zac. 1:5), *pero la Palabra de Dios vive y permanece para siempre* (1 P. 1:23). *Segundo:* Que la luz de Juan, que *por un tiempo ardía y alumbraba* (Jn. 5:35), también estaba para desaparecer, como desaparecen de la vista las estrellas del firmamento aun antes de que salga el sol. Todas las profecías referentes al Mesías *que había de venir* quedaron anticuadas cuando Juan dijo: *Ahí está; ya ha venido.*

(b) Con Juan, comenzó la aurora del Nuevo Testamento, porque «si *queréis recibirlo*—continúa Jesús—, *él es Elías, el que había de venir*» (v. 14). Juan era como la abrazadera que empalmaba los dos Testamentos. La última profecía del Antiguo Testamento era: *He aquí que yo os enviaré el profeta Elías, antes que venga el día grande y terrible de Jehová, etc.* (Mal. 4:5–6). Con toda probabilidad, la profecía de Malaquías abarcaba dos niveles históricos; uno, en la Primera Venida del Salvador, cuando Juan el Bautista vino a preparar el camino del Señor; como había dicho el ángel: *él mismo irá delante, con el espíritu* y *el poder de Elías* (Lc. 1:17), para disponer al pueblo, mediante el arrepentimiento, a recibir al

Mesías (Mal. 4:6, Lc. 1:17b); otro, en la Segunda Venida, cuando Elías mismo (u otro siervo de Dios *con el espíritu y el poder de Elías),* dará testimonio especial antes de la Segunda Venida del Señor (Ap. 11:6, donde la referencia a Elías y Moisés es evidente). Cristo se muestra suspicaz acerca de la recepción que se le daba al Bautista, al decir: *Si queréis recibirlo,* pues conocía los prejuicios del pueblo, máxime cuando los judíos confundían los dos niveles de la profecía. También se insinúa, como probable, esta otra interpretación: «*Si queréis recibirlo* y aceptar su ministerio como el del prometido Elías, él será para vosotros como Elías, para volveros hacia Dios». De acuerdo con la profecía de Malaquías, los judíos esperaban que Elías volvería para ungir al Mesías antes del Día de Jehová; muchos judíos siguen esperándolo todavía. Al decir Jesús que Juan era Elías, hablaba en los términos de Lucas 1:17, refiriéndose al espíritu y al poder de Elías, con quien Juan tenía una semejanza temperamental extraordinaria por su celo, su gran fidelidad a Dios y al ministerio y, también por su cariz severo y depresivo; de este modo, Jesús no contradecía a la declaración del propio Juan (Jn. 1:21, puesto que Juan no era Elías *en persona,* sino *en espíritu y poder).*

IV. Finalmente, nuestro Señor cierra su discurso con esta solemne demanda de atención: *El que tiene oídos para oír, oiga* (v. 15). Esta frase insinúa que lo que acababa de decir, no sólo era muy importante (comp. 13:9, 43; 24:15; Ap. 2:7, 11, 17, 29; 3:6, 13, 22), sino difícil de comprender para aquella gente de su generación (Is. 53:8) que, por ignorancia o prejuicios, se resistían a admitir que la aparición de Juan tuviese algo que ver con la venida de Elías y, por lo mismo, que fuese el Precursor del Mesías. Para nosotros, esto tiene la misma relevancia, ya que las grandes cosas de Dios, por difíciles y misteriosas que parezcan, requieren que tengamos alerta el oído a las demandas de la Palabra y a la conducción del Espíritu (Ro. 8:14; 12:2). Por otra parte, la frase de Jesús insinúa que lo único que Dios exige de nosotros es que usemos correctamente los órganos y facultades que nos ha dado; que usemos los oídos para el objetivo al que están destinados por Dios: *para oír.* Todo el que *resiste al Espíritu Santo,* no sólo *se tapa los oídos* para no oír, sino que suele *gritar con fuerza,* para intentar acallar la voz de Dios y la de la propia conciencia (v. Hch. 7:57).

Versículos 16–24

Al llegar a este punto, Cristo da un repentino giro a su discurso y se vuelve hacia aquella *generación* que recibía en vano, no sólo la predicación del Bautista, sino la Suya propia y la de Sus Apóstoles. En cuanto a dicha generación, podemos observar a qué la compara (vv. 16–19) y, en cuanto a los lugares que después cita, *con quiénes la compara* (vv. 20–24).

I. *Esta generación.* La mayoría continuaba en su obstinación e incredulidad. Juan era un gran hombre y un santo siervo de Dios, pero la generación en que le tocó vivir era tan estéril e inútil como podía ser; era indigna de él. La maldad de los lugares en que, a menudo, los ministros de Dios tienen que vivir y actuar sirve de pábulo a la belleza de su carácter. Después de alabar a Juan, Jesús recrimina a quienes, al tener el privilegio de escuchar a Juan, no habían querido beneficiarse de su ministerio.

Esto lo presenta Cristo bajo el ropaje de una parábola o símil: *¿A qué compararé esta generación?* El símil está sacado de la costumbre que tenían los niños en sus juegos, como suelen tenerla los niños de todos los países y lugares de imitar a los mayores en sus modos de comportarse en la vida familiar y social en el caso presente, en las *bodas y* en los *funerales; jolgorio y lamentación* respectivamente; pero tratándose de un juego y en broma, no se tomaba en serio ni producía impresión alguna exactamente como ocurría a la generación aquella con relación al ministerio del Bautista y de Jesús mismo. A fin de entender mejor el símil y su significado, es preciso atender a las cinco observaciones siguientes:

1. El Dios de los cielos y de la tierra usa diferentes modos y métodos para la conversión y salvación de los hombres perdidos; quiere que *todos los hombres sean salvos* (1 Ti. 2:4) y, para ello, «no deja piedra por remover», como suele decirse. En el símil que nos ocupa, eso se compara a *tocar la flauta y entonar canción de duelo* (v. 17); lo primero lo hace Dios mediante las preciosas promesas del Evangelio, que estimulan la esperanza, y mediante su misericordiosa providencia, que alimenta nuestra confianza; lo segundo, por medio de su santa Ley, que nos mantiene en el temor de Dios, y por medio de las aflicciones de esta vida, que nos hacen suspirar por la otra.

En la explicación del símil, se muestran los aspectos tan diversos del ministerio de Juan y del de Jesús respectivamente. Por una parte. Juan vino a ellos en talante de *endechador, no comiendo ni bebiendo,*

como el que está de duelo por un ser querido (v. 18). Esto debería hacer fuerte impresión, ya que una vida tan austera y mortificada como la de Juan estaba tan de acuerdo con la doctrina que predicaba; pues el ministro de Dios que más probabilidades tiene para que sus mensajes produzcan efecto es aquel cuya vida está de acuerdo con lo que predica, con todo, no siempre el ministerio de un predicador tan fiel produce el efecto deseado. Por otra parte, *el Hijo del Hombre* vino en talante *festivo,* lleno de compasión, simpatía familiar y gozosa beneficencia, y conversaba amablemente con todo género de personas, sin afectar especial rigor ni austeridad, sino *comiendo y bebiendo* (v. 19). Los que no habían sido atemorizados por el entrecejo de Juan, debieron ser atraídos por las sonrisas de Jesús, de quien Pablo había aprendido a *hacerse todo a todos* (1 Co. 9:22). Puede haber *gran diversidad de actividades, pero es un mismo Dios el que efectúa todas las cosas en todos* (1 Co. 12:6), y *a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho común* (1 Co. 12:7). Obsérvese la diversidad de dones con que están dotados los ministros de Dios, unos son como *«boanerges»* = hijos del trueno; otros, como *«barnabases* = hijos de consolación, no obstante, *todas estas cosas las efectúa uno y el mismo Espíritu* (1 Co. 12:11) y, por consiguiente, no debemos censurar a ninguno, sino alabar a ambos, y alabar a Dios por ambos.

2. Los diversos métodos que Dios emplea para la conversión de los pecadores, resultan infructuosos e ineficaces para muchos: *no bailasteis … no os lamentasteis* (v. 17). Ahora bien, si la gente no se despierta con las cosas más *importantes,* ni se siente atraída por las más *dulces,* ni se asusta con las más *terribles,* ni se persuade con las más *sencillas;* si no prestan atención a la voz de las Escrituras, ni a la de la razón, ni a la de la experiencia, ni a la de la providencia, ni a la de la conciencia, ni a la del interés, ¿qué más se puede hacer? Ya es de algún consuelo para los fieles obreros del Señor al ver poco fruto de sus labores, el considerar que el quedar por debajo del objetivo deseado no es cosa nueva ni aun para los mejores predicadores del mundo y para los mensajes mejor preparados y más aptamente proclamados. *¿Quién ha dado crédito a nuestro mensaje?* (Is. 53:1).

3. De ordinario, las personas que no se aprovechan de los medios de gracia, son tan perversas que hacen a otros todo el daño que pueden, ya que producen y propagan prejuicios contra la Palabra de Dios y contra los fieles mensajeros de ella. Así lo hizo esta *generación* (v. 16, comp. Hch. 2:40); como estaban decididos a no creer ni a Cristo ni a Juan se pusieron a denostarles con los peores apelativos. De Juan el Bautista decían: *Tiene un demonio* (v. 18); atribuían su austeridad y su inclinación a vivir en el desierto a cierta afección cerebral, causante de depresión y melancolía, que a veces iba ligada a la posesión demoníaca. De Jesús decían: *Mirad un hombre comilón y bebedor, amigo de publicanos y de pecadores* (v. 19), y atribuían a vicio y desenfreno su talante amistoso y campechano. Nada más insensato calumnioso y envidioso que esto podía decirse de Jesús; nada más falso injusto e insidioso podía imputarse a Aquel de quien dijo Pablo: *Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo* (Ro. 15:3); nunca ha existido alguien con una vida de tal abnegación, mortificación y desapego de lo mundano como la que Cristo vivió. *No hizo nada impropio* (Lit. *fuera de lugar;* Lc. 23:41). La inocencia más inmaculada y la excelencia más singular no siempre son una valla contra las insidias de las lenguas; al contrario, los mejores dones y las más correctas acciones de una persona son, a menudo, el blanco preferido de la maledicencia. Nuestras mejores acciones pueden convertirse en objeto de las mayores acusaciones. Era sí cierto en el mejor de los sentidos que *Jesús era amigo de publicanos y de pecadores,* el mejor amigo que habían tenido, puesto que *había venido a este mundo para salvar a los pecadores* (1 Ti. 1:15), pero precisamente esto sirve, y servirá por toda la eternidad, de la mayor alabanza para Cristo; y quienes lo convierten en denuesto, se verán desprovistos para siempre de los beneficios que ello ha comportado a los hombres.

4. *Es semejante a los muchachos que se sientan en las plazas* (v. 16); son ignorantes como niños, díscolos, de poco seso y juguetones como los niños; si se mostrasen como hombres en su mentalidad habría cierta esperanza de sacar algún provecho de ellos. *La plaza del mercado* (gr. *agorá)* donde están *sentados* es, para algunos, el lugar de los holgazanes (20:3); para otros, el lugar de los negocios mundanos (Stg. 4:13), para todos, lugar de bullicio y distracción. Cabeza, manos y corazón están allí llenos de cosas del mundo, cuya preocupación *ahoga la palabra* (13:22) y, al final, les ahogará también a ellos mismos. *Están* en los mercados, y están allí *sentados;* allí está su tesoro y allí descansa su corazón (6:21).

5. Aunque sean muchos los que menosprecien los medios de gracia, siempre hay un *remanente* que, por gracia, se comporta con verdadera sabiduría: *Pero la sabiduría queda justificada por sus hijos* (v. 19b. Lit. *obras;* en Lc. 7:35, *hijos).* El sentido obvio de este proverbio es que la *sabiduría* (en el sentido bíblico de este término; la prudencia para conducirse correctamente) *se justifica* (demuestra su rectitud,

comp. Lc. 7:29, 1 Ti. 3:16 *«justificado en el Espíritu»;* Stg. 2:21–25) *por sus obras,* puesto que *por los frutos se conoce el árbol* (7:16–17). Tanto Juan como Jesús probaban su rectitud por las enseñanzas que impartían y la vida santa que llevaban, Jesús, además, llevaba a cabo sus milagros como señales de Su divina misión. Las obras «sabias» son, pues, *los hijos de la sabiduría.* Puede también acomodarse a quienes, al haber nacido de nuevo, de arriba, nacen de *la sabiduría que es de arriba* (Stg. 3:17). Cristo es la *Sabiduría* con mayúscula (1 Co. 1:30), y *en Él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría* (Col. 2:3). Aunque la obra de Cristo sea *locura para los que se están perdiendo* (1 Co. 1:18), *pero para aquellos que son llamados, así judíos como griegos, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios* (1 Co. 1:24). Mientras los hijos de las tinieblas escarnecen a Cristo, los hijos de la luz le dan honra y gloria.

II. En cuanto a los lugares en que Cristo había desempeñado su ministerio con mayor continuidad: *Entonces comenzó a reconvenir a las ciudades en las cuales había hecho el mayor número de sus milagros* (v. 20). Había comenzado a predicar en ellas mucho antes (4:17), pero no había *comenzado a reconvenirlas* hasta ahora, enseñándonos así a no emplear métodos abruptos, a no ser cuando los más suaves han sido empleados ya sin fruto alguno. Cristo no solía *reconvenir* sin causa suficiente. La sabiduría *invita* antes de *reprender* (Pr. 1:20–23). Así que quienes comienzan reconviniendo, no siguen el método de Cristo.

1. El pecado del que les reconviene es la cosa más vergonzosa e ingrata que puede darse: *No se habían arrepentido.* La impenitencia voluntaria es el gran pecado por el que se condenan las multitudes que han oído el mensaje del Evangelio (Lc. 13:3, 5). La gran doctrina que Juan el Bautista, Jesús mismo y los Apóstoles predicaron, es el arrepentimiento (3:2; 4:17; Hch. 2:38, 17:30), el objetivo, tanto de la *música festiva* como de la *canción de duelo* (v. 17), era incitar a la gente a cambiar de mentalidad y de conducta, a dejar el pecado y volverse a Dios; pero ellos no quisieron aceptar esta invitación. Cristo les reprendía de los otros pecados para inducirles al arrepentimiento; pero, *al no querer arrepentirse, les reconvino por ello,* para que se beneficiasen del reproche y se percatasen de la insensatez de la impenitencia, ya que es lo único (con la incredulidad, que es su hermana gemela) que torna desesperada la triste situación del pecado, e incurable la herida del pecado (v. Jn. 8:24; He. 10:26–31).

2. La circunstancia agravante del pecado: eran *las ciudades en las cuales había hecho el mayor número de sus milagros.* Al ver las maravillas que Jesús obraba, no sólo debieron recibir su doctrina, sino obedecer su ley; la misma curación de las enfermedades debería haberles conducido a la sanación de sus almas, pero no surtió el efecto deseado. Cuanto más fuertes sean las razones que un mensaje nos proporcione para arrepentirnos, tanto más grave es la impenitencia y más severa la cuenta que habremos de dar a Dios.

(A) Se menciona aquí a Corazín y Betsaida, en primer lugar (vv. 21–22), y cada una recibe su *¡ay! «¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti Betsaida!»* Cristo vino a este mundo a *bendecirnos;* al ser Dios, Su *benedicencia* es siempre *beneficencia;* pero si esta es rechazada, tiene en reserva sus *ayes, y* estos son tanto más terribles que otros, no sólo por la mayor gravedad del pecado que acusan, sino también por la mayor fuerza con que condenan. Estas dos ciudades eran ricas y populosas. Betsaida había sido elevada recientemente al rango de ciudad por el tetrarca Filipo o Felipe; de allí tomó Cristo al menos tres de sus Apóstoles ¡tal era el favor y privilegio que Jesús le había conferido! Poco después ambas ciudades decayeron rápidamente hasta convertirse en aldeas viles y oscuras. ¡Tan fatal es la ruina que el pecado acarrea a un lugar, y tan cierto es el cumplimiento de la palabra de Cristo!

Compara a estas ciudades con Tiro y Sidón, para humillar así a Corazín y a Betsaida, pues muestra:

(a) Que Tiro y Sidón no habrían sido tan malas como Corazín y Betsaida. Si a las primeras se les hubiese predicado el mismo mensaje que a estas, y se hubiesen hecho en ellas los milagros que habían sido hechos en Corazín y en Betsaida, *ya hace tiempo que se habrían arrepentido,* como Nínive, *en saco y en ceniza.* Cristo que conoce los corazones de todos sabía que, si hubiese ido a vivir entre los de Tiro y Sidón y a predicarles el mensaje, habría sacado allí más fruto del que había sacado donde actualmente se encontraba predicando; sin embargo, continuó allí por algún tiempo, para animar a sus ministros a hacer lo mismo, aunque no vean el fruto que desean. Nuestro arrepentimiento es lento y demorado, pero el de Tiro y Sidón (como el de Nínive) habría sido rápido: *ya hace tiempo que se habrían arrepentido.* El nuestro es, muchas veces, superficial y ligero; el de Tiro y Sidón habría sido profundo y serio, *en saco y en ceniza.*

(b) Que, por consiguiente, Tiro y Sidón no tendrán un final tan miserable como el de Corazín y Betsaida, sino que *habrá más tolerancia para ellas en el día del juicio* (v. 22). En aquel día del juicio ante el Gran Trono Blanco (Ap. 20:11 ss.), todos los medios de gracia que estuvieron a disposición de los hombres en el estado de prueba, serán ciertamente tenidos en cuenta y se averiguará no sólo cuán malos hemos sido, sino cuánto mejores podíamos haber sido. Si el remordimiento (el «gusano» de la conciencia) es el peor tormento del Infierno, sin duda tendrán un Infierno extremadamente terrible quienes han tenido tan buenas oportunidades para entrar por el camino del Cielo.

(B) Capernaúm es aquí condenada con un énfasis especial: Y *tú, Capernaúm* (v. 23). Aquí, los milagros de Cristo habían sido *el pan de cada día y,* por tanto, como el antiguo maná, habían sido también despreciados y denostados como *pan liviano.* Muchas enseñanzas suaves y consoladoras, llenas de gracia, les había impartido Jesús con tan poco provecho; y por eso les imparte ahora una enseñanza llena de ira, y anuncia el miserable final de la ciudad: Tú, *Capernaúm, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida.* Capernaúm era una ciudad próspera, y esta prosperidad la incitaba a una arrogancia insolente, en castigo de lo cual estaba destinada a un final desastroso (comp. con Is. 14:13–15). Quienes, además de los beneficios de la naturaleza disfrutan de toda clase de bendiciones y, por ello, se sienten arrogantes y autosuficientes, como la iglesia de Laodicea (Ap. 3:17–18), han de sufrir un juicio más riguroso. Nuestros privilegios exteriores, lejos de salvarnos, servirán de pábulo abundante para *el fuego consumidor,* a no ser que nuestros corazones sean humildes y agradecidos, y nuestras vidas sean moldeadas por las enseñanzas que hemos recibido y por las gracias y bendiciones de que estamos disfrutando; cuanto más alto se levanta el promontorio, más profundo se divisa el precipicio y más lastimosa se prevé la caída. La comparación que Cristo establece aquí entre Capernaúm y Sodoma, da a entender que si en esta ciudad *se hubieran hecho los milagros que se hicieron* en aquella, Sodoma estaría todavía en pie. Si los sodomitas, a pesar de su extraordinaria perversidad (Gn. 13:13), hubiesen presenciado los milagros que Jesús hizo en Capernaúm estos medios de gracia les habrían llevado al arrepentimiento, y su ciudad *habría permanecido hasta el día de hoy* como un monumento de la gran misericordia de Dios. Con *arrepentimiento para con Dios, y fe en nuestro Señor Jesucristo* (Hch. 20:21), el mayor criminal del mundo será salvo, el más horrible pecado será perdonado y la más espantosa ruina será evitada. Pero, para quien menosprecia el mensaje de salvación y pisotea al Hijo de Dios, y tiene por inmunda la sangre del Calvario (He. 10:29), la amenaza de Cristo adquiere su tono más severo: *Habrá más tolerancia para la tierra de Sodoma, que para ti* (v. 24).

Versículos 25–30

Ahora Jesús se vuelve hacia el Padre para darle gracias de que las mismas enseñanzas suyas que habían sido menospreciadas y rechazadas por los maestros de la Ley e intérpretes oficiales de las Escrituras, fuesen reveladas a los humildes e ignorantes que, en comparación de aquellos, eran como *niños.*

I. *En aquel tiempo,* a raíz de lo anterior *tomando Jesús la palabra* (lit. *respondiendo,* modismo hebreo mediante el cual se expresa que, aun sin pregunta previa, alguien «responde» a una actitud o circunstancia particular; en este caso, a las tristes verdades que acaba de proclamar) *dijo* (v. 25). Con estos pensamientos Jesús encuentra un refrigerio para su dolor; y, para añadirle nuevo consuelo los expresa en forma de acción de gracias. Cuando sólo vemos en torno nuestro actitudes desalentadoras, podemos obtener ánimo y consuelo grandes al dirigir nuestra mirada hacia arriba, donde nuestro Padre está en su trono. *Te alabo, Padre.* El verbo griego comporta las ideas de *estar de acuerdo* con algo (aquí, con la santidad del método divino), así como de *alabanza y gratitud, resultantes de* dicho reconocimiento. La alabanza y la gratitud deben constituir el primer móvil de nuestras oraciones al par que la mejor respuesta a pensamientos oscuros e inquietantes, pues lanzan rayos de luz divina sobre las tinieblas de nuestra perplejidad. Un cántico de alabanza es el mejor remedio para corazones desfallecidos y situaciones sin esperanza (Hch. 16:25–26). Cuando no hallemos fácil respuesta a problemas agobiantes, pesares constantes o temores inquietantes, echemos mano de este recurso eficaz: *Te alabo, Padre,* de que la situación no es tan mala como podría ser. [Al propio Matthew Henry le ocurrió una vez, yendo al culto, que le robaron unos ladrones y, al orar después, dijo: Gracias, Padre: primero, porque podían haberme matado, y sólo me robaron; segundo, porque llevaba poco dinero, y podía haber llevado mayor cantidad,

y tercero, porque no fui yo el que robó a otros, sino que fueron otros quienes me robaron a mí—Nota del traductor.] Veamos ahora:

1. Los títulos con que nombra a Dios: *Padre, Señor del cielo y de la tierra.* Siempre que nos dirigimos a Dios tanto en alabanza como en súplica es bueno que le consideremos como *Padre.* Los favores son doblemente dulces y ensanchan el corazón para alabanza, cuando se reciben como señales del amor del Padre. ¡Qué bien les cae a los hijos ser agradecidos y decir: *Gracias, Padre* con la misma solicitud con que dicen: *Concédeme, Padre!* Y, cuando nos dirigimos a nuestro Padre, bueno es recordar que nuestro Padre es el *Señor del cielo y de la tierra,* pues eso nos ayudará a acudir a Él con reverencia, sin mengua de la confianza, como a quien es poderoso para defendernos de todo mal y de aprovisionarnos de todo bien.

2. El motivo por el que le alaba: *Porque ocultaste estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las revelaste a los niños. «Estas cosas»* = las enseñadas en el discurso precedente, *lo que es para la paz* (Lc. 19:42). Las grandes verdades del Evangelio eterno han quedado (y quedan) ocultas para muchos que son sabios y entendidos, expertos y letrados según el mundo y las cosas del mundo: *El mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría* (1 Co. 1:21). Personas que penetran profundamente en los misterios de la naturaleza y en las intrincadas materias de la ciencia y de la política, se muestran ignorantes, indiferentes o totalmente equivocadas acerca de los misterios del *reino de los cielos,* por no haber experimentado el poder y la verdadera sabiduría que encierran; y mientras esos *sabios y entendidos* del mundo se quedan en la más terrible oscuridad acerca de las verdades del Evangelio, incluso los *bebés* (lit. *los que no saben hablar) en Cristo, los humildes e iletrados según el mundo, reciben el conocimiento salvífico y el poder santificador de dichas verdades: Las revelaste a los niños* (v. 25). No fueron los eruditos del mundo los escogidos por Dios para predicadores del Evangelio, *sino lo necio del mundo* (1 Co. 1:27; 2:6, 8, 10). Dios es el que hace la diferencia y el que elige la preferencia de los *niños* sobre los *sabios: Ocultaste estas cosas a los sabios y a los entendidos;* a éstos dio facultades, erudición y conocimientos humanos superiores a los de otros, pero se enorgullecieron de eso, confiaron en eso, y no pusieron *la mira en las cosas de arriba* (Col. 3:2). Si hubiesen honrado a Dios con la sabiduría y el entendimiento que tenían, habrían recibido de Él el conocimiento de estas cosas mejores. Él *las reveló a los niños,* porque *Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes* (Stg. 4:6). Es la soberanía de Dios la que interviene en esto, como dijo Jesús: Sí, *Padre, porque así te agradó* (v. 26). Cristo lo atribuye al beneplácito del Padre. Estemos satisfechos de que sea Dios quien escoja el método que le plazca para que Su gloria resplandezca. Nosotros no podemos explicar por qué Pedro un pescador, fue escogido para apóstol del Cordero, en lugar de Nicodemo, el fariseo, jefe y gran maestro de Israel (Jn. 3:1–10) aunque también él creyó en Jesús pero *así le agradó a Dios.* ¡Con cuánta gratitud debemos reconocer este modo que Dios tiene de impartir sus gracias! ¡Cómo hemos de agradecer a Dios que se fijase en nosotros *para revelarnos estas cosas!* ¡Reveladas precisamente a quienes son menospreciados e ignorados por el mundo! Así se engrandece el favor y el honor que les concede, al *ocultar estas cosas a los sabios y a los entendidos,* y así brillan con mayor esplendor el poder y la sabiduría de Dios (v. 1 Co. 1:27, 31).

II. A continuación, Cristo hace a todos una generosa oferta de los beneficios del Evangelio. Veamos:

1. El solemne prefacio que da paso a esta invitación. Cristo expresa en Él Su autoridad y presenta Sus credenciales (v. 27). Dos cosas son de notar aquí:

(A) Su comisión de parte del Padre: *Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre* (comp. 28:18); en este caso, todo lo que pertenece a la instrucción religiosa de los hombres (Jn. 16:15). Él ha sido autorizado como Mediador entre Dios y los hombres para llevar a cabo la obra de la redención (1 Ti. 2:5), para impartir paz y salvación a una humanidad apóstata, y para declarar en lenguaje humano lo que nadie vio jamás, ni puede ver, del amor y del carácter santo de Dios (Jn. 1:18; 1 Ti. 6:16). El Hijo nos reveló el amor del Padre, y el Espíritu nos hace saber las cosas del Hijo (Jn. 16:14). *En Él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento* (Col. 2:3). Todos los tesoros y todos los poderes están en sus manos; Él es el Señor que *lo llena todo* (Ef. 4:10). Esto nos anima a llegarnos a Cristo, pues Él está comisionado para recibirnos tal como somos, con nuestra miseria, con nuestra ignorancia, con nuestros pecados y darnos cuanto necesitamos y puede satisfacernos por completó. Dios le ha constituido el gran *Árbitro* divino-humano. Por la obra llevada a cabo en la cruz del Calvario, *ya hay entre nosotros árbitro que ponga su mano sobre nosotros dos* (Dios y yo), sobre Dios porque es *Su igual* (Jn. 5:18; 10:30, 33);

sobre nosotros porque es *nuestro semejante* (He. 2:17; 4:15) y nuestro *pariente más próximo* (Ro. 8:29); así *se quita de sobre mí la vara de la ira de Dios, y su terror no me espanta* (Job 9:33–34). Todo lo que tenemos que hacer nosotros es estar de acuerdo con su arbitraje, y quedar satisfechos con lo que satisfizo al Padre: la obra del Calvario.

(B) Su intimidad con el Padre: *Nadie conoce perfectamente al Hijo, sino el Padre, y ninguno conoce perfectamente al Padre sino el Hijo.* Si el *conocer* sigue al *querer obedecer* (Jn. 7:17), y el obedecer al amar (Jn. 4:34; 5:20; 15:10), sólo *el Hijo* que eternamente *está en el seno del Padre,* en el centro de los secretos divinos, como *Verbo* con que el Padre expresa cuanto Dios es y hace (Jn. 1:1–2, 18; 14:9; Col. 2:9; He. 1:2–3) puede conocer bien al Padre. Al ver a Dios en Cristo, el amor y la fidelidad, la gracia y la verdad de Dios se hacen patentes y *palpables* (1 Jn. 1:1). ¡Cómo se manifiesta así *el gran* amor *de Dios!* (Jn. 3:16; 5:8; 1 Jn. 3:1; 4:9–11, 16–19). Tiene que servirnos de enorme consuelo y estímulo saber que, conociéndose tan perfectamente el Padre y el Hijo, los dos se entendieron y se pusieron de completo acuerdo en esta maravillosa revelación, como estuvieron de acuerdo al crear al hombre (Gn. 1:26) y al redimirlo (2 Co. 5:19). Entre los hombres, siempre se puede temer la ruptura de los contratos y el abandono de las medidas tomadas para cumplirlos; pero en esto, no es de temer que haya ruptura ni falte el auxilio (Ro. 8:32–39). Jesús añade: Y aquel a *quien el Hijo resuelva revelarlo* (v. Jn. 15:15; 17:26). Los misterios de Dios sólo se conocen por *exégesis* del Hijo (Jn. 1:18; ese es el verbo griego) y *eiségesis* del Espíritu Santo (Jn. 16:13; gr. *hodegesei = «abrirá* el camino» de la verdad). La felicidad eterna del hombre consiste en este conocimiento de Dios (Jn. 17:3). Y cuantos deseen adquirir este dichoso conocimiento deben acudir al Señor Jesucristo porque *la luz del conocimiento de la gloria de Dios resplandece en la faz de Jesucristo* (2 Co. 4:6).

2. La oferta misma que nos hace, y la invitación a aceptarla. Para ser salvos y sanos, somos invitados a *recibirle como al Señor Jesús, Cristo* (Rey, Sacerdote y Profeta), como dice Pablo en Colosenses 2:6.

(A) Hemos de llegarnos a Jesús como a nuestro *Reposo,* para depositar en Él el peso de nuestras cargas y descansar en Él: *Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados* (v. 28). Vemos aquí la condición de las personas invitadas: *todos los fatigados y cargados.* La fatiga denota un esfuerzo prolongado; la carga, el peso de algo que nos abruma. Los maestros de La Ley fatigaban y cargaban con los innumerables preceptos que imponían, imposibles de soportar (23:4; Hch. 15:10). Jesús vino a aliviar nuestra fatiga y a descargarnos del peso de la Ley, pues su mandamiento (Jn. 13:34; 1 Jn. 3:23) no es gravoso (1 Jn. 5:3). ¡Qué dulce suena esta voz al oído de todo mortal! Pero hay un peso especial, que produce no sólo fatiga, sino ansiedad insoportable: el del pecado, por el cual gravita sobre nuestra cabeza la ira de Dios (Ro. 1:18). Quien no está en paz con Dios (Ro. 5:1), no puede tener verdadero reposo en su conciencia; por mucho que se esconda, será hallado (Gn. 3:8–9) *y no habrá quien le libre de la mano de Dios* (Dt. 32:39). El que se reconoce cargado con este peso, y acude a Jesús en busca de alivio, tendrá perdón y paz. Como alguien ha escrito: «¿Tienes miedo de Dios? ¡Échate en sus brazos!» Pero es necesaria esta convicción de pecado, porque el Paráclito, antes de *confortar,* tiene que *convencer* (Jn. 16:8). Entonces viene la invitación: *Venid a mí.* Vemos pues, que Jesús tiene en su mano *el cetro de oro* a fin de que podamos *tocar la punta del cetro y vivir* (Est. 4:11; 5:2). Por ello, no sólo *deben los* pecadores ir a Jesús, sino que es del mayor *interés* para ellos hacerlo; y, con los pecadores, todos los fatigados y cargados con las labores y aflicciones de esta vida. Pero, como exigen los médicos y los abogados, hemos de acudir a Él para que nos salve y alivie según su plan y siguiendo sus prescripciones, ya que Él es nuestro *Médico* (Lc. 4:23; 5:31) y nuestro *Abogado* (1 Jn. 2:1). La bendición prometida a los que acudan a Él es: *Y yo os haré descansar.* El pronombre yo es enfático en el original, como contrapuesto a todos los que prometían (y prometen) descanso con sus normas y enseñanzas humanas, pero son incapaces de dar el verdadero descanso. ¡Cómo no va a descansar el que se sabe salvo en sus manos (Jn. 10:28) y seguro en su corazón (Jn. 15:9–11)! Pero el descanso supone labor, y el descargo, la carga. A Cristo no puede acudir ni el indolente ni el impaciente. El cuarto mandamiento del Decálogo tiene dos partes: primera, «seis *días trabajarás, y harás toda tu obra»;* segunda, «mas *el séptimo es sábado* (reposo) *para Jehová tu Dios».* Ambas cosas están mandadas, pero pocos son los que recuerdan la primera parte, si bien todos tienen bien presente la segunda.

(B) Hemos de llegarnos a Jesús como a nuestro Gobernador y someternos a Él: *Llevad mi yugo sobre vosotros* (v. 29). El *descanso* que Cristo promete no es una incitación a la holgazanería, ni una licencia para el pecado, sino un estímulo para el servicio de Dios a quien *servir es reinar* (v. Ap. 22:3, 5). Cristo tiene un *yugo* para el cuello, lo mismo que una *corona* para la cabeza (Ap. 3:11; 2 Ti. 4:8). El llamar a los

que están fatigados y cargados, para invitarles *a llevar un yugo,* parece a primera vista *añadir aflicción al afligido,* pero la solución está en el adjetivo posesivo *mi,* como si dijese: «Estáis bajo un yugo que no podéis soportar, ¿por qué no probáis el mío?» Es un yugo *de Cristo;* Él lo ha designado; como buen carpintero, Él lo ha hecho, como buen maestro Él lo ha llevado primero, *aprendiendo obediencia mediante el sufrimiento* (He. 5:8); y nos ayuda a llevarlo mediante su Espíritu, *el cual nos ayuda en nuestra debilidad* (Ro. 8:26). Renunciar al yugo es dar de mano a la obra de Dios.

Comoquiera que este punto del yugo y la carga es el más difícil de la presente lección del Maestro, Jesús añade dos cualificaciones suavizadoras: *Porque mi yugo es cómodo, y mi carga ligera* (v. 30). Como si dijese: «No os asustéis por eso; el yugo que yo os voy a imponer es *cómodo,* está tan apto y ajustado a vuestro cuello, que no os va a producir herida ni rozadura; al contrario, os va a servir de alivio, porque es un yugo forrado de amor». Así son todos los preceptos de Cristo, pues todos están resumidos en esa palabra: *amor.* «Ama, y haz lo que quieras—escribió Agustín—, porque si en ti está el verdadero amor, de esa raíz tan buena no puede brotar fruto malo». Hay pesos que abruman, y hay pesos que permiten volar; si las alas del avión fuesen de papel, no podría el aparato remontarse ni permanecer en el aire. Al principio, ese yugo puede parecer pesado, pero se hace ligero a medida que se avanza en *la obra de la fe, el trabajo del amor y la constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo* (1 Ts. 1:3). El peso de la *cruz* sólo se hace sentir cuando no está sacada del mismo madero en que Jesús fue clavado; por eso, hay que participar de sus padecimientos para participar de su gozo (Col. 1:24). Por eso también, Pablo consideraba *ligera* la tribulación presente, frente al eterno *peso* de gloria que el la produce (2 Co. 4:17), ya que entre ambas no cabe comparación en cuanto al «peso específico» (Ro. 8:18).

(C) Hemos de llegarnos a Jesús como a nuestro Maestro y matricularnos en su escuela para aprender sus lecciones (v. 29). Cristo ha levantado una gran escuela y nos ha invitado a ser sus alumnos. Debemos entrar en su escuela, asociarnos a sus alumnos y asistir diariamente a las lecciones que nos da mediante su Palabra y su Espíritu. De este modo hemos de aprender *de Cristo* y aprender *a Cristo* (Ef. 4:20), pues Él es, al mismo tiempo, Maestro y Tema, Guía y Camino, y Todo en Todo y en todos.

Dos razones se nos dan aquí para mostrarnos por qué hemos de aprender de Cristo. Digamos de entrada que el verdadero sentido de la frase no es que aprendamos de Su ejemplo a ser mansos, aunque también esto es cierto, sino que vayamos a Él para aprender, porque Él no es orgulloso y duro como los escribas y fariseos, sino suave y compasivo, humilde y condescendiente, sabedor de nuestra debilidad y, por eso, nos impone un yugo suave y una carga ligera, en contraposición al yugo insoportable que los escribas y fariseos imponían, y las cargas que hacían a otros acarrear, mientras ellos no ponían un solo dedo para tocarlas. La primera razón para asistir a la escuela de Cristo es que Él es *manso y humilde de corazón.* Es *manso,* y tiene compasión de los ignorantes. Muchos maestros, aunque son competentes y hábiles para enseñar, se enfadan y pierden la paciencia, lo cual desanima grandemente a los alumnos poco brillantes y tardos para comprender; pero Cristo sabe aguantar a los tales y tomarse tiempo para explicarles la lección (v. Lc. 24:25–27). Es también *humilde de corazón,* y condesciende a enseñar a los pobres y a los principiantes. Explica las «primeras letras», que son como la leche para los bebés, y se adapta a los que poseen poca capacidad para aprender. ¡Cómo anima hacerse alumno de un Maestro como Él! La segunda razón es que, al ser alumnos de Cristo, *hallaremos descanso para nuestras almas.* El descanso del alma es el reposo más deseable. El único camino seguro para hallar verdadero *descanso del alma* es sentarse a los pies de Jesús y escuchar sus *palabras de vida eterna* (Jn. 6:68). El entendimiento encuentra descanso en el conocimiento de Dios y de Jesucristo; el sentimiento halla descanso en el amor de Dios y de Cristo, pues este amor comunica una satisfacción abundante e inefable; y la voluntad encuentra descanso en la amorosa providencia de Dios, que obra en todas las cosas a fin de que todas cooperen para nuestro bien (Ro. 8:28). *Paz y seguridad* para siempre (1 Ts. 5:3) están destinadas para los que resuelven hacerse alumnos de Cristo.

CAPÍTULO 12

En este capítulo se nos presentan diversos episodios de la vida y labores de Jesús, en los que se hace patente la oposición que hubo de soportar, tanto de parte de sus enemigos, como de parte de sus parientes más allegados.

Versículos 1–13

Los maestros de la Ley habían corrompido muchos mandamientos al interpretarlos con demasiada laxitud, pero en lo que concierne al cuarto mandamiento del Decálogo, se habían ido al otro extremo, interpretándolo con excesivo rigor. Por eso, lo que aquí desea el Señor poner de relieve es la licitud de las obras de necesidad y de misericordia en día de reposo. Es costumbre el sentar jurisprudencia a base de casos concretos, y en esta forma es como Jesús da la correcta interpretación de la ley divina sobre el sábado.

I. Al vindicar la conducta de los discípulos que arrancaban espigas en sábado, Jesús muestra que en ese día son lícitas *las obras de necesidad.* Obsérvese aquí:

1. Qué es lo que hicieron los discípulos de Jesús. Acompañaban al Maestro un sábado, y pasaban por un sendero *entre los sembrados, y tenían hambre* (v. 1). La Providencia dispuso que pasaran por allí para encontrar alivio a su hambre. Dios tiene muchos medios de proveer para los suyos cuando están en necesidad. Al pasar por entre los sembrados *comenzaron a arrancar espigas,* lo cual estaba permitido en la Ley (Dt. 23:25), para enseñar a su pueblo a ser generosos con el prójimo y no insistir en los derechos de la propiedad privada cuando se trataba de cantidades insignificantes con las que un semejante podía salir del apuro. Aquello era una escasa provisión para Jesús y sus discípulos, pero era lo único que tenían a mano y con eso se contentaban de momento.

2. La ofensa que esto causó a los fariseos (v. 2). A pesar de lo frugal de tal desayuno, los fariseos no consintieron que lo tomasen en paz. No les recriminaron por aprovecharse del trigo ajeno, sino por *hacerlo en sábado;* arrancar espigas y restregarlas con las manos (Lc. 6:1) era para ellos un trabajo equivalente a *cosechar,* lo cual estaba prohibido hacer en sábado.

3. La respuesta que Cristo les dio. Los discípulos poco podían decir por sí mismos, pero Jesús salió en defensa de ellos para justificar lo que hacían.

(A) Lo hace y cita precedentes, lo cual era válido en la consideración de los fariseos mismos. Les recuerda el ejemplo de David: *¿No habéis leído lo que hizo David?* (v. 1 S. 21:6). David y los que estaban con él tuvieron hambre y comieron de los panes de la proposición, reservados a los sacerdotes (vv. 3–4). Nótese que lo que cualificó a David para comer dichos panes no fue su *dignidad* de rey, sino su *hambre* de común mortal. Ni la dignidad da derecho a satisfacer la concupiscencia, ni la condición modesta impide que se tenga en cuenta la necesidad. Por eso, puede hacerse en caso de urgencia y necesidad lo que no es lícito en otro tiempo, con tal que ello no cause deshonor a Dios, daño al propio sujeto o perjuicio directo a la persona de un semejante. Otro ejemplo es el caso de los sacerdotes que realizan mucho trabajo manual en el Templo en día de reposo, sin quebrantar por eso la Ley (v. 5), puesto que el servicio del Templo lo requería, mientras que cualquier otro trabajo manual habría sido una profanación del sábado. Esto nos muestra que en el día de reposo están permitidas las *obras de piedad,* además de las *obras de necesidad,* puesto que la ley del sábado estaba destinada a promover, no a impedir, el culto del sábado.

(B) Lo confirma con tres argumentos contundentes:

(a) *Aquí hay alguien mayor que el templo* (v. 6). Si el servicio del Templo justificaba el trabajo que los sacerdotes llevaban a cabo en sábado, con mayor razón estaba justificado el que los discípulos hicieran aquello en servicio de Cristo. Cristo en un sembrado, era *algo* mayor que el Templo (el pronombre está en neutro, para darle mayor fuerza,—comp. 11:9—, y menor ofensa, al despersonalizarlo).

(b) Dios *desea misericordia, y no sacrificio* (v. 7). Jesús cita Oseas 6:6, como lo había hecho en 9:13; allí, en favor de las almas; aquí, en favor de los cuerpos; ya que el sábado había sido instituido para el hombre, no viceversa. *Si hubieseis comprendido qué significa …* Los escribas y fariseos conocían muy bien la letra de la Ley, pero ignoraban su verdadero sentido (comp. Jn. 5:39, donde el verbo debe traducirse en indicativo). Si hubiesen comprendido el verdadero sentido de la Ley, dada por Dios por Su bondad y compasión hacia los hombres, no habrían tenido por culpables a quienes arrancaban espigas en sábado, forzados por el hambre. No nos basta con conocer bien la Biblia, sino que hemos de esforzarnos por penetrar en su sentido para acomodar a nuestra vida el mensaje de Dios. Se puede citar de memoria cualquier versículo de la Biblia, para mayor tormento suyo (Stg. 2:19). *El que lee, entienda*—dice la

Palabra (24:15; Mr. 13:14). La ignorancia de la significación de la Escritura es especialmente vergonzosa en los que se encargan de enseñar a otros.

(c) *Porque el Hijo del Hombre es Señor del sábado* (v. 8). Aquí, la razón va más allá de lo expresado en el versículo 6. La ley del sábado, como todas las demás, está en manos del Hijo del Hombre, en las que el Padre puso todo poder y toda autoridad. Cristo podía alterar, dispensar de, y acabar con, la ley del sábado, pues, con Él *todo fue hecho nuevo* (Ro. 10:4; 2 Co. 5:17) hasta el punto de que todo lo ceremonial quedó destituido de valor y de vigencia (Col. 2:14–17). Esta es ahora la *única* razón válida—contra judíos inconversos y falsos «testigos»—por la que los cristianos no están obligados a observar el sábado.

Después de silenciar a los fariseos Jesús *pasó de allí, entró en la sinagoga de ellos;* es decir, de los habitantes de aquella ciudad, en la que presidían precisamente aquellos fariseos que se habían querellado contra Él. Hemos de andar con sumo cuidado, no sea que un incidente cualquiera que nos ocurra en el camino hacia el culto nos distraiga o, peor aún, nos indisponga para una devota y provechosa asistencia a los oficios divinos, especialmente al culto de comunión, como tampoco hemos de permitir que pendencias necias o rencillas personales nos impidan asistir a las ordenanzas del Señor. *El diablo cobra ventaja* cuando, al sembrar discordia entre los hermanos (2 Co. 2:11), consigue apartarlos del culto y de la comunión con los creyentes.

II. En los versículos anteriores, Cristo había mostrado que son lícitas en sábado las obras de *necesidad* y las obras de *piedad.* Ahora va a mostrar que también son lícitas en sábado las obras de *misericordia,* pues se dispone a *sanar en sábado a uno que tenía seca*—encogida por parálisis—*una mano* (v. 10). Aquí vemos:

1. La penosa situación en que se encontraba este pobre hombre. Lucas dice que era *la mano derecha* (Lc. 6:6) el apócrifo «Evangelio de los Nazarenos» añade que era albañil de oficio, y en tal caso su situación sería todavía más lamentable, al verse impedido de ejercer su oficio. Este hombre estaba *en la sinagoga.* Quienes pueden hacer poco o tienen poco que hacer, como los enfermos, los viejos y los ricos, bien está que procuren hacer tanto más por sus almas cuanto menos pueden hacer por lo temporal.

2. La pregunta insolente que los fariseos hicieron a Jesús, a la vista de este hombre: *Preguntaron a Jesús, para poder acusarle. ¿Es lícito sanar en sábado?* No leemos que este pobre hombre se dirigiera a Cristo para que le sanara, pero ellos observaron que Jesús comenzaba a fijarse en él, y sabían que tenía por costumbre *ser encontrado por los que no le buscaban* y, por eso, la maldad de ellos se anticipó a la bondad de Jesús. ¿Puede alguien atreverse a preguntar si le es lícito a Dios enviar su Palabra y sanar? *¿Es lícito sanar?* Inquirir sobre la licitud e ilicitud de las acciones es cosa muy buena, y a nadie mejor que a Cristo se le puede hacer una pregunta semejante; pero los fariseos le preguntaron aquí a Jesús, no para que les instruyese, sino *para acusarle.*

3. La respuesta que Cristo les da, apela al razonamiento y a la práctica de ellos mismos (vv. 11–12). En caso de que a ellos se les cayera una oveja en un pozo en sábado, *¿no la sacarían* de allí? Seguramente que sí, pues el cuarto mandamiento lo permitía, y así decía hacerse, porque *el justo cuida de la vida* (o del sustento) *de sus bestias* (Pr. 12:10), y ellos no querrían perder sin más una oveja. ¿Se cuida Cristo de las ovejas? Sí, Él crea, preserva y da provisión al hombre y a la oveja; pero aquí lo dice por los hombres (1 Co. 9:9–10), y de ahí arguye: *¿Cuánto más vale un hombre que una oveja?* (v. 12). El hombre, por la naturaleza personal de su ser y por la imagen de Dios que lleva impresa, tiene un valor inmensamente mayor que los brutos animales. Deberían considerar esto quienes tienen mayor solicitud por la cría, por el amaestramiento, el cuidado y la alimentación de sus perros y caballos, que por los pobres de Dios o, quizás, por sus propios familiares.

4. La verdad que Cristo infiere en este caso: *Por consiguiente, es lícito hacer el bien en sábado.* Ellos habían preguntado: *¿Es lícito sanar?* Cristo les contesta que es lícito *hacer el bien.* En el día de reposo, hay muchas más maneras de *obrar bien* que asistir personalmente al culto de Dios; una de ellas es *obrar el bien,* como en este caso; cuando se hace el bien por un motivo de amor y compasión, es un *buen obrar, y* será aceptado.

5. La curación del hombre por la palabra de Cristo, a pesar de que los fariseos habían de ofenderse por ello (v. 13), y Jesús lo sabía. Ni el deber se ha de dejar sin cumplir, ni las oportunidades de hacer el bien se deben desaprovechar, por miedo a causar ofensa a gente de mentalidad farisaica. Le dijo Jesús al hombre: *Extiende tu mano;* es decir, obedece a mi palabra y ejercita el poder que yo te confiero. *Y él la extendió, y le fue restaurada, sana como la otra* estaba. Nótese que ni aun desde el punto de vista de ellos

mismos, podían los fariseos acusarle de quebrantar el sábado, puesto que Jesús no había trabajado en prepararle algún remedio o en ayudarle con sus manos a que sanara, sino que se había limitado a pronunciar, en arameo, *dos* palabras muy breves. Podemos aplicarnos a nosotros mismos esta breve y eficaz receta de Jesús: A fin de mejorar nuestra salud espiritual (y aun corporal), hemos de *extender nuestras manos,* para obrar de la mejor manera posible, de acuerdo con el poder que Él nos da, para levantar hacia Dios manos limpias en oración, para asirnos de Cristo en momentos de tentación y apuro, para todo esfuerzo santo al servicio de Dios y en provecho del prójimo. Ahora bien, este hombre no podía extender por sí mismo su mano atrofiada, sin embargo, Cristo le manda que lo haga. Cuando Dios nos manda hacer algo o cumplir con un deber para lo cual no tenemos fuerzas naturales, obra con el mismo derecho y con el mismo poder con que Cristo mandó a este hombre que extendiera una mano que estaba *seca,* totalmente marchita por el encogimiento de su enfermedad, puesto que, con el mandato, nos garantiza la gracia necesaria para poder cumplirlo. Como escribió Agustín: «Dios no manda imposibles, sino que, al mandar, nos instruye a que hagamos lo que podamos, a que pidamos gracia para lo que no podemos, y con su gracia nos ayuda a que podamos». A una viejecita creyente, le preguntó un burlón para tentarla: Si Dios le mandara meter la cabeza por una pared, ¿también lo haría usted? «Sí, señor—contestó ella—mi obligación sería meter la cabeza; y la de Dios, hacer el agujero».

Versículos 14–21

I. Ahora vemos cuán perversa era la disposición de los fariseos contra el Señor (v. 14), enfurecidos por la evidencia contundente de sus milagros, *salieron y celebraron una reunión contra Él para ver de destruirle.* Lo que más les irritaba era que con los milagros que hacía, no sólo el honor de Él eclipsaba al de ellos, sino también que la doctrina que predicaba era opuesta directamente al orgullo, a la hipocresía y a los intereses mundanos de ellos. Pero ellos querían aparecer como sumamente disgustados por el quebrantamiento del sábado, lo cual era, según la Ley, un crimen que merecía la pena capital. *Celebraron una reunión contra Él,* no para encarcelarle o exiliarle, sino *para ver de destruirle* (el mismo verbo griego que en Jn. 3:16), para *dar muerte al* que había venido a *dar vida,* y darla *en abundancia* (Jn. 10:10). ¡Qué indignidad tan enorme cargaban así sobre nuestro Señor Jesucristo, al tratar de destruir como a un forajido indeseable y como a una plaga para el país, a quien era la mayor bendición que el país podía tener y *la gloria de su pueblo Israel!* (Lc. 2:32).

II. En esta ocasión, Cristo *se apartó de allí* para esquivar, no el trabajo, sino el peligro, puesto que su *hora* no había llegado todavía (26:45). Podía haberse escondido o marchado milagrosamente pero escogió el medio ordinario de la huida y el retiro a otro lugar. También en esto se humilló al hacer lo que hacen quienes no tienen otro medio de defenderse, y también nos dio, con su conducta, ejemplo de lo que Él mismo ordenaría a los suyos: *cuando os persigan en una ciudad, marchaos a la otra.*

Con todo, Cristo no se retiró para su propia comodidad, ni buscó una excusa para dejar de hacer el bien. Siguió haciéndolo incluso cuando se vio forzado a huir por haberlo hecho. Así dio también ejemplo a sus ministros, a fin de que hagan lo que puedan cuando no pueden hacer lo que desean hacer. El pueblo llano le buscaba: *Le siguió mucha gente* (v. 15). Era un honor para Él, como lo era para la gracia de Dios, el que los pobres fuesen evangelizados, y que, al acogerle favorablemente, *todos sus* enfermos *eran sanados por Él.* Cristo vino al mundo para ser el Médico universal; como el sol trae luz a toda la tierra, así también *el Sol de justicia traía en sus alas salvación (o sanación)* a disposición de todos. Aunque los fariseos le perseguían por hacer el bien Él continuaba haciéndolo, *sanando a todos;* sin embargo, *les encargaba rigurosamente que no le descubriesen* (v. 16). La razón es la misma que hemos dado en el comentario a otros lugares (8:4; 9:30).

III. Con su proceder y sus milagros, Jesús cumplía las profecías (v. 17). La profecía que aquí se menciona por lo largo (vv. 18–21) es la de Isaías 42:1–4, y se hace aquí para resaltar la mansedumbre y la compasión de Jesús y, al mismo tiempo, el éxito que habría de tener con su modo de proceder. Consideremos en ella:

1. La complacencia que el Padre tenía en Cristo: *He aquí mi siervo, a quien he escogido; mi Amado, en quien se agrada mi alma* (v. 18). De aquí podemos aprender:

(A) Que nuestro Salvador era el «Siervo de Jehová» (hebr. *ebed Jehová)* de Isaías 42. El «siervo de Jehová» era, en primer lugar, Israel; pero aquí, como en Oseas 11:1; Mateo 2:15, Israel sirve de tipo al Mesías (comp. He. 11:26; 13:13). En otros lugares, como Isaías 52:12 y todo el capítulo 53, Israel se pierde de vista y sólo el Mesías ocupa toda la perspectiva. El término griego que traduce el hebreo *ebed* es *pais* = hijo o siervo; en este último sentido ha de traducirse aquí, como en 8:6; Hechos 3:13, 26; 4:27, 30. Nadie mejor siervo que Cristo, cuyo alimento era hacer la voluntad del Padre (Jn. 4:34) y, por hacerla, dejó su trono de gloria, se hizo hombre y llevó nuestros pecados sobre el madero, para alcanzarnos eterna redención. Su lema era *Ich dien* = sirvo; como Él mismo dijo: *No vine a ser servido, sino a servir* (20:28; Mr. 10:45). Los hombres piensan que el honor consiste en *ser importante;* Cristo nos enseña con su ejemplo, que la mayor gloria, lo que da sentido a la vida, no es *ser importante* sino *ser útil.* Esto es lo que expresamos cuando decimos: ¿Para qué *sirve* esto? La dignidad de un siervo se mide por el trabajo que se le encomienda y por la confianza que en él se pone. En ambos aspectos, sobresale Cristo sobre todos los demás siervos de Dios, como vemos por lo que sigue a continuación.

(B) Que Jesús era el siervo *escogido por Dios,* como la única persona apta para llevar a cabo la gran obra de nuestra redención. Ningún otro estaba cualificado para llevar a cabo la obra de un Redentor, ni para llevar sobre su cabeza la corona de un Redentor; pero Cristo no se lanzó a esta obra por propia iniciativa, sino en obediencia gustosa y amorosa al que le había *escogido* para llevarla a cabo mediante el cuerpo que le fue preparado por el Padre (He. 10:5) y formado por el Espíritu Santo (1:18, 20; Lc. 1:35).

(C) Que Jesucristo es *el amado de Dios, Su* amado Hijo.

(D) Que en Jesucristo *se agrada la persona* (lit. *alma) del Padre.* Y en Él, *en el Amado, nos ha colmado de gracia* (lit. *nos ha agraciado)* Dios (Ef. 1:6). Todo el interés que el hombre caído tiene, o puede tener en Dios, así como todas las gracias que recibe de Dios, se deben a la *complacencia* que el Padre tiene en la persona y en la obra del Señor Jesucristo, y en esa complacencia están fundadas.

2. La promesa que el Padre le hace en dos cosas:

(A) Que *pondría sobre Él el Espíritu Santo* (v. 18), en su séptuple forma (Is. 11:2–3), de modo que esté plenamente cualificado en todos los aspectos para la obra que debía llevar a cabo. A quienes Dios llama para cualquier servicio, les cualifica propiamente para tal servicio, pero Jesús recibió el Espíritu, no *por medida* (Ef. 4:7), sino *sin medida* (Jn. 3:34), ya que de Él habíamos de recibir todos la gracia y la verdad de la que Él estaba lleno (Jn. 1:14, 16; Ef. 1:23; 4:10, 16; Col. 2:9, 10). Quienquiera que sea elegido por Dios, y en él tenga Dios su complacencia, puede estar seguro de que ha de participar de Su Espíritu, mediante el cual hace a los elegidos semejantes a Él (Ro. 8:29). El Espíritu es el Amor personal de Dios y, por eso, Dios ha derramado Su amor en nosotros mediante Él (Ro. 5:5).

(B) Que tendría mucho éxito en el desempeño de su misión. Dios pone el sello de Su propio poder en aquellos a quienes Él envía. Por eso:

(a) *Anunciará juicio a los gentiles* (v. 18); es decir, revelará también a los gentiles la *rectitud* o justicia divina (hebr. *mishpath),* para que la acepten y la imiten. En este sentido es llamado aquí *juicio* el Evangelio que Cristo predicó el primero a los gentiles que habitaban en la frontera con Israel (v. Mr. 3:6–8), y después lo predicó a todo el mundo mediante Sus apóstoles (28:19; Mr. 16:15). Puesto que el Evangelio tiende a renovar los corazones y las vidas de los hombres, ha de ser predicado también a los gentiles.

(b) Y *en su nombre pondrán los gentiles su esperanza* (v. 21). De tal manera anunciará juicio a los gentiles, que muchos de ellos prestarán atención a sus enseñanzas y las pondrán por obra, y serán así inducidos a poner toda su confianza en Él. El gran objetivo del Evangelio es inducir a las gentes a poner su confianza en el nombre de Jesús (Dios-Salvador). Esta es Su ley: la ley de la fe y del amor (1 Jn. 3:23).

3. La predicción que aquí se hace acerca de Él, de que había de ser manso y pacífico, suave y compasivo, en el desempeño de su misión (vv. 19:20).

(A) Había de llevar a cabo su obra sin ruido ni ostentación: *No disputará, ni gritará, ni nadie oirá en las calles su voz* (v. 19). Es costumbre en los países meridionales, especialmente en el Medio Oriente, alzar la voz en *crescendo* en cualquier discusión; pero *el reino de Dios no viene con advertencia* (Lc. 17:20). *Estaba en el mundo, y el mundo no le conoció* (Jn. 1:10). Hablaba en voz queda, dulce y atractiva para todos, terrorífica para nadie; no quería imponerse a gritos, sino descender en silencio como el rocío.

(B) Había de llevar a cabo su obra sin rigor ni severidad: *No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humea* (v. 20). Los hombres suelen ensañarse con los débiles; tanto más, cuanto más cobardes son ellos mismos. ¿Para qué sirve una caña rajada? ¿Para qué seguir aguantando el humo que despide una

mecha que ya no da luz ni calor por falta de aceite? Así razonamos a veces y, al contrario que Jesús, desanimamos más a los desconsolados y damos por perdidos a los débiles. Pero demos gracias a Dios por tener en Jesús a un Salvador tan bondadoso y tan paciente, que conoce *el barro de que hemos sido formados* (Job 33:6), y nos recibe tal como somos, con nuestras debilidades y con nuestras intenciones que son, de ordinario, mejores que nuestras obras, por el impedimento que *la carne* pone constantemente (Gá. 5:17); no espera perfección de nosotros, sino que requiere tan sólo sinceridad y dedicación, contento de nuestro progreso, por lento que este sea, y sale en nuestra defensa, hasta cuando nuestra conciencia nos acusa severamente (1 Jn. 3:20). Los recién convertidos, especialmente, son débiles como una caña rajada y, como el pábilo que humea, no despiden todavía el «buen olor» de Cristo; así pasaba al principio con los discípulos de Cristo. Pero Jesús tenía con ellos la misma paciencia que tiene con nosotros. Él no desanima a nadie, no desecha a nadie (Jn. 6:37); no rompe del todo ni arroja lejos de sí al que es como una caña rajada, sino que le pone vendas y soportes para que llegue a ser como un cedro del Líbano o una hermosa palmera; no apaga del todo al que es como una mecha humeante, sino que le conforta y le anima a reavivar el fuego (comp. 2 Ti. 1:6), para que ejercite con fruto los dones que le ha dado; *el día de los modestos comienzos* es el día de la gratitud y de las cosas preciosas (Zac. 4:7, 10). Se insinúa un gran éxito, tras esos modestos comienzos, en la frase: *Hasta que haga triunfar la justicia* (v. 20). Tanto la predicación del Evangelio en todo el mundo, como la eficacia del Evangelio en el corazón, han de prevalecer. La gracia llegará a sobreabundar sobre el pecado (Ro. 5:20) y llegará a su perfección en la gloria. La verdad acaba por imponerse.

Versículos 22–37

I. Victoria gloriosa de Jesús sobre Satanás en la bondadosa curación de uno que estaba bajo el poder del diablo.

1. El caso de este hombre era muy triste: estaba *poseído por el demonio.* Este pobre endemoniado estaba *ciego y mudo;* ¡situación realmente miserable! No podía ver para ayudarse a sí mismo, ni hablar a otros para que le ayudasen. Así también Satanás ciega los ojos de la fe y cierra los labios de la oración.

2. Su sanación fue extraordinaria, tanto más cuanto que fue llevada a cabo en un instante: *le sanó.* Y, una vez quitada la causa, desaparecieron los efectos: *De tal manera que el ciego y mudo veía y hablaba* (v. 22). Cuando el poder de Satanás en un alma es quebrantado, se abren los ojos para contemplar la gloria de Dios, y se abren los labios para cantar las alabanzas de Su gracia.

II. La convicción que este milagro produjo en la gente: Y *toda la gente estaba atónita* (v. 23). Y de ello inferían: *¿No es éste el Hijo de David?* Esta pregunta podría entenderse de tres maneras: 1. «Sin duda, debe de ser el Hijo de David, el Mesías prometido, porque ningún otro puede hacer estos milagros». Podría decirse como en Isaías 35:8, *el que anduviere en este camino, por torpe que sea, no se extraviará.* 2. «¿Acaso será éste el Hijo de David?» Era una buena pregunta para comenzar, aunque el contexto da a entender que la investigación no siguió adelante, y se perdió todo interés en la respuesta. En materia tan importante, se debe llegar a una fuerte convicción en la mente para que se llegue a una firme resolución en el corazón. 3. «¿Acaso puede ser éste el Hijo de David?» La partícula interrogativa griega da a entender que se espera una respuesta negativa, como en 7:16; 11:23. Este parece ser el verdadero sentido de la frase. El milagro sugeriría a la gente la posibilidad de que Jesús fuese el Mesías, pero esta suposición sería prontamente acallada, al observar que Jesús no se comportaba como un dominador poderoso, como un rey majestuoso.

III. La cavilación blasfema de los fariseos (v. 24). Estos hombres eran celosos de su propio prestigio, con el que se procuraban grandes alabanzas y pingües ganancias; y, como toda persona orgullosa que depende del aplauso de los demás, estaban envidiosos de lo que Jesús hacía y decía entre las multitudes. Con razón temían que el pueblo, al ver sus estupendos milagros, reconociese que Cristo era el enviado de Dios, y que sus mensajes fuesen recibidos, con mengua de la atención que la gente prestaba a las enseñanzas de escribas y fariseos. Obsérvese:

1. Con qué desprecio hablan de Cristo: *Éste;* este fulano. No se dignan llamarle por su nombre. Hemos de evitar todo desdén hacia un semejante, por pobre que sea, y por vil que nos parezca. Jesús trató

a todos con respeto; con ira, a los fariseos y escribas; con mansedumbre y compasión, a todos los demás: pero a *ninguno con desprecio.*

2. Con qué expresión tan blasfema se refieren a los milagros de Jesús: *Éste no echa fuera los demonios sino en virtud de Beelzebú, príncipe de los demonios.* Como no podían negar los hechos, estaba más claro que la luz del mediodía que, a la palabra de Cristo, salían los demonios fuera de los posesos. Así que para evitar esta conclusión de que *Jesús era el Hijo de David,* no les quedaba otro camino que sugerir malignamente que existía un pacto entre Cristo y Satanás, para que, a la palabra de Jesús, los demonios salieran voluntariamente de los posesos, sin ser forzados a hacerlo en virtud del poder divino de Cristo.

IV. La respuesta de Cristo a esta blasfema insinuación (vv. 25–30). *Jesús sabía los pensamientos de ellos.* El Señor conoce lo que estamos pensando en todo momento, *sabe lo que hay en el interior del hombre* (Jn. 2:25); *percibe desde lejos nuestros pensamientos* (Sal. 139:2). Así Jesús replica a los pensamientos de ellos, porque sabía que esas suposiciones no surgían por sí mismas en la precipitación de la inconsciencia, sino que eran producto de la proterva malignidad de sus perversos corazones. La respuesta que Cristo da a tan vil imputación es contundente y copiosa:

1. Sería muy extraño, y del todo improbable, que los demonios fuesen arrojados en virtud de un pacto con Satanás, puesto que, de ser así, *el reino de Satanás se enzarzaría en una guerra civil y se destruiría a sí mismo* (vv. 25–26).

(A) Aquí Jesús establece un principio general: *Todo reino dividido contra sí mismo, es asolado;* en toda sociedad, la ruina común es la consecuencia de mutuas disensiones y luchas. La división conduce a la desolación; si nos enfrentamos, nos quebrantamos, si altercamos unos con otros, somos presa fácil de un enemigo común, como en la famosa fábula de «galgos o podencos». Tanto las naciones como las iglesias saben bien esto a costa de tristes experiencias.

(B) Jesús aplica luego el principio general al caso presente: *Si Satanás echa fuera a Satanás* (v. 26); es decir, si el príncipe de los demonios echa fuera a sus subalternos, y destruye la obra de los mismos que están bajo su mando, todo el poder y toda la economía de su reino se vendrá abajo; si Satanás llega a un pacto con Jesús, será para su propia ruina, puesto que el objetivo manifiesto de la predicación y de los milagros de Cristo era *deshacer las obras del diablo* (1 Jn. 3:8), y *anular así el poder al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo* (He. 2:14). Si Satanás entra en coalición con Cristo para echar fuera a los demonios, ¿cómo, pues, quedará en pie su reino? ¿Contribuir él mismo al derrocamiento de su régimen? ¿Cometer semejante estupidez aquel que es la astucia personificada? (Gn. 3:1; 2 Co. 2:11; Ef. 4:27; 6:11). Ante lo absurdo de esta impía suposición, no cabe otra alternativa que reconocer la victoria de Cristo en noble y leal palestra: Que pase el diablo revista a sus tropas para la batalla, y Cristo será demasiado fuerte para el compacto ejército de Satanás; el reino del diablo no va a caer por la imprudencia del jefe, sino por el poder divino de Jesús.

2. No era extraño, sino totalmente probable, que los demonios fuesen echados fuera por el Espíritu de Dios.

(A) Si no fuera así, *¿en virtud de quién los echan vuestros hijos?* (v. 27). Había entre los judíos (Jesús no se refiere a Sus propios discípulos) algunos que, mediante la invocación del Altísimo, o del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, arrojaban demonios en ciertas ocasiones. Josefo menciona algunos que lo hacían en su tiempo; leemos de *algunos de los exorcistas ambulantes judíos* (Hch. 19:13), y de *uno que estaba expulsando demonios en nombre de Jesús,* aunque no le acompañaba (Mr. 9:38). Los fariseos no condenaban esta práctica, sino que la atribuían a la obra del Espíritu de Dios, del *«dedo de Dios»* (comp. Éx. 8:19 con Lc. 11:20, el Espíritu Santo es el «artista» de la Trina Deidad, pues Él es quien dibuja y cincela en nosotros la imagen de Cristo, e *indica,* da evidencia de la persona y de la obra de Cristo). Por consiguiente, la malévola imputación de los fariseos de que Jesús echaba los demonios por pacto con Beelzebú, mientras que admitían que *sus* exorcistas los echaban fuera por obra del Espíritu de Dios, era una contradicción manifiesta, nacida del desprecio y de la envidia que sentían hacia Cristo. Los juicios que la envidia sugiere, no surgen de la razón, sino del prejuicio.

(B) Esta obra de arrojar los demonios era una señal evidente y una segura indicación de la aproximación del reino de Dios: *Pero si yo echo fuera los demonios en virtud del Espíritu de Dios, entonces es que ha llegado a vosotros el reino de Dios* (v. 28). Otros milagros de Jesús mostraban que era *enviado de Dios;* éste mostraba que era enviado de Dios para destruir el reino y las obras del diablo. La

actual destrucción del poder del diablo es llevada a cabo por un poder superior: el poder del Espíritu Santo (1 Jn. 4:4). Si la labor que el demonio lleva a cabo en un alma es contrarrestada y destruida por el Espíritu Santificador, no cabe duda de que *el reino de Dios ha llegado* a esa alma con su gracia, benditas *arras de nuestra herencia* en la gloria (Ef. 1:14).

3. La comparación de los milagros de Cristo con Su doctrina ponía en evidencia que Jesús, lejos de estar coligado con Satanás, estaba en abierta oposición y hostilidad contra él: *¿Cómo puede alguno entrar en la casa del forzudo y saquear sus bienes, si primero no ata al forzudo?* (v. 29). Sólo después de vencer la resistencia del inquilino del inmueble, puede el ladrón llevarse el botín: *Y entonces podrá saquear su casa. El mundo* estaba y *yace todo entero en poder del maligno* (1 Jn. 5:19), como lo está toda persona que no ha nacido de nuevo (v. Ef. 2:2); ahí reside Satanás y ahí gobierna. El objetivo del Evangelio de Cristo es saquear el domicilio de Satanás y *llevarse cautiva la cautividad* (Ef. 4:8), para *llamarnos de las tinieblas a su luz admirable* (1 P. 2:9) y *abolir la muerte, sacando a luz la vida y la inmortalidad* (2 Ti. 1:10); del pecado, profundo mal del hombre, a la santidad, supremo bien. Pero el diablo es un *forzudo,* posee *fuerza* (v. 1 P. 5:8) y *maña* (2 Co. 2:11; Ef. 6:11) a un mismo tiempo. Sin embargo Jesús es *Dios-Fuerte* (Is. 9:6); su poder divino es infinito, y a ese poder no hay *forzudo* que pueda resistir. Era Cristo quien ataba a Satanás al echar fuera los demonios por medio de Su palabra. Al mostrar con qué facilidad y eficacia podía arrojar a los demonios de los cuerpos de los posesos, nos anima a todos los creyentes a estar seguros de que, por fuerte que sea el poder que Satanás ejerce en las almas de los hombres, Cristo puede destruirlo por medio de Su gracia. Cuando algunos de los peores criminales han sido convertidos por el Evangelio de Cristo y hechos los mejores santos, se ha hecho evidente en extremo que Cristo había saqueado la casa del diablo, y lo seguirá haciendo hasta el final de los tiempos.

2. Esta guerra santa que Cristo lleva a cabo contra el diablo y su reino, es de tal naturaleza, que no admite *neutrales: El que no está conmigo, está contra mí* (v. 30). En lo que toca a las pequeñas diferencias de puntos de vista entre los discípulos mismos de Cristo, lo cual comporta de ordinario distintas situaciones denominacionales, se nos manda paz, amor y comprensión, *no ser de nuestro grupo* no equivale a *no ser del Señor,* a *no estar con Él* (v. Lc. 9:50): *el que no está contra nosotros, está de nuestra parte.* Pero en esta gran lucha sin cuartel entre Cristo y Satanás no cabe paz ni posición neutral; *el que no está* de corazón *con Cristo,* será considerado como enemigo de la causa de Cristo, *contra Cristo.* Cristo y Satanás se disputan *nuestra posesión total;* el uno, para salvación; el otro, para perdición. Debemos, pues, estar enteramente del lado de Cristo, es el lado *correcto,* y será el lado *feliz.*

La frase siguiente lleva la misma intención: *Y el que no recoge conmigo, desparrama.* Era objetivo de Cristo al venir a este mundo, recoger su cosecha *congregando en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos* (Jn. 11:52). Cristo espera y demanda de los que están con Él que se ocupen en recoger con Él. Se engañan quienes se creen religiosos porque están a favor de los cristianos, pero rehúsan entregar a Cristo su corazón y su vida. Si no recogemos con Cristo, estamos desparramando, no basta con no hacer el mal; es preciso hacer el bien.

V. Sigue después un discurso de Jesús sobre los pecados de la lengua: *Por tanto os digo.* Al tomar ocasión de los malignos pensamientos y de las venenosas palabras de los fariseos (v. 24), Cristo amonesta contra tres clases de pecados de la lengua.

1. La blasfemia contra el Espíritu Santo es el peor de los pecados de la lengua, pues es un pecado imperdonable (vv. 31–32). Estos versículos incluyen:

(A) Una seguridad del generoso perdón de todo pecado, por la gracia de Dios, mediante el cumplimiento de las condiciones que comporta la proclamación de la Buena Nueva (Mr. 1:15). La perversidad de cualquier pecado no será obstáculo para que seamos aceptos a Dios, si de veras nos arrepentimos y creemos en el Evangelio: *Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres* (v. 31). Aunque el pecado se remonte hasta el Cielo, *hasta los cielos llega la misericordia de Dios* (Sal. 36:5). La misericordia de Dios se extiende incluso a la blasfemia, pecado que profana directamente el nombre y el honor de Dios. Pablo *había sido blasfemo, pero fue recibido a misericordia* (1 Ti. 1:13). Bien podemos decir: *¿Qué Dios como tú, que perdonas la maldad?* (Mi. 7:18). Incluso *las palabras* blasfemas lanzadas *contra el Hijo del Hombre serán perdonadas* (v. 32), como en efecto lo fueron las de quienes le lanzaron vituperios y burlas cuando estaba pendiente de la cruz, muchos de los cuales se arrepintieron después y hallaron misericordia.

(B) Una excepción a la regla general anterior, en la *blasfemia contra el Espíritu Santo,* la cual, en palabras de Cristo, *no será perdonada ni en esta época ni en la venidera* (vv. 31, 32). Este es, pues, el único pecado *imperdonable.* Véase cuánta malignidad se encierra en los pecados de la lengua, cuando el único pecado imperdonable es uno de esos pecados. Cuando Jesús dice: *Por tanto* (v. 31) empalma con lo de: *Sabiendo Jesús los pensamientos de ellos, dijo, etc.* (vv. 25 y ss.), da a entender con ello que los fariseos habían blasfemado contra el Espíritu Santo y, *por tanto,* habían cometido el pecado imperdonable. Este versículo 32 ha sido siempre objeto de controversia, pero el contexto general de la Palabra de Dios nos proporciona los datos suficientes para darle una interpretación satisfactoria. No se trata aquí de hablar contra una persona divina, ni de resistir a la operación del Espíritu Santo en el corazón de un incrédulo; tampoco se implica que el hablar contra el Espíritu Santo sea peor que hablar contra el Padre o contra el Hijo. *La blasfemia contra el Espíritu Santo* consiste en el acto consciente y voluntario de atribuir al espíritu inmundo al poder de Satanás, las obras milagrosas de Cristo, llevadas a cabo mediante *el dedo de Dios,* el Espíritu de Dios (aparte de toda connotación trinitaria, que los interlocutores u oyentes de Jesús no habrían entendido), el cual da pruebas evidentes, mediante dichos milagros de que la mesianidad de Cristo y la verdad de sus enseñanzas eran incuestionables y comprometedoras. El rechazo voluntario de esta evidencia cierra la puerta al perdón de Dios no por falta de eficacia en la obra del Calvario, ni por falta de gracia y misericordia de parte de Dios, sino porque el que comete dicho pecado se priva voluntariamente a sí mismo de la necesaria disposición para recibir el perdón divino; es como el caso del ciego que se saca los ojos para no ver. Tomás de Aquino emplea la comparación del enfermo del estómago que podría ser sanado con algún remedio si el estómago no lo rechazara. El pecado de 1 Juan 5:16 no tiene nada que ver con esto, y el comienzo mismo del versículo debería ser suficiente para convencerse («si alguno ve a su *hermano …»).* Discuten los autores si el pecado imperdonable puede darse ahora, una vez que Cristo ya no está físicamente obrando milagros en la tierra, pero, en todo caso, la malévola disposición de los fariseos—que era la verdadera causa del pecado imperdonable—, se puede repetir en todo tiempo. Quienes temen haber cometido el «pecado imperdonable», dan a entender, con ese mismo temor, que no lo han cometido. El único pecado imperdonable es el rechazo del perdón.

También la última cláusula del versículo 32 ha dado pábulo a toda clase de errores. Desde los primeros siglos de la Iglesia sirvió de base para la antibíblica doctrina del Purgatorio (v. por ej. Lc. 16:22; 23:43; Ro. 8:1). Pero dicho versículo no se refiere a pecados que no se perdonen en esta vida, Pero sí en la futura; ni da pie a una *segunda oportunidad* después de la muerte (v. He. 9:27), puesto que la exhortación a *reconciliarse con Dios* va seguida de la advertencia sumamente seria de que *ahora es el día de la salvación* (2 Co. 5:20, 6:2). Marcos 3:29 presenta la blasfemia contra el Espíritu Santo como *pecado eterno.* La frase de Jesús en Mateo 12:32b se adapta a la concepción judía sobre los períodos de la Historia, dividiéndolos en dos partes: los primeros tiempos (hasta la Venida del Mesías), y los últimos tiempos (después de la Venida del Mesías). La *«época venidera»* se cierra con el Juicio de Dios que ha de resolver definitivamente el destino eterno de los hombres. Se trata, por consiguiente, de una frase enfática para dar un relieve especial a la declaración de que la blasfemia contra el Espíritu Santo no será jamás perdonada.

2. Cristo habla después de otros pecados de la lengua, además de la blasfemia, para sentar el principio general de que las palabras expresan lo que hay en el corazón: el corazón es la fuente, las palabras son el canal, el corazón es la raíz, las palabras son los frutos. Para que las palabras sean limpias, hay que purificar la fuente; para que el fruto sea bueno, es preciso que el árbol lo sea (vv. 33–35). La conexión con lo anterior es clara.

(A) El corazón es la *raíz;* las palabras el *fruto* (v. 33). Si la naturaleza del árbol es buena, dará fruto bueno. Si hay concupiscencia en el corazón, se echará de ver inmediatamente en la conversación; los dientes cariados dan fetidez al aliento. El idioma, y hasta el acento (26:73b), muestra de qué región es una persona. O *haced bueno el árbol, y bueno su fruto;* esto es, si vuestro corazón es puro, serán puras vuestras palabras y pura será vuestra vida también *o haced enfermizo el árbol, y su fruto echado a perder;* si el corazón está viciado y corrompido, no se puede esperar un lenguaje decente ni una vida santa. A no ser que el corazón sea transformado, no es posible que la vida sea de veras reformada. Es cierto que *el corazón humano es perverso y engañoso más que todas las cosas* (Jer. 17:9), pero, gracias a Dios, cabe en él un «injerto» (Ro. 6:5) y, *si estamos en Cristo, ninguna condenación hay para nosotros.* ¿Cómo es nuestro fruto? ¿Sigue tan amargo como antes? ¿No será de temer que el «injerto no ha tomado»? Y, si no

somos de veras nacidos de *nuevo,* en vano es plantar el árbol en mejor suelo o regarlo más abundantemente.

(B) El corazón es la *fuente;* las palabras, los *canales o arroyos: De la abundancia del corazón, habla la boca* (v. 34); lit. *del rebosar del corazón;* el corazón es como un manantial que constantemente hace rebosar lo que lleva dentro, como una copa que en su fondo albergase un surtidor de agua (comp. Jn. 4:14; 7:38), la cual no tendría más remedio que *rebosar.* De la misma manera las palabras muestran la naturaleza de lo que mana del corazón (Stg. 3:11–12, para dar a entender que una lengua que *dice mal* del prójimo no puede, de veras, *decir bien* de Dios). Sólo *la sal de la gracia puede sazonar la palabra,* cuando *el corazón está dirigido sólo a Dios* (Col. 3:23; 4:6). Por eso, Cristo dice a los fariseos: *¿Cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos?* La gente del pueblo miraba a los fariseos como a los santos de su generación, pero Cristo les llama: *¡Engendros de víboras!* Ahora bien, de una naturaleza viperina, ¿qué otra cosa podía esperarse sino dicterios llenos de veneno y ponzoña? ¿Puede una víbora segregar miel? Por eso es tan importante saber con quién se junta uno, ya que la amistad supone constante comunicación: *Las malas compañías corrompen las buenas costumbres* (1 Co. 15:33). Es difícil conservarse puro cuando, como Ezequiel, se *mora con escorpiones* (Ez. 2:6), pero hay un remedio eficaz para no sufrir daño del ambiente maligno, y para dar testimonio a una generación de víboras: *Comer,* como Ezequiel, *el rollo* de la Palabra de Dios (Ez. 3:1 y ss.) no sólo leerlo o estudiarlo, sino *comerlo;* es decir, *asimilarlo* para vivirlo y poder proclamarlo con poder.

(C) El corazón es el *tesoro o cofre;* las palabras, lo que el cofre encierra (v. 35). El carácter del hombre de Dios se muestra en lo que saca del cofre de su corazón: de un buen tesoro, salen joyas valiosas: gracias, consuelos, experiencias edificantes, enseñanzas iluminadoras, actitudes amables, firmes resoluciones para el bien; la Palabra de Dios, almacenada y vivida, es un tesoro incomparable, que llena de luz, de amor, de poder, a uno mismo y a otros. La verdadera fe es activa por el amor (Gá. 5:6) y no puede menos que producir buenos frutos; de lo contrario, demuestra *estar muerta en sí misma* (Stg. 2:17). Quien tiene pocos fondos, no puede permitirse muchos gastos, a no ser que desee ir a la bancarrota; otros tienen buen acopio de sabiduría y conocimiento de la Palabra de Dios, pero no son comunicativos; disponen de talentos y dones, pero no aciertan a emplearlos en el servicio de Dios y en el provecho del prójimo. El cristiano cabal, a imagen de Dios, *es bueno y hace el bien;* tiene un buen tesoro y lo emplea para la gloria de Dios (2 Co. 4:7). En cambio, *el hombre malo,* no regenerado, *saca cosas malas del mal tesoro.*

3. Finalmente, Cristo habla de las *palabras ociosas* (lit. *que no trabajan;* es decir, *inútiles),* y muestra que esas *palabras* (gr. *rhema* = un dicho, que quizá carece de «mensaje») no son «neutras» o sin malicia, puesto que también *de ellas habrá que dar cuenta en el día del juicio* (v. 36). Dios se da cuenta de toda palabra que sale de nuestra boca; las frases inútiles e impertinentes que pronunciamos, aunque nosotros no les demos importancia, desagradan a Dios, pues son producto de un corazón vacío de cosas sustanciosas o de amor edificante (v. 1 Co. 8:1–3). Tomemos buena nota de las necedades que decimos, porque las palabras inútiles son como sirvientes que, al formar parte de los talentos que se nos han encomendado, ni nos aprovechan para mejorar nuestro razonamiento y nuestra expresión, ni aprovechan para enriquecer las mentes y los corazones de nuestros semejantes.

A continuación, Jesús concluye con un principio general: *Porque por tus palabras* (nótese el cambio, en el original, de *rhema* = dicho, a *logos* = palabra que comporta un mensaje), *serás justificado* (declarado inocente), y *por tus palabras serás condenado* (declarado culpable) (v. 37). El tenor de nuestras conversaciones evidenciará la naturaleza de nuestro carácter. Como dice Broadus «todo el mundo admite el hecho en cuanto a las acciones, y aquí las palabras son las que se discuten … Las palabras son importantes, porque revelan el carácter (vv. 33, 35), y porque afectan a otros poderosamente».

Versículos 38–45

Es probable que los fariseos de los que se habla aquí sean un grupo distinto del de los versículos anteriores, quienes habían cavilado malignamente contra Jesús (v. 24) y no habían dado crédito a las señales que les había ofrecido. Este segundo grupo parece no contentarse con los milagros que Jesús había llevado a cabo y le pide una *señal* milagrosa que sea para ellos una prueba inequívoca quizá, como

en 16:11; Lucas 11:16, *«una señal del cielo»,* como si los milagros que había hecho no fuesen suficientes. Veamos:

I. Cómo se dirigen a Jesús (v. 38). Le dan el título honorífico de *Maestro,* con lo que aparentan respeto, cuando lo que intentaban era tentarle. No todos los que llaman a Cristo *Señor* son de verdad servidores suyos (v. 7:21). Le piden: *Queremos ver una señal de parte tuya.* Estaba muy puesto en razón que desearan ver una señal que Él demostrase, mediante milagros, Su divina misión. Pero no tenían ninguna razón para pedir una señal ahora cuando tantas señales había dado ya. Es connatural a los orgullosos prescribir a Dios lo que debe hacer, y poner luego excusas para no suscribirse a Él; pero tal ofensa nunca servirá de defensa.

II. Respuesta de Cristo a tan insolente demanda.

1. Jesús condena la demanda de ellos como lenguaje de *una generación mala y adúltera* (v. 39). Imputa este cargo, no sólo a *los escribas y fariseos,* sino a la nación judía en general. Verdaderamente, eran una generación mala, pues no sólo se habían endurecido a sí mismos contra la convicción que comportaban los milagros de Cristo, sino que se atrevían a desafiarle y menospreciar las señales milagrosas que había llevado a cabo. Era también una generación adúltera, porque aunque no se fuesen tras los dioses falsos tampoco aceptaban al Marido Divino; como una esposa adúltera, se habían apartado en su corazón del Dios con el que estaban desposados por pacto; eran culpables de infidelidad, pues, aunque no fabricaban sus propios dioses, buscaban señales según su propio capricho, y también esto es adulterio espiritual.

2. Jesús rehúsa darles otra señal que la que ya les había dado, *la señal del profeta Jonás.* Aunque el Señor siempre está dispuesto a oír los buenos deseos y a contestar las sinceras peticiones, no va a satisfacer los malos instintos y las perversas intenciones. *Pedís, y no recibís, porque pedís mal* (Stg. 4:3). Les fueron dadas señales a quienes las demandaban para robustecer su fe como fue el caso de Abraham y el de Gedeón pero les fueron negadas a los que las demandaban como excusa para su falta de fe.

Justamente podía Cristo haberles dicho: Ya no verán ningún otro milagro; pero notemos su maravillosa bondad: Tendrán una señal de naturaleza muy distinta de las señales que hasta ahora había obrado, y esta señal será la *resurrección de Cristo después de estar tres días en el sepulcro.* Esta será una señal de tal magnitud que confirmará, sobrepujará, completará y coronará todas las demás. Y aun así, encontraron los judíos una insensata evasión de tal evidencia, al decir: *Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron* (28:13). Nadie tiene una ceguera tan incurable como el que no quiere ver.

A continuación, explica Jesús la señal del profeta Jonás, y les dice: *Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches* (v. 40). De la misma manera que Jonás salió al tercer día del vientre del gran pez, como si fuese *del corazón del mar* (Jon. 2:3), así también Jesús había de salir al tercer día *del corazón de la tierra;* es decir, del sepulcro. Y como Jonás fue despedido de su encierro, para ir a predicar a los de Nínive, así saldría Jesús de la tumba, para dar luego comisión a Sus discípulos de ir a predicar el Evangelio por todo el mundo. Hay quienes pretenden por este pasaje, que Jesús no fue crucificado en viernes, «preparación de la Pascua», porque *«tres días y tres noches»* = 72 horas, exigen que muriese el miércoles o, al menos, el jueves, pero lo cierto es (y lo confirma, según Lightfoot, el Talmud de Jerusalén) que los judíos contaban como *día entero* una parte del día, que comenzaba a la puesta del sol. Así que el día entero, y la parte de otros días, que el cuerpo de Cristo pasó en el sepulcro, se cuentan por *tres días y tres noches.*

3. Cristo toma pie de este símil, para declarar el perverso carácter y la triste condición de la generación en que vivía, una generación que rehusaba ser reformada. Las personas y las cosas pueden manifestarse aquí bajo falsos colores, y los caracteres, como las condiciones, son ahora muy cambiantes. Pero las cosas son realmente lo que son para toda la eternidad.

Ahora Cristo presenta a la generación judía de su tiempo:

(A) Como una generación que había de ser condenada por *los hombres de Nínive, porque ellos se arrepintieron por la predicación de Jonás* (v. 41). La resurrección de Cristo será para esta generación la señal del profeta Jonás; pero no tendrá sobre ellos el efecto dichoso que tuvo para los ninivitas la señal de Jonás, pues los ninivitas fueron llevados al arrepentimiento que les preservó de la ruina, pero los judíos se iban a endurecer en la incredulidad que les llevaría precipitadamente a la destrucción. Cristo repite sus

llamamientos, se sienta y enseña, enseña en las sinagogas. Además de la advertencia que nos hace acerca de nuestro peligro, Cristo nos ha mostrado que nos hemos de arrepentir, y nos ha asegurado aceptarnos a base de tal arrepentimiento. Cristo llevó a cabo muchos milagros, y todos ellos fueron milagros de misericordia. Los ninivitas *se arrepintieron por la predicación de Jonás,* pero los judíos no se arrepintieron con la predicación de Jesús. La bondad de quienes han tenido menos beneficios y ventajas para sus almas, servirá para hacer más grave la maldad de quienes han tenido a mano mayores ayudas y oportunidades. Quienes a la luz del crepúsculo descubren *las cosas que pertenecen a su paz,* avergonzarán a quienes andan a tientas a la luz del mediodía.

(B) Como una generación que sería condenada por *la reina del sur,* la reina de Sebá (1 R. 10:1). Los ninivitas les avergonzarían por no arrepentirse; la reina de Sebá por no creer en Cristo (v. 42). Ella vino de un país lejano *para oír la sabiduría de Salomón;* sin embargo el pueblo judío no se dejaba persuadir a venir de cerca para oír la sabiduría de Cristo. La reina de Sebá no había recibido ninguna invitación para venir a Salomón, ni promesa de que sería bien acogida; pero nosotros somos invitados a sentarnos a los pies de Cristo y escuchar sus enseñanzas. Ella no podía estar segura de que mereciese la pena hacer un viaje tan largo para ver satisfecho su deseo; pero nosotros no venimos a Cristo con la misma inseguridad. *Ella vino de los confines de la tierra,* pero nosotros tenemos a Cristo entre nosotros y su voz nos llega de muy cerca: *He aquí, yo estoy a la puerta y llamo* (Ap. 3:20). Al parecer, la sabiduría que la reina de Sebá buscaba era acerca de materias filosóficas y políticas; pero la sabiduría que se aprende de Cristo es *para salvación* (2 Ti. 3:15). Ella sólo pudo *oír* la sabiduría de Salomón, ya que él no podía *darle su* sabiduría, pero Cristo *da Su* sabiduría a quienes se allegan a Él.

(C) Como una generación que había decidido continuar bajo el poder de Satán, pues son comparados a una persona de la que ha salido el demonio, pero para volver a ella con fuerza septuplicada (vv. 43–45).

(a) La parábola presenta la posesión demoníaca del cuerpo de un hombre. Como Cristo había expulsado recientemente un demonio y los judíos habían dicho que *Jesús tenía un demonio,* esto le dio ocasión a Cristo para mostrarles cuán grande era el poder que Satanás ejercía sobre ellos mismos. El enlace con lo anterior se ve mejor en el griego, que habría de traducirse: *Mas cuando el espíritu inmundo, etc.* La expulsión que Cristo había llevado a cabo con el demonio aludido, fue contundente y definitiva, pues vemos a Jesús diciéndole al demonio: *Yo te ordeno: Sal de él, y no entres más en él* (Mr. 9:25).

(b) La aplicación de la parábola muestra claramente que Jesús se está refiriendo al «cuerpo» de la nación judía: Así *acontecerá también a esta generación malvada* (v. 45b), que está resistiendo, y rechazará finalmente el Evangelio de Cristo en su tiempo. Que sirva esto de advertencia a todas las naciones, y también a todas las iglesias (así como a los individuos), para que tengan sumo cuidado de no abandonar el primer amor y de no decaer de la obra de reforma comenzada en ellas, no sea que vuelvan a la maldad de la que parecía que se habían alejado; *porque el estado final de aquel nombre vendrá a ser peor que el primero.*

Versículos 46–50

Obsérvese: I. Cómo fue interrumpido Cristo en su predicación por su *madre y sus hermanos,* que *estaban afuera y querían hablar con Él* (vv. 46–47). Este deseo le fue comunicado por uno de la multitud.

1. Esto sucedió *mientras Él estaba aún hablando a la gente.* La predicación de Cristo no consistía en una declamación oratoria; era un hablar sencillo, fácil, familiar y apropiado al caso y a la capacidad de cada uno. Dejó de hablar a los fariseos, porque vio que no podía sacar nada de provecho con ellos, pero continuó hablando con la gente. La oposición que encontremos en nuestro trabajo no debe inducirnos a abandonarlo.

2. Su madre y sus hermanos estaban afuera y deseaban hablarle, cuando deberían haber estado dentro, deseando oírle. Es cierto que tenían la ventaja de conversar con Él en privado cada día, y quizás era eso lo que les hacía menos deseosos de oírle predicar en público. Pero es tristemente cierto que, muchas veces la familiaridad y la facilidad de acceso producen alguna devaluación de las ventajas que con ello se disfrutan. Hay demasiada verdad en aquel proverbio popular: «Cuanto más cerca de la iglesia, tanto más lejos de Dios». Es una pena que esto suceda.

3. No sólo no venían ellos a escucharle, sino que venían a interrumpir a los que estaban escuchándole con agrado. Por Marcos 3:20–35, sabemos que *los suyos* (evidentemente, sus parientes, puesto que sus discípulos estaban con Él), *vinieron a llevárselo, pues decían: está fuera de sí.* Es probable que sus

familiares, especialmente su madre, sintieran aprensión por la salud de Jesús, ya que predicaba tan continuamente y con tanta vehemencia y, a veces, como hacía poco, *sin poder probar bocado* (Mr. 3:20). También nosotros nos encontramos, a veces con obstáculos e interrupciones en nuestro trabajo, por parte de amigos y familiares, llevados del afecto familiar más bien que del provecho espiritual. Habrá quien diga: ¿También su madre, que, por el anuncio del ángel, conocía el carácter mesiánico de Jesús, podía caer en semejante equivocación? A esto puede responderse que, si el Precursor se equivocó en la forma en que Jesús había de desempeñar su misión en su Primera Venida, ¿por qué no podía equivocarse también su madre? Esto no es hacerla de menos, sino dejarla en el lugar que la Escritura le asigna, sin privilegios antibíblicos. En otra ocasión ya le había dicho Jesús a María y a José: *¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que yo debo estar en los asuntos de mi Padre?* (Lc. 2:49). Si ella lo hubiese recordado ahora, quizá no le habría causado esta interrupción, ya que estaba ocupado en los asuntos de Su Padre (v. tamb. Jn. 2:4). ¡Cuántas cosas buenas que nos parecía haberlas escuchado tan atentamente que nunca pensábamos que las olvidaríamos cuando llega la oportunidad vemos que se nos han marchado de la cabeza!

II. Obsérvese igualmente cómo se resintió Cristo de esta interrupción (vv. 48–50).

1. No quiso escucharles: *¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?* (v. 48). No es que menosprecie a su madre ni que renuncie al afecto filial, sino que quiere mostrar que el parentesco espiritual va por delante del natural, y que el deber secundario debe ceder el paso al deber preferente, hasta tal punto que los vínculos familiares más estrechos han de ser dejados a un lado cuando entran en conflicto con el afecto y la dedicación que le debemos al Señor (Lc. 14:26). Así que tampoco nosotros hemos de llevar a mal el que nuestros amigos prefieran agradar a Dios antes que agradarnos a nosotros. Más aún, debemos negarnos a nosotros mismos y a nuestra propia satisfacción, antes que hacer cualquier cosa por la que nuestros amigos se vean apartados o interrumpidos de cumplir con sus deberes para con Dios.

2. Cristo aprovechó esta oportunidad para declarar que sus discípulos son preferibles a sus parientes (v. Jn. 7:5) y, por eso, prefiere servir de provecho a aquellos, antes que complacer a éstos. Véase:

(A) La descripción que Cristo hace de sus discípulos: *Todo aquel que hace la voluntad de mi Padre* (v. 50). No sólo la conoce y habla de ella sino que la *hace.*

(B) La dignidad de los discípulos de Cristo: *Ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.* Sus discípulos, que lo habían dejado todo para seguirle, y habían abrazado su doctrina, eran para Él más queridos que cualquier pariente, por próximo que fuese, según la carne. Dice Crisóstomo, en su comentario a este lugar: «A su madre nada le habría valido ser madre suya de no haber practicado la virtud … Porque no hay más que un parentesco auténtico: hacer la voluntad de Dios. Y este modo de parentesco es mejor y más noble que aquel» (el de la carne). Fue muy estimulante para todos el que Cristo dijese: *He aquí mi madre y mis hermanos* (comp. Gá. 4:19; He. 2:11, 17). No era eso privilegio exclusivo de los que le escuchaban entonces; todos los verdaderos creyentes tienen el mismo honor de ser parientes muy cercanos del Señor. Él les ama y conversa con ellos como familiares suyos; les acoge en Su mesa, se cuida de que no les falte nada de lo que les conviene y nunca se avergüenza de Sus parientes pobres, sino que los confesará delante de los hombres, de los ángeles y de Su mismo Padre.

CAPÍTULO 13

Este hermosísimo capítulo contiene siete parábolas del Señor, emparejadas entre sí las seis primeras, mientras que la última pone especialmente de relieve el resultado final del diverso modo de recibir el gran mensaje del reino de los cielos.

Versículos 1–23

I. Consideremos primero las circunstancias en que Cristo predicó el sermón del presente capítulo.

1. *Cuándo* lo predicó: *Aquel mismo día* (v. 1) en que había predicado los mensajes del capítulo anterior. ¡Tan infatigable era el Señor en hacer el bien! Cristo estaba a favor del mensaje matutino lo mismo que del vespertino. Un mensaje de la tarde, si es bien escuchado, lejos de hacer olvidar el mensaje de la mañana, lo fijará mejor, y remachará el clavo con mayor firmeza en su sitio apropiado. Aunque Cristo había encontrado mucha oposición, perturbación e interrupción durante la mañana, no por eso dejó de proseguir su obra; y en la última parte del día, no leemos que encontrase tantas cosas desalentadoras. Quienes en el servicio de Dios atraviesan con celo y coraje por dificultades, hallan con frecuencia que dichas dificultades no vuelven a ocurrir en la medida que ellos temían. Resistamos firmes ante ellas, y huirán delante de nosotros.

2. *A quiénes* lo predicó: *Acudió a Él mucha gente* (v. 2), para escucharle. A veces, hay mayor *poder* en el mensaje cuando hay menor *pompa* en las circunstancias que lo rodean. Cuando *Jesús se sentó junto al mar, acudió a Él mucha gente.* Estas multitudes *estaban de pie* para verle mejor, y atentas a su predicación. Donde está el rey, allí está la corte; donde está Cristo, allí esta la Iglesia, aunque sea a la orilla del mar. Quienes deseen sacar provecho de Su palabra, han de estar dispuestos a ir a donde la palabra se traslade; cuando el Arca se trasladaba en el desierto, todo el pueblo se trasladaba con ella.

3. *Dónde* lo predicó: *Junto al mar.* Salió de la casa, pues no había en ella lugar para tanto auditorio, al aire libre. Así como no tenía casa propia en que vivir, tampoco tenía capilla propia donde predicar. Con esto nos enseña, en cuanto a las circunstancias externas del culto, a no codiciar lugares elegantes y majestuosos, sino a sacar todo el provecho posible de las ventajas y conveniencias que Dios nos haya concedido en Su sabia providencia. Cuando Cristo nació, fue apretujado en un establo; ahora, junto al mar, en la misma costa, adonde toda la gente podía acercarse a Él libremente. Su púlpito fue una barca; no era lugar indigno para Aquel Predicador, que con sola su presencia dignificaba y consagraba cualquier lugar; que no se avergüencen, pues, quienes predican a Cristo, aunque tengan que predicar en lugares sin suntuosidades ni conveniencias.

4. *Qué* mensaje predicó: *Les habló muchas cosas* (v. 3). De seguro, muchas más de las que aquí se nos refieren. No eran bagatelas las cosas que Él les hablaba, sino verdades de consecuencias eternas.

5. *Cómo* lo predicó: *En parábolas.* Era (y es) un modo de enseñar muy corriente y muy provechoso, a la vez que muy agradable de escuchar y fácil de recordar. Tiene sobre las demás ilustraciones la ventaja de comportar en sí misma el mensaje, mientras que algunas historias y anécdotas, aunque se recuerden bien, no están tan conectadas con el mensaje como las parábolas. Nuestro Salvador las usó muchísimo, condescendiendo así con la capacidad, el lenguaje y las disposiciones internas del pueblo.

II. Se nos da después la razón de por qué enseñaba Cristo en parábolas. Los discípulos se sorprendieron de ello, porque hasta ahora las había usado poco; y eso, al dar después la aplicación; pero aquí no la da al pueblo: *¿Por qué les hablas en parábolas?* (v. 10). Deseaban que el pueblo entendiese bien lo que Él predicaba; por eso, no dicen: *nos* hablas, sino *les* hablas. A esta pregunta Jesús contesta por lo largo (vv. 11–17), dándoles a entender que las cosas de Dios son así más fáciles de entender por parte de los que desean aprender y, al mismo tiempo, más difíciles y oscuras para los *ignorantes voluntarios* (v. 2 P. 3:5). Una parábola, como la columna de nube y fuego, presenta la cara oscura a los egipcios, para confundirlos, y la cara luminosa a los israelitas, para confortarlos. Además la parábola instala su mensaje en el subconsciente, sin ofender a la persona, al contrario, la dispone para reconocer la verdad desnuda, sin prejuicios personales (v. 2 S. 12:1–13).

1. Jesús explica la razón así: *Porque a vosotros os ha sido dado conocer los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les ha sido dado* (v. 11). Esto es, los discípulos tenían conocimiento; pero la gente común, no, sino que debe ser enseñada, como los niños pequeños, por medio de tales comparaciones tan sencillas, pues una parábola es como una cáscara que guarda buena fruta para los diligentes pero la guarda de los perezosos. Los misterios de Dios; es decir, lo que Dios se había dignado revelar para nuestro conocimiento, requería un conocimiento que, como primer don de Dios, se daba a los que eran seguidores constantes de Jesús. Cuanto más de cerca se sigue al Señor, y más se conversa con Él, mejor se entienden los misterios que Dios nos ha revelado por medio del Espíritu (1 Co. 2:6–10). Esto se concede a todos los verdaderos creyentes que tienen un conocimiento experimental del Evangelio, pues esta es, sin duda, la mejor clase de conocimiento. Los que no están dispuestos para el alimento sólido, sólo pueden alimentarse de la leche espiritual.

2. Jesús ilustra más extensamente esta razón, y añade que la norma que Dios observa al impartir sus dones es aumentarlos en quienes se aprovechan de ellos, y retirarlos a los que no los usan, sino que los entierran (v. 12).

(A) Hay aquí una promesa para el que tiene algo y usa lo que tiene; tendrá más abundancia. Los favores de Dios son como arras de posteriores favores, donde pone un fundamento, allí va Él a edificar (v. Fil. 1:6).

(B) Hay también una amenaza para el que no tiene; esto es, para el que no tiene cuanto debía tener, porque usa mal, o no usa, lo que tiene: Se le quitará lo que tiene o parece tener. Dios retirará sus talentos de las manos de aquellos que dan muestras de ir rápidamente a la bancarrota.

3. Jesús explica esta razón en particular, con referencia a las dos clases de gente con las que Cristo tenía que ver en la presente ocasión.

(A) Algunos eran ignorantes voluntarios, y se limitaban a entretenerse con las parábolas: *Porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden* (v. 13). Éstos habían cerrado sus ojos contra la clara luz de la sencilla predicación de Cristo y, por eso, ahora eran dejados en la oscuridad. Justo es que Dios retire Su luz a quienes cierran los ojos contra ella.

Con esto, se cumplía la Escritura (vv. 14–15). Es una cita tomada de Isaías 6:9–10, la cual se repite nada menos que seis veces en el Nuevo Testamento. Lo que se dijo de los pecadores endurecidos en tiempo de Isaías, se cumplió también en tiempo de Jesucristo y todavía se está cumpliendo diariamente. Aquí tenemos:

Primero: Una descripción de la ceguera voluntaria, que es el pecado específico de ellos: *El corazón de este pueblo se ha engrosado* (v. 15), lo cual denota torpeza e insensibilidad, pues el corazón cubierto de grasa se vuelve insensible a las impresiones y pierde actividad en su movimiento. Y cuando el corazón se engruesa de esta manera, no es extraño que los oídos se endurezcan. Y como también han cerrado los ojos a la luz, decididos a no ver la luz que vino a este mundo, que es *el Sol de Justicia,* se quedan así desprovistos de los dos sentidos por los que se aprende todo o casi todo.

En segundo lugar, una descripción de su ceguera judicial, que es el justo castigo de su pecado: *Para no ver nada con sus ojos y no oír con sus oídos;* como si dijese: «Los medios de gracia de que disponéis, no os serán de ningún provecho; aunque por misericordia hacia otros, continuarán dándose». La condición más triste en que una persona puede hallarse es asistir a los cultos con un corazón engrosado y unos oídos insensibles.

En tercer lugar, la terrible consecuencia de todo esto: *Y no entender con el corazón, y convertirse, y que yo los sane.* Nótese que el ver, oír y entender son necesarios para la conversión; porque, Dios, al impartir Su gracia, se comporta con los hombres como lo que son: agentes racionales, los atrae con cuerdas humanas, cambia el corazón al abrirles los ojos, y los saca *del poder de Satanás* al hacer *que se conviertan de las tinieblas a la luz* (Hch. 26:18). Todos cuantos se vuelven de veras a Dios, serán sanados por Él con toda certeza.

(B) Otros fueron eficazmente llamados a ser discípulos de Cristo y estaban realmente deseosos de ser enseñados por él. Por medio de estas parábolas, las cosas de Dios se les hacían más sencillas y fáciles, más inteligibles y familiares, y más aptas para ser recordadas (vv. 16–17). Cristo habla de esto:

(a) Como de una bendición: *Bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen.* Como si dijera: «Es una dicha para vosotros, una felicidad por la que estáis en deuda con el especial favor y la bendición de Dios». El que el oído oiga, y el ojo vea, es obra de Dios. Es una obra de gran bendición, que se verá cumplidamente perfeccionada cuando los que *ahora ven mediante espejo borrosamente, vean entonces cara a cara* (1 Co. 13:12). Los Apóstoles estaban destinados a enseñar a otros y, por eso, fueron bendecidos con manifestaciones especialmente claras de la verdad divina.

(b) Como de una bendición trascendente, deseada por, pero no concedida a, muchos profetas y justos (v. 17). Los profetas y santos del Antiguo Testamento tuvieron vislumbres de la luz del Evangelio, pero deseaban ardientemente conocer más (1 P. 1:10–12). Quienes ya conocen algo de Cristo, no pueden menos de ambicionar el conocer más y más. Había, y hay todavía, una *gloria que ha de ser revelada;* había algo en reserva, *para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros* (He. 11:40). Está bien que consideremos de qué medios disfrutamos, y qué descubrimientos se han hecho para nosotros, en esta era del Evangelio muy superiores a los que tenían y disfrutaban los que vivieron bajo la dispensación antigua.

III. Una de las parábolas que el Salvador expuso, la primera de esta serie, es la parábola *del sembrador y de la semilla*. Las parábolas de Cristo están tomadas de las cosas comunes y ordinarias, de las más obvias, que pueden observarse en la vida diaria y están al alcance de las capacidades del vulgo. Cristo escogió este método, para que las cosas espirituales pudiesen entrar con más facilidad en nuestro entendimiento y, al mismo tiempo, para enseñarnos a meditar con gusto en las cosas de Dios mediante la contemplación de las cosas que con tanta frecuencia caen bajo nuestra observación; y, de este modo, mientras nuestras manos están ocupadas en los negocios seculares, nuestro corazón, no sólo no sea impedido para elevarse a las cosas celestiales, sino que incluso sea ayudado a ello por todo lo que nos rodea en el medio en que nos movemos. De esta forma, la Palabra de Dios puede estar siempre hablándonos con toda familiaridad.

La parábola del sembrador es suficientemente clara y sencilla (vv. 3–9), pero Cristo mismo se encargó de explicarla, ya que era Él quien mejor conocía su significado: *Vosotros, pues, escuchad la parábola del sembrador* (v. 18). Como si dijese: «Ya habéis escuchado la parábola, pero vamos a repasarla de nuevo». Sólo *cuando* oímos correctamente la Palabra de Dios, y con buena intención, entendemos de veras lo que estamos escuchando. De nada sirve el oír, cuando falta el entender. Es cierto que la gracia de Dios nos da el entender, pero nuestro deber es tener la mente en actitud receptiva. Por consiguiente, comparemos ahora la parábola con la exposición de la misma.

(A) La semilla sembrada es la Palabra de Dios, que aquí se llama *el mensaje del reino* (v. 19); es decir, del reino de los cielos. Esta semilla de la Palabra de Dios parece, a veces, como el grano de trigo, una semilla seca y muerta, pero todo el producto posterior está virtualmente en ella; es una *semilla incorruptible* (1 P. 1:23). El sembrador es todo el que predica la Palabra de Dios; de una manera especial, y en aquellas circunstancias, Jesús mismo (v. 37). Cuando se predica a una multitud, se está sembrando la Palabra; no sabemos dónde cae el grano (cómo es recibido), pero nuestro deber es sembrar buena semilla, sana, limpia y abundante. El motivo principal de que sean pocas las conversiones de gentes que escuchan el Evangelio y de que crezcan poco los creyentes de las congregaciones, es la falta de semilla buena, sana y abundante, como lo reconocía el jesuita portugués Vieyra respecto de su propia Iglesia de Roma.

(B) El terreno donde cae la semilla es el corazón de los oyentes, los cuales están dispuestos de muy diversa manera. El corazón humano es como un terreno capaz de mejora para llevar buen fruto; es una pena que esté descuidado y en barbecho. Pero como pasa con el terreno material, hay algunas clases de ese terreno espiritual que, a pesar del trabajo que se toma el agricultor en trabajarlo y sembrar en él buena semilla, no da el fruto deseado, o lo da poco y malo, mientras que el suelo bueno devuelve con creces el fruto de lo que se ha sembrado. Las diferentes clases de caracteres humanos, y la correspondiente disposición del corazón, están aquí representadas en *cuatro* clases de terreno, de las cuales, *tres* son malas, y *una* buena. El número de los que oyen sin provecho la Palabra de Dios es muy grande, incluso entre los que la oyeron de labios de Cristo mismo.

(a) El terreno de *junto al camino* (vv. 4, 19). Había senderos por entre los campos (12:1), y la semilla que caía allí no penetraba en la tierra y, por consiguiente, venían los pájaros y se la llevaban. Veamos:

Primeramente, qué clase de oyentes son comparados al terreno de *junto al camino: Los que oyen el mensaje del reino, y no lo entienden* (v. 19). No le prestan atención, y así no lo reciben, sino que la semilla resbala sobre la mente de ellos, como dice el refrán, «por un oído les entra, y les sale por el otro»; han venido por curiosidad, por rutina o por acompañar a otros, no con el propósito de sacar provecho; así que, al no atender, no les hace ninguna impresión la Palabra sembrada.

En segundo lugar, por qué no sacan ningún provecho de la predicación: *Viene el Maligno, y arrebata lo que fue sembrado en su corazón.* Tales oyentes, distraídos, poco interesados en lo que oyen, son fácil presa de Satanás, el cual, así como es el gran homicida de las almas, es también el gran ladrón de los sermones. Si no quebrantamos ni siquiera la superficie del terreno en barbecho, y preparamos nuestro corazón para la Palabra, y no la cubrimos luego con la meditación y la oración; si no atendemos con interés a lo que se siembra, somos como el terreno de junto al camino.

(b) El terreno *pedregoso: Otra parte cayó en pedregales* (vv. 5–6); *aquí están representados los oyentes que reciben buenas impresiones de la Palabra, pero estas impresiones son de corta duración* (v. 21). Aquí hemos de considerar:

Primero: Hasta dónde llegaron: (i) *Oyeron la Palabra;* no le volvieron la espalda, ni le cerraron los oídos. Pero el mero oír de la Palabra no nos va a llevar al Cielo. (ii) *La recibieron al momento* (v. 20), la semilla *brotó pronto* (v. 4); surgió a la superficie antes que la que fue sembrada en buen terreno. Los

hipócritas, así como los propensos a las emociones súbitas, son los que, con mucha frecuencia, toman la delantera a los buenos cristianos en las externas demostraciones de profesión cristiana, y parecen tan fervorosos que cuesta trabajo contenerlos. Han recibido la semilla *pronto,* pero sin profundizar en su significado para una vida cristiana consecuente. Cuando se come sin masticar no se puede esperar una buena digestión. (iii) *La reciben con gozo.* Hay muchos que quedan encantados de un buen mensaje, y hasta se deshacen en alabanzas del predicador, pero no sacan ningún provecho de la Palabra. Muchos *degustaron* (cataron con gusto, como un buen vino) *la buena Palabra de Dios* (He. 6:5), pero, enrollado bajo la lengua, había algún vicio al que le habían cobrado demasiado gusto, y eso les hizo escupir lo que habían recibido de la Palabra de Dios. (iiii) La retienen *por algún tiempo* (v. Lc. 8:13). Hay muchos que se sostienen por algún tiempo, Pero no llegan al final; corrían bien, pero algo les paro los pies (v. Gá. 5:7).

Segundo: Cómo fracasaron, para no dar fruto perfecto: *No tenían raíz en sí mismos;* no había firmes convicciones en sus mentes, ni decididas resoluciones en sus corazones. Puede darse el tallo de una profesión donde no hay raíz de convicción. Donde no hay firmeza, no se puede esperar perseverancia, por mucha profesión que se ostente. El elemento vital es la raíz, porque no sólo sirve de alimento, sino también de soporte; por eso, cuesta más arrancar un árbol que derribar una estatua de granito, pues para esto último basta con un agujero en la base y un sencillo movimiento de palanca, mientras que el árbol está firmemente entrañado en la tierra por medio de sus raíces.

Viene el tiempo de la prueba, y todo se queda en nada: *Al venir la aflicción o la persecución por causa de la Palabra, luego tropieza.* Después de ocasiones de bonanza suele venir la tormenta de la persecución, para poner a prueba a los profesantes y mostrar quiénes habían recibido la Palabra con sinceridad, y quiénes no. Todo creyente debe estar preparado para el mal tiempo. Cuando llega el tiempo de la prueba, los que no tenían raíz, se ofenden y tropiezan (gr. *se escandalizan);* primero, discuten *su* propia profesión («esto no es lo que yo esperaba», etc.), y luego la dejan del todo. La aflicción o persecución está aquí representada en *el sol* (v. 6) con su calor intenso, que socarra y agosta (comp. Ap. 7:16); el mismo sol que ablanda la cera endurece el barro; el mismo calor solar que acaricia y sustenta lo que está bien enraizado, marchita y abrasa lo que tiene poca raíz. La prueba sacude a unos, y refuerza a otros (v. Fil. 1:12). Obsérvese cuán deprisa se echaron a perder los representados en este segundo terreno. Una profesión (o «falsa decisión») hecha con poca reflexión, suele ser de corta duración: Se va tan deprisa como vino.

(c) El terreno *espinoso: El que fue sembrado entre espinos* (vv. 7, 22). Este terreno aventajó al primero, pues recibió la semilla; también aventajó al segundo, puesto que echó raíces hondas; pero, en fin de cuentas, tampoco dio fruto, debido a los estorbos que encontró en su crecimiento; las piedras no dejaron que la raíz prosperara; los espinos impidieron que prosperara el fruto.

¿Cuáles fueron estos *espinos que ahogaron,* sofocaron, *la Palabra?* En Lucas 8:14, se nos dice que son de tres clases: preocupaciones, placeres y riquezas. Mateo menciona dos (v. 22):

El afán de este siglo; es decir, las preocupaciones mundanas. La preocupación por el mundo venidero favorece el brotar y el crecer de esta semilla, pero la del mundo presente sólo sirve para ahogarla. Con gran propiedad comparó el Señor los afanes de este mundo con los espinos, puesto que punzan y tienen en vilo a la mente, arañan y lastiman con sus desengaños, y enredan y atan con los lazos de perversas conexiones, hasta que se cauteriza la conciencia (1 Ti. 4:2), y se vuelve insensible a las influencias de la gracia. Por eso, esta clase de terreno *está próxima a ser maldecida y termina por ser quemada* (He. 6:8). Estos espinos ahogan la Palabra de Dios, pues las preocupaciones mundanas son un gran estorbo para el aprovechamiento de la Palabra de Dios y el consiguiente crecimiento espiritual, puesto que chupan la savia que el alma necesita para avivar en sí las cosas divinas. (¡Qué maravillosa lección de Psicología Profunda nos da aquí el Maestro!) La preocupación y congoja por *muchas cosas,* suele ir acompañada del descuido de *la única necesaria* (Lc. 10:41. Nótese la repetición del nombre propio: *«Marta, Marta».* Las 7 veces que eso ocurre en la Biblia; Gn. 22:11; 46:2; Éx. 3:4; 1 S. 3:10; Lc. 10:41; 22:31; Hch. 9:4; comportan, de parte del Señor, una solemne advertencia).

El engaño de las riquezas. Quienes, mediante su habilidad y laboriosidad han amasado una fortuna, están expuestos a un doble peligro: primero, pensar que el acumular riquezas no encierra ningún riesgo; segundo, pensar que las riquezas pueden procurarle a una persona todo lo que necesite y todo lo que apetezca. Ambas suposiciones son falsas; ni las riquezas están exentas de peligro, ni lo consiguen todo, pues los ricos no están exentos de problemas, de aflicciones ni de enfermedades. Poner en las riquezas

toda la confianza equivale a ahogar la semilla de la Palabra de Dios. Oigamos el admirable comentario del gran Crisóstomo: «No dijo el Señor: "el siglo", sino *"el afán del siglo";* ni "la riqueza", sino "*el engaño de la riqueza".* No les echemos, pues, la culpa a las cosas, sino a nuestra dañada intención. Porque posible es ser rico, y no dejarse engañar por la riqueza; y vivir en este siglo, y no dejarse ahogar por las solicitudes del siglo».

(d) El terreno *bueno* (vv. 8, 23): *Una parte cayó en tierra buena, y dio fruto.* No es mera coincidencia, sino lógico resultado y de gran consolación, que la buena semilla dé fruto cuando se encuentra con buen terreno, y no se pierda nada: *éste es el que oye y entiende la Palabra, y da fruto* (vv. 23). ¡Lástima que esta sea una cuarta clase de terreno, pero no una cuarta parte de los que oyen el mensaje de salvación!

Ahora bien, lo que distingue a estos últimos de todos los anteriores es, en una sola palabra, la *fructuosidad* (comp. 2 P. 1:8). No dice el Señor que este terreno no tuviera piedras o espinos, sino que no había nada que fuese un estorbo para impedir el crecimiento o el fruto. El cristiano *espiritual* no es el que está perfectamente libre de los obstáculos y tentaciones que el mundo presenta, sino el que, al asirse fuertemente de la gracia de Dios y del poder del Espíritu, prevalece contra todo, haciéndose fuerte en medio de la natural debilidad (2 Co. 12:9–10).

Los oyentes representados en esta cuarta clase de terreno son:

Primero: Oyentes atentos: *Oyen y entienden la Ppalabra;* no sólo entienden el sentido del mensaje, sino que se interesan en él, de la misma manera que un hombre de negocios pone interés constante en las cosas de su negocio.

Segundo: Oyentes fructíferos: *Dan fruto,* lo cual es una evidencia de su buen entendimiento y de sus firmes convicciones. Damos fruto *cuando* ponemos en práctica la Palabra, y obramos conforme a lo que se nos ha enseñado.

Tercero: Diferentes en cuanto a la cantidad (no a la calidad) del fruto que producen; unos, *a ciento;* otros, *a sesenta; y* otros, *a treinta.* Entre los verdaderos creyentes, unos producen más fruto que otros, o porque recibieron mayores gracias, o porque utilizan mejor las que recibieron; todos los alumnos de Cristo no están en la misma sección. Pero si el suelo es bueno, y el fruto es sano, los que dan el treinta por uno serán benignamente aceptados por Dios, y les será reconocido su fruto como abundante.

Finalmente, Jesús cierra esta parábola con una llamada solemne a prestar atención: *El que tiene oídos para oír, oiga* (v. 9). El sentido del oído en nada se emplea mejor que en oír la Palabra de Dios. Hay personas de oído muy fino para la música, pero no hay mejor melodía que la de la Palabra de Dios: *Tus estatutos son cantares para mí en mi habitación de forastero* (Sal. 119:54). Otras personas están siempre a la caza de *noticias frescas* (Hch. 17:21); pero ¿hay alguna noticia tan sorprendente y regocijante como el Evangelio?

Versículos 24–43

I. Cristo añade otro motivo para hablar en parábolas (vv. 34–35): *Todo esto habló Jesús en parábolas a la gente,* porque no había llegado aún el tiempo en que habían de ser declarados con mayor profundidad y plenitud los misterios del reino. Cristo ensaya todos los métodos posibles para hacer el bien a las almas de los hombres. Cuando éstos no están en disposición de recibir enseñanza clara, la da envuelta en parábolas sencillas, las cuales, además de atraer la atención del auditorio, estimulan a reflexionar. Los mejores profesores, como los mejores libros, no son los que dicen más cosas, sino lo que enseñan al alumno (o al lector) a reflexionar e investigar más por cuenta propia. Con estas parábolas declaraba Cristo a sus oyentes *lo escondido desde la fundación del mundo* (v. 35) o, como dice la cita del Salmo 78:2, *«los arcanos del pasado».* Todavía quedaba, para la era de la Iglesia, una clarificación más abundante (v. Ef. 3:9).

II. Después de explicar la parábola del sembrador, Jesús pasa a referir la parábola de la *cizaña,* que más tarde había de explicar a sus discípulos.

1. Los discípulos le pidieron a Jesús que les explicase esta parábola (v. 36); pero, antes, *Jesús dejó marchar a la gente* (o dejó a la gente). Es de temer que muchos de ellos quedasen tan vacíos de sabiduría como habían llegado. Da pena pensar cuántos son los que se marchan de los sermones con la palabra de la gracia en sus oídos, pero sin la obra de la gracia en su corazón. Cristo *se fue a casa,* no tanto para reposar

como para conversar en privado con sus discípulos. Éstos aprovecharon la oportunidad, y *se acercaron a Él.* Quienes deseen tener sabiduría para cualquier asunto de la vida espiritual, deben ser expertos en discernir y aprovechar las oportunidades, especialmente para tener comunión con el Señor y sacar provecho de Su Palabra. Perdemos, a veces, el beneficio de un buen mensaje por entretenernos después en vanas e inútiles conversaciones. Si, en lugar de eso, hablásemos después en privado sobre el mismo tema con el predicador o con otro hermano, sacaríamos más provecho de la predicación que se hace en público.

La petición de los discípulos al Maestro fue: *Explícanos la parábola de la cizaña del campo.* Esto implica un reconocimiento de su ignorancia, y no les daba vergüenza confesarlo. Los que se percatan de su ignorancia y desean sinceramente aprender más, son los que están bien dispuestos para recibir las enseñanzas de Cristo. Jesús les había explicado la parábola anterior sin que se lo pidieran, pero respecto a esta otra le piden la explicación. Cuando se ha recibido con gusto una primera luz y su gracia consiguiente, se está con hambre de mayor luz y de mayor gracia, y hemos de orar al Señor diariamente para que nos aumente el apetito.

2. Sin más dilación, Cristo les explicó la parábola. El objetivo de esta parábola es poner ante nuestra vista tanto el estado presente como el futuro del reino de los cielos: El cuidado que el Hijo de Dios tiene de que el mensaje de su Palabra sea sembrado en el mundo, y la hostilidad del diablo contra dicha palabra de salvación, a fin de impedir que lleve fruto. (Es una pena que, a partir de Crisóstomo y de Agustín de Hipona principalmente prosperase, no sólo en la Iglesia de Roma, sino entre las iglesias directamente nacidas de la Reforma, la idea de que «el mundo», en esta parábola, significa «la Iglesia» y que, por tanto, buenos y malos, trigo y cizaña, pueden estar hoy juntos en la Iglesia, hasta la separación final. Sería prolijo analizar el inmenso daño que ha producido la idea de esta Iglesia-Estado. Nota del traductor.) En esta era el reino de los cielos no *domina* en la tierra, sino que los que nacen de nuevo son los que *entran en el reino;* en la era futura se hará la separación: *unos saldrán para resurrección de vida, y otros para resurrección de condenación* (Dn. 12:2; Jn. 5:29). Veamos ahora los detalles de la parábola:

(A) *El que siembra buena semilla es el Hijo del Hombre* (v. 37). *El Señor de la cosecha* es también el Gran Sembrador de la Palabra de Dios. Toda buena semilla que hay en el mundo, viene de las manos de Cristo; las verdades que se predican, las gracias que se plantan, las almas que son santificadas, deben su origen y condición a esta semilla de Cristo. Los ministros de Dios son los instrumentos, en las manos de Cristo, para la siembra de la buena semilla.

(B) *El campo es el mundo* (v. 38). No lo pudo decir el Señor más claro. Todo el mundo es el campo, y en todo él quiere Cristo que se siembre la semilla de la verdad (Mr. 16:15), porque *Dios desea que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad* (1 Ti. 2:4). Es de lamentar que, al ser mundo un campo tan grande, sean relativamente muy pocos los que producen buen fruto.

(C) *La buena semilla son los hijos del reino;* no sólo en profesión, como lo eran los judíos por ser el pueblo escogido, y considerarse salvos por ello (8:12), sino en sinceridad y verdad; puede haber espigas que produzcan poco fruto; puede haber granos echados a perder en la misma espiga; pero toda y sola la buena semilla representa a los verdaderos creyentes; estos tienen acceso a los privilegios del reino mesiánico, porque *producen los frutos de él* (21:43).

(D) *La cizaña son los hijos del Maligno* (v. Jn. 8:44; 1 Jn. 3:8, 10; 5:19). Estos son los mundanos, que están bajo el dominio de Satanás, y se parecen tanto al diablo en sus tres pecados (orgullo sin límites, envidia homicida y mentira engañosa), que bien pueden llamarse hijos suyos (ya desde Gn. 3:15). Éstos son cizaña en todas partes, y llegan a introducirse de matute en las iglesias (v. Hch. 8:13, 18, 21; 1 Ti. 4:1 y ss.; 6:5; 2 Ti. 4:3; 2 P. 2:1), y hasta llegan a escalar posiciones de autoridad en ellas, como puede verse por las citas que anteceden; pero un día se manifestará que no todos los que están *con* nosotros son *de los* nuestros (1 Jn. 2:19). (E) *El enemigo que la sembró es el diablo* (v. 39); él es el gran enemigo de la humanidad, ya desde el principio (Gn. 3:1 y ss.), y hace todo el mal que puede, no sólo en el mundo que le está sujeto, sino también entre los hijos de Dios aprovechándose de todo resquicio que se le ofrece (1 P. 5:8 *«dando vueltas»,* para encontrar nuestro punto flaco), de toda debilidad, rencilla, discordia, etc., entre los creyentes, y hasta de todo lo que tiene apariencia de celo y de austeridad; y cuando no puede inducirnos a obrar el mal, trata de impedir por todos los medios el que obremos el bien, lo cual es también *pecado* (Stg. 4:17).

(F) La sembró *mientras dormían los hombres* (v. 25); es decir, por la noche, cuando los hombres se entregan al descanso. Satanás, como todos los malhechores, se aprovecha de las oportunidades cuando no se vigila. Por eso, hay que ser *sobrios y velar,* como dice Pedro (1 P. 5:8). Después de sembrar la cizaña,

el enemigo *se fue,* para que no se supiese quién lo había hecho. Cuanto mayor daño está haciendo el diablo, más trata de pasar inadvertido. Lo terrible es que, para que prospere el mal, basta con sembrar la cizaña e irse, pues el mal se propaga por sí solo; mientras que la buena semilla necesita un cuidado constante para que no se eche a perder. Lo mismo pasa con la fruta: una pera podrida echa a perder las peras sanas del montón, mientras que una pera sana no vuelve sanas a las que están podridas.

(G) *Cuando brotó la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña* (v. 26). Es tan perverso y engañoso el corazón humano, que la maldad logra esconderse durante largo tiempo en personas que parecen buenas y honestas; pero cuando llega el tiempo de la prueba, y no puede mantenerse la máscara de Ia hipocresía, las maneras «corteses» dan paso a la pasión violenta y, por el fruto, se manifiesta el carácter de la persona. «¿Cómo será el corazón de un criminal?—ha dicho un escritor—. He llegado a conocer el de un hombre bueno, y es horrible.» Al aparecer la cizaña dijeron los criados al amo del campo: *Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo?* (v. 27). No hay duda de que el Señor siembra siempre buena semilla (1 Jn. 3:9). Cuando vemos el mal que hay en el mundo, nos vemos tentados a preguntar: *¿De dónde viene esto?* ¿Cómo consiente Dios tanto mal? (v. Job 9:22–24). Cristo responde: *Un enemigo ha hecho esto* (v. 28); *el enemigo que la sembró es el diablo* (v. 39). No echa la culpa a sus siervos. En este mundo, por muy fieles que sean muchos de los ministros de Dios, el mal se extiende y llega a límites inconcebibles, porque *ya está en acción el misterio de la iniquidad* (2 Ts. 2:7). Todo anticristo que surge en el mundo (1 Jn. 2:18), debe su poder y su autoridad al dragón (Ap. 13:3). El diablo y sus huestes son los conductores, tras las bambalinas del teatro del mundo, de los más terribles males que aquejan a la humanidad (v. Ef. 6:11–12). *Es inevitable que haya escándalos* (18:7), aunque los siervos de Dios no tengan la culpa de ello; mucho peor, si ellos son los culpables.

(H) *Los siervos le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos?* (v. 28). Esta es la reacción espontánea de un siervo celoso por ver prosperar el negocio de su amo. ¡Cuántos son los que, a la vista de la maldad reinante, reaccionan de esta manera y emplea una violencia dictatorial con la que, al querer arrancar de cuajo el mal, arrancan también gran cantidad de trigo! Pero Dios no piensa como los hombres (Is. 55:8), sino que *es rico en benignidad, paciencia y longanimidad* (Ro. 2:4), *no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento* (1 Ti. 2:4; 2 P. 3:9). Por eso dice: *No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntas las dos cosas hasta la siega* (vv. 29–30). Dios no envía castigos masivos, porque tendría que estar constantemente haciendo milagros, sino que *hace salir el sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos* (5:45); cuando envía el granizo, no perdona el campo de un creyente entre los campos de los malvados; ya vendrá *la siega* (v. 30), que es *el fin del mundo* (v. 39), y vendrá la separación definitiva y eterna. Esta espera hasta *la siega* final, no puede aplicarse a la disciplina que la Iglesia debe ejercitar con los herejes y pecadores públicos, puesto que *el campo es el mundo, no la Iglesia* como replicaban, con toda razón, los donatistas cuando Agustín de Hipona sostenía, por una falsa exégesis de esta parábola, que los herejes y apóstatas deben ser amonestados dentro de la Iglesia, pero no expulsados de ella.

(I) *Los segadores son los ángeles* (v. 4). Los ángeles, que son siervos del Señor (4:11; 26:53), *son enviados* también, en esta vida, *para servicio a favor de los que van a heredar la salvación* (He. 1:14); pero, al *final del mundo, reunirán a los escogidos* (24:31) para el Cielo, y *recogerán* (nótese en el original el verbo, distinto del de 24:31) a los malos, la cizaña, para echarlos *al horno de fuego* (vv. 41–42, comp. con Ap. 19:20; 20:10), que es el Infierno. Serán antes *atados* juntos (v. 30), para que quienes estuvieron asociados en el pecado, lo estén también en el castigo. El que no sirve para el *granero,* sólo sirve para el *horno; allí será el llanto y el crujir de dientes* (v. 42). Bajo la ira perpetua de Dios, el fuego inextinguible, el remordimiento incurable y la compañía indeseable. ¡Cómo no temerán los hombres al que puede echarles para siempre al Infierno! (10:28). ¿Quiénes irán allá? (v. Ap. 20:10; 21:8).

(J) *El granjero* es el cielo pues allí tienen los escogidos su ciudadanía (Fil. 3:20). Nótese el posesivo *mi* (v. 30), como señal de lugar doméstico (Ap. 21:3, 7), por eso, no se aplica al *horno* del versículo 42 compárese con Apocalipsis 21:8. Todo el trigo de Dios será almacenado en el granero de Dios (v. 1 Co. 15:20–23, 42–49). Allí no estará ya más, como está ahora, expuesto al viento y a la tormenta, al pecado y a la aflicción (Ap. 7:16–17; 21:4). No estará lejos de casa, en el *campo,* sino *en la casa del Padre* (Jn. 14:2), en su *granero.*

En la explicación de la parábola, Cristo pone de relieve esta gloriosa y feliz realidad: *Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre* (v. 43). El supremo honor y la máxima gloria de los justos será participar del resplandor divino que reverberará a través de la lumbrera que es el

Cordero de Dios (Ap. 21:23). Ahora nuestra vida está escondida en Dios (Col. 3:3) por eso, no la ve el mundo; la belleza interior del hijo de Dios está aquí eclipsada, muchas veces, por su pobreza y por la insignificancia de su condición exterior; pero entonces brillarán como el sol que sale desde el fondo de una densa nube. Brillarán *como el sol*, la *luz* más brillante de este mundo. Quienes han sido aquí luz *del mundo*, para gloria de Dios (5:16), serán allí *soles del Cielo*, para su propia gloria (v. Dn. 12:3).

El Salvador concluye, como anteriormente, con la advertencia: *El que tiene oídos para oír, oiga.*

III. A continuación, expone simplemente el Señor la parábola del *grano de mostaza* (vv. 31–32). Tanto esta parábola como la siguiente, con la que guarda mucha semejanza no fueron explicadas por Jesús. Los comentaristas difieren en la explicación, tanto de la una como de la otra, según veremos a continuación. En cuanto a la expansión del reino de los cielos—aquí, a la extensión del Evangelio—, obsérvese:

1. Que, de ordinario, es muy débil y pequeña al principio, *semejante a un grano de mostaza, el cual a la verdad es menor que todas las semillas* (v. 31–32). En muchos lugares, el Evangelio se abre paso como la luz del alba. Los recién convertidos son como *corderitos que hay que llevar en brazos* (Is. 40:11).

2. Que, a pesar de su pequeñez, el grano de mostaza es una semilla al fin y al cabo y, por tanto, tiende a brotar y crecer. También el Evangelio es, al principio, como una semilla insignificante: no está hinchada de filosofía, no requiere alardes de oratoria puede ser predicada y entendida por pobres e iletrados. A los ojos del mundo parece insignificante y despreciable (v. 1 Co. 1:18–31), pero, como la mostaza, tiene un sabor «picante» que produce impacto en la vida entera y responde a las más perentorias necesidades de la persona humana, al par que da las únicas respuestas satisfactorias a los grandes interrogantes de la existencia. Aclara la mente, inflama el corazón y mueve la voluntad a obrar en todo *sobria, justa y piadosamente* (Tit. 2:12).

3. Que, finalmente, llega a crecer tanto, que *se hace árbol, vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas* (v. 32). Gran número de exegetas opinan que la parábola representa el crecimiento normal de la Iglesia en el mundo, hasta llegar a alcanzar vastas proporciones; en este caso, *las aves del cielo* vendrían a ser—según los antiguos comentaristas—los santos y sabios doctores que la Iglesia ha engendrado. Otros exegetas, sin embargo, ven en este crecimiento desmesurado un fenómeno de «gigantismo»—como lo llama Alfred Kuen—, por el que el cristianismo llegó a degenerar en una *Iglesia de multitudes* pero no de verdaderos creyentes; en este caso, *las aves del cielo* son las mismas del versículo 4. Esto habría tenido lugar especialmente a partir del edicto constantiniano del año 313.

IV. Emparejada con la anterior el Señor expone—también sin explicarla—la parábola de la *levadura* (v. 33). Así como la parábola del grano de mostaza tiene que ver con la cantidad (extensión del Evangelio), la de la levadura dice relación a la *calidad* de la masa permeada por ella. Como en la anterior, también en la interpretación de esta parábola, difieren diametralmente los exegetas. Tres detalles son dignos de consideración:

1. La *levadura* es interpretada por muchos como una fuerza penetrante, que todo lo invade, todo lo transforma (4:26), lo revoluciona (Hch. 17:6). Así penetró el Evangelio en todas las mentes, en todas las instituciones, en todos los lugares del Imperio Romano: «Os hemos dejado los templos solos»—gritaba Tertuliano a los gentiles—. Un puñado de iletrados pescadores, con la palabra del Evangelio y el poder del Espíritu, conquistaron el mundo para Cristo, sin armas, sin elocuencia y sin dinero. Es una fuerza que obra de dentro afuera, y transforma al individuo al efectuar en él un cambio sustancial que afecta a todas las esferas de la vida. Y, de la misma manera que cuando el pan está leudado, se mete en horno para cocerlo, así también cuando el creyente está a punto, suele entrar en el horno de la aflicción para ser un pan apto para la mesa del Señor. Sin embargo, otros exegetas hacen ver que la levadura, en la Biblia, sin una sola excepción, es símbolo de corrupción y tiene que ver con el pecado cuando se usa en algún sacrificio. La idea del creyente como *pan leudado* es totalmente contraria a la enseñanza del Nuevo Testamento (16:6–12; Mr. 8:15; 1 Co. 5:6–7; Gá. 5:9).

2. La *mujer*, según el grupo de exegetas aludido en primer lugar, aparece aquí simplemente por el hecho de ser ella quien se ocupa en la faena de preparar el pan, sin más significación. Por eso, en el sentido espiritual, esta labor de fermentar la masa con la levadura del Evangelio sería de competencia

especial de los pastores y predicadores del Evangelio. El segundo grupo de exegetas ven en la mujer un símbolo siniestro (v. Zac. 5:7–8; Ap. 2:20 y ss.; 17:1 y ss.).

3. Las *tres medidas de harina,* en las que la levadura fue introducida, son para el primer grupo de exegetas una cantidad considerable, equivalente a un efá, según la costumbre de cocer de una vez el pan suficiente para varios días (v. Gn. 18:6). En sentido espiritual, esta levadura representa la Palabra de Dios escondida en el interior del corazón, para impregnarlo de devoción mediante la meditación amorosa (Lc. 2:51). El segundo grupo de exegetas hace ver la coincidencia de estas *tres* medidas con el siniestro sentido que Jesús da a la levadura como *doctrina* de las tres clases de opositores del Evangelio: los fariseos, los saduceos y los herodianos (v. 16:6–12; Mr. 8:15). ¿Cuál era la doctrina específica de estos tres grupos? La tradición, la especulación y la mundanidad respectivamente. Curiosamente, hay un paralelo sorprendente en Colosenses 2:8. ¿Y no son precisamente la tradición, la filosofía y la mundanidad las tres medidas que han leudado el cristianismo oficial hasta corromperlo? Basta con una rápida ojeada a la historia de la Iglesia.

Versículos 44–52

I. A continuación de la explicación que Jesús hace de la parábola de la cizaña, despedida la gente y a solas en casa con sus discípulos (con toda probabilidad, sólo los Doce), Jesús expone otras dos parábolas emparejadas como las anteriores; la única diferencia entre las dos es que el hombre de la primera *encuentra* accidentalmente el tesoro, mientras que el de la segunda *busca* perlas finas; en el primer caso, se trata de un trabajador (propietario o jornalero); en el segundo, de un mercader de perlas. Ambas parábolas admiten una doble interpretación: primera, el hombre de ambas es Cristo, quien de tal forma nos estimó, que dio todo cuanto tenía, incluida la vida por comprarnos o redimirnos (volvernos a comprar); de esta idea hay numerosos ejemplos en el Nuevo Testamento (por ej. 1 Co. 6:20; 7:23; 1 P. 1:18–19; 2 P. 2:1). Dos ilustraciones muy convenientes para iluminar esta idea son las siguientes: La primera—muy conocida—es la del niño que hizo un barquito de madera y lo perdió después en el río; lo encontró más tarde en una tienda y cuando llegó a reunir suficiente dinero para comprarlo, lo «redimió» y dijo: ahora eres mío doblemente: porque te *hice* y te *compré.* La segunda—menos conocida—es el caso realmente sucedido en la corte de Versalles, donde, de noche y en un pasillo oscuro un embajador de España perdió una moneda de diez céntimos. Para encontrarla, encendió un billete de mil pesetas (único combustible o luz de que disponía); cuando un colega le reprochó la locura de tal proceder, replicó quijotescamente: El billete no lleva la imagen de mi rey, pero la moneda sí, y no consiento que nadie la pise. Por baja que haya descendido una persona humana, todavía quedan en ella rasgos de la imagen divina, y no podemos estimar en poco lo que Dios estimó tanto, que entregó a la muerte de cruz a Su propio y único Hijo, para rescatarla del abismo de perdición. La segunda interpretación es la tradicional, que damos a continuación. Hasta ahora, Cristo había comparado el reino de los cielos a cosas pequeñas, pero ahora lo compara a dos cosas de gran valor:

1. *A un tesoro escondido en un campo,* de tal valor, que quien lo encuentra, vende todo lo que tiene por adquirirlo.

(A) Parece lo más natural que el tesoro escondido es la bendición que supone servir a Cristo y ser súbdito del reino de los cielos. Este tesoro como el agua viva del pozo de Jacob (en sentido espiritual) está escondido a los ojos de la carne, pero aquellos cuyos ojos espirituales han sido iluminados por el Espíritu Santo (Ef. 1:18), ven el tesoro (Jn. 3:3) y se apresuran a adquirirlo. No está escondido en un huerto *cerrado,* sino en un campo. Allí está esta mina de oro, todo el que quiera puede llegarse a ella y sacar provecho, con tal que vaya por el camino recto y emplee el método correcto.

(B) Gran cosa es descubrir este tesoro y el inmenso valor que encierra. Las minas mejores se encuentran con frecuencia bajo terrenos que parecen estériles al exterior. Para los inconversos, la Biblia es un libro más. Pero quienes se llegan a la Escritura con las debidas disposiciones, encuentran en ella un tesoro inagotable: Cristo y la vida eterna (Jn. 5:39).

(C) Quienes disciernen bien el valor de este tesoro, no paran hasta que lo han conseguido. Llenos de alegría, pagan cualquier precio por tenerlo. En comparación con él, todo lo demás no tiene valor alguno (comp. Cnt. 8:7b). Por eso dice Pablo: *Cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo … por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura* (lit.

desperdicios), para ganar a Cristo (Fil. 3:7–8). No es de extrañar que el gran Apóstol corriera como un campeón olímpico para obtener la mejor marca (1 Co. 9:24–27; Fil. 3:13–14). Al precio que está el oro en el mercado de divisas, y desde un punto de vista material, supongamos que a una persona le regalan todo el oro que pueda sacar de una mina en dos horas; ¿podemos pensar que esta persona se quedaría de brazos cruzados, viendo como pasaba el tiempo? Lo tendrían por loco. ¿Y no es mayor locura dejar pasar las oportunidades de hacer acopio de ese tesoro que se acumula en el Cielo? (6:19–20).

2. A *una perla de gran valor* (vv. 45–46).

(A) Los hijos de los hombres se afanan por hallar objetos que consideran de valor: riquezas, honores, conocimientos científicos o artísticos; pero la mayoría son malos *mercaderes* y toman por oro lo que es oropel, y por original lo que es imitación. Hay una fascinación peculiar en las trivialidades vacías de lo material, de lo presente, de lo cotidiano, que no deja percibir la realidad verdaderamente valiosa de *las cosas que no se ven* (2 Co. 4:18).

(B) Jesucristo es una perla de valor infinito; teniéndole a Él se tiene todo lo que posee algún valor pues *en Él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento* (Col. 2:3) *en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y nosotros estamos completos en Él* (Col. 2:9–10). *Todo Él es un encanto* (Cnt. 5:16); *para los creyentes, de gran valor* (1 P. 2:7).

(C) Un verdadero creyente es un *mercader* espiritual, que busca y halla la gran perla de la gracia; y el que desea ser espiritualmente rico, trata de comerciar con sabiduría y diligencia. El Cielo es un lugar de comunión con Dios (Ap. 21:3) y de descanso (Ap. 14:13), pero también de servicio y de reinado (Ap. 22:3, 5) por los siglos de los siglos; si podemos ser multimillonarios de esas riquezas eternas, ¿nos contentaremos con una herencia raquítica, estrecha y vergonzante? (v. 2 P. 1:11; 1 Jn. 2:28). Es un error frecuente, y funesto, creer que todos los creyentes disfrutarán de la misma gloria en el Cielo. Toda la porción de 2 Pedro 1:3–15 tiende a inculcar fuertemente en la mente del creyente que *la gloria eterna de cada uno ha de corresponder al nivel del conocimiento experimental de nuestro Señor Jesucristo, adquirido durante la vida presente.*

(D) Quienes han comprendido bien el valor de esta *perla,* estarán prestos a dejarlo todo para seguir a Cristo. No a todos les pide Dios que lo dejen todo para seguir a Cristo (19:21 27, comp. con Lc. 19:8–9), pero a todos les pide la disposición para hacerlo (10:37–39; 16:24). Cualquiera puede quedar perplejo ante el precio que se le pida por una joya, pero esta *perla* del reino de los cielos no tiene precio.

II. La parábola de la *red,* que cierra todo el grupo de siete del presente capítulo, y fue explicada por el Señor (vv. 47–49).

1. Exposición de la parábola. El mundo es como un vasto océano. La predicación del Evangelio es semejante al echar una gran red al mar. Esta red es muy grande y, por ello, *recoge peces de toda clase;* el sentido de la parábola no es de que se recojan peces de todas las especies, sino de toda clase de calidad: unos son buenos, otros son malos; unos son mejores que otros; otros son peores que otros. Como ya se dijo en la parábola de la cizaña, se han equivocado (y se equivocan) todos los comentaristas que opinan que el mar es el mundo, pero que la red es la Iglesia. Sin embargo, no cabe duda de que hay algún aspecto distinto de los que ofrece la parábola de la cizaña, aunque ambas llevan la misma intención; por ejemplo, en la de la cizaña, se pone de relieve la mezcla actual de buenos y malos en el mundo; en la de la red, la separación final, hecha cuidadosamente *(sentados);* en la de la cizaña, la mezcla es atribuida a la acción del Maligno; en la de la red, a la disposición *corrompida* de los peces malos. El hecho de que también estos entren en la red, nos advierte del hecho frecuente de los falsos profesantes; no todos los que entran por las puertas de las iglesias locales (menos todavía, los que toman una «decisión» precipitada), son *peces* buenos. Podría todavía añadirse que en el mar quedan otros peces buenos, que no entran en dicha red, pero eso iría claramente contra el contexto de la exposición y, especialmente, contra la explicación que Jesús hizo de la parábola.

2. Explicación de la parábola. Así *será en el fin del mundo* (v. 49); este es *el tiempo de la siega* en versículo 30. Entonces se hará la separación de buenos y malos. El versículo 50 repite la suerte destinada a los malos, enteramente igual que en el versículo 42, y toma de allí la clase de castigo que espera a los malos; aun cuando la figura representa mejor lo que se hace con la cizaña, la realidad del castigo es la misma en ambas parábolas, y por eso el Señor habla del *horno de fuego* aquí, a pesar de que los peces malos son simplemente *tirados* (v. 48).

III. Al final como epifonema de todo el discurso, el Señor propone un símil (no parábola), en el que compara al *experto oyente* con un fiel y competente *amo de casa* (vv. 51–52). Es de notar que la frase: *les dijo Jesús,* así como el título: *Señor* (v. 51) no aparecen en el original, pero suelen añadirse en las versiones, a fin de completar el sentido del texto.

1. Después de la explicación que Jesús hizo de las principales parábolas de este capítulo, preguntó a los discípulos si *habían entendido estas cosas,* a lo que ellos respondieron afirmativamente. No hay por qué suponer que las entendiesen hasta agotar su significado. La Palabra de Dios es tan rica y profunda que, por mucho que de ella se saque, nunca se agota; pero habían captado lo principal en cada caso. Es voluntad de Cristo que todos los que leen y oyen la Escritura, la entiendan y saquen provecho espiritual de ella, de lo contrario, de nada les serviría leerla y estudiarla. La respuesta afirmativa de los discípulos, después de la explicación que espontáneamente les había ofrecido de la primera parábola (vv. 18 y ss.) y de la que les dio a petición de ellos (v. 36) de la de la cizaña, nos sugiere que estas parábolas servían como de «clave» para interpretar las demás. Las verdades divinas se explican mutuamente; por eso, un conocimiento progresivo de toda la Biblia ayuda a entender cada vez mejor las porciones particulares de ella.

2. El objetivo de este símil fue dar su aprobación a la atención que los discípulos le habían prestado en la exposición de las parábolas. Jesús está siempre deseoso de animar a los alumnos voluntariosos de su escuela, aunque sean débiles, y a decirles: *¡Bien dicho! ¡Bien hecho!*

(A) Jesús viene a compararles a un *escriba bien adoctrinado del reino de los cielos* (v. 52). Estaban aprendiendo ahora, para poder enseñar después. Quienes han de instruir a otros, necesitan aprender antes ellos mismos (1 Ti. 3:2; 2 Ti. 2:24). La instrucción de un ministro del Señor ha de ser *en el reino de los cielos;* sin esta instrucción, todo otro conocimiento sólo sirve para *hinchar* (1 Co. 8:1, lit.). Sólo con esta instrucción, será capaz de instruir correctamente a otros.

(B) Los compara a un buen *amo de casa que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas;* es decir, no sólo las verdades del Antiguo Testamento y las del Nuevo, sino también nuevos métodos de exposición y de aplicación de las mismas verdades. Todo maestro experto en su materia, va haciendo acopio de conocimientos en la medida que estudia lo que otros han dicho y reflexiona por cuenta propia sobre el tema. Se ha dicho, con bastante razón, que «de todo lo que decimos y escribimos el 10% es por *inspiración,* y el 90% restante es por *transpiración*». Ello depende del talento e imaginación de cada uno, pero lo cierto es que, quien se esmere en procurarse un buen tesoro de comentarios e ilustraciones, recogerá una rica cosecha de información y experiencia, que le ayuden a *trazar rectamente la palabra de verdad* (2 Ti. 2:15). Ese es el modo de adquirir una formación bíblica para equilibrar y equipar bien al hombre de Dios (2 Ti. 3:17). No es suficiente con *atesorar,* es preciso *sacar;* el tesoro *se recibe para el provecho de la iglesia* (1 Co. 12:7). Así lo hizo el mismo Señor Jesucristo (Jn. 15:15). La enseñanza, como el aprendizaje, son completos cuando se *vive* lo que se aprende y enseña (Jn. 13:17).

Versículos 53–58

Jesús entre sus paisanos. Le habían rechazado antes, pero vuelve otra vez. Cristo no vuelve la espalda para siempre a quienes le rechazan una vez, sino que repite sus ofertas a quienes le han rechazado muchas veces. Tenía un afecto especial divino y humano, a su propia patria (Jn. 1:11). El tratamiento que ahora recibió fue similar al anterior. Veamos:

I. Cómo expresaron el desprecio que sentían hacia Él: *Les enseñaba en la sinagoga de ellos, de tal manera que se quedaban asombrados;* no maravillados de sus divinas enseñanzas, sino asombrados de que se atreviera a enseñar en público. Dos cosas le echaban en cara:

1. Su falta de educación académica. No podían menos de reconocer que era sabio para enseñar y poderoso para obrar milagros, pero la pregunta era: *¿De dónde le viene todo esto?* (v. 56). Nótese cómo las personas viles, llenas de celos y prejuicios, están siempre prestas a juzgar a otros, no por su sabiduría, sino por sus títulos académicos, no por sus razones, sino por su alcurnia y posición social: *¿De dónde tiene este esta sabiduría y estos prodigios?* (v. 54). Si no hubiesen estado voluntariamente ciegos, habrían inferido que, al dar tan extraordinarias pruebas de sabiduría y de poder, sin la ayuda de una educación académica, había sido dotado y comisionado por Dios para ello.

2. La baja condición social de su parentela (vv. 55–56). Le echan en cara el oficio de su padre legal: *¿No es éste el hijo del carpintero?* ¿Y qué tenía eso de deshonroso? No tenía por qué avergonzarse de ser hijo de un honrado menestral. Este carpintero era *de la casa de David* (Lc. 1:27), *hijo de David* (1:20), aunque carpintero, era de noble linaje. Aquellos espíritus sórdidos no tenían ninguna consideración con la rama o raíz familiar ni siquiera con *la vara del tronco de Isaí* (Is. 11:1), a no ser que fuese la rama más alta. Le echaban también en cara la condición modesta de su madre: *¿No se llama su madre María?* Sí, es cierto que era un nombre bastante común, y todos sabían que era una mujer modesta y humilde (v. Lc. 1:48) pero esto no era ningún desdoro, pues los seres humanos no se miden por sus títulos espléndidos, ni por su exterior pomposo, sino por la santidad de su vida y la nobleza de su carácter. También le echaban en cara la condición de sus hermanos y hermanas, cuyos nombres conocían bien y, por su condición modesta, los despreciaban y a Jesús también por tener tales familiares. (Para la discusión sobre el término «hermanos», no conozco nada tan claro y convincente como el comentario de J. A. Broadus a los vv. 55 y 56.—Nota del traductor). *Y se escandalizaban de Él,* cuando debían apreciarle más y estar orgullosos de Él, por ser paisano de ellos y poseer tales cualidades.

II. Cómo se resintió Él de este desprecio (vv. 57–58).

1. No se perturbó por eso su corazón, sino que, con toda mansedumbre, les aplicó el proverbio corriente sacado de la conducta ordinaria de los hombres, de la poca estima en que son tenidos en su propia patria chica, y aun entre sus parientes (v. Mr. 6:4), muchas personas que, por otro lado, poseen excelentes cualidades: *No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su casa* (v. Jn. 7:5). Los verdaderos profetas y los hombres de Dios habrían de tener el honor que les corresponde. Sin embargo, no es corriente que sean tenidos en gran estima entre sus paisanos, a no ser que de ellos esperen grandes favores. La familiaridad engendra desprecio, y la envidia misma hace que se tienda a destacar los aspectos débiles—en cualquier terreno—de la persona menospreciada. Alguien escribió hace mucho: «No hay hombre grande para su ayuda de cámara».

2. Este desprecio ató de alguna manera (podemos decirlo con toda reverencia) sus manos: *Y no hizo allí muchos milagros a causa de la incredulidad de ellos* (v. 58). La incredulidad es el gran obstáculo que obstruye los canales de la divina gracia, como pasó aquí con los milagros de Cristo. De lo cual podemos deducir que si no se producen en nosotros efectos poderosos, no es por falta de poder en la gracia de Cristo, sino por falta de fe en nosotros.

CAPÍTULO 14

Cuatro episodios se nos refieren en este capítulo: La prisión y muerte de Juan el Bautista; la milagrosa alimentación de los cinco mil, el llegarse a los discípulos, durante una tormenta andando sobre las olas; y la curación de muchos enfermos con sólo tocar el borde de su manto.

Versículos 1–12

Tenemos primero la historia del martirio del Bautista.

I. La razón por la que se refiere aquí este episodio (vv. 1–2).

1. El informe llegado a Herodes acerca de los milagros que Cristo obraba. Herodes el tetrarca de Galilea (Lc. 3:1) *oyó la fama de Jesús.* Precisamente cuando sus paisanos le despreciaban a causa de su modesto origen y la oscura condición de su parentela comenzó Jesús a ser famoso en la corte del tetrarca. El Evangelio como el mar, gana en una orilla lo que pierde en otra. Parece ser que Herodes no había oído de Él hasta ahora, y sólo *oyó la fama de Él* no a Él mismo. Es una desgracia para los magnates del mundo que, en su mayor parte, estén privados de las oportunidades de oír las cosas más importantes (1 Co. 2:8).

2. La suposición que Herodes dedujo de lo que oyó: *Dijo a sus servidores: Éste es Juan el Bautista; ha resucitado de los muertos* (v. 2). Juan *no hizo* en su vida *ningún milagro* (Jn. 10:41); pero Herodes

dedujo que al ser Juan resucitado de los muertos, había sido investido de un poder mayor que el que poseía cuando estaba vivo. Respecto a Herodes obsérvese aquí:

(A) Qué decepcionado quedó al ver que no había conseguido lo que pretendía cuando mandó decapitar a Juan. Pensaba que podía desentenderse de un individuo molesto, para continuar en su pecado sin que nadie se lo reprochase; pero, tan pronto como eliminó aquel obstáculo, oyó la fama de Jesús que predicaba la misma doctrina de pureza y dominio propio que Juan predicaba (comp. Hch. 24:35). Los ministros del Evangelio pueden ser silenciados, encarcelados, exiliados y ejecutados, pero la Palabra de Dios no puede ser silenciada. A veces, como el ave Fénix, Dios levanta fieles ministros suyos de las cenizas de otros.

(B) Qué atemorizado quedó con el remordimiento de su propia conciencia: Al *que yo decapité* (Mr. 6:10; Lc. 9:9). Una conciencia culpable sugiere los terrores más inverosímiles y como el vértice de un remolino, atrae y reúne todo cuanto está dentro de su radio de acción. Así *huye el impío sin que nadie lo persiga* (Pr. 28:1). [Este es el *leit-motiv* de *Crimen y castigo,* de Dostoievski.—Nota del traductor—.]

(C) Qué endurecido quedó en su pecado, a pesar de todo. Aunque siente las punzadas de la conciencia, no por eso se arrepiente de haber decapitado a Juan. Los demonios creen y tiemblan (Stg. 2:19), pero no se arrepienten *según* Dios (2 Co. 7:10).

II. El relato mismo del encarcelamiento y de la ejecución del Bautista. Si así fue tratado el Precursor de Cristo no esperemos que los seguidores de Cristo vayan a recibir caricias del mundo.

1. Vemos primero la fidelidad de Juan al reprender a Herodes (vv. 3–4). Herodes había sido uno de los oyentes de Juan (Mr. 6:20). Por eso, podía Juan atreverse a reprenderle. El pecado específico del que le reprendía era la unión ilegítima de Herodes con la mujer de su hermano Felipe, cuando vivía todavía este. Por este crimen, Juan le decía: *No te es lícito tenerla* (v. 4). Lo que, de acuerdo con la ley de Dios, es ilícito para el vulgo, lo es también para los reyes y magnates, por poderosos que sean. No hay potentado ni emperador que tenga la prerrogativa de poder quebrantar las leyes divinas. Y cuando los dictadores de este mundo las quebrantan, es menester que los ministros de Dios se lo hagan saber, con todo respeto pero también con toda firmeza.

2. El encarcelamiento de Juan a causa de su fidelidad a Dios: *Herodes había prendido a Juan, y le había encadenado y metido en la cárcel* (v. 3); en parte para vengarse de él personalmente, y en parte por complacer a Herodías. Los reproches fieles, cuando no aprovechan, suelen provocar a mayores pecados. No es, pues, cosa nueva el que los ministros fieles de Dios sufran por hacer el bien. Quienes son los más fieles y diligentes en el cumplimiento de su deber, son también los más expuestos a la aflicción y al mal trato por parte de otros.

3. Lo que había frenado a Herodes en su prisa por deshacerse de Juan (v. 5).

(A) *Quería matarle.* Quizá no era esa su intención cuando lo encarceló, pero los continuos reproches de Juan le llevarían, sin duda, poco a poco, a dar salida violenta a lo que estaba bullendo en su corazón perverso.

(B) Lo que impedía a Herodes deshacerse cuanto antes de Juan era que *temió al pueblo, porque tenían a Juan por profeta.* No es porque temiese a Dios (de lo contrario, no habría encarcelado a Juan, sino que habría devuelto a su hermano la mujer), ni porque temiese a Juan, sino porque temía al pueblo; era un temor nacido del miedo a perder su seguridad personal. También los tiranos tienen sus temores (recuérdese lo de la espada de Damocles, bien expresiva del miedo que asediaba al tirano Dionisio de Siracusa). Por muy altos que estén colocados los malvados, nunca escapan del temor al atentado, aunque se rodeen de guardaespaldas y viajen en coches blindados. Sólo quien teme de veras a Dios, puede perder el temor a los hombres. Cuando los tiranos (y todos los perversos) refrenan en algo su tiranía, no es sino por intereses temporales: por temor a perder su posición, su poder o su vida, no por temor de Dios. El mal que los tales presienten o imaginan no es el mal de la *culpa,* el cual induce a creer y arrepentirse, sino el mal de la *pena,* el cual induce a temer y remorderse. Es «la contrición del patibulario»—como definía Lutero a la llamada «atrición»—. Por eso, los hombres temen ser *colgados* por aquello que no les induce a temer ser *condenados.*

4. La coyuntura que precipitó la ejecución de Juan (vv. 6 y ss.). Las aflicciones del Bautista se acabaron, no mediante su liberación de la cárcel en que se encontraba, sino mediante su ejecución súbita. Herodías, con la sed implacable de venganza (que confiere peculiar constancia y virulencia a la pasión femenina) contra el fiel profeta de Dios, no veía satisfecha su sed de vampiresa sino con la sangre de

Juan. Cuanto más profunda es la pasión carnal, tanto más temible es su explosión ante el detonante del reproche. Herodías se las arregló para tramar la muerte del Bautista de una manera tan astuta y taimada, que no sufriese menoscabo el prestigio de Herodes ni hubiese peligro de que se alborotase el pueblo.

(A) La ocasión se presentó en *el cumpleaños de Herodes* (v. 6). Con motivo de tan solemne fecha, era cosa muy apropiada que la hija de la reina mostrase sus dotes de bailarina delante del rey y de sus invitados. A tal señor, tal honor. La danza agradó al monarca y a sus convidados (v. Mr. 6:22). No hay duda de que todos ellos estaban más que alegres por el vino generoso del monarca y sus ojos voluptuosos se recrearían con las contorsiones propias de las danzas orientales.

(B) Con la imprudencia y la verbosidad propias del ebrio (comp. Mr. 6:23 con Est. 7:2), Herodes se precipitó locamente a prometer a la muchacha *cualquier cosa que pidiese* (v. 7), comprometiéndose a ello *con juramento.* Con este acto de imprudente extravagancia, contrajo—según se lo dictaba su propio prestigio—una obligación cuyas consecuencias no podía prever, ofuscado como estaba en aquel momento.

(C) La muchacha, instigada *por su madre* (v. 8), aprovechó la ocasión para hacer la más sangrienta de las demandas: *la cabeza de Juan el Bautista.* ¡Cuán triste es el caso de los hijos a quienes sus padres sirven de consejeros para obrar perversamente!

Habiéndole cumplido Herodes su promesa, y siguiendo las instrucciones de su madre la muchacha pidió a Herodes *que le diera en un plato la cabeza de Juan el Bautista* (v. 8). Juan va a ser decapitado; esa es la muerte con que iba a glorificar a Dios (comp. Jn. 21:19). No era bastante con decapitarlo. Herodías no se conforma con la venganza; quiere satisfacer también su imaginación: hay que llevarle la cabeza en un plato (v. 11), servida con sangre. Esto será también suficiente recompensa por la danza de la muchacha.

(D) Herodes se apenó por la petición, pero le concedió lo que quería: *El rey se entristeció; pero en atención a los juramentos y a los que estaban con él a la mesa, mandó que se la diesen* (v. 9). *El rey se entristeció.* Algunas personas pecan con tristeza, sin entristecerse de veras por su pecado; parece que se resisten a pecar, pero continúan pecando. Aquí tenemos un crimen cometido con tristeza, bajo capa de mantenerse fiel a un juramento. Pero un juramento imprudente no puede justificar un cumplimiento perverso (comp. Jue. 11:39). Nadie puede sentirse obligado a cometer un pecado, cuando Dios obliga tan fuertemente a todos a no cometer pecado. Pero no fue sólo el cumplimiento del juramento lo que indujo a Herodes a mandar decapitar a Juan, sino también *en atención a los que estaban con él a la mesa.* Un falso pundonor significa para muchos más que un caso de conciencia. En realidad, había mala voluntad contra Juan de parte de Herodes; de no ser así, fácilmente habría encontrado alguna evasiva para no cumplir tan bárbara orden: *mandó que se la diesen.*

(E) Inmediatamente, tuvo lugar la ejecución. *Y envió a decapitar a Juan en la cárcel* (v. 10). La orden era urgente, para satisfacer a Herodías, y la ejecución se llevó a cabo, no en el lugar de costumbre, sino en la prisión misma, por temor a un tumulto popular. Gran cantidad de sangre inocente, de sangre de mártires, ha sido vertida en lugares ocultos a la vista de la gente. Así fue silenciada *la voz,* y extinguida *la antorcha que ardía y brillaba,* aunque su sangre siguió clamando y su luz todavía nos alumbra con su ejemplo; el gran profeta con espíritu de Elías cayó sacrificado a la venganza de una mujer imperiosa y adúltera.

5. La sepultura de los restos mortales de este gran santo y mártir.

(A) Tan pronto como los discípulos de Juan se enteraron de lo sucedido, fueron a recoger el cadáver y lo enterraron (v. 12). A los fieles siervos del Señor, no sólo se les debe respeto cuando viven, sino también después de muertos; respeto a sus cadáveres y a su memoria.

(B) Luego, *fueron a comunicárselo a Jesús* no tanto para que huyera de allí como para recibir de Él consuelo y con toda probabilidad, pedirle que les admitiera como discípulos. Este había sido siempre el anhelo de Juan: atraer las almas a Cristo, no a sí mismo (Jn. 3:25–30). Como dice Agustín, al tomar al pie de la letra Juan 3:30: «Hasta en la muerte menguó Juan, mientras que Cristo crecía, ya que Juan fue decapitado; Cristo, levantado en la cruz». El brillo de Juan no se oscureció con la aparición de Jesús en público, sino que, como dice bellamente Belfrage «Juan en su ministerio no fue como la estrella de la tarde, que se pierde en las tinieblas de la noche, sino como la estrella de la mañana que se pierde de vista en la claridad del día». De los discípulos de Juan, hemos de aprender a acudir con nuestras cuitas a Jesús; será un gran alivio para nuestro corazón afligido descargar nuestro peso en el regazo de un amigo en quien podemos depositar toda nuestra confianza. Cuando los pastores subalternos son heridos las ovejas

no tienen necesidad de dispersarse mientras poseen al Gran Pastor de las ovejas (1 P. 2:25, 5:4) al que siempre pueden acudir ya que siempre es el mismo (He. 13:8, 20). A veces, ciertos consuelos que para nosotros tienen gran valor, nos son retirados precisamente porque se *interponen* entre nosotros y Cristo, y tienden a llevarse el amor y la estima que son debidos a Cristo solamente. Es preferible ser atraído hacia Cristo por la aflicción y la necesidad que ser apartado de Él por la abundancia y el bienestar.

Versículos 13–21

Esta porción, referente al milagro que Cristo llevó a cabo al alimentar con cinco panes y dos peces a cinco mil hombres, es narrada por los cuatro Evangelistas.

I. La gran afluencia de las multitudes a Cristo, cuando Él *se retiró a un lugar desierto, a solas* (v. 13). Se retiró al tener noticia, más que de la muerte de Juan, de lo que Herodes pensaba sobre Él mismo: *Éste es Juan el Bautista, resucitado de entre los muertos.* En horas de peligro, si Dios abre una puerta de escape, es lícito huir para salvar la vida, a no ser que Dios nos llame de una manera particular a exponerla. *Se retiró en una barca; y cuando la gente lo oyó, le siguió a pie desde las ciudades.* Parecía que, después del martirio de Juan, a Cristo le seguía más gente que antes. A veces, los sufrimientos de los santos tienen por objeto la extensión del Evangelio (Fil. 1:12). En este sentido, decía Tertuliano: «La sangre de los mártires es semilla de cristianos». Cuando se nos impide el acceso a Cristo y a su Palabra, es mejor ir en su seguimiento a toda costa, aunque la carne y la sangre nos susurren lo contrario. La sola presencia de Cristo y de su Evangelio hacen que el desierto mismo resulte, no sólo tolerable, sino deseable, pues convierten el desierto en un Edén.

II. La tierna compasión de nuestro Señor Jesucristo hacia quienes de tal modo le seguían (v. 14). Se fue hacia ellos y se presentó públicamente entre ellos. Salió de su retiro tan pronto como vio gente deseosa de oírle, como quien está presto no sólo a perder el descanso de la soledad, sino a exponer su vida, por el bien de las almas. *Vio una gran multitud, y se compadeció* (lit. *se le enternecieron las entrañas) de ellos.* La vista de una gran multitud necesitada mueve justamente a compasión, y nadie aventaja a Cristo en esta compasión por los hombres. Y no sólo tuvo compasión de ellos, sino que vino en su ayuda: *muchos de ellos estaban enfermos, y los sanó;* poco después, los vio hambrientos, y *los alimentó.*

III. La sugerencia de los discípulos de que despidiera a la multitud, y la negativa de Cristo a hacerlo así. Pensaban ellos que ya era bastante el trabajo que se había tomado aquel día, y que ya era hora de que cada uno se marchase a su casa. Los discípulos de Cristo se muestran con frecuencia más cautelosos de mostrar su discreción que de mostrar su celo. Cristo no se avino a despedirlos, hambrientos como estaban, sino que ordenó a sus discípulos que les proporcionasen alimento. Cristo siempre mostró hacia las multitudes mayor ternura que sus discípulos. Veamos, sino cuán tardo se mostró a dejarlos partir: *No tienen necesidad de irse.* Cristo no es como los reyes y magnates de la tierra, que tienen contados los minutos para sus audiencias sino que, *a todo el que se allega a Él, de ningún modo lo echa fuera* (Jn. 6:37).

Y como la necesidad no reconoce ley, si están hambrientos no se les debe despedir, sino *darles de comer* (v. 16). *El Señor es para el cuerpo* (1. Co. 6:13), porque es la obra de sus manos y parte de su redención obtenida; Él mismo estuvo revestido de un cuerpo semejante al nuestro, para animarnos a depender de Él en cuanto a la provisión de lo necesario para nuestras necesidades corporales. *Si buscamos primero el reino de Dios* (6:33), y hacemos de ello nuestra preocupación primordial, bien podemos depender de Él en cuanto a *las demás cosas,* en la medida que Él cree conveniente para nuestro mayor bien.

IV. La menguada provisión que había allí para una multitud tan grande; no hay más que comparar el número de los invitados con la lista de platos.

1. El número de los invitados era de *unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños* (v. 21). Vasto auditorio para la predicación de Cristo, y hay que pensar que habrían estado atentos a su mensaje; con todo, parece ser que, en su mayor parte, aquello quedó en nada; se marcharon, y no volvieron a

seguirle. Ver multitudes que escuchan la Palabra de Dios es un buen panorama y puede ser una buena señal, pero, al fin y al cabo, la aceptación del Evangelio no se mide por la cantidad de oyentes, sino por el número de sinceras conversiones. Sin embargo, Cristo les dio de comer a todos, a pesar de que habían de ser muy pocos los que le habían de seguir.

2. El menú era extremadamente desproporcionado en relación al número de invitados: *Cinco panes y dos peces* (v. 17). Juan (Jn. 6:9) tiene buen cuidado en notar que era un muchacho el que los llevaba, y que los panes eran de cebada, panes baratos y, probablemente, pequeños. No se nos dice si el joven los cedió gratis o se lo pagaron, aunque lo segundo es más probable. Vemos, pues, que no era una comida variada, ni abundante ni delicada; un plato de pescado no tendría ninguna novedad para pescadores y gentes acostumbradas a esta clase de alimento; el pan de cebada era el más común que podía obtenerse; no había vino ni otra bebida fuerte; pero todo ello era muy conveniente desde el punto de vista alimenticio. Esto le bastaba a Cristo para alimentar bien a la gente. Los que tienen poco, verán bendecido y suficiente esto poco que tienen, si saben compartirlo generosamente con los que están urgentemente necesitados (v. 1 R. 17:8–16).

V. La generosa y abundante distribución de esta provisión entre la multitud (vv. 18–19): *Traédmelo acá*—dijo Jesús—. Nótese que el mejor modo de tener alivio y consuelo en situaciones difíciles así como el disfrute legítimo de lo que poseemos, es ponerlo todo a los pies del Señor, para que Él lo tome en sus manos y lo bendiga. Ese es el camino de la verdadera prosperidad, pues si Jesús puede disponer de lo nuestro como a Él le plazca, lo que nos venga de sus manos nos llegará doblemente bendecido.

1. *Entonces mandó a la gente recostarse sobre la hierba* (v. 19). Ni sillas cómodas, ni blancos manteles, ni vajilla suntuosa. La verde alfombra de la pradera era suficiente reclinatorio para el yantar. Con esto nos daba Jesús a entender que su *reino no era de este mundo* y que, en teniendo lo necesario, son superfluos la pompa y el esplendor. Se cuenta de un filósofo griego de la antigüedad que, al ver pasar la copiosa provisión de manjares y regalos que llevaban para el rey, dijo: «Ahora veo cuán rico soy, pues no necesito de tantas cosas».

2. *Y tomando los cinco panes y los dos peces, alzó los ojos al cielo y pronunció la bendición;* es decir, dio gracias a Dios por la provisión, como era costumbre entre los judíos y debe serlo entre nosotros (Ro. 14:6; 1 Ti. 4:3). Al dar gracias, Cristo *alzó los ojos al cielo,* para enseñarnos a alzar, en oración, nuestros ojos hacia *arriba, al Padre,* de quien *desciende toda buena dádiva* (Stg. 1:17). Así hemos de tomar todo: como venido de la mano de Dios, y depender de Él para bendición de todo.

3. Él mismo *partió los panes y los dio a los discípulos, y los discípulos a la multitud.* Los ministros de Dios nunca pueden llenar el corazón de la gente, a no ser que Cristo les llene antes las manos a ellos; y lo que Él da a sus discípulos, es lo que ellos deben dar a la multitud. Y así, aunque la multitud sea numerosa, habrá suficiente para todos y para cada uno.

4. El alimento se multiplicó milagrosamente. No hay mención de que Jesús pronunciase ninguna palabra para obrar el milagro; no la necesitaba. Tampoco se nos dice de qué forma se iba multiplicando el alimento, pero no cabe duda de que el milagro tuvo su lugar en las manos de Cristo, no en manos de los discípulos. Así también las gracias se incrementan al compartirlas, del mismo modo que la luz y el calor se aumentan en proporción al número de objetos que, al recibirlos, les sirven de combustible. Esta es la razón por la que hay una diferencia esencial entre *comunión y participación;* en la primera, todos disfrutan de algo que no disminuye con el número de los agraciados; en la segunda, cada uno *toma una parte* (=parti-cipa), cuyo volumen disminuye a medida que aumenta el número de los participantes (nótese el distinto vocablo para una y otra en 1 Co. 10:16 y 17 *koinonía,* en el v. 16 *metékhomen,* en el 17); por eso, la *comunión* es propia de las cosas espirituales, que aumentan en la medida en que se comparten con otros; mientras que la *participación* es propia de las cosas materiales, que disminuyen y se consumen con el uso.

VI. La satisfacción que los invitados experimentaron con este menú: Y *comieron todos, y se quedaron satisfechos* (v. 20).

1. Todos tuvieron más que suficiente; quedaron satisfechos sin salir ahítos. Los que son alimentados por Cristo, siempre quedan satisfechos. Como había bastante para todos, *todos comieron;* como había suficiente para cada uno, *se quedaron satisfechos;* aunque había tan poco al principio, fue suficiente

gracias al milagro, para que resultase tan satisfactorio como un banquete. La bendición de Dios hace que lo poco baste para muchos y dure por largo tiempo.

2. No sólo bastó, sino que sobró: *Y recogieron lo que sobró de los pedazos, doce cestas llenas,* una cesta para cada apóstol, con lo que tendrían para comer durante varios días. Esto era para enseñarnos: (A) que la provisión que Cristo hace para los suyos no es pobre y escatimada, sino rica y abundante; (B) que la abundancia no debe contribuir al derroche, sino que la norma de la prosperidad es la *economía,* es decir, una buena *administración.* Es lamentable que miles y miles de personas arrojen a la basura o echen a perros y gatos lo que bastaría para satisfacer el hambre que mata a millones de personas, sin mencionar otros derroches, igualmente inhumanos; (C) que el mismo poder que multiplicó los panes y los peces es el que multiplica la semilla que se siembra en los campos, y de esa abundancia todos los hombres tienen derecho a participar. ¡Es obra de Dios para la humanidad!

Versículos 22–23

Tenemos ahora el relato de otro milagro que Cristo obró para alivio de sus discípulos, cuando *vino a ellos andando sobre el mar* (v. 25).

I. Después de alimentar a las multitudes, y *mientras las despedía* (v. 22), *Jesús obligó en seguida a sus discípulos a entrar en la barca e ir delante de Él a la otra orilla.* Juan 6:15 nos da una razón específica por la que Jesús se dio prisa a marcharse en seguida de la multitud: Estaban tan afectadas por *la señal que Jesús había hecho,* que *iban a venir para apoderarse de Él y hacerle rey.* Como en otras ocasiones, Cristo no estaba dispuesto a dar pábulo a la falsa idea que la gente se había formado de Él, confundiendo *los tiempos y las sazones* (Hch. 1:7).

1. Cristo despidió a la multitud después de saciarla y no cabe duda, con palabras de aliento, de consuelo y de amonestación.

2. *Obligó a sus discípulos a entrar en la barca,* porque mientras no se fuesen, sería difícil que la multitud se marchase. Es probable que ellos se mostrasen lentos en partir, y por eso *les obligó en seguida* a hacerlo.

II. Cristo se retiró a solas (v. 23).

1. *Subió al monte a solas.* Con frecuencia iba en busca de la soledad, dándonos así ejemplo, pues no puede ser provechoso siervo de Dios en público quien no sabe buscar el rostro de Dios en privado. La soledad en comunión con Dios es el gran manantial de riquezas espirituales; quien no sabe estar solo, demuestra estar vacío. La gente confunde *soledad* con *aislamiento.* La presente inopia espiritual y humana se debe, en gran parte, a que casi todos buscan la compañía y el bullicio del mundo como compensación engañosa del gran vacío que sienten en su interior.

2. Subió *a orar.* Esa era su ocupación en la soledad. Lejos del *mundanal ruido,* cuando todo calla en derredor nuestro, antes de comenzar nuestro trabajo diario, o después de haberlo acabado, es el tiempo de *entrar en el aposento y a puerta cerrada, orar al Padre que está en lo secreto* (6:6), según la norma que Él mismo nos dejó. Cuando los discípulos se fueron al mar, Él se fue al monte a orar.

3. Allí estuvo por largo tiempo Él solo: *Y cuando llegó la noche, estaba allí solo* y, por el contexto, parece ser que estuvo así orando hasta la madrugada: hasta *la cuarta vigilia de la noche* (v. 25). *Llegó la noche,* una tempestuosa noche, pero Él continuaba *constante en la oración* (Ro. 12:12). Cuando el Señor *ensancha nuestro corazón* (Sal. 119:32), es el tiempo de alargar nuestra oración.

III. La miserable situación en que se encontraban entonces los pobres discípulos: *Y la barca estaba ya en medio del mar, azotada por las olas* (v. 24).

1. Habían llegado al centro del lago, donde las tormentas súbitas son frecuentes, como en esta ocasión. También el creyente suele disfrutar de buen tiempo al comienzo de su travesía espiritual, pero son frecuentes después las tormentas que hemos de arrostrar antes de llegar al puerto, a las playas de la eternidad. Tras períodos de calma son frecuentes los de tormenta.

2. Los discípulos estaban ahora en el lugar al que Jesús les había mandado; sin embargo, se encontraron con esta tormenta. No es cosa nueva para los discípulos de Cristo encontrarse con tormentas

en el camino de su deber, y ser enviados al mar cuando el Maestro prevé la tempestad que se les avecina; pero, no lo tomemos a mal, pues el objetivo de Cristo es, en estos casos, manifestarse a los suyos con las gracias más admirables que les tiene reservadas para estas ocasiones.

3. Esto fue muy desalentador para los discípulos, ahora que no tenían consigo al Maestro, como lo habían tenido anteriormente en otra tormenta (8:23–27). Por aquí vemos que Jesús entrena primero a sus discípulos para menores dificultades, y después para mayores, a fin de enseñarnos gradualmente a vivir *por fe.*

4. Aunque *el viento era contrario,* y la barca estaba *azotada por las olas,* no se volvieron atrás, sino que se esforzaron por seguir adelante, ya que Jesús les había ordenado *ir delante de Él a la otra orilla* (v. 22). Aunque las aflicciones y las dificultades puedan perturbarnos en el cumplimiento de nuestro deber, no debemos consentir que nos aparten de él.

IV. El auxilio que Cristo les presta en tal situación (v. 25). Aquí tenemos un ejemplo más:

1. De su bondad, pues se fue hacia ellos, como quien se había percatado del caso y estaba preocupado por ellos. Cuando un creyente, o una iglesia, se encuentra en situación de extrema gravedad, llega la oportunidad (y hay que impetrarla en oración ferviente) de que Cristo le visite y se manifieste en favor de él.

2. De su poder, pues *vino a ellos andando sobre el mar.* Este es un ejemplo admirable del soberano dominio que Cristo ejerce sobre toda criatura. No necesitamos preguntar cómo lo hizo, nos basta con el hecho para reconocer su gran poder. Él puede emplear el medio que le plazca para salvar a los suyos de todo peligro.

V. Luego se nos refiere lo que pasó entre Cristo y sus discípulos cuando éstos le vieron acercarse. El episodio tiene dos momentos distintos:

1. Primero, con los discípulos en general. Aquí se nos narra:

(A) El miedo que les entró: *Al verle andar sobre el mar, se turbaron y decían: ¡Es un fantasma!* (v. 26), cuando debieron decir: ¡Es el Señor! Pues no podía ser otro. Incluso las manifestaciones más claras del auxilio divino son a veces ocasión de susto y perplejidad para los hijos de Dios, ya que solemos asustarnos tanto más cuanto menos daño se nos hace. La aparición de un espíritu o lo que nuestra fantasía nos presenta como una aparición, no puede menos de asustar a cualquiera; pero cuanto más fervorosa sea nuestra comunión con *el Padre de los espíritus,* Dios, y cuanto más nos esforcemos en permanecer en su amor, mayor será la capacidad que poseeremos para superar esos temores. En medio de una tormenta, la cosa más insignificante contribuye a incrementar el miedo y producir sustos. El mayor peligro de las aflicciones exteriores reside en la fuerza que tienen para perturbarnos interiormente, ya que, al perder la serenidad, se pierde el control mental y el equilibrio emocional.

(B) La forma en que Cristo acalló los temores de ellos (v. 27). Demoró su auxilio durante la tormenta, pero se apresuró a socorrerles cuando se asustaron, pues esto era más peligroso. La tormenta cesó de atemorizarles, cuando Él *les habló diciendo: ¡Tened ánimo! Yo soy ¡No temáis!* Les hizo rectificar su error sobre la aparición, al decirles: *Yo soy.* No necesitaba manifestarles su propio nombre, sino que bastaba con decir: *Yo soy,* pues ellos *conocían* su voz, ya que eran *ovejas suyas* (Jn. 10:4), como le reconoció después por la voz María la Magdalena (Jn. 20:16). Bastó para apaciguarles saber quién era el que habían visto. El conocimiento de la verdad, especialmente el conocimiento de Cristo, abre las puertas del consuelo y de la paz interior. Les anima a *no temer,* precisamente porque *es Él.* Si los discípulos de Cristo no aciertan a mantener el gozo durante una tormenta es culpa de ellos, pues deberían oír la voz de Cristo que les dice: *¡Tened ánimo!* La frase *¡No temáis!* tiene dos direcciones: (a) «No tengáis miedo de mí, ahora que sabéis que soy yo». Cristo nunca puede aterrorizar a quienes Él se manifiesta; cuando se le conoce bien, desaparece el temor (1 Jn. 4:18). (b) «No temáis la tempestad, los vientos y las olas; no temáis cuando estoy tan cerca de vosotros. Yo soy el que mayor interés tiene por vosotros, y no voy a consentir estar cerca de vosotros y ver cómo perecéis.» Nada puede aterrorizar a quienes tienen consigo a Cristo, y pueden decir: *Yo soy de mi amado, y conmigo tiene su contentamiento* (Cnt. 7:10). *Somos de Cristo;* por tanto ni de la muerte hemos de aterrorizarnos, porque también la muerte es *posesión* nuestra, para que no nos domine (1 Co. 3:22–23).

2. Segundo, con Pedro en particular (vv. 28–31). Vemos:

(A) El coraje de Pedro y la aprobación de Cristo:

(a) Muy atrevido fue Pedro, al aventurarse a ir hacia Cristo *sobre las aguas* (v. 28): *Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas.* La osadía era el gran don de Pedro; y eso es lo que le hizo adelantarse a los demás en sus expresiones de amor a Cristo, aunque otros amaran a Cristo igualmente. Fue, en efecto, un ejemplo de su amor al Maestro el desear llegarse rápidamente a Él. En cuanto supo quién era, se sintió impaciente por estar a su lado. No le dijo: *Mándame ir sobre las aguas,* como si desease experimentar en sí mismo el milagro; sino: *Mándame ir a ti,* pues su deseo primordial era estar con Jesús. El amor verdadero capacita para atravesar, lo mismo por agua como por fuego, para llegarse a Cristo. Quienes deseen beneficiarse de Cristo como Salvador han de allegarse así a Él *con fe.* Si, por algún momento, parece que Jesús abandona a los suyos, es para que se le reciba con acrecentado amor. También es un ejemplo de precaución y de obediencia a la voluntad de Cristo, el decirle: *Si eres tú, mándame ir a ti.* Es prudente al pedir una garantía. Por eso, no le dice: *Si eres tú, voy a ti.* Los ánimos más osados deben esperar a recibir un claro llamamiento del Señor antes de lanzarse a tareas que comportan riesgos, ya que la precipitación en tales casos es señal de osada presunción más bien que de firme confianza. Es igualmente ejemplo de la fe y resolución de Pedro el aventurarse a lanzarse al agua cuando Cristo se lo mandó. ¿Qué dificultad o peligro podía resistir a una fe y a un amor así?

(b) Muy amable fue el Señor, al complacer a Pedro en la petición que éste le hizo (v. 29). Cristo sabía que tal deseo nacía de su corazón que le amaba sinceramente, y tuvo a bien satisfacerlo; así lo hace también con todos los que le aman de veras, complaciéndose en las peticiones de ellos, aunque estén mezcladas con diversas debilidades, pues Él sabe sacar de todo el mejor partido posible. Le pidió el Señor que *viniera* hacia Él, dándole así a Pedro la garantía que éste deseaba, puesto que lo deseaba con firme resolución de poner toda su confianza en Cristo. Y así marchaba Pedro *sobre las aguas* con el poder de Cristo. Poseídos de este poder también nosotros podemos elevarnos del suelo y vernos libres del peso del mundo que tiende a hundirnos en sus atractivos: *Esta es la victoria que vence de una vez al mundo, nuestra fe* (1 Jn. 5:4). No había ningún peligro para Pedro *andando sobre las aguas* mientras tenía los ojos puestos en Jesús, pues allí estaban para sostenerle *abajo los brazos eternos* (Dt. 33:27).

(B) La cobardía de Pedro, y el reproche que Jesús le dirigió, al mismo tiempo que acudía a socorrerle. (Cristo le pidió que fuese a Él sobre las aguas, no sólo para que experimentara el poder de Jesús al andar sobre ellas, sino también para que desconfiara de sí mismo al ver que comenzaba a hundirse bajo ellas.) Pedro *tuvo miedo* (v. 30). La fe más fuerte y el coraje más bravo pueden sufrir depresiones de temor. Quienes pueden sinceramente confesar: *Señor, creo,* deben añadir: *Señor, ven en ayuda de mi incredulidad* (Mr. 9:24).

(a) La causa de este miedo: *Al percibir el fuerte viento.* Mientras tuvo Pedro los ojos fijos en Cristo, en su poder y en su palabra, *anduvo sobre las aguas* sin peligro alguno; pero tan pronto como percibió el peligro del viento, le entró miedo y ya no se acordó del otro caso en que el viento y el mar habían obedecido a Cristo (8:27). Cuando nos fijamos en las dificultades con los ojos del cuerpo, más que en las promesas divinas con los ojos de la fe estamos en peligro de sucumbir atemorizados. Como alguien ha ilustrado sencillamente: Nunca veréis un ratón que se vuelva a mirar la escoba del ama de casa que le persigue, sino al agujero por donde pueda escapar.

(b) El efecto de este miedo: *Comenzó a hundirse.* Cuando la fe le sostenía, se mantuvo sobre el agua; pero, tan pronto como su fe vaciló, perdió el equilibrio. El hundimiento de nuestros espíritus se debe a la debilidad de nuestra fe: *Somos guardados por el poder de Dios mediante la fe* (1 P. 1:5). Fue gran misericordia de parte de Cristo que no le dejó hundirse al vacilar su fe, *descendiendo a las profundidades como piedra* (Éx. 15:5), sino que le dio tiempo para *gritar: ¡Señor, sálvame!* Tal es el cuidado que Cristo tiene de los suyos; los verdaderos creyentes, por débiles que sean, sólo *comienzan* a hundirse, nunca se hunden del todo.

(c) El remedio a que recurrió Pedro en este peligro: el antiguo, probado y bien experimentado remedio de la oración: *¡Señor, sálvame!* Vemos *primero:* El modo de su oración: *gritó,* con tono ferviente y apremiante. Precisamente cuando nuestra fe se debilita, debe ser más fuerte nuestra plegaria; *segundo:* El objeto de su oración, que no pudo ser más apropiado para el peligro en que se encontraba: Gritó: ¡Señor, sálvame! Quienes deseen ser salvos no se han de contentar con *llegarse* a Cristo, sino *invocarle* a gritos para que les salve; pero no llegaremos a este punto de gritar, hasta que no nos sintamos hundidos, sólo una fuerte convicción de pecado puede conducir a un fuerte grito de socorro (v. Hch. 16:30). Hay una leyenda india, según la cual, un joven pidió a Buda que le salvara. Buda le condujo al Ganges y lo

sumergió hasta que, faltándole la respiración, procuró desasirse de las manos de Buda. Éste le preguntó: ¿Qué es lo que más deseabas cuando tenías la cabeza bajo el agua? Aire para respirar, contestó el joven. A lo que Buda replicó: Cuando desees la salvación con tanto afán como deseabas el aire, la tendrás.

(d) El gran favor que Cristo hizo a Pedro, cuando éste comenzaba a hundirse. *Primeramente,* lo salvó del peligro: Al *momento Jesús, tendiéndole la mano, lo agarró* (v. 31). Nótese que el tiempo de Cristo para salvarnos es a la hora en que comenzamos a hundirnos; nos socorre en el punto crítico. La mano de Jesús está siempre extendida para socorrer a todos los creyentes y, así, impedir que se hundan. ¡No tengamos miedo! ¡Él sostendrá a los suyos! *Después,* le reprendió por su falta de fe: *Le dijo: Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?* Cristo *reprende y corrige a los que ama* (Ap. 3:19). Puede haber fe verdadera donde hay poca fe, pues lo que cuenta es, ante todo, la *calidad,* más que la *cantidad,* de la fe. Basta una fe tan pequeña como *un grano de mostaza* para mover montañas (17:20). Pedro tuvo bastante fe para hacerle andar sobre las aguas, pero no la suficiente para llegar hasta donde estaba Cristo. Todas nuestras dudas y temores que nos desalientan, se deben a la debilidad de nuestra fe; *dudamos* porque nuestra fe es *poca* (comp. Stg. 1:6). Cuanto más creamos, menos dudaremos. Es cierto que Cristo no echa fuera de sí a los de poca fe, pero también es cierto que no se complace en la fe débil de los más cercanos a Él: «*¿Por qué dudaste?* ¿Qué razón había para ello?» No hay razón para que los discípulos de Jesús tengan una mentalidad perpleja, ni siquiera en medio de la tormenta, porque Él es siempre nuestra ayuda (He. 13:6).

VI. *Se calmó el viento* (v. 32), tan pronto como Jesús y Pedro subieron a la barca. Podía Jesús haber continuado andando sobre las aguas, pero prefirió entrar con Pedro en la barca para proporcionar a sus discípulos mayor tranquilidad. Cuando Cristo entra en un alma hace que cesen allí los vientos y las tempestades e impone su paz (Jn. 14:27). Da la bienvenida a Jesús y verás qué pronto se acalla el ruido de las olas. El método mejor para permanecer tranquilos es reconocer que Él es *Dios con nosotros* (Is. 7:14).

VII. La adoración que le tributaron los que estaban en la barca: *Vinieron y le adoraron, diciendo: Verdaderamente eres el Hijo de Dios* (v. 33). Dos bienes resultaron del apuro reciente y de la consiguiente liberación:

1. La fe de ellos en el Señor quedó robustecida. Progresaba el conocimiento que de Él tenían. Después que la fe pasa victoriosamente por una prueba, sale fortalecida mediante el ejercicio y se torna más activa. Entonces llega a la perfección de la seguridad y puede decir: *¡Verdaderamente!*

2. Tuvieron la oportunidad de tributarle la gloria debida a su nombre: *Le adoraron.* Cuando el Señor manifiesta su gloria a favor nuestro, debemos retornársela dándole el debido honor (Sal. 50:15). Expresaron su adoración y dijeron: *Verdaderamente eres el Hijo de Dios.* Quizás esta expresión no tenía aún el profundo sentido de 16:16 pero nos muestra la adoración de los discípulos a Cristo como al Divino Liberador. Vemos, pues, que el objeto de nuestra fe debe ser también motivo de nuestra alabanza. La fe es la base genuina de nuestro culto, y el culto es el producto genuino de nuestra fe.

Versículos 34–36

Tenemos aquí una breve referencia a los muchos milagros que Jesús obró en *la tierra de Genesaret,* una vez terminada la travesía. A dondequiera que iba, Jesús *pasaba haciendo el bien.*

I. Vemos en esta porción la fe solícita de *los hombres de aquel lugar* (v. 35); éstos eran más nobles que sus vecinos de Gadara, pues los gadarenos *le rogaron que se retirara de sus contornos* (8:34); no querían tener nada que ver con Él; mientras que los de Genesaret le rogaban que les ayudase, pues sentían necesidad de Él. Cristo reconoce como el mayor honor que podemos tributarle, el que saquemos provecho de Él.

1. Cómo fueron atraídos a Cristo *los hombres de aquel lugar: le reconocieron* (v. 35). Cerca de la famosa llanura de Genesaret Cristo había predicado antes y había obrado muchos milagros, esta y no otra es la causa por la que los hombres le reconocieron, no porque le hubiesen visto andar sobre las aguas. En todo caso, reconocer a Cristo es el primer paso para acudir a El. Si fuese mejor conocido, la gente no le miraría con menosprecio o indiferencia. Esto nos enseña también la importancia de discernir las

oportunidades en que el Señor se halla más cerca de nosotros (20:30). *Si conocieras …*—dijo Jesús a la mujer samaritana (Jn. 4:10).

2. Cómo atrajeron a otros a Cristo: *Enviaron a decirlo por todos aquellos contornos.* Quienes han llegado al conocimiento de Cristo como su salvador, no pueden menos de dar a conocer a otros las buenas nuevas de salvación para que acudan también a Jesús. El alimento espiritual no es para comerlo en solitario. En Cristo, hay más que suficiente para todos; así que nada se gana con intentar monopolizarlo. Siempre que tengamos oportunidades de conseguir para nosotros un bien espiritual, debemos atraer a cuantos podamos, para que participen con nosotros de lo mismo; ocasiones no faltarán, si estamos al acecho; más aún, debemos ir en busca de oportunidades. Si ardiéramos en celo por la salvación de las almas, no estaríamos tranquilos mientras se pierden nuestros vecinos.

3. De qué forma presentaron a otros la fama de Jesús: como salvador y médico universal: *Le trajeron todos los que se hallaban mal.* Cuando el amor a Cristo y a su doctrina no son motivo suficiente para atraer a otros, quizás lo sea el amor a sí mismos en el reconocimiento de sus necesidades personales. ¡Hay en el mundo tanta miseria, tanta insatisfacción, tanta aflicción, que sólo tienen remedio acudiendo a Jesucristo! Si la gente se percatara de *las cosas que son para su paz,* pronto buscarían también las cosas de Cristo.

4. Cómo se acercaron a Jesús: *Le rogaban que les dejase tocar solamente el borde de su manto* (v. 36). Fueron a Él: (A) Con ruego apremiante. Así se obtienen del Señor los mayores favores y las mejores bendiciones: *Pedid, y se os dará* (7:7). (B) Con gran humildad. El deseo de tocar solamente el borde de su manto insinúa que se consideraban indignos de exponerle su caso y de pedirle que fuese Él quien les tocase para curarles; con este favor se conformaban. (C) Con gran confianza en el poder infinito de Jesús, pues no dudaban que, con sólo tocar el borde de su manto saldría de Él suficiente virtud curativa; sin duda, recordaban lo acaecido anteriormente en Capernaúm a la mujer que padecía flujo de sangre (9:20–22). Siempre es beneficioso aprovecharse de las saludables experiencias de otras personas.

II. El fruto y buen resultado de este acercamiento a Cristo. El esfuerzo de esta gente no fue en vano, porque *todos los que lo tocaron, quedaron completamente curados* (v. 36b). Las curaciones de Cristo son siempre *perfectas;* nunca cura a medias. Y por muchos que sean los enfermos, nunca se agota su poder curativo. La menor de las instituciones que Cristo nos ha legado, está llena a rebosar como el borde de su manto, de su virtud curativa y de su gracia. Ese poder sanador está a disposición de quienes le tocan con fe viva y verdadera. Cristo está en los cielos, pero en la tierra tenemos su Palabra y en ella está Él por el poder de su espíritu. Cuando *mezclamos con fe la Palabra* (He. 4:2, literalmente), y nos sometemos a sus enseñanzas y a sus normas, basta con tocar el borde del manto de Jesús, para obtener sanidad completa. No es por magia, sino por fe, y de acuerdo con la voluntad de Dios, que sabe lo que más nos conviene y cuándo nos conviene.

CAPÍTULO 15

En este capítulo tenemos al Señor Jesús como al Gran Profeta que enseña, como al Gran Médico que sana, y como al Gran Pastor que alimenta a sus ovejas; como al Padre de los espíritus que les instruye, como al Gran Conquistador de Satanás al que desposee de su dominio, y al providente *El-Shadday,* ocupado en nutrir a los suyos.

Versículos 1–9

I. Tenemos primero la querella de escribas y fariseos contra los discípulos de Cristo porque *comían sin lavarse las manos* (v. 2). Estos escribas y fariseos venidos *de Jerusalén* (v. 1) eran hombres instruidos en la Ley y, por tanto, debían ser mejores que los demás, pero eran peores. Los privilegios exteriores, si no sirven para disponer mejor las cualidades interiores, suelen servir para *hinchar* (v. 1 Co. 8:1) y, como a la naturaleza le repugna el vacío, al hinchar vanamente sigue el *henchir* de orgullo y malignidad. ¿Cuál es el motivo de la acusación que estos hombres traen? La no conformidad con los cánones de su sinagoga:

¿Por qué quebrantan tus discípulos la tradición de los ancianos? (v. 2) ¿Cuál era esta tradición? *Lavarse las manos antes de comer pan* es decir, alimento sólido. Obsérvese:

1. Cuál era *la tradición de los ancianos:* una mera ablución antes de las comidas. En esto ponían tanto énfasis, como algo muy importante en el aspecto religioso, al suponer que la comida tocada con manos sin lavar les contaminaba ceremonialmente. Así lo practicaban ellos y lo imponían a los demás con tanto rigor, que no condescendían a comer en compañía de alguien que no se hubiese lavado previamente las manos.
2. Cuál era, según ellos, la transgresión que los discípulos de Jesús habían cometido. Parece ser que no tenían costumbre de lavarse las manos antes de comer. Tal costumbre está recomendada por la higiene, pero nada tiene que ver con la religión, y no había motivo para imponerla como un rito necesario. Los discípulos de Jesús, aunque iletrados, sabían lo suficiente para no tenerla como precepto de la Ley y, por eso, no se cuidaban de observarla (v. Col. 2:20–23).
3. Cuál era la querella de los escribas y fariseos contra ellos: Les acusan de *transgresión* ante Jesús: *¿Por qué quebrantan* (lit. *transgreden) tus discípulos la tradición de los ancianos?* Fue buena cosa que fuesen con la queja a Jesús, pues los discípulos no habrían acertado quizás a dar una razón convincente del motivo por el que se comportaban así.

II. Tenemos ahora la respuesta de Jesús quien contesta a esta querella y justifica el modo de proceder de sus discípulos. De dos maneras les replica:

1. Por vía de recriminación (vv. 3–6). Cuando ellos espiaban la mota en el ojo de los discípulos, Él les muestra la viga en el de ellos mismos; de tal modo censura la tradición sobre la que ellos cargaban tanta autoridad, que no sólo permite pasarla por alto, sino que manda no tenerla en cuenta.

(A) El cargo general que les imputa es: *Vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición* (v. 3). Ellos decían: la tradición de los ancianos, como si fuese una costumbre muy antigua y honorable; pero Él dice: vuestra tradición; algo inventado por el fariseísmo; y replica: *Vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios.* Nótese que de ordinario, quienes más celosos se muestran en que se cumpla lo que ellos imponen, son los que menos se esmeran en el cumplimiento de los preceptos divinos.

(B) La prueba del cargo que les imputa está expuesta en relación a un precepto concreto, pues les acusa de transgredir el quinto mandamiento del Decálogo.

(a) Veamos cuál es el mandamiento, qué prescribe y cuál es la sanción que lleva aneja (v. 4).

El mandamiento es: *Honra a tu padre y a tu madre,* esto dice el Padre de los cielos. Todos los deberes de los hijos para con los padres están encerrados en esto de honrarles, pues es el fundamento de los demás.

La prescripción que lleva aneja es: *para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da* (Éx. 20:12). Pero nuestro Salvador se calla esta parte, para que nadie deduzca de ahí que eso es todo lo que el mandamiento tiene de provechoso y recomendable; en cambio, insiste en el castigo impuesto al que quebranta dicho mandamiento, y cita de otro lugar de la Escritura: *El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente* (Éx. 21:17). Según la aplicación que el Señor hace de la ley, se desprende que el negar a los padres el servicio o el alivio necesarios está incluido en lo de maldecirles. Aunque el lenguaje en sí sea respetuoso, ¿de qué sirve ese respeto de palabra, si no se muestra en las obras? (comp. 1 Jn. 3:17–18).

(b) Veamos ahora en qué contradecía la tradición de los ancianos a este mandamiento. No era directa, explícita, sino implícita; sus casuistas les habían dado ciertas normas con las que podían evadirse fácilmente de la obligación que el quinto mandamiento imponía (vv. 5–6). Obsérvese:

Primero: Cuál era dicha tradición: Que la manera más santa y piadosa de disponer de la propia hacienda era ponerla a los pies de los sacerdotes para que la emplearan en el servicio del Templo y que, cuando algo había sido ofrecido de esta manera, no sólo era ilícito enajenarlo, sino que todas las otras obligaciones conectadas con dicha hacienda, quedaban sobreseídas, por muy justas y sagradas que fuesen.

Segundo: Cómo aplicaban esta norma al caso de los hijos. Cuando las necesidades de los padres reclamaban el apoyo y sostén de los hijos, éstos podían excusarse diciendo que todo cuanto pudiesen ahorrar para sí y para sus hijos, había sido ya comprometido para el servicio del Templo: *Ya he ofrecido a Dios todo lo mío con que yo podría ayudarte* (v. 5), y, por consiguiente, sus padres no podían esperar ya nada de él. Así enseñaban que esto era un motivo valido y bueno para no ayudar a los padres, y muchos

hijos degenerados y sin conciencia harían uso de esta norma justificándose por ella, y diciendo: *Ya no estoy obligado* (v. 6). Pero el absurdo y la impiedad de tal tradición eran evidentes puesto que la religión positiva, revelada por Dios, estaba destinada, a mejorar, no a destruir, lo que por naturaleza es de la ley (Ro. 2:14–15), y uno de los preceptos escritos en el corazón de toda persona humana es este de honrar a los padres. Dicha tradición pues, *invalidaba el mandamiento de Dios*, dejándolo sin efecto. Quebrantar así la ley divina era malo de por sí, pero *enseñarlo así a los hombres,* como hacían en este caso los escribas y fariseos, era mucho peor (5:19). ¿Qué objetivo tiene un mandamiento, si se buscan evasivas para no cumplirlo?

2. Por vía de reprensión, pues les acusa de hipocresía: *Hipócritas* (v. 7). Es prerrogativa de Aquel que escudriña los corazones y conoce lo que hay en el interior del hombre pronunciar quiénes son hipócritas. El ojo del hombre en general, puede percibir la profanación exterior pero sólo el ojo del Señor puede discernir la hipocresía (Lc. 16:15). Al ser un pecado que sólo Sus ojos pueden descubrir, es también un pecado que su alma aborrece de modo especial.

Jesús expresa su reproche y cita palabras del profeta Isaías: *Bien profetizó de vosotros Isaías* (v. 7. v. Is. 29:13). Isaías aplicó esto a los hombres de su generación a quienes estaba destinada esta profecía, pero Cristo la aplica a estos escribas y fariseos. Las amenazas dirigidas contra otros en la Palabra de Dios, nos alcanzan también a nosotros, si somos culpables de los mismos pecados de que eran culpables los inmediatos destinatarios de la Palabra, lo mismo que las promesas espirituales, si cumplimos los requisitos para recibir las mismas gracias. Isaías profetizó, pues, no sólo para los de su generación, sino para todos los demás hipócritas, contra los que la Palabra de Dios sigue en vigor y no rebaja sus demandas.

(A) Jesús describe a los hipócritas en la manera de cumplir con sus deberes religiosos: *Este pueblo me honra con los labios pero su corazón está lejos de mí* (v. 8). Veamos:

Primero: Hasta qué punto llega el hipócrita: Se acerca a Dios y le honra; en su profesión externa, es un adorador de Dios. *El fariseo subió al Templo a orar* (Lc. 18:10). No se colocó a la distancia en que se encuentran los que *están sin Dios en el mundo* (Ef. 2:12). Los fariseos honraban a Dios y se asociaban con los que se comportaban de la misma manera. Este honor exterior es el que Dios recibe de los hipócritas (Jer. 12:2).

Segundo: Dónde se queda corto. Todo esto lo hace *con la lengua y de palabra* (1 Jn. 3:18). Es una piedad de los dientes para fuera; muestra amor, pero no hay amor en su corazón. Todo el culto de los hipócritas es *honor de labios.*

Tercero: Dónde está la causa de este pecado: *Su corazón está lejos de mí:* es decir, *excluido* voluntariamente y extrañado *de la vida de Dios* (Ef. 4:18), ya que vaga siempre y mora habitualmente en otro lugar cualquiera. El hipócrita dice una cosa, y piensa otra. Pero Dios mira al corazón y no sólo lo conoce (Lc. 16:15), sino que *lo pesa* (Pr. 21:2; 24:12). Un ejemplo de la hipocresía de los fariseos es que *enseñaban doctrinas que eran preceptos de hombres* (v. 9). Cuando las enseñanzas humanas se hacen pasar por verdades o instituciones reveladas por Dios, y como tales son impuestas a los hombres, eso es hipocresía y mera religión humana. Dios quiere que Su obra se lleve a cabo por las normas que Él mismo ha prescrito, y no acepta lo que Él no ha ordenado. Sólo lleva *a* Dios lo que proviene *de* Dios.

(B) Jesús declara la sentencia contra los hipócritas: y lo hace en una frase muy concisa: *En vano me rinden culto.* El culto de ellos no cubre el objetivo para el que está destinado; no agrada a Dios ni les aprovecha a ellos: El culto que no es en *espíritu,* no es en *verdad;* así que se queda en nada. Mero trabajo de labios es trabajo perdido.

Versículos 10–20

I. En el discurso que va a pronunciar, Cristo comienza por una solemne introducción: *Llamando a sí a la multitud* (v. 10). Cristo tenía consideración a las muchedumbres. El humilde Jesús acogía con afecto y cariño a quienes eran mirados con desdén por los orgullosos fariseos; por eso, se vuelve de ellos, obstinados e indóciles, hacia la multitud que, aunque eran gente débil e iletrada eran humildes y estaban deseosos de aprender. A éstos dice: *Oíd y entended.* Nótese que, cuando oímos algo de los labios de Cristo hemos de poner toda diligencia en entender lo que dice. No sólo los eruditos, sino también la gente ordinaria y vulgar, deben estar alerta para entender las palabras de Cristo.

II. La verdad que se enseña (v. 11), expresada en dos proposiciones:

1. *No es lo que entra en la boca lo que contamina al hombre.* No es la clase ni la calidad de nuestros alimentos, ni la condición de nuestras manos, lo que infecta el alma con ninguna polución moral. *El reino de Dios no es comida ni bebida* (Ro. 14:17). Lo que contamina al hombre, haciéndole culpable ante Dios e incapaz de mantener comunión con Él, no es el bocado que come, sino el pecado que comete. Jesús comenzaba así a enseñar a sus seguidores a no llamar *común o inmunda* ninguna *cosa* (v. Mr. 7:19; Hch. 10:13–15, 28).

2. *Sino lo que sale de la boca, eso es lo que contamina al hombre.* Somos contaminados, no por los alimentos que comemos con manos no lavadas, sino por las palabras que hablamos desde un corazón no santificado. Así que no eran los discípulos los que se contaminaban con lo que comían, sino los fariseos con lo que decían en tono de desprecio y censura acerca de los discípulos. Los que culpan a otros de transgredir los preceptos de los hombres, se cargan a sí mismos de mayor culpa por transgredir el mandamiento de Dios contra los juicios temerarios.

III. La ofensa que los fariseos recibieron con esta enseñanza: *Entonces, acercándose sus discípulos, le dijeron: ¿Sabes que los fariseos se ofendieron al oír esas palabras?* (v. 12).

1. No es extraño que los fariseos se ofendieran con esta enseñanza tan claramente expuesta. Los ojos enfermos no toleran la luz clara, y nada hay tan provocativo para los orgullosos impostores como el desdeñar a quienes ellos han engañado, cegado y esclavizado, puesto que esos que tanto aprecian las formalidades externas de la religión, son los que tanto menosprecian las realidades interiores del culto.

2. A los discípulos les extrañó que Jesús expresase tan claramente lo que sabía que iba a ofender a gentes tan importantes como los escribas y fariseos, ya que no acostumbraba hacerlo. Pero Jesús sabía muy bien lo que había dicho, y a quiénes lo había dicho; y quería enseñarnos que, aunque en cosas sin importancia debemos tener cuidado para no ofender a otros con lo que decimos sin embargo no debemos callarnos las verdades necesarias ni los deberes perentorios, por temor a ofender a otros. Hay que confesar la verdad y cumplir con el deber; y si alguien se ofende, es culpa suya; si es para escándalo del que lo oye, no es un escándalo dado, sino recibido; o, como suele llamarse, «escándalo farisaico».

Quizá los mismos discípulos se extrañaron también de la enseñanza misma que Jesús había expuesto y, al hacerle dicha comunicación sobre los fariseos, lo hacían para recibir ellos mismos una información mejor sobre la materia. Sin duda, los fariseos dirían que lo expuesto por Jesús se oponía a la ley sobre viandas limpias e inmundas, y los discípulos estarían, en parte al menos en favor de tal opinión. Al no querer que los jefes religiosos se ofendiesen sin motivo, quizá pensarían que Jesús haría, si no una palmaria retractación de lo dicho, al menos una corrección o modificación de lo que había expresado. Los oyentes débiles e inmaduros están más solícitos de lo que debieran, en que no se ofendan los oyentes malvados.

IV. La sentencia que Jesús pronuncia contra los fariseos en esta ocasión y sobre sus corruptas tradiciones. Dos aspectos abarca esta sentencia:

1. Ellos, con sus tradiciones, van a ser desarraigados: *Toda planta que no ha plantado mi Padre celestial, será desarraigada* (v. 13). La secta de ellos, sus formas y sus enseñanzas, eran plantas ajenas a la plantación de Dios (Jn. 15:1; 1 Co. 3:9). Las normas que profesaban no habían sido instituidas por Él, sino que debían su origen al orgullo y al formalismo. En la Iglesia visible, no es extraño tampoco encontrar plantas que el Padre celestial no ha plantado. De ahí, la responsabilidad de los pastores para descubrir cuanto antes las malas hierbas y extirparlas sin contemplaciones. No nos engañemos, pues, al pensar que todo va bien en la congregación, y que todo lo que se encuentra en el jardín de Dios, ha sido plantado allí por Dios mismo. *Por sus frutos los conoceréis.* En fin de cuentas, esta es la única evidencia segura de que una persona es salva. Lo que no es de Dios, al fin se desvanecerá (Hch. 5:38). Pero el Evangelio de Cristo es verdadero y vivo, y permanece para siempre; no se puede desarraigar.

2. Ellos, con sus seguidores, están abocados a la ruina (v. 14).

(A) Cristo pide a sus discípulos que los dejen solos. *Dejadlos;* como si dijese: «No vayáis con ellos ni os preocupéis de ellos, no busquéis su favor, ni temáis su desagrado; dejadlos que sigan su curso y cosechen el resultado. Están resueltos a seguir con sus opiniones, y no hay quien les saque de su obstinación. No tratéis de agradar a una generación que no agrada a Dios» (1 Ts. 2:15). Caso triste de

verdad es el de aquellos pecadores tan empedernidos, que Cristo ordena a sus ministros que los dejen solos.

(B) Les da dos razones para que *los dejen* solos, porque:

(a) Son orgullosos e ignorantes: dos malas cualidades que a menudo van juntas y trastornan el juicio de una persona (Pr. 26:12). *Son ciegos guías de ciegos.* Con crasa ignorancia acerca de las cosas de Dios, son tan orgullosos, que se creen más sabios y entendidos que todos los demás y, por eso, se erigen en guías de otros para enseñarles el camino del cielo, cuando ellos mismos no aciertan a dar un solo paso en dicho camino; con todo prescriben a todos, y proscriben a quienes rehúsen seguirles. Si al menos reconociesen que son ciegos, acudirían a Cristo en busca del remedio, y así recobrarían la vista (Jn. 9:40–41). ¿Cómo está nuestra vista espiritual? Ellos *confiaban en que eran guías de los ciegos* (Ro. 2:19–20), llamados por Dios para ello y cualificados convenientemente para dicha tarea. En su propia opinión, todo cuanto decían era un oráculo o un precepto.

(b) Corren presurosos hacia su propia destrucción: *Ambos caerán en un hoyo.* No puede ser otro el final, si ambos son tan ciegos y, al mismo tiempo, tan temerarios como para lanzarse a la ventura, sin hacer caso del peligro. Los guías ciegos y los ciegos seguidores perecerán igual y juntamente. Quienes, para engañar, inducen a otros al pecado, *empleando con astucia las artimañas del error* (Ef. 4:14), no escaparán ellos mismos de la ruina, pese a toda su astucia y sus artimañas. Los guías ciegos llevarán la peor parte en el castigo, caerán tanto más hondo cuanto más adelantados iban en el camino del error y cuando debieran tener mayor conocimiento de la ruta. Quienes mutuamente han cooperado a incrementar el pecado, cooperan también a provocar mutuamente el castigo.

V. Jesús explica ahora a sus discípulos la enseñanza que había dado en el versículo 11. Aunque Cristo rechaza al ignorante voluntario que no se preocupa de ser enseñado, tiene compasión del ignorante que está deseoso de aprender (He. 5:2).

1. Los discípulos deseaban ser instruidos mejor en esta materia (v. 15). En esta ocasión, como en otras muchas Pedro se adelanta a ser el portavoz de los demás: *Tomando la palabra Pedro, le dijo: Explícanos esa parábola.* Jesús había hablado claramente, pero Pedro llama *parábola* a una enseñanza tan sencilla, y es incapaz de entenderla. Las inteligencias débiles tienden a considerar como enigmas las verdades más claras y a encontrar nudos en un junco liso. Pero una cabeza débil en el entendimiento de la Palabra de Dios, con tal de que vaya acompañada de un corazón sincero y de una mente receptiva, se sentirá instintivamente inclinada a buscar mayor instrucción. Así, los discípulos, aunque quizás ofendidos por la enseñanza, buscaron una explicación satisfactoria, y echaron la culpa de la ofensa recibida, no a la doctrina que habían escuchado, sino a la superficialidad de su propia capacidad.

2. Cristo les reprochó su debilidad y falta de entendimiento: *¿También vosotros estáis aún sin comprender?* (v. 16). Cristo guarda sus tiernos reproches para aquellos a quienes ama e instruye con cariño y paciencia. Dos cosas agravaban la torpeza y la ignorancia de los discípulos: (A) El hecho de ser discípulos de Cristo: *¿También vosotros?* «¿También vosotros, a quienes yo he admitido a un grado tan elevado de familiaridad, estáis sin comprender el camino de la verdad?» La ignorancia y los errores de quienes profesan la fe cristiana y disfrutan de los privilegios de la membresía en una iglesia local, entristecen con razón al Señor Jesucristo, del mismo modo que quienes no se preocupan de arrojar de sí todo pecado conocido (mediante el arrepentimiento y la confesión ante el Señor (v. 1 Jn. 1:8–10), *contristan al Espíritu Santo* (Ef. 4:30). (B) El hecho de que llevaban ya bastante tiempo en la escuela de Jesús: *¿Estáis aún sin comprender?* «¡No sabéis aún las primeras lecciones, y estáis ya en el tercer grado?» Si hubiesen llevado sólo una semana acudiendo a sus clases, sería diferente. Cristo espera de nosotros un progreso en la gracia y en el conocimiento de su Palabra, de acuerdo con el tiempo que llevamos en la iglesia y los medios de que en ella, y fuera de ella, disponemos (v. Jn. 14:9).

3. A continuación, Cristo les explica la enseñanza sobre la contaminación. Les muestra:

(A) Cuán pequeño es el peligro de contaminarse con *las cosas que entran en la boca* (v. 17). La intemperancia del apetito, si degenera en gula (abuso en el comer y beber), sale del corazón y contamina, ya que constituye pecado; pero los alimentos en sí, si no son nocivos para la salud, no contaminan como opinaban los fariseos; todo cuanto no es asimilable por nuestro organismo, es desechado por un proceso fisiológico, sabiamente dispuesto por Dios; *pasa al vientre, y es echado en el estercolero* (v. 17), y queda sólo lo que sirve para reparar los tejidos. Si alguna cosa inmunda se mezcla con nuestro alimento por no lavarnos las manos antes de comer, y llega a ser dañoso (se supone que ha pasado inadvertido), la

naturaleza misma se encargará de despedirlo. En fin de cuentas, será un caso de falta de higiene, pero no de falta de conciencia.

(B) Cuán grande es el peligro de contaminarse con *las cosas que salen de la boca* (v. 18). Nótese que Jesús no dice: *por* la boca (como podría ser un vómito del estómago o del pulmón), sino: *de* la boca, como algo que la boca despide *naturalmente,* como canal de la fuente que es el corazón. No hay, pues, contaminación en los productos de la bondad de Dios, sino en el producto de nuestro corrompido corazón. En efecto, aquí tenemos:

(a) El manantial corrompido del que procede lo que sale de la boca: *sale del corazón;* es decir, no del músculo que reparte la sangre por todo el organismo físico, sino del centro espiritual de la conducta. Es este centro, este corazón, el manantial corrupto *engañoso más que todas las cosas y perverso* (Jer. 17:9), de donde sale todo lo que moralmente contamina al hombre, puesto que no hay pecado de palabra o de obra que antes no haya estado en el corazón; de él sale todo lo malo, todo lo que contamina al ser humano.

(b) Jesús especifica algunos de los arroyos que brotan del manantial de un corazón corrompido por el pecado

Primero, los malos pensamientos, es decir, tanto los falsos prejuicios que habían dado lugar a las corrompidas tradiciones farisaicas, como, más en general, y en consonancia con el contexto posterior, todo el mal que el hombre planea dentro de su corazón, aunque no siempre lo ponga por obra.

Segundo, homicidios, los que provienen del odio, la envidia, o el desprecio del prójimo; todo lo cual se fragua en el corazón. Por eso, *el que aborrece a su hermano* es, en el tribunal de Dios, un *homicida* (1 Jn. 3:15).

Tercero, adulterios y fornicaciones, que proceden de un corazón sensual, impuro y lascivo, en el que reina la concupiscencia. Por eso, hay adulterio en el corazón (5:28), antes de llegar, o aun sin llegar, a ponerlo por obra.

Cuarto, hurtos, fraudes, perjuicios, rapiñas contratos injuriosos, etc. La fuente de todo esto es también el corazón, como le pasó a Acán (Jos. 7:20–21).

Quinto, falsos testimonios. Si la verdad, la santidad y el amor que Dios requiere en el interior del hombre, reinasen en el mundo, no habría juicios temerarios ni testimonios en falso.

Sexto, blasfemias; hablar mal de Dios o del prójimo lo cual proviene de la hiel que hay en el corazón, pues de él brota toda *raíz de amargura* (He. 12:15).

Estas cosas—añade Jesús—*son las que contaminan al hombre* (v. 20). El pecado contamina al hombre, lo vuelve inmundo y abominable a los ojos del Dios infinitamente santo y puro, y lo indispone para la comunión con Él. Por consiguiente, estas son las cosas que es preciso evitar con todo esmero, así como todo lo que conduce o invita a ellas, en vez de darle tanta importancia a lo de lavarse las manos antes de comer, porque *el comer con las manos sin lavar no contamina al hombre.* Ni es mejor delante de Dios por lavarse, ni es peor por no lavarse.

Versículos 21–28

Famoso episodio de arrojar el demonio de la hija de una mujer cananea; este relato contiene detalles singulares, sorprendentes y conmovedores, que arrojan una luz favorable para los pobres y despreciados gentiles, y un anticipo de la misericordia que Cristo tenía en reserva para ellos. Aquí se observa un rayo de aquella luz que había de *revelarse a los gentiles* (Lc. 2:32).

I. *Saliendo Jesús de allí* (v. 21). Con toda justicia les es quitada la luz a los que juegan con ella o se rebelan contra ella. El Señor tiene paciencia y *ha soportado* (y soporta) *tal contradicción de pecadores contra sí mismo* (He. 12:3), pero el menosprecio de esa paciencia sólo sirve para *atesorar ira para el día de la ira* (Ro. 2:5) ¡Cuidado! *No os dejéis engañar; de Dios nadie se mofa, pues todo lo que el hombre siembre, eso también segará* (Gá. 6:7). Cuando una persona se obstina en sus prejuicios contra el Evangelio, y busca excusas o dilaciones para rendirse al Señor, provocan a Cristo a retirarse de allí.

II. Una vez que salió de allí, *se retiró a la región de Tiro y de Sidón.* Por Marcos 7:31, vemos que Jesús, por esta vez salió de los límites de Palestina, para entrar en territorio de Fenicia, aunque no llegase a las ciudades mismas, sino a partes colindantes con el territorio de Israel. Por aquí vemos que, por dondequiera que pasaba, aun fuera de las fronteras de la nación judía, *pasaba haciendo el bien.* El

carácter de una persona no se descubre por el lugar en que actúa, sino por la constancia con que obra. Se ha dicho muy bien que, en tierra de buena gente, no es difícil aparecer como buena persona, pero el carácter del hombre recto se muestra mejor cuando el lugar en que vive está lleno de corrupción (v. 2 P. 2:7–8). En este lugar fue donde Jesús llevó a cabo uno de sus más estupendos milagros. Respecto del cual, obsérvese:

1. Cómo se dirigió a Cristo esta mujer cananea (v. 22). Esta mujer, al ser gentil, *estaba excluida de la ciudadanía de Israel* (Ef. 2:12), pero Dios tiene un «remanente» en todas las naciones, en las regiones y en las islas más remotas, *vasos de elección* donde menos podría imaginarse. Si Cristo no hubiese hecho una visita a esta región, es probable que esta mujer nunca habría tenido la oportunidad de un encuentro con Jesús. ¡Cuán agradecidos hemos de estar a Dios de que un día *le hallamos sin buscarle* (Ro. 10:20), de que un día se introdujo, por la acción de Su Espíritu, dentro de nuestro territorio, cuando nosotros no pensábamos adentrarnos en el Suyo! Esta mujer se dirigió a Jesús *gritando,* como alguien que pide socorro con urgencia.

(A) Le expuso así lo miserable de su caso: *Mi hija es gravemente atormentada por un demonio.* Los tormentos de los hijos son la aflicción de los padres. Los padres que aman tiernamente a sus hijos, sienten como en propia carne las miserias de quienes son como parte y prolongación de ellos mismos. Viene a decir: «Aunque está endemoniada, es mi hija». Las peores aflicciones que puedan atormentar a nuestros familiares, no disuelven los lazos que nos unen a ellos y, por consiguiente, no deberían debilitar el afecto que les debemos. Fue precisamente la desgracia de un familiar, lo que llevó a esta mujer a su encuentro con Cristo. Esto se repite a menudo (v. Ec. 7:2). Y como ella se llegó a Jesús con fe, Él no la rechazó (Jn. 6:37). La aflicción no ha de apartarnos de Cristo; al contrario, es en la necesidad cuando más hemos de acercarnos a Él.

(B) Con fe y reverencia, le demandó compasión: *¡Señor, Hijo de David ten compasión de mí!* No es que limite la acción de Cristo, pero es compasión lo que le pide. No tiene otra cosa a la que apelar: derechos, méritos o esfuerzos, sino que depende únicamente de su misericordia («Tal como soy …»—escribió Carlota Elliot en su famoso himno). Los favores hechos a los hijos son como hechos a los padres, los favores hechos a los nuestros son favores hechos a nosotros. Por otra parte, es un deber de los padres orar por sus hijos, orar por ellos con fervor y constancia, especialmente cuando se descarrían de los caminos del Señor; llevarlos al Señor en oración, con fe y con lágrimas, pues Él es el único que puede sanarlos y traerlos al buen camino. Cuando Agustín de Hipona iba todavía por el camino del vicio y de la perdición, su santa madre Mónica expuso al obispo de Milán, Ambrosio, la aflicción de su alma por el estado espiritual de su hijo. Después de escucharla le dijo Ambrosio: «Ten confianza, mujer, no puede perderse el hijo de tantas lágrimas». Si hubiese muchos padres que de manera semejante implorasen la ayuda del Señor para sus hijos, no habría tantos jóvenes encenagados en el vicio.

2. La forma tan desalentadora con que Cristo la trató al principio: *Pero Jesús no le respondió palabra* (v. 23). En todo el relato del ministerio del Señor, no nos encontramos con nada semejante, pues era su costumbre acoger y animar a cuantos se llegaban a Él, *respondiendo antes que llamaran, y oyendo cuando aún tenían la palabra en los labios;* pero a esta mujer la trata de modo muy diferente; ¿cuál puede ser la razón? «Fuerte contraste—dice Broadus—; ella clama; Él guarda silencio absoluto.» La razón la da Jesús más adelante. Cristo la trató de esta manera para probar su fe; Él conoce lo que hay en el corazón, y sabía que la fe de esta mujer era fuerte y, con la gracia de Dios, superaría el obstáculo que este silencio suponía, ya que *la prueba de la fe, mucho más preciosa que el oro, resulta en alabanza, gloria y honra* (1 P. 1:7). Muchos de los métodos de la providencia de Cristo, y especialmente de su gracia, en el modo de conducirse con sus hijos, y que resultan oscuros y producen perplejidad, pueden explicarse si tomamos como clave de solución el presente relato. Puede haber amor en el corazón de Cristo aun cuando el ceño de su rostro esté fruncido.

Obsérvense los detalles particulares que contribuían a desalentar a esta mujer:

(A) Cuando ella gritó, *Jesús no le respondió palabra* (v. 23). Los oídos de Jesús estaban siempre abiertos y atentos a los clamores de los pobres que le suplicaban ayuda, pero se hizo el sordo a esta mujer; así que ella no pudo conseguir, al principio, ni ayuda ni respuesta. Pero Cristo sabía lo que hacía y, por eso, no le contestó, para que ella intensificara el anhelo de su oración. De este modo, al aparentar retirarle el favor que ella deseaba, estaba apremiándola a insistir con mayor pertinacia. No toda oración aceptada es una oración inmediatamente contestada. A veces, parece que Dios no hace caso de las oraciones de los suyos, pero lo hace para *probar* y, así, *mejorar* la fe de ellos.

(B) Cuando los discípulos intercedieron a favor de ella, Jesús les explicó por qué no le contestaba, lo cual era todavía más desalentador.

(a) Algún alivio había en que los discípulos intercedieran por ella: *Dile que se vaya, porque viene gritando detrás de nosotros.* Por la respuesta de Jesús, vemos que los discípulos no pretendían que Jesús la despidiera sin prestarle ninguna ayuda, puesto que no era esto lo que Jesús acostumbraba hacer, sino que le concediera presto la ayuda que ella reclamaba, a fin de que no continuara llamando la atención con sus gritos. Al no entender el silencio de Jesús, ellos veían el caso desde el punto de vista de su propia conveniencia más que de la necesidad de la pobre mujer. Por eso, vienen a decir: *«Dile que se vaya* satisfecha, *porque viene gritando detrás de nosotros,* molestando y llamando la atención». La importunidad insistente puede cansar a los hombres, incluso a los hombres buenos; pero a Cristo le agrada que se le siga implorando a gritos.

(b) La respuesta de Cristo a sus discípulos parecía acabar del todo con las esperanzas de la mujer: *No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel* (v. 24). Dios había estado preparando pacientemente al pueblo de Israel, del que había de salir el Redentor, para que le acogiesen cuando Él viniese, escuchasen y recibiesen Sus enseñanzas y fuesen así un pueblo misionero, bien equipado para extender el Evangelio por todo el mundo. Pero *los suyos no le recibieron* (Jn. 1:11), y el rechazo masivo del pueblo judío provocó el importante cambio de rumbo que se advierte en Hechos 13:46 (aunque la explicación completa se halla en Ro. 11). Fiel al propósito divino, Jesús se limitó así a instruir *a las ovejas de Israel.* Por eso, no sólo no responde a esta mujer, sino que arguye en contra de ella, y da una razón convincente. Es una prueba muy difícil la que sufre una persona cuando parece tener ciertas razones para dudar de si es una de las ovejas que Cristo ha venido a buscar. Pero, bendito sea Dios, porque no hay motivo para semejante duda; *Jesucristo se dio a sí mismo en rescate por todos* (1 Ti. 2:6). Luego, también por ti y por mí. En el caso presente, vemos cómo la persistencia en clamar vence a las buenas razones del hombre más sabio (comp. Lc. 18:1–8).

(C) Cuando la mujer se acercó a Jesús e insistió en su petición, postrada ante Él en adoración, Él insistió en su rechazo, y añadió a la repulsa un reproche humillante: *No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos* (v. 26). Jesús no se refiere a los perros callejeros, sino a los perrillos domésticos o «falderos», como indica el término griego. Esta respuesta de Jesús parecía cerrarle todas las puertas de la esperanza, y la habría llevado a la desesperación, si no hubiese tenido una fe tan grande. La gracia del Evangelio y las curas milagrosas que la testificaban, eran hasta entonces *pan de los hijos,* de Israel, y no estaban al mismo bajo nivel que *las lluvias del cielo y estaciones del año fructíferas,* comunes con las gentes a las que, en las generaciones pasadas, Dios había dejado andar en sus propios caminos (Hch. 14:16–17), sino que eran favores especiales apropiados para un pueblo especial de su peculio. Los gentiles eran tenidos por los judíos en gran desprecio, llamados y contados como *perros.* Jesús sabía que no había llegado aún la hora en que, mediante el derramamiento de su sangre se derribaría la pared intermedia de separación, para que en un solo cuerpo, la Iglesia, judíos y gentiles participasen conjuntamente de la gracia del Evangelio (1 Co. 12:13; Gá. 3:28; Ef. 2:11–22).

(D) Esto es lo que Cristo arguye contra esta mujer cananea: «¿Cómo puede esperar ella comer del pan de los hijos, cuando no pertenece a la familia?» Por aquí vemos que Cristo humilla primero y provoca el sentimiento de la propia indignidad y vileza, a los que Él quiere elevar a un honor especial. Debemos vernos primeramente como perros, indignos de la menor de las gracias divinas, antes de ser admitidos a los grandes favores y privilegios que ellas comportan. Cristo gusta de ejercitar la fe grande con pruebas grandes y, a veces, reserva las pruebas más duras para el final, a fin de que, *probada* la fe *con fuego,* resulte *mucho más preciosa que el oro* (1 P. 1:7).

3. Más de uno, con una prueba tan fuerte, se habría hundido en el silencio o habría estallado en lamentos o improperios: «¡Vaya un consuelo para una mujer afligida!»—podía haber dicho—. «Más me valía haberme quedado en casa. No sólo no me hace caso, sino que me llama *perra;* ¿este es el Hijo de David? ¿El que tiene tanta fama de amable, tierno y compasivo? No soy un perro, soy una mujer, una mujer honesta y desgraciada. Estoy segura de que no es decoroso llamarme *perra.»* Pero un alma humilde y creyente, que de veras ama a Cristo, echa siempre a buena parte todo lo que Él dice y hace, y saca de ello las mejores consecuencias; así esta mujer se abre paso por entre todas las circunstancias desalentadoras:

(A) Con un deseo anhelante de proseguir en su petición. Esto se vio ya después de la primera repulsa de Cristo, pues *ella vino y se postró ante Él, diciendo: ¡Señor, socórreme!* (v. 25). A la segunda repulsa,

ella continuó suplicando. Las palabras de Cristo hicieron callar a los discípulos, pues ya no se nos dice más de ellos; ellos se conformaron con la respuesta de Jesús, pero ella no se conformó; cuanto mayor es la angustia que sentimos en nuestra propia carne, tanto mayor debe ser la insistencia con que hemos de suplicar que el Señor venga en ayuda nuestra. Esta mujer oró cada vez mejor; en vez de querellarse y echarle la culpa a Cristo, toma la misma reprensión de Cristo con toda humildad y, espoleada por su afecto maternal, emplea toda su sagacidad para darle un giro inesperado a su petición y se aprovecha de las palabras de Jesús para reclamar siquiera unas *migajas* de la compasión del Señor; como si dijese: «Si soy israelita o no, eso no importa; aquí vengo al Hijo de David en busca de misericordia, y *no le dejaré hasta que me bendiga»* (Gn. 32:26). Así luchó Jacob con el ángel; así luchó Jesús en Su agonía de Getsemaní. Hay cristianos que se angustian con dudas sobre su elección, cuando harían mejor en ser más diligentes en hacer el bien (2 P. 1:10) e insistir fervientemente en la oración, y arrojarse a los pies de Cristo y decirle: *Si he de morir, que muera aquí* (v. Est. 4:16b). Si no podemos superar nuestra incredulidad con *razones*, venzámosla con *oraciones. ¡Señor, socórreme!* es una oración breve y admirable, cuando se dice de todo corazón, y es una lástima que mucha gente tome el nombre de Dios en vano, y diga sin razón alguna: ¡Ay, Dios mío!

(B) Con admirable sagacidad, según hemos apuntado ya anteriormente; la fe y el amor ayudan mucho a la imaginación a encontrar el modo de sacar partido de las situaciones más difíciles. Cristo había comparado a los judíos con los *hijos* que se sientan *como renuevos de olivo alrededor de la mesa* (Sal. 128:3), y había colocado a los gentiles, como a *perrillos,* debajo de la mesa. Nada se saca con contradecir a las palabras de Cristo, por duras que parezcan. Esta pobre mujer, ya que no puede objetar nada contra ellas, resuelve sacar de ellas el mejor partido posible: Sí, *Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos* (v. 27). Como si dijese con toda humildad: *«Es cierto, Señor; no lo puedo negar; soy perrilla y no tengo derecho al pan de los hijos; pero del pan que tan liberalmente tú partes a tu pueblo, yo te ruego la curación de mi hija, lo cual es como una migaja de tu compasión y de tu poder; una parte insignificante en comparación con las grandes hogazas que ellos saborean, pero de tanto valor e importancia para mí, por ser migaja de tan precioso pan».* Cuando estamos casi ahítos del pan de los hijos, deberíamos acordarnos de tantos que se contentarían con unas migajas. El pan de los privilegios espirituales que disfrutamos, sería para muchas almas un verdadero banquete. La humildad y la necesidad de esta mujer hicieron que se contentase con unas migajas, pero caídas de la mesa de Jesús, bajo la cual son alimentados los perrillos, así como los hijos comen alrededor de ella. Al ser Jesús el *amo* de esa mesa y al estar debajo de la mesa, ella se considera como un perrillo de Jesús; *porque mejor es un día en tus atrios que mil fuera de ellos* (Sal. 84:10). ¡Cuán bueno es estar en la casa de Dios, aunque sólo sea en el atrio! Quienes son conscientes de no merecer nada son también agradecidos a Dios por todo. Todo lo que viene del Amado *tiene gran valor* (1 P. 2:7). La fe había estimulado a esta mujer a esperar las migajas, y la humildad la había preparado para contentarse con ellas.

4. El gran éxito que la constancia y la fe de esta mujer le consiguieron. Salió de la prueba consolada y exaltada por Jesús: *Oh mujer, grande es tu fe.* Jesús exalta la fe de esta mujer cananea como había exaltado la fe de otro gentil, el centurión de 8:10. Ahora es cuando Jesús habla como lo que es, y no disimula su inmensa compasión. Lo que exalta es la *fe* de esta cananea. La mujer había mostrado otras muchas buenas cualidades en esta ocasión: sabiduría, humildad, mansedumbre, paciencia, y perseverancia en la oración, pero todas ellas eran producto de su fe. Comoquiera que, entre todas las gracias, la que más honra a Cristo es la fe, por eso, la gracia que Cristo honra más es la fe. Jesús exalta esa fe porque era *grande.* Aunque la fe de todos los creyentes es igualmente preciosa, no en todos tiene la misma fuerza porque no todos los creyentes han alcanzado la misma estatura o madurez espiritual. La grandeza de la fe consiste especialmente en la firme y resuelta adhesión a Jesucristo, para amarle y confiar en Él como Amigo, aun en momentos en que parece que viene contra nosotros como Enemigo. La fe débil, si es verdadera, no será rechazada, es cierto, pero la fe grande, fuerte, no sólo será aceptada, sino también recomendada y exaltada. Jesús, pues, curó a la hija de esta mujer: *«Hágase contigo como quieres; no puedo negarle nada; llévate contigo lo que viniste a pedir».* Los grandes creyentes se llevan de las manos del Señor cuanto quieren; cuando nuestra voluntad se somete a la voluntad de su precepto, Su voluntad se doblega a la voluntad de nuestro deseo (v. Éx. 32:11–14). Los que no le niegan a Jesús nada, hallarán que tampoco Él les niega nada, aunque a veces parezca que les esconde el rostro por algún tiempo.

Y, tan pronto como Jesús pronunció su palabra, se realizó el milagro: Y su *hija quedó sana desde aquel momento.* A la palabra, siguió inmediatamente el milagro. La fe de la madre había prevalecido para la curación de la hija.

Versículos 29–39

I. En esta porción, vemos en primer lugar una referencia concisa a las muchas curaciones de toda clase de enfermedades que Cristo llevó a cabo, una vez vuelto a territorio de Galilea. Veamos:

1. El lugar donde fueron llevados a cabo estos milagros: *junto al mar de Galilea* (v. 29). No leemos que Jesús obrase ningún otro milagro en el territorio de Tiro y Sidón, excepto la expulsión del demonio que atormentaba a la hija de la mujer cananea como si hubiese emprendido de propósito ese viaje con el solo objeto de curarla. Así también, los ministros de Cristo no han de escatimar sus esfuerzos por hacer el bien, aunque sea a pocos, pues todo el que conozca el valor de las almas, no dudará en andar un buen trecho a fin de cooperar a salvar a una sola del poder de Satanás y de la muerte eterna. *Subiendo al monte, se sentó allí,* para que todos pudiesen verle y tuviesen fácil acceso a Él; por otra parte, el sentarse era propio de un maestro que se dispone a enseñar.

2. Las multitudes que vinieron a Él y los muchos enfermos que sanó: Y *se le acercó mucha gente* (v. 30). Solemos ser muy sensibles a los dolores y a las enfermedades del cuerpo, pero son pocos los que se preocupan de sus almas y de las enfermedades espirituales. La bondad de Cristo era tal, que recibía a toda clase de gentes: a ricos y pobres, nobles y plebeyos, entendidos e iletrados. Al contrario que la mayoría de los hombres de la antigüedad, nunca miró con desprecio al vulgo, a la masa borreguil, como se suele llamarla, puesto que las almas de los labriegos tenían para Él el mismo valor que las de los reyes. Tal era el poder de Cristo que sanaba toda clase de enfermedades. Quienes venían a Él traían consigo a sus parientes y amigos enfermos, y *los ponían a los pies de Jesús.* El griego dice: *Y los echaban junto a los pies de Él* lo cual no significaba descuido, sino prisa por llevarlos a Él entre tanta gente. Por eso, no leemos que le dijeran nada pues era suficiente con poner a los enfermos delante del Médico. La triste situación en que se hallaban estos enfermos, hablaba de un modo más elocuente que todo lo que el mejor orador podría haber expresado con sus palabras. Cualquiera que sea nuestro caso el único modo de encontrar alivio y remedio para él, es ponerlo a los pies del Señor y someterlo a su sabia y santa voluntad.

Allí había *cojos, ciegos, mudos, mancos, y otros muchos enfermos.* Notemos cuánto daño ha producido el pecado, a cuántas y cuán diversas enfermedades están sometidos los cuerpos humanos después de la ruina original, y qué obra tan maravillosa realiza el Salvador. Él vence el pecado y captura a todos esos enemigos de la humanidad. El Evangelio lo expresa concisamente en dos palabras: *Los sanó.* Este es un ejemplo más del poder de Cristo, que puede confortarnos en todas nuestras debilidades, y de la compasión de Cristo, que puede confortarnos en todas nuestras miserias.

3. La influencia que esto tuvo sobre el pueblo (v. 31).

(A) *La multitud se maravillaba.* Y con toda razón. Las obras de Cristo deberían ser nuestro asombro.

(B) Y glorificaban al Dios de Israel. Los milagros, que son objeto de nuestra admiración, deben ser objeto de nuestra alabanza; y las gracias, que provocan nuestro júbilo, deberían provocar también nuestra gratitud. Si Él sana nuestras enfermedades, todo nuestro ser debe bendecir su santo nombre (Sal. 103:1–5). Y si Él nos ha preservado benignamente de todas esas enfermedades, tenemos tanta razón para bendecir a Dios como si nos hubiese sanado de todas ellas. No sólo los enfermos y sus parientes y amigos, sino *la multitud* en general, *glorificaban al Dios de Israel.* Hemos de ser altruistas, y glorificar a Dios con alabanza y gratitud, no sólo por los favores que nos concede a nosotros, sino también por los que concede a nuestros prójimos.

II. Tenemos a continuación el relato de alimentar a cuatro mil hombres con siete panes y unos pocos pececillos, como antes había alimentado a cinco mil con cinco panes (14:13–21). Los invitados en esta ocasión no eran tan numerosos como la vez anterior, y la provisión era un poco mayor; pero el milagro fue obrado igualmente en ambas ocasiones; tanto entonces como ahora, admitió a cuantos estaban en necesidad de alimento, y empleó para darles de comer lo que tenía a mano. Cuando los mayores poderes de la naturaleza son superados milagrosamente, debemos decir: *Éste es el dedo de Dios* (Éx. 8:19). No importa que sea aquí o allí, sobre muchos o sobre pocos, su presencia se hace claramente manifiesta. Veamos aquí:

1. La compasión de Jesús: *Tengo compasión de la gente* (v. 32). Les dice esto a los discípulos, tanto para probar, como para suscitar la compasión de ellos también. En lo que les dice, obsérvese:

(A) Cómo expresa la necesidad de la multitud: *Ya hace tres días que están conmigo y no tienen qué comer*. Esto era muestra del celo de la gente, y del afecto que profesaban a Cristo y a su palabra, pues no sólo habían dejado sus ocupaciones ordinarias, sino que afrontaban grandes inconvenientes, para continuar con Él; llevaban tanto tiempo sin comer, que apenas podían sostenerse en pie; lo cual demuestra que estimaban en más las palabras de Cristo que el necesario alimento corporal. Con qué ternura habla Cristo de ellos: *Tengo compasión de la gente*. Era justo que ellos tuviesen también compasión de Jesús, que tanto trabajo se había tomado por ellos durante tres días seguidos y, por lo que se da a entender, también Él estaba *en ayunas.* Nuestro Señor Jesucristo lleva buena cuenta del tiempo que sus seguidores continúan en Su compañía, así como de las dificultades que encuentran en ello.

Ahora bien, la necesidad que el pueblo experimentaba sirve para encarecer la grandeza del poder y del amor de Jesús. El favor de la provisión que les da, se muestra en que los alimenta cuando están hambrientos, que es cuando la provisión se agradece doblemente. El milagro de la provisión abundante que les da. Si se ha dicho que dos comidas raquíticas sirven para que la tercera haga agarrar un empacho, ¿qué diremos de tres días sin comer? Sin embargo, *todos comieron y se saciaron* (v. 37). Hay en Cristo gracia y poder suficientes para dar abundante satisfacción al deseo más urgente y prolongado: *Abre tu boca, y yo la llenaré* (Sal. 81:10).

(B) Cómo expresa el interés que tiene por la multitud: *No quiero enviarlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino.* La miseria de nuestra condición presente se muestra, entre otras cosas, en que precisamente cuando nuestra alma está siendo alimentada y ensanchada de alguna manera, nuestro cuerpo no puede seguir el mismo ritmo en situaciones convenientes y aun en el cumplimiento de nuestro deber. La debilidad de la carne es un grave obstáculo a la buena disposición del espíritu.

2. El poder de Jesús. La compasión que siente por la necesidad de la gente, pone en acción Su poder para proveerles de lo necesario para el sustento. Observemos:

(A) Cómo los discípulos desconfiaban de ese poder: *¿De dónde podemos nosotros obtener tantos panes en un despoblado?* (v. 33). Y eso que habían sido ellos, no sólo testigos, sino ministros, de un milagro similar; el pan multiplicado anteriormente, había pasado por las manos de ellos; de modo que era una señal de gran debilidad espiritual por su parte el preguntar: *¿De dónde podremos obtener nosotros tantos panes?* ¿Podían sentirse desvalidos cuando tenían consigo al Maestro? El olvido de experiencias anteriores puede ser causa de perplejidades y dudas presentes.

Cristo conocía cuán escasa era la provisión de que disponía de momento, pero quería oírlo de labios de ellos: *¿Cuántos panes tenéis?* (v. 34). Antes de actuar, quería ver el poco material de que disponía, para que su poder brillase con mayor resplandor. Lo que los discípulos tenían, lo llevaban para ellos mismos, y aun eso era muy poco, pero Cristo quería que lo diesen a la gente. Les sienta bien a los discípulos de Cristo ser generosos, pues su Maestro lo era: debemos compartir lo que tenemos. Ser tacaño con lo de hoy, a causa de la preocupación por el mañana, es enredo de una corrupta inclinación que debemos mortificar (Ro. 8:13). Los discípulos preguntan: *¿De dónde podemos obtener tantos panes?* En cambio, Jesús pregunta: *¿Cuántos panes tenéis?* No debemos pensar en lo que nos falta tanto como en lo que ya tenemos. Con razón se ha dicho que lo que distingue a un pesimista de un optimista ante una botella que va ya por la mitad, es que el pesimista la ve *medio vacía* mientras que el optimista la ve *medio llena*.

(B) Cómo fue manifestado a la multitud el poder de Cristo. Veamos:

(a) La provisión que tenía a mano: *Siete panes y unos pocos pececillos* (v. 34). Es probable que estos peces los hubiesen pescado ellos mismos. Es un consuelo *comer del trabajo de nuestras manos* (Sal. 128:2). Y es una dicha el compartir con otros lo que, con la bendición de Dios, hemos obtenido de nuestro trabajo: *Trabaje … para que tenga que compartir con el que padece necesidad* (Ef. 4:28).

(b) La disposición de los comensales en una postura conveniente: *Entonces Él mandó a la multitud que se recostase en tierra* (v. 35). Aunque el menú que podían ver era tan escaso, actuaron con fe en que de allí obtendrían suficiente provisión.

(c) La distribución de dicha provisión entre los comensales: Primero *dio gracias.* El verbo usado en el milagro anterior, similar a este, es *bendijo.* Ambos son, en cierto modo, lo mismo, pues dar gracias a Dios de antemano es el mejor modo de obtener de Dios bendición (comp. Jn. 11:41). Luego, *partió los panes y los peces y los dio a sus discípulos, y los discípulos a la multitud* (v. 36). Aunque los discípulos habían

desconfiado del poder de Cristo, él los usó como anteriormente. A veces los amos y jefes no dan a sus subordinados una segunda oportunidad, pero Cristo no da de lado a sus ministros a la vista de sus debilidades y flaquezas, sino que continúa dándoles el pan de vida, y les encarga que lo den a los demás.

(d) La abundancia de la provisión distribuida: *Comieron todos, y se saciaron* (v. 37). Cristo sacia a quienes Él alimenta. Mientras trabajamos para lo mundano *gastamos nuestro jornal en lo que no sacia* (Is. 55:2), pero *los que se amparan bajo la sombra de las alas de Cristo, serán completamente saciados de la abundancia de su casa* (Sal. 36:7–8).

Para mostrar que todos habían tenido bastante, se nos dice lo que sobró: *Recogieron lo que sobró de los pedazos, siete canastas llenas.* La palabra que el original usa para *canasta* es la misma de Hechos 9:25, y era, sin duda, mucho mayor que las *cestas* de que se nos habla en el milagro anterior. Eso demuestra que la provisión de Cristo es mayor que lo que se busca y para mayor número de los que la buscan.

(e) El recuento de los que comieron: *Cuatro mil hombres, sin contar mujeres y niños.* No se les cuenta para que paguen la cuenta, sino para que sean testigos de la grandeza del poder y de la bondad de Cristo.

(f) La despedida de la multitud, y la partida de Cristo hacia otro lugar: *Entonces despidió a la gente, entró en la barca, y vino a los confines de Magdala* (v. 39). Aunque había alimentado dos veces a la multitud, no debían esperar milagros para el pan de cada dia, sino marcharse a sus casas, para ganarse su pan y comerlo en su mesa.

CAPÍTULO 16

En este capítulo se nos narran cuatro conversaciones de Jesús: la primera con los fariseos; la segunda, con sus discípulos, acerca de los fariseos; la tercera, con sus discípulos, acerca de sí mismo; y la cuarta, con ellos acerca de Sus propios sufrimientos por ellos, y de los futuros sufrimientos de ellos por Él.

Versículos 1–4

Conversación de Cristo con los fariseos y los saduceos, dos grupos opuestos entre sí, pero unánimes y juntos en su oposición contra Jesús. Cristo y el cristianismo encuentran oposición desde todos los puntos de la rosa de los vientos.

I. Qué vienen a pedirle.

1. *Le piden que les muestre una señal del cielo* (v. 1). Deseaban que lo hiciese para mostrárselo a ellos, con la indudable pretensión de que así quedarían convencidos y satisfechos. Había de ser una señal distinta de las muchas que ya habían visto pues cada uno de los milagros anteriores era una señal manifiesta, pero todo esto no les servía; menospreciaban los milagros destinados a sanar a los enfermos y aliviar a los necesitados, y demandaban señales que sirviesen para satisfacer la curiosidad de ellos. La evidencia que Cristo había mostrado era suficiente para satisfacer a mentes sin prejuicios, pero no estaba destinada a complacer a corazones henchidos de vanidad. Aquí tenemos un ejemplo de lo engañoso y perverso que es el corazón del hombre, al imaginar que podríamos ser persuadidos por prodigios y experimentos que no están a nuestro alcance, mientras menospreciamos los portentos que contemplamos cada día. ¿No es un portento de la sabiduría y del poder de Dios, que cada planta chupe de la tierra lo necesario para formar flores y frutos tan diferentes? ¿No es un portento misterioso—como ha dicho un escritor contemporáneo—que una vaca negra produzca leche blanca después de comer hierba verde? Y tenía que ser precisamente *una señal del cielo.* Seguramente aludían a señales como las de Moisés (Sal. 78:23), Josué (Jos. 10:13), Elías (1 R. 17:1), etc.

2. La intención era ponerlo a prueba: *Se le acercaron ... para tentarle,* no para que les enseñara, sino para tenderle una trampa. Cuando hacía señales en la tierra, decían: *Este no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios* (12:24). Si hacía milagros del cielo, podían decir: Es virtud del *príncipe de la potestad del aire* (Ef. 2:2). Cuando sus antepasados habían visto señales del cielo, decían

de Dios: *¿Podrá poner mesa en el desierto?* (Sal. 78:19). Ahora que Jesús había puesto mesa en el desierto, le tentaban diciendo: *Muéstranos una señal del cielo.*

II. La respuesta que Cristo da a esta demanda.

1. Les condena por no hacer caso de las señales que ya habían visto (vv. 2–3). Estaban buscando señales del reino de los cielos, cuando ya estaba entre ellos. Para mostrárselo, les hace reflexionar:

(A) Sobre la sagacidad que poseían para otras cosas, especialmente para pronosticar el tiempo que iba a hacer. Hay diversas normas científicas para pronosticar el tiempo pero a los sencillos pastores y labradores les basta su observación y su experiencia para acertar con tanta precisión como los científicos qué clase de tiempo se avecina. Aunque *no sepamos cómo están suspendidas las nubes* (Job 37:16), si que podemos predecir lo que van a hacer.

(B) Sobre la estupidez que padecían para discernir lo que tenía verdadera importancia para sus almas: *¿Sabéis discernir el aspecto del cielo, y no podéis discernir las señales de los tiempos?* (v. 3); como si dijese: «¿No os dais cuenta de que ha venido ya el Mesías?» Los milagros que Cristo obraba, la afluencia de las multitudes a Él, la autoridad con que enseñaba, etc., eran claras indicaciones de que *el reino de los cielos estaba al alcance de la mano* y que llegaba *el día de la visitación* de ellos. Es gran *hipocresía* buscar señales de nuestro gusto, cuando menospreciamos las que Dios nos envía; no percatarse de la propia ruina, ruina inminente, por empeñarse en rechazar al Enviado de Dios. La gran desgracia de las masas es no percatarse del final que les espera, triste y eterno final, por negarse a recibir a Cristo como único salvador (Hch. 4:12).

2. Se niega a darles otra señal (v. 4). Les llama *generación mala y adúltera;* porque, mientras profesaban pertenecer al pueblo de Dios del Dios que era su *Hacedor y su Marido* (Is. 54:5), se apartaban traidoramente de Él y quebrantaban el pacto con su infidelidad. Por eso, se niega a satisfacer la curiosidad de ellos, puesto que demandaban *mal* (Stg. 4:3). La única señal que les va a ofrecer será *la señal del profeta Jonás* (v. 4; v. 12:39–40). Su propia resurrección después de estar tres días en el sepulcro, como Jonás en el vientre del gran pez, y la predicación del Evangelio a los gentiles, como había predicado Jonás a los ninivitas. Así quedaría satisfecha la fe de los humildes, pero no sería complacida la curiosidad de los soberbios.

La conversación con fariseos y saduceos después de esta declaración de Jesús, terminó de modo abrupto: Y *dejándolos, se fue* (comp. con Jn. 12:36b). Cristo no se detiene más de lo justo con quienes vienen a tentarle, sino que se retira con toda justicia de quienes vienen a él dispuestos a oponerse a Él, por muchas que sean las pruebas que les presente.

Versículos 5–12

En esta porción, tenemos la conversación de Jesús con sus discípulos acerca del pan y de la levadura; como en otras ocasiones, al hablarles Él de cosas espirituales por medio de comparaciones, ellos le entienden mal por pensar en cosas materiales. La ocasión de esta conversación fue el *olvidarse ellos de traer pan* (v. 5), como tenían por costumbre antes de viajar. Es notable cómo la mente de cada persona suele entender las cosas de acuerdo con sus preocupaciones respectivas. Sin duda, los discípulos habían dejado olvidada la provisión abundante de las siete canastas llenas de pedazos de pan o las habían dado a la multitud; esto era lo que les inquietaba; Jesús, en cambio, tenía la mente ocupada con el pensamiento de la hipocresía perversa de los fariseos. Pensemos, sin embargo, piadosamente de los discípulos, atribuyendo su olvido a la preocupación por otras enseñanzas de Jesús y recuerdos de sus asombrosos milagros. No es culpa de los buenos cristianos si, a veces, se olvidan de cosas de este mundo, por tener la mente ocupada en las cosas espirituales. Con todo, el equilibrio perfecto se obtiene al mantener la cabeza en el cielo y los pies en el suelo.

I. La advertencia que Cristo hace a sus discípulos: *Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos* (v. 6). Los discípulos están en peligro de ser engañados por los maestros hipócritas, puesto que, contra los que abiertamente enseñan el error o viven viciosamente instintivamente se ponen en guardia; por eso, Jesucristo redobla la advertencia y les dice: *Mirad, guardaos.* Las doctrinas y prácticas corrompidas de los fariseos y de los saduceos son comparadas a la levadura, porque leudan y corrompen todo cuanto está a su alcance.

II. La equivocación que los discípulos sufrieron al recibir esta advertencia (v. 7); pensaban que Cristo les reprochaba su olvido e imprevisión, y que les prevenía para que no comprasen panes hechos con la levadura que usaban los fariseos y saduceos, o que no comiesen con ellos, cuando ellos deberían haberse acordado de que el Maestro mismo había comido con fariseos (Lc. 7:36; 11:37; 14:1). El peligro no estaba en el pan de los fariseos, sino en sus doctrinas y prácticas.

III. El reproche que Jesús les hizo por esta ignorancia (vv. 8–11).

1. Primero les reprende por la desconfianza que mostraban hacia el poder y la buena disposición que Él tenía para sacarles del aprieto: *«¿Por qué pensáis dentro de vosotros;* por qué estáis en esa perplejidad, *hombres de poca fe, que no tenéis pan,* en vez de pensar correctamente?» (v. 8). No les culpa de imprevisión, como ellos esperaban. Los padres y los amos no deben enojarse demasiado por los olvidos de sus hijos y criados, sino sólo lo necesario para que hagan por acordarse en lo futuro, ya que todos estamos expuestos a olvidarnos de nuestro deber. Véase con qué facilidad perdonó Jesús a sus olvidadizos discípulos, y tratemos de imitarle. Por lo que les reprende es por su *poca fe.*

(A) Quiere que se acostumbren a depender de Él para el alivio de sus necesidades. Aunque los discípulos de Cristo se encuentren en apuros y aprietos a causa de sus errores y de su falta de previsión, Él continúa animándoles a que confíen en Él para todo lo que necesiten. Así que no debe ser una excusa para nuestra falta de caridad y compasión hacia quienes son realmente pobres, el pensar que deberían llevar sus negocios de mejor manera y así no se encontrarían ahora en necesidad. Puede ser que ello se deba a falta de previsión o de laboriosidad, pero eso no significa que les dejemos morirse de hambre cuando los vemos necesitados.

(B) Muestra su desagrado por la preocupación que tienen acerca de lo material. La gente suele reprochar duramente a personas que, aunque son bondadosas, carecen de las cualidades necesarias para prosperar en los negocios seculares; pero a Cristo le ofende más la excesiva preocupación y ansiedad acerca de esas mismas cosas. Es cierto que hemos de procurar guardar un buen equilibrio entre los dos extremos, despreocupación y preocupación, pero entre los dos, el que peor sienta a un discípulo de Cristo es la excesiva preocupación por las cosas materiales.

(C) La desconfianza de los discípulos tenía una circunstancia agravante: Estaban tan recientes las experiencias del poder y de la bondad de Cristo al proveer tan abundantemente para ellos y para la multitud (vv. 9–10). Tenían consigo al que podía proveerles de pan. No importa que no tuviesen la cisterna, cuando tenían el manantial: *¿No entendéis aún ni os acordáis?* ¡Cuántas veces merecemos un reproche semejante por ser tan tardos de entendimiento y tan olvidadizos de lo que de veras importa! *¿No os acordáis de las cestas y canastas que recogisteis?* Estas cestas y canastas eran como memoriales destinados a no dejar en el olvido tan señalados favores. Quien en las dos ocasiones pudo proveerles de manera tan abundante, seguramente podía proveerles ahora de lo necesario. Recordar los beneficios recibidos de Dios en el pasado es un buen remedio para preservarnos de las ansiedades del presente.

2. También les reprende por la equivocada interpretación que habían dado a sus palabras: ¿Cómo *es que no entendéis que no me referí al pan?* (v. 11). Los discípulos de Cristo deberían avergonzarse de su lentitud y torpeza en entender las cosas de Dios. A Jesús le supo mal: (A) Que los discípulos se imaginasen que Él estaba pensando, como ellos, en el pan material, cuando su *alimento era hacer la voluntad del Padre* (Jn. 4:34). (B) Que estuviesen aún tan poco acostumbrados a su modo de enseñar, como para tomar literalmente lo que hablaba metafóricamente.

IV. La rectificación del error mediante este reproche: *Entonces* se dieron cuenta de lo que había querido decir (v. 12). No tuvo que decírseles expresamente, sino repetir lo que ya había dicho antes; así les obligaba a comprender por sí mismos el sentido que antes no habían entendido. Así nos enseña Cristo en el interior del corazón por medio del Espíritu de sabiduría, y nos abre el entendimiento de la Palabra por medio del Espíritu de conocimiento. Las verdades más valiosas para nosotros son aquellas en que nosotros mismos nos hemos ocupado en profundizar.

Versículos 13–20

Conversación privada que Cristo mantuvo con sus Apóstoles acerca de Sí mismo. Esto sucedió en la región de Cesarea de Filipo, pues en aquel rincón apartado, no había ocasión de que acudiesen a Él tantas

gentes como en otros lugares, y esto le dio la oportunidad de tener con sus discípulos esta conversación privada.

I. Jesús comienza preguntándoles qué pensaba la gente acerca de Él: *¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?* (v. 13).

1. Se llama a Sí mismo *el Hijo del Hombre,* es decir, el Mesías prometido, como se ve ya desde Daniel 7 (v. Mt. 8:20; 9:6; 12:8; 13:41); era, pues, un título glorioso, aunque connotaba también el hecho de la Encarnación. Por otra parte, cuando Pablo habla de la humillación del Hijo de Dios al ser enviado a este mundo no le llama «el Hijo del Hombre», sino *«nacido de mujer»* (Gá. 4:4) como los demás mortales (Job 14:1).

2. Investiga cuáles son los sentimientos del pueblo acerca de Él: *¿Quién dicen los hombres …?* No pregunta: ¿Quién dicen los escribas y fariseos?, sino *los hombres* en general, la gente del pueblo a la cual los fariseos despreciaban (Jn. 7:49); el vulgo conversaba con los discípulos con mayor familiaridad que con el Maestro y por eso, a través de ellos podía Jesús investigar mejor qué era lo que la gente decía de Él. Cristo aún no había declarado paladinamente quién era, sino que había dejado que la gente sacase las conclusiones pertinentes de las obras que hacía (Jn. 10:24–25).

3. A esta pregunta, los discípulos responden: *Unos, que Juan el Bautista, etc.* (v. 14). Vemos que había diferentes opiniones, pues la gente tiende a ver una misma cosa con «el color del cristal con que se mira». La verdad es una pero cada persona lleva dentro de sí la fuente de sus propios *prejuicios;* por eso, los juicios son equivocados. Al ser Jesús una persona que no podía pasar desapercibida, cada uno estaría dispuesto a expresar su opinión acerca de Él. Hay opiniones muy «honorables», que pueden estar lejos de la verdad. Cada día vemos que son muchos los millones de hombres que tienen a Jesucristo en alta estima, pero no le conocen según lo que la Palabra de Dios nos dice de Él. Toda esa gente pensaba que Jesús era uno de los profetas antiguos, resucitado, no reencarnado.

(A) *Unos, que Juan el Bautista.* Así pensaba Herodes (14:2), y quienes rodeaban al monarca estarían inclinados a pensar como él.

(B) *Otros, que Elías;* al interpretar, sin duda, de esta manera, la profecía de Malaquías 4:5: *«He aquí que yo os enviaré el profeta Elías, antes que venga el día grande y terrible de Jehová»* (comp. Is. 61:2b).

(C) *Y otros, que Jeremías, o alguno de los profetas.* Esto demuestra qué idea tan alta tenían de los profetas. Antes que admitir que la persona que llevaba a cabo tan extraordinarias obras fuese Jesús de Nazaret, un paisano de ellos, preferían decir: «No es el Mesías, sino *alguno de los profetas*».

II. Después de oír de labios de los discípulos lo que la gente pensaba de Él, Jesús se dirige ahora enfáticamente a ellos y les dice: *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?* (v. 15). Ellos tenían de Jesús mejor información que la gente del pueblo, por su continua convivencia con Él. Quienes saben de Cristo más que el común de las gentes, deberían ser consecuentes con ese conocimiento, y estar mejor dispuestos para dar de Jesús un testimonio convincente.

Los discípulos estaban estudiando con el Maestro a fin de ser aptos para instruir después a otros (2 Ti. 2:2) y, por eso, era necesario que ellos mismos tuviesen un conocimiento correcto de la verdad fundamental del cristianismo. Por eso es conveniente que cada uno de nosotros se haga a sí mismo, y con frecuencia, la misma pregunta: *¿Quién digo yo que es Jesús,* y cómo lo confirmo con mi conducta? El estado espiritual de una persona depende de sus convicciones acerca de la persona y de la obra de nuestro Señor Jesucristo.

Bien, esa es la pregunta. Y a ella responde Pedro en nombre de los demás. Nótese que, cuando Jesús preguntó qué opinaba la gente, contestaron *ellos,* los discípulos en general; pero cuando les pregunta a ellos directamente, es Pedro el que toma la palabra, por su temperamento impulsivo, que le llevaba a expresar prontamente lo que pensaba ante las grandes preguntas, aunque no siempre respondiese correctamente. En todos los grupos de personas, suele haber alguien que destaca por su fervor y su osadía, y se adelanta a hablar antes que los demás. Tal era Pedro.

La respuesta de Pedro es corta, pero es completa, verdadera y oportuna: Tú *eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente* (v. 16). Esta es la correcta conclusión a la que las palabras y las obras de Cristo conducían. La gente le *llamaba profeta* (Jn. 6:14; 9:17), pero los discípulos le reconocen como el *Cristo,* el Mesías o *Ungido de Dios* (Is. 61:1). Ya era gran cosa reconocer una dignidad tan grande en una persona cuyas apariencias externas eran tan contrarias a la idea que la gente tenía del Mesías. Él mismo se llamaba ahora

«el Hijo del Hombre», pero Pedro reconoce en Él al *Hijo del Dios vivo y verdadero.* Confesémosle también nosotros de la misma manera, para compartir la misma bienaventuranza de Pedro. Observemos que Cristo aprueba la respuesta de Pedro (vv. 17–19):

1. Como creyente (v. 17). Cristo se muestra satisfecho con la respuesta de Pedro, tan clara y explícita y le dice de dónde le ha venido tan alto conocimiento. Era, sin duda, la primera vez que una confesión semejante tenía un acento tan claramente trinitario.

(A) Pedro era *feliz* por ello: *Dichoso eres, Simón* (en el orig. *Simeón,* como en otras ocasiones), *hijo de Jonás (o,* más probablemente, *de Juan,* a la vista del texto correcto de Jn. 1:42; 21:15). Pedro había nombrado al Padre de Cristo, y Cristo nombra al padre de Pedro. Tanto el significado de *Jonás* = paloma, como el de *Juan* = Dios agració, llevan su simbolismo, pues la paloma es símbolo del Espíritu Santo, el cual nos guía a toda verdad, y la gracia de Dios nos permite descubrir dicha verdad. Sin embargo la más apta consideración que se desprende del texto es la comparación del origen humano de Pedro, la cantera de la que había sido sacado = un origen común y vulgar, con la verdad tan alta que acababa de confesar, y que le prestaba una dignidad que no le venía por nacimiento, sino por el favor divino (Jn. 1:13); era la libre y soberana gracia de Dios la que llenaba el foso entre su nacimiento vulgar y su noble confesión. Tras recordarle esto, Jesús le proclama *bienaventurado,* por la fe que había profesado. Los verdaderos creyentes son verdaderamente dichosos, pues aquellos a quienes Cristo llama bienaventurados, no pueden dejar de serlo. ¡Feliz de veras es el que tiene de Cristo un conocimiento correcto!

(B) Dios quedaba glorificado con ello: *Porque no te lo reveló carne ni sangre.* Esta luz no podía provenir del nacimiento ni de la educación, sino del Padre celestial. La fe salvífica es un *don de Dios* (Ef. 2:8b) y, por ello, dondequiera que esta fe se encuentre es obra de Dios. Pedro era pues *dichoso porque el Padre celestial se lo había revelado.* La dicha verdadera va ligada a la gracia y al favor de Dios, de modo que sólo es, en realidad, desdichado el que, por carecer de la gracia de Dios, es de veras desgraciado.

2. Como apóstol (vv. 18–19). Cristo va a honrar a los discípulos y, en especial, a los ministros que así le honran. Las solemnes palabras de Jesús a Pedro, en respuesta al homenaje de pleitesía que éste le había tributado, son como la cédula regia, o carta constitucional divina, que ha de configurar el ser mismo de la Iglesia futura, que el *tekton* (albañil-carpintero) de Nazaret se dispone a *constituir.* En esta cédula regia podemos observar:

(A) La autoridad de quien la firma y sella: Y yo *te digo* (v. 18). La cédula es puesta en las manos de Pedro de manos del Fundador y Cabeza de la Iglesia. La constitución de la Iglesia es puesta en manos de Pedro, como representante de una agencia cuyos objetivos se especifican aquí claramente, tanto como su permanencia.

(B) La mano del que edifica la Iglesia: *Yo ... edificaré mi Iglesia.* Cristo es el arquitecto de su Iglesia. La construcción de la Iglesia es una obra que perdura hasta la consumación de los siglos (28:20) y Cristo usa a sus ministros como arquitectos subalternos que, con el poder y la gracia de Él, sobreedifican sobre el único fundamento (1 Co. 3:11 y ss.); por eso, han de mirar *cómo* edifican: si es sobre el verdadero fundamento, y si es con sólidos y valiosos materiales, o con algo que consume el fuego o se lleva el viento.

(C) El fundamento sobre el que edifica su Iglesia: *Sobre esta roca.* Jesús que había expuesto la parábola de 7:24–27, no iba a edificar sobre *arena,* sino sobre *roca,* a fin de que su Iglesia resistiera todos los embates a lo largo de los siglos. ¿Quién es esta *roca?* Unas breves observaciones nos ayudarán a interpretar este controvertido pasaje: (a) No cabe duda de que Cristo, al hablar en arameo, repetiría dos veces la palabra *Kefa,* que proféticamente le había puesto como sobrenombre a *Simón, hijo de Jonás* la primera vez que le vio (Jn. 1:42). Este sobrenombre expresaba una faceta de la persona de Pedro, en cuanto que, al confesar la divinidad del Señor, era, no sólo una *piedra viva* (1 P. 2:4–5), edificada sobre *la piedra principal del ángulo* (Ef. 2:20; 1 P. 2:6), sino la «Roca-confesante». Sobre este *Kefa* (el primero) y sobre los demás apóstoles también, quedaría cimentada la Iglesia de Cristo (Ef. 2:20; Ap. 21:14), pero nótese que Cristo no dice: y *sobre ti edificaré mi Iglesia,* porque no era sobre su persona sino sobre la confesión que Pedro acababa de hacer, sobre lo que la Iglesia sería edificada; esto es evidente por lo que dice Cristo cinco versículos después, ya que llama a Pedro *Satanás* cuando, en vez de hablar *según Dios,* hablaba *según los hombres,* con el mismo método de Satanás, cuando éste trató de impedir que Cristo siguiese el plan que le había trazado el Padre (4:1–11). Resta decir que de este versículo no se puede deducir ningún primado de jurisdicción de Pedro—todo el Nuevo Testamento está en contra de esto, sin olvidar 1 P. 5:1 y ss.—; menos aún, que fuese Pedro obispo de Roma (¿dónde estaba, cuando escribió

Pablo a los romanos al ser así que el gran apóstol tenía mucho cuidado de no meterse en las labores de otros?) y menos todavía, que el actual obispo de Roma sea también *Kefa* «por sucesión apostólica», cuando lo es por una interminable sucesión de sofismas. Lo realmente bíblico es que la confesión de Pedro: *Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente* (v. 16) es, con la justificación por la fe el *articulus stantis el cadentis Ecclesiae;* el artículo de fe, con cuya afirmación o negación se alza o cae respectivamente la Iglesia porque el cristianismo es Cristo. Si Cristo no es el Hijo de Dios, el cristianismo es un puro engaño, si se quita esa piedra, todo el edificio se viene abajo.

(D) El edificio que Cristo construye es la Iglesia, su *Iglesia;* esta es la primera de las dos veces que Jesús la menciona (la otra es 18:17, donde connota a la comunidad local) y, aquí significa la congregación de todos los verdaderos creyentes desde el día de Pentecostés—por eso, Jesús habla en futuro—, hasta el día en que venga a recogerla de este mundo (1 Ts. 4:17). La palabra griega *ekklesía*, que aparece en este versículo comporta un número indeterminado de personas, que han sido *llamadas del* mundo para que se separen de lo mundano y se consagren al Señor. No puede haber congregación (reunión de una *grey*) sin que haya antes segregación (separación de una *grey*). Pedro fue el principal ministro del Señor para formar la primera comunidad cristiana tanto de judíos (el día de Pentecostés; Hch. 2), como de gentiles (en casa de Cornelio, Hch. 10).

(E) Cristo hace una promesa respecto a la Iglesia que va a edificar: *Las puertas del Hades* no *prevalecerán contra ella.* El *sheol* (en griego *Hades)* era el mundo subterráneo, lugar de las almas después de la muerte; sus *«puertas»* son como las fauces de un monstruo que se traga las cosas terrenales. Estas «fauces» no se tragarán a la Iglesia; siempre, hasta el fin de los siglos, habrá comunidades de verdaderos creyentes en este mundo. Este es el único sentido que concuerda con todo el contexto de la Palabra de Dios, y no se refiere en modo alguno a la futura resurrección gloriosa de los creyentes. En otras palabras, Cristo asegura la *inmortalidad* de la Iglesia, pero no su *infalibilidad,* ni siquiera su *indefectibilidad* como organización. Mientras el mundo permanezca, Cristo tendrá en él una *Iglesia suya;* no siempre ni en todas partes, tendrá el mismo nivel de pureza y esplendor, pero jamás desaparecerá del todo; podrá sufrir reveses en los particulares encuentros con el mal, pero, en la principal batalla, los verdaderos cristianos son siempre *más que vencedores* (Ro. 8:37).

(F) A continuación, Cristo hace una promesa personal a Pedro (v. 19), y después la extenderá al resto de los Apóstoles (18:18), aunque en este último caso, tiene más bien en cuenta el ejercicio de la disciplina en la comunidad local. A Pedro le dice aquí: *Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos.* En Lucas 11:52, Cristo habla de *la llave del conocimiento* que los intérpretes de la Ley tenían para *abrir* a otros el sentido de las Escrituras (Lc. 24:32). *Las llaves del reino de los cielos* (no de la Iglesia) estuvieron en las manos de Pedro cuando éste, mediante la predicación de la Palabra—al abrir las Escrituras con el poder del Espíritu—hizo posible la entrada en el reino (v. 3:2; 4:17) a los que recibieron el mensaje, compungidos de arrepentimiento (Hch. 2:37–41); igualmente a los gentiles (Hch. 10:34–43).

(G) Finalmente, Cristo pone en manos de Pedro *la llave de la disciplina,* expresada bajo otra metáfora equivalente: Y *todo lo que ates en la tierra, estará atado en los cielos; y todo lo que desates en la tierra, estará desatado en los cielos.* Respecto de estos poderes, hemos de observar:

(a) Es Cristo quien los da, pues Él es el que nombra y da ministros a su Iglesia (Ef. 4:11). Cristo faculta a sus ministros para predicar con poder y autoridad su Palabra, en tanto en cuanto ellos prediquen la Palabra de Cristo (Lc. 10:16). Cuando un ministro fiel del Evangelio predica la Palabra de Dios, no hemos de fijarnos en su persona, sino en su mensaje; es un *embajador en nombre de Cristo* (2 Co. 5:20). ¡Escuchémosle!

(b) Son poderes para *atar y desatar*. Estos términos están tomados del argot rabínico y significan respectivamente *prohibir y permitir* (obligar y desligar). Como esto es extendido a los demás Apóstoles y, en general, a la Iglesia (18:18; Jn. 20:23), entra dentro de la disciplina eclesiástica el derecho y el deber de admitir y excluir, ligar y desligar, de acuerdo con las claras enseñanzas del Nuevo Testamento (v. por ej. Hch. 15:10; 1 Co. 5:4–13). No se trata, en modo alguno, de la llamada «absolución sacerdotal». Sólo Cristo puede dar la vida; sus ministros sólo pueden desatar al que ya está *vivo* (Jn. 11:44). Los ministros de Cristo ejercen estos poderes de dos maneras: primera, mediante la predicación del Evangelio (llave del conocimiento), con la cual se abren las puertas del reino a los creyentes arrepentidos, y se cierran a los obstinados en su incredulidad (comp. Jn. 8:24), segunda, mediante el aludido ejercicio de la disciplina (llave de la disciplina), pues abren la puerta de la iglesia local, por medio del bautismo, a quienes dan pruebas suficientes de una sincera conversión por los frutos que muestran; una *vida nueva,* y cierran

legítimamente las puertas de la iglesia a los herejes y pecadores notorios, pues éstos no están aptamente dispuestos para la comunión en el Cuerpo de Cristo.

(c) En el ejercicio legítimo de estas llaves, la autoridad de la Iglesia está respaldada por la autoridad de Cristo mismo: *el cielo da por atado o desatado lo que los ministros de Cristo aten o desaten en la tierra.* Éste es el único sentido posible del texto, incluso desde el punto de vista gramatical; lo contrario equivaldría a conferir unas llaves fantasmagóricas y un poder de atar y desatar que sería nulo si los individuos estaban ya previamente atados o desatados. Sin embargo, esto no significa que la Iglesia sea *infalible* en la aplicación de estos poderes. Incluso los Apóstoles y evangelistas de la Iglesia primitiva se equivocaron dejándose llevar de las apariencias (basta con el caso de Simón Mago y el posterior de los falsos maestros, aun en tiempo del Apóstol Juan, 1 Jn. 2:19). Al fin y al cabo, sólo *el Señor sabe los que son suyos* (2 Ti. 2:19). No se habla de obrar *infaliblemente,* sino *legítimamente;* es decir, de acuerdo con la *ley* de Cristo, en la que los pastores son jueces, no legisladores; y el juez juzga *iuxta allegata el probata* = según los hechos alegados y probados, aunque se puede equivocar, puesto que, muchas veces, todas las pruebas parecen estar contra una persona que, en realidad, no es la que ha cometido el crimen. Pero lo que se exige del ministro de Dios es, no que sea *infalible,* sino que sea *fiel* (1 Co. 4:2), como quien ha de dar cuenta al que ve *las intenciones de los corazones* (1 Co. 4:5). De este modo, puede ocurrir, que alguien que ha sido excluido de la comunión, sea acogido por el Señor, o viceversa. Si esto sucede al menos que no sea por negligencia o mala voluntad de los que imponen la disciplina (v. Jn. 9:35).

III. Como final de esta porción, hallamos el encargo que Cristo da a sus Apóstoles, de que guarden en secreto, de momento, la confesión de Pedro: *Entonces mandó a sus discípulos que a nadie dijesen que Él era el Cristo* (v. 20). Las razones para obrar así son las mismas de siempre. En aquella sazón, era peligroso divulgar que Jesús era el Mesías, ya que la gente pensaba en un libertador politicorreligioso y eso habría suscitado el antagonismo declarado de los líderes judíos, del tetrarca y del mismo emperador. Cristo no quería que sus apóstoles predicasen esta verdad fundamental del cristianismo, hasta que el Espíritu Santo descendiese para confirmar la prueba maestra que el Señor mismo había prometido en *la señal de Jonás:* el hecho de la resurrección de Cristo (Hch. 2:22–36). Cuando Cristo fue glorificado y el Espíritu descendió, entonces Pedro pudo proclamar desde las azoteas lo que había dicho en un rincón de Cesarea de Filipo. Era necesario para los predicadores mismos del Evangelio que fuesen equipados de antemano con *el poder del Espíritu* (Hch. 1:8), para proclamar de un modo convincente algo de lo que ellos solos eran testigos (Hch. 10:41). Esto debe servir de advertencia a todos los predicadores del Evangelio: Si no se cuenta con el poder de lo Alto mediante una comunión estrecha con el Señor, por mucho que el predicador gesticule, grite y agote todos los recursos oratorios humanos, *será como bronce que resuena o címbalo que retiñe.* Este peligro es mayor en los últimos tiempos, en que tantos cristianos profesantes *no sufren la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, acumularán para sí maestros conforme a sus propias concupiscencias* (2 Ti. 4:3). ¿No lo palpamos los ministros de Dios en las mismas congregaciones? Prefieren la «cienciaficción» a la verdad desnuda de la cruz de Cristo y la santidad que ella comporta en la vida cristiana.

Versículos 21–23

I. Cristo predice ahora a sus discípulos sus padecimientos próximos, su muerte violenta y su resurrección gloriosa. Ya antes había hecho algunas veladas alusiones a dichos padecimientos pero ahora *comenzó a declararlo* abiertamente (v. 21). Hasta ahora no lo había hecho, porque los discípulos eran débiles Pero ahora que habían madurado en el conocimiento y su fe se había fortalecido, comenzó a declararles *lo mucho que había de padecer. Desde entonces;* es decir, desde la reciente confesión de Pedro, se puso ahora a enseñarles otra verdad. Cuando no estaban bien fundados en la fe de que Jesús era el Cristo, el Hijo del Dios viviente, no estaban dispuestos a oír acerca de los padecimientos del Siervo Sufriente, pues habrían visto su fe peligrosamente sacudida. Cristo se revela siempre a los suyos gradualmente iluminándoles poco a poco, en la medida en que sus pupilas espirituales van soportando una luz cada vez más intensa. Por eso no todas las verdades se pueden decir a todos y en todo tiempo, sino a quienes están en disposición de recibirlas en el momento y situación actuales. Obsérvese:

1. Qué es lo que les predijo acerca de sus sufrimientos, y de las circunstancias en que había de padecer. El lugar sería *Jerusalén,* la capital, la ciudad santa. Allí se ofrecían a Dios todos los sacrificios;

allí debía, pues *morir Él,* que había de ofrecer por sí mismo y en sí mismo el gran *sacrificio de una vez por todas* (He. 9:26; 10:12). Las personas a manos de quienes había de sufrir: *los ancianos, los principales sacerdotes y los escribas.* Los que deberían haber sido los primeros en reconocerle y admirarle, eran los más enconados en perseguirle. Lo que había de sufrir: *mucho ... y ser muerto.* La maldad insaciable de sus enemigos, y la paciencia invencible de Él, se mostraron en la multiplicidad de sus sufrimientos, así como en la variedad y en lo extremoso de ellos; nada sino la muerte, y muerte violenta, había de satisfacer a sus enemigos; muerte, y muerte de cruz, le exigía la obediencia al Padre (Fil. 2:8). Pero también les predice el resultado feliz de dichos sufrimientos: y *resucitar al tercer día.* El resucitar al tercer día demostraría que era el Cristo y el Hijo de Dios, no obstante sus padecimientos; por eso menciona su resurrección, a fin de que mantengan en alto su fe. Así hemos de considerar los sufrimientos de Cristo, y ver en ellos la obra de nuestra salvación y el camino de su gloria; y a esta luz hemos de ver también nuestros sufrimientos por Cristo, como anticipo de una gloria que comparten con Él cuantos comparten sus sufrimientos (Fil. 3:10–11). *Si sufrimos, también reinaremos con Él* (2 Ti. 2:12).

2. Por qué les predijo sus sufrimientos. Sus futuros sufrimientos no eran una sorpresa para Él, no cayeron sobre Él como un lazo, sino que tuvo de ellos un conocimiento claro y cierto, lo cual engrandece mucho su amor. Para rectificar los errores de que estaban imbuidos sus discípulos acerca de la pompa y poder exteriores de su reino, Cristo les lee aquí otra lección, hablándoles de su cruz y de sus sufrimientos. Los seguidores de Cristo deben ser advertidos de antemano acerca de esto, para que no esperen en este mundo grandes cosas. También era conveniente para prepararlos con miras al dolor y a la tristeza que habían de compartir con Él cuando le llegase su hora de sufrir. Cuando Él sufrió *muchas cosas,* los discípulos no podían menos que sufrir *algunas;* por tanto, mejor es saberlas de antemano, a fin de que, al estar prevenidos, aguantasen mejor los golpes, pues, como dice el refrán castellano, «hombre prevenido vale por dos».

II. El escándalo que Pedro sufrió con esta declaración de Jesús: *Pedro, tomándole aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, no lo permita Dios* (lit. *¡propicio para ti!); en ninguna manera te suceda esto* (v. 22). Acerca de este reproche, podemos considerar:

1. Que no estuvo bien que Pedro contradijese a su Maestro y se atreviese a reconvenirle. Cuando los designios divinos nos resultan difíciles de comprender o de soportar, nuestro deber es prestarles silencio y asentimiento, no atreviéndonos a dictarle normas a Dios; Dios sabe muy bien lo que tiene que hacer y no necesita nuestras lecciones.

2. Que sus palabras tenían sabor de prudencia carnal y quizá de cierto engreimiento por la alabanza que había recibido de Jesús. Nuestro egoísmo, congénito con nuestra naturaleza corrompida, nos inclina a buscar la mayor comodidad posible, a mirar los sufrimientos como estorbos para la vida presente, pero hay otros módulos para medir el valor de los sufrimientos. Pedro quería que Jesús tuviese el mismo miedo y la misma aversión que él sentía hacia los sufrimientos, pero nos equivocamos si medimos el amor y la paciencia de Cristo con nuestras propias medidas.

III. El disgusto de Cristo por esta sugerencia de Pedro (v. 23). No se nos dice en el Nuevo Testamento que Jesús se resintiese jamás de nada que sus discípulos dijeron o hicieron, tanto como en esta ocasión, como se ve por el tremendo reproche con que expresó su desagrado. Hace poco le había dicho: *Bienaventurado eres Simón* (v. 17). Ahora le dice: *¡Quítate de delante de mí, Satanás* Y había suficiente motivo para que Jesús usase ambas expresiones. Por revelación del Padre, y a impulsos de su ferviente amor a Jesús, Pedro había sido *Kefa* piedra sólida de edificación para la Iglesia; poco después, a impulsos también del cariño, pero aconsejado por la carne, Pedro se convierte en *piedra de escándalo* para el propio Fundador de la Iglesia. ¡Qué inconstante puede ser el mejor de los amigos de Jesús! Satanás emplea sus más astutas estratagemas para susurrarnos falsos consejos de labios de nuestros mejores amigos; la amabilidad y el cariño de nuestros deudos pueden ser convertidos, en las manos de Satanás, en las peores trampas para nuestra salvación. Por eso, debemos aprender a reconocer la voz del diablo, lo mismo cuando nos habla por medio de un santo que cuando nos habla por medio de una serpiente. De Cristo hemos de aprender a desoír los falsos consejos, aunque vengan de los mejores amigos, sin atender a falsos miramientos y aunque parezca a otros que somos descorteses. ¿Por qué desagradó a Cristo una sugerencia que, no sólo parecía inocua, sino incluso amable? Por dos razones que Jesús da:

1. *Me eres tropiezo* es decir, eres un obstáculo para que siga adelante en el plan que el Padre me ha trazado (comp. 4:3, 6, 10), pues me tientas a volverme atrás e ir por otro camino. El corazón de Cristo le apresuraba por el camino del Calvario y, por eso, tomó tan a mal que se intentase ponerle un estorbo. Notemos que Pedro no fue reprendido tanto por negar al Maestro cuando comenzaba su Pasión, como cuando intentó disuadirle de encaminarse hacia ella. Nuestro Señor Jesucristo prefería nuestra salvación a su propia comodidad, pues no había venido a este mundo a escatimar su vida, sino a entregarla por amor a nosotros: *El cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*—dice Pablo—(Gá. 2:20b). Aprendamos de aquí que cuanto más elevada sea la obra que emprendamos para la gloria de Dios y la salvación de las almas, mejor preparados debemos estar para el estorbo y la oposición de parte de amigos y de enemigos, de ataques desde fuera y desde dentro (comp. 2 Co. 11:23–26).

2. *Tus enemigos no son los de Dios, sino los de los hombres.* Es de notar que el original emplea aquí para «tener sentimientos» (o mentalidad) el mismo verbo que aparece en Filipenses 2:56 y Colosenses 3:2. Los criterios, o profundas convicciones, son ideas calentadas por el corazón; mente y corazón se unen para hacernos ver las cosas de una manera o de otra. En este caso, los criterios de Pedro eran opuestos a los de Dios (Is. 55:8).

Versículos 24–28

Después que Cristo ha mostrado a los discípulos lo *mucho* que Él ha de sufrir, ahora les muestra lo que ellos también han de sufrir.

I. En esta porción, tenemos expresada la ley del discipulado, y fijadas las normas mediante las cuales se puede obtener, tanto el honor como el beneficio de ser discípulo de Cristo (v. 24).

1. ¿En qué consiste el discipulado cristiano? En *ir en pos de Jesús.* El discípulo verdadero sigue a Cristo en el dolor para seguirle en el honor: *Por la cruz a la luz*—dice el adagio—. El cristiano sigue a Cristo, como la oveja al pastor, y no pretende ponerse delante de Él para enseñarle el camino, como Pedro acababa de intentar, sino *siguiendo al Cordero por dondequiera que va* (Ap. 14:4).

2. ¿Cuáles son los requisitos necesarios para ser un buen discípulo de Cristo?

(A) Una firme y deliberada resolución de seguir al Maestro: *Si alguno quiere venir en pos de mí.* Cristo no quiere forzados, sino voluntarios: *El que quiera … conocerá* (Jn. 7:17). *Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente* (Ap. 22:17b). Antes de que podamos hacer ninguna otra cosa, Dios nos provee de la energía necesaria para *querer* (Fil. 2:13). Con razón decía Unamuno que el antiguo adagio filosófico: «Nada se quiere sin antes conocerlo» estaba equivocado, pues la verdad es que «nada se conoce sin antes quererlo».

(B) *Niéguese a sí mismo.* ¿Qué significa, en realidad, negarse a sí mismo? ¿Negar que uno existe, o que es lo que es? ¡No! Negarse a sí mismo es decirle a ese «Yo» (con mayúscula) que hay dentro de nosotros, y que nos inclina a ser egocéntricos, autónomos y autosuficientes, que *no,* que no queremos seguir nuestros propios planes ni servir a nuestros propios intereses, sino depender en todo de Dios y hacer y sufrir todo cuanto Él tenga programado para nosotros. Esta es la tarea más difícil para cualquier creyente, y la más penosa de las tres crucifixiones que Pablo menciona para el cristiano (Gá. 2:10; 5:24; 6:14). Si uno no crucifica ese «yo» en aras del amor de Dios y del prójimo, de nada le sirve *repartir todos sus bienes,* ni siquiera *entregar su cuerpo a las llamas* (1 Co. 13:3). ¡Y qué difícil es negar a ese «Yo»! Es una tarea constante, porque ese «Yo» es capaz de revivir y levantar la cabeza aun detrás de las más santas intenciones. «Cuidado con la gloria Javier»—viene a decir Iñigo de Loyola, en *El Divino Impaciente* de Pemán—"porque hasta a la gloria de Dios le tengo miedo".» Efectivamente, ¡cuántas veces, detrás de una pretendida «gloria de Dios», se esconde la gloria del «Yo»! Verdaderamente, esta es la puerta *estrecha* (7:13–14), pero es *la que lleva a la vida,* porque *Cristo, nuestra vida* (Col. 3:4) entró el primero por ella, *se despojó a sí mismo* (Fil. 2:6; lit. *se vació a sí mismo;* es decir, del esplendor y de la majestad que le correspondían, como Dios que era, igual al Padre).

(C) *Tome su cruz.* Los discípulos de Cristo estaban familiarizados con este concepto, ya que, mucho antes de Jesucristo, Antíoco Epífanes había hecho crucificar a muchos judíos, según testimonio de Flavio Josefo. El condenado a muerte en cruz era obligado a llevar sobre sus hombros el instrumento de su suplicio. Así, pues, el seguidor de Cristo ha de alistarse en esa fila de condenados a muerte, que van tras Él llevando cada uno su propia cruz; esta cruz no consiste en la resignación para soportar las molestias de

la vida, sino en pechar, como Cristo, con la misma *contradicción de pecadores* que Él soportó (He. 12:3). Todo discípulo de Cristo ha de tomar voluntariamente esta cruz *suya;* preparada y elegida por Dios, no por nosotros mismos; pero *nuestra* porque es nuestro lote, no el del vecino, y está hecha para nuestros hombros, porque es bueno y competente el artesano (¡carpintero!) que nos la ha preparado. Esta cruz hemos de tomar y seguir con ella a Cristo. No debemos hacernos la cruz nosotros mismos, mediante el arrojo o la necia indiscreción, sino arrimar el hombro a la que Dios ha preparado, sin temor a su peso, que es tanto menor cuanto mayor es el amor con que se lleva. Aquí vale lo que alguien dijo de las espinas: «Duelen más si se pisan que si se besan». Entonces, uno puede hasta *gloriarse* de su cruz (comp. Ro. 5:3 y ss.; 8:18; Col. 1:24, donde es como si Cristo mismo completase sus padecimientos *en Pablo).*

(D) Y *sígame.* Aquí, la frase tiene un sentido más profundo que el anterior *venir en pos de mí,* ya que ahora supone ir *cargado con la cruz* en el seguimiento de Cristo. Pero el hecho de que le seguimos a Él en esto, nos ha de consolar, porque, (a) Él fue delante, (b) nos mostró el camino, (c) llevó el peso más fuerte, pues la cruz que para Él fue *maldición* (Gá. 3:13), para nosotros fue *bendición* (Gá. 3:13). Este seguimiento comporta los mayores honores a que una persona pueda aspirar (Jn. 12:26). Y es en vista de estos honores de valor eterno, como hemos de mirar a las cosas de abajo (Col. 3:2), según lo explica Cristo en los versículos siguientes.

II. *Negarse a sí mismo* y *tomar la cruz* son lecciones muy duras; si seguimos el consejo de la carne y de la sangre, no las aprenderemos nunca; pero, si consultamos al Señor Jesucristo, Él nos hará las consideraciones pertinentes, a fin de que nos percatemos de lo que en ello nos va en juego.

1. El peso de toda la eternidad depende de la resolución de seguir a Jesús: *Porque* (nótese la conjunción) *todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará* (v. 25). La palabra que hay en griego para *vida,* es la misma que significa también *alma* (y, como en hebreo, también la persona misma). Aquí como en 10:39, la palabra *vida* comporta dos sentidos contrapuestos en la existencia humana: la vida *temporal,* cuya condición efímera es puesta de relieve en la Biblia (*flor* de un día—Job 14:2—eso significa «efímero» = de un día v. tamb. Job 9:25–26) y la *vida eterna,* en comparación de la cual, la vida temporal es como un punto entre dos espacios sin límites. El que quiera salvar su vida temporal y huya del deber y cometa pecado, y renuncie a seguir a Cristo por amor a su propia conveniencia perderá la vida eterna, quedará privado para siempre de todo bien, al no alcanzar la comunión con el Sumo Bien que es Dios, y será lanzado para siempre a la muerte segunda, un Infierno eterno (Ap. 20:10; 21:8—los *cobardes* van en primera fila—). Se ha salvado la vida que dura un momento, se ha temido la muerte que es como un sueño, se ha perdido la vida que dura siempre, y se corre veloz hacia la muerte eterna.

2. En cambio, el que pierde la vida temporal por la causa de Cristo, la recobrará transformada en mejor, glorificada, para toda la eternidad. Muchas vidas han sido entregadas en aras de la causa de Cristo. El cristianismo ha llegado a nosotros sellado con la sangre de innumerables mártires. La seguridad de una vida eterna en la presencia del Amado por quien estaban dispuestos a dar la vida temporal, les animaba a triunfar sobre el terror de una muerte violenta, de tal forma que muchos de ellos fueron al patíbulo sonriendo y se pusieron a cantar himnos colocados sobre la pira de fuego.

3. Jesús pone de relieve el valor de un alma inmortal, cuyo precio sobrepasa al de todo el mundo material; como que Dios quien conoce perfectamente el valor de las cosas, no dudó en derramar la sangre de su Hijo para comprar con ella la salvación de nuestras almas (v. 1 P. 1:18): *Porque, ¿qué provecho sacará el hombre de ganar el mundo entero, si pierde su alma?* (v. 26). Esto alude al principio general de que, por mucho que un hombre pueda ganar en este mundo si pierde la vida no le va a servir de nada puesto que no podrá gozar de lo adquirido. En la balanza de los valores, los hombres ponen la vida por encima de todo y están dispuestos a gastar todo el dinero necesario para pagar la medicina, la operación, etc., con tal que así haya seguridad, o probabilidad, de salvar la vida por algún tiempo. Pero si todos los bienes de este mundo, incluida la misma vida temporal, se comparan con la perdición eterna, la locura de perderse a sí mismo voluntariamente para siempre, es todavía mayor, incomparablemente mayor, que la del que aprecia la vida menos que los demás bienes temporales. Nótese que *perderse a sí mismo* (Jn. 3:16b) no es quedar *aniquilado* o perder la existencia, ya que el alma del hombre ha sido creada inmortal, sino *echar a perder toda su eternidad* en el lago de fuego y azufre.

4. *¿O qué dará un hombre a cambio de su alma?* Si el alma, la persona entera, se echa a perder, no existe nada con que pueda ser reparada, ni hay precio con que se pueda volver a redimir. Dice

Crisóstomo: «¿Es que tienes acaso otra alma para darla a cambio de la que perdiste? Si pierdes dinero, puedes dar a cambio dinero; y lo mismo se diga de una casa, de un esclavo o de cualquiera otro de los bienes de fortuna. Pero si pierdes tu alma ya no puedes dar otra por ella. Aun cuando seas dueño del mundo entero aun cuando seas rey de toda la tierra y pagues por precio cuanto hay en la tierra entera, no serás capaz de comprar una sola alma». Teresa de Jesús decía: «Tres espinas me punzan constantemente: que tengo una sola vida, una sola alma y un solo Juez. Si tuviera dos vidas y perdiera una, podría reparar en la otra la pérdida de la primera, etc.». Broadus cita una frase de la reina Isabel (no dice cuál; es de suponer que se refiere a Isabel I de Inglaterra) cuando estaba en el lecho de muerte: «Millones de dinero por una pulgada de tiempo». Broadus comenta brevemente: «Tenía el dinero, pero no pudo efectuar el cambio». Efectivamente, las divisas de este mundo no tienen valor de moneda corriente en la aduana de la eternidad.

III. Termina esta porción con unas palabras que nos alientan grandemente a negarnos a nosotros mismos y a sufrir por Cristo.

1. La seguridad de la gloria de Cristo en su Venida y de la recompensa que traerá consigo (comp. Ap. 22:12). Si miramos las cosas como aparecerán *entonces* las veremos como deberían aparecer *ahora.* En efecto, las palabras de Cristo concernientes a su Segunda Venida, nos animan mucho a estar firmes y dispuestos a darlo todo por el alma, considerando:

(A) El estado de exaltación del Hijo del Hombre: *Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles* (v. 27). Mirar al Hijo del Hombre en su estado de humillación podría desanimar a sus seguidores de tomarse fatigas y correr graves riesgos por su causa, pero *teniendo los ojos puestos en el Autor y Consumador de nuestra fe* (He. 12:2), *viniendo en su gloria,* nos sentiremos animados a seguirle y sufrir por causa de Él.

(B) La recompensa que la Segunda Venida de Cristo traerá a los *suyos: Y entonces pagará a cada uno conforme a su conducta* (el griego dice *praxin* = conducta, el mismo vocablo que en Col. 3:9, no *erga* = obras). El hecho de este galardón futuro muestra la importancia de salvar el alma. El galardón será correlativo con el fruto producido; quienes hayan sido fieles en producir el fruto que Dios espera de todo creyente, tendrán *amplia entrada en el reino* (v. 2 P. 1:11, con el contexto anterior); los descuidados en el servicio del Maestro, entrarán, pero *avergonzados* (v. 1 Jn. 2:28). Todos llevarán coronas, pero las de algunos estarán adornadas con diamantes que irradien esplendor (Dn. 12:2). Esta es la mejor perspectiva para prepararnos a negarnos y tomar la cruz, pues el Rey será nuestro Amigo y nuestro Esposo. El galardón es *reservado* (1 P. 1:4, comp. con Mt. 6:20) para entonces. Aquí, tanto los bienes como los males parecen distribuidos igualmente para buenos y malos, pero entonces se hará la separación (13:41–43; 47–50) y cada cosa quedará en el sitio que le corresponda.

2. La cercanía de una cierta visión anticipada de la gloria de su reino en este mundo. *De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que hayan visto venir en su reino al Hijo del Hombre* (v. 28). Una anticipación de la gloria del reino estaba tan próxima, que había allí con Jesús algunos que no morirían sin haberla visto. A pesar de las referencias marginales de nuestras Biblias a la destrucción de Jerusalén y de la opinión de algunos comentaristas, lo más probable es que el Señor se refiriese a su próxima Transfiguración, anticipación de la *gloria* de su reino (2 P. 1:16–18 tiene gran fuerza en este sentido) y en la que *algunos* (Pedro, Santiago y Juan) serían privilegiados espectadores. La transfiguración estaba, efectivamente, destinada a levantar los ánimos de los discípulos y prepararlos para ver los sufrimientos de Cristo en la perspectiva de su futura glorificación. Por otra parte, la destrucción de Jerusalén no fue para Cristo una *gloria,* sino una *pena* (23:37–39). El ánimo que esto da a los discípulos de Cristo se basa en que el Autor y Capitán de nuestra salvación entró en la gloria del Padre, no sólo *después* de sus padecimientos, sino *a causa de* los padecimientos.

CAPÍTULO 17

Cuatro episodios se nos narran en este capítulo: el primero muestra a Jesús en la gloria de su transfiguración; el segundo, en la gracia de su poder; el tercero en la humillación de sus futuros sufrimientos; y el cuarto, en la pobreza material de su condición mortal en esta vida.

Versículos 1–13

En esta porción tenemos el relato de la transfiguración de Cristo. Él había dicho hacía poco que el Hijo del Hombre vendría pronto en la gloria de su reino, a la vista de algunos de los discípulos allí presentes; ahora cumple la promesa; es significativo que los tres sinópticos conecten esta narración, a propósito, con la anterior. Cuando Cristo estaba aquí, en su estado de humillación, se entreveían algunos destellos de gloria en medio del *despojo* que mostraba su apariencia exterior; ahora, en medio de un ministerio público, que estaba constantemente flanqueado por el rechazo, el desprecio y la falta de comprensión, se descubre su gloria con todo su esplendor. No fue, no, un milagro que se descubriera por un momento la gloria de Cristo, pues era la que le pertenecía por su divinidad; la maravilla estuvo más bien en que dicha gloria quedase oculta durante treinta y tres años tras las opacas paredes de un *vaso de barro* semejante al nuestro, aunque limpio de toda mancha. En cuanto a esta transfiguración de Cristo, obsérvese:

I. Las circunstancias en que sucedió (v. 1).

1. El tiempo: *Después de seis días* desde la última conversación con sus discípulos. Lucas dice *«como ocho días»*, es decir, una semana, si si contamos el día que les habló y el que los subió al monte (v. 12:40 como ejemplo del modo de contar). No se nos dice nada de lo ocurrido en los días intermedios, como si quisiese prepararlos en el silencio para esta solemnidad (v. Ap. 8:1). Muchas veces, cuando parece que Cristo no hace nada por los suyos, es que los está preparando para algo importante.

2. El lugar: *Un monte alto.* Cristo escogió una montaña: (A) Como lugar secreto. *Los llevó aparte,* y escogió un lugar retirado para transfigurarse, pues la publicidad del hecho no cuadraba con su estado presente; en cambio, escogió la capital para ser crucificado. (B) Como lugar alto. Las alturas solitarias son propicias para elevar el corazón a las cosas de arriba (Col. 3:1–2), y parece que nos acercan al cielo, ayudándonos a mantener una más estrecha comunión con Dios. Para una comunión íntima con el Señor no es suficiente con el retiro; se requiere la ascensión. El que así busca la presencia de Dios, experimenta pronto que nunca se está menos solo que cuando se está a solas con Dios.

3. Los testigos: *Tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano.* Tomó *tres* (así como en la resurrección de la hija de Jairo y en la agonía de Getsemaní) como número muy apropiado para testificar de lo que iban a presenciar. Cristo escogió muy pocos testigos de *vista* de sus grandes obras y de su misma resurrección, para que tanto más abundase para todos nosotros la gran bienaventuranza de los que creemos en Él, sin haberle visto (Jn. 20:29; 1 P. 1:8). Pablo llama a Pedro y a Juan *columnas* (Gá. 2:9. El *Jacobo* mencionado por Pablo no es el de aquí pues había sido martirizado algunos años antes, sino el hermano del Señor, y pastor de Jerusalén—nótese su colocación delante de *Cefas—).* Precisamente tomó a los mismos tres que tomaría después como testigos de su agonía, a fin de que los que habían de estar más cercanos a su gran humillación, estuviesen también cercanos a su actual exaltación.

II. La forma en que se llevó a efecto: *Se transfiguró* (lit. *se transformó*, como en Romanos 12:2, pero se escoge el otro verbo porque el concepto de *transformación* suele implicar un proceso de fuera adentro, mientras que la *transfiguración* fue un proceso de dentro afuera) *ante ellos* (v. 2). La sustancia o realidad de su cuerpo permaneció la misma; no se convirtió en espíritu, sino que el resplandor de la gloria, que estaba como frenado en su interior, irrumpió al exterior, e iluminó toda su figura, y dio así una visión anticipada de su futura y permanente gloria. Esta transfiguración se notó:

1. En su rostro: *Su rostro resplandeció como el sol.* El rostro es la parte principal del cuerpo en cuanto a que por él se distingue a las personas de una manera clara y distinta; por eso, se proyectó especialmente desde su rostro como el sol en lo más intenso de su resplandor; tanto más se hizo de notar, cuanto que aparecía de súbito, como el sol cuando sale de una densa nube.

2. En sus vestiduras: Y *sus vestiduras se volvieron blancas como la luz.* El brillo del rostro de Moisés era tan débil, en comparación con el de Jesús ahora, que podía ocultarse tras un delgado velo; pero la gloria del cuerpo de Cristo era tan intensa, que sus vestiduras resplandecían como la luz.

III. Los que le acompañaron en su aparición gloriosa: *En esto, se les aparecieron Moisés y Elías, hablando con Él* (v. 3). Junto a Él aparecieron estos santos glorificados, a fin de que, así como había tres testigos en la tierra (Pedro, Jacobo y Juan), tampoco faltasen testigos celestiales. Vemos aquí que quienes han muerto en comunión con Dios, no han perecido. Los judíos tenían gran respeto a Moisés y a Elías y así vinieron éstos a aparecerse con Jesús, como testimonio de la Ley y de los Profetas, ya que todo el Antiguo Testamento da testimonio de Jesús en cuanto a lo que había de padecer, lo mismo que en cuanto a sus triunfos y su gloria. Los discípulos vieron a Moisés y a Elías, les oyeron hablar y les reconocieron, lo cual prueba que los santos glorificados se reconocerán mutuamente en el Cielo. Lucas 9:31 añade que *hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén.* Así se unía, a la vista de los tres discípulos, la manifestación de su gloria con la de los padecimientos de su muerte.

IV. La gran satisfacción que los discípulos sintieron ante la visión de la gloria de Cristo. Pedro, como de costumbre, lo expresó en nombre de los otros: *Señor, bueno es estarnos aquí* (v. 4). De esta manera, Pedro declara:

1. El deleite que experimentaba en aquella plática: *Señor, bueno es estarnos aquí.* Así expresa su satisfacción en nombre de los otros pues no dice: bueno es estarme, sino: bueno es *estarnos;* no quería monopolizar este favor, sino compartirlo alegremente con los demás. Se lo dice a Cristo, pues el alma que ama a Cristo, y se goza en estar con Él, se complace también en decírselo: *Señor, bueno es estarnos aquí.* Todos los verdaderos discípulos de Cristo consideran como cosa buena para ellos *estar con Él en el monte santo* (2 P. 1:18). Bueno es estar con Cristo donde Él está; estar con Él a solas y retirados; estar donde podamos ver la hermosura del Señor Jesús.

2. El deseo que tenían de continuar allí: *Si quieres, hagamos aquí tres tiendas de campaña;* tres enramadas o cobertizos hechos con ramas de árboles, como hacía el pueblo en la fiesta de los Tabernáculos. En esta frase mostraba Pedro mucho celo, pero poca discreción.

(A) Celo por continuar presenciando esta plática sobre cosas celestiales. Quienes por fe contemplan *la hermosura de la santidad* en la casa de Dios, no pueden menos de desear permanecer allí todos los días de su vida (Sal. 27:4). ¡Quién nos diese a todos los creyentes este celo por permanecer siempre en la contemplación de la hermosura de Dios!

(B) Pero en este celo había una fuerte dosis de ignorancia y debilidad. ¿Qué necesidad tenían de enramadas Moisés y Elías? Recientemente, Cristo les había hablado a sus discípulos de sus sufrimientos; a Pedro se le ha olvidado esto, a no ser que pretenda levantar tiendas de campaña en el monte de la gloria, para estar más lejos del camino de la pena. Incluso los buenos sienten propensión a esperar la corona sin la cruz. Está fuera de nuestro alcance conseguir un cielo completo en la tierra. Somos aquí *extranjeros y peregrinos* (1 P. 2:11) y, por tanto, no es apropiado que hablemos de construir aquí una residencia cómoda ni una ciudad permanente.

(C) Dos excusas hay en esta proposición de Pedro a su favor: (a) Dice Lucas 9:33 que Pedro *no sabía lo que decía.* (b) En todo caso sometía su propuesta a la aprobación del Maestro: *Si quieres.* A estas palabras de Pedro, no hubo respuesta alguna; pero la rápida desaparición de la gloria le servía de suficiente respuesta.

V. El testimonio glorioso que Dios el Padre dio acerca del Señor Jesucristo; acerca de este testimonio venido del Cielo, obsérvese:

1. Cómo vino y en qué forma fue presentado: *Salió de la nube* (v. 5), y de una *nube luminosa,* donde Dios muestra su presencia (1 Ti. 6:16). Ya en el Antiguo Testamento, vemos que la nube era el signo visible de la presencia de Dios. En una nube tomó Dios posesión del tabernáculo (Éx. 40:34–38), y del mismo modo habitó en el Templo. Donde Cristo estaba en su gloria, allí estaba el verdadero Templo (v. Jn. 2:19), y allí se mostraba Dios presente (*Immanuel* = Dios con nosotros). Esta fue una nube luminosa, mientras que, en la dispensación de la Ley, la presencia de Dios se manifestaba, de ordinario, en una nube oscura y densa. Pero ahora *nos hemos acercado al monte* cuya cima está coronada por una nube luminosa (v. He. 12:18, 22). La Antigua era una dispensación de oscuridad, terror y esclavitud; esta lo es de luz,

amor y libertad. La nube *los cubrió,* porque Dios, al manifestarse a los suyos, tiene en cuenta que son débiles. Esta nube era para los ojos de ellos lo que las parábolas para sus mentes, que comportaban en cosas visibles las cosas espirituales, en la medida en que podían comprenderlas. *Salió de la nube una voz que decía;* era la voz de Dios el Padre; sin truenos ni relámpagos, sin voz de trompeta, como se había dado la Ley por medio de Moisés, sino sólo *una voz,* y no una voz *fuerte,* sino lo suficiente para ser bien percibida.

2. Cuál fue este testimonio venido del Cielo: *Este es mi Hijo amado* (Lc. 9:35 dice *escogido,* que traduce mejor el hebreo *yedidí), en quien tengo complacencia; a Él oíd* (v. 5).

(A) Revelado el gran misterio del Evangelio: *Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.* Es la misma voz y la misma frase de 3:17, cuando el bautismo de Jesús. Moisés y Elías fueron grandes hombres y favoritos del Cielo; con todo, sólo eran *siervos fieles* (v. He. 3:5–6), pero Cristo era *Hijo,* el *Unigénito que está en el seno del Padre* (Jn. 1:18) y en quien el Padre tiene toda su complacencia. Moisés fue un gran intercesor (v. Éx. 32 y 33, entre otros), y Elías fue un gran reformador; pero Cristo es el *único Mediador entre Dios y los hombres* (1 Ti. 2:5), Pues *en Él estaba Dios reconciliando consigo al mundo* (2 Co. 5:19). Su intercesión tenía mucha más influencia que la de Moisés; y su reforma, mucha más efectividad que la de Elías. La repetición de la voz que se había hecho oír en el bautismo, venía a indicar que lo expresado adquiría una firmeza especial. Lo que Dios repite queda garantizado doblemente (v. He. 6:18); esta garantía especial es la que Jesús expresa, en el Evangelio de Juan, en la constante duplicación: *De cierto, de cierto,* puesto que el hebreo emplea la duplicación para indicar abundancia, importancia o seguridad. Se repite ahora la voz del bautismo, porque Cristo iba a entrar en su segundo bautismo, el bautismo de sangre (v. 20:22; Lc. 12:50); así le armaba Dios contra el terror de la cruz, y a los discípulos contra el escándalo de la cruz. Cuando los sufrimientos tienden a aumentar, también los consuelos divinos tienden a abundar.

(B) Demandando el gran deber del Evangelio: A *Él oíd.* Dios se complace sólo en los que oyen a Cristo. No es bastante con prestarle nuestro *oído;* en el oír, debe estar incluido el *corazón* (v. Pr. 23:26a, que significa: *Préstame atención).* ¿De qué nos serviría escuchar a Cristo, si no nos rendimos en obediencia cordial a lo que nos dice? Todo el que quiera saber lo que Dios demanda, debe escuchar a Cristo, pues *en Él* (y por Él) *nos ha hablado en estos últimos días* (He. 1:2). Cristo aparecía ahora en la gloria; y cuanto más veamos de Su gloria, tanto mayor razón tenemos para escucharle. Moisés y Elías, la Ley y los Profetas, estaban con Él; de ellos dijo Jesús en Lucas 16:29: *¡Que los oigan!* Pero Dios el Padre no dice ahora: A *ellos oíd,* sino: A *Él oíd,* y con eso os basta. Probablemente hay aquí una referencia a Deuteronomio 18:15, lo cual ayudaría a Pedro a acordarse de esta voz del Cielo (Hch. 3:22; 2 P. 1:18).

VI. El miedo que les entró a los discípulos al oír esta voz, y el ánimo que Cristo les dio.

1. *Al oír esto los discípulos, se postraron sobre sus rostros, y tuvieron enorme temor* (v. 6). El brillo de la nube, un brillo repentino, pudo influir en este miedo que les entró a los discípulos, pero lo que siempre ha infundido enorme temor en las manifestaciones extraordinarias de Dios, es el oír su voz directa, al requerir o revelar algo muy grande desde Su gloria llena de majestad imponente. Es un beneficio para nosotros el que Dios nos hable por medio de hombres como nosotros, pues así Su palabra no nos infunde terror.

2. *Jesús se acercó entonces* lleno de ternura, para quitarles el temor. Observemos: (A) Lo que hizo: *Se acercó y los tocó* (v. 7). Su cercanía ahuyenta el temor; sus toques curan, alivian y confortan; así tocó el ángel a Daniel (Dn. 8:18; 10:18); podemos imaginar a Jesús inclinado sobre los cuerpos postrados de Pedro, Jacobo y Juan. (B) Lo que dijo: *Levantaos, y no temáis.* Los miedos inmotivados pronto desaparecen si miramos al Salvador (14:29–31). Al considerar lo que habían visto y oído, tenían mayor motivo para regocijarse que para temer; pero al oír esta voz dulce y cercana de Jesús, desapareció el temor que la voz oída del Cielo les había causado. La voz de Cristo, ella sola, con la gracia y el poder que comporta, puede levantarnos de nuestras postraciones y acallar nuestros temores. Es muy interesante notar que, a renglón seguido de la voz del Cielo: A *Él oíd, lo* primero que escucharon de los labios de Jesús fue: *Levantaos, y no temáis.* La voz de Jesús siempre anima; nunca deprime. Es culpa de nuestra débil carne el desanimarnos muchas veces con lo mismo que debería alentarnos.

VII. La visión desaparece: *Y cuando alzaron sus ojos, no vieron a nadie, sino a Jesús solo* (v. 8). Desapareció la nube luminosa; desaparecieron Moisés y Elías; ya han dado testimonio de Jesús, de su

«partida». Jesús queda *sólo,* con su cruz que le acompañará hasta el Calvario. No podemos estar esperando a cada momento, mientras andamos por este mundo, un gran banquete de gloria, solemnes manifestaciones de Dios, éxtasis de luz celestial. Nos basta con ver en todo a Jesús, aunque sea *Jesús solo,* porque Él es Dios, y «al que a Dios tiene, nada le falta; sólo Dios basta». Tener un Cielo en la Tierra sería un grave impedimento para desear el Cielo verdadero. El motivo de que muchos creyentes tengan tanto temor a la muerte es, sin duda, que no aprecian en su verdadero valor la vida eterna en la presencia de Dios; se resisten a dejar esta vida, porque piensan que sería mejor bajar el Cielo a la Tierra que dejar la Tierra para subir al Cielo. Se quedaron con *Jesús solo.* Aunque las personas que más apreciamos desaparezcan de nuestra presencia, ha de servirnos de gran consuelo saber que Cristo permanece con nosotros hasta el fin de los siglos (18:20; 28:20).

VIII. La conversación que Cristo mantuvo con sus discípulos cuando bajaban del monte (vv. 9–13). *Cuando descendían del monte* (v. 9). Debemos descender del lugar en que hemos tenido a solas comunión con Dios, si hemos de cumplir con las tareas de cada día. Pero notemos que cuando descendieron del monte, descendió también Jesús con ellos. «Dios está también entre los pucheros»—decía Teresa de Ávila, para animar a la cocinera del convento—. Cuando volvemos del culto a nuestra casa y a nuestro quehacer, hemos de procurar que Cristo vaya también con nosotros. Y nunca debemos ir a ningún lugar al que no podamos llevar con nosotros a Cristo. Y, cuando descendían del monte, los discípulos conversaban con Jesús. Si acostumbrásemos conversar unos con otros, especialmente después de los cultos, de las cosas de Dios, pronto veríamos que *Jesús se acercaba y se ponía a caminar con nosotros* (Lc. 24:14–15).

1. Encargo que Cristo da a sus discípulos de no divulgar lo que han visto: *No digáis a nadie la visión, hasta que el Hijo del Hombre resucite de los muertos* (v. 9). Si la hubiesen divulgado, la credibilidad de tal visión habría sufrido considerable detrimento al llegar sus padecimientos, que estaban ya próximos. En cambio, después de su resurrección gloriosa, la visión actual quedará grandemente confirmada. Cada cosa tiene su belleza en su adecuada sazón. El reloj de Cristo siempre está en punto, y el tiempo que marca es siempre el más apropiado para que Él se manifieste y para que nosotros le escuchemos.

2. Objeción que los discípulos le propusieron respecto a cierto detalle que habían observado: *¿Por qué, pues, dicen los escribas que debe venir antes Elías?* (v. 10). Los discípulos estaban ahora convencidos de que Jesús era el Mesías, pero no podían entender cómo se había de cumplir la profecía de que Elías había de venir a prepararle el camino (Mal. 4:5–6). Allí estaba Jesús, pero Elías había desaparecido sin ejercitar su ministerio preparatorio. Cuando encontremos alguna dificultad en entender algún pasaje de la Escritura, hemos de acudir a Jesús en oración, para que, por medio de su Espíritu, nos abra el sentido de las Escrituras, con tal que no por eso descuidemos el estudio constante de la Palabra de Dios.

3. Cómo resolvió Jesús la objeción de ellos, dispuesto a hacerlo según el aviso que Él dio: *Pedid, y se os dará.* Si le pedimos instrucción, sin duda nos será dada. En su respuesta, Jesús no invalida la profecía: A *la verdad Elías viene primero, y restaurará todas las cosas* (v. 11). Como si dijese: Estáis en lo cierto, al pensar que Elías ha de venir, pues la Escritura no puede ser quebrantada (Jn. 10:35), pero no ahora, porque el pueblo no está preparado para el ministerio final de Elías (comp. Ap. 11:3–6). Ya vino Juan el Bautista, *con el espíritu y el poder de Elías* (Lc. 1:17), aunque él no era Elías en persona (Jn. 1:21), para llevar hacia Cristo al remanente que estaba espiritualmente dispuesto para su Primera Venida. Hechos 3:18–21 es un buen soporte para el concepto futurista de la venida de Elías, pues es entonces cuando se realizará *la restauración de todas las cosas* (Mt. 17:11, comp. con Hch. 3:21). Las promesas de Dios siempre se cumplen y no se tardan, aunque los hombres piensen lo contrario y se burlen diciendo: *¿Dónde está la promesa de su Venida?* (2 P. 3:4). Los escribas *escudriñaban las Escrituras* (Jn. 5:39—a la vista del contexto sólo cabe el presente de indicativo—), pero no comprendían los niveles ni las sazones de cumplimiento de la profecía por ignorar los signos de los tiempos. Con ello se ve que el explicar la palabra de Dios es más fácil que aplicarla y hacer recto uso de ella. Al *no reconocer* en Juan el espíritu y el poder de Elías, *hicieron con él todo lo que quisieron* (v. 12); por ignorar los signos de los tiempos, los judíos crucificaron a Jesús, y sólo *por algún tiempo* se deleitaron en Juan; al no reconocer en Juan al Precursor de Cristo, también le rechazaron, y fue después encarcelado y decapitado. *Así también el Hijo del Hombre va a padecer a manos de ellos.* Un pueblo rebelde, como era el de Israel, siempre pedía la sangre del Justo. La del Justo por excelencia fue derramada en el centro de la Historia de Salvación. El

derramamiento de la de Juan marcó el preludio o prólogo; la de los seguidores de Cristo constituye el epílogo (Jn. 15:18–21).

4. Los discípulos quedaron satisfechos con la respuesta de Jesús: *Entonces los discípulos comprendieron que les hablaba de Juan el Bautista* (v. 13). Aunque no mencionó a Juan por su nombre, dio de él tal descripción, que fácilmente pudieron conectar las palabras de Jesús con las que en otra ocasión le habían oído: *Y si queréis recibirlo, él es Elías, el que había de venir* (11:14). Cuando ponemos diligencia en el uso de nuestras facultades, ¡cuán fácilmente se disipan las nieblas y se rectifican los errores!

Versículos 14–21

I. En esta porción vemos la patética descripción que, del caso de este muchacho, le hace su afligido padre a Jesús. Esto sucedió inmediatamente después de que bajasen del monte donde se había transfigurado Jesús. La gloria reciente no le hizo a Jesús olvidarse de nosotros, de nuestras miserias ni de nuestras necesidades. Este pobre hombre se acercó a Jesús importunándole con urgencia para que prestase ayuda a su hijo y se arrodilló ante Él para hacerle la petición. El sentimiento de la propia miseria es lo que lleva a muchos a ponerse de rodillas. El Señor desea que se luche con Él con este sentimiento de urgencia. De dos cosas se queja el padre del muchacho:

1. De los padecimientos de su hijo: *Señor, ten compasión de mi hijo* (v. 15). Los buenos padres se sienten constreñidos a orar por sus hijos cuando éstos son débiles y no pueden orar por sí mismos, pero la ansiedad de los padres se duplica cuando los hijos son perversos y no quieren orar por sí mismos. (A) La naturaleza de la enfermedad de este muchacho era maligna: *Es lunático y padece muchísimo.* Un lunático (afectado por las fases de la luna) es alguien cuyo cerebro se destempla con las alternativas del tiempo o de otras diversas circunstancias. (B) Aquí, su condición se agravaba por la acción del demonio que le poseía y le producía los ataques epilépticos, durante los cuales caía en el fuego o en el agua como lugares más peligrosos. Cuando el demonio tomaba posesión de los cuerpos, solía producir las enfermedades que más afectan a la mente, porque así hacía mayor daño al alma. El padre, en su demanda recalca el efecto y dice: *Es lunático.* Pero Jesús, al curar al muchacho, ataca a la causa, que era el demonio. Lo mismo hace el Señor en los casos de dolencias espirituales.

2. De la decepción que había sufrido al presentar el caso a los discípulos del Señor: *Lo he traído a tus discípulos, pero no le han podido sanar* (v. 16). Cristo había dado a sus discípulos poder para expulsar demonios (10:1–8), y en esto habían tenido éxito anteriormente (Lc. 10:17); pero ahora fracasaban en la operación, aunque estaban juntos nueve de ellos. Es un honor para Jesús el que acudamos a Él a pedirle socorro en servicio de urgencia, cuando fracasan los demás equipos de socorrismo. A veces, Él seca las cisternas para que acudamos a la Fuente. El fracaso de los instrumentos no impide las operaciones de la soberana gracia de Dios; si no obra *por medio de* ellos, de alguna manera obrará *sin* ellos.

II. El reproche que lanzó Jesús.

1. Primero reprocha a todos los que estaban alrededor: *¡Oh generación incrédula y perversa!* (v. 17). Además de los no creyentes que había allí, aun los creyentes tenían *poca fe.* Cristo mismo no pudo hacer muchos milagros en lugares en que la incredulidad era la pauta general (Mr. 6:5–6). A la falta de fe de esta generación se debía el que no obtuviesen de Dios estas bendiciones que, de no ser así, habrían recibido de Él, y a la debilidad de la fe de los discípulos debían estos el no poder hacer, para gloria de Dios, estas obras que, de tener mayor fe, habrían podido realizar. Dos cosas les echa en cara: (A) Su prolongada presencia entre ellos: *¿Hasta cuándo estaré con vosotros?* Como si dijese: ¿Hasta cuándo vais a necesitar mi presencia para llegar a una madurez en que se os pueda dejar solos? ¿Tendrá el niño que ser llevado siempre en brazos, sin que jamás eche a andar por su pie? (B) Su prolongada paciencia con ellos: *¿Hasta cuándo os he de soportar?* La incredulidad y la perversidad de los que disfrutan en vano de los medios de gracia, causa gran tristeza al Señor Jesús. Es Dios-Hombre, y no mero hombre; de lo contrario, no aguantaría tanto ni por tanto tiempo.

2. Después cura al muchacho, dejándolo totalmente sano: *Traédmelo acá.* Aunque los que le rodeaban eran incrédulos, o tenían poca fe, Él no rehúsa sanar al muchacho. Cristo puede enojarse, pero

no desentenderse de hacer el bien. *Traédmelo* a mí. Los demás han fracasado, pero Él no puede fracasar. En la curación de este muchacho, vemos como un emblema de su labor como Redentor:

(A) Quebranta el poder de Satanás: *Le increpó Jesús, y el demonio salió de él* (v. 18). Haciendo salir al demonio, liberó al muchacho de la esclavitud de Satanás dando *a los presos apertura de la cárcel* (Is. 61:1), hacía lo contrario que el diablo, *que a sus presos nunca abrió la cárcel* (Is. 14:17, bajo el tipo del rey de Babilonia). ¡Qué consuelo para nosotros saber que Jesús tiene mayor autoridad y poder que el diablo! Ante el imperioso tono de la voz de Cristo, Satanás tiene que soltar su presa, aunque la haya poseído por largo tiempo; no puede resistir la voz de Jesús porque es la voz del Verbo, por el cual fueron creadas todas las cosas, incluido el mismo diablo (Jn. 1:3; Col. 1:16; He. 1:2).

(B) Repara los perjuicios causados en los hijos de los hombres: *Y quedó curado el muchacho desde aquel momento.* Precisamente porque el Verbo hizo todas las cosas, puede repararlas a la perfección cuando se han echado a perder. En efecto, cuando una máquina complicada y rara se descompone, la única medida prudente es enviarla a la factoría donde fue fabricada. Por eso, la curación del muchacho no pudo ser más perfecta ni más rápida. Esto debe animar a los padres a llevar sus hijos a Cristo; no sólo en oración, sino también para que escuchen su Palabra, porque la Palabra de Dios es *viva y eficaz, cortante y penetrante,* el mejor bisturí en manos del mejor cirujano. Cuando la Palabra de Cristo llega al corazón, la punta del bisturí produce la «compunción» (Hch. 2:37); en ese mismo momento, se acaba allí el poder de Satán.

III. A propósito de esta curación, se entabla un diálogo entre Jesús y sus discípulos.

1. Los discípulos le preguntan: *¿Por qué nosotros no pudimos echarlo fuera?* (v. 19). Pero se lo preguntaron *aparte.* Marcos 9:28 dice que eso tuvo lugar *cuando entró en casa.* Los ministros de Dios que tienen que hacer la obra del Señor en público, necesitan fomentar en privado la comunión con Él. Debemos hacer uso de la libertad que tenemos para acercarnos al trono de la gracia (He. 4:16), donde podemos exponer a solas nuestros problemas al Señor. De este modo, las cosas que no han salido bien anteriormente pueden ser reparadas convenientemente.

2. Cristo les da dos razones por las que ellos han fracasado en el intento: (A) *Por vuestra falta de fe* (v. 20). Cuando los discípulos estaban con el pueblo, Jesús culpó a todos, en general, de incredulidad; ahora que les habla a ellos a solas, les reprocha su falta de fe. Así que había falta en todos. Cuando la predicación de la Palabra de Dios no parece dar el resultado de otras veces, la gente se inclina a echar la culpa al predicador, y el predicador suele echársela a los oyentes; si ambas partes se dejasen escudriñar por el Señor (Sal. 139:23–24), la reacción correcta de cada uno sería reconocer su propia falta y decir: la culpa es mía. La frase de Jesús no significa que los discípulos no creyesen en Él como Mesías, sino que les faltaba fe en el poder que Él mismo les había comunicado para echar demonios (10:8). Así que esta falta de fe puede darse en verdaderos *creyentes,* pero que son incapaces de hacer grandes cosas por faltarles la convicción que Pablo tenía cuando escribió Filipenses 4:13.

Nuestro Señor aprovecha esta ocasión para mostrar a sus discípulos el poder de esta fe: *De cierto os digo, que si tenéis fe como un grano de mostaza, etc.* Hay quienes aplican esto a la cualidad del grano de mostaza que, cuando se abre, muestra su fuerte sabor y su olor penetrante, su vitalidad. Pero Cristo se refiere más bien a la cantidad, como si dijese: Si vuestra fe en vez de faltaros, fuese tan pequeña como un grano de mostaza *la menor de las semillas,* os haría capaces de obrar maravillas. Quizá la ausencia del Maestro, junto con la de los tres principales Apóstoles, dio ocasión a que dudasen de su poder para efectuar la curación del muchacho. Bueno es desconfiar de nosotros y de nuestras propias fuerzas, pero es malo y ofensivo para el Señor desconfiar del poder que Él mismo nos ha prometido y garantizado.

Para mostrar que el poder de esa fe es ilimitado Jesús asegura que con un poco de esa fe, *diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible* (v. 20b). Jesús señaló, con toda probabilidad, el monte en que antes se había transfigurado. Según Marcos 9:23, ya le había dicho al padre del muchacho: *Todo es posible para el que cree.* No hay motivo para abandonar el sentido literal de estas expresiones, con tal de que se tenga en cuenta que la fe bíblica se funda en la revelación de la mente y de la voluntad de Dios. Por tanto, la remoción y traslado, por fe, de una montaña sólo será posible cuando Dios haya revelado que esa es Su voluntad.

(B) Por falta de oración (v. 21). Aunque este versículo falta en los mejores MSS, es segura su lectura en Marcos 9:29 (si bien la añadidura de «ayuno» carece en este, y otros lugares, de garantía suficiente). El Señor da a entender con sus palabras que, en la enfermedad que acababa de curar había algo que hacía la

curación más difícil que de ordinario: *Esta clase de demonios no sale sino con oración.* El extraordinario poder de Satanás no debe debilitar nuestra fe, sino avivarnos a una mayor intensidad en su ejercicio y a un mayor fervor en la oración a Dios para que nos la aumente. Junto con la oración, hemos de procurar *poner a nuestro cuerpo en servidumbre* (1 Co. 9:27), para obtener sobre el diablo una victoria más señalada.

Versículos 22–23

En esta porción, Jesús repite la predicción de sus propios padecimientos. Comenzó a decírseles antes (16:21), pero al ver que les resultaba duro oírlo, pensó que era necesario repetirlo.

1. Les predijo que le entregarían y matarían, pero resucitaría al tercer día.

(A) *El Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de hombres* (v. 22). Los que eran de su propio país, a quienes tantos y tan grandes favores había hecho, de quienes podía esperar comprensión, afecto y compasión, iban a ser sus perseguidores y asesinos. (¡Y uno de los Doce le iba a entregar!)

(B) *Y le matarán* (v. 23). La envidia que le tenían y la rabia con que le perseguían no se iba a satisfacer con menos que con su muerte; tenían sed de su sangre, no para beneficiarse de ella, sino para pisotearla. Pero Dios iba a usar el odio de ellos para consumar la obra de la Redención, y haría de esa muerte un sacrificio propiciatorio, expiatorio, reconciliador y redentor (Hch. 2:23), porque *sin derramamiento de sangre, no hay remisión de pecados* (He. 9:22).

(C) *Y al tercer día resucitará* (lit. *será levantado,* en cuanto hombre, no podía resucitarse a sí mismo, pero sí en cuanto Dios; Jn. 10:17–18, como consecuencia de Jn. 5:19 21, 26). Al hablar de su muerte, habla también de su resurrección, no sólo para tener ánimo en sí mismo (v. He. 12:2), sino para comunicarlo a sus Apóstoles, porque si resucitaba al tercer día, su ausencia no sería larga, y su vuelta a ellos sería gloriosa.

2. Los discípulos recibieron la noticia con gran tristeza: Y *ellos se entristecieron en gran manera* (v. 23b). De aquí se infiere el gran amor que tenían a su Maestro, pero también su ignorancia respecto al misterio de la Redención.

Versículos 24–27

Se nos habla del pago del tributo por parte de Jesús.

I. Obsérvese cómo exigieron a Jesús el pago del tributo o impuesto (v. 24). Cristo estaba ahora en Capernaúm.

1. Este impuesto no tenía nada que ver con el impuesto requerido por las autoridades romanas, sino que era la contribución requerida de todo judío para el servicio del Templo, de acuerdo con Éxodo 30:11–16, pero pagado anualmente, conforme a Nehemías 10:32.

2. La demanda fue hecha discretamente, aunque con fondo de reproche: *¿No paga vuestro Maestro las dos dracmas?* (v. 24). El tiempo normal de pago era la primavera, y estaba cerca ya el otoño. Como diciendo: ¿Tiene Él alguna exención, para no pagar como lo hace todo el mundo?

3. Pedro respondió, por su Maestro, con un monosílabo: Sí (v. 25). Cristo *fue puesto bajo la Ley* (Gá. 4:4) al venir a este mundo; pagaron por Él a los cuarenta días de nacer (Lc. 2:22), y ahora iba a pagar por sí mismo. Esta contribución tenía por objetivo *hacer expiación por las personas* (Éx. 30:15). Cristo no tenía nada que expiar de su propia persona, pero, en obediencia a la Ley, y *enviado en semejanza de carne de pecado,* se identificó con los de su pueblo en esto, como se había identificado en la circuncisión, en la purificación al 40 día, en su bautismo, etc. Con esto, nos dio también un ejemplo relevante, no sólo para que contribuyamos al sostenimiento del culto y de los ministros de Dios, sino a la tributación impuesta por el Estado (Ro. 13:6–7). Si cosechamos cosas espirituales, ¿por qué no hemos de contribuir con cosas materiales? (Ro. 15:27; 1 Co. 9:11). Y si Cristo pagó este impuesto, ¿quién se considerará exento?

II. Obsérvese que Cristo discutió este asunto del impuesto, no con los que lo cobraban, sino con Pedro, para que éste comprendiera por qué Cristo pagaba también el impuesto. Reconociendo la ansiedad y confusión de Pedro, ya que seguramente carecían entonces de fondos y no quería dejar en mal lugar a su Maestro *Jesús se anticipó a él,* ofreciéndole una ilustración de lo que hacen los reyes de la tierra, quienes

exigen impuestos a sus súbditos pero no a sus hijos. Aplica esta ilustración a sí mismo, como *Hijo Propio de Dios* (Ro. 8:32) y *Heredero del Universo* (Ro. 8:17; Col. 1:15–16 este es aquí el sentido de *«primogénito»).* Por consiguiente, no estaba obligado a pagar la contribución para el Templo. Nosotros, los hijos de Dios por adopción, estamos libres del pecado y del demonio de Satanás, pero no de la sumisión a los magistrados civiles en las cosas que afectan a nuestra ciudadanía civil (Ro. 13:1 y ss.). Jesús dirá después: *Dad a César lo que es de César* (22:21).

III. A pesar de que no tenía ninguna obligación de pagar dicho impuesto, Cristo lo pagó (v. 27).

1. La razón que tuvo para pagarlo: *Para no ofenderles;* es decir, para no causarles tropiezo incumpliendo la Ley, sin darles ocasión de oponerse a sus pretensiones mesiánicas con ello. Cristo se percata de que, si rehúsa pagar esta contribución, aumentarán los prejuicios del pueblo contra Él y su doctrina. La prudencia y la humildad cristianas nos enseñan a ceder de nuestro derecho, en algunos casos, antes que dar ofensa por insistir en defenderlo. Nunca hemos de apartarnos de nuestro deber por miedo a causar ofensa, pero hemos de negarnos a nosotros mismos y a nuestros derechos seculares, antes que dar ofensa a nadie.

2 El método que empleó para pagarlo, y los motivos que le indujeron a obrar así:

(A) Su pobreza (2 Co. 8:9): curó a muchos, pero sin cobrarles los honorarios propios del médico; dio de comer a muchos miles, pero sin pasarles la cuenta.

(B) Su poder, al sacar una moneda de la boca de un pez para pagar el impuesto. Esto evidenciaba su poder divino. Las criaturas más lejanas del alcance de la mano del hombre, como son *los peces del mar y las aves de los cielos,* están *bajo sus pies* (Sal. 8:6–8; He. 2:8–9), y a sus órdenes.

(a) Pedro tenía que *echar el anzuelo y pescar el pez.* Pedro tenía que hacer algo de su parte, muy conforme a su oficio de pescador. Así nos enseñaba el Señor a ser diligentes en el desempeño del cargo al que nos ha llamado y en el que nos ha puesto ¿Esperamos que el Señor nos conceda algo? ¡Estemos prestos a trabajar por su causa!

(b) El pez subió con la moneda en la boca. Todo lo que hacemos según la voluntad del Señor, tiene el resultado apetecido.

(c) La moneda, un estáter de plata de cuatro dracmas, era justamente la tasa de dos personas para el impuesto; en este caso, para Jesús y Pedro. Con esto, nos quería enseñar el Señor a no apetecer cosas superfluas, sino contentarnos con lo necesario para cada situación, y no desconfiar de Dios aunque sólo tengamos a nuestro alcance el bocado que hemos de llevarnos a la boca. Pedro hubo de pescar para obtener este dinero y por eso la mitad le sirvió para pagar su propia contribución. Los que son *colaboradores de Dios* en la obra de ganar almas para Cristo, deben participar con Él en su gloria (Jn. 12:26). *Dáselo por mí y por ti* (v. 27b). Lo que Cristo pagó por sí mismo fue como la cancelación de su deuda, pero lo que pagó por Pedro fue un favor que le hizo Cristo. Por eso, y para imitar su ejemplo, Pablo exhortaba a los efesios a trabajar honradamente, *para tener qué compartir con el que padece necesidad* (Ef. 4:28). Así que hemos de usar de los bienes de este mundo, no sólo para ser justos, sino también caritativos.

CAPÍTULO 18

En este capítulo, Jesús da valiosas enseñanzas acerca de la humildad, de la verdadera prudencia, de consuelo y de perdón.

Versículos 1–6

No ha existido un modelo tan grande de humildad como Cristo. Él aprovechó todas las ocasiones para ejercitarla y para recomendarla a sus seguidores.

I. La ocasión del discurso del Señor sobre la humildad fue la indiscreta discusión de los discípulos sobre *quién era mayor en el reino de los cielos.* No intentaban saber quién era el mayor en *santidad,* sino en *dignidad.* ¡Y eso, poco después de decirles Cristo lo mucho que iba a padecer! Cristo estaba pensando

en humillación y ellos en gloria. Habían oído (y predicado) mucho acerca del reino de los cielos; pero estaban aún tan lejos de tener una idea clara de él, que soñaban con un reino temporal y con la pompa y el poderío correspondientes. Pensaban que el nuevo reino de Israel estaba para comenzar (comp. Hch. 1:6) y, por tanto, que era ya tiempo de designar a los que habían de ocupar en él los primeros puestos; en tales casos, el que se retrasa en maniobrar se queda sin cargo. En lugar de preguntar cómo tendrían fuerzas y gracia para sufrir con el Señor, les interesa saber quién ocupará el puesto más elevado para reinar con Él. A la mayoría de la gente le gusta hablar y oír de privilegios y de gloria, y no pensar en sufrimientos ni en trabajo.

1. La pregunta comporta la noción falsa de que todos los que tengan un puesto en ese reino, son *grandes,* cuando son verdaderamente grandes los que son verdaderamente buenos.
2. Supone igualmente que hay grados en dicha grandeza. Lo importante es que también en la grandeza espiritual hay grados. Todos los santos tendrán entrada en el Cielo, pero unos tendrán *más amplia entrada* que otros (2 P. 1:11).
3. Supone también que alguien será primer ministro en ese reino, y que está entre ellos.
4. Discuten entre sí sobre el tema; varios de ellos tienen pretensiones de ocupar los primeros puestos (20:21) y temen por lo de 16:18–19, que Pedro fuese el privilegiado. Somos inclinados a entretenernos y perder el tiempo en necias cavilaciones sobre cosas que nunca han de suceder.

II. El discurso mismo de Jesús es un rechazo de la idea que los discípulos se habían formado sobre la verdadera grandeza en el reino. En este discurso, Cristo nos enseña la humildad:

1. Mediante una acción significativa: *Llamando a un niño, lo puso en medio de ellos* (v. 2). La humildad es una lección tan difícil de aprender, que se nos tiene que enseñar de todas las maneras y con todos los métodos posibles. Cuando vemos a un niño pequeño, deberíamos recordar el uso que hizo Jesús de un niño así: *Lo puso en medio de ellos,* no para que jugaran con él, sino para que aprendieran de él. Los mayores de edad, y los grandes hombres no deberían desdeñar la compañía de los niños pequeñitos, sino hablarles para darles alguna instrucción edificante, o contemplarles para sacar de ellos alguna instrucción provechosa.
2. Mediante una instrucción directa a propósito de tal acción; en ella les mostró a los discípulos y nos muestra a nosotros:

(A) La necesidad de la humildad: *De cierto os digo que si no os volvéis y os hacéis como los niños, de ningún modo entraréis en el reino de los cielos* (v. 3). Si *no os volvéis* de vuestras ambiciones de grandeza, y *os hacéis como niños.* Pablo dice que no debemos ser *niños* (Ef. 4:14). Los dos pasajes no se contradicen, sino que consideran al niño pequeño bajo dos aspectos distintos. Los niños tienen dos cualidades buenas: conscientes de su pequeñez e ignorancia, dependen de sus padres y toman en serio lo que los mayores les dicen; en esto, nos enseñan humildad y fe; estos aspectos positivos es lo que Cristo quiere destacar aquí. En cambio, Pablo considera dos aspectos negativos de los niños: su inestabilidad emocional y su falta de discernimiento para distinguir el oro del oropel; con lo cual fácilmente son *sacudidos y zarandeados: llevados a la deriva* por el engaño de gente mal intencionada; en esto, no debemos imitarlos, sino aspirar a la *madurez* de *los que tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal* (He. 5:14). Si somos niños en el buen sentido, no estaremos afanados por nada (6:25–34; Fil. 4:6), sino que estaremos dispuestos a depender de nuestro Padre Celestial. También estaremos dispuestos a aprender más y más de la Palabra de Dios, pues la niñez es la época más propicia para aprender. El gran psicólogo Alfred Adler insiste en que, entre los dieciocho meses y los tres años de edad, el niño «decide» el rumbo de su vida hacia el equilibrio psíquico o hacia la neurosis. Pero, gracias a la *nueva vida* que el Espíritu de Dios imparte al creyente, los más ancianos en edad pueden aprender lo más necesario para la eternidad. Y lo fundamental *para entrar en el reino de los cielos* es ese par de cualidades positivas de los niños: humildad y fe; la humildad es el fundamento negativo: la zanja que se abre (tanto más profunda cuanto más alto vaya a ser el edificio) en el suelo *(humildad* viene de *humus* = tierra del subsuelo); la fe es el fundamento positivo, algo así como el hormigón con que se rellena la zanja, y que sirve de soporte al edificio. Cuando los discípulos preguntaron: *¿Quién es mayor en el reino de los cielos?* estaban pensando ambiciosamente en llegar *muy arriba.* Cristo les enseña que, a no ser que desciendan *muy abajo,* nunca podrán elevarse a las verdaderas alturas. Cristo nos enseña así la gran malignidad del orgullo y la gran ventaja de la humildad, el orgullo hizo caer del alto cielo al más

resplandeciente querube, la humildad eleva hasta el trono de Dios al más bajo y corrompido, pero arrepentido, criminal.

(B) El honor de la humildad: Así *que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos* (v. 4). *El que se humilla será ensalzado*—es la frase que, de una manera u otra, se repite a lo largo de toda la Biblia—. El creyente más humilde será el mejor cristiano: el más semejante a Cristo, el más alto en su favor, el más útil en su servicio, el más resplandeciente en su gloria.

(C) La proyección de la humildad, pues Cristo tiene especial cuidado de los humildes, de tal manera que el humilde no ha de temer:

(a) Ser mal recibido: *Cualquiera que reciba en mi nombre a un niño como éste, a mí me recibe* (v. 5). El favor o la amabilidad que se muestre a quien *se hace como niño*—en el sentido positivo ya explicado—, es como si se le mostrara al propio Salvador. Cuanto menor sea el prójimo en su propio juicio y en el desprecio con que los demás le miren, mayor honor y aprecio nos debe merecer. Y cuanto menos se mire a la pequeñez del prójimo, y más a la grandeza del hombre de Cristo, tanto mayor es la honra que se le presta, y a Jesús en él.

(b) Ser mal tratado: *Pero al que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgasen al cuello una piedra de molino de asno, y que le hundieran en el fondo del mar* (v. 6). Con esto advierte Jesús a todos a no ser jamás piedra de tropiezo para los pequeñuelos de Cristo, especialmente para los que son *neófitos,* tiernas plantitas recién surgidas del suelo de la gracia por el riego de la Palabra y el calor del Espíritu Santo. Esta frase de Cristo es como un vallado de fuego que quiere colocar en torno a los suyos. El que toca al creyente, *toca la niña de su ojo* (Zac. 2:8). La fe une al creyente con Cristo, de modo que, así como el creyente participa del beneficio de los sufrimientos de Cristo así tambien Cristo participa de la injuria que se hace al creyente. Este pecado de escándalo de los pequeñuelos (como suele llamársele) es un crimen tan odioso, y tan grave el daño que ocasiona, que más le valdría al ofensor ser anegado sin remedio en lo más profundo del mar, de donde es imposible salir por los propios medios, y lejos de la orilla, de la que podría esperarse algún socorro. De todas maneras, con esto se mataría el cuerpo, pero es peor caer en manos del que puede echar cuerpo y alma a los Infiernos.

Versículos 7–14

Nuestro Señor toma ocasión de lo que ha dicho en la porción anterior, para pasar a hablar de los escándalos:

I. En general (v. 7). De ellos se dice:

1. Que son algo terrible: *¡Ay del mundo por los tropiezos!* Como diciendo: ¡Cuánto daño hacen los escándalos! Este mundo es un mundo perverso, lleno de pecados, de peligros, de trampas tendidas a los inocentes e incautos; es una ruta peligrosa de atravesar, llena de obstáculos, de precipicios, de falsos guías. *¡Ay del mundo!* En cuanto a los *elegidos de Dios,* podrán estar al borde del precipicio, a punto de resbalar (Sal. 73:2), pero no serán engañados (24:24), ni tentados más de lo que permitan sus fuerzas (1 Co. 10:13), a no ser que ellos mismos se dejen seducir por su propia concupiscencia (Stg. 1:14). *Pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo!* Aunque es inevitable que haya escándalos, esto no es excusa para el que pone el tropiezo. Los que voluntariamente reciben el escándalo, no quedan libres de culpa, pero es mucho más grave la culpa de los que voluntariamente ponen el tropiezo. El Dios justo cargará más reciamente contra los que arruinan los eternos valores de almas inmortales, y los valores temporales de los hijos de Dios. En el juicio ante el Gran Trono Blanco (Ap. 20:11), los malvados serán juzgados, no sólo por lo que ellos mismos hicieron, sino por la mala semilla que en otros sembraron (Gá. 6:7–8). Escritores, oradores, políticos, pintores, etc., que han arruinado, a lo largo de los siglos, tantas almas, cosecharán grandes castigos en campos ajenos.

2. Que son algo inevitable: *Porque es necesario que vengan tropiezos.* No se trata de una necesidad que hay que remediar (no es ese el vocablo griego), sino de una fuerza mayor que no se puede evitar (el mismo vocablo que en 1 Co. 9:16). ¿Por qué es inevitable que haya escándalos? Por dos razones:

(A) Porque el hombre malvado es responsable de sus actos, y Dios no le coarta la libertad ni arranca la cizaña antes de que llegue el final de la siega. Y, mientras haya hombres malvados, habrá maldades que dañen a las almas.

(B) Porque las ocasiones de tropiezo sirven para moldear el carácter del verdadero creyente y disciplinar a los hijos de Dios. Es algo «necesario» en el presente estado de prueba. ¡Estemos, pues, alerta y echemos mano de toda la armadura de Dios! (Ef. 6:11 y ss.). Los escándalos no le toman a Dios por sorpresa y tampoco deben tomar por sorpresa a sus hijos.

II. En particular, Cristo habla:

1. De los tropiezos que nos ocasionamos nosotros mismos (vv. 8–9). Aquí repite lo que había dicho en 5:29–30 acerca del tropiezo que pueden causarnos el ojo derecho y la mano derecha; aquí lo amplía al ojo, a la mano y al pie, con el mismo drástico remedio de la amputación. Cristo acostumbraba repetir las enseñanzas más importantes y necesarias, y todo es poco en materias de tanta monta. Son muchas y fuertes las tentaciones que surgen de nuestra propia mala concupiscencia. Por eso, Santiago 1:12–15, al hablar de pruebas y tentaciones, no echa la culpa de ellas a Dios, por supuesto, ¡pero tampoco al diablo! sino a la propia concupiscencia que atrae y seduce más que ninguna otra causa exterior. Podemos aplicar también esto a todo aquello de lo cual hemos de deshacernos si queremos guardarnos sin pecado habitual. Si hay alguna cosa o persona que nos induce al pecado, deshagámonos de ella sin contemplaciones, aunque sea para nosotros como *ojo* para poder ver, o *mano* que nos sirva para hacer nuestro trabajo o *pie* del que nos valgamos para ir a donde tengamos que llegar: *Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis* (Ro. 8:13. v. también 1 Co. 9:25–27). A veces, la violencia que habremos de hacernos para no pecar será tan fuerte como la de arrancarse un ojo o cortarse una mano o un pie, pero la gloria venidera bien se merece la pena presente. *Entrar en la vida cojo, manco, o tuerto* (vv. 8–9), no quiere decir que en el Cielo se entre así, sino que así se salvaguarda la vida eterna, aunque sea a costa de pérdidas de orden temporal.

2. De los tropiezos u ofensas que podemos causar a otros vemos:

(A) La advertencia que Cristo hace: *Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños.* Cristo quedará disgustado incluso con aquellos que ocupan los puestos más altos en la Iglesia, si éstos menosprecian a los más pequeños de la Iglesia. Aquí no denota a los niños pequeños literalmente, sino a los creyentes de categoría humilde. Los hombres del mundo (¿sólo los del mundo? v. Stg. 2:1–9) suelen menospreciar a los cristianos de condición humilde, porque los ven pobres y, con frecuencia, poco instruidos; confunden la *bajura* con la *bajeza.* Ellos son los corderillos más tiernos del rebaño de Cristo y no debemos despreciarlos; no debemos hacer bromas de sus debilidades ni conducirnos con desdén hacia ellos, como si nos importara poco de lo que les pueda acontecer. Tampoco debemos imponernos a las conciencias ajenas como si fuésemos oráculos infalibles. La firmeza en las propias convicciones debe ser compatible con el respeto a las opiniones ajenas. Hemos de cuidar mucho de lo que decimos y hacemos, a fin de no causar daño, por autosuficiencia o inadvertencia, a ningún hermano de la fe, especialmente a estos pequeñuelos de Cristo.

(B) Las razones por las que nos amonesta a ello: no hemos de mirar con menosprecio a estos pequeños, pues Dios les ha concedido gran honor. Para demostrar que estos humildes creyentes merecen todos nuestros respetos, Cristo quiere que consideremos:

(a) El ministerio que los ángeles buenos ejercen para servirles (v. 10. v. He. 1:14). Dice Jesús: *Sus ángeles en los cielos están viendo siempre el rostro de mi Padre.* Dos cosas nos dice aquí de estos ángeles:

Primera: Son los ángeles de los pequeñitos. Los ángeles de Dios son los de ellos también. Los pequeñitos pueden mirar a las huestes celestiales y llamarlas *suyas.* Mala cosa es ser enemigos de quienes están tan bien guardados; así como es cosa buena tener al Dios verdadero por nuestro Dios, porque así Sus ángeles son nuestros.

Segunda: Que *los ángeles están viendo siempre el rostro del Padre Celestial.* Esto expresa, primero, la continua felicidad y el constante honor de los ángeles, la felicidad del Cielo consiste en la comunión con Dios, contemplando Su infinita belleza reverberada en el Cordero que es Su lumbrera (Ap. 21:23); segundo, su disposición presta a ejercer el ministerio en servicio de los creyentes. Están mirando el rostro del Padre, no sólo para estar absortos en esta feliz contemplación, sino también dispuestos a recibir Sus órdenes en relación con lo que Él quiera encargarles para el bien de los santos. Si deseamos contemplar en la gloria *el rostro de Dios* (Ap. 22:4; no se trata de la llamada «visión beatífica»), debemos buscar ahora el rostro de Dios en el cumplimiento de nuestro deber.

(b) El tierno cuidado que nuestro Padre Celestial tiene de estos pequeñitos y el interés que despliega en que no les ocurra ningún daño. Esto lo ilustra Jesús con una comparación (vv. 12–14). Tenemos aquí:

En primer lugar, la comparación misma (vv. 12–13). El hombre que, de cien ovejas que posee, ha perdido una sola, se toma todas las molestias necesarias para buscarla; se alegra muchísimo cuando la halla, y se regocija por este feliz hallazgo más que por la condición incólume de las otras noventa y nueve que no se habían descarriado. Esto es aplicable, en general, al estado de la humanidad caída: *Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino* (Is. 53:6). Cristo, con gran fatiga, después de terribles sufrimientos, atraviesa valles y montañas en busca de cada oveja descarriada; hallar cada una es para Él motivo de inmenso gozo. Hay mayor gozo en el Cielo por pecadores que vuelven, que por ángeles que no cayeron y por santos que no se descarrían; en particular, a los creyentes, pues se interesa amorosamente, no sólo en todo el rebaño, sino también en cada cordero y oveja que pertenece a Su grey. Aunque sean muchas las ovejas, fácilmente echa de menos una sola que cogee, se descarríe o esté afligida (Mi. 4:6; Sof. 3:19). El conocimiento de Dios, *buen* Pastor y *gran* Pastor, no es *general* como el nuestro (que suele perder en *comprensión* lo que gana en *extensión),* sino *universal* (que llega al detalle más insignificante de cada individuo *particular* con la misma nitidez distintiva con que abarca a todo el conjunto).

En segundo lugar, la aplicación de la comparación (v. 14): Así, *no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños.* Es la voluntad del Padre que todos estos pequeñuelos se salven; ese es Su designio y Su deleite. Este cuidado e interés de Dios se extiende a cada oveja de Su rebaño, aun la más vil e insignificante. Obsérvese que Cristo llama a Dios *vuestro Padre* (v. 14) y, en el versículo 19, *mi Padre,* con lo que insinúa que *no se avergüenza de llamar hermanos* a sus pobres discípulos (He. 2:11. v. también Jn. 20:17). Esto da también a entender cuál es el fundamento seguro del bienestar de estos pequeñuelos: tienen a Dios por Padre; un buen Padre que se cuida de todos Sus hijos, pero, en especial, de los que más necesitan Su protección.

Versículos 15–20

Al haber precavido a sus discípulos para no ser tropiezo a nadie, ahora pasa Jesús a explicar lo que debemos hacer cuando alguien ofende. Las palabras: *contra ti* faltan en muchos MSS y parecen introducidas del versículo 21. En Lucas 17:3, está claro: *Si tu hermano peca* (sin más); esto muestra el interés que cada miembro de la iglesia local debe tener por su hermano que se desvíe; nadie puede repetir la insolente frase de Caín: *¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?* (Gn. 4:9). No está de más recordar lo de 7:1–5, para huir del orgullo y de la hipocresía en este servicio cristiano tan pasado por alto, a pesar de que Juan 13:10, 14 apunta indudablemente hacia la corrección fraterna; la pauta correcta se nos da en Gálatas 6:1. La falta de amor, humildad y mansedumbre en los que han de corregir, y la falta de humildad (y la susceptibilidad consiguiente) en los que habrían de ser corregidos, son la causa de que este ministerio escasee en nuestras iglesias, con el consiguiente perjuicio general del Cuerpo de Cristo.

I. Apliquemos este principio general a las discordias que, con frecuencia y por cualquier motivo, surgen entre miembros de una congregación.

1. *Ve y repréndele a solas tú con él* (v. 15). Como si dijera: No consientas que tus resentimientos infecten tu corazón (como una herida, que es mucho más peligrosa cuando produce un derrame interno, en vez de sangrar al exterior), sino dales salida amonestando al hermano con seriedad y mansedumbre juntamente; desfogándose así, pronto quedarán reducidos a cenizas. Si tu hermano ha causado un daño considerable, haz que se percate de ello, pero repréndele a solas en la presencia de Dios e invocando la ayuda del Señor en oración; si puedes traerle al buen camino de esta manera, no lo digas a nadie más, pues esto le va a exasperar en vez de curarle. *Si te escucha, has ganado a tu hermano* (v. 15b). *Si te escucha;* es decir, si acepta tu reconvención y reconoce que ha pecado, se acabó la controversia y todo ha terminado felizmente; no hay más que hablar de ello y que la comunión fraternal quede renovada y aumentada. *Has ganado a tu hermano.* Dice Crisóstomo: «Con lo que da a entender que el daño era mutuo. Porque no dijo que sólo el otro se ganó, sino que tú también le ganaste». En efecto cuando un hermano sufre detrimento espiritual toda la iglesia local lo sufre, pues somos miembros del mismo cuerpo. Si yo soy «mano» en el cuerpo, y uno que es «pie» sufre daño, yo también lo sufro pues

pertenezco al mismo cuerpo. ¡Ojalá tuviésemos en cuenta esta verdad eclesiológica tan elemental! (1 Co. 12:12–27). No quedaríamos indiferentes ante los problemas y las necesidades de otros hermanos.

2. *Pero si no te escucha* (v. 16); si no reconoce su falta, no desesperes, sino trata de persuadirle otra vez: *toma aún contigo a uno o dos,* no sólo para que traten de convencerle, sino Para que *por el testimonio de dos o tres testigos,* quede constancia de lo que se ha dicho, y el otro no pueda negar después lo que había concedido (cabe también el caso de que el acusador no tenga toda la razón).

3. *Si rehúsa escucharles a ellos, dilo a la iglesia* (v. 17). Si no quiere oír a dos o tres, o no se deja convencer con las razones que los dos o tres puedan aportar, queda, como último recurso, presentar el caso a la *iglesia;* no sólo a los líderes de la iglesia, sino a toda la congregación, aunque sean los líderes los encargados de ejercitar la disciplina. El apóstol explica esta materia en los capítulos 5 y 6 de 1 Corintios. No hay razón para acudir a magistrados seculares en casos de disciplina eclesial, pues sólo resulta en desdoro de la iglesia.

4. Si *también rehúsa escuchar a la iglesia, sea para ti como el gentil y el publicano* (v. 17b). Jesús recibía a los gentiles y alababa su fe; recibía a los publicanos y comía con ellos; pero aquí se refiere a ellos en cuanto que representaban el sector pecador y odioso de la sociedad. Pero eso mismo da a entender que la iglesia no debe escatimar esfuerzos para hacer que el ofensor sea amorosamente devuelto a la comunión eclesial tan pronto como recapacite, se arrepienta y resarza el daño que causó. Mientras el pecador puesto fuera de comunión no adopte esta actitud, no cabe con él asociación fraternal (1 Co. 5:1–13, como también Ro. 16:17; 2 Ts. 3:14 y, en el terreno doctrinal, 2 Jn. vv. 7–11). La conexión con los versículos 18–20 es clara: El versículo 18 asegura que Dios en el Cielo ratificará lo que, en esta materia, y con las normas establecidas en los versículos 15–17, haya hecho la iglesia en el ejercicio de la disciplina; el versículo 19 pone de relieve la necesidad y eficacia de la oración eclesial en el mismo sentido; y el versículo 20 garantiza la presencia de Jesús, por medio de Su Espíritu, en la reunión eclesial. Si tomamos todos conciencia de lo que esta porción enseña, se evitarán y se repararán muchos problemas de la iglesia. Orar, orar y orar será un recurso infalible (v. 19). Con razón se ha dicho: «Cuando uno de los nuestros cae, es porque los demás no le hemos ayudado a sostenerse».

II. Si todo esto lo aplicamos a los pecados de escándalo, según el contexto anterior, nos percataremos mejor aún del interés que Cristo tenía en preservar la pureza, la paz y el orden de su Iglesia y, sobre todo el amor fraternal que se ingenia para traer a buen camino a los descarriados: *Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad, y alguien le hace volver, sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte su alma, y cubrirá una multitud de pecados* (Stg. 5:19–20). Sabiendo el precio que Dios pagó por la salvación de las almas (1 P. 1:18), nos daremos cuenta de lo tremendo que es arruinar a un hermano (1 Co. 8:11) y, por contraste, de lo glorioso que es salvar a otros (Jud. vv. 22–23; Dn. 12:3). ¿Vamos a desistir, por negligencia o por fatiga, de una tarea en que se juegan valores eternos? Quien estime de veras el enorme favor y el alto privilegio que Dios le ha concedido al darle su perdón, su gracia, su adopción, ¡la vida eterna!, no cejará en el anhelo de ganar almas para Cristo y en cooperar al crecimiento espiritual de sus hermanos.

III. En los versículos 18–20, Cristo nos da preciosas enseñanzas sobre la vida eclesial, las cuales, aunque dicen referencia directa a la aplicación de la disciplina, desbordan la particularidad del contexto y son vigentes en todas las situaciones.

1. De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, quedará desatado en el cielo (v. 18). Lo que Jesús había dicho a Pedro en 16:19 lo extiende aquí a los demás discípulos e, implícitamente, a todos los líderes de las congregaciones y en nombre de estas, ya que la *iglesia* del versículo 17 es, sin duda alguna, la congregación eclesial o asamblea cristiana (no la sinagoga), aunque entonces estuviese como en embrión, pues su certificado de nacimiento fue firmado el día de Pentecostés. Repetimos que, de esta manera, Dios refrenda lo que la iglesia haga legítimamente en esta materia. Quienes desprecian o desobedecen los normas disciplinarias de la iglesia, no pueden pretender apelar a otro tribunal; sencillamente, desprecian y desobedecen a Dios mismo. El abuso de este poder por parte de «jerarcas» ignorantes o malvados, no debe llevarnos al otro extremo de tener por asunto meramente «humano» lo que estamos tratando, y es de temer que bastantes creyentes evangélicos estén equivocados en esto. Cristo está detrás de sus ministros cuando éstos predican con fidelidad su mensaje, lo mismo que cuando siguen fielmente las normas que Él dejó establecidas para

su Iglesia (Lc. 10:16). Nótese que hablamos de *fidelidad*, no de *infalibilidad*. Pero, cuando por error o mala voluntad, los líderes se comportan indebidamente en el ejercicio de esta autoridad, Cristo acogerá amorosamente a quienes sean injustamente puestos fuera de comunión (Jn. 9:34–35). El mismo principio se aplica al otro polo de la disciplina: *desatar;* es decir, volver a recibir en comunión; y la iglesia no ha de estar tampoco remisa y morosa en ejercitarlo; cuando el ofensor ha dado suficientes pruebas de arrepentimiento y reforma, ha de recibírsele con redoblado afecto, para compensar la amargura anterior (2 Co. 2:5–11). Dios refrendará esta otra medida eclesial.

2. *Otra vez os digo, que si dos de vosotros se ponen de acuerdo* (lit. *unen sus voces) en la tierra acerca de cualquier cosa que pidan, les será hecho por mi Padre que está en los cielos* (v. 19). Esto significa:

(A) Que la unanimidad en la oración es equivalente a la unanimidad en la correcta aplicación de la disciplina *(Otra vez os digo). Dos de vosotros* expresa el mínimo de hermanos que representan a una comunidad en todo ello, pues supone una decisión *conjunta* y una oración *conjunta*. No hay ley divina que limite el número de jueces ni de orantes en una iglesia. Por otra parte, la iglesia no es una *democracia* en la que haya de imperar la ley votada por la mitad más uno, sino una *teocracia* en *la unidad del Espíritu* (Ef. 4:3). En la controversia contra los arrianos, de tal manera se extendió el error en la Iglesia, que llegó a decirse: *Athanasius contra omnes* = Atanasio prevalece contra todos. En efecto, él representaba la fe verdadera y «uno con Dios es mayoría».

(B) Que la unanimidad en la oración obtiene de Dios respuesta segura. El término que el original emplea para *ponerse de acuerdo* es *sinfonésosin;* la oración eclesial es, pues, una «sinfonía», un acorde de voces que sube al Cielo como *un bello canto, brotado del corazón, que se recita al Rey* (Sal. 45:1) ¡Oremos como quien canta al Señor, y cantemos como quien ora! (Ef. 5:19–20; Col. 3:15–16). En especial, la oración,—repetimos—, ha de preceder, acompañar y seguir al ejercicio de la disciplina. De esta manera, no tomaremos en esto ninguna decisión precipitada, pues no nos atreveremos a pedir al Señor que la confirme. La oración que alivia al enfermo (Stg. 5:16), abre los ojos del ciego (2 R. 6:17), y realiza toda clase de maravillas. Dios escucha las oraciones de su Iglesia y les pone el sello de una eficaz garantía. Escucha de modo especial las oraciones por aquellos que nos han ofendido: Y *quitó Jehová la aflicción de Job*, no mientras él oró por sí mismo, sino *cuando él hubo orado por sus amigos* (Job 42:10), quienes tan mal habían hablado contra él.

3. *Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos* (v. 20). Por pequeña que sea la congregación, si realmente está reunida *en nombre de Jesús* no por rutina o con el pensamiento y el corazón en otra parte, sino en comunión con Cristo y con los hermanos—*puestos de acuerdo*—, allí está Cristo de una manera especial por medio de su Espíritu, no sólo *con* ellos (28:20), sino *en medio* de ellos. En todo hemos de obrar como si Cristo estuviese presente, pero hay una presencia especial de Cristo cuando la iglesia se reúne a orar, a ejercer la disciplina, a dar culto a Dios en espíritu y en verdad, dependiendo de la gracia de Cristo, del amor del Padre y de la comunión del Espíritu (2 Co. 13:13). Donde se reúnen los santos, allí está el santuario; por eso, está allí de modo especial la presencia de Dios, con mayor razón que en el tabernáculo o en el Templo. No dice: *allí estaré* como quien llega después, sino: *allí estoy*, como quien ha venido antes y nos está esperando. *Dos o tres* solos pueden estar congregados, ya sea porque la reunión está restringida a ese número (reunión del Consejo, reunión con un hermano, etc.), o porque el grupo no es más numeroso; la *manada pequeña* no tiene por qué desanimarse; no es la multitud, sino la fe y la devoción sincera de los congregados, lo que atrae la presencia y la bendición de Cristo; y, al ser así, la presencia y compañía de dos o tres será tan honorable, gozosa y fructífera como si el número de los reunidos fuese de dos mil o tres mil.

Versículos 21–35

I. Al tomar ocasión del discurso de Jesucristo sobre el perdón del ofensor, Pedro se acerca al Señor y le pregunta: *Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete veces?*

1. Pedro ha entendido bien que hay que perdonar al ofensor, que no hay que guardarle rencor ni pensar en vengarse de él, sino olvidar la injuria y volver a tratarle como amigo.

2. Piensa que ya es más que suficiente perdonarle *siete* veces número de perfección espiritual (según el Talmud de Babilonia los rabinos limitaban el número a tres veces). *Siete* veces en total no *siete veces al*

día (Lc. 17:4). Hay en nuestra naturaleza corrompida una perversa inclinación a restringirnos en hacer el bien y a pensar que cumplimos sobradamente con nuestros deberes religiosos, especialmente con respecto a perdonar a los demás, y olvidar así cuánto nos ha perdonado Dios.

II. Jesús responde directamente a la pregunta de Pedro: *No te digo hasta siete veces, sino aun hasta setenta veces siete* (v. 22). También podría traducirse *setenta y siete veces;* pero resulta superflua la alternativa, pues lo que quiere decir Jesús es que hay que perdonar siempre que el ofensor esté en disposición de ser perdonado (Lc. 17:4). No hay que llevar, por tanto, la cuenta de las veces que hemos tenido que perdonar a nuestro prójimo. Si Dios llevase una cuenta semejante, estaríamos perdidos. Los hombres no somos tan generosos; de ahí la expresión proverbial de «la gota que colma el vaso» y se acabaron la paciencia y el perdón. ¡Qué difícil resulta a los hombres perdonar! Decimos, a veces: «Lo perdono, pero no lo olvido». ¡Ay, un perdón que no está dispuesto a olvidar no es un perdón verdadero! En cambio, ¡qué consuelo tan grande es saber que nuestro Dios y Padre que, en realidad, no puede olvidar porque lo tiene todo presente (no tiene memoria, porque la memoria es del pasado), para indicarnos lo profundo de su perdón, nos dice que *perdona y olvida* nuestro pecado, *lo pisotea bajo sus pies, lo arroja a lo profundo del mar* (Mi. 7:18–19), *echa* a *sus espaldas todos nuestros pecados* (Is. 38:17), y ¿no es Jesús la *espalda* del Padre? (comp. Éx. 33:23; Is. 53:6; sobre esa «espalda» cargó nuestro pecado; Jn. 14:9; en Él vemos al Padre; Col. 2:9). También se nos dice que aleja de nosotros nuestras rebeliones tan lejos como un extremo de la tierra está del otro (Sal. 103:12. ¡Cuánto nos ayudaría leer y meditar cada mañana este salmo!) Cuando nos presentamos ante una persona noble a quien ofendimos, nos avergonzamos, aunque nos haya perdonado, temerosos de que *se acuerde;* sin embargo, cuando nos presentamos *ante el trono de la gracia* vamos *confiadamente* (el vocablo significa también *libre y osadamente),* porque sabemos que Dios *no se acuerda* de lo mucho que le hemos ofendido. Si consideramos estas verdades de la Palabra de Dios, nos será cada vez más fácil perdonar, hasta que adquiramos el hábito del perdón.

III. Jesús pasa a ilustrar lo que acaba de decir a Pedro, mediante una maravillosa parábola, que viene a ser el mejor comentario de 6:12, 14–15. Sólo quienes perdonan a sus prójimos, pueden esperar el perdón de Dios. El que no está dispuesto a perdonar, demuestra que no tiene un corazón regenerado. Tres son los aspectos que hemos de considerar en la parábola:

1. La admirable clemencia del rey y señor con el siervo que le debía la enorme cantidad de *diez mil talentos* (más de dos millones de dólares en 1980). Si aplicamos esto a nuestras deudas espirituales con Dios (vv. 23–27), veremos:

(A) Que cada pecado que cometemos es una deuda que contraemos con Dios; no una deuda con un igual, contraída por compra o préstamo, sino con un superior; como la deuda contraída con un rey a quien negamos el debido reconocimiento, o cuyas leyes, sancionadas con la pena capital, quebrantamos sin escrúpulo. Todos nosotros somos así deudores a Dios; le debemos una satisfacción, y somos reos de muerte ante Su tribunal.

(B) Hay una *cuenta* de esas deudas (vv. 23–24): *Semejante a un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. Y al comenzar a ajustar cuentas …* En 2 Corintios 5:19, el «no tomándoles en cuenta», similar al de Filemón versículo 18: *«ponlo a mi cuenta»,* indica claramente esta idea. Dios lleva una *cuenta* y la presenta a nuestra conciencia, la cual se convierte en nuestro *fiscal* o acusador (1 Jn. 3:20). Una de las primeras preguntas que un creyente despierto se hace a sí mismo ante su conciencia, es: *¿Cuánto debes a mi amo?* (Lc. 16:5). Pero a este amo no se le puede engañar ni sobornar, escribiendo en el recibo *cincuenta* en vez de *cien* (Lc. 16:6).

(C) La deuda del pecado es una deuda muy grande; en cierto modo, es una deuda *infinita,* pues es una *injuria* al Dios infinitamente santo, y la injuria se mide por el que la recibe, porque es *«in-ius»* = contra el derecho de otro. Cuanto más noble es quien recibe la injuria, y más vil el que la hace, tanto mayor es la deuda. Por eso, la cifra de *diez mil talentos* no marca un límite, sino que simboliza lo máximo (comp. Cnt. 5:10 *«descuella entre diez mil»):* una deuda que ningún ser meramente humano puede pagar (Sal. 49:6–9) por sí o por otro. Por aquí podemos vislumbrar lo que nuestros pecados son: (a) por su naturaleza, pues son como *talentos,* la mayor medida que se conocía en peso y en valor monetario; (b) por su número, pues son como *diez mil,* la miríada de lo innumerable.

(D) La deuda es tan grande—según hemos explicado—, que somos incapaces de pagarla: *No teniendo con qué pagar* (v. 25). Todo pecador es un deudor insolvente.

(E) Si Dios obrase con nosotros según lo demanda la estricta justicia, seríamos condenados como deudores insolventes. La justicia demanda *satisfacción.* Pero con la satisfacción pasa lo contrario que con la injuria; no se mide por el que la recibe, sino por el que la da, puesto que el que «satisface» (= hace lo suficiente), entrega para ello su dinero o su prestigio, que son como un don de su propia persona. De ahí que un regalo de parte del rey se estima mucho más que el de una persona de inferior clase. Por eso, aunque el siervo fue capaz de adeudarse con su imprevisión y despilfarro, no fue capaz de pagar; así que *el señor mandó que fuera vendido él, su mujer y sus hijos, y todo lo que tenía, y que se le pagase la deuda;* es decir, lo que podía pagarse, pues la deuda en sí era imposible de pagar en su totalidad. Veamos así lo que el pecado merece: *La paga del pecado es muerte* (Ro. 6:23). Este es el pago que el pecado da, y el pago nuestro por el pecado habría de ser, sin el perdón de Dios *la muerte eterna,* un *Infierno eterno* es el máximo del pago que podemos dar, aunque el Infierno no *satisface* la deuda; sólo el Calvario llega al nivel requerido por Dios.

(F) *Entonces aquel siervo se postró ante él, diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, y te to pagaré todo* (v. 26). El griego dice *«se postraba»,* describiendo así al siervo en el acto de rendir pleitesía al monarca. El siervo sabía que su deuda era muy grande; sin embargo, no se preocupó de ella hasta que fue llamado a *rendir cuentas.* Es corriente entre los pecadores el despreocuparse del perdón de sus pecados hasta que reciben la impresión de algún mensaje, de algún percance espantoso que les depara la providencia, o de la proximidad de la muerte. El corazón más duro desfallece y se pone a temblar cuando Dios se dispone a *ajustar cuentas* con el pecador. Entonces pide tiempo: *Ten paciencia conmigo.* La paciencia es un gran favor de Dios, pero es una locura abusar de ella por falta de sincero y pronto arrepentimiento (Ro. 2:4–5). Y promete pagar: Y *te to pagaré todo.* ¡No tenía con qué pagar—versículo 25—, y se imagina que podrá pagar *todo*! Por aquí se ve la insensatez del pecador, incluso cuando es despertado en su conciencia, pues sigue apegado a su orgullo; aunque esté convicto, no está aún humillado.

(G) El Dios de infinita misericordia está dispuesto, por pura gracia y en virtud de la obra llevaba a cabo en el Calvario, a perdonar todos los pecados de quienes se humillan, con fe y arrepentimiento, ante Él (v. 27). El Señor, al no poder quedar satisfecho con el pago de la deuda, quiso ser glorificado con el perdón de la deuda. La súplica del siervo fue: *Ten paciencia conmigo* pero el amo le garantiza el descargo rápido y completo de la deuda. El perdón del pecado es obra de su inmenso amor, de sus tiernas entrañas (eso indica el original de *«movido a compasión»*—v. 27—) una vez que las demandas de su santa ley han sido satisfechas en la Cruz (Lc. 1:77–78). *Le soltó,* es decir, le desobligó (el texto no da a entender que estuviese ya atado o encarcelado) y *le perdonó la deuda,* toda la deuda. El perdón es la suelta de una cautividad y de una cárcel (Is. 61:1). La obligación del más insolvente queda cancelada; el juicio del mayor criminal, sobreseído. Pero notemos que, aun cuando fue descargado de la deuda del pecado, no fue descargado del deber del servicio. El perdón de nuestros pecados no debería hacernos remisos, sino presurosos, para obedecer y servir al Señor.

2. La sinrazón y severidad inexplicable del siervo hacia su consiervo, a pesar de la clemencia que su señor le había mostrado a él (vv. 28–30). Aquí tenemos representado el caso corriente de quienes demandan con rigor cruel e inmisericorde el respeto a sus derechos, la vindicación y satisfacción de las ofensas que se les infieren, la restitución de *lo suyo,* hasta el límite (y por encima del límite) de la estricta justicia, lo cual demuestra muchas veces que, bajo capa del derecho, se esconde la venganza y la injusticia. En todo caso, las exigencias insistentes de satisfacción y reparación de ofensas son incompatibles con un espíritu verdaderamente cristiano. Veamos aquí:

(A) Qué pequeña era la deuda de este consiervo, comparada con los *diez mil talentos* que el amo había perdonado al siervo: *Cien denarios* (menos de veinte dólares al cambio actual). Las ofensas que nuestros semejantes nos hacen son insignificantes en comparación con las que hacemos nosotros a Dios. No por eso hemos de tener en poco las ofensas que demos a nuestro prójimo, puesto que son ofensas que hacemos *también* a Dios, sino que *por eso,* habríamos de rebajar la cuantía de la ofensa que el prójimo nos hace, y estar dispuestos a perdonarle, en vez de agravarla e intentar vengarnos de él.

(B) Qué severa y brutal fue la forma en que este mal siervo demandó a su compañero el pago de una deuda tan insignificante: *Y agarrándolo, le ahogaba* (v. 28). ¿Para qué necesitaba emplear tanta violencia? Podía haber requerido el pago de la deuda sin agarrar por el cuello al deudor. Su violencia es señoril, pero su espíritu es vil y servil. Si él hubiese sido arrojado a la cárcel por su gran deuda, se

explicaría que llegase a cierta rudeza en la demanda de esta otra deuda; pero con frecuencia el orgullo y la maldad prevalecen sobre la más urgente necesidad, para hacer severos a los hombres.

(C) Qué sumiso era el deudor: *Entonces su consiervo, postrándose a sus pies, le rogaba;* se humilló delante de él por esta pequeñísima deuda, tanto como el otro se había humillado ante el rey por su grandísima deuda. La súplica del pobre hombre fue: *Ten paciencia conmigo;* confiesa honestamente su deuda, y sólo pide un poco de tiempo. La paciencia, aunque no signifique descargo de deudas, es a veces una muestra de laudable y necesaria caridad. Así como no hemos de ser duros en nuestras demandas, tampoco debemos ser exigentes en que se nos pague inmediatamente, sino recordar la paciencia que Dios tiene con nosotros.

(D) Qué implacable y furioso era el acreedor: *Pero él no quiso sino que fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda* (v. 30). ¡Con qué crueldad e incomprensión atropelló insolentemente a uno que estaba en la misma necesidad en que él se había encontrado, y que le suplicaba como él había suplicado!

(E) Qué entristecidos quedaron los otros consiervos por lo ocurrido: *Viendo sus consiervos lo ocurrido, se entristecieron sobremanera* (v. 31). Los pecados y sufrimientos de nuestros consiervos deberían causarnos pesar y aflicción. Ver a un consiervo que se enfurece como un oso, o que es pisoteado como un gusano, debería causar gran tristeza a cuantos tienen algún celo por el bien de las almas y por el honor de la fe cristiana.

(F) Cómo fueron al amo con la noticia: *Fueron y refirieron a su señor todo lo que había pasado.* Quizá no se atrevieron a reprochar al ofensor, viéndole tan furioso e incapaz de razonar, así que fueron al señor. Esto nos enseña a llevar a la presencia de Dios nuestras quejas, tanto de la perversidad de los malvados como de las aflicciones de los inocentes.

3. La justa ira del amo por la crueldad del siervo perdonado.

(A) Le echó en cara su crueldad (vv. 32–33): *Siervo malvado.* Nótese que la falta de compasión es una maldad, y gran maldad. Y le echa en cara la misericordia que había tenido con él: *Toda aquella deuda te perdoné.* A quienes usan bien los favores que Dios les hace, nunca les serán echados en cara; pero quienes abusan de ellos pueden esperar con motivo que les suceda eso. La gran cantidad y gravedad de nuestros pecados perdonados sirven para que brille más y mejor la riqueza de la gracia perdonadora de Dios. En el campo espiritual, no hay «mutilados de guerra»; si existe verdadero arrepentimiento, los puntos más negros de nuestra vida pasada se convierten en constelaciones de perdón. ¡Cómo no hemos de mostrar mucho amor al Señor, cuando son tantos los pecados que nos ha perdonado! (Lc. 7:47). A continuación, el rey le hace ver la obligación que tenía de ser compasivo con su consiervo: *¿No debías tú también haberte compadecido de tu consiervo como yo tuve compasión de ti?* (v. 33). Con toda razón había de esperarse que quien había recibido un favor tan grande, mostrase también compasión hacia su compañero. Con ello le hace ver: (a) Que debía haber mostrado más compasión en el apuro de su consiervo, al haber experimentado él un apuro similar. Es precisamente la experiencia de los problemas y de las aflicciones lo que mejor nos capacita para comprender y compadecer a nuestros semejantes en sus problemas y aflicciones; (b) Que debía haber seguido el ejemplo del amo en la misericordia que había tenido de él. El recuerdo de las misericordias de Dios hacia nosotros debería disponernos mejor a tener misericordia de nuestros prójimos.

(B) Revocó el perdón de la deuda: *Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que le pagase todo lo que le debía* (v. 34). Aunque la maldad del siervo se había acrecentado con la reincidencia el señor no le añadió otro castigo que el pago de la deuda. Véase cómo la pena sigue a la culpa; el que no está dispuesto a perdonar, no será perdonado. Las deudas que adquirimos con Dios por nuestros pecados, no admiten rebajas ni componendas; o se perdonan del todo o se exigen en su totalidad. Cuando una persona es salva, se le perdona toda la deuda mediante la satisfacción completa que Cristo ofreció al Padre en el Calvario (He. 10:12–14).

4. Finalmente, Jesús concluye aplicando la parábola: *Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano sus ofensas* (v. 35). Dios es santo y justo y su misma justicia infinita le impide rebajar en un solo punto las exigencias de su santa ley. Cuando decimos *«Padre nuestro que estás en los cielos»,* hemos de pedirle: *Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores* (6:12). Y debemos perdonar *de corazón;* si no es así, nuestra oración es, desde el principio, pura hipocresía. Dios mira al corazón; es ahí donde se fragua el pecado, es también ahí donde ha de fraguarse el perdón, y el deseo *cordial* del bien espiritual de nuestros prójimos,

incluidos los que más nos hayan ofendido. Véase el peligro tremendo de ser remisos en perdonar: *Así también mi Padre celestial hará con vosotros.* Esto no quiere decir que Dios haga reversible el perdón del pecador creyente y arrepentido, sino que lo niega a quienes no tienen las debidas disposiciones para recibirlo. Tenemos suficientes enseñanzas en la Escritura acerca de la pérdida de perdón, para que sirva de amonestación a los presuntuosos, así como acerca de la seguridad de un perdón eterno, para que sirva de consuelo a los creyentes sinceros, aunque timoratos; así se infunde temor a los primeros, y aliento y esperanza a los segundos. Quienes no están dispuestos a *perdonar a los deudores,* demuestran no estar arrepentidos de sus propias deudas y, por tanto, lo que se les quita es solamente lo que *parece* que tenían, pero no lo *tenían* en realidad. Todo esto nos enseña que *el juicio será sin misericordia para aquel que no haga misericordia* (Stg. 2:13). Es pues, de todo punto indispensable para tener perdón de pecados y paz de conciencia, no sólo que *obremos con justicia,* sino también que *amemos misericordia.* No nos ha de extrañar que, por eso, Dios sea Padre y Juez a un mismo tiempo, porque, como dice Bruce: «Justamente por ser Dios Padre, y por ser amor su espíritu más íntimo, tiene que aborrecer un espíritu tan completamente ajeno al suyo propio».

CAPÍTULO 19

En este capítulo, hay dos grandes temas, separados entre sí por un breve paréntesis en que Jesús bendice a unos niños que le son presentados. Los temas son respectivamente el divorcio, al responder a la pregunta de unos fariseos, y el coste del discipulado, en respuesta a la pregunta de un joven rico.

Versículos 1–2

1. Jesús se marcha de Galilea (v. 1). Allí había sido criado y allí, en la más remota y despreciable parte del país, había pasado la mayor parte de su vida. En esto, como en otras cosas mostró su estado de humillación, hasta ser conocido como galileo, un hombre del norte, donde habitaba la gente más ruda e iletrada del país: *Cuando Jesús terminó estas palabras, se alejó de Galilea,* despidiéndose de allí, pues ya no volvió a Galilea hasta después de su resurrección. Y *se fue a la comarca de Judea, al otro lado del Jordán,* para que también los de esta comarca tuviesen su *día de visitación,* ya que también pertenecían a *las ovejas perdidas de la casa de Israel.*

2. *Y le siguieron grandes multitudes* (v. 2). Cuando Cristo se marcha de un lugar, lo mejor para nosotros es seguirle. Él *pasó haciendo el bien;* por eso, también *los sanó allí.* Esto muestra que le seguían para que curase a los enfermos que había entre ellos; y Cristo vino en socorro de ellos con el mismo poder y la misma compasión que había desplegado en Galilea.

Versículos 3–12

Aquí tenemos la norma de Cristo en cuanto al divorcio, declarada, como otras disposiciones suyas, con ocasión de una disputa con *los fariseos.*

I. El caso que le proponen los fariseos: *¿Es lícito a un hombre repudiar a su mujer por cualquier causa?* (v. 3). Con esta pregunta, querían *ponerle a prueba,* no recibir instrucción de Él. Si se manifestaba en contra del divorcio, se aprovecharían de ello para soliviantar contra Él a la gente, pues verían en Él a un rabí demasiado estricto, que quería menoscabarles las libertades de que disfrutaban; además, le tendrían por enemigo de la ley de Moisés, que les había concedido esta libertad. Si decía que era lícito, podían alegar que su doctrina carecía de la perfecta pureza que había de esperarse de labios del Mesías, pues, aunque los divorcios eran tolerados, los grupos más puritanos los consideraban como de mala reputación. La pregunta era acerca de la licitud del divorcio *por cualquier causa,* conforme interpretaba la escuela de Hillel la frase *«cosa vergonzosa»* (lit. *asunto de desnudez)* de Deuteronomio 24:1, en contra de la escuela de Shammay, que la limitaba al adulterio. La escuela de Hillel había ganado mucha popularidad, por la sencilla razón de que los hombres somos inclinados a interpretar la Palabra de Dios del modo que más nos conviene. Esto ocurre con todo sistema teológico preconcebido, por muy

«fundamentalista» que parezca. Se construye, o se sigue, un sistema, y luego se rellena con textos sacados del contexto general de la Biblia, por mucho que haya de estrecharse la Palabra de Dios en este lecho de Procusto. No cabe otra Teología Sistemática que la sacada del estudio, minucioso y sin prejuicios, de toda la Biblia, como un cuerpo doctrinal en que las piezas se encajan y conjuntan de dentro a fuera, no viceversa.

II. Respuesta de Cristo a esta pregunta. Aunque le habían hecho una pregunta muy restringida, y para tentarle, Cristo da sobre el tema una instrucción completa, enseña la indisolubilidad del matrimonio, y apela a su institución divina. La enseñanza de Cristo recalca tres aspectos:

1. La creación del *hombre completo,* dividido en *varón y hembra,* para que *así* fuese imagen de Dios (Gn. 1:27) en quien se hallan infinitamente equilibrados los dos polos predominantes en la masculinidad y femineidad respectivamente: cabeza y corazón, pensamiento y sentimiento, deducción e intuición: *¿No habéis leído que el que los creó al principio, varón y hembra los hizo?* (v. 4). Dios creó *un* hombre y le dio *una* mujer; y *formó* (lit. *construyó;* Gn. 2:22) *una* mujer para aquel hombre *único.* De modo que Adán no podía divorciarse de Eva y tomar otra mujer, porque no había otra; y lo mismo hemos de decir de Eva respecto a Adán. Para mejor indicar esto, Dios había formado a Eva de una costilla de Adán, de modo que repudiarla equivalía a desunirse de una parte de sí mismo, salida de junto al corazón.

2. La ley fundamental del matrimonio, que es: *Por eso, el hombre dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer* (v. 5). El vínculo que une al hombre con su mujer es más fuerte que el que le une con sus padres; ahora bien si la relación filial no debe ser violada, mucho menos puede serlo la relación conyugal. ¿Puede un hijo abandonar a sus padres o un padre a sus hijos? ¡No!; sólo tiene que poner por encima de esta relación el seguimiento de Cristo (10:37).

3. La naturaleza del contrato matrimonial: *Y los dos vendrán a ser una sola carne* (v. 6); es decir, como una sola persona (v. Ef. 5:28 y ss.). Los hijos son como prolongación de los padres, pero la esposa es parte del varón. Al ser la unión conyugal más fuerte que la de los hijos con los padres, es equivalente a la de un miembro con otro en el mismo cuerpo natural. De aquí infiere el Señor: *Por tanto, lo que Dios juntó* (lit. *unció con un mismo yugo), no lo separe el hombre* (v. 6b). Dios mismo instituyó la relación entre marido y mujer. Y, aunque el matrimonio no sea institución exclusiva de la Iglesia, sino que incluye a todo el mundo, adquiere un carácter peculiar entre los creyentes y debe ser llevado de una manera santa y santificado por la Palabra de Dios y la oración (v. 1 P. 3:1–7). El andar continuamente en la presencia de Dios ejercerá eficaz influencia en el cumplimiento de los deberes conyugales y, en consecuencia, sobre la misma relación conyugal. Si la unión ha sido hecha por Dios, no va a deshacerse por obra del hombre.

III. Objeción de los fariseos contra esta enseñanza: *Le dijeron: ¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla?* (v. 7). Cristo había citado la Escritura para razonar contra el divorcio; ellos apelan a la misma Escritura en defensa del divorcio. Las aparentes contradicciones que hay en la Palabra de Dios son piedra de tropiezo para *los que la tuercen para su propia perdición* (2 P. 3:16).

IV. Contestación de Cristo a esta objeción.

1. Rectifica la torcedura que los fariseos habían introducido en la Ley; la ley no *mandaba* repudiar a la mujer, sino que sólo lo *permitía* (en sentido de *tolerancia,* no de *aprobación*), y *mandaba* que, en tal caso, se le diera a la mujer un documento formal. Por tanto, los fariseos estaban *torciendo las Escrituras.*

2. *Da la causa que motivó tal permisión* o tolerancia: *Por la dureza de vuestro corazón* (v. 8). No fue porque tal tolerancia fuese en sí una cosa conveniente, sino porque el corazón de los israelitas se había endurecido contra Dios y contra el prójimo, como lo declaró tantas veces Dios por medio del mismo Moisés. No hay mayor dureza en las relaciones de este mundo que la dureza de corazón de un hombre hacia su propia mujer. Los israelitas se habían hecho famosos por esta dureza y, por eso, se les había permitido el repudio; del mal, el menor. También en esto, el Evangelio de Cristo puede sanar el corazón endurecido que la Ley no podía ablandar, ya que por la Ley es el conocimiento del pecado (Ro. 3:20), pero por la gracia es la conquista del pecado (Ro. 8:2–3, 37).

3. Apela a la institución original del matrimonio: *Pero no fue así desde el principio.* Las corrupciones que se introducen en todo lo que ha sido instituido por Dios, sólo tienen remedio al recurrir a la forma que en un principio configuró y dio vida a tal institución. Si una copia de algo resulta defectuosa, debe examinarse y corregirse a la luz del original.

4. Declara la norma correcta para el caso primeramente propuesto: *Yo os digo* (v. 9), es un pronunciamiento de divina autoridad, conforme a lo que ya había dicho en 5:32. En ambos casos, niega Cristo que haya causa alguna para romper el vínculo matrimonial. La aparente excepción parentética, *salvo por causa de fornicación,* que tanta tinta ha hecho derramar, no autoriza el divorcio vincular, porque:

(A) No se trata de *adulterio.* Tanto aquí como en 5:32, el griego no dice *moikheia* = adulterio, sino *pornéia* = impureza sexual. Por influencia del Derecho Romano (*frangenti fidem, fides frangatur eidem* = el que quebranta la fe conyugal merece que se le quebrante a él), hubo escritores eclesiásticos de los primeros siglos (por ej. Ireneo de Lyon) que admitieron el adulterio como causa del divorcio vincular, pero los mismos rabinos conceden que Jesús tuvo como totalmente indisoluble el matrimonio, como lo tenían los esenios y los samaritanos. El que se haya admitido el divorcio en algunas denominaciones protestantes, por causa de adulterio de uno de los cónyuges, se debe a una incorrecta exégesis del texto sagrado. La Iglesia de Roma nunca ha admitido causa alguna para el divorcio vincular dentro de un matrimonio *rato* (entre cristianos, o con dispensa si una de las partes no es cristiana) y *consumado,* aunque establece—sin base bíblica—, la posibilidad de disolver el matrimonio rato *no* consumado, y concede al Papa el poder de establecer impedimentos dirimentes (invalidantes) del matrimonio. Los ignorantes del sistema romano—la inmensa mayoría en todas las denominaciones, incluidos los católicos mismos—, piensan que el Papa concede *divorcios* vinculares en algunos casos, cuando lo que hace es declarar la *nulidad* inicial del contrato matrimonial, de acuerdo con los impedimentos que figuran en el Código de Derecho Canónico.

(B) La palabra *porneia,* en este contexto (como en 5:32), sólo admite dos sentidos posibles: (a) infidelidad durante el período del desposorio antes de la formalización del matrimonio (v. 1:18–19); (b) unión ilegítima, según los casos de parentesco próximo en grado prohibido por la Ley (comp. 1 Co. 5:1, según la opinión más probable).

(C) Al proclamar Jesús una norma mucho más estricta, no sólo en comparación con la escuela de Hillel, sino también con la de Shammay los discípulos se sintieron desconcertados (v. 10), lo que no hubiese sucedido en caso de admitir el adulterio como causa de repudio, según la escuela de Shammay. Si se implica o no la rotura del vínculo conyugal en 1 Corintios 7:12–16, se tratará en su lugar. Desde luego, no significa la «deserción» en el sentido que la entiende la Iglesia Anglicana.

(D) La regla general establecida por Jesús, una vez explicada la frase parentética, comporta la siguiente conclusión: *Cualquiera que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio; y el que se casa con la repudiada comete adulterio* (v. 9). Esta es la respuesta directa a la pregunta que le hicieron al principio. No habría ocasión alguna para hablar de divorcio, si los cónyuges estuviesen dispuestos a soportarse y perdonarse mutuamente con amor (Ef. 4:2), como quienes han sido, y son, soportados y perdonados por Dios. Si los esposos amasen a sus esposas, y las esposas fuesen sumisas y respetuosas con sus maridos (Ef. 5:22 y ss.), y conviviesen como coherederos de la gracia de la vida (1 P. 3:7), no habría que pensar en separarse de ningún modo el uno del otro.

V. Ante la declaración de Jesús los discípulos reaccionan del modo siguiente: Si *así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse* (v. 10). Parece ser que ellos mismos se resintieron de la norma tan estricta que Jesús había establecido, y pensaban que, si se cerraba esta puerta libre, mejor era no encerrarse de por vida en el matrimonio. El corazón humano, engañoso y perverso, busca la propia conveniencia y aborrece la restricción del yugo. El hombre piensa hallar la felicidad en la completa libertad, sin percatarse de que la única esclavitud verdadera es la del pecado (Jn. 8:32, 34; Ro. 6:15–23). Somos, por naturaleza, seres egocéntricos y pensamos que la culpa de nuestra desdicha la tienen *otros* en este caso, el cónyuge. Pero si tuviésemos la mentalidad de Jesús no pondríamos la mira en nuestro propio interés, sino antes en el del cónyuge (Fil. 2:3–5); si somos verdaderos discípulos de Cristo dependeremos de Él, de Su persona, de Su obra y de la suficiencia de Su gracia para remontar las dificultades de la vida conyugal, y aprenderemos a sobrellevar los unos las cargas de los otros (Gá. 6:2). Así como las piedras esquinadas se redondean en el álveo del río al impulso de la corriente que las pule y lima en el mutuo contacto, así también los cónyuges creyentes, en vez de endurecerse mutuamente en el trato constante moldearán y templarán su propio carácter en el ejercicio de los frutos del Espíritu Santo. Si hay tormentas, traerán agua fertilizante y oxígeno desinfectante, pero no granizo destructor. Si ser *cónyuges* significa *estar unidos al mismo yugo,* cuanto más ajustado sea el yugo, y acompasado el paso, tanto más

fácil será la marcha. Amor y mansedumbre son los lubricantes de esa complicada máquina del matrimonio.

VI. Respuesta de Jesús a la sugerencia de los desalentados discípulos (vv. 11–12). Jesús admite que el *no casarse* es aceptable en algunos casos, pero *no todos tienen capacidad para poner en práctica esa máxima («no conviene casarse»,* del v. 10), *sino aquellos a quienes ha sido dado* (v. 11). El celibato es un *don* (1 Co. 7:7 y 9, dentro del contexto de todo el capítulo), el *imponerlo* es cosa prohibida por la Palabra de Dios (v. 1 Ti. 4:3; He. 13:4) y un lazo de perdición para los inexpertos que lo admiten con voto—sin el *don*—, cuando *mejor es casarse que estarse quemando* (1 Co. 7:9). A continuación, Jesús expresa tres clases de incapacidad para contraer matrimonio:

(A) Los que han nacido destituidos de órganos sexuales: *que nacieron así (eunucos) del vientre de su madre*. Estos deben permanecer célibes, sometiéndose humildemente a los inescrutables, pero siempre amorosos, designios de la providencia divina.

(B) Los que *sufrieron amputación a manos de los hombres;* se supone que se trata de una acción criminal, pero entra igualmente dentro de los decretos permisivos de Dios, a los que hay que someterse.

(C) Los que sin amputación física (Orígenes lo entendió literalmente y se hizo castrar en su juventud), han recibido de Dios el don de la continencia y se dedican *totalmente* al servicio del Señor (1 Co. 7:32) y a la extensión del Evangelio: *por causa del reino de los cielos.* Broadus resume admirablemente: «No es cuestión de un estado más o menos santo, sino de mayor o menor utilidad en la promoción del reino de los cielos». Sólo por esta causa, puede elegirse el celibato como «algo mejor».

Versículos 13–15

Aquí se nos narra la presentación de unos niños a Jesús. Vemos:

I. La fe de los que los trajeron a Él: *Le fueron presentados unos niños, para que pusiese las manos sobre ellos, y orase* (v. 13). Así daban testimonio del respeto que sentían por Cristo, y del valor que daban a su favor y a sus bendiciones. Con esto, hacían un bien a sus pequeñuelos. Otros traían sus hijos a Cristo, para que los curase cuando estaban enfermos, pero estos no tenían actualmente ninguna enfermedad; sólo deseaban que los bendijese. Es muy buena cosa traer nuestros hijos a Jesús cuando venimos a Él antes de que sean llevados a Él en aflicción o necesidad, tanto espiritual como corporal. Deseaban que Jesús les impusiese las manos y orase. La imposición de manos se usaba en las bendiciones que los padres daban a sus hijos, y significaba, no sólo el amor familiar que extendía hacia ellos el deseo de las mismas bendiciones que los padres habían recibido de Dios, sino el poder y autoridad para impetrar eficazmente dichas bendiciones. No podemos hacer por nuestros hijos mejor cosa que ponerlos en manos del Señor Jesucristo para que Él los bendiga. Nosotros sólo podemos implorar su bendición, pues Cristo es el único que tiene poder y autoridad para dar una bendición efectiva.

II. La intolerancia de los discípulos: *Los discípulos les reprendieron;* se disgustaron de ello, teniéndolo por interrupción vana y frívola, pues quizás deseaban estar a solas con el Maestro, y hacerle más preguntas sobre la materia del divorcio. Hemos de dar muchas gracias a Dios, de que el Señor Jesucristo siempre muestra mayor amor y ternura que los mejores de sus discípulos. Hemos, pues, de aprender de Él a no poner mala cara a quienquiera que venga a nosotros con sinceridad y buena intención, para preguntarnos algo relacionado con las cosas espirituales, aunque la persona sea débil e ignorante. Si Jesús no quebraba la caña cascada, tampoco nosotros debemos hacerlo.

III. El favor y la ternura del Señor Jesucristo.

1. Reprendió a los discípulos: *Dejad a los niños, y no les impidáis que vengan a mí* (v. 14). Y da la razón: *Porque de los tales es el reino de los cielos;* es decir, *de los que son como niños* en el sentido de 18:3. Si se hubiese referido exclusivamente a los niños en edad habría dicho *ellos*, no *los tales (tales cuales* ellos). En todo caso, esta frase no implica: (a) la necesidad de bautizar a los infantes; (b) que los niños son ya salvos en la niñez—¿para qué llevarlos a Jesús? ¿Y para qué exhortarlos a *nacer de nuevo?* ¿Es que han perdido una salvación ya adquirida? Por naturaleza, todos somos hijos de ira (Ef. 2:3), los niños nacen *pecadores* (Sal. 51:5), pues también ellos pecaron en Adán (Ro. 5:12; 1 Co. 15:22), aunque

no se les impute como cosa *voluntaria* por parte de ellos, hasta que hayan llegado a *la edad de discreción*, que es la del conocimiento del pecado (comp. Ro. 3:20 con 5:13). De ahí que, si mueren antes de llegar a esa edad, no necesitan para salvarse ningún medio de gracia, sino la aplicación automática de la obra del Calvario a su favor, como automática fue para ellos la imputación del pecado de Adán por pertenecer a la familia humana caída (esto es lo que da a entender claramente todo el paralelismo antitético de Ro. 5:12–21, así como He. 2:11–17).

2. Y *habiendo puesto sobre ellos las manos, se fue de allí* (v. 15). Sólo cuando el Señor nos bendice y echa mano de nosotros es cuando nosotros somos capacitados para echar mano de Cristo (v. Fil. 3:12b). Sólo podemos buscar al Señor cuando ya hemos sido hallados por Él (Ro. 10:20).

Versículos 16–22

Ahora tenemos el relato de lo que pasó entre Jesús y un joven bondadoso y de posición económica muy acomodada. Vemos que era *joven* y, que no sólo era *poseedor de muchos bienes* (v. 22), sino también persona *principal* (Lc. 18:18). Respecto de este joven sincero, bien intencionado y rico, se nos dice el deseo que tenía de ir al cielo y qué le faltó para seguir a Jesús.

I. Expresó deseos de conocer el camino de la vida eterna, y Cristo le trató amable y tiernamente.

1. Se dirigió a Cristo con toda seriedad y cortesía: *Maestro bueno, ¿qué cosa buena haré para tener la vida eterna?* (v. 16). No hay pregunta tan importante ni tan seria como esta.

(A) Le da a Cristo un título honorable: *Maestro bueno;* el término griego indica un Maestro *que enseña.* Al llamarlo así, indica su buena disposición y su docilidad para aprender, así como el afecto y el respeto que le merecía. Está muy bien que, quienes son nobles en la dignidad, lo sean también en su amabilidad y cortesía; así que fue una muestra de caballerosidad genuina el dar a Cristo este título. No era corriente entre los judíos dar a sus maestros el título de *bueno;* por eso, resalta más el hecho de que alguien lo aplicara al Señor.

(B) Viene a Él con un asunto de suma importancia (no hay otro tan importante) y no para tentarle, como hacían los escribas y fariseos, sino al desear sinceramente recibir la enseñanza necesaria. Su pregunta es: *¿Qué cosa buena haré para tener la vida eterna?* Estaba convencido de que en el otro mundo, había una eternidad feliz reservada para quienes se preparasen en este mundo con la mira puesta en ese objetivo. En una persona de su edad y condición social, este interés por la otra vida era algo extraordinario. Los ricos suelen pensar que una pregunta como esa deben hacerla los que no poseen nada en este mundo. Como alguien ha dicho: «Una sociedad que parece tenerlo todo asegurado aquí, ¿qué entenderá por salvación?» Esto es más difícil aún para los que, además de ser ricos, son jóvenes, pues no piensan que esta vida se les vaya a acabar demasiado pronto, sino que tienen por necedad no aprovechar las oportunidades de disfrutar de todo placer posible. Pero aquí tenemos a un joven, rico, solícito por su alma y por la eternidad; mostraba, pues, gran prudencia al desear hacer el bien que fuese necesario para obtener la vida eterna. La intención era buena, y todos debemos compartirla, pues, aunque la sangre de Cristo es el único precio de la vida eterna (nosotros no podemos merecerla, sino que Él la mereció por nosotros), también es cierto que el único camino para obtenerla es la obediencia a Cristo (He. 5:9). Los que conocen el valor de la vida eterna y lo que una persona se juega si no la obtiene, se quedarán satisfechos con cualesquiera condiciones que se les impongan para ello, porque digno es el reino de los cielos de santa violencia (11:12). Al ver, pues, que en este mundo no se puede encontrar la verdadera felicidad, nuestra pregunta seria y urgente debe ser: *¿Qué haré para tener la vida eterna?*

2. Jesús, con su respuesta, mostró su interés y su amabilidad hacia este joven, animándole a elevarse sobre el concepto que tenía acerca de la bondad y del cumplimiento de la Ley. No despide Jesús sin respuesta a todo el que venga sinceramente a Él con preguntas tan importantes, pues nada le agrada tanto como enseñar a todos la verdad (v. 17).

(A) Primero, trata de iluminar mejor su fe: *¿Por qué me dices bueno?* Esta frase no debe tomarse como un reproche, sino con todo lo que implica la soberana e infinita bondad de Dios: *Ninguno hay bueno sino uno: Dios.* Con esto, Jesús quería preparar al joven para la alternativa que le iba a plantear después (v. 21) como si dijese: Si no lo haces por adularme (Jesús sabía que no era esa la intención del joven—aunque hay comentaristas que lo admiten—), tendrás que seguirme como al Sumo Bien, pues sólo Dios es la bondad perfecta. Esta es la forma como Jesús solía elevar poco a poco el concepto que de Él

podía formarse toda persona con quien se ponía en contacto, como se observa especialmente en las conversaciones que narra Juan. Así que las instrucciones de Cristo siempre sobrepasan a nuestras intenciones. El Cordero merece las mismas alabanzas que el que está sentado en el trono (Ap. 5:13) sencillamente porque es tan Dios como el Padre (Jn. 10:30).

(B) Inmediatamente, Jesús dirige la atención del joven hacia la Ley: Si *quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos* (v. 17b). El joven hablaba de *vida eterna.* Jesús dice simplemente *vida* para enseñarnos que la única verdadera vida es la vida eterna. El joven deseaba saber cómo *tener* vida eterna. Cristo le habla de *entrar* en ella. Esto es de sumo interés, al saber que Jesús es, a un mismo tiempo, *la Vida y el Camino* para entrar en ella (Jn. 14:6). *Él es el único Camino, y la obediencia de la fe* (Ro. 1:5; 16:26). el único camino hacia Cristo. Jesús le prescribe *guardar los mandamientos.* Bengel hace la siguiente consideración: «A los que se sienten seguros, Jesús les recuerda la Ley; a los contritos, los consuela con el Evangelio». Guardar los mandamientos de Dios es necesario para entrar en la vida eterna; pero el nuevo mandamiento incluye explícitamente *la fe en Jesús* (1 Jn. 3:23), implícito en el de *amar a Dios sobre todas las cosas.* Este *primero* y *principal mandamiento* (22:38) fue piedra de toque para la obediencia del joven a la Ley, y precisamente en ese primer mandamiento falló, pues, al ser Jesús el Sumo Bien, prefirió *otras cosas,* antes que seguirle. No es suficiente *conocer* los mandamientos, sino tomarlos como camino y como norma.

3. El joven hace entonces otra pregunta: *¿Cuáles?* (lit. *¿qué clase?)* Es de suponer que el joven esperase nuevos mandamientos de este gran Maestro o una colección bien clasificada de los existentes. Jesús responde y cita una serie de mandamientos de la segunda tabla: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo* (vv. 18–19), y en cuyo cumplimiento se cumple toda la Ley y los Profetas (Ro. 13:9; Gá. 5:14), *la regia ley de la libertad* (Stg. 2:8, 12). ¿Por qué cita aquí Jesús los preceptos de la segunda tabla solamente?

(A) Porque los que ahora se sentaban en la cátedra de Moisés o los dejaban completamente a un lado en sus enseñanzas o los corrompían con sus tradiciones. Mientras enfatizaban *el pago del diezmo de la menta, del eneldo y del comino, habían dejado lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe* (en sentido de *fidelidad o lealtad);* es decir, la observancia de corazón de esta segunda tabla (23:23). Toda su enseñanza y predicación se ocupaban de cosas rituales, y olvidaban las morales.

(B) Porque quería enseñarle, y a todos nosotros, que la honestidad moral es una rama necesaria del verdadero cristianismo. Aunque un hombre meramente *moral* no llega aún a ser cristiano, sin embargo un hombre inmoral ciertamente no es cristiano verdadero. Más aún, aunque es cierto que los preceptos de la primera tabla contienen más de la *esencia* de la religión, los de la segunda contienen más de la *evidencia* de la religión. Nuestra luz *arde* en el amor de Dios, pero *brilla* en el amor al prójimo.

II. Veamos ahora qué le faltó a este joven para llegar al nivel necesario del discipulado.

1. Le faltó humildad pues tenía un alto concepto de su propio mérito y éxito en el cumplimiento de la Ley. Cuando Cristo le citó los mandamientos, contestó: *Todo esto lo he guardado desde mi juventud* (v. 20). Cristo lo sabía y por eso no le contradijo, sino que, como sabemos por Marcos 10:21 *Jesús le miró fijamente y sintió afecto por él.* En esto había sido bueno y agradaba al Señor. Su observancia de la Ley había sido universal: *Todo esto lo he guardado;* y constante: *Desde mi juventud* (aunque esta segunda parte falte en los mejores MSS, está bien atestiguada en Mr. y Lc.). Por aquí vemos que un hombre puede estar libre de pecados notorios y groseros, y quedar corto de la gracia y de la gloria. Lo que no estuvo mal es su deseo de saber si necesitaba algo más: *¿Qué me falta todavía?* Tenía conciencia de que algo le faltaba por llenar delante de Dios en su estricto cumplimiento de la Ley y deseaba saberlo. Parece por la siguiente respuesta de Cristo, como si dijera aquello de Pablo: *No que lo haya alcanzado ya, ni que haya conseguido ya la perfección (total;* Fil. 3:12). Pero, aun en esto, mostraba de alguna manera su ignorancia porque si hubiese conocido la extensión y el sentido espiritual de la Ley, no habría dicho: *Todo esto lo he guardado,* sino: «Mucho de esto he quebrantado, ¿qué haré para que me sean perdonados mis pecados?» Sea como sea, había en la respuesta del joven algo de lo que Pablo llama *«la jactancia de las obras de la Ley»* (Ro. 3:27). ¿Qué sería ese «algo» que el joven mismo sentía que le faltaba?

2. Le falto, sobre todo, abnegación y desprendimiento; se quedó corto por un desordenado amor a los bienes de este mundo. Este fue el fatal punto flaco, por el que todo el edificio de su observancia aparentemente tan sólido, se venía abajo; había edificado *sobre arena.* Observemos:

(A) Cómo lo puso a prueba a esto el Señor: *Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende tus posesiones, etc.* (v. 21). Cristo renunció a discutir su jactancia en la observancia de la Ley, y se limitó a decirle esto otro, porque ello era mucho más efectivo para descubrir el corazón del joven que el enzarzarse en una discusión sobre la extensión y profundidad de la Ley. Y lo que Cristo le dijo al joven, de alguna manera nos lo dice a todos, si no en cuanto al abandono actual de todos los bienes, sí en cuanto al desapego del corazón a ellos. Si de veras queremos ser cristianos y herederos de la vida eterna, debemos hacer estas dos cosas:

(a) Preferir siempre los tesoros celestiales a todas riquezas de este mundo. Para dar evidencia de esta buena disposición. *Primeramente:* Hemos de poner a los pies del Señor, y para su gloria y servicio, todo cuanto tenemos en este mundo: *«Anda, vende tus posesiones, y dalo a los pobres.* Vende todo lo que puedes ahorrar, todo lo superfluo, todo lo que habrías de emplear en cosas innecesarias o inconvenientes, y empléalo en cosas que valgan la pena para el servicio de Dios y la causa del Evangelio. No apegues tu corazón a lo que se ha de quedar en este mundo». Cuando Lord Mountbatten fue asesinado en Irlanda en 1979, se le hizo en Londres un regio funeral, y detrás del féretro llevaban en una bandeja todas las condecoraciones que había recibido; ¿de qué le servían ya, si no las podía llevar consigo a la eternidad? En cambio, compárese Apocalipsis 14:13: *«sus obras siguen con ellos»,* con *los muertos que mueren en el Señor,* no van delante, como si fueran *méritos;* tampoco van detrás, pues Dios es muy puntual en dar su recompensa (Ap. 22:12: *«mi galardón conmigo»),* sino que van *con* ellos, como haciéndoles escolta. Si de veras hemos aceptado a Cristo hemos de tener desapego a las cosas del mundo, porque *nadie puede servir a dos señores, a Dios y a Mamón* (6:24). Cristo sabía que la codicia era el pecado que esclavizaba a este joven y que, aunque había observado honestamente lo exterior de la Ley y había ganado honradamente lo que tenía, no estaba dispuesto a desentenderse de ello alegremente y, con esto, descubría su insinceridad subconsciente. Así había quebrantado precisamente los dos mandamientos que mejor ponen a prueba el corazón del hombre: el primero y el décimo del Decálogo (v. Jos. 7:21; Ro. 7:7, para comprender la importancia del décimo). *En segundo lugar:* Hemos de depender de lo que esperamos en el otro mundo, como suficiente recompensa por lo que hemos dejado, perdido, o dedicado para Dios, en este mundo: Y *tendrás tesoro en el cielo.* Confía en Dios para una felicidad ahora invisible, que nos compensará abundantemente de todo lo que empleemos en el servicio de Dios. Cristo le da a este joven la seguridad plena de un tesoro celestial. Las promesas de Cristo hacen que *sus preceptos no sean gravosos* (1 Jn. 5:3), y que su yugo, no sólo sea tolerable, sino deleitable (11:30).

(b) Consagrarnos enteramente al seguimiento de Cristo: *Y ven, y sígueme.* Aquí se da a entender un seguimiento *cercano* (v. 1 P. 2:21. Este es aquí el sentido del verbo *«sigáis») y constante («sus pisadas»,* como una *copia* calcada con toda exactitud; gr. *hypogrammón* = escrito por debajo) de Jesucristo: de su persona, como la vemos claramente reflejada en los evangelios, de sus normas, de sus enseñanzas, y seguirle en todo esto *por amor* a Él, dependiendo en todo de Él, y dispuestos a dejarlo todo por Él. Esto es *seguir a Cristo* de veras. Venderlo todo y darlo a los pobres *no nos servirá de nada sin este amor* (1 Co. 13:3). Es una pena que, desde los primeros tiempos de la Iglesia, se introdujese un falso concepto del seguimiento de Cristo, en el sentido de dejarlo todo e irse al desierto, fuera del mundo, como un estado especial de *perfección* (que comprendía después los votos de obediencia, castidad y pobreza en la vida monástica). Esta equivocación se fundaba en la torcida interpretación de dos frases de Cristo en esta porción: *Si quieres ser perfecto, y: Vende tus posesiones,* etc. En la primera, entendían que se trataba de un estado *especial* de perfección, que no estaba al alcance de todo creyente; pero Cristo no quiso decir con lo de *perfecto,* algo superior a la simple condición de *creyente ordinario,* sino algo necesario para ser verdadero creyente, como en 5:48. Ser *perfecto* significa aquí que *no falta nada* para ser cristiano (Jesús contesta a la pregunta: *¿Qué me falta todavía?)* En la segunda, entendían que *dejarlo todo* era la condición necesaria para seguir a Cristo *de una manera especial;* pero Cristo le pone a este joven dicha condición para probar la disposición de su corazón respecto al desapego de las riquezas de este mundo, aunque no a todos impone la misma condición para ser verdaderos creyentes, con tal que haya el necesario desprendimiento del corazón, como pasó con Zaqueo (Lc. 19:8–9) y muchos otros.

(B) Cómo se descubrió el punto flaco de este joven. La respuesta de Jesús le hirió en el nervio más sensible de su corazón como cuando el dentista clava la aguja en el nervio del diente: *Al oír el joven estas palabras, se fue triste, porque era poseedor de muchos bienes* (v. 22). Era rico, amaba sus riquezas, y se fue. Los que poseen mucho en este mundo, están siempre en grave tentación de amar el mundo (1 Jn. 2:15–17). Tal es el embrujo de las riquezas mundanas, que quienes menos las necesitan, más las codician.

Y este amor del mundo impide que vengan a Cristo muchos que parecen tener grandes deseos de seguirle. Una gran hacienda, así como sirve de promoción espiritual para los que tienen el corazón desprendido de las cosas materiales, es un gran estorbo en el camino del cielo para quienes se enredan en el apego a ellas.

A pesar de este grave fracaso del joven, algo quedó en su interior e honradez y sinceridad, pues se fue con la conciencia del vacío que le llevó a Jesús *(¿Qué me falta …?)* No tuvo coraje para ser cristiano de veras, pero no era un hipócrita; era un joven reflexivo y bien inclinado y, por eso, *se fue,* pero se *fue triste.* Marcos 10:22 completa (como en otros lugares) los detalles y nos dice: *Pero él se puso triste al oír estas palabras y se marchó apesadumbrado, porque tenía muchas posesiones.* Aquí vemos un *doble* pesar; se puso triste porque no estaba dispuesto a dejar las riquezas; pero también porque esto le impedía seguir a Cristo; estaba ya inclinado hacia Él, y le dolía dejarlo. ¡Cuántos arruinan su alma por un pecado cometido con repugnancia! Este es el conflicto de muchos creyentes *carnales,* que—como ya hemos dicho en otro lugar, con palabras de Thomas Brooks—, son demasiado buenos para ser felices *con* el mundo, pero demasiado imperfectos para ser felices *sin* el mundo. Si esa es nuestra condición, pidamos a Dios que escudriñe nuestro corazón (Sal. 139:23–24), no sea que nuestro cristianismo sea ficticio. Pablo tendría quizás en su mente esta porción cuando escribió 1 Timoteo 6:10: *Porque raíz de todos los males es el amor al dinero etc.* Nuestro corazón se entristece al terminar de leer este episodio. Llegó después este joven a ser cristiano? No lo sabemos, aunque lo desearíamos. La Palabra de Dios no vuelve a mencionarle y muchos de los escritores eclesiásticos primitivos se aventuraron a decir que se condenó. ¡Dejemos estos juicios a Dios, y seámosle agradecidos por habernos escogido en el Amado, aunque éramos mil veces peores que este joven!

Versículos 23–30

En esta porción, Jesús aprovecha la oportunidad del episodio anterior, para hablar a sus discípulos del peligro de las riquezas y de la recompensa del discipulado.

I. Jesús habla a los discípulos de la dificultad que tienen los ricos para salvarse (vv. 23–26). Y les dice:

1. Que a los ricos les resulta muy duro e intransitable el camino del Cielo. Como dice el refrán, debemos escarmentar en cabeza ajena. Esto es lo que Jesús recalca con toda insistencia en los versículos 23 y 24 a sus discípulos que eran pobres ya, pues aun los que tenían posesiones, las habían dejado para seguirle. Cuanto menor era la riqueza material que poseían, tanto menor era el estorbo en el camino del cielo. *De cierto os digo* (v. 23). Y repite: *Otra vez os digo* (v. 24). Esta enseñanza bien merece repetirse pues el hombre natural es tardo para entenderla y más tardo aún para creerla. *Difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos.* El camino del cielo es *estrecho* (7:14), como lo es *la puerta que lleva a la vida;* lo es para todos, pero especialmente para los ricos, para quienes el mundo resulta tan ancho y libre con sus atractivos, sus homenajes, sus sonrisas («poderoso caballero es don dinero»). Se necesita un milagro de la gracia divina para abrirse paso entre tales *espinos* (13:22). ¿Cuántos *potentados* hay en nuestras congregaciones? (v. 1 Co. 1:26). Cristo asegura que la salvación de un rico es tan difícil, que *es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja* (v. 24). La comparación de la bestia más grande—dentro de lo familiar de los judíos (v. 23:24)—con el orificio más pequeño, resulta tan paradójica, que muchos comentaristas,—aun evangélicos—, siguiendo la interpretación de Tomás de Aquino, se esfuerzan en alegorizarla, y dicen que se trata de «una cierta puerta de Jerusalén, llamada del Ojo de la Aguja por la cual un camello no podía pasar sino dobladas las rodillas», como si los ricos pudiesen entrar en el cielo por medio de «genuflexiones». Pero los discípulos entendieron claramente que Cristo no hablaba de una *dificultad,* sino de una *imposibilidad,* imposibilidad para la naturaleza humana, pero no para la gracia de Dios (v. 26). Ya es muy difícil que un rico no ponga su corazón en las riquezas, pero es imposible que el que pone su corazón en las riquezas entre en el cielo. Muy aptamente compara Jesús la entrada en el reino de Dios al *ojo de una aguja,* porque se necesita buena vista para acertar con él, y buen pulso para pasar el hilo; así como es apta la comparación del rico con un *camello,* que es una bestia de carga, y nada más pesado para el corazón que la sobreabundante prosperidad: *Engordó Jerusún y tiró coces; engordaste, te cubriste de grasa* (Dt. 32:15, comp. con Is. 6:10; Mt. 13:15). *Tan sorprendente era esta enseñanza de Cristo, que hasta los discípulos se quedaron atónitos: Sus discípulos, al oír esto, se asombraban en gran manera diciendo: ¿Quién, entonces, podrá ser salvo?* (v. 25). No lo decían por contradecir a Cristo, sino,

probablemente, por la idea tan extendida (¿no lo está todavía en algunos de nuestros círculos?) de que las riquezas son indicio de *gran bendición* divina; si estos *bendecidos* no se salvaban, ¿quién podría salvarse? Cuando nos percatamos de la infinita bondad de Dios, podemos asombrarnos de que sean *tan pocos sus* hijos, pero si nos damos cuenta igualmente de la inmensa maldad del hombre, nos asombraremos también de que sean *tantos.* Puesto que hay tantos ricos, no sólo en realidad, sino *en espíritu* (contra 5:3); es decir, en el deseo de ser ricos, bien podemos decir: *¿Quién, entonces, podrá ser salvo?* Por eso, cuanto más rico sea uno, más tendrá que luchar contra *la corriente de este mundo* (Ef. 2:2).

2. Que, aunque difícil, no es imposible para un rico el ser salvo: *Jesús, fijando en ellos la mirada,* volviéndose hacia ellos e interrogándoles con la mirada, *les dijo: Para los hombres, esto es imposible; mas para Dios todo es posible* (v. 26). Esta es una verdad universal: Nada hay imposible para Dios (Lc. 1:37) ni con Dios. Cuando el hombre no tiene ningún remedio Dios dispone de todos los medios. Aquí, la verdad se aplica al caso de la salvación de los ricos. *¿Quién podrá ser salvo?*—preguntaban los discípulos—. Por el poder humano—dice Cristo—, ¡ninguno! Pero, para Dios es posible, porque sólo Él puede *crear* un «hombre nuevo» (Ef. 2:10) con un corazón nuevo, desprendido de las riquezas de este mundo. Serán muchos los obstáculos, muchas las tentaciones, que un rico habrá de remontar, tanto en el camino de la justificación como en el de la santificación, pero *«para todo hay fuerzas en Cristo que da el poder»* (Fil. 4:13). ¡Ojalá el joven rico hubiese entendido esto! Hay muchos que no se deciden a dar el paso decisivo en recibir a Cristo y someterse a sus demandas, porque se sienten *incapaces* de dejar el pecado y practicar la virtud; es preciso decirles que no se desanimen por su debilidad. Cristo pondrá su Espíritu dentro de sus corazones para *que puedan* (Gá. 5:16).

II. Pedro se aprovechó de esta enseñanza de Cristo para preguntar qué iban a obtener *ellos,* que lo habían dejado todo para seguirle (vv. 27–30).

1. Vemos primero lo que esperaban ellos de Cristo: *Mira que nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?* (v. 27). Pedro desea saber:

(A) Si habían llegado al nivel que el joven rico no había logrado alcanzar: Ellos no lo habían vendido todo (pues algunos de ellos tenían mujeres e hijos para los que necesitaban proveer), pero *lo habían dejado todo.* Cuando escuchamos cuáles son las cualidades que se requieren de los que han de ser salvos bien está que investiguemos si, con la gracia de Dios, llenamos los requisistos necesarios para ello. Señor—dice Pedro—, *nosotros lo hemos dejado todo.* ¡Ay! Bien poca cosa era lo que habían dejado, pero observemos que Pedro habla de ese *todo* como si se tratase de una gran fortuna. Esto indica que somos inclinados a calcular muy alto el precio de lo que hacemos, sufrimos, gastamos o perdemos por Cristo. Sin embargo, Cristo no les echa en cara lo *poco* que habían dejado por Él, pues era *todo* lo que tenían, como la pobre viuda que echó en el tesoro del Templo las dos moneditas que eran *todo su sustento* (Mr. 12:44). Dios no mira la *cantidad* de lo que nos desprendemos por Él, sino la disposición del corazón para ofrecerle todo lo que tenemos.

(B) Si, por consiguiente, podían aspirar al *tesoro* celestial que aquel joven rico había menospreciado. Todo el mundo está interesado en lo que puede sacar para su provecho, a costa del esfuerzo que ha de realizar para obtenerlo. Esto no tiene nada de malo si se buscan los verdaderos valores, y a los discípulos de Cristo les está permitido tener en cuenta sus propios intereses y preguntar: *¿Qué tendremos?* Cristo mismo nos exhorta a calcular el precio (Lc. 14:28–33) y preguntar qué ganaremos con dejarlo todo por seguirle, para que nos demos cuenta de que no nos llama para nuestro perjuicio, sino para nuestro beneficio y ventaja. Una fe confiada y esperanzada puede preguntar: ¿Qué *tendré?* Los discípulos no habían formulado hasta ahora la pregunta; estaban tan seguros de la bondad y fidelidad del Señor, que sabían que no perderían nada con seguirle, y por eso se pusieron a trabajar a su servicio sin preguntar por el jornal que iban a conseguir. Es un honor que se le tributa a Cristo, cuando confiamos en Él y nos ponemos a servirle sin regatear con Él en nuestro esfuerzo ni en el premio que de Él esperamos. Para no equivocarnos, tengamos siempre en cuenta que el premio celestial es precisamente disfrutar eternamente de una comunión íntima con el Señor; así veremos, que el aspirar a ese *premio* (v. 1 Co. 9:23–27; Fil. 3:7–15) no es *egoísmo,* sino una santa *esperanza* llena de *amor.* Algo que no entendía Teresita de Lisieux, la carmelita francesa, a la cual le disgustaba leer cada semana el Salmo 119; cuando llegaba al versículo 112, que en la corriente (malísima) versión latina, decía: … *propter retributionem* = por la recompensa; en vez de *«hasta el fin»,* que es la correcta traducción. Sin embargo, una vez entendida la clase de *premio* que esperamos de Dios, podemos suscribir el famoso y bellísimo soneto, anónimo, aunque atribuido por

unos a Teresa de Ávila, por otros a Javier, pero digno de un Fenelón, si el místico francés hubiese dominado la lengua de Cervantes:

«No me mueve, mi Dios, para quererte,
el Cielo que me tienes prometido;
ni me mueve el Infierno tan temido,
para dejar, por eso, de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor de tal manera
que aunque no hubiera Cielo, yo te amara;
y aunque no hubiera Infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero, no esperara,
lo mismo que te quiero, te quisiera.»

2. Tenemos ahora las promesas de Cristo a sus discípulos, y a todos los demás que sigan sus pisadas de fe y obediencia.

(A) A sus inmediatos seguidores. Para ellos, hay promesa, no sólo de *tesoro*, sino de especial *honor: De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se siente en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido os sentaréis también sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel* (v. 28). Obsérvese, en primer lugar, la solemne seguridad expresada en ese *«De cierto os digo»*. Luego declara con precisión la fecha en que tendrán el gran *honor*, exclusivo de ellos, además del premio común del versículo 29. Tendrán ese gran privilegio *en la regeneración.* El término original *(palingenesía)* sale únicamente aquí y en Tito 3:5 (donde se refiere al «nacer de nuevo» del creyente). Aquí significa, sin lugar a dudas, la renovación mesiánica del final (v. Hch. 3:21; Ro. 8:19), *cuando el Hijo del Hombre se siente en el trono de su gloria* (25:31). El honor consistirá en *sentarse sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel* (comp. con Ap. 20:4). La referencia es claramente escatológica y milenial; no hay por qué alegorizarla, ni transferirla al Cielo. Como israelitas, aparecen *juzgando* a los israelitas, en el sentido bíblico de gobernadores subalternos, más bien que de jueces de tribunal (v. tamb. Lc. 22:30). Como cristianos de un ministerio fundacional (Ef. 2:20; Ap. 21:14), los apóstoles entran de modo especial en el grupo de los *«santos»* que juzgarán al mundo y a los ángeles (1 Co. 6:2, 3). No es válida la comparación con *los 24 ancianos* de Apocalipis 4:4, etc. porque estos son los representantes de la Iglesia, como *reino de sacerdotes* (eran 24 las clases sacerdotales), no de *jueces, y* Juan los ve todavía en el Cielo, no en la Tierra. Hechos 1:6–7 añade nueva clarificación a estos textos.

(B) A todos sus seguidores, Cristo promete aquí un premio centuplicado con relación a lo que aquí hayan dejado por seguirle: Y *todo el que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna* (v. 29). En Marcos 10:30 y Lucas 18:30 el Señor especifica que recibirán cien veces más *ahora en este tiempo;* es decir, en la presente dispensación. Es cierto que a los seguidores de Cristo les espera *tribulación en el mundo* (Jn. 15:20; 16:33), pero el amor de Dios, el gozo en Dios, la paz con Dios, la comunión fraternal, la esperanza que no avergüenza, el conjunto de causas que cooperan para bien de los que aman a Dios, compensan sobreabundantemente. Miles de creyentes pueden dar testimonio de que, aun cuando sus propios familiares los hayan odiado y perseguido, han encontrado hermanos y hermanas en número mucho mayor. Los apóstoles encontraban numerosos y sinceros hermanos, que les acogían, atendían, cuidaban y curaban dondequiera que se encontraban entre creyentes. Lo que para el mundo es una gran pérdida, para el creyente es una gran ganancia (Fil. 3:7–8), y viceversa. Jesús no se deja ganar en generosidad. Nadie ha salido perdiendo con Él, sino que todo el que le sigue es infaliblemente un inefable ganador. Pero el abandono de todas esas cosas ha de ser *por el nombre de Jesús.* Muchos hay que abandonan sus familias por humor destemplado o pasión insatisfecha lo cual no es santo desapego, sino deserción pecaminosa. Pero si las dejamos en la alternativa de seguir a los familiares o a Cristo, dejarles no es solamente un

deber, sino el mejor modo de amarles; a nadie se favorece con la claudicación moral o espiritual; mientras que una santa valentía es un gran testimonio ante todos, y esto no quita el verdadero afecto a los padres y hermanos, pues el que siga a Cristo, si le sigue *por su nombre,* no por conveniencia o por un falso misticismo monástico, seguirá teniendo un interés acrecentado por sus incomprensivos familiares, orará fervientemente por ellos y, cuando estén en grave necesidad o enfermedad, el hijo o la hija creyentes estarán dispuestos a socorrerles más y mejor que los que no hayan seguido al Maestro. Si no es *por el nombre de Cristo,* que nadie aspire a un premio que Jesús no ha prometido. *Aunque reparta todos sus bienes entre los pobres* y arrostre toda persecución, incluso cuando ésta termina *en la hoguera, de nada le servirá* (1 Co. 13:3). Se equivocó Pascal cuando dijo: «De buena gana creo a testigos que se dejan matar». Más acertado estuvo Agustín de Hipona cuando puntualizó: «Al mártir no le hace la sentencia, sino la causa».

Y, al final, *la vida eterna.* Ya sería bastante con lo que Jesús promete para la vida presente. Pero, para inclinar decisivamente la balanza, Cristo promete a sus seguidores *la vida eterna*. Quizá no haya mejor definición de la vida eterna que la que se deduce de una atenta reflexión sobre 1 Pedro 1:4. Es una *satisfacción completa* («herencia … en los cielos»), *dentro de una actividad perfecta* (el *«servir»* que es *«reinar»;* Ap. 22:3, 5), *de todo nuestro ser, sin tem or* («reservada»; comp. Jn. 14:2) *a que se pierda* («incorruptible»), *se altere* («incontaminada») *o se marchite* («inmarcesible»). Con esta consideración, nadie tendrá por demasiado penoso de hacer, o demasiado duro de sufrir, cuanto *tenga que sufrir ahora por un poco de tiempo, si es necesario* (1 P. 1:6), por amor de Cristo y por la causa del Evangelio. ¿Qué es lo único que hace falta? *«Mezclar con fe la palabra»* (He. 4:2). Y *la fe es la firme realidad de las cosas que se esperan* (He. 11:1. O *«la firme seguridad de las realidades que se esperan»).*

3. Jesús termina, antes de pasar a la parábola de los obreros de la viña, con la frase, algún tanto enigmática: *Pero muchos primeros serán últimos, y últimos, primeros* (v. 30). Este axioma se repite en 20:16, donde se añade una segunda parte, mal atestiguada allí pero segura en 22:14, donde será comentada. El pensamiento general, ilustrado por la parábola de 20:1–16, es que, para Dios, la *antigüedad, la nobleza de nacimiento, la raza, etc., no cuentan en* cuanto a la recepción de *la vida eterna.* La elección divina es gratuita y soberana (v. Ro. todo el cap. 9) y, con la mayor frecuencia *cruza las manos,* como Jacob (Gn. 48:14), *conforme al beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia* (Ef. 1:5–6). Quizás los primeros discípulos llamados podían pensar que tendrían alguna ventaja sobre los demás, ciertamente, los escribas y fariseos lo pensaban, pero Jesús les asegura *que los publicanos y las rameras iban delante de ellos al reino de Dios* (21:31); en fin, los judíos, en general, pensaban ser los primeros, y aun los únicos (Hch. 11:18 ¡y eran judíos conversos!); pero Cristo asegura *que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera* (8:11–12). Aquí es donde el dicho de Cristo adquiere toda su relevancia, y Romanos 11:11–24 es el mejor comentario: Los *primeros*—los judíos, el pueblo escogido—, pasan a *última* fila (Ro. 11:25), mientras la masa de los gentiles—los últimos en llegar—, pasan a *primer* plano. Esto puede dar la clave para la explicación de 22:14.

CAPÍTULO 20

Si el capítulo anterior terminaba con la recompensa en el reino de los cielos, el capítulo presente trata del reconocimiento en el reino (vv. 1–16), el rango en el reino (vv. 17–28) y el poder del Rey (vv. 29–34).

Versículos 1–16

Esta parábola de los obreros de la viña tiene por objeto:

I. Presentar ante nosotros *el reino de los cielos* (v. 1). Las leyes de este reino no están envueltas en parábolas, sino expuestas con toda claridad, como en el Sermón del monte (caps. 5–7). Es el concepto del reino lo que necesita ser ilustrado más que los deberes del reino; por eso, las parábolas tenían por objeto ilustrar lo primero.

II. En particular, presentar ante nosotros una ilustración de lo que dijo al final del capítulo anterior, acerca del reino de los cielos: *Muchos primeros serán últimos; y últimos, primeros* (19:30). La parábola nos demuestra:

1. Que Dios no es deudor de nadie; una gran verdad; y que muchos que comienzan tarde, y no parecen prometer mucho en la piedad, llegan a veces, con la bendición de Dios, a mejores resultados en cuanto al conocimiento, la gracia y el servicio, que otros cuya entrada fue muy temprana y que parecían prometer mucho. Juan es más ágil de piernas y llega antes al sepulcro; pero Pedro tiene más arrojo y entra antes en el sepulcro (hay otra razón, que se comentará en Jn. 20:4–6). Así *muchos que son últimos serán primeros.* Esto debe servir de advertencia a los discípulos para que velen y mantengan vivo su celo; de lo contrario, sus buenos comienzos les servirán de poco; parecían *primeros,* pero serán *últimos.* A veces, personas que se han convertido siendo muy mayores aventajan a quienes se han convertido en su juventud. Nos muestra también que la recompensa será dada a los creyentes, no según el tiempo en que se hayan convertido, ni según la edad en que se convirtieron, sino según la medida de estatura o edad espiritual que hayan alcanzado en la plenitud de Cristo (Ef. 4:13). Los que sufran martirio en los últimos días tendrán el mismo galardón que los mártires de la primera era de la Iglesia, aunque éstos sean más célebres; y los ministros fieles de hoy, el mismo que nuestros primeros padres en la fe. Dos aspectos principales aparecen en la parábola: el *contrato* con los trabajadores, y el *ajuste de cuentas* con ellos.

(A) El contrato lo tenemos en los versículos 1–7; y, como siempre, hemos de preguntar quién los contrata: *Un hombre, padre de familia.* Dios es el gran Padre de familia; como tal, tiene trabajo por hacer, y criados que lo han de hacer. Dios *contrata obreros* por amabilidad hacia ellos, para salvarlos del ocio y de la miseria, y así les paga por trabajos para ellos mismos. ¿Dónde los contrata? En la *plaza del mercado,* donde, hasta que Dios los emplea en Su servicio, *están de pie desocupados* (v. 3) y *parados* (v. 6). El alma humana está presta para ser contratada al servicio de alguien, pues fue creada para trabajar, como todas las demás criaturas. Aunque el hombre fue creado para ser el vicegerente de Dios en la creación no es un ser autónomo, pues es un ser relativo, ya que tiene fuera de sí el principio y la meta de su existencia. Por tanto, ha de *servir* a un amo siempre: o al *pecado* para muerte, o a la *justicia* para vida (Ro. 6:15–23). El diablo, con sus tentaciones, alquila esclavos para su hacienda, a fin de que *apacienten cerdos* (Lc. 15:15). Dios, con su Evangelio, contrata siervos *para su viña,* para que la cultiven y la cuiden; es trabajo de «paraíso». Hemos de escoger entre esos dos trabajos. Hasta que somos empleados por Dios para su servicio, estamos *todo el día desocupados* (comp. 2 P. 1:8). *La llamada del Evangelio es proclamada a los que están en la plaza del mercado desocupados. La plaza del mercado* es lugar de concurrencia; es lugar de juego para los muchachos (11:16), de negocio, de ruido y de prisas. ¡Salgamos de ese lugar! ¿Para qué los contrata? Para trabajar en su viña. La viña de Dios es la Iglesia (Jn. 15:1 y ss.). Él la planta (15:13), la riega y le pone cerca o vallado, y todos somos llamados a colaborar con Él. Cada uno de nosotros tiene su *viña,* o parcela personal, *que cuidar* (Cnt. 1:6). Es de Dios, y tenemos que cultivarla y guardarla para Él. En este trabajo no debemos ser haraganes y negligentes, sino trabajadores diligentes. La obra de Dios no admite frivolidades. Para ir al Infierno, no es menester trabajar; se puede ir allá por medio de la ociosidad; pero el que desee ir al Cielo, tiene que trabajar. ¿Cuál será el jornal de los obreros? *En primer lugar, un denario* (v. 2). *Un denario era el jornal de un día para un obrero; es decir, el jornal suficiente para el mantenimiento diario* (de una jornada). *Esto no significa que la recompensa de Dios a nuestra obediencia sea por obras,* o como *deuda;* sino que hay un galardón puesto delante de nosotros, y que es suficiente. *En segundo lugar, lo que sea justo* (vv. 4–7). Dios nos asegura que no retraerá su mano a nadie por el servicio que cumplimos para Él; nadie pierde jamás nada por trabajar para Dios. ¿Para cuánto tiempo son contratados? Para *un día.* Un día es una porción bien determinada de nuestra vida: *Las gracias y las misericordias de Dios son nuevas cada mañana* (Lm. 3:22–23); *el pan de cada día,* nos mandó el Señor pedir (6:11), porque *cada día* tiene sus *propios* problemas y peculiares dificultades (6:34). E1 galardón es para toda la eternidad, pero el trabajo es para *un día,* y para cada día suministra Dios nuevo *vigor* (v. Is. 40:31). Esto debería estimularnos a ser diligentes en nuestro trabajo, pues es poco el tiempo seguro que se nos da para trabajar (comp. 2 Co. 6:1–2). Igualmente habría de animarnos con respecto a las dificultades del trabajo; las sombras se van alargando, se acerca *la sombra de muerte* (Sal. 23:4), *viene la noche, cuando nadie puede trabajar* (Jn. 9:4). Entonces será la hora del *descanso,* y la hora del galardón (Ap. 14:13). ¡Haya fe y paciencia, que esta vida se acaba pronto!

Los obreros son contratados en diferentes horas del día. Aunque esto tenga una aplicación acomodada a las diferentes edades de la vida de una persona, lo que el Señor quiere dar a entender aquí es que Dios es

soberano en sus dones y en asignar oportunidades a cada persona y, al mismo tiempo, que premiará la fidelidad en el servicio a Su causa, independientemente de la edad en que cada persona comience a trabajar para Él y de la duración de dicho servicio. Algunos son llamados a trabajar en la *madrugada* de su vida (o de la Iglesia, etc.); éstos deben ponerse a trabajar cuanto antes, para no desperdiciar tiempo de la jornada que tienen por delante. Otros son llamados en la flor y en la madurez de su vida: *a las nueve de la mañana, al mediodía o a las tres de la tarde.* El poder de la divina gracia se muestra en la conversión de algunos, cuando están en medio de los placeres de la vida o en todo el vigor de sus fuerzas, como le sucedió a Pablo. Dios tiene trabajo para todas las edades; no hay tiempo impropio para volverse a Dios. ¡Bástenos con el tiempo pasado al servicio del pecado! *Id también vosotros a mi viña* (v. 4). Dios no rechaza a nadie que quiera contratarse con Él para trabajar. Otros, en fin, son contratados *hacia la hora undécima* (v. 5), *a las cinco de la tarde,* cuando está próximo a ponerse el sol de la vida temporal, y sólo queda *una hora* para *las doce del día* (Jn. 11:9). Pero, «mientras hay vida, hay esperanza», como dice el proverbio. Hay esperanza *para los pecadores viejos,* pues también ellos pueden llegar a un verdadero arrepentimiento. Y también se espera *de los pecadores viejos,* no sólo que se conviertan, sino también que sean usados por el Señor para Su servicio, pues no hay nada demasiado difícil para la gracia omnipotente de Dios, aunque una persona sea muy vieja y haya contraído hábitos inveterados. Nicodemo puede aún *nacer de nuevo* aunque sea *viejo* (Jn. 3:3–5). Pero que ninguno piense que, por ser aún muy joven, puede demorar su conversión o su servicio al Señor hasta que sea viejo. Es cierto que algunos fueron llamados *a la hora undécima,* pero téngase en cuenta que eso fue *porque nadie les había contratado* (v. 7). Pero, cuando Dios llama insistentemente (2 Co. 5:20; 6:1–2), es una temeridad hacerse el desentendido y permanecer en el ocio o en el vicio.

(B) Luego viene el ajuste de cuentas con los obreros, el cual se llevó a cabo, como de costumbre, *al caer la tarde* (v. 8). La llegada de la noche es el tiempo de ajustar cuentas. Los obreros fieles recibirán su galardón al morir; hasta entonces, es necesario esperar pacientemente. Los ministros de Dios son llamados *a la viña* para hacer su trabajo; la muerte los llama *de la viña* para que reciban su recompensa; y quienes recibieron una llamada eficaz para ir a la viña, recibirán una llamada gozosa para salir de ella. No vienen a recoger su galardón sino cuando son llamados, debemos esperar a que Dios nos llame al descanso, y contar el tiempo con el reloj de nuestro Amo. El pago es el mismo para todos: *Recibieron cada uno un denario* (vv. 9–10). Aunque en el Cielo hay diversos grados de gloria, la felicidad es igualmente perfecta para todos; cada vaso estará lleno hasta rebosar, aunque no todos los vasos tendrán la misma capacidad. El dar el pago del jornal de un día entero a los que habían trabajado menos de la décima parte del día, está destinado a mostrar que Dios distribuye sus recompensas según su *gracia soberana,* y no como *deuda. Al no estar bajo la Ley, sino bajo la gracia,* unos servicios tan breves, llevados a cabo con sinceridad, no sólo serán aceptos, sino premiados ricamente por esta gracia libre y soberana.

2. La ofensa que recibieron por ello los que habían sido contratados de madrugada: *Murmuraban contra el padre de familia* (v. 11. Lit. *refunfuñaban o gruñían).* Esto no quiere dar a entender que, en el Cielo, exista descontento alguno de esta clase, sino que es aquí, en la Tierra, donde puede darse esta clase de descontento (¿Veía Cristo en Pedro algo de este espíritu mercenario? 19:27). No cabe duda de que este era el espíritu de los fariseos respecto de los pecadores y publicanos, como aparece al final de la parábola del Hijo Pródigo (Lc. 15:28–30); lo mismo puede decirse de los judíos, en general, con relación a los gentiles (Jon. 4:1; Hch. 11:13). Cuando este disgusto atañe a las cosas espirituales, implica tan mala disposición de ánimo, que resulta incompatible con un corazón verdaderamente regenerado. Estos obreros quejosos se querellaban, no de que les diese a ellos *menos* de lo que les pertenecía, sino de que hiciese a los demás *iguales* a ellos. Se jactan de sus buenos servicios: *Estos últimos han trabajado una sola hora y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado el peso del día y el calor abrasador* (v. 12). No sólo habían cobrado lo mismo al trabajar la undécima parte del tiempo, sino que habían trabajado durante lo fresco del día. Somos inclinados siempre a pensar que recibimos menos favores de la mano de Dios que los demás, y que hacemos más méritos para recibirlos que los demás. A los que hacen o sufren en el servicio de Dios más que los demás, les resulta difícil mantenerse en humildad y no tildar a los demás de cobardes, de carnales, de amigos de componendas y hasta de apóstatas. Del espíritu del «puritano» al del fariseo no hay más que un paso. ¡Gracias a Dios, muchos puritanos no dan ese paso!

3. Respuesta del amo. El padre de familia expone a los descontentos tres razones de su modo de proceder:

(A) *Amigo, no te hago injusticia* (v. 13). No había razón alguna para pensar que el amo hubiese faltado a la justicia con los que fueron contratados los primeros. Le llama *amigo* (lit. *compañero o camarada),* para enseñarnos a usar mansedumbre y buenos modales, incluso cuando tenemos que apelar a razones muy fuertes en nuestro trato con los demás. Es absolutamente verdadero que Dios no perjudica a nadie. En cualquier cosa que Dios nos haga o retire de nosotros, no nos daña. Si Dios da a otros alguna gracia que a nosotros no nos da, lo hace en su bondad soberana hacia otros, pero sin hacernos injusticia a nosotros. Y nosotros no deberíamos hallar nada malo en que Dios se muestre más generoso con alguien, cuando eso no significa ninguna injusticia hacia nosotros. Para convencer al quejoso de que no le hacía injusticia, apela al contrato que había concertado con él: *«¿No te concertaste conmigo en un denario?* Ya tienes lo pactado». Bueno es que consideremos con frecuencia en qué términos hemos entrado al servicio de Dios. Los mundanos parecen concertarse con Dios para que les pague en este mundo (6:1–6; 16–21). Han escogido su *porción en esta vida* (Sal. 17:14). Los creyentes se han concertado con Dios para una recompensa de *vida eterna, y* deben recordar que han dado su consentimiento a este contrato. Así, pues, el amo le dice al murmurador: *Toma lo que es tuyo y vete* (v. 14). Si lo aplicamos a lo que es *nuestro* por *donación,* por libre regalo de Dios, nos acostumbraremos a *contentarnos con lo que tenemos.* Si Dios se muestra, en algún aspecto, más generoso con otros que con nosotros, no podemos quejarnos, puesto que nos ha dado, y nos sigue dando, mucho más de lo que merecemos. Dios reafirma su libertad soberana y dice: *Pero quiero dar a este último como a ti.*

(B) Estaba disponiendo de lo que era *suyo.* Así como antes había afirmado su justicia, ahora afirma su soberanía: *¿No me es lícito hacer con lo mío lo que quiera?* (v. 15). Dios puede dar o retirar su favores, según le plazca. Lo que Dios tiene, es Suyo; y esto le justificará en todas las disposiciones de Su providencia. Cuando Dios nos quita algo que nos es muy querido, debemos acallar nuestro descontento con las frases del paciente Job: *Jehová me lo dio, y Jehová me lo quitó; sea bendito el nombre de Jehová* (Job 1:21). Estamos en sus manos, como el barro en las manos del alfarero, y no somos quiénes para contender con Él (Ro. 9:20).

(C) El murmurador no tenía razón de quejarse de que los últimos hubiesen recibido el mismo pago, al haber venido tan tarde, pues no habían venido antes por la sencilla razón de que no habían sido llamados antes. Si el amo les daba lo mismo que a él, habiéndoles llamado después que a él, la bondad del amo hacia los últimos no era un agravio hacia él, por tanto, no había razón para que tuviese envidia: ¿O *tienes tú envidia* (lit. ¿O *es maligno tu ojo?* Esta expresión indica celos u odio) *porque yo soy bueno?* Así que la envidia es un *ojo maligno.* El *ojo* es, con frecuencia, la puerta de entrada y la de salida de este pecado; por los ojos entra el desagrado al contemplar el bien de los demás, y por los ojos sale el deseo del mal de los demás, con la agravante de rebotar contra Dios: *Porque yo soy bueno.* Por eso, así como *Dios es Amor* (1 Jn. 4:8, 16), y al ser infinitamente bueno, hace el bien y se deleita en el bien, el envidioso siente odio, hace el mal y se deleita en el mal de otros, y viola directamente los dos mandamientos en que se resume la Ley; va contra el amor a Dios, a cuya voluntad debería someterse, y contra el amor al prójimo, en cuyo bien debería regocijarse. Como decía Bossuet, «es tan mala la envidia que vuelve el corazón del revés, al odiar el bien del prójimo y querer su mal» (comp. 1 Co. 13:4–6). Como ha escrito uno de nuestros clásicos, «amarilla pintan a la envidia, porque muerde pero no come». Esta frase es más profunda de lo que parece a primera vista, y no es una mera metáfora, pues el envidioso perturba su propia función *biliar;* es un *atrabiliario (atra bilis* = hiel negra); no es extraño que el vulgo hable de «hacer *mala sangre*».

4. Finalmente, tenemos la aplicación de la parábola, al repetir la frase que la ocasionó: Así, *los últimos serán los primeros; y los primeros, últimos* (v. 16. Comp. 19:30). Para obviar, y acallar, la jactancia de ellos, Cristo les dice que es posible que sean aventajados por los que habrán de sucederles en la profesión de la fe cristiana, al ser así inferiores a ellos en gracia, santidad y conocimiento. En los siglos XVI, XVIII y XIX, han existido, en la Iglesia avivamientos con los que muchas congregaciones disfrutaron de mayor salud espiritual que la mayoría de las congregaciones de la Iglesia primitiva ¿Podemos esperar algo parecido en estos últimos días? No hay señales de tal cosa, sino de grandes apostasías de la verdadera fe y de gran enfriamiento del amor. ¿No es precisamente esto lo que predijo el Maestro?

La segunda parte del versículo 16 será comentada en 22:14, que es su verdadero lugar.

Versículos 17–19

Esta es la tercera vez que Cristo anuncia a sus discípulos los padecimientos que se le aproximan. Observemos:

I. Lo privado de esta predicción: *Tomó a sus discípulos aparte en el camino* (v. 17). Reservaba los secretos para ellos, sus amigos. Era una dura declaración y, si alguien podía soportarla, serían ellos, especialmente los tres que habían presenciado su transfiguración. Era preciso que lo supieran, para que, al estar advertidos de antemano, no les tomase de sorpresa. No podía aún decirlo en público porque muchos de los que mostraban frialdad hacia Él podían encontrar en ello una piedra de tropiezo y volverle definitivamente la espalda; por otra parte, los que se mostraban fervientes hacia Él, podían ser llevados a levantarse en armas para defenderle, y ocasionar así *un alboroto en el pueblo* (26:5). Jesús no quería dar ocasión a cualquier cosa que tendiese a impedir sus sufrimientos.

II. La predicción misma (vv. 18–19).

1. No es sino una repetición de lo que había dicho una y otra vez (16:21; 17:22–23). Esto da a entender, no sólo que veía claramente la aflicción que tenía delante de sí, sino que su corazón y su mente estaban ocupados en estos padecimientos; no es que le llenaran de miedo, sino de deseo mal contenido y de ansiosa expectación (Lc. 12:50). Hablaba con frecuencia de sus futuros padecimientos, pero, al mismo tiempo, sabía que por ellos había de entrar en su gloria.

2. En esta ocasión da más detalles que en las anteriores. Había dicho que *debía padecer mucho, y ser muerto* (16:21); aquí añade que *le condenarán a muerte; y le entregarán a los gentiles para que le escarnezcan, le azoten, y le crucifiquen* (vv. 18–19). Les dice a manos de quiénes va a sufrir: *será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas,* como lo había dicho antes; pero aquí añade que éstos *le entregarán a los gentiles.* Tanto judíos como gentiles habían de poner en Él las manos (Hch. 2:23), había de sufrir por la salvación de ambos, y *mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo* (Ef. 2:16).

3. También, como lo había hecho anteriormente, añade aquí la mención de su resurrección gloriosa al tercer día (v. 19): *Y al tercer día resucitará.* Esto lo añade para su propio consuelo, así como para consolar a sus discípulos: *Por el gozo puesto delante de Él, soportó la cruz* (He. 12:2). Sabía que había de resucitar, y resucitar pronto, *al tercer día.* El galardón no sólo era seguro, sino cercano. Con esto, enseñaba también a sus discípulos (y a nosotros) a recibir consuelo y ánimo para arrostrar los sufrimientos del tiempo presente, con la mirada fija en *las cosas que no se ven, las eternas* (2 Co. 4:18), pues así podremos llamar ligeras y momentáneas a las aflicciones presentes (Ro. 8:18; 2 Co. 4:17; 1 P. 1:6–7; 4:13).

Versículos 20–28

Aquí tenemos la petición de Santiago y Juan al Salvador (vv. 20–23). Eran hijos de Zebedeo y de Salomé, la cual muchos suponen que era hermana de María, la madre de Jesús, lo cual explicaría que se atreviesen a pedir lugares de preeminencia. Lo chocante, e incomprensible, es que se atreviesen a pedirlo *entonces* (v. 20), cuando Cristo acababa de hablar de sus padecimientos. Juan era *el discípulo al que Jesús amaba; y* él, con su hermano Jacobo (también llamado *Santiago el Mayor*) y Pedro, eran los tres discípulos favoritos y de mayor intimidad con Jesús. Con todo, ninguno de los doce era tan frecuentemente reprendido como ellos. Cristo reprende a los que ama (Ap. 3:19).

I. Vemos primero la ambiciosa petición que hacen a Jesús (vv. 20–21). Marcos 10:35 y ss. refiere que ellos mismos hicieron la petición, mientras que Mateo dice que fue la madre quien se acercó a Jesús para hacer la petición. No hay en ello ninguna contradicción, pues es frecuente en la Biblia el caso de los que piden algo por medio de otros y, sin embargo, se dice que ellos mismos lo pidieron (v. 8:5 y ss.). Jesús lo entendió así y, por eso, respondió directamente a ellos, no a su madre (v. 22). Había en esto cierta dosis de fe, puesto que creían en el futuro reino de Jesús, pero también gran ignorancia, por no entender *los tiempos y sazones* (Hch. 1:6–7). No preguntaban por el *servicio* que podrían prestar en el reino mesiánico, sino sólo por el *honor*. Es muy probable que la última, consoladora, frase de Jesús, al anunciar su gloriosa resurrección, tras su ignominiosa muerte, les animase a ello (v. de nuevo Hch. 1:6–7). Así se aprovechaban abusivamente, para sus propios intereses egoístas, de lo que Cristo había dicho para darles

ánimo. Hay quienes no saben disfrutar de consuelos y bendiciones sin abusar de ellos, de la misma manera que los dulces producen bilis si caen en un estómago sucio. Había cierta sagacidad en esto de presentar la petición por medio de su madre, para que pareciese que era ella quien la presentaba, no ellos, pues aparte del probable parentesco, ciertamente era una de las mujeres que atendían a Jesús en lo material, pensarían que al ser así las cosas Jesús no podría negarle nada a ella, con lo que la madre les resultaba un buen abogado en dicha causa. Salomé mostró con esto la debilidad de su carácter al convertirse en instrumento de la ambición de sus hijos, porque las personas que son rectas y prudentes no se avienen a intervenir en causas de dudosa honestidad. En asuntos de importancia espiritual, es señal de sana sabiduría desear y requerir las oraciones de los hermanos que tienen frecuente comunión con el Señor ante el trono de la gracia; deberíamos pedir a estos hermanos y amigos que *luchen a nuestro lado con sus oraciones a Dios* (Ro. 15:30, literalmente), y tomar ese interés como un gran favor que nos hacen (comp. Éx. 17:12). Pero, en el caso presente, la ambición orgullosa jugaba el papel predominante; es este un pecado que continuamente *nos asedia* (He. 12:1), y del que nos cuesta muchísimo deshacernos. Hay una santa ambición en competir con otros en virtud y santidad, pero es mala la ambición de superar a otros en grandeza y dignidad.

II. Respuesta de Cristo a esta petición (vv. 22–23), dirigida, no a la madre, sino directamente a los hijos. Les reprocha su ignorancia y el error en que se basaba la petición: *No sabéis lo que pedís.* Estaban a oscuras con relación a lo que pretendían. Desconocían el camino de la cruz y hablaban como se expresaría un ciego acerca de los colores. Nuestras nociones acerca de la gloria que está aún por ser revelada, son como las nociones que tiene un niño pequeño acerca de las promociones que los adultos tienen en aprecio y consideración. Lo que será manifiesto un día, ni el ojo lo ha visto, ni el oído lo ha percibido (1 Co. 2:9). No saben lo que piden quienes aspiran al fin sin conocer los medios para llegar a él. Los discípulos pensaban que, después de haberlo dejado *todo* (¡tan poca cosa!) para seguir al Maestro (19:27), ya era hora de despedirse de fatigas y sufrimientos y preguntar: *¿Qué, pues, tendremos?* Se imaginaban que la guerra se había acabado, cuando apenas se habían alistado en el ejército y aprendido la primera lección de «teórica». No sabemos lo que pedimos, cuando pedimos la gloria de llevar la corona, en vez de pedir la gracia para llevar la cruz en el camino hacia la gloria. Veamos cómo echa Jesús por tierra la vanidad y la ambición que laten en la petición que le hacen:

1. Les lleva a considerar los sufrimientos inevitables que ellos estaban muy lejos de tener en cuenta como debían. Así les previene para que no queden sorprendidos ni aterrorizados cuando lleguen las horas difíciles. Obsérvese:

(A) De qué forma tan clara y, al mismo tiempo, tan suave y condescendiente, les expone la cosa: «*¿Podéis beber la copa que yo he de beber?* ¿Estáis prestos a llegar a ese extremo? ¿Habéis pensado seriamente en ello?» No se habían dado cuenta de que algo se echaba en falta en la mente de ellos para que se hinchase el corazón de tales ambiciones. Cristo ve en nuestro corazón el orgullo que nosotros mismos somos incapaces de discernir. Nótese que *beber la copa de Jesús* equivale a *ser bautizado con su bautismo* de sangre, en sus padecimientos; la inmersión en el sufrimiento nos da idea del extremo, total, quebrantamiento de Jesús (Sal. 22:14–17), así como el beber la copa era el agotar a grandes sorbos, y hasta las heces, la copa de maldición que Él bebió por nosotros (Sal. 73:10; Gá. 3:10). Hay quienes beben sólo unas gotas de esa copa, y reciben una aspersión de su bautismo; unos son inundados; otros, sólo mojados; en todo caso, *el consuelo abunda más* en nosotros; aunque sea una copa amarga, tiene fondo; y es una copa proveniente de la mano del Padre (Jn. 18:11). Podemos ser inundados, pero no ahogados, en la aflicción; *en apuros, pero no desesperados* (2 Co. 4:8). Pero ¡tengamos ánimo! Es *la misma* copa que Jesús apuró; es *el mismo* bautismo en que Jesús fue sumergido. Cristo fue por delante; y esto nos habla:

(a) De la humillación del Hijo de Dios que descendió a tal profundidad de obediencia al Padre por nuestro amor (Fil. 2:8), que bebió copa tan amarga cual jamás la ha habido; anegado en su propia sangre como nadie lo ha sido, pues derramó hasta la última gota, a fin de que su sacrificio fuese perfecto (Lv. 17:11; He. 9:22).

(b) Del consuelo para todo creyente que sufre, pues sólo sorbe unas pocas gotas de la copa de Cristo. Bueno es considerar con frecuencia si estamos dispuestos a beber de esa copa y participar en ese bautismo de sangre. Hemos de esperar sufrimientos, ¿estamos prestos a sufrir con gozo? ¿No vamos a desprendernos de algo por Cristo? Lo cierto es que, si nuestra profesión es de algún valor, ha de ser de inmenso valor, de forma que estemos dispuestos a arrostrarlo todo por ella; pero, si le damos poco valor,

no vale la pena sufrir nada por ella. Vamos, pues a sentarnos por un momento y calcular el costo del discipulado: morir por Cristo, antes que negar a Cristo; ¿estamos dispuestos a recibirlo en nuestro corazón bajo estas condiciones? ¡Ah, si cada creyente se hiciese, en serio, las precedentes reflexiones!

(B) Con qué prontitud aceptan ellos el compromiso: *Podemos.* Esto era una excesiva confianza en sí mismos, aunque quizá no fuese arrogancia. Es posible que se imaginasen que tal caso no se presentaría en realidad, sino que habrían de pelear alguna batalla para la conquista del reino, sin sangrar demasiado en la contienda. Así como *no sabían lo que pedían,* tampoco sabían *lo que respondían* (comp. 26:31). Quienes menos experiencia tienen de lo que es sufrir, suelen ser los más atrevidos y confiados en asegurar su coraje y valentía.

(C) Con qué seguridad les declara Jesús los sufrimientos que van a padecer: A *la verdad, mi copa beberéis* (v. 23). Los padecimientos previstos son más fáciles de soportar. Dice un proverbio latino: «Los dardos previstos hieren menos» (mucho depende del carácter de la persona). *Beberéis* equivale a *sufriréis.* Cristo quiere que sepamos lo *peor* que se avecina, para que saquemos el *mayor* provecho de nuestra peregrinación hacia el Cielo.

2. Les deja a oscuras en cuanto al puesto que han de ocupar en su *reino.* para ayudarles a que le siguieran gozosamente, era suficiente asegurarles que tendrían algún lugar en su reino. El lugar más bajo en el reino de Dios es recompensa sobreabundante de los mayores sufrimientos en el camino hacia el reino: *«El sentarse a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo* y, por eso, no es vuestro el pedirlo o el conocerlo, *sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre».* No se ha de dar a los que lo ambicionan, sino a los que con humildad lo recibirán.

III. A continuación se nos refiere la indignación de los otros diez, ante la petición de Juan y Santiago, así como la instrucción que Jesús dio a todos ellos respecto a la verdadera grandeza, que es la del servicio. Vemos:

1. El enojo de los otros diez discípulos: *Cuando los diez oyeron esto, se enojaron contra los dos hermanos* (v. 24); no porque estos deseasen simplemente una preferencia, sino porque deseaban *ser preferidos a los demás.* Hay muchos que parecen estar enojados por el pecado; pero no están enojados por el pecado mismo, sino porque el pecado ajeno les afecta a ellos. Estos discípulos se enojaban por la ambición de sus compañeros, no porque les pareciese mal la ambición, sino porque ellos mismos eran tambien ambiciosos. Es frecuente en la gente enojarse por los pecados ajenos, cuando ellos mismos caen también en los mismos pecados. Con razón ha dicho G. Thibon que «el que juzga a un semejante, está acusando al otro de la parte de criminal que él mismo lleva dentro». No hay cosa que más estragos produzca entre hermanos, y que sea causa de más enojo y discordia, que la ambición.

2. El reproche que Cristo les dio a todos. Ya antes había dicho que sólo el que se hiciese como niño podía entrar en el reino (18:3); y ahora caían en lo mismo de entonces (18:1). *Entonces Jesús, llamándoles, dijo* (v. 25). *Esta convocación está llena de paciencia y de ternura. En vez de ordenarles, enojado, que se marchasen de su presencia, les llama, amoroso, que vengan a su presencia.*

(A) *Les dice que no deben ser como los gobernantes de las naciones.* Los discípulos de Cristo no deben comportarse como los príncipes y líderes del mundo. Obsérvese cómo suelen gobernar los jefes de las naciones: *ejercen dominio y señorío sobre ellas;* se consideran grandes y poderosos y, por eso, piensan que pueden hacer con sus súbditos lo mejor que les parezca. No sólo los dictadores piensan así, sino la mayor parte de los que alardean de ser «demócratas». Pero, ¿qué desea Jesús de los suyos? *«Mas entre vosotros no será así* (v. 26). Vosotros tenéis que enseñar a los súbditos de este reino a no ser así, y lo habéis de enseñar con el ejemplo, al estar al servicio de ellos y sufrir con ellos, *no debéis ejercer señorío sobre los que están a vuestro cuidado* (1 P. 5:3), sino trabajar en la parcela que Dios os ha encomendado.» ¡Qué mal les sienta a los ministros de Dios la pompa y el señorío de los gobernantes de este mundo! Y, cosa curiosa los últimos y anacrónicos restos del señorío feudal quedan, en nuestros días, en ciertos ambientes que llevan el nombre de «eclesiásticos», incluida la genuflexión que el vasallo ofrecía al señor en señal de homenaje y pleitesía. ¿Cuál es la grandeza y la eminencia a la que ha de aspirar el discípulo de Cristo y, en especial, el ministro de Dios? *El que quiera hacerse grande entre vosotros, será vuestro servidor y el que quiera ser el primero* (el «primado») *entre vosotros será vuestro siervo* (lit. *esclavo)* (vv. 26–27). Es un deber de *todos* los discípulos de Cristo *servirse mutuamente* en amor (Gá. 5:13; ¡esa es la verdadera libertad!), para edificarse también mutuamente. *Servir* incluye dos conceptos conjuntos: *humildad* (sólo sirve el que se somete) y *utilidad* (sólo sirve para algo el que es

aprovechable para algo). Una *obediencia útil* es la mayor de las grandezas en el reino de Dios; esta es la dignidad a la que hemos de aspirar y la promoción que hemos de desear, y ser fieles cumplidores del ministerio que Cristo nos ha encomendado. Los más dignos de reconocimiento y respeto son los que, al negarse a sí mismos, emplean sus energías en ser útiles a los demás; éstos son los que de veras honran a Dios y éstos serán los honrados por Dios (Jn. 12:26). El necio debe entrar en cordura (Pr. 8:5) pero el buen servidor debe ser promovido a director (He. 13:17).

(B) Los discípulos han de parecerse al Maestro: *Como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos* (v. 28). Aquí el Señor Jesucristo se presenta a sí mismo como el mejor modelo de las dos virtudes recomendadas en el servicio: la humildad y la utilidad. En efecto:

(a) Jamás hubo un ejemplo de humildad y deferencia como el de Cristo, quien vino, *no a ser servido, sino a servir.* Fue asistido como pobre, pero nunca fue servido como gran señor. Leemos (Jn. 13:5) que lavó los pies a sus discípulos, pero en ninguna parte leemos que ellos se los lavasen a Él. Vino a prestar ayuda a todos los necesitados, remedio a todos los enfermos, respuesta a todas las preguntas, y no le importaron las fatigas y los sufrimientos que el servir a otros le proporcionaron. Escuchó las peticiones de los demás, y las respondió, pero jamás pidió algo para sí mismo, sólo en dos ocasiones pidió de beber: junto al pozo de Jacob, pero no para satisfacer su sed física, sino para satisfacer la sed espiritual ajena; en la cruz también, pero sólo para probar la amargura de unos sorbos de vinagre. En ambos casos, era la *sed de almas* la que le consumía. Como escribió Agustín, *«sitit sitiri»* = tiene Él sed de que tengamos sed de Él. O, como escribió P. Claudel, «todo Él era comestible», pues era enteramente *para los demás.* Los 7 grandes «Yo soy …» en Juan introducen un aspecto distinto (y distintivo de su divinidad) de su *utilidad* (única e inigualable) al servicio de la humanidad.

(b) Su utilidad fue tan singular, que su propia muerte, que en los mayores bienhechores humanos es una pérdida para la sociedad, en Él fue la suprema ganancia, pues *dio su vida en rescate por muchos.* Vivió como siervo, e hizo bien a todos; murió como víctima y sacerdote del único sacrificio con el que la humanidad fue rescatada de su condición perdida. Vino a este mundo con este objetivo específico de dar su vida en rescate salvífico (Comp. Lc. 19:10). ¡Un rey que muere para hacer reyes vivientes a sus súbditos! Si comparamos este vers. con 1 Timoteo 2:6, veremos que los *«muchos»* de Mateo 20:28 no expresan restricción alguna (simplemente indican: *«uno* por *muchos»*), sino que son los *«todos»* de 1 Timoteo 2:6, como consta por el contexto anterior de este; también vemos que la preposición *por* es, en Mateo, *anti* = en lugar de (sustitución), mientras que en 1 Timoteo es *hyper* = en favor de, pero la palabra *rescate* lleva en este el prefijo *antí,* con lo que el pensamiento, lejos de ser opuesto, es complementario. Fue un rescate *para todos,* aunque no todos se beneficien de él por preferir las tinieblas del calabozo a la luz de la libertad (Jn. 3:17–21). Fue, en otras palabras, un rescate suficiente para todos; eficaz, para algunos. Precisamente porque fue *para todos,* podemos asegurar a todo hombre o mujer que se debate en la duda o en la incredulidad: *«Jesús murió por ti».* ¿Y cómo podríamos proclamarlo con sinceridad a *todos,* si sólo hubiese muerto por *algunos?*

Ahora bien este aspecto comporta una buena razón por la que no hemos de ambicionar ninguna preferencia, puesto que la Cruz es nuestra bandera y la muerte de nuestro Salvador es nuestra vida. Y también es una buena razón para que en todo aspiremos a realizar el mayor bien posible. Cuanto más cercanos estemos a (y más beneficiados de) la humildad y la provechosa humillación de Cristo, tanto más y mejor dispuestos estaremos a imitarle.

Versículos 29–34

En esta porción, se nos habla de dos ciegos a quienes Cristo devolvió la vista. Veamos:

I. La forma en que se dirigieron a Jesús (vv. 29–30). Obsérvense:

1. Las circunstancias de este encuentro. Salía Jesús, con sus discípulos, de Jericó (v. 29). Esta ciudad, edificada bajo una maldición (Jos. 6:26; 1 Rey. 16:34), no fue obstáculo para que Cristo la dejase con una gran bendición. El hecho ocurrió ante la *gran multitud* que *le seguía* (vv. 29–31). Con ello hizo un gran bien a todos: a los ciegos y a los espectadores. La multitud que le seguía era heterogénea; unos le seguían por interés propio; otros, por interés en Él; unos, por curiosidad; pocos, por deseo de aprender de Él; sin embargo, Cristo obró su milagro, como siempre, en beneficio de todos. *Dos ciegos* le pidieron socorro, y

la oración conjunta es muy del agrado del Señor (18:19). Al ser compañeros en la aflicción, lo fueron también en la oración. Es muy conveniente que quienes trabajan en el mismo oficio, o sufren la misma dolencia (espiritual o corporal), se unan en la misma oración a Dios para alcanzar alivio a sus males, avivar mutuamente su fervor, y animar mutuamente su fe. No importa el número, pues en Cristo hay misericordia abundante para todos, como es también abundante para todos su poder. Estos ciegos *estaban sentados junto al camino.* Es una gran ventaja esperar junto al camino por el que pasa el Señor. Aunque eran ciegos, *oyeron que Jesús pasaba.* La vista y el oído son los dos sentidos más importantes para aprender. Oyeron que pasaba Cristo, pero deseaban también verle. Sin mas dilación ni protocolo, *gritaron.* ¡Hay que aprovechar las grandes oportunidades pues no se sabe si volverán! Así lo hicieron estos ciegos, y en ello obraron con prudencia, pues no vemos que Cristo volviese ya más a Jericó (v. 2 Co. 6:1–2). La aparente discrepancia de Lucas 18:35 *(«al acercarse* Jesús a Jericó»), se explica (es lo más probable) si se tiene en cuenta la distinta ubicación de la ciudad antigua y de la nueva, con lo que el milagro habría tenido lugar entre ambas. Mateo y Marcos, judíos, tienen así en cuenta la ciudad antigua, mientras que Lucas, gentil y helenista (Col. 4:11, 14), tiene más en cuenta la ciudad romana, la nueva. Otra aparente discrepancia (no exclusiva de este lugar) es que Lucas y Marcos mencionan *un solo ciego;* esto se explica, con la mayor probabilidad, por el hecho de que el uno gritaría más, o sería más conocido que el otro (Mr. lo cita por su nombre en 10:46).

2. El modo como se dirigen a Él: *¡Señor, Hijo de David, ten compasión de nosotros!* (v. 30). Lo repiten, aun después de la reprensión de la gente (v. 31). Cuatro cosas merecen nuestra atención y nos sirven de ejemplo en esa frase:

(A) Son un ejemplo de santa importunidad en la oración. Gritaron como quien tiene urgencia por alguna necesidad vital. Los deseos fríos no pueden esperar respuestas satisfactorias. Cuanto más les decían que se callasen *tanto más gritaban* (v. 31). El fervor del alma, como el embate de un torrente, cuanto más se le intenta reprimir, tanto más fuertemente presiona hasta desbordar los obstáculos. Luchar con Dios en la oración es el mejor modo de arrancarle las bendiciones más difíciles e importantes; porque la intensidad y duración de la lucha hace que la victoria sea más apreciada y agradecida. Como ha dicho bellamente G. Thibon, «Dios alarga, a veces, nuestras preguntas, porque quiere darles una respuesta eterna».

(B) Son un ejemplo de humildad en la oración: *¡Ten compasión de nosotros!* No especifican lo que desean, ni le prescriben lo que ha de hacer. A pesar de que eran, sin duda, pobres, no le piden oro ni plata, sino tan sólo *compasión.* Lo mismo hemos de hacer nosotros. Jesús no necesita más explicaciones. Le piden *compasión,* y les devuelve *la vista.* Le pide el ladrón en la cruz tan sólo un *recuerdo,* y Jesús le promete el *paraíso* (Lc. 23:42–43).

(C) Son un ejemplo de fe en la oración: *Señor, Hijo de David.* En el título que le dan, va implicada la apelación que le hacen; al confesar que Jesús es *Señor* muestran la fe en su poder; al llamarle *Hijo de David,* ven en Él al Mesías prometido del que tantas muestras de bondad estaban profetizadas (v. por ej. Is. 61:1 y ss.). Es de gran importancia que, al orar, presentemos al Padre los títulos de nuestro único y gran Mediador entre Dios y los hombres, e Intercesor ante el Padre a favor nuestro (1 Ti. 2:5; He. 7:25; 1 Jn. 2:1) y, sobre todo, como Él lo mandó, su *nombre* de Jesús («Dios salva»; Jn. 14:13–14; 15:16, 16:23–24, 26).

(D) Son un ejemplo de perseverancia en la oración, al continuar sin desmayo: *La gente les reprendió para que callasen* (v. 31). Si seguimos a Cristo en oración ferviente, hemos de esperar encontrarnos con obstáculos y dificultades que tienden a desalentar. Dios permite estas cosas para poner a prueba nuestra fe, paciencia y perseverancia. A estos pobres ciegos les reprendía la gente para que se callaran; no era una gente cualquiera, sino una *gente que seguía a Cristo.* ¡Y, sin embargo, se mostraba indiferente—y hasta hostil—ante la urgente necesidad ajena! ¡No permita el Señor que, bajo pretexto de atender a «las cosas de Dios», nos desentendamos de las necesidades y problemas de los hermanos o de nuestros semejantes! Estos ciegos no se desanimaron ante la oposición, sino que redoblaron la súplica: *Ellos gritaban más aún. Es necesario orar siempre, y no desmayar;* había inculcado anteriormente Jesús (Lc. 18:1).

II. La respuesta de Jesús a la petición de ellos. La gente les había reprendido, pero Cristo les animaba. ¡Triste sería nuestra situación, si Jesús no fuese más amable y compasivo que la gente! Él no permite que quienes le suplican con sinceridad y fervor, queden avergonzados y decepcionados.

1. *Deteniéndose Jesús, los llamó* (v. 32). Iba de camino hacia Jerusalén, pero se detuvo, sin embargo, para curar a estos ciegos. Cuando tenemos prisa por hacer algo o llegar a un lugar, nos molesta que nos entretengan con súplicas o preguntas; sin embargo, deberíamos detenernos, a veces, cuando hay oportunidad de hacer el bien. *Los llamó.* Cristo, no sólo nos manda orar, sino que nos invita gentilmente a ello, y extiende hacia nosotros su cetro de oro al alcance de nuestros dedos (Est. 5:2).

2. *Les dijo: ¿Qué queréis que os haga?* Como si dijese: «Aquí estoy a vuestra disposición; decidme lo que queréis y lo tendréis».

¿Qué más podía decirles? ¿No había dicho: *Pedid, y se os dará* (7:7)? Alguien podría decir: «¡Vaya una pregunta tan extraña! Cualquiera podía adivinar que lo que los ciegos querían era recobrar la vista». Cristo lo sabía, es cierto, pero quería oírlo de los labios de ellos mismos, y ver si le pedían limosna como harían a una persona cualquiera, o para ser curados, como lo pedirían al Mesías. Por otra parte, la oración no es para que Dios se entere, sino para que nosotros nos percatemos más y más de nuestra necesidad. El barquero, al clavar su arpón en la costa, no trae la costa al barco, sino que lleva el barco a la costa. De la misma manera, cuando oramos no atraemos hacia nosotros el favor divino, sino que nos llevamos a nosotros mismos hasta el favor de Dios.

Ellos respondieron inmediatamente: *Señor, que sean abiertos nuestros ojos* (v. 33). Esto nos muestra la sensibilidad del ser humano respecto a las necesidades y enfermedades del cuerpo, y el conocimiento que tenemos de ellas, así como la prontitud y el detalle con que podemos referirlas. ¡Si fuésemos tan sensibles a las necesidades y enfermedades de nuestra alma, de modo que pudiésemos suplicar con fervor y urgencia ser curados de ellas, especialmente de la ceguera espiritual! ¡Señor, que sean abiertos los ojos de nuestro corazón y de nuestra mente! (Ef. 1:18). Si nos diésemos cuenta de nuestra oscuridad, pronto acudiríamos a Jesús en busca de luz. ¿Cuántas veces estamos completamente ciegos para los defectos, faltas y pecados que los demás advierten claramente en nosotros? *¡Señor, que sean abiertos nuestros ojos!*

3. Jesús los curó (v. 34), y dio en ello una muestra de:

(A) Su compasión: *Movido a compasión.* El término griego como en otros lugares, indica que se le enterneció el corazón (lit *las entrañas).* La miseria es el pedestal de la misericordia. Así se mostró la misericordia de nuestro Dios, dando luz *a los que estaban sentados en tinieblas y en sombra de muerte* (Lc. 1:78–79).

(B) Su poder. Lo hizo con suma facilidad, con sólo *tocarles los ojos.* El efecto fue rápido e inmediato: En seguida recobraron la vista. Y, una vez que pudieron ver, *le siguieron.* Nadie puede seguir a Cristo a ciegas. Es su gracia la que, primeramente, abre los ojos de los ciegos, y de esta manera atrae hacia sí los corazones.

CAPÍTULO 21

En este capítulo se nos refiere ya la entrada de Jesús en Jerusalén el llamado Domingo de Ramos, para padecer y morir cinco días después. Allí purifica el Templo, maldice la higuera al día siguiente, responde a los principales sacerdotes y a los ancianos del pueblo poniéndoles en un brete, y finalmente, expone en dos parábolas la rebelión del pueblo al rechazar al Mesías y el castigo inminente que Dios les iba a enviar por este rechazo.

Versículos 1–11

Los cuatro evangelistas refieren este episodio de la entrada de Jesús, montado sobre un pollino, pero en forma triunfal, en Jerusalén. Esto ocurrió cinco días antes de su muerte. Había estado el día anterior en Betania, donde le habían ofrecido una cena, y María la hermana de Lázaro, le había ungido los pies (Jn. 12:3). Nuestro Señor viajaba mucho, y solía ir a pie desde Galilea a Jerusalén; *pasó haciendo el bien* a través de muchos caminos polvorientos y embarrados. ¡Qué mal les sienta a los cristianos el desordenado afán de gozar de comodidades y amasar una gran fortuna! Una vez en su vida viajó Jesús montado en triunfo, y fue precisamente cuando entró en Jerusalén para sufrir y morir.

I. La provisión que se hizo para esta solemnidad fue muy pobre y ordinaria.

1. La preparación fue súbita y extemporánea. Comoquiera que su corazón estaba puesto en la gloria de arriba, estaba muerto para las glorias de abajo. Y *vinieron a Betfagé* por el lado oriental del *monte de los Olivos.* Fue entonces cuando Jesús *envió dos discípulos* para que le trajeran un asno joven, *sobre el cual no se había sentado ningún hombre* (Mr. 11:2).

2. También fue pobre el medio de locomoción. Envió por un *asna atada y el pollino con ella.* Por Marcos y Lucas vemos que Jesús montó sobre el pollino, y el asna iría delante, con toda probabilidad, para que el asnillo caminase tranquilo y sosegado tras su madre (v. 2). Los asnos se usaban mucho en Palestina para cabalgar, mientras que los caballos estaban reservados a los nobles y guerreros. Jesús entró montado en un asno no sólo para mostrar su estado de humillación, sino porque venía en son de paz, no de guerra.

3. El asno que montaba no era de su propiedad, sino prestado. Todo lo que Jesús tuvo en este mundo fue de prestado, desde la cuna hasta la tumba. Al encargar a sus discípulos que los trajeran, les hizo la siguiente advertencia: Y si alguien os dice algo, decid: El Señor los necesita (v. 3). En esto de usar el asna y el pollino, tenemos:

(A) Un ejemplo del conocimiento de Cristo, ya que pudo declarar a sus discípulos con toda seguridad dónde encontrarían *el asna atada, y un pollino con ella.*

(B) Un ejemplo de su poder sobre la voluntad de los hombres. Cristo expresa su derecho a usar estos animales, al pedir que le sean traídos y, en caso de que los discípulos hallen alguna oposición, les predice y asegura que el dueño de los animales *los enviará.*

(C) Un ejemplo de su justicia y honestidad, al no usar los animales sin el consentimiento del dueño.

(D) Un ejemplo de la utilidad de cualquier cosa en manos del Señor. Nadie puede creerse inútil en el servicio de Dios, cuando Jesús *tuvo necesidad de un asno.*

II. La predicción que se cumplió en este episodio (vv. 4–5). En todo lo que hizo y padeció, Jesús tenía en cuenta el *que se cumpliera la Escritura.* La Escritura que aquí se cumplía era la profecía de Zacarías 9:9. Veamos en ella:

1. Cómo se anunciaba así esta llegada de Cristo: *Decid a la hija de Sion;* es decir, Jerusalén, conforme a frecuentes expresiones análogas. *He aquí que tu rey viene a ti.* Es un anuncio que se hace a los súbditos del reino para que reciban a su Rey como conviene.

2. Cómo se describe su llegada: *Apacible, y sentado sobre un asno.* El aire de paz y de mansedumbre con que Cristo entraba, lo cual se mostraba ya con toda claridad al ir montado sobre un pollino, daban a entender que el Rey no venía ahora a proclamar *el día de la venganza de Jehová,* sino *el año de la buena voluntad de Jehová* (Is. 61:2), lo cual contrasta con Apocalipsis 19:11, donde Jesús viene *montado en un caballo* (en son de guerra) *blanco* (símbolo de victoria). El asno es un animal de servicio y de carga, y Jesús *vino a servir* (20:28) y *a cargar con nuestras dolencias* (8:17). El asno es animal lento de movimientos y Jesús quería entrar despacio, no para recibir más aplauso, sino para atender al más pobre, débil y tímido de sus súbditos; a nadie quiere atropellar ni fatigar. Con esto muestra que su *yugo es cómodo, y ligera su carga* (11:30).

III. La procesión misma. Y observemos lo que se nos dice aquí acerca:

1. Del equipaje (vv. 6–7). *Los discípulos fueron, e hicieron tal como Jesús les mandó.* Los mandatos de Cristo no pueden ser discutidos, sino obedecidos; y quienes los obedecen no quedarán frustrados ni avergonzados por ello. Y *trajeron el asna y el pollino.* No tenían más que una sencilla albarda para el pollino, pero los discípulos *pusieron sus mantos encima* para hacer mas cómoda la montura. No es preciso ser meticuloso ni afectado en nuestra observancia exterior, la sinceridad y el afecto son preferibles al formalismo y a la ostentación. Los discípulos equiparon a Jesús con lo mejor que tenían, y no les importó que sus mantos se arrugaran o estropearan, cuando el Señor los *necesitaba.* No hemos de pensar que los mantos sobre nuestros hombros son demasiado valiosos para nosotros, cuando pueden ser útiles para el servicio de Cristo, en favor de los hermanos miembros de su Cuerpo que son tan pobres que no tienen con qué cubrirse. Cristo fue desnudado por nosotros.

2. Del séquito (vv. 8–9). No hubo en Él nada de pomposo o suntuoso. No salieron a recibirle las «autoridades» o, como se dice, «las fuerzas vivas» del país, sino *la multitud, que era muy numerosa;* el

pueblo sencillo, el *vulgo,* como despectivamente se llama a la gente común e iletrada, fue el que acogió con entusiasmo a Jesús y apreció la solemnidad de su entrada triunfal, y sólo a Él tributó tal homenaje. Cristo recibe mayor honor de la multitud que de la magnitud de sus seguidores, porque Él estima el valor de las personas por el de sus almas, no por el de sus cargos o títulos honoríficos. Respecto de esta multitud, se nos dice aquí:

(A) Lo que hicieron: *Extendieron sus mantos en el camino;* procuraron honrar a Cristo de la mejor manera que podían, al alfombrar con sus mantos el camino. Cuando Jehú fue proclamado rey, los príncipes del ejército de Israel pusieron sus mantos debajo de él (2 R. 9:13) en señal de homenaje y pleitesía. Los que aceptan a Cristo por Rey y Señor de sus vidas, tienen que colocarlo todo bajo los pies de Él. ¿Cómo expresaremos mejor el respeto, el honor y la sumisión que le debemos? *Otros cortaban ramas de los árboles y las extendían en el camino,* como solían hacer en la Fiesta de los Tabernáculos, en señal de gozo, libertad y victoria.

(B) Lo que decían: Y *la gente, la que iba delante y la que iba detrás, gritaba y decía: ¡Hosanná al Hijo de David, etc.!* Cuando llevaban ramas en la Fiesta de los Tabernáculos, tenían que gritar: *Hosanná,* y de ahí que llamasen *hosannas* a los manojos de estas ramas. La palabra hebrea *hosanná* significa *salva ahora* (Sal. 118:25). Estos *hosannas* con que la gente aclamaba a Cristo nos hablan de dos cosas: (a) La acogida del reino mesiánico: *Bendito el que viene en el nombre de Jehová* (Sal. 118:26). Bien podemos todos llamarle *bienaventurado y bendito,* pues Él es la fuente de bendición para todos. Bien podemos también seguirle con nuestras bendiciones a Él que nos sale al encuentro con las suyas. (b) Al desear que su reino fuese victorioso y salvífico, las gentes lo expresan con el *hosanná = salva ahora;* es un deseo lleno de fervor, urgencia y confianza. Si hubiesen entendido *los tiempos y sazones* de este reino, no habrían cometido el error de esperar ahora su triunfo politicomilitar y gritar, muchos de ellos, cinco días después: *¡Crucifícale, crucifícale!* Sin embargo, en cuanto al momento presente, su buena voluntad fue aceptada por Jesús. Es nuestro deber expresar con fervor que *venga su reino y se haga su voluntad.* Entra ya en el reino todo el que hace la voluntad del Rey, pero el reino entrará de lleno en la tierra cuando el Rey imponga Su voluntad *con cetro de hierro* (Sal. 2:9; Ap. 19:15). La gente le aclama como *Hijo de David,* título mesiánico, íntimamente asociado con *el reino de Israel* (Lc. 1:32–33). De ahí que Jesús sea llamado, sólo y siempre, *rey de Israel,* no de la Iglesia de la cual es *Esposo y Cabeza,* lo cual, lejos de disminuir el honor de la Iglesia, lo acrecienta. *¡Hosanná en las alturas!* significa, como en Lucas 2:14, la salvación y bendición que desciende del Dios del cielo (comp. Stg. 1:17) en favor de su pueblo.

3. De la conmoción que su llegada causó en Jerusalén (vv. 10–11). *Toda la ciudad se conmovió* (v. 10). Su llegada no pasó desapercibida para nadie, aunque fuese acogida de muy distinta manera por cada grupo; por unos, con alegría y admiración; por otros, con envidia e indignación. ¡De qué diversas maneras reaccionan los corazones humanos ante la inminente llegada de Jesús! Acerca de esta conmoción, se nos dice explícitamente:

(A) Lo que los ciudadanos de Jerusalén decían: *¿Quién es éste?* (v. 10). Al parecer, estaban en completa ignorancia acerca de Cristo o, quizás, inquirían simplemente acerca de la persona a quien las gentes del séquito aclamaban. Es triste que, en lugares donde la luz más brilla y más alto se profesa el nombre de Cristo, haya tanta ignorancia acerca de su persona.

(B) Lo que la gente del séquito les contestaba: *Éste es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea* (v. 11). Recordemos lo dicho sobre 2:23 y 4:12. Tenían toda la razón al aclamarlo como *el Gran Profeta* que había de venir, después de más de 400 años, desde Malaquías hasta Juan el Bautista, en que Israel había carecido de verdaderos profetas de Dios. Pero estaban equivocados en cuanto a la procedencia de Jesús (v. Jn. 7:41–52), y esta equivocación fue un prejuicio tremendo para los judíos de Jerusalén. Hay quienes desean dar honor a Cristo, dar testimonio de Él, y trabajar en su servicio, pero cometen el grave error de atribuir a Cristo la ciudadanía de ellos mismos, lo que, en cierto modo, equivale a inscribirle en «su partido político». El error es más grave todavía a escala nacional, cuando se atribuye a un país o a un soberano el título de *cristianísimo, catolicísimo o defensor de la fe* (¿quién ha donado estos títulos? ¡Ironías de la historia!)

Versículos 12–17

Por ahora, Jesús impone su autoridad en el Templo de Dios. ¿Qué hizo allí?

I. *Echó de allí a todos los que vendían y compraban,* etc. (vv. 12–13). Antes de establecer la rectitud e imponer la ley, es preciso corregir los abusos. Por eso, vemos que lo primero que hace Jesús es purificar el Templo. Esto ya lo había hecho en otra ocasión (Jn. 2:14–15). En esta ocasión, observemos:

1. Lo que hizo: Arrojar del Templo a los traficantes (v. 12). Aunque se les eche del Templo, vuelven a anidar y traficar allí, venden, compran y cambian moneda. Hay cosas que, al ser legítimas en su tiempo y lugar, se tornan pecaminosas y sacrílegas fuera de tiempo y lugar. Vendían ganado para los sacrificios, no en el santuario mismo *(naós),* sino en los atrios *(hierón),* por conveniencia de aquellos que preferían llevar dinero a llevar ganado, pues esto último resultaba más incómodo, Y cambiaban moneda para los que necesitaban ofrecer la pieza precisa o medio *shekel*. Grandes corrupciones y abusos han entrado en las iglesias por medio de quienes *suponen que la piedad es una fuente de ganancia* (1 Ti. 6:5). Echó a los traficantes quizá con solo su voz de mando, como antes los había echado con *un azote de cuerdas* (Jn. 2:15), lo cual sería ahora una muestra milagrosa de su regio poder sobre la mente y la voluntad de los seres humanos. *Volcó las mesas de los cambistas;* no se llevó el dinero, sino que lo arrojó al suelo, que es su propio lugar.

2. Lo que dijo para justificar su acción, y convencerles a ellos (v. 13). *Escrito está.* La apelación a la Escritura es contundente, y a ella hemos de acudir como norma de nuestra conducta y base de nuestras controversias.

(A) Al citar la Escritura muestra lo que el Templo debía ser según el objeto para el que había sido construido: *Mi casa será llamada casa de oración* (Is. 56:7). Todas las instituciones ceremoniales estaban establecidas con fines espirituales, la casa de los sacrificios era, ante todo, casa de oración, ya que esto era lo sustancial; de ahí que el altar de los perfumes fuese de oro y estuviese cerca del velo tras el que se hallaba el Lugar Santísimo.

(B) Les muestra cómo abusaban del Templo al convertirlo en algo perverso: *Mas vosotros la estáis haciendo cueva de ladrones.* Los mercados son a veces eso: cuevas de ladrones, por las muchas corrupciones que se practican en el comprar y vender, pero en el Templo son doblemente cuevas de ladrones, puesto que le roban a Dios el honor que le pertenece, lo cual es el peor de los robos.

II. Allí también, *en el Templo, sanó a los ciegos y cojos que se acercaron a Él* (v. 14). Después de arrojar del Templo a los que vendían y compraban, invitó a los ciegos y cojos a estar allí. Bueno es llegarse al Templo cuando está Jesús allí, el cual así como se muestra celoso por el honor del Templo al arrojar de allí a los que lo están profanando, así también se muestra compasivo y generoso con los que humildemente le buscan. Los ciegos y los cojos eran excluidos del palacio de David, pero eran admitidos en la casa de Dios. El Templo quedaba profanado cuando era convertido en mercado, pero era honrado cuando era convertido en hospital, pues hacer el bien es lo que mejor le sienta a la casa de Dios. Las curaciones que Cristo llevaba a cabo eran la mejor respuesta a la pregunta de los habitantes de Jerusalén: *¿Quién es éste?* Sus obras testificaban de Él mejor que los *hosannas* de la plebe.

III. Y en aquel mismo lugar silenció la indignación de los principales sacerdotes y de los escribas ante las aclamaciones que se le tributaban (vv. 15–16). Quienes debían haberse adelantado a ofrecer sus respetos a Jesús, eran sus mayores y peores enemigos. Estaban muy molestos por las maravillas que Cristo estaba obrando. Si no les hubiesen cegado sus prejuicios, no habrían tenido obstáculo alguno para reconocerle como Mesías; y si hubiesen poseído un corazón recto y limpio, habrían estimado la misericordia con que actuaba; pero como estaban resueltos a oponerse a Él, le tenían envidia y odio por esas mismas cosas. Así que abiertamente se querellaron ante Él de los gritos de los muchachos, como si le tributasen un honor que no le era debido. Los orgullosos no toleran que se honre a nadie, sino a ellos mismos y se sienten incómodos al escuchar las alabanzas que se profieren en honor de quienes realmente se las merecen. Cuando Cristo es más glorificado, sus enemigos se sienten más ofendidos. Aquí le tenemos a Él, que sale en defensa de los muchachos contra los sacerdotes y los escribas (v. 16).

1. Los muchachos estaban en el Templo. Cosa buena es traer a los niños y a los jóvenes a la casa de oración, *porque de los tales* (o de los que son como ellos) *es el reino de los cielos.* Si a los niños se les enseña la forma de la piedad, les ayudará a experimentar algún día la eficacia de la piedad. Cristo siente una especial ternura por los pequeños corderos de su rebaño.

2. Allí gritaban: *¡Hosanná al Hijo de David!* (v. 15), esto lo aprendieron de los mayores. Los niños hacen y dicen lo que oyen a otros y lo que les ven hacer, ya que la vía de la imitación es la más fácil de aprender porque no necesita traducción; al oír algo cada uno lo traduce a su propio «diccionario» (por eso, cada uno entiende de distinta manera lo que se oye o se lee), pero el gesto entra directamente en la persona y provoca su imitación; de ahí, la importancia de dar buen ejemplo a los niños y de evitarles los malos ejemplos. De los mayores aprenden los niños a jurar y blasfemar, lo mismo que a orar y alabar al Señor.

3. Nuestro Señor Jesucristo, no sólo lo permitió, sino que le agradó y citó una Escritura que en ello se cumplía (especialmente, en la versión de los LXX): *De la boca de los pequeños y de los niños de pecho, te preparaste perfecta alabanza* (Sal. 8:2). En vez de sentirse avergonzado del servicio que le prestan estos niños, Cristo toma buena nota de ello (y a los niños les agrada que se les preste atención) y se complace en ellos. La alabanza queda perfeccionada en la boca de los niños, no sólo porque los niños suelen ser más sinceros que los mayores en esto, sino porque sin la alabanza de los niños, la alabanza que los seres humanos tributan a Dios, quedaría imperfecta y defectuosa; esto debe servir para animar a los niños a practicarla, y para animar a los mayores a enseñarles, con el ejemplo y con la palabra, a hacerlo. La cita del Salmo 8:2 dice en el hebreo: *Por boca de los niños y de los que maman afirmas tu fortaleza frente a tus adversarios.* Dios es especialmente honrado y glorificado cuando se hacen grandes cosas por medio de instrumentos débiles e ineptos, porque Su *poder se perfecciona en la debilidad* (2 Co. 12:9). Después de hacer callar a sacerdotes y escribas Cristo *los dejó* (v. 17). Si no nos agradan las alabanzas a Cristo, le estamos alejando de nosotros. *Los dejó y salió fuera de la ciudad, a Betania,* que era un lugar más tranquilo y retirado, no tanto para *descansar* sin molestias como para orar sin estorbos.

Versículos 18–22

I. *De madrugada, cuando volvía a la ciudad, tuvo hambre* (v. 18). Mateo da la impresión de que Jesús hizo lo que aquí se nos narra *al día siguiente,* pero Marcos 11:12–14; 19–25 precisa mejor la cronología. Recordemos que el Evangelio de Mateo no sigue cronológicamente todos los incidentes, sino que suele agruparlos temáticamente. Como hombre igual a nosotros, excepto en el pecado, *tuvo hambre,* pues estaba sometido a las debilidades de nuestra naturaleza. Además era pobre, y no tenía a mano la provisión necesaria, ni el dinero para proporcionársela.

II. Pero Cristo tomó ocasión del hambre que padecía, para obrar el milagro que se nos refiere a continuación, con el cual nos daba un ejemplo de su poder y, en lo que la higuera significaba, de su justicia también.

1. Véase su justicia (v. 19). Se fue hacia la higuera, y esperaba hallar en ella fruto, puesto que tenía hojas, y consta por los expertos que, a principios de abril, había especies en Palestina que dan higos juntamente con las hojas. Al no encontrar el fruto deseado, Cristo la sentenció a perpetua esterilidad. Todos los milagros que Cristo había llevado a cabo hasta entonces para bien de los hombres, demostraban el poder de su gracia y de su bendición. Ahora, al fin, daba un ejemplo del poder de su ira y de su maldición; pero eso no lo hizo a ningún ser humano, sino a un árbol inanimado que servía de símbolo del pueblo judío, especialmente de los hipócritas, pues el árbol con sus hojas ya salidas, daba impresión de llevar también fruto pero no lo llevaba. Con esto nos enseñaba Jesús:

(A) Que es de esperar que los que llevan hojas, lleven también fruto, pues Cristo busca eficacia de piedad donde existe la forma de ella.

(B) Que la justa expectación de Cristo en relación a iglesias o profesantes «florecientes», se ve muchas veces frustrada y decepcionada. Hay muchos *que tienen nombre de que viven, y están muertos* (Ap. 3:1); junto a una ortodoxia «impecable», una ausencia absoluta de amor a Cristo y a los hermanos.

(C) El pecado de esterilidad es justamente castigado con la maldición y plaga de esterilidad: *Nunca jamás nazca de ti fruto* (v. 19). Así como la primera bendición (y mandato) de Dios al hombre fue: *Fructificad y multiplicaos* (Gn. 1:28), así también la maldición más triste es la de la esterilidad. Y como la Ley era estéril de por sí para que el hombre diese fruto (Ro. 3:20), por eso, la última palabra del Antiguo Testamento es *maldición* (o *maldición completa;* Mal. 4:6), mientras que el Nuevo termina con una bendición (Ap. 22:21).

(D) Una profesión hipócrita de la fe cristiana suele marchitarse pronto en este mundo; la higuera que no da fruto a su tiempo, pronto pierde también sus hojas. Los hipócritas pueden aparecer como fieles *por algún tiempo* (Lc. 8:13. También podría traducirse: *conforme a la sazón:* es decir, por oportunismo), pero, con el tiempo *(«en el tiempo de la prueba»),* pronto se marchita su profesión, así como sus aparentes dones y gracias, y a todos queda manifiesta su falsedad. Este era precisamente el estado en que se encontraba entonces la nación de los judíos: no daban el fruto que de ellos se esperaba, y así decepcionaron a Jesús. *Los suyos no le recibieron* (Jn. 1:11). Vino a ellos, vivió entre ellos, obró milagros e hizo el bien, y esperó una respuesta satisfactoria del común de la gente, y especialmente de los líderes; pero su expectación quedó frustrada, pues sólo halló las hojas de su formalismo sin espíritu. Por ello, quedaron sentenciados a la esterilidad, excepto los particulares que creyeron en Jesús. Fueron de mal en peor; la ceguera y el endurecimiento les sobrevinieron rápidamente: *Y al instante se secó la higuera* (v. 19), especialmente cuando, al haber rechazado el agua viva de la gracia (Jn. 7:37–39), pidieron que cayese sobre ellos y sus hijos la sangre de Jesús (27:25).

2. Véase su poder: *Al ver esto los discípulos, decían asombrados: Cómo es que se secó en seguida la higuera?* (v. 20). Se admiraron del efecto de la maldición de Jesús, al ver con asombro la rapidez con que se había secado la higuera. De este hecho, tomó Cristo ocasión para hablarles del poder de la fe (vv. 21–22). Veamos cómo se describen:

(A) La naturaleza de esta fe poderosa: *Si tenéis fe, y no dudáis* (v. 21; comp. Stg. 1:6). El dudar de la promesa y del poder de Dios es el gran estorbo que echa a perder la eficacia y el éxito de la fe. Toda persona sincera y poderosa se siente ofendida cuando se duda de su palabra o de su poder para auxiliar a un necesitado que pide ayuda. Tan ciertos como son el poder y la promesa de Dios, ha de ser la fe del que pide.

(B) La eficacia y la extensión de este poder de la fe: *No sólo haréis esto de la higuera, sino que si decís a este monte: Quítate de ahí y échate en el mar, será hecho* (v. 21. Véase también lo dicho sobre 17:20). Esto es una expresión proverbial, que da a entender que para Dios no hay nada imposible, y así hemos de creerlo; por tanto, lo que Él ha prometido, ciertamente se llevará a cabo, aunque a nosotros nos parezca imposible.

(C) Los modos y medios de ejercitar esta fe: Y *todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis* (v. 22). La fe es como el alma; la oración, el cuerpo; juntos, hacen un ser completo para cualquier servicio. La fe, si es sincera, estimulará la oración; y la oración no será sincera si no brota de la fe. La condición, pues, para recibir es *orar creyendo;* así no serán negadas las peticiones de la oración, ni quedarán frustradas las expectaciones de la fe. No hay más que pedir, y ya lo tienes; no hay más que creer, y ya lo recibes, ¿qué más quieres?

(D) Obsérvese la extensión de la promesa: *Todo lo que pidáis. Todo,* en general; *lo que,* descendiendo a lo particular. Tal es la necedad de nuestra falta de fe, que, aun cuando creemos en general las promesas de Dios, parece que no les prestamos entera confianza cuando llega el caso particular. Es como si una voz nos susurrara al oído: ¡Eso no tiene aplicación a tu caso! ¡Hoy no hace Dios tales milagros! No es extraño que Cristo vuelva a enseñar esta verdad (v. 17:20), precisamente por la importancia que tiene. Arquímedes dijo en cierta ocasión: «Dadme un punto de apoyo y removeré el orbe de la tierra». Nosotros tenemos lo que nadie pudo dar a Arquímedes: *el punto de apoyo de una oración con fe,* a la que nada se resiste (v. el comentario a Éx. 32:11–14).

Versículos 23–27

Nuestro Señor Jesucristo (como después Pablo) predicó su Evangelio frente a mucha *contención* (comp. 1 Co. 11:16; Fil. 1:16); ahora justamente antes de morir, lo vemos enzarzado en controversia. Los grandes contenciosos contra Él eran *los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo;* es decir, los jefes de los respectivos tribunales judíos: los sacerdotes principales presidían en la corte religiosa, y los ancianos del pueblo en la civil. Éstos se unían en su ataque a Cristo, esperando sorprenderle en algo que le hiciese reo ante uno de los dos (o ambos) tribunales. Aquí les tenemos interrumpiéndole *mientras enseñaba* (v. 23). Ni querían recibir instrucción de ellos, ni dejar que otros la recibieran.

I. Tan pronto como llegó a Jerusalén, fue Jesús al Templo aunque ya le habían afrentado el día anterior allí; se ponía así de nuevo en medio de sus enemigos, metiéndose, por decirlo así, en la misma boca del peligro.

II. Estaba enseñando allí. Había dicho que el Templo es *casa de oración* (v. 13), y aquí le tenemos predicando. Orar y predicar deben ir juntos y ninguno de los dos debe usurpar el tiempo del otro. Para tener comunión íntima con el Señor, no sólo hemos de hablarle en oración, sino que también, y antes, hemos de escucharle en su Palabra, para ver lo que nos dice y lo que hemos de decir de Él a otros. En especial, los ministros del Señor han de *dedicarse asiduamente a la oración y al ministerio de la palabra* (Hch. 6:4).

III. Cuando Cristo estaba enseñando al pueblo vinieron los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo a pedirle que mostrase sus credenciales o autorización para ello. Con todo, del mal supo el Señor sacar bien, pues le dio ocasión de rechazar las objeciones que tenían contra Él; y cuando sus adversarios creyeron tener el poder suficiente para hacerle callar, fue Él quien con su sabiduría les hizo callar a ellos. Veamos:

1. Cómo le asaltaron con una insolente demanda: *¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Y quién te dio esta autoridad?* (v. 23). Preguntan primero *con qué clase de autoridad* (lit.) hacía aquello, y después quién le había dado esa autoridad. Como dice Broadus: «Primero indagan la índole de la autoridad, y después preguntan su fuente». Si hubiesen tenido en cuenta sus milagros, y el poder que demostraba en ellos, no habrían tenido necesidad de hacer estas preguntas. Quienes toman sobre sí la tarea de ejercer alguna autoridad, es preciso que se formulen a sí mismos esta pregunta: «¿Quién me ha dado a mí esta autoridad?» Quienes corren antes de darles la señal, en vano se esfuerzan en llegar a la meta, pues correr antes de tener la garantía equivale a verse privados de las bendiciones que comporta. Cristo había demostrado de forma convincente que era un *maestro enviado de Dios* (Jn. 3:2); sin embargo ahora cuando este punto estaba tan plenamente garantizado y clarificado, le vienen con esta pregunta: (A) Para hacer ostentación de la autoridad que tenían. Por eso le dicen: *¿Quién te dio esta autoridad?* Con ello insinúan que no podía tener ninguna autoridad, porque no la había recibido de ellos. Es corriente entre los que más abusan de su poder, ser los más estrictos e insistentes en afirmarlo, y hacer ostentación de placer y regodeo en el ejercicio continuo de dicho poder, por muy aparente que sea este. (B) Para enzarzarle y tenderle una trampa: Si rehusaba contestar a estas preguntas podían decirle al pueblo que su silencio era la tácita confesión de usurpar un poder que no le competía; si decía que su autoridad venía de Dios, volverían a pedirle que les hiciera *una señal del Cielo,* o le acusarían de blasfemo por tomar en vano el nombre de Dios.

2. Cómo les respondió el Salvador, haciéndoles, a su vez, otra pregunta, con la que podía ayudarles a que ellos mismos contestaran a la suya propia: Yo *también os haré una pregunta* (v. 24). Al declinar darles una respuesta directa, Jesús se evadía de la trampa y los metía a ellos en su misma trampa: *El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo, o de los hombres?* (v. 25). Una de las dos cosas tenía que ser. Esta pregunta no era una mera evasiva; pues si se la contestaban, Él contestaría la de ellos. Si decían, contra su propia conciencia: *De los hombres,* era fácil replicarles: *Bien, Juan no hizo ningún milagro* (Jn. 10:41) pero Cristo ha hecho muchos. Si decían, como era verdad: *Del cielo,* entonces se les podía recriminar por no haber escuchado al Bautista, pues éste había dado testimonio de Jesús. Si rehusaban dar respuesta, Cristo quedaba libre de darles explicaciones acerca de la autoridad con que hacía todas aquellas cosas, puesto que preguntaban llevados por el odio y la envidia, y llegaban al extremo de la obstinación en el prejuicio contra la evidencia más clara.

3. Cómo quedaron silenciados y confundidos con estas palabras de Jesús.

(A) *Ellos entonces discutían entre sí;* no para hallar la solución, sino para ver de salirse con la suya, y dejar en mal lugar a Cristo, y defender sus propios intereses: su prestigio ante el pueblo y su seguridad.

(a) Su prestigio, que correría peligro si reconocían que el bautismo de Juan era *del Cielo,* ordenado por Dios; porque entonces Cristo podía echarles en cara delante de la gente: *¿Por qué, pues, no le creísteis?*

(b) Su seguridad, pues, si decían que el bautismo de Juan era *de los hombres,* cosa de propia iniciativa, sin llamamiento divino, *temían al pueblo*—como ellos mismos dicen—, *porque todos tienen a Juan por profeta* (v. 26). Por aquí se ve: *Primero:* Que el pueblo abrigaba, acerca de Juan, sentimientos

que los líderes no compartían. Este pueblo, del cual los líderes habían dicho *que no conocía la ley y que eran unos malditos* (Jn. 7:49), parece ser que había recibido todas, o algunas, bendiciones del Evangelio. *Segundo:* Que los principales sacerdotes y los ancianos temían al pueblo, lo cual era una prueba de que no obraban como debían. Si hubiesen conservado su integridad y cumplido con su deber, habrían conservado su autoridad y no tendrían por qué temer al pueblo. *Tercero:* Que es corriente, especialmente, en el común de la gente, ser celosos por el honor de lo que consideran sagrado y divino. De ahí que las más aceradas discusiones han sido siempre acerca de las cosas santas. Esto es lo que expresa la frase latina: *Odium theologicum* = el odio teológico; es decir, el odio con que los teólogos se miran mutuamente, por el hecho de sostener opiniones encontradas acerca de las cosas de Dios. Aquí viene muy bien la consideración con que se abre el famoso libro atribuido a Tomás de Kempis, *La Imitación de Cristo:* «¿De qué te sirve discutir acerca de la Trinidad, si careces de humildad, por donde desagradas a la Trinidad?» *Cuarto:* Que los principales sacerdotes y los ancianos se guardaban de negar paladinamente la verdad no por temor de Dios, sino por temor a los hombres. Hay muchas personas que serían todavía peores de lo que son, si tuviesen el coraje necesario para ello.

(B) Cómo replicaron a Jesús, y abandonaron la discusión, pues confesaron: *No lo sabemos* (v. 27). Podían haber dicho, si fuesen sinceros: No queremos decirlo. Pero aun así, ¡qué vergüenza tan grande para los grandes maestros de Israel! (comp. Jn. 3:10). Al no querer confesar el conocimiento que tenían, se vieron constreñidos a confesar su ignorancia. Obsérvese, de paso, que al decir: *No lo sabemos,* decían una solemne mentira, porque bien sabían ellos que el bautismo de Juan era de Dios. Hay muchos que tienen más *vergüenza* de mentir que de *cometer* el pecado de mentir, y por eso, no tienen escrúpulos en callarse lo que saben que es falso según sus propios pensamientos, porque de esa manera nadie puede desaprobarlos en lo que se callan.

(C) De este modo, Cristo quedó incólume de la trampa en que habían intentado meterle, y se justificó al rehusar contestar a la pregunta que le habían hecho: *Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.* No merecían que Jesús continuase discutiendo con ellos acerca de su autoridad, pues personas de tal condición no se dejan convencer de la verdad. *Los que detienen con injusticia la verdad* (Ro. 1:18), merecen que se les niegue el conocimiento de ulteriores verdades que vienen investigando: *Quitadle, pues, el talento, y dádselo al que tiene diez* (25:28). Los que *no quieren ver,* no *podrán* ver.

Versículos 28–32

Así como Jesús instruía a sus discípulos por medio de parábolas, también redargüía, a veces, a sus adversarios por medio de parábolas, pues éstas sirven para introducir más hondo el reproche, y hacer que las personas estén mejor dispuestas a reprocharse a sí mismas (comp. 2 S. 12:1–13). Éste es el propósito de Cristo en esta ocasión, como se ve por sus primeras palabras: *¿Qué os parece?* (v. 28). Consideremos aquí:

I. La parábola misma, que presenta dos clases de personas: una que demuestra ser mejor que lo que prometía; otra que promete más de lo que demostró ser después.

1. Los dos eran hijos del mismo padre. Hay favores y beneficios que se reciben por igual de él, como hay obligaciones bajo las cuales se está de igual modo con respecto a él. Sin embargo, en iguales circunstancias, ¡qué grande es la diferencia de caracteres en los seres humanos!

2. A los dos se les dio la misma orden: *Hijo, ve a trabajar hoy en mi viña.* Dios envía a sus hijos a trabajar, aunque sean sus herederos. (A) Las tareas religiosas, a cuyo desempeño somos llamados, es como un trabajo de *viñador:* acreditado, provechoso y placentero. Por el pecado de Adán, nos vemos obligados a trabajar con sudor el terruño, y a comer las hierbas del campo (Gn. 3:18), pero por la gracia del Señor Jesucristo, somos llamados de nuevo a trabajar en su viña. (B) El llamamiento del Evangelio para trabajar en su viña requiere obediencia pronta: *Hijo, ve a trabajar hoy.* No hemos sido enviados al mundo para estarnos de brazos cruzados, ni se nos ha dado la luz del día para estar jugando. (C) La exhortación se nos dirige como a *hijos.* Es el mandato de un Padre, lo que incluye juntamente autoridad y cariño; un Padre que *se complace en el Hijo* que le sirve con toda fidelidad (Jn. 4:34).

3. La conducta de uno y otro fue muy diferente. Uno de los hijos obró mejor que lo que dijo; el otro dijo mejor que lo que obró.

(A) La respuesta del primer hijo fue descortés y mala: *No quiero* (v. 29). Malas son las excusas, pero las negativas directas son peores; y éstas son las negativas que el Evangelio halla con frecuencia en muchos. Algunos prefieren la comodidad propia y tienen el corazón tan apegado a sus propios intereses del mundo que no están dispuestos a trabajar en la viña del Señor. A quiénes se refiere inmediatamente el Señor aquí, se da a entender por el contexto posterior (vv. 31–32). Pero, afortunadamente, este hijo cambió de mentalidad y fue a trabajar: *Pero, después, arrepentido, fue.* La palabra que hay aquí para *arrepentido* no es *metanoesas* = cambiando de mentalidad, sino *metamelethéis* = cambiando de interés, lo cual, por supuesto, presupone un «cambio de mentalidad» y va más adelante: se interesó en ir a trabajar. Mejor tarde que nunca. Tan pronto como se arrepintió, *fue,* y mostró así *frutos dignos de arrepentimiento* (3:8). La única evidencia de que estamos realmente arrepentidos de nuestra anterior resistencia al Evangelio, es obedecer de inmediato y ponernos a trabajar por el Evangelio; así quedará perdonado lo pasado, y todo quedará bien. Nuestro Dios está siempre dispuesto a conferir sus gracias y, por muchas que hayan sido nuestras necias rebeliones, tan pronto como nos arrepentimos, nos acepta favorablemente, y nos llena de tantas bendiciones, que pronto nos percatamos de que el nuestro ha sido un *arrepentimiento del que no hay que tener pesar* (2 Co. 7:10).

(B) La respuesta del otro hijo no pudo ser mejor: *Sí, Señor,* voy. Este le da a su padre un título respetuoso: *Señor;* y profesa una obediencia pronta; no dice: «Ya iré luego», sino: «Yo estoy listo para ir ahora mismo» (el original calla el voy, y enfatiza el yo); como si dijese: Puedes confiar en mí para ese trabajo. Pero *no fue;* faltó vergonzosamente a su palabra. Hay muchos que tienen los labios llenos de amor y servicio, pero su corazón va por el lado contrario (comp. 1 Jn. 3:18). Capullos y flores no son todavía fruto.

II. Tras la exposición de la parábola, Cristo pregunta: *¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?* (v. 31). Los dos tenían pecado; el uno fue áspero y rudo; el otro resultó falso. Pero la pregunta tiende a establecer el verdadero carácter de cada uno. Así que la respuesta era fácil: *El primero,* porque sus acciones fueron mejores que sus palabras y, sobre todo, porque el final bueno fue un correctivo evidente del mal comienzo. El tenor de toda la Escritura nos da a entender que todo el que se arrepiente de su conducta mala anterior, es acepto a Dios (v. Ez. 33:14–16).

III. Con su propia respuesta quedaron condenados los interlocutores: *los principales sacerdotes y los fariseos* (v. 45). A éstos se dirige Jesús, y les asegura que los pecadores (publicanos y rameras) que creyeron a Juan, después de haber resistido al llamamiento de Dios, *se arrepintieron y creyeron,* mientras que ellos, los sacerdotes y fariseos, despreciaron a Juan, y no se arrepintieron para creerle (vv. 31–32). En la aplicación que Cristo hace de la parábola observemos:

1. Cómo demuestra que el bautismo de Juan era *del Cielo, no de los hombres,* pues viene a decirles: «¿No lo sabéis? (v. 27); pues, podíais saberlo»:

(A) Por el objetivo de su ministerio: *Vino a vosotros Juan en camino de justicia.* Recordad la norma que sirve de piedra de toque: *Por sus frutos los conoceréis* (7:16); por los frutos de sus doctrinas, y por los frutos de sus conductas. Ahora bien, era evidente que Juan había venido *en camino de justicia;* es decir, predicaba y practicaba la justicia, que consiste en ajustarse a la voluntad de Dios en cada momento (3:15; Ro. 12:2). Juan predicó el arrepentimiento y obró con justicia, arrostrando todos los riesgos que ello comportaba.

(B) Por el feliz resultado de su ministerio: *Los publicanos y las rameras le creyeron* (v. 32). Si no hubiera sido Dios quien envió a Juan el Bautista, no habría coronado con tal éxito el trabajo de su ministerio. El provecho de la congregación es el mejor testimonio del llamamiento divino y del fiel desempeño del ministerio pastoral.

2. Cómo les reprocha el desprecio que habían mostrado hacia el bautismo de Juan. A fin de avergonzarles por ello, les pone delante la fe, el arrepentimiento y la obediencia de los publicanos y de las rameras, lo cual agrava la incredulidad y la impenitencia de ellos.

(A) Los publicanos y las rameras eran como el primer hijo de la parábola; poco podía esperarse de ellos en cuanto a religión. Prometían poco, y quienes les conocían, esperaban poco de ellos. Sin embargo, muchos de ellos vinieron al arrepentimiento y a la fe por medio del ministerio de Juan.

(B) Los sacerdotes, escribas y fariseos, y los ancianos del pueblo, y la nación judía en general, eran como el otro hijo que dio, sí, buenas palabras, pero sin fruto. Es mucho más difícil convencer a un

hipócrita que al peor de los criminales. Dos cosas agravaban el pecado de los escribas y fariseos, etc. (a) El que Juan fuese una persona tan excelente. Cuanto mejores son los medios por los que se nos ofrece la gracia de Dios, tanto más severa será la cuenta que Dios nos tome al final, si no nos arrepentimos. (b) Que, *después de ver* a los publicanos y a las rameras ir por delante de ellos al reino de Dios, *no se arrepintieron después para creer.* El orgullo, la codicia, la envidia, no les permitieron buscar a Dios por el camino de justicia que Él les señalaba.

Versículos 33–46

Esta parábola pone de manifiesto el pecado y la ruina de la nación judía.

I. Aquí tenemos los privilegios de la nación judía, presentados bajo la parábola del arriendo de la viña a los labradores. Obsérvese:

1. Cómo Dios escogió para sí un pueblo en medio de las naciones. *El reino de Dios* en la tierra (v. 43) es comparado a una *viña* (v. Is. 5), equipada con todos los requisitos necesarios para su labranza y mantenimiento. (A) Dios *plantó esta viña.* También la Iglesia es *labranza de Dios* (1 Co. 3:9). La tierra da de suyo *espinos y cardos* (Gn. 3:18), pero las viñas hay que *plantarlas.* (B) Dios *la cercó de vallado;* la protegió de sus enemigos y le dio preceptos que la protegiesen en su interior; *cavó en ella un lagar,* para que no tuviesen que salir fuera en su trabajo de elaboración del vino, y *edificó una torre,* desde la que el atalaya pudiese avizorar el peligro y amonestar a los labradores (Ez. caps. 3 y 33).

2. Cómo, después de equipar a los labradores con todo lo necesario para la labranza y buena conservación de la viña, *el padre de familia se ausentó del país.* Lucas 20:9 especifica que *se ausentó por mucho tiempo.* Esta *ausencia* de Dios se muestra en dos momentos culminantes: (A) Después de dar la Ley en el Sinaí, se ausentó en cierta manera, dejándoles el recurso principal a su Palabra; (B) al establecerse la monarquía en Israel, Dios comenzó a gobernar a su pueblo mediante los *reyes,* los cuales son principalmente representados en los labradores de la parábola, aunque en el momento en que Jesús habla, se trata de los dirigentes del pueblo.

II. Lo que Dios esperaba del arriendo hecho a estos labradores: recibir los frutos a su tiempo (v. 34). Era una expectación sumamente razonable, por cuanto: 1. No apresuraba indebidamente a los arrendatarios, sino que esperó a que se acercase *el tiempo de los frutos.* Dios siempre nos da el tiempo necesario y conveniente para que podamos ofrecerle, al responder a la obra de su gracia, frutos dignos de arrepentimiento. 2. No esperaba de ellos más de lo justo: *Envió sus siervos,* para recordar a los labradores el deber que tenían contraído respecto del amo de la viña, así como para ayudarles a recoger el fruto y traérselo al amo.

III. El mal trato que los labradores dieron a los siervos que el amo les había enviado.

1. No sólo les insultaron y les despreciaron, sino que *a uno golpearon, a otro mataron, y a otro apedrearon* (v. 35). Para ver de qué manera se cumplió esto, basta echar una ojeada a lugares como 1 Reyes 18:4; 19:10; 22:24; 2 Crónicas 24:21 y ss.; Jeremías 20:1 y ss.; 26:20 y ss.; 37:15 y 38:6. *Así persiguieron a los profetas que os precedieron* había dicho anteriormente Jesús (5:12). Este es el trato que, de ordinario, da el mundo a los seguidores de Cristo; y no sólo el mundo, sino los mismos jefes religiosos de todas las épocas (v. Jn. 15:18–21; 16:2; *«el que os mate, pensará que rinde servicio—o culto—a Dios»).* (A) Los labradores persiguieron a los siervos, tratándoles como a los peores malhechores. (B) Los siervos tuvieron el privilegio de sufrir por la causa de su Señor (Fil. 1:29). ¡Triste cosa es que esto fuese a manos, precisamente, de los obreros de la viña! A pesar de todo, véase: (a) que Dios perseveró en su paciencia y en su bondad hacia los labradores, pues *les envió de nuevo a otros siervos* (v. 36), y en mayor número que antes, a pesar de que habían tratado tan mal a los anteriores. (b) Que ellos perseveraron en su perversidad: *E hicieron con ellos de la misma manera* (v. 36b). Un pecado conduce a otro, hasta que se forma la cadena del vicio, tan difícil de romper.

2. *Finalmente les envió su hijo* (v. 37). Hemos visto ya la bondad de Dios al enviar nuevos siervos, después del malísimo trato que los labradores habían dado a los primeros; pero, en este último caso en que les envía su propio hijo, la maldad de los labradores llega a su colmo.

(A) Nunca la gracia apareció tan generosa como en *el envío del Hijo.* Éste trajo al mundo la última palabra del Padre (v. He. 1:1–2). Al manifestarse así la gracia de Dios para ofrecer salvación a todos los hombres (Tit. 2:11) bien podía esperar Dios una respuesta adecuada: *Tendrán respeto a mi hijo* (v. 37b). Por eso lo envió; si respetaban al Hijo, todo quedaría arreglado; tras el esperado arrepentimiento, vendría el perdón generoso. El Hijo venía con una autoridad inmensamente superior a la de los siervos.

(B) Nunca el pecado apareció tan negro y criminal como en el trato que dieron los labradores al Hijo.

(a) Primero, se conjuraron en complot contra Él: *Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: Éste es el heredero; venid, matémosle y apoderémonos de su heredad* (v. 38). La venida del Hijo les animó a matarle, para así cesar de ser arrendatarios y convertirse en propietarios de la heredad. Pilato y Herodes *no lo sabían,* pero los principales sacerdotes y los ancianos tenían suficientes pruebas de que Jesús era el Hijo de Dios, el heredero del mundo (Col. 1:15). ¡Cuántos mueren por poseer una hacienda! El motivo principal por el que le odiaban era precisamente el interés que mostraba en hacer bien a la gente. Pensaban que si quitaban de en medio a Jesús, podrían seguir ellos disfrutando tranquilamente de sus privilegios y de la autoridad que imponían al pueblo. Con todo, mientras ellos tramaban su complot, Dios cumplía su santo designio de llevar a su Hijo a la gloria al pasar por la cruz (Hch. 2:23; 3:18; 4:10, 27).

(b) Segundo, ejecutaron su complot: *Y tomándole, le echaron fuera de la viña, y le mataron* (v. 39). No es extraño que se apresurasen a echarle mano para matarle. Considerándole como indigno de vivir, y estando como estaban deseosos de verle morir, *le echaron fuera de la viña,* y le crucificaron fuera de la ciudad (He. 13:12), como si fuese la vergüenza y el reproche de la nación, cuando era la mayor gloria del pueblo de Israel.

IV. Al no acertar a verse retratados en la parábola, los sacerdotes y los fariseos proclamaron por su propia boca la condenación que merecían (vv. 40–41). Les pregunta Jesús: *Cuando venga, pues, el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores?* (v. 40). Les hace la pregunta para que sea más fuerte su convicción. Los procedimientos de Dios son tan lógicos, que sólo necesitan despertar la conciencia del pecador para que éste se percate de que los juicios de Dios son infinitamente justos. Así que se apresuraron a contestar: A *esos malvados les dará un fin miserable.* Muchos son los que fácilmente pronostican las funestas consecuencias de los pecados ajenos, sin percatarse de las que tendrán los suyos propios.

1. Nuestro Salvador, al hacer la pregunta, supone que *el señor de la viña vendrá* y les ajustará las cuentas a los labradores malvados. Los perseguidores dicen en su corazón: *Se tarda en venir* (24:48; 2 P. 3:4). Dios tiene paciencia por mucho tiempo, pero no se retrasará un segundo el día de su ira (Ro. 2:4–5).

2. En su respuesta, ellos suponen que dicho ajuste de cuentas será terrible.

(A) *Les dará un fin miserable.* Que no esperen los hombres trabajar para el mal, y ser pagados bien (v. Ro. 6:23). Esto se cumplió sobre la nación judía, en aquella miserable destrucción que los romanos efectuaron en el año 70 de nuestra era.

(B) *Y arrendará la viña a otros labradores que le paguen el fruto a su tiempo* (v. Hch. 13:46; 15:7; 18:6; 28:28). Dios no se quedará sin testimonio a causa de la deserción de la nación judía, sino que el rechazo de Israel apresurará la entrada de los gentiles en la Iglesia.

V. Cristo ilustra y aplica Él mismo la parábola, y viene a decirles que, en esto, habían juzgado bien.

1. Lo ilustra refiriéndose a la Escritura que se cumplía en esto: *¿Nunca leísteis en las Escrituras?* (v. 42). La cita es del Salmo 118:22–23, el mismo contexto del que los muchachos habían tomado sus *hosannas*. La misma palabra sagrada que suministra materia de alabanza y consuelo a los amigos y seguidores de Cristo, fulmina convicción y terror a los enemigos de Jesús y del Evangelio; por eso, es *una espada de dos filos* (He. 4:12).

(A) Los constructores que rechazaron la piedra son los mismos que aquí aparecen como labradores que matan al Hijo que les es enviado. No ceden a Cristo ningún lugar en su construcción, y le arrojan fuera como vaso inútil y quebrado, como piedra que sólo sirve para tropezar.

(B) La promoción de esta piedra rechazada, para convertirse en *piedra angular* (16:18), es equivalente al arriendo de la viña *a otros labradores* (1 P. 2:5–10). El que fue rechazado por los judíos, fue recibido por los gentiles. En la Iglesia, Cristo *lo es todo en todos, llenándolo todo* (Ef. 1:23; 4:10).

(C) La mano de Dios estaba en esto: *El Señor es quien ha hecho esto* (v. 42b). Por eso *es cosa maravillosa a nuestros ojos* (1 P. 2:9b). La perversidad de los judíos que le rechazaron es asombrosa, pero el honor que iba a recibir de los gentiles es maravilloso. De Dios ha venido esta *piedra, de tropiezo para los desobedientes, pero preciosa para los que creen* (1 P. 2:6–8).

2. Les aplica la parábola y, con ello, la sentencia que ellos mismos han pronunciado. La aplicación es la vida de la predicación, pues mete la espada de la Palabra en el corazón de cada individuo (comp. Hch. 2:37). Notemos que, en su inmensa compasión, Jesús no cita la primera parte de la sentencia que ellos mismos habían pronunciado *(«les dará un fin miserable»), sino que les sería quitada la viña y arrendada a otros labradores que le produjeran fruto a Dios: Por tanto os digo que el reino de Dios os será quitado, y será dado a gente que produzca los frutos de él* (v. 43). El grueso de la nación judía quedaba así desposeído de los beneficios espirituales del reino, a causa del rechazo que habían llevado a cabo en la persona del Rey, no sirviéndoles de nada el privilegio de raza mientras no vuelvan a reconocer como Rey al Mesías. Que este rechazo no es *para siempre,* como piensan algunos, se ve por la lectura atenta de todo el capítulo 11 de *Romanos,* especialmente los versículos 25–29, y por todo el contenido escatológico de los profetas del Antiguo Testamento. Por otra parte, los gentiles entrarían a compartir las bendiciones de las promesas hechas a Abraham antes de ser circuncidado. Así, la Iglesia (compuesta de judíos y gentiles) disfruta hoy de ciertos aspectos espirituales del reino, al haber reconocido en Cristo al Rey (Col. 1:13), y compartirá las bendiciones del reino venidero, que serán también *terrenales,* mientras que las de la Iglesia son *espirituales en los lugares celestiates en Cristo* (Ef. 1:3). Con esto se ve que la Iglesia no es tenida en menos que Israel, sino en más. La aplicación general aquí (para ser tenida en cuenta por todos) es que nadie rechaza impunemente al Salvador. *El que tropieza en Él, queda quebrantado,* y el que atrae la maldición sobre su cabeza *(«caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos»), está pidiendo que caiga sobre su cabeza esta piedra que le desmenuzará* (v. 44).

VI. La reacción final de los oponentes de Jesús.

1. *Y oyendo sus parábolas los principales sacerdotes y los fariseos, entendieron que se refería a ellos* (v. 45), y que, en lo que ellos mismos habían dicho (v. 41), habían leído su propia sentencia de condenación. Una conciencia culpable no necesita fiscal.

2. Al *buscar cómo echarle mano* (v. 46). Cuando los que escuchan los reproches de la Palabra de Dios, se dan cuenta que se dirige a ellos, si no les hace bien, les hace mucho daño, pues quedan más endurecidos y obstinados. Por eso, nadie sale igual que entró a oír la predicación del Evangelio; no hay alternativa: o se sale más cerca de la salvación o más encerrados en la condenación (Jn. 8:24).

3. No se atrevieron a hacerlo en esta ocasión: *Temían al pueblo, porque éste le tenía por profeta.* Dios tiene muchos medios para frenar los intentos del mal, como los tiene para que todo redunde finalmente en honor de su gloria.

CAPÍTULO 22

Este capítulo es una continuación de los discursos de Cristo en el Templo. Contiene la parábola del banquete de bodas. Después, Cristo es asediado a preguntas sucesivamente por los fariseos, los saduceos y nuevamente los fariseos; siempre para tenderle una trampa. Al final, es Cristo el que hace una pregunta, a la que nadie se atrevió a responder.

Versículos 1–14

Parábola de los invitados al banquete de bodas. Comienza diciendo que *Jesús tomó la palabra* (lit. *respondiendo,* no a lo que otros le dijesen, sino a lo que Él pensaba), lo cual es siempre señal de algo de mucha importancia dentro del contexto posterior. En efecto, es menester prestar atención a los detalles de la parábola para entenderla correctamente. Digamos ya de entrada que en esta parábola se trata de la invitación que Dios el Padre hace a su pueblo Israel para que reconozcan en Jesús al heredero del reino. Jehová había sido *el Hacedor y el Marido* de Israel (Is. 54:5), y el pueblo había sido infiel. Es

significativo que el primer milagro de Jesús fuese en las bodas de Caná (Jn. 2:1 y ss.) y que se diga de este milagro, no que era el primero de una serie, sino el arquetipo de los demás (v. Jn. 2:11. No dice: Éste fue el primer milagro, sino: *Este principio, arkhé,* no *proton de señales).* La diferencia con Lucas 14:16 es evidente en muchos detalles: En Lucas es un hombre el que hace el banquete; aquí es un rey; allí es una gran cena; aquí es banquete de bodas; allí envía una vez a llamar a los invitados; aquí, dos veces; allí, los invitados se excusan; aquí, se burlan. Todo hace ver el parentesco de esta parábola con la de los labradores malvados; de ahí que tenga aplicación directa al pueblo judío, no a la salvación en general. Si esto no se entiende, se cometen graves equivocaciones en la exégesis y en la predicación. Notemos todos los detalles:

I. La invitación a recibir al Mesías como heredero del reino es presentada bajo la semejanza de *un rey que preparó un banquete de bodas para su hijo.*

1. El hijo es Jesús, sin duda. Obsérvese, sin embargo, que no se nombra a la *esposa* (comp. con Ap. 19:7–9, para notar el contraste); el énfasis se carga sobre los *invitados.*
2. Hay un banquete preparado primordialmente para unos determinados *convidados, mas éstos no quisieron venir* (v. 3). Aquí están claramente representados los judíos *a quienes primeramente había de ser anunciada la palabra de Dios* (Hch. 13:46).
3. Hay una nueva invitación, para hacer saber a los convidados que el banquete está ya preparado. *Se ha cumplido el tiempo* (3:2; 4:17; Mr. 1:15). ¡No había tiempo que perder!

II. La reacción final de los convidados:

1. Sin hacer caso de la invitación, se fue cada uno a su negocio; y hubo incluso algunos de ellos que, *echando mano a los siervos, los maltrataron y mataron* (vv. 4–6). Así responde la malicia humana a la suma bondad de Dios.
2. Notemos tres clases de personas, aunque todas ellas malvadas: (a) los *indiferentes,* como son los materialistas de todos los tiempos; (b) los que se burlan y *afrentan* (esto es lo indicado en el término *«maltrataron»):* (c) los abiertos *perseguidores,* que no se contentan con menos que con la muerte. Las tres clases se habían dado en tiempo de los profetas y se daban en tiempos de Jesucristo.

III. La reacción del rey:

1. *Se enojó* (v. 7). La ruina que se cernía sobre la nación judía está ya preparada en este enojo de Dios contra su pueblo.
2. *Enviando sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas, y quemó su ciudad.* No dice que destruyera a los que desoyeron la llamada, sino a *los homicidas* de sus siervos, como si Dios estuviera más celoso por las vidas de sus ministros que por la proclamación de su mensaje. La persecución de los mensajeros de Dios colma la medida del pecado y de la indignación de Dios más que ninguna otra cosa.
3. El castigo se cumplió puntualmente cuando los ejércitos romanos al mando de Tito, el hijo del emperador, sirvió a Dios de instrumento de su furor, como en otro tiempo se había servido de los ejércitos caldeos al mando del rey Nabucodonosor para causar la ruina de la nación judía, y especialmente de la capital y de su santuario.

IV. Pero los propósitos de Dios no pueden quedar frustrados. El rechazo de los judíos significó la entrada de los gentiles (vv. 8–10). Obsérvese:

1. La queja del rey: El *banquete está a punto; mas los que fueron invitados no eran dignos* (v. 8). Al rechazar al Mesías, los judíos se habían mostrado indignos del privilegio que tenían de ser los primeros destinatarios del Evangelio. No se debe a Dios el que los impíos perezcan, sino a sí mismos (v. Ez. 18:23; 2 P. 3:9).
2. La comisión que da a los siervos de que vayan a invitar a otros. Los de *la ciudad* (v. 7) habían rehusado venir. Ahora les envía *a las encrucijadas de los caminos* (v. 9); es decir, donde los caminos que salían de la ciudad se separaban en dos o más direcciones, aquí tiene la significación de *los caminos de los gentiles,* a los que antes había prohibido Jesús a los apóstoles que fuesen (10:5). El ofrecimiento del Evangelio a los gentiles fue así:

(A) De momento, sorprendente e inesperado. ¡Qué sorpresa no sería para los que marchaban por su camino, encontrarse de sopetón con una invitación para acudir a un banquete de bodas reales! Para los gentiles, el Evangelio era una verdadera novedad (¡noticias de última hora! Hch. 17:19–20) y, por tanto, no podían sospechar que tal invitación fuese para ellos.

(B) Universal e indiscriminado: *Llamad a las bodas a cuantos halléis.* Como si dijese: «Salid a las confluencias de todos los caminos, y rogad con gran urgencia (esta es la etimología de «invitar») a todos que vengan, a cualquiera y a todos juntos; que venga *como es,* que será bien recibido, sin excepción».

3. El éxito de esta segunda invitación: *Y saliendo los siervos por los caminos, juntaron todos los que hallaron* (v. 10). Vemos:

(A) Que el objetivo del Evangelio es *juntar, reunir* (Jn. 10:16; 11:52) a todos los hijos de Dios dispersos, y juntarlos para que asistan a un banquete de bodas: a los privilegios de un nuevo pacto, pues todo pacto se sellaba con una comida.

(B) Que los invitados que acudieron eran una multitud: y *el salón de bodas se llenó de convidados* (v. 10b). Esta circunstancia arroja una luz decisiva sobre el sentido del versículo 14. ¡Cuánta alegría experimentaría el rey al comprobar el éxito de esta invitación! Si hay tanto *gozo en el cielo, delante de los ángeles de Dios, por un solo pecador que se arrepiente* (Lc. 15:7, 10), ¡qué gozo habrá cuando se realizan conversiones en masa!

(C) Que no se trataba de una multitud selecta, sino abigarrada y mezclada: *Tanto malos como buenos;* no se detuvieron a hacer diferencias sociales, ni siquiera morales; más aún, los *malos* son mencionados primero, para poner de relieve la gracia de Dios hacia el pecador perdido. Si Jesús vino *a salvar lo perdido* (Lc. 19:10), la medida de la perdición determinaba la urgencia del Salvador (1 Ti. 1:15). Muchos de los que entonces eran malos, serían después buenos cristianos: *Y esto erais algunos* (1 Co. 6:11).

V. Malos y buenos fueron invitados y aceptados, pero los *hipócritas* no caben en ese salón. Este es el caso del invitado que asiste al banquete *sin estar vestido con traje de boda* (v. 12). Quizás hay aquí una alusión a Sofonías 1:7–8. Respecto de este individuo.

1. Cómo fue descubierto (v. 11):

(A) *Al entrar el rey para ver a los convidados;* es la inspección del Dios omnisciente a la que debe someterse toda persona que profesa la fe cristiana. Esto nos debe servir de serio aviso contra la hipocresía, pues las máscaras y caretas no sirven delante de Dios; también sirve de estímulo a la sinceridad, al saber que Dios nos es testigo. Este individuo no habría sido jamás descubierto como lo que realmente era, si no hubiese entrado el rey a ver a los invitados. Podemos engañar a los hombres, pero no a Dios. Nótese el tono de Jesús cuando, por medio de su Espíritu, habla a las siete iglesias de Apocalipisis capítulos 2 y 3.

(B) Tan pronto como entró, *vio el rey a un hombre que no estaba vestido con traje de boda* (v. 11). Le echó la vista encima inmediatamente; vana es la esperanza de escapar a la justicia divina escondido en medio de una multitud. No llevaba el traje de etiqueta. Si la llamada del Evangelio es la convocación a un banquete de bodas, entonces el traje de boda es una condición del corazón y una forma de vida en concordancia con el Evangelio. Este hombre no estaba desnudo, ni vestido de harapos, pero no llevaba el traje conveniente. Sólo *los que están revestidos de Cristo* (Gá. 3:27), el cual es *Jehová-Tsidkenu = «Jehová, nuestra justicia»,* tienen franca entrada a este banquete. Pero este hombre, como Adán y Eva, prefirió llevar su propio traje que no podía cubrirle. No tenía ninguna excusa, pues los reyes y nobles, en estas ocasiones, proveían gratis de este traje, como gratis se nos da la gracia con que nos revestimos de Cristo (v. también Gn. 45:22; 2 R. 5:22; Sal. 45:13–14; Is. 61:10; Jer. 23:6).

2. Cómo fue juzgado: *Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido con traje de boda?* (v. 12). Fue esta una pregunta desconcertante para quien creía estar allí a salvo de toda reconvención. *¡Amigo!* (lit. *compañero o camarada).* Este saludo era un dardo penetrante, pues quien lo recibía estaba ligado con tantos vínculos y obligaciones a comportarse como amigo. *¿Cómo entraste aquí?* No reprende a sus siervos por dejarle entrar, sino a él, por tener la presunción de mezclarse entre los llamados, a sabiendas de que su corazón no era recto. También nosotros deberíamos preguntarnos: «¿Cómo he venido a la Mesa del Señor, sin estar humillado, santificado, reconciliado con mi hermano y quizás he llegado tarde también? Si no he entrado por la puerta apropiada, *soy un ladrón y un salteador».* Si nos juzgamos así a nosotros mismos, *examinando* nuestro traje de boda, *no seremos juzgados* (1 Co. 11:31). *Mas él enmudeció.* Convicto de su ingratitud y descortesía, no sólo por la palabra del rey, sino también por su propia conciencia, no pudo pronunciar ni una sola palabra en defensa suya. Quienes no han oído nada de

este banquete de bodas tendrán más excusa que quienes se atreven a entrar sin el traje de etiqueta al tener más luz y ser objeto de un mayor amor por parte de Dios.

3. Cómo fue sentenciado: *Entonces el rey dijo a los sirvientes: Atadle de pies y manos, y echadle a las tinieblas de afuera; allí será el llanto y el crujir de dientes* (v. 13).

(A) El rey da orden de que sea esposado, como los criminales después de recibir la sentencia. Quienes no quieren trabajar y andar como deben, han de esperar encontrarse un día atados de pies y manos; no podrán resistir el castigo ni escapar de él.

(B) El rey ordena a sus sirvientes que le saquen del salón del banquete. Esto expresa el tremendo castigo en la otra vida; ser llevados lejos del rey *(«Apartaos de mí, malditos»;* 25:41) y del banquete de la vida eterna. Quienes no andan como es digno del cristianismo que profesan, renuncian a la felicidad a la que presuntuosamente aspiraban.

(C) El rey le sentencia a la más horrible cárcel: *A las tinieblas de afuera* (v. 8:12). El Infierno es la más espantosa oscuridad, puesto que es la expulsión del Cielo, lugar de luz (Ap. 21:23, 25; 22:5 y 15); allí impera el dolor y la oscuridad (Ef. 5:8; Col. 1:13; 1 P. 2:9, etc.). *El llanto* expresa gran dolor, pesar y angustia; *el crujir de dientes*, la rabia y la desesperación.

VI. La parábola concluye con una frase que, sacada de su contexto, se presta a ser mal interpretada (v. también 20:16, aun que allí no está bien atestiguada): *Porque muchos son llamados, y pocos escogidos* (v. 14). La mayoría de los exegetas entienden esta frase en el sentido técnico de la elección eterna de algunos, entre los muchos que reciben la oferta general que Dios hace de buena fe a todos. Todo el contexto de la parábola va en contra de esta interpretación. En esta ocasión, el salón de boda está lleno de *llamados* (comp. Ro. 1:6; 8:28, 30; 1 Co. 1:2, 24, 26, coincide aquí con *escogidos* del v. 27; Gá. 5:13; Ef. 1:18; 4:1; 1 Ts. 2:12; 4:7; 2 Ts. 2:14; 1 P. 5:10; Ap. 19:9, etc.); mientras que *uno* solo es desechado por no llevar el traje de boda (no significa que sólo uno de los convidados a las bodas del hijo del rey sea indigno, sino que tiene un carácter representativo). ¿Quiénes, pues, serán los *«escogidos» aquí? Sin duda, los escogidos* en la primera invitación (v. 3), los cuales rehusaron venir al banquete; es decir, los pertenecientes al pueblo escogido.

Versículos 15–22

En esta porción, se nos refiere el ataque que planearon contra Jesús los fariseos y los herodianos sobre el asunto del pago del tributo.

I. Cuál era el objetivo de esta pregunta: *Tenderle una trampa y sorprenderle en alguna palabra* (v. 15). Y, para ello, *se fueron a deliberar.* Ahora le atacan desde otro frente, para ver si pueden vencerle con el conocimiento que tienen de la Ley. Los hombres mejores y más prudentes no pueden escapar al odio y a la mala voluntad de los perversos ni verse *a cubierto de lenguas pendencieras* (Sal. 31:20), por muy íntegros y avisados que sean, puesto que los enemigos de Cristo y del Evangelio son infatigables en su oposición.

1. *Se fueron a deliberar.* Cuanto mayor es la deliberación, tanto más grave es el pecado. Y cuanto mayor es la astucia con que se planea, tanto mayor es la perversidad de la voluntad en cometerlo.

2. Su objeto era *sorprenderle en alguna palabra.* Vieron que se expresaba con toda libertad y pensaron que era una buena ocasión para *tenderle una trampa.* Siempre ha sido táctica astuta de Satanás y de sus agentes hacer que una frase dicha inocentemente, pero interpretada de mala manera, haya ocasionado daño a las almas, y perjuicio al testimonio del Evangelio.

3. Dos caminos tenían los enemigos de Cristo para deshacerse de Él: la ley y la fuerza. Con la ley en la mano, nada podían hacer, a no ser que consiguiesen presentarle como reo ante los tribunales civiles. Tampoco era fácil deshacerse de Él por la fuerza, puesto que el pueblo tenía a Jesús por profeta, y podía producirse un tumulto, del que los líderes serían los más responsables ante las autoridades romanas. Por eso, el designio de ellos era presentarle un dilema ineludible, ante el que habría de granjearse, ya fuese el desagrado del pueblo o la prosecución por parte de la magistratura del Imperio, tomase el camino que tomase. Así tendrían ellos ganada la partida, al hacerle tropezar con su propia lengua.

II. Cuál fue la pregunta con la que intentaban sorprenderle (vv. 16–17).

1. Las personas que emplearon para ello; no fueron ellos mismos, sino que *le enviaron los discípulos de ellos,* para que así apareciesen menos como tentadores que como aprendices. Los hombres más perversos suelen usar medios poco sospechosos para llevar a cabo sus peores designios. Con ellos, enviaron a *los herodianos,* un partido entre los judíos que tenía por objetivo inducir al pueblo a someterse al gobierno y pagar de buena gana el tributo exigido por el poder romano. Comoquiera que los fariseos eran opuestos al poder romano y estaban en contra del pago del tributo, ambos partidos parecían llevar el asunto a Cristo con buena intención, para que Él como *maestro,* decidiera lo que debía hacerse. Si aconsejaba pagar el tributo, los fariseos soliviantarían al pueblo contra Él; si aconsejaba no pagar, los herodianos le denunciarían ante el gobierno de la nación. Es cosa corriente entre los que están enemistados entre sí, oponerse conjuntamente a Cristo y a su Evangelio. Las zorras de Sansón miraban hacia lugares opuestos, pero estaban unidas por la tea entre las colas (Jue. 15:4).

2. La forma respetuosa en que se presentaron a Jesús: *Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas con verdad el camino de Dios* (v. 16). Nótese que es cosa corriente que los proyectos más perversos vayan cubiertos con los más sospechosos respetos. Si hubiesen venido a Cristo con toda sinceridad y deseando seriamente adquirir alguna instrucción, no se habrían expresado con frases más laudatorias. Bien decían al afirmar que Jesús era *veraz* ya que es la Verdad misma (Jn. 14:6), y que *enseñaba con verdad el camino de Dios,* pues enseñaba la doctrina de Dios (Jn. 7:17) que conduce a la felicidad; éste era el camino *recto.* También es cierto que *no hacía acepción de personas («no te da cuidado de nadie»* = no te rindes ante sonrisas ni amenazas) no adulaba para atraerse el favor ajeno, ni se callaba para frenar el enojo injusto; *no miraba la apariencia de los hombres,* sino el corazón (Jn. 2:24–25). Todo esto era cierto, pero ellos lo decían con adulación traicionera. Le llaman *Maestro,* cuando intentan tratarle como al peor de los malhechores; fingen respeto cuando sólo intentan hacerle daño; hacen afrenta a la divina sabiduría, e imaginan que pueden engañarle con tanta hipocresía.

3. La forma en que le hacen la propuesta: *Dinos, pues, qué te parece* (v. 17). Como si dijeran: «Hay muchos que piensan de diferente manera en esta materia, y es un caso práctico que ocurre a diario; dinos francamente qué piensas tú de esto: *¿Es lícito dar tributo a César, o no?»* Esto implica otra pregunta: ¿Tiene derecho César a demandarlo? Ahora bien, la pregunta venía a ser esta: ¿Es lícito pagar voluntariamente este tributo, o se debe insistir más bien en la antigua libertad de nuestra nación y desentenderse así de esta imposición del exterior? Lo importante del caso era, sin embargo, *tender una trampa* a Jesús, resolviese lo que resolviese.

III. Cómo se deshizo Jesús, con su infinita sabiduría, de la trampa en que intentaban cazarle.

1. La descubrió: *Pero Jesús, conociendo la malicia de ellos* (v. 18) Una tentación conocida está ya medio vencida, pues el mayor peligro de las trampas, como de las serpientes, es que se oculten bajo la verde hierba. *Les dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas?* Por densa que sea la máscara que el hipócrita se pone sobre el rostro, Jesús la atraviesa con su mirada. No hay quien le engañe a Él, como nos engañan a nosotros, con adulaciones y falsas apariencias. Quienes traten de engañar a Jesús, han de percatarse algún día de que sus ojos son demasiado penetrantes como para no descubrir el engaño, y demasiado puros como para no odiarlo.

2. Escapó de la trampa. Las preguntas capciosas no merecen respuesta, sino reproche; pero el Señor Jesucristo dio una respuesta completa a tan maliciosa pregunta, e introdujo un argumento eficaz para basarla, que sirviese además de principio general a los creyentes para saber cómo comportarse en los asuntos de la vida civil.

(A) Les forzó a confesar antes de que ellos se diesen cuenta, la autoridad que el César ejercía sobre ellos (vv. 19–20). Cuando tratamos con personas capciosas, es conveniente dar razones, y si es posible, razones contundentes, antes de tomar resoluciones convincentes; así, la evidencia de la verdad puede hacer callar por sorpresa a quienes están contra la verdad misma, pero no pueden oponerse a la razón que la confirma: *Mostradme la moneda del tributo* (v. 19). Los romanos demandaban el tributo en moneda romana, que era la moneda corriente entre los judíos entonces, por eso, se llamaba *la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario,* la pieza de plata más corriente entonces que llevaba inscrita la imagen del emperador y su nombre, que servían a la gente de garantía pública acerca del valor de dicha moneda. Cristo les preguntó: *¿De quién es esta imagen, y la inscripción?* Ellos reconocieron que era de César (v. 21a).

(B) Tomando pie de la respuesta de ellos, Cristo les convenció de la licitud de pagar el tributo a César: *Devolved, pues, a César lo que es de César* (v. 21b). Ellos habían preguntado si era lícito *dar* tributo a César; Él les responde que, si la moneda llevaba la imagen y la inscripción de César, le pertenecía a él y, por tanto, había que *devolvérsela* (ese es el verbo del original). Pablo usa el mismo verbo en Romanos 13:7: *«Pagad* (gr. *apódote) a todos los que debéis; al que tributo, tributo, etc.».* Con esta respuesta, Jesús entraba profundamente en la naturaleza del dinero acuñado, pues el hecho de que reyes y emperadores acuñasen su imagen e inscripción en las monedas, implicaba que todo el dinero corriente les pertenecía a ellos; pagarles, por tanto, el tributo en dinero acuñado era devolverles una parte, en reconocimiento de la soberanía que tenían sobre él. Con esta sapientísima respuesta—incluso desde el punto de vista financiero—nadie podía sentirse ofendido, ya que no se erigía en árbitro de una decisión, sino que declaraba la pacífica sumisión al emperador, que los propios fariseos expresaban tácitamente al usar el dinero del emperador. Por otra parte, el gobierno de la nación no sólo no podía ofenderse de la respuesta de Jesús, sino que debía agradecerle por fortalecer ante el pueblo los intereses del emperador, ya que la gente tenía por profeta a Jesús. Así vemos que, aunque la verdad no necesita ocultarse fraudulentamente, conviene a veces que sea dicha con suma prudencia, para impedir la ofensa que una declaración abierta podría causar. Así quedaron vencidos y asombrados sus adversarios, y los discípulos recibieron una nueva instrucción. *Y a Dios lo que es de Dios,* pues un creyente *debe* siempre atenerse a la voluntad de Dios (Hch. 4:19–20). Esto era algo que ni los fariseos ni los herodianos cumplían, pues no rendían a Dios el culto que Él demanda. Muchos se excusan de cumplir con su deber, al discutir si deben hacer algo o no. Veamos con más detalle la instrucción que aquí nos da Jesús:

Primero: Que la religión cristiana no es enemiga de los gobiernos civiles, sino un verdadero amigo de ellos.

Segundo: Que es un deber de los súbditos prestar a los magistrados los servicios debidos, de acuerdo con las leyes del país. Los poderes públicos, al tener una responsabilidad más amplia en razón directa de su categoría, tienen derecho a participar proporcionalmente de la riqueza pública. Sin duda, es un pecado más grave defraudar en esto al gobierno que a una persona particular. Mi chaqueta es mía por ley humana; pero el que me la roba es un ladrón de acuerdo con la ley divina.

Tercero: Al mismo tiempo, hemos de recordar *dar a Dios lo que es de Dios* (v. 21b). Si nuestra bolsa es de César nuestra conciencia es de Dios. Hemos de dar a Dios lo que le corresponde, tanto de nuestro tiempo como de nuestro dinero; de ello ha de participar tanto como el César; pero si las leyes de César se oponen a la ley de Dios, *hemos de obedecer a Dios antes que a los hombres.*

Finalmente: Obsérvese cómo quedaron confundidos con la respuesta de Jesús: *Oyendo esto, se quedaron asombrados, y dejándole se fueron* (v. 22). Se asombraron de su sagacidad en descubrir y evadir la trampa que tan astutamente pensaban haberle tendido. Podría pensarse que debían maravillarse y seguirle; pero no fue así, sino que *se asombraron y le dejaron.* Hay muchos para quienes Jesús es maravilloso, pero no *precioso («de gran valor»;* 1 P. 2:7); admiran Su sabiduría, pero no se dejan guiar por ella. *Se fueron,* como quien se ve avergonzado y emprende una retirada poco gloriosa. Abandonaron el campo de batalla. No se gana nada contendiendo con Cristo (comp. 1 Co. 10:22).

Versículos 23–33

Discusión que Cristo mantuvo con los saduceos acerca de la resurrección. Tan pronto como le dejaron los fariseos, le asaltaron los saduceos. Como decía un predicador contemporáneo, después del ataque de las derechas, viene el ataque de las izquierdas.

I. Oposición de los saduceos a una de las grandes verdades de nuestra fe: *Dicen que no hay resurrección* (v. 23). Por ello, eran gravemente censurados por los escritores de su propio país, como gente baja y de viciadas costumbres. Eran los menos numerosos entre los grupos de su tiempo, pero generalmente pertenecían a la clase alta de la sociedad. Sostenían que no había otra vida que ésta, siendo aniquilada el alma, cuando muere el cuerpo; también sostenían que no existe ningún espíritu, excepto Dios (Hch. 23:8). Notemos una vez más que los fariseos y los saduceos eran enemigos entre sí, pero se aliaban en contra de Cristo.

II. Objeción que presentaron a Jesús contra dicha verdad; estaba basada en el caso supuesto de una mujer que había tenido sucesivamente siete maridos. Dan por supuesto, según la creencia de los fariseos,

que, de existir otra vida después de la resurrección, estarían vigentes en ella las mismas condiciones que en la presente; y al ser esto así, resultaría absurdo el caso de esta mujer, porque, o tendría siete maridos a la vez, o hallaría una tremenda dificultad en escoger uno de ellos, ya fuese el primero (según la cábala judía), ya el último que la tuvo, ya el que ella amó más, o el que vivió más tiempo con ella.

1. Para dar base legal a este caso, citan (v. 24) la llamada ley del *levirato* (del latín *levir* = cuñado. v. Dt. 25:5), según la cual el pariente más próximo debía casarse con la viuda del que había muerto sin descendencia. Era una ley destinada a preservar la distinción de familias con sus correspondientes heredades.

2. El caso era un caso supuesto, sin duda, no real, pues en tiempo de Jesús la práctica se observaba muy raras veces. Ahora bien, el caso supone:

(A) La devastación que, a veces, causa la muerte en una familia, pues barre en poco tiempo a toda una serie de hermanos o hermanas.

(B) La obediencia de estos hermanos a la ley del levirato. A medida que iban muriendo, podemos decir que cada uno que seguía necesitaba demasiado coraje para casarse con la viuda, pero también es verdad que mostraba una rectitud más firme al tomar a pecho la obediencia de la ley de Dios.

(C) *Y después de todos, murió también la mujer* (v. 27). La supervivencia es meramente como la suspensión temporal de una pena. La copa amarga de la muerte pasa de boca en boca y, tarde o temprano, todo ser humano tiene que brindar con ella.

3. A base de este caso, le proponen una duda: *«En la resurrección, pues, ¿de cuál de los siete será ella mujer, ya que todos la tuvieron?* (v. 28). No podrá decir de cuál. Luego, no hay resurrección». Quizás la forma grosera en que los fariseos se imaginaban la vida futura, había inclinado a los saduceos a negar en redondo la verdad misma de la resurrección. Mientras que los herejes niegan la verdad, los supersticiosos en religión les dan pie a los primeros para negarla. Si la verdad brillase siempre en su propia y clara luz, brillaría también su fuerza eficaz para convencer.

III. Respuesta de Jesús a esta objeción.

1. Les reprocha primero su ignorancia: *Estáis en un error* (v. 29a). Están en grave error, a juicio de Cristo, quienes niegan la resurrección a una vida futura. Cristo les reprende con sabiduría y con mansedumbre y (por la razón que fuese) con menos aspereza que la que solía emplear contra los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo. *Estáis en un error por no saber las Escrituras ni el poder de Dios.* La ignorancia es causa del error; quienes están a oscuras, equivocan el camino. Es cierto que, al presente, desconocemos muchos detalles acerca de la forma de la resurrección pues no se ha manifestado todavía lo que hemos de ser (1 Jn. 3:2), pero, gracias a Dios, sabemos que la resurrección futura es un hecho. *No conocían el poder de Dios,* para quien es tan fácil resucitar como crear. La ignorancia, la falta de fe, o la poca fe, acerca del poder de Dios, está en la base de muchos errores entre ellos éste de negar la resurrección de los muertos. Cuando leemos acerca de la existencia del alma y de sus facultades activas durante el estado de separación del cuerpo, estamos inclinados a preguntar: *¿Cómo puede ser eso?* (Jn. 3:9); *si el hombre muere, ¿volverá a vivir?* (Job 14:14). Los hombres vanos y orgullosos, al no acertar a comprender el *cómo,* se atreven, sin más, a negar el *qué.* Por consiguiente, una verdad primordial a la que debemos adherirnos firmemente es la omnipotencia de Dios, que puede hacer todo cuanto quiere; así no quedará lugar para dudar si llevará o no a cabo lo que ha prometido. *No conocían las Escrituras,* las cuales afirman categóricamente la resurrección y el estado futuro, así como la inmortalidad del alma y, por tanto, la existencia de otra vida después de ésta. *Cristo resucitó conforme a las Escrituras, y* nosotros resucitaremos también, conforme a las mismas Escrituras (1 Co. 15:4, 12 y ss.). La ignorancia de las Escrituras es fuente de muchos errores y males.

2. Les rectifica su equivocación, y les corrige las ideas groseras que abrigaban acerca de una resurrección según el concepto de los fariseos (v. 30). No será un estado como el presente: *En la resurrección no se casan* (ellos) *ni son dadas en matrimonio* (ellas), *sino etc.* (v. 30a). En el estado presente, el matrimonio es necesario para ayuda mutua y procreación de descendencia que prolongue la existencia de la raza humana, pero en la resurrección no tiene razón de ser, porque, en el cielo, así como *no habrá muertes* (Ap. 21:4), no habrá necesidad de nacimientos. *Sino que son como los ángeles de Dios en el cielo.* Nótese que no dice que *seremos ángeles,* sino *como los* ángeles en este aspecto de *volver a formar matrimonio como ahora.* Ni aquí ni en ningún otro lugar de la Biblia se nos dice que en el cielo

hayan de desaparecer los afectos legítimos ni el mutuo amor y conocimiento de los creyentes, puesto que la Iglesia—desposada con Cristo a perpetuidad—es esencialmente una comunión fraternal (purificada y perfecta en la gloria), y esta comunión no tendría sentido si no pudiésemos reconocernos allí. Cuando se acabe el tiempo, Cristo pondrá a los pies del Padre el reino mesiánico, para someterse *como hombre* a la sola autoridad de Dios, pero no se despojará ni de su humanidad ni de su condición de Esposo de la Iglesia (v. el comentario a 1 Co. 15:23–28).

IV. El argumento de Cristo para confirmar esta gran verdad. Al ser un tema de tanta importancia, no se contentó con descubrir la falacia sofística de la objeción, sino que respaldó la verdad con un argumento sólido.

1. Este argumento lo sacó de la Escritura: *¿No habéis leído lo que os fue dicho por Dios, cuando dijo etc.* (v. 31). Lo que dice la Escritura lo dice Dios mismo, como se ve claramente en muchas citas en las que se atribuyen a Dios frases que no dijo Él personalmente. Y lo que fue dicho directamente a Moisés, fue dicho también a nosotros; por eso, nos concierne y nos es preciso leer y oír lo que Dios ha dicho, porque lo ha dicho para nosotros. Los últimos profetas tuvieron de la vida futura pruebas más claras y expresas que las de la Ley (v. por ej. Dn. 12:13), porque el foco de la revelación se ensanchaba y clarificaba a medida que el pueblo judío, después del exilio, había aprendido a ver más allá de la tumba y a no conectar la prosperidad material con la rectitud personal (5:45; para todos llueve y para todos sale el sol). Sin embargo, Jesús encuentra un argumento a favor de la resurrección incluso en los escritos de Moisés. Esto nos muestra que hay muchos tesoros en la Biblia que necesitan una labor de profundidad para ser excavados (v. Job 19:23–27, donde la esperanza de la resurrección aparece en el libro más antiguo de la Biblia); son como *el agua de hondura* de Juan 4:11.

2. El argumento es el siguiente: *Yo soy el Dios de Abraham etc.* (v. 32). No era una prueba explícita y, sin embargo, tenía fuerza de argumento contundente. Las consecuencias que se derivan de la Escritura, si es correcta la derivación, deben recibirse como Escritura, pues la Biblia ha sido escrita para personas que tienen uso de razón y pueden comprender lo equivalente que está implícito en sus proposiciones gramaticales. Ahora bien, el hilo del argumento tiende a probar:

(A) Que hay un estado futuro, otra vida después de ésta. Esto lo prueba Jesús por la siguiente frase de Dios: Yo soy el Dios de Abraham, etc. ¡Qué privilegio y qué felicidad tan grande es que Dios sea el Dios de uno! ¡Poder decir: «El Dios omnipotente es *mi* Dios»! El Dios *de* Israel era el Dios *para* Israel, su Bienhechor espiritual y todo-suficiente, un Dios infinito y eterno. El supremo Bien será un perpetuo Bien para los beneficiarios de Su pacto. Es manifiesto que estos hombres buenos *(Abraham, Isaac y Jacob)* no gozaron en *esta* vida de una felicidad tan continua y extraordinaria como para que pueda pensarse que se cumplió *aquí* una expresión tan fuerte como la que Dios pronunció en las palabras que dirigió a Moisés. Estuvieron como extranjeros en la Tierra Prometida; no tuvieron más terreno de su propiedad que un sepulcro, etc. Todo ello les hizo aspirar a ser ciudadanos de otra Patria después de la tumba (He. 11:13–16), pues en cuanto a la vida presente, estaban en condiciones inferiores a las de sus vecinos que no tenían ningún pacto con el Dios verdadero. ¿Qué había en este mundo que les distinguiera de otras gentes ni en una pizca en proporción con la dignidad y excelencia de este pacto? Por consiguiente debe haber con toda seguridad un estado futuro en el que, así como Dios vivirá siempre para recompensar eternamente, así también Abraham, Isaac y Jacob vivirán siempre para ser eternamente recompensados.

(B) Que el alma es inmortal, y el cuerpo resucitará un día para unirse con el alma; si se admite la razón anterior, eso último se sigue como necesaria consecuencia; pero el argumento cobra una nueva fuerza si consideramos el tiempo en que dijo Dios la frase citada. Se la dijo a Moisés cuando lo de la zarza ardiendo, mucho después de la muerte y sepultura de Abraham, Isaac y Jacob. Sin embargo, Dios no dice: *Yo era, o Yo he sido,* sino: *Yo soy el Dios de Abraham, etc.* Ahora bien, *Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos*—concluye Jesús—. Lo cual prueba la inmortalidad del alma en un estado, no de sueño, sino de felicidad consciente (comp. 2 Co. 5:6–8); y esto, a su vez, comporta la resurrección del cuerpo, para que la persona obtenga una felicidad integral.

Finalmente, tenemos el resultado de esta discusión. Los saduceos *fueron reducidos al silencio* (v. 34) y, por consiguiente, avergonzados. Pero *la gente se admiraba de su doctrina* (v. 33), primero, porque era nueva para ellos; tenían escribas incompetentes, de lo contrario, esta doctrina no les habría sonado a nueva; segundo, porque era una doctrina consoladora. Con frecuencia, la verdad cobra nuevo esplendor y produce mayor admiración cuando ha sido ocultada o negada.

Versículos 34–40

I. De nuevo, vuelven los fariseos al ataque; ahora, un ataque combinado contra Cristo: *Oyendo que había hecho callar a los saduceos, se reunieron de común acuerdo* (v. 34), no para darle las gracias en nombre de su partido, ya que había afirmado y confirmado tan eficazmente contra los saduceos una verdad compartida por ellos, sino *por tentarlo* (v. 35), con la esperanza de ganar prestigio al poner en apuro al mismo que había puesto en aprieto a los saduceos. Les molestaba más el que Cristo obtuviese honor que lo que les agradaba el que los saduceos fuesen reducidos al silencio. Este es un ejemplo de la envidia y de la maldad de los fariseos de todos los tiempos, a quienes desagrada el que se defienda una verdad que ellos admiten, cuando es defendida por quien es ellos odian.

II. La pregunta que el intérprete de la Ley hizo a Cristo. Los intérpretes de la Ley eran escribas especializados en el estudio y la enseñanza de la Ley. Como se ve por el relato que Marcos 12:28–34 hace de este incidente, este escriba no hizo la pregunta para tender una trampa a Jesús, ya que Cristo le dijo: *No estás lejos del reino de Dios* (Mr. 12:34), sino para *ponerle a prueba,* en el sentido de saber cómo pensaba y entablar conversación con Él, y satisfacer así su propia curiosidad y la de sus amigos.

1. La pregunta que le hizo a Jesús fue la siguiente: *¿Cuál es el gran mandamiento en la Ley?* (v. 36). Es cierto que hay algunos mandamientos que son fundamentales entre los oráculos de Dios, pues tienen mayor extensión y comprenden conceptos más importantes que otros.

2. Su intento era poner a prueba su opinión más bien que su conocimiento de la Ley. Se trataba de un tema discutido entre los expertos en la Ley. ¿Qué opinaba Jesús? Si daba demasiada importancia a un mandamiento, podían pensar que tenía en poco los demás. La pregunta no ocultaba ninguna mala intención en sí como puede verse; compárese con Lucas 10:25–28, donde aparece que la respuesta era sencilla para quienes no abrigaban prejuicios, aunque fuese complicada para los escribas de espíritu excesivamente crítico. Todos los escribas de buena ley estaban de acuerdo en que el amor a Dios y al prójimo forman un gran mandamiento en el que todos los demás se resumen.

III. Respuesta de Cristo a esta pregunta. Jesús nos presenta como grandes mandamientos, no los que son exclusivos, sino los que son *grandes,* justamente por ser inclusivos de los demás. Obsérvese:

1. Cuáles son estos mandamientos (vv. 37–39): el amor a Dios y al prójimo, que son como la fuente y la base de todos los demás, pues los demás son como una necesaria consecuencia de esos dos.

(A) Toda la Ley se cumple en una sola palabra: *amor* (Ro. 13:8–10). Toda verdadera obediencia procede del amor, y todo lo que no procede de ahí en la vida religiosa, no es correcto ni sirve de nada. El amor es el rey de los sentimientos y, por tanto, como principal baluarte, necesita ser principalmente fortificado y guarnecido para Dios. El ser humano ha sido creado para amar; por eso, la ley escrita en el corazón es *ley de amor*. *Amor* es una palabra corta y dulce; y, si con ella *se cumple la Ley,* seguramente que el yugo del precepto es muy *cómodo* (11:30). En el amor descansa y queda satisfecha el alma; si andamos por este antiguo camino, encontraremos reposo. O como escribió Juan de la Cruz en su *Subida,* al hablar del amor: «Por aquí ya no hay camino, pues para el justo no hay ley».

(B) El *amor a Dios* es el grande y primer mandamiento de todos. Ahora bien, al ser Dios el infinito y eterno bien, y fuente de todos los bienes, debe ser amado en primer lugar y no debe amarse ninguna otra cosa o persona de una manera incompatible con el amor de Dios, y todo debe ser amado por Dios y para Dios. Es cierto que hay que amar a nuestros semejantes *en sí mismos,* pero por el valor que tienen ante Dios y, por tanto, como Dios los ama: Porque poseen el bien (amor de complacencia) o para que lo posean (amor de benevolencia). *Amor* es la primera y gran cosa que Dios nos demanda y, por consiguiente, lo primero y lo mayor que hemos de ofrecerle. Notemos los detalles siguientes:

(a) Hemos de amar a Dios como algo *nuestro: Amarás al Señor tu Dios* (v. 37). Amar a Dios como algo nuestro es amarle porque es nuestro y comportarse con Él como con nuestro Dios, obedeciéndole en todo y dependiendo de Él en todo.

(b) Hemos de amarle *con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con toda nuestra mente* (v. el comentario a Dt. 6:5). Hay quienes opinan que se trata de la misma cosa en tres expresiones: amar a Dios con todo nuestro ser. Otros piensan que el corazón, el alma y la mente representan respectivamente la voluntad, el sentimiento y el entendimiento, las tres facultades que son específicas del ser humano. El hebreo de Deuteronomio 6:5 dice: *corazón, alma y poder;* Marcos 12:30 añade *fuerza* a los tres vocablos

de Mateo y en el versículo 33 refiere que el escriba dijo: corazón, entendimiento y fuerza. Lo más probable es que esta acumulación de vocablos expresa que tanto la fuente interior de nuestra vida como los actos internos y externos de nuestra conducta deben ser dedicados por entero y siempre al servicio amoroso del Señor. Ha de ser un amor sincero, fuerte, constante, singular, superlativo e indiviso; así como no se puede servir a dos señores, tampoco se puede dividir entre los dos el amor. Todo nuestro amor es, aun así, algo demasiado pequeño para lo que nuestro Dios se merece. *Éste es el primero y gran mandamiento;* la obediencia a éste es la fuente de la obediencia a todos los demás; y la obediencia a todos los demás sólo es aceptable cuando fluye del amor.

(C) *Amar al prójimo como a nosotros mismos es el segundo gran mandamiento* (v. 39). Este mandamiento *es semejante al primero* pues así como el primero incluye especialmente a los demás de la primera tabla de la Ley. el segundo incluye a los de la segunda, podemos decir que el primero es *raíz* del segundo y que el segundo es una *evidencia* del primero (v. 1 Jn. 4:20; 5:2). En el amoral prójimo se implica el mandamiento de amarnos a nosotros mismos; hay un amor de sí mismo desordenado y corrompido, que debe ser sometido y mortificado; pero hay un amor de sí mismo correcto y según Dios, que sirve de modelo al correcto amor al prójimo y que es igualmente el fundamento de la esperanza; este amor de sí, que no se cierra sobre el «yo», debe ser preservado y santificado (v. el comentario a 7:12). Este santo amor a nosotros mismos comporta respeto a la dignidad de nuestra naturaleza y un interés legítimo por el bienestar de nuestra alma y de nuestro cuerpo. Está mandado que *amemos al prójimo como a nosotros mismos.* Hemos de honrar y estimar a todos, pues *Dios es bueno para con todos* (Sal. 145:9), y no hemos de injuriar ni perjudicar a nadie, sino hacer todo el bien posible a todos, siempre que se nos presente la oportunidad; más aún, hemos de buscar esas oportunidades. Hemos de amar al prójimo con la misma sinceridad y con el mismo interés con que nos amamos a nosotros mismos; incluso hemos de negarnos a nosotros mismos por el bien de nuestro prójimo.

2. Obsérvese cuál es el peso y la grandeza de estos mandamientos: *De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas* (v. 40). Todos penden, como de un punto de apoyo y seguridad, de la ley del amor; quita este amor, y todo cae por tierra y se desmenuza. El amor es *el camino por excelencia* (1 Co. 12:31), es el espíritu que da vida a la ley, es la raíz y fuente de todas las virtudes, y es el compendio de toda la Biblia, no sólo de la Ley y de los Profetas, sino también del Evangelio. *El amor no caduca jamás* (1 Co. 13:8). Metamos, pues, el corazón en estos dos mandamientos como en un molde, y empleemos todo nuestro celo en la defensa y en la evidencia de su observancia, no en controversias necias y vanas palabrerías (2 Ti. 2:16; Tit. 3:9). ¡Que todo lo demás se rinda e incline al poder imperioso de la ley del amor!

Versículos 41–46

Fariseos y saduceos habían asediado a preguntas a Jesús, pero ahora es Él quien les hace una pregunta *estando reunidos* ellos (v. 41). Seguramente les sorprendió juntos en conjura contra Él. Dios se complace en confundir a sus enemigos cuando ellos tratan de reunir contra Él todas sus fuerzas (Sal. 2:1–4). Les da toda la ventaja que puedan desear, para derrotarlos con más evidencia.

I. Cristo les hace una pregunta muy fácil de contestar, por tratarse de algo muy elemental: *¿Qué opináis del Cristo? ¿De quién es hijo?* (v. 42). Así que no necesitaron pensar mucho para decirle: *De David.* La perífrasis corriente de *Mesías* era *el Hijo de David,* y así le llamaban con frecuencia. *¿Qué opináis del Cristo?* Ellos le habían hecho muchas preguntas acerca de la Ley, pero Él les hace una acerca de la promesa. Hay muchos tan llenos de la Ley, que se olvidan de Cristo, como si el cumplimiento de la Ley pudiera salvarles sin los méritos y la gracia de Cristo. Cada uno debemos preguntarnos seriamente: ¿Qué pienso yo de Cristo? (v. también 16:15). Algunos no se paran a pensar nada de Cristo, otros tienen de Él un concepto vil o poco amistoso; pero *para los creyentes es de gran valor* (1 P. 2:7); *todo Él es un encanto* (Cnt. 5:16).

II. A raíz de la respuesta de ellos, Jesús les propone una dificultad que no podrían resolver fácilmente (vv. 43–45). Hay muchos que pueden fácilmente afirmar una verdad, tanto que llegan a jactarse de conocerla perfectamente; pero cuando se les pide una demostración, muestran una ignorancia suficiente para dejarlos en ridículo. La objeción que Cristo les propuso es la siguiente: *¿Pues cómo David en el*

Espíritu (movido por el Espíritu Santo) *le llama Señor?* (v. 43). No les dijo esto para tenderles una trampa, como ellos le hacían a Él, sino para instruirles.

1. Para demostrar que David, inspirado por Dios, llamó *Señor* a Cristo, les cita Salmos 110:1, que los escribas mismos interpretaban como referente al Mesías. Este salmo es un compendio profético de los oficios del Mesías: Profeta, Sacerdote y Rey. Cristo cita el vers. completo que muestra al Redentor en su estado de exaltación, *sentado a la derecha de Dios y* con la promesa de que *sus enemigos serán puestos por estrado de sus pies.* Estar *sentado* es símbolo de descanso (v. He. 10:12) y de poder; *a la derecha de Dios* denota un honor y un poder superlativos, únicos; teniendo *por estrado de sus pies* a sus enemigos; bajo sus pies estarán todos cuantos no han querido acogerse a sus brazos. Pero el objetivo primordial de la cita es mostrar que *el Señor (Jehová* en el hebreo) *dijo a mi Señor* (*Adoní* en el hebreo).

2. No resulta fácil para quienes niegan la divinidad del Mesías, librarse de esta dificultad, si Cristo es hijo de David. *Pues si David le llama Señor, ¿cómo es hijo suyo?* (v. 45). Resulta evidente y así lo hemos de afirmar y defender que Jesús es *Señor de David* y, por tanto, Dios, así como que es *hijo de David y,* por tanto, hombre.

III. A continuación vemos el éxito que tuvo Cristo al poner a prueba a los fariseos con una pregunta hecha de buena intención:

1. Los avergonzó: *Nadie le podía responder palabra* (v. 46a). La clave para resolver la dificultad era simplemente reconocer que Cristo era Dios-Hombre. Y esto, o lo ignoraban por su ceguera, o no querían admitirlo por su impiedad. Él no quiso explicárselo a ellos expresamente, sino que reservó esta declaración para cuando hubiese resucitado de entre los muertos.

2. Les hizo callar a ellos, y a todos los demás que buscasen ocasión para tentarle: *Y nadie se atrevió desde aquel día a preguntarle más* (v. 46b). Hay muchos que quedan convictos, pero no convertidos, por la Palabra. Si estos fariseos se hubiesen convertido habrían preguntado más cosas a Jesús, y en especial le habrían hecho la gran pregunta: *¿Qué debo hacer para ser salvo?* (Hch. 16:30). Pero, como no llegaron hasta ese punto, ya no quisieron tener nada que ver con Él.

CAPÍTULO 23

En este capítulo, Cristo lanza las más violentas diatribas contra los hipócritas escribas y fariseos, y termina con un patético lamento sobre Jerusalén.

Versículos 1–12

No encontramos a Cristo, en toda su predicación, tan severo con ninguna clase de gente como con estos escribas y fariseos. Sin embargo, éstos eran idolatrados por el pueblo, hasta el punto de que la gente creía que, aunque sólo dos hombres fuesen al Cielo, uno de los dos habría de ser fariseo. Ahora bien, Cristo dirige el presente discurso a *la gente y a sus discípulos* (v. 1), para hacerles caer en la cuenta del común error acerca del verdadero carácter de los escribas y fariseos. Es muy conveniente conocer el verdadero carácter de las personas, para que no nos dejemos influir por los títulos, nombres y pretensiones de poder. Incluso los discípulos necesitaban esta advertencia, porque los hombres sencillos son propensos a quedar fascinados por las pomposas apariencias.

I. Cristo no niega la legitimidad del oficio que los escribas y fariseos desempeñan como expositores de la Ley: *En la cátedra* (He aquí viene la expresión: «Hablar *ex cáthedra») de Moisés están sentados los escribas y fariseos,* como maestros públicos y expositores autorizados de la Ley. Eran como un cuerpo de jueces, pues el enseñar comportaba juzgar, explicaban el sentido de la Ley y la aplicaban a los casos particulares. En este sentido, eran como los *sucesores* de Moisés, así como el sumo sacerdote era el sucesor de Aarón; ni Cristo ni Pablo (Hch. 23:5) negaron la legitimidad de autoridades civiles y religiosas. A pesar del malvado carácter personal de quienes ostentaban el oficio. *Moisés tenía en cada ciudad quien lo predicase en las sinagogas* (Hch. 15:21). Era, pues, un oficio legítimo, justo y honorable,

pues era necesario que hubiese personas de las que el pueblo pudiese *inquirir la Ley*. Hay muchos lugares legítimos, ocupados por malas personas. No es el *asiento* el que de verdad honra a la persona, pero sí hay personas que deshonran el asiento. Por consiguiente, no hay motivo para condenar y abolir oficios y autoridades útiles, por el hecho de que, con frecuencia, caigan en manos de hombres malos que abusan de su autoridad. De aquí infiere Cristo: *Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo* (v. 3). En tanto en cuanto *se sientan en la cátedra de Moisés;* es decir, leen y predican la ley que fue dada por medio de Moisés se les debe escuchar y hay que observar lo que enseñen. Cristo quería que el pueblo hiciese uso de los medios que los expositores les proporcionaban para entender las Escrituras y obrar en consecuencia. Con tal de que los expositores ilustrasen el texto, *poniendo el sentido* (v. Neh. 8:8), y *no invalidasen el mandamiento de Dios* (15:6), se les debía escuchar y obedecer. No debemos pensar mal de las buenas verdades por el hecho de que sean proclamadas por ministros indignos, ni de las buenas leyes porque sean ejecutadas por malos magistrados. Es de desear que nos venga el alimento de Dios por medio de *ángeles* pero si Dios nos lo envía por medio de *cuervos* (1 R. 17:4; 19:5) será igualmente bueno y sano; hemos de tomarlo y dar gracias a Dios por él.

II. Después de exhortar a la gente y a sus discípulos a que observasen lo que enseñaban los escribas y fariseos, Jesús condena la conducta personal de los líderes religiosos y dice: *Mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen* (v. 3b). Así como no debemos tragarnos doctrinas corrompidas en atención a ciertas prácticas laudables de quienes las enseñan, así tampoco debemos imitar los malos ejemplos en atención a las doctrinas plausibles de quienes no obran en consecuencia con lo que enseñan. En los versículos siguientes Jesús especifica algunos detalles de los malos ejemplos de escribas y fariseos, a fin de que la gente no les imite. El pecado radical de dichos líderes era la hipocresía. De cuatro cosas les inculpa Jesús en estos versículos:

1. De inconsecuencia: *Dicen, y no hacen* (v. 3b). Enseñan lo que es bueno, con la Ley en la mano, pero su conducta es una mentira que oscurece la verdad. No hay pecadores tan malos y tan inexcusables como los que cometen pecados iguales (o mayores) que los que condenan en otros o enseñan a otros a evitarlos. Esto atañe de un modo especial a los ministros de Dios indignos porque ¿qué mayor hipocresía puede haber que predicar e imponer a otros lo que ellos mismos no creen o no observan, demoliendo en la práctica lo que construyen en la predicación? A veces predican tan admirablemente, que da pena que salgan del púlpito, pero viven tan mal, que es una pena el que entren en él; son como campanas que llaman a todos al culto, pero ellas se quedan fuera; o como piedras miliares que dicen a los que viajan la distancia que les separa de las ciudades, pero ellas se quedan quietas al borde del camino. Es aplicable a todos los que dicen y no hacen; a los que hacen profesión excelente de la fe cristiana, pero no se ajustan en su vida a tal profesión; gente de mucha labia y de pocos hechos.

2. De severidad: *Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres* (v. 4a). No sólo insistían en los detalles más minuciosos de la Ley, sino que imponían, bajo las penas más severas, sus propias tradiciones y normas que se inventaban. Les gustaba hacer ostentación de su autoridad y ejercitar su señorío sobre el pueblo. Pero véase su hipocresía en lo que sigue: *Pero ellos ni con un dedo quieren moverlas* (las cargas que imponían a los demás). Urgían al pueblo a guardar estrictamente ciertas normas religiosas a las que ellos mismos rehusaban someterse. Daban pábulo a su orgullo e imponían leyes a otros, pero buscaban su propia comodidad esquivando el cumplimiento de sus deberes. Cargaban el peso sobre los demás, pero ellos no ponían ni siquiera un dedo para llevar algo de la carga y aliviarla así a los demás (contra Gá. 6:2).

3. De ostentación religiosa sin realidad interior: *Hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres* (v. 5a). Hemos de hacer buenas obras, *de modo que,* quienes las ven, den gloria a Dios; pero no hemos de publicar nuestras buenas obras *para que,* quienes las ven nos glorifiquen a nosotros (5:16; 6:1). Su único objetivo era ser alabados de los hombres y, por ello, todo su esfuerzo iba dirigido a ser vistos por ellos. La *forma* de la piedad les daba buen nombre para llevarse *buena vida,* pues eso era lo que deseaban y, por ello, no tenían interés en la *eficacia* de la piedad que se requiere para una *vida buena* de verdad. El que todo lo hace para ser visto, de eso sólo queda provisto. Acerca de este punto, Jesús especifica dos aspectos de dicha ostentación farisaica:

(A) *Ensanchan sus filacterias.* Éstas consistían en cuatro tiritas de cuero en las que estaban escritos respectivamente Éxodo 13:2–11; Éxodo 13:11–16; Deuteronomio 6:4–9 y Deuteronomio 11:13–21. Metían estas tiras en pequeñísimas cajas de cuero y las sujetaban a una tira de cuero que se ponían

alrededor de la frente, y otra filacteria semejante se ponían, usando una sola cajita más pequeña, los saduceos en la mano (entendiendo lit. Dt. 6:8), y los fariseos en el brazo izquierdo *junto al corazón* (entendiendo así Dt. 6:6). Venían, pues a ser una especie de *amuletos* (éste es uno de los significados de la palabra *griega filacteria* = un objeto que protege), ya que pensaban que poseían un efecto casi mágico o *ex ópere operato*, según la expresión catolicorromana para designar la eficacia objetiva de los sacramentos. Ahora bien, los fariseos ensanchaban estas cintas para aparecer como más santos, más estrictos cumplidores y celosos de la Ley que los demás. Es una ambición legítima la de emular a otros en la práctica de la virtud, pero es una ambición vana y orgullosa la de superar a otros en la apariencia de la virtud.

(B) *Alargan los flecos de sus mantos.* Dios ordenó a los hijos de Israel que se hicieran franjas en los bordes de sus vestidos rematadas en un cordón azul (color celeste), que les sirvieran de *flecos* recordatorios de los mandamientos de Jehová (Nm. 15:37–40) y de que eran el pueblo de Dios. Pero los fariseos no se contentaban con llevar franjas de la misma largura que los demás, sino que las alargaban para que se viesen mejor y aparecer así como más religiosos que los demás. Jesús mismo usó estos flecos (9:20; 14:36).

4. De ambicionar puestos de honor y de superioridad, signo de orgullo y de autosuficiencia, pecado original de Adán y de todos sus descendientes (vv. 6–7). Siempre buscaban los puestos de mayor honor y respeto. Los *primeros asientos en las cenas (o banquetes)* eran los más cercanos al anfitrión, en cuyo pecho descansaba su cabeza el invitado que se reclinaba a su derecha (Lc. 16:22; Jn. 13:23–25). *Las primeras sillas en las sinagogas* eran las situadas al frente, las más cercanas al lugar en que se guardaban los rollos de la Ley. Notemos que Jesús no condena el ocupar los primeros puestos (alguien tiene que ocuparlos) sino el *gusto*, la codicia, el ostentar en todo la preeminencia, pues eso equivale a idolatrar el «yo», la peor forma de idolatría. Esa ambición era mala en todo lugar, pero especialmente en las sinagogas. Buscar el propio honor precisamente en el lugar en que ha de darse a Dios toda la gloria, y donde debemos humillarnos ante Él, es burlarse de Dios en vez de rendirle culto. Cuando alguien no se interesa mucho por ir al culto a no ser para «figurar» y ostentar *lujoso atavío* (1 P. 3:3), se puede calificar de orgullo e hipocresía más bien que de sincera piedad.

Los escribas y fariseos codiciaban señales de honor y respeto: *Ser saludados efusivamente (o aparatosamente) en las plazas* (lugares amplios y frecuentados) y *que los hombres los llamen: Rabí, Rabí* (v. 7). El gusto por recibir saludos aparatosos y sombrerazos circulares, mientras se pasa «vestido de arlequín, y reparten sonrisas de ebrio»—como escribía un predicador catolicorromano de sus propios jerarcas—denota una ostentación de superioridad en que el «yo» queda engrandecido sobremanera. Los *saludos* no les habrían sabido tan dulces si los hubiesen recogido en las calles estrechas, sino que habían de dejarse ver en las anchas avenidas donde todos pudiesen ver cuánto se les respetaba y qué alta era su posición en la opinión del público. Es un honor para el que aprende la Palabra de Dios el respetar debidamente a quien se la enseña, pero es una abominación en el que enseña el codiciar y demandar honores de parte de los que aprenden; y el maestro que se comporta de esa manera, necesita, en vez de ponerse a enseñar aprender la primera lección, que es la humildad, en la escuela de Cristo. Por eso, Jesús amonesta a sus discípulos a que no sean así.

5. En efecto, Jesús les da ahora a sus discípulos una hermosa lección sobre la humildad, prohibiéndoles usar títulos que impliquen dominio y superioridad sobre otros (vv. 8–10). *Rabí* es una palabra hebrea que equivale a «doctor» y etimológicamente indica superioridad, algo así como el latín *magister* viene de *magis* = más en este sentido, como dice Broadus, podría equivaler a «Su Excelencia» o «Su Alteza» (más alto aún: «Su Eminencia»). No es el título lo que Jesús reprueba (v. Jn. 3:10, donde la versión hebrea dice *«rabbán»* = gran rabí o doctor), sino el espíritu de orgullo y ostentación de autosuficiencia, así como el codiciar obtener distinciones especiales de parte de los demás hermanos creyentes y de la gente en general. Aspirar a tales distinciones va contra el espíritu de sencillez del Evangelio. *Maestro* es, en el original, *kathegetés* (guía o líder). Sólo hay un Guía y Capitán de nuestra fe y salvación que es Cristo, pero eso no obsta a que en la Iglesia haya *egouménoi* (He. 13:17, un término de la misma raíz que *kathegetés)* o líderes subalternos, sometidos enteramente a Cristo, a Su Palabra y a su Espíritu, pero autorizados por Dios mismo para guiar y enseñar a sus hermanos en un ministerio que es esencialmente un *servicio* a la Iglesia. Lo mismo digamos del término *maestro* en el *rabí* del versículo 8, donde el original tiene *didáskalos*, que es precisamente el término que Pablo usa para designar la cualidad más prominente del *pastor* espiritual (Ef. 4:11; Ro. 12:7; 1 Co. 12:28, 29; Tit. 1:9), así como Lucas (Hch.

13:1) entre los oficiales más prominentes de la congregación. Las razones que Jesús da para huir de la ostentación en estos títulos son:

(A) *Uno solo es vuestro Maestro, el Cristo* (vv. 8, 10). No hay otro maestro, con autoridad propia, sino Cristo. Los ministros de Dios son únicamente ujieres o bedeles en la escuela del Señor.

(B) *Todos vosotros sois hermanos.* Hermanos, y condiscípulos en la escuela del único Maestro con mayúscula. Por ser condiscípulos los creyentes deben ayudarse mutuamente en el aprendizaje de las lecciones del Señor; por ser hermanos, deben mostrar el interés y el afecto que es propio de los miembros de una misma familia. No puede permitirse que un discípulo ocupe el asiento del maestro, ni que un hijo usurpe la vara del padre. Tampoco deben dar esos títulos a otras personas: *Y no llaméis padre vuestro* (espiritual) *en la tierra a nadie;* no hagáis de nadie un «padre» de vuestro espíritu. Sólo Dios es *el Padre de los espíritus* (He. 12:9). Nuestra vida espiritual no puede derivarse ni depender de ninguna persona humana ni podemos colgar nuestra fe de la manga de un señor que no sabemos adónde la va a llevar. Pablo se llama a sí mismo *padre* (1 Co. 4:15; Flm. v. 10), pero no usa el título para indicar autoridad, sino ternura; por eso habla de *hijos amados* (1 Co. 4:14, 17), no *obligados.* ¡Cuán contrarias al mandato de Cristo y al espíritu del Evangelio son las expresiones «Padre Santo» dado al supremo jerarca de la Iglesia Católica (comp. Jn. 17:11) «Papa» = padre superior (gr. *pappos* = abuelo), «Abad» del hebreo *abbá* = padre (comp. Ro. 8:15), el «pope» con que se designa en la Iglesia Ortodoxa a cualquier sacerdote, y el «Reverendísimo Padre en Dios» con que, a veces, se llama a un obispo en la Iglesia Anglicana.

(C) *Uno solo es vuestro Padre, el que está en los cielos* (v. 9). De Él se deriva, como de su primera fuente, la vida de todos los seres (Gn. 2:7), y de Él depende, en todo momento, nuestra vida: *Él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas* (Hch. 17:25). Por eso, Jesús nos enseñó a orar diciendo: *Padre nuestro, etc.*, lo cual expresa, no sólo que Dios es nuestro *Padre,* sino que todos somos *hermanos.*

(D) Finalmente, Cristo nos da un precepto de humildad y mutua sumisión (comp. Ef. 5:21, como consecuencia lógica de *la plenitud del Espíritu* del v. 18): *El mayor de vosotros, será vuestro servidor* (v. 11). Puede tomarse: (a) Como una promesa: «El más sumiso y servicial, será el mayor en el favor de Dios»; (b) Como un precepto (éste es el sentido primordial): «El que haya sido promovido a un puesto de dignidad y autoridad, ha de ser el servidor de los demás». El más alto en la Iglesia no es un «señor que domina» (1 P. 5:3), sino un *ministro* (del latín *minus* = menos) que sirve a otros, que se humilla como Jesús (Jn. 13:3–17; Fil. 2:5 y ss.), que se hace de menos, abajándose para que los demás puedan subir. Jesús da para ello una buena razón en el versículo 12. Veamos allí:

Primero: El castigo que amenaza a los soberbios: *Cualquiera que se ensalce a sí mismo, será humillado.* Si Dios nos ha convencido de pecado y nos ha dado la gracia del arrepentimiento, no podremos sino estar muy bajos a nuestros propios ojos, y aborreceremos la miseria inmensa que somos. Si no nos abajamos y arrepentimos, tarde o temprano seremos humillados, incluso en esta vida y a la vista de todos.

Segundo: La exaltación prometida a los humildes: Y *cualquiera que se humille a sí mismo, será ensalzado* (v. también 1 P. 5:6). Ya en este mundo, el humilde tiene el honor de gozar del favor de Dios y de la estimación de las personas buenas y prudentes, así como la cualificación mejor para ser llamado, con frecuencia, a prestar los servicios más honorables; porque el honor es como la sombra, que huye de los que la persiguen, y sigue a los que huyen de ella. Y, sobre todo, los que se han humillado ante Dios con fe en Él y sincera contrición por sus pecados, serán exaltados en el otro mundo hasta heredar un trono de gloria.

Versículos 13–33

En estos versículos tenemos ocho *ayes* (en lugar de las ocho bienaventuranzas de 5:3 y ss.) que Jesús dirige contra los escribas y fariseos, como ocho truenos o relámpagos, semejantes a los del Sinaí. Estos *ayes* son tanto más notables cuanto que provienen del mansísimo Jesús, el cual vino para bendecir y a quien siempre agradó bendecir incluso cuando le maldecían (1 P. 2:23), pues Él era el *Cordero de Dios,* manso por naturaleza (Is. 53:7); pero cuando *la ira del Cordero* se enciende (Ap. 6:16) ¡cuán grave ha de ser la causa, y cuán terrible el castigo!

La *carga* de este oráculo de Jesús es una carga muy pesada («carga», en hebr. *massá*, que nuestra RV traduce por *oráculo,* Isaías 13:1; o *profecía,* Isaías 17:1; indica un mensaje de amenaza o de precepto): *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!* (7 veces en esta forma); *¡Ay de vosotros, guías ciegos!* (1

vez en esta forma). En efecto, la hipocresía era el pecado radical de los escribas y de los fariseos y, por eso, el que mejor les caracterizaba. *Hipócrita* significa, en griego, *comediante* (en su acepción), porque el que es un hipócrita desempeña un papel ajeno a su verdadera personalidad, por muy buen actor que sea; y cuanto mejor actor, mayor comediante, peor hipócrita. Cada uno de estos *ayes* de Jesús lleva consigo una razón aneja, la cual justifica el juicio que Jesús profiere; porque los ayes o maldiciones de Jesús nunca son sin motivo. Los escribas y fariseos:

I. Eran enemigos acérrimos del Evangelio de Cristo y, por tanto, de la salvación de las almas: *Porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres* (v. 13). Cristo vino para abrir el reino de los cielos, a fin de que los hombres llegasen a ser súbditos de dicho reino; por tanto, los escribas y fariseos que se sentaban en la cátedra de Moisés y pretendían tener en sus manos la llave del conocimiento, estaban obligados a contribuir a la obra de Jesús. Si sabían exponer a Moisés y los profetas, debían enseñar al pueblo que Moisés y los profetas habían dado testimonio de Cristo (v. Jn. 5:39–47). De esta manera, habrían cooperado grandemente a tan magna obra, y servido de ayuda para la salvación de miles de almas; pero, en lugar de hacerlo así, estaban cerrando las puertas del reino de los cielos, ya que ponían todo empeño posible en producir y alimentar en las mentes de los hombres toda clase de prejuicios contra Cristo y su doctrina.

1. *Pues ni entráis vosotros, etc.* (v. 13b). ¡Oh, no! Eran demasiado orgullosos como para abajarse a tener el recto concepto del estado de humillación de Jesús: *¿Acaso ha creído en Él alguno de los gobernantes o de los fariseos?* (Jn. 7:48). No les gustaba una religión que insistía tanto en la humildad. La puerta que da acceso al reino de los cielos es el arrepentimiento (3:2; 4:17; Mr. 1:15), y no había nada tan desagradable para los fariseos como el arrepentimiento. Por eso, *no entraban ellos;* pero no era eso solo.

2. *Ni dejáis entrar a los que están entrando.* Mala cosa es alejarse de Cristo, pero todavía es peor alejar a otros de Él. El hecho mismo de que ellos no entrasen, ya era un obstáculo para muchos pues grandes multitudes rechazaron el Evangelio por el solo hecho de que los líderes lo rechazaron. Se oponían a que Jesús conversase con pecadores (Lc. 17:39) y a que los pecadores conversasen con Jesús; y emplearon toda su astucia y su poder para crear una atmósfera maligna contra Él, así *cerraban a otros el acceso al reino de los cielos, que sufre violencia* (11:12). y hay que *esforzarse para entrar en él* (Lc. 16:16).

II. Hacían de la religión y de la forma de piedad un pretexto y una máscara para encubrir su codicia (v. 14). Obsérvese acerca de este punto:

1. Cuáles eran sus prácticas perversas: *Devoráis las casas de las viudas,* al hacer el papel de administradores de sus bienes, ya que las viudas no tenían marido que las representase en los negocios (comp. Lc. 18:3; Hch. 6:1; Stg. 1:27). De esta forma, al abusar de su prestigio se insinuaban como protectores de las viudas, ganándoles el afecto y la confianza y haciendo de ellas fácil presa para enriquecerse ellos mismos. Sin duda que lo hacían al pretender encontrar en la misma Ley fundamento para ello; así, no sólo no eran censurados, sino que eran recomendados.

2. Cómo cubrían a maravilla estas depredaciones: *Como pretexto hacéis largas oraciones.* Algunos escritores judíos dicen que había quienes dedicaban tres horas (incluso tres veces al día) seguidas en meditaciones y oraciones formalistas. Con esto, se recomendaban a sí mismos como verdaderos «santos», dignos de la mayor confianza. Cristo no condena aquí las largas oraciones, pues Él mismo pasaba noches enteras en oración. Son tantos los favores que hemos de agradecer a Dios, tantas las necesidades por las que suplicar y tantos los pecados que le hemos de confesar, que no hay oración demasiado larga para todos estos aspectos, pero las oraciones largas de los fariseos eran un mero *pretexto,* con las que cubrían sus depredaciones, y pasaban por hombres piadosos, ocupados en la oración, favoritos del cielo, etc., de tal modo que parecía imposible que tales hombres pudiesen engañar a nadie. Así, mientras aparentaban volar rápidos al Cielo, sobre las alas de la oración, sus ojos, como el de la cometa, estaban siempre puestos en alguna presa de la tierra: la casa o la hacienda de alguna viuda de las que poder apropiarse. No es nada nuevo el que la forma más ostentosa de piedad sirva de pretexto a las mayores atrocidades.

3. La sentencia que Cristo profiere contra ellos: *por esto recibiréis mayor condenación.* Precisamente estas exterioridades religiosas con las que cubrían sus pecados, los agravaban de tal forma que por ello habían de recibir *mayor condenación.* Esta expresión, como otras (v. Jn. 19:11) es una prueba de que, así

como en el Cielo habrá diferentes grados de recompensa, en el Infierno habrá distintos grados de castigo; todo lo cual reviste grandísima importancia en la práctica, tanto para el incrédulo como para el creyente.

III. No sólo cerraban las puertas del reino de los cielos para sí y para otros, sino que *recorrían el mar y la tierra para hacer un prosélito* para su propio prestigio (v. 15). Vemos:

1. Su encomiable laboriosidad en hacer prosélitos para la religión judía; por ganar uno solo, recorrían mares y tierras. Pero ¿con qué objeto? No por la gloria de Dios, ni por la salvación de las almas, sino para ganar prestigio personal. Hacer prosélitos, si es para la verdad y la piedad sincera y con recta intención, es una obra magnífica. Es tal el valor de una sola alma, que ningún precio ha de considerarse demasiado alto, ningún esfuerzo demasiado penoso, por salvarla de la muerte eterna. La laboriosidad de los fariseos en ganar prosélitos para su propio prestigio debería avergonzar a los que se quedan indiferentes ante la perdición de las almas y habrían de actuar con la misma laboriosidad, pero sobre una base correcta. Por otra parte, es una pena que muchas denominaciones e iglesias cristianas pongan mayor empeño en reclutar «prosélitos» para adquirir prestigio de congregaciones numerosas, que en dirigir simplemente a las almas a la conversión y al seguimiento de Cristo.

2. Su maldita impiedad en el modo de obrar con los prosélitos que hacían: *cuando llega a serlo* (prosélito) *le hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros.* Les llama *hijos del infierno,* por su arraigada oposición al reino de los cielos, que era la característica de los fariseos. Los malos prosélitos suelen ser los peores fanáticos. Estos discípulos superaban en maldad a sus maestros en dos aspectos: (A) En su afición a las ceremonias, ya que retenían ordinariamente lo peor de la condición antigua y adquirían lo peor de la nueva; es decir, la mera exterioridad de los cultos; las cabezas débiles suelen admirar demasiado la ostentación ceremonial que las personas sesudas tienen en poco; (B) En su furia contra el cristianismo. Así vemos que Saulo, antes de convertirse, estaba *enfurecido sobremanera contra ellos* (los creyentes; Hch. 26:11), mientras que su maestro Gamaliel adoptaba una actitud muy moderada con respecto a los discípulos de Jesús (Hch. 5:34–39).

IV. Inducían a la gente a graves errores, en particular acerca de los votos y juramentos, cosa sagrada en todas las naciones. Cristo llama aquí a los escribas y fariseos *guías ciegos* cuando tenían sobre sí la responsabilidad de tantas personas sobre las que ejercían una influencia decisiva.

1. Jesús expone primero la doctrina que ellos enseñaban. Distinguían entre *jurar por el Templo y jurar por el oro del Templo; jurar* por *el altar y jurar por la ofrenda que está sobre el altar;* dejaban en libertad por lo primero, y obligaban por lo segundo. En esto podía verse una doble maldad: (A) Dispensar de la obligación de cumplir una promesa hecha con juramento, lo cual era contrario totalmente a la Palabra de Dios, por jugar sacrílegamente con algo tan sagrado; (B) Dar preferencia al oro y a la ofrenda sobre el Templo y el altar respectivamente, a fin de animar a la gente a traer ofrendas para el servicio del altar, y oro para el tesoro del Templo, con lo que ellos podían obtener ganancias sustanciosas.

2. Jesús muestra lo insensato y absurdo de tal distinción (vv. 17–19). A fin de convencerles de su insensatez, les llama a cordura y les dice: *¿Qué es mayor, el oro o el templo que santifica al oro …; la ofrenda, o el altar que santifica a la ofrenda?* Parece ser que el juramento por el templo y por el altar se usó con demasiada frecuencia hasta ser tenido en poco; entonces se inventó un nuevo juramento, el cual, al ser más nuevo, parecía más obligatorio. Pero Jesús les arguye que lo que tienen de sagrado el oro del templo, como la ofrenda sobre el altar, y lo que, por tanto, da firmeza al juramento, es respectivamente el templo y el altar.

3. Jesús rectifica el error que padecían (vv. 20–22) y les hace ver que todos los juramentos antes existentes y los por ellos inventados, tenían por raíz la santidad del nombre de Dios, por la que cualquier cosa sagrada tenía firmeza obligatoria. El Templo con todos los accesorios, estaba dedicado al servicio de Dios; el altar, con todo lo que se ofrecía sobre él, estaba consagrado a Dios. Sobre el Templo moraba la *shekinah* o presencia visible de la gloria de Dios en medio de Su pueblo, como en el Cielo tiene Dios Su trono desde el cual rige el Universo. En realidad, todo aquello donde se manifiestan el poder y la providencia de Dios, es algo sagrado; no se debe jurar por *nada;* pero, si hay necesidad de jurar ante los tribunales, etc., hay que cumplir lo jurado (5:33–37). Así *dice Jehová: El Cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies* (Is. 66:1).

V. Eran muy estrictos y meticulosos en los aspectos menos importantes de la Ley, pero despreocupados respecto de las materias más importantes (vv. 23–24). La obediencia sincera es *total* y universal, y el que obedece a un precepto divino desde un punto de vista correcto, obedecerá igualmente todos los preceptos. Esta mentalidad deformada de los escribas y fariseos aparece aquí en dos ejemplos:

1. Observaban los deberes pequeños (por llamarlos así) y descuidaban los grandes; eran muy puntillosos en pagar *el diezmo de la menta, del eneldo y del comino,* todo lo cual les costaba poco hacerlo y, sin embargo, la estricta observancia de estas menudencias les proporcionaba gran prestigio. El fariseo de Lucas 18:12 se jactaba diciendo: *Doy diezmos de todo lo que gano,* como quien da a Dios más de lo debido. Era un deber pagar los diezmos, y Cristo asegura que eso no debía omitirse. Todos según sus posibilidades y la forma en que el Señor les haya prosperado (1 Co. 16:2), deben contribuir al culto de Dios y al mantenimiento de sus ministros. *Los que son instruidos en la palabra, y no hacen partícipes de toda cosa buena a quienes les instruyen* (Gá. 6:6) y buscan así un Evangelio demasiado barato, se portan en esto peor que los fariseos. Pero lo que Cristo les reprocha aquí es que *omiten lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe.* Todo lo que se contiene en la Ley de Dios tiene su peso, pero lo más importante es lo que expresa la santidad interior del corazón: la *justicia* en las relaciones sociales con el prójimo, la *compasión* para con el desvalido (comp. Stg. 1:27) y la *fe,* fidelidad a Dios practicada en una conducta humilde delante de Dios (Mi. 6:8). Ésta es la *obediencia que es mejor que el sacrificio* o el diezmo (1 S. 15:22). También la misericordia es preferible a los sacrificios (Os. 6:6). Por otra parte, la fe, en su sentido más amplio, es el fundamento de todas las demás cualidades éticas (2 P. 1:5–7).

2. Evitaban los pecados menores pero cometían los más graves (v. 24). *Guías ciegos* los había llamado antes (v. 16), por su doctrina corrupta; ahora los llama así por su conducta corrupta. Eran ciegos, al carecer del discernimiento necesario para dar mayor importancia a lo de mayor peso y volumen: *Coláis el mosquito, y os tragáis el camello.* En lo tocante a la doctrina, colaban los mosquitos para dar doctrina «pura» (comp. Am. 6:6), urgiendo a observar las tradiciones de los ancianos y en la práctica colaban los mosquitos, y eran aparentemente tan timoratos, que sólo se creían santos cuando habían pagado el diezmo de las hierbas más insignificantes; pero se tragaban el camello cuando dejaban de cumplir los mandamientos de Dios y lo *que Dios demanda de cada uno* (Mi. 6:8). En efecto, entre lo que ellos cumplían y lo que dejaban de cumplir había mayor diferencia que entre un mosquito y un camello. Cristo no reprueba la delicadeza de una conciencia pura que cuela el mosquito, pues todo precepto de Dios es importante (Stg. 2:10), sino la laxitud de la conciencia cauterizada que se traga el camello.

VI. Sólo se preocupaban por lo exterior, y descuidaban lo interior, de la piedad. Esto lo ilustra Cristo por medio de dos semejanzas.

1. Los compara a una vasija, bien lavada y limpia por fuera, pero sucia completamente por dentro (vv. 25–26). Ahora bien, ¡qué necedad tan grande sería la de una persona que limpiase bien el exterior de un vaso o de una copa, que es lo que se ve desde fuera, y dejase sucio el interior, que es lo que se usa! Así obran quienes procuran evitar únicamente los pecados que pueden ofender a otros y causar desprestigio a sí mismos, pero tienen el corazón lleno de toda clase de suciedad, lo cual les hace odiosos a los ojos purísimos del Dios tres veces santo. Con respecto a esto, obsérvese:

(A) La práctica de los fariseos, que limpiaban el exterior. En todo lo que podía ser observado por sus prójimos, eran muy exactos; la gente los tenía generalmente por muy buenas personas pero *Por dentro estaban llenos de rapiña y de intemperancia.* Esto significa, con la mayor probabilidad que el contenido del vaso y del plato (bebida y comida) eran fruto de la *extorsión; y* el estar llenos el vaso y el plato era señal de *intemperancia (gr. akrasía* lo opuesto a *enkráteia* = dominio propio; Gá. 5:23; 2 P. 1:6). Aparecían como piadosos en extremo, pero no eran justos ni sobrios. Lo que somos en nuestro interior, eso es lo que de veras somos.

(B) La norma que Cristo da, en contraposición a la conducta de los fariseos (v. 26). Conforme al juicio infalible de Cristo, son ciegos los que no perciben la suciedad del corazón; que no ven ni aborrecen los pecados que están alojados allí. Ignorar lo que hay dentro de nuestro corazón es la peor y más nociva clase de ignorancia. La norma que Cristo da es: *Limpia primero lo de dentro;* ésta es la tarea principal del hombre; ésta, la ocupación más importante del creyente. Dios escudriña el interior y es testigo permanente de nuestros pensamientos y afectos; hemos de poner, pues, especial cuidado en evitar esos pecados que no escapan a la mirada de Dios, aunque escapen a la observación más atenta de los hombres.

¡Ah, si tuviésemos siempre presente esta gran verdad: Dios me ve y observa y juzga lo más profundo de mi ser! *Limpia primero lo de dentro;* no sólo lo de dentro, pero sí *lo primero,* porque si extremamos el cuidado en mantener limpio lo interior, también procuraremos que el exterior esté limpio. Si la gracia santificante de Dios limpia y purifica el corazón, también influirá en la pureza del exterior, porque de dentro fluye el agua viva que lo limpia todo. *Del corazón sale todo* (15:19); por eso: *Por encima de todo, guarda tu corazón; porque de él mana la vida* (Pr. 4:23).

2. Los compara a sepulcros blanqueados (vv. 27–28).

(A) De la misma manera que los sepulcros, bien blanqueados por fuera, para hacerlos más visibles y advertir al viandante que no se acerque para no contaminarse, *aparecen hermosos* (y no sólo por la blancura, sino por los adornos arquitectónicos de los sepulcros de personas eminentes), así también los fariseos se enmascaraban hipócritamente bajo las apariencias de una moralidad estricta, sólo por ostentación, como los adornos y monumentos de los sepulcros (v. 29). Eso era lo único que ambicionaban; prestigio y saludos reverentes de parte del pueblo sencillo.

(B) Pero, igual que Ios sepulcros estaban *llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia,* también los fariseos *estaban por dentro llenos de hipocresía e iniquidad* (gr. *anomía* = violación de la ley). Puede haber personas con el corazón lleno de pecados, que al exterior aparecen irreprochables; pero, ¿de qué nos servirá la buena consideración de nuestros semejantes, si nuestro Señor no puede decirnos: *¡Bien hecho, siervo bueno y fiel!* (25:21, 23)?

VII. Presumían de amables y afectuosos en el recuerdo que guardaban de los antiguos profetas, mientras odiaban a los que eran sus contemporáneos (Juan el Bautista y el propio Jesús). Dios es celoso de sus leyes y ordenanzas, pues en ello le va el honor, pero también es celoso del honor que ha puesto en sus profetas y ministros. Por consiguiente, al llegar a este *ay, se expresa más largamente que en los anteriores ayes* (vv. 29–37). Jesús menciona aquí:

1. El respeto que los escribas y fariseos pretendían tener a los profetas difuntos (vv. 29–30).

(A) Honraban como reliquias los restos de los profetas, les construían sepulcros suntuosos y monumentos arquitectónicos bien adornados. *La memoria del justo será bendita* (Pr. 10:7), cuando los nombres de los que le odiaron y persiguieron serán cubiertos de vergüenza, *se pudrirán.* Esto es un ejemplo de la hipocresía de los escribas y fariseos al rendir sus respetos a los profetas muertos. Fingían respetar los escritos de los antiguos profetas, que les decían lo que *deberían ser,* pero rechazaban las reprensiones de los profetas vivos, que les decían lo que *eran.* Como ha escrito un autor contemporáneo: «Los fariseos no odiaban a Cristo por decir: “Mirad qué hermosos son los lirios del campo” sino por decir: “Mirad qué ladrones e hipócritas sois”».

(B) Protestaban contra el asesinato de los profetas: *Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no habríamos sido sus cómplices en la sangre de los profetas* (v. 30). ¿No habrían sido cómplices en la muerte de aquellos profetas? ¡Y estaban conjurándose para matar a Cristo! ¡Al Mesías, *del que todos los profetas dan testimonio* (Hch. 10:43)! Lo engañoso del corazón del pecador se echa de ver con toda claridad en que, mientras se precipita por la corriente del pecado en sus actuales circunstancias, se imagina que habría nadado contra la corriente del pecado en otras circunstancias. Nadie tendrá excusa delante de Dios, echándole a las circunstancias la culpa de su propia maldad, antes bien merece mayor castigo por culpar indirectamente a Dios mismo de no haberle puesto en circunstancias más favorables. ¿No es cierto que, a veces, pensamos que si hubiésemos vivido cuando Cristo estaba en la tierra, le habríamos seguido con toda fidelidad? ¿Que no le habríamos despreciado ni rechazado, como hicieron los judíos de su tiempo? Sin embargo, Cristo está presente, por su Espíritu, en medio de nosotros; y aun después de conocer del Evangelio de la gracia mucho más que los escribas y fariseos, quizá no le tratamos mucho mejor que ellos.

2. Su enemistad y oposición a Cristo y a su Evangelio y la ruina que estaban atrayendo sobre sus propias cabezas y sobre aquella generación (vv. 31–33). Obsérvese:

(A) La acusación bien probada: *Así que dais testimonio contra vosotros mismos.* Los pecadores no pueden prometerse escapar del juicio de Cristo por falta de pruebas contra ellos, cuando es tan fácil hallar que ellos mismos testifican en su contra. Por propia confesión, los escribas y fariseos admitían la gran maldad de sus padres al matar a los profetas. Quienes condenan los pecados ajenos pero cometen otros iguales o mayores, son los más inexcusables (Ro. 2:1). Por propia confesión, eran hijos de aquellos

perseguidores: *Sois hijos de los que mataron a los profetas.* Cristo les muestra que son iguales que sus padres en espíritu y mala disposición, como si llevasen en la sangre aquella perversidad.

(B) La sentencia pronunciada contra ellos. Cristo procede ahora:

(a) A denunciar como irremediable su inclinación perversa: *¡Vosotros también colmad la medida de vuestros padres!* (v. 32). Cristo sabía que estaban ahora tramando su muerte, y dentro de pocos días la llevarían a cabo. Así que viene a decirles: «Bien, adelante con vuestros planes, id por el camino de vuestro corazón y con la luz de vuestros ojos, y veréis lo que resulta: no haréis otra cosa que colmar la medida de la iniquidad de vuestros padres». Esto nos enseña: *Primero:* Que hay una medida que colma el vaso del pecado. Dios es benigno, paciente y longánime (Ro. 2:4), pero llegará un día en que si no nos arrepentimos a tiempo (2 Co. 6:12), se colmará la medida de nuestra maldad y la de la paciencia de Dios. *Segundo:* Los hijos colman la medida de sus padres difuntos, cuando persisten en caminar en la misma perversidad o en similar perversidad, que sus padres. La culpa nacional que acarrea una ruina nacional, está compuesta de muchas maldades de muchas personas en épocas consecutivas. Dios visita justamente la iniquidad de los padres en los hijos que siguen las pisadas paternas. *Tercero:* El perseguir a Cristo, a su mensaje y a sus ministros, es un pecado que colma la medida de una culpa nacional con más rapidez que ningún otro. *Cuarto:* Es correcto en la presencia de Dios abandonar a sus propios deseos a quienes se obstinan persistentemente en sus malos caminos, por muchas amonestaciones que se les hagan.

(b) A denunciar como irreversible la ruina que les amenaza, una ruina que será completa y perpetua en el Infierno: *¡Serpientes, engendros de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?* (v. 33). Suenan extrañas estas palabras en labios de Cristo, de cuya boca sólo salían palabras de gracia y de perdón. Pero así pasa con el amor cuando es despreciado y rechazado. ¡Qué terribles son las palabras de condenación del mansísimo Jesús! (comp. 25:41). Aquí tenemos:

Primeramente: La descripción que de ellos hace: *¡Serpientes!* ¿Tales epítetos usa Cristo? Sí, Él puede hacerlo porque conoce el corazón; nosotros, no. Les llama también *engendros de víboras*, hijos de víboras, porque llevaban en la sangre la misma astucia traidora, retorcida y venenosa, que sus padres contra todo verdadero profeta del Señor y contra el Señor mismo.

En segundo lugar: La condenación que pronuncia contra ellos: *¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?* Cristo mismo predicó acerca de la condenación y del infierno, y sus ministros no deben soslayar esta parte del consejo de Dios por temor a ofender a los pecadores obstinados o a los magnates perversos. Bourdaloue no tuvo empacho en repetir a Luis XIV las palabras de Natán a David: «*Tú eres ese hombre*» (2 S. 12:7). Esta sentencia de condenación de los escribas y fariseos, salida de los labios de Cristo, era más terrible que la pronunciada por todos los profetas y ministros de Dios que han existido, por cuanto Cristo es el Juez, en cuyas manos están las llaves de Ia muerte y del Hades. Sólo hay un camino para escapar de esta condenación: *arrepentirse y creer en el Evangelio;* pero, ¿cómo entrarán por este camino quienes están tan orgullosos de sí mismos y con tantos prejuicios contra Cristo, como lo estaban éstos? (v. Jn. 9:41). Los publicanos y las prostitutas, que tenían conciencia de su pecado y acudían al médico de las almas y de los cuerpos, estaban en mejores condiciones para escapar de la condenación del infierno que éstos que, aunque marchaban por el camino real que conduce al infierno, se imaginaban que iban en volandas por el camino que lleva al Cielo.

Versículos 34–39

Acabamos de ver cómo los guías ciegos estaban precipitándose en el abismo; veamos ahora lo que les espera a los ciegos seguidores de tales guías, y en particular a Jerusalén.

I. A pesar de la mala disposición de escribas y fariseos, Cristo no escatima su mensaje de salvación ni los medios de gracia (comp. Is. 6:8 y ss.). Podría esperarse que Cristo dijese: «Por tanto, ya no os será enviado jamás ningún profeta», pero lo que dice es: *Por tanto, he aquí que yo os envío profetas, sabios y escribas* (v. 34), para que se confirmase lo que había dicho: *¡Vosotros también colmad la medida de vuestros padres!* (v. 32).

1. Es Cristo quien los envía: *He aquí yo* (enfáticamente) *os envío* porque la gran comisión va a empezar pronto. Con estas palabras, Cristo insinúa que es Dios, pues tiene poder y autoridad para cualificar y enviar profetas; es un acto de su oficio regio. Después de resucitar, cumplió esta palabra al decir: *Como me envió el Padre, así también yo os envío* (Jn. 20:21).

2. Los envía primero a los judíos: Yo *os envío, etc.* Habían de comenzar en Jerusalén (Hch. 1:8); y adondequiera que iban, observaban esta norma de ofrecer esta gracia del Evangelio *a los judíos* (Hch. 13:46).

3. Estos hombres que les envía los llama *profetas, sabios* (título aplicado comúnmente a los rubíes) y *escribas,* o expositores de la Ley. Como puede verse, son títulos judaicos, aplicados a los ministros del Evangelio (Ef. 4:11), (v. en el contexto, vv. 2, 7, 29 y comp. 13:52). El oficio de *escriba* era de gran honor hasta que aquellos hombres lo deshonraron.

II. Predice y declara el mal trato que van a dar a sus mensajeros: *«De ellos, a unos mataréis y crucificaréis, etc.* A pesar de eso los voy a enviar». Jesús sabe de antemano el mal trato que sus siervos van a recibir y, con todo, los envía; y lo hace precisamente *porque los ama,* de la misma manera que el Padre le envió a morir porque le amaba (Jn. 15:9; 17:18, 23, entre otros), pues Dios iba a ser glorificado con los sufrimientos de Jesús, y sus ministros habían de glorificar a Jesús y al Padre por medio de sus propios sufrimientos (Jn. 21:19), y ser glorificados ellos mismos como Jesús (Jn. 12:23–26). No les va a ahorrar sufrimientos, pero les pondrá delante, para endulzarlos y animarles a ellos, el mismo gozo que Él tuvo puesto delante de Sí (He. 12:2). Veamos:

1. La crueldad de estos perseguidores: A *unos mataréis, crucificaréis, etc., azotaréis, perseguiréis.* Están sedientos de sangre, en la que está la vida, y no se contentan con menos. Así imitaban los cristianos a su Señor; más aún, el mismo Señor sufría en ellos como la Cabeza en el cuerpo de la Iglesia (v. Col. 1:24) al aplicar el fruto de la obra que Él realizó, de una vez por todas, en la Cruz del Calvario (He. 9:28; 10:12). El cristiano ha de estar dispuesto *a resistir hasta derramar sangre* (He. 12:4).

2. La malvada persistencia de estos perseguidores: *Y a otros … perseguiréis de ciudad en ciudad* (v. 34). Así como los apóstoles iban de ciudad en ciudad predicando el Evangelio, así también sus perseguidores iban de ciudad en ciudad a la caza de ellos y soliviantando a la gente contra ellos (Hch. 14:19; 17:13).

3. Pretendían con esto rendir culto a Dios (Jn. 16:2); por eso *los azotaban en sus sinagogas,* como una parte del servicio divino.

III. Les imputa el pecado cometido por sus padres, puesto que les imitaban, haciéndoles así culpables *de toda la sangre justa derramada sobre la tierra;* esto es, de la sangre de los justos derramada precisamente por causa de su justicia (v. 35). La fecha inicial va tan lejos como la del asesinato de Abel a manos de su hermano Caín y, aunque el verbo *derramada* está en participio de presente (dando a entender que la acción continúa), se da una fecha especial en ese versículo *«hasta la sangre de Zacarías hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el templo y el altar»* (2 Cr. 24:20–22). La identificación de este Zacarías ha suscitado, desde los primeros escritores eclesiásticos, una grave dificultad que no es tal si se tiene un mediano conocimiento de la Biblia. En el lugar de 2 Crónicas ya citado, se le llama *hijo del sacerdote Joyadá,* pero hay que tener en cuenta: 1. Que es muy frecuente en la Biblia llamar *hijo* al *nieto,* como *padre* al *abuelo;* 2. Que este Zacarías fue apedreado bastante tiempo después de la muerte de *Joyadá,* quien *era de ciento treinta años cuando murió* (2 Cr. 24:15), lo cual se explica mejor si era abuelo, no padre, de Zacarías. Es probable que Mateo dispusiese de documentos en que constase el nombre de este Baraquías, aunque no conste en la Biblia, probablemente por falta de relevancia, en contraste con la de Joyadá. Notemos que Jesús hace recaer la culpa, y el castigo, *sobre toda la generación aquella* (v. 36); lo cual implica: primero, que aquella generación era tan perversa, que resultaba culpable de toda la sangre justa derramada desde el principio del mundo hasta el tiempo en que se escribió el último libro (cronológicamente) de la Biblia hebrea; segundo, que el castigo iba a caer *sobre aquella generación,* sin mucha dilación (v. 38); había entre ellos quienes lo habrían de ver y experimentar en su propia carne en los años 69–70 de nuestra era. Obsérvese que cuanto más grave e inminente es el castigo del pecado, más alto y urgente es el llamamiento al arrepentimiento y a la reforma.

IV. Jesús se lamenta amargamente de la perversidad de Jerusalén, y les echa en cara las muchas y amables ofertas de salvación que les ha hecho (v. 37). ¡Con qué amarga ternura habla de la ciudad: *Jerusalén, Jerusalén!* La repetición indica, como siempre, énfasis de importancia e indica aquí la exuberancia de la compasión de Cristo. El domingo anterior había llorado sobre la ciudad (Lc. 19:41), y ahora se lamentaba sobre ella. *Jerusalén,* que debería ser *ciudad de paz* (Sal. 122:6), va a ser asiento de

guerra y confusión. Pero, ¿por qué va a hacer el Señor todo esto contra Jerusalén? Porque *pecado grave cometió Jerusalén* (Lm. 1:8).

1. Jerusalén perseguía y mataba a los mensajeros de Dios: *Que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados.* Esto se imputa especialmente a Jerusalén, por estar allí el Sanedrín o tribunal supremo de los judíos, al que competía sentenciar estos casos; por eso, en el lugar paralelo de Lucas 13:34, el contexto anterior describe a Jesús diciendo: *no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén* (Lc. 13:33). Ya fuese en un arrebato de furia, como pasó en el caso de Esteban, ya con las apariencias legales en el caso de Jesús, en Jerusalén se tomaban las decisiones, aunque la ejecución se llevase a cabo a extramuros de la ciudad para no «profanarla» (Nm. 15:35; Mt. 21:39; 27:31 y ss., Hch. 7:58; He. 13:12). En Jerusalén, donde primero se predicó el Evangelio (Hch. 2), se produjo también la primera persecución (Hch. 8:1); al estar allí el cuartel general de los perseguidores, allá eran llevados presos los perseguidos (Hch. 9:2).

2. Jerusalén rechazaba a Cristo y al Evangelio que Cristo ofrecía. Pecaba así *sin* remedio, porque pecaba *contra* el remedio. Y eso, a pesar de la gracia maravillosa y del favor generoso de Jesús hacia la ciudad: *¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas!* Cristo desea atraer, reunir y cobijar en su seno a las pobres almas que se descarrían por los caminos de perdición, y lo ilustra aquí con la humilde comparación de la mansa *gallina* que cobija bajo sus alas a los polluelos. Desde Éxodo 19:4; Deuteronomio 32:11, es Jehová como *águila* poderosa quien cobija y transporta a su pueblo. Aquí, la *gallina* indica, juntamente con la ternura y la mansedumbre, el estado de humillación del Salvador. Excepto la mención posterior del canto del gallo, ésta es la única vez que se menciona en la Biblia un ave doméstica. Pero, en realidad, la ternura es la misma (v. Jer. 31:3). Los polluelos se cobijan bajo las alas de la madre para tener allí refugio, protección, calor y comodidad; especialmente, cuando huyen de las aves de presa. Quizá Cristo tenía en su mente el Salmo 91:4: *Con sus plumas te cubrirá, y debajo de sus alas estarás seguro.* Hay sanación y salvación *en las alas de Cristo* (Mal. 4:2) lo cual es mucho más que lo que la gallina puede hacer con las suyas en favor de sus polluelos. Son también de notar (a) la voluntariedad: *Quise, y* (b) la frecuencia: *¡Cuántas veces!,* de esta libre oferta de salvación a todos los judíos por parte de Cristo; con frecuencia fue allá, allí predicó y obró milagros. Tantas veces como hemos escuchado el mensaje del Evangelio y hemos notado en nuestro interior los impulsos del Espíritu Santo, otras tantas ha intentando Cristo atraernos, reunirnos y cobijarnos. *¡Y no quisiste!* Como si dijese: «A pesar de todo mi esfuerzo, de mi buena voluntad, no quisisteis escuchar: *¡Yo quise ... y no quisiste!» ¿Qué más se podía haber hecho en mi viña que yo no lo haya hecho en ella?* (Is. 5:4). Él quería salvarlos, pero ellos rehusaban ser salvados por Él. Adviértase, para no confundirse, que las frases de Cristo no son un grito de impotencia, sino el lamento de una elegía. Hay en Dios una *voluntad de propósito* (Ef. 1:11), que se cumple infaliblemente, y una *voluntad de deseo* (1 Ti. 2:4) en la que Dios apela al albedrío del hombre y a su responsabilidad personal aunque siempre queda a salvo la libre soberanía de Dios, que puede *atraer* irresistiblemente a los elegidos (Jn. 6:44; v. el coment. a este lugar).

V. A continuación, Cristo lee la sentencia de Jerusalén: *He aquí que vuestra casa os es dejada desierta* (v. 38). La *casa,* tanto de ellos—la ciudad—como la de Dios—el Templo—, *está siendo dejada* (lit.); es decir, están actuando ya las causas que provocarán su desolación inminente.

1. *Os es dejada.* Cristo sale del Templo para no volver a él, y, al mismo tiempo, les vuelve las espaldas a ellos. No le quieren a Él, y Él se marcha llevándose las bendiciones que el Templo significaba; era como si se levantase la *shekinah,* dejándoles sin protección ni cobijo. Templo y ciudad quedarían desolados, destituidos de la presencia y de la gracia de Dios.

2. *Os es dejada desolada.* A los ojos de cuantos tenían sensibilidad para percibirlo, la marcha de Cristo anticipaba una visión realmente melancólica del lugar. Cuando Cristo se marcha de un lugar, el palacio más suntuoso se convierte en un inhóspito desierto, porque, ¿qué gozo, qué alivio, puede haber donde no está Cristo? Este es el triste resultado de rechazar a Jesús y dejarle a un lado. Pronto *no quedaría del lugar santo piedra sobre piedra* (24:2). Cuando Dios se marcha, todos los enemigos se apresuran a llenar el inmenso vacío.

3. Finalmente, aquí está la despedida: *Porque os digo que desde ahora no me veréis más, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor* (v. 39). Esto nos habla:

(A) De la marcha de Jesús. Llegaba el tiempo de *dejar el mundo e ir al Padre* (Jn. 16:28), para *no ser visto después sino por los testigos que Dios había escogido de antemano* (Hch. 10:40–41). Incluso éstos no le vieron sino por unos pocos días (Hch. 1:11), pues fue elevado al Cielo *hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas* (Hch. 3:21); es decir, en su Segunda Venida.

(B) De la obstinación y ceguera de ellos: *«No me veréis más,* a mí que soy la luz del mundo (Jn. 8:12), pues estáis ciegos para percataros *de lo que es para vuestra paz* (Lc. 19:42), *hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor»*. La ceguera voluntaria suele ser castigada con la más temible de las cegueras, la ceguera judicial. Durante las siete primeras plagas de Egipto, leemos que Faraón *endureció su corazón,* pero a partir de la octava, leemos que *Dios endureció el corazón de Faraón* (comp. Éx. 9:35 con Éx. 10:1). Cuando alguien se obstina en no reconocer a Dios, Dios le entrega a una mente reprobada (Ro. 1:28). El silbido del pastor deja de oírse a medida que la oveja se aleja de él. *Hasta que digáis;* cuando Cristo vuelva *con sus ejércitos celestiales* (Ap. 19:14) los judíos—como nación salva (Ro. 11:25–26)—reconocerán a Jesús, *a quien traspasaron,* como a un verdadero Mesías, al que otrora rechazaron (Zac. 12:10).

CAPÍTULO 24

Este capítulo constituye una de las porciones más difíciles de la Santa Biblia. Todos admiten que es un discurso profético, pero algunos piensan que la mayoría de los eventos aquí profetizados tuvieron cumplimiento el año 70 en la destrucción de Jerusalén; otros piensan que la primera mitad se refiere a la destrucción de Jerusalén, y la segunda a la Venida futura del Hijo del Hombre; otros en fin, que todo el Discurso del capítulo se refiere al futuro como cumplimiento de la semana setenta de Daniel. Es posible que aquí como en muchos otros lugares proféticos, se den dos niveles en el panorama histórico de la profecía, y que algunos elementos que se cumplieron en el año 70 sirvan de tipo y anticipación a los sucesos de la Segunda Venida del Señor. El paralelo de Lucas 21:5 y ss. puede causar confusión, si no se tiene en cuenta el *«pero antes de estas cosas, etc.»,* donde Lucas introduce (vv. 12–24) algo que claramente se ha de cumplir durante la era de la Iglesia.

Versículos 1–3

I. Cuando Jesús había salido del Templo e iba de camino se acercaron a Él sus discípulos y le mostraron los edificios del Templo (v. 1). Él les dice que, de todo aquello, no quedará piedra sobre piedra (v. 2).

1. Vemos que Jesús dejó el Templo, pero no dejó a sus discípulos, que le habían seguido cuando fue al Templo, y cuando salió de él. Es cosa buena estar donde Cristo está, y salir de donde Él sale o donde no está. El Templo que Herodes había mandado edificar era verdaderamente hermoso y suntuoso. El Talmud de Babilonia dice: «El que no haya visto el templo de Herodes, no ha visto nunca un edificio hermoso». Los discípulos le llaman la atención acerca de él, por una de estas dos razones:

(A) Porque ellos mismos estaban encantados del edificio, y esperaban que Jesús también lo estuviera. Ellos habían vivido la mayor parte de su vida en Galilea, a bastante distancia de Jerusalén, y raras veces habían visto el Templo; por eso mostraban mayor admiración, y pensaban que Jesús había de admirar también toda aquella gloria. Hasta los hombres buenos son propensos a enamorarse demasiado de la pompa y belleza exterior y a sobrevalorarlas, aun cuando se trate de las cosas de Dios. Es cierto que el Templo era glorioso, pero: (a) Esta gloria estaba manchada y oxidada con los pecados de los sacerdotes y del pueblo; (b) Esta gloria estaba eclipsada y superada por la presencia de Cristo.

(B) O, en señal de tristeza de que este bellísimo edificio hubiese de quedar desolado; en este caso, le habrían mostrado los edificios por ver si retiraba la sentencia que había proferido poco antes. Cristo había considerado la ruina de las almas y había llorado por ello (Lc. 19:41); en cambio, los discípulos se fijaban en los edificios suntuosos, y estaban prestos a llorar por ellos. En esto, como en muchas otras cosas, *nuestros pensamientos no son los de Dios* (Is. 55:8).

2. A propósito de esto, Jesús predice la completa destrucción que ha de sobrevenir a ese lugar (v. 2). Si supiésemos ver con los ojos de la fe cuán efímera es la gloria de las cosas de este mundo no seríamos propensos a darles un valor que no tienen. *¿Veis todo esto?* Ellos querían que Cristo viese todo aquello como ellos lo veían, y que se admirase de ello como ellos se admiraban; pero la mirada de Cristo penetraba hasta lo más hondo del tiempo y del espacio, y por eso veía las cosas de otra forma. Una mirada parecida a ésta nos haría mucho bien.

En vez de revocar su sentencia Jesús la ratifica: *De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra.* Lo afirma de una manera solemne: *De cierto;* sabe lo que dice, y habla de una ruina segura y completa. Aquel edificio que tanto admiraban los discípulos, iba a ser demolido por completo: no iba a quedar *piedra sobre piedra.* Aunque Tito al tomar la ciudad, puso todo su empeño en conservar el Templo, no pudo impedir que sus furiosos soldados lo destruyeran por completo; y la demolición fue tal, que Turno Rufo pudo arar el terreno sobre el que se había levantado el edificio.

3. A continuación, los discípulos le preguntan cuándo sucederá esto y cuáles serán las señales de que esto se acercaba (v. 3). Veamos:

(A) Dónde hicieron estas preguntas. Las hicieron *aparte, estando Él sentado en el monte de los Olivos* probablemente, iba camino de Betania y se sentó allí a descansar. Desde allí se veía bien el Templo.

(B) Cuáles eran las preguntas. Parece que son tres: *¿Cuándo sucederán estas cosas? ¿Cuál será la señal de tu venida? ¿Y del final de esta época?* Los intérpretes judíos estaban acostumbrados a asociar la Venida del Mesías con la consumación del siglo, acompañada de la destrucción de los malvados. Los discípulos estaban, sin duda, acostumbrados a esta manera de pensar (Hch. 1:6) y, al reconocer en Jesús al Mesías, tenían el natural interés en conocer sucesos que habían de acontecer en vida de ellos. El Prof. Homer A. Kent dice sobre esto: «La época en cuestión se describe en Daniel 9:25–27 como un período de "setenta semanas", de las cuales sólo 69 habían pasado cuando al Mesías *le sería quitada la vida.* Jesús viene a decir en el versículo 15 que se trata de ese período al sincronizarlo con lo que Daniel 9:27 describe como evento situado en la mitad de la semana setenta. De aquí que el Discurso del Olivete se refiere primordialmente al tiempo de la tribulación de Israel». Ésta es la opinión de los dispensacionalistas, que no intentamos imponer a nadie.

Versículos 4–28

Los entristecidos discípulos preguntan: *¿Cuándo?* pero Cristo no responde a esto. En cambio, a la pregunta: *¿Cuál será la señal, etc.?* contesta con todo detalle, Pues era de gran interés, no sólo para los discípulos, que esperaban un cumplimiento inmediato del reino mesiánico (Hch. 1:6), sino para todos los creyentes a lo largo de la historia de la Iglesia. Ya hemos mencionado los distintos niveles proféticos de la escatología bíblica y así, en el trasfondo de la destrucción de Jerusalén se perfila en el horizonte de la profecía el final de los tiempos y la Segunda Venida del Señor. Lo que aquí les dice Jesús a sus discípulos está destinado primordialmente a mantenerlos en guardia y en vela, más bien que a satisfacer su curiosidad; más a prepararlos para los eventos venideros que a darles una idea detallada de los eventos mismos aunque el contexto general de la profecía nos presta abundantes aspectos complementarios.

I. Cristo comienza con una frase de precaución: *Mirad que nadie os engañe* (v. 4). Ellos esperaban una respuesta inmediata a sus preguntas, al querer conocer los arcanos designios de Dios; pero Él insiste en lo que, después de su resurrección, había de decir a Pedro (Jn. 21:21–22): *«Vosotros seguidme a mí,* y no os dejéis engañar por charlatanes y falsos profetas». Verdaderamente los falsos maestros son más dañosos a la Iglesia que los perseguidores. Tres veces en este discurso, llama Jesús la atención acerca de los *falsos profetas.* Respecto de ellos, obsérvese:

1. Las pretensiones con que se presentarán. Cuando más temible es Satanás, es cuando aparece como *ángel de luz;* bajo los colores más hermosos pueden esconderse las maldades más perversas. Estos *falsos profetas* (vv. 1, 11, 23, 24) pretenderán obrar bajo inspiración divina, y tratarán de engañar con los portentos que obrarán por el poder diabólico (comp. Ap. 13:13–15). Estos engañadores, llamados *anticristos* por Juan (1 Jn. 2:18–19; 4:1, 3), llegarán a ocupar púlpitos en la Iglesia (1 Ti. 4:1 y ss.). Llegarán a decir: *Yo soy el Cristo* (v. 5). No se tiene noticia de que alguien pretendiese ser el *Cristo* entre los años 30–70 de nuestra era, pero actualmente (1981) ya hay alguna secta cuyo jefe supremo es tenido

por Cristo reencarnado, y ciertamente el Anticristo personal, descrito en 2 Tesalonicenses 2:1–4 y que coincide, lo más probable, con el jinete de Apocalipis 6:1 y ss., está aún por manifestarse. La semejanza de cabalgadura con Apocalipsis 19:11 ha llevado a muchos comentaristas a pensar que se trata del mismo jinete lo cual es un error mayúsculo. Es lamentable que, cuando vino el verdadero Mesías, ni el mundo lo reconoció ni los suyos le recibieron; sin embargo, el diablo consigue engañar a tantos para que crean a los falsos Cristos. Y éstos, a su vez, esparcen sus emisarios por todo el orbe. El verdadero Cristo *no vino gritando, ni alzando su voz, ni haciéndose oír por las calles* (Is. 42:2), pero estos falsos Cristos y profetas se harán notar al llamar fuertemente la atención (v. 23).

2. El éxito que tendrán: *Engañarán a muchos* (v. 5), *si fuera posible, aun a los escogidos* (v. 24). Esto indica: (A) La fuerza de tales engaños; será tal que una masa ingente de personas será arrastrada a la perdición por esta poderosa corriente de maldad, incluidos muchos de los que parecían estar firmes en la fe. Sólo la gracia omnipotente de Dios será suficiente para proteger a los escogidos según el propósito irrevocable de su beneplácito. (B) La seguridad de estos elegidos, en medio de tan enorme peligro, la cual queda garantizada en el paréntesis: *si fuera posible,* lo que implica que es imposible que sean engañados, porque están en las manos de Dios (Jn. 10:28–30).

3. Las repetidas advertencias que Cristo hace acerca de ellos para que los creyentes estén en guardia: *Mirad que os lo he predicho* (v. 25); *pero aún no es el fin* (v. 6); *no lo creáis* (vv. 23, 26). Quien está sobre aviso del tiempo y lugar en que va a ser atacado, tiene medios de precaverse y defenderse. No debemos creer al que nos diga: *Aquí está, o: Allí está* (v. 23), porque sabemos que el verdadero Cristo subió a los cielos (Hch. 1:11) y está sentado a la diestra del Padre hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies (He. 10:12–13), aunque se halla, por medio de su Espíritu, dondequiera que hay dos o tres reunidos en su nombre (18:20). No hay peor enemigo para la verdadera fe que la vana credulidad, y los necios muestran su simpleza en creer cualquier novedad ostentosa que les produce fascinación, especialmente si proviene de seudocientíficos charlatanes que saben orquestar una ruidosa propaganda mediante los «mass-media». Sigamos a Isaías cuando dijo: *¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido* (Is. 8:20).

II. Cristo predice grandes conmociones, anteriores a su Segunda Venida (vv. 6–7). En su Primera Venida, los ángeles anunciaron *paz* (Lc. 2:14). Su Segunda Venida será precedida de *guerras.*

1. La situación politicomilitar será terrible: *Oiréis hablar de guerras y de rumores de guerras* (comp. Ap. 6:3–4). La paz es silenciosa y tranquila, pero la guerra es tan ruidosa que hasta las más pequeñas y remotas aldeas oyen de ella y se ven obligados los hombres a intervenir con frecuencia en ella, y todos se ven condenados a sufrirla. Pero, sobre todo, ¡ay de los que rechazan el Evangelio! Quienes se niegan a recibir las buenas nuevas de paz, tendrán que oír las malas nuevas de guerras.

2. Pero eso no será motivo de alarma para los verdaderos creyentes: *Mirad que no os alarméis* (v. 6). Pero, ¿es posible oír tales noticias, y no alarmarse? Todo depende de la confianza que se tenga en Dios, a mayor confianza, menor alarma; a menor confianza, mayor alarma. Los discípulos eran *hombres de poca fe* alarmados por la tormenta cuando llevaban consigo a Cristo en la barca. Si nuestra fe en Cristo es firme, la barquilla de nuestra alma no estará a merced de las olas. Aquí tiene perfecta aplicación lo de Isaías 26:1–4, especialmente el versículo 3: «*Tú guardas en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera, porque en ti confía*». Dos razones da Cristo para convencer a los suyos (también tienen aplicación para nosotros) de que no hay motivo de alarma:

(A) *Porque es necesario que todo eso acontezca.* Dios está llevando a cabo en ese período, a través de la maldad de los hombres, sus sabios designios. Dentro de la preparación para el perfecto reino mesiánico, es del todo inevitable el conflicto, no sólo a nivel doméstico (10:35), sino a nivel internacional, con acompañamiento de toda clase de calamidades: *hambres, epidemias y terremotos* (comp. Ap. 6:2–8). Para que queden las cosas que no pueden ser sacudidas tienen que derrumbarse las que no han de quedar (He. 12:26–27). Cuando una casa vieja se agrieta y amenaza ruina, su derribo no puede hacerse sin ruido ni nubes de polvo, pero después se hará la limpieza y será erigido el nuevo edificio *(¡Bienaventurado el que espere!* Dn. 12:12).

(B) Porque hay que pasar por peores cosas antes de que venga la paz: *Pero aún no es el fin* (v. 6b). No es el fin de esta época terrible que aquí se describe; hay que esperar cosas peores. El contraste con el versículo 8 es extraordinario: *Mas todo esto será el principio de dolores (¡No es el fin … Será el principio!).* A primera vista, el cuadro no puede ser más sombrío, pero la palabra *dolores* (gr. odínon)

significa *dolores de parto,* que pueden soportarse con alegría cuando se considera que está para nacer un *nuevo orden de cosas* (comp. Jn. 16:20–22, espec. v. 21). Muchas veces, personas que han resistido toda clase de invitaciones ante la oferta de salvación, son sacudidas hasta lo más íntimo por una desgracia familiar, o un accidente personal o una enfermedad grave. «Doy gracias a Dios por mi lepra—decía un leproso moribundo, en la China Inland Mission—, porque por ella vine aquí y obtuve mi salvación eterna.»

III. Jesús predice los grandes sufrimientos de los suyos y la apostasía masiva de los últimos tiempos (vv. 9–12).

1. Aflicción *«tiempo de angustia para Jacob»* (Jer. 30:7), muerte, odio universal, antisemitismo radical y universal (Dn. 7:25; 9:27) que ya se acentúa notoriamente (la O.N.U. en bloque contra Israel). Si lo aplicamos al cristianismo, el ataque no es tan violento en nuestro tiempo, pero es más sutil no sólo de parte de la seudociencia, sino del liberalismo y de la mundanalidad de tantas iglesias que profesan ser «cristianas» cuando agoniza la verdadera fe y el auténtico amor brilla por su ausencia. Los acontecimientos que aquí se predicen, serán una criba tremenda para los que no hayan escapado de la *ira* (1 Ts. 1:10; 5:9; Ap. 11:18) y *de la prueba que está para venir sobre el mundo entero* (Ap. 3:10).

2. Resultados de la gran prueba: Tres de signo negativo, y dos de signo positivo.

(A) Los resultados de signo negativo que se seguirán de la dureza de esta *gran tribulación* (v. 21; nótese la singularidad de esta *thlipsis megale,* para no confundirla con la que es común a todos los seguidores de Cristo) son: (a) la apostasía de *muchos: Muchos tropezarán entonces* (v. 10a). Llegado el tiempo de la gran prueba, tropezarán y retrocederán, como todos los falsos profesantes (13:21; He. 10:39). Tiempos de sacudida, tiempos de tormenta, sacuden y ahuyentan a muchos que parecían seguir a Cristo en días soleados y en calma (comp. 2 Ti. 1:15; 4:16–17). (b) La malignidad de muchos: *Se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán* (v. 10b). Los apóstatas suelen ser los peores perseguidores (el emperador Juliano fue educado con grandes santos de su tiempo; Stalin fue seminarista ortodoxo). Los aparentes aliados consumarán su traición (Dn. 9:27; Ap. caps. 17 y 18), mientras la sangre de los mártires clamará al Cielo (Ap. 6:9–10, 20:4). (c) *El enfriamiento del amor de la mayoría, debido al aumento de la iniquidad* (v. 12; el gr. no dice *«muchos»,* como traducen algunas versiones, sino *«los muchos»,* que siempre significa «todos los demás» o «la mayoría»). El amor a Dios y al prójimo se asienta en una *fe viva* (Gá. 5:6) y Jesús viene a decir en Lucas 18:8, mediante una pregunta retórica, que la fe escaseará en los días que precedan a su Seunda Venida. Siempre que los acontecimientos parecen escapar al control de la divina providencia la fe sufre una sacudida tan tremenda, que sólo los verdaderos seguidores de Cristo pueden aguantar la prueba

(B) Los resultados de signo positivo son: (a) La perseverancia final de los verdaderos creyentes: *Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo* (v. 13). Este versículo ha causado mucha confusión por falta de una hermenéutica correcta. Lucas 21:19 *no es paralelo,* pues se refiere *únicamente* a la destrucción de Jerusalén el año 70 como se ve por el versículo 24; ahí se habla de *conservar la vida* como les ocurrió a los creyentes que advertidos por la profecía de Jesús, se pusieron a salvo huyendo a Pella. En cambio, en Mateo 24:13 se trata de la perseverancia en la fe, a pesar de los sufrimientos de la gran tribulación; no quiere decir que la perseverancia sea *la causa* de la salvación eterna—sentido católico romano—, sino que la perseverancia final será la *señal* evidente de la salvación adquirida; probablemente, no se trata aquí de la perseverancia hasta la muerte (sin que ésta se excluya), sino hasta el final de la tribulación. Es consolador saber, por la Palabra de Dios, que siempre queda un «resto» fiel: *los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, etc.* (Ap. 20:4). La *victoria* mediante la muerte es simbolizada en la multitud salva durante la gran tribulación (Ap. 7:9, 14), ya que la *palma,* además de su simbolismo festivo (Lv. 23:40), siempre ha simbolizado el *martirio,* lo cual viene a corresponderse por parte de la Iglesia, representada en el Cielo por los *veinticuatro ancianos,* con sus *coronas de oro* (Ap. 4:4, 10), que no son la diadema de rey, sino la corona (gr. *stéfanos)* del *que venciere* (Ap. 2:7, etc.). Es preferible morir en la pira por causa de Cristo, que vivir en el palacio del Anticristo con todas las comodidades terrenales. (b) *La proclamación del Evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones.* Dentro de este contexto, adquieren especial relevancia los 144.000 sellados de las tribus de Israel (Ap. 7:3–8); v. el coment. a este lugar), testigos cualificados ante los demás israelitas y ante los gentiles de Apocalipsis 7:9 y ss. que se habrán convertido mediante la predicación de estos 144.000 y de los *dos testigos* de Apocalipsis 11, en la primera mitad de la gran aflicción. Según los que no participan de esta opinión

dispensacionalista, Mateo 24:14 se refiere a la predicación del Evangelio en todo el mundo (Mr. 16:15, comp. con Mt. 28:19), antes del fin. Los modernos medios (radio y televisión) han contribuido en las últimas décadas a que eso sea ya prácticamente un hecho, así como la transmisión «vía satélite» hará posible que *todo ojo* pueda ver literalmente al Salvador cuando descienda, en su Segunda Venida, sobre el monte de los Olivos (Zac. 14:4; Hch. 1:11). Para nosotros, Mateo 24:14 comporta una triste aplicación: Si Pablo pudo escribir Romanos 10:18, 15:19 ¿no es una vergüenza para la Iglesia el que haya descuidado su labor misionera (y, ante todo, lo de *«al judío, primero»),* hasta el punto de no haber llegado en más de 1.900 años a lo que llegaron los primeros predicadores del Evangelio en poco más de 30 años? ¿Qué interés tenemos por la salvación de esos miles y miles de almas que cada día pasan a la eternidad? ¿Estamos cumpliendo lo de Hechos 1:8, o frotándonos las manos de gozo, sin más, por nuestra salvación personal?

IV. A continuación, Jesús predice la profanación y ruina de Jerusalén y de su santuario (vv. 15–26), e incluye instrucciones que deben seguir los que entonces vivan en Judea. La interpretación de estos versículos—como de todo el Discurso—, depende de la opinión que se sostenga acerca de la escatología. En especial, depende de la interpretación de Daniel 9:27, al que el Señor hace referencia. Expondremos las dos corrientes más numerosas de interpretación.

1. Los que aplican *la abominación de la desolación* (v. 15), profetizada en Daniel 9:27, al tiempo en que Jerusalén estaba cercada por los ejércitos romanos al mando de Tito, piensan que se hace referencia a algún objeto (imagen, estatua, emblema pagano, etc.), con el que los vencedores profanaban el santuario. Quienes la aplican al final de los tiempos, entienden que se trata de algo que sucederá al comienzo de la segunda mitad de la semana setenta de Daniel 9:27 y durará *«por un tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo»,* en expresión de Daniel 7:25; 2:7; es decir, tres años y medio; la expresión de Daniel se repite en Apocalipsis 12:14, y varia a sus equivalentes «42 *meses*» en Apocalipsis 11:2; 13:5, y «1.260 *días»* en Apocalipsis 12:6 (v. el coment. a Dn. 12, para más detalles). Jesús alude al *profeta Daniel* (v. 15), el cual habló del Mesías y del reino mesiánico con más claridad que cualquier otro de los profetas del Antiguo Testamento. Jesús hace esta alusión a fin de que ellos viesen cómo la ruina de la ciudad y del santuario estaba profetizada en el Antiguo Testamento, con lo que su propia predicción quedaba confirmada. De esta manera, la Ley y los Profetas hablaban de Cristo tan claramente, que sólo los *insensatos y tardos de corazón* dejan de percibirlo (Lc. 24:25); por otra parte, Cristo cumplía la Ley y los Profetas tan perfectamente, que con ello los *establecía* como Palabra de Dios (5:17; Ro. 3:31). Cristo inserta el paréntesis *«el que lea, entienda»,* por tratarse de una profecía oscura, que necesitaba mucha atención para ser entendida correctamente. Quienes leen las Escrituras, deben hacerlo con toda atención para entenderlas bien, de otro modo, de poco les servirá la lectura, pues poco se puede usar lo que se entiende mal o poco. No debemos desesperar de entender las Escrituras, por oscuras que sean pues la gran profecía con que se cierra la Biblia se llama *«revelación»* (gr. *apokalypsis)* no *«secreto».* Ahora bien, *las cosas reveladas son para nosotros* (Dt. 29:29). Por consiguiente, hemos de escudriñarlas con toda humildad, sí, pero también con toda diligencia, y comparar unas porciones con otras aunque sin perder de vista el conjunto.

2. Los medios de preservación que los sensatos habían de emplear en tan graves circunstancias (vv. 16, 20): *Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes.* Siguiendo esta dirección, ya desde el año 66, al advertir la inminencia del peligro los cristianos fueron escapando de Jerusalén, y especialmente huyeron a Pella tanto en el año 68, antes de la caída de la ciudad como mucho tiempo después cuando según testimonio de Epifanio, al ser reconstruida la ciudad por el emperador Adriano el año 135, los cristianos de los alrededores se retiraron por segunda vez a Pella. En tiempos de peligro, no sólo es lícito, sino obligatorio, buscar la propia preservación por los medios legítimos; si Dios abre una puerta de escape, debemos escapar por allí; lo contrario no es obedecer a Dios, sino tentarle. Cuando escapamos del lugar del peligro, no del lugar del deber, hemos de confiar en que Dios proveerá; entonces, la prisa en huir dará la medida de nuestra obediencia, al huir como de una casa que se derrumba o de un navío que naufraga; así salvaron sus vidas Lot y sus hijas, apresurados por los ángeles de Dios. Quizás el que huye, tenga que volver a luchar, pero eso es otra cosa. Véase en los versículos 16–20 la prisa que han de darse, especialmente cuando se cumpla, según muchos, el nivel apocalíptico de la profecía (Ap. 12:6, 14), ante la terrible persecución del Anticristo (vv. 21–24; Ap. caps. 12 y 13). Al ser tan grave el peligro, *los que estén en las azoteas, no deben bajar de allí,* sino huir de azotea en azotea, etc., y *los que estén en el*

campo, no deben volver a casa, ni aun para llevarse lo más indispensable (vv. 17–18), ya que ello les causaría retraso, por una parte, y por otra, les haría la huida más difícil al ir más cargados. Así leemos que los soldados sirios *arrojaron sus vestidos y enseres por la premura* en huir (2 R. 7:15). Cuanto más despojado, más ligero. Quien tiene a Cristo en su corazón podrá llevarlo a cualquier lugar al que tenga que trasladarse, aunque llegue a verse despojado de todo lo demás. Sería una bendición, por la que Cristo dice que deben orar (v. 20), el que *la huida no tenga lugar en invierno,* cuando resultará duro estar a la intemperie *ni en día de reposo* cuando los judíos estrictos no se habrían de atrever a caminar mucho. Especialmente difícil será la huida para las *mujeres encinta o que estén criando* (v. 19), pues éstas no podrán prescindir de esa preciosa «carga» (comp. con Lc. 23:29). El Señor nos enseña aquí a orar con especial frecuencia e intensidad cuando nos encontramos en tiempos de pública calamidad, para que, si la divina providencia quiere que hayamos de beber también nosotros la copa de la amargura, nos depare la circunstancia favorable que reste amargura a la copa, o el temple necesario para que su amargor nos conduzca a una más estrecha comunión con el Señor. Hay fases *invernales* en nuestra vida, en las que nos sentimos fríos y todo nos parece frío en nuestro derredor: problemas, baches espirituales, depresiones; es el tiempo apropiado para orar: *¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración* (Stg. 5:13). Otras veces, son las enfermedades u otros motivos legítimos los que nos impiden disfrutar, en *el día de reposo,* del culto comunitario y de la comunión fraternal; que ello nos sirva para apreciar más las cosas espirituales y avivar el fuego espiritual del hogar, no dejando que se enfríe el corazón.

3. La grandeza de la aflicción de aquellos días. La singularidad de esta aflicción queda expresada de muchas maneras:

(A) Será una *gran tribulación, cual no la ha habido ni la habrá jamás* (v. 21). Lo de *cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora,* hace más que probable la referencia a Daniel 12:1; lo de *ni la habrá jamás* por muy grave que fuese la tribulación del año 70, apunta más bien a Daniel 12:1–2; Apocalipsis 7:14; 12:12–17; 13:7, etc. En todo caso, y sea cual sea la opinión que se tenga en cuanto al tiempo del cumplimiento final de esta parte del Discurso del Olivete, la aplicación para el inconverso es que aprenda a *huir de la ira venidera* (3:7–8; Ro. 2:3–16); y para el creyente, que *vele, sea sobrio y alentarse los unos a los otros con esta esperanza de la* Segunda *Venida del Señor* (1 Ts. 4:13–18; 5:4–9).

(B) Será una tribulación tan insoportable, que *si aquellos días no fuesen acortados* por la rápida venida del Hijo del Hombre, *no se salvaría nadie* (vv. 22, 27). *Los escogidos* son, con toda probabilidad, los escogidos entre los judíos (Is. 65:9), salvos entonces mediante el testimonio de los de su propia raza. Éstos tendrán que reconocer que nos les podrá salvar su espada ni su ejército, sino sólo la espada aguda que saldrá de la boca del Verbo de Dios (2 Ts. 2:8; Ap. 19:15, 21). En el tiempo de la angustia de Jacob, Dios se acordará de sus *elegidos* para acortar el tiempo. En vez de quejarnos de que nuestras aflicciones duran demasiado, debemos dar gracias a Dios de que se pasan pronto; si tenemos en cuenta nuestros defectos, y la labor de purificación refinadora que, por medio de ellas, quiere Dios nuestro Padre llevar a cabo en nosotros, no pediremos otra cosa, sino que *se haga su santa voluntad,* no sea que, con una oración demasiado insistente para que cese la prueba, impidamos que el divino artista lleve a la perfección esa imagen de Cristo que está dibujando en nosotros (Ro. 8:29).

(C) El levantamiento de falsos Cristos y falsos profetas, que harán grandes señales y prodigios, da a entender que esto sucederá en la Segunda Venida del Señor, pues esto—ya lo hemos dicho—no sucedió en los años 68–70, sino que cuadra perfectamente con 2 Tesalonicenses 2:9, 11; Apocalipsis 13:13–14; 16:14.

(D) La rápida y decisiva intervención del Señor Jesús en su Segunda Venida. Vendrá *como el relámpago* (v. 27), de modo que quienes le busquen en aquella hora, no tendrán que mirar *hacia fuera («en el desierto»),* ni *hacia dentro («en las habitaciones interiores»,* v. 26), sino *hacia arriba,* en donde todos los verdaderos creyentes hemos de esperarlo (1 Ts. 1:10). Es lástima que las crecientes comodidades que proporciona la moderna sociedad de consumo atraigan tanto la atención de los mismos creyentes que muchos de ellos se olviden de mirar hacia arriba. A pesar de ser su intervención tan súbita como el relámpago (y tan divina, porque sólo Dios puede producir los relámpagos), será visto por todos, lo cual está implicado en esa figura del relámpago que *sale del oriente y brilla hasta el occidente.* El versículo 28, tan difícil para muchos expositores, se hace sencillo cuando se compara con Lucas 17:37 y Apocalipsis 18:21b. No se trata de *águilas* propiamente dichas (no hay referencia directa a los estandartes romanos), ya que éstas no se alimentan de carroña, sino de buitres de una clase especial, y la frase expresa la tremenda mortandad que la Segunda Venida del Señor producirá en aquella batalla (Ap. 16:16; 19:21).

Versículos 29–51

Esta porción, según todos los comentaristas, habla claramente de la Segunda Venida del Señor. La frase: *E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días,* favorece sin duda a quienes ven en la porción anterior una profecía, no de la destrucción de Jerusalén en el año 70, sino del fin de la era presente. Veamos cómo Cristo predice su Segunda Venida:

I. Declarándola paladinamente (vv. 29–31). *El sol se oscurecerá, etc.*

1. Primero se nos dice que habrá un tremendo cambio en la creación, y en especial, en los cuerpos celestes: *El sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor* (comp. Is. 13:9 y ss.; Ez. 32:7; Jl. 2:31, citado en Hch. 2:20; 3:15; Am. 8:9; Ap. 6:12); y *las estrellas caerán, y las potencias de los cielos serán sacudidas;* es decir las fuerzas que mantienen la estabilidad del mundo sideral. La cita de Hechos 2:20 es altamente significativa, pues nos da a entender que siempre que Dios se dispone a llevar a cabo un acontecimiento «revolucionario» (lo será el derramamiento del Espíritu), el Universo entero participa en él. A lo largo de la literatura profética de la Biblia, se halla una superposición de planos, en los que reaparece este sacudimiento cósmico, el cual tendrá su final totalmente *literal,* cumplimiento al tiempo del gran juicio ante el Trono Blanco (2 P. 3:7–12; Ap. 20:11; 21:1). Será entonces, cuando los dichosos habitantes de la nueva Jerusalén, en un Universo transformado a fin de ser el hábitat conveniente para los redimidos hijos de Dios (Ro. 8:19–22), no necesitarán del sol, ni de la luna, ni de las estrellas, porque tendrán luz perpetua con la gloria de Dios que reverberará en el Cordero (Ap. 21:23; 22:5). Cuando el Señor murió, el sol se eclipsó sobrenaturalmente (es imposible tal eclipse en luna llena), para dar a entender que el juicio del mundo pesaba *sobre Jesús* (2 Co. 5:19–21), pero, al final, el sol cesará en su luz, no para producir oscuridad, sino para dar paso al eterno Sol de justicia, que alumbrará a los hijos de Dios por los siglos de los siglos, mientras caerán las tinieblas eternas sobre los hijos de la noche (1 Ts. 5:5; Ap. 20:10; 21:8), quienes sufrirán así *sobre sí mismos* el juicio de Dios, por no haber querido aceptar el juicio que Dios llevó a cabo en la Cruz (Jn. 3:17–21; 8:24; He. 10:26–31; 2 P. 3:7; Ap. 22:15, y especialmente Jn. 5:24, donde taxativamente se dice que *el que cree, no viene a juicio).*

2. *Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo* (v. 30). No resulta fácil identificar esta *señal* (¿la gloria de la *shekinah?).* En su Primera Venida, Jesús *fue puesto para señal que es objeto de disputa* (Lc. 2:30), pero en su Segunda Venida será puesto para señal que es objeto de admiración, pues *aparecerá sin relación con el pecado* (He. 9:28), ya que todos *sus enemigos habrán sido puestos por estrado de sus pies* (Sal. 110:1; He. 10:13) ¿En qué relación estamos con Jesucristo? ¿De qué forma queremos que nos sorprenda su Venida?

3. Y *entonces harán duelo todas las tribus de la tierra.* La alusión a Zacarías 12:10–14, sitúa en primer plano a las tribus de Israel, aunque Apocalipsis 1:7 parece incluir un trasfondo más extenso. Este duelo no es señal de condenación—como algunos comentaristas interpretan erróneamente—, sino de contrición sincera, al reconocer en Jesús, *a quien traspasaron,* al verdadero Mesías; de ahí que Israel figure en primer plano (v. Hch. 2:23, 36; 3:15; 4:10; etc.). Los pecadores arrepentidos al ver a Cristo en la Cruz, lloran con *la tristeza que es según Dios* (2 Co. 7:10); los que siembran con esas lágrimas, pronto cosecharán con gozo (Sal. 126:5; Is. 25:8 Ap. 7:17; 21:4). Ninguna lágrima sincera se pierde en la presencia de Dios (Sal. 56:8).

4. Y *verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria.* Vemos aquí que:

(A) El juicio del gran día es encomendado al Hijo del Hombre (Jn. 5:22, 27).

(B) El Hijo del Hombre vendrá aquel día *sobre las nubes.* Las nubes son las intermediarias entre el Cielo y la Tierra, no sólo porque ellas absorben de abajo el agua salada que después devuelven dulce mediante la lluvia, sino especialmente porque la nube fue siempre el lugar donde la presencia de Dios se revelaba, al mismo tiempo que se velaba (17:5); por eso, Cristo, al subir a los cielos, *fue hecho invisible* tras la nube, pero aquel día *será hecho visible viniendo sobre las nubes* (Hch. 1:9, 11; v. tamb. Dn. 7:13–14).

(C) En su Primera Venida, Jesús apareció en estado de humillación profunda y de debilidad (2 Co. 13:4; Fil. 2:6–8), pero en su Segunda Venida, aparecerá *con poder y gran gloria* (v. 2 Ts. 1:7–10).

(D) Con esta gloria vendrá el Juez, para que los pecadores queden totalmente confundidos, habiéndole despreciado cuando vino en humildad y mansedumbre. «¿Es éste—dirán—aquel Jesús a quien

tuvimos en poco, a quien rechazamos, contra el que nos rebelamos, a quien pisoteamos, cuya sangre tuvimos por inmunda? (He. 10:29) ¡Vino para ser nuestro Salvador (Lc. 19:10), pero ahora es nuestro Juez!» Si el lector no es verdadero creyente y no se siente aún movido a sincera contrición, que ore al menos con aquella admirable estrofa del *Dies irae:* «Buscándome, te sentaste cansado (v. Jn. 4:6); me redimiste, padeciendo en la Cruz (2 P. 2:1 *«negarán al Dueño que los compró»);* ¡Que tanta fatiga no sea en vano para mí!»

(E) *Enviará sus ángeles con gran voz de trompeta* (v. 31). No pertenece a este lugar el analizar si esta *trompeta* coincide con la de 1 Corintios 15:52 y 1 Tesalonicenses 4:16, como algunos opinan, o con la de Apocalipsis 11:15, como parece más probable. La trompeta de 1 Corintios 15:52 suena como una llamada militar a la resurrección gloriosa de *los que son de Cristo, cada uno en su debido orden* (1 Co. 15:23). La trompeta de Mateo 24:31; Apocalipsis 11:15 suena para anunciar el comienzo del reino mesiánico, con el juicio sobre sus adversarios. Ésta será trompeta de ángeles, que vendrán escoltando al Hijo del Hombre (16:27; 2 Ts. 1:7), mientras que la de 1 Corintios 15:52; 1 Tesalonicenses 4:16 es *«trompeta de Dios»*, fuera de la serie descrita en Apocalipsis 8:6, etc. Baste con esto, por ahora. Los ángeles que *reunirán a los escogidos, de los cuatro vientos, etc.*, son los mismos que en 13:30, 39–43, han de separar la cizaña del trigo, para quemar aquella y almacenar éste en el granero del reino de Dios.

II. Aplicándola para instrucción general, para acertar a discernirla (vv. 32–36): *De la higuera aprended la parábola.* La higuera es frecuentemente un símbolo de la nación de Israel (Jer. 24; Os. 9:10; Jl. 1:6–7; Lc. 13:6, comp. con Mt. 21:19–20). Es como si Jesús quisiese predecir, junto con estos eventos escatológicos, una nueva vida para el futuro reino de Israel (Hch. 1:6–7). Es como si estuviésemos ante el prospecto de una nueva primavera: *Cuando ya su rama se ha puesto tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca.* Las obras de Dios son siempre perfectas. Él tiene un plan para la historia del mundo, y ese plan se llevará a cabo sin que nada ni nadie pueda impedir que se cumpla. Él tiene también un plan para cada hijo suyo, y sean cuales sean las vicisitudes por las que hayamos de atravesar, *estamos persuadidos de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo* (Fil 1:6). Respecto a los acontecimientos que esperamos, de acuerdo con lo predicho aquí por el Salvador:

1. Jesús nos asegura con su palabra divina que así ha de ser: *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* (v. 35). La palabra de Jesús es más firme que las fuerzas cósmicas que mantienen en equilibrio todo el Universo, desde los subátomos hasta las galaxias, porque cuando los cielos y la tierra actuales *pasen* para ser transformados en *nuevos cielos y nueva tierra* (Ro. 8:19–22; 1 Co. 7:31; Ap. 21:1), las solemnes predicciones de Cristo no sufrirán jamás la mínima alteración, todo se cumplirá en el tiempo de Dios, que es el mejor tiempo, y de la manera que Dios hace todas las cosas, que es la mejor manera. Cada palabra de Dios (y Cristo es Dios) es *sumamente acrisolada* (Sal. 119:140) y, por tanto sumamente asegurada (1 P. 1:23).

2. Después da instrucción en cuanto al tiempo en que esto ha de suceder (vv. 34, 36).

(A) En cuanto al tiempo en general, será durante «esta generación»: *De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca* (v. 34). Este difícil versículo es explicado de diversas maneras: (a) se refiere únicamente a la generación contemporánea de Jesús, pues antes de 40 años podrían presenciar la destrucción de Jerusalén; esto no se compagina con el contexto que habla claramente de la Segunda Venida del Señor; (b) se refiere a la generación contemporánea del *final* que empieza por la restauración oficial del Estado de Israel en 1948; esta opinión, sostenida especialmente por muchos judíos conversos contemporáneos parece forzar el texto y trata peligrosamente de fijar una fecha límite—1988—con el descrédito que sigue a toda fijación de fechas no cumplidas (que lo digan los «Testigos de Jehová»); (c) se refiere a la permanencia de los judíos a lo largo de la Historia, contra viento y marea, como ejemplo vivo de la providencia de Dios que efectúa algo así como un milagro de supervivencia; según Romanos 11:25, este *misterio* se aclarará cuando *haya entrado la plenitud de los gentiles;* pero cuándo será esto, no lo sabemos. Los planos se superponen una vez más en la profecía, y la generación que presenció la destrucción del año 70 se extiende hasta la de los que *mirarán al que traspasaron.*

(B) *Pero de aquel día y de aquella hora nadie sabe ni aun los ángeles del cielo, sino sólo mi Padre* (v. 36). Hay un *día* fijado, el llamado *día de Jehová (día del Señor,* en el Nuevo Testamento), frase frecuente en los libros proféticos, como puede verse con una ligera ojeada a una pequeña Concordancia; este día es conocido únicamente *por el Padre* (Hch. 1:7). En Marcos 13:32 (lectura bien atestiguada),

Jesús se excluye a Sí mismo de tal conocimiento: *ni el Hijo.* Basta un conocimiento elemental de la Teología para saber que Cristo, *en cuanto Dios,* siendo igual al Padre (Jn. 10:30), conocía también esto, pero no como *Revelador* (Verbo) del Padre (v. el com. a Mr. 13:32). La incertidumbre del *día y de la hora* en que el Señor ha de venir, sirve para mantener en vela a los creyentes, pues para ellos es *olor de vida para vida;* a los incrédulos, por el contrario, les sirve para despreocuparse más y más de su salvación; para éstos, es *olor de muerte para muerte* (2 Co. 2:16).

III. Exhorta, por ello, a estar preparados (vv. 37–44). Puesto que:

1. Aquello vendrá de improviso, *como pasó en los días de Noé* (vv. 37–39). En tiempos de Noé, Dios hizo un severo juicio contra la humanidad corrompida, por medio del Diluvio, mientras los hombres vivían sólo para dar pábulo a los sentidos, despreocupados de la palabra de Dios y de la ruina que se les venía encima. La moderna apostasía de las masas es un síntoma de que nos acercamos al final. *Comer y beber* son necesarios para la conservación del individuo; *casarse y darse en matrimonio* lo son para la preservación de la especie humana; pero el necio estoicismo (o epicureísmo) del *«comamos y bebamos, porque mañana moriremos»* (Is. 22:13; 1 Co. 15:32), equivale a la táctica del avestruz, que esconde la cabeza bajo la arena cuando ve venir el enemigo, como si por no verle, pudiese escapar de él. ¡Cuántas veces, los incendios u otros graves accidentes, sorprenden a las víctimas en lugares de jolgorio y de crápula! ¡Qué encuentro tan terrible con el Juez! ¡No busquemos lugar, compañía ni ocupación en que no querríamos que nos sorprendiese la muerte!

2. El resultado será horrible como lo fue en los días de Noé: *No se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos* (v. 39). *¡No se dieron cuenta!* A pesar de que Noé les predicaba, de alguna manera, *mientras se preparaba el Arca* (He. 11:7; 1 P. 3:20) ellos *desobedecieron; no creyeron, y* fueron justamente condenados cuando se creían seguros. *Hasta que vino el diluvio, etc.* Vino el diluvio cuando no lo esperaban, o pensaban que sería una lluvia cualquiera. Cuando se dieron cuenta de la catástrofe, era demasiado tarde. La aplicación va a continuación: Así *será también la venida del Hijo del Hombre.* La falsa seguridad y la sensualidad parecen ser las constantes históricas que marcan la proximidad de una catástrofe (Lc. 21:34; 1 Ts. 5:3, como un eco de Jer. 6:14; Ez. 13:10, entre otros lugares). Como el diluvio se llevó a los coetáneos de Noé, así se llevará la Segunda Venida del Señor a los que no se arrepientan en la última y gran tribulación.

3. Será un día de separación (vv. 40–41). Los escogidos serán reunidos de los cuatro vientos (v. 31), para participar de las bendiciones del reino mesiánico. Es sumamente interesante que Lucas no intercale estos versículos en el capítulo 21 sino en 17:34–35, en un contexto que habla de *la venida del reino.* A la vista del versículo 29 *(«después de la tribulación de aquellos días …»),* al empalmarlo con el *entonces* del versículo 40, no queda otra explicación consecuente de esta separación súbita, sino la de aquellos que afirman que *no se trata del arrebatamiento de la Iglesia* (a pesar de ser ésta la opinión corriente), sino de que *uno será tomado para juicio, y otro dejado para gozo;* no sólo lo pide el contexto, sino incluso el paralelismo del *se los llevó* del versículo 39. El Señor pone un ejemplo de labor masculina: dos trabajando en un campo, y otro de labor que solía llevarse a cabo por mujeres: dos moliendo en un molino. Son ocupaciones corrientes, en las que el Señor sorprenderá a las personas de aquel tiempo aunque parezcan ocupaciones de la clase llamada «baja» (Éx. 11:5), *el escogido* no perderá su bendición abundante. Por muy dispersos y escondidos que se hallen, los ángeles los encontrarán y los reunirán. ¡Qué sorpresa tan fabulosa, del campo o del molino a las manos de los ángeles para disfrutar de las bendiciones del reino! Quienes están *en las manos de Cristo y del Padre, no perecerán jamás* (Jn. 10:28–29). ¿Estarán mezclados con los malvados en el campo, en el taller o en la oficina? ¡Que no se desanimen! Los ángeles los encontrarán y separarán el trigo de la cizaña (13:40–43).

4. Por tanto, hay que velar (vv. 42–44). Esto también tiene aplicación devocional para nuestro tiempo, y en este sentido lo podemos entender:

(A) *Velad, pues* (v. 42). Es un deber general de todos los seguidores de Cristo el *velar y estar despiertos* como *hijos del día y de la* luz (1 Ts. 5:4–11). Así como el estado de pecado es comparado al sueño y a la muerte (v. Ef. 2:1, 5; 5:14; 1 Ts. 5:6), y denota la inconsciencia y la inutilidad, así también el estado de gracia se caracteriza por la vigilancia y la actividad provechosa (1 P. 5:8; 2 P. 1:8). *Velar* implica, no sólo creer que el Señor viene, sino esperar y anhelar que el Señor apresure su Venida (2 P. 3:12–14; Ap. 22:17, 20); equivale a mantenerse en aquella disposición de ánimo y espíritu en la que desearíamos que el Señor nos encuentre cuando venga. *Velar* indica también que estamos como en la

noche, cuando los demás duermen; por eso, necesitamos una fuerza especial para mantenernos despiertos entre los que no se aperciben de las cosas celestiales.

(B) *Estad preparados* (v. 44). En vano velaríamos, si no estuviésemos bien preparados. No es suficiente con tener *buena vista;* es menester también *poner diligencia* (2 P. 1:9–10). Cuando nos espera una herencia tan copiosa, cuando hay por delante una meta tan halagadora y un premio tan excelente, debemos controlarnos bien y lanzarnos presurosos hacia adelante (1 Co. 9:24–27; Fil. 3:13–14).

(C) Las razones para que velemos y estemos preparados son dos: (a) porque no sabemos cuándo vendrá el Señor; (b) porque su Venida tendrá enorme trascendencia para la felicidad de los que estén preparados y para la desdicha de los que no lo estén. En efecto, *no sabemos a qué hora ha de venir nuestro Señor* (v. 42). No sabemos ni el día en que iremos a su presencia ni el día en que Él se hará presente. La muerte no tiene consideración a ninguna edad, y el Señor puede venir cuando menos lo pensemos (v. 44). Sabemos *que* vendrá, pues Él lo ha prometido, pero no sabemos *cuándo* vendrá; es decir, será una hora en que los no preparados no habrán pensado, pues no lo esperaban (v. 50), y aun los que le esperaban no pensaban que fuese a venir precisamente a la hora *aquella.* Al ser esto tan trascendente, habríamos de aprender de los hombres del mundo, que saben obrar con prudencia respecto a las cosas materiales (v. 43). Cuando un amo tiene sospecha de que en cualquier hora de cualquier noche puede venir un ladrón a robarle, está en vela y, aun cuando duerma, el menor ruido le despierta, y siempre está preparado para dar al ladrón una acogida «calurosa». Al saber, pues, que el Señor va a venir, y al no saber *cuándo,* es de una prudencia elemental el estar en vela y preparados, *para que aquel día no nos sorprenda como un ladrón* (1 Ts. 5:4). Cuando venga Cristo, si nos encuentra durmiendo y mal preparados, nuestra casa será horadada y se perderá todo cuanto haya de algún valor en ella. *Por tanto, también vosotros estad preparados;* tan preparados como el buen amo de su casa estaría a la hora en que puede esperarse que venga el ladrón.

IV. Y muestra cuál será el resultado de estar o no estar preparados para su Segunda Venida. Ésta es la segunda razón para velar y estar debidamente preparados, porque lo que aquí se juega tiene que ver con nuestro destino eterno. La venida del Señor traerá inmensa felicidad al siervo preparado, *fiel y prudente,* e inmensa desdicha al *siervo malo.* Comparemos la suerte de uno y otro (vv. 45–51).

1. En cuanto al *siervo bueno* (vv. 45–47) muestra lo que es: uno que *está al frente de la servidumbre;* lo que debe ser: *fiel y prudente;* y si lo es, lo que será eternamente: *dichoso.*

(A) Su oficio es *estar al frente de la servidumbre, para que les de el alimento a su tiempo.* Esto tiene aplicación especial a los *administradores de los misterios de Dios* (1 Co. 4:1). Los ministros de Dios están puestos para ejercer autoridad (1 Ti. 5:17), no como príncipes o señorones (1 P. 5:3), sino como servidores y administradores; no como dueños, sino como *guías* (He. 13:17). Su autoridad les viene de Cristo, y su labor consiste en tener bien alimentada con la buena doctrina y el buen ejemplo la grey de Cristo a su debido tiempo. Su labor es *dar,* no tomar para sí solos, lo que el amo *ha comprado* al precio de su sangre; han de dar *alimento,* no leyes (eso le compete al amo), y alimento que sea sano y nutritivo; y han de darlo *a su tiempo* (gr. *en kairó),* es decir, cuando sea oportuno de acuerdo con la necesidad y las circunstancias.

(B) El siervo bueno ha de desempeñar bien su oficio de administrador.

(a) Ha de ser *fiel.* Fiel es aquel en quien se puede confiar; y cuanto más valioso es lo que se le confía, tanto mayor es la fidelidad que de él se espera. Por eso *se requiere* especialmente *de los administradores de los misterios de Dios, que cada uno sea hallado fiel* (1 Co. 4:2). Ministro fiel de Cristo es aquel que busca sinceramente el honor de su Señor, no el suyo propio; el que tiene consideración con los débiles y reprende a los grandes, sin acepción de personas.

(b) Ha de ser *prudente* y discreto en el modo de desempeñar su oficio. Para guiar bien la grey se necesita, no sólo integridad de corazón, sino tacto y tino de manos. A un siervo le basta con ser honesto, pero un buen administrador necesita ser prudente.

(c) Ha de ser *activo.* El oficio de supervisor es *buena obra* (1 Ti. 3:1). En la Iglesia de Roma se inventó un proverbio sarcástico acerca de los jerarcas, a base de este versículo de 1 Timoteo 3:1: «Lo de *buena,* para el obispo; lo de *obra,* para el vicario». Pero el ministro de Dios no puede limitarse a echar sobre otros las cargas que él debe desempeñar personalmente, como tampoco debe monopolizar todos los ministerios, de modo que los demás creyentes hayan de limitarse a las cuatro «virtudes» de los laicos, como irónicamente comentó un obispo en el Vaticano II: oír, callar, obedecer y rezar. Si la Iglesia de

Cristo es un *cuerpo,* un organismo vivo, cada miembro ha de ejercitar su respectiva función; lo contrario lleva a la atrofia y a la hipertrofia, es decir, a la deformidad. Quienes tienen celo por el honor de Dios y el bien de las almas, siempre tienen algo que hacer, y hacerlo con un objetivo bueno y concreto.

(d) El Amo lo ha de *encontrar,* no hablando, sino *obrando así* (v. 46b). Esto insinúa: *Primero:* Constancia en el trabajo, para que el amo le halle ocupado en el trabajo de cada hora, a cualquier hora que Él venga. Así como de parte de Dios, el final de una misericordia es el comienzo de otra, así también de parte de sus ministros fieles, el final de una obra buena ha de ser el comienzo de otra. *Segundo:* Perseverancia en el obrar hasta que venga el Señor.

(C) El siervo fiel será amplia y generosamente recompensado:

(a) Será buscado y reconocido como bueno, lo cual se insinúa en esa pregunta: *¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente?* (v. 45), lo cual parece implicar que esta clase de siervos escasean (comp. Pr. 31:10). Pero los que responden a los rasgos característicos que aquí se detallan, serán honrados y distinguidos por Cristo con grandes privilegios y honorables responsabilidades que posteriormente les ha de conferir.

(b) Será *dichoso* (v. 46), con el rico contenido que esta palabra tiene en su sentido bíblico; no es una dicha terrena (pobre, frágil, efímera), sino una bienaventuranza (plena, firme, eterna) lo que le espera al siervo fiel. Todos los que *mueren en el Señor,* son *bienaventurados* (Ap. 14:13); pero hay una dicha especial, reservada para los que son hallados buenos siervos y administradores. Al ser *asistentes* (según el gr. de 1 Co. 4:1) de Cristo, así como han de estar más cerca del general en jefe durante la batalla, así lo estarán también en la celebración de la victoria y en la recogida del botín.

(c) Será promovido a más alto cargo: *De cierto os digo que le pondrá al frente de toda su hacienda* (v. 47). Los señores y jefes sensatos suelen promover a los más altos puestos de honor y responsabilidad en sus feudos y empresas, a los subalternos y asistentes que mayor competencia y fidelidad muestran en el desempeño de sus respectivas funciones. Pero el mayor honor que el señor más poderoso de este mundo pueda, o haya podido jamás, conferir a uno de sus más fieles servidores, es como nada en comparación del *peso de gloria* (2 Co. 4:17) que el Señor Jesús conferirá a sus fieles siervos en el mundo venidero.

2. En cuanto al *siervo malo,* tenemos aquí:

(A) La descripción que de él se hace (vv. 48–49). La más vil de las criaturas es una persona malvada; el más vil de los seres humanos es un mal creyente, y el más vil de los creyentes es un mal ministro de Dios. Veamos:

(a) La causa de su maldad, que es una *falsa doctrina: Dice en su corazón: Mi señor tarda en venir* (v. 48). Con esta falsa opinión llega a creerse que quizá no vendrá nunca. El aparente retraso es señal de paciencia (2 P. 3:9), pero los *burladores sarcásticos* lo toman como fábula para seguir *andando según sus propias concupiscencias* (2 P. 3:3–54. Los que sólo creen a sus sentidos corporales están siempre prestos a decir del Señor Jesús lo que el pueblo de Israel decía de Moisés cuando éste se tardaba en bajar del monte: *Haznos dioses … porque a este Moisés … no sabemos qué le haya acontecido* (Éx. 32:1). Los que no sirven a Dios, sirven a dioses falsos: *el dinero* (6:24) o *el vientre* (Fil. 3:19): ídolos, ídolos, ídolos (que significa en griego: *todo figura,* y nada más).

(b) La consecuencia de su maldad, que es una *práctica perversa,* pues es un esclavo de sus pasiones y apetitos. Esto se muestra en dos vicios muy característicos de los malos jefes, ya sean superiores o subalternos:

Primero, la violencia: *Comienza a golpear a sus consiervos.* No es cosa nueva entre los malos servidores el tratar violentamente a sus consiervos y a sus subordinados. ¡Ojalá no se diera esto también entre creyentes! Este mal siervo les golpea para imponer su autoridad, o porque le echan en cara su conducta o porque no le hacen tantas reverencias como espera de ellos. El administrador que trata a los subordinados con dureza, suele hacerlo en nombre del amo, por la causa del amo, en el ejercicio incorrecto de la autoridad delegada por el amo; pero algún día sabrá que no ha podido hacer mayor afrenta al amo con la forma en que se ha comportado en ausencia de éste.

Segundo, la crápula: Y *a comer y a beber con los borrachos.* No sólo abusa de la comida y de la bebida, sino que se asocia con los peores viciosos. Busca la compañía insensatamente jovial de los borrachos, y así los endurece más y más en su vicio. La ebriedad es un vicio terrible, porque es la puerta de otros vicios peores, ya que los que son esclavos del alcohol, no son dueños de sí en ningún otro terreno

de la ética. ¡Ésta es la descripción de un mal administrador, de un ministro que quizá posee gran erudición y elocuencia, más que muchos otros!

(B) El juicio que le espera (vv. 50–51). Obsérvese:

(a) La sorpresa que el mal siervo se va a llevar: *Vendrá el señor de aquel siervo el día que éste no espera, y a la hora que no sabe*. Dejar de pensar en la Segunda Venida de Cristo no es demorar que Cristo venga (o la muerte, que acarreará las mismas consecuencias). Nuestra imaginación no tiene poder para parar el reloj de Dios como tampoco lo tiene para ponerlo en marcha. La Venida de Cristo será la más desagradable y terrible sorpresa para los pecadores despreocupados especialmente para los malos ministros del Señor. *Vendrá el día que el siervo no espera;* pero éste no tendrá excusa: *Mirad que os lo he predicho* (v. 25).

(b) La severidad del castigo. No es más severo que lo justo, pero comporta una ruina total:

Primero, en cuanto al castigo corporal mediante una muerte horrible: *Lo castigará muy duramente.* Lit. *lo cortará por la mitad* (v. 2 S. 12:31; He. 11:37). La muerte corta *en dos* de muchas maneras: separa al hombre de sus más íntimos, de sus intereses más queridos, de sus planes acariciados, de sus diversiones más entretenidas, de la sociedad, del mundo, etc. Pero en especial efectúa un corte dolorosísimo, al separar el cuerpo del alma, tan íntimamente unidos que constituyen una sola persona. Esta separación es llevadera, y hasta gozosa, cuando hay esperanza segura de ir a la presencia del Señor (2 Co. 5:8; Fil. 1:21–23), pero es horrible e intolerable cuando alma y cuerpo van a ser echados en el Infierno (10:28).

Segundo, en cuanto al castigo eterno: *Pondrá su parte con los hipócritas,* compartirá el destino de los más abominables enemigos de Cristo y de su Evangelio. Cuanto más larga sea la capa religiosa bajo la cual se oculte el siervo, el administrador de las cosas de Dios, tanto peor será su porción eterna: con los hipócritas puesto que son los peores hipócritas. La frase de Abraham al rico inmisericorde: *Hijo, acuérdate ...* (Lc. 16:25), será como un cuchillo afiladísimo, penetrante en el corazón de un ministro de Dios que se haya comportado como un malvado cualquiera. ¡Predicar a otros salvación, para que vayan al Cielo, y precipitarse el predicador en la boca del Infierno es cosa terrible! (v. 1 Co. 9:27, aunque en este caso no se trata de la condenación eterna). *Allí será el llanto y el crujir de dientes,* frase que, como en otros lugares, expresa la angustia y la desesperación de los réprobos, bajo la ira y la indignación de Dios. Quien es ahora *Salvador,* será entonces *Juez,* y cada uno irá al estado y lugar que para siempre Él decrete, según la conducta anterior de cada uno (Ro. 2:6).

CAPÍTULO 25

Este capítulo contiene y concluye el discurso del Señor sobre su Segunda Venida. Su interpretación depende de la opinión que se tenga sobre las últimas cosas. Nos limitaremos a indicar nuestro punto de vista, para pasar a las aplicaciones prácticas, devocionales, útiles a todos, cualquiera que sea la opinión que se sostenga. El capítulo se divide en tres partes: primera, la parábola de las diez vírgenes, que recalca la necesidad de estar alerta para la Segunda Venida del Señor (vv. 1–13): segunda, la parábola de los talentos que hace ver la necesidad de un servicio fiel durante su ausencia (vv. 14–30); y la tercera., que contiene el juicio de las naciones delante del Hijo del Hombre (vv. 31–46).

Versículos 1–13

La parábola de las diez vírgenes es una bella historia sacada de la costumbre de los judíos en las solemnidades matrimoniales según la cual el novio, acompañado de sus amigos, se dirigía de noche a casa de la novia para tomarla durante la celebración de ciertas ceremonias religiosas, y partir luego ambos y los acompañantes a casa del novio para seguir celebrando la solemnidad y tener el banquete de bodas. La comparación con Lucas 12:35–37 y los MSS que añaden en versículo 1 «y *a la esposa*», nos dan a entender que aquí se trata de la segunda fase de las solemnidades. Vamos a analizar ahora los elementos que intervienen en la parábola.

I. El *esposo* es, sin duda, Jesucristo, mostrándose aquí en la suprema manifestación de amor a su esposa, la Iglesia, después de haberla comprado para sí con su preciosa sangre (Ef. 5:27, que muestra el

sentido escatológico de este vers.), al unirla así en matrimonio con Él, fruto de un pacto eterno e irrevocable.

II. Las vírgenes son, para unos miembros profesantes de la Iglesia, que esperan el retorno del Señor. Según otros, se trata de *los invitados a la cena del Cordero* (Ap. 19:9) que tiene lugar después de la Gran Tribulación y durante el Milenio. En favor de esto abogan dos principales razones: primera, el contexto de la parábola («Entonces …»; v. 1), que viene a sincronizar con el *Entonces* de 24:40; segunda, que estas vírgenes *no son* la novia, sino sólo *acompañantes;* lo cual conviene más al remanente judío en la Segunda Venida.

III. La ocupación de estas vírgenes es *salir al encuentro del esposo,* lo cual (dentro de cualquier opinión) es una gran dicha y un grave deber. Todo buen creyente espera *que* Jesús venga y espera *al* Jesús que viene. El creyente asiste a Cristo, para darle honor, y espera a Cristo, para recibir de Él honor, *aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo* (Tit. 2:13).

IV. La condición necesaria para recibir al esposo dignamente es *tener* las lámparas encendidas cuando venga el esposo. La luz en las manos habla de un *servicio* (no sólo de un conocimiento cerebral) *de iluminación* (5:14–16). El *aceite* en las lámparas es símbolo del Espíritu Santo, *que será derramado* en aquel tiempo *sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén,* precisamente para que estén preparados para este retorno del Mesías (Zac. 12:10). Aunque el Espíritu Santo como alma de la Iglesia y agente de su unidad (Ef. 4:3–4), y aun como el *que detiene* la aparición del Anticristo (2 Ts. 2:6–7; según la opinión que interpreta así este lugar), haya *desaparecido de en medio* con la Iglesia, está sin embargo en todas partes por razón de su divina inmensidad y como agente de la regeneración espiritual personal, que se llevará a cabo también durante la Gran Tribulación. Ahora observemos:

1. En qué se diferenciaban entre sí estas *diez* vírgenes. *Diez* es un número redondo, indicador de un grupo en sí completo: los diez mandamientos, los diez varones para juzgar sobre un asunto (Rt. 4:2), diez era el mínimo requerido de personas para una reunión en la sinagoga y, según Josefo, al menos diez hombres debían reunirse para comer el cordero pascual. Es probable que ésta fuese la razón por la que Abraham no se atrevió, en Génesis 18:32, a rebajar del número de diez. De estas *diez* vírgenes, se nos dice que *cinco eran prudentes,* sensatas y previsoras, y *cinco insensatas,* estúpidas y descuidadas (v. 2). La partición simétrica en dos grupos igualmente numerosos no intenta fijar las cifras respectivas de los *tomados y* los *dejados* de 24:40–41, sino que pertenece únicamente a la estructura de la parábola. Personas de la misma profesión y denominación entre los hombres, pueden tener a los ojos de Dios caracteres totalmente diferentes. La sensatez o insensatez en los asuntos del alma tienen una trascendencia muy superior a la prudencia o imprudencia en los negocios temporales. *El principio de la sabiduría es el temor de Dios* (Pr. 1:7). E1 principio de la insensatez es el olvido de Dios (Sal. 14:1; 53:1). La virtud es verdadera sensatez; el pecado es verdadera locura. La evidencia de esta diferencia de caracteres entre las cinco vírgenes prudentes y las cinco insensatas, se ve en lo que necesitaban para la presente ocasión.

(A) La estupidez de las vírgenes insensatas se echó de ver en que *tomaron sus lámparas, pero no tomaron consigo aceite* (v. 3). Tuvieron el suficiente aceite para *lucir* durante algún tiempo y aparecer como si de veras esperasen al esposo, pero no llevaban recipiente con las reservas de aceite necesarias para seguir alimentando sus lámparas si el esposo se tardaba. Así les pasa a los hipócritas o a los que no tienen raíz (13:21).

(a) No llevaban dentro el manantial. Hay muchos que llevan en la mano, en el exterior, una lámpara de aparente profesión de fe sincera, pero no llevan en el corazón el Espíritu Santo que unge y consagra sus vidas, y cuyo poder es necesario para resistir los embates de la tentación y la seducción del pecado.

(b) No tenían provisión para después, pues les faltó previsión de lo futuro. Tomaron lámparas para el uso presente pero descuidaron el aceite para el uso futuro. No aprendieron de la hormiga, que recoge en verano para tener en invierno. *No atesoraron para sí buen fundamento para lo por venir* (1 Ti. 6:19).

(B) La prudencia de las vírgenes sensatas se echó de ver en que *tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas* (v. 4). Llevaban dentro el manantial del que podían proveerse continuamente hasta que llegase el esposo, y mantenían así pura y sincera su profesión de fe. La *vasija* es el corazón, que ha de estar siempre bien *dispuesto y* diligentemente *guardado sobre toda cosa guardada*

(Sal. 108:1; Pr. 4:23). Allí hay que atesorar gracia y sabiduría, para que de él salgan cosas que iluminen y edifiquen, porque si esa raíz está corrompida, todo lo que brote será malo. Aquí el *aceite* indica claramente la realidad interior de la *gracia,* pero en un aspecto especial, ya que el aceite en la Escritura es símbolo del Espíritu Santo en cuanto que unge, ilumina, cura, fortifica, dispone para el servicio y alegra el corazón, mientras que el *agua* (gracia) y el surtidor (Espíritu) lo es en cuanto que lava, regenera, refresca y quita la sed (Jn. 4:10 y ss.; 7:37–39; Ap. 22:17). Para *brillar* en el testimonio y en el servicio es preciso tener *aceite* en la lámpara y en la vasija, y sin el Espíritu Santo no hay provisión posible de ese aceite espiritual. Si falta el aceite, falta el amor y, entonces, toda profesión externa es mero ruido (1 Co. 13:1–3) y luces de fuegos fatuos o fuegos artificiales, que pueden ser hermosos, pero pronto se apagan y sólo dejan ceniza, humo y mal olor. Estar provisto de aceite es como hacer acopio para un largo viaje o para un prolongado asedio.

2. Dentro de una común situación, hubo una gran diferencia: *Y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron* (v. 5). Toda persona que vela durante largo tiempo, al concentrar la atención, y quizás con alguna tensión nerviosa, llega un momento en que, si se relaja, cabecea y se duerme. Es un error atribuir falta o pecado a este detalle pues es evidente que no era ésa la intención del Señor, sino sólo implicar con ello la tardanza del esposo, ya que lo importante es que las lámparas de las prudentes siguieron brillando con el mismo esplendor, mientras que las de las insensatas por falta de combustible, ya comenzaban *a apagarse* (v. 8). Todos necesitaban relajarse, como necesitan concentrar su atención y sus energías en las tareas cotidianas, pero la diferencia está en tener o no tener provisión de gracia. Para las diez vírgenes fue igualmente *imprevista* la llegada del esposo, pero sólo las insensatas se encontraron *desprovistas.* No es una muerte *súbita* lo que hemos de temer, sino una muerte no preparada con una comunión constante con el Señor.

V. La sorpresa a medianoche y la reacción de las vírgenes (vv. 6–9).

1. El grito que despertó a todas: *Y a la medianoche se oyó un grito: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!* (v. 6). Aunque Cristo se tarde, sin embargo es segurísimo que vendrá; aunque parezca lento, viene a tiempo. Sus amigos hallarán, para su gozo y consuelo, que *la visión es verdadera* aunque es *para días lejanos* (Dn. 8:26). El año y el día de nuestra redención (Ro. 8:23) están fijados, y llegarán puntualmente. La Venida de Cristo puede ser para nosotros a medianoche, cuando estamos durmiendo, pero la sorpresa de su Venida no hará que mengüe nuestro gozo, sino que lo aumentará. Vendrá cuando le plazca, no sólo para mostrar su soberanía, sino también para que perseveremos en el cumplimiento de nuestro deber. Y cuando venga, debemos *salir a recibirle. ¡Salid a recibirle!* es una llamada a los que están ya habitualmente preparados, para que se apresten a darle la bienvenida. El anuncio de su Venida será a gritos, para despertar a los que duermen. Su Primera Venida pasó desapercibida a casi todo el mundo, y no se decía: *Mirad, aquí está el Cristo, o allí* (v. 23); pero en su Segunda Venida, todo ojo le verá.

2. La reacción de las vírgenes: *Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y arreglaron sus lámparas* (v. 7): las despabilaron y les pusieron aceite, y se dispusieron a toda prisa para recibir al esposo. Las diez se dieron la misma prisa por aderezar sus lámparas, limpiándolas y proveyéndolas del combustible necesario para que la luz brillase con todo esplendor. Hasta aquí, los dos grupos parecían iguales. El que también las vírgenes insensatas tuviesen *alguna* cantidad de aceite, no significa que tuviesen el Espíritu Santo morando en su corazón, sino que pertenece a la estructura de la parábola.

3. Inmediatamente después de este aderezo, las vírgenes insensatas se dan cuenta de que les falta aceite, y les dicen a las prudentes: *Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan* (v. 8). Cuando, en la hora final, Dios hace que los hipócritas abran sus ojos a la realidad de su lamentable situación, muchas veces les sobrecoge la congoja y la angustia ante la visión de su lamentable estado, pero … ya es tarde; no es que Dios niegue su perdón, en la última hora, a un pecador sinceramente contrito, sino que el pecador endurecido no está dispuesto a recibir con fe humilde el don de Dios; es *la tristeza del mundo* que *produce muerte* (2 Co. 7:10). La amargura del *remordimiento* nunca da la verdadera medida del *arrepentimiento* que es *según Dios.* Si se considera desde el punto de vista psicológico, el pesar del pecado, que lleva a confesar y buscar una expiación, parece a primera vista más intenso en Judas que en Pedro (v. la triste historia en 27:3–5), pero en Pedro había algo *esencial* que no existía en Judas: una fe amorosa.

(a) Las lámparas *se apagaban.* Las lámparas de los hipócritas duran en esta vida por algún tiempo, pero al fin se apagan: *Habiendo comenzado por el Espíritu, terminan por la carne* (Gá. 3:3); por fin la profecía se marchita, y el aparente crédito se pierde; falla la esperanza, y se va el consuelo y el ánimo que ella proporciona. Las ventajas de una profesión hipócrita no pasan la aduana del juicio del Señor (7:22–23).

(B) Deseaban aceite cuando estaban a punto de salir al encuentro del esposo. Una profesión externa puede acompañar a una persona mientras las cosas van viento en popa, pero el aparente brillo de los hipócritas queda oscurecido y apagado al *pasar por el valle de sombra de muerte* (Sal. 23:4).

(C) Entonces dicen a las vírgenes prudentes: *Dadnos de vuestro aceite.* Muchos que, en vida, aborrecieron las normas estrictas de la fe cristiana, cuando ven venir la muerte y se espantan ante el juicio, buscan en vano el consuelo sólido de la religión. ¡Intentan recoger el fruto sin tener la raíz! ¡Pretenden disfrutar de la muerte de los justos, tras una vida entera de malvados y sin las disposiciones del ladrón de Lucas 23:40–42! *Dadnos de vuestro aceite:* «Dadnos algo de ese consuelo que disfrutáis, de esa gracia que poseéis, de esa palabra que os alimenta, de ese Espíritu que os fortalece». Parece una petición sincera y el que no entienda bien esta porción puede verse tentado a pensar que las vírgenes prudentes se pasaron de sensatas y mostraron cierto egoísmo al no compartir con las otras el aceite que tenían en abundancia, pero todo el tenor del pasaje demuestra que no hubo egoísmo, sino discreción, en la negativa.

(D) Pero las prudentes respondieron y dijeron: *No sea que no haya suficiente para nosotras ni para vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas* (v. 9). Según la estructura de la parábola, se supone que las vírgenes prudentes tenían acopio suficiente para sí mismas, pero habrían derrochado insensatamente este acopio, si lo hubiesen compartido con las insensatas, de quienes era toda la culpa de su imprevisión, pero, además, según el simbolismo ya explicado, el aceite es símbolo de *la gracia del Espíritu Santo;* y, de la misma manera que nadie puede creer por otro, ni salvarse por otro, ni comer por otro, tampoco puede dar a otro el Espíritu Santo. Aunque el creyente se beneficie de la comunión fraternal con el ministerio y las oraciones de otros, el asunto de la propia salvación es totalmente *personal,* porque *cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí* (Ro. 14:12). El más santo de los creyentes tiene que recibir prestada de Cristo la gracia de cada día, como de Dios el pan de cada día, pero nadie tiene demasiada gracia como para dar a otro de lo que él mismo recibe de prestado. *Id más bien a los que venden.* Aunque esto pertenece a la estructura de la parábola, no está de más recordar que la Palabra de Dios habla de *comprar sin dinero y sin precio agua, vino, leche y pan;* es decir, todo lo necesario para una salvación completa (Is. 55:1–3). Es una *compra* de algo muy precioso (1 P. 2:7); para nosotros, gratis; pero para Dios, muy caro (1 P. 1:18–19). Por eso, las vírgenes prudentes no pudieron dar mejor consejo, así como los fieles ministros del Señor, a la cabecera de un moribundo inconverso, no pueden hacer cosa mejor que incitar a la persona a llegarse a Cristo con fe, pues sólo en Jesús se puede encontrar la salvación (Hch. 4:12).

VI. La llegada del esposo, y el resultado de este encuentro (vv. 10–13).

1. *Mientras ellas iban a comprar, vino el esposo* (v. 10a). Con respecto a los que dejan para la última hora (una religión para bien morir) el asunto más importante para nuestro destino personal eterno, hay escasamente *una* probabilidad entre *mil* de que eso tenga buen resultado. La salvación suele necesitar algún tiempo para fraguarse en el ánimo; no es cosa que pueda llevarse a cabo con precipitación. Dice un antiguo proverbio: «La contrición del sano es sana; la del enfermo, enferma; la del moribundo, casi muerta». Cuando la pobre alma es despertada en el lecho de muerte por ver si se arrepiente e invoca al Señor para salvación su mente confusa no sabe por dónde empezar; es temerario esperar a buscar aceite cuando deberíamos tener ardiendo nuestra lámpara, e implorar gracia cuando habríamos de estar ya usándola. *Vino el esposo,* con su rozagante atavío y la compañía de sus fieles amigos.

2. *Las que estaban preparadas entraron con él a las bodas.* Para tener el gran privilegio de participar en el gran banquete nupcial (Lc. 14:15 y ss.), y gozar allí de la más íntima comunión con el Señor, es preciso llevar el traje de boda. Para estar después en la compañía del Señor, es menester estar preparados ahora.

3. *Y se cerró la puerta* (v. 10b), como es costumbre cuando ya están dentro todos los comensales. La puerta se cerró: (A) Para dar seguridad a los que estaban dentro. Adán fue puesto en el Paraíso, pero la puerta permaneció abierta y así fue despedido al haber pecado, pero cuando los invitados al banquete de

bodas del Cordero estén dentro, no habrá peligro de que se hagan indignos de permanecer dentro. (B) Para excluir a los que se quedaron fuera. Ahora la puerta está abierta, aunque es estrecha; entonces estará cerrada y con el cerrojo echado, habrá *una gran sima* entre los de dentro y los de fuera (Lc. 16:26).

4. Las vírgenes insensatas llegaron demasiado tarde: *Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor» ábrenos!* (v. 11). Dice D. Brown: «¡Qué cuadro tan gráfico y espantoso de personas *casi salvadas, pero perdidas!»* ¡Personas que piden admisión en el reino de los cielos cuando es demasiado tarde! Como *el profano Esaú, que aun después, deseando heredar la bendición, fue desechado* (He. 12:16–17). *Casi* cristianos, como Agripa (Hch. 26:28, según una de las dos interpretaciones probables), pero nunca *salvos.* La vana confianza de los hipócritas puede llevarles casi a las puertas del cielo, pero no pueden pasar la frontera porque no llevan el pasaporte en regla.

5. El esposo las rechazó: *Pero él respondió y dijo: De cierto os digo, que no os conozco* (v. 12); fueron desechadas, como lo fue Esaú. Hay un tiempo oportuno para buscar y llamar: *Buscad a Jehová mientras puede ser hallado; llamadle en tanto que está cercano* (Is. 55:6). Hay *tiempo favorable, y día de salvación* (Is. 49:8; 2 Co. 6:2). Mientras la puerta está abierta, todos pueden acogerse a la promesa del Señor: *Llamad, y se os abrirá* (7:7). Pero ahora, *se cerró la puerta.* No hay palabras que puedan expresar debidamente la tragedia que esto significa.

6. Finalmente tenemos la conclusión práctica que el Señor mismo deriva de la parábola: *Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir* (v. 13). Ya lo había dicho en 24:42, y lo repite ahora, por ser la precaución más necesaria a todo ser humano. Nuestro gran deber es *velar, estar despiertos,* siempre preparados, tanto más cuanto que *no sabemos el día ni la hora.*

Versículos 14–30

Tenemos aquí la parábola de los talentos encomendados a tres siervos; esto implica que a la necesidad de una preparación habitual interior (parábola de las diez vírgenes) ha de seguir el ejercicio de una ocupación habitual exterior; es una parábola de servicio, como la anterior lo era de expectación. El amo es Cristo, los siervos, los llamados a servirle, con aplicación a todos los creyentes. Jesús había expuesto unos días antes, en Jericó la parábola de las diez *minas* (Lc. 19:11 y ss.); no se trata de una versión distinta de la parábola presente, pues tiene un objetivo también diferente. La parábola de las minas tendía a ilustrar la enseñanza de que dones iguales, usados de manera desigual, reciben recompensas desiguales; mientras que la parábola de los talentos tiende a ilustrar la enseñanza complementaria de que dones desiguales, usados con la misma fidelidad, obtienen igual recompensa. Tres cosas se pueden considerar, en general, en esta parábola de los talentos:

I. La encomienda hecha a estos tres siervos: El amo *les encomendó sus bienes.* Por *bienes* podemos entender todo el conjunto de cualidades naturales y gracias espirituales que nos cualifican para determinados servicios en la obra de Dios. Todo eso nos es dado con la grave responsabilidad de usarlo para la gloria de Dios, nuestra propia santificación y el provecho del prójimo. De Cristo nos viene todo, pues todo fue creado *en Él, por medio de Él y para Él* (Col. 1:16); de nosotros mismos, *sin él,* nada provechoso puede salir (Jn. 15:5). De Él nos viene todo para que lo usemos según su plan, no según el nuestro. De Él nos viene todo para que lo administremos, pues a Él tenemos que rendirle cuentas, por cuanto Él es el propietario.

1. Este hombre encomendó sus bienes a esos tres siervos *al irse de viaje* (v. 14). El Maestro se marchó para un viaje largo: *Subiendo a lo alto … dio dones a los hombres* (Ef. 4:8). Al marcharse, procuró Jesús que su Iglesia quedase equipada con todo lo necesario para subsistir, crecer y llevar a cabo la gran comisión. Por eso, confió sus bienes a sus discípulos: *Como me envió el Padre, así también yo os envío* (Jn. 20:21).

2. En qué proporción les fue hecha esta encomienda. A los tres les dio *talentos,* que era la moneda (acuñada o en lingote) de más valor. El griego especifica que eran *de plata (argyrion,* v. 18), y tenían un valor entre 1.080 y 1.625 dólares cada uno. Los dones de Cristo son ricos y valiosos, como adquiridos a gran precio, al precio inestimable de su propia sangre, y ninguno de ellos es de baja calidad. A un siervo, el amo le dio *cinco* talentos, a otro le dio dos, y a otro le dio uno, de acuerdo con las respectivas capacidades. Cuando la divina providencia hace diferencia en las capacidades de cada persona, confiere los dones de acuerdo con esas capacidades, pero todavía las capacidades mismas provienen de Dios. Cada

ser humano normal tiene, por lo menos, *un* talento, un don, porque Dios no hace nada inútil. Con ese talento tiene que negociar, ser útil, *servir;* y todo lo que sirve para algo, es provechoso para la comunidad. No todos somos iguales en capacidad ni en dones, pero no hay inútiles ni mutilados de guerra para el Señor. Es cierto que el que tiene cinco talentos, puede hacer muchas variaciones en su actividad, mientras que el que tiene uno ha de limitarse, como dice Meyer, a ser como violín de una cuerda, instrumento de monotonía, con tentación de abandonar el oficio pero cinco hombres con un talento cada uno pueden desarrollar una labor más eficaz que uno con cinco talentos, porque en igualdad de gama de actividades, la energía vital es quíntuple que la del hombre con cinco talentos.

II. La forma en que cada uno negoció con los talentos (vv. 16–18).

1. Dos de los siervos negociaron bien con sus respectivos talentos.

(A) Fueron diligentes y fieles: *Fue y negoció con ellos, etc.* Tan pronto como el señor se marchó, inmediatamente pusieron manos a la obra. Los que tienen mucho quehacer, como le pasa a todo creyente, necesitan ponerse a trabajar en seguida para no perder tiempo: *Negociaron* con los talentos. El verdadero cristiano es realmente un negociante en el negocio más importante de esta vida («negocio» significa la negación del ocio). El buen negociante, tan pronto como aprende bien su oficio, se esmera en desempeñarlo lo mejor que puede, y trata de mejorar constantemente los medios de que dispone y empeña en él sus energías de tal manera que todas las demás actividades quedan subordinadas a la tarea principal. No tenemos reservas *propias,* pero tenemos siempre a mano la reserva que Dios nos suministra en cada momento de nuestra labor (ese es el sentido del *«pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo»;* 1 Co. 15:10b). Con esa reserva que Cristo proporciona abundantemente a todo siervo fiel (v. Fil. 4:13), las posibilidades de que disponemos cubren siempre la medida de las necesidades en cada circunstancia.

(B) Tuvieron gran éxito: doblaron los bienes encomendados (vv. 16–17). La mano del siervo fiel y diligente multiplica las ricas bendiciones de la gracia divina, al acumular tesoros de obras fructuosas (Ef. 2:10; 2 P. 1:8). Gran parte del fruto que se espera en la edificación de la Iglesia, así como en la evangelización, depende de la diligencia en usar los talentos, pues el interés amoroso por una tarea presta energía al organismo, pábulo a la imaginación, nuevos métodos a la inteligencia, mayor perseverancia a la voluntad, anhelos de cooperación conjunta con los demás hermanos al sentimiento. A quien más se ha dado, más se le exigirá por eso, el de los cinco talentos tuvo que poner más ahínco que los demás, por la mayor envergadura del negocio. Dios no mira la cantidad total, sino la fidelidad; especialmente, cuando se tiene un solo talento, la fidelidad en lo pequeño; como dice el adagio latino: *máximus in mínimis = «ser* muy grande en las cosas pequeñas»; ese es el secreto de la fidelidad. Dar la vida en el campo de batalla no es difícil para un soldado avezado a la lucha; pero dar la vida gota a gota en el cumplimiento del deber diario, monótono, sin más testigo que Dios, sin brillo para el mundo presente ni fama para la posteridad, eso es más difícil a la larga, pero muestra la fidelidad del siervo mejor que ninguna acción de las llamadas «heroicas».

2. El tercer siervo cumplió mal: *Cavó un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor* (v. 18). Este siervo había recibido *un* talento, pero esto no le servía de excusa; al contrario, al tener menos, podía negociar más fácilmente. Sin duda, hay muchos que tienen cinco talentos, y los ponen todos bajo tierra; grandes ventajas, grandes habilidades, que permanecen en continuo barbecho. Pero el Señor quería enseñarnos: (A) Que si el que tenía *un* talento, fue juzgado severamente por no usarlo, más severamente serían tratados los que, al tener más de uno, no usan ninguno: (B) Que, de ordinario, los que tienen pocos dones, los emplean todavía menos que los que tienen más. Esta circunstancia sirve de agravante del ocio, en vez de ser atenuante.

Cavó un hoyo en la tierra, y escondió allí el talento, por miedo a que se lo robaran. Como decía F. Bacon, el dinero es como el estiércol de los animales o fiemo, que produce mal olor y ningún bien si está en un montón, pero es de mucho provecho si se distribuye por el campo. Lo mismo pasa con los dones espirituales, tenerlos y no usarlos para provecho común es quitarles la finalidad con que fueron encomendados. Nótese que escondió el dinero *de su señor.* Si hubiese sido *suyo,* podía haberlo usado como mejor le pluguiera. La fidelidad y la actividad de sus compañeros deberían haberle estimulado a negociar con el único talento que le había encomendado el amo. Al estar otros tan activos, ¿nos atreveremos a permanecer ociosos?

III. El señor viene y ajusta cuentas con sus siervos (vv. 19 y ss.). El ajuste de cuentas se demora: *Después de mucho tiempo* (v. 19). Pero, al fin, llega: *Volvió el señor de aquellos siervos, y ajustó cuentas con ellos.* Todos hemos de rendir cuentas, del bien y del mal que nos hemos hecho a nosotros mismos, y del bien y del mal que hemos hecho a los demás.

1. La buena cuenta de los siervos fieles (vv. 20, 22): *Señor, me entregaste cinco talentos; mira he ganado otros cinco … Señor me entregaste dos talentos; mira, he ganado otros dos …* Los siervos fieles de Dios reconocen agradecidos los dones que les ha encomendado. Hay una falsa e hipócrita humildad en muchos que hablan de sí mismos bajamente, y niegan tener dones y cualidades que de veras tienen. Con esta actitud cometen numerosos pecados: ingratitud a Dios, que les dio los dones; mentira, por negar algo que poseen; pereza, por servirles de excusa para no hacer nada; orgullo, porque lo que buscan con frecuencia rebajándose es que el interlocutor les ensalce, etc. Por otra parte, hemos de reconocer que esos dones nos vienen de Dios, que nosotros no nos los hemos ganado con nuestro esfuerzo ni con nuestro mérito, y que, precisamente por eso, hemos de usarlos *«con temor y temblor»* (Fil. 2:12), como quien tiene que rendir cuentas al amo *con respeto y sentido de la responsabilidad*, pues eso es lo que la frase de Pablo significa. Es un gran privilegio el que Dios nos encomiende tales *tesoros* en nuestros frágiles *vasos de arcilla* (2 Co. 4:7), y cuanto mayores y mejores son los dones que pone en nuestras manos tanto más deudores le somos en el uso de tales dones. Los siervos fieles presentan al amo lo que han ganado; eso es *mostrar la fe por las obras* (Stg. 2:18). El verdadero *sabio y entendido muestra por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre* (Stg. 3:13). Nótese que el que tenía *dos* talentos nada más, rindió sus cuentas con el mismo gozo que el que tenía *cinco.* ¡Qué gran consuelo, pensar que, en el día de la cuenta, será nuestra fidelidad lo que cuente, no nuestro éxito en cifras! Será de acuerdo con la rectitud de nuestro corazón, no según las oportunidades que presente la diversidad de circunstancias.

2. La aprobación que el amo da a los siervos fieles (vv. 21, 23). Veamos:

(A) Cómo los alaba: Muy *bien* (gr. *euge,* con énfasis), *siervo bueno y fiel.* Quienes honran a Dios con su vida, serán honrados por Él sin medida y pronto. Cristo les aplica dos excelentes epítetos: *bueno y fiel;* aprueba con énfasis el trabajo que han llevado a cabo: Muy *bien hecho;* sólo a los *siervos buenos* acepta Dios el trabajo como *bien hecho.* Si hacemos *el bien* y lo hacemos *bien,* recibiremos del Señor la misma alabanza que estos siervos. Hay amos que son morosos en reconocer los buenos servicios de sus criados, pero Jesús no se tarda en alabar lo que está bien hecho; con eso nos ha de bastar, aun cuando no recibamos ninguna alabanza de los hombres.

(B) Cómo les premia: La fidelidad con que han negociado con los bienes del amo va a ser ricamente recompensada. Esta recompensa es expresada aquí de dos maneras:

(a) *Sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré.* Esta expresión da a entender que el amo tenía grandes caudales y muchos negocios que atender, y todo esto lo iba a confiar a quienes habían demostrado su fidelidad en lo *poco.* Es costumbre en todos los estamentos de la sociedad que quienes han desempeñado con acierto cargos inferiores sean promovidos a puestos de mayor privilegio y responsabilidad. ¡Cuánto honor y cuánto servicio tiene el Señor en reserva para sus siervos buenos y fieles! Obsérvese la desproporción entre el trabajo y la recompensa: *sobre poco … sobre mucho.* En comparación con los servicios que Dios nos tiene reservados para después (comp. Ap. 22:3), lo que aquí podemos hacer por el Señor es muy *poco;* con el *gozo* de lo venidero *puesto delante,* todo esfuerzo, fatiga, dolor y aflicción son soportables (He. 12:2).

(b) *Entra en el gozo de tu señor.* Notemos, *primero,* que el estado de los bienaventurados es un estado de *gozo:* perfecta comunión con Dios, perfecta santidad y perfecta compañía han de proporcionar perfecto gozo; *Segundo,* que es gozo *del Señor;* un gozo que Él ha comprado y provisto para ellos; el gozo de los redimidos, a costa de las aflicciones del Redentor; un gozo como compete a un Señor como Dios, excepcionalmente grande. No es el gozo del Señor el que entra en los siervos (¿el océano en un pocito?), sino que son los siervos *los que entran en el gozo del Señor,* como sumergiéndose para siempre en el océano de la dicha inmensa y eterna que sólo Dios puede proporcionar. Cristo, el Unigénito del Padre (Jn. 1:14, 18), los admite como *coherederos suyos* (Ro. 8:17), y entrarán en la eternidad de Dios como en su propio elemento.

3. La mala cuenta del mal siervo (vv. 24–25). En ella vemos:

(A) Cómo se excusa, cuando no tenía ninguna excusa; había recibido *un* talento, y por *un* talento se le pedían cuentas. A nadie pide Dios cuenta por *más* de lo que ha recibido, sino sólo por lo que nos ha puesto en las manos. Esta excusa toma muchas formas, todas ellas abominables:

(a) Una falsa confianza: *Aquí tienes lo que es tuyo* (v. 25). Como diciendo: «No lo he aumentado como los otros, pero tampoco lo he disminuido; no puedes acusarme de haberlo derrochado o perdido». Así esperaba salir del paso, si no con alabanza, al menos con seguridad; como los malos profesantes que no se atreven a hacer mucho por Dios y, sin embargo, esperan recibir la misma recompensa y disfrutar de las mismas bendiciones que quienes ponen todo su empeño en el servicio de Dios y en el provecho del prójimo. Este siervo se creía que todo iría bien, ya que podía decir: *Aquí tienes lo que es tuyo.* Muchos que se llaman cristianos edifican grandes esperanzas para el cielo sobre años enteros de ociosidad y falta de fruto como si fuese bastante con profesar el nombre y dejarse ver en los cultos; no se dan cuenta de que están edificando *sobre arena* (7:26–27).

(b) Una confesión vergonzosa: *Fui y escondí tu talento en tierra.* Habla de ello como si fuese una cosa normal; escondido, estaba seguro; no había peligro de que se lo robaran. Se cree que con eso se merece gran alabanza, ya que ha sido prudente en ponerlo a salvo, sin correr riesgos innecesarios.

(c) Una rudeza descortés y villana: *Te conocía que eres hombre duro … por lo cual tuve miedo.* Esto muestra hasta qué punto nuestra relación con Dios está profundamente afectada por el concepto que tenemos de Él. Se trata de algo sumamente importante puesto que la Psicología Profunda ha demostrado palmariamente la influencia que tiene en nuestra conducta el concepto que, desde la niñez nos hemos formado de Dios, de acuerdo con la imagen misma de nuestro padre terrenal, y del temor o del amor con que nos ha sido impartido el conocimiento de las verdades religiosas. Cuando se tiene de Dios el concepto bíblico: *Dios es luz … Dios es Amor … Dios es Espíritu* (Jn. 4:24; 1 Jn. 1:5; 4:8, 16), se tiene mucho andado para una conducta de santidad, de generosidad y de actividad espiritual, porque la luz engendra luz, y el amor engendra amor, y el amor nos hace fieles y diligentes; pero una opinión dura acerca de Dios provoca miedo, y el miedo provoca egocentrismo y retraimiento (ya desde Gn. 3:10 *«tuve miedo … y me escondí»).* Examinemos de cerca las palabras de este villano para ver los sentimientos que expresan:

Primero: Los sentimientos de un enemigo: *Te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste.* Con estas frases, la defensa se convierte en una gran ofensa. Obsérvese con qué tono de necia suficiencia habla: *Te conocía.* ¿Cómo podía conocerle, cuando el Universo entero le aclama como *Bueno para con todos* (Sal. 145:9), y que *Del fruto de sus obras se sacia la tierra* (Sal. 104:13), *De tu misericordia, oh Jehová, está llena la tierra* (Sal. 119:64) y los salmos 103 y 104, entre otros muchos lugares? ¿Que *siega donde no sembró y recoge donde no esparció,* cuando siembra tanto y recoge tan poco? Por desgracia esta manera de hablar tiene numerosos imitadores en los malvados de todos los tiempos, que achacan a Dios la culpa de todo lo malo que sucede en el mundo: desgracias, accidentes, injusticias, como si esto se debiese a connivencia de Dios, cuando es fruto de la humana perversidad, empezando por la del primer padre, por quien la tierra cesó de ser un paraíso para convertirse en un lugar que *produce espinos y cardos* (Gn. 3:18). Por otra parte, Dios a nadie niega su gracia; si perecemos, es sólo culpa nuestra. *Nadie se condena sin culpa propia;* ésta es una verdad bíblica, que ningún sistema teológico puede echar abajo sin torcer toda la Escritura.

Segundo: Los sentimientos de un esclavo: *Tuve miedo.* Si hubiese amado al amo, no habría hablado así, porque *en el amor no hay miedo* (1 Jn. 4:18). El verdadero creyente está libre de este miedo: *Pues no habéis recibido espíritu de servidumbre* (esclavitud) *para recaer en el temor* (miedo), *sino que habéis recibido espíritu de adopción como hijos* (libertad; He. 4:16), *por el cual clamamos: ¡Abbá, Padre!* (Ro. 8:15). Los pensamientos de miedo apartan del servicio de Dios, pues quienes creen que es imposible complacer a Dios y que de nada vale el servirle, no harán nada que merezca la pena.

(B) La respuesta del amo a esta mala excusa. Su señor hace que lo que ha dicho se vuelva contra él mismo, haciéndole enmudecer. Veamos:

(a) Cómo lo declara convicto de:

(i) Negligencia: *Siervo malo y negligente* (v. 26a). Los siervos que son negligentes, son malos siervos. El que no muestra interés en la obra de Dios está próximo a ocuparse en la obra del diablo. La *omisión* es un gran pecado, y tiene que venir a juicio (no es un accidente que el juicio de los versículos 41–46 sea sobre *cinco pecados de omisión*); la negligencia da paso a la perversidad. Cuando la casa queda vacía del bien, enseguida toman posesión de ella los espíritus del mal. El enemigo sembró cizaña *mientras dormían los hombres* (13:25).

(ii) Contradecirse a sí mismo: *Sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí. Debías, pues, haber llevado mi dinero a los banqueros* (vv. 26–27). Es muy probable que el amo dijese todo esto en forma de interrogación: *¿Sabías, etc.?* Como si dijese: «¿Eso es lo que tú pensabas, que yo

era un amo duro y exigente? Pues, con tus mismas palabras te juzgo». Si no tenemos la energía y el coraje necesarios para emprender grandes cosas en la obra del Señor, ¿será excusa eso para no hacer nada y enterrar el don que Dios nos ha encomendado? Algo es siempre mejor que nada, una buena palabra a tiempo, ya sea de instrucción, de consuelo, de aliento, de amonestación en humildad y mansedumbre está siempre al alcance de todos (v. 1 P. 3:15).

(b) Cómo sentencia y condena al siervo negligente:

(i) A ser desposeído de su talento: *Quitadle, pues el talento, y dádselo al que tiene diez talentos* (v. 28). El que no quiere aprovechar las ocasiones para obrar el bien cuando puede, suele ser castigado (y ¡ojalá pueda servirle aún de purificación espiritual!) con la pena de no poder obrarlo después en la medida que querría. Hay oportunidades que sólo se presentan una vez en la vida; si se dejan escapar, ya no vuelven jamás; y aun cuando vuelvan, ya no serán las mismas, porque la historia es irreversible. No es extraño que el apóstol hable de *redimir el tiempo* (gr. *kairón* = oportunidad), es decir, aprovechar las oportunidades que se pierden en el mercado del mundo (donde tantos «matan el tiempo»), comprándolas a buen precio para la obra del Señor (Ef. 5:16), porque eso es muestra de *sabiduría,* según indica el versículo 15 del mismo lugar. En este sentido, «el tiempo es oro»; sí, y más que oro, porque el resultado permanece por toda la eternidad, mientras que el oro es como dice Pedro, *corruptible* (comp. 1 P. 1:18 «*corruptibles*», con la «*herencia incorruptible*» del v. 4). Por lo demás, para el versículo 29, véase el comentario a 13:12.

(ii) *A ser echado en las tinieblas de afuera* (v. 30). Véase:

Primero, la causa: Es un *siervo inútil.* El siervo negligente es, pues, un siervo inútil: un *siervo que no sirve,* como un miembro atrofiado en el cuerpo, de cuya inutilidad todo el organismo se resiente. En un determinado sentido, todos somos *siervos inútiles* (Lc. 17:10), puesto que un siervo que se debe *todo* a su señor, no puede *añadir* ningún provecho ulterior al amo por medio de obras de supererogación, pero podemos ser útiles y provechosos *dándole gloria* con el fruto que produzcamos mediante una íntima comunión con el Señor Jesús (Jn. 15:8).

Segundo, la sentencia: *Echadlo en las tinieblas de afuera* (v. 8:12; 13:42 y 50; 22:13; 24:51), con lo que su estado será: primero, muy desalentador, ya que en la noche *oscura nadie puede trabajar* (Jn. 9:4); justo castigo para el que no trabajó cuando era *de día,* al estar ocioso por mera negligencia. Tendrá que estar fuera de la luz, fuera de la *fiesta,* fuera del *reino;* segundo, *su* estado será muy doloroso, como lo indica el llanto y el crujir de dientes. Comoquiera que la frase última indica claramente la condenación eterna, no se trata aquí de un verdadero creyente que pierda la salvación por falta de obras (contra Jn. 5:24, entre otros lugares), sino de alguien que, por falta de fruto, no ha podido mostrar su fe (comp. Stg. 2:14–18), por eso, es tan notable el juicio sobre *omisión* de este siervo inútil, con los pecados de omisión en el siguiente juicio contra las naciones (vv. 41 y ss.). La aplicación es válida para todos los tiempos, pero la solución mejor para sincronizar el juicio del siervo inútil con el de los dos siervos buenos y fieles, es referir este pasaje al tiempo inmediatamente posterior a la Gran Tribulación y, por ello, inmediatamente anterior al Milenio, y afecta especialmente, como en la parábola de las diez vírgenes, al remanente judío (comp. Ez. 20:37–42).

Versículos 31–46

Suele hablarse de esta porción como de una escena descriptiva del juicio final, en la que se da particular importancia a cinco aspectos de amor al prójimo y a cinco aspectos de omisión en el mismo sentido (comp. 1 Jn. 3:14; 4:20). Es conocida la frase de Juan de la Cruz: «A la tarde, se nos examinará de amor». El pasaje admite, a este respecto, una aplicación devocional válida para todos. Pero, en pura hermenéutica, es más probable la opinión de quienes distinguen este juicio del que tendrá lugar ante el Gran Trono Blanco de Apocalipsis 20:11–15. Examinemos los diversos detalles de este juicio:

I. El tiempo de este juicio: *Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria.* Esto nos dice:

1. Que vendrá un día cuando el Señor vuelva a este mundo, no en estado de humillación como en su Primera Venida, sino en estado de exaltación y de gloria (Ap. 19:11 y ss.), para hacer juicio y ejecutar la venganza de Jehová (Is. 61:2b). Primero vino en oscuridad; ahora, rodeado de *gloria.*

2. Que este juicio es encomendado al *Hijo del Hombre* (Dn. 7:13–14), título mesiánico, muy a propósito cuando viene a tomar posesión del reino (Ap. 11:15).

II. La compañía que le hará escolta: *Y todos los santos ángeles con Él* (comp. Ap. 19:14), dándole escolta como conviene a un *Rey.*

III. El lugar donde ejecutará el juicio: *Entonces se sentará en su trono de gloria* (v. 31b). Este *trono* (gr. *thronos)* no es el *tribunal* (gr. *bema),* en que Cristo hará el juicio de recompensas pero también parece que debe distinguirse, como hemos aludido ya del juicio de Apocalipsis 20:11–15, el cual tendrá lugar en el Cielo, después de la segunda resurrección (Ap. 20:5a), para dar diversos castigos según las diversas malas obras; mientras que, en Mateo 25:31–46, el juicio tiene lugar en la tierra sobre ciertas obras específicas (buenas y malas), antes del Milenio *(«heredad el reino»;* v. 34). Ahora está sentado en *el trono de gracia* (He. 4:16); entonces se sentará *en su trono de gloria.* El que, antes de su muerte, estuvo como reo ante el tribunal de Caifás vendrá rodeado de gloria *sobre las nubes del cielo* (26:57, 64) para *juzgar,* no para ser juzgado.

IV. Los comparecientes ante el trono de este juicio: Y *serán reunidas delante de Él todas las naciones* (v. 32a). Las *naciones* aquí connota a los gentiles, pero éstos serán juzgados *personalmente* (nótese el masculino *a los unos*—gr. *autoús*—, mientras que *naciones*—gr. *éthne*—es neutro) además, las naciones como *tales* no acuden al trono de Dios, sino que son juzgadas a lo largo de la Historia.

V. La separación que el Juez hará entre los comparecientes a su trono: *Separará a los unos de los otros, como separa el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda* (vv. 32–33). Broadus refiere haber visto en Palestina a un pastor haciendo esto mismo que el Señor dice aquí. Serán separados como la cizaña del trigo (13:39–42). Malos y buenos se encuentran mezclados en este mundo, sin separación posible (1 Co. 5:10), pues, de otro modo, todos serían aquí *arrancados* (13:29), pero el Señor conoce los que son suyos y, Él, el Gran Pastor, los separará. Bien son comparados a las ovejas los que son buenos, pues la oveja es naturalmente mansa, inocente, dócil, paciente; mientras que los malos son comparables a las cabras, indóciles y rebeldes, como puede observarse cuando se las ata (siempre tiran a soltarse; de ahí el proverbio: «la cabra siempre tira al monte», y la palabra *capricho* procede del latín *capra* = cabra). Ovejas y cabras pueden pastar juntas durante todo el día, pero hay que recogerlas de noche en diferentes corrales o establos. Cristo, el Rey-Pastor, pone a las ovejas a su derecha, el puesto de honor (He. 10:12; Mt. 26:64), y a los cabritos a su izquierda. Todas las divisiones que ahora existen en la sociedad, carecerán entonces de importancia y desaparecerán de la escena; lo que, en este mundo, se llama «derechas e izquierdas» no tendrá relevancia; lo importante es estar a la *derecha* de Cristo; lo terrible, es estar a su *izquierda* en aquel juicio.

VI. El juicio y sentencia pronunciados sobre los de la derecha (vv. 34–40). Obsérvese:

1. La gloria que les confiere: *Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre etc.* (v. 34a). Nótese que esta es la *única* vez en los cuatro Evangelios en que Jesús se aplica a Sí mismo este nombre, lo cual es muy significativo para centrar el episodio en su verdadero contexto. *Venid* comporta el cariñoso tono de 11:28; Juan 6:35, 37, e implica una cálida *bienvenida. Benditos de mi Padre* significa, no sólo que han recibido del Padre la gran bendición, sino que son *suyos,* como da a entender el original. ¿Qué importa que el mundo les maldiga y los persiga, si son benditos de Dios? *Heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo* (v. 34b). Respecto de esta maravillosa invitación nótese:

(A) La riqueza de esta herencia, pues se trata de:

(a) Un *reino,* lo cual es considerado en la tierra como la posesión más valiosa y honorable. Muchos que aquí habrán sido mendigos y prisioneros, heredarán entonces un reino.

(b) Un reino *preparado;* grande ha de ser la felicidad, cuando el reino ha sido preparado por el designio divino.

(c) Un reino preparado *para vosotros.* Esto expresa: primero, que es a propósito para la felicidad de ellos; segundo, que ha sido preparado teniéndolos a ellos *personalmente* en consideración: está preparado a vuestro nombre.

(d) Preparado *desde la fundación del mundo.* Es cierto que el designio divino acerca de esto, como acerca de todo, es desde la eternidad, pero es curioso que el original diga aquí *desde,* como si insinuase que, cuando Dios creó este planeta nuestro, cósmicamente insignificante, lo destinó a ser la sede futura del reino mesiánico, mientras que, en Efesios 1:4 donde se habla de bendiciones celestiales, el original

dice *antes de,* como de cosas que no pertenecen al tiempo, sino a la eternidad (no pretendemos hacer demasiada presión en dicha diferencia; sólo hacemos notar la diferencia).

(B) La forma en que habían de poseer el reino: en forma de *herencia.* Es Dios quien nos constituye herederos del Cielo, al adoptarnos por hijos: Y *si hijos, también herederos* (Ro. 8:17). El título más honorífico, firme y valioso es el obtenido por herencia. Ya en este mundo, somos adoptados como hijos y herederos, con plenos derechos y poderes; tenemos las arras y primicias de la bendita herencia, pero será después cuando entraremos en la plena posesión y disfrute de la herencia.

2. La razón por la que les invita a tomar posesión del reino: *Porque tuve hambre, y me disteis de comer, etc.* (v. 35). No se infiere de aquí que las buenas obras puedan *merecer* la herencia del reino, sino que hay promesa divina de rica recompensa a quienes hayan obedecido el gran mandamiento del amor. No es la obediencia la que consigue el título de herencia, sino la promesa del Padre y la obra del Hijo, mientras que la obediencia es sólo la cualificación necesaria de la persona beneficiada. Las buenas obras que aquí se mencionan son las comúnmente llamadas «obras de misericordia» u «obras de caridad», y la enseñanza general acerca de estas obras es que manifiestan la quintaesencia del cristianismo, según la expresa Pablo en Gálatas 5:6 *«la fe que actúa* (lit. *que toma su energía) mediante el amor».* Estas obras implican tres cosas que deben mostrarse en toda persona salva:

(A) Abnegación, o negación de sí mismo y desprecio de lo mundano, al juzgar las cosas de este mundo con el sano criterio de que todo su bien se halla en las oportunidades que tenemos de hacer el bien con ellas; y quienes no disponen de bienes de este mundo, han de albergar en su corazón una disposición similar y contentarse alegremente con su pobreza, sin darse por eso a la ociosidad.

(B) Sincero amor al prójimo, que es el segundo gran mandamiento. Hemos de dar muestras de este amor, y estar dispuestos siempre a obrar el bien y compartir con los necesitados; buenas palabras y buenos deseos son una mera burla sin buenas acciones (Stg. 2:15–16; 1 Jn. 3:16–18). El que no tiene bienes de este mundo, siempre puede ayudar de algún modo, si tiene verdadero amor.

(C) Tener la mira puesta en el Señor Jesús y hacer el bien a los prójimos viendo en ellos *hermanos de Jesús* (no se olvide que es muy probable que haya de entenderse aquí a sus hermanos de raza: *los suyos* de Jn. 1:11). Hay en Colosenses 3:17 un principio general para obrar así, y respecto al amor que debemos a nuestros hermanos, es notable 1 Juan 5:2, tras el contexto anterior. No está de más repetir que amar al prójimo *por* Dios no significa amarle sólo *en* Dios. Por desgracia, abunda una especie de «amor» al prójimo tan místicamente «espiritual» que resulta frío y desencarnado; para amar al prójimo cálida y eficazmente, hay que amarle *en sí mismo,* aunque el motivo fundamental sea el *amor* que viene de arriba (1 Jn. 3:1). Veamos cómo lo expresa Jesús: *Tuve hambre, y me disteis de comer, etc.* Como observación general, podemos decir que no es extraño que los ciudadanos del cielo pasen hambre y sed en la tierra; que al ser de la casa de Dios, sean forasteros aquí; que vestidos de Cristo (Gá. 3:27) carezcan de ropas materiales; que al tener alma sana, tengan enfermo el cuerpo; y que libertados por Cristo (Jn. 8:32, 36), estén en la cárcel por la causa del Evangelio. Pero lo más importante aquí es que el Rey, Jesús, tenga *por hecho a Él lo hecho a uno de sus hermanos más pequeños* (v. 40, comp. Hch. 9:4–5). Esto causa a los *justos* una gran sorpresa, pero Jesús les da la explicación:

(a) Los justos quedan sorprendidos (vv. 37–39); no de la herencia que van a recibir ni de las buenas acciones que habían llevado a cabo, sino de que tales acciones, hechas en beneficio de otros semejantes seres humanos como ellos, sean públicamente alabadas y ricamente premiadas como hechas al mismo Rey de la gloria: *Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, etc.?* El verdadero creyente siente de tal forma la bajeza de su condición y las muchas faltas e imperfecciones en las mismas obras buenas que realiza que se asombrará cuando el Señor le de un premio tan excelente por un servicio tan deficiente.

(b) El Rey les da explicación: *De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis* (v. 40). Cuando aquel día sean publicadas las buenas obras de los justos: primero, serán recordadas, ni la más pequeña será pasada por alto, aunque no sea más que un vaso de agua fresca; segundo, serán interpretadas como hechas a Jesucristo. Así como Jesús saca el mejor partido de las aflicciones y debilidades de los suyos, también saca el mejor beneficio de sus buenas obras; tercero, nótese cómo Jesús llama a esos necesitados *sus hermanos;* no se avergüenza de ellos, sino que les hace partícipes de la nobleza que Él posee (comp. He. 2:11).

VII. El juicio y la sentencia pronunciados contra los de su izquierda (vv. 41–46). Tenemos:

1. La sentencia que pronuncia contra ellos: *Apartaos de mí, malditos.*

(A) Estar tan cerca del Rey, y notar su ceño fruncido. ¡Qué será oír de sus labios tan terrible sentencia! Jesús, el manso Cordero de Dios, siempre invitaba a ir a Él para encontrar descanso, alivio vida, luz, salvación. Pero los impíos *se apartaron de Dios* (Os. 7:13). Ahora el Rey les dice: *Apartaos de mí.*

(B) Pero ya que tienen que apartarse, y apartarse de Cristo, ¿no serán despedidos con alguna palabra suave? ¡No! *Apartaos de mí, malditos.* Los que no quieren venir ahora a Cristo para heredar una bendición, tendrán que apartarse, después, de Él, para llevarse una maldición. Los justos son llamados *benditos del Padre* porque su bendición se debe únicamente a la gracia de Dios, pero los impíos son llamados *malditos,* sin más añadidura, porque sólo a sí mismos pueden achacar su condenación.

(C) Ya que tienen que marcharse sin bendición, ¿podrán ir a algún lugar de comodidad y descanso? ¿No será para ellos suficiente miseria tener que lamentarse de su pérdida? ¡No! Tienen que ir *al fuego eterno,* un fuego encendido por la ira de un Dios eterno; *donde su gusano no se muere, y el fuego no se apaga* (Mr. 9:48); y *serán atormentados día y noche* (sin pausa) *por los siglos de los siglos,* sin cesar (Ap. 20:10).

(D) Pero, en medio de tantos y tales tormentos, ¿no podrán disfrutar de alguna buena compañía que les ofrezca algún consuelo? ¡No! Estarán allí con *el diablo y sus ángeles,* los ángeles caídos de su condición feliz por secundar a Satanás en su rebelión contra Dios. Sirvieron al diablo en vida y por eso, justamente se les condena a morar donde su amo mora, así como los que sirvieron a Cristo, estarán donde Cristo esté (Jn. 12:26).

(E) Queda una consideración muy importante: *El reino fue preparado para los justos, pero el fuego eterno no fue preparado para los impíos, sino para el diablo y sus ángeles.* Dios no preparó para el hombre el mal, sino el bien. Por eso, todo lo que es de salvación viene de Dios, pero todo lo que es de condenación es culpa del hombre mismo.

2. La razón que da para dar esta sentencia contra ellos:

(A) Todo lo que les inculpa, lo que sirve de base a su sentencia, es *omisión;* así como el mal siervo de la parábola de los talentos, fue condenado, no por derrochar su talento, sino por no usarlo: *Tuve hambre, y no me disteis de comer, etc.* «Cuando yo estuve en necesidad, fuisteis tan egoístas que no me disteis lo que habría servido para socorrerme y aliviarme.» Los pecados de omisión son la ruina de miles de personas.

(B) No fue por omitir un artículo de *doctrina,* ni por dejar un acto de *devoción,* sino por omitir la *práctica* de lo que Dios requiere como necesario en Miqueas 6:8: *Oh hombre, te ha sido declarado lo que es bueno y lo que pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, amar misericordia y caminar humildemente con tu Dios.* La falta de misericordia con el necesitado es un pecado que conduce al Infierno: *Porque el juicio será sin misericordia para aquel que no haga misericordia* (Stg. 2:13). *El pecado está, pues, en aquel que sabe hacer lo bueno y no lo hace* (Stg. 4:17). Como en el caso de los justos, pero en la vertiente opuesta, los malos se sorprenden por la sentencia y el Rey les da la explicación:

(a) *Entonces también ellos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, etc.* (v. 44). Los malos, aunque no tienen a qué apelar, tratan de inventar excusas. No repiten todos los cargos, sino simplemente añaden: *«¿ ... y no te asistimos?»* Son, pues, conscientes de que no hicieron lo que debían; pero toman conciencia de ello demasiado tarde. Pensaban antes que eran gentes despreciables estas personas de las que ellos no habían tenido misericordia, pero ahora se les dice que era a Jesús mismo a quien despreciaban.

(b) El Rey justifica su sentencia en la misma forma que había justificado su modo de proceder con los justos: *De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí me lo hicisteis* (v. 45). Lo que se hace en contra, y lo que no se hace a favor, de los hermanos y de los fieles discípulos de Jesucristo, aun de los más pequeños y despreciables, Jesús lo toma como hecho, o no hecho respectivamente, a Él: *En todas las aflicciones de ellos fue Él afligido* (Is. 63:9). *El que los toca, toca a la niña de su ojo* (Zac. 2:8).

VIII. Finalmente, tenemos la ejecución de ambas sentencias (v. 46). Los que no obraron el bien que sabían, *irán al castigo eterno.* En vano tratan muchos de rebajar la dureza de este castigo, al negar la eternidad de las penas del Infierno, atestiguada en otros lugares (18:8; Mr. 9:48; 2 Ts. 1:9; Jud. v. 13; Ap. 20:10). La simetría misma del versículo pide que la palabra *aionios* tenga la misma extensión en el *castigo* que en la vida *eterna.* Sobre ellos *Permanece* la ira eterna de Dios (Jn. 3:36). Si el alma humana no fuese de suyo, aunque por creación de Dios, *inmortal* (Dios es el único que posee la inmortalidad

como en su fuente, 1 Ti. 6:16) parecería crueldad excesiva dar inmortalidad con el único fin de castigar eternamente; pero no es cruel mantener en castigo eterno a quien voluntaria e irrevocablemente ha rechazado la gracia de Dios. Por otra parte, los términos con que se expresa el estado de los condenados: «destrucción», «perdición» (gr. *apóllymi*, para el verbo; v. Jn. 3:16), de ningún modo significan *aniquilación*, sino separación, una *muerte segunda* (Ap. 20:14; 21:8), que se caracteriza por *estar siempre muriendo sin acabar de morir* así como la vida eterna implica *estar siempre viviendo sin acabar de vivir.* Otra clave nos la proporciona Marcos 9:49, compárese con Levítico 2:13, y a la vista de Éxodo 3:2; Salmos 21:9; Hebreos 12:29, pues el mismo fuego que purifica al creyente (quemándolo sin consumirlo), consumirá al impío, *salándolo* para preservarlo eternamente de la aniquilación corporal, y aun existencial. Añadamos una razón final, pero decisiva para el que esto escribe: Quitad el infierno eterno y el impío se reirá de Dios, porque podrá procurarse en esta vida todo placer vedado y, si se cansa, pegarse un tiro en la sien, y saber que si *resucita para condenación*, será para caer en la nada, lo cual es mejor que padecer un tormento insufrible (los que se suicidan, no piensan en ir a otro lugar, sino en desaparecer de la existencia). Esta es una trompeta que suena demasiado fuerte para muchos, pero proclama un mensaje que pertenece a *todo el consejo de Dios* (Hch. 20:27) y, por tanto el ministro fiel de Dios no puede callárselo. ¡Que nadie se llamé a engaño! Todas las oportunidades de salvación: gracia, tiempo y voluntad, se acaban con la muerte: *Está reservado a los hombres EL MORIR UNA SOLA VEZ, Y DESPUÉS DE ESTO EL JUICIO* (He. 9:27, la misma *unicidad* que el sacrificio del Calvario; v. 28). ¿Y habrá impío que no tiemble ante esta palabra inmutable de Dios?

2. *Mas los justos, a la vida eterna* (v. 46b), que es una *herencia,* y una herencia *eterna.* Esta vida eterna, perfectamente *santa*, será perfectamente *feliz,* porque hay una ecuación exacta entre *santidad y felicidad.* Si un Dios infinito nos ofrece su *herencia* entera para siempre, ¿podrá faltar algo para la felicidad del que participa de la felicidad misma de Dios? ¿Acaso no puede Dios satisfacer los anhelos legítimos de nuestro corazón? ¿Es acaso nuestro corazón más ancho que el suyo? Si la ausencia de todo mal (Ap. 21:4), ya es bastante para dejar satisfecho a cualquiera, ¿que será la presencia de todo bien? *Cosas que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni se le han podido ocurrir a nadie* (lit. *ni han subido al corazón del hombre), son las que Dios ha preparado para los que le aman* (1 Co. 2:9). *Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal … escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia* (Dt. 30:15, 19).

CAPÍTULO 26

Comienza aquí la narración de la pasión y muerte de nuestro Señor Jesús. Esta narración ocupa una parte muy considerable en los cuatro evangelios, de modo que se nos dan más detalles de esto que de todo lo demás de su vida. En el presente capítulo, tenemos el complot contra Jesús, su unción en Betania, la institución de la Cena del Señor, el anuncio de las negaciones de Pedro, la oración agónica en Getsemaní, el arresto de Jesús, su presentación ante el sanedrín y terminar con las negaciones de Pedro. Después de Lucas 1, es el capítulo más largo del Nuevo Testamento.

Versículos 1–5

En esta porción tenemos:

I. La notificación que Jesús hace a sus discípulos acerca de la proximidad de sus sufrimientos (vv. 1–2). Con frecuencia les había hablado de estos sufrimientos, pero como a cierta distancia; ahora les habla de ellos como que están ya a las puertas: *dentro de dos días* (v. 2). Obsérvese:

1. El *tiempo* en que les comunicó esta noticia: *Cuando Jesús terminó de hablar todas estas cosas* (v. 1). Los testigos de Cristo no mueren hasta que no hayan terminado su testimonio. «Somos inmortales, decía Ryle, mientras no hayamos cumplido el objetivo para el que nos trajo Dios a este mundo.» Cristo iba a partir de aquí porque *había llevado a término la obra que el Padre le había dado a realizar* (Jn. 17:4). *Sabían* los discípulos que se aproximaba la Pascua, también sabían que Jesús sería crucificado pero

lo que no sabían hasta ahora es que Jesús sería crucificado durante la preparación de la Pascua, pues la fiesta comenzaba en la tarde del jueves con la muerte del cordero pascual. Jesús les avisa una vez más de lo que le va a suceder a Él, para que no se escandalicen ni de que el Hijo del Hombre padezca, ni de que ellos hayan de padecer también; pero para ellos será más llevadera la muerte, porque se le habrá quitado *el aguijón* mediante la muerte de Cristo (1 Co. 15:55–57), quien mató a la muerte muriendo: *Oh muerte, yo seré tu muerte* (Os. 13:14).

2. La *noticia* misma: *El Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado* (v. 2b). El original lo pone en presente: *es entregado,* por ser cosa segura y estar cercano. «Los dardos que se prevén, hieren menos», dice un proverbio latino; pero en el caso de Jesús que los preveía con todo detalle, seguramente los sufrimientos futuros le herían más.

II. El complot de *los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos del pueblo* contra la vida de nuestro Señor Jesucristo (vv. 3–5). Ya habían celebrado antes muchas reuniones para ver de quitarle la vida; pero el complot actual tenía mayor relevancia que ningún otro de los anteriores, porque todos los principales de la nación estaban confabulados en él. Veamos:

1. El *lugar* donde se reunieron: *en el patio del palacio del sumo sacerdote.*

2. El *complot* mismo: *Tuvieron consejo para prender con engaño a Jesús, y matarle* (v. 4). No se contentaban con otra cosa que con su sangre; sólo si le quitaban de en medio se quedarían satisfechos; pero tenían que hacerlo *con engaño* fraudulento, es decir, aparentar cumplir con todas las formas legales de la justicia, para que fuese tenido públicamente como reo de muerte.

3. El *tiempo* en que tramaban darle muerte: *No durante la fiesta, para que no se haga un alboroto en el pueblo.* No era el temor de profanar la fiesta lo que les movía a ello, sino el temor de un tumulto cuando tanta multitud se iba a reunir para celebrar las grandes solemnidades; no temían a Dios, sino al pueblo, porque su interés se centraba en su propia seguridad, no en el honor de Dios. Sin embargo el ofrecimiento de Judas (v. 15), les indujo a cambiar el plan y adelantar su ejecución una semana, con lo que la muerte de Jesús fue llevada a cabo durante las celebraciones de la Pascua, como Él había predicho (v. 2).

Versículos 6–13

I. Se nos refiere en esta porción la singular delicadeza de una buena mujer hacia el Señor Jesús con ese gesto amable de ungir su cabeza (vv. 6–7). Tuvo lugar *en Betania* cerca de Jerusalén como sabemos y *en casa de Simón el leproso.* Éste era probablemente uno de los que habían sido curados milagrosamente de su lepra por Jesús, y quería expresar su gratitud al Señor invitándole. El Señor no se desdeñó de venir a él y cenar con él. Se supone que la mujer que ungió a Jesús fue María, la hermana de Marta y Lázaro. Llevaba *un frasco de alabastro de perfume muy caro y lo derramó sobre la cabeza* de Jesús, cuando Él estaba sentado a la mesa. Entre nosotros, esto sería un cumplido muy extraño, pero en aquel tiempo era tenido como la mayor muestra de respeto, y puede considerarse:

1. Como un acto de fe en nuestro Señor Jesucristo, el Mesías, el Ungido.

2. Como un acto de amor y respeto hacia Él. Algunos piensan que fue ella la que *amó mucho y comenzó a regar con sus lágrimas los pies de Él* (Lc. 7:38, 47). Cuando hay verdadero amor hacia Jesucristo en el corazón nada es considerado demasiado bueno, ni suficientemente bueno, para entregárselo.

II. La ofensa que recibieron los discípulos por ello: *se indignaron* (vv. 8–9).

1. Véase cómo lo expresaron: *¿Para qué este despilfarro?* Esto muestra:

(A) Falta de delicadeza con esta buena mujer, al interpretar como despilfarro lo que debía suponerse que era una muestra de gentileza. El amor nos enseña a echar a buena parte todo lo que pueda así interpretarse (1 Co. 13:5–7). Es cierto que puede haber exceso aun en el bien obrar; pero de aquí hemos de aprender a no censurar a otros, porque lo que nosotros podemos achacar a falta de prudencia, Dios lo puede aceptar como una prueba de amor abundante. De los que hacen más de lo que nosotros hacemos, no debemos decir que hacen demasiado, sino más bien hemos de procurar hacer tanto como ellos.

(B) Falta de respeto a su Maestro. No podían hablar de *despilfarro,* al ver que Él lo admitía y lo aceptaba como muestra de amor de parte de una persona amiga. No pensemos que es superfluo algo que es dado al Señor, quienquiera sea el que lo de.

2. Véase la excusa que presentan en favor de su indignación: *Esto podía haberse vendido a gran precio, y haberse dado a los pobres.* Los mal pensados siempre encuentran excusas buenas para sus malos pensamientos.

III. El reproche de Jesús a sus discípulos: *¿Por qué molestáis a esta mujer?* (v. 10). Nótese que causa gran pesar a los buenos ver que sus buenas obras sean censuradas y mal interpretadas; y esto es una cosa que el Señor Jesús toma muy a mal; por eso, se puso de parte de la mujer y en contra de todos sus discípulos, al respaldar así la causa de sus pequeñuelos ofendidos (v. 18:10).

Obsérvese la razón que da: *A los pobres siempre los tendréis con vosotros.*

1. Hay oportunidades de hacer el bien y de mejorarse que son constantes y a las que debemos dedicarnos constantemente. Quienes tienen un corazón inclinado a hacer el bien, no tienen por qué quejarse de falta de oportunidades.

2. Pero hay otras oportunidades de hacer el bien y de mejorarse que vienen con muy poca frecuencia y han de ser aprovechadas con toda diligencia: «A *mí no siempre me tendréis,* así que hacedme bien mientras me tenéis». Hay ocasiones en que obras especiales de piedad y devoción han de ocupar el lugar de las comunes obras de caridad.

IV. La aprobación y recomendación que Cristo da a la gentileza de esta buena mujer. La llama *una buena obra* (v. 10), y dice en favor de ella más de lo que podría imaginarse; en particular:

1. Que el significado era espiritual (v. 12): *Lo ha hecho con miras a mi sepultura.* Algunos piensan que esa era la intención de ella, y que la mujer entendió las frecuentes predicciones de Cristo acerca de Su muerte y sufrimientos mejor que los apóstoles. Así lo interpretó Cristo, el cual siempre está dispuesto a tomar en sentido positivo las palabras y acciones bien intencionadas de los Suyos.

2. Que el recuerdo de lo hecho habría de ser honorable: *«Se contará … en recuerdo de ella»* (v. 13). Este acto de fe y amor fue tan notable, que los predicadores de Cristo crucificado y los escritores inspirados de la historia de Su Pasión, no tenían otra alternativa que tomar buena nota de este pasaje. No hay trompetas que suenen tan fuertemente y tan perennes como el evangelio eterno. Aunque el principal objetivo del Evangelio es el honor de Cristo, no por eso es completamente pasado por alto el honor de Sus santos y siervos. El recuerdo de esta mujer había de ser preservado al mencionar su fe y su piedad, como ejemplo para otros, siempre que se predicase el Evangelio.

Versículos 14–16

Inmediatamente después del caso de la mayor gentileza mostrada a Cristo, tenemos un ejemplo de la mayor indelicadeza tal es la mezcla de bien y mal que se encuentra entre los seguidores de Cristo.

I. El traidor era Judas Iscariote; se le llama *uno de los doce, como agravante de su villanía. Cuando aumentó el número de los discípulos* (Hch. 6:1), no es extraño que algunos sirviesen de vergüenza y disturbio; pero cuando sólo eran doce, y uno de ellos era *un diablo* (Jn. 6:70), de seguro que no debemos esperar que haya ninguna sociedad perfectamente pura dentro de nuestro mundo. Los doce fueron escogidos como amigos íntimos de Jesús y sin embargo, uno de ellos le traicionó. No hay lazos de amistad, deber ni gratitud que puedan detener en la carrera del mal a quienes llevan dentro al diablo.

II. Aquí tenemos la propuesta que hizo a los principales sacerdotes; *fue a ellos y les dijo: ¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré?* (v. 15). No fueron ellos los que se fueron a él para hacerle la propuesta; no les habría pasado por el pensamiento que uno de los discípulos mismos de Cristo pudiera serle traidor.

1. Lo que Judas prometió: «*Yo os lo entregaré;* para que podáis apresarlo sin ruido ni peligro de que surja un alboroto». En su complot contra Cristo, esto era precisamente lo que les tenía preocupados (vv. 4–5). No se atrevían a meterse con Él en público, y no sabían dónde hallarle en privado. Aquí estaba la dificultad que parecía insuperable, hasta que llegó Judas y les ofreció sus servicios. Quienes se dejan

conducir por el diablo, le encuentran más dispuesto que lo que ellos imaginan para venir en su ayuda en caso de dificultad. Aunque los gobernantes, con el poder e interés que tenían, podían matarle cuando le tuviesen en sus manos, nadie sino un discípulo podía traicionarle.

Yo os lo entregaré. No se ofreció a ser testigo contra Jesús aun cuando ellos buscaban un testimonio (v. 59). Esta es una evidencia de la inocencia de Jesús, el que su propio discípulo, aun siéndole falso, no pudo acusarle de ningún crimen, por mucho que esto le habría servido para justificar su traición.

2. Lo que pidió en compensación de su trabajo: *¿Qué me queréis dar?* Esto es lo único que hizo que Judas traicionase a su Maestro; esperaba conseguir dinero de esta manera. No es que odiase al Maestro, ni que estuviese en querella contra Él, sino simplemente el amor al dinero; esto, y no otra cosa, hizo de Judas un traidor.

¿Qué me queréis dar? Y, ¿qué es lo que quería? Ni pan para comer, ni ropa que ponerse, ni cosas indispensables ni comodidades. Este desventurado avaro no se contentaba con otra cosa que arrastrarse vilmente hasta los sacerdotes para decir: ¿*Qué me queréis dar?* No es la *falta* de dinero, sino el *amor* al dinero, la raíz de todo mal.

III. Ahora viene el convenio que los principales sacerdotes hicieron con él: *Y ellos le asignaron treinta piezas de plata.* Según la Ley (Éx. 21:32), treinta piezas de plata era el precio de un esclavo. ¡Vaya precio con que evaluaron a Cristo! *Le asignaron …* Y, como algunos dicen, *le pagaron;* le dieron en mano sus emolumentos, a fin de tenerle seguro y animarle.

IV. Y luego vemos la industria de Judas, al seguir adelante con su convenio (v. 16): *Y desde entonces buscaba una oportunidad para entregarle.* Su cabeza estaba discurriendo para hallar la manera de llevarlo a cabo eficientemente. Es algo muy perverso buscar las oportunidades para pecar y tramar maldades, pues esto demuestra que los hombres tienen el mal hondamente enraizado en el corazón. Había tenido tiempo para arrepentirse, pero ahora con el convenio pactado, el diablo le está diciendo que no debe faltar a su palabra, aun ser una traición contra su Maestro.

Versículos 17–25

Relato de cómo Cristo celebró la Pascua.

I. El tiempo en que Cristo celebró la Pascua fue el tiempo normal que Dios había fijado, y así la celebraban los judíos (v. 17): *El primer día de la fiesta de los panes sin levadura.*

II. El lugar lo indicó Él personalmente a Sus discípulos, a pregunta de ellos (v. 17): *¿Dónde quieres que te hagamos los preparativos para comer la Pascua?*

1. Ellos daban por supuesto que su Maestro comería la Pascua, aun cuando por entonces era perseguido por los principales sacerdotes, quienes le buscaban para matarle; los discípulos sabían que nada le apartaría del deber, ni por amenazas de fuera ni por temores de dentro.

2. Sabían muy bien que era menester hacer los preparativos, y que eso les competía a ellos: *¿Dónde quieres que te hagamos los preparativos?* Antes de solemnes celebraciones debe haber solemnes preparativos.

3. Sabían que no tenía casa propia donde comer la Pascua.

4. No iban a elegir un lugar sin que Él les dirigiera, y de Él recibieron la dirección; Él les envió *a cierto hombre* (v. 18), quien probablemente era su amigo y seguidor, y a su casa se invitó a sí mismo e invitó a Sus discípulos.

(A) *Decidle: mi tiempo está cerca.* Quiere decir el tiempo de Su muerte. Sabía cuándo estaba cerca y, de acuerdo con ello, actuaba. *El hombre no conoce su tiempo* (Ec. 9:12), y por eso, debe estar siempre vigilante. Pero el Señor Jesús conocía Su tiempo y, por eso, podía comunicar que Su tiempo estaba cerca. Quien hospeda a Cristo en su corazón, conocerá los secretos de Cristo.

(B) *Decidle: … en tu casa voy a celebrar la Pascua.* Esto era una muestra de Su autoridad, como *Señor:* no rogó, sino que ordenó el uso de esta casa para Su propósito. Del mismo modo, cuando Cristo, por Su Espíritu, viene a nuestro corazón, pide ser admitido como quien es dueño del corazón y no le puede ser negado. Y los Suyos querrán admitirle porque Él les dará voluntad de hacerlo. *Voy a celebrar*

la Pascua con mis discípulos. Dondequiera es bienvenido Cristo, Él espera que lo sean también Sus discípulos. Cuando tomamos a Dios por nuestro Dios, tomamos a los Suyos como nuestros.

III. Los discípulos hicieron los preparativos (v. 19): Y *los discípulos hicieron conforme Jesús les había mandado, y prepararon la Pascua.* Tuvieron el cordero muerto y todo preparado para una solemnidad tan sagrada.

IV. Comieron la Pascua conforme a la Ley (v. 20): *se sentó a la mesa. Su* sentarse denota la compostura de Su mente al iniciar esta solemnidad. *Se sentó a la mesa con los doce,* sin exceptuar a Judas. Según la Ley, habían de *tomar un cordero por familia,* los discípulos de Cristo eran Su familia. Aquellos a quienes Dios ha encomendado una familia, deben servir a Dios con ella.

V. A continuación, tenemos la conversación de Cristo con Sus discípulos en la cena de la Pascua. El tema corriente era la liberación de Israel de Egipto (Éx. 12:26–27). Pero ahora estaba a punto de celebrarse la Gran Pascua, y la conversación sobre ella comportaba la omisión del relato de la otra.

1. Primero viene el anuncio de que uno de ellos le iba a entregar: *De cierto os digo que uno de vosotros me va a entregar* (v. 21). Cristo lo sabía. Nosotros no sabemos las aflicciones que nos esperan, ni de dónde nos vendrán, pero Cristo lo sabía todo. Es una muestra de Su gran amor el que conociese todas las cosas que le iban a suceder y que, con todo, no se echara para atrás. Cuando se presentaba la ocasión, hacía que los que estaban en torno de Él lo supieran. Con frecuencia les había dicho que el Hijo del Hombre había de ser entregado; ahora les dice que uno de ellos iba a entregarle.

2. Los sentimientos de los discípulos en esta ocasión (v. 22).

(A) *Entristecidos en gran manera.* Les afligía mucho oír que su Maestro iba a ser entregado. Cuando al principio se lo dijo a Pedro, éste le dijo: *en ninguna manera te suceda esto* (16:22). Ahora les afligía aún más oír que uno de ellos le había de entregar. Las almas piadosas se apenan por los pecados de otros, especialmente de quienes han hecho profesión de ser creyentes. Y lo que más les afligía era la incertidumbre de quién de ellos iba a cometer tal acción.

(B) *Comenzó cada uno de ellos a decirle: «¿Acaso soy yo, Señor?* No sospechaban de Judas. Aunque era un *ladrón* parece ser que lo disimulaba tan bien, que ninguno de ellos miró hacia él; mucho menos, preguntaron: *Señor, ¿es Judas?* Cabe la posibilidad de que un hipócrita recorra el mundo entero, y pasar no sólo desapercibido, sino hasta sin sospecha; como la falsa moneda con una imitación tan bien hecha, que a nadie se le ocurre que sea falsa.

Se inclinaban a sospechar de sí mismos, sentían su propia debilidad, y por eso preguntaban al Maestro, quien nos conoce mejor que nosotros mismos: *¿Acaso soy yo, Señor?* No sabemos cuán fuerte puede ser la tentación que nos acometa y hasta dónde podríamos llegar si Dios nos dejara de Su mano; por eso, tenemos razones para no pensar altamente de nosotros mismos, sino más bien temer.

3. Reciben mayor información acerca de esto (vv. 23–24) cuando Cristo les dice: *El que mete la mano conmigo en el plato, ése me va a entregar.* Con esto, les declaraba: (A) Que el traidor era un comensal familiar: uno de los que estaban a la mesa con Él. ¡Tremenda ingratitud, la de comer con Cristo en el mismo plato y hacerle traición! (B) Que esto sucedía conforme a la Escritura, para que así no les extrañase tanto. Cuanto más vemos que se cumplen las Escrituras en nuestras aflicciones, tanto mejor podremos soportarlas. (C) Que al traidor le iba a salir muy cara la operación: *¡Más le valdría a ese hombre no haber nacido!* Aun cuando Dios cumpla sus propósitos por medio de los pecados de los hombres no por eso es menos calamitosa la condición del pecador.

4. Judas convicto (v. 25). También él preguntó: *¿Acaso soy yo, Maestro?* Así pensaba evitar toda sospecha, en la cual habría incurrido con su silencio. Bien sabía que él era el traidor, pero quería aparentar ser ajeno al complot. Es de notar que muchos que se sienten condenados por su propia conciencia se las apañan bien para justificarse delante de los hombres, y poner buena cara para decir: *¿Acaso soy* yo? Cristo contestó pronto: *Tú lo has dicho.* Esto era bastante para convencerle y, si su corazón no hubiese estado tan perversamente endurecido, habría sido suficiente para quebrantar su convenio, al sentirse descubierto por su Maestro.

Versículos 26–30

Ahora tenemos la institución de la Cena del Señor.

I. Cuándo fue instituida: *Mientras comían.* Al final de la cena pascual, antes de levantar los manteles, pues había de celebrarse en la misma habitación. Cristo es nuestro sacrificio pascual, por el cual se realizó la redención: *porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros* (1 Co. 5:7).

II. La institución misma. Un sacramento (u ordenanza) necesita ser instituido; su existencia misma y su significado dependen de la institución divina. De ahí que el apóstol, al hablar de esta ordenanza (1 Co. 11:23 y ss.), a lo largo de todo su discurso llama a Jesucristo *el Señor*, porque, como *Señor*, la instituyó.

1. El cuerpo de Cristo es simbolizado y representado por el pan. Anteriormente (Jn. 6:35) había dicho: *Yo soy el pan de vida.* Así como la vida del cuerpo es sustentada con pan, así también la vida del alma es sustentada por medio de Cristo.

(A) *Tomó el pan*, una hogaza de pan, que estaba a mano, lista para este fin. Este tomar el pan fue una acción solemne y, con toda probabilidad, fue llevada a cabo de tal manera que fuese observada bien por todos los que estaban a la mesa con Él.

(B) *Pronunció la bendición sobre él*, separándolo para un uso especial mediante oración y acción de gracias. No hallamos aquí ninguna fórmula verbal que Él usase en esta ocasión. Cristo pudo echar Su bendición divina sobre el pan, y nosotros podemos pedir la bendición en su nombre.

(C) *Lo partió;* lo cual denota: (a) Que el cuerpo de Cristo fue roto por nosotros, a fin de que pudiésemos obtener el perdón de nuestros pecados: *Él fue herido por nuestras transgresiones* (Is. 53:5). (b) El cuerpo de Cristo fue partido por nosotros, así como el padre de familia parte el pan para sus hijos.

(D) *Lo dio a sus discípulos*, como Señor de la familia, y como Señor de esta fiesta. A *los discípulos*, porque todos los discípulos de Cristo tienen derecho a esta ordenanza, y de ella se han de beneficiar quienes sean de veras Sus discípulos. Y se lo dio a ellos como cuando multiplicó los panes, para que ellos, a su vez, lo diesen a todos los demás seguidores de Cristo.

(E) *Y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo* (v. 26). Así, pues, les dice:

(a) Lo que habían de hacer con Él: *«Tomad, comed* recibid a Cristo como Él os es ofrecido, recibid la redención, estad de acuerdo con ella, prestadle vuestro consentimiento». El creer en Cristo se expresa mediante el *recibirle* (Jn. 1:12), y *comerle* (Jn. 6:57–58). El mirar la comida o el plato estupendamente aderezado no nos alimenta; es menester tomarlo; así pasa con la doctrina de Cristo.

(b) Lo que obtendrían con ello: *Esto es mi cuerpo* = Esto que tengo en las manos representa mi cuerpo. Creyendo, obtenemos toda la eficacia de la muerte de Cristo a nuestro favor. Participamos del sol, no teniendo el sol mismo en nuestras manos, sino al recibir sobre nosotros los rayos que el sol despide; así también, participamos de Cristo, al recibir Su gracia y los benditos frutos que nos proporcionó mediante la rotura de Su cuerpo, aun cuando no le fue quebrantado ningún hueso.

2. La sangre de Cristo está simbolizada y representada en el vino (vv. 27–28): *Tomando la copa*, la copa de gracia, que estaba allí preparada para beberla, después de dar gracias, según la costumbre de los judíos en la Pascua. *Habiendo dado gracias*, para enseñarnos a tener nuestros ojos elevados a Dios, no sólo en cada ordenanza, sino también en cada parte de la ordenanza.

De esta copa dio a los discípulos:

(A) Con una orden: *Bebed de ella todos.* Así invita a todos a Su mesa, obligándoles a beber de Su copa.

(B) Con una explicación: *Porque esto es mi sangre del nuevo pacto*. Hasta entonces, la sangre de Cristo había sido representada por la sangre de los animales, sangre literal; pero, después que fue en sí misma derramada, quedó representada por la sangre de la uvas, que es sangre metafórica.

(a) *Es mi sangre del nuevo pacto*. El pacto que a Dios plugo hacer con nosotros, y todos los beneficios y privilegios que comporta, se deben a los méritos de la muerte de Cristo.

(b) *Es derramada;* aunque no fue derramada entonces, sino al día siguiente, la da por derramada, ya que estaba a punto de hacerlo y ningún obstáculo lo iba a impedir.

(c) *Por muchos.* La sangre del antiguo pacto era derramada por unos pocos, pero Jesús es la propiciación por los pecados de todo el mundo (1 Jn. 2:2).

(d) Para remisión de los pecados, esto es, para obtener el perdón de los pecados a nuestro favor. El nuevo pacto, obtenido y ratificado mediante la sangre de Cristo, es un documento de perdón, un acta de indemnidad, a fin de alcanzar la reconciliación entre Dios y los hombres. El perdón de los pecados es la

gran bendición que, en la Cena del Señor, vemos impartido a todos los verdaderos creyentes, y es fuente de perpetuo consuelo (9:2–3). Y luego dice «adiós» al fruto de la vid (v. 29). ¡Qué bien se estaba allí! Nunca estuvo el Cielo tan cerca de la tierra como en aquella mesa; sin embargo, no estaba destinado para durar eternamente.

Primero, afirma que, por ahora, será la última celebración Suya: *Desde ahora no beberé más de este fruto de la vid,* de esta copa de Pascua, de este vino representativo. Los creyentes, al morir, se despiden sin tristeza de las ordenanzas que han celebrado en este mundo, porque la gloria y el gozo en que van a entrar las hace palidecer a todas; cuando sale el sol, no tenemos necesidad de otras luces.

Segundo, les asegura que un día volverá a reunirse con ellos: *Hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros.* Algunos lo han interpretado como refiriéndose a las entrevistas que tuvo con ellos después de Su resurrección. Otros lo entienden de los gozos y glorias del estado futuro, del que los santos participarán en perpetua comunión con el Señor Jesús. Otros, en fin, de la comunión con el Señor durante el reino mesiánico en este mundo, con lo que no hay necesidad de alegorizar el vino. Cristo mismo participará del gozo de los Suyos; precisamente, *por el gozo puesto delante de Él, soportó la Cruz* (He. 12:2). De ese gozo quiere hacer partícipes a sus fieles amigos y seguidores.

Finalmente, la solemnidad se cierra con himnos: *Cuando hubieron cantado el himno* (v. 30). «Sabemos por el Talmud—dice Broadus—que los judíos acostumbraban, en conexión con la cena de la Pascua, cantar los Salmos 113 hasta 118, los cuales llamaron "el gran Hallel" (alabanza)». Cantar salmos es una ordenanza del Evangelio (v. Ef. 5:19 y ss.). Es muy apropiado, después de la Cena del Señor y como expresión de nuestro gozo en Dios por medio de Jesucristo, y como un reconocimiento agradecido de aquel gran amor con que Dios nos amó en Él. Por tanto, no está fuera de sazón en tiempo de pena y dolor. Nuestro íntimo gozo espiritual no debería ser turbado por aflicciones exteriores.

Hecho todo esto, *salieron hacia el monte de los Olivos.* No iba a quedarse en la casa para que lo arrestaran allí, pues ello podía perjudicar al dueño de la casa, sino que se retiró al cercano monte de los Olivos. Para este paseo podían beneficiarse de la luz de la Luna, ya que la Pascua siempre se celebraba en Luna llena. Después de participar de la Cena del Señor, nos conviene retirarnos para orar y meditar, y estar a solas con Dios.

Versículos 31–35

Ahora tenemos el discurso de Cristo con Sus discípulos mientras iban de camino.

I. Jesús les predice la prueba por la que tanto Él como ellos iban a pasar. Les habla:

1. De la desbandada que se iba a producir entre ellos (v. 31).

(A) *Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche.* No iban a tener el valor de adherirse a Él, sino que le iban a abandonar cobardemente. En las horas de prueba y tentación, han de esperarse estas cobardías de parte de los discípulos de Cristo; es inevitable, debido a su debilidad. Incluso aquellos cuyos corazones están en correcta posición pueden a veces ser vencidos por una tentación. Hay pruebas y tentaciones de efectos generales: *Todos vosotros os escandalizaréis.* Aunque no haya más que un traidor, habrá muchos desertores. Necesitamos estar preparados para pruebas repentinas que pueden llegar al extremo en corto espacio de tiempo. ¡Cuán rápidamente puede levantarse una tormenta! La cruz de Cristo es el gran escándalo para muchos que pasan por discípulos Suyos.

(B) Tenía que cumplirse la Escritura: *Heriré al pastor.* La cita es de Zacarías 13:7. Las heridas del pastor son aquí los sufrimientos de Cristo; y la dispersión de las ovejas es la desbandada de los discípulos como consecuencia de ello. Cada uno se apresuró a ponerse a salvo, teniéndose por felices los que más lejos se hallasen de la Cruz.

2. Por otro lado, les ofrece la perspectiva consoladora de que volverán a reunirse con Él cuando haya pasado la tormenta (v. 32): *Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros.* Aunque vosotros me abandonéis, yo no os abandonaré; aunque caigáis, yo me preocuparé de que no quedéis caídos finalmente; nos reuniremos de nuevo en Galilea: *Iré delante de vosotros* como un pastor delante de sus ovejas. El Capitán de nuestra salvación sabe cómo reunir a sus tropas, cuando debido a la cobardía, ha cundido el desorden en sus filas.

II. La presunción de Pedro (v. 33): *Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré.* Pedro tenía un buen arsenal de autoconfianza, y siempre se lanzaba a hablar el primero, a veces, lo hacía por buenos impulsos; otras veces, como ahora, sus impulsos le traicionaban.

1. Se comprometió con una promesa de que nunca se escandalizaría de Cristo. Antes de la cena, el discurso de Cristo llevó a los discípulos a un serio examen: *¿Acaso soy yo, Señor?* Esta debe ser nuestra preparación. Después de la ordenanza, Su discurso les incitaba a comprometerse en caminar muy cerca de Él, ya que ese es el deber subsiguiente.
2. Se imaginó que estaba mejor armado contra la tentación que ningún otro: *Aunque todos ... yo no.* Pedro da por supuesto que *todos,* no sólo *algunos,* pueden escandalizarse, pero él ha de salir mejor que ninguno. Deberíamos siempre decir: Si es posible que todos se escandalicen, hay peligro de que también yo me escandalice.

III. Cristo amonesta a Pedro en particular acerca de lo que iba a hacer (v. 34). Se imaginaba Pedro que, en la hora de la tentación, iba a salir mejor librado que los demás, y Cristo le dice que va a salir peor librado que ninguno: «*De cierto te digo;* haz caso de mi palabra, pues te conozco mejor que lo que tú te conoces». Le dice:

1. Que le había de negar. Pedro había dicho: *«Aunque todos ... yo no»;* y se escandalizó antes que ningún otro.
2. Cuán pronto lo iba a hacer: *esta noche, antes que el gallo cante.* Como no sabemos lo cercana que puede estar la prueba tampoco sabemos lo cercanos que podemos estar al pecado; si Dios nos deja de Su mano, siempre estamos en peligro.
3. Cuántas veces le iba a negar: *tres veces.* Cristo le dice que le iba a negar una y otra vez, porque, cuando el pie se nos empieza a resbalar, es más difícil recobrar el equilibrio.

IV. Pedro hace repetidas promesas de fidelidad (v. 35): *Aunque tenga que morir contigo.* Sabía lo que *debía* hacer, antes morir por Cristo que negarle; y pensaba que *querría* hacerlo, nunca negar a su Maestro, costase lo que costase; sin embargo, le negó. Es fácil hablar valiente y despreocupadamente de morir, cuando la muerte está distante, pero no es tan fácil cumplir lo dicho, cuando llega el caso y la muerte se muestra con sus verdaderos colores.

Lo que Pedro dijo, lo suscribieron también los demás: Y *todos los discípulos dijeron lo mismo.* Los buenos son proclives a la confianza en su propia fuerza y constancia. A veces, los que más confían en sí mismos, son los que caen antes y con mayor necedad. Los más seguros de sí mismos son los que menos están a salvo.

Versículos 36–46

En estos versículos tenemos el relato de la agonía de Jesús en el huerto. Las nubes se habían arremolinado densamente y aparecían negras. Ahora comenzaba de veras la tormenta.

I. El lugar donde padeció esta tremenda agonía fue *un lugar que se llama Getsemaní.* El nombre significa «prensa de olivas». Allí comenzó el Señor su Pasión; allí plugo a Dios herirle y prensarle, para que de Él saliese aceite nuevo para todos los creyentes.

II. La compañía que tuvo consigo, cuando estaba en la agonía.

1. Tomó consigo hasta el huerto a todos sus apóstoles, excepto Judas, que para entonces ya tramaba su traición.
2. De ellos, tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan, para ir con éstos al rincón del huerto donde iba a sufrir la agonía. Dejó a los demás a cierta distancia, diciéndoles: *Sentaos aquí, mientras voy a orar allá.* Cristo se fue a orar solo, aunque acababa de orar en compañía de sus discípulos (v. Jn. 17:1). Tomó consigo a los mismos tres que habían sido testigos de la gloria de Su Transfiguración (17:12), para prepararlos así para ser testigos de Su agonía. Los mejor preparados para sufrir con Cristo son los que, por fe, han contemplado Su gloria. Si esperamos reinar con Él, ¿por qué no habremos de sufrir con Él?

III. Comienza la agonía: *Comenzó a entristecerse y a sentir gran angustia.* Se le llama *agonía* en Lucas 22:44, es decir, conflicto. No se trataba de ningún dolor corporal o tormento del exterior, sino que era un tormento interior. Como en Juan 11:33, *se estremeció interiormente.* Las palabras usadas aquí son muy enfáticas: *comenzó a estar sumamente triste y en gran consternación.* Sentía sobre Sí como un peso de plomo que le abrumaba.

Y, ¿cuál era era la causa de ello? ¿Qué le pudo poner en tal agonía? *¿Por qué te abates,* Jesús bendito, y *por qué te turbas?* (v. Sal. 42:11; 43:5). De cierto no era por desesperación ni por desconfianza en Su Padre; mucho menos, por estar en conflicto con Él. Así como el Padre le amaba porque ponía Su vida por Sus ovejas, así también Él estaba enteramente sumiso a la voluntad del Padre en todo ello. Pero:

1. Estaba empeñado en un conflicto con los poderes de las tinieblas, como lo insinúa en Lucas 22:53. Según había dicho en Juan 10:18 *«Este mandamiento recibí de mi Padre».* Así, pues, se lanza decidido a la batalla: *«Actúo como el Padre me mandó. Levantaos, vámonos de aquí»* (Jn. 14:31). Isaías 59:16–18 nos describe a Cristo, cuando va a llevar a cabo salvación, como un campeón cuando sale a la palestra.

2. Tenía que *cargar con las iniquidades* que el Padre había puesto sobre Él y, mediante Su pena y consternación, arrimaba el hombro a tal empresa. Los sufrimientos que iba a padecer eran por nuestros pecados; tenían que caer todos sobre Él, y Él lo sabía. Así como nosotros deberíamos estar consternados por nuestros propios pecados, así lo estuvo Él por los pecados de todos nosotros.

3. Tenía una visión clara y plena de todos los sufrimientos que le aguardaban. Conoció de antemano la traición de Judas, la negación de Pedro, la maldad e ingratitud de los judíos. La muerte en su aspecto más aterrador, la muerte con toda su pompa, escoltada por todos sus terrores, le daba bien en el rostro; y esto le ponía triste sobremanera, especialmente porque la muerte es la paga del pecado, en expiación del cual se había ofrecido. Es verdad que los mártires han sufrido por Cristo sin tal tristeza ni consternación. Pero entonces: (A) Cristo carecía del apoyo y del consuelo que los mártires disfrutaban, porque se los negó a Sí mismo. La alegría que ellos experimentaban en la Cruz se debía al favor divino, y este favor le era, de momento, negado a Jesús. (B) Los sufrimientos de Jesús eran de diferente naturaleza que los de los mártires. Sobre las cruces de los santos, se pronunciaba una bendición que les daba ánimo para regocijarse en el suplicio mismo (5:10, 12); pero la Cruz de Cristo llevaba aneja una maldición (v. Gá. 3:13), bajo cuyo peso se sentía abrumado de tristeza. Y esta tristeza de la Cruz de Jesús era el fundamento del regocijo de las cruces de los demás.

IV. Sus quejas en esta agonía. Fue a sus discípulos y les dijo:

1. *Mi alma está abrumada de una tristeza mortal.* Así les expone el estado de su ánimo. Para un espíritu atribulado, es de algún alivio tener un amigo con quien desahogar el pecho y dar suelta a las congojas. Cristo les dice aquí: (A) Dónde estaba asentada su congoja; era Su alma la que estaba ahora en agonía. Cristo sufrió en Su alma así como en Su cuerpo; (B) Cuál era el grado de Su congoja: Estaba *abrumado de tristeza.* Era una tristeza llevada al extremo, *hasta la muerte;* era una tristeza mortal, es decir, tal que ningún ser humano podría soportar sin morir. (C) Cuánto iba a durar esa congoja: hasta la muerte. *Comenzó* a entristecerse, y no cesó hasta que llegó a decir: *Consumado es.* Estaba profetizado de Cristo que había de ser *varón* de *dolores* (Is. 53:3).

2. Les encarga que le acompañen y asistan: *quedaos aquí y velad conmigo.* Verdaderamente debía de estar totalmente destituido de apoyo, para rogar que le apoyasen quienes Él sabía que eran muy pobres consoladores. Buena cosa es buscar el apoyo y asistencia de nuestros hermanos cuando nos encontramos en una agonía.

V. Lo que pasó entre Él y Su Padre cuando estaba en agonía: *Estando en agonía, oraba más intensamente* (Lc. 22:44). La oración nunca está fuera de sazón, pero es especialmente oportuna en tiempo de agonía.

1. El lugar donde oró: *adelantándose un poco,* se apartó de ellos. Se retiró para orar; un espíritu afligido se halla a sus anchas cuando está a solas con Dios, quien entiende el lenguaje de los suspiros y gemidos. Cristo nos enseña así que la oración privada debe hacerse en secreto.

2. Su postura en la oración: *se postró rostro en tierra.* Esta postura denota: (A) La extrema agonía en que se encontraba; (B) Su humildad en la oración.

3. La oración misma; en la que se pueden observar tres cosas:

(A) El título con que se dirige a Dios: *Padre mío.* Aunque la nube era tan densa, podía ver, a través de ella, a Dios como Padre. En tales ocasiones, el arpa del corazón hace sonar una cuerda muy dulce cuando puede decir, *Padre mío;* ¿adónde va a ir un hijo, cuando algo le atribula, sino a su padre?

(B) El favor que le ruega: *Si es posible, pase de mí esta copa.* Llama *copa* a Sus sufrimientos; no un mar, no un río, sino una copa, de la cual pronto se puede ver el fondo, pero es también la copa del destino que en esta ocasión era para Jesús un «trago muy amargo». Pide que *pase de Él* esta copa; es decir, que pueda evitar los sufrimientos que están tan próximos; o, al menos, que sean acortados. Esto da a entender que era un verdadero Hombre y, como Hombre, sentía repugnancia hacia el dolor y el sufrimiento. Una oración de fe contra una aflicción es compatible con la paciencia y la esperanza bajo tal aflicción. Pero obsérvese la condición: *si es posible.* Si hay alguna posibilidad de que Dios sea glorificado, de que el hombre sea salvado, y de que sean cumplidos los objetivos de Su empresa, sin que tenga que beber de esta amarga copa, desea quedar desobligado; de lo contrario, no. Lo que no podemos llevar a cabo dejando a salvo nuestro fin último, hemos de considerarlo como efectivamente imposible. Así lo hizo Cristo.

(C) Su entera sumisión y aquiescencia a la voluntad de Dios: *Sin embargo, no se haga como yo quiero, sino como* tú. Aun cuando sentía vivamente la extrema amargura de los sufrimientos que iba a padecer, nuestro Señor Jesús estaba enteramente dispuesto a someterse a ellos por nuestra redención y salvación. La razón por la que Cristo se sometía libre y enteramente a los sufrimientos era la voluntad de Su *Padre* (v. 39). La voluntad de Cristo estaba firmemente arraigada en la voluntad de Dios. Hizo lo que hizo, y lo hizo con gozo, porque era la voluntad de Dios. Por esto se refería con tanta frecuencia a esta voluntad de Dios, como algo que era la base de sustentación de toda Su vida (v. Jn. 4:34). En conformidad con este ejemplo de Cristo, hemos de beber de la copa amarga que Dios tenga a bien arrimar a nuestros labios, por muy amarga que sea; lo que no podemos por naturaleza, lo podremos con Su gracia.

4. La repetición de Su oración: *De nuevo se apartó, y oró por segunda vez* (v. 42) y, después *por tercera* (v. 44). Aunque podemos rogar a Dios para que nos retire alguna aflicción, nuestro objetivo principal debe ser que nos de gracia para soportarla bien. Deberíamos preocuparnos de que nuestras aflicciones fuesen santificadas, y nuestros corazones satisfechos en medio de ellas, más bien que pedir con insistencia que se retiren de nosotros. Oraba diciendo: *hágase tu voluntad* (v. 42). La oración consiste en ofrecer a Dios, no sólo nuestros deseos, sino también nuestra resignación. Por tercera vez, *dijo las mismas palabras* (v. 44). Por el versículo 40, parece ser que continuó en oración agónica durante *una hora;* pero todo lo que dijo fue en la misma línea de rogar que, si era posible le fuese evitada la copa de amargura, pero resignándose a la voluntad de Dios.

Pero, ¿qué respuesta tuvo a Su oración? Ciertamente que no fue en vano (v. He. 5:7). El que le oía *siempre* (Jn. 11:42), no le negó la respuesta *ahora.* Es verdad que la copa no pasó de Él, pero tuvo respuesta a Su oración pues *fue fortalecido* (Lc. 22:43). Como dice Pressence: «No como tú quieres, sino como yo, cambió el Paraíso en un desierto; no como yo quiero, sino como tú, cambió el desierto en Paraíso, e hizo de Getsemaní la puerta de la gloria».

VI. Lo que pasó entre Él y sus tres discípulos en ese tiempo.

1. La falta de la que eran culpables: que mientras Él estaba en la agonía, a ellos les importaba tan poco, que no pudieron mantenerse despiertos: *Vino … y los halló durmiendo* (vv. 40, 43). El amor a su Maestro les debería haber obligado a velar con Él pero eran tan estúpidos, que no pudieron seguir con los ojos abiertos. ¿Qué habría sido de nosotros, si Cristo hubiera estado tan dormido como lo estaban Sus discípulos? Cristo les había exhortado a que velaran, y esperaba de ellos algún apoyo, pero, sin embargo, se durmieron no pudieron hacer cosa más indigna. Sus enemigos, que estaban espiando para arrestarle, velaban bien despiertos (Mr. 14:43); pero Sus discípulos, que debían haber velado, se durmieron.

2. A pesar de todo Cristo se mostró amable con ellos. Las personas que se hallan atribuladas tienen propensión a enfadarse con los que les rodean, pero Cristo, en medio de Su gran agonía, está tan manso como siempre y no propende a tomar las cosas a mal.

Cuando los discípulos le hicieron esta descortesía:

(A) *Vino a ellos* como si esperase recibir algún consuelo de ellos. Ellos le añadieron mayor aflicción; no obstante Él fue a ellos preocupándose de ellos más que ellos de sí mismos; cuando más afligido estaba, vino a ver cómo se encontraban, porque los que le habían sido dados por el Padre (Jn. 17:11–24) estaban muy dentro de Su corazón, tanto en Su vida como en Su muerte.

(B) Les reprendió suavemente. Se dirigió a Pedro, quien solía ser el *portavoz* de ellos, para que fuese el *oidor* por ellos: ¿Así *que no habéis podido velar conmigo una hora?* (v. 40). Habla como quien está asombrado al ver la estupidez de ellos. Consideremos: (a) *Quiénes* eran: «¿No habéis podido velar *vosotros,* mis discípulos y seguidores? Yo esperaba mejores cosas de vosotros». (b) Quién era *Él:* «Velar *conmigo*». Él se había despertado aquella vez en que ellos se hallaban en apuros, para ayudarles (v. 8:36); ¿y no podían ellos conservarse despiertos, al menos para mostrarle sus buenos deseos? (c) Cuán pequeña cosa esperaba de ellos, sólo *velar con Él.* Si les hubiera pedido una gran cosa, incluso morir con Él, habrían pensado que podían hacerlo; sin embargo, no fueron capaces de algo tan fácil como *velar con Él.* (d) Cuán corto era el espacio de tiempo que esperaba de ellos: no estar de guardia toda la noche, sino sólo *una hora.*

(C) Les dio un buen consejo: *Velad y orad, para que no entréis en tentación* (v. 41). Se acercaba la hora de una gran tentación. Las aflicciones de Cristo eran para Sus seguidores una tentación de no creer ni confiar en Él, de negarle y abandonarle y renunciar a toda relación con Él. El peligro de entrar en la tentación les acechaba como una trampa o un lazo. Por eso les exhorta a velar y orar: Velad conmigo (v. 38); *velad y orad* (v. 41). Por quedarse dormidos, perdieron el beneficio de unirse a Cristo en oración. Al menos, podían haber orado para que Dios les concediese la gracia de estar despiertos para velar y seguir orando con Él.

(D) Con toda ternura, presenta por ellos la excusa: *El espíritu a la verdad, está animoso, pero la carne es débil* (v. 41). No se nos dice que ellos presentasen una sola palabra de excusa; pero Él tuvo una palabra de ternura para excusarles; en esto tenemos un maravilloso ejemplo de ese amor que *cubre multitud de pecados* (Sal. 32:1; Stg. 5:20; 1 P. 4:8). Tuvo en cuenta el material de que estaban hechos y no les recriminó, pues se acordó de que eran carne; y *la carne es débil aunque el espíritu esté animoso.* Es un infortunio para los discípulos de Cristo el que sus cuerpos no puedan marchar al paso de sus almas en las obras de piedad y devoción, sino que son como una nube y una rémora para ellos; que, cuando el espíritu se siente libre y bien dispuesto para hacer el bien, la carne siente aversión y se halla mal dispuesta. Con todo, es un gran consuelo para nosotros saber que nuestro Maestro, en Su ternura, tiene en cuenta esto y acepta la buena disposición de nuestro espíritu, a la vez que compadece y perdona la debilidad de nuestra carne; pues *estamos bajo la gracia, no bajo la Ley* (Ro. 6:14).

(E) Aunque continuaron somnolientos y estúpidos, no les añadió ninguna otra reprimenda; aunque continuemos ofendiendo, Él no continúa regañando. Cuando vino a ellos por segunda vez, no se nos dice que les reprendiese (v. 43): *Vino otra vez, y los halló durmiendo.* Podríamos pensar que ya les había dicho bastante para que se conservasen despiertos; pero es muy difícil recobrarse de un estado de pesadez: *Los ojos de ellos estaban cargados de sueño.* Lo cual insinúa que hicieron algún esfuerzo por mantenerse en vela, pero fueron vencidos por el sueño y, por eso, el Maestro les miró compasivamente. Cuando vino a ellos por tercera vez, parece como que les alarmó con la proximidad del peligro: *Dormid, pues, y descansad* (v. 45). Véase cómo trata Jesús a los que se dejan vencer por un sentido de falsa seguridad y no despiertan para apercibirse del peligro. A veces les permite que sigan durmiendo: el que se empeña en dormirse, ¡que se duerma, pues! La maldición de este pecado de somnolencia espiritual lleva consigo la pena del mismo. A veces, los juicios de Dios son sorprendentes. Quienes no se alarman con razones y argumentos, es mejor que se alarmen con lanzas y espadas, antes que ser dejados a perecer en su falsa seguridad. Los que se niegan a creer deben, por lo menos, ser puestos en alarma por la Palabra de Dios.

Por lo que toca a los apóstoles en este episodio, el Maestro les comunica que el enemigo se acerca: *El Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores* (v. 45). Y, de nuevo: *Ved, se acerca el que me entrega* (v. 46). A Cristo no le tomaron por sorpresa los sufrimientos: *Levantaos, vamos.* No dice: «Levantaos y huyamos del peligro», sino: «Levantaos, vamos al encuentro del peligro». Insinúa con esto que habían sido necios al dormirse cuando deberían haber usado el tiempo en prepararse; ahora, los sucesos les iban a encontrar mal dispuestos, y sembrarían en ellos el pánico, en vez del ánimo.

Versículos 47–56

Ahora se nos refiere cómo nuestro bendito Maestro fue arrestado y puesto en prisión; esto sucedió tan inmediatamente después de Su agonía, que no hubo espacio alguno de tiempo por medio: *Mientras todavía hablaba …* (v. 47), como no hubo intervalo alguno de reposo para Él desde el principio hasta el fin de Su Pasión.

Al venir primero a lo de su arresto, consideremos:

I. Quiénes eran las personas encargadas de llevarlo a cabo. Aquí estaba *Judas, uno de los doce* a la cabeza de aquella infame guardia: *actuó como guía de los que prendieron a Jesús* (Hch. 1:16). Sin ayuda de él, no le habrían podido hallar en aquel lugar de retiro. Con Judas, iba *mucha gente;* esta muchedumbre estaba compuesta, por una parte, de un destacamento de guardias, los cuales eran de los gentiles, *pecadores,* como Cristo los llama (v. 45). El resto eran criados y oficiales del sumo sacerdote: éstos eran judíos; aunque eran opuestos los unos a los otros, todos ellos estaban de acuerdo en ir contra Cristo.

II. Cómo iban armados para este negocio.

1. Con qué clase de armas venían armados: *con espadas y palos.* No eran tropas regulares, sino una banda de facciosos. Pero ¿a qué tanto aparato? al haber llegado la hora de entregarse Él mismo, toda esta exhibición de fuerza era innecesaria. Cuando un carnicero se va al rebaño a tomar un cordero para el matadero ¿acaso reúne un ejército para venir bien armado? Evidentemente no. Con todo, para arrestar al Cordero de Dios se hace tal despliegue de fuerzas.

2. Con qué autorización venían de esta guisa: *De parte de los principales sacerdotes y de los ancianos del pueblo.* Como con persona no grata al Sanedrín, era esta corporación la que tomaba cartas en el asunto. Pilato, el gobernador, no lo había autorizado. Precisamente las personas que profesaban la religión y presidían sobre los asuntos espirituales, fueron las más activas en esta prosecución y los más acerbos enemigos que Cristo tenía. Bien lo descubrió Pilato cuando dijo: *Tu nación, y los principales sacerdotes, te han entregado a mí* (Jn. 18:35).

III. La manera como lo hicieron, y lo que pasó entonces.

1. Cómo lo traicionó Judas; cumplió con su cometido con toda eficiencia, y su resolución en tamaña perversidad debería servirnos de vergüenza a nosotros que tantas veces fracasamos en hacer el bien con la misma efectividad.

(A) Las instrucciones que dio a los soldados: *Les había dado una contraseña* (v. 48), no fuera que, en lugar de apresar a Jesús, arrestasen a uno de Sus discípulos: *Ese es.* Y, que cuando le tuviesen en sus manos, no le soltasen: *Prendedle;* porque, a veces, se había escapado de quienes pensaban tenerlo en sus manos (v. Lc. 4:30). Más aún, Judas, con un beso, no sólo intentaba identificarle, sino también entretenerle para que los que venían con él pudieran prenderle con toda seguridad.

(B) El paradójico cumplido que hizo Judas a su Maestro: *Se acercó a Él;* de seguro que al llegar a mirarle el rostro de cerca o habrá de quedar despavorido ante Su majestad, o encantado con Su belleza, pero ¿se atreverá a traicionarle en Su presencia y ante Sus ojos tan cercanos? Pedro negó a Cristo, pero cuando *el Señor se volvió y le miró,* se enterneció al instante; pero Judas se llega hasta el propio rostro del Maestro, y le traiciona, diciendo: *¡Salve Maestro! Y le besó ostentosamente* (v. 49). El beso es señal de amistad y deferencia. Pero Judas, al quebrantar todas las normas del amor y del deber, profanó esta señal para que sirviese a sus malvados propósitos.

(C) La forma en que respondió el Señor (v. 50). Le llamó *amigo;* literalmente, *compañero,* que significa el que come pan con otro. Con esto nos enseña a sobrellevar la amargura bajo las mayores provocaciones. Y lo llama *amigo* misteriosamente, ya que, en esto, favorecía el plan de Dios de salvarnos mediante la Cruz, mientras que a Pedro le llamó *Satanás,* porque le aconsejaba que se apartase de la Cruz (16:23). Dice Jesús a Judas: «¿A *qué vienes?* ¿Vienes en son de paz, Judas? Explícate; si vienes como enemigo, ¿qué significa este beso?; si como amigo, ¿a qué vienen esas espadas y esos palos? ¿Todavía no te queda una pizca de vergüenza para desaparecer de mi vista, como podrías haberlo hecho, aunque hubieses notificado a tus acompañantes el lugar donde yo estaba?» O, según el original, ¡Haz aquello *a lo que has venido!* (comp. con Jn. 13:27).

2. Cómo los guardias y soldados echaron mano de Él: *Entonces se acercaron y echaron mano a Jesús, y le prendieron;* le hicieron prisionero. Podemos imaginar la rudeza y crueldad de las manos que aquella bárbara multitud echaron a Jesús; y es probable que lo hicieran con mayor violencia, por cuanto se habían visto frustrados antes cuando intentaron en otra ocasión echarle mano. Pero no habrían podido echarle mano, si Él mismo no se hubiera rendido, puesto que había sido *entregado por el determinado designio y previo conocimiento de Dios* (Hch. 2:23).

Nuestro Señor Jesús fue hecho prisionero, porque quería en todas las cosas ser tratado como un malhechor, castigado por nuestros crímenes. Fue preso para ponernos en libertad; por eso dijo: *Si me buscáis a mí, dejad ir a éstos* (Jn. 18:8). Y únicamente son libres los que Él hace libres (Jn. 8:36).

3. Cómo Pedro luchó por Cristo y hubo de ser frenado en su empeño. Aquí leemos que fue *uno de los que estaban con Jesús* pero en Juan 18:10 se puntualiza que fue Pedro quien se señaló en esta ocasión.

(A) La precipitación de Pedro: *Sacó su espada* (v. 51). Entre todos ellos, tenían sólo dos espadas (Lc. 22:38), y parece ser que una de ellas estaba en poder de Pedro, y a él le pareció que éste era el momento de esgrimirla. Pero todo lo que consiguió fue cortarle una oreja al siervo del sumo sacerdote. Es probable que intentase clavársela en la cabeza, pero falló el golpe. Pedro había hablado mucho de lo que estaba dispuesto a hacer por su Maestro, *aunque tuviera que morir por Él* (v. 35); y ahora quería hacer buena su palabra al arriesgar su vida para rescatar a su Maestro. Tenía gran *celo* por Jesús, por Su honor y seguridad; pero no era *según el perfecto conocimiento* (comp. con Ro. 10:2). No obraba guiado por la discreción ni tenía autorización para obrar así. Antes de sacar la espada, es preciso, no sólo que la causa sea buena, sino que el llamamiento sea claro. Por su indiscreción, se expuso a sí mismo y expuso a sus compañeros al furor de la multitud, porque ¿qué podían hacer con dos espadas contra una banda de hombres armados?

(B) La reprensión que le echó el Señor: *Vuelve tu espada a su lugar* (v. 52). Manda a Pedro que envaine la espada, pero no le riñe por lo que acaba de hacer, puesto que lo había hecho con buena intención, aunque sí le detiene el brazo. El objetivo de Cristo en este mundo era pacificar; así como había prohibido a Sus discípulos la espada de la justicia (v. 20:25–26), ahora les prohíbe la espada de la guerra. Tres razones le da Cristo a Pedro de esta reprimenda:

(a) Sacar la espada constituía un peligro para Pedro y para sus compañeros: *Todos los que empuñen espada, a espada perecerán;* los que usan la violencia se hacen objeto de violencia; y los hombres apresuran y aumentan sus peligros al usar métodos sangrientos de autodefensa. Grocio da otra razón, e interpreta las palabras de Cristo como una velada alusión, no a Pedro, sino a los guardias y soldados que venían *con espadas* contra Cristo, de que habrían de perecer a espada, pues no pasó mucho tiempo hasta que las espadas romanas vinieron a destruir el lugar y la nación ya que ellos habían usado la espada romana para arrestar a Cristo.

(b) No había ninguna necesidad de que sacara la espada en defensa de su Maestro, porque si éste lo hubiese tenido a bien podía haber *rogado al Padre para que pusiera a Su disposición más de doce legiones de ángeles* (v. 53). No necesitaba Jesús las manos de Pedro para defenderse, si eso hubiese entrado en los planes de Dios. Jesús no necesita de nuestros servicios para cumplir Sus propósitos. No se rinde por falta de fuerzas, sino porque esa es la voluntad del Padre. Aunque fue crucificado en debilidad fue una debilidad voluntariamente asumida. Se sometió a la muerte, no por falta de poder, sino por exceso de amor. Aquí nos enseña Jesús:

Primero, el gran interés que tenía en Su Padre: *Puedo ahora rogar a mi Padre, y Él pondrá a mi disposición más de doce legiones de ángeles.* Gran consuelo es para el pueblo de Dios, cuando están rodeados de enemigos por todas partes, saber que tienen vía de acceso hacia arriba; cuando no pueden hacer nada, pueden invocar a Quien lo puede todo. Y los que dedican largo tiempo a la oración, son los que mayor apoyo encuentran en la oración cuando vienen horas de tribulación. Cristo dio a entender que no sólo podía Dios librarle, sino que si insistía en rogarle, le había de librar. Podía haberse evitado el sacrificio (Jn. 10:17, 18), pero no quiso; así que fueron sólo las cuerdas del amor las que le ataron al altar.

Segundo, el gran interés que tenía en el ejército de los cielos: *Pondría a mi disposición más de doce legiones de ángeles.* (i) Hay una *compañía innumerable de ángeles* (He. 12:22). (ii) Esta compañía innumerable de ángeles están a disposición de nuestro Padre Celestial, prestos a obedecer la voz de su precepto (Sal. 103:20–21). (iii) Estas huestes angélicas estaban prestas a acudir en ayuda de nuestro Señor Jesús, si Él lo hubiera necesitado o deseado. Dios se los habría concedido. Así que no hay que orar a los ángeles, sino al Señor de los ángeles. Se los habría concedido al instante: *ahora.* Véase cuán presto estaba el Padre para escuchar la oración de Jesús.

(c) No era tiempo de defenderse, sino de ofrecerse: *¿Cómo se cumplirían entonces las Escrituras de que es menester que suceda así?* (v. 54). Estaba escrito que Jesús había de ser *llevado como un cordero al matadero* (Is. 53:7). En todos los casos difíciles, la Palabra de Dios debe prevalecer sobre nuestros proyectos, y nada debe hacerse ni intentarse contra el cumplimiento de las Escrituras. Debemos decir: «Que se realice la Palabra de Dios y Su voluntad, que sea engrandecida y honrada Su ley, sea lo que sea

de nosotros». Así reprimió Jesús a Pedro cuando éste salió como jefe y capitán de Su guardia de seguridad.

4. A continuación, se nos refiere cómo parlamentó Cristo con los que habían venido a prenderle (v. 55). Aunque no les ofreció resistencia, sí que razonó con ellos. Cuando sufrimos injustamente, es compatible con la paciencia cristiana razonar mansamente con nuestros enemigos y perseguidores: *¿Como contra un ladrón habéis salido,* (A) con furor y enemistad, como si Yo fuese un enemigo de la seguridad pública y mereciese sufrir esto? Si fuese una plaga para la nación, no habríais salido con mayor furor y violencia. (B) ¿Habéis salido con tal despliegue de poder y fuerza como contra un capitán de bandidos que hace frente a la ley, qué desafía a la justicia pública y añade a su pecado el crimen de rebelión?

Después les hace ver la forma en que se había comportado hasta entonces con ellos, y la forma en que ellos se habían comportado con Él: *Cada día me sentaba ante vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis* (v. 55). ¿Cómo, pues, este cambio? No tenían absolutamente ninguna razón para tratarle como lo hacían. Nunca les había dado ocasión de que le considerasen ladrón, pues había estado enseñando en el templo. Tales palabras, tan mansamente salidas de Su boca, no eran las palabras de un ladrón ni de alguien que tuviese un demonio. Tampoco les había dado ocasión de mirarle como a quien se esconde huyendo de la justicia, para que ahora viniesen a prenderle de noche. Cada día podían haberle hallado en el templo y hacer con Él como les pluguiese, ya que la guarda del templo estaba a cargo de los principales sacerdotes. Tramar su arresto en la clandestinidad y en el lugar de su retiro, era una vileza y una cobardía. Así es como el mayor de los héroes puede ser villanamente asesinado en un rincón por alguien que en pleno día y a campo abierto no se atreve a mirarle a los ojos.

Pero todo esto ha sucedido para que se cumplan las Escrituras de los profetas (v. 56). No son palabras del historiador sagrado, sino del propio Jesús, como se ve por Marcos 14:49. Aunque los actores humanos no se daban cuenta, estaban llevando a cabo el plan de Dios.

5. Enseguida vemos cómo, en medio de este apuro, fue abandonado cobardemente por Sus discípulos: *Entonces todos los discípulos le abandonaron y huyeron* (v. 56).

(A) Este fue un gran pecado de parte de quienes lo habían dejado todo por seguirle y ahora le abandonaban a Él sin saber por qué. ¡Qué ingratitud y qué infidelidad! pues habían prometido solemnemente que le seguirían y nunca le abandonarían.

(B) Esto añadió más tormento a sus sufrimientos, mayor aflicción a su arresto al verse así abandonado. Debían quedarse con Él para ministrarle y, si fuera preciso, ser testigos en el juicio que se le iba a seguir. Cristo, al salir fiador nuestro en Su sacrificio de expiación por nuestros pecados, quedó completamente abandonado. El venado que, por el arma del cazador, es señalado para ser abatido, inmediatamente es abandonado por el resto del rebaño. De la misma manera, Cristo, el Salvador y Pastor de nuestras almas, quedó solo para sufrirlo todo y hacerlo todo sin ayuda de nadie.

Versículos 57–68

Encausamiento de nuestro Señor Jesús ante el tribunal religioso, delante del gran Sanedrín. Obsérvense:

I. Los componentes del tribunal: *Estaban reunidos los escribas y los ancianos* (v. 57). Reunión ilegal, puesto que era a medianoche. Pero tal era su odio contra Cristo, que, por satisfacerlo, prefirieron estar sentados toda la noche para estar prestos a caer sobre su presa. Allí estaban los *escribas: los* principales maestros de la Ley, y los *ancianos: los* principales gobernantes del pueblo; éstos eran los mayores enemigos de Cristo, nuestro gran Maestro y Señor. Estaban en el palacio del *sumo sacerdote, Caifás.* Ya se habían reunido allí dos días antes (v. 3), para tramar el arresto, y ahora se reunían de nuevo para llevar a cabo sus propósitos de acabar con Él. La casa que debía ser el santuario donde se defendiera la inocencia oprimida, se convertía así en el trono donde se perpetrara la iniquidad opresora; no nos ha de extrañar, si la casa de Dios, que era casa de oración, se había convertido en cueva de ladrones.

II. La forma en que llevaron a Jesús ante el tribunal: *Los que prendieron a Jesús, le llevaron,* con prisa, sin duda, y con violencia. Fue llevado a Jerusalén por la que se llama *la puerta de las ovejas* pues ésta era la vía de acceso a la ciudad desde el monte de los Olivos; se la llamaba así porque las ovejas

destinadas al sacrificio eran introducidas en el templo por esa puerta. Por aquí se ve cuán apropiado era que Cristo fuera introducido en la ciudad por allí.

III. Luego se nos refiere la cobardía y debilidad de Pedro (v. 58).

1. Pedro *seguía al Señor,* pero *de lejos.* Había en su corazón algunas chispas de amor y afecto hacia su Maestro, y por eso le seguía; pero prevalecía el miedo y la preocupación por su propio bienestar, y por eso le seguía de lejos. Muestra mala condición, y presagia malos resultados, el que quienes profesan ser discípulos de Cristo, no gusten de ser conocidos como tales. Seguir a Cristo de lejos comporta el retirarse poco a poco de Él. Hay gran peligro de volverse atrás, cuando le hay incluso en mirar atrás.

2. Le seguía, pero, *entrando, se sentó con los guardias.* Entró allá donde había un buen fuego y se sentó con los guardias, no para silenciar los reproches de ellos, sino para resguardarse él a sí mismo. Fue presunción de parte de Pedro el meterse así en la tentación; quien obra de este modo, se priva a sí mismo de la protección de Dios.

3. Le seguía, pero sólo *para ver el final,* llevado de su curiosidad, más bien que de su conciencia; estaba presente como espectador, no como discípulo. Es probable que Pedro entrase por ver si Cristo escapaba milagrosamente de las manos de sus enemigos, ya que antes había derribado en tierra a los que venían a arrestarle. Si así fue, Pedro cometió una gran necedad al esperar ver otro resultado que el que el Señor Jesucristo había anunciado, a saber, que tenía que ser llevado a la muerte. Debemos preocuparnos más de prepararnos para el final, sea éste cual sea que de inquirir por curiosidad cuál será el final. A nosotros nos compete cumplir con nuestro deber; de los resultados se encarga Dios.

IV. Jesús ante el tribunal religioso.

1. Buscaron testigos contra Él. Los crímenes de que le acusaban eran falsa doctrina y blasfemia, e hicieron el máximo esfuerzo para que quedase convicto de ellos.

(A) Buscaban pruebas: *buscaban un falso testimonio contra Jesús* (v. 59). Después de arrestarle, atarle, maltratarle, todavía buscan testigos para encausarle, y no hallan pruebas para su procesamiento. Anuncian públicamente que, si alguien puede presentar información contra el preso ante el tribunal, estaban dispuestos a recibirla; y en seguida *se presentaron muchos testigos falsos* (v. 60).

(B) Su poco éxito en tal investigación. Por mucho que lo intentaban, no conseguían obtener nada en limpio entre tantos falsos testimonios, hasta que, por fin, llegaron *dos* testigos, también falsos, pero que, al parecer, se habían puesto de acuerdo para presentar evidencia contra Él.

El testimonio que presentaron contra Él es que había dicho:

Puedo derribar el templo de Dios, y reedificarlo en tres días (v. 61). Con esto querían acusarle:

(a) De ser enemigo del templo, pues procuraba destruirlo.

(b) De emplear artes mágicas, u otro recurso cualquiera de la misma especie, para poder reedificar el templo en tres días. Pero es de notar:

Primero, que sus palabras eran tergiversadas, puesto que Él había dicho: *Destruid este templo* (Jn. 2:19), y ellos juran que había dicho: *puedo destruir este templo,* como si tuviese intención de hacerlo. Él había dicho: y *en tres días lo levantaré* frase muy apropiada para referirse a un templo viviente (= *lo resucitaré).* Pero ellos le citan como que ha dicho: *en tres días lo reedificaré,* lo cual cuadra mejor a un templo material.

Segundo, que sus palabras habían sido mal interpretadas, pues Juan (2:21) añade que *«se refería al templo de Su cuerpo»,* pero ellos juraron que había dicho *el templo de Dios,* lo que significaba el Lugar Santo. Siempre ha habido, y todavía las hay, tales *distorsiones* de los dichos de Cristo *para su propia destrucción* (2 P. 3:16). Él fue acusado para que nosotros no fuésemos condenados. Y, si alguien, en alguna ocasión, no sólo dice, sino que jura algo falso contra nosotros, recordemos que no podemos esperar mejores cosas que nuestro Maestro.

(C) Cristo calla bajo tales acusaciones, con gran sorpresa del tribunal (v. 62). El sumo sacerdote, juez del tribunal, se levanta acalorado y le dice: *«¿No respondes nada?* Ya ves cómo te acusan, ¿qué tienes que decir a tu favor?» *Mas Jesús callaba* (v. 63), no porque no tuviese nada que decir, o no saber cómo decirlo, sino para que se cumpliese la Escritura: *Como un cordero que es llevado al matadero* y delante del carnicero, *tampoco Él abrió su boca* (Is. 53:7). Callaba, porque *había llegado su hora;* no quiso negar

el cargo que se le hacía, porque estaba dispuesto a someterse a la sentencia. Calló ante el tribunal humano, para que nosotros podamos decir algo ante el tribunal divino.

2. Entonces le conjuraron a contestar, y procuraban, contra la ley de toda equidad, a que se acusase a sí mismo. Nos es referido el interrogatorio que le hizo el sumo sacerdote. Le preguntó: *¿Eres tú el Cristo, el Hijo de Dios?* Es decir, ¿pretendes ser el Hijo de Dios? Pues de ningún modo estaban dispuestos a considerar si era verdad, dijese Él lo que dijese. Sólo querían oírlo de Sus labios para poder así acusarle de falsario y blasfemo. ¡Hasta qué punto pueden el orgullo y la perversidad conducir a los hombres! La pregunta se hace en el tono más solemne: *Te conjuro por el Dios viviente que nos digas.* No que Caifás tuviese ningún respeto por el nombre de Dios pues lo estaba tomando en vano; sólo deseaba ganar el pleito contra el Señor Jesús; si Jesús rehusaba ahora responder a estas palabras, le habían de acusar de despreciar el nombre bendito de Dios.

Veamos la contestación de Cristo a esta pregunta, (v. 64). En ella:

(A) Confiesa ser *el Cristo, el Hijo de Dios: Tú lo has dicho.* Es decir: *Así es, como acabas de decir,* pues en Marcos leemos: *Yo soy.*

(B) Y añade: *Además os digo que, a partir de ahora, veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder, y viniendo sobre las nubes del Cielo.* Como si dijese: «Aunque ahora me veáis así, tan bajo y sumiso, llega el día, *sin embargo,* en que me veréis aparecer de modo muy diferente». La ya próxima destrucción de la nación judía sería un tipo y anticipo de Su futura Venida. Les dice:

Primero, a quién verán: *al Hijo del Hombre.* Al haber confesado ser el Hijo de Dios, aun en Su estado de humillación, habla de sí como el Hijo del Hombre, aun en Su estado de exaltación, ya que en una sola persona tenía estas dos naturalezas distintas: la divina y la humana. Es *Emanuel:* Dios con nosotros.

Segundo, en qué postura le verán: *Sentado a la diestra del Poder.* Aunque ahora le veían como un reo ante el tribunal, después le verían sentado en el trono. *Viniendo en las nubes del cielo.* Ya les había hablado de este día a los discípulos, no hacía mucho, para consuelo de ellos, y les había exhortado a que *levantasen sus cabezas* de gozo ante tal perspectiva (Lc. 21:27–28). Ahora lo declara a Sus enemigos, no para gozo, sino para terror.

V. La convicción contra Él, tras este interrogatorio: *El sumo sacerdote se rasgó las vestiduras* (v. 65), según la costumbre de los judíos cuando oían o veían algo, de palabra u obra, que ellos consideraban como un insulto contra Dios.

1. El crimen del que fue hallado reo: *¡Ha blasfemado!* Al ser *hecho pecado por nosotros* (2 Co. 5:21), Cristo fue condenado por blasfemo por la verdad que acababa de pronunciar.

2. La evidencia por la que fue hallado reo: *Ahora mismo habéis oído su blasfemia.* «¿Para qué nos vamos a tomar la molestia de buscar más testigos?» Así, pues, de Su propia boca fue juzgado ante el tribunal porque de nuestra boca seremos juzgados ante el tribunal de Dios (Mt. 12:37). No es menester que haya testigos contra nosotros, nuestra propia conciencia nos acusará con más justicia y propiedad que millares de testigos.

VI. La sentencia que pronunciaron contra Él a base de tal convicción (v. 66). Veamos cómo:

1. Caifás apela a la audiencia: *¿Qué os parece?* Después que ya había prejuzgado la causa y le había declarado reo de blasfemia, entonces, al aparentar que deseaba recibir consejo, pide el parecer de sus compañeros. Sabía que, con la autoridad que le confería el puesto que ocupaba, podía persuadir a los demás y, por eso, expresa su juicio, y da por sentado que los demás han de ser de la misma opinión.

2. Los demás asienten con él: *¡Es reo de muerte!* Quizá no todos estuvieron de acuerdo; al menos, es cierto que José de Arimatea, si estuvo presente, no estuvo de acuerdo (Lc. 23:51). Lo mismo podemos decir de Nicodemo y, quizá, de otros también; sin embargo, la mayoría llevaron adelante su plan. Aunque carecía de potestad para condenar a muerte, un juicio como el que habían emitido era suficiente, ya fuese para exponerlo a la furia tumultuosa del pueblo, como ocurrió con Esteban, o a la denuncia ante el gobernador, como ocurrió con Jesús.

VII. Los abusos e indignidades que cometieron contra Él, una vez que fue pronunciada la sentencia (vv. 67–68); como no tenían poder para condenarle a muerte, y no estaban todavía seguros de si podrían prevalecer sobre el gobernador para que consintiese en su ejecución, le hacen objeto de todo género de

ultrajes, ahora que le tienen en sus manos. Le tratan, no sólo como a quien es *reo de muerte,* sino como si la sentencia de muerte fuese todavía poco para Él. Véase cómo abusaron de Él:

1. *Le escupieron al rostro.* Esta es una expresión del mayor desprecio y de la mayor indignación posibles, considerándole más despreciable que el suelo mismo que pisaban. Con todo, Cristo se sometió a esto. La vergüenza más ignominiosa fue lanzada a Su rostro, para que el nuestro no se llene de perpetua vergüenza.

2. *Le dieron de puñetazos, y otros le abofetearon.* Al ultraje añadieron tormento físico, porque ambos son secuela del pecado, y Él había venido a hacer expiación por el pecado.

3. Le incitaban a que adivinase quién le golpeaba, después de ven darle los ojos: *Profetízanos, Cristo, ¿quién es el que te golpeó?* Hicieron burla y juego con Él, como los filisteos con Sansón. Grave cosa es burlarse *de* quienes se hallan en condición miserable pero mucho peor es jugar burlescamente *con* ellos en medio de su miseria. Habían oído que era un *profeta, y* pretendían averiguarlo con este juego indigno; como si la divina omnisciencia tuviese que rebajarse a un juego de niños.

Versículos 69–75

Ahora tenemos el relato de las negaciones de Pedro, lo cual constituyó una parte de los sufrimientos de Cristo. Observemos cómo cayó, y cómo se levantó en su arrepentimiento.

I. Su pecado. La ocasión próxima del pecado de Pedro: Se sentó fuera en el palacio, entre los sirvientes del sumo sacerdote. Las malas compañías son para muchos ocasión de pecado, y quienes se lanzan innecesariamente al peligro, pisan terreno del diablo; a duras penas pueden salir de tal compañía indemnes de pecado o de pesar, o de ambas cosas a la vez. Sobrevino la tentación cuando fue reconocido como un seguidor de Jesús de Galilea. Primero, una criada; después, otra; finalmente, el resto de los sirvientes le acusaron de ello: Tú *también estabas con Jesús el galileo* (v. 69). Y de nuevo: *También éste estaba con Jesús el nazareno* (v. 71). Y otra vez: *De seguro que tú también eres uno de ellos porque hasta tu manera de hablar te descubre* (v. 73). ¡Felices aquellos a quienes, en medio de todo, su acento galileo les descubre como seguidores del nazareno! Obsérvese con qué desprecio hablan de Cristo: Jesús *el galileo, el nazareno,* desdeñándole juntamente con el territorio del que procedía. Véase también con qué desdén hablan de Pedro, *éste* fulano; como si considerasen indigno de ellos el tener a tal hombre acompañándoles. Es de considerar también el pecado mismo: Al verse acusado de ser uno de los discípulos de Cristo, lo negó, avergonzado y temeroso de serlo. En la primera mención que se le hizo, respondió: *No sé lo que dices* (v. 70). ¡Mala salida era pretender que no había entendido la acusación! Ya es grave falta hacer como que no entendemos o no pensamos ni recordamos lo que se nos dice o lo que percibimos; esta es una manera de mentir a la que estamos más inclinados que a ninguna otra, porque en esto es difícil demostrarle a una persona que está equivocada. Pero todavía es más grave el avergonzarse de Cristo y disimular que le conocemos, pues esto es, en realidad *negarle.* Al segundo ataque, Pedro contestó lisa y llanamente: *No conozco a ese hombre* (v. 72). ¿Cómo es eso, Pedro? ¿Es posible que dirijas tu mirada a ese preso que está ante el tribunal, y digas que no lo conoces? ¿Has olvidado ya el afecto y todas las delicadezas que has tenido con Él, y la íntima comunión de que has disfrutado en su compañía? ¿Puedes mirarle a la cara, y te atreves a decir que no le conoces? Al tercer asalto, *comenzó a maldecir y a jurar: No conozco a ese hombre* (v. 74). Esto fue lo peor de todo y demuestra cuán inclinada es la pendiente del pecado. Parece como si el antiguo pescador no hubiese olvidado su terrible léxico de lobo de mar. Maldijo y juró: 1. Para respaldar sus negaciones y ganar crédito ante aquella gente, a sabiendas de que estaba mintiendo.

Siempre hay motivo para dudar de la verdad que, para ser creída, necesita ir acompañada de juramentos e imprecaciones. Sólo las expresiones diabólicas necesitan pruebas también diabólicas. 2. Quiso dar evidencia de que no era discípulo de Cristo, y empleó un len guaje que no era propio de un discípulo de Jesús.

Esto está escrito como un aviso para nosotros, a fin de que no pequemos a imitación de Pedro; para que nunca, nunca, ni directa ni indirectamente, neguemos a nuestro Señor y Salvador, sintiéndonos avergonzados de Él y de Sus palabras. Este pecado tenía como agravante el que quien lo cometió era un apóstol; más aún uno de los tres primeros y más distinguidos por Cristo. Cuanto más alta es la profesión

que hacemos de nuestra religión, tanto más grave es nuestro pecado en todo lo que hacemos e indigno de nuestra profesión. ¡Y cómo le había amonestado su Maestro acerca de este peligro! Tan solemnemente había prometido al Maestro, la noche anterior, que le había de seguir a pesar de todos los pesares: *«Aunque tenga que morir contigo, no te negaré»,* y ¡cuán pronto había caído en este pecado después de la Cena del Señor! Después de recibir tan inestimable prueba del amor redentor, en aquella misma noche, y ahora, antes de amanecer, ¡volverle la espalda al Señor tan rápidamente! La tentación había sido relativamente débil; no había sido el juez, ni un oficial de la corte, quien le había denunciado como discípulo de Jesús, sino un par de necias criadas; con todo, una y otra vez negó a su Señor; incluso después de haber cantado el gallo, continuó en la tentación, y por segunda y tercera vez reincidió en el pecado.

De esta forma se fue agravando el pecado; pero, por otra parte, había la atenuante de que todo esto lo dijo en su apresuramiento por salir del paso; cayó en el pecado, al ser tomado por sorpresa por la tentación; no como Judas, que tramó de intento la traición. Es cierto que la negación salió de su boca, pero no podemos decir que estuviese asentada en su corazón.

II. El arrepentimiento que Pedro tuvo de su pecado (v. 75).

1. Qué fue lo que condujo a Pedro al arrepentimiento.

(A) *Cantó el gallo* (v. 74). La palabra de Cristo tiene poder para poner una determinada significación sobre cualquier señal que tenga a bien escoger. El canto del gallo pudo hacer en Pedro las veces de un Juan el Bautista, la voz de uno que llama a arrepentirse. La conciencia debería ser para nosotros como el canto del gallo, para hacernos recordar algo que habíamos olvidado. Cuando dentro del corazón late un principio vivo de gracia, aunque de momento se vea sobrepujado por la tentación, una pequeña insinuación puede servir, cuando Dios la introduce, para apartarnos de una senda desviada. Aquí, el simple canto de un gallo fue una oportunidad feliz para que un alma se recobrara. Cristo viene, a veces en Su misericordia *al canto del gallo.*

(B) *Se acordó de la palabra de Jesús;* esto le hizo volver en sí y reconocer su ingratitud hacia Jesús. Nada debería apesadumbrarnos tanto como el haber pecado contra la gracia del Señor y las señales que nos ha dado de Su amor.

(C) Lucas, que asegura haber recibido información de primera mano, nos refiere (22:61) que *el Señor se volvió, y miró a Pedro.* Esta mirada del Maestro, llena de amargura pero también de ternura, debió de causar un tremendo impacto en el corazón de Pedro, ya rendido por el canto del gallo.

2. Cómo expresó Pedro su arrepentimiento: *Saliendo fuera, lloró amargamente.*

(A) Su arrepentimiento fue secreto; salió fuera del atrio del sumo sacerdote, muy apenado de haber entrado allí. Ya había salido antes al portal (v. 71); y si entonces se hubiese marchado de una vez, habría evitado su segunda y su tercera negación. Ahora sí que se marchó para no volver a entrar.

(B) Su arrepentimiento fue serio: *lloró amargamente.* El dolor por el pecado no debe ser ligero, sino grande y profundo. Quienes se han deleitado en la dulzura del pecado tienen que llorarlo con amargura, porque, tarde o temprano, el pecado se ha de tornar en amargura. Este dolor profundo es un requisito para poner de manifiesto que se ha efectuado un genuino cambio de mentalidad. Pedro, que tan amargamente lloró por haber negado a Cristo, nunca volvió a negarle, sino que le confesó abiertamente, una y otra vez, y en la boca misma del peligro. El verdadero arrepentimiento del pecado tiene su mejor evidencia en un cambio radical de conducta, como respuesta obediente a las gracias que el Señor nos concede para el cumplimiento de nuestro deber. Una antigua tradición nos refiere que, durante toda su vida, siempre que oía el canto del gallo, Pedro derramaba copiosas lágrimas, hasta formarle surcos en las mejillas. El recuerdo mismo de nuestros pecados debería avivar nuestro arrepentimiento pero no para obstaculizar, sino para incrementar, nuestro gozo en el Señor y en su gracia misericordiosa.

CAPÍTULO 27

En este capítulo se nos refiere lo concerniente a los sufrimientos y a la muerte del Señor. Es un relato conmovedor, pero al tener en cuenta los designios divinos en los sufrimientos de Cristo y el fruto que

había de dimanar de ellos, es *evangelio,* es decir, buenas noticias, y en ninguna cosa hallamos tanta razón para gloriarnos como en la Cruz de Cristo.

Versículos 1–10

Hemos dejado a Cristo en manos de los principales sacerdotes y de los ancianos, condenado a muerte, pero sólo podían enseñar los dientes, por cuanto los romanos habían arrebatado a los judíos el poder de ejecutar la pena capital. Al no poder ejecutar ellos la sentencia tuvieron de madrugada otra sesión para considerar lo que debía hacerse.

I. Cristo es llevado ante Pilato para que éste ejecute la sentencia que ellos habían pronunciado contra Jesús. Los escritores romanos de aquel tiempo describen a Pilato como hombre de carácter áspero y altivo, los judíos sentían profunda antipatía hacia él y estaban cansados de su gobierno, pero, con todo, lo usaron como instrumento para llevar a cabo sus perversos fines contra Cristo.

1. *Ataron* a Jesús. Tras declararle culpable, le ataron las manos por detrás, como acostumbraban hacer con los criminales convictos. Pero Él estaba atado con las cadenas de Su inmenso amor a la humanidad, y se sometía voluntariamente a la muerte; de lo contrario, bien habría podido romper sus ataduras, como hizo Sansón con las suyas.
2. *Se lo llevaron* como en triunfo, como se lleva un cordero al matadero. Había algo más de un kilómetro de la casa de Caifás a la de Pilato. Le condujeron así por las calles de Jerusalén, comenzado el amanecer, para hacer de Jesús un espectáculo.
3. *Lo entregaron a Poncio Pilato,* de acuerdo con lo que el mismo Señor había dicho repetidamente: que *habrían de entregarle a los gentiles.* Cristo había de ser el Salvador, tanto de los judíos como de los gentiles, y por eso fue llevado al tribunal judío lo mismo que al gentil, a fin de que ambos interviniesen en Su muerte.

II. El dinero que, por traicionar a Jesús, habían dado a Judas, les es devuelto por éste; y Judas, llevado de la desesperación, se ahorcó. Los principales sacerdotes y los ancianos, al encausar a Jesús, se habían amparado en el pretexto de que uno de Sus propios discípulos le había entregado. Pero ahora, en medio de la prosecución, esta cuerda les fallaba, pues el mismo Judas les era *testigo* a favor de la inocencia de Cristo, lo cual sirvió: 1. Para gloria de Jesús, en medio de Sus padecimientos, y como anticipo de Su victoria sobre Satanás, quien había entrado en Judas. 2. Como advertencia para Sus seguidores, quienes quedaban ahora sin ninguna excusa.

(A) Véase cuál fue el arrepentimiento de Judas: no como el de Pedro, quien se arrepintió, creyó en el amor de Cristo, y fue perdonado; no, él *sintió remordimiento,* desesperó, y marchó a la ruina.
(a) Qué le indujo a sentir remordimiento: *Viendo que Jesús había sido condenado* (v. 3). Es probable que Judas pensase que Jesús se escaparía de las manos de Sus perseguidores, con lo que Cristo quedaría con el honor, los judíos con la vergüenza, y él con el dinero, y así nadie sufriría ningún daño. Pero no tenía ningún motivo para pensar así, puesto que repetidas veces habría oído a Jesús referirse a que *debía ser crucificado.* Quienes regulan sus acciones por las consecuencias que ellos prevén, y no por la ley de Dios, se encuentran con que las medidas que tomaron han resultado equivocadas. El pecado tiene una pendiente resbaladiza, y si a nosotros mismos se nos hace difícil pararnos a mitad de camino, mucho más difícil resulta parar a otros a quienes hemos puesto en el camino del pecado. *Sintió remordimiento.* Cuando fue tentado a traicionar a su Maestro las treinta piezas de plata aparecían a sus ojos brillantes y atractivas. Pero cuando, tras serle pagado el precio de la traición, las cosas no rodaron como él pensaba, la plata se volvió escoria. Ahora la conciencia le echaba en cara: «¡Qué he hecho! ¡Qué loco y malvado soy, al haber vendido a mi Maestro por esta bagatela! Yo tengo la culpa de que le hayan atado y condenado, escupido y abofeteado. Poco pensé que esto fuese a resultar así, cuando concerte el trato aquel tan perverso». El recuerdo de la bondad que el Maestro mostró hacia él remachó sus convicciones y le punzaba dolorosamente. Ahora hallaba verdaderas las palabras del Maestro: *¡Más le valdría a ese hombre no haber nacido!* (24:29). El pecado cambia pronto de gusto.
(b) Cuáles eran las indicaciones de su remordimiento:

Primera, que hizo restitución: *Devolvió las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos* (v. 3). Ahora el dinero le quemaba la conciencia, y estaba tan disgustado de él como antes había sentido por él tanto anhelo. Lo mal adquirido no puede producir ningún verdadero bien a quienes así lo adquirieron. Si se hubiese arrepentido antes, y hubiese devuelto el dinero a tiempo sin llegar a llevar a cabo su traición, lo habría podido hacer con algún consuelo; pero ahora era demasiado tarde, y no podía hacerlo sin horrorizarse.

Segunda, que hizo confesión: *He pecado, entregando sangre inocente* (v. 4) Para honor de Cristo proclama *inocente* Su sangre ante el rostro mismo de quienes le habían proclamado *reo.* Para vergüenza propia, confiesa que ha pecado, al entregar la sangre de Jesús. No le echa la culpa a ningún otro, sino que se la echa entera a sí mismo. Parecería que iba por el camino del buen arrepentimiento, pero su tristeza *no era para salvación* (v. 2 Co. 7:10). Confesó, pero no ante Dios, sino ante los hombres. No dijo como el hijo pródigo: *Padre, he pecado contra el Cielo y contra ti* (Lc. 15:21).

Tercera, que hizo expiación, pues él mismo ejecutó su sentencia de muerte, como veremos luego; se tomó la justicia por su mano, en vez de acudir por fe al tribunal de Dios, que confiere justicia al pecador arrepentido, en virtud de la expiación de Cristo (2 Co. 5:21).

(B) Veamos ahora qué respondieron los principales sacerdotes y los ancianos a la confesión penitencial de Judas; le dijeron: *A nosotros, ¿qué? ¡Allá tú!* ¿No les importaba a ellos nada el estar sedientos de esa sangre, y alquilar a Judas para esa traición, y haber pronunciado sentencia para que aquella sangre fuese derramada injustamente?

(a) Con qué desprecio hablan de la traición hecha a Jesús: *¿Qué nos va a nosotros en eso?* Como si todo el asunto fuera ajeno a su competencia.

(b) Con qué despreocupación hablan del pecado de Judas. Él había dicho. *He pecado.* Y ellos responden: *¡Allá tú!* Cosa grave es pensar que los pecados ajenos no nos afectan, especialmente cuando, de algún modo, somos cómplices de ellos o nos afectan de alguna manera. El pecado de Judas había sido muy grave, pero no por eso el pecado de ellos dejaba de ser grave. Parecen decirle: «Si es inocente, allá tú con tu opinión; nosotros le hemos hallado culpable, y como a tal le vamos a encausar». Las prácticas malvadas se apoyan en principios malvados, y especialmente en éste: que el pecado es pecado sólo para los que lo tienen por pecado; que no hay mal alguno en perseguir a un hombre bueno, si nosotros lo tenemos por malo.

(c) Con qué despreocupación hablan de la convicción del terror y del remordimiento de Judas. Estaban contentos de haberle usado en el pecado, y se sentían satisfechos de él. Pero ahora le volvían la espalda sin darle ningún consuelo, sino dejándole abandonado a sus propios terrores. Quienes están endurecidos en el pecado, se burlan de quienes sienten algún remordimiento. Después de metido en la trampa, Judas se ve, no sólo desamparado, sino también burlado. Los malvados miran con desprecio, y hasta con odio, a quienes desertan de la maldad. Es cosa corriente que quienes aman la traición, odien al traidor.

(C) Vemos enseguida la profunda desesperación que sintió Judas (v. 5). Su caso nos recuerda el de otro traidor: Ahitófel (2 S. 17:23).

(a) *Arrojó las piezas de plata en el templo.* Los principales sacerdotes no querían tomar el dinero, por temor de echar sobre sí mismos la culpa de la traición. Judas no quería retener el dinero porque le quemaba las manos; así que lo echó en el templo para que de este modo, quisieran o no, fuese a parar a las manos de los principales sacerdotes.

(b) *Se retiró, y fue y se ahorcó.* Primero se fue a un lugar solitario. ¡Ay del que en su desesperación, se marcha solo! Si Judas hubiese acudido a Jesús, o a uno de los discípulos, quizás habría hallado algún alivio, aun siendo el caso tan grave. Después, como ya hemos apuntado, se ejecutó a sí mismo: *se ahorcó.* Tuvo cierto *sentido* del pecado, pero no de la misericordia de Dios en Cristo. Su pecado no era imperdonable por naturaleza, pero él sacó, como Caín, la conclusión de que su *iniquidad era demasiado grande para ser soportada* (Gn. 4:13). Y muchos intérpretes aseguran que Judas pecó más gravemente al desesperar de la misericordia de Dios, que al entregar la sangre de Jesús. Para evitar la llama, se metió dentro del fuego. ¡Cuántas y cuán serias lecciones nos da este triste final de Judas! *Primero,* aquí tenemos un ejemplo del desdichado fin de aquellos en quienes Satanás entra, especialmente de quienes tienen el corazón puesto en el dinero. *Segundo,* aquí tenemos un ejemplo de la ira de Dios. Así como en la historia de Pedro vemos la bondad de Dios y los triunfos de la gracia de Cristo en la conversión de los pecadores, así también en la historia de Judas contemplamos la severidad de Dios. *Tercero,* aquí tenemos un ejemplo

de los crueles efectos de la desesperación, que tan frecuentemente acaba en el suicidio. Pensemos del pecado todo lo mal que podamos, con tal que no lo tengamos por imperdonable: desesperemos de nosotros mismos pero no desesperemos de Dios. Suicidarse para escapar de una situación difícil resulta un remedio peor que la enfermedad.

(D) Qué se hizo con el dinero que Judas devolvió (vv. 6–10). Se usó para comprar con él un campo, llamado *el campo del alfarero,* y este campo había de servir de lugar de enterramiento para extranjeros. No fue por humanidad por lo que destinaron el campo para sepultura de extranjeros. Tampoco fue por humildad por lo que destinaron un lugar especial para ese fin, sino más bien para asegurar la separación de los extranjeros. Vivos o muertos habían de mantenerlos a distancia, y este principio de separación bajaría con ellos al sepulcro.

La compra del campo se llevó a cabo, sin duda, muy pronto, pues Pedro menciona el caso poco después de la Ascensión del Señor. A primera vista, el relato de Mateo parece contradecir al de Pedro en Hechos 1:18, pues Mateo dice que *«se ahorcó»,* mientras que Pedro dice que *«cayendo de cabeza, reventó por medio y se derramaron todas sus entrañas».* Como dice Broadus, puede suponerse que se ahorcó en el campo del alfarero, y supóngase que la soga o la rama del árbol se quebrara; así ambas declaraciones serían, no incompatibles, sino suplementarias. Pero veamos por qué se menciona aquí este campo del alfarero:

Primero, para mostrar la hipocresía de los principales sacerdotes y de los ancianos. Sienten escrúpulos de echar el dinero en el *corbán,* o tesoro del templo, por ser precio de sangre. Consideraron que el alquilar un traidor equivalía a alquilar una prostituta, y que el precio de un malhechor (por tal tenían a Jesús) equivalía al de un perro, y tales precios no podían ser introducidos en la casa de Dios. Así, una vez más, *colaban el mosquito y se tragaban el camello.* Con este acto de proveer de sepulcro a los extranjeros piensan que *expían* el mal que habían llevado a cabo, y aun así no lo hacen con su propio dinero, sino con el ajeno.

Segundo, para simbolizar el favor concedido a los *extranjeros* mediante la sangre de Cristo, pues también los pecadores gentiles estaban incluidos en la expiación del Calvario. Mediante el precio de Su sangre, se les provee de descanso después de la muerte. El sepulcro es el campo del alfarero, pero el precio de la compra es la sangre de Cristo. Como en todo contrato de compraventa, la propiedad ha pasado de unas manos a otras, de modo que la muerte y el sepulcro son ahora nuestros (1 Co. 3:22), no como castigo, sino como descanso.

Tercero, para perpetuar la infamia de quienes compraron y vendieron la sangre de Cristo. Este campo se llamó *Hacéldama* en hebreo, es decir, *campo de sangre;* no lo llamaron así los principales sacerdotes, quienes pensaron que con este lugar de enterramiento, enterraban también el recuerdo de su crimen, sino que fue el pueblo el que lo llamó así.

Cuarto, para que veamos cómo se cumplió la Escritura (vv. 9–10). *Entonces se cumplió lo dicho por medio del profeta Jeremías.* La cita se halla más bien en Zacarías 11:12. Varias explicaciones se han dado para salir al paso de esta dificultad: Un pasaje del Talmud respalda la idea de que *Jeremías* figuraba a la cabeza de los libros proféticos del Antiguo Testamento, aunque generalmente se admite que era *Isaías* el primero, según aparece en la Biblia Hebrea. Otros dicen que Mateo amalgamó Zacarías 11:12–13 con Jeremías 18:2–12 y 19:1–15, y citó sólo una de las fuentes. Los judíos solían decir: *El espíritu de Jeremías estuvo en Zacarías.* Sea como fuere, lo cierto es que la profecía se cumplió al pie de la letra, en todos sus detalles, en Jesucristo.

Todo esto del precio que fue pagado por el campo del alfarero, no por Jesús, nos habla: 1) Del gran precio en que debemos tener a nuestro Salvador (1 P. 2:7); no puede compararse al *oro de Ofir,* pues este *don inefable* (2 Co. 9:15) no se puede comprar con dinero. 2) Del poco valor en que los hijos de Israel tuvieron a Jesús, al destinar Su precio a la compra de un campo de alfarero, una triste porción de tierra, no digna de ser tenida en cuenta. *Échalo al alfarero;* dice en Zacarías 11:13; a un pobre artesano, no a un noble comerciante que negocia con cosas de gran valor. Cristo dio por ellos el precio de un rey; y ellos pagaron por Él el precio de un esclavo (v. Éx. 21:32). Pero todo esto se hizo, *como ordenó el Señor* (v. 10).

Versículos 11–25

Aquí tenemos el relato de lo que pasó en la sala de juicios de Pilato.

I. El proceso de Cristo ante Pilato.

1. Cómo se dispuso: *Jesús estaba en pie delante del gobernador* (v. 11), como un preso delante del juez. Nosotros no podríamos estar de pie delante de Dios a causa de nuestros pecados, si no fuese porque Cristo fue hecho pecado por nosotros. Él fue procesado para que nosotros fuéramos absueltos.

2. Presentación de cargos: *¿Eres tú el rey de los judíos?* Se daba por cierto que quienquiera fuese el Cristo, había de ser *rey de los judíos,* para libertarles del dominio de Roma y restaurar el reino mesiánico. Acusaban, pues, a Jesús de nombrarse a sí mismo rey de los judíos en oposición al yugo de Roma. Piensan que, si presentan esta acusación ante Pilato, el gobernador daría por supuesto que aquel reo iba a sublevar la nación y subvertir el orden establecido por Roma.

3. Respuesta de Jesús: «*Tú lo dices.* Así es, como tú lo dices, no como tú lo interpretas. Soy rey, pero no la clase de rey que tú sospechas».

4. Quiénes le acusan: *los principales sacerdotes y los ancianos* (v. 12). Pero Pilato no halló causa en Él. Mucho dijeron, pero nada probaron; suplieron con el ruido y la violencia lo que faltaba en la causa del proceso.

5. El silencio del reo ante la acusación de Sus perseguidores: *Nada respondió.* No había por qué responder, pues lo que se alegaba contra Él comportaba consigo la refutación misma de aquello de que se le acusaba. Su hora había llegado y se sometía de todo corazón a la voluntad del Padre: *no como yo quiero, sino como tú quieres.* Pilato entonces le urgió a que respondiera: *¿No oyes cuántas cosas testifican contra ti?* (v. 13). Al no tener ningún prejuicio contra Jesús, Pilato está deseoso de que Jesús afirme Su inocencia o Su culpabilidad, y le urge a hacerlo. Su silencio le sorprende. No leemos que Pilato se enfadase, sino que *se maravillaba mucho* (v. 14), como de algo que no es corriente. Pensó que era muy extraño que no dijese ni una sola palabra para justificarse.

II. La actitud violenta y ultrajante del pueblo al urgir al gobernador a que crucificase a Cristo. Los principales sacerdotes, al excitar a las turbas, ganaron una causa que jamás habrían ganado de otro modo. Aquí tenemos dos ejemplos de esa actitud ultrajante:

1. Prefirieron a Barrabás antes que a Jesús, y pidieron que se soltase a Barrabás, no a Jesús.

(A) Vemos que el gobernador, para contentar a los judíos, solía soltarles uno de los presos en la fiesta de la Pascua (v. 15).

(B) El preso que, en esta ocasión, entró en competición con Jesús, fue Barrabás, a quien se llama *un preso famoso* (v. 16). Traición, homicidio y felonía eran los tres crímenes sobre los que con mayor rigor caía la espada de la justicia, y de los tres era reo Barrabás (v. Lc. 13:19; Jn. 18:40). *Famoso preso,* pues, en quien los mayores crímenes hallaban conjunción.

(C) La propuesta la hizo el propio gobernador: *¿A quién queréis que os suelte?* (v. 17). Pilato daría por supuesto que Jesús sería el favorecido pues estaba convencido de la inocencia del reo y de la malicia y envidia de los acusadores; pero no tuvo la valentía de usar su propia autoridad, como era su deber, para soltarle, sino que lo dejó a la elección del pueblo, así esperaba satisfacer, tanto a su conciencia como al pueblo; pero tales tácticas y artimañas son propias de quienes procuran agradar a los hombres más que a Dios. Y, tras la inesperada—para él—elección del pueblo, vuelve a preguntar: *¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo?* (v. 22). Como si quisiera poner de relieve ante el pueblo que este *Jesús* cuya suelta él proponía, era considerado por algunos de ellos como el Mesías.

La razón por la que Pilato se tomó tanto trabajo para soltar a Jesús es que *sabía que por envidia le habían entregado* (v. 18). No era la *culpabilidad* de Jesús, sino precisamente Su *bondad,* lo que provocaba Su procesamiento. Quienquiera hubiese oído los *hosannas* con que Cristo fue recibido a Su entrada en Jerusalén pocos días antes, habría pensado que Pilato se iba a referir a ello, sin ningún riesgo, delante del pueblo. Pero no fue así.

(D) Mientras Pilato multiplicaba sus esfuerzos para soltar a Jesús, un comunicado enviado por su esposa le confirmó en su resistencia a condenar a Cristo: *No tengas nada que ver con ese justo, porque hoy he padecido mucho en sueños por causa de Él* (v. 19). Obsérvese la especial providencia de Dios al enviar a la esposa de Pilato tales sueños; no es probable que ella hubiera oído antes cosa alguna de Cristo. Quizás era una mujer devota y tenía cierto sentido de religión. *Había sufrido mucho en su sueño;* al parecer fue una pesadilla con detalles vívidos que le hicieron tremenda impresión. Véase, pues, la delicadeza que tuvo con su marido al enviarle este aviso de precaución: *No tengas nada que ver con ese*

justo. Esto representaba un honorable testimonio a favor del Señor Jesús, al llamarle *justo*, precisamente cuando era procesado como criminal. Cuando Sus propios discípulos tenían miedo de presentarse en defensa suya, Dios hizo que extranjeros y enemigos hablasen a Su favor; mientras Pedro le negaba, Judas le confesaba; cuando los principales sacerdotes le pronunciaban reo de muerte, Pilato declaraba no hallar falta en Él; cuando las mujeres que le amaban se mantenían a distancia, la mujer de Pilato, que nada sabía de Él, mostraba su preocupación por Él. Era un suave aviso a Pilato: *No tengas nada que ver con Él.* Dios tiene muchos medios para poner obstáculos en los empeños pecaminosos de los pecadores, y es una gran misericordia para el pecador el que Dios les ponga impedimentos. Es nuestro deber prestar atención a tales avisos de Dios. La mujer de Pilato le envió este mensaje por el amor que le profesaba, lo tomara él como quisiese. Es un ejemplo de nuestro amor a parientes y amigos el hacer cuanto podamos para alejarles del pecado; y cuanto más cercano sea el parentesco, cuanto más estrecha la amistad, tanto mayor debe ser nuestra solicitud por la salvación de sus almas.

(E) Durante todo este tiempo, los principales sacerdotes y los ancianos estaban intensamente ocupados en persuadir al pueblo en favor de Barrabás: *Persuadieron a la multitud que pidiese a Barrabás, y que diesen muerte a Jesús* (v. 20). De este modo se las valieron para manipular a la masa, y hacer que el pueblo se comportase como no lo habría hecho sin la influencia preponderante de los jefes. Nunca quienes habían aclamado a Jesús habrían pedido su crucifixión, si no hubiese sido por la fuerte sugestión de estos malvados líderes, a quienes no se puede considerar sin sentir la más profunda indignación. Cómo abusaron perversamente del gran poder que había sido puesto en sus manos; son los líderes malvados los grandes responsables de los fatales errores en que incurren las masas. Sobre las multitudes, no podemos menos de sentir compasión, como Jesús, cuando las vemos lanzarse apresuradas a decisiones tan injustas y dañosas para los propios intereses de la comunidad.

(F) Persuadido así por los líderes, el pueblo hizo su elección (v. 21). ¿A *cuál de los dos*—dijo Pilato—*queréis que os suelte?* Pensaba que iba a obtener lo que deseaba: soltar a Jesús. Pero, para su gran sorpresa, dijeron: A *Barrabás.* Jamás hubo gente como ésta presuntuosa de tener la verdadera religión, y culpable de tan prodigiosa locura, tanto como de la perversidad más horrible. Esto es lo que Pedro les echó en cara después: *Pedisteis que se os concediera de gracia un homicida* (Hch. 3:14).

2. Cómo urgieron con toda insistencia a Pilato a que pronunciase contra Él la sentencia de crucifixión (vv. 22–23). Asombrado de la elección que habían hecho al pedir a Barrabás, Pilato les dijo: *¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo? Todos le dijeron: ¡Sea crucificado!* Estaban empeñados en que muriera de esta forma, porque este género de muerte era considerado como el más vergonzoso e ignominioso; y esperaban así que los discípulos de Jesús se avergonzasen de Él y de la relación que tenían con Él. La maldad y la rabia les hicieron olvidar todas las normas del orden y de la decencia, e hicieron de una corte de justicia una asamblea de sedición y tumulto. ¡Qué cambio tan grande y tan súbito, en tan breve espacio de tiempo, en las mentes del populacho! Cuando entró montado en Jerusalén, tan generales fueron las aclamaciones de alabanza, que habríamos pensado que no tenía ningún enemigo; pero ahora que era conducido preso al tribunal de Pilato, tan generales eran los gritos de ultraje, que habríamos pensado que no tenía ni un solo amigo. Tales revoluciones se dan en este mundo cambiante, a través del cual nos abrimos paso hacia el Cielo, como lo hizo nuestro Maestro, *a través de gloria y de deshonor, de calumnia y de buena fama* (2 Co. 6:8).

En llegando a este punto, se nos dice:

(A) La objeción que Pilato presentó: *Pues, ¿qué mal ha hecho?* (v. 23). Una pregunta muy apropiada en labios de un juez, antes de proceder a dictar sentencia de muerte. Dice mucho en honor del Señor Jesús el que, aun cuando sufrió como un criminal, ni el juez ni sus acusadores pudieron hallar pruebas de que hubiera hecho nada malo. Esta repetida aserción de su absoluta inocencia insinúa con toda claridad que murió para satisfacer por los pecados ajenos; porque si no hubiese sido herido por nuestras transgresiones, y no hubiese sido entregado por nuestras ofensas, y ello por su propia voluntad de hacer expiación de nuestros pecados, no veo cómo estos extraordinarios sufrimientos de una persona que jamás pensó, dijo u obró cosa alguna fuera de lugar podrían ser compatibles con la justicia y equidad de esa providencia que gobierna el mundo y que, al menos, *permitió* que esto se llevase a cabo.

(B) La insistencia con que procuraban la muerte de Jesús: *Pero ellos gritaban aún más, diciendo: ¡Sea crucificado!* No presentan prueba alguna de algún mal que haya hecho, sino que, por bien o por mal, había de ser crucificado. Y aquel injusto juez, cansado de tal importunidad, se inclinó a dar una sentencia

injusta, como el de la parábola que refirió el Señor (Lc. 18:4–5), contra una persona justa. Así que la causa se llevó a cabo sin cuenta ni razón, sino a fuerza de gritos y ruidos.

III. A continuación vemos que la culpa por la muerte de Cristo se hace recaer sobre el pueblo y los sacerdotes.

1. Pilato hizo cuanto pudo para exculparse (v. 24). Vio: (A) que de nada servía seguir argumentando: *Viendo Pilato que nada conseguía.* Tan grande es, a veces, el torrente de violencia o de concupiscencia, que no hay autoridad ni razón que le ponga freno. Más aún, vio (B) *que más bien se formaba un tumulto.* Este pueblo rudo y embrutecido recurrió a las amenazas para obligar a Pilato a que les concediera lo que deseaban. Y fue precisamente este espíritu turbulento lo que, pocos años después, condujo a la ruina de la nación, pues las frecuentes insurrecciones provocaron a los romanos a destruirlos, y las inveteradas contiendas entre ellos mismos les convirtieron en presa fácil del enemigo común. De esta manera, su pecado fue su ruina.

Los sacerdotes habían sentido aprensión de que sus esfuerzos por prender a Cristo causasen un tumulto, especialmente *en el día de la fiesta;* pero la experiencia probó que los esfuerzos de Pilato por salvarle estuvieron a punto de causar un tumulto, y eso en el día de la fiesta; tan inciertos son los sentimientos de las masas. Esto puso a Pilato en gran estrechura, entre la paz de su conciencia y la paz de la ciudad. Si se hubiese atenido a las estrictas normas de justicia, no se habría visto en ninguna perplejidad. Un hombre en quien no se había encontrado *falta,* no debió ser condenado a muerte, cualesquiera fuesen las presiones que se ejercieran sobre él, ni se puede hacer una injusticia por satisfacer a una persona ni a un conjunto de personas en ninguna parte del mundo. Pilato pensó que zanjaba el asunto y ponía paz, tanto en su conciencia como en el orden de la ciudad, al pronunciar sentencia injusta y, al mismo tiempo, al disculparse de ella. Veamos lo que hizo para descargarse de la culpa:

(a) Usó una señal exterior: *tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo;* no porque pensase que así se purificaba de cualquier culpabilidad contraída en la presencia de Dios, sino para exonerarse delante del pueblo. Se atuvo a la ceremonia que la ley prescribía para exonerar una parte del territorio israelita de la culpabilidad de un homicidio cometido por mano desconocida (Dt. 21:6–7). Con esto quería dar a entender más efectivamente ante el pueblo su convicción de que el prisionero era inocente.

(b) Pronunció la siguiente frase: *Soy inocente de la sangre de este justo.* ¿Qué sinsentido es éste? Le condena a muerte, y protesta que está limpio de injusticia al condenar a un justo. Protestar contra alguna cosa, y llevar a la práctica esa misma cosa, sólo es una proclamación pública de que se está pecando contra la propia conciencia. Por otro lado, carga la culpa al pueblo y a los sacerdotes: *¡Allá vosotros!* Como diciendo: vosotros responderéis ante Dios. El pecado es como un hijo espurio que a nadie le agrada reconocer como propio; y muchos se engañan con esto, y piensan que, si hallan alguna otra persona a quien cargarle el muerto, ellos se van a ver libres de culpa; pero transferir la culpabilidad del pecado no es cosa tan fácil como algunos creen. Los sacerdotes la habían cargado sobre Judas: *¡Allá tú!* Ahora Pilato la cargaba sobre ellos: *¡Allá vosotros!*

2. Lo inexplicable del caso es que tanto los sacerdotes como el pueblo consintieron en cargar sobre sí mismos tal culpabilidad: *Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos* (v. 25). En el ardor de su rabia, consintieron en responsabilizarse de la muerte de Jesús, antes que perder la presa que tenían en sus manos. Con esto, procuraron indemnizar a Pilato de las molestias que le habían causado con su importunidad. Pero quien está en bancarrota, mal puede pagar por otros. Nadie puede pagar por los pecados ajenos, excepto aquel que no tenía ninguno propio por el que dar cuenta. Es una tremenda osadía para una miserable criatura reclamar para sí ante el Creador Todopoderoso la culpabilidad ajena. En realidad, imprecaron sobre sí mismos y sobre su posteridad la ira y la venganza de Dios, y de cierto que lo consiguieron. Ya Cristo les había dicho que *sobre ellos había de venir toda la sangre justa derramada sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo* (23:35). Pero, como si ello fuera todavía demasiado poco, ahora imprecan sobre sí mismos la culpabilidad por la sangre que era mucho más preciosa que todas las otras juntas; esta culpabilidad iba a ser inmensamente más grave. Obsérvese cuán crueles fueron en su imprecación, pues reclamaron el castigo por este pecado, no sólo para ellos mismos, sino también para sus hijos. Ya fue bastante locura el atraer la maldición sobre sí, para que llegasen al colmo de la barbaridad al imprecarla para su posteridad. Por aquí se puede ver cuán enemigos son los perversos para su propia familia. Desde el tiempo en que echaron sobre sí tal maldición, les han perseguido los juicios de Dios, uno tras otro. Con todo, para algunos de ellos, estos juicios y esta sangre no vinieron para

condenarles, sino para salvarles; la misericordia divina ha suspendido esta maldición para cuantos han creído y se han arrepentido, de modo que *la promesa volvía a ser para ellos y para sus hijos* (Hch. 2:39). Dios es mejor para nosotros y para los nuestros que lo que somos nosotros mismos.

Versículos 26–32

I. Es pronunciada la sentencia y se concede la licencia para llevarla a cabo. La entrega del preso a los verdugos fue inmediata.

1. Barrabás fue puesto en libertad; para dar a entender que Jesús fue condenado a fin de que los mayores pecadores pudiesen ser absueltos; Él fue entregado para que nosotros obtuviéramos libertad. En este caso sin par de la gracia divina, el justo se dio en rescate por los transgresores (Mt. 20:28; 1 P. 3:18).

2. Jesús fue *azotado;* este fue un castigo cruel e ignominioso, especialmente cuando era ejecutado por los romanos, quienes no estaban sujetos a la ley judaica, en la que se moderaba el castigo, y no se permitía pasar de cuarenta azotes, e incluso de treinta y nueve, por si fallaba la cuenta (v. 2 Co. 11:24).

3. A continuación, Pilato *le entregó para ser crucificado;* esta era la forma en que los romanos ejecutaban la pena capital; forma que parecía designada con todo refinamiento y crueldad a producir la más terrible y miserable de las muertes. Tendían la cruz en el suelo y, sobre ella, al condenado a muerte, cuyos pies y manos eran clavados en ella y, a continuación era levantado en alto, de modo que todo el peso del cuerpo pendía de aquellos clavos, hasta que muriese en medio de una terrible agonía. Era una muerte cruenta, dolorosa, vergonzosa y maldita; era una muerte tan miserable, que algunos gobernantes con un poco de misericordia, hacían que los condenados fuesen estrangulados previamente y clavados después en la cruz, cuando la ley exigía esta forma de ejecución.

II. El bárbaro tratamiento que le dieron los soldados. Después de ser condenado, deberían haberle permitido un poco de tiempo para prepararse a sufrir tal muerte. Había una ley dictada por el Senado de Roma, que ordenaba que la ejecución de los criminales se demorara por diez días a partir del pronunciamiento de la sentencia. Pero al Señor Jesús no le permitieron ni diez minutos de descanso. La barbarie contra Él continuó sin interrupción alguna.

Ya fue bastante *ser entregado para ser crucificado. Los que matan el cuerpo, no pueden hacer ya más* (10:28), pero los enemigos de Cristo trataron de *hacer más.* Los soldados de guardia comenzaron a abusar de Él tomando la cosa a juego para burlarse de Él. Habían oído que se hacía pasar por rey; esto les dio ocasión para organizar una pantomima con alusiones a los atributos regios. Obsérvese:

1. *Dónde* se hizo esto: en el pretorio mismo. La casa del pretor, que habría de ser refugio contra los abusos, fue convertida en teatro de burla y bárbara crueldad. Quienes están en autoridad habrán de responder, no sólo por las injusticias que ellos mismos cometan, sino también por las que no repriman.

2. *Quiénes* lo hicieron: *reunieron alrededor de Él a toda la compañía;* no a toda la cohorte, sino seguramente a los que estaban encargados de la ejecución.

3. Qué indignidades cometieron contra Él:

(A) *Le desnudaron* (v. 28). La vergüenza de la desnudez entró con el pecado (Gn. 3:7). Jesús, al llevar sobre sí nuestro pecado llevó también sobre sí esta vergüenza.

(B) *Le echaron encima un manto de escarlata:* algún viejo manto de los que los soldados romanos llevaban, en imitación de los mantos que reyes y emperadores llevaban, con lo que la burla se hacía manifiesta en la vestidura regia.

(C) *Y trenzando una corona de espinas la pusieron sobre su cabeza* (v. 29). La burla no es sólo cómica, sino también sangrienta; más que una simple guirnalda de espinos, parece ser que se trataba de una especie de capacete que cubría toda la cabeza lo cual era más fácil y rápido de tejer. Las espinas son símbolo de *tribulación;* tanto es así que el vocablo *tribulación* procede del latín *tribulus*, que significa *abrojo* (de la misma raíz procede el término *trillo).* Si consideramos que la tierra comenzó a producir *espinos y cardos* como maldición por el pecado del hombre (Gn. 3:18), nos percataremos de que también en esto llevó Jesús nuestra maldición. Cristo fue coronado de espinas para mostrar asimismo que Su reino no era de este mundo; cuando vuelva para reinar aquí, todos los elementos que causan tribulación habrán dejado de existir (v. Is. 11:6 y ss.).

(D) *Le pusieron una caña en su mano derecha;* en vez del cetro real, le ponen en la mano derecha, la mano del poder y de la dignidad, una frágil caña, cosa débil, flexible a los vientos, marchitable y sin valor. Pero se equivocaban, porque Su reino es firme y perpetuo.

(E) *Hincando la rodilla delante de Él, le escarnecían diciendo: ¡Salve, Rey de los judíos!* Al seguir con su burla, los soldados imitan así el homenaje de pleitesía debido a reyes y emperadores, para poner en ridículo las que ellos consideran pretensiones de realeza.

(F) *Le escupían* (v. 30). Ya habían cometido este abuso en el atrio del sumo sacerdote (26:67). Al rendir homenaje de pleitesía, los súbditos besaban la mano del soberano (v. el original de Sal. 2:12 *«besad al Hijo»).* Pero éstos, en vez de besarle le escupían al rostro. Tan extraño es que los hijos de los hombres se atrevan a cometer tal *villanía,* como que el Hijo de Dios permitiera sufrir tal *ignominia.*

(G) *Tomaban la caña y le golpeaban en la cabeza.* La burlesca insignia de realeza se convierte ahora en instrumento real de crueldad. Con los golpes hacían que las espinas se introdujeran más profundamente en su cabeza; con lo que el sufrimiento de Jesús aumentaba al ritmo de la burla de los soldados. Pasó por todos estos dolores y vergüenzas, a fin de que nosotros obtuviésemos vida eterna con perpetuo gozo y gloria.

III. Le llevan después al lugar de ejecución. Cuando se hartaron de mofarse de Él, *le quitaron el manto y le pusieron sus vestidos* (v. 31), ya que éstos habían de pasar a ser propiedad de los que le habían de crucificar. En cambio, no se hace mención de la corona de espinas, por lo que podemos concluir que murió con ella puesta en la cabeza.

1. *Le llevaron para crucificarle,* como se lleva un cordero al matadero, o una víctima al altar (v. He. 13:10). Podemos imaginar de qué forma le conducirían; a toda prisa y sin reparar en violencias. Le sacaron fuera de la ciudad, porque, *para poder santificar con Su sangre al pueblo, debía padecer fuera de la puerta* (He. 13:12).

2. *Obligaron a Simón de Cirene a llevar Su cruz* (v. 32). Al principio, parece ser que Jesús llevó su propia cruz, como era costumbre que lo hiciesen los condenados. Esto formaba parte de la vergüenza que Jesús debía sufrir. Pero, después de algún tiempo, al ver sin duda los soldados que, a consecuencia de su cansancio y debilidad, avanzaba muy despacio (y quizá se caía como supone la tradición), le quitaron la cruz, no fuese que sucumbiera bajo su peso, con lo que se privarían del suplicio de la crucifixión. No fue, pues, por compasión, sino por refinamiento de crueldad, por lo que harían esto. En su lugar, *obligaron* a Simón de Cirene a que llevase la cruz. Llevar la cruz era una ignominia y, por eso, sólo forzado a hacerlo, es como el hombre la llevó. Su nombre indica que era judío. Sus hijos eran conocidos de los lectores de Marcos, como se ve por Marcos 15:21. Algunos han imaginado que este Simón era uno de los seguidores de Jesús y que, por eso le obligaron a llevar la cruz de su Maestro. Sea esto lo que fuere, es probable que, al fin, esto llegase a ser una bendición para Simón, como lo es para todos los que siguen a Cristo *cargando con su cruz.*

Versículos 33–49

Llegamos ahora a la crucifixión misma del Señor Jesús. Veamos:

I. El lugar donde le crucificaron.

1. *Cuando llegaron a un lugar llamado Gólgota* (v. 33), cerca de Jerusalén, el cual era probablemente el lugar común de ejecución. En este lugar donde los mayores criminales eran sacrificados a la justicia del gobierno, fue sacrificado Jesús a la justicia de Dios. El nombre del lugar significa en arameo «calavera». Algunos han pensado que era un lugar donde echaban calaveras para denotar que era un cementerio, pero esto iba contra la ley de los judíos, que no permitía dejar al descubierto huesos humanos. Más bien, era, con toda probabilidad, un montículo en forma de un cráneo humano. De todos modos, el nombre es un buen símbolo del triunfo de Cristo sobre la muerte, al morir sobre *el lugar de la Calavera.*

2. *Le crucificaron* (v. 35), en la forma que hemos explicado ya. Que el recuerdo de su crucifixión quede clavado en nuestra mente y en nuestro corazón, por los refinados sufrimientos que Jesús padeció por salvarnos de todo mal. Al ver la clase de muerte que por nosotros sufrió, podemos considerar la clase de amor que nos tuvo.

II. Como si la crucifixión no fuese de suyo una muerte horrible, añadieron a ella toda clase de tratos abusivos.

1. *Le dieron a beber vinagre mezclado con hiel* (v. 34). Era costumbre dar a los ajusticiados una mezcla de vino e incienso, a fin de adormecerlos y que no sintiesen demasiado dolor por el suplicio. Pero en la copa que propinaron a Cristo, mezclaron el vinagre (o el vino, más probablemente) con hiel, para hacerlo más amargo. *Lo probó,* porque era amargo, pero *no quiso beberlo,* porque no quería adormecerse, sino sentir en toda su fiereza los tormentos de tal muerte, para sentir así más vivamente el aguijón de la muerte, y para que nosotros quedásemos con ello libres de todo lo que el pecado comporta.

2. *Repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes* (v. 35; v. Sal. 22:18). Le habían desnudado previamente, exponiéndolo a la pública vergüenza, sin el paño que el decoro de pintores y escultores suele ponerle. Lo sufrió por nosotros, para que fuésemos vestidos de Su gloria. Los enemigos podrán despojarnos de los vestidos, pero no pueden despojarnos de nuestros mejores consuelos, pues no pueden arrebatarnos el *manto de alabanza* (Is. 61:3). Al ser cuatro los soldados que llevaron a cabo la ejecución hicieron cuatro partes del vestido exterior (v. Jn. 19:23), pero no dividieron la túnica interior, porque, al ser sin costura (Jn. 19:24), a ninguno le habría servido de nada. Así que echaron suertes sobre ella. Quizás oyó alguno de ellos que alguien había sido curado con sólo tocar la orla de Su manto, y pudieron pensar que aquellas ropas tendrían efectos mágicos. Sin embargo, lo más probable es que se atuviesen solamente a la costumbre común de repartirse los vestidos como propina por su trabajo. Con esto, se cumplía lo profetizado por David en el Salmo 22:18: *Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes.* Así se despojó Jesús de Sus glorias, para repartirlas entre nosotros.

Después de esto, los soldados *se sentaron y le guardaban allí* (v. 36). Su intención era, sin duda, vigilarle de cerca; el verbo griego es muy fuerte, pues indica una acción positiva para impedir que alguien se lo llevase (¿temían quizá que algún ser sobrenatural acudiese a rescatarle?) No necesitaba, en realidad, vigilancia, pues lo que le ataba a la cruz era Su amor hacia nosotros más que los clavos materiales con que le crucificaron. Además la Providencia de Dios dispuso que aquellos soldados se quedasen bien cerca del Señor, a fin de que fuesen testigos de las admirables lecciones que, desde aquella elevada y solemne cátedra, enseñó el Salvador y que obligaron al centurión a confesar: *Verdaderamente, éste era Hijo de Dios* (v. 54).

3. El título que *pusieron sobre Su cabeza* (v. 37). No sólo solía la causa de la ejecución ser proclamada verbalmente, sino también escrita sobre la cabeza del ajusticiado, para notificar el crimen por el que había sido llevado al patíbulo. En el caso de Jesús, el título era el siguiente, con base en los cuatro evangelios: *Este es Jesús nazareno, el Rey de los judíos.* Es curioso que, en Él, no se alega ningún crimen que hubiera cometido; tampoco se dice que Él pretendiese ser rey de los judíos; que fuera *Jesús,* el Dios Salvador, no era crimen, por cierto; que fuera *Rey de los judíos* tampoco era crimen, sino una gran verdad, pues se esperaba que el Cristo fuera el Rey de Israel. De modo que lo que se puso como causa de Su muerte, resultó ser un título de máxima gloria; con ello, se intimaba con toda claridad que era alguien a quien debieron someterse de buena voluntad en vez de darle muerte en medio de los mayores tormentos y de las más crueles afrentas. Pilato, el juez de aquel tribunal, lejos de acusar a Cristo como criminal, lo proclamó *Rey,* y eso por *tres* veces, pues el título estaba escrito en las tres grandes lenguas del Imperio (Jn. 19:20): *en hebreo,* el idioma de la religión; *en griego,* el lenguaje de la cultura; y *en latín,* la lengua del poder. Con esto, Dios cumplía Sus propios objetivos, que sobrepasan con mucho a los de los hombres.

4. Los compañeros de suplicio (v. 38): *Entonces crucificaron con Él a dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda:* al mismo tiempo, en el mismo lugar y bajo la misma guardia; dos salteadores, como dice literalmente el original. Es probable que este fuera el día fijado para que fuesen ajusticiados. Con todo, así se cumplía la profecía de Isaías 53:12: *«fue contado con los pecadores».*

(A) Fue un baldón para Él ser crucificado *con ellos,* pues al participar de los sufrimientos de tan grandes criminales, es como si hubiera participado en sus grandes crímenes. *Fue contado con los pecadores* en Su muerte, para que nosotros *seamos contados entre los santos* en la vida eterna.

(B) Para mayor baldón, fue crucificado *en medio de ellos* (Jn. 19:18 *«y Jesús en medio»),* como si fuese el peor de los tres, el malhechor principal, puesto que, donde hay *tres,* el *medio* es el lugar para el jefe y el campeón. Todas las circunstancias contribuyeron a Su deshonor, como si el *gran Salvador* fuese el *gran pecador.* También se le añadía, con esto, un gran tormento moral, pues estaba en posición apta para escuchar los quejidos, los estremecimientos y las blasfemias de estos malhechores. Pero así estaba cercano a las grandes miserias el que había venido a expiar los grandes pecados (v. Is. 53:4–5).

5. Las blasfemias y los denuestos con que le cargaron cuando pendía de la cruz. Podría pensarse que, después de crucificarle, ya no tenían nada que hacerle, pues ya habían hecho lo peor. Un hombre que muere de esta manera, aun cuando haya sido el más infame de los mortales, siempre merece nuestra compasión. Sin embargo, por lo que se ve, ni uno solo de los amigos que hacía pocos días gritábanle: *Hosanna,* se atreve ahora a mostrarle ninguna señal de respeto.

(A) *La gente que pasaba por allí le denostaba* (v. 39). Su condición extrema y su paciencia suprema no les ablandaba el corazón. Los que, con sus gritos, habían exigido que se le crucificase, con sus denuestos parecían confirmar lo justo de la sentencia, cuando la falta absoluta de pruebas antes, y la digna majestad con que sufría ahora el suplicio, mostraban la tremenda injusticia de su condenación. Consideremos:

(a) Quiénes le denostaban: *los que pasaban;* los viandantes que pasaban por el camino cercano, y estaban imbuidos de los prejuicios que los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos habían conseguido sembrar entre la multitud. Cosa difícil es tener buena opinión de personas a quienes todos parecen empeñados en difamar, ya que la gente se inclina a pensar y decir lo que los demás dicen y piensan, y a lanzar piedras contra el tejado más frágil.

(b) El gesto con que acompañaban sus denuestos: *meneaban la cabeza,* con gesto de burla (v. Sal. 22:17), como si dijesen: ¡Por fin, has caído! ¡De poco te han valido los milagros que hacías!

(c) Los escarnios e improperios que le dirigían:

Primero, le echaban en cara que *pretendía destruir el templo* (v. 40). Habían esparcido esta calumnia entre el pueblo para concitar contra Él el odio general, pues nada podía avivar tanto el odio contra Él como una pretensión semejante contra el lugar sagrado: *«Tú que derribas el templo,* ese vasto y fuerte edificio, prueba tus fuerzas para desclavarte y *descender de la cruz, salvándote a ti mismo;* si tanto es el poder de que te jactabas, ejercítalo ahora, pues este es el tiempo oportuno para demostrar tus fuerzas». Veían que *fue crucificado en debilidad,* sin percibir que *vive por el poder de Dios* (2 Co. 13:4).

Segundo, le echaban en cara el que se llamara *el Hijo de Dios;* «si lo eres, *desciende de la cruz».* Ahora emplean los mismos términos que el diablo usó cuando le tentó en el desierto (v. 4:3, 6): «si *eres el Hijo de Dios …».* Piensan que, ahora o nunca, debe demostrar que es el Hijo de Dios, y olvidan que lo había demostrado suficientemente con los milagros que había hecho, y rehusando esperar la suprema prueba que Él había profetizado: Su propia resurrección. Esto ocurre muchas veces por juzgar las cosas con el aspecto que presentan al presente, sin el debido recuerdo del *pasado* ni la paciente expectación de lo que está anunciado para el *futuro.*

(B) Por su parte, *los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos,* no contentos con lo que habían conseguido del pueblo para que escarnecieran a Jesús, también ellos mismos *le escarnecían* (v. 41). Deberían haber estado en el templo para cumplir con sus deberes religiosos, puesto que era el primer día de la fiesta de los panes sin levadura, pero estaban en el lugar de la ejecución escupiendo su veneno contra el Señor Jesús. Así se desacreditaron ellos para escarnecer a Cristo ¿y temeremos nosotros desacreditarnos uniéndonos al pueblo de Dios para honrarle?

Dos cosas le echaban en cara los principales sacerdotes y los ancianos:

(a) Que no podía *salvarse a sí mismo* (v. 42). *Primero,* daban por supuesto que *no podía* salvarse a sí mismo y, por tanto, que no tenía el poder que se había atribuido, cuando la realidad es que *no quería salvarse,* sino morir *para que nosotros pudiésemos ser salvos. Segundo,* dan a entender que, puesto que ahora no podía salvarse a sí mismo, todas sus pretensiones de salvar a otros eran puro simulacro y mera ilusión. *Tercero* le echan en cara hacerse *Rey de Israel.* Mucha gente estaría satisfecha con *el Rey de Israel, si descendiese de la cruz.* Pero el asunto está zanjado: si no hay cruz, no hay Cristo ni hay corona. Quienes quieran reinar con Él, han de estar dispuestos a sufrir con Él, porque Cristo y Su cruz están juntamente clavados en este mundo. *Cuarto,* le retaban a que bajase de la cruz, pero Su amor inmutable le resolvía a quedarse arriba y le fortalecía para vencer esta tremenda tentación, de forma que no flaqueara ni se desanimase. *Quinto,* prometen que, si descendía de la cruz, *creerían en Él.* Pero, cuando anteriormente le habían pedido una señal, les respondió que la señal que les daría no consistiría en *bajar de la cruz,* sino, lo que era mucho más difícil, *subir del sepulcro.* Por otra parte prometerse que creerían en Él si aceptaba las condiciones que ellos le ponían, no sólo era un claro ejemplo de lo perverso y engañoso que es el corazón humano (Jer. 17:9), sino también un pobre subterfugio de su perversa obstinación. El encuentro con Dios sólo puede realizarse en los términos que el mismo Dios propone; y si no se cree a la Palabra de Dios, tampoco se creerá ante el milagro más portentoso (v. Lc. 16:31).

(b) Que Dios, Su *Padre,* no quería salvarle (v. 43): *Ha puesto su confianza en Dios; líbrele ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios.* En efecto, quienes llaman a Dios su Padre y, con ello, profesan ser Sus hijos, tienen puesta su confianza en Él (Sal. 9:10). Con esto sugieren que se había engañado a sí mismo y había engañado a otros; porque, si hubiese sido el Hijo de Dios no habría sido abandonado a este miserable estado. Al hablar de este modo, intentaban: *Primero vilipendiarle,* y hacer creer a los que allí se hallaban que este Jesús era un engañador y un impostor. *Segundo, aterrorizarle* y conducirle a la desesperación y a la desconfianza en el amor y el poder del Padre.

(C) Para completar el cuadro de escarnio y humillación, *lo mismo le injuriaban también los ladrones que estaban crucificados con Él* (v. 44). Ellos no recibían tales escarnios después de su crucifixión, como si fueran santos en comparación con Él; sin embargo, también ellos se unían al coro general de insultos. En Lucas 23:39, leemos que *uno de ellos le injuriaba diciendo: Si tú eres el Cristo sálvate a ti mismo y a nosotros,* pero Mateo parece insinuar que, al principio, los dos le injuriaban. Esta injuria le venía a Cristo de quienes menos podría pensarse, *viendo que estaban en el mismo suplicio.*

Así pues, al haber tomado a su cargo el Señor Jesús satisfacer al honor de Dios por el deshonor que todos nosotros le hemos causado con nuestros pecados, sufrió en Su honor todos estos escarnios, sometiéndose a las mayores indignidades que pudo haber experimentado el peor de los hombres, por haber sido hecho pecado y maldición por nosotros los hombres (2 Co. 5:21; Gá. 3:13).

III. Llegamos ahora al más extremado tormento que sufrió el Señor Jesús durante toda Su Pasión: el desamparo por parte de Su Padre, en medio de todas estas injurias e indignidades que sufría por parte de los hombres. Respecto a lo cual, obsérvese:

1. De qué forma fue simbolizado este desamparo: mediante un eclipse de sol completamente extraordinario y milagroso, por cuanto sucedió en luna llena, cuando es físicamente imposible que haya eclipse de sol. Este eclipse duró tres horas (v. 45). La luz de una extraordinaria estrella anunció el nacimiento de Cristo (2:2); por eso, era apropiado que las tinieblas de un eclipse extraordinario notificasen Su muerte, ya que Él era *la Luz del mundo.* Este sorprendente eclipse tenía por objeto tapar las bocas de estos blasfemos que escarnecían a Cristo pendiente de la cruz. Aun cuando no se cambiaron sus corazones al menos enmudecieron sus bocas, perplejos ante lo que ocurría, hasta que, pasado el eclipse, endurecieron su corazón como Faraón en cada una de las plagas, para volver a sus escarnios, según da a entender el versículo 47. Pero el principal objetivo de este eclipse era: (a) simbolizar el actual conflicto de Cristo con el poder de las tinieblas, venciéndolas en su propio terreno; (b) simbolizar también la oscuridad en que se hallaba su propio corazón ante el desamparo del Padre. Dios *hace salir su sol sobre malos y buenos* (5:45); sin embargo, retiró la luz del sol a Su propio Hijo, cuando fue hecho pecado por nosotros. Mientras la tierra le negaba una gota de agua, el cielo le negaba un rayo de luz. Al haber de *sacarnos de las tinieblas a su luz admirable* (1 P. 2:9), Él mismo en lo más profundo de Sus sufrimientos, hubo de andar en tinieblas, sin disfrutar de la luz de la comunión con Dios (comp. con 1 Jn. 1:5 y ss.). Durante las tres horas que duraron estas tinieblas, no leemos que pronunciase una sola palabra; la soledad era tan pavorosa y apabullante que, sólo después de emerger de las sombras, pudo pronunciar un grito de angustia.

2. Cómo se quejó de este desamparo (v. 46): *Cerca de la hora novena,* a la hora precisa en que solía hacerse en el templo la oración principal de cada día (Hch. 3:1), y en la penumbra que seguía a la gran *crisis, Jesús gritó, diciendo: Dios mío, Dios mío, ¿a qué me has desamparado?* Esto es lo que dice claramente el original, no *¿por qué?* Cristo no se rebela contra el hecho, sino que interroga sobre el motivo. ¡Extraña queja, salida de la boca de nuestro Señor Jesús, en quien el Padre tenía siempre Su complacencia! Sí, *el Padre le amaba, porque ponía Su vida por las ovejas* (Jn. 10:17); sin embargo, este Padre le abandonaba ¡en medio de Sus grandes sufrimientos! De seguro que jamás hubo una angustia tan profunda en toda la Historia de la Humanidad, pues nadie jamás ha podido sentirse tan desamparado y por un motivo tan grave. Observemos ahora:

(A) De dónde tomó tal queja: del Salmo 22:1. Esta palabra, como aquella otra: *«En tus manos encomiendo mi espíritu»* están tomadas de los Salmos de David, para enseñarnos el uso que hemos de hacer de la Palabra de Dios para guiarnos en la oración y tener *ayuda en nuestra debilidad* (Ro. 8:26).

(B) En qué tono la expresó: *a gran voz,* lo cual indica la extrema intensidad de su dolor y angustia, la fuerza que quedaba aún en su naturaleza, y el anhelo de su espíritu al expresarla.

(C) Cuál era la queja: *Dios mío, Dios mío ¿a qué me has desamparado?* El evangelista nos ha conservado las palabras mismas de Jesús en el arameo, con una ligera variación en el nombre de Dios, pues aquí está en hebreo, mientras que en Marcos aparece en arameo también: *Elí, Elí, ¿lamá sabactani?* El griego en que está, a continuación, traducida, matiza estupendamente el sentido del verbo al usar *enkatélipes*, que literalmente significa «abandonar, dejando a uno sujeto y encerrado», sin escape. No es extraña la admiración que transpiran las palabras del Apóstol, cuando dice en Filipenses 2:8 *«obediente hasta la muerte ¡y muerte de cruz!»*

(a) Nuestro Señor Jesucristo, en medio de Sus sufrimientos fue, por algún tiempo, *desamparado por Su Padre.* Así lo expresó Él mismo, para que no quedase duda alguna sobre el hecho. ¡Profundísimo misterio! Sin que el Padre cesase de amarle, ni Él al Padre, el Padre, con todo, le *desamparó:* le entregó en manos de Sus más crueles enemigos, y allí le dejó sin intentar librarle de tales manos. Ningún ángel fue enviado desde arriba para librarle, ningún amigo surgió desde abajo para aliviarle. Cuando su *alma estuvo antes conturbada,* oyó *una voz del Cielo* para confortarle (Jn. 12:27–28) cuando, en Su agonía del huerto, se sintió triste y despavorido, apareció un ángel para darle fuerzas. Pero ahora no tenía ni lo uno ni lo otro. Dios ocultó completamente Su rostro de Él. ¿Por qué? Cristo estaba siendo hecho *pecado y maldición* por nosotros (2 Co. 5:21; Gá. 3:13). ¡Nada menos que eso! Tengamos bien en claro que Jesucristo, en Su naturaleza humana, no sólo fue *víctima* por el pecado, no sólo pagó la *pena* por el pecado, sino que, sin culpa personal *(«no conoció pecado»)* sufrió en Sí el efecto directo e inmediato de la culpa: *¡la muerte espiritual,* que consiste en la ausencia de la comunión con Dios! ¡El Infierno en su más íntima esencia! Dios el Padre le amaba como a Hijo, pero le odiaba como a Sustituto.

(b) Éste fue, como acabamos de insinuar, el más grave de todos los sufrimientos de Cristo, y por eso fue aquí donde pronunció su más dolorida queja. Hasta entonces, el Padre había estado cerca de Él; ahora se alejaba de Él, no física, sino moralmente. Ésta es la notable diferencia entre el abandono físico y el desamparo moral: la lejanía física es compatible con el consuelo moral, pero no hay nada que cause tanto dolor como la cercanía física sin consuelo, sin ayuda, sin amparo.

(c) Sin embargo, aun en medio de este extremo desamparo, todavía dice Cristo: *«Dios mío, Dios mío;* aunque me desamparaste, todavía eres *mío*». Sin esta profunda convicción, Jesús no habría podido seguir adelante en su resolución de no descender del madero; pero eso le animó a permanecer clavado hasta el final.

(D) Véase ahora cómo sus enemigos se mofaron impíamente de su dolorida queja (v. 47): *Algunos de los que estaban allí decían, al oírlo:* A *Elías llama éste.* No es fácil determinar quiénes decían esto, si los soldados romanos o los judíos que presenciaban la escena. Lo primero es mucho más probable, tanto porque los soldados conocerían las expectaciones judías acerca de Elías, cuanto porque para el oído de un judío la primera vocal de *Elí* suena de un modo muy distinto de la de *Elías.* Esto nos lleva a pensar cuántas veces las objeciones contra la Palabra de Dios se deben a graves malentendidos. También deducimos de aquí lo natural que es el que las más piadosas prácticas de los mejores hombres sean ridiculizadas por los incrédulos burlones. Así pasó con las palabras de Jesús, a pesar de que *jamás hombre alguno habló como este hombre* (Jn. 7:46).

IV. Veamos ahora el pobre consuelo que le fue concedido en Su agonía.

1. Uno de los que estaban allí corrió a ofrecerle una esponja empapada en vinagre (v. 48). A pesar de todo, y al tener en cuenta el pretérito imperfecto, parece ser que un bondadoso soldado le dio misericordiosamente lo que se usaba como bebida refrescante. Juan 19:28 explica que le fue dada, después que Él dijo: *Tengo sed.* Antes había rehusado la pócima adormecedora, pero ahora recibió con agrado este ligero refresco, cuando estaba próximo a expirar.

2. Otros, por el contrario, continuaron con su propósito de mofarse y burlarse de Él: *Deja, veamos si viene Elías a salvarle* (v. 49). «Deja, es decir, no le prestes ninguna ayuda ni consuelo; allá se las arregle él con Elías».

Versículos 50–56

Relato detallado de la muerte del Señor.

I. La *manera* como expiró (v. 50): fue clavado en la cruz entre las horas tercera y sexta, es decir, entre las nueve y las doce de la mañana, y murió poco después de la hora nona, esto es, entre las tres y las cuatro de la tarde, precisamente al tiempo de la oración principal del día, en la hora del sacrificio vespertino y cuando estaba siendo matado el cordero pascual. ¡Qué bien estaba representado así el sacrificio de Cristo, nuestra Pascua!

Dos cosas son de notar en cuanto al modo como Cristo murió:

1. Que *clamó otra vez a gran voz,* como anteriormente (v. 46).

(A) Esto era una señal de que después de todos sus dolores y fatigas, su vida estaba aún *entera* en Él, y su naturaleza, *fuerte.* Una de las primeras cosas que abandonan a un moribundo es la voz; cuando la lengua se debilita y falta el aliento, es difícil balbucir unas pocas y entrecortadas palabras, y más difícil aún es oírlas distintamente. Pero Cristo precisamente al expirar habló como quien se halla en poder de todas sus fuerzas, para darnos a entender que no era la vida la que le dejaba a Él, sino que era Él quien daba permiso a la muerte para que se le acercara. Lo mismo se deduce del relato de Juan 19:30: Y *habiendo inclinado la cabeza entregó el espíritu.* Los demás mortales inclinan la cabeza como efecto de la muerte, pero Jesús la inclinó antes de morir, como indicando a la temible parca que no temía el filo de su guadaña: *Nadie le quitaba la vida, sino que Él la ponía de sí mismo* (Jn. 10:18).

(B) También significaba con esto que Su muerte había de ser publicada y proclamada en alta voz a todo el mundo. El grito de Cristo al expirar era como una trompeta que llama a la retirada de todos los demás sacrificios.

2. Después de clamar, *entregó el espíritu.* Ésta es una perífrasis usada corrientemente para *morir.* Con ello se nos muestra que el Hijo de Dios, en Su naturaleza humana, real y verdaderamente murió en la Cruz del Calvario, a consecuencia de los violentos tormentos a que fue sometido. Su *alma* fue separada del *cuerpo,* con lo que éste quedó con toda propiedad exánime, es decir muerto. *Derramada toda Su sangre, en la que está la vida, hizo expiación, no por Sus pecados, sino por los de todo el mundo* (Lv. 17:11; He. 7:27; 1 Jn. 2:2).

II. Los milagros que siguieron a Su muerte. Habiendo obrado tantos milagros en vida, era de esperar que algunos se llevasen a cabo también en Su muerte.

1. *El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo.* Este velo, que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo, se rasgó, no de abajo arriba, como si fuera por poder humano, sino de arriba abajo, como por una mano invisible, por un poder sobrenatural. Era precisamente la hora del sacrificio vespertino. ¡Qué sorpresa para los sacerdotes oficiantes! ¡Con qué pavor contemplarían el Lugar al que sólo el sumo sacerdote, y sólo una vez al año, le era permitido entrar! En este, como en otros milagros de Cristo, estaba encerrado un misterio, puesto que:

(A) Correspondía al templo del cuerpo de Cristo, el cual también se partía por medio, al separarse el alma del cuerpo. La muerte es como el rasgarse el velo de nuestra carne, que se interpone entre nosotros y el santuario celestial, donde contemplaremos al Señor sin el velo de la fe (2 Co. 5:6–8). Así debe ser considerada la muerte por todo buen cristiano.

(B) Significa también la revelación o desvelación de los misterios del Antiguo Testamento. El velo del templo estaba allí para ocultar, pues era muy grave el castigo que pendía sobre toda persona que viese el ajuar del Lugar Santísimo, excepto el sumo sacerdote, como ya se ha dicho, y una vez al año, con gran ceremonia y a través de una nube de gloria y de incienso. Pero ahora, tras la muerte de Cristo, el acceso al Lugar Santísimo quedaba ampliamente abierto (v. He. 4:16), y sus misterios quedaron tan claros y desvelados, que, aun el que corre puede leer claramente el sentido que encierran.

(C) Significaba igualmente que judíos y gentiles quedaban unidos en un mismo plan de salvación, al *ser derribada la pared intermedia de separación* (Ef. 2:14) que era la ley ceremonial. Cristo al morir, tomó en sus manos la Ley y la clavó en la Cruz (Col. 2:14). Murió para rasgar los velos que separan y para realizar la verdadera unidad (Jn. 17:21).

(D) Significaba finalmente la consagración e inauguración de *un camino nuevo y vivo* hacia Dios (He. 10:20). El velo impedía que el pueblo se acercase a la *shekinah* o nube gloriosa en la que Dios *habitaba.* La rasgadura del velo significaba que Cristo, con Su muerte, había abierto el camino hacia Dios, (a) *para Sí mismo.* Después de haber ofrecido el sacrificio en el atrio exterior la sangre era rociada ahora sobre el propiciatorio dentro del velo. Aunque no subió inmediatamente al santuario no hecho de manos, sino

cuarenta días más tarde, sin embargo adquirió ya el derecho de entrar allá y se le concedió virtualmente la admisión, (b) *para nosotros en Él,* como leemos en Hebreos 10:19–20. Murió *para llevarnos a la gloria* (He. 2:10) y, con este fin, hubo de rasgar el velo de nuestra culpa y, también, de la ira de Dios, que se interponía entre nosotros y Él (Is. 59:2). Ahora, ya no hay nada que obstruya el acceso ni nos desanime a presentarnos ante Él.

2. *La tierra tembló.* Este terremoto significa dos cosas:

(A) La horrible perversidad de los que crucificaron a Cristo. Al temblar bajo tan gran peso, la tierra dio testimonio de la inocencia del que así era perseguido, y contra la impiedad de los perseguidores.

(B) Los gloriosos resultados de la cruz de Cristo. Este terremoto significa también el golpe mortal infligido al reino de Satanás. Dios sacude a las naciones, cuando el Deseado de las naciones está a punto de llegar.

3. *Las rocas se partieron;* la parte más dura y firme de la tierra sintió también los efectos de la muerte de Cristo. Cristo había dicho que, si los niños cesasen de gritar *Hosanna, las piedras clamarían* (Lc. 19:40); y ahora, en efecto, clamaban y proclamaban la gloria del Salvador que moría. Jesucristo es *la Roca y* estas rocas, al hendirse, daban a entender que la Roca que es Cristo se hendía: (A) Para que en sus hendiduras pudiésemos ocultarnos como lo hizo Moisés en la hendidura de la roca de Horeb, *para contemplar la gloria del Señor,* como él. (B) Para que por aquella hendidura de Cristo, surgieran ríos de agua viva que nos refresquen en este desierto. Cuando celebramos el recuerdo de la muerte de Cristo, nuestros corazones duros y roqueños deben hendirse; es el corazón, no los vestidos, lo que hay que rasgar en señal de duelo. Ciertamente, un corazón que no se rompe ante la *clara presentación de Jesucristo como crucificado* (Gá. 3:1), es más duro que las rocas que se *partieron* ante la muerte de Cristo, más inflexible que los montes *que se derriten como cera en presencia de Jehová* (Sal. 97:5) y más frío *que el hielo que se licua ante el calor de Su Palabra* (Sal. 147:18).

4. *Se abrieron los sepulcros* (v. 52). Parece ser que el mismo terremoto que hendió las rocas, abrió también los sepulcros, y *muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron.* La muerte de los santos es solamente el *sueño* del cuerpo, y el sepulcro en que yacen es el *lecho* del descanso. Estos santos fueron despertados por el poder del Señor Jesús, y *saliendo de los sepulcros después de la resurrección de Él, entraron en la santa ciudad, y se aparecieron a muchos* (v. 53). Este milagro suscita cuestiones interesantes a las que no es fácil responder, como: (a) *Quiénes* eran estos *santos* que *se levantaron.* Unos opinan que eran los *antiguos patriarcas,* que tanto deseaban ser enterrados en la Tierra de Promisión (v. por ej. Gn. 50:24–25). Otros piensan que se trata de seguidores de Cristo que habían tenido el privilegio de conocerle según la carne, pero habían muerto antes que Él. Otros, en fin, suponen que se hace referencia a los que, en el Antiguo Testamento, habían sellado con su sangre el testimonio de las verdades de Dios. (b) No está claro si volvieron a la vida cuando el Señor murió, pero no entraron en la santa ciudad sino después de la resurrección de Él, o si resucitaron al tiempo de la resurrección de Jesucristo; lo cual es más probable, a la vista de 1 Corintios 15:20, donde se dice de Cristo que *fue hecho primicias de los que durmieron.* (c) Hay también quienes opinan que se levantaron de sus sepulcros únicamente para dar testimonio de la resurrección del Señor y volver de nuevo a sus sepulcros. Pero es mucho más probable que resucitaran gloriosamente para no volver a morir a fin de que el grano que había sido sepultado no surgiese solo, sino como en varias espigas. (d) Tampoco sabemos a quiénes se aparecieron, si a parientes, a enemigos o amigos, en qué forma se aparecieron, con qué frecuencia, qué dijeron o hicieron todo esto son *cosas secretas* (Dt. 29:29), a las que no necesitamos acudir para robustecer nuestra fe, pues tenemos *la palabra profética más segura* (2 P. 1:19).

Con todo, el hecho nos enseña varias lecciones muy útiles: (1) Que incluso los que vivieron y murieron antes de la muerte de Cristo, recibieron el beneficio derivado de ella con efectos retrospectivos, lo mismo que los que han vivido y muerto después de la muerte de Jesús. (2) Que la muerte de Cristo tuvo poder más que suficiente para conquistar, desarmar y destruir la muerte. Estos santos que se levantaron eran los trofeos manifiestos de la victoria de la cruz de Cristo sobre los poderes de la *muerte.* (3) Que, en virtud de la resurrección de Cristo, los cuerpos de todos los creyentes resucitarán también cuando llegue la hora fijada por Dios.

III. La convicción de los enemigos que habían sido los ejecutores de la crucifixión (v. 54).

1. Las personas convictas: *el centurión y los que estaban con él guardando a Jesús.* (A) Eran *soldados,* profesión que ordinariamente endurece, y cuyos pechos no se ablandan tan fácilmente por

impresiones de miedo o de compasión. Pero no hay ánimo tan altivo ni tan osado que no pueda ser ablandado y humillado por el poder de Cristo. (B) Eran *romanos, gentiles* y, a pesar de eso, fueron los únicos que quedaron impresionados de esta manera. Mientras los gentiles *se ablandaban, los* judíos *se endurecían.* (C) Eran *perseguidores* de Cristo, que hacía muy poco le habían denostado, como consta por Lucas 23:36. ¡Cuán rápidamente puede Dios, por el poder que tiene sobre las conciencias de los hombres, cambiar también el modo de hablar que los hombres tienen!

2. Los medios de convicción: *visto el terremoto,* que les espantó, y *las cosas que habían acontecido.* Estas cosas hicieron impacto en los soldados, cualquiera fuese el que hicieron en otros.

3. Las expresiones con que manifestaron dicha convicción:

(A) El *terror* que se apoderó de ellos: *temieron en gran manera.* Temieron ser sumidos en las tinieblas o tragados por la tierra en el terremoto. Dios puede aterrorizar fácilmente al más osado de Sus adversarios. La culpabilidad de la conciencia infunde miedo en el ánimo de los hombres. Sin embargo, los que confían en Dios, *no temerán aun cuando la tierra sea removida* (Sal. 46:1–2).

(B) El *testimonio* que se vieron compelidos a dar. Dijeron: *Verdaderamente, éste era Hijo de Dios.* Era éste el punto álgido de la disputa, y en él se ponían ahora de acuerdo Él y sus enemigos (26:63–64). Sus discípulos lo creían, pero por ahora no se atrevían a confesarlo; el propio Jesús parecía perplejo cuando clamó: ¿*A qué me desamparaste*? Los judíos, ahora que le veían muerto en la cruz, daban el asunto como zanjado a favor de ellos. Sin embargo, el centurión y los soldados pronunciaban ahora esta confesión voluntaria de la fe cristiana. El mejor de Sus discípulos no había podido decirlo mejor en ningún tiempo, y en este momento no tuvo ni la fe ni el coraje suficientes para decir esto mismo: *Verdaderamente, éste era el Hijo de Dios.*

IV. La presencia de los pocos amigos que fueron testigos de Su muerte (vv. 55–56).

1. Quiénes eran: *muchas mujeres … las cuales habían seguido a Jesús desde Galilea.* No Sus apóstoles (sólo a Juan encontramos junto a la cruz; Jn. 19:26), cuyos corazones habían desfallecido y no aparecieron por allí. Pero aquí vemos una compañía de mujeres, alguien las tendría por *necias,* al seguir *valientemente* a Jesús tan de cerca, cuando el resto de los discípulos le habían abandonado cobardemente. Muchas veces, las personas del sexo débil son, por la gracia de Dios, fuertes en la fe. Ha habido mujeres, famosas por su coraje y decisión en seguir la causa de Cristo hasta sufrir el martirio por Él.

De estas mujeres se dice:

(A) Que *habían seguido a Jesús desde Galilea,* por el gran afecto que le profesaban pues sólo los varones estaban obligados a subir a la fiesta. Después de seguirle desde tan lejos, estas mujeres decidieron no abandonarle ahora. Los servicios y sufrimientos que de antiguo hemos sobrellevado por Cristo, deben sernos estímulo para perseverar hasta el fin en el trabajo y en el ministerio para el que nos ha llamado y para ofrecerle con gusto el resto de nuestras vidas.

(B) Que *le servían* de su peculio. ¡Con qué gozo le habrían ministrado ahora, si les hubiera sido posible hacerlo! Cuando alguna circunstancia nos impide hacer el bien que *querríamos,* debemos hacer cuanto podamos en el servicio de Cristo.

(C) Algunas de ellas son mencionadas por sus nombres. Otras veces aparecen mencionadas, y es un honor para ellas que se les mencione precisamente ahora; fieles hasta el final.

2. Qué hacían:

(A) Estaban *lejos.* Sin duda que los sufrimientos de Cristo fueron más duros de soportar al ver *a lo lejos* a los amigos que más le amaban (Lc. 23:49 los menciona en masculino, lo que indica que había algunos varones). Juan 19:25 menciona cerca de la cruz a Juan, a la madre de Jesús, a María la mujer de Cleofás y a la Magdalena. El que estuvieran algún tanto alejadas no significa desafecto, sino timidez y delicadeza (téngase en cuenta que Jesús estaba completamente desnudo).

(B) Estaban *mirando;* puesto que no podían prestarle ningún servicio, le dirigían al menos una mirada de afecto, una mirada llena de pena. Podemos imaginarnos cómo les dolería en lo más profundo del corazón verle en tal tormento. Contemplemos con los ojos de la fe a nuestro Salvador crucificado y que nuestro corazón se sienta afectado por el gran amor con que nos amó.

Versículos 57–66

A continuación se nos refiere el sepelio de Jesús, en el que podemos apreciar, por un lado la delicadeza y buena voluntad de los amigos que depositaron Su cadáver en el sepulcro; y, por otra, la malicia y mala voluntad de Sus enemigos, muy solícitos en procurar que no saliera de la tumba.

I. Sus amigos le hicieron un sepelio honroso.

1. Jesucristo *fue enterrado.* Cuando su preciosa alma entró en el Paraíso, su bendito cuerpo quedó depositado en las cámaras del sepulcro. Fue sepultado para hacer más cierta Su muerte y Su resurrección, más gloriosa. Pilato no habría permitido que el cuerpo de Cristo fuera sepultado, mientras no estuviese completamente seguro de que estaba realmente muerto. Fue sepultado también para quitarle al sepulcro sus terrores y hacer más agradable y consoladora nuestra sepultura, sabiendo *que hemos sido consepultados con Él* (Ro. 6:4).

2. También se nos refieren las circunstancias particulares de su sepelio:

(A) La *hora* en que fue sepultado: *Al atardecer,* la misma tarde en que murió, antes de la puesta del sol, como era corriente en el sepelio de malhechores. No podía dejarse para más tarde, puesto que, con la puesta de sol, comenzaba *el sábado.*

(B) La persona que se encargó del funeral fue *José de Arimatea.* Los apóstoles habían huido. Las mujeres que le seguían no se atreverían a hacerlo. Entonces fue cuando Dios puso en el corazón de este hombre el coraje y la voluntad de llevarlo a cabo; pues, cuando Dios tiene alguna obra entre manos, siempre encuentra los instrumentos para llevarla a cabo. José era el hombre apropiado, porque: (a) Tenía recursos para hacerlo decentemente ya que era *un hombre rico.* La mayor parte de los discípulos de Cristo eran de modesta y pobre condición económica; pero aquí había un hombre rico, listo para ser usado en un servicio que requería alta posición económica y social. Las riquezas de este mundo son una gran ventaja y una gran oportunidad para emplearlas en la obra del Señor, y en ninguna cosa mejor pueden los acaudalados emplearlas que para la gloria de Dios y la extensión del Evangelio, si es que tienen un corazón dispuesto para servir de veras al Señor. (b) Tenía afecto al Señor, pues *había sido hecho discípulo de Jesús,* aunque no lo profesaba públicamente. Cristo tiene más discípulos secretos que los que nosotros conocemos y, si Él mismo *no vino a quebrar la caña rajada ni apagar el pábilo que humea* (Is. 42:3; Mt. 12:20), no vamos nosotros, miserables pecadores, a ser más exigentes que Él, sino, más bien, sostengamos al débil y demos aliento al cobarde.

(C) La concesión que obtuvo de Pilato: *Éste se presentó a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato mandó que se le diese el cuerpo* (v. 58). Por ser el gobernador, Pilato era la persona apropiada para conceder el permiso para enterrar a Jesús; vemos que estaba en buena disposición para conceder este permiso, al atender, sin duda, a la calidad de la persona que lo solicitaba y también, por qué no, por una especie de compensación por la injusticia que había cometido al condenarle a muerte, a sabiendas de que era inocente.

(D) La forma en que se llevó a cabo el sepelio (vv. 59–60).

(a) Aun cuando era persona de alto rango, rico y miembro del Sanedrín, José de Arimatea *tomó él mismo el cuerpo de Jesús,* bajándolo del madero; porque, cuando hay verdadero amor al Señor, ningún servicio debe considerarse bajo para Él. *Lo envolvió en una sábana limpia,* como era costumbre. Sepultar a los muertos, aun cuando sea una práctica común de humanidad, si se hace de una forma piadosa, es también una obra cristiana.

(b) Cómo fue depositado en el sepulcro. Fue puesto en una tumba *prestada,* como de prestado había vivido: nació en un establo ajeno, se alimentó de prestado, no tenía casa propia, pues *no tuvo donde reclinar su cabeza, y* tampoco tuvo tumba propia donde descansar su cuerpo muerto. El pecado y el sepulcro son la única verdadera herencia del pecador; eso es lo único que de veras nos pertenece como pecadores. Pero el Señor Jesús, así como no tenía pecados propios, tampoco tuvo sepulcro propio; al haber muerto bajo pecado *imputado* era propio que yaciese en sepulcro *prestado.* Era *un sepulcro nuevo* que José de Arimatea *había excavado para sí en la peña.* Al quedar vacía la tumba con la resurrección de Jesús, el carácter mismo de tal sepulcro quedó alterado para siempre.

(c) Al estar el sepulcro excavado en la roca, no había modo de poder robar el cuerpo, a no ser por la entrada, la cual quedó cerrada con *una gran piedra* y, por si fuera poco custodiada por una guardia de soldados y sellada con el sello del gobernador. Con el rodar de la piedra a la entrada del sepulcro, quedó terminado el funeral. Allí quedó como en prisión, encerrado su cuerpo. La circunstancia que mayor melancolía añade a un funeral es cuando nos volvemos a casa, tras dejar al difunto. Pero, si bien se mira,

no somos nosotros los que volvemos a casa y les dejamos a ellos atrás, sino que son ellos los que *se van a la casa* del Padre y *nos dejan atrás* a nosotros.

(E) El grupo que asistió al funeral era pequeño e insignificante: además de José, *María la Magdalena y la otra María* (v. 61, comp. con v. 56). Las mismas que estuvieron presentes en el Calvario, le siguieron también hasta el sepulcro. El verdadero amor a Cristo no nos permitirá dejarle hasta el final. Ni la aridez del sepulcro ni la humedad del agua pueden apagar el amor (Cnt. 8:6–7).

II. Los enemigos de Cristo hicieron cuanto pudieron para impedir Su resurrección; todo ello, *al día siguiente, que es después de la preparación* (v. 62), es decir, *el sábado.* Quizá no se le menciona por este nombre para no desorientar a los lectores, pues el mismo día de la crucifixión era tenido como «sábado», por ser el primer día de la fiesta. En este día, *los principales sacerdotes y los fariseos* en vez de estar atendiendo a sus devociones, como era su deber y pidiendo perdón por los pecados de la semana, estaban *ante Pilato* con el único objetivo de asegurarse contra cualquier tentativa de robar el cuerpo de Jesús.

1. Cómo se dirigen a Pilato, pidiendo una guardia para el sepulcro.

(A) El pretexto que interponen para conseguirlo: *Aquel engañador dijo: Después de tres días resucitaré* (v. 63). Así lo había dicho, y sus discípulos habían de recordarlo para confirmación de su fe, pero los enemigos lo recordaban para provocación de su perversidad. Así pasa con el mensaje del Evangelio que *para unos es olor de muerte para muerte, y para otros olor de vida para vida* (2 Co. 2:16). Le llaman *engañador,* como si su muerte ignominiosa fuese una prueba de que era un impostor.

(B) Hacen que se trasluzcan sus celos: *No sea que vengan sus discípulos y lo hurten, y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos* (v. 64).

(a) A lo que realmente tenían miedo era a su *resurrección;* lo mismo que representa el mayor honor para Cristo y el mayor gozo para sus discípulos, sirve del mayor terror a sus enemigos. Por eso, los principales sacerdotes y los fariseos se empeñan en desacreditar las predicciones de Cristo acerca de Su resurrección, porque si llega a resucitar, todas las medidas que están tomando resultarán fallidas. Quizás estaban sorprendidos por los respetos que dos personas tan honorables como José y Nicodemo estaban rindiendo al cadáver de Jesús. Tampoco olvidarían que Cristo había resucitado a Lázaro, lo que había colmado la medida de su furor.

(b) Dan como excusa el peligro de que los discípulos roben el cuerpo de noche y se lo lleven, cosa de todo punto improbable. No habían tenido el valor de confesarle cuando aún vivía, ¿y se iban a mostrar valientes ahora que estaba muerto? Además, qué podían sacar con robar el cuerpo y tratar de engañar al pueblo e inventar una resurrección no existente? Por una parte, tarde o temprano, se habría descubierto el engaño y los enemigos habrían podido presentar el cadáver al pueblo, con descrédito total de los seguidores de Jesús. Por otra parte, fueron muchos los seguidores de Cristo que sellaron su testimonio con su propia sangre, y no hay engañador que sostenga su engaño hasta el martirio. Los enemigos de Jesús añaden que, si la tumba apareciese vacía, *el último engaño sería peor que el primero.* Con estas palabras daban a entender que la resurrección de Cristo es la prueba más contundente del carácter de su persona y de la verdad de sus enseñanzas.

(C) En consideración a las razones que acaban de expresar, se rebajan a pedir al gobernador que envíe una guardia *para asegurar el sepulcro hasta el tercer día.* Como si los prisioneros de la muerte necesitasen más precaución que el propio sepulcro. Esos irracionales temores eran como aldabonazos que su culpabilidad descargaba sobre sus conciencias.

2. Respuesta de Pilato a la petición de ellos: *Ahí tenéis una guardia; id, aseguradlo como sabéis* (v. 65). Estaba dispuesto a complacer a los amigos de Cristo concediéndoles el cuerpo de Jesús, y a los enemigos concediéndoles la guardia para guardar el sepulcro, deseoso de agradar a las dos partes y al pensar quizá, que tan ridículas eran las esperanzas de los unos como los temores de los otros. Dice: *Ahí tenéis una guardia;* pero, como si se avergonzase de verse envuelto en un caso como éste, les deja a ellos la responsabilidad de utilizarla. Me parece que las palabras: *aseguradlo como sabéis,* suenan a burla, o (A) *del miedo* que tenían: «aseguraos de que ponéis una guardia bien fuerte en su sepulcro, para guardar a un muerto», o (B) *de la esperanza* que abrigaban: «haced lo que queráis, pero si es cosa de Dios, resucitará, a pesar vuestro y de la guardia que pongáis». Tertuliano llega a decir de Pilato que *en su conciencia era cristiano;* es posible que sintiese algún impacto bajo tales convicciones, pero no parece que fuera de veras persuadido a hacerse cristiano más que Agripa o Félix.

3. El trabajo que se tomaron ellos para asegurar el sepulcro: *Sellaron la piedra* (v. 66) y, para mayor seguridad, *pusieron la guardia,* a fin de impedir que los discípulos vinieran y se llevasen el cadáver. Pero Dios sacó bien de estas circunstancias, e hizo que quienes se oponían a la resurrección de Cristo, tuviesen la oportunidad de presenciarla y poder referir a los principales sacerdotes lo que habían presenciado. Guardar el sepulcro contra los pobres y débiles discípulos fue una locura pues era *innecesario;* pero pensar que lo podían guardar contra el poder de Dios fue una locura mayor, pues fue *insuficiente* y sin provecho para el objetivo que buscaban.

CAPÍTULO 28

En los capítulos anteriores, vimos al Capitán de nuestra salvación en conflicto con los poderes de las tinieblas; la victoria pareció inclinarse del lado de sus enemigos. Pero cuando el Príncipe de nuestra paz salió del sepulcro se mostró como Campeón y Vencedor absoluto. Ahora bien, al ser la resurrección de Cristo uno de los principales fundamentos de nuestra religión era necesario que tuviésemos pruebas infalibles de ella. Lucas y Juan aportan un relato más amplio que Mateo y Marcos. Aquí tenemos las siguientes: I. El testimonio del ángel acerca de la resurrección de Cristo (vv. 1–8). II. La aparición del mismo Cristo a las mujeres (vv. 9–10). III. La confesión de los propios enemigos que hacían guardia en el sepulcro (vv. 11–15). IV. La aparición de Cristo a los discípulos en Galilea, y la comisión que les dio (vv. 16–20).

Versículos 1–10

Como pruebas de la resurrección del Señor tenemos aquí el testimonio del *ángel* y del mismo *Cristo.* No queramos imponer condiciones a la Sabiduría Infinita, la cual tuvo a bien que los testigos de Su resurrección le viesen *resucitado,* pero no le viesen *resucitar*. *Su* encarnación fue un misterio; también lo había de ser lo que podemos llamar Su *segunda encarnación.*

I. Llegada de las buenas mujeres al sepulcro.

1. *Cuándo* vinieron: *Pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana* (v. 1). Esto fija con toda claridad el tiempo de la resurrección de Cristo.

(A) Resucitó *al tercer día* después de Su muerte. Fue sepultado en la tarde del sexto día de la semana, y resucitó en la madrugada del primer día de la semana siguiente. Comoquiera que los orientales contaban como días enteros los fragmentos de los días de entrada y salida, no ha de extrañarnos cuando leemos en 12:40 *«tres días y tres noches»,* aunque, en realidad, estuvo en el sepulcro solamente dos noches un día y fragmentos de otros dos.

(B) Resucitó *pasado el sábado* judío, y era el sábado de la Pascua. En *el sexto día,* acabó Cristo Su obra, y gritó: *Consumado está;* en el séptimo día, descansó; y luego, en el primer día de la semana siguiente, como si comenzase un mundo nuevo emprendió una obra nueva: *las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas* (2 Co. 5:17). El tiempo en que los creyentes yacen en el sepulcro es un sábado para ellos, pues allí *descansan de sus trabajos* (Job 3:17; Ap. 14:13).

(C) Resucitó *en el primer día de la semana.* En el primer día de la primera semana *mandó Dios que brillara la luz de en medio de las tinieblas;* por eso, quiso en este día salir de las tinieblas de la muerte y del sepulcro el que era la Luz del mundo. El sábado fue instituido en señal y recuerdo de que Dios había terminado la obra de la creación (Gn. 2:1). El hombre, con su rebelión, hizo una brecha en esta obra ya *perfecta,* y esta brecha no quedó reparada perfectamente hasta que Cristo se levantó de entre los muertos. El que resucitó en este día es el mismo por quien, en quien y para quien todas las cosas fueron creadas (Col. 1:16), y ahora son recreadas.

(D) Resucitó *al amanecer* del día. Tan pronto como pudo decirse que amaneció, nos visitó desde arriba, de nuevo el Sol de justicia (Lc. 1:78). Su Pasión comenzó de noche; cuando fue crucificado se oscureció el sol; fue puesto en el sepulcro al atardecer pero se levantó del sepulcro al despuntar el alba, porque Él es *la estrella resplandeciente de la mañana* (Ap. 22:16), *la luz verdadera* (Jn. 1:9).

2. *Quiénes* vinieron al sepulcro: *María la Magdalena y la otra María,* las mismas que habían estado presentes en el funeral y deseaban expresar una vez más su afecto al Señor. No sólo acompañaron al Señor *hasta* el sepulcro, sino que deseaban hacerle compañía también *en* el sepulcro. Y el Señor es muy buen recompensador: así como sus fieles seguidores le amaron en el sepulcro, así también Él ama a los suyos en el sepulcro, porque la muerte y el sepulcro no pueden romper los lazos de amor que nos unen con Él: *Estimada es a Sus ojos la muerte de Sus santos* (Sal. 116:15).

3. *Qué* vinieron a hacer: los otros evangelistas dicen que vinieron para ungir el cuerpo. Mateo sólo dice que *vinieron a ver el sepulcro.* Vinieron a mostrar su afecto en otra visita a los restos de su amado Maestro. En el sepulcro de Jesús pueden verse también nuestros pecados sepultados, y la gran prueba de amor redentor que brilla con todo esplendor en *la región de las tinieblas.*

II. La aparición de un ángel del Señor a las mujeres (vv. 2–4). Aquí tenemos un relato del modo como se llevó a cabo la resurrección de Cristo.

1. *Hubo un gran terremoto.* Cuando murió Jesús, la tierra tembló de pavor; cuando resucitó, la tierra que le había alojado en su seno, saltó de gozo por Su exaltación. Era la señal de la victoria de Cristo y como si el sepulcro en trance de parto, no pudiera retenerlo y tuviera que darlo a luz (ésta es la idea implícita en Hch. 2:24). Los que son convertidos y resucitados así a la vida espiritual, mientras se realiza el nuevo nacimiento, hallan en su interior una especie de temblor de tierra, como Pablo *«temblando y temeroso»* (Hch. 9:6).

2. *Un ángel del Señor descendió del cielo.* Los ángeles asistieron al Señor Jesús en algunas ocasiones pero en la cruz no hallamos a ningún ángel que le asistiera; cuando el Padre le desamparó, los ángeles le retiraron también su asistencia; pero ahora que vuelve a tomar Su gloria, de nuevo vienen a Su encuentro.

3. *Llegando, removió la piedra* y, después de voltearla, *se sentó sobre ella.* La pesada piedra de nuestros pecados fue volteada a la puerta del sepulcro de nuestro Señor Jesús y, para mostrar que la justicia divina estaba satisfecha, fue comisionado un ángel para remover la piedra. Todos los poderes de las tinieblas y de la muerte están bajo el control del Dios de la luz y de la vida. El ángel celestial viene con la autoridad necesaria para romper el sello y con la fuerza suficiente para remover una gran piedra. Y se sentó sobre ella, como desafiando a todos los poderes del Averno a que la vuelvan a poner a la entrada del sepulcro.

4. Su *aspecto era como un relámpago, y su vestido, blanco como la nieve* (v. 3). Su mirada hacia los soldados de la guardia era como ráfagas de relámpagos. La *blancura* de su vestido era un emblema, no sólo de pureza, sino también de gozo y de victoria. Cuando Cristo murió, la corte celestial se puso de luto, simbolizado en el eclipse del sol; pero, cuando resucitó se pusieron de nuevo *las vestiduras de alabanza.* La gloria de este ángel representaba la gloria de Cristo, a la que ahora resucitaba pues es la misma descripción que se da de Él en Su transfiguración (17:2).

5. Y *de miedo de él, los guardias temblaron y se quedaron como muertos* (v. 4). Nótese que eran *soldados,* endurecidos contra el miedo; sin embargo, la sola presencia del ángel les sobrecogió de terror. La resurrección de Cristo, así como es un gozo para Sus amigos, es el terror y la confusión de Sus enemigos. *Temblaron;* el vocablo del original es el mismo que se usa para el terremoto (v. 2). Al temblar la tierra, temblaron también los *terrenales* (1 Co. 15:48), pues toda su porción está aquí en la tierra, mientras que los que han puesto su felicidad en las cosas de arriba, *aunque la tierra tiemble, ellos no tienen miedo.* Su quehacer era guardar un muerto en su tumba, de seguro, el servicio más fácil que jamás les habría sido encomendado y, con todo, les resultó demasiado duro.

III. El mensaje que el ángel comunicó a las mujeres (vv. 5–7).

1. *Dejad de temer vosotras* (v. 5). Llegarse a tumbas y sepulcros, especialmente en el silencio y la soledad, produce cierto espanto; mucho más les espantaría a estas mujeres encontrar un ángel junto al sepulcro. Pero él se apresura a tranquilizarlas. Los guardias temblaron y quedaron como muertos, pero a las mujeres viene a decirles el ángel: «Las nuevas que os traigo no deben sorprenderos; no temáis, porque Su resurrección será vuestra consolación; *porque yo sé que buscáis a Jesús.* No vengo a asustaros, sino a animaros». Quienes buscan a Jesús, no tienen motivo para estar con miedo, porque, si le buscan con diligencia, le hallarán. *Sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado.* Menciona la crucifixión para mayor recomendación del afecto que ellas le tenían: «Todavía le buscáis, a pesar de que *fue crucificado*». Los

verdaderos creyentes aman y buscan a Jesús, no sólo *a pesar* de que fue crucificado, sino precisamente *porque* fue crucificado.

2. Les da seguridad de que Jesús ha resucitado: *No está aquí, pues ha resucitado* (v. 6). Esto era bastante para disipar los temores que abrigaban. El oír que *no estaba allí* no habría sido ninguna noticia buena para los que le buscaban, si no hubiese añadido: *ha resucitado.* No hay que escuchar a los que dicen: *está aquí o está allí,* porque Él no está *aquí* ni está *allí, está resucitado.* Hemos de buscarle como al que *ha resucitado.* Los que hacen estampas e imágenes de Cristo olvidan esto. Nuestra comunión con el Señor debe ser espiritual, por fe en Su palabra. Hemos de buscarle con reverencia, con humildad y con una mentalidad celestial. Si en alguna ocasión nos sentimos tentados a hacer de este mundo nuestro hogar y decimos: *Bueno nos es estar aquí,* recordemos que nuestro Señor Jesús *no está aquí, ha resucitado;* y por consiguiente, nuestros corazones no deben estar aquí, sino donde está el resucitado.

Dos cosas les dice el ángel a las mujeres para confirmar su fe:

(A) Que la palabra de Jesús se ha cumplido: *Ha resucitado como dijo:* «Si Él dijo que había de resucitar, ¿por qué tardáis en creer lo que ya os dijo que había de suceder?» Nunca pensemos que es cosa extraña que se cumplan las esperanzas que la Palabra de Dios ha suscitado en nosotros. Si recordamos lo que el Señor *nos ha dejado dicho,* no nos sorprenderá que *nos haga* lo que prometió.

(B) Que podían ver cómo la tumba estaba vacía: *«Venid, ved el lugar donde yacía el Señor.* Juntando lo que acabáis de *oír* con lo que podéis *ver,* no os será difícil *creer».* ¡Cuánto bien nos haría mirar con frecuencia, con los ojos de la fe, *al lugar donde el Señor yacía!* Cuando miramos al sepulcro donde esperamos reposar un día, quitemos de nosotros todo temor y miremos al lugar donde Jesús yació, pues la tumba de nuestro Salvador nos consuela del temor de ir a la nuestra.

3. Les encarga que se apresuren a comunicar a los discípulos las buenas noticias: *Id pronto a decirlo a sus discípulos* (v. 7). Bueno era el estar allí, pero el ángel les encomendaba otro trabajo; no debían *monopolizar su* gozo, sino compartirlo. Ser de utilidad para otros debe prevalecer sobre el placer de la comunión privada con Dios.

(A) Los discípulos de Cristo deben ser los primeros en conocer las noticias; no les dice: Id a los principales sacerdotes y a los fariseos para que queden confundidos, sino: id a los discípulos para que queden *confortados. Dios* prefiere que el gozo de Sus hijos se anticipe a la vergüenza de Sus enemigos. *Decid a sus discípulos:* (a) Para animarles bajo las presentes circunstancias de pesadumbre y dispersión. Eran horas amargas para ellos, entre la pena y el miedo. ¡Qué refrigerio sería para ellos oír que su Maestro había resucitado! (b) Para que por sí mismos investigasen el hecho, pues preparándose para buscarle, se prepararían para que se les apareciese. Las insinuaciones generales excitan en los que buscan, una investigación más a fondo.

(B) Las *mujeres* reciben el encargo de llevar este mensaje. Esto era una recompensa al afecto con que le habían seguido junto a la cruz y, después, junto al sepulcro; al mismo tiempo, era un velado reproche a los discípulos que habían abandonado a su Maestro. Así como la mujer fue la primera en la transgresión, así estas mujeres fueron las primeras en creer en la redención que de la transgresión había sido llevada a cabo por la resurrección de Cristo.

(C) El ángel les dice que vayan *pronto* a cumplir este encargo. ¿Qué prisa había en ello? Sí, es cierto que tan buenas noticias habrían sido bien recibidas en todo tiempo, pero los discípulos estaban abrumados de pesar, y Cristo quería que se les confortara lo antes posible. Ellos le habían abandonado a toda prisa, pero Él es tan misericordioso que desea consolarles a toda prisa. Nosotros también debemos apresurarnos a confortar a nuestros hermanos y hacerles el bien sin ninguna dilación.

(D) El encargo comportaba la orden de que los discípulos fuesen a encontrarse con el Señor *en Galilea.* Esta cita para encontrarse en Galilea, a unos ciento cincuenta kilómetros de Jerusalén, la hacía el Señor: (a) *por delicadeza* para con los discípulos que se habían quedado en Galilea y no habían venido (quizá no habían podido venir) a Jerusalén. Cristo sabe dónde viven los Suyos y los visitará allí. Incluso a los que viven a cierta distancia espiritual de Él, no deja por eso de manifestarse a ellos misericordiosamente con la abundancia de sus gracias: (b) *por consideración a la debilidad* de los discípulos que estaban ahora en Jerusalén, pero que, *por miedo a los judíos,* no se atrevían a aparecer en público. Cristo conoce nuestros temores y conoce nuestra frágil condición; por eso, en esta ocasión, les cita en el lugar que menos peligro ofrecía de ninguna perturbación.

4. Finalmente, el ángel afirma solemnemente sobre su palabra lo que acaba de comunicarles: *He aquí que os lo he dicho.* Como diciendo: «Podéis estar completamente seguras de mi mensaje, pues en él

empeño mi propia palabra». De este modo, el ángel que había sido enviado a certificar de la resurrección de Cristo, dejaba en manos de los discípulos la tarea de proclamar por todo el mundo las nuevas que iban a recibir. Venía a decir: «Yo ya he cumplido con mi encargo de comunicar el mensaje: *He aquí que os lo he dicho».* Los mensajeros de Dios que cumplen fielmente con su deber, pueden consolarse con ello, sea cual fuere el éxito (v. Hch. 20:26–27).

IV. Las mujeres se marchan del sepulcro para llevar las noticias a los discípulos (v. 8). Consideremos:

1. En qué estado de ánimo marcharon: *con temor y gran gozo;* extraña mezcla: temor y gozo, al mismo tiempo, en un mismo corazón. Oír que el Señor había resucitado no podía producir otra cosa que gran gozo; pero tener una visión sobrenatural y recibir de un ángel la noticia, les causaba un santo temor. Nótese que del gozo se dice que era grande, pero no del temor, porque el temor santo siempre tiene gozo, pero el gozo, cuando va acompañado de amor perfecto, echa fuera todo temor (1 Jn. 4:18).

2. Cómo se apresuraron: *fueron corriendo.* Juntos el temor y el gozo, les dieron prisa y les dieron como dos alas en su marcha. Esto nos enseña a no malgastar el tiempo ni ser holgazanes cuando Dios nos ha encomendado una tarea.

3. Con qué objetivo marcharon tan deprisa: *a dar las nuevas a sus discípulos.* Corrieron a llevar a los discípulos el consuelo con que ellas mismas habían sido consoladas por Dios (v. 2 Co. 1:4). Los discípulos de Cristo deben estar dispuestos a comunicarse recíprocamente sus experiencias espirituales y comunicar a otros *lo que Dios ha hecho por ellos* y lo que les ha comunicado. El gozo en Cristo Jesús no puede pasar inadvertido por los demás.

V. La aparición de Cristo a las mujeres para confirmar el testimonio del ángel (vv. 9–10). Estas buenas y celosas mujeres, no sólo fueron las primeras en recibir las buenas noticias acerca de Él, sino también en verle después de Su resurrección. Jesucristo es, con frecuencia, mejor que Su Palabra, nunca peor; a veces adelanta, nunca frustra, las legítimas expectaciones de los Suyos.

1. La sorprendente aparición de Cristo a las mujeres: *Mientras iban a dar las nuevas a los discípulos, he aquí que Jesús les salió al encuentro.* Las visitas que Dios nos hace con Su gracia suelen encontrarnos en el camino de nuestro deber, y quienes usan lo que tienen para beneficio de otros, recibirán del Señor mucho más. Esta entrevista con el Señor fue inesperada. Cristo siempre está más cerca de los Suyos que lo que ellos mismos se imaginan. En Su Palabra, siempre está cerca de nosotros.

2. El saludo con que se dirigió a ellas: *¡Salve!* Aunque este es el significado del griego, no cabe duda de que Jesús se dirigiría a ellas con el acostumbrado saludo hebreo: *Shalom* = paz, que, en hebreo significa toda clase de bendiciones de parte de nuestro Padre celestial (v. Stg. 1:17). Este saludo comportaba (A) el deseo de toda clase de bienes para ellas; (B) la familiaridad con Sus discípulos, pues por eso les llamaba *amigos;* (C) este saludo tendía a disminuir el temor que tenían y aumentarles el gozo, ya de suyo grande: *No temáis ya* (v. 10). Es voluntad de Cristo que los Suyos sean una gente alegre; por eso, la *alegría* era una de las principales características de los primeros cristianos (v. Hch. 2:46).

3. El homenaje respetuoso que ellas le tributaron: *Y ellas acercándose, se asieron a sus pies, y le adoraron* (v. 9). De esta forma expresaron: (A) La reverencia y el honor que tenían para Él: (B) el amor y el afecto que le profesaban: (C) los transportes de gozo que las invadían, ahora que tenían esta seguridad adicional de Su resurrección.

4. Las palabras alentadoras que Cristo les dirigió (v. 10). No hallamos que le dijeran ni una sola palabra; sus actitudes de afecto y adoración hablaban suficientemente por sí mismas, y lo que Él les dijo fue lo mismo que el ángel les había dicho (vv. 5, 7). Ahora observemos:

(A) Cómo las anima: *No temáis ya.* Las nuevas, aunque extrañas, eran verdaderas y buenas. La resurrección de Cristo, aunque es algo incomprensible para la razón humana, tiene la garantía de Su Palabra y debe llenar de gozo a los discípulos que la aceptan por fe como una gran seguridad de su propia futura resurrección y glorificación.

(B) Cómo les repite el mensaje del ángel: *Id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán.* (a) Siempre que hay un encuentro de comunión con el Señor, es Él quien lo dispone, así como el tiempo y el lugar; (b) Les llama a los discípulos *mis hermanos.* Nunca les había llamado así, sino después de Su resurrección aquí, y en Juan 20:17 (v. He. 2:11, 12, 17). Desde ahora, Cristo no convive con sus discípulos con la misma frecuencia y familiaridad de antes; pero les da este

preciado título de *hermanos.* Ellos le habían abandonado vergonzosamente en Sus sufrimientos; pero Él no sólo continúa con Su propósito de llegarse a ellos, sino que les llama *hermanos.*

Versículos 11–15

Tenemos la confesión de Sus adversarios que habían montado guardia junto a Su sepulcro; y hay en esto dos cosas que dan mayor fuerza al testimonio de ellos: que eran *testigos de vista, y* que eran *enemigos,* empeñados en obstaculizar Su resurrección.

I. Cómo fue dado este testimonio a los principales sacerdotes: *algunos de la guardia fueron a la ciudad* (v. 11), y llevaron a quienes les habían empleado, la información decepcionante: *informaron a los principales sacerdotes de todas las cosas que habían acontecido:* el terremoto, el descenso del ángel, la remoción de la piedra, la salida de Cristo del sepulcro. Así que les fueron otorgados los mayores medios de convicción. Podría con toda razón esperarse de ellos que creyesen ahora en Cristo, pero estaban obstinados en su incredulidad y, de este modo, quedaron sellados y fijados en ella.

II. Cómo trataron ellos de apagarlo y suprimirlo. Convocaron una reunión para deliberar lo que debía hacerse. Por su parte, estaban resueltos a no creer que Jesús había resucitado; ahora tenían que buscar el medio de impedir que otros creyesen.

El resultado del debate fue que había que sobornar a los soldados por todos los medios posibles: *Dieron mucho dinero a los soldados* (v. 12). Estos sacerdotes amaban el dinero como lo amaba la mayoría de la gente, y no se desprendían de él; sin embargo, con tal de llevar adelante sus perversos objetivos contra el Evangelio de Cristo, se mostraron pródigos en extremo. Dieron una gran suma de dinero para extender lo que ellos mismos sabían que era una gran mentira, mientras que tantos cristianos dan de mala gana un poco de dinero para que se proclame lo que ellos saben que es la verdad. ¡No dejemos que se extinga por falta de fondos una buena causa, al ver que una causa tan mala fue tan liberalmente financiada. Pusieron en boca de los soldados la mentira siguiente: *Decid vosotros: Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos* (v. 13). Una mala salida suele ser mejor que nada; pero esta es mala, de cualquier lado que se la mire.

(A) Era una salida *perversa* de parte de estos sacerdotes y ancianos el que sobornaran a los soldados para publicar semejante mentira.

(B) Era una salida *ridícula,* que comportaba su propia refutación. Si dormían ¿cómo pudieron saber lo que ocurría y quién había venido a robar el cuerpo? Como escribió Agustín de Hipona: «¿De modo que presentas testigos durmientes? Tú sí que dormías, cuando al discurrir tales cosas desvariabas».

Pero, a fin de que los soldados no objetasen que incurrirían en la pena impuesta por la ley romana contra los que se durmiesen al estar de guardia (v. Hch. 12:19), les prometieron interponer su influencia cerca del gobernador: *Nosotros le persuadiremos, y os evitaremos preocupaciones.* Si estos soldados se hubiesen dormido y permitido así que realmente los discípulos hubieran robado el cuerpo, los sacerdotes y los ancianos se habrían adelantado a solicitar del gobernador que les castigase por su traición, así que su preocupación por la seguridad de los soldados descubre claramente la mentira de todo el cuento que inventaron.

Así se forjó, pues, el engaño. ¿Cuál fue su éxito?

(a) Los que contaron la mentira, *tomaron el dinero* e hicieron como se les había dicho. El dinero era lo que les importaba y nada más. El dinero es el anzuelo para las más negras tentaciones; las lenguas mercenarias no se recatan de vender la verdad por el dinero.

El gran argumento para probar que Cristo es el Hijo de Dios es Su resurrección, y nadie pudo tener pruebas tan convincentes de la verdad de ello como estos soldados; vieron el ángel descender del cielo, vieron remover la piedra, vieron el cuerpo de Cristo salir del sepulcro, y aun así, estaban tan lejos de convencerse por sí mismos y creer, que se dejaron sobornar para negarlo, y para impedir que otros creyesen en Él. Es que la evidencia más contundente no puede convencer a los hombres, a no ser mediante la operación del Espíritu Santo.

(b) Los que estaban dispuestos a aceptar la mentira, no sólo la creyeron, sino que la propagaron: *Este dicho se divulgó extensamente entre los judíos hasta hoy.* La farsa consiguió su propósito. Así que los judíos, cuando se les apremiaba con el argumento de la resurrección de Cristo, tenían a punto la respuesta:

Vinieron sus discípulos, y lo hurtaron. Una vez que surge una mentira, nadie sabe la extensión que va a alcanzar, ni cuánto va a durar, ni qué perjuicios va a causar.

Versículos 16–20

Mateo pasa por alto otras apariciones de Cristo que son narradas por Lucas y Juan y se limita apresuradamente a referirnos ésta que era la más solemne de todas, conforme Jesús había prometido y determinado una y otra vez, antes de su muerte y después de su resurrección.

I. Cómo asistieron los discípulos a esta aparición, conforme a lo fijado: *Se fueron a Galilea* (v. 16), una larga jornada para ver a Jesús por una vez, pero mereció la pena:

1. Porque Él lo había ordenado. Aunque parecía innecesario ir a Galilea, ellos habían aprendido a obedecer los mandatos de Cristo y a no poner objeciones contra ellos. Quienes quieran mantener la comunión con Cristo, deben servirle allí donde Él les haya señalado.
2. Porque iba a ser una reunión pública y general. El lugar era un *monte en Galilea,* probablemente el mismo donde se había transfigurado. Allí se reunieron para estar más retirados y, quizá también, para indicar el estado de exaltación en que había entrado Jesús.

II. Cómo reaccionaron al aparecérseles Cristo (v. 17). Se nos dice:

1. Que *le adoraron;* la mayoría o, más probablemente, todos, le rindieron honores divinos. Todos cuantos ven al Señor Jesús con los ojos de la fe, están obligados a rendirle adoración.
2. *Pero algunos dudaban.* Incluso entre los que *adoran,* puede haber quienes *duden.* La debilidad y la vacilación no significan que la fe no sea sincera. Se quedaron perplejos, no precisamente de que fuese o no el Hijo de Dios, sino de si era el mismo que había muerto o era otra persona diferente. Como en el caso de Tomás (Jn. 20:25–28), más nos convence de la resurrección de Cristo la duda de éstos que la fe de todos los demás, porque ello demuestra que no estaban inclinados a la credulidad ni a sufrir alucinaciones, sino que primero quisieron tener pruebas seguras de la verdad, para adherirse después a ella de todo corazón. « Sus dudas—dice Jerónimo—aumentan nuestra fe.»

III. Qué les dijo Jesús (vv. 18–20). *Jesús se acercó* y *les habló.* No se mantuvo a distancia, sino que se acercó y les dio pruebas tan convincentes de Su resurrección, que disipó toda perplejidad e hizo que la fe de ellos triunfase sobre las dudas que habían albergado. Les habló familiarmente, como habla un amigo con otros amigos y, en esta conversación, les dio la Gran Comisión, enviándolos por todo el mundo como embajadores Suyos (comp. 2 Co. 5:20), y aquí tenemos las credenciales. En esto hemos de observar dos cosas:

1. La comisión que el propio Señor Jesús recibió del Padre. Al estar a punto de *autorizar* a Sus apóstoles, dice: *Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y sobre la tierra.* Aquí afirma Su dominio universal como Mediador. Vemos:
(A) *De dónde* tiene tal autoridad. Le ha sido *dada* por Aquel que es la Fuente de todo ser y, por consiguiente, de toda autoridad. En cuanto Dios, igual al Padre, toda autoridad es original y esencialmente *Suya;* pero en cuanto Mediador *Jesucristo Hombre* (1 Ti. 2:5), le ha sido *dada. Le ha sido dada potestad sobre toda carne, para que de vida eterna a todos los que el Padre le ha dado* (Jn. 17:2). Esta potestad le ha sido investida de una manera más señalada después de Su resurrección.
(B) *Dónde* tiene esa autoridad. *En el cielo y sobre la tierra,* en lo que todo el universo queda comprendido. Es el Señor de todo. Tiene autoridad en el Cielo: dominio sobre los ángeles e intercesión junto al Padre, e intercede no como suplicante, sino como demandante: *Padre, quiero* (Jn. 17:24). También tiene potestad sobre la tierra: prevalece sobre los hombres y les trata como quien tiene autoridad, mediante el ministerio de la reconciliación. Todas las almas son Suyas, y a Él todo corazón y *toda rodilla ha de doblarse, y toda lengua confesar que es Señor* (Fil. 2:10–11). Jesús les dice esto para quitar de en medio el escándalo de la cruz; no hay razón de avergonzarse de *Cristo crucificado,* cuando ahora se le ve *así glorificado.*
2. La comisión que da a los que envía: *Por tanto id.* Esta comisión es dada: (A) Primordialmente a los *apóstoles,* los arquitectos que echaron el fundamento de la Iglesia (1 Co. 3:10; Ef. 2:20). No es sólo una

voz de mando: *Hijo, ve a trabajar,* sino también una voz de ánimo: *Ve, y no temas, ¿no te he enviado yo?* Deben *ir* para llevar el Evangelio a las puertas de todos. *Como el águila que excita su nidada, revolotea sobre sus pollos* (Dt. 32:11), así también Jesús excita a Sus discípulos para que se dispersen por toda la tierra. (B) También es dada esta comisión a todos los ministros del Evangelio, llamados a transmitir el Evangelio de una generación a otra, hasta el fin del mundo. Cristo, al subir a los Cielos, dio a Su Iglesia, no sólo apóstoles y profetas, sino también *pastores y maestros* (Ef. 4:11).

3. Hasta dónde se extiende esta comisión: Hasta *todas las naciones.* Esto significa: (A) Que las promesas espirituales hechas a la nación judía (Hch. 2:39), se extienden a todos los gentiles. Anteriormente, les había prohibido ir *por camino de gentiles* (10:5), pero ahora les envía a todas las naciones. (B) Que la salvación obtenida en el Calvario había de ser ofrecida a todos, y nadie sería excluido, sino en base a su incredulidad e impenitencia; es una provisión universal de salvación. (C) Que el cristianismo había de ser supranacional, sin barreras de raza, clase, sexo, lengua y demás diferencias.

4. Cuál es el primer objetivo de esta comisión: *Hacer discípulos en todas las naciones.* Al traer las bendiciones espirituales del Reino, quiere que todos sean sus súbditos; al establecer una escuela, quiere que todos sean sus alumnos; al levantar un ejército, quiere que todos sean sus soldados. *La tarea* apostólica *era y es* llevar el Evangelio a todos los hogares y a todos los hombres. ¡Ninguna tarea tan honorable como *ésta! Las hazañas de los mayores* héroes *de la* Historia *son nada en* comparación con ella, porque éstos conquistaron las naciones para someterlas a su dominio y hacerlas miserables, mientras que los ministros del Evangelio las conquistan para Cristo y las hacen dichosas. Esta comisión es parte de la entraña misma de la Iglesia. Como dice Broadus: «El cristianismo es esencialmente una religión misionera … Tiene que extenderse por ley de su propia naturaleza; tiene que ensanchar su circunferencia, pues de otro modo su mismo centro tiende a borrarse».

5. *Las* instrucciones que les dio *para* llevar *a* cabo esta comisión: (A) Deben hacer discípulos admitiéndolos a la ordenanza del *bautismo.* El bautismo es la puerta de la iglesia local (Hch. 2:41). Este bautismo ha de administrarse *en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.* Es decir: (a) Por autoridad de las personas divinas, pues sólo con la autoridad recibida del Cielo puede proclamarse públicamente que alguien es ciudadano del Cielo. (b) Invocando el nombre de las personas divinas, pues todo símbolo de santificación ha de ir acompañado de la plegaria. (c) Principalmente, para ser introducidos *en* la familia de las personas divinas y llegar así a ser partícipes, notoriamente, de la naturaleza divina (2 P. 1:4); de esta manera la profesión de nuestra fe adquiere públicamente un valor trinitario: *en el nombre del Padre,* le confesamos como *nuestro Padre* (6:9); *en el nombre del Hijo,* le confesamos como *el Hijo de Dios* (16:16) y *nuestro Salvador* (Tit. 2:13); *en el nombre del Espíritu Santo,* nos entregamos a Él como a nuestro *Paráclito: santificador, maestro, guía y consolador* (Jn. 3:5; 14:16, 26; 15:26; 16:7, 13–15). (B) *Los* así bautizados quedan alistados en la escuela de Cristo y es menester enseñarles: *Enseñándoles a guardar todas las cosas que os he mandado* (v. 20). Esto denota dos cosas: (a) *Los* creyentes deben estar dispuestos a ser enseñados. (b) *Los* ministros de Dios han de estar dispuestos a enseñar. (c) El bautismo nos *liga* a Cristo; por consiguiente, debemos *obedecerle, guardando todas las coas que Él mandó,* sin quitar nada ni añadir nada.

6. *La promesa* que *les* hace: *He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo* (v. 20). Nótese:

(A) *Su* presencia actual: *Estoy* (no *estaré) con vosotros.* Iba a subir al Cielo; al carecer de Su presencia física, los discípulos se pondrían tristes; pero les promete una presencia más extensa y más intensa (Jn. 16:7); más *extensa,* porque ya no se limitará a un solo lugar, sino que cubrirá toda la tierra; más intensa, porque, por Su Espíritu, hará Su morada en el interior de cada uno de los creyentes (Jn. 14:17–23). Él está con nosotros: (a) Para respaldar nuestra causa. (b) Para llevarnos adelante a través de problemas y dificultades. (c) Para llevar mucho fruto (Jn. 15:16) en comunión con Él.

(B) La continuidad de Su presencia: todos los días, cada día sin falta; en domingo y durante el resto de la semana; en días de prosperidad y en días de adversidad; en días de invierno y en días de primavera. El Dios de Israel, que es nuestro Dios, es un Dios que se encubre (Is. 45:15), pero no se ausenta (Sal. 46:11); a veces está en la oscuridad, pero nunca está a distancia. Esta continua presencia durará hasta el fin del mundo; literalmente, hasta la consumación del siglo. ¡Gran consuelo! Por eso, en Hebreos 13:5, se nos recuerda la gran promesa de Dios: De ningún modo te desampararé ni te dejaré (comp. con Jos. 1:5). Es una palabra de ánimo para los predicadores del Evangelio, como lo es para todos los que han puesto Su confianza en Él.

7. Finalmente, dos grandes despedidas da Cristo a Su Iglesia, y en ambas hay palabras de aliento: (A) La primera la tenemos aquí: Estoy con vosotros todos los días: «Os dejo, pero me quedo». (B) La otra está en Apocalipsis 22:20: Ciertamente vengo en breve. No se marchó con enfado, sino por amor; y con este amor hemos de mantener la comunión con Él, y estar siempre en expectación tensa, pero gozosa, de Su pronto regreso. Como Juan, hemos de decirle: Sí, ven, Señor Jesús (Ap. 22:20).

MARCOS

El segundo relato de la doctrina y de los milagros de nuestro Señor Jesucristo, según el orden en que aparece en nuestras Biblias es el Evangelio según San Marcos, aunque, con toda probabilidad es el primero que se escribió.

En cuanto a la persona del que redactó este Evangelio, su nombre, como acabamos de decir, era *Juan Marcos.* Juan era su nombre hebreo, y Marcos su nombre romano, de la misma manera que Saulo (Saúl) era el nombre hebreo del apóstol de las gentes, y Pablo (Paulo) era su nombre romano. Era sobrino de Bernabé, y disgustó a Pablo que se apartase de ellos desde Panfilia (Hch. 15:37–38) pero después mostró su amabilidad hacia él, y no sólo ordenó que las iglesias lo recibieran (Col. 4:10), sino que envió a traerle con el encomio de «*porque me es útil para el ministerio*» (2 Ti. 4:11) y, en Filemón 24, lo cuenta entre sus colaboradores. Pedro lo llama «mi *hijo*» (1 P. 5:13) y es tradición muy antigua que Marcos escribió su Evangelio bajo la dirección de Pedro. Ya en la primera mitad del siglo II, Papías llama a Marcos «el intérprete de Pedro». Medio siglo después, Tertuliano detalla que «Marcos, el intérprete de Pedro, puso por escrito lo que Pedro había predicado». Jerónimo añade que, después de escribir su Evangelio, marchó a Egipto, y fue el primero en predicar el Evangelio en Alejandría, y fundó allí una iglesia, en la que él mismo fue un ejemplo de vida santa.

En cuanto al Evangelio que escribió, es el más breve de los cuatro, pero está lleno de detalles interesantes que faltan en los otros y dan una viveza especial al relato. No se detiene tanto como los otros en los Discursos del Señor, sino que se fija más bien en los milagros que realizó. Si Mateo escribió principalmente para los judíos, Marcos lo hizo primordialmente para los romanos, y si Mateo presenta a Jesús como al Mesías-Rey, Marcos lo presenta como al Siervo Sufriente de Jehová. Aunque lo escribió con toda probabilidad en Roma, lo hizo en griego, con algunas palabras latinas que sólo en él se encuentran (6:27; 7:4; 12:42, etc.). Se escribió no más tarde del año 50 de nuestra era. Contiene dieciocho milagros, de los que dos no se hallan en ningún otro Evangelio; y cuatro parábolas, una de las cuales se halla solamente aquí.

CAPÍTULO 1

El relato de Marcos no comienza desde el nacimiento de Jesús, como lo hacen Mateo y Lucas, sino con el ministerio del Bautista. En este primer capítulo, se nos habla de lo que estaba profetizado del Bautista, de su ministerio, del bautismo de Jesús y de su tentación en el desierto, así como del comienzo del ministerio del Señor, del llamamiento de Sus discípulos y de varios milagros que llevó a cabo en Galilea.

Versículos 1–8

I. Lo que es el Nuevo Testamento: Es el *«Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios»* (v. 1). 1. Es *«evangelio»*, es decir, «buenas noticias»: *«palabra fiel, y digna de toda aceptación»*. 2. Es el evangelio *«de Jesucristo»*. El de Mateo comenzaba con *«Libro de la genealogía de Jesucristo»*. Eso eran los preliminares. Marcos va directamente al ministerio. 3. Este Jesucristo es el *«Hijo de Dios»*. Esta verdad es el fundamento sobre el que se edifica el Evangelio, y el Evangelio se ha escrito para demostrar dicha verdad.

II. Cuál es la relación del Nuevo Testamento con el Antiguo. Tan pronto como leemos *«Principio del Evangelio, etc.»*, a renglón seguido vemos (v. 2): *«Como está escrito en Isaías el profeta»*, lo cual era muy adecuado y de singular poder para los judíos, quienes creían que los antiguos profetas fueron enviados por Dios, pero es también útil para todos nosotros, pues nuestra fe se apoya tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo.

Las citas que aquí tenemos están tomadas, una de Isaías, la otra de Malaquías, y ambos a una hablaron con el mismo propósito acerca del *«principio del Evangelio de Jesucristo»* en el ministerio de Juan.

1. Malaquías habló con toda claridad (3:1) acerca del Bautista: *«He aquí, yo envío mi mensajero delante de tu faz»* (Mr. 1:2). Cristo mismo confirmó esto, aplicándolo a Juan (Mt. 11:10), el cual era el mensajero de Dios, enviado para preparar el camino de Cristo.

2. Isaías, el mayor «evangelista» de todos los profetas, *empieza* la parte evangelística de su profecía, que apunta hacia este *«principio del Evangelio de Jesucristo»*, por las palabras: «*Voz de uno que clama en el desierto»* (Is. 40:3; Mr. 1:3). También Mateo lo había notado y lo había aplicado a Juan (Mt. 3:3). Tal es la corrupción del mundo, que es menester hacer algo para preparar lugar donde el Hijo de Dios pueda posar sus pies. Cuando Dios envió a Su Hijo al mundo, hizo también que hubiera una *preparación* para Él; y cuando lo envía al corazón de una persona, también hace que *se prepare el camino para Él.* Es preciso que se rectifiquen los errores de nuestros juicios y que se enderecen las sendas torcidas de nuestros afectos; entonces hay lugar para que Cristo deposite su gracia, su poder y su consuelo. Es en un *desierto,* pues tal es el mundo, donde se prepara el camino de Cristo, y desierto es para los que siguen a Cristo, como lo fue para Israel cuando marchaba hacia la Tierra Prometida. Por eso, quienes son enviados a preparar el camino del Señor en medio de este desierto donde braman y aúllan las fieras, necesitan *clamar*.

III. Cuál fue el *principio* de este Evangelio: *«Apareció Juan bautizando …»* (v. 4). El Evangelio comienza con Juan el Bautista, y, precisamente, *bautizando.* Su bautismo era la aurora del *día del Evangelio.*

1. En la forma de *vida* del Bautista estaba el comienzo del *espíritu del Evangelio,* puesto que su vida expresaba gran abnegación, mortificación de la carne, santo desprecio de las cosas mundanas y ausencia de componendas con el mundo. Cuanto menos condescendemos con los instintos de la carne y cuanto más nos elevamos por encima de las cosas mundanales, tanto mejor preparados estamos para Jesucristo.

2. En la *predicación* y el *bautismo* de Juan, tenemos el *comienzo de las doctrinas* y de las *ordenanzas del Evangelio.* (A) Predicaba *para perdón de pecados,* lo cual constituye el gran privilegio del Evangelio. (B) Predicaba *arrepentimiento,* para obtener tal privilegio. Le decía a la gente que es necesario renovar el corazón para poder reformar la vida. (C) Predicaba a *Cristo* (v. 7), exhortaba a sus oyentes a *esperar a quien* pronto aparecería después de él, y a *esperar grandes cosas* de Él. En efecto, (a) predicaba que

Cristo era tan *superior* a él, tan grande, tan sublime, que Juan se tenía por incompetente para servir a Jesús con el más bajo de los servicios: *inclinarse para desatar la correa de sus sandalias;* (b) predicaba el gran *poder* de Cristo: *«viene después de mí»,* en cuanto hombre, en el tiempo, pero *«es más poderoso que yo»,* porque «es *antes de mí»* (Jn. 1:27, 30), en cuanto Dios, en la eternidad; y, además, tiene poder *«para bautizar con el Espíritu Santo»* (v. 8). (c) Aquí tenemos la gran *promesa* que Cristo hace a quienes se arrepienten y tienen perdonados así sus pecados: serán bautizados con el Espíritu Santo (v. Hch. 1:5). Finalmente, (D) a quienes recibían su predicación y se sometían a sus demandas Juan los *bautizaba con agua,* como lo hacían los judíos al admitir prosélitos, en señal de que *quedaban purificados* de su condición anterior por medio del arrepentimiento y de la reforma de vida, y de que Dios *les había purificado* por medio del perdón de los pecados y por medio de la santificación.

3. En el fruto de la predicación del Bautista con los discípulos que obtenía por medio del bautismo, había un *principio de la iglesia en el Evangelio.* Aunque bautizaba en el desierto, *«salían a Él toda la región de Judea, y todos los de Jerusalén»* (v. 5). Se hacían sus discípulos y se vinculaban a su disciplina; en señal de lo cual *confesaban sus pecados* y Él los admitía por discípulos, en señal de lo cual *los bautizaba.* Muchos de ellos se hicieron después seguidores de Cristo, y predicadores de Su Evangelio, hasta que unos pocos granos sirvieron para una gran cosecha.

Versículos 9–13

Breve relato del bautismo de Cristo y de su tentación en el desierto.

I. Su *bautismo,* que constituyó su primera aparición pública, después de haber vivido oscuramente por largo tiempo en Nazaret.

1. Vemos cuán *humildemente* reconoció Él a Dios, al venir para ser *bautizado por Juan.* Aunque era perfectamente puro y sin mancha, sin embargo *fue lavado* como si se hubiera *contaminado.*

2. Vemos cuán *honrosamente* le reconoció Dios, al someterse Él al bautismo de Juan:

(A) *«Vio que se rasgaban los cielos»* así fue reconocido como el Señor de los cielos. Mateo dice *«que los cielos le fueron abiertos»* (Mt. 3:16), pero Marcos puntualiza que *«vio que se rasgaban los cielos»* (v. 10). Los cielos están abiertos para recibir a muchos pero hay muchos que no ven los cielos abiertos.

(B) Vio *«al Espíritu como paloma que descendía sobre Él». «* La forma de la paloma—dice Lenski—se proponía transmitir la benignidad del Espíritu» (comp. Gn. 1:2). En efecto, Dios se presenta en el Antiguo Testamento como «águila» (Éx. 19:4; Dt. 32:11), ave de presa y gran poder, para proteger a Su pueblo contra los enemigos, pero en el Evangelio toma la forma de la mansa paloma y de la gallina protectora y recogedora de sus polluelos (v. Mt. 23:37; Lc. 13:34).

(C) Oyó *una voz* destinada a animarle a comenzar su ministerio público. Y la voz decía: «*Tú eres mi Hijo amado* [el escogido] *en ti tengo complacencia».* El Padre estaba complacido *en Él,* y tan complacido en Él, que tiene complacencia *con nosotros* en Él (v. Lc. 2:14; Ef. 1:4, 5, 9; Fil. 2:13).

II. Su *tentación.* El mismo *Espíritu bueno* que descendió sobre Él *le impulsó al desierto* (v. 12). El retiro del mundo es una buena oportunidad para conversar más libremente con Dios y, por ello, es conveniente practicarlo algunas veces. Marcos hace notar el detalle de que *«estaba con las fieras»* (v. 13). Fue un ejemplo del cuidado que Dios tenía de Él, el que fuese preservado de ser despedazado por las bestias salvajes. Una protección especial de Dios es como las arras de una provisión especial de gracias. En aquel desierto:

1. Los malos espíritus trataban de hacerle daño, mientras las fieras permanecían mansas: *«siendo tentado por Satanás»* (v. 13). *Cristo mismo fue tentado, no sólo para enseñarnos que no es pecado ser tentado,* sino también para indicarnos adónde hemos de dirigirnos en busca de socorro cuando somos tentados: al que *sufrió y fue tentado* (He. 2:18; 4:15–16), pero *sin pecado.* El pecado no está en ser tentado, sino en ceder a la tentación. Como muy bien se ha dicho: «no puedes impedir que un pájaro revolotee en torno a tu cabeza, pero sí puedes impedir que haga su nido en tu cabello».

2. Los espíritus buenos *le servían.* El ministerio que los santos ángeles ejercen a nuestro favor (v. He. 1:14) es motivo de gran consuelo frente a los malvados designios de los espíritus malignos contra nosotros.

Versículos 14–22

I. Breve descripción de la predicación de Cristo en Galilea.

1. Cuándo comenzó Cristo a predicar en Galilea: *Después que Juan fue encarcelado* (v. 14). Después que Juan *terminó su* testimonio, *comenzó* Jesús el suyo.

2. Qué es lo que predicaba: *El Evangelio del reino de Dios.* Cristo comenzó a establecer el reino de Dios entre los hombres mediante la predicación de su Evangelio, y con el poder que le acompañaba. (A) Las grandes *verdades* que Cristo predicaba: *«El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado»* (v. 15). Cristo les comunica una importante noticia: El tiempo fijado por Dios está ahora al alcance de la mano y, con Él, se nos hacen maravillosas revelaciones de la luz, de la vida y del amor de Dios. Dios es siempre *puntual;* guarda Su tiempo, que no es el de nuestros relojes sino el de Sus oportunidades (el término original no es *khrónos*, sino *kairós*, como en Ef. 5:16; Col. 4:5), que siempre llegan *a su tiempo.* Cuando ese tiempo de Dios *se llena* (como dice el griego), el reino de Dios *está al alcance de la mano.*

(B) Las grandes *responsabilidades* que de esa predicación se derivan. Cristo les dio a entender *los signos de los tiempos* a fin de que Israel se percatase de *lo que debía hacer.* Ellos esperaban con ansia que apareciera el Mesías con pompa y aparato externo y, en consecuencia, pensaron que, si el reino de Dios estaba al alcance de la mano, debían prepararse para la guerra y para la victoria. Pero Cristo les dice que, a la vista del reino que se acercaba, debían *arrepentirse y creer en el evangelio.* El arrepentimiento significaba literalmente un «cambio de mentalidad»; la fe respondía al anuncio de la buena noticia de que Dios estaba en buena disposición para perdonarles los pecados por Su buena voluntad hacia los hombres (comp. Lc. 2:14; Jn. 3:16). Fe y arrepentimiento son dos caras de la misma moneda, pues creer sin arrepentirse sería una falsa profesión, y arrepentimiento sin fe supondría quedarse a medio camino, sin llegar a los pies de la Cruz (v. Jn. 3:14–15). Es notable que en la predicación a los judíos, domina la nota de *arrepentimiento* o cambio de mentalidad, pues los judíos *creían* en el Dios verdadero, pero su mentalidad estaba equivocada en cuanto al Mesías; en cambio, en la predicación a los gentiles, predomina la nota de *fe* por cuanto no conocían al Dios verdadero (v. por ej., Hch. 2:38, comp. con Hch. 16:31, y ambos con Hch. 20:21).

II. Al aparecer Cristo como Maestro, pronto viene el llamamiento de sus discípulos (vv. 16–20). Obsérvese: 1. Que Cristo tiene Sus seguidores. Si abre una escuela, tendrá alumnos; si levanta Su bandera, tendrá soldados; si se pone a predicar, tendrá oyentes. 2. Los instrumentos que Cristo escogió para inaugurar Su reino eran *lo débil y lo necio del mundo* (1 Co. 1:27); no los buscó en el gran Sanedrín o en las escuelas de los rabinos, sino que los tomó de *junto al mar* (v. 16): un grupo de pescadores. 3. Aunque Cristo no necesita que los hombres le ayuden, le plugo echar mano de ellos para comenzar a establecer Su reino. 4. Cristo honra a quienes trabajan con diligencia y colaboran con amor; así eran aquellos a quienes ahora llamó; los halló ocupados, *echando juntos una red en el mar.* La unidad y la ocupación son algo bueno y agradable y, por eso, es en ellos donde Cristo imparte Su bendición y encarga Su comisión. 5. La ocupación de los ministros del Señor es *pescar hombres* (v. 17), y ganarlos para Cristo. Al predicar el Evangelio, echan la red al mar. Algunos de los oyentes son atraídos al Señor (Jn. 6:44) y vienen a entrar en la red del Evangelio, pero son muchos más los que se escabullen de ella. A veces, el obrero de Dios no parece haber pescado nada, pero ha de seguir en su ocupación, porque, aunque de Dios es meter las almas en la red, el deber del ministro es echar la red. 6. Aquellos a quienes el Señor llama a trabajar para Él «a tiempo completo»—como suele decirse—, han de *dejarlo todo* (vv. 19–20) para seguirle y Su gracia les inclinará a que lo hagan. En todo caso, hemos de soltarnos de todo lo que es mundano y dejar cualquier cosa que nos impida cumplir nuestros deberes con el Señor. Marcos nos ha conservado el detalle de que Jacobo y Juan, no sólo dejaron a su padre (lo cual vemos también en Mateo), sino también a *sus jornaleros,* aun cuando eran sus colaboradores y, sin duda, serían buenos compañeros; cuando es necesario seguir a Cristo, hay que renunciar, no sólo a los lazos familiares, sino también a los lazos de la amistad que, a veces, son más fuertes que los de la sangre, pues, como dice nuestro refrán castellano: «no con quien naces, sino con quien paces».

III. A continuación encontramos la narración de una de las predicaciones de Cristo en Capernaúm. 1. Cuando Cristo *entró en Capernaúm,* pronto puso manos a la obra, y aprovechó la primera oportunidad

que tuvo para predicar allí el Evangelio (v. 21). Si consideramos la cantidad de mies que hay delante de nosotros, el pequeño número de obreros, y el poco tiempo de que disponemos para trabajar por el Señor, de seguro que no perderemos el tiempo sin lanzarnos a la obra. 2. Vemos también que Cristo observaba el sábado. Desde el principio de la Iglesia, los cristianos se reunían *el primer día de la semana* (Hch. 20:7) para oír la Palabra de Dios y partir *el pan.* Estas son las *asambleas que no hemos de dejar* (He. 10:25). 3. Cristo no enseña *como los escribas,* quienes exponían la Ley de Moisés «para cumplir»: por rutina y de memoria; no les salía del corazón y, por eso, no hablaban con poder ni autoridad. Pero Cristo *enseñaba como quien tiene autoridad* (v. 22).

Versículos 23–28

Tan pronto como comenzó a predicar, comenzó Jesús también a hacer milagros para confirmar Su doctrina.

I. Le vemos primero *echando el demonio* de un poseso en la sinagoga de Capernaúm: *«Y había en la sinagoga de ellos un hombre con espíritu inmundo»* (v. 23). Se llamaba así a los demonios, porque la posesión diabólica era considerada *contaminadora.* El demonio le tenía dominado y le llevaba cautivo a voluntad.

¡Y este hombre *estaba en la sinagoga!* Y no había entrado allí para aprender ni para ser curado. Obsérvese:

1. La rabia con que el espíritu inmundo se expresó ante la presencia de Cristo: *«dio voces»,* como quien se siente angustiado. En el versículo 24 se nos narra lo que dijo. (A) Le llama *«Jesús nazareno»* por lo que sabemos, fue el primero en dirigirse a Él con tal epíteto. (B) No tiene más remedio que confesar que es *«el Santo de Dios»*. Por aquí vemos que se puede tener una *noción* correcta de Cristo (comp. con Stg. 2:19), sin tener la fe ni el amor que conducen a Cristo, es una profesión que no llega más allá de la de los demonios. (C) De hecho, reconoce que no puede aguantar la presencia ni el poder del Señor: *«¿Qué tenemos que ver contigo? ¿Has venido a destruirnos?* No quiere tener nada que ver con Jesús, porque no tiene esperanza alguna de ser salvo por Él, sino temor de ser destruido por El. ¡Gracias a Dios, mientras un ser humano alienta en este mundo, siempre se le ofrece *gratuitamente el agua de la vida,* con tal de que *tenga sed!* (Ap. 22:17).

2. Vemos también la victoria que el Señor Jesús obtuvo sobre el espíritu inmundo. En vano es que Satanás diga: *«Déjame quieto»,* su poder va a ser quebrantado, y el pobre poseso va a ser libertado. (A) *Jesús le conminó* (v. 25). El Señor no ruega, sino que manda. Así como enseñaba *con autoridad,* así también curaba *con autoridad.* (B) Además, hizo callar al demonio con un vocablo que literalmente significa: *«¡Sé amordazado!»* Cristo tiene una mordaza para ponérsela a este espíritu inmundo, lo mismo cuando éste *adula* que cuando *aúlla.* Y eso no es todo, sino que además de hacerle callar, le manda *salir del hombre.* (C) El espíritu inmundo no tiene más remedio que obedecer (v. 26), pero, ya que no podía hacer nada contra el Señor, se desahoga con aquella pobre criatura, *«haciéndole agitarse convulsivamente».* Así, cuando Cristo, por medio de Su gracia, libra a las pobres almas del poder y de las manos de Satanás, acontecen a veces graves tumultos y convulsiones dentro del corazón. *«Salió de él dando un gran grito»,* para asustar a los espectadores en cuanto estaba de su parte; pero, en la lengua del poseso, fue un grito de gozo, al experimentar tan maravillosa liberación.

II. La impresión que hizo en los espectadores este milagro (vv. 27 y 28).

1. Les llenó de asombro: *«todos quedaron atónitos»* (v. 27). Les tomó tan de sorpresa, que comenzaron a discutir entre ellos y preguntarse: *¿Qué es esto?* Ciertamente, Su doctrina tenía que venir de Dios, al ser confirmada con semejante portento. Los exorcistas judíos pretendían echar (y quizás echaban, v. Mt. 12:27), por medio de invocaciones los espíritus inmundos, pero esto era muy diferente: *«Da órdenes incluso a los espíritus inmundos, y le obedecen».* De seguro nos conviene tener por *amigo* a quien tiene el control de los espíritus infernales.

2. Hizo que se elevase su reputación entre quienes habían presenciado el hecho: «Y *muy pronto se extendió su fama por toda la comarca circunvecina de Galilea»* (v. 28). El relato de lo sucedido pronto pasó de boca en boca con la misma exclamación: *«¡Una enseñanza nueva, expuesta con autoridad!»* Así

que fue universalmente admitido por aquella región que era un *Maestro venido de Dios* (Jn. 3:2). Así fue Cristo preparando ahora Su propio camino, una vez que Juan, Su Precursor, había sido encarcelado.

Versículos 29–39

En estos versículos tenemos:

I. El relato de otro milagro que Cristo obró, al curar a la suegra de Pedro.

1. Después que Cristo obró el milagro a causa del cual se extendió Su fama por toda aquella región, no cesó de obrar, como hacen los que siguen el conocido refrán: «Cobra buena fama y échate a dormir», sino que continuó *haciendo el bien* (Hch. 10:38). Quienes han obtenido ya buena reputación, necesitan mantenerse ocupados para que no decaiga su buen nombre.

2. *«Inmediatamente después de salir de la sinagoga»* (v. 29), donde había enseñado y obrado el milagro con su divina *autoridad*, se vino a conversar familiarmente con los pobres pescadores que le acompañaban. Entró en casa de Pedro y Andrés, probablemente invitado para tener algún refrigerio, aunque fuese el que un pobre pescador podía ofrecer al Señor del Universo, y Él lo aceptó.

3. Además, *sanó a la suegra de Pedro* que *estaba acostada con fiebre* (v. 30). Dondequiera que Cristo entra, viene para hacer el bien, y de seguro recompensa con buena moneda cualquier obsequio que se le hace. La misma *mano* que curó a la mujer, la *levantó* también para darle fuerza, de forma que pudo *servirles.* Para eso somos sanados por el Señor: a fin de capacitarnos para la obra.

II. Luego viene una relación general de las muchas curas que obró: *todos los enfermos y endemoniados que le traían* (vv. 32–34). Esto era *«cuando se puso el sol»*, es decir, pasado ya el sábado. Quizá muchos habían tenido escrúpulo de traerle sus enfermos mientras era todavía sábado.

1. Vemos primero cuán numerosos eran los pacientes: *«Toda la ciudad estaba agolpada a la puerta»* (v. 33), como mendigos que vienen a pedir una limosna. Aquella sola curación que había obrado en la sinagoga fue la que ocasionó este agolpamiento en torno suyo. El ver a otros caminar rápidamente con Cristo en la vida espiritual debería despertar nuestro deseo de conocerle mejor. La gente acudió al Señor en una casa particular, lo mismo que lo habían hecho en la sinagoga. Dondequiera que Jesús entra, también sus siervos y sus pacientes han de entrar.

2. Vemos después cuán poderoso era el médico; curó a cuantos le presentaron, aunque eran *muchos* (v. 34). Y no era sólo una enfermedad particular la que Él se puso a curar, sino que curaba a los que *estaban enfermos de diversas enfermedades.* Cristo es un especialista, no sólo en «Medicina General», sino en cada una de las dolencias particulares. Y el milagro que había obrado en la sinagoga, lo repitió aquella noche en la casa, pues allí *expulsó muchos demonios y no dejaba hablar a los demonios, porque sabían quién era.* Lucas dice que los demonios gritaban: *«¡Tú eres el Hijo de Dios!»* (Lc. 4:41). Cristo no les dejaba hablar porque, si les hubiera dejado, habrían declarado a gritos la Deidad y la Mesianidad de Cristo, cuando el pueblo no estaba en disposición de recibir esta enseñanza (v. Jn. 6:14–15).

III. Se retiró después *a orar* (v. 35), y se fue solo, dándonos ejemplo de lo que Él mismo enseñó en el Sermón del monte (Mt. 6:6). Aunque como a Dios, hay que *orarle a Él*, en cuanto hombre, Él tenía que *orar a Dios.* Siempre encontró tiempo para tener comunión con el Padre, orando a solas.

1. Veamos primero el *tiempo* en que Cristo oró: (A) Fue *de madrugada, cuando estaba aún muy oscuro* (v. 35); era la madrugada del domingo. Hemos de acercarnos *al trono de la gracia* todos los días de la semana. Aquella mañana era la del primer día de la semana, que después Él mismo santificó y lo hizo memorable mediante otro modo de *levantarse temprano* en Su Resurrección. (B) Era muy temprano, ya que *estaba aún muy oscuro.* Mientras los demás dormían en el lecho, Él oraba en su retiro. Cuando nuestro espíritu está más fresco y despierto, es cuando debemos tomarnos tiempo para la oración, antes de que las ocupaciones del día nos lo estorben con la distracción que acarrean.

2. Veamos después el *lugar* donde oró: *«Se fue a un lugar solitario»*. La oración privada ha de hacerse en privado. Quienes están más ocupados en público, y con mayor razón cuanto más elevada es la ocupación, deben pasar más tiempo a solas con Dios.

IV. Su retorno al ministerio público. Los discípulos se imaginarían que estaban buscándolo muy temprano, pero se encontraron con que Él había salido antes que ellos; *«salieron en busca suya»* (v. 36) y le hallaron orando. Seguramente se supondría dónde estaba (v. Jn. 18:2). Le dijeron cómo le echaba la gente en falta: *«Todos te buscan»* (v. 37). Estarían orgullosos de que su Maestro se había hecho ya tan popular, y querrían que volviese a aparecer en público; y especialmente en aquella ciudad, porque era la ciudad de ellos. Pero Cristo les dijo: «¡No!», *«Vámonos a otro lugar, a los pueblos vecinos, para que predique también allí; porque para eso he salido»* (v. 38); es decir, para eso había descendido del Cielo a la tierra: para hacer el bien por todas partes. Lucas lo aclara, al decir: *«Porque para esto he sido enviado»* (Lc. 4:43 comp. con el *«Salí del Padre»,* en Jn. 16:28). Así que, *«salió a recorrer toda la Galilea, predicando en las sinagogas de ellos»* y, para ilustrar y confirmar Su doctrina, también *«expulsaba los demonios»* (v. 39).

Versículos 40–45

Relato de la curación de un leproso. Ello nos enseña:

I. *Cómo hemos de acercarnos a Cristo:* como lo hizo este leproso:

1. Con gran *humildad* este leproso vino *«suplicándole y arrodillándose»* (v. 40). Esto nos enseña que, para recibir gracia y misericordia de Cristo, hemos de acercarnos con humildad y reverencia.
2. Con una fe firme en su *poder: «Tú puedes limpiarme»*. Lo cree, no sólo en general, sino aplicándoselo a sí mismo en particular: «limpiarme» (comp. con Jn. 11:22). Si de veras creemos en el poder de Cristo, hemos de demostrarlo aplicándolo a nuestras personales miserias y necesidades.
3. Con entera sumisión a la *voluntad* del Señor: *«Si quieres».* Con la modestia que debe caracterizar a un pordiosero y enfermo humanamente incurable, le expone humildemente su caso, y deja el resultado a la buena voluntad de Él.

II. *Qué hemos de esperar de Cristo:* Que se nos haga de acuerdo con nuestra fe. El leproso se había dirigido a Cristo exponiéndole el caso, pero sin hacerle una petición explícita; sin embargo, el Señor responde como si se le hubiera rogado. Aquí vemos que:

1. *Jesús fue movido a compasión* (v. 41). Este detalle es añadido por Marcos, para mostrar que el poder de Cristo es usado por su compasión para llevar consuelo y alivio a los pobres mortales. Nuestra *miseria* nos constituye en objetos de Su *misericordia.* Y lo que hace por nosotros, lo hace con la mayor ternura posible.
2. *«Extendió la mano y le tocó».* Al tocar las almas, Cristo las sana. Tocar a un leproso era contaminante, pero el Médico Divino puede tocar la lepra, como puede tocar el pecado, sin contaminarse, porque Su infinita pureza y Su infinito poder curan y salvan todo lo que tocan.
3. *«Y le dijo: Quiero, ¡queda limpio!»* El pobre leproso puso un *«si»* porque, aunque no dudaba del poder de Cristo no estaba seguro de si querría; pero ese *«si»* pronto queda borrado por el amor del Señor: *«Quiero».* Cristo está siempre dispuesto a *querer* otorgar Sus favores a quienes están dispuestos a ponerse bajo la voluntad de Él. El leproso se había referido al poder de Cristo, y Cristo muestra de qué manera Su poder es puesto en acción por la fe de los Suyos: *«¡Queda limpio!»* Por efecto de Su sola palabra salió de Él el poder para completar la curación en un instante: «Al *instante le dejó la lepra, y quedó limpio»* (v. 42), sin que quedara rastro alguno de la enfermedad.

III. *Qué hemos de hacer cuando hemos recibido de Cristo un favor de Su misericordia:* Junto con Sus favores recibir también Sus preceptos. Después que le curó, Cristo *«le advirtió severamente»* (M. Henry opina que estas palabras implican algo parecido a lo que Cristo dijo al paralítico de Jn. 5:14, pero es mucho más probable que se refieran a lo que viene después.—Nota del traductor—). Cristo le ordenó:

1. *«Mira que no digas nada a nadie.»* No convenía a los planes del Señor una propaganda imprudente en aquel lugar y en aquel tiempo. No es, pues, que no quisiera seguir haciendo el bien, sino precisamente impedir que se le pusieran trabas para no hacer todo el bien que deseaba.

2. *«Sino ve, muéstrate al sacerdote etc.»* El leproso debe ir pacíficamente a ver al sacerdote, para que la realidad de la curación quede atestiguada y el sacerdote pueda obrar en conformidad con la ley de Levítico 14.

3. *«Pero él salió y comenzó a proclamarlo abiertamente y a divulgar el hecho»* (v. 45). Dice Broadus: «Con gratitud desacertada, el hombre desobedece y se producen muchas inconveniencias. Jesús por algún tiempo no puede entrar en la ciudad, como no sea muy privadamente, por miedo de que la apiñada población llegue a excitarse demasiado y piense en el levantamiento político en contra de los romanos, más bien que en la instrucción y salvación espiritual».

CAPÍTULO 2

En este capítulo, hallamos la curación de un paralítico, el llamamiento de Leví (Mateo), y la vindicación que de Sus discípulos hace Jesús en dos ocasiones distintas.

Versículos 1–12

Después de haber predicado por algún tiempo fuera de las ciudades, Cristo regresa a Capernaúm, donde por entonces tenía Su «cuartel general».

I. Qué pronto se *corrió la voz* de Su llegada (v. 1). Aunque no estaba en la calle, sino en una *casa,* la gente vino a Él tan pronto como se supo que estaba en la ciudad. Inmediatamente *«se reunieron muchos»* (v. 2). Donde está el rey, allí se reúne la corte. *«Tanto que ya no quedaba sitio ni aun delante de la puerta»*. ¡Dichosa visión! ¡Qué bendición cuando vemos que la gente acude presurosamente, como una nube, a la casa de Cristo!

II. Qué bien respondió Cristo a la expectación de ellos: «Y *les hablaba la palabra»*. Muchos de ellos acudirían solamente en busca de curación, y algunos quizá por mera curiosidad, pero, cuando todos estuvieron reunidos, Él les predicó la palabra, al pensar que era una buena oportunidad, aun cuando no era sábado ni estaban en la sinagoga. No hay lugar impropio, ni tiempo inoportuno, cuando se trata de exponer a las almas el camino de la salvación.

III. *«En esto, llegan unos hombres trayéndole un paralítico»* (v. 3). El pobre hombre estaba impedido de acercarse a Jesús por sí mismo; por eso, era *«llevado por cuatro de ellos»*. Llevado *en camilla,* como si fuera en un ataúd, allí estaba él con toda su miseria, pues necesitaba ser llevado, pero era una muestra de gran caridad por parte de los que le llevaban. Estos buenos parientes o vecinos pensaban que, si se lo llevaban a Jesús, no tendrían que molestarse más en volverlo a acarrear, y por eso hicieron todo lo posible por presentarlo ante Cristo, y recurrieron al único medio posible: *«abrieron un boquete en el techo encima de donde Él estaba»* (v. 4). Al no poder abrirse paso a través del gentío que se agolpaba hasta la puerta, quitaron algunas de las losas de la azotea que servía de techo a la habitación en que Jesús se hallaba, «y, *por la abertura hecha, bajaron la camilla en que yacía el paralítico»*. Esto mostraba a las claras, no sólo la *fe* de ellos, sino también su *fervor.* Se ve que estaban decididos a no marcharse sin la bendición de Cristo (comp. Gn. 32:26).

IV. Las amables palabras que Cristo dirigió al pobre paciente: «Al *ver Jesús la fe de ellos …»* (v. 5): esto es, de los que trajeron al paralítico. Encomió la fe de ellos, por haberse tomado tanta molestia en traerle al hombre aquel. La fe genuina y fuerte puede obrar de muchas maneras, ya que vence unas veces las objeciones de la razón; otras veces, las objeciones de los sentidos; pero, cualquiera sea el modo con que se manifieste, será aceptada y aprobada por el Señor Jesús. Cristo dice al paralítico: *«Hijo, tus pecados te son perdonados»*. ¡Cuán tiernamente se dirige a él! *«Hijo»*. Cristo reconoce en los suyos, no sólo a *«hermanos»* (v. He. 2:10–18), sino a *«hijos»,* al tener en cuenta que la palabra griega no indica una situación legal, sino, como dice Lenski, «un amor tiernísimo, como el cálido abrazo de una madre». ¡Hijo, y paralítico! Pero las palabras que siguen son muy dulces: *«tus pecados te son perdonados»*. Cristo quería desviar los pensamientos del enfermo, de su enfermedad que era el efecto, hacia la causa que es el

pecado, para que, concentrándose en esto, se dispusiera mejor al perdón; porque el curarse de una enfermedad es de veras una *gracia* cuando conduce al perdón y curación del pecado. La mejor forma de remover el efecto es atacar a la causa. El perdón de los pecados afecta a la raíz de todas las enfermedades, ya sea para curarlas, ya sea para alterar sus propiedades.

V. La cavilación de los escribas sobre lo que Cristo acababa de decir. Eran expositores de la Ley, y su doctrina era *verdadera;* pero la aplicación que de ella hacían era *falsa. Es* cierto que *«sólo Dios puede perdonar los pecados»* (v. 7), pero es falso que Cristo no pueda perdonarlos. La consecuencia debería deducirse en el sentido contrario: *«Luego Cristo es Dios»*. En efecto Cristo demostró ser Dios, no sólo al perdonar los pecados, ni sólo al curar al paralítico, sino también al conocer los pensamientos de ellos: *«Jesús, conociendo en Su espíritu que razonaban de esta manera dentro de sí mismos …»* (v. 8). Quien así penetraba en los pensamientos, de cierto podía perdonar pecados. Pero, para que un milagro oculto quede demostrado por otro manifiesto, prueba su poder de perdonar, mediante el poder de sanar, al ser esto último más fácil que lo otro (vv. 9–11). No habría pretendido hacer lo uno, si no hubiera tenido poder para hacer lo otro: *«Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados,* tú, el paralítico, *levántate, toma tu camilla, y vete a tu casa»*. No habría podido curar lo que era el efecto, si no hubiese tenido poder para atacar a la causa. *«¿Qué es más fácil?»* (v. 9). Para quien no ve el interior, decir que perdona el pecado es cosa más fácil que decirle a un paralítico que se levante donde la eficacia o ineficacia de la palabra se pone pronto de manifiesto, pero sólo el que puede hacer lo primero con *efectividad* (comp. con He. 4:12), puede hacer también lo segundo.

VI. La impresión que causó la curación del paralítico (v. 12). No sólo *se levantó* el hombre, sino que *cargó también con su camilla* (tan rápidamente se le fortificaron las extremidades) y *salió a la vista de todos.* ¡Tantos testigos, cuantos eran los espectadores! *«De manera que todos se asombraron, y glorificaban a Dios diciendo: Nunca hemos visto nada como esto»*. En verdad, los milagros de Cristo no tenían precedente. Cuando vemos lo que hace al sanar las almas, debemos reconocer que *nunca hemos visto cosa semejante.*

Versículos 13–17

I. Ahora hallamos a Cristo predicando *a la orilla del mar* (v. 13), adonde se dirigió en busca de lugar más apto para predicar a las multitudes. Por esto podemos deducir que el Señor Jesús poseía una voz potente, de la cual hacía buen uso para ser oído hasta por los que ocupaban las últimas filas.

II. *«Y al pasar, vio a Leví»* (v. 14). Leví, que es el apóstol Mateo, tenía en Capernaúm su oficina de cobrador de impuestos o «publicano» como leemos en muchas versiones. La oficina tendría una espléndida vista al mar, pero fue mucho más preciosa la vista de Jesús cuando le miró *«al pasar»*. El hecho de que Mateo fuese un cobrador de impuestos, al ser judío, nos inclina a pensar que era un joven algún tanto extravagante. Pero Cristo le llamó diciendo: «Sígueme». Y él respondió prontamente al llamamiento del Señor. En Dios, mediante Cristo, hay misericordia suficiente para perdonar los pecados más grandes, y suficiente gracia para santificar a los más infames pecadores. Mateo, tras su odioso oficio de cobrador de impuestos a favor del poder opresor, llegó a ser uno de los doce apóstoles y redactor humano del Evangelio que lleva su nombre. El mayor de los crímenes no es barrera suficiente para la más elevada santidad cuando la gracia eficaz de Dios toca el corazón del ser humano; más aún, Dios queda más glorificado por la conversión de un Leví o de un Saulo, que por la de un honrado fariseo como Nicodemo, aunque la gracia sea la misma e idénticos los resultados. En la sanación del cuerpo, Cristo fue, de ordinario, *buscado;* pero en la sanación del alma, *«fue hallado por los que no le buscaban»* (Is. 65:1; Ro. 10:20); puesto que éste es el mayor mal y el más grave peligro de la enfermedad del pecado, que quienes la padecen no sienten deseo de ser curados de ella.

III. Luego vemos con qué familiaridad trata y conversa con *los cobradores de impuestos y pecadores notorios* (v. 15). Aquí se nos dice: 1. Que Cristo *estaba sentado a la mesa de él* (Leví), ya que Mateo había invitado a Jesús y a Sus discípulos al banquete de despedida que iba a celebrar con sus colegas y amigos, después de haber aceptado la invitación de Jesús a seguirle. 2. Que dichos cobradores de impuestos y pecadores notorios *«estaban también sentados a la mesa juntamente con Jesús y sus*

discípulos» en casa de Leví; y que *«había muchos, y le seguían»;* por supuesto, seguían a Jesús, no a Mateo, aunque Mateo quiso aprovechar aquella ocasión para que muchos de sus colegas y amigos conociesen de cerca al Salvador. La fama de «pecadores» que los publicanos tenían se debía a dos factores: (A) A que generalmente lo eran, por lo corriente de la corrupción en el ejercicio de tal oficio, ya que solían exigir mayores cuotas de las debidas legalmente, se prestaban al soborno y recurrían a veces a falsas acusaciones de insolvencia, con lo que se enriquecían de forma totalmente pecaminosa; (B) A que los judíos, especialmente los zelotes, les tenían enorme antipatía al considerar que su oficio era una vergüenza, por traición a las libertades de la nación; así que juzgaban escandaloso estar en compañía de tales personas. Tales eran estas personas con las que plugo al Señor conversar y comer, cuando apareció *«en semejanza de carne de pecado»* (Ro. 8:3).

IV. El escándalo que la conducta de Jesús causó a *«los escribas del partido de los fariseos»* (v. 16). No vinieron a oírle predicar con lo que habrían podido ser convictos de pecado y edificados espiritualmente, sino que vinieron a espiarle y sentirse provocados por su actitud de estar allí sentado con aquella clase de gente. Y en lugar de dirigirse directamente a Jesús, trataron de que los discípulos de Cristo sintieran desafecto hacia el Maestro; así que les dijeron: *«¿Qué es esto, que Él come y bebe con los cobradores de impuestos y pecadores?»*

V. La vindicación que Jesús hace de Su propia conducta (v. 17). Se mantuvo en su actitud y no se avergonzó de estar en tal compañía. Hay quienes están tan atentos a preservar su *buen nombre,* que por no ofender a personas muy «buenas», declinan el hacer una *buena obra.* Pero Cristo no se comporta de esa manera. Los escribas pensaban que los cobradores de impuestos eran dignos de *odio,* pero Cristo les responde que son dignos de *compasión,* porque están enfermos y necesitan un médico, son pecadores y necesitan un Salvador. Ellos pensaban que Cristo, si era justo, debía separarse de los pecadores; pero Cristo responde: *«Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos sino a pecadores»*. Es a un mundo *pecador* a donde el Hijo de Dios fue enviado, y por eso su mayor ocupación había de ser buscar cuanto antes a los mayores pecadores. Por otra parte, Jesús indirectamente les advierte que, todo el que se tiene por justo, está fuera del alcance de la salvación que Él vino a traer. ¡No hay peor enfermo que el que se cree sano sin estarlo! (Comp. con Jn. 9:41). Aquellos publicanos que seguían a Jesús tenían, al menos, conciencia de su indignidad y, con ello, se les abría el camino hacia el Salvador.

Versículos 18–28

Después de eso, vemos que Jesús tiene ocasión de vindicar a Sus propios discípulos de otra acusación.

I. Les justifica primero por *no ayunar* ¿Por qué ayunaban los fariseos y los discípulos de Juan? Los fariseos *ayunaban dos veces por semana* (v. Lc. 18:12) y probablemente lo hacían también los discípulos del Bautista. Así es como algunos estrictos profesantes hacen de sus prácticas una norma general, y condenan y censuran a todos cuantos no llegan al nivel del ascetismo que ellos observan. Los que aquí tenemos ante nuestros ojos, sugieren envidiosamente que, si Cristo come con los pecadores para hacerles *bien* los discípulos de Jesús, sin embargo, aprovechan la oportunidad para dar rienda suelta a su gula, sin saber los beneficios espirituales que trae el ayunar. Los mal pensados siempre sospechan lo peor.

Cristo alega dos excusas para sus discípulos por *no ayunar:*

1. Que estaban *en días de fiesta* y, por eso, no era el tiempo oportuno para ayunar como lo sería después (vv. 19–20). Cada cosa requiere su tiempo (Ec. 3:1–8).

2. Que era *demasiado temprano* para ellos, pues no estaban preparados para los ejercicios severos de la religión como lo estarían después. Los fariseos estaban muy acostumbrados a tales actividades; y Juan el Bautista *no comía ni bebía* (Mt. 11:18). Pero no era ese el caso de los discípulos de Jesús, pues el propio Maestro comía y bebía (Mt. 11:19), y no había ejercitado aún a Sus discípulos en las prácticas difíciles de la religión. Ponerles a ayunar de inmediato les habría desanimado de seguirle, y habría sido como *«poner un remiendo de paño burdo en un vestido viejo»* o como *«echar un vino nuevo en odres viejos»* (vv. 21–22). Dios, que conoce la fragilidad de los neófitos en la fe, pues son débiles y tiernos, los

trata con paciencia y amor; y lo mismo debemos hacer nosotros. No se debe esperar más que *el trabajo de cada día en su día;* y, en ese día, de acuerdo con las fuerzas que se tienen. Los cristianos que son aún débiles no deben cargarse con cargas demasiado pesadas, ni hacer del yugo de Cristo lo que no es, pues su yugo es fácil, dulce y ligero.

II. Jesús justifica también a Sus discípulos por *arrancar espigas de trigo en día de sábado,* lo cual, con toda certeza, los discípulos de los fariseos no se habrían atrevido a hacer, puesto que era directamente contrario a la tradición de los ancianos. Consideran estos fariseos que la escuela de Jesús es demasiado fácil, puesto que, en opinión de ellos, permite tales desmanes. Es cosa muy común entre *los que niegan la eficacia de la piedad* el guardar celosamente *la apariencia de ella* (2 Ti. 3:5), y censurar a los que no guardan las *formas* de ellos. Obsérvese:

1. Qué desayuno tan frugal tenían los discípulos de Jesús en aquella mañana del sábado, cuando seguramente se dirigían a la sinagoga: *«comenzaron a abrirse camino arrancando las espigas»* (v. 23), pues esto era lo único que tenían a mano. Tan atentos estaban al alimento espiritual que el Maestro les procuraba, que se olvidaban hasta del necesario sustento del cuerpo.
2. Cómo aun esto desagradó tanto a los fariseos, bajo suposición de que el arrancar espigas equivalía al oficio servil de segar, lo cual estaba prohibido en la Ley (Éx. 20:10): *«Mira, ¿por qué hacen en sábado lo que no es lícito?»* (v. 24). Los ojos de los fariseos estaban puestos, más que en los discípulos de Jesús, en Jesús mismo, como recriminándole de que no reprendiese a Sus discípulos. Pero en esto, los fariseos no seguían la Ley, sino las ridículas interpretaciones de algunos rabinos estrictos, para quienes arrancar espigas era una manera de segar. Es curioso que, cuando los fariseos juzgaron que Cristo se comportaba indebidamente, se dirigieron a los discípulos; y ahora que piensan que son los discípulos los que se comportan indebidamente, no se dirigen a ellos, sino al Señor.
3. Vemos a continuación cómo les defiende Jesús: (A) Cita un notable precedente, en lo que David había hecho en una ocasión parecida, cuando comió de los panes de la proposición, que estaban reservados a los sacerdotes (vv. 25–26): *«¿Nunca habéis leído?»* Los fariseos habían leído, sin duda, el relato de 1 Samuel 21:3–6, pero no habían acertado a relacionarlo con Éxodo 20:10. Jesús les echa en cara el desconocimiento de las Escrituras, a pesar de todo el empeño que ponían en aprenderlas de memoria (Comp. con Jn. 5:39–40). Aquí aprendemos que las observancias rituales deben dejar paso a las necesidades físicas lo mismo que a las obligaciones morales. (B) Da una muy buena razón: «*El sábado fue instituido para el hombre, y no el hombre para el sábado»* (v. 27). El sábado es una institución sagrada y divina, pero ha de observarse como un beneficio y un privilegio, no como una carga insoportable. Dios nunca se propuso que fuera una *imposición* y tampoco nosotros debemos tomarlo así ni imponerlo a otros. El ser humano fue hecho *para Dios,* para Su honor y servicio, *no para el sábado.* Por eso, quiso que el sábado fuera *para el hombre,* para su beneficio y descanso. En ello Dios mostró su preocupación por la salud de nuestro *cuerpo,* y quiso que descansásemos de nuestro trabajo del resto de la semana, pero tuvo mucho más interés en la salud de nuestra *alma:* El sábado fue hecho día de descanso, a fin de que pudiésemos dedicarnos a una obra santa, obra de alabanza y de acción de gracias, de comunión más íntima con Dios. Véase en esto, (a) cuán bueno es el Maestro a quien servimos, ya que todas Sus instituciones son para beneficio nuestro. No es Él, sino nosotros, quienes ganamos con servirle, (b) a qué debemos dedicarnos en el sábado. Si el sábado ha sido hecho para el hombre deberíamos preguntarnos a la noche de ese día: ¿En qué he mejorado hoy? (c) cuánto hemos de cuidar de que los ejercicios religiosos no resulten una carga ni para nosotros ni para otros, cuando Dios ha ordenado que nos sean de bendición. Consideremos quién es el autor del sábado: *«el Hijo del hombre es también señor del sábado»* (v. 28). Los sábados son *días del Hijo del Hombre si* Él es el Señor de este día, en Su honor debe ser observado. El haber pasado a ser ahora el primer día de la semana, ha sido porque todo es nuevo después de la resurrección del Señor; por eso, el sábado cristiano, esto es, el *domingo,* ha venido a llamarse, como indica su etimología, *el día del Señor* (aunque sin fundamento alguno en la Biblia, pues la referencia de Ap. 1:10, como en todos los demás lugares de las Escrituras, no significa el domingo, sino el día escatológico: *«el día de Jehová»*—nota del traductor—). *Todos* los días son del Señor.

CAPÍTULO 3

En este capítulo vemos a Cristo curando a un hombre que tenía una mano encogida por parálisis. Después, la multitud que viene a Él a fin de que sane a los enfermos. Luego Jesús forma el grupo de los doce apóstoles, responde adecuadamente a los escribas que le imputaban tener pacto con el diablo para expulsar demonios, y el capítulo termina con las frases en que el Señor reconoce como sus familiares más íntimos a «cualesquiera que hacen la voluntad de Dios».

Versículos 1–12

Vemos al Señor Jesús atareado, primero en la sinagoga y, después, a la orilla del mar; así nos enseña que Su presencia no está limitada a la una o a la otra, sino que, dondequiera hay algunos congregados en Su nombre, allí está Él en medio de ellos (Mt. 18:20).

I. Cuando *entró en la sinagoga* (v. 1), aprovechó para hacer el bien la oportunidad que allí tenía.

1. El caso del paciente, en esta ocasión, era patético: *«tenía seca una mano»*, por lo que estaba incapacitado para ganarse el sustento con el trabajo de sus manos. Esto nos hace ver cuánta necesidad tienen de ser ayudados los que no pueden ayudarse a sí mismos.

2. Los espectadores se portaron muy mal, tanto con el enfermo como con el Médico; en lugar de interceder a favor de un prójimo inválido, hicieron cuanto pudieron para impedir que fuese sanado, pues llegaron a insinuar *(«le acechaban …»,* v. 29) que, si Cristo le sanaba ahora en día de sábado, le acusarían de ser *quebrantador del sábado.*

3. Cristo se portó mansamente con los espectadores, y se dirigió primeramente a ellos, por si era posible impedir que se ofendieran. Así que:

(A) Trató de convencerles de su error. Pidió al paciente que *se levantara y se pusiera en medio* (v. 3), a fin de que, al verle, se sintieran movidos a compasión. E inmediatamente apela a la conciencia de ellos: *«¿Es lícito en sábado hacer bien, o hacer mal? ¿Salvar una vida, o matar?»* (v. 4). ¿Qué mejor cosa podía preguntar? Pero, como vieron que el responder les iba a comprometer, *se callaron.*

(B) Al verlos rebelarse contra la luz, Jesús *«se entristeció por la dureza de sus corazones»* (v. 5), después de echarles una mirada que les abarcó a todos: *«una mirada alrededor con ira».* El *pecado* con que Sus ojos se encontraron en seguida fue la dureza de sus corazones. Nosotros oímos lo mal dicho, y vemos lo mal hecho; pero Cristo mira directamente al corazón, de donde brota *la raíz de amargura* (He. 12:15): la ceguera de la mente y la dureza del corazón. Vemos, pues: (a) de qué forma le provocó el pecado: *les echó una mirada alrededor* y fue una mirada *con ira,* la ira se reflejó, probablemente, en Su semblante. El pecado desagrada terriblemente a Jesucristo; y la forma de reaccionar con ira y, no obstante, sin pecar (Ef. 4:26), es imitar a Jesús, cuya ira es santa y justa, (b) de qué forma sentía compasión por los pecadores, pues *se entristeció por la dureza de sus corazones.* Causa al Señor una inmensa tristeza ver a los pecadores inclinados a lo que les va a arruinar, puesto que Él *no quiere que nadie perezca* (2 P. 3:9). Esto nos enseña cuánta razón tenemos para entristecernos por la dureza, tanto de nuestro propio corazón como del corazón de nuestros semejantes.

4. Cristo trató muy amablemente al pobre paciente. *«Le dijo: extiende tu mano»* (v. 5). «Y *él la extendió, y la mano le quedó restablecida.»* Con esto nos enseña Cristo a seguir adelante con toda determinación en el camino de nuestro deber, por muy violenta que sea la oposición que nos salga al encuentro en dicho camino. No debemos pasar por alto la oportunidad de servir a Dios y hacer el bien a nuestro prójimo, aun cuando haya quien se ofenda injustamente por ello. Nadie puso mayor empeño en no ofender a nadie que Jesucristo; con todo, antes que despedir sin curación a este pobre enfermo, se aventuró a ofender a todos los escribas y fariseos que le rodeaban. Con esta curación, el Señor nos da una lección espiritual sobre la curación de nuestras almas mediante su gracia; nuestras manos están *secas* espiritualmente, el poder de nuestra alma está debilitado por el pecado; pero, aunque así sea y no podamos extender por nosotros mismos nuestras manos, a una orden de Su boca, debemos *alzarlas* a Dios en oración, *extenderlas* para asirnos de Cristo a fin de alcanzar la vida eterna, y *emplearlas* después en buenas obras (Ef. 2:10); si así lo hacemos, con la voz de Cristo nos viene también Su poder, y con Él la salud del alma. Pero, si *no extendemos las manos,* la culpa será nuestra si no alcanzamos la salud.

5. Los enemigos de Cristo se comportaron con Él de un modo salvaje. Una obra tal de misericordia y gracia habría debido moverles a *amarle,* y, al ser una obra portentosa, milagrosa, les debería haber

movido a poner su *fe* en Él. Pero, en lugar de eso, *«los fariseos comenzaron en seguida a tramar con los herodianos contra Él para ver cómo destruirle»* (v. 6).

II. Cuando *se retiró al mar* (v. 7), también allí hizo el bien. Se retiró prontamente, para enseñarnos que, cuando soplan vientos de tribulación o persecución, hemos de apresurarnos a ponernos a salvo.

1. Vemos cómo *«le siguió* gran *multitud»* de todas las partes de la nación (vv. 7–8). Aunque algunos le tenían tal enemistad, que le querían ver fuera de su región otros, por el contrario, le seguían adondequiera se dirigía. (A) Lo que movió a estas multitudes a seguirle fue que se habían *«enterado de todo cuanto Jesús estaba haciendo»* (v. 8). Algunos querían *ver* al que había hecho *grandes cosas,* y otros esperaban que les hiciera *a ellos* esas grandes cosas. La consideración de las grandes cosas que Jesús ha hecho debería estimularnos a llegarnos a Él. (B) Vemos, en efecto, por qué le seguían: *«Porque había sanado a muchos; hasta el punto de que cuantos padecían dolencias, se le echaban encima para tocarle»* (v. 10). Las dolencias son llamadas aquí, en el original, «azotes» o «plagas». Quienes estaban afectados por estos «azotes» venían a Jesús; éste es el designio que las enfermedades tienen: despertarnos para que busquemos a Jesús y recurramos así al Médico de nuestras almas. *Se le echaban encima,* para ver si podían acercarse a Él antes que otros y, así, ser servidos primero. Se conformaban con *tocarle;* tenían fe en que eso sería suficiente, pues con tocarle ellos, Él les tocaría con Su poder. (C) De qué echó mano Jesús, a fin de estar en condiciones de atender a todos: *«Les dijo a sus discípulos que le tuviesen lista una barca»* (v. 9), a fin de poder ser llevado de un lado a otro en la misma orilla del mar, y evitar, al mismo tiempo, ser estrujado por las turbas que le seguían por mera curiosidad. Los prudentes evitan, en cuanto les es posible, ser distraídos por las turbas.

2. Cuán abundante fue el bien que hizo en este retiro. No se retiró por pereza, ni despidió malamente a quienes se agolpaban por acercársele cuando Él se retiró, sino que lo tomó a bien y les otorgó lo que de Él esperaban, pues jamás dijo a quien le buscaba con sinceridad y diligencia: *«En vano me buscáis»* (Is. 45:19). (A) Las dolencias quedaban sanadas completamente: *«Había sanado a muchos»*. (B) Los demonios eran totalmente derrotados (v. 11) y hacían que los pobres posesos *gritaran y cayeran delante de Él,* no para suplicar favores, sino para prevenir furores de Su ira. (C) Cristo no buscaba el aplauso por el bien que hacía, sino que *les advertía seriamente que no manifestasen quién era* (v. 12). La razón por la que obraba así ha sido explicada en otro lugar.

Versículos 13–21

I. La elección que Jesús hizo de Sus doce apóstoles, para que constantemente le siguieran y sirvieran.

1. La introducción para este llamamiento de los doce: «*Subió al monte»* (v. 13). Sabemos que fue al monte *«a orar, y pasó la noche entera en oración a Dios»* (Lc. 6:12).

2. La norma por la que se guió para hacer la elección fue su libre voluntad: *«llamó junto a sí a los que Él quiso»* (v. 13). No a quienes nosotros habríamos pensado que debían ser promocionados, sino a los que Él consideró conveniente llamar, y a los que determinó equipar para el servicio que les había de encomendar. Cristo llama a quienes quiere.

3. La eficacia de este llamamiento. Les llamó a separarse de la multitud y seguirle, «*y vinieron a Él.* «A los que *quiso* llamar, hizo que *quisieran* venir.

4. El objetivo de este llamamiento: *«para que estuviesen con Él, y para enviarlos a predicar»* (v. 14); habían de estar constantemente con Él (v. Hch. 1:21), para que fuesen testigos de su doctrina, de su conducta y de su paciencia, estando así en condiciones de conocerle bien, y de recibir de Él las instrucciones necesarias para poder predicar e instruir a otros (2 Ti. 2:2). Equiparles para tal designio requería *tiempo.* Los ministros de Cristo deben pasar con Él suficiente tiempo, para poder ser útiles en su ministerio.

5. El poder que les dio de hacer milagros. Los preparó para que *«tuviesen autoridad para sanar enfermedades y para expulsar demonios»* (v. 15). Esto mostraba que el poder que Cristo tenía para obrar tales milagros no era un poder *delegado,* sino *propio;* que no era *«un criado, sino como hijo sobre su casa»* (He. 3:5–6). El Señor Jesús tenía *«vida en sí mismo»* (Jn. 5:26), y «el *Espíritu sin medida»* (Jn. 3:34). Por eso pudo otorgar Su poder, incluso a *«lo débil y lo necio de este mundo»* (1 Co. 1:27).

6. Número y nombres de los apóstoles: «*Y designó a doce*» (v. 14), conforme al número de las doce tribus de Israel. Aunque no se les nombra aquí en el mismo orden que en Mateo, en ambos lugares, sin embargo, Pedro figura el primero, y Judas Iscariote el último. Aquí aparece Mateo delante de Tomás; pero en el catálogo de Mateo, él mismo se pone detrás de Tomás. Pero el detalle peculiar de Marcos en esta lista es que sólo él menciona que Cristo apellidó a Jacobo y Juan «Boanerges, *es decir, Hijos del Trueno*» (v. 17). Quizá por el celo impetuoso de que estaban poseídos (ver Lc. 9:54). Quizá también por su voz estentórea, muy a propósito para predicadores con «voz de trueno». No obstante, aun cuando Juan era uno de estos «*Hijos del trueno*», estaba lleno de amor y ternura, como lo muestra en sus Epístolas, y fue también «el discípulo amado».

7. Con ellos se retiró Jesús *a una casa* (v. 20). Así comenzaban a estarle más estrechamente unidos y mejor agrupados entre sí, dando evidencia de la efectividad de su llamamiento.

II. La persistencia de las multitudes en seguir a Jesús: «Y *se aglomeró de nuevo la multitud*» (v. 20). Sin haber sido convocadas, y en muy mala oportunidad, se volvieron a agolpar de nuevo en torno de Jesús, «*hasta el punto de que no podían ni probar bocado*». A pesar de ello, no les cerró la puerta ni los despidió con cajas destempladas, sino que los acogió amablemente. Los que tienen *el corazón ensanchado* (v. 2 Co. 6:11) en la obra del Señor, fácilmente soportan molestias e inconveniencias, con tal de seguir adelante en tan sagrada tarea. Dicha es, y no pequeña, que *oyentes* celosos encuentren *predicadores* también celosos, para poder estimularse así recíprocamente. Era una gran oportunidad, y Cristo no la iba a desaprovechar. Como dice el conocido refrán: «A hierro candente, batir de repente».

III. La preocupación de Sus familiares acerca de Él (v. 21). Al enterarse sus parientes en Capernaúm (v. Mt. 4:13) de la conmoción que la obra de Jesús producía en todas partes y ver cuán poco se preocupaba de Sí mismo, «*salieron para hacerse cargo de El*» y llevárselo a casa, pues decían: «*Está fuera de sí*». Tengamos en cuenta que los hermanos de Jesús no creyeron en Él hasta después de Su resurrección (Jn. 7:1–8) y seguramente indujeron a María, la madre, a ir en busca de Él. Ella, como buena madre, se preocuparía por la salud y el bienestar de su hijo, mientras que los hermanos se dejaban llevar, a no dudar, por los celos o la envidia. Lo cierto es que este incidente dio ocasión para que el Señor pronunciase una hermosa definición de Su familia espiritual (vv. 34–35). Quienes trabajan con vigor y celo en la obra de Dios deben esperar que se les presenten obstáculos, no sólo de parte de la desafección hostil de sus enemigos, sino también del equivocado afecto de sus parientes y amigos.

Versículos 22–30

I. La desvergonzada e impía acusación que los escribas de Jerusalén hicieron a Jesús de que expulsaba los demonios por el poder del diablo (v. 22). Parece ser que hicieron este largo viaje con el único objeto de impedir el maravilloso resultado de la doctrina del Señor. Viniendo de Jerusalén, donde se hallaban los escribas más eruditos y mejor entrenados, eran los mejor capacitados para producir el mayor daño. La reputación de los escribas de Jerusalén ejercería su influencia, no sólo entre la gente de la comarca, sino también entre los escribas de la comarca. No podían negar que expulsaba demonios, pero decían que Beelzebú estaba de su parte, y que «*en nombre del príncipe de los demonios era como Jesús expulsaba los demonios*». En realidad, no le nombran, sino que se refieren a Él anónimamente, como señalándole simplemente con el dedo. En este caso, habría trampa en este juego: Satanás no *era echado* de los posesos, sino que *se iba* por su propio consentimiento.

II. La respuesta, tan bien razonada, que Jesús dio a esta objeción.

1. Satanás es demasiado *astuto* como para permitir que desaparezcan sus posesiones con su consentimiento, porque «*si Satanás expulsa a Satanás, su reino está internamente dividido y no puede seguir en pie)*» (vv. 23–26). Todos saben que Satanás no es tonto ni tan loco como para actuar directa y voluntariamente contra sus propios intereses. Lo cierto es que la doctrina de Jesús hacía la guerra al reino de Satanás y tenía la fuerza suficiente para quebrantar su poder, y estaba claro que la expulsión de los demonios de los cuerpos de los posesos confirmaba la fuerza de esta doctrina.

2. Cristo tiene la sabiduría y el poder suficientes para atacar las fuerzas del enemigo dondequiera que se encuentren, ya sea en los cuerpos o en las almas de los hombres (v. 27). Está claro, pues, también que

el objetivo de Jesús es *entrar en la casa del forzudo para apoderarse de los bienes del forzudo* (v. Ef. 4:8; Col. 2:15). Por consiguiente, es natural suponer que su primer objetivo es *atar al forzudo* y mostrar así que le ha ganado la batalla.

III. La tremenda advertencia que Jesús les hizo de que considerasen bien las peligrosas palabras que habían pronunciado; por muy a la ligera que las hubiesen dicho, si persistían en este modo de pensar, aunque se llame *librepensamiento,* les sería de fatales consecuencias; sería un pecado contra el *último remedio* y, por tanto, *imperdonable.* Sí, es cierto, como ha escrito H. Kung, que «el único pecado imperdonable es el rechazamiento del perdón»; pero lo que conduce a rechazar el perdón es negarse a ser convencido por el Espíritu Santo. Y quienes ante tales muestras de poder del Espíritu Santo en Jesús (comp. Is. 61:1 y ss.), se atrevían a buscar una excusa tan infame para no creer, ellos mismos se cerraban obstinadamente el camino del perdón. Es como el enfermo que sólo puede curarse con un remedio por vía oral, pero su estómago se niega a recibirlo; su muerte es segura. Es cierto también que el Evangelio *promete,* porque la muerte de Cristo lo ha *provisto,* perdón para los más graves pecados de los peores criminales (v. 28), y muchos de los que insultaban a Cristo cuando pendía de la Cruz hallaron misericordia; el propio Señor oró: *«Padre, perdónales»,* pero esto era *blasfemar contra el Espíritu Santo* es decir, hablar mal de Él al achacar a «*un espíritu inmundo»* (v. 30) lo que se hacía por el poder del Espíritu, *«el dedo de Dios»* (v. Lc. 11:20), y quienes rechazan este *«dedo»,* se niegan fatalmente a ser salvados por el *«brazo»* Omnipotente de Dios (comp. con Is. 59:1–2).

Versículos 31–33

1. La *falta de respeto* que los parientes de Cristo según la carne mostraron hacia Él, cuando vinieron a echarle mano precisamente mientras estaba predicando; no sólo *«se quedaron afuera»,* sino que también *«enviaron a llamarle»* (v. 31). Una de las penas más profundas que un ministro de Dios puede sentir en su corazón es que sus propios familiares pongan, de alguna manera, obstáculos a su ministerio.

2. El *respeto* que Cristo mostró en esta ocasión hacia sus familiares según el espíritu. Como en otras ocasiones, también aquí mostró algo semejante a un relativo menosprecio de Su madre (v. Lc. 2:49; Jn. 2:4), si bien lo hacía solamente para que se percatara de que Él tenía que estar *«en las cosas de su Padre»*. Jesús se volvió hacia los que le escuchaban y «mirando *en torno a los que estaban sentados en corro a su alrededor»*, pronunció que ellos eran «Su *madre y Sus hermanos»* (v. 34). Los que no sólo oyen la Palabra de Dios, sino que la ponen por obra (v. Stg. 1:25), *«hacen la voluntad del Padre»* (v. 35) y, por ello, son de la familia de Jesús pues se nutren del mismo alimento que Él (Jn. 4:34); son estimados, amados y cuidados como sus parientes más próximos. Ésta es una buena razón para que *honremos a los que temen a Dios* (Sal. 15:4), a fin de que podamos compartir con los santos este honor.

CAPÍTULO 4

En este capítulo tenemos dos parábolas del sembrador, una del grano de mostaza, y el milagro con que Cristo calmó una tempestad en el lago de Genesaret.

Versículos 1–20

El capítulo anterior comenzaba con la entrada de Cristo en la sinagoga; el actual comienza con la enseñanza de Cristo junto al mar. Así variaba Él sus métodos de enseñanza, para atender de este modo a la diversidad de los oyentes y de las circunstancias. Hallamos aquí una novedad: Él se sentó en una barca para enseñar, mientras la gente estaba de pie en tierra escuchándole. Vemos, pues:

I. La forma en que Cristo enseñaba a la multitud: *«Les enseñaba muchas cosas en parábolas»* (v. 2), pues ese era el método más apto para que le escucharan, ya que a la gente le gusta que le hablen en su propio lenguaje, y muchos oyentes despreocupados se vuelven atentos cuando se les propone una ilustración tomada de las cosas comunes de la vida. Estas ilustraciones son útiles para recordarlas mejor

y, en especial, *para hacer pensar,* aunque para los no interesados en las cosas del espíritu, sólo les sirven de diversión, pues no se toman la molestia de profundizar en ellas: *«por mucho que sigan mirando, ven, pero no perciben»* (v. 12). Cierran voluntariamente los ojos contra la luz y, por ello, justamente pone Cristo su enseñanza bajo la oscura linterna de una parábola, la cual tiene su lado luminoso para los que están prestos a aplicarse la enseñanza a sí mismos, pero para aquellos que sólo la toman como un juego, sólo les da un pequeño rayo de luz de vez en cuando, con lo que se marchan más oscuros que vinieron.

II. La forma en que explicaba las enseñanzas a Sus discípulos: *«Cuando se quedó solo»* (v. 10), no solamente *los doce,* sino también algunos *otros que le rodeaban,* tuvieron la oportunidad de preguntarle el significado de las parábolas. Y Él les dijo cuán grande era su privilegio de poder entender *el misterio del reino de Dios* (v. 11). Mientras otros sólo encontraban *diversión* éstos hallaban *instrucción.* Quienes conocen el misterio del reino de los cielos, han de reconocer que *les es dado;* que han recibido del Señor Jesús, tanto la luz como la vista.

1. Tenemos primero la parábola del sembrador que vemos también en Mateo 13:3 y ss. Comienza con *«Oíd»* (v. 3), y acaba con *«El que tiene oídos para oír, que oiga»* (v. 9). Las palabras de Cristo exigen atención. Debemos atender con todo esmero, incluso a lo que todavía no comprendemos totalmente o correctamente. En las palabras de Cristo hallaremos mucho más de lo que al principio sospechábamos.

2. Vemos luego la explicación que hizo de ella a los discípulos. Tenemos aquí una pregunta que les hizo antes de la explicación, la cual no se halla en Mateo: «*¿No entendéis esta parábola? ¿Cómo, pues, entenderéis todas las demás?»* (v. 13). Como diciendo: «Si no entendéis ésta que es tan sencilla, no tendréis la clave para entender el resto de las parábolas que he de exponeros». Antes de explicar la parábola: (A) Cristo muestra cuán triste era el caso de quienes no disfrutaban del privilegio de penetrar en el significado de las enseñanzas del Señor: «A *vosotros os ha sido dado»,* pero no a ellos. Esto debería despertarnos para orar y esforzarnos a adquirir conocimiento de las cosas de Dios. Si no llegamos a entender las verdades sencillas del Evangelio, ¿cómo podremos entender los pasajes más difíciles? Esta parábola nos enseña precisamente a poner atención en la Palabra de Dios y aplicárnosla, pues así es como penetraremos mejor en ella. Consideremos cuán grande es nuestro privilegio de ser discípulos de Cristo y cuán miserable es la condición de quienes carecen de tales gracias, *«no sea que se conviertan, y se les perdone»* (v. 12), pues sólo quienes se convierten tienen sus pecados perdonados. ¡Misterio grande! Pero no hemos de pensar que esa ceguera les viene a los incrédulos sin culpa de su parte, pues sólo son cegados los que *«detienen con injusticia la verdad»* (Ro. 1:18). (B) Cristo muestra también a Sus discípulos qué vergüenza era para ellos el necesitar explicación especial de lo que habían oído, por no haberlo entendido a la primera. Quienes deseen avanzar en el conocimiento de la doctrina, deben primero reconocer su ignorancia.

Así, pues, les da la explicación de la parábola, como la vimos ya en Mateo. Observemos aquí: (a) Que, en el amplio campo cubierto por el mensaje la Palabra de Dios cae sobre todos sin discriminación: *«El sembrador siembra la palabra»* (v. 14), la arroja a la ventura, sin saber a ciencia cierta dónde penetrará ni qué fruto producirá. La *esparce* para que se *multiplique.* Cristo estuvo ejerciendo este oficio por algún tiempo, cuando pasaba predicando y enseñando, ahora lo hace por medio de Sus ministros y la siembra mediante las manos de éstos. (b) Que, de entre todos los que reciben la palabra por el oído, son relativamente pocos los que la reciben en el corazón, de forma que venga a producir fruto en ellos; aquí hay solamente *uno,* de *cuatro,* con buen resultado. Da mucha tristeza pensar qué cantidad tan grande de la preciosa semilla que es la Palabra de Dios, se siembra en vano y se pierde; pero llegará un día en que se pedirá cuenta a los hombres por *los mensajes no escuchados* (v. Jn. 12:48). (c) Que muchos se sienten conmovidos, por un poco de tiempo, por la palabra, pero no reciben de ella un beneficio permanente. Son emociones súbitas que terminan en una frialdad culpable *«como el crepitar de las zarzas debajo de la olla»* (Ec. 7:6). Los representados aquí por *«los que fueron sembrados en pedregales, reciben la palabra con gozo»* (v. 16), pero terminan en nada por faltarles la *raíz* de convicción (v. 16). (d) Que la causa de que la palabra no produzca una impresión eficaz y permanente en la mente de los que oyen, no está en la semilla, sino en ellos: unos no ponen atención, de forma que les entra por un oído y les sale por el otro; otros se intimidan a la primera prueba o contrariedad; en otros las corrupciones pueden más que las convicciones. No hay fruto que permanezca. (e) Que el diablo está muy atento a la predicación de la palabra, no para sacar provecho de ella, sino para impedir que los demás saquen ese provecho, pues viene velozmente, como las aves de presa más veloces, y se la lleva antes de que le presten consideración (v.

15). El gran enemigo de las almas no pierde tiempo en quitarles oportunidades de salvación. (f) Que muchos no sacan provecho de la predicación porque el corazón les rebosa de mundanidad: riquezas, placeres, preocupaciones excesivas de negocios terrenales etc., que ahogan la semilla. Sólo Marcos registra la frase «*y los deseos de las restantes cosas*» (v. 19): un apetito necio y desordenado de cosas que agradan a los sentidos o simplemente a la fantasía. ¡Triste cosa es que una persona se arruine por aferrarse a lo que posee, pero es más triste que no poseyendo nada se arruine por la ambición de poseer! (g) Que, finalmente, lo que Dios espera es *fruto,* no hojas; y fruto que corresponda a la *especie* de la semilla: una mentalidad y una conducta de acuerdo con el Evangelio. Por otra parte, no puede esperarse *buen fruto si* no se ha sembrado *buena semilla.* Es aquí donde los predicadores y maestros de la Palabra han de examinarse a sí mismos, para ver si lo que siembran es Palabra de Dios o mero producto de su erudición.

Versículos 21–34

I. El Señor pasa después a insinuar que los que *son* buenos deben hacer el *bien,* lo que equivale a *producir fruto.* Dios espera que los dones y las gracias que nos otorga, se aprovechen y le devuelvan el servicio y la gloria que se merece (v. 21), porque «*¿Acaso se trae la lámpara para ponerla debajo del almud, o debajo de la cama?*» ¡No! *Se ha de poner sobre el candelero.* Todo creyente, así como ha recibido más luz, debe difundirla. Aunque sólo sean como *candelas;* comparados con el *Sol de justicia,* deben *arder y alumbrar,* aunque sea *por un tiempo* (Jn. 5:35). Tanto mayor razón para brillar lo más y mejor posible. Una candela da luz a un pequeño espacio y por un poco tiempo, fácilmente se la puede apagar de un soplo, y está continuamente gastando aceite o cera y dando humo y mal olor; pero, por pobre y manchada que esté, debe brillar y no ha de esconderse bajo falsas excusas. «El *"almud"*—dice el profesor Trenchard—es una medida para grano, así que puede significar el *comercio,* pues la luz del testimonio del creyente suele esconderse muy a menudo porque da demasiada importancia a las preocupaciones materiales; la *"cama"* simboliza la *pereza,* que también ahoga el testimonio.»

Jesús da la razón de esto al añadir que «*no hay nada oculto sino para ser manifestado*» (v. 22). No hay, de parte de Dios, tesoros de dones y gracias, otorgados a un ser humano, sino con el designio de ser comunicados; el Evangelio no estaba destinado a ser un *secreto* reservado a los apóstoles, sino «*para salir a la luz*» y ser divulgado en todo el mundo (v. Hch. 1:8). Aunque Jesucristo explicó en privado las parábolas a sus discípulos Su designio, sin embargo, era que ellos lo expusieran públicamente: eran *enseñados* para *enseñar.*

II. Los que escuchan la palabra del Evangelio tienen que esmerarse en *atender* a ella. Por eso, después de haber dicho: «*El que tiene oídos para oír, que oiga*» (v. 23), añade: «*Atended a lo que oís*» (v. 24). Lo que oímos no nos aprovecha a menos que lo consideremos; y si deseamos que otros nos oigan con atención, debemos primero atender nosotros a lo que Dios nos dice. En este sentido también, lo anterior empalma con lo que sigue: «*con la medida con que midamos, nos será medido*». Y, en la medida en que usemos bien los dones que Dios nos ha concedido, se aumentará también nuestra capacidad. Si hacemos buen uso del conocimiento que ya poseemos, nuestros conocimientos aumentarán pero, si escondemos el talento que nos ha sido prestado, pronto se tornará inútil; el hierro que no se usa, presto se oxida. Así se entiende lo que dice el Señor: «*Porque al que tiene, se le dará; y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará*» (v. 25). Es decir, al que hace buen uso de los dones que se le han encomendado, se le entregarán nuevos dones con las nuevas responsabilidades, pero al que no se ha responsabilizado lo suficiente con el don que tenía, es natural que se le quite lo que tenía ocioso y sea entregado a otro que haga buen uso de él. Lo contrario sería moralmente injusto, pues equivaldría a medir con medida falsa.

III. De aquí, pasa el Señor a exponer otra parábola que sólo se halla en Marcos, y viene a ser como el complemento de la otra parábola del sembrador. Ahora vemos una simiente que ha caído en buen terreno, y el Señor quiere enseñarnos ahora que el crecimiento de la semilla no se puede forzar, sino que es el poder interior del Espíritu Santo el que produce el inicio del proceso, así como el progreso y la consumación de la obra al poner en sazón la cosecha. Es lo mismo que viene a decir el apóstol en 1 Corintios 3:6 y ss.: el ministro de Dios (y lo mismo digamos de cada creyente) se limita a plantar y regar, pero el crecimiento interior lo da Dios. Así como tendríamos por loco al hortelano que saliese al campo a estirar las hojas de las lechugas para que crecieran antes, así también «*no depende del que quiere, ni del*

que corre, sino de Dios que tiene compasión» (Ro. 9:16). Así, sin ruido, sin prisa y sin pausa, entra el reino de Dios en una persona (vv. 26–29). Veamos la descripción que de esto hace Jesús:

1. Primero, *la semilla brota.* Aunque parezca perdida y sepultada bajo los terrones, se abrirá paso a través de ellos. Cuando un campo está sembrado de trigo, ¡cuán pronto se altera su faz! ¡qué aspecto tan agradable y hermoso presenta cuando está cubierto de verde!

2. El labrador no puede describir cómo se realiza ese portento: *«la semilla brota y crece de un modo que él mismo no sabe»* (v. 27). De la misma manera, nosotros no sabemos cómo actúa el Espíritu, por medio de la Palabra, para cambiar un corazón; es como el soplar del viento, cuyo sonido oímos, pero no sabemos de dónde viene ni adónde va (Jn. 3:5–8).

3. Una vez que sembró la semilla, el labrador no hace nada para que nazca y crezca: *«ya duerma, ya se levante, de noche y de día»* y, aunque quizá no vuelva a pensar en ella, *«la tierra da el fruto por sí misma»* (gr. *automate* de donde viene la palabra «automáticamente»); es decir, al seguir espontáneamente el curso de la naturaleza. Así también la *palabra de gracia,* cuando se recibe con fe, se convierte en el corazón en una *obra de gracia.*

4. Crece, no de una vez, sino gradualmente: *«primero el tallo, luego la espiga, después grano abundante en la espiga»* (v. 28). Una vez nacida, sigue su curso; la naturaleza tiene su curso, y también la gracia lo tiene. El interés de Cristo es, y será, un interés *creciente;* y aunque los comienzos sean pequeños, el final será muy grande. Aun cuando al principio se vea solamente un tierno tallo que la escarcha puede mustiar o la planta del pie aplastar, con todo crecerá hasta convertirse en una espiga y, después, granos maduros en la espiga. La obra de Dios progresa sin ruido y de un modo insensible, pero avanza a través de los obstáculos sin detención ni fracaso.

5. Finalmente, llega a su perfección y se pone en sazón (v. 29): *«Cuando el fruto lo admite, en seguida mete la hoz, porque ha llegado la siega».* Del fruto que el Evangelio produce en el corazón Cristo recoge una *cosecha.* Cuando llegue el tiempo final de las siembras, los justos serán recogidos como trigo *en el granero de Dios* (Mt. 13:30).

IV. En otra parábola, cuyo sentido es muy discutible, el Señor muestra la forma en que la semilla crece en el reino de Dios (vv. 30–32). Una cosa es cierta: La semilla del grano de mostaza, a pesar de la pequeñez de su tamaño da origen a un arbusto tan grande que *las aves del cielo pueden cobijarse bajo su sombra.* Esta parábola se halla también en Mateo 13:31–32, con la variante de que *«vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas».* Contra la opinión de muchos comentaristas, y de la mano de grandes expertos de la Palabra de Dios, creemos que este crecimiento *no es normal.* Dice Trenchard: «Una legumbre que se hace árbol no es un proceso natural, y el simbolismo de "las aves" no significa nada bueno». En Mateo, como en Marcos 4:4, 15, *«las aves»* simbolizan la obra del diablo; estas aves *«hacen sus nidos»* (Mt. 13:32) en las ramas de este *árbol,* es decir, se aposentan en él, sólo para aprovecharse de su altura. En cuanto al cobijo bajo su sombra (Mr. 4:32), el propio Lenski, que echa a buena parte el sentido de la parábola, confiesa lo siguiente: «Las aves del campo que se abrigan bajo su sombra no son ciudadanos del Reino; su permanencia en las ramas es sólo pasajera. Estas aves del campo son los hombres en general que viven en todas partes, y encuentran que la Iglesia es útil, y gozan de su sana influencia en el mundo».

V. El escritor sagrado, al omitir aquí otras parábolas narradas por Mateo, dice: *«Con muchas parábolas como éstas les hablaba la palabra conforme a lo que podían oír»* (v. 33), es decir en la medida en que eran capaces de entenderla. Por eso tomaba sus ilustraciones de las cosas con que los oyentes estaban familiarizados. Su manera de expresarse era, pues, fácil y, por otra parte, lo bastante profunda para que después la meditasen y rumiasen para su edificación. Al usar un paralelismo antitético, frecuente en la Biblia, Marcos añade, como Mateo (13:34), que *«sin parábolas no les hablaba»* (v. 34). *Pero a sus discípulos les explicaba todo en privado.* ¡Cómo desearíamos que nos hubiesen llegado las explicaciones que Jesús dio a todas estas parábolas como lo hizo con la parábola del sembrador! Con todo, Sus propios discípulos no entendieron plenamente muchas cosas hasta el día de Pentecostés, después de la resurrección y ascensión del Señor (v. por ej., Jn. 2:22; 12:16).

Versículos 35–41

El milagro que a continuación se nos narra, con el que llevó la tranquilidad a los discípulos, al calmar la tormenta del lago, lo hallamos también en Mateo 8:23 y ss., pero aquí se refiere más en detalle.

1. Sucedió *«aquel mismo día, al atardecer»* (v. 35). Después de haber trabajado durante todo el día en continua enseñanza, en lugar de *reposar,* se *expuso al* peligro. Muchas veces, el final de un trabajo es el comienzo de una sacudida.

2. Él mismo propuso hacerse a la mar: *«Pasemos al otro lado».* Allí también había trabajo por hacer. Cristo pasó haciendo el bien, y no había obstáculo que le impidiese seguir adelante con Su obra.

3. No se hicieron a la mar sino después de *haber despedido a la multitud* (v. 36). Despedir no significa despachar, sino dejarles ir con sus necesidades satisfechas y sus preguntas respondidas, porque el Señor nunca permitió que alguien se marchase de Él quejándose de haber acudido a Él *en vano* (comp. con Jn. 6:35–37).

4. Le tomaron *«tal como estaba»,* sin ninguna preparación y rendido como estaba de tanto trabajo (comp. con Jn. 4:6). Quizá, sin el manto que le abrigase al bajar la temperatura con la brisa de la tarde.

5. La tempestad que se levantó era *«tan violenta, que las olas irrumpían en la barca, de tal manera que ya se estaba llenando»* (v. 37). Al ser una barca pequeña, las olas la zarandeaban malamente hasta inundarla.

6. *«Había otras barcas con Él»,* las cuales, seguramente, estarían pasando el mismo peligro y suscitando idéntica inquietud. La multitud se había ido tranquilamente, cada uno a su casa, pero había quienes se aventuraban a seguirle incluso en el mar. Bien puede uno hacerse a la mar en compañía de Cristo, sin miedo alguno, aun cuando puedan avizorarse las más fuertes tormentas.

7. *«Él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal»* (v. 38); es decir, estaba en el lugar del piloto, junto al timón. Allí había un *cabezal,* sobre el que dormía plácidamente para poner a prueba la fe de Sus discípulos y, también, para incitarles a orar; en la prueba, la fe de ellos resultó *débil* pero sus oraciones fueron *fuertes.* A veces, cuando la Iglesia está sufriendo bajo una tormenta, parece como si Jesús estuviera dormido, sin preocuparse de los problemas de los Suyos e, incluso, como si no escuchase sus oraciones, pero, a pesar de las apariencias, *«el que guarda a Israel, no dormirá ni se adormecerá»* (Sal. 121:3–4). Jesús dormía, pero Su corazón estaba despierto.

8. A pesar de que su fe era débil, los discípulos sacaron fuerzas de flaqueza al tener presente al Maestro, y apelaron al remo de la oración cuando los remos del barco no les servían. Su último recurso era despertar al Maestro, aun cuando una barca que llevaba a Cristo, por mucho que las olas la zarandearan no podía hundirse. Además, el propio Jesús les había asegurado del éxito de la travesía al decirles: *«Pasemos al otro lado»* (v. 35). De todos modos, cuando Cristo parece dormido en medio de una tempestad, es despertado por las oraciones de los Suyos; podemos estar en el extremo de nuestro ingenio o de nuestras fuerzas, pero no en el extremo de nuestra fe, al tener tal Salvador a quien acudir. La forma en que se dirigen ahora al Señor no puede ser más apremiante: *«Maestro, ¿no te importa que estemos pereciendo?»* (v. 38). Confieso que esto me suena demasiado áspero, más como regañándole por dormirse, que pidiéndole despertarse. No hallo excusa para este lenguaje, excepto que la situación en que se hallaban les atemorizaba hasta tal punto que no sabían lo que decían. Quien sospeche que Cristo no tiene cuidado de Su pueblo cuando ocurren graves problemas, ya sea en la Iglesia o en la vida del creyente, le hace al Señor una grave injuria.

9. Escuchemos la voz de mando con que Cristo reprendió a la tempestad, y que no hallamos en Mateo. Le dijo: *¡Calla, enmudece!»* (v. 39). Que cese de rugir el viento, y de bramar el mar. El ruido es amenazador y terrorífico ¡que no se oiga más de él! Esto es, (A) una voz de mando para nosotros; cuando nuestro perverso corazón, *«como el mar en tempestad, no puede estarse quieto»* (Is. 57:20), pensemos que estamos oyendo la voz de Cristo que dice: *¡Calla, enmudece!* No pensemos en medio de la confusión, no hablemos sin premeditación. Simplemente callemos y calmémonos; (B) una voz de consuelo para nosotros, sabiendo que, por fuerte, temible y ruidosa que sea la tormenta Jesucristo puede calmarla con una sola palabra de Su boca. Quien hizo el mar, le puede hacer callar.

10. La reprensión que dio Cristo a Sus discípulos por haber cedido al miedo, se halla aquí con más detalles que en Mateo 8:26. Allí leemos. *«¿Por qué teméis, hombres de poca fe?»* En Marcos 4:40, vemos: *«¿Por qué sois tan miedosos? ¿Cómo es que no tenéis fe?»* No es que los discípulos carecieran de fe por completo, pero en esta ocasión su miedo prevalecía de tal modo, que parecían no tener ninguna, ya que no les servía para nada. Quienes piensen que Cristo no se preocupa de los Suyos cuando están en peligro, deben abrigar fundadas sospechas acerca de su fe.

11. Finalmente, la impresión que este milagro hizo en los discípulos está aquí expresado de modo diferente al que hallamos en Mateo 8:27. Allí leemos: «*Y los hombres se maravillaron*» mientras que Marcos dice: *«Ellos se aterraron mucho»* (v. 41). Ahora, su miedo se volvió hacia otra dirección, rectificado por su fe. Cuando, antes, tenían miedo del viento y del mar, era por la falta de reverencia que deberían haber tenido hacia Cristo. Pero ahora que habían visto una demostración tan maravillosa del dominio de Jesús sobre el viento y el mar, temieron a éstos *menos*, y a *Jesús más.* Primero tuvieron miedo del poder y de la ira del Creador en la tempestad, y ese miedo les ofuscaba y atormentaba, pero ahora temían el poder y la gracia del Redentor en la calma; y esto les llenaba de temor reverencial, pero también de gozo y satisfacción. *«Se decían unos a otros: ¿Pues quién es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?»* Seguramente, más que un mero hombre.

CAPÍTULO 5

En este capítulo, tenemos la expulsión de la legión de demonios, efectuada por Jesús a favor de un desdichado poseso, y la subsiguiente entrada de los demonios en los cerdos, con lo que toda la piara se precipitó al mar. Después vemos la curación de la mujer que sufría de una hemorragia incurable, curación que Jesús llevó a cabo cuando se dirigía a casa de Jairo para devolver la vida a su hija.

Versículos 1–20

Otro ejemplo del poder de Cristo sobre el *«hombre forzudo»*. Este milagro fue llevado a cabo cuando habían llegado *«al otro lado del mar»* (v. 1), adonde llegó a través de una tempestad. Su objetivo era ahora rescatar a esta pobre criatura de las manos de Satanás.

I. La miserable condición en que este hombre se hallaba: *«poseído de un espíritu inmundo»* (v. 2). Su estado era lamentable, con accesos de locura tan violentos, cuales no se vieron en ningún otro de los posesos que fueron curados por el Señor.

1. *«Tenía su morada entre los sepulcros»* (v. 3), en un lugar donde yacían los muertos. Estos sepulcros estaban apartados de las ciudades, en lugares desiertos. Quizás el demonio lo llevaba allá. Tocar un sepulcro comportaba contaminación. Los espíritus *inmundos* llevan a las personas a lugares y compañías que *contaminan,* y de este modo los mantienen bajo su poder. Al rescatar a las almas del poder de Satanás, Cristo *salva a los vivos de entre los muertos.*

2. Este hombre poseía una fuerza formidable y nadie le podía domeñar: *«nadie podía atarle ni con cadenas»*. No sólo no servían de nada las cuerdas, por fuertes que fueran, sino que ni aun los grilletes y las cadenas podían sujetarle, puesto que rompía y destrozaba todo ello (vv. 3–4). Esto muestra la triste condición de las almas que caen bajo el dominio del diablo. Algunos pecadores notoriamente voluntarios son como este loco. Los mandamientos y las maldiciones de la Ley son como cadenas y grilletes, destinados a refrenar a los pecadores de sus caminos perversos, pero ellos *quiebran estas ataduras* (Sal. 2:3; Jer. 5:5).

3. Sólo servía de terror y tormento, tanto a sí mismo como a cuantos le rodeaban (v. 5). El diablo es un amo *muy cruel.* Esta desdichada criatura *«andaba continuamente, de noche y de día, entre los sepulcros y por los montes, dando gritos y cortándose con piedras»* ¿Qué es el hombre, cuando la razón es destronada, y Satanás es entronizado en él?

II. Su contacto con el Señor (v. 6): «Al ver *de lejos a Jesús,* corrió y *se postró* ante *Él»*. Este hombre acostumbraba correr hacia otros con rabia, pero hacia Cristo corrió con *reverencia.* Por la acción invisible de las manos de Jesús se pudo dominar a quien ni las cadenas ni los grilletes podían sujetar; su rabia y su furia amainaron en un instante y, aunque su gesto no significa propiamente adoración, sí que es un homenaje prestado obligadamente ante la presencia y el poder de un superior.

III. La palabra de mando que le dirigió Cristo: *«Sal del hombre, espíritu inmundo»* (v. 8). El mismo Señor que hizo que el hombre corriese hacia Él y se postrara a Sus pies, hizo también que alcanzase alivio

mediante la expulsión de sus atormentadores. Si Cristo actúa *en* nosotros para orar de corazón por ser libertados de Satanás, actuará también *por* nosotros para conseguirnos esa liberación.

IV. El miedo que el diablo tenía de Cristo. Usando la lengua del endemoniado, dijo el diablo *«gritando con gran voz: ¿Qué tengo yo que ver contigo?»* (v. 7). Notemos en este versículo: 1. Que llama al Señor *«Jesús»*, que significa «Dios salva». 2. Llama a Dios *«Altísimo»*, esto es, superior a todos los demás pretendidos dioses. 3. Reconoce que Jesús es el *«Hijo del Dios Altísimo»*. Con esto vemos que no es extraño oír las mejores palabras de las peores bocas. Una piedad de dientes para afuera es cosa fácil. El hipócrita mejor hablado no puede decir cosas mejores que éstas. ¡Y las dijo el diablo! 4. Al mismo tiempo, viene a decirle a Jesús: *«¿Qué tengo yo que ver contigo?»* (v. 1:23); como si dijera: «No te metas conmigo, pues yo no me meto contigo»: es una de las mentiras del diablo, inspirada aquí por el miedo. 4. Por eso, añade: *«Te conjuro por Dios que no me atormentes»*. También Caifás se atrevió a conjurarle por el Dios viviente (v. Mt. 26:63). El demonio reconoce abiertamente el poder absoluto de Jesús y le suplica que, en caso de salir del poseso, no le envíe de inmediato al abismo.

V. El siguiente diálogo de Jesús con los demonios no se halla en Mateo. Cristo pregunta al demonio: *«¿Cuál es tu nombre?»* La respuesta es: *«Mi nombre es legión, porque somos muchos»* (v. 9). Esto insinúa: 1. Que los demonios están organizados *paramilitarmente* (comp. con Ef. 6:12). Las huestes diabólicas hacen guerra contra Dios y Su gloria, contra Cristo y Su Evangelio, contra los hombres y su santidad, tanto como contra su felicidad. 2. Que son *numerosos*. Una legión romana constaba de unos 6.000 soldados. Aunque no fuese precisamente ese el número de los demonios que habían tomado posesión de este hombre, lo cierto es que eran muchos. 3. Que actuaban de común acuerdo, como una *legión* alistada bajo la misma bandera y para la misma causa perversa. 4. Que son *poderosos y* temibles. ¿Quién puede hacer frente a una *legión?* Con nuestras propias fuerzas, somos incapaces de luchar con éxito contra un enemigo tan formidable pero *en el Señor, y con el poder de Su fuerza,* podemos *resistir* a nuestros enemigos espirituales.

VI. La súplica que esta legión de demonios hizo a Cristo, de que les permitiera entrar en una piara de cerdos que *«pacía en la ladera del monte»* (v. 11). La petición era: 1. *«Que no los enviara fuera de la región»* (v. 10) no sólo que no les atormentara antes de tiempo, sino que no les expulsara de la región. Parece ser que tenían especial afición (o, más bien, especial desprecio) a la región aquella. 2. Que les permitiera *entrar en los cerdos* (v. 12).

VII. El permiso que Cristo les dio de entrar en los cerdos y la subsiguiente perdición de la piara (v. 13). *«Él les dio permiso»*. Inmediatamente, *«los espíritus inmundos, saliendo, entraron en los cerdos; y la piara, unos dos mil, corrió a precipitarse por el acantilado al mar, y se ahogaron en el mar»*. Los espíritus *inmundos* entraron en los cerdos, que eran animales *inmundos* según la Ley. Los hombres que, como los cerdos, se deleitan en el fango de los placeres sensuales, son morada apta para habitación de Satanás. ¡Triste final el de aquellos cerdos, pero más triste el de los hombres que gustan de ensuciarse en el pecado, precipitándose así de cabeza en el Infierno, a menos que se lleguen a Jesús con fe y arrepentimiento!

VIII. Lo sucedido se divulgó rápidamente por toda la comarca. *Los que apacentaban a los cerdos* se dieron prisa en comunicar a sus amos lo ocurrido (v. 14). Eso reunió a mucha gente y la incitó a venir por ver lo que había pasado. Esta gente, precisamente cuando *vieron al endemoniado sentado, vestido y en su sano juicio, les entró miedo* (v. 15). ¡Es asombroso! Ahora, que es cuando menos motivo había para tener miedo en aquel lugar, una vez curado el que sembraba el terror en aquellos contornos, es cuando tienen miedo ¡de Jesús! Dice Lenski: «En lugar de ser atraídos a Jesús, se apartan de Él. No veían su misericordia; sólo temían su poder. Esta reacción era enteramente anormal y sin razón, como lo son todas las reacciones de la incredulidad». Entretanto, el que había sido poseído por la legión de demonios, estaba *vestido y en su sano juicio.* Una vez que el diablo fue expulsado, el hombre recobró su sano juicio, «volvió en sí» (comp. Lc. 15:17), para ser su «verdadera persona» (v. Ec. 12:13). Quienes se someten, en amor y obediencia, al poder de Cristo, no sólo se ven libres del poder de Satanás, sino que están capacitados para vivir *«sobria, justa y piadosamente»* (Tit. 2:12).

IX. A continuación, contemplamos una de las escenas más tristes que los evangelistas nos han legado (v. 17). La gente aquella, al ver lo que había ocurrido al endemoniado y a los cerdos *«comenzaron a rogarle»* (lo cual muestra que los dueños de los cerdos eran judíos, pues, de haber sido gentiles le habrían echado la culpa de la pérdida, y le habrían *exigido) «que se alejara de los confines de ellos».* La liberación del endemoniado y del peligro que su anterior condición constituía, no significaba nada para esta gente; lo único que ellos lamentaban era la pérdida de los cerdos. ¡Así se comportan todos los materialistas! Puestos a escoger entre Cristo y los cerdos, prefieren a éstos. Así que los demonios se salieron con la suya, puesto que su mayor deleite consiste en ver a los pecadores satisfechos con *el amor del mundo* (comp. 1 Jn. 2:15). Si estos hombres hubiesen dejado su grosero materialismo, Jesús tenía para ellos vida y felicidad genuina, pero al no estar dispuestos a renunciar al pecado ni a perder sus puercos, prefirieron abandonar al Salvador. No se puede servir a dos señores.

X. Finalmente, se nos dice cómo se comportó el pobre poseso después de su liberación. 1. *«Le rogaba* [a Jesús] *que le dejara quedarse con Él»* (v. 18). 2. *«Pero no se lo permitió»* tenía para él otra labor que desempeñar: *«Vete a tu casa, adonde los tuyos, y cuéntales todo cuanto el Señor ha hecho por ti, y cómo tuvo compasión de ti»* (v. 19). De esta manera, sus parientes, sus amigos y sus vecinos podían ser edificados por el testimonio de él e invitados a creer en Jesucristo. Debe poner un énfasis especial en la *compasión* de Jesús más aún que en su *poder,* al tener en cuenta el miserable estado en que antes se encontraba. 3. El hombre, en un transporte de alegría *comenzó a proclamar* por toda la comarca *«cuánto había hecho Jesús por él»* (v. 20). El resultado fue que *«todos se admiraban».* Ahí termina el relato. Es de temer que muy pocos fuesen algo más lejos de esa admiración. Entonces, como ahora, muchos admiran a Cristo como a un gran Maestro, un buen hombre, incluso un mártir de una causa justa, pero no se entregan a Él como al único Salvador personal, necesario y suficiente.

Versículos 21–34

Como los gadarenos no deseaban que Cristo permaneciera en la comarca de ellos, Él no se quedó para molestarles por más tiempo, sino que marchó enseguida por el mar *«a la otra orilla»* (v. 21), y allí *«se aglomeró junto a Él una gran multitud».* Aunque algunos rechazan a Cristo, otros, en cambio, le reciben y le acogen con gozo.

I. Tenemos a uno que viene a suplicarle en público que vaya a sanar a su hija enferma; es nada menos que *«uno de los dirigentes de la sinagoga»* (v. 22). Su nombre no se halla en Mateo, pero aquí se le nombra como *Jairo o Jair* (v. Jue. 10:3). Se dirige a Cristo con gran humildad y reverencia: *«al verle, cae ante sus pies»* y, como quien se halla en gran apuro, *«le suplica con insistencia»* (v. 23). Tiene una *«hijita»,* de unos doce años (v. 42); a no dudar, la predilecta de la familia; y «está *a punto de morir»;* pero cree que, si Cristo viene y «pone *las manos sobre ella»,* la niña volverá aun de las puertas mismas del sepulcro. En Mateo, el padre dice un poco más tarde: *«Mi hija acaba de morir»* (Mt. 9:18). Pero aun así, él continúa con su petición. Jesús accede de buen grado y marcha con él (v. 24).

II. En esto, otra persona se interpone para *robarle clandestinamente* (valga la expresión) la curación de una enfermedad, y se lleva lo que deseaba. Esta curación fue llevada a cabo por Jesús mientras iba de camino a la casa de Jairo para devolverle la vida a la hija de éste. Jesús pronunció muchos de Sus discursos y realizó muchos de Sus milagros mientras *iba de camino.* También nosotros habríamos de procurar hacer el bien, no sólo cuando estamos *sentados en casa,* sino también cuando *vamos de camino.*

1. El lastimoso caso de esta pobre mujer. Padecía de un constante flujo de sangre, una *continua hemorragia desde hacía doce años* (v. 25). Había consultado a cuantos médicos pudo visitar y había seguido fielmente las prescripciones que ellos le habían recetado, pero *«había gastado todos sus bienes sin provecho alguno sino que, por el contrario, había empeorado»* (v. 26). Podemos, pues decir que estaba desahuciada. Es bastante corriente el caso de que la gente no acuda a Cristo sin que antes haya procurado en vano encontrar alivio en otras personas, para percatarse finalmente de que son *médicos que de nada sirven.* Sin embargo, Cristo demostrará que es *refugio seguro* incluso para quienes le buscan como *último refugio.*

2. La estupenda fe que esta mujer tenía en el poder de Cristo para sanarla: *«Porque decía: Si toco aunque sólo sea su manto, seré curada»* (v. 28). Deseaba una curación en secreto, y su fe era adecuada para su caso.

3. El maravilloso efecto que su fe consiguió: *«Inmediatamente cesó su hemorragia»* (v. 29). El flujo de sangre se secó al instante, y ella misma *«sintió en su cuerpo que había quedado curada de su aflicción»*. Aquellos a quienes Cristo sana de ese terrible flujo del mal, que es el pecado, no pueden menos de experimentar en sí mismos un cambio favorable.

4. La pregunta de Jesús sobre la secreta paciente y el ánimo que le dio. Cristo *«se percató en su interior de que había salido de El un poder»* (v. 30). Deseoso de conocer a Su paciente, preguntó, no con desagrado, como quien ha sido afrentado, sino con ternura, como quien está interesado: «*¿Quién ha tocado mis vestidos?»* Los discípulos casi se burlaron de esta pregunta: *«Estás viendo que la multitud te apretuja, y dices: ¿Quién me ha tocado?»* (v. 31). Pero Cristo no cesó por eso en su investigación, sino que *«continuaba mirando en torno suyo para ver a la que lo había hecho»* (v. 32); no para reprenderla de presunción, sino para alabar su fe y, con Su palabra y Su acción, garantizar y corroborar la curación. Lo mismo que los pecados secretos, también los actos secretos de virtud son conocidos del Señor Jesús y caen bajo Su mirada. La pobre mujer, al darse cuenta de las pesquisas de Jesús, se presentó ante Él *«temerosa y temblando»* (v. 33), al no saber a ciencia cierta cómo le habría sentado su acción al Maestro. Los pacientes de Cristo están muchas veces temblando cuando deberían estar triunfando. Podía haberse acercado con toda confianza, *«sabiendo lo que le había ocurrido»;* a pesar de ello, tiene miedo y tiembla. Era una sorpresa, una bendita sorpresa y, sin embargo, parecería que era una desagradable sorpresa. De todos modos, *«echándose a sus pies, le dijo toda la verdad»*. No hay mejor cosa para quienes tienen miedo y temblor que echarse a los pies de Jesús. Alguien ha dicho muy bien: «¿Tienes miedo de Dios? ¡Échate en Sus brazos!» También nosotros debemos decirle a Jesús *toda la verdad;* no debemos avergonzarnos de nuestras transacciones secretas con Jesús, sino, por el contrario, cuando se presente la ocasión, mencionemos lo que Él ha hecho por nosotros y la experiencia que tenemos de la virtud curativa que se deriva de Él. ¡Cuánto ánimo le dieron a la mujer las palabras de Jesús: *«Hija, tu fe te ha sanado»* (v. 34). La gracia de Dios pone su *«Amén»* a nuestras oraciones: « Así sea (o, "así será") para ti». Por tanto, *«vete en paz»*.

Versículos 35–43

Después de haber sanado una enfermedad incurable, Cristo triunfa ahora sobre la muerte.

I. A Jairo le llegan las tristes nuevas de que «su *hija ha muerto*» (v. 35). Mientras hay vida hay esperanza, solemos decir; hay que recurrir a todos los medios posibles; pero cuando se acabó la vida, se acabó la esperanza: *«¿Por qué molestas aún al Maestro?»* De ordinario, en casos como éste, el pensamiento apropiado es: «La cosa está decidida, se ha cumplido la voluntad de Dios y me someto a ella: *Jehová me lo dio y Jehová me lo quitó* (Job 1:21)». Pero el presente caso es extraordinario: la muerte de esta niña no pone punto final a la narración.

II. Cristo anima al afligido padre para que no pierda la esperanza: *«no haciendo caso de lo que se hablaba»* (trad. literal), y aunque se había detenido en el camino para realizar *de paso* una curación, Cristo le asegura a Jairo que no ha emprendido aquel viaje en vano, y que no va a perder nada por lo que otros han ganado: *«No temas, cree solamente»* (v. 36). Podemos suponer que Jairo, al oír la triste noticia, se quedaría perplejo por un momento, y no sabría Si pedirle al Señor que siguiera con El o no; pero ¿es que no tenemos la misma oportunidad para la gracia y los consuelos de Dios, cuando hay luto en casa, que cuando hay enfermedad? Por eso, Cristo deja bien clara su determinación: *«No temas* que mi presencia no sirva para nada; *cree solamente* que yo puedo hacer que todo acabe bien». Tengamos confianza en Cristo y dependamos siempre de Él, y Él hará para nosotros lo mejor (comp. con Sal. 37:5). Creamos en la resurrección, y no habrá por qué temer.

III. Al llegar a la casa, Cristo se sacudió la multitud y entró en la habitación de la niña acompañado únicamente de cinco personas: *«Pedro, Jacobo y Juan»* (v. 37) y «*al padre de la niña y a la madre»* (v. 40); es decir, a los discípulos predilectos de Él, y a los familiares más directos de la difunta.

IV. Inmediatamente procedió a devolver la vida a la muchacha. En ello podemos observar:

1. Que la niña era muy estimada y querida, pues los parientes y vecinos *«lloraban y daban grandes alaridos»* (v. 38).

2. Que la niña estaba realmente muerta. Lo confirma el hecho mismo de que se burlaran de Jesús por haber dicho: *«La niña no está muerta, sino que duerme»* (v. 39).

3. Que Cristo no quiso que fueran testigos del milagro quienes de tal manera ignoraban las cosas de Dios, que no entendían lo que quiso decir al hablar de la muerte como *dormición,* o eran tan burlones que *«se reían de Él»*.

4. Que tomó a los padres de la muchacha para que fueran testigos del milagro y consolarles, ya que ellos se dolían *verdaderamente,* al dolerse *calladamente.*

5. Que Cristo resucitó a la niña mediante *«la palabra de su poder»* (cf. He. 1:3), la cual se nos da aquí en la propia expresión original del arameo que Jesús hablaba, y que Marcos traduce al griego, ya que su Evangelio no iba dirigido primordialmente a judíos: *«Talithá cumi, que traducido significa: Muchacha, levántate»* (v. 41). Este imperativo no es sólo un mandato, ya que los muertos no tienen en sí mismos el poder para levantarse; con el mandato del Señor, va también el poder para hacerlo efectivo. Cristo obra lo que manda, y obra mediante el mandato y, por ello, puede mandar lo que le plazca, incluso que se levante un muerto. Lo mismo hace el Evangelio con los que por naturaleza están muertos en sus pecados y delitos y, por su propio poder, no son capaces de levantarse de su estado, como tampoco esta muchacha podía levantarse de su lecho de muerte.

6. Que la muchacha, tan pronto como volvió a la vida, *«se levantó y se puso a caminar»* (v. 42). La vida espiritual se muestra en *levantarse* del lecho de la pereza y despreocupación, y *ponerse a caminar* santamente en el nombre y con el poder de Cristo.

7. Que todos cuantos presenciaron el milagro, *«quedaron fuera de sí, llenos de asombro»*. (v. 43). No pudieron menos de reconocer que había allí algo realmente extraordinario que ellos no podían explicar ni entender.

8. Que Cristo se esforzó por mantener secreto lo sucedido: *«Les dio órdenes estrictas de que nadie se enterara de esto»*. Ya hemos expuesto en otros lugares la razón de ello: los judíos de aquel tiempo necesitaban cambiar de mentalidad con respecto a Jesús pues esperaban un Mesías politicomilitar que les libertase del yugo de los romanos.

9. Que Cristo se preocupó de que a la muchacha *se le diese algo de comer* (v. 43). Con ello se mostraba que la muchacha había vuelto, no sólo a la vida, sino también a un estado de salud perfecto, al sentir apetito por la comida. Igualmente, cuando Cristo imparte la vida espiritual, provee también el sustento para la vida eterna, y nunca abandona la obra de Sus manos, sino que lleva a feliz término lo que ha comenzado (comp. con Fil. 1:6).

CAPÍTULO 6

Vemos a Cristo despreciado por sus paisanos. También vemos el poder que otorgó a Sus apóstoles. A continuación, se nos refiere incidentalmente la muerte del Bautista, y los milagros que Jesús obró después, entre los que destacan la alimentación de los cinco mil y el andar sobre las aguas del lago de Genesaret.

Versículos 1–6

I. Cristo hizo una visita *«a su pueblo»;* es decir, a Nazaret, donde se había criado y donde estaban sus parientes más próximos. Si esta visita es distinta de la que narra Lucas en su Evangelio (Lc. 4:16 y ss.), como muchos creen es admirable que Jesús condescendiera en visitar de nuevo Nazaret, al haber estado en tal peligro allí (Lc. 4:29).

II. *«Cuando llegó el sábado, comenzó a enseñar en la sinagoga»* (v. 2). En el día en que nos reunimos para alabar al Señor y celebrar la Cena del Señor, debe predicarse la Palabra de Dios, conforme al ejemplo de Cristo.

III. *«Muchos que le escuchaban estaban asombrados»,* reconociendo como no podían menos de hacer, algo que era muy honroso con respecto a Él: 1. Que hablaba con gran *sabiduría.* 2. Que obraba grandes *milagros* (o *poderes,* como dice el original). Con ello, reconocían de modo implícito las dos grandes pruebas del origen divino de Su Evangelio: la *sabiduría divina* y el *poder divino*; sin embargo, aunque no podían negar las premisas, no querían admitir la conclusión.

IV. Trataban de desacreditarle. Toda su sabiduría y todos aquellos milagros no son tenidos en cuenta: *«¿No es éste el carpintero?»* (v. 3). En Mateo le echan en cara que es *«el hijo del carpintero»* 1. Esto nos enseña cómo se humilló a sí mismo al tomar la forma de siervo (Fil. 2:7). 2. También nos enseña a odiar la pereza y a encontrar algo que hacer en este mundo. No hay cosa que sea tan perniciosa para los jóvenes como adquirir el hábito de hacer el vago. Los judíos tenían una buena norma para evitar esto: hacer que los jóvenes que se preparaban para los estudios aprendieran también algún oficio, para que tuvieran algo que hacer en el tiempo que no dedicaban al estudio. Así vemos que el apóstol Pablo hacía tiendas de campaña. 3. De esta manera, daba prestigio a los oficios manuales, también llamados *serviles,* porque los griegos y los romanos los encomendaban a los esclavos. Jesús no desdeñó asumir el decreto ordenado a nuestro primer padre después de la caída, de «comer el pan con el sudor de su frente» y con el trabajo de sus manos.

Otra cosa que le echaban en cara era la baja posición social de Sus parientes más próximos: *«el hijo de María, etc.».* Jesús, con María Su madre y con Sus hermanos, se habían trasladado a Capernaúm, pero las hermanas se habrían casado probablemente y habitarían en Nazaret; quizá se hallaban entre los oyentes, pues la frase: «*¿Y no están Sus hermanas aquí con nosotros?»* (v. 3) admite ambos sentidos. Por el hecho de conocer personalmente a Sus familiares, de posición baja y sin estudios «superiores», a pesar de asombrarse de Su doctrina y de Sus milagros *«se escandalizaban a causa de Él».* Les servía, no sólo de tropiezo sino de caída. Dice Lenski: «Ponerse en contacto con Jesús, reconocer su palabra y su poder, es una cosa fatal para quienes, al sentir este contacto, experimentan una reacción de incredulidad».

V. Veamos cómo reaccionó Jesús ante esta actitud.

1. En parte, la excusó: *«No hay profeta sin honra, excepto en su propio pueblo»* (v. 4). Sin duda, muchos han podido vencer este prejuicio, pero es cierto que, ordinariamente, los ministros de Dios raras veces tienen en su propio pueblo la misma aceptación que entre forasteros; la familiaridad en los días de la juventud engendra cierto desprecio, y el progreso o el éxito posterior de alguien que tuvo un origen oscuro llevan casi inevitablemente a la envidia. Difícilmente aguantan los hombres el tener por guías de sus almas a aquellos cuyos padres eran comparados *«a los perros del ganado»* (Job 30:1).

2. A pesar de todo, Jesús hizo el bien allí también, superando con el bien el mal, pues *«sanó a unos pocos enfermos poniendo las manos sobre ellos»* (v. 5).

3. Pero *no pudo hacer allí* tantas maravillas como en otros lugares, a causa de la incredulidad que predominaba entre la gente. Es una expresión extraña, pues parece como si la incredulidad atara las manos mismas de la omnipotencia. Como dice Trenchard: «El poder fluye según las leyes espirituales, y la incredulidad de los hombres impone una barrera infranqueable a su operación». De esta manera, renunciaron al honor y al privilegio de los milagros que habría podido hacer entre ellos. Esto es *«detener con injusticia la verdad»* (Ro. 1:18).

4. *«Y se asombró de la incredulidad de ellos»* (v. 6). Dos veces se asombró Jesús de la *fe,* y precisamente de dos gentiles: el centurión (Mt. 8:10) y la mujer cananea (Mt. 15:28); ahora se asombra de la *incredulidad* de sus propios paisanos.

5. «*Y recorría las aldeas enseñando».* Si no podemos hacer el bien donde queremos, hagámoslo donde podemos, aunque sea en modestos villorrios. A menudo, el Evangelio de Cristo encuentra mejor acogida en las aldeas rurales que en las ciudades populosas.

Versículos 7–13

I. La comisión que Jesús dio a los doce apóstoles, de predicar y obrar milagros. Hasta ahora habían convivido con Cristo, sentados a Sus pies, y habían escuchado Sus enseñanzas y visto Sus milagros. Pero habían *recibido* para *dar;* habían *aprendido* para *enseñar;* y, por eso, ahora *«comenzó a enviarlos»* (v. 7). No siempre debían estar en la academia para alcanzar conocimientos. Aun cuando no estaban todavía tan preparados como lo habían de estar después, no obstante, deben comenzar a ser lanzados a la obra de acuerdo con la capacidad y preparación actuales, y esforzarse por progresar después.

1. Cristo los envió *«de dos en dos»*. Es un detalle que Marcos nos ha conservado. De este modo, podían tener alguna compañía cuando estuviesen entre extraños, reforzarse mutuamente las manos, animarse el corazón y ayudarse mutuamente en todo. Es máxima bien probada que «dos es mejor que uno». De esta manera, Cristo quería enseñar a Sus ministros a asociarse y prestarse mutuo apoyo.

2. «*Y les daba autoridad sobre los espíritus inmundos»*. Les comisionó para atacar el reino del diablo y les dio poder para expulsar los demonios de los cuerpos de los posesos.

3. *«Les encargaba que no tomasen nada para el camino»* (v. 8), ni vituallas ni dinero, para que se mostrasen, dondequiera que estuviesen, como pobres. Cuando después les ordenó que tomasen *bolsa y alforja* (Lc. 22:36), no quiso dar a entender que hubiese disminuido el cuidado que tenía de ellos, sino que iban a encontrarse en peores condiciones y circunstancias que cuando comenzaron su ministerio. Sólo deben tomar un *bastón* en que apoyarse como peregrinos. En Mateo 10:10; Lucas 9:3, les prohíbe incluso el bastón, pero probablemente se refiere a no tomar *otro* de repuesto. (M. Henry opina que les permitió llevar bastón para *apoyarse,* pero no para *defenderse;* sin embargo, la palabra en el griego es la misma—nota del traductor—.) Deben ir calzados con *sandalias,* y sin llevar túnica de repuesto. Si alguna otra cosa necesitaban, debía serles provista por aquellos a quienes iban a predicar.

4. Les ordenó igualmente que *«dondequiera que entrasen en una casa»,* estableciesen allí, por así decir, *su «cuartel general»,* sin ir de casa en casa para hospedarse (v. 10). Puesto que iban en una misión lo bastante digna como para que les acogiesen con gozo, era muy apropiado que se quedasen en la primera casa donde fuesen invitados en primer lugar, pues es muy probable que allí no serían recibidos como una carga. Hay otra razón de suma prudencia, y es que, cuando se anda de casa en casa, existe el peligro de una especie de competencia y rivalidad entre los diversos anfitriones, y hasta de chismes y cuentos.

5. Pronuncia una sentencia muy fuerte sobre los que rechacen el Evangelio que les va a ser predicado: «*Y cualquier lugar que no os reciba o no os escuchen, sacudid el polvo de la planta de vuestros pies, en testimonio contra ellos»* (v. 11). Ese polvo, como el polvo de Egipto (Éx. 9:9), se tornará para ellos en una plaga; y la condenación que sufrirán en el gran día, será más pesada que la de *Sodoma y Gomorra.*

II. La forma en que los apóstoles desempeñaron esta comisión. Aun cuando eran conscientes de su propia debilidad, en obediencia a su Maestro y al depender de la fuerza de Él, *se fueron de allí* (v. 12) como Abraham, sin saber lo que les esperaba.

1. La doctrina que predicaron: *«proclamaron que se arrepintiesen»,* que cambiaran de mentalidad y reformarán su vida. El gran objetivo de la predicación y, por tanto, de los predicadores es, y debe ser, conducir a los hombres al arrepentimiento, a conseguir un *corazón nuevo* y un *nuevo camino.* No han de divertir a la gente con elaboradas especulaciones ni con historias que entretengan, sino decirles sin rodeos, directamente, que deben arrepentirse de sus pecados y volverse a Dios.

2. Los milagros que obraron: El poder que Cristo les había conferido para imponerse a *los espíritus inmundos* no quedó sin efecto, no lo recibieron en vano, sino que lo usaron rectamente, pues *«expulsaban muchos demonios»* y, además, *«ungían con aceite a muchos enfermos, y los sanaban»* (v. 13).

Versículos 14–29

I. Ahora vemos las extrañas ideas que la gente se había formado acerca de Jesús (v. 15). Sus propios paisanos se habían negado a creer cosas grandes acerca de Él, únicamente porque conocían la oscuridad de Su parentela; pero otros estaban dispuestos a creer cualquier otra cosa que no fuese la verdad. Unos pensaban que era Elías, a quien se esperaba como Precursor del Mesías (Mal. 4:5); otros, que era un profeta surgido ahora, como los profetas de la antigüedad.

II. La opinión de Herodes acerca de Él. *«Decía: Juan el Bautista ha sido resucitado de entre los muertos … al que yo decapité»* (vv. 14, 16). Pensaba que Juan había resucitado con mayor poder que el que antes tenía: *«por eso actúan en Él estos poderes milagrosos»;* pues antes, *«Juan, a la verdad, ninguna señal hizo»* (Jn. 10:41). Por aquí vemos que:

1. Donde hay una *fe ociosa,* suele haber una *fantasía laboriosa.* El pueblo creía (v. Mt. 16:14) que era *un profeta* resucitado de entre los muertos; Herodes, que era *Juan el Bautista, resucitado.* Parece ser, pues, que el que un profeta resucitara y llevase a cabo milagros portentosos, no era tenido por imposible, ni siquiera por improbable, precisamente cuando *no era verdad,* pero después cuando Cristo resucitó *verdaderamente,* lo negaron obstinadamente. Esto muestra que quienes más deliberadamente se niegan a creer la verdad, suelen ser los más propensos a creer los errores y las fábulas.

2. Quienes luchan contra la causa de Dios, se verán aturdidos, incluso cuando se crean vencedores.

3. Una conciencia culpable no necesita más acusador o verdugo que a sí misma: *«al que yo decapité»*, dice Herodes, aterrado al pensar que Jesús pueda ser Juan resucitado. Temía a Juan cuando éste vivía, y ahora le teme diez veces más cuando está muerto. El miedo a duendes y fantasmas puede acosar a la gente más de lo que su mala conciencia les puede acusar.

4. Puede haber terrores de fuerte convicción donde no hay evidencias de genuina conversión.

III. Aquí Marcos intercala el relato de la muerte del Bautista. Se nos dice:

1. La gran estima y veneración que, por algún tiempo, tuvo Herodes hacia Juan el Bautista, detalle que sólo Marcos nos ha conservado (v. 20):

(A) *«Tenía temor de Juan, sabiendo que era un hombre justo y santo.»* Por aquí se ve la posibilidad de que algunas personas sientan gran respeto hacia los buenos, especialmente hacia los buenos ministros de Dios; sí, incluso por lo que en ellos ven de bueno; y, sin embargo, continúan siendo malas personas. (a) Juan era *«un hombre justo y santo»;* para que una persona sea perfectamente buena, es preciso que sea justa y santa; santa, para Dios; justa, para el prójimo. (b) Herodes lo sabía esto por experiencia, por la relación personal con Juan. Dios deja sin excusa a los malos, precisamente cuando éstos, a pesar de su propia maldad, son capaces de discernir la justicia y la santidad en otros. (c) Por eso, Herodes temía y honraba a Juan. Los que son justos y rectos, precisamente por su valentía en no contemporizar con los malos, se ganan, si no el aprecio, por lo menos el respeto de parte de ellos.

(B) *«y le guardaba seguro»,* no porque temiese que Juan tratara de escaparse, sino más bien para tenerlo lejos del alcance de Herodías.

(C) *«y, al oírle muchas cosas, se quedaba perplejo»* (trad. literal). Le oía extensamente. Muchos MSS leen: «*y al oírle, hacía muchas cosas*» (por la semejanza de los vocablos griegos *eporei* = estaba perplejo, y *epoiei* = hacía). Aunque la primera lectura es la más probable, no cabe duda de que, después de oír a Juan, Herodes llevaba a cabo algunas cosas buenas; no era un mero *oidor* de la palabra, sino también *hacedor,* pero *en parte.* Y Santiago pone de relieve que *«cualquiera que guarda toda la ley, pero ofende en un punto, se hace culpable de todos»* (Stg. 2:10).

(D) *«Pero le escuchaba con gusto.»* Era un gusto pasajero, como los que reciben la semilla en terreno pedregoso (v. Lc. 8:13). Dice Lenski: «Le hubiera gustado seguir la buena senda que Juan le señalaba, pero no podía resolverse a romper con su vida pasada». Estos escrúpulos atormentaban, sin duda, a Herodes, mientras que Herodías no sentía ningún escrúpulo.

2. La fidelidad con que Juan servía a Herodes al declararle su pecado, por tomar por esposa a la mujer de su hermano Felipe: *«No te es lícito tener la mujer de tu hermano»* (v. 17). Ésta era la mayor iniquidad de Herodes, de la cual no podía desprenderse, a pesar de hacer muchas cosas buenas que Juan le aconsejaba. Aunque Herodes era rey, Juan no tenía más empacho en hablarle con toda franqueza, como lo había hecho Elías con Acab. A Pesar del peligro que corría al reprender a Herodes, y más aún por la ofensa contra Herodías, Juan no dudó en correr el riesgo antes que faltar a su deber. Los ministros del Señor que son fieles en la obra de Dios, no deben temer el rostro de los hombres.

3. El resentimiento que Herodías le guardaba a Juan por ello: «Y *Herodías le tenía un profundo rencor y deseaba matarle, pero no podía»* (v. 19). Ya que no podía matarle, había conseguido que *«fuese encadenado en la prisión»* (v. 17). Hay gente que aparenta honrar a los profetas, con tal que no pongan el dedo en la llaga; les gusta la buena predicación, con tal que el predicador se mantenga lejos del pecado

que ellos, con tanto afecto, acarician. Pero es preferible que los pecadores persigan ahora a los ministros de Dios por su fidelidad, más bien que el que les maldigan eternamente por su infidelidad.

4. El complot para decapitar al Bautista. *«Pero llegó un día oportuno»* (v. 21). Oportuno para Herodías, aunque trágico para el propio Herodes, pues ya no pudo mantenerse a caballo de su perplejidad. Llegó el cumpleaños del rey y hubo baile en la corte. Para festejar la solemnidad, debía *bailar* en público la hija de Herodías. Anfitrión e invitados, con los ojos enrojecidos de vino y de lascivia, quedaron encantados del baile de la muchacha: *«agradó a Herodes y a los que se sentaron con él a la mesa»* (v. 22). En esa turbia inconsciencia que produce el alcohol (v. Ef. 5:18a), el rey hizo a la muchacha la más extravagante promesa: *«Cualquier cosa que pidas, te la daré, hasta la mitad de mi reino»* (v. 23). Y para que el regalo tuviese *doble* garantía, *«le juró»:* se lo prometió interponiendo juramento. La muchacha fue a pedir consejo a su madre (en Mt. 14:8, debe leerse *«instigada»,* no «instruida de antemano»—nota del traductor—). Marcos nos refiere con toda claridad que la muchacha salió para consultar a su madre, aunque no cabe duda de que ésta esperaba una oportunidad para vengarse del Bautista.

5. Así que, de acuerdo con el consejo de Herodías, la muchacha *«entró a toda prisa ante el rey con su petición, diciendo: Quiero que me des ahora mismo en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista»* (v. 25. Nótese, de paso la riqueza de detalles en este versículo). Para que el rey no se arrepintiese, quizá, de su descabellada promesa, la muchacha *«entró a toda prisa»,* pidiendo que le fuese dada *«ahora mismo», y «en una bandeja»*. Mateo (14:8) dice: *«Dame aquí»* lo cual indica que la muchacha llevaba ya preparada la bandeja para no perder tiempo ni desaprovechar, con dilaciones inútiles, la ocasión.

6. Herodes accedió a la petición, y la ejecución de Juan se llevó a cabo inmediatamente. Pero: (A) *«el rey se puso muy triste»*. ¡Cómo desearía no haber prometido inconscientemente! ¡Por todo el oro del mundo no lo habría hecho, si no hubiera sido sorprendido en un instante por una necia pasión! No pudo hacerlo sin gran repugnancia. Cuando queda en el malvado un poco de conciencia, hay pecados que no se pueden cometer sin sufrimiento. (B) *«pero no quiso rehusárselo, a causa de los juramentos»*. Se siente ligado por su propio juramento, hecho en un momento de precipitación y acerca de algo que era totalmente injusto y perverso, como era el decapitar al «justo y santo» Juan. Los votos y juramentos sobre cosas pecaminosas no obligan así que hay que arrepentirse de ellos y no llevarlos a la práctica. Éste fue, aunque en otras circunstancias, el caso de Jefté (Jue. 11:30–39): malo fue su voto; y peor aún su cumplimiento, pues no hay voto alguno que pueda anular la obligación de observar el precepto de no cometer homicidio. (C) «*y en atención a los comensales*». Le pareció que quedaría en ridículo con los invitados, si se volvía atrás de la promesa que había hecho con juramento. Así es como los reyes se hacen esclavos de aquellos cuyo respeto y adulación codician. *«El rey envió un verdugo»,* un soldado de su guardia «*y le ordenó traer la cabeza de Juan*». Los tiranos crueles tienen siempre servidores dispuestos a cumplir las órdenes más crueles y extravagantes de sus amos.

7. El resultado de todo esto fue que la perversa corte de Herodes tuvo su día de triunfo y gloria: el verdugo *«trajo la cabeza en una bandeja, y se la dio a la muchacha, y la muchacha se la dio a su madre»* (v. 28). Por su parte, los entristecidos discípulos del Bautista, *«cuando se enteraron vinieron a recoger su cadáver, y lo pusieron en una tumba»* (v. 29). Una vez consumado el crimen, y quitado de en medio el que estorbaba a Herodías, parece ser que nadie se preocupó en palacio del descabezado cuerpo del Bautista.

Versículos 30–44

I. El regreso de los apóstoles que Cristo había enviado a predicar y expulsar demonios (v. 7). *«Se reunieron con Jesús, y le contaron todo cuanto habían hecho y enseñado»* (v. 30). Los ministros del Señor habrán de darle cuenta de lo que han *hecho y enseñado.* El orden de los verbos que es el mismo que Lucas aplica a Jesús en Hechos 1:1: «… *hice mención de todas las cosas que Jesús comenzó a HACER* y *ENSEÑAR*». Es menester *hacer y enseñar* lo que podemos referir a Jesús sin quedar avengonzados. Y de poco servirá el enseñar cosas muy buenas si no las hacemos (v. Jn. 13:17). Como dijo un creyente a cierto predicador: «Las obras de usted hablan tan alto que no me dejan escuchar sus palabras».

II. La ternura con que Cristo les recibió, después de la fatiga que su comisión les había proporcionado *«Entonces les dice: Venid vosotros mismos a un lugar solitario y descansad un poco»* (v. 31). Al parecer, los discípulos de Juan vinieron a Cristo con las tristes nuevas de la muerte de su maestro (v. Mt. 14:13)

casi al mismo tiempo en que los propios discípulos de Jesús volvieron de su expedición. Cristo tiene en cuenta la *pesadumbre* de unos y la *fatiga* de otros y provee para ambas clases de discípulos el alivio adecuado: descanso para los fatigados y refugio para los apenados. ¡Con qué amabilidad y compasión les dice: *«Venid … y descansad»!* Los más activos siervos de Cristo no pueden estar siempre bregando, pues tienen un cuerpo que necesita relajarse y descansar. Y el Señor es para el cuerpo, considera de qué estamos hechos, y no sólo nos concede tiempo para descansar, sino que dispone nuestra mente para el descanso. Quienes trabajan con diligencia y fidelidad, han de retirarse gozosamente a descansar. Vemos que: 1. Cristo les llama para que *«vengan aparte»*. Si han de descansar como es debido, han de retirarse a un lugar apropiado. 2. Les invita, no a lugar de diversión, sino *«a un lugar solitario»*. No ha de extrañarnos que, quien hizo de una barca su cátedra de predicación, haga de un desierto el lugar de descanso. 3. Les pide que vengan a descansar *«un poco»*, sólo para respirar libremente y volver de nuevo al surco. 4. La razón para ello: *«Pues eran muchos los que iban y venían, y ellos no tenían tiempo conveniente ni aun para comer»*. Cada cosa a su tiempo, como dice el refrán, y así se puede llevar a cabo mucho sin fatigarse demasiado; pero si la gente no para de ir y venir, hasta los pequeños trabajos se hacen con grandes molestias. 5. Para evadirse más fácilmente de la multitud, *«se marcharon en la barca»* (v. 32). Yendo por mar les resultaría menos fatigoso que yendo por tierra.

III. El empeño que las multitudes ponían por seguir a Jesús. No se les reprende aquí por eso, ni se les despide para que se vayan, sino que todos son bien acogidos. Una falta de buenos modales en quienes siguen a Cristo, fácilmente será excusable si se comete en medio de la abundancia de los buenos afectos. Le seguían *«desde todas las ciudades»* (v. 33), y dejaban sus casas y sus quehaceres. Y le seguían *«a pie»*, aunque Él se había marchado por mar. Y no sólo iban a pie, sino que *«corrieron allá en tropel … y llegaron antes que ellos»*. Le siguieron, a pesar de que se iba a un lugar retirado, porque la presencia de Cristo es capaz de tornar en paraíso un desierto.

IV. La forma en que Cristo los acogió (v. 34): *«Salió Él, y vio una gran multitud;* pero, en lugar de incomodarse por su presencia *«se le enterneció el corazón de compasión hacia ellos»* pues su situación espiritual era lamentable, ya que *«eran como ovejas que no tienen pastor»*. Parecían bien inclinados, fácilmente gobernables, como las ovejas, pero *sin pastor* que les guiase y condujese por el camino recto. La oveja es precisamente el animal más propenso a desviarse sin guía, y el más torpe para hallar por sí misma el camino de vuelta si no hay quien la conduzca. Así que, no sólo *«sanó de ellos a los que estaban enfermos»* (v. Mt. 14:14), sino que también *«comenzó a enseñarles muchas cosas»*.

V. La provisión que hizo para todos ellos. Aunque estaban en un desierto, Jesús se convirtió en anfitrión de todos sus oyentes, y allí les puso mesa espléndida. Y lo llevó a cabo por medio de un gran *milagro.*

1. Los discípulos le insinuaron que debía despedirlos: *«El lugar es solitario, y la hora es ya muy avanzada; déjalos marchar …»* (vv. 35–36). Esto es lo que los discípulos sugerían, pero no vemos que la multitud tuviera intención de marcharse. Los discípulos pensaban que se les hacía un favor con despedirlos. Sin embargo ellos tenían por mayor favor seguir escuchando las enseñanzas de Cristo. Cuando hay voluntad, el tiempo que se pasa en las cosas buenas nunca se hace largo.

2. Cristo ordenó que se les diese de comer (v. 37). Para enseñarnos a ser cariñosos con quienes nos pueden resultar incómodos, ordenó que se les proveyese de alimento a base del pan que Él y Sus discípulos habrían llevado consigo al retirarse al desierto. Tan inclinado estaba el Señor a la hospitalidad que no le importaba tener que compartir el pan que habían llevado para comerlo allí tranquilamente. Después de nutrirles con el alimento espiritual de la palabra, no quería dejar que les faltase el alimento necesario para el cuerpo. El camino del deber, así como es el camino de la seguridad, también es el camino de la provisión. Cuando no se *tienta*, pero se *confía* en ella, la Providencia de Dios nunca desampara a ninguno de Sus fieles siervos, sino que brinda refrigerio en el momento oportuno, aun por medios extraordinarios.

3. Los discípulos objetaron que eso no era posible: *«¿Iremos a comprar pan por doscientos denarios y les daremos de comer?»* (v. 37). En lugar de esperar a que Cristo les diese instrucciones, se enredan en sus propios fallidos proyectos. Cristo permite que reconozcan su propia necedad al hacer previsiones por su cuenta, a fin de que concedan mayor valor a la provisión que Él tiene dispuesta para la multitud.

4. Y, para satisfacción de todos, Cristo efectúa Su provisión. Después que le son presentados los cinco panes y los dos peces que tenían a mano, Cristo lleva a cabo el gran milagro. La provisión a mano, escasamente servía para que Él y los discípulos pudiesen probar un bocado, pero aun eso tienen que darlo. Vemos con frecuencia al Señor invitado a comer por otras personas, pero aquí es Él quien invita a comer, a Sus propias expensas, a una gran muchedumbre. Vemos:

(A) Que la provisión era *ordinaria.* No se trata de golosinas. Si tenemos lo que necesitamos, no importa que no tengamos para halagar el gusto o la vista. La promesa para los que temen al Señor es que tendrán para comer, no para banquetear.

(B) Que el orden en que los huéspedes fueron colocados era perfecto: *«Él les dio instrucciones para que todos se acomodaran sobre la verde hierba. Y se acomodaron por grupos de ciento y de cincuenta»* (vv. 39–40), pues Dios no es Dios de confusión, sino de orden (v. 1 Co. 14:33, 40).

(C) La comida fue precedida de bendición divina: *«levantó los ojos al cielo y bendijo»* (v. 41). Cristo no llamó a uno de sus discípulos para que implorara una bendición, sino que la dio Él mismo; y, en virtud de esta bendición, el pan se multiplicó de un modo asombroso, y lo mismo los peces, pues *«comieron todos, y quedaron satisfechos»*, a pesar de que *«los que comieron de los panes eran cinco mil hombres»* esto es sin contar las mujeres ni los niños (v. Mt. 14:21). Notemos que dice «satisfechos», no «hartos», pues la hartura es un obstáculo para la verdadera satisfacción. Vemos, pues, que Cristo vino al mundo, no sólo para ser el gran sanador, sino también el gran alimentador; y en Él hay bastante para alimentar a todo el que a Él se allegue, pues Él es *«el pan vivo que descendió del cielo»* (Jn. 6:51). Sólo quien viene a Cristo lleno de sí mismo, se marcha de Cristo vacío.

(D) Cristo se cuida incluso de los fragmentos que sobraron pues *«recogieron doce canastas llenas de trozos de pan y de pescado)* (v. 43). Con esto nos enseñaba a no malgastar, por mucho que tengamos a nuestra disposición. Dice admirablemente Lenski: «Doce cestas llenas, una para cada uno de los doce, ninguna para Jesús, lo que significa que quien fue creador de esta abundancia proporcionaba a los doce la oportunidad de compartir con Él algo de sus abundantes provisiones. De todo lo que El te da, tú tienes el privilegio de devolverle un poco. ¿Qué sentirían los doce, cuando al acercarse la noche, rodearon a Jesús con sus cestas repletas de alimento?»

Versículos 45–56

I. Dispersión de la multitud. Inmediatamente, Jesús *«obligó a sus discípulos a subir a la barca»* (v. 45) a fin de ir por mar a Betsaida. La gente no tenía prisa por marcharse pues ahora que habían disfrutado de una buena cena, nada les inquietaba para que se separaran de Él.

II. «Y *después de despedirse de ellos, se fue al monte a orar»* (v. 46). Jesús pasaba mucho tiempo en oración: oraba muchas veces y oraba mucho. Se marchó a orar a solas, para darnos ejemplo y animarnos a dirigirnos a Dios *en secreto,* no sólo en oraciones comunitarias. Un buen creyente nunca está menos solo que cuando está a solas con Dios.

III. Los discípulos se encontraron con dificultades en el mar: *«El viento les era contrario»* (v. 48); por lo cual *«se fatigaban remando»*. Esto era un anticipo de las dificultades por las que habían de pasar después cuando el Maestro los enviase a predicar el Evangelio por todo el mundo. La Iglesia es muchas veces como una barca en medio del mar, zarandeada por las tempestades y sin alivio; podemos tener a Cristo con nosotros y, sin embargo, con el viento y el oleaje en contra de nosotros; pero siempre es un consuelo para los discípulos de Cristo en medio de una tormenta, saber que su Maestro está en el monte de los cielos, e intercede por ellos.

IV. Cristo vino hacia ellos sobre las aguas. Quiso venir en ayuda de ellos de la manera más cariñosa posible, y por eso se llegó a ellos personalmente. Vemos que:

1. No vino a ellos hasta *«la cuarta vigilia de ta noche»* (v. 48); es decir, hasta las tres de la madrugada; pero, por fin, vino. Aunque las visitas de Cristo a los Suyos se demoren, Él no dejará de venir.

2. *«Vino hacia ellos caminando sobre el mar»*. El mar estaba ahora agitado por las olas y, sin embargo, Cristo vino andando sobre él. No hay dificultad que pueda impedir el que Cristo se manifieste

con amor a los Suyos. Siempre es capaz de hallar, o abrir por la fuerza a través del más tempestuoso mar, el camino que conduzca a la liberación de los Suyos.

3. *«Quería pasarles de largo»*. Es decir les habría pasado de largo, a no ser que le hubieran invitado a subir con ellos a la barca. Muchas veces, la Providencia de Dios actúa como si pasase de largo, aunque tiene la intención decidida de ayudar al pueblo de Dios. Dios es poderoso para socorrer al que no se lo pida, pero quiere que se lo pidamos, y mostremos así que somos conscientes de nuestra necesidad y que deseamos recibir Su ayuda.

4. *«Pero ellos … pensaron que era un fantasma, y gritaron»* (v. 49). Se asustaron al verle, y pensaron que era una aparición (v. 50). ¡Cuántas veces nos asustamos de muchas cosas, como si fueran fantasmas temibles, cuando son solamente producto de nuestra propia imaginación! Bien se ha dicho que el 99% de los disgustos que nos llevamos, nos lo produce únicamente nuestra imaginación.

5. Jesús les animó e hizo cesar el terror que ellos sentían, diciéndoles: *«Tened ánimo, soy yo, no temáis»* (v. 50). No conocemos a Cristo hasta que Él mismo se revela a nosotros. Y el conocerle cómo es en Sí, y saber que está cerca de nosotros, basta para alegrar a los discípulos de Cristo, incluso en medio de la más recia tormenta, al silenciar así todos sus temores. Por densa que sea la oscuridad en torno nuestro, aunque negras nubes se ciernan amenazadoras sobre nosotros, una sola palabra de Jesús basta para aquietar nuestro ánimo. No les dice quién es, sino sólo: *«soy yo»*, pues eso era bastante para que le reconocieran por la voz, como reconocen las ovejas a su pastor por la voz (Jn. 10:4). Cuando Cristo dijo a los que venían a arrestarle: «*Yo soy*» (Jn. 18:6), ellos cayeron por tierra. Pero cuando dice a los que quieren asirse de Él por fe: «*Yo soy*» Él mismo los levanta y los conforta.

6. «Y *subió a la barca, adonde ellos»* (v. 51). Con tal de tenerle consigo en la barca todo irá bien. Y tan pronto como Él subió a la barca, «*amainó el viento*». La furia del viento cesó de repente. Aun cuando no lleguemos a oír Su voz de mando, si notamos que cesa la tempestad y sobreviene la calma en nuestro corazón, podemos estar seguros de que llevamos a bordo al Señor.

7. *«Quedaron sumamente asombrados»*, más de lo que podía esperarse de ellos ¿Y por qué un asombro tan desproporcionado? Sencillamente, *«porque no habían comprendido lo de los panes»* (v. 51). No se habían dado cuenta de que el milagro de la multiplicación de los panes, aun cuando había sido llevado a cabo de una forma silenciosa, sin ningún afán de exhibicionismo, requería el mismo poder que este otro de apaciguar instantáneamente el viento. A veces, nos asombra la forma maravillosa con que Dios cuida de nosotros, y nos olvidamos de que en otras ocasiones nos ha cuidado del mismo modo extraordinario.

V. Cuando, terminada la travesía, llegaron a la otra orilla del lago, *«en seguida le reconoció la gente»* (v. 54) y se alegraron de Su llegada, al saber que obraba grandes milagros dondequiera se hallaba y, por otra parte, que no solía detenerse por mucho tiempo en un mismo lugar. Por eso, *«recorrieron apresuradamente toda aquella comarca»* (v. 55), a fin de llegar a tiempo para presentarle *«a los enfermos en sus camillas»*. No temían que pudiesen éstos agarrar un resfriado, puesto que pronto iban a ser curados completamente por el Maestro. Así que *«dondequiera que entraba, en aldeas, ciudades o alquerías, ponían a los enfermos en las plazas»* (v. 56), de forma que, al pasar Él por allí, tuvieran la oportunidad de *«tocar siquiera el borde de su manto; y cuantos lo tocaban quedaban sanos»*. No se nos dice que desearan aprender algo de Él, sino sólo ser curados. Tampoco se nos dice que Él les predicara, pero sí que curaba a todos cuantos le tocaban con fe. Si los ministros de Dios curasen ahora las enfermedades del cuerpo ¡qué muchedumbres acudirían a ellos! Da tristeza pensar que la mayoría de los hombres están mucho más interesados en la salud de su cuerpo que en la de su alma.

CAPÍTULO 7

Disputa de Cristo con los escribas y fariseos sobre lo de comer sin lavarse las manos, y las necesarias instrucciones que dio al pueblo sobre esta materia. Viene después la curación de la hija de la mujer cananea y la de un sordomudo.

Versículos 1–23

Uno de los grandes objetivos de la venida de Cristo a este mundo fue la abolición de la ley ceremonial y, para preparar el camino en esta dirección, comienza por las leyes ceremoniales que los hombres habían inventado, añadiéndolas a la ley de Dios. De estos escribas y fariseos con quienes Cristo tuvo esta discusión, se nos dice que eran *«venidos de Jerusalén»* (v. 1). Habían recorrido unos 150 km sólo para querellarse contra el Salvador.

I. Vemos aquí cuál era la tradición de los ancianos: *«no comer, a menos de lavarse las manos cuidadosamente»* (v. 3). Ésta es una norma de higiene, y no hay nada malo en ello; pero los escribas y fariseos la habían convertido en un «tabú» religioso. Se escudaban en la pretendida autoridad de los ancianos e imponían esta costumbre bajo pena de excomunión. Habían de lavarse las manos antes de pronunciar la bendición sobre el pan; de lo contrario, quedaban contaminados. Ponían especial cuidado en esto, si se trataba de algo *«que viene del mercado»* (v. 4), es decir, de todo lugar público donde había gente de todos los colores y era posible que se hallasen allí gentiles, o judíos bajo contaminación ceremonial, con lo que ellos mismos podían quedar igualmente contaminados. A esto añadían un esmerado lavado de *«copas, jarros, vajilla de cobre y divanes para comer».* Es cierto que, bajo la ley de Moisés, había casos que requerían estos lavados; pero ellos habían añadido por su cuenta muchos otros y los imponían para *«observarlos obligatoriamente»,* como si se tratase de preceptos divinos.

II. Cuál era la norma que observaban los discípulos de Cristo: Sabían lo que mandaba la Ley y también las costumbres imperantes; pero *«comían el pan con manos impuras»* (v. 5), es decir, sin lavárselas. Es probable que los discípulos se dieran cuenta de que los fariseos los estaban espiando, pero, a pesar de ello, no querían observar estas tradiciones farisaicas; con esto, aun cuando comieran con manos sin lavar, y aparecer así como muy por debajo de la pureza de escribas y fariseos, su *justicia,* no obstante, *superaba a la de los escribas y fariseos* (Mt. 5:20).

III. La ofensa que los fariseos recibieron por tal actitud: Se fueron hacia Jesús con su queja, y esperaban quizá que el Maestro iba a reprender a Sus discípulos y ordenarles que se atuvieran a la tradición imperante. No le preguntan: Por qué obran así tus discípulos? sino: *«¿Por qué no andan tus discípulos conforme a la tradición de los ancianos?»* (v. 5).

IV. La vindicación que de Sus discípulos hizo el Señor. Vemos que:

1. Discute con los fariseos sobre la autoridad por la que se impuso esta ceremonia. Pero esto no lo hizo en público, como se ve por el versículo 14, no fuera que pareciese querer incitar al pueblo a la rebelión, sino que se dirigió a los que imponían la costumbre.

(A) Les echa en cara su hipocresía por pretender honrar a Dios, cuando en realidad no era ese su designio al guardar esas costumbres ceremoniales (vv. 6–7): *«Este pueblo me honra con los labios»,* es decir aparentan honrarme de labios para fuera, *«pero su corazón está lejos de mí».* Descansaban en el exterior de todos sus ejercicios religiosos, y su corazón no estaba dirigido hacia Dios en ellos; con eso, adoraban a Dios en vano, puesto que ni Él estaba satisfecho con esa caricatura de devoción, ni ellos sacaban ningún provecho de una actitud vacía de contenido.

(B) Les reprocha poner religión en las invenciones y preceptos de sus ancianos y jefes religiosos: «En *vano me rinden culto, enseñando doctrinas que son preceptos de hombres»;* es decir, imponían cosas inventadas por hombres como si fuesen mandamientos divinos, y juzgaban con base en tales «cánones» si una persona se comportaba como verdadero judío o no, sin tener en cuenta si esa persona obedecía de corazón a las leyes divinas o no. En lugar de suministrar la sustancia, la sustituían por meras externalidades, muy preocupados por lavar *copas y jarros.* Y Jesús añade: «*y hacéis muchas otras cosas semejantes»* (v. 8). La superstición es una cadena que no tiene fin.

(C) Les reprende por *«dejar el mandamiento de Dios»,* y pasarlo por alto hasta quebrantarlo descaradamente, como si ya no estuviera vigente, precisamente para mantener en vigor una tradición inventada por ellos (v. 9). Dejaban así sin efecto la Ley de Dios: *«anulando la palabra de Dios con vuestra tradición que habéis transmitido»* (v. 13). Este es el peligro de las imposiciones humanas, que, con mucha frecuencia, los que más celosamente las observan, menos celo tienen por guardar los deberes esenciales de la religión. A los escribas había sido encomendada la exposición de la Ley y el hacerla cumplir, y valiéndose de esa misma autoridad violaban la Ley y quebrantaban los vínculos de ella.

(D) Les pone un ejemplo concreto de esto en la flagrante violación del mandamiento de *honrar a los padres,* que ellos cometían con una de esas tradiciones humanas. No sólo la ley natural, sino también la Ley de Moisés, mandaba *honrar al padre y a la madre y: «El que hable mal de padre o madre, que muera sin remisión»* (v. 10). Es un deber de los hijos, si los padres son pobres, socorrerles en la medida de sus posibilidades; y, si deben morir los hijos que maldicen a sus padres, ¡cuánto más los que los dejan que se mueran de hambre! Pero estos escribas habían inventado un expediente para zafarse de la obligación impuesta por tal mandamiento (v. 11): Juraban, *por el oro del templo, o por la ofrenda del altar,* ofrecer a Dios todo aquello de lo que deberían proveer para sus padres en caso de que éstos lo necesitasen; y, en caso de que los padres les pidiesen ayuda en caso de necesidad, podían responder tranquilamente que no podían hacerlo en conciencia, porque ya lo habían ofrecido a Dios con juramento.Así, con un voto tan perverso, se descargaban de una obligación sagrada. Y vuelve Jesús a decir: «*y hacéis muchas cosas semejantes a éstas*» (v. 13). Dónde pararán los hombres, una vez que han subordinado la Palabra de Dios a una tradición inventada por ellos? Se comienza *quitando peso* al mandamiento de Dios en *comparación* con las tradiciones y se acaba *quitándole vigencia* cuando se halla en *competición* con las tradiciones

2. A continuación, Jesús instruye a la multitud sobre los principios mismos en que tales ceremonias se fundaban. Era necesario que esta parte de Su discurso fuese conocida por todos: *«Escuchadme todos y entended»*. Para el común de los hombres, no es bastante con que *oigan* es menester también que *entiendan* lo que oyen. El mejor modo de corregir las malas costumbres es rectificar las falsas nociones. Y, a continuación, Jesús pasa a exponer dónde se halla realmente la polución de la que corremos peligro de contaminarnos (v. 15): (A) No en lo que *comemos,* lo cual nos viene de fuera y pasa simplemente a través de nuestro organismo corporal, sino (B) en lo que *vertemos* del fondo de nuestro corazón. Nos hacemos odiosos a Dios por lo que *sale fuera* del corazón: nuestros malvados pensamientos, afectos, proyectos, palabras, acciones; todo eso es lo que nos contamina, y sólo eso. Nuestro primordial cuidado debe ser, pues, *lavar nuestro corazón de toda iniquidad.*

3. Después, da a Sus discípulos en privado una explicación de lo que había dicho a la multitud: *«le preguntaban sus discípulos acerca de la parábola»* (v. 17), esto es, acerca de la comparación que había puesto. Entonces Él, (A) les reprende por su torpeza de entendimiento: *«¿También vosotros estáis tan faltos de entendimiento?»* (v. 18). No es que esperase de ellos que entendiesen las cosas más profundas, pero ¿tampoco *esto?* (B) Con toda paciencia, les da la explicación: (a) lo que comemos y bebemos no nos puede contaminar en el plano religioso, como para tener que purificarnos con una ceremonia religiosa; se trata de una función orgánica que no puede contaminar espiritualmente, ya que no afectan al espíritu, sino al cuerpo; (b) en cambio, lo que sale por la boca, no en forma de vómito o eructo, sino en forma de expresión verbal, eso sí contamina al hombre, puesto que sale del corazón; y «*la boca habla de lo que el corazón hace rebosar»* (Lc. 6:45). Esto es lo que requiere un lavado espiritual, *«porque de adentro, del corazón de los hombres,* de esa fuente corrompida (v. Jer. 17:9), salen todas las perversidades». Jesús enumera aquí trece de ellas. En Mateo 15:19, enumera sólo siete, pero entre ellas se halla una que no encontramos aquí: *«los falsos testimonios»;* por contrapartida, aquí hallamos siete que no se encuentran allí: 1) *avaricias* (pues está en plural) o, según el sentido del original, deseos inmoderados de tener *más* de la riqueza y del placer, sin quedar nunca satisfechos, sino pidiendo siempre: *«dame, dame»;* 2) *perversidades,* malas voluntades y malas acciones contra el prójimo, deseos de hacer daño y gozarse en hacerlo; 3) *engaño,* que es una perversidad encubierta y disfrazada para poder cometerla con mayor seguridad y efectividad; 4) *lascivia,* la desvergüenza y el exhibicionismo que el apóstol menciona entre las obras de la carne (Gá. 5:19), en lo que se incluyen también las orgías desenfrenadas; 5) *el ojo maligno,* es decir, la envidia, al codiciar el bien que otros tienen y sentir pesar por el bien ajeno. Por algo decía Bossuet que la envidia vuelve el corazón del revés, puesto que nos hace querer el mal de los demás y aborrecer su bien; 6) *arrogancia,* o exaltación de sí mismo con desprecio de los demás y como mirándoles por encima del hombro, 7) *estupidez,* la falta de prudencia y de consideración. Notemos que el *pensar mal* va a la cabeza porque es la fuente de todo lo malo que *cometemos;* y la estupidez, *o no pensar,* va al final, porque es como la fuente de todo lo que *omitimos.* Como conclusión, añade Jesús: *«todas estas maldades salen de adentro y contaminan al hombre»* (v. 23); esto es, proceden de nuestra naturaleza corrompida y nos hacen indignos de tener comunión con Dios, por cuanto ensucian nuestra conciencia.

Versículos 24–30

I. Cuán humildemente quiso el Señor permanecer oculto. Nadie como Él fue tan solicitado en Galilea y, sin embargo, *«se levantó de allí y marchó a las cercanías de Tiro»* (v. 24). Quería así enseñarnos a no ir en busca del aplauso popular. En aquellos lugares era poco conocido, y «entró *en una casa»,* pues *«deseaba que nadie supiese»* que estaba allí. Hay tiempo de aparecer y tiempo de desaparecer y retirarse, hay *«tiempo de callar y tiempo de hablar»* (Ec. 3:7). Allí estaba entre gentiles, a quienes no quería manifestarse por ahora (v. Mt. 15:24).

II. No obstante, vemos cuán benignamente llegó a manifestarse allí también. Aunque no llevó consigo una gran cantidad de curaciones milagrosas para llevarlas a cabo en aquellos lugares, todavía se dejó caer una que nos es referida aquí, así como en Mateo 15:21 y ss. *«No pudo quedar oculto»,* porque, aun cuando una candela puede esconderse debajo de un almud o de una cama, el sol no puede esconderse de la misma manera. Además, Cristo era demasiado famoso como para quedar oculto en ningún lugar. Vemos, pues, aquí:

1. La petición que le hizo una pobre mujer que se hallaba en gran aflicción. Era gentil, *«griega, de raza sirofenicia»* (v. 26); por ello, *«extranjera en cuanto a los pactos de la promesa»* (Ef. 2:12), y tenía una hija poseída del demonio (v. 25). Pero se llegó a Cristo (A) con humildad: *«había oído hablar de Él … vino, y se postró a sus pies».* Cristo nunca arrojó de sí a quienquiera se llegase a Él y cayese a Sus pies, lo cual puede hacer toda persona que va a Él temblando, pues no tiene la confianza suficiente para arrojarse en Sus brazos; (B) con decisión: le dijo lisa y llanamente lo que deseaba: *«Y le rogaba que arrojase de su hija al demonio»* (v. 26). La mayor bendición que podemos pedirle al Señor por nuestros hijos es que quebrante el poder de Satanás, es decir, el poder del pecado, en las almas de ellos.

2. El desánimo que Jesús le dio: *«Deja primero que se sacien los hijos»* (v. 27); deja que los judíos tengan todos los milagros que es menester hacer entre ellos, que no pierdan ninguna oportunidad de disfrutar de las bendiciones que están destinadas para ellos, los hijos del pacto, en vez de derrocharlas concediéndolas a quienes son como los perrillos falderos. Cuando Cristo sabe que hay una fe fuerte, le gusta ponerla a prueba. Como ha escrito G. Thibon: «Dios hace muchas veces que se alarguen nuestras preguntas, porque quiere darles una respuesta eterna». Pero la frase que aquí aparece: *«Deja primero …»,* sugería que tenía alguna bendición en reserva para los gentiles, y esto era alentador para una gentil. Los judíos comenzaban ya a quedar hartos del Evangelio de Cristo, y algunos ya habían deseado que se alejara de su región. Los hijos comienzan a jugar con el alimento, y lo que estaba sobrando sería una fiesta para los gentiles.

3. La forma en que la mujer replicó a Jesús, llena de sabiduría y determinación: *«Cierto, Señor; pero también los perrillos debajo de la mesa comen las migajas de los hijos»* (v. 28). Como si dijese: «Ya sé que no pertenezco a los hijos, ya sé que el pan de los hijos no debe echarse a los perros, pero nadie niega a los perrillos las migajas, pues se les permite que se coloquen debajo de la mesa para que coman de lo que cae; no pido una hogaza sino una migaja; no me la niegues». Al hablar así, engrandece la abundancia de curaciones milagrosas con las que ella misma había oído que los judíos tenían un gran festín, en comparación de las cuales la curación de su hija no era más que una simple migaja. Quizá se había enterado del milagro de la multiplicación de los panes y pensaría que, en aquella ocasión, forzosamente quedaron muchas migajas para los perrillos.

4. Al oír esto, Cristo le concedió su petición: *«Por lo que has dicho, vete; el demonio ha salido de tu hija»* (v. 29). Como si dijese: «Ya tienes lo que tanto deseabas». Esto nos anima a *orar y no desfallecer,* no dudando que, si perseveramos en la oración, prevaleceremos con Dios. La palabra de Cristo tuvo efecto inmediato; más aún, expresaba lo que ya había sucedido en virtud de un acto de Su voluntad: *«ya HA SALIDO»* (el perfecto griego indica una acción pasada, cuyo efecto continúa). Y así fue, como Cristo había dicho, pues, cuando la mujer llegó a casa, *«encontró a la niña echada en la cama, y que el demonio había salido»* (v. 30). Cristo puede vencer a Satanás a distancia. Así que la mujer halló a su hija, no agitada como antes, sino echada en la cama *reposando* y esperando que su madre regresara para regocijarse con ella de encontrarse ya perfectamente bien.

Versículos 31–37

Nuestro Señor Jesús rara vez se detuvo por mucho tiempo en un mismo lugar. Después de sanar a la hija de la mujer cananea, esto es, de haber hecho lo que tenía que hacer en aquel lugar, regresó *«al mar de Galilea»* (v. 31). No vino por el camino más corto, sino dio un rodeo, *«por en medio de la región de la Decápolis»*, que cae mayormente al otro lado del Jordán.

Relato de una curación que Cristo llevó a cabo, y que no es referida por ningún otro de los evangelistas. Es el caso de un sordomudo.

I. Su caso era muy triste (v. 32): Era *«sordo» y, «además, hablaba con dificultad»*. Así, pues no podía mantener una conversación normal, estaba privado, por consiguiente, tanto del placer como del provecho del habla; no tenía la satisfacción de oír lo que la gente decía, ni de comunicarles adecuadamente lo que él pensaba o deseaba. Al llegar a este punto aprovechemos la oportunidad para dar gracias a Dios por habernos preservado el sentido del oído, especialmente para poder escuchar la Palabra de Dios, así como la facultad de hablar, especialmente para poder expresar las alabanzas de Dios. Quienes trajeron este hombre a Jesús *«le suplican que ponga la mano sobre él»* (v. 32). No se nos dice que le pidieron que lo curase, sino que pusiera la mano sobre él; es decir, que tuviese conocimiento del caso y, luego, ejerciese su poder sobre el enfermo del modo que mejor le pareciese.

II. Su curación fue realizada con mucha solemnidad, y algunas de las circunstancias son muy singulares.

1. Cristo *«lo tomó a solas, apartado de la multitud»* (v. 33). De ordinario llevaba a cabo sus milagros públicamente pero esta vez lo hizo en privado. Aprendamos de Cristo en este caso a hacer el bien, incluso donde no hay otros ojos que nos vean sino los Suyos.

2. Al hacer la curación, realizó acciones más significativas que de costumbre: (A) *«metió sus dedos en los oídos de él»* como para abrírselos; (B) «y *escupiendo le tocó la lengua»,* como para desatarla y capacitarla para las divinas alabanzas. No eran causas que físicamente contribuyeran a su curación, sino sólo señales o símbolos con los que corroborar la fe del enfermo y de quienes lo habían presentado a Jesús.

3. *«Alzó los ojos al cielo»* (v. 34), y dio así a entender que la curación era llevada a cabo con el poder divino. Con este gesto Cristo enseñaba también al hombre a dirigir sus ojos al cielo porque, aunque no podía *oír,* sí que podía *ver,* de dónde le venía el socorro.

4. *«Lanzó un hondo suspiro»,* no como si hallase alguna dificultad en llevar a cabo el milagro, sino para expresar su simpatía con el enfermo, ya que la oración es un *gemido* (v. Ro. 8:26), pero aquí es algo más: es una demostración de que Cristo se compadecía, y se compadece, de nuestras debilidades (He. 4:15).

5. *«Dijo: Efatá, es decir, ábrete.»* Marcos nos ha conservado la palabra original que Jesús pronunció en arameo, y cuya traducción literal es: *«sé abierto»,* e indicaba los dos sentidos que necesitaban curación, como diciendo: «Que sean abiertos sus oídos y sus labios, a fin de que pueda oír y hablar libremente». Y el efecto de la palabra de Jesús fue inmediato: «*Y se abrieron sus oídos, se le soltó la atadura de la lengua, y comenzó a hablar correctamente»* (v. 35). ¡Qué felicidad la de tener tan cerca de sí a Jesús con quien poder hablar, tan pronto como recibió el uso perfecto del oído y del habla! Con esta curación, Jesús demostró ser el Mesías, pues del futuro reino mesiánico estaba profetizado: «… *los oídos de los sordos se destaparán … y cantará la lengua del mudo»* (Is. 35:5–6). Pero era también un símbolo de la obra que el Evangelio lleva a cabo en la mente de los hombres. El gran mandamiento del Evangelio, y de la gracia de Cristo a los pobres pecadores es: *Efatá: Sé abierto,* pues *el Señor abre el corazón, para que el oído esté atento a la palabra de Dios* (v. Hch. 16:14) y también *abre los labios para que nuestra lengua publique Sus alabanzas* (v. Sal. 51:15).

6. «*Les ordenó que no lo dijesen a nadie»* (v. 36); pero, en vano: *«cuanto más se lo ordenaba, tanto más ampliamente lo publicaban ellos»*. Siempre vemos que contravenían esta orden de Jesús, quien, como hemos dicho más de una vez, tenía muy buenas razones para ordenar que no se publicasen estos milagros. El versículo 27 parece poner un detalle atenuante de esta desobediencia: *«Estaban sumamente atónitos»,* es decir, de tal manera les asombraba y les sacaba fuera de sí el contemplar estos milagros tan estupendos de Jesús, que olvidaban la prohibición de divulgarlos. *«Decían: Todo lo ha hecho bien»*. Dice R. A. Cole: «El paralelismo con Génesis 1 (v. 31, especialmente) pudo pasar inadvertido para el común de los oyentes, pero es difícil que escapase a la percepción de la Iglesia primitiva. Toda la creación de

Dios fue una obra perfecta, y la manifestación del poder del Hijo de Dios era asimismo perfecta. No sólo Dios vio que era bueno (Gn. 1:4), sino que, en esta ocasión, también los hombres lo vieron».

CAPÍTULO 8

Cristo alimenta ahora milagrosamente a cuatro mil hombres. Rehúsa después dar a los fariseos una señal del Cielo y amonesta a Sus discípulos contra la doctrina de los fariseos. Luego, cura a un ciego en Betsaida, escucha la confesión de Pedro y anuncia Su Pasión y Muerte, como lo vemos también en Mateo 16.

Versículos 1–9

Ya vimos antes el relato de un milagro muy parecido a éste en este Evangelio (6:35), y de este mismo milagro en Mateo 15:32.

I. Vemos otra vez que seguía a Jesús *«mucha gente»* (v. 1); la gente del pueblo, más sencilla y honesta que los jefes de la nación tenían también más sabiduría, propiamente dicha, que ellos, y albergaban sobre Jesús una opinión más elevada. No es extraño, pues, que Jesús hablase más con ellos, pues se sentía a gusto en su compañía; lo cual debe animar a los que se consideran poco importantes a que se alleguen a Jesús *«para que tengan vida»* (Jn. 5:40). Vemos que:

1. A Jesús se le enternecía el corazón sobre la multitud: *«Hace ya tres días que permanecen conmigo, y no tienen qué comer»* (v. 2). ¡Que no digan los fariseos que *«los discípulos de Jesús no ayunan»!* Pero, aun así, permanecían con Él, y no pensaban dejarle mientras Él no los despidiera. Cuando hay verdadero amor a Cristo, no importan las dificultades que se presenten en el camino del deber. Hay un refrán castellano que, para ensalzar el amor genuino de los cónyuges, dice: «Contigo, pan y cebolla».

2. Cristo expresa su inquietud por el estado físico de la multitud: *«Se me enternecen las entrañas* (trad. literal) *sobre la multitud»*. Aquellos mismos a quienes los fariseos miraban con olímpico desdén, eran para Jesús objeto de compasión y ternura. Pero lo que, de modo especial, le preocupa es que *«no tienen qué comer»*. Cuando, por amor a Cristo y a la causa del Evangelio, tenemos que pasar por dificultades y pérdidas materiales podemos estar seguros de que Él tendrá cuidado de nosotros de un modo u otro. Obsérvese con cuánta comprensión y compasión dice: *«y si los despido en ayunas a sus casas, desfallecerán en el camino, y algunos de ellos son de muy lejos»*. Se percataba de que algunos de ellos estaban a gran distancia de sus casas y les era, por ello, más difícil procurarse alimento. Cuando vemos a la gente oír la Palabra de Dios, es un consuelo pensar que el Señor sabe de dónde ha venido cada uno, aunque nosotros no lo sepamos. Cristo no puede sufrir que algunos desfallezcan en el camino, que se marchen de Él *vacíos* quienes, con toda sinceridad, vinieron a llenar su alma de las divinas enseñanzas.

II. Las dudas de los discípulos de Cristo sirven a menudo para que el poder del Señor se haga más manifiesto y pueda ser así engrandecido. Los apóstoles no se imaginaban cómo se podía dar de comer a tanta gente en un lugar solitario: *«¿De dónde podrá alguien, en este despoblado, sacar suficiente pan para satisfacer a éstos?»* (v. 4) ¿Alguien? ¿Tampoco Jesús? ¿Tan pronto se habían olvidado de la alimentación milagrosa de los cinco mil? Resulta extraño que Lenski intente echar a buena parte la pregunta de los discípulos, cuando más tarde (vv. 14–21) hallamos en ellos la misma torpeza de memoria y entendimiento. Dice muy atinadamente Trenchard: «¿Eran estos hombres más torpes e incrédulos que todos los hombres de la tierra? En ninguna manera, sino que representan la tendencia de los creyentes en todo tiempo de olvidarse de las grandes liberaciones de Dios a su favor, cuando de nuevo se les presentan problemas que, aparentemente no tienen solución». Pero Cristo no se desanima por esta torpeza de los doce, sino que vuelve a repetir el milagro anterior.

1. Les pregunta: *«¿Cuántos panes tenéis?»* (v. 5). Cuando las cosas llegan a un extremo en que las posibilidades humanas se han acabado, es llegado el momento adecuado para que Cristo actúe en ayuda

de los Suyos. Tenían que demostrar que no le habían seguido *por los panes* (Jn. 6:26), antes de darles de comer cuando ya estaban exhaustos y en grave necesidad de comer.

2. La munificencia de Cristo es inagotable. Cristo repitió el milagro de la multiplicación de los panes. Sus favores y misericordias se renuevan al ritmo de nuestras necesidades (ver Lm. 3:22–23). En el milagro anterior, Cristo usó todo el pan que tenía a mano, esto es, *cinco* hogazas, y con ellas alimentó a todos los huéspedes que tenía, que eran *cinco mil.* Podría haber dicho: «Si cinco panes bastaron para cinco mil, cuatro bastarán para cuatro mil». Pero tomó los siete panes, y con ellos alimentó a los cuatro mil, para enseñarnos a usar lo que tenemos y sacar el mejor partido posible de ello.

3. En la casa de nuestro Padre *hay abundancia de pan* (ver Lc. 15:17). Quienes tienen a Cristo en su vida, no han de temer que les falte lo necesario para la vida.

4. A quienes siguen a Cristo, les conviene mantenerse *juntos* (Sal. 133:1). Cristo alimentó a una multitud *reunida.* Las ovejas de Cristo han de permanecer en el rebaño, y entonces *hallarán pastos* (Jn. 10:9).

Versículos 10–21

Terminada la alimentación de los cuatro mil, no por eso se pone Cristo a descansar, sino que continúa actuando y se va *«a la región de Dalmanuta* (v. 10). Pero, al encontrarse allí con gente discutidora, y no con oportunidades de hacer el bien, *«se embarcó de nuevo y se fue a la otra orilla»* (v. 13). Vemos que:

I. No quiso satisfacer los deseos de los fariseos, quienes le pedían *«una señal del cielo»* (v. 11). Vinieron a Él para discutir con Él, a fin de *«ponerle a prueba»,* es decir, tenderle una trampa.

1. Le piden *señal del cielo,* como si no fueran suficientes las que les había dado en la tierra. Y se la piden para tentarle, no con la esperanza de que vaya a acceder a su ruego, pues así podrán imaginarse que tienen excusa en su incredulidad.

2. Él rehusó hacer lo que le pedían, *después de haber gemido en Su espíritu* (v. 12). El gemido expresaba el dolor del corazón de Cristo por la incredulidad de ellos. Le causa pesadumbre a Cristo el que los pecadores cierren así los ojos a la luz y levanten una barrera contra el Evangelio en sus puertas. Se queja de sus interlocutores por la dureza de sus corazones: *«¿Por qué pide esta generación una señal?» «Esta generación,* tan indigna de que se le traiga el Evangelio, y de que se le haga una señal para confirmarlo; *esta generación,* que ha tenido tal abundancia de señales palpables y misericordiosas en la curación de tantos de sus enfermos, ¿no es un absurdo el que pidan todavía una señal del cielo?» *«En verdad os digo que no se dará señal a esta generación».* Y los dejó, como personas de las que nada podía sacar con hablarles. Si no quieren convencerse con lo que es evidente, ¡que se queden con sus propias ilusiones!

II. Cómo amonestó a Sus discípulos para prevenirlos contra las enseñanzas de los fariseos y de los herodianos.

1. Cuál fue el encargo: *«Mirad bien que os guardéis de la levadura de los fariseos»* (v. 15). Mateo (15:6) añade: «y *de los saduceos».* Marcos añade: «y *de la levadura de Herodes».* Las tres *levaduras* eran de la misma especie: se negaban a creer en Jesús, y por eso se sentían insatisfechos con los muchos milagros que el Señor había obrado. (Si se tiene en cuenta que los fariseos estaban aferrados a sus *tradiciones,* los saduceos a sus *razones,* y los herodianos a *las cosas del mundo,* el lector me permitirá una acomodación personal de las *tres* medidas de Mt. 13:33 a las tres corrupciones de Col. 2:8—nota del traductor—.)

2. Qué mal entendieron los discípulos esta advertencia: Sólo pensaban en que *«se habían olvidado de proveerse de panes, y no tenían consigo en la barca sino un solo pan»* (v. 14). *«Razonaban entre sí»* (v. 16) qué significaban las palabras del Maestro, y sacaron como conclusión: *«Es que no tenemos panes».* «Razonaban», discutían; uno decía: «tú tienes la culpa»; otro decía, «no, sino que la tienes tú, de que no tengamos panes», etc. Así es como la desconfianza en Dios hace que Sus hijos se peleen entre sí.

3. La reprensión que Cristo les echó por su falta de discernimiento en esta materia, aunque fue una reprensión mezclada de ternura, pues conocía el corazón de ellos y sabía que necesitaban ser regañados de esa manera: *«¿Aún no entendéis ni os dais cuenta? ¿Tenéis embotada vuestra inteligencia?* (Lit.

corazón). Teniendo ojos, ¿no veis? y teniendo oídos, ¿no oís?» (vv. 17–18). ¡Qué estúpidos y sin sentido sois! «Y *no recordáis …»* (vv. 19–20). Sí que lo recordaban, y podían decirle sin titubeos que en la primera multiplicación de los panes, habían recogido *doce cestas* llenas de fragmentos; y en la segunda, *siete canastas. «Y continuaba* [Jesús]: *¿Todavía no os dais cuenta?»* (v. 21). Como si el que había multiplicado cinco panes, y después siete, no pudiera multiplicar uno. Parecían imaginarse que este *uno* no era suficiente para sacar de él lo necesario para trece personas. Como si no fuera lo mismo para el Señor salvar con muchos que con pocos, y tan fácil alimentar con un pan lo mismo a cinco que a cinco mil. Por eso era necesario traerles a la memoria, no sólo lo que bastó en las otras dos ocasiones, sino también lo que sobró. Las experiencias que ya hemos tenido de la bondad de Dios hacia nosotros en el camino del deber agravan grandemente nuestra desconfianza en Él. El *no entender* el designio y el significado de los favores que Dios nos concede, equivale, por parte de nosotros, a no recordarlos. En consecuencia, nos vemos abrumados ahora con problemas, preocupaciones y desconfianza, sencillamente por no entender ni recordar lo que hemos conocido y visto del poder y de la bondad de nuestro Señor Jesucristo. Cuando de esta manera nos olvidamos de las obras de Dios y desconfiamos de Él, debemos ser severamente reprendidos por ello, como Cristo hizo aquí con Sus discípulos.

Versículos 22–26

La curación que viene a continuación es referida únicamente por Marcos.

I. Se trata de un *ciego,* no de nacimiento, sino que había perdido la vista. Se lo traen a Cristo los amigos del ciego, *«suplicándole que lo toque»* (v. 22). Aquí vemos la fe de aquellos hombres. Pero, al parecer, el ciego mismo no mostró tanto deseo, ni tanta expectación, de ser curado como el que mostraron otros ciegos. En todo caso, si los que están espiritualmente ciegos, no se sienten con fuerzas para orar ellos mismos, pero permiten que sus parientes y amigos oren por ellos, no hay duda de que Cristo se complacerá en *tocarlos* con Su gracia.

II. Es Cristo el que aquí *«toma de la mano al ciego y lo saca fuera de la aldea»* (v. 23). No pidió a los amigos del ciego que lo llevaran sino que Él mismo lo tomó de la mano y lo condujo. Nunca antes había tenido el pobre ciego un Guía semejante. Lo sacó *fuera de la aldea. Si* la intención del Señor hubiera sido solamente curarlo en privado, podía haber ido con él a una casa, y curarle en el aposento interior. Quizá se lo llevó fuera de la aldea, a campo abierto, a fin de que el hombre pudiese comprobar mejor la calidad de su visión después del milagro, que si se hallase entre cuatro paredes o en una calle estrecha.

III. A continuación se nos refiere con todo detalle el milagro mismo. En esta curación podemos observar:

1. Que Cristo usó una señal simbólica: *«Le escupió en los ojos»,* con los párpados cerrados, con lo cual le indicaba que hacía algo por su ceguera, mientras *«ponía las manos sobre él»,* en señal del gran favor que le iba a conceder. Podía haberle curado como hizo a otros, con una simple palabra de Su boca pero quiso hacerlo de este modo, al atender al estado espiritual de este hombre cuya fe era débil.
2. Que es la única vez en que el Señor obró un milagro en dos etapas. Después del primer toque de la saliva y de las manos, preguntó al ciego *«¿Ves algo?»* Como acontece normalmente al recobrar la visión después de mucho tiempo, el hombre veía las cosas invertidas: *«Él alzó los ojos y dijo: Veo los hombres como árboles, pero los que veo que andan»* (v. 24). Se refería, sin duda a los discípulos de Jesús que estaban moviéndose cerca de él, y no podía distinguirles bien, excepto que se movían como algo parecido a un árbol, pero con la cabeza abajo, y los brazos y pies más arriba cual ramas confusas de árboles.
3. Jesús completó la curación inmediatamente, pues nunca deja las cosas a medio hacer: *«le puso otra vez las manos sobre los ojos»* (v. 25), a fin de que el hombre adquiriese una visión clara y normal. Entonces, *«él miró fijamente y quedó restablecido, y comenzó a ver todas las cosas con claridad».* Cristo obró de esta manera (A) Porque no quería sujetarse a un método fijo. No curaba *por rutina.* La Providencia usa diferentes métodos para llegar al mismo objetivo, para que nuestra fe capte mejor las distintas formas en que actúa; (B) Porque el poder de Cristo obraba *conforme a la fe,* y la fe de este hombre parecía débil en un principio; con esta curación gradual, su fe se fortalecería al recibir una impresión más profunda de lo que Jesús estaba haciendo con él; (C) Para mostrar que los que, por

naturaleza, son *espiritualmente ciegos,* necesitan a menudo recibir una luz como la del amanecer, pues sus conocimientos son todavía confusos; pero, a medida que son tocados por la gracia del Señor, la luz que adquirieron va brillando más y más, hasta alcanzar la claridad del mediodía, cuando podrán ver todas las cosas mucho mejor que en un principio.

IV. La orden que dio Cristo al hombre a quien había curado: *«Le envió a su casa, diciendo: Ni siquiera entres en la aldea, ni se lo digas a nadie en el pueblo»* (v. 26). Era suficiente con que se enterasen los de la familia y alabasen juntos a Dios por el beneficio concedido. La gente le habría preguntado cómo había sido curado, etc., lo cual serviría para aumentar el fanatismo de que estaban poseídos.

Versículos 27–38

Ya hemos visto lo suficiente de la doctrina que Cristo predicó y de los milagros que llevó a cabo. Es hora de hacer una pausa y ponderar lo que todo esto significa. ¿Qué pensamos de todo ello? ¿Se han escrito estas cosas solamente para entretenernos, o para proveernos de materia sobre la que meditar? Ciertamente, *«estas cosas se han escrito para que creamos que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios»* (Jn. 20:31). Tres cosas son las que aquí se nos enseñan como para ser inferidas de los milagros que Cristo obró.

I. Esos milagros *demuestran* que es el Hijo de Dios y el Salvador del mundo; ésta es la fe que profesan aquí Sus discípulos, quienes fueron testigos de vista de tales milagros.

1. Cristo les pregunta: *«¿Quién dicen los hombres que soy yo?»* (v. 27). Aunque importa poco lo que los hombres piensen de nosotros, nos hace bien a veces saber lo que la gente dice de nosotros, no para buscar nuestra propia gloria, sino para percatarnos de los defectos que no acertamos a ver en nosotros.

2. El informe que los discípulos le dieron, y que reflejaba la elevada opinión que la gente tenía de Cristo. Aun cuando no llegaban al conocimiento pleno de la personalidad de Jesús, estaban, sin embargo, convencidos, por los milagros que hacía, de que era un personaje extraordinario, con una comisión muy especial de parte de Dios. Ninguno de los encuestados respondió que era un impostor, sino que era *Juan el Bautista, o Elías* u otro cualquiera de los antiguos *profetas* (v. 28). Todos coincidían implícitamente en que era un profeta *resucitado de entre los muertos.*

3. Cristo les pide entonces a los discípulos que expresen ellos su propia opinión al respecto: «Y *vosotros, ¿quién decís que soy* yo?» (v. 29). Aquí, como en Mateo 16:16, Pedro se adelanta a responder por todos ellos: «*Tú eres el Cristo»,* el Mesías tan prometido y esperado. Esto es lo que sabían bien y habían de mantener y publicar más tarde; pero, por ahora, habían de guardarlo en secreto (v. 30), hasta que la suprema prueba de Su resurrección se hubiese llevado a cabo, y ellos estuviesen capacitados por el Espíritu para entenderla y proclamarla.

II. Pero estos milagros parecían quitar *«el escándalo de la cruz»* (Gá. 5:11), pues nos presentan a Cristo como Conquistador, no como el Siervo Sufriente, el gran Sustituto por nuestros pecados. Por eso, ahora que los discípulos están convencidos de que Jesús es el Mesías, es preciso que consientan en oír de Sus padecimientos (v. 31).

1. *«Y comenzó a enseñarles que el Hijo del Hombre debía padecer mucho.»* Aunque habían superado el error común de una inmediata instauración del reino mesiánico, en el que Cristo había de libertarles del yugo de los romanos por medio de la fuerza, todavía esperaban una *inmediata restauración del Reino a Israel* (Hch. 1:6). Pero Cristo quiere sacarles de este error, diciéndoles que va a *«ser rechazado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, ser condenado a muerte y resucitar a los tres días».* Les dijo esto *«con toda franqueza»* (v. 32). No les doró la píldora, como suele decirse, ni arropó la realidad con expresiones ambiguas. No hablaba como quien está aterrorizado por lo que le va a suceder, sino con la misma naturalidad con la que esperaba que ellos recibieran la noticia. Podía hablar de esta manera tan *franca* porque sabía que *debía* morir, pero *«nadie le quitaba la vida, sino que Él la ponía de Sí mismo»,* en gozosa sumisión a la voluntad del Padre (Jn. 10:18).

2. Pedro se opuso a ello: *«Entonces Pedro le tomó aparte y comenzó a reprenderle»* (v. 32). Aquí mostró Pedro más amor que discreción; celo por Cristo pero no conforme a conocimiento. Le tomó aparte, como si fuese a pararle los pies y a impedir que llevase a cabo lo que acababa de anunciar. No era el lenguaje de la autoridad, sino el del afecto. Es cierto que Jesús permitía a Sus discípulos que se sintieran libres con Él, pero Pedro se pasó de la raya en esta ocasión.

3. Pero inmediatamente fue Cristo quien reprendió a Pedro en presencia de los demás: *«volviéndose y mirando a sus discípulos»* (v. 33), para ver si los demás estaban de acuerdo con lo que Pedro decía, dijo a Pedro: *«¡Quítate de mi vista, Satanás!»* Poco se figuraba Pedro que iba a recibir tan terrible reprimenda, sino que más bien pensaría que el Señor le iba a alabar ahora por su amor como antes le había alabado por su fe. Cristo sabe de qué espíritu somos, aun cuando no lo sepamos nosotros mismos. (A) Pedro habló como quien no entendía correctamente los designios de Dios. Pensaba que la muerte de Cristo era un *martirio* innecesario que a toda costa había de ser impedido. No se percataba de que la muerte de Cristo era necesaria para la gloria de Dios, la destrucción de Satanás y la salvación de los hombres pues *el Autor y Capitán de nuestra salvación tenía que ser perfeccionado por medio de padecimientos* (He. 2:10). La sabiduría humana es una completa locura cuando pretende poner modo y medida a los planes de Dios. La cruz de Cristo es para unos locura; para otros escándalo. (B) Pedro habló como quien no entiende la naturaleza del reino de Dios. Pensó que era político y material no celeste y espiritual: *«no tienes en mente*—le dice Jesús—*las cosas de Dios, sino las de los hombres»,* Pedro mostraba así una mentalidad demasiado «humana». Como dice el profesor Trenchard: «Los hombres no pueden concebir un "Reino" sino en términos de la fuerza carnal de ejércitos, dinero, sabiduría humana, etc., pero el Señor tenía que enseñar a los discípulos que el Reino no podía "venir con poder" en un mundo de pecado, sino a través de una muerte expiatoria». Pensar como los hombres en contra de los pensamientos de Dios es un gran pecado y raíz de muchos pecados (v. Is. 55:8) y, por desgracia, es cosa bastante común entre los discípulos de Cristo. Huir de lo que no nos agrada parece lógico al hombre carnal, pero si, para ello, tenemos que huir del deber, resultará al final muy ilógico y necio.

III. Los milagros de Cristo deben estimularnos a todos a *seguirle,* cueste lo que cueste, no sólo porque son *pruebas* de Su *misión,* sino también porque son *explicaciones* de Su *propósito.* Y de la misma manera que curaba los *cuerpos* de cuantos acudían a Él en busca de remedio para sus males físicos, también quería, como buen Médico de nuestras almas, curar nuestros corazones ciegos, sordos, cojos y leprosos, etc. Por eso, *«llamó a la multitud, así como a sus discípulos»,* para que todos escuchasen la importante lección que sigue.

1. No deben tener contemplaciones con la vida del cuerpo, sino que «Si *alguien*—dice—*quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo»,* viva una vida de abnegación, no pretenda ser su propio médico, no satisfaga los deseos de su propio «yo», sino *«tome su cruz, y sígame»* (v. 34). Los que quieran ser sanados por Cristo, han de acudir a Él, conversar con Él, recibir las instrucciones, remedios y dietas que Él les prescriba, y resolverse a no abandonarle jamás.

2. No deben estar solícitos por la vida del cuerpo, cuando no pueden guardarla sin renunciar al Salvador (v. 35). ¿Nos invitan las palabras y las obras de Cristo a seguirle? Sentémonos y calculemos el costo, para ver si nos trae más ventajas seguir a Cristo o ir en pos de nuestros propios deseos. Pero tengamos en cuenta que, cuando el diablo quiere apartar de Cristo a los hombres, les propone ventajas efímeras y les oculta lo peor (v. Ro. 6:23a). En cambio, cuando Cristo nos invita a ir en su seguimiento, no nos oculta las desventajas, sino que nos dice de antemano los problemas y peligros que hemos de arrostrar en el servicio de Dios, porque, a quien es lo bastante sabio para poner imparcialmente en la balanza las *ventajas* de servirle con los *inconvenientes* que ello comporta, resulta evidente que *«esta leve tribulación momentánea nos produce en una medida que sobrepasa toda medida, un eterno peso de gloria»* (2 Co. 4:17), y «que *las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que ha de manifestarse en nosotros»* (Ro. 8:18). Por tanto:

(A) No debemos temer la pérdida de la vida por la causa de Cristo: *«Cualquiera que desee salvar su vida,* negándose a seguirle o renegando de Él después de haber hecho profesión de fe cristiana, *la perderá»,* así como toda esperanza de vida eterna; tal será la insensata operación comercial, o compraventa que realizará. En cambio, *«cualquiera que haya de perder su vida,* que esté dispuesto a perderla cuando no puede conservarla sin negar a Cristo, *la salvará»,* será un inefable ganador. Quienes mueren por la patria o por el rey, reciben alguna clase de recompensa póstuma, con grandes honores y

provisión material para sus familiares, pero ¿qué es eso en comparación con la recompensa de la vida eterna que Cristo otorga a cuantos dan la vida por Él?

(B) Lo que de veras hemos de temer es la pérdida de nuestra alma, es decir, la perdición eterna de nuestra persona entera: *«Porque, ¿qué provecho hay en que una persona* gane *el mundo entero,* por negar a Cristo, y *que pierda su alma?»* (v. 36). Como dijo el obispo Hooper, la noche anterior a su martirio: «Es cierto que la vida es dulce y la muerte es amarga, pero la muerte eterna es más amarga, y la vida eterna es más dulce». En efecto, *«¿qué puede dar el hombre a cambio de su alma?»* (v. 37). La ganancia de todo el mundo *con pecado,* no es bastante para contrarrestar la ruina del alma por el pecado. El dinero puede comprarlo todo en este mundo menos la vida misma; ¡cuánto menos podrá comprarse con todo el oro del mundo la eternidad!

(C) El Señor termina diciendo lo que hacen los hombres para salvar su vida y ganar el mundo, a costa de su alma y de la eternidad: *«Porque quienquiera que se avergüence de mí y de mis palabras, en medio de esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre también se avergonzará de él»* (v. 38). La desventaja en que la causa de Cristo se halla en este mundo es que hay que mantenerla y profesarla *en medio de una generación adúltera y pecadora.* Hay épocas y lugares en que el pecado abunda más que en otros tiempos y lugares, como ocurrió en tiempo de Cristo; en tales circunstancias, la causa de Cristo encuentra tal oposición, tantos ataques y tan fiera persecución, que quienes la profesan están expuestos al desprecio, al ridículo, al ostracismo y aun a la muerte. Y hay muchos que, aun reconociendo que la causa de Cristo es justa y digna, *se avergüenzan* de ella; con lo cual, *se avergüenzan* de Cristo; no pueden aguantar el desprecio, la burla o la persecución y, por consiguiente, reniegan de su profesión cristiana. Pero llegará un día en que la causa de Cristo se manifestará tan espléndida e ilustre cuanto ahora aparece como despreciable y sin importancia. Y no compartirán entonces la gloria de Cristo quienes ahora no están dispuestos a llevar *el vituperio de Cristo* (He. 11:26; 13:13).

CAPÍTULO 9

En este capítulo se nos refiere la transfiguración del Señor; la expulsión de un demonio que los discípulos no pudieron echar, una nueva predicción de Sus padecimientos y muerte, las lecciones que dio a los discípulos acerca de la humildad y en contra de la rivalidad. Termina con las advertencias sobre las ocasiones de tropiezo que pueden dañar, tanto a otros como a nosotros mismos.

Versículos 1–13

I. Una predicción del reino mesiánico venidero (v. 1), en la que se dice: 1. Que el reino de Dios *vendrá,* y que vendrá de una forma que será *visto.* 2. Que vendrá *con poder,* y echará por tierra toda oposición que se le presente. 3. Que vendrá, de algún modo, viviendo aun los que estaban presentes. Varias interpretaciones se han dado de esto, pero pueden reducirse a dos: *primera,* que el poder del reino de Dios se manifestaría en el año 70 de nuestra era en la destrucción de Jerusalén, etc., suceso que tendría lugar en vida de algunos de los a la sazón presentes; por lo menos, de Juan. Así piensan autores como Broadus y Lenski, entre otros. Pero no entendemos cómo puede alguien identificar *la venida del Reino de Dios con poder,* con la destrucción de Jerusalén y del Templo, la horrible matanza de tantos miles de judíos y la expulsión de Palestina de casi todos los que quedaron; *segunda,* que el Señor se refería a la *Transfiguración* que *«algunos»,* tres en concreto, de los que allí estaban, iban a presenciar. Esto es lo más probable, porque, en efecto:

II. La Transfiguración de Cristo, *«seis días después»* de tal predicción (v. 2), fue un anticipo de la venida gloriosa del Reino de Dios. Con ella, dio Jesús a Sus tres apóstoles favoritos un vislumbre de Su gloria, para mostrar que Sus futuros padecimientos eran voluntarios y prevenirles así contra *«el escándalo de la Cruz».*

1. *Ocurrió en la cima de un monte alto.* La tradición enseña que fue el monte Tabor.

2. Los testigos de vista fueron *Pedro, Jacobo y Juan.* Así como hay favores especiales que se otorgan a los discípulos y no al mundo, así también hay favores especiales que se otorgan a unos discípulos y no a otros. Todos los santos son personas cercanas a Cristo, pero algunos *se recuestan en Su pecho* (Jn. 21:20). Jacobo fue el primero de los doce en morir por Cristo, y Juan les sobrevivió a todos ellos, para ser el último testigo ocular de Su gloria: *«Y vimos Su gloria»* (Jn. 1:14). También Pedro la vio (2 P. 1:16–18).

3. La forma en que ocurrió: «*Se transfiguró delante de ellos*». Por aquí se puede ver de qué cambio tan grande son capaces los cuerpos humanos cuando Dios quiere otorgarles honor (ver 1 Co. 15:43–44). «*Y sus vestiduras se volvieron resplandecientes, sumamente blancas, cuales ningún lavador de este mundo puede emblanquecerlas así*» (v. 3).

4. Le acompañaban en esta manifestación de gloria *Moisés y Elías* (v. 4): Aparecieron *«conversando con Jesús»,* para dar testimonio de Él. Moisés y Elías vivieron a gran distancia de tiempo el uno del otro, pero eso no quebranta las leyes temporales del Cielo, donde somos como uno en Cristo, y *muchos primeros serán últimos,* mientras que *muchos últimos serán primeros.*

5. El gozo y deleite que los discípulos experimentaron con esta visión, conforme lo expresó Pedro, al decir a Jesús: *«Rabí, es bueno que nos quedemos aquí»* (v. 5). Aunque Cristo estaba transfigurado y conversaba con Moisés y Elías, permitió que Pedro le hablara. Hay muchos que, cuando se hallan en el pináculo del poder o de la fama, obligan a sus amigos a mantenerse a distancia, pero los verdaderos creyentes siempre tienen franco acceso al Jesús glorificado. Incluso en medio de aquella conversación celestial, hubo lugar para que Pedro introdujese algunas frases, pues añadió: *«Hagamos tres enramadas (o tiendas de campaña); una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías»*. Los creyentes sinceros dan tanto valor a la comunión con el Señor y a estar *en el monte* con Él, que se olvidan de sí mismos. Pedro no dice nada de hacer cobijo para sí y para los otros dos discípulos que estaban con él; se sentía tan anonadado por la visión celestial, que daba por bien empleado quedarse a la intemperie con tal de seguir disfrutando de aquella experiencia maravillosa. Si tan delicioso es ver a Cristo transfigurado en una montaña y acompañado de Moisés y Elías, ¡qué será estar en el Cielo con Cristo glorificado y en compañía de todos los elegidos!

6. Pero, sin embargo, es menester observar que, mientras Pedro quería continuar allí, olvidaba cuán necesaria era abajo en el valle la presencia de Cristo, pues en aquellos mismos momentos los otros discípulos echaban grandemente en falta al Maestró (v. 14). Cuando nos van bien las cosas, somos propensos a olvidarnos de los demás. Fue una debilidad por parte de Pedro el preferir la comunión personal con Dios a la utilidad pública. Además quería levantar *tres* tiendas, cuando una sola podía cobijar a todos, especialmente cuando estaban conversando juntos. Pero los evangelistas se apresuran a comentar que Pedro *«no sabía lo que decía»* (Lc. 9:33). Marcos (v. 6) comenta: *«Pues no sabía qué responder»* (trad. literal), es decir, cómo reaccionar sensatamente ante tal situación inesperada, *«ya que les había entrado gran espanto»*.

7. La voz que vino del Cielo en testimonio de la mediación de Cristo (v. 7): *«Entonces se formó una nube que les hizo sombra»*. Según Mateo (17:5), la nube era «*luminosa»,* lo cual era símbolo de la presencia bondadosa de Dios. Mientras Pedro hablaba de hacer *«tiendas de campaña»* para Jesús, Moisés y Elías, como si en medio de aquella gloria, necesitasen de cobijo material, Dios puso el símbolo de Su tabernáculo: la nube de la *shekinah* o presencia gloriosa de Dios. «*Y de la nube salió una voz: Éste es mi Hijo, el Amado, escuchadle.»* La voz es como la de 1:11, pero aquí se añade: *«escuchadle»*. Dios reconoce a Jesús como Hijo Suyo Predilecto (el *agapetós* del griego equivale al hebreo *yedidí* = escogido, no sólo «amado»), y, como al *único Mediador entre Dios y los hombres* (1 Ti. 2:5), pide a todos que escuchen a Jesús, porque Él «*habla las palabras de Dios*» (Jn. 3:34).

8. Desaparece la visión: «Y *de pronto, mirando en torno suyo, ya no vieron a nadie, excepto a Jesús solo con ellos»* (v. 8). Sólo Jesús quedó con ellos pero no ya transfigurado, sino como solía estar. Cristo no abandona a los Suyos, aunque desaparezcan los consuelos y gozos extraordinarios. Los discípulos de Cristo siempre le tienen, y le tendrán, consigo «*hasta el fin del mundo*» (Mt. 28:20). Demos gracias a Dios por *el pan de cada día,* y no esperemos un banquete continuo mientras caminamos por este mundo.

9. La conversación entre Jesús y Sus discípulos mientras bajaban del monte:

(A) *«Les ordenó que a nadie contaran lo que habían visto, excepto cuando el Hijo del Hombre se levantara de los muertos»* (v. 9). Ni siquiera a los otros nueve apóstoles habían de comunicar lo sucedido por la misma razón por la que tantas veces prohibía Jesús que se divulgasen Sus milagros, a causa de las ideas de grandeza terrenal, sin pasar por «el escándalo de la Cruz», que, no sólo el pueblo, sino los

mismos apóstoles se habían formado. Sin embargo, como hace notar Lenski, «la Transfiguración, y cuanto en ella sucedió, fue parte del gran fundamento de nuestra fe» (v. 2 P. 1:16); «el Padre selló todo lo ocurrido con Su testimonio personal».

(B) Los discípulos estaban todavía desconcertados, *«debatiendo entre ellos qué era eso de levantarse de los muertos»* (v. 10). Y aún había otro detalle que también les desconcertaba: «*¿Por qué dicen los escribas que Elías debe venir primero?»* (v. 11). Pero Elías acababa de marcharse, y Moisés también. Más aún, si Elías tenía que venir para preparar el camino a Jesús, ¿por qué tenía el Señor necesidad de padecer, morir y resucitar? Dice Lenski: «Lo que aumenta la perplejidad de los discípulos es que no deben decir nada de lo que han visto, nada ni aun de Elías. Si la aparición de Elías que los discípulos acaban de presenciar, era la esperada por Israel, de acuerdo con la profecía, parece que debería ser públicamente proclamada en vez de silenciarla».

(C) Cristo les dio una clave para interpretar la profecía referente a Elías (vv. 12–13): *«Es cierto que Elías viene primero a restaurar todas las cosas, como está escrito del Hijo del Hombre que tiene que sufrir mucho y ser tenido en nada. Pero os digo que Elías ha venido ya, e hicieron con él cuanto quisieron, tal como está escrito de él»* (vv. 12–13). Conforme a Mateo 17:13, los discípulos se dieron cuenta de que Jesús les hablaba de Juan el Bautista, quien vino *«con el espíritu y el poder de Elías»* (Lc. 1:17), aun cuando él mismo negó rotundamente (Jn. 1:21) ser Elías en persona. Que la venida del Bautista no agotaba el sentido de la profecía de Malaquías 4:5–6 (nota del traductor) resulta evidente para el que esto escribe no sólo por el texto de dicha profecía, sino porque la «restauración» mencionada es puesta por Pedro claramente *en futuro* en Hechos 3:21. Es miopía exegética dar por acabada la venida de Elías, puesto que ello comportaría también dar por acabada la venida del Señor, y aun pasajes como Apocalipsis 11:6 deberían hacernos más cautos. Con todo, no sólo la semejanza temperamental, sino la semejanza de circunstancias en que tuvieron que dar testimonio, hacen del Bautista una especie de «doble» de Elías, pues lo que éste hubo de sufrir a manos de Acab y Jezabel, lo tuvo que sufrir Juan a manos de Herodes Antipas y Herodías. Se trata, pues, de uno de los casos de cumplimiento «parcial» de la profecía, similar al de Isaías 61:2 y Joel 2:28–32, compárese con Hechos 2:17 y ss.

Versículos 14–29

Cristo expulsa al demonio de un muchacho.

I. Al descender Cristo del monte de la transfiguración, halla a Sus discípulos en gran apuro. El estado glorioso del Señor no le impide ocuparse de los apuros que los Suyos pasan aquí abajo (v. 14). Y podemos ver cuán oportunamente llegó. Les había sido presentado un muchacho poseído del demonio y no podían hacer nada por él, con lo que los escribas tenían su día. Pero si los discípulos recibieron con alegría la oportuna llegada de Cristo, los escribas la consideraron, sin duda, muy inoportuna. Pero no debemos pasar por alto la actitud general de la gente: *«Tan pronto como toda la multitud le vio quedaron llenos de sorpresa y corrían a saludarle»* (v. 15). Resulta fácil hallar la razón por la que se alegraban de verle, pero ¿por qué *«llenos de sorpresa»?* Tanto M. Henry como Trenchard opinan que algo del brillo de la Transfiguración se transparentaba todavía en el rostro de Jesús, pero es mucho más probable la opinión de Lenski y de Broadus de que la sorpresa se debía a la inesperada y oportuna llegada de Jesús, después de una ausencia algo prolongada, pues, como hace notar Lenski, el brillo del rostro, como en el caso de Moisés, habría inclinado a la multitud a apartarse de Jesús, más bien que a correr hacia Él.

II. El caso que dejaba perplejos a los discípulos fue presentado a Jesús. El Señor pregunta a los escribas, como se ve por el original: «*¿De qué estáis discutiendo con ellos?»* (v. 16). Los escribas no respondieron pues quedaron confusos ante Su presencia, los discípulos tampoco dijeron nada, pues quedaron aliviados y dejaron el asunto a Jesús. Pero el padre del poseso le presentó el caso (vv. 17–18). 1. Su hijo está *poseído por un espíritu que le enmudece*, le convulsiona y casi le hace pedazos, con lo que el muchacho se halla *quebrantado* en su salud, como hace notar el médico Lucas (9:39). Seguramente, el pobre muchacho se estaba quedando como un esqueleto. 2. Los discípulos no podían prestarle ningún alivio: *«Les dije a tus discípulos que lo expulsaran, pero no fueron capaces*» (v. 18b). *«No tuvieron fuerza»*, como dice el original y el padre había sido testigo de la inutilidad de los esfuerzos de los discípulos.

III. ¿A quién va dirigida la reprensión del Señor en el versículo 19? Hay autores, como Lenski, que achacan la falta de fe a los discípulos; otros, a la multitud; otros, al padre del muchacho pero la reprensión es *para todos* los presentes, como hace notar M. Henry y, especialmente, Trenchard, cuyo magistral comentario a esta porción es digno de leerse. La tristeza, y aun la indignación, del Señor son explicables por la incredulidad general de una *generación* privilegiada con las enseñanzas y los continuos portentos obrados por Jesús y, sin embargo, todavía *incrédula; «¿Hasta cuándo …?»*

IV. La deplorable condición en que se hallaba el muchacho cuando fue presentado a Cristo, y la lastimera exposición del caso por parte del padre del poseso. «Y *cuando el espíritu vio a Jesús, al instante sacudió con violencia al muchacho, y cayendo en tierra, se revolcaba echando espumarajos*» (v. 20). Parecía como si el demonio desafiara a Cristo, al ejercitar todo su poder contra el poseso, como si el Señor fuera incapaz, como lo habían sido los discípulos, de llevar a cabo el exorcismo. Jesús preguntó al padre del muchacho *cuánto tiempo hacía que esto le venía sucediendo* (v. 21); no es que Cristo no lo supiera, pero quería oírlo de labios del padre, para que quedase bien claro que, a pesar de ser un caso tan inveterado como extremo, para Él no había nada imposible.

V. El padre del muchacho contestó que eso le sucedía *«desde la niñez»*, y se extendió en la explicación de otros detalles que agravaban la triste condición del muchacho (v. 22), y terminó con una angustiosa súplica: *«Si tú puedes hacer algo, muévete a compasión sobre nosotros y ayúdanos»*. El leproso de 1:40 había dicho a Jesús: *«Si quieres, puedes …».* Estaba seguro del poder de Cristo, y sólo ponía el *«si»* en la voluntad del Señor. Pero este hombre parece no dudar de la voluntad misericordiosa de Jesús pero pone el *«si»* en su poder, lo que mostraba una fe muy débil.

VI. La respuesta que le dio Cristo (v. 23), donde los mejores MSS dicen literalmente: «*A lo de "si puedes" todo es posible para el que cree»*. La lectura *«si puedes creer»*, de poco ánimo puede servir a nadie, pues aunque la fe no pueda ejercitarse sin la gracia de Dios, lo cierto es que su posibilidad está implícita en la frase *«todo aquel que cree en Él»* de Juan 3:15–16, sin lo que la declaración de 1 Timoteo 2:4 sería un mero sarcasmo, con perdón para los que opinen de manera diferente. En efecto, Cristo achaca el fracaso únicamente a la falta de fe, no a la capacidad de la persona; con ello, quedan sin excusa quienes dicen que *no pueden*, así como es un gran consuelo para todos *los que quieren* sencillamente *creer*. *«Cree solamente»*, había dicho Jesús a Jairo (5:36). *«Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo»*, dijeron Pablo y Silas al tembloroso carcelero de Filipos (Hch. 16:31). La fe no es algo fuera del alcance de nosotros (v. Ro. 10:8–18). ¿Quieres creer? Por muy pequeña que sea tu fe, si es genuina, siempre hay posibilidad de que tu corazón se ablande y se curen tus dolencias espirituales.

VII. La profesión de fe que el pobre padre hizo ante las palabras de Jesús: «*Al instante, el padre del muchacho dijo a gritos: Creo; ven en auxilio de mi poca fe*» (v. 24). Como si dijese: «Si es cuestión de voluntad, la expreso a gritos: *"Creo";* no quiero que la curación de mi hijo sea impedida por mi falta de fe; y si el caso es difícil porque mi fe es todavía pequeña, te pido, Señor, que tú la aumentes. ¡Que tu gracia se haga fuerte donde mi fe es todavía débil!» (v. 2 Co. 12:9–10).

VIII. La curación del muchacho. Jesús vio *«que se agolpaba rápidamente una multitud»* (v. 25), y no quiso tenerlos más tiempo en suspenso, sino que *«reprendió al espíritu inmundo»*. Veamos:

1. La orden que dio Jesús al demonio: *«Espíritu mudo y sordo, yo te ordeno, sal de él y no entres más en él»* (v. 25b). No sólo lo expulsa, sino que le prohíbe el retorno, para evitar así las temibles recaídas. Cuando Cristo sana a una persona, la sana de veras: de modo efectivo y permanente. El demonio puede marcharse y volver otra vez; pero cuando Cristo lo expulsa, pierde el visado de regreso.
2. Cómo tomó el demonio la orden de Jesús: Se enfureció sobremanera, pues *«salió gritando y agitando* [al muchacho] *con muchas convulsiones»*, como quien se resiste a salir y, al no poder impedirlo, se venga con toda su rabia. La furia con que trató al muchacho, al salir de él, fue tal, que el gentío pensaba que había quedado *muerto.*
3. *«Pero Jesús le tomó de la mano y le levantó, y él se puso en pie»* (v. 27). Nótese la semejanza con 5:41–42, aunque entonces la muchacha había muerto de muerte natural, y aquí el muchacho estaba *«como muerto»* (v. 26) por la acción del demonio. El alivio del padre del muchacho no es fácil describirlo pues sólo podrá comprenderlo quien haya pasado por una situación semejante.

IX. La razón que Jesús dio a Sus discípulos del fracaso que ellos habían tenido en sus esfuerzos por expulsar al demonio: *«Esta clase* [de demonios] *no puede salir con nada, sino con oración»* (v. 29, lo de «*y ayuno»* falta en los mejores MSS). Fue «en privado», después de *«entrar en casa»,* cuando los discípulos le preguntaron: *«¿Por qué no pudimos expulsarlo nosotros?* (v. 28). Al decir *«esta clase»*, Jesús da a entender que hay unos demonios más peligrosos que otros, y que el poder para expulsarlos se alcanza con *«la oración de fe»* (v. Stg. 5:15). Los discípulos de Cristo no deben pensar que su trabajo va a ser siempre fácil, hay ocasiones en que es menester pasar la noche, como Jacob (Gn. 32:24) en lucha con el Señor, hasta recibir la bendición apetecida. Es entonces cuando Dios pone a prueba el concepto que tenemos sobre la oración, así como el hábito de practicarla.

Versículos 30–40

I. Cristo predice de nuevo los padecimientos que le esperan. *«Iba pasando por Galilea, y no quería que nadie se enterase»* (v. 30). Se acercaba el tiempo de sus padecimientos y, por eso, quería conversar únicamente con Sus discípulos, a fin de prepararlos para la prueba final (v. 31). *«Les decía: El Hijo del Hombre es entregado* (es decir, está a punto de ser entregado) *en manos de hombres, y le matarán»*. Que los *hombres,* que tienen la facultad de *razonar* y deberían tener *amor,* de tal manera vayan a comportarse con *el Hijo del Hombre,* quien vino a redimir y a salvar a los hombres, es inexplicable. Pero puede notarse que, siempre que habló Cristo de Su muerte habló también de Su resurrección. *«Pero ellos no entendían este dicho, y tenían miedo de preguntarle»* (v. 32). Las palabras de Jesús eran lo suficientemente claras, pero ellos no se hacían a la idea de que el Mesías tuviera que morir, y tenían miedo de preguntar precisamente lo que no podían comprender. Muchos se quedan en la ignorancia porque tienen miedo o vergüenza de preguntar.

II. A continuación, Jesús reprende a los discípulos por la ambición que cada uno tenía de adquirir supremacía sobre los demás. Cuando llegaron a Capernaúm, les preguntó en privado *qué era lo que habían discutido por el camino* (v. 33). Lo que hablamos entre nosotros y, en especial, lo que discutimos mientras vamos por el camino de la vida, no le pasa desapercibido al Señor, y un día tendremos que dar cuenta de todo ello *«ante el tribunal de Cristo»* (Ro. 14:10; 2 Co. 5:10). Y, de todas las disputas, Cristo pedirá especialmente cuenta de las que tengamos sobre precedencias y superioridades de unos sobre otros. Este era el tema de discusión en el caso presente: *«habían discutido entre sí quién era mayor»* (v. 34). No hay nada tan contrario a las dos grandes normas de Cristo, que son la *humildad* y el *amor,* como el deseo de *preferencia* en este mundo, y las *disputas* sobre ello. Por eso, el Señor se ocupó siempre de atacar estos flancos débiles de Sus discípulos. *«Pero ellos se callaban»* (v. 34). Así como no *preguntaban* (v. 32), porque estaban avergonzados de su ignorancia, así tampoco *respondían,* porque estaban avergonzados de su orgullo. El Señor, no obstante, estaba dispuesto a corregirles con calma y, por eso, *«se sentó»* (v. 35), como quien va a pronunciar una lección solemne y completa. *«Llamó a voces a los doce, y les dijo»:*

1. Que la ambición, en lugar de ser un medio de ganarles preferencia en Su reino, sólo servía para posponerla: *«Si alguien desea ser el primero, que sea el último de todos»; «Cualquiera que se ensalce a sí mismo, será humillado»* (Mt. 23:12; Lc. 14:11; 18:14).
2. Que lo que verdaderamente cuenta no es la preferencia sino las oportunidades de servir a los demás: «*y sea el servidor de todos»*. Hay la nobleza de la sangre, la nobleza del dinero, la del poder y la del talento, pero, por encima de todas ellas, está la verdadera nobleza: la de la virtud, la del amor que se expresa en el servicio; ella es también la nobleza de la genuina libertad (v. Gá. 5:13).
3. Que los más humildes y abnegados son también los que más se parecen a Cristo, y a ellos les prestará Él un especial reconocimiento: «Y *tomando a un niño lo puso en medio de ellos, lo tomó en sus brazos, y les dijo: Cualquiera que me recibe a mí, no me recibe a mí* [sólo], *sino al que me envió»* (vv. 36–37). Dice muy bien Lenski: «Esto, por supuesto, implica que la persona tratará al niño que así ha recibido como lo demandan la revelación y la enseñanza de Jesús, que incluyen especialmente tierno cuidado espiritual».

III. Mientras que han estado disputando entre sí sobre quién será el mayor (v. 34), no permiten ni el último lugar entre ellos a quienes no les siguen (v. 38). En efecto, tenemos a continuación:

1. El informe que Juan da al Maestro sobre *«uno que estaba expulsando demonios en nombre de Jesús»*. Juan y los que con él estaban, hicieron lo posible por impedírselo. La razón era: *«porque no nos seguía»*. Lucas dice: *«porque no sigue con nosotros»* (Lc. 9:49), es decir, no es del grupito que te acompaña por todas partes. Aquí asoma en Juan ese sectarismo tan corriente en todos los círculos religiosos (no sólo «evangélicos», pero más condenable en éstos), de tener por «mal cristiano», y hasta por «hereje», a quien no piense como nosotros o no pertenezca a nuestra denominación. Pero *«el Señor conoce a los que son suyos»* (2 Ti. 2:19). Esto no quiere decir que el comportamiento del individuo en cuestión fuera correcto, pues es extraño que uno que tenía poder para expulsar a los demonios en nombre de Jesús, no se uniera a los que seguían a Jesús, a no ser que tuviese repugnancia a dejarlo todo para seguirle. Sin embargo, nosotros no somos competentes para juzgar, sin más, quién es del Señor y quién no.

2. La reprensión que Jesús les dio: *«No se lo impidáis»* (v. 39). El que es bueno, y en lo que es bueno, no debe ser impedido de hacer el bien que hace, aunque nos parezca hallar algún defecto y alguna irregularidad en la manera de hacerlo. Pablo tenía un espíritu muy diferente del que aquí muestra Juan, cuando dice en Filipenses 1:18 que, con tal de que Cristo sea predicado, él se regocijará, aun en el caso de que quien predique, lo haga por rivalidad contra el apóstol. Dos razones da Cristo para explicar por qué no se le había de impedir lo que estaba haciendo: (A) Porque los que hacen buen uso del nombre de Jesús al realizar milagros no es de suponer que vayan a hablar mal del Señor, como lo hacían los escribas y fariseos; (B) porque los que difieren en su modo de pensar, o de seguir a Cristo, deben ser considerados como hermanos, luchadores bajo la misma bandera contra las huestes de Satanás *«pues el que no está en contra de nosotros, está a favor de nosotros»*. Por supuesto, esta amplitud de miras, que Jesús recomienda en esta ocasión no excusa doctrinas u opiniones antibíblicas o equívocas en cuanto a la persona y la obra de Jesús pues esto equivaldría a estar en el bando de Satanás, no en el de Cristo. Por eso, el Señor completa con esta enseñanza lo que había dicho en otra ocasión, según lo refiere Mateo: «*El que no está conmigo, está contra mí»* (Mt. 12:30).

Versículos 41–50

I. Cristo promete recompensa a cuantos se porten amablemente, de algún modo, con Sus discípulos: *«Cualquiera que os de a beber un vaso de agua por el hecho de que sois de Cristo, en verdad os digo que de ninguna manera perderá su recompensa»* (v. 41). Es un honor y una dicha para los cristianos pertenecer a Cristo, pues llevan Su librea como pertenecientes a Su familia; más aún, son *miembros de Su cuerpo.* Por eso, aliviar a los pobres de Cristo en sus aflicciones es una buena obra; Él la recibe como hecha a Sí y Él la recompensará. Lo que se hace a favor de los necesitados, ha de hacerse *por Cristo, y por el hecho de que son de Cristo,* pues eso es lo que santifica el bien que se les hace. Ésta es la razón por la que no hemos de ver con malos ojos ni desanimar a quienes trabajan en la obra del Señor, aunque no piensen ni obren en todo igual que nosotros. Si Cristo reconoce como hecho a nosotros todo lo bueno que a Él se hace, también nosotros debemos reconocer como hecho a Él todo lo bueno que se nos hace, aun cuando eso sea hecho por quienes no siguen con nosotros.

II. Cristo amenaza a quienes ofenden a Sus pequeñuelos (v. 42). Cualquiera que sirva de tropiezo a un creyente verdadero aun de los más débiles, ya sea impidiéndole hacer el bien o sirviéndole de ocasión para cometer algún pecado, *«mejor le sería que le ataran al cuello una piedra de molino* (grande, de las que mueve un asno, según el original), y *que le echaran al mar»*.

III. Después previene a los Suyos contra el peligro de arruinarse a sí mismos. La caridad debe empezar por la propia casa; si hemos de cuidar de no hacer nada que sirva de tropiezo a otros mucho más hemos de evitar todo aquello que nos impida cumplir con nuestro deber o nos induzca a cometer pecado; en esto, no hemos de andar con contemplaciones, sino que hemos de desprendernos de ello por muy aficionados que estemos a ello. Obsérvese:

1. El caso supuesto de que una *mano,* un *pie* o un *ojo* nuestros nos sirva de tropiezo; es decir, que aquello que nos arruina en el plano espiritual nos sea tan querido y útil como una mano, un pie o un ojo. Supongamos que algún ser querido se ha convertido para nosotros en un pecado, o que hayamos hecho de

un pecado un ser querido. Supongamos también que nos vemos en la alternativa de abandonar eso o abandonar a Cristo y a una buena conciencia.

2. El deber que se nos prescribe en tal caso: *«córtate la mano o el pie y sácate el ojo»* (vv. 43, 45, 47): haz morir (v. Ro. 8:13) eso que tanto amas y tanto te daña; crucifícalo (v. Gá. 5:24). ¡Arroja lejos de ti como cosa *detestable* ése ídolo que te resulta tan *deleitable!* Es necesario que el miembro gangrenado sea amputado en aras de la preservación de la propia vida. Hay que negarle al «yo» lo que sólo sirve para destruirlo.

3. La necesidad de hacer esto. Es menester mortificar la carne, a fin de que pueda *entrar en la vida* (vv. 43, 45) y *en el Reino* (v. 47). Aun cuando, de momento, al abandonar el pecado nos sintamos como si estuviéramos *mutilados*, es en orden a conservar la vida, y «todo *lo que el hombre tiene, dará por su vida»* (Job 2:4). Esa especie de mutilaciones serán después como *«las marcas del Señor Jesús»* (Gá. 6:17); en el Reino de los cielos, serán *cicatrices de honor*.

4. El peligro que se corre en no hacer esto. La materia de que tratamos llega a un punto en que, o debe morir el pecado o vamos a morir nosotros. Si permitimos que el pecado *reine* sobre nosotros, es inevitable que nos ha de *arruinar.* ¡Qué tremendo énfasis carga Cristo (especialmente en la triple repetición que registran muchos MSS) en el terror que debe despertar en nosotros el pensamiento del Infierno, *«donde su gusano no se muere, y el fuego no se apaga»* (seguro, en v. 48; probable, en vv. 44 y 46). La frase está tomada de Isaías 66:24, y los dos miembros se complementan, pues el «gusano» es algo interno y, por eso, aunque no se dice en el texto, suele interpretarse como los remordimientos que atormentarán la conciencia del condenado por las oportunidades de salvación que dejó pasar y que ahora ya no tienen remedio por toda la eternidad; y el «fuego» es algo que atormenta desde fuera, y es símbolo de la ira divina que gravitará eternamente sobre el pecador que se negó a creer (v. Jn. 8:24). ¡Un Dios eterno, eternamente airado contra un malvado que sólo vivirá para estar muriendo eternamente! *«¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!»* (He. 10:31).

5. Los versículos 49 y 50 han causado mucha discusión entre los intérpretes por no atender al doble «filo» de los vocablos «sal» y «fuego». Por una parte, sabemos que todo sacrificio del Antiguo Testamento tenía que ser *salado con sal* no para preservar la carne, sino para que fuese aceptable en la mesa del altar de Dios. Igualmente, la naturaleza humana, al estar de suyo corrompida—por eso se la llama *«carne»*—, debe ser salada de algún modo para adquirir *sazón* (comp. con Col. 4:6) y ser así *sacrificio agradable* para Dios (Ro. 12:1). Hemos de tener en nosotros el buen sabor de gracia; y no sólo tenerlo, sino también manifestarlo al exterior *(«ser sal de la tierra»*, Mt. 5:13). Si esa sal preserva de corrupción nuestro corazón, *«ninguna palabra corrompida saldrá de nuestra boca»* (Ef. 4:29). Pero esa misma sal que sazona el sacrificio de una vida santa, agradable para Dios, también impide que los condenados al Infierno sean destruidos y aniquilados; serán atormentados en perpetua «conserva» (v. Ap. 14:11; 20:10; 21:8). Lo mismo pasa con el «fuego»: *«Dios es un fuego consumidor»* (He. 12:29); pero sólo «consume» lo que es puro desecho, lo que no sirve para la vida eterna; por eso, consumirá eternamente, sin aniquilarlos, a los condenados al Infierno; en cambio, sirve para purificar *(«la zarza que ardía y no se consumía»*, Éx. 3:2) a los hijos de Dios (Mal. 3:2, comp. con 1 Co. 3:13–15; 1 P. 1:7). Finalmente, observemos (v. 50) que la misma sal que nos preserva de corrupción, nos ayuda a convivir en paz, sin poner tropiezo, unos con otros (para más detalles, véase el comentario a Mt. 5:13 y Col. 4:6).

CAPÍTULO 10

Vemos al Señor que disputa con los fariseos acerca del divorcio, e imparte, después, Su bendición a unos niños. Luego tenemos la triste historia del joven apegado a sus riquezas, con las consecuencias que de ello dedujo Jesús dirigiéndose a Sus apóstoles. Viene después un nuevo anuncio que Cristo hace de Sus padecimientos y muerte y la petición, tan inoportuna, de los hijos de Zebedeo. Finaliza el capítulo refiriéndonos la curación del ciego Bartimeo.

Versículos 1–12

Como hemos dicho otras veces, nuestro Señor Jesús no permanecía por mucho tiempo en un mismo lugar, pues toda la tierra de Palestina era, por así decirlo, Su «parroquia» y, por tanto, quería visitar cada parte de ella. Ahora le tenemos *«levantándose de allí* [de Capernaúm], y *yéndose al distrito de Judea y al otro lado de Jordán»* (v. 1). Así cerraba su circuito como el del sol, de cuya luz y de cuyo calor nada se esconde. Allí:

I. *«De nuevo se aglomera una multitud en torno a Él y, como era su costumbre les enseñaba una vez más.»* Mateo (19:2) nos dice: *«los sanó allí»*. El que sanaba los cuerpos, sanaba las almas con Su enseñanza. *«Una vez más.»* Tal es la riqueza de las enseñanzas de Cristo, que siempre hay algo *más* que aprender en Su escuela; y tan olvidadizos somos, que siempre es menester que se nos recuerde lo que ya sabemos.

II. Se acercan luego *unos fariseos para ponerle a prueba* (v. 2).

1. Comienzan preguntándole sobre el divorcio: *«le preguntaban si es lícito a un hombre repudiar a su mujer»*. Le tentaban a fin de sorprenderle en alguna falta, cualquiera que fuese su opinión sobre la cuestión que le proponían. Los ministros de Dios siempre deben estar en guardia, no sea que, bajo pretexto de pedirles consejo, les tiendan una trampa.

2. Cristo les responde con una pregunta: *«¿Qué os ordenó Moisés?»* (v. 3). Así les habló para mostrar Su respeto por la Ley de Moisés y para que al poner la ordenación de Deuteronomio 24:1 en su debido contexto, quedasen ellos mismos confundidos.

3. Ellos contestaron citando correctamente: *«Moisés permitió escribir un certificado de divorcio, y repudiarla»* (v. 4). En Mateo 19:7, les vemos que dicen: *«mandó»*, pero no hay contradicción entre el *«permitió» y* el *«mandó»*, porque en la Ley de Deuteronomio 24:1 hay un permiso y un mandato: permiso de repudiarla, pero mandato de darle la carta de divorcio.

4. Al replicar a esto, Cristo se atiene a la explicación que ya vimos en Mateo 5:31–32; 19:1–12, con una variante digna de consideración: tanto en Mateo 5:32 como en Mateo 19:9 se incluye un inciso *(«excepto por causa de fornicación»)* que no aparece aquí en Marcos 10:11. Esto refuerza la opinión va expuesta en el comentario a Mateo, de que dicha cláusula se refiere a las uniones ilegítimas, por haber sido contraídas en grado de parentesco prohibido por la Ley, cosa que afectaba a los judíos, para quienes fue escrito principalmente el Evangelio de Mateo, mientras que el de Marcos iba especialmente dirigido a griegos y romanos, para quienes el divorcio por causa de adulterio era cosa bien conocida y admitida, por lo cual, se calla aquí, e indican que el Señor *no admitía* el adulterio como motivo para el divorcio vincular y que la única causa por la que fue permitido en la ley mosaica era *«la dureza de vuestro corazón»* (v. 5), pero que el propio Moisés dejó consignado (Gn. 1:27; 2:24) que habría *un* solo varón para *una* sola mujer, y que ambos llegarían a ser como *una* sola persona. De esta manera, en Marcos 10:5–9, lo mismo que en Génesis 1:27; 2:24, quedan fijadas las dos propiedades del matrimonio: unidad e indisolubilidad. Además, el matrimonio no es una institución inventada por los hombres, sino por Dios: *«Por tanto, lo que Dios unió* (lit. *unció juntamente*, de donde procede el vocablo "cónyuge" = uncido al mismo yugo), *que no lo separe el hombre»*. La elección de cónyuge puede ser desacertada si no se ha hecho con oración y discreción pero la unión matrimonial es obra de Dios y, por eso, no hay desacierto anterior que justifique su ruptura, mientras Dios no tenga a bien romperla con la muerte de uno de los cónyuges.

5. La conversación que Cristo mantuvo en privado con Sus apóstoles *«cuando volvieron a la casa»* (v. 10). Fue una ventaja para ellos el tener oportunidad de conversar personalmente con el Maestro, no sólo acerca de los misterios del Evangelio, sino también de los deberes morales. De esta conversación, sólo sabemos lo que queda consignado en los versículos 11–12, donde Cristo restableció la ley primitiva sobre el matrimonio: cualquiera de los dos cónyuges que se separe del otro y se atreva a atentar una nueva unión matrimonial es un adúltero. Si la prudencia y la gracia, la santidad y el amor reinan en el corazón, resultará suave y ligero el yugo (v. Mt. 11:30; 1 Jn. 5:3) que para el hombre carnal puede resultar intolerable.

Versículos 13–16

El tener consideración y afecto a los niños es señal de un carácter tierno y amable, y de esta buena disposición dio pruebas admirables nuestro Señor Jesús, lo cual es un gran estímulo no sólo para los niños

pequeños a fin de animarles a llegarse a Cristo, sino también para los mayores que sean conscientes de su debilidad y se sientan, a veces, desvalidos e inútiles, como los niños pequeños.

I. *«Le traían niños para que los tocase»* (v. 13). No se nos dice que necesitasen de *curación* ni que fueran capaces de recibir *enseñanza.* Pero quienes los traían a Jesús, deseaban para ellos lo mejor: alguna bendición especial de parte del Maestro para sus almas, ya que el *toque* de Jesús puede llegar directamente hasta el corazón, mientras que sus padres nada podían decirles o hacer por ellos, especialmente en tan tierna edad, que llegase directamente al santuario interior de la persona, lo cual es privilegio exclusivo del Creador. Así nosotros debemos presentar nuestros hijos al Señor, que ahora está en el Cielo, y encomendarlos con fe a Su gracia, siempre rica y abundante, puesto que las promesas divinas son *«para nosotros y para nuestros hijos»* (Hch. 2:39).

II. *«Pero los discípulos los reprendieron»* (v. 13b). Los apóstoles, al pensar que tal cosa era una molestia para el Maestro, desanimaban a quienes traían los niños. ¡Cuán triste es que muchas veces los hombres y aun los ministros de Dios, desanimen a quienes están siendo secretamente animados por el Espíritu Santo a acercarse a Cristo y al Evangelio! ¡Más triste aún, cuando los que así desaniman, son tenidos por «grandes expertos de la Palabra»! ¡Percatémonos de que la esencia misma de la espiritualidad consiste en la imitación de Cristo (v. 2 Co. 3:18; He. 12:2, así como 1 Co. 11:1; Ef. 5:1; 1 Ts. 1:6), y se muestra en el fruto del Espíritu (Gá. 5:22–23), cuyas tres facetas centrales—las que se refieren al trato con los demás—son (lit.) *«longanimidad, benignidad y bondad»*.

III. En contraposición a la actitud de los discípulos, Cristo *animaba* a los que traían los niños, pues tomó muy a mal el que los apóstoles tratasen de impedirlo. *«Cuando Jesús vio esto, se indignó y les dijo. Dejad que los niños vengan a mí»* (v. 14). Los niños son bienvenidos al Trono de la gracia cuando vienen con sus *«Hosannas»*. Además, el Señor puntualizó que el reino de Dios ha de recibirse con corazón infantil (vv. 14–15); en otras palabras, en relación al reino de los cielos, debemos estar en la misma disposición en que los niños están en relación a sus padres, maestros, tutores y nodrizas. La mente de un niño es como un papel en blanco, sobre el cual puede uno escribir lo que le plazca; así deben estar nuestras mentes con respecto a la pluma del Éspíritu Santo. Los niños están bajo la disciplina y el gobierno de otros; así debemos estar también nosotros. Los niños dependen del cuidado y de la prudencia de sus padres, son llevados en brazos y toman lo que otros proveen para ellos; así hemos de recibir *el reino de Dios*, echándonos en brazos del Señor y dependiendo humildemente de Él. Jesús recibió a los niños y les concedió lo que rogaban que hiciera por ellos: «*Y los tomó en sus brazos y los bendecía poniendo las manos sobre ellos*» (v. 16). *«En su brazo recogerá los corderos, y en su seno los llevará»* (Is. 40:11). Hubo un tiempo en que Cristo mismo fue tomado en brazos por Simeón (Lc. 2:28). Ahora Él tomó en brazos estos niños, no quejándose de la carga, sino complacido de llevarla. No hay dicha mayor para nuestros hijos que el ser llevados en brazos del *Mediador entre Dios y los hombres.*

Versículos 17–31

I. Encuentro esperanzador entre Cristo y un joven. Marcos solamente dice: *«uno»*. Mateo le llama *«joven»* (19:20, 22); Lucas (18:18) le llama «príncipe» o «gobernante» (gr. *arkhon).*

1. Marcos añade el detalle de que vino hacia Jesús *«corriendo»;* echó a un lado la gravedad y la majestad de un príncipe para manifestar su prisa y anhelo; *«corrió»* como quien se apresura a obtener algo, a pedir un favor o suplicar socorro en una necesidad. Tenía la gran oportunidad de consultar a este gran profeta sobre algo de sumo interés y no quería desperdiciar la ocasión.

2. Vino hacia Jesús cuando éste *«salía para ponerse en camino»* en compañía de otras personas; al menos, de Sus discípulos; *«y cayó de rodillas ante Él»,* en señal de la gran estima y veneración en que le tenía, y del anhelo que abrigaba de oír Sus enseñanzas.

3. La pregunta que hizo a Jesús era seria y de suma importancia: *«Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?»* Considera posible heredar la vida eterna, como algo que está frente a nosotros y que nos es ofrecido. La mayoría de los hombres se interesa por el bien que *se puede tener* en este mundo, pero él pregunta por el bien que *se debe hacer* en este mundo; en otras palabras, pregunta sobre una *felicidad* que se obtiene por la vía del *deber.* Ahora bien, ésta era:

(A) Una pregunta muy seria. Cuando una persona comienza a preguntar sinceramente sobre lo que es menester para ir al Cielo, empieza también a brillar un rayo de esperanza con respecto a su salvación.

(B) Fue propuesta a la persona adecuada para poder responderla, ya que era *el Camino, y la Verdad, y la Vida,* y vino del Cielo para abrir el camino del Cielo y mostrarlo después a los hombres. Mostrar este camino a los hombres es lo que todo predicador del Evangelio debe hacer.

(C) Fue propuesta con buena intención: para ser instruido sobre una materia de la mayor importancia. En Lucas 10:25 hallamos la misma pregunta, hecha a Jesús por un *«intérprete de la ley»,* pero con mala intención, pues era *«para ponerle a prueba».* No son buenas *palabras* lo que Cristo requiere, sino sincera *intención.*

4. Cristo le animó a proseguir, inquiriendo, *ayudando* (y también *poniendo a prueba)* a la fe del joven (v. 18). Éste había llamado a Jesús *«Maestro bueno».* Cristo le hace ver que, en tal caso, está dando a entender que le tiene Por *Dios,* pues sólo Dios es absolutamente *bueno,* por ser la bondad infinita y en su fuente misma. Además, dirige la atención del joven hacia la práctica, al mencionar los seis mandamientos que pertenecen a la segunda tabla de la Ley, es decir los que se refieren a nuestra relación con el prójimo (v. 19), omite el décimo del que todos los otros seis son el fruto, y pone en cambio en último lugar el quinto, el cual, por referirse al honor que debemos a los padres, está a caballo entre las dos partes del Decálogo por el contenido de *piedad* que incluye.

5. El joven parece bien preparado para heredar la vida eterna, ya que estaba libre de grave violación de los mandamientos divinos: *«Maestro, todas estas cosas las he guardado desde mi juventud»* (v. 20). Pensaba sinceramente que había observado escrupulosamente todo ello. Y lo mismo pensaban también, sin duda, sus vecinos acerca de él.

6. *«Jesús le miró y sintió afecto por él»* (v. 21). Cristo no puede menos de mirar con afecto a jóvenes que preguntan por el camino del Cielo y tratan de dirigirse rectamente hacia Él; especialmente, cuando son jóvenes ricos, más expuestos a sucumbir a la fascinación de lo terrenal, por disponer de suficientes recursos económicos para satisfacer sus deseos pecaminosos.

II. Ahora tenemos una triste retirada del joven ante las demandas que el seguimiento de Cristo impone.

1. Como cuando un dentista pone la aguja en el nervio de la muela cariada, así Cristo aplica al corazón del joven la piedra de toque. Los *frutos* del amor al prójimo parecían evidentes en la observancia de los mandamientos de la segunda tabla de la Ley, pero el Señor investiga la *raíz:* ¿está el corazón tan desprendido del afecto de Mamón (v. Mt. 6:24) como para atreverse a *vender cuanto tiene y darlo a los pobres para ir en seguimiento de Cristo, y heredar así la vida eterna?* (v. 21). ¿Era verdad que sinceramente anhelaba la vida eterna a toda costa? «Se veía palpablemente—dice Trenchard—que la quería como algo *adicional* a sus tesoros, pero que aún no se había visto desnudo ante la terrible realidad de la eternidad». ¿Creía realmente que hay *«un tesoro en el cielo»,* suficientemente atractivo como para desprenderse de todos los tesoros de la tierra? ¿Estaba dispuesto a confiar en Cristo *por fe,* sin ver? ¿Le daría el crédito que se merece, hasta pechar con la cruz presente, en expectación de la corona futura? Aquí viene a cuento mencionar una equivocación muy frecuente entre los cristianos de que, si uno se convierte al Señor, va a tener una experiencia *feliz.* H. A. Sevener, presidente del *American Board of Missions to the Jews* escribió en un artículo (junio 1983) contra esta falsa idea. La noción de un «plan maravilloso, lleno de éxitos en tu vida, etc», es falsa. «La prosperidad material—dice Sevener—era una de las bendiciones condicionales de la sociedad teocrática del Antiguo Testamento y lo será en el futuro Reino mesiánico. Pero en la era presente a la Iglesia no se le ha prometido prosperidad, éxito y aceptación social … Jesús no prometió a Sus discípulos un maravilloso plan para sus vidas, sino un plan divino, que incluiría sufrimientos, aflicción, hambre, pérdida de amigos y cargos y hasta la posibilidad de una muerte cruenta … un plan que nos asegura que, aunque el mundo nos odie, Dios continuará amándonos y protegiéndonos. Vivimos en una época en que el cristianismo organizado se ha vuelto muy cómodo … Jesús dijo que hemos de ser la sal de la tierra, pero, en lugar de eso, la Iglesia ha procurado ser rica en posesiones materiales y convertirse en azúcar del mundo. El resultado es una Iglesia débil y sin poder. No debemos olvidar jamás que es Satanás quien promete a sus discípulos un plan maravilloso para sus vidas: un plan que incluye los reinos de este mundo.»

2. La espantada del joven ante el requerimiento de Jesús: *«Pero él se puso triste al oír estas palabras y se marchó apesadumbrado, porque tenía muchas posesiones»* (v. 22). Se puso triste de no poder seguir

a Cristo por un camino más fácil, echando mano de la vida eterna y conservando, al mismo tiempo, sus posesiones temporales. Pero, como no podía alcanzar ambas cosas a la vez, fue lo suficientemente sincero para no pretenderlo hipócritamente: *«se marchó»*. Aquí se palpó la verdad de aquello que Cristo dijo: *«No podéis servir a Dios y a Mamón»* (Mt. 6:24). Al *adherirse* a *Mamón,* el joven *despreció* automáticamente a *Cristo.* Ha preguntado por lo que le gusta en el mercado, pero se marcha triste y lo deja, porque no se lo puede llevar al precio que él se imaginaba.

III. A continuación, vemos el discurso de Cristo a Sus discípulos acerca de este tema. Estamos tentados a desear que el Señor hubiese *endulzado* Sus palabras y rebajado un poco el precio que había puesto al mandamiento de seguirle; una cruz menos pesada. Pero Él conocía a fondo el corazón humano (Jn. 2:25, etc.) y no iba a rebajar del precio por el hecho de que fuese un *gobernante joven y rico* el postor. Las bendiciones divinas no están sometidas a vulgar regateo. Lo toma o lo deja. Si quiere marcharse, que se marche. Cristo no quiere tener consigo a nadie contra su voluntad.

1. La dificultad de la salvación de quienes poseen muchos bienes de este mundo. Quienes tienen mucho que dejar, hallan mucha dificultad en dejarse persuadir a que lo dejen por Cristo.

(A) *«Entonces Jesús mirando en derredor, les dice a sus discípulos: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!»* (v. 23). Los ricos tienen muchas tentaciones que vencer, y muchas dificultades que superar, que los pobres no necesitan arrostrar. Pero, en el versículo 24, Jesús explica que el peligro no está en *poseer* riquezas, sino en poner en ellas la *confianza.* Quienes tal estima otorgan a la riqueza material como para hacer de ella la base de sustentación (gr. *hypóstasis*, en He. 11:1) de su vida, nunca apreciarán en su debido valor la gracia de Cristo y la gloria del Cielo. Los que tienen mucho, pero no ponen su confianza en ello, ya han obviado la gran dificultad; pueden fácilmente seguir a Cristo. Mientras que quienes tienen poco, pero ponen su corazón en eso, les apartará eso, aun siendo poco, del seguimiento de Cristo.

(B) Cristo refuerza su enseñanza con una ilustración muy fuerte: *«Es más fácil que un camello pase a través del ojo de la aguja, que el que un rico entre en el reino de Dios»* (v. 25). Hay quienes opinan que Cristo se refería a un portillo de entrada en el muro de Jerusalén, llamado *«el ojo de la aguja»,* por el que podía pasar con dificultad un camello arrodillado y descargado de parte de su peso a cuestas. Así también podría un rico entrar en el Cielo, al cumplir con algunas ceremonias de humildad religiosa y descargándose de parte de sus bienes en favor de los necesitados. Otros sugieren que el vocablo «camello» puede significar una gruesa soga, trenzada de muchas hebras, la cual sería símbolo del rico en comparación con el único hilo del pobre; esa soga no puede pasar por el ojo de la aguja, a no ser que se la destrence. Así también el rico debe soltarse y destrenzarse de sus riquezas, a fin de que hebra por hebra, pueda pasar por el ojo de la aguja, de lo contrario, sólo sirve para sujetar anclas en puertos de este mundo. Ambas opiniones son falsas en sus intentos de atenuar la dificultad, la cual ha de resolverse en una perspectiva diferente.

(C) *«Los discípulos estaban atónitos ante sus palabras»* (v. 24). *«Pero ellos se asombraban aún más, y decían entre ellos: Entonces, ¿quién puede ser salvo?»* (v. 26). Conocían las abundantes promesas de bienes temporales, según el Antiguo Testamento. Sabían también que los que poseen bienes materiales tienen mayores oportunidades de hacer el bien y, por eso se asombraban al oír que fuera tan difícil para los ricos entrar en el Cielo.

(D) Cristo les da la necesaria y oportuna explicación: *«Con* [los] *hombres, imposible; pero no con Dios porque con Dios todo es posible»* (v. 27. Trad. literal). En otras palabras, para el que está en genuina comunión con Dios, confía en Él y depende de Su gracia, no hay nada imposible; por tanto, también los ricos pueden entrar en el reino de Dios si cumplen esa condición. Nótese que el original no dice que todas las cosas son posibles *para* Dios, lo cual no habría pasado de ser una perogrullada para la mentalidad judía, como ha mostrado con toda contundencia Martin Buber, sino que *«todo es posible en compañía de Dios»,* ya que la obediencia a la voluntad divina implica una participación en la omnipotencia de Dios.

2. La grandeza de la salvación de los que, por poco que posean en este mundo, están dispuestos a dejarlo por seguir a Cristo. Esto lo asegura el Señor con ocasión de las palabras de Pedro (v. 28): *«Mira, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido»*. Dice el Crisóstomo: «*¿Qué todo* es ese bienaventurado Pedro? ¿La caña, la red, la barca, el oficio? ¿Eso es lo que nos quieres decir con la palabra *todo?* Sí, nos contesta. Pero no lo digo con vanagloria, sino que en mi pregunta quiero meter a toda la muchedumbre de los pobres. Había, en efecto, dicho el Señor: Si *quieres ser perfecto vende lo que*

tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Ahora bien, porque ningún pobre pueda decir: ¿Luego si no tengo nada que vender no puedo ser perfecto?, pregunta Pedro al Señor, para que así te des cuenta, pobre, que nada pierdes por eso». El Señor responde a Pedro en los versículos 29–30 *y* viene a decirle: «Bien hecho, Pedro; se te recompensará con abundancia, y no sólo a ti que has dejado tan poca cosa, sino también a quienes han dejado mucho, tanto como lo que ese joven posee».

(A) Se supone que la pérdida es muy grande. Cristo había hablado de *riquezas materiales* (gr. *khrémata),* y ahora especifica: en primer lugar, *casa* (donde habitar); en último lugar, *campos* (de donde mantenerse); en medio, menciona los parientes más próximos: *hermanos, hermanas, madre, padre, hijos.* Sin todo eso, el mundo es como un desierto; con todo, cuando nos vemos en la alternativa de despedirnos de todo eso o de Cristo, hemos de recordar que nuestro parentesco con Cristo es más cercano que el de ningún ser creado. La mayor prueba de la constancia de una buena persona tiene lugar cuando su amor a Cristo entra en competición con otro amor que, no sólo es bueno, sino también obligatorio. Para una persona así, no es difícil renunciar al *placer* por Cristo; pero renunciar a *Padre, madre o esposa* por Cristo, ya es más difícil. Y, con todo, debe hacerlo si no puede de otra manera seguir a Cristo.

(B) Pero, al mismo tiempo, la ventaja es todavía mayor que la pérdida. Recibirá «*cien veces más ahora en este tiempo …, y en la era venidera, vida eterna»* (v. 30). Tendrá suficiente compensación mientras viva. Aun en medio de los sufrimientos el cristiano tendrá el *ciento por uno* en consuelos del Espíritu *Paráclito* (el «Consolador»), para compensar los frágiles y efímeros consuelos de las criaturas. Marcos es el único que registra la añadidura de Jesús: *«con persecuciones»*. Aun cuando serán ganadores con Cristo, han de esperar no obstante, ser sufridores con Él. «Y *en la era venidera, vida eterna.»* Al recibir el ciento por uno en este mundo, habríamos de pensar que no se les va a estimular a esperar algo más. Pero, como si todo lo demás fuera poco, se les promete como añadidura lo principal, a la inversa de Mateo 6:33, puesto que así como al que busca lo principal se le añadirá lo accesorio, así también al que deja por Cristo lo que es accesorio, se le añadirá lo principal.

(C) «*Pero muchos primeros serán últimos y los últimos, primeros»* (v. 31). Esto admite dos sentidos: (a) Muchos que son «príncipes» como el joven rico, pasarán a ser «siervos», y viceversa; (b) muchos que llegaron primero, serán desbancados a favor de otros que llegarán después.

Versículos 32–45

I. Cristo predice de nuevo Sus padecimientos.

1. Véase la bravura del Señor. Ahora que *iban subiendo a Jerusalén, Jesús iba delante de ellos* (v. 32). Jesús se dirige resueltamente a Jerusalén, a sabiendas de lo que allí le esperaba, e iba delante, como conduciendo a Sus discípulos en aquella marcha. *«Ellos estaban atónitos.»* Se espantaban de lo que le podía suceder al Maestro y, tanto ellos como otros *«que le seguían, tenían miedo»,* pues comenzaban a considerar en qué peligro se metían ellos mismos acompañándole en ese viaje. Por eso, para darles ánimo, «*Jesús iba delante»*. Cuando nos vemos abocados al sufrimiento, es alentador ver a nuestro Maestro ir delante de nosotros (v. He. 12:2).

2. Véase también la cobardía de los discípulos: «y *los que le seguían tenían miedo»*. La valentía del Maestro debía haberles infundido ánimo. Pero no juzguemos a los apóstoles con precipitación. Algo había en el rostro del Maestro, quizás un rictus de amargura en Sus labios que les causaba asombro, temor y preocupación a un mismo tiempo.

3. Véase el método que usó para silenciar el miedo de ellos. No intentó dorarles la píldora ni pintarles con colores más suaves la situación que se avecinaba, sino que *«tomó de nuevo aparte a los doce y comenzó a decirles lo que estaba a punto de sucederle»*. Él conocía lo peor, lo más amargo y, por eso mismo se mostraba tan decidido antes de comunicarles también a ellos lo peor. Al final de las frases que parecen entrecortadas por la emoción, parece decirles: «no tengáis miedo … *a los tres días resucitará»* (v. 34). El resultado de aquellos padecimientos sería glorioso para Él y ventajoso para todos los Suyos. La forma y los matices de los sufrimientos de Cristo se expresan aquí con mayor detalle que en ninguna otra de las predicciones. Cristo tenía perfecto conocimiento no sólo de Su muerte futura, sino de todas las circunstancias que la habían de hacer tan penosa; sin embargo, marchó al encuentro de ella con toda valentía.

II. El episodio que sigue contrasta más señaladamente a continuación del sombrío anuncio de Jesús. *«Se acercan a Él Jacobo y Juan, los dos hijos de Zebedeo, y le dicen: Queremos que hagas por nosotros lo que te pidamos»* (v. 35). La historia es la misma de Mateo 20:20, aunque allí se especifica que hicieron la petición por medio de la madre. Aunque la Biblia no nos dice si era o no hermana de María, la madre de Jesús, la tradición asigna a Salomé ese parentesco. Si a eso unimos que los dos hijos pertenecían, con Simón Pedro, al círculo de los íntimos de Jesús, se explica que, con la idea predominante entre el pueblo de que el Mesías instauraría pronto el reino de Israel sin pasar por el Calvario la madre tuviese prisa por asegurar para sus dos hijos los puestos de más alto rango en dicho reino. Notemos la presunción con que piden: *«Queremos que hagas por nosotros lo que te pidamos»*. Es cierto que, como dice Pablo, Dios *«es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos»* (Ef. 3:20), pero hemos de dejar al amor y a la sabiduría de Él concedernos lo que más nos convenga sin imponerle de antemano condiciones. Además, hay que ser cautos al hacer promesas demasiado generales. *«Él les dijo: ¿Qué queréis que haga por vosotros?»* (v. 36). Les deja seguir adelante con su presunción, para que puedan después avergonzarse de ella. Si hubiesen buscado la preeminencia del amor, en lugar de ambicionar la del honor … Nuestra debilidad y miopía se echan de ver en nuestras oraciones tanto como en otras cosas. Es insensato *prescribir* a Dios por adelantado, en lugar de suscribir lo que Él nos asigne. El Señor quiere que estemos preparados para los sufrimientos y le dejemos a Él otorgarnos las recompensas.

III. La indignación de los demás apóstoles: «*Al oír esto, los diez comenzaron a indignarse con respecto a Jacobo y Juan»* (v. 41). Se indignaron con ellos por buscar preferencias, no porque pensasen que era inoportuno pedirlas, sino porque cada uno la deseaba para sí, con lo que los diez mostraron también su ambición, al indignarse contra los dos hermanos. Cristo aprovechó la ocasión para amonestarles a todos (vv. 42–44). *Les llamó adonde Él estaba* de un modo familiar y en señal de condescendencia; y les mostró.

1. El abuso que del dominio se hace ordinariamente en el mundo: *«Sabéis que los que se tienen por gobernantes de los gentiles se enseñorean de ellos»* (v. 42). En otras palabras, el interés de los gobernantes de este mundo suele ser, no lo que pueden y deben hacer por sus súbditos, sino el apoyo que de ellos esperan para prosperar su propia ambición y grandeza.
2. Que eso no debía ocurrir en la Iglesia: *«Pero entre vosotros no es así»* (v. 43). Como si dijese: «los que han de ser puestos a cargo vuestro han de ser como ovejas al cuidado de un pastor que las ha de servir, cuidar y alimentar, no como súbditos a quienes hay que dominar, sujetar y oprimir para sacarles el jugo». Los oficios en la Iglesia no son puestos de dominación, sino responsabilidades de servicio (v. Hch. 20:28; 1 P. 5:2–3). Los que ahora son más serviciales y, por ello, más útiles, son los más honorables ya, y serán glorificados después.
3. Para persuadirles de ello, se pone a Sí mismo como modelo: «*Porque aun el Hijo del Hombre no vino a ser servido, sino a servir, y a dar su vida como rescate por muchos»* (v. 45). Él tomó la forma de siervo (Fil. 2:7) y vino a servir, no a ser servido. En lugar de exigir homenaje, pompa y grandeza, *«se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz»* (Fil. 2:8). De esta forma, puso su vida *«en rescate por muchos»*. Los rescatados se llaman *«muchos»* no para excluir a otros, sino en contraste con el *uno* que murió por todos (v. 1 Ti. 2:6). Para una fraseología semejante, véase Romanos 5:12–19.

Versículos 46–52

El episodio que sigue se halla también en Mateo 20:29 y ss.; Lucas 18:35 y ss., con la diferencia de que, en Mateo, son *dos* los ciegos; en Marcos y Lucas, *uno.* Mateo estaba presente, y no hay duda de que eran dos, pero Marcos y Lucas mencionan sólo a uno porque éste era, sin duda, el que más se destacaba en sus gritos y en su excitación. Marcos ha recogido su nombre: *«el hijo de Timeo, Bartimeo»* (v. 46). Una vez más, Marcos traduce para sus lectores, ya que Bartimeo significa en arameo «hijo de Timeo».

I. Este ciego *«estaba sentado junto al camino» mendigando.* Quienes están incapacitados para ganarse la vida, son los más dignos de atención y cuidado por parte de sus parientes y, en general, de la sociedad.

II. *«Comenzó a gritar y a decir: ¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!»* (v. 47). Acude a Jesús, porque la miseria es el objeto y la ocasión de la misericordia.

III. Cristo le animó, pues *«se detuvo y dijo: Llamadle»* (v. 49). No debemos considerar como un obstáculo en nuestro camino el *detenernos* cuando es para hacer el bien. Quienes al principio «le *increpaban para que se callara»* (v. 48), es muy probable que fuesen los mismos que ahora le decían: «*¡Ánimo, levántate, que te llama!»* Cuando el Señor nos invita a llegarnos a El, nos confirma en nuestra esperanza de que obtendremos lo que hemos venido a suplicarle.

IV. Ante esta invitación, el mendigo ciego *«arrojó de sí su manto, dio un salto y se fue hacia Jesús»* (v. 50). Echó fuera de sí lo que podía serle un impedimento para llegarse al Señor. En esto, Bartimeo obró de muy diferente manera que el joven rico en los versículos 17–22. Como dice E. Trenchard, «la capa era tan importante para el ciego como las fincas y las casas para el joven, pero no dudó un momento en abandonarla con tal de llegar más aprisa a los pies del Señor». También nosotros hemos de despojarnos del manto de nuestra autosuficiencia, *«de todo peso y del pecado que nos asedia»* (He. 12:1), para ir en seguimiento de Jesús.

V. El favor que el ciego pidió al Señor fue, podemos suponerlo, «que *recobre la vista»* (v. 51), a fin de estar así capacitado para ganarse la vida sin ser una carga para otros. Aquí tenemos a un necesitado que *«pide con fe, no dudando nada»* (Stg. 1:6). Su ruego perseverante le obtuvo lo que más deseaba en este mundo.

VI. *«Y Jesús le dijo: Vete, tu fe te ha sanado»* (v. 52). No le dice: «tu importunidad», sino *«tu fe»;* la fe que dio a Cristo la ocasión de realizar el milagro, o, más bien, la gracia de Cristo que puso en acción la fe del mendigo. Además de fe, vemos en el mendigo un sincero agradecimiento a Jesús, pues *«le seguía por el camino»*. Tan pronto como recobró la vista, hizo muy buen uso de ella. No es suficiente llegarse a Cristo para recibir la salud espiritual, sino que, una vez curados, hemos de continuar en Su seguimiento. Quienes reciben la vista espiritual, contemplan la belleza del Señor que les *atrae eficazmente para correr tras Él* (v. Cnt. 1:4).

CAPÍTULO 11

Entramos ahora en la semana de la Pasión del Señor y en los grandes acontecimientos de dicha semana. Jesús entra triunfalmente en Jerusalén. Maldice a la higuera estéril. Arroja fuera del Templo a los que hacían de él un lugar de mercado. Conversa con Sus discípulos acerca de la higuera que se secó y responde a quienes le pedían cuentas por lo que había hecho en el Templo

Versículos 1–11

Aquí tenemos el relato de la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén. Llegó a la ciudad en esta forma: 1. Para mostrar que no tenía miedo al poder y a la maldad de Sus enemigos en Jerusalén. No quiso entrar de incógnito en la ciudad, como quien no se atreve a dar la cara. 2. Para mostrar que no se sentía deprimido o turbado ante el pensamiento de los inminentes padecimientos. No sólo llega en público, sino también con rostro sereno y tranquilo, triunfal.

I. El aspecto *externo* de este triunfo era muy modesto, pues entró sentado en un *pollino* prestado. Nació en un establo prestado, navegó en una barca prestada, comió la Pascua en un aposento prestado, fue sepultado en un sepulcro prestado y entró montado en un pollino prestado. Que no se avergüencen los creyentes de ser deudores a otros hermanos ni de pedir prestado cuando lo necesiten, pues su Maestro no se avergonzó de ello. Tampoco disponía de una montura suntuosa, sino que *echaron sobre el pollino sus mantos* (v. 7), a fin de que Jesús pudiese cabalgar con cierta comodidad. Se cumplía así la profecía de Zacarías 9:9. Al no disponer tampoco de ricas alfombras para los pies de su cabalgadura, *«muchos extendieron sus mantos en el camino»* (v. 8). *Otros tendían por el camino ramas que habían cortado de*

los árboles, como acostumbraban los antiguos hacerlo en las pompas solemnes (1 Mac. 13:51; 2 Mac. 10:7); como aun hoy siembran de flores y hierbas aromáticas, en algunos lugares, las calles por las que van a pasar personas pertenecientes a la realeza. Esto nos enseña, por una parte, a no buscar por nosotros mismos recepciones y acogidas suntuosas, sino condescender con lo que nos presentan con buena voluntad; por otra, a recibir con alegría al Señor que viene a nosotros en humildad, como dice el Crisóstomo, «no para que le temamos por su poder, sino para que le amemos por su mansedumbre».

II. El lado *interior* de este triunfo era muy grande. Cristo mostró Su conocimiento de cosas distantes y Su poder sobre la voluntad de los hombres, cuando envió a Sus discípulos para que le trajeran el pollino (vv. 1–3). Mostró Su dominio sobre las criaturas al montar un animal *«sobre el cual todavía no se sentó ningún hombre»* (v. 2). El original da a entender que el lugar donde se hallaba atado el pollino era un *recodo* o encrucijada de dos calles, donde era difícil que alguien se lo llevase sin que lo advirtiera el dueño. Es un detalle que confirma, una vez más, que Marcos escribía informado por Pedro, quien era, con gran probabilidad uno de los dos discípulos que fueron a buscar el pollino. No deja de ser conmovedora y alentadora la frase que, acerca del pollino, dice Jesús: *«Si alguien os dice: ¿Por qué estáis haciendo eso?, decid: El Señor lo necesita»* (v. 3). ¿Puede algún creyente sentirse inútil, cuando el Señor de cielos y tierra, para entrar triunfalmente en Jerusalén, *tuvo necesidad* de un pollino? Dice ingeniosamente P. Charles: «Este pobre asno no ha dejado reliquia siquiera.

«No podría yo consolarme de ser como él, bastante gris y sin relieve, porque también de mí tenéis necesidad para vuestra obra? Cuando el descorazonamiento me abruma, cuando arrastro detrás de mí esta idea pesada de que, no teniendo mucho valor, no podré hacer nunca algo que valga la pena; cuando el demonio mismo me predique una falsa humildad y me diga que basta con resignarse …, ¿no debería desechar con un gesto todos esos consejeros de derrota, todos esos pensamientos de capitulación y acordarme de que hay un medio de prestar servicio hasta la muerte, y que Él es el resumen de la Ley y de los Profetas?»

III. Veamos ahora cómo recibió Jesús los gozosos *«hosannas»* de la gente y que el mismo Dios puso en el corazón de la multitud, como unos días después puso el diablo en el corazón de muchos el grito de *«¡Crucifícale!»*

1. Aclamaron Su *persona* (v. 9): *«¡Bendito el que viene en nombre del Señor!»* ¡Bendito el tan prometido y tan esperado! Así hemos de darle nuestro aplauso, pero sobre todo, nuestro corazón. Es un *bendito* Salvador, que viene a traernos *bendiciones.* Pero ¡qué responsabilidad! *«Mirad que no desechéis al que habla»* (He. 12:25). El Crisóstomo amonesta al pecador de la manera siguiente: «Prefieres obedecer al diablo para ser castigado, que no a Cristo para salvarte (comp. con Ro. 6:23). ¿Puede haber locura de peor linaje que ésta? El uno os conduce al infierno; el otro, al reino de los cielos. Y, sin embargo dejáis a Cristo y seguís al diablo. Al uno, que os sale al encuentro, le rechazáis; al otro, que está lejos le llamáis. Es como si un rey vestido de púrpura y ceñido de diadema no lograra persuadiros, y os persuadiera un bandido blandiendo su puñal y amenazándoos de muerte».

2. Le desearon parabienes en Su *empresa: «¡Bendito el reino venidero de nuestro padre David!»* (v. 10). Creían que Jesús tenía un reino, y que ese reino era de Su padre David; un reino y un rey venidos en nombre del Señor. ¡Bendito reino! Oremos por su venida: *«Venga a nosotros tu reino»* (Mt. 6:10; Lc. 11:2). Apresuremos su llegada (2 P. 3:12), ya que *reinaremos con Él* (Ap. 5:10; 20:4; 22:5).

IV. Cristo, así acogido y aplaudido, *vino a la ciudad y entró en el templo* (v. 11). *Miró todo alrededor,* aunque, por entonces, no dijo nada ni tocó cosa alguna hasta la mañana siguiente. Hay quienes piensan que Dios no existe porque está callado y no hace milagros para desbaratar los planes de los impíos. Ésta fue la tentación de Asaf en Salmos 73:2 y ss. Pero, dichoso es quien, como él (v. 25), puede decirle al Señor: «*¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Estando contigo, nada me deleita ya en la tierra*». Tengamos confianza en que Dios ve toda la maldad que hay en el mundo, como ve todo lo bueno y lo malo que hacemos. Aunque sea un Dios *silencioso,* no es un Dios *silenciado.* Su silencio no es impotencia, sino *«paciencia para con nosotros, no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento»* (2 P. 3:9). Hecha la meticulosa inspección en el Templo, Jesús se retiró con Sus discípulos a Betania, donde pasó la noche.

Versículos 12–26

I. A la mañana siguiente estaba la mente de Cristo tan ocupada en el trabajo que pensaba hacer aquel día, que ni se detuvo en Betania a desayunar. Así que, tan pronto como salió de allí *«tuvo hambre»* (v. 12). En esto, vio una *higuera* (v. 13) tan bien adornada de hojas, que pensó encontrar en ella algún fruto, como era de esperar. Pero *«al llegar cerca de ella, no encontró nada sino hojas»* (comp. con Mt. 21:19). Marcos añade el detalle de que *«no era tiempo de higos»*. Sin embargo, no podemos decir que Jesús fingiese, o intentase deliberadamente tener hambre con el único propósito de hacer de todo ello una parábola, aun cuando el *hecho* de la higuera sin fruto le sirviese de parábola. El detalle de Marcos nos hace pensar que, o la higuera ostentaba *anormalmente* llevar el fruto que era de esperar de ella por el hecho de haber producido las hojas que salen simultáneamente con las *brevas o* como piensa Trenchard, la higuera estaba «revestida de un follaje prematuro». Lo cierto es que el Señor aprovechó la ocasión para hacer de ello una aplicación al formalismo religioso de los escribas y fariseos, carentes del fruto de la fe, del arrepentimiento y del amor. Los discípulos de Cristo pudieron escuchar claramente la maldición de Cristo sobre la higuera: *«Que nadie vuelva a comer jamás fruto de ti»* (v. 14). Dice Trenchard: «La acción del Señor expresa dramáticamente lo que se efectuaba en aquella semana trágica: La nación que no quiso llevar fruto, y que no supo reconocer a su Rey, quedaría en tales condiciones que no podría llevar fruto, y pasaría el testimonio a otros. Esto no excluye una conversión nacional futura con la reanudación de la misión de Israel». En efecto, al comparar esto con Mateo 21:43; Lucas 13:6–9; 14:24, parecería que Dios ha desechado a perpetuidad a Israel, pero una ojeada a Romanos 11:11–33 debe hacernos cautos para no equiparar «cortar» con «arrancar».

II. Vemos después que, al llegar a Jerusalén y entrar en el templo, Jesús *«comenzó a echar fuera a los que vendían y a los que compraban en el templo»*. Hambriento como estaba, se fue derechamente al templo para corregir aquellos abusos de los que había tomado nota el día anterior. Por aquí vemos que no vino a *destruir* el templo, como se le acusó muy pocos días después, sino a purificarlo.

1. No sólo arrojó del templo a los que hacían de él un lugar de mercado, sino que *«volcó las mesas de los cambistas, y los asientos de los que vendían palomas»*. Y lo llevó a cabo sin oposición, con lo que se manifestaba que era justo y recto lo que hacía, y que así lo reconocían tácitamente incluso los que hacían la vista gorda ante el latrocinio por la ganancia que obtenían en el negocio. Pudo incluso alentar a algunos de los reformadores celosos que quizás estarían enojados con lo que se hacía, pero no se atrevían a denunciar el tráfico por temor a la autoridad de los jefes religiosos. Esto nos muestra que la reforma de los abusos y la purga de las corrupciones que se introducen a veces, incluso en las iglesias, no sólo siguen la pauta que marcó el Salvador, sino que algunos golpes dados a tiempo pueden resultar más efectivos de lo que se esperaba.

2. «Y *no permitía que nadie transportase mercancías pasando por el templo»* (v. 16). Los judíos reconocían que una de las muestras de honor debidas al templo era no hacer del monte santo o de los atrios del templo lugar de paso común o de acarreo de objetos. El hacer del atrio un cómodo pasadizo de un lado a otro, era ya profanar el templo.

3. Jesús dio la razón de su proceder con las siguientes palabras: *«¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones? Pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones»* (v. 17). Notemos bien estas palabras:

(A) El templo es una *casa de oración.* Se podría pensar que el templo era, ante todo, *casa de sacrificios,* como lo parecía indicar la compraventa de bueyes y palomas, pero, al citar de Isaías 56:7 el Señor lo llama *casa de oración* y con toda razón, pues el altar del incienso (símbolo de la oración) estaba más cercano al Trono de la gracia que el de los holocaustos; por eso, aquél era de oro, mientras que éste era de bronce.

(B) Que así había de ser *para todas las naciones,* y no sólo para los judíos, puesto que «*todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo»* (Ro. 10:13). Cuando, al principio de Su ministerio, arrojó Jesús del templo a los que traficaban allí, dijo: *«No hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado»* (Jn. 2:16). Pero ahora les acusa de convertirla *«en cueva de ladrones»*. Quienes entretienen pensamientos mundanos mientras se hallan en sus devociones, convierten la casa de oración en lugar de mercado; pero quienes devoran las casas de las viudas y, como pretexto, profieren largas oraciones, la convierten en cueva de ladrones.

4. Los escribas y los fariseos se irritaron enormemente por esto (v. 18). Le odiaban y, por otro lado *«le tenían miedo»*, no fuese que también les volcase a ellos las sillas y los arrojase del templo. Se daban cuenta de que *«toda la multitud estaba asombrada de su enseñanza»* y que todo lo que Él decía era para la gente un oráculo o una ley; y con el apoyo del pueblo, ¿cómo no podía Él atreverse a hacer aquello? Por tanto, buscaban, no cómo hacer las paces con Él sino *«cómo destruirle»*. La razón de su odio no era otra que el temor de perder su autoridad a medida que crecía la de Jesús y, a fin de mantenerse en sus puestos de explotación y dominio no reparaban en los medios con tal de llevar a cabo sus perversos designios.

III. Viene ahora la conversación del Señor con Sus discípulos a propósito del resultado de la maldición pronunciada sobre la higuera el día anterior. *«Cuando cayó la tarde salieron fuera de la ciudad»* (v. 19), como de costumbre. Y a la mañana siguiente *«cuando pasaban de camino, vieron que la higuera se había secado desde las raíces»* (v. 20). La maldición había sido: *«Que nadie vuelva a comer jamás fruto de ti»* (v. 14), pero el efecto fue más profundo: *«se había secado desde las raíces»*. Si no llevaba fruto, que no llevase tampoco hojas, para no poder así engañar a nadie. El fruto de las obras (v. Gá. 5:22; Ef. 2:10) nace de la raíz de la fe; es cierto que la raíz alimenta al fruto, no viceversa; pero también es cierto que, donde no hay fruto es porque la raíz no está viva (Stg. 2:14–26). Por tanto, ya que a los fariseos les falta la raíz de la fe, pronto va a ser también destruido el lugar donde pronuncian esas oraciones que son mera hojarasca.

1. Vemos cuán afectados quedaron los discípulos. *«Pedro, acordándose, le dice: Rabí, mira, la higuera que maldijiste se ha secado»* (v. 21). Las maldiciones del Señor tienen efecto sorprendente, pues hacen que se marchite en un momento lo que parece tan verde como el laurel. Los discípulos parecen sorprendidos ante algo extraño; no se imaginaban que la higuera se secase tan rápidamente; pero esto, sucede cuando, por rechazar a Cristo, alguien es rechazado por Él.

2. La provechosa enseñanza que, con ocasión de este sorprendente hecho, les dio, pues incluso una higuera seca proporcionó fruto de útil instrucción.

(A) Cristo saca primero de ahí una lección de *fe: «Tened fe en Dios»* (v. 22). Ellos se admiraban del poder que la palabra de Cristo tenía para hacer maravillas, y Él viene a decirles que una fe viva es capaz de poner en nuestras oraciones un poder semejante, no sólo para secar una higuera, sino hasta para arrojar al mar una montaña (v. 23). Es una fe tan fuerte, que da por hecho lo que pide: *«Por eso os digo que todo cuanto rogáis y pedís, creed que lo estáis recibiendo, y lo tendréis»* (v. 24). Así lo hacía el Señor Jesús (v. Jn. 11:41–42). Por medio del poder de Dios en Cristo, las mayores dificultades serán quitadas de en medio. Por supuesto que si un creyente quiere remover con la oración de fe una montaña *literal* deberá asegurarse de que ésa es la voluntad de Dios, de lo contrario, podría caer en el ridículo e, incluso, hacer que el nombre de Dios quede en mal lugar; en otras palabras, sería *tentar a Dios;* pero las palabras de Jesús expresan una locución proverbial para designar un gran obstáculo; pueden aplicarse: (a) a la *fe obradora de milagros*, con la que los apóstoles removieron montañas de incredulidad en la predicación del Evangelio; (b) al *milagro de la fe*, mediante la cual somos *justificados* (Ro. 5:1) y montañas de pecados son *arrojadas al mar* (Mi. 7:19); (c) también purifica el corazón (Hch. 15:9), y remueve así montañas de corrupción. Por la fe es conquistado el mundo (1 Jn. 5:4), se apagan los dardos encendidos de Satanás (Ef. 6:16), y nuestro «yo» es crucificado y, sin embargo, estamos vivos (Gá. 2:20).

(B) Pero, además de la fe, es necesaria otra condición para que nuestras oraciones sean escuchadas: «Y *siempre que os pongáis en pie para orar, perdonad, si tenéis algo contra alguien para que también vuestro Padre, el que está en los cielos, os perdone vuestras transgresiones»* (v. 25). Jesús inculca aquí con insistencia esta condición, como lo había hecho en Mateo 5:23–24; 6:12, 14–15. El valor de esta condición se echa de ver, primero, en lo difícil que a muchos les resulta en la práctica; segundo, por su misma eficacia, como lo expresan las propias palabras de Jesús; tercero, porque muestra en el que perdona una disposición de *perfección* en el amor (v. Mt. 5:48; Ro. 12:10, 19–21; 1 Jn. 3:10–18; 4:7–12, 16–21). Otros lugares que destacan la importancia del perdón son Mateo 18:21 y ss.; Lucas 6:37; 11:4; Efesios 4:32 y Colosenses 3:13, entre otros. Siempre deberíamos tener presente esta condición cuando nos ponemos a orar, pues una de las peticiones que siempre hemos de elevar al Trono de la gracia es que Dios nos perdone nuestros pecados, sin cuya confesión sincera no se reanuda nuestra comunión con Dios (v. 1 Jn. 1:5–10). Jesús insiste tanto en este amor fraternal, porque quería hacer de él el núcleo de la nueva Ley y la «supernota» del cristianismo (v. Jn. 13:34–35).

Versículos 27–33

Jesús es examinado por el gran Sanedrín acerca de Su autoridad. Vinieron a Él *«mientras andaba por el templo»* (v. 27). En aquellos atrios del templo, donde Cristo solía enseñar, es donde le preguntan: *«¿Con qué autoridad estás haciendo estas cosas?»* (v. 28). Vemos aquí:

I. Cuán determinados estaban a acorralarle y, si podían, ponerle en ridículo y desacreditarle ante el pueblo. Si pudiesen demostrar en público que el Señor no era enviado de Dios, no estaba autorizado, no estaba legítimamente «ordenado», podrían decirle a la gente que no le debían escuchar. En su obstinada incredulidad, estaban resueltos a sorprenderle en alguna falta, como en el último refugio para su propia defensa y la de sus bastardos intereses. Esta es, en realidad, una pregunta que todo el que actúa, ya sea como magistrado o como ministro, debe estar dispuesto a responder con fundamento: «¿Con qué autoridad hago esto?», porque, *«¿cómo predicarán si no son enviados?»* (Ro. 10:15).

II. Cómo fue Cristo quien los acorraló a ellos y les desacreditó públicamente, poniéndoles, a su vez, otra pregunta, donde se ve la admirable estrategia de la sabiduría divina. Cristo exhortó a los Suyos a ser *«prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas»* (Mt. 10:16), y aquí nos dejó un buen ejemplo: *«Jesús les dijo: Os preguntaré una sola cosa; respondedme, y os diré con qué autoridad estoy haciendo estas cosas: El bautismo de Juan ¿provenía del cielo o de los hombres? Respondedme»* (vv. 29–30). La pregunta era formidable por su contenido teológico y por las consecuencias de todo tipo que podía acarrear la respuesta, ya que el propio Bautista había dado un claro y elocuente testimonio a favor de la divinidad de Jesús. El caso es que ellos *sabían* muy bien la respuesta, pues no podían negar que Juan había sido enviado por Dios. Pero lo difícil era *responder* ahora. Con lo cual, la culpabilidad de ellos en no creer en Jesús se agravaba irremediablemente (v. Jn. 5:33–47) ¿Qué dirían, pues?

1. Si respondían que el bautismo de Juan (en lo que se incluía su predicación y su testimonio) era *del Cielo,* se expondrían a la pública vergüenza, pues Jesús podría replicarles: *«Entonces, ¿por qué no le creísteis?»* (v. 31). No podían aguantar que Cristo les replicase así, pero aguantaban con todo cinismo la acusación de su propia conciencia.
2. Si respondían: *«de los hombres»* (v. 32), se exponían a la ira del pueblo, *«porque todos a una tenían a Juan como que realmente era un profeta»*. Hay un temor carnal, «servil», es decir, propio de esclavos, común en los súbditos, pero del que tampoco los gobernantes se ven libres, los unos, por débiles, los otros, por viles. En estos sacerdotes, escribas y ancianos (v. 27), era su propia vileza la que les hacía temer a la gente.
3. Se vieron, pues, forzados a una vergonzosa retirada, al pretender ignorancia: *«No sabemos»* (v. 33). Lo que Cristo hizo con Su sabiduría, lo podemos hacer nosotros con nuestra buena conducta. *«haciendo enmudecer la ignorancia de los hombres insensatos»* (1 P. 2:15). Por su mala voluntad, los examinadores no merecían respuesta, así que Jesús les dijo: *«Tampoco yo os digo con qué autoridad estoy haciendo estas cosas»* (v. 33). Tampoco Jesús tenía necesidad de decirlo, pues las señales que hacía demostraban contundentemente que Dios estaba con Él (v. Jn. 3:2).

CAPÍTULO 12

Este capítulo se divide en siete secciones: 1) La parábola de los viñadores malvados; 2) la pregunta sobre el pago del tributo a César; 3) La pregunta de los saduceos sobre la resurrección; 4) La contestación a un escriba sobre el principal mandamiento de la Ley; 5) La pregunta de Cristo sobre Sí mismo como *hijo y,* a la vez, *Señor,* de David; 6) La advertencia al pueblo para que se guardaran de los escribas; y 7) El encomio que Jesús hizo de la viuda pobre que echó en el tesoro del templo dos moneditas.

Versículos 1–12

Cristo había explicado anteriormente en parábolas la forma en que Su reino había de instaurarse. Ahora explica también en parábolas por qué el reino iba a ser retirado del pueblo judío, para entregarlo a los gentiles.

I. Los que gozan del privilegio de ser los escogidos de Dios, tienen a su cargo una viña que Él les ha encomendado; y de ellos se espera que entreguen a su tiempo los frutos que pertenecen al amo de la viña. Los miembros de la Iglesia son administradores de Dios, y tienen así un buen Amo y un negocio próspero, con el que pueden vivir cómodamente a no ser que se porten infielmente en la administración de lo que les ha sido encomendado.

II. Aquellos a quienes Dios arrienda Su viña han de rendir cuentas a quienes de parte de Dios se las pidan, para que tengan siempre presente lo que de ellos justamente se espera (v. 2).

III. Da tristeza pensar cuán vilmente han sido tratados, de ordinario, en todas las épocas, los ministros fieles de Dios. Los profetas del Antiguo Testamento fueron fieramente perseguidos: *les golpearon, y les enviaron de vacío* (v. 3). Mal estuvo eso. *Les hirieron en la cabeza y les insultaron afrentosamente* (v. 4). Eso estuvo peor. Y, finalmente, llegaron a tal grado de perversidad que *mataron a otros* (v. 5).

IV. No es extraño que quienes así trataron a los profetas, tratasen también mal a Jesucristo. Como último recurso, Dios les envió su *Hijo amado* (v. 6). Podía esperarse con toda razón que aquel a quien el Amo *amaba,* le amaran también ellos o, al menos, lo respetaran: *«Respetarán a mi hijo».* Pero, en lugar de respetarle por ser el hijo y heredero, por eso precisamente lo odiaron hasta el punto de matarle, y esperar así hacerse con la herencia: *«¡Venid, matémosle, y la herencia será nuestra!»* (v. 7). Había, sí, una herencia que habría sido de ellos, una herencia celestial (y también terrenal) si hubieran *reverenciado al Hijo* (Sal. 2:12). Pero, en lugar de ello, *«le mataron y le echaron fuera de la viña»* (v. 8). En efecto, Cristo, al ser el *holocausto* por nuestros pecados, *«padeció fuera de la puerta»* (He. 13:12). Y nosotros hemos de correr la misma suerte, *«llevando su vituperio»* (He. 13:13).

V. Por una conducta tan perversa y vergonzosa, no se puede esperar otra cosa que una terrible sentencia: *«¿Qué hará el dueño de la viña?»* (v. 9).

1. *«Vendrá y destruirá a los labradores.»* Al haber matado a los siervos del Amo, y al propio Hijo Suyo, Él determinó destruirlos a ellos; lo cual se cumplió el año 70 de nuestra era con la destrucción de Jerusalén.
2. «*Y dará la viña a otros.»* Esto se cumplió con la entrada de los gentiles en el reino (v. Hch. 13:46) y con *el fruto creciente que el Evangelio comenzó a llevar en todo el mundo* (Col. 1:6). Los propósitos de Dios nunca fracasan y, cuando un candelero es removido por no dar la luz que de él se esperaba, otro es colocado en su lugar. Si un obrero del Señor no trabaja con la fidelidad que de él esperaba el Señor, la obra se llevará por otros cauces, aunque él mismo sufra pérdida (1 Co. 3:15).
3. Por eso, la oposición que estos perversos viñadores ofrecieron contra el propio Hijo del Amo de la viña, no fue impedimento para que, precisamente por Su muerte, se convirtiese en piedra angular del nuevo edificio: *«La piedra que desecharon los constructores, ha venido a ser hecha piedra angular»* (v. 10). Dios pondrá a Cristo como *Rey sobre el santo monte de Sion* (Sal. 2:6), y todo el mundo verá y reconocerá que eso ha sido obra del Señor: *«Esto ha sucedido de parte del Señor, y es maravilloso a nuestros ojos»* (v. 11).

VI. El efecto que la parábola hizo en los principales sacerdotes y escribas: *«Se dieron cuenta de que la parábola la había dicho refiriéndose a ellos»* (v. 12). No pudieron menos de ver su propio rostro en ella como en un espejo. Así que:

1. *«Procuraban prenderle»,* arrestarle inmediatamente y cumplir así precisamente lo que Cristo acababa de decir que harían con Él (v. 8).
2. Nada les refrenaba de hacerlo, excepto que *«tuvieron miedo de la multitud»*. No respetaban a Cristo ni tenían temor de Dios, sino únicamente miedo al pueblo.
3. Así que *«dejándole, se marcharon»*. Ya que no podían de momento hacerle daño, decidieron no recibir de Él ningún bien y se fueron para no escuchar la doctrina que Él enseñaba. Cuando los prejuicios de los hombres no son vencidos por la evidencia de la verdad, quedan por ella más profundamente

arraigados. Cuando el Evangelio no es *«olor de vida entre los que se salvan»,* se convierte en *«olor de muerte entre los que se pierden»* (2 Co. 2:15–16).

Versículos 13–17

Vemos cómo *algunos de los fariseos y de los herodianos* tientan (o atentan tentarle) a Jesús, con una pregunta sobre la licitud de pagar tributo a César (v. 13).

I. Con dos grupos tan distintos, esperaban hacer que Jesús cayera en la trampa. Los fariseos se alzaban a sí mismos como los grandes campeones de la libertad de la nación judía y, por eso, si el Señor decía que era lícito dar tributo a César encenderían el odio popular contra Él. En cambio los herodianos eran los grandes campeones a favor del poder romano; de modo que si decía que no había de darse tal tributo a César, podían denunciarle ante el gobernador romano. No es cosa nueva el que, quienes son enemigos entre sí, se confabulen contra Cristo.

II. El pretexto para su perverso designio fue que deseaban plantear ante Él un caso de conciencia (v. 14). Son dignas de notarse las viles muestras de adulación con que se expresaron. Le llaman *«Maestro», «que enseña el camino de Dios con verdad»,* y que no se deja sobornar por *«el aspecto exterior de las personas»*; declaraciones tan falsas en los labios de ellos como verdaderas en su contenido, con lo que se volvían contra ellos mismos, pues, al saber que Cristo *enseñaba el camino de Dios con verdad,* rechazaban en contra de sí mismos el propósito de Dios.

III. La pregunta que le hacen es: *«¿Es lícito dar tributo a César, o no?»* (v. 14b). Parecen deseosos de conocer su deber cuando en realidad lo único que deseaban era ver cómo respondía, con la esperanza de que, cualquiera que fuese su respuesta tuviesen la oportunidad de acusarle. Parecen dejar a Cristo la decisión sobre la materia, y le urgen a responder: *«¿Hemos de dar, o no?»* Diríase que están resueltos a seguir la pauta que Jesús les señale. Por cierto, es muy corriente el caso de quienes acuden al ministro de Dios a pedir consejo, sólo con la esperanza de que les confirme en la decisión que previamente han tomado, y echarle después la culpa si la cosa les sale mal.

IV. Cristo responde sabiamente, y escapar de la trampa (vv. 15–17). *«Sabedor de su hipocresía.»* Por muy bien que se represente la comedia, la farsa no puede quedar oculta a los ojos de Jesús. Él ve perfectamente el feo rostro que se esconde tras la linda máscara. Sabía que deseaban tenderle una trampa y resolvió la cuestión de tal forma que era Él quien les tendía ahora la trampa a ellos. Les hizo reconocer que la moneda corriente en la nación era romana, al tener la *imagen* del emperador en una cara, y la *inscripción* del emperador en la otra. Al ser ello así:

1. César podía imponerles el tributo para el beneficio público «*lo de César, devolvédselo a César»* (v. 17). La forma misma de la moneda muestra que *es de César;* César es como la fuente de la que procede la circulación de la moneda y, por tanto, a él debe volver.
2. César no siempre intenta imponerse a nuestras conciencias, ni pretendía hacerlo en este caso. Por consiguiente, *«pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo»* (Ro. 13:7); pero aseguraos también de dar *«a Dios lo de Dios»*. Hay muchos que se esmeran en dar a los hombres lo que les pertenece, pero no se cuidan de dar a Dios *la gloria debida a Su santo nombre.*

V. *«Y quedaban admirados de Él.»* Todos cuantos escuchaban a Cristo se maravillaban de sus respuestas, pero habría que preguntarse cuántos eran persuadidos por ello de cómo debían darle a Dios lo que a Dios se debe. Hay muchos que ensalzan al predicador, pero se niegan a seguir la ruta marcada por la predicación.

Versículos 18–27

Ahora son los saduceos, los deístas de aquel tiempo, quienes atacan a Jesús. Como decía un predicador, «tan pronto como lo dejan las derechas, vienen contra Él las izquierdas». Estos no eran fanáticos ni perseguidores, sino escépticos e incrédulos. No venían a comprometerle con el César ni con el pueblo, sino a burlarse de Sus enseñanzas. No creían en la resurrección, ni en los ángeles ni en la vida

futura con sus recompensas y castigos. Cristo enseñaba todas estas doctrinas que ellos negaban y, por eso, venían a ponerle objeciones, según ellos, insolubles.

I. Véase el método que siguen para enredarle. Citan de la ley de Moisés (Dt. 25:5), según la cual, si un casado moría sin dejar descendencia, el hermano del difunto estaba obligado a casarse con la viuda (v. 19); y fingen un caso en que, de acuerdo con tal ley, siete hermanos se casaron sucesivamente con la misma mujer sin dejar hijos (vv. 20–22). Es probable que dichos saduceos intentasen burlarse de dicha ley. Los incrédulos, *incapaces de captar las cosas que son del Espíritu de Dios* (1 Co. 2:14), tienden a poner ridículas objeciones contra la Palabra de Dios, con el propósito de encontrar pretextos para no creer. El designio de los saduceos era, en este caso, presentar la enseñanza sobre la resurrección como si fuera un *absurdo,* ya que, o la mujer en cuestión tendría siete maridos en la vida celestial, o no se sabría de cuál de ellos era mujer. Dice el Crisóstomo: «A mi parecer, se trata de una pura invención. Porque, al haber visto muertos a dos maridos, el tercero no habría tomado la mujer, y menos que el tercero, el cuarto y el quinto; y, en fin, si hasta cinco la hubieran tomado, el sexto y el séptimo la habrían tenido a la mujer aquella como de mal agüero».

II. Véase ahora el método que sigue Jesús para clarificar y exponer esta materia. Era un punto doctrinal importante y, por eso, Cristo no trata sobre él de ligero, sino que se extiende en su exposición.

1. Acusa a los saduceos de *error,* y atribuye este error a *ignorancia: «¿No es por eso por lo que estáis equivocados?»* (v. 24). «No podéis menos de admitir que lo estáis, y la causa de ese error es:

(A) *«Por no entender las Escrituras.»* No es que los saduceos no leyeran las Escrituras; quizá las *escudriñaban* también, según el sentido más probable de Juan 5:39, sin embargo no se puede decir que las *entendieran,* pues desconocían el verdadero sentido de ellas, por las falsas opiniones con que las adobaban. Un conocimiento correcto de la Palabra de Dios, como *depósito* de la religión revelada (v. 1 Ti. 6:20) y norma única de fe y conducta, es el mejor preservativo contra el error. Los antiguos solían decir: ¡Guarda el orden, y el orden te guardará a ti! Pero nosotros podemos decir con mucha más razón: ¡Guarda la verdad de las Escrituras, y ellas te guardarán a ti!

(B) *«Por no entender ... el poder de Dios.»* No podían menos de conocer que Dios es omnipotente, pero no aplicaban dicha verdad al asunto en cuestión, con lo que, en la práctica sacrificaban la verdad a las objeciones prejuzgadas contra ella. Él poder de Dios evidente en el retorno de la primavera (Sal. 104:30), en la reviviscencia del grano de trigo (Jn. 12:24), en la restauración nacional de un pueblo caído de tal modo, que era como un montón de huesos secos (Ez. 37:12–14), en la resurrección milagrosa de muchos tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo y, especialmente, en la resurrección de Cristo (Ef. 1:19–20), es como arras y garantía de nuestra resurrección en virtud del mismo poder; *«en virtud del poder que tiene también para someter a sí mismo todas las cosas»* (Fil. 3:21).

2. Desvirtúa también la fuerza de la objeción de ellos y pone en su verdadera luz la doctrina del estado futuro de los creyentes: *«Pues cuando resucitan de entre los muertos, ni ellos se casan, ni ellas son dadas en casamiento, sino que son como ángeles en los cielos»* (v. 25). No es extraño que los hombres se confundan con los más necios absurdos, cuando miden las realidades del mundo de los espíritus con las ideas que tienen de los negocios de este mundo de los sentidos materiales.

III. Finalmente, Cristo fundamenta la doctrina del estado futuro, y de la bienaventuranza de los justos en tal estado, en el pacto de Dios con Abraham, a quien Dios reconoce como vivo, incluso después de la muerte física (vv. 26–27). En esto apela a la Escritura: *«¿No habéis leído en el libro de Moisés?»* Éllos se habían referido a la ley de Moisés (Dt. 25:5), y Él los refiere igualmente a Moisés (Éx. 3:6), *en lo de la zarza,* donde Dios dice: «*Yo soy el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob»* (v. 26). Efectivamente, Dios no dice: «*Yo era»,* sino «*Yo soy»*. Es un absurdo pensar que la relación de Dios con Abraham continúe, y sea solemnemente reconocida, si Abraham no existiese más, o que el Dios viviente pudiese ser la porción y la felicidad de un hombre que está muerto y no volverá jamás a estar vivo. De forma que es menester sacar la conclusión: 1. De que Abraham existe y está activo, aun cuando su alma esté separada del cuerpo, 2. De que, por consiguiente, tarde o temprano, el cuerpo de Abraham ha de resucitar. Y, para rematar la argumentación, concluye otra vez: *«Andáis muy equivocados»*. Quienes niegan la resurrección están, en efecto, muy equivocados, y así hay que decírselo.

Versículos 28–34

Sólo aquí tenemos el caso de un escriba que, haber escuchado a Jesús discutir con los saduceos y al ver cuán bien les había respondido, se atrevió a preguntarle con toda sinceridad acerca de algo que le preocupaba: *«¿Cuál mandamiento es el más importante de todos?»* (v. 28). Mateo (22:35) dice que preguntó *«por tentarlo»*. Algunos autores (entre ellos Trenchard) toman el vocablo en mal sentido, como si el escriba se hubiera acercado a Jesús con intención aviesa, y cambiado después al oír las sabias contestaciones del Maestro, tanto a los fariseos como a los saduceos; pero es mucho más probable, atendiendo a la construcción gramatical del original y al doble sentido del verbo, que lo hiciese, como dice Broadus por «probar el poder de Jesús para contestar preguntas difíciles). Lenski explica que la inclusión del inciso en Mateo se debe por la referencia a todo el grupo de fariseos que acompañaban al escriba. A primera vista, puede parecernos una pregunta necia o superflua la del escriba, ya que la respuesta estaba clara en el famoso *shemá* de Deuteronomio 6:4–9, pero hemos de tener en cuenta la posibilidad de confusión en un intérprete de la Ley con las complicadas reglas que habían inventado para determinar la categoría, mayor o menor, de los 613 preceptos de la Ley, 248 de ellos positivos, tantos—decían—como huesos tiene el cuerpo humano, y 365 negativos, tantos como los días del año. Así, pues, no hemos de pensar que viniese a Jesús con mala intención, sino en buscar sinceramente instrucción.

I. Al preguntar cuál era *«el primer mandamiento de todos»* (trad. lit.), no se refería el escriba a la prioridad de *orden*, sino de *peso, dignidad* e *importancia*. No es que haya mandamientos pequeños y grandes, pero es cierto que hay algunos más importantes que otros (por ejemplo, los morales son más importantes que los rituales), de la misma manera que hay pecados más graves que otros (comp. Stg. 2:10 con Jn. 19:11). El escriba, pues quería saber cuál era el mandamiento más importante de todos.

II. Jesús le responde directamente: *«El más importante es: Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es un solo Señor, etc.»* (vv. 29–31). Notemos que Jesús no le dice: «¿Por qué me tientas?», como a los fariseos; ni tampoco: «Yerras por ignorancia», como a los saduceos; sino que reconoce la sinceridad de la pregunta, y la responde clara y sencillamente. A quienes sinceramente desean ser instruidos acerca de sus deberes, *el Señor les mostrará sus caminos y les enseñará sus sendas* (Sal. 25:4). Jesús le dice al escriba:

1. Que el mandamiento más importante de todos, porque, en realidad, los incluye a todos, es *«amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas»* (v. 30). Cuando este mandamiento impera en nuestro espíritu, engendra una disposición correcta para cumplir cualquier otro deber. El amor es en el corazón el afecto conductor de los demás; el amor de Dios es la gracia conductora en un alma regenerada. Cuando esto existe, todo va bien; cuando esto falta, de nada sirve lo demás (v. 1 Co. 13:1–3). Si amamos a Dios con todo nuestro corazón, no habrá lugar para rivales de Dios en el trono de nuestro ser. Ningún otro mandamiento será gravoso, si somos llevados en alas del amor (v. 1 Jn. 5:3). En Marcos, el Señor coloca delante del primer mandamiento la gran verdad doctrinal en que aquél se apoya: *«el Señor Dios es UNO»* (v. 29). Si creemos esto firmemente, se seguirá como lógica consecuencia, que hemos de amarle *con todo nuestro corazón*, pues, al no haber otro Dios, no puede existir rival que comparta con Él el trono.

2. Que el segundo gran mandamiento es: *«Amarás a tu prójimo como a ti mismo»* (v. 31), y debemos mostrarlo *haciendo a los demás lo que queremos que los demás nos hagan* (Mt. 7:12). Debemos amar a Dios más que a nosotros mismos, pues Él es el Señor de todos, y hemos de amar al prójimo como a nosotros mismos, porque es de la misma naturaleza que nosotros; ¿no nos ha creado un mismo Dios? Y si se trata de un hermano en la fe, la obligación es todavía más fuerte (v. Jn. 13:34–35); ¿no nos ha redimido un mismo Salvador? Bien pudo añadir Jesús: *«No hay otro mandamiento mayor que éstos»*. Más aún, así como el amor a Dios es el fundamento del amor al prójimo (v. 1 Jn. 5:2), así también el amor al hermano es la garantía visible de nuestro amor a Dios (v. 1 Jn. 4:20). Por eso, leemos que *«el que ama al prójimo, ha cumplido la ley»* (Ro. 13:8; Gá. 5:14). Si en ese mandamiento se cumple la ley, hemos de tomar conciencia de su importancia y ver de cumplirlo en cada situación, pues todas las demás situaciones de obediencia se contemplarán a la luz de esta lógica consecuencia.

III. El escriba estuvo de acuerdo con lo que Cristo decía (vv. 32–33).

1. Vemos que encomia la forma en que Jesús ha contestado a la pregunta: *«Bien, Maestro; con verdad has dicho …».* Como evidencia contra los que persiguieron a Cristo y le tacharon de impostor, se levanta la confesión sincera de uno de ellos, y asegura que Cristo *dijo la verdad* y que la dijo *bien. Así* debemos suscribir nosotros todos los dichos de Jesús, y al sellar con nuestro testimonio la verdad de los mismos.

2. No sólo asiente a lo que Jesús ha dicho, sino que comenta sobre ello, y dice: *«Con verdad has dicho que hay un solo Dios, y que no hay otro sino Él»* (v. 32). También comenta sobre el amor al prójimo, diciendo: «*y el amar al prójimo como a sí mismo es más que todos los holocaustos y sacrificios»* (v. 33). Había quienes sostenían que la ley de los *sacrificios* era el mandamiento más importante de todos; pero este escriba está completamente de acuerdo con nuestro Salvador en esto: que la ley del amor a Dios y a nuestro prójimo es más importante que la del sacrificio, incluso más que la ley de los holocaustos.

IV. Cristo aprueba lo que el escriba acaba de decir y le anima a seguir adelante en su anhelo de conocer la verdad (v. 34).

1. Jesús reconoce que el escriba ha entendido bien hasta ahora: «Y *Jesús, viendo que le había contestado con sensatez …».* El Señor se agradó de ello tanto más, cuanto que recientemente se había encontrado con muchos que habían contestado insensatamente; en cambio, éste había contestado como quien tiene seso, pone empeño en conocer la verdad y carece de prejuicios que le trastornen la visión.

2. Jesús reconoce también que el escriba se halla en buena disposición para hacer buenos progresos: *«No estás lejos del reino de Dios»;* esto es, del reino de la gracia y de la gloria. Quienes hacen buen uso de la luz que tienen y caminan tan lejos como esa luz les alumbra, es de esperar que, por la gracia de Dios, serán conducidos más cerca de la verdad completa. No se nos dice qué fue de este escriba más tarde, pero «hemos de esperar—dice Trenchard—que, como aquél (Nicodemo), llegaría a percibir «la puerta estrecha» que daba entrada al Reino después de la tremenda revelación de la Cruz y de la Resurrección. No se salvaría por "no estar lejos", ni por comprender intelectualmente cómo era el Reino, sino por humillarse como un niño para recibir la vida eterna de Jesucristo». Si no llegó a entrar en el Reino, no nos ha de extrañar, pues hay muchos que «no están lejos del Reino de Dios» y, sin embargo, nunca entran en él (comp. con Hch. 26:28).

3. La porción termina diciéndonos que, después de esto, «*nadie se atrevía más a hacerle preguntas»*. Los que deseaban aprender, tenían vergüenza de preguntarle; y los que deseaban tenderle trampa, tenían miedo de preguntarle.

Versículos 35–40

I. Cristo muestra al pueblo cuán débil y defectuosa era la enseñanza de los escribas, y cuán incapacitados estaban para resolver las dificultades que ocurren en el Antiguo Testamento. Presenta un ejemplo de esto, cuyo relato se halla en Mateo con más detalle.

1. Los escribas enseñaban al pueblo que el Mesías había de ser *«hijo de David»* (v. 35) y, en esto, estaban en lo cierto. El pueblo lo tomaba como dicho por los escribas, pero las verdades de Dios han de ser tomadas de la Palabra de Dios, más bien que de los ministros de Dios, porque sólo la Biblia es la fuente y depósito de dichas verdades.

2. Pero los escribas no podían explicar cómo David pudo llamar al Mesías su *Señor,* como lo hace en el Salmo 110:1. Le habían enseñado al pueblo que el Mesías sería vástago de la familia real, lo cual sería un honor para la nación; pero no se habían interesado en enseñar que habría de ser también el Hijo de Dios, como era necesario que lo fuera para que David le llamara «*mi Señor».* Si alguien les hubiera preguntado, como ahora lo hacía Jesús, *«de qué parte es hijo suyo?»* (v. 37), no le habrían sabido responder. Nótese que, quienes son incapaces de responder, en alguna medida, a las preguntas que sus mensajes suscitan, aun cuando prediquen bien, no son dignos de sentarse en la cátedra de Moisés.

A los escribas, por cierto, no les agradaría que Jesús expusiera a la pública vergüenza la ignorancia de ellos, pero *«la gran multitud le escuchaba con gusto».* Lo que Jesús predicaba les asombraba y les entraba muy adentro, y nunca jamás habían oído predicar de aquella manera. Es probable que este «gusto» de la multitud se debiera sólo a la fuerza y gracia de la elocuencia de Jesús y a la verdad contundente de Sus enseñanzas y, especialmente, a la singular maestría con que hacía callar a sus oponentes, pero, con todo

eso, no leemos que ninguno de ellos llegase a *creer en Él* y seguirle. Y quizás algunos de ellos gritaron, pocos días después, *«¡crucifícale!»* También vemos que Herodes oía *«con gusto»* al Bautista y, sin embargo, mandó decapitarle.

II. A continuación, Jesús precave al pueblo contra las imposiciones de los escribas: «*Y en su enseñanza decía: Guardaos de los escribas»* (v. 38), porque:

1. Afectan *superioridad,* pues usan *amplio ropaje,* como los príncipes y jueces, *gustosos* de orgullosa ostentación (v. 1 Jn. 2:16, original). No que sea pecado el llevar ropaje largo, sino el gusto por ostentarlo. Jesús desea que los Suyos gusten, ante todo, de *«ceñir sus lomos con la verdad»* (Ef. 6:14, comp. con Éx. 12:11).

2. Afectan *santidad,* pues *«recitan largas oraciones»* (v. 40). Ponían sumo cuidado en que los viesen orando largamente, pero lo hacían *«para disimular»* (lit. *por pretexto,* vocablo que significa «tejido de antemano», como la tela de araña para cazar moscas), es decir, para aparentar que eran personas muy devotas.

3. Ambicionan *aplauso: «gustan … de que los saluden aparatosamente en las plazas, y de ocupar los principales asientos en las sinagogas y los lugares de honor en los banquetes»* (vv. 28–29). Pensaban que con todo eso recibían honor y estima de parte de quienes les conocían, y se ganaban el respeto y la reverencia de parte de quienes no les conocían.

4. Ambicionan *riqueza: «devoran las casas de las viudas»* (v. 40). Era precisamente para escudarse de toda sospecha de deshonestidad, por lo que se ponían la máscara de piedad; ponían empeño en parecer tan buenos como los mejores, para que nadie pensara que eran—¡y lo eran!—tan malos como los peores. Las oraciones, por muy largas que sean, no deben ser tenidas en poco, si se hacen con humildad y sinceridad, por el hecho de que algunos abusen de ellas. Pero la iniquidad, revestida de esta *«forma de piedad«* (2 Ti. 3:5), es doble iniquidad y, por ello, su condenación será doblemente pesada: *«Éstos recibirán una sentencia más severa».* Refiriéndose a este versículo, dice Trenchard, con una de sus cáusticas pullas: «¡Todavía no se ha exterminado la especie!»

Versículos 41–44

La porción que sigue no se halla en Mateo, pero aparece aquí y en Lucas, se trata del encomio que hizo Jesús de la pobre viuda que echó las dos moneditas en el tesoro del templo.

I. Había en el templo un *Arca* o caja de fondos para los pobres. En el atrio de las mujeres, este lugar constaba de trece arquillas con bocas en forma de pabellón de trompeta, con cuyo nombre se las llamaba en hebreo; en griego se llamaba *gazofilacio,* es decir, «guarda del tesoro», por el destino que tenían. Las obras de caridad y las de piedad están siempre muy cerca las unas de las otras; por eso, hallamos con frecuencia unidas las *oraciones* y las *limosnas,* como en Hechos 10:2, 4. Bueno es que *«cada uno de nosotros ponga aparte algo, según haya prosperado»* (1 Co. 16:2), a fin de ofrecerlo para la obra del Señor y para socorrer a los pobres de la iglesia.

II. Jesús estaba *«observando»* (v. 41): *«se sentó frente por frente del Arca del tesoro y observaba cómo echaba la multitud monedas de cobre en el Arca del tesoro».* Nuestro Señor se da cuenta de cuánto y cómo contribuimos para los usos piadosos y caritativos, de si damos con generosidad o con tacañería; de si lo damos para que lo vean los hombres, o como para el Señor.

III. Vio Jesús que *«muchos ricos echaban mucho»;* y era, por cierto, buena cosa ver a gente rica que era caritativa; ver a *muchos ricos,* y verlos *echando mucho.* Los que tienen mucho, deben dar mucho. Si Dios nos da con abundancia, ha de esperar que nosotros demos también con abundancia.

IV. *«Llegó también una viuda pobre y echó dos moneditas, que es una cuarta parte del así»* (v. 42), que venía a ser la sesenta y cuatroava parte de un denario, pues el denario tenía 16 ases (recuérdese que un denario equivalía al salario de un día de un obrero). A pesar de ser una cantidad tan pequeña, mereció la aprobación, y hasta la admiración, de Jesús: *«Llamó hacia sí a sus discípulos»* (v. 43), como rogándoles que tomasen buena nota de ello y les dijo que aquella pobre viuda había echado *«más que todos los que estaban echando en el Arca del tesoro».* A los ojos humanos, eso era muy poca cosa, pero a

los ojos de Dios valía más que todo lo que echaban los ricos, aun siendo *muchos* y echando *mucho, «porque todos echaron de lo que les sobra; pero ésta ha echado, de su pobreza, todo cuanto poseía, todo su sustento»* (v. 44).

Ahora bien, es probable que algunas personas estuvieran prontas a censurar a esta viuda, y dijesen: «¿por qué echa para otros lo que necesita para sí? La caridad bien entendida comienza por uno mismo, como dice el refrán». En realidad, es tan raro hallar alguien que no censure a esta viuda, que no nos resultará extraño que no haya nadie que la imite; sin embargo, el Salvador la alaba. De ahí podemos aprender:

1. Que *dar limosna* es algo excelente y muy agradable a los ojos de Dios; Él la acepta siempre, aun cuando en algunas circunstancias es posible que falte lo que el mundo llama discreción.
2. Que los que tienen *poco,* deben dar limosna de ese *poco.* En algunos casos, deberíamos apretarnos un poco el cinturón para subvenir a las necesidades ajenas; esto es amar al prójimo como a sí mismo y, si se trata de hermanos, con mucha mayor razón y hasta un extremo semejante al de Jesús (Jn. 13:1; 1 Jn. 3:16–18).
3. Que debemos apoyar los proyectos de caridad pública e incluso en casos en que la administración de fondos deja algo que desear, debemos aportar nuestra *cuota.*
4. Que, aun cuando sólo podamos dar un *poco,* el Señor lo aceptará, pues Él lo demanda, *no según lo que uno no tiene, sino según lo que tiene* (2 Co. 8:12). Dos céntimos serán contados por Dios, si se dan con generosidad y alegría, como si fueran dos millones.
5. Especial gracia de Dios se manifiesta cuando *«espontáneamente se da conforme a las posibilidades, y aun más allá de las posibilidades»,* como la iglesia de Macedonia, cuya *«extrema pobreza abundó en riquezas de generosidad»* (2 Co. 8:1–25). Podemos estar seguros de que Dios ha de proveer para nosotros de muchas otras maneras, a veces sorprendentes.

CAPÍTULO 13

Este capítulo contiene el sermón profético que el Señor pronunció en el Olivete, y del que los otros dos Evangelios Sinópticos nos hablan igualmente (v. Mt. 24 y Lc. 21).

Versículos 1–4

I. Vemos cómo muchos de los discípulos de Cristo tienden a idolatrar cosas que parecen *grandes* y que por largo tiempo han sido consideradas como *sagradas.* Uno de ellos le dijo al Maestro: *«Mira qué piedras tan enormes y qué construcciones tan magníficas»* (v. 1). Al ser Marcos quien escribe esto, y callándose el nombre del discípulo, es muy probable que fuera Pedro quien le hizo la pregunta. Es como si dijera: «Como esto, no tenemos en Galilea nada. ¡Que Dios nos conserve una cosa tan preciosa!»

II. Vemos también cuán poco valor otorga Jesús a la pompa exterior, donde falta la pureza interior: *«Jesús le dijo: ¿Ves estas grandiosas construcciones?* Se acerca el tiempo en que *no quedará ni una piedra sobre otra que no sea totalmente derruida»* (v. 2). Jesús mira con gran compasión la ruina de las almas y llora sobre ellas porque en ellas ha puesto un gran valor, notorio en el gran precio que por ellas pagó (v. Lc. 19:41; 1 P. 1:18–20), pero no leemos que llorase por la demolición de un grandioso edificio cuando la presencia de Dios se había de apartar de allí por causa del pecado. Con qué falta de interés predice que *«no quedará ni una piedra sobre otra».* Mientras queda algo en pie, puede esperarse alguna restauración, pero ¿qué esperanza cabe donde no queda una piedra sobre otra?

III. Vemos asimismo cuán natural es el deseo de conocer el futuro y, a ser posible, las fechas concretas. Ponemos mayor interés en eso que en cumplir con nuestros deberes presentes, de los cuales somos tan propensos a evadirnos, refugiándonos en los recuerdos del pasado o en las ilusiones del porvenir. Los discípulos no sabían cómo *digerir* las palabras de Jesús y estaban ansiosos de tomarle a solas para preguntarle más acerca de aquello. Por eso, cuando regresaban a Betania, *«estando Él sentado en el monte de los Olivos frente por frente del templo»,* cuatro de ellos acordaron *«preguntarle en*

privado» (v. 3), qué quería decir con aquello de la destrucción del templo. Es probable que la respuesta de Cristo se hiciese en presencia de los doce, pero aparte de la multitud y, por eso, *en privado.* La pregunta era doble: (A) *«¿Cuándo serán estas cosas?»* (B) *«¿Cuál será la señal cuando todas estas cosas estén para cumplirse?»* (v. 4). (Véase el comentario a Mateo 24 y Lucas 21 para toda esta porción.)

Versículos 5–13

Nuestro Señor Jesucristo, en respuesta a la pregunta de Sus discípulos, no va a satisfacer la curiosidad, sino a alertar la conciencia, y les expone las precauciones que serán necesarias cuando sucedan los acontecimientos a los que va ahora a hacer referencia.

I. *«Mirad que nadie os engañe»* (v. 5). Vendrán seductores y engañadores que, de una u otra manera, usurparán el nombre de Dios para hacerse escuchar e, incluso, pretenderán ser el Cristo reencarnado, como ocurre actualmente (1983). En todo caso, podemos incluir entre los falsos «Mesías» a los fundadores de las falsas religiones, los cuales han proliferado copiosamente en los siglos XIX y XX. Cuando se rechaza al Cristo, Hijo del Dios viviente, hay que forjarse otros «Cristos» o desfigurar el carácter del verdadero Cristo, y hacer de Él un libertador social, más bien que un Redentor total. Lo cierto es que, cuando tantos, hasta de los sinceros estudiosos de la Biblia, son engañados por falsos maestros, debemos estar alerta *«practicando la verdad en amor y asiéndonos de la* Cabeza-Cristo» (Ef. 4:15–16).

II. *«Cuando oigáis de guerras y de rumores de guerras, no os alarméis»* (v. 7). La guerra es un producto constante del orgullo nacional y de la ambición de los jefes de las naciones, pero guerras, mundiales o locales, y «guerrillas», nunca han proliferado tanto como en los últimos cincuenta años. Cristo vino al mundo durante la época llamada de la «paz octaviana», pero no mucho después de Su muerte comenzaron otra vez las guerras, guerras de todas las clases: religiosas, políticas, sociales, de partidos y de clases, frías y calientes, etc. A las guerras se suman los frecuentes terremotos, las erupciones volcánicas, el hambre y toda suerte de accidentes y de calamidades públicas (v. 8). Pero los creyentes sinceros no han de turbarse por eso. En realidad, son el *«principio de los dolores de alumbramiento»* (v. 8). Para los judíos esta frase expresaba las aflicciones y calamidades que precederían a la Venida del Mesías. Eso *«tiene que ocurrir, pero todavía no es el fin»* (v. 7). Si del soldado romano pudo escribirse: «Aunque el orbe se desplome hecho pedazos, las ruinas le hallarán impávido», cuánto más impávido ha de estar el cristiano, al saber que *«todas las cosas cooperan para el bien de quienes aman a Dios»* (Ro. 8:28). Ni han de tomarles por *sorpresa,* pues están profetizadas, ni les han de infundir *terror,* pues están divinamente controladas. Bismarck decía, no sabemos con qué sinceridad: «Quien teme a Dios, no teme a los hombres». Cuando Cristo va en la barca de nuestro corazón no hay tormenta que deba amilanarnos.

III. Lo único que debe preocuparles es su propia *fidelidad: «Pero vosotros estad alerta sobre vosotros mismos»* (v. 9). No por eso, ha de pensar el creyente que su vida va a transcurrir en paz y prosperidad. El mundo no nos dejará en paz (Jn. 15:18–21), pero si tenemos la paz de Cristo que es fruto del Espíritu (Jn. 14:27; Gá. 5:22), no hemos de turbarnos. *«En el mundo tendréis aflicción; pero tened ánimo, yo he vencido al mundo»* (Jn. 16:33). Como decía el apóstol: *«Es menester que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios»* (Hch. 14:22). Por tanto, estemos alerta sobre nosotros mismos, porque hay muchos ojos fijos en nosotros: *«Hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres»* (1 Co. 4:9), podemos decir con Pablo.

1. Cuál es la tribulación que les espera: *«Seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre»* (v. 13). ¡Ya es bastante aflicción esa! El pensamiento de ser aborrecido es muy penoso para los espíritus sensibles e inocentes, pero es un título de honor y de gloria ser odiados por nuestra identificación con Cristo. Los mismos parientes los odiarán a muerte; los jefes religiosos los excomulgarán y los azotarán, no sólo en los lugares públicos, sino *«en las sinagogas»* (v. 9). Más aún, *«quien os mate, pensará que rinde culto a Dios»* (Jn. 16:2). La Iglesia oficial y el Estado, como Caifás y Pilato, se coligarán para perseguir a los verdaderos creyentes como a «herejes» y «sediciosos».

2. Cuál es la consolación que les confortará: Saber que:

(A) La tarea a que son llamados ha de tener éxito final: *«Pero primero debe ser proclamado el evangelio a todas las naciones»* (v. 10). Es un gran consuelo para los que sufren por causa del Evangelio

saber que, aunque a ellos los persigan y martiricen, el Evangelio no ha de sucumbir, sino que ha de ir ganando terreno.

(B) Los padecimientos que han de soportar, en lugar de ser un obstáculo para la obra, servirán para garantizarla y hacerla triunfar: *«Os harán comparecer ante gobernadores y reyes por causa de mí, para testimonio a ellos»* (v. 9); es decir, testimonio *para* ellos, pues habrá así oportunidades para predicar el Evangelio a reyes y gobernadores; y testimonio *contra* ellos, porque no tendrán excusa ante un testimonio sellado con sangre. Este fue el caso frecuente en la vida del apóstol Pablo, como vemos por el libro de *Hechos.* El Evangelio es un testimonio acerca de Cristo y del Cielo. Si lo recibimos, es un testimonio *para* nosotros, pues por él seremos salvos (Ro. 1:16); pero si lo rechazamos, será un testimonio *contra* nosotros en el gran día (Jn. 12:48).

(C) Cuando sean presentados ante reyes y gobernadores por causa de Cristo, recibirán del Cielo una asistencia especial: «*Y cuando os conduzcan para entregaros no os preocupéis de antemano por lo que vais a hablar, sino hablad lo que se os comunique en aquel momento; porque no sois vosotros los que estáis hablando, sino el Espíritu Santo»* (v. 11). Esta promesa tiene cumplimiento en una situación muy concreta: cuando un creyente es llevado por causa del Evangelio, ante los tribunales. Hay predicadores ignorantes que citan este pasaje como excusa para no preparar los mensajes y esperan que les venga en el púlpito la «inspiración» de Dios; eso no es confianza humilde en la asistencia divina, sino ignorancia o frescura, que equivale a tentar a Dios.

(D) La constancia en el sufrimiento tendrá la bendición más grande, pues asegurará la corona en la cabeza del vencedor (v. Ap. 3:11; 4:4): *«el que persevere hasta el final, éste será salvo»* (v. 13b). Este versículo y sus paralelos son mal interpretados por lectores ligeros. Dice D. W. Burdick: «Puesto que las condiciones descritas en 13:5–13 están en términos de vida personal, "el final" no se refiere aquí hasta el fin del siglo, sino hasta el fin de la vida o de la persecución. *Será salvo.* En este contexto, no puede tratarse de salvar la vida física. La promesa es que el que persevere será salvo espiritualmente. Sin embargo, la perseverancia no es la base de la salvación. Conforme a la enseñanza general del Nuevo Testamento la perseverancia ha de considerarse como el resultado del nuevo nacimiento (cf. Ro. 8:29–39; 1 Jn. 2:19). Una persona que ha nacido de nuevo y, por eso, persevera, experimentará con toda certeza la consumación de todo el ciclo de la salvación».

Versículos 14–23

Al rebelarse contra los romanos, y al perseguir a los cristianos, los judíos atrajeron sobre sí la ira de Dios y de los hombres. Aquí tenemos una predicción de la ruina que vino sobre ellos en menos de cuarenta años después de esta profecía. Digamos de entrada que son muchos los intérpretes que ven un doble cumplimiento de esta predicción del Señor. Dice Trenchard: «El sitio y la destrucción de Jerusalén, con los sufrimientos de entonces, no agotan el sentido de este párrafo (vv. 14–23), que se relaciona claramente con la "consumación del siglo"». Veamos:

I. Lo que se nos dice aquí concerniente a dicha predicción:

1. Que los ejércitos romanos vendrán contra la nación y embestirán contra Jerusalén, la ciudad santa. Con esto comenzará la *«abominación de desolación»,* predicha en Daniel según el mismo Señor. Daniel 9:27 dice en el original: *«en el alero de abominaciones uno que hace desolación».* Los judíos habían rechazado a Cristo como si fuera *«abominación»* (comp. Dt. 21:23 con Gá. 3:13 y 1 Co. 12:3 *«Jesús es maldito»),* cuando Él había venido para *salvarles* (Mt. 1:21); y ahora Dios iba a traer sobre ellos una abominación que había de *desolarles.* Este ejército erigiría la abominación *donde no debía,* en la ciudad santa y en el *lugar santo,* al que los gentiles no debían tener acceso. El pecado abre la brecha por la que entra la abominación humana y sale la presencia divina.

2. Que cuando los ejércitos enemigos vinieran sobre la ciudad, el único remedio para escapar de la ruina sería huir de allí. Los cristianos, aleccionados por esta predicción, escaparon de Jerusalén antes de que la ciudad quedara sitiada y huyeron a Pella en la Decápolis. Era menester, en tales circunstancias, *«huir a los montes»* (v. 14). Si la persecución sorprendía a alguien *«en la azotea»* de la casa y entretanto, los espías entraban en la casa, no debían bajar a llevarse nada, sino simplemente marcharse con lo puesto, a fin de no perder tiempo (v. 15). Si les sorprendía *en el campo,* no debían volver a casa para recoger el

manto, aunque hiciera frío y tuvieran que pasar la noche al raso, pues el hombre *no puede dar nada a cambio de su vida* (8:37).

3. Que serían días muy duros para *las mujeres encinta y las que estuvieran amamantando* entonces (v. 17), puesto que no podrían correr como las demás. Hay tiempos en que los seres más queridos y los mayores consuelos pueden convertirse en las mayores cargas. También resultaría muy incómodo si *sucediera en invierno* (v. 18) por tener que soportar el frío a la intemperie. Cuando las aflicciones son inevitables, hemos de desear y orar que las circunstancias sean dispuestas por Dios en forma que la tribulación sea más llevadera; y cuando las cosas marchan mal, hemos de resignarnos con el pensamiento de que podrían todavía marchar peor.

4. Que la tribulación sería tan grande, que no habría de tener paralelo en la historia: *«Porque aquellos días serán una tribulación tal como no la hubo desde el principio de la creación que Dios hizo hasta ahora, ni la habrá jamás»* (v. 19). Al hablar de lo que aconteció en los años 68–70 de nuestra era, en el asedio de Jerusalén por los ejércitos de Roma, dice Flavio Josefo: «Ninguna otra ciudad padeció jamás semejantes calamidades, y ninguna generación jamás existió que fuera más prolífera en crímenes». Sin embargo es muy probable que la predicción de Jesús tenga un segundo cumplimiento durante la persecución que el Anticristo desencadenará *«contra los santos»* (Ap. 13:7). Sin duda, se trata en último término del *«tiempo de angustia para Jacob»* (Jer. 30:7), aparte de la muchedumbre innumerable de Apocalipsis 7:9 y ss., martirizada también, como los judíos de Apocalipsis 12:17, por *«el testimonio de Jesucristo»*. Esta masacre sobrepasará con mucho a la que los romanos llevaron a cabo en Jerusalén en el año 70 de nuestra era, la cual por cierto, ya ha sido sobrepasada con creces por Hitler.

5. Pero, *en medio de la ira, Dios tendrá misericordia* (Hab. 3:2) y, *«en atención a los escogidos que eligió, acortó los días»* (v. 20). El Señor habla en pasado de lo que era (y es) futuro, (A) porque, en Su presciencia, lo veía como sucedido; (B) para darnos a entender que todo lo que ha de suceder está decretado en los propósitos eternos de Dios. Había promesa de que se salvaría un remanente (Is. 10:22, comp. con Ro. 9:27–28). *Los escogidos de Dios claman a Él día y noche* (Lc. 18:7, comp. con Ap. 6:10), y Dios oirá los clamores de ellos para *acortar los días* de la Gran Tribulación. Por amor a los Suyos, muchas veces acorta Dios las calamidades públicas, de lo cual se benefician también los malos, aun cuando ellos no se den cuenta, como no se daban cuenta los habitantes de Sodoma y Gomorra de la lucha que Abraham estaba entablando con Dios en oración para salvar a las ciudades nefandas (Gn. 18:23–33). Entonces no se hallaron en ellas *diez* justos, con lo que no pudieron escapar de la destrucción; pero ahora hay muchos más «justos» (incluso en Israel, v. Ro. 11:4; y, después, v. Ap. 7:1–8), en atención a los cuales Dios no descarga sobre el mundo su ira, como lo merecen las iniquidades de los hombres.

II. Las instrucciones que Cristo da a Sus discípulos con respecto a esos días.

1. Ya les había dicho (v. 14) que escaparan por su vida, sin demorar la partida por ningún motivo. Cuando un barco se hunde, no hay otro remedio que tirarse al agua.

2. Ahora añade que escapen también de todo engaño que pueda poner en peligro sus almas: «*Si alguien os dice: Mira, aquí está el Cristo; o: Mira, allí está, no lo creáis*» (v. 21).

3. La razón es que entonces *se levantarán muchos falsos cristos y falsos profetas y harán señales y prodigios a fin de extraviar, de ser posible, a los elegidos* (v. 22). Tan plausibles parecerán sus enseñanzas y tan convincentes las señales con que tratarán de confirmarlas, que sólo *los elegidos,* por la gracia de Dios, escaparán del engaño. Vemos aquí que la seguridad de la perseverancia de los hijos de Dios, y las advertencias contra los engaños y la apostasía de los falsos maestros, son enteramente compatibles. Un mismo versículo que demuestra ambas cosas es 1 Juan 2:19. Y Apocalipsis 13:8–18; 17:8 nos muestran hasta qué punto los discursos y las señales del falso profeta engañarán a todos aquellos *cuyos nombres no estén escritos desde la fundación del mundo en el libro de la vida.* Es de notar en Marcos 13:22, que el original dice de los falsos cristos y de los falsos profetas que *«serán levantados»,* lo cual demuestra el control que la providencia tiene sobre todo lo que sucede; esta interpretación concuerda con lo que leemos, una y otra vez, en el libro del Apocalipsis, donde es constante la expresión *«se le dio»* (por ej. Ap. 13:5). No hay nada que tome por sorpresa a Dios, lo cual es un grandísimo consuelo para Sus hijos.

Versículos 24–27

Estos versículos apuntan a la Segunda Venida de Cristo. Los discípulos habían unido en su pregunta la destrucción del templo con el final de los tiempos, porque, para un judío, ambos acontecimientos (la destrucción de la ciudad santa y el gran juicio de la Venida del Mesías) iban de la mano. Jesús les va a sacar de esta confusión, y les predice:

1. La final disolución de la actual estructura del mundo: *el sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor, y las estrellas estarán cayendo del cielo* (vv. 24–25), como las hojas de los árboles en otoño, y serán dislocadas las fuerzas que mantienen en sus órbitas a los astros: *«los poderes que hay en los cielos serán sacudidos»*.

2. La aparición visible del Señor Jesús, al cual ha sido encomendado el juicio (v. 26, comp. con Jn. 5:22, 27). *«Todo ojo le verá»* (Ap. 1:7). Sin descartar una intervención milagrosa de Dios el moderno invento de la televisión y de la transmisión por satélite hace perfectamente posible que todo el mundo pueda ver al Señor *viniendo en las nubes con gran poder y gloria* (v. 26).

3. La reunión de los *«elegidos, desde los cuatro vientos»*, por ministerio de los ángeles (v. 27). Este versículo ha de interpretarse a la luz de Isaías 56:8; 60:8–9; Mateo 13:36–43 a fin de no confundir los tiempos ni los «elegidos». Dice Trenchard: «Este versículo no ha de identificarse con el "recogimiento" de los santos a su Señor en el rapto de la Iglesia, ni hay indicio alguno de que los "escogidos" de este pasaje hayan de ser arrebatados a un encuentro con el Señor en esferas supraterrenales. Se trata sencillamente del cumplimiento de las muchísimas profecías del Antiguo Testamento que prometen una gran "reunión" de la nación de Israel, dispersada por todo el mundo. Serán los fieles convertidos al Señor durante el tiempo de la tribulación, o por la contemplación del Señor en gloria». La frase *«desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo»,* sirve para enfatizar más lo de *«desde los cuatro vientos»*. Dice Lenski: «La idea bíblica sobre la forma de la tierra es que tiene cuatro puntos cardinales, las cuatro direcciones de donde el viento sopla, y por tanto «de los cuatro vientos» es la expresión que se usa, que fue hallada también por Deissmann en los papiros, así como en Zacarías 11:6». Todo fiel israelita será transportado a salvo, como por mano de ángeles, aun cuando sea desde el último rincón de la tierra de esclavitud hasta el extremo más empinado de la tierra de promisión.

Versículos 28–37

Aplicación práctica de este mensaje profético.

I. En cuanto a *las señales indicadoras* de la Venida del Señor la alegoría de la higuera nos da a entender que, así como los tiernos brotes de la higuera nos anuncian la proximidad del verano así también las señales indicadas por Cristo serán el preludio de la «consumación del siglo». Si recordamos, por 11:12–14, que la higuera era símbolo de la nación de Israel, podremos entrever que los brotes nuevos de la higuera son el anuncio de una vida renovada en la nación judía, como lo estamos viendo en nuestros días. Más aún, en la perspectiva de Ezequiel 37, podemos decir que el valle de huesos secos se ha convertido en el valle de huesos recubiertos de tendones, carne y piel (Ez. 37:8), pero les falta el *espíritu,* para que *«de los cuatro vientos»* sople sobre ellos el Espíritu Santo (Ez. 36:26–27; 37:9–10) y se conviertan al Señor, pues los judíos que habitan actualmente la nación de Israel, no sólo son inconversos en su casi totalidad, sino que, en gran mayoría, son agnósticos o ateos (aun los que se saben de memoria la Biblia). En cuanto a la *«generación»* del versículo 30, repetimos lo dicho en otros lugares: Con toda probabilidad, se refiere a la *raza* judía, la cual, por un milagro de la divina providencia, había de ser conservada hasta la consumación del siglo, a pesar de todas las persecuciones habidas y por haber. Y Jesús confirma esta verdad con la frase: *«El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán»* (v. 31).

II. En cuanto *al tiempo en que esto ha de suceder,* no se pueden hacer predicciones, y todo el que se aventura a poner fechas, no sólo comete una imprudencia, sino que va directamente contra las palabras de Jesús: *«Nadie sabe, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre»* (v. 32). Esta frase puede compararse con Mateo 11:27; Hechos 1:6–7. Hay dos interpretaciones ortodoxas a esta frase tan chocante *(«¡NI EL HIJO!»),* y otras dos heterodoxas. Las interpretaciones heterodoxas son: (a) «el Hijo no es igual al Padre y, por eso, no posee la omnisciencia del Padre»; es la herejía arriana, que ningún evangélico sostiene; (b) «el Hijo *limitó Sus* atributos divinos al tomar la naturaleza humana; entre ellos, la omnisciencia». Esta herejía, claramente «monofisita», es sostenida (por ignorancia o por tradición) por

bastantes comentaristas, entre los que se hallan los editores de la edición castellana del *Marcos* de Broadus (p. 135. Nota de los editores). Las interpretaciones ortodoxas son: (a') «ni el Hijo, *en cuanto hombre»,* ya que Lucas 2:52 nos presenta a Jesús *«progresando en sabiduría ...»* y muchos lugares de los Evangelios nos muestran claramente que la mente humana de Jesús *no* lo sabía todo; por eso, preguntaba y se admiraba (¡no estaba haciendo comedia!). Esta es la opinión más corriente (la de M. Henry y la del propio Broadus, entre otros); pero tiene dos graves inconvenientes: 1) el texto no *cualifica* (no dice «el Hijo del Hombre» o «Jesús»); 2) según las reglas correctas de locución que impone la unión hipostática (*una* sola persona *en dos* naturalezas), una frase negativa no puede aplicarse a Cristo, si es cierta en una de las dos naturalezas, como es el caso aquí; queda, pues, (b') la interpretación más probable: «ni el Hijo, *en cuanto Revelador del Padre».* Ésta es la exégesis que soluciona todas las dificultades. Dice Trenchard: «En vista de todo lo dicho, comprendemos que la frase "ni el Hijo" no pertenece a la esencia de la Deidad del Hijo, como Segunda Persona en la Santísima Trinidad, sino que señala una situación relacionada con su misión especial de Revelador». Ya, en su tiempo, dijo Agustín de Hipona: «Se dice en los Evangelios que ni el Hijo sabe la hora que el Padre se reserva, no porque absolutamente la ignore, sino que no la sabe para comunicarla a los hombres».

III. En cuanto *a nuestro deber,* ante esta predicción del Señor: *«Estad atentos, velad y orad»* (v. 33). Hemos de *estar atentos* a que nada nos indisponga para la Venida del Señor (por ej. 1 Ts. 5:23; Tit. 2:12–13; 2 P. 3:14); hemos de *velar* para que Su Venida nunca nos tome por sorpresa; y hemos de *orar* para obtener la gracia que nos prepare una amplia entrada en el reino (2 P. 1:11) y no nos sintamos avergonzados en Su presencia (1 Jn. 2:28). Al no saber *el tiempo señalado,* debemos estar preparados *en todo tiempo* para recibir dignamente a Quien puede venir *en cualquier tiempo.* El Señor ilustra esto con una parábola:

1. Nuestro Señor se marchó (Hch. 1:11), nos dio ciertas facultades y «a *cada uno su tarea»* (v. 34). A quienes comunicó «autoridad» (trad. lit.), atribuyó mayor responsabilidad; y a quienes encargó mayor trabajo, comunicó mayor autoridad o facultad para llevarlo a cabo. «Y *encargó al portero que velara.»* Esta frase no significa que haya *una* persona encargada de velar *por los* demás, sino que cada uno de nosotros hemos de ser como el «portero que vela» para abrir la puerta al amo, cualquiera que sea la hora a que éste venga.

2. Es precisamente el hecho de *no saber cuándo viene el dueño* (v. 35) lo que nos ha de estimular a *velar siempre.* Esto es aplicable, no sólo al tiempo de su Segunda Venida, sino al encuentro con Él a la hora de nuestra muerte. La vida presente es para nosotros como el tiempo de vela nocturna para un pastor o para un soldado; no sabemos a qué hora, durante qué tiempo de vigilia, nos llamará el Señor. Marcos especifica los cuatro tiempos de vela de tres horas cada uno, que van desde las seis del atardecer hasta las seis del amanecer no hay por qué alegorizar cada una de estas vigilias; la alusión es, con la mayor probabilidad, al tiempo en que el presidente del Templo venía, aproximadamente a la hora del «canto del gallo», a distribuir, por suerte, los oficios de los sacerdotes; esta hora variaba notablemente por lo que el portero del Templo debía estar velando. El *canto del gallo* fue, para Pedro, la hora de las lágrimas de arrepentimiento. Pero, ya que Jesús dijo esas palabras *«a todos»* (v. 37), cada uno de nosotros ha de velar en torno a esa hora, aun cuando a unos les sorprenda la muerte en la niñez (antes del canto); a otros, en la madurez (en el canto); a otros, en fin, en la vejez (después del canto, v. Ec. 12:4, cuando *«todas las hijas del canto serán abatidas»).* En todo caso, comenzar a vivir es comenzar a morir. Lo importante es que el Señor no nos sorprenda *durmiendo,* en el sentido del versículo 36, comparar con 1 Tesalonicenses 5:6.

CAPÍTULO 14

En este capítulo, Marcos nos refiere los acontecimientos de la Pasión del Señor, desde el complot de los principales sacerdotes y de los escribas para matarle, hasta el canto del gallo, por el que Pedro *«comenzó a llorar».*

Versículos 1–11

Aquí tenemos casos, muy opuestos, de la actitud de diversas personas hacia Jesús. Primero:

I. *De la perversidad de los enemigos de Cristo:*

1. Los principales sacerdotes y los escribas consultaban sobre el momento más oportuno para darle muerte (vv. 1–2): *«No durante la fiesta».* Sin embargo, ante la proposición de Judas (vv. 10–11), cambiaron de parecer. Así, en la fiesta (v. 12), el verdadero «Cordero Pascual» iba a ser sacrificado, (A) para que Sus padecimientos y muerte fuesen testificados por mayor número de personas, (B) para que el antitipo correspondiera mejor al tipo. *Cristo, nuestra Pascua, fue sacrificado* (1 Co. 5:7), cuando el cordero pascual era sacrificado y con ello se conmemoraba la liberación de la esclavitud del pecado. Vemos que los que sólo deseaban la alabanza de los hombres son los mismos que sólo temen la furia de los hombres.

2. Judas, el peor enemigo, por ser uno de los doce y llevar la máscara de amigo, se compromete con los enemigos de Jesús. Veamos:

(A) Lo que *les* propuso: *«entregarlo a ellos a traición»* (v. 10) sin levantar tumulto entre el pueblo, que era lo que ellos temían. ¿Acaso sabían que Judas estaba pensando en prestarles ese servicio? ¡Nada de eso! No podían imaginarse que uno de los más íntimos de Jesús llegase a tal extremo de vileza. El espíritu que *actúa en todos los hijos de desobediencia,* sabe cómo *moverlos* (Ef. 2:2–3) *de forma que ayuden unos a otros en la maquinación de todo proyecto inicuo.*

(B) *Lo que se* propuso: ganar dinero en el trato: *«Ellos ... prometieron darle plata»,* como dice el griego (v. 11). La avaricia era el punto más flaco de Judas, y por ahí se lo llevó el diablo hasta la acción más abominable (Jn. 6:70–71; 12:4–6). El mismo cargo que el Señor le confió al hacerle el «bolsero» (Jn. 13:29) o «ministro de finanzas» del Colegio Apostólico, fue el que precipitó ahora su traición y, con ella, su propia perdición. Por aquí vemos cuán diferentes pueden ser los fines para los que se usa el dinero.

(C) Lo que dispuso hacer, una vez cerrado el contrato: *«andaba buscando la manera de entregarlo en un momento oportuno»* (v. 11). Véase aquí cuánto cuidado hemos de tener en no caer en el lazo de compromisos pecaminosos. La pendiente del pecado es resbaladiza y, por ser hacia abajo, nos hace descender, según la ley de la gravedad, «con movimiento uniformemente acelerado». Una vez metido en el pecado, cada paso adelante añade nueva dificultad a la marcha atrás.

II. *De la amabilidad de los amigos de Cristo.* Jesús tenía algunos amigos incluso en Jerusalén y sus alrededores que le amaban de tal forma, que nunca les parecía demasiado cualquier cosa que hacían por Él.

1. Aquí tenemos un amigo suyo que fue tan amable como para *invitarle a comer* (v. 3). Por donde vemos que aun cuando Jesús sabía que estaba cercana la hora de Su muerte, no se abandonó al retiro de toda compañía o a la melancolía.

2. También tenemos otra persona amiga que fue tan amable como *para ungir Su cabeza* con un perfume de mucho precio, mientras Él estaba *a la mesa.* Fue una muestra extraordinaria de respeto y aprecio a Jesús por parte de una mujer que no pensó que fuese demasiado *caro* un perfume para Jesús, cuando uno de Sus apóstoles lo había estimado demasiado *barato* a él mismo como para venderlo por treinta monedas de plata (v. Mt. 26:15, comp. con Zac. 11:12–13). Cuando Él derramó por nosotros toda Su sangre (1 P. 1:18–19), ¿consideraremos alguna cosa demasiado preciosa como para no concedérsela? Notemos que no sólo derramó todo el perfume sobre Cristo, sino también que *«quebró el vaso de alabastro».* Un golpe seco, de algo que se quiebra, y María de Betania se ha incapacitado a sí misma para volver a sellar el frasco o reservarse para sí misma algunas gotas siquiera del exquisito perfume; ésta es la técnica de la entrega *total.* Dice P. Charles: «La mayoría no comprenden estos sacrificios absolutos, no comprenden por qué una persona da más de lo necesario, ni por qué lo da de una vez, ni por qué se incapacita para recobrar algo de lo que ha dado y volver a llenar el frasco de la vida con una nueva esencia perfumada». Cristo debe ser honrado con *todo* lo que tenemos, no sólo porque Él se dio por nosotros *totalmente* (Mt. 20:28; Jn. 6:48–58; 10:11, 1 Ti. 2:6; 1 Jn. 3:16, etc.), sino también porque es nuestro *Dios,* a quien hemos de amar con todo el corazón, toda el alma, toda la mente, todas las fuerzas. Notemos con respecto a esta acción de María:

(A) Que hubo allí quienes *murmuraron* de ella, y hablaron de *derroche: «¿Para qué se ha hecho este derroche de perfume?»* (v. 4). Piensan que se habría ganado más con venderlo y dar el dinero a los pobres

(v. 5). Muchas veces, los que más invocan la fraternidad y la filantropía, son los más duros e indiferentes en los casos concretos de necesidad.

(B) Pero el Señor mismo *encomió* la acción como un gran acto de *fe* y de *amor: «Se ha anticipado a ungir mi cuerpo para el sepelio»* (v. 8). Véase cómo la mente de Cristo estaba llena con pensamientos de Su muerte y cuán familiarmente habló de ella en tantas ocasiones. Ha habido, y hay, personas que, aun no estando condenadas a muerte violenta, han querido tener preparados sus ataúdes en vida y dejar dispuestos todos los detalles de su funeral. Pero nadie afrontó la muerte con la misma decisión y valentía que Jesús; nunca entró en triunfo, cabalgando y escoltado, en Jerusalén, sino cuando entraba allá a padecer y morir; Su cabeza sólo fue ungida *para el sepelio.* Y ya que esto era irrevocable, pues era *mandamiento de Dios* para nuestra salvación (v. Jn. 10:18), todo intento para salvarle la vida era en vano; más aún, sólo los secuaces del diablo le gritaban que se salvase a Sí mismo (comp. 8:32–33; 15:30–32). Pero, al menos, era posible «ungirle para el sepelio»; por eso, dijo Jesús: *«Ella ha hecho lo que ha podido»* (lit. *hizo lo que tuvo).* Cuando no podamos hacer todo lo que queremos, hagamos siquiera todo lo que podemos. Dios no nos pide más.

(C) Tanto agradó a Cristo la acción de María, que predijo la publicación del hecho dondequiera que se predicase el Evangelio: *«Y en verdad os digo: Dondequiera que se proclame el evangelio, en el mundo entero, se dirá también en memoria de ella lo que ha hecho»* (v. 9). Ni Marcos ni Mateo (26:13) nombran a la mujer, pero por Juan 12:3, sabemos que era *María,* la hermana de Marta y Lázaro. La razón por la que Mateo y Marcos omiten su nombre es, sin duda, porque escribieron sus respectivos relatos antes de la destrucción de Jerusalén y es muy probable que María viviese todavía, con lo que la habrían expuesto a la ira y a la persecución de los judíos. En cambio, cuando Juan escribió su Evangelio, no existía ya tal peligro; por eso, él no necesita añadir la promesa de Jesús pero añade que *«la casa se llenó de perfume»* (Jn. 12:3). Este hecho llenó de «suave olor» la Iglesia y el mundo entero e, incluso, ha escrito W. N. Clarke, «aun para los pobres, María hizo mucho más con este acto de afecto y simpatía que lo que habría podido hacer vendiendo el ungüento para beneficio de ellos, porque ese acto amoroso ha inspirado diez mil hazañas de abnegación». En cuanto a *«la casa de Simón el leproso»* (v. 3 comp. con Mt. 26:6), a quien Juan no nombra, algunos han especulado que era el marido de Marta, pero el texto no nos da pie para ello. Lo más probable es que se llamase así por haber sido leproso y, con la mayor probabilidad, curado por Jesús; y la cena se celebró en su casa, porque en casa de María no habría lugar para tantos convidados. Digamos para terminar esta sección que, desde los primeros siglos de la Iglesia (¡incluso el Crisóstomo!) hasta ahora, son muchos los comentaristas que identifican esta mujer con María de Magdala y con la mujer pecadora de Lucas 7:36–50, pero el texto sagrado da a entender que se trata claramente de tres mujeres distintas.

Versículos 12–31

I. Jesús come la Pascua con Sus discípulos en la noche anterior a Su muerte. Con eso nos enseñaba que ningún temor ni sobresalto debe impedirnos el tomar parte en las ordenanzas sagradas.

1. Cristo comió la Pascua en el *tiempo acostumbrado* por los judíos: durante *«la fiesta de los panes sin levadura»* (v. 12), *«cuando estaban sacrificando el cordero pascual»;* esto último no lo hace notar Mateo, pero sí Lucas.

2. El Señor dio instrucciones a Sus discípulos a fin de que hallasen el lugar apropiado para la celebración e hiciesen los preparativos pertinentes. Dice Trenchard: «El Maestro no señaló la calle y el número de la casa a sus mensajeros, sino que les dio la señal del "hombre llevando un cántaro de agua" a quien habían de seguir. Normalmente, el trabajo de traer agua a casa tocaba a las mujeres, y nos gusta pensar que se trataba de un humilde discípulo que ya había aprendido que el Señor puede santificar todo servicio, por insignificante que sea». No cabe duda de que los habitantes de Jerusalén tendrían aposentos adecuados para que los que venían de otros lugares del país pudieran celebrar la Pascua. Probablemente fue a un lugar donde no era muy conocido a fin de poder celebrar la Pascua con los discípulos sin que vinieran a molestarle y por eso, en vez de indicarles una dirección fija, les dio aquella señal. Un cántaro de agua pura y purificadora es muy buena introducción para la cena a que Cristo nos invita (Ap. 3:20).

3. Allí, *«en un aposento grande en el piso superior, provisto de divanes* (trad. lit.) y *preparado»,* es donde comieron la Pascua (v. 15). Al comer una comida corriente, escogió Jesús hacerlo sentado al aire

libre; pero, para celebrar la Pascua, quiso usar un aposento lo mejor posible. La suposición de que este aposento coincide con el «aposento alto» de Hechos 1:13 y con la casa de María, la madre de Marcos (Hch. 12:12), no tienen fundamento en el texto sagrado. Es probable que el amo de la casa fuera un discípulo de Cristo, pero «escondido» al estilo de Nicodemo y José de Arimatea. Lenski da una razón convincente de la reticencia de Jesús en señalar la casa y nombrar al dueño de ella: impedir que Judas se enterase de antemano del lugar (con lo que el arresto de Jesús habría tenido lugar antes de hora); por eso también, destacó a dos discípulos, los cuales sabemos por Lucas 22:8 que eran Pedro y Juan.

4. Comió *con los doce* (v. 17), incluido Judas, que era el que le iba a entregar (vv. 18–20). No se ausentó por no hacerse sospechoso antes de hora. Es de admirar la mansedumbre, la paciencia y el amor de Cristo: no *excluyó* a Judas de la fiesta, aunque *conocía* bien la perversidad de él, porque todavía no se había hecho pública.

II. El discurso de Cristo a los discípulos mientras comían la Pascua.

1. Aunque estaban muy complacidos con la presencia de su Maestro, éste les dice que, de momento, les va a dejar: *«En verdad os digo que uno de vosotros me traicionará»* (v. 18). Si es entregado a traición, la siguiente noticia es que será crucificado y muerto: *«El Hijo del Hombre se va, tal como está escrito de Él»* (v. 21).

2. Aunque estaban muy complacidos con la mutua compañía de unos con otros, Cristo echa un jarro de agua fría sobre ese gozo, y dice: «… *me traicionará, el que está comiendo conmigo*» (trad. lit.). Lo dijo para ver si se agitaba la conciencia de Judas y se despertaba en él algún sentimiento de pesar, por el que pudiera retirarse del borde del precipicio. Pero, por lo que se deduce del texto sagrado, *el más aludido* era *el que menos* se daba por aludido, mientras que todos los demás *«comenzaron a entristecerse»* (v. 19); eran las *hierbas amargas* de la Pascua, simbolizadas en aquellas otras que estaban comiendo. Y comenzaron a sospechar de sí mismos, diciendo: *«¿Acaso* [soy] yo?» Esto lo decían *«uno por uno»*. Cada uno sospechaba de sí mismo más que de los demás, conforme manda la ley del amor (v. 1 Co. 13:5–7); escrutando su propia conciencia, no encontraban allí la traición, pero sí la capacidad de traicionar que cada corazón alberga en sus más recónditos pliegues (v. Jer. 17:9). Por eso, creían más a las palabras del Señor que a sus mismas conciencias; no dicen: «De seguro que no soy yo, Señor», sino: *«¿Acaso soy yo, Señor?»* (Mt. 26:22).

3. En respuesta a esta pregunta de los discípulos, Cristo dijo lo necesario para clarificar la situación: *«Uno que moja conmigo en el plato»* (v. 20). Por Juan 13:26–30, vemos que Judas salió tan pronto como tomó el bocado, pero los demás quedaron seguramente tan estupefactos, que no tuvieron tiempo de reaccionar y percatarse de la situación. Esto muestra hasta qué punto tan perfecto llevó Judas su hipocresía. Mucho se ha discutido sobre si Judas participó de la Santa Cena. Lo que acabamos de decir, y una comparación del lugar citado de Juan con los versículos 18–21 de Marcos, y la detallada exposición de Lucas 22:14–20, en la que se distingue la Cena Pascual de la institución de la Cena del Señor propiamente dicha, nos dan a entender que Judas *no* participó de ésta. Podríamos pensar que la respuesta de Jesús habría hecho que Judas enrojeciera de vergüenza, especialmente al oír: *«¡Ay de aquel hombre por medio del cual es traicionado el Hijo del Hombre! Más le valdría a ese hombre no haber nacido»* (v. 21). ¡Terribles palabras! ¿Pensó quizá Judas que con esas palabras, quedaba justificada su intervención en la muerte de Jesús? «Si está escrito que ha de morir, y Él mismo ha dicho que así se cumplirían las Escrituras, seguramente Dios no iba a *hallar falta* en quien sirviera de instrumento para que todo eso se cumpliera», diría para sí, obcecado por su avaricia. Sí, es cierto que «*fue entregado por el determinado designio y previo conocimiento de Dios*», pero esto no obsta para que su prendimiento y muerte se llevase a cabo «*por manos de inicuos*» (Hch. 2:23). De parte de Dios, la muerte de Cristo fue el único sacrificio agradable de veras, y el medio ineludible de la reconciliación que el Padre efectuaba con el mundo (v. 2 Co. 5:19); pero de parte de los hombres, fue el crimen más horrendo de toda la historia de la Humanidad. Quizás en ningún otro acontecimiento como en éste, se aprecia la conjugación de la soberana intervención de la gracia de Dios con la tremenda responsabilidad del albedrío del hombre.

III. Viene a continuación la institución de la Santa Cena.

1. Fue instituida al final de una *cena*. Cristo aprovechó las sobras del pan y del vino para instituir esta sagrada ordenanza. No es un «postre» para el cuerpo, sino sólo un alimento para el alma. Por eso, para

celebrarla es suficiente con un poco de lo que entra en el cuerpo, basta con lo que sirve de *señal simbólica*.

2. Fue instituida dándonos *ejemplo* el mismo Señor; seguimos en esto la práctica del Maestro mismo, porque Él la instituyó para quienes son ya sus discípulos.

3. Fue instituida con *bendición y acción de gracias* (vv. 22–23). Si los dones de la providencia ordinaria de Dios han de tomarse así, ¡cuánto más los especiales medios de gracia!

4. Fue instituida en *recuerdo* de la muerte del Señor. Por eso *partió el pan* (v. 22), para mostrar cómo *«Jehová quiso quebrantarlo»* (Is. 53:10), y simbolizó en el vino, que es como la sangre de la uva, *«mi sangre del pacto, que es derramada en favor de muchos»* (v. 24). Pedro menciona la *«sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha»,* como el precio con que *«fuimos rescatados»* (1 P. 1:18–19). Se dice que *«es derramada por muchos»,* porque, (A) *«sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados»* (He. 9:22); (B) porque *«la vida está en la sangre ... y la misma sangre hará expiación de la persona»* (Lv. 17:11); (C) porque tenía que *«llevar muchos hijos a la gloria»* (He. 2:10). Y, por *muchos* que sean los que en esa sangre laven sus ropas (v. Ap. 7:9–14), siempre queda *la fuente abierta* (v. Ap. 22:17). ¡Cuán consolador es pensar que la sangre de Cristo fue *derramada por muchos! Si por muchos,* ¿por qué no *por mí?* Si por pecadores, y aun *por el primero en la fila de los pecadores* (1 Ti. 2:15) ¿qué pecador habrá que no se atreva a entrar en esa fila para alcanzar el perdón?

5. Fue una señal de la aplicación a nosotros de esos beneficios, los cuales fueron comprados para nosotros por medio de la muerte de Cristo. Por eso, *partió el pan para dárseles* (v. 22), y les *dijo: «Tomad»*. Igualmente les *dio* la copa; «y *bebieron de ella todos»* (v. 23).

6. Fue instituida apuntando al banquete con Cristo en el reino futuro, con lo que se estimula grandemente nuestra esperanza en las dichosas realidades, reservadas para nosotros en los últimos tiempos, como preludio de la eternidad bienaventurada: *«En verdad os digo que no beberé ya más del fruto de la vid hasta aquel día cuando lo beba nuevo en el reino de Dios»* (v. 25). Aunque la íntima esencia del reino de Dios *«no es comida ni bebida»* (Ro. 14:17), no hay por qué descartar la interpretación literal de este versículo (es opinión personal del traductor).

7. La cena pascual se cerró con *«un himno»* (v. 26). Este himno era el llamado «gran Hallel», que comprende los Salmos 115 al 118. Para Jesús, que pronto iba a entrar en Su agonía de Getsemaní, era como «el canto del cisne». Dice Trenchard: «La lectura cuidadosa de los salmos de referencia revela cuán apropiados eran a la ocasión de la víspera de la Pasión, y nos conmueve meditar en lo que serían los pensamientos íntimos de nuestro amado Salvador al guiar a los Suyos en la entonación de la estrofa: *"¡Atad víctimas con cuerdas a los cuernos del altar!"* Pronto después había de dejar que los malhechores liasen sus manos con cuerdas, y aun sujetar su santo cuerpo con clavos al madero, pero las cuerdas que le retenían allí no eran aquéllas, sino la fuerza de su amor hacia nosotros».

IV. Discurso de Cristo a Sus discípulos, cuando regresaban por el camino que lleva a Betania; iban, a la luz de la luna llena hacia el monte de los Olivos. En las faldas del monte, en un determinado sitio del olivar, había un lugar llamado *Getsemaní* (v. 32), que significa «lugar de la prensa de olivas». La noche en que comieron la primera Pascua, les fue prohibido a los israelitas salir de sus casas por la noche, para que no les dañara la espada del ángel exterminador. Pero Jesús, *pastor y cordero,* salió para ser herido y se expuso voluntariamente a la acción de la *espada.* Los israelitas evadieron al exterminador, pero Cristo lo conquistó.

1. Cristo les anuncia que, en medio de Sus sufrimientos, será abandonado de ellos: *«Todos sufriréis tropiezo»* (v. 27). Cristo lo sabía ya antes, y sin embargo los había admitido a Su mesa. Tampoco nosotros debemos abstenernos de la Mesa del Señor por temor de recaer en pecado después; por el contrario, cuanto mayor es el peligro, mayor necesidad tenemos de robustecernos por medio del uso diligente y concienzudo de las sagradas ordenanzas. Jesús les dice que van a escandalizarse de Él aquella noche (v. Mt. 26:31). Hasta entonces, habían sufrido los tropiezos *con Él,* pero ahora iban a sufrir tropiezo *en Él: «pues está escrito: Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas»* (v. 27). El rebaño entero sufre, cuando el pastor es herido. Pero Cristo les anima con la promesa de reunirlos otra vez y guiarlos como buen pastor: *«Pero después de que haya sido resucitado, iré delante de vosotros a Galilea»* (v. 28).

2. Jesús predice a Pedro en particular que aquella misma noche, él (Pedro, el de la magnífica confesión de Mt. 16:16) le iba a *negar* (vv. 29–31). Aunque Judas ya no se encontraba entre ellos Jesús les muestra a todos, y a Pedro en particular, que no tenían razón alguna para jactarse de su propia

suficiencia. Aunque Dios nos guarde de ser peores de lo que somos, deberíamos avergonzarnos de no ser mejores de lo que somos.

(A) Pedro está totalmente confiado en que él no se portará tan mal como el resto de los apóstoles (v. 29): *«Aunque todos sufran tropiezo, yo no».* Da por supuesto que él solito tendrá suficiente fuerza para aguantar el embate de cualquier tentación y superarla; para *estar firme,* aunque nadie se mantenga firme junto a él. Todos estamos tentados a pensar bien de nosotros mismos y confiar en nuestro propio corazón.

(B) Pero Cristo le dice que él se va a portar *peor* que todos los demás. Los demás le abandonarán, pero él le negará y no una sola vez, sino *tres.* Marcos, el intérprete de Pedro, da la profecía de Jesús con más detalle que ningún otro evangelista: *«En verdad te digo que hoy, esta misma noche, antes de que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces»* (v. 30). Más prisa se dará Pedro para negar, que el gallo para cantar.

(C) A pesar de la predicción del Señor, Pedro insiste más todavía: *«Aunque tenga que morir contigo, de ninguna manera te negaré* (v. 31). No hay duda de que pensaba sinceramente. Judas no hizo ninguna declaración como ésta, cuando Jesús le anunció su traición. Judas pecó con toda premeditación; a Pedro, la tentación le tomó por sorpresa. Con todo, estuvo muy mal contradecir al Maestro. Si, al menos, hubiera dicho con temor y temblor: «Señor, dame gracia para que no llegue a negarte», quizás habría escapado del peligro. Pero todos los que antes preguntaban tímidamente, con una oculta sospecha de sí mismos: *«¿Acaso soy yo?»,* ahora confiaban excesivamente en sus propias fuerzas: *«Lo mismo decían también todos»* (v. 31b). Lejos del temor de traicionar a Cristo, ya estaban seguros de que no le abandonarían. Pero *«el que piensa estar firme, mire que no caiga»* (1 Co. 10:12).

Versículos 32–42

Cristo al entrar en *agonía,* palabra que significa lucha o conflicto, pues el supremo conflicto entre la carne y el espíritu de Cristo se libró en Getsemaní, no en el Calvario. En la Cruz, Sus padecimientos físicos fueron mayores, pero el miedo, el pavor y la angustia de Getsemaní superaron con mucho al Calvario. En Getsemaní, Cristo hizo Su gran decisión: *«no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieras»* (v. 36).

I. Cristo se retira a orar, mientras deja al grueso de Sus discípulos a cierta distancia: *«Sentaos aquí hasta que yo haya orado»* (v. 32). Hacía muy poco que había orado con ellos (Jn. 17), pero ahora, dice Trenchard, «todo cambia y en las sombras del huerto iluminado por la luz de la Luna pascual, se enfrenta con su HORA y recibe la COPA de las manos de Su Padre».

II. Pero, incluso hasta ese lugar de retiro, lleva *consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan* (v. 33), tres testigos competentes de esta parte de Su humillación. Notemos que precisamente estos tres se habían jactado más que los demás de su capacidad para sufrir con Jesús, Pedro, en este mismo capítulo; Jacobo y Juan, en 10:39. Por eso, y no sólo por ser los del círculo íntimo, Jesús les hace estar cerca de Él para que vean la lucha que Él mismo va a afrontar, para que se convenzan de que no sabían lo que decían. Es conveniente que quienes se sienten más confiados en sí mismos, sean los primeros en ser puestos a prueba, para que mejor se percaten de su necedad y debilidad.

III. Jesús comienza a ser presa de tremenda agitación: *«comenzó a sentir pavor»* (v. 33), expresión que Mateo no usa, pero que es muy significativa, pues indica algo parecido al horror de la gran oscuridad que cayó sobre Abraham (Gn. 15:12). Nunca antes había sufrido Jesús tal emoción; sin embargo, no había en ello ningún desorden, ninguna irregularidad, porque su naturaleza no estaba corrompida como lo está la nuestra. Cuando un vaso de agua tiene sedimento de barro, aun cuando parezca clara el agua mientras el vaso está quieto, luego se enturbia tan pronto como es agitado el recipiente; pero el agua pura en un vaso limpio, por mucho que se la agite, continúa clara; esto es lo que pasaba en la mente y en el corazón de Cristo.

IV. Cristo comentó tristemente ante Sus discípulos su estado de ánimo: *«Mi alma está abrumada de una tristeza mortal* (lit. *rodeada de tristeza, hasta la muerte)»* (v. 34). Quien *«por nosotros fue hecho pecado»* (2 Co. 5:21), sufrió por nosotros la pesadumbre del pecado; conocía a fondo la malignidad de los pecados por los que había de sufrir, y amaba a Dios en el supremo grado en que un corazón creado le

puede amar, a la vez que conocía mejor que nadie el daño que el pecado hace a los hombres a quienes tanto amaba, se explica que el solo pensamiento de cargar sobre sí *«el pecado del mundo»* (Jn. 1:29, con el denso sentido del verbo original) le llenara de horror y consternación. *«Fue hecho maldición por nosotros»* (Gá. 3:13): todas las maldiciones de la Ley le fueron transferidas a Él como a nuestro Representante y Sustituto. Había de *gustar la muerte* en lugar, y en provecho, de todos nosotros (He. 2:9), y no sólo la gustó, sino que bebió hasta las heces la copa mientras paladeaba todas las amarguras que la *muerte* en su sentido pleno, lleva consigo. Esta consideración de los sufrimientos de Cristo en Su agonía debe conducirnos:

1. *A amargar nuestros pecados.* ¿Podemos nosotros considerar favorablemente, o ligeramente, el pecado, al ver la impresión que nuestros pecados hicieron en el Señor Jesús? ¿Se aposentarán cómodamente en nuestro corazón, cuando tan pesadamente gravitaron sobre el Suyo? Cuando pasó el Señor, el Santo de Dios por tal agonía a causa de nuestros pecados, ¿no tendremos nosotros ningún pesar por ellos? Si así sufrió Cristo por el pecado, *«haya pues, entre nosotros los mismos sentimientos que hubo también en Cristo Jesús»* (Fil. 2:5); ¡Tengamos la mente de Cristo! (1 Co. 2:16).
2. A *endulzar nuestras penas.* Si alguna vez nos sentimos abrumados *de tristeza,* recordemos que nuestro Maestro fue delante de nosotros, pues *«el siervo no es mayor que su Señor»* (Jn. 13:16; 15:20). No tenemos por qué alejar de nosotros todo pesar cuando Cristo se sometió a él por nosotros; más aún, al someterse a él, le quitó el aguijón y puso en él tal virtud, que no sólo lo hizo *provechoso,* sino también *dulce.* Por eso, pudo decir el Apóstol Pablo: *«me gozo en mis padecimientos»* (Col. 1:24).

V. Jesús ordenó a Sus discípulos que permaneciesen con Él: *«Permaneced aquí y velad»* (v. 34). A los otros ocho, había dicho únicamente: *«Sentaos aquí hasta que yo haya orado»* (v. 32), pero a éstos les pide más, porque espera de ellos más que de los demás.

VI. Se dirigió al Padre en oración: *«Cayó en tierra, y comenzó a orar»* (v. 35). Hacía poco, había *«levantado los ojos al cielo»* (Jn. 17:1). Pero ahora, se postró en tierra, y pidió que, «si *era posible, pasara de Él aquella hora».* Tenemos, al comienzo de Su oración, la palabra misma que, en el arameo que hablaba corrientemente, dirigió al Padre: *«Abbá»,* para insinuar el énfasis que, en medio de tales sufrimientos, ponía en esa Palabra: *«Padre».* Y añadió: *«todo es posible para ti»* (v. 36). Debemos creer que Dios puede hacer todo; incluso, lo que no podemos esperar que haga por nosotros; así que, cuando nos sometemos a Su voluntad, ha de ser con un reconocimiento explícito de Su omnipotencia. Más que en ninguna otra virtud, debemos imitar al Señor en esta disponibilidad con la que se sometió a la voluntad del Padre: *«pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieras»* (v. 36).

VII. Luego se fue a los tres discípulos y los halló *dormidos,* mientras Él había estado en intensa angustia y ferviente oración (v. 37). Esta falta de vigilancia era un funesto presagio de otro pecado mayor que iban a cometer al abandonarle. Especialmente, se dirige a Pedro, que había prometido estar al lado del Maestro con mayor bravura que los demás: *«Simón, ¿estás durmiendo? ¿No tuviste fuerzas para velar por una sola hora?»* No le había pedido Jesús que velara con Él durante toda la noche, sino sólo durante *una* hora. El Señor nunca nos impone cargas más pesadas que las que podemos soportar. ¿Hemos tenido que resistir *hasta derramar sangre?* (He. 12:4). ¿Han pensado los que nos rodean en apedrearnos, como a David? (1 S. 30:6). Así como *«el Señor al que ama, disciplina»* (He. 12:6), y *lo reprende y corrige* (Ap. 3:19), así también consuela y conforta a los que reprende; por eso, les dice con toda mansedumbre y comprensión: *«Velad y orad, para que no entréis en tentación; pues el espíritu es animoso, pero la carne es débil»* (v. 38). Malo fue que no velasen con Cristo en Su agonía, pero si no se despertaban y se ponían en oración, habrían de temer cosas peores. Y así pasó, pues todos le abandonaron después. Por parte de Cristo, fue como una tierna excusa el decirles que la carne es débil, aun cuando el espíritu esté animoso, pero esa misma debilidad de la carne debía espolearlos más (y también a nosotros) *a velar y orar para no caer en la tentación.*

VIII. De nuevo repitió Su oración al Padre: *«Se fue otra vez y oró, diciendo las mismas palabras»* (v. 39). Y así lo hizo por tercera vez. Esto nos enseña, como el mismo Jesús había dicho, que era menester *«orar siempre, y no desmayar»* (Lc. 18:1). Aunque Dios tarde en responder nuestras oraciones, hemos de renovar nuestras peticiones. Pablo, cuando se sintió abofeteado por un mensajero de Satanás, *rogó al Señor tres veces,* como Cristo lo hizo aquí al Padre, antes de escuchar la respuesta que le tranquilizó (2

Co. 12:78). Es preciso ir al Señor en oración por segunda y por tercera vez, porque las visitas de la gracia de Dios, en respuesta a nuestras plegarias, siempre llegan, antes o después, según Su infinita Sabiduría y Su santa voluntad.

IX. Jesús *repitió* las visitas a Sus discípulos. Así nos mostró un ejemplo del continuo cuidado que tiene de los Suyos en la tierra, incluso cuando *están dormidos: «De nuevo vino y los encontró durmiendo»* (v. 40). Véase cómo las debilidades de los discípulos retornan a ellos y se apoderan de ellos, y qué impedimento constituye nuestro cuerpo para nuestro espíritu. Esta vez, aunque les habló como antes, *«no sabían qué contestarle»*. Como quien está medio dormido y medio despierto, no sabían a punto fijo ni dónde se encontraban ni qué decir. Pero a la tercera vez les permitió que durmieran si querían: *«Dormid, pues, y descansad»* (v. 41). En Mateo 26:45, esta frase empalma con la advertencia de que *«ya ha llegado la hora»*. Pero Marcos, más detallista, inserta la frase: *«¡Ya basta!»*, por la que podemos colegir que pasó algún lapso de tiempo en que les fue permitido a los discípulos dormir más tranquilamente, hasta que el Señor percibió el ruido de la comitiva que se acercaba subiendo la cuesta después de cruzar el arroyo, y les dijo: *«¡Ya basta! Ha llegado la hora; mirad, el Hijo del Hombre es entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos! ¡Vamos! Mirad, el que me entrega está aquí»* (vv. 41b–42).

Versículos 43–52

Arresto del Señor Jesús a manos de los oficiales de los principales sacerdotes. Antes había sufrido en Su alma; pero ahora comenzaba a sufrir en Su cuerpo.

I. Se acerca una banda de malandrines encargados de prender al Señor: *«una multitud con espadas y palos»* (v. 43). A la cabeza de todos ellos venía *Judas, «uno de los doce»*. No es cosa nueva, entre los que han profesado hipócritamente la fe de Cristo, el que acaben en una vergonzosa y fatal apostasía.

II. Hombres de tanto rango como los *«principales sacerdotes, los escribas y los ancianos»* (v. 43b), que pretendían esperar al Mesías y estar dispuestos a darle la bienvenida, son los que han alquilado a estos malhechores para que prendiesen al verdadero Mesías, con el fin de quitarlo de en medio dándole muerte.

III. Judas entregó al Maestro *con un beso* (v. 45), después de llamarle repetidamente *Rabí*. Para quitarle a uno para siempre las ganas de ser llamado *Rabí* (v. Mt. 23:7), basta con este saludo lleno de hipocresía y traición, con que Judas entregó al Señor. Ese beso traicionero era precisamente la consigna que Judas había dado a los que le acompañaban, para que le reconociesen inmediatamente (v. 44).

IV. *«Entonces ellos le echaron las manos y le prendieron»* (v. 46). Que este prendimiento no tuvo nada de fino, sino que es probable que se hiciese con alguna brutalidad, se explica, además de como represalia por lo de Juan 18:4–9, por la pronta reacción de Pedro.

V. Pedro, como sabemos por Juan 18:10 fue ese *«uno de los que estaban cerca»*, según Marcos (v. 47), y el que *«sacó la espada e hirió al siervo del sumo sacerdote* (quien, también según Juan, se llamaba Malco), y *le cortó* (lit. *quitó) la oreja»*. La razón por la que Marcos calla los nombres, mientras que Juan los publica, la hemos dado al explicar 14:3. Habría sido muy peligroso para Pedro que se publicase su nombre antes de la destrucción de Jerusalén. Aun así es muy probable que su acción temeraria contribuyera a ser reconocido más fácilmente (v. 67), cuando estaba en el patio del sumo sacerdote. No cabe duda que su intención era partirle la cabeza pero erró el golpe. La contestación de Jesús a este acto absurdo y temerario la hallamos en Mateo 26:52–54. Por aquí vemos cuánto más fácil es *luchar* por Cristo que *dar la vida* por Él; pero los verdaderos soldados de Cristo vencen al enemigo, no quitando la vida a otros (así lo han hecho, en nombre de la religión, todos los «cruzados»), sino *sufriendo penalidades* (v. 2 Ti. 2:3) y dando la propia vida por Cristo y el Evangelio.

VI. Cristo muestra a los que le prenden lo absurdo del procedimiento que usan contra Él:

1. Se dirige a ellos y les dice primeramente: *«¿Como contra un salteador habéis salido con espadas y palos a prenderme?»* (v. 48). Al ser inocente de todo crimen, como ellos mismos (Jn. 7:46) y sus propios jefes (Jn. 8:46) habían reconocido tácitamente, y como el buen ladrón (Lc. 23:41) y el propio centurión que mandaba el pelotón de ejecución (Lc. 23:47) expresaron públicamente, le van a prender como a bandido criminal.

2. Les dice a continuación que no hay razón para prenderlo *en privado y* a escondidas, cuando ha estado enseñando *públicamente en el templo* (v. 49). No era uno de los malhechores que *odian la luz y no vienen a la luz para que sus obras no sean redargüidas* (Jn. 3:20), sino un buen árbol, como lo mostraban Sus buenas obras y Sus doctrinas iluminadoras y libertadoras (Jn. 8:32). Venir a prenderle así, de noche y a un lugar retirado, era una vileza y una cobardía.

3. Pero esto no era todo; venían a Él *con espadas y palos* como si fuera un sedicioso, alguien que se levanta en armas contra las autoridades de la nación o del Imperio. No había razón para tal despliegue de fuerza; pero ellos lo hicieron así, (A) para defenderse del furor de algunos, puesto que *«temían al pueblo»* (v. el v. 2); (B) para exponerle a Él al furor del pueblo, ya que, al venir a Él con aquel aparato bélico, lo presentaban a la gente como un agitador peligroso y turbulento.

VII. Jesús añade la razón profunda, que ellos no entendían ni querían entender, del ignominioso tratamiento que ellos le daban, así como de la mansedumbre con que Él mismo se entregaba a ellos sin resistencia: *«pero es así para que se cumplan las Escrituras»* (v. 49b). Véase, por aquí, el respeto que el Señor tenía a la Palabra de Dios; estaba dispuesto a sufrir cualquier cosa, antes que permitir que no se cumpliese la más pequeña de las letras de la Biblia Hebrea, o aun la tilde o rayita con que unas letras se diferencian de otras (v. Mt. 5:18). Veamos también el uso que hemos de hacer del Antiguo Testamento, pues también allí podemos encontrar a Cristo como *tesoro escondido en el campo.*

VIII. En esto, los discípulos de Cristo abandonaron a su Maestro: *«Entonces, todos le abandonaron y huyeron»* (v. 50). Habían confiado tanto en que le serían fieles, pero ni siquiera los buenos saben lo que van a hacer cuando sean puestos a prueba. Para Jesús, había sido un gran consuelo la compañía de Sus discípulos: *«Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas»* (Lc. 22:28). Por eso, era tanto mayor la tristeza que la presente deserción de todos ellos le ocasionaba, precisamente en la más grave de las pruebas. ¡Que no tengan por extraño los que sufren por Cristo el que los demás les abandonen, y si todo el rebaño se retrae del ciervo herido. Cuando Pablo se hallaba en el peligro extremo, *ninguno estuvo a su lado, sino que todos le desampararon* (2 Ti. 4:16).

IX. El ruido turbó la paz del vecindario, como vemos en el episodio que solamente Marcos narra (vv. 51–52). Se nos habla de *«cierto joven que le seguía, cubierto solamente con una sábana sobre su cuerpo desnudo»* (v. 51). No se nos dice si era o no discípulo de Jesús; tal vez *seguía* por curiosidad, por ver qué ocurría o qué hacían de Jesús. Muchos comentaristas piensan que este muchacho era el propio Marcos y que por eso detalla lo que parecería un incidente sin importancia. Quizá sea lo más prudente confesar que no sabemos nada acerca de esta persona. El hecho de que Marcos calle su nombre se debe a la misma razón por la que calla los nombres de quienes todavía vivían cuando él escribía, para no comprometerlos. Pedro pudo recordar bien el incidente y referirlo a Marcos. Naturalmente, si fuera cierta la hipótesis de que el muchacho era el propio Marcos, tendríamos una razón más poderosa para la inserción del episodio dentro del drama de la Pasión del Señor. En todo caso, este pasaje nos enseña dos lecciones importantes:

1. La primera es que los discípulos de Cristo escaparon con mucha dificultad de caer en manos de los que prendieron a Jesús, de las que sólo les libró el cuidado que Jesús tenía de ellos (Jn. 17:12; 18:8–9).

2. La segunda es que los que siguen a Cristo, no por fe y conciencia pura, sino sólo por curiosidad, al no comprometerse en serio, fácilmente escapan de las manos de los hombres, aunque nadie escapará de las manos de Dios (He. 2:3).

Versículos 53–65

En estos versículos, tenemos el proceso de Jesús ante el Sanedrín, cuyo presidente era Caifás, el sumo sacerdote, el mismo que hacía pocos días había decretado que Jesús había de morir, fuese o no culpable (Jn. 11:50). Por aquí podemos ver qué imparcialidad podía caber en el presidente de dicho tribunal.

I. Vemos cómo conducen a Cristo a casa de Caifás, aunque Juan menciona que primeramente lo llevaron a casa de Anás, el suegro de Caifás (Jn. 18:19). Al atender a Lucas 3:2, por la influencia que Anás seguía teniendo mientras su yerno era sumo sacerdote, es probable que ambos habitasen en la misma casa, aunque en distinta habitación, lo cual basta para explicar el relato de Juan. Sería quizá la medianoche, con lo que una reunión de esta clase era totalmente ilegal. Allí se habían reunido *«todos los principales sacerdotes, los ancianos y los escribas»* (v. 53), a la espera de recibir la presa que tanto codiciaban.

II. *«También Pedro le siguió de lejos»* (v. 54). Pero cuando llegó al palacio del sumo sacerdote, *«se sentó con los guardias, calentándose junto a la lumbre»*. De esta forma, se metía Pedro en la tentación de la que tan mal parado iba a salir, puesto que ni la lumbre del sumo sacerdote era el lugar apropiado para él, ni los guardias y criados del sumo sacerdote eran su adecuada compañía.

III. A continuación, vemos con qué empeño *andaba el sanedrín entero buscando*, sin contar en los medios, *un testimonio para dar muerte a Jesús* (v. 55). Le habían prendido como a malhechor, pero ahora que le tenían en sus manos, no podían presentar contra Él ningún cargo; de ahí que sólo conseguían contra Jesús *testimonios falsos*, y aun así, *«los testimonios no concertaban»* (v. 56), lo cual no es de extrañar, porque la mentira no es de suyo consistente; por eso dice el refrán castellano que «antes se coge a un mentiroso que a un cojo». El caso es que, según la Ley (Dt. 19:16–17), estaba a cargo de los sacerdotes castigar a quienes dieran falso testimonio, y ahora ¡los propios sacerdotes buscaban testigos falsos contra Jesús! ¿Qué podemos hacer, sino clamar: «Señor, socórrenos», cuando los médicos de un país son los que propagan las enfermedades, y cuando los guardianes de la paz y de la equidad son los que corrompen ambas?

IV. Finalmente, *se levantaron algunos* (dos, según Mt. 26:60–61) que dieron falso testimonio contra Él tergiversando las palabras que Jesús había pronunciado en Su primera purificación del templo (v. Jn. 2:19). *«Pero ni aun así era idéntico el testimonio de ellos»* (v. 59). Ni coincidían los testigos ni presentaban cargo alguno que fuera suficiente para condenar a muerte a Jesús.

V. Es entonces, cuando todos los demás recursos habían fracasado, cuando el sumo sacerdote, decidido a apresurar el proceso y conseguir que Cristo sea condenado a muerte, interviene personalmente: «Entonces *se levantó el sumo sacerdote, y adelantándose al centro, interrogó a Jesús, diciendo: ¿No respondes nada?»* (v. 60). Dijo esto como si pretendiese hacer justicia en un proceso normal, pero con el verdadero propósito de tenderle una trampa y poder acusarle. Podemos imaginarnos con qué aire de orgullo y desdén preguntaría Caifás a Jesús, espoleado por el mismo silencio del Señor, quien tantas veces había silenciado a sus oponentes. *«Pero Él callaba y no respondía nada»* (v. 61), para darnos ejemplo: 1. De *paciencia*, bajo calumnias y falsas acusaciones. 2. De *prudencia*, ya que su respuesta habría significado que se hallaba ante un proceso normal y ante un tribunal al que debía rendir cuentas de Su actuación.

VI. *«Volvió a preguntarle el sumo sacerdote, diciendo: ¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?»* (v. 61b). Por Mateo 26:63, sabemos que Caifás conjuró a Cristo, bajo invocación del nombre de Dios, a que respondiese, a lo que el Señor no pudo negarse. Es curioso notar que, al revés que Mateo, quien, al escribir especialmente para judíos, sustituye por otros sinónimos el nombre sagrado de Dios, es Marcos quien aquí nos da el sustituto *(«Bendito»)* que, sin duda usó Caifás. Jesús respondió: «*Yo soy, y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder* (he aquí otro vocablo sustituto de "Dios") y *viniendo en las nubes del cielo*». Cuando Pablo se hallaba ante Félix, el gobernador, y le habló *«de la justicia, del dominio propio y del juicio venidero, Félix se aterrorizó y dijo: Vete por ahora»* (Hch. 24:25). Pero Caifás no se inmutó al oír sobre la Segunda Venida del Señor con poder y gloria, *«para ejecutar juicio»* (Jn. 5:27). Tan ciega estaba su mente, y tan duro su corazón, que lo que habría bastado para suspender el proceso, sólo sirvió para acelerar la sentencia.

VII. Ante la valiente y sobrecogedora confesión de Cristo, Caifás se rasgó las vestiduras, no *por terror*, como Félix, sino *con horror*, como quien ha escuchado una blasfemia y ejecuta el gesto prescrito por la Ley; y efectivamente, le acusó de *blasfemia* (vv. 62–63). Si cuando Saúl rasgó el manto de Samuel, ello sirvió de señal de que Jehová había rasgado de Saúl el reino de Israel (v. 1 S. 15:27–28), mucho más

el rasgarse la vestidura de Caifás significaba: 1. Que el sumo sacerdocio le sería quitado para siempre. 2. Que el velo del templo, por el cual se ocultaba a todos, menos al sumo sacerdote, la visión del Lugar Santísimo, se había de rasgar a la muerte del Señor, a fin de que todos tuviéramos acceso libre y confiado al Trono de la gracia y de la misericordia (He. 4:16).

VIII. Todo el Sanedrín estuvo de acuerdo con Caifás en su veredicto de blasfemia: «Y *todos le condenaron, diciendo que era reo de muerte»* (v. 64). Por Lucas 23:51 sabemos que José de Arimatea, miembro del Sanedrín, no consintió en el acuerdo, por lo que no cabe duda de que no asistió a la reunión de lo contrario se habría encontrado en una situación muy embarazosa, con el peligro de traicionar sus creencias y negar al Señor como Pedro. Lo mismo hemos de decir de Nicodemo, aunque éste se había mostrado ya más audaz (v. Jn. 7:50–52).

IX. A continuación comienzan los abusos físicos que los esbirros del tribunal comenzaron a realizar contra Jesús (v. 65). El texto da a entender que incluso algunos de los miembros del Sanedrín, de tal modo se olvidaron de su rango y de la dignidad que habría de caracterizarles, que ellos mismos acompañaron a los guardias en las burlas y golpes que se lanzaban contra Jesús. Esta fue su diversión hasta que llegó la mañana. Si ellos pensaron que no se rebajaban al afrentar así a Cristo, ¿acaso pensaremos nosotros que nos rebajamos al tributarle todo el honor que se merece?

Versículos 66–72

Marcos narra la historia de las negaciones de Pedro.

I. Recordemos que Pedro comenzó por *seguir de lejos* a Cristo (v. 54). Quienes siguen a Cristo *de lejos,* como quienes se avergüenzan de Él, están ya en camino de negarle, si se presenta la ocasión.

II. La ocasión se presentó al juntarse con los guardias del sumo sacerdote. Quienes piensen que es peligroso estar en compañía de los discípulos de Cristo, porque esto puede llevarles a *sufrir por Él,* han de hallar, a la larga, mucho más peligroso estar en compañía de los enemigos de Cristo, porque allí es muy probable que se hallen *pecando contra Él …*

III. La tentación llegó cuando alguien le acusó de ser *discípulo de Cristo: «También tú estabas con Jesús el nazareno»* (v. 67). Marcos dice que la criada se lo dijo *«después de mirarle fijamente»,* como quien quiere asegurarse de reconocerle bien antes de hablar. «Quería—dice Lenski—que todos los presentes supieran que ella estaba al tanto de algo que los demás ignoraban.» Ante la primera negación de Pedro, y el primer canto del gallo, viene otra criada (v. Mt. 26:71, aunque la construcción de Mr. 14:69 podría sugerir que es la misma), también un hombre (Lc. 22:58) y algunos de los que estaban junto al fuego (Jn. 18:25), le reconocieron igualmente: *Éste es de ellos»* (v. 69). Pedro niega ahora *«con juramento»* (v. 70a, comp. con Mt. 26:72). El pecado de Pedro se acrecienta en cada negación. Por fin, *«los que estaban allí volvieron a decirle a Pedro: De seguro que tú eres de ellos, pues de cierto eres galileo, y tu manera de hablar es semejante»* (v. 70). Cuanto más hablaba Pedro, más se delataba, pues se notaba más y más su acento galileo. A veces, la causa de Cristo parece que cae de tal modo del lado de los perdedores, que todos tienen alguna piedra que lanzar contra los seguidores de Jesús y del Evangelio. Pero ¡dichosos aquellos a quienes hasta su acento galileo delata que *«han estado con Jesús»!* (Hch. 4:13). Cuando pase lo más recio de la tentación y el Maestro los cubra con Su amorosa mirada de perdón, también ellos *comenzarán a llorar* (v. 72) arrepentidos.

IV. El pecado de Pedro fue muy grave: *Negó a Cristo delante de los hombres* (Mt. 10:33; Lc. 12:9), precisamente cuando más necesario era confesarle. Cristo había anunciado muchas veces a Sus discípulos que era necesario que padeciese, etc. Pero, cuando llegó el momento, Pedro se sorprendió y se aterrorizó de ello como si nunca lo hubiera oído. Cuando todos admiraban a Cristo y le seguían, a Pedro no le costó nada reconocerle como a Mesías e Hijo de Dios; pero ahora que le veía abandonado, despreciado y escarnecido, se avergonzaba de Él y no quería admitir ninguna conexión con Él.

V. Pero también su arrepentimiento fue rápido. Repitió tres veces su negación, y la tercera fue la peor de todas, pues la acompañó con maldiciones y juramentos (v. 71). ¡El pescador de Galilea no había

olvidado su abominable léxico de «lobo de mar»! Pero cuando el gallo *cantó por segunda vez* (v. 72), justamente después de la negación, Pedro no pudo menos de recordar la predicción del Maestro. «*Y, al darse cuenta, comenzó a llorar.*» A esto se añadió la tierna mirada de Jesús (Lc. 22:61), al ser llevado desde las habitaciones superiores a la planta baja. Aunque Mateo y Lucas dicen: *«lloró amargamente»*, este *«comenzó a llorar»* de Marcos es todavía más expresivo, puesto que indica una acción que iba a continuar por mucho tiempo. La leyenda (¿o tradición?) dice que, todas las mañanas, al canto del gallo, Pedro no podía reprimir las lágrimas hasta tal punto, que se le formaron en las mejillas dos surcos, cómo el álveo de un arroyo, formado por un constante aluvión. Ya que todos, alguna vez, hemos negado al Señor de alguna manera, imitemos a Pedro también en este llanto, digno de un corazón amoroso y sinceramente arrepentido.

CAPÍTULO 15

En este capítulo se nos refiere la continuación del proceso del Señor, así como su crucifixión y sepelio.

Versículos 1–14

I. De nuevo tenemos aquí al Sanedrín *reunido* para poner por obra la decisión que habían tomado unas horas antes. No les importó acortar el descanso de la noche, con tal de llevar a cabo cuanto antes la criminal determinación de dar muerte a Jesús. La diligencia infatigable que los hijos de las tinieblas muestran para hacer el mal, debería avergonzar nuestra pereza y poco entusiasmo para hacer el bien.

II. *«Después de atar a Jesús, se lo llevaron y lo entregaron a Pilato»* (v. 1). Cristo fue atado y, al serlo, rompió nuestras ataduras de pecado y nos capacitó, como a Pablo y Silas, para *cantar* incluso cuando nos hallemos físicamente atados e impedidos para hacer por Él cualquier otra buena obra. ¡No olvidemos al que así fue atado por nosotros! Atado se lo llevaron por las calles de Jerusalén, exponiéndolo así al desprecio y vituperio de la gente. Traicionaron voluntariamente al que era *la corona de Israel* (Is. 28:5; 62:3), ante aquellos que soportaban *el yugo de Israel* (Hch. 15:10).

III. «Y *Pilato le interrogó: ¿Eres tú el rey de los judíos?»:* «Sí, respondió Cristo, *así es, como tú dices»* (v. 2). Cristo confesó así que era *«Rey»*, precisamente cuando iba a morir; así lo reconoció el buen ladrón (Lc. 23:42), y así apareció inscrito en el título que figuraba sobre la Cruz, «*y estaba escrito en hebreo, en griego y en latín»* (Jn. 19:20). Es cierto que Jesús explicó: *«Mi reino no es de este mundo … no es de aquí»* (Jn. 18:36); es decir, no tiene aquí sus raíces, ni se ejerce como los reinos de este mundo. Deducir de aquí, como hacen muchos expositores, que el futuro Reino milenario es una pura invención de exegetas con prejuicios o con mala información, es ir demasiado lejos a la vista de tan copioso cúmulo de profecías. *Hechos* 1:6–7 es suficiente para hacernos sumamente cautelosos a este respecto.

IV. «Y *los principales sacerdotes le acusaban de muchas cosas»* (v. 3). Por Lucas 23:2, sabemos que las acusaciones eran principalmente tres: que era un sedicioso, que prohibía dar tributo al César y que se declaraba rey. De las dos primeras, no hizo caso Pilato, *«porque sabía que por envidia le habían entregado»* (v. 10; Mt. 27:18). Pero la tercera atrajo su curiosidad, sea porque atañía directamente al poder imperial (y un descuido en esto podía costarle caro a Pilato), sea por la misma atmósfera que se había creado en torno al Hijo de David (Jn. 12:13). Vemos:

1. Cómo se cumple el adagio latino de que «la corrupción de lo mejor resulta en lo peor»; los malos sacerdotes son aquí los peores hombres de la nación.
2. Cuando estos duros y rudos sacerdotes acosan a Jesús con preguntas, Él no responde nada. Tampoco respondió a Pilato cuando éste le pidió que clarificara su situación (vv. 4–5). Pero respondió clara y directamente a las preguntas del gobernador cuando las respuestas daban *testimonio de la verdad* (Jn. 18:37). Es cierto que Pilato mostró su escepticismo, típico de la clase alta romana, en cuanto a la

verdad, o a *lo que era verdad* en este asunto pero, aun en medio de su cobardía, su actitud no fue tan culpable como la de Caifás (v. Jn. 19:11).

V. Vemos después la propuesta que Pilato hizo a los judíos (vv. 6–10), cuando éstos le pidieron *«lo que solía hacerles»* (v. 8). Pilato, como hemos dicho, se percató de que no era algún *crimen,* sino la *bondad* de Cristo precisamente, lo que excitaba la *envidia* de los principales sacerdotes (v. 10), y al pensar que el pueblo sería más cuerdo y menos envidioso que los jefes religiosos, se dirigió a la multitud, *diciendo: ¿Queréis que os suelte al Rey de los judíos?»* (v. 9). ¡Cuándo se iba a imaginar el gobernador que se le iba a pedir que *soltase* a un sedicioso y asesino como Barrabás! No le cabría ninguna duda de que, en la competición por el favor anual, Cristo sobrepasaría con mucho en votos a su rival.

VI. Ante el asombro de Pilato, la multitud soliviantada por los principales sacerdotes pidió *«que les soltase en cambio a Barrabás»* (v. 11). ¡En cambió! ¡Dejar libre a un criminal asesino *en cambio* del inocente sanador de los hombres! Y sorpresa sobre sorpresa, cuando Pilato vuelve a preguntar: *«¿Qué haré, pues, con el que llamáis Rey de los judíos?»* (v. 12), ellos responden a grito pelado: *«¡Crucifícale!»* (vv. 13, 14), sin atender al llamamiento de Pilato a que declaren *«qué mal ha hecho»* (v. 14). Los principales sacerdotes, en su astucia satánica, inventaron dos argucias para inclinar a Pilato a condenar a muerte a Jesús:

1. Hacerle convencerse de que Cristo era *culpable* ya que tan unánime era contra Él el veredicto del pueblo. «Seguramente—llegaría a pensar Pilato—tiene que ser una mala persona, cuando todo el mundo está contra Él.» Siempre ha sido un artificio ordinario de Satanás el persuadir a la gente de que Cristo y la religión son algo que va contra el bienestar personal o contra los intereses de la comunidad. Esto pasa por juzgar de las personas y de las cosas por lo que de ellas dicen los hombres, en vez de juzgarlas por sus frutos.
2. Inducirle a condenar a Cristo, *a fin de agradar al pueblo;* o, mejor dicho, *por miedo a desagradar al pueblo.* Aunque su juicio no era tan *débil* como para hacerle ver que Cristo fuese culpable, su voluntad era lo bastante *perversa* como para dejarse llevar de la cobardía (v. Ap. 21:8) y condenar a Cristo, a pesar de saber que era inocente. El mismo Señor que murió en *sacrificio por muchos fue sacrificado a manos de muchos.*

Versículos 15–21

I. Pilato, para complacer a la perversidad de los jefes judíos *«resolviendo dar satisfacción a la multitud, les soltó a Barrabás y entregó a Jesús, después de azotarle, para que fuera crucificado»* (v. 15). Le había azotado por ver si con esto se aplacaba la furia de la multitud (Lc. 23:16), para soltarle después del castigo pero al ver que no ganaba nada con eso, se dejó acobardar gradualmente hasta firmar contra Cristo la sentencia de crucifixión. Más de mil años antes, David había profetizado que sería crucificado (Sal. 22:16) y, al ser el «Cordero de Dios», destinado al sacrificio (Is. 53:7; Hch. 8:32) en la Pascua (1 Co. 5.7), no se le podía quebrar ningún hueso (Éx. 12:46; Nm. 9:12; Jn. 19:39). Es éste un maravilloso ejemplo de la inspiración de las Escrituras, pues los romanos, sin saber nada de la profecía del Salmo, hacía muy pocos años que habían retirado a los judíos la facultad de ejecutar la pena de muerte, la cual era *por apedreamiento,* con lo cual se le habrían roto huesos a Cristo, pero no habría derramado Su sangre como lo hizo en la Cruz. Así que la *crucifixión* de Cristo fue:

1. Un sacrificio *sangriento* porque *«sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados»* (He. 9:22). Si la sangre tiene que hacer expiación (Lv. 17:11), Cristo había de dar Su vida por nosotros y, por tanto, derramar Su sangre.
2. Una muerte muy *dolorosa.* Los escritores de aquella época hablan de la crucifixión como de la muerte más horrible que un hombre podía sufrir. Cristo murió *sintiéndose morir* entre tormentos indecibles, y salió así al encuentro de la muerte en su aspecto más aterrador, a fin de vencerla en el centro mismo de su feudo.
3. Una muerte *ignominiosa:* la muerte propia de esclavos y de los más viles malhechores; *cruz y vergüenza* iban de la mano. Cristo hizo expiación por nuestros pecados sometiéndose al vilipendio más grande y a la mayor ignominia. Pero faltaba lo peor de todo:

4. Una muerte *maldita;* así era descrita por la Ley (Dt. 21:23) y, por eso, leemos que *«Cristo nos redimió de la maldición de la ley, habiéndose hecho maldición por nosotros, porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero»* (Gá. 3:13). Así es como nosotros hemos podido alcanzar la bendición de Abraham, al ser gentiles.

II. Para satisfacer el humor burlón de los soldados romanos Pilato entregó a Cristo al arbitrio de ellos, y los soldados *«convocan a la cohorte entera»* (v. 16), cuyo número oscilaba entre los 600 y los 1.000 hombres, para burlarse de Jesús, lo cual hicieron ignominiosamente, tratando al Salvador como a un «rey de farsa», porque:

1. ¿No llevan los reyes mantos de púrpura o escarlata? Pues también a Él *«le visten de púrpura»* (v. 17a).
2. ¿No llevan los reyes corona? *«Después de trenzar una corona de espinas, se la ciñen»* (v. 17b). Una corona de paja o de ramas habría bastado para la burla, pero ¡no! tenía que ser también punzante. Así Él llevó la corona de espinas que nosotros merecíamos, pues por el pecado surgieron los espinos (Gn. 3:18), a fin de que nosotros pudiéramos llevar *«la corona incorruptible de gloria»* (1 P. 5:4), que Él mereció.
3. ¿No son aclamados por sus súbditos los reyes? También ellos aclamaron a Jesús con el grito de *«¡Salve, rey de los judíos!»* (v. 18), que equivale al de «¡Viva el rey!».
4. ¿No llevan los reyes cetro en su mano? Pues también ellos colocaron *«una caña»* por cetro en las manos de Jesús (v. 19, comp. con Mt. 27:29), y con la misma caña *«le golpeaban en la cabeza»,* con lo que las espinas le punzarían todavía más. Quienes desprecian la autoridad del Salvador es como si le pusieran en las manos una caña por cetro; más aún, como si le hirieran con la caña.
5. Cuando los súbditos juran lealtad a sus reyes, les *besan* la mano (Sal. 2:12, trad. lit.); pero a Jesús *«le escupían»* (v. 19).
6. A los reyes se les rinde homenaje *doblando las rodillas.* También esto se lo hicieron a Jesús en son de burla (v. 19). Igualmente, *«se prosternaban ante Él»* para reírse de Él y provocar la risa de los demás soldados. Así se burlaron de Él, pero no cuando llevaba *«sus propios vestidos»* (v. 20), sino vestidos ajenos, para darnos a entender que no sufría por Sus propios pecados, sino por los nuestros; el crimen era nuestro; la vergüenza, suya. Quienes doblan la rodilla ante Cristo, pero no inclinan ante Él el corazón, le hacen la misma afrenta que aquellos soldados le hicieron.

III. A la hora señalada, *«le conducen fuera para crucificarle»* (v. 20b). Cuando le llevaban al lugar de la ejecución, *obligaron a Simón de Cirene, que pasaba por allí viniendo del campo* a que llevara la cruz de Jesús (v. 21). Dice Lenski: «Indudablemente tenemos razón al pensar que Jesús desfalleció bajo el peso de su carga y se debilitó a tal grado que aun sus ejecutores, los soldados, vieron que ni los puntapiés, ni los golpes, ni las maldiciones, podían obligarle a seguir adelante». El hecho de que Marcos mencione a sus hijos, muestra que éstos eran conocidos de los primeros cristianos. Quizá toda la familia llegó un día a convertirse a Cristo. La cruz era algo muy pesado de llevar, pero a este hombre le cupo el honor de llevarla por unos minutos, cuando menos se lo pensaba (y es seguro que no le gustaría la imposición), y el honor adicional de ser mencionado por su nombre y su patria chica en los tres Evangelios Sinópticos. Como dijo Jesús de María de Betania, también de este Simón podemos decir que «dondequiera que se predique el Evangelio, también se dirá esto en recuerdo de él».

Versículos 22–32

Llegamos aquí a la crucifixión del Señor. Y vemos:

I. El *lugar* en que fue crucificado: era llamado *«Gólgota, que traducido significa: Lugar de la Calavera»* (v. 22). No cabe duda de que se llamaba así por tener la forma de un cráneo, y es muy probable que se trate de una colina redondeada, que termina fuera de las murallas en el norte de una cadena de cerros, entre los que se hallaba el templo. Una cosa es cierta: Al estar fuera de la ciudad (Jn. 19:20; He. 13:12), no pudo ser el lugar donde se halla ahora la «Iglesia del Santo Sepulcro», ya que ésta se encuentra al norte del monte Sion y dentro de los muros de la ciudad. El nombre de la colina no puede

significar que era un lugar de calaveras, puesto que ello habría hecho que el lugar fuese ceremonialmente inmundo.

II. El *tiempo* en que se llevó a cabo la crucifixión: *«Era la hora tercera cuando le crucificaron»* (v. 25); es decir, entre las nueve y las doce de la mañana.

III. Otras vilezas que cometieron contra Jesús, cuando le crucificaron:

1. *«Le daban vino mezclado con mirra»,* como era costumbre de dar a los condenados a muerte, para aliviarles la agonía, ya que esta pócima actuaba como estupefaciente. Jesús la probó, porque era amarga, *«pero Él no la tomó»* (v. 23), porque quería morir con el pleno uso de sus sentidos y facultades.

2. *«Se reparten sus vestiduras, echando suertes sobre ellas para ver lo que cada cual habría de llevarse»* (v. 24). Las ropas de los ajusticiados eran como la propina que se daba a los verdugos encargados de la ejecución. Juan especifica que *«hicieron cuatro partes, una para cada soldado. Tomaron también su túnica la cual era sin costura» y* echaron suertes sobre ella, para que se cumpliese lo del Salmo 22:18 (Jn. 19:24–25).

3. «Y *estaba puesta encima la inscripción de la causa de su condena: EL REY DE LOS JUDÍOS»* (v. 26). Es éste uno de los detalles en que mejor se ve cómo los relatos de los cuatro Evangelistas se complementan mutuamente, como puede verse en el siguiente cuadro:

Mateo:	ÉSTE ES JESÚS,	REY DE LOS JUDÍOS.
Marcos:		EL REY DE LOS JUDÍOS.
Lucas:	ÉSTE ES	EL REY DE LOS JUDÍOS.
Juan:	JESÚS NAZARENO,	EL REY DE LOS JUDÍOS.

TOTAL: *ÉSTE ES JESÚS NAZARENO, EL REY DE LOS JUDÍOS.*

Lo curioso es que, en este título, no se alega ningún cargo para sentenciarle, sino que se reconoce explícitamente la soberanía y la realeza de Cristo. Tanto es así que Juan (19:20–21) nos refiere que los principales sacerdotes, al leer el título, protestaron ante Pilato a fin de que lo corrigiera en el sentido de que Él (Jesús) decía ser rey de los judíos, pero no lo era. A lo que Pilato replicó: *«Lo que he escrito, he escrito»;* es decir, «escrito tiene que quedar». Muchos comentaristas han visto en estas palabras de Pilato un remanente de valentía, después de tantas humillaciones de parte de los judíos, y como compensación a la cobardía por la que había firmado la sentencia de muerte de Jesús. Por cierto, es de notar, como puede verse en el cuadro anterior, que los *cuatro* Evangelistas registran la frase «REY DE LOS JUDÍOS». Pilato no se dio cuenta del alcance de lo que había escrito, como Caifás tampoco se había dado cuenta de la frase proferida unos días antes: *«nos conviene que un solo hombre muera por el pueblo»* (Jn. 11:50–52), pero la soberana providencia de Dios hizo así que se proclamase, precisamente desde el patíbulo de la cruz, que Jesús es *el rey de Israel, «y su reino no tendrá fin»* (Lc. 1:33). Oigamos lo que dice el Espíritu Santo, primordialmente a los reyes amotinados contra Jehová y contra su Ungido, pero también a todos nosotros: *«Besad al Hijo, para que no se enoje, y perezcáis en el camino; pues se inflama de pronto su ira («¡la ira del Cordero!»,* Ap. 6:16). *Bienaventurados todos los que en Él se refugian»* (Sal. 2:12, trad. lit.).

4. «Y *con Él crucifican a dos salteadores uno a su derecha y otro a su izquierda»* (v. 27), y a Jesús en medio de ellos, como enfatiza Juan (19:18). Mientras vivió en este mundo, solía estar *en compañía de pecadores* para hacerles bien; ahora, en Su muerte, *«fue contado con los pecadores»* (Is. 53:12), porque

«Cristo Jesús vino al mundo (y salió de él por la muerte) *para salvar a los pecadores»* (1 Ti. 1:15). Marcos toma buena nota de que, en esto, se cumplió la profecía de Isaías.

5. Los espectadores, en lugar de condolerse de la ignominia con que trataban a Jesús, añadían insultos infames contra Él:

(A) Incluso *«los que pasaban por allí le injuriaban»* (v. 29). Movían la cabeza con gesto de burla; ante el desvalimiento completo que veían en Jesús, repetían la acusación de los falsos testigos *(«¡Ah! Tú que destruyes el templo …»;* v. 29) y le decían en son de mofa: *«sálvate a ti mismo bajando de la cruz»* (v. 30). Al consultar los relatos de los cuatro Evangelistas, nos percatamos de que, de los cinco grupos de personas que aparecen dirigiéndose a Jesús cuando Él estaba en la cruz, únicamente el buen ladrón no le pidió que se salvara a sí mismo, sino que se acordara de él. Este ladrón fue el único que vio claro y no le pidió a Cristo un imposible, sino un recuerdo que Cristo recompensó con la más preciosa promesa.

(B) Incluso *«los principales sacerdotes («tomados de entre los hombres … a favor de los hombres … pudiendo sentir compasión»;* He. 5:1–2), *burlándose entre ellos con los escribas, decían: A otros salvó; a si mismo no puede salvarse»* (v. 31). ¡Gran verdad dentro de tal sarcasmo! Si Cristo se hubiese salvado a Sí mismo de la muerte, bajando milagrosamente de la Cruz, todos nosotros *«estaríamos aún en nuestros pecados»* (1 Co. 15:17), pues no se habría hecho expiación por ellos (He. 9:22). Querían *ver* para *creer;* pero si hubieran creído antes, como debían y podían, habrían visto ahora lo que no podían ver.

(C) Incluso *«los que habían sido crucificados con Él, le insultaban»* (v. 32b) Esta «pluralidad» queda confirmada por Mateo 26:44. Por tanto, a la vista de Lucas 23:39 y siguientes, hemos de concluir que el «buen» ladrón comenzó insultando también a Jesús, pero, al percatarse de la actitud del Señor y tocado por la gracia y la operación del Espíritu Santo, terminó confesando sus pecados y la inocencia absoluta de Jesús.

Versículos 33–41

Llegamos ya al relato de la muerte de Jesús.

I. Llegado el mediodía, *«hubo oscuridad sobre toda la tierra»* (v. 33) hasta las tres de la tarde. Precisamente cuando el sol se hallaba en su cenit, y en luna llena, cuando es físicamente imposible un eclipse de sol, se extendió la oscuridad sobre toda la región, no necesariamente sobre todo el orbe; en este sentido ha de interpretarse la frase de Lucas 23:45 *«el sol se oscureció»*. Los judíos habían demandado a Jesús *una señal del cielo* (8:11) ¡Ahora la tenían! Pero de tal naturaleza, que, en lugar de abrirles los ojos, era un indicio de la ceguera de ellos (v. Jn. 9:39–41). Era también señal de la oscuridad que se cernía sobre el futuro próximo de la nación. *Lo que era para la paz de ellos estaba ahora oculto a sus ojos* (Lc. 19:42). Estaban bajo el *poder* de las tinieblas, y estaban llevando a cabo las *obras* de las tinieblas.

II. A las tres de la tarde, en la hora precisa de la oración principal del día, y del sacrificio vespertino, *«gritó Jesús con fuerte voz: Eloí, Eloí, ¿lamá sabactani? Que, traducido, es: ¡Dios mío, Dios mío!, ¿a qué fin me desamparaste?»* (v. 34. Trad. lit.). Marcos usa la forma aramea (*Eloí, Eloí*), en vez del hebreo *Elí, Elí* de Mateo 27:46, y conserva el resto arameo. En la traducción griega que aporta, usa el mismo verbo y tiempo de Mateo *(enkatélipes* = dejaste sujeto y encerrado). Aparte de ser una cita del Salmo 22:1 nunca se considera demasiado la tremenda profundidad de este grito de Jesús, por el que se explica que, mientras tantos mártires cristianos han muerto llenos de gozo, *«el autor de nuestra salvación»* (He. 2:10) fue quebrantado por nosotros de tal manera, que llegó a sentir el desamparo del Padre y ver rota la comunión espiritual mientras se mantenía irrompible, por contraste, la unión hipostática, lo que hacía más insufrible aquel tremendo y singular desamparo. No nos resistimos a copiar las bellas frases de Lenski a este respecto: «Debemos notar la diferencia entre el Getsemaní y el Gólgota. En el huerto de Getsemaní, Jesús tiene un Dios que le oye y le fortalece; en la cruz, este Dios parece haberle vuelto la espalda completamente. Durante estas tres negras horas Jesús fue hecho pecado por nosotros (2 Co. 5:21), fue hecho maldición por nosotros (Gá. 3:13), y así Dios le volvió completamente la espalda. En Getsemaní, Jesús luchó consigo mismo y llegó a la decisión de hacer la voluntad del Padre; en la cruz, luchó con Dios y sencillamente soportó. Él clama a Dios con su fortaleza moribunda y ya no ve en Él al Padre, porque un muro de separación se ha levantado entre el Padre y el Hijo, a saber el pecado del mundo y la maldición que ahora pesa sobre el Hijo. Jesús tiene sed de Dios, pero Dios se ha alejado. No es el Hijo quien ha dejado al Padre, sino el Padre al Hijo. El Hijo clama al Padre, y el Padre no le responde». La oscuridad

significaba la densa tiniebla en que la mente de Jesús se había encontrado durante las tres horas previas. Notemos que fue precisamente al cesar la oscuridad, cuando Jesús profirió su grito alusivo al pasado («¿ … me *desamparaste?»),* pues, mientras se hallaba bajo lo más tremendo del desamparo, el pavor le impedía incluso pedir auxilio. Se le negó la luz del sol para indicar que se le negaba la luz del rostro de Dios. El dolor fue tan grande que, no habiéndose quejado de ninguna otra cosa, ni siquiera del abandono de sus discípulos, estaba completamente a oscuras en cuanto al objeto, al motivo *(«¿para qué …?,* dice el original, no: ¿por qué? lo cual sonaría más bien a rebelión). Estos síntomas de la ira de Dios eran como el fuego del cielo, enviado otras veces para consumir los sacrificios, es el fuego que debía haber caído *sobre nosotros los pecadores* (v. He. 12:29), si no hubiera sido aplacado Dios por la muerte de Cristo; por eso cayó sobre Cristo, ya que *Él fue sacrificado por nuestros pecados* (1 Co. 5:7 He. 10:12). Cuando Pablo estaba para *ser sacrificado en servicio de los santos, pudo gozar y regocijarse* (Fil. 2:17), pero una cosa es ser sacrificado por el servicio de los santos, y otra muy diferente ser sacrificado por el pecado de los pecadores.

III. El grito mismo de angustia de Cristo sirvió también de burla a *los que estaban allí: «Mira, está llamando a Elías* (v. 35). Dice Broadus: «Los circunstantes parecen haberse divertido con el pensamiento de que este pretendido Mesías, ahora, en un apuro irremediable, estaba pidiendo al predicho precursor del Mesías (Mal. 4:5) que viniese en su ayuda». Y, mientras uno de los que estaban allí *empapó una esponja en vinagre y le dio a beber* (v. 36 después que Jesús dijo: *«Tengo sed»,* v. Jn. 19:29), el mismo que le había dado la bebida (¿por compasión o por mayor escarnio?) añadió burlonamente: *«Dejad, veamos si viene Elías a descolgarle»* como dando a entender: «y si no viene, estará claro que también Elías le ha desamparado».

IV. *«Tras emitir,* de nuevo, *un gran grito, Jesús expiró»* (v. 37). Ahora estaba encomendando su espíritu al Padre (v. Lc. 23:46). Con este grito, que Mateo (27:50) y Lucas (23:46) registran, demostró Jesús que no moría por mero debilitamiento de sus fuerzas, sino porque ponía voluntariamente la vida (Jn. 10:18). Lo mismo da a entender Juan (19:30b), como veremos en su lugar. No cabe ninguna duda de que Cristo murió realmente, como explícitamente refieren los cuatro Evangelios; además, cuando el soldado le abrió el costado con la lanza, salió el suero («agua») separado de la «sangre» (Jn. 19:34). W. Hendriksen cita el testimonio de uno de los más eminentes médicos de Estados Unidos, el doctor Stuart Bergsma, quien apoyándose, no sólo en la ciencia médica, sino también en Salmos 69:20 «*El escarnio ha quebrantado mi corazón»,* dicho del Mesías, arguye que, si el versículo siguiente se cumplió literalmente, no hay razón para negar el cumplimiento literal del anterior; por lo que opina que Cristo murió de rotura del corazón. Esto explicaría mejor dos cosas: (a) el grito anterior a la muerte, registrado por los evangelistas; (b) el asombro de Pilato ante una muerte que se le antojaba «prematura» (v. 44).

V. Justamente al tiempo en que Cristo murió en el Calvario, *«el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo»* (v. 38) ¡Qué terror se apoderaría de los sacerdotes que, en aquel momento, estaban oficiando en el templo! ¡Ver abierto el Lugar Santísimo, en el que sólo el sumo sacerdote, una vez al año, podía entrar! Se rasgó de arriba abajo, lo que dio a entender: (a) que no era rasgado por mano de hombres, sino por Dios mismo, *«de arriba abajo»;* (b) que, con la muerte expiatoria de Jesús, quedaba abierto el acceso libre al Lugar Santísimo (He. 4:15–16); (c) que el sacerdocio levítico tocaba a su fin y, con él, toda la ley ceremonial.

VI. El centurión que mandaba el destacamento de soldados y había supervisado la ejecución de la sentencia, quedó convicto y confeso de que Jesús era el «*Hijo de Dios»* (v. 39) Pero ¿qué motivos tenía para decir eso? 1. Tenía motivo para decir que Jesús había sufrido *injustamente.* Había muerto por confesar que era el Hijo de Dios; así que, si había sufrido injustamente entonces era verdad que Jesús era *el Hijo de Dios.* 2. Al ver *«que había expirado de esa manera»,* tenía razón para pensar que Jesús era *predilecto del Cielo,* puesto que el Cielo le tributó tal honor cuando moría. «Seguramente—pensó el centurión—que éste debe ser persona divina, altamente estimado de Dios.» Aun en lo más profundo de sus padecimientos y de su humillación, nuestro Señor Jesucristo era el Hijo de Dios, y así fue declarado serlo «*con poder»* (Ro. 1:4).

VII. Había allí algunos de sus amigos especialmente unas buenas mujeres, que *le habían servido y seguido, y le estaban observando de lejos* (vv. 40–41), porque los soldados y los mismos jefes del

Sanedrín no dejarían acercarse a nadie que pretendiese dar a Jesús el menor alivio. Pero, por Juan 19:25, sabemos que, posteriormente, se permitió que estuviesen *«de pie junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre María mujer de Cleofás, María Magdalena* y (vv. 26–27) *el discípulo a quien Él* [Jesús] amaba)». María Magdalena estaba muy agradecida al Maestro, pues a Él le debía toda su paz y su bienestar, ya que *«de ella había arrojado siete demonios»* (16:9). También estaba allí *«María la madre de Jacobo el menor y de José»;* por la alusión de Juan, vemos que esta María era la esposa de Cleofás o Alfeo y hermana de la madre de Jesús. Se nombra también a *Salomé*, evidentemente la misma que *«la madre de los hijos de Zebedeo»* (Mt. 27:56), de donde deducimos que el padre había muerto. Todas estas mujeres le habían seguido *desde Galilea* (aunque sólo los varones estaban obligados a asistir a la fiesta de Pascua), con lo que probaban bien el afecto que tenían al Maestro. Ver en la *cruz* a quien esperaban ver en el *trono* hubo de ser para ellas una gran desilusión, pero no causa de desafecto. Quienes siguen a Cristo de cerca, no deben esperar grandes cosas de este mundo por seguirle (v. Jn. 15:18–21; 16:33), para no quedar decepcionados.

Versículos 42–47

Ahora llegamos ya al funeral del Señor Jesús. Veamos:

I. Cómo fue requerido el cuerpo de Jesús. El cadáver quedaba a merced de los soldados, quienes habrían arrastrado su cadáver junto con los de los dos malhechores ejecutados con Él, para echarlo en la misma fosa pero había de cumplirse la profecía de Isaías 53:9: «*Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte»*.

1. *Cuándo* pidieron el cuerpo de Jesús: *«ya al atardecer, como era el día de la Preparación, es decir, la víspera del sábado»* (v. 42). No harían falta más pruebas para demostrar que Cristo murió en la tarde del viernes. Los judíos eran más estrictos en la observancia del sábado que en la de cualquier otra fiesta, y, por eso, aun cuando este día era también «fiesta» («día de la Preparación»), la celebraban como «víspera del sábado». Esto nos enseña a los cristianos que el día antes del domingo, en que nos reunimos para culto y comunión, deberíamos ya prepararnos especialmente para una gozosa y provechosa celebración del día siguiente; más aún, la semana entera debería dividirse entre el fruto sacado del domingo anterior y la preparación concienzuda del domingo posterior.

2. *Quién* pidió el cuerpo de Jesús: *«José de Arimatea, miembro respetable del Sanedrín»* (v. 43), persona de gran dignidad y distinción; pero más respetable todavía, porque *«también él estaba aguardando el reino de Dios»*. Quienes aguardan el reino de Dios y esperan participar de los privilegios que el reino comporta, deben mostrar su interés siendo valientes para defender la causa del Rey. Dios escogió a este hombre para este servicio singular al Señor, cuando ninguno de los apóstoles pudo, o se atrevió a hacerlo. José de Arimatea lo hizo *«armándose de valor»*, con una bravura de la que antes había carecido (v. Jn. 19:38). El verbo griego indica que se esforzó para atreverse.

3. La *sorpresa* de Pilato al oír que Jesús *ya había muerto* (v. 44). El gobernador quería asegurarse de que el ajusticiado había muerto, pues habían pasado ocho horas escasas desde la ejecución, y la muerte tardaba ordinariamente mucho más en llegar; a veces, tres o cuatro días. Por eso quiso *informarse del centurión* para ver si era verdad (v. 45). El centurión podía informarle bien, pues él estaba presente cuando *Jesús expiró* (vv. 37–39). Hubo en ello una providencia especial de Dios, para que nadie se atreviese a decir que lo habían sepultado *vivo*, o que José hizo que lo descolgaran vivo para tratar de reanimarle y que llegara a sospecharse que la resurrección de Cristo había sido una impostura. Así es como la verdad de Cristo adquiere confirmación, a veces, hasta de parte de sus propios enemigos.

II. Cómo *fue sepultado* el cuerpo de Jesús. Pilato dio permiso a José para que se llevase el cadáver y hacer con él lo que le pareciera mejor. Vemos a continuación que:

1. José *«compró una pieza nueva de lino»* para envolver el cadáver, cuando pensaríamos que un lienzo viejo habría sido suficiente para tal menester. Pero el respeto al Maestro sugirió a José envolverlo en un lienzo nuevo, así como iba a sepultarlo en un sepulcro también nuevo.

2. *«Descolgó»*, pues, el cadáver, y «lo *envolvió en el lienzo»* (v. 46), como quien envuelve un tesoro de grandísimo valor. Por Juan 19:39–40, sabemos que, en esta tarea, como en la de embalsamarle, le

ayudó *«Nicodemo»,* el cual recordaría quizá lo que el Señor le había dicho: «Y *como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también tiene gue ser levantado el Hijo del Hombre»* (Jn. 3:14).

3. José *«lo colocó en un sepulcro que había sido excavado en la roca»* (v. 46); era una tumba privada, perteneciente al propio José. Abraham sólo poseyó una tumba en la tierra de Canaán, pero Cristo no tuvo ni siquiera tumba propia, pues nació, vivió y murió *de prestado.* Este sepulcro fue excavado en *la roca,* para recordarnos que Cristo murió para hacer que el sepulcro fuese para los creyentes un lugar, no de espanto, sino de *refugio y* resguardo para los santos.

4. *«Hizo rodar una piedra frente a la entrada del sepulcro»* (v. 46b), pues así es como los judíos cerraban la entrada de los sepulcros. Esto se hacía para evitar que entraran los ladrones o los animales de rapiña.

5. *«Y María Magdalena, y María la de José observaban dónde quedaba puesto»* (v. 47). Estas buenas mujeres asistían al funeral, para ver dónde dejaban el cadáver del Señor y poder venir, pasado el sábado, a ungir el cuerpo, ya que ahora no disponían del tiempo necesario para ello. Cuando nuestro gran Mediador fue sepultado, hubo gran interés en observar y tomar nota de su sepultura, porque *había de resucitar.* Y el cuidado que se tuvo en envolver y ungir Su cuerpo nos habla del cuidado e interés que Él tuvo con respecto a su cuerpo que es la Iglesia. Nuestras consideraciones acerca del sepelio de Cristo nos deben llevar a la consideración de nuestro propio sepelio y hacer que la tumba nos resulte familiar, para que ese último lecho en la oscuridad de la muerte nos resulte cómodo y placentero, pues los creyentes tenemos el dominio de todo, incluso de la muerte (1 Co. 3:22).

CAPÍTULO 16

Llegamos en este último capítulo del Evangelio de Marcos a una breve narración de la resurrección y ascensión del Señor. Un ángel es el encargado de notificar la resurrección a las mujeres que venían al sepulcro para ungir su cadáver. Tras su aparición a la Magdalena, a los dos discípulos que iban a Emaús y a los once, se nos refiere su ascensión a los cielos.

Versículos 1–8

Nunca hubo un *día de reposo* como éste, desde que fue instituido el sábado; durante todo este sábado, reposó en el sepulcro el cuerpo del Señor. Para Él fue un sábado de *descanso,* pero un sábado *silencioso;* para sus discípulos fue un sábado de melancolía pasado en lágrimas y temores. Bien, este sábado ya pasó, y el primer día de la semana es el primer día de un nuevo orden de cosas.

I. La afectuosa visita que las buenas mujeres hicieron al sepulcro donde se hallaba el cuerpo del Señor. *«Pasado el sábado … muy de madrugada, el primer día de la semana, llegan al sepulcro cuando había salido el sol»* (vv. 1–2). Habían comprado *«especias aromáticas para ir a ungirle»* (v. 1), pues querían que, sobre el cadáver de Jesús, no sólo cayese el rocío de sus lágrimas, sino también el perfume de sus aromas (v. 1). *«También Nicodemo … vino trayendo un compuesto de mirra y áloe, como cien libras»* (Jn. 19:39). Pero estas buenas mujeres pensaron que eso no era bastante; por eso trajeron especias aromáticas para ungirle. El respeto que otros muestran al nombre y a la causa de Cristo, lejos de suscitar en nosotros los celos, debe suscitar en nosotros una santa emulación.

II. La preocupación que estas buenas mujeres tenían acerca de la piedra del sepulcro, conscientes de que ellas no la podrían mover, pues era extremadamente pesada: *«era grande en demasía»* (v. 4). De ahí que se preguntasen por el camino: *«¿Quién nos hará rodar la piedra de la entrada del sepulcro?»* (v. 3). Había otra dificultad mayor, en la que ellas parecen no haber pensado: la guardia de soldados encargada de vigilar el sepulcro, los cuales si ellas hubieran llegado antes de que ellos quedaran atemorizados por la resurrección del Señor, habrían sido ellos quienes les hubieran infundido temor a ellas. Pero el mucho amor que tenían al Señor las llevó al sepulcro, y cuando ellas llegaron allá, ambas dificultades habían desaparecido: los soldados se habían marchado, y, *«alzando los ojos, observan que la piedra ha sido ya rodada de nuevo para atrás»* (v. 4a. Trad. lit.). Quienes buscan diligentemente a Cristo, se percatarán de

que las dificultades que se cruzan en su camino se desvanecen de un modo sorprendente, y que una mano invisible les ayuda más allá de lo que esperaban.

III. La seguridad que el ángel les dio de que el Señor había resucitado de entre los muertos y le había dejado a él allí, para que comunicase, las alegres nuevas a todos los que se llegasen a preguntar por Él.

1. *Entraron en el sepulcro* (v. 5), y vieron que el cuerpo del Señor no estaba allí. El que, mediante su muerte, pagó nuestra deuda, en su resurrección abolió nuestra carta de pago (Ro. 4:25; Col. 2:14), y todo el asunto en discusión quedó zanjado por la incontestable evidencia de que Él era el Hijo de Dios.

2. *«Vieron a un joven sentado en el lado derecho»* del sepulcro (v. 5). El ángel se apareció en semejanza de hombre joven, porque los ángeles no envejecen. Estaba *«vestido con una túnica blanca»,* una túnica que le llegaba hasta los pies. Al verlo, en lugar de quedar animadas y gozosas, *«quedaron atónitas de espanto».* Un acontecimiento sobrenatural, como en Isaías 6:1 y ss., siempre produce espanto, aun en las personas más santas. Dice Trenchard: «Tal es la debilidad de la naturaleza humana, que a menudo nos quedamos asustados ante la misma acción libertadora por la cual el Omnipotente contesta nuestras oraciones y satisface nuestros anhelos».

3. El ángel acalla los temores de ellas, asegurándolas de que no hay motivo para el espanto, sino para el gozo triunfal: *«Dejad de asustaros»* (v. 6); no tenéis ningún motivo para espantaros, pues:

(A) *«Estáis buscando a Jesús nazareno»* y, porque le buscáis con amor, en lugar de quedar *confundidas,* deberíais estar *consoladas.* Sí, es cierto que Él es *el crucificado,* pero también es el *resucitado* (v. Ap. 1:18; 5:6). La crucifixión es cosa del *pasado* y, aunque siempre ha de estar ante nuestra vista, para recordar el precio que fue pagado para nuestro rescate (1 Co. 11:23–26), nunca ha de abrumarnos hasta el punto de que nos incapacite para gozar del triunfo de su resurrección. *Fue* crucificado pero *es* glorificado.

(B) *«No está aquí; mirad el lugar donde le pusieron»* (v. 6b). Después de entrar en la gloria, nunca puso un velo que cubriera el recuerdo de sus padecimientos. Podemos considerar el lugar donde reposó su cadáver: *ya no está allí;* no lo robaron, ni los amigos ni los enemigos; simplemente: *«ha resucitado».* Así que, «han de ser para vosotras buenas noticias el que, en lugar de tener que ungir a un muerto, podáis regocijaros de saber que está vivo».

4. El ángel les ordena a continuación que se den prisa a comunicar a los discípulos la noticia. Así estas mujeres fueron hechas «apóstoles», es decir, *enviadas* a los apóstoles mismos, lo cual fue una recompensa al amor que mostraron al Señor, tanto junto a la Cruz como hasta el sepulcro y en el sepulcro. Las primeras en llegar fueron las primeras en ser servidas, pues ningún apóstol se atrevió a llegarse al sepulcro de Jesús antes que ellas unas débiles mujeres que, ni aun uniendo sus fuerzas, podían remover la piedra que cerraba el sepulcro.

(A) *«Id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos»* (Mt. 28:7). Ellos estaban atemorizados y en horas de gran desmayo, pues su querido Maestro estaba muerto, y con Él habían quedado sepultadas en la tumba todas sus esperanzas y todos sus gozos. *«Id pronto*—dice el ángel—, *decidles que ha resucitado,* para que no caigan en la desesperación.» Vemos cómo Cristo no se avergüenza de sus discípulos, ni siquiera cuando ellos se avergüenzan de Él. Aunque son estas mujeres las que se han atrevido a ir al sepulcro y no ellos, Jesús no lo tiene en cuenta y quiere que vayan rápidamente a notificar su resurrección a los apóstoles. Si nuestros corazones están correctamente dirigidos hacia Él, no va Él a ser puntilloso en señalar todo lo que es impropio en nuestra conducta.

(B) Deben decírselo, sobre todo, *«a Pedro».* Marcos, que escribía con la información suministrada por Pedro, es el único que registra este detalle. «Decídselo *a Pedro,* porque, (a) será una noticia muy buena para él, más que para ningún otro, pues él está apenado por su pecado; (b) además, él estará temeroso de que el gozo de tan buena noticia no le pertenezca a él.» Si el ángel hubiera dicho escuetamente: *«Id, decidlo a sus discípulos»,* el pobre Pedro habría quizá suspirado, diciendo para sí: «Dudo si puedo contarme entre ellos, pues yo le negué y, por tanto, merezco que Él también me niegue a mí». Para salir al paso de estos justificados temores, el ángel especifica: «*y a Pedro»,* como si dijese: «Id a Pedro, y decidle que está invitado, igual que los otros, a *verme* en Galilea». Así como la visión de Cristo es una gran bendición para un creyente arrepentido, así también un creyente verdaderamente arrepentido será siempre invitado a una especial visión del Señor, porque hay gran gozo en los cielos cuando «*un pecador se arrepiente»* (Lc. 15:7, 10).

(C) Deben decir a los discípulos, Pedro incluido, que *«Va delante de ellos a Galilea; allí le verán, como Él dijo»* (v. 7). Lo había dicho antes de padecer (Mt. 26:32), y ahora lo iba a cumplir. Todas las reuniones de Cristo con los suyos es Él quien las fija; y a Él nunca se le olvidan: ni la cita, ni el tiempo ni el lugar; más aún, Él siempre se adelanta en llegar: *«Va delante de vosotros»*.

IV. El informe que las mujeres llevaron a los discípulos: *«Ellas salieron y huyeron del sepulcro, pues las apresaba un gran temblor y espanto»* (v. 8. Trad. lit.). En el camino, Jesús les salió al encuentro y renovó el mandato que les había dado el ángel (v. Mt. 28:9–10). «Y *no dijeron nada a nadie»;* no quiere decir que fueran infieles a la comisión que se les había encargado, sino que no decían nada a nadie por el camino, para ir más presto a cumplir con el mandato. Por los otros evangelistas sabemos que María de Magdala fue la primera en reaccionar del *miedo que tenían* (v. 8b) y se había apresurado a llevar las noticias a Pedro y a Juan.

Versículos 9–13

Breve referencia de dos apariciones de Jesús. (Es de alguna importancia advertir a los lectores que todo lo que sigue, desde el versículo 9 hasta el final de este Evangelio, está muy diversamente atestiguado por los MSS existentes y, por consiguiente, no tiene una autoridad tan clara como todo lo que precede. Esto ha de notarse, especialmente, con respecto a los versículos 17–20, sobre los que muchos creyentes mal informados se confunden y crean confusión. Nota del traductor.)

I. *«Se apareció primero a María Magdalena»* (v. 9). Por Juan 20:14, sabemos que fue en el huerto donde estaba el propio sepulcro, ya vacío, del Señor (v. Jn. 19:41). *«De la que había arrojado siete demonios.»* Ella le *amaba mucho,* por cuanto era *mucho* lo que el Señor había hecho por ella (comp. con Lc. 7:47). Y Jesús le hizo este gran honor de ser la primera persona que vio a Cristo después de su resurrección (el silencio de 1 Co. 15:5 y ss. se explica por la sencilla razón de que, en aquel tiempo, las mujeres no eran tenidas por «testigos competentes»). Cuanto más íntima sea nuestra comunión con el Señor, *antes* le veremos a Él, y *más* veremos de Él.

1. *«Ella fue a anunciarlo a los que habían estado con Él, que estaban de duelo y llorando»* (v. 10). Esto evidenciaba el amor que tenían al Maestro. Pero después que su duelo y su llanto habían durado dos noches y un día, vino el consuelo, como el mismo Señor les había anunciado: *«Os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón»* (Jn. 16:22). Ninguna noticia mejor pudo ser llevada a los apóstoles llorosos que la noticia de la resurrección de su Maestro.

2. *«Ellos, al oír que está vivo y que ella lo ha visto, no lo creyeron»* (v. 11). Esta previa incredulidad de los discípulos es uno de los argumentos más formidables a favor de la resurrección del Señor, es precisamente esta «incredulidad» la que incrementa nuestra «fe». No nos hallamos aquí ante un grupo de personas propensas a la sugestión o a la alucinación personal o colectiva, sino todo lo contrario: Los Evangelios, *los cuatro Evangelios,* nos han dejado el informe incontestable de que los discípulos de Jesús *no sólo no esperaban la resurrección del Crucificado, sino que ni siquiera la creyeron, después de sucedida.* Contra esta muralla todos los argumentos de los incrédulos y de los teólogos liberales quedan triturados y barridos por el viento.

II. *«Después de esto, fue manifestado bajo diferente forma a dos de ellos que iban camino hacia la campiña»* (v. 12). Los detalles de este encuentro se hallan en Lucas 24:13 y ss. *«Bajo diferente forma»* no puede significar únicamente que la «forma» de su cuerpo resucitado era diferente de la anterior a su muerte (v. 1 Co. 15:42–44) pues entonces el inciso en cuestión debería estar en el versículo 9, sino que el Señor, para acomodarse a las condiciones de los discípulos (v. Lc. 24:16) ocultaba su verdadera identidad bajo formas diferentes, manifestándose claramente cuando lo creía conveniente (comp. con Jn. 20:15).

1. Estos *dos* testigos *«fueron y lo comunicaron a los demás»* (v. 13); es decir, dieron testimonio de la resurrección de Jesús. Satisfechos con el encuentro estaban deseosos de que los demás discípulos compartiesen la satisfacción de ellos y por eso corrieron a darles la noticia; con ella, quedarían consolados y confortados como ellos lo habían sido por el Señor (v. 2 Co. 1:3–4).

2. Pero no pudieron convencerles: *«Tampoco a éstos les creyeron»* (v. 13b). Como ya hemos insinuado, hubo una providencia especial de Dios en que las pruebas de la resurrección de Cristo fueran dadas *gradualmente, y* admitidas así *cautelosamente.* Así tenemos motivo para creer tanto más aprisa, cuanto ellos creyeron más despacio. Si todos se lo hubieran tragado enseguida, habrían sido tenidos por demasiado *crédulos, y su* testimonio habría perdido contundencia, pero su previa incredulidad muestra que sólo una perfecta convicción les indujo a *creer.*

Versículos 14–18

I. Vemos la *convicción* que Cristo dio a sus apóstoles de su propia resurrección: *«Fue manifestado a los once, estando ellos reclinados a la mesa»* (v. 14. Trad. lit.). Se apareció a ellos cuando estaban juntos y *comiendo* lo cual le dio a Él una oportunidad para *comer y beber con ellos,* y darles así plena satisfacción (v. Lc. 24:41–43; Hch. 10:41). «Y *les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón.»* Las pruebas de la verdad del Evangelio son tantas y tan evidentes, que bien merecen un fuerte reproche los que no las reciben a causa de su *incredulidad* debida a su *dureza de corazón,* es decir, a su falta de sensibilidad y a su estupidez. Aun cuando ellos mismos no le habían visto, les acusa de *«no haber creído a los que le habían visto después de haber resucitado»* (v. 14b). En el día del juicio, nadie podrá excusarse y decir: «Yo no le vi resucitado», puesto que debió haber creído el testimonio de quienes le vieron resucitado, y lo pusieron después por escrito bajo la inspiración de Dios.

II. Vemos luego la *comisión* que les dio: *«Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio a toda criatura»* (v. 15). Aquí vemos:

1. *A quiénes* había de ser predicado el Evangelio. Hasta ahora, el anuncio del reino había sido proclamado a las *«ovejas perdidas de la casa de Israel»,* y a los discípulos se les había prohibido ir *«por el camino de los gentiles»* y aun entrar en alguna *«ciudad de los samaritanos»,* pero ahora se les autoriza a *«ir por todo el mundo y proclamar el evangelio a toda criatura»,* tanto a gentiles como a judíos; a toda criatura humana que sea capaz de recibirlo. Estos once discípulos no pudieron proclamarlo a todo el mundo, mucho menos, *a toda criatura;* pero ellos y los demás discípulos y los que habían de ser *añadidos* después a ellos (v. Hch. 2:41, 47), se habían de dispersar: *«Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando las Buenas Nuevas de la palabra»* (Hch. 8:4). La tarea primordial de sus vidas ha de ser llevar a todo el mundo esas Buenas Nuevas con toda fidelidad y cuidado, no como una diversión o un entretenimiento, sino como el mensaje más solemne de Dios a los hombres y como el medio que Dios ha programado para hacer verdaderamente felices a los hombres, incluso en medio de las mayores aflicciones.

2. Cuál es el *compendio* del Evangelio que han de proclamar: Poner delante de todos como hizo Dios con Israel por medio de Moisés, *«la vida y el bién, la muerte y el mal»* (Dt. 30:15): *«El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado»* (v. 16). En otras palabras:

(A) Que, si *creen el Evangelio* y se hacen discípulos de Cristo; *si renuncian* al diablo, al mundo y a la carne y *se dedican* a Cristo, *serán salvos* de la culpa y del poder del pecado; el pecado ya no *reinará* sobre ellos ni los *arruinará.* Cristiano es el que ha sido salvo por medio de Cristo. El *bautismo* será la señal que expresará la identificación con el Señor (v. Ro. 6:3 y ss.). Hay quienes, al no entender la sintaxis del Nuevo Testamento han confundido el bautismo de agua con el medio de la salvación (v. también Hch. 2:38, junto al arrepentimiento). Dice muy bien Broadus: «Era una cosa natural que el que creyera fuera bautizado, como reconocida confesión pública de Cristo y símbolo de lealdad a Él. En todos los casos descritos en los Hechos y en las Epístolas, esto se hizo inmediatamente al creer. Está, por tanto, naturalmente asociado aquí con el creer, como su manifestación propia y esperada. Pero la salvación al ser espiritual, está, estrictamente hablando, condicionada sobre el acto espiritual de creer (compárese la enseñanza de Pablo), y no sobre el acto ceremonial que manifiesta la creencia. Un creyente que rehusara cumplir con el acto ceremonial tan expresamente ordenado, estaría desobedeciendo gravemente al Señor».

(B) Que, «*si no creen, serán condenados»,* por la sentencia misma de la palabra que se les predicó (v. Jn. 12:48). El desprecio al Evangelio se añade aquí al quebrantamiento de un mandato. Nótese que en la segunda parte del versículo no se añade «y no sea bautizado», para distinguir así la necesidad de la fe (necesidad de medio) de la necesidad del bautismo (necesidad de precepto). Así que este evangelio que es

buenas noticias para los que se salvan, sigue siendo *buenas noticias para todos*, en el sentido de que nos asegura de que solamente la incredulidad puede llevar a la condenación, ya que es un pecado contra el mismo remedio fijado «en exclusiva» para salvar.

3. Cuál es el *poder* con que fueron investidos ellos y, en su esencia, todos cuantos proclamen fielmente y crean sinceramente el Evangelio de Jesucristo: «*Y estas señales acompañarán a los que crean»:* Harán maravillas *en el nombre de Cristo* (v. 17), el mismo nombre en el que han sido bautizados, en virtud del poder recibido de Él, y alcanzado en cada caso mediante la oración. Son mencionadas algunas señales en particular:

(A) *«Expulsarán demonios»;* este poder era, en los tiempos apostólicos más común que ningún otro.

(B) *«Hablarán en nuevas lenguas»,* lenguas que nunca habían estudiado ni aprendido; esto era, a la vez, un *milagro* para confirmar la verdad del Evangelio, y un *medio* para proclamar el Evangelio entre las naciones que no habían oído nada de Él.

(C) *«Tomarán serpientes en sus manos»* (v. 18). Esto se cumplió en el apóstol Pablo, que no fue herido por la víbora que *«se le prendió en la mano»* (Hch. 28:3), hecho que fue reconocido por los nativos de Malta como un prodigio extraordinario.

(D) *«Si beben algo mortífero, no les hará ningún daño»,* como había prometido el Señor en Lucas 10:19.

(E) *«Impondrán las manos sobre los enfermos y sanarán».* No solamente serán ellos preservados de recibir algún daño, sino que serán capacitados para hacer el bien a otros. Muchos ancianos de la Iglesia primitiva tenían este poder, como se colige por Santiago 5:14, donde se habla de *«ancianos de la iglesia que oran sobre el enfermo, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor»* ¡Con qué seguridad de no fracasar pueden ir a cumplir su comisión, teniendo tales credenciales que poder presentar!

Pero aparte de la advertencia hecha al comienzo del comentario sobre el versículo 9 del presente capítulo, bueno será leer lo que escribe sobre los versículos 17 y 18 el profesor Trenchard: «Antes de formarse el canon del Nuevo Testamento y conocerse ampliamente los hechos de la Vida y la Muerte del Señor, los mensajeros que anunciaban el Evangelio necesitaban "credenciales" cuando se presentaban ante los judíos y los paganos, anunciándoles la salvación en Cristo, y así el Señor les concedía que hiciesen milagros o "señales" que testificaban del poder de Dios que obraba por ellos para la bendición de los humildes. Los milagros, durante el ministerio de los apóstoles, se manifestaban en ciertas épocas, cuando así lo requería el momento, pero nunca se hacían normales, pues en tal caso cesarían de llamar la atención al poder de Dios que se manifestaba. Es evidente por el estudio de los Hechos y de las Epístolas, que Dios no interviene siempre de forma milagrosa para salvar a los Suyos de las dificultades y de las enfermedades, pues aun el apóstol Pablo tenía que sufrir el "aguijón en la carne", ya que era necesario para la disciplina de su vida espiritual. Pudo, sin embargo, sacudir la serpiente venenosa en la isla de Malta, porque así se abrió la puerta al Evangelio entre los habitantes de aquella tierra». Y no olvidemos que tenía que ir a Roma, para ser presentado ante el Emperador.

Versículos 19–20

I. Vemos, finalmente, cómo Cristo fue recibido, después de hablar estas cosas, *«arriba en el cielo»* (v. 19. V. También Lc. 24:51; Hch. 1:2, 9, 11), «y *se sentó a la diestra de Dios»* (comp. con He. 1:3; 10:12). Ahora es glorificado con la gloria que tuvo junto al Padre antes que el mundo existiese (Jn. 17:5).

II. Cristo fue tambien recibido *en este mundo inferior,* puesto que aquí tenemos:

1. A los apóstoles trabajando diligentemente *por Él: «Y ellos saliendo, predicaron* (lit. *proclamaron) en todas partes»* (v. 20), a los de cerca y a los de lejos. Aun cuando la doctrina que predicaban iba directamente contra el espíritu y el genio del siglo, aun cuando desde entonces se ha encontrado con abundante oposición, los apóstoles, sin embargo, y todos los fieles predicadores después, ni *se atemorizaron* ni *se avergonzaron* (v. Ro. 1:16).

2. A Dios *colaborando* eficazmente *con ellos,* a fin de que tuviesen fruto en sus labores, y *confirmando la palabra por medio de las señales que la acompañaban* (v. 20b) Esto lo hacía, y lo hace, Dios el Padre, en nombre del Hijo, mediante la operación del Espíritu Santo, tanto mediante los milagros que se llevaban a cabo en los *cuerpos* de las personas, como por la influencia decisiva en las mentes de los oyentes. Las verdaderas señales, frutos al mismo tiempo de la acción del Evangelio eran: la

regeneración de los pecadores arrepentidos, la destrucción de la idolatría, la conversión de los malvados y el consuelo de los santos; estas señales siempre acompañan por todas partes a la predicación del Evangelio.

Algunos MSS terminan este Evangelio con un «Amén», como si Marcos nos exhortara a rubricar con ese «Amén» una ferviente oración a nuestro Padre que está en los cielos, para que, mediante la predicación del Evangelio en honor de Cristo y en bien de la humanidad, su nombre sea santificado, venga su reino y se cumpla en todo el Universo su santísima voluntad.

LUCAS

Entramos ahora en las labores de otro Evangelista; su nombre es *Lucas.* El nombre de Lucas aparece tres veces en las Epístolas de Pablo y en ninguna otra parte de la Escritura: En Colosenses 4:14, Pablo le llama *«el médico amado».* Por el versículo 11, deducimos que Lucas *no* era judío; por tanto, el único escritor de la Biblia de extracción gentil. Cuando Pablo se hallaba cercano a la muerte tiene para Lucas una frase que le retrata como compañero fidelísimo del apóstol: *«Sólo Lucas está conmigo»;* y, en los saludos que Pablo envía a Filemón (Fil. v. 24), se encuentra Lucas, contado entre los *«colaboradores»* del apóstol. De su vida anterior, sólo sabemos que no conoció de vista al Señor (Lc. 1:2). De su vida posterior a la redacción de *Hechos,* tampoco sabemos nada, excepto lo que la leyenda, más bien que la tradición, nos ha legado: que era también pintor y que pintó un cuadro de la virgen María. Jerónimo (aprox. 347–420 d. de C.) dice que murió célibe a los 84 años de edad. Hay comentaristas que opinan que el *«hermano cuya alabanza en el Evangelio se oye en todas las iglesias»* (2 Co. 8:18) es Lucas. Después que Pablo llegó a Macedonia, Lucas se convirtió en su compañero inseparable, como se ve por la introducción de la primera persona del plural a partir de Hechos 16:10. Su estilo es ordenado, esmerado, elegante y, a la vez, claro. Su griego es el más puro y rico de todo el Nuevo Testamento. Aunque dedica su Evangelio a un tal Teófilo, los verdaderos destinatarios son todos los gentiles. Características singulares de Lucas son su interés y precisión en lo que toca a enfermedades y otros detalles relacionados con la medicina, los capítulos sobre la infancia de Jesús, y su interés especial por presentar a Jesús como el Salvador del mundo, los episodios de Zaqueo (19:1–10), del ladrón arrepentido (23:39–43) y del buen samaritano (10:29–37), así como las parábolas del hijo pródigo, que tantas conversiones ha suscitado (15:11–32) y la del fariseo y el publicano (18:9–14). Como dice Ryrie «Éste es un Evangelio del compasivo Hijo del Hombre, que ofrece salvación a todo el mundo (19:10)».

CAPÍTULO 1

El Evangelio de Lucas comienza la narración de la vida de Cristo en una etapa anterior a la de las narraciones de Mateo y de Marcos, pues se remonta a la predicción e historia del nacimiento de Juan el Bautista. A continuación narra, en este mismo capítulo la anunciación, hecha por el ángel Gabriel a la virgen María del nacimiento de nuestro Salvador, la visita de María a su parienta Isabel y los detalles en torno al nacimiento del Bautista.

Versículos 1–4

Aunque los excesivos cumplidos y el lenguaje de la adulación no cuadran con el carácter cristiano y son reprobados por toda persona honesta, no se sigue que el creyente haya de ser descortés y falto de afabilidad y agradecimiento. No sabemos quién era este *Teófilo* («amado de Dios») a quien Lucas dedica el libro, sin faltar quienes opinan que se trata de un nombre simbólico que comprende a todo el que sea *amigo de Dios.* Pero no hay razón para descartar que se trate de una persona particular, probablemente un alto magistrado, a juzgar por el título con que Lucas se dirige a él, que es el mismo con que Pablo se dirige al gobernador Festo. Con ello se nos enseña que la religión no destruye la urbanidad, es decir los buenos modales, conforme a la exhortación de Pablo de *«pagar a todos lo que les debemos … al que respeto, respeto; al que honor, honor»* (Ro. 13:7).

I. Por qué escribió Lucas este Evangelio. Es cierto que fue movido o llevado por el Espíritu Santo (v. 2 P. 1:21), no *sólo para* escribir, sino también *en* el escribir; pero en ambos casos fue movido como un ser racional, no como una máquina y, por tanto, el Espíritu Santo no le dispensó de usar sus facultades y su información. Y lo que el Espíritu le movió a considerar fue:

1. Que las cosas de las que escribía eran *«ciertísimas»* (v. 1) entre los que habían creído; y, por consiguiente, cosas en las que debían ser instruidos. No pensaba escribir sobre cosas opinables o discutibles, sino *ciertísimas.* La doctrina de Cristo es tan cierta que miles y miles de los hombres más honestos de la Historia no han dudado en *aventurar su vida sobre ella.*
2. Que se requería *escribir ordenadamente* estas cosas (v. 3) es decir, que la *compilación* de la vida de Cristo (v. 1) había de hacerse *metódicamente.* Cuando las cosas se ponen ordenadamente sabemos mejor cómo hallarlas para nuestro propio uso, y cómo guardarlas mejor para uso de los demás.
3. Que había *muchos que habían tomado a su cargo compilar relatos* sobre la vida de Cristo. El servicio que otras personas prestan a Cristo no debe suplantar al nuestro, sino estimularlo.
4. Que la verdad de las cosas que iba a escribir estaba confirmada por el testimonio convergente de quienes habían sido testigos competentes y de excepción de tales cosas. Lo que él iba ahora a publicar estaba de acuerdo con lo que, una y otra vez, había sido enseñado de palabra por *«los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la Palabra* (v. 2). Por aquí vemos que:

(A) Los apóstoles eran *«servidores de la Palabra»* de Cristo. Así como ellos la habían recibido, la ministraban a otros (1 Jn. 1:1). No tenían un Evangelio que hacer como dueños, sino un Evangelio que predicar como *servidores.* (Acerca del vocablo que Lucas usa: *hyperetai*, digo en mi libro *La Iglesia, Cuerpo de Cristo* páginas 192–193: «indica el oficio de un remero de galeras, subordinado al comandante de la nave [comp. con Hch. 13:5] y que corresponde al hebreo *hazzán*, que designaba al guardián de los rollos de la Ley en la sinagoga [Lc. 4:20]. Lucas 1:2 lo usa para el ministerio de la Palabra, y el apóstol Pablo se lo apropia a sí mismo en Hch. 26:16; 1 Co. 4:1». Nota del traductor.)

(B) Los *servidores de la Palabra* eran «*testigos oculares*». Ellos *oyeron* las enseñanzas de Cristo, *vieron sus* milagros y observaron su conducta; no recibieron informes de segunda mano.

(C) Lo fueron *desde el principio* del ministerio de Cristo (v. 2). Jesús tenía consigo a sus discípulos cuando llevó a cabo su *primer* milagro (Jn. 2:11). Le acompañaron *«todo el tiempo … comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue llevado arriba»* (Hch. 1:21–22).

(D) El Evangelio *escrito,* que nos ha llegado hasta nuestros días, coincide exactamente con el Evangelio que fue *predicado* en los primeros días de la Iglesia.

(E) Lucas mismo llegó al conocimiento *ciertísimo* de estas cosas, *«después de haber investigado todo con esmero desde su origen»* (v. 3). Y, bajo la conducción del Espíritu Santo, llega a afirmar

implícitamente su competencia para tal trabajo, al decir: *«me ha parecido bien también a mí»* (v. 3a), es decir, *tan bien* como a los *«muchos»* del versículo 1. Y, de su capacidad de «buen investigador», nos ha dejado sobradas pruebas, tanto en el Evangelio como en el libro de *Hechos.* Se había impuesto como sagrada tarea el informarse bien, y la iba a cumplir con toda decisión. El Espíritu Santo escogió para esta tarea a un hombre culto, honesto y de un equilibrio psicológico excepcional. Y la *inspiración* ratificó lo que una buena *información* le proporcionó. Bien podía hablar, no sólo de gran *solidez* (v. 4), sino de *suprema certeza* (v. 1).

II. Obsérvese por qué lo dirigió a Teófilo: «Te he escrito estas cosas, *para que te percates bien de la solidez de las enseñanzas en las que fuiste instruido»* (v. 4). En esta frase queda insinuado que había sido *instruido,* ya sea antes de ser bautizado, ya sea después, ya se refiera a ambos tiempos, de acuerdo con Mateo 28:19–20. Con las mismas expresiones del original, podríamos traducir: «para que conozcas a la perfección la solidez de las enseñanzas sobre las cuales fuiste *catequizado»*. Los creyentes más expertos en la Palabra comenzaron por ahí: por ser *catequizados.* Este Evangelio se escribió con la intención de que se conociese *la solidez,* el terreno firme que pisamos cuando creemos en el Evangelio. Y, por tener una fundación tan sólida, podemos edificar, y ser edificados, sólidamente sobre él. Así, quienes han sido bien instruidos en las cosas de Dios, deben poner toda diligencia posible a fin de *percatarse bien* de estas cosas, para saber no sólo lo que creemos, sino también por qué lo creemos y, de este modo, *«estar siempre preparados para … dar razón de la esperanza que hay en nosotros»* (1 P. 3:15).

Versículos 5–25

Mateo comienza su Evangelio con la genealogía y nacimiento de Jesús. Marcos lo empieza con el ministerio del Bautista. Pero Lucas, al haber determinado dar un relato más detallado de la concepción y del nacimiento de Jesús, lo hace también de la concepción y del nacimiento del Bautista.

I. Lo que nos dice de los padres del Bautista: Vivían *en los días de Herodes, rey de Judea* (v. 5), el cual era idumeo, extranjero a la ciudadanía de Israel y a los pactos de Dios con su pueblo, y un mero representante de los romanos, quienes habían hecho recientemente de Judea una provincia del Imperio. Lucas recalca esto para hacer notar que el cetro se había marchado de Judá. Precisamente cuando Israel está sojuzgado, es cuando va a aparecer la gloria de Israel.

Y el padre de Juan el Bautista era *sacerdote,* descendiente de Aarón, y su nombre era *Zacarías* («Jehová se acordó», comp. con 1:72). No hubo en el mundo familias tan honradas por Dios como las de Aarón y David, con la primera hizo el pacto del sacerdocio; con la segunda, el de la realeza. Cristo era de la casa de David, su precursor de la de Aarón. Este Zacarías era *del turno de Abías.* Cuando, en tiempo de David, se multiplicó la descendencia de Aarón, el rey la dividió en 24 clases o turnos para mejor regularidad en el desempeño del oficio. La octava de dichas clases era la de *Abías* (1 Cr. 24:10), descendiente de Eleazar, el primogénito de Aarón, una vez que Nadab y Abiú (que eran mayores) hubieron muerto. La esposa de este Zacarías era también *«una de las descendientes de Aarón»,* y su nombre era *Elisabet,* el mismo nombre que el de la mujer de Aarón (*Elisheba,* v. Éx. 6:23), que significa «Dios es mi juramento» (comp. con 1:73). Los sacerdotes procuraban casarse con mujeres de su misma tribu, aun cuando había ciertos intercambios matrimoniales entre las tribus de Leví y de Judá, lo que explica el parentesco de Elisabet y María. Ahora bien, lo que aquí se nos dice de Zacarías y Elisabet es lo siguiente:

1. Que era una pareja muy piadosa: *«Ambos eran rectos delante de Dios»* (v. 6). Eran real y sinceramente rectos, pues lo eran *delante de Dios;* tenían la aprobación divina. Gran dicha es que quienes están unidos entre sí por el matrimonio, estén ambos unidos al Señor, «y *caminaban irreprochablemente en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor»*. Lo demostraban, *«no de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad»* (1 Jn. 3:18); por el camino en que andaban, y por la norma según la cual caminaban. Caminaban, no sólo en las *ordenanzas* del Señor, las cuales decían relación al culto divino, sino también en los *mandamientos* del Señor que se refieren a todos los casos de una buena conducta. No quiere decir esto que fuesen perfectamente santos, pero sí que ponían todo su empeño en serlo (comp. con Fil. 3:6, donde sale el mismo vocablo que aquí: *ámemptos,* irreprochable o irreprensible). Aunque no eran

sin pecado, eran *sin reproche* o, como dice Jesús de Natanael, *sin engaño* (Jn. 1:47). Nadie podía acusarles de ningún pecado notorio; vivían honestamente y sin ofensa para los demás.

2. Que *«no tenían hijo»* (v. 7). Los hijos son herencia y regalo del Señor. Son bendición valiosa y deseable; sin embargo, hay muchos que son *rectos delante de Dios,* pero carecen de esta bendición. *«Elisabet era estéril»,* y comenzaban a perder la esperanza de tener hijos, pues *«ambos eran de edad avanzada»* (lit. *«avanzados en sus días»).* Muchos eminentes personajes del Antiguo Testamento nacieron de madres que habían sido estériles, como Isaac, Jacob, José, Sansón, Samuel y, ahora, Juan el Bautista, para que su nacimiento fuese más señalado, y, para sus padres, una bendición más valiosa.

II. La aparición de un ángel a su padre Zacarías, cuando estaba ejerciendo en el templo su oficio (vv. 8–11).

1. Zacarías *«estaba ejerciendo su ministerio sacerdotal delante de Dios, en el turno de su grupo»* (v. 8). Era su semana de espera, y estaba desempeñando su oficio. Fue entonces, cuando *«le tocó en suerte, conforme a la costumbre del sacerdocio entrar en el santuario del Señor a quemar incienso»* (v. 9). ¡Gran suerte la suya! Sólo una vez en la vida podía caerle esta suerte a un sacerdote. Zacarías era ya viejo y nunca le había tocado esta suerte. Le tocó pues, quemar el incienso en el altar de oro, el de los perfumes junto al velo, aunque por la parte de afuera del Lugar Santísimo, en el que sólo el sumo sacerdote, una vez al año podía entrar.

Mientras Zacarías quemaba el incienso en el santuario *«toda la multitud estaba orando fuera, a la hora del incienso»* (v. 10). La multitud se ponía en oración (mental, pues sus voces no se oían), cuando, al toque de la campanilla, se les notificaba que el sacerdote había entrado a quemar el incienso. Obsérvese pues: (A) Que el verdadero Israel de Dios siempre fue un pueblo *orante.* (B) Que *entonces* cuando las ceremonias rituales, como esta de *quemar incienso,* se estaban celebrando, se demandaba la conjunta actuación de las obligaciones morales y espirituales. David sabía que, cuando estaba distante del altar, su oración podía ser oída *sin incienso.* Pero, cuando Zacarías estaba junto al altar de los perfumes, sabía que su incienso no sería aceptado *sin oración,* como no sirve para nada la cáscara sin el fruto. (C) Que de poco nos sirve estar donde se rinde culto a Dios, si nuestro corazón no se une al culto ni con los demás corazones en el culto. (D) Que todas las oraciones que ofrecemos a Dios en sus atrios son aceptables y eficaces únicamente en virtud del incienso de la intercesión de Cristo en el templo celestial, como se expresa claramente en Apocalipsis 8:3. Pero no podemos esperar que la oración de Cristo sea eficaz para nosotros, si nosotros no tenemos interés en orar; más aún, en perseverar en la oración (Ro. 12:12).

2. Cuando estaba desempeñando este honroso ministerio fue todavía más honrado con la aparición de un *mensajero* que le fue enviado desde el cielo: *«Entonces se le apareció un ángel del Señor»* (v. 11). Este ángel se colocó *«de pie, a la derecha del altar del incienso»* y, por tanto, a la derecha de Zacarías. La *mano derecha* es, en la Biblia, la mano del honor y del poder. El ángel estaba allí, no sólo para honrarle, sino también para confortarle.

3. La impresión que, con esto, recibió Zacarías: «*Al verle Zacarías, se turbó, y el temor cayó sobre él»* (v. 12. Trad. lit.). Aun cuando era *recto delante de Dios* e *irreprochable en su conducta,* la aparición de algo sobrenatural había de turbarle. Desde que el primer hombre pecó, la mente humana quedó incapacitada para soportar la gloria de tales revelaciones; y la conciencia humana, temerosa de recibir malas noticias con tales revelaciones. Por esta razón, Dios prefiere hablarnos por medio de hombres como nosotros, cuyo terror no nos hará temerosos.

III. El mensaje que el ángel le traía (v. 13). El ángel comenzó su mensaje con las mismas palabras que los ángeles solían usar: *«No temas»*. Quizás al ver al ángel, Zacarías temió que le viniese a reprender por alguna falta o incorrección en el ejercicio de su ministerio. Pero el ángel viene a decirle: «¡No temas! recóbrate del temor, para que puedas recibir con toda calma y pleno sentido el mensaje que voy a comunicarte». Veamos cuál es ese mensaje:

1. *«Tu petición ha sido escuchada»* (v. 13. Lit. *«fue oída»*). Dice Lenski: «Hacía mucho que Zacarías había dejado de orar por su hijo, porque, lo mismo que cualquier buen israelita, pensaba que él no tenía derecho de pedir un milagro a Dios. Mas ahora era el tiempo escogido por Dios para conceder todas aquellas fervientes peticiones antiguas». Por aquí vemos que las oraciones de fe no son olvidadas por Dios, sino que están como *archivadas* en el cielo. Quizá Zacarías oraba ahora por el advenimiento del

reino de Dios con la Venida del Mesías y, en este sentido, el ángel viene a decirle: «Tu oración ha sido oída *ahora;* porque tu esposa va a concebir al que será el precursor del Mesías». Hay escritores judíos que afirman que, cuando el sacerdote quemaba el incienso oraba por *la salvación de todo el mundo,* no sólo de los judíos. Esto está muy en consonancia con lo que el propio Zacarías dice en su cántico (Lc. 1:79), lo que nos lleva a Isaías 9:1–2 y, más arriba todavía, a Génesis 12:3, donde se le promete a Abraham que en él serían benditas *«todas las familias de la tierra».*

2. Tendrá un hijo en su ancianidad, de su esposa, hasta entonces estéril. Y le dice qué nombre ha de ponerle al niño: *Juan* (del hebreo *Yehojanan* = Dios favoreció con su gracia).

3. Este niño será el gozo y el júbilo de su familia y de todos sus parientes (v. 14): *«Tendrás gozo y júbilo».* Los favores son tanto mejor recibidos cuanto más fervientemente han sido deseados y esperados. Como si le dijera: «Vas a tener un hijo digno de que te regocijes grandemente por su llegada; muchos padres, si supieran de antemano lo que sus hijos van a ser, en lugar de *regocijarse* en su nacimiento, preferirían que no hubiesen nacido; pero yo puedo decirte lo que tu hijo va a ser, a fin de que, cuando nazca, tu *gozo* no esté mezclado con *temblor,* como aun los mejores padres reciben a los mejores hijos, sino que tu *gozo* estará mezclado con *júbilo únicamente. Más aún, muchos se regocijarán por su nacimiento;* todos los parientes, y todos los que os desean el bien, porque será un honor y un consuelo para toda la familia» (v. 1:58).

4. Este hijo (como su nombre lo declara), será un distinguido *favorito del Cielo* y una distinguida *bendición para la tierra.* El honor de tener un hijo no es nada comparado con el honor de tener *tal* hijo.

(A) *«Pues será grande a los ojos del Señor»* (v. 15). Dios lo tendrá continuamente ante su rostro. Será profeta, sí, *más que profeta* (Mt. 11:9; Lc. 7:26). Será *mucho,* y será *grande, a los ojos del Señor;* grande en carácter, tanto como en obra ¿Qué importa si los hombres nos subestiman (o nos sobreestiman), si, al fin y al cabo, lo que cuenta es lo que somos *«a los ojos del Señor»,* el único que *«conoce el corazón»?* (16:15, comp. con Jn. 2:25).

(B) Será un nazareo, separado para Dios de todo lo que contamina; en señal de esto, según la ley del nazareato, *«no beberá jamás ni vino ni licor».* Será un nazareo de por vida. Lo cual insinúa que quienes hayan de ser siervos *eminentes* de Dios y llamados a servicios *eminentes,* han de aprender a vivir una vida de abnegación y mortificación, como muertos a los placeres de los sentidos, y a guardar su mente de cuanto la oscurece y la perturba.

(C) También será ricamente equipado y cualificado para esos grandes y eminentes servicios: *«Será lleno del Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre».* Esta frase ha causado mucha confusión, no sólo entre los intérpretes de la Iglesia de Roma, sino también en muchos evangélicos poco preparados para *«trazar rectamente la palabra de la verdad»* (2 Ti. 2:15), por no comparar debidamente una Escritura con otra. Lucas 1:15 no quiere decir que Juan fuera regenerado espiritualmente desde el vientre de su madre (¿una «concepción inmaculada de Juan»?), ya que no es posible nacer de nuevo sin recibir la Palabra de Dios (v. Jn. 3:5 y, sobre todo, 1 P. 1:23), lo cual se lleva a cabo *mediante la fe* (Ro. 10:17; Ef. 2:8). La *plenitud* de la que aquí se habla no es de *gracia justificante,* sino de *poder profético,* para el que Juan, como Jeremías (v. Jer. 1:5) fue «santificado», en el sentido de «puesto aparte» para Dios. Juan, que era *«más que profeta»* mostró milagrosamente esta plenitud del Espíritu en el versículo 41, que explicaremos en su lugar. Este versículo 15, tomado en su totalidad, viene a ser una ilustración práctica de Efesios 5:18 donde Pablo contrapone el poder controlador de dos espíritus distintos: el espíritu de vino y el Espíritu Divino: «Y *no os embriaguéis con vino, en lo cual hay libertinaje, antes bien, sed llenos continuamente del Espíritu».* Por eso, vemos que la primera parte del versículo habla de abstenerse de vino y licor, para que Juan pueda ser controlado más eficazmente por el Espíritu Santo (aunque no ha de perderse de vista que Pablo no dice: «no bebáis vino», sino *«no os embriaguéis con vino»).* En todo caso, hay aquí una exhortación implícita (para todos) a la sobriedad y al dominio propio (Gá. 5:23; Tit. 2:12; 2 P. 1:6).

(D) Será el instrumento humano, usado por Dios para la conversión de muchas personas, y para prepararlas a recibir el Evangelio de Cristo (vv. 16–17). Será enviado a *«los hijos de Israel»* (v. 16), no a los gentiles; a *toda* la nación, no sólo a las familias de los sacerdotes. «*Y él mismo irá delante»* (v. 17), como Precursor del Señor, es decir, del Mesías. Irá delante para notificar que el Mesías está cerca, y para hacer que el pueblo se prepare a recibirle. Irá *«con el espíritu y el poder de Elías».* Esto es: (a) Será un hombre semejante a Elías en carácter personal, y actuará de manera semejante a como Elías actuó: predicará la necesidad de arrepentimiento y reforma a una generación corrompida y degenerada; audaz y

celoso en condenar el pecado y testificar contra él, incluso frente a los más poderosos (Acab, Herodes), odiado y perseguido por ello (Jezabel, Herodías). En su labor, será impulsado, como lo fue Elías, por el *espíritu* y el *poder* de Dios, con lo que su ministerio será coronado con un fruto maravilloso. Juan el Bautista fue delante de Cristo y de sus apóstoles, predicando lo esencial de la doctrina y de la práctica del Evangelio, diciendo: *«Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado»* (Mt. 3:2, comp. con 4:17). (b) En él se cumplirá (al menos, en un primer nivel histórico) la profecía de Malaquías 4:5, alusiva al *«Día de Jehová»,* el cual, como puede verse por Isaías 61:2, tiene dos tiempos distintos bien definidos: *«el año de la buena voluntad»,* que se cumplió en la Primera Venida del Mesías (comp. con Lc. 2:14); y «el *día de la venganza»,* que se cumplirá en la Segunda Venida del Mesías. En ambos tiempos, se cumplirá la venida de un Precursor *«para hacer que muchos de los hijos de Israel se vuelvan al Señor su Dios»* (v. 16). Todo cuanto tiende a hacernos *volver de la iniquidad,* tiende igualmente a hacernos *volver a Jesucristo* como a *nuestro Señor y Dios* (Jn. 20:28), porque cuantos son movidos por la gracia a sacudir de sí el yugo del pecado, son persuadidos a tomar sobre sí el yugo del Señor Jesús. (c) Con eso, *«hará volver los corazones de los padres a los hijos»,* es decir, promoverá una campaña de reavivamiento nacional, a fin de que haya unidad de fe y esperanzas en la nación y desaparezcan las discordias (en Malaquías se añade: «*y el corazón de los hijos a los padres»); «y a los desobedientes* (lit. *que no se dejan persuadir) por la prudencia (o sensatez) de los justos*». La construcción gramatical del original favorece a la opinión de Lenski quien traduce así: *«para volver los corazones de los padres a los hijos y desobedientes, por medio de la sensatez* (*o* prudencia) *de los justos»*. En otras palabras, por medio de la sensatez, el buen sentido práctico del remanente fiel y, especialmente, del obediente Mesías, vendrá sobre los hijos desobedientes el buen sentido de los patriarcas, ya que Dios puede sacar *«hijos a Abraham»* hasta de las piedras (3:8). Dice Lenski: «A los incrédulos y a los desobedientes les falta aun el buen sentido, porque ellos tontamente se ponen bajo la condenación divina». Por aquí vemos, (i) que la verdadera piedad es *la sensatez de los justos;* en ser piadosos, manifestamos juntamente amor al Señor y suma prudencia; (ii) no hay que desesperar de que los más rebeldes se vuelvan sensatos, pues la gracia de Dios tiene poder para vencer la ignorancia más supina y los más arraigados prejuicios; (iii) el gran objetivo del Evangelio es volver a los hijos pródigos lo mismo que a los criados rebeldes (como Agar) a *la casa* de Dios, y «*reconciliar con Dios a ambos*» (Ef. 2:16); al judío y al gentil, al libre y al esclavo, al pobre y al rico, al varón y a la mujer. (d) De esta manera, *«preparará para el Señor un pueblo bien dispuesto»*. Cuantos han de dedicarse al Señor y hallar en Él plena satisfacción, deben ser *preparados* y estar *bien dispuestos* a recibirle. Y no hay nada que mejor prepare a una persona para el encuentro con el Salvador que el sincero arrepentimiento del pecado. Cuanto más honda es la convicción de pecado, tanto más valiosa aparece la salvación en Jesucristo.

IV. La incredulidad de Zacarías ante la predicción del ángel y la reprensión que recibió de él. Aquí se nos dice:

1. Cómo expresó Zacarías su incredulidad: *«¿Cómo podré estar seguro de esto?»* (v. 18). Hay tantos casos en el Antiguo Testamento de padres que tuvieron hijos en su ancianidad y, sin embargo, él no puede creer que va a tener este hijo prometido: *«Porque yo soy anciano, y mi esposa es de edad avanzada»*. Por consiguiente, quiere tener una señal para creer. Aunque el mensaje le había sido comunicado en el templo, aunque le había sido dado cuando estaba orando y quemaba incienso, y a pesar de que una firme convicción en la omnipotencia de Dios era suficiente para silenciar todas las objeciones, sólo la consideración de que él y su esposa eran de edad avanzada hizo, al contrario que en el caso de Abraham, que su fe se tambaleara ante la promesa.

2. Cómo fue silenciada su incredulidad, y él mismo fue silenciado por ella:

(A) El ángel le cierra la boca. Él había preguntado: *«¿Cómo podré estar seguro de esto?»* Y el ángel responde: «*Yo soy Gabriel*» (v. 19), interponiendo su propio nombre en la profecía, ya que Gabriel significa «poder de Dios». Y añade: *«Que estoy de continuo en la presencia de Dios»;* como si dijese: «Aunque estoy hablando contigo aquí, estoy también en la presencia de Dios, y *he sido enviado a hablar contigo,* precisamente para *anunciarte estas buenas noticias,* las cuales, al ser dignas de toda aceptación, deberías haberlas recibido con gozo».

(B) El ángel lo deja mudo: «Para que no sigas poniendo objeciones, *ahora vas a permanecer en silencio* (v. 20); si deseas tener una señal que te ayude a creer, la vas a tener de tal clase que va a servir de castigo de tu incredulidad, pues *estarás sin poder hablar hasta el día en que sucedan estas cosas.* Te vas

a quedar mudo y sordo». El vocablo significa ambas cosas. Y se confirma por el hecho de que, no sólo él hacía señas a los demás (v. 22), sino que también los demás a él (v. 62). Dios le envía un justo castigo por haber puesto objeciones a la palabra de Dios. Pero también obró Dios misericordiosamente con él, puesto que: (a) así le impidió pronunciar más expresiones de desconfianza. Mejor es no hablar que hablar mal; (b) así robusteció su fe, y, al ser incapaz de hablar, tuvo mayor oportunidad para meditar; (c) así se le impidió divulgar la visión y jactarse de ella; (d) fue una gran misericordia de Dios el que la profecía se cumpliese a su debido tiempo, a pesar de su pecaminosa incredulidad. No iba a quedar mudo para siempre, sino solamente «*hasta el día en que sucedan estas cosas*» y entonces serán abiertos sus labios para que pueda *comenzar a hablar bendiciendo a Dios* (v. 64).

V. La vuelta de Zacarías a la gente que esperaba allí, después, a su familia; y la concepción de este hijo de la promesa.

1. *El pueblo estaba aguardando* (v. 21), porque tenía que pronunciar Zacarías sobre ellos la bendición en nombre del Señor. Por eso, no se marcharon, sino que aguardaron pacientemente, aunque *se extrañaban de su demora en el santuario,* y temían que le hubiera acontecido algún percance.

2. *Cuando salió, no podía hablarles* (v. 22). Según su oficio, debía dar la bendición al pueblo, pero se encontraba incapaz de hacerlo.

3. Hizo lo posible, por medio de *señas,* para hacerles comprender *que había visto una visión.* Esto nos recuerda que el Antiguo Testamento nos habla por señales, mientras que el Evangelio nos habla con lenguaje articulado y nos da una visión clara de lo que en el Antiguo Testamento sólo puede verse *mediante espejo borrosamente* (comp. con 1 Co. 13:12).

4. Se quedó allí hasta que *se cumplieron los días de su servicio sacerdotal* (v. 23), porque, aun cuando no podía hablar sí que podía cumplir con el ministerio de quemar incienso. Cuando no podemos hacer, en el servicio de Dios, lo que querríamos, Dios aceptará lo que podamos hacer; sobre todo, cuando todavía somos capaces de quemar ante Él el incienso de nuestras oraciones (v. Ap. 5:8).

5. Entonces *se marchó a su casa, y concibió su mujer* (v. 24). Ella *se mantuvo recluida durante cinco meses:* (A) Para no causarse a sí misma ningún perjuicio; (B) Para no exponerse a ninguna contaminación legal que pusiera en peligro el nazareato del niño; (C) Hay quienes opinan que fue también por un exceso de modestia. Ella misma dice: «*Así ha obrado el Señor conmigo … para quitar mi oprobio entre los hombres*» (v. 25). La fecundidad era considerada entre los judíos como una bendición tan grande, que resultaba sumamente oprobioso ser estéril; y las estériles eran sospechosas, a los ojos de los hombres, de haber cometido algún gran pecado oculto. Elisabet proclama así su triunfo, pues no sólo le ha quitado Dios el oprobio que pesaba sobre ella, sino que le ha conferido gran gloria al *«fijarse en ella»* de un modo tan maravilloso.

Versículos 26–38

Ahora se nos dice todo lo que convenía que supiésemos acerca de la encarnación y concepción de nuestro bendito Salvador. El mismo ángel Gabriel, que había sido enviado a Zacarías para anunciarle los propósitos de Dios concernientes al hijo de él, es enviado también a la virgen María, ya que ambos hechos estaban conectados en la misma gloriosa obra de la redención.

I. Se nos da primero un breve informe acerca de la madre de nuestro Señor:

1. Su nombre era *María,* al que corresponde el hebreo *Miriam,* como la hermana de Moisés y Aarón, y significa, con la mayor probabilidad, *exaltada.*

2. Era de linaje real, descendiente de David, como se desprende principalmente de la genealogía de Lucas 3:23 y ss., puesto que se trata, con la mayor probabilidad, de la genealogía de la propia virgen María.

3. Era *virgen,* pero *prometida en matrimonio (desposada) a un varón llamado José, de la casa de David* (v. 27. V. Mt. 1:20), aun cuando ejercía el modesto oficio de carpintero o artesano. Así que la madre del Señor era *virgen,* pero virgen *desposada,* con lo que se confirma el honor debido al estado matrimonial (v. He. 13:4).

4. Vivía *en una ciudad de Galilea, llamada Nazaret* (v. 26), en un extremo del país y en una región de poca reputación en cuanto a religión y conocimiento de las Escrituras, y tan cerca de la gentilidad, que se la llama *«Galilea de los gentiles»* (Is. 9:1; Mt. 4:15). Aquí es donde el ángel la visitó. No hay distancia ni lugar tan bajo que constituyan un obstáculo para recibir los favores que Dios tiene en reserva para los suyos (comp. con Hch. 11:13).

II. El *mensaje* que el ángel le comunicó (v. 28). La sorprendió con el saludo: *«¡Salve, muy favorecida!»* Este saludo tenía por objeto:

1. Levantar el ánimo de ella, quien, consciente de su propia pequeñez (v. 48), se había de tener por indigna de tan excelso favor.
2. Excitar en ella la expectación de grandes nuevas, no de tierras lejanas, sino del Cielo mismo. Veamos lo que el ángel le dice:

(A) «Eres *grandemente favorecida.* Al escogerte para madre del Mesías, Dios te confiere un honor extraordinario singular».

(B) *«El Señor está contigo*. Está contigo para bendecirte, para distinguirte, para robustecerte en tu papel de madre del Mesías.» Si Dios está con nosotros, no debemos temer el asalto de ningún enemigo ni la incapacidad para llevar a cabo cualquier servicio que Él tenga a bien encomendarnos.

(C) *«¡Bendita tú entre las mujeres!»* Aun cuando esta parte del versículo es, probablemente, una interpolación del versículo 42 expresa, con todo, una faceta más del gran favor que a María se le confiere: Entre todas las mujeres, ella ha tenido el privilegio singular de ser escogida para madre del Señor (v. 43). Ella misma lo declara al decir: *«me tendrán por dichosa todas las generaciones»* (v. 48). Ella modelo de fe (v. 45) como Abraham, no sólo es bendita, sino fuente de bendición (comp. con Gn. 3.15; 22:18) puesto que había de dar a luz al Salvador mismo.

III. La gran turbación de ella, al oír esas palabras (v. 29). Es de notar que no se turbó por la presencia del ángel, sino por las *palabras* del ángel, consciente de que no merecía el honor que se le tributaba. Por eso, *consideraba o reflexionaba qué significaría este saludo:* qué sentido tenía, qué alcance tenía, qué objetivo perseguía, etc. La actitud de María en esta ocasión es un ejemplo para las jóvenes, a fin de que se paren a considerar sobre el alcance e intención de los saludos que se les dirigen.

IV. El mensaje mismo que el ángel iba a comunicarle. Puesto que ella no había respondido palabra alguna al saludo del ángel, éste continúa confirmando lo que le había dicho anteriormente: *«Deja de temer* (nótese el tiempo presente), *María, porque has hallado gracia ante Dios»* (v. 30). No dice: «Dios ha hallado gracia en ti», sino: *«Has hallado gracia ante Dios»*. Como si dijese: «Si Dios te ha conferido un favor tan especial, mayor que lo que tú crees merecer, no sigas temiendo, pues el que está contigo en el favor estará contigo con su poder infinito». A continuación, el ángel le hace una gran revelación:

1. Aunque es *virgen,* va a tener el honor de ser *madre: «Mira, concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús»* (v. 31).
2. Aunque ella vive en oscuridad y pobreza tendrá el honor de ser la madre del Mesías; su hijo se llamará *Jesús* (Jehová salva). *«Éste será grande,* tan grande que *será llamado* (y llamado con toda propiedad) *Hijo del Altísimo»* (v. 32). Así también, quienes son llamados *hijos de Dios,* son verdaderamente grandes, y como tales han de comportarse (1 Jn. 3:1–3). No sólo será grande *en lo alto,* sino también *en este mundo,* puesto que, aun cuando ha de aparecer *en la forma de esclavo* (Fil. 2:7), *el Señor Dios le dará el trono de su padre David.* No será su pueblo quien le conferirá esta dignidad, puesto que no lo recibirán (Jn. 1:11), sino Dios mismo quien le establecerá en el trono (Sal. 2:6–9). El ángel le asegura: (A) Que reinará sobre Israel; (B) Que reinará para siempre: «*su reino no tendrá fin»* (v. 33). Otros reinos perduran, a lo más por algunas generaciones; el suyo será *eterno* (Sal. 45:6; Dn. 7:27; He. 1:8).

V. El ángel le da más información a requerimiento de ella. En efecto:

1. Ella le hace una pregunta pertinente: *«¿Cómo será esto puesto que no conozco varón?»* (v. 34). Ella sabía (Is. 7:14; Mt. 1:23) que el Mesías había de nacer de una *virgen,* si ella ha de ser su *madre,* desea saber cómo ha de ser eso, qué tiene que hacer ella, ya que, por el momento, no mantiene relaciones

sexuales con ningún hombre. No duda sobre el *hecho,* como había dudado Zacarías, sino que sólo inquiere en cuanto al *modo,* al desear una información más clara.

2. El ángel responde satisfactoriamente a la pregunta de ella (v. 35).

(A) Concebirá por *el poder del Altísimo,* ya que *el Espíritu Santo vendrá sobre ella* para llevar a cabo la obra de la Encarnación del Hijo de Dios. La idea de *cubrir con su sombra* parece tomada de la presencia de Dios en la nube de la *shekinah*.

(B) No tiene, pues, que preocuparse acerca del modo, sino esperar receptivamente a que el Espíritu de Dios haga su obra en el interior de ella, en el secreto lugar donde *somos formados* (Sal. 139:13–16). Si la formación de cualquier ser humano es un misterio, ¿qué diremos del grandioso misterio de la formación del *embrión* en el que, desde el vientre de María, estaba *corporalmente toda la plenitud de la Deidad* (Col. 2:9)?

(C) En consecuencia, *«el santo ser»* (lit. *lo santo)* que va a nacer de ella, *«será llamado Hijo de Dios»*. Es decir, ese *embrión* puro, ya que, desde el principio de su existencia es preservado *santo* por la acción del Espíritu, estará unido, en unidad de persona (hipostática) al Verbo de Dios (Jn. 1:14), y constituirá así un solo *Hijo de Dios* en dos naturalezas, con lo que resulta la perfecta identidad del hombre-Jesús con la Segunda Persona de la Trina Deidad. Para evitar confusiones, nótese bien que no es la *naturaleza* divina la que se une a la *humana* de Cristo (así, las tres personas divinas resultarían encarnadas), sino que la Segunda Persona de la Deidad (y ella sola) hace *suya* la humanidad de Jesús. Es un misterio paralelo al de la Trinidad, pero «a la inversa»: En la Trinidad, *tres* personas tienen en común *una* sola naturaleza divina; en la Encarnación, *dos* naturalezas subsisten en *una* sola persona, la del Hijo de Dios.

3. Para robustecerla en la fe y en el ánimo, el ángel le comunica que su *parienta Elisabet,* aunque estéril y avanzada en años, *«también ella ha concebido en su vejez»* (v. 36). Comienza así una época de prodigios: *«Y ya está de seis meses la que era llamada estéril»*. Y el ángel concluye al establecer el principio general del que su mensaje adquiere su certeza indudable: *«Porque ninguna cosa será imposible para Dios»* (v. 37). Así que ninguna *palabra* de Dios es *increíble* para nosotros, ya que ninguna *obra* de Dios es *imposible* para Él.

VI. La conformidad de ella a la voluntad de Dios con respecto a ella (v. 38). Vemos:

1. Alguien con fe en la autoridad divina: *«He aquí la esclava del Señor»*. Como si dijera: «Señor, estoy completamente a tu servicio». Así deja el asunto completamente en las manos de Dios y se somete por entero a su voluntad.

2. Alguien con esperanza en el favor divino. No sólo está contenta de que así sea, sino que desea humildemente que así se realice: *«Hágase conmigo conforme a tu palabra»*. Como María, también nosotros debemos, en nuestros deseos, guiarnos por la Palabra de Dios; y, en nuestras esperanzas, fundarnos y descansar sobre ella. Digamos como ella: Hágase conforme a tu palabra, y no de otra manera.

Tan pronto como ella expresó su consentimiento, *se marchó el ángel de su presencia.* Cumplida su misión, regresó a Dios, en cuya presencia de continuo estaba (v. 19).

Versículos 39–56

Ahora tenemos una entrevista entre dos madres dichosas, Elisabet y María. A veces, el mejor servicio que podemos prestar a dos personas es ponerlas en comunicación a la una con la otra para que intercambien noticias.

I. La visita que María hizo a Elisabet (v. 39). En vez de quedarse en casa y concentrarse en lo que ocurría en el interior de ella misma, María *«se levantó y se marchó deprisa a la región montañosa, a una ciudad de Judá»*. En ello mostró interés por los demás, diligencia y presteza, si tenemos en cuenta que era un viaje muy largo. Se supone que fue allá para regocijarse con su parienta y amiga. Quizás hubo también otro motivo: Hablar con toda confianza con alguien a quien comunicar su secreto, pues nos es permitido sospechar que no tenía tal confianza con sus vecinas de Nazaret. La noticia del ángel sobre la similar experiencia de Elisabet hubo de influir también de un modo decisivo en esta determinación de María de ir prestamente a visitar a su prima. Gran beneficio es para los creyentes visitarse mutuamente para hablar de las cosas del Señor y sentir, de una manera especial, la presencia del Señor entre ellos (v. Mt. 18:20).

II. El encuentro entre María y Elisabet: «María *entró en casa de Zacarías, y saludó a Elisabet»* (v. 40). El resultado de este saludo se ve en dos hechos asombrosos:

1. *«En cuanto oyó Elisabet el saludo de María, saltó la criatura en su vientre»* (v. 41). Es probable que Elisabet hubiese sentido antes algún movimiento de la criatura que llevaba en su vientre pero ahora fue algo excepcional lo que llamó la atención de la madre. Hay quienes opinan que la excitación misma de Elisabet ante el saludo de María fue la causa de este *saltar* de la criatura, pero el texto sagrado insinúa, más bien, que la criatura saltó como para dar a entender a su madre que delante se hallaba ya, aunque en embrión, Aquél de quien él mismo iba a ser el Precursor.

2. «*Y Elisabet fue llena del Espíritu Santo»,* es decir del Espíritu de profecía (v. Ap. 19:10), que daba testimonio de Jesús. Como a los profetas de antaño, el Espíritu de Dios vino sobre ella para que expresase sus sentimientos bajo el impulso divino, no por su propia iniciativa.

III. La bienvenida que Elisabet, por el Espíritu de profecía, dio a María, la madre de nuestro Señor:

1. La felicitó por el honor que le había sido otorgado, diciéndole *«con gran voz: ¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!»* Si la primera parte de esta felicitación ya estuvo en boca del ángel, como algunos MSS atestiguan, Elisabet añade esa segunda parte que el ángel no pudo pronunciar, porque el fruto del vientre de María no había sido todavía concebido en el momento en que Gabriel la saludó (v. 28). Notemos que Elisabet era esposa de un sacerdote y entrada en años, pero no tiene celos de que su prima, mucho más joven que ella, tenga el gran honor de concebir en su virginidad y ser la madre del Mesías. Más aún, ella se regocija en que su prima tenga tal honor, aun cuando el suyo propio sea menor. Esto nos enseña, no sólo a reconocer que Dios nos concede favores que no merecemos, sino también a regocijarnos de que otros sean agraciados por Dios con mayores favores que nosotros.

2. Reconoce la condescendencia de María en hacerle esta visita: «*Y, ¿de dónde a mí esto, que la madre de mi Señor venga a mí?»* (v. 43). Notemos que Elisabet llama a María *la madre de su Señor*. Dice Lenski: «En el relato, KURIOS siempre se ha referido constantemente a JEHOVÁ, pero aquí repentinamente se refiere al Hijo de María. Elisabet usa "mi Señor" en el mismo sentido que David en el Salmo 110:1, el hebreo ADONAY, "mi Señor Soberano", mi poderoso Gobernante. Elisabet se anticipa a todo el mundo Cristiano, el cual más tarde, y también por inspiración del Espíritu Santo, llamó a Jesús "Señor" en el mismo sentido 1 Corintios 13:3». Si comparamos Lucas 1:43 con Romanos 8:32 y Gálatas 4:4, no tendremos inconveniente en ver a María como la madre del Hijo de Dios según la carne. Por eso esta visita es tenida por Elisabet como un favor extraordinario del que se cree indigna. Por aquí vemos que quienes son llenos del Espíritu Santo, son inclinados a pensar *bajamente* de sí mismos, y *altamente* de los favores que Dios les otorga.

3. Proclama la concurrencia del salto de la criatura en su vientre con el saludo que María le ha dirigido: *«Porque tan pronto como llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo la criatura en mi vientre»* (v. 44). Había saltado como de gozo por la presencia del Mesías, a quien él mismo había de preparar el camino. Esta experiencia serviría para robustecer más y más la fe de la virgen, al ver que tales seguridades eran otorgadas también a su parienta.

4. Encomia la fe de María: *«¡Bienaventurada la que ha creído!»* (v. 45). Sin duda, en la mente de Elisabet, la fe de María contrastaba con la de Zacarías, su propio marido. Las almas que creen son almas benditas y bienaventuradas, pues creer en la Palabra de Dios es estar seguro de que esa palabra no puede fracasar. Con C. R. Bliss, y contra la opinión de Lenski, pensamos que la propia construcción gramatical y, en especial, el sentido de la frase, favorece la traducción «… *la que ha creído que tendrán cumplimiento las cosas que le han hablado* (lit. *le han sido habladas) de parte del Señor»*. La fidelidad de Dios es la bienaventuranza de la fe de los santos. Quienes han experimentado en sí mismos el cumplimiento de las promesas de Dios deben animar a otros a esperar que Dios será fiel a su palabra también con relación a ellos.

IV. El cántico de alabanza de María en esta ocasión. La profecía de Elisabet era como un eco del saludo de la virgen María, y este cántico es un eco todavía más fuerte de aquella profecía. Podemos suponer a la virgen María fatigada de su largo viaje; sin embargo, se olvida de ello y se siente inspirada de nueva vida, de nuevo vigor y gozo, con la confirmación que de su fe halla ahora.

1. Primero tenemos las expresiones de gozo y alabanza, y sólo Dios es el centro de estas expresiones. Obsérvese cómo habla de Dios María:

(A) Con gran reverencia: *«Engrandece mi alma al Señor»* (v. 46). Sólo quienes piensan altamente y honorablemente de Dios, muestran ser los adelantados en las misericordias del Señor. Cuanto mayores sean los favores y los honores que Dios nos otorga, tanto mayores deben ser el honor y la alabanza que hemos de tributarle; y sólo cuando nuestra *alma,* lo más interior de nuestro ser, engrandece a Dios, son aceptables a Dios las alabanzas que le tributamos. La obra de alabanza es obra del alma.

(B) Con gran complacencia en Dios como en el Salvador de ella: «Y *mi espíritu ha saltado de gozo en Dios mi Salvador»*. Esto parece hacer referencia al Mesías, de quien ella iba a ser madre. Le llama *Dios y Salvador,* porque el ángel le había dicho que lo que había de nacer de ella era el *Hijo del Altísimo.* Sin embargo es más probable que María se refiera a Dios mismo y no al Mesías, de cuya divinidad sólo después de Pentecostés tendría un testimonio seguro y sin perplejidades. En todo caso, ella manifiesta aquí su necesidad, común a todos los seres humanos, de un *Salvador,* sin el cual, recibido por fe, habría estado perdida como los demás (Ro. 3:23).

2. Luego tenemos los motivos que ella expresa como causa del gozo que la embarga y de las alabanzas que tributa al Señor:

(A') Primero, por lo que ha hecho Dios con ella (vv. 48–49). Su *alma y su espíritu* (paralelismo de sinonimia) se regocijan en Dios, *«porque ha puesto sus ojos sobre la pequeñez de su esclava»,* como si dijera: «Me ha escogido a mí para tal honor, a pesar de mi oscuridad, de mi pobreza y de mi insignificancia». Ajustándonos al original griego, María no dice «humildad» (comp. con el vocablo de Ef. 4:2) sino «pequeñez». En otras palabras María no proclama su humildad, sino que la practica. Hay quienes están orgullosos de su humildad, lo cual no es humildad ni cosa que se le parezca. Si Dios ha puesto sus ojos en la pequeñez de una mujer con ello mismo ha mostrado su favor hacia la humanidad entera; por lo que la humanidad entera puede con toda razón corresponder al alabar el honor que Dios ha otorgado a María: *«Pues he aquí que desde ahora me tendrán por dichosa todas las generaciones»*. Ya la había llamado «dichosa» su propia prima Elisabet, pero ahora ella declara que *todas las generaciones,* de todas naciones, la habrían de llamar *dichosa:* La Bienaventurada virgen María. Luego expresa la misma idea con otras palabras: *«Porque ha hecho por mí grandes cosas el Poderoso»*. Gran cosa por cierto, era que una virgen concibiera; gran cosa, también, que el Mesías naciera ahora, y de ella. Sólo el poder infinito de Dios era capaz de tales maravillas. Y añade: *«Santo es su nombre»*. Sólo un poder omnímodo, asociado a una santidad infinita, es capaz de llevar a cabo estas realidades gloriosas. El que todo lo puede, todo lo hará bien y para nuestro mayor bien (v. Ro. 8:28).

(B') Después, por lo que ha hecho a otros. La virgen María, como madre del Mesías, viene a convertirse en alguien del dominio público y, por eso, su mirada alcanza a las últimas lejanías del tiempo y del espacio y se percata de las diversas maneras de obrar Dios con los hombres (vv. 50 y ss.). Es una verdad ciertísima que Dios tiene grandes reservas de misericordia (v. Lm. 3:22–23), pero nunca se vio esto tan claramente como cuando envió a su Hijo al mundo para salvar a los hombres (ver Tit. 2:11–14; 3:4–7): «*Y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen*» (v. 50). Así ha sido siempre, pero nunca como al enviar a su Hijo para traer justicia eterna, y obrar salvación eterna, a favor de los que le temen *«de generación en generación»,* pues los privilegios del Evangelio se transmiten como por herencia de mayorazgo (v. He. 12:23) y son a perpetuidad. Mientras el mundo subsista, las misericordias de Dios estarán sobre los que le temen: la misericordia que perdona, que sana, que acepta y que glorifica, de generación en generación. Es una verdad constatada, tanto por las Escrituras como por la experiencia, que Dios abate a los orgullosos, a los autosuficientes, a los potentados, y exalta a los pobres en espíritu, a los humildes, a los hambrientos de justicia; y siempre lo hace *con la fuerza de su brazo* (comp. con Jer. 17:5–10). En el curso de su providencia, Dios emplea el método contrario al del hombre (v. Is. 55:8): Los *arrogantes* confían en llevarse por delante todo y a todos, pero Dios los *desbarata* (v. 51); *los potentados* piensan estar bien seguros en sus solios, pero Dios los *abate* (v. 52); los *ricos,* que ponen toda su confianza en los tesoros de este mundo, se encuentran, tarde o temprano, *con las manos vacías* (v. 53); mientras que los de humilde condición y los hambrientos son exaltados y saciados por Dios. Éste es el espíritu de las bienaventuranzas en el Sermón del monte (Mt. 5:3 y ss.). De esta forma lleva Dios al desengaño a los que se prometen grandes cosas en el mundo, pues sólo de manos del Poderoso pueden obtenerse realmente *grandes cosas* (v. 49). Ésta es, sobre todo, la gracia del Evangelio:

(a) En los honores espirituales que otorga. Así vemos que son rechazados los orgullosos fariseos, mientras que los publicanos y pecadores van delante de ellos al reino de los cielos; y también lo fueron los judíos que buscaban justificarse según la ley, mientras que los gentiles que no iban tras la justicia, la alcanzaron, no por la ley, sino por fe (v. Ro. 9:30–32); y también lo fueron los sabios, los potentados y los nobles según la carne, mientras que los tenidos por necios, por débiles y por viles, fueron escogidos, no sólo para recibir la gracia, sino también para proclamar el Evangelio y plantar la Cristiandad en el mundo (1 Co. 1:26–27).

(b) En las riquezas espirituales que concede. Quienes sienten necesidad del Salvador, son colmados de bienes, de los mejores bienes (v. 53), de forma que obtienen satisfacción completa, pues Jesús vino para que tuvieran vida y la tuvieran en abundancia (Jn. 10:10); acogió benigno a los que tuvieron hambre y sed de Él (Jn. 6:35–37), e invitó a todos los que se sienten fatigados y cargados (Mt. 11:28). En cambio, los que se creen ricos, no necesitados de nada, llenos de sí mismos, como la iglesia de Laodicea (Ap. 3:17, comp. con 2:9), son, a los ojos de Dios que todo lo penetran, *despedidos* de su puerta; algo bien merecido, por haber dejado al Señor fuera de la puerta (Ap. 3:20). Los que vienen *llenos de sí mismos,* marchan *vacíos de Cristo;* en cambio, donde el «yo» es negado, Cristo vive y lo llena todo (v. Gá. 2:20).

3. Mención especial de Israel en el cántico de María (vv. 54–55). Siempre se abrigaba la esperanza de que el Mesías sería la fuerza y la gloria del pueblo de Israel, y así lo fue: *«Vino en ayuda de Israel su siervo».* Venía a tomar de la mano y ayudar a quienes no podían ayudarse a sí mismos. La venida del Mesías era la misericordia más grande que Dios hacía a su pueblo. Pero las condiciones estaban ya expresas en Sofonías 3:12. Sólo unos pocos las cumplieron en esta primera Venida del Mesías. Esta ayuda le vino a Israel:

(A") *Para recuerdo de misericordia* (v. 54). Mientras se demoraba esta gran bendición, el pueblo estaría inclinado a preguntar: *¿Se ha olvidado Dios de sus misericordias?* Pero ahora se hacía manifiesto que Dios no se había olvidado, sino que mantenía vivo el recuerdo de su misericordia y fidelidad (Sal. 98:3, al que parece aludir María).

(B) *Para cumplimiento de su promesa* (v. 55). Era una misericordia, no sólo destinada, sino también profetizada, pues así lo había Dios dispuesto y hablado a Abraham, cuando le dijo que en su descendencia serían bendecidas todas las familias de la tierra (Gn. 22:18). Lo que Dios ha hablado, lo llevará a cabo, pues su Palabra es eficaz (He. 4:12) y todas sus promesas son en Cristo *Sí* y *Amén,* seguras con seguridad divina (2 Co. 1:20), y como tales han de proclamarse, *por medio de nosotros, para la gloria de Dios.* Esto es lo que hace aquí María.

V. Finalmente, María *regresó a su casa* (v. 56), a Nazaret, después de *permanecer con su prima Elisabet unos tres meses.* Permaneció con ella, mientras pudo sentarse a solas con ella y meditar en silencio sobre el gran misterio que en ella, y en su prima, se llevaba a cabo, pero se marchó antes de que Elisabet diera a luz; probablemente, para no verse envuelta en la publicidad que adquiriría el hecho del nacimiento del Bautista. Dice Lenski: «Opinamos que María se apresuró a regresar a su casa porque no quería encontrarse con quienes muy pronto acudirían en gran número a la casa de Elisabet».

Versículos 57–66

I. Nacimiento de Juan el Bautista (v. 57): *«Se le cumplió a Elisabet el tiempo de dar a luz, y dio a luz un hijo».* Los favores prometidos por Dios se cumplen a su debido tiempo, que es el tiempo de Dios, y no antes.

II. El gran gozo que hubo entre todos los parientes de la familia, a causa de este suceso extraordinario (v. 58): *«Oyeron sus vecinos y parientes … y se regocijaban juntamente con ella».* Aquí vemos que estos vecinos y parientes mostraron: 1. Una *piadosa* referencia a Dios, pues *«oyeron … que el Señor había mostrado gran misericordia hacia ella».* Muchos elementos se combinaban para que esta misericordia fuera *grande:* la anterior esterilidad y la vejez de Elisabet, pero, sobre todo, que *«sería grande a los ojos del Señor»* (vv. 14–15) el hijo que le había nacido. 2. Una *amistosa* deferencia a la propia Elisabet: «Se regocijaban *juntamente con ella».* También nosotros deberíamos así regocijarnos en el bien y la prosperidad de nuestros vecinos, amigos y parientes, y dar gracias a Dios por los beneficios impartidos a ellos como por los impartidos a nosotros mismos.

III. La discusión que hubo entre ellos a causa del nombre que se le había de poner al recién nacido (v. 59): «Al *octavo día vinieron a circuncidar al niño»*. Los mismos que se regocijaron en su nacimiento, se reunieron en el día de su circuncisión. La mayor alegría que podemos sentir acerca de nuestros hijos es la de *dedicarlos al Señor.* Y la conversión de nuestros hijos habría de ser para nosotros motivo de mayor gozo que el día de su nacimiento.

Había la costumbre de *poner nombre* a los niños cuando se les circuncidaba, pues está muy puesto en razón que se les dejase sin nombre hasta que, con su propio nombre, fueran dedicados a Dios.

1. Unos proponían que *se llamara Zacarías según el nombre de su padre* (v. 59). Pensaban así honrar de manera especial al padre, de quien no se esperaba que tuviera más hijos.

2. Pero la madre se opuso: *«No, sino que se ha de llamar Juan»* (v. 60), ya que sabía de parte de Dios que así había de ser llamado (v. 13). Así sería digno de su nombre («Dios agració»), por cuanto él había de ser el introductor del Evangelio de Cristo, donde la gracia de Dios brilló más que nunca antes (Tit. 2:11; 3:4), pues Jesús *«sacó a la luz la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio»* (2 Ti. 1:10).

3. Sus parientes objetaban que: *«No hay nadie de tu parentela que se llame con este nombre»* (v. 61). En esto, no les asistía ninguna razón. Dice Bliss: «Desde el principio en la historia de los judíos, los nombres se aplicaban a los niños casi siempre con referencia directa al significado apelativo de las palabras empleadas, y sin tener en cuenta los nombres de los padres o antepasados».

4. No contentos con eso, apelaron al padre del niño, pues estaba a su cargo poner nombre al niño (v. 62). Nuevamente notamos, por lo de las «señas», que Zacarías estaba mudo y sordo. Él, también por señas, *«pidió una tablilla y escribió diciendo: Juan es su nombre»* (v. 63). Nótese que Zacarías no dijo: «será su nombre», sino *«es su nombre»,* ya que el nombre del niño había sido determinado en el Cielo y comunicado de antemano por el ángel (v. 13). Cuando Zacarías no pudo *hablar escribió.* Cuando los ministros de Dios se hallan, por alguna causa, impedidos de hablar, pueden todavía hacer mucho bien si pueden escribir, a no ser que tengan las manos impedidas también. Al escribir Zacarías el mismo nombre que Elisabet había dicho, *«todos se asombraron»*.

5. En esto, recuperó Zacarías el habla: «Al *instante le fue abierta la boca y desatada la lengua»* (v. 64), pues había llegado *«el día en que sucedan estas cosas»* como había profetizado el ángel (v. 20). El tiempo de su mudez se había cumplido. La incredulidad le había cerrado la boca y la fe se la volvía a abrir (v. 2 Co. 4:13, acomodándolo así como Pablo acomoda el Sal. 116:10). Y vemos que las primeras palabras que pronunció después de su mudez de más de nueve meses, fueron de alabanza a Dios: «y *comenzó a hablar bendiciendo a Dios»*. Cuando Dios abre nuestros labios (después de abrir nuestro corazón, comp. Ro. 10:9–10), nuestra boca debe comenzar con alabanzas al Señor (comp. 1 P. 2:9 y Ef. 5:19 y ss.). Si no hemos de alabar al Señor, mejor nos sería quedarnos sin habla.

6. Estas cosas se divulgaron por toda la comarca aquella con gran asombro de todos los que las oían (vv. 65–66). Aquí se nos dice: (A) que *«en toda la zona montañosa de Judea se comentaban todas estas cosas»* (v. 65b). Estos hechos extraordinarios suscitaron el comentario general de las gentes de aquella zona; (B) Que sobre todos los que oían estas cosas, *«venía temor»,* un temor reverencial semejante al de Isaías ante la visión del templo (Is. 6:1 y ss.); o, como dice Lenski, «una impresión profunda de que Dios estaba actuando allí». (C) Que *«todos los que las oían las grababan en su corazón»* (v. 66). Todo lo bueno que vemos u oímos debemos atesorarlo en nuestro corazón, no sólo para beneficio nuestro, sino también para poder comunicar a otros nuestras propias experiencias espirituales. Además, el recuerdo profundo de las bendiciones pasadas nos hace más agradecidos a Dios y, al mismo tiempo, nos da nuevas seguridades de futuros favores y beneficios. Decían entre ellos: *«¿Qué, pues, va a ser este niño?»* Como si dijesen: «¿Cuál será el fruto, cuando tales son los brotes?»

7. Finalmente, se nos dice que *«ciertamente la mano del Señor estaba con él»,* con Juan; es decir el recién nacido estaba bajo especial protección del Todopoderoso ya desde entonces como alguien destinado a grandes cosas. Dios tiene medios para obrar en los niños desde su infancia, aunque nosotros los desconozcamos. Dios nunca crea un alma sin saber cómo llegar a santificarla.

Versículos 67–80

Ahora tenemos el cántico que Zacarías entonó en alabanza del Señor cuando su boca se abrió. En él se nos dice que *«profetizó»* (v. 67). Veamos:

I. Cómo fue capacitado para ello: *«Fue lleno del Espíritu Santo»* (v. 67, comp. con v. 41). No sólo le perdonó Dios su pecado, sino que le llenó de su Espíritu para que hablase convenientemente, y hasta inspiradamente.

II. Cuál fue el tema de su cántico. En él no menciona para nada las preocupaciones de familia, ni el levantamiento del oprobio que pesaba sobre él y sobre su mujer, sino que aparece totalmente embebido en el tema del reinado del Mesías. Las profecías del Antiguo Testamento se expresan a menudo en alabanzas y cánticos nuevos; así comienza también esta profecía del Nuevo Testamento: *«Bendito el Señor Dios de Israel»* (v. 68). Al hablar de la obra de la redención Zacarías alaba al *Señor Dios de Israel,* porque a Israel habían sido dadas las profecías, las promesas y los tipos (v. Hch. 2:39; 13:46; Ro. 1:16; 3:2; 9:4–5, etc.), y a los israelitas debe ofrecerse primero la gracia del Evangelio. Veamos ahora por qué alaba Zacarías a Dios:

1. Por *la obra de la salvación,* que había de ser llevada a cabo por el propio Mesías (vv. 68–75). En efecto:

(A) Al enviar al Mesías, Dios «*había visitado* benignamente *a su pueblo»;* les había visitado como amigo que viene a enterarse cómo van las cosas y traer el remedio oportuno para una situación delicada.

(B) Con esta visita, Dios había traído *redención para su pueblo.* Con este objetivo vino Jesús al mundo: a rescatar a muchos (Mt. 20:28; 1 Ti. 2:6): a quienes estaban vendidos *por* el pecado y *bajo* el pecado, pues esa es la peor esclavitud (Jn. 8:34; Ro. 6:16–20; 2 P. 2:19). Hemos sido rescatados al precio de la sangre de Jesús (1 P. 1:18–19), con el que se ha comprado nuestra *justicia* (2 Co. 5:21) y con el *poder* de Dios, que nos ha conseguido la *libertad* (Is. 61:1; Lc. 4:18; Hch. 7:25; Ro. 8:21; 2 Co. 3:17; Gá. 5:1, etc.) de la tiranía de Satanás y de la maldición de la Ley.

(C) Con esto, Dios había cumplido con el pacto hecho con David, al levantar de su casa un Salvador: *«cuerno de salvación»* (v. 69, lit.), pues el cuerno es símbolo, en el Antiguo Testamento, de fuerza y poderío. De esa casa había de salir el *vástago o retoño* (Is. 11:1) que había de traer redención victoriosa a la familia de Israel que tan malparada se encontraba a la sazón. En efecto, sólo en Cristo hay salvación (Hch. 4:12), abundancia de salvación, como da a entender el símbolo mismo del *cuerno:* verdadera *«cornucopia»* en el sentido del vocablo latino, que significa «abundancia del cuerno» de donde procede la expresión: «el cuerno de la abundancia». Con ello se nos da a entender, no sólo la *abundancia* de la salvación sino también el *poder* de la salvación por medio del Evangelio (Ro. 1:16), capaz de echar abajo a todos nuestros enemigos espirituales y de tenerlos a raya para que no nos hagan daño después (1 Jn. 5:18).

(D) Con esto, Dios había cumplido también todas las preciosas promesas hechas a Israel (y, espiritualmente, a la Iglesia) por medio de los más famosos profetas del Antiguo Testamento: *«Tal como habló desde antiguo por boca de sus santos profetas»* (v. 70). La doctrina de la salvación mediante el Mesías es confirmada con una apelación a los profetas (comp. con 24:44). Dios estaba ahora llevando a cabo lo que había prometido hacía mucho tiempo. Véase aquí: (a) cuán *sagradas* eran las profecías de esta salvación, pues los profetas que las pronunciaron eran *santos profetas,* y fue un *Dios santo* quien *habló por boca de ellos;* (b) cuán *antiguas* eran: *«desde el siglo»* (lit.); es decir, desde tiempos muy antiguos; en realidad, desde el comienzo mismo de la historia del hombre (v. Gn. 3:15), pues fue ya entonces cuando Dios prometió que *la descendencia de la mujer heriría en la cabeza a la serpiente;* (c) cuánta *armonía* se percibe en las profecías, ya que el mismo Dios habló las mismas cosas por medio de todos los profetas.

(E) ¿Qué salvación es esta que fue profetizada? Vemos en los versículos siguientes que es:

(a) Un rescatarnos de la maldad de nuestros enemigos: *«Que nos salvaría de nuestros enemigos»* (v. 71), nos sacaría de entre las garras de ellos, «*y de las manos de todos los que nos odian»* (he aquí otro paralelismo peculiar de la poesía hebrea). Si la verdadera esclavitud es la del pecado, la verdadera salvación es la que nos libra de nuestro pecado (Jn. 1:29). Por eso, al anunciar el ángel a José que el nombre del Salvador sería Jesús, añadió: «*porque Él salvará a su pueblo de sus pecados»* (Mt. 1:21), para que el pecado no les domine (Ro. 6:11–12).

(b) Una restauración del favor de Dios: *«Para mostrar su misericordia con nuestros padres»* (v. 72). El Redentor mostrará su misericordia de Dios, al restablecer su pacto, hecho con juramento, con Abraham (v. 73). Lo que fue pactado con los patriarcas, prometido para su descendencia, viene a ahora a cumplirse por misericordia, pura gracia; nada se debe a nuestro esfuerzo ni a nuestro mérito, pues nada podemos

hacer nosotros miserables pecadores, para atraer sobre nosotros la atención de Dios. Nos amó Dios, y nos amó primero (1 Jn. 4:10, 19), sin ningún otro motivo que su puro y extremadamente generoso amor (comp. con Jn. 13:1). En este pacto nos incluyó a todos los creyentes de todos los tiempos, puesto que «*Cristo nos redimió … para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por medio de la fe recibiésemos la promesa del Espíritu*».

(Gá. 3:13–14), es decir, el Espíritu prometido (Jl. 2:28–32; Hch. 2:17). Notemos que Dios *olvida* nuestros pecados (Jer. 31:34; Mi. 7:18), pero *recuerda* siempre sus misericordias. Parecía como si Dios hubiera olvidado el pacto por las calamidades sobrevenidas a Israel, pero ahora se proclama, por boca de Zacarías, que Dios *recuerda su santo pacto.,* ¡Oh, si el pueblo hubiese prestado atención a la predicación del Salvador (Mr. 1:15)!

(c) Una capacitación, y un estímulo, para servir a Dios (versículos 74–75): «*Concedernos que, liberados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor en santidad de vida y rectitud de conducta ante sus ojos, todos nuestros días*». Esto nos muestra que somos liberados del yugo de hierro del pecado para ser uncidos al yugo suave y fácil de Cristo. Cuanto más fuertes sean las ataduras del pecado de las que nos ha soltado, tanto más fuertes han de ser las ataduras que nos unan a Él (Lc. 7:47). Vemos, pues, que aquí se nos capacita: (i) Para servir a Dios *sin temor* (comp. con 1 Jn. 4:18). Somos puestos en *santa seguridad* para poder servir a Dios con *santa serenidad,* como quienes no tienen por qué *temer mal alguno* (Sal. 23:4). Hemos de servir a Dios con reverencia filial, no con temor servil, propio de esclavos. (ii) Para servir a Dios en *santidad y rectitud,* lo cual incluye todos nuestros deberes para con Dios y nuestros prójimos. (iii) Para servir a Dios *ante Sus ojos,* con el recuerdo constante de Su presencia, con los ojos fijos en nosotros, penetrando hasta lo íntimo de nuestro ser. (iiii) Para servirle *todos los días.* Es menester que sirvamos *hasta el fin* a quien nos amó *hasta el extremo* (Jn. 13:1).

2. Zacarías bendijo a Dios también por la obra de la *preparación* para esta salvación, preparación que había de correr a cargo de su propio hijo, el Bautista (vv. 76–79). Así, encarándose ahora con el niño, le dice: «*Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo*» (v. 76). Jesús era el Altísimo, Juan el Bautista, su profeta. La profecía había cesado desde hacía cuatro siglos en Israel, pero ahora revivía en Juan el Bautista. Su oficio era:

(A) Preparar al pueblo para la salvación: «*Irás ante la faz del Señor, para preparar sus caminos*» (v. 76). Es menester quitar de en medio todo cuanto obstruya el camino e impida que el pueblo se allegue al Salvador (v. Is. 40:3–4).

(B) Dar al pueblo una idea general de la salvación, pues la doctrina que el Bautista predicó proclamaba que el reino de Dios estaba al alcance de la mano (Mt. 3:2). Dos cosas se incluyen en este «*conocimiento de salvación*» (v. 77):

(a) El «*perdón de los pecados*» (v. 77b). Juan hizo saber al pueblo que, aunque la condición en que se encontraban era lamentable, no era, sin embargo, desesperada, puesto que el perdón podía obtenerse «*mediante las entrañas de misericordia de nuestro Dios*» (v. 78a); nuestra propia *miseria* es la única y apropiada recomendación para la *misericordia* divina.

(b) Una dirección apropiada para emprender una nueva vida, pues el evangelio de la salvación nos presenta una luz clarísima, a fin de que podamos orientar nuestros pasos en una dirección correcta: «*nos visitó un amanecer del sol desde lo alto*» (v. 78b). Nótese que el sol amanece en el horizonte desde lo bajo, pero este sol de justicia que trae en sus alas salvación viene de lo alto, del cenit mismo del Cielo. Cristo es el *Sol de justicia* (Mal. 4:2) y *el lucero de la mañana* (2 P. 1:19). Ya no tenemos por qué andar en la oscuridad del paganismo, ni a la luz de la luna de los tipos y figuras del Antiguo Testamento, sino a plena luz del día del Evangelio. Con Juan el Bautista comenzó el amanecer del Evangelio: «*es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta llegar a pleno día*» (Pr. 4:18, comp. con 2 Co. 3:18). En efecto, el Evangelio, como la luz, (i) *descubre:* «*para que brille la luz sobre los que están sentados en tinieblas*» (v. 79a); es «*para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo*» (2 Co. 4:6). (ii) *reaviva,* pues lanza esta luz sobre los que están «*en sombra de muerte*», como presos en la cárcel, y condenados a muerte perpetua, ya que este anuncio de las buenas nuevas del *perdón* ofrece la oportunidad de *pasar de muerte a vida* (Jn. 5:24; 1 Jn. 3:14). ¡Cuán agradable es esta luz! (iii) *dirige:* «*para guiar nuestros pies hacia un camino de paz*» (v. 79b, comp. con Sal. 119:105); es decir, nos conduce al punto en que podemos hacer las paces con Dios (v. Ro. 5:1). Es un camino que no habríamos podido hallar si Dios mismo no nos hubiera buscado (Ro. 10:20).

III. En el último versículo de este capítulo, el capítulo más largo del Nuevo Testamento, se nos da un breve informe de la infancia de Juan el Bautista. Se nos dice:

1. *«El niño crecía y se fortalecía en espíritu.»* Su capacidad mental y espiritual progresaba de tal forma, que en él se establecían fuertes convicciones y se preparaban fuertes resoluciones. Quienes se hacen fuertes en el Señor, se fortalecen en su espíritu.

2. *«Vivía en lugares desiertos hasta el día de su aparición pública ante Israel.»* Mientras su hombre interior progresaba y se fortalecía, su hombre exterior permanecía en la oscuridad y el anonimato. En el desierto pasaba la mayor parte del tiempo, en contemplación y devoción, sin preocuparse de obtener erudición escolar a los pies de algún rabino. Hay quienes están capacitados para grandes servicios y útiles ministerios y, sin embargo, parecen sepultados en vida durante largos años; así pasó con Juan el Bautista y con el mismo Señor Jesucristo. Pero ambos tenían de parte de Dios un tiempo fijado para *mostrarse en público ante Israel.* Tan mal está que un creyente se retrase en responder al llamamiento de Dios, como que se lance a la ventura sin esperar a tal llamamiento.

CAPÍTULO 2

En este capítulo, se nos refieren brevemente los principales acontecimientos de la infancia del Señor Jesús desde el lugar y otras circunstancias de su nacimiento, hasta el episodio en que María y José le hallaron disputando con los doctores en el templo.

Versículos 1–7

Había llegado el cumplimiento del tiempo, en el que Dios enviaría a su Hijo *«nacido de mujer»* (Gá. 4:4), y estaba profetizado que el Mesías había de nacer en Belén. Aquí tenemos el relato del tiempo, lugar y modo de su nacimiento.

I. El tiempo en que nació el Señor:

1. Nació cuando el cuarto reino de Daniel estaba en su apogeo: en los días de *César Augusto,* cuando el Imperio Romano se extendía como nunca lo estuvo antes o después; desde los partos por un extremo hasta la Gran Bretaña por el otro; de forma que se le llamaba *Terrarum orbis imperium* = el imperio del orbe de la tierra; por eso, a este imperio se le llama aquí *«toda la tierra habitada»* (v. 1) puesto que escasamente había alguna porción de la tierra que fuese independiente del poder de Roma.

2. Nació cuando Judea era una provincia tributaria del Imperio, lo cual se hace evidente por el hecho mismo de que, cuando se hizo el censo del Imperio, este censo se llevó a cabo también en Judea (v. 3). Jerusalén había sido tomada por Pompeyo unos 60 años antes, y este censo fue ordenado por *Cirenio, gobernador de Siria* (v. 2). Este hecho es confirmado por Hechos 5:37. Es más que probable que este Cirenio fuese comisionado para hacer este censo, como gobernante más capaz que Varo, el gobernador titular de Siria, y que el propio rey Herodes, en quien el emperador tenía poca confianza a la sazón.

3. Otra circunstancia digna de tenerse en cuenta es, que en este tiempo, el Imperio gozaba de una paz universal. El templo de Jano en Roma, abierto siempre que había guerra, tenía ahora sus puertas (latín *janua)* cerradas. Era el tiempo más a propósito para que naciera el *«Príncipe de paz»* (Is. 9:6).

II. El lugar en que nació el Salvador está explícito en el texto: *Belén* (v. 4), conforme estaba profetizado (Mi. 5:2); los escribas lo habían entendido bien (Mt. 2:5–6), y también el pueblo (Jn. 7:42). El significado del lugar es notable, pues Belén (hebr. *Bethlehem*) significa *«casa de pan»,* lugar muy apropiado para que allí naciese *el pan vivo bajado del Cielo* (Jn. 6:51). Belén era *«la ciudad de David»,* porque allí había nacido él, y allí había de nacer también *el hijo de David* por excelencia. Es cierto que también Sion es llamada *la ciudad de David,* porque en ella reinó David en poder, prosperidad y gloria; pero Jesús había venido ahora en humildad, no en gloria; por eso, era conveniente que naciese en la ciudad en que David había nacido para ser, no rey, sino *pastor* tipo del Buen Pastor que da la vida por sus ovejas (Jn. 10:11, 14). Así, pues, la Providencia dispuso que, cuando la virgen María estaba a punto de

dar a luz, fuese encaminada de un modo tan extraño (coincidiendo con un censo por familias) al lugar en que como estaba profetizado, había de nacer el Salvador. Sea que el emperador ordenase este censo por orgullo personal o por política simplemente administrativa, lo cierto es que todo funcionó bajo el control de Dios para los fines que Él tenía previstos:

1. Por este medio fue llevada a Belén, desde la distante Nazaret, la virgen María, cargada con las incomodidades del viaje, por ser José (y, con toda probabilidad, ella también) *«de la casa y familia de David»* (v. 4). Vemos cómo se cumple el refrán: «El hombre propone y Dios dispone».

2. Con ello se mostraba también que Jesucristo era descendiente de David, puesto que eso, y no otra cosa, era lo que llevaba a su madre a Belén, para que allí tuviera lugar el alumbramiento.

3. Finalmente, en esto se mostraba que Jesús nacía *bajo la Ley* (Gá. 4:4). Tan pronto como nació, fue súbdito legal del Imperio Romano y, en lugar de que los reyes le pagasen tributo, quedó El mismo tributario del Emperador; pero, especialmente, estuvo bajo la Ley en esta ocasión, al ser llevado a la inscripción, *«cada uno a su propia ciudad»* (v. 3).

III. Las circunstancias de su nacimiento, conformes con su estado de humillación (v. Fil. 2:6–7). A pesar de ser *un primogénito* (v. 7), pequeño era el honor humano, y menguada la herencia terrenal, al nacer de una pobre y oscura doncella, cuya toda herencia estaba en lo que iba a nacer de ella.

1. Pasó por las humillaciones comunes a todos los recién nacidos, pues su madre *«lo envolvió en pañales»*, como a cualquier otro recién nacido, incapaz de envolverse y de moverse a sí mismo, al ser Él quien mueve el Universo entero y *lo mantiene en cohesión con la palabra de su poder* (He. 1:3).

2 Pasó también por humillaciones que no son comunes, sino propias de Él, ya que:

(A) Nació en un *mesón*, para darnos a entender que venía a este mundo como un peregrino, de posada, no de residencia fija; por eso, todo lo tuvo prestado en esta vida, desde la cuna hasta la tumba. Eso nos recuerda que los seguidores de Cristo son también *extranjeros y peregrinos* (1 P. 2:11), y como tales han de comportarse. Además, un mesón recibe a todos los que vienen, y así lo hace Cristo (Jn. 6:37), quien izó, como contraseña, el estandarte de su amor; pero, al revés que los demás mesones, Cristo ofrece sus servicios *sin dinero y sin precio* (Is. 55:1).

(B) Nació en un *establo: «y lo acostó en un pesebre»*. Es más que probable que José y María, al tener además en cuenta la condición de ésta, hiciesen el viaje montados en un asno, el cual hallaría alfalfa en el establo en que fue depositado el Señor al nacer. Como el mesón, al estilo de las posadas orientales de aquel tiempo, sería pequeño, no es extraño que *«no hubiera lugar para ellos en el mesón»*. Sin exagerar, en mal sentido, lo de *«para ellos»*, puede ser útil para nuestra devoción el considerar:

(a) Que el nacer en un establo era una indicación de la pobreza de María y José. Si hubieran sido ricos, no habrían tenido dificultad en hallar otro lugar más decoroso.

(b) Ello nos muestra la indiferencia de la gente ante las necesidades ajenas. Deberían haber tenido más consideración con una mujer que iba a dar a luz, y que alguien le hubiese cedido la habitación para disminuir algún tanto las molestias del alumbramiento.

(c) En todo caso, fue un ejemplo del estado de humillación al que nuestro Salvador se había sometido al tomar *la forma de esclavo* (Fil. 2:6–8), para quien cualquier lugar es suficientemente digno.

Versículos 8–20

Junto con esas circunstancias que denotaban la humillación del Hijo de Dios, el Señor dispuso que hubiese también manifestaciones de su gloria que equilibrasen la situación. Viendo al Salvador envuelto en pañales y recostado en un pesebre, nos vemos tentados a pensar: «Seguramente que éste no puede ser el Hijo de Dios». Pero cuando vemos que su nacimiento es celebrado con *alabanzas de un ejército celestial* (v. 13), pronto nos vemos obligados a rectificar y decir: «Seguramente que éste no puede ser otro que el Hijo de Dios».

En Mateo, se nos refiere la comunicación que, de este nacimiento, hizo Dios a los magos por medio de una estrella, puesto que eran gentiles; pero aquí la comunicación es hecha por medio de ángeles a los pastores, los cuales eran judíos. A cada uno le habla Dios en el lenguaje que le es más familiar.

I. Vemos primero en qué se ocupaban los pastores: *«Vivían en el campo y guardaban sus turnos de vela nocturna sobre su rebaño»* (v. 8). El ángel no fue enviado a los principales sacerdotes ni a los ancianos del pueblo, sino a un grupo de sencillos pastores. Los patriarcas del pueblo judío habían sido pastores, y Dios quería mostrar que aún tenía en gran estima un oficio honesto y útil. No les fueron llevadas las noticias cuando dormían en sus lechos, sino cuando vivían en el campo y estaban en vela. Al estar bien despiertos, podían estar también seguros de lo que veían y oían no como los que se hallan adormilados y pueden sufrir engaño en lo que ven y oyen, como quien despierta repentinamente de un sueño. No estaban dedicados precisamente a actos de devoción, sino que cumplían con su oficio, para que nos percatemos de que no estamos fuera del alcance de las visitas de Dios cuando nos hallamos ocupados en los honestos quehaceres de cada día, ya que no por eso estamos fuera de la presencia de Dios.

II. Vemos luego la sorpresa que causó en ellos la presencia del ángel que irradiaba resplandor sobre ellos: *«tuvieron gran temor»* (v. 9), no precisamente de esperar por ello malas noticias, sino por lo repentino de una experiencia tan extraordinariamente sobrenatural. Claramente se ve por el texto que no esperaban tal aparición. Las visitas celestiales han de alcanzarnos al estar preparados y en vela. Ante el resplandor de la gloria del Señor, la noche se les tornó en día luminoso. Si estamos bien preparados, veremos cómo, muchas veces, la noche de nuestras dudas y perplejidades se convierte, de repente, por inspiraciones y toques amorosos de la divina gracia, en día lleno de luz y de gozo.

III. Cuál fue el mensaje que el ángel comunicó a los pastores (vv. 10–12): *«Dejad de temer,* no es mensaje de ira sino de misericordia, *porque mirad que os traigo buenas noticias de gran gozo que lo será para todo el pueblo; que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor»* (vv. 10–11). Como si dijese: «El Salvador ha nacido en este día; y, puesto que es cosa de gran gozo para todo el pueblo, bueno es que lo publiquéis. Ha nacido en el lugar en que estaba profetizado que nacería, en la ciudad de David; y *os ha nacido,* es decir, ha nacido para vosotros (v. Is. 9:6), para vosotros, los judíos, en primer lugar, para bendeciros a vosotros, los pastores pues viene a evangelizar a los pobres (Mt. 11:5; Lc. 7:22). Pero el gozo es *para todo el pueblo,* pues no hay salvación en otro (v. Hch. 4:12)». Y el ángel les da una señal para que lo encuentren sin equivocarse: *«Hallaréis un niño recién nacido envuelto en pañales y acostado en un pesebre»* (v. 12).

IV. A continuación tenemos la doxología de los ángeles a Dios y la felicitación que extienden a los hombres, a cuento de este singular acontecimiento (vv. 13–14). Tan pronto como el ángel comunicó el mensaje a los pastores, *«apareció junto al ángel una multitud del ejército celestial que alababan a Dios»* (v. 13). Toda comunicación con Dios debe comenzar por *«Santificado sea tu nombre»*. Por eso, los ángeles *dicen* (no «cantan», a pesar de lo extendida que está la expresión pues los ángeles nunca aparecen en la Biblia *cantando*): *«¡Gloria a Dios en lo más alto!»* (v. 14), ¡Gloria a Dios, en quien el amor, la sabiduría y el poder se han coligado para darnos esta prueba maravillosa de su misericordia y fidelidad! (v. Jn. 1:14 *«lleno de gracia y de verdad»*). *«¡En lo más alto!»,* de donde nos viene *«toda buena dádiva y todo don perfecto»* (Stg. 1:17). La gloria es para Dios y para Él solo, pues *«la salvación es de Jehová»* (Jon. 2:9), pero el beneficio es para los hombres: «Y *sobre la tierra, paz; buena voluntad para con los hombres»*. No, como traducen algunas versiones, «para los hombres de buena voluntad», porque Dios no habría encontrado ninguno de esta clase (v. Ro. 3:9–23). *Él no vino a llamar a justos, sino a pecadores»* (Mt. 9:13; Mr. 2:17; Lc. 5:32; Jn. 9:39). Vino *«a buscar y a salvar lo perdido»* (Lc. 19:10). Si estamos en paz con Dios, todo lo demás irá bien (Ro. 5:1), pues *paz,* para un hebreo, es el cúmulo de todos los bienes, por cuanto el vocablo *shalom* indica *plenitud.* Por aquí vemos que todos los bienes de que disfrutamos se deben a la *buena voluntad de Dios para con nosotros.* Y, si nosotros tenemos el provecho, está puesto en razón que a Él le demos la gloria.

V. La visita que los pastores hicieron al Salvador recién nacido:

1. Primero tomaron la determinación: *«Se dijeron los unos a los otros: Vayamos ahora mismo hasta Belén»* (v. 15). Un testimonio de ángeles, e incluso un testimonio divino, no sufren desdoro por el afán de corroborarlos con la experiencia personal. No dicen: «Vayamos a ver si es verdad o no lo que el ángel nos dijo», sino: *«Veamos esto que dicen que ha sucedido, lo que el Señor nos ha dado a conocer»*. ¿Qué duda podía caber, cuando Dios mismo lo había dado a conocer?

2. E inmediatamente pusieron por obra la resolución que habían tomado: *«Fueron a toda prisa»* (v. 16). No perdieron tiempo, sino que se pusieron en camino a toda prisa y, cuando llegaron al lugar, *«encontraron juntamente a María, a José y al recién nacido acostado en el pesebre»*. La pobreza de la familia y la baja condición del lugar no fueron obstáculo para reconocer en aquel niñito a *«Cristo el Señor»* (v. 11), pues ellos mismos sabían por experiencia propia la posibilidad de una verdadera comunión con Dios en un oficio humilde y en circunstancias de pobreza y baja condición social. Podemos suponer que los pastores referirían a María y a José la visión que habían tenido y las alabanzas que la multitud del ejército celestial había tributado a Dios, lo cual les había animado a venir allá, más que si la noticia les hubiera sido comunicada por los más altos dignatarios de la corte.

VI. El interés que los pastores tuvieron en divulgar las buenas nuevas: «Y *después de verlo, dieron a conocer lo que se les había dicho acerca de este niño»* (v. 17). Seguramente que divulgaron, no sólo lo que les habían dicho los ángeles, sino también María y José, acerca del niño recién nacido: que era el Salvador, Cristo el Señor, que en Él habría paz en la tierra. Esto lo dirían a todos los parientes y conocidos. A continuación, se nos refiere la impresión que este relato produjo: «Y *todos los que lo oyeron, quedaron maravillados de lo que los pastores les contaban»* (v. 18). Esto es lo que sabemos por el sagrado texto, pero no se nos dice que alguno o algunos de ellos fuesen a inquirir personalmente acerca del Salvador. ¡El asombro no siempre conduce a la entrega de sí mismo al Señor!

VII. El uso que de este misterio hicieron cuantos creyeron en estas cosas:

1. La Virgen María hizo de ello material de *meditación personal:* No se nos dice que hablara, pero sí que *«guardaba consigo todas estas cosas, ponderándolas en su corazón»* (v. 19). Así como había dejado en manos de Dios, en silencio, el clarificar su virtud cuando era, a los ojos humanos, sospechosa de adulterio, así también ahora deja en manos de Dios, en silencio, el publicar su honor, velado anteriormente. Es para ella suficiente satisfacción el constatar que, aun cuando nadie entre los hombres se haya percatado del nacimiento del niño, los ángeles sí que se han dado cuenta. Las verdades de Cristo son dignas de ser guardadas, y el modo mejor de guardarlas es *meditarlas* para ponerlas en práctica (v. Jn. 13:17). No hay mejor cosa que la constante meditación para que la semilla de la Palabra de Dios eche raíces en la mente y en el corazón (v. Mt. 13:6, 21).

2. Los pastores hicieron de ello materia de pública alabanza: *«Los pastores regresaron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, tal como se les había dicho»* (v. 20). Dieron gracias a Dios por la merced singular de haber visto al Salvador. Como pasó después con la Cruz, también ahora el pesebre fue para algunos *locura y escándalo,* pero otros, como estos pastores, vieron en Él *poder de Dios y sabiduría de Dios* (1 Co. 1:24).

Versículos 21–24

Nuestro Señor Jesucristo, al haber *nacido de mujer, nació bajo la ley* (Gá. 4:4). Y al ser el hijo de una hija de Abraham, fue puesto bajo la ley de Moisés. Aquí tenemos dos ejemplos que nos ilustran la sumisión de Jesús a la ley:

I. Fue circuncidado en el día señalado por la Ley: *«Cuando se cumplieron ocho días para circuncidarle, le pusieron por nombre Jesús»* (v. 21). Aunque era una operación dolorosa, Cristo se sometió a ella. ¡Tan temprano comenzó a derramar su sangre! Aun cuando ello suponía que era un *extraño*, pues por esta ceremonia era admitido un niño al pacto de Dios con Israel; aun cuando, incluso, por ello se le suponía *pecador,* se sometió, sin embargo, a tal rito, por cuanto había sido enviado, no sólo en semejanza de carne, sino *en semejanza de carne de pecado* (Ro. 8:3). Aun cuando por ello *se obligaba a practicar toda la ley* (Gá. 5:3), se sometió a ello. Fue circuncidado para ser reconocido como descendiente de Abraham pero no para que le fuese imputada la justicia de la fe (Ro. 4:11), sino para poder *«ser hecho pecado por nosotros, a fin de que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él»* (2 Co. 5:21). Al ser circuncidado, se le puso nombre: Fue llamado *Jesús,* pues ese es el nombre con que el ángel le nombró al hablar a la virgen María antes de que ella lo concibiera en su seno (Lc. 1:31), así como cuando el mismo ángel le habló a José (Mt. 1:21).Era un nombre corriente entre los judíos, y en esto se hacía también *semejante a sus hermanos* (He. 2:11), pero especialmente había sido el nombre de dos

eminentes tipos suyos en el Antiguo Testamento: *Josué* (equivale a *Jesús*), el sucesor de Moisés, bajo cuya conducción entró el pueblo de Israel en la tierra prometida y *Josué* el sumo sacerdote (Zac. 6:11, 13). Pero nadie como Él llevó tan apropiadamente el nombre que significa: *Jehová salva.*

II. Fue presentado en el templo. Esto también se llevó a cabo en el tiempo fijado por la ley, cuando tenía cuarenta días: *«Cuando se cumplieron los días de la purificación de ella, conforme a la ley de Moisés, le trajeron a Jerusalén para presentarlo al Señor»* (v. 22, comp. con Lv. 12:2–6). Ahora bien, al ser *varón y primogénito:*

1. *El niño Jesús fue presentado al Señor.* La ley acerca de esto aparece aquí explícita (v. 23): *«Todo varón que abra la matriz será llamado santo para el Señor»* (v. Éx. 13:2; Nm. 18:15). Al ser Jesús *el primogénito entre muchos hermanos* (Ro. 8:29), y *santo para Dios* como ningún otro lo fue, fue presentado a Dios como otro primogénito cualquiera. Y, aunque de acuerdo a la ley, *fue redimido* (Nm. 18:15), dándose por Él la ofrenda propia de los pobres (v. 24), no se hace mención alguna de los *cinco siclos* (v. Lv. 27:6; Nm. 18:16); quizá no fueron pagados en atención a su pobreza, pero lo cierto es que, desde su entrada en el mundo, se ofreció a Dios en holocausto (v. He. 10:5) y, en lugar de pagar, fue vendido por *treinta piezas de plata* (Mt. 26:15), que era el precio de un esclavo (v. Éx. 21:32), ya que *esclavo* se hizo por nosotros (Fil. 2:7; griego *doulou).*

2. La madre presentó la ofrenda (v. 24) *«conforme a lo dicho en la ley del Señor»* (v. Lv. 12:8), consistente en *«un par de tórtolas o dos palominos».* Si hubiesen sido de posición económica acomodada, habrían presentado *«un cordero de un año para holocausto y un palomino o una tórtola para expiación»* (Lv. 12:6); pero, al ser pobres y no alcanzándoles el dinero para un cordero, trajo dos tórtolas, una para holocausto y la otra para expiación. Cristo no fue *concebido y nacido en pecado,* como los demás (Sal. 51:5) pero, al haber nacido bajo la ley, la cumplió también en esto, pues *así convenía que cumpliera toda justicia* (Mt. 3:15).

Versículos 25–40

Incluso cuando se humilla a sí mismo, Cristo recibe honor. Así vemos cómo le honran Simeón y Ana, por inspiración del Espíritu Santo.

I. El «anciano» Simeón le presenta un testimonio muy honroso.

1. El informe que se nos da acerca de este Simeón, o Simón. Vivía en Jerusalén y era un hombre eminente por su piedad y comunión con Dios. Algunos expertos en autoridades judías dicen que había en Jerusalén, por aquel tiempo, un hombre de gran prestigio, llamado Simeón. Los judíos dicen que estaba dotado de espíritu profético. Una objeción en contra de esta identificación sería que, por ese mismo tiempo, su padre Hillel vivía todavía y que él mismo vivió bastantes años después de esto. Pero notemos que el texto sagrado no dice que fuese *anciano,* a pesar de que sea corriente darle tal apelativo, y en cuanto a lo que dijo: *«Ahora, Soberano Señor, puedes dejar que tu siervo se vaya»,* no significa que muriese pronto, sino que da a entender su disposición a morir desde *ahora.* Otra objeción es que el hijo de Simeón (siempre dentro de la misma tradición judía) era Gamaliel, un fariseo y enemigo del cristianismo; pero, en cuanto a esto otro, hemos de responder: (A) Que no es cosa nueva el que un fiel siervo de Cristo tenga un hijo que sea un malvado. (B) Que el sagrado texto nos ha conservado unas palabras de Gamaliel que, lejos de mostrar acerba enemistad contra el cristianismo, más bien insinúan prudencia y hasta cierta simpatía por los cristianos (v. Hch. 5:34–39); más aún, la tradición cristiana nos dice que se convirtió al cristianismo y fue un fervoroso seguidor del Evangelio. Lo que de este Simeón se nos dice aquí es lo siguiente:

(A) Que *«este hombre era justo y devoto»* (v. 25); justo, para con los hombres; devoto, para con Dios (comp. con Tit. 2:12). Estas dos virtudes deben ir siempre juntas, pues la falta de la una muestra la falta de la otra (comp. con 1 Jn. 4:20; 5:1).

(B) Que estaba *«aguardando la consolación de Israel»* es decir, la venida del Mesías. Cristo es, no sólo el autor del consuelo de los hijos de Dios, sino también su objeto y fundamento. El Mesías tardaba en llegar, pero los que creían en Él esperaban y deseaban su venida, y la aguardaban con paciencia (comp. con 2 P. 3:4–15) o, si se prefiere, con santa impaciencia. Así hay que esperar también la futura

consolación de Israel, así como el día glorioso en que el Señor venga a llevarse consigo su Iglesia. Hemos de continuar velando y esperando, mientras decimos: «*Sí ven, Señor Jesús*» (Ap. 22:20).

(C) Que «*el Espíritu Santo estaba sobre él*», no sólo como Espíritu de santidad, sino también como Espíritu de profecía.

(D) Que había recibido una preciosa promesa pues «*el Espíritu Santo le había comunicado que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor*» (v. 26), es decir, había recibido un «oráculo», pues eso es lo que el término griego significa. Quienes, por fe, han adquirido una visión de Cristo, son los únicos que pueden ver la muerte sin sentir terror, pues el anhelo de *partir y estar con Cristo* (Fil. 1:23) *es muchísimo mejor.*

2. El momento oportuno en que Simeón llegó al templo: «*Cuando los padres introducían al niño Jesús*» (v. 27). Precisamente entonces llegó Simeón «*movido por el Espíritu*». El mismo Espíritu que le había provisto de soporte para su esperanza, le proveía ahora de transporte para su gozo. Quienes deseen ver a Cristo, han de acudir a su templo; pues es allí donde *el Señor a quien buscáis* saldrá repentinamente a vuestro encuentro, y allí es donde habéis de estar preparados para encontrarle (comp. con Mt. 18:18–20).

3. La copiosa satisfacción con que acogió esta visión: «*Le tomó en brazos*» (v. 28), cerca de su pecho, lo más cercano posible a su corazón, el cual estaba tan lleno de gozo como en él le cabía. Le tomó en brazos para ofrecerlo al Señor y *bendecir a Dios.* Cuando, con fe viva, recibimos el relato del Evangelio acerca de Cristo y la oferta que en él se nos hace de salvación completa, es como si tomáramos a Cristo en nuestros brazos. A Simeón le había sido prometido que vería a Cristo el Señor; pero le fue *concedido* más de lo *prometido,* pues, no sólo lo vio, sino que lo tuvo en sus brazos.

4. La solemne declaración que Simeón hizo a continuación (vv. 29–32), donde podemos ver:

(A) Que había llegado a contemplar una perspectiva gloriosa para sí mismo, hasta el punto de menospreciar la vida presente y anhelar la muerte: «*Ahora, Soberano Señor, sueltas a tu siervo*» (v. 29, lit.). Como si dijese: «Ya me has concedido lo que me habías prometido y lo que tanto deseaba: *Porque han visto mis ojos tu salvación*» (v. 30). Aquí tenemos:

(a) Un reconocimiento de que Dios había sido *tan bueno como su palabra.* Nadie que haya puesto su esperanza en Dios y en su Palabra, ha tenido que avergonzarse de tal esperanza (Ro. 5:5).

(b) Una expresión de gratitud, pues bendijo a Dios por ver la salvación y tener al Salvador en sus brazos.

(c) Una confesión de fe, de que este niño que él tenía en sus brazos, era el Salvador, la *salvación* personificada: «*tu salvación*» es decir, la salvación que Tú has preparado y has enviado.

(d) Una despedida de este mundo: «*Puedes dejar que tu siervo se vaya*». El ojo no se satisface de ver hasta haber visto a Cristo y es entonces cuando queda de veras satisfecho. ¡Cuán despreciable aparece este mundo para quien tiene a Cristo en los brazos y la salvación en los ojos!

(e) Una bienvenida a la muerte. Se le había prometido que no vería la muerte hasta que hubiera visto a Cristo, y está ansioso de que, cumplido lo uno se cumpla lo otro. Por aquí puede verse: (i) Cuán dichosa es la muerte de los santos (v. Ap. 14:13), pues parten como *siervos de Dios,* del lugar de sus labores al lugar de su descanso. Se marcha *en paz:* en paz con la muerte, porque está en paz con Dios y con su conciencia; (ii) Cuál es el fundamento de esta paz: «*Porque han visto mis ojos tu salvación*». Esto da a entender una expectación confiada de un feliz estado después de la muerte, a causa de esta salvación que ahora contempla y que no sólo le quita el terror de la muerte, sino que le permite considerarla como *ganancia* (v. Fil. 1:21). Quienes han dado la bienvenida a Cristo, bien pueden dar la bienvenida a la muerte.

(B) Que había llegado a contemplar una perspectiva gloriosa para el mundo y para Israel. Esta salvación será una bendición para el mundo: «*La cual* [salvación] *has preparado a la vista de todos los pueblos*» (v. 31), pues es «luz *para revelación a los gentiles*» (v. 32a), quienes hasta ahora yacían en sombras de muerte. Esto hace referencia a Isaías 49:6 «… *también te daré por luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra*». En efecto, Cristo vino como Luz *del mundo* (Jn. 1:4, 9; 8:12, etc.), no como una candela en el candelabro judío, sino como *Sol de justicia* que alumbra a todo el orbe. Pero traía también una bendición especial para Israel: «Y *para gloria de tu pueblo Israel*» (v. 32b). De todo verdadero israelita, Él (Cristo) es la mayor gloria, y lo será por toda la eternidad. El verdadero israelita se gloriará con toda razón en Él. Cuando Cristo ordenó a sus apóstoles que predicaran el Evangelio a todas las naciones (Mt. 28:19; Mr. 16:15; Lc. 24:47), se proclamó *gloria para Israel.*

5. La predicción que, acerca del niño, hizo a María y a José los cuales *«estaban asombrándose de las cosas que se estaban hablando de Él»* (v. 33, lit.). Y, precisamente porque estaban afectados por ello y su fe se robustecía con lo que de Él decía Simeón, éste añade una predicción en que la tristeza se mezclaba con el gozo:

(A) Simeón les mostró la razón que tenían para regocijarse, pues *«les bendijo»* (v. 34a), es decir, oró a Dios para que les bendijese y muchos otros más tuviesen también la oportunidad de bendecir a Dios por esta salvación, pues Cristo estaba *«puesto para ... levantamiento de muchos en Israel»,* es decir, para la conversión a Dios de muchos que estaban muertos y sepultados en pecado, y para consuelo de muchos que estaban hundidos y perdidos en tristeza y desesperación. En cuanto a lo de *«puesto para caída ...»,* hay quienes lo interpretan de las mismas personas, hundidas por el pecado y necesitadas de convicción antes de ser levantadas para salvación. Pero esta opinión hace violencia al texto y al sentido, por lo que ha de entenderse que, «para unos, *servirá de caída* (comp. con Jn. 9:39–41), es decir, para los orgullosos, los autosuficientes que rechazarán la luz; «para otros, *servirá de levantamiento»,* pues, por fe en Cristo, alcanzarán la salvación y el cumplimiento de las promesas.

(B) Les mostró igualmente la razón que tenían para regocijarse *con temor.* Para que José y María no se exaltasen con la magnitud de tales revelaciones, hay aquí *un aguijón en la carne* para ellos, pues eso es lo que, a veces, necesitamos. Es cierto que Cristo será una bendición para Israel, pero habrá en Israel algunos para quienes Cristo estará *puesto para caída,* y éstos se ofenderán de Él, se llenarán de prejuicios contra Él y le perseguirán a muerte; para éstos, Cristo será una *«señal que es objeto de disputa o contradicción»* (gr. *antilegómenon).* Esta señal (v. Mt. 12:39) será contradicha, negada cuando rechazarán a Cristo a favor de un infame salteador y homicida, y culminará en los insultos del día de la crucifixión (He. 12:3). Así como es motivo de alegría el pensar cuántos son aquellos para quienes Cristo y el Evangelio son *«olor de vida para vida»,* también es motivo de tristeza considerar cuántos son aquellos para quienes son *«olor de muerte para muerte»* (2 Co. 2:16). Por ser *señal,* tenía Cristo muchos *ojos* puestos en Él pero también muchas *lenguas* desatadas contra El. Con esto, *«quedarán al descubierto los pensamientos de muchos corazones»* (v. 35). Las buenas intenciones y las piadosas disposiciones en el corazón de algunos, quedarán manifiestas al recibir a Cristo; y las secretas corrupciones y perversas disposiciones de otros quedarán reveladas por su enemistad contra Cristo y la oposición que le harán. Los hombres serán juzgados por los pensamientos de su corazón porque *la palabra de Dios discierne los pensamientos y las intenciones del corazón* (He. 4:12). Es cierto que Cristo será de gran consuelo para su madre, pero el Salvador será el *Siervo Sufriente* de Isaías 53 y, por tanto, María, su madre, sufrirá con Él: *«Una espada traspasará tu misma alma»* (v. 35a); no la espada de la *duda,* como algunos opinan sin fundamento, sino la espada del *dolor.* «Quién podrá decir cuánto sufriría María junto a la Cruz en la que pendía Jesús? ¡Qué Hijo, y qué muerte! Podemos pensar cuán profunda fue la herida que esta espada (gr. *rhomphaia* = la espada larga de Ap. 1:16) causó en el corazón de la virgen María. Nos hemos acostumbrado a leer impasibles la escena de Juan 19:25–27, sin pararnos a ponderar la profundidad de los sentimientos que embargarían el ánimo, tanto del Hijo como de la madre.

II. A continuación, se nos refiere el testimonio de *una profetisa, Ana* (vv. 36–38). Veamos:

1. Qué se nos dice de su persona: (A) Que era *profetisa.* Quizás esto no signifique otra cosa, sino que tenía un entendimiento de las Escrituras mayor que el del común de las mujeres, y quizá se ocupaba también en instruir a las jóvenes en las cosas de Dios (comp. con Tit. 2:3–5); (B) Que era *hija de Fanuel* y se llamaba *Ana,* que significa *graciosa;* (C) Que era *de la tribu de Aser,* ubicada en Galilea; (D) Que *era de edad muy avanzada.* Después de estar casada durante siete años, *ahora era viuda hasta ochenta y cuatro años* (v. 37). Dice Bliss: «La descripción pone énfasis en su matrimonio único y en su larga viudez. Ella había estado casada sólo por muy poco tiempo, y desde entonces había permanecido viuda lo cual se consideraba como religiosamente honorable para ella». No hay por qué pensar que llevaba ochenta y cuatro años de viuda, sino que, en su estado de viudez, había llegado a los ochenta y cuatro años de edad. (E) Que *«no se apartaba del templo, sirviendo de día y de noche con ayunos y oraciones»* (v. 37b). Lo cual puede significar, o que tenía su habitación en el atrio del templo o que asiduamente asistía al templo en el tiempo de los servicios que allí se celebraban. En todo caso, vemos que estaba dedicada completamente a sus devociones y pasaba día y noche en ayunos y oraciones mientras otros los pasaban comiendo, durmiendo y despreocupados de las cosas de Dios. Así *servía* a Dios, esto es lo que daba valor y excelencia a sus devociones. Es una bendición ver a creyentes de edad avanzada ocupados

en actos de devoción, como quienes *no se cansan de hacer el bien* (Gá. 6:9; 2 Ts. 3:13) sino que, por el contrario, encuentran gran placer en hacerlo. Ana halla ahora amplia recompensa a su prolongado servicio en el templo.

2. El testimonio que dio del Señor Jesús: *«En este momento se presentó ella»* (v. 38). Al ser tan asidua a los servicios del templo, no pudo perder la oportunidad. «Y *comenzó también a expresar su reconocimiento a Dios»,* como Simeón, y quizá también como él, deseó partir ya en paz. El ejemplo de otros que alaban a Dios de corazón sincero debería estimularnos a dar gracias a Dios y alabarle constantemente. ¿Por qué no hemos de ser reconocidos a Dios como ellos, al tener a nuestra disposición una revelación más completa? Y, como profetisa, Ana comenzó también *«a hablar de Él a todos los que aguardaban la redención en Jerusalén».* Había allí algunos que suspiraban por redención, pero parece ser que eran pocos, puesto que Ana los conocía a *todos:* sabía dónde vivían o dónde poder hallarlos, para decirles que había visto al Señor, *«buenas noticias de gran gozo»* (v. 10). Esto nos enseña que quienes han llegado a un conocimiento experimental del Salvador deben comunicar a otros un hallazgo de la mayor importancia.

III. Finalmente, tenemos un breve informe de la infancia del Señor Jesús (vv. 39–40):

1. *Dónde* la pasó (v. 39). *«Regresaron a Galilea».* Lucas no nos refiere los detalles intermedios que hallamos en *Mateo* (cap. 2), del que se infiere que de Jerusalén regresaron primero a Belén, donde recibieron la visita de los magos y donde continuaron hasta que hubieron de huir a Egipto y, a su vuelta de este país, fueron dirigidos por el ángel a su anterior residencia de Nazaret, la cual es llamada aquí «*su ciudad».*

2. *Cómo* la pasó (v. 40). *En todo semejante a sus hermanos* (He. 2:17) pasó su infancia y su niñez como los demás niños: *«crecía* en estatura y *se fortalecía* en su cuerpo, *llenándose de sabiduría* en su alma humana». Mientras que otros niños son débiles en entendimiento y resolución, Él era fuerte en su espíritu: Por obra del Espíritu Santo, su alma humana adquiría un vigor extraordinario. Mientras otros niños tienen la necedad atada en su corazón, Él estaba lleno de sabiduría. Todo cuanto decía y hacía estaba bien dicho y bien hecho, con una sabiduría superior a su edad. Mientras que otros niños muestran bien temprano la corrupción de la naturaleza, pues en ellos crecen juntamente la cizaña del pecado y el trigo de la razón, en Él todo era sano, pues *«la gracia de Dios estaba sobre Él»:* estaba muy alto en el amor y en el favor de Dios.

Versículos 41–52

Único informe inspirado escrito sobre el Salvador, desde su infancia hasta el día en que se mostró a Israel y por tanto, debemos sacar de ello el mayor provecho posible, porque es en vano desear haber tenido más información.

I. Subida con sus padres a Jerusalén *«a la fiesta de la pascua»* (vv. 41–42). Así acostumbraban hacerlo *cada año, conforme a la ley del Señor,* aunque era un largo viaje, y ellos eran pobres. Esto nos enseña a ser asiduos en la asistencia a las ordenanzas divinas, *«no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre»* (He. 10:25). *«Subieron conforme a la costumbre de la fiesta».* El niño Jesús, *«cuando cumplió doce años de edad»,* subió con ellos. Los doctores judíos dicen que, a los doce años, los niños deben comenzar a ayunar de vez en cuando, y que, a los trece, un niño comienza a ser *hijo del mandamiento,* al haber sido durante toda su infancia, en virtud de la circuncisión, *hijo del pacto.* Los hijos que son aventajados en otras cosas, deben ser instruidos para que sean también aventajados en lo religioso. Y hemos de hacer todo lo posible para que nuestros hijos sean dedicados a Dios por el bautismo, una vez convertidos, para que puedan asistir temprano a la pascua del Evangelio, que es la Cena del Señor.

II. *El niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que se dieran cuenta José y su madre* (v. 43).

1. Sus padres no volvieron, sino *«después de haber acabado los días».* Estuvieron allí todos los siete días de la fiesta, aun cuando no era necesario que se quedaran, sino los dos primeros días de la fiesta. Esto nos enseña a estar con gusto en las reuniones de iglesia y los cultos al Señor, como es propio de quienes

saben decir: *«Bueno nos es estarnos aquí»,* sin sentir demasiada prisa en dejar la compañía de los hermanos y las divinas alabanzas en congregación.

2. Pero, *«al regresar ellos, se quedó el niño Jesús en Jerusalén»,* no porque tuviese pereza de volver a casa o vergüenza de acompañar a sus padres, sino porque tenía que ocuparse *«en los asuntos de su Padre»* (v. 49), y recordarles así a sus padres de la tierra que tenía un Padre en el cielo, a quien debía obedecer antes que a ellos, aunque el respeto que al Padre celestial debía no había de interpretarse como falta de respeto a ellos. Es hermoso ver a los niños y a los jóvenes con deseos de morar en la casa del Señor, porque en esto se parecen a Cristo.

3. Sus padres *hicieron un día de camino,* sin percatarse de su falta, *suponiendo que iba en la caravana* (v. 44). En estas ocasiones era muy numerosa la muchedumbre que acudía a la fiesta, y sus padres concluyeron que iba entre los otros parientes o con los vecinos y, probablemente, con algún grupo de muchachos. Pero *no le hallaron* (v. 45). Por desgracia, esto tiene una aplicación espiritual con mucha frecuencia: Hay entre nuestros parientes y conocidos, con quienes no podemos evitar la conversación, que saben poco o nada del Señor. *«Al no hallarle, regresaron a Jerusalén en busca suya»* (v. 45). Quienes deseen encontrar a Jesús, han de buscarle hasta hallarle, pues, tarde o temprano, será encontrado por quienes le busquen. Los que han perdido los consuelos que tenían en Cristo, deben preguntarse a sí mismos dónde cuándo y cómo los perdieron, y regresar al lugar donde los habían tenido por última vez.

4. *Al cabo de tres días lo encontraron en el templo»* (v. 46). Allí estaba *«sentado en medio de los maestros»,* lo cual no quiere decir que ocupase un lugar de maestro, sino que es una frase idiomática para expresar que se hallaba en el grupo de los discípulos, rodeados por los maestros que enseñaban (comp. con Jn. 8:3 *«poniéndola en medio»).* Según la costumbre en esta clase de enseñanzas, el niño respondía y preguntaba. Esto no tenía nada de extraordinario pero sí lo tenía la sabiduría con que Él lo hacía: «Y *todos los que le estaban oyendo, quedaban atónitos ante su inteligencia y sus respuestas»* (v. 47). No era simplemente un niño *precoz,* sino un niño como ningún otro. Con esto vemos el interés que el niño Jesús tenía en aprender más y más de las cosas de su Padre celestial. Muchos jóvenes de su edad habrían estado jugando con otros muchachos junto al templo, pero Él estaba sentado junto a los doctores en el templo. Les *escuchaba;* quienes quieran aprender han de ser *«prontos para oír»* (Stg. 1:19). Y *les hacía preguntas,* no para tentarles, sino para aprender más. Con sus preguntas y respuestas llenas de sabiduría, dio a todos, como dice Calvino, *un anticipó de su sabiduría divina: «Todos … quedaban atónitos».*

5. Su madre le llamó y le habló en privado (v. 48). María y José *«se sorprendieron de verle»* allí (el verbo griego es más fuerte que el «atónitos» del versículo anterior). Se sorprendieron de que un niño que tan sumiso y obediente había sido siempre a las indicaciones de sus padres, tuviera ahora el atrevimiento de comportarse de esta manera sin pedirles permiso. Con una mezcla de pena y de ternura (como se ve en el griego *téknon* = hijo), le dijo: *«Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?»;* es decir, «¿por qué nos has dado este susto tan grande?» *«Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados».* Vemos que María y José no se quedaron quietos, sumidos en su pesar y en su angustia, sino que le buscaron diligentemente durante *tres días* (v. 46). Quienes, con pesar y diligencia, buscan a Cristo, se alegrarán de tal manera al encontrarle, que el gozo del encuentro les compensará con creces del pesar de la búsqueda. Jesús *«les dijo»* (v. 49), esto es, contestó a ambos: *«¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que yo debo estar en las cosas de mi Padre?»* (lit.). Con esta frase Jesús les daba a entender claramente que su principal objetivo al venir a este mundo era hacer la voluntad del Padre de los cielos (Jn. 4:34; He. 10:7). Sin embargo, todavía *«ellos no comprendieron la palabra que les habló»* (v. 50). Dice Lenski: «Su incapacidad para entender ha sido considerada inexplicable al tener en cuenta la revelación que José y María habían recibido respecto a la concepción del niño. Pero esta objeción yerra. La implicación es la de que hasta esa fecha el muchacho nunca había hecho una declaración semejante a ésta, y que el hablar así ahora, acerca de sí mismo, sobrepasa el entendimiento de sus padres». Es probable que María y José *no entendieran* por qué, para estar en las cosas de Dios, necesitaba Jesús ocultarse de ellos sin avisarles. Quizá se preguntarían, precisamente por las revelaciones que habían recibido, si no serían dignos de tener consigo a un niño que, aun siendo hijo suyo, era también el Salvador del mundo.

III. Como contrapartida de lo que podría parecer una repulsa en las anteriores frases de Jesús, se nos dice ahora la forma en que regresó Jesús a Nazaret con sus padres (vv. 51–52). No les urgió a quedarse en Jerusalén sino que, voluntariamente, se retiró con ellos al oscuro lugar de Nazaret, donde por muchos años estuvo oculto, sin que se nos diga una palabra de Él en ninguno de los cuatro Evangelios. Aquí se nos dice:

1. Que *«continuaba sumiso a ellos»* (a María y a José). Es de suponer que ayudaría a José en sus faenas de carpintero. Aquí se nos da un ejemplo de lo que deben ser los hijos: obedientes y sumisos a sus padres en el Señor (v. Ef. 6:1–3). Aunque sus padres eran pobres y modestos, y aunque Él era *fuerte y lleno de sabiduría* (v. 40), se sometía a ellos en respeto y obediencia. Esto constrasta con la conducta de otros jóvenes que, siendo débiles y necios, son desobedientes e irrespetuosos con sus padres.

2. Que «*su madre conservaba cuidadosamente todas estas cosas en su corazón*». Nuevamente (v. vers. 19), vemos aquí el talante ponderativo, de mujer hecha a la meditación, de la virgen María. Con esto nos enseña en esta ocasión a meditar y ponderar las cosas de Dios, aun cuando a veces nos parezcan oscuras, pues lo que, al principio, nos parece tan difícil y oscuro que no sabemos qué hacer con ello, puede después hacérsenos fácil y claro, y sernos provechoso en otro momento en que tengamos necesidad de echar mano de esa verdad.

3. Que *«Jesús seguía progresando en sabiduría, en vigor y en gracia ante Dios y ante los hombres»* (v. 52). Nótese cuán completo era ese progreso; su cuerpo crecía en *vigor* (fuerza y estatura); su alma, en *sabiduría.* Y, en la medida en que su espíritu se abría a los dones que el Espíritu Santo comunicaba a su naturaleza humana, progresaba también en *gracia,* es decir, «la disposición amistosa y complaciente, con la cual Dios constantemente le sostuvo y lo ayudó, y la buena voluntad que semejante espectáculo de inocencia, de rectitud y de benevolencia, despertó en todos aquellos que le conocieron» (Bliss). La imagen de Dios brillaba cada día con mayor resplandor en aquel joven, que cuando había sido un niño pequeño (v. 40).

CAPÍTULO 3

Nada se nos dice de Jesús desde los doce hasta los treinta años de su vida terrenal. En este capítulo tenemos el ministerio de Juan el Bautista, el bautismo de Jesús a manos de él, y la genealogía del Señor a través (con la mayor probabilidad) de su madre María.

Versículos 1–14

El bautismo de Juan viene a inaugurar una nueva época en la historia de Israel, por lo que se requería un relato particular de tal acontecimiento. Cosas gloriosas se nos habían dicho del Bautista (1:15, 17), pero lo dejamos allí en el desierto, y allí se queda *«hasta el día de su aparición pública ante Israel»* (1:80). Ese día había llegado.

II. Tenemos primero la fecha del comienzo del bautismo de Juan, con detalles pasados por alto por los otros evangelistas, y que nos ayudan a confirmar nuestro conocimiento de la verdad mediante la exacta fijación de la fecha. Ésta queda aquí establecida:

1. Mediante el cómputo de los gentiles, bajo cuya dominación se hallaban entonces los judíos:

(A) Es fechada *«en el año decimoquinto del reinado de Tiberio César»* (v. 1), el tercero de los doce Césares y un hombre muy malo. El pueblo judío, después de largas luchas había caído bajo el dominio de Roma y se había convertido en una provincia (pequeña e insignificante) del Imperio Romano.

(B) Es fechada también de acuerdo con el gobierno de los virreyes que gobernaban la Tierra Santa, dividida en cuatro partes bajo el mando supremo del Emperador. Esto era un símbolo más de su esclavitud, ya que los cuatro gobernantes eran extranjeros. A Pilato se le llama aquí *«gobernador»,* presidente o procurador, *de Judea.* Su carácter es descrito por otros autores como de un hombre perverso y sin conciencia. Tuvo poco tacto en su gobierno y, finalmente, fue sustituido y enviado a Roma para dar cuenta de su mala administración. Los otros tres son llamados *tetrarcas* por estar cada uno al mando de la *cuarta* parte del territorio que había estado antes al mando de Herodes el Grande.

2. Mediante el cómputo del gobierno de los judíos mismos (v. 2). *Anás y Caifás eran los sumos sacerdotes.* Dios había determinado que hubiese sólo un sumo sacerdote, pero aquí se nombran dos para mostrar el desorden reinante en la época. La explicación de esta anomalía nos es dada por Flavio Josefo, que en sus *Antigüedades* explana que Anás, un rico saduceo, había sido sumo sacerdote durante varios

años hasta su deposición algunos años antes de la fecha que aquí se indica; no obstante, al ser hombre de mucha riqueza e influencia, tuvo cinco hijos que, además de Caifás, su yerno, ocuparon el sumo sacerdocio (v. Jn. 18:19–24, para constatar esta influencia de Anás).

II. Origen y objetivo del bautismo de Juan:

1. En cuanto a su origen, era *del cielo: «Vino palabra de Dios sobre Juan»* (v. 2). Es la misma expresión que se usa con respecto a los profetas del Antiguo Testamento (v. Jer. 1:2), pues Juan era *profeta, sí, más que profeta.* Juan es llamado aquí *«el hijo de Zacarías»*, para referirnos a lo que el ángel le dijo a su padre. La palabra de Dios vino sobre él *«en el desierto»* porque cuando Dios cualifica a una persona, la palabra de Dios ha de salirle al encuentro dondequiera que tal persona se halle. Así como la palabra de Dios no está *atada* en una *prisión,* tampoco está *perdida* en un *desierto.* Juan era hijo de un sacerdote y estaba ahora en los treinta años de su edad; por consiguiente, según la ley del templo, podía ser admitido ya al servicio del templo. Pero Dios le llamaba a un servicio más honorable.

2. En cuanto al objeto y designio de su bautismo, era traer a todo el pueblo de Israel a su Dios en *arrepentimiento, para perdón de sus pecados* (v. 3). Vino primero a *toda la comarca del Jordán* es decir, precisamente a la parte aquella del país de la que el Pueblo de Dios había tomado posesión en primer lugar, allí convenía que se izase también primero el estandarte del Evangelio. Juan había residido en la parte más solitaria e inhóspita de la comarcapero, cuando la palabra de Dios vino sobre él, dejó el desierto y vino a una zona habitada. Quienes se hallan a gusto en su retiro deben cambiarlo a gusto por otros lugares de concurrencia, cuando Dios les llama a ellos. *«Recorrió toda la comarca … proclamando un* nuevo *bautismo»*. Existía ya la ceremonia de sumergir en agua a los prosélitos para admitirlos al pacto de Israel, pero el significado del bautismo de Juan era llamar al *arrepentimiento para perdón de pecados.* Por tanto:

(A) Eran obligados a *arrepentirse de sus pecados,* a tener pesar por los que habían cometido con propósito de abandonar la vida de pecado, y cambiar de mentalidad respecto a los criterios falsos que habían adoptado en relación con el Mesías. Debían ser *sinceros en su profesión y fieles en su promisión:* Cambiar de mentalidad y de conducta, para demostrar que tenían una nueva vida, con un corazón nuevo y un espíritu nuevo (v. Ez. 36:25–26).

(B) Eran, bajo esta condición, asegurados del perdón de sus pecados. Así como el bautismo que él administraba les obligaba a no someterse más al poder del pecado, así también les servía de señal y sello de que habían sido descargados de la culpabilidad del pecado.

III. El cumplimiento de las Escrituras en el ministerio de Juan. Los otros evangelistas se habían referido ya al mismo texto de aquí (Is. 40:3–4): *«Como está escrito en el libro de las palabras del profeta Isaías»*. Entre estas palabras se halla que habría «*voz de uno que clama en el desierto»*. Juan era esta voz, la cual gritaba: «*Preparad el camino del Señor; haced derechas sus sendas»*. Lucas va más lejos que Mateo y Marcos en la cita de Isaías, y aplica igualmente al ministerio del bautismo las palabras que siguen en la profecía (vv. 5–6): *«Todo valle será rellenado»*. Aunque el conjunto de metáforas de esta porción se refiere literalmente a la debida preparación de los caminos por los que el Rey ha de llegar, no está de más acomodar espiritualmente el sentido literal, como siempre se ha hecho. En este sentido, la figura de *rellenar el valle* puede significar llenar con diligencia los huecos de la holganza o el enriquecimiento de gracia que los humildes han de experimentar. En cambio, los ricos y orgullosos han de humillarse: *«Todo monte y collado será rebajado»*. Los caminos *tortuosos* (retorcidos y desviados) del pecado *«se harán rectos»*. Dios, con su gracia, capacitará para esta rectitud que el hombre no puede alcanzar por sí mismo. Y las dificultades que impiden y desaniman en el camino hacia el Cielo serán removidas: «*Lo áspero se convertirá en caminos suaves»*. El Evangelio hace que el camino del Cielo sea *llano* para ser *hallado, y suave* para ser *hollado.* Y, como resultado de todo ello, la gran salvación se descubrirá más y mejor que nunca, y su descubrimiento se extenderá también más lejos que nunca: *«Y verá toda carne* (comp. con Gn. 6:12) *la salvación de Dios»*. No sólo los judíos, sino también los gentiles, la *verán,* y muchos de ellos, tanto judíos como gentiles, *se beneficiarán* de ella.

IV. Las advertencias y exhortaciones que Juan hacía, en general, a quienes se sometían a su bautismo (vv. 7–9). En Mateo (3:7–10), se nos dice que predicó estas mismas cosas a *«muchos de los fariseos y de los saduceos que venían a su bautismo»;* pero aquí se nos dice que lo *«decía a las multitudes que salían*

para ser bautizados por él» (v. 7). Es obvio que esto lo decía a todos los que salían a él; ni adulaba a los grandes, ni contentaba a las masas, al reprender por igual a todos, pues aunque las multitudes no tuviesen los mismos pecados, tenían otros por los que merecían igual reprensión. Ahora obsérvese que:

1. Aquella generación perversa se había convertido en *generación de víboras;* no sólo emponzoñada, sino también ponzoñosa; que aborrecían a Dios y se aborrecían unos a otros.
2. A esta generación de víboras se le exhorta de buena fe a que *huya de la ira inminente,* pues pende sobre ellos (comp. con Ro. 1:18) si continúan por el camino del mal. Demos gracias a Dios de que, no sólo se nos exhorta a escapar de la ira inminente, sino que se nos muestra también la vía de escape (Jn. 3:15–16) con tal que acudamos a tiempo (2 Co. 6:1–2).
3. No hay modo de escapar de la ira de Dios, a no ser por *fe y arrepentimiento,* aunque el énfasis cae sobre la fe cuando se trata de gentiles, cuya fe estaba en dioses falsos mientras que el énfasis cae sobre el arrepentimiento cuando se trata de judíos, pues éstos creían en el verdadero Dios, pero necesitaban cambiar de mentalidad con respecto al Mesías (comp. Hch. 2:38 con Hch. 16:31, y ambos con Hch. 20:21).
4. Quienes profesan arrepentimiento deben mostrar los frutos que de un verdadero arrepentimiento se desprenden, si desean huir de la ira venidera (v. 8): *«Producid, pues, frutos que correspondan a un sincero arrepentimiento»*. Con el cambio de conducta se demuestra el cambio de mentalidad.
5. Si no buscamos la santidad de corazón y en nuestra vida, la profesión de religión no nos servirá de nada, aun cuando la cubramos de honorables excusas: «Y *no comencéis a decir entre vosotros mismos: Tenemos por padre a Abraham»*.
6. No tenemos, pues, por qué escudarnos en privilegios exteriores y en profesiones de religión, pues Dios puede asegurar eficazmente su honor y gloria sin nosotros. Si nosotros somos cortados y vamos a la ruina, Él puede levantar para sí una Iglesia de donde menos se podría suponer: *«Porque os digo que de estas piedras puede Dios suscitar hijos a Abraham»*. Es probable que Juan aludiera aquí a las piedras que representaban a las doce tribus de Israel y que, tal vez, yacían aún en el álveo del Jordán (v. Jos. 4:3), muy cerca de donde él predicaba.
7. Cuanto mayores sean las profesiones de arrepentimiento que hagamos, y cuanto más fuertes las exhortaciones y estímulos al arrepentimiento que, con la gracia de Dios, hayamos recibido, tanto más cercana y más grave será la ruina que nos amenaza si no nos arrepentimos sinceramente: Ahora que *el reino de Dios está al alcance de la mano* (Mt. 3:2; 4:17; Mr. 1:15), «*también el hacha* de la ira de Dios *está puesta junto a la raíz de los árboles*» (v. 9). La amenaza es tanto más terrible para el inconverso, cuanto más dulce es la exhortación para el arrepentido.
8. El árbol que no de frutos de arrepentimiento terminará en el fuego del Infierno: *«Todo árbol que no produce buen fruto se corta y se echa al fuego». «¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!»* (He. 10:31).

V. Las instrucciones particulares que Juan daba a diversas clases de personas que venían a él en busca de consejo con respecto a sus respectivos deberes: el pueblo, en general los cobradores de impuestos, y los soldados. Algunos de los fariseos y de los saduceos acudieron a este bautismo, pero no se nos dice que preguntaran: *¿Qué haremos?* Pensaban que ya lo sabían. Pero el pueblo llano, los publicanos y los soldados, conscientes de sus pecados y de la ignorancia que tenían de las exigencias de la ley divina, eran los que preguntaban a Juan: «*¿Qué haremos?»* (v. 10). Esto nos muestra que los que son *bautizados* deben ser *enseñados* (v. Mt. 28:19–20). Quienes desean cumplir con su deber, han de conocer bien ese deber; y quienes profesan y prometen arrepentimiento han de evidenciarlo en su vida. Éstos apuntan correctamente hacia sí mismos. No preguntan: *¿Qué hace este hombre?,* sino *«¿Qué haremos nosotros?»* Es decir: ¿Qué frutos de arrepentimiento hemos de mostrar nosotros? Y Juan responde a cada uno según sus respectivas obligaciones y situaciones:

1. Al pueblo en general le recomienda un amor al prójimo que se traduzca en compartir (comp. con 1 Jn. 3:17): *«El que tenga dos túnicas, que las reparta con el que no tiene; y el que tenga qué comer que haga lo mismo»* (v. 11). El Evangelio requiere *misericordia, antes que sacrificio,* y su objetivo es comprometernos a hacer todo el bien que podamos. Alimento y abrigo son las dos necesidades más perentorias de la vida, y el que los tenga debe compartirlos con su prójimo, pues somos administradores,

no dueños absolutos de lo que Dios nos concede y, por tanto, hemos de usarlo conforme a los dictados de nuestro común Dueño (comp. con Ef. 6:9).

2. A los cobradores de impuestos les dice también su obligación, de acuerdo con el oficio que tenían: *«No exijáis más de lo que se os ha ordenado»* (vv. 12–13). Han de ser fieles al gobierno y justos con el pueblo que paga los impuestos, sin oprimir con tasas injustas a los tributarios. Como si les dijese: «Cobrad para el César lo que es de César, y no os enriquezcáis injustamente al ofender a Dios y al oprimir a vuestro prójimo». Los impuestos públicos deben servir para mejorar los servicios públicos, no para satisfacer la avaricia de los funcionarios públicos. Notemos que no les exhorta a que abandonen su oficio, pues se trata de un servicio necesario, sino a que no abusen de él.

3. A los soldados les dice igualmente cuál es su deber (v. 14). Si se tratara de soldados romanos, podríamos pensar en un primer ejemplo de llamamiento a los gentiles para salvación. Pero es de notar que la palabra griega no significa *soldados* en el sentido técnico, sino más bien *hombres ocupados en servicios militares,* al parecer, judíos ocupados en alguna campaña especial, de la que nada se nos dice en el texto sagrado. Notemos que Juan no les exhorta a que depongan las armas, sino únicamente: *«No intimidéis a nadie, ni denunciéis en falso para sacar dinero, y contentaos con vuestra paga».* Con tan breves pinceladas, Juan describe las tentaciones de la gente de armas y pone el dedo en las llagas más comunes entre dicha gente: «Vuestro deber es salvaguardar la paz; por tanto, *no hagáis violencia a nadie;* no hagáis pender sobre el pueblo la espada del terror, la cual está puesta para los malhechores (v. Ro. 13:3–5), sino la espada de la justicia, la cual está puesta para protección de los bienhechores». Tampoco deben acusar falsamente a nadie ante el gobierno, haciéndose así de temer, con lo que se permiten a sí mismos cobrar propinas injustas y aceptar sobornos corruptores. En fin deben *contentarse con la paga que reciben.* En efecto, *«¿de dónde vienen las guerras y los pleitos?» «De los placeres y de la codicia»* (v. Stg. 4:1–3). El mundo anda tan mal, porque «todos queremos más». Es muestra de singular sabiduría sacar el mejor partido de lo que se tiene, y el mundo muestra su locura en la general insatisfacción, tanto de súbditos como de gobernantes: el rico ansía ser más rico, y el poderoso adquirir todavía mayor poder.

Versículos 15–20

I. Vemos cómo la gente, con ocasión del ministerio de Juan llegó a pensar que el Mesías estaba ya a las puertas. En esta forma, fue preparado el camino del Señor. Cuando es estimulada la expectación, la llegada de lo esperado se hace doblemente aceptable. Cuando la gente se percató de lo excelente que era la doctrina que Juan proclamaba: 1. Comenzaron a pensar que había llegado la hora de la venida del Mesías. Nunca antes había necesitado el pueblo de Israel una reforma tanto como ahora, ni el estado de apuro en que se hallaba había exigido tanto como ahora una liberación. 2. El pensamiento que, a renglón seguido, se les ocurriría es: «¿No será éste el que había de venir?»: *«Todos andaban pensando en su corazón acerca de Juan, si quizás él sería el Cristo»* (v. 15). Su vida era santa y austera, su predicación era con poder y autoridad y, por consiguiente, ¿por qué no iban a pensar si quizás él era el Cristo? Todo lo que hace que la gente se ponga a meditar y reflexionar seriamente, prepara el camino a Cristo.

II. Cómo Juan rehusó todas las pretensiones del honor que supondría el que él fuese el Mesías, estimulando, por otra parte la expectación que albergaban con respecto al Mesías al asegurarles que el Cristo *estaba viniendo* (vv. 16–17). El oficio del Bautista como heraldo y precursor, era notificar que *el reino de Dios estaba cerca;* y, por consiguiente, después de haber dicho a las diversas clases de personas lo que debían hacer, ahora les dice una cosa más que todos deben hacer: esperar la inminente llegada del Mesías. Y esto sirve de respuesta a todas las cavilaciones de la gente acerca de él mismo.

1. Les declara que lo más que él puede hacer es *bautizarlos con agua* (v. 16). Sólo puede exhortarles al arrepentimiento y asegurarles del perdón, pero no puede personalmente concederles el perdón.

2. Les hace volver los ojos hacia Jesucristo, cuyos caminos había venido él mismo a preparar, de forma que no discutan entre sí sobre si él es o no es el Mesías, sino que miren directamente al que en realidad lo es. En efecto:

(A) Juan reconoce que el Mesías posee una *excelencia* muy superior a la suya: *«No soy apto para desatarle la correa de sus sandalias».* Ésta era la tarea más baja que un esclavo podía hacer con su amo, y aun de eso se declara indigno (lit. incompetente) el Bautista. Juan era un profeta, y más que profeta: mayor que ninguno de los profetas del Antiguo Testamento. Sin embargo, la distancia entre él y Cristo era

infinita. Ésta era una gran verdad que Juan había venido a proclamar, pero la manera en que la proclamó nos habla de la humildad de Juan, y en esa manera su predicación, no sólo hacía *justicia* a Cristo, sino también *honor* a sí mismo. No hay cosa tan honrosa como el hablar tan alto de Cristo y tan bajo de sí mismo.

(B) Reconoce también en Jesús alguien *más fuerte* que él mismo: *«Está viniendo el que es más fuerte que yo»*. La gente pensaba que Juan estaba investido de un tremendo poder, pero ¿qué podía compararse con el poder de que Cristo estaba investido? Juan sólo podía *bautizar con agua,* en señal de que debían purificarse y limpiarse de sus pecados; pero Cristo podía (y quería) *bautizarles con Espíritu y fuego.* El agua lava por fuera, pero el fuego del Espíritu Santo (comp. con Hch. 2:3) penetra en el corazón, no sólo para purificarlo, sino también para regenerarlo. Juan predicaba una doctrina *distintiva,* y discernía, por palabras y señales, lo precioso de lo vil, pero Cristo *tenía en su mano el aventador* (v. 17), mediante el cual podía separar eficazmente *el trigo de la paja,* y *limpiar así con esmero su era.* Juan podía hablar palabras de consuelo, pero Cristo podía llevar consuelo al necesitado. Juan podía proclamar seguridad a quienes creyesen en el Evangelio, pero Cristo podía ponerles a salvo. Juan podía amenazar a los hipócritas diciéndoles que el hacha estaba puesta a la raíz del árbol estéril, para ser cortado y arrojado al fuego, pero Cristo podía ejercutar el juicio, «*recogiendo el trigo en su granero, y quemando la paja con fuego inextinguible»*.

(C) El evangelista concluye su informe sobre la predicación de Juan con un etcétera: «Y así con muchas y variadas exhortaciones anunciaba al pueblo la Buena Nueva» (v. 18, comp. con Hch. 2:40). Aquí vemos, (a) que Juan era un predicador *afectuoso:* exhortaba con toda insistencia, como quien es consciente de la gravedad del peligro y de la urgencia de la salvación. De J. Owen se dice que predicaba «como un moribundo que habla a moribundos». Lo mismo podemos decir del Bautista. No es amor ocultar la verdad con paliativos, sino urgirla con todo ahínco; (b) que Juan era un predicador *práctico.* Gran parte de su predicación consistía en exhortaciones, con las que incitaba a la gente a cumplir con su deber, instruyéndola sobre el modo de obrar, en lugar de entretenerla con especulaciones y fábulas; (c) que Juan era un predicador *popular,* pues predicaba a la gente del pueblo, acomodándose a la capacidad de ellos y hablándoles en el lenguaje de ellos; (d) que Juan era un predicador *evangélico,* pues «*anunciaba al pueblo la Buena Nueva»,* dirigiendo al pueblo para que pusiesen los ojos en el Salvador a quien esperaban; (e) que Juan era un predicador abundante en doctrina y modos de expresarla: «con muchas y variadas exhortaciones, anunciaba …», de tal manera que, quienes no eran alcanzados por un determinado aspecto de la verdad, pudieran ser alcanzados por otro.

III. Vemos también el súbito y drástico punto final que fue puesto a la predicación del Bautista. Cuando estaba en el punto más alto de su provechoso ministerio, fue encarcelado por el malvado Herodes (vv. 19–20), pues había tenido la valentía de *censurar repetidamente a Herodes el tetrarca,* no sólo respecto al incesto que cometía con la mujer de su hermano, sino también «*en relación con todas las maldades que Herodes había hecho»* (pues los que son malvados en un aspecto, suelen serlo en muchos otros a la vez). Así que Herodes, al no aguantar más las reprensiones del Bautista, *a todas las anteriores maldades añadió también esto:* una más y muy grave, pues «*encerró a Juan en la cárcel*», con lo cual privó a muchos otros del beneficio de las instrucciones y exhortaciones de Juan. Pero, ¿había de ser silenciada *la voz del que clama en el desierto?* Mas así es como muchas veces, es puesta a prueba la fe de los discípulos de Cristo y así también es castigada la incredulidad de los que rechazan el mensaje de la salvación. Así debía ser Juan el Precursor de Cristo, no sólo en la proclamación de la verdad, sino también en los padecimientos por la verdad. Es ahora cuando Juan tenía que menguar para que Cristo creciese, de la misma manera que el lucero de la mañana desaparece de la vista con la salida del sol.

Versículos 21–38

El evangelista menciona el encarcelamiento de Juan antes que el bautismo de Cristo aunque éste fue llevado a cabo casi un año antes, porque desea terminar la historia del ministerio de Juan y comenzar la del ministerio de Cristo.

I. Tenemos primero un breve relato del bautismo de Cristo (vv. 21–22).

1. Se nos dice aquí que, *«cuando todo el pueblo era bautizado, también Jesús fue bautizado»*. Cristo quería ser bautizado el último entre el común del pueblo y a la zaga de él. Vio primero la multitud que allí estaba preparada para recibirle, y entonces apareció.

2. Aquí se nos hace la observación de que *«mientras oraba, se abrió el cielo»*, detalle que no aparece en Mateo. *Oró* como otros lo harían, porque deseaba estar siempre en íntima comunión con el Padre. Oró para que el Padre le descubriese su voluntad y su gracia, y por el descenso del Espíritu. Lo que le había sido prometido lo había de alcanzar mediante la oración: *«Pídeme, y te daré …»* (Sal. 2:8).

3. *Mientras* todavía *oraba, se abrió el cielo.* El pecado había hecho que el Cielo se cerrara, pero la oración y la obra de Cristo hicieron que se abriera. La oración es una ordenanza que abre los cielos: *«Continuad llamando, y se os abrirá»* (Mt. 7:7; Lc. 11:9).

4. *«Y descendió sobre Él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma»* (v. 22). Al comenzar a predicar, *el Espíritu del Señor estaba sobre Él* (Is. 61:1; Lc. 4:18). Este descenso del Espíritu es aquí manifestado mediante evidencias sensibles, para animarle en el comienzo de su ministerio público, y para satisfacción de Juan el Bautista, pues le había sido dicho que, mediante esta señal, le sería notificado quién era el que había de bautizar con el Espíritu Santo (Jn. 1:33).

5. *«Y salió del cielo («desde la magnífica gloria»,* como dice 2 P. 1:17) *«una voz que decía: Tú eres mi Hijo amado»*. Aquí y en Marcos, esta frase es dirigida *al* propio Jesús; en Mateo, es dirigida a todos: *«Éste es mi Hijo, el amado»*. De Él se había profetizado en 2 Samuel 7:14: «*Yo le seré a Él por Padre, y Él me será a Mí por Hijo»* (v. He. 1:5). También había sido profetizado de Él que sería *«mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento»* (Is. 42:1, comp. con Mt. 12:18–20). Y, de acuerdo con esto, le dice aquí: «*Tú eres mi Hijo amado; en ti he puesto mi complacencia*».

II. A continuación, se nos presenta la genealogía de Jesucristo. Mateo, al dar la genealogía de José, llega hasta Abraham, pero Lucas va mucho más arriba, hasta el primer padre de la humanidad. El objetivo de Mateo, que escribía especialmente para los judíos, era mostrar que Cristo era el hijo de David (heredero del trono davídico) e hijo de Abraham, en quien serían benditas todas las familias de la tierra, y desciende hasta Jacob, el padre de José, padre legal de Jesús. En cambio, el objetivo de Lucas era presentar a Jesús como el Salvador de toda la humanidad y, por ello, se remonta hasta la primera pareja, hasta *la descendencia de la mujer, que había de quebrantar la cabeza de la serpiente* (Gn. 3:15), y desciende (o, mejor dicho, comienza) hasta Elí, el cual era padre no de José, sino de María. Por eso, Mateo pone a Jesús como descendiente legal de Salomón cuya línea dinástica terminaba en Jeconías, a quien fue dirigida maldición contra él y su descendencia; mientras que, por María, su madre, Jesús descendía físicamente de David, a través de Natán, otro hijo de David por lo que no le alcanzaba la maldición pronunciada contra la descendencia física de Jeconías. La genealogía concluye diciendo: «… *hijo de Adán, hijo de Dios»* (v. 38). Jesús era, al mismo tiempo, *hijo de Adán* e *hijo de Dios,* a fin de ser el Mediador adecuado entre Dios y los hijos de Adán, y ser capaz, de esta manera, de hacer que los hijos de Adán puedan llegar a ser *hijos de Dios* (Gá. 4:4–5). Finalmente, antes de darnos la genealogía, Lucas dice que «*Jesús mismo, al comenzar su* ministerio, *tenía unos treinta años*» (v. 23) pues ésta era la edad en que los sacerdotes comenzaban a entrar en plenas funciones de su ministerio (Nm. 4:3).

CAPÍTULO 4

En este capítulo, tenemos una nueva preparación para el ministerio de Jesús, al ser puesto a prueba en el desierto mediante las tentaciones de Satanás. A continuación, Lucas describe el ministerio de Jesús en Galilea, el cual comenzó por Nazaret, en cuya sinagoga predicó, y siguió por Capernaúm, donde llevó a cabo diversos milagros.

Versículos 1–13

En este relato de la tentación de Jesús, obsérvese:

I. Cómo fue preparado y capacitado para soportarla:

1. Fue *«lleno del Espíritu Santo»,* quien había descendido sobre Él en figura visible de paloma. Bien armados van contra las peores tentaciones del diablo quienes van llenos del Espíritu Santo.

2. *Regresaba del Jordán,* donde había sido bautizado y donde había oído la voz del cielo que le había designado como el Hijo Predilecto de Dios. Cuando hemos tenido las experiencias más consoladoras de la comunión con Dios, y disfrutado de los más exquisitos favores de su gracia, es de esperar que Satanás nos asalte, como asaltan los piratas los barcos cargados con las más preciosas mercancías, y que Dios lo permita, a fin de que el poder de su gracia se manifieste y engrandezca en nuestra debilidad y pequeñez.

3. *«Era conducido por el Espíritu al desierto.»* En el desierto parecía tener el tentador cierta ventaja, pues sorprendería allí a Jesús solo *(«¡Ay del solo!»,* Ec. 4:10). Él podía dar al diablo cierta ventaja, pues era consciente de su propia fortaleza; pero nosotros no podemos hacerlo, pues somos conscientes de nuestra gran debilidad. Con todo, Él se preparó bien para estos asaltos, al ayunar durante cuarenta días (v. 2). Podemos suponer que pasaría aquellos días en meditación y en comunión íntima con Dios, como Moisés en el Sinaí.

4. *«Y no comió nada durante esos días.»* Así como, al retirarse al desierto, se había desentendido del *mundo,* al ayunar se desentendió del *cuerpo; y* Satanás no puede agarrar fácilmente a quienes han roto sus lazos con el *mundo* y con la *carne.*

II. Cómo fue asaltado por sucesivas tentaciones, y cómo derrotó al diablo en cada asalto. Ya había sido tentado por el diablo durante aquellos cuarenta días (v. 2), pero el diablo redobló sus ataques cuando se dio cuenta de que Jesús *tenía hambre.*

1. Primero le tentó a desconfiar del Padre, como si este se hubiese despreocupado de su Hijo Predilecto, y a que se las arreglase por sí mismo: «Si *eres Hijo de Dios, dile a esta piedra que se convierta en pan»* (v. 3). En lo que viene a decirle: (A) «Te aconsejo que lo hagas por ti mismo, pues Dios, si es tu Padre, se ha olvidado de ti». Si comenzamos a pensar o a vivir de acuerdo a nuestros propios planes, sin depender de la providencia de Dios, inmediatamente hemos de percatarnos de que se trata de una tentación del diablo y, por tanto, hemos de rechazarla sin contemplaciones, pues el objetivo principal de Satanás es desligarnos de la dependencia de Dios (v. Gn. 6:1–6). (B) «Te reto a que lo hagas, si puedes; si no lo haces, concluiré que no eres el Hijo de Dios». Pero Cristo no cedió a la tentación: (a) Porque no estaba dispuesto a hacer lo que le pidiera el diablo. No debemos hacer nada que nos haga aparecer como *«dando lugar al diablo»* (Ef. 4:27). Los milagros se hacían en confirmación de la fe y el diablo no tenía ninguna fe que confirmar. (b) Jesús hacía los milagros para ratificar su doctrina y, por eso mientras no comenzase a predicar, no iba a realizar milagros. (c) No iba a hacer milagros para agradarse a sí mismo. Prefería convertir el agua en vino para beneficio de sus amigos, que las piedras en pan para su propia conveniencia. (d) Iba a reservar para después las pruebas de su filiación divina. (e) No iba a hacer ninguna cosa con la que pareciese desconfiar del Padre. Como debe hacer todo buen hijo de Dios, prefería vivir en completa dependencia de las palabras y de las promesas del Padre Celestial. Por eso, replicó al diablo con un texto bíblico apropiado: *«Está escrito»* (v. 4). La Palabra de Dios es nuestra *espada,* y nuestra fe en esa palabra es nuestro *escudo;* por eso, deberíamos ser poderosos en la Palabra de Dios. El texto con que replicó al diablo está tomado de Deuteronomio 8:3: *«No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios».* Como si dijese: «No necesito convertir la piedra en pan, porque el hombre puede vivir con cualquier cosa que Dios le asigne» (comp. con Jn. 4:34). Dios tiene muchos medios de proveer para sus hijos, aun cuando parezcan faltar los medios normales de subsistencia; por lo tanto, no hay por qué desconfiar de Él, sino depender de Él en toda circunstancia, y cumplir siempre con nuestro deber, porque entonces Dios se encargará de las circunstancias.

2. Le tentó después el diablo a que le rindiese homenaje de adoración, prometiéndole a cambio *«todos los reinos de la tierra habitada»* (vv. 5–7). Lucas pone esta tentación en segundo lugar, pero Mateo la pone al final, que es seguramente su sitio. Obsérvese:

(A) Cómo *propuso* Satanás esta tentación:

(a) Puso ante los ojos del Señor *«en un momento»,* todos los reinos del mundo. Para eso, «le *condujo a un alto monte».* Podemos asegurar que, más bien que una visión directa, imposible en un momento de tiempo, se trató de una especie de caleidoscopio en que Satanás hizo pasar rápidamente, como en cámara rápida, los reinos del mundo con su *gloria y poderío* (v. 6).

(b) Le aseguró a Cristo que todo aquello *le había sido entregado,* lo cual era una *media verdad,* pues al primer asalto del diablo (Gn. 6), *el principado de este mundo* le fue ofrecido a Satanás «en bandeja» (v.

Jn. 12:31; 14:30; 16:11; Ef. 2:2). Seguro de este dominio, el diablo dice, con otra media verdad: *«se lo doy a quien quiero»,* sin contar que eso mismo cae bajo el control soberano de Dios.

(c) Se atreve a imponerle la condición de que *se postre* (¡el Hijo de Dios!) *delante de él* (¡Satanás!) Esta sugerencia venía a significar, ni más ni menos, que Cristo había de reinar bajo los dictados de Satanás. Con tal de hacerse con el corazón y la adoración del hombre, el diablo está dispuesto a repartir gloria, poder, honor y riqueza. ¿Por qué se empeña Jesús en ir a la Cruz, si el diablo le ofrece todos los reinos sin derramar una gota de sangre?

(B) Cómo venció Jesús también esta tentación del diablo. Le dio una repulsa perentoria llena de ira y horror santos: *«Vete de mí, Satanás»* (v. 8). Tal tentación no merecía discusión, sino repulsa inmediata; y, con otro texto apropiado, hirió al diablo en la cabeza: *«Porque está escrito: Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a Él servirás»* (v. 8 comp. con Dt. 6:13). Notemos que Jesús saca todas sus citas al demonio del libro más *espiritual* de la Ley: el Deuteronomio. Jesús había venido para que pudiésemos ser sacados *de las tinieblas a la luz admirable de Dios* (Hch. 26:18; 1 P. 2:9), del poder de Satanás al de Dios, del culto a los demonios al culto al Dios vivo y verdadero. Por eso, la gran ley que Cristo restablece para todos los hombres es que *«a Dios solo hay que adorar y servir»*.

3. En tercer lugar, vemos cómo el diablo le tienta a confiar presuntuosamente en la protección del Padre. Vemos aquí:

(A) Lo que le proponía el diablo con esta tentación: *«Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo»* (v. 9). Quiere que Jesús requiera una prueba más de la protección del Padre, como si no bastase con la voz del Cielo y el descenso del Espíritu sobre Él. Quiere que Jesús use un nuevo método, de patente diabólica para mostrarse a los hombres como el Mesías esperado. Si desde *el pináculo del templo* proclamaba su mesianidad y, en prueba de ello, se arrojaba desde allí sin sufrir ningún daño, seguramente que todos le recibirían como enviado del Padre y venido del Cielo. Y, si acontecía que en la caída encontraba la muerte, el diablo quedaría más que satisfecho, pues se lo habría quitado limpiamente de en medio.

(B) Para dar mayor peso y fuerza a la tentación, el diablo se atreve ahora a citar a la propia Escritura (v. 10). Cristo había citado la Escritura contra Satanás, ahora Satanás citaba la Escritura en su favor. Verdaderamente, nunca es tan temible el diablo como cuando cita la Palabra de Dios, pues siempre la cita *a medias,* lo cual es peor que una mentira descarada. Y cuantos de este modo citan la Biblia no hacen otra cosa, consciente o inconscientemente, que seguir los caminos del diablo. La Escritura citada por el diablo es del Salmo 91:11–12: *«Dará orden a sus ángeles respecto de ti, para que te guarden con todo cuidado; te llevarán en las palmas de sus manos, para que no tropiece tu pie en ninguna piedra»* (vv. 10–11). Hay quienes piensan que la falsedad del diablo consiste en haber omitido la cláusula *«en todos tus caminos»,* como aparece en el salmo. Pero, como dice Lenski, (a) en este caso, Jesús le habría respondido completando la cita; (b) el salmo no dice: «en todos *sus* (de Dios) caminos», sino: «en todos *tus* caminos». La falsedad del diablo está en que el salmo trata de la protección de Dios *en casos de apuro,* pero el arrojarse voluntariamente del pináculo del templo no era un caso de apuro, sino una ostentación peligrosa; en otras palabras, no era *confiar en* Dios, sino *tentar a* Dios. Por eso:

(C) Jesús le replica con otra cita bíblica, también tomada del Deuteronomio (6:16): «*No tentarás al Señor tu Dios*». Además, si Dios ya había dado la prueba suficiente de la misión divina de Cristo, el buscar otra por cuenta propia, además de tentar a Dios, era muestra de inexplicable desconfianza en Él.

III. Cuál fue el resultado final de este combate espiritual (v. 13). Nuestro victorioso Redentor quedó firme en terreno sólido y conquistó un magnífico triunfo, no sólo para sí, sino también para nosotros. En efecto:

1. El diablo no tenía ya más flechas en su aljaba: *«Cuando el diablo dio por concluida toda clase de tentación …»* (v. 13). Si Cristo sufrió, siendo probado, *toda clase de tentación* (comp. con He. 4:15), ¿por qué no hemos de esperar también nosotros pasar por toda clase de tentaciones que nos hayan sido asignadas? Sobre todo, si sabemos que no seremos tentados por encima de nuestras fuerzas (1 Co. 10:13).

2. Acabadas las tentaciones, el diablo abandonó el terreno: *«se alejó de Él»*. Vio que no tenía sentido continuar atacándole pues no hallaba en Jesús ningún punto flaco por donde entrarle. *Si resistimos al diablo, huirá de nosotros* (Stg. 4:7).

3. Esto no quiere decir que Satanás hubiese desistido de sus propósitos; se alejó de Él *«hasta un tiempo oportuno»,* hasta que llegase la hora de asaltarle de nuevo, no con halagos y promesas, sino con

sufrimientos y persecuciones. Se marchó hasta aquella hora que Cristo llama la del *«poder de las tinieblas»* (22:53), cuando *«el príncipe de este mundo viene»* otra vez (Jn. 14:30).

Versículos 14–30

Después de haberse defendido de los asaltos del diablo, comienza Jesús ahora a pasar a la *ofensiva* contra él, y lanza contra Satán, mediante su predicación y sus milagros, unos ataques que el diablo no podrá resistir ni rechazar.

I. Comienza esta porción refiriéndonos primero, en general, el ministerio de predicación que Jesús llevaba a cabo en *Galilea.* Allá *«regresó en el poder del Espíritu»* (v. 14). No tenía que esperar a que le llamaran los hombres, pues tenía vida y luz en sí mismo. Allí *«enseñaba en las sinagogas de ellos, siendo glorificado por todos»* (v. 15). Enseñaba en las sinagogas, donde los judíos se reunían no para el culto ceremonial como en el templo, sino para el culto público de devoción comunitaria y de exposición de las Escrituras. Estas reuniones en las sinagogas se hicieron más frecuentes a partir del cautiverio en Babilonia, pues el culto ceremonial del templo estaba próximo a expirar. Lo hizo así una vez que *«las noticias sobre Él se difundieron por toda la comarca circunvecina»* (v. 14). Era ésta una *buena* fama, ya que *era glorificado por todos* (v. 15). Se ve que al principio, no se encontró con desprecios ni contradicciones; *todos* le glorificaban, y ninguno le vilipendiaba.

II. Después se nos habla de su predicación en *«Nazaret, donde se había criado»* (vv. 16 y ss.). Y aquí se nos dice que *predicó* allí y que allí encontró oposición y persecución. Veamos:

1. Cómo predicó allí:

(A) En primer lugar, la oportunidad que tuvo para ello: *«Vino a Nazaret»,* después de haber ganado reputación en otros lugares. Tuvo aquí ocasión de predicar: (a) en la sinagoga, en la que acostumbraba, sin duda, asistir a los cultos por haberse criado allí (el *«según su costumbre»* del versículo 16 se refiere al versículo 15, no se puede deducir de esta sola frase el que acostumbrase asistir allí anteriormente). (b) Lo hizo *«en día de sábado»,* pues ése era el día dedicado al descanso y a las devociones.

(B) *«Se levantó a leer»,* invitado, sin duda, para ello. Cada sábado tenían los judíos siete lectores; primero, un sacerdote; después, un levita; después, cinco israelitas de la respectiva sinagoga. Con frecuencia hallamos a Jesús *predicando* en otras sinagogas, pero nunca *leyendo,* excepto en esta de Nazaret, de la que por tantos años habría sido miembro. *«Le entregaron el libro del profeta Isaías»* (v. 17). Es muy probable que de ese libro se sacasen las lecturas de aquellos sábados, y no hay que pensar que la frase *«encontró el lugar …».* signifique que abrió el libro «por donde saliera».

(C) Vemos inmediatamente el texto sobre el cual predicó. Primero, *«se levantó a leer»* (v. 16b); después, *«desenrolló el volumen»* (v. 17), ya que los escritos estaban (y están en las sinagogas judías) en *rollos.* Pero los libros del Antiguo Testamento estaban en realidad, *sellados* hasta que Jesucristo los abrió (Is. 29:11). *Halló* luego el lugar que correspondía leer aquel día y que era Isaías 61:1 y ss., como vemos por los versículos 18–19. Fue una disposición especial de la Providencia que fuese éste el texto que correspondía ya que habla tan claramente del Mesías y de la obra que había de llevar a cabo en este mundo. El texto de Isaías dice:

(a) Cómo había de ser capacitado el Mesías para su comisión: *«El Espíritu del Señor está sobre mí».* Todos los dones y todas las gracias del Espíritu estaban sobre Él, no por medida, como en los otros profetas, sino sin medida (v. Jn. 3:34).

(b) Cómo había de ser comisionado: *«Por lo cual me ungió … me ha enviado …». Ser ungido* significa ser consagrado separado para esta obra y cualificado para llevarla a cabo (comp. con Jn. 10:36).

(c) Cuál fue la obra a la que fue llamado: Fue llamado y capacitado: (1) *«para predicar … a proclamar … a proclamar …».* Nótese la insistencia en el ministerio. Había de *predicar el Evangelio* [la Buena Noticia] *a los pobres:* a los conscientes de su indigencia, *los pobres en el espíritu* de Sofonías 3:12 y Mateo 5:3: los *anawim Jehová.* Y a éstos había de predicar las *buenas noticias* que, a continuación, se especifican y que son tres: (i) *«liberación»* a *los cautivos y oprimidos* (v. 18). El Evangelio es una proclamación de libertad, como la de Israel al ser sacado de Egipto y de Babilonia. Es una liberación de la peor de las esclavitudes; de tal beneficio podrán aprovecharse cuantos se sometan al servicio del Señor y de los hermanos (v. Gá. 5:13); (ii) *«iluminación» = «recuperación de la vista a los ciegos».* No sólo vino

a dar luz a los que estaban en *tinieblas*, sino también *vista* a los que estaban *ciegos* (Jn. 9:39). Cristo vino a decirnos que tiene *colirio* para nosotros (comp. con Ap. 3:18) y, si nuestra oración es: *«Señor, que sean abiertos nuestros ojos»*, inmediatamente nos dirá: *«Recibid la vista»;* (iii) *«jubileo especial»: «A proclamar un año favorable del Señor»* (v. 19). Esto alude al año jubilar, que se celebraba cada cincuenta años (v. Lv. 25:8 y ss.). Pero este *jubileo* que Cristo proclama es muy especial pues viene a decirnos que el Dios a quienes habían (y hemos) ofendido, estaba dispuesto a reconciliarnos consigo en Cristo (2 Co. 5:19–21): a hacer las paces con nosotros en términos mucho más favorables que antes. *«Éste es el tiempo aceptable; ahora es el día de salvación»* (2 Co. 6:2). (2) Cristo vino también como un gran *Médico*, porque venía *a sanar a los quebrantados de corazón* (v. 18) aunque esta frase tomada de Isaías 58:6 en la versión de los LXX, no está bien atestiguada, lo cual no quiere decir que no sea verdad pues vino a ofrecer descanso a los trabajados y fatigados bajo el peso del pecado y de la corrupción (Mt. 11:28–30). (3) Finalmente, vino como un gran *Redentor.* No sólo proclama libertad a los cautivos, sino que pone en libertad a los oprimidos. También los profetas pudieron proclamar libertad, pero Cristo, como quien tiene autoridad, posee la potestad de perdonar los pecados y, por tanto, de poner en libertad a los oprimidos por el diablo, *«que a sus presos nunca abrió la cárcel»* (Is. 14:17).

(D) A continuación, tenemos la aplicación que del texto hace Cristo a Sí mismo. Después de enrollar el volumen y entregarlo al asistente encargado de custodiar los rollos *«se sentó»*, como era la costumbre de los maestros, y dijo: *«Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír»* (v. 21). Comenzó a cumplirse con la inauguración del ministerio público de Jesús; se cumplía en la predicación hecha y los milagros llevados a cabo en muchos lugares; se cumplía también al predicar Él en aquella sinagoga. Éste era el comienzo: *«comenzó a decirles»*, un comienzo de enseñanzas deliciosas, pues Cristo predicó con frecuencia largos sermones de los que el texto sagrado nos ofrece solamente un resumen; pero esto era suficiente para introducir un gran tema: *«Hoy se ha cumplido esta Escritura»*. Las obras del Señor son el cumplimiento, no sólo de su Palabra secreta, sino también de su Palabra revelada; y ello nos ayudará, tanto para entender las Escrituras como las experiencias de la providencia de Dios, de forma que podamos comparar su Palabra con la experiencia que tenemos de ella.

(E) Vemos también la atención y la admiración de los oyentes:

(a) Su *atención* (v. 20): *«Los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en Él».* Cuando oímos la Palabra de Dios es menester que estemos atentos a ella, dirigiendo nuestra vista al predicador por medio del cual nos habla Dios; porque, de la misma manera que el ojo influye en el corazón, también el corazón suele seguir al ojo; y, si el ojo se distrae, también la atención de la mente suele distraerse.

(b) Su *admiración* (v. 22): *«Todos hablaban bien de Él, y maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca …».* Sin embargo, por lo que se ve después, no creyeron en Él. Mucha razón hay para maravillarse de las palabras de Jesús, pues son *palabras de gracia*, y Él es *Maravilloso Consejero* (Is. 9:6), y en nada fue tan maravilloso como en la *gracia* de sus palabras y en el *poder* que acompañaba a esas palabras. Y añadían: *«¿No es éste el hijo de José?»* Como si dijesen: «¿Cómo es posible que éste, cuyo origen y cuya educación conocemos, hable de esta manera y proponga tales demandas acerca de sí mismo?» Ya en estas palabras de la gente se percibe, no sólo admiración, sino cierto tinte de rechazo e incredulidad, como lo confirma el contexto siguiente.

(F) Cristo se anticipa a la objeción que flota en el ambiente. Obsérvese:

(a) Cuál era la objeción: *«Seguramente me citaréis este refrán: Médico, cúrate a ti mismo.* Esperamos que hagas aquí, en tu pueblo, los milagros que has hechos en otros lugares». La mayor parte de los milagros de Jesús eran *sanaciones*, así que le podían exigir que curase también a los enfermos que había entre ellos. Pero esas sanaciones tenían por último objetivo sanar la incredulidad de los corazones. ¿Estaban ellos bien dispuestos?: *«Todo cuanto hemos oído que se ha hecho en Capernaúm, hazlo también aquí en tu pueblo»* (v. 23). Les agradaban las palabras de Cristo, únicamente porque esperaban que a las palabras siguieran obras de curaciones (comp. con Jn. 6:26), pues consideraban que su ciudad era tan digna de que en ella se obrasen milagros como cualquier otra, sobre todo cuando allí vivían sus parientes y vecinos.

(b) Cómo responde Jesús a la objeción. (i) Con una razón positiva y general: *«En verdad os digo que ningún profeta es persona grata en su pueblo»* (v. 24). Lo sabemos por experiencia; la familiaridad engendra desprecio, y tendemos a tener en poco a las personas con quienes estamos acostumbrados a conversar. Es como el pan casero, que, a pesar de ser tan saludable, se vende mucho más barato que el pan caro y traído de muy lejos. Cristo declinó hacer milagros o dar alguna señal extraordinaria en

Nazaret, a causa de los prejuicios de sus propios conciudadanos. (ii) Con ejemplos de famosos profetas del Antiguo Testamento: *Elías,* enviado a una viuda de Sarepta, en Sidón, tierra de los gentiles, cuando había tantas viudas en Israel; y *Eliseo,* que había curado la lepra de un extranjero; más aún, general de un país enemigo de Israel, cuando había tantos leprosos en el propio Israel. Pero, en ambos casos, los milagros habían encontrado en los respectivos individuos una fe que los profetas no habían encontrado entre sus propios paisanos.

2. A continuación vemos la oposición y persecución que encontró en Nazaret:

(A) Lo que provocó la ira de los oyentes fue la mención del favor que Dios había mostrado a los gentiles mediante el ministerio de Elías y de Eliseo: «*Al oír estas cosas, todos los que se encontraban en la sinagoga se llenaron de furor*» (v. 28); esto era un gran cambio desde el versículo 22, donde leemos que «*todos hablaban bien de Él, y maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca*». Así de inciertas y volubles son las opiniones de la gente. Si hubieran *mezclado con fe* la palabra que habían oído (v. He. 4:2, lit.), y de la que se habían maravillado, habrían sido despertados para fe con las posteriores palabras de las que se habían indignado. Pero esto es lo que, desgraciadamente, suele acontecer a quienes sólo gustan de palabras que agradan al oído, con lo cual se pierden las bendiciones que obtienen los que no se ofenden por palabras que están destinadas a sanar el corazón, aunque puncen al entrar, pues ellas engendran la *compunción* que leemos en Hechos 2:37 «*fueron punzados en su corazón*» (literalmente). Los piadosos antepasados de estos oyentes se habían complacido con la esperanza de que los gentiles serían bienvenidos al pacto de Dios con el pueblo escogido; pero éstos se enfurecían con la sola mención de los beneficios hechos a gentiles por mano de tan grandes profetas como Elías y Eliseo.

(B) La provocación que sintieron fue tan grande, que intentaron «*despeñarle*» (v. 29). «*Se levantaron*» en el ardor de su furia, «*le echaron fuera de la ciudad*» con toda violencia, y le condujeron a un precipicio «*a fin de despeñarle*» y acabar así con Él. A pesar de la fama con que venía precedido y de la admiración que ellos mismos le habían prestado, ahora, en un arranque de furia, querían terminar con Él del modo más bárbaro.

(C) Pero no consiguieron su malvado propósito: «*Pero Él pasó por medio de ellos, y se marchó por su camino*» (v. 30). Ellos le echaron de la ciudad, y Él *se marchó por su camino.* Hubiese querido reunir a los hijos de Nazaret, como después a los de Jerusalén, pero ellos no quisieron: «*A lo que era suyo* [*su* país, su ciudad] *vino, y los suyos no le recibieron*» (Jn. 1:11). Pero no todos eran así pues mientras éstos le echaban fuera, los de Capernaúm *trataban de retenerle para que no se marchara de ellos* (v. 42).

Versículos 31–44

Cuando Cristo fue expulsado de Nazaret, vino a Capernaúm, otra ciudad de Galilea.

I. Su predicación: «Y *en sábado les estaba enseñando*» (v. 31). La predicación de Cristo causó gran impresión en la gente: «Y *se quedaban asombrados de su enseñanza, porque su palabra era con autoridad*» (v. 32). Cada palabra suya comportaba peso y sustancia, e incitaba a nuevos descubrimientos iluminadores; además llevaba un poder de mando y un poder de eficacia que se imponía a la conciencia de los oyentes.

II. Sus milagros:

1. Se especifican, en particular, dos, los cuales muestran que Cristo es:

(A) Controlador y conquistador de Satanás, por el poder de expulsarlo de aquellos de quienes había tomado posesión corporal. Notemos, (a) que el demonio es un espíritu *inmundo,* y su naturaleza es diametralmente opuesta a la del Dios puro y *santo:* (b) que trabaja en el interior de los hijos de los hombres: (c) que es posible el que quienes están bajo el poder y la operación de él se encuentren *en la sinagoga;* (d) que incluso *los demonios creen que Jesucristo es el Santo de Dios* (v. 34, comp. con Stg. 2:19); (e) que creen, pero *están temblando* (como dice Santiago en el texto citado); por eso, este espíritu inmundo «*gritó con voz muy fuerte*» (v. 33), ya que temió que Cristo viniese ahora a destruirle (v. 34); (f) que los demonios *no tienen nada que ver con Jesús* (v. 34) y que no desean tener nada que ver con Él; (g) que Cristo posee un poder omnímodo sobre el demonio: «*Jesús entonces le increpó, diciendo: Cállate* (lit. *sé amordazado) y sal de él*» (v. 35). Cristo, no sólo le impuso silencio, sino que le tapó materialmente la boca; (h) al quebrantarse aquí el poder de Satanás, el enemigo vencido muestra su perversidad, mientras

que Cristo vencedor muestra su gracia y misericordia, pues *el demonio arrojó al poseso en medio de ellos* con la intención de despedazarlo, pero Cristo lo impidió y forzó al demonio *a salir de él sin hacerle ningún daño.* A quien Satanás no puede destruir, trata de perjudicarle; pero es un gran consuelo saber que no puede hacer más daño del que el Señor le consienta; más aún, no podrá hacer verdadero daño; (i) que el poder de Cristo sobre el demonio fue universalmente reconocido y glorificado: *«Todos quedaron sobrecogidos de estupor, y se decían unos a otros: «¿Qué manera de hablar es ésta, que manda con autoridad y poder a los demonios, y salen?»* (v. 36). Quienes tenían pretensión de arrojar demonios, lo hacían con abundancia de fórmulas mágicas, pero Cristo los expulsaba *con autoridad y poder;* (j) Este milagro le ganó a Cristo gran reputación: «Y su *fama se extendía por todos los lugares de los contornos»* (v. 37). La fama del Señor Jesucristo fue, en los comienzos de su ministerio, mucho mayor que después, cuando la gente se acostumbró a sus milagros y perdió el asombro que les había sobrecogido al principio.

(B) Sanador de enfermedades. En el milagro anterior, Cristo atacó a la raíz de la miseria del hombre, que es la enemistad de Satanás; en el milagro que se nos refiere a continuación (vv. 38–39), Cristo ataca a una de las ramas más extendidas de dicha miseria, y una de las más comunes calamidades de la familia humana, como es la enfermedad. El Señor Jesucristo, que había venido a quitarle el aguijón a la muerte vino a quitárselo también a la enfermedad, que es el prólogo corriente de la muerte. Y de todas las enfermedades, una de las peores para la gente de alguna edad, es la *fiebre muy alta* (v. 38). Aquí vemos a Cristo que cura esta fiebre muy alta, y lo hace simplemente con su palabra: *«increpó a la fiebre»* (v. 39). El lugar era la casa de Simón Pedro, y el paciente era la propia suegra de Pedro. Notemos aquí: (a) que Cristo es un huésped que paga muy bien por el hospedaje; quienes le acogen en su corazón y en su casa, no perderán nada, sino que ganarán mucho con Él, pues viene para sanar; (b) que incluso las familias que acogen bien al Señor pueden estar aquejadas de enfermedades; pueden estar sujetas a las *comunes calamidades,* aunque disfruten de sus más *distinguidos favores;* (c) que incluso los mejores pueden ser ejercitados con las peores aflicciones, como la suegra de Simón, aquejada de una fiebre alta, aguda, amenazante; (d) que no hay edad exenta de achaques; (e) que cuando alguno de nuestros familiares esté enfermo, debemos acudir al Señor Jesús en oración por él: «y *le rogaron por ella»* (v. 38b); (f) Cristo se preocupa de los suyos cuando se hallan en aflicción y apuro: *«Él se inclinó sobre ella»* (v. 39a), como quien se interesa grandemente por el enfermo; (g) Cristo mostró su poder soberano sobre las enfermedades corporales, pues tan pronto como *increpó a la fiebre, ésta la dejó* (a la enferma); (h) lo milagroso de la cura se mostró en que *ella se levantó en seguida y se puso a servirles* (v. 39b); (i) cuando Cristo imparte una nueva vida, determina y espera que esa vida sea empleada siempre en su servicio. Si llegamos a levantarnos del lecho del dolor, ha de ser para dedicarnos más activamente al servicio del Señor, no como Ezequías, a quien el milagroso alargamiento de la vida sólo le sirvió para cometer la mayor imprudencia de su vida (v. Is. caps. 38 y 39); (j) quienes sirven a Jesucristo deben estar dispuestos a servir también a todos los que son de Cristo por amor de Él, como la suegra de Simón que *«se puso a servirles»;* y con mucha razón, pues ellos habían rogado al Señor por ella.

2. Después viene un informe general de muchos otros milagros que el Señor hizo: (A) *Sanó a todos los que le traían enfermos de diversas dolencias, poniendo las manos sobre cada uno de ellos* (v. 40). Notemos que su poder era *general,* pero las curaciones las llevaba a cabo de manera *personal.* Jesús nos ve y nos ama a todos, pero no como a una masa, sino a cada uno en particular; podemos asegurar que se dirige a cada uno de nosotros como si no existiese nadie más en este mundo, aun cuando se dirija a nosotros para que mejor nos integremos en el grupo de los suyos y en el amor hacia todos. Vemos que el Señor tenía remedio para cada enfermedad. (B) «*Y también salían demonios de muchos …»* (v. 41). Estos demonios se comportaban de manera parecida a como lo había hecho el de la sinagoga (comp. vv. 34 y 41).

3. Vemos finalmente que, *«al hacerse de día salió y se marchó a un lugar solitario»* (vv. 42–43): (A) Por Marcos (1:35) sabemos que se retiró, no a descansar, sino *a orar.* Aunque su comunión con el Padre era continua, su mayor delicia era la oración, en la que podía concentrarse mejor sin la distracción que las multitudes le ocasionaban. En realidad, nunca estamos menos solos que cuando estamos a solas con Dios. (B) Pero no tardaron mucho en buscarle y tratar de retenerle entre ellos (v. 42b). Esto nos enseña que, aun cuando un lugar solitario sea un sitio conveniente para *retirarse* no lo es para *residir,* pues hemos venido a este mundo, no a vivir para nosotros mismos, sino a hacer el bien a los demás y servir al Señor dondequiera que él nos ponga. La gente buscaba a Jesús hasta en el *desierto,* pues no hay desierto donde está Jesús. Y «*trataban de retenerle»*. Este era un buen deseo, pero no según conocimiento, pues Cristo

era una luz que *había venido a alumbrar a todo hombre* (Jn. 1:9). Por eso, a pesar de tan buena acogida en Capernaúm, *«les dijo: También a las otras ciudades debo predicar el reino de Dios, porque para esto he sido enviado»* (v. 43). Quienes disfrutan de los beneficios del Evangelio, han de desear que también otros disfruten de los mismos beneficios. El Evangelio tiene alcance *mundial* (Mr. 16:15; Mt. 28:19) y, por tanto, nadie debe pretender *monopolizarlo.* Demos gracias al Señor de que no permitió ser confinado a un solo lugar, sino que prometió estar dondequiera que *dos o tres estén congregados en su nombre* (Mt. 18:20).

CAPÍTULO 5

En este capítulo tenemos: la predicación de Cristo desde la barca de Pedro y la recompensa que dio a Pedro por haberle cedido la barca, una pesca milagrosa, la curación de un leproso y de un paralítico; el llamamiento de Leví al discipulado, y la vindicación que Jesús hizo de sus discípulos por no ayunar.

Versículos 1–11

Este pasaje nos refiere el mismo episodio que hallamos más brevemente narrado en Mateo y en Marcos acerca del llamamiento de Cristo a Pedro y Andrés para hacerlos *pescadores de hombres* (v. Mt. 4:18; Mr. 1:16). Como Mateo y Marcos tenían por objetivo narrarnos allí el llamamiento de los discípulos, no refirieron esta pesca milagrosa en el orden cronológico de los sucesos como lo hace Lucas, en el que hallamos aquí un milagro que no se halla en otros libros sagrados.

I. Vemos primero cuán numerosa era la multitud que escuchaba la predicación de Cristo: *«La multitud se agolpaba sobre Él para oír la palabra de Dios»* (v. 1). Aunque parecería una falta de respeto ese *agolparse sobre Él,* quizás hasta apretujarle, era fácilmente excusable por el interés que mostraban hacia la doctrina que predicaba. Y, si alguien considerase que esto significaba un descrédito para Aquel *en quien los gobernantes y los fariseos no creían* (v. Jn. 7:48), sepa que, para Cristo, las almas de los que aquí le apretujaban valían tanto como las de los reyes y de los potentados, pues el objetivo que le trajo a este mundo no fue llevar *grandes* hijos, sino *muchos* hijos a la gloria (He. 2:10). Este afán de oír la palabra de Dios es una *santa codicia,* como lo es *el trabajo por la comida que permanece para vida eterna* (Jn. 6:27).

II. Qué modesto púlpito tenía Cristo para predicar: *«estando Él de pie junto al lago de Genesaret»* (v. 1), al mismo nivel de la multitud, con lo que no le podían ver ni oír convenientemente. Estando apretujado, y como perdido entre la multitud, e incluso en peligro de ser empujado hacia el lago, ¿qué debía hacer? «*Vio dos barcas que estaban a la orilla del lago*» (v. 2), la una que pertenecía a Simón Pedro (v. 3), y la otra a los hijos de Zebedeo (v. 10). Al principio, Cristo vio a Pedro y Andrés pescando a cierta distancia (según vemos en Mt. 4:18); pero aguardó hasta que *los pescadores,* es decir, los criados, *bajaron de ellas.* El Señor *«subió a una de las barcas, que era de Simón»* (v. 3), y le rogó que se la cediera para servirle de púlpito y «*que se alejara un poco de la tierra*», pues, aunque así fuese quizá más difícil oírle, era más fácil *verle,* ya que viéndole al ser levantado es como había de atraer a todos a sí (v. Jn. 3:14–15; 12:32). Ello insinúa además que Cristo tenía una voz fuerte («¡tan fuerte que hacía a los sordos oír!») «Y, *sentándose, enseñaba desde la barca a las multitudes*» (v. 3b).

III. Vemos a continuación la conversación que Cristo tuvo con estos pescadores. Ya habían conversado antes con Jesús, pues los cuatro que aquí vemos (no se nombra aquí a Andrés, pero lo sabemos por Mt. 4:18) habían conversado con Él cuando el bautismo de Juan (Jn. 1:40–41), y con Él habían estado en el primer milagro de Jesús en Caná (Jn. 2:2), así como en Judea (Jn. 4:3), pero hasta ahora no habían sido llamados a seguirle *constantemente.* Ahora son convocados a una comunión más estrecha con Jesús.

1. Cuando Cristo terminó de predicar, *«le dijo a Simón: Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar»* (v. 4). No era sábado y, por consiguiente, tan pronto como acabó la conferencia que les

había dado, les ordenó ponerse a trabajar en el oficio honesto que ejercían. ¡Con qué alegría deberíamos dedicarnos a nuestros quehaceres normales, después de haber tenido íntima comunión con el Señor en el monte! Es prueba de sabiduría y de amor al deber organizar nuestras devociones religiosas de forma que nos faciliten el cumplimiento de nuestros deberes seculares, y organizar el cumplimiento de nuestras ocupaciones seculares de forma que no sean impedimento a nuestras devociones espirituales.

2. Después de haber acompañado al Señor en su predicación Pedro tuvo al Señor acompañándole en su pesca. Había estado con Jesús *junto a la orilla,* pero ahora Cristo le había ordenado *bogar mar adentro.* No tenemos por qué temer entre los peligros de alta mar, más que sobre la suave arena de nuestras comodidades si somos conscientes de la presencia del Señor en nuestra vida.

3. Cristo ordenó a Pedro y a los que iban con él que *echasen las redes para pescar* (v. 4), lo cual hicieron ellos en obediencia al Maestro, aun cuando *habían estado bregando a lo largo de toda la noche y no habían pescado nada* (v. 5). Aquí podemos observar:

(A) Con qué melancolía le dijo Pedro lo inútiles que habían sido sus esfuerzos: *«Maestro, después de bregar a lo largo de toda la noche, no hemos pescado nada».* Podríamos pensar que ello les habría excusado de escuchar el sermón de Cristo, pero la verdad es que escuchar al Señor les había resultado más grato y vivificante que la más dulce siesta. Sin embargo, se lo menciona a Cristo cuando Éste les ordena que se pongan de nuevo a pescar. Algunos *llamamientos* son más difíciles de seguir y hasta resultan más peligrosos desde el punto de vista material, pero la providencia de Dios ha ordenado para el bien común que ningún llamamiento útil desanime a quienes han sido dotados por Dios del temple necesario para responder en obediencia. Quienes, en la administración de sus negocios o en el ejercicio de sus quehaceres, tienen suficiente éxito y compensación remuneradora, deben compadecerse de los que, después de bregar recio y fatigarse mucho, escasamente recogen para seguir subsistiendo. ¡Y qué estupendo es ver personas diligentes en su trabajo, por muy laborioso que sea su llamamiento! Cristo escogió para favoritos suyos a estos *pescadores* que eran buenos trabajadores. Es cierto que también los que son muy diligentes en sus ocupaciones, se encuentran muchas veces con decepciones; a veces, «no pescan nada después de tanto bregar». Pero lo nuestro es cumplir con nuestro deber, y dejar a Dios el resultado que, a larga, ha de ser a nuestro favor. En todo caso, cuando nos sintamos cansados de trabajar, sin fruto aparente, acudamos a Cristo y expongámosle el caso, pues de seguro nos ha de recibir bien.

(B) Cuán pronta fue su obediencia al mandato de Jesucristo: *«Pero, puesto que tú lo pides, echaré la red»* (v. 5b). Aunque habían estado bregando durante toda la noche, reemprenderían su trabajo ante el mandato de Jesús. Para cada nuevo servicio Dios nos tiene dispuesta una nueva provisión de gracia siempre suficiente. Aunque no habían pescado nada, si Jesús se lo pide, echarán la red con la esperanza de recoger, al menos, *algo.* No debemos abandonar nuestros esfuerzos abruptamente por el hecho de que no hayamos conseguido los buenos resultados que esperábamos. Los ministros del Evangelio han de continuar una y otra vez *echando la red,* aun cuando al parecer, no recojan nada, y deben agradecer a Dios el hecho mismo de sentirse con fuerzas suficientes para seguir echando la red. No es el *éxito,* sino el *fruto* lo que importa, y del fruto se encargará el amo de la labranza, si el que planta y el que riega cumplen con fidelidad su ministerio (v. 1 Co. 3:6–9; 4:1–2). Como Pedro, hemos de decir al Señor: *«Sobre tu palabra, echaré la red»* (lit.). Cuando echamos la red tras la Palabra de Dios, estamos asegurando la rapidez y la abundancia de la captura (comp. con Is. 55:10–11).

4. La captura de peces fue tan copiosa que superó todas las expectativas hasta el punto de constituir un gran milagro: «*Así lo hicieron, y encerraron una gran cantidad de peces, y la red se les rompía»* (v. 6). Fue tan grande la cantidad de peces, que les faltaban manos para manejarlos y, además, necesitaron el auxilio de otra barca; y aun así, «*llenaron ambas barcas, tanto que comenzaban a hundirse»* (v. 7). Con esta pesca milagrosa, Jesús mostraba ser dueño del *mar,* no sólo de su *fiereza* sino también de su *riqueza,* lo mismo que lo era de *la tierra seca.* Con ello confirmaba la doctrina que había predicado desde la barca de Pedro a las multitudes agolpadas a la orilla del lago. Quizá la multitud o parte de ella, se quedó en la orilla a la espera de ver lo que pasaba, y su fe se robustecería ante la presencia, o el relato, del milagro; de cierto, quedó confirmada la fe de los discípulos y recompensada su obediencia. También dio a los que habían de ser sus embajadores en el mundo (v. 2 Co. 5:20) un ejemplo del éxito de su embajada, pues, aunque por algún tiempo y en determinadas circunstancias, parezcan recoger poco a pesar de trabajar mucho, han de ser instrumentos en las manos del Señor para llevar a muchos el Evangelio de la salvación y encerrarlos en la red de la comunión eclesial. Por cierto, no puede pasar desapercibido el simbolismo de esta *red que se rompía* (v. 6), al compararla con otra red que *no se rompía,* a pesar de estar tan llena de

peces, que no la podían sacar a tierra (v. Jn. 21:6–11). No hay dificultad en ver simbolizada en la red de Lucas 5 a la Iglesia presente escindida en denominaciones; y en la de Juan 21, a la Iglesia escatológica, que *habrá llegado a la perfecta unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro* (Ef. 4:13).

5. La tremenda impresión que este milagro le hizo a Pedro:

(A) *«El estupor se había apoderado de él y de todos los que estaban con él ante la captura de los peces que habían pescado»* (v. 9). *Lo mismo les ocurrió a Jacobo y a Juan, hijos de Zebedeo, que eran socios de Simón* (v. 10). Todos éstos quedaron más *afectados* porque *entendieron* mejor que los otros lo que había sucedido. Los que estaban acostumbrados a trabajar en este mar, nunca habían visto cosa semejante y, por ello, eran los menos inclinados a quitarle importancia al milagro, como si la abundante captura fuese una mera feliz casualidad. Y sirve de corroboración a la realidad de los milagros de Cristo el que, quienes *mejor conocían* las circunstancias, *más se admiraban* de lo sucedido. Pedro y sus socios obtuvieron un magnífico beneficio de este milagro y su gozo sirvió de ayuda a su fe. Las gracias que el Señor nos dispensa han de servir, no sólo para robustecer nuestra fe en su doctrina, sino también para estimular nuestra obediencia a sus mandatos.

(B) Simón Pedro quedó tan estupefacto, que *«cayó ante las rodillas de Jesús, diciendo: ¡Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador!»* (v. 8). Se tuvo a sí mismo por indigno de albergar a Jesús en su barca. Pedro habló en esta ocasión el lenguaje de la humildad y de la abnegación, y no tenía el más lejano parecido dialectal con el lenguaje de los demonios, cuando decían éstos: *«¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús nazareno?»* (4:34). El reconocimiento de Pedro estaba muy puesto en razón, y todos deberíamos imitarle: *Señor, soy hombre pecador.* Incluso los mejores hombres son pecadores y deberían reconocerlo en todo momento, especialmente ante el Señor Jesús. De la expresión de Pedro se infiere lo que *merecemos,* no lo que Dios nos *ha concedido* con su gracia soberana, pues por ella podemos decir: *«Ven a mí, Señor, o concédeme ir a ti; si no, estoy perdido»*. Pero bien podemos excusar a Pedro por sus palabras, ya que habló así llevado de un profundo sentido de su propia indignidad y vileza. Aquellos a quienes Cristo destina para que tengan la más *íntima comunión* con Él, son también los mismos a quienes hace tomar conciencia de que deberían estar a la más *lejana distancia* de Él. También nosotros, como pecadores que somos, debemos reconocer que Cristo podría justamente estar lejos de nosotros; pero, al mismo tiempo, debemos caer de rodillas ante Él, como Pedro, y decirle: *Señor, no te apartes de mí.*

6. Cristo se sirvió de esta oportunidad para declarar a Pedro (v. 10), y luego a Jacobo y a Juan (v. Mt. 4:21), su propósito de hacerles apóstoles. Vino a decirle a Simón: «Verás y harás mayores cosas que éstas (v. Jn. 14:12): *deja de temer; desde ahora serás pescador de hombres;* eso será un milagro más *asombroso,* e infinitamente más *provechoso,* que este».

7. Finalmente, se nos refiere el abandono del oficio por parte de estos pescadores, a fin de seguir a Cristo constantemente: *«Y después de bajar las barcas a tierra, lo dejaron todo y le siguieron»* (v. 11). Es de observar que lo dejaron todo para seguir a Cristo, precisamente cuando el negocio de la pesca había alcanzado su punto más alto de prosperidad. Cuando aumentan las riquezas, y hay peligro de poner el corazón en ellas, el dejarlas para seguir al Señor es una gracia extraordinaria del mismo Señor.

Versículos 12–16

I. La curación de un leproso (vv. 12–14). Tenemos este relato también en Mateo y Marcos. Aquí se dice que sucedió *«estando Él en una de las ciudades»* (v. 12). Sabemos que ocurrió en Capernaúm. Y se añade aquí que este hombre estaba *«lleno de lepra»*, es decir, sin parte sana en todo su cuerpo. Aprendamos de aquí:

1. Lo que hemos de hacer con respecto a nuestra lepra espiritual: *Buscar a Jesús* y humillarnos ante Él, como este leproso, quien, *«cuando vio a Jesús, cayó rostro en tierra»*. Debemos avergonzarnos de nuestros pecados y no osar levantar nuestro rostro ante el Señor. Debemos anhelar *ser limpios* y creer firmemente que Jesús tiene poder para limpiarnos: *Señor, tú puedes limpiarme, aunque estoy lleno de lepra;* no hemos de dudar de los méritos y de la gracia de Cristo, sino importunarle en oración, como aquel leproso, y apelar a la buena voluntad de Jesús: *«Señor si quieres puedes limpiarme»*. No es el lenguaje de la *desconfianza* en la buena voluntad del Señor, sino de *sumisión* a la soberana voluntad del Señor.

2. Lo que hemos de esperar de Cristo, si apelamos a Él de esa manera. Veremos cuán solícito está de interesarse en nuestro caso: *«Él extendió la mano y le tocó»* (v. 13). Tocar al leproso fue una maravillosa condescendencia; pero es todavía más admirable cuando Él mismo es tocado de compasión por nuestras debilidades (He. 4:15). Gran consuelo es saber que de ningún modo echa fuera a quienes a Él acuden (Jn. 6:37). En Él encontraremos al todosuficiente y al todopoderoso para curarnos y limpiarnos, aunque estemos llenos de lepra espiritual de pies a cabeza: «*Y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de TODO Pecado*» (1 Jn. 1:7). *«Y al instante se marchó de él la lepra»* (v. 13b). Una palabra, un toque, y curación completa.

3. Lo que Jesús demanda de quienes han sido limpiados (v. 14): Obediencia y gratitud. No debía decir nada a nadie, por razones que ya hemos expuesto en otros lugares (peligro de que tomaran a Jesús por un Mesías político, etc.), y hacer la ofrenda prescrita por la Ley para estos casos (Lv. 14:1 y ss.). Jesucristo no le cobra nada por la medicación, sino que le ordena *mostrarse al sacerdote y hacer la ofrenda por su purificación* (v. 14). También nosotros hemos de ser diligentes en cumplir con nuestro deber: *«ir al sacerdote»* (He. 4:14–16; 7:24–27). Al enfermo a quien había sanado en la piscina de Betesda, *«Jesús le halló en el templo»* (Jn. 5:14). Quienes, por alguna enfermedad, se hayan visto impedidos de asistir a las sagradas ordenanzas, deben asistir a ellas con renovada diligencia, una vez que se vean libres de su dolencia.

4. A continuación, vemos un ejemplo más de la servicialidad del Señor a favor de cuantos acudían a Él, así como de su íntima comunión con el Padre:

(A) Aunque nadie tuvo tanto contentamiento en estar a solas con Dios como Cristo, nadie, sin embargo, estuvo tan dispuesto como Él a enseñar y sanar a las multitudes (v. 15). Aunque ordenó al recién curado leproso *«que no se lo dijera a nadie»* (v. 14) el hecho no pudo quedar oculto, y «*su fama se difundía aún más*» (v. 15a), pues el honor es como la sombra, que huye de quien la persigue y no se desprende de quien la declina. Cuanto menos diga uno de sí mismo, más dirán los otros de él. Pero a Cristo no le satisfacía la fama, sino el que *«grandes multitudes se reunían para escucharle y ser sanadas»* por Él (v. 15b).

(B) Aunque nadie hizo tanto bien en público como Jesús, nadie, sin embargo, encontró tanto tiempo como Él para retirarse a una comunión más íntima con el Padre: *«Él, por su parte, se retiraba con frecuencia a los lugares solitarios para orar»* (v. 16). Del mismo modo, seremos sabios y prudentes si organizamos nuestras ocupaciones de tal manera, que los quehaceres ordinarios y las devociones espirituales no se interfieran mutuamente. La oración privada debe hacerse en privado, y quienes están ocupados entera o principalmente en el ministerio del Señor deben buscar el rostro del Señor en oración de modo especial.

Versículos 17–26

I. Un informe general de la enseñanza y los milagros de Cristo (v. 17). Era *«un día»* de la semana, no un sábado cuando Jesús *«estaba enseñando»*. Predicar y oír la Palabra de Dios es cosa muy buena, si se hace bien, en cualquier día de la semana. Esto era en una casa (v. 19), porque nada tiene de impropio el dar y recibir buena instrucción en los mismos lugares en que acostumbramos a hablar con nuestros familiares y amigos. «Y *el poder del Señor estaba presente para sanarles.*» Había *poder* para sanar cuerpos y almas, para impartir nueva luz y nueva vida, nueva naturaleza. Y este poder estaba *presente,* pues Cristo no tenía que ir a buscarlo, ya que lo llevaba siempre consigo. «*Y estaban sentados allí unos fariseos y maestros de la ley»;* no sentados a los pies de Él como para aprender de Él, sino, por lo que se deduce del contexto posterior, para espiarle y sorprenderle en algo por donde poder acusarle. ¡Cuántos hay en medio de nuestras asambleas que no están sentados *bajo* la Palabra, aunque estén sentados *junto* a la Palabra! Para ellos, es como un cuento que les entretiene, no como un mensaje que les sane. No tienen inconveniente en que se predique *ante ellos,* con tal de que no se les predique *a ellos.* Estos fariseos y escribas *«habían venido de todas las aldeas de Galilea, y de Judea y de Jerusalén»,* es decir, de todas las partes del país. Cristo siguió con su obra de predicar y sanar, a pesar de que veía ante Sí aquellos fariseos que, como Él sabía muy bien, despreciaban sus enseñanzas y procuraban tenderle un lazo.

II. A continuación (vv. 18–26), se nos refiere la curación de un paralítico. Veamos:

1. Las verdades que se nos enseñan y se nos confirman mediante el relato de esta curación:

(A) Que el pecado es la fuente de toda enfermedad, y que el perdón de los pecados es el único remedio para que se obtenga una verdadera recuperación de la enfermedad. Le presentan a Jesús un *enfermo,* y Él dice: *«Hombre, tus pecados te quedan perdonados»* (v. 20). Como si dijese: «Ésta es la bendición que debes buscar y estimar más que ninguna otra». Las cuerdas de la iniquidad son las ligaduras de nuestra aflicción.

(B) Que Jesucristo tiene poder en la tierra para perdonar los pecados. Este era el punto central que quería Él demostrar: *«Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados»* (v. 24). Cristo se arroga la prerrogativa de perdonar los pecados, que es exclusiva de Dios, y a quien le pida una prueba, le dirá: «Muy bien; aquí está este hombre *paralítico y con pecados;* si no soy capaz de curar su enfermedad con mi palabra, podéis decir que tampoco tengo poder para perdonar sus pecados; pero, si puedo curarle, debéis reconocer que también puedo perdonar sus pecados». Y al aceptar el reto, implícito en la secreta murmuración de los fariseos y escribas (vv. 21–22), *«dijo al paralítico: levántate, toma tu camilla y vete a tu casa»* (v. 24b). Deben, pues, admitir que no había falacia en su demanda, ni trampa en su demostración.

(C) Que Jesucristo es Dios. Esto se echa de ver, (a) por el conocimiento que tenía de los pensamientos íntimos de los fariseos y escribas (v. 22); (b) por hacer aquello que los mismos fariseos confesaban que sólo Dios podía hacer. Ellos decían: *«¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?»* (v. 21). Y Jesús responde: *«Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad … para perdonar pecados»* (v. 24); ¿qué otra conclusión se deduce, sino que *Él es Dios?*

2. Los deberes que se nos enseñan y se nos ordenan mediante este relato:

(A) Cuando acudimos al Señor, debemos actuar con diligencia, con urgencia y hasta con importunidad. Los amigos de este paralítico hicieron todo lo posible por «*introducirlo y colocarlo delante de Jesús*» (v. 18). Y, aunque parecía que los obstáculos eran insuperables, no cejaron en su empeño, sino que, al no poder entrar por la puerta, se las arreglaron para entrar por el techo, así, levantaron algunas losas de la azotea, descolgaron por allí al enfermo en su camilla, «*y lo pusieron en medio, delante de Jesús*» (v. 19). En esto echó de ver Jesús *la fe de ellos* (v. 20). Cuando el centurión y la mujer cananea, al creer que Jesús podía curar a distancia, no le trajeron sus pacientes, el Señor encomió la fe de ellos. Estos hombres, por el contrario, parecían temer que si no llevaban al enfermo a la presencia misma de Jesús, no le curaría. Con todo, Cristo no les censuró por incrédulos ni por débiles sino que, aun así, *«vio la fe de ellos»*. Es un consuelo saber que nuestro Maestro está dispuesto a aceptarnos como somos, por poca fe que tengamos, con tal de que sea genuina.

(B) Cuando estamos enfermos, debemos poner mayor interés en que nuestros pecados sean perdonados, que en que se curen nuestras enfermedades.

(C) Debemos ser agradecidos a Dios por las continuas mercedes que de Él recibimos, como este enfermo, quien *«se fue a su casa, glorificando a Dios»* (v. 25).

(D) Los milagros que Jesús obraba causaban el estupor de quienes los presenciaban (v. 26), y nosotros debemos glorificar a Dios por ellos. Aquellas personas decían: *«Hoy hemos visto cosas increíbles»* (v. 26. Lit. *«paradojas»*). *«Glorificaban a Dios»,* que había enviado tal bienhechor a su país, y estaban *«llenos de temor»,* es decir, de respeto y reverencia ante un poder claramente sobrenatural.

Versículos 27–39

Toda esta porción, excepto el último versículo, la hallamos también en Mateo y en Marcos. No es la historia de un milagro de Cristo en la naturaleza, pero sí de una de las maravillas de su gracia.

I. Fue, sí, un milagro de la gracia del Señor llamar a un *cobrador de impuestos, desde la mesa misma de los impuestos,* para que fuese su discípulo y seguidor (v. 27). Con esto se ganó Jesús la reputación, hija de la envidia, de ser *amigo de publicanos y pecadores.*

II. Fue también un milagro de la gracia el que su llamada fuera *eficaz* (v. 28). Este cobrador de impuestos aun cuando no sabemos que hubiese tenido antes ninguna inclinación a las cosas religiosas, *«dejándolo todo se levantó y comenzó a seguirle».* No hay corazón demasiado duro para la gracia del Espíritu Santo (v. Jer. 23:29; Ez. 36:26) ni existen dificultades en el camino de la conversión de un pecador que no puedan ser superadas por el poder de la Palabra de Cristo (comp. con He. 1:3 «… *con la palabra de su poder»*).

III. Fue igualmente una maravilla de su gracia, no sólo el que admitiese a su compañía familiar a un publicano convertido, sino que no desdeñase verse acompañado de publicanos inconversos. De veras que es una maravilla de la gracia el que Cristo viniera como *médico* (ese es su oficio, v. 31) de quienes estábamos muertos en delitos y pecados (Ef. 2:1), y como Salvador de pecadores, de los peores pecadores, llamándonos al arrepentimiento (v. 22). De cierto, son *«buenas noticias de gran gozo»* (2:10).

IV. Fue una maravilla de su gracia el que tan pacientemente *aguantase tal contradicción de pecadores contra sí mismo* (He. 12:3) y contra sus discípulos (v. 30). Notemos que Jesús no respondió con expresiones de resentimiento, sino con exposición de razones (vv. 31–32, comp. con 1 P. 3:15).

V. Fue una maravilla de su gracia que en la disciplina que impuso a sus discípulos, tuvo en consideración que eran también *«de barro»* (Job 33:6. Lit. *de arcilla*) y así se acomodó en los servicios que les encargó, a la debilidad de ellos. Le objetaban que no hacía a sus discípulos *ayunar* como lo hacían los fariseos y los discípulos de Juan el Bautista (v. 33) pero Él insistía en lo que es el *alma* del ayuno, esto es, una vida de abnegación, lo cual es tanto mejor que el ayuno corporal cuanto es mejor la misericordia que el sacrificio.

VI. Fue una maravilla de la gracia de Cristo el que reservase las aflicciones de sus discípulos para tiempos posteriores cuando el Espíritu de gracia les habrá preparado y cualificado mejor para ello. Ahora eran *los invitados a la boda* o como dice el original, *«los hijos de la cámara nupcial»* (v. 34), cuando tenían entre ellos al novio y, por tanto, estaban de gozo como en fiesta. Pero, *«días vendrán en que les será arrebatado el novio, y entonces ayunarán en aquellos días»* (v. 35). Cuando Cristo los deje con el corazón lleno de tristeza (Jn. 16:6), con las manos llenas de trabajo, y con el mundo lleno de enemistad contra ellos, *entonces ayunarán.*

VII. Fue finalmente una maravilla de su gracia que acomodase las ejercitaciones que les asignaba a las fuerzas que poseían. De *un vestido nuevo,* como era la ley evangélica del amor, no se podía tomar un pedazo para hacer un remiendo en la ley vieja y gastada, ni el vino nuevo del Evangelio, con su tremenda fuerza fermentadora, se podía verter en odres viejos, arrugados, sin elasticidad (vv. 36–38), pues esta mezcla híbrida habría de producir desastrosos efectos en los dos elementos de la mezcla. Dice Bliss: «Sería tomar una parte del Evangelio fuera de sus relaciones propias y mostrarla en flagrante incongruidad con toda la tiesura y legalidad en todas partes». Los materiales *«no armonizan»* (como dice el original en el v. 36). Eso era lo que los judaizantes habían hecho creer a los fieles de Galacia, y por eso Pablo les llama *«insensatos y embrujados»* (v. Gá. 3:1–3). La profunda frase del versículo 39 aparece solamente en Lucas. El Señor viene a subrayar la dificultad que los llamados «tradicionalistas» de todos los tiempos tienen para adaptarse a los tiempos sin cambiar las verdades. Son los que aman lo viejo, no porque sea mejor, sino porque *es viejo.* «Así ha sido siempre, y todo ha marchado bien», suelen decir. Lenski: «El antiguo fariseísmo ha cambiado sólo de nombre; las verdades que Jesús enseñó todavía son verdades y lo serán siempre hasta el fin de los tiempos. De este modo la palabra de Jesús se aplica al modernismo en la misma forma. La enseñanza y los principios morales de Jesús no son viejos ni están fuera de época, al paso que el modernismo se halla gastado desde hace más de un siglo». Con todo, la frase de Jesús carece de tinte acusador, en atención a los discípulos de Juan el Bautista, cuya sinceridad no merecía el mismo reproche que la hipocresía de los fariseos.

CAPÍTULO 6

En este capítulo, hallamos primero una prueba de la legitimidad de las obras de necesidad y de misericordia en día de reposo. Después, la ferviente oración de Jesús y el llamamiento de doce de sus discípulos al apostolado específico. Luego, la curación de numerosas enfermedades. Y, finalmente, el sermón que predicó a los discípulos y a las multitudes acerca de los deberes para con Dios y para con los hombres.

Versículos 1–11

I. Cristo vindica a sus discípulos por una acción realizada en sábado por la necesidad que sentían, la cual consistió en *arrancar espigas y comer el trigo, restregando las espigas con las manos* (v. 1). Lucas fija la fecha precisa, al decir, como atestiguan numerosos MSS, *«en el sábado siguiente al primero»,* esto es, en el sábado siguiente a la fiesta de los panes sin levadura, a partir de la cual se computaban las *siete semanas* que mediaban hasta la fiesta de Pentecostés. Aquí podemos observar:

1. Que los discípulos de Cristo no tienen por qué ser melindrosos en cuestiones de dietética, sino tomar lo que está más a mano, y dar gracias por ello. Estos discípulos *arrancaron espigas y se pusieron a comerlas* (v. 1); con poco se contentaban, y no iban en busca de golosinas.

2. Hay muchos que siempre están dispuestos a censurar a otros por las acciones más inocentes e inofensivas (v. 2). Los fariseos les reprendían por hacer *lo que no es lícito en sábado,* según ellos, cuando ellos mismos banqueteaban en sábado.

3. Jesús justificó, y justifica, a sus discípulos, al aceptar de ellos más de una cosa que, en opinión de algunos hombres, *no es lícito hacer.*

4. Las leyes ceremoniales admiten dispensa en casos de necesidad (vv. 3–4). Y, si las leyes mismas que Dios ha ordenado admiten dispensa, mucho más la admitirán las tradiciones de los hombres.

5. Aun cuando vindicó a sus discípulos por lo que hacían en sábado, Jesús quiso que supiésemos y recordáramos siempre que el sábado es día *suyo: «El Hijo del hombre es dueño hasta del sábado»* (v. 5). Pero, al hacer *todas las cosas nuevas* con su Resurrección (2 Co. 5:17), Jesús dio fin a la Ley (Ro. 10:4), de modo que ya *«nadie puede juzgarnos en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o sábados»* (Col. 2:16). Sin embargo, los cristianos comenzaron, desde el principio, a observar *«el primer día de la semana»,* es decir, el domingo (v. Mt. 28:1; Mr. 16:2; Lc. 24:1; Jn. 20:1; Hch. 20:7; 1 Co. 16:2. Observemos de paso, que la Biblia nunca llama *«día del Señor»* al domingo, por lo que resulta demasiado aventurada la referencia de Apocalipsis 1:10 al domingo. Nota del traductor).

II. También se vindica a Sí mismo Jesús, por hacer *obras de misericordia* en días de reposo. Así vemos que:

1. *«Entró en otro sábado en la sinagoga»* (v. 6). Es nuestro deber, si no estamos impedidos por alguna causa razonable, santificar los domingos y asistir a los cultos que celebra la iglesia. Nuestro lugar no debe estar vacío sin una buena razón (véase He. 10:25).

2. En la sinagoga, aquel día, *«se puso a enseñar».* Cristo hacía uso de todas las oportunidades que se le presentaban para enseñar, no sólo a sus discípulos, sino también a la multitud.

3. Uno de sus pacientes como médico estaba entre los que le oían como a maestro: *«Había allí un hombre que tenía atrofiada* (lit. *seca) la mano derecha».* Quienes deseen ser sanados por la gracia de Cristo, deben estar dispuestos a aprender la doctrina de Cristo.

4. Pero, entre los oyentes, siempre solían estar algunos de los que sólo buscaban alguna oportunidad para querellarse contra Él o acusarle ante las autoridades (v. 7): *«Los escribas y los fariseos le acechaban»,* como las fieras acechan su presa, *«por si se ponía a sanar en sábado, a fin de hallar de qué acusarle».*

5. Jesús no se avergonzaba ni se intimidaba por eso, sino que seguía adelante con sus obras de gracia y misericordia (v. 8). Así que le dijo al hombre: *«Levántate, y ponte en medio»,* y así puso así a prueba la fe y la valentía del hombre.

6. Entonces se dirigió a sus propios adversarios para preguntarles si el propósito del cuarto mandamiento era impedir que los hombres hiciesen el bien en día de reposo, cuando ese bien está al alcance de la mano y no se puede dejar para otro día: *«¿Es lícito en sábado hacer el bien, o hacer el mal?»* (v. 9).

7. *Sin esperar respuesta, «después de pasear la mirada sobre todos ellos»,* sanó al hombre (v. 10), aun cuando sabía que, no sólo se ofenderían sus enemigos, sino que *«discutían entre ellos qué podrían hacerle a Jesús»* (v. 11).

8. En efecto, sus adversarios *«se llenaron de furor».* En lugar de llenarse de amor hacia Él como a gran bienhechor de la humanidad, se llenaron de furor contra Él como si fuera el peor de los malhechores. Tan locos estaban que, en lugar de dar *vivas* a quien tantos favores y beneficios dispensaba, sólo pensaban en hallar el medio más efectivo para darle *muerte.*

Versículos 12–19

En estos versículos, vemos al Señor que actúa: primero, en secreto; después, con los doce; en tercer lugar, con la multitud. Y en los tres casos, se comporta como era propio de Él.

I. En secreto, le tenemos *«pasando la noche entera en oración a Dios»* (v. 12). Este evangelista menciona con mayor frecuencia que los otros los retiros de Cristo, para darnos ejemplo de la oración privada, sin la cual le es imposible a nuestra alma prosperar. *«En aquellos días»,* precisamente cuando sus enemigos estaban *llenos de furor* contra Él, *«salió al monte a orar»,* a estar a solas con Dios, sin cosa alguna que pudiera perturbarle ni interrumpirle. Y así *«pasó la noche entera»,* cuando a nosotros media hora de oración nos parece muy larga. Tenemos *muchas cosas* que presentar ante el trono de la gracia (He. 4:16) y, por tanto, deberíamos sentir *gran placer* en pasar mucho tiempo en íntima comunión con el Señor.

II. Después de esta prolongada oración, vemos a Jesús que nombra a sus más inmediatos asistentes para que fuesen constantes oidores de sus enseñanzas y testigos de vista de sus milagros, a fin de enviarlos después como apóstoles, mensajeros suyos al mundo (v. Hch. 1:21–22). Después de haber pasado toda la noche en oración, podíamos esperar que se nos dijera que pasó el día descansando, pero lo que se nos dice es: «*Y cuando se hizo de día, convocó a sus discípulos*» (v. 13). Nuestro gran interés, en el servicio de Dios, debería ser *no perder el tiempo,* sino empalmar nuestras tareas de forma que no demos lugar a la holgazanería, lo cual equivale a dar lugar al diablo. También vemos que los ministros del Señor deben ser encomendados de un modo especial por medio de una oración también especialmente solemne. El nombre de los apóstoles fue *doce,* como en representación de las doce tribus de Israel. Nunca hubo hombres tan privilegiados como éstos y, sin embargo, uno de ellos *resultó un traidor* (v. 16. Esta observación se hace en todas las listas de los apóstoles) y *un diablo* (Jn. 6:70–71). Con todo, no podemos decir que Cristo se engañara al escogerlo. ¡Oh, cuán profundo es el misterio de la gracia divina, junto al de la responsabilidad humana!

III. En público, vemos a Jesús *predicando y sanando,* los dos grandes quehaceres en que dividía su actividad cotidiana (v. 17). Bajó del monte con los doce «*y se detuvo en un lugar llano»,* es decir, en una explanada en la ladera del monte (v. Mt. 5:1), en la que se había reunido *«una gran multitud de la gente de todas partes de Judea, de Jerusalén, y de la región costera de Tiro y de Sidón».* Aunque estos últimos habitaban en los bordes mismos de países paganos, idólatras, vemos que algunos de ellos estaban bien dispuestos con respecto a la persona y las enseñanzas de Jesús. *«Habían venido a escucharle y a ser sanados de sus enfermedades».* ¡Bien merece andar un largo trecho para oír la palabra de Cristo! De los enfermos, vemos que unos estaban atormentados en el cuerpo; otros, en el alma; pues unos tenían enfermedades (v. 17), pero otros tenían demonios (v. 18); mas *todos* eran sanados porque Cristo es el mejor médico y el mejor exorcista, con poder absoluto para sanar enfermedades y para expulsar demonios. Por eso, *«toda la gente trataba de tocarle, porque salía de Él un poder y los sanaba a todos»* (v. 19). Y, ¿quién hay que no necesite *ser sanado* de algo? Recordemos que en Cristo hay una *plenitud de gracia* (Jn. 1:14), suficiente para todos y suficiente para cada uno.

Versículos 20–26

Aquí comienza un discurso muy práctico de Jesús, del cual hallamos más detalles en Mateo, capítulos del 5 al 7.

I. Vemos primero las *bienaventuranzas* o bendiciones pronunciadas sobre los verdaderos seguidores de Cristo no sólo sobre los del círculo de los doce, sino sobre los *discípulos* en general (v. 20). Por Mateo 5:1, sabemos que Él *se sentó,* como quien va a enseñar con autoridad, y que los discípulos *«se acercaron a Él».* A todos ellos dice:

1. «Sois *pobres;* lo habéis dejado todo por seguirme; pero sois dichosos *en* vuestra pobreza; más aún, sois dichosos *por* vuestra pobreza, *«porque vuestro es el reino de Dios»:* ahora, todos los consuelos y todas las gracias del reino; después, todas sus glorias y todos sus gozos». Dice bellamente Lenski: «Las bienaventuranzas son como un salmo; *makarioi* recuerda enseguida el *'ashre* del Salmo 1:1,

¡Bienaventurado …! Esto se entona repetidas veces y suena lo mismo que las campanas del cielo al repicar sobre un mundo desventurado desde la torre de la catedral del Reino, invitando a entrar a todos los hombres».

2. «*Ahora pasáis hambre* (v. 21), no estáis hartos de comida como otros lo están; hasta os contentáis con los granos de las espigas restregadas con las manos, pero *seréis satisfechos* en el Reino, mientras los que ahora se satisfacen a sí mismos serán echados a las tinieblas de afuera, donde sólo habrá llanto y crujir de dientes».

3. «*Ahora lloráis* (v. 21b), pero ¡dichosos vosotros! porque las aflicciones presentes no son un *perjuicio,* sino una *preparación* para los gozos futuros, *porque reiréis.* Lo que estáis sembrando con lágrimas, lo segaréis con regocijo (Sal. 126:5–6), y viene el día en que Dios *llenará tu boca de risa, y tus labios de júbilo* (Job 8:21)».

4. «Ahora estáis continuamente expuestos al *odio de los hombres* (v. 22). De un mundo que desprecia a Cristo no podéis esperar otra cosa que injurias y malos tratos, por servir al Señor y al Evangelio. Los malos *os odiarán,* porque vuestra palabra y, en especial, vuestra buena conducta les condena. *Os injuriarán,* acusándoos falsamente de los peores crímenes y poniéndoos los más denigrantes epítetos, pues *desecharán vuestro nombre como malo.* ¡Dichosos vosotros en medio de todo eso! Porque es un honor que os hacen, como una condecoración al soldado que con valentía defiende la bandera de su patria. *He aquí que vuestra recompensa es grande en el cielo* (v. 23). No sólo podréis soportarlo, sino también ser *más que vencedores en todo ello* (Ro. 8:37). El trato que se os da es el mismo que *los padres de ellos daban a los profetas y,* por tanto, no hay por qué avergonzarse de ello, sino, al contrario, alegrarse: *Regocijaos en aquel día, y saltad de gozo.* Con Cristo, nunca se pierde».

II. A las bienaventuranzas siguen otros tantos *ayes* o maldiciones contra los pecadores que prosperan, aunque el mundo les envidie. Esta porción no aparece en Mateo. Una ilustración del contraste que vemos en esta porción entre el pobre dichoso y el rico desdichado la tenemos en la parábola de 16:19–31.

1. «*¡Ay de vosotros los ricos!* Los que habéis puesto vuestro corazón y vuestra confianza en las riquezas, *porque habéis recibido vuestro consuelo* (v. 24, comp. con 16:25). Atesorabais para la tierra y en la tierra se quedará vuestra riqueza, si no se la han llevado antes la polilla o los ladrones. ¿Quiénes están tan expuestos a la violencia, a ser robados, asaltados y secuestrados como los ricos y potentados? ¡Flaco consuelo, si se ha de quedar en el suelo! *Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿para quién será?* (12:20).»

2. «*¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados!* (v. 25), llenos de vosotros, pero *sin Cristo, sin esperanza y sin Dios* (Ef. 2:12), *porque habéis de pasar hambre;* antes de lo que pensáis, seréis desposeídos de todo aquello en que ahora os jactáis.»

3. «*¡Ay de vosotros, los que os reís ahora!* (v. 25b), los que siempre estáis prestos a reír con *la risa del necio,* que es *"como el crepitar de las zarzas debajo de la olla"* (Ec. 7:6), risa estrepitosa y ostentosa, *porque,* sin tardar mucho, *os lamentaréis y lloraréis* (comp. con Stg. 4:9).»

4. «*¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!* (v. 26), pues eso será señal de que no sois fieles a la verdad y a las almas mismas de los hombres, evitando, por medio de silencios y componendas, aplicar el bisturí de una crítica sincera y caritativa a los tumores de la corrupción moral, tanto personal como social. *De la misma manera hacían sus padres con los falsos profetas* (v. por ej. 1 R. 22:6–27 y 2 Ti. 4:1–4).»

De sabios es desear la aprobación de los que son verdaderamente sabios y honestos, pero, en cuanto a los malvados, así como no hemos de temer sus reproches (v. 22), tampoco hemos de codiciar sus alabanzas.

Versículos 27–36

Estos versículos son similares a los de Mateo 5:38–48. Nótese cómo comienza esta porción en Lucas: «*Pero a vosotros los que oís os digo*» (v. 27), con lo cual no se indica que Jesús se dirija ahora a un grupo distinto, o más amplio, de oyentes, sino que pone de relieve el carácter normativo universal de la enseñanza fundamental que va a pronunciar a continuación. Ahora bien, las lecciones que en esta porción nos enseña el divino Maestro son las siguientes:

I. Que debemos comportarnos con los demás de un modo justo y honesto: *«Como queréis que hagan los hombres con vosotros así también haced vosotros con ellos»* (v. 31). Esta es la llamada «Regla de Oro», que también vemos expuesta en Mateo 7:12. Esta «regla», para ser aplicada correctamente, presupone un juicio también *correcto* con respecto a lo que nosotros queremos que los demás nos hagan. Podemos decir que es una ampliación del mandamiento de *amar al prójimo como a sí mismo* (Lv. 19:18), y ha de interpretarse de la misma manera; por donde se ve que uno no puede amar correctamente al prójimo si no se ama correctamente a sí mismo (comp. con 9:24–25). Esto es lo que queremos expresar cuando decimos: «Póngase usted en mi lugar». Mientras no nos esforcemos por ver los problemas ajenos desde el punto de vista del otro, no del nuestro, no habrá modo de que podamos comprenderlos de alguna manera e intentar remediarlos como querríamos que hicieran con nosotros.

II. Que debemos ser generosos en dar a los necesitados (v. 30): *«A todo el que te pida, dale»*. Hay muchas cosas superfluas con cuyo precio se podrían aliviar cómodamente todas las necesidades. Cristo quiere que sus discípulos estén prestos a compartir y repartir según sus fuerzas y, en casos extraordinarios, *«aun más allá de sus posibilidades»* (2 Co. 8:3).

III. Que debemos ser también generosos en perdonar a quienes, de alguna manera, nos han perjudicado. En concreto:

1. No debemos ser cicateros en demandar nuestros derechos: *«Y al que se lleve lo tuyo, no se lo reclames»* (v. 30b). Esto tiene especial aplicación cuando el prójimo, por la razón que sea, es insolvente. No nos tomemos la justicia por nuestra mano, agarrándolo por el cuello (v. Mt. 18:28). Más aún, no hemos de luchar para impedir por la fuerza el que el prójimo nos deje a veces en una situación de desventaja: «*Y al que te quite el manto, no le impidas que se lleve también la túnica»* (v. 29b).

2. No debemos ser rigurosos en vengarnos de una injuria personal que se nos haya inferido: *«Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra»* (v. 29a). Antes que contestar con un golpe similar, hemos de estar dispuestos a recibir otro golpe. Para ver hasta qué punto puede ser falsa una interpretación excesivamente literal de este precepto, basta con leer Juan 18:22–23, donde Jesús, con su modo de comportarse, nos da un comentario práctico de lo mismo que aquí manda a los suyos.

3. No debemos devolver mal por mal sino hacer siempre el bien (v. en Ro. 12:17–21 un buen comentario de este precepto). Así que:

(A) Hemos de amar incluso a los enemigos y hacerles el bien, como hace nuestro Padre Celestial (vv. 35–36). La conclusión general: *«Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso»*, es el mejor comentario del versículo paralelo en Mateo 5:48 *«Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto»*, versículo que tantas veces se interpreta mal por falta de atención al contexto anterior. Nótese que, si la gloria de Dios consiste en ser *«tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad»* (Éx. 34:6; Nm. 14:18; Sal. 86:15; 103:8), no hay mejor semejanza a Dios en los rasgos fisionómicos espirituales de sus hijos que ser también *misericordiosos* como Él. Por eso, dice el apóstol: «Y *sobre todas estas cosas, vestíos de amor, que es el vínculo de la perfección»* (Col. 3:14); es decir, el ligamento perfecto de la unidad (comp. con Ef. 4:3).

(B) Hemos de *bendecir a los que nos maldicen, y orar por los que nos maltratan* (v. 28). El mejor modo de acabar con un enemigo es tratar de convertirlo en amigo. Si no podemos hacerlo con *razones*, esforcémonos en conseguirlo mediante *oraciones.* Interceder por un enemigo ante el trono de la gracia es el remedio más eficaz para desarraigar de nuestro corazón la amargura que nos ha producido la enemistad ajena. ¿Qué *clase de favor* (qué hay de sobrenatural) es amar sólo a los que nos aman, y prestar a los que nos van a abonar lo prestado? Eso lo suele hacer también el *hombre animal* de 1 Corintios 2:14. Los hijos de Dios, guiados por el Espíritu Santo, han de distinguirse en *hacer el bien a todos* (vv. 32–35 comp. con Gá. 6:10), de la misma manera que *«es bueno Jehová para con todos»* (Sal. 145:9). Cuando vemos la misericordia que Dios ha tenido de nosotros, miserables pecadores, ¿cómo no hemos de ser también misericordiosos con quienes no nos han ofendido tanto como nosotros al Dios tres veces santo?

Versículos 37–49

Toda esta porción la hemos visto en términos parecidos en Mateo. Eran expresiones que, al parecer, Cristo usaba con frecuencia. No necesitamos esforzarnos aquí por buscarles coherencia. Son como áureos adagios, al estilo de los proverbios y parábolas de Salomón.

I. Debemos ser muy humildes y prudentes al juzgar a los demás, pues también nosotros deseamos que los demás sean prudentes y caritativos al juzgarnos a nosotros: *«No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados»* (v. 37). Aun en el caso de que los hombres no lleguen, a veces, a aceptar este «juego limpio», *«Dios es mayor que nuestro corazón, y Él conoce todas las cosas»* (1 Jn. 3:20).

II. Si tenemos un espíritu pronto a *donar y a perdonar* (que es un superlativo de *donar),* seremos recompensados por Dios (si no por los hombres) con una medida excelente: *«Dad y se os dará; una medida buena, apretada, remecida y rebosante os pondrán en él regazo»* (v. 38a). Todos los términos son dignos de consideración: *«en el regazo»,* hoy diríamos: «en el halda, a manera de bolso». Dice Lenski: *«Kólpos* da a entender el pliegue de la vestidura oriental justamente encima del cinturón, y el cual podía ser usado como una pequeña bolsa. La medida excelente se refiere a algo que podía ser llevado de esta forma». Una medida «*buena»* supone ya que la capacidad normal de la bolsa ha sido llenada *«apretada»,* que se la empuja hacia el fondo con las manos para que haya aún lugar donde colocar más cantidad, *«remecida»,* como se golpea contra el mostrador de la tienda un paquete de azúcar, de harina, arroz, etc., para que todavía quede más sitio que llenar, *«rebosante»,* que, después de todo lo otro, todavía se colma la medida hasta rebosar por los bordes. No se puede decir mejor, en lenguaje humano lo que es Dios como *«galardonador de los que le buscan»* (He. 11:6). No sólo lo hará en la otra vida, sino incluso en ésta (v. Mt. 19:29), por medio de personas buenas y de circunstancias favorables. Dios no se deja ganar en generosidad y, a quien recompensa, le recompensa *con abundancia* (comp. con Jn. 10:10).

III. Hemos de esperar que se nos trate conforme a la manera con que tratamos a otros: *«Porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir»* (v. 38b). Quienes tratan duramente a otros, deben esperar que se les pague con la misma moneda; pero quienes tratan amablemente a otros, pueden esperar que Dios levante para ellos amigos que también les traten amablemente.

IV. Quienes se ponen bajo la enseñanza y conducción de maestros ignorantes o equivocados se exponen a caer en los mismos errores destructores de sus maestros: *«¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en un hoyo?»* (v. 39). ¿Y cómo pueden esperar otra cosa? Todos cuantos se dejan guiar por las opiniones del mundo y por los medios corrientes de comunicación, se están convirtiendo en personas sin cerebro propio, como robots manejados por los intereses de los grandes grupos de presión. El mundo actual está volviendo a la mentalidad romana de hace dos mil años: *«panem el circenses»* = pan y circo. Hoy casi podríamos suprimir lo de «pan» y decir: «placer y espectáculos»; en una palabra: *distracción,* una carrera desenfrenada por huir de sí mismo y de los grandes problemas que la existencia humana plantea.

V. *«Un discípulo no está por encima de su maestro, pero todo el que esté bien preparado* (lit. *bien instruido, bien equipado), será como su maestro.»* Según el informe de Lucas, Cristo completa aquí su pensamiento de Mateo 10:24. Hay quienes, como Bliss, ven en este versículo una continuación de la idea del versículo 39: El discípulo de un fariseo seguirá las huellas de su maestro; no le sobrepasará en sabiduría, sino que, cuando esté bien equipado en las enseñanzas que le haya impartido su maestro, vendrá a ser como él: *otro fariseo más.* Lenski sin embargo, piensa que el principio expuesto por Jesús tiene aplicación universal: un alumno que no se limita a aprender de memoria lo que oye, sino que es verdaderamente un discípulo, imbuido de la mentalidad de su maestro, llega a ser, pensar y actuar como él. Esta regla tiene dos excepciones: en el caso de Cristo, ningún discípulo suyo puede llegar a la altura del Maestro pero sí es cierto que puede adquirir su mentalidad (v. 1 Co. 2:16); en el caso de los maestros humanos, un discípulo puede superar al maestro, como superó Aristóteles a Platón, y Tomás de Aquino a Alberto Magno; pero no se puede olvidar que el verdadero maestro es un perpetuo aprendiz, y todo maestro que renuncia a aprender más, ha dejado de ser *magis-ter*.

VI. Quienes toman a su cargo enseñar, reformar y reprender a otros, deben ocuparse primero en quedar limpios de cualquier cosa que necesite reforma o merezca reproche: *«¿Y por qué te fijas en la paja*

que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo?» (v. 41). Todo el que tenga conciencia de su propia indignidad, cuidará de no caer en iguales, o mayores, faltas que las que ve y quiere corregir en otros (v. Gá. 6:1). Mientras el corazón no esté limpio, el ojo no verá claro (v. Mt. 6:22–23, en su contexto anterior y posterior) porque es el corazón entenebrecido el que causa la vanidad de los razonamientos (véase Ro. 1:21b). Sólo una persona profundamente espiritual, no en conocimiento, sino en experiencia, puede dar consejos espirituales. Lo cual no es excusa para que los que son aconsejados o reprendidos echen en cara a los pastores y ministros del Señor el que también éstos tienen sus defectos, pues, en primer lugar, Dios ha puesto al frente de las congregaciones hombres, no ángeles; y en segundo lugar, quienes así se revuelven contra las justas reprensiones, se condenan a sí mismos en lo mismo que juzgan (comp. con Ro. 2:1). Nótese que, cuando Pablo habla de los ministros de Dios, no dice que tienen que ser *perfectos,* sino *fieles* (1 Co. 4:1–2). Ahora bien, todo ministro *fiel* del Señor procurará corregirse a sí mismo para *mejor ver y* corregir a los demás miembros de la congregación o, simplemente, a sus semejantes (v. 42). Mal servicio podría hacer un cirujano que padeciera de la vista y no procurase corregir su visión, ¿cómo extraer del ojo ajeno un objeto minúsculo, si él mismo tiene la visión impedida por unas cataratas plenamente formadas? El quitar la mota del ojo del hermano, no sólo requiere *buena vista,* sino también *buena mano,* es decir, *«tacto»*. Por eso, hay pastores y ministros del Señor que, aun teniendo grandes conocimientos, fracasan por falta de *tacto;* buenos quizá para *ver*, pero malos para *tocar; y* un mal toque, en lugar de curar una llaga, la infecta todavía más.

VII. Es de esperar que las *palabras* y las *acciones* de los hombres estén de acuerdo con lo que los hombres *son.* En efecto:

1. El corazón, lo que expresa el carácter de una persona, es como el *árbol;* y las palabras y acciones son los *frutos* (vv. 43–44). Si un hombre es *bueno,* aun cuando su fruto no llegue a ser abundante y aun cuando, a veces, parezca sin fruto, como un árbol en invierno, no dará, sin embargo, *frutos corrompidos;* aun cuando no haga todo el bien que de él podría esperarse, no dará de sí el mal que podría temerse; si es incapaz de corregir las malas costumbres, al menos no corromperá las buenas costumbres (v. 1 Co. 15:33). Pero si el fruto que un hombre da es de *mala calidad,* podemos estar seguros de que el árbol no es de *buena calidad,* quizá produzca hojas verdes (comp. con Mt. 21:19), pero no servirá sino como pretexto de la carencia de fruto.

2. El corazón es también como un *cofre,* y las palabras y las acciones son como el *tesoro* que el cofre encierra (v. 45).El corazón es en este otro símil, como el receptáculo en que se contienen los criterios o principios de juicio, y los motivos o principios de acción. Cuando una persona tiene en su corazón el amor a Dios y a sus prójimos, alberga un gran tesoro para enriquecer a otros y a sí mismo, pues el hombre es rico, no por lo que *tiene,* sino por lo que *es;* pero cuando en el corazón predomina el amor a las cosas mundanas y carnales, al «yo» en una palabra, entonces de ese corazón está saliendo constantemente lo malo; *«porque de lo que rebosa el corazón habla su boca»*. La boca está directamente conectada con el corazón. Es cierto que a un buen hombre se le puede escapar una mala palabra y, viceversa, a un mal hombre le puede salir de la boca algo bueno; pero, como regla general, el corazón es lo que son las palabras: vano o serio; perjudicial o útil; destructor o edificante; por consiguiente, nos interesa grandemente tener el corazón lleno, no sólo de bien, sino de la abundancia del bien.

VIII. No es suficiente *oír* las palabras de Jesús; es necesario también *ponerlas por obra.*

1. Llamar a Jesús *«Señor, Señor»* es afrentarle, si no estamos dispuestos a obedecerle, pues equivale a decirle en burla: *«Salve, rey de los judíos»* (Mr. 15:18), ya que la boca va por una parte y el corazón va por otra.

2. También equivale a engañarnos a nosotros mismos el pensar que por *oír* las palabras de Cristo vamos a ir al Cielo sin tener que *ponerlas por obra.* Esto lo ilustra el mismo Jesús con un símil (vv. 47–49) que nos muestra.

(A) Que sólo aquellos que vienen a Cristo como a Señor a quien obedezcan y no solamente como a Maestro a quien oigan edifican sólidamente para su alma y para la eternidad, pues son como una casa edificada *sobre la roca.* Estos son los que *excavan y ahondan* a fin de poner fundamento seguro en la roca que es Cristo, personas de *humildad y profundidad,* donde sobre la fe se levantan excelentes materiales (v. 2 P. 1:5 y ss.). Éstos son sabios y prudentes, pues (a) se conservarán íntegros en tiempos de tentación y

persecución; mientras otros caigan a diestra y siniestra, ellos se mantendrán *firmes en el Señor* (Fil. 4:1); (b) guardarán la calma, la paz, la esperanza y el gozo en medio de las mayores aflicciones. Las inundaciones y los torrentes pueden ser símbolo de las tentaciones y de las aflicciones que toda vida humana puede experimentar, pero culminan en la hora final cuando al moribundo no le queda ya ningún asidero en las cosas de este mundo. Es entonces cuando la buena construcción se pone especialmente a prueba; (c) la eternidad feliz de los tales está asegurada puesto que son *«guardados por el poder de Dios, mediante la fe, para alcanzar la salvación»* (1 P. 1:5), *«y no perecerán jamás»* (Jn. 10:28).

(B) En cambio, los que se contentan con un mero *oír* de las palabras de Cristo, y no de *vivir* según ellas, están abocados a un desengaño fatal e irremediable, pues son imprudentes y locos como un hombre *«que edificó una casa encima de la tierra sin cimientos»,* la cual no pudo resistir el embate del torrente, sino que *«al instante se derrumbó, y fue grande la ruina de aquélla casa»*. Esta casa pudo ser más espaciosa, y hasta más hermosa, que la otra, pues el albañil no tuvo que gastar tanto tiempo ni tanto dinero en excavar y ahondar como lo hizo el primero, pero al venir la muerte, cuando pasa rápida la hermosura de este mundo por muy ostentosas que sean las apariencias, la ruina es muy grande. Dice Bliss, citando a Godet: «Tan sólo un alma perdida es una *ruina grande* a los ojos de Dios» (v. el magnífico comentario de Bliss a este versículo). Interpretar esta porción, lo mismo que Mateo 7:24–27, como si Jesús se refiriera a la *fe,* y no a la *obediencia,* es un grave error que muchos predicadores y comentaristas cometen, error que puede contribuir a fomentar en los oyentes la formación de una *fe muerta en sí misma* (Stg. 2:17).

CAPÍTULO 7

En este capítulo vemos a Jesús confirmar con dos grandes milagros la doctrina que había predicado: sana a distancia al siervo de un centurión, y devuelve a la vida al hijo de una viuda de Naín. Después, robustece la fe del Bautista, que estaba ahora en la cárcel, al responder a una pregunta que éste le había hecho por medio de dos discípulos suyos. El capítulo finaliza con el consuelo que Cristo imparte a una mujer sinceramente arrepentida de sus pecados.

Versículos 1–10

Entre esta porción y el relato paralelo de Mateo 8:5 y ss. se hallan algunas diferencias fáciles de conciliar. En Mateo, por ejemplo, se dice que el propio centurión vino a Jesús, pero Lucas nos dice que el centurión hizo su petición por medio de unos *«ancianos de los judíos»* (v. 3) y, después, por medio de *«unos amigos»* (v. 6). Para un caso similar, puede verse Mateo 20:20 y ss., compárse con Marcos 10:35 y ss.

Se nos dice aquí que Jesús obró este milagro *«después que acabó de dirigir todas estas palabras a los oídos del pueblo»* (v. 1). Cristo predicaba *en público.* Por eso, pudo responder a Anás: *«Nada he hablado en oculto»* (Jn. 18:20).

I. El siervo (lit. esclavo) del centurión, del que se nos dice que *«estaba enfermo y a punto de morir»,* era tenido por su amo en *gran aprecio* (v. 2). La fidelidad, la diligencia, la obediencia y, probablemente, la competencia de este siervo le habían granjeado la alta estima del centurión. Esto dice mucho a favor de este siervo, y todos los siervos deberían procurar hacerse así de estimar por parte de sus dueños. Pero también dice mucho a favor del centurión, no sólo porque sabía apreciar la valía de su siervo, sino también por la pronta y fiel obediencia de los otros criados y de los soldados que tenía bajo sus órdenes, lo cual demuestra que su carácter era tan amable y generoso, que resultaba un placer obedecer sus órdenes, lo cual es, a su vez, un buen ejemplo para los amos, quienes deberían conocer aquel refrán castellano que dice: «Más moscas se cazan con una gota de miel que con un barril de vinagre». Los amos generosos merecen, y suelen tener, criados también generosos.

II. El centurión, *«habiendo oído hablar de Jesús»,* envió a rogarle *«que viniese a sanar a su siervo»* (v. 3). Esto lo hizo por medio de *unos ancianos del pueblo,* es decir, algo así como cabezas de la sinagoga

y magistrados religiosos del lugar. Dice Bliss: «Éstos podían ser mensajeros más persuasivos que los sirvientes ordinarios; y ellos, al tomar en cuenta su amistad personal, estaban listos para hacer por él lo que ordinariamente habrían rehusado hacer por un centurión». Este centurión, por su parte, enviaría a Jesús estos ancianos, no sólo por ser *judíos,* sino también por ser personas importantes entre los judíos, ya que él se tenía por indigno de acudir en persona a Cristo. Por lo que se deduce del contexto, el centurión era lo que se llamaba «prosélito de la puerta», lo que comportaba aceptar las principales creencias y costumbres de los judíos, no «prosélito de la justicia», lo cual incluía además, y principalmente, la circuncisión.

III. Los ancianos a quienes el centurión había encargado esta comisión fueron buenos intercesores ante Jesús, pues *«le rogaban con insistencia»,* suplicándole como el centurión no se habría atrevido a hacerlo y recomendando al peticionario con las palabras siguientes: *«Es digno de que le concedas esto»* (v. 4). El centurión se tenía a sí mismo por indigno de recibir a Jesús (Mt. 8:8), pero los ancianos estimaban que era digno, no sólo de recibir a Jesús, sino también de que Jesús sanase al siervo. Pero el motivo por el que más insistieron ante Cristo es que, aun cuando era gentil, esto es, no del pueblo judío, *amaba al pueblo judío* (lo que pocos gentiles hacían) y se preocupaba por la religión judía, puesto que *les había edificado la sinagoga* del lugar (v. 5). De esta forma mostraba su interés por el Dios de Israel, y por las oraciones que habían de elevarse en la sinagoga al Dios de Israel. Contribuir a la construcción de lugares de culto es una buena obra, y los que hacen buenas obras de esta clase son dignos de *doble honor.*

IV. Jesús estaba presto a realizar lo que se le pedía a favor del centurión. Acompañó a los ancianos que el centurión le había enviado y se dirigía a su encuentro, a pesar de que el centurión era gentil. El centurión no se tenía por digno de que Cristo le visitase, pero Cristo creyó digno de sí el visitar al centurión. Como ha escrito muy bien el doctor Kevan: «El hombre no era digno de ser salvo, pero era digno de Dios salvar al hombre».

V. El centurión dio más pruebas de su humildad y de su fe: *«Iba Jesús con ellos* [con los ancianos], y *cuando ya no estaba lejos de la casa, el centurión envió a Él unos amigos»* con expresiones: 1. De *humildad: «Señor, no te molestes más,* porque no merezco el honor de que vengas a mí» (vv. 6–7); lo cual indica el bajo concepto que tenía de sí mismo, a pesar de lo elevado de su posición militar, y además el alto concepto que tenía de Jesús, a pesar de que el Señor se hallaba en estado de humillación en el mundo. 2. De *fe: «Dilo de palabra, y mi siervo será sano»* (v. 7). Y, a continuación ilustra su fe con la comparación, tomada de su misma profesión, de la obediencia pronta que los soldados y criados le prestaban a él, con la obediencia que las enfermedades habían de prestar a Cristo, como a Señor de la vida y de la muerte.

VI. *«Al oír esto, Jesús se quedó maravillado de él»* (v. 9), es decir, de la fe del centurión, al ser éste un gentil. Y, ya que la fe del centurión honraba así al Señor, véase cómo el Señor honró la fe del centurión: *«Volviéndose, dijo a la multitud que le seguía: Os digo que ni aun en Israel he hallado una fe tan grande».* Cristo quería que los que le seguían se percatasen de los grandes ejemplos de fe, especialmente cuando los que tal fe muestran no se hallan tan ligados exteriormente a Jesús como los que profesan seguirle. De esta manera, los que nos gloriamos del nombre de cristianos quedamos, a veces, avergonzados por la fe de quienes no aparecen con el rótulo de creyentes. La fuerza de la fe de ellos confunde la debilidad de nuestra fe.

VII. La sanación del siervo fue rápida y completa: «Y *cuando los que habían sido enviados regresaron a la casa, hallaron sano al siervo que había estado enfermo»* (v. 10). Cristo mostraba así que *no hay favoritismos con Él* (Ro. 2:11), *«sino que en toda nación, el que le teme y practica lo que es justo, le es acepto»* (Hch. 10:34–35). Es muy probable que, mediante este milagro, el centurión llegase a creer en el Señor como Salvador personal. Aunque esto no se nos dice expresamente, parece deducirse de Mateo 8:11.

Versículos 11–18

Historia de la resurrección del hijo de la viuda de Naín. No la mencionan Mateo, ni Marcos ni Juan.

I. Dónde y cuándo se llevó a cabo este milagro. Aun cuando algunos MSS dicen: *«Al siguiente* [día]», esta lectura es improbable, ya que Naín estaba situada a unos 40 km de Capernaúm, demasiada distancia para una jornada. El hecho tuvo lugar cuando Jesús estaba para entrar en la ciudad (v. 11), *«cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad»* (v. 12).

II. Quiénes presenciaron el milagro. Fue llevado a cabo ante dos grupos de personas: los que iban con Jesús «*y marchaban juntamente con Él bastantes de sus discípulos y una gran multitud»* (v. 11); el otro grupo lo formaban los familiares y vecinos que asistían al funeral del joven: *«un grupo considerable de la ciudad»* (v. 12).

III. Cómo fue llevado a cabo el milagro por el Señor Jesús. El difunto era *joven* (v. 14), *hijo único de su madre y ella era viuda* (v. 12). Esto da a entender que la mujer dependía del hijo para su manutención, y ahora se le iba en la flor de la edad. Cualquier ser humano, a cualquier edad, es como una *caña rajada.* Podemos imaginarnos cuán profunda sería la pesadumbre de esta mujer al perder a su único hijo, siendo además viuda. Cristo mostró su corazón lleno de compasión y el poder omnímodo de su Deidad al devolver el joven a la vida: *«Cuando el Señor la vio* [a la madre], *fue movido a compasión sobre ella»* (v. 13). Notemos que la mujer no le rogó que hiciese algo por ella. Fue puramente *la ternura de la compasión* de Jesús la que le movió a hacer este milagro, a la vista de la situación en que quedaba esta pobre mujer. Jesús le dijo: *«No llores»,* es decir, *«cesa de llorar»* (al tener en cuenta que el verbo está en presente de imperativo). En labios de otra persona, esta intimación habría servido de poco consuelo a la mujer pero en labios de Jesús significaba mucho: «No llores por un hijo difunto, porque pronto lo recibirás vivo de nuevo». Esto era particularmente apropiado al caso a que nos referimos, pero es también verdad en el caso de todos los que duermen en el Señor, porque también ellos resucitarán y, por cierto, no como aquel joven, quien había de volver a morir, sino en gloria y para no morir jamás; por lo cual, *no hemos de entristecernos como los demás que no tienen esperanza* (1 Ts. 4:13). ¡Que nuestras lágrimas en tales casos se enjuguen ante la consideración de la tierna compasión de Jesús! Vemos a continuación cómo triunfa sobre la muerte la palabra de Cristo: *Él se acercó y tocó la camilla mortuoria»* como dando a entender a quienes la llevaban que se parasen. Así que *«los que lo llevaban se detuvieron».* Entonces dijo Jesús con la solemnidad que la autoridad de su palabra comportaba: *«Joven, a ti te digo, ¡levántate!»* Y, con la palabra, salió el poder suficiente para devolver el joven a la vida. Notemos ese *«a ti te digo».* Como en la resurrección de Lázaro, podemos aplicar el comentario que Agustín hace a Juan 11:43, al decir que, si Jesús no hubiera llamado a Lázaro por su nombre, todos los muertos habrían resucitado al imperio de la palabra del Señor. El efecto de esta palabra no se hizo esperar, pues leemos a renglón seguido que *«Entonces el muerto se incorporó»* (v. 15). ¿Hemos recibido una nueva vida por la gracia de Cristo? ¡Demostrémoslo! Otra evidencia de la nueva vida fue que *«comenzó a hablar».* Siempre que el Señor nos imparte la vida espiritual, nos abre los labios en oración, confesión y alabanza (v. Ro. 10:9–10; Ef. 5:18–20; He. 13:15). Después Jesús *«se lo dio a su madre»,* para que le sirviese de consuelo y sostén a la pobre viuda.

IV. Qué impresión causó en la gente este milagro: *«El temor* (el pavor ante lo sobrenatural) *se apoderó de todos»;* no pudieron dominar la intensa emoción que hizo presa de ellos; a esto siguió una expresión correcta de su temor reverencial: «*y glorificaban a Dios»,* tanto por su poder como por su bondad, sacando como natural conclusión: *«Un gran profeta ha surgido entre nosotros; y: Dios ha visitado a su pueblo»* (v. 16). Esta resurrección corporal había venido a reavivar también las esperanzas de los *que aguardaban la consolación de Israel* (2:25). Así que la fama de Jesús se divulgó rápidamente por toda aquella comarca: «Y *esto que se decía de Él, se divulgó por toda la Judea y por toda la región circunvecina»* (v. 17). ¡Lástima que muchos que acogen la fama de Jesús en el oído, no acogen el Evangelio de salvación en el corazón! Pero vemos que *«los discípulos de Juan informaron a éste de todas estas cosas»* (v. 18), para que él se percatase de que la palabra de Cristo no está atada, aunque Juan estuviera atado en su prisión. Cristo crecía más y más, aunque Juan estuviese menguando.

Versículos 19–35

I. Ahora tenemos el mensaje que Juan el Bautista envió a Jesús, y la respuesta que de Él obtuvo. La gran pregunta que todos, a ejemplo de Juan, debemos hacernos es *si Cristo es el que había de venir, o*

tendremos que continuar aguardando a otro (vv. 19–20). Estamos seguros de que Dios prometió un Salvador. Estamos igualmente seguros de que lo que Dios prometió, lo había de cumplir. Si este Jesús es el Mesías prometido por Dios, habremos de creer en Él, si no, habremos de continuar esperando. Incluso la fe de un hombre como Juan el Bautista necesitaba ser confirmada en relación con este asunto de tan vital importancia. Los hombres más significativos del pueblo de Israel no habían creído en Jesús (v. Jn. 7:48). Del poder, de la majestad y de los triunfos que todos esperaban del Mesías, no aparecía nada en Jesús. Por consiguiente, no es extraño que preguntasen: *«¿Eres tú el Mesías?»* Pero Cristo dejó que sus obras respondiesen por Él y «*en esa misma hora,* en presencia de los que habían venido con la gran pregunta, *sanó a muchos de enfermedades y dolencias y de malos espíritus, y otorgó la vista a muchos ciegos»* (v. 21). Multiplicó las sanidades, para que no quedase sospecha alguna de fraude; y, a continuación, les mandó que volviesen para informar a Juan: *«Id e informad a Juan de lo que habéis visto y oído»* (v. 22), para que Juan y sus discípulos pudiesen deducir, como lo hacía la gente: *«El Cristo, cuando venga, ¿acaso hará más señales que las que éste hace?»* (Jn. 7:31). Por lo que Jesús hacía para remediar las necesidades físicas del pueblo, podía deducirse que Él era quien venía a remediar la condición espiritual de las almas y a salvar a su pueblo de sus pecados. En especial, *«a los pobres era anunciado el Evangelio»,* esto es las buenas noticias que los pobres esperaban solamente del Mesías. Todo esto estaba profetizado de Él en Isaías 42:7; 61:1, y el que esto se cumpliese en Jesús ahora era la prueba más evidente de su mesianidad. Por eso, Jesús añade una bendición que es una advertencia para los que, por un concepto equivocado del Mesías, alimentaban prejuicios contra Él: «Y *bienaventurado es cualquiera que no halla en mí ocasión de tropiezo»* (v. 23). El haber sido criado en Nazaret, su residencia en Galilea, su pobreza, el escaso relieve social de sus familiares, la condición menospreciable de sus seguidores: todo esto era para muchos motivo de escándalo y de tropiezo. Por eso, es *bienaventurado,* bendecido por Dios, todo aquel que es prudente, humilde y bien dispuesto para no ser vencido por aquellos prejuicios.

II. Después de esta respuesta en acción, por la que Jesús venía a rectificar los prejuicios que los discípulos de Juan (y el propio Juan, a la vista de 3:9, lo cual no parecía cumplirse en Jesús) albergaban respecto de Él, Jesús hace un elevado encomio de Juan. Esto lo hizo *«cuando se marcharon los mensajeros de Juan»,* quizá para que no pareciese que lo adulaba en presencia de ellos y, con ello, quedase sin efecto la rectificación que acababa de hacer del equivocado criterio del Bautista en relación al papel que el Mesías había de cumplir en su primera Venida. Pero, por otra parte el Señor se apresuró a encomiar altamente el carácter de Juan tan pronto como los mensajeros se marcharon, para que los asistentes no quedasen con una opinión rebajada con respecto al Bautista, a causa de la respuesta que Jesús había dado a los mensajeros de Juan. El encomio que Jesús hace de Juan no puede ser más alto:

1. Viene a decir que Juan era un modelo de firmeza y constancia: *No era como una caña sacudida por el viento* (v. 24b), sino firme como una roca, y de una pieza como un roble, sin inclinarse en la dirección del viento que más sopla (como les ocurre a las veletas).
2. Viene a decir que Juan era de una abnegación sin par. No era *un hombre vestido lujosamente ni viviendo una vida de comodidad y placer* (v. 25), sino que, por el contrario, vivía en el desierto y en la mayor austeridad.
3. Añade que Juan era un profeta: «*sí, os digo, y superior a un profeta»* (v. 26); superior a cualquiera de los profetas del Antiguo Testamento, pues todos ellos hablaron de Jesús a distancia, mientras que Juan pudo señalarle con el dedo, y decir: *«He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo»* (Jn. 1:29).
4. Juan era el precursor y heraldo del Mesías, conforme a la profecía de Malaquías 3:1, que Jesús cita en el versículo 27: *«Éste es aquel de quien está escrito: He aquí que envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti».* Antes de que el Mesías viniera, vendría un mensajero delante de Él para preparar al pueblo a recibir las bendiciones espirituales del reino de Dios por medio del arrepentimiento y de la reforma, como estaba profetizado en Malaquías 3:1–5; 4:5–6. Es muy de notar que el texto hebreo de Malaquías 3:1 hace referencia a la *faz de Jehová* y al *camino de Jehová;* con lo que, por esta cita de Lucas 7:27, se deduce claramente que Jesucristo es Jehová, Dios como el Padre.
5. Jesús vuelve a poner de relieve la superioridad de Juan sobre todos los demás profetas, al añadir: *«Os digo que entre los nacidos de mujeres, no hay mayor profeta que Juan el Bautista»* (v. 28). Pero, a continuación, añade: *«pero el que es menor en el reino de Dios es mayor que él* (v. 28b). Jesús no

compara la condición *personal* de los creyentes en el Evangelio con la de Juan como simple heraldo del Reino de Dios, sino los tremendos privilegios que al cristiano le han sido concedidos mediante la revelación del misterio de Cristo, tras su muerte y resurrección y el descenso del Espíritu Santo en Pentecostés, con lo que no sólo puede *mirar en derredor a la multitud de testigos* que fueron antes de él, sino *poner los ojos hacia adelante, en Jesús, el autor y consumador de la fe* (He. 12:1–2). El menor de los seguidores del Cordero es mayor que todos los que fueron delante de Él. Pero también tenemos una responsabilidad mucho mayor que ellos.

III. A continuación, Jesús censura dura, pero justamente, a los hombres de aquella generación.

1. Cristo muestra ahora el menosprecio que los principales de la nación mostraron hacia Juan, cuando éste se hallaba predicando y bautizando en el Jordán. Sólo la gente del pueblo y los cobradores de impuestos, tenidos comúnmente por grandes pecadores, le habían escuchado y obedecido: «Y *todo el pueblo que le escuchó y los cobradores de impuestos reconocieron la justicia de Dios, siendo bautizados por Juan»* (v. 29); precisamente, la gente que, según los fariseos, *eran unos malditos por no conocer la Ley* (Jn. 7:49). Por medio de su arrepentimiento y reforma de vida «*justificaron a Dios»,* como dice literalmente el original, por haber encomendado a Juan el encargo de ser el precursor del Mesías, ya que, al dejarse bautizar por Juan, dieron por bueno el plan de Dios para salvación, pues no fue *en vano* para ellos, aun cuando lo fuese para otros. En cambio, *«los fariseos y los intérpretes de la ley rechazaron el designio de Dios para con ellos mismos, no siendo bautizados por él»* (v. 30). Nótese que el designio de Dios era de salvación *para todos* (v. 1 Ti. 2:4), pero, al rechazar el designio de Dios en favor de ellos, lo volvieron contra sí mismos. Es el mismo reproche que Pablo y Bernabé hicieron a los judíos de Antioquía de Pisidia: *«Era necesario que la palabra de Dios os fuera anunciada primero a vosotros; mas puesto que la desecháis y no os juzgáis dignos de la vida eterna, mirad que nos volvemos a los gentiles»* (Hch. 13:46). Todos somos *indignos* de la vida eterna, pero cuando la gracia de Dios está pronta para *dignificarnos,* la indignidad está en rechazarla. Recordemos que el pecado imperdonable es precisamente el rechazo del perdón que Dios nos ofrece generosamente en Cristo.

2. A continuación Jesús muestra la extraña perversidad de aquella generación, y los prejuicios que los judíos de aquel tiempo habían concebido respecto a Él. Habían hecho objeto de burla los métodos mismos que Dios había empleado para beneficio de ellos: «*¿A qué, pues, compararé los hombres de esta generación, y a qué son semejantes?»* (v. 31). *«Son semejantes a los muchachos que se sientan en la plaza»* (v. 32) a jugar y tomarlo todo en broma. Como si Dios estuviese tomando a broma el asunto de la salvación, a la manera que juegan los muchachos en las calles y plazas, éstos parecían tomar también en broma la predicación de Juan y la del propio Jesús. La mayor ruina de los hombres está en no dejarse persuadir de la *seriedad* que el asunto de la salvación eterna comporta. ¡Oh, cuán asombrosa es la estupidez, la vanidad y la ceguera de este mundo perverso! El Señor quería despertarlos de su marasmo, pero ellos todo lo echaban a mala parte. Juan el Bautista era un hombre austero, que vivía en soledad y al que deberían haber escuchado como a hombre de gran pureza y de meditación; pero esto, que debería servirle de alabanza, era para ellos motivo de reproche: *«Porque vino Juan el Bautista, que no comía pan ni bebía vino, y decís: Tiene un demonio»* (v. 33), como si aquella soledad fuese indicio de melancolía morbosa y, por ende de posesión diabólica. Pero *«ha venido el Hijo del Hombre* [Jesús], *que come y bebe, y decís: He aquí un hombre glotón y bebedor de vino, amigo de cobradores de impuestos y de pecadores»* (v. 34). En realidad, comía con publicanos y también con fariseos, con la esperanza de hacer el bien, tanto a los unos como a los otros, conversaba familiarmente con todos. Con esto se muestra que los ministros de Cristo pueden ser de diferentes temperamentos y disposiciones, con muy diversas maneras de predicar y de vivir y, sin embargo, pueden ser buenos en sí y provechosos para todos. Por consiguiente, nadie debe imponer a otros la pauta de su propia vida, ni juzgar como defectuosos o imperfectos a quienes, dentro de los principios y normas generales del Evangelio, no se comportan en todo como nosotros mismos. Juan el Bautista dio buen testimonio de Cristo; y Cristo, por su parte, hizo grandes alabanzas de Juan; sin embargo, sus respectivos modos de vida eran diferentes. Así deberían estar unidos los ministros de Cristo a pesar de sus diferencias personales. Pero notemos que los enemigos comunes de ambos, a ambos reprochaban igualmente; los mismos que presentaban a Juan como *insano de mente,* presentaban a Cristo como *corrompido de moral: «Es un glotón y un bebedor».* La mala voluntad nunca sabe hablar bien.

3. Muestra también que, a pesar de todo, los sabios métodos de Dios han quedado justificados, declarados buenos y correctos, a base de los efectos que han producido en quienes han obedecido las

normas de Dios, éstos son *«hijos de la sabiduría»* (v. 35). Así, los métodos de Dios han dado buen resultado, lo mismo en la predicación de Juan que en la de Jesús, en los que fueron ganados para salvación (v. 29), y en los que la rechazaron para condenación (vv. 29b–34). Es la misma contraposición que hallamos en 1 Corintios 1:18–28 y 2 Corintios 2:15–16. Lo mismo en la salvación por fe, que en la condenación por incredulidad, Dios se muestra justo y correcto (v. Jn. 3:16–21; Ro. 2:2–11).

Versículos 36–49

Cuándo y dónde sucedió la anécdota que aquí se nos refiere, no lo sabemos, pero, como dice Bliss, «pertenece, cronológicamente, a un período cuando la actitud de los fariseos no había llegado todavía a ser flagrantemente hostil al Señor, como para impedir cualquier intercambio amistoso entre ellos». Añadamos de entrada que, a pesar de las referencias que suelen hallarse en las versiones de nuestras Biblias (al pie, al margen o al centro de la página), esta mujer, de la que nada más sabemos, nada tiene que ver con la hermana de Lázaro, ni el episodio es el mismo de Juan 12:1 y ss. Como dice Bliss: «Aun cuando el nombre del anfitrión mencionado aquí era el mismo que el del propietario de la casa mencionada en Juan 12:1, donde también una mujer lo ungió durante el curso de una comida, todavía las circunstancias de los dos hombres (uno un fariseo el otro un leproso), y el carácter y las relaciones de las dos mujeres (una, hermana de Lázaro, la otra "una pecadora") nos prohíben pensar que los dos relatos se refieran a la misma ocasión». Veamos ahora:

I. La invitación que un fariseo hizo a Cristo: *«Uno de los fariseos le pedía que comiera con él»* (v. 36). El tiempo imperfecto parece indicar que le invitó repetidamente, aun cuando la evidencia no es conclusiva a favor de ello. Por lo que se ve, este fariseo no creía en Cristo, pues no le reconocía como *profeta* (v. 39), sin embargo, el Señor aceptó su invitación: «Y *entrando en la casa del fariseo, se sentó a la mesa».* Quienes tienen la sabiduría y la gracia suficientes para instruir y redargüir a los que tienen prejuicios contra Cristo, bien pueden aventurarse a entrar en compañía con ellos. Pero quienes no se sientan competentes *para presentar defensa ante quien demande razón de nuestra esperanza* (1 P. 3:15), mejor es que se abstengan y procuren prepararse para lo futuro. Mal podemos evangelizar a otros si no estamos bien preparados nosotros mismos en la Palabra de Dios y en la mansedumbre y el amor que son fruto del Espíritu Santo.

II. Las grandes muestras de amor y de respeto que una pobre pecadora ofreció al Señor. Era *«una mujer pecadora pública que había en la ciudad»* (v. 37). El texto no da pie para pensar que fuese una vulgar prostituta, sino simplemente que sus pecados (o pecado) eran notorios en la ciudad. Tampoco se dice que continuara pecando ahora, más bien se implica lo contrario en sus muestras de sincero arrepentimiento. Esta mujer, *«enterada de que Él estaba a la mesa en la casa del fariseo»,* vino a expresarle su reconocimiento de la única forma que podía: regando los pies de Jesús con sus lágrimas y ungiéndolos con un perfume que a este propósito había traído. Nótese que no se colocó frente al Maestro, sino que *se colocó detrás, junto a sus pies* (v. 38). Ahora bien, en lo que esta mujer hizo podemos observar:

1. *Su profunda humillación y* arrepentimiento por el pecado. Se colocó detrás de Jesús y *se echó a llorar;* aquellos ojos que habían sido las puertas de entrada y salida del pecado, se convierten ahora en fuentes de lágrimas; su rostro, que quizás había estado antes cubierto de cosméticos, estaba ahora contraído por el llanto y surcado por las lágrimas; su cabello, que antes habría peinado y adornado con esmero para atraer al pecado, sirve ahora de toalla para los pies de Cristo, los cuales acababa de regar con sus lágrimas. Tenemos razón sobrada para pensar que ya antes había derramado lágrimas de arrepentimiento por sus pecados, pero ahora que tenía la oportunidad de venir a la presencia de Cristo, se renovaba su pesadumbre por el pecado.

2. *Su profundo afecto* al Señor Jesús. Esto es lo que más puso de relieve el Señor en sus palabras: que *había amado mucho* (vv. 42, 47). Sus lágrimas de arrepentimiento eran también lágrimas de gozo, por tener la oportunidad de regar con ellas los pies de su Salvador; «*y besaba afectuosamente sus pies»; los* besaba con afecto y en señal de adoración. Todos los pecadores verdaderamente arrepentidos muestran un tierno amor al Señor Jesús. ¿Cómo no sentir un amor grande a un Dios encarnado, tan ofendido por nosotros y tan perdonador de nuestros pecados? Es cierto que se puede estar sinceramente arrepentido sin

derramar lágrimas; las emociones son diferentes según las diversas características temperamentales, pero los sentimientos son una facultad del espíritu humano y, por tanto, no pueden faltar en una persona genuinamente convertida.

III. La ofensa que el fariseo recibió ante la actitud que Cristo adoptó con esta mujer: *«Dijo para sí: Éste, si fuera profeta conocería quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, que es una pecadora»* (v. 39); como si dijese: «Si fuera profeta, tendría suficiente conocimiento para percatarse de que esta mujer es pecadora, y santidad suficiente para no permitir que se arrimara a El y le tocase». Por aquí se ve hasta qué punto las personas orgullosas y que se tienen a sí mismas por santas (comp. con Is. 65:5) son inclinadas a juzgar a otros y a formar juicios temerarios sobre los motivos y las acciones de los demás. Es cierto que Cristo era *profeta,* el gran profeta que había de venir (Dt. 18:18–19; Jn. 1:21b) y, por eso mismo, conocía el corazón de esta mujer, que estaba arrepentida; en cambio, el fariseo veía lo que esta mujer había sido y lo que aún era a los ojos de la gente, pero no veía el cambio que se había operado en el corazón de ella; por eso, juzgaba mal, tanto a Jesús como a la mujer.

IV. Defensa que Cristo hace de la mujer en lo que ésta había hecho con respecto a Él, y de Sí mismo en la actitud que había adoptado con respecto a ella. Cristo conocía lo que el fariseo había pensado en su interior (con lo cual demostraba ser un gran profeta), y así respondió a los pensamientos de él: *«Simón tengo algo que decirte»* (v. 40). Simón no sospecha lo que Jesús le va a decir y responde complaciente: *«Dilo, Maestro»*. Entonces el razonamiento de Jesús con Simón sigue el curso siguiente: «Es cierto que esta mujer ha sido una pecadora, lo sé muy bien; pero es una pecadora *perdonada,* lo cual supone que es una pecadora *arrepentida.* Lo que ella acaba de hacer es una expresión del *gran amor* que tiene a su Salvador. Si ella ha sido perdonada, al haber sido una gran pecadora, puede esperarse con razón que ame a su Salvador más que otras personas, y si esto que hace es el fruto de su amor y fluye del sentimiento de gratitud por el perdón de sus pecados, está puesto también en razón el que yo lo acepte, y no está bien el que tú lo tomes a mal».

1. Por medio de una parábola, Jesús fuerza a Simón a reconocer que cuanto más pecadora ha sido esta mujer, tanto más amor es natural que muestre a Jesús por el perdón de sus pecados (vv. 41–43). Un hombre tenía dos deudores, ambos insolventes pero uno de ellos le debía diez veces más que el otro. El acreedor les perdonó a ambos la deuda y no los llevó a los tribunales. Ambos estaban ahora reconocidos al gran favor que habían recibido pero *«¿cuál de ellos le amará más?»* (v. 42). *«Simón respondió y dijo: Supongo que aquel a quien perdonó más»* (v. 43). Por aquí vemos la obligación del deudor con respecto a su acreedor:

(A) El deudor, si tenía algo con que pagar, tenía la obligación de dar una satisfacción al acreedor.

(B) Si Dios en su providencia ha permitido que el deudor sea incapaz de pagar su deuda, el acreedor no debe ser severo con él, sino perdonarle la deuda.

(C) El deudor que ha encontrado un acreedor misericordioso debe estarle agradecido y mostrarle su afecto. Hay deudores insolventes que, en lugar de estar agradecidos a sus acreedores, les son ingratos y hasta les odian, porque no tienen la humildad suficiente para reconocer que, en un caso de extrema necesidad, fue menester que el acreedor les perdonara, lo cual les parece ahora humillante. Con cierto sarcasmo decía un hombre rico al morir: «No tengo enemigos, porque no he hecho ningún favor». Pero la parábola tiende a presentar la condición del ser humano pecador en deuda con el Señor; y así podemos aprender aquí: (a) que el pecado es una *deuda,* y que los pecadores somos *deudores al Dios Omnipotente.* Como criaturas, tenemos la deuda de la obediencia pues dependemos del Creador en todo, esta deuda no la hemos pagado; más aún, hemos malgastado los bienes de nuestro Amo, haciéndonos así doblemente deudores; (b) que unos le deben a Dios más que otros, por razón de sus pecados que son más graves y más numerosos que los de otros: *«el uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta»* (v. 41). El fariseo se tenía por menos deudor pero era deudor, al fin y al cabo; más de lo que él se pensaba. Esta mujer era pecadora pública; estaba, pues, más endeudada que él; (c) que, sea mayor o menor la deuda siempre es mayor de lo que podemos pagar: «No *teniendo ellos con qué pagarle»* (v. 42), no había modo de satisfacer la deuda contraída. No hay en nosotros posibilidad de pagar con el arrepentimiento por lo pasado, ni con una justicia presente (v. Is. 64:6), ni con una promesa de obediencia para el futuro, pues estamos atados en la esclavitud del pecado y muertos en él (Ef. 2:1); (d) que el Dios de los cielos está presto a perdonarnos, a perdonarnos del todo y para siempre, hasta el punto de olvidar nuestros pecados,

echarlos a sus espaldas y sepultarlos en el fondo del océano. Si creemos y nos arrepentimos, Dios ya no cargará sobre nuestros hombros nuestras iniquidades pues las cargó todas sobre los hombros de su Divino Hijo e inocente Salvador nuestro (Is. 53:5–6). De esta manera, Dios ha mostrado su *glorioso* carácter: *«fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad»* (Éx. 34:6); (e) que aquellos cuyos pecados han sido perdonados, están obligados a amar a quien les perdonó; y tanto más tienen que amarle, cuanto más les haya perdonado. Cuanto *más grandes pecadores* hayan sido antes de su conversión tanto *mayores santos* deben ser después. Cuando un Saulo rabiosamente perseguidor (v. Hch. 9:1) se convirtió en un Pablo ardorosamente predicador, *«trabajó más que todos ellos»* (1 Co. 15:10).

2. A continuación, Jesús aplica la parábola a la forma tan diversa como Simón y la pecadora se habían comportado con Él. Cristo viene a decirle a Simón que también a él le perdona aunque tenga que perdonarle *menos,* pues es cierto que algún afecto le había mostrado al invitarle a comer con él, pero eso era mucho menos que lo que esta mujer le había mostrado. Fíjate—viene a decirle Cristo—, a ella se le ha perdonado más (v. 47) y, por eso, ella había de mostrar más amor que tú, y así lo ha hecho: *«¿Ves esta mujer?»* (v. 44). «Considera cuánto mayor que el tuyo ha sido el afecto que me ha mostrado; ¿deberé, pues, aceptar tu obsequio y rechazar el suyo? *Tú no me diste agua para los pies; pero ésta ha regado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos; No me diste el beso normal* de cortesía a un invitado; *pero ésta, desde que entré, no ha dejado de besarme los pies afectuosamente* (v. 45); *No ungiste mi cabeza con aceite* común, como es costumbre en estas ocasiones; *pero ésta ha ungido con perfume mis pies* (v. 46)». La razón por la que algunas personas censuran a los buenos cristianos por el trabajo que se toman y el dinero que emplean en el servicio del Señor, es porque ellos mismos no están dispuestos a llegar a ese nivel de dedicación, sino que se han propuesto descansar en una religión fácil y barata.

3. Finalmente, Jesús silencia las cavilaciones del fariseo y los temores de la mujer:

(A) A las cavilaciones del fariseo, Jesús responde: *«En atención a lo cual, te digo,* Simón: *Quedan perdonados sus pecados, que son muchos»* (v. 41). Cristo reconoce que la mujer ha sido culpable de muchos pecados; pero le quedan perdonados; *«por eso muestra mucho amor»* (lit. *«puesto que amó mucho»).* Está claro que el amor de la mujer no fue la *causa,* sino el *efecto,* del perdón. *«Nosotros le amamos a Él* [Dios], *porque Él nos amó primero»* (1 Jn. 4:19), y efecto de su amor fue el perdón que nos otorgó (Ef. 2:4–7). *«Pero aquel a quien se le perdona poco,* como a ti, *ama poco,* como tú». En lugar de tener envidia a los grandes pecadores por la merced que el Señor les ha concedido, deberíamos sentirnos avivados con el ejemplo de ellos para examinarnos a nosotros mismos con todo esmero, a fin de estar seguros de que hemos sido perdonados, lo cual se mostrará en el amor que tengamos al Señor.

(B) A los temores de la mujer, Cristo responde: *«Quedan perdonados tus pecados»* (v. 48). Así se marchó con estas consoladoras palabras de Jesús, que habrían de ser una eficaz prevención para no regresar a una vida de pecado. Y, aun cuando los que estaban sentados a la mesa se ofendiesen por el poder que Cristo se atribuía de perdonar pecados y declarar absueltos a los pecadores, Él se sostuvo firme en su palabra y mostró cuánto se deleita en perdonar, pues el perdón lleva la paz a las conciencias: *«Pero Él dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado, vete en paz»* (v. 50). Vemos, pues, que todas estas expresiones de pesar por el pecado y de amor a Cristo, eran producto de la fe (v. Gá. 5:6). Así como, entre todas las gracias, la fe es la que más honra a Dios, así también Cristo otorga mayor honor a la fe que a todas las demás gracias.

CAPÍTULO 8

La mayor parte del contenido de este capítulo se halla también en Mateo y en Marcos. Después de un informe general sobre la predicación de Cristo, se nos refieren aquí la parábola del sembrador, la preferencia que Cristo dio a sus obedientes discípulos sobre sus familiares según la carne, la tempestad calmada por el Señor, la expulsión de demonios de un poseso de Gadara, la curación de la mujer que padecía flujo de sangre, y la resurrección de la hija de Jairo.

Versículos 1–3

I. Vemos primero cuál fue la constante tarea en la vida mortal de Jesucristo: la *predicación;* en esta tarea se mostró infatigable y pasó haciendo el bien (v. 1).

1. *Dónde* predicaba: *«Comenzó a recorrer una por una las ciudades y las aldeas»*. Era un predicador itinerante; no se confinaba a un solo lugar, sino que extendía por todas partes los rayos de su luz. Recorría ciudades y aldeas *una por una,* para que ninguna tuviese excusa en su ignorancia. Con esto, daba ejemplo a sus discípulos: ellos tenían que *ir a todas las naciones de la tierra* (Mt. 28:19, Hch. 1:8) así como Él *recorría todas las ciudades y aldeas* de Israel. Nótese que no se limitaba a las grandes ciudades, sino a las más pequeñas también, y aun a las villas y caseríos de la campiña, como indica el original.

2. *Qué* predicaba: *Las buenas nuevas del reino de Dios:* la culminación de las intenciones misericordiosas de Dios para con su pueblo, a favor de quienes cambiasen de mentalidad y creyesen el mensaje (v. Mr. 1:15). ¿Qué mejores nuevas que la noticia de la disposición de Dios a reconciliar consigo al mundo en Cristo y no tenerles en cuenta a los hombres sus pecados? (v. 2 Co. 5:19).

3. *Quiénes* le escuchaban constantemente: *«Le acompañaban los doce, y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malignos y de enfermedades* (vv. 1b–2a). Los discípulos habían de estarle atentos, a fin de saber qué y cómo habían de predicar ellos después.

II. De dónde subvenía a sus necesidades cotidianas: De la amabilidad y generosidad de sus amigos. Se nombran aquí algunas mujeres «y *otras muchas que les asistían* (a Él y a los discípulos) *de sus propios bienes»* (vv. 2–3):

1. La mayor parte de estas mujeres eran una muestra viva del poder y de la misericordia de Jesús pues habían sido sanadas de demonios y de enfermedades. Por aquí vemos el interés que habríamos de mostrar por las cosas del Señor, en *gratitud* por lo que ha hecho por nosotros, salvándonos de una condenación segura, y en *oración* para que su gracia nos capacite a fin de luchar eficazmente contra el pecado que siempre nos ronda (He. 12:1).

2. Una de ellas era *«María la llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios»* (v. 2). Hay quienes piensan que había sido muy pecadora, e incluso la identifican con la pecadora del capítulo 7. Ni de lo uno ni de lo otro hay prueba alguna en el texto sagrado. Dice Bliss: «Es cierto que de ella habían salido siete demonios, al mandato misericordioso de Cristo. El que de ellos se hable como en número de siete, muestra que la influencia demoníaca sobre ella había sido siete veces fuerte y congojosa … Pero esta calamidad no implicaba ninguna culpa en particular. Su caso había sido lamentable, pero no criminal». Entre los discípulos de Cristo nadie mostró tanto amor y tanta fidelidad como ella. La vemos al pie de la cruz y al lado de la tumba vacía de Cristo, con razón fue ella *el primer testigo de la resurrección de Cristo* (v. Jn. 20:14–16).

3. Otra era *Juana la mujer de Cuzá, que era un administrador de Herodes* (v. 3). Lenski opina que esto da a entender que Cuzá vivía aún durante este tiempo; esto mostraría, según M. Henry, que, aun cuando él permaneciese en la corte de Herodes, como funcionario de gran importancia, es probable que fuese creyente y, así, viese con buenos ojos el que su mujer acompañase al Señor y a los apóstoles, para asistirles con sus abundantes bienes de fortuna. Otros autores, como Bliss, opinan que era viuda, pues eso «cuadra mejor con el hecho de que se sintiera libre para acompañar a su bienhechor». Al tener en cuenta que el griego dice escuetamente *«administrador (o mayordomo) de Herodes»,* sin el verbo «ser» ni en presente ni en pasado, ambas opiniones son probables.

4. Aparte de esa *Susana,* de la que nada más sabemos, había *otras muchas que les asistían de sus propios bienes* (v. 3). Notemos que Cristo *«por amor a nosotros se hizo pobre, siendo rico»* (2 Co. 8:9) y vivió de limosna. Cristo prefería ser asistido en sus necesidades materiales por quienes eran amigos y discípulos suyos, más bien que vivir a expensas de extraños. Esto nos enseña que es una obligación de *quienes son enseñados en la Palabra que hagan partícipes de toda cosa buena al que los instruye* (Gá. 6:6, comp. con Ro. 15:27; 1 Co. 9:11).

Versículos 4–21

La porción anterior comenzaba por una referencia a la diligencia que Cristo ponía en *predicar* (v. 1); ésta comienza por referirse a la diligencia que la gente ponía en venir a escucharle (v. 4). Él *recorría una por una todas las ciudades … predicando;* aquí tenemos la reunión de *un gran gentío y los que de cada*

ciudad acudían hacia Él, sin esperar a que Él fuese a ellos o, al no pensar que tenían bastante con lo que de Él habían escuchado, no se resignaban a verle marchar, sino que le salían al encuentro cuando Él iba hacia ellos o le seguían cuando ya se había marchado de ellos. *Se había reunido un gran gentío;* abundancia de peces donde echar la red de la predicación; y allí estaba Jesús más presto a *enseñarles* que lo que ellos podían estar prestos a *aprender.*

I. En la parábola del sembrador tenemos excelentes normas y precauciones en cuanto a oír la Palabra de Dios. Después que Jesús expuso la parábola, los discípulos inquirían el significado de la misma: *«¿Qué significa esta parábola?»* (v. 9). También nosotros debemos inquirir con diligencia la verdadera intención y la plena extensión de la palabra que oímos. Ellos tenían la oportunidad, que no tenían otros, de acercarse al Maestro para inquirir el misterioso sentido de sus palabras: «A *vosotros se os ha concedido»* (v. 10). ¡Felices somos y deudores para siempre de la divina gracia, si lo que para otros es meramente *parábola* con la que solamente se entretienen, para nosotros es *verdad clara.* En cuanto a la parábola misma, y a la explicación que el Señor dio de ella, obsérvese:

1. Que el corazón humano es como el suelo donde se siembra la Palabra de Dios; es capaz, por obra del Espíritu Santo, de recibirla y llevar el fruto correspondiente; pero, a menos que se siembre esa Palabra, ninguna cosa de verdadero valor nacerá del corazón. Por tanto, ha de ponerse toda diligencia en que la *semilla* y el *suelo* se junten (v. He. 4:2b).
2. El éxito de la siembra depende muchísimo de la naturaleza y del tempero del suelo. Por eso, la Palabra de Dios puede ser para nosotros: *«olor de muerte para muerte» u «olor de vida para vida»* (2 Co. 2:16).
3. El diablo es un enemigo astuto y temible; *arrebata la palabra* de los corazones de los oyentes descuidados *«para que no crean ni se salven»* (v. 12). Esto se añade aquí para que aprendamos que no podemos *ser salvos* a menos que *creamos;* por eso, el diablo hace todo lo posible para que no creamos la Palabra cuando la oímos, pues *la fe viene por el oír* (Ro. 10:17); o, si le hemos prestado atención, hará lo posible para que la olvidemos y, de esta manera *seamos arrastrados por la corriente* (He. 2:1); o, si nos acordamos aún de ella, hará por crear en nuestra mente prejuicios y objeciones contra ella, o nos distraerá hacia otros pensamientos; y todo ello es *«para que no crean ni se salven».*
4. Cuando la Palabra de Dios se oye *con descuido,* es corriente que sea también oída *con desprecio: «fue pisoteada»* (v. 5).
5. Hay quienes reciben alguna *impresión* al oír la Palabra, pero no tienen convicciones *profundas* ni *durables;* les pasa como a la semilla que cae *sobre la roca,* donde no echa raíces (v. 13); *«éstos van creyendo por algún tiempo, pero en la hora de la prueba desisten»* de los comienzos que parecían prometer algo más.
6. *Los placeres de la vida* (detalle que sólo en Lucas encontramos) son tan peligrosos abrojos como *las preocupaciones y las riquezas,* en orden a sofocar la buena semilla que se ha sembrado en el corazón mediante la predicación de la Palabra. Hay una profunda lección de psicología en el versículo 14, pues tanto las preocupaciones como las riquezas y los placeres piden siempre en el corazón del hombre más y más terreno, pues la codicia nunca dice: ¡Basta! Y a medida que estas malignas plantas cobranauge, chupan más y más de la savia vital de nuestra alma, con lo que la semilla de la Palabra de Dios dispone cada vez de menos terreno en el que arraigar, desarrollarse normalmente y dar el fruto apetecido; por eso, al quedar sofocada por las malas hierbas, *«no dan fruto maduro».*
7. Por tanto, no es suficiente con que el suelo de algún fruto; es menester que el fruto llegue a la perfección de la madurez, pues el original griego dice «perfecto» aquí, para expresar lo que en Mateo y Marcos aparece como «fructífero». Por tanto, si el fruto no es maduro es como si no existiese, pues no sirve para el consumo.
8. El suelo bueno, que lleva fruto maduro, es un *corazón bueno y recto* (v. 15); es decir, un corazón bien arraigado en Dios y en el deber, un corazón sincero y tierno—como el terreno húmedo y esponjoso—, un corazón honesto y bueno que, al oír la Palabra de Dios, *la entiende* (Mt. 13:23), *la recibe* (Mr. 4:20) y *la retiene* (Lc. 8:15). Vemos, pues, que cada uno de los tres evangelistas expresa un aspecto complementario de la misma verdad: *entender, recibir y retener la Palabra.*
9. Donde la semilla es recibida y bien *guardada,* el corazón *da fruto por su constancia.* El vocablo que algunas versiones traducen aquí por «paciencia», significa el aguante bajo unas circunstancias desfavorables, no la paciencia con nuestros prójimos para lo cual el griego emplea otro vocablo,

equivalente a «longanimidad» (v. Ro. 2:4, donde aparecen juntos ambos, y Gá. 5:22; Ef. 4:2, en los que aparece el que significa «longanimidad» = paciencia con las personas). Esta constancia en el bien obrar, a pesar de las circunstancias desfavorables, es la que marca con sello de oro un corazón bueno y recto. Ser bueno dentro de un ambiente bueno no tiene mucho mérito; ser bueno dentro de un ambiente malo, es señal de *justicia,* aunque no lo sea siempre de *perfección* (v. 2 P. 2:7).

10. En consideración a todo lo que precede, debemos *mirar bien cómo escuchamos* (v. 18), y precavernos de todas las cosas que pueden impedir el que nos aprovechemos de la Palabra que oímos; evitemos oír sin atención o a la ligera, evitemos olvidar lo que hemos oído, evitemos que la Palabra de Dios quede ahogada bajo las malas hierbas que el mundo, el demonio y la carne siembran en nuestro corazón.

II. Instrucciones necesarias para los que son llamados a predicar la Palabra de Dios, así como para los que la escuchan. Los que han recibido un don deben usarlo. Las personas iluminadas por la Palabra de Dios (Sal. 119:105), deben convertirse en lámparas que alumbran como luz del mundo (v. 16, comp. con Mt. 5:14–16). Una luz, hecha para disipar las tinieblas de la ignorancia y del pecado, no se puede poner *debajo de una vasija* ni *debajo de una cama.* Todos los creyentes y, en especial, los ministros del Señor han de ser como lámparas en el mundo. No sólo deben *ser buenos,* sino que deben *difundir bondad, «pues no hay nada oculto que no haya de ser manifestado, ni escondido que no haya de ser bien conocido y salir a plena luz»* (v. 17). Lo que se nos ha encomendado en secreto, hemos de divulgarlo, porque nuestro Maestro no nos ha dado los talentos para que los enterremos, sino para que negociemos con ellos («negocio» es la negación del «ocio»). Los dones que poseemos los continuaremos teniendo disponibles o nos serán quitados como inservibles de acuerdo al uso que hagamos de ellos, *«porque a cualquiera que tenga, se le dará»* (v. 18). Al que tiene dones, y hace buen uso de ellos, se le darán más y se le acrecentarán las oportunidades de usarlos: *«pero a cualquiera que no tenga»,* es decir, al que haya enterrado el talento que tenía, *«le será quitado hasta lo que parece tener»,* como dice en Lucas, o *«aun lo que tiene»,* como dice en Marcos 4:25, aunque el sentido es el mismo, pues la gracia que se ha perdido era una gracia *aparente,* no *genuina.* Los hombres sólo *parecen* tener lo que no quieren *usar.*

III. *Se da gran estímulo a quienes se muestran fieles oidores de la Palabra poniéndola en práctica* (v. 21), lo cual es aplicado aquí por Cristo al caso particular de Sus discípulos, a quienes Él prefiere a todos Sus parientes según la carne (vv. 19–21). Obsérvese cuánta gente estaba escuchando al Señor, pues Sus familiares *«no podían llegar hasta Él a causa del gentío»* (v. 19). Vemos que algunos de sus más próximos parientes eran los menos interesados en escuchar Su predicación (comp. con Jn. 7:5), pues, en lugar de estar *dentro* con el deseo de *oírle, estaban fuera* (v. 20), con el mero *deseo de verle.* Pero Jesucristo prefería seguir ocupado en Su obra antes que conversar con Sus parientes. Por eso, estaba presto a reconocer como Sus *verdaderos* parientes a los que estaban dispuestos a *oír la Palabra de Dios y ponerla en práctica.* Con esto, no se excluye de tanta bendición a la Virgen María, pues también ella era fiel oidora y hacedora de la Palabra de Dios, pero también es cierto que, si no hubiese tenido verdadera fe en el Salvador (v. 1:47), de nada le habría servido ser la madre del Salvador (Hch. 4:12).

Versículos 22–39

Aquí tenemos dos pruebas ilustres del poder del Señor Jesucristo: sobre los *vientos* y sobre los *demonios* (v. Mr. caps. 4 y 5).

I. Su poder sobre los vientos:

1. Cristo ordenó a Sus discípulos *hacerse a la mar* (v. 22). Cuando Cristo envía Sus discípulos, va con ellos: *«entró en una barca Él y sus discípulos». Y* quienes llevan a Cristo consigo, bien pueden aventurarse a marchar sobre seguro a dondequiera que Él ordene. Notemos que les dijo: *«Pasemos al otro lado del lago».* ¡Aquí había una seguridad!

2. Pero quienes ante una orden de Cristo, se hacen a la mar en calma, deben estar preparados para la tormenta: *«Se abatió sobre el lago una tempestad de viento»* (v. 23), y bien pronto la tempestad fue en aumento «*y comenzaron a anegarse y a peligrar»:* la vida de ellos estaba en peligro.

3. Cristo, entretanto, *dormía,* exhausto por el ininterrumpido trabajo. Muchas veces los discípulos de Cristo pueden ser conscientes de Su presencia en medio de las mayores dificultades y aflicciones, pero parece como si estuviese *dormido,* ya que no se apresura a prestarles socorro. De este modo quiere poner a prueba la fe y la paciencia de ellos, y hacer que Su ayuda resulte tanto más beneficiosa cuanto más esperada.

4. Si acudimos a Cristo en la hora del peligro, podemos estar seguros de que despertará y vendrá en nuestra ayuda. Ellos le gritaron: *«¡Maestro, Maestro, que perecemos!»* (v. 24). El mejor medio de silenciar nuestros temores es presentarlos a los pies de Cristo. Quienes con toda sinceridad le invoquen, de seguro que no perecerán (v. Ro. 10:13).

5. Así como Satanás tiene por oficio levantar tormentas, así Jesús se ocupa de calmarlas, y se deleita en ello, pues vino a poner *paz* verdadera en la tierra (2:14): *«Él se despertó, increpó al viento y al oleaje del mar; cesaron, y sobrevino la calma»* (v. 24b).

6. Cuando el peligro ha pasado, es conveniente que nos avergoncemos de nuestros temores y que le demos a Cristo la gloria que le pertenece por Su poder y amor en socorrernos. Cristo les reprende por sus infundados temores: *«¿Dónde está vuestra fe?»* (v. 25). En efecto, había dos motivos para no tener miedo: (A) Llevaban consigo al Señor de los cielos y de la tierra. (B) Llevaban también la palabra segura de Jesús, quien les había dicho: *Pasemos al otro lado.* Notemos eso de «*¿dónde* está vuestra fe?». Muchos que tienen fe la tienen tan escondida que necesitan buscarla para poder echar mano de ella; un pequeño inconveniente les desplaza la fe de su lugar. Ante esta gran manifestación de Su poder divino, *«ellos, llenos de temor se decían asombrados unos a otros: ¿Pues quién es éste, que aun a los vientos y al agua manda, y le obedecen?* (v. 25). Del santo rey de Dinamarca, Canuto, cuenta la tradición (o leyenda) que, para acallar las adulaciones de sus cortesanos que le daban pomposos títulos, hasta llamarle «omnipotente», les hizo salir consigo a la orilla del mar, y allí gritó a las olas: ¡No me mojéis los pies! Sin embargo, las olas no le obedecieron. Entonces, volviéndose hacia sus cortesanos, les dijo: Ya veis cuán pobre es mi «omnipotencia».

II. Su poder sobre los demonios. Después que Cristo calmó la tempestad, *«navegaron hacia la región de los gadarenos»* (v. 26), y allí desembarcaron (v. 27). Vemos que:

1. Los demonios que se nos muestran en esta porción eran *muy numerosos,* ya que los que habían tomado posesión del hombre que allí se nos describe (vv. 27 y ss.) se llamaban *«Legión; porque habían entrado muchos demonios en él»* (v. 30). Además, estaba *«endemoniado desde hacía mucho tiempo»* (v. 27).

2. Los demonios son *enemigos inveterados* del hombre, pues éstos le obligaban a ir desnudo constantemente y a vivir, no sólo a la intemperie sino *«entre las tumbas»,* para servir de mayor terror, no sólo a sí mismo sino también a todos los que se acercaban a él.

3. Tienen *fuerza y fiereza* tremendas, pues al hombre de quien se *había apoderado «le ataban con cadenas y grillos, teniéndolo bajo custodia, pero rompía las ataduras»* (v. 29). Quienes no se dejan gobernar ni controlar por nadie, muestran que son gobernados por Satanás. Además, *«era impelido por el demonio hacia los lugares solitarios».* Mientras que los que se hallan bajo el gobierno de Cristo, son conducidos suavemente con lazos de amor, los que están bajo el dominio del diablo son impelidos furiosamente con cadenas de hierro. Y mientras Jesús nos lleva al Padre y a la comunión con los hermanos en la fe, el demonio nos impele al aislamiento y a la depresión.

4. Se *enrabian* contra el Señor Jesús a la vez que sienten miedo y horror ante Su presencia: *«Al ver* (el hombre) *a Jesús, lanzó un grito, cayó ante Él, y dijo a grandes voces: ¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te ruego que no me atormentes»* (v. 28). En estas frases vemos: (A) Que el demonio reconoce que Jesús es demasiado fuerte y alto para él. (B) Que no quiere tener nada que ver con el Señor, pues sus intereses no pueden ser más contrapuestos. Los demonios no tienen inclinación a rendir a Cristo ningún servicio, ni expectación de recibir de Cristo ningún beneficio. (C) Pero le tienen un miedo tremendo a Su poder y a Su ira. No le dice: «Te ruego que me salves», sino: *«Te ruego que no me atormentes».* Véase cuál es el lenguaje de quienes tienen miedo al Infierno, pero no tienen deseo del Cielo como lugar de santidad y amor.

5. Están totalmente *bajo el mando y el poder* del Señor Jesús y lo saben, pues *«le suplicaban que no les ordenara marcharse al abismo»* (v. 31). ¡Qué consuelo es esto para los hijos de Dios, saber que todos

los poderes de las tinieblas están bajo el mando y el control de nuestro Señor Jesucristo! Los puede mandar *a su lugar* cuando le plazca.

6. Se gozan en *hacer daño.* Cuando vieron que no tenían más remedio que abandonar al hombre del que habían tomado posesión, suplicaron a *Jesús que les permitiera entrar en una piara de bastantes cerdos* (v. 32). Ya que no podían destruir por completo al hombre, al menos destruirían a los cerdos y, al mismo tiempo, engendrarían en los dueños de los cerdos una mala disposición contra el Señor. Cuando no pueden hacer daño a las personas procuran hacer daños a los bienes de las personas, lo cual es, para algunos, una gran tentación, como lo fue en este caso. *Cristo lo permitió* y, tan pronto como los demonios entraron en los cerdos, *toda la piara se lanzó por el precipicio al lago y se ahogaron* (vv. 32–33).

7. Cuando el poder del diablo es quebrantado por el poder de Cristo en alguna persona esta persona se recobra inmediatamente de su mal estado: *«hallaron sentado al hombre del que habían salido los demonios, ya vestido y en su sano juicio, a los pies de Jesús»* (v. 35). Mientras estaba poseído del demonio, gritaba y se espantaba de la presencia de Jesús, pero ahora estaba sentado y en completa paz y sanidad de juicio a los pies de Jesús. Si Dios ha tomado posesión de nosotros, el juicio y el gobierno de nosotros mismos estará a buen seguro; pero si es Satanás el que nos domina, nos robará ambas cosas. Nunca somos tan nuestros como cuando somos de Cristo. Veamos ahora cuál fue el efecto de este milagro:

(A) El efecto que produjo en la gente de aquella comarca: *«Cuando los que los apacentaban vieron lo sucedido, huyeron y lo contaron por la ciudad y por los campos»* (v. 34). *«Contaron cómo había sido sanado el endemoniado»* (v. 36), que había sido enviando los demonios a los cerdos, como si Cristo no hubiese tenido poder para librar al hombre de los demonios de otra manera que entregando los cerdos a los demonios: *«Salieron entonces a ver lo que había sucedido … y se llenaron de temor»* (v. 35). *«Estaban sobrecogidos de un gran temor»* (v. 37). Pensaron más en la destrucción de los cerdos que en la liberación del pobre y atormentado vecino de ellos y, en consecuencia, *«toda la gente de la región circunvecina de los gadarenos le pidió que se marchara de ellos»* (v. 37). Todo el que esté dispuesto a abandonar el pecado y entregarse al Señor, nada tiene que temer de Jesús. Pero Cristo les tomó la palabra: *«Él, entrando en la barca, regresó».* Por haber preferido los cerdos, perdieron el Salvador y las esperanzas que pudieran tener en Él.

(B) El efecto que produjo en el que había estado poseído por los demonios: *Deseó la compañía de Jesús, tanto como los otros la* habían *temido: «El hombre del que habían salido los demonios le pedía estar con Él»* (v. 38), como estaban con Él *las mujeres que habían sido sanadas de espíritus malignos y de enfermedades* (v. 2). No quería permanecer por más tiempo con aquellos brutos y rudos gadarenos que le pedían a Cristo que se marchara. Pero Cristo le ordenó que se fuera a su casa y publicase entre sus deudos y amigos *las grandes cosas que Dios había hecho con él* (v. 39), y así fuese una bendición para su región, en la que anteriormente había sido una pesada carga. De aquí hemos de aprender que, a veces, hemos de renunciar a las satisfacciones de consuelos y beneficios espirituales, a fin de aprovechar las oportunidades de hacer bien a nuestros prójimos.

Versículos 40–56

Cristo había sido despachado de la región de los gadarenos por los habitantes de aquella comarca, pero *«cuando regresó* a Galilea, *le dio la bienvenida la multitud, porque todos le esperaban»* (v. 40). Así que, al regresar, se encontró con nuevas tareas que llevar a cabo. Siempre tenemos con nosotros a los necesitados. Tenemos ahora dos milagros entretejidos, de la misma manera que se nos narran en Mateo y en Marcos.

I. *En esto, se presentó un jefe de la sinagoga, que se llamaba* Jairo, suplicando Su ayuda a favor de una hija suya, *«única, de unos doce años, que se estaba muriendo»* (vv. 41–42). Jairo, *«cayendo a los pies de Jesús, le suplicaba que entrara en su casa»* (v. 41), ya que no tenía una fe tan grande como el centurión, quien se contentaba con que Jesús pronunciase a distancia una palabra curativa. Pero Cristo accedió a ello y marchó en compañía de Jairo. Aunque Jesús aplaude la fe grande, no por eso rechaza la fe débil. *Y, «mientras Él iba, la gente le apretujaba».* No nos quejemos de la gente ni de sus modales, con tal que nos hallemos en el lugar de nuestro deber y al hacer el bien; pero si no es así, el mezclarse

demasiado con la gente ruda no está exento de peligros. Con alguna exageración, decía el filósofo Séneca: «Cada vez que estoy con los hombres, vuelvo menos hombre».

II. Pero mientras Jesús marchaba con Jairo y continuaba apretujado por las turbas, *«una mujer que padecía de una hemorragia desde hacía doce años, se acercó por detrás y tocó el borde de su manto»* (vv. 43–44). A pesar de ser médico él mismo, Lucas muestra su honradez al añadir (cosa que Mateo no hace) que esta mujer *«había gastado en médicos todo cuanto tenía* (aunque esta frase falta en algunos MSS) y *no había podido ser curada por nadie»*. Marcos es mucho más fuerte en sus expresiones (v. Mr. 5:25–26). La naturaleza de la enfermedad, de la que ni el propio Lucas da más detalles, era tal que la mujer prefirió *acercarse ocultamente a Jesús,* mezclada con la multitud, y *tocar la orla de su manto.* Su fe era fuerte, pues estaba segura de que, con sólo tocar la orla del manto de Jesús, quedaría curada (v. Mr. 5:28), pues veía en el Señor una fuente de salud tan abundante, que aunque le robase, por decirlo así, algo de su virtud curativa, Él no se daría cuenta. Así es como, a veces, personas perdidas entre una gran multitud son tocadas por la gracia de Dios, curadas de sus pecados y salvadas de la condenación eterna. La mujer se sintió inmediatamente curada: «y *al instante se detuvo su hemorragia»* (v. 44). Muchas veces, los creyentes sienten el consuelo de la comunión con el Señor, aun cuando pasen cerca de Él *de incógnito.*

III. Pero esta curación secreta pronto es descubierta:

1. Cristo se percata de la curación llevada a cabo: *«Alguien me ha tocado, porque yo he notado que ha salido de mí un poder»* (v. 46). Los que han sido curados por la virtud que se deriva de Cristo tienen que *reconocerlo,* pues Él lo *conoce.* No dijo estas palabras en tono de reprensión, pues era para Él una satisfacción el que saliese de Sí mismo el poder para sanar. Quienes acudían a Él en busca de salud, eran tan bien acogidos como lo son por el sol quienes se deleitan en la luz.

2. La pobre mujer confesó su caso y el beneficio que había recibido: *«Viendo la mujer que no había pasado inadvertida, vino temblando y cayó delante de Él»* (v. 47), aun cuando su *fe la había sanado* (v. 48). Un sagrado temblor no es incompatible con una verdadera fe. La mujer *«declaró en presencia de todo el pueblo por qué causa le había tocado, y cómo había sido sanada al instante»* (v. 47). Creyó que iba a ser sanada, y así lo fue conforme a su fe.

3. El gran Médico de cuerpos y almas le confirmó la curación que había recibido y la despidió con palabras de consuelo: *«Hija, tu fe te ha sanado, vete en paz»* (v. 48). El modo de alcanzar la curación parecía subrepticio y solapado, pero el hecho de su curación fue público, confirmado y alabado; su curación había sido instantánea y completa.

IV. En esto, alguien viene a dar a Jairo la triste noticia de que su hija había muerto y que no molestase más al Maestro (v. 49). Pero Jesús le anima y le dice: *«No temas, cree solamente, y será sanada»* (v. 50). Nuestra fe en Cristo ha de ser atrevida y sin miedo. Aunque las dificultades parezcan imposibles de resolver, Él tiene poder omnímodo.

V. Los preparativos para devolver la vida a la niña:

1. Vemos cómo escogió Cristo a los que iban a ser testigos del milagro: *«No permitió a nadie entrar con Él, excepto a Pedro, a Juan y a Jacobo, y al padre y a la madre de la muchacha»* (v. 51). Quizá le seguía aún la multitud, o parte de ella, pero era gente ruidosa y ruda, poco a propósito para una ocasión de duelo; así que no les dejó entrar. Sólo los padres de la muchacha y los tres Apóstoles que habían sido testigos de Su transfiguración y lo serían de Su agonía en Getsemaní, entraron con Él a la cámara donde yacía la muchacha.

2. Vemos cómo puso freno al llanto de quienes hacían el duelo: *«Todos estaban llorando y lamentándose por ella, pero Él dijo: No lloréis más; no ha muerto, sino que duerme»* (v. 52). Jesús daba a entender en este caso particular que la niña iba a volver a la vida y, por tanto, para sus familiares y amigos, era como si hubiese estado durmiendo por poco tiempo. Pero esto tiene aplicación general a todos los que *«duermen en el Señor»,* por tanto, no habríamos de entristecernos por ellos como los que no tienen esperanza en la vida eterna, pues el sepulcro es para el creyente lo que la palabra *cementerio* significa, es decir *dormitorio.* Sin embargo, aunque las palabras de Jesús tendían a consolar a los que se lamentaban, ellos *«se burlaban de Él, sabiendo que estaba muerta»* (v. 53). Con esto demostraban: (A)

Que no tenían *fe* en el poder de Jesús. (B) Que no había *sinceridad* en su llanto; estaban pagados para llorar y cumplían con lágrimas de cocodrilo. Por eso, *Jesús los echó fuera a todos* (v. Mr. 5:40), ya que eran indignos de presenciar el milagro.

VI. La muchacha volvió a la vida: *«Pero Él, tomándola de la mano, le dio voces, diciendo: Niña, levántate»* (v. 54). *«Entonces su espíritu volvió»* (v. 55), detalle que sólo Lucas menciona. ¿Dónde estaba en ese intervalo el espíritu de la muchacha? No se nos dice pero podemos colegir que estaba *en las manos del Padre de los espíritus* (comp. con Ec. 12:7; Lc. 23:46; Hch. 7:59). Había la opinión entre los judíos de que el alma humana, al salir del cuerpo en el momento de la muerte, se queda cerca del cadáver durante tres días, marchándose definitivamente de él al cuarto día. Esto nos explicaría el que Jesús esperase hasta el cuarto día para resucitar a Lázaro (v. Jn. 11:39), con lo que los enemigos de Jesús no tendrían ningún pretexto para alegar que dicha resurrección entraba dentro de los límites de lo naturalmente posible. Tan pronto como su espíritu volvió, *«se levantó»*, y mostró con este movimiento que estaba real y completamente *viva*, como lo mostraba también por su apetito, pues Jesús *«mandó que se le diese de comer»* (v. 55b). A nadie ha de extrañar que *«sus padres quedaran asombrados»* (v. 56).

CAPÍTULO 9

En este capítulo se nos narran muy diversos episodios. En primer lugar, la misión que Jesús encomendó a los Doce para que predicasen por todas las aldeas. Después, el terror que se apoderó de Herodes ante las cosas que se contaban de Jesús, la vuelta de los Apóstoles y la alimentación milagrosa de los cinco mil; la conversación con los discípulos acerca de Sí mismo y de los sufrimientos que había de padecer. A continuación, como en Mateo y Marcos, se nos refiere la Transfiguración del Señor y la subsiguiente curación del muchacho endemoniado y lunático. De nuevo anuncia Jesús Sus futuros padecimientos, con cuyo anuncio contrasta la discusión de los discípulos sobre quién sería el mayor en el Reino, y el sectarismo de algunos de ellos. El capítulo se cierra con las respuestas que Jesús dio a diversas personas que se sentían inclinadas a seguirle.

Versículos 1–9

I. Vemos aquí el método que siguió Jesús para extender el Evangelio del reino de Dios: Él mismo *viajaba* constantemente, pero, como hombre, no podía estar a un mismo tiempo en muchas partes y, por eso, *envió a los Doce a predicar el reino de Dios* (v. 2). Y, para confirmar su predicación, *«les dio poder y autoridad sobre todos los demonios, y para sanar enfermedades»* (v. 1). Con el poder de expulsar a los demonios y de sanar a los enfermos, convencerían a todos de la llegada del Reino de Dios y se ganarían el afecto de todos. Ésta era la comisión que recibían del Maestro.

1. Lo que Cristo les ordenó hacer para llevar a cabo esa comisión: (A) No debían preocuparse por presentarse elegantemente ante los hombres, como para impresionarles con sus apariencias exteriores. Debían ir tal como estaban, sin llevar ropa ni calzado de repuesto. (B) Debían depender de la Providencia y de la amabilidad de los amigos, sin abastacerse de dinero ni de comida. Cristo quiere que Sus discípulos no se avergüencen de recibir donativos de los amigos, sino que, más bien, han de esperarlos. (C) No debían cambiar de hospedaje, como si sospecharan que quienes les reciben se están cansando de ellos: «Y *en cualquier casa donde entréis, quedad allí»* (v. 4). De esta manera, la gente sabía dónde hallarles. Allí debían estar hasta que salieran del lugar (éste es el sentido de la frase «*y de allí salid»* al final del v.). (D) Debían predicar con autoridad, amonestar severamente a quienes no les recibiesen así como consolar a los que les recibiesen: *«Dondequiera que no os reciban, al salir de aquella ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio contra ellos»* (v. 5), como quien no quiere llevarse de allí ni el polvo que se adhiere a las sandalias.

2. Lo que ellos hicieron en cumplimiento de la comisión que su Maestro les había encomendado: «Y *saliendo, pasaban por todas las aldeas, anunciando el evangelio y sanando por todas partes»* (v. 6). Su trabajo era el mismo que el del Maestro, y hacían el bien tanto a las almas como a los cuerpos.

II. Vemos luego la perplejidad que, ante estas cosas, atormentaba a Herodes. La comunicación del poder de Jesús a los que predicaban comisionados por Él, era una prueba contundente y maravillosa de que Él era el Mesías. Lo que más hizo que Su fama se extendiera en esta ocasión era que, no sólo podía hacer milagros, sino también comunicar a otros el poder de llevarlos a cabo: *«Habían estado con Jesús»* (Hch. 4:13).

1. Vemos las especulaciones que Jesús hacía surgir en la mente de las gentes, las cuales, aunque no se formaban de Jesús una idea *correcta,* al menos pensaban de Él *honorablemente* imaginándose que era alguien que venía del otro mundo: *«Porque decían algunos: Juan ha resucitado de los muertos; otros: Elías se ha aparecido; y otros: Algún profeta de los antiguos ha resucitado»* (vv. 7b–8).

2. Vemos igualmente la gran perplejidad en que Herodes se vio sumido, cuando *«oyó todas las cosas que hacía Jesús»* (v. 7). Llegó a la conclusión de que Juan el Bautista, a quien él había decapitado, acababa de resucitar: «¿Qué haré ahora?—se diría Herodes—. ¿Quién *es éste?* Parece que sigue las huellas de Juan … O es el mismo Juan que ha resucitado, o es alguien que viene a vengar la muerte de Juan». Los que se oponen a la voluntad de Dios, vienen un día a encontrarse más y más perplejos. *«Y procuraba verle.»* Pero, ¿por qué no fue a verle? *Procuraba verle,* pero no se nos dice que le viese hasta que fue conducido, antes de morir, a su tribunal, cuando Pilato se lo remitió. Pero aun entonces, lo único que deseó de Él es que hiciese algún milagro para divertir al malvado monarca.

Versículos 10–17

I. Tenemos ahora el informe que los Doce rindieron al Maestro sobre el éxito que habían tenido en la comisión que les había encomendado: *«Vueltos los apóstoles, le contaron todo lo que habían hecho»* (v. 10).

II. El *retiro* que tuvieron, para tomarse algún *respiro: «Y tomándolos, se retiró aparte a un lugar desierto»* (v. 10). Quien quiso que a los criados y criadas se les diese descanso, quiso también que Sus siervos descansaran de sus fatigas. Quienes tienen ministerios absorbentes, necesitan con frecuencia un poco de retiro no sólo para descanso del cuerpo, sino también para meditación y reflexión, con miras a ulteriores tareas ministeriales.

III. Poco duró el retiro, pues *«la gente lo supo, y le siguió; y Él les recibió»* (v. 11). Aun cuando podría parecer que esta inesperada visita era, en estas circunstancias, inoportuna, Cristo *les recibió.* De Cristo hemos de aprender a excusar la rudeza de quienes vienen a nosotros en busca de ayuda, consejo o instrucción, aun cuando la hora pueda parecernos intempestiva. Bien se ha dicho que Jesús fue «el hombre para los demás». Es cierto; Jesús nunca se preocupó de Sí mismo: fue para los demás, porque Su *alimento era hacer la voluntad del Padre* (Jn. 4:34), quien le había enviado *a buscar y salvar lo perdido* (Lc. 19:10). «Y *les hablaba del reino de Dios, y sanaba a los que necesitaban ser sanados»* (v. 11b). Cristo tiene todavía este poder, pero sabe que muchas veces necesitamos la *enfermedad* para bien de nuestra alma, más que la *sanidad* física para bien de nuestro cuerpo. No olvidemos que también la muerte es el siervo que cura *todas las enfermedades* de los santos.

IV. La provisión abundante que para esta numerosa multitud preparó el Señor: A *cinco mil hombres, sin contar las mujeres ni los niños* (como sabemos por Mt. 14:21), *alimentó con cinco panes y dos peces* (vv. 16–17). Los cuatro evangelistas nos refieren este episodio, y es el único milagro que nos es referido por los cuatro. Respecto de Él, observemos aquí solamente:

1. Que quienes siguen diligentemente a Cristo en el camino del deber, negándose y exponiéndose así ellos mismos, son atendidos por Él de un modo especial, pues no permitirá que a quienes le temen y le sirven fielmente, les falte nada de lo necesario.

2. Nuestro Señor Jesucristo era de espíritu sumamente generoso. Los discípulos decían: *«Despide a la gente, para que … encuentren alimentos»* (v. 12). Pero Cristo les replicó: «No, sino *dadles vosotros de comer;* que tengan también ellos de lo que nosotros podamos disponer». De esta forma, Cristo enseñaba a los Suyos, tanto ministros como creyentes ordinarios, a practicar la *hospitalidad* (v. Ro. 12:13; 1 Ti. 5:10;

Tit. 1:8; He. 13:2; 1 P. 4:9). Quienes sólo tienen un poco, que compartan ese poco y tendrán más (comp. con 1 R. 17:12–16).

3. Jesucristo provee, no sólo de medicina, sino también de alimento. No sólo sana a los que necesitaban ser sanados, sino que también alimentaba a los que necesitaban ser alimentados. Y en el orden espiritual, no sólo nos sana con el perdón de los pecados, sino que nos alimenta con provisión de vida eterna (Jn. 6:35–58).

4. Todos los dones del Señor han de ser recibidos y usados de manera *ordenada: «Hacedlos sentar en grupos, de cincuenta en cincuenta»* (v. 14). Así distribuidos, era fácil contar los 5.000 hombres en 100 grupos de a 50 cada uno.

5. Cristo *bendijo* los panes y los peces *levantando los ojos al cielo* (v. 16). Ante los beneficios recibidos de arriba (v. Stg. 1:17), hemos de *alzar nuestros ojos al cielo,* como Cristo lo hizo, para mostrar nuestra gratitud a Dios y expresar nuestra dependencia de Él en todo; todo lo recibimos de Él, para servirle a Él en todo.

6. La bendición de Cristo hace que aun lo poco sobreabunde. Lo que produce la tierra es fruto de Su bendición, mediante la lluvia y el sol que Él envía sobre todos, y lo que produce de bueno nuestra alma es también producto de Su gracia, pues *«somos hechura Suya, creados en Cristo Jesús para obras buenas, que Él preparó de antemano para que anduviésemos en ellas»* (Ef. 2:10). Estas mismas obras son llamadas *«fruto del Espíritu* Santo» (Gá. 5:22–23).

7. Vemos también que Cristo *sacia a quienes alimenta* (v. 17). Así como en Él hay suficiente para todos, así también hay bastante para cada uno, y no sólo bastante, sino sobrante. Las *doce cestas de pedazos* testifican de la sobreabundancia de la Mesa del Señor.

Versículos 18–27

Una circunstancia que los demás evangelistas no mencionan en el relato de la confesión de Pedro, es tenida muy en cuenta por Lucas: Que *Jesús oraba aparte,* cuando preguntó a sus discípulos: *«¿Quién dice la gente que soy yo?»* (v. 18). Lucas menciona más que ningún otro de los evangelistas las *oraciones* de Jesús. Antes de conversar con Sus discípulos, siempre conversaba Jesús con el Padre. Cuando vemos a Jesús aparte, siempre le vemos *orando.* Con esto nos enseñaba a no sentirnos nunca solos en nuestra soledad, sino a buscar siempre el rostro y la compañía del Señor. No hay cosa que el Señor desee más de los Suyos ni que más admire (v. Hch. 9:11b). En este caso, parece ser que Sus discípulos le acompañaban en la oración: *«Mientras Jesús oraba aparte, estaban con El los discípulos»* (v. 18). Cristo oró con ellos antes de preguntarles la pregunta más importante que cada uno de nosotros debe hacerse a sí mismo: «¿Quién es Cristo para mí?» Con eso, nos enseña también Cristo que, cuando damos consejo, consuelo o instrucción a una persona, deberíamos orar por ella y con ella. Vemos que Jesús conversa con ellos:

I. Acerca de Sí mismo, y les pregunta:

1. Qué es lo que la gente dice de Él: *«¿Quién dice la gente que soy yo?»* (v. 18), Y ellos le dicen las conjeturas que habían oído a la gente acerca de Él. Los ministros del Señor sabrían mejor cómo aplicar las instrucciones, las reprensiones y los consejos a los casos de las personas encomendadas a su cuidado, si se tomasen tiempo para conversar con ellas y enterarse de sus problemas y dificultades. Cuanto más conversa el médico con su paciente, tanto mejor conoce el remedio que debe prescribir para su enfermedad: *«Ellos respondieron: Unos, Juan el Bautista; otros: Elías; y otros, que algún profeta de los antiguos ha resucitado»* (v. 19). Sus conjeturas eran muy diversas, pero ninguna daba en el blanco.

2. Qué es lo que los propios discípulos dicen de Él. A la pregunta del Maestro, responde Pedro por todos los discípulos: *«El Cristo de Dios»* (v. 20). Mateo refiere la respuesta de Pedro en toda su extensión (v. Mt. 16:16). *«Pero Él les mandó que a nadie dijesen esto, encargándoselo rigurosamente»* (v. 21). Ya hemos explicado repetidamente el motivo por el que Jesús no quería propaganda (v. Jn. 6:15, 26). Después de Su resurrección y el descenso del Espíritu en Pentecostés, ya era otra cosa, y Pedro pudo decir abiertamente y con toda franqueza: «A *este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo»* (Hch. 2:36).

II. Acerca de Sus futuros *padecimientos y muerte.* Ahora que Sus discípulos le reconocían como el Mesías e Hijo de Dios, les habla sin rodeos de ello. No podía ocultárselo, para que no se formasen, como

el común de la gente, la idea de que venía ahora a reinar gloriosamente. Dice Bliss: «Esto, en sí mismo, sería un duro anuncio para aquellos que mantenían las opiniones ordinarias sobre el Mesías, como de un personaje regio y glorioso».

III. Acerca de los futuros sufrimientos de ellos por Él:

1. Debemos acostumbrarnos a todos los casos de abnegación y de paciencia: (v. 23). No debemos buscar lo fácil y cómodo, porque entonces nos será difícil soportar trabajos, fatigas, dificultades y necesidades por Cristo. Frecuentemente nos hallamos con dificultades en el camino del deber; y, aunque no han de oprimirnos ni pensar que son insolubles si se cruzan en nuestro camino, *hemos de tomarlas,* llevarlas detrás de Cristo, y sacar el mejor partido de ellas. Pero tomar en este sentido la palabra «cruz», sería quitarle el significado que el Señor quería darle. La cruz de Cristo era el pesado madero con que tuvo que cargar para ir al Calvario y ser allí crucificado en ella. *«Tomar la cruz»* es, en este caso, la disposición con que el verdadero discípulo de Cristo ha de seguir a su Señor, y estar listo para morir, si es preciso por Su causa.

2. Debemos preferir la salvación eterna a todo lo que la presente vida ofrece y representa (v. 24). Nótese: (A) Que todo el que quiera preservar su libertad, sus posesiones y aun su propia vida a costa de renegar de Cristo y del Evangelio, no sólo no va a ser un *ganador* en la transacción, sino que será un necio *perdedor: «El que quiera salvar la vida,* en tales circunstancias, *la perderá»,* perderá su persona por toda la eternidad, algo de valor infinito, pues fue un precio infinito el que se pagó por ella (v. 1 P. 1:18–19). (B) Igualmente hemos de creer que, si perdemos esta vida terrenal por adherirnos a Jesucristo, tendremos con ello una ganancia incomparable, pues la recobraremos más tarde nueva y para toda la eternidad. (C) Que el ganar todo el mundo a costa de renegar de Cristo es muy mala operación comercial, pues no hay nada en este mundo que pueda compensar de la perdición eterna (v. 25), porque, si al final de esta vida, hubiésemos de ser arrojados al Infierno por toda la eternidad, ¿de qué nos habría servido el haber poseído todas las riquezas, todos los placeres y honores de este mundo? En Mateo y en Marcos se nos dice que *pierde su alma,* pero en Lucas se dice que *«se pierde a sí mismo»,* por donde vemos que el *alma* equivale a la *persona,* ya que el alma es el principio de vida de la persona. En efecto el cuerpo sin el alma no puede ser ni feliz ni desdichado, pues es un *cadáver* que no piensa, ni siente ni obra. En cambio, el alma puede ser feliz aunque el cuerpo sufra y sea oprimido en este mundo por la causa de Cristo.

3. Por consiguiente, *nunca debemos avergonzarnos de Cristo ni del Evangelio* (v. 26): *«Porque el que se avergüence de mí y de mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del Hombre»,* y con toda justicia. No puede esperar otra cosa cuando sea presentado ante el tribunal divino. Cristo tendrá que decir de Él: «No le conozco, no es de los míos». Por eso, los *«cobardes»* encabezan la lista de los que serán lanzados al lago de fuego y azufre en el último día (v. Ap. 21:8), pues *no están inscritos en el libro de la vida del Cordero* (v. Ap. 20:15). Así como Cristo tuvo su estado de *humillación antes de Su estado de exaltación,* así lo ha tenido también la causa de Cristo. Sólo quienes estén dispuestos a seguir a Cristo en el sufrimiento, podrán seguirle en la glorificación. Nótese en qué términos habla Jesús de Su segunda Venida: *«Cuando venga en su gloria, y en la del Padre, y de los santos ángeles».* Lo de *«en su gloria»* no es mencionado en Mateo ni en Marcos. ¡Cuán gloriosa aparecerá la figura de Cristo en aquel día! Si lo creyésemos firmemente, nunca nos avergonzaríamos de Él ni de Sus palabras en la vida presente.

IV. Finalmente, para animar a Sus discípulos a sufrir por Él, les asegura que *algunos de los que estaban allí* tendrían un anticipo de lo que habría de ser la gloria de Cristo *cuando venga en Su reino* (v. 27, comp. con 23:42). Difieren los expositores sobre el significado de esta profecía, pero es muy probable que Jesús se refiriese entonces a la Transfiguración Suya cuya gloria sería como un anticipo de la gloria que manifestará en Su segunda Venida (comp. con 2 P. 1:16–18).

Versículos 28–36

Ahora tenemos la narración de la transfiguración de Cristo, la cual estaba destinada a ser como un anticipo de aquella gloria, de la que anteriormente había hablado el Señor. También Mateo y Marcos mencionan el episodio.

I. Lucas dice que esto *«aconteció como ocho días después»*, mientras que los otros evangelistas dicen que fue *«seis días después»*. En ello no hay ninguna contradicción, sino que Lucas, al contrario que Mateo y Marcos, cuenta también el día entrante y el saliente, además de los seis días que mediaron.

II. Lucas añade también y explica otras circunstancias del hecho:

1. Nos dice que este honor le fue conferido a Jesús *«entretanto que oraba»* (v. 29). Cuanto más se humillaba Cristo para orar, más glorificado era por el Padre. Cristo mismo en cuanto hombre tenía que obtener gracia y poder por medio de la oración; de esta manera, *honraba* sobremanera la gracia de la oración y nos *exhortaba* con el ejemplo al deber de la oración; en verdad, la oración es algo que nos transfigura y nos transforma, pues por ella obtenemos la sabiduría, la gracia y el gozo que hacen que *resplandezca el rostro* (v. 2 Co. 3:18; 4:4).

2. Lucas no usa el término que en Mateo y Marcos significa *«transfiguración»* (lit. *transformación,* comp. con Ro. 12:2). La diferencia en castellano entre «transfiguración» y «transformación» está en que la primera indica *algo que viene de dentro y se manifiesta afuera* (de ahí que cuadre mejor al episodio que comentamos), mientras que la segunda indica la acción de *algo exterior que se introduce a fin de cambiar el interior,* lo cual cuadra mejor al caso de los creyentes (pues no son ellos los que, por sus propias fuerzas, se transforman, sino en virtud del Espíritu Santo que obra en ellos); por eso, el verbo de Romanos 12:2 está en voz pasiva. En Lucas se nos dice que *«la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente»* (v. 29). El original dice «blanco *fulgurante»*, y es ésta la única vez que dicha palabra ocurre en todo el Nuevo Testamento. Así que parecía como si toda Su persona apareciese vestida de luz refulgente.

3. En Mateo y Marcos, se nos dice que *«se les aparecieron Moisés y Elías, hablando con Él.* Pero en Lucas se añade que *«aparecieron rodeados de gloria»* (v. 31) o, literalmente, *«siendo vistos en gloria»,* «como convenía,—dice Bliss—, a personas que debían tener comunión con el Salvador glorificado, y como indicativo de la felicidad eterna, en el estado celestial, de los que fielmente habían servido a Dios en la tierra».

4. Se nos dice aquí que el asunto del que Moisés y Elías hablaban con el Señor era «su *partida* [lit. "éxodo" = salida], *que iba Jesús a cumplir en Jerusalén»* (v. 31b). Esta *partida* incluía, no sólo la muerte, sino también la resurrección y ascensión a los cielos (comp. con Jn. 13:3; 16:28). Vemos, pues: (A) Que la muerte de Cristo se llama aquí Su *salida o éxodo.* La muerte de los santos es como su salida de la esclavitud del Egipto que es este mundo, pues es *casa de esclavitud.* (B) Esta *salida* tenía que *cumplirse,* pues así estaba fijada en los propósitos de Dios (v. Hch. 2:23) y no podía ser alterada. (C) Tenía que cumplirse *en Jerusalén,* porque, como el mismo Señor diría más tarde, *«no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén»* (13:33). (D) Moisés y Elías hablaban con Jesús de esto, para insinuar que *los sufrimientos de Cristo y Su entrada, mediante ellos, en la gloria* estaban profetizados en Moisés y en los profetas (v. 24:26–27). (E) Incluso en medio de Su transfiguración, estaba el Señor dispuesto a conversar sobre Sus padecimientos y Su muerte. En medio de nuestros momentos más gloriosos aquí en la tierra, recordemos que *«no tenemos aquí ciudad permanente»* (He. 13:14).

5. Lucas refiere también un nuevo detalle: *«Pedro y los que estaban con él habían estado rendidos de sueño»* (v. 32). Esta circunstancia, además de ser una extraña coincidencia con lo que les pasó después en Getsemaní, se detalla aquí con el propósito de dar a entender que, cuando tuvieron la visión, estaban *completamente despiertos,* como dice el contexto posterior. Hay quienes opinan que este sueño fue tan culpable como el de Getsemaní, pues no fueron capaces de acompañar al Señor por más tiempo en oración, pero ha de tenerse en cuenta también que la visión tuvo lugar de noche (v. 37) y es natural que entonces estuviesen *rendidos* (lit. *cargados, abrumados) de sueño.* Vemos, pues, que estaban cargados de sueño, lo mismo en la *gloria* que en la *agonía* del Señor, cuando podríamos pensar que ninguna cosa debería haberles afectado tanto como las glorias y las agonías del Maestro, pero ni lo uno ni lo otro pudo hacer que se mantuvieran en vela. ¡Qué necesidad tenemos de orar para que el Señor nos conceda una gracia que nos despierte, no sólo a fin de estar *vivos,* sino también *velando!* Que estaban después *bien despiertos,* cuando tuvieron la visión, no sólo nos muestra la realidad del hecho, sino la impresión que les causó, de forma que pudieran comunicar con todo detalle lo que allí sucedió y recordarlo vivamente durante toda la vida como lo hace Pedro no mucho antes de su muerte (v. 2 P. 1:18).

6. Lucas puntualiza que, cuando ya estaban Moisés y Elías *apartándose de Jesús, «Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es que nos estemos aquí, y hagamos tres tiendas»* (v. 33). Ocurre muchas veces

que no nos damos cuenta de los favores que recibimos de Dios hasta que los hemos perdido; o solamente suspiramos por su continuación cuando están a punto de desaparecer. Lucas dice que Pedro *«no sabía lo que decía»*, con lo que da a entender que Pedro hablaba neciamente. Dice Lenski: «La tontería consistía en que los hombres que se hallaban en el estado glorificado pudieran permanecer aquí sobre la tierra carente de gloria y que tuvieran necesidad de refugio para pasar la noche, tal como lo necesitan los hombres».

7. Se añade aquí respecto a *la nube que los cubría* «que *tuvieron temor al entrar en la nube»* (v. 34). La nube, símbolo de la presencia de Dios, no era oscura, sino luminosa, en señal de acogida, pero aun así infundía temor a los discípulos, como a Isaías en la visión del templo (Is. 6:1 y ss.). Pero nadie tiene por qué temer entrar en la nube, si está Jesús en ella, porque Él hará que pasemos por ella sin sufrir daño alguno.

8. Sobre la voz que vino del cielo, Marcos y Lucas no nos dan tantos detalles como Mateo: *«Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia, a Él oíd»* (Mt. 17:5). Marcos y Lucas suprimen la cláusula intermedia (Mr. 9:7; Lc. 9:35); en cambio, Pedro omite la última frase (2 P. 1:17).

9. Finalmente, se nos dice aquí que los Apóstoles *«por aquellos días no dijeron nada a nadie de lo que habían visto»* (v. 36). Por Mateo 17:9, sabemos que el propio Jesús les había mandado que a nadie dijesen nada de esta maravillosa revelación, hasta que Él hubiese resucitado de entre los muertos. La razón ha sido ya expuesta repetidamente.

Versículos 37–42

Este pasaje sigue inmediatamente, en Mateo y Marcos, al relato de la transfiguración y de la conversación con los discípulos después de ella; pero aquí se nos dice que sucedió *«al día siguiente, cuando descendieron del monte»* (v. 37). No fue sino al día siguiente cuando descendieron del monte y hallaron que las cosas no marchaban bien entre los restantes discípulos.

1. Vemos primero cuán deseosa estaba la gente de recibir a Cristo a Su regreso del monte: *«Una gran multitud les salió al encuentro»*.

2. Vemos después cuán apremiante era la súplica del padre del joven endemoniado para que Cristo le socorriese: *«Maestro, te ruego que veas a mi hijo»* (v. 38). Este es simplemente su ruego; una mirada compasiva de Cristo puede poner las cosas en orden. Vayamos a Cristo y llevemos nuestros hijos a Él, para que les vea. Y añade: *«pues es el único que tengo»*. Quienes tienen varios hijos pueden hallar en uno o más de uno compensación consoladora de la aflicción que otro de ellos pueda causarles.

3. Vemos cuán deplorable era la condición de este joven (v. 39): Estaba bajo el dominio de un espíritu inmundo que *le tomaba y le hacía* prorrumpir en gritos que lacerarían el corazón del padre; este demonio no se contentaba con eso, sino que sacudía con violencia al muchacho y le quebrantaba torturándole sin apartarse de él ni dejarle momentos de descanso. Por aquí vemos el daño que hace Satanás a quienes caen bajo sus garras, pero ¡dichosos los que tienen acceso a Cristo!

4. Ante esta lamentable situación, la actuación de los discípulos no pudo ser más decepcionante. Aun cuando Cristo les había dado poder para expulsar demonios, *no pudieron* (v. 40). Una de dos: o no tuvieron fe suficiente para echar mano del poder que Jesús les había otorgado, o no se ejercitaron en la oración lo bastante para que ese poder resultara efectivo en sus manos, como se deduce de lo que Cristo les echa después en cara.

5. Finalmente, vemos cuán efectiva fue la curación que el Señor Jesús llevó a cabo en el muchacho (v. 42). Él puede hacer por nosotros lo que no pueden hacer Sus discípulos: *«El demonio derribó al muchacho y le sacudió con violencia»*, ante la cercanía de Jesús; *«pero Jesús increpó al espíritu inmundo, sanó al muchacho y se lo devolvió a su padre»*. Aunque el demonio se esforzó por hacer al joven todo el mal que podía, una sola palabra de Cristo bastó para ahuyentar al espíritu inmundo y para sanar al muchacho de todo el mal que el diablo le había causado. «Y *se lo devolvió a su padre»*. Cuando nuestros hijos se recobran de sus enfermedades, debemos recibirlos como si el Señor nos los entregara de nuevo devueltos a la vida. «¡Tómalo y sé agradecido! ¡Tómalo y críalo para mí, pues lo has recibido de mi mano!» Con este pensamiento, los padres habrían de recibir a los hijos *de las manos de Cristo*: para ponerlos después confiadamente *en las manos de Cristo.*

Versículos 43–50

I. Vemos a continuación la impresión que los milagros de Jesús causaban en quienes los presenciaban: «Y *todos se admiraban de la grandeza de Dios*» (v. 43). La admiración era universal: *«Todos se admiraban»*, porque la causa de la admiración era también universal: «Y *maravillándose todos de todas las cosas que hacía*» (v. 43b). Todo lo que Cristo hacía tenía algo de sorprendente y fuera de lo normal.

II. La noticia que Cristo dio a Sus discípulos acerca de los padecimientos que en breve iba a sufrir: *«El Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de hombres»* (v. 44). Aquí hallamos implícito lo que otros evangelistas expresan explícitamente: «*Y le matarán*» (v. Mt. 17:23; Mr. 9:31). Pero Lucas añade tres detalles importantes:

1. La conexión de esto con lo que precede acerca de *la admiración de todos de todas las cosas que hacía.* Fue precisamente entonces cuando lo *«dijo a sus discípulos»* (v. 43b). Ellos se habían formado la idea de que Jesús iba a inaugurar inmediatamente el reino mesiánico con pompa y poder seculares y pensaban que con este despliegue de poder omnímodo de Cristo, fácilmente podría conseguirse la sumisión de los súbditos del reino. Es entonces cuando Cristo echa un jarro de agua fría sobre sus equivocadas ilusiones y les anuncia que, lejos de que *los hombres le sean entregados ahora en Sus manos;* va a ser *Él quien sea entregado en manos de los hombres.*

2. El solemne prefacio que, en el relato de Lucas, pronunció Jesús antes de comunicarles la noticia: *«Haced que os penetren bien en los oídos estas palabras»* (v. 44a); o, como dicen las versiones siríaca y arábica: *«Dejad que se hundan en vuestro corazón».* La palabra de Jesús no puede hacernos ningún bien, si no se hunde y penetra bien en nuestra mente y en nuestro corazón.

3. La sorprendente estupidez de los discípulos. En Marcos 9:32, se nos dice que *«ellos no entendían este dicho, y tenían miedo de preguntarle».* Temían preguntarle, no fuese que sus ilusiones de un reino temporal inminente se cayesen por el suelo. Pero aquí se nos añade que *«estas palabras les estaban veladas para que no las percibiesen»* (v. 45). El *escándalo de la cruz* (Gá. 5:11) es de tal calibre, que sólo cuando el Espíritu Santo remueve el velo de los corazones, es posible contemplar la cruz sin tropiezo (v. 2 Co. 3:14–18) y hasta gloriarse en ella (Gá. 6:14). Fue un *favor* del Señor el que, en aquellas circunstancias, no pudiesen percibir lo que la cruz de Cristo significaba, no fuera que, ante el prospecto de tal suplicio para su Maestro, le abandonasen despavoridos.

III. Después vemos la reprensión de Cristo a Sus discípulos por la discusión que ellos tuvieron sobre quién de ellos sería el mayor (vv. 46–48). Este incidente lo hemos visto ya anteriormente y, por desgracia, nos encontraremos con él de nuevo.

1. La ambición de honores y las contiendas sobre superioridad y precedencia son algunos de los pecados que más fácilmente hacen presa en los discípulos de Cristo. Estos pecados brotan de la condición perversa y engañosa del corazón humano (v. Jer. 17:9). Quienes esperan ser *grandes* en este mundo aspiran a ser los *mayores* y no se contentan con menos; lo cual les expone a muchas tentaciones y a graves problemas, que sólo se pueden evitar contentándose con ser *pequeños,* más aún, con ser *«el más menor»,* como dice Pablo según la versión literal de Efesios 3:8.

2. Jesucristo se da perfecta cuenta de los pensamientos e intenciones de nuestro corazón: «*Y Jesús, viendo los pensamientos de sus corazones*» (v. 47a). Los *pensamientos* nuestros son *voces* para el Señor, y nuestros *susurros* son como *grandes gritos.*

3. Cristo quiere que Sus discípulos aspiren al honor que se obtiene mediante la humildad y el servicio, no al que se alcanza por medio de la ambición malsana y siempre descontenta. Cristo *«tomó un niño y lo puso junto a sí»* (v. 47a), pues Él siempre mostró ternura y amabilidad con los niños, y les enseñó: (A) Que la infancia espiritual es el medio de llegar a la verdadera grandeza: *«El que es más pequeño entre todos vosotros, ése es grande»* (v. 48b). Se ha dicho muy bien que la mayor grandeza es la *grandeza del servicio,* y así lo mostró el Señor con Su ejemplo (Mt. 20:28), y sólo puede servir el que se humilla haciéndose siervo de los demás (v. Gá. 5:13; Fil. 2:35). «Servir para algo» es equivalente de «ser útil para algo». (B) Que los que aman a Cristo han de humillarse como los pequeñuelos y han de recibir a los pequeñuelos como a Él, puesto que a Él se parecen; Cristo está pronto a recibir como hecho a Él mismo lo que a esos pequeñuelos se haga: *«Cualquiera que reciba a este niño en mi nombre, a mí me recibe, y*

cualquiera que me reciba a mí, recibe al que me envió» (v. 48a). ¿Y qué mayor honor se puede alcanzar en este mundo que recibir a Dios en Cristo y ser amablemente acogidos por Él?

IV. A continuación, tenemos otra reprensión que el Señor hizo a los discípulos por desanimar a uno que le honraba y servía, aunque no formaba parte del grupo de los Doce, pero había creído en Jesús y hacía buen uso de Su nombre, con fe y oración, para expulsar demonios. A este hombre, los discípulos le habían prohibido hablar y obrar en nombre de Jesús porque no era del grupo, aunque lo que él hacía redundaba en honor y servicio del Señor. *«Jesús les dijo: No se lo prohibáis* (v. 50), sino, más bien, deberíais animarle, pues está ocupado en la misma empresa que vosotros, ya se encontrará con vosotros al final de la jornada, aun cuando no vaya con vosotros por el mismo camino, *porque el que no está contra vosotros, está de vuestra parte».* En Marcos 9:40, el Señor se expresa en primera persona del plural, pero la frase es equivalente, pues Cristo se identifica con los Suyos (v. Hch. 9:5). No tenemos por qué perder amigos, cuando tenemos tan pocos, y tantos enemigos. ¡Cómo se repite este pecado en todos los tiempos! Un necio exclusivismo de parte de quienes habrían de dar al mundo ejemplo de unidad (v. Jn. 17:21), sólo sirve para la proliferación de «denominaciones» y para contentamiento de quienes se creen los únicos «perfectos» en ortodoxia u ortopraxis. ¿Cómo vamos a ganar almas para el Evangelio, si presentamos unas comunidades tan divididas entre sí, que los aturdidos oyentes no saben con frecuencia adónde acudir ni a qué carta quedarse en materia tan importante como es la salvación eterna?

Versículos 51–56

La porción que sigue no se halla en los otros evangelistas, sino, solamente en Lucas. En ella tenemos un ejemplo del talante inquisitorial que tantos imitadores había de tener a lo largo de la historia de la Iglesia. Cristo lo reprobó, puesto que el espíritu de fanatismo y de persecución es directamente contrario al espíritu de Cristo.

I. Vemos primero la firme determinación del Señor Jesús de proseguir impávido la gran obra de nuestra redención y salvación: *«Cuando se estaba cumpliendo el tiempo* (lit.) *en que había de ser recibido arriba, afirmó su rostro* (es decir, resolvió con toda firmeza) *para ir a Jerusalén»* (v. 51). Había una «hora» fijada para los padecimientos y la muerte del Señor Jesús, y Él sabía muy bien cuándo había de llegar esa «hora» (v. Mt. 26:45; Lc. 22:53; Jn. 7:30; 8:20; 12:23, 27). Fue precisamente en esa «hora» cuando se dispuso a aparecer más en público y a estar más ocupado, al saber que le quedaba poco tiempo en este mundo. Pero cuando miró hacia Sus inminentes padecimientos y muerte, miró también a través de ellos y más allá de ellos, a la gloria que había de seguirse, pues había de ser *recibido arriba en gloria* (comp. con 1 Ti. 3:16; He. 12:2). Todo creyente habría de forjarse la misma noción acerca de la muerte como de un acontecimiento que consiste en *ser recibido arriba,* donde el Señor Jesús está. Con el prospecto *del gozo puesto delante de Él, afianzó su rostro* en dirección a Jerusalén, donde había de morir. La frase expresa una firme determinación frente al impedimento que la debilidad de la carne propia o la disuasión por parte de otros pudiese ponerle en el camino hacia el sacrificio de Su propia vida. No se desanimó, sino que marchó decidido, animado y gozoso, al saber que no sería derribado abajo, sino recibido arriba. ¡Cómo debería avergonzarnos esta determinación de Jesús, a nosotros que tan cobardes somos para sufrir por Cristo, y aun para servir fielmente a Cristo!

II. En contraste con esta disposición de Jesús, vemos la ruda y hostil actitud de los samaritanos de cierta aldea, los cuales no se dignaron recibirle (vv. 52 y ss.). Veamos:

1. Cuán cortés se portó Él con estos samaritanos, pues *«envió mensajeros delante de Él»* (v. 52), los cuales entraron en la aldea *«para hacerle preparativos»,* es decir, alojamiento para Jesús y para los discípulos. ¿Por qué no le recibieron estos samaritanos que, dos años antes, tan favorablemente le habían acogido? (v. Jn. 4:39–42). Lucas lo expresa concisamente en una frase que viene a decir: «Se transparentaba en su rostro que Su intención era continuar viaje hasta Jerusalén». Esto les pareció una ofensa a quienes creían que el centro legítimo del culto a Jehová era el Gerizim y no Jerusalén; se acercaba la gran festividad de los judíos, pero Jesús no parecía tener intención de quedarse con ellos, sino de proseguir el viaje a la ciudad de los judíos, con quienes los samaritanos no se trataban (v. Jn. 4:9).

2. Cuán descortés fue esta actitud por parte de los samaritanos. No quisieron recibir al Salvador (v. Jn. 1:11). Habría sido la mayor bendición otorgada a dicha aldea y, sin embargo, no le permitieron ni pasar por ella. ¡Hasta qué punto los resentimientos raciales, y aun regionales, impiden recibir las bendiciones celestiales!

III. El resentimiento que Jacobo y Juan sufrieron por esta afrenta (v. 54). Cuando estos discípulos se enteraron de la actitud de los habitantes de aquella aldea, se inflamaron de tal modo, que sólo con el destino que tuvieron Sodoma y Gomorra se habrían quedado satisfechos.

1. Había algo de recomendable en esta actitud, pues mostraban: (A) Gran confianza en el poder que habían recibido del Maestro, pues estaban seguros de que, al imperio de la palabra de ellos, podía descender fuego del cielo: «*¿Quieres que mandemos que descienda fuego del cielo?*» (B) Un gran celo por el honor de su Maestro, ya que tomaron muy a mal que a quien pasaba por todas partes haciendo el bien y siendo bien acogido por todos, le fuese negada la libertad de paso por una banda de miserables samaritanos. (C) Entera sumisión, a pesar de todo, a la voluntad del Maestro, pues no se ofrecen a llevar a cabo tal cosa sin el consentimiento de Jesús: *«Señor, ¿quieres …?»* (D) Una velada alusión al ejemplo de los profetas que les habían precedido: Querían hacer lo mismo que hizo Elías, al pensar que tal precedente garantizaría el éxito de la acción; así de inclinados somos a imitar inoportunamente los ejemplos de los santos hombres de Dios.

2. Sin embargo, había también mucho de censurable en esa actitud de los discípulos, porque: (A) Esta no era la primera vez en que el Señor Jesús sufría la afrenta de muchos, y, con todo, nunca había invocado el castigo de Dios sobre ninguno, sino que había recibido la injuria con toda paciencia. (B) Éstos eran samaritanos, de quienes no podían esperarse cosas mejores, y quizás habían oído que Cristo había prohibido a Sus discípulos *entrar en las ciudades de los samaritanos* (Mt. 10:5) y, por tanto, no estaba tan mal en ellos como en otros que conocían más del Señor. (C) Quizá fueron sólo unos pocos de la ciudad los que respondieron de esta manera tan ruda, pues quién sabe si no habría muchos en la ciudad que le habrían recibido con agrado o le habrían salido al encuentro. (D) El Maestro nunca había pedido que *descendiera fuego del cielo.* Jacobo y Juan eran los dos discípulos a quienes Jesús había puesto por sobrenombre *«boanerges» = «hijos* del trueno» (Mr. 3:17), ¿y no les bastaba esto, sino que también querían ser «hijos del rayo»? (E) El ejemplo de Elías no venía al caso, pues Elías fue enviado a desplegar los terrores de la Ley, mientras que ahora se inauguraba la era del Evangelio, a la cual no le cuadraba el alarde de venganza de la justicia divina.

IV. La reprensión que Jesús dio a Jacobo y a Juan (v. 55): *«Entonces, volviéndose Él, les reprendió»,* pues el Señor a quienes ama reprende y castiga, especialmente cuando hacen algo inconveniente bajo la capa de religión y de celo por Él.

1. Les muestra el error en que están: *«Vosotros no sabéis de qué espíritu sois»* (v. 55b): (A) «No os dais cuenta de la cantidad de orgullo, pasión y venganza personal en esa actitud, cubierta bajo la pretensión de celo por vuestro Maestro». Muchas personas que se enfurecen por la actitud indiferente o antirreligiosa de sus prójimos, no se percatan de la corrupción que albergan en su propio corazón. (B) «No consideráis de qué espíritu deberíais ser. De seguro que todavía tenéis que aprender cuál es el espíritu de Jesús. ¿No se os ha enseñado a *amar a vuestros enemigos y a bendecir a los que os maldicen?* ¿No deberíais pedir del Cielo gracia, más bien que fuego? Estáis ya en la época del amor, de la libertad y de la gracia, que fue proclamada con el anuncio de *paz en la tierra, buena voluntad para con los hombres.»*

2. Les muestra el objetivo general y el tenor dominante del Evangelio (v. 56): *«Porque el Hijo del Hombre no ha venido para destruir las almas de los hombres, sino para salvarlas».* Jesús quería que sus enseñanzas se propagaran mediante el amor y la suave incitación, y mediante todo aquello que anima y estimula, no con fuego y espada; con milagros de sanaciones, no con plagas de destrucción como fue sacado Israel de Egipto. Cristo vino para acabar con las enemistades, no para fomentarlas; no sólo vino a salvar las almas de los hombres, sino también sus vidas. Jesús quería que Sus discípulos hicieran el bien a todos y que a nadie hicieran daño; que atrajeran a los hombres a la Iglesia con *cuerdas humanas y con ataduras de amor,* no por medio de la coacción y del terror.

V. Su retirada de aquella aldea: «Y *se fueron a otra aldea*» (v. 56b). El Señor Jesucristo, no sólo no castigó a los samaritanos aquellos por su rudeza y descortesía, sino que se marchó quieta y pacíficamente a otra aldea, donde la gente no fuese tan hostil. Con esto nos enseñaba a no desanimarnos por el mal recibimiento que podamos tener en algún lugar, sino a buscar otro lugar donde nuestra labor tenga mejor acogida.

Versículos 57–62

Referencia de tres distintos hombres que se ofrecieron a seguir a Cristo:

I. El primero parece completamente dispuesto a seguir a Cristo inmediatamente, pero muy a la ligera y sin haberse sentado antes a calcular el costo.

1. Le hace a Cristo una promesa incondicional: *«Señor, te seguiré adondequiera que vayas*» (v. 57). Ésta debería ser, por cierto, la resolución de cuantos son verdaderos discípulos de Cristo, como los de Apocalipsis 14:4 *«que siguen al Cordero por dondequiera que va»*.

2. Cristo le hace una seria advertencia, si es que quiere seguirle, para que no se prometa demasiadas cosas buenas en este mundo al ser discípulo de quien vivió siempre de prestado: *«El Hijo del Hombre no tiene donde recostar la cabeza»* (v. 58). Con esto, podemos ver:

(A) La condición tan pobre en que el Señor Jesucristo vivió en su paso por este mundo. No sólo no disfrutó de los deleites y de las comodidades de los príncipes de este mundo, sino que careció aun de las necesarias comodidades de las que hasta las zorras y los pájaros disfrutan. El que creó los cielos y la tierra no tuvo casa de su propiedad ni lecho propio donde acostarse. Se llama a Sí mismo *Hijo del Hombre*, no sólo como título mesiánico sino también como descendiente de Adán y que por tanto, *participó de lo mismo* que nosotros: *de carne y sangre* (He. 2:14). Se gloría así en Su estado de humillación en el que condescendió a nuestro nivel humano, pero sin pecado; con ello, nos muestra también Su amor a nosotros, y el desprecio en que tenía todas las cosas de este mundo, enseñándonos así a que también nosotros tengamos el corazón desapegado de las cosas de abajo y a que suspiremos por las cosas de arriba (v. Col. 3:1–3). Cristo, pobre, santificó la pobreza y endulzó así la condición pobre de los Suyos.

(B) La condición que exige de quienes estén dispuestos a ser Sus discípulos. Si de veras nos proponemos seguir a Cristo, no hemos de poner empeño en poseer muchas cosas de este mundo, sino que hemos de estar dispuestos a dejarlo y a perderlo todo por seguirle; a pasar frío y calor; a vivir sin comodidades y con desprecios; si no estamos dispuestos a todo esto, mejor es que no pretendamos seguir a Cristo. Por lo que se deduce del texto sagrado, parece que este hombre, ante tal anuncio, se volvió atrás; pero todo aquel que se percate de lo que es Jesucristo, y la vida eterna con Él, no dudará en arrostrar todas las dificultades con tal de seguirle.

II. El segundo no se ofrece primero, sino que es llamado por el Señor a seguirle: «Y *dijo a otro: Sígueme»* (v. 59). Éste no se arredró ante las dificultades, pero le puso plazo para comenzar a seguirle: *«Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre»*. Vemos, pues:

1. La excusa que dio para no seguir a Jesús de inmediato, dando a entender que su padre era ya muy viejo, y que quizás estaba enfermo y le necesitaba junto a sí; tan pronto como su padre se muriera, le seguiría. Aquí podemos ver tres tentaciones: (A) La de descansar en una promesa de discipulado *a largo plazo*, a fin de no comprometernos demasiado pronto. (B) La de diferir el cumplimiento de lo que sabemos muy bien que es nuestro deber; dar largas al asunto y dejar siempre para un mañana incierto lo que necesita una resolución urgente en el día de hoy (v. 2 Co. 6:12). (C) La de pensar que nuestros deberes para con los de nuestra familia nos excusan de cumplir las obligaciones que tenemos con el Señor. Lo *primero que hemos de pensar y buscar es el reino de Dios y su justicia* (Mt. 6:33).

2. La respuesta de Cristo a tal excusa (v. 60): *«Deja que los muertos entierren a sus muertos, y tú ve, y anuncia por doquier el reino de Dios»*. No significa esto que Cristo desee que los creyentes y los ministros de la Palabra se despojen del afecto natural a sus familiares, sino que no pongan como excusa para no seguir al Señor el afecto que deben a sus padres y demás familiares. Si el familiar más íntimo que tengamos se cruza en nuestro camino para impedirnos seguir a Cristo, es necesario que nos armemos del

celo y coraje necesarios para olvidar al padre y a la madre antes que desobedecer el llamamiento del Señor.

III. Finalmente, tenemos un tercero que está dispuesto a seguir a Cristo, pero pide un poco de tiempo para ir a despedirse de sus familiares y amigos. Veamos:

1. La condición que pone al Señor para seguirle: *«Te seguiré, Señor; pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa»* (v. 61). Hay quienes entienden la frase del original en el sentido, no de despedirse de sus familiares, sino de poner en orden los asuntos de su casa, y parece ser que el griego admite también este sentido. En todo caso, la actitud de este hombre muestra: (A) Que veía en el seguimiento de Cristo algo peligroso o melancólico, cuando quería despedirse de los suyos; como quien se va a morir y dice adiós a todas sus cosas; cuando en el seguimiento de Cristo debería haber visto el consuelo y las innumerables bendiciones que tal seguimiento comporta. Cuando al difunto doctor M. Lloyd-Jones le expresaba alguien su admiración por haber renunciado a su brillante carrera de médico para dedicarse a la predicación del Evangelio, solía contestar: «No, yo no he tenido que renunciar a nada, sino que lo he recibido todo». (B) Que parecía tener el corazón demasiado apegado a las cosas temporales y la mente demasiado preocupada con los negocios del mundo, lo cual le impedía seguir a Cristo con toda prontitud y alegría. (C) Que estaba dispuesto a entrar en una grave tentación al ir a despedirse de las personas y de las cosas de su casa, pues era muy probable que sus familiares, en lugar de animarle a seguir a Jesús, le pusieran todos los inconvenientes imaginables para que no llevase a cabo su propósito, y le rogarían con encarecimiento que no se marchase de casa. Quienes de veras están resueltos a seguir al Redentor, no deben pararse a conversar demasiado con el tentador.

2. La reprensión que Cristo le dio por pedir esta dilación: *«Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios»* (v. 62). Cuando un labrador está arando un campo no debe mirar hacia atrás, sino hacia delante; de lo contrario el surco le saldrá torcido y el suelo que está arando no quedará a punto para una siembra con orden y concierto. De la misma manera, quien vuelve la vista atrás, después de emprender el seguimiento del Señor, no es apto para sembrar la semilla del Evangelio, porque el que no sabe arar, tampoco sabrá sembrar; y el que continuamente vuelve los ojos atrás, pronto volverá también los pies y se apartará del camino recto. Pablo no se comportaba de esta manera, sino que *«olvidando lo que quedaba atrás y extendiéndose a lo que estaba delante, proseguía a la meta»* (Fil. 3:13–14).

CAPÍTULO 10

En este capítulo, vemos que el Señor, después de haber enviado a los Doce a predicar, envía ahora a otros setenta discípulos con la misma comisión. Vemos también el informe que le dan a su regreso y el discurso que Jesús les dirige. Tenemos después la conversación de Jesús con un intérprete de la Ley, lo que da ocasión al Señor para exponer la parábola del Buen Samaritano. Finaliza el capítulo con un episodio en casa de las hermanas de Lázaro.

Versículos 1–16

Envío de los setenta discípulos de dos en dos. Los otros evangelistas no mencionan esta porción; pero las instrucciones que Jesús les da son muy parecidas a las que había dado a los Doce.

I. Vemos primero su número: Eran setenta. Así como al escoger a los Doce, parece ser que Cristo tenía la mira puesta en los doce patriarcas de Israel, las doce tribus y los doce jefes de esas tribus, así también ahora parece que tiene la mira puesta en los setenta ancianos de Israel.

1. Es un gozo el hallar que Cristo tenía tantos seguidores aptos para ser enviados; su labor no había sido totalmente en vano, aunque había encontrado mucha oposición. Estos *setenta* aun cuando no le seguían tan de cerca ni tan continuamente como los *Doce*, eran, sin embargo, alumnos constantes de Sus enseñanzas y testigos de Sus milagros, y creían en Él. Estos setenta son aquellos de los que Pedro dijo:

«hombres que han estado juntos con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús vivió entre nosotros» (Hch. 1:21) y eran parte de los ciento veinte aludidos en Hechos 1:15. Podemos suponer que muchos de los que acompañaban a los Apóstoles, y que se mencionan en *Hechos y* en las Epístolas, eran de estos setenta discípulos.

2. También es un gozo hallar que había trabajo suficiente para tantos obreros, audiencia para tantos predicadores; así comenzó a crecer el grano de mostaza, y a difundirse el sabor de la levadura.

II. Vemos después la tarea que desempeñaron. Los envió de dos en dos para que se animasen y ayudasen mutuamente el uno al otro. Y los envió, no a todas las ciudades de Israel, como había enviado a los Doce, sino *«a toda ciudad y lugar adonde Él había de ir»* (v. 1), como heraldos Suyos. Dos cosas se les encomendó que hiciesen: las mismas que Cristo hacía dondequiera que iba:

1. Habían de *sanar a los enfermos* (v. 9); sanarlos, por supuesto, *en el nombre de Jesús* (comp. con v. 17), lo cual haría que la gente anhelase ver al Señor y estar dispuesta a recibir con gozo a Alguien cuyo nombre era tan poderoso.

2. Habían de anunciar: *«Se ha acercado a vosotros el reino de Dios»* (vv. 9, 11). Es menester ser receptivos a las bendiciones y a las oportunidades que Dios nos otorga, para que así podamos sacar beneficio de ellas. Cuando *el reino de Dios se acerca a nosotros* es preciso estar alerta para salirle al encuentro.

III. Las instrucciones que les da:

1. Deben ejercitarse en la oración, conscientes de las necesidades de las almas (v. 2). Deben mirar a su alrededor y ver que *la mies es mucha;* habría mucho trigo pronto para echarse a perder por falta de manos que se interesaran por la cosecha. Debían percatarse igualmente de que *los obreros son pocos.* Es cosa común entre los comerciantes no preocuparse por saber cuántos hay de su oficio, pero Cristo quería que los trabajadores de Su viña orasen para que se les uniesen más compañeros de trabajo; deben anhelar recibir esta comisión de parte del Señor, y anhelar también que Dios envíe a otros muchos con la misma comisión que a ellos les encomendó el Señor; porque, si es Dios quien les envía, reciben una nueva seguridad de que Dios va también con ellos mismos y hará que fructifiquen sus labores.

2. No han de sorprenderse de encontrar oposición y persecución: *«Id; he aquí que yo os envío como corderos en medio de lobos»* (v. 3). Como si dijese: «Vuestros enemigos serán como *lobos,* feroces enemigos; pero vosotros debéis ser como *corderos,* mansos y pacientes, aunque seáis presa fácil para ellos». Habría sido, en verdad, extremadamente duro y difícil ser enviados así como *corderos en medio de lobos,* si no hubieran sido revestidos del espíritu y de la valentía de Jesús.

3. No deben llevar demasiado bagaje, como si emprendieran un largo viaje, sino depender de Dios y de los amigos para su provisión: *«No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado»* (v. 4). Ni *bolsa* para llevar dinero, ni *alforja* para llevar provisiones y ropa de repuesto ni *calzado* de repuesto (comp. con 9:3). Tampoco deben *saludar a nadie por el camino,* teniendo en cuenta lo prolijo de los saludos de los orientales, pues así han de mostrar: (A) que *tienen prisa* por cumplir su misión y no han de ser demorados con innecesarios cumplidos y prolijos saludos. (B) Que van como hombres acuciados *por una tarea urgente e importante,* pues tiene que ver con *las cosas de arriba* (v. Col. 3:1) y, por tanto, no deben dejarse atrapar en asuntos de orden temporal, (C) que deben caminar *con seriedad,* sin deseos de entretenimiento.

4. Que deben mostrar, no sólo su buena voluntad, sino la buena voluntad de Dios, con un saludo que incluye todas las bendiciones celestiales (vv. 5–6):

(A) El encargo que les hace es que *«en cualquier casa donde entren, digan primeramente: Paz a esta casa»*. Vemos, pues: (a) que se supone que han de entrar en casas particulares, ya que, no siéndoles permitido entrar en las sinagogas, se veían forzados a predicar donde tuviesen libertad para hacerlo. Y, al ser obligados a confinar su predicación a las casas, allá habían de llevar el Evangelio. La Iglesia de Cristo se reunía con frecuencia *en las casas* (v. Hch. 2:46). (b) Habían de saludar primero, diciendo: *«Paz a esta casa»*. No debían saludar a nadie por el camino por vía de cumplido, pero habían de saludar en las casas con la seriedad y la verdad que exigía el mensaje que iban a proclamar. Los ministros del Señor han de marchar por el mundo y proclamar, en nombre del Salvador, *paz en la tierra, buena voluntad de Dios hacia los hombres,* e invitar a todos a que vengan para beneficiarse de los frutos de la paz, recordándoles

igualmente que *la paz es fruto de la justicia* (v. Is. 32:17). Hemos de orar también por la paz, no sólo de Jerusalén (Sal. 122:6), sino de todo el mundo (v. 1 Ti. 2:2).

(B) El resultado sería muy diferente, según las diversas disposiciones de los destinatarios del mensaje. Si los de la casa fuesen receptivos a la paz, *«hijos de paz»,* bien inclinados a recibir el mensaje del Evangelio, *«la paz reposaría sobre ellos»;* allí habrá paz, porque las oraciones serán oídas y las promesas serán confirmadas. Pero habrá otros mal dispuestos para la paz, que rechazarán el mensaje del Evangelio; en éstos no reposará la paz, sino que se volverá con los que la proclaman, es decir, «lo mismo que un objeto que es rehusado y devuelto a los dadores para que ellos lo entreguen en otra parte» (Lenski). Las bendiciones del Evangelio que hemos de predicar, cuando son rechazadas se vuelven a nosotros para que las disfrutemos y las compartamos con otros que las aprecien como se merecen, con quienes sean *«hijos de paz»*.

5. Deben recibir con agrado las muestras de amabilidad de quienes les den la bienvenida en sus casas (vv. 7–8): «Quienes reciban vuestro mensaje, os recibirán también a vosotros y os proveerán de lo necesario para el sustento diario». Por tanto: (A) «No seáis *tímidos;* no sospechéis que la acogida que se os hace no es cordial ni que vais a ser una carga en aquella casa, sino tened allí plena libertad, *«comiendo y bebiendo lo que tengan» (o «lo que os den»),* porque no es un acto de caridad, sino de justicia, *«pues el obrero es digno de su salario»*. (B) «No seáis *raros* ni delicados en vuestra dieta en esos casos, sino *«comed lo que os pongan delante»* (v. 8). «Sed agradecidos por lo que os den y contentaos con alimentos sencillos, aun cuando no estén delicadamente aderezados.» No va bien con los ministros del Señor el ser glotones y demasiado amigos de laminerías. El Señor parece referirse en este versículo a las tradiciones rabínicas sobre los alimentos y, da por supuesto que en las ciudades a las que los discípulos van habrá mezcla de judíos y gentiles, no tienen por qué preguntar por causa de conciencia, sino comer lo que les pongan, sin poner reparos sobre si el alimento es *limpio o común. «El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo»* (Ro. 14:17).

6. Deben igualmente *denunciar* a quienes no les reciban, y proclamar contra ellos los juicios de Dios: *«Si entráis en una ciudad, y no os reciben, salid de allí»* (v. 10). «Si no os dan la bienvenida en las casas, denunciadlo *por las calles.»* Como había dicho a los Doce (9:5), también a ellos les ordena decir: *«Aun el polvo de vuestra ciudad, que se ha pegado a nuestros pies, lo sacudimos contra vosotros»* (v. 11). «No nos llevamos nada de vosotros, sino sacudimos hasta el polvo contra vosotros, para que este polvo pueda ser testigo de que os predicamos el Evangelio de la paz y lo rechazasteis; *empero, sabed esto: que el reino de Dios se ha acercado,* así que no tenéis excusa» (comp. con Jn. 12:48). Cuanto más clara y benévola es la oferta de gracia, tanto mayor responsabilidad comporta para el que la rechaza: *«Os digo que en aquel día* (v. Abd. 8) *será más tolerable el castigo para Sodoma, que para aquella ciudad»* (v. 12). Grande fue la culpa de Sodoma y Gomorra ante el testimonio del justo Lot, pero rechazar la gracia del Evangelio es un crimen más horrible.

Con esta oportunidad, Lucas repite:

(A) El castigo particular que Cristo anunció contra las ciudades en las que había obrado la mayoría de Sus milagros (v. Mt. 11:20) y ss.), puesto que (a) habían disfrutado de mayores privilegios. En especial, Capernaúm había tenido al alcance de la mano tantas y tan palpables gracias, que *había sido levantada hasta los cielos* (v. 15). ¡Tan cerca del Cielo, y tan lejos de entrar en él! ¡No hay peor cosa que llegar a ser *«casi cristiano»!* (Hch. 26:28). Cuanto mayor es la gracia, tanto más grave es rechazarla. (b) El propósito de Dios acerca de estas ciudades era llevarlas al arrepentimiento, exteriorizado en el *«sentarse en cilicio»* (es decir, vestido de saco o paño burdo) y *en ceniza»*. (c) Pero ellas no aceptaron el designio de Dios, y recibieron *en vano* la gracia de Dios, con lo que se implica que no se arrepintieron, no dieron el fruto que habría de corresponder a los favores recibidos. (d) Había razón para suponer que, si Cristo hubiese predicado y hecho milagros en las ciudades paganas de Tiro y Sidón, el arrepentimiento de estas ciudades habría sido *rápido («hace tiempo») y profundo («sentadas en cilicio y ceniza»).* (e) El destino de quienes rechazan la gracia de Dios será funesto y fatal: *«no juzgándose dignos de la vida eterna»* (v. Hch. 13:46), *irán al castigo eterno: «hasta el Hades serás abatida»* (v. 15, comp. con Mt. 25:46, pues no hay duda de que el «Hades» significa aquí el Infierno). (f) En el día del Juicio Final, la sentencia de condenación de Sodoma y Gomorra será *más tolerable* que la de esas ciudades, puesto que a mayor pecado corresponde mayor castigo.

(B) La regla que Cristo establece en cuanto a los que escuchan el mensaje del Evangelio de boca de los ministros de Dios: Es como si lo escuchasen de labios del mismo Cristo: *«El que a vosotros oye, a mí*

me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió» (v. 16). Dice Lenski: «Esta es una ecuación doble: vosotros = mí; mí = el que me envió (como en 9:48). Esto es enteramente cierto, porque tales mensajeros dicen lo que Jesús les ordena decir, y Jesús dice lo que el Enviador le comisionó que dijera. Naturalmente que este dicho ordena decir "no" a quienes alteran la Palabra en alguna forma». Ésta es una advertencia importante. Sólo cuando el predicador habla conforme *«a la ley y al testimonio»* (Is. 8:20) es digno de crédito, tanto como lo sea la Palabra de Dios, de lo contrario, no hay autoridad eclesiástica, por alta que se la suponga, que pueda imponer su enseñanza, si ésta es contraria a la Palabra de Dios. Si los judíos de Berea son llamados *«más nobles que los de Tesalónica»*, cuando *«escudriñaban cada día las Escrituras para ver si estas cosas* (¡las que Pablo y Silas predicaban!) *eran así»* (Hch. 17:11); es decir, como ellos proclamaban, ¿cómo podrá obligarse a un creyente a creer algo claramente contrario a la Palabra de Dios, por el hecho de que lo imponga un «jerarca»? Otra cosa muy distinta es que un cristiano individual, por muy experto que se crea en la Palabra, insista en oponerse a lo que la iglesia entera cree y ha creído como expresión segura de la divina revelación.

Versículos 17–24

I. Informe que los setenta discípulos dieron a Jesús del éxito de su expedición: *«Volvieron los setenta con gozo»* (v. 17), no se quejaban de las fatigas del viaje, sino que se regocijaban del completo éxito que habían tenido, especialmente en la expulsión de espíritus inmundos: *«Señor, aun los demonios se nos someten en tu nombre»*. Como vemos, le dan a Jesús la gloria: *«en tu nombre»*. Todas las victorias que obtenemos contra Satanás, se deben al poder derivado de nuestro Señor Jesucristo. Es *en su nombre,* como hemos de entrar en liza con el adversario de nuestras almas; y toda obra y victoria conseguida *en* ese nombre, debe resultar en gratitud y alabanza a ese nombre. Nótese cómo hablan de ello en tono de gran exultación: *«aun los demonios se nos someten»*. Si los demonios se nos someten en virtud del nombre de Jesús, ¿qué hemos de temer mientras acudamos a la fuente de donde nos viene el poder?

II. Cómo recibió Jesús este informe:

1. Confirma lo que ellos le cuentan sobre el poder que habían ejercido sobre los demonios: «*Y les dijo: Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo*» (v. 18). En efecto, el poder que los setenta tuvieron contra los demonios era una prueba de que el poder de Satanás, el príncipe de los demonios, había sido quebrantado (comp. con 11:14–22). Satanás y su reino caían ante la predicación del Evangelio. Caen *como un rayo,* es decir, súbita e irrevocablemente. El diablo cae del cielo cuando cae del trono que ocupa en el corazón de los hombres. Cristo conocía de antemano que, dondequiera fuese recibido el reino de los cielos, caería el reino de Satanás. Pero fue en la Cruz donde Cristo asestó a Satanás el golpe mortal (v. Jn. 12:31–33).

2. Repite, ratifica y amplía la comisión que les había dado: *«Mirad que os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre todo poder del enemigo, y nada os dañará»* (v. 19). Ellos habían usado eficazmente el poder de Jesús contra Satanás, y ahora les inviste de un poder todavía mayor: (A) Un poder *ofensivo* contra el mal, *contra serpientes y escorpiones,* conocidos por su ponzoña letal y símbolos de los demonios y espíritus malignos, *«la serpiente antigua»* de Génesis 3:1 y siguientes y Apocalipsis 12:9 (comp. con Sal. 91:13–14; Ro. 16:20). Este versículo arroja una luz tremenda sobre Marcos 16:17–18, aunque las referencias de nuestras versiones no los conecten, lo cual es una pena. (B) Un poder *defensivo: «Nada os dañará».* Aquí vemos una promesa, cuya extensión y explicitación consoladora hallamos en Romanos 8:28, donde *todas las cosas,* no sólo prósperas, sino también adversas, *cooperan juntamente para el bien de los que aman a Dios,* pues nuestro Padre amoroso lo dirige y controla todo para nuestro supremo bien, aunque muchas veces no comprendamos los caminos por los que va haciendo esa sublime tarea.

3. Con todo, quiere que dirijan su gozo a un motivo más alto: *«Pero no os regocijéis* únicamente *de que los espíritus se os someten, sino regocijaos* principalmente *de que vuestros nombres están escritos en los cielos»* (v. 20). Cristo puede referirse a esta inscripción de nuestros nombres en los cielos, porque es en *el libro de la vida del Cordero* donde están inscritos (v. Ap. 13:8; 17:8). El poder de llegar a ser hijos de Dios (Jn. 1:12–13) y alcanzar así la ciudadanía en los cielos, ha de ser valorado muy por encima del poder de expulsar demonios, pues leemos en Mateo 7:21–23 de los que echan fuera demonios, pero son

unos desconocidos para Cristo, y en 1 Corintios 13:1–3 de los que llegan a extremos de maravillas y aparente abnegación, pero de nada les sirve por falta de amor, mientras que *«el que ama a Dios es conocido por Él»* (1 Co. 8:3), y aquellos cuyos nombres están escritos en los cielos jamás perecerán (Jn. 10:28), pues son ovejas de Cristo, a las que Él ha dado vida eterna. *El amor genuino es un camino más excelente que el hablar en lenguas* (v. 1 Co. 12:31; 13:1).

4. A continuación, Jesús eleva al Padre una fervorosa acción de gracias (vv. 21–22). Esto lo vimos ya en Mateo 11:25–27, pero en Lucas se introduce con la frase: *«En aquella misma hora, Jesús se regocijó en el Espíritu Santo»*. El regocijo de Cristo ante la evidencia del poder ejercido por los discípulos en Su nombre es un regocijo interior, sólido y muy sustancial, como provocado por el Espíritu Santo (comp. con Gá. 5:22) y fue movido, junto con ese regocijo, a dar gracias, alabar y reconocer al Padre, porque, así como la *alabanza agradecida* es el lenguaje genuino del *gozo santo* así también el *santo regocijo* es la raíz y fuente de una *gratitud llena de alabanza*, o de una alabanza llena de gratitud. Por dos cosas alaba y reconoce Jesús al Padre:

(A) Por lo que ha sido revelado por el Padre mediante el Hijo: *«Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra»* (v. 21). Ahora bien, lo que es para Jesús motivo de alabanza y reconocimiento al Padre es: (a) Que los designios de Dios en cuanto a reconciliar consigo al mundo, fueron revelados a algunos hombres que fuesen idóneos para enseñarlos también a otros (v. 2 Ti. 2:2). (b) Que habían sido revelados *a niños*, a gente sencilla e iletrada, pero receptiva a la enseñanza del Espíritu Santo (comp. con 1 Co. 1:18–29). Tenemos motivo para alabar y dar gracias a Dios, no tanto por el honor que ha conferido a niños, cuanto por el honor que ha dado a Su santo nombre al perfeccionar Su poder en la debilidad (v. 2 Co. 12:9). (c) Que, mientras estas cosas habían sido reveladas a niños sencillos, *habían quedado ocultas a los sabios y entendidos* como eran los filósofos griegos y los rabinos judíos. Para éstos, el Evangelio era locura y escándalo; por eso, no estaban dispuestos para recibir estas cosas ni ser comisionados para proclamarlas a otros. Pablo había sido instruido entre los sabios y entendidos pero cuando se convirtió al Señor y fue hecho Apóstol, llegó a ser como niño en Cristo y *no quiso saber otra cosa que a Cristo, y a éste crucificado* (1 Co. 2:2, 4). (d) Que Dios obró así en función de Su perfecta y santa soberanía: «Sí, *Padre, porque así fue de tu agrado»*. Si Dios se complace en otorgar Su gracia y el conocimiento de Su Hijo a quienes parecen ser los menos indicados según el criterio de los hombres, y negárselos a quienes nosotros pensaríamos que podrían desempeñar con mayor brillantez y éxito el ministerio de la proclamación del Evangelio, hemos de someternos al criterio de Dios, que está infinitamente por encima del nuestro (Is. 55:89). Dios escoge encomendar la predicación del Evangelio en manos de quienes, *con el poder divino*, podrán mover los corazones a la fe y al arrepentimiento, más bien que a quienes, *con la humana habilidad*, podrán solamente mover las lenguas a la admiración y alabanza de su propia oratoria (comp. con 2 Ti. 4:1–5).

(B) Por la secreta comunicación entre el Padre y el Hijo (v. 22). Vemos: (a) la absoluta confianza que el Padre tiene en el Hijo: *«Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre»*. En Cristo habitaba corporalmente toda la plenitud de la Deidad (Col. 2:9), y de esa plenitud habían de derivarse la gracia y la verdad de Dios (Jn. 1:14, 16–18) para todos los hijos de Dios. Jesús es el gran comisionado para todos los asuntos que pertenecen al reino de Dios; (b) la perfecta comprensión recíproca del Padre y del Hijo: *«Nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre, ni quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar* (v. 22b) *por medio del Espíritu Santo»* (1 Co. 2:10).

5. Dijo también a los discípulos cuán felices eran ellos por habérseles revelado estas cosas (vv. 23–24). *«Volviéndose a los discípulos, les dijo aparte»*, lo cual demuestra que otros estaban también presentes, pero que las palabras que siguen a continuación iban dirigidas solamente a los discípulos, pues a ellos les habían sido reveladas estas cosas para que ellos las proclamaran a otros. (A) Les dice: *«Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros estáis viendo»*. Aunque el simple conocimiento intelectual de las cosas de Dios no salva, sí es cierto que dirige al hombre por el camino de la bienaventuranza. (B) Les declara también la ventaja de que disfrutan en comparación con los que les han precedido: *«Porque os digo que muchos profetas y reyes* (en Mt. 13:17 dice: "y *justos") desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que estáis oyendo, y no lo oyeron»*. El honor y la dicha de los santos del Nuevo Testamento excede con mucho a los del Antiguo, incluso al de *los profetas y reyes*. ¡Pensemos en Moisés, en Elías, en David! Lo que estos reyes y profetas conocían de la gracia de Dios en Cristo era sólo una sombra de las realidades que nos han sido reveladas en el Evangelio (v. Col. 2:17; He. 8:5; 10:1).

Versículos 25–37

Conversación de Jesús con un intérprete de la ley, sobre algunos puntos de conciencia que a todos nos conciernen, y de los que necesitamos que Cristo nos suministre la información correcta.

I. En efecto, para todos es de suprema importancia saber qué debemos hacer en esta vida, a fin de conseguir la vida eterna. Este intérprete de la ley le propuso a Cristo esta pregunta *«para probarle»* (v. 25). La conexión que Lucas establece al comienzo de esta porción: («Y *he aquí que …*) nos da a entender que este escriba, desconcertado por lo que acababa de oír de labios de Jesús (vv. 21–22) y teniéndose por experto en la Ley de Moisés, preguntó a Jesús con intención de ponerle a prueba: *«Maestro, ¿qué he de hacer para heredar* (lit. *"qué haciendo, heredaré") la vida eterna?»* (v. 25b). Si Jesús le prescribía algo que no estaba en la Ley, podría ser desacreditado por *añadir* a la ley; y si le prescribía algo que ya estaba en la Ley, podría objetársele que Su enseñanza era superflua. La pregunta en sí era excelente, pero la intención no era buena. No es suficiente la curiosidad por conocer las cosas de Dios, si no tenemos la firme resolución de obedecer la voluntad de Dios (v. Jn. 7:17). Veamos ahora:

1. Cuán sabia fue la respuesta de Jesús, pues condujo al escriba a la fuente misma de la que éste quería servirse para poner a prueba al Señor. Notemos también que, aun cuando Jesús conocía los pensamientos y las intenciones del corazón del escriba, no le contestó con indignación, sino con paciencia y mansedumbre, como lo requería la importancia de la pregunta, no la intención con que la preguntaba. Le responde con otra pregunta: *«¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?»* (v. 26). Cristo es un buen pedagogo, pues incita a que el alumno investigue por sí mismo. En este caso, la erudición misma que el escriba tenía acerca de la ley podía suministrarle la correcta respuesta. ¡Que practique lo que ya sabe, y no le faltará nada para poder obtener la vida eterna! Esto nos enseña a que estudiemos con ahínco la Palabra de Dios, yendo a Cristo en ella, para tener vida (v. Jn. 5:39–40). Estar bien pertrechado de la Palabra de Dios es la condición necesaria para conocer la salvación, para toda obra buena (2 Ti. 3:15, 17) para un testimonio convincente (2 Co. 2:15) y para una defensa apropiada de nuestra esperanza (1 P. 3:15).

2. El intérprete de la ley respondió correctamente a la pregunta de Jesús, al citar los dos mandamientos en que se resume toda la Ley (v. 27, comp. con Dt. 6:5 y Lv. 19:18, así como con Mt. 22:40, en el pasaje paralelo). No se refirió, como los fariseos, a las tradiciones de los ancianos, sino que se atuvo firmemente a la ley y al testimonio (Is. 8:20). Obsérvese, en el primer mandamiento, el aspecto de totalidad que comporta; no es suficiente darle a Dios una parte, aun cuando fuese la mejor parte, de nuestro corazón, de nuestra alma, de nuestras fuerzas y de nuestra mente, sino que el amor de Dios demanda *todo nuestro ser*. Al prójimo (a todo prójimo, no sólo al hermano en la fe) hay que amarle como a nosotros mismos (Mt. 7:12), pero a Dios hay que amarle y servirle con todo lo nuestro y por encima de todo.

3. Cristo, entonces, le tomó por la palabra «*y le dijo: Bien has respondido; haz esto y vivirás*» (v. 28), como si dijese: «Tu respuesta es correcta lo que necesitas es ponerla en práctica». En efecto ser *«oidores* (o lectores) *de la palabra, sin ser hacedores de ella,* es *engañarse a sí mismos»* (Stg. 1:22); es, en verdad, el peor de los engaños, porque es errar en *«lo único necesario»* (v. 42. Véase, de paso, en el comentario a este versículo, cómo el diablo engaña también a ciertos exegetas con respecto a su genuina interpretación).

4. El escriba, al oír esto, *quiso justificarse a sí mismo* (v. 29) pues pensó que Jesús intentaba darle a entender que él *no había cumplido* con lo que la Ley demandaba como lo más importante. Así que *para justificarse* de tal sospecha, preguntó a Jesús: ¿Y *quién es mi prójimo?* Jesús responde con una parábola con la que pone al descubierto cuán lejos estaba el escriba (¿y nosotros?) de cumplir con la ley del amor.

II. Examinemos de cerca, tanto esta última pregunta del intérprete de la ley como la respuesta que Jesús le da por medio de una parábola. En efecto, a todos nos interesa conocer bien *quién es nuestro prójimo.* El escriba no pide ninguna aclaración en cuanto al amor a Dios; pero, en cuanto al amor al prójimo estaría seguro de que había cumplido bien con esta norma, pues es probable que hubiera sido hasta entonces amable y respetuoso con todos los que le rodeaban. Obsérvese:

1. Cuán corrompida estaba la enseñanza de los maestros judíos en esta materia, pues no tenían por «prójimo» a quien no era de la nación judía; aunque viesen a un gentil en peligro de muerte, no darían un solo paso para salvarle la vida, al pensar que el mandamiento no les obligaba en este caso.

2. Cómo corrigió Cristo esta equivocada noción de «prójimo» y mostró, mediante una parábola, que cualquiera que se halle en caso de necesidad, sin importar su raza, clase social, nacionalidad, etc., debe ser tratado por nosotros como verdadero «prójimo», y que, a su vez, quien atiende a cualquiera que se halle en alguna necesidad, se comporta con él como verdadero «prójimo». Veamos, pues:

(A) Primero, la parábola misma, en la que se nos presenta a un judío en circunstancias muy penosas, y a un samaritano que le socorre de la mejor manera posible. Consideremos:

(a) De qué forma había sido tratado este pobre hombre por sus enemigos: *«Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto»* (v. 30). La inhumanidad de estos ladrones se echa de ver en que no se contentaron con robar al pobre hombre, sino que le golpearon bárbaramente hasta dejarlo *medio muerto,* y luego se marcharon sin prestarle ningún socorro, abandonándole así a una muerte segura. ¡Cuántos motivos tenemos para dar gracias a Dios por habernos preservado de la violencia de ladrones y salteadores!

(b) De qué forma fue tratado este hombre por quienes deberían haber sido sus amigos, los que pasaron cerca de él e hicieron la vista gorda para no prestarle ningún socorro; el uno era un sacerdote; el otro, un levita; personas que profesaban santidad, cuyos oficios les obligaban a tener compasión y ternura con los demás, y que habían enseñado a otros (¿o no?) a cumplir con la ley del amor al prójimo. Muchas de las clases sacerdotales tenían su residencia en Jericó y, en consecuencia, recorrían a menudo el camino de Jericó a Jerusalén y viceversa; y lo mismo digamos de los levitas, los cuales asistían a los sacerdotes. Ambos, el sacerdote y el levita, *descendían por aquel camino y, viendo al herido, pasaban por el lado opuesto,* como si aparentasen que no le habían visto.

(c) De qué forma fue socorrido y ayudado este pobre hombre por un *extranjero ¡un samaritano!* de quien menos podía esperarse ayuda para un judío (v. Jn. 4:9). El sacerdote y el levita habían endurecido su corazón contra uno *de su propia nación,* pero este samaritano tuvo *un corazón tierno, «fue movido a compasión»,* hacia un *extranjero,* pues vio en él, no a un judío, sino a un hombre en necesidad urgente, y, aunque él era samaritano, había aprendido a *honrar a todos* (1 P. 2:17), y a socorrer aun a los enemigos (Pr. 25:21–22). Pero no se limitó a tener compasión del herido, sino que *«acercándose* (¡qué contraste con el sacerdote y el levita, que *se pasaron al otro lado!), vendó sus heridas,* e hizo uso de sus propios lienzos, *echándoles aceite y vino* que llevaría como provisiones; le echó vino para lavar la herida, y aceite para suavizarla y cerrarla. No se contentó tampoco con esto, *sino que, «poniéndole sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un mesón* y *cuidó de él»* (vv. 33–34). Podemos suponer que este samaritano iba de viaje por algún asunto o negocio que tenía que solventar; sin embargo, no tuvo empacho en diferir el asunto que le llevaba a la ciudad (quizás, ofrendar en el templo), pues vio claro que el hacer misericordia era más urgente que cualquier otro asunto, incluido el ofrecer sacrificio a Dios. Además, él hubo de marchar a pie, y todavía *llevó al herido a una posada y cuidó de él durante aquel día* como si fuera un hijo suyo (v. 34). ¿Podía hacer más por el herido? Sí y lo hizo: «*Al partir al día siguiente, sacó dos denarios* (pago más que suficiente para lo que cobraban entonces los mesoneros), y *los dio al mesonero, y le dijo: Cuídale y todo lo que gastes de más,* yo (enfático en el original) *te lo abonaré cuando regrese»* (v. 35). Esto es lo más que habría podido hacer un amigo íntimo o un familiar; pero quien lo hace aquí es un *extranjero, un samaritano,* de quien sólo habría de esperarse odio y venganza.

Desde muy antiguo, se ha hecho de esta ilustración una alegoría para explicar que el herido es cada uno de nosotros, maltrechos por el pecado; el sacerdote y el levita representan a la Ley; y el Buen Samaritano es nuestro bendito Salvador, que tiene compasión de nosotros y emplea para curarnos las riquezas de Su gracia, etc. Todo esto es mucha verdad y parece muy bello, pero es totalmente ajeno al contexto en que el propio Señor lo situó, y hasta puede ser una fácil evasiva del deber que Jesús quiso subrayar (v. 1 Jn. 4:20).

(B) Veamos ahora la aplicación personal de la ilustración o parábola: (a) La verdad en ella implicada la saca el Señor de la propia boca del escriba, pues le dice: *«¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?»* (v. 36), es decir, ¿quién hizo aquí el papel de «prójimo»? El intérprete de la ley, al ser judío, no se atrevió a responder: «El samaritano»; pero no tuvo más remedio que reconocer que el samaritano *«al que usó de misericordia con él»;* con el herido ¡que era judío! (b) Jesús, con base en esta misma respuesta, pudo entonces imprimir fuertemente en la conciencia del escriba no sólo quién era su prójimo, sino también, de quién tenía él que ser buen prójimo: *«Entonces Jesús le dijo: Ve, y haz tú lo mismo»* (v. 37). Si un samaritano obra bien al socorrer a un judío que se halla

en apuros, ciertamente no hará bien un judío que rehúse socorrer a un samaritano que se halle en condiciones similares. «Por tanto—viene a decirle—, haz tú lo mismo que hizo el samaritano cuandoquiera se te ofrezca la oportunidad: muévete a compasión, muéstrala prácticamente a quienes estén en necesidad, y hazlo con alegría y generosidad, aunque se trate de alguien que sea un extranjero.

El intérprete de la Ley pensaba que, con su pregunta, iba a poner a Jesús en un aprieto, pero el Señor le envió a aprender a la escuela de un samaritano. La lección va para cada uno de nosotros y, especialmente, para los «intérpretes de la ley».

Versículos 38–42

I. Visita que Jesús hizo a las hermanas de Lázaro: *«Aconteció que yendo ellos de camino* (Jesús y los Doce), entró Él (Él solo, no los Apóstoles) *en una aldea, y una mujer llamada María le recibió en su casa»* (v. 38). Vemos, pues, que:

1. Jesús, y Él solo, como se ve claramente en el original, entró en la aldea, mientras los discípulos proseguirían su camino. Aunque Lucas no nos da el nombre de la aldea, es seguro que se trata de Betania, pues es allí donde las hermanas vivían con su hermano Lázaro, a quien tampoco se nombra aquí, porque no hace al caso en la lección del episodio. Jesús recorría ciudades y aldeas, y tanto en unas como en otras tenía amigos, lo mismo que enemigos.

2. Marta fue la que le salió a recibir (comp. con Jn. 11:20), lo que denota su temperamento activo y extravertido. Jesús amaba a esta familia (Jn. 11:5) y parece ser que les visitaba con alguna frecuencia. Por lo de «*su casa»*, algunos autores opinan que era la esposa de Simón el leproso (comp. con Mr. 14:3); otros, que era viuda. Pero el texto no da indicios ni de lo uno ni de lo otro. Aunque por este tiempo era muy peligroso tener mucha amistad con Jesús, esta mujer (toda la familia) tenía para Jesús un aprecio tal, que no les importaba el peligro que estas visitas les pudieran acarrear. Esta buena disposición de estos amigos era, sin duda, un consuelo para Jesús, cuando eran tantos los que le rechazaban.

II. La atención con que María, la hermana de Marta, escuchaba la palabra de Cristo (v. 39). 1. *«Oía su palabra.»* Parece ser que Jesús, tan pronto como entró en casa de Marta, se dedicó a Su gran obra de predicar el Evangelio. Un buen sermón nunca se hace malo por el mero hecho de ser predicado en una casa. Y, puesto que Cristo está presto para hablar, nosotros debemos estar prestos para oír. María *se sentó* para oír, lo que denota su interés en prestar atención. Su mente estaba dispuesta y su corazón estaba resuelto, no sólo a captar alguna palabra que otra, sino a recibir todo cuanto Cristo pronunciara. Si nos sentamos ahora a los pies de Cristo para oír, también nos sentaremos en breve con Él en Su trono para reinar.

III. La preocupación de Marta por los quehaceres de la casa. *«Pero Marta se preocupaba con muchos quehaceres»* (v. 40), y por esta razón no estaba a los pies de Cristo como María. Las amas de casa conocen el cuidado y el afán que debe haber cuando se trata de atender a un invitado de alto rango. Obsérvese:

1. Algo digno de *encomio,* que no debe ser pasado por alto pues indica un gran respeto hacia el Señor Jesús. Marta se preocupaba, no precisamente por ostentación, sino por mostrar, del mejor modo posible, su afecto hacia el Maestro. Es un deber de las amas de casa atender debidamente a las faenas de la casa. La afectación exterior y el afán de comodidad son la causa de que los asuntos familiares sean tratados con negligencia o totalmente descuidados.

2. Algo digno de *reprensión,* porque la preocupación de Marta era excesiva. Tenía tanto interés en que el servicio material al Señor fuese espléndido, que esto le distraía de cosas más importantes. La ocupación es prudente y obligatoria, pero la preocupación es necia y hasta pecaminosa, pues denota agitación interior y falta de confianza en la providencia de Dios. Si hubiese disminuido algo del *«mucho servicio»* (lit.), pronto habría estado a los pies de Jesús como su hermana.

IV. La queja de Marta a Jesús acerca de la actitud de su hermana: *«Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude»* (v. 40b). Aquí podemos ver:

1. Que este modo de hablar de Marta mostraba su exceso de preocupación por las cosas materiales. Este exceso de preocupación sobre cosas del mundo es con frecuencia la causa de disturbios familiares y de contiendas entre parientes. Al estar enfadada con su hermana Marta apelaba a Cristo con el deseo de que también Jesús estuviese de acuerdo con ella y justificase su enfado. Es como si deseara que todos, tanto su hermana como Jesús, participaran de su preocupación. La disposición constante a apelar a Dios no significa que la persona tenga siempre razón; por consiguiente, hemos de estar sobre aviso, no sea que en algún momento esperemos que Cristo tenga por buenas nuestras querellas injustas e infundadas. Cuando Dios nos impone alguna carga, hemos de echar toda nuestra preocupación sobre Él (v. 1 P. 5:7), pero no las necias preocupaciones que nosotros mismos nos creamos.

2. Que este modo de hablar mostraba también un gran desprecio de la piedad y devoción de María. En vez de recibir alabanza de Marta por su actitud piadosa, María recibe reproche. Y no sólo María, sino el mismo Señor es también implicado en el reproche de Marta. No es un caso raro el que quienes son celosos por las cosas de Dios encuentren, no sólo oposición de parte de sus enemigos, sino también reproche y censura de parte de sus amigos y familiares.

V. La reprensión que Jesús dio a Marta por su excesiva preocupación: *«Marta, Marta, estás preocupada y acongojada con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria»* (vv. 41–42). Vemos:

1. Que Jesús, a pesar de ser el huésped de Marta, la reprende: *«Yo reprendo y corrijo a todos los que amo»* (Ap. 3:19). Los más amados de Cristo, si hacen algo impropio, pronto escucharán Su voz de reproche.

2. Que, al reprender a Marta, Jesús la llamó dos veces por su nombre. Siete veces ocurre esto en las Escrituras, cuatro veces en el Antiguo Testamento (Gn. 22:11; 46:2; Éx. 3:4; 1 S. 3:10) y tres en el Nuevo (Lc. 10:41; 22:31; Hch. 9:4); y siempre va acompañada de un mensaje solemne dicha repetición. Aquí indica la justa y honda preocupación de Jesús por la injusta y excesiva preocupación de Marta, ya que tal actitud de Marta no era buena para su salud espiritual. Quienes se dejan atrapar por los cuidados de esta vida, difícilmente se dejan desligar de tal peligro.

3. Que Cristo reprocha a Marta, no sólo por la intensidad de su afán *(«estás preocupada y acongojada»),* sino también por la extensión de su afán *(«con muchas cosas»).* ¡Pobre Marta! La excesiva preocupación le ocasiona congoja, y la congoja le ocasiona enfado y mal humor. Un poco menos de servicio habría sido mucho mejor para la paz de su alma. Por desgracia, es un defecto común de los discípulos de Cristo el afán desordenado de activismo, tanto con respecto a cosas materiales como a las cosas mismas del Señor. El precio que pagan por ello es, a veces, muy alto, puesto que dañan su propia salud física y mental, con lo que se incapacitan para servir al Señor y a los hermanos como es debido.

4. Lo que agravaba el pecado y la necedad de Marta es que *«sólo una cosa es necesaria»* (v. 42). Lo único necesario no es «un solo plato», como algunos opinan sin razón alguna, sino precisamente lo que María *había escogido:* sentarse a los pies de Cristo para escuchar Su palabra. La comunión con el Señor es lo único necesario, sin lo cual nada hay suficiente. Las «muchas cosas» tienden a dividir el corazón, mientras que la piedad tiene un poder unificante. El caso es que las *muchas cosas* que turbaban a Marta no eran necesarias, mientras que descuidaba lo *único necesario.* El cuidado de Marta era justo y bueno en su propia sazón y medida; pero su actual preocupación, no sólo era desmedida, sino también inoportuna. Esperaba Marta que Jesús reprendiera a María por no hacer lo que ella hacía, pero Jesús la reprendió por no hacer lo que María hacía. Día vendrá en que Marta deseará haber hecho lo que hizo su hermana. Aprendamos nosotros la lección ahora, pues aún estamos a tiempo.

VI. Finalmente tenemos la aprobación de Cristo a la devoción de María: *«María ha escogido la parte buena».* En efecto:

1. María había dado preferencia a lo que realmente la merecía, porque *sólo una cosa es necesaria,* y ella había preferido precisamente esa única cosa necesaria. La piedad sincera es una cosa necesaria; más aún, es la única cosa necesaria, pues es la única que nos acompañará hasta la otra vida.

2. Por consiguiente, María había obrado prudentemente con respecto a sí misma, y Cristo la vindica contra las querellas de su hermana. Tarde o temprano la elección de María quedará justificada, como lo será la de todos aquellos que escojan lo mismo que ella escogió. No sólo vindicó Jesús a María, sino que la aplaudió por su sabiduría al escoger *la parte buena,* ya que escogió, al recibir en su corazón la palabra

de Jesús, un camino mejor de honrar y agradar a Cristo que el que escogió Marta proveyendo para el sustento material del Señor. Por donde vemos que: (A) Una *parte* con Cristo es una *buena* parte, porque es buena para el alma por toda la eternidad. (B) Es una parte que *«no le será quitada»,* porque *nada puede separarnos del amor de Cristo* (Ro. 8:39), y de nuestra parte en ese amor. Ni hombres ni demonios *pueden* arrebatárnosla, y Dios y Cristo *no quieren* quitárnosla. (C) Es señal de sabiduría, y cumplimiento de obligación, de parte de cada uno de nosotros escoger esa buena parte. María tuvo en su mano el escoger entre ser partícipe de la preocupación de Marta y adquirir reputación de una excelente *ama de casa,* o sentarse a los pies de Cristo y mostrar su condición de *celosa discípula,* y, de la elección que hizo en este punto, Cristo encomia su actitud fundamental constante.

CAPÍTULO 11

En este capítulo, Jesús enseña a Sus discípulos a orar; refuta la imputación blasfema de los fariseos, quienes le acusaban de expulsar los demonios por medio de un pacto con el príncipe de los demonios. Muestra también que el honor de ser un obediente discípulo Suyo es mayor que el de ser su propia madre. Reprocha después a los hombres de aquella generación su infidelidad y su obstinación. Finalmente, redarguye a fariseos y escribas con seis ayes, semejantes a los seis ayes de *Isaías 5.*

Versículos 1–13

La oración es uno de los grandes deberes de todo hombre religioso, por lo que uno de los mayores objetivos del cristianismo es ayudarnos a orar, y mostrarnos la obligación de hacerlo, e instruirnos sobre el modo de hacerlo y estimulándonos a sacar provecho de tan excelente gracia.

I. Hallamos a Jesús *orando en un lugar* (v. 1). Lucas menciona más que ningún otro evangelista la frecuencia de las oraciones de Cristo: Cuando fue bautizado, estuvo *orando* (3:21); *«se retiraba con frecuencia a los lugares solitarios para orar»* (5:16); *«salió al monte a orar y pasó la noche entera en oración a Dios»* (6:12); *«mientras Jesús oraba aparte»* (9:18); poco después, *«subió al monte a orar. Y entretanto que oraba …»* (9:28–29); y aquí le vemos *«orando en un lugar»*.

II. Sus discípulos le pidieron que les enseñara a orar: *«Cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar»*. No querían molestarle mientras oraba; por eso, acudieron con la petición cuando terminó de orar. Aun cuando Cristo está dispuesto a enseñarnos, desea que se lo pidamos, pues así le mostramos nuestro interés y que somos conscientes de nuestra necesidad.

1. Su petición es, pues: *«Señor, enséñanos a orar»*. Los verdaderos discípulos de Cristo han de acudir a Él para que les instruya sobre la oración. La frase misma: *«Señor, enséñanos a orar»* es ya en sí, una buena oración y, por cierto, muy necesaria, pues no es cosa fácil orar *bien;* y solamente Jesucristo mediante Su palabra y el Espíritu Santo, puede enseñarnos a orar (v. Ro. 8:26–27). La oración es una gracia que se obtiene pidiéndola.

2. Y añaden: *«Como también Juan enseñó a sus discípulos»*. Juan el Bautista se preocupó de enseñar a sus discípulos a orar y los de Cristo desean también que el Maestro les enseñe como Juan hizo con los suyos. Mientras que las oraciones de los judíos consistían generalmente en adoraciones, alabanzas a Dios y doxologías, Juan enseñó a sus discípulos a orar también en forma de peticiones. Eso es lo que vienen los discípulos de Jesús a decirle a su Maestro: «Señor enséñanos a orar en forma que añadamos peticiones a las bendiciones al nombre de Dios a las que estamos acostumbrados desde la niñez». Y vemos que, en efecto, Cristo les enseña una oración que consta únicamente de peticiones y en la que se omite toda doxología, e incluso el *Amén.*

III. Cristo les instruyó a este respecto conforme a la norma que ya había apuntado en el Sermón del monte (Mt. 6:9 y ss.). Todo lo que pudieran pedir se encuentra resumido en estas pocas frases, como en breves epígrafes que ellos podrían después rellenar con sus propias palabras.

1. Hay algunas diferencias en esta oración, entre la forma en que aparece aquí y en Mateo. Así, en la cuarta petición, dice en Mateo (6:11): *«Danos hoy nuestro pan cotidiano»*. En Lucas dice literalmente: *«Continúa dándonos cada día nuestro pan cotidiano»* con lo que se expresa mejor nuestra continua dependencia de Dios en cuanto a nuestro sustento como los hijos con respecto a sus padres. De este modo, podemos hallarnos cada mañana ante una perspectiva siempre nueva en el cumplimiento de nuestras obligaciones conforme lo requiere *cada día*, puesto que recibimos de Dios también el sustento y la gracia cotidianos, conforme lo requiere la necesidad de *cada día.* También encontramos alguna diferencia en la quinta petición. En Mateo (6:12), dice: *«Y perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos …».* En Lucas, dice: «*Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos …»*. Éste es un buen requisito para obtener el perdón y, si Dios ha obrado en nosotros esa gracia, podemos apelar a ella para dar mayor fuerza a nuestra petición para que Él nos perdone también a nosotros; como si le dijéramos: «Señor, perdónanos, ya que Tú nos has puesto en el corazón el perdonar a *todos los que nos deben»*. Aquí vemos también otra pequeña diferencia entre Mateo y Lucas, pues en Mateo leemos: *«a nuestros deudores»,* en general, mientras que en Lucas se especifica: *«a todo el que nos debe»* (lit.). También se omiten en Lucas la doxología y el *Amén* que muchos MSS traen en Mateo, como si en Lucas quisiera dejar un cierto vacío que los cristianos hemos de llenar con un «gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

2. No obstante, la sustancia de la oración es la misma en ambos evangelistas; y de ella vamos a deducir aquí algunas lecciones generales:

(A) Que en la oración debemos llegarnos a Dios como los hijos al *Padre*, un Padre común de todos cuantos hemos llegado a ser Sus hijos (Jn. 1:13; Ro. 8:14 y ss.; etc.). La idea, tan corriente, de que Dios es Padre de todos los hombres es totalmente contraria a las Escrituras (v. por ej. Jn. 8:41–44).

(B) Que, al mismo tiempo y en las mismas peticiones que dirigimos a Dios a favor nuestro, hemos de incluir a todos cuantos son, como nosotros, *hijos de Dios*, puesto que Jesús nos enseñó a pedir: *«Padre nuestro …»,* no: *«Padre mío»*. Un principio fundamental de *amor católico*, es decir, universal, debe animar nuestro corazón cada vez que recitamos la oración que el Señor nos enseñó.

(C) Que, para robustecer en nosotros el hábito de dirigir nuestros pensamientos al Cielo (comp. con Col. 3:1–3), hemos de dirigir allá los ojos de la fe, ya que hablamos a *nuestro Padre que está en los Cielos.*

(D) Que en nuestra oración hemos de *buscar primero el reino de Dios y su justicia*, y dar honor a Su santo nombre y al poder de Su justo gobierno. ¡Oremos que tanto Su honor como Su poder se manifiesten más y más!

(E) Que los principios y las prácticas del mundo invisible (al que, por tanto, sólo *por fe* podemos llegarnos de momento) son el gran original—o *arquetipo*—al que debemos desear que se ajusten más y mejor los principios y las prácticas del mundo visible; ya que la frase *«como en el cielo, así también en la tierra»* puede aplicarse a las tres primeras peticiones.

(F) Que quienes fiel y sinceramente tienen el pensamiento ocupado en las cosas de Dios pueden esperar humildemente que *todas las demás cosas les serán añadidas* (Mt. 6:33) y orar así con fe segura por ellas. Si nuestro principal deseo es que el nombre de nuestro Padre sea santificado, que venga Su reino y que se cumpla Su santa voluntad, podemos también acudir con toda confianza al trono de la gracia (He. 4:16) a pedir a Dios que nos conceda lo necesario para el sustento cotidiano.

(G) Que en nuestras oraciones por las bendiciones temporales hemos de ser moderados y ajustarnos a las necesidades de cada día, pues *«le basta a cada día su propio mal»* (Mt. 6:34) y, por otra parte, al pedir el pan de cada día reconocemos nuestra constante dependencia del Padre Celestial.

(H) Que los pecados son deudas que contraemos cada día y por las que, por consiguiente, hemos de orar cada día que se nos perdonen. Cada día aumenta nuestro déficit en la cuenta del pecado, y es un milagro de la divina misericordia el que se nos otorgue el denuedo necesario para acercarnos cada día al trono de la gracia para orar por el perdón de los pecados que, en nuestra debilidad, cometemos diariamente. Dios multiplica Su perdón mucho más allá de setenta veces siete.

(I) Que no tenemos ninguna razón para esperar que Dios nos perdone los pecados que cometemos contra Él, si nosotros no perdonamos sinceramente a quienes de alguna manera nos hayan afrentado o injuriado.

(J) Que la tentación al pecado debe infundirnos tanto temor como la ruina del pecado. Debemos, pues, orar a Dios que no seamos llevados a la tentación, como hemos de orar que seamos prevenidos de caer en pecado y, por el pecado, en la ruina que el pecado comporta (comp. con 1 Co. 8:11).

(K) Que hemos de depender de Dios para que nos libre de todo mal o, más bien, *del Malo,* de Satanás, aun cuando esta última frase, que vemos en Mateo 6:13, falta en bastantes e importantes MSS de Lucas. Con la oración, han de ir unidas la vigilancia (Mt. 26:41; Mr. 14:38) y la resistencia al diablo (Stg. 4:7). Imitemos al Señor Jesucristo en la forma con que venció las tentaciones del Maligno.

IV. Jesús nos estimula a ser importunos, fervientes y constantes en nuestras oraciones, pues nos muestra:

1. Que la importunidad obtiene buenos resultados en nuestro trato con los hombres (vv. 5–8). Propone el caso de un hombre que, en una súbita emergencia, se va a casa de un vecino a una hora intempestiva como es la medianoche, para rogarle que le preste una hogaza o dos de pan, no para él mismo, sino para un amigo que ha llegado sin avisar de su llegada. El vecino se resistirá a concederle el favor, porque le ha despertado con su llamada y le ha puesto de mal humor, y tendrá muchas razones para excusarse. Pero si el hombre continúa llamando e insiste en su petición y rehúsa marcharse de la puerta del vecino mientras no obtenga el favor que pide, el vecino se levantará de la cama y le concederá lo que le pide, aunque no sea más que por quitárselo de encima: *«Os digo que, aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo por su importunidad se levantará y le dará todo lo qué necesite»* (v. 8). Si así podemos prevalecer con los hombres por medio de nuestra importunidad, aunque ellos se incomoden, ¿cómo no prevaleceremos con Dios, quien está deseando que le importunemos? Este símil, pues, nos anima a orar:

(A) Nos enseña a dirigirnos a Dios con libertad y confianza, para pedirle lo que necesitemos, de la misma manera que un hombre va a casa de un amigo íntimo, de quien espera ayuda segura en un momento de apuro.

(B) Hemos de acudir en oración a Dios, a fin de pedirle algo *necesario,* como es el pan.

(C) Hemos de acudir a Él para pedir *por otros* también, no sólo por nosotros. El hombre del símil vino a pedir pan, no para sí, sino para un amigo. Nunca seremos mejor recibidos en audiencia ante el trono de la gracia que cuando vamos a pedir que Dios nos capacite para hacer bien a otros.

(D) Hemos de acudir a Él con mayor confianza cuando nos hallamos en un apuro en que no nos hemos metido por nuestra necedad y descuido, sino porque la providencia de Dios nos ha llevado a esa situación. Este hombre no habría necesitado el pan si no hubiese sido porque el amigo vino a él *inesperadamente.* En tales casos, la ansiedad que Dios pone en nuestro corazón podemos descargarla con toda confianza sobre Él. Si no contesta nuestras oraciones inmediatamente, lo hará a su debido tiempo si continuamos importunándole.

2. Que Dios ha prometido darnos lo que le pidamos. No sólo nos anima saber cuán bueno es, sino también que es fiel a Su palabra (vv. 9–10): «Y yo *os digo: Pedid, y se os dará …».* Lo tenemos aquí de los labios mismos de Jesús. Y no nos hemos de contentar con *pedir* sino que hemos de *buscar* también, y unir la acción a la plegaria; y, al pedir y buscar, hemos de continuar *llamando* a la misma puerta, y así prevaleceremos al final. *«Porque todo aquel que pide, recibe»,* aunque sea el menor de los creyentes, con tal que pida con fe. Esta importunidad consigue infalibles resultados cuando pedimos a Dios las peticiones que el propio Jesús nos enseñó (vv. 2–4).

V. Jesús nos estimula a orar con la consideración de que Dios es nuestro Padre. Así lo hace:

1. Apela a las entrañas de los padres de la tierra: *«¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra?; ¿o si pescado, en lugar de pescado, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?»* (vv. 11–12). Todos sabemos que sólo un padre degenerado o loco podría hacer con sus hijos tales barbaridades.

2. Aplica esto a las bendiciones de nuestro Padre Celestial: *«Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?»* (v. 13). En Mateo 7:11, dice: *«cosas buenas»;* pero aquí dice: *«el Espíritu Santo».* Obsérvese:

(A) La instrucción que nos da en cuanto a lo que hemos de pedir: Hemos de pedir que nos de *el Espíritu Santo,* no sólo como algo que necesitamos para *saber orar como conviene,* sino también como resumen de todas las cosas buenas por las que hemos de pedir.

(B) El ánimo que nos da en cuanto a la esperanza de una pronta respuesta a nuestras oraciones: *«Vuestro Padre Celestial dará …».* Está en Su *poder* darnos el Espíritu, y en Él darnos todas las demás cosas; pero está también en Su *promesa.* Si nuestros padres de la tierra, siendo *malos* (es decir, pecadores por naturaleza, no precisamente mal inclinados hacia los hijos) y débiles, saben y quieren dar cosas buenas a los hijos, cuánto más nuestro Padre de los cielos, infinitamente bueno y sabio, nos dará cosas buenas y, sobre todo, el mayor Don que tiene, que es el Espíritu Santo?

Versículos 14–26

La sustancia de estos versículos la tenemos en Mateo 12:22 y siguientes. Cristo ofrece aquí una prueba general de Su divina misión, mediante una prueba particular de Su poder sobre Satanás juntamente con un anticipo del éxito de tal empresa. Le vemos aquí que expulsa a un demonio que había dejado *mudo* al pobre poseso. En Mateo se nos dice que era *ciego y mudo.* Tan pronto como el demonio fue echado fuera por la palabra de Cristo, el mudo habló y sus labios se abrieron para expresar sus alabanzas a Dios.

I. Algunos fueron *afectados* positivamente por este milagro. *«La gente se maravilló»* (v. 14). Admiraban el poder de Dios.

II. Otros se *ofendieron* del milagro y sugerían que Jesús había hecho esto en virtud de una especie de confederación con el príncipe de los demonios (v. 15). Algunos, para corroborar esta sugerencia y confrontar la evidencia del poder milagroso de Cristo le retaban a que les diese una *«señal del cielo»* (v. 16) en confirmación de Su poder y de su doctrina. Como si una señal del cielo no pudiera serles dada también en connivencia o pacto con el príncipe de la potestad del aire. La incredulidad obstinada siempre hace por hallar una excusa, por absurda y frívola que sea. Cristo les responde plena y directamente, mostrándoles:

1. Que un ser tan astuto como Satanás jamás podría llegar a firmar un pacto que condujese directamente a la ruina de su propio imperio (vv. 17–18). Jesús conocía *los pensamientos de ellos,* aun cuando trataban de ocultarlos y viene a decirles: «Vosotros mismos no tenéis más remedio que admitir la falta absoluta de fundamento de vuestra suposición, pues es un proverbio comúnmente aceptado que ninguna empresa internamente dividida puede subsistir y permanecer, ni la empresa pública de un reino ni la empresa privada de una casa o familia: cualquiera de las dos que esté dividida contra sí misma, caerá y será arruinada completamente. Por tanto, si Satanás entra en un pacto que tiende a que su poder sobre los hombres se acabe, él mismo está acelerando su propia ruina».

2. Que sólo la mala voluntad de ellos podía achacar a pacto con Satanás por parte de Jesús aquello mismo que ellos aplaudían y admiraban en otros de su misma nacionalidad (v. 19): *«Pues si yo echo fuera los demonios por Beelzebú, ¿por quién los echan vuestros hijos fuera?»* Como si dijese: «Algunos de vuestros familiares y seguidores se han dedicado a expulsar demonios en el nombre del Dios de Israel, y nunca les habéis imputado tal coalición infernal». Nótese que es una gran hipocresía condenar en quienes nos reprenden lo mismo que aplaudimos en quienes nos adulan.

3. Que, al oponerse a ser convencidos por este milagro, se hacían enemigos de sí mismos, pues rehusaban recibir el reino de Dios (v. 20): *«Mas si por el dedo de Dios echo yo fuera los demonios, entonces el reino de Dios ha llegado a vosotros».* En Mateo 12:28 dice: *«En virtud del Espíritu de Dios».* Por donde vemos que al Espíritu Santo se le llama *«el dedo de Dios»* (com. con Éx. 8:19). En efecto, los dedos son la parte del brazo con la que agarramos los objetos y ejecutamos toda clase de labores, lo cual se aplica muy apropiadamente a la tercera persona de la Deidad, que ha sido justamente apellidada «agente ejecutivo de la Santísima Trinidad». El dedo indica también el *arte,* más bien que la *fuerza,* para obrar. Satanás no necesita la potencia del brazo de Dios para ser desposeído de su dominio; basta con un ligero toque del dedo de Dios para destruir su imperio. Como dice el Apóstol Juan: *«Mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo»* (1 Jn. 4:4).

4. Que el expulsar a los demonios era realmente la destrucción del poder y del dominio de Satanás (vv. 21–22). El hecho de que Jesús arrojase al demonio daba a entender que era *más fuerte* que él y que,

por tanto, podía arrojarle, no por consentimiento de Satanás, sino *por la fuerza*. Esto tiene aplicación, no sólo a las victorias que Cristo obtuvo sobre Satanás en este mundo, sino también a las que obtiene sobre el mismo Satanás en el corazón de los seres humanos tanto arrebatándole presas por medio de la conversión de pecadores perdidos, como robusteciendo a los creyentes contra las tentaciones diabólicas. Observemos aquí:

(A) La miserable condición de un pecador inconverso: En su corazón, hecho para ser templo de Dios, Satanás tiene su palacio; y todos los poderes y las facultades del alma son *bienes* del diablo. El diablo, *fuerte armado, guarda su palacio,* para disfrutar en paz de sus posesiones. Todos los prejuicios con que el diablo endurece el corazón de los hombres contra la verdad y la santidad son como *baluartes* que erige para guardar su palacio. Hay una especie de falsa *paz,* de necia seguridad, en el palacio de una persona inconversa, cuando el diablo ha tomado posesión de ella. El pecador suele tener buena opinión de sí mismo, trata de gozar de la vida presente y olvidarse de lo que pueda sucederle después de la muerte. Antes de la venida de Cristo, todo parecía estar en paz, porque todos y todo iban por el mismo camino; pero la predicación del Evangelio perturba la paz del palacio de Satanás.

(B) El cambio maravilloso que se opera en la conversión. Satanás está fuertemente armado, pero Cristo es más fuerte que él, cae sobre él por sorpresa y le desposee de todos sus bienes. Véanse las pruebas de esta victoria: Primero *«le quita todas sus armas en que había confiado»* (v. 22). Cristo desarma a Satanás. Cuando el poder del pecado y de la corrupción es quebrantado en un alma, se le quitan las armas a Satanás. En segundo lugar, Cristo *«reparte el botín»* (v. 22b, comp. con Ef. 4:8); toma posesión de los bienes, pues todas las facultades del alma y todos los órganos del cuerpo quedan dedicados ahora al servicio del Señor; más aún, hace un reparto entre Sus seguidores y otorga a todos los creyentes el beneficio de tal victoria.

(C) De aquí infiere el Señor Jesús que, puesto que el objetivo de Su doctrina y de Sus milagros era quebrantar el poder de Satanás, todos tienen el deber de unirse a Él para recibir el Evangelio y comprometerse con todo lo que el Evangelio comporta; porque, de lo contrario, justamente serán reconocidos como pertenecientes al bando del adversario: *«El que no está conmigo, contra mí está»* (v. 23).

5. Que hay una gran diferencia entre el *marcharse* el demonio por la puerta y el *ser expulsado* por la fuerza. Cuando el Señor echaba fuera los demonios, éstos nunca regresaban, así seguían el mandato del Señor (v. Mr. 9:25); mientras que, cuando se va por diferentes motivos, tan pronto como halla oportunidad de regresar, vuelve a entrar en el poseso (vv. 24–26). Cristo, al derrotar al enemigo *totalmente,* le derrota *definitivamente.* Tenemos:

(A) La condición del *hipócrita,* con su lado *claro y su* lado *oscuro.* Su corazón es todavía *casa de demonios,* sin embargo, (a) el espíritu inmundo *se ha marchado;* no ha sido echado, sino que se ha ido por algún tiempo, de manera que el hombre no parece estar bajo el poder de Satanás como lo estaba anteriormente; (b) la casa está *barrida* de notorias poluciones por medio de una reforma parcial, superficial. La casa está *barrida,* pero no está *fregada.* Un barrido quita solamente la suciedad que está suelta pero deja intacta la que está sólidamente apegada al corazón. La casa está barrida de la suciedad que aparece a los ojos del mundo, pero no está limpia de los ocultos pecados que anidan en los íntimos recovecos del alma; (c) la casa está *en orden* con los dones y gracias que son comunes a creyentes confesantes y a hipócritas profesantes, pero no está amueblada con ninguna gracia genuina, sino con cuadros y retratos de todas las gracias; todo es pintura y barniz, sin realidad interior y permanente. La casa está en orden, pero no ha cambiado de dueño, porque nunca ha sido realmente entregada a Cristo.

(B) La condición del *apóstata,* en quien el demonio ha vuelto a entrar después de haberse marchado: *«Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él»* (v. 26). Éstos entran sin ninguna dificultad ni oposición. La naturaleza aborrece el vacío; cuando el corazón humano parece estar reformado, como una casa bien barrida y en orden, está pidiendo un inquilino; si el demonio se marcha, debe ser habitada por el Espíritu Santo; porque, de lo contrario el diablo volverá con mayor poder. No hay peor tragedia que la reincidencia en el pecado (v. 2 P. 2:20–22). Por eso, la hipocresía es el camino real hacia la apostasía: «*Y el estado final de aquel hombre viene a ser peor que el primero*». Las formas exteriores no se pueden guardar por tiempo indefinido. La hora de la «prueba» es la que «prueba» la falsa condición del hipócrita temporal y oportunista (v. Mt. 13:20–21; Mr. 4:16–17). El estado final de tales personas es siempre peor que el primero, tanto en cuanto al pecado como al castigo. Por eso, los apóstatas suelen ser los peores hombres, puesto que su conciencia está cauterizada, insensible a las llamadas de la

gracia, y su corazón está más endurecido en el pecado. En el día del gran Juicio *recibirán mayor condenación.*

Versículos 27–28

Esta porción no aparece en los otros evangelistas.

I. El aplauso que una mujer afectuosa, honesta y bien intencionada dio al Señor Jesús, al oír las enseñanzas tan excelentes: *«Mientras Él decía estas cosas, una mujer de entre la multitud levantó la voz,* sin poder contenerse de admiración, y *le dijo: Bienaventurado el vientre que te llevó, y los senos que te criaron* (lit. *que mamaste)»*. Como si dijese: «Cuán feliz debe de ser la mujer que te trajo al mundo y cómo me gustaría ser la madre de un hombre que *habla como jamás hombre alguno ha hablado* (v. Jn. 7:46), con tanta gracia del Cielo y con tanta bendición para la tierra». Ya la misma Virgen María había dicho que *todas las generaciones la llamarían dichosa* (1:48). Para todos los que creen la palabra de Cristo, la persona de Cristo es preciosa y de gran honor (v. 1 P. 2:7).

II. La ocasión que, con motivo de estas frases, aprovechó Cristo para declarar que *quienes oyen la palabra de Dios y la guardan son más bienaventurados* todavía que la mujer que le llevó en su seno y le crió: *«Bienaventurados más bien los que oyen la palabra de Dios, y la guardan»* (v. 28). Esta frase tenía por objeto, por una parte, poner a prueba la fe de la mujer, ya que ella ponía tanto énfasis en los aspectos corporales de Cristo; y, por otra parte, estimularla a ser tan bienaventurada como la propia madre de Cristo, si oía la Palabra de Dios y la guardaba. Verdaderamente son bienaventurados los que *guardan* la Palabra de Dios (comp. con Sal. 119:9). No fue el ser madre de Cristo lo que hizo bienaventurada a la Virgen María, sino su fe, su humildad, su obediencia y su meditación de las cosas de Dios. Al profetizar, cantó las alabanzas del Señor en 1:46–55 y, como fiel discípula de su propio Hijo, fue llena del Espíritu Santo el día de Pentecostés (Hch. 1:13–14; 2:1–4).

Versículos 29–36

I. Cuál es la *señal* que podemos esperar de Dios para *confirmación de nuestra fe.* La prueba más grande y más convincente de que Cristo era el Enviado de Dios fue Su resurrección de entre los muertos.

1. Vemos que Cristo reprocha al pueblo el que pidan otras señales diferentes de las que ya les habían sido mostradas copiosamente: *«Apiñándose las multitudes …»* (v. 29); era una vasta muchedumbre la que estaba escuchándole. Cristo sabía bien qué es lo que les traía a donde Él estaba: *«Buscan una señal»;* venían a contemplar algo muy espectacular de lo que pudiesen hablar y ponderar cuando volvieran a sus casas.

2. Pero Cristo les dice que *únicamente les será dada la señal de Jonás* el profeta, la cual simbolizaba y tipificaba la resurrección de Cristo (v. Mt. 12:39–40). Y, si esta señal no les convence, no pueden esperar otra cosa que una destrucción completa: *«El Hijo del Hombre lo será («una señal»;* vv. 29, 30) *para esta generación»;* una señal dirigida a ellos y *contra* ellos.

3. Con la promesa de la señal, Jesús les amonesta sobre la gravedad del pecado que están cometiendo: *«La reina del Sur* (la de Sebá; v. 1 R. 10:1 y ss.) *se levantará en el juicio con los hombres de esta generación y los condenará»* (v. 31); es decir, reprobará la falta de fe de ellos. Ella era extraña a los pactos de Israel, pero *«vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón»; no sólo para satisfacer su curiosidad, sino para adquirir información provechosa. «Y he aquí uno mayor que Salomón en este lugar.»* Con todo, estos perversos judíos no hacían caso alguno de lo que les decía el Mesías que se hallaba en medio de ellos. También los ninivitas se levantarán en el juicio y les condenarán, *«porque se arrepintieron ante la predicación de Jonás»* (v. 32), mientras que estas gentes no se arrepentían ante la predicación de Cristo. El contraste adquiere mayor relieve cuando se considera que Jonás sólo predicó *destrucción* (¡ni siquiera arrepentimiento!; v. Jon. 3:4), mientras que Cristo predicó arrepentimiento (Mr. 1:15) y vino a salvar lo perdido (19:10).

II. Cuál es la *señal* que Dios espera de nosotros como *evidencia* de nuestra fe y de una vida consecuente con la doctrina que profesamos creer:

1. Nosotros como ellos tenemos suficiente luz. Después de encender la antorcha del Evangelio, Dios no la puso en un lugar oculto ni debajo de un almud. Cristo no predicó en rincones secretos, sino en público y a plena luz. La luz del Evangelio está bien en alto como en un candelero, de modo que todos la puedan ver. Y es nuestra gran responsabilidad, no sólo recibirla, sino también vivirla de forma que los demás la vean a través de nosotros y glorifiquen al Padre Celestial.

2. Al tener suficiente luz, ellos querían *ver.* Pero por muy claro que aparezca un objeto, si el órgano de la visión no está sano, toda claridad será en vano: *«La lámpara del cuerpo es el ojo»* (v. 34). La luz del alma es la capacidad de discernir entre lo verdadero y lo falso, entre lo bueno y lo malo, entre lo conveniente y lo perjudicial. Es el Evangelio de la gracia de Dios lo que nos proporciona esta capacidad para distinguir los valores de las cosas y sacar provecho de este sano discernimiento (v. He. 5:14). Ahora bien:

(A) Si el ojo del alma es *sano* (lit. *sencillo,* es decir, de visión clara por el enfoque adecuado), si se dirige sólo a la *verdad* y procede de un corazón *dedicado* a Dios (no dividido entre dos señores), *todo el cuerpo* (¡toda la persona!) *está lleno de luz.* Si nuestra mente y nuestro corazón admiten la luz del Evangelio sin reservas y quedan llenos de ella, y no tienen parte de tinieblas (comp. con 1 Jn. 1:5 y ss.), *toda nuestra persona será luminosa, «como cuando una lámpara te alumbra con su resplandor»* (v. 36). Los creyentes, *«en otro tiempo éramos tinieblas, mas ahora somos luz en el Señor;* por tanto, *andemos como hijos de luz»* (Ef. 5:8); es decir, que la luz que somos se transparente en nuestra conducta. El Evangelio penetra en aquellas almas cuyas puertas y ventanas están abiertas de par en par para recibirlo.

(B) Pero si el ojo del alma es *maligno* (no está sano o la visión es doble), no es extraño que la persona entera se halle en tinieblas (v. 34). Por eso, advierte Cristo con toda seriedad: *«Mira pues, no suceda que la luz que en ti hay, sea tinieblas»* (v. 35). Seamos sinceros en nuestra búsqueda de la verdad, prestos a recibir sin obstáculos del corazón ni prejuicios de la mente la luz, el amor y el poder de las verdades divinas. ¡No seamos como los hombres de aquella generación a quienes Cristo predicaba! Los cuales nunca deseaban conocer la voluntad de Dios ni estaban dispuestos a ponerla por obra y, por consiguiente, no es de extrañar que anduvieran en tinieblas.

Versículos 37–54

En esta porción, Cristo declara aquí a un fariseo y a sus invitados, en conversación privada durante una comida, muchas de las cosas que dijo después en el templo al público (Mt. 23), ya que lo que decía en público coincidía con lo que decía en privado.

I. Vemos que Cristo se sienta a la mesa con un fariseo que muy cortésmente le había invitado a comer en su casa (v. 37). Desconocemos la intención de este fariseo al invitarle a comer pero, fuese la que fuese, Cristo la conocía. Si su intención era mala, pronto verá que Cristo no le teme; y, si es buena, verá que Cristo está deseando hacerle bien. Así que Jesús aceptó la invitación. Los discípulos de Cristo han de aprender de Él a ser sociables. Es cierto que debemos ser *cautos* para ver con quién nos juntamos, pero no necesitamos ser *rígidos* ni inabordables.

II. Vemos que el fariseo se ofendió porque Cristo *no se había lavado antes de comer* (v. 38). *Se extrañó* de que un hombre tan santo se sentase a la mesa sin haberse lavado antes las manos pues no cabe duda de que él y sus invitados se habían lavado las manos. La ley ceremonial consistía *«en diversas abluciones»* (He. 9:10), pero no incluía el lavarse las manos antes de comer y por consiguiente, Jesús no quiso observar esta práctica, aun a sabiendas de la ofensa que esta omisión había de producir.

III. La fuerte reprensión que Cristo dio a los fariseos:

1. Les reprende por dar tanta importancia a prácticas exteriores que son objeto de común observación, mientras descuidaban, y hasta anulaban, otras prácticas más importantes e interiores, que caen bajo la mirada exclusiva de Dios (vv. 39–40). Les hace ver:

(A) Lo absurdo de las prácticas que observaban: *«Vosotros los fariseos limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero vuestro interior está lleno de rapacidad y de maldad»* (v. 39). No se puede llamar *limpios* a los criados que lavan sólo lo exterior de copas y platos y no se cuidan de lavar lo de dentro. En todo servicio del culto al Señor, el estado de la mente y la intención del corazón constituyen *lo interior;* la

impureza de lo interior infecta todos los servicios religiosos. Una conducta pecaminosa es una afrenta a Dios, como lo sería si un criado sirviese a su amo con una copa limpia de polvo exterior, pero llena de suciedad por dentro. La codicia interior, la intención malvada y la rapacidad solapada son los más peligrosos y condenables pecados de muchos que guardan lo exterior de la copa limpio de pecados tan notorios como la ebriedad o la prostitución.

(B) Lo necio del fundamento de dichas prácticas con olvido de lo interior: *«Necios, el que hizo lo de fuera, ¿no hizo también lo de adentro?»* (v. 40). Como si dijese: «El mismo Dios que, en la ley de Moisés, ordenó diversas abluciones ceremoniales, ¿no ordenó también que purificaseis el corazón? El que dio leyes para lo exterior, ¿no intentó con eso mismo llegar hasta el interior? El que hizo los cuerpos, ¿no hizo también las almas? Entonces, si hizo ambas cosas, justamente ha de esperar que pongáis cuidado en ambas; por consiguiente, no lavéis sólo el cuerpo, sino limpiad ante todo el espíritu, ya que Dios es el Padre de los espíritus, y purificad vuestro corazón de la lepra del pecado».

(C) Que hay una práctica sencilla, salida de lo interior con la que todo queda limpio: *«Pero dad limosna de lo que tenéis (o, de lo de dentro), y entonces todo os es limpio»* (v. 41). Esta frase podrá sonar extraña a muchos, pero lo que Cristo quiere resaltar aquí es el contraste entre la *generosidad* hacia el prójimo y la *rapacidad* indicada en el versículo 39. Dice Bliss: «El Salvador no está desde luego estableciendo plenamente el camino de la santificación, sino sólo coloca en contraposición de la legalidad exterior de ellos, la naturaleza espiritual, interior altruista y benéfica del servicio aceptable a Dios. El amor es el cumplimiento de la ley» (Ro. 13:8). Tenemos aquí una clara alusión a la ley de Moisés en la que se proveía que ciertas porciones del fruto de la tierra se diesen *«al levita, al extranjero, al huérfano y a la viuda»* (Dt. 26:12), y así lo que reservasen para su propio uso sería limpio, por cuanto habían obrado *«conforme a todo lo que Dios había mandado»* (Dt. 26:13). Sólo cuando compartimos con el prójimo los bienes que Dios nos ha otorgado, podemos disfrutar de ellos con limpia conciencia y alegría de corazón, ya que lo que tenemos no es verdaderamente nuestro si no damos a Dios lo que a Él le pertenece y lo que Él nos manda compartir con otros. La *liberalidad* hacia el pobre es condición necesaria para la *libertad* en el uso de los bienes con que Dios nos ha prosperado.

2. Les reprende también por dar demasiada importancia a menudencias, con descuido de los aspectos más relevantes de la Ley (v. 42). Eran muy exactos en la observancia de leyes que tenían que ver con los *medios* de la religión, mientras descuidaban las leyes que implicaban lo *esencial* de la religión: *«Pagáis el diezmo de la menta, de la ruda, etc.»*. Con esto ganaban entre el pueblo la reputación de fieles observantes de la Ley. Ahora bien, Cristo no les condena por ser tan exactos en estas prácticas, sino por omitir lo esencial: *«Pasáis por alto la justicia y el amor de Dios. Esto se debía hacer, sin dejar aquello»*. Es muy corriente que quienes son demasiado minuciosos en detalles de poca importancia, descuiden las obligaciones más graves y fundamentales.

3. Les reprende igualmente por su orgullo y vanidad (v. 43): *«Amáis el primer asiento en las sinagogas, y los saludos respetuosos en las plazas»*. Nótese que Cristo no reprueba el sentarse en sitios de preferencia ni el recibir saludos respetuosos, sino el *codiciarlos.*

4. Les echa en cara su hipocresía (v. 44): *Sois como sepulcros que no se ven, y los hombres que andan encima no lo saben»*. Un sepulcro no señalizado u oculto bajo la maleza servía de lazo y tropiezo a quienes, inadvertidamente, quedaban contaminados por el contacto con las sepulturas. Estos fariseos estaban por dentro llenos de abominación, como los cadáveres putrefactos de los sepulcros, pero trataban de ocultar su maldad interior con tal astucia, que su perversidad no era advertida, de forma que cuantos conversaban con ellos y seguían sus enseñanzas, quedaban infectados por su maldad, sin sospechar el peligro en que incurrían, ya que, al no advertir el contagio, quienes contraían la enfermedad se creían inmunes de la infección.

IV. El testimonio que dio también contra los escribas o intérpretes de la ley, quienes claudicaban en la *exposición* de la Ley, así como los fariseos claudicaban en la *observancia* de la ley. Vemos:

1. Que había allí un escriba que se resintió de lo que Jesús había dicho a los fariseos: *«Maestro, cuando dices esto también nos insultas a nosotros»* (v. 45). Es una necedad por parte de quienes están apegados a sus pecados y están resueltos a no apartarse de ellos, el tomar a mal las fieles amonestaciones y los amistosos consejos que se les dan y tomar como reproche de ira lo que es corrección amorosa. Este intérprete de la ley hizo suya la causa de los fariseos y, por tanto, se hizo a sí mismo cómplice de los mismos pecados.

2. No es, pues, de extrañar que Jesús dirigiera también sus reproches contra los escribas: *«¡Ay de vosotros, también, intérpretes de la ley!»* (vv. 46, 52). También los escribas se reputaban justos por la estima y admiración de que disfrutaban entre la gente, pero Jesús denuncia sus pecados con *ayes* similares a los que había pronunciado contra los fariseos, pues Él veía lo que los hombres no pueden ver. Quienes toman a mal los reproches lanzados contra otros, dándose por aludidos en tales reprensiones, reciben reproches especialmente dirigidos a ellos por obrar de ese modo.

(A) Los escribas son reprendidos por hacer *gravosos* para los demás los servicios de la religión, mientras tratan de hacer *fáciles* para sí mismos las cargas que Dios les ha impuesto (v. 46): *«Cargáis a los hombres con cargas difíciles de llevar, pero vosotros ni aun con un dedo tocáis las cargas».* Como si dijera: (a) «Vosotros no os cargáis con cosas tan pesadas, ni os sentís ligados con las restricciones que imponéis a otros». (b) «Vosotros no aligeráis las cargas ni las tocáis siquiera con un poco de compasión, al ver cuán pesadas son para los hombros del pueblo». Ponían en acción *ambas manos* para dispensarse a sí mismos de los mandamientos de Dios, pero no ponían *un dedo* para mitigar el rigor de las tradiciones de los ancianos.

(B) Les reprende también por la pretensión que mostraban de venerar la memoria de los profetas a quienes sus padres habían matado, y les hace ver que ellos mismos odiaban y perseguían a quienes a la sazón les eran enviados con el mismo objetivo (vv. 47–49). (a) Estos *hipócritas edificaban los sepulcros de los profetas;* es decir, les erigían mausoleos encima de sus sepulcros, como para honrar su memoria, cuando, por otra parte, eran acérrimos enemigos de quienes en su tiempo venían a ellos con el mismo espíritu y poder de los profetas de antaño, pues *la sabiduría de Dios* (v. 49) ya había denunciado repetidamente la conducta del pueblo en este sentido (v. 2 Cr. 24:19; 36:15–16; Mt. 23:34–36). (b) Por eso, con toda razón les dará Dios otro significado a su pretensión de edificar los sepulcros de los profetas: *«De modo que sois testigos y consentidores de los hechos de vuestros padres»* (v. 48). El verbo griego para *consentidores* es el mismo de Romanos 1:32 y significa «complacerse juntamente con alguien». Por consiguiente esta afectación hipócrita de honrar a los profetas mediante la construcción de hermosos monumentos expresaba el deseo que tenían de guardar bien seguros en sus sepulturas a los mismos profetas a quienes sus padres se habían apresurado a llevar al sepulcro. (c) Así que no podían esperar otra cosa, sino que se les imputase el derramamiento de la sangre de todos los profetas anteriores, puesto que *colmaban la medida* de tan sañuda persecución contra los enviados de Dios (vv. 50–51). Toda esa sangre *«será demandada de esta generación»* (v. 51b), cuyo pecado al perseguir a Jesús y, después, a los apóstoles, superaría la maldad de los pecados de sus padres; por lo que la destrucción que los romanos llevaron a cabo en el año 70 d. de Cristo colmaría también la medida de la venganza de Dios sobre una nación perseguidora como era la nación judía de aquel tiempo.

(C) Les reprende igualmente por impedir el conocimiento del Evangelio de Cristo (v. 52), ya que no explicaban fielmente al pueblo, como era su obligación, las Escrituras del Antiguo Testamento que apuntaban hacia la venida del Mesías. En lugar de ello, de tal modo habían corrompido por medio de espurias glosas, el sentido de tales porciones, que con tales exposiciones *habían quitado la llave del conocimiento.* En lugar de usar correctamente esta «llave» en beneficio del pueblo, la tenían escondida lejos del alcance de la gente. Esto es lo que, en Mateo 23:13, se llama *«cerrar el reino de los cielos delante de los hombres».* Ellos mismos no aceptaban el Evangelio, aun cuando por el conocimiento que tenían del Antiguo Testamento, deberían haberse percatado de que *el tiempo se había cumplido y el reino de Dios se había acercado* (Mr. 1:15). Y, lo que es peor, a quienes, a pesar de tan perversos guías, hallaban algún modo de *ir entrando* en el reino de Dios, esos mismos intérpretes de la ley hacían todo lo posible por *impedírselo,* no sólo desanimándoles a seguir a Cristo, sino amenazándoles incluso con *expulsarlos de la sinagoga* (v. Jn. 9:22). Grave pecado es ocultar a la gente el mensaje del Evangelio, pero todavía es más grave el impedir que los sinceros buscadores lo lleguen a conocer.

V. Finalmente, el capítulo se cierra (vv. 53–54) con el perverso designio de escribas y fariseos de acosar al Señor, *«procurando cazar alguna palabra de su boca para acusarle».* No podían soportar estos reproches que tan atinadamente ponían el dedo en la llaga (comp. Hch. 7:54), pues no sólo eran conformes a la verdad, sino también al amor de Dios que les guiaba al arrepentimiento (v. Ro. 2:4). En lugar de tomar a bien lo que Jesús decía, lo tomaban tan a mal que procuraban urgirle a que hablase algo con lo que pudiesen presentarle como odioso ante el pueblo, o como sedicioso ante las autoridades, o como ambas cosas a la vez. Quienes son fieles en reprender el pecado como amigos, han de esperar granjearse muchos enemigos. Pero a fin de que podamos soportar con paciencia tales pruebas, y pasar a

través de ellas sin menoscabo de la prudencia ni de la mansedumbre, hemos de *«considerar a aquel que ha soportado tal contradicción de pecadores contra sí mismo»* (He. 12:3).

CAPÍTULO 12

En este capítulo tenemos varios excelentes discursos del Señor en diversas circunstancias; muchos de ellos coinciden en todo lo sustancial con el informe que de los mismos hallamos en Mateo; con ambas fuentes, disponemos de más detalles para concordar unas Escrituras con otras y obtener un conocimiento más extenso y profundo de las enseñanzas de nuestro bendito Salvador.

Versículos 1–12

I. Tenemos un numeroso auditorio, reunido para escuchar la predicación de Cristo. Los escribas y fariseos buscaban la ocasión de acusarle, pero el pueblo le admiraba, le escuchaba y le honraba. *«En esto»* (v. 1), mientras todavía estaba en casa del fariseo, la gente se reunió para oír un mensaje de sobremesa, pues Jesús acababa de comer, pero no quiso decepcionarles. A pesar de que, en el mensaje de la mañana, cuando *se apiñaban las multitudes* (11:29), les había reprendido severamente, no por eso dejaron de acudir a escucharle; por donde vemos que la gente escuchaba los reproches de Jesús con mejor disposición que los fariseos. Cuanto más se esforzaban los fariseos por apartar a las multitudes de Cristo, tanto más acudía la gente a Él. Aquí vemos que la multitud se reunió *«por decenas de millares* (lit.), *tanto que unos a otros se pisaban»*. Es una delicia ver a la gente tan dispuesta a escuchar la Palabra de Dios. Cuando se echa la red entre una multitud tan grande de peces, es de esperar que algunos sean capturados.

II. Las instrucciones que dio a sus seguidores:

1. Comenzó precaviéndoles contra la *hipocresía.* Esto lo dijo *a sus discípulos primeramente* (según la lectura más probable). Ellos estaban mayormente bajo su cuidado y por eso les amonestó en especial, como hace un padre con sus hijos amados. Al haber hecho una profesión de seguir al Maestro más cerca que los demás, estaban en mayor peligro de caer en la hipocresía, la cual sería más grave en ellos que en los demás. Hemos de suponer que los discípulos de Cristo eran los hombres mejor dispuestos de aquella generación; sin embargo, necesitaban ser prevenidos contra la hipocresía. Por lo que indica el texto sagrado, Cristo dirigió esta advertencia a sus discípulos a la vista de aquella enorme multitud, para añadir así más peso a su amonestación y hacer que la gente supiera que Él no estaba dispuesto a consentir la hipocresía ni en sus propios apóstoles. Vemos aquí:

(A) La descripción del pecado contra el que les previene: Es *«la levadura de los fariseos»*. Como la levadura, también la hipocresía se extiende, penetra hondamente en la persona y en todo lo que ella hace; hincha y amarga como la levadura, pues llena a los hombres de orgullo y planta en ellos raíces de amargura y hace que todas sus prácticas religiosas sean inaceptables para Dios y ofensivas para el prójimo. Esta era la levadura de los fariseos; es decir, el pecado que mejor les caracterizaba. Y Jesús viene a decir a sus discípulos: «Guardaos de imitarles, no copiéis en el cristianismo lo que ellos hacen en el judaísmo».

(B) Les da una buena razón contra ese vicio: *«Porque nada hay encubierto que no haya de descubrirse»* (v. 2). Tarde o temprano, se sabrá (v. 3). *«Por tanto, todo lo que habéis dicho en tinieblas* como en un rincón invisible del corazón, pero que no es consecuente con lo que profesáis públicamente, *en la luz se oirá»*. De una u otra manera, llegará a descubrirse, y vuestra falsía y necedad quedarán manifiestas. Si la fe que un hombre profesa no tiene poder para dominar y curar la maldad de su corazón no siempre le va a servir de capa con la que cubrirse, pues llegará el día en que los hipócritas se verán despojados de sus hojas de higuera. (La segunda parte del versículo, contra la opinión de Meyer y del mismo M. Henry, entre otros, es meramente un paralelismo de lo dicho en la primera parte. Nota del traductor.)

2. A esto añade Jesús una exhortación, extensible a todos sus seguidores, de ser fieles a la verdad, sin traicionarla por maldad o por cobardía, como diciéndoles: «Ya sea que los hombres os oigan o no,

decidles la verdad, toda la verdad y sola la verdad. Es muy probable que vuestra causa comporte *sufrimiento* pero no será para *hundimiento;* armaos, pues, de valentía, porque vuestros enemigos no han de prevalecer contra vosotros. En efecto:

(A) El poder de vuestros enemigos es muy limitado: *Yo os digo, amigos míos* (comp. con Jn. 15:15), como consejo de buen amigo: *No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer»* (v. 4). Poco daño pueden hacernos quienes, por la causa de Cristo, llegan incluso a matarnos, pues lo único que consiguen es enviar más deprisa el cuerpo al reposo y el alma al gozo.

(B) «Hay que temer a Dios más que a los más poderosos hombres de este mundo, pues sólo Dios, *«después de haber quitado la vida, tiene autoridad para echar en el infierno»* (v. 5). Al confesar a Cristo, se puede incurrir en la ira de los hombres; pero al negar a Cristo, se incurre en la ira de Dios, que es infinitamente más poderosa, como es infinita la diferencia entre el tiempo y la eternidad. «Es cierto—dijo el obispo Hooper, mártir de la fe cristiana—que la vida es dulce, y la muerte es amarga; pero la vida eterna es más dulce, y la muerte eterna es más amarga.»

(C) La vida de los sinceros creyentes y de los fieles ministros de Dios está bajo especial cuidado de la Providencia (vv. 6–7). La Providencia de Dios toma nota de las criaturas más insignificantes, incluso de los *gorriones,* que se vendían dos por un cuarto y aun se añadía otro de propina *(«cinco por dos cuartos»).* Si ni un gorrión es *olvidado* por Dios, ¿cómo va a olvidarse Dios de sus fieles hijos? Si ha podido decirse con razón que una sola alma vale más que todo el Universo material (v. 1 P. 1:18–19), el Dios que cuida de un animalito, ¿cómo va a descuidar a una persona ya santificada? (comp. con 1 Co. 9:9–10). Por eso, añade Jesús: *«Pues aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados»* (v. 7). Incluso quienes poseen una espléndida cabellera, tienen cada uno de sus pelos contados y numerados por Dios, aun cuando ni ellos mismos los puedan contar. Si Dios cuenta así los cabellos, ¡cuánto más contará nuestras lágrimas, las gotas de sudor en su servicio y las gotas de sangre derramadas por amor a Cristo y por la causa del Evangelio!

(D) Toda persona será reconocida o negada por Cristo ante el Padre, de acuerdo con el reconocimiento o la negación que haya hecho de Cristo en esta vida delante de los hombres (vv. 8–9). Por caro que pueda costar confesar a Cristo delante de los hombres, es dichosa en extremo la perspectiva de la futura confesión que de nosotros hará Cristo *delante de los ángeles de Dios.* Jesús declarará no sólo lo que Él padeció por nosotros, sino también lo que nosotros hayamos padecido por Él. ¿Qué mayor honor se puede recibir? Por el contrario, quienes nieguen a Cristo, aun cuando sea por salvar esta vida temporal, van a sufrir una gravísima pérdida en el cambio, pues *serán negados delante de los ángeles de Dios.*

(E) Para destacar hasta qué extremo pueden llegar los hombres en su oposición al Evangelio, Cristo añade aquí lo que, en forma más completa, hallamos en Mateo 12:11–12 sobre la blasfemia contra el Espíritu Santo. De este pecado dice Jesús que *«no le será perdonado»,* porque, como dice Lenski, «cierra toda posibilidad al arrepentimiento. Otros pecados y otras blasfemias hacen que el arrepentimiento sea posible. Es el Espíritu quien obra el arrepentimiento, y el blasfemar contra Él te excluye así como a su obra». Al ser el arrepentimiento condición necesaria para el perdón de los pecados (v. Lc. 13:3, 5; Hch. 2:38), el que muere sin esa condición, muere sin perdón (comp. Jn. 8:24). Una mala palabra contra Cristo puede tener alguna excusa en la ignorancia de su persona o de su obra: *«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»* (23:34), pero el pecado contra el Espíritu Santo no tiene excusa en la ignorancia, pues sólo se comete cuando, con pleno conocimiento, el hombre resiste deliberadamente a la convicción del Espíritu Santo. Mientras dura esta resistencia, no hay posibilidad de salvación; pero Dios es poderoso también para quebrantar esta extrema resistencia; de ahí que a nadie se debe dar por perdido *definitivamente* antes de la muerte (son de notar los cuatro verbos en presente continuativo de Ro. 2:4–5).

(F) Cualesquiera sean las pruebas por las que tengan que pasar, los discípulos de Cristo que no se avergüencen de confesar al Señor serán completamente equipados para padecer, no sólo con fortaleza, sino con gran honor (vv. 11–12). Los fieles mártires de Cristo, no sólo tienen ante sí *padecimientos que sufrir,* sino *testimonios que dar;* y han de darlos *bien,* a fin de que no sufra la causa de Cristo aunque tengan ellos que sufrir por la causa; y si ellos procuran dar buen testimonio, bien pueden descargar sobre Dios *toda ansiedad* (1 P. 5:7); *«Cuando os lleven a las sinagogas, y ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis por cómo o qué habréis de responder:* (a) *en defensa vuestra».* Si Dios tiene a bien honrarnos con la palma del martirio, será para su gloria (v. Jn. 21:19); y si no ha llegado nuestra hora, Él nos sacará adelante sin que suframos ningún daño (comp. Hch. 12:6–11); (b) «*o qué habréis de decir,* para responder al interrogatorio a que nos sometan», pues no habrá motivo para estar

perplejos, *«porque el Espíritu Santo os enseñará en esa misma hora lo que se debe decir»* (v. 12). Él es Espíritu de la verdad, de sabiduría y conocimiento y nos sugerirá lo que hay que decir y el modo de decirlo, a fin de que nuestro testimonio sirva para honor de Dios y de su causa. Como ya hemos advertido en comentario a los lugares paralelos a éste (Mt. 10:19–20; Mr. 13:11; v. también Lc. 21:13–15), esta súbita y sabia enseñanza del Espíritu Santo ha de esperarse *sólo* en los casos en que un creyente sea citado ante los tribunales para dar testimonio de su fe, no para los casos en que un predicador holgazán descuide la preparación del mensaje, y espere que el Espíritu le dicte en el púlpito lo que ha de predicar, pues esto último no es honrar a Dios, sino tentarle.

Versículos 13–21

I. Vemos ahora la apelación que *uno de la multitud* hace a Cristo: *«Maestro, di a mi hermano que reparta conmigo la herencia»* (v. 13). Este hombre aprovechó la pausa de Jesús para, como suele decirse, «ir a lo suyo», y trató de interponer la autoridad de Jesús en un asunto de familia, como acudían a rabíes y escribas para que decidiesen lo que era según derecho en tales casos. No sabemos si el hermano era quien quería apropiarse indebidamente de la parte de herencia que no le correspondía, o si era el propio demandante el que pretendía obtener ventaja en la disputa con su hermano. Lo cierto es que Jesús se negó a entrar en el pleito y aprovechó la ocasión para ofrecernos una lección de suprema importancia.

II. En efecto Cristo respondió, a lo que parece, con no velada indignación: *«Mas Él le dijo: Hombre, ¿quién me ha constituido sobre vosotros como juez o repartidor?»* (v. 14). Cristo no quiere asumir, en cuestiones temporales, poderes judiciales ni ejecutivos, y ojalá sus ministros se comportaran siempre del mismo modo que Él. Así que corrige el gran error de este hombre. Si se hubiera llegado a Jesús para que le instruyese sobre el modo de adquirir la herencia del Cielo, Cristo le habría prestado toda la ayuda necesaria; pero, en esta materia de herencia de la tierra, se negó a intervenir. Esto nos enseña:

1. Que el reino de Cristo no es de este mundo (Jn. 18:36). Tiene que ver con lo espiritual, no con los asuntos temporales, por eso, al cristianismo no le compete interferirse en las materias que corresponden a las autoridades civiles.
2. Tampoco se interfiere en el modo de establecer los derechos civiles, aunque exige a todos que obren con justicia, de acuerdo con las normas generales de equidad.
3. No estimula a nadie a obtener ventajas materiales por medio, o con excusa, de observar las prácticas religiosas; esto exige, en justa correspondencia, que el Estado no se entrometa en los asuntos espirituales, sino que permita y proteja la libre expresión de las creencias religiosas que no alteren la paz pública.
4. Condena los litigios entre hermanos (v. 1 Co. 6:1–8) y exhorta a sufrir el daño, más bien que a demandar al prójimo o vengarse de él (v. Ro. 12:17–21).

III. La ocasión que este incidente proporcionó a Cristo para dar a sus discípulos una enseñanza muy importante, y provechosa para todos:

1. La enseñanza va precedida de una seria amonestación: *«Mirad, y guardaos de la avaricia»* (v. 15a); es decir—según indican los dos verbos del original—, «observad, tened constantemente un ojo puesto en el corazón, a fin de que no penetren solapadamente en él pensamientos de avaricia, y *custodiad*, dominad con mano dura vuestro corazón, a fin de que la avaricia no imponga en él sus perversos criterios ni lo gobierne con sus malvadas normas».
2. Una razón de suprema sabiduría para que nos guardemos de la avaricia: *«Porque la vida del hombre no consiste en la abundancia que tenga a causa de sus posesiones»* (v. 15b). Esto es, la felicidad que todo ser humano busca en este mundo no depende de que tenga muchas riquezas materiales, las cuales no pueden llenar ese abismo de anhelos y ansiedades que es el corazón humano, ni pueden satisfacer las necesidades más perentorias del espíritu. Ni siquiera la salud y el bienestar del cuerpo dependen de la abundancia de riquezas materiales, puesto que hay muchas personas que se contentan con manjares sencillos y gozan de buena salud, mientras que muchas otras que nadan en dinero y comen cosas exquisitas padecen diversas enfermedades o viven miserablemente por amasar una fortuna cada vez más copiosa.

3. Jesús ilustra esta enseñanza por medio de una parábola cuya intención es confirmar la advertencia de *mirar y guardarse de la avaricia.* La parábola nos describe resumidamente la vida y la muerte de un hombre *muy rico,* y deja a nuestra consideración el juzgar si este hombre fue *feliz* o no.

(A) Nos describe primero la abundancia de riquezas de este hombre: *«La heredad de un hombre rico había producido mucho»* (v. 16). Su riqueza consistía en frutos del campo: tenía mucha tierra y, además, le producía espléndidas cosechas.

(B) Luego vemos lo que pensaba en su corazón: *« Y él pensaba dentro de sí diciendo …».* (v. 17a). El Dios de los cielos conoce y se fija en todo lo que pensamos en nuestro interior, y de todo ello hemos de darle cuenta. Observemos:

(a) Cuáles eran las preocupaciones de este hombre. Cuando se dio cuenta de que la cosecha de aquel año era extraordinaria en lugar de dar gracias a Dios por ello, o de regocijarse pensando en las oportunidades que tendría de hacer el bien, se aflige con el siguiente pensamiento: *«¿Qué haré, porque no tengo dónde almacenar mis frutos?»* (v. 17b). Habla como quien sufre una pérdida y está perplejo sobre la manera de remediarla: *«¿Qué haré?»* El pordiosero más menesteroso de toda la nación, que no supiese dónde encontrar un pedazo de pan no mostraría mayor ansiedad que este hombre. Precisamente la *abundancia* era lo que no dejaba dormir a este avaro desgraciado por tanto cavilar sobre lo que tendría que hacer con la cosecha. *«¿Qué haré?»,* parece repetir una y otra vez en su interior. Pero, ¿qué problema tan grande es ese? Si tiene *mucho,* ¡que busque un lugar donde ponerlo, y se acabó!

(b) Cuál fue el proyecto que sacó en conclusión: *«Esto haré: derribaré mis graneros, y edificaré otros más grandes, y allí almacenaré todos mis frutos y mis bienes»* (v. 18). Obsérvese el número de necedades que contiene este proyecto: (i) Habla de *sus* frutos y bienes como si fuera dueño absoluto de ellos, cuando es Dios el dueño de todo, y nosotros somos meros administradores de lo que Él nos otorga; (ii) Piensa en almacenarlo todo *para sí,* sin compasión para el pobre, el extranjero, el huérfano y la viuda; (iii) Piensa en derribar los graneros que ya tiene y construir otros más grandes, como si al año siguiente no pudiesen los campos rendirle escaso fruto y resultarle demasiado grandes los graneros que había edificado; (iv) Habla de *derribar,* en vez de *ampliar,* con lo que va a salirle más caro el proyecto y van a aumentar las preocupaciones; (v) Habla con falsa seguridad: *«Esto haré»,* sin tener en cuenta lo que leemos en Santiago 4:13–15. Expresiones como éstas son insensatas, porque nuestros días están en manos de Dios, no en las nuestras, y no sabemos *ni siquiera si veremos el día de mañana.*

(c) Cuán cómoda y feliz era la vida que esperaba disfrutar en adelante: «Y *diré a mi alma: Alma tienes muchos bienes en reserva para muchos años; descansa, come, bebe, diviértete»* (v. 19). ¡Cómo se ve también aquí la tremenda necedad de este hombre: (i) Necio, al dejar para después de finalizar sus ambiciosos proyectos la comodidad de la que podría disfrutar ya ahora; (ii) más necio todavía, al tener por seguro que los bienes en reserva le durarán muchos años, como si no existieran peligros de robo, de incendio, etc.; (iii) necio también al tener por seguro que la salud de que disfrutaba al presente, había de durarle muchos años, cuando no hay nada tan quebradizo como la salud corporal o mental; (iv) necio, sobre todo, por el programa de vida que se había trazado para el porvenir, al no pensar en otra cosa que *holgar, comer, beber y divertirse:* «vivir para comer» no «comer para vivir» ¡Y esto se lo dice a su *alma!* Si hubiese dicho: *«Cuerpo, tienes muchos bienes, etc.»,* quizá tendría sentido la frase, pero el alma no se sacia, ni con un granero lleno de trigo, ni con un cofre lleno de oro. Si hubiese tenido *alma de cerdo,* el programa habría sido muy apropiado. ¡Qué absurdo tan grande es el que seres humanos, dotados de un alma inmortal y de un espíritu potencialmente capacitado para goces de un orden superior, celestial, parezcan conformarse con el manjar de los cerdos! ¡Y ya es una gracia muy grande por parte de Dios, si *nadie se les da!* (v. 15:16).

(C) Ahora viene el juicio de Dios sobre la necedad de este hombre: El rico había dicho a su alma: *«Descansa … diviértete» y «para muchos años».* Si Dios hubiese estado de acuerdo con él quizás habría podido este hombre disfrutar de la tan deseada felicidad; pero Dios no pensaba así: *«Pero Dios le dijo: Necio, esta misma noche vienen a pedirte tu alma»* (v. 20). Esto se lo dijo cuando el hombre se hallaba en la cima de la autosuficiencia cuando no tenía otra preocupación que la de ensanchar sus graneros y prometerse para después una vida de placer. Quizás estaba ya dormido y soñando bellos ensueños, cuando Dios le dijo eso. ¡Qué trágico despertar! Nótese:

(a) El epíteto que Dios le aplicó: *«Necio» ¡Nabal!* (véase 1 S. 25:3, 25). Es como si Dios aludiera a aquel otro Nabal, marido de Abigail, de quien su propia mujer dijo a David: *«Porque conforme a su nombre, así es. Él se llama Nabal, y la insensatez está con él»* (1 S. 25:25). (Aun cuando la versión

hebrea de Lc. 12:20 emplea para «necio» el vocablo *kesil*—necio por ser impío—, en vez de *nabal*—impío por ser necio—, los términos son sinónimos. Nota del traductor.) *Nabal* es el término que el Antiguo Testamento aplica al «necio» de Salmos 14:1; 53:1, y a la mujer de Job (Job 2:10). En efecto, las cosas carnales y mundanas son meras necedades, y día vendrá en que Dios dirá: *«¡Necio!»* a todo el que se haya entregado a ellas, y ellos mismos tendrán que reconocer que han sido *necios.*

(b) La sentencia que Dios pronunció contra él, y fue una sentencia de muerte: *«Esta noche vienen a pedirte tu alma y lo que has provisto, ¿para quién será?»* (v. 20). Pensaba el necio que tendría bienes para *muchos años,* pero ha de despedirse de ellos *«esta noche»;* y no sabe quién disfrutará de ellos. Notemos: (i) que la muerte es representada aquí como un *arresto,* por sorpresa, del alma: *«Vienen a pedirte tu alma»;* como si dijera: «¿para qué quieres alma, si no sabes usarla mejor?» Quien está a bien con Dios, no teme entregar el alma, pues se va alegremente a la presencia del Señor; pero para el hombre mundano y apegado a las cosas de este mundo, la muerte es como si le despedazaran el alma por la fuerza, arrancándole de las cosas a las que su alma estaba tan apegada. Tengamos siempre ante nosotros este pensamiento: «Me van a pedir el alma cuando menos lo piense, y me van a exigir cuentas de mi administración de las facultades de mi alma. ¿Qué estoy haciendo con ella?» (ii) Que la muerte viene, en este caso, a la hora más intempestiva: *«Esta noche».* Para un creyente, la muerte siempre viene *de día,* porque es *«hijo de luz e hijo del día»* (1 Ts. 5:5); pero para el hombre del mundo, la muerte siempre es noche oscura, tenebrosa. Aquella misma noche, en la que el necio se prometía tantas cosas agradables para muchos años, tiene que entregar el alma. Lo que a él le parecía el principio de una gran felicidad, es el final de toda esperanza y el comienzo de una terrible eternidad. (iii) Que tiene que dejar tras de sí *todas las cosas* por las que tanto se había afanado y de las que se creía tan estupendamente provisto. Todos cuantos ponen su felicidad en las cosas materiales edifican sobre arena y aun lo que quede del edificio tendrán que dejarlo para otros cuando la muerte les sorprenda. (iv) Que no sabe *«para quién será»* todo lo que sus campos le han producido. Ciertamente, ya no serán para él; y, para mayor congoja, no sabe lo que harán con todo ello quienes vengan a reclamarlo, pues estaba tan seguro de que él mismo lo iba a disfrutar, que no se había preocupado de dejar ningún documento Para decir a quién tenía que ser adjudicada la herencia. Si tenía hijos u otros familiares, *no sabía si sería sabio o necio el que se había de enseñorear de todo el trabajo en que se afanó* (v. Ec. 2:18–19), ni si bendeciría su memoria o la llegaría a maldecir, si le sería de provecho o de perjuicio. Si algunos supiesen de antemano a quién irán a parar las cosas que han atesorado en su casa de seguro que preferirían quemarla en lugar de adornarla y embellecerla. ¡Ah, si tantos necios se esforzasen en *allegar tesoros en el cielo* donde no se pueden perder ni echar a perder, en lugar de afanarse en *allegar tesoros en la tierra!* (v. Mt. 6:19–20, comp. con 1 P. 1:4).

(D) Finalmente, tenemos la aplicación general que el Señor hace de la parábola: *«Así es el que atesora para sí mismo y no es rico para con Dios»* (v. 21); es decir, así le ocurre a todo el que se comporta como el rico necio. Vemos aquí, en general:

(a) La descripción de un mundano: *«Atesora para sí mismo»,* para sí en oposición a Dios, para el «yo» que es preciso negar y crucificar a fin de ser discípulo de Cristo para el «yo» carnal según el cual toda la vida consiste en la abundancia de posesiones terrenales (v. 15). Éste es el gran error de quienes tienen por *tesoro* los placeres y las riquezas de este mundo, lo que agrada a la carne, las cosas de esta vida, como si no tuviesen alma y no hubiera otra vida en la que hay que pasar toda la eternidad. Pero el error más grave de tales personas es que *no son ricos para con Dios,* no son ricos en las cosas que son de Dios y que agradan a Dios. Muchos que nadan en la abundancia de las cosas de este mundo están completamente destituidos de lo que de veras enriquece a una persona, de lo que hace ricos para Dios y para toda la eternidad.

(b) La condición de un mundano: *«Así es él»:* miserable y pobre en medio de todas sus riquezas materiales, pues una persona es rica o pobre, no por lo que *tiene,* sino por lo que *es.* Aquí nos declara el Señor Jesús cuál será el final de toda persona que es como aquel necio: le pedirán el alma cuando menos lo piense, y tendrá que dejar para otros todas las cosas materiales que haya allegado, sin poder llevar consigo ninguna cosa que le haga buena compañía en su entrada por la puerta de la eternidad (comp. con Ap. 14:13). No hay palabras bastantes para expresar la tremenda necedad de quienes sólo se preocupan del cuerpo y de esta vida y olvidan lo que es necesario para el alma y para la vida eterna.

Versículos 22–40

«Por *tanto,* porque hay tantos a quienes la avaricia arruina, *os digo* a vosotros, mis discípulos, guardaos de ella.» Como dice Pablo: *«Mas tú oh hombre de Dios, huye de estas cosas»* (1 Ti. 6:11 con referencia a los vv. 9–10 del mismo cap.), lo mismo que tú, oh hombre del mundo. En la presente porción, Jesús exhorta a los suyos a no afanarse por las cosas de la tierra y a disponerse para las cosas del Cielo.

I. Les encarga que no se inquieten ni se afanen por las cosas más necesarias para el sustento y el vestido: *«No os afanéis por vuestra vida»* (v. 22). En la parábola anterior les había amonestado contra la forma de avaricia más corriente entre los ricos. Ahora les previene contra otra forma de avaricia más corriente entre los que poseen pocas cosas en este mundo: la angustiosa solicitud por las cosas necesarias para la vida temporal: *«No os afanéis por vuestra vida, qué comeréis, ni por el cuerpo, qué vestiréis».* Es el mismo tema que vimos en Mateo 6:25 y ss., y los argumentos que usa allí se asemejan mucho a los de la presente porción:

1. Si Dios nos ha concedido lo principal, podemos depender de Él en cuanto a lo secundario. Si nos ha dado la *vida* y el *cuerpo* bien podemos dejar en sus manos el que nos provea de *alimento* para sustentar la vida, y de *vestido* para defender el cuerpo.
2. Si Dios provee de lo necesario a las criaturas inferiores bien podemos esperar nosotros, seres hechos a su imagen y semejanza, que nos provea de todo lo necesario. Bien podemos depender, en cuanto al alimento, del *«Dios que alimenta a los cuervos que ni siembran, ni siegan, ni tienen despensa ni granero»* (v. 24). Y añade: *«¡Cuánto más valéis vosotros que las aves!»* Igualmente podemos depender de Dios en cuanto al vestido, pues *Él viste espléndidamente a los lirios del campo, que no trabajan ni hilan y llegan a cubrirse de colores más vistosos que los de los regios mantos de Salomón en el pináculo de su gloria.* Si así viste a efímeras plantas del campo, *¿cuánto más a nosotros, hombres de poca fe?* (vv. 27–28). Por donde vemos que la ansiedad de nuestras preocupaciones se debe a la poquedad de nuestra fe, puesto que una confianza práctica y filial en la todosuficiencia de nuestro Dios sería bastante para derribar todos esos baluartes de perplejidad perturbadora, levantados por una imaginación no dominada por la fe.
3. Esas ansiedades innecesarias, además de mostrar falta de fe en nuestro Padre Celestial, demuestran falta de sensatez, puesto que con ellas no conseguimos otra cosa que turbar la paz de nuestra alma: «¿Y *quién de vosotros podrá con afanarse añadir a su estatura un codo? Pues si no podéis ni lo más pequeño, ¿por qué os afanáis por lo demás?»* (vv. 25–26). Si somos incapaces de crecer más de dos palmos por medio de autosugestión, ¿cómo vamos a incrementar nuestra fortuna mediante la mera preocupación? De modo que, así como hemos de conformarnos con nuestra *estatura* y sacar el mejor partido de ella (¡cuántos se libraron de la guerra civil en España por ser «cortos de talla»! Nota del traductor), también hemos de estar satisfechos con nuestras *posesiones* y sacar el mejor partido de ellas al confiar en Dios para el mañana y trabajar honradamente en el día de hoy, porque con la ansiedad y preocupación sólo conseguiremos perder el sueño y la salud.
4. Esas ansiedades acerca de las cosas materiales, aun cuando se trate de las cosas más necesarias para la vida son indignas de los hijos de Dios (vv. 29–30): *«Vosotros, pues, no andéis buscando lo que habéis de comer, ni lo que habéis de beber, ni estéis en ansiosa inquietud».* Los discípulos de Cristo no han de andar ansiosos por el pan de cada día, sino pedirlo con fe a su Padre que está en los cielos, *no dudando nada* (comp. con Stg. 1:6), por cuanto:

(A) Estas ansiedades son propias de la gente mundana: *«Porque todas estas cosas las buscan con afán las gentes del mundo»* (v. 30a). Los que no tienen otra preocupación que por las cosas de este mundo, es de esperar que se afanen por la *comida* y la *bebida* como se afanan por la *diversión* (v. 19), pero los que han de *poner la mira,* ante todo, *en las cosas de arriba* (Col. 3:1), no deben afanarse por las cosas de abajo. Y si el afán por las cosas materiales llega a dominarnos alguna vez, hemos de preguntarnos: ¿Soy cristiano o soy mundano? Y, si realmente soy cristiano, ¿cómo puedo rebajarme al nivel de los que se afanan por las cosas materiales únicamente?

(B) No es necesario que se inquieten con preocupaciones sobre las cosas necesarias para la vida: *«Vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de estas cosas»* (v. 30b). Al agradecer el donativo que, por mano de Epafrodito, había recibido de los filipenses, les dice Pablo: «Y *mi Dios proveerá a todas vuestras necesidades conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús*» (Fil. 4:19). Él es nuestro Padre y, por consiguiente, no permitirá que carezcamos de ninguna cosa buena.

(C) Hay cosas más importantes en las que pensar y por las que preocuparse: *«Buscad más bien el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas»* (v. 31). Todos cuantos tienen almas que salvar han de buscar primero *el reino de Dios,* que es lo único necesario y sin lo cual de nada les va a servir todo el oro del mundo. Si nos ocupamos con toda diligencia en las cosas del espíritu podemos estar seguros de que Dios se encargará de que no nos falten las cosas necesarias para el cuerpo.

(D) Hay igualmente mejores cosas en las que poner nuestra esperanza: *«No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino»* (v. 32). Sólo Lucas registra esta consoladora frase de Jesús. Cuando nuestra imaginación nos asuste con aprensión de males que nos puedan sobrevenir, rechacemos vigorosamente esa tentación de desconfianza, al saber que somos *pueblo suyo, rebaño de su mano, ovejas de su pastoreo* (Sal. 74:1; 95:7; 100:3). Aquí vemos que los *discípulos de Cristo eran una manada pequeña,* como un pequeño rebaño de ovejas en medio de tantos lobos, pero no tenían por qué temer, por cuanto estaban bajo el cuidado del Buen Pastor, que da la vida por sus ovejas (Jn. 10:11). Deducir de este versículo que son pocos los que se han de salvar, no tiene fundamento en la Escritura y bastaría Apocalipsis 7:9–10 para refutarlo. Pero por muy pequeñas que se sientan las manadas de creyentes en medio de un mundo lleno de impiedad y corrupción, el Señor les declara que al Padre le ha placido otorgarles de pura gracia las bendiciones espirituales del reino de Dios, que son suficientes para cubrir todas las necesidades y silenciar todos los temores. En efecto, *«nada puede separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro»* (Ro. 8:39).

II. Les encarga que hagan bueno el fruto de sus afanes y labores, allegando tesoros en el cielo (vv. 33–34):

1. *«Vended lo que poseéis, y dad limosna»* (v. 33). Como muy bien parafrasea Bliss: «En lugar de vivir pensando en lo que habréis de conseguir, despojaos a vosotros mismos de lo que tenéis, de esas cosas que distraen vuestra mente. Dándolas como limosnas, no sólo dejan de ser un estorbo, sino que se convierten en una fuente positiva de favor divino y de fruición eterna». ¡Cuántos pobres podrían tener *suficiente* con lo *superfluo* de tantos ricos! La Iglesia primitiva entendió bien este precepto (v. Hch. 4:32–35) y el apóstol Juan hizo de ello el «test» del verdadero cristianismo (v. 1 Jn. 3:16–18), pero ¡cuán presto se olvidó! (v. por ej. 1 Co. 11:22; Stg. 2:1–13). En la actualidad, una tercera parte de la población del mundo se muere de hambre, mientras unos pocos millares de supermillonarios derrochan en vicios y multitud de cosas enteramente superfluas. Sin embargo, el Verbo de Dios, que no puede engañarse en materia de finanzas, como en ninguna otra materia, nos asegura que únicamente el Banco de los Cielos está *asegurado* (v. 33), y sólo él rinde el más alto *interés* (v. 16:9).

2. *«Haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote, adonde el ladrón no se acerca, ni la polilla corroe»* (v. 33b). La gracia irá con nosotros al otro mundo, pues está tejida en nuestra alma, y las buenas obras seguirán con nosotros (Ap. 14:13). Éstos serán los tesoros que nos enriquecerán por toda la eternidad, porque: (A) es un tesoro que no *se agota* (v. 1 P. 1:3–4), porque es la herencia viva de un Padre eterno (v. Ro. 8:17–18); (B) es un tesoro que no puede ser robado, pues en la Nueva Jerusalén todo estará seguro y no habrá necesidad de cerrar las puertas, porque allí entrarán solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero (v. Ap. 21:24–27); (C) es un tesoro que no se echa a perder con el paso del tiempo, así como no se gasta ni se consume por el disfrute de su volumen, porque *la polilla no lo corroe* y no hay ácido que pueda atacarle.

3. Por consiguiente, si tan excelente es el tesoro celestial, es en el Cielo donde deben centrarse nuestros cuidados y adonde han de dirigirse nuestros afanes: *«Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón»* (v. 34). Todo aquello en que un ser humano se interesa principalmente, es como un imán que atrae su mente y su corazón. Lo vemos en los hombres de negocios, en los deportistas y en los amigos de toda clase de *hobbies*: día y noche tienen la mente y el corazón puestos en aquello que constituye su máximo interés. Por eso, es una muestra de suma prudencia y sabiduría poner nuestro corazón en algo que pueda satisfacer plenamente y durar eternamente. Pablo dio a los fieles de Filipos una hermosa lección de profunda psicología al escribir: *«Todo lo que es verdadero, todo lo respetable, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buena reputación; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad»* (Fil. 4:8). En efecto, así como el cuerpo se nutre de lo que come, así el espíritu se nutre de lo que piensa. De todo hombre se puede decir lo que la Escritura dice del avaro: *«Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él»* (Pr. 23:7). Con esta frase, Salomón se

adelantó más de nueve siglos a una frase similar del filósofo Séneca, y unos veintiocho siglos al psicólogo A. Adler.

III. Les encarga que se preparen a estar listos para la Segunda Venida del Señor (vv. 35–40). Vemos:

1. Que Cristo es nuestro amo, y nosotros somos sus criados no sólo *laborantes,* sino también *expectantes;* ceñidos e iluminados en todo momento, porque el dueño puede venir en cualquier momento.

2. Que nuestro Señor, aunque se marchó de nosotros, ha de volver (v. Hch. 1:11). Los siervos de Jesucristo se hallan ahora en estado de expectación: *«Aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo»* (Tit. 2:13). Vendrá a pedir cuentas a sus siervos: *«Porque todos nosotros debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno recoja según lo que haya hecho mediante el cuerpo, sea bueno o sea ruin»* (2 Co. 5:10, trad. lit.).

3. Que el tiempo en que nuestro amo ha de regresar no lo sabemos, puede venir antes o después de la medianoche (a la *segunda* o a la *tercera* vigilia, v. 38), pero siempre a una hora en que la mayoría suele estar durmiendo, excepto los pastores en el campo o los sacerdotes en el templo. No todos son «pastores» en la Iglesia, pero sí son todos «sacerdotes» (v. 1 P. 2:9). *«Vosotros, pues, también, estad preparados, porque a la hora que no Penséis, el Hijo del Hombre vendrá»* (v. 40). Esto nos da a entender la falsa seguridad de la mayoría de los seres humanos, a quienes la Venida del Señor ha de tomar por sorpresa, por cuanto *no piensan,* de modo que, cuando Él venga, será cuando menos lo piensen.

4. Lo que el Señor espera de sus siervos es que, *«al llegar Él y llamar, le abran en seguida»* (v. 36), porque estarán vestidos y velando, con las lámparas encendidas (v. 35). Sobre el *ceñir los lomos,* explica Lenski: «La vestidura oriental consistía en un manto largo, suelto y flotante. Cuando se requería una rápida acción, tal manto se quitaba totalmente, como lo hicieron los testigos cuando arrojaron sus vestidos a los pies de Saulo, mientras apedreaban a Esteban; o se sujetaban con un cinto alrededor de la cintura, como cuando los israelitas comieron apresuradamente la primera Pascua, listos para partir rápidamente de Egipto. Así, cuando iban de camino, los hombres ceñían sus lomos; y los que servían a la mesa, donde se requerían movimientos rápidos, también hacían lo mismo».

5. Serán *«dichosos aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando»* (v. 37). Entonces tendrán por muy bien empleado el tiempo que pasaron velando y aguardando listos para abrir la puerta a la primera llamada del Señor. La dicha de estos siervos se describe a continuación: *«De cierto os digo que se ceñirá* [¡el Señor!], y *hará que se sienten a la mesa, y, pasando cerca de cada uno, les servirá».* Que en un banquete de bodas, el novio se incline para servirle a la novia, nada tiene de extraño (no se olvide que la Iglesia es la Esposa de Cristo, 2 Co. 11:2, Ap. 19:7. Nota del traductor), pero que el amo se incline a servir a sus criados, *no es normal* (v. 17:7–8). Sin embargo, el Señor Jesucristo condescendió a ceñirse y lavar los pies de sus discípulos (Jn. 13:4–5). En ese inciso maravilloso de *«pasando cerca de cada uno»* (según indicación del original), vemos que el Señor no nos ve «en masa», sino a cada uno con singular atención. Cada uno de nosotros, creyentes, puede decir como Pablo: *«me amó y se entregó a sí mismo POR MÍ»* (Gá. 2:20b). ¡Por *mí,* y por cada pecador arrepentido, como si sólo yo existiese en su presencia! No es extraño que, al citar a Bessen, diga Lenski al referirse a la segunda parte de este versículo 37: «Tal como ningún israelita se atrevía a mirar descubierto al Arca de la Alianza, así ninguno debería contemplar este pasaje sin primero haberse envuelto totalmente en el manto de la humildad».

6. Por consiguiente, a fin de que estemos siempre preparados, se nos deja en la incertidumbre en cuanto al tiempo preciso en que el Señor vendrá: *«Pero sabed esto, que si supiese el padre de familia a qué hora iba a venir el ladrón, velaría, y no permitiría que horadaran su casa»* (v. 39). Por descuidado que fuese, velaría. Igualmente, nosotros, no sabiendo a qué hora será el toque de alarma, debemos estar siempre de guardia. ¡Cuán miserable será el caso de aquellos a quienes la Venida del Señor sorprenda sin estar preparados! ¿Qué será de los incrédulos, qué de los endurecidos en el pecado? Si los hombres tienen tanto cuidado de que sus casas no sean horadadas y despojadas, ¿cómo estaremos descuidados de lo que tiene que ver con nuestras almas por toda la eternidad? *«Vosotros, pues, también, estad preparados»* (v. 40a); tan preparados, por lo menos, como estaría *el padre de familia si supiera a qué hora iba a venir el ladrón.*

Versículos 41–53

I. Al llegar a este punto, tenemos una pregunta de Pedro a *Jesús: «Señor, ¿diriges esta parábola a nosotros, o también a todos?»* (v. 41); es decir, «¿la diriges sólo a nosotros, los discípulos, o a toda la multitud que nos rodea?». Pedro hablaba aquí, como en otras ocasiones, en función de portavoz de los doce. Hemos de bendecir a Dios por los que se apresuran a dar un paso adelante, con tal de que quienes se atreven a tanto, se guarden del orgullo. En Lucas no hallamos respuesta directa del Señor a esta pregunta, pero sí en Marcos: *«Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: Velad»* (Mr. 13:37). Sin embargo, en Lucas, por el contexto, parece ser que tiene en cuenta principalmente a los apóstoles. Podemos y debemos, no obstante, cada uno aplicarnos la parábola, como todo lo demás de la Escritura (v. 2 Ti. 3:15–17) y decir: «¿Qué tiene que ver conmigo esta porción?»

II. La respuesta de Cristo a la pregunta de Pedro es peculiarmente apropiada para los ministros de Dios, que son los *administradores* en la casa de Dios (comp. con 1 Co. 4:1). Vemos:

1. Cuál es su deber como *mayordomos* y el encargo que el Señor les encomienda: Son *constituidos sobre la servidumbre,* bajo el mando del amo, que es Cristo; toda *autoridad* en la Iglesia es una delegación del Señor, ante quien el pastor es responsable, y al servicio de la comunidad eclesial. Allí está puesto el ministro de Dios como el *mayordomo* encargado de *«dar a todos, a su tiempo, la ración conveniente»* (v. 42); es decir, la Palabra, el consejo, la exhortación, la reprensión y el consuelo que son apropiados para cada uno y *a su tiempo.* Tacto, prudencia, competencia, fidelidad, espiritualidad; he ahí las cualidades ideales de un ministro del Señor, difíciles de hallar, todas juntas, en una sola persona. Por eso dice la Palabra de Dios: *«Donde no hay dirección sabia, caerá el pueblo; mas en la multitud de consejeros hay seguridad»* (Pr. 11:14, comp. con 15:22 y 24:6). Se sobrentiende que los «consejeros» están capacitados para dar consejo, porque la multitud de consejeros incapaces no da ninguna seguridad; el consejo de un experto es preferible al de cincuenta inexpertos.

2. Cuál será la felicidad de los que muestren ser *mayordomos fieles y prudentes: «Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así»* (v. 43). Es decir: (A) Que está *actuando;* no es un holgazán; (B) Que está haciendo *así* es decir como es su deber: dedicado a su Señor y predicando el Evangelio. (C) Que es *hallado* haciendo así cuando el Señor viene. La dicha de este siervo fiel queda ilustrada en el siguiente versículo, donde tenemos su promoción a un puesto de mayor privilegio y responsabilidad: *«En verdad os digo que le pondrá como encargado de todos sus bienes»* (v. 44). Desde luego, los ministros de Dios que se han mostrado fieles en el desempeño de su ministerio recibirán una recompensa especial en el día de Jesucristo. A ellos pueden aplicarse las promesas que leemos en Daniel 12:3: *«Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento y los que enseñaron a muchos la justicia, como las estrellas a perpetua eternidad»* (comp. con 1 Co. 15:41–42).

3. Cuán terrible será el ajuste de cuentas que el Señor hará con los siervos infieles y traidores (vv. 45–46). Ya consideramos esto en el comentario a *Mateo* y, por tanto, aquí haremos notar solamente que: (A) *«Dice en su corazón: Mi señor tarda en venir».* La paciencia de Cristo (como la de Dios, v. 2 P. 3:4–9) es interpretada con mucha frecuencia, como *tardanza,* con lo que se desaniman los suyos, y se *animan* los enemigos. (B) Los perseguidores del pueblo de Dios (e incluso los malos líderes del pueblo de Dios) se entregan a su propia comodidad y hasta sensualidad: «*Y comienza* a *golpear a los criados y a las criadas, y a comer y beber y embriagarse»,* sin querer percatarse de la maldad de su propio pecado ni del sufrimiento que causa a sus hermanos y consiervos. No es infrecuente el caso (los psicólogos podrían decir mucho sobre esto) de que precisamente los líderes que más tiranizan a las congregaciones sean demasiado indulgentes con sus propios pecados. (C) La muerte y el juicio serán terribles para todos los malvados, pero especialmente para los malvados ministros de Dios. Serán tomados por sorpresa: *«Vendrá el señor de aquel siervo en un día que éste no espera, y a la hora que no sabe, y le cortará, y le pondrá con los infieles»* (v. 46).

4. Que el hecho de haber conocido su obligación y no haber cumplido con ella será una circunstancia agravante de su pecado: *«Aquel siervo que, conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que, sin conocerla, hizo cosas dignas de azotes, recibirá pocos»* (vv. 47–48a). Parece ser que tenemos aquí una velada alusión a la distinción que hacía la Ley entre los pecados *«por yerro»* y los que se cometen *«con soberbia»* (Nm. 15:24–30). Vemos, pues, que: (A) La ignorancia de nuestra obligación, aun siendo culpable es una circunstancia atenuante de nuestro pecado; por eso, el siervo que no conocía la voluntad del señor *«recibirá pocos azotes»,* pero recibirá algunos, porque debía, y podía, haber conocido mejor la voluntad de su señor; su ignorancia le

excusa en parte Pero no del todo, así fue como los judíos dieron muerte al Señor (v. Hch. 3:17) y Pablo persiguió, antes de su conversión, a la Iglesia (v. 1 Ti. 1:13). Por eso, el mismo Jesús oró por los que le crucificaban, diciendo: *«Perdónales, Padre, porque no saben lo que hacen»*. (B) En cambio el conocimiento claro de nuestro deber es una circunstancia que agrava nuestro pecado: *«Aquel siervo … recibirá muchos azotes»*. Con toda justicia castigará Dios con mayor severidad a tal siervo, porque el conocimiento pleno de su deber demuestra un grado más elevado de voluntariedad y contumacia en su pecado (nótese el *«voluntariamente»* de He. 10:26; 2 P. 3:5). (C) Y el Señor añade una buena razón: *«Porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le exigirá y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá»* (v. 48b). Quienes poseen mayor capacidad y han recibido mayores dones que otros y que conocen mejor la Palabra de Dios, tendrán un ajuste de cuentas más severo que el de otros.

III. Jesús pasa luego a hablar de sus futuros padecimientos y de los padecimientos de los suyos por causa de Él. Comienza el Señor con una declaración general: *«Fuego vine a echar en la tierra; y ¡qué deseo, si ya se encendió!»* (trad. lit.). Muchos intérpretes al sacar estas palabras de su contexto, han visto en esta frase un deseo de Cristo de que todo el mundo se inflamase en el fuego del amor de Dios de la predicación del Evangelio y del derramamiento del Espíritu Santo. Pero, por el contexto, se ve que Cristo habla del *fuego* de la persecución, del *«escándalo de la Cruz»*, que había de provocar persecución y división hasta en las familias. Cristo no es el autor de este *fuego* como tampoco es Él quien esgrime la *espada* de Mateo 10:34, sino los perseguidores; pero Él permite este «incendio» a fin de que los suyos sean refinados en la persecución como el oro en el crisol (v. 1 P. 1:7; 4:12). Vemos primeramente:

1. Que Él mismo ha de padecer mucho, pasando por este fuego que *Ya se encendió* contra Él: *«De un bautismo tengo que ser bautizado»* (v. 50). No nos extrañe el cambio de metáfora. Las aflicciones son comparadas tanto al *fuego* como al *agua* (Sal. 66:12). Jesús llama «bautismo» a sus padecimientos, porque fue totalmente sumergido en ellos, como Israel lo fue en el mar (1 Co. 10:2). Cristo los conocía de antemano y les pone un nombre que les quita terribilidad; los llama «bautismo», no «inundación» (comp. con Is. 43:2); le habían de *cubrir*, pero no le habían de *ahogar*. Con ello, santificaba el nombre de *bautismo* y mostraba que, aun cuando comportaba una *sepultura*, también indicaba *resurrección* (comp. con Hch. 2:24–31; Ro. 6:3–11). Y Jesús añade: «Y *¡cómo me angustio hasta que se cumpla!»* (v. 50b). También esta frase ha sido mal entendida, como si Cristo desease que la hora *llegara*, cuando lo que Él deseaba es que la hora *pasara*, fuera *consumada* (el verbo es el mismo de Jn. 19:30). Por otra parte, como hace notar Bliss, el verbo *«me angustio»* es el mismo que Pablo usa en Filipenses 1:23. Dice Bliss: «Los dolores de la muerte ya, en anticipación, "se apoderaron de Él", y la perspectiva era terrible para el Hijo del Hombre. Pero, por otro lado, esa era la voluntad del Padre, e igualmente la suya, de que Él así sufriera, y para esa hora había venido al mundo» (v. Jn. 12:27). No hemos de perder de vista, con todo, que estaba profetizado: *«Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho»* (Is. 53:11, comp. con He. 12:2). ¡De tal forma deseaba Jesús el cumplimiento de la redención del humano linaje mediante el sacrificio de la Cruz!

2. A continuación, Jesús declara los padecimientos que también los Suyos habían de sufrir: *«¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra?»* (v. 51). Se insinúa aquí que los discípulos abrigaban esta suposición: que el Evangelio tendría una acogida *universal*, que la gente lo recibiría *unánimemente*, y que todo sería *paz* y tranquilidad. Pero Cristo viene a decirles: «Estáis equivocados; los hechos probarán lo contrario y, por tanto, no os forjéis ilusiones paradisíacas y sin fundamento, porque lo que realmente sucederá es:

(A) Que el resultado de la predicación del Evangelio será *«división»* (v. 51b). No es que el objetivo del Evangelio sea causar división; todo lo contrario; su propia tendencia es *«congregar en uno a los hijos de Dios»* (Jn. 11:52) y unirles con *el vínculo de la paz, que es el amor* (Ef. 4:3; Col. 3:14). Si el mundo entero recibiera el Evangelio, la paz sería el resultado (v. Is. 32:17); pero el hecho es que hay muchos que no lo reciben, sino que se oponen a él, y esta oposición es la que causa la división. Mientras el príncipe de este mundo, como *fuerte armado*, domina el mundo desde su palacio, *todos sus bienes están en paz;* también los muertos descansan *en paz;* la paz de los cementerios es la paz del derrotado por el pecado y por la muerte; pero la paz de Cristo es la paz de la vida de la victoria sobre el pecado, de la que es fruto de la sumisión a la voluntad de Dios y de la obra del Espíritu Santo en el corazón del regenerado; no en vano, el *«dominio propio»* remata con broche de oro la lista de los nueve aspectos del fruto del Espíritu (Gá. 5:22–23). Sólo el que se domina a sí mismo, escapa del *conflicto* espiritual en que se debate el

hombre carnal. Notemos que los filósofos de las diferentes escuelas en tiempo de Pablo estaban de acuerdo en muchas cosas, también lo estaban los adoradores de las diferentes deidades falsas; pero cuando les fue predicado el Evangelio, y muchos fueron sacados del poder de Satanás e introducidos en el reino de Dios, entonces comenzó la perturbación. Algunos se *distinguieron* de los demás al abrazar el Evangelio (v. Hch. 17:32–34), y otros hasta se enfurecían de la actitud de los primeros. Sí, incluso entre los que han recibido al Señor ha habido, y hay, *división* (v. por ej. 1 Co. 1:10–13), porque hay carnalidad y, en consecuencia rivalidad. Pero si todos los creyentes imitásemos al apóstol Pablo (v. por ej. Fil. 1:15–18), pronto desaparecerían esas divisiones, pues dentro de la normal diferencia de pareceres, habría amor, humildad y mansedumbre para dialogar y respetar las opiniones ajenas que no afectan a los puntos fundamentales de doctrina y práctica.

(B) «Que esta *división* alcanzaría también hasta el ámbito de la familia»: *«Estará dividido el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra»* (v. 53). Pues el que se convierta al Evangelio estará deseoso de dar testimonio, antes que nada, en su propia casa, y el que continúe inconverso se sentirá provocado y odiará, y hasta perseguirá, al que, por su fe y obediencia, testifica y, de este modo, condena implícitamente al que persiste en su incredulidad y desobediencia. Incluso las *madres* y las *hijas*, a las que el instinto natural suele mantener más unidas en el afecto, se distanciarán la una de la otra y se odiarán. Como vemos en el libro de *Hechos*, dondequiera llegaba el Evangelio, surgía la persecución, se armaba *«disturbio no pequeño»* (Hch. 19:23) y «en *todas partes se le contradecía*» (Hch. 28:22). Por tanto, los discípulos de Cristo no deben prometerse *«paz terrenal en la tierra»*.

Versículos 54–59

Al haber dado a los discípulos la lección que les correspondía, Jesús se vuelve ahora a la multitud en general y les da la lección que a ellos les corresponde (v. 54). En general, deseaba que fuesen tan avisados en los negocios del alma como lo eran en los del cuerpo.

I. Les convenía aprender a discernir el camino de Dios con relación a ellos, para prepararse convenientemente a entrar por él. Eran sabios en cuanto al clima, pues podían predecir cuándo llovería y cuándo haría calor (vv. 54–55), fundados en las señales del firmamento que habían observado una y otra vez. La experiencia es madre de la ciencia y en Hebreos 5:14, se nos dice que *«los que han alcanzado la madurez»* son *«los que, por razón de la costumbre, tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal»*. Todo el que es sabio, tanto para ciencia, como *«para salvación»* (2 Ti. 3:15), *observa* atento, *aprende* solícito, y se hace *maduro* en discernimiento, *«para no ser llevado a la deriva por todo viento de doctrina»* (Ef. 4:14). Pero esta gente no tenía sabiduría para discernir *el cumplimiento del tiempo* (Mr. 1:15).

1. En efecto, acertaban a presagiar el tiempo meteorológico: *«Cuando veis la nube que sale del poniente,* aunque al principio no sea mayor que *"la palma de la mano de un hombre"* (1 R. 18:44), *al instante decís: Viene lluvia; y así sucede. Y cuando sopla el viento del sur, decís: Hará calor; y lo hace»*. Sin embargo, la naturaleza no siempre obedece a los pronósticos de los meteorólogos (ni siquiera en 1983. Nota del traductor); con todo, la gente se acomoda a tales predicciones.

2. La consecuencia que Cristo infiere de esto contra ellos (v. 56): *«¡Hipócritas! Sabéis averiguar el aspecto del cielo y de la tierra; ¿y cómo no averiguáis este tiempo?* Como si dijese: «¿Cómo no sabéis discernir *esta oportunidad* (lit.) que Dios os ofrece ahora y que quizá no volváis a tener jamás?» *«He aquí ahora el tiempo favorable; he aquí ahora el día de salvación»,* grita a todos el apóstol (2 Co. 6:2). «Ahora o nunca.» La locura y la ruina del ser humano está en que *no conoce su tiempo.* Esa fue la causa de la ruina de los hombres de aquella generación: *«No conociste el tiempo de tu visitación»* (19:44). Jesús añade: «¿Y *por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo?»* (v. 57). Ante las señales que de su mesianidad daba Jesús, deberían haber pronunciado «veredicto de justicia» sobre lo que Cristo les predicaba y enseñaba (comp. con Jn. 16:10; 1 Ti. 3:16 «*Justificado en el Espíritu*». Esto podían juzgar *«por sí mismos»,* sin depender de las falsas doctrinas de los fariseos. Si los hombres se liberasen de prejuicios y tuviesen la libertad de juzgar por sí mismos lo que es justo, pronto se percatarían de que todos los preceptos y enseñanzas de Jesucristo son rectos, sabios y convenientes, y que no hay cosa tan puesta en razón como someterse a ellos de buen grado.

II. Les convenía ponerse a toda prisa *a bien con Dios,* antes de que fuese demasiado tarde (vv. 58–59). Esta misma advertencia la comentamos en Mateo 5:25–26. Aun cuando allí el contexto parece apuntar al *hermano* como *adversario* (lit. *demandante ante un tribunal),* aquí el «adversario» no puede entenderse sino de Jesucristo. La base del símil es la misma que en Mateo 5:25–26:

1. En los asuntos temporales, es señal de prudencia ponerse a bien con un contendiente contra quien no podemos prevalecer ante un tribunal: *«Pues cuando vayas al magistrado con tu adversario,* y veas que vas a perder el pleito, la prudencia te aconsejará que *procures arreglarte con él en el camino».* Quien es verdaderamente prudente no deja que los pleitos lleguen a un extremo en que va a salir perdedor, sino que se aviene a un arreglo o «conciliación», aun cuando no esté dispuesto a una «reconciliación».

2. Si esto ocurre en los asuntos temporales, mucho más ha de tenerse en cuenta en los asuntos espirituales, en los que el Juez será inapelable, y la sentencia irrevocable por toda la eternidad. Por el pecado, hemos hecho a Dios nuestro *adversario: «Nuestras iniquidades han hecho separación entre nosotros y nuestro Dios»* (Is. 59:2). Y Dios tiene todo *derecho* para ocultar de nosotros su rostro, y todo *poder* para enviarnos al Infierno (Mt. 10:28). Cristo a quien todo juicio ha sido encomendado (v. Jn. 5:22–29) es el magistrado ante el que todos hemos de comparecer; aquel que, por no haber escuchado su Palabra (v. Jn. 12:48), tenga perdida la causa, será entregado al *alguacil;* es decir, al oficial encargado de encerrar en prisión (comp. con Mt. 13:49–50). *«De allí no saldrás hasta que hayas pagado hasta el último céntimo»* (v. 59) es decir nunca. Dice Lenski: «Esta posibilidad tiene que ver sólo con el lenguaje figurado de Jesús. No ilustra ninguna posibilidad real de que un pecador halle escape después de la muerte y del juicio, porque las Escrituras nada dicen de tal posibilidad». No sólo no dicen nada de tal posibilidad, sino que la contradicen al declarar que no hay salvación, sino por fe en la obra del Calvario, llevada a cabo de una vez por todas (v. Ro. 3:21–28; He. 10:12–14). Esa fe es lo único que impide que una persona muera en su pecado (Jn. 8:24). Así que *«el que no cree, ya ha sido condenado»* (Jn. 3:18). Y en la Biblia no aparece ninguna condenación parcial o temporal; o es *entera y eterna* (v. Mt. 25:46; Ap. 14:11; 20:10) o es *ninguna* (Ro. 8:1): ni poca ni mucha.

3. Al considerar todo eso, démonos prisa a ponernos a bien con el Juez Divino, para no caer en las manos de Dios como *adversario* (comp. con He. 10:31), sino en los brazos de Dios como *Padre;* y esto, *«en el camino»,* mientras vamos de viaje por esta vida, pues ahí es donde Jesús carga el énfasis. Mientras estamos con vida, estamos *en el camino.* Ahora, pues es el tiempo de arreglarnos con el adversario por medio de la fe y del arrepentimiento, antes de que sea demasiado tarde. Ya vemos cómo Jesús nos ofrece la oportunidad y nos promete la acogida (v. Jn. 6:35–37). Alarguemos la mano de la fe y «tendremos *paz para con Dios»* (Ro. 5:1).

CAPÍTULO 13

El capítulo comienza con la exhortación de Jesús al arrepentimiento, con ocasión de las noticias de una masacre ordenada por Pilato. Jesús continúa con el mismo tema por medio de la parábola de la higuera estéril. Sigue la curación en sábado de una mujer que se hallaba en la sinagoga. Tenemos luego una repetición de las parábolas del grano de mostaza y de la levadura. Contesta Jesús a una pregunta sobre el número de los que se salvan y termina el capítulo con el lamento del Señor sobre Jerusalén.

Versículos 1–5

I. Aquí tenemos las noticias que le llegan a Cristo acerca de la reciente muerte de algunos galileos, *«cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos»* (v. 1). Veamos:

1. Cuál era este trágico episodio. Se nos refiere aquí brevemente y no se halla mencionado en ningún otro lugar, ni en la Biblia ni fuera de la Biblia. Al ser los galileos súbditos de Herodes es probable que este incidente ocasionase la enemistad entre Herodes y Pilato, mencionada en 23:12. No se nos dice el número de las víctimas; quizá eran unos pocos, pero la circunstancia agravante era que Pilato *había mezclado la sangre de ellos con la de los sacrificios.* Es de notar la bravura de estos galileos, de cuyo

supuesto «crimen» no hay referencia alguna, al ir con sus sacrificios a Jerusalén, y ponerse así al alcance del impío gobernador. Ni la santidad del lugar ni la de la obra que estaban llevando a cabo estos galileos sirvieron para protegerlos de la furia de un injusto juez, que no temía a Dios ni tenía compasión con los hombres. El altar, que solía ser santuario y lugar de refugio, se convierte ahora en una trampa y lazo, y en lugar de peligro y asesinato. Dice Bliss: «Una circunstancia de ese castigo, la cual impresionó peculiarmente la imaginación judía, fue la de que estaban precisamente en los atrios del templo, ocupados en el ofrecimiento de sacrificios en el momento en que fueron muertos, de modo que su sangre, al salpicar algunas partes de la víctima, puede decirse que se había *mezclado con sus sacrificios*».

2. Por qué fue llevada esta noticia a Jesús, precisamente *en ese mismo tiempo.* Quizá fue meramente como noticia que los informantes supondrían que Jesús no la sabía, como un suceso lamentable para ellos y, por qué no, también para el Maestro, o quizá como confirmación de lo que Jesús acababa de decir sobre la necesidad de ponerse a bien con Dios antes de que fuera demasiado tarde, como diciéndole: «Maestro, he aquí un caso reciente de algunos que fueron súbitamente *entregados al alguacil,* sorprendidos por la muerte cuando menos lo pensaban y, por tanto, indicándonos que debemos estar siempre preparados». Siempre es de gran provecho para los oyentes, cuando explicamos la Palabra de Dios, confirmarla con ejemplos que nos suministran la experiencia propia y la providencia de Dios. Al ser Jesús un profeta, y de Galilea, pensarían los informadores que la noticia causaría impacto en el ánimo de Jesús y quizás el Señor trataría de vindicar ante Herodes la muerte de estos galileos, o desistiría de subir a Jerusalén (v. 22), para no correr la misma suerte que habían corrido aquellos galileos a manos de Pilato. La respuesta de Cristo da a entender que los informadores, al contarle este episodio, insinuaban que aquellos galileos debían de ser *mala gente;* de no ser así, Dios no habría permitido que Pilato los asesinase de aquella manera tan bárbara. Esta suposición no dejaba de ser maligna, por insinuar que fueran malhechores, sin tener ninguna otra prueba, quienes habrían podido ser tenidos por mártires de la religión patria.

II. Respuesta de Cristo a este informe:

1. A este informe sobre una muerte trágica a manos de un gobernador malvado, añade Jesús la muerte trágica de unos judíos a causa de un accidente natural. No hacía mucho que *la torre de Siloé había caído y causado la muerte de dieciocho personas* (v. 4). Era otro episodio triste, semejantes al cual ocurren cada día algunos. Torres, como otros edificios, construidos para dar seguridad, causan frecuentemente muerte y destrucción.

2. Con base en estos dos trágicos sucesos, Jesús amonesta a sus oyentes a que no interpreten mal estos accidentes, como si hubiéramos de suponer que los *grandes sufrimientos* son justo castigo de *grandes malhechores,* pues tal suposición tiene un fondo pagano, supersticioso (comp. con Hch. 28:4). «*¿Pensáis*—dice Jesús—*que esos galileos eran más pecadores que todos los galileos porque padecieron tales cosas? Os digo: No …*» (vv. 2–3a). Quizá los que le habían comunicado la noticia eran judíos y, hasta cierto punto, se alegraban de poder informar sobre un trágico episodio sucedido precisamente a unos *galileos,* nativos de una región despreciable (v. Jn. 7:52). Por eso, Jesús les replica con un accidente ocurrido, no a galileos, sino precisamente a judíos de Jerusalén: «*O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató,* cuando quizás estaban esperando ser sanados en la piscina de aquel lugar, *eran más culpables,* más *endeudados* (lit.) con la justicia de Dios, *que todos los hombres que habitan en Jerusalén? Os digo: No …*» (vv. 4–5a). Repetimos que no se puede juzgar de los *pecados* de los hombres a base de lo que puedan *sufrir* en esta vida, porque muchos son arrojados al horno, no como escoria que debe ser consumida, sino como oro que tiene que ser refinado, por consiguiente, no hemos de apresurarnos a censurar a quienes sufren más que sus semejantes, no sea que añadamos aflicción al afligido. Si nos ponemos a juzgar, tendremos suficiente que juzgar acerca de nosotros mismos. Al seguir una norma errada, llegaríamos a concluir que cuantos opresores disfrutan de poder y prosperidad han de contarse entre los mayores santos, mientras que los oprimidos han de ser tenidos por los más perversos pecadores. Recordemos siempre el precepto de Jesús: «*NO JUZGUÉIS, PARA QUE NO SEÁIS JUZGADOS*» (Mt. 7:1).

3. Jesús aprovecha estos dos trágicos episodios para hacer un llamamiento al arrepentimiento, y advierte sobre las graves consecuencias que trae consigo la impenitencia: «*Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente*» (vv. 3, 5). Con esto, viene a decirnos a todos: (A) Que todos merecemos *perecer* igual que ellos. A fin de que no censuremos fácilmente, hemos de tener en cuenta, no sólo que somos

pecadores, sino también que tenemos de qué arrepentirnos tanto como lo que ellos hubieron de sufrir. (B) Que, por consiguiente todos hemos de *arrepentirnos,* compungidos por todo lo malo que hemos hecho y dispuestos a cambiar de conducta. Los juicios de Dios sobre nuestros semejantes son intimaciones que Dios nos hace en voz muy alta a que *nos arrepintamos.* (C) Que el arrepentimiento es la *única* puerta por la que escapar de la *perdición,* y que es una puerta *segura.* (D) Que, si no nos arrepentimos, ciertamente pereceremos, como les ha ocurrido a otros antes que a nosotros. A no ser que nos arrepintamos, vamos a perecer eternamente, así como aquellos perecieron temporalmente. El mismo Jesús que manda *arrepentirse porque el reino de Dios se ha acercado* (Mr. 1:15), manda también *arrepentirse porque, de lo contrario, pereceremos.* Así que ha puesto *delante de nosotros la vida y la muerte, el bien y el mal, la bendición y la maldición; ¡escojamos, pues, la vida!* (v. Dt. 30:15, 19).

Versículos 6–9

La parábola que hallamos en la presente porción está destinada a reforzar la exhortación al arrepentimiento, que acabamos de comentar: «Si *no os arrepentís, todos pereceréis igualmente».*

I. La parábola va dirigida primordialmente a Israel. Dios escogió a la nación judía como pueblo escogido suyo, cercano a Él, y esperaba de este pueblo *fruto* de obediencia; pero ellos no correspondieron a la predilección que Dios les había mostrado, sino que, en lugar de acreditar la profesión que habían hecho (v. Éx. 19:8), la desacreditaron. A consecuencia de ello, Dios determinó justamente abandonarlos; pero, por intercesión de Cristo, como otrora por la de Moisés, les concedió una tregua con prolongación de misericordia, poniéndoles a prueba mediante el envío de sus apóstoles entre ellos para invitarles al arrepentimiento, y ofrecerles perdón en nombre de Cristo. Algunos fueron movidos a la compunción y dieron frutos dignos de arrepentimiento; para éstos no hubo castigo; pero el grueso de la nación continuó en una estéril impenitencia, y vino sobre ellos la ruina sin remedio.

II. Pero la parábola va dirigida también, en general a despertar a todos cuantos tienen los medios de gracia al alcance de la mano, a fin de que los criterios de su mentalidad y el tenor de su vida respondan a las oportunidades que la gracia de Dios les ofrece, pues éste es el *fruto* que de ellos se espera. Al estudiar la parábola, veamos:

1. Las ventajas de que disfrutaba esta higuera. El dueño la había *plantado en su viña,* esto es, en el mejor terreno posible y donde iba a recibir mayores cuidados que otras higueras plantadas *cerca del camino* (v. Mt. 21:19). También nosotros somos como higueras plantadas en la viña de Dios, lo cual constituye un gran favor.

2. Las esperanzas que el dueño abrigaba con respecto a esta higuera: *«Vino a buscar fruto de ella».* No envió a sus criados, sino que vino él en persona. Así Cristo vino a este mundo, vino a los de su pueblo (Jn. 1:11), en busca de fruto. El Dios de los cielos demanda y espera fruto de todos cuantos ocupan un lugar en su viña. De nada le servirán los que son como *hojas,* diciendo: *«Señor, Señor»* (6:46). Tampoco le servirán los que son como *flores,* que prometen primores de hermosura y acaban en desechos de basura (v. 12:27–28). Sólo el *fruto* de una vida santa le ha de satisfacer (v. Ro. 6:22; Ef. 2:10; Tit. 2:14). El carácter cristiano está configurado en los nueve aspectos del *fruto del Espíritu* (v. Gá. 5:22–23).

3. La decepción que el dueño experimentó en cuanto a las esperanzas que tenía en relación con esta higuera: «Y *no lo halló»;* no halló fruto, ni siquiera un higo. Da tristeza pensar cuántos son los que disfrutan de los privilegios del Evangelio, pero no hacen nada que sirva para el honor de Dios. Vemos que el dueño de la viña, dirigiéndose al *viñador* que la trabaja: (A) Se queja de que, tras larga espera, la higuera no le rinde ningún fruto: *«Vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo»* (v. 7). ¡Qué desilusión! (B) Se queja de dos detalles que agravan la infructuosidad de la higuera: (a) *«Hace tres años que vengo a buscar fruto … y no lo hallo».* Pacientemente, año tras año, había venido personalmente en busca de fruto sin encontrarlo. ¿Por cuánto tiempo se ha llegado Dios a nosotros en busca de *fruto, y* no lo ha hallado? ¡Y cómo nos aguanta Dios en su infinita paciencia! (b) Esta higuera no sólo no da fruto alguno, sino que *«inutiliza también la tierra»* (v. 7b); es decir, ocupa inútilmente el lugar de otra higuera que podría rendir fruto y hace daño al resto del plantío, al chupar del suelo los elementos que podrían beneficiar al viñedo. Así también, los que no *hacen el bien* dentro de la iglesia, suelen *hacer daño* con la influencia de su mal ejemplo. Y el daño es tanto mayor, y la tierra es tanto más inutilizada, cuanto más

alto y ancho es el lugar que ocupa el árbol, especialmente cuando echa raíces y se hace viejo sin producir fruto.

4. La sentencia que contra la higuera pronuncia el dueño: *«Córtala»*. ¿Qué otra cosa puede esperarse de un árbol que no da fruto año tras año? (comp. con 3:9). ¿Por qué motivo ha de continuar inutilizando la tierra? ¿Qué razón hay para que ocupe en la viña un lugar sin provecho?

5. La intercesión del viñador a favor de la higuera. Cristo es el Gran Intercesor (Ro. 8:34; He. 7:25; 1 Jn. 2:1), pero también los creyentes han de interceder unos por otros, especialmente, los ministros de Dios, que tienen el deber de *orar* por aquellos a quienes van a *predicar*. En cuanto a este viñador, vemos:

(A) Cómo intercede ante el dueño: *«Señor, déjala todavía este año»* (v. 8a). No le dice: «Señor, no la cortes jamás», sino «No la cortes todavía»; invoca dilación, no exención. Es una gran misericordia de parte de Dios conceder *tiempo* para arrepentirse a quienes rechazan la *gracia* para arrepentirse (comp. con 2 P. 3:9). Sólo a la intercesión de Cristo se debe el que muchos árboles infructuosos no sean cortados inmediatamente. Esto nos invita a preguntarnos: ¿Soy yo como este árbol sin fruto para el Señor? También nos invita a interceder ante el Señor a favor de otros: *«Señor, déjalos todavía este año»*. Así hemos de permanecer en la brecha, para impedir que Dios descargue su ira sobre los árboles de su viña. Pero tengamos en cuenta que las oraciones de otros hermanos a favor de nosotros, aun cuando sirvan para demorar el castigo que merecemos, no han de conseguirnos el perdón de nuestros pecados, a menos que nosotros mismos reaccionemos con fe, arrepentimiento y oración.

(B) Cómo promete trabajar con mayor esfuerzo, durante el año de dilación, para mejorar la condición de la higuera: *«Hasta que yo cave alrededor de el/a, y la abone»* (v. 8b). Nuestras oraciones por otros han de ir acompañadas de nuestra acciones; al rogar por otros, hemos de pedir a Dios gracia para cumplir con nuestro deber de ayudar al hermano; de lo contrario, nuestras oraciones serían una burla y mostrarían que no apreciamos en todo su valor la gracia que requerimos para los demás. El viñador de la parábola se comprometió a hacer lo que estaba de su parte, cavando en torno al árbol y abonándolo. Así deben obrar también los ministros del Señor, pues los creyentes infructuosos deben ser despertados de su letargo mediante la corrección que quebrante la dureza del terreno en barbecho, y estimulados mediante las promesas del Señor, que son como el abono que nutre y enriquece el terreno; ambos métodos han de usarse, pues el uno es preparación para el otro.

(C) En qué términos deja el asunto: «Vamos a ver lo que podemos hacer con ella por un año más y *si da fruto, bien»* (v. 9). La palabra «bien» no se halla en el original, y queda la frase en suspenso; pero lo que sigue da a entender claramente la alegría que tanto el dueño como el viñador experimentarán si la higuera, por fin, da el fruto que de ella se esperaba. Cuando un pecador inconverso, o un creyente sin fruto, se arrepienten, se enmiendan y dan fruto, todo trabajo se puede dar por bien empleado: habrá gozo en el Cielo, Dios será glorificado, las manos de los ministros del Señor quedarán reforzadas, la viña de Cristo quedará embellecida, el resto del plantío participará del beneficio, y la higuera que antes era estéril *recibirá bendición de parte de Dios* (He. 6:7); todo estará *bien.*

Pero, *«si no* [da fruto], *la cortarás después»* (v. 9b). Ésta es la posible sombría alternativa. Como comenta Bengel, «el hortelano no dice: “Yo la cortaré”, pero consiente en que así se haga; él cesará de protestar». La paciencia de Dios retrasa el castigo, pero no lo levanta. El árbol estéril será finalmente cortado y arrojado al fuego. Cuanto más se haya tardado Dios en castigar, tanto más terrible será el castigo. *Ser cortado* después de tanto esfuerzo por parte del viñador y de tanta paciencia por parte del dueño, es algo muy triste. Cortar un árbol en el plantío del Señor (v. 1 Co. 3:9), aunque sea una tarea que no se puede evitar, es algo en lo que Dios no se complace. Y los que interceden a favor de higueras estériles, si éstas persisten en su triste condición, estarán finalmente de acuerdo con el justo juicio de Dios, cuando tales árboles tengan que ser cortados.

Versículos 10–17

I. La curación de una mujer en día de sábado y en la sinagoga. El Señor acudía a la sinagoga el sábado. De Él hemos de aprender a *no dejar de congregarnos* (He. 10:25), y no excusarnos de ello al pensar que igualmente podríamos pasar el día en casa leyendo un libro que nos sirva de provecho espiritual, aun en el caso de que tal libro sea la Biblia. Y, cuando acudía a la sinagoga en sábado, el Señor aprovechaba la ocasión para *enseñar* allí (v. 10) y obrar milagros de beneficencia en confirmación de su doctrina.

1. El objeto de su obra misericordiosa fue en esta ocasión una mujer que se hallaba allí, y *que desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad* (v. 11), es decir, una enfermedad causada por un espíritu maligno. La enfermedad era tal, que le hacía ir *encorvada, y en ninguna manera se podía enderezar,* esto es, nunca podía mantenerse en posición erecta. Sin embargo, acudía a la sinagoga los sábados; lo cual nos enseña que, excepto cuando nuestros achaques son de tal clase que nos impiden físicamente asistir a los cultos, no deberíamos dejar de asistir, pues el Señor puede ayudarnos y darnos una bendición que no esperábamos.

2. El que Cristo se ofreciera a curarla sin que ella se lo pidiera nos habla de la misericordia y de la gracia preveniente del Señor: *«Cuando Jesús la vio, la llamó hacia sí»* (v. 12). Antes que ella le preguntara, respondió Él. Ella llegó allí para *aprender* y obtener beneficio para su alma, pero Cristo le dio también alivio para el cuerpo. Los que procuran obtener beneficio para su espíritu, son los que, a la larga, obtendrán también beneficio para su cuerpo.

3. La curación llevada a cabo instantánea y completamente nos habla del poder omnímodo del Señor: *«Le dijo: Mujer, quedas libre de tu enfermedad. Y puso las manos sobre ella; y ella se enderezó al instante»* (vv. 12b–13a). La que sólo podía mirar al suelo, pudo enseguida levantar la cabeza. Esta curación representa la obra de la gracia de Cristo en la conversión de los pecadores, cuyo corazón no regenerado está bajo el poder de un *espíritu de enfermedad,* y toda la persona se halla tan encorvada y retorcida que *no puede enderezarse* para alzar la vista a Dios y a las cosas de arriba. Esas almas encorvadas y retorcidas no pueden buscar a Cristo, pero cuando Él las llama y las cura con su palabra, las libra de su enfermedad y las endereza. La gracia de Dios puede hacer recto lo que el pecado del hombre ha retorcido y encorvado El Espíritu de Cristo, que es Espíritu de adopción, nos hace escapar del espíritu de servidumbre (v. Ro. 8:15), como el que atenazaba a esta mujer.

4. El efecto inmediato que esta curación produjo, no sólo en el cuerpo, sino también en el alma de esta mujer: «Y *glorificaba a Dios*» (v. 13b). Cuando un corazón retorcido es enderezado por la gracia de Dios, lo primero que debe salir de él ha de ser una expresión de alabanza y gratitud a Dios.

II. A continuación se nos refiere el enojo del jefe de la sinagoga a causa de este acto de misericordia de Jesús. Se enojó *«de que Jesús hubiese sanado en sábado»* (v. 14). ¡Cómo ciega el fanatismo, hasta oponerse a una luz tan clara y tan poderosa como la que emanaba de las palabras y de los milagros de Jesús! *«Pero el principal de la sinagoga, enojado de que Jesús hubiese sanado en sábado, dijo a la gente: Seis días hay en que se debe trabajar; en éstos pues, venid y sed sanados, y no en sábado.»* Véase con qué ligereza hablaba de los milagros de Cristo, como si fueran obras comunes y rutinarias, como si dijese: «Podéis venir y ser sanados en cualquier día de la semana, excepto el sábado». A los ojos de este hombre, las curaciones de Cristo eran cosa corriente y barata. Este milagro era evidentemente *obra de Dios;* y, si Dios nos manda no trabajar en ese día, ¿acaso se obliga a Sí mismo a no obrar salvación en ese día? (v. Jn. 5:17). La misma palabra *(jesed)* que, en hebreo, significa *misericordia,* significa también *piedad,* para darnos a entender que las obras de misericordia y caridad son, de algún modo, obras de piedad y, por consiguiente, muy apropiadas en el día de reposo.

III. Cristo se justifica por lo que acaba de hacer (v. 15): *«Entonces el Señor le respondió y dijo: Hipócrita».* Es cierto que nosotros hemos de juzgar caritativamente, porque sólo podemos juzgar de acuerdo con lo que aparece al exterior, pero Cristo conoce *lo que hay en el hombre* (Jn. 2:25), y veía en las palabras del jefe de la sinagoga toda su enemistad contra la persona y el Evangelio de Jesús, aunque tratase de esconderla bajo la capa de un pretendido celo por la observancia del sábado. Cristo pudo habérselo dicho así abiertamente, pero prefirió, en su mansedumbre, razonar con él para hacerle ver su error:

1. Apela primeramente a la práctica común entre los judíos nunca desaprobada, de abrevar el ganado en día de reposo: *«Cada uno de vosotros ¿no desata su buey o su asno del pesebre y lo lleva a beber?»* (v. 15). Sería un acto de crueldad no hacerlo así. No dar de beber al ganado en sábado sería peor que hacer trabajar a los animales ese día.

2. Aplica, a renglón seguido, al presente caso dicha práctica comúnmente aceptada (v. 16): «Si hay que mostrar compasión con un *buey y* un *asno,* desatándole y dándole de beber en sábado, *¿no había de ser desatada ésta* de una ligadura peor? Mirad que es *hija de Abraham* y, por tanto, tiene derecho a las bendiciones mesiánicas; es hermana vuestra y no le podéis negar un favor que concedéis a un buey y a un

asno de vuestra propiedad. Es una mujer *a quien Satanás tuvo atada durante dieciocho años;* por consiguiente, no sólo es un acto de misericordia con la pobre mujer, sino también un acto de piedad con Dios, si se quebranta con ello el poder de Satanás. Ha estado por tanto tiempo en esta situación deplorable y, ahora que hay oportunidad de librarla de ella, no debe dejarse para otro día; ¿qué haría cualquiera de vosotros, si se hubiera hallado durante dieciocho años bajo una aflicción similar?»

IV. Los efectos diferentes que las palabras de Jesús causaron en los oyentes (v. 17):

1. De confusión y vergüenza en sus perseguidores: «*Al decir Él estas cosas, se avergonzaban todos sus adversarios*». No fue una confusión que condujese al arrepentimiento, sino una vergüenza que provocaba indignación.
2. De regocijo en la gente sencilla y sincera: *«Pero todo el pueblo se regocijaba por todas las cosas gloriosas hechas por Él»*. Lo mismo que producía confusión en sus perseguidores, producía gozo en sus seguidores. Las obras que Cristo llevaba a cabo eran *gloriosas*, y todos deberíamos regocijarnos en ellas.

Versículos 18–22

I. Ahora se nos describe en dos parábolas (véase también Mt. 13:31–33) el progreso del Evangelio. Cristo quiere mostrar aquí *a qué es semejante el reino de Dios* (vv. 18, 20). Será algo muy diferente de lo que se suele pensar. La gente esperaba que apareciera como cosa *grande* y llevada a perfección con toda prontitud; pero estaban equivocados: *«Es semejante al grano de* mostaza, cosa muy pequeña y que parece prometer muy poco, *pero creció, y se hizo árbol grande»* (v. 19). Véase el comentario a Mateo 13:31–33 (con las dos escuelas de interpretación. Nota del traductor). Añadamos que muchos tenían prejuicios contra el Evangelio, porque su comienzo no presagiaba nada grande. Cristo quería quitar estos prejuicios al asegurar que, aun cuando los comienzos fueran pequeños, el crecimiento posterior sería grande, tanto que *las aves del cielo anidarían en sus* ramas. Qué clases de «pájaros» habían de hacer sus nidos en las ramas de la Iglesia puede deducirse del contexto en Mateo 13:4, 19, así como por la propia Historia Eclesiástica aun cuando no todos hayan sido «cuervos», sino también «palomas». Algo parecido pasa con la *levadura* (v. 21): Un poco de levadura hace fermentar toda la masa (comp. con 1 Co. 5:6). También la doctrina de Cristo se extendió rápida y milagrosamente (sin elocuencia, sin armas, sin dinero) por todo el mundo, aunque falsos y ajenos elementos se introdujesen junto al mensaje evangélico, tanto en la doctrina como en el culto y en las estructuras.

II. Breve reseña del viaje de Jesús a Jerusalén: *«Recorría Jesús cada una de las ciudades y aldeas, enseñando, y prosiguiendo su camino hacia Jerusalén»* (v. 22). Aquí hallamos a Cristo que viaja a Jerusalén para la fiesta de la Dedicación, la cual se celebraba en invierno, en una estación del año en la que no resulta cómodo viajar.

Versículos 23–30

I. Una pregunta que le hacen a Jesús. No se nos dice si quien se la hizo era amigo o enemigo. La pregunta era: *«¿Son pocos los que se salvan?»* (v. 23), y puede interpretarse de cuatro maneras:

1. Como una pregunta *capciosa:* Si decía que eran muchos podían reprocharle de liberalismo o «manga ancha»; si decía que pocos, le achacarían ser de «manga estrecha» o exclusivismo. En nada muestran los hombres su ignorancia tanto como en el juicio que hacen sobre la salvación de otras personas.
2. Como una pregunta *curiosa:* Hay muchos que están más interesados en saber cuántos se salvarán y cuántos no se salvarán, que en examinarse a sí mismos para saber lo que tienen que hacer para salvarse ellos.
3. Como una pregunta *temerosa:* Quizá se habían dado cuenta de que las normas de Cristo eran estrictas y el mundo era demasiado malo para aceptarlas y, al comparar ambos extremos, vienen a decir por boca del que hace la pregunta: «Si eso es así ¡cuán pocos se van a salvar!» (comp. con Mt. 19:25; Mr. 10:26). Hay motivos para pensar así, cuando de entre los muchos que oyen la Palabra de Dios, son tan pocos los que *la mezclan con fe* (He. 4:2, lit.).

4. Como una pregunta *personal: «Señor, si son pocos los que se salvan,* ¿qué me pasará a mí? *¿Qué he de hacer para heredar la vida eterna?»* (comp. con 10:25).

II. Respuesta de Cristo a la pregunta. Nuestro Salvador no contesta directamente porque no entraba en sus planes el satisfacer curiosidades, sino el despertar conciencias. Por eso, no dice cuántos se han de salvar, sino qué se ha de hacer para asegurar la salvación. Así que:

1. Les da una exhortación estimulante: *«Esforzaos a entrar por la puerta angosta»* (v. 24a). Vemos que responde en plural, porque es algo que interesa a todos. Todo el que quiera ser salvo ha de entrar por la puerta estrecha y someterse a la disciplina. Hay que *esforzarse* para eso, porque la salvación no es un asunto de poca importancia y que pueda ser tomado a la ligera, sino «lo único necesario» y, por tanto, lo que requiere de nosotros todo interés, todo cuidado y todo esfuerzo; es cosa de vida o muerte para toda la eternidad.

2. Les da varias consideraciones despertadoras:

(A) «Pensad en los muchos que hacen *algo* por entrar por la puerta estrecha de la salvación, pero no hacen *bastante: Os digo que muchos procurarán entrar, y no tendrán fuerza»* (lit.). Son de los que *buscan* pero no *se esfuerzan.* La razón por la que muchos se quedan destituidos de la gracia y de la gloria es que se contentan con una búsqueda perezosa, tienen buena opinión de la felicidad y alguna estimación de la santidad, y dan algunos pasos en buena dirección, pero sus convicciones son débiles, sus deseos son fríos, sus esfuerzos son lánguidos, y sus resoluciones carecen de firmeza y duración. Por eso, *no llegan.*

(B) «Pensad en el día de la *diferenciación,* día que se acerca con rapidez, y en las *decisiones* de aquel día: *El padre de familia se levantará y cerrará la puerta»* (v. 25). Ahora parece que da largas al asunto, pero llegará el día en que se levantará y cerrará la puerta. ¿Qué puerta? Una puerta de *distinción.* Como en el templo de Jerusalén, también dentro de las iglesias hay falsos profesantes que adoran en el *atrio exterior,* y genuinos creyentes que adoran *dentro del velo;* la puerta entre las dos estancias está ahora abierta, pero, cuando el amo de la casa se levante, se cerrará la puerta entre ambas estancias, y los que se hallan en el atrio exterior se quedarán fuera; lo inmundo se quedará fuera (Ap. 21:27); sólo los que siguen la santidad verán al Señor (He. 12:14). La puerta de la misericordia y de la gracia está ahora abierta para todos, pero los que no hayan entrado por ella, sino que hayan intentado llegar por sus propios caminos, se verán excluidos del reino.

(C) «Pensad en los que han abrigado una *falsa confianza* o presunción de ser salvos sin haber dado frutos dignos de arrepentimiento, todos los cuales se verán rechazados en aquel día.» En efecto, consideremos: (a) Hasta qué punto les llevó su esperanza: *hasta las mismas puertas,* pues estarán *«llamando a la puerta»* (son los «casi cristianos», comp. con Hch. 26:28), *«diciendo: Señor, Señor, ábrenos»,* como si tuvieran derecho a entrar. ¡Cuántos han arruinado su eternidad por no haberse parado a pensar si su camino era *recto* según Dios, y no según *su propia opinión* (Pr. 21:2)! (b) Cuál era el fundamento de la presunción que tenían de ir al Cielo: *primero,* que habían sido *huéspedes* de Cristo: *«Delante de ti hemos comido y bebido» (*v. 26a); habían disfrutado de muchos de los beneficios que Dios imparte a la Iglesia, incluso, habían participado de la *Mesa del Señor; segundo,* que habían sido *oyentes* de Cristo: «Y *en nuestras plazas enseñaste»* (v. 26b), como si dijesen: ¿Tú que nos enseñaste, no nos vas a salvar? (c) Cómo les engañó su confianza. Cristo les dirá: *«No sé de dónde sois»* (v. 25b). Y, de nuevo: *«Os digo que no sé de dónde sois; apartaos de mí todos vosotros, hacedores de maldad»* (v. 27). En estas frases vemos que el Señor (i) los *desconoce,* como ajenos a la familia de Dios. *«El Señor conoce a los que son suyos»* (2 Ti. 2:19) pero a éstos no les reconoce como de Él; (ii) los *despide: «Apartaas de mí todos vosotros»* ¡Lejos de mi puerta! Aquí no hay nada para vosotros (comp. con Mt. 25:41); (iii) los *describe: «Vosotros, hacedores de maldad»;* ésta es la razón de su ruina: *«que tienen apariencia de piedad, pero niegan la eficacia de ella»* (2 Ti. 3:5); bajo la librea de Cristo, hacen la obra del diablo. (d) Cuán severo y terrible será su castigo (v. 28): *«Allí será el llanto y el crujir de dientes»,* las más extremas señales de pesar y de indignación, *«cuando veáis a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, mientras a vosotros os echan fuera».* Mientras los *santos* del Antiguo Testamento estarán en el reino de Dios, aunque vieron el día del Señor a distancia y se consolaron con ello (v. Jn. 8:56; 12:41) los *pecadores* (no convertidos) del Nuevo Testamento serán echados fuera del reino de Dios en confusión y vergüenza, como quien *no tiene parte ni suerte en este asunto* (Hch. 8:21). La visión de la gloria del santo servirá solamente para agravar la miseria del pecador.

(D) «Pensad *quiénes* serán salvos, a pesar de todo: Y *vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios*» (v. 29). Por lo que Cristo acababa de decir se ve que son pocos los que se han de salvar de entre los que podría pensarse que van por el camino de la salvación. Pero no hemos de suponer que el Evangelio es predicado en vano, pues serán muchos los que vendrán al reino desde los cuatro puntos cardinales del orbe. Cuando el Señor venga, *todo Israel habrá sido salvo* (Ro. 11:26), así como *una multitud innumerable de todas naciones, tribus, pueblos y lenguas* (Ap. 7:9). Cuando lleguemos al Cielo, veremos allí a muchos que no pensábamos ver, y echaremos en falta a otros muchos que pensábamos ver allí. De alguna manera podemos acomodar a esto lo que se nos dice en el versículo 30: *«Y he aquí que hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos»;* aunque el sentido literal no se refiere a esto, sino a que los «primeros», los judíos que estaban *cerca,* rechazaron en masa el reino y fueron relegados al «último» lugar, mientras que los gentiles, los que estaban *lejos,* los «últimos» en las promesas de Dios, pasaron a primer lugar (v. Hch. 2:39; 13:46; Ef. 2:12–13, 17), pues aceptaron la salvación en mayor número que los judíos, que eran los «privilegiados» (v. Ro. 9:4–5). Esto demuestra, una vez más, la necesidad de *esforzarse* a entrar por la puerta estrecha pues los que lo buscaban desde cerca, por su propia justicia, *no lo alcanzaron* (v. Ro. 11:7), mientras que, desde lejos, desde los cuatro puntos cardinales, hubo quienes se esforzaron y llegaron primero al reino de Dios. Hemos de preguntarnos cada uno a sí mismo: «¿Perderé yo la oportunidad de llegar, habiendo comenzado tan pronto y al estar tan cerca, cuando otros, que parecen estar tan lejos, se están esforzando por entrar?» Digamos como Agustín de Hipona, cuando se debatía entre el pecado y la gracia, a la vista de tantos héroes de Cristo: «Lo que éstos y éstas, ¿por qué no yo?»

Versículos 31–35

I. Jesús recibe un mensaje acerca del peligro que corría su vida, si permanecía en Galilea, territorio que caía dentro de la jurisdicción de Herodes: *«Aquel mismo día se acercaron unos fariseos, diciéndole: Sal y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar»* (v. 31). No cabe duda de que estos fariseos expresaban la mala voluntad de Herodes hacia Jesús, pero ellos mismos exageraban la nota, porque querían que Jesús se marchara a Judea, donde tendrían mejores oportunidades para consumar sus malvados planes contra el Salvador. Aunque la respuesta de Jesús parece dar a entender que nada tiene que ver con ellos, la forma con que replica al mensaje indica bien el desafío a Herodes, tanto como a ellos mismos, quienes pensaban que iban a asustar a Jesús con este recado.

II. Jesús responde de tal modo, que sus palabras equivalen a un abierto desafío a las malévolas intenciones de sus perseguidores y declara implícitamente que está decidido a someterse únicamente a la voluntad del Padre: *«Id, y decidle a ese zorro»* (v. 32). Con este epíteto, describe bien el carácter de Herodes Antipas, conocido por su astucia traicionera y por su vileza rastrera. Y aunque es una frase muy fuerte, estaba muy bien en labios de Cristo el Gran Profeta, pues los profetas siempre tuvieron libertad y denuedo para reprender con energía a los malos reyes y potentados. El mensaje que les devuelve para Herodes es: «*Yo echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día termino mi obra»;* como si dijera: «Id, y decidle que no le tengo miedo; ya sé que voy a morir pronto, pero ni él ni otro alguno impedirá que yo lleve a cabo la obra que el Padre me encomendó hasta la hora precisa en que la haya consumado y yo sea sacrificado. Mientras tanto, continuaré *hoy y mañana y pasado mañana* (v. 33) mi camino hacia Jerusalén, donde debo morir como todo profeta, y seguiré con mi gran tarea de beneficencia *echando demonios y curando dolencias*». Estas palabras de Jesús son también un consuelo para nosotros, porque nos declaran que, mientras sigamos llevando a cabo la obra que nuestro Dios y Padre nos ha encomendado, no hemos de temer mal alguno, sólo es menester que día a día cumplamos fielmente con nuestro deber como creyentes, y Él se encargará de que nada nos perjudique hasta la hora en que tenga a bien llamarnos a su presencia. Por eso, Jesús no temía a Herodes no sólo porque su hora exacta no había llegado, sino porque debía morir en Jerusalén, fuera de la jurisdicción de Herodes, ya que sólo el sanedrín de Jerusalén podía entonces encausar a un profeta y hacer que fuese condenado a muerte.

III. A la sola mención de Jerusalén, Jesús prorrumpe a continuación en un amargo lamento sobre la ciudad por la ira de Dios que justamente se cierne sobre ella (vv. 34–35, comp. con Mt. 23:37–39). Vemos:

1. El patetismo con que Jesús habla del pecado y de la ruina de la ciudad «santa»: *«¡Jerusalén, Jerusalén!»* (v. 34), con la solemnidad que implica la repetición, como ya hemos comentado en otro lugar con relación a personas. No hay cosa que tanto entristezca al Señor como la perversidad de personas y lugares que profesan exteriormente una relación más íntima con Dios.

2. La condenación en que incurren los que disfrutan de mayores y más numerosos medios de gracia, si no se benefician de ellos. Si la corrupción y los prejuicios de los hombres no son vencidos con la fe sincera y la oración humilde, los favores divinos provocan *mayor endurecimiento del corazón y mayor almacenamiento de ira para el día de la ira* (Ro. 2:5).

3. La buena voluntad que Jesús había mostrado siempre hacia todos los que quisiesen llegarse a Él: *«¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas!»* Con la misma ternura que una buena madre despliega hacia sus hijitos, dándoles cobijo y calor, Jesús había hecho todo lo posible para beneficiar a los habitantes de Jerusalén.

4. Pero sin resultado. Al *«quise»* de Jesús, tan repetido *«¡Cuántas veces!»*, la ciudad había contestado con pertinaz resistencia: «*¡Y no quisiste!*» El afán salvador de Cristo agrava tremendamente la resistencia del pecador.

5. Por tanto *«vuestra casa»* (Jesús ya no la conoce como suya); es decir, la ciudad misma, incluido el templo *«os es dejada desierta»*, desolada (comp. con Lm. 1:1). Siempre queda desolada una casa, cuando Jesús sale de ella. *«Os* es dejada» es decir «haced lo que queráis de ella; yo ya no voy a impedir su ruina.»

6. Cristo se retira justamente de quienes hacen lo posible para que Él se retire de ellos. Puesto que rehúsan *ser reunidos por Él* (v. 34), les asegura: *«Os digo que de ningún modo me veréis»*.

7. Sólo el juicio del gran día de Jehová convencerá a los incrédulos judíos que ahora no aceptan a su Mesías, pero para muchos (judíos y no judíos) será demasiado tarde: *«Hasta que llegue el tiempo en que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor»* (v. 35b). A pesar de las referencias marginales que pueden verse en nuestras versiones de la Biblia, estas palabras no aluden a las aclamaciones del Domingo de Ramos, sino a la Segunda Venida del Señor, como correctamente comenta Bliss: «Esto no puede limitarse a la acogida que recibió de las multitudes cuando El entró en Jerusalén poco tiempo después (Mt. 21:9; Mr. 11:9; Jn. 12:13; comp. Lc. 19:38), porque los otros evangelistas atribuyen el mismo dicho a Cristo después que su entrada en la ciudad había tenido lugar. El dicho aquí señala a la *Parousía*, o Segunda Venida de nuestro Señor. Antes de que tal cosa ocurra, la nación judía creería en el Mesías y se volvería a Él (Ro. 11:25–27). Entonces, cuando ellos estuvieran preparados para recibirlo con adoración penitente y gozosa, verían otra vez al Hijo del Hombre que vuelve en gloria a asumir dominio manifiesto y eterno. Véase cómo Pedro (Hch. 3:19–21) urge a sus compatriotas a apresurar esta gloriosa consumación, por medio de un pronto arrepentimiento y de fe».

CAPÍTULO 14

En este capítulo, vemos la curación de un hidrópico, que Jesús llevó a cabo en sábado. A continuación, dos lecciones de Jesús: una, de humildad; otra, de caridad. Luego, el Señor expone una parábola para expresar la urgente invitación a venir a Cristo para recibir salvación, y termina el capítulo con la advertencia a sus seguidores de que consideren el costo de una dedicación total al Señor en una vida de abnegación y de servicio.

Versículos 1–6

I. Vemos aquí al Hijo del Hombre comiendo y bebiendo, para conversar familiarmente con toda clase de personas. En esta ocasión, era sábado y entró *«para comer en casa de uno de los principales de los fariseos»* (v. 1). Obsérvese cuán generoso es Dios con nosotros, otorgándonos tiempo, incluso en el día dedicado especialmente a su servicio, para atender a nuestras necesidades corporales, y cuán diligentes hemos de ser en no abusar de dicha libertad. No hay razón para pensar que fuese un banquete especial, sino una comida ordinaria. Aun en los días de mayor fiesta, hemos de guardarnos de toda clase de excesos.

II. Incluso entonces, su mayor interés era *hacer el bien: «Y he aquí que estaba delante de Él un hombre hidrópico»* (v. 2). Es muy probable que su enfermedad se hallase en un estado muy avanzado, pero ¡qué dicha tan grande es estar *delante del Señor!* Cristo se anticipó a bendecir a este enfermo con su bondad característica, antes de que el hidrópico se lo pidiera.

III. También aquí, Jesús hubo de *soportar tal contradicción de pecadores contra sí mismo* (He. 12:3), pues *«éstos* [los fariseos] *le acechaban atentamente»* (v. 1b). No podemos deducir a base del texto sagrado cuál era la intención del dueño de la casa, pero sí la de los fariseos que le acompañaban, como se ve por la actitud de *acecho* (v. 1) y por el significativo silencio (v. 4) a la pregunta que Jesús les dirigió: *«¿Es lícito sanar en sábado?»* (v. 3). No quisieron responder ni sí ni *no,* porque el designio de ellos no era *ser informados por Él,* sino *informar acerca de Él.* No querían decir: *«Es lícito»,* para no aprobar la conducta de Jesús. Pero tampoco se atrevían a decir: *«No es lícito»,* por no enemistarse con el enfermo que tenían delante. De un modo semejante, muchos hombres honestos y santos han sido censurados y perseguidos por hacer lo que sus propios perseguidores no podían por menos de reconocer tácitamente que era cosa legal y buena la que los perseguidos habían llevado a cabo. El Evangelio nos muestra cuán a menudo los judíos estaban prestos a *arrojar piedras* a Jesús, cuando Él acababa de hacer *buenas obras.*

IV. Cristo no permitió que la mala voluntad de los fariseos presentes le impidiera llevar a cabo una buena obra, sino que *«tomándole* [al hidrópico], *le sanó y le despidió»* (v. 4), es decir, le dejó marchar. Le agarró de la mano, como indica el verbo original, le sanó instantáneamente, y le dejó marchar a continuación, para no dar a los fariseos presentes mayor ocasión de enojo con la presencia del hombre recién sanado.

V. Entonces se dirigió a los fariseos para justificar lo que acababa de hacer y silenciar las objeciones que ellos pudiesen abrigar (vv. 5–6). Respondió a los pensamientos de ellos, e hizo que se callaran por vergüenza (v. 6) los que antes se habían callado por maldad (v. 4). Y lo hizo al apelar a una obra que ellos mismos llevaban a cabo en día de reposo: *«¿Quién de vosotros, si su asno o su buey cae en algún pozo, no lo sacará inmediatamente, aunque sea en sábado?»,* es decir, con toda urgencia, sin diferirlo por algunas horas, no sea que perezca. Aun cuando no lo hagan por compasión hacia el animal, sino por su propio interés («su asno o su buey»), ya que el reponer el animal perdido por otro les va a costar dinero, por ahorrar el cual bien pueden dispensarse de la obligación de descansar en sábado. Hay muchos que fácilmente se dispensan de dar culto al Señor y de hacer bien a sus hermanos pero no se dispensan de buscar su propio interés. La pregunta de Cristo hizo callar a los fariseos: «Y *no le podían replicar a estas cosas»* (v. 6). Cristo siempre queda justificado cuando habla (comp. con Sal. 51:4b).

Versículos 7–14

El Señor Jesucristo nos ofrece ahora un ejemplo de conversación provechosa para cuando estemos sentados a la mesa en compañía de amigos. Cuando el Señor se hallaba en compañía de extraños o enemigos que le *acechaban,* aprovechaba la ocasión para reprenderles e instruirles. Cuando nos encontramos a la mesa, no sólo hemos de evitar chistes de mal gusto y conversaciones corrompidas, sino que, al sobrepasar el nivel anodino de pláticas superficiales, hemos de tomar ocasión de la bondad de Dios en los alimentos que nos procura, para darle gloria y alabanza por medio de consideraciones *espirituales,* con la misma oportunidad que nos brinda el compartir la mesa en fraternal comunión con nuestros amigos. Esto es lo que el Señor hacía, y reprendía incluso, si el asunto lo exigía, pues no tenía acepción de personas. Así vemos que, en esta ocasión:

I. Reprende a unos invitados por el afán que mostraban de ocupar los primeros puestos.

1. *Observó* que estos fariseos (v. 1) e intérpretes de la ley (v. 3) *«escogían los primeros asientos a la mesa»* (v. 7). Ya anteriormente (11:43) les había reprendido por este afán de «figurar». Aquí aplica la reprensión al afán de ocupar los primeros puestos, es decir (como hace notar Lenski), «los del extremo izquierdo de cada diván (no los del centro, como algunos suponen), porque la persona que se reclinaba allí, dominaba con la vista por completo toda la mesa y a los demás huéspedes, mientras que quienes

ocupaban el extremo derecho tenían que darse la vuelta para ver». Notemos que, en las acciones más comunes de la vida, los ojos del Señor nos *observan* y tienen en cuenta todo lo que hacemos.

2. El prudente consejo que les dio, por medio de esa parábola, fue que quienes se adelantan a sentarse en los primeros lugares, se exponen a quedar *avergonzados* si llega después algún huésped más distinguido que ellos, y el amo les hace ceder el asiento al que acaba de llegar, mientras que el que se contente con el último lugar no se verá avergonzado, sino que es probable que se vea *distinguido* al ser invitado por el dueño a que se coloque en un lugar superior. Mientras el orgullo suele acabar en vergüenza, la humildad suele recibir alabanza. El tropezón o la caída de un señorón muy encopetado suele provocar mayor hilaridad que la de un mendigo borracho. Hay una parábola rabínica, semejante a la que aquí propone Jesús, según la cual, tres hombres fueron invitados a una fiesta; el primero se sentó en el lugar más alto, «porque—dijo—soy un príncipe»; el segundo se sentó en el próximo lugar, «porque—dijo—soy un sabio»; el tercero se sentó en el último lugar «porque—dijo—soy persona de modesta posición». Entonces el rey que los había invitado hizo sentar en el lugar más alto al humilde, y puso al príncipe en el último lugar.

3. A continuación, Jesús dedujo una aplicación general, para que todos aprendamos a no ser arrogantes ni jactanciosos. El orgullo y la ambición conducen a la humillación, incluso entre los hombres, mientras que la humildad y la abnegación siempre alcanzan buena reputación: *«Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido»* (v. 11).

II. También aprovecha Jesús la ocasión para reprender al anfitrión por haber invitado a tanta gente rica, cuando sería mejor invitar a los pobres. Nuestro Salvador nos enseña aquí a usar en obras de caridad lo que tenemos, más bien que en ostentosas invitaciones.

1. *«Dijo también al que le había convidado: Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes ni a vecinos ricos»* (v. 12). Con esto, no prohíbe Jesús cultivar la amistad ni reunirse con los parientes para comer o cenar, sino el derroche innecesario en banquetes que sólo sirven para hacer alarde de dinero o de arte culinaria, con lo cual malgastan su fortuna por dar satisfacción a su fantasía. Además, estos alardes no hacen sino provocar otros alardes similares en los que son convidados, pues el propio orgullo les incitará a corresponder con mayores gastos: *«No sea que ellos a su vez te vuelvan a convidar, y tengas ya tu recompensa»*. El intercambio de regalos costosos es una de las mayores necedades con las que las gentes pagan su orgullo y ostentación (v. Stg. 4:3, 16; 1 Jn. 2:16).

2. El mejor modo de gastar en la tierra y ahorrar para el Cielo (v. 16:9) es convidar a los menesterosos: *«Antes bien, cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos,* a los que no tienen de qué vivir ni pueden trabajar para ganarse el sustento. Con éstos se gasta bien el dinero; a éstos les falta lo necesario y no te exigirán golosinas; dales de comer y te recompensarán con oraciones y darán gracias a Dios por ti. No pienses que con eso vas a perder algo; al contrario, *serás dichoso, porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos»* (vv. 13–14). Las obras de caridad no siempre son recompensadas en este mundo, ya que las cosas de este mundo no son las mejores, pero serán recompensadas en el otro mundo, donde todo tiene el máximo valor. Entonces se verá que los viajes más largos producen los mejores ingresos (o regresos).

Versículos 15–24

I. La parábola que Jesús expuso a continuación, fue ocasionada por la exclamación de uno de los invitados, el cual comentó: *«Dichoso el que coma pan en el reino de Dios»* (v. 15).

1. ¿Con qué objeto se expresó así este invitado? Como dice Lenski, también en exégesis se puede pecar al hacer juicios temerarios. Hay, en efecto comentaristas que tratan de presentar como trivial o inoportuna esta exclamación, cuando lo más probable es que, al oír de la recompensa futura, este escriba o fariseo asociase las palabras de Jesús con las bendiciones del futuro reino mesiánico. Tengamos en cuenta que, con frecuencia, lo que a nosotros nos parece interrupción innecesaria, suscita en alguno de los presentes una ulterior y provechosa enseñanza, conectada con el tema que se venía comentando. Observemos que Jesús había hecho una pausa, y este hombre la aprovecha para introducir una frase que puede inclinar al Maestro a prolongar la enseñanza; y piensa que nada mejor que mencionarle *el reino de Dios.*

2. Así que lo que dijo este hombre no sólo era una verdad grande y reconocida, sino también muy apropiada en un momento en que se hallaban reclinados a la mesa. ¿Qué mejores pensamientos pueden ocupar nuestra mente, cuando estamos a la mesa, que pensar en aquella otra mesa en que el Señor mismo, al pasar cerca de cada uno de nosotros, nos servirá? (v. 12:37).

II. A continuación tenemos la parábola misma que propuso el Señor (vv. 16–24). Parece como si Jesús respondiese al que había pronunciado la exclamación: « ¡Bien dicho! Pero ¿quiénes gozarán de ese privilegio? Vosotros los judíos lo rechazáis (v. Hch. 13:46); así que los gentiles se van a llevar en él la mejor parte». Observemos en la parábola los siguientes detalles:

1. La gracia libre y soberana de Dios, la cual brilla en el mensaje de Cristo y se echa de ver:

(A) En la abundante provisión que ha hecho para todos los hombres: *«Un hombre hizo una gran cena, y convidó a muchos»* (v. 16). Llama al banquete «cena», porque en aquel tiempo y en los países orientales, la comida principal del día se hacía al atardecer en familia, pues el vocablo «cena» se deriva del griego *koiné* = común.

(B) En la generosa invitación que nos hace a todos a participar en tan abundante provisión. (a) Hay una invitación general: *«convidó a muchos»*. Cristo invitó a todo el pueblo de Israel a participar de las bendiciones del reino y de los beneficios del Evangelio. La casa de Cristo, no sólo es una casa *muy buena*, sino también una casa *abierta* para todos. (b) La invitación es apremiante: *«Venid, que todo está ya preparado»* (v. 17). Sí, *«ahora es el tiempo aceptable; ahora es el día de salvación»* (2 Co. 6:2). Como si dijera: «Todo está preparado; no tardéis; aceptad la invitación, todos seréis bien recibidos» (v. Jn. 6:37). Jesús a nadie rechaza; son los hombres los que *no quieren venir a Él para que tengan vida* (Jn. 5:40).

2. La respuesta fría, descortés y despectiva que la gracia de Dios recibe de los invitados: *«Todos a una comenzaron a excusarse»* (v. 18). Encontraron un pretexto u otro para no acudir a la cena. Así respondió la nación judía a la llamada del Evangelio (Jn. 1:11). Muchos no se atreven a rechazar de plano la invitación del Evangelio, pero ponen toda clase de excusas para no entregarse al Señor. *«¡Todos a una se excusaron!»* Unánimes en el rechazo, aunque diferentes en las excusas:

(A) *«El primero le dijo: He comprado un campo, y necesito ir a verlo; te ruego que me excuses»* (v. 18). ¡Frívola excusa! ¡Cómo si no pudiese ir a ver el campo el día siguiente! Y, sin embargo, alega «necesidad», cuando lo que tiene es falta de voluntad (v. el comentario a 13:34 *«no quisiste»*).

(B) *«Otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlos»* (v. 19). El primero se excusaba y alega «necesidad»; este otro se excusa y alega «inconveniencia»: ya está en marcha a probar sus bueyes y le resulta incómodo cambiar sus planes. ¡Pobre excusa, cuando se trata de una invitación a participar en el banquete mesiánico! En comparación de tal privilegio, ir a probar cinco yuntas de bueyes no tenía la menor importancia, la excusa indica aquí cierta convicción del deber, pero ninguna inclinación a cumplirlo. Por aquí vemos que aun las cosas que de suyo son *legítimas* pueden tener fatales consecuencias cuando de tal manera absorben el interés, que dan ocasión a que el corazón se aparte de lo primordial, *«el reino de Dios y su justicia»*.

(C) *«Y otro dijo: Acabo de casarme, y por tanto no puedo ir»* (v. 20). Este es el más grosero y descortés de los tres, porque (a) alega una falsa «imposibilidad»; los otros dos no podían llevar al banquete su campo o sus bueyes, pero éste podía haber llevado consigo a su mujer y ambos habrían sido bienvenidos, (b) los otros dos han presentado excusas, aunque insuficientes; éste ni se excusa. La Ley (Dt. 24:5) dispensaba, por un año, al recién casado de ir a la guerra u ocuparse en un negocio absorbente, pero no de asistir a un banquete. Comenta Lenski: «¡Cuántos son los que se olvidan del Evangelio por los placeres de esta vida!»

3. El informe que el siervo trajo a su señor acerca de las afrentosas excusas que dieron sus invitados para no asistir al banquete, con las cuales mostraron la poca estima en que le tenían (v. 21): *«Regresó el siervo e hizo saber estas cosas a su señor»*, es decir, le insinuó que tendría que comer su cena a solas, pues los convidados se habían negado a venir. Podemos imaginar que el siervo presentaría este informe con sorpresa y con tristeza, pero lo hizo con fidelidad, sin poner las cosas mejor o peor de lo que eran. Así es como han de acudir al trono de la gracia los ministros del Señor. Si están alegres por haber visto fruto en su ministerio, «satisfechos del fruto de la aflicción de su alma» (Is. 53:11), han de acudir a Dios con gratitud y alegría. Si están tristes por parecerles que sus labores han sido en vano, han de ir también a Dios para derramar ante Él las *quejas* (v. He. 13:17) de su corazón, *«porque ellos velan por vuestras*

almas, como quienes han de dar cuenta». Grande es la responsabilidad de los pastores, pero no hay que descartar la responsabilidad de las ovejas.

4. La justa indignación del dueño de la casa, ante la afrenta que se le hace: *«Entonces, enojado el padre de familia …»* (v. 21). La ingratitud de quienes toman a la ligera la invitación del Evangelio y el desprecio con que, de este modo tratan *«las riquezas de la benignidad de Dios»* (Ro. 2:4), son una grandísima provocación contra la justicia de Dios. El abuso de la misericordia divina conduce a la más terrible de las miserias: *«¡la ira del Cordero!»* (Ap. 6:16). Por eso, dice el padre de familia: *«Os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron convidados, gustará mi cena»* (v. 24). La gracia despreciada es una gracia perdida, como la primogenitura de Esaú. Los que no quieren recibir a Cristo cuando *pueden,* no podrán tenerlo cuando *querrían* haberlo recibido.

5. El afán que puso el señor en que su mesa estuviese tan rodeada de invitados como llena estaba de manjares: *«Dijo a su siervo: Sal inmediatamente por las plazas y las calles de la ciudad, y trae acá a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos»;* como si dijera: «Ya que los autosuficientes no quieren venir, llama a los necesitados y a los inválidos. «*Y dijo el siervo: Señor, se ha hecho como mandaste, y aún hay lugar»* (v. 22). Muchos judíos comenzaron a entrar en el reino, no de los escribas y fariseos, sino de los publicanos y pecadores. Pero *aún había lugar.* Entonces, *«dijo el señor al siervo: Sal a los caminos y a los vallados y fuérzalos a entrar para que se llene mi casa»* (v. 23); como si dijese: «Sal fuera de la ciudad, a los caminos donde los desocupados vagabundean y las gentes sin hogar se extravían (comp. con Ef. 2:12, 19), y fuérzalos a entrar, no por la violencia bruta, sino por la persuasión de la gracia (comp. con Jn. 6:44), haciéndoles saber, aunque se sorprendan de ello, que esta maravillosa fiesta está destinada *también* para ellos, *los que eran extranjeros en cuanto a los pactos de la promesa»* (Ef. 2:12), así como para *«lo necio, lo débil, lo vil y lo menospreciado del mundo»* (v. 1 Co. 1:27–28). Así que:

(A) La provisión que para salvación de los hombres hace Dios por medio del Evangelio, no ha sido *en vano,* pues, aun cuando algunos la *rechacen,* otros la *aceptarán* con gratitud.

(B) Los más pobres e insignificantes según el mundo son recibidos por Cristo igualmente que los ricos y potentados. La compasión del Señor en favor de *todas* las almas debe estimular nuestro interés por llevar almas a Cristo, sin acepción de personas.

(C) Muchas veces, el Evangelio obtiene los mayores éxitos entre quienes nos parecería que son los peor dispuestos a beneficiarse de él. Los publicanos y las prostitutas, según palabra del propio Jesús, marchaban hacia el reino de Dios por delante de los escribas y fariseos; *«hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos»* (13:30). Esto nos enseña a no *confiar* demasiado en los que parecen prometer mucho, y a no *desesperar* de los que parecen no prometer nada.

(D) Los ministros del Señor no han de contentarse con meros consejos y frías exhortaciones, sino que deben importunar con urgencia a entrar en el reino de Dios, según el mandato de nuestro Dueño *(«Sal inmediatamente …»,* v. 21). y decid a todos: *«Venid,* no perdáis tiempo, *que ya todo está preparado»* (v. 17).

(E) Por muchos que sean los que participen en los beneficios del Evangelio, siempre *hay lugar* para más en la casa del Señor; siempre hay en Cristo lo suficiente para todos, lo mismo que para cada uno; y sólo quedan excluidos de su mesa los que se excluyen a sí mismos.

(F) Los creyentes hemos de ser optimistas. La casa de Cristo, aun cuando es *muy grande,* al final quedará *llena.*

Versículos 25–35

En la presente porción, Jesús se dirige a las multitudes que se agolpaban en torno de Él y les exhorta a que comprendan y consideren las condiciones que el discipulado cristiano impone. Vemos:

I. Con qué interés escuchaban a Cristo las multitudes: *«Grandes multitudes iban con Él»* (v. 25). Unos iban por afecto al Señor, otros le seguían por interés, algunos le acompañarían por mera curiosidad; era una multitud tan abigarrada como la que acompañó a los hijos de Israel en su salida de Egipto (Éx. 12:38 *«gran multitud de toda clase de gentes»*).

II. Con qué sinceridad les expuso el Señor lo que demanda de los que deseen seguirle, para que no se llamen a engaño y se preparen a lo peor que pueda sucederles.

1. Les viene a decir que el camino del cristiano no es un camino de comodidad y de componendas. Algunos esperarían quizá que dijera: «Si alguno viene a mí para ser mi discípulo, tendrá riqueza y honores en abundancia». Pero Cristo les dice precisamente lo contrario:

(A) Han de estar dispuestos a desprenderse de lo que más quieran, antes que perder su interés por el Señor. No será *sincero* en su propósito, ni *constante* en su resolución, a no ser que ame a Cristo más que a nadie y más que a nada en este mundo. *El padre, la madre, la mujer, los hijos, los hermanos y las hermanas, y aun su propia vida,* han de ocupar en el corazón del creyente un lugar inferior al de Cristo. Jesús no menciona aquí *casas* ni *tierras* porque incluso la filosofía puede enseñar al hombre a mirar con desprecio todas estas cosas; mas el cristianismo va más lejos: todo ser humano ama a sus más íntimos familiares, no obstante si ha de ser un buen discípulo de Cristo, ha de menospreciarlos, si es necesario; en comparación con Él no es que haya de *aborrecer* literalmente a nadie, sino que el consuelo y el apoyo que en ellos hallamos han de subordinarse al amor que hemos de profesar al Señor. Así que, cuando nuestro deber hacia los padres entra en competición con nuestro deber *evidente* hacia el Señor, hemos de dar a Cristo la preferencia. Si nos vemos en la alternativa de *negar a Cristo o ser negados y despedidos por nuestros familiares* (como fue el caso de muchos primitivos cristianos, y siempre lo ha sido), debemos optar por perder el afecto y la compañía de éstos, antes que perder el favor de Dios y la comunión con Cristo. Del mismo modo, todo hombre ama su propia vida, no se odia a sí mismo; sin embargo, no podemos ser discípulos de Cristo a menos que le amemos a Él más que a nuestra propia vida. Esto puede sonar áspero y duro, pero quien haya experimentado los goces de la vida *espiritual* y haya avivado con fe su esperanza de la vida *eterna,* considerará fácil lo que parece tan difícil. La prueba de esta opción radical por Cristo suele presentarse en tiempos de tribulación o persecución, pero hasta en días de «paz» puede ser sometida a prueba dicha opción. Quienes se avergüenzan de confesar a Cristo por temor de ofender a un amigo o de perder un cliente, dan motivo para sospechar que aman al amigo o al cliente más que a Cristo.

(B) Han de estar dispuestos a sobrellevar lo que resulta muy pesado (v. 27): «Y *el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo».* Aunque no sea corriente el caso de que un creyente sea literalmente *crucificado,* todo creyente, no obstante, tiene que *llevar su cruz* y estar contento, no sólo resignado, de que los mundanos le pongan nombres ignominiosos, pues no hay nombre tan ignominioso como el «llevador de su propio patíbulo», a quien los antiguos romanos llamaban *Furcifer* = llevador de la horca. Es menester que el discípulo de Cristo *lleve su cruz y siga* así *a Cristo,* es decir ha de llevarla en el camino de su deber cuandoquiera se presente la ocasión; y ha de llevarla cuando Cristo se lo ordene, con la esperanza viva de compartir después su gloria.

2. Les pide a continuación que se pongan a considerar el costo del discipulado. Es mejor no comenzar que no seguir adelante después de haber empezado; por consiguiente, antes de empezar hemos de reflexionar sobre lo que significa el perseverar. Esto es actuar razonablemente, como compete a seres humanos, racionales. La causa de Cristo exige pasar un examen. Satanás muestra el lado «rosa» de la vida, pero oculta lo peor. Esta reflexión es, pues, necesaria para la perseverancia. Nuestro Salvador ilustra esta enseñanza por medio de dos comparaciones:

(A) Estamos en la misma posición que un hombre que piensa edificar una torre y, para ello, es preciso que considere el costo (vv. 28–30): *«¿Quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos?»* Debe acomodar su proyecto a su bolsillo, no sea que *se rían de él por haber puesto el cimiento de la torre, y no poder acabarla.* Todos los que hacen profesión de su fe es como si comenzaran a edificar una torre: han de comenzar por abajo, profundizar en los cimientos, edificar sobre roca, asegurarse de que el trabajo marcha bien y, luego, aspirar a que la torre se eleve hasta el cielo. Quienes tratan de edificar esta torre deben *sentarse a calcular el gasto;* es decir, lo que ha de costarles el llevar una vida de abnegación, sacrificio y vigilancia. Es posible que les cueste el perder su reputación entre los hombres y todas las demás cosas de este mundo que les sean queridas, incluso la vida misma. Pero, aun cuando nos llegue a costar todo eso, ¿qué es ello, comparado con lo que le costó a Cristo? Muchos de los que comienzan a edificar esta torre, *no acaban,* no siguen adelante, con lo que muestran su necedad y locura. Es cierto que ninguno de nosotros tiene en sí mismo los recursos suficientes para acabar esta torre, pero Cristo ha dicho: *«Bástate mi gracia»* (2 Co. 12:9). Con lo cual, no tienen excusa quienes, al haber comenzado, se vuelven atrás (comp. con 2 P. 2:20–22).

(B) Cuando nos disponemos a ser discípulos de Cristo somos como un hombre que marcha a la guerra y, por tanto, ha de considerar los riesgos que eso comporta (vv. 31–32). Un rey que declara la guerra a

otro rey considera primero si dispone de los efectivos necesarios para derrotar a su adversario; de lo contrario, la prudencia más elemental le aconseja que desista de tal proyecto. Y, ¿no es el creyente un *soldado enzarzado en una guerra?* (v. Ef. 6:11–17; 1 Ti. 6:12; 2 Ti. 2:3–4; 4:7). Hemos de luchar en cada paso que damos, puesto que nuestros enemigos espirituales nunca cesan en su oposición. Por tanto, hemos de considerar si estamos dispuestos a aguantar las dificultades que un buen soldado de Cristo ha de esperar, antes de alistarnos bajo la bandera de Cristo. Puestos en la alternativa, es preferible quedarse con el mundo a tratar de aparentar que hemos renunciado a él, y *volvernos después al mundo.* Aquel joven rico que no tuvo valor para dejar sus posesiones y seguir a Cristo, hizo mejor en marcharse de Cristo *con tristeza* que en quedarse con Él *con disimulo.*

Esta parábola se puede aplicar de un modo distinto, como destinada a exhortarnos a que *nos demos prisa* a entregarnos al Señor antes de que sea demasiado tarde; en este caso, significaría algo semejante a lo que el Señor dice en Mateo 5:25: *«Ponte a buenas deprisa con el que te quiere llevar a los tribunales».* Los que persisten en continuar en el pecado están haciéndole la guerra a Dios, pero el pecador más atrevido y orgulloso que pueda existir, es incapaz de entablar contienda con el Omnipotente (comp. con 1 Co. 1:25; 10:22). Si tenemos en cuenta esto, haremos bien, por nuestro propio interés, en *estar en paz con Dios* (Ro. 5:1). No necesitamos para ello *pedir condiciones de paz* (v. 32), pues éstas nos son ofrecidas gratis y en forma maravillosa (v. 2 Co. 5:19–21). ¡Acojámonos, pues, a ellas y estaremos en paz! ¡Hagámoslo *«cuando el otro está todavía lejos»!*

Pero la aplicación general que hallamos al final (v. 33) es que debemos estar dispuestos a ser *totales* en nuestra opción por Cristo: «*Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo».*

3. Les pone en guardia contra la apostasía, porque eso les tornaría totalmente inútiles, inservibles (vv. 34–35). Los buenos creyentes (especialmente, los buenos ministros del Señor) son *la sal de la tierra* (v. Mt. 5:13). La sal es buena y de gran uso. Los cristianos degenerados, que desacreditan su profesión de fe antes que dejar las cosas del mundo que les apartan de Cristo, son como *la sal que se ha vuelto insípida,* la cual es la cosa más inútil del mundo pues no sirve para sazonar los alimentos y convierte en estériles los campos; sólo sirve para ser hollada; se ha quedado sin ninguna cualidad buena y, además, nunca puede recobrar su antiguo sabor: *«¿con qué se sazonará?»;* como si dijese: «Si el oficio de la sal es sazonar y no hay otro cuerpo que sazone, ¿cómo podrá una sal insípida recobrar aquello para lo cual sólo ella tenía la virtud necesaria? ¿Quién la salará?» Esto da a entender que es extremadamente difícil, y aun casi imposible, que un apóstata se recupere (v. He. 6:4–6 según la interpretación más corriente—aunque es un pasaje muy difícil—. Nota del traductor). El fiemo o estiércol es útil para abonar la tierra; pero la sal, no. Así también, el más perdido criminal está más cerca del reino de Dios que el falso profesante. Un tal hipócrita, cuya mente y conducta son depravadas, es el más *insípido* animal que puede existir. Como no sirve ni para Cristo ni para el mundo, todos *lo arrojan fuera,* ya que no les sirve para nada; a un cristiano que es consecuente con su fe, hasta los que le odian llegan a respetarle; pero al que no se comporta conforme a lo que dice ser, ¿quién va a prestarle crédito? Tales individuos deben ser puestos fuera de la iglesia, porque hay peligro de que otros se contagien de ellos. El Señor concluye esta porción con la misma seria advertencia que suele hacer en asuntos de vital importancia: *«El que tiene oídos para oír, oiga».*

CAPÍTULO 15

En este capítulo, vemos cómo los escribas y fariseos murmuran de la gracia del Señor, mientras que los tenidos por grandes pecadores (entre ellos, los cobradores de impuestos) se acercan a Jesús. Esto da al Señor la oportunidad de pronunciar tres hermosas parábolas, la tercera de las cuales ha motivado gran número de conversiones a lo largo de la Historia de la Iglesia.

Versículos 1–10

I. En esta porción, vemos en primer lugar la diligencia con que *los publicanos y pecadores se acercaban a Jesús para oírle* (v. 1). *Grandes multitudes* de judíos *iban con Él* (14:25): algunos, con tal

seguridad de ser admitidos al reino de los cielos, que Jesús juzgó necesario desengañarles, diciéndoles cosas que iban a trastornar sus vanas esperanzas; pero aquí tenemos también multitudes de *cobradores de impuestos y de pecadores* que se acercarían a Jesús humildemente, quizá con cierto temor de ser rechazados, y fue precisamente a éstos a quienes dirigió palabras de gran estímulo, consuelo y aliento. Algunos cobradores de impuestos serían tal vez *malas personas,* pero la gente abominaba de todos ellos injustamente, a causa de los prejuicios que la nación judía abrigaba contra los que, con este oficio, parecían servir a un poder extranjero y pagano. A veces, se les nombra en compañía de las *prostitutas* (Mt. 21:32); aquí, y en todas las demás porciones, se les asocia con los *pecadores.* Éstos se acercaban a Jesús, no como otros que lo hacían por curiosidad *para verle,* ni como otros que venían por propia conveniencia para pedir que les sanase, sino *para oírle,* para escuchar su maravillosa doctrina. Siempre que nos acerquemos a Cristo hemos de tener presente esto, que nos acerquemos para oír las instrucciones que nos de y sus respuestas a nuestras oraciones.

II. La ofensa que los escribas y fariseos recibieron por esto: «*Murmuraban diciendo: Éste recibe a los pecadores y come con ellos*» (v. 2). De modo que estos escribas y fariseos:

1. Se enojaban de que estos pecadores tuviesen a mano los medios de gracia y fuesen estimulados a esperar el perdón de sus pecados bajo condición de un sincero arrepentimiento.
2. Pensaban que no cuadraba bien con la dignidad del carácter de Jesús el hacerse amigo de tales personas hasta el punto de *comer con ellas.* Como no podían condenarle por *predicarles,* le censuraban por *comer con ellos,* lo cual estaba en mayor contradicción con las tradiciones de los ancianos.

III. La vindicación que Cristo hizo de su propia conducta, pues les mostró que, cuanto peor es un pecador, mayor gloria recibe Dios y mayor gozo hay en el Cielo, cuando uno de esos pecadores se convierte mediante la predicación del Evangelio y por el arrepentimiento obrado en el corazón por el Espíritu Santo. Dios y los ángeles se complacen más viendo a los publicanos y pecadores convertirse a una vida santa que al ver a los escribas y fariseos continuar en su hipocresía. Esto lo ilustra Jesús mediante tres parábolas, de las que analizamos en esta sección las dos primeras:

1. La parábola de la *oveja perdida* (v. también Mt. 18:12). En *Mateo,* tiene por objeto mostrar cómo se cuida Dios de la preservación de sus santos; aquí está destinada a mostrar el gozo que Dios siente en la conversión de los pecadores. Aquí tenemos:
(A) El caso de un pecador extraviado en el pecado. Es como una *oveja perdida, descarriada* (Is. 53:6); está perdida para Dios, perdida para el rebaño y perdida para sí misma; no sabe dónde se encuentra, vaga sin cesar, está continuamente expuesta a ser presa de las fieras, sujeta a sustos y terrores, lejos del cuidado del pastor y en grave necesidad de buenos pastos; además, la oveja es uno de los pocos animales que son incapaces de hallar por sí mismos el camino de vuelta al rebaño; exactamente lo mismo que le pasa al pecador.
(B) El interés que el Dios de los cielos muestra en la salvación de los pecadores que vagan por las extraviadas sendas del pecado. La preocupación de un buen pastor se centra en la pérdida de una sola oveja, aun cuando tenga otras noventa y nueve que estan a salvo. Aun siendo *una,* no quiere perderla, sino que va en busca de ella, y no descansa hasta haberla hallado. Del mismo modo, Dios va en busca de cada pecador perdido, «*no queriendo que nadie perezca*» (2 P. 3:9), y cuando le halla, *la pone sobre Sus hombros gozoso,* llevándola con paciencia y ternura, hasta reconducirla al redil. Como dice una estrofa del famoso himno litúrgico *Dies irae:*

«Buscándome, te sentaste fatigado (v. Jn. 4:6);
Me redimiste mediante tus padecimientos en la Cruz;
¡Haz que tan grandes fatigas no sean en vano!»

Agustín de Hipona *(*Confesiones, III, 11, 19, al final) escribe, a este respecto, una de sus bellas frases: «Así cuidas de cada uno de nosotros—le dice a Dios—, como si no tuvieras más que cuidar, y así de todos como de cada uno». En efecto, Dios envió a su Hijo *a buscar y a salvar lo que estaba perdido* (19:10). Cada *uno* de nosotros estaba perdido, y no cabe duda que, aun cuando en el mundo no hubiese sino *un* solo pecador (tú, o yo, o cualquier otro), Cristo habría venido a morir en la Cruz para salvar a ese *uno.* De Cristo estaba profetizado (Is. 40:11) que había de *recoger en su brazo los corderos y llevarlos en*

su seno, mostrando así su compasión y su ternura, pero aquí se nos dice que *los pone sobre sus hombros,* «una práctica—dice Bliss—familiar entre los pastores, cuando el animalito está enfermo, fatigado o por cualquier motivo incapacitado para andar con sus propias patitas». ¡Dichosos quienes son alcanzados por las manos traspasadas de nuestro bendito Salvador, porque nadie podrá arrancarlas de esas manos! (v. Jn. 10:28–30).

(C) El gozo que el mismo Dios experimenta con el arrepentimiento de los pecadores que vuelven al rebaño. Como Buen Pastor, los lleva *gozoso;* tanto más cuanto más remota parecía la esperanza de hallar a esa oveja perdida. «Y *al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Gozaos conmigo»* (v. 6). Obsérvese que aun estando *perdida* la oveja la llama *mi oveja;* por eso, se preocupa de ella como de algo propio y muy personal, y dice: *«He encontrado mi oveja»:* no envió un ángel, un criado, sino a su propio Hijo (Jn. 3:16; Ro. 8:32; Gá. 4:4), *«el Pastor y Guardián de nuestras almas»* (1 P. 2:25. V. Jn. 10:11 y ss.; 1 P. 5:4) el cual hallará sin duda cuanto busque y *será hallado por quienes no le buscan* (comp. con Ro. 10:20).

2. La parábola de *la moneda perdida.* Vemos los detalles siguientes:

(A) Quien ha perdido esta moneda es una *mujer.* Tenía *diez* monedas, quizá las arras de su matrimonio, y se le ha extraviado *una.* Vemos aquí otra manera de exponer la misma verdad. Al citar a Godet dice Bliss: «Así como la otra (parábola) demostró el cuidado del Salvador por los pecadores abandonados por causa de su lamentable estado, así ésta los presenta como propiedad de tal valor para Él, que no puede cederla».

(B) Lo que ha perdido es una moneda de *plata,* de valor intrínseco, no como el hierro o el plomo. En esa moneda, que es el hombre, está estampada *la imagen de Dios y su inscripción.* Esta moneda estaba ensuciada en el fango del pecado; pero aun manchada, es de *plata* y Dios le da un valor tan grande que para rescatarla ha pagado un precio infinito (v. 1 P. 1:18–19).

(C) Esta mujer no escatima tiempo ni esfuerzo para encontrar la dracma perdida: *«Enciende una lámpara, y barre la casa, y busca con diligencia hasta encontrarla»* (v. 8). Esto representa los varios medios y diversos métodos que usa Dios para atraer hacia Sí (v. Jn. 6:44) a las almas perdidas: Ha encendido *la luz del Evangelio,* no para hallar Él el camino hacia nosotros, sino para que nosotros pudiésemos hallar el camino hacia Él; ha puesto en su corazón el traernos a su casa.

(D) La mujer experimenta un gozo extraordinario por haber hallado la moneda que tanto significaba para ella: *«Reúne a sus amigas y vecinas, diciendo: Gozaos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido»* (v. 9). Quienes disfrutan de un gozo santo desean que también otros se regocijen con ellos. La agradable sorpresa de haber hallado la moneda que completaba el número de sus diez arras excita a la mujer de tal manera que nos parece oírla, arrebatada de gozo, repetir a sus amigas: *«¡La hallé, la hallé!»*

3. En las dos parábolas hallamos el mismo resultado apetecido por el Señor: «*Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente»* (v. 10). Aquí vemos (como en v. 7):

(A) Que el *arrepentimiento* y la conversión de los pecadores en la tierra son motivo de regocijo en los cielos. La posibilidad de arrepentirse, con la gracia de Dios, está al alcance de los mayores pecadores de este mundo; y, mientras hay vida en una persona, hay esperanza de salvación para el mayor criminal (v. 23:43), pues el carácter de Dios se muestra, ante todo, en su misericordia siempre presta a perdonar (v. Éx. 34:5–7; Dn. 9:7–9). Por eso, reviste tanta solemnidad la aseveración de Pablo: *«Dios … manda a TODOS los hombres en TODO lugar, que se arrepientan»* (Hch. 17:30). Dios se complace en todas sus obras (v. Gn. 1:31), pero especialmente en las obras de su gracia. Por eso, siente especial complacencia cuando un pecador se convierte. Se alegra de la conversión de las gentes, pero también de los pecadores individuales, aun cuando sólo sea *uno.* Y los santos ángeles de Dios se regocijan también en la conversión de los pecadores, por eso, al anunciar el nacimiento del Redentor, *«decían* (no cantaban): *Gloria a Dios en lo más alto»* (2:13–14).

(B) Que «*hay mayor gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento»* (v. 7). Es decir, mayor gozo por la conversión de un pecador que se reconoce como tal: cobradores de impuestos, prostitutas, paganos, etc. convertidos por la predicación de Cristo, que por todas las hipócritas muestras de devoción y alabanza a Dios («*Dios, te doy gracias …»,* 18:11) de los fariseos y de los demás judíos que no se sentían con necesidad de arrepentirse, apoyados en su propia justicia (v. Ro. 10:1–3). Cristo les enseña aquí que Dios es mejor alabado, y se

siente más complacido, con el arrepentimiento sincero de uno de esos despreciados y envidiados pecadores, que con todas las largas oraciones de los escribas y fariseos, quienes eran incapaces de hallar en sí mismos defecto alguno; mayor gozo igualmente por la conversión de un gran criminal que por la conducta «decente» de los que, en comparación, no necesitan un arrepentimiento tan profundo. No es que sea preferible extraviarse lo más lejos posible, sino que la gracia de Dios se manifiesta con mayor fuerza y evidencia al *reducir* al buen camino a los grandes pecadores, que al *conducir* por sendas honestas a quienes nunca se marcharon tan lejos. Y lo cierto es que, con mucha frecuencia, los que han sido grandes pecadores antes de su conversión, se muestran después más fieles, dedicados y celosos de buenas obras, pues a quien mucho se ha perdonado, se le suele notar mayor amor. Nosotros mismos experimentamos mayor gozo por la recuperación de algo que habíamos perdido, que por la continua posesión de lo que siempre habíamos disfrutado, por eso, estimamos más la salud *después de* una enfermedad que una salud *sin* enfermedad. La normal perseverancia en la piedad es de suyo, más laudable y de mayor valor espiritual que el extravío, pero una súbita recuperación después de una gran caída rinde también iguales, y aun mayores, frutos de santidad, especialmente cuando el creyente se ha ido deslizando casi insensiblemente al enfriamiento del primer amor (v. Ap. 2:4).

Versículos 11–32

Parábola del hijo pródigo. Jesús la pronunció con el mismo objetivo que las dos anteriores, pero las circunstancias de esta parábola explican mucho mejor las riquezas del Evangelio de la gracia de Dios, por eso ha sido (y lo será, mientras el mundo exista) de un inefable provecho para los pobres pecadores.

I. La parábola representa a Dios, primordialmente, como *Padre común* de «justos y pecadores», de fariseos y publicanos, dentro del pueblo de Israel, *no de toda la humanidad,* aunque lo es «potencialmente» de todos los hombres (2 Co. 5:19–21). Para demostrar esto, basta con comparar, por una parte Juan 1:12–13 con 8:41–44 y, por otra, el *«varones hermanos»* en boca de israelitas (Hch. 2:37), con el *«señores»* en boca de un gentil (Hch. 16:30). Nuestro Salvador da a entender con esto que tanto los orgullosos fariseos como los despreciados publicanos eran hermanos, por cuanto tenían un Padre común y, por tanto, debían alegrarse de que la gracia de Dios se manifestase en el perdón de los pecadores como se manifestaba en la preservación de los justos.

II. También representa a los hijos de los hombres como personas de carácter y temperamento *diferente.* Este padre *tenía dos hijos* (v. 11) tan diferentes: uno de ellos, reservado y austero, sobrio, pero malhumorado con cuantos le rodeaban; rígido como era, se adhería a las normas en las que había sido educado, y difícilmente se le podía apartar de ellas. El otro hijo era frívolo e inquieto, impaciente y sin freno, vago y libertino, deseoso de hacerse con la herencia para derrocharla en cuanto cayera en sus manos (de ahí le viene el nombre de «pródigo» en su peor sentido—nota del traductor). Ahora bien, este segundo hijo representa a los publicanos y pecadores y, en un sentido más lejano, a los gentiles. El primero representa a los escribas y fariseos y, en un sentido más lejano, a los judíos en general. El hijo *«menor de ellos»* (v. 12) es el «pródigo». Veamos:

1. *Su desenfreno y su extravío* primeramente, con todas las miserias que le sobrevinieron por su pecado. Se nos refiere:

(A) Cuál fue la requisitoria que presentó a su padre (v. 12): *«Dijo a su padre: Padre, dame …»* Podía haber sido un poco más cortés y decirle: «Te ruego que me des», o: «Si te parece bien, dame»; pero, en tono de exigencia le dice imperiosamente: *«Dame la parte de los bienes que me corresponde»;* apela a su padre como a quien le debe algo. ¡Qué mala cosa es que los hombres consideren los dones de Dios como algo que Dios les debe! La gran locura de los pecadores está en contentarse con recibir las cosas buenas en esta vida y disfrutarlas con urgencia, pues miran sólo las cosas que se pueden ver y codician satisfacerse al presente con ellas, sin preocuparse de las cosas espirituales que pertenecen a la eterna felicidad. Y, ¿para qué deseaba este joven tener a la mano lo que le correspondía de la herencia de su padre?

(a) Estaba *cansado de obedecer a su padre,* y deseoso de alcanzar la falsa libertad. Véase por aquí la locura de tantos jóvenes que no se creen libres hasta que no hayan quebrantado todos los mandamientos de Dios y se hayan atado a sí mismos con las cadenas de sus propias concupiscencias. Aquí se descubre el

origen y modelo de toda rebeldía contra Dios: No someterse al gobierno de Dios, sino pretender ser *como Dios* (Gn. 3:5); y no conocer otro bien y mal que el que a ellos les place.

(b) *Deseaba escapar de la vigilancia de su padre.* Como el avestruz que esconde bajo tierra la cabeza, y piensa que, al no ver, no será visto, también el pecador se esconde de Dios, olvidándose de la omnisciencia divina, se hace así prácticamente *ateo* (v. Sal. 14:1), como si Dios no existiese ni se ocupase de él por no ocuparse él de Dios.

(c) *No tenía confianza en la administración de su padre;* quería tener sus bienes en sus propias manos, a fin de que su padre no le frenara en el derroche de su fortuna ni le pusiera límite en la extravagancia de sus caprichos.

(d) *Estaba engreído,* tenía una opinión muy alta de su propia suficiencia. Pensaba que si tenía en sus manos la fortuna que le correspondía, haría de ella mejor uso que el que su padre estaba haciendo. No hay cosa que tanto arruine la vida de un joven como su orgullo y suficiencia.

(B) Cuán amablemente condescendió su padre con él: «Y *les repartió los bienes*» (v. 12b). Calculó lo que había de dejar de herencia a cada hijo, y dio al menor lo que éste le pedía, mientras ofrecía también al mayor lo que le correspondía; pero, por lo que se ve, el mayor prefirió que su parte quedase por entonces en manos de su padre, con lo que salió ganando (v. 31 *«todas mis cosas son tuyas»*). De todas formas, el menor obtuvo lo que deseaba y quizá más de lo que esperaba. Con esto vemos la amabilidad del padre y la necedad de este hijo, la cual él iba a experimentar muy pronto al derrochar toda su herencia de la manera más insensata. De un modo semejante a este padre, se comporta Dios con el pecador, no fuerza a nadie a quedarse en su casa, bajo su dominio suave y paternal, sino entrega a los hombres a los deseos de sus propios corazones (v. Sal. 81:12; Ro. 1:24, 26, 28; 2:4–11).

(C) Cómo administró los bienes cuando los tuvo en sus manos. Se dio prisa a gastarlos cuanto antes, tanto que, en muy poco tiempo, se convirtió a sí mismo en un miserable mendigo: *«No muchos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fue lejos a una provincia apartada; y allí malgastó sus bienes viviendo perdidamente»* (v. 13).

Ahora bien, la condición del pródigo en este extravío es un buen ejemplo de la condición pecadora en la que todo hombre ha caído pues:

(a) El estado del pecador es de *apartamiento y distancia de Dios.* Es el pecado lo que nos separa de Dios (v. Is. 59:2). Así como el hijo pródigo *se fue lejos* de la casa de su padre, también el pecador se marcha lejos de Dios, tan lejos como puede. El mundo es como la *provincia apartada* en la que el pecador fija su residencia. En esto se resume y compendia la miseria del pecador, en apartarse más y más de Dios. ¿Qué es, en efecto, el Infierno sino el estar *apartados de Cristo?* (v. Mt. 25:41).

(b) El estado del pecador es de *dispendio y derroche,* malgastando perdidamente los bienes que Dios nos concede como hizo el pródigo *«al consumir sus bienes con rameras»* (v. 30), hasta que *lo gastó todo* (v. 14) en poco tiempo. Sin duda, se compraría espléndidos vestidos y se juntaría con muchos amigos que le ayudasen a terminar pronto con la fortuna que había recibido por herencia. Podemos aplicar esto espiritualmente: Los pecadores *derrochan su* patrimonio, no sólo *emplean mal* los pensamientos y las facultades de su alma, sino que los *emplean en el mal;* no sólo entierran los talentos sino que los malgastan. Los dones de la Providencia, destinados a que los hombres los empleen en el servicio de Dios y en provecho propio y del prójimo, le sirven al pecador de alimento y combustible para sus concupiscencias. El hombre que se hace esclavo del mundo o de la carne, *malgasta sus bienes y vive perdidamente* (en efecto, el vocablo griego *asotos* significa lo contrario de salvación).

(c) El estado del pecador es de miseria y necesidad: «Y *cuando todo lo había gastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a pasar necesidad*» (v. 14). El derroche innecesario es el padre de la necesidad miserable. Una vida de perdición conduce a muchos hombres, rápidamente a veces, a carecer hasta de un mendrugo de pan, especialmente cuando a una mala administración se le junta una mala situación general. Esto representa la gran miseria de los pecadores, quienes han malgastado las mercedes divinas, derrochándolo todo por el placer de los sentidos y por las vanidades del mundo, prestos a perecer de hambre cuando estas cosas les llegan a faltar; carecen de lo más necesario, de *lo único necesario,* pues les falta verdadera satisfacción en las cosas de esta vida, y no les queda esperanza de las verdaderas satisfacciones de la vida eterna. El estado del pecador es como el de *una provincia apartada, en la que reina el hambre;* es un miserable mendigo y, lo que es peor, se ha puesto a sí mismo voluntariamente en tan triste condición.

(d) El estado del pecador es del más vil servilismo. Cuando este desgraciado pródigo cayó en la necesidad, su necesidad le hizo caer en la esclavitud: *«Fue y se apegó* (lit.) *a uno de los ciudadanos de aquella tierra»* (v. 15). La consecuencia de haber *vivido perdidamente* fue tener que *servir vilmente.* El verbo *«se apegó»* (el mismo de Gn. 2:24 *«se unirá»*) muestra que este joven cuando se encontró ya sin un céntimo, «se le pegó» de tal forma a dicho *ciudadano* acomodado económicamente, que no le soltó hasta que le ofreciese algún trabajo, por bajo que fuese, con el que poder sobrevivir. ¡Y cuán bajo fue el oficio que de él obtuvo este pobre joven, que antes era un hacendado caballero! El que disponía y disfrutaba libremente de lo mucho y bueno que había en la casa de su padre, se vio obligado a servir a un amo duro, *«el cual le envió a sus campos para que apacentase cerdos»* (v. 15); no ovejas, sino *cerdos* ¡lo más bajo e ignominioso para un judío! Esto es lo que el diablo da a quienes le sirven: *provisión de carne para satisfacer sus concupiscencias* (Ro. 13:14), y convencerles de que no hay mejor cosa que devorar suciedades y gruñir como los cerdos. ¿Cómo es posible que almas inmortales se rebajen de tal forma, que lleguen a codiciar la pitanza de los cerdos? Los espíritus selectos no se nutren de bazofia.

(e) El estado del pecador es de perpetua insatisfacción: «Y *deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos»* (v. 16). ¡Un ser racional, apetecía el manjar más ordinario del más bajo de los brutos animales! ¡Desear ávidamente ser comensal de los cochinos puercos! Lo que los pecadores se prometen, cuando se alejan de Dios y en lo que desean satisfacerse sólo ha de servirles de desilusión. ¡Y ojalá les sirva de desengañó, por la gracia de Dios! Porque están *gastando su jornal en lo que no sacia* (Is. 55:2). El algarrobo de Palestina era un alimento adecuado para cerdos, pero no para seres humanos, aunque de su fruto comían las gentes más menesterosas. De igual manera, las riquezas y diversiones de este mundo pueden agradar al cuerpo, pero ¿de qué sirven a las almas que no tienen precio? Ni se adaptan a su naturaleza, ni satisfacen sus deseos, ni cubren sus necesidades.

(f) El estado del pecador es tal que no puede esperar alivio de ninguna cosa creada. Cuando el joven pródigo no pudo obtener el sustento mediante su trabajo, lo buscó mediante sus ruegos; incluso se contentaba con una ración de algarrobas de las que comían los cerdos, *«pero nadie le daba»* (v. 16). Quienes se alejan de Dios no pueden hallar ayuda en nadie ni en nada; en vano claman al mundo y a la carne: el mundo no acoge a los menesterosos, la carne no satisface a los hambrientos. Sólo les queda lo que emponzoña al alma, no lo que la nutre.

(g) El estado del pecador es un estado de muerte: *«Este mi hijo estaba muerto»* (vv. 24 y 32). El pecador, no sólo está muerto en sentido legal, como quien está condenado a muerte, sino que está ya espiritualmente *muerto en sus delitos y pecados* (Ef. 2:1, 5): no está unido a Cristo ni vive para Dios, en quien está la fuente de la vida; por tanto, está muerto, como el pródigo en la provincia apartada estaba muerto para su padre, su familia y su propia alma.

(h) El estado del pecador es de perdición: *«Este mi hijo … se había perdido»* (vv. 24, 32): perdido para todo lo bueno que había en casa de su padre. Las almas que están separadas de Dios están perdidas (v. comentario a 19:10); perdidas como un viajero que vaga sin rumbo, extraviado, y que, si no lo remedia la misericordia de Dios, se perderá para siempre y sin recuperación posible.

(i) El estado del pecador es un estado de locura y frenesí, lo cual se insinúa por la expresión *«volviendo en sí»* del versículo 17, por la que vemos que, antes de arrepentirse, estaba *fuera de sí.* Ya lo estaba cuando se marchó de casa, pues, en frase profunda del filósofo Malebranche, «Dios es el lugar de los espíritus, así como el espacio es el lugar de los cuerpos»; todavía se alejó más y más de sí mismo cuando se hundió en el cieno del pecado y, finalmente, cuando *se apegó a un ciudadano* de aquella región apartada (comp. con el: *«¿Dónde estás tú?»* de Gn. 3:9). Los pecadores, como los locos, se destruyen a sí mismos con necias concupiscencias y, al mismo tiempo, se engañan a sí mismos con falsas esperanzas.

2. Su *arrepentimiento y su regreso* después. Obsérvese aquí:

(A) Qué fue lo que *motivó su* conversión: Fue caer en la cuenta de su miseria; cuando se vio en extrema necesidad, entonces *volvió en sí.* De la misma manera, cuando el Espíritu Santo aplica a un alma el fruto de la redención del Calvario, primero la convence de su estado de miseria y de pecado, como los israelitas mordidos por las serpientes venenosas (v. Nm. 21:9; Jn. 3:14–15). Las pruebas y aflicciones, cuando van santificadas con la gracia divina, son un medio admirable para hacer que el pecador se vuelva de sus caminos extraviados. Cuando nos percatamos de la incapacidad de las criaturas para hacernos felices y hemos probado en vano todos los métodos posibles para aliviar la sed de nuestra alma, es entonces el tiempo propicio para reflexionar razonablemente y pensar en volvernos a Dios. Cuando vemos que todos los seres humanos son incapaces de prestarnos ayuda, malos médicos para curar el

cáncer del pecado (comp. con Jer. 17:5 y ss.) es la hora de volvernos a Cristo, único que puede curar y salvar, ningún otro *nos dará* lo que necesitamos.

(B) Qué fue lo que preparó el camino de regreso: Fue la *reflexión.* Vuelto en sí recobró el recto uso de su mente y pensó: *«¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan!»* (v. 17). La reflexión es el primer paso para la conversión. Consideró cuán crítica era su situación: «*¡Aquí perezco de hambre!»* (v. 17b). No sólo tenía hambre, sino que estaba a punto de morirse de hambre. Así los pecadores no se ponen al servicio de Cristo hasta que no se ven a sí mismos a punto de perecer al servicio del diablo (comp. Ro. 6:23). Y, aun cuando parezca que esto es ser llevados a Cristo por la fuerza, no es deshonroso ser atraídos a Él para bien, sino más bien sumamente honroso ser llevados al único que puede sanarnos en un caso desesperado. Consideró el pródigo la abundancia de pan en casa de su padre. En casa de nuestro Padre hay pan en abundancia para toda la familia y hasta para compartir con los necesitados. Incluso las migajas que caen de la mesa son suficientes para nutrir y estar agradecidos. Si los *jornaleros* tienen abundancia de pan, ¿de qué carecerán los *hijos*? Estas consideraciones deberían animar a todos los pecadores que se han alejado de Dios a regresar a la casa del Padre.

(C) Cuál fue la resolución que tomó el pródigo: Sus reflexiones dieron paso a una correcta conclusión: *«Me levantaré e iré a mi padre»* (v. 18a). Los buenos propósitos son cosa buena, pero sólo las decisiones firmes sirven para algo. No basta con un «querría». Se ha dicho que el Infierno está empedrado de buenas intenciones. Este joven tomó una resolución firme, y la puso por obra enseguida: «Y *levantándose, marchó hacia su padre»* (v. 20). Aunque se hallaba en una provincia apartada, muy lejos de la casa del padre, no dudo en regresar. Cada paso que se anda en dirección al pecado, ha de ser desandado en dirección a Dios (comp. con Jer. 2:13). Y no sólo resolvió volver, sino que preparó meticulosamente la confesión que iba a hacer ante su padre. El arrepentimiento genuino comporta el levantarse y marchar hacia Dios pero también exige que nos pongamos de acuerdo con lo que Dios manda, pues no otra cosa significa el vocablo «confesar» en el original (v. 1 Jn. 1:9, *homologomen* = decimos lo mismo, lo mismo que Dios dice del pecado y de la santidad). Veamos ahora lo que se propuso decir a su padre:

(a) Declararle, sin excusas ni tapujos, su pecado: *«Padre, he pecado»* (v. 18b). Por cuanto *todos hemos pecado* (Ro. 3:23), todos hemos de reconocer que hemos pecado. La confesión del pecado es la condición necesaria para restaurar nuestra comunión con Dios (1 Jn. 1:7–10). Si no nos declaramos culpables, no podemos estar en paz con Dios, sino que apareceremos culpables ante su tribunal. «Dios te acusa,—dice Agustín de Hipona—; si tú te excusas, te pones contra Dios; pero si te acusas, te pones de acuerdo con Dios.» Y David dice: «*Al corazón contrito y humillado no lo desprecias tú, oh Dios»* (Sal. 51:17b. Todo el salmo es un modelo de confesión del pecado).

(b) Lejos de poner atenuantes a su culpa, el pródigo va a cargar con toda la responsabilidad de su pecado: *«He pecado contra el cielo y ante ti»* (vv. 18, 21). Esto debe enseñar a los hijos insumisos desobedientes, que las ofensas contra sus padres son pecados contra Dios, pues todo pecado es un desprecio a la autoridad de Dios sea cual sea (v. Stg. 2:10–11). Vemos, pues, la malignidad del pecado al atreverse a subir tan alto: *«contra el Cielo»*, pero es una malignidad necia y altanera, porque es *impotente:* nadie puede hacer daño al Cielo. Más aún, lo que se arroja contra el Cielo viene a caer sobre la cabeza del que lo arroja. Finalmente, vemos que el pecado se comete ante la vista de Dios, cuya mirada todo lo penetra: «*y ante ti»*.

(c) Está dispuesto a reconocer que ha perdido todos los derechos a disfrutar de los privilegios que competen a los hijos: *«Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo»* (vv. 19, 21). No niega la relación que le liga a su padre, puesto que la reconoce al llamarle *«Padre»*, pero admite que su padre no la reconozca, puesto que él no lo merece. En realidad, a petición propia, ya había recibido la porción de la herencia que le correspondía, y no podía exigir nada. Por eso, es necesario que los pecadores se reconozcan indignos de recibir ningún favor de Dios.

(d) Con todo eso, ruega un puesto dentro de la casa, aunque sea en el oficio más bajo: *«Hazme como a uno de tus jornaleros»* (v. 19b). Como si dijese: «Con eso me conformo, pues ya es más que suficiente para mí; si quieres imponerme como condición para recibirme el que te sirva como uno más de los criados no sólo me someteré a ello, sino que lo tendré por gran privilegio en comparación con lo que hasta ahora he sufrido de hambre y de humillación. Alquílame como jornalero, a fin de que yo pueda mostrar que aprecio la casa de mi padre tanto como antes la menosprecié».

(e) En todo este proceso de reflexión, el pródigo siempre pensó en su padre como *padre: «Me levantaré e iré a mi padre y le diré: Padre …»* (v. 18). Si consideramos a Dios como nuestro Padre, nos

servirá de gran ayuda en nuestro arrepentimiento del pecado y en nuestro regreso a su casa; eso hará que nuestro pesar sea sincero, que nuestras resoluciones contra el pecado sean firmes, y nos animará a esperar el perdón. A Dios le complace ser llamado *Padre,* tanto por los penitentes como por los suplicantes.

(D) Cómo puso por obra su resolución: *«Levantándose, marchó hacia su padre»* (v. 20). La buena resolución que había decidido, la puso por obra sin demora alguna; como suele decirse *«batió el hierro cuando estaba candente». ¿Hemos prometido a Dios que vamos a levantarnos del pecado e ir a Él? ¡Levantémonos* inmediatamente y vayamos! El joven pródigo no se paró a medio camino, excusándose de estar ya cansado y no poder seguir adelante, sino que, cansado y exhausto como estaba, no paró hasta llegar a casa de su padre.

3. La acogida que le hizo su padre: *«Marchó hacia su padre …»* ¿Y cómo pensamos que su padre le recibió? No sólo le recibió, sino que se anticipó a su llegada y le acogió como si no le hubiera dado ya todo lo que le pertenecía. Esto ha de servir de ejemplo para los padres, por si alguno de los hijos les ha sido desobediente o hasta se les ha marchado de casa, a fin de que, si los hijos entran en razón y se arrepienten de lo que han hecho no sean duros y severos con ellos, sino que los traten con *la sabiduría que es de arriba …, condescendiente, benigna y llena de misericordia* (Stg. 3:17). Pero la parábola está destinada, ante todo, a poner de relieve la gracia y la misericordia de Dios hacia los pobres pecadores que se arrepienten y se convierten a Él, y lo presto que está para perdonarles. En este punto, hemos de observar:

(A) El gran afecto y amor con que el padre recibió a este hijo: *«Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a compasión y corrió, y se echó sobre su cuello y le besó efusivamente»* (v. 20). Expresó su amor y su perdón antes de que el hijo expresara su arrepentimiento. Así también *Dios nos responde antes de que le llamemos,* porque sabe lo que hay en nuestro corazón. ¡Cuán vívida es la descripción que aquí se nos hace! Notemos todos los detalles:

(a) Aquí tenemos unos *ojos de misericordia* muy alertados: *«Cuando aún estaba lejos, lo vio su padre»;* como si de lo más alto de una elevada torre hubiese estado mirando constantemente al camino por el que se le marchó el hijo, y hubiese abrigado siempre el pensamiento siguiente: «¡Oh, si yo pudiera algún día ver venir por allí a ese desgraciado hijo mío que en mala hora se marchó!» Esto nos da a entender el deseo de Dios de que se conviertan los pecadores, y su presteza a salir al encuentro de los que vienen hacia Él, pues es consciente de la primera consideración que ellos se hagan al respecto.

(b) Aquí tenemos *entrañas de misericordia,* pues este padre ansiaba volver a ver a su hijo: *«Lo vio su padre, y fue movido a compasión».* La miseria es el pedestal de la misericordia, aunque sea la miseria degradante del pecado y del crimen. Es cierto que es el pecador quien es la causa de su propia miseria pero *«al Señor nuestro Dios* compete *el tener compasión y el perdonar, aunque contra Él nos hemos rebelado»* (Dn. 9:9).

(c) Aquí tenemos *pies de misericordia,* pies que el amor hace presurosos: «*Y corrió».* El hijo pródigo venía despacio, bajo el peso de la vergüenza y del temor, pero su tierno padre corrió a su encuentro, espoleado por la ternura y el amor.

(d) Aquí tenemos *brazos de misericordia;* unos brazos bien extendidos para abrazar al hijo: «Y *se echó sobre su cuello».* Aunque era culpable y merecía ser azotado, aunque iba sucio de apacentar a los cerdos, y harapiento por haber gastado sus bienes y al vivir perdidamente, el amoroso padre le echó los brazos al cuello y lo estrechó contra su pecho. Así son acogidos por Dios los pecadores sinceramente arrepentidos; así son recibidos por el Señor Jesús.

(e) Aquí tenemos *labios de misericordia: «Y le besó efusivamente».* Con este beso, no sólo le aseguró una buena acogida, sino que también selló el perdón más generoso y completo; todas sus anteriores locuras serán perdonadas y olvidadas, tanto que no hallamos aquí ni una sola palabra de reproche.

(B) La sumisión y el arrepentimiento con que el pródigo se expresó ante su padre (v. 21): «Y *el hijo le dijo: Padre, he pecado».* Así como el amor del buen padre se echa de ver en que mostró su ternura antes de que el hijo expresara su arrepentimiento, así también el arrepentimiento del hijo halla su recomendación en que lo expresó tan pronto como el padre le mostró tanta amabilidad. Inmediatamente que el padre le recibió con el beso que sellaba su perdón, le dijo el pródigo: *«Padre, he pecado».* Los que han recibido fácilmente el perdón de sus pecados, deben guardar en su corazón un profundo pesar de ellos. Cuanto mejor vemos la presteza de Dios en perdonarnos, tanto más duros deberíamos ser nosotros en no perdonarnos a nosotros mismos.

(C) La espléndida provisión que este amoroso padre preparó para el regreso de su hijo perdido:

(a) No le dejó seguir adelante en la confesión que el hijo había preparado. El hijo pensaba terminar su confesión diciendo a su padre: *«Hazme como a uno de tus jornaleros»* (v. 19b); pero el padre no le dejó continuar, pues tenía prisa por asegurarle de que sería acogido, no como criado sino como hijo, como si dijese: «Cállate, hijo mío, y sé bienvenido, pues, aun cuando no seas digno de ser llamado *hijo,* serás tratado como hijo, y *muy querido».* En la actitud del padre se transparentaba que el pródigo no tenía necesidad de aspirar a un puesto de *jornalero* en la casa. Es extraño que no hallemos aquí ni una sola palabra de reprensión de parte del padre; por ejemplo: «No habrías vuelto jamás a la casa de tu padre, si no te hubieses sentido azotado con tu propia vara». ¡Nada de eso! Con esto se nos da a entender lo que, por otra parte, hallamos repetidamente en las Escrituras: Que cuando Dios *perdona* los pecados, también los *olvida* por completo.

(b) Pero esto no es todo además de un perdón completo, el padre le ofrece una recepción espléndida, regia; mucho mayor que todo lo que él habría podido esperar ni imaginarse. Sin duda que él pensaría que ya era más que suficiente el que su padre, después de acogerle, le ordenase ir a la cocina y disfrutar del ordinario menú del día; pero la forma con que su padre lo trató es un ejemplo del modo como se conduce Dios con aquellos que se entregan en los brazos de la divina misericordia: *«Hace todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos»* (Ef. 3:20). El pródigo regresó a casa con una mezcla de esperanza y temor; temor de ser rechazado y esperanza de ser recibido; pero su padre mostró ser, no sólo mejor que sus temores, sino también mayor que sus esperanzas. En efecto:

(1) El hijo vino a casa vestido de andrajos; y su padre le vistió espléndidamente, pues *«dijo a sus siervos: Sacad deprisa el mejor vestido, y vestidle»* (v. 22). Los vestidos de desecho de la casa le habrían bastado a este harapiento, pero el padre pide para él no sólo un *buen* vestido, sino el *mejor y a toda prisa; sus* ojos de padre no le consentían por más tiempo ver a su hijo con aquellos harapos. El griego carga énfasis en la clase de vestido al decir literalmente: «un vestido, *el* de primera», con lo que los criados no tendrían duda alguna sobre el vestido al que el amo se refería. Además les dice: «Y *poned un anillo en su mano»,* un anillo de sello con los blasones de la familia, en señal de haber sido recibido de nuevo como miembro del linaje. Llegó a casa descalzo, quizá con los pies aspeados de la prolongada andadura, por eso, el padre mandó ponerle *«calzado en sus pies».* De modo semejante, provee la gracia de Cristo para los que están sinceramente arrepentidos: (i) La *justicia de Cristo* es el vestido con que son cubiertos: son *revestidos de Cristo* (Gá. 3:27). Una *nueva naturaleza* es mucho más que un vestido, y eso es lo que reciben los que se convierten al Señor. (ii) Las *arras del Espíritu* (Ef. 1:13–14) son el sello en la mano del creyente, como recuerdo constante de la misericordia del Padre, para que el cristiano no se olvide de ello. (iii) *El apresto del evangelio de la paz* (Ef. 6:15) es el calzado para los pies, y nos da a entender que hemos de andar alegres y resueltos en el camino de la salvación, como va una persona con un calzado sólido, ligero y bien ajustado a sus pies.

(2) El hijo vino a casa hambriento; y su padre, no sólo le dio de comer, sino que le preparó un opíparo banquete (v. 23): *«Traed el becerro engordado y matadlo, y comamos y hagamos fiesta,* ya que éste es un gran día, *porque este mi hijo estaba muerto y ha revivido;* lo dábamos por muerto y lo recobramos vivo, *se había perdido, y* por perdido definitivamente lo teníamos, y *ha sido hallado»* (vv. 23–24). Nunca fue mejor empleado el ternero cebado. ¡Qué cambio para el pródigo, quien hace poco *deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos!* (v. 16). ¡Cuán dulces son las provisiones de Dios para los creyentes que antes habían trabajado en vano por hallar satisfacción en las cosas materiales! Ahora veía el pródigo colmadas sus esperanzas de hallar en casa de su padre *abundancia de pan* (v. 17).

(D) Pero no fue sólo el pródigo quien disfrutó opíparamente de esta fiesta, sino que toda fa familia, incluidos los criados (quizá también otros parientes, amigos y vecinos), participó del banquete y del regocijo: «Y *comenzaron a regocijarse»* (v. 25). La conversión de un pecador es un milagro de la gracia divina; es un acontecimiento cuya importancia nunca puede ser exagerada: de la muerte y condenación eterna a la vida y felicidad eterna con el Señor y sus santos; de una perdición segura a una salvación total de *todo el ser: espíritu, alma y cuerpo* (v. 1 Ts. 5:23); es un cambio total, grande, maravilloso y dichoso; muy superior al que se opera sobre la faz de la tierra cuando del invierno se pasa a la primavera. La conversión de los pecadores complace grandemente al Dios de los cielos y debe causar regocijo a cuantos pertenecen a la familia de Dios: los del cielo *se regocijan;* los de la tierra *deberían* también regocijarse. Cuando un padre de familia prospera en el negocio, toda la familia debe participar en el regocijo, de la misma manera que participan de la prosperidad (comp. con Mt. 18:15 «… *has GANADO a tu hermano*»).

4. Finalmente, tenemos la reacción de enojo y envidia del hermano mayor, con la que se describe la actitud enojosa de escribas y fariseos ante la acogida que Jesús dispensaba a publicanos y pecadores. Nótese que, en esta porción Jesús no carga las tintas en la pésima actitud de los fariseos, sino que todavía les concede ser comparados al hermano mayor quien disfrutaba de los privilegios de primogénito en la casa de su padre. Con ello puede verse la mansedumbre del Señor, que trata de suavizar el malhumor de los fariseos en contra de los publicanos. Pero, en sentido más amplio podemos ver aquí también a todos los relativamente buenos, que no se marchan de la iglesia y que en comparación con los «pródigos», *no necesitan de arrepentimiento* (v. 7). A éstos van dirigidas las palabras: *«Hijo, tú siempre estás conmigo,* (v. 31), más bien que a los escribas y fariseos. En cuanto a lo que la parábola nos dice de este hermano mayor obsérvese:

(A) Cuán necio y displicente se mostró ante la acogida dada a su hermano menor, y el enojo que le causó la fiesta celebrada por tan fausto suceso. *Estaba en el campo* (v. 25), cuando su hermano llegó, y, al regresar a casa, *oyó la música y las danzas.* Entonces, *llamó a uno de los criados y le preguntó qué era aquello* (v. 26). Se le informó de que había llegado su hermano y de que su padre le había preparado una fiesta para recibirle y celebrar el acontecimiento, *por haberlo recobrado sano y salvo* (v. 27), los dos adjetivos son una sola palabra en el original: *hygiaínonta* (de donde se deriva el vocablo «higiene»), es decir, en perfecta salud corporal, mental y espiritual; pues le había recibido vivo, vuelto en sí, arrepentido y sanado de sus vicios, de lo contrario, no podría decirse que le había recibido *sano y salvo.* Con esta noticia, cualquiera podría con razón esperar que el hermano mayor se alegrase, pero no fue así, sino que se enojó en grado sumo: *«Entonces se enojó, y no quería entrar»* (v. 28). Con esto daba a entender que su padre debió haber dado con la puerta en las narices al hijo menor, que regresaba arrepentido y en condición miserable. Esto es un ejemplo de lo que es un pecado demasiado corriente:

(a) En las familias de los hombres. Quienes han disfrutado de continuo del apoyo y sustento de sus padres, piensan que les pertenece el monopolio de los favores paternos, y están de ordinario inclinados a ser *excesivamente duros* con los demás miembros de la familia que han transgredido en algo o han cometido algún desliz.

(b) En la familia de Dios, es decir en la iglesia. Quienes se sienten relativamente justos, rectos y cumplidores, raras veces se muestran misericordiosos con los que se desmandan, aun cuando estos últimos vuelvan sinceramente arrepentidos. El lenguaje que usan es parecido al que usa aquí el hermano mayor: *Primero,* se jacta de su virtud y obediencia: *«He aquí que por tantos años te vengo sirviendo, no habiéndote desobedecido jamás»* (v. 29a). Es la actitud descrita en Isaías 65:5. Además ¿no estaba exagerando en lo de su «continua obediencia» cuando ahora se obstinaba en el enfado contra su padre? Si, por la gracia de Dios, hemos sido preservados de grandes pecados, no tenemos por qué jactarnos de ello, sino que hemos de ser humildes, agradecidos a Dios y compasivos con los hermanos más débiles. *En segundo lugar,* se queja de su padre: *«Nunca me has dado ni un cabrito para pasarlo bien con mis amigos»* (v. 29b). Muestra sin razón su mal humor pues no hay duda de que, si hubiera pedido a su padre un cabrito, al momento se lo habría concedido (v. 31b). El que matasen ahora *el becerro engordado* es lo que le hizo pronunciar frases tan altivas e injustas. Cuando la envidia ciega los ojos de una persona, un *ternero cebado* parece inmensamente mayor que un *cabrito* que cada día está al alcance de la mano. Quienes tienen alta opinión de sí mismos y de los servicios que prestan a Dios, son proclives a pensar bajo de las gracias que reciben y de la atención que se les presta. Si reconociésemos nuestra indignidad, jamás nos quejaríamos de ser postergados. *Tercero,* se siente de pésimo humor contra su hermano. Esto no debe ocurrir en la iglesia, porque no muestra el Espíritu de Cristo, sino la envidia del fariseo. Observemos los detalles en el modo actual de proceder del hermano mayor:

(1) *«No quería entrar»* (v. 28): no consentía en estar en el mismo lugar que su hermano, aun cuando fuese en la casa de su padre. Vio que su padre le había acogido, pero él no estaba dispuesto a hacer lo mismo. Es cierto que hemos de evitar la compañía de creyentes que son notorios pecadores (1 Co. 5:11), pero también es cierto que hemos de acoger con amor a los sinceramente arrepentidos (2 Co. 2:5–11). ¿Cómo rehusaremos acoger a quienes han sido bien recibidos por Dios?

(2) No se digna darle el nombre de *hermano,* sino *«este tu hijo»* (v. 30), lo cual demuestra, no sólo su arrogancia, sino también una especie de insulto a su padre por el aprecio mostrado a un hijo que había sido pródigo. ¡Llamemos a nuestros parientes con los nombres que les corresponden! Es menester que los ricos llamen *hermanos* a los pobres, y que los «dedicados» llamen *penitentes* a los que son realmente tales, es decir, arrepentidos.

(3) Daba a los extravíos de su hermano los epítetos más duros: *«Ha consumido tus bienes con rameras»*. Es cierto que había derrochado la porción que le correspondía, pero ni había acabado con todos los bienes del padre, pues había gastado de lo que ya era suyo y, además, al padre le quedaba suficiente hacienda para mantener hijos y criados y celebrar grandes fiestas, ni se nos refiere anteriormente que los gastase con *rameras,* pues, aun cuando fuese probable, el hijo mayor se excedía en sus juicios al no tener mayor información sobre la pasada vida de su hermano. Así vemos cómo la persona envidiosa y resentida está inclinada a echar todo a la peor parte y a ver los defectos ajenos con los más negros colores, cuando nuestro Dios y Padre hace precisamente lo contrario (1 Jn. 3:20), y el Señor Jesús excusó a los que le crucificaron e insultaban (Lc. 23:24).

(4) Echó en cara a su padre la acogida que había dado al hijo menor: *«Has hecho matar para él el becerro engordado»*. Cosa muy mala es, y la peor de las envidias, el que un cristiano lleve a mal el que Dios tenga misericordia de los pecadores arrepentidos. Malo es envidiar a quienes, bajo las disposiciones de la providencia de Dios, disfrutan de mayores bienes materiales que nosotros pero mucho peor es, pues denota una gran soberbia espiritual, tener a mal que un gran pecador sea recibido a misericordia por el Dios que envió a su Unigénito Hijo a morir en la Cruz *para salvar lo perdido* (19:10). Notemos que, cuando el gran perseguidor de la Iglesia Saulo de Tarso se convirtió y llegó a trabajar por el Señor más que todos los demás Apóstoles (1 Co. 15:10), no sólo no le tuvieron éstos envidia, sino que *glorificaban a Dios por él* (Gá. 1:24). Esto debe servirnos de ejemplo, en lugar de seguir el ejemplo del hermano del pródigo.

(B) Veamos ahora cuán manso y conciliatorio se mostró el padre hacia este hijo envidioso y gruñón. Su conducta presenta un contraste sorprendente con la de su hijo mayor, y representa, a no dudar que la gracia y la misericordia de nuestro Dios en Cristo brilla en la mansedumbre y paciencia con que aguanta los humos de los «santos», tanto como en la amorosa acogida que brinda a los pecadores que se arrepienten. Los discípulos primeros de Cristo tenían muchas faltas y debilidades y eran seres humanos *«de sentimientos semejantes a los nuestros»* (comp. con Stg. 5:17, referido al gran profeta Elías); sin embargo, el Señor los aguantó pacientemente. Vemos:

(a) Que, cuando el hijo mayor *no quería entrar, salió su padre y le rogaba que entrase* (v. 28). Con buenas palabras y con los mejores deseos, le rogaba que entrara a la fiesta. El padre podía justamente haber dicho: «Si no quiere entrar que se quede afuera ¿es que no es ésta mi casa? ¿No podré, entonces, hacer en ella lo que quiera? ¿No es mío el becerro engordado? ¿No puedo, pues, hacer de él lo que me plazca?» Pero el padre no se expresa de esta manera, sino que, así como corrió a recibir al hijo menor, así también condesciende en salir a rogar al mayor. Todo esto está destinado a presentar ante nuestros ojos la suma bondad de nuestro Dios. ¡A qué extremo tan extraño llega su benignidad para con quienes llegan a extremos tan extraños de provocación! También enseña esto a los que están en lugar de líderes y superiores a que se comporten mansa y apaciblemente con los inferiores, incluso cuando parece que tienen toda la razón para mostrarse severos y duros con ellos. Incluso en tales casos deben mostrar mansedumbre como exhorta la Palabra de Dios a los *padres a no exasperar a los hijos, para que no se desalienten* (Col. 3:21, comp. con Ef. 6:4).

(b) Que, aun cuando estaba celebrando aquella fiesta por la llegada del hijo menor *«sano y salvo»*, no por eso quería hacerle de menos a él: *«Hijo, tú siempre estás conmigo,* el recibirle a él no significa rechazarte a ti, ni lo que para él proveo implica mengua alguna en lo que para ti guardo: *todas mis cosas son tuyas»* (v. 31). *Si no le había dado ni un cabrito para pasarlo bien con sus amigos* (v. 29b), es porque él no se lo habría pedido; y, de todos modos cada día comía con él a la mesa. Mejor es ser feliz con nuestro Padre de los cielos que pasarlo bien con los amigos de este mundo. Así que (1) los hijos de Dios son inefablemente felices al saber que estarán siempre con Él (comp. con 1 Ts. 4:17) y que todo lo que es de Dios, será también de ellos, pues, «*si hijos, también herederos*» (Ro. 8:17). (2) Por consiguiente, no tenemos por qué envidiar la gracia concedida a otros, porque nunca tendremos de menos por lo que ellos tengan de más, ya que la herencia de Dios no se disminuye con el número de los que la heredan, sino que, por el contrario, es como si se multiplicara con el número de los que la comparten, ya que no es participación, sino comunión (2 P. 1:4, *koinonoi).* Si somos creyentes sinceros, todo lo que Dios es y tiene es también *nuestro:* mío y de todos mis hermanos pasa lo mismo que con la luz y el calor del sol, los cuales no se disminuyen con el número de los que disfrutan de esa luz y de ese calor, sino que cada uno disfruta de ellos si está solo, exactamente lo mismo que cuando está muy acompañado.

(c) Que el padre dio al hijo mayor una muy buena razón para lo que este hijo tomaba como una ofensa: «*Era necesario hacer fiesta y regocijarnos*» (v. 32). Podía haber dado como única razón su condición de padre de familia, dueño de los bienes de la casa y haberle dicho: «Tuve a bien que mi familia estuviese de fiesta y se alegrara». Pero no quiso expresarse así, sino darle una razón inofensiva y persuasiva: *«¡Era necesario …!»* Lo exigía el regreso del hijo *muerto y perdido*, más que la perseverancia del vivo y salvo; aunque la permanencia del que queda en la casa sea de mayor bendición para la familia, la vuelta del que se marchó es causa de mayor alegría. Cualquier familia quedaría transportada de mayor gozo por la resurrección de un hijo muerto, que por la vida y salud continuas de muchos hijos que sobreviven.

(d) Que el padre corrigió suavemente la forma insultante con que el hijo mayor se había referido a su hermano al decir: *«este tu hijo»* (v. 30), *pues, al dar razón de la necesidad de hacer fiesta añadió: «este tu hermano»*. No se nos dice en el texto sagrado, pues no hace al caso, si el hermano mayor accedió por fin al ruego del padre y entró a participar de la fiesta que se celebraba por la llegada del hermano menor. Podemos suponer, al juzgar piadosamente, que sí. Al menos, ésta debe ser la correcta reacción de todo creyente que, de alguna manera, se haya comportado como lo hizo este hermano mayor. La gracia de Dios nos es necesaria a todos, tanto para evitar la *caída* como la *presunción.*

CAPÍTULO 16

El objetivo de todo lo que enseña Jesús en este capítulo es avivarnos y despertarnos para que de tal manera usemos todas las posesiones y oportunidades de esta vida, que nos sirvan de provecho y no de estorbo para la otra. Si usamos bien de ellas recogeremos en la otra vida el fruto de lo que aquí hayamos procurado. Pero, si las usamos para engolfarnos en los placeres de este mundo, y hacemos que sirvan a nuestras concupiscencias, en lugar de socorrer a los necesitados, ciertamente pereceremos para siempre. Esta es la enseñanza que el Señor nos da por medio de dos parábolas: la del mayordomo infiel (vv. 1–15), y la del rico y Lázaro (vv. 19–31).

Versículos 1–18

Erraríamos grandemente si supusiéramos que las enseñanzas de Cristo están destinadas a divertirnos con revelaciones de los misterios divinos o a entretenernos con meros conceptos de las divinas mercedes. ¡No!, la revelación que de los misterios y gracias de Dios nos ofrece el Evangelio está destinada a despertarnos del ocio y comprometernos en la práctica de los deberes cristianos: en el deber de hacer el bien a quienes están necesitados de algo que nosotros podamos ofrecerles o hacer por ellos, y en el deber de ser fieles en la administración de los dones y bienes que el Señor nos ha encomendado, pues somos *administradores de la multiforme gracia de Dios* (1 P. 4:10). Será, pues, de nuestra parte una prueba de sabiduría hacer que lo que tenemos en el mundo produzca subido interés en el Banco de los Cielos. Si obramos sabiamente seremos tan diligentes y laboriosos en las cosas que pertenecen a la piedad y a la caridad, a fin de promover nuestro eterno bienestar como lo son los mundanos en los negocios temporales, para que les rindan el mayor provecho material posible.

I. Tenemos primero la parábola en la que los hijos de los hombres son presentados como administradores o *mayordomos* de las cosas que tienen en este mundo. Todo cuanto tenemos es propiedad de Dios; nosotros somos, en realidad, usufructuarios de los bienes que Dios nos presta.

1. La *deslealtad* de este mayordomo hacia su amo: *«Fue acusado ante él como disipador de sus bienes»* (v. 1). Todos somos reos de este cargo, pues no hemos empleado como deberíamos los dones y los bienes que Dios nos ha encomendado en esta vida. Es menester, pues, que nos examinemos a nosotros mismos, a fin de que no seamos juzgados por nuestro Amo y Señor.

2. Vemos también que, por su deslealtad, fue despedido del oficio que tenía. El amo *«le llamó y le dijo: ¿Qué es esto que oigo acerca de ti?»* (v. 2). Habla como quien se siente decepcionado por la confianza que había depositado en este mayordomo y lo que ahora oía de él. Por otra parte, el mayordomo

no podía negar el cargo que se le hacía; por tanto, no tenía más remedio que hacer el ajuste de cuentas y marcharse enseguida. Esto tiene por objeto enseñarnos: (A) que todos hemos de dejar muy pronto nuestra mayordomía en este mundo. Vendrá la muerte y nos hará dimitir, queramos o no, del oficio que estemos desempeñando, y vendrán otros a ocupar nuestro puesto. (B) Que la dimisión que la muerte nos impone es justa y merecida, pues hemos malgastado los bienes de nuestro Amo y Señor. (C) Que, cuando nuestra mayordomía nos sea quitada, hemos de rendir cuentas de ella ante el Señor.

3. Vemos igualmente la sagacidad de este mayordomo. Ante la requisitoria del amo, comenzó a reflexionar y «dijo *para sí: ¿Qué haré?»* (v. 3). ¡Cuánto mejor le habría ido si se hubiese puesto a reflexionar antes de que esto sucediera! Pero, mejor es tarde que nunca. Ahora, tiene que pensar de qué va a vivir y: (A) Sabe que no tiene experiencia ni fuerza para faenas duras como las del campo: *«Para cavar, no tengo fuerzas»*. ¿Era verdad que no tenía fuerzas, o es que era demasiado perezoso como para ocuparse en tal oficio? (B) Por otra parte, no sufre la humillación de mendigar: *«Mendigar, me da vergüenza»*. Le faltaba humildad, como le faltaba laboriosidad y diligencia. Mayor razón tenía para avergonzarse de engañar a su amo que de pedir limosna. (C) Pero he aquí que se le ocurre una salida para esta situación tan difícil: *«Ya sé lo que haré»* (v. 4). De los deudores de su amo va a hacer amigos para sí. Como si dijese: «Los arrendatarios de mi amo me conocen y me aprecian por algunos favores que les he hecho, ahora les voy a prestar un favor tan grande, que me quedarán obligados a recogerme por turno en sus casas; por lo menos, hasta que encuentre alguna otra cosa mejor». Y, dicho y hecho, fue llamándolos uno por uno. «*Al primero le dijo: ¿Cuánto debes a mi amo?»* (v. 5). *«Él dijo: Cien barriles de aceite. Y le dijo: Toma tu recibo, siéntate pronto y escribe cincuenta»* (v. 6). De modo que le redujo la cuenta a la mitad. En ese *«siéntate pronto»*, podemos ver la prisa que el mayordomo tenía de arreglar la cuenta antes que el amo sospechara de él e interviniese antes de tiempo. Llamó a otro que le debía al amo *cien medidas de trigo*, y le pidió que escribiera *ochenta* (v. 7). La proporción fue alterada aquí, ya fuese por mero capricho del mayordomo o por ser las medidas de trigo mucho mayores que las del aceite. La lección para nosotros es que las posesiones de este mundo son en extremo inciertas, inseguras; y, cuanto mayores son las posesiones, tanto más inseguras son también. También se nos enseña aquí a desconfiar de quienes no merecen que pongamos nuestros intereses en las manos de ellos. Vemos aquí que este mayordomo, a pesar de ser despedido por haber obrado deshonestamente, sigue todavía portándose con la misma o mayor, deshonestidad. ¡Tan difícil es para los viciosos desprenderse de sus malas costumbres!

4. La alabanza que el amo le tributó: «*Y alabó el amo al mayordomo injusto por haber obrado sagazmente»* (v. 8). Nótese que el amo no alaba la *conducta* del mayordomo para con él pues le considera *injusto*, sino la *sagacidad* con que había obrado a favor de sí mismo, al hacer los arreglos con los arrendatarios de tal manera, que las deudas de éstos apareciesen en los libros del amo mucho menores de lo que, en realidad, eran. El Señor Jesús saca de esta parábola la siguiente conclusión: *«Porque los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de* luz». La única interpretación correcta, a la vista del contexto, es que los mundanos, dentro de su falta de escrúpulos de conciencia y sin temor de Dios, son más sagaces para sacar provecho de sus relaciones con otros hombres semejantes a ellos, que lo que los hijos de Dios deberían ser, *«sobria, justa y piadosamente»* (Tit. 2:12), en sus relaciones con los hermanos en la fe que se hallan en necesidad. Por donde vemos: (A) Que si, en las cosas temporales, los hijos de este siglo son tan sagaces, ¡cuánto más sagaces y reflexivos deberíamos ser nosotros en las cosas espirituales que duran por toda la eternidad! (B) Que los mundanos parecen tener mayor éxito en las cosas temporales que los hijos de Dios por la sencilla razón de que los malos pueden jugar, como suele decirse, «a dos barajas» (honesta o deshonestamente), mientras que los creyentes genuinos sólo pueden conducir sus negocios de acuerdo con la justicia y conforme a la voluntad de Dios. (C) Que si los malos saben hacer favores a sus amigos aun cuando éstos sean igualmente malvados, ¡cuánto mejor deberíamos los creyentes portarnos con nuestros hermanos, y aun con todos nuestros prójimos! (v. Gá. 6:9–10).

II. La aplicación de la parábola, y las inferencias que Jesús saca de ella (v. 9): «*Y yo os digo …*»; es decir, «a vosotros, mis discípulos» (pues a ellos iba dirigida la parábola; v. 1). Viene a decirles: «Aunque sea poco lo que poseáis en este mundo, procurad sacar de ello el mayor provecho posible para la vida eterna». Aquí hemos de observar:

1. A qué nos exhorta aquí el Señor Jesús: *«Ganad amigos por medio de las riquezas injustas»* (v. 9). La sagacidad de los hombres de mundo consiste en llevar sus negocios de tal manera que les rindan

beneficios seguros y duraderos, aun cuando algún día tendrán que dejar a otros todos estos beneficios materiales. Pero la prudencia o sagacidad de los creyentes consiste en hacer tal uso de las riquezas, que los beneficios adquiridos por medio de ellas perduren por toda la eternidad. Vemos: (A) Que el Señor llama *injustas* (lit. *de injusticia)* a las riquezas materiales porque, como dice Bliss, «en muchos casos, su adquisición y su uso implican tanta iniquidad que quien haya visto esto en sus más profundas honduras y en su anchura sin límite, bien pudiera referirse a ello llamándolo "riqueza de maldad"». (B) Que es muestra de gran sabiduría el sacar provecho eterno de aquello mismo—el dinero—de lo que la mayoría de los mortales abusa *«para gastar en sus deleites»* (Stg. 4:3). (C) Que, por mucho que los hombres se esfuercen en asegurarse riquezas materiales, al fin *tendrán que dejarlas.* Es notable el verbo que usa el original, pues significa «eclipsarse»; pues, ¿qué mayor eclipse que la muerte? Todo lo que en este mundo tiene algún brillo, se eclipsa y se acaba en el sepulcro. En este sentido, la muerte es el fracaso y la bancarrota irreversibles. (D) Que el mejor modo de sacar provecho de estas riquezas materiales es socorrer a los hermanos necesitados, a fin de que, cuando hayamos de dejar aquí todo lo que es de este mundo, hallemos en el Cielo amigos que nos reciban con los brazos abiertos por los favores que aquí les dispensamos en sus necesidades materiales. ¡No hay mejor inversión que ésta! Ninguna sociedad humana puede ofrecer un interés tan subido, seguro y duradero. El mejor comentario a este versículo podemos hallarlo en 1 Timoteo 6:17–19.

2. Con qué argumentos corrobora el Señor su exhortación:

(A) Si no hacemos buen uso de los dones comunes de la Providencia, ¿cómo haremos buen uso de los dones de la gracia? Nuestra infidelidad en el uso de lo ordinario, donde incluso los mundanos pueden portarse correctamente nos incapacita para recibir del Señor gracias copiosas que nos otorgarían *«amplia entrada en el reino eterno»* (2 P. 1:11). Las riquezas de este mundo son *«muy poco»;* las riquezas espirituales son *«lo mucho»* (v. 10). Si no somos fieles en lo «muy poco», ¿cómo lo seremos en «lo mucho»? Quien sirve a Dios y al prójimo con el dinero de su bolsillo, es seguro que les servirá con la piedad del corazón; pero quien entierra el talento de la generosidad también enterrará los cinco talentos de la espiritualidad. Por otra parte, si no somos fieles en las *riquezas injustas* y pasajeras; es decir, falsas, ¿cómo seremos fieles en las riquezas espirituales, que son *lo verdadero?* (v. 11). Sólo lo que conduce a la eternidad es *verdadero,* pues nos hace ricos *por dentro y para siempre* (v. 12:15); lo demás, si nos es necesario y conveniente *nos será añadido* (Mt. 6:33). Finalmente si no somos fieles *«en lo ajeno»;* es decir, en los bienes de este mundo, pues son de Dios, y nosotros somos solamente «mayordomos» de ellos, ¿cómo se nos dará «*lo que es nuestro»* es decir, lo espiritual, *«la buena parte, que no nos será quitada?»* (10:42). Si hacemos nuestras las promesas de Cristo, el Cielo y el mismo Señor, entonces seremos ricos con una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible (v. 1 P. 1:3 y ss.), que nadie podrá arrebatarnos.

(B) No hay otro modo de demostrar que somos fieles servidores de Dios, sino entregándonos de tal manera a Él, que todas nuestras posesiones materiales estén completamente al servicio del Señor. De lo contrario, en lugar de *servirnos de* las riquezas, estamos siendo *siervos* de ellas lo cual es incompatible con la dedicación total que le debemos a Dios, nuestro único Amo y Señor (v. 13): *«Ningún siervo puede servir a dos señores, etc.»* (v. lo dicho en el comentario a Mt. 6:24, lugar paralelo a éste).

3. A continuación se nos refiere de qué manera recibieron los fariseos estas enseñanzas de Cristo:

(A) Las ridiculizaron perversamente (v. 14): «*Y oían también todas estas cosas los fariseos, que eran avaros, y se burlaban de Él»*. Ya que no podían contradecirle, se burlaban de Él. El verbo original significa «resoplar la nariz, sonarse las narices o hacer gestos de burla con la nariz», lo cual muestra el desdén de los fariseos contra estas enseñanzas del Salvador. Esto no es de extrañar, dada la codicia de estos fariseos. Seguramente que dirían: «¿Qué sabrá éste de finanzas? ¡Como si no fueran compatibles las riquezas con la piedad! ¡Mayordomía! ¡Como si no diéramos al Señor el diezmo de todo lo que ganamos!» En estos o parecidos términos se expresarían en su interior, sin querer percatarse de que aquellos diezmos no podían ser agradables a Dios, cuando ellos estaban *«devorando las casas de las viudas»* (20:47. También Mt. 23:14; Mr. 12:40). Así que los fariseos se burlaban de Él por ir en contra de la opinión común entre los mundanos: «el dinero es mío, y puedo hacer de él lo que quiera». Por desgracia, no son sólo los mundanos quienes hablan así. Nuestro Señor Jesucristo, no sólo hubo de soportar la *contradicción,* sino también la *burla de los pecadores* (comp. con He. 12:3). Quien *habló como jamás hombre alguno ha hablado* (Jn. 7:46) fue despreciado y ridiculizado, para que sus ministros

fieles, de cuya predicación se burlan injustamente muchos, no se descorazonen por ello. No es ninguna desgracia que se rían de uno, sino el merecer que se rían.

(B) Pero el Señor Jesús les reprendió justamente, por cuanto ellos se estaban engañando a sí mismos, al fiarse de sus propias apariencias de piedad (v. 15). En efecto, vemos:

(a) Su *engaño exterior*, puesto que, primeramente, *se justificaban a sí mismos delante de los hombres;* pretendían que se les tuviera por personas de singular santidad y devoción; en segundo lugar, eran *muy estimados de los hombres.* Engañados por las apariencias, los hombres los estimaban y aplaudían, no sólo como a personas buenas, sino como a las mejores.

(b) Su *odioso interior sólo* conocido de Dios quien conocía el corazón de ellos, el cual era *abominación.* Es una necedad el pretender justificarse delante de los hombres, y aparentar ser muy santos, si nuestro corazón no es puro en la presencia de Dios, a quien nada puede quedar oculto. También es una necedad juzgar a las personas por lo que los hombres dicen de ellas, siguiendo sin discernimiento la opinión del vulgo, porque, con mucha frecuencia, *«lo que los hombres tienen por muy estimable, delante de Dios es abominación».* Hay, por el contrario, muchas personas a quienes los hombres desprecian y condenan, que son aprobadas y aceptables a los ojos de Dios (2 Co. 10:18).

(C) De ahí pasa el Señor a ocuparse de los publicanos y pecadores, en quienes la predicación del Evangelio producía mejores frutos que entre los escribas y fariseos (v. 16): *«La ley y los profetas eran hasta Juan; desde entonces,* desde que apareció Juan el Bautista, *se predica la Buena Nueva del reino de Dios, y todos se esfuerzan por entrar en él »* (comp. con Mt. 11:12). La predicación del Bautista había producido una gran excitación entre el pueblo y *«todos»*, es decir, de todas las clases sociales y raciales, tanto gentiles como judíos, se apresuraban a participar del reino de Dios. Ahora que la predicación de las Buenas Nuevas abría los ojos del pueblo, la gente se abría paso con santa violencia para participar de las bendiciones prometidas. Toda persona que sea consciente de que tiene un alma que salvar, debe darse prisa a entrar en el reino, no sea que llegue cuando la puerta esté ya cerrada. Quienes deseen ir al Cielo deben ser esforzados, nadar contra corriente y abrirse paso, como a empujones, por entre la riada de mundanos que marchan en sentido contrario.

(D) Pero, precisamente para que no pensasen que, con la predicación del Evangelio, ya estaba todo cumplido, o que la inauguración del Nuevo Pacto anulaba todo lo que la Ley mandaba, Jesús añade: *«Más fácil es que pasen el cielo y la tierra, que se frustre* (lit. *caiga) una tilde de la ley».* Con esto daba a entender Jesús dos cosas: (a) Que todo lo profetizado había de *cumplirse;* (b) que los aspectos morales (no los ceremoniales) de la Ley lejos de ser abrogados, serían sublimados y perfeccionados en el Evangelio, el cual estaba destinado a atacar con mayor fuerza a las raíces del pecado para arrancarlas de cuajo, ya que con la nueva luz que la gracia de Cristo iba a derramar, los hombres adquirirían mayor libertad (v. Jn. 8:32–36), y mayor poder del Espíritu Santo, para luchar victoriosamente contra las corrompidas concupiscencias que anidan en el corazón (v. Ro. 7:24–25). Un caso concreto es el del divorcio (v. 18), que ya vimos en Mateo 5:32; 19:9.

Versículos 19–31

Así como la parábola del hijo pródigo ponía ante nuestros ojos *la gracia presente,* así ahora la del rico y Lázaro pone ante nuestra vista *la ira venidera,* y tiene por objetivo despertarnos. El designio del Evangelio de Cristo es doble: inducirnos a aceptar la pobreza y las aflicciones y armarnos contra las tentaciones de mundanidad y sensualidad; y esta parábola muestra bien a las claras ese doble designio del Evangelio. No se parece a las otras parábolas de Cristo en las que las cosas espirituales están representadas en semejanzas prestadas de las cosas materiales, como el grano de trigo, la mostaza, la levadura, etc., sino que esas mismas cosas espirituales se presentan aquí en un relato o descripción de la diferencia que existe entre este mundo y el otro mundo en cuanto a la dicha y a la desdicha de los seres humanos. Es un hecho cotidiano que las personas piadosas que son pobres de bienes materiales aquí, salen de sus miserias por las puertas de la muerte para entrar en la felicidad celestial, mientras que los ricos epicúreos, que viven en el lujo y el placer, sin tener compasión de los necesitados, entran por las puertas de la muerte en un lugar de insoportables y eternos tormentos. Aun cuando se trata de una parábola como se ve por los detalles que no cuadran con la realidad de la otra vida, la intención de nuestro Salvador está clara: presentar la justa retribución de ultratumba, que trastorna los criterios mundanos sobre el bien y el mal (v. 25), y dar a entender con la mayor claridad e insistencia que la condición de los

humanos tras la muerte es irreversible (v. 26). Otros elementos, como la conversación del rico con Abraham, y el aparente interés del rico por la conversión de sus hermanos, están puestos «de relleno» en la parábola, a fin de añadir dramatismo a la idea principal. Observemos:

I. La diferente condición en que se encontraban en este mundo «un *hombre rico»,* pero malvado, y «*un mendigo»,* pero piadoso. Los judíos estaban inclinados a pensar que la prosperidad material era una de las señales indefectibles de bendición celestial, de forma que a duras penas podían tener buen concepto de un mendigo. Cristo se propone aquí, como en otras ocasiones, sacarles de su error.

1. Vemos primero un malvado, el cual va a ser eternamente miserable, que goza en este mundo de la mayor prosperidad (v. 19): *«Había un hombre rico».* Como el vocablo latino para «rico» es *dives,* se le suele llamar con este nombre, pero lo cierto es que Jesús no le pone nombre alguno; algo muy significativo, cuando el mendigo es llamado por su propio nombre. Lo que se nos dice de este rico es lo siguiente:

(A) *«Que se vestía de púrpura y de lino fino»,* símbolos ambos de *«la soberbia de la vida»* (1 Jn. 2:16) u ostentación vanidosa: La *púrpura* mostraba su pertenencia a la nobleza principesca, el *lino fino,* el lujo propio de los palaciegos (v. 7:25).

(B) Que *«celebraba todos los días fiestas espléndidas».* Su mesa estaba provista ¡cada día! de las más variadas y delicadas viandas que la naturaleza y el arte pueden proporcionar. Podemos imaginarnos lo suntuoso de su vajilla, las libreas de los que servían a la mesa, la categoría y número de los invitados, etc. «¡Bien!—dirá alguno—, y ¿qué mal hay en todo eso?» No es pecado ser rico, ni lo es vestirse de púrpura y lino fino, ni disfrutar de una buena mesa, si le alcanza para ello su fortuna. Tampoco se nos dice que hubiese obtenido dicha fortuna por medio del fraude, de la explotación, de la extorsión o del soborno; ni que se embriagase o emborrachase a otros. Todo su pecado—implícito, pero bien notorio en la parábola—(v. 21a) consistía en su falta de compasión hacia los pobres. Pero no cabe duda de que Cristo da a entender aquí también los peligros que una vida de lujo y molicie trae a los ricos: (a) Este hombre habría sido, a fin de cuentas, más feliz si no hubiese tenido tantas posesiones ni hubiese disfrutado de tantos placeres. (b) Dar tanta importancia a lo que satisface al cuerpo y proporciona deleite y comodidad es ocasión de ruina para muchas personas, pues añade combustible al orgullo y a la sensualidad tan metidos en nuestro corazón perverso y engañoso (Jer. 17:9). (c) Cristo quería poner de relieve aquí que una persona puede disfrutar de toda clase de comodidades en esta vida y, con todo, perecer para siempre bajo la ira y la maldición de Dios. De la fortuna que un hombre posea, y de la comodidad con que la disfrute, no podemos deducir ni que Dios los ame especialmente *al* darles tanto, ni que ellos amen a Dios *por* recibir tanto de Él.

2. Luego tenemos a un mendigo que, aunque piadoso, se hallaba en el extremo de la aflicción y adversidad (v. 20): *«Había también un mendigo llamado Lázaro».* «Lázaro» es la forma griega del hebreo «Eleazar» («Dios ayuda» parecido a *Eliezer* = «*Dios* es mi ayuda» o «Ayuda de mi Dios»). Este hombre se hallaba reducido a la mayor miseria que puede suponerse en este mundo. En efecto:

(A) Su cuerpo estaba *«lleno de llagas»,* como el de Job. Ser un mendigo ya es aflicción, estar además enfermo, es mayor aflicción; pero estar lleno de llagas es máxima aflicción, tanto por el *dolor* que causan al paciente, como por el *asco* que provocan en quienes le rodean.

(B) En estas míseras condiciones se veía obligado a mendigar *echado* (el verbo original es muy fuerte; literalmente significa *«había sido arrojado») a la puerta del rico:* alguien, pariente o amigo, pechando con la repugnancia que su estado provocaba, era lo suficientemente compasivo para dejarlo echado a la puerta del rico, quizá con la esperanza de que éste se viese movido a compasión y le prestase algún socorro. Esto nos enseña que, quienes no disponen de *dinero* para aliviar la situación de un necesitado, pueden echarle una *mano* que le sitúe en posición de cercanía a quien pueda prestar el socorro oportuno. Pero:

(a) Las esperanzas de alivio material resultaban fallidas (v. 21): «*y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico».* No suspiraba por ocupar un puesto en la mesa del rico, aun cuando bien podían haberle sacado un plato de comida, sino que se contentaba, y estaría sumamente agradecido, con las migajas que caían de la mesa, de las cuales hasta los perrillos salían beneficiados (Mt. 15:27; Mr. 7:28), pero nadie se las daba (comp. con 15:16). Este detalle es puesto de relieve en la parábola para mostrar: *primero,* cuál era la interior disposición de este mendigo, que, al ser pobre (en dinero y en el espíritu de las bienaventuranzas) no yacía allí querellándose ni gritando o maldiciendo, sino que esperaba

humildemente y en silencio a que alguien tuviese de él la suficiente compasión para darle lo que hasta a los perros de la casa les sobraba. Aquí vemos a un hijo de ira y heredero del infierno que está mullidamente sentado a una opípara mesa y, por otra parte, a un hijo de amor y heredero del cielo que está echado, hambriento y dolorido, a la puerta del primero. Y ¿quién podría juzgar, con base en las apariencias exteriores, del estado espiritual de uno y otro? *En segundo lugar,* vemos cuál era la actitud del rico hacia este mendigo: no se nos dice que le insultase ni que lo echase de su puerta malhumorado pero se nos da a entender bien a las claras que lo menospreciaba y no quería saber nada de él. Aquí tenía el rico una ocasión próxima, y bien conmovedora, de hacer el bien sin andar mucho: *en su propia puerta.* Con muy poco esfuerzo podía hacer un bien tan grande pero no se preocupó del mendigo, sino que lo dejó allí hambriento, dolorido y yacente. No se piense que ya es suficiente no hacer el mal a nadie; la Palabra de Dios tiene por pecado el no hacer el bien que se conoce (Stg. 4:17). Por eso, la razón más poderosa para condenar al castigo eterno es: *«tuve hambre y no me disteis de comer …»* (Mt. 25:42). Me pregunto cómo es que tantos ricos, de los que leen el Evangelio y se llaman creyentes, pueden seguir tan despreocupados de las necesidades y miserias que otros (incluso de los *«de la familia de la fe»)* están padeciendo.

(b) El servicio que le prestaban los perros: «*y aun los perros venían y le lamían las llagas*». Todavía discuten los comentaristas si estos perros proporcionaban al mendigo una mayor aflicción o le prestaban algún alivio, esto último es lo más probable. Como dice Lenski: «Estos perros lamían las úlceras del mendigo como hubieran lamido las suyas propias, para limpiarlas y aliviarlas con su lengua. Los perros hacen esto, y nadie más que ellos lo haría». Con ello se muestra que los *perros,* no los perrillos del amo (como algunos piensan), sino los perros callejeros y vagabundos, los verdaderamente despreciados de los judíos, eran más compasivos que el rico epulón y los criados de su casa.

II. La diferente condición de ambos hombres, el rico y el mendigo, a la hora de la muerte y en el más allá:

1. Ambos murieron (v. 22): *«murió el mendigo …; murió también el rico».* La muerte no respeta a ricos ni pobres, ya sean piadosos o malvados. Los santos mueren para poner término a sus miserias y darles entrada a los verdaderos goces. Los malvados también mueren, pero para despedirse de sus comodidades y entrar en los eternos tormentos. Así que ricos y pobres deben prepararse para la muerte, porque la muerte les está esperando a todos. Como escribió Abd-El-Kader, «la muerte es un camello negro que se arrodilla a la puerta de todos».

2. El mendigo, por lo que el texto insinúa, *murió primero.* A menudo, Dios se lleva del mundo a los suyos «prematuramente», mientras deja que los impíos sigan prosperando. Pero nótese que nada se nos dice del entierro del mendigo. La muerte es, para los creyentes, «sueño».

3. En cambio, del rico se nos dice, no sólo que *murió,* sino que se añade también el detalle de que *«fue sepultado»* con lo cual podría indicarse, no solamente que en el sepulcro se acabó todo lo que había disfrutado, sino también que tuvo un pomposo funeral; quizá su ataúd iba seguido, o precedido, de músicos y de coronas de flores, alguien se encargaría de pronunciar una «oración fúnebre», encomiando las buenas cualidades del difunto. ¡Es tan fácil comentar: «era un santo», cuando ya no molesta! Pero ¿de qué le servía ya al rico la pompa de su funeral?

4. El mendigo murió «*y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham*». ¡Cuánto mayor honor recibió el mendigo en su funeral al ser llevado al Cielo en brazos de los ángeles, que el que había de recibir el rico al ser acompañado su cadáver de tanta pompa, mientras su alma descendía al Infierno! Vemos:

(A) Que el alma del mendigo *existía* en su estado de separación del cuerpo. No murió, ni cayó en un sueño, con el cuerpo. Y todo el contexto, así como 23:43; 2 Corintios 5:6–8; Filipenses 1:21–23, nos muestra que dicha existencia del alma, en el estado intermedio, es *consciente.*

(B) Su alma *fue llevada* a otro mundo, retornó a Dios que se la dio, a su lugar nativo. El espíritu del hombre tiende, tan pronto como se ve libre de las ataduras del pecado, hacia arriba.

(C) Fue llevado *por los ángeles,* pues ellos son espíritus enviados para servir a los que heredan la salvación (v. He. 1:14), no sólo mientras éstos viven, sino también cuando mueren. Aun cuando el alma que ha sido liberada de las cadenas del pecado posee como la elasticidad de un resorte, por el que tiende hacia arriba tan pronto como sale del cuerpo, el Señor no la deja, por eso entregada a su natural poder, sino que envía sus ángeles como mensajeros que la traigan a Él, porque los santos deben ser llevados a la

casa del Padre, no sólo con seguridad, sino también honorablemente. Aunque los que llevaban el féretro del rico fuesen personas del más alto rango, ¿qué eran en comparación con los que se llevaron a Lázaro?

(D) Fue llevado *al seno de Abraham.* Abraham era el padre de los creyentes; por tanto, ¿adónde habían de ir las almas de los creyentes difuntos sino a él? Fue llevado *a su seno,* es decir, a recostarse en su pecho en el banquete celestial, pues los que van de todas partes al Cielo, *«se sientan con Abraham, Isaac y Jacob»*. (Mt. 8:11). Abraham fue grande y muy rico, pero no se desdeña de recostar al pobre Lázaro junto a su pecho. Los creyentes, tanto ricos como pobres, se encuentran todos en el Cielo. En el seno de Abraham se recuesta el mismo a quien el rico glotón cerraba la puerta, dejándole sin más asistencia que la de los perros que le lamían las llagas.

5. La próxima noticia acerca del rico es que, *en el Hades, alzó sus ojos, estando en tormentos* (v. 23). De modo que:

(A) Su estado era miserable sobremanera. El *Hades* señala en el Nuevo Testamento la parte del *Seol* en que las almas de los impíos son atormentadas hasta su reunión con los cuerpos inmediatamente antes del Juicio Final. Así como las almas de los justos, tan pronto como son descargadas del peso de la carne, entran en el gozo y la felicidad del Cielo, así también las almas de los impíos, tan pronto como son arrebatadas de las comodidades de la carne, se hallan en miseria y tormentos sin remedio, sin pausa y sin fin. El rico había dedicado su vida al *mundo de los sentidos;* por tanto no era apto para el *mundo de los espíritus;* para una mente carnal como la suya, el mundo de los espíritus no tendría ningún atractivo, así que justamente es excluido de él.

(B) La miseria de su estado se agrava con la contemplación de la felicidad de que Lázaro disfruta ahora: *«Vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno».* Ahora comienza a percatarse del lugar en que se halla el mendigo. No le halla en el mismo lugar en que él está, no, sino que lo ve *allá a lo lejos,* recostado en el seno de Abraham. (a) Ver a Abraham debería causar alegría, pero verlo *de lejos* sólo sirve para aumentar el tormento. (b) Ver a Lázaro en el seno de Abraham le traería a las mientes la forma tan cruel y bárbara con que él se había portado con el mendigo, así, el ver ahora a Lázaro en tanta felicidad le servía solamente para hacer más desgraciada su actual miseria.

III. A continuación se nos refiere el diálogo que entablaron el rico y Abraham en este estado intermedio, aunque estaban separados el uno del otro.

1. El rico rogó primeramente a Abraham que hiciese algo para atenuar los tormentos que padecía (v. 24): *«Dando voces* (es decir, a gritos), *dijo: Padre Abraham, ten compasión de mí, etc*. El que solía mandar con imperio, ruega ahora a gritos. Las canciones de sus orgías se han vuelto lamentación de sus miserias. Obsérvese aquí:

(A) El título que da a Abraham: *«Padre Abraham»* (comp. con Jn. 8:39). Seguramente que habrá en el Infierno muchos que llamarán «padre» a Abraham. No sirve de nada ser hijos de Abraham según la carne, si no se es hijo de él según el espíritu, es decir, conforme a la fe de Abraham (Gá. 3:7). A este rico, de poco le sirvió ser descendiente de Abraham, puesto que no siguió la conducta de Abraham (comp. por ej. con Gn. 13:9; 14:22–23). Día llegará en que los malvados reclamarán parentesco con los santos (comp. con 13:26–27), pero de nada les valdrá. Es «ahora», es «hoy», cuando se ha de procurar la hermandad con los hijos de Dios, al nacer de nuevo para pertenecer a la familia, y haber pasado de muerte a vida lo cual se demuestra con el amor al hermano (v. 1 Jn. 3:14; 5:1).

(B) La forma en que expresa la deplorable condición en que se halla: *«Estoy atormentado en esta llama»*. Se queja del tormento que sufre en su alma. El verbo original significa «estar en angustia dolorosa», por lo que se aplica también a los dolores de parto, como puede verse en Romanos 8:22, Gálatas 4:19. La *llama* es, ante todo símbolo del remordimiento que el rico siente por haberse conducido de una forma que le ha llevado a este lugar. Asegurar que esta *llama* es literalmente de fuego material equivale a asegurar que el alma del rico tenía lengua, y el alma del mendigo tenía dedo. Son modos de hablar corrientes en la Escritura. Por otra parte el detalle de que el rico reconociera a Abraham en el otro mundo, añade nueva fuerza al detalle histórico de la aparición de Moisés y Elías junto al Señor en el monte de la Transfiguración, al ser al instante reconocidos por los discípulos. Quienes opinan que, en la otra vida, no nos reconoceremos mutuamente, carecen de todo fundamento en la Biblia.

(C) La petición que hace a Abraham: *«Ten compasión de mí»*. El que no tuvo en vida ninguna compasión de Lázaro, espera ahora que Abraham tenga compasión de él por medio de Lázaro, a quien reconoce como más compasivo que lo que él mismo fue. Y el favor que le pide es: *«Envía a Lázaro para*

que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua». (a) Se queja especialmente del tormento de la *lengua.* La lengua es el órgano principal y representativo del habla, y seguramente que este rico habría dicho muchas cosas blasfemas contra Dios, ofensivas para su prójimo y sucias para todos, *por sus palabras es condenado* (Mt. 12:37) y, en consecuencia, en la *lengua* es especialmente *atormentado.* La lengua es también órgano del sentido del *gusto,* del que tanto abusó el rico; por tanto, el tormento de la lengua le recordará el placer desordenado que con ella se procuró. (b) Se contenta con una gota de agua para refrescar su lengua. Pide lo mínimo que puede pedirse para un refresco, pero ni eso le será concedido. (c) Desea que sea Lázaro quien le procure el agua. Le nombra, lo cual es señal de que le conocía, y piensa que Lázaro será tan bueno con él como piadoso había sido con Dios, a pesar de lo mal que él se había portado con Lázaro. Día llegará en que los que han odiado y perseguido a los hijos de Dios, desearán poder recibir favores de ellos, aunque ya no sea posible.

2. La respuesta que le dio Abraham. En general, le negó lo que el rico le pedía. Así vemos cuán justamente se le pagaba a este hombre con la misma moneda. A quien había rehusado dar una migaja, se le niega ahora hasta una gota de agua. Mientras se dice «hoy», *se dará a quien pida;* pero, pasado este «hoy», habrá pasado la oportunidad de recibir favores divinos que no se hayan procurado en esta vida. Observemos:

(A) Que Abraham le llama *hijo;* según la carne, como en respuesta al título que el rico le había dado («padre», también según la carne). Aun cuando era hijo carnal, se había portado como hijo rebelde y, con toda razón, se hallaba ahora abandonado y desheredado.

(B) Le hace recordar cuál había sido su condición en este mundo en comparación con la de Lázaro: *«Hijo, acuérdate»,* esta palabra había de penetrarle hasta lo más profundo del alma. Es en esta vida cuando el *recuerdo* de los beneficios que Dios nos imparte y de las ofensas con que le hemos agraviado, puede conducir al arrepentimiento y al perdón; en la otra vida, el recuerdo añade remordimiento, pero ya no puede llevar al arrepentimiento. Lo que aquí quiere Abraham que el rico recuerde es: *«Que recibiste tus bienes en tu vida».* No le recuerda lo que pecó sino lo que recibió; como diciéndole: «Recuerda qué gran bienechor fue Dios para ti; por eso, no puedes decir que te debe nada, ni siquiera una gota de agua. Lo que Él te dio, tú lo *recibiste,* y no hay más; ya tienes toda tu recompensa. Fuiste como un sepulcro donde los favores divinos quedaron enterrados, no como un buen terreno donde quedaron sembrados. Las cosas que recibiste eran *buenas* para ti, las únicas buenas; pero las usaste mal y no te preocupaste por las mejores cosas del Cielo. Así que el día de las cosas buenas se ha pasado para ti» (comp. con Mt. 6:2, 5, 16). También le recuerda que *«Lázaro, del mismo modo* (es decir, en contraste similar), ha recibido *males),* no de parte de Dios, sino por la perversa condición de los hombres, aun cuando esos males fueron, en manos de la Providencia, medios que le preservaron de caer en los pecados del rico, y le refinaron como al oro en el crisol. Un detalle pequeño, pero de suma importancia, es que al rico le dice Abraham que ya había recibido en esta vida *sus* bienes, pero, en cuanto a Lázaro, no dice *sus* males. La razón es que los bienes del rico le habían sido concedidos por Dios, y eran suyos, pero Dios no había causado los males de Lázaro, no se los había dado; por eso, no eran, en realidad, *suyos* no le pertenecían.

(C) Asimismo le hace notar que ahora se han vuelto las tornas: *«Pero ahora éste es consolado aquí y tú atormentado».* El Cielo es un lugar de consuelo mientras que el Infierno es un lugar de tormento; en el Cielo hay gozo y felicidad, en el Infierno, lamentación y crujir de dientes. Cuando los justos quedan *dormidos en Cristo,* podemos asegurar: «Ahora son consolados; todas sus lágrimas han sido enjugadas». Pero, por el contrario, cuando mueren los impíos, se perdió todo consuelo, porque se perdió toda esperanza. Dante Alighieri, en su *Divina Comedia,* pone el siguiente cartel sobre la puerta del Infierno: «Dejad toda esperanza los que aquí entráis».

(D) Le asegura que el alivio que él espera de los dedos de Lázaro, no sólo es inmerecido, sino imposible de obtener (v. 26): *«Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros».* El más bondadoso santo del Cielo no puede visitar la morada de los condenados, ni prestar alivio allí a nadie, ni aun al mayor amigo que haya podido tener en este mundo: *«De manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá».* El más fuerte y atrevido morador del Infierno es impotente para abrirse paso a través de las puertas de aquella prisión. En este mundo, gracias sean dadas a Dios, no hay ninguna sima entre el estado de naturaleza y el de la gracia; así que fácilmente se puede pasar del uno al otro, del pecado a la gracia; de la ira de Dios, al amor de Dios. Pudo haberlo hecho en esta vida pero ahora ya no tenía remedio por toda la eternidad. El cerrojo echado a la puerta del Infierno no volverá jamás a ser removido para atrás.

3. Negada esta petición, el rico hace un nuevo ruego a su «padre Abraham». Ya que al menos puede conversar con él, y a pesar de que no puede aliviar su propia condición le pide ahora un favor para los hermanos que había dejado en este mundo. Este detalle, como ya hemos insinuado previamente, está puesto como relleno de la parábola con la clara intención de refutar a quienes piden milagros en confirmación de las enseñanzas de Cristo cuando nos basta con lo que Dios nos dice por medio de su Palabra. Si los condenados pudieran albergar algún deseo genuino de que otros se salven, no estarían en el Infierno, pues allí no cabe el verdadero amor, ni a Dios ni al prójimo.

(A) El rico pide ahora que Lázaro resucite y vuelva a este mundo: *«Te ruego, pues, padre* [dice a Abraham], *que le envíes a la casa de mi padre …»* (v. 27). De nuevo acude a Abraham, y le vuelve a llamar «padre», con la esperanza de que ahora acceda a su petición. Y, ¿para qué quiere que vaya Lázaro a la casa de su padre? Porque Lázaro debe de conocer bien la casa, así como a los *cinco hermanos* del rico. Ellos le reconocerán y le harán caso. Lázaro debe *«prevenirles seriamente a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento»* (v. 28). No le pide a Abraham que le deje salir a él (el rico), pues (a) del lugar en que él está es imposible salir; (b) los hermanos del rico recibirían con la visita de su hermano condenado un susto tan aterrador que podría sacarles de su sano juicio; (c) en cambio, el mensaje de un justo, como Lázaro, les resultaría menos aterrador, pero lo suficientemente eficaz para atemorizarles con el juicio de Dios y hacer que se convirtiesen de su mala vida.

(B) Pero Abraham le niega también este favor. En el Infierno no se reciben ya más favores: «Y *Abraham le dijo: A Moisés y a los profetas tienen, ¡que los oigan!»* (v. 29). En la Escritura hallarán los hermanos del rico el privilegio de los oráculos de Dios y la norma a la que ajustar su conducta. ¡Que *mezclen la palabra con fe* (He. 4:2), y con eso tendrán suficiente para no venir a este lugar de tormento!

(C) Pero el rico insiste (v. 30): *«No, padre Abraham;* es cierto que tienen a Moisés y a los profetas, pero *si alguno va a ellos de entre los muertos, se arrepentirán;* un hecho tan extraordinario hará en ellos tremenda impresión y se convencerán de su mal estado. Ya están muy acostumbrados a leer a Moisés y a los profetas; pero esto sería algo *nuevo y extraordinario;* seguramente que esto les persuadiría a que *se arrepintieran».* Los necios piensan que pueden enmendarle la plana a Dios e inventar mejores métodos de convencer a los pecadores que los que Dios ha dispuesto y ordenado.

(D) Por tanto, Abraham insiste también en su negativa (v. 31): *«Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos».* La misma corrupción del corazón humano que le impide ser persuadido al arrepentimiento por medio de la Palabra de Dios, le impedirá también ser persuadido ante la visita de un difunto. Podrá decir que ha sido una alucinación o hallar cualquier otra excusa para seguir en el camino de sus pecados. Por la experiencia de los fariseos, sabía Jesús que, cuando alguien se niega a creer ante las pruebas convincentes, inventa las más inverosímiles razones para no prestar atención a las palabras del Señor. La lección es también para nosotros: La Biblia es el método ordinario usado por Dios para decirnos sus propósitos y lo que de nosotros espera, y esto ha de ser suficiente. Quienes apelan a «visiones» o «voces audibles», suelen, de ordinario, ser víctimas de su propia sugestión, o desean, más o menos conscientemente, presentarse ante los demás como «privilegiados» con tales favores sobrenaturales, lo cual es un género especial de solapada soberbia espiritual.

CAPÍTULO 17

En este capítulo, el Señor pone de relieve la maldad del pecado de escándalo y la necesidad de perdonar las injurias; exhorta a sus discípulos a orar para que se les aumente la fe y les enseña que deben ser humildes. Luego tenemos la curación de diez leprosos. Termina el capítulo con las enseñanzas que da a los fariseos y a los discípulos sobre el tiempo y las circunstancias de la venida del Reino.

Versículos 1–10

I. Vemos que dar ocasión de tropiezo o escándalo es un gran pecado (vv. 1–2). Dada la condición humana, es «*imposible*, es decir, inevitable, *que no vengan tropiezos* (griego *skándala)»;* por ello, hay que estar en guardia para no poner ante nadie ningún tropiezo que le haga caer, porque *«¡ay de aquel por*

quien vienen!» La sentencia contra los que incitan a pecar (con estímulos, falsas razones o malos ejemplos) a otros es terrible: *«Mejor le sería que se le atase al cuello una piedra de molino y se le arrojase al mar»* para perecer así, porque el peso de su culpabilidad es mayor que el de una gran piedra de molino. Esto implica un *«¡ay!»:* 1. A los perseguidores que produzcan cualquier daño al menor de los *pequeñuelos* de Cristo. 2. A los seductores, que corrompen las verdades de Cristo y perturban así la mente de los discípulos de Cristo. 3. A los que viven escandalosamente y, de esta manera, debilitan las manos y entristecen el corazón de los hijos de Dios.

II. Vemos después que el perdón de las ofensas es un gran deber: (v. 3): *«Tened cuidado de vosotros mismos»*. La frase puede conectarse con lo que antecede, con lo que sigue, o con ambos contextos a la vez, puesto que el que no reprende ni perdona está también poniendo un tropiezo delante de su hermano.

1. *«Si tu hermano peca, repréndele»* (v. 3. En Mt. 18:15 y ss. se hallan más detalles). En vez de callar o resentirse, se nos manda hacer que el hermano reconozca su falta, pero hacerlo con humildad y mansedumbre (v. Gá. 6:1), lo cual requiere elevada espiritualidad y, por eso, escasea tanto el correcto cumplimiento de esta norma divina: o se hace la vista gorda o se reprende con humor destemplado y, muchas veces, en público cuando debería comenzarse por hacerlo en privado. El que reprende ha de ser también prudente en sus juicios, no sea que haya tomado a mal algo que se ha cometido sin mala intención o por ignorancia; entonces, quien debe pedir perdón al otro es el que se pone a reprender, aun cuando lo haga por las buenas.

2. «Y, *si se arrepiente, perdónale.»* Perdónale y olvida la ofensa; no vuelvas a rumiarla ni a mencionarla, pues eso demostraría que no hubo verdadero perdón. No se nos dice aquí lo que se ha de hacer si no se arrepiente, pero sí en *Mateo,* donde se especifican los pasos que hay que dar en este caso.

3. El deber de perdonar no se agota con la primera ofensa: *«Y si peca contra ti siete veces al día, y vuelve a ti siete veces al día* [nótese esta importante variante en Lucas] *diciendo: Me arrepiento; perdónale»* (v. 4). Una ofensa repetida siete veces en un solo día parece ser algo indignante y fruto de una manifiesta negligencia; pero, si el ofensor muestra un sincero arrepentimiento, el deber de perdonar continúa de igual manera. Cristo quería poner de relieve que los suyos habían de ser seguidores de su propio ejemplo e *imitadores de Dios* (v. Ef. 4:32; 5:1; Col. 3:13), de espíritu perdonador, dispuestos a pensar bien si no hay evidencia de ofensa (v. 1 Co. 13:7) y a no guardar resentimiento ni tener espíritu de venganza.

III. A continuación, el Señor, al tomar pie de un ruego de sus Apóstoles, les muestra el poder de la fe, aunque ésta sea pequeña en cantidad, pero genuina en calidad.

1. Vemos primero la petición de los discípulos: *«Auméntanos la fe»* (v. 5). Los Apóstoles mismos reconocían la pequeñez de su fe y veían la necesidad que tenían de la gracia del Señor para que su fe se incrementase y fortaleciese. Los creyentes deberíamos desear con todo fervor el aumento de nuestra fe. Notemos que los Apóstoles le hicieron esta petición al Señor cuando Él acababa de exhortarles al perdón de las injurias. Como si le dijeran: *«Señor auméntanos la fe;* de lo contrario, nunca podremos cumplir con un deber tan difícil como ese». La fe en la gracia perdonadora de Dios nos capacitará para vencer las grandes dificultades que nos salen al encuentro cuando debemos perdonar a nuestros hermanos.

2. Cristo les asegura sobre la eficacia maravillosa de una fe que sea genuina (v. 6): *«Si tuvierais fe como un grano de mostaza,* tan pequeña como esa insignificante semilla, pero tan picante y acre como la mostaza, una fe que diese vigor y fuerza a todas las demás gracias, nada de lo que pueda conducir a la gloria de Dios a la edificación de la Iglesia, y a vuestro propio provecho espiritual, sería demasiado difícil para vosotros, pues incluso *podríais decir a este sicómoro: Desarráigate y plántate en el mar, y os obedecería».* Así como *nada hay imposible para Dios* (1:37; 18:27 y, probablemente, Mt. 19:26; Mr. 10:27), así también, *«todo es posible para el que cree»* (Mr. 9:23).

IV. Que, por mucho que hagamos en el servicio del Señor siempre hemos de mantenernos en humildad. Incluso los Apóstoles, que hicieron por Cristo mucho más que otros, no debían pensar que el Señor les era deudor de algo. Porque:

1. Eran *siervos de Dios.* Todos nosotros somos esclavos de Dios, quien nos ha dado todo cuanto somos y tenemos; por tanto todo nuestro tiempo y todas nuestras fuerzas deben emplearse al servicio de Él.

2. Como siervos de Dios, debemos emplear con diligencia todo el tiempo en el cumplimiento de nuestros deberes, sin permanecer *ociosos y sin fruto* (2 P. 1:8) en el servicio de nuestro Amo y Señor. Hasta el criado que pasa el día *arando o apacentando el ganado, al volver él del campo,* no se sienta a descansar, sino que se dispone *a servir a la mesa a su señor* (vv. 7–8).

3. Nuestro principal interés ha de centrarse en cumplir el deber que tenemos en relación con el Señor, y dejar en Sus manos el tiempo, el modo y la medida de los consuelos que tenga a bien otorgarnos, ya que ningún criado puede esperar que su amo le diga enseguida: *«Pasa y siéntate a la mesa».* Sólo podemos descansar y sentarnos a la mesa cuando hayamos servido a nuestro Señor. Si llevamos a cabo con toda diligencia nuestro trabajo, la recompensa vendrá a su debido tiempo.

4. Es natural y razonable que Cristo sea servido antes que nosotros: *«Sírveme hasta que haya comido y bebido; y después de esto, puedes comer y beber tú».*

5. Cuando los siervos de Cristo hayan de servir a su Señor deben primeramente *ceñirse,* es decir, liberarse de todo lo que pueda atarles y pesarles. Sin embargo, el Señor Jesucristo no insistió en que los Apóstoles hicieran esto por Él, sino que más bien fue Él quien *se ciñó* para lavarles los pies a ellos (Jn. 13:4 y ss.), pues *no había venido a ser servido, sino a servir* (Mt. 20:28).

6. Los siervos de Cristo no han de pensar que *merecen* algo por lo que hacen en servicio del Señor; ni siquiera merecen que *se les de las gracias* (v. 9). No hay obras buenas nuestras que, de suyo, puedan merecer ninguna atención de parte de Dios, pues *«todas nuestras obras justas son como trapos de inmundicia»* (Is. 64:6).

7. Todo cuanto hagamos por Cristo es únicamente el cumplimiento de un deber, no un favor que se le presta. Nada hay de supererogatorio en *hacer todo lo que nos ha sido ordenado* (v. 10); ¡ay, si pudiésemos decir que hemos cumplido con todo lo que nos ha sido ordenado! ¡En cuántas cosas quedamos por debajo del nivel debido y, especialmente, en el primero y gran mandamiento de amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente y con todas nuestras fuerzas!

8. Los mejores y más santos siervos del Señor han de confesar con toda humildad que son *«siervos inútiles».* No quiere decir con esto el Señor que seamos *sin provecho* o que *no sirvamos para nada,* sino que, por mucho que hagamos, no le damos a Dios más de lo que tiene, ni más de lo que Él mismo nos ha dado, ni más de lo que estamos obligados a darle; en otras palabras, que nunca podemos hacer a Dios deudor nuestro. Por consiguiente, no hemos de llamarnos a nosotros mismos *siervos útiles,* sino que hemos de llamar *servicio provechoso* el que a Él le tributamos.

Versículos 11–19

Se nos refiere aquí la curación de diez leprosos, episodio que no hallamos en ninguno de los otros evangelistas. La lepra era, en opinión de los judíos, una enfermedad que, más que ninguna otra, era señal del desagrado de Dios. Por eso, Jesucristo, que vino a quitar el pecado del mundo (Jn. 1:29), puso especial empeño en sanar a los leprosos que se cruzaban en su camino. En esta ocasión, el Señor se hallaba de viaje a Jerusalén, y como a medio camino de distancia a la ciudad, en la frontera misma que separaba Samaria de Galilea.

I. La petición que le hicieron a Cristo estos leprosos. Eran diez e iban juntos, puesto que, aun cuando estaban excluidos de la sociedad en general, los que estaban infectados de la enfermedad podían conversar libremente unos con otros. 1. *Salieron al encuentro de Jesús cuando el Señor entraba en una aldea.* Aunque ya estaba fatigado del viaje, no le dejaron descansar y tomar algún refrigerio, sino que se fueron hacia Él tan pronto como le vieron. No por eso dejó Jesús de atenderles. 2. *«Se pararon a distancia.»* Cuando nos acercamos a Cristo, deberíamos hacerlo conscientes de nuestra lepra espiritual y, por lo tanto, con la mayor humildad. ¿Quiénes somos nosotros para poder acercarnos al que es infinitamente puro? 3. Le importunaron unánimemente con su ruego: *«Alzaron la voz diciendo: ¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!»* (v. 13). Quienes esperen ayuda del Señor deben invocarle como a Maestro de ellos, Él es Maestro, Dueño y Salvador. No le ruegan en concreto que les sane de la lepra,

sino sólo le dicen: *«¡Ten compasión de nosotros!»* Es suficiente con que apelemos a las compasiones de Cristo, pues no nos faltarán.

II. Cristo les mandó presentarse *a los sacerdotes,* para que éstos les inspeccionasen según la Ley. No les dice explícitamente que serán curados (v. 14); basta con que le obedezcan. Con ello, mostraron su fe en Jesús, pues fueron como Él les mandó. Puesto que la ley ceremonial estaba todavía en vigor, Cristo procuró que fuese observada. Esto nos enseña que quienes esperan recibir los favores de Cristo, han de obtenerlos de acuerdo con el modo y el método que Él establezca.

III. *«Y aconteció que mientras iban, fueron limpiados»* (v. 41b). Debemos esperar que la misericordia de Dios nos salga al encuentro cuando vamos por el camino de nuestro deber. Si hacemos lo que Él nos manda, Dios no dejará de hacer por nosotros lo que nosotros no podemos hacer por nosotros mismos. Aunque los medios no nos curen por sí mismos, Dios nos curará en el uso diligente de tales medios.

IV. *Uno de ellos,* sólo *uno* de diez, *volvió para darle las gracias* (v. 15). *«Viendo que había sido sanado, volvió, glorificando a Dios a gran voz.»* Quiso que fuese dada gloria y alabanza al Señor que le había curado. Y vemos que lo hizo con grandes muestras de afecto y agradecido de corazón: *«a gran voz»*. Quienes reciben favores divinos, deben dar testimonio de ello ante otros. Pero este exleproso no se contentó con dar gracias al Señor; nótense los detalles del versículo 16: «*Y se postró rostro en tierra a sus pies, dándole gracias; y éste era samaritano»*. Esto nos enseña a ser muy humildes en la expresión de nuestra gratitud al Señor, como lo hemos de ser en nuestras oraciones.

V. Cristo dio mucha importancia a la actitud de este samaritano que de tal manera se había distinguido de los otros nueve que habían sido curados, quienes, por lo que se da a entender, eran judíos. La actitud de este hombre era tanto más de encomiar cuanto que los samaritanos no tenían, de la naturaleza de Dios y del modo correcto de adorarle, un conocimiento tan puro como los judíos. Con todo, fue un samaritano quien volvió para dar las gracias y glorificar a Dios, lo cual olvidaron los nueve judíos. Véase:

1. Cómo puso Cristo en contraste la actitud de este hombre con la ingratitud de los que habían compartido con Él el mismo favor: Sólo *este extranjero había vuelto para dar gracias y glorificar a Dios* (vv. 17–18). (A) ¡Cuán *ricamente* dispensa Jesús sus favores! «¿No son diez *los que fueron limpiados?»* ¿Cabe una curación más completa? Todo un hospital, curado con una sola voz. Nunca tendremos menos gracia por el hecho de que otros la compartan con nosotros. (B) Cuán *pobremente* respondemos nosotros a los favores divinos: «Y *los otros nueve, ¿dónde están?»* La ingratitud es un pecado muy común. De los muchos que son beneficiarios de la misericordia divina, hay pocos, muy pocos, que se muestren agradecidos a Dios. (C) ¡Y cuántas veces demuestran ser más agradecidos aquellos de quienes menos se esperaba! Vuelve uno de Samaria a dar las gracias, mientras que nueve de Judea parecen haber olvidado el favor recibido. Esto sirve de circunstancia agravante en la ingratitud de los judíos a los que Jesús se refiere.

2. Cómo animó Cristo a este samaritano agradecido (v. 19). Los otros recibieron curación, y no les fue revocada, pero la curación de éste quedó especialmente confirmada: «*Tu fe te ha sanado»*. Los otros nueve habían sido curados por el poder de Cristo, compadecido de la situación de ellos; pero éste fue sanado de un modo especial *por su fe,* la cual vio Jesús que era muy superior a la de los otros.

Versículos 20–37

I. Pregunta que los fariseos hacen a Cristo sobre el tiempo en que *«había de venir el reino de Dios»* (v. 20). Por la predicación de Cristo de que el reino de Dios estaba cerca (Mr. 1:15), y al saber quizá que había enseñado a sus discípulos a orar por la venida del Reino, se atrevieron a preguntarle sobre ello, como si dijesen: «¿Cuándo se van a cumplir esas gloriosas realidades?»

II. Cristo contesta a esta pregunta, dirigiéndose primero a los fariseos, y después a sus discípulos (v. 22). Y lo que dijo a ellos, nos lo dice también a nosotros:

1. Que el reino mesiánico había de ser principalmente un reino espiritual. Y en cuanto al tiempo en que había de venir, les dice que *«no viene con advertencia»* (v. 20); es decir no ha de venir con gran despliegue de aparato externo, como pasa con los reinos de este mundo, los cuales son precedidos de cambios y revoluciones que ocupan con grandes letras las primeras planas de los periódicos. Cuando el Mesías-Rey venga a inaugurar su reino, no se dirá: *«Aquí está, o: Allí está»*, como cuando un príncipe viene a visitar sus territorios. El reino de Cristo no está confinado a un lugar. Del mismo modo, el cristianismo no está confinado a un lugar; y los que intentan hacer de su propia iglesia o denominación un monopolio o un reducto, lo mismo que quienes pretenden que se reconozca a la verdadera Iglesia por medio de la pompa y de la ostentación, cometen un grave error y un gran desacato al Rey. El reino de Dios se abre paso por medio de una influencia *espiritual*, pues no es de este mundo (v. Jn. 18:36). *«El reino de Dios está en medio de vosotros»* (v. 21); es decir, no dentro de los fariseos, quienes rechazaban la predicación de Jesús, sino en la esfera o cercanía de ellos, donde el Rey se movía y ponía los fundamentos espirituales del reino mesiánico, sin los cuales el disfrute de las promesas temporales no tendría efecto. Por eso la recepción del reino ha de comenzar por un *cambio de mentalidad* o arrepentimiento, el cual se lleva a cabo en el interior del corazón, no en fenómenos externos destinados a excitar la fantasía de los hombres. Para recibir el reino es preciso cumplir las condiciones que tan admirablemente se exponen y resumen en Sofonías 3:12–13.

2. Que la iniciación de este reino era una obra que había de encontrar mucha oposición por parte de los hombres (v. 22): *«Vendrán días en que ansiaréis ver uno de los días del Hijo del Hombre, y no lo veréis»*. Los discípulos de Cristo han de pasar por muchas pruebas y tribulaciones que les hagan suspirar por la Venida del Señor. La Iglesia iba a cosechar al principio grandes triunfos; incluso *tres mil* personas serían añadidas en un solo día (Hch. 2:41); pero pronto comenzarían las persecuciones. Los ministros de Jesucristo y las iglesias cristianas pasan muchas veces por momentos de gran apuro; es precisamente entonces cuando más propicia se presenta la ocasión para elevar los ojos al Cielo y esperar de allí a nuestro Salvador. Dios nos enseña así a dar el debido valor a sus gracias, pues es en la necesidad cuando mejor se aprecian los verdaderos valores de las cosas: en la enfermedad se aprecia mejor el valor de la salud; en la pérdida de la madre, se echa de menos lo que ella era para nosotros. Lo peor que le puede pasar a un creyente o a una iglesia, no son las aflicciones que vienen de fuera, sino la decadencia que se apodere del interior. Es entonces cuando hemos de suspirar y orar por tiempos mejores en que el Señor nos de la victoria por medio de su Espíritu Santo.

3. Que Cristo y su reino no se han de esperar en éste o aquel lugar concreto, pues su aparición será general y en todos los lugares a la vez (vv. 23–24), de la mima manera que *«el relámpago al fulgurar, resplandece desde un extremo del cielo hasta el otro»*. Todos deben, pues, estar apercibidos, porque el día en que Cristo venga, va a estar cercano a todos.

4. Que, antes de que el Hijo del Hombre venga de nuevo, *«es necesario que padezca mucho y sea desechado por esta generación»* (v. 25). Y, si Él ha de ser tratado así, sus discípulos no han de esperar mejor trato (v. Jn. 15:18–20). A la corona y a la luz, hemos de ir pasando por la cruz.

5. Que la venida del reino mesiánico será precedida de una catástrofe sin precedentes. Obsérvese:

(A) Lo que ocurrió en épocas de corrupción general, como lo fue universalmente cuando el diluvio, y regionalmente en la Pentápolis. En ambos casos, los seres humanos fueron advertidos del castigo que les sobrevendría si no se arrepentían, pero no hicieron caso ni de Noé cuando el diluvio, ni de Lot cuando la destrucción de Sodoma y Gomorra. Sólo se preocupaban de lo material: *comer, beber y divertirse*. Y así continuaron, hasta que el castigo les tomó por sorpresa.

(B) Lo mismo ocurrirá en los días que precedan a la Venida del Señor Jesucristo (v. 30). Los pecadores tienen aquí la advertencia de Jesús y de sus Apóstoles, como consta en el Nuevo Testamento, y aun en las profecías del Antiguo; pero será en vano. Todo lo que ocurre en estos últimos años del siglo XX nos hace ver que la Venida del Señor está cerca, pues la humanidad está, en general, comportándose de manera parecida a los tiempos previos al diluvio y a los días de Sodoma y Gomorra; y ¿cuántos son los que atienden al mensaje del Evangelio? Muy pocos, especialmente en los países que gozan de la mayor prosperidad material.

6. Que los discípulos de Cristo han de distinguirse de todos los incrédulos de su generación. Al contrario que la mujer de Lot, que perdió la vida por su lentitud en escapar del fuego que devoró a las ciudades nefandas, los creyentes tendrán que escapar por su vida. La tentación de volverse a mirar atrás es

un peligro que siempre asedia al creyente. Y el *mirar atrás* conduce muchas veces a *volverse atrás.* Mejor es dejarlo todo que arriesgar la vida misma (v. 33).

7. Que la Venida de Cristo dividirá en dos partes las familias y las compañías (vv. 34–36). Todo esto ha sido explicado en detalle en el comentario a *Mateo* 24:23–28, 37–41.

8. Los discípulos (v. 22) desconcertados por estas revelaciones, le preguntan a Jesús: *«¿Dónde, Señor?»* (v. 37). Es decir, ¿en qué lugar se llevarán a cabo estos acontecimientos extraordinarios? Jesús responde con una frase proverbial: *«Donde esté el cuerpo, allí se juntarán también las águilas»*. Aunque esta frase tenga aplicación meramente devocional a la atracción que Jesús ejerce sobre los suyos, la interpretación literal (ya dada en el comentario a Mt. 24:28) sólo puede referirse a los enemigos de Cristo al final de la Gran Tribulación, los cuales *serán muertos «con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo* [Jesucristo], y *todas las aves se saciaron de las carnes de ellos»* (Ap. 19:21). Estas aves son las *«águilas»* aquí mencionadas, aunque con este nombre se significa el buitre negro o buitre «monje» de aquellas latitudes. A pesar de que Lucas usa el término griego *soma* = cuerpo, que se trata de la carroña de los enemigos derrotados y muertos se muestra por el lugar paralelo de *Mateo,* quien usa el término *«ptoma»* = cadáver, lo cual de ningún modo puede aplicarse a Cristo, resucitado para no volver a morir.

CAPÍTULO 18

Comienza el capítulo con la parábola de la viuda importuna; sigue con la parábola del fariseo y el publicano, destinada a enseñarnos la humildad en la oración. Tras un paréntesis en que Jesús bendice a unos niños pequeñitos, viene el episodio del joven rico que no se decidió a renunciar a sus riquezas para seguir a Cristo. Después, Jesús predice de nuevo sus sufrimientos y muerte. Termina el capítulo con la curación de un ciego cerca de Jericó.

Versículos 1–8

Esta parábola tiene su clave o llave pendiendo de la cerradura de la puerta, ya que el texto nos dice que Jesús la profirió para enseñar *«sobre la necesidad de orar siempre y no desmayar»* (v. 1). Da por supuesto que el pueblo de Dios es un pueblo *orante.* Orar es para nosotros, un privilegio, un honor y un deber; es también una labor constante: hemos de orar *siempre, y no desfallecer* hasta que la respuesta a la oración nos haga prorrumpir en himnos de alabanza. En esta porción, la exhortación a orar está destinada en especial a perseverar en nuestras súplicas para obtener las gracias necesarias a fin de soportar victoriosamente la lucha contra nuestros enemigos espirituales, nuestras concupiscencias y corrupciones; seguros de que no buscaremos el rostro de Dios en vano.

I. Cristo muestra, mediante una parábola, el poder de la importunidad entre los hombres. Se trata de un caso en que una causa justa triunfó finalmente ante un juez injusto, no por la fuerza de la equidad ni de la compasión, sino de la importunidad. Vemos:

1. El mal carácter de un juez que había en una ciudad: *«ni temía a Dios, ni respetaba a hombre»* (v. 2). No reconocía ningún deber ni hacia Dios ni hacia sus semejantes; tanto la piedad como el honor le eran totalmente ajenos. No nos extrañe el que quienes no tienen temor de Dios no tengan tampoco respeto a los hombres, porque donde no hay temor de Dios, nada bueno puede esperarse. Tal carencia de piedad y de respeto es *mala* en cualquier persona, pero es *pésima* en un juez. En lugar de hacer el bien con el poder que tiene en su oficio, siempre habrá peligro de que haga perjuicio.

2. El caso triste de una pobre viuda. Sin duda, la razón estaba de su parte; pero, según parece, no se había atenido a las complicadas formalidades de la ley, quizá por falta de asesoramiento; a falta de esto, demandaba personalmente ante el juez día tras día diciéndole: *«Hazme justicia de mi adversario»* (v. 3). Es deber peculiar de los magistrados, no sólo *no engañar ni robar a la viuda, etc.* (Jer. 22:3) sino también *«reprimir al opresor …, amparar a la viuda»* (Is. 1:17).

3. La dificultad y el desaliento consiguiente que experimentó en la presentación de su causa ante el juez, el cual *«no quiso* [hacerle justicia] *por algún tiempo»* (v. 4). Conforme a su mala costumbre, no hizo caso alguno de la viuda, ya que ésta no era para él persona importante ni le daba dinero para sobornarlo.

4. El éxito que, por fin, consiguió ella por medio de su continua importunidad. Dijo para sí el juez: *«Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia«* (vv. 4–5). Así que esta mujer, al no dejar en paz al juez, consiguió lo que deseaba.

II. Cristo saca de aquí una aplicación para animar al pueblo de Dios en sus oraciones.

1. Les asegura que, a la larga, Dios les cumplirá sus deseos: *«¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos …?»* (v. 7). Nótese:

(A) Lo que el pueblo de Dios desea y espera: *Que Él haga justicia a sus escogidos.* Hay en el mundo personas que son escogidas de Dios; y Él tiene la vista fija en sus elegidos para preservarles y protegerles en medio de los problemas y de la oposición que encuentren en este mundo, pues *los adversarios son muchos* (1 Co. 16:9).

(B) Lo que Dios requiere de su pueblo: *Que clamen a Él día y noche.* Este es nuestro deber; y a su cumplimiento ha prometido Él gracia y misericordia. Debemos orar en particular para no ser vencidos por nuestros enemigos espirituales, como lo hacía esta pobre viuda. Clamemos: «Señor, dame fuerza para mortificar esta corrupción; haz que me arme contra esta tentación, etc.». También hemos de interesarnos por los creyentes que son perseguidos y oprimidos, y orar para que Dios les haga justicia. Hemos de clamar con insistencia *día y noche,* y luchar con Dios como Jacob. Como Isaías en favor de Sion, nosotros hemos de importunar a Dios: *«Los que hacéis que Jehová recuerde, no reposéis, ni le deis tregua, hasta que restablezca a Jerusalén, y la ponga por alabanza en la tierra»* (Is. 62:6–7).

(C) Los desalientos que quizá sufriremos en nuestras oraciones. A veces, Dios tarda en responder. Como dice G. Thibon: «Dios alarga nuestras preguntas, cuando quiere darles una respuesta infinita». Así como tiene paciencia con los adversarios de su pueblo, también quiere ejercitar la paciencia de los suyos.

(D) La seguridad que les da de que, al final, será concedida la gracia, aunque se demore la concesión. Si esta viuda prevaleció por su importunidad, mucho más prevalecerán los escogidos de Dios, pues: (a) Esta viuda era ajena al juez, pero el pueblo de Dios es su elegido; Dios conoce y ama a los suyos. (b) La viuda era *una,* pero los elegidos de Dios son *muchos.* Los santos en la tierra ponen asedio al trono de Dios en el Cielo cuando unen sus oraciones en comunión fraternal. (c) Ella apelaba a un juez que se mantenía a distancia, mientras que nosotros acudimos a un Padre que nos pide que nos acerquemos a Él (v. He. 4:16). (d) Ella acudía a un *juez injusto;* nosotros acudimos a un *Padre justo.* (e) Ella acudía al juez sólo para obtener justicia en su propia causa, mientras que Dios está comprometido en la misma causa por la que solicitamos su ayuda. (f) Ella no tenía ningún amigo que intercediera por ella; nosotros *tenemos Abogado para con el Padre,* pues es su propio Hijo (1 Jn. 2:1), el cual *vive siempre para interceder por nosotros* (He. 7:25). (g) Ella no disponía de ninguna promesa de que sería escuchada, nosotros tenemos promesa de que, si continuamos pidiendo, se nos dará. (h) Ella sólo podía acudir al juez a ciertas horas; nosotros podemos acudir a Dios a cualquier hora, *día y noche* porque nuestro Padre no duerme. (i) La importunidad de la viuda *molestaba* al juez, pero la nuestra le *agrada* sumamente a Dios, de ahí nuestra esperanza segura de que *nuestra oración ferviente, eficaz, tiene mucha fuerza* (Stg. 5:16b).

2. Les insinúa que, no obstante estas seguridades, día llegará en que comenzarán a cansarse de la espera: *«Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?»* (v. 8). La respuesta parece ser un rotundo «¡No!» El mismo Señor lo está viendo de antemano:

(A) Nos hace suponer que lo que principalmente está buscando el Señor es *fe.* No dice: «¿hallará inocencia?», sino: «¿hallará fe?»

(B) También da a entender que, si hubiera fe, aun cuando fuera poca, Él *la hallaría.*

(C) Se nos predice que cuando Cristo venga otra vez hallará *poca fe.* (a) En general, hallará *poca gente piadosa.* Tal vez habrá muchos que tengan la apariencia de piedad, pero pocos que tengan fe genuina, que sean honestos y puros. (b) En particular, hallará pocos que tengan *fe en su Venida.* Con ello se nos insinúa que Cristo podría diferir su Venida mientras, *primero,* los malvados continúen burlándose de la promesa de su Venida (v. 2 P. 3:3–9); esta demora podría servir para endurecerles en su impiedad; *segundo,* mientras incluso los suyos comiencen a desesperar de su Venida. Pero ha de servirnos de

consuelo y estímulo el que, cuando se cumpla el tiempo fijado, será manifiesto que la incredulidad de los hombres no ha podido invalidar la promesa de Dios.

Versículos 9–14

También el objetivo de esta parábola está a la vista desde el principio. Va destinada *«a unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los demás»* (v. 9). 1. Éstos tenían muy alta opinión de sí mismos; pensaban que ya eran tan santos como debían ser, y más santos que todos sus vecinos. 2. Tenían exceso de confianza al presentarse ante Dios, pues se apoyaban en su propia justicia: *«confiaban en sí mismos como justos»* y por consiguiente, creían que Dios les era deudor. 3. *«Menospreciaban a los demás.»* A esto llama el texto sagrado «parábola», aunque es un hecho real que se repite cada día.

I. Tenemos a dos hombres que se dedican a la oración al mismo tiempo y en el mismo lugar (v. 10): *«Dos hombres subieron al templo a orar»*. No era el tiempo de la oración pública, sino que fueron allá para llevar a cabo sus devociones personales. Ambos, el fariseo y el cobrador de impuestos o publicano, fueron al templo *a orar.* Entre los adoradores de Dios, hay una mezcla de buenos y malos. El fariseo, con todo su orgullo, no se creyó seguro sin la oración; el publicano, con toda su humildad, no se creyó excluido de la oración. El fariseo vino al templo a orar porque era un lugar público en el que otras personas podrían verle; éste es el carácter que Cristo describió acerca de ellos cuando dijo que todo lo hacían *para ser vistos de los hombres.* Hay muchos también hoy día a quienes vemos en el templo, pero de los que es de temer que no los veremos en el último día a la diestra de Dios. El fariseo vino al templo a orar *por cumplimiento,* el publicano vino a orar *por necesidad.* El fariseo, por ostentación; el publicano, para petición. Dios ve con qué disposiciones y objetivo nos presentamos ante Él.

II. Vemos luego cómo se dirige a Dios el fariseo (no podemos llamar a esto «oración»): *«Puesto en pie oraba consigo mismo»* (v. 11): se apoyaba en sí mismo con el ojo puesto *en sí mismo,* no en la gloria de Dios. Por lo que él mismo dice consigo mismo, vemos:

1. Que confiaba únicamente en su propia justicia, pues dijo muchas cosas buenas de sí mismo, y podemos suponer que decía la verdad: no era un opresor, no era injusto con los demás, no hacía mal a nadie, no era un adúltero. No sólo eso, sino que hacía más de lo que la ley le requería, pues *ayunaba dos veces a la semana,* al ser así que la ley no requería ningún ayuno *semanal; y daba diezmos de todo lo que ganaba,* cuando lo que estaba mandado era dar el diezmo únicamente *de los productos del campo.* Con esto, pensaba cumplir con exceso sus deberes en cuanto al modo de dominar los apetitos de su cuerpo y en cuanto a la administración de sus bienes temporales. Pero, aun así, todo eso no fue acepto a Dios. ¿Por qué? (A) Su gratitud a Dios era un mero formalismo. No dice, como Pablo: *«Por la gracia de Dios soy lo que soy»* (1 Co. 15:10), sino simplemente: *«Dios, te doy gracias»*. (B) ¿Y por qué le da gracias? por lo que Dios ha hecho por él? ¡No!, sino por lo que él ha hecho por Dios. Ha venido al templo únicamente para decirle a Dios las muchas y buenas cosas que ha hecho él mismo. (C) Con eso se apoya únicamente en su propia justicia (v. Ro. 10:3). (D) No hallamos ni una sola palabra de verdadera *oración* en lo que este fariseo le está diciendo a Dios. *«Subió al templo a orar»* (v. 10), pero parece ser que se le olvidó para qué había subido. Pensó que no necesitaba ninguna cosa, ninguna gracia de Dios que mereciera la pena de pedírsela.

2. Que despreciaba a los demás, pues: (A) Pensaba que era mejor que el resto de la humanidad: *«Te doy gracias porque no soy como los demás hombres»* (v. 11). Podemos dar gracias a Dios por no ser, por su gracia, tan malos como algunos; pero hablar como si fuésemos los *mejores* es orgullo refinado, irreverencia a Dios e insulto a nuestros prójimos. (B) No se contenta con tenerse por mejor que los demás, sino que, para mayor complacencia en sí mismo, se compara con el cobrador de impuestos que estaba también allí orando. Sabía que este hombre era un publicano y, por tanto, le suponía *ladrón, injusto, etc.* Supongamos que fuera verdad, ¿qué le iba a él en lo de otra persona? ¿Acaso no podía orar sin lanzar reproches contra su prójimo? ¿O es que estaba tan complacido de la maldad de otro cuanto lo estaba de su propia bondad? Como ha dicho un escritor de nuestros días: «Hay quienes necesitan ver pecar a otros para sentirse justificados ellos mismos».

III. Veamos, en cambio, la oración del publicano, la cual era lo contrario precisamente de la del fariseo, pues estaba llena de *humildad,* tanto como lo estaba de *orgullo* la del fariseo; tan llena de *arrepentimiento,* como lo estaba de *ostentación* la del otro; tan deseosa de *perdón y misericordia,* como lo estaba de *confianza en sí mismo* la del fariseo

1. Primero, expresó su arrepentimiento y humildad en lo *que hizo:*

(A) Se mantuvo *a bastante distancia* (v. 13). Con un profundo sentimiento de indignidad propia, el publicano no se atrevía a acercarse a Dios. Así reconocía que no merecía el favor de Dios, y que ya era un gran favor el que Dios le permitiese orar *a distancia.*

(B) *«No quería ni aun alzar los ojos al cielo.»* Elevaba su corazón y sus deseos humildemente, pero, abrumado de confusión y vergüenza, no se atrevía a levantar la vista con santa audacia. La vista puesta en el suelo era indicación del pesar de su corazón ante su conciencia de pecado.

(C) *«Se golpeaba el pecho.»* El corazón del pecador le golpea primero a él con el siguiente reproche: «¿Qué has hecho?» Entonces él golpea su corazón, diciendo: «¡Miserable hombre de mí!» (Ro. 7:24).

2. Segundo, expresó su arrepentimiento y humildad en *lo que dijo:* Su oración fue breve, pues los gemidos y suspiros le entrecortaban la voz, pero lo poco que dijo no pudo ser más atinado: *«Dios, sé propicio a mí, pecador».* ¡Y bendito sea Dios porque está registrada en el texto sagrado la respuesta benévola del Señor a esta oración!

(A) Vemos que se reconoce a sí mismo como *pecador* delante de Dios. El fariseo se negaba a reconocerse pecador y aun se tenía por el mejor de los hombres, pero el publicano se describe a sí mismo con esta sola palabra: *pecador.*

(B) No apela a ninguna otra cosa sino al favor de Dios, obtenido mediante la propiciación del sacrificio en el altar, donde la sangre era tipo de la única sangre que podía propiciar por nuestros pecados (v. Ro. 3:25; 1 Jn. 2:2). No hay misericordia posible por parte de Dios sin la necesaria propiciación por parte de Cristo. De ahí que la versión *«ten misericordia de mí»,* que en este lugar presentan muchas versiones, es textual y teológicamente falsa. Aunque el publicano mantenía su vista puesta en el suelo, el incienso del sacrificio que habría llevado subía al Cielo, junto con su oración. Mientras el fariseo insistía en sus propios *méritos,* el publicano acudía en urgente demanda de *perdón* como si dijese: «La justicia me condena; sólo confío en tu gracia».

(C) Se dirige, pues, a Dios como un mendigo menesteroso a quien puede socorrerle con una limosna, ya que es plenamente consciente de su indigencia espiritual (v. Ro. 3:23): *«Dios, sé propicio a mí».* Probablemente, repitió varias veces esta humilde oración.

IV. Finalmente, vemos la aceptación que el publicano halló ante Dios. Según los pensamientos de los hombres, muchos habrían ensalzado grandemente al fariseo, y habrían menospreciado y hasta reprochado a este pobre publicano. Pero nuestro Señor Jesucristo no pensaba así (v. Is. 55:8), sino que asegura que *éste* el cobrador de impuestos, despreciado por el fariseo, pero humilde y arrepentido, *descendió a su casa justificado más bien que aquel* fariseo. El orgulloso fariseo pensaría que si alguien había de descender a casa justificado, de seguro sería él, no aquel infame cobrador de impuestos, pero el Señor dice: «No es así, sino que es el publicano *más bien* que el fariseo el que *descendió a su casa justificado».* De modo que el orgulloso fariseo es rechazado por Dios; no es aceptado por *justo,* según él mismo se tenía por tal, puesto que se apoyaba en su propia justicia; en cambio, el publicano obtiene la remisión de sus pecados y aquel a quien el fariseo no desearía contar ni siquiera entre *los perros de su rebaño,* es contado por Dios entre *los miembros de su familia.* Y el Señor concluye diciendo: *«Porque cualquiera que se enaltece, será humillado, y el que se humilla será enaltecido».* Cuando los soberbios se enaltecen a sí mismos, se convierten en rivales de Dios y, por consiguiente, serán abatidos por Él, mientras que quienes se humillan a sí mismos, se someten a Dios y, por tanto, serán enaltecidos por Él. Así que el castigo es la respuesta al pecado, del mismo modo que la recompensa es la respuesta al deber cumplido. Véase también el gran poder de Dios, en su gracia, al sacar tanto bien de tanto mal: el publicano había sido un gran pecador, pero de la grandeza de su pecado surgió la grandeza de su arrepentimiento; y de la grandeza de su arrepentimiento, la grandeza del perdón de Dios. Buena cosa era el que el fariseo no fuese un ladrón, injusto ni adúltero; pero el diablo le hizo orgulloso de todo ese bien y, con ello, le llevó a la ruina.

Versículos 15–17

1. Quienes somos bendecidos por Dios, deberíamos desear que también nuestros hijos sean bendecidos por Él. Las personas que aquí se nos refieren *«traían a Él* [Jesús] *hasta los niños de pecho».* Los traían porque ellos eran demasiado pequeños para venir por sí solos. Pero ninguno es demasiado pequeño para que no sea traído a Jesús.

2. Un pequeño toque de Jesús haría felices a nuestros niños: *«Le traían los niños para que los tocase»*.

3. No es cosa rara el que quienes vienen a Jesús para rogarle por sí mismos o por sus hijos, encuentren obstáculos en el acceso al Señor, debidos a interferencias de otras personas: «*Al verlo los discípulos, les reprendieron»*.

4. Pero también vemos que a muchos a quienes los discípulos reprenden, Jesús les invita: *«Mas Jesús los llamó»* (v. 16).

5. Cristo desea que los niños pequeños le sean llevados: *«Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis»*. Es decir: «Que nada les impida acercarse, pues serán tan bien recibidos como los demás».

6. El Señor añade: *«Porque de los tales* [es decir de los que son como ellos] *es el reino de los cielos»*. Tanto en este lugar, como en los paralelos (Mt. 19:14; Mr. 10:14) el original no dice *«de ellos»,* sino *«de los tales»;* es decir, de quienes imitan a los niños en las cualidades buenas que todos admiramos en ellos: consciencia de su pequeñez y dependencia sumisa de los mayores. Hay quienes deducen de aquí que los niños pequeños ya son salvos, lo cual es falso: (a) pues eso equivale a que hayan nacido sin pecado (contra Sal. 51:5; Ef. 2:1 y ss.); (b) en ese caso, tampoco necesitarían convertirse al llegar a mayores, a no ser que se admita que la salvación puede perderse. (c) Es cierto que los niños que mueren antes del uso de razón son salvos, pero no por haber nacido sin pecado, sino porque se les aplica, en el momento de la muerte el fruto de la redención de Cristo sin que tengan que ejercitar personalmente la fe, como tampoco se adhirieron personalmente al pecado *«a la manera de la transgresión de Adán»* (Ro. 5:14); de lo contrario, el pecado de Adán tendría mayor eficacia para condenar, que la redención de Cristo para salvar (contra Ro. 5:20–21).

7. Al reino de Dios son admitidos todos cuantos se hacen como niños en la humildad y dependencia absoluta de Dios: *«De cierto os digo, que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él»* (v. 17). A no ser que el hombre adulto tome esta actitud de infancia espiritual, reconociéndose deudor a los beneficios de Dios y dispuesto a guiarse únicamente por las normas de nuestro Padre Celestial, no puede en modo alguno entrar en el reino de Dios.

Versículos 18–30

I. Conversación de Jesús con un joven principal que parecía dispuesto a tomar el camino que el Señor le señalase para ir al Cielo.

1. Lucas hace notar que este joven era *un hombre principal.* Pocos de los principales judíos de aquel tiempo tenían interés en escuchar al Maestro, pero aquí tenemos uno que estimaba la persona y las enseñanzas de Cristo.

2. La pregunta que hizo al Señor no pudo ser más seria e importante. Cada uno debe hacerse la misma pregunta pues no hay asunto tan vital como éste: *«¿Qué haré para heredar la vida eterna?»*

3. Quienes deseen heredar la vida eterna, deben acudir a Jesucristo como a su *Maestro,* tanto en lo que *enseñe* como en lo que *ordene.* No hay otro método para ir al Cielo que no sea el que se aprende en la escuela de Jesucristo.

4. Los que vienen a la escuela de Cristo han de creer, no sólo que Jesús vino con una *misión divina,* sino también que su *bondad* era *divina: «Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno,* es decir, total y esencialmente bueno, *sino sólo Dios»* (v. 19). Como si dijese: «O me adulas sin creer lo que dices, y eso sería hipocresía, o lo dices de veras, y entonces tendrás que estar dispuesto a seguirme cueste lo que cueste».

5. Nuestro Maestro Jesucristo no ha alterado el camino del Cielo, haciéndole diferente del que era antes de que Él viniese a este mundo, pero sí lo ha hecho más llano, más suave, más fácil, pues su *yugo es cómodo y ligera su carga* (Mt. 11:30). Su mandamiento nuevo es el *amor* (v. Jn. 13:34–35), el cual hace ligeras todas las cosas pesadas (1 Jn. 5:3).

6. Jesús hace que el joven recuerde los mandamientos (v. 20), pero sólo le menciona los de la segunda tabla de la Ley, excepto el último, el cual penetra hasta el interior del hombre. Por otra parte, *quien ama al prójimo, ya ha cumplido la Ley* (Ro. 13:8), pues por el amor al hermano, se muestra también el amor a Dios (1 Jn. 4:20). Veremos si el joven ha cumplido con todo esto.

7. Por la respuesta del joven, vemos que se creía justificado: *«Todo esto lo he guardado desde mi juventud»* (v. 21). Los hombres se creen *inocentes* cuando son *ignorantes.* Así es como este joven se jacta de haber cumplido la Ley, y desde bien joven: había comenzado pronto y bien, y continuaba sin transgredir un solo mandamiento de la Ley. Si se hubiera percatado de las exigencias de la ley divina, y de las inclinaciones perversas de todo corazón humano (v. Jer. 17:9), y si hubiese sido discípulo de Cristo por algún tiempo, no habría hablado así, sino que habría dicho: *«Todo eso lo he quebrantado desde mi juventud»*.

8. Lo más importante en la vida es nuestra actitud ante Cristo y nuestros hermanos, ante las cosas de este mundo y las del otro. Si este joven tiene verdadero afecto a Cristo, vendrá y le seguirá, cualquiera sea el precio que haya de pagar. No se puede heredar la vida eterna si no está uno dispuesto a *seguir al Cordero por dondequiera que vaya* (Ap. 14:4). Y si tiene verdadero afecto a su prójimo, también estará presto a *repartir sus bienes entre los pobres.* Si tiene en poco las cosas de este mundo, no se le pegará el corazón a las cosas temporales. Y si alberga un alto concepto acerca de las cosas del otro mundo, no deseará otro tesoro que el de los Cielos.

9. Hay muchas personas con cualidades suficientes para hacerlas simpáticas y recomendables, y sin embargo perecen por *falta de alguna cosa* (v. 22). Así le pasó a este joven: desistió de seguir Cristo, porque tenía el corazón apegado a las riquezas.

10. Hay igualmente personas que sienten pesar por no decidirse a seguir a Cristo, pero son vencidas por alguna concupiscencia y, en ese conflicto entre dos atracciones, se inclinan hacia lo que les va a causar perdición por no seguir al único que puede dar, con la salvación, la paz de la conciencia y la verdadera felicidad.

II. A continuación tenemos el discurso de Jesús a sus discípulos, a raíz de este triste episodio; en él podemos observar:

1. Que las riquezas son, para muchos un gran obstáculo en el camino del Cielo. *Jesús vio que el joven se había entristecido mucho* (v. 24), y dijo, entristecido también Él: *«¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!»* Al ser *sumamente rico* (v. 23), una fortuna tan grande influyó decisivamente en el joven para que escogiera dejar a Cristo, antes que contraer la obligación de repartir sus bienes entre los pobres. Cristo afirma con el mayor énfasis la dificultad que tienen los ricos en entrar por el camino de la salvación: *«Porque es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el reino de Dios»* (v. 25).

2. En realidad, el camino del Cielo resulta difícil para todos; así lo entendieron los discípulos, al comentar: *«Entonces, ¿quién puede ser salvo?»* (v. 26). Para los que tienen mucho les es difícil desprenderse de todo; para los que no tienen nada, les es difícil no codiciarlo todo. Los discípulos no piensan que lo que Cristo pide sea demasiado duro o que no sea razonable, sino que al conocer cómo se pega el corazón del hombre a las cosas de este mundo llegan a preguntarse si incluso ellos pueden llegar a este nivel de perfección.

3. Hay tales dificultades en el camino de la salvación que no podrían ser superadas si no fuese por la gracia del Dios Omnipotente: *«Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios* (o, mejor, *junto a Dios.* V. el comentario a Mr. 10:27). La gracia de Dios y la operación del Espíritu Santo en el corazón del hombre tienen fuerza más que suficiente para inclinarle al seguimiento de Cristo y a renunciar a todo lo del mundo; ésta es una fuerza que ningún poder humano puede suministrar.

4. Aun las personas que siguen al Señor suelen pensar y hablar como si hubiesen hecho grandes cosas y renunciado a muchas comodidades por seguir a Cristo. Esto se ve en lo que dice Pedro: *«He aquí que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido»* (v. 28). Como si dijera: «Ya ves qué bien nos hemos portado nosotros dejándolo todo (¿cuánto?), en comparación con ese joven». Cierto que no era tanto lo que habían dejado, pero también es cierto que habían dejado la oportunidad de tener más, y Jesús tiene en cuenta esto al responder.

5. Por mucho que sea lo que hayamos dejado por seguir a Cristo, será siempre más lo que de Él recibiremos a cambio, no sólo en la vida eterna, sino incluso en esta vida: *«No hay nadie que haya dejado*

comodidades y parientes *por el reino de Dios, que no haya de recibir mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna»* (vv. 29–30). En esta vida tendrá paz de conciencia, comunión con Dios y con muchos hermanos en la fe ventajas que superarán con mucho a todo aquello a que hayamos renunciado; y, sobre todo, *la vida eterna* en la que el joven rico tenía puestos los ojos, pero no se decidió a alcanzarla por el camino que el Señor le señalaba.

Versículos 31–34

I. Jesús anuncia de nuevo a sus discípulos los sufrimientos y la muerte que le esperan junto con el glorioso final de su obra redentora. Dos detalles hallamos aquí que no se encuentran en los otros evangelistas:

1. Los sufrimientos de Cristo son presentados aquí como *cumplimiento de las Escrituras: «Y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre»* (v. 31). Esto demuestra que las Escrituras son *la Palabra de Dios,* puesto que tuvieron exacto y total cumplimiento; y que Jesucristo era *el enviado de Dios,* puesto que tuvieron su cumplimiento *en Él.* Esto hace que cese el *escándalo de la Cruz* (Gá. 5:11) para los que ven el honor que Dios ha puesto sobre ella: «*Así está escrito, y así era necesario que el Cristo padeciese»* (24:46).

2. Las ignominias que Cristo había de padecer aparecen aquí con mayor detalle. Los otros evangelistas habían dicho que sería *escarnecido* (Mt. 20:19); *burlado y escupido* (Mr. 10:34); pero aquí se añade que *será afrentado* (v. 32), donde se resumen todas las ignominias posibles. Pero un dato que siempre se añade al recuento de los futuros sufrimientos de Cristo es que *«al tercer día resucitará»* (v. 33) con lo que el horror de los sufrimientos queda suficientemente compensado con la perspectiva de su gloriosa resurrección y de su triunfal ascensión a los Cielos (v. Is. 53:11; Fil. 2:9–11; He. 12:2).

II. La confusión que se apoderó de los discípulos al oír estas cosas. Este anuncio de Jesús era tan contrario al concepto que ellos tenían del Mesías y del reino mesiánico, que «*nada comprendieron de estas cosas»* (v. 34). Tan fuertes eran los prejuicios de ellos, que les impedían entender literalmente este anuncio; así que *«estas palabras les quedaban ocultas»,* como si un velo no de castigo, sino de misericordia, se interpusiera entre ellas y los ojos de los pobres discípulos. Más tarde, el Espíritu Santo descorrería este velo, y no sólo las entenderían, sino que «estarían *gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre»* (Hch. 5:41). Hasta que el descenso del Espíritu se llevara a cabo, la mente de los apóstoles estaba tan ocupada por la gloria que los profetas habían predicho acerca del Mesías, que no entendían las otras profecías que hablaban de los sufrimientos del Mesías antes que entrase en la gloria con la que ha de aparecer en su Segunda Venida. En el mismo error incurren todos los que leen la Biblia *por mitades,* al ser así tan parciales en lo que corresponde a la Ley como en lo que respecta al cumplimiento de las profecías. Una importante regla de hermenéutica hemos de tener siempre en cuenta: De la misma manera que las profecías ya cumplidas lo fueron *literalmente,* así será con las que todavía quedan por cumplir.

Versículos 35–43

Cristo vino, no sólo a traer luz a un mundo en *tinieblas,* y poner así ante nuestros ojos los *objetos* a los que hemos de dirigir nuestra mirada, sino también a dar *vista* a las almas *ciegas,* a fin de que estén capacitadas para contemplar dichos objetos en la perspectiva debida. Aquí tenemos el relato de la curación de un ciego cerca de Jericó. Marcos nos ha guardado su nombre (Mr. 10:46). Mateo habla de dos (Mt. 20:30). Ambos dicen que eso ocurrió *saliendo de Jericó* mientras que Lucas dice que *«aconteció al acercarse Jesús a Jericó»* (v. 35). La aparente discordancia ha sido explicada ya en nuestro comentario a dichos lugares paralelos.

I. Este pobre ciego *«estaba sentado junto al camino, mendigando».* Se ve, pues, que no sólo era *ciego,* sino también *pobre,* un buen ejemplo de la humanidad a la que Cristo vino a curar y salvar. Estaba mendigando porque, al estar ciego, no podía ganarse la vida con su trabajo. Los semejantes nuestros que yacen *junto al camino* no deben ser objeto de menosprecio o negligencia de nuestra parte, sino que hemos de imitar a Cristo, quien se interesó por un pobre *mendigo ciego.*

II. *«Al oír pasar a una multitud, preguntó qué era aquello»* (v. 36). Es un detalle que nos ha conservado Lucas y nos enseña a ser buenos *observadores* de las oportunidades que nos salen al encuentro, pues, tarde o temprano, hallaremos el beneficio apetecido. Quienes carecen de *vista* deben afinar el *oído;* ya que no pueden usar sus propios ojos, han de inquirir y preguntar a otros, y hacer así uso de los ojos ajenos. Así lo hizo este ciego, y de este modo se enteró de *«que pasaba Jesús nazareno»* (v. 37).

III. Su petición estaba llena de fe y fervor: *«Entonces dio voces, diciendo: ¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!»* (v. 38). Vemos que tiene fe en que el Mesías puede socorrerle y apela con fervor a la compasión de Jesús, porque la compasión de Jesús es la fuente de todos los demás beneficios que podamos recibir de su mano.

IV. Quienes, con fe y fervor, acuden a Cristo en demanda de favor y socorro, no serán impedidos de recibir lo que desean, por muchos y grandes que sean los obstáculos que se les crucen en el camino. Aquí vemos que *«los que iban delante le increpaban para que callase»*, pues, al hablar según sus propios sentimientos, pensaban que también Jesús se sentía molesto por las voces de este pobre ciego. Pero la reprensión que le daban, sólo le sirvió al ciego para redoblar su petición y sus voces: *«Pero él clamaba mucho más: ¡Hijo de David, ten compasión de mí!»*

V. Cristo anima entonces al ciego *«deteniéndose y mandando traerle a su presencia»* (v. 40). Con esto, muestra Jesús más ternura y compasión por los necesitados que ninguno de los que le acompañaban. Así que los mismos que reprendían al ciego para que callase, tienen que echarle ahora una mano para que se acerque a Jesús.

VI. Aun cuando Cristo conoce todas nuestras necesidades, quiere que se las expongamos personalmente; por eso, le dijo al ciego: *«¿Qué quieres que te haga?»* (v. 41). Entonces, el pobre ciego abrió su corazón delante de Jesús y le dijo: *«Señor, que recobre la vista»* (v. 41b).

VII. La oración de fe nunca es pronunciada en vano (v. 42): *«Jesús le dijo: Recóbrala, tu fe te ha salvado»*. De esta frase, como de otras parecidas (v. por ejemplo, 8:48 y 50), no puede deducirse la salvación eterna, sino la sanación del cuerpo, aunque es cierto que, en muchos casos, dentro y fuera del texto sagrado, la curación del cuerpo prepara para la del alma. De ahí que el griego original emplee el mismo verbo (*sozo*) para la una y para la otra; lo cierto es que el Hijo del Hombre vino a salvar cuerpos y almas: *«todo lo que estaba perdido»* (19:10). Con todo, es necesario distinguir entre la *fe* en el poder de Cristo para curar como es el caso de este ciego, y la *fe* en la gracia de Cristo para salvar eternamente (v. Ef. 2:8).

VIII. El ciego, ya curado, correspondió con agradecimiento a la merced que había recibido del Señor, pues *«le seguía, glorificando a Dios»* (v. 43). La mejor manera de agradar a Cristo cuando hemos sido curados por Él, es glorificar a Dios por ello; así como el mejor modo de agradar a Dios es alabar a Cristo y tributarle el honor que se merece. También el pueblo reaccionó correctamente ante el beneficio otorgado a un semejante: *«Y todo el pueblo, cuando vio aquello, dio alabanza a Dios»*.

CAPÍTULO 19

Aquí se nos refiere la admirable conversión de Zaqueo, jefe de los cobradores de impuestos en Jericó. A continuación, Jesús expone la parábola de las diez minas. Vemos después su entrada triunfal en Jerusalén y su llanto posterior sobre la ciudad ante la presciencia de la ruina que había de sobrevenir cuarenta años más tarde. Termina el capítulo con la purificación que llevó a cabo Jesús en el templo.

Versículos 1–10

No hay duda de que hubo muchas conversiones a la fe de Cristo de las que no se nos dice nada en los Evangelios; pero Lucas nos ha conservado el caso de una conversión extraordinaria como es la de Zaqueo. Cristo pasaba a través de Jericó (v. 1). Esta ciudad había sido edificada bajo maldición, pero Cristo la honró con su presencia, porque su Evangelio *quita la maldición* (v. Gá. 3:13). Veamos:

I. Quién era este Zaqueo. Su nombre (hebreo, de una raíz que significa *puro)* da a entender claramente que era judío (v. el *Zacay* de Esd. 2:9; Neh. 7:14).

1. En cuanto al oficio que desempeñaba, se nos dice *«que era un jefe de los cobradores de impuestos»* (v. 2). Ya sabemos que Jesús se relacionaba con los cobradores de impuestos, pero aquí es uno de los jefes de tal profesión. Así vemos que Jesús vino a salvar al *jefe de los publicanos* del mismo modo que vino a salvar al *primero de los pecadores* (1 Ti. 1:15).

2. En cuanto a su posición económica, se nos dice que era *«rico»*. Cristo había declarado recientemente cuán difícil es que un rico entre en el reino de los cielos, pero aquí vemos el caso de un rico que se había perdido y fue encontrado, y no precisamente como el hijo pródigo, quien volvió en sí después de verse reducido a la mayor necesidad.

II. Cómo llegó a encontrarse con Cristo:

1. Tenía gran curiosidad por *«ver quién era Jesús»* (v. 3). Es cosa natural que los hombres deseen ver, si les es posible, a aquellos cuya fama han oído; así pueden decir después que conocen personalmente a tal y tal señor. Pero a quien debemos desear ver, más que a nadie, es a Jesús. Como los griegos aquellos de Juan 12:21, hemos de decir: *«Señor, queremos ver a Jesús»*. Si ahora procuramos verle con los ojos de la fe, después podremos disfrutar de su presencia, con cuya vista seremos inmensa y eternamente felices (v. 1 Jn. 3:2).

2. No podía satisfacer esta curiosidad por los medios normales, *«pues era pequeño de estatura»,* y la multitud era grande. Cristo no hacía milagros para mostrarse, sino que, como uno de nosotros, iba mezclado con la multitud. Pero muchos que son pequeños de estatura son grandes de corazón y altos de miras.

3. Para no quedar defraudado en su curiosidad, Zaqueo como si fuese un niño, *«corriendo delante, subió a un sicómoro para verle»* (v. 4). Quienes sinceramente quieren ver a Cristo, usarán los medios apropiados para obtener alguna visión de Él. Quienes se ven a sí mismos *pequeños* han de aprovechar todas las oportunidades posibles para levantarse, por medio de la meditación y de la oración, a las alturas desde las que se divisa la persona de nuestro amado Salvador.

III. Cómo se percató Cristo de él, hasta llamarle por su nombre (v. 5) y la eficacia de este llamamiento (v. 6). Vemos que:

1. Cristo se invitó a Sí mismo a casa de Zaqueo: *«Mirando hacia arriba, le vio y le dijo: Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy tengo que hospedarme en tu casa»*. Zaqueo se había subido al sicómoro para ver a Jesús, pero poco se podía figurar que Jesús *se anticipó* a Zaqueo con las bendiciones de su bondad, *sobrepujó* la expectación que Zaqueo tenía de verle y *le animó* en los pequeños comienzos que en él veía. El que albergue algún deseo de conocer a Cristo, *será conocido de Él* (comp. con 1 Co. 8:3). El que sólo deseaba ver a Cristo, fue admitido a conversar familiarmente con Él. A veces, aquellos que vienen a oír la Palabra de Dios sólo por curiosidad, sienten que su conciencia es despertada y se marchan con el corazón cambiado. Cristo le llama por su nombre: *«Zaqueo»,* y le pide que se apresure a descender del árbol; no debe dudar ni quedarse parado, sino darse prisa, porque Cristo desea hospedarse en su casa y pasar algunas horas con él.

2. Zaqueo se sintió inundado de alegría al recibir tal honor de hospedar a Jesús en su casa: *«Entonces él descendió aprisa, y le recibió gozoso»* (v. 6). Y la recepción que le tributó a Jesús en su casa era buen presagio de la que le iba a tributar en su corazón. ¡Cuántas veces nos ha dicho Jesús: *Ábreme* (Cnt. 5:2), y nosotros sólo hemos buscado excusas para no abrirle! La presteza de Zaqueo debería llenarnos de vergüenza.

IV. La ofensa que el pueblo recibió por esta invitación de Jesús a Zaqueo. Aquellos judíos prontos siempre a censurar a Jesús *«murmuraban, diciendo: Ha entrado a hospedarse con un hombre pecador»*

(v. 7). ¿Acaso no eran ellos pecadores? ¿No era el objetivo de Cristo buscar y salvar a los perdidos pecadores? Estos murmuradores no tenían ninguna razón para hablar así: 1. Porque, aun cuando Zaqueo era publicano, y muchos de los cobradores de impuestos eran malos, no se seguía que *todos* lo fueran; 2. Aun cuando había sido pecador, no se podía asegurar que *todavía* lo fuera. Sólo Dios conoce el corazón y puede juzgar; nosotros no podemos ni debemos juzgar (Mt. 7:1). Además, Dios ofrece a todos lugar y tiempo para arrepentirse (v. Hch. 17:30) y también nosotros debemos orar y esperar que otros lleguen al arrepentimiento. 3. Aun cuando *todavía fuera pecador,* no podían reprochar a Jesús por ir a casa de él, pues ¿adónde ha de ir el médico sino a casa del enfermo?

V. Las pruebas que Zaqueo dio públicamente de que ya estaba sinceramente arrepentido (v. 8). Por sus *buenas obras* podemos juzgar de la sinceridad de su fe y de su arrepentimiento. *«Puesto de pie»,* como quien quiere dar a sus palabras firmeza y solemnidad, pronuncia como si fuera un voto a Dios y *dirigiéndose al Señor,* no a la gente, dio evidencia del cambio que se había producido en su corazón, a juzgar por el cambio que anuncia en su conducta para el futuro.

1. Zaqueo había amasado una buena fortuna (v. 2), lo que no es de extrañar siendo jefe en un negocio de suyo próspero, pero resuelve emplear su fortuna conforme a la voluntad de Dios, y hacer el bien a sus semejantes: *«Mira, Señor*—dice Zaqueo—, voy *a dar a los pobres la mitad de mis bienes»* (v. 8. *«Doy …»,* dice el original con un presente ingresivo, como es obvio, no como algo que *ya* venía haciendo). Como si dijese: «Desde este momento, hago firme propósito de dar la mitad de los bienes a los pobres a quienes hasta ahora había tratado sin compasión; de esta forma quiero compensarles por haber descuidado durante tanto tiempo mi deber de amar al prójimo como a mí mismo». Zaqueo promete así dar a los pobres la mitad de su fortuna, lo que le obligaría a privarse de dispendios innecesarios. Esto lo menciona como fruto de su arrepentimiento.

2. Zaqueo es consciente de que no todo lo que tiene lo ha adquirido por medios honestos; por eso, promete restituir lo mal obtenido: «*Y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado»*. Así:

(A) Viene a confesar paladinamente que *ha obrado mal.* Los que están arrepentidos de veras, han de reconocerse culpables, no sólo ante Dios en general, sino también en particular, por lo que han defraudado, perjudicado o injuriado al prójimo en el desempeño de sus oficios y en la forma como han llevado los negocios de este mundo con desdoro de la honradez y de la justicia.

(B) Admite que *ha defraudado,* seguramente mediante falsa acusación, puesto que tenían de su parte el poder al que servían lo cual les daba la oportunidad de satisfacer sus deseos de revancha mediante falsas acusaciones (v. 3:13).

(C) Promete restituir el *cuádruplo,* yendo mucho más allá de lo que la Ley demandaba en tales casos (v. Nm. 5:6–7). Notemos que no dice: «Si me obligan ante los tribunales, haré restitución» (hay quienes parecen *honrados* cuando no tienen escape), sino que lo hará espontánea y libremente. Todos cuantos están convencidos de que han causado perjuicio en la persona o en los bienes del prójimo, no pueden demostrar la sinceridad de su arrepentimiento de otro modo que *haciendo restitución.* Zaqueo no piensa que ya estará perdonado su pecado de extorsión con su promesa de dar a los pobres la mitad de sus bienes; dar de lo que *no es nuestro* no es caridad, sino hipocresía. Y no es nuestro lo que no ha llegado a nuestras manos por medios honestos.

VI. Cristo da por buena la conversión de Zaqueo (vv. 9–10).

1. Cristo declara que Zaqueo es ahora un hombre *dichoso: «Hoy ha venido la salvación a esta casa»*. Una vez convertido, es ya salvo. Cristo ha venido a esta casa y con sola su venida ha traído salvación consigo. Pero esto no es todo: «Hoy ha venido la salvación *a esta casa»*. (A) Al convertirse Zaqueo, va a ser, más que nunca, bendición *para su casa,* pues va a traer a su casa los medios de gracia; al ser caritativo con los pobres va a atraer bendiciones a toda su familia. (B) Al ser Zaqueo llevado a Cristo, su familia entra también en relación con el Salvador, *«por cuanto también Él es* ahora, con toda propiedad, *hijo de Abraham»;* así que la bendición otorgada al gran patriarca de los creyentes, la cual se extiende incluso a los gentiles (v. Gá. 3:6–9), se extiende, en primer lugar, a los creyentes *hijos de Israel* (v. Hch. 2:39; 13:46; etc.), y este Zaqueo, aunque publicano, es israelita. Ya era, por nacimiento, hijo de Abraham según la carne; pero, al ser cobrador de impuestos, era tenido por gentil (comp. con Mt. 18:17). Sin

embargo, al hacerse creyente con sincero arrepentimiento se hace tan verdadero hijo de Abraham como si nunca hubiese sido publicano.

2. Lo que Cristo ha hecho, al entrar en casa de Zaqueo, estaba muy en consonancia con el objetivo que le había traído a este mundo (v. 10). Es la misma razón que había expresado para justificar su trato con los publicanos en otra ocasión (Mt. 9:13). Allí dice: *«No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento».* Aquí dice: *«Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido»* (v. 10). Por donde vemos: (A) El deplorable estado de los humanos: estábamos *perdidos.* Todo el mundo, tras la caída original, es un *mundo perdido,* como se pierde un viajero al errar su camino en un desierto o como se pierde un enfermo cuya enfermedad es incurable. (B) El misericordioso designio del Hijo de Dios: *vino a buscar y a salvar;* es decir, a buscar para salvar; pues una cosa se puede perder de dos maneras: cuando está fuera de su lugar, y cuando se echa a perder en el lugar donde está. De las dos maneras estábamos perdidos: fuera de nuestro lugar (v. Gn. 3:9; Is. 53:6; Lc. 15:17 *«volviendo …»*) y echados a perder (v. Gn. 3:6–7; Is. 53:5; Ef. 2:1 y ss.). Por eso, Jesús emprendió, para salvarnos, un largo viaje (Mt. 18:11–12) en tres largas etapas: del cielo, a la tierra; de este anonadamiento, a la humillación más profunda de la Cruz (Fil. 2:6–8); de la Cruz, a la gloria (Fil. 2:9–11). Cuando nuestra causa estaba perdida sin remedio, el Gran Abogado intervino para ganarnos el pleito (1 Ti. 2:5; 1 Jn. 2:1–2). Cuando nuestra enfermedad estaba desahuciada de todos los médicos, el Gran Especialista en Medicina General y en Cirugía Personal entró en el quirófano. Su designio, desde el principio, fue *salvar* (JESÚS = JEHOVÁ SALVA. V. Mt. 1:21); y, para salvar, vino a buscar lo que necesitaba ser salvo, Y empleó todos los medios posibles y necesarios para tal objetivo. Y, como en el caso presente de Zaqueo, vino a buscar y a manifestarse a los que no le buscaban ni preguntaban por Él (Ro. 10:20). De modo que, si alguno no se salva, no puede achacarlo a negligencia o desamor por parte de Cristo, pues Jesús podría decirle, como dijo Dios a Israel: *«¿Qué más se podía haber hecho a mi viña, que yo no lo haya hecho en ella?»* (Is. 5:4).

Versículos 11–27

Ahora, el Señor Jesús se halla de viaje hacia Jerusalén para asistir a la última Pascua que iba a celebrar, y en la que había de ser sacrificado como la gran Víctima Pascual (1 Co. 5:7). Vemos:

I. Cómo se elevó la expectación de sus amigos en esta ocasión (v. 11): «*Pensaban que el reino de Dios iba a manifestarse inmediatamente».* También los fariseos lo esperaban para este tiempo (v. 17:20). Los discípulos pensaban que el Maestro lo iba a introducir inmediatamente con pompa y poder temporales. Jerusalén por supuesto, había de ser la sede de su reino; por consiguiente, ahora que va directamente allá, no cabe duda de que pronto le van a ver sentado allí en su trono. También los buenos están expuestos a equivocarse en cuanto al reino de Cristo (incluso los que se expresan así. Nota del traductor).

II. Cómo quedaron fallidas estas expectaciones de los discípulos, y rectificados sus errores. Esto lo hace Jesús en cuanto a tres cosas:

1. Ellos esperaban que el Maestro apareciera en su gloria *de inmediato,* pero Él les dice que habrá que esperar bastante tiempo hasta que sea instalado en su reino. Es como *«un hombre noble* que *se fue a un país lejano, para recibir un reino»* (v. 12). Debe recibir primero el reino, «*y volver».* Cristo volverá en aquel gran día, que *aguardamos en esperanza de bienaventuranza y manifestación gloriosa* (Tit. 2:3). ¡Mantengamos viva y activa esta expectación!

2. Esperaban que, al ser los apóstoles de Cristo y sus servidores más cercanos serían promovidos a los puestos del más alto rango, pero Él les declara que, en lugar de pensar en honores, se pongan a *trabajar,* y negociar con el tesoro que pone en sus manos. Ellos soñaban con *sentarse a la derecha y a la izquierda del Rey* (Mt. 20:21; Mr. 10:37), pero Cristo les hace despertar a la dura realidad de los próximos trabajos, en lugar de animarles en los sueños de glorias todavía lejanas. Les viene a decir:

(A) Que tienen un *gran trabajo* que llevar a cabo al presente. El Señor les entrega, como a los siervos de la parábola (v. 13), un tesoro con el que han de negociar hasta que Él venga. En la parábola, los siervos son *diez,* lo mismo que las minas que se entregan a cada uno (cada mina equivalía a 560 dólares oro) por ser «diez» el número base para formar un grupo; de ahí que, en las sinagogas judías, no se comience el

servicio propiamente dicho hasta que asistan, por lo menos, *diez* miembros varones (así se entiende mejor Gn. 18:32; Rt. 4:2). Esta parábola se distingue de la de los talentos (Mt. 25:14 y ss.) en que allí el *talento* significa la capacidad de cada siervo (v. 15) y la retribución es, por consiguiente, proporcional a la capacidad; mientras que aquí la *mina* es la misma para todos, pues representa el tesoro de los medios de gracia (en especial, la Palabra de Dios) con que los siervos han de negociar. De ahí que, con un tesoro *igual*, los resultados son diferentes, mientras que en Mateo 25:14 y ss., a dones *diferentes* corresponden premios comparativamente iguales. Por eso, esta parábola nos exhorta a echar mano, con la mayor diligencia posible, de los medios que Dios nos proporciona, los cuales no están limitados a los pastores de almas ni a los predicadores de la Palabra de Dios, sino a todo creyente que debe *«estar siempre preparado para presentar defensa con mansedumbre y respeto ante todo el que le demande razón de la esperanza»* (1 P. 3:15). En el verdadero cristianismo no hay «profesionales» de la religión, sino que todo creyente ha de ser *«hombre de Dios»*, y todo hombre de Dios ha de estar *«bien pertrechado* [de las Escrituras] *para toda buena obra»* (2 Ti. 3:16–17).

(B) Que tienen una *gran cuenta* que rendir en breve, pues *se les llamará, para saber lo que ha negociado cada uno* (v. 15). Los que hayan trabajado fielmente, saldrán *ganadores.* Muchos negociantes salen *perdedores* con su negocio, por mucha diligencia que pongan en él; pero en este negocio, nadie que trabaje fielmente saldrá perdedor, aun cuando muchas veces no vea el fruto de su trabajo. Cada alma que se convierte mediante un buen testimonio del Evangelio es una clara ganancia para Jesucristo y también para el siervo de Dios, por cuyo medio ha sido presentado el mensaje (v. por ej. 2 Ti. 4:7–8). Vemos en la parábola:

(a) La buena cuenta que rindieron algunos de estos diez siervos y la aprobación que recibieron del amo (vv. 16, 19). Los dos que aquí se mencionan habían obtenido ganancias, aunque no iguales, ya que la mina del uno había producido *diez,* mientras que la del otro había producido *cinco.* Ambos habían sido *fieles,* aunque no habían tenido éxito igual. Por el contexto, no podemos aventurarnos a pensar que el uno había puesto más diligencia que el otro, sino que había encontrado menos dificultad en el desempeño del negocio. Ambos también reconocen que el tesoro no era de ellos, sino del amo, pues dicen: «tu mina» (vv. 16, 18). A ambos dice el amo: *Está bien* (lit. *muy bien, o ¡bravo!), buen siervo* (v. 17; implícito en el *«también»* del v. 19). Ha de importarnos, ante todo, lo que diga el Señor de nuestro trabajo, no lo que piensen o digan los demás (v. 1 Co. 4:3–5). En cuanto a la recompensa, dice Lenski: «¿Qué son esas "diez ciudades", y qué significa estar sobre ellas? Todo lo que somos capaces de decir es que aquí se muestra el más alto grado de gloria para los fieles en el cielo. Más allá de esto, hemos de esperar hasta que llegue el gran día. Así Jesús podía hablar de estas realidades sólo por medio de figuras, porque ningún lenguaje humano es capaz de expresar las realidades». Lo único claro aquí es que, así como los castigos no serán iguales para todos (v. 12:47–48), así tampoco las recompensas serán iguales (comp. con 1 Co. 3:12–15).

(b) La mala cuenta que rindió uno de los siervos y la sentencia que el amo pronunció contra él (v. 20). También éste reconoció que la mina no era suya (*«tu* mina», v. 20), pero pensaba que, al no haber malgastado el dinero, ya había cumplido con el encargo del amo. Este siervo representa a los que se tienen por «creyentes», pero nunca aprovechan la oportunidad de dar un buen testimonio, como si tuvieran el mensaje envuelto en un pañuelo. ¡Y todavía se atreve a excusarse con la expresión injuriosa de que el amo es *«exigente»* (en el griego, *«austero»*) y que quiere *«segar donde no sembró»*, como si la Palabra de Dios no fuera una *«semilla»* destinada a producir cosecha! (v. Mr. 4:14, 26–28). El jesuita portugués Vieyra hubo de confesar, en una célebre homilía que la única causa por la que la gente no se vuelve a Dios es «porque en los púlpitos no se siembra la Palabra de Dios». ¿Qué predicamos, *a Cristo Crucificado* (1 Co. 1:23; 2:2) o *a nosotros mismos* (2 Co. 4:5)? Pero la mala excusa se volvió contra el mal siervo, pues el amo le dijo: *«Por tu propia boca te juzgo»* (v. 22). Si pensaba que el amo era *exigente,* tanto mayor razón para que él fuese *diligente.* Además, con haber puesto el dinero en el Banco, se conformaba el amo (v. 23); eso, pocos sudores había de costarle al siervo. Aquí vemos que las razones del holgazán son siempre sinrazones (v. Pr. 20:4; 26:13–16). Así que le es quitada la mina, y entregada al que mejor había negociado (v. 24), puesto que todo amo prudente promueve al que mejor le sirve en el negocio, y despide al que no le es útil, esto es lo que significa la respuesta del amo en el versículo 26. (Véase también Mt. 13:12, con el comentario a dicho lugar.) ¡Triste condición la de un creyente (y, especialmente, la de un ministro de Dios) que, al tener tales *tesoros* en su mano (v. 2 Co. 4:7), no los aprovecha para la gloria de Dios y la salvación de almas inmortales!

3. Esperaban, en fin los apóstoles que simultáneamente con la pronta aparición del reino de Dios, el grueso de la nación judía entraría sin dificultad en él, pero Cristo les dice que, cuando Él se marche, la generación de aquel tiempo persistiría en su rebeldía y obstinación. Lo cual se muestra en esta parábola:

(A) En el mensaje que los ciudadanos enviaron al señor, luego que Él se marchó: *«No queremos que éste reine sobre nosotros»* (v. 14). Podemos ver este grito en la boca de los principales sacerdotes el día de la crucifixión del Señor (Jn. 19:15) pero la profecía de Jesús se cumplió especialmente después de su ascensión a los cielos, pues desde entonces hasta la fecha, la mayoría inmensa de los judíos se han negado a creer que Jesucristo es el Mesías; menos aún, que es el Hijo de Dios. Podría incluso preguntarse si muchos de los que creen en Cristo como Salvador, están dispuestos a someterse al yugo que Él impone como Rey. No se puede olvidar que el mismo que es *Jesús y Cristo,* es también *Señor* (v. por ej. Hch. 2:36; Col. 2:6).

(B) En la sentencia que el señor pronuncia a su vuelta (v. 27): *«Pero a aquellos mis enemigos que no querían que yo reinase sobre ellos, traedlos acá, y degolladlos delante de mí».* Cuando los fieles siervos del Señor hayan sido recompensados, será el tiempo de que el Señor tome venganza de sus enemigos. La porción de todos los que persistan en su enemistad con Cristo será una ruina *total* (v. Mt. 10:28). En esta «política» no caben neutrales: los que no se sometan al suave yugo del Rey eterno, serán contados por enemigos declarados del Soberano Divino. Todo el que rehúse ser gobernado por la *gracia de Cristo,* será arruinado sin escape ni remedio por *la ira del Cordero* (Ap. 6:16–17).

Versículos 28–40

Episodio, referido también por los otros tres evangelistas, de la entrada, como en triunfo, de Jesús en Jerusalén.

I. Jesucristo estaba dispuesto y decidido a sufrir y morir por nosotros. Marchó hacia Jerusalén a sabiendas de las cosas que le iban a acontecer allí y, sin embargo, no por eso le retrasaba el miedo, sino que *«iba delante»,* con todo ánimo (v. 28, comp. con Mr. 10:32). Parecía como si tuviera prisa por llegar, cuando iba a sufrir tanto. ¿Y seremos nosotros perezosos para servirle, cuando tan presto estuvo Él para morir por nosotros?

II. Al entrar de este modo triunfal en la ciudad, Jesús no era inconsecuente con su humildad ni con el estado de humillación que había asumido el encarnarse el Hijo de Dios, ya que con esta manera de entrar en Jerusalén, daba cumplimiento a las profecías (v. Mt. 21:4–5) y, por otra parte, cuanto más triunfal apareciese esta entrada, más ignominiosa aparecería su Pasión y Muerte cinco días después.

III. Cristo es el Dueño y Señor de todas las criaturas. Por eso, pudo ordenar que desatasen y le trajesen un pollino ajeno cuando *tuvo necesidad de él* (v. 34) para este servicio. Esa frase, tan común y prosaica en apariencia, tiene aplicaciones profundas que pueden pasar desapercibidas en una lectura superficial del Evangelio. Si Jesús *tuvo necesidad de un asno,* ¿habrá algún creyente que se sienta inútil en la Iglesia de Dios? Cuando se estudia el capítulo 15 de *Juan,* se insiste (¡y nunca demasiado!) en que *«separados de Jesús, nada podemos»* (Jn. 15:5b), pero ¿nos hemos parado a meditar en la primera mitad del mismo versículo, donde vemos que la vid da fruto *precisamente en los pámpanos,* no en la cepa? Es cierto que, sin Cristo, nada podemos, pero también es cierto que (por voluntad de Dios) Cristo ha limitado su acción a la instrumentalidad del ministerio, de tal manera que (digámoslo con toda reverencia) no tiene otros *labios* que los nuestros para predicar su Palabra; otras *manos* que las nuestras para llevar pan, ayuda y consuelo; otros *pies* que los nuestros para llevar el Evangelio hasta los últimos confines de la tierra; otros *ojos* que los nuestros para ver las miserias humanas y no hacer la vista gorda ante las injusticias del mundo ni ante los pecados notorios de los mismos creyentes. Sólo así pueden entenderse las enérgicas palabras de Pablo en Colosenses 1:24. Sí, es cierto que Cristo lo *consumó* todo en el orden de la redención; pero nosotros hemos de completarlo en el orden de la *aplicación* de la redención (comp. con Gá. 2:20).

IV. Cristo tenía (y tiene) bajo su vista y en sus manos los corazones de todos los hombres. Así es como pudo influir sin coacción ni violencia de ninguna clase en la voluntad de *los dueños* del pollino (vv.

33–35). Tan pronto como les dijeron que el Señor lo necesitaba, lo cedieron sin formular ninguna objeción ni protesta.

V. Todos cuantos están dispuestos a cumplir sin demora ni excusa la voluntad del Señor, verán que todo les sale conforme Él ha predicho y prometido (v. 32): *«Fueron los que habían sido enviados, y lo hallaron tal como les había dicho»*. Es un consuelo para los mensajeros de Dios saber que han de traer lo que Dios tiene en sus designios que se le haya de traer, y en esa confianza ha de descansar y gozarse nuestra obediencia.

VI. Los buenos discípulos de Cristo no se contentan con traerle lo que Él les manda, sino que, además de hacerlo de buena gana, han de *adornar* la obediencia, del mismo modo que tienen que *adornar la doctrina de Dios* (Tit. 2:10). Así vemos que estos discípulos que fueron enviados a traer el pollino, no se contentaron con traerlo, sino que también, *«habiendo echado sus mantos sobre el pollino, montaron a Jesús encima de él»* (v. 35).

VII. Los triunfos de Cristo son tema de las alabanzas de los discípulos. Cuando Cristo se acercaba a Jerusalén, Dios puso de súbito en el corazón de *toda la multitud de los discípulos,* no sólo de los doce, *alabar con alegría a Dios* (v. 37), y *tender sus mantos por el camino* (v. 36), como expresión del gran gozo que sentían. Obsérvese cuál era el motivo del gozo y de las alabanzas de la multitud: Alababan a Dios *por todas las maravillas que habían visto,* especialmente por la resurrección de Lázaro, de lo que hallamos mención en Juan 12:17–18. Véase cómo expresaban esos sentimientos: *«¡Bendito el rey que viene en el nombre del Señor!»* (v. 38). Es decir: *«¡Bendito sea!* ¡Démosle alabanzas y que Dios le prospere!» *«Paz en el cielo»,* porque Dios va a consumar ahora la obra de la redención, va a reconciliar al mundo consigo (2 Co. 5:19), «*y gloria en las alturas»,* ya que Dios va a ser glorificado de un modo especial con la obra del Calvario. Es una porción parecida a 2:14 pues ambas coinciden en glorificar a Dios en lo más alto, en el cielo empíreo donde Dios reina desde su Trono (comp. Is. 6:1–2). Los ángeles decían, en Lucas 2:14; *«Paz en la tierra»,* porque, con el nacimiento de Jesús, descendía a la tierra el cúmulo de bendiciones que el vocablo «paz» comporta para un judío; en cambio, la multitud gritaba ahora: *«Paz en el cielo»,* por la *«paz con Dios»* (Ro. 5:1) que el sacrificio del Calvario iba a conseguir.

VIII. Los triunfos de Cristo y las alabanzas de los discípulos eran, para los orgullosos fariseos, motivo de gran enfado: *«Algunos de los fariseos de entre la multitud le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos»* (v. 39). Pensaban que Jesús no debía aceptar tales aclamaciones y, por ello, esperaban que reprendiese a quienes las proferían. Pero Cristo acepta las alabanzas de los humildes del mismo modo que desprecia el menosprecio de los soberbios.

IX. Sea que los hombres alaben y aclamen o no a Cristo, Él debe ser, y será, alabado (v. 40): *«Os digo que si éstos callan, las piedras clamarán»*. Los fariseos querían silenciar las alabanzas que la multitud tributaba a Cristo, pero no podrían impedirlo porque, del mismo modo que *Dios puede suscitar de las piedras hijos a Abraham* (3:8), también podría suscitar de las piedras alabanzas a Cristo, si las bocas de los discípulos callaran. La frase de Jesús tiene un alcance más largo, como muestra Lenski: «Jesús habla proféticamente de un tiempo en que "éstos", ciertamente cesarán de aclamarle, y entonces las piedras inertes "clamarán" ciertamente, con gritos penetrantes cuando no quede piedra sobre piedra en la misma Jerusalén. Tal grito será la voz de condenación por rechazar al Rey-Mesías. Al querer que los discípulos permanecieran en silencio, estos fariseos estaban pidiendo que este grito de las piedras empezara ya».

Versículos 41–48

El gran Embajador del Cielo hace ahora su entrada pública en Jerusalén, no para ser *respetado* allí, sino para ser *rechazado* Véanse aquí dos ejemplos del amor que tenía a esta ciudad y de la tristeza que le embargaba ante la presciencia de lo que le iba a ocurrir a Jerusalén.

I. Las lágrimas que derramó por la inminente ruina de la ciudad: «Y *cuando llegó cerca, al ver la ciudad, lloró sobre ella*» (v. 41). Desde lo alto de la colina, dominaba el panorama de la ciudad. La vista espléndida de Jerusalén, asociada con la multitud de recuerdos históricos y con sus propias experiencias personales afectó de tal modo al corazón del Salvador, que prorrumpió en sollozos. El verbo del original

no es el «derramar silencioso de lágrimas» de Juan 11:35, sino el llanto audible y clamoroso, en el que las frases de los versículos 42–44 saldrían entrecortadas. Veamos aquí:

1. Cuán tierno era el corazón de Jesucristo: tres veces le hallamos llorando; nunca riéndose.

2. Que Jesús se puso a *llorar* cuando todos los que le rodeaban estaban *regocijándose*, para mostrar así cuán poco enaltecido se sentía con los aplausos y las aclamaciones de la multitud.

3. Que *lloró sobre Jerusalén.* Hay ciudades que requieren lamento, pero ninguna tanto como Jerusalén, tan privilegiada y tan ingrata. Pero ¿por qué lloró Cristo a la vista de Jerusalén? Él mismo nos da la razón de sus lágrimas:

(A) Jerusalén no ha aprovechado el día de su gran oportunidad: *«¡Si también tú conocieses, Y DE CIERTO EN ESTE TU DÍA, lo que es para tu paz! Mas ahora está oculto a tus ojos»* (v. 42). (Para ver la importancia de la frase enfatizada, v. mi libro *Escatología II*, pp. 167–168. Nota del traductor.) Lamentablemente, la ciudad «*no conoció el tiempo de su visitación»* (v. 44). El modo de hablar de Jesús es abrupto: *«¡Si conocieses …!»;* algo parecido a lo de la *higuera* de 13:9: «Y *si da fruto …»* ¡Cuán feliz habría sido la ciudad amada si se hubiera percatado de quién, y para qué, entraba aquel día por sus puertas! Jesús culpa a la propia ciudad de la ruina inminente, y de ello hemos de sacar lecciones para nosotros mismos: (a) Hay cosas que son *para nuestra paz* cuyo conocimiento nos interesa grandemente: son las cosas que afectan a nuestro verdadero bienestar presente y futuro. (b) Hay *un tiempo de visitación* que debemos conocer y para el que debemos estar alertados; son días en que el mensaje de la Palabra penetra con fuerza en nosotros, y la gracia de Dios llama urgente e insistentemente a la puerta de nuestro corazón. (c) Los que por largo tiempo han descuidado el tiempo de su visitación, si por fin, abren los ojos y reflexionan, todo les irá bien, pues no serán rechazados aun cuando vengan a la viña *a la hora undécima.* (d) Es una gran locura, cuando los medios de gracia están al alcance de la mano desaprovechar las oportunidades que Dios nos otorga. Cuando se nos declaran las cosas que son *para nuestra paz,* ¡no les cerremos los ojos! ¡Metámoslas en el corazón! Si no las recibimos cuando es el *tiempo aceptable, el día de salvación* (2 Co. 6:2) estamos en peligro de perecer a causa de nuestro lamentable descuido. No hay peor ciego que el que no quiere ver, porque cree que ve cuando no ve (v. Jn. 9:41). (e) El pecado y la locura de quienes persisten en despreciar la gracia del Evangelio causan gran tristeza al Señor Jesús, y nos la debería causar también a nosotros. Así como Él mira con ojos nublados por las lágrimas a las almas perdidas, puesto que rehúsan arrepentirse, así también nosotros habríamos de llorar y orar, y obrar, sobre tantos semejantes nuestros que se pierden cada día.

(B) Jerusalén no escapará de la desolación que se cierne sobre ella. El día de la salvación estaba oculto a los ojos de los judíos. Es cierto que el Evangelio fue predicado después allí mismo por los apóstoles, con lo que grandes multitudes fueron convencidas y se convirtieron (v. Hch. 2:38 y ss.); pero, en cuanto al grueso de la nación y, en especial, a sus líderes, podemos decir que quedaron sellados bajo incredulidad. Por haber rechazado la gran salvación que se les ofrecía, fueron justamente entregados a la ceguera y al endurecimiento de los justos juicios de Dios: (a) Durante aquella misma generación, vinieron los romanos, *rodearon la ciudad con vallado, la sitiaron, y la estrecharon por todas partes* (v. 43); (b) más aún, Tito mandó a sus soldados *derribar a tierra y* cavar toda la ciudad hasta allanarla por completo, con la excepción de tres torres; los mismos ciudadanos *(«tus hijos dentro de ti»)* fueron cruelmente asesinados, y quedaron en el suelo al nivel de la ciudad desolada; *escasamente quedó piedra sobre piedra.* Y todo ello, *«por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación* (v. 44).

II. El celo que mostró por la presente purificación del templo:

1. Cristo lo limpió de quienes lo profanaban. Se fue derecho al templo, «y *comenzó a echar fuera a todos los que vendían y compraban en él»* (v. 45). La gloria del templo estaba en su pureza más bien que en su riqueza. Cristo explicó el motivo por el cual obraba así: *«Escrito está: Mi casa es casa de oración»* (v. 46 comp. con Is. 56:7). El templo es *casa de oración,* destinada a la comunión con Dios, los que vendían y compraban lo convertían en *«cueva de ladrones»,* a causa de los contratos fraudulentos que allí se llevaban a cabo; además, eso constituía una distracción para los que iban allí a orar.

2. En cambio Él usaba el templo de la mejor manera posible, pues allí *«enseñaba cada día»* (v. 47). Obsérvese que, cuando Cristo enseñaba en el templo, (A) los líderes religiosos sólo maquinaban persecución y muerte contra Él: *«pero los principales sacerdotes, los escribas y los principales del pueblo procuraban matarle».* (B) En cambio, el pueblo sencillo le respetaba y le escuchaba con agrado:

«todo el pueblo estaba en suspenso oyéndole» (v. 48). La palabra de Cristo mantenía arrobados a sus oyentes sencillos; y los enemigos del Señor *«no hallaban nada que pudieran hacerle»* (v. 48a). Hasta que llegara su hora, el interés que Él mostraba en el pueblo ordinario era para Él una protección, ya que ese pueblo correspondía con su atención e interés por la persona del Salvador; pero, cuando llegó su hora, la influencia de los principales sacerdotes sobre el pueblo llevó a la gente a pedir a Pilato que sentenciase a Jesús a morir en la Cruz.

CAPÍTULO 20

Cristo responde con una prudente evasiva a quienes le requerían una explicación por la limpieza que había hecho en el templo. Por su parte, Él expuso al pueblo la parábola de los viñadores homicidas. Viene luego otra de las trampas en que los principales sacerdotes y los escribas pensaban hacer caer al Señor. Defiende después ante los saduceos la doctrina de la resurrección general. Ahora es Él quien hace una pregunta a la que nadie supo responder. Termina el capítulo con la advertencia que dio a sus discípulos para que se precavieran de los escribas.

Versículos 1–8

En esta porción no hallamos nada que no se halle en los otros evangelistas, excepto en el versículo 1, donde se nos dice:

I. Que *«estaba Él enseñando al pueblo en el templo y anunciando el evangelio»*. Cristo era predicador de su propio Evangelio. No sólo nos *obtuvo* la salvación, sino que nos la *predicó* también. Con esto, honró grandemente a los predicadores del Evangelio, especialmente a los que, como Él, se adaptan bien a la capacidad de los oyentes.

II. Que sus enemigos volvieron a la carga contra Él: *«se llegaron a Él los principales sacerdotes y los escribas, con los ancianos»*. Es la única vez que en los evangelios se registra dicho verbo con referencia al Salvador, y da a entender:

1. Que pensaron tomarle de sorpresa, al presentarle la pregunta: *«cayeron sobre Él* de sorpresa»; esto es lo que el griego indica.
2. Que pensaron asustarle con la pregunta. De este episodio hemos de aprender:

(A) Que no nos ha de extrañar el que, incluso las verdades más evidentes, sean llevadas a discusión por quienes se empeñan en cerrar los ojos a la luz. Los milagros de Cristo mostraban bien a las claras *«con qué autoridad hacía Él estas cosas»* (v. 2).

(B) Quienes pongan en duda la autoridad de Cristo harán que su propia necedad quede manifiesta ante la humanidad entera. Cristo replicó a estos sacerdotes y escribas haciéndoles a su vez una pregunta acerca del bautismo de Juan: *«¿Era del cielo o de los hombres?»* (v. 4). Tal pregunta les inquietó, les derrotó y los expuso a la vergüenza delante de todo el pueblo. Ya sabían que *«era del cielo»*, pero se negaban a declararlo públicamente, porque de esta manera se condenaban a sí mismos.

(C) No es extraño que quienes se dejan dominar por el «qué dirán» y por ambiciones bastardas, detengan con injusticia (comp. con Ro. 1:18) las verdades más claras, como les pasaba a estos sacerdotes y escribas, los cuales no querían reconocer que el bautismo de Juan fuese *«del cielo»* y, por otra parte, tampoco se atrevían a mentir públicamente y decir que *«era de los hombres»*, *porque temían que el pueblo les apedreara* (v. 6). ¿Qué cosa buena puede esperarse de hombres de tal temple y maldad?

(D) Los que entierran el conocimiento que tienen, justamente merecen que se les niegue un conocimiento superior de las verdades divinas (vv. 7–8).

Versículos 9–19

Cristo expuso la presente parábola contra los que se negaban a reconocer su autoridad.

I. La parábola no añade aquí nada a lo que vimos ya en los lugares paralelos de *Mateo y Marcos* (v. Mt. 21:33–46; Mr. 12:1–12). Tiene por objetivo mostrar cómo provocó a Dios la nación judía y Dios la abandonó a la ruina. Aquí se nos enseña:

1. Que quienes disfrutan de los privilegios cristianos son como arrendatarios que tienen a su cargo el cuidado de una viña y han de pagar la renta correspondiente (v. 9). El trabajo en esta viña del Señor es laborioso, necesario y constante; pero es también agradable y provechoso. Es menester presentar al Señor los *frutos* de esta viña, y rendir los servicios que el cuidado de la viña comporta.
2. Que la obra de los ministros de Jesucristo consiste en llamar la atención de los que disfrutan de los privilegios de la iglesia, a fin de que rindan al Señor los frutos espirituales que les son exigidos. Son como los *siervos* enviados a los *labradores* (vv. 10–12).
3. Que, con bastante frecuencia los fieles siervos del Señor han encontrado resistencia y abuso de parte de muchos miembros de las congregaciones, puesto que los que rehúsan cumplir con su deber para con Dios, llevan a mal el que se les amoneste a comportarse debidamente.
4. Que Dios envió a su Hijo a este mundo a *recoger los frutos de la viña.* Los profetas hablaron como *siervos,* pero Cristo habló como *el Hijo* (v. He. 1:1 y ss.). Habría de pensarse que, al ser enviado el propio Hijo de Dios (v. Ro. 8:32; Gá. 4:4), le tendrían respeto y le entregarían los frutos que se le debían.
5. Que quienes rechazan a los fieles ministros de Dios están rechazando al propio Señor (v. 10:16). Los labradores malvados dijeron: *«Éste es el heredero; venid, matémosle»* (v. 14). Dirían entre ellos: «Si seguimos matando siervos, siempre puede tener otros de repuesto; pero si matamos al hijo único, no tiene otro hijo que enviarnos, y así podremos tomar pacífica posesión de la viña». Y, dicho y hecho, *«le echaron fuera de la viña, y le mataron»* (v. 15).
6. Que el dar muerte a Jesús colmó la medida de la perversidad de los judíos. ¿Qué otra cosa podía esperarse sino que Dios *destruyera a estos labradores?* (v. 16). Quienes viven descuidando sus deberes para con Dios no se dan cuenta del grado de su culpabilidad y de la tremenda ruina que se acarrean a sí mismos.

II. A la aplicación de la parábola, se añade en Lucas la reacción de los oyentes: *«Cuando ellos oyeron esto, dijeron: ¡Que no suceda tal cosa!»* (v. 16b). Véase en qué forma se engañaban a sí mismos con un simple *«¡Que no suceda!»,* cuando nada hacían para precaverse de la inminente catástrofe. Obsérvese ahora lo que Cristo les dijo:

1. Primero, *les miró fijamente* (v. 17a). Es un detalle que sólo Lucas nos ha conservado. Fue una mirada penetrante, escrutadora, más bien que una mirada de ternura.
2. Los confrontó a continuación con las Escrituras: *«Qué es, pues, esto que está escrito?: La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser piedra angular»* (lit. *cabeza de ángulo,* v. 17 comp. con Sal. 118:22). Dice Bliss: «Esta última frase es un hebraísmo para una piedra tan apropiada y puesta de tal manera, que al formar parte de dos paredes, las enlaza en una esquina, dando seguridad a toda la estructura». Después hallamos en Efesios 2:20; 1 Pedro 2:6 otro término todavía más expresivo: *akrogoniaios,* el cual añade, al concepto de cabeza de esquina, el de cúpula o remate (*akros* = punta), con lo que el Señor Jesús es para nosotros como una roca excavada en la que hallamos sólido fundamento y cobijo seguro.
3. Les amenazó con el terrible destino de todos aquellos que se opongan al señorío supremo que el Padre va a conferir a Jesús: *«Todo el que caiga sobre aquella piedra,* todo el que tropiece en esta piedra angular que Dios ha colocado como fundamento del nuevo santuario de Dios, *será quebrantado* en su lamentable caída; *mas sobre quien ella caiga* (sobre quien se atreva a concitar contra sí mismo *la ira del Cordero), le desmenuzará:* quedará desmenuzado, esparcido y aventado *como el tamo que arrebata el viento* del Salmo 1:4» (v. 18).

III. Finalmente, se nos dice cuán exasperados quedaron con esta parábola los principales sacerdotes y los escribas (v. 19) *«porque comprendieron que contra ellos había dicho esta parábola».* Se llenaron de furia y «procuraban *echarle mano».* Si no lo hicieron en esta ocasión, es porque *«temieron al pueblo».* Con esto mostraban que estaban dispuestos, como los malos viñadores de la parábola, a cumplir lo de: *«Éste es el heredero; venid, matémosle»* (v. 14). Cristo viene a decirles que, en lugar de *besar al Hijo* (Sal. 2:12, lit.), *le matarían.* Con su furia desmedida, vienen a responderle: «¡Sí, eso es lo que vamos a

hacer!» Así que, a renglón seguido de pedir que *tal cosa no suceda,* ya proyectan lo que va a determinar que *tal cosa suceda.*

Versículos 20–26

Tenemos a Cristo evadiéndose de una trampa que sus enemigos intentan tenderle mediante una pregunta sobre el tributo.

I. El complot que tramaron tenía por objeto *«entregarle al poder y autoridad del gobernador»* (v. 20b). Como no podían lograr sus propósitos mediante un simple recurso a los tribunales, esperaban obtener éxito si provocaban la ira del gobernador contra Él. Así había de cumplirse la palabra de Jesús de que *había de ser entregado en manos de los gentiles.*

II. Las personas de que se valieron para llevar a cabo su designio: *«Enviaron espías que se fingiesen justos, a fin de sorprenderle en alguna palabra»* (v. 20a). Así es como los lobos se visten con piel de oveja; los espías no pueden actuar a cara descubierta, sino que deben fingir. Estos espías habían de aparentar que apreciaban las enseñanzas, el denuedo y la imparcialidad de Jesús, y que deseaban recibir su consejo en un asunto delicado de conciencia.

III. Ahora vemos la pregunta que le hacen, precedida de una presentación en extremo cortés: *«Maestro, sabemos que dices y enseñas rectamente»* (v. 21). Con esta adulación, pensaban que le dispondrían favorablemente a que, incautamente, se expresase con toda libertad y sin reservas. ¡Cómo se equivocaban al pensar que así podrían influir sobre el humilde, pero infinitamente sabio, Jesús! Es cierto que *no hacía acepción de personas,* no tenía favoritismos, pero también es cierto que conocía el corazón del hombre (Jn. 2:24–25), y no se fiaba de ellos, por muy justos y amables que se presentasen. Sí, era cierto que *enseñaba el camino de Dios con verdad,* pero también sabía que ellos eran indignos de recibir la enseñanza de tal camino, puesto que, en lugar de *recibir* sus palabras, venían a *enredarle* en sus palabras. El caso que venían a consultarle era muy digno de consideración: *«¿Nos es lícito dar tributo a César, o no?»* (v. 22). Nótese ese *«Nos»,* que sólo Lucas refiere. Su orgullo y codicia les llevaba a ser remisos en el pago de los tributos, ¡y ahora vienen a preguntar si es lícito o no el pagar tributo! Ahora bien, si Cristo decía que era lícito, el pueblo lo tomaría a mal; y si decía que no era lícito, tendrían algo de que acusarle ante el gobernador.

IV. Pero Cristo evadió maravillosamente la trampa que le tendían: *«Comprendiendo la astucia de ellos»* (v. 23), no les dio respuesta directa, sino que les reprendió por la mala voluntad que mostraban hacia Él: *«¿Por qué me tentáis?»* Y, con la calma y mansedumbre que le caracterizaban, añadió: *«Mostradme una moneda»* (v. 24a). Después de mirarla, les preguntó: *«¿De quién tiene la imagen y la inscripción?»* Como si dijese: «¿Quién es el dueño de ella?» (v. el comentario a los pasajes paralelos: Mt. 22:15–21; Mr. 12:13–17). Ellos no tuvieron más remedio que contestar: *«De César».* «¡Muy bien!—vino a decirles Cristo—; entonces deberíais primero haberos preguntado si era lícito comerciar entre vosotros con lo que es de César, y admitir que os servís de ello como instrumento para vuestro negocio e interés. Así que *«dad a César lo que es de César».* Pero en las cosas sagradas, sólo Dios es vuestro Rey: «Y *a Dios lo que es de Dios».*

V. La confusión en que se hallaron ante la sabia respuesta de Jesús: «*Y no pudieron sorprenderle en palabra alguna delante del pueblo, sino que maravillados de su respuesta, callaron»* (v. 26). No pudieron menos de asombrarse de la excepcional discreción con que les respondió. Cerraron la boca y no se atrevieron a preguntarle ninguna otra cosa, por miedo a quedar nuevamente avergonzados. Muchos que se ven maravillados y confundidos por las palabras del Evangelio, carecen de la humildad y de la sinceridad necesarias para sacar provecho de *las Sagradas Escrituras, que nos pueden hacer sabios para salvación* (2 Ti. 3:15).

Versículos 27–38

I. En todas las épocas han existido hombres de mente corrompida, quienes se han empeñado en subvertir los principios fundamentales de la religión revelada, como *«los saduceos, los cuales sostienen que no hay resurrección»* (v. 27), ni estado futuro, ni mundo de los espíritus, ni estado de recompensa y castigo por lo que hemos hecho mediante el cuerpo (2 Co. 5:10). Si se niegan estas verdades, toda religión cae por su base.

II. Es cosa corriente entre los que están predispuestos a negar las verdades divinas tratar de ridiculizarlas. Así hicieron estos saduceos para debilitar la fe del pueblo en la resurrección de los muertos. Presentaron un caso en que una mujer había tenido *siete* maridos; todos ellos eran hermanos que al no dejar descendencia se sucedían unos a otros en tener aquella mujer ya que a ello les obligaba la ley del levirato (v. Dt. 25:5). El caso era fingido, sin duda alguna; porque, tras la muerte del tercero o el cuarto, qué hombre en su sano juicio se atrevería a tomarla por esposa, al ver lo que les había ocurrido a los anteriores? La pregunta de los saduceos era, de todas formas: *«En la resurrección, pues, ¿de cuál de ellos era mujer?»* (v. 33).

III. Jesús viene a decir que la condición de los hijos de Dios en el cielo, después de la resurrección, será muy diferente de la condición de los hijos de Dios en este mundo. En efecto:

1. *«Los hijos de este siglo;* es decir, en este mundo, *se casan* [ellos] y *se dan en casamiento* [ellas]». Uno de los quehaceres más obvios y necesarios en esta vida es fundar hogares y proveer para las familias. La naturaleza, el mandato de Dios y el mismo instinto nos inducen a gozarnos en la compañía de nuestra esposa y de los hijos; el matrimonio está destinado a hacer más llevadera la vida presente.

2. Pero el mundo venidero es otra cosa, es llamado también «*siglo*» (v. 35) por contraste y para resaltar sus ventajas. Jesús declara:

(A) Quiénes serán los habitantes del otro mundo: *«Los que sean tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo»* (comp. con Hch. 13:46b). No es que tengan derechos *legales,* sino la *dignidad* que el Evangelio confiere a quienes reciben la Palabra con fe y arrepentimiento. Es una dignidad que se nos confiere para glorificación, así como nos fue imputada la justicia de Dios para salvación. *Por gracia* somos hechos dignos de obtener la vida eterna. El verbo *alcanzar* insinúa cierta dificultad, no por parte de la misericordia de Dios, sino a causa de la perversidad del hombre; por eso, es menester *correr* (v. 1 Co. 9:24; Gá. 5:7; Fil. 2:16; He. 12:1) para *alcanzar aquel siglo* mediante una gloriosa resurrección.

(B) Cuál será el feliz estado de los habitantes de aquel siglo no podemos concebirlo y, menos aún, expresarlo (v. 1 Co. 2:9). Véase lo que dice Cristo aquí:

(a) Que *«ni se casan ni se dan en casamiento»*. Las nupcias son cosa de este mundo, no del otro.

(b) La primera razón que Cristo da de esta diferencia es que *ya no pueden morir* (v. 36); por tanto, no hace falta la reproducción, mediante la cual los que mueren dejan su lugar a los que nacen, con lo que se perpetúa en la tierra la especie humana. Donde no hay muerte, no se necesita sucesión. Aquí reina la muerte (Ro. 5:17), pero allí sólo reinará la vida inmortal (Ro. 2:7).

(c) Allí los seres humanos serán *«como ángeles»*. No dice que serán ángeles, pues el cuerpo resucitado y glorioso no dejará de ser cuerpo, mientras que los ángeles son espíritus incorpóreos. Lo de *«cuerpo espiritual»* de 1 Corintios 15:44 no significa que el cuerpo haya de ser convertido en espíritu, sino que será totalmente gobernado y movido por el espíritu. Así como los ángeles son una especie de *aborígenes* del cielo, pues aquella es su patria nativa, los justos resucitados serán *naturalizados* en ella, ya que, al tener allí su *ciudadanía* (Fil. 3:20), es natural que gocen de los privilegios que tal ciudadanía comporta.

(d) «Y *son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección»*. Al haber nacido de Dios (Jn. 1:13) mediante la Palabra y el Espíritu (Jn. 3:5), Dios les resucitará mediante el mismo Espíritu para que habiten allí, pues son sus herederos (Ro. 8:11, 17). Los justos son hijos de Dios, del mismo modo que los ángeles son llamados también (v. Job 1:6; 2:1, etc.) *hijos de Dios* (en cuanto a Gn. 6:2, v. el comentario en su lugar).

IV. Es una verdad indudable que existe otra vida después de ésta: *«Pero que los muertos resucitan, aun Moisés lo enseñó en el pasaje de la zarza* (v. Éx. 3:6), *cuando llama al Señor, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob»* (v. 37). Cuando Dios dijo las frases que leemos en Éxodo 3:6, Abraham, Isaac y Jacob estaban ya *muertos* para este mundo desde hacía muchos años; ¿cómo, pues, pudo decir

Dios, no «*Yo era»,* sino «*Yo soy* el Dios … de Abraham»? Por tanto, debemos concluir que Abraham, Isaac y Jacob estaban entonces en el otro mundo, *«porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos»* (v. 38). Lucas añade aquí una frase de Jesús, que sólo él nos ha conservado: *«pues para Él* [Dios] *todos viven»*. Como si dijese: «No importa lo que los hombres digan de los fieles difuntos, pues para Dios están vivos, están en su presencia y cercanía; muertos al pecado para siempre, para siempre viven para Dios», a quien para siempre *servirán reinando* (v. Ro. 6:10–11; Gá. 2:19; Ap. 22:3, 5). Y no sólo viven para Dios, sino que Dios mismo vive para ser su *escudo y su galardón sobremanera grande* (Gn. 15:1). ¡Cómo no andamos en anhelo de alcanzar aquel siglo!

Versículos 39–47

Los escribas eran estudiosos de la Ley, pues habían de exponerla al pueblo; eran hombres que gozaban de reputación y honor como «sabios», pero la mayoría de ellos eran enemigos de Cristo y de su Evangelio.

I. Aquí los tenemos que aplauden la respuesta que Jesús había dado a los saduceos: *«Respondiéndole algunos de los escribas, dijeron: Maestro, bien has respondido»* (v. 39). Hasta los escribas aplaudieron su manera sabia de responder, y admitieron que lo había hecho bien. Algunos que se precian del nombre de «cristianos» no llegan a este nivel.

II. A continuación, Lucas nos dice (también Mt. 22:46; Mr. 12:34) que *«ya no se atrevían a preguntarle nada»* (v. 40). Se había apoderado de ellos una especie de pavor ante la excepcional sabiduría que mostraba en sus enseñanzas y, especialmente, en sus respuestas. En efecto, de aquí en adelante, ya no le preguntan más sus enemigos, sino sólo sus discípulos (Lc. cap. 21 y ss.; Jn. cap. 14 y ss.) y Pilato, durante la comparecencia del Señor ante el tribunal del gobernador.

III. Ahora es Él quien les aturde y derrota con una pregunta sobre el Mesías (v. 41). Estaba claro, con base en numerosas porciones de la Escritura, que Cristo había de ser el *hijo de David;* incluso el ciego de 18:39 lo sabía, pero, por otra parte, estaba también claro que David llamó al Mesías *«mi Señor»* (vv. 42, 44), conforme al Salmo 110:1: *«Dijo el Señor a mi Señor»*. Ahora bien, si era *su hijo,* ¿cómo le llama *«mi Señor»?* Y, si era *su Señor,* ¿cómo podía ser *su hijo?* Ellos no podían hacer compatibles ambas afirmaciones. Nosotros, gracias a Dios, podemos hacerlo, pues sabemos que, en cuanto *Dios,* Jesús era el Señor de David, pero, en cuanto *hombre,* era hijo de David.

IV. Los versículos 45–47 nos describen a los escribas con los más negros colores. Cristo exhorta a sus discípulos a que *se guarden de los escribas.* Viene a decirles:

1. «No os dejéis engañar por la exhibición que ellos hacen de piedad; no os contagiéis de su espíritu; no sigáis su ejemplo.»
2. «Guardaos de ellos, no sea que os causen problemas, pues os perseguirán, os entregarán a los tribunales, os expulsarán de las sinagogas» (v. Mt. 10:17).
3. *«Guardaos de los escribas, que gustan de pasearse con ropas largas,* túnicas rozagantes distintivas de su oficio, mediante las cuales exigen respeto y reverencia, pues son orgullosos y altivos.»
4. *«Guardaos de los escribas,* pues siempre están ávidos *de ocupar las primeras sillas en las sinagogas,* los asientos de honor, y *los lugares de preferencia en los banquetes,* desde los cuales pueden ver a todos y oír todo lo que se dice y ocurre.»
5. *«Guardaos de los escribas,* pues siempre van a lo suyo, avaros y opresores, sabios en su propia opinión y menospreciadores de los demás; hacen de la religión un mero pretexto para cubrir sus maldades: *devoran,* consumen hasta dejarlas en la miseria, *las casas de las viudas, y por cubrir las apariencias hacen largas oraciones»* (v. 47).
6. *«Guardaos de los escribas,* porque es trágico el final que les espera: *ésos tendrán una sentencia más rigurosa* (lit. *más abundante*)» Los hipócritas tendrán doble condenación, porque el disimulo de la piedad es doble iniquidad.

CAPÍTULO 21

En este capítulo se nos refiere la ofrenda de la pobre viuda que mereció la admiración y alabanza del Salvador. Después, la predicción que Jesús hizo de la destrucción del templo y de la Venida del Hijo del Hombre. Termina el capítulo con una breve referencia de lo que era la ocupación principal de Cristo cada día y cada noche, así como de la asistencia de todo el pueblo a su predicación.

Versículos 1–4

La presente porción se halla también en Marcos 12:41–44. Está, pues, registrada dos veces para enseñarnos:

1. Que la *caridad* hacia los pobres es una obligación importante para todo creyente. Nuestro Señor Jesucristo no desaprovechó ninguna ocasión que tuvo para recomendarla.

2. Que Jesús tiene puestos en nosotros sus ojos para observar lo que damos a los pobres. Aun cuando estaba dedicado a la predicación, *«levantando los ojos vio* lo que se echaba en el tesoro» (v. 1). Él observa si damos mucho o poco, en proporción a la forma en que hemos sido prosperados (1 Co. 16:2). Esto debería estimularnos a ser generosos. Él ve en lo secreto y nos recompensará en público.

3. Que Jesús observa y acepta de un modo especial la caridad de los que son pobres. Los que no tienen *nada* que dar pueden todavía hacer *mucho* al servir a los pobres y ayudándoles de diversas maneras. Aquí tenemos el caso de una pobre viuda que, al echar sólo *dos monedas, echó más que todos* los ricos, en opinión del Salvador, puesto que, *de su pobreza echó todo el sustento que tenía* (vv. 2–4). Cristo no la reprende por indiscreción o prodigalidad, sino que la alaba por su liberalidad, la cual procedía de una fe firme en la providencia de Dios.

4. Que, en lo que toca a las ofrendas para el Señor, debemos estar dispuestos a *dar con alegría* (2 Co. 9:7), *conforme a nuestras fuerzas, y aun más allá de nuestras fuerzas* (1 Co. 8:3).

Versículos 5–19

Véase:

I. Con qué admiración hablaban algunos de la externa magnificencia del templo, y hacían ver a Jesús que el templo *«estaba adornado de hermosas piedras y ofrendas votivas»* (v. 5). Pensaban que el Maestro quedaría tan impresionado como ellos de todas aquellas cosas. Cuando hablamos de algún hermoso lugar de reunión, deberíamos pensar, antes que nada, en la presencia del Señor entre nosotros.

II. Por contraste, Cristo les habló de la ruina y desolación del templo, que tendría lugar no muchos años después: *«De esto que estáis contemplando, días vendrán en que no quedará piedra sobre piedra que no sea derribada»* (v. 6).

III. Ellos, entonces, mostraron gran curiosidad por saber cuándo sucedería esto: *«Maestro, ¿cuándo será esto?»* (v. 7a). Es natural el deseo de conocer el futuro, especialmente cuando no nos lleva a ello la mera curiosidad, sino el anhelo de saber cuáles son nuestros deberes ante el anuncio de tales cosas y cómo hemos de prepararnos para ellas. Por eso, ellos preguntan también: «*¿Y qué señal habrá cuando estas cosas estén a punto de suceder?»* (v. 7b). No piden una señal *presente* que confirme la predicción de Jesús, sino las *futuras* que anunciarán la inminencia del cumplimiento de la predicción.

IV. Veamos con qué claridad y lujo de detalles contesta Jesús a estas preguntas:

1. Han de esperar que aparezcan falsos Cristos y falsos profetas que usurparán el nombre y el carácter del Mesías, diciendo: «Yo soy» (lit) y: *«El tiempo está cerca»* (v. 8), es decir el tiempo en que va a ser restaurado el reino a Israel (v. Hch. 1:6). El Señor les previene: *«Mirad que no seáis engañados»*. Los más deseosos de conocer el futuro son los más expuestos a ser engañados por personas amigas de llamar la atención y conocedoras de la general propensión de los humanos hacia el sensacionalismo. Fechas, nombres, acontecimientos, se comentan, se barajan, se acomodan, sólo para satisfacer la insana curiosidad; con frecuencia, todo eso causa descrédito a las verdaderas enseñanzas de la Palabra de Dios.

Cristo advierte de nuevo: *«No vayáis en pos de ellos»*. Una cosa es cierta: Si estamos seguros de que Jesús es el Mesías y el Hijo de Dios, y de que su doctrina es el único y verdadero Evangelio de Dios, hemos de hacernos el sordo a cualquier anuncio de otros Cristos y de otros Evangelios.

2. Han de esperar grandes conmociones en las naciones: guerras, sediciones y catástrofes extraordinarias de toda clase (vv. 9–11). Dios tiene muchos medios de castigo para quienes le provocan a ira. Aun cuando en la era presente los juicios más temibles son de orden espiritual ello no impide que, a veces, Dios castigue a la humanidad con calamidades de orden temporal. Pero el Señor anima a los suyos, y les dice: *«No os alarméis»* (v. 9). En el griego clásico, este verbo indica el susto de un animal que se espanta ante algo inusitado. Es como si el Señor les dijera: «Otros se espantarán ante lo que ha de suceder, pero vosotros no debéis asustaros, sino conservar la calma, pues vuestro Padre cuida de vosotros. ¡Tened plena confianza en Él!»

3. Ellos mismos han de servir de *señal y testimonio* ante los hombres: *«Pero antes de todas estas cosas os echarán mano, os perseguirán,* etc.» (v. 12). Aquí se echa de ver, tanto el martirio glorioso de los perseguidos como el terrible pecado de los perseguidores. (Las opiniones de los exegetas se dividen en la interpretación de este capítulo. Véase lo dicho en el comentario al cap. 24 de Mateo, así como la lección 18a de mi libro *Escatología II.* Nota del trad.) En efecto:

(A) Cristo les anuncia las pruebas por las que han de pasar por causa de su nombre. Así que han de *sentarse a calcular el costo.* Como los primeros cristianos eran, en su mayoría, judíos, habían de esperar lo peor de parte de las autoridades judías: *«os entregarán a las sinagogas,* para ser azotados allí, y *a las cárceles»*. Pero eso les servirá para dar testimonio *«ante reyes y gobernadores»*. Hasta los mismos parientes les traicionarán (v. 16). Más aún: *«seréis aborrecidos por todos a causa de mi nombre»* (v. 17). Los que aborrecen la luz, por fuerza han de aborrecer también a los hijos de luz (v. Jn. 3:17–21; 1 Ts. 5:5). El mundo perverso se niega a ser reformado y, por eso, odia a Cristo y a los sinceros seguidores de Cristo. Todo esto se ha cumplido a lo largo de la Historia, ya desde el principio del cristianismo, pero en ninguno se han cumplido todas estas cosas tanto como en el Apóstol Pablo según registran el libro de *Hechos* y sus propias Epístolas. Es muy significativa la frase de Jesús a Ananías acerca de Pablo en Hechos 9:16 *«porque yo le mostraré cuánto es menester que padezca por mi nombre»*.

(B) Cristo les anima a que soporten con buen ánimo las pruebas y lleven a cabo la obra que les ha de encomendar ya que, por medio de los sufrimientos de ellos, Dios será glorificado (v. Jn. 21:19; Fil. 1:12–14; 28:29, entre otros lugares). El ser llevados ante reyes y gobernadores les dará ocasión de predicar el Evangelio ante ellos (v. Hch. 26, en especial).

(C) Les promete la asistencia divina, a fin de que no tengan que preocuparse por lo que han de decir en tales ocasiones (v. 14) porque Cristo mismo les dará *«boca y sabiduría»* (v. 15, lit.), de forma que los adversarios no sepan qué responder al testimonio que ellos les presenten. Viene a decirles: «Dios estará a vuestro lado, os ayudará, os pondrá en la boca lo que habéis de decir: *Proponed en vuestros corazones no preparar de antemano vuestra defensa;* no dependáis de vuestro ingenio y talento; no desconfiéis de la ayuda presta que os deparará la gracia divina; yo os lo prometo, *y os daré las palabras sabias,* exactas, precisas, con que habéis de dar testimonio de mí; *vuestros enemigos serán incapaces de contradeciros*» (vv. 14–15. Comp. con Hch. 6:10).

(D) Les promete igualmente que, aun cuando algunos de ellos se jugarán la cabeza por causa del Evangelio (v. Hch. 12:2, comp. con Lc. 9:9), *«ni un cabello de vuestra cabeza perecerá»* (v. 18) sin el permiso de Dios, pues todos los cabellos de vuestras cabezas están contados (12:7). Además, *«todo el que pierda su vida por causa de mí la salvará»* (9:24). No se *pierde* la vida cuando se entrega por una causa que vale más que la vida misma; y el cuerpo que cae en la tumba por el nombre de Cristo no perece, sino que es puesto a buen seguro para la resurrección del último día.

(E) Por consiguiente, el deber y el interés de todo buen discípulo de Cristo han de ser mantenidos con toda serenidad y sinceridad, con lo que la paz del alma no será turbada: *«Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas»* (v. 19). Es una promesa, no un mandamiento como algunas traducciones vierten en imperativo. *«Paciencia* aquí—dice Bliss—como es común en el Nuevo Testamento es el sufrimiento perseverante contra los obstáculos en el ejercicio de la fe.» «Poseer el alma» es, en cierto sentido, ser hombres de verdad, dominarse a sí mismo y guardar la calma interior, sin dejarse perturbar por ninguna adversa circunstancia ni ser tiranizado por los tumultos de la pasión o los primeros impulsos imprudentes del instinto. Los que disfrutan de la paz que Cristo da (Jn. 14:27), no tienen por qué turbarse ni tener miedo.

Versículos 20–28

En esta porción, Jesús les anuncia cuál será el fin que le espera a Jerusalén; será una terrible calamidad; un día de juicio, tipo y figura de lo que ocurrirá inmediatamente antes de la Venida del Señor.

I. Les predice que Jerusalén será *rodeada de ejércitos* (v. 20) y que, cuando esto suceda, su *desolación ha llegado.*

II. Les previene, mediante esta señal, para que escapen a fin de salvar la vida (v. 21): *«Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes; y los que en medio de ella, váyanse».* Los que se hallen fuera de la ciudad, no deben regresar a ella, sino que han de dejar y abandonar una ciudad que ha sido entregada por Dios a su propia ruina.

III. Les predice también que éstos serán *los días de venganza,* de justa retribución para una nación de dura cerviz rebelde a las tiernas intimaciones de Dios, *para que se cumplan todas las cosas que están escritas* (v. 22). Es día de ira, no de compasión. Días especialmente terribles para las embarazadas y las que estén criando, impedidas de escapar aprisa por causa del precioso peso que les retardará la huida (v. 23).

IV. Les predice la tremenda masacre que el pueblo sufrirá a manos de la soldadesca romana: *«caerán a filo de espada»* (v. 24). El resto será llevado a la cautividad y dispersado entre las naciones. Y, para colmo de males, *«Jerusalén será pisoteada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan»* (comp. con Dn. 12:7; Ro. 11:25).

V. Les describe el terror que se apoderará de la gente en general, pues ocurrirán terribles fenómenos astronómicos, así como en el mismo planeta, con lo que la gente será sobrecogida de *angustia, perplejidad y gran desmayo* (vv. 25–26. Este último verbo es muy expresivo, pues significa algo así como «salírseles el alma»). A tan grandes terrores por lo que estará ocurriendo, se añadirán los grandes temores por *«la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra».* Los mismos *«poderes de los cielos»,* es decir, las fuerzas misteriosas que mantienen el Universo en equilibrio, *serán conmovidos,* dislocados, como descoyuntados, toda la naturaleza parecerá sacudida y hundiéndose en ruinas ante la vista de la Segunda Venida del Hijo del Hombre. Lo que fue la destrucción de Jerusalén para los incrédulos judíos, será para los incrédulos de todo el mundo el día de la Venida del Salvador.

VI. *«Entonces verán al Hijo del hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria»* (v. 27). La *nube* que representa la gloria de la presencia de Dios o *shekinah*, será el trono y la señal del Hijo del Hombre (v. Mt. 17:5; 24:30; Mr. 9:7; 13:26; 14:62; Lc. 9:34; 21:27; Hch. 1:9; Ap. 1:7; 14:14). Será una visión de inmenso gozo y alegría para los que hayan puesto en el Señor su confianza, pero ¡qué terrible para los que hayan rechazado a Cristo y al mensaje del Evangelio! ¡Cómo temblará Caifás delante del Gran Trono Blanco, al recordar, ya sin remedio para él, el episodio de Mateo 26:62–66! ¿Y quién no temblará, si no se ha puesto a bien con Dios (v. 2 Co. 5:20), ante esta predicción?

VII. En cambio, Jesús estimula y anima a los suyos con esta misma predicción, pues ellos no tienen nada que temer; más aún deben *erguirse y mantener en alto la cabeza, porque su completa redención está al alcance de la mano* (v. 28). Para comprender el sentido del término «redención» en este contexto, véase Romanos 8:23; Efesios 1:14; 4:30 y aun 1 Corintios 1:30. Jesús no dice «Cuando todo esto haya ocurrido», sino: *«Cuando estas cosas COMIENCEN a suceder».* Cuando Cristo vino al mundo por primera vez, *vino a salvar lo perdido* (19:10). Cuando venga por segunda vez, ya no tendrá que hacer nada en cuanto a la expiación de los pecados (He. 9:28), sino que vendrá a completar la salvación, es decir, a impartir la glorificación final a cuantos le esperan, así como a tomar venganza de los que le rechazan. Los creyentes levantarán la cabeza para contemplar la hermosura del Salvador; los incrédulos desearán esconder la cabeza, *pidiendo a los montes y a las peñas que caigan sobre ellos para esconderlos* (sin conseguirlo) *del rostro del que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero* (Ap. 6:16–17).

Versículos 29–38

I. En esta porción Cristo exhorta a sus discípulos a que observen *«las señales de los tiempos»* (Mt. 16:3), para que disciernan el tiempo de la Segunda Venida. Lo hace mediante la exposición de una parábola: Del mismo modo que los brotes de los árboles indican que el invierno ha pasado y que ya ha venido la primavera, así también las señales que acaba de predecir serán el anuncio claro de que *«está cerca el reino de Dios»* (vv. 29–31). Así como en el reino de la naturaleza hay un encadenamiento de causas y efectos, así también el reino de la divina providencia está regido por una secuencia de acontecimientos que se siguen unos a otros. Cuando vemos que la ruina de los perseguidores se apresura, podemos inferir que el reino de Dios se apresura también.

II. Jesús encarga a sus discípulos a que tengan por *seguras y cercanas* estas cosas: *seguras* porque *«el cielo y la tierra pasarán* (v. Ap. 21:1), *pero mis palabras de ningún modo pasarán»* (v. 33); *cercanas: «De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca»* (v. 32). (No estará de más, sin embargo, advertir que el sentido más probable de *«esta generación»* es que se refiere a la raza judía, no a una generación de 40 años. Nota del traductor.)

III. Jesús alerta a sus discípulos contra la falsa seguridad y la sensualidad (vv. 34–35). Ésta es una advertencia aplicable a todos los creyentes de todas las épocas. Sólo podemos estar *seguros* cuando estamos *a salvo* del pecado. En todo tiempo hemos de velar para ello, pero hay tiempos que requieren una especial vigilancia. Jesús especifica aquí estos peligros:

1. El peligro de no estar alertados para la venida de aquel gran día. Es lamentable que ese día pueda venir de improviso sobre una persona, cazándole por sorpresa *«como un lazo»,* sin esperarlo ni prepararse para él.
2. El peligro de entregarse a satisfacer los deseos de la carne y permitir que el *corazón se cargue de libertinaje* (v. 34. Lit. *se vuelva pesado con la crápula) y embriaguez,* etc. Atinadamente señala Lenski: «En todos los alborotos y convulsiones del mundo, tanto como en todas las dificultades ordinarias, los hombres recurren a la bebida para ahogar sus dificultades». En Aragón se dice: «ahogar las penas en vino». ¡Qué triste es que los seres humanos busquen en las sombras de la inconsciencia un falso remedio para los males de que les acusa la conciencia! Cuando más alerta deberían estar, se sumen en el sopor; cuando más preocupados deberían estar por la salvación, se cargan de *libertinaje y de las preocupaciones de esta vida.* Este último suele ser el *lazo* peculiar de los hombres de negocios que no se preocupan de *lo único necesario.*

IV. Les aconseja que se preparen y estén listos para el gran día (v. 36). Vemos:

1. Cuál debe ser el objetivo principal que han de tener en mente: *«que sean tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre»* (v. 36). Así escaparán de todas esas calamidades y, especialmente de los pecados que causan dichas calamidades; así también podrán *estar en pie,* es decir, sin confusión e incólumes ante el tribunal del Hijo del Hombre. Para lo de *«dignos»,* véase el comentario a 20:35. El mejor modo de *ser tenidos por dignos* es ser conscientes de nuestra propia indignidad.
2. Cuál debe ser el comportamiento con que han de conducirse: *«Velad, pues, en todo tiempo orando ...».* Cuantos deseen disfrutar de gozo en aquel día, han de velar y orar: (A) Para estar en guardia contra el pecado y el peligro. (B) Para mantenerse en íntima comunión con el Señor. Sólo los que vivan una vida de oración en este mundo tendrán una vida de gloria y alabanza en el otro.

V. En los últimos versículos de este capítulo (vv. 37–38), se nos refiere brevemente cómo pasó el Señor los tres o cuatro días que mediaron entre su entrada triunfal en Jerusalén y la noche en que fue entregado:

1. *«Enseñaba de día en el templo.»* Jesús era un predicador infatigable; contra viento y marea, frente al cansancio físico y la oposición de sus adversarios que le acechaban para echarle mano Él no cesaba de proclamar el Evangelio.
2. *«Y salía a pasar las noches en el monte que se llama de los Olivos.»* Aunque en el griego clásico, el verbo «pasar la noche» significaba «dormir a la intemperie», lo más probable es que Jesús pasase la

noche, no precisamente orando *toda* la noche, sino hospedado en Betania, ya que esta villa estaba un poco más allá de la cima del Olivete.

3. Por las mañanas temprano, Jesús estaba de nuevo enseñando en el atrio del templo, adonde *«el pueblo venía para oírle»* (v. 38). Era el pueblo sencillo, no los jefes, los que venían a oír las enseñanzas de Jesús. Muchas veces, el llamado despectivamente «vulgo» tiene, para las cosas de Dios, la mente más receptiva y el gusto más refinado que los distinguidos «expertos» en los conocimientos de este mundo.

CAPÍTULO 22

Todos los evangelistas nos ofrecen sus detalles peculiares sobre la Pasión y Muerte de nuestro bendito Salvador, pero es Lucas quien añade detalles muy interesantes que no hallamos en los demás, como veremos en el estudio que sigue a continuación.

Versículos 1–6

Vemos cómo Cristo fue entregado cuando *«estaba cerca la fiesta de los panes sin levadura, que se llama la pascua»* (v. 1). Nótese:

I. El complot de sus enemigos conjurados *para acabar con Él* (v. 2): *«Los principales sacerdotes y los escribas buscaban cómo acabar con Él, pues temían al pueblo»*. Por Mateo 26:4–5, sabemos que, con toda astucia, los enemigos de Jesús planearon ejecutar sus designios después que terminara el festival y se dispersaran los peregrinos que acudían a la gran fiesta de la Pascua, pero la inesperada oferta de Judas precipitó los acontecimientos.

II. En efecto, *«uno del número de los doce», Judas Iscariote* que de Apóstol se había convertido en el más abominable traidor, escuchó la sugerencia de *Satanás* (v. 3): La entrega de Cristo fue una obra *satánica*. Quienquiera que traiciona a Cristo, o a las verdades del Evangelio, obra a las órdenes del diablo. Judas sabía muy bien cuán deseosos estaban los sumos sacerdotes de tener a Jesús en sus manos; así que se fue a ellos y se ofreció a entregarles al Señor (v. 4), con la consiguiente alegría de los enemigos de Cristo, quienes lo último que podían imaginarse era que uno de los doce más íntimos discípulos de Cristo se ofrecería a traicionar al Maestro que tal confianza había puesto en él.

III. El convenio que los sumos sacerdotes concertaron con Judas (vv. 5–6). Ellos *«convinieron en darle dinero»*, alegres con el ofrecimiento del traidor, quien también se alegraría, pues el amor al dinero era su flaco principal (v. Jn. 12:6), y el que le llevó a traicionar a Jesús. Así que Judas *«buscaba una oportunidad para entregárselo a espaldas del pueblo»* (v. 6), lo cual no le sería difícil, puesto que podría hacerlo de noche y, por otra parte, *«conocía aquel lugar* [Getsemaní], *porque Jesús se había reunido allí muchas veces con sus discípulos»* (Jn. 18:2). Así que podía señalarles, no sólo el tiempo oportuno, sino también el lugar seguro.

Versículos 7–20

I. La preparación de la Pascua, para que la comiera Jesús con los Apóstoles el preciso *«día de los panes sin levadura, en el cual se debía sacrificar el cordero de la pascua»* (v. 7). El Señor envió a Pedro y a Juan para que preparasen la Pascua (v. 8), y les dio las instrucciones necesarias para que pudieran llevar a cabo el encargo que les encomendaba (vv. 9–10): *debían seguir a un hombre que les saldría al encuentro llevando un cántaro de agua,* y este hombre les serviría de guía para entrar en la casa. Les instruyó de esta manera para enseñarles a depender de la Providencia en cada paso. Una vez que llegasen a la casa, habían de pedir al amo que les mostrase el aposento (v. 11), lo cual haría él de buena gana (v. 12). Los dos discípulos hallaron el guía, la casa y el aposento justamente *como les había dicho Jesús* (v. 13). Y allí *prepararon la Pascua.*

II. Celebración de la Pascua: *«Cuando llegó la hora,* Jesús *se sentó a la mesa, y con Él los apóstoles»* (v. 14). Los doce, sin exceptuar a Judas, se sentaron a la mesa con Él. Aun cuando Judas era culpable de un delito de alta traición, al no ser aún conocido públicamente su crimen, Cristo le admitió a la mesa junto con los demás para comer la Pascua. Obsérvese:

1. *Cómo había deseado Jesús comer con ellos esta pascua antes de padecer* (v. 15). Sabía que era el prólogo de sus padecimientos y, por eso precisamente, lo deseaba a fin de dar cumplimiento a la redención del género humano para gloria de Dios el Padre. ¿Y seremos nosotros *remisos* en servir a quien tan *decidido* estuvo para la obra de nuestra salvación? Nótese cuánto amaba a sus discípulos: deseaba comer la Pascua *con ellos,* para conversar con ellos en privado por unas horas. Iba a partirse pronto de ellos, pero estaba deseoso de comer con ellos esta Pascua antes de padecer, como si esta intimidad le confortase para ir más alegremente al encuentro de su Pasión y Muerte.

2. Cómo aprovechó esta oportunidad para despedirse de todas las pascuas: *Porque os digo que no la comeré ya más, hasta que se cumpla en el reino de Dios»* (v. 16). Vemos que esto tuvo un doble cumplimiento, y le espera todavía otro doble cumplimiento:

(A) Se cumplió primeramente cuando *«nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros»* (1 Co. 5:7).

(B) Se ha cumplido y se sigue cumpliendo siempre que se celebra la *Cena del Señor,* en la que se conmemora la muerte del Señor hasta que venga de nuevo. Todos los creyentes están invitados a esta Pascua, y puede decirse que Cristo la celebra y come con nosotros, por la comunión espiritual que mantiene con nosotros en dicha ordenanza.

(C) Como dan a entender los tres evangelistas sinópticos (Mt. 26:29; Mr. 14:25; Lc. 22:18), Jesús volverá a celebrarla en el futuro reino mesiánico milenario, según la opinión de muchos intérpretes.

(D) Ciertamente tendrá un cumplimiento final por toda la eternidad en el reino de la gloria celestial.

3. Lo que dice aquí de comer el cordero pascual, lo repite también de beber el vino pascual: *la copa de bendición* (v. 1 Co. 10:16) o de *acción de gracias,* de donde le viene el nombre griego «eucaristía» como algunos la llaman. Todo lo que precede pertenece a la cena pascual, como distingue Lucas perfectamente. La institución de la Cena del Señor viene después, pero, por Mateo 26:27; Marcos 14:23, sabemos que también en la institución de la Cena dio gracias Jesús sobre la copa.

III. Institución de la Cena del Señor (vv. 19–20). La Pascua era, por una parte, un memorial de la liberación de Egipto; por otra, un tipo profético de la muerte de Cristo en la Cruz, mediante la cual obtendríamos la libertad del pecado, de la muerte y de la tiranía de Satanás. Por eso, la Cena del Señor está destinada a recordar la muerte de Cristo hasta que Él venga.

1. El quebrantamiento del cuerpo de Cristo como sacrificio de expiación por nuestros pecados es aquí conmemorado mediante el *partimiento del pan* (v. 19. Comp. Hch. 2:42; 1 Co. 10:16; 11:24, 26): *«Esto es mi cuerpo que por vosotros es dado»,* es decir, entregado a la muerte (comp. con Jn. 3:16, Gá. 2:20b). El *pan* que como alimento básico, nos es dado para nutrir el cuerpo, es *símbolo* del cuerpo de Cristo, *«pan vivo bajado del Cielo»* (Jn. 6:51), destinado a nutrir espiritualmente nuestra alma. Partimos ese pan *«en memoria de Él».* Nótese que el griego del Nuevo Testamento usa siempre el término *«anámnesis»* = recuerdo, el *acto* de recordar, nunca *«mnemósunon»* = memorial, recordatorio, el *objeto* de recuerdo, para darnos a entender que la Cena del Señor como ordenanza y medio de gracia, no ejerce su virtualidad por lo que el pan es *en sí* (mucho menos, en una supuesta transustanciación), sino por la *fe* del creyente, suscitada por el símbolo representativo de lo que Cristo *hizo* por nosotros. Por esa *fe,* entramos en comunión espiritual (Jn. 6:63) con el fruto del quebrantamiento del cuerpo de Cristo en la Cruz (1 Co. 10:16, a la vista del contraste del contexto—comunión con los demonios—).

2. El derramamiento de la sangre de Cristo, sin el cual *no hay remisión de pecados* (He. 9:22), está representado en *la copa de vino.* Así como las uvas fueron estrujadas para formar el vino, así también Jesús fue estrujado («Getsemaní» = lugar de la prensa) de forma que toda su sangre fuese derramada para sellar así el Nuevo Pacto del Dios misericordioso con la humanidad miserable (v. 20. Comp. con He. 9:11–22). Levítico 17:11 (v. clave) declara solemnemente que sólo la sangre puede hacer *«expiación sobre el altar por vuestras almas».* Que la Cruz fue ese único *«altar»,* está explícito en Hebreos 13:10, a la vista del contexto posterior. Juan 3:14–15 nos enseña claramente, con palabras del propio Jesús, que la *mirada de fe* a ese altar es el medio subjetivo por el que nos es aplicada la gracia de la salvación (comp.

con Ef. 2:8). Quien tenga presente esta enseñanza fundamental de la Escritura no se dejará engañar por falsas doctrinas.

Versículos 21–38

En esta porción tenemos el discurso de Jesús a sus discípulos después de la institución de la Santa Cena. Lucas nos ha conservado detalles que no hallamos en los otros evangelistas; pero Juan (caps. 13–17) es el que con mayor detalle nos refiere lo que Cristo habló en esta ocasión.

I. El primer tema que aquí hallamos en su discurso es la traición de Judas.

1. Jesús les da a entender que el traidor está allí entre ellos y que es uno de los doce (v. 21). Al colocar esta parte del discurso después de la institución de la Cena, aunque en *Mateo* y en *Marcos* aparece delante, Lucas parece dar a entender que Judas participo de la Santa Cena. Sin embargo, Juan 13:30 no deja lugar a dudas de que Judas salió del Aposento Alto inmediatamente después de «*tomar el bocado»,* es decir, el pedazo de pan mojado en salsa o *charoseth*. Como puede verse también por el versículo 24, que refiere algo ya ocurrido antes de la Cena, hacemos nuestra la observación de Lenski: «Hemos visto que Lucas no tiene en cuenta la relación del tiempo en gran número de narraciones, y que arregla sus materiales de acuerdo con los contenidos de las secciones comprendidas».

2. Les predice que la traición se llevará a efecto (v. 22): *«Y en verdad, el Hijo del Hombre se va, según lo que está determinado; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado!»* Estaba determinado por Dios que Cristo muriese en la Cruz para redimirnos (v. Hch. 2:23). Además, Cristo no fue a la muerte *por la fuerza,* sino que puso su vida voluntariamente (Jn. 10:18), aun cuando lo hizo en obediencia a la voluntad del Padre. El que halle en esto alguna dificultad es que no ha comprendido todavía que la obediencia a Dios es la suprema libertad. Pero, aunque el plan de Dios se había de llevar a cabo mediante el sacrificio de Cristo, y Él mismo fue voluntariamente a la muerte, ello no es óbice para que la culpabilidad de Judas en su traición, así como el papel que Caifás, Pilato, etc., jugaron en la muerte del Señor, fuesen el mayor crimen que se ha cometido en la historia de la Humanidad. Aquí tocamos fondo en el misterioso problema de la conjugación de la acción divina con la responsabilidad humana, pero ahí están las palabras de la Escritura, y la pequeñez de nuestra comprensión no debe permitirnos poner objeciones a la infinita sabiduría de Dios.

3. Con esta declaración, Jesús provocó en sus discípulos un serio examen de conciencia dentro de sí mismos como nos consta por Mateo 26:22; Marcos 14:19. Lucas solamente refiere que *«entonces ellos comenzaron a discutir entre sí quién de ellos sería, pues, el que iba a hacer esto»* (v. 23).

II. Después, en la narración de Lucas, se refiere al altercado que surgió entre los discípulos sobre precedencia o supremacía.

1. La discusión versaba «*sobre quién de ellos parecía ser mayor*», es decir, superior en rango o autoridad a los demás. ¡Qué inexplicable contraste nos ofrece esto con lo que acabamos de leer en los versículos anteriores! Cristo había hablado de su extrema *humillación,* ellos mismos habían estado inquiriendo sobre quién sería el *traidor,* y ahora discuten sobre quién debía ser el *jefe.* ¡Cuán lleno de contradicciones está el perverso y engañoso corazón humano! (Jer. 17:9).

2. Veamos lo que Cristo dice sobre el tema de este altercado. No se muestra duro con ellos, como se merecían, sino que les muestra humildemente la culpabilidad y la necedad de tal discusión, ya que:

(A) Ello equivalía a pretender ser como «*los reyes de los gentiles*» (v. 25), o «de *las naciones*», los cuales «*se enseñorean de ellas*», es decir, gobiernan sobre ellas como «supremos señores» a quienes ha de rendirse pleitesía y obediencia incondicional (el verbo usado por Pedro en 1 P. 5:3 es todavía más fuerte ¡buen profeta!); «*y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores*» continúa diciendo Jesús. Nótese ese «*son llamados*». Uno de los Ptolomeos de Egipto era apellidado *Euergetes* = Bienhechor; *algunos emperadores romanos eran llamados* Soter = Salvador. ¡Pura adulación, hipocresía y autoexaltación!

(B) Jesús declara tajantemente: *«Mas no así vosotros»* (v. 26). Al contrario, *«el mayor entre vosotros sea como el más joven; y el que dirige* (gr. *hegoumenos:* el mismo vocablo que en He. 13:7, 17, 24, del que procede el término "hegemonía"), *como el que sirve» (diakonon).* Con estas palabras no abolía Jesús

toda «autoridad» (en sentido de «facultad delegada por el Señor») en su Iglesia, ya que Hebreos 13:17 exhorta a *obedecer y someterse a los pastores* (lit. *dirigentes),* pero daba a entender con toda claridad que no hay otra «jerarquía» que la de la humildad, el amor y el servicio a los hermanos. El único «señorío» en la Iglesia es propio del Señor de su Palabra y de su Espíritu, a los que *todos* (dirigentes y dirigidos) deben someterse. El Señor pregunta a continuación: *«Porque ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve»* (comp. con Mt. 20:28; Jn. 13:12–17). ¡El Gran Siervo de JEHOVÁ fue también el Gran Servidor de los hombres!

(C) Jesús les dice también que no tienen por qué altercar sobre honores y grandezas de este mundo, porque Él les tiene reservados un *reino,* un *banquete* y un *trono* más valiosos que todo lo de este mundo (vv. 28–30).

(a) Primero, Jesús les agradece la fidelidad con que le han seguido: *«Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas»* (v. 28). Cuando Jesús era perseguido, burlado, calumniado, allí estaban sus discípulos junto a Él, participando de algún modo en sus penas y en sus alegrías; poco era el alivio que podían, sabían o querían prestarle pero Él apreciaba el que, al menos, no le habían abandonado cómo los discípulos mencionados en Juan 6:66. ¡Cómo agradece el Señor Jesucristo todo lo que se le hace, por poco que sea! Los Apóstoles tenían muchos defectos, eran tardos para entender, débiles para ayudar, cobardes para defender; pero Jesús no tiene en cuenta nada de eso, sino sólo: *«habéis permanecido conmigo en mis pruebas»*. Cuando va a partir de este mundo, Jesús no guarda ningún resentimiento para los suyos, aun previendo que le abandonarían tras el prendimiento en Getsemaní, sino que, al conocer el interior del corazón (Jn. 2:25), sólo menciona *lo mejor* que halla en ellos. ¡Qué ejemplo para nosotros, que estamos inclinados a ver *lo peor* del prójimo!

(b) Luego les anuncia la recompensa que les tiene reservada por esa fidelidad: «*Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí*» (v. 29). No siempre van a ser súbditos; un día serán reyes (v. Ap. 22:5), pero ese reino no será como los de este mundo: será una participación del mismo reino que le ha sido asignado al Señor Jesús. En consecuencia, participarán con Jesús en el banquete mesiánico, que simboliza una felicidad inmensa y una estrecha intimidad con el Señor (v. 30). Finalmente, les conferirá una dignidad especial, pues serán jueces de las tribus de Israel. (El juicio al que se refiere aquí Jesús es, con la mayor probabilidad, el anunciado en Ez. 20:33–38; Mal. 3:2–6; Mt. 25:1–30. Nota del traductor.) El Señor no dice aquí *«doce tronos»,* en contraste con Mateo 19:28. La razón es que aquí sólo hay *once* Apóstoles, ya que Judas no cuenta, y Matías no le ha sustituido todavía. Dice Bliss: «El sentarse sobre tronos y el número doce son una parte de la estructura de su idea, pero la esencia de ella es que en el día del juicio su testimonio acerca de la verdad del Evangelio y de su poder indispensable para salvar, condenará a la masa de judíos incrédulos quienes ahora lo condenan a Él y a ellos. En este versículo está el único caso en que Jesús llama al "reino de Dios" y del "cielo", "mi reino". Él está pensando en aquel estado en que Él aparecerá como el verdadero Rey».

III. Ahora se refiere a la futura negación de Pedro.

1. Sólo en Lucas hallamos la referencia que Cristo hace al intento del diablo de zarandear a Pedro y a los demás discípulos durante la gran prueba que se aproximaba: *«Simón, Simón* (nótese la repetición, cuyo significado ya hemos explicado en otros lugares), *he aquí que Satanás ha solicitado poder para zarandearos como a trigo»* (v. 31). Notemos aquí que: (a) Pedro que solía ser como la «boca» por la que hablaban los demás Apóstoles, es aquí como el «oído» por el que los demás deben oír. Y así como Pedro se adelantaba a hablar por los demás, también se iba a adelantar en sucumbir a la tentación de Satán con su triple negación del Maestro. (b) Satanás no tiene, para tentar, otro poder que el que Dios le permite, como vemos aquí, lo mismo que en Job 1:12; 2:6. Esto ha de darnos una confianza muy grande en nuestro Dios *«que no permitirá que seamos tentados más de lo que podemos resistir, sino que proveerá también juntamente con la tentación la vía de escape, para que podamos soportar»* (1 Co. 10:13). Si sucumbimos, como Pedro, es porque no buscamos esa *«vía de escape»* que Dios provee siempre para nosotros (v. también Stg. 4:7; 1 P. 5:8–9).

2. Jesús asegura a Pedro que aun cuando va a ser un cobarde, no va a ser infiel: «*Yo he rogado por ti, que tu fe no falle»* (v. 32). Aunque los creyentes tengan muchos defectos y fallos en su conducta, es un consuelo saber que, por la intercesión de nuestro Abogado junto al Padre, la fe de los genuinos creyentes, aun cuando a veces sea sacudida, nunca quedará extinguida, porque serán *guardados por el poder de Dios*

mediante la fe para alcanzar la salvación (1 P. 1:5). (En una oración del ritual romano para recomendar el alma del creyente moribundo, se dice de él al Señor: «no ha negado tu fe». Nota del traductor.)

3. Jesús encarga a Pedro que, cuando se recobre de la caída, su fe, renovada y robustecida por la triste experiencia, le sirva para ayudar a sus hermanos cuando la fe de éstos se halle en peligro. Podemos hacernos aquí dos preguntas, muy atinadamente propuestas y resueltas por Lenski. La primera es: por qué no alcanzó esta oración a Judas. La respuesta es que la oración de Jesús es eficaz en intercesión por los suyos, pero los incrédulos obstaculizan con su maldad el efecto de la oración, aunque no se puede negar a la gracia de Dios la fuerza necesaria para vencer muchas veces la rebeldía del hombre como se ve por la conversión fulminante de Saulo (Hch. 9), en la que es muy probable que tuviese su influencia la oración de Esteban (Hch. 7:60). La segunda pregunta es: ¿por qué oró Jesús por la fe de Pedro, y no por la de todos los Apóstoles como en Juan 17:21? A esta pregunta responde así Lenski: «La respuesta no es la que dan los romanistas: porque Pedro había de ser el primer papa; y no la de muchos otros: porque fue el más connotado de los apóstoles y su líder. La respuesta es casi lo contrario. Porque él cayó profundamente, cayó como ninguno de los demás cayó; por tanto, cuando se convirtiera, era él quien podía ayudar a los otros por medio de su propia y triste experiencia, y podía hacer que la fe vacilante de los otros se afirmara de nuevo, de modo que tal fe no se perdiera, como casi se perdió completamente la suya». Es como si Jesús le dijera a Pedro: «Cuando tu fe se haya robustecido, haz lo posible para que también la de tus hermanos se robustezca; y cuando hayas hallado gracia y misericordia de Dios, anima a los demás a esperar que también ellos alcanzarán gracia y perdón». Por donde vemos que los que han caído en pecado, deben ser convertidos o *«vueltos»* (v. 32) de él; y que los que han sido restaurados por la gracia de Dios, han de hacer todo lo posible para *enseñar a los transgresores los caminos de Dios* y ayudar *a los pecadores para que se conviertan a Dios* (Sal. 51:11–13).

4. Al oír esto, Pedro declara que está resuelto a seguir a Cristo, aunque ello le cueste la vida: *«Señor, estoy dispuesto a ir contigo no sólo a la cárcel, sino también a la muerte»* (v. 33). Fue ésta una gran declaración, y no cabe duda de que Pedro la hizo con toda sinceridad, pero pensó equivocadamente que tendría *por sí mismo* la fuerza necesaria para llevarla a cabo. Es una declaración que todo creyente sincero ha de estar dispuesto a hacer, con tal de que no confíe en sus propias fuerzas, sino sólo en la gracia de Dios. Por los demás evangelistas sabemos que los demás Apóstoles hicieron las mismas protestas de fidelidad al Señor.

5. Inmediatamente, Cristo predice las negaciones de Pedro: *«Pedro, te aseguro que el gallo no cantará hoy antes que tú hayas negado tres veces que me conoces»* (v. 34). El informe más detallado y preciso de esta afirmación se halla en *Marcos* 14:30, quien, con la mayor probabilidad, lo oyó de labios del mismo Pedro. El Señor nos conoce mucho mejor que nosotros mismos. Y es una bendición para nosotros el que Jesús conozca mejor que nosotros cuáles son nuestros puntos más débiles y, por tanto, adónde acudir con gracias más abundantes.

IV. Finalmente, Jesús se refiere a la condición de los discípulos en general.

1. Les recuerda primero cómo les había ido cuando le habían servido con fidelidad: «Cuando *os envié sin bolsa, sin alforja y sin calzado, ¿acaso os faltó algo?»* (v. 35). Reconoce Jesús que les había enviado en condiciones muy precarias. Si Dios nos envía al mundo de una forma parecida, recordemos en qué condiciones fueron enviados los primeros discípulos de Cristo. A pesar de ello, no les faltó nada; ellos mismos lo reconocieron al responder al Maestro: *«Nada»*. Nos conviene refrescar a menudo la memoria, y repasar los muchos casos en que la providencia de Dios nos ha subvenido en las mayores necesidades y nos ha prevenido o sacado de los mayores apuros y dificultades. Cristo es muy buen amo, y servirle a Él es muy buen servicio; por muchos y grandes que sean los aprietos por los que sus siervos hayan de pasar, saben que han de contar con su ayuda omnipotente. Así como a ellos no les faltó nada, así también nosotros podemos estar seguros de que no nos faltará lo necesario para la vida, aunque no gocemos de muchas comodidades.

2. Les hace saber a continuación el gran cambio que se va a operar en las circunstancias que les aguardan. El que era su Maestro iba a entrar ahora en los padecimientos que con tanta frecuencia les había predicho: *«Es necesario que se cumpla todavía en mí aquello que está escrito: Y fue contado con los inicuos»* (v. 37, comp. con Is. 53:12). Estas cosas tenían que cumplirse en Él; cuando hayan sido cumplidas, dirá: *«Consumado está»* (Jn. 19:30). Es un consuelo para los cristianos que sufren, como lo fue para Cristo, saber que sus padecimientos estaban también predichos, y como los de Cristo, llegarán a

su fin: un final eternamente dichoso. Ahora debían sufrir algo, hasta cierto punto, *con su* Maestro; y cuando el Maestro partiera, habían de esperar sufrir *como* Él (v. Ro. 8:17; 2 Co. 1:7; Fil. 1:29; 3:10; Col. 1:24). No deben esperar que sus amigos y parientes se porten con ellos con la misma amabilidad de antes; por consiguiente, *«el que tiene bolsa, tómela»* (v. 36). Han de esperar igualmente que sus enemigos se porten con ellos con mayor fiereza que antes y, por eso, necesitarán proveerse de lo necesario: «… y *también la alforja»*. Jesús añade: «*Y el que no tenga, venda su manto y compre una espada»*. Hay autores, como Lenski, que interpretan literalmente lo de la «espada», para poder conseguir los víveres (y defenderse de los enemigos) por la fuerza. Pero es contrario, no sólo al contexto general del Nuevo Testamento, sino también al contexto próximo (v. 38, comp. con vv. 49–51 y, especialmente Mt. 26:52). Es, por tanto, un símbolo de la hostilidad general contra los creyentes, pues la única *espada* («espada corta» o «daga defensiva») que los cristianos han de manejar es la *«espada del Espíritu, que es la palabra de Dios»* (Ef. 6:17; He. 4:12). Si Cristo sufrió por nosotros con toda mansedumbre (Is. 53:7; 1 P. 2:21–25), nosotros hemos de tener *los mismos sentimientos* (Fil. 2:5 y ss.) y depender enteramente de la providencia de nuestro Padre Celestial; así estaremos preparados mejor que si vendiéramos el manto para comprar una espada. Vemos que los discípulos entendieron mal las palabras de Cristo y hallaron que tenían allí *«dos espadas»*. Por Juan 18:10, sabemos que una de las espadas estaba en manos de Pedro, quien la usó imprudente y peligrosamente (v. Jn. 18:26). El Señor les cortó en seco con una sola palabra: *«¡Basta!»* (Es curiosa la interpretación que de este pasaje hizo el papa Bonifacio VIII—†1303—, para afirmar que las dos espadas: el poder espiritual y el temporal, están en manos del papa, supuesto sucesor de Pedro, y que el Señor no dijo: «Es demasiado», sino: «Es suficiente». Huelga el comentario. Nota del traductor). Quienes tienen a Dios por *«escudo de su socorro y espada de su triunfo»* (Dt. 33:29), no necesitan más armas para su defensa.

Versículos 39–46

Pavoroso relato de *la agonía de Cristo en el huerto de Getsemaní.* En ella, entró Jesús en liza con los poderes de las tinieblas y los venció.

I. Lo que tenemos ante nuestra vista en la presente porción es lo siguiente:

1. Que cuando Cristo salió, *«sus discípulos* (excepto Judas quien ya se había marchado) *también le siguieron»* (v. 39). Como habían *permanecido con Él en sus pruebas* (v. 28), no le iban a dejar solo ahora.
2. Que llegó a un lugar *al que solía ir: al monte de los Olivos* (comp. con Jn. 18:2). No siempre habría ido con sus discípulos pues se nos dice en Mateo 14:23; Juan 6:15 que estaba orando en el monte *solo o a solas.* Así nos enseñaba Jesús con el ejemplo lo que había enseñado antes de palabra (v. Mt. 6:6).
3. Que exhortó a sus discípulos a *orar* que, aun cuando la prueba era insoslayable, *no entrasen en tentación* (v. 40). Causa tristeza el ver que ellos no obedecieron y se dejaron vencer del sueño (vv. 45–46).
4. Que Él *«se apartó de ellos a una distancia como de un tiro de piedra»* (v. 41a). Mateo 26:36 y siguientes y Marcos 14:32 y siguientes añaden nuevos detalles. En cambio, Lucas dice que Jesús *«oraba puesto de rodillas»*, quizás antes de *postrarse rostro en tierra,* según refieren Mateo y Marcos (Juan no menciona la agonía del huerto sólo vemos una leve referencia en 12:27).
5. La petición al Padre (v. 42) coincide fundamentalmente con el relato de Mateo y Marcos: Jesús se somete a la voluntad del Padre, a pesar de la repugnancia que su naturaleza humana sentía hacia los padecimientos que se aproximaban.
6. Que los discípulos estaban *durmiendo* mientras el Maestro estaba *orando* (v. 45). Aun cuando los discípulos desobedecieron de una manera tan indigna a la exhortación de Jesús véase el detalle delicado, que no hallamos en los otros evangelistas, de que estaban durmiendo *«a causa de la tristeza»*. Esto nos enseña a no echar a mala parte las debilidades de nuestros hermanos, sino a excusar con amor (v. 1 Co. 13:7), cuando no hay evidencias en contra, los defectos ajenos.
7. Que, cuando les despertó del sueño, continuó exhortándoles a *orar* (v. 46). Siempre que nos encontremos metidos en tentación por no velar ni orar, es menester que *nos levantemos y oremos,* diciéndole al Señor: «Padre, ayúdame en esta hora de necesidad».

II. Hallamos en esta porción tres detalles que no se encuentran en los demás Evangelios:

1. Que, cuando Cristo entró en la agonía, *«se le* apareció *un ángel del cielo para fortalecerle»* (v. 43). Aunque no fue librado de los sufrimientos, fue *fortalecido y consolado* para que los soportara, no sólo con resignación, sino con *gozo* (comp. con Is. 53:11; He. 12:2), lo cual arroja una luz enorme para entender Hebreos 5:7b *«fue oído a causa de su piedad».* Recordemos que Cristo poseía una naturaleza humana como la nuestra, excepto el pecado; por consiguiente, su actitud de cada momento estaba influida por el juego de las motivaciones psíquicas, en las que el Espíritu Santo actuaba de un modo decisivo (v. He. 9:14, según la interpretación más probable). Esto nos enseña que Dios proporciona y equilibra el peso de la carga conforme a la fuerza de nuestros hombros, por lo que no tenemos razón para quejarnos, sea cual sea la prueba por la que nos haga pasar. Los ángeles ministraban al Señor durante sus pruebas y sufrimientos. Pudo haber tenido a su disposición legiones de ángeles para que le rescataran de aquella «hora» pero sólo hizo uso de ellos para que le *fortalecieran.*

2. *Que, «estando en agonía, oraba más intensamente»* (v. 44). Conforme su pavor y su tristeza iban en aumento, su oración se hacía más intensa. La oración nunca está fuera de sazón, pero es especialmente necesaria cuando estamos en gran aprieto y cuanto más agudo sea el conflicto, tanto más fervientes y frecuentes han de ser nuestras oraciones.

3. Que, en esta agonía, *«era su sudor como grandes gotas de sangre engrumecidas que caían sobre la tierra»* (v. 44b). Discuten los exegetas sobre el sentido de estas frases. Dice acertadamente Bliss: «Este fenómeno no consistió solamente en sudor ni solamente en sangre. Esto queda suprimido por la palabra *como,* lo primero, por el hecho de que habría muy poca fuerza en comparar al sudor con la sangre, con respecto meramente a su forma como de gotas, o en cuanto a su tamaño. Es el color también, causado por el filtrarse la sangre a través de la piel, coagulándose como tal, de modo que el sudor fue semejante a cuajarones de sangre *(thromboi*, de donde viene "trombosis". Nota del trad.), no meramente *gotas,* que ruedan hacia el suelo». (En mi libro *La Persona y la Obra de Jesucristo,* pp. 186–187, digo lo siguiente: «Es muy de notar que Lucas refiere el sudor de sangre no *antes,* sino *después* de la llegada del ángel para confortar a Jesús. Por donde vemos que este sudor singular fue efecto de una reacción tremenda, por la que la sangre que se había retirado al corazón, como ocurre en todos los casos de pavor al agudizarse el clímax de la agonía, con la compensación del consuelo angélico, se vino en tremendo rebote hacia la periferia, lo que hizo saltar las plaquetas y colarse finalmente a través de la epidermis» (Nota del traductor.) No es el único caso en que tal fenómeno ha ocurrido, pero en el caso del Salvador es una muestra del extremo a que llegó su agonía, del mismo modo que su amor había llegado también *al extremo* (v. Jn. 13:1). No nos ha de extrañar, a la vista de este amor, que Pablo diga: *«Si alguno no ama al Señor Jesucristo, sea anatema»* (1 Co. 16:22. Y lo escribe de su propia mano—v. 21).

Versículos 47–53

En esta porción vemos:

I. La forma en que Judas consuma su traición. *«Mientras Jesús estaba todavía hablando»,* se presentó un grupo de gente, a cuya cabeza iba Judas (v. 47). Ellos no habrían sabido dónde hallar a Jesús, pero Judas se encargó de conducirlos hasta el lugar en que Él se hallaba; cuando llegaron allá, siendo de noche, no habrían acertado fácilmente a identificarle pero Judas les había dicho que: «*Al que yo bese, ése es; prendedle»* (Mt. 26:48). Así que *«se acercó hasta Jesús para besarle».* Tanto Mateo (26:49) como Marcos (14:45) dicen que Judas *besó efusiva (o aparatosamente)* a Jesús; sin duda, para señalarle claramente y para dar tiempo a que le apresasen prontamente. Lucas calla este detalle, pero en cambio, nos ha conservado la frase de Jesús a Judas: *«Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?»* (v. 48), frase que no hallamos en los otros evangelistas. ¿Y va a ser uno de sus discípulos el que le entregue? ¿Y precisamente con un beso? ¿Puede darse mayor desecración y abuso de una señal de afecto?

II. Los esfuerzos que hicieron sus discípulos para protegerle: «*Viendo los que estaban con Él lo que había de acontecer, le dijeron: Señor, ¿heriremos a espada?»* (v. 49). Como si diijesen: «Nos has permitido tener dos espadas, ¿haremos ahora uso de ellas?» Pero estaban demasiado nerviosos y acalorados para esperar la respuesta. Pedro arremetió contra uno de los criados del sumo sacerdote con la clara intención de abrirle la cabeza, pero erró el golpe, y *le cortó la oreja derecha* (v. 50, comp. con Jn. 18:10). Los otros evangelistas nos refieren la reprensión que Jesús dio a Pedro por esto, pero Lucas nos dice:

1. La moderación y mansedumbre con que Cristo reaccionó: *¡Dejad! ¡Basta ya!»* (v. 50a). Quizás es ésta la única traducción que hace sentido, pues la frase griega es muy concisa y enigmática. Puede significar dos cosas: (A) «Basta de intentar defenderme por estos medios»; más probablemente: (B) «Permitidme aun esto» (dicho a los que venían a prenderle).

2. La bondad con que sanó la herida producida por Pedro: «*Y tocándole la oreja, le sanó»* (v. 50b). Ya fuera que la oreja quedase desprendida o colgando de la piel, Jesús la restauró sana en su lugar. Cristo nos enseñó así a devolver bien por mal, al usar su poder para *curar* al enemigo, en lugar de *destruirle.* Malco llevaría hasta su muerte, en la cicatriz de la oreja curada, el recuerdo de la bondad y del poder de Cristo. ¿Le serviría de algo para la vida eterna? No lo sabemos. Fue probablemente a raíz de este milagro de Jesús que mostraba su disposición a no resistirse a ser prendido y llevado a la muerte, cuando sus discípulos huyeron y le dejaron solo.

III. Vemos a continuación la forma en que Jesús quiere hacer ver a quienes venían a prenderle lo absurdo de aquel alarde de fuerza (vv. 52–53). Lucas nos refiere que Jesús se dirigió *«a los principales sacerdotes, a los jefes de la guardia del templo y a los ancianos»* (v. 52). Así que todos ellos eran «gente de iglesia», como diríamos hoy, guardas y oficiales del templo. ¡Y en qué servicio estaban empleados ahora!

1. Cristo trata de razonar con ellos acerca del modo con que actúan. ¿Qué motivo había para venir contra Él a medianoche *con espadas y palos?* Sabían que Jesús no era de los que se defienden violentamente. ¿Por qué venían contra Él *«como contra un ladrón»?* Sabían que Jesús no era de los que se solían esconder, pues *«estaba cada día en el templo»* (v. 53), en medio de ellos.

2. A continuación les explica el motivo por el cual está ocurriendo todo esto: *«Pero ésta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas»*. Como si dijese: «Por duro que parezca todo esto, me someto a ello, pues así está determinado para mí. Ahora es cuando *al poder de las tinieblas,* al príncipe de las tinieblas, Satanás, le es permitido su último intento contra mí. Dejemos que consume su perversidad». Si así atacó Satanás a Jesús, no nos ha de sorprender que nos ataque también a nosotros (v. 1 P. 5:8–9), pero sabemos que, así como Cristo le venció, también nosotros le venceremos, si le resistimos con fe (comp. con Stg. 4:7).

Versículos 54–62

Triste episodio de las negaciones de Pedro. Por la forma en que Lucas se expresa, parece ser que los que arrestaron a Jesús, aprensivos por el milagro que acababan de presenciar y con prisa de tenerle a buen recaudo, se apresuraron con cierta confusión a llevarle al tribunal del sumo sacerdote. Juan aporta más detalles que los sinópticos a este respecto. Parece ser que Anás y Caifás vivían en la misma casa, de modo que era fácil llevar al Señor de un aposento a otro sin salir a la calle. «Y *Pedro seguía de lejos.»*

I. Caída de Pedro.

1. Ya comenzó mal, por seguir a Cristo *de lejos.* Pensó quizá que, con este método, satisfacía a su conciencia *siguiendo a Jesús,* a la vez que salvaba su reputación siguiéndole *de lejos.*

2. Siguió peor pues se juntó con los enemigos de Jesús, los criados del sumo sacerdote: «Y *después de encender fuego en medio del patio, y de sentarse juntos, Pedro se sentó entre ellos»* (v. 55), como si fuera uno de ellos. En tales circunstancias, el peligro de caída era inminente y previsible, pues al adverso ambiente se unía la cobardía y la depresión interior de Pedro.

3. Acabó pésimamente. A la simple observación de una criada, Pedro negó abiertamente a Jesús, pues declaró que no le conocía (vv. 56–57). Poco después uno de los hombres que allí estaban dijo: «*Tú también eres de ellos»*. Pedro volvió a negar (v. 58). Por tercera vez, *«Pasada como una hora, otro insistía diciendo: Verdaderamente también éste estaba con Él, porque también es galileo»* (v. 59). Pedro negó por tercera vez (v. 60). Por Mateo 26:73 sabemos que *«su manera de hablar le descubría»*. Pedro no pudo ocultar su acento galileo. Mateo y Marcos añaden que esta tercera vez, Pedro añadió maldiciones y juramentos a su negación, en su esfuerzo desesperado por convencer a los presentes que no le ligaba ninguna relación con Jesús.

II. Recuperación de Pedro. Véase también cuán rápida y dichosa fue la forma en que Pedro se recobró de su caída:

1. *El gallo cantó* (por segunda vez), *«mientras él todavía estaba hablando»* (v. 60), como Cristo le había predicho. Esto despertó a Pedro de su letargo espiritual y le hizo reflexionar. Es admirable cómo la providencia de Dios se sirve muchas veces de circunstancias al parecer insignificantes para hacer que los creyentes *vuelvan en sí.*

2. *«El Señor se volvió y miró a Pedro»* (v. 61). Sólo Lucas nos ha conservado este precioso detalle. Aunque Pedro acababa de negarle tres veces, y Él mismo se hallaba como reo ante el tribunal del sumo sacerdote, Jesús, olvidado de sí como siempre, y al pensar solamente en Pedro, se dignó dirigirle una mirada de tristeza y de ternura, lo suficiente para llegarle a Pedro al corazón. Aunque Pedro acababa de negar a Jesús, Jesús no iba a negar a Pedro. ¡Qué consuelo es para nosotros saber que, *aun cuando nosotros seamos infieles, Él permanece fiel* (2 Ti. 2:13). Bastó una mirada de Jesús para enternecer a Pedro. Sólo Pedro podía conocer el alcance de esta mirada:

(A) Era una mirada de *reconvención,* como si dijese: «¿De veras que no me conoces, Pedro? Pues yo sí te conozco a ti. ¿Y cómo has podido negarme, precisamente tú, que fuiste el primero en confesarme como a Mesías e Hijo de Dios, y que prometiste, antes y más solemnemente que los otros, que no me negarías?

(B) Era una mirada de *compasión,* como si dijese: «¡Pobre Pedro! ¡Cómo has caído! ¿Qué sería de ti si no te ayudase yo a levantarte?»

(C) Era una mirada de *dirección,* pues así guiaba Jesús con la vista a Pedro para que se retirase a reflexionar por unos momentos sobre lo que acababa de hacer.

(D) Era una mirada de *gracia.* El canto del gallo no habría sido suficiente para suscitar el arrepentimiento de Pedro, a no ser por la gracia que Cristo podía conferir para que el corazón de Pedro se diese completamente la vuelta.

3. *«Pedro se acordó de la palabra del Señor, como le había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces»* (v. 61). Todo buen arrepentimiento comienza por un *recuerdo* (comp. con 15:17; Ap. 2:5, etc.). Este recuerdo será, cuando no haya remedio, uno de los mayores tormentos del Infierno (v. 16:25).

4. «Y *saliendo afuera, lloró amargamente»* (v. 62. V. el comentario a Mr. 14:72, para mayor detalle). Una sola mirada de Cristo hizo que el corazón de Pedro se derritiera en lágrimas de arrepentimiento por su pecado.

Versículos 63–71

I. Ahora vemos de qué forma tan inhumana trataron a Jesús los criados del sumo sacerdote: *«se burlaban de Él y le golpeaban»* (v. 63). Los sufrimientos de Él servían de juego burlón a los que le tenían preso: «Y *vendándole los ojos, le golpeaban el rostro y le preguntaban, diciendo: ¡Adivina!* (lit. *profetiza) ¿Quién es el que te ha golpeado?* (v. 64) ¡Cuán fácil le habría resultado a Jesús decirles quién era el que le golpeaba! ¡Qué tentación tan grande! Pero Jesús estaba decidido a someterse al plan del Padre. Lucas añade que *«le decían otras muchas cosas injuriándole»* (v. 65).

II. Cómo fue acusado y condenado ante el gran Sanedrín, el cual constaba de *«los ancianos del pueblo, de los principales sacerdotes y de los escribas»* (v. 66). Tuvieron prisa en reunirse tan pronto como *«se hizo de día»,* para proseguir con el intento que llevaban entre manos. No se habrían levantado tan temprano para ninguna obra buena.

1. Le preguntaban: *«Si tú eres el Cristo, dínoslo»* (v. 67). Le urgen a que se identifique claramente y sin rodeos. Dice Lenski: «Esta es parte de la pregunta que le fue formulada por Caifás en la noche (Mt. 26:63). Él había contestado afirmativamente a tal pregunta, y sobre tal afirmación había sido decretada su muerte. Pero el asunto es ahora enteramente distinto cuando se divide la pregunta y a Jesús se le interroga sólo en cuanto a si Él es "el Cristo", el Mesías. Afirmar o negar esta pregunta no es en manera alguna confirmar o retractarse de la respuesta que Jesús dio en la sesión de la noche. La pregunta se hace para que el Sanedrín pueda oír ahora, una vez más, la respuesta, y pueda así saber si ha de confirmar o no su primer veredicto».

2. Jesús se queja justamente de que la forma en que llevan el juicio hace inútil el que Él procure responderles, pues bien se ve que no están dispuestos a creerle: *«Si os lo digo, de ningún modo lo creeréis»* (v. 67). Como si dijese: «¿Para qué voy a responder sobre lo que ha sido ya prejuzgado? Y *también si os pregunto* qué tenéis que objetar a las pruebas abundantes que ya he presentado o haya de presentar, *no por eso me responderéis ni me soltaréis»* (v. 68).

3. A continuación, Jesús vuelve a referirse a su Segunda Venida como prueba suprema y última de su gloria y de su poder mesiánicos: *«Pero desde ahora en adelante el Hijo del Hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios»* (v. 69). Como si dijese: «Entonces no tendréis necesidad de preguntarme si soy el Cristo o no».

4. De aquí pudieron ellos inferir que Jesús se tenía por el Hijo de Dios, y le preguntaron: «¿Luego *tú eres el Hijo de Dios?»* (v. 70). Él se había llamado a sí mismo el *Hijo del hombre,* refiriéndose a la visión de Daniel (Dn. 7:13–14), pero ellos vieron que esto era algo más que una afirmación de mesianismo, y entendieron que no sólo se tenía por *Hijo del Hombre,* sino también por *el Hijo de Dios.*

5. Jesús no se calla ante la pregunta, sino que abiertamente se declara el Hijo de Dios: «Y *Él les dijo: Vosotros lo decís; lo soy»* (v. 70b). Como en otras ocasiones, la expresión significa: «Así es, como vosotros mismos decís».

6. Ante esta confesión abierta, el gran Sanedrín confirma el veredicto de la noche anterior: *«Entonces ellos dijeron: ¿Qué necesidad tenemos ya de testimonio?, porque nosotros mismos lo hemos oído de su boca»* (v. 71). Si Él mismo lo declara abiertamente, no necesitan de testigos, pues nadie requiere testigos para probar lo que el propio reo confiesa. Ellos tenían bastante con lo que consideraban una blasfemia digna de muerte. Pero esta acusación de nada les había de servir ante el tribunal del gobernador.

CAPÍTULO 23

Este capítulo continúa y concluye la historia de los padecimientos y muerte del Salvador. Aquí tenemos detalles sumamente interesantes que sólo Lucas nos ha conservado y merecen especial consideración.

Versículos 1–12

Nuestro Señor fue condenado por blasfemo ante el tribunal religioso de la nación. Pero sus enemigos sabían muy bien que no podrían conseguir que fuese condenado a muerte por ese motivo. Así que siguieron otro procedimiento.

I. Le acusaron ante Pilato: *«Levantándose entonces la muchedumbre de ellos, le condujeron a Pilato»,* y demandaron que se le condenara a muerte no como blasfemo (esto no habría servido ante el tribunal romano), sino como desafecto al régimen político, lo cual (¡tremenda ironía!) no era para los acusadores ningún crimen en absoluto.

1. Notemos el delito que alegan contra Él (v. 2). Lo presentan: (A) Como un sedicioso que solivianta al pueblo contra César. Es cierto, y Pilato lo sabía que era general el desasosiego del pueblo bajo el yugo del poder romano; pero los enemigos de Jesús querían persuadir a Pilato de que el Salvador era un gran fautor del descontento general: *«Hemos hallado a éste pervirtiendo a la nación».* Cristo había dicho claramente que *se había de pagar tributo a César* y, sin embargo, se le acusa ahora falsamente de *prohibir dar tributo a César.* Por aquí vemos que cuando hay mala intención, la inocencia no es una firme barricada contra la calumnia. (B) Como rival de César, aunque lo cierto es que lo rechazaban porque no se había ofrecido a hacer nada contra César; sin embargo, le acusan de decir *«que Él mismo es Cristo rey».*

2. Lo que Jesús declaró a Pilato: *«Entonces Pilato le preguntó, diciendo: ¿Eres tú el rey de los judíos?»* (v. 3). *A lo* que Jesús respondió: «*Tú lo dices»,* esto es, «así es, como tú lo dices». El reino de Cristo tiene raíces espirituales y no se interfiere en la jurisdicción de César. Todos cuantos conocían a Jesús sabían que nunca había intentado hacerse rey de los judíos en competencia con César.

3. Pilato vio clara la inocencia de Jesús: «Y *Pilato dijo a los principales sacerdotes y a la gente: Ningún delito hallo en este hombre»* (v. 4).

4. Pero ellos continuaron en su furia ultrajante contra Jesús (v. 5). En lugar de aplacarse ante la moderación de Pilato, quien ningún delito veía en el Salvador, se exasperaron todavía más ante la declaración que el gobernador había hecho de la inocencia de Jesús. Es evidente que no tenían ningún cargo particular de qué acusarle, pero estaban resueltos a proseguir el proceso con toda audacia y confianza: *«Pero ellos porfiaban diciendo: Solivianta al pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí»* (v. 5). No soliviantaba, sino que estimulaba al pueblo a todo cuanto es virtuoso y digno de alabanza. Enseñaba, pero no podían acusarle de que enseñase nada que tendiera a perturbar la paz pública.

II. Después le llevan a Herodes (vv. 6–12).

1. Pilato, *«al percatarse de que era de la jurisdicción de Herodes, le remitió a Herodes»* (v. 7). Como los acusadores habían mencionado Galilea (v. 6), esto le sirvió al gobernador para intentar quitarse de encima este enojoso caso y cargárselo a Herodes, que por aquellos días se encontraba en Jerusalén (v. 7).

2. Herodes se alegró mucho de que se lo trajeran, pues tenía muchos deseos de verle (v. 8), no para aprender de Él y recibir el Evangelio, sino para satisfacer su curiosidad con la esperanza de que Jesús obrase algún milagro en su presencia. *Así* que *«le hacía muchas preguntas, pero El nada le respondió»* (v. 9). Jesús no hacía los milagros para satisfacer la curiosidad del público, no practicaba la magia. Si el mendigo más menesteroso le hubiese rogado un milagro para sacarle de la necesidad, no se lo habría negado; pero a este orgulloso y corrompido monarca, no le dirigió ni una sola palabra. Herodes podía haber visto los milagros de Jesús en Galilea, pero no le interesó entonces; ahora que quería verlos, le eran negados, pues no había conocido el día de su visitación. Los milagros de Dios no son una baratija al alcance de los potentados de este mundo.

3. Los perseguidores de Jesús le acusaron también ante Herodes: «Y *estaban los principales sacerdotes y los escribas acusándole con gran vehemencia* (v. 10); es decir, a porfía y con desvergüenza, como indica el vocablo griego.

4. Herodes al ver que Jesús no le hacía ningún caso, le trató con todo desprecio, vistiéndole *«de una ropa espléndida»,* no como regalo de aprecio, sino en son de burla, como a un loco que se finge rey. Del texto no puede colegirse el color de la ropa, pero puede pensarse que sería rojo púrpura pues éste era el color de la nobleza y de la realeza. Así enseñaba Herodes a los soldados de Pilato cómo habían de tratarle después.

5. Sin acompañarle de ninguna nota, Herodes remitió a Jesús al gobernador, lo cual sirvió para que se hicieran *«amigos Pilato y Herodes aquel día; porque antes estaban enemistados entre sí»* (v. 12, comp. con Hch. 4:27). La historia se repite: Los enemigos públicos y privados se coligan para oponerse a Dios, a Cristo y al Evangelio (v. Sal. 2:2). Lo paradójico es que tanto Pilato como Herodes no tuvieron más remedio que reconocer la inocencia de Jesús; en esto estuvieron de acuerdo, al haber estado enemistados por otros motivos.

Versículos 13–25

Ahora tenemos a Jesús menospreciado y ultrajado por las turbas, y llevado al patíbulo entre el alboroto popular.

I. Pilato declara solemnemente que a su parecer, Jesús no ha hecho cosa alguna digna de muerte ni aun de prisión. Pero si de veras lo creía debía haberle soltado sin más. Era, sin embargo, un hombre perverso y cobarde; por no desagradar al pueblo, cometió contra Jesús la más flagrante injusticia. Al convocar a los líderes del pueblo, declaró que ni él ni Herodes habían encontrado en Jesús nada digno de condenación (vv. 13–15).

II. Por consiguiente, se propone soltarle: *«Le soltaré, pues, después de castigarle»* (v. 16). Véase la extraña lógica de Pilato: «Es inocente; luego voy a castigarle». Con estas medias tintas a caballo entre la sentencia de muerte y la inmediata suelta del preso, piensa que los acusadores quedarán satisfechos con

unos cuantos azotes aun cuando no habría sido el primer caso en que un reo falleciese a consecuencia de una prolongada flagelación.

III. Para soltarle sin dificultad, Pilato recurre a una costumbre: *«Tenía necesidad de soltarles uno en cada fiesta»* (v. 17); es decir, en cada Pascua. A pocos metros de donde Pilato y Jesús estaban se hallaba preso un famoso criminal: *«Barrabás, el cual había sido echado en la cárcel por sedición ocurrida en la ciudad y por un homicidio»* (vv. 18–19). Pilato pensó que, en la alternativa, el pueblo pediría que les soltase a Jesús. Pero el cálculo le salió mal al gobernador. Ante su asombro, el pueblo le pidió que les soltase a Barrabás (v. 18). Ante la insistencia de Pilato en querer soltar a Jesús, la gente persistía y gritaba contra Jesús: *«¡Crucifícale, crucifícale!»* (v. 21).

IV. Por tercera vez quiso Pilato razonar con ellos con intención de soltar a Jesús (v. 22). *«Mas ellos instaban a grandes voces, pidiendo* [ya no rogaban, sino que demandaban] *que fuese crucificado. Y las voces de ellos y de los principales sacerdotes prevalecían»* (v. 23); es decir, comenzaban a tener más fuerza los gritos que las razones. El tiempo imperfecto da a entender que los acusadores de Jesús no habían ganado todavía la batalla. Entre el versículo 23 y el 24, es preciso intercalar todo lo que Juan detalla en Juan 19:1–15.

V. Por fin Pilato cedió y pronunció la sentencia que los enemigos de Cristo deseaban con tanto afán: *«Entonces Pilato sentenció que se hiciese lo que ellos pedían»* (v. 24). Lo cual se repite en el versículo 25, con la circunstancia agravante de la suelta de Barrabás: «Y *les soltó a aquel que había sido echado en la cárcel por sedición y homicidio, a quien habían pedido; y entregó a Jesús a la voluntad de ellos»*. No pudo hacer cosa más bárbara que entregar a Jesús *«a la voluntad de ellos»*, ya que sabía cuán terrible y perversa era esa *voluntad.*

Versículos 26–31

Es de notar la presteza con que se llevó a cabo el juicio de Jesús. Fue llevado ante el Sanedrín *«cuando se hizo de día»* (22:66); después, a Pilato luego, a Herodes; de nuevo, a Pilato; vemos después la lucha entre el gobernador y los acusadores de Jesús, con los diversos procedimientos que usó Pilato para ver de soltarle; el diálogo repetido con Jesús; la flagelación, la coronación de espinas y la burla que los soldados hicieron de Jesús; y, «a la hora sexta»; es decir, entre las nueve y las doce de la mañana, ya le vemos en la cruz. Esto quiere decir que, en el espacio máximo de seis horas, se llevó a cabo todo el proceso. Podemos decir que, en el proceso de Jesús, se batieron todas las marcas de injusticia y de velocidad. Al llevarlo al Gólgota, hemos de notar:

I. Un personaje al que mencionan los cuatro evangelistas: «Y *cuando lo llevaban, tomaron a cierto Simón de Cirene, que venía del campo, y le pusieron encima la cruz para que la llevase tras Jesús»* (v. 26). Era costumbre que los ajusticiados llevasen su propia cruz hasta el lugar del suplicio. En este caso, no fue por compasión, sino por temor de que se les muriese en el camino, por lo que los enemigos de Jesús hicieron que Simón llevase la cruz, después que el cortejo había pasado la puerta de la ciudad, como sabemos por Mateo. Dice Lenski: «Estamos en lo cierto al creer que Jesús cayó bajo el peso de la carga; se desplomó tan completamente que aun sus ejecutores vieron que ni sus golpes ni sus maldiciones podían mantenerle en pie». Y, para ellos, habría sido una verdadera lástima no verle morir en la Cruz.

II. Sólo Lucas menciona el episodio que sigue a continuación (vv. 27–31). No todos eran enemigos de Jesús: «Y *le seguía gran multitud del pueblo, y de mujeres que se dolían y se lamentaban por Él»* (v. 27). Como hace notar Lenski, estas mujeres no eran precisamente discípulas de Jesús: se lamentaban de Él como se hace duelo de alguien que ya está muerto, pero no lloraban por los pecados de los gobernantes, ni por los de la nación, ni siquiera por sus propios pecados. Hay muchos que se lamentan de los sufrimientos de Cristo, pero no le aman de veras ni creen en Él para salvación (basta con presenciar las famosas procesiones de Semana Santa en España. Nota del traductor). Cristo se volvió hacia estas mujeres y les dijo que no se lamentaran por Él, sino por ellas mismas (v. 28).

1. «*Hijas de Jerusalén»*—les dice—, no de Galilea sino de la capital de Judea; *«cesad de llorar por mí»* (lit. de acuerdo con la regla del presente), *«sino dirigid ese llanto hacia vosotras mismas y hacia*

vuestros hijos.» Cuando, con los ojos de la fe, vemos a Jesús en la Cruz, debemos llorar, no por Él, sino por nosotros, pues la cruz de Cristo no está destinada a suscitar en nosotros sentimientos de lástima, sino lágrimas de arrepentimiento por nuestros pecados, y de fe gozosa por el perdón que, a la vista de ese sacrificio, se nos pone al alcance de la mano (v. 2 Co. 5:19–21). La muerte de Cristo significaba la victoria sobre nuestros enemigos, y nuestra libertad del pecado, de la muerte y del Infierno, con el rescate de una vida eterna para nosotros (1 P. 1:18–19).

2. A continuación, Jesús explica a estas mujeres la razón por la que deben llorar por ellas mismas y por sus hijos: Se acercan horas particularmente tristes para los judíos de aquella generación. Hacía poco que el Maestro había llorado sobre Jerusalén (19:41–44) y ahora les pide a estas mujeres que hagan lo mismo. Jesús predice la caída de la ciudad y lo hace mediante dos dichos proverbiales que expresan algo extremadamente terrible: quedar sin hijos y ser sepultadas vivas: (A) *«Porque he aquí que vendrán días en que dirán: Dichosas las estériles, y los vientres que no concibieron y los pechos que no criaron»* (v. 29). Envidiarán precisamente lo que toda mujer judía temía sobremanera: la esterilidad.

(B) *«Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados: Cubridnos»* (v. 30, comp. con Ap. 6:16). Desearán pasar desapercibidas en las más oscuras cavernas e incluso, sepultadas por las rocas, para estar a salvo de estas calamidades, aun cuando corran el riesgo de quedar despedazadas.

3. Les muestra también cuán fácil es adivinar con base en los sufrimientos que Él iba a padecer ahora, la desolación inminente de la ciudad: *«Porque si en el leño verde hacen estas cosas ¿qué sucederá con el seco?»* (v. 31). Cristo era el *leño verde*, florido y fructífero; si en Él, pues, hacía tales estragos el fuego de la justicia divina, ¿qué le habría ocurrido a toda la raza humana, si Él, Cordero sin mancha, no se hubiera interpuesto; y qué les sucederá a esos árboles continuamente secos, no obstante todo lo que el Señor ha llevado a cabo a fin de hacerlos fructíferos? La consideración de los amargos sufrimientos del Salvador debería estimularnos a una actitud de temor y reverencia frente a la justicia de Dios. Los más grandes santos, comparados con Cristo, son como *árboles secos;* y si Él sufre, ¿cómo no vamos a esperar también nosotros sufrir con Él?

Versículos 32–43

I. Aquí hallamos ciertas porciones acerca de los sufrimientos del Señor, las cuales hallamos también en Mateo y Marcos. Vemos, en efecto:

1. Que *«llevaban también a otros dos que eran malhechores para ser ejecutados con Él»* (v. 32). Éstos iban por ser malhechores pero Jesús era inocente, aunque Dios le hizo pecado por nosotros (2 Co. 5:21).

2. Que fue crucificado en un lugar *llamado Cráneo* (v. 33. Lit.); seguramente, por su forma. La crucifixión era el tormento más penoso e ignominioso de todos.

3. Que fue crucificado *«en medio de los dos ladrones: uno a la derecha y otro a la izquierda»* (v. 33; Jn. 19:18). No sólo fue considerado transgresor, sino también *«contado con los pecadores»* (Is. 53:12) y puesto *en medio,* como el principal de ellos.

4. Que los soldados a cuyo cargo corría la ejecución se hicieron con las vestiduras de Jesús, pues eran como la propina que se les daba por tan macabra tarea: «Y *repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes*» (v. 34b).

5. Que tuvo que soportar las befas y los ultrajes de los que le contemplaban: *«El pueblo estaba de pie, mirando; y aun los gobernantes se burlaban de Él»* (v. 35). Le retaban a que se salvara a sí mismo, y bajase de la cruz. Pero no podía salvarse a sí mismo, si nosotros habíamos de ser salvos. *«También los soldados le escarnecían … diciendo: Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo»* (vv. 36–37).

6. Que la inscripción puesta sobre su cabeza decía: *«ÉSTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS»* (v. 38). Con base en el relato de los otros evangelistas, puede fácilmente hallarse la inscripción completa. Se le daba muerte por pretender—según sus enemigos—*hacerse rey;* pero Dios intentaba, al permitirlo, que se declarase públicamente, en las tres lenguas del imperio, la *verdadera realeza de Cristo,* de modo que todos los hombres pudiesen conocerle como a tal.

II. Pero hay dos pasajes, y de gran importancia, que sólo se hallan en Lucas: Uno es la oración por los que le crucificaban, el otro es la conversión de uno de los dos ladrones que estaban crucificados junto a Él.

1. En el versículo 34a, tenemos la oración de Jesús por sus enemigos: *«Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen»*. Siete importantes palabras (o frases) pronunció Jesús desde la Cruz antes de morir, y ésta es la primera de ellas. Tan pronto como fue levantado en la Cruz, o poco después de haber sido clavado en ella, pronunció Jesús esta plegaria, en la que podemos observar:

(A) La petición misma: *«Padre, perdónales»*. El pecado del que eran culpables, justamente podría ser tenido por imperdonable. Sin embargo, Cristo intercedió por ellos (v. Is. 53:12). Pero los dichos de Jesús, en general, y los que pronunció sobre la Cruz, en particular, tienen alcance universal. No sólo a quienes le crucificaban, sino también a todos nosotros alcanza la oración del Salvador: Todo el que se arrepienta y crea en el Evangelio, obtendrá el perdón que Jesús pidió para sus perseguidores. Su sangre *«habla mejor que la de Abel»* (He. 12:24): la de Abel pedía venganza; la de Jesús, perdón.

(B) La razón que alega: *«Porque no saben lo que hacen»*. Pablo explica que si lo hubiesen sabido, *«no habrían crucificado al Señor de la gloria»* (1 Co. 2:8). Este texto sería bastante para excusar de «deicidio» a los contemporáneos de Jesús. Hay una clase de ignorancia que excusa, aunque no del todo, la culpabilidad del pecado: la que alguien sufre por falta de medios de conocimiento, o por falta de capacidad para recibir instrucción. Los que crucificaron al Salvador eran mantenidos en la ignorancia por parte de los gobernantes de la nación, y compartían los prejuicios de éstos contra la persona y la doctrina de Jesús; por lo cual, pensaban que estaban rindiendo a Dios un servicio grato (comp. con Jn. 16:2; Hch. 3:17; 1 Ti. 1:13). Tales personas son dignas de lástima y hemos de orar por ellas. Y, al orar, hemos de llamar *Padre* a nuestro Dios; y la mayor gracia que podemos pedirle, tanto para nosotros como para otros, es que nos perdone los pecados. Hemos de orar, como Jesús, *por nuestros enemigos* (6:28, comp. con Mt. 5:44). Si Cristo oró por tales enemigos, ¿qué enemigos podemos tener nosotros por quienes no hayamos de orar?

2. La conversión de uno de los dos ladrones que estaba en cruz junto al Señor. Cristo fue crucificado entre dos ladrones y en ellos están representados los diferentes efectos que la Cruz de Cristo había de producir en los hijos de los hombres. La Cruz de Cristo y su mensaje son: para unos, *«olor de muerte para muerte»;* para otros, *«olor de vida para vida»* (2 Co. 2:16).

(A) Aquí tenemos a uno de los malhechores crucificados que se endureció hasta el final. Estando cerca de la cruz de Cristo, *«le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros»* (v. 39). A pesar de que se hallaba en medio de tremendos dolores y en la agonía, no humilló su perverso corazón ni aprendió a hablar bien, como hacía su compañero de suplicio. Retaba a Cristo a que se salvase a sí mismo y a ellos. Hay quienes aun en medio de los mayores sufrimientos, tienen la imprudencia de injuriar al Señor y, al mismo tiempo, esperar que se apiade de ellos y los salve.

(B) Pero el otro malhechor, aun cuando parece ser (Mt. 27:44) que comenzó injuriando también al Señor, se ablandó en el suplicio. Es muy probable que, bajo la operación misteriosa de la gracia, este hombre llegase a percatarse de que aquel extraño personaje que pendía también de una cruz como él, fuese realmente *«rey»*, como se leía en la inscripción que figuraba en la cabecera de la cruz del Salvador. La forma en que Jesús sufría el tormento y, quizá, la grandiosa majestad con que se dirigía a Dios su padre para pedir perdón a favor de los que le crucificaban, debieron de influir poderosamente sobre este otro malhechor. Lo cierto es que ha llegado a ser un monumento de la divina misericordia. Como alguien ha escrito: «Uno de los malhechores se condenó para que así nadie se atreva a menospreciar la justicia divina; pero el otro se salvó, a fin de que nadie llegue a desesperar de la salvación». Con esto aprendemos que nunca es tarde para un verdadero arrepentimiento, aunque sería un loco quien dejase el arrepentimiento para tan tarde. Parece ser que este hombre no había tenido antes la oportunidad de escuchar a Jesús ni se le había ofrecido la gracia del Evangelio hasta ahora; pero estaba destinado a ser un ejemplo singular del poder de la gracia del Espíritu Santo. Cristo, tras conseguir la gran victoria contra Satanás en la destrucción de Judas y en la preservación de Pedro, añade a su triunfo este maravilloso trofeo de su gracia. Para percatarnos de lo extraordinario del caso, observemos lo siguiente:

(a) La extraordinaria operación de la gracia de Dios sobre este hombre, la cual se hace patente en lo que Él dijo: *Primero,* al otro malhechor (vv. 40–41): (1) *«Le reprendía diciendo: ¿Ni siquiera temes tú a Dios, viendo que estás bajo la misma sentencia de condenación?* (v. 40). Esto insinúa que fue el *temor de Dios* lo que le frenó para no seguir injuriando a Jesús como lo hacían los demás. Viene a decir al otro: «Si

tuvieses un poco de temor a Dios y de humanidad hacia quien está en el mismo suplicio que tú, no te atreverías a insultarle. Estás, como él, a punto de morir ¿y no temes comparecer ante la presencia de Dios?» (2) Reconoce que ellos están sufriendo lo que se merecían: *«Nosotros a la verdad, justamente padecemos, porque estamos recibiendo lo que merecieron nuestros hechos»* (v. 41). Los verdaderos penitentes reconocen la justicia de Dios en todo lo que sufren a causa de sus pecados. Dios hace justicia; nosotros hemos obrado inicuamente. (3) Por el contrario, asegura que Jesús *«no ha hecho nada impropio»* (lit. *nada fuera de lugar).* Los principales sacerdotes habían hecho crucificar a Jesús como a *gran criminal,* ajusticiándole entre dos malhechores; pero este ladrón tenía un sentido más fino que ellos, al proclamar la inocencia completa de Jesús.

Segundo, al Señor Jesús: *«Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino»* (v. 42). Ésta es la oración de un pecador moribundo a un Salvador moribundo. Fue un gran honor para Cristo el que este hombre le hiciese esta petición. Y fue una gran dicha para el ladrón el orar de ese modo. Como alguien ha dicho: «Fue tan buen ladrón que murió robando el Cielo». Quizás este hombre no había orado jamás en su vida; sin embargo, fue oído ahora y salvo poco antes de exhalar el último suspiro. Obsérvese la fe que muestra en su oración. Al confesar sus pecados (v. 41), había mostrado *arrepentimiento para con Dios;* en esta oración, mostró su *fe en el Señor Jesucristo* (v. Hch. 20:21). Reconoce que Jesús es *Señor* y que posee un *reino* y que *va ahora* a ese reino y que serán dichosos los que participen de las bendiciones de ese reino. Creer y reconocer esto, precisamente en aquel día y en aquella hora, fue algo realmente extraordinario, pues ello suponía la creencia en *otra vida* después de ésta y deseaba ser dichoso en esa vida, no ser salvo de la cruz presente, como el otro ladrón pedía, sino bien provisto para la eternidad mediante el fruto de la Cruz de Cristo. Obsérvese también su humildad en la oración: Todo lo que pide al Señor es un *recuerdo,* al hacer referencia al reino de Cristo. Y Cristo hizo mucho más que acordarse de él. Hay cierto aire de urgencia e importunidad en la plegaria de este hombre. Parece como, si al salírsele ya el alma, viniese a decir a Jesús: «*Señor acuérdate de mí;* no deseo más; en tus manos encomiendo mi caso». Ser recordados por Cristo, ahora que está como Soberano a la diestra del Padre, es algo que deberíamos pedir y desear ardientemente, eso será suficiente para asegurar nuestro bien en esta vida y en la hora de la muerte.

(b) El extraordinario favor que Jesús concedió a este hombre: *«Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo: Hoy estarás conmigo en el Paraíso»* (v. 43). Jesús pone su *Amén* («De cierto») a esa oración y le concede mucho más de lo que había pedido el ladrón moribundo. Éste se contentaba con un *recuerdo* para el futuro; Cristo le asegura una *posesión* para aquel mismo día, antes de que se pusiera el sol. Notemos:

Primero, a quién son dichas esas consoladoras palabras: al ladrón arrepentido. Aun cuando Cristo se hallaba ahora bajo los mayores tormentos físicos y próximo a la muerte, tuvo una palabra del mayor consuelo para un pobre moribundo arrepentido. Los más grandes pecadores, si se arrepienten sinceramente, obtendrán, por medio de Jesucristo, no sólo el perdón completo de todos sus pecados, sino también un lugar en el paraíso de Dios.

Segundo, quién dice esas palabras. El Salvador del mundo, el único Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre (1 Ti. 2:5); con esa frase, declaró Jesús el verdadero propósito y significado de sus propios sufrimientos: Así como moría para alcanzarnos el perdón de los pecados (v. 34), así también moría para alcanzarnos la vida eterna. Por esas palabras entendemos que Jesucristo murió *para abrir las puertas del reino de los cielos a todos los creyentes arrepentidos.* (1) Cristo nos hace saber que va derecho al paraíso Él mismo. Por la Cruz a la Luz, a la corona de gloria, y nosotros no podemos ir al Cielo por otro camino que el que Jesús recorrió. (2) Hace saber a todos los creyentes arrepentidos que, cuando mueran, irán a su presencia, para gozar con Él por toda la eternidad. Las normas gramaticales y el sentido común nos hacen rechazar la interpretación de adventistas y «testigos de Jehová» que puntúan así la frase: «De cierto te digo hoy: Estarás conmigo en el Paraíso», pues ese «hoy» quedaría completamente fuera de lugar, en una necia e inútil tautología. (3) En cuatro palabras, como advierte Bossuet, condensa el Señor la mayor dicha posible: *«Hoy»* ¡qué prontitud! *«estarás»* qué seguridad! *«conmigo»* ¡qué compañía! *«en el Paraíso»* ¡qué felicidad!

Versículos 44–49

I. Vemos ahora los prodigios que acompañaron a la muerte de Jesús. 1. El oscurecimiento del sol a mediodía: *«Cuando era como la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena»* (v.

44), es decir, hasta las tres de la tarde. *«El sol se oscureció»* (v. 45a) contra las leyes de la naturaleza, pues era el mediodía y en tiempo de luna llena, cuando es físicamente imposible un eclipse de sol. 2. «Y *el velo del templo se rasgó por la mitad»* (v. 45b). Por los otros evangelistas sabemos que se rasgó *«de arriba abajo»* (v. comentario a Mt. 27:51; Mr. 15:38). El primer prodigio se obró en el Cielo, este otro, en el templo; pues ambos aparecen en la Biblia como «casa de Dios». Con la rasgadura del velo se daba a entender la supresión de la ley ceremonial y de todos los demás obstáculos que impedían el *acercamiento confiado al trono de la gracia y de la misericordia* (He. 4:16).

II. Lucas pasa rápidamente a referirnos el último suspiro de Jesús, juntamente con la séptima y última palabra que pronunció en la Cruz: «Y *Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró»* (v. 46). Cuando, con las palabras del salmista, había gritado su desamparo, había dicho: *«Dios mío, Dios mío»* (v. Mt. 27:46; Mr. 15:34, comp con Sal. 22:1); pero ahora, también con palabras de David (Sal. 31:5) le llama *«Padre»*. En todo caso, Cristo murió con las palabras de la Escritura en su boca. Cristo, inmediatamente antes de exhalar el último suspiro, expresó en estas palabras su función de Mediador. Es ahora cuando consumaba su holocausto (He. 13:12), hacía su expiación por el pecado (Is. 53:10), y daba su vida en rescate por muchos (Mt. 20:28). Con esas palabras, venía a *depositar* el sacrificio en el altar de la Cruz (He. 13:10) y en manos de Dios, a quien todo sacrificio ha de ofrecerse. *La voluntad del oferente* era un requisito indispensable para la aceptación del sacrificio, y así lo hizo Jesús desde su entrada en este mundo (He. 10:5–9, en cuanto al holocausto), y ahora (en cuanto a la expiación). Como escribió Bossuet: «Lo más grande del mundo es Cristo; lo más grande de Cristo, su Pasión y Muerte; lo más grande de su Pasión, su último suspiro, pues en Él se consumó la obra de la Redención». Así, pues, Cristo puso en manos del Padre su espíritu, para recobrarlo al tercer día en su gloriosa resurrección. Al tomar la frase del Salmo 31:5, Cristo adaptó las palabras de David para uso de los creyentes moribundos; con ellas, hemos de mostrar que entregamos libremente nuestra vida en manos del Señor y que creemos firmemente en la vida venidera, al decirle a Dios: *«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»*.

III. La impresión que la muerte de Cristo hizo en quienes la presenciaban:

1. El centurión que había estado al mando del pelotón de ejecución, se vio tremendamente afectado por lo que vio: *«Cuando el centurión vio lo que había acontecido, dio gloria a Dios, diciendo: Realmente este hombre era justo»* (v. 47). Era romano, un pagano; sin embargo, *«dio gloria a Dios»*, y testificó de la inocencia de Jesús. Por Mateo y Marcos, sabemos que su testimonio fue mucho más allá, al confesar: *«Verdaderamente, éste era Hijo de Dios»* (Mt. 27:54; Mr. 15:39). La opinión de que, con estas palabras, el centurión confesaba la deidad de Cristo no es sostenible. En boca del centurión y de los demás espectadores, había de tener el mismo sentido que en labios de Caifás—Mt. 26:63—, a saber del Mesías profetizado como se deducía del Salmo 110:1. Con todo, es lo más probable que las palabras del centurión constituyan una declaración de fe salvífica. (Nota del trad.)

2. El resto de los espectadores quedó igualmente afectado: *«Y toda la multitud de los que habían acudido a este espectáculo viendo lo que había acontecido, se volvían golpeándose el pecho»* (v. 48). Sólo Lucas refiere este detalle. Es probable que la multitud ésta fuese la misma que, por la mañana de aquel día había gritado a Pilato: *«¡Crucifícale, crucifícale!»*, y la que había insultado al Salvador con burlas y denuestos cuando Él estaba en la cruz; pero ahora sus bocas estaban cerradas, y sus conciencias estaban sobrecogidas de espanto: *«se volvían golpeándose el pecho»*, conscientes de que algo terrible había acontecido, y temerosos de la venganza de Dios; pero no se entrevé que tuviesen verdadero arrepentimiento, y hay razón para temer que la mayoría de ellos olvidasen pronto lo sucedido. Así pasa con muchos que se sienten momentáneamente conmovidos al oír o leer el relato de la Pasión y Muerte del Salvador, pero esto hace muy poca mella en sus vidas. Pueden llegar a la admiración, pero no al sincero arrepentimiento ni a la fe genuina.

3. Sus amigos y seguidores se vieron obligados a mantenerse a cierta distancia, *«mirando estas cosas»* (v. 49), aunque unos pocos de ellos estuvieron (al menos, durante algún tiempo) al pie de la cruz, como vemos por Juan 19:25–27. Lucas dice que allí, de pie y a distancia, estaban *«todos sus conocidos y las mujeres que le habían seguido desde Galilea»*.

Versículos 50–56

Ahora refiere Lucas el sepelio de Jesús.

I. Quiénes le sepultaron. Expresamente se nombra aquí a «*un hombre llamado José*» (v. 50), y se nos describe su carácter y posición social: *«el cual era miembro del consejo* [es decir, del Sanedrín], *varón bueno y justo»*, esto es, hombre de reputación irreprochable por su virtud y piedad, no sólo *justo* para con todos, sino también *bueno* para todos los que le necesitaban. Era persona de alto rango, uno de los ancianos de la asamblea de Israel. Aunque pertenecía al consejo de los que habían condenado a muerte al Señor, él *«no había consentido en el acuerdo ni en los hechos de ellos»* (v. 51). Y no sólo no había consentido con ellos, sino que estaba de parte del Señor, por cuanto *«también estaba esperando el reino de Dios»*. Hay muchos que, aunque no hacen alarde exterior de su profesión cristiana, están más dispuestos a prestar servicio al Señor que otros que hacen mayor ostentación y meten más ruido.

II. Qué es lo que llevó a cabo a fin de dar decente sepultura al Señor: 1. *«Fue a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús»* (v. 52). Dice Bliss: «El acto fue algo extraño, ya que rarísimas veces alguna persona mostraba preocupación con respecto al cuerpo de alguien que hubiera sido colgado en una cruz. Más todavía, el hecho requería una considerable intrepidez en tal tiempo, para mostrar interés en el cuerpo de ese hombre». 2. «Y *descolgándolo* [al parecer con sus propias manos. Por Juan 19:39–40 sabemos que en está tarea le ayudó Nicodemo], *lo envolvió en una sábana»* esto es, en una tela de lino, como acostumbraban los judíos amortajar a sus difuntos (v. Jn. 11:44).

III. Dónde fue sepultado: *«En un sepulcro excavado en roca en el cual aún no se había puesto a nadie»*. Esto es lo que Mateo quiere dar a entender, al decir que *«lo puso en un sepulcro nuevo»* (Mt. 27:60). El sepulcro era propiedad de José de Arimatea, y estaba sin estrenar.

IV. Cuándo fue sepultado: *«Era el día de la Preparación* [de la Pascua], y *estaba para comenzar el sábado»* (v. 54). Esta es la razón por la que se dieron tanta prisa: porque estaba para comenzar el día de reposo. Aunque estaban de duelo por la muerte de Cristo, debían prepararse para la santificación del sábado.

V. Quiénes asistieron al funeral: ninguno de los apóstoles, sino solamente *«las mujeres que habían venido con Él desde Galilea»* (v. 55), las cuales, así como estuvieron cerca de Él mientras estaba colgado en la cruz, *«siguieron también, y vieron el sepulcro, y cómo fue puesto su cuerpo»*. No las llevaba allá la curiosidad, sino el afecto que profesaban al Señor.

VI. La preparación que hicieron para embalsamar el cuerpo del Maestro, después de la sepultura: «Y *regresando, prepararon especias aromáticas y ungüentos»* (v. 56), lo cual mostraba el amor que le tenían más bien que la fe en su resurrección porque, si hubiesen recordado y creído que había de resucitar al tercer día, se habrían ahorrado el dinero y el esfuerzo. Pero a pesar de este preparativo, *«descansaron el sábado, conforme al mandamiento»*.

CAPÍTULO 24

En este capítulo de su Evangelio, Lucas nos refiere la triunfante resurrección del Señor, con muchos detalles que no hallamos en los otros evangelistas.

Versículos 1–12

Las *pruebas infalibles* de la resurrección de Jesús son *«cosas reveladas que nos pertenecen a nosotros y a nuestros hijos»* (Dt. 29:29). En estos versículos hallamos algunas de esas pruebas.

I. Vemos primero el afecto y el respeto que las buenas mujeres que habían seguido a Cristo mostraron a su cuerpo después de haber sido sepultado (v. 1). Tan pronto como les fue posible, a saber, tan pronto como pasó el día del sábado, *«el primer día de la semana* [con esta frase designa siempre el Nuevo Testamento al domingo], *muy de mañana vinieron al sepulcro, trayendo las especias aromáticas que*

habían preparado» a fin de embalsamar el cadáver, ungirle la cabeza y el rostro, y quizá también las heridas de las manos y los pies, y esparcir las especias aromáticas por el cuerpo del Señor. Vemos el continuo celo de estas mujeres por servir al Señor. Las especias que, a toda prisa, habían preparado la tarde anterior al sábado las llevaron al sepulcro tan pronto como alboreó el primer día de la semana. Por Juan (Jn. 20:1) sabemos que salieron *«siendo aún oscuro»;* por Marcos (Mr. 16:2) que llegaron al sepulcro *«cuando había salido el sol»*. Entre las varias mujeres que acudieron al sepulcro aquella mañana (vv. 1, 10), Lucas menciona por su nombre a *«María Magdalena, Juana y María madre de Jacobo»* (v. 10). Por los relatos de los cuatro evangelistas, vemos que la más prominente de todas fue María la Magdalena. Juana es la mencionada en 8:3 como *«mujer de Cuzá»*. En cuanto a *María, madre de Jacobo,* no puede referirse a Jacobo el Mayor, por cuanto su madre, como de Juan, era Salomé; tampoco de Jacobo el hermano del Señor, porque nunca aparece la Virgen María en una frase semejante (siempre se dice «la madre de Jesús»). Hay quienes la identifican con la hermana de la Virgen (v. Jn. 19:25), mientras que otros, como Bliss, sostienen que es la *«mujer de Cleofás»* (Jn. 19:25) y madre de Jacobo el Menor.

II. La sorpresa que las mujeres se llevaron al ver *«que había sido retirada la piedra del sepulcro»*, y que éste estaba vacío (vv. 2–3). Estaban *«perplejas por esto»* (v. 4). Muchas veces, los buenos cristianos se quedan perplejos acerca de cosas y circunstancias que más bien deberían prestarles aliento y consuelo.

III. El claro informe que dos ángeles les dieron acerca de la resurrección del Señor. Mateo menciona sólo *uno* (Mt. 28:2) al que Marcos llama *«joven ... vestido con una túnica blanca»* (Mr. 16:5). Esta aparente discrepancia se explica fácilmente si se tiene en cuenta que la apariencia del ángel (ser espiritual, invisible) era la de un joven vestido de blanco (comp. con Jn. 20:12); por otra parte, es corriente en los evangelios la mención de *un* solo personaje, que hace de protagonista, aun cuando sean *dos los* que se hallan allí (comp. con el relato de la curación del ciego Bartimeo en Mr. 10:46, a la vista de Mt. 20:30). Cuando las mujeres vieron a los ángeles, *se llenaron de miedo y bajaron el rostro a tierra* (v. 5), no para mirar al sepulcro, sino en señal de respeto y reverencia, como lo da a entender el participio de presente, que indica una acción continua. Los ángeles les dicen entonces: *«¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?»* Aquí se nos da testimonio consolador de que nuestro Señor está vivo y glorioso (v. Ap. 1:18; 5:6 *«en pie»).* Como Job, podemos decir: «*Yo sé que mi Redentor vive*» (Job 19:25). Y, porque Él vive, nosotros viviremos también (Jn. 14:19; Ro. 6:8). Al mismo tiempo, los ángeles lanzan un reproche a todos los que buscan a Jesús entre los muertos. (¿No es un síntoma el que, en las iglesias católico-romanas, predominen las estatuas de Cristo yacente, en vez de Resucitado? Nota del trad.) De nuevo, con otras palabras, los ángeles dan a las mujeres seguridad de la resurrección del Señor: *«No está aquí, sino que ha resucitado»* (v. 6). Y les refrescan la memoria con la predicción que el propio Señor había hecho repetidas veces (vv. 6–8). Por aquí vemos que estos ángeles no traen del Cielo un evangelio «nuevo» (comp. con Gá. 1:7–8), sino el mismo que el Señor había proclamado.

IV. La alegría que las mujeres sintieron al oír estas buenas nuevas: *«Entonces ellas se acordaron de sus palabras y, volviendo del sepulcro, refirieron todas estas cosas a los once, y a los demás»* (vv. 8–9). Un oportuno recuerdo de las palabras de Cristo puede ayudarnos mucho a entender correctamente los designios misteriosos de la providencia de Dios. Pero no se quedaron allí paradas paladeando la buena noticia, sino que corrieron a comunicarla a los discípulos.

V. La forma en que los apóstoles recibieron la noticia: *«Mas a ellos les parecían locura las palabras de ellas, y no las creían»* (v. 11). Pensaron que todo aquello era producto del sentimentalismo y de la imaginación calenturienta de unas pobres mujeres. Es que también ellos habían olvidado las palabras de Jesús. No podemos menos de asombrarnos de la estupidez de estos hombres; habían profesado creer que Cristo era el Hijo de Dios, le habían oído decir tantas veces que era preciso que muriese y resucitase al tercer día, le habían visto resucitar a otros, ¡y todavía eran tan tardos para creer! Deberían haberse avergonzado más bien de que unas mujeres les hubiesen ganado en valentía y amor al Maestro.

VI. Pedro, como siempre, toma la iniciativa en la acción, al oír el informe de María Magdalena (v. Jn. 20:1–2, donde hallamos más detalles de esta visita de Pedro y Juan al sepulcro). Vemos que:

1. *«Pedro se levantó y corrió al sepulcro»* (v. 12). Conociéndole, podemos aventurarnos a pensar que no habría ido al sepulcro si las mujeres no le hubieran informado que la guardia puesta junto al sepulcro

se había dado a la fuga. Muchos que tienen los pies ligeros cuando no hay peligro, son lentos y cobardes cuando asoma el menor peligro.

2. Llegado al sepulcro, Pedro *«se asomó y vio las vendas de amortajar puestas allí solas»;* es decir, como estaban después de amortajar el cadáver, pero sin el cuerpo (comp. con Jn. 20:6–7). Se ve que tuvo mucho esmero en percatarse de estos detalles. Parece como si no creyese a sus propios ojos, aun después del anuncio de los ángeles. Así de lento era Pedro para creer en la resurrección del Señor.

3. *«Y se fue a casa asombrado de lo que había sucedido»*. Lo que a cualquier lector asombra es este asombro de Pedro, quien todavía no sabe qué pensar de todo ello. Sin embargo, podemos aplicar aquí lo que uno de los escritores eclesiásticos de los primeros siglos aplicó a Tomás: «Más nos convence la duda de Tomás y la perplejidad de Pedro que la fe de las mujeres que fueron al sepulcro, porque ello demuestra contundentemente que la resurrección de Cristo no es un invento de unos discípulos fanatizados por la admiración a su Maestro, sino un hecho histórico que se impuso a la incredulidad persistente de los seguidores de Jesús».

Versículos 13–35

El delicioso episodio que sigue, sólo se halla brevísimamente resumido en Marcos 16:12, pero Lucas nos lo ha conservado con todo lujo de detalles. Ocurrió el mismo día de la resurrección del Señor. Uno de los dos discípulos aquí mencionados era Cleofás (v. 18). Al ser éste un nombre al parecer común es muy problemático tratar de identificarlo con el esposo de la «María» de Juan 19:25, sin negar que pueda ser el mismo. En cuanto al otro, se han barajado muchas hipótesis sin fundamento (¡hay quienes han tratado de identificarlo con el propio Lucas!). Sin duda, eran discípulos asociados con los apóstoles.

I. Vemos a estos dos discípulos *caminando a Emaús y «hablando entre sí de todas aquellas cosas que habían acontecido»* (vv. 13–14). Emaús distaba *«sesenta estadios»,* es decir, unos once kilómetros, *«de Jerusalén»* (v. 13). El tema que les ocupaba no era sólo la muerte del Señor, sino las noticias de su resurrección que los ángeles habían comunicado a las mujeres, y el informe subsiguiente de las mujeres a los discípulos—entre los que estos dos es seguro que se hallaban—(vv. 22–24). Parece ser que discutían perplejos sobre las probabilidades de tal resurrección.

II. De improviso, y de incógnito, se les acerca el propio Señor. *«Sucedió que, mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo se acercó y se puso a caminar con ellos»* (v. 15), como un forastero que, al ver que iban por el mismo camino que Él, les haría saber que se sentía a gusto yendo en compañía de ellos. Conforme a su promesa, dondequiera que dos de los suyos se hallan tratando de las cosas de Dios, Cristo se unirá a ellos como un tercero en compañía y concordia. Así que estos dos debilitados antes en su fe y en su amor, quedaron fortalecidos como *«cordel de tres hilos que no se rompe fácilmente»* (Ec. 4:12). Ellos discutían entre sí sobre Cristo, y Él viene a poner fin a las dudas de ellos. Todos cuantos de veras buscan a Cristo, con toda certeza le hallarán. Pero aun teniendo a Cristo con ellos no le reconocieron al principio: *«Mas los ojos de ellos estaban velados* (lit. *eran retenidos), para que no le conociesen»* (v. 16). Si comparamos esto con el versículo 31 y con Marcos 16:12, nos percataremos de que este impedimento fue ordenado por el propio Señor a fin de que se expresasen con mayor libertad.

III. Vemos a continuación la conversación que Cristo mantuvo con ellos, mientras no le reconocían, aunque Él sí les reconocía a ellos.

1. La primera pregunta que Cristo les hace es acerca de la tristeza que se traslucía en el rostro de ellos: «Y *les dijo: ¿Qué discusiones son éstas que tenéis entre vosotros mientras camináis? Y se pararon con aspecto sombrío*» (v. 17, lit.). Vemos pues:

(A) Que su aspecto era *sombrío.* Habían perdido a su Maestro y, en su aprensión, estaban desilusionados de las esperanzas que habían puesto en Él. Dispuestos a abandonar la causa que habían seguido, no sabían qué nuevo rumbo tomar. Aunque Jesús había resucitado y ellos tenían suficiente información al respecto, se negaban a creerlo, al pensar quizá que era demasiado hermoso para ser verdadero. Como ellos, también los discípulos de Cristo en todas las edades, están a menudo tristes y sombríos cuando deberían estar contentos y animosos. Pero al menos, hablaban de Cristo. Cuando los creyentes gustan de conversar, no sólo acerca de Dios y su providencia, sino también de Cristo, de su

gracia y amor, encontrarán en esas pláticas un excelente antídoto contra el desánimo y la melancolía. Al desahogar las penas se pueden aliviar las cargas. Quienes se comunican a la recíproca los problemas y las pesadumbres, han de comunicarse también los consuelos y las soluciones.

(B) Que Cristo les pregunta acerca del tema de su conversación: *«¿Qué discusiones son éstas que tenéis entre vosotros …?»* Aunque el Señor había salido ya de su estado de humillación, condesciende tiernamente a interesarse por los problemas de los suyos. El Señor Jesucristo toma buena cuenta de la tristeza y del pesar de sus discípulos, y es afligido con las aflicciones de ellos. Con esto nos enseña a *conversar* amablemente, y poner verdadero interés en los asuntos y problemas de nuestros prójimos. No les va bien a los cristianos la morosidad o la timidez, sino que han de deleitarse en las buenas compañías. También nos enseña el Señor aquí a ser *compasivos.* Cuando vemos a nuestros amigos en apuros y tristeza deberíamos, como Cristo aquí, aportar el consuelo y el remedio que estén en nuestra mano.

2. En respuesta a la pregunta de Cristo, contestan ellos con otra pregunta: *«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no te has enterado de las cosas que en ella han acontecido en estos días?»* (v. 18). Cleofás habla cortésmente. Debemos ser corteses con quienes nos preguntan cortésmente. Notemos que eran días de peligro para los discípulos de Cristo; con todo, Cleofás no sospecha de este forastero, ni piensa que sirva de espía para denunciarles. Todos sus pensamientos están ocupados en los padecimientos y en la muerte de Cristo, y se asombra de que alguien no tenga la mente ocupada en lo mismo. Como si dijese: «¡Cómo! ¿Eres tú tan forastero en Jerusalén, que no te has enterado de lo que le han hecho a nuestro Maestro?» Y se muestra dispuesto a informar sin tapujos a este forastero acerca del Señor. No iba a permitir que ningún ser humano estuviese ignorante de lo que le había acontecido a Jesús. Es curioso sobremanera que estos discípulos, que tan dispuestos estaban a informar al forastero, ¡iban a ser informados por Él! Así pasa con todo el que tiene y usa lo que tiene: se le dará más. Por lo que Cleofás dice, la muerte de Cristo ha sido el suceso más importante de la semana en Jerusalén, por eso, no puede imaginarse que haya alguien en la ciudad tan retirado de la sociedad como para no tener ni idea de algo tan extraordinario.

3. Como respuesta, Jesús aparenta no saber a qué se refiere Cleofás, y vuelve a preguntar: *«¿Qué cosas?»* (v. 19a). Con esta pregunta, el Señor aparecía todavía más como forastero. Parece como si Jesús, *«por el gozo puesto delante de Él»* (He. 12:2), tuviese en poco los padecimientos pasados. ¡Cómo no iba a saber Él qué cosas eran las que habían acontecido aquellos días, cuando eran tan amargas, tan penosas, y le habían acontecido a Él! Sin embargo, pregunta: *«¿Qué cosas?»* Quiere informarse de ellas por los labios de ellos, y luego les explicará Él el significado y objetivo de esas *cosas.*

4. Ellos, entonces, le dieron un informe completo, aunque resumido, acerca de Cristo. Obsérvese cómo le refieren los pormenores:

(A) Tenemos aquí un compendio de la vida y del carácter de Jesús: Se trataba de *Jesús nazareno, que fue un varón profeta* (lit.) un maestro de parte de Dios, como lo confirmó con sus muchos milagros, prodigios gloriosos de gracia y de misericordia, de modo que había *sido poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo* (v. 19). Gozaba de gran aceptación por parte de Dios, y de gran reputación en todo el país. Hay muchos que gozan de reputación ante la gente, pero no tienen aceptación delante de Dios, pero Jesús había sido acepto a Dios y a los hombres. Quienes no conociesen esto eran verdaderos forasteros en Jerusalén.

(B) Añaden una breve narración de los padecimientos y de la muerte del Señor: «*Y cómo le entregaron los principales sacerdotes, así como nuestros gobernantes, a sentencia de muerte y le crucificaron*» (v. 20). Podemos notar lo parsimonioso de esta declaración, sin lanzar juicios severos contra los que habían cometido tal crimen al crucificar al Señor de la gloria.

(C) Dan a entender la desilusión que ellos mismos han sufrido con todo esto, como motivo de la tristeza que les embarga: *«Pero nosotros esperábamos que Él era el que iba a liberar mediante rescate* (lit.) *a Israel»* (v. 21). ¿Y no es Él quien redime a Israel? ¿No ha pagado con su muerte el precio de la redención de Israel? Pero ellos no se daban cuenta de ello, por su corazón tardo en creer. Esperaban de Él grandes cosas y, decepcionados ahora en sus esperanzas, la tristeza les quebrantaba el corazón. Si hubiesen creído a las mujeres, estarían contentos y más dispuestos que nunca a confiar en el que había efectuado ya la redención de Israel.

(D) A continuación, expresan su asombro: *«Ciertamente, y además de todo esto hoy es ya el tercer día desde que esto ha acontecido»* (v. 21b). Como si dijesen: «Éste es el día en que se esperaba que resucitase y se mostrase públicamente en honor, después de haberse mostrado durante tres días en

deshonor; pero nada sucede». Con todo, se ven obligados a admitir que hay informes de que ha resucitado, pero parecen tomar dichos informes muy a la ligera. «*Y también nos han asombrado unas mujeres de entre nosotros, las que de madrugada fueron al sepulcro; y como no hallaron su cuerpo, vinieron diciendo que también habían visto visión de ángeles, los cuales dicen que Él vive*» (vv. 22–23). Ellos, sin embargo, piensan que son fantasías de mujeres, sentimentales e impresionables. Reconocen que también algunos de los apóstoles habían visitado el sepulcro y lo habían hallado vacío (v. 24); *«pero a Él no le vieron»*—añaden—, como si dijesen: *«No le vieron;* por tanto, tenemos motivos para temer que no haya resucitado, porque de haber resucitado seguramente que se habría mostrado a ellos. Nuestras esperanzas quedaron clavadas en la Cruz y sepultadas en su tumba».

5. Al llegar a este momento, el Señor Jesús, aunque no había sido reconocido de ellos por el rostro, se manifiesta a ellos de palabra:

(A) Les reprocha por la debilidad de su fe en las Escrituras del Antiguo Testamento: *«Entonces Él les dijo: ¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer!»* (v. 25). Los llama *insensatos,* no en el sentido de *impíos* (comp. con Sal. 14:1), sino de *débiles.* Su insensatez consiste en su *tardanza para creer,* como pasa a quienes los prejuicios les impiden examinar imparcialmente los hechos y las razones y, en especial, por la tardanza en creer las Escrituras; en particular, las de los profetas. Si estuviésemos más familiarizados con las Sagradas Escrituras, con las instrucciones, los consejos y las exhortaciones que en ellas encontramos, no estaríamos expuestos a las perplejidades que con tanta frecuencia nos atormentan.

(B) Les muestra a continuación que Jesús debía entrar en la gloria a través de los padecimientos de su Pasión, y que no había otra alternativa en los designios de Dios: *«¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?»* (v. 26). El «escándalo de la Cruz» era algo que los discípulos no podían digerir. Pero Él les muestra ahora dos cosas que ayudan a superar dicho «escándalo»: (a) *«Era necesario que el Mesías padeciera estas cosas».* Por consiguiente, sus padecimientos no eran una objeción contra su mesianidad, sino más bien una prueba contundente de la misma: No habría podido ser *Salvador* sin haber sido *Sufriente.* (b) *«De este modo debía entrar en su gloria»,* como lo hizo por su resurrección y ascensión a los cielos. Se llama «*su gloria»:* la que había tenido junto al Padre desde antes de la fundación del mundo (v. Jn. 17:5), pero ahora acrecentada por su *obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz* (v. Fil. 2:8–9). Con esto nos enseñaba que hemos de estar dispuestos a llevar, como Él *la corona de espinas* antes de llevar, con Él, *la corona de gloria* (1 P. 5:4).

(C) Les explicó después las Escrituras del Antiguo Testamento, y les mostró cómo se habían cumplido en Jesús de Nazaret (v. 27): «Y *comenzando desde Moisés y siguiendo por todos los profetas, se puso a explicarles en todas las Escrituras lo referente a Él».* Les mostró así que los padecimientos sufridos por Él en aquellos días, eran el cumplimiento de las Escrituras. En todos los libros de la Biblia hallamos cosas referentes a Cristo; no se puede ir muy lejos en la lectura de la Palabra de Dios, sin topar con quien es la Palabra personal del Padre (Jn. 1:1, 14): alguna profecía, o promesa, oración o tipo; un hilo de oro en la gracia del Evangelio enhebra toda la trama del Antiguo Testamento. También se nos enseña aquí que las cosas referentes a Cristo deben ser *explicadas.* En el Antiguo Testamento aparecen oscuramente, conforme convenía a tal dispensación; pero ahora que el velo que las cubría ha sido removido, el Nuevo Testamento ilumina las revelaciones del Antiguo. Jesucristo mismo es el mejor expositor de las Escrituras, especialmente de las que le conciernen a Él. Al estudiar las Escrituras, debemos hacerlo con *método,* pues el foco de la revelación aumenta progresivamente desde el principio, y es conveniente observar cómo *«Dios, habiendo hablado en muchos fragmentos* (lit.) y *de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, al final de estos días* (lit.) *nos ha hablado en el Hijo»* (He. 1:1–2). Hay quienes estudian la Biblia y comienza por donde debían acabar, lo cual es desastroso.

IV. Finalmente vemos en qué forma se manifestó Jesús a estos dos discípulos. ¡Qué precio tan alto pagaríamos por tener una copia del mensaje que Cristo les predicó por el camino y de la exposición que les hizo de las Sagradas Escrituras! Los discípulos quedaron tan encantados con la plática de Jesús, que la jornada se les hizo demasiado corta; y así *«llegaron a la aldea adonde iban»* (v. 28), es decir, a Emaús. Entonces:

1. Invitaron cortésmente a Jesús a que se quedara con ellos: *«Él hizo como que iba más lejos».* Nótese que no dijo que fuera más lejos, sino que aparentó como que iba a pasar de largo, y de largo habría pasado, si no le hubieran invitado a quedarse. Quienes deseen hospedar a Cristo, han de invitarle e

importunarle a que se quede con ellos, pues con eso mostramos cuánto nos agrada y nos conviene su compañía. *«Mas ellos le constriñeron diciendo: Quédate con nosotros, porque atardece, y el día ya ha declinado»* (v. 29). Los que han experimentado el gozo y el provecho de la comunión íntima con el Señor, no pueden menos de codiciar más su compañía y rogarle insistentemente que se quede con ellos, no sólo durante el día, sino especialmente *al atardecer* de la vida, cuando se alargan las sombras, y la cercanía de la noche, de la muerte (v. Jn. 9:4), nos avisa de que debemos *prepararnos para venir al encuentro de nuestro Dios* (Am. 4:12).

2. Cristo aceptó la invitación: *«Entró, pues, a quedarse con ellos»* (v. 29b). Él ha prometido: *«Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo»* (Ap. 3:20). Y, una vez que entró, luego se manifestó a ellos (vv. 30–31). Podemos suponer que allí continuó la plática que había tenido con ellos durante el camino, mientras se preparaba la cena, lo cual se haría pronto para una mesa seguramente frugal. Pero todavía no le conocían, hasta que se dio a conocer a ellos mediante un gesto inconfundible: «Y *aconteció que estando sentado con ellos a la mesa tomó el pan y lo bendijo; y partiéndolo, les dio»* (v. 30). Ya sea que la mansión fuera la propia casa de estos discípulos, o que se tratara de una especie de «pensión», como opinan algunos, lo cierto es que a estos discípulos hubo de extrañarles que este «forastero» hiciese de anfitrión y pronunciase la bendición que competía al que ocupaba la cabecera de la mesa. Como dice Lenski: «La imaginación ha convertido esto en el Sacramento. Un sacramento extraño, en verdad, interrumpido en su primer acto y nunca completado». En efecto, estos discípulos no habían asistido a la institución de la Cena del Señor en el Aposento Alto; por tanto, no podían interpretar en este sentido el partimiento del pan en las manos del Salvador. Fue, sin duda, su manera peculiar de hacer la bendición del pan lo que abrió los ojos de estos discípulos. Así, pues, esta cena no fue ni una cena milagrosa, como en la multiplicación de los panes, ni una cena «sacramental», como en la institución de la Cena, sino una cena *ordinaria.* La compañía de Jesús les duró así solamente lo que duró el partimiento del pan, pero con eso aprendemos que, cuandoquiera nos sentemos a comer pan, hemos de creer que el Señor es nuestro divino Huésped y que se halla a la cabecera de nuestra mesa; hemos de tomar los alimentos como bendecidos por su mano, comer y beber para su gloria, y contentarnos con gratitud con lo que Él haya provisto para nosotros. *«Entonces les fueron abiertos los ojos* [una vez más notamos que un poder divino les había velado los ojos] *y le reconocieron»* (v. 31a). Se disipó la neblina, se les retiró el velo, y ya no tuvieron dudas de que se hallaban ante su Maestro. Él pudo haber tomado la forma de otro; pero ningún otro podía haber tomado la forma de Él; por tanto, no había duda de que era Él. Véase cómo, por medio de su gracia y de su Espíritu, se nos da a conocer Jesús. La obra queda completa cuando *se iluminan los ojos de nuestro corazón* (Ef. 1:18). Si tenemos la revelación del Hijo, pero carecemos de la iluminación del Espíritu, todavía estamos en la oscuridad.

3. Inmediatamente, Jesús *desapareció de la vista de ellos* (v. 31b. Lit. *se volvió invisible para ellos).* Tan pronto como ellos recibieron un rayo de luz de la gloria del Resucitado, Él se marchó no precisamente *de la presencia* de ellos, sino, como se advierte claramente en el original, *de la vista* de ellos. Podemos pensar que, de acuerdo con su estado glorioso, entró, por decirlo de algún modo, en otra dimensión. (Es opinión del que esto escribe que no es imposible la presencia física de Jesús a nuestro lado, aunque sea invisible a los ojos de la carne. Nota del traductor.)

V. En los versículos siguientes, tenemos la reflexión de estos dos discípulos sobre lo que acababa de acontecerles, así como el informe que de ello dieron a sus hermanos de Jerusalén.

1. La reflexión que cada uno de ellos expresó sobre el influjo que la conversación de Jesús había ejercido en ellos: «*Y se dijeron el uno al otro: ¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos hablaba en el camino, cuando nos abría las Escrituras?»* (v. 32). Con esto vemos que no estaban revisando *notas* del sermón, sino recordando el *fuego* que ardía en el corazón de ellos cuando les explicaba las Escrituras. Hallaron *poder* en el mensaje, aun antes de reconocer al predicador. Les puso las cosas llanas y claras y, lo que es más, les metió en el alma un *calor divino* junto a la luz que iluminaba la mente de ellos. ¡Qué ejemplo para todo predicador del Evangelio! Ahora se percataban de que nadie, sino Jesús mismo, pudo ser el que les estuvo hablando durante todo el viaje. Véase aquí:

(A) Qué clase de predicación es la que puede hacer bien a los oyentes: una predicación *llana y clara* como la de Cristo, *«mientras nos hablaba en el camino»; y bíblica: «cuando nos abría las Escrituras».*

Los ministros de Jesucristo deben hacer de la Biblia el tema de su predicación, para que la gente saque de la Escritura la fuente de su conocimiento y la fundación de su fe, así como la norma de su vida.

(B) Qué clase de atención al mensaje es la que da provecho a los oyentes: la que pone ascuas en el corazón, después de ponerlas en la cabeza (v. Ro. 12:20). Cuando somos íntimamente afectados por las cosas de Dios, especialmente por el amor que mostró Cristo al morir por nosotros, y sentimos que nuestro corazón es atraído a amarle a Él en justa correspondencia, y resulta todo ello en santos deseos y devociones, y en firmes resoluciones de una conducta digna de un verdadero cristiano, entonces es cuando nuestro corazón *arde dentro de nosotros.*

2. El informe que llevaron a los hermanos que estaban en Jerusalén (v. 33): *«Levantándose en aquella misma hora …».* Estaban de tal modo transportados de gozo por la manifestación que de Sí mismo les había hecho el Señor, que no pudieron terminar la cena, sino que, a pesar de lo intempestivo de la hora, regresaron a toda prisa a Jerusalén. Ahora que habían visto al Señor, ya no podían descansar mientras no hubiesen llevado a los discípulos las buenas noticias tanto para robustecer la fe de ellos como para consuelo de su espíritu atribulado. Es un deber para quienes han disfrutado de la manifestación del Señor hacer partícipes a otros de su experiencia. Estos discípulos estaban tan llenos de las cosas del Señor, que no podían contener el gozo que les embargaba y se veían constreñidos a compartirlo con sus hermanos en la fe. Y, a continuación vemos:

(A) Cómo les hallaron comentando otra prueba de la resurrección de Jesús. Allí estaban *los once* apóstoles *reunidos,* y otros hermanos *con ellos, los cuales «decían: Ha resucitado el Señor verdaderamente, y se ha aparecido a Simón»* (vv. 33–34). Que se apareció a Pedro antes que a los demás discípulos se confirma en 1 Corintios 15:5, donde dice Pablo: «*y que se apareció a Cefas, y después a los doce»* (nótese que el apóstol cita como número «cerrado» los «doce», aunque sólo hubo doce después de la elección de Matías). También vimos que el ángel ordenó a las mujeres que lo dijesen especialmente a Pedro (Mr. 16:7), no precisamente por ser el «jefe» de la Iglesia, sino porque Pedro necesitaba más que los demás este consuelo, por haber negado al Maestro y estar, por consiguiente, desconsolado más que el resto pues no podría quitarse del pensamiento la idea de que, con aquellas negaciones, se había hecho indigno del apostolado. En esta perspectiva ha de leerse también Juan 21:15–17. Seguramente que el mismo Pedro habría referido a los demás esta visión del Señor, no para jactarse de ella, sino para confirmar la fe de los hermanos, los cuales hablan ahora llenos de exultación: *«Ha resucitado el Señor verdaderamente, y se ha aparecido,* no sólo a las mujeres, sino también *a Simón».*

(B) Cómo confirmaron el informe que recibían de los discípulos con el relato de lo que a ellos mismos les había sucedido: *«Entonces ellos contaban las cosas que les habían acontecido en el camino, y cómo le habían reconocido al partir el pan»* (v. 35). Las palabras que el Señor les había hablado en el camino, son llamadas aquí *«las cosas»,* porque las palabras de Dios no son meros términos gramaticales, sino realidades eficaces y llenas de contenido (comp. con He. 4:12). Estas *«cosas»* nos acontecen muchas veces *mientras vamos por el camino,* divinas «casualidades», mejor llamadas «providencias», que nos salen al encuentro cuando menos las esperamos.

Versículos 36–49

Cinco veces fue visto el Señor el mismo día en que resucitó: por María Magdalena en el huerto (Jn. 20:14), por las mujeres mientras iban a dar las nuevas a los discípulos (Mt. 28:9), por Pedro solo, por los dos discípulos que iban a Emaús, y ahora a la noche por los once y los que estaban con ellos. Vemos ahora:

I. La gran sorpresa que se llevaron los allí reunidos, cuando se les apareció el Señor mientras comentaban estas cosas: *«Mientras ellos aún hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos»* (v. 36), poniendo así fin a los comentarios con la prueba contundente de su propia presencia. Observemos:

1. El consuelo que les dio el Señor con su saludo: *«Paz a vosotros»* (v. 36b). Con esto les daba a entender que era una visita de afecto, de amistad y de consuelo. Puesto que no prestaban pleno crédito a quienes le habían visto, se presentaba Él personalmente. Les había prometido que, después de su resurrección, *le verían en Galilea.* Pero estaba tan deseoso de verles, que adelantó el encuentro, y vino a verles *en Jerusalén.* Cristo es a veces *mejor* que su palabra, pero nunca es *peor.* Con su saludo inicial,

daba bien a entender el Señor que no venía a altercar con Pedro por haberle negado repetidamente, ni a los demás apóstoles por haber huido vergonzosamente en el huerto, sino que vino a ellos con toda amabilidad y mansedumbre, para darles a entender que les perdonaba completamente.

2. El susto que ellos se llevaron: *«Entonces, espantados y atemorizados creían ver un espíritu»* (v. 37) puesto que lo vieron en medio de ellos antes de que pudieran apercibirse de su llegada. El vocablo usado en Mateo 14:26 es *phántasma* = espectro, aparición o fantasma; pero el usado aquí es *pneuma* = espíritu, en el sentido de alma desencarnada.

II. La gran satisfacción que obtuvieron, al oír el discurso del Señor, en el que tenemos:

1. El reproche que les dirigió por el espanto que mostraban: *«¿Por qué estáis turbados, y se suscitan en vuestro corazón estos pensamientos?»* (v. 38). Obsérvese:

(A) Que, siempre que estamos turbados, se suelen suscitar en nuestro corazón pensamientos que nos hacen daño. Muchas veces, la turbación misma es efecto de los pensamientos que se suscitan en nuestro interior. Otras veces, los pensamientos que se suscitan son efecto de la turbación (v. 2 Co. 7:5: *«de fuera, conflictos, de dentro, temores»).*

(B) Que muchos de los pensamientos que nos producen turbación se deben a nuestro equivocado concepto del carácter de nuestro Salvador. Aquí vemos a estos discípulos asustados al pensar que veían un espíritu, cuando estaban viendo a Jesús resucitado. Cuando Cristo, por medio de su Espíritu, nos convence y nos humilla por medio de las pruebas que la providencia de Dios nos envía, adquirimos un concepto errado de Él, como si fuera su intención hacernos daño, y esto nos asusta.

(C) Que todos los pensamientos de miedo que surgen en nuestro interior son conocidos del Señor, lo cual ha de llenarnos de consuelo. Jesús regaña a los suyos por tales pensamientos, para enseñarnos a regañarnos a nosotros mismos por darles cabida en nuestro corazón.

2. La prueba que les dio de su resurrección, tanto para silenciar el miedo que tenían, como para fortalecerles la fe en la que flaqueaban. Dos son las pruebas que aquí les da:

(A) Les muestra su cuerpo, en particular *«sus manos y sus pies»* (v. 39a). Como si dijese: «Ya veis que tengo manos y pies y, por tanto, un cuerpo verdadero; no soy, pues, un espíritu desencarnado; y podéis ver igualmente las marcas de los clavos en las manos y en los pies; es, por consiguiente, mi propio cuerpo; el mismo que visteis crucificado, no es otro cuerpo prestado». Y establece el siguiente principio: *«Porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo»* (v. 39b). Y apela: (a) a la *vista: «Mirad mis manos y mis pies, que soy yo mismo».* Retuvo en sus manos y pies las señales de la crucifixión, no sólo como prueba de su identidad, sino también como garantía de su intercesión a nuestro favor en el Cielo. Una semana después mostró estas señales a Tomás, quien no se hallaba presente en la aparición que comentamos (v. Jn. 20:24). Si Él no tuvo empacho en mostrar las señales de sus llagas menos motivo tenemos nosotros para avergonzarnos de ellas, o de las que suframos por Él. (b) Apela también al *tacto,* sentido al que no se resisten las alucinaciones: *«Palpad y ved».* Como apóstoles que debían dar por todo el mundo un testimonio sin par del Señor resucitado, son invitados a palpar las llagas del Señor (comp. con 1 Jn. 1:1), a fin de que puedan proclamar la resurrección del Señor como testigos de primera mano y estar contentos por sufrir a causa de esta proclamación (v. Hch. 5:41). Hubo herejes en los primeros tiempos de la Iglesia, que afirmaron que Cristo nunca había tenido verdadero cuerpo humano, sino sólo apariencia de cuerpo (docetismo) y, por tanto, ni había nacido de veras de una mujer, ni había padecido de veras en la Cruz. ¡Bendito sea Dios, porque esta herejía quedó sepultada hace muchos siglos! Nosotros sabemos con certeza que Jesucristo no era un espíritu o aparición, ni antes ni después de su muerte, sino que tuvo siempre un cuerpo humano, real y verdadero, incluso después de su resurrección.

(B) También come con ellos, para confirmar que su cuerpo era real y verdadero. Pedro enfatizó mucho este detalle cuando dijo: *«Dios … le concedió hacerse visible … a nosotros que comimos y bebimos con Él después que resucitó de los muertos»* (Hch. 10:40–41). Obsérvese que:

(a) Aun después de mostrarles las manos y los pies, *«todavía ellos, de gozo, no lo creían, y estaban asombrados»* (v. 41). Su fe se había debilitado de tal manera después de la muerte del Señor que ahora se mostraban sumamente reacios a creer en su resurrección. Esta dureza y tardanza en creer, de parte de los discípulos, es para nosotros, como ya apuntamos anteriormente, la mayor prueba de la verdad de la resurrección. Lejos de haber robado el cuerpo, como les calumniaban (v. Mt. 28:13–15), y decir: *«Ha resucitado»* sin que fuera verdad, están decididos a pensar una y otra vez: *«No ha resucitado»,* cuando en

realidad había resucitado. Así que cuando después lo creyeron lo proclamaron y se jugaron la vida por ello, lo hicieron sobre la prueba más contundente que pueda tenerse de la realidad de un acontecimiento. Pero hemos de añadir que, aun cuando se debiese a su debilidad la tardanza en creer, era, con todo, una debilidad excusable, pues no era debida a menosprecio de la evidencia que se les ofrecía sino *a causa del gozo* que les embargaba. Creían que era demasiado bello para ser verdadero. «Y *estaban asombrados»,* es decir pensaban que, no sólo era demasiado *bueno,* sino también demasiado *grande,* para ser creído.

(b) Para mejor convencerles y animarles, *«les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer?»* (v. 41b). Así, pues, *«le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y Él lo tomó, y comió a la vista de ellos»* (vv. 42–43). Con esto mostraba que poseía un cuerpo verdadero, pues podía *comer,* aun cuando no necesitase de este alimento. Si los cuerpos glorificados pueden ejercer las funciones vegetativas es una mera curiosidad que Dios no ha tenido a bien revelarnos. Después lo hemos de saber por propia experiencia, si no nos hemos mantenido de meras curiosidades.

3. La *inteligencia* que les impartió de la Palabra de Dios: (A) Primero les refresca la *memoria: «Éstas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros»* (v. 44a). Como si dijese: «Ya os lo tenía dicho. Por tanto, deberíais recordarlo y creer sin dificultad». Para entender lo que Cristo nos dice, es menester que recordemos lo que ya tiene dicho en el Evangelio. El Señor se refiere a continuación al testimonio de las Escrituras que debían cumplirse con respecto a Él: *«que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos»* (v. 44b). Alude así a las tres secciones en que los judíos dividían las Escrituras del Antiguo Testamento, para dar a entender que *toda la Escritura* apuntaba a las cosas que se habían de cumplir en Jesús, aun las más duras y penosas. Igualmente se han de cumplir las que se refieren a su Segunda Venida en gloria. (B) Después, les ilumina el entendimiento: *«Entonces les abrió la mente para que comprendiesen las Escrituras»* (v. 45). En su conversación con los dos discípulos de Emaús, Jesús les retiró el velo que ocultaba la inteligencia de los textos sagrados, *abriéndoles la mente.* Jesús, por medio de su Espíritu actúa directamente en la mente y el corazón de los hombres, pues tiene acceso inmediato a nuestro interior y puede iluminarnos y calentarnos desde dentro. No es que de luz a la Palabra, pues ésta tiene luz propia, sino que ilumina nuestros ojos (Ef. 1:18) para verla y nuestra mente para entenderla. Incluso los hombres más santos necesitan esta iluminación, pues, aun cuando *no sean ellos tinieblas, sino luz en el Señor* (Ef. 5:8), están todavía, con respecto a muchas cosas, *en cierta oscuridad* (v. 1 Co. 13:12). El método con que Cristo actúa para llevarnos a la fe salvífica es mediante la apertura de nuestra mente, pues la *vida* divina comienza por luz (v. Jn. 1:4: *«En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres»*). Como alguien ha escrito: «La luz entra por la ventana de la mente aunque sea la voluntad la que abre la ventana». Por eso, *«les abrió la mente»,* a fin de que con la puerta abierta, pudiese entrar la luz de la Palabra. El objetivo, pues, de esta apertura de la mente es que podamos entender las Escrituras, *«las cuales nos pueden hacer sabios para salvación»* (2 Ti. 3:15), ya que ésta es la verdadera sabiduría, sin la cual de poco nos puede servir todo lo que sepamos acerca de las cosas de este mundo. No es para que seamos sabios carnalmente, para *«propasarnos de lo que está escrito»* (1 Co. 4:6), sino para *ser más sabios en lo que está escrito.* Los alumnos de Cristo nunca saben más que su Biblia en este mundo, sino que siempre han de estar aprendiendo más y más de su Biblia.

4. Las instrucciones que les dio como a mensajeros y testigos suyos en todo el mundo (comp. con Hch. 1:8): Deben predicar en todas partes el Evangelio del que son testigos: *«Y vosotros sois testigos de estas cosas»* (v. 48), para que hagan partícipes de ellas a todas las naciones. Aquí vemos:

(A) *Lo que deben predicar:* Han de predicar el Evangelio; deben tomar consigo su Biblia y mostrar al pueblo lo que está escrito allí acerca del Mesías, de sus sufrimientos, de sus glorias y de sus gracias, así como del reino venidero, y demostrarles que todo eso tiene su cumplimiento en el Señor Jesucristo. El compendio de todo el Evangelio está en los hechos salvífico de la muerte y resurrección del Señor (v. 46, comp. con 1 Co. 15:1–4): *«Así está escrito, y así era necesario que el Cristo padeciese».* Como si dijese: «Id y decidle a todo el mundo que Cristo *padeció,* como estaba escrito de Él. Id y *predicad a Cristo crucificado,* no os avergoncéis de la Cruz; no os avergoncéis de un Jesús sufriente. Decidles que *era necesario que Él padeciera,* que eso era menester para quitar el pecado del mundo. Decid también que *resucitó al tercer día* de entre los muertos; que también en esto *se cumplieron las Escrituras.* Id y decidles que *el que estuvo muerto está vivo y vive para siempre, y tiene las llaves del sepulcro y del Hades».* Dentro de la predicación del Evangelio, entra también *que se predique en su nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados»* (v. 47). Como si dijese: «Id y predicad a todas las naciones

que, para alcanzar el perdón de los pecados y la vida eterna, es preciso que cambien de mentalidad, que su corazón y su vida experimenten un cambio radical mediante el nacimiento de arriba de Dios en Cristo, a cuyo servicio han de dedicarse por completo en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios». El gran privilegio del perdón de los pecados es ofrecido por el Evangelio a todos cuantos se arrepientan y den crédito a la buena noticia del amor misericordioso de Dios: «Id y decidles a todos los hombres, miserables pecadores, que hay para ellos esperanza segura de salvación al alcance de la mano» (v. Mr. 1:15).

(B) *A quiénes han de predicar:* (a) *«a todas las naciones»*. Han de dispersarse por todo el mundo, y llevar consigo esta luz a dondequiera que vayan. Los profetas habían predicado arrepentimiento y remisión a los *judíos,* pero los apóstoles han de predicar a *todo el mundo.* Nadie quedará *exento* de la obligación que el Evangelio impone de *arrepentirse,* ni *excluido* de los inestimables beneficios que el Evangelio ofrece. (b) Deben *«comenzar por Jerusalén»* (comp. con Hch. 1:8). Allí debe comenzar la predicación del Evangelio. ¿Por qué? *Primero,* porque así está escrito y, por consiguiente, ese es el método que ha de seguirse: *«Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová»* (Is. 2:3). *Segundo,* porque allí se verificaron las transacciones o hechos salvífico sobre los que el Evangelio tiene su fundamento y, por consiguiente allí deben ser testificados primeramente. Tan fuerte y tan brillante era el primer resplandor de la gloria del Redentor resucitado, que había de darles en la cara a los enemigos que se habían atrevido a llevar a Jesús al suplicio; esa luz iba a lanzarles el supremo reto. *Tercero,* para darnos un ejemplo sublime del perdón a los enemigos. El primer ofrecimiento de la gracia del Evangelio ha de ser hecho a la Jerusalén aquella *«que mataba a los profetas y apedreaba a los que le eran enviados»* (13:34). Y fue tan viva aquella luz, que en un solo día tres mil personas fueron añadidas a los discípulos del Señor (v. Hch. 2:41), hechas partícipes de la gracia del Evangelio.

(C) *Con qué* ayuda *contarían en su predicación: «He aquí que yo voy a enviar sobre vosotros la promesa de mi Padre* [es decir, el Espíritu Santo—v. Hch. 1:4–5, 8—] … y *seréis revestidos de poder desde lo alto»* (v. 49). Aquí Jesús les asegura que, dentro de poco, será derramado sobre ellos el Espíritu Santo en mayor medida que en cualquier otro momento anterior de la Historia de la Salvación y, por este medio, serán equipados de todos los dones y gracias que son necesarios para el desempeño de tan Gran Comisión. Todos los que reciben el Espíritu Santo *son revestidos de poder desde lo alto.* Los apóstoles de Cristo no habrían podido jamás plantar el Evangelio y establecer el reino espiritual de Dios en la tierra, como lo hicieron, si no hubiesen sido revestidos de un poder tal. Este poder era una *promesa del Padre* y, por tanto, podemos estar seguros de que la promesa es *inviolable,* y de que la cosa prometida es *inestimable* (no tiene precio. Comp. con Hch. 8:20). Notemos que los embajadores de Cristo (v. 2 Co. 5:20) han de permanecer quietos hasta que reciban sus poderes. Aunque podría pensarse que nunca hubo cosa que demandase tanta prisa como la predicación del Evangelio, lo cierto es que los predicadores del Evangelio han de esperar hasta que sean revestidos de poder desde lo alto. En vano tratará un predicador o misionero de hacer impresión con sus mensajes y sus campañas evangelísticas, si antes no ha sido revestido de este poder del Espíritu.

Versículos 50–53

En estos últimos versículos del Evangelio de Lucas se nos ofrece un breve relato de la ascensión del Señor a los cielos. Vemos:

I. Cuán solemnemente se despidió Jesús de sus discípulos. Había de llevar a cabo su obra en ambos mundos el de aquí abajo y el de arriba; así como descendió del Cielo a la tierra mediante su encarnación, para llevar a cabo en este mundo la obra que el Padre le había encomendado (Jn. 4:34; 17:4), una vez consumada ésta (Jn. 19:30) había de volver al Cielo para residir allí (v. Jn. 16:28). Obsérvese:

1. Desde dónde ascendió: Desde el monte de los Olivos (véase Hch. 1:12), cercano a Betania (v. 50). Allí estaba el huerto donde sufrió su agonía y comenzaron sus padecimientos. Además, el hebreo *Bethaniah* significa «casa del gemido» (comp. con He. 5:7). Con esto se nos enseña que quienes deseen ir al Cielo, han de ascender allá desde la casa del sufrimiento y del gemido. Cerca de aquí, había pasado Jesús el día de su entrada en Jerusalén (19:29).

2. Quiénes fueron los testigos de su ascensión: sus discípulos; *«los sacó fuera …»* (v. 50a). Los discípulos no le vieron salir del sepulcro, porque la resurrección podía probarse mediante la evidencia de

contemplarlo vivo después de su muerte, pero le vieron ascender a los cielos, porque no habrían podido de otro modo tener demostración ocular de su ascensión.

3. Cuál fue la despedida que les dio: «Y *alzando sus manos, les bendijo»* (v. 50b). No se marchó con enfado, sino con amor dejándoles su bendición para mostrar una vez más que, *«habiendo amado a los suyos que estaban en este mundo, los amó hasta el fin»* (Jn. 13:1).

4. De qué forma se partió de ellos: «*Y aconteció que mientras los bendecía, se fue alejando de ellos»* (v. 51a). Así les daba a entender que su partida no ponía fin a sus bendiciones. Comenzó a bendecirles estando todavía en la tierra, y así continuó bendiciéndoles hasta su entrada en el Cielo.

5. Cómo nos es descrita su ascensión: (A) *Alejándose de ellos.* Así pasa con los seres a quienes amamos: los que nos instruyen, nos aman y oran por nosotros, llega un día en que tienen que marcharse de nuestro lado. Los que hasta ahora habían conocido al Señor *«según la carne, de ahora en adelante ya no le iban a conocer según la carne»* (v. 2 Co. 5:16). (B) «E *iba siendo llevado arriba al cielo»* (v. 51b). No necesitó carros de fuego ni caballos de fuego, como los que se llevaron a Elías (v. 2 R. 2:11), pues conocía bien el camino (v. Jn. 14:2–4). Este pasaje, que los exegetas liberales tratan de «desmitologizar», ha de ser tomado literalmente, si hemos de ser consecuentes con una correcta hermenéutica: El Señor Jesucristo ascendió visiblemente al Cielo y se halla localmente allí, aun cuando no sea estrictamente necesario poner el Cielo «más allá» del Universo conocido o por conocer, sino que puede hablarse sencillamente de la entrada en una dimensión diferente, lejos del alcance de nuestra vista corporal.

II. Cuán gozosamente bajaron los discípulos del monte en el que habían visto al Señor ascender al Cielo. Vemos:

1. Lo que ellos hicieron al verle ascender: *«Le adoraron»* (v. 52a). Le prestaron el homenaje de adoración que, como a Señor e Hijo de Dios, le debían, y correspondieron, de este modo agradecidos, a la bendición que Él les impartía. *La nube que le ocultó de sus ojos* (Hch. 1:9), no le ocultó de la adoración y del servicio que ellos le prestaban.

2. *«Después de haberle adorado, se volvieron a Jerusalén con gran gozo»* (v. 52b). Volvieron a la ciudad, y volvieron con gran gozo. ¡Qué cambio tan maravilloso! Cuando Cristo les dijo que tenía que marcharse de ellos, *la tristeza les llenó el corazón* (Jn. 16:6); sin embargo, ahora que le habían visto marchar, *se volvían llenos de gozo*. Dice Bliss: «El Salvador había entrado en su gloria, y ellos estaban seguros de participar de la misma gloria cuando Él volviera a tomarlos consigo».

3. Vueltos a Jerusalén, abundaban en actos de devoción mientras esperaban la promesa del Padre (v. 53): *«Estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios»*, es decir, acudían asiduamente al templo a las horas de oración. Frecuentaban el templo, como el Maestro lo había frecuentado. Sabían que los sacrificios del templo quedarían abolidos por el sacrificio de Jesús en el Calvario, pero la adoración y las alabanzas a Dios nunca habían de ser abolidas. No hay cosa que mejor prepare los corazones para recibir la gracia y el poder del Espíritu Santo que la oración y la alabanza gozosa. Con ello se silencian los miedos, se endulzan las penas y se robustece la esperanza. (El *«Amén»* con que se cierra el Evangelio en nuestra Reina-Valera no tiene la garantía de los principales MSS. Nota del traductor).

JUAN

CAPÍTULO 1

El propósito de este capítulo es robustecer nuestra fe en Cristo como el eterno Hijo de Dios y como el verdadero Mesías y Salvador del mundo. El capítulo puede dividirse en cuatro partes: 1) El gran prólogo sobre la Encarnación del Verbo de Dios (vv. 1–18) 2) el testimonio de Juan el Bautista ante los enviados de Jerusalén (vv. 19–28); 3) el testimonio del Bautista ante las turbas (vv. 29–34) y 4) el reclutamiento de los primeros discípulos de Jesús (vv. 35–51).

Versículos 1–5

Escudriñemos lo que se halla en estas densas y profundas líneas. El evangelista declara aquí la gran verdad que va a demostrar a lo largo de todo su Evangelio: que Jesucristo es el Hijo de Dios y un solo Dios con el Padre. Veamos:

I. De quién habla: *Del Verbo* o Palabra viva (gr. *Logos).* Este epíteto se halla exclusivamente en los escritos de Juan. Era enseñanza corriente entre los judíos que *la Palabra de Dios* era una misma cosa que *Dios.* Al cerrar su majestuoso prólogo, el evangelista viene a explicarnos por qué llama a Cristo *el Verbo:* Porque es *«el unigénito Hijo que está en el seno del Padre, y Él le ha dado a conocer»* (v. 18). Hay dos clases de *palabra:* La palabra que se *piensa y* la palabra que se *expresa.* 1. La palabra que se piensa es lo que llamamos *concepto,* por ser el producto primero e inmediato de lo que concebimos mentalmente. En este sentido, la segunda persona de la Deidad es aptamente llamada *el Verbo de Dios, porque es el Unigénito del Padre.* Es de notar que de nada estamos tan seguros como de que *pensamos;* por eso dijo el filósofo francés Descartes: «Pienso, luego existo»; pero nada hay tan misterioso como *el modo* con que pensamos. Y, si es tan misteriosa la elaboración de nuestros pensamientos, ¿qué diremos de la mente divina, cuyo concepto es una Palabra viva y sustancial, tanto que es una persona divina? 2. La palabra que se expresa al exterior es un medio de comunicación de lo que pensamos, pues mediante ella nos relacionamos con los demás. En este sentido, *Cristo es la Palabra de Dios,* porque *«En estos últimos días nos ha hablado* (Dios) *en el Hijo»* (He. 1:2). Cristo nos ha declarado la mente del Padre con respecto a nosotros, de la misma manera que la palabra o el discurso de un hombre nos dan a conocer sus pensamientos. Sólo Cristo podía declararnos con toda precisión, exactitud y profundidad la mente de Dios, porque: (A) sólo Él conoce exhaustivamente al Padre (v. Mt. 11:27); (B) En todo lo que hacía y decía, Cristo era *«Dios manifestado en carne»* (1 Ti. 3:16), *la Palabra de Dios Encarnada* (v. 14), es decir, la traducción más exacta posible de Dios al lenguaje humano, de tal modo que *quien ve a Jesús, ha visto al Padre* (14:9). Juan el Bautista era *una voz,* pero Cristo es *el Verbo.*

II. Lo que aquí se dice de Él:

1. Su existencia desde toda la eternidad: *En el principio era el Verbo.* Esto nos declara Su existencia, no sólo antes de encarnarse, sino eternamente. El mundo existe *desde* el principio, pero el Verbo ya existía *en* el principio, antes de que el mundo comenzara a existir. El que era en el principio no comenzó con el principio y, por tanto, existió siempre.

2. Su coexistencia con el Padre: Y *el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios.* El versículo 2 repite esto y condensa el hecho de Su existencia eterna: *Éste* (el Verbo) *estaba en el principio junto a Dios,* es decir, estaba con Dios desde toda la eternidad. En el principio, el mundo fue hecho por Dios pero el Verbo ya estaba con Dios (v. Pr. 8:22–31), como siempre lo había estado. El Verbo estaba con Dios: (A) En cuanto a la identidad de esencia o sustancia, pues *el Verbo era Dios;* (B) en cuanto a complacencia y felicidad, pues la preposición griega de movimiento *pros,* con un verbo de estado, nos da a entender que la Palabra estaba dirigida hacia el Padre en íntima comunión, como en una corriente continua de amor y de gozo (v. 17:5), antes de que el mundo existiese; (C) en cuanto a propósitos y objetivos. Así que la gran empresa de la reconciliación de Dios con los hombres fue concertada desde toda la eternidad en el seno de la Trina Deidad.

3. Su instrumentalidad personal en la creación del mundo (v. 3), la cual, muy conforme al estilo hebreo, es expresada aquí por medio de un paralelismo antitético, ya que (A) se declara positivamente: *Todas las cosas fueron hechas por medio de Él.* Cuando todas las cosas comenzaron a ser, el Verbo

estaba con Dios cooperando con el Padre y el Espíritu Santo en la creación del mundo. El Padre obraba mediante el Verbo, no como el obrero que corta con su hacha, sino como el cuerpo que ve con el ojo. (B) Se niega lo contrario: Y *sin Él, nada de lo que ha sido hecho fue hecho,* desde el ángel más elevado hasta el gusano más vil. En este trabajo, como en todo lo demás, Dios el Padre no hizo nada sin su Verbo lo cual prueba que el Verbo es Dios. Con esto se muestra la excelencia del cristianismo, ya que el autor y fundador de la Cristiandad es también el autor y fundador del mundo. También se ve por aquí cuán bien cualificado estaba para la obra de nuestra redención y salvación, pues las cosas se *reforman* por las mismas causas que las *formaron;* el mismo que nos *hizo* nos *rehízo* (v. He. 1:2–3).

4. En Él está el origen de la vida y de la luz: *En Él estaba la vida* (v. 4). Es una prueba más de que es Dios, pues: (A) *Tiene vida en sí mismo* (5:26); no sólo es el *Dios verdadero,* sino también el *Dios viviente.* (B) Todas las criaturas vivientes tienen su vida en Él, toda la vida que hay en la creación se deriva de Él. Él es la Palabra, de la que el hombre vive más que del pan (Mt. 4:4 comp. con Jn. 6:35, 48–51). (C) Las criaturas racionales tienen su luz de Él: Y *la vida era la luz de los hombres.* La vida del hombre es muy superior y mucho más noble que la de las demás criaturas, por la luz de la razón: «*Lámpara de Jehová es el espíritu del hombre*» (Pr. 20:27) y fue el Verbo eterno quien encendió esa lámpara. ¿De quién, pues, podíamos esperar la luz de la revelación mejor que de aquel que nos proporcionó la luz de la razón?

5. La manifestación que hizo de Sí a los hijos de los hombres. ¿A qué se debe el que los hombres tomen tan poca nota de esta luz? A esto responde el Evangelista: *La luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no prevalecieron contra ella* (v. 5). Vemos:

(A) La manifestación del Verbo eterno al mundo caído, incluso antes de que se encarnase: *En las tinieblas brilla;* (a) la Palabra eterna de Dios resplandece en medio de las tinieblas de la conciencia natural, como un reflejo que todo hombre percibe de la santidad y del poder de Dios; (b) la Palabra eterna de Dios brilló en la oscuridad de las profecías y promesas del Antiguo Testamento. *El que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz* (2 Co. 4:6) era Él mismo, desde hacía mucho, *la Luz que resplandece en las tinieblas.*

(B) La incapacidad del mundo degenerado para recibir esta *luz: Y las tinieblas no prevalecieron contra ella,* es decir, no pudieron detener su avance. Esta parece ser la mejor traducción contra los que traducen: Y *las tinieblas no la comprendieron* aunque esta versión encaja mejor en el contexto de los versículos 9–10. Los judíos que tenían la luz del Antiguo Testamento no acertaron a ver en Él a Cristo. Por eso, era menester que Cristo viniese no sólo a rectificar los errores de los gentiles, sino también a mejorar las verdades de los judíos.

Versículos 6–14

En los versículos 19–36, el evangelista nos presenta el vibrante testimonio que de Cristo dio el Bautista; pero, aun antes de referirnos la encarnación del Verbo, introduce el nombre del Precursor y compendia la función que venía a desempeñar. Vemos, pues:

I. Un compendio del testimonio que el Bautista venía a dar de Jesús.

1. Su nombre era *Juan,* que significa «Jehová ha impartido gracia». Y venía «*enviado de parte de Dios*». Era un *hombre,* un mero hombre. Place a Dios hablarnos por medio de hombres como nosotros. Juan era un mensajero enviado por Dios, quien le había dado tanto la misión como el mensaje. Juan no obró milagros, pero la pureza de su vida y de su doctrina eran pruebas contundentes de que era un *enviado de Dios.*

2. A renglón seguido, se nos dice cuál era la misión que traía el Bautista: *Éste vino para testimonio.* Las instituciones legales de los judíos habían sido por muchos siglos testimonio de Dios. Pero ahora la revelación divina estaba en silencio, y se disponía a ser transmitida por otro canal. De esta nueva revelación, venía Juan a dar testimonio: (A) El objeto de su testimonio: *Vino … para dar testimonio de la luz.* La luz es algo que testifica por sí misma. La luz de Cristo no necesita el testimonio de ningún hombre, pero sí lo necesitan las tinieblas del mundo. Juan era como el vigilante de noche, que ronda las calles del lugar y proclama el despuntar del alba a los que tienen los ojos cerrados por el sueño. Dios le envió a proclamar la dispensación en que la vida y la inmortalidad serían sacadas a la luz; (B) el designio de su testimonio: A *fin de que todos creyesen por él,* es decir, por medio de su predicación. No habían de

creer *en él,* sino, *por medio de él, en Cristo.* Después veremos cuán bien cumplió Juan con esa misión, pues dirigió a los hombres, no a que lo mirasen a él, sino a que pusiesen sus ojos en Cristo. Si no querían recibir el testimonio de un mero hombre, pronto verían que el testimonio de Dios era mucho más grande. Su testimonio abarcaba a todos los hombres sin excluir a ninguno, excepto a los que se excluyesen a sí mismos.

3. Inmediatamente se nos previene para que no confundamos a Juan con la luz de la que venía a dar testimonio: *No era él la luz, sino para dar testimonio de la luz* (v. 8). Era una estrella, como la que había guiado a los magos a Cristo; era una estrella matutina, pero no el Sol. Siempre que el evangelista habla del Bautista en términos muy elogiosos, muestra su interés por poner a Cristo en un lugar mucho más elevado. Juan era grande como profeta del Altísimo, pero no era el Altísimo. Hemos de cuidarnos mucho, lo mismo de sobrevalorar a los ministros de Cristo que de infravalorarlos, no son nuestros señores, sino servidores por medio de los cuales hemos creído y somos edificados. Quienes usurpan el honor debido a Cristo, renuncian al honor de ser fieles siervos de Cristo. Juan era muy útil como testigo de la luz, aun cuando no era él la luz. Siempre son de gran provecho los ministros que saben brillar con la luz prestada del Señor.

II. Pero, antes de continuar con el testimonio del Bautista el evangelista vuelve a darnos un informe más amplio de la venida de Cristo al mundo por medio de la Encarnación del Verbo.

1. *El Verbo era la luz verdadera* (v. 9). Cristo es la luz y brilla con luz propia, no prestada. Otras luces lo son en sentido derivado y secundario. ¿Y cómo *alumbra el Verbo a todo hombre que viene a este mundo?:* (A) En el ámbito de la creación, ilumina a todo hombre con la luz de la razón; de Cristo se derivan el orden y la hermosura que vemos en el Universo y en nosotros mismos; (B) En el ámbito de la redención, ilumina a todos con la publicación de Su Evangelio en todas las naciones. El Bautista era una luz pequeña, que iluminó sólo a Jerusalén y Judea como una lámpara que ilumina una sola habitación; pero Cristo es una luz grande, luz para todos pues lo había de ser también para los gentiles. La divina revelación no había de estar confinada, como lo había estado antes a un solo pueblo, sino que había de ser difundida por todo el mundo (Mt. 5:15). Así que toda luz que el hombre posee, ya sea natural o sobrenatural, se la debe a Cristo.

2. Esta luz, que es el Verbo, *estaba en el mundo* (v. 10), y a pesar de que *el mundo fue hecho por medio de Él,* ese mundo *no le conoció.* Al hacerse hombre, dejó Cristo un mundo de bendición y de gloria, y entró en este nuestro mundo de miseria y melancolía. Habitó en este mundo, pero no era de este mundo. El mayor honor que pudo caber a nuestro planeta es que el Hijo de Dios se hizo hombre y habitó *aquí.* Y el hecho de que el Hijo de Dios se aviniese a morar en este mundo, debería hacernos menos incómoda esta pasajera morada. Sin duda, Cristo podía esperar de este mundo la más respetuosa y afectuosa acogida, pues era un mundo hecho por Él; y por eso mismo vino a salvarlo, porque era suyo. Pero este mundo no le conoció. El buey conoce a su amo, pero el mundo es más bruto que los más brutos animales, y no reconoció a su Hacedor. Pero, cuando vuelva a juzgar al mundo todos le reconocerán.

3. *Vino a lo que era suyo* (v. 11); no sólo al mundo, que era suyo, sino al pueblo de Israel, que era suyo de una manera peculiar. A los israelitas *fue primero enviado.* Vino a buscarles y a salvarles, por ser suyos de una manera especial, pero la generalidad del pueblo lo rechazó: *Los suyos no le recibieron.* Tenían mayor motivo para esperar que le recibiesen con todos los honores los que eran paisanos suyos. Vino en persona a vivir entre ellos, y multiplicó prodigios y favores, de forma que no tuvieran excusa. Por eso, se dice del mundo que *no le conoció,* pero de los Suyos no se dice que no le conocieron, sino que no le recibieron. Es posible que algunos profesen ser del partido de Cristo, sin haber recibido al Señor, por no haber dejado el pecado y permitido que Cristo reinase sobre ellos.

4. Pero hubo un remanente que le recibió (v. 12): *«Pero a todos los que le recibieron».* Hubo, pues, algunos que fueron atraídos a someterse a Cristo, y muchos más *que no eran de aquel redil* (10:16).

(A) Vemos primero la descripción del verdadero cristiano: Es alguien que *recibe a Cristo creyendo en Su nombre,* pues creer en Él es recibirle como el inefable don de Dios. Hemos de recibir Su doctrina como verdadera y buena; y hemos de recibir el favor de Su gracia y el impacto de Su amor, como norma que gobierne nuestros actos y nuestros afectos.

(B) Vemos después la verdadera dignidad y el excelso privilegio del cristiano. Este privilegio es doble:

(a) El privilegio de la *adopción: Les dio potestad de ser hechos hijos de Dios* (v. 12b). Hasta entonces, la adopción había pertenecido exclusivamente a los judíos pero ahora, mediante la fe en Cristo, también los gentiles son hijos de Dios. Este privilegio comporta un derecho, una potestad o autoridad a ser adoptados por hijos de Dios. Todos los creyentes disfrutan de este derecho. Por eso leemos en 1 Juan 3:1: *«Mirad qué amor tan sublime nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios»*. Dios les llama *hijos;* y ellos le llaman *Padre.* Este privilegio de adopción se debe enteramente a Jesucristo, pues Él les dio esta potestad a todos cuantos creen en Su nombre. El hijo de Dios vino a ser Hijo del Hombre, a fin de que los hijos y las hijas de los hombres viniesen a ser hijos e hijas de Dios Altísimo.

(b) El privilegio de la *regeneración: Engendrados ... de Dios* (v. 13). Todos los hijos de Dios son nacidos de nuevo. Todos los que son adoptados es porque han sido regenerados. El texto sagrado pasa a decirnos cómo llega una persona a tal dignidad. Lo dice, *primero,* por negaciones: *«Los cuales no han sido engendrados de sangre* (lit. *de sangres),* lo que indica que el ser hijo de Dios *no se hereda* ni por parte de padre ni por parte de madre (¡Dios no tiene nietos!), ya que los hijos de «los hijos de Dios» necesitan ser salvos personalmente. Tampoco nuestro esfuerzo personal ni nuestro mérito ni nuestra decisión puramente humana *(«voluntad de carne»* comp. con 3:6) puede hacer que nazcamos de arriba. Finalmente la *«voluntad de varón»,* esto es, el afán procreador del marido es igualmente incapaz de producir un «hijo de Dios». Por supuesto tampoco el lugar, la nación, ni el rito bautismal pueden hacer de un ser humano un «cristiano». Todo esto tenía especial relevancia contra la pretensión de los judíos, quienes se creían «hijos de Dios» por el solo hecho de pertenecer racialmente al pueblo escogido y ser descendientes de Abraham, el padre de los creyentes. *Segundo,* se nos dice positivamente que sólo *el que nace de Dios es hijo de Dios.* Este nuevo nacimiento se debe a la Palabra de Dios como agencia exterior, y al Espíritu Santo de Dios como a la única iniciativa amorosa que obra internamente en nosotros este nuevo nacimiento. Los creyentes genuinos son así *hijos de Dios* (comp. 1 Jn. 3:9; 5:1).

5. *Y el Verbo se hizo carne* (v. 14). Estas palabras declaran la encarnación del Hijo de Dios mejor que con todo lo dicho hasta ahora. Ahora que había venido la plenitud de los tiempos, Dios envió a Su Hijo *hecho de una mujer* (Gá. 4:4). Vemos:

(A) La naturaleza humana con que el Verbo se cubrió: *El Verbo se hizo carne;* es decir, hombre mortal con toda la humillación que la carne débil comporta: *«Por cuanto los hijos han llegado a tener en común una carne y una sangre, Él también participó igualmente de lo mismo»* (He. 2:14). Así que Juan nos asegura que el mismo *Verbo que era Dios* (v. 1), ahora *se hizo carne;* se sometió voluntariamente a las miserias y necesidades de la naturaleza humana. *Carne* connota también al hombre pecador y, aunque Cristo no cometió jamás nada impropio, *fue hecho pecado por nosotros* (2 Co. 5:21). Así entendemos lo de Ro. 8:3: «… *Dios, enviando a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado y en lo concerniente al pecado condenó al pecado en la carne»*. El Hijo de Dios se hizo hombre sin dejar de ser Dios, de la misma manera que un hombre puede hacerse ingeniero sin dejar de ser hombre. Y así como *la Palabra de Dios vive y permanece para siempre* (1 P. 1:23), así también el Verbo de Dios, una vez hecho hombre, permanecerá para siempre Dios-Hombre.

(B) La morada que esa carne proporcionó al Verbo: «Y *acampó* (lit.) *entre nosotros*». De la misma manera que el Arca de la Alianza, sobre la que reposaba la presencia de Dios (La *shekinah*, cuyo parecido con el *eskénosen* de Jn. 1:14 es notable) velaba dicha presencia al mismo tiempo que la revelaba, así también el *Immanuel* o «Dios con nosotros», plantó también su tienda de campaña en medio de nosotros, haciéndose compañero nuestro de peregrinación por el desierto de esta vida, para nacer, trabajar, sufrir y morir con nosotros y por nosotros. Habitó entre nosotros, gusanos miserables que nos habíamos rebelado contra Dios. Y así como los judíos debían ir a la puerta del tabernáculo para implorar desde allí la bendición y la propiciación de Dios, así nosotros podemos *acercarnos con toda confianza al trono de la gracia* (He. 4:16), una vez que nuestro gran sumo sacerdote hizo propiciación por nosotros en la Cruz.

(C) Los rayos de gloria que se filtraron a través del velo de esa carne: *«Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad»*. El Sol es fuente de luz, incluso cuando está cubierto por las nubes o eclipsado. Así tambien Cristo, aun velado por la carne humana, era *el resplandor de la gloria del Padre* (He. 1:3). Y hubo algunos que, en este mundo, vieron a través de ese velo:

(a) ¿Quiénes fueron los testigos de esta gloria? *Vimos,* nosotros, Su gloria. Otros hombres descubren sus debilidades a los más íntimos, pero Cristo descubrió Su gloria precisamente a los más íntimos. Ellos vieron Su gloria, mientras que otros sólo veían el velo de Su carne.

(b) ¿Qué evidencia tuvieron de ello? *Vimos;* no nos lo contaron, sino que fuimos testigos de primera mano, testigos oculares. El verbo griego (el mismo de 1 Jn. 1:1) indica una visión fija y atenta. No cabe duda de que Juan hace aquí particular referencia a la gloria de la Transfiguración del Señor (de la que fue testigo privilegiado, con su hermano Jacobo y con Pedro—comp. con 2 P. 1:17–18—).

(c) ¿Qué calidad tuvo esa gloria? «*… como del unigénito del Padre*». La gloria del Verbo hecho carne era la que competía únicamente al Hijo Unigénito del Padre y no podía ser otra. Los creyentes son hijos de Dios por el favor especial de adopción y la gracia especial de la regeneración; son, de algún modo, *copartícipes de la naturaleza divina* (v. 2 P. 1:4), pero Cristo es de la misma naturaleza que el Padre, consustancial al Padre. Ésa era la gloria que manifestó cuando habitó entre nosotros.

(d) ¿Qué beneficio obtuvieron aquellos entre quienes el Verbo hecho carne acampó? En el tabernáculo del Antiguo Pacto, estaba la *Ley;* en éste, está la *gracia;* en el tabernáculo, todo era *tipo* y figura; en Cristo está la *verdadera realidad*, pues Él estuvo entre nosotros «*lleno de gracia y de verdad*», las dos grandes cosas de las que más necesita el hombre caído. Él estaba lleno *de gracia* y por tanto, cualificado para interceder por nosotros; lleno *de verdad* y, por tanto, cualificado para enseñarnos. Tenía la plenitud del conocimiento y la plenitud de la compasión.

Versículos 15–18

I. El evangelista se refiere de nuevo al testimonio que el Bautista dio de Cristo (v. 15). Vemos:

1. Cómo expresaba Juan este testimonio: «*Clamó, diciendo*», para que se cumpliese la profecía según la cual Juan había de ser «*voz de uno que grita en el desierto*». Los profetas del Antiguo Testamento gritaban para mostrar al pueblo sus *pecados;* Juan grita para mostrar al pueblo el *Salvador*. Fue un testimonio gritado públicamente, para que todos pudiesen tomar buena nota de él. Juan daba este testimonio con toda libertad y de todo corazón. Clamaba como quien está *seguro* de la verdad que predica, y *afectado* por el mensaje de su propia predicación.

2. Cuál era su testimonio. Apela a lo que había dicho al comienzo de su ministerio, cuando había dirigido la atención de la gente hacia uno que había de venir *después de él* (de quien él era el Precursor, es decir, el que corre delante): «*Éste es de quien yo decía*». Los demás profetas se habían referido al Mesías a distancia, pero Juan pudo señalarle con el dedo (v. 29). De este Mesías que venía después de él, dice Juan:

(A) Que «*es antes de mí*», es decir, *superior a mí,* tanto como un rey es superior al heraldo que proclama su venida. Jesucristo era *Hijo del Altísimo* (Lc. 1:32); por eso, tenía precedencia sobre Juan, que era *profeta del Altísimo* (Lc. 1:76). Juan era un gran hombre, pero estaba decidido a darle la preferencia a quien le correspondía. Todos los ministros de Cristo han de preferir al Señor y los intereses del Señor a sus propios intereses.

(B) Juan da una buena razón para ello: «*Porque era primero que yo*». Lo era: (a) en cuanto al tiempo; Jesús, en cuanto Dios, era eterno y, por tanto, anterior a Juan y anterior a Abraham (8:58), mientras que Juan tendría unos treinta años; (b) en cuanto a la dignidad, pues Jesús era el Señor, mientras que Juan era como un esclavito que no se tenía por competente ni para desatarle a Jesús la correa del calzado (v. 27).

II. A continuación, el evangelista retorna a hablar de Jesús, aunque, a partir del versículo 19, especificará y detallará el testimonio del Bautista acerca de Jesús. El versículo 16 conecta claramente con el versículo 14, donde se nos dice que el Verbo de Dios se manifestó en carne, «*lleno de gracia y de verdad*». El evangelista añade ahora: «*Porque de su plenitud todos hemos recibido*» (lit. *recibimos,* en aoristo). Todos cuantos han recibido el influjo benéfico de la gracia de Dios (y el evangelista se cuenta entre ellos, y se refiere a la maravillosa experiencia que tuvo un día concreto—vv. 35–39—), lo han recibido a través de Cristo. Todos los creyentes genuinos reciben la gracia de la plenitud de Cristo; los mayores santos no pueden recibirla, sino de Él; y el ser humano más miserable que pueda existir, puede vivir de esa plenitud, porque esta gracia que fluye de la plenitud de Cristo, como de un manantial que nunca se agota por muchos que sean los que de Él tomen, está a disposición de todos cuantos le reciban por fe (v. 1:9; 2 Co. 5:14 y ss.; 1 Ti. 2:4–6; 1 Jn. 2:2). Esto excluye, por una parte, la jactancia, pues no tenemos nada, sino lo que de Él hemos recibido (15:5; 1 Co. 4:7); por otra parte, excluye la perplejidad y el miedo, pues la libre oferta de Su gracia es para todos: nadie es tan pecador que no pueda alcanzar la gracia del perdón y de la adopción de hijo de Dios. El evangelista detalla que:

1. Hemos recibido *«gracia sobre gracia» o «gracia por gracia».* Todo lo que hemos recibido de Cristo se resume en esta palabra: *«gracia»;* ¡así de grande, de rico, de valioso, es el don! Consideremos:

(A) La bendición que esto supone: Es *gracia:* Un favor inmerecido (mejor, desmerecido) de parte de la buena voluntad de Dios hacia nosotros, y que comporta una buena obra de Dios en nosotros. La buena voluntad de Dios (v. Lc. 2:14; Fil. 2:13) produce una buena obra en nosotros, y esta buena obra nos cualifica para obtener ulteriores favores de la buena voluntad de Dios. De la misma manera que el pozo artesiano recibe el agua de la plenitud de la montaña, la rama del árbol recibe la savia de la plenitud de la raíz, y el aire recibe la luz de la plenitud del sol, así también nosotros recibimos la gracia de la plenitud de Cristo.

(B) La magnitud de esta bendición: «Y *gracia sobre gracia».* La preposición griega *antí* puede tener varios sentidos. Puede significar «por» o «en lugar de», como en Mateo 20:28, o «frente a», como en Hebreos 12:2. Pero aquí significa que los creyentes van recibiendo *sucesivas oleadas de gracia,* continuas bendiciones de parte de Dios en Cristo (v. Ef. 1:3, 6). No puede significar «una gracia (la del Evangelio) en vez de otra (la de la Ley)», aunque el contexto próximo podría engañar. Tengamos en cuenta que la Ley o *Torah* aunque era un privilegio del pueblo escogido, nunca es llamada «gracia» en la Biblia, puesto que, igual que las «obras», siempre aparece en contraste con la fe, la gracia y el Evangelio. Estas oleadas de gracia se suceden: (a) en extensión: conforme a la necesidad de cada momento, recibimos de Cristo la gracia oportuna; (b) en intensidad: una gracia bien recibida y usada ensancha la capacidad de nuestro vaso, de modo que siempre pueda estar lleno con nuevas gracias.

2. De Cristo hemos recibido *gracia y verdad* (v. 17). En el versículo 14 había dicho el evangelista que Cristo estaba *«lleno de gracia y de verdad».* Ahora nos dice que *«por medio de Jesucristo vinieron la gracia y la verdad».* Tres cosas descubrimos en este versículo en el contraste que Juan establece entre Jesús y Moisés: (A) La Ley del Sinaí fue un privilegio de Israel, tan sublime que Hebreos 2:2–3 menciona a los ángeles como mensajeros de ella. Aquí se nos dice que *«fue dada por medio de Moisés»,* el gran caudillo de Israel y gran amigo de Dios, pues hablaba con Él «cara a cara» (como amigo íntimo). Pero la gracia y la verdad salvíficas vinieron con Jesús. Nótese el contraste entre el *«fue dada»* y el *«vinieron»* como si dijera: Moisés fue un mero transmisor de la Ley desde las manos de Dios hasta las manos del pueblo, mientras que la misericordia y la fidelidad de Dios vinieron personificadas en Cristo; (B) la *gracia* y la *verdad* de Cristo señalaban el cumplimiento de todas las promesas del Antiguo Pacto; (C) así como la *gracia* marcaba el fin de las obras, así también la *verdad* marcaba el fin de los tipos y sombras del Antiguo Pacto, pues Cristo es el *verdadero* Cordero Pascual, el chivo expiatorio *verdadero,* el *verdadero* maná, etc. Ellos tenían la gracia como en un cuadro; nosotros la tenemos en persona. Notemos que el original usa aquí el mismo verbo que en el versículo 3 *«fueron hechas».* Como todas las cosas fueron hechas por medio de Él, también la gracia y la verdad lo fueron.

3. Otra cosa importante que hemos recibido de Cristo es una clara revelación de Dios (v. 18): Jesús nos ha hecho la exégesis de Dios, a quien nadie ha visto jamás. Notemos:

(A) La insuficiencia de todos los demás descubrimientos: *«A Dios nadie le ha visto jamás»* (comp. con Dt. 4:12; Mt. 11:27; Lc. 10:22; Jn. 5:37; 6:46; 1 Ti. 6:16; 1 Jn. 4:12, 20). Esto indica: (a) Que, al ser *espiritual* la naturaleza de Dios, es invisible a los ojos del cuerpo; sólo por fe podemos ver al Invisible (He. 11:27); (b) Que la revelación que de Sí mismo hizo Dios en el Antiguo Pacto era muy pequeña e imperfecta en comparación con la que nos ha hecho por medio de Jesucristo. La grandeza del cristianismo se echa de ver en que ha sido fundado por Alguien que ha visto a Dios y conoce de la mente de Dios infinitamente más de lo que cualquier ser angélico o humano podría conocer.

(B) La completa suficiencia de la revelación que de Dios nos ha hecho Jesús: *«El unigénito Hijo* (bastantes e importantes MSS dicen: *«El unigénito Dios»), que está en el seno* (lit. *hacia el seno) del Padre, Él le ha dado a conocer* (lit. *Él lo explicó o hizo la exégesis de Él)».* Obsérvese qué bien cualificado estaba Jesús para hacernos la exégesis del Padre, puesto que: (a) Es el *Hijo único* del Padre, su Verbo o Expresión infinita, exhaustiva. Nadie conoce exhaustivamente al Padre, y en nadie es conocido exhaustivamente el Padre, sino el Hijo y en el Hijo (Mt. 11:27) y el Espíritu Santo (v. 1 Co. 2:10–11); (b) sólo el Hijo está *en el seno del Padre,* como el escogido Bienamado en quien el Padre tiene todas sus complacencias, y como Aquel a quien Dios confía todos sus secretos (15:15; 17:26); (c) al hacerse hombre, el Verbo de Dios nos hizo la perfecta traducción de Dios al lenguaje humano, no sólo en Sus palabras, sino en Su propia persona, pues en Él habitaba toda la plenitud de la Deidad (Col. 2:9), y quien le ve a Él, ve al Padre (14:9). Si se pudiese ver del Padre algo que no se ve en Cristo Jesús habría

engañado a Felipe. No cabe otra visión de Dios que la que se refleja en *la lumbrera que es el Cordero* (Ap. 21:23). El que se sienta triste por no poder ver al Padre *en Sí*, es que no está satisfecho con el Señor Jesucristo o no lo conoce como es necesario. Sólo cuando se manifieste, lo veremos tal como es en Sí (1 Jn. 3:2).

(C) Este versículo (lo mismo que 15:15), no ha de entenderse como si Jesús nos hiciese partícipes del conocimiento *exhaustivo* que las tres personas divinas tienen de Sí mismas (lo cual es imposible, ya que nunca podemos ser iguales a Dios), sino que expresa la íntima familiaridad con que nuestro Padre nos ha comunicado los secretos de la salvación que nos afectan en lo más vivo de nuestra existencia y de nuestro destino eterno.

Versículos 19–28

Testimonio que Juan dio ante los mensajeros que de Jerusalén le habían sido enviados para examinarle. Veamos:

I. Quiénes y por quién, fueron enviados a Juan el Bautista: Los enviados eran: 1. *Sacerdotes y levitas* (v. 19). El Bautista era sacerdote de la descendencia de Aarón y, por ello, era apropiado que fuesen sacerdotes quienes le examinasen, 2. Estos sacerdotes y levitas *«eran de los fariseos»* (v. 24), los cuales creían que no necesitaban arrepentimiento. Los que los enviaron eran *«los judíos de Jerusalén»*. El evangelista usa aquí el término «judíos», como en otras muchas partes de su Evangelio, para designar peyorativamente a los contumaces compatriotas de Jesús que no quisieron recibirle (v. 11). Podría esperarse que estos «judíos», pertenecientes al Sanedrín o Supremo Consejo de Israel conocieran los signos de los tiempos, que el Mesías estaba para llegar y que, por tanto, era fácil reconocer en Juan al Precursor profetizado; pero, en lugar de ello, vemos que envían mensajeros para ver quién era y qué se proponía este desconocido predicador. La mera erudición, el poder político o religioso y el alto rango en los honores públicos rara vez disponen bien para recibir la luz divina.

II. Con qué objetivo fueron enviados: *«Para que le preguntasen: ¿Tú, quién eres?»* Es decir, para inquirir acerca de su persona y de su obra. No enviaron a arrestarle, sino para mostrar la autoridad que tenían en materias religiosas, para satisfacer su curiosidad y para ver de silenciar al Bautista. La doctrina que éste predicaba acerca del arrepentimiento les era extraña a estos judíos.

III. Cuál fue la respuesta que él les dio con el informe acerca de sí mismo y del bautismo que administraba:

1. Acerca de sí mismo. Ellos le preguntaron: «*¿Tú, quién eres?*» La aparición de Juan en sociedad fue sorprendente. Su espíritu, su talante, sus enseñanzas tenían algo que imponía respeto, pero él mismo no pretendía ser «alguien grande»; ponía más empeño en hacer el bien que en aparecer importante. Así que responde a la pregunta:

(A) Primero, en forma negativa: *«Él no dejó de confesar, sino que declaró francamente: Yo no soy el Cristo»* (v. 20. Vers. *Las Grandes Nuevas).* El original dice: *«Confesó, y no negó, y confesó …».* Como en el versículo 3 y en 2 Reyes 20:15, también aquí se dice lo mismo en forma afirmativa y negativa, para recalcar, contra los seguidores fanáticos del Bautista, que él no era el Mesías. El Bautista, aquí como en otros lugares, no quiere arrebatarle a Cristo la gloria de ser el único Salvador y Esposo de la Iglesia. Las frases enérgicas del Bautista muestran la vehemencia y la constancia de su protesta. Los testigos fieles de Dios se ponen más en guardia contra el *respeto indebido* que contra el *desprecio injusto.* También niega Juan ser Elías (v. 21). Estaba profetizado que Elías volvería para ser el precursor del Mesías. Por una mala inteligencia de Malaquías 4:5, los judíos pensaron que vendría para ser Su precursor en Su Primera Venida. Al enterarse del carácter de la doctrina y el bautismo de Juan, y de que había aparecido como «llovido del Cielo» no es extraño que le tomasen por Elías; pero no por eso le honraban como Elías habría merecido ser honrado. Juan respondió; *«No lo soy»*. En efecto, no lo era en persona, pero sí lo era *«en espíritu»* (comp. Lc. 1:17 con Mt. 11:14, 17:12). También niega Juan ser *«el profeta»*, es decir el profeta a que hace referencia Deuteronomio 18:15–18, lugar que algunos entendían como referido a otro Precursor del Mesías, aunque la referencia del Deuteronomio apuntaba al propio Mesías, como vemos por

Hechos 3:22; 7:37. A esto último, el Bautista respondió secamente: *«No»*. Resulta curioso observar que las respuestas de Juan van siendo cada vez más concisas: «*Yo no soy el Mesías … No lo soy … No».*

(B) El comité enviado para examinarle le urge entonces a que de una respuesta positiva, para informar debidamente a quienes les habían enviado: *«Le dijeron, pues: ¿Quién eres?, para que demos una respuesta a los que nos enviaron»* (v. 22). A Juan se le tenía por persona sincera a carta cabal y, por eso, estaban seguros de que les daría una respuesta clara y sin rodeos ni tapujos a la pregunta: *«¿Qué dices de ti mismo?»* Y así lo hizo al decirles: «*Yo soy la voz de uno que clama en el desierto»*. Les responde con palabras de la Escritura (Is. 40:3), para mostrar que la Escritura se cumplía en él, pero lo hace con toda modestia, humildad y abnegación: *«Soy la voz,* una mera voz». Para entender bien esta respuesta del Bautista, es preciso leer detenidamente Isaías 40:1–11, donde el profeta anuncia la misericordia de Jehová con Su pueblo, cuando éste vuelva de la cautividad de Babilonia, como un rey que viene a visitar a su pueblo con nuevos regalos de su gracia, pero exige de sus súbditos que le preparen el camino para que pueda viajar cómodamente. Juan no es la *Palabra,* pero es una voz; mejor aún, un sonido agudo, como un grito de socorro en medio del desierto sin agua; de aquel desierto que no estaba lejos del Jordán donde Juan predicaba. En el desierto, la gente puede morir de sed, si le falta el agua que da la vida (4:14; 7:37). Juan no tiene el manantial, no puede calmar la sed, no es el Salvador, pero grita a todo el que se sienta perdido, a punto de morir de sed, señalándole el camino de la salvación, como lo hace en los versículos 29 y 36 (comp. con Is. 40:2; Mt. 3:2; 4:17; Mr. 1:15; Lc. 3:4–6). Así también, los ministros de Dios son la voz mediante la cual Dios tiene a bien hablar desde la Biblia. Esta voz, como la de Juan, es una voz *humana.* El pueblo había temblado al recibir la Ley mediante la voz de truenos y relámpagos; pero iban a oír el Evangelio por medio de una voz de hombre como la nuestra. La voz de Juan era un *clamor* de importunidad, de urgencia, de solemne proclamación de parte de Dios (comp. con 2 Co. 6:1–2). Así es como han de clamar los predicadores, pues las palabras que salen *frías* de los labios del predicador es imposible que *calienten* el corazón de los oyentes. Esa voz se oía en el desierto, porque sólo en un lugar de silencio y soledad lejos del mundanal ruido y de la prisa que los negocios imponen, es como se puede oír la voz de Dios.

(C) El mensaje que la voz clamorosa de Juan proclamaba era el siguiente: *«Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías»*. Juan vino a rectificar los errores del pueblo en cuanto a los caminos de Dios (v. Is. 55:8). «Camino» y «andar» son términos que la Biblia emplea para indicar la *conducta* (v. Col. 2:6–7). Así, pues, «enderezar el camino» es cambiar de conducta y convertirse a Dios. Compárese con Hebreos 9:10 «… *reformar las cosas*» = hacer correcta la relación con Dios, perdida por el pecado (comp. con Jer. 2:13). Los escribas y fariseos habían hecho torcidos los caminos, y Juan clama al pueblo para que enderece todo lo torcido.

2. Luego viene el testimonio que Juan da acerca de su bautismo. Nótese:

(A) La pregunta que el comité le hizo acerca de esto: *«¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta?»* (v. 25). Eran conscientes de que el bautismo de Juan era el rito sagrado que simbolizaba la purificación de los que estaban afectados por la polución del pecado, y esperaban que estaría en uso en los días del Mesías. Se daba por supuesto que tanto el Mesías como Elías y el profeta anunciado bautizarían cuando vinieran a purificar un mundo contaminado. Es la gracia divina la que ha provisto el modo de quedar limpios del pecado mediante la fe en el Salvador. A la vista del bautismo que Juan llevaba a cabo, y ante la respuesta de él de que no era el Mesías, ni Elías, ni el anunciado profeta, ellos le preguntan entonces: *«¿Por qué, pues, bautizas, si tú na eres el Cristo, ni Elias ni el profeta?»* (v. 25). Le preguntan con qué autoridad ejerce esta función, ya que la purificación escatológica del pueblo era un acto singularmente mesiánico, según Ezequiel 36:35; 37:23. Como la respuesta de Juan aludía a una función profética (predicar arrepentimiento), ellos interrogan acerca del aspecto sacerdotal de su conducta. Máxime cuando no estaban preparados para recibir a un Precursor de carácter tan *espiritual.*

(B) A esto replicó Juan diciendo que él era meramente el ministro de un signo exterior: «*Yo bautizo con agua»* (v. 26); como si dijese: «Eso es todo. Yo no puedo conferir la gracia espiritual que ello simboliza. *Mas en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis* (lit. *sabéis)»*. Cristo estuvo en medio del pueblo como uno de ellos, pero pasaba desconocido; no se daban cuenta de Su presencia, como indica el verbo original. Como iban en busca de un Mesías que no respondía al verdadero concepto bíblico del auténtico Mesías, el Cristo que ya ha surgido en medio de ellos les pasa totalmente desapercibido. ¡Cuántas cosas de gran valor están escondidas a los ojos del mundo! La oscuridad es con mucha frecuencia la suerte que cabe al verdadero valor, a la virtud sincera y a la auténtica excelencia.

También nos muestra esto que Dios está siempre más cercano a nosotros que lo que pensamos. Así entonces, el reino de Dios estaba en medio de ellos (Lc. 17:21). Juan repite a continuación lo que ya había dicho en el versículo 15, y añade que *«del cual* (Jesús) yo *no soy digno* (lit. *no estoy cualificado, o no soy competente) de desatar la correa del calzado»* (v. 27). Desatar las sandalias era oficio de esclavos. Lo hacían cuando sus amos volvían a casa, antes de lavarles los pies según costumbre. Si Juan se tenía por indigno e incompetente para ese honor de servir a Cristo en el ínfimo de los oficios de un esclavo, ¡cuán indignos deberíamos tenernos nosotros de servirle! Al llegar a este punto, cualquiera pensaría que estos sacerdotes y levitas habrían de preguntar inmediatamente a Juan quién era tal persona tan excelente y dónde podían encontrarle. Pero no lo hacen. Habían venido a molestar a Juan, no a recibir de él instrucción. Tuvieron la oportunidad de conocer a Cristo, pero la dejaron pasar. Se nos especifica en qué lugar sucedió todo esto (v. 28). Aunque nuestras versiones dicen *«Betábara»,* los mejores MSS dicen *«Betania»,* distinta de la Betania de Lázaro, Marta y María (la cual estaba cerca de Jerusalén) y situada a unos 20 km al sur del mar de Galilea y a unos 32 km al sudeste de Nazaret. El tiempo, según W. Hendriksen, era a últimos de febrero o primeros de marzo del año 27 de nuestra era.

Versículos 29–36

En estos versículos, tenemos un informe detallado del testimonio que Juan dio acerca de Jesucristo a los discípulos que le acompañaban. Tan pronto como fue bautizado, Cristo marchó apresuradamente al desierto, donde fue tentado por el diablo; allí estuvo cuarenta días. Durante Su ausencia Juan continuó dando testimonio de Él, pero ahora, por fin, *«vio a Jesús que venía hacia él»* (v. 29). En dos días consecutivos, Juan da de Jesús un testimonio coincidente.

I. En los versículos 29–34, tenemos el primero de dichos testimonios. En él, dice Juan acerca de Cristo cuatro cosas:

1. Que es *«el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»* (v. 29). Aprendamos aquí:

(A) Que Jesús es *el Cordero de Dios* (el que es de Dios y el que Dios provee para nuestra salvación), lo cual nos habla del gran sacrificio mediante el que se llevó a cabo la expiación por el pecado, y Dios reconcilió consigo al mundo (2 Co. 5:19). Entre todos los sacrificios, Juan alude a los *corderos* que se ofrecían en el templo, con referencia especial a los del sacrificio diario que se ofrecía cada mañana y cada tarde, y siempre se hacía con corderos; alude también al *cordero pascual,* cuya sangre libró a los israelitas de la muerte de los primogénitos llevada a cabo por el ángel exterminador. Cristo es nuestra Pascua (1 Co. 5:7). El hecho de que la Pascua estaba cercana, y la cita de Isaías 40:3, hecha el día anterior (v. 23) nos confirman que el Bautista, al apuntar hacia Cristo como al «Cordero», tenía en su mente al cordero pascual (Éx. 12:1–13), que iba a ser el sustituto por nuestros pecados (Is. 53:7), conforme lo vería después el Apóstol Juan en Apocalipsis 5:6. Así lo vieron también Mateo (Mt. 8:17), el evangelista y diácono Felipe (Hch. 8:32), Pedro (1 P. 2:22) y el autor de *Hebreos* (He. 9:28).

(B) Que este Jesús, «el Cordero de Dios», es el que *«quita el pecado del mundo».* Juan el Bautista había invitado al pueblo a que se arrepintieran de sus pecados, a fin de obtener la remisión de ellos. Ahora les muestra cómo y por quién había de esperarse el perdón de los pecados. Éste es el fundamento de nuestra esperanza: En Jesús, y sólo en Él hay perdón para todo pecador arrepentido. Nótese la fuerza del verbo original *airo,* que aquí, como en 19:31, tiene un triple sentido: (a) Mediante Su muerte en la cruz del Calvario, Jesús *quita* el pecado de encima de todo aquel que se somete por fe a la gracia del perdón y a la acción poderosa del Espíritu Santo. El participio de presente denota una acción continua: Jesús está siempre en condiciones de quitar el pecado. «El pecado», en singular y con artículo, no sólo indica nuestras rebeliones personales, sino, antes y sobre todo, el fallo general de la humanidad respecto a su destino eterno *(hamartían);* la misma singularización hallamos en 2 Corintios 5:21 donde se expresa claramente la sustitución expiatoria de Jesús. Él «mundo» tiene aquí un sentido universal, como en 3:16; 2 Corintios 5:14–21; 1 Timoteo 2:4–6; 1 Juan 2:2; etc. Todos estos textos y muchos otros más nos presentan claramente la verdad bíblica de que *Jesucristo murió por todos los hombres* aunque no todos se salven, sino sólo los que cumplen con la única condición de *creer* (Jn. 3:15–16), (b) el verbo indica también que Jesús *retira* el pecado tan lejos que no pueda volver, pues Dios se olvida de los pecados perdonados, los sepulta en el abismo, y los aleja tanto como un confín del Universo del otro confín. Si así retira Jesús el pecado del mundo, ¿quién desconfiará de que sus pecados queden perdonados, por muchos

y muy graves que sean? (c) Finalmente el verbo indica que Jesús *carga* sobre Sí el pecado que retira de nosotros (v. Is. 53:5–7) de la misma manera que el macho cabrío vivo del Día de la Expiación se llevaba al desierto sobre su propia cabeza *«todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados»* (Lv. 16:21). Dios ha encontrado el modo de abolir el pecado, y salvar al pecador, al hacer a Su Hijo *«pecado por nosotros»* (2 Co. 5:21).

(C) Que es nuestro deber *mirar* al Cordero de Dios. El original dice literalmente: *«¡Mira! ¡El Cordero de Dios …!»* El griego no deja lugar a dudas de que se trata de una interjección, puesto que el sustantivo «cordero», con su artículo, se halla en caso nominativo. Si volvemos la vista a 3:14–15 con su referencia a Números 21:8–9, nos percataremos de la tremenda importancia y urgencia que, para cada uno de nosotros, tiene ese «mirar». Además, al mirar cómo Jesús se lleva nuestro pecado cargándolo sobre Sí, aumentará nuestro amor a Jesús y nuestro odio al pecado.

2. Que éste es aquel de quien anteriormente había hablado Juan (vv. 30–31): *«Éste es aquel de quien yo dije: Después de mí viene un hombre …».* Este es el honor que le cupo al Bautista, que, mientras los otros profetas hablaron del Mesías como del que había de venir, Juan lo vio ya llegado y lo pudo señalar con el dedo. Una diferencia semejante hay entre la *fe* presente y la *visión* futura. Aun cuando Cristo no apareció con pompa externa ni poder majestuoso, Juan no se avergonzó de Él; antes bien, declaró paladinamente: *«el cual es antes de mí»*, es superior a mí. Era necesario que Juan mostrase así la excelencia del Salvador; de lo contrario, la gente no habría podido creer que un hombre que aparecía en tan humilde condición, fuese el mismo de quien Juan había dicho tan grandes cosas. Y, para que no se pensase que Juan y Jesús se habían puesto de acuerdo de antemano, niega que existiese tal confabulación: «*Y yo no le conocía*» (v. 31). Juan no conocía a Jesús hasta que éste llegó para que Juan le bautizara. Quienes son enseñados por Dios, creen y confiesan al que no han visto, y son *bienaventurados por haber creído sin ver* (20:29). El gran objetivo del ministerio y del bautismo de Juan era presentar a Jesucristo: *«Para que fuese manifestado a Israel, por esto vine yo bautizando con agua»*. El bautismo de agua que Juan administraba hablaba de la impureza del pecado, y Jesús era el Cordero de Dios que venía a quitar de veras el pecado por medio del sacrificio de Sí mismo en la Cruz. Los contrastes entre la persona y obra del Bautista, y la persona y obra de Jesucristo son numerosos: (A) Juan prepara el camino, exhorta a enderezar el camino propio, mientras que Cristo mismo es el Camino (14:6); (B) Juan bautiza con un bautismo visible, en agua (o con agua), que era señal y medio de purificación (v. 3:5); Cristo bautiza interiormente *«con Espíritu Santo y con fuego»*, pues Él es la Palabra viva y eficaz en persona (comp. 1:1, 14 con He. 4:12); Él perdona y borra interiormente el pecado (vv. 29, 36); (C) el mensaje de Juan iba dirigido primordialmente a Israel (comp. con Mt. 4:15–16; Lc. 1:79; Hch. 2:39; 7:51–53; 13:46; Ro. 10:20–21); Cristo había de gustar la muerte *por todos* (He. 2:9).

3. Que éste era aquel sobre quien *«el Espíritu descendía del Cielo como una paloma y permaneció sobre Él»* (v. 32). Este testimonio está confirmado en Mateo 3:16; Marcos 1:10; Lucas 3:22. Juan dice esto para dar mayor fuerza a su testimonio, y apela a la extraordinaria experiencia del Espíritu descendiendo como paloma, y al anuncio que de ello le hizo Dios el Padre (vv. 32–34). Aquí se nos dice:

(A) Que Juan el Bautista lo vio y dio testimonio de ello con toda la seriedad y la solemnidad de un verdadero testigo: «*Vi al Espíritu que descendía del cielo …».* Juan no podía ver el Espíritu pues es Dios y, por ello, no tiene cuerpo ni puede verse con los ojos del cuerpo (v. 4:24), pero sí vio la paloma que era el símbolo y la representación del Espíritu. La paloma con un ramo de olivo en el pico había sido para Noé la señal de que la tierra había emergido ya sobre las aguas del diluvio tras la ira de Dios; por eso, es llamada «la paloma de la paz» el olivo es símbolo del Espíritu Santo (la «unción» de 1 Jn. 2:20, 21); y la paloma es también símbolo de pureza, mansedumbre y dulzura.

(B) Que Juan había sido advertido de antemano para reconocer al Mesías mediante una señal que no podía fallar: *«Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, Él me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre Él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo»* (v. 33). Véase aquí cuán seguro era el fundamento sobre el que Juan apoyaba su testimonio. No echó a correr sin ser enviado, sino que fue Dios quien le envió a bautizar; tenía la garantía celestial para ello. Cuando el llamamiento de un ministro del Señor es claro, sus actividades marchan sobre seguro, aun cuando no siempre le acompañe el éxito. Juan fue enviado no sólo a bautizar con agua, sino a manifestar al que había de bautizar con el Espíritu Santo. Gran consuelo es para los ministros de Dios saber que quien les envía a predicar puede poner en el corazón lo que ellos ponen en el oído y soplar el Espíritu sobre los huesos secos a los que ellos profetizan con su predicación. Dios le había dado a Juan una señal clara: *«Sobre*

quien veas descender el Espíritu y que permanece en Él, ése es …». Con esto, no sólo se le prevenía contra toda equivocación, sino que se le confería denuedo y confianza para dar su testimonio con toda seguridad. Nótese que la señal distintiva de Cristo era que el Espíritu Santo *permanecería sobre Él.* Esa «permanencia» del Espíritu Santo sobre Jesús establece una diferencia radical entre Él y cada uno de los creyentes, porque: (a) a Cristo le fue dado el Espíritu *sin medida* (3:34); a nosotros, *según medida* (Ef. 4:7). Como Cristo es la Cabeza de la Iglesia, posee la plenitud del Espíritu y de los dones, como el blanco del espectro solar incluye en sí todos los colores del iris; en cambio, los creyentes tienen diversos dones, según el servicio que han de ejercitar en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, pero ninguno tiene *todos* los dones (v. 1 Co. 12:29–30); (b) en consecuencia, nosotros no siempre somos conducidos por el Espíritu en todo lo que decimos o hacemos, mientras que Jesús *siempre* era conducido por el Espíritu, hasta el punto de ser el único ser humano que siempre y en todo fue dirigido invariablemente por el Espíritu Santo, para santificarse a Sí mismo y ofrecerse en sacrificio vivo al Padre, en obediencia perfecta y constante (v. 3:34; 4:34; 9:30; 10:36; 17:19; Ro. 12:1; He. 9:14; 10:6–10, comp. con Fil. 2:8, etc.).

(C) Un hecho sumamente curioso es que Jesús bautizaba con el Espíritu Santo, en el *interior,* pero no con agua. Juan (Jn. 4:2) tiene buen cuidado en decirnos que *«Jesús mismo no bautizaba sino sus discípulos»,* como comentaremos en su lugar. Hemos de distinguir cuidadosamente entre el *bautismo de agua* (exhortación al arrepentimiento que Juan ofrecía y administraba) y el *bautismo cristiano* (símbolo de la fe en el Salvador). Por eso, vemos a Pablo en Éfeso, *bautizando en el nombre del Señor Jesús* a un grupo de discípulos que habían sido bautizados con el bautismo de Juan (Hch. 19:1–6). Mateo 3:13–17 nos detalla el episodio del bautismo de Jesús a manos de Juan, para *cumplir toda justicia,* es decir, todo el programa que Dios tenía acerca de Su Hijo como Redentor de la Humanidad. El bautismo de Juan era para arrepentimiento de los pecados, y Jesús no tenía ningún pecado del que arrepentirse (8:46). Por tanto, se puede decir que Jesús recibió el bautismo de Juan solamente en el sentido de que se humilló para bajar a las aguas del Jordán como si fuera pecador, y mostró ya desde aquel momento que se solidarizaba con nosotros como nuestro Representante y Sustituto (He. 2:11–17).

4. Que Jesús es el Hijo de Dios. Ésta es la conclusión del testimonio del Bautista: «*Y yo le he visto, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios»* (v. 34). Esta afirmación es el núcleo del «credo» cristiano como vimos al comentar Mateo 16:16. Los dos verbos están en pretérito perfecto, como indicando una acción pasada que se ha quedado bien grabada en las pupilas de Juan, por lo que su testimonio es algo que continúa sin desmayo. Al comparar este lugar con Lucas 3:22, W. Hendriksen concluye que aquí el título «Hijo de Dios» es usado en sentido estrictamente *trinitario* (la Segunda Persona de la Trina Deidad), y cita los pasajes típicos de este Evangelio (1:1, 18; 3:16–18; 5:25; 17:5; 19:7; 20:28, 31). Personalmente opino que dicho título, como en Lucas 3:22; 4:3, está usado en sentido *mesiánico,* más bien que trinitario (nota del traductor).

III. A continuación, tenemos el testimonio que Juan dio de Cristo al día siguiente (vv. 35–36). El evangelista asegura: «Al *día siguiente …»,* al recordar fielmente aquellos episodios que de tal manera se habían grabado en su corazón. Éste es el tercer día, dentro de los *siete* de toda esta sección que concluye con las bodas de Caná, según el simbolismo del número 7, tan frecuente en este Evangelio, y sobre el que volveremos más adelante. *«Otra vez estaba allí Juan, y dos de sus discípulos con él».* La diferencia con el día anterior está en que allí (v. 29) el Bautista al apuntar hacia Jesús como *«el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»,* se dirigía a las turbas, de las que no se especifica ni el número ni el carácter. En cambio, aquí se dirige a dos de sus discípulos; probablemente, los más adictos. Ellos iban a ser los dos primeros discípulos de Jesús. Notemos que:

1. Juan *se fijó en Jesús que pasaba por allí* (v. 36). El día anterior, Jesús venía hacia Juan (v. 29). Hoy parece que Jesús pasa de largo. El verbo griego significa «pasearse» y, también, «andar» o «conducirse a algún lugar». Lo más probable es que Jesús pasase por allí en dirección al lugar en el que se hospedaba aquel día. Hendriksen hace notar que el testimonio de Juan el día anterior, seguramente en voz más alta y ante una multitud no parece haber tenido ninguna respuesta positiva, mientras que el de hoy la va a tener, y de inmediato. Los dos discípulos no olvidarán jamás aquel momento importante en sus vidas con tan feliz encuentro con el Salvador. Adviértase el verbo *«fijándose».* Juan puso sus ojos en Jesús y mantuvo la vista fija en Él. Quienes han de guiar a otros a Cristo han de ser diligentes y constantes en la *contemplación* del Maestro.

2. Juan repitió el mismo testimonio que había dado el día anterior. El testimonio de hoy está resumido, ya sea porque el evangelista no cree necesario repetirlo íntegramente, ya sea porque esa sola frase fue suficiente para que los discípulos de Juan identificasen sin dificultad al Mesías. El sacrificio de Cristo para quitar el pecado del mundo es un tema sobre el que deben insistir los predicadores del Evangelio: Cristo, el Cordero de Dios … Como Pablo hemos de predicar *«a Jesucristo, y a éste crucificado»* (1 Co. 1:23; 2:2).

3. Juan puso especial empeño en que lo oyeran estos dos discípulos que estaban con él pues quería llevarlos a Cristo. Nunca pensó que iba a perder por eso dos de sus mejores discípulos, como no lo piensa todo buen maestro de escuela cuando envía sus alumnos a la Universidad. Además, Juan reunía discípulos, no para sí, sino para Cristo. Los espíritus generosos y humildes dan a otros la alabanza que les es debida, sin temor de que por ello hayan de sufrir mengua ellos mismos.

Versículos 37–42

Tenemos a los dos discípulos que estaban con Juan, dejando a éste para seguir a Jesús. Uno de ellos alcanza enseguida a un tercero, y estos tres son los primeros frutos en el discipulado de Cristo.

I. Los dos discípulos que estaban con Juan, cuando éste dio testimonio de Jesús ante ellos eran Andrés y otro al que no se nombra (v. 37). El hecho de que Juan el Evangelista calle el nombre del otro es una prueba muy fuerte de que se trata de él mismo. Los minuciosos detalles que aporta de todo el episodio nos confirman que el que habla es un testigo de primera mano. Veamos:

1. La prontitud con que siguieron a Jesús: «*Al oírle hablar los dos discípulos, siguieron a Jesús*». Nótese el contraste: OYEN a Juan, y SIGUEN a Jesús. ¡Qué buen testigo de Jesús era Juan! ¿No deberíamos ser así todos los predicadores, todos los pastores, todos los obreros del Señor? ¡Que nos oiga la gente hablar bien claro del Maestro, pero que sigan a Jesús, no a nosotros! Juan el Bautista se porta aquí, como en 3:26–30, como el gran «amigo del esposo», el «padrino del novio», que se preocupa de presentar a Jesús una esposa virgen, pues ha tenido sumo cuidado en no robarle a Cristo la gloria de ser el único Salvador de la Iglesia. Todo buen ministro del Señor ha de ser como el Bautista: no como una línea *horizontal* que lleve al pecador a Cristo al pasar *a través del ministro,* por una falsa interpretación de Lucas 10:16, sino formando un *triángulo:* Juan se coloca en un vértice y, desde allí, señala por un lado al pecador y apunta, por el otro, directamente a Jesucristo, de tal modo que se establezca una línea recta entre el pecador y el Salvador, mientras que el ministro, como el Bautista, desaparece por el foro tras la «misión cumplida» de llevar las almas a Jesús.

2. *«Volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis?»* (v. 38). Jesús se dio cuenta enseguida de que le seguían y se volvió prestamente. Jesús ha escuchado el ruido de los pasos o les ha visto echar a andar tras Él, o simplemente lo conoce por medio de Su omnisciencia divina. Cristo toma nota inmediatamente de cualquier movimiento incipiente de un corazón hacia Él, y no espera a que estos discípulos le pregunten, sino que se adelanta a hablarles. Siempre que se establece la comunión entre Jesús y un alma, es Jesús quien toma la iniciativa y comienza el diálogo. Notemos que Jesús no les dice: *¿A quién buscáis?*, sino: *«¿Qué buscáis?»* ¿Buscaban el perdón de los pecados mediante la obra del Cordero de Dios? ¿La salvación de puro regalo, entrada libre en el reino de los cielos? Pues allí estaba Él para darles lo que necesitaban. Todo ser humano busca algo en esta vida. Los creyentes tenemos el privilegio, por pura gracia de Dios, de saber lo que nos conviene buscar (v. Col. 3:1–3). Cristo hace su pregunta con ternura, humildad y mansedumbre, enseñándonos cómo hemos de conducirnos al instruir a otros para que se lleguen a Cristo.

3. Ellos le contestan, y comienzan con un saludo respetuoso: *«Rabí (que traducido es, Maestro)»*. Juan lo traduce para los lectores de lengua griega. Es un título que, en su raíz hebrea, indica grandeza. También en esto, los discípulos evolucionan en el tratamiento que dan a Jesús. Al principio le llaman «Maestro»; después, le dirán: «Señor» (comp. con 6:68). Es curioso notar que después de la resurrección de Cristo, desaparece completamente el título «Rabí» aplicado a Jesús, porque es ya *notoriamente «Señor y Cristo»* (Hch. 2:36). El verbo que Juan usa, en el paréntesis, para *«traducido»* no es el *exegésato* de 1:18, donde se nos da la exacta interpretación que el Verbo hecho carne nos hace de Dios, sino *methermeneuómenon*, que indica un «cambio» *(«metá»)* inevitable al pasar de un lenguaje a otro, y una interpretación puramente humana: *hermeneuómenon*. Esta palabra se deriva de *Hermes* (Mercurio, para

los latinos), el dios mitológico que servía de intérprete de los dioses (v. Hch. 14:12, donde el original dice *Hermen).* Después del saludo, los discípulos le preguntan a Jesús: *«¿Dónde te hospedas?»* Con ello, insinúan que desean tener una conversación con Él, para aprender de Él con más detenimiento. Las palabras del Bautista habían despertado en ellos tremendo interés, y no se contentan con hacerle unas cuantas preguntas en la calle, sino recibir una enseñanza más completa en su domicilio, como todo discípulo que quiere aprender una asignatura con un buen profesor. Todos cuantos tienen comunión con el Señor desean aprender más y más de Él: sentarse continuamente a Sus pies, pues esto es lo único necesario y la mejor parte, que no nos será arrebatada.

4. *«Les dijo* (Jesús): *Venid y ved»* (v. 39). A pesar de la suma importancia que el episodio tenía para el evangelista, el relato no puede ser más lacónico. Pero, dentro de su laconismo, es denso en contenido. Ellos le habían preguntado dónde moraba y Jesús contesta con algo más (comp. con Lc. 23:42–43): les invita a pasar el día con Él. Jesús no tenía domicilio propio (v. Mt. 8:20); por eso, lo propio era acompañarle al lugar en que se hospedaba aquel día. De paso, podemos advertir ya que la frase: «Ven y ve» o: «Venid y ved» es el mejor y más sencillo testimonio en favor de Jesús y del Evangelio. Jesús invita a ir a Él donde Él mora, y es preciso seguirle tan pronto como escuchamos su invitación. Aprovechar la oportunidad que pasa es muestra de gran sabiduría: *«Ahora es el tiempo aceptable»* (2 Co. 6:2).

5. Ellos obedecieron y le siguieron: *«Fueron y vieron dónde se hospedaba, y se quedaron con Él aquel día; porque era como la hora décima».* Buscaron y encontraron, según la promesa de Jesús (Lc. 11:10 y paral.). También en este capítulo, el *buscar* del versículo 38 tiene la recompensa del *encontrar* en los versículos 41 y 45. Ya hemos dicho que no cabe duda de que uno de los dos discípulos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús era el propio evangelista. Aquel día cambió su vida. Y la impresión que recibió de aquel primer encuentro salvífico con Jesucristo fue tan tremenda, que sesenta y tantos años más tarde recuerda perfectamente la hora del día en que se realizó el gran encuentro. ¿Qué hora del día representa, en realidad, esa «hora décima» que Juan señala? Era costumbre contar las horas del día y de la noche de tres en tres, según los tiempos de vela de los pastores y de los soldados. Así que *prima* correspondía a las seis de la mañana según nuestro modo de contar; *tercia* era las nueve; *sexta,* las doce del mediodía; *nona,* las tres de la tarde. Según este cómputo, los discípulos se habrían encontrado con Jesús a las cuatro de la tarde. Esta interpretación ofrece las siguientes dificultades: (A) Juan debería haber dicho «aquella tarde», en vez de «aquel día», puesto que, para los judíos, el día comenzaba a la puesta del sol (v. Gn. 1:5 y ss. «tarde y mañana …»); (B) el tiempo que les quedaba para estar con Jesús aprendiendo todo lo necesario con miras al discipulado habría sido demasiado corto; (C) según el contexto, les quedó tiempo todavía para buscar a sus respectivos hermanos: el Evangelio habla explícitamente de Andrés que encuentra aquel día a su hermano Simón Pedro; puede suponerse que Juan hizo lo mismo con su hermano Jacobo o Santiago el Mayor. Por estas razones, Hendriksen opina, apoyado en muy buenos exegetas, que se trata de las diez de la mañana según nuestros relojes pues los romanos contaban también de esta forma, y esto era lo más corriente a fines del siglo primero de nuestra era, que es la fecha en que Juan está escribiendo, y precisamente para lectores de extracción gentil. Compárese con 20:19 donde claramente se refiere al modo romano de contar el día. Siendo las diez de la mañana, se explica satisfactoriamente que les quedase tiempo abundante para escuchar las explicaciones del Maestro hasta el caer de la tarde, e ir después en busca de sus respectivos hermanos.

II. Andrés se dio prisa en comunicar las nuevas a su hermano Simón Pedro:

1. Veamos la información que Andrés dio a su hermano:

(A) *«Éste* (Andrés) *halló primero a su hermano Simón»* (v. 41). Lo de *hallarle* implica que le *buscó.* Vemos, pues, que Andrés se convierte en el primer misionero de Cristo. No puede callarse el encuentro que ha tenido con el Mesías, y va a dar testimonio de ello, y comienza por su propia casa, como debe ser.

(B) Le dijo lo que habían encontrado: *«Hemos hallado al Mesías».* Habla con humildad; no dice: «He hallado», sino: «Hemos hallado», regocijándose de haber compartido con otro tan dichosa experiencia. Habla también con exultación: *«Hemos hallado».* Lo proclama gozoso. Podemos suponer el entusiasmo de Andrés y Juan al dar este testimonio: La suprema expectación de Israel había tenido, por fin, cumplimiento. Aquel hacia el que apuntaban todas las profecías de la salvación, de la liberación, de la redención del pueblo escogido, acababa de manifestarse (v. Gá. 4:4). Es cierto que el conocimiento que del Mesías tenían estos buenos discípulos necesitaba aún purificación y profundización. Hasta que no descendiese el Espíritu Santo sobre ellos, muchas cosas les pasarían desapercibidas o no las entenderían

correctamente, pero el gran hallazgo se había cumplido, y el *eurékamen* del texto griego tiene mucha más importancia que el famoso «eúreka» que pronunció Arquímedes, mientras se estaba bañando, al descubrir el principio de flotación de los sólidos. Arquímedes había ampliado sus conocimientos científicos, pero Andrés y Juan habían hallado al que constituía la única esperanza de Israel y al que, en Proverbios 8:29, aparece estableciendo los fundamentos de la tierra.

(C) *«Y le trajo a Jesús»* (v. 42); le trajo a la fuente. Esto fue una prueba del amor que le tenía a su hermano. También nosotros deberíamos tener un interés especial en el bienestar espiritual de nuestros parientes más próximos, puesto que este parentesco nos ofrece no sólo una mayor obligación, sino también una mejor *oportunidad,* para hacer el bien a sus almas. La conversación de aquel día con Jesús hizo este efecto espontáneo en Andrés. Así mostró que *había estado con Jesús* (comp. con Hch. 4:13), pues estaba tan lleno de Él. Sabía ya que en Cristo había suficiente para todos y, *habiendo gustado la bondad del Señor* (v. Sal. 34:8; 1 P. 2:3), no paró hasta que sus más amados parientes la gustasen también. La gracia genuina odia el monopolio y no le agrada comer a solas sus manjares.

2. Las palabras de Jesús a Simón Pedro (v. 42):

(A) Cristo lo llamó por su nombre, después de mirarle fijamente por unos momentos, como indica el verbo original: «*Tú eres Simón, hijo de Juan (o Barjonás,* que, probablemente, no significa «hijo de Jonás», sino algo parecido a «Zelote»).

(B) A continuación, Jesús impuso a Simón un nuevo nombre: *«Tú serás llamado Cefas (que quiere decir, Pedro)»*. Este nuevo nombre era un privilegio para Pedro, pues con él apuntaba Jesús proféticamente al día aquel que, en Cesarea de Filipo, el impulsivo Apóstol, por revelación del Padre había de confesar a Jesús como *«el Cristo, el Hijo del Dios viviente»* (Mt. 16:16. V. el comentario a este lugar). De las seis veces que el Nuevo Testamento nombra a Pedro como «Cefas», cinco están en las Epístolas de Pablo; la última en Gálatas 2:9, cuando precisamente en el contexto posterior se narra el incidente de Antioquía en que Pablo tuvo que reprender severamente a esta «piedra» porque se tambaleaba, *«no andaba rectamente»,* como dice el original. A la oración de Jesús (Lc. 22:32) se debió el que la fe de Pedro no fallase del todo, cuando vino la prueba, y, con lo que aprendió en su dolorosa experiencia, quedó capacitado para fortalecer mejor a sus hermanos. La firmeza de su fe como la nuestra, no era una cualidad propia suya, sino una gracia especial del Señor.

Versículos 43–51

Llamamientos de Felipe y de Natanael.

I. Felipe fue llamado directamente por Jesús, no como Andrés y Juan, que fueron dirigidos a Cristo por el Bautista, ni como Pedro, que fue conducido a Jesús por su hermano Andrés. Dios usa métodos diversos para llamar los hombres hacia Sí: *«Jesús ... halló a Felipe»* (v. 43). Para dar más viveza al relato Juan usa aquí el presente histórico *(«halla»).* Como en este casó Jesús nos llama porque nos busca antes de que nosotros hagamos pesquisas para hallarle (comp. con Ro. 10:20). «Felipe» es nombre griego, que significa «amigo de los caballos»; a pesar de ser un nombre muy frecuente entre los gentiles, Jesús no le cambió el nombre ni le impuso un sobrenombre como a Simón o a «los hijos del trueno». Este llamamiento lo llevó a cabo Jesús *«al día siguiente».* Cuando hay que hacer la obra de Dios, es menester no perder un solo día. Jesús, que se hallaba todavía en Betania, la del otro lado del Jordán, decide cruzar hacia Galilea, al dirigirse hacia el noroeste. Felipe fue traído al discipulado por el poder omnímodo de la palabra de Cristo, que le dijo, como a Leví (Mateo): *«Sígueme».* Se nos dice que Felipe era de Betsaida, de donde también eran Andrés y Pedro (v. 44). Betsaida era un lugar perverso (Mt. 11:21); sin embargo, también allí había un *remanente,* conforme a la libre elección de la gracia de Dios.

II. A continuación, Natanael es invitado por Felipe a seguir a Cristo. Veamos:

1. Lo que pasó entre Felipe y Natanael:

(A) Las alegres nuevas que Felipe llevó a Natanael (v. 45): *«Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas»*. También aquí, el original usa el tiempo presente al inicio del versículo, y dice textualmente: *«Encuentra Felipe a Natanael y le dice»*. Felipe no se contenta con obedecer la invitación de Jesús y seguirle, sino que va en busca de Natanael, de Caná (21:2). Natanael es un nombre hebreo que, como el griego «Teodoro» significa «don de Dios» o «Dios ha dado». Por 21:2 no

cabe duda de que Natanael fue uno de los Doce Apóstoles y que es, con toda probabilidad, el Bartolomé de los Sinópticos, pues su nombre (*Bar-Tholmay* = hijo de Tholmay) es, en realidad, su apellido, como el «Barjonás» de Pedro. Felipe le dice: *«Hemos hallado»*, porque eran israelitas y, por tanto, esperaban al Mesías (v. el contraste en Ro. 10:20–21, donde los gentiles son hallados por Dios sin buscarle, mientras que los israelitas veían el auxilio de Dios y las promesas mesiánicas como cosa dirigida a ellos). «¡Lo hemos hallado, lo hemos hallado!», parece decir, lleno de gozo, Felipe. Es muy de notar el orden que las palabras de Felipe guardan en el original: «Al que describió Moisés en la ley y los profetas, le hemos encontrado; Jesús, hijo de José, de Nazaret». Por eso es por lo que Natanael percibe con más fuerza lo paradójico de que el Mesías proceda de Nazaret. Gran ventaja tenía Felipe en conocer bien las Escrituras del Antiguo Pacto, pues por ellas estaba preparada su mente para recibir la luz del Evangelio. Al decir que Jesús «era (procedía) *de Nazaret*», Felipe expresaba el lugar donde había pasado Jesús la mayor parte de Su vida terrenal, y donde vivían ya María y José antes del nacimiento de Jesús. Felipe no tenía todavía un conocimiento como el que el propio Natanael adquirió en su primer encuentro con Jesús (v. 49); menos aún, el sentido claramente trinitario de la confesión de Pedro en Mateo 16:16. Nadie sabía o recordaba que Jesús había nacido en Belén a causa del censo y para que se cumplieran las profecías.

(B) La reacción de Natanael: *«¿De Nazaret puede salir algo bueno?»* (v. 46). ¿Por qué era Nazaret tan despreciable? Primero, por su posición, aislada casi del resto de Israel, en un extremo limítrofe con Esdrelón; segundo, porque ni el Antiguo Testamento, ni los Apócrifos, ni Flavio Josefo ni el Talmud hacen mención de ella. De todas maneras, podemos decir: (a) Que la precaución con que hablaba Natanael no estaba del todo exenta de alguna prudencia. El Apóstol dice: *«Examinadlo todo; retened lo bueno»* (1 Ts. 5:21) pero (b) su objeción nacía de la ignorancia, al pensar que Jesús había nacido en Nazaret.

(C) La respuesta de Felipe. A la objeción de Natanael, Felipe no contesta con argumentos, sino que actúa de una forma que debe servir de pauta a todo creyente que se halle en situación de dar testimonio de Cristo. El mejor argumento es la experiencia personal de un encuentro salvífico con Cristo. Le dice: *«Ven y ve»*. Como si dijese: «Ven a Jesús tú también y ve por tus propios ojos al que es el Mesías, el Salvador del mundo, que puede hacer contigo lo mismo que ha hecho conmigo». Con este argumento se puede silenciar al más erudito filósofo que se oponga a nuestra fe, pues es una inducción totalmente empírica y a salvo de cualquier abstracción metafísica o prejuicio alucinatorio. Es parecido a lo que dijo el recién curado ciego de nacimiento en 9:25: *«Una cosa sé, que yo era ciego y ahora veo»*. Notemos que Felipe no le dice: «Anda y ve», sino: *«Ven y ve»*, como si dijera: «Yo te acompañaré».

2. Lo que pasó entre Natanael y el Señor. No vino en vano Natanael a Jesús, pues le vio, aunque fue visto antes por Jesús.

(A) *«Cuando Jesús vio a Natanael que se le acercaba …»* (v. 47). Los ojos del Señor se fijaron en aquel desconfiado Natanael; pero Jesús dijo de él: *«He ahí un israelita de verdad, en quien no hay engaño»*. No lo dice por adulación, sino para dar a entender que Natanael era un sincero y genuino israelita, sin hipocresía ni duplicidad, cosa excepcional en aquel tiempo entre los judíos. Más aún a la vista del contexto posterior (especialmente, del v. 51), podemos atisbar que Jesús contraponía el sincero Natanael, *sin engaño,* al suplantador Jacob, quien arrebató *con engaño* la bendición del primogénito Esaú (Gn. 27:35). Es cierto que Esaú, en un arrebato de imprudencia carnal, había vendido su primogenitura a Jacob por un plato de potaje rojo, pero eso no justifica el engaño de Jacob, quien, en vez de fiarse de las promesas de Dios, se apoyó en su propia astucia (y en la de su madre) para engañar a Isaac y después, a su tío y suegro Labán (Gn. 30:37–43), y de él aprendieron también sus hijos mayores a engañar (v. Gn. 34). Finalmente, nótese que Jesús no dice que Natanael sea «sin pecado», lo cual iría contra Romanos 3:23, sino *«sin engaño»:* sincero para con Dios y para con los hombres.

(B) La gran sorpresa de Natanael ante estas palabras de *Jesús: «¿De dónde me conoces?»* (v. 48). Véase aquí: (a) La modestia de Natanael: como si dijese: «¿De qué me conoces, como si yo fuese una persona importante?» Esto era una evidencia de su sinceridad, pues no se jactó como si mereciese ser bien conocido. Cristo nos conoce perfectamente; pero ¿le conocemos nosotros a Él?; (b) la ulterior manifestación que de Sí mismo hizo Jesús a Natanael: *«Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi»*. Con esto le mostraba Jesús en primer lugar, Su divinidad al ver a Natanael a distancia; segundo, que le conocía antes de que Felipe le llamara. Cristo nos conoce mucho antes de que nosotros podamos percatarnos de ello. Natanael se había extrañado de que Jesús le conociese personalmente: ¿Cuál podría ser la fuente de información de la que Jesús disponía? Pero Jesús le dice que

le ha conocido a distancia en la intimidad del santuario hogareño, donde Natanael, como todo buen israelita, hacía su lectura diaria de la Ley: en casa y bajo la higuera del zaguán. No se olvide que en Israel había tres plantas simbólicas de la relación entre Dios y el pueblo escogido: el *olivo*, símbolo de la presencia del Espíritu de Dios en medio de Su pueblo; la *higuera*, símbolo de los frutos que Dios esperaba de Su pueblo; y la *vid*, símbolo de la unión marital del pueblo de Israel con su Dios, para producir fruto agradable por la gracia de Dios y en unión con Él (v. respectivamente Zac. 4:1–6; 1 R. 4:25 y Mt. 21:19 y ss.; Is. 5 y Jn. 15:1 y ss.). Esta alusión a su meditación de la Ley bajo la higuera era algo muy personal que sólo el propio Natanael sabía, de ahí, su exclamación admirativa.

(C) *«Respondió Natanael y le dijo: Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el rey de Israel» (v.* 49); en otras palabras: «Tú eres el Mesías». Ante la firme y segura declaración de Jesús, Natanael queda tremendamente impresionado, y se percata inmediatamente de que Jesús es el Mesías prometido. Aun cuando comentaristas de la talla de W. Hendriksen (nota del traductor) opinan que la profesión de Natanael ha de tomarse en sentido trinitario, opino que, lo mismo que en Mateo 4:3; Lucas 4:3, aquí sólo puede deducirse el sentido mesiánico, que comportaba el don profético en el grado extraordinario de vidente especial. Lo confirman dos detalles: (a) El título siguiente *(«el rey de Israel»),* título claramente mesiánico para un judío, como referido a un heredero del trono de David (v. Gn. 49:10, comp. con Lc. 1:31–33). La misma gradación de las frases *(«el Hijo de Dios … el rey de Israel»)* perdería su fuerza ascendente (sería un «anticlímax»), si la primera hubiese de ser tomada en sentido trinitario; (b) la diferencia con Mateo 16:16 es notoria ya que allí Jesús declara a Pedro que sólo una revelación del Padre ha podido indicarle el carácter realmente divino de Jesús, mientras que aquí bastaba una inspiración profética. Nótese con qué firmeza confiesa ahora Natanael la mesianidad de Jesús. Lo cree de todo corazón, y lo confiesa entusiasmado con la boca (v. Ro. 10:9–10); confiesa el carácter profético de Jesús, al llamarle *«Rabí»;* Su misión divina, al llamarle *«Hijo de Dios»;* y Su realeza mesiánica, al llamarle *«rey de Israel»*.

(D) Al oír esto Jesús levanta la esperanza y la expectación de Natanael, prometiéndole cosas mayores (vv. 50–51):

(a) Primero, Jesús acepta y admira la prontitud con que Natanael ha creído en Él, al decirle: *«¿Porque te dije: Te vi debajo de la higuera, crees?»* Aquello era señal de que el corazón de Natanael estaba bien dispuesto para creer; de no ser así, el efecto de las palabras de Jesús no habría sido tan rápido.

(b) Le promete además pruebas más fuertes, que le robustezcan y aumenten la fe:

En general: «Cosas mayores que éstas verás», como habían de ser los milagros que Jesús había de llevar a cabo y, en especial, Su resurrección. Quienes, con corazón sincero, creen en el Evangelio, verán crecer y multiplicarse para ellos las evidencias de su fe. Y, en todo caso, por muchas y grandes que sean las manifestaciones que de Sí haga Cristo a los Suyos en este mundo, ¿cuán grandes no serán las que nos haga en la vida venidera?

En particular, le dijo, dirigiéndose ahora a todos los presentes: *«De cierto, de cierto os digo: De aquí en adelante veréis el cielo abierto …»* (v. 51). Ésta es la primera de las muchas veces que en este Evangelio repite Jesús el arameo *amén, amén* = de cierto, de seguro. Este vocablo procede del verbo *amán* = sostener, en el doble sentido de «soporte» y «nutrición». De la misma raíz proceden muchas otras palabras de gran sentido teológico como *amón* = arquitecto, *emún* = fiel, *emunah* = fe o fidelidad, *amoz* = fuerte, *amán* = confiar, *amanah* = confirmación, *omnah* = columna, *emet* = verdad. Este último vocablo tiene la particularidad de contener la primera, la mediana y la última letra del alfabeto hebreo o alefato, como para dar a entender que comprende todo el diccionario. La repetición del *«amén»* en los labios de Jesús indica, por una parte, la plena seguridad de lo que dice; y, por otra, requiere mucha atención por parte de los oyentes, pues introduce una declaración de suma importancia. Aunque los judíos usaban con frecuencia (como lo hacemos los cristianos) ese *«amén»* al final de una oración, nadie sino Cristo lo usó al principio de una frase. Lo que Cristo promete en esta ocasión es que *verán el cielo abierto y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre.* «El Hijo del Hombre» es un título que Cristo, y sólo Él, se aplica frecuentemente a Sí mismo en los Evangelios. Para conocer bien el sentido de esta expresión, ver Daniel 7:13 y ss. y Mateo 26:64. *Los ángeles del cielo* habían de subir y bajar varias veces para ministrar al Señor, pero el sentido más probable en esta porción, se remonta mucho más arriba en las Escrituras. Aparte del contraste que ya hemos observado en el versículo 47, donde Jesús parece contraponer el Natanael «sin engaño» al engañador Jacob, es probable que Natanael estuviese leyendo debajo de su higuera, cuando le vio Jesús, el pasaje de Génesis 28:12, en que se narra el sueño de Jacob:

una escalera de la tierra al cielo, ángeles de Dios que subían y bajaban por ella, y Dios que promete desde arriba a Jacob que aquella tierra se la daría a él y a sus descendientes, los cuales se habían de extender por los cuatro puntos cardinales, de modo que *«todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente»* (Gn. 28:14). Con esta última frase, se anticipa el anuncio del Mesías (v. Gn. 3:15; Gá. 3:16). Aquí, en Juan 1:51, Jesús declara que la profecía se ha cumplido, porque en Génesis 28:12, los ángeles subían y bajaban por una escalera vacía, pero ahora suben y bajan «sobre el Hijo del Hombre»; es decir, ya ha aparecido el Mesías, el vínculo de reconciliación entre el Cielo y la Tierra (2 Co. 5:19), el único Mediador entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5), el cual será, según la carne, descendiente de Jacob (Ro. 9:5) y bajará del Cielo para salvarnos (Lc. 19:10).

CAPÍTULO 2

En este capítulo tenemos el relato del primer milagro que Jesús obró en Caná de Galilea. Después de una breve estancia en Capernaúm, Jesús subió a Jerusalén para la Primera Pascua de Su ministerio público. Allí llevó a cabo la purificación del templo y dio una señal a los que se querellaban de su actitud. Termina el capítulo con la referencia a unos «casi cristianos».

Versículos 1–11

Relato de la conversión de agua en vino que Cristo llevó a cabo en unas bodas de Caná de Galilea. Pudo haber hecho milagros antes, pero, comoquiera que, sobre todo en Juan Sus milagros eran señales sagradas y como sellos solemnes que confirmaban Su doctrina, no comenzó a realizarlos hasta que comenzó a predicar.

I. La ocasión de este milagro. Observa Maimónides que fue un honor para Moisés el que todos los milagros que llevó a cabo en el desierto fueron hechos para satisfacer alguna urgente necesidad; por ejemplo, cuando necesitaron comida, les dio el maná del Cielo. Así lo hizo también Jesucristo. Veamos:

1. El tiempo: «*Al tercer día …»* (v. 1). El evangelista lleva su diario con toda regularidad. Nuestro Maestro empleaba el tiempo mucho mejor que Sus siervos los creyentes, y nunca se iba a dormir por la noche con la queja de haber perdido un día. Como ya dijimos, *«a los tres días»* completa el número 7 desde el principio del relato evangélico de Juan. El tiempo de Dios se ha cumplido (Mr. 1:15), y con la perfección espiritual que comporta el número 7 (día en que Dios descansó de *crear,* para dedicarse de lleno a *salvar*—V. 5:17—), va a comenzar la manifestación de la gloria de Dios en Cristo (1:14). Al tercer día, Jesús había ganado el tercer par de discípulos: Felipe y Natanael.

2. El lugar: *«en Caná de Galilea»*. Cristo comenzó a obrar Sus milagros en un oscuro extremo del país. Su doctrina y Sus milagros no encontraron en Galilea tanta oposición como en Jerusalén.

3. La ocasión misma eran *«unas bodas»*. Cristo quiso así honrar el carácter sagrado del matrimonio, no sólo con Su presencia, sino llevando a cabo Su primer milagro. Ver también Hebreos 13:4: *«Sea honroso en todos …»*

4. Cristo, Su madre y Sus discípulos eran invitados de honor de estas bodas: «*y estaba allí la madre de Jesús»*. Se encuentran en Caná, el lugar nativo de Natanael. El hecho de que la madre de Jesús estuviese ya allí, da a entender que tal vez los contrayentes eran parientes suyos. Juan no menciona por su nombre a la madre de Jesús, lo cual da pie a W. Hendriksen para opinar que Juan como sobrino de María, prefiere dejar en el anonimato a sus parientes más próximos. El *«estaba»* daría, pues, a entender que María se hallaba allí de antemano, como pariente de los novios, y ayudaría a la familia a preparar todo lo necesario para el banquete de bodas. Al conocer el carácter servicial y generoso de María, no es de extrañar su estancia allí, así como el detalle de que fuese ella la primera en darse cuenta (v. 3) de que se había terminado el vino. No se hace mención de José, por lo que se supone que había muerto ya. Vemos que Cristo aceptó la invitación de venir a este banquete, pues había venido para actuar de un modo diferente al del Bautista, el cual vino *«no comiendo ni bebiendo»* (Mt. 11:18). El punto principal del versículo 2 es, como dice Hendriksen, que Jesús aceptó gustoso; no era un solitario «puritano» ni un

eremita alejado de las honestas alegrías (v. Mt. 11:19). Pablo, el gran heraldo de Cristo, era de la misma mentalidad (v. Col. 2:16–23; 1 Ti. 4:3–5). Los puritanos extremistas son de mentalidad judaizante, propia del Viejo Testamento, por mucha apariencia de piedad que tengan. El creyente genuino está a salvo del falso puritanismo, lo mismo que del libertinaje mediante la docilidad al Espíritu Santo (Ef. 5:18), cuyo fruto último, el regulador de la conducta exterior, se halla al final de los nueve en la lista de Gálatas 5:22–23: el «control o dominio de sí mismo». Quienes deseen tener a Cristo presente en su boda, han de invitarle en oración; y pueden estar seguros de que acudirá y convertirá el agua prosaica en vino generoso.

II. El milagro mismo, en el que hemos de notar lo siguiente:

1. Surge la necesidad: «Y *habiendo comenzado a faltar el vino*». A pesar de la abundante provisión, el vino se acababa. Sin embargo, con la presencia de Jesús toda insuficiencia queda compensada por Su total suficiencia. Algunos MSS añaden: *«porque se había acabado el vino de las bodas»*, lo que da a pensar que el milagro que va a ocurrir tiene una significación más profunda que lo que el texto mismo da a entender. A la luz de Isaías 54:5 y ss. y del libro de Oseas, vemos que el pueblo de Israel en bloque había desechado a su primer Esposo, le había sido infiel. Quedará sí un remanente (Sof. 3:12–13), que le será fiel. Éstos son los invitados a las nuevas bodas (comp. con Ap. 19:9). El «vino nuevo» inaugura esta etapa como veremos en el comentario al versículo 11. El Evangelio sucede a la Ley (Ro. 10:4). Por eso, *«Los suyos no le recibieron»* (1:11) pues no le reconocieron como a Mesías, introductor del Nuevo Pacto. En cuanto al aspecto literal del pasaje, hay que advertir: (A) No sabemos a qué se debió esta falta de vino a mitad del banquete; ciertamente, no a la llegada de Jesús y Sus discípulos, puesto que estaban invitados de antemano (v. 2); quizá los novios calcularon mal la cantidad; (B) que se trataba de vino verdadero, no de zumo de uva sin fermentar, puesto que, como hace notar Hendriksen, la boda tuvo lugar entre octubre y mayo, mientras que las uvas se recogían entre junio y septiembre; (C) que el *uso* del vino es lícito, como puede verse por Génesis 14:18; Números 6:20, Deuteronomio 14:26, Nehemías 5:18; Mateo 11:19; 1 Timoteo 5:23—donde el original dice «vino», no «zumo»—. Y lo que tomaron el Señor y los discípulos en la celebración de la Pascua (en abril), no pudo ser sino vino fermentado. El hecho mismo de que Jesús realizase su primer milagro para convertir el agua en vino, del cual los invitados iban a beber a discreción (v. 10), lo cual no quiere decir «emborracharse», es señal de que el vino no está prohibido en la Biblia; (D) Pero también es cierto que la Biblia prohíbe el *abuso* del vino, por la intoxicación que comporta y la disolución a la que da lugar (v. Lv. 10:9; Pr. 31:4–5; Ec. 10:17; Is. 28:7; Ef. 5:18; 1 Ti. 3:8).

2. La madre de Jesús le ruega implícitamente que saque a los novios de este apuro. En los versículos 3–5, se nos refiere el breve diálogo entre Jesús y su madre.

(A) Ella le comunica la dificultad de la situación: *«Le dijo: No tienen vino»* (v. 3). Hay quienes piensan que ella no esperaba de Jesús ningún milagro, ya que Cristo no había obrado todavía ninguno, y que se limitaba a exponerle la situación. Pero es más probable que María, al conocer el poder y la generosidad de su Hijo, esperase que Él hiciese algo para sacarles del apuro. Es posible que el novio estuviese grandemente preocupado por lo embarazoso de la situación y tratase de hallar vino en alguna parte, pero María se dirigía a la fuente misma. Esto nos enseña a preocuparnos por las necesidades y los problemas de nuestros amigos. Tanto en nuestros apuros como en los de nuestros amigos, es nuestro deber y señal de gran prudencia acudir a Jesucristo en oración. Y, cuando así lo hagamos, no queramos imponerle nuestra voluntad; basta con que le expongamos humildemente nuestro caso.

(B) La respuesta de Jesús parece áspera y dura, como una reprensión. Tenemos primero:

(a) La reprensión misma: *«¿Qué tengo que ver contigo, mujer?»* (lit. *«¿Qué a mí y a ti, mujer?»*). Para entender correctamente esta frase, basta compararla con otros pasajes semejantes, como 2 Samuel 16:10. En el lenguaje de hoy diría: «Esto no es asunto de tu incumbencia». La *Nueva Biblia Española* traduce: *«¿Quién te mete a ti en esto, mujer?»* La Virgen, con su impaciencia (comp. Lc. 2:48–49), se olvida de que Jesús tenía que hacer cada cosa en el momento preciso que el Padre le indicase y no podía consentir que nadie, ni su madre, se interfiriese en los planes mesiánicos (v. 4:34). Por el contexto posterior, podemos adivinar que el Señor dulcificaría con el tono de la voz y el gesto la aparente dureza de la frase. Yerran los comentaristas que hallan en la palabra *«mujer»* un matiz despectivo, pues, tanto aquí como en 19:26, es un título de honor, equivalente al castellano «señora». En todo caso, Jesús nos enseña aquí a poner los intereses y el llamamiento de Dios por encima de los lazos de carne y sangre.

(b) La razón de dicha reprensión: *«Aún no ha llegado mi hora»*. Hay intérpretes que opinan que esta «hora» era la de comenzar a hacer milagros. Otros piensan que la «hora» ha de ser la de Su Pasión y muerte, en consonancia con 7:30; 8:20; 12:23; 13:1; 17:1. Sin embargo, parece más natural el interpretar aquí la «hora» de Jesús como el «tiempo u oportunidad de Dios para Él en cada momento» (comp. con 7:6, donde es significativo el uso del término *kairós* = oportunidad, en vez de *khronos* = tiempo). Podría resultar extraño el hecho de que, a renglón seguido, Cristo obrase el milagro que su madre le sugería, pero también aquí nos puede ayudar el paralelo con 7:6, pues Jesús lo hizo *después,* por su propio impulso, cuando previó que *«este principio de Sus señales»* serviría para confirmar la fe de Sus discípulos (v. 11). Su madre le indujo a que hiciese algo cuando *comenzaba a faltar el vino,* pero Él esperó a que la necesidad llegase al extremo. Esto nos enseña que el momento extremo para el hombre es el momento propicio para la oportunidad de Dios. Su «hora» llega cuando nos vemos reducidos al máximo aprieto y ya no sabemos qué hacer. La dilación de la gracia no ha de ser tomada como negativa a la oración.

(C) A pesar de la repulsa de Jesús, María adivinó que su Hijo iba a sacar a los novios del apuro y se contentó con decir a los que servían: *«Haced lo que Él os diga»* (v. 5). Como Abraham, *«creyó en esperanza contra esperanza»* (Ro. 4:18). Deducir de este pasaje como suelen hacer los fieles de la Iglesia de Roma, que María es «Medianera Universal de todas las gracias» es sacar las cosas de quicio. Pero basta connotar que, al hablarles a los sirvientes, María no llama la atención hacia sí misma, sino hacia Jesús, el único que puede salvar y sacar de todos los apuros. ¿Por qué creyó conveniente María hacer esta advertencia a los sirvientes? El gran exegeta W. Hendriksen da dos razones: (a) Para que a los sirvientes no les tomase por sorpresa el recibir órdenes de un invitado; (b) para que estuvieran dispuestos a cumplir lo que Cristo les dijese, aunque quizá les pudiera parecer disparatado. Cuando acudimos al Señor en súplica de alguna gracia, dos cosas pueden desalentarnos: 1) el sentimiento de nuestra propia necedad y flaqueza; y 2) el temor de que el Señor nos rechace. A veces, las aflicciones continúan, la liberación se hace de esperar, y parece que Dios se hace el sordo ante nuestras plegarias. Este parecía ser el caso de María en aquella ocasión; sin embargo, ella no pierde ánimo y obra de la manera más sabia y prudente: recomienda obediencia puntual a las órdenes de Jesús. Quienes esperen el favor de Cristo han de estar dispuestos a cumplir Sus órdenes. El camino del deber es el camino de la misericordia, y a los métodos de Cristo no se les puede poner objeciones.

(D) Jesús obró finalmente el milagro y proveyó para la necesidad mucho más abundantemente de lo que cualquiera habría esperado, porque Cristo es, con mucha frecuencia, mejor que Su palabra, nunca peor.

(a) El milagro mismo consistió en *convertir el agua en vino.* Con esto mostró Jesús ser el Dueño de la naturaleza, al realizar con solo su palabra una transmutación química, en un instante por la que las moléculas de agua pasaron a ser moléculas de un vino excelente. Él es quien hace que las viñas produzcan su fruto; con el mismo poder hizo que el agua se convirtiera en vino. Todos los milagros de Cristo en el Evangelio de Juan introducen un mensaje (o le siguen); por eso, los llama *«señales»*. Este primer milagro lleva un mensaje indudable, como ya aludimos anteriormente: la conversión del agua en vino *señalaba* el paso de la Ley al Evangelio.

(b) Las circunstancias en que se realizó el milagro fueron tales que hacían imposible cualquier clase de trampa o engaño.

Primero, se llevó a cabo en *seis tinajas de piedra,* las cuales estaban destinadas a las purificaciones legales ordenadas por la ley de Dios, y otras muchas añadidas por las tradiciones de los ancianos. Había entre ellos el dicho siguiente: «El que use mucha agua para lavar ganará mucha riqueza en este mundo».

Segundo, son de notar las siguientes circunstancias: Eran tinajas de piedra que nunca habían sido usadas para contener vino; cada una de ellas venía a contener unos cien litros, lo cual es una cantidad muy considerable; los sirvientes las llenaron *hasta arriba* (v. 7), es decir, hasta los bordes. Este detalle nos confirma la autenticidad del milagro, porque, si estaban completamente llenas de agua, no se podía mezclar con ningún otro líquido. Allí había *sólo* agua. Pero además, este hecho de estar llenas de agua las tinajas, y llenas hasta el borde, nos indica la fiel obediencia de los sirvientes, que cumplieron a tope el encargo que Jesús les había dado. «Hay también un gesto regio de echar el agua», dice P. Charles. Lo cual debe servirnos de ejemplo en nuestra obediencia y nuestra dedicación al Señor (v. Ro. 12:1–3). No hay servicio pequeño ni ministerio vil cuando se trata de ejercitar nuestros dones para la edificación de la Iglesia y para la gloria de Dios. Aunque parezca tan insignificante como llenar de agua una vasija, ello puede dar pie para que Dios realice un milagro de su gracia.

Tercero, el milagro se llevó a cabo instantáneamente y de una forma que lo engrandeció sobremanera. Efectivamente, tan pronto como llenaron las tinajas, dijo Jesús: *«Sacad ahora»* (v. 8), y fue hecho, sin más ceremonia y a la vista misma de los asistentes. Lo mismo puede hacer sin decir una sola palabra, con sola su voluntad. Cristo hace grandes cosas *sin ruido;* obra cambios estupendos de manera oculta, fuera de toda perplejidad e inseguridad. Aunque era su *primer* milagro, lo llevó a cabo con plena confianza y quiso que el maestresala fuera el primer testigo: *«llevadlo al maestresala».* Como el tiempo del verbo griego es presente de imperativo, el sentido es: «sacad de poco en poco e id llevándoselo al maestresala». Discuten los intérpretes si el agua se convirtió en vino dentro de las tinajas, o si se iba convirtiendo en vino conforme sacaban el agua los sirvientes. A la vista del versículo 9, W. Hendriksen piensa fundadamente que el agua se iba convirtiendo en vino conforme la iban sacando de las tinajas. Por supuesto, Jesús convirtió el agua en vino *para que se bebiera.* Las obras de Cristo son hechas para el *uso*. ¿Se te ha tornado el agua en vino? ¿Te ha concedido el Señor nuevo conocimiento o nuevas gracias? Es para que te aproveches de ello; por tanto, *saca ya ahora.* Los dones de Dios son para usarlos.

Cuarto, el maestresala o supervisor del banquete (el *maître* como dicen los franceses) no había estado presente en el aula del comedor donde se hallaban las tinajas de agua. De ahí su tremenda sorpresa al probar el vino, especialmente al notar que se trataba de un vino exquisito (vv. 9–10). Efectivamente, era cierto que aquello era *vino,* aunque el maestresala no sabía de dónde había salido, pero sí lo sabían los sirvientes. Además, era un vino *del mejor,* digno de quien lo había fabricado. Así lo manifestó sorprendido el maestresala al novio: aquello no era corriente. La costumbre era reservar el vino de inferior calidad para el momento en que el gusto de los invitados estaba estragado del mucho comer y beber, como para no discernir el sabor y el aroma del vino que se servía después. Por eso, era normal poner primero el mejor vino, cuando los invitados podían apreciar bien sus cualidades. En este caso, el novio se quedó tan sorprendido como el maestresala, puesto que tampoco él sabía de dónde había salido el vino. Al proveer tan abundantemente para los invitados, Cristo permite el uso del vino especialmente en tiempo de fiesta y regocijo (v. Neh. 8:10), pero no por eso invalida su propia advertencia de que *nuestro corazón no ha de cargarse de libertinaje y embriaguez* (Lc. 21:34). Una templanza forzada es una virtud desagradecida, pero el negarse a sí mismo voluntariamente y usar con moderación, con la gracia de Dios, de los bienes que la providencia divina nos proporciona, es siempre digno de alabanza. Dos consideraciones, deducidas de esta porción, pueden ayudarnos a vencer las tentaciones contra la templanza: Primera, que la comida y la bebida son *dones de la munificencia de Dios.* Por ello, es impiedad e ingratitud abusar de ellos. Segunda, que en cualquier lugar en que nos hallemos, el Señor tiene Sus ojos puestos en nosotros. Él nos ha dado un ejemplo del método que emplea con aquellos que tienen trato con Él: reserva lo *mejor* para el *final,* y así nos enseña a mantener nuestra confianza en Él. Los placeres del pecado aparecen hermosos *cuando el vino rojea y resplandece su color en la copa* (Pr. 23:31), pero al final son amargas sus heces; en cambio, los goces espirituales son goces que duran para siempre.

III. En la conclusión de este pasaje (v. 11), se nos dice:

1. Que *«éste fue el principio de las señales que hizo Jesús».* Es de notar que Juan usa el término «señal» (= signo) mucho más que los otros evangelistas, con preferencia al término «milagro» o «prodigio». Ello se debe, como hemos insinuado anteriormente a que, para Juan, los milagros de Jesús (los siete que él narra) son, ante todo, *pruebas de Su divinidad* y, también, ilustraciones prácticas de otros tantos mensajes; por ejemplo, la multiplicación de los panes (cap. 6) lleva al discurso sobre «el pan de vida» la curación del ciego de nacimiento (cap. 9), a la luz espiritual (8:12; 9:39–41; 12:46); la resurrección de Lázaro (cap. 11), al mensaje de resurrección y vida, tanto espiritual como corporal, que sólo Jesús nos puede dar; etc. ¿Cuál es el mensaje que comporta este *primer* milagro? Dos observaciones nos servirán para un intento de comprenderlo: (A) El silencio absoluto respecto a los nombres de los novios, así como la relación de dicha familia con Jesús y sus discípulos, nos hacen pensar en un simbolismo relevante, dentro del cual Jesús ocupa todo el espacio; (B) el hecho de que, al decir que ésta fue *«principio de sus señales»,* Juan no usa el término *proton* = primero de una serie, sino *arkhé* = principio que marca la pauta de todos los demás milagros; lo cual nos lleva a pensar de la mano de buenos comentaristas que el *«vino nuevo»* es símbolo del Nuevo Pacto. Como ya se había acabado *el vino de las bodas,* es decir, el amor fiel de Israel a su Dios, su Hacedor y su Marido (Is. 54:5), Jesús provee un *nuevo y mejor vino,* con el nuevo mandamiento del amor (13:34–35), que ensancha su extensión (amar a *todos)*

y su intensidad (amarles, no sólo como a nosotros mismos, sino «como Él nos ha amado», es decir hasta el sacrificio—15:13; 1 Jn. 3:16–18—), con lo que se establece un cambio radical que configura toda la normativa del creyente (v. Ro. 13:8; Gá. 5:13–14; 6:2).

2. Que así *«manifestó su gloria»*. Con este milagro comenzó la manifestación de su divinidad majestuosa y bondadosa (1:14), pues con ello dio nuevo honor al matrimonio, siendo Él mismo el Novio de su Esposa, la Iglesia (3:29; Ef. 5:25–27; 2 Co. 11:2; Ap. 19:7; 21:2, 9–10). Además, mostró cuán generosa ha de ser su munificiencia en el orden espiritual, cuando fue tan grande en el orden material. Verdaderamente, Jesús es el *«Dios con nosotros»*, lleno de gracia y de verdad, así como de bondad y de poder.

3. Que *«sus discípulos creyeron en Él»*. Aquellos a quienes había llamado (cap. 1), al ver esto, sintieron que su fe quedaba fortalecida con esta prueba que Jesús había mostrado de su poder divino, aunque ya le habían recibido como a Mesías y Salvador y le habían seguido. Esto nos enseña que incluso la fe genuina puede ser débil en sus comienzos. Los hombres más fuertes en la fe fueron otrora recién nacidos de nuevo, del mismo modo que los hombres más fuertes en vigor físico fueron en un principio débiles niños de pecho.

Versículos 12–22

I. Tenemos ahora una breve visita que Jesús giró a Capernaúm. En Mateo 9:1 se la llama «*su ciudad*» porque había hecho de ella como su «cuartel general» mientras estaba en Galilea y, por cierto, ¡cuán poco reposo pudo tener allí! Era un lugar de confluencia y, por eso, Cristo la escogió a fin de que la fama de su doctrina y de sus milagros se extendiera más rápidamente. Vemos aquí:

1. Quiénes le acompañaron en este viaje: «su *madre, sus hermanos y sus discípulos*» (v. 12). A dondequiera que Cristo iba, (A) no iba solo, sino que llevaba consigo a los que se habían hecho sus discípulos; (B) por otra parte, sus discípulos no le dejaban ir solo, pues les resultaban dulces, ya fuese su doctrina, ya fuese su manjar (v. 6:26). Su madre le seguía ahora, no para interceder con Él, sino para aprender de Él. Sus hermanos, porque habían asistido a las bodas de Caná y sus discípulos porque le seguían a todas partes. Al hablar de *«sus hermanos»* (v. Mr. 6:3), no podemos soslayar este punto polémico con los de la Iglesia de Roma, quienes al sostener la perpetua virginidad de María, no pueden admitir que Jesús tuviese hermanos según la carne, hijos de María y José. Incluso algunos evangélicos, como el famoso obispo anglicano Ryle (v. su comentario a este lugar) sostienen que el término «hermano» equivale a «primo», pues es corriente en la Biblia llamar «hermanos» a primos, tíos y sobrinos. Aunque éste es un tema sobre el cual no conviene iniciar controversia con católicos, no sólo porque es un tema periférico, sino también porque se les hiere innecesariamente en sus sentimientos más profundos, bueno será advertir que es cierto que el hebreo del Antiguo Testamento no distingue siempre entre ambos términos, debido a la escasez de vocabulario, pero el griego distingue muy bien entre *adelphós*, hermano de padre y madre (o hermano en la fe) y *anepsiós*, primo (no «sobrino») o *sungenís*, pariente (v. Lc. 1:36; Col. 4:10). Ahora bien, está claro por Juan 7:5 que *«ni aun sus hermanos* (de Jesús) *creían en Él»* (comp. con Lc. 8:20). En cambio, en 1 Corintios 15:11 y otros lugares, se trata de «hermanos en la fe».

2. El tiempo de su permanencia allí: «*y estuvieron allí no muchos días*». Jesús no solía estar mucho tiempo en un mismo lugar porque le necesitaban en muchos lugares. Además, no podía estar por mucho tiempo en Capernaúm, porque estaba próxima la Pascua, fiesta a la que había de asistir en Jerusalén.

II. *«Estando ya próxima la pascua de los judíos, subió Jesús a Jerusalén»* (v. 13). Esta es la primera pascua a la que Jesús asistió después de su bautismo. Al haber sido *«puesto bajo la ley»* (Gá. 4:4), Jesús observó la pascua en Jerusalén. Fue allá cuando *«estaba cerca la pascua»* y quería estar allí entre los primeros. Desde que tenía doce años, había observado la pascua, pero ahora iba a hacer algo más, como veremos enseguida.

1. Digamos primero, como introducción, que, en Juan, aparecen tres pascuas (2:13; 6:4; 13:1); de donde deducimos que el ministerio público de Jesús duró unos tres años, más o menos. De ahí que la purificación del templo que aquí se nos narra sea diferente de la que refiere Mateo 21:12 y ss. Esta purificación del templo es como una preparación para entender la purificación del templo espiritual que

ahora somos los creyentes, como «piedras vivas» (v. Jn. 4:21–24; 1 Co. 6:19; Ef. 4:12, 16; 1 P. 2:5). Al final, ya no habrá templo, porque la Nueva Jerusalén estará llena de la gloria de Dios y no existirá nada «profano», es decir, excluido del santuario. La pascua era la fiesta principal de los judíos («pascua» significa «paso»), porque la primera pascua (Ex. 12:11–12) significó, en primer lugar, el paso del ángel exterminador que mató a todos los primogénitos de Egipto, y preservó las vidas de los judíos mediante la señal de la sangre del cordero en el dintel y los postes de las casas de los hebreos, como principio de la liberación del pueblo escogido. Por eso dice Pablo que Jesús es *«nuestra pascua»* (1 Co. 5:7) y, por ello también, añade que nosotros debemos ser *«nueva masa, sin levadura»*. Jesús es el verdadero «Cordero Pascual» (comp. con Isaías 53:7 y, en múltiples lugares de Apocalipsis, como «corderito»), mediante cuya sangre somos salvos, perdonados, liberados del Egipto de nuestros pecados y de la esclavitud del demonio. Es notable la imagen del «cordero», aplicado a nuestro Salvador en calidad de sustituto por nuestros pecados; al ser así que, en el Día de la Expiación, no era un cordero, sino un macho cabrío el sustituto por los pecados del pueblo (v. Lv. 16:5 y ss).

2. La fiesta duraba siete días y, durante este tiempo, se ofrecían a Dios muchos animales como sacrificio (v. Nm. 28:16–25). El día 14 del mes de Nisán (a primeros de abril) se inmolaba el cordero macho, de un año, sin mancha. La fiesta incluía: (A) Una oración de gracias, hecha por el cabeza de familia, y se bebía la primera copa de vino; (B) se comían hierbas amargas, en recuerdo de la amarga estancia de Israel en Egipto; (C) el hijo mayor preguntaba: «¿en qué se distingue esta noche de las demás?» A lo cual respondía el padre de familia y explicaba la historia de la liberación; (D) se cantaban los salmos 113 y 114 y se lavaban las manos; (E) se trinchaba y comía el cordero con panes sin levadura, que son emblema de pureza; (F) terminada la comida/cena, se cantaban los salmos 115 al 118, también llamados «el gran Hallel». A este día seguían los siete días de la Fiesta de los Panes sin levadura.

3. A continuación, narra Juan la purificación del templo que llevó a cabo Jesús (vv. 14–17). Vemos:

(A) Que el primer lugar donde hallaron a Jesús en Jerusalén fue en el *templo* y, por lo que se echa de ver, no se manifestó ninguna vez en público hasta que vino al templo en esta ocasión.

(B) Que la primera tarea que llevó a cabo en el templo fue la de *purificarlo.* Al entrar en el atrio, Jesús se percató de que el atrio de los gentiles se había convertido en un mercado, con todo su ruido, su inmundicia y su profanación. Es cierto que cada judío podía traer animales para el sacrificio, pero bien pudo decir Jesús que habían convertido la casa de Dios en «cueva de ladrones» (Mt. 21:13; Mr. 11:17; Lc. 19:46, comp. con Jer. 7:11), puesto que Anás y Caifás llenaban sus arcas con el dinero que les proporcionaban los cambistas y vendedores que tenían la exclusiva del negocio y cargaban la mano en el precio de los animales, así como en el cambio de la moneda, la cual debía ser hebrea para ser aceptada como ofrenda a Jehová en el templo (v. Éx. 30:13). Por aquí podemos ver igualmente cuántas veces el amor al dinero siembra la corrupción en las iglesias. Cristo espera que todos cuantos vienen a Él reformen su vida y purifiquen el corazón.

(a) «*Y haciendo un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos, y las ovejas y los bueyes*». En un lugar en que abundaban las sogas o cuerdas gruesas para conducir y amarrar a las reses destinadas al sacrificio, no faltarían elementos para hacer con ellos un látigo. Por analogía con Mateo 21:12, y por el masculino griego *pantas*, parece claro que *«todos»* se refiere a los traficantes; los animales se enumeran a continuación, y comienza precisamente por *«ovejas»*, que en griego es del género neutro. Notemos que Cristo nunca forzó a nadie a entrar en el templo, pero echó fuera de él a quienes lo profanaban. También hoy existen muchos «templos» cuyos atrios son un mercado de imágenes, de estampas, reliquias, etc. Conforme a 4:24; 1 Corintios 6:19; 1 Pedro 2:5 y ss., etc., sabemos que, en la Nueva Ley, el único «templo de Dios» somos los creyentes, ya que no hay piedras muertas «sagradas». Por eso, nuestros lugares de reunión no son templos, aunque en ellos se deba guardar todo respeto cuando la congregación se reúne para rendir culto al Señor, ya sea en la oración, en el partimiento del pan o en el ministerio de la Palabra. Nosotros, el «templo de Dios», hemos de estar purificados de malas obras; y los pecadores endurecidos están preparando para sí mismos las cuerdas con las que el Señor los ha de arrojar fuera.

(b) «*Y esparció las monedas de los cambistas y volcó las mesas*». Al esparcir las monedas mostró su desprecio del dinero; y al volcar las mesas, mostró su desagrado contra quienes hacían de la religión un negocio material y mundano. Los «cambistas» de los templos son los que ponen tropiezo para ahuyentar a quienes desean acercarse al Señor.

(c) *«Y dijo a los que vendían palomas: Quitad de aquí esto»* (v. 16). Los gorriones y las golondrinas se admiten en la casa de Dios, ya que dependen en todo de la providencia de Dios (v. Sal. 84:3), pero no

las palomas, de las que los hombres se aprovechaban para su lucro. Jesús ejerce su autoridad de un modo majestuoso, y ejercita así su derecho de Hijo Unigénito del Padre (v. Lc. 2:49). Ante esta majestad, los traficantes no reaccionan en contra; con su huida muestran que son conscientes de que están obrando mal. Nótese la diferencia entre el trato que Jesús da a los cambistas (explotadores), a quienes arroja a latigazos, y el que da a los vendedores de palomas, a quienes trata con mayor mansedumbre, pues quizá no explotaban a nadie, pero ejercían el comercio en un lugar sagrado.

(d) Les dio a todos una buena razón del modo como se comportaba: *«No hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado».* Tenemos aquí: *Primero,* una razón por la cual no debían profanar el templo, puesto que era la *casa de Dios.* El mercado tiene su lugar en las tiendas, las plazas o las calles, no en el templo. Esto era un *sacrilegio,* al robar a Dios su gloria y hacer vil lo solemne. Era poner la religión al servicio de los intereses materiales. En cierto modo, cuantos asisten a los servicios religiosos con la mente y el corazón llenos de las preocupaciones mundanas y de los negocios seculares y, más aún, los que ejercen el ministerio por puro lucro material, hacen de la casa de Dios casa de mercado.

Segundo, una razón por la que Él estaba interesado en purificar el templo, ya que era *la casa de Su Padre.* Al ser Cristo *«el hijo sobre su casa»* (He. 3:6), tenía completa autoridad para purificarla; no podía ver profanada la casa de Su Padre, ni deshonrado el Padre de la casa. De ahí su celo por ejecutar esta limpieza, y el que esta acción deba ser considerada una de sus obras maravillosas, sobre todo si tenemos en cuenta que la llevó a cabo sin la *asistencia* de ninguno de sus amigos, y sin la *resistencia* de ninguno de sus enemigos. La corrupción era demasiado clara como para poder ser justificada o excusada. De un modo semejante, la propia conciencia del pecador es el mejor amigo del reformador. Además del celo, había en Cristo un poder divino que se sobreponía al espíritu de los hombres.

(e) A continuación se nos refiere el comentario que los discípulos de Jesús hicieron sobre lo sucedido: *«Entonces se acordaron sus discípulos de que está escrito: El celo de tu casa me devora»* (v. 17). Les vino a las mientes una porción de las Escrituras, que les enseñó a compaginar la mansedumbre del *Cordero de Dios* con la majestad del *Rey de Israel.* La cita es del Salmo 69:9. Nótese que este salmo es uno de los más citados en el Nuevo Testamento. Entre las 19 referencias a él, destacan, de los propios labios de Jesús, las citas mesiánicas que comportan los versículo 4 (Jn. 15:25) y 21 (Jn. 19:28). Es de notar que Juan pasa a futuro, en el original *(«consumirá»),* el *«consumió»* del salmo en la versión de los LXX que corresponde fielmente al perfecto del hebreo original. La razón de este cambio la encontramos en que, en el Salmo 69:9, David se querella ante Jehová de lo que sus enemigos han hecho *ya* contra él a causa del celo que sentía por la casa de Dios, mientras que Juan predice lo que le acontecerá a Jesús por su celo en purificar el templo. Recordemos que las palabras del versículo 19 fueron tergiversadas por los falsos testigos que declararon ante el tribunal de Caifás durante la Pasión del Señor. ¿Cuándo *«se acordaron»* los discípulos que estaba escrito de Jesús lo del Salmo 69:9? Por lo que vemos en el versículo 22 parece claro que esto lo recordaron *«cuando resucitó de entre los muertos»;* es decir, tras el descenso visible del Espíritu en Pentecostés, puesto que el Espíritu había de venir a enseñarles y *recordarles* todo lo que Jesús les había dicho (14:26). Téngase en cuenta que el *«entonces»* de nuestras biblias, al comienzo del versículo 17, no se halla en el original.

(f) Jesús nos da aquí un ejemplo del celo que habríamos de tener por las cosas de Dios (comp. con Tit. 2:14). Este celo habría de hacer que nos olvidásemos de nuestro prestigio, interés, comodidad, etc., siempre que todas esas cosas entran en competición con el servicio del Señor. La ira de Jesús fue una ira *santa,* como todos sus actos. No olvidemos que, por poseer una naturaleza humana sin pecado, el corazón de Jesús, como un vaso de agua limpia, sin posos, no podía ser enturbiado por una pasión malsana; sus pasiones estaban siempre sujetas a su mente y a su libre albedrío, como fuerzas que obedecen a una orden superior. Dice el proverbio que «las pasiones son buenos auxiliares, pero malas consejeras». Pero Jesús estaba siempre bien aconsejado por el Espíritu (v. 3:34) y, por eso, sus pasiones se movían al impulso de motivaciones santas. Concretamente, en este caso, le movía «el celo por la casa de Dios». La ira de Jesús no se debía al hecho de las transacciones, sino al *modo* de hacerlas (explotando a otros) y, sobre todo, al *lugar:* en la casa de Dios.

4. Cristo ofreció una señal a quienes le demandaban que demostrase su autoridad para llevar a cabo lo que había hecho. Vemos que:

(A) Le piden una señal: «Y *los judíos respondieron y le dijeron».* No son las «multitudes», como algunos opinan, sino los líderes quienes hacen a Jesús esta pregunta; como no tienen nada que objetar contra el hecho mismo, cuestionan la autoridad de Jesús para llevarlo a cabo, como si le dijesen: «¿Quién

te mete a ti en esto, pues no tienes ningún oficio que cumplir en el templo?» Es de notar que Juan usa casi siempre en sentido peyorativo el apelativo de «judíos». Ello se debe, a no dudar, al hecho de que este Evangelio fue escrito unos 26 años después de la catástrofe del año 70 y después del rechazo global del pueblo de Israel del Evangelio del Reino de Dios (v. Hch. 13:46). Así pues, las autoridades judías hostiles a Jesús le piden cuentas de esta acción drástica. No se percatan de que tienen ante sí al profetizado en Malaquías 3:1–3 y de que esta purificación del templo era en sí misma una *señal,* la que ellos pedían *(«¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto?»)* Esta actitud de los principales sacerdotes y de los escribas muestra que su corazón estaba más duro y rebelde que el de los cambistas y vendedores, quienes habían salido de allí sin protestar. Los responsables del respeto al templo tienen tan poca vergüenza que reprochan a Jesús algo que ellos mismos deberían haber hecho a su tiempo. En lugar de confesar su culpabilidad por permitir todo aquello, piden a Jesús pruebas de su autoridad, bien manifiesta en la majestad con que había obrado.

(B) Respuesta de Jesús a esta demanda: *«Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo y en tres días lo levantaré»* (v. 19). Una señal es para algo que ha de venir después y cuyo cumplimiento probará la veracidad de quien propuso la señal. Así Jesús da como única señal su futura resurrección, tras su Pasión y muerte, ya que, en efecto, la resurrección de Cristo es la prueba más contundente de su divinidad y de su obra salvífica; de ahí, la importancia que a la resurrección de Cristo se da en todo el Nuevo Testamento, especialmente en Romanos 4:25; 6:3–10; 1 Corintios 15:4, 12 y ss. Así como después habló Cristo, de modo preferente, en parábolas, de tal manera que quienes voluntariamente fuesen ignorantes no pudieran percibir el sentido de lo que predicaba (Mt. 13:13–14), también aquí su respuesta va envuelta en una especie de acertijo enigmático, al estilo del *mashal* semita, tan frecuente a lo largo de todo el Antiguo Testamento y aun en el Nuevo, especialmente en los sinópticos. Los propios términos del original griego, como *lúsate* (= destrucción de un edificio aplicable a un cuerpo humano) *naón* = santuario, aplicable al templo, pero más aún al cuerpo de Jesús (v. 1:14 *«vimos su gloria»*, es decir, la *shekinah* o habitación de Dios en Él; comp. con Col. 2:9), y *egeró* = levantaré, aplicable tanto a un edificio como a la resurrección de un muerto (comp. con el *egerthe* = fue resucitado, de Ro. 4:25), requerían unos momentos de reflexión, máxime ante la paradoja de levantar un templo ¡en tres días! Pero los ciegos judíos, que habrían de estar acostumbrados a esta clase de enigmas, no supieron, ni quisieron, interpretar el verdadero sentido de la frase, como vemos por el versículo siguiente e, incluso, como ya hemos indicado, la tergiversaron después (v. Mt. 26:61; Hch. 6:14). Como dice W. Hendriksen: «El tipo y el antitipo no se pueden separar. El templo físico de Israel (o tabernáculo) era el lugar en que Dios moraba. De ahí que fuera tipo del cuerpo de Cristo, el cual era también, en un sentido muy superior, la morada de Dios. Si alguien destruye el segundo, el cuerpo de Cristo, también destruye el primero, el templo de piedra de Jerusalén». Recordemos lo dicho en el comentario a 1:14 sobre el sentido del verbo griego *eskénosen = puso* su tienda de campaña o tabernáculo. Esta unión estrecha entre el sentido del templo y el del cuerpo de Cristo se muestra claramente como advierte Hendriksen, en que: (a) cuando Cristo fue crucificado, y roto su cuerpo también se rasgó el velo del templo y éste perdió su sentido cultual; (b) la muerte de Cristo acarreó más tarde al pueblo judío la destrucción total del templo material.

Notemos que, ya al principio de su ministerio, Jesús predice su muerte por la malicia de los judíos, pues les dice: *«Destruid este templo»*. Tenía una visión clara de los sufrimientos que le esperaban y, con todo, iba hacia la muerte con toda determinación. Pero también predice su resurrección mediante el poder que poseía, al añadir: «*Y en tres días lo levantaré*». Hubo otros que *fueron levantados,* pero Jesús *se levantó a sí mismo.* Por eso escogió esa manera de hablar, al expresarse en términos de *destruir y reedificar* el templo, ya que tenía que justificarse ahora de haber purificado el templo que ellos estaban profanando. Como si les dijera: «Vosotros que profanáis un templo, destruiréis después otro; y yo demostraré mi autoridad en *purificar* lo que vosotros habéis *profanado,* cuando *yo levante* lo que vosotros habréis *destruido*».

(C) Nueva réplica de los judíos: *«En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú lo levantarás en tres días?»* (v. 20). Como si dijesen: «La obra del templo ha sido siempre tarea lenta, ¿y vas a llevar a cabo tú tan rápidamente esa obra?» Mostraban su conocimiento en cuanto al tiempo en que el templo material había sido construido, pero también mostraban su ignorancia, no sólo del sentido de las palabras de Jesús, sino, sobre todo, del poder de Cristo, como si no fuera capaz de hacer otra cosa que lo que los hombres solían hacer. En realidad, como lo vemos en muchos pasajes de los evangelios, no sólo los enemigos de Jesús, sino también sus propios discípulos, no acertaban a discernir el verdadero sentido

de las palabras de Cristo, ni a encontrar el antitipo de muchos tipos ya profetizados en el Antiguo Testamento. Si hubiesen estudiado atentamente las Escrituras (v. Sal. 40:6–7; Jer. 3:16), habrían sabido que el templo, con todos sus enseres y ceremonias, estaban destinados a ser destruidos un día. No les cabía en la cabeza que aquel templo, suntuosamente edificado por Herodes el Grande desde el año 19 a.C., llevaba ahora más de 46 años sin terminar de construirse ¡e iba a terminarse unos pocos años antes de ser destruido por completo! El *«tú»* de la segunda parte del versículo tiene un tono despectivo: *«¿tú* vas a reedificar en tres días el templo que no hemos terminado en 46 años?»

(D) *«Pero Él se refería al templo de su cuerpo»* (v. 21). Aquí, el evangelista mismo explica lo que Jesús había querido realmente decir, para que sus lectores no se llamen a engaño, como les había ocurrido a los judíos. Hay quienes opinan que, cuando dijo Jesús: *«Destruid este templo»*, apuntó con el dedo hacia su propio cuerpo; pero el texto no da lugar a esta interpretación. Lo cierto es que, aparte de lo ya apuntado, había muchas semejanzas entre el templo material y el cuerpo de Jesús: Como el templo, también el cuerpo de Jesús había sido formado bajo la dirección de Dios; como el templo, también era una *casa santa;* como el templo, era la habitación de la gloria de Dios, allí habitaba el Verbo eterno pues Él es *Dios con nosotros, Immanuel.* Los adoradores judíos miraban hacia el templo cuando se hallaban lejos de él, del mismo modo, hemos de poner nosotros la vista en Jesús, el autor y consumador de nuestra fe (He. 12:2), con la mira en las cosas de arriba (Col. 3:1–3), pues allí se halla Jesús, nuestro tesoro.

(E) Viene finalmente la reflexión posterior de los discípulos de Jesús: *«Por eso, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron de que había dicho esto; y creyeron a la Escritura y a la palabra que Jesús había dicho»* (v. 22). Es probable que a los discípulos les intrigase durante mucho tiempo la frase de Jesús en el versículo 19. Cuando Cristo resucitó *al tercer día,* comenzaron a entender. Y lo comprendieron perfectamente cuando el Espíritu Santo descendió sobre ellos. *«La Escritura»* es aquí los lugares como Isaías 53:10–12 y, especialmente, Salmos 16:10, citado en Hechos 2:27. «Y *a la palabra que Jesús habla dicho»,* es decir, las frases del versículo 19. Todo esto tiene aplicación también para nosotros. Las memorias de los discípulos de Cristo deben ser como el tesoro del buen padre de familia, bien provisto de *«cosas nuevas y cosas viejas»* (Mt. 13:52). Sobre todo, los más jóvenes en edad y profesión de la fe cristiana habrían de estar ávidos de atesorar aquellas verdades cuyo sentido y utilidad no entienden bien de momento, pero después les han de servir de gran provecho. El mismo día de su resurrección, Jesucristo *les abrió la mente a los discípulos para que comprendiesen las Escrituras* (Lc. 24:45). Si estamos atentos a las palabras de la Biblia y somos receptivos al Espíritu Santo que nos ilumina la mente para que las entendamos, nos percataremos de que *«así estaba escrito y así era necesario que sucediera»* (Lc. 24:46).

Versículos 23–25

I. Cuando el Señor Jesús estaba en Jerusalén, para asistir a la Pascua, predicó e hizo milagros allí (v. 23). Era el día de *la fiesta,* y Cristo aprovechó la oportunidad cuando la concurrencia de la gente era multitudinaria.

II. *«Muchos creyeron en su nombre, al ver las señales que hacía».* Esta fe no llegaba más allá de lo que Nicodemo dirá más tarde (3:2): que era un profeta enviado por Dios y, quizás, el esperado Mesías; pero a pesar de que el original nos da una construcción que indica «creer *en* alguien», sin embargo el contexto posterior nos aclara que no se trataba de una verdadera fe, de la fe que salva por gracia (Ef. 2:8), puesto que no se entregaron de corazón al Señor. «No toda fe es fe salvífica», dice Hendriksen (v. 6:26), quien hace notar en otro lugar el tiempo del verbo (aoristo), mientras que la verdadera fe suele expresarse en presente (comp. con 3:15–16, 18 y otros). En efecto, los milagros sirven para confirmar la fe implantada en el corazón mediante la operación del Espíritu Santo, pero no provocan por sí mismos el acto de fe (v. Lc. 16:31, que es un texto relevante a este respecto).

III. *«Pero Jesús mismo no se confiaba a ellos»* (v. 24). Aquí aparece el mismo verbo *(pisteuo* = creer) para «confiarse», pero seguido del caso dativo: «a ellos», en vez de la construcción «creer *en»,* que lleva la preposición griega *eis* con acusativo. A pesar de las aparentes muestras de fe en Él que muchos ofrecían, Jesús, que penetraba en lo íntimo del corazón, no los tenía por verdaderos creyentes, de quienes pudiera fiarse como seguidores de Su causa. Eran como el segundo terreno de la parábola del sembrador, que se entusiasmaban de pronto, pero, por carecer de verdadera raíz de fe, le habrían abandonado como

los discípulos de 6:66. Los que, al principio, se entusiasman excesivamente, suelen ser cobardes y hasta desleales cuando viene el tiempo de la dificultad y de la prueba. No estará de más hacer notar que estos falsos conversos eran de Jerusalén. Jesús tenía en Galilea muchos más discípulos fiables que entre los habitantes de Jerusalén.

IV. La razón por la que no se confiaba a ellos era porque *«conocía a todos»*. Conocía la maldad de algunos y la debilidad de otros. El evangelista aprovecha esta oportunidad para dar testimonio de la omnisciencia de Cristo: *«conocía a todos»,* no sólo sus nombres y sus rostros, como también a nosotros nos es posible conocer a muchos, sino que conocía la naturaleza, las disposiciones, aficiones, los intereses y los propósitos de todos, de una forma en que nosotros no conocemos a *ningún hombre,* pues escasamente nos conocemos a nosotros mismos. El Señor conoce infaliblemente a los que son Suyos; conoce la integridad de ellos como conoce también su debilidad. «Y *no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio acerca del hombre»* (v. 25). A la manera típicamente hebrea, este versículo recalca que Jesús no necesitaba de información ni de testimonios ajenos (v. 17; 5:31–47), puesto que, con su omnisciencia, penetraba en lo más profundo del corazón, y adivinaba los pensamientos y las intenciones. ¡Cuán apto es Cristo para ser el Salvador y Médico de los hombres, puesto que tiene tal conocimiento del estado, del caso, de las buenas y de las malas disposiciones de sus pacientes! ¡Conoce perfectamente lo que hay dentro de cada uno! ¡Y cuán apto es también para ser Juez de los hombres! Viene el Señor a su templo, y nadie se allega a Él, sino un grupo de gente simple y débil, tales de quienes no puede esperar mucho *crédito,* ni en quienes puede depositar su confianza. ¿Qué testimonio podían dar de Cristo tales hombres? Una persona que no ha nacido de nuevo podrá emitir algún juicio correcto, pero será incapaz de cambiar su mentalidad hasta el punto de *ver* con claridad el «reino de Dios»: la iniciativa salvadora de Dios en Cristo. Un caso concreto lo tenemos en 3:2–3; por lo que estos versículos finales del capítulo 2 enlazan magníficamente con los primeros del capítulo 3: «… *pues Él sabía lo que había en el HOMBRE. Había un HOMBRE de los fariseos …».*

CAPÍTULO 3

Este capítulo se divide claramente en dos partes: 1) el diálogo de Jesús con el fariseo Nicodemo; 2) el último testimonio del Bautista, antes de ser puesto en prisión, acerca de Jesús.

Versículos 1–21

I. *«Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un hombre importante entre los judíos»* (v. 1). Se nos introduce aquí a un fariseo con nombre griego (*Nikódemos* = vencedor del pueblo). Desde que los macabeos ejercieron el poder en Palestina (siglo II a. de C.), aparecen con frecuencia nombres griegos entre la población judía (Andrés, Felipe, Timoteo, etc.). La palabra «fariseo» significa «puro» o, literalmente, «separado», pues los fariseos ponían gran empeño en la observancia externa de la Ley para establecer su propia justicia (v. Lc. 18:9 y ss.; Ro. 10:3). Su celo por la Ley se había incrementado a partir de la helenización pagana que el pueblo había contraído a fines del siglo II a. de C. Eran especialmente escrupulosos en lo tocante a la observancia del sábado o día de reposo, hasta el punto de crear unas reglas excesivamente detalladas que desbordaban con mucho las exigencias del Decálogo y ahogaban en su rutina el espíritu y verdadero sentido de la Ley, hasta llegar a las extravagancias más insensatas, de las que Hendriksen menciona tres: 1) en el día de reposo, una mujer no debía mirarse al espejo, no fuera que encontrase una cana en el cabello y se sintiera impulsada a arrancársela, lo cual sería «trabajar»; 2) una persona podía tomar vinagre en sábado para curarse la garganta, pero no podía hacer gárgaras con el vinagre; 3) un huevo puesto en sábado podía comerse solamente en el caso de que uno tuviese intención de matar la gallina.

A este partido pertenecía Nicodemo, y de él se añade en este versículo que era un *arconte,* es decir, principal o magistrado del pueblo, buen conocedor de la Ley y, por ello, *«el maestro del Israel»* (lit.),

como le llama Jesús en el versículo 10. Por tanto, era también un escriba (en griego, *grammateús*, como expositor profesional de las *Sagradas Letras, o hierá grámmata*, como dice el original de 2 Ti. 3:15).

Dice Pablo en 1 Corintios 1:26 que, entre los creyentes de Corinto, no había *«muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos ni muchos nobles»*. No muchos, pero sí algunos, y aquí tenemos uno. Aunque las cosas andaban mal en Jerusalén y eran tan pocos los fariseos y los gobernantes que creían en Jesús (v. 7:48), había más de uno bien inclinado hacia el Señor (v. 19:38–39). Nicodemo permaneció en el Sanedrín e hizo allí lo que pudo, cuando no pudo hacer lo que quiso.

II. La forma tan solemne con que se dirigió al Señor (v. 2). Vemos:

1. Cuándo vino: *«Éste vino a Jesús de noche»* (v. 2). ¿Por qué vino de noche? Unos piensan que por *prudencia* y discreción. Cristo estaba todo el día ocupado en enseñar y curar, y Nicodemo no quería ir a Él de día para no interrumpirle, y esperaba más bien que el Señor pudiese recibirle en la quietud de la noche y en la hora del reposo. Además Cristo comenzaba ya a tener Sus enemigos y, por eso, era preferible que Nicodemo viniese a Él de incógnito, no fuera que los principales sacerdotes se enterasen, y se enfureciesen todavía más contra Jesús. Otros piensan que fue por su gran *interés* en recibir las enseñanzas de Cristo. Mientras otros se daban al descanso, él prefería adquirir buenos conocimientos. No sabía cuánto tiempo permanecería Jesús en la ciudad ni lo que podría ocurrir entre aquella pascua y la siguiente y, por ello, no quería desaprovechar la oportunidad. En el silencio de la noche, tendría más libertad para conversar con el Salvador y habría menos peligro de distracción o perturbación. Otros, en fin, opinan que fue por *cobardía*, por miedo a ser descubierto por alguno de sus colegas y criticado por los otros miembros del Sanedrín. De ahí, el interés de Juan en recordar este detalle en 19:38. Poco a poco, iría perdiendo Nicodemo ese miedo inicial, como se ve en 7:51. Fuese como fuese, lo cierto es que Jesús le recibió amablemente, reconoció su integridad y excusó su debilidad enseñando así a Sus ministros a ser amables y animar a los principiantes, por débiles que sean o parezcan.

2. Qué dijo: *«Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro»*. Llama a Cristo «rabí», y reconoce en Él a un gran maestro. De quienes respetan al Señor y hablan honorablemente de Él, pueden esperarse algunas cosas buenas. A continuación, dice: *«sabemos»*, lo cual parece indicar que algunos otros, además de él, habían llegado a la misma conclusión, fruto de una experiencia de verificación personal (según el sentido que el verbo original suele tener; v. 2:23) de los milagros que Jesús hacía. Nicodemo reconoce en Jesús a un *«maestro venido de Dios»*, y lo tiene por evidente. La razón que da de esta convicción es que sólo alguien que esté en íntima relación personal con Dios puede hacer aquellos milagros: *«porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con Él»*. La conclusión, pues, era correcta (v. 9:31, 33) y en ella se mostraba Nicodemo como un investigador juicioso, agudo y experimentado, pero el juicio que emitía era insuficiente para engendrar una genuina fe salvífica.

III. El diálogo que tuvo lugar entre Cristo y Nicodemo, a partir de este momento. Cuatro puntos son de notar en el discurso que sigue:

1. *La necesidad y naturaleza del nuevo nacimiento* (vv. 3–8); en lo que es de notar:

(A) Aunque Nicodemo no había formulado ninguna pregunta, Jesús la ve en el fondo del corazón de su interlocutor; una pregunta quizás equivalente a la del joven rico de Mateo 19:16. Es como si Nicodemo esperase de Jesús una nueva enseñanza que completase el «sabemos» enunciado por él, y le llevase al conocimiento de algún nuevo precepto necesario para alcanzar la vida eterna.

(B) El Señor no discute sobre la correcta conclusión de Nicodemo, ni le añade una nueva enseñanza suplementaria del «sabemos» (comp. con 6:28, 29, que es un caso similar), sino que, al dar a la conversación un giro de 180 grados, le propone, por medio de un símil o *mashal*, como el de 2:19, el único camino válido para ver el reino de los cielos y entrar en él. No basta con un cambio de estado ni con una reforma de la vida, sino que se necesita un cambio de espíritu; es preciso *nacer de nuevo, o nacer de arriba* (pues el original admite los dos sentidos); esta última traducción es preferible, para no dar pie a los partidarios de la reencarnación. Es, pues, absolutamente necesario un cambio absoluto y radical, obra de la regeneración espiritual llevada a cabo por el Espíritu Santo en el corazón del pecador (v. 1:12–13; 3:5–8; Ef. 2:1–6; 5:26; 1 P. 1:22–23). Este cambio radical es un don de Dios (Ef. 2:8) y, por él, *el reino de Dios*, es decir, la generosa y libre iniciativa divina de salvar al hombre, toma cuerpo en una persona. De acuerdo con Marcos 1:15, las condiciones indispensables para que ese reino de Dios sea una realidad en

nuestras vidas son el arrepentimiento o *cambio de mentalidad* (en griego, *metánoia)* y la *fe* en la Buena Noticia que es el Evangelio. «El reino de Dios—dice Hendriksen—, es el área en que su dominio es reconocido, son obedecidas sus normas, y en que su gracia prevalece.»

(C) Sin esta regeneración o nuevo nacimiento, el hombre, depravado por naturaleza, está totalmente desorientado, hecho un cadáver espiritual, incapaz incluso de *ver* las cosas del espíritu (v. 1 Co. 2:14; Ef. 2:1 y ss.). El Señor da su palabra *(amén, amén)* de que es necesaria una nueva vida, pues el nacimiento es el comienzo de la vida. No hay que pensar en poner parches al viejo edificio ni curar con cataplasmas al que es ya un cadáver; es preciso empezar por los cimientos y adquirir una nueva naturaleza (v. 2 P. 1:4) y, por ello, nuevos criterios, nuevos afectos, nuevos intereses, nuevos objetivos. Nuestra alma, nuestro espíritu, nuestro hombre interior, ha de ser formado y vivificado de nuevo (v. Ef. 2:10), como una *«nueva creación»* (comp. con Gn. 2:7; 2 Co. 5:17; Gá. 6:15). Es un nacimiento *de arriba,* porque se nace a una vida *celestial y divina.* Notemos que la vida celestial es una vida bienaventurada. Por consiguiente, nacer de nuevo es absolutamente necesario para nuestra eterna felicidad. Es, pues, perfecta la ecuación entre *felicidad y santidad,* contra lo que los mundanos se imaginan.

(D) Vemos que, a esta solemne enseñanza de Jesús sobre la absoluta necesidad del nuevo nacimiento:

(a) Objeta Nicodemo: *«¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer?»* (v. 4). Aquí puede verse: *Primero,* su ignorancia. Lo que Cristo acaba de decir refiriéndose al reino espiritual, lo ha entendido él de un modo material, como si se tratara de ser formado de nuevo en el seno materno, en lugar de adquirir un nuevo corazón espiritual. ¿Acaso podía tener otro nacimiento mejor que el haber nacido israelita y ser instruido en la Ley como fariseo? Quienes están orgullosos de su *primer* nacimiento son difíciles de persuadir a que nazcan por *segunda* vez (es evidente que Nicodemo no pensaba en una reencarnación, idea ajena al judaísmo. V. el comentario a 9:2). En *segundo* lugar, se descubre también su afán de aprender. No se marcha de Jesús por no comprender lo que el Señor acaba de decir, sino que sigue preguntando, como si dijera: «Señor, explícame esto, pues es un enigma para mí; soy tan torpe que no veo otro modo de nacer de nuevo que el de volver al vientre de la madre». Siempre que en las cosas de Dios nos encontremos con algo que nos resulta oscuro y difícil de entender, hemos de continuar en estudio y oración, hasta que el Espíritu Santo nos ilumine y nos guíe a toda la verdad.

(b) Jesús añade una ulterior explicación (vv. 5–8). De la objeción de Nicodemo, Jesús toma ocasión para confirmar con otro doble *amén* lo que antes había dicho (recordemos que *amén* proviene del verbo hebreo *amán* = asegurar, sostener, nutrir). Aunque Nicodemo no había entendido el misterio de la regeneración espiritual, el Señor afirma de nuevo su absoluta necesidad para entrar en el reino de Dios. Es una necedad querer evadirse de la obligación de los preceptos evangélicos, bajo el pretexto de que son difíciles de comprender. Para aclarar lo que acaba de decir, Jesús muestra:

Primero, quién es el autor de este cambio radical: «nacer de arriba o de nuevo» es obra del Espíritu Santo, agente ejecutivo de la Trina Deidad (vv. 5–8). Este cambio no es producto de la sabiduría ni del poder humanos (v. 1:13), sino del poder y de la gracia del Espíritu de Dios. Es obvio que el hombre *espiritual,* hijo de Dios, nazca del Espíritu, que es Dios, y de Dios, que es Espíritu (4:24; 2 Co. 3:17).

Segundo, la naturaleza de este cambio y qué es lo que produce: es *espíritu* (v. *6*). Los que son así regenerados son hechos *espirituales.* Injertados en Cristo (Ro. 6:5), hechos un solo espíritu con Él (1 Co. 6:17), entran a formar parte de la familia divina (Ro. 8:14–17; 2 P. 1:4). Desde ahora, el pecado y la carne no han de dominarles (Ro. 6:12) sino que deben andar en el Espíritu y no satisfacer los deseos de la carne (Gá. 5:16). Los valores e intereses celestiales han de prevalecer sobre los de este mundo.

Tercero, la necesidad de este cambio. Para ser espiritual, es necesario nacer del Espíritu, porque *«lo que es nacido de la carne, carne es»* (v. 6). Aquí se nos dice: (i) lo que somos por naturaleza: «carne». El alma es una sustancia espiritual, es cierto, pero tan dominada, después de la caída original, por la voluntad carnal, que justamente entra también bajo el apelativo de «carne». Y ¿qué comunión cabe entre el Dios que es Espíritu, y un alma de condición carnal?; (ii) cómo hemos llegado a ser carne: al nacer de la carne. Nuestra naturaleza está corrompida desde el seno materno (v. Sal. 51:5; Ef. 2:3). De algo concebido en pecado, no puede salir nada limpio a los ojos de Dios (v. Job 14:4). Si somos así por nuestro primer nacimiento, es preciso pasar por un segundo nacimiento, pero éste ha de realizarse por obra del Espíritu Santo, que nos santifica después de sellarnos (Ef. 1:13), desde el primer momento de nuestra regeneración y, de allí en adelante, hasta el toque final de la resurrección (v. Ro. 6:22; 8:11; 2 Ts. 2:13; 1 P. 1:2). Nicodemo hablaba de «entrar por segunda vez en el vientre de la madre y nacer» pero, aunque ello fuera

posible, ¿de qué serviría? Aun cuando naciese cien veces del vientre de su madre, en nada podría corregir el defecto radical, pues todavía «lo nacido de la carne sería carne». No basta con ponerse un nuevo cuerpo, como un nuevo vestido del alma; es preciso tener un *nuevo hombre.* Por eso, añade Cristo: *«No te asombres de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo»* (v. 7). El gran Médico de nuestras almas conoce bien nuestro caso, así como el necesario remedio para nuestra congénita enfermedad. No hemos de asombrarnos de ello, porque si nos percatamos de la infinita santidad del Dios con quien hemos de tratar y de la radical depravación de nuestra naturaleza, no nos resultará extraño que se ponga tanto énfasis en la necesidad de nacer de nuevo o de arriba. El fariseo Nicodemo se extraña de estas cosas, porque está acostumbrado a pensar que el favor y la gracia de Dios se consiguen mediante la observancia de la Ley (v. Ro. 10:3), y ahora Jesús le dice que es menester «ser nacido» (nadie se nace a sí mismo) de Dios, no como obra propia, sino como *don de Dios* (Ef. 2:8–9). El «os es necesario», como observa Hendriksen, no es, pues, un mandamiento que cumplir, sino *algo que le tiene que acontecer a uno* mediante la obra del Éspíritu por el mensaje de la Palabra. Como veremos en el versículo 10, Nicodemo debía saber eso. Notemos bien que Jesús no dijo: *«Nos* es necesario», sino: *«Os* es necesario» ya que Él no podía incluirse en el grupo general de los humanos por ser totalmente santo desde el primer momento de Su concepción (Lc. 1:35).

Cuarto, el Señor ilustra esta regeneración espiritual con dos símiles: (i) La agencia de la que se sirve el Espíritu Santo para llevar a cabo la obra de nuestra regeneración espiritual es comparada al *agua.* ¿Qué significa *«nacer de agua»?* La inmensa mayoría de los catolicosrromanos y de algunos protestantes, entre ellos Hendriksen, piensan que se refiere al agua material del bautismo. No negamos que Jesús hiciese alusión indirecta al agua del bautismo, pues cuando Juan escribía esto el bautismo *real* de la fe y el bautismo *ritual* del agua iban unidos (v. por ej., Ro. 6:3 y ss.; Ef. 4:5; 1 Co. 12:13 y aun Mr. 16:16), pero, cuando se compara Juan 3:5 con 15:3; 17:17; Efesios 5:26; Tito 2:5 y 1 Pedro 1:23, vemos que «agua» ha de significar aquí *la Palabra de Dios.* Recordemos que el agua simboliza también la *gracia* o el *don de* Dios (Ez. 36:25–27; Jn. 4:10–14; 7:37–39; Ap. 22:1). Bien se compara el agua a la operación del Espíritu Santo en la tarea de la espiritual regeneración puesto que el agua, por una parte, limpia y purifica de la suciedad; y, por otra parte, refresca y conforta como lo hace con el ciervo que está a punto de ser cazado (Sal. 42:1) y con el caminante fatigado de la dura jornada. (ii) Esta regeneración espiritual es también comparada a la acción del viento: *«El viento sopla donde quiere … así es todo aquel que es nacido del Espíritu»* (v. 8). La misma palabra, lo mismo en hebreo (*ruaj*) que en griego (*pneuma*), significa tanto *espíritu* como *viento,* pero el texto mismo nos da a entender que Jesús juega aquí con las palabras para poner un símil fácilmente inteligible: La acción del Espíritu es soberana, misteriosa e incomprensible; con su libre gracia y sus dones inmerecidos no tiene más medida que Su beneplácito (Ef. 1:11; 4:7), y todos los que son nacidos del Espíritu poseen la misma libertad verdadera, que es la que proporciona el verdadero amor a Dios y al prójimo (v. Ro. 5:5; 8:14–21; 2 Co. 3:17; Gá. 2:4; 5:1, 13, 22; Stg. 1:25; 2:12). *«Oyes su sonido* (del viento)—añade Jesús—, *pero no sabes de dónde viene ni adónde va.»* De la misma manera que nadie puede controlar el viento, aunque sus efectos son experimentables por el ruido que hace al chocar con una resistencia, así pasa con el Espíritu de Dios, al que nadie puede encadenar, monopolizar ni manipular; es totalmente *libre* y otorga el influjo de Su gracia y de Su poder dónde, cuándo y a quien quiere, y en la medida y los grados que le place; es *poderoso* en grado infinito, y Sus efectos se hacen sentir como los del viento; aunque las causas quedan ocultas, los efectos son manifiestos; y es *misterioso,* porque Sus caminos son ocultos e incomprensibles para la mente humana; cómo reúne y esparce, cómo levanta y abaja, resulta para nosotros un enigma. También la conducta del creyente es sorprendente y misteriosa, extraña, para los mundanos (v. 1 P. 4:4). Todo esto, en verdad, era sorprendente para el fariseo Nicodemo, tan acostumbrado a la cuadrícula de las normas del Talmud y a una supuesta salvación por obras de la Ley, de una Ley de piedra para corazones de piedra (v. Ez. 36:26). El cristiano está regulado sólo por la ley del amor (13:34–35; Ro. 6:14; 13:8; 1 Co. 9:21; Gá. 5:23; 1 Jn. 3:23), con la que cumple, completa y rebasa la Ley del Antiguo Pacto. Por eso, dice Pablo en Gálatas 5:23 que, frente al fruto del Espíritu, la Ley ya no es un adversario: fue crucificada con Cristo, quien sufrió por nosotros la maldición de la Ley contra sus transgresores (v. Gá. 3:10–14; Ef. 2:15; Col. 2:14).

2. *La certeza y sublimidad de las verdades del Evangelio.* Vemos:

(A) La nueva objeción que Nicodemo opone: *«¿Cómo puede ser eso?»* (v. 9). Por este versículo vemos que Nicodemo sigue sin entender. «Queda bien claro—dice Hendriksen—, que este líder religioso carecía de los más elementales conocimientos acerca del camino de la salvación. Desde el principio se ve

que su formación farisaica le había hecho inmune contra toda percepción de lo espiritual» (comp. con 1 Co. 2:14). Cristo no podía haber hablado más claro, pero Nicodemo no entiende; la corrupción congénita de nuestra naturaleza, que hace *necesario* el nuevo nacimiento, y el poder del Espíritu que lo hace *posible,* siguen siendo para Nicodemo tan misteriosos e incomprensibles como la cosa misma. Ésta es la razón por la que muchos no creen las verdades del cristianismo ni se someten a las normas de Cristo: no están dispuestos a deponer sus prejuicios. No tienen inconveniente en que Jesús sea el «Maestro», con tal de que ellos escojan el programa y el método de las lecciones. Con su frase del versículo 9, Nicodemo vuelve a reconocer su ignorancia, como diciendo: «Esas cosas superan mi capacidad de comprensión no entiendo cómo pueden ser». Al no entenderlas, pone en duda o, al menos, cuestiona, su posibilidad. Así les pasa a muchos que se empeñan en no *creer* lo que, a juicio de ellos, no se puede *probar.*

(B) El reproche que Jesús le hace por su torpeza e ignorancia: *«Tú eres el maestro de Israel ¿y no conoces estas cosas?»* (v. 10). No ha de verse en estas palabras de Jesús ni sombra de ironía o de sarcasmo. Cristo trató a veces a ciertos hombres con ira a los más con compasión; pero a nadie con desprecio. Jesús viene a decirle: «Tú eres reconocido como el más relevante maestro del pueblo escogido de Dios, ¿y no comprendes mis actuales enseñanzas, en perfecto acuerdo con Ezequiel capítulos 11, 36 y 37, y con lo enseñado por Juan el Bautista (v. Mt. 3:9, Lc. 3:8)?» Estas palabras de Jesús son un reproche también: (a) para los que tienen por oficio enseñar a otros en el camino de la rectitud cristiana, y ellos mismos son ignorantes e inexpertos en ese camino; (b) para los que gastan el tiempo en nociones y ceremonias de religión o en minucias y curiosidades acerca de la Palabra de Dios, pero descuidan lo esencial y lo práctico. Las palabras de Jesús a Nicodemo comportan un énfasis especial: *Primero,* respecto al *lugar: «en Israel»,* al que había sido confiada la Palabra de Dios (Ro. 3:2). Nicodemo podía haber aprendido estas cosas en el Antiguo Testamento. *Segundo,* en cuanto a las *cosas* mismas en las que mostraba su gran ignorancia: *«estas cosas», tan necesarias, tan grandes, tan divinas.*

(C) El discurso de Jesús, a raíz de esto, sobre la certeza y la sublimidad de las verdades del Evangelio (vv. 11–13). Obsérvese:

(a) Que las verdades enseñadas por Cristo eran ciertísimas (v. 11, comp. con Lc. 1:1): *«De cierto, de cierto te digo que hablamos de lo que sabemos».* Frente al «sabemos» de Nicodemo en el versículo 2, un saber producido por deducción reflexiva, Jesús no se enzarza en polémicas, ni siquiera sobre los lugares bíblicos anotados en el comentario al versículo anterior, sino que apela a un testimonio de primera mano, a un «sabemos», tal vez plural mayestático, fruto de una experiencia personal existencial, como de alguien *que está en el seno del Padre* (1:18), y que testifica de lo que ha visto eternamente y sigue viendo para siempre en la persona y en la acción continua del Padre (v. 5:17–20). Es esta íntima comunión personal intratrinitaria la que faculta a Jesús para dar de las cosas espirituales un testimonio sin par. El Verbo, la Sabiduría de Dios personificada (v. Pr. 8:22) da ese testimonió de primera mano, como si dijese: No me lo han contado; soy testigo de vista. La porción de 8:13–18 bastaría para apoyar esta interpretación del plural «sabemos» en labios de Jesús. Pero la gran mayoría de los comentaristas opinan que, en ese plural, se incluyen además de Jesús, no sólo el Bautista (v. 5:33), sino también todos aquellos que habían aceptado a Jesús y se habían hecho discípulos de Él, con lo que un testimonio conjunto, visible, al menos de dos hombres (los dos testigos necesarios para dar crédito a un testimonio; comp. con Mt. 26:60), sería rechazado por otro grupo: *«y no recibís nuestro testimonio).* En este grupo está incluido, de momento, Nicodemo, junto con los de 2:23–25. Nótese que el verbo «recibís» está en presente en el original griego, lo cual viene a significar: «continuáis sin recibir» o «todavía no recibís». La mentalidad de Nicodemo, como la de los demás escribas y fariseos, se resistía aún a cambiar, al menos respecto a este tema de la regeneración espiritual.

(b) Que las verdades enseñadas por Cristo, a pesar de tratar sobre realidades espirituales, no son difíciles de comprender al que está bien dispuesto para recibirlas: «*Si os he dicho cosas de la tierra* (lit. *de sobre la tierra), y no creéis, ¿cómo creeréis si os digo las del cielo?»* (v. 12). A primera vista, produce alguna extrañeza el que Jesús llame *cosas de la tierra* algo tan celestial como es la regeneración espiritual, que es *«de arriba»* (vv. 3, 7, comp. con los vv. 31–34, así como con He. 9:23). Sin duda ninguna, Jesús se refiere a cosas que, aunque proceden del cielo y tienen carácter celestial, acontecen *aquí y ahora,* dentro del contexto espacio-temporal de la experiencia humana en este mundo, en contraste con los designios de Dios, misterios escondidos en el Cielo, sobre la historia de la salvación, la fundación de la Iglesia, la futura glorificación de Cristo, etc. (comp. con 1:50–51). La diferencia con 3:31–34 estriba en que allí el Bautista se refiere al origen de las palabras de Jesús (v. 1:18); y la diferencia con Hebreos 9:23

está en que el autor de *Hebreos* compara las purificaciones legales que limpian externamente en la tierra, con la reconciliación de los pecadores la cual se realiza ante el trono de Dios en los cielos. En el sentido que en este versículo tienen estas «cosas de la tierra», el argumento del Señor viene a ser el siguiente: «Si no estás dispuesto a creer algo que es experimentable aquí abajo, mediante el cambio radical de una persona, ¿cómo estarás dispuesto a creer misterios invisibles, al dar crédito únicamente a mi palabra?» Además con los símiles del agua y del viento, que Jesús había usado para ilustrar Su enseñanza sobre el nuevo nacimiento, no de la carne sino del Espíritu, las cosas celestiales estaban envueltas en ropaje *terrenal* fáciles de traducir al lenguaje de esta tierra y de comprender por mentes que se hallan todavía de peregrinación por este mundo. Si con expresiones tan claras y familiares, Nicodemo no acertaba a comprender la doctrina, ¿qué podría comprender de verdades tan altas que no pueden ni deben ser expresadas en humano lenguaje? (comp. con 2 Co. 12:4). Dios tiene en cuenta la materia de que estamos hechos, del polvo de la tierra, y, por eso, se acomoda, en su revelación de las cosas más importantes, a nuestro modo de pensar y de entender. Pero los indrédulos inventan excusas en todos los terrenos, desprecian las cosas de la tierra porque las tienen por *vulgares;* y las del cielo porque las consideran *abstrusas.*

(c) Que el Señor Jesús, y Él solo, es competente para revelarnos una doctrina tan cierta y tan sublime: «*Y nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre»* (v. 13). La frase última que aparece en nuestras biblias *(«que está en el cielo»)* no se encuentra en los mejores MSS. Con estas palabras, Jesús no se refiere a su posterior ascensión corporal a los cielos, sino a su presencia divina en el seno del Padre desde toda la eternidad, de donde le viene el conocimiento de los secretos de Dios (v. Mt. 11:27; Lc. 10:22; Jn. 1:18; 6:46). Y Ése que, junto con el Espíritu Santo (v. 1 Co. 2:10) es el único que penetra en las profundidades de Dios, es el mismo que ha descendido del cielo al hacerse hombre aquí abajo (1:14). No se trata en realidad de un descenso «local», puesto que, como Dios, está en todas partes y, en cuanto hombre, no bajó, sino que llegó a ser hombre, comenzó a serlo, aquí en el seno de María. Es en esta tierra donde el Hijo de Dios al hacerse hombre y acampar entre nosotros, se anonadó y humilló a Sí mismo (Ef. 4:8–10; Fil. 2:6–8). En cuanto a la expresión *«el Hijo del Hombre»,* que ocurre 86 veces en el Nuevo Testamento, véase lo que dijimos en el comentario a 1:51 (recuérdese que la expresión procede de Dn. 7:13 y ss.). Nicodemo se había dirigido a Jesús como a un «maestro» (v. 2), como si fuese un profeta; pero debe aprender que Cristo es mucho mayor que todos los profetas del Antiguo Pacto juntos, porque ninguno de ellos *había ascendido al cielo* en el sentido explicado anteriormente. De aquí hemos de aprender también que no es de nuestra competencia pedir instrucciones al Cielo, sino estar dispuestos a recibir las instrucciones del Cielo porque el que descendió del Cielo no deja de estar en el Cielo. Al decirle a Nicodemo que aunque Él es *el Hijo del Hombre, ha descendido del Cielo,* viene a darle un atisbo de *las cosas del Cielo,* porque, si la regeneración de una persona *humana* es un misterio tan grande, ¿qué diremos de la encarnación de una persona *divina?* En este lugar, pues, tenemos una clara insinuación de que, en Cristo, hay dos naturalezas distintas en una sola persona, y podemos deducir, por tanto, las siguientes importantes verdades: *Primera,* que Cristo posee la naturaleza divina (comp. con Col. 2:9). *Segunda,* el conocimiento perfecto que Cristo posee de los secretos divinos. *Tercera,* que Cristo es la *manifestación de Dios en carne* (v. 1:14; 1 Ti. 3:16; 1 Jn. 4:2). El Nuevo Testamento nos muestra a Dios que desciende del Cielo para hacerse como uno de nosotros, aunque sin pecado, a fin de enseñarnos el camino de la vida y salvarnos del pecado y de la condenación eterna. En esto se mostró el amor de Dios hacia nosotros (Ro. 5:8–11; 1 Jn. 4:9–10, 19). *Cuarta,* que Jesús es *el Hijo del Hombre,* expresión bajo la que los judíos siempre entendieron que se significaba el Mesías esperado. *Quinta,* que, en el mismo momento en que está hablando en la tierra con Nicodemo, está también en el Cielo. Nótese que Nicodemo ya no contesta a las palabras de Jesús. ¿Comenzaba quizás a caer en la cuenta de lo que implicaba la enseñanza de Jesús? No lo sabemos, pero su silencio a partir de aquí resulta muy significativo (es opinión del que esto escribe que los versículos 16–21, así como los versículos 31–36, son reflexiones del propio evangelista. Nota del traductor).

3. A continuación, Jesús expresa el gran objetivo que tuvo Su *venida a este mundo, y la dicha inmensa de cuantos creen en Él* (vv. 14–18). Aquí tenemos la quintaesencia del Evangelio. Mediante una ilustración, tomada de la historia de Israel y, por ello, muy bien conocida de los judíos, va a exponer en qué consiste la verdadera *perdición,* tanto como la verdadera *salvación* y la *fe* mediante la cual se nos aplica la obra de la salvación llevada a cabo en la Cruz del Calvario: «Y *como Moisés levantó la serpiente en el desierto* (v. Nm. 21:9), *así también tiene que ser levantado* (v. 8:28; 12:32, 34) *el Hijo del Hombre,*

para que todo aquel que cree en Él, no perezca (lit. *no se arruine, no se eche a perder), sino que tenga vida eterna»* (vv. 14:15). Vemos, pues:

(A) Que Cristo vino a *sanarnos*, de la misma manera que los hijos de Israel, que habían sido mordidos por las serpientes venenosas, eran sanados y librados de la muerte mediante una mirada a la serpiente de bronce. Consideremos:

(a) La naturaleza mortífera y *destructiva* que posee el pecado conforme se implica aquí. La culpa del pecado es como la mordedura de una serpiente venenosa; el poder corruptor del pecado es ese *veneno* que se difunde por toda la persona del pecador. Las maldiciones de la Ley son como feroces serpientes, pues todas ellas son señales de la ira de Dios. Recordemos, según lo alude Jesús, el episodio que se nos narra en Números 21:5–9. Vemos que el pueblo, desanimado por el largo rodeo de la tierra de Edom, murmura contra Dios y contra Moisés. El pecado es castigado por Jehová por medio de serpientes venenosas (lit. *ardientes),* por cuya mordedura muere mucho pueblo. El pueblo clama a Dios, confiesa su pecado e implora clemencia. Moisés ora por el pueblo, y Dios provee un medio de salvación, al mandar a Moisés fabricar una serpiente de bronce (también «ardiente», es decir, de bronce bruñido, que parece incandescente por el brillo. Comp. con Ap. 1:15) y ponerla sobre un asta en lo alto del campamento, a fin de que todos puedan verla. Cuantos la miraban recobraban la salud. Podemos suponer que quienes se veían a punto de morir se volverían a mirar a la serpiente de bronce con toda su alma, de corazón, con un ansia inmensa de sanar y una absoluta confianza en el poder sanador de la serpiente. Así que, al seguir la comparación de Jesús *creer* es como mirar a la Cruz del Calvario con toda el alma, como a quien le va la vida en ello, poner todo el corazón con plena confianza en Aquel que fue levantado en el Calvario a fin de que *«todo aquel que cree en Él, no perezca, sino que tenga vida eterna».* También aquí, como en Números 21:5–9, tenemos todos los elementos que integran el proceso de la salvación: el pecado que nos domina, el necesario cambio de mentalidad o arrepentimiento para reconocer la perdida situación en que nos hallamos, alzar a Dios los ojos en demanda de socorro, la provisión del remedio por parte de Dios y la utilización de dicho remedio por parte de todo aquel que, compungido en su corazón por la operación del Espíritu Santo (comp. con Hch. 2:37), suspira por la salvación y recibe con alegría la Buena Noticia de que hay salvación para el perdido, por medio de la fe viva en Jesucristo como único Salvador necesario y suficiente (v. Hch. 4:12) y único Mediador entre Dios y los hombres (v. 1 Ti. 2:5). Recuérdese la leyenda india sobre el joven ansioso de salvación, que ya expusimos en otro lugar.

Por eso, la fe no puede ser una mirada fría, intelectual o aun sentimental, a la Cruz del Salvador, sino una mirada angustiosa, como la del que sabe que en el mirar le va la vida, y no una vida como la de este mundo, sino que es cuestión de vida eterna o muerte eterna: vivir plenamente y para siempre, sin el temor de morir jamás, o estar siempre muriendo, sin la esperanza de terminar jamás de morir. He ahí el tremendo dilema con que nos confronta la Cruz de Jesucristo, ante la cual nadie puede pasar indiferente, como si no tuviera que ver con todos y cada uno de los seres humanos. Hay que recibir, por fe viva, al Salvador, o rechazarle con todas las consecuencias.

(b) El poderoso remedio provisto para tan fatal enfermedad. El caso de los pecadores es deplorable, pero ¿es desesperado? Gracias a Dios, no lo es, como acabamos de ver. El Hijo del Hombre *fue levantado* como la serpiente de bronce en el desierto. Esta serpiente tenía la misma figura que las serpientes venenosas, pero no tenía veneno. Así pasa con Jesús, quien vino *en semejanza de carne de pecado* (Ro. 8:3), *pero sin pecado* (He. 4:15; 7:26). Así como la serpiente de bronce fue izada sobre un asta, así también Jesús fue izado en el madero de la Cruz. Adviértase el sentido del verbo *«ser levantado»* en Juan 3:15. Como es obvio, este verbo indica que Jesús sería alzado de la tierra al estar colgado en la Cruz; pero al considerar el carácter triunfal del Evangelio de Juan, vemos que el verbo griego *hupsó* = levantar (del que procede *hupsistós* = Altísimo, aplicado a Dios) indica la *exaltación gloriosa de Cristo mediante su muerte en cruz y su posterior ascensión a la diestra del Padre,* así como la proclamación del Evangelio eterno de la salvación (comp. con 8:28; 12:32–34; Fil. 2:9–10). Como dice Hendriksen: «La cruz nunca aparece aislada de los otros grandes acontecimientos (tales como la resurrección, la ascensión y la coronación) en la historia de la redención. Es siempre la senda obligada hacia la corona. Más aún, ¿dónde resplandece la gloria de todos los atributos de Dios en Cristo con mayor brillo que en la Cruz (cf. 12:28, comp. con 12:32, 33)?» Levantado, pues, en la Cruz, como la serpiente de bronce en el desierto, fue puesto para sanarnos. El mismo que envió la llaga, proveyó también el remedio. Fue Dios mismo quien encontró el rescate. Aquel a quien ofendimos es nuestra paz.

(c) El medio de *aplicación* de este remedio, que es mediante el *creer: «Para que todo aquel que cree en Él, no perezca, sino que tenga vida eterna»*. También podría leerse de este *otro* modo: *«para que todo el que crea, pueda tener vida eterna en Él»*. De aquí vemos que la crucifixión de Cristo no salva automáticamente a nadie, sino sólo a los que se apropian por fe la salvación que Dios ha puesto a disposición de todo el que se acerque con fe y arrepentimiento. Todo este pasaje menciona sólo el *creer*. En otros lugares, como Hechos 2:38; 17:30, se menciona sólo el arrepentimiento. Ambos son conceptos complementarios y hasta sinónimos (con la distinción que hemos señalado en otro lugar) puesto que una fe viva comporta esencialmente un *cambio de mentalidad, y* el cambio de mentalidad o arrepentimiento no puede ser sincero y eficaz, sino por la fe viva, «según Dios» (v. 2 Co. 7:9). Tampoco la serpiente de bronce curaba automáticamente, sino sólo a los que la miraban con afán de ser sanados. Diremos más en el comentario al versículo siguiente, que amplía el contenido del versículo 15.

(d) La gran esperanza y los grandes ánimos que nos da el creer en Él, al fijar nuestra mirada en la Cruz del Calvario. A todo el que miraba a la serpiente de bronce le fue bien (Nm. 21:9). Ya había dicho el Señor, en Isaías 45:22: *«Miradme a mí, y sed salvos, todos los confines de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más»*. Fue con este propósito por lo que *fue levantado,* a fin de que Sus seguidores pudiesen ser salvos. La oferta de salvación, por medio de Él, es universal, *«para todo aquel que crea»,* sin excepción. ¡Qué gozo tan grande produce saber que, en ese *«todo aquel»,* tengo cabida yo que escribo esto, y tú que me lees, quienquiera que seas! Finalmente, la salvación ofrecida es completa: Quienes la reciban por fe, *jamás perecerán, pues tendrán vida eterna,* es decir, una vida que comienza en el momento en que uno recibe a Cristo y dura por toda la eternidad.

(B) Jesucristo vino a salvarnos perdonándonos los pecados en virtud del puro amor que Dios nos tuvo. Esto sí que es de verdad Evangelio, es decir, *Buena Noticia,* la mejor que pudo llegar del Cielo a la tierra (vv. 16–17).

(a) En esto se mostró el amor de Dios hacia nosotros, en que envió a su Hijo al mundo (v. 16, comp. con Ro. 5:5–11; Gá. 4:4–6; 1 Jn. 4:9–19). *Primero* vemos la revelación del gran misterio del Evangelio: *«De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado* (lit. *dio* de una vez por todas) *a su Hijo unigénito»* (v. 16). Lo dio, es decir, lo entregó para que fuese crucificado. Y esto *«para que todo aquel que cree en Él, no perezca, sino que tenga vida eterna»*. Este versículo, como decía Lutero, es el compendio de toda la Biblia, como la Biblia en miniatura. En efecto, en cuatro frases, la primera de siete palabras en el original y las otras tres de seis cada una, se resume toda la historia de la salvación, arrancando desde la eterna y soberana iniciativa divina, llena de amor y de misericordia para salvar a la humanidad perdida, hasta la consumación en la gloria eterna, de la salvación adquirida *«de gracia, mediante la fe»* (Ef. 2:8).

Lo *primero* que notamos en este versículo es el énfasis que comporta ese *«De tal manera»* como si dijese: «así de grande fue el amor de Dios …»; lo cual nos recuerda lo que el mismo Juan escribe en 1 Juan 3:1: *«Mirad qué* (lit. *de qué país o de qué clase) amor tan sublime nos ha dado el Padre …».* El amor de Dios hacia el mundo fue tan grande que no pudo ser mayor, ya que se hizo efectivo mediante la donación de su único Hijo, tan Dios como Él, al mundo perdido, y no para dominar o enriquecerse en el mundo, sino para servir y para morir en el suplicio más atroz y afrentoso de todos los entonces conocidos, tras haber vivido en tan suma pobreza, que todo lo que tuvo lo tuvo de prestado, desde el pesebre en que nació hasta la tumba en que fue sepultado.

Lo *segundo* que es de admirar sobremanera es que *«de tal manera amó Dios AL MUNDO …».* Cuando vemos que el objeto del amor de ese Dios tres veces santo, infinitamente sabio, santo y poderoso, es este *mundo* pecador, rebelde, perdido, que sólo merecía un castigo eterno, nuestro asombro crece. El original dice claramente *«al mundo»,* a toda la humanidad que habita el *cosmos,* por lo que vemos claramente que el objeto del amor redentor de Dios es toda la humanidad. La voluntad salvífica antecedente de Dios es *universal* (comp. con 2 Co. 5:14–21; 1 Ti. 2:1–6; 1 Jn. 2:2, entre otros lugares) y por eso Cristo murió por *todos,* aunque no todos se beneficien de su muerte, sino sólo los que creen en Él (v. 8:24). Decir que el Dios que es Amor (v. 1 Jn. 4:8, 16) amó sólo a un grupo de «elegidos», es un prejuicio teológico contrario a la Escritura. La comparación con el Día de la Expiación (Lv. 16) o *Yom Kippur* (como dice el hebreo) nos aclara bien este concepto: Así como la expiación realizada por el sumo sacerdote una vez al año cubría los pecados de todo el pueblo, de manera que Dios los pasaba por alto, no los tenía en cuenta, no descargaba sobre los pecadores su ira, aunque sólo fuesen realmente perdonados los que se arrepentían personalmente de sus propios pecados, así también la obra de Jesús en el Calvario sirve para que hubiese *«sanación para nosotros»* (Is. 53:5, lit.), para que Dios no les tenga en cuenta a los

hombres sus pecados (v. Hch. 17:30; Ro. 3:25; 2 Co. 5:19) y poner la salvación a disposición de todos los que quieran recibirla mediante la fe, y recibir así los beneficios del pacto (comp. con 2 Co. 5:14–21; 1 Ti. 2:4–6; He. 10:26 y ss.). Sólo el que rehúsa creer se encierra en su condenación y muere en sus pecados (3:17–21; 8:24; 9:41). Nadie tiene así excusa, puesto que la obra de Cristo derribó la pared de separación entre judíos y gentiles, de modo que todo el mundo tiene acceso a la salvación, y ya descendió el Espíritu Santo para convencer a todo el mundo de pecado, de justicia y de juicio (16:8–11). Incluso los que nunca han oído el Evangelio son alcanzados por los rayos de esa «luz *del mundo*» que es Cristo (1:9, 8:12, 12:46). Y aun en el caso de que no lleguen a conocer a Jesús por su «nombre», son salvos por la obra del único Mediador (1 Ti. 2:5) y del único Salvador (Hch. 4:12, donde el «nombre» no significa una «etiqueta», sino la *Persona* misma del Salvador). Es precisamente el Evangelio de Juan el que más énfasis pone en quitar fuerza a la «pura sangre» judía, es decir, a la genealogía natural, carnal (v. 1:12–13; 3:6; 8:31–39).

Lo *tercero* que vemos en este versículo es que los quilates del amor de Dios se muestran en que *«ha dado a su Hijo UNIGÉNITO»*. Como hace notar W. Hendriksen, el original dice: *«a su Hijo, el Unigénito, Él dio»*, para señalar la grandeza del don, colocándolo en primer lugar, delante del verbo. Ese «dio», ya lo hemos apuntado, equivale a «lo entregó a la muerte como holocausto y sacrificio expiatorio del pecado» (v. 15:13; 1 Jn. 3:16; 4:10 y, como consecuencia, 1 Jn. 1:7; 2:1–2), y al *«no eximió ni a su propio Hijo»* de Romanos 8:32, compárese con Génesis 22:2, 12; Mateo 21:33–39. Notemos que es Dios quien entrega a la muerte a su único Hijo. Cuentan de un matrimonio rico, pero sin hijos, que quisieron adoptar un niño pobre de una pareja que tenía cuatro hijos. Cuando el señor rico fue a casa del matrimonio pobre para rogarles que le cediesen uno de los cuatro hijos, a fin de adoptarlo y dejarle en herencia todo lo que poseían, los padres no consintieron en cederle ninguno. «El mayor, no—dijo el padre—, porque ya va a trabajar y nos ayuda.» «El segundo tampoco—dijo la madre—, porque se parece a mi marido.» «Pues el tercero tampoco—añadió el padre—, porque se parece a mi mujer.» «¿Y el menor de los cuatro?», interrogó el señor. «Pobrecito, ése está siempre enfermo, y nos da lástima», dijeron a coro el marido y la mujer. Así fue que un matrimonio pobre no quiso desprenderse de ninguno de sus cuatro hijos, y eso que se trataba de hacerlo inmensamente rico y feliz. En cambio, Dios, que para nada necesitaba de nosotros, entregó a su único Hijo por nosotros; y no para hacerlo rico, para gozar y dominar a los demás hombres, sino que *«por amor a nosotros se hizo pobre siendo rico, para que nosotros fuésemos enriquecidos con su pobreza»* (2 Co. 8:9).

Lo *cuarto* que advertimos en este versículo es que Dios nos dio a su único Hijo *«para que todo aquel que cree en Él, no perezca»*. La alternativa que se presenta a todo aquel que rehúsa creer en Jesucristo como en su único Salvador necesario y suficiente no es simplemente el no disfrutar del Cielo, ni siquiera el perecer físicamente y ser aniquilado al final, como sostienen algunos grupos dentro de algunas denominaciones cristianas, sino el perderse o arruinarse para siempre: la muerte eterna o «muerte segunda», que consiste en estar siempre muriendo sin acabar nunca de morir, así como la vida eterna consiste en estar siempre viviendo en plenitud, sin temor de volver a morir. El propio Jesús, en Mateo 25:46, establece un perfecto paralelismo antitético entre el *«castigo eterno»* de los impíos y la *«vida eterna»* de los justos (v. comentario a dicho lugar). Un Dios celoso, que ha sido ofendido en lo más sublime de Su amor, mostrado en el Calvario, ha de convertirse, por toda la eternidad, en un Dios de ira para el que ha rehusado creer en el Hijo.

Lo *quinto* y último que notamos en dicho versículo es la antítesis de la condenación: *«sino que tenga vida eterna»*, es decir: vida en plenitud y para siempre; una vida que se diferencia en calidad y extensión de la vida terrenal. La expresión «vida eterna» aparece 17 veces en el Evangelio de Juan, y 6 veces en su Primera Epístola; y connota la liberación de toda esclavitud (8:32), con el perdón de los pecados (8:24, 34; 9:41), la participación de la naturaleza divina (1:13; 3:6; 2 P. 1:4), la adopción de hijos (Ro. 8:15; Gá. 4:5), la comunión con Dios en Cristo (17:3, 21), la participación de Su amor (5:42; 17:23, 26), de Su gozo (17:13) y de Su paz (16:33). Al fin y al cabo, es una participación de la vida de Dios (1:4; 5:21–26; 10:10; 17:3). Como ya hemos hecho notar al explicar el versículo 3 Jesús menciona el nacimiento de arriba antes de hablar de la fe en Él, porque sólo el que ha sido resucitado espiritualmente (v. Ef. 2:1 y ss.) puede creer y dirigir una mirada angustiosa a la Cruz. Sólo quien ha sido despertado, puede *ver* la realidad. Por eso dice Pablo que se cree *«con el corazón»* (Ro. 10:9–10), porque Dios obra en lo más íntimo de nuestro ser por medio de su Espíritu, antes de que nos percatemos de que ya hemos nacido de nuevo.

(b) El evangelista insiste en el objetivo que Dios se propuso al enviar al mundo a su único Hijo: *«Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar* (lit. *juzgar) al mundo, sino para que el mundo sea salvo por medio de Él»* (v. 17). El Hijo de Dios vino como un embajador del Padre para residir entre nosotros con el único objetivo de ofrecer salvación a toda la humanidad. Aunque el mundo estaba convicto de pecado y Dios tenía todas las razones para condenarlo, al ser un mundo culpable de lesa Majestad divina, y aunque el Hijo vino con plenos poderes para ejecutar juicio de condenación (v. 5:22, 27), no comenzó a condenar, sino que nos ofreció la oportunidad de comparecer ante el trono de la gracia con la causa ganada a nuestro favor: *«Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo»* (2 Co. 5:19) y, por tanto, *salvándolo* en cuanto estaba de Su parte. ¡Buena noticia, en verdad, para una conciencia convicta de pecado, saber que el Hijo de Dios ha venido a traer perdón de culpas, sanación de huesos quebrantados y de heridas abiertas y sangrantes; que Cristo, nuestro Juez, no ha venido a pronunciar sentencia de muerte, sino oferta de vida! Los judíos habían llegado a pensar, llevados de su exclusivismo fanático, que el *Día de Jehová* entendido como la Venida del esperado Mesías, no sólo comportaría la salvación definitiva de Israel, sino también la condenación en masa (v. Jon. 4:2–3; Hch. 11:18) de las naciones gentiles. Ya Amós había censurado este punto de vista (v. Am. 5:18–20). Ahora Jesús lo ataca igualmente al decir: *Primero,* que el designio salvador de Dios no estaba limitado a Israel, sino que se extendía a todo el *mundo; segundo,* que Él, el Mesías, no había sido enviado, en esta su Primera Venida, a condenar al mundo, sino a salvarlo (comp. con Lc. 19:10). En realidad, Él no condena a nadie, sino que todo aquel que no cree en Él, se encierra en su propia condenación, como lo declaran los versículos 18–21 (v. también 3:36; 8:24; 12:47–48; 1 Jn. 5:9–12, así como Ro. 2:4–11).

En el asunto de la salvación y de la condenación hay encerrados tremendos misterios (elección, predestinación, reprobación, etc.), pero toda esta sección nos ayuda a percatarnos de estas dos verdades fundamentales que nos han sido reveladas por Dios y a las que debemos asirnos con toda nuestra fe: (i) Todo lo que es de *salvación,* viene de Dios (v. Jon. 2:9; Ef. 2:8–10); nadie puede gloriarse en Su presencia de haber contribuido a su propia salvación en lo más mínimo (valga la expresión incorrecta gramaticalmente); no hay en el ser humano fuerza, capacidad ni mérito que inclinen a Dios a congraciarse con nosotros; (ii) todo lo que es para *condenación* es un resultado culpable del desvío de nuestra libertad; por eso, nadie podrá acusar a Dios de injusticia en la reprobación justísima de los condenados. Toda otra consideración de tipo teológico debe estar subordinada a esas dos verdades. Permítase al que esto escribe (nota del traductor) otra consideración de tipo personal, singularmente emotiva: El término con que, tanto el hebreo como el griego, designan el *«pecado»* indica «fallar el blanco» o «desviarse del objetivo», con lo que se nos muestra que Dios parece dar mayor importancia a la desgracia en que incurre el ser humano al pecar, que a la ofensa que a Dios mismo se infiere por el pecado.

(C) De todo lo que antecede se colige la auténtica felicidad de los creyentes genuinos: *«El que cree en Él, no es condenado»* (v. 18). Esto supone algo más que una suspensión temporal de la ejecución de la pena: *«no es condenado»,* es decir, es descargado de su culpabilidad. *«¿Quién es el que condena? ¿Acaso será Cristo …?»* (Ro. 8:34, lectura probable).

4. *La deplorable condición de los que persisten en su incredulidad y en su ignorancia voluntaria* (vv. 18:21).

(A) Véase aquí el destino fatal de los que rehúsan creer en Cristo: *«pero el que no cree, ya ha sido condenado»*. Nótese la diferencia de tiempo en ambas frases: en la primera, tenemos un presente *(«no es condenado»),* porque, mediante la fe, salimos del estado de condenación y comenzamos a ser constituidos justos en la presencia de Dios (Ro. 5:19); Dios nos abre en aquel momento, desde fuera, la puerta de la salvación. En cambio, en esta otra frase el tiempo es pretérito perfecto *(«ya ha sido condenado»),* es decir no tiene que esperar al veredicto final, puesto que su incredulidad le cierra por dentro, con siete cerrojos la puerta de la salvación, la cual sólo puede abrirse mediante la fe (comp. con 8:24). No se olvide que, desde el momento de ser concebidos ya llevábamos encima la condenación (v. Sal. 51:5; Ef. 2:3) y que cada pecado personal nuestro la va confirmando voluntariamente; en cambio, la salvación surge al creer, en un determinado momento de nuestra vida terrenal. Vemos:

(a) Cuán grande es el pecado de los incrédulos: Se niegan a creer *«en el nombre del unigénito Hijo de Dios»,* quien, por ser infinitamente *verdadero,* merece ser creído, y, por ser infinitamente *bueno,* es digno de ser recibido. Dios envió para salvarnos el Hijo tan *querido* para Él ¿y no será para nosotros el *amado* por excelencia?

(b) Cuán grande es la miseria de los incrédulos: Ya están condenados: una condenación *cierta y actual;* su misma conciencia les condena. Condenados por no aceptar el remedio de la condenación; la incredulidad es un pecado contra el *remedio* mismo provisto por Dios para la salvación.

(B) Véase también el destino fatal de los que rehúsan incluso conocer a Cristo: «Y *ésta es la condenación* (ahí está el veredicto): *que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz»* (v. 19). Este versículo apunta a la única causa del destino fatal de los que no se salvan: se debe a una «preferencia culpable», a una «opción fundamental desviada», contra la luz santa que Dios es (1:9; 1 Jn. 1:5), y a favor de las tinieblas del pecado. En otras palabras la condenación de una persona no se debe a la ignorancia inculpable de Dios o del Evangelio, puesto que a todos llega de algún modo la luz que Cristo ha venido a traer (v. 1:9; Ro. 1:20; 10:18), sino a la rebeldía de los que cierran el paso a la verdad que pugna por avanzar hasta el corazón (1:5; Ro. 1:18). Esta preferencia por las tinieblas no indica que haya en los impíos *algún* amor a la luz, aunque inferior al amor que tienen a las tinieblas; el versículo siguiente nos aclara este extremo. Notemos que el Evangelio es luz y, cuando se proclama el Evangelio, se enciende una luz en el mundo. La luz se muestra por su mismo brillo; lo mismo pasa con el Evangelio: muestra su origen divino. La luz descubre lo que está escondido a la vista. ¿Qué sería del mundo sin luz? Pero mucho más oscuro estaría el mundo sin la luz del Evangelio. No hay palabras para expresar la tremenda locura de los hombres que prefieren las tinieblas a la luz de Cristo. Los malvados que estaban apegados a sus concupiscencias preferían su ignorancia y sus errores a las verdades del Señor. Los miserables pecadores están a gusto en su enfermedad, a gusto en su esclavitud, y no quieren ser *libres* ni quieren estar *sanos.* La verdadera razón por la que los hombres amaron más las tinieblas que la luz es *«porque sus obras eran malas».* ¡No hay situación tan triste como la del enfermo que, al no querer sanar de su enfermedad, se empeña en no darse cuenta de ella! Es la táctica del avestruz, que esconde la cabeza bajo la arena, y piensa que por no ver él al enemigo, el enemigo no puede verle a él. La ignorancia culpable, lejos de excusar de pecado, sólo sirve para agravarlo, pues *«ésta es* precisamente *la condenación»:* que cerraron sus ojos a la luz sin admitir parlamento con Cristo y con el Evangelio. Hemos de dar cuenta en el juicio, no sólo de lo que hemos pecado contra lo que conocíamos, sino también por no querer conocer lo que debíamos saber. Es una observación muy sabia que *«todo aquel que obra el mal aborrece la luz»* (v. 20). Los malhechores buscan la oscuridad, el escondite, el actuar por sorpresa, a fin de no ser descubiertos y arrestados: *«No viene a la luz, para que sus obras no sean redargüidas»;* es decir, para que no queden al descubierto (comp. con He. 4:12 y Stg. 1:23–24, donde la Ley de Dios es como un espejo que descubre nuestro verdadero rostro). La luz del Evangelio es enviada al mundo para poner al descubierto las malas obras de los pecadores; para poner ante los ojos de la gente sus transgresiones; para mostrar que es pecado lo que los hombres no tienen por pecado, *«a fin de que por el mandamiento el pecado llegase al extremo de la pecaminosidad»* (Ro. 7:13). El Evangelio presenta las convicciones, a fin de preparar el camino para las consolaciones. Fue por esta razón por la que los verdaderos malhechores odiaban la luz del Evangelio. Había quienes cometieron pecados pero estaban avergonzados y hasta arrepentidos de ellos, como *los cobradores de impuestos y las rameras,* éstos daban la bienvenida a la luz. Pero los que estaban resueltos a andar por sus propios caminos, odiaban la luz de Cristo que los descubría.

Cierto misionero estaba predicando el Evangelio por primera vez a un grupo de nativos de una tribu africana, y lo hacía basándose en el capítulo 1 de la Epístola a los romanos. Conforme avanzaba en su mensaje, se daba cuenta de que el jefe de la tribu se ponía cada vez más nervioso, hasta que, por fin, desenvainó su espada y dio unos pasos hacia el misionero en forma amenazadora, mientras le gritaba: «¡Cállese y cierre ese libro que declara todo lo que yo hago!» (comp. con 4:29). Efectivamente, en Romanos 1:24–31 estaba descrita su propia conducta. Cristo es odiado cuando el pecado es amado. Los que no quieren venir a la luz es porque abrigan un secreto odio a la luz.

En cambio, los corazones rectos acogen la luz con alegría: *«Pero el que practica la verdad viene a la luz, para que sean manifiestas sus obras»* (v. 21). Así como la luz convence para terror a los malhechores, así también confirma para consuelo a los que obran con rectitud. Aquí se describe el carácter de una persona recta: *«practica* (lit. *hace) la verdad».* Para un hebreo, «hacer la verdad», «realizar la verdad» (comp. con el vocablo *hechura—poiema* en el griego—, de Ef. 2:10) era configurar la propia existencia de acuerdo con el plan de Dios y observar Sus mandamientos (v. Ec. 12:13–14), mientras que el que desobedece a Dios se convierte en una «mentira personificada». No es extraño, por tanto, que la lista de los que son arrojados al lago de fuego y azufre de Apocalipsis 21:8 se cierre con los

«mentirosos», que no son simplemente los que dicen mentiras, sino aquellos cuya vida es una especie de mentira viviente. Éstos son los que odian la luz y, por consiguiente, odian, desprecian u olvidan a Dios (Sal. 50:22). Por tanto, puede verse claramente el paralelismo que existe, de una parte, entre Dios, verdad y luz, y de la otra, entre el Maligno (v. 8:44), la mentira y las tinieblas (comp. con 1 Ts. 5:1–10). Así el verdadero creyente, aunque todavía imperfecto, puede compararse al girasol, planta cuyas flores presentan la propiedad de ir volviéndose continuamente en dirección al sol. Aunque a veces se quede corto del nivel de rectitud que Dios espera de él, lo que hace es verdadero, lleva la marca de la honestidad; tendrá su debilidad, pero no le falta integridad, pues quiere hacer la voluntad de Dios y está resuelto a llevarla a cabo, aun cuando vaya en contra de sus propios gustos e intereses; sus obras son hechas *«según* (lit. *en) Dios»*. Nuestras obras son rectas cuando la voluntad de Dios es nuestra norma, y la gloria de Dios es nuestro objetivo; cuando son hechas mediante el poder de Dios y por amor a Él. Para terminar esta sección, añadamos que Nicodemo se quedó perplejo al principio ante estas enseñanzas, pero después llegó a ser fiel discípulo de Cristo.

Versículos 22–36

I. Ahora se nos refiere la marcha de Jesús, con sus discípulos, *«a la tierra de Judea»* (v. 22). El Señor Jesús, tan pronto como empezó su ministerio público, viajó mucho y se trasladaba con frecuencia de una parte a otra. Se tomó muchas fatigas para hacer el bien a las almas y a los cuerpos. El *Sol de justicia* recorrió su circuito para difundir su luz y su calor (v. Sal. 19:6). No se detuvo por mucho tiempo en Jerusalén. *«Pasado esto»*, es decir, una vez pasada la pascua y su entrevista con Nicodemo, Jesús, en compañía de sus discípulos, probablemente los seis mencionados o aludidos en 1:35–51, abandonó Jerusalén y se encaminó a otra parte de la región de Judea, junto al Jordán, y quizá no lejos de Jericó. No se retiró para estar en privado, sino para ser de mayor utilidad. Su predicación y sus milagros harían, tal vez, *más ruido* en Jerusalén, la capital de la nación, pero *menos bien. «Pasó allí algún tiempo con ellos»* (sus discípulos). Quienes estén dispuestos a seguir a Jesús, le hallarán dispuesto a quedarse con ellos. «*Y bautizaba»*. Juan había comenzado a bautizar en la región de Judea (v. Mt. 3:1), por tanto Cristo comenzó también allí. Por 4:2, vemos que Jesús mismo no bautizaba, sino sus discípulos; sin duda, bajo su autoridad y en su nombre. Este mismo hecho de bautizar mediante la agencia de sus discípulos confería al bautismo de Jesús un rango superior al del Bautista. En cuanto a la naturaleza de dicho rito bautismal, W. Hendriksen dice que «puede ser considerado como una transición entre el bautismo de Juan y el bautismo cristiano» (v. Mt. 28:29) que es ahora una ordenanza perpetua del Señor para su Iglesia a partir de Pentecostés (v. Hch. 2:38, 41). No hay razón para suponer que los Apóstoles, de los cuales unos habrían sido ya bautizados por Juan, y otros por Jesús mismo, volviesen a ser bautizados el día de Pentecostés, sobre todo a la vista de 13:10 y su contexto explícito e implícito, ya que la ordenanza de conmemorar la Pascua en la Cena del Señor supone ya cumplida (ésta es la opinión más general, y más segura, entre los evangélicos, así como entre los catolicorromanos y los ortodoxos orientales) la ordenanza del Bautismo. Nótese, cómo pone de relieve Agustín de Hipona, que las ordenanzas o sacramentos, aunque se administren por medio de hombres débiles y pecadores, son de Cristo.

II. Se nos refiere igualmente que Juan el Bautista continuaba ejerciendo su ministerio mientras tuvo oportunidad de hacerlo (vv. 23–24). Vemos:

1. Que *«Juan también bautizaba»*. Mientras Jesús instala durante algún tiempo su agencia de bautismos, Juan prosigue su ministerio algo más al norte, probablemente unas cuantas millas al sudoeste de la Betania situada al otro lado del Jordán, cerca de la conjunción de las provincias de Galilea, Samaria, Perea y Decápolis; es decir, un sitio muy apropiado para que las muchedumbres acudiesen a él, atraídas todavía por su prestigio. Aunque, poco a poco, las gentes acudirían en mayor abundancia a Jesús (v. 26). Vemos, pues, que:

(A) Cristo comenzó su tarea de predicar y bautizar antes de que Juan tuviese que abandonarla por la fuerza; de este modo, las ruedas del molino del Evangelio no cesaban en su labor. Es un consuelo para los fieles siervos del Señor, cuando la edad, los achaques u otra fuerza mayor les obligan a retirarse, ver a otros fieles siervos que surgen para llenar el hueco.

(B) Juan continuó con su ministerio de predicar y bautizar, a pesar de que Jesús había comenzado su ministerio público. Todavía había trabajo para Juan, puesto que Jesús no era aún conocido en el mismo

grado que el Bautista, ni estaban las mentes del pueblo en la disposición necesaria para cambiar de mentalidad y recibir al Salvador. Juan seguía en su tarea hasta que la providencia de Dios dispusiera otra cosa. Los dones más valiosos de unos siervos de Dios no tornan inútiles las labores de otros que no están tan dotados; hay, en la viña del Señor, trabajo suficiente para todas las manos. Sólo los remolones o los adustos se sientan ociosos cuando se ven a sí mismos oscurecidos por los éxitos de otros.

2. Que Juan *«bautizaba en Enón, cerca de Salim»*, lugares que no son mencionados en ningún otro lugar de la Biblia. Dondequiera que fuese, parece que Juan iba de un lugar a otro. Los ministros del Señor han de seguir el curso de las oportunidades que Dios les depare. Escogió, de todos modos, un lugar donde *«había muchas aguas»*, esto es, muchas corrientes de agua, de forma que siempre que topase con alguno que estuviera dispuesto a ser bautizado por él, hubiese a mano agua con que bautizarle.

3. Que las personas *«acudían y eran bautizadas»*. Hay quienes refieren esto tanto a Juan como a Jesús, pero lo más natural es que se refiera al sujeto más cercano, que en este caso es Juan.

4. El evangelista hace notar que *«Juan no había sido aún puesto en prisión»* (v. 24). Este detalle informativo del cuarto evangelio tenía por objeto deshacer un equívoco que pudo surgir tras una lectura superficial de Mateo 4:11–12, lugar que podría insinuar la idea de que Juan fue puesto en prisión inmediatamente después de las tentaciones de Jesús en el desierto. Así vemos que, entre Mateo 4:11 y 12 (así como entre Mr. 1:13 y 14, y Lc. 4:13 y 14), pasó un considerable lapso de tiempo en que Jesús y el Bautista simultanearon su ministerio de bautizar.

III. A continuación, el evangelista narra la *«discusión de los discípulos de Juan con un judío acerca de la purificación»* (v. 25, lit.). Éste sería uno de los judíos que no se habían sometido al bautismo de Juan para arrepentimiento. La doble agencia de bautismos no podía por menos que dar ocasión a disputas y a preferencias por uno u otro de los bautizantes, o por supuesto, a oposición contra los dos grupos. El hombre carnal siempre está inclinado a formar partidos dentro de lo religioso (comp. con 1 Co. 1:11–13; 3:1–4). Por la composición de la frase, parece ser que fueron los discípulos de Juan los que comenzaron la discusión sobre la pretendida base de que el bautismo de su maestro tenía mayor fuerza purificadora que el de Jesús. Esta discusión estaría fomentada por el hecho, notorio a los mismos discípulos de Juan, de que las multitudes se sentían atraídas especialmente hacia Jesús, como se ve por el versículo siguiente. No hay duda de que, en principio, los judíos no convertidos daban mayor importancia a sus purificaciones legales que al bautismo de Juan o al de Jesús. Los discípulos de Juan estaban en lo correcto al dar la preferencia al bautismo de Juan sobre las purificaciones legales, pero es lo más probable que este judío, al no poder negar el valor y el objetivo más elevado del bautismo de Juan, echase mano del bautismo que Jesús administraba para hacer de menos el bautismo de Juan. Así se explica mejor la querella que sigue (v. 26). De un modo semejante, los hombres levantan objeciones contra el Evangelio a base del mismo avance que el Evangelio ha experimentado a lo largo de los siglos, como si la madurez fuese contraria a la niñez anterior o como si la estructura de un edificio fuese contraria a su fundamento.

IV. La querella que los discípulos de Juan presentaron ante su maestro acerca de Cristo y del bautismo que el Señor administraba: «Y *vinieron a Juan y le dijeron: Rabí, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio, mira, ése está bautizando, y todos vienen a Él»* (v. 26). Estos discípulos de Juan, llevados de su carnalidad, conciben celos y envidia del ministerio de Jesús y se van a su maestro, y espera de él la misma reacción. Vienen a sugerirle que el hecho de que Jesús se pusiera a bautizar era un acto de presunción, algo así como montar una sucursal de bautismos, siendo así que, según ellos, Juan tenía la «patente» de invención. Nótese que, en su desprecio, evitan mencionar el nombre de Jesús: *«ése …»*. Como si dijesen: «fíjate qué atrevimiento y qué ingratitud ¡ponerse a bautizar, cuanto tú diste tan buen testimonio de Él! Debiste ser más avisado, y no haber ensalzado tanto a ese individuo que ahora intenta hacerte la competencia y robarte la clientela». El final ese de «*y todos vienen a Él»* encierra una gran exageración avivada por la envidia, que tiene la mala propiedad de agrandar la buena suerte de los que se antojan como competidores. Es como si le dijeran a su maestro: «Vas a tener que cerrar el negocio». Hablan como si Jesús debiera toda su reputación al testimonio que Juan había dado de Él. Pero lo cierto es que Jesús no necesitaba el testimonio de Juan (v. 5:36). Fue precisamente Jesús quien otorgó a Juan mucho mayor honor que el que Él podía recibir del propio Juan. El Bautista hizo justicia a Cristo en el testimonio que de Él dio, pero, con la respuesta que Jesús dio a dicho testimonio, no empobreció, sino que, más bien enriqueció, el ministerio de Juan. El afán de monopolio del honor, del respeto y del éxito ha sido, en todas las épocas, el veneno de las iglesias y la vergüenza de sus

miembros y de sus ministros. Nos equivocamos de medio a medio si pensamos que los dones, las gracias, las labores y la utilidad de un siervo del Señor suponen mengua o desdoro para otro siervo de Dios que ha recibido el don y la gracia de ser fiel. Debemos dejar en las manos de Dios el escoger, usar y honrar a Sus propios instrumentos según le plazca.

V. Veamos ahora la maravillosa respuesta de Juan (vv. 27 y ss.). La querella de sus discípulos no le afectó, pues lo que ellos le decían era precisamente lo que él deseaba. Así que se opuso a la queja y aprovechó la ocasión para confirmar los testimonios que previamente había dado de Cristo como de alguien superior a él.

1. Juan *se rebaja a sí mismo en comparación con Cristo* (vv. 27–30)

(A) El Bautista está totalmente de acuerdo con los planes divinos: «Un *hombre no puede recibir nada, si no se le ha dado del cielo»* (v. 27). La respuesta de Juan es un modelo de humildad, de nobleza y de sinceridad. Se conoce bien a sí mismo (comp. con 2 Co. 10:12–13) y sabe mantenerse dentro de los límites del don que Dios le ha otorgado. «Dios—viene a decir—, le asigna a cada ser humano su don, su servicio, su puesto en este mundo y es una locura querer atribuirse más de lo que Dios le ha asignado.» El original griego usa el participio de pretérito perfecto para decir *«dado»* como indicando la permanencia del don asignado a cada uno. Precisamente porque la distribución de dones y servicios es cosa de la providencia de Dios, nadie tiene por qué envidiar a otros que tengan mayores dones o se muevan dentro de una más amplia esfera de servicio al Señor. Juan quiere que sus discípulos se percaten de que Jesús no sobresaldría sobre él *si no se le hubiera otorgado por el Cielo,* y si Dios le había dado el Espíritu sin medida (v. 34), ¿por qué habían de tenerle ellos envidia? No estemos descontentos si nos consideramos inferiores a otros en dones y servicio pareciéndonos que las excelencias ajenas eclipsan nuestra propia posición; nadie es *inferior* a otro, si desempeña con fidelidad el papel que Dios le ha encomendado (v. 1 Co. 4:2). Juan estaba dispuesto a reconocer que era Dios quien le había otorgado el interés y el amor y la estima que su ministerio había despertado en el pueblo; si ahora este interés comenzaba a declinar, ¡ésa era la voluntad de Dios! Una vez cumplido su ministerio, de buen grado se dispone a desaparecer de la escena.

(B) Juan apela asimismo al testimonio que previamente había dado acerca de Cristo: *«Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de Él»* (v. 28). Ahora el testimonio de Juan se hace más directo y concreto. Es como si les dijese: «Vosotros estabais allí cuando yo di testimonio de Él, a la vez que aseguré que yo no era el Cristo, el Mesías esperado, sino el heraldo que anuncia su llegada» (v. 1:8, 15, 20, 23, 27). Ni el enojo de los principales sacerdotes ni la adulación de sus propios discípulos tenían fuerza suficiente para cambiar la firme actitud del Bautista. Esta firmeza le sirve ahora:

(a) Para *convencer* a sus discípulos de lo insensato de la querella que le presentaban, como si dijese: «Pero, ¿es que no os acordáis …? ¿Por qué, pues, os parece extraño que yo me haga a un lado para darle paso a Él?»

(b) Para *confortarse* él mismo con la idea de que nunca había dado a sus discípulos ocasión alguna para que sospecharan que deseaba ponerse en competición con Jesús, sino que, por el contrario, les había prevenido particularmente contra esta equivocación; no sólo no les había dado ánimos para que le considerasen a él como Mesías, sino que les había declarado lisa y llanamente lo contrario. Es una excusa muy corriente entre quienes disfrutan de un honor y respeto indebidos decir: «Si a la gente le gusta que les engañen, ¡allá ellos!»; pero ésta es una máxima mundana y deshonesta e indigna de aparecer en los labios de quienes, por su ministerio, tienen la obligación de sacar a la gente de sus errores.

(C) A continuación, Juan expresa su gran satisfacción y regocijo por el auge que experimenta el prestigio de Cristo. Y lo hace por medio de un símil bello y elegante al comparar a Jesús al *novio* de unas bodas: *«El que tiene a la novia es el novio; pero el amigo del novio, que está a su lado y le oye, se alegra mucho por la voz del novio; así pues, este gozo mío se ha completado»* (v. 29). El símil que usa el Bautista es precioso, pues ilustra magníficamente el papel de Juan y el modo fiel de desempeñarlo. Con la comparación de unas bodas, Juan confiesa que Jesús es el *esposo* y por tanto la *esposa* (la Iglesia—v. 2 Co. 11:2; Ef. 5:26 y ss.; Ap. 19:7, etc.) le pertenece a Cristo, no a él. Él tiene bastante gozo con ser el padrino del esposo. Entre los judíos, el padrino no era meramente un *phílos numphíou* = amigo del esposo, sino un *numphagógos* = el encargado de conducir al esposo a la cámara nupcial, y quedarse a la puerta para escuchar el grito jubiloso del esposo al percatarse de que le habían presentado una novia

virgen. Así pues, para Juan, el colmo de su gozo era ver que las gentes le dejaban a él y se iban tras de Jesús, pues eso demostraba que Juan ofrecía a Cristo una novia «virgen», en el sentido de que él (el Bautista) no se había atribuido a sí mismo el papel ni la gloria de «salvador» del pueblo de Dios, privilegio que competía exclusivamente al Mesías; por el contrario al señalar con su dedo al *«Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo»* (2:29), había puesto a los pecadores en contacto directo con el Salvador, retirándose él de la escena, para no arrebatarle a Jesús ni un miligramo de Su gloria. ¡Qué estupendo modelo para todo ministro del Señor! El novio divino tiene la novia cuando las almas le son dedicadas con fe y amor, y los ministros del Señor cumplen fielmente con este papel cuando recomiendan a Jesús ante los oyentes y presentan la gloria, la hermosura y la suficiencia del Salvador y les llevan íntegro sin quitar ni poner, el mensaje que, como a embajadores suyos, les ha confiado el Señor (v. 2 Co. 5:20). Si cada uno de nosotros imitásemos este ejemplo del Bautista y de Pablo, no se hallarían partidos ni facciones en las iglesias de Dios (v. 1 Co. 1:13–17; 3:5–8). Tengamos en cuenta que todo intento de arrogarnos a nosotros mismos la menor gloria en la salvación de nuestros semejantes equivale a «pisarle la novia» (como suele decirse) a Cristo y mancillar su virginidad. Este abuso puede cometerse de muchas maneras, y es la principal la presunción de ser los «representantes de Dios» o «vicarios de Cristo» en la tierra, que exigen ser oídos como si fueran el mismo Dios. A ello ha contribuido una falsa exégesis de lugares como Mateo 16:18–19; Lucas 10:16 y Juan 20:21–23. El gozo de todo fiel ministro del Señor es desposar a las almas con Cristo en sincera conversión, contento de ser un simple instrumento en las manos de Dios para la proclamación de las Buenas Noticias. De seguro que no cabe un gozo mayor que éste, puesto que no existe en el mundo un ministerio más alto ni una ocupación tan excelente como la predicación del Evangelio.

(D) Juan reconoce que es apropiado y aun necesario que el prestigio de Cristo aumente y que el suyo disminuya: *«Es necesario que Él crezca, y que yo mengüe»* (v. 30). Es decir, «es menester que Él ahora sobresalga, y que yo pierda importancia» (versión LAS GRANDES NUEVAS). El *«es necesario»* indica que así debe ser según el plan mismo de Dios. Una vez que él ha cumplido su papel de precursor, ¿de qué le sirve atraer la atención de la gente, cuando ya ha llegado el Mesías? ¡Que sigan a Cristo! Es natural que Jesús vaya sobresaliendo como quien es (el esposo de la Iglesia) y que él (el Bautista) pierda importancia y desaparezca de la escena, como así sucedió. Se cumplía de esta manera el destino de ambos a partir de entonces: Jesús iba a comenzar su predicación en público, mientras que Juan iba a ser puesto en prisión, lo cual era providencial, para que la gente no se confundiera más. Agustín de Hipona comenta, por acomodación, pero con su peculiar ingenio, que lo de crecer Jesús y menguar Juan se cumplió incluso en el aspecto físico de la muerte de cada uno: Jesús creció al ser levantado en la Cruz; Juan menguó al ser decapitado. Al usar otra comparación, podemos decir que Juan era como el lucero de la mañana, Jesús, como el sol. De la misma manera que el lucero matutino deja de brillar tan pronto como el sol sale, así también desapareció el brillo y el prestigio popular del Bautista, tan pronto como Jesús comenzó su ministerio público. El brillo de la gloria de Cristo debe eclipsar el brillo de toda otra gloria, y hemos de contentarnos con ser poca cosa, con ser *nada,* para que Él lo sea *todo*

2. Ahora viene un razonamiento para mostrar por qué es menester que Cristo sobresalga sobre todos:

(A) Primero, *por la peculiar dignidad de la persona de Cristo: «El que viene de arriba está por encima de todos»* (v. 31). Hay quienes piensan (nota del traductor) como el propio M. Henry y W. Hendriksen, que, desde este versículo hasta el final del capítulo, sigue hablando el Bautista. Opinamos, con la mayoría de los modernos exegetas, que el resto del capítulo desde el versículo 31 inclusive contiene reflexiones del propio evangelista (lo mismo que en los versículos 16–21, según indicamos anteriormente). Tengamos en cuenta que Juan el Apóstol y autor humano del cuarto Evangelio no perdía de vista, en la época en que estaba escribiendo su Evangelio, los restos de fanáticos seguidores del Bautista. Por eso, comienza ahora contraponiendo a Jesús, que viene del Cielo (v. 13) y, por su origen divino, es superior a todos (v. Mt. 28:18–20; Ef. 1:20–23), al Bautista, quien, a pesar de ser el precursor del Mesías y el mayor de los profetas hasta entonces surgidos, tenía un origen terreno (v. Mt. 11:11). Jesús es el Verbo de Dios y habla «desde arriba», porque nos declara lo que ha visto «en el seno del Padre» (1:18; 5:19); Juan es el «eco», «la voz que habla en el desierto», desde abajo. Está incluso sujeto a defectos como las dudas y perplejidades acerca de la identidad del Mesías (Mt. 11:2–3, comp. con Stg. 5:17); en cambio, Jesús nunca fue vencido por la duda ni por la tentación. Nótese que el evangelista pone en contraste *«el que viene del Cielo»* y *«el que es de la tierra»* no lo espiritual y lo carnal o natural (comp. con 3:6), puesto que también Juan había nacido de arriba y hablaba de cosas espirituales, que deben tener

lugar ya aquí en la tierra, pero no hablaba con la misma autoridad con que hablaba el que había venido de arriba. En efecto, sólo el que venía de arriba estaba cualificado para mostrarnos la voluntad del Cielo y el camino del Cielo. De ahí la autoridad, sin par, de Cristo. Siempre que hablemos del Señor Jesús, hemos de decir: *«Él está por encima de todos»*. Todos los demás somos, no sólo *«vasos de barro»*, sino también, *«vasos frágiles»*. Los mismos profetas y apóstoles, sobre los que está cimentada la Iglesia (Ef. 2:20) eran del mismo «barro» que nosotros, aunque llevaban consigo un riquísimo tesoro (2 Co. 4:7).

(B) Segundo, por la singular excelencia y seguridad de Su doctrina. Juan, por ser *«de la tierra»*, hablaba *«cosas terrenales»*. Los profetas eran meros hombres; de sí mismos no podían hablar sino *de la tierra*. El mensaje de los profetas y de Juan mismo era «de abajo», comparado con el de Jesús. Los pensamientos y las palabras de Cristo superaban a los de los profetas tanto como sobrepasa el Cielo a la tierra. En esta porción se nos recomienda la doctrina de Cristo:

(a) Como infaliblemente *segura y cierta,* y así hay que recibirla: «*y lo que ha visto y oído, de eso testifica»* (v. 32). Este versículo viene a repetir en tercera persona lo que Jesús dice a Nicodemo en primera persona en el versículo 11. Por aquí vemos: *Primero,* la ciencia divina de Cristo, pues no testifica sino lo que ha visto y oído en el seno del Padre. Nos descubre de Dios lo que ha *visto* (comp. con 5:19), y nos revela de la mente del Padre lo que de Él ha *oído* directamente (15:15); mientras que los profetas testificaban de lo que habían visto en sueños y visiones, no directamente en la naturaleza misma de Dios. El mensaje de Cristo, conforme lo tenemos en el Evangelio, no es una opinión como las hipótesis de filósofos y científicos, sino una revelación de la mente divina, que es la misma *verdad eterna y* sustancial; *segundo,* su gracia y bondad divinas. Al predicar de Cristo se le llama aquí *«testificar»,* para dar a entender (i) Su *evidencia contundente;* no era un informe de oídas, sino como testimonio de primera mano, dado ante un tribunal, (ii) el afán amoroso que tenía de darlo a conocer.

(b) De la certeza evidente de la doctrina de Cristo, toma Juan (el evangelista, como más probable) ocasión para lamentarse de la obstinada incredulidad de la mayoría de los hombres. Con hipérbole típicamente semita, añade: «*y nadie recibe su testimonio»*. No lo reciben, no lo escuchan, no quieren darle crédito. Esto lo dice, no sólo en tono de *asombro,* sino también de *pena.* Los discípulos de Juan se apenaban de que *«todos vienen a Él»* (a Jesús, v. 26); pensaban que los seguidores de Jesús eran demasiados. Pero Juan se apena de que *nadie recibe su testimonio;* piensa que son demasiado pocos. La incredulidad de los malvados es el tormento de los santos. Pero, sin desesperar por eso, Juan pasa a ensalzar la actitud de los pocos que creen: *«El que recibe su testimonio, ése certifica* (lit. *selló) que Dios es veraz»* (v. 33). Los documentos de Dios son verdaderos aun cuando nosotros no los firmemos ni les pongamos el sello, pues Su verdad no necesita de nuestro apoyo, pero por medio de la fe, nos hacemos a nosotros mismos el honor y el beneficio de suscribir lo que Dios dice. Este versículo es, pues, muy expresivo y de mucha fuerza en la predicación del Evangelio pues viene a decirnos que Dios, al aprobar el justo proceder de Cristo y la enseñanza que nos suministra (v. Lc. 3:22; Jn. 1:34), exhibe ante nosotros Su testimonio en una especie de documento notarial—documento que implícitamente contiene el pacto de la redención por medio de la obra de Cristo en la Cruz (v. 2 Co. 5:19–20; Ef. 2:1–10; He. 10:29; 1 Jn. 5:10)—; el que acepta este testimonio y cree en Jesús es como si pusiera su propio sello personal al pie del documento testificando que Dios dice la verdad, que aquel documento es válido y, por tanto, que está dispuesto a recibir gozosamente en Cristo los beneficios de la salvación: la herencia concertada en el pacto de gracia (v. Ro. 8:16–17; 1 P. 1:3–5). En cambio, el que no cree, tiene a Dios por mentiroso (1 Jn. 5:10). Las promesas de Dios son todas en Cristo *Sí* y *Amén* (2 Co. 1:20); y, por fe, les ponemos nosotros también nuestro *amén.* Una vez contentos y satisfechos de que son verdaderas todas las promesas que Dios ha hecho *acerca de* Cristo en la Biblia, y nosotros *en* Cristo, podemos ya descansar seguros en Su Palabra, y vivir enteramente confiados en ella.

(c) También se nos recomienda la doctrina de Cristo como *divina: «Porque Aquel a quien Dios ha enviado, habla las palabras de Dios; pues Dios no* (le) *da el Espíritu por medida»;* es decir con límites (v. 34). Aunque es cierto que también Juan fue enviado por Dios (1:6), no cabe duda, por el texto y el contexto posterior, de que aquí el evangelista se refiere a Cristo, ya que Él, y sólo Él, al estar en el seno del Padre, reproduce, cual perfecto Embajador, el mensaje que el Padre le ha encomendado (v. 7:17, entre otros lugares). Es Jesús quien preferentemente es señalado como «el Enviado de Dios» en el Cuarto Evangelio (v. 3:17; 5:36, 38; 6:29, 57; 7:29; 8:42; 9:7; 10:36; 11:42; 17:3, 8, 18, 21, 23, 25; 20:21). Por eso, Él, mejor y más que ningún otro, *«habla las palabras de Dios»; sólo* las palabras de Dios y *todas* las palabras de Dios (15:15). De ahí que, tras habernos hablado por medio del Verbo, su Palabra personal, el

Padre ha agotado su revelación a la humanidad (v. He. 1:1–3. V. un delicioso comentario de Juan de la Cruz a esta porción, en mi libro *Espiritualidad Trinitaria,* p. 105. Nota del traductor). El Espíritu Santo ha venido después, no a *revelar* algo nuevo, sino a *enseñar y recordar* («recordar» = volver a pasar por el corazón como decía Ortega y Gasset) todo lo que Jesús nos reveló ya (14:26 comp. con 1 Jn. 2:20, 27). Esto es de suma importancia para conservar el correcto equilibrio entre la Palabra y el Espíritu, que son como el cuerpo y el alma de la revelación escrita; *es cierto que la Palabra sólo puede ser correctamente entendida mediante la operación del Espíritu, pero también es cierto que toda pretendida revelación del Espíritu Santo debe ser contrastada con la Palabra de Dios, a la cual ni el Espíritu Santo puede contradecir.* Si esto se tuviera en cuenta siempre, huiríamos a un mismo tiempo de dos extremos igualmente peligrosos: la frialdad de la mera ortodoxia, y el entusiasmo desatinado del sensacionalismo «espiritual».

Aunque el original griego sólo dice: *«porque no da el Espíritu con medida» (ek metrou),* el contexto remoto (v. 1:14, 16), así como el próximo posterior (3:35), nos aclaran que es a Jesús al que Dios el Padre no le da el Espíritu con medida (comp. con Ef. 4:7) sino con la *«plenitud»* (1:14, 16) que corresponde a quien había de ser la Cabeza de la Iglesia y la fuente de la que habíamos de recibir toda clase de bendiciones celestiales (Ef. 1:3; 6–11). El Espíritu estaba en Cristo, no como en un vaso o un depósito, ni siquiera como en un canal o en una fuente, sino como en un océano sin fondo.

(C) Tercero, *por el poder y la autoridad singulares de que fue investido: «El Padre ama al Hijo, y todas las cosas las ha entregado* (lit. *dado) en su mano»* (v. 35). Los profetas eran siervos fieles de Dios pero Jesús es el Hijo (v. He. 3:5–6). Este amor del Padre al Hijo, no sólo no se disminuyó en el estado de humillación del Hijo de Dios, sino que podemos decir que, de alguna manera, se aumentó, si no en calidad sí en extensión por cobijar en el mismo amor a la naturaleza humana del Hijo de Dios (v. 15:10); le amó todavía más: por su entera obediencia (4:34), su pobreza voluntaria (2 Co. 8:9) y sus terribles sufrimientos (He. 5:7–10). Por lo cual, Dios le exaltó y le constituyó *Señor* de todo y de todos (Hch. 2:36; Fil. 2:9–11); *«le ha entregado todas las cosas en sus manos»* (comp. con 20:21; Mt. 28:18–20). Y, como el amor es generoso, el infinito amor del Padre al Hijo se hace también generosidad infinita: *todo* poder, *toda* autoridad, sobre *todas* las cosas. Tanto el cetro de oro como la vara de hierro están en sus manos. La *gracia* está en su mano, como en el canal de conducción el *juicio* de Dios está en su mano como en la presa de la ira de Dios (v. Ap. 6:16, comp. con Jn. 5:22, 27). Nosotros somos indignos de que Dios ponga todas las cosas en nuestras manos; sin embargo, todas las cosas que Dios ha puesto en las manos del Hijo, las pone también en las manos de los que creen en el Hijo, porque, al ser adoptados por hijos de Dios, pasamos a ser *herederos de Dios y coherederos de Cristo* (Ro. 8:17). *«Todo lo que tiene el Padre es mío»,* dice también Jesús en 16:15 (v. también Mt. 11:27; 28:18; Jn. 5:19–30; 6:37; 12:49; 13:3; 17:2, 4, 11; Col. 1:15). Y, como Cristo es el *único* Hijo que Dios tiene, toda la hacienda del Padre le pasa a Él, sin tener que compartirla con otros hijos; de forma que nosotros somos coherederos en la misma única herencia, indivisa, del Unigénito (v. también 1 Co. 3:22). Discuten los exegetas si el término «Hijo», en Juan 3:35, ha de tomarse o no en sentido trinitario, pero, según observa Hendriksen, el texto es demasiado majestuoso como para tomarlo en sentido meramente mesiánico; más bien connota la filiación intratrinitaria de Jesucristo.

(D) Cuarto, *por ser objeto directo de aquella fe que nos es demandada como condición indispensable para alcanzar la salvación,* es decir, la felicidad eterna: *«El que cree en el Hijo tiene vida eterna; mas el que rehúsa creer* (lit. *no obedece, no se deja persuadir) en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él»* (v. 36). En 1 Juan 5:12, hallamos las mismas expresiones, casi al pie de la letra; lo cual nos confirma en la opinión de que esta porción refleja las consideraciones de Juan el evangelista, no del Bautista. En este versículo se halla como el resumen y compendio de todo el asunto del presente capítulo y, por tanto, del Evangelio que debe ser predicado a toda criatura (Mr. 16:15–16). Así como Dios nos ofrece y otorga todas las cosas buenas por medio del testimonio de Jesucristo, así también nosotros las recibimos y compartimos mediante la fe en dicho testimonio. Así, el método del *recibir* se ajusta perfectamente al método del *dar.* Una vez más, al parodiar a Hamlet, podemos repetir: CREER O NO CREER: ESA ES LA CUESTIÓN. El evangelista llega así al clímax de todas sus consideraciones en esta porción, como diciendo: «Entre todas las cosas que el Padre ha puesto en manos del Hijo, está también *la vida eterna* a disposición de todo aquel que reciba por fe viva en la obra del Calvario, al único Salvador del mundo». Es de notar que todos los verbos griegos que entran en este versículo están en presente (excepto *«verá»),* ya de indicativo, ya de participio; de ello podemos deducir dos importantes

consecuencias doctrinales y, al mismo tiempo, muy prácticas; (a) la fe, como el arrepentimiento, no son actos pasajeros, sino actitudes permanentes; una persona no es *creyente* porque creyó un día, sino porque *sigue creyendo* todos los días (recuérdese la observación de Hendriksen sobre la diferencia entre los pasajes en que el verbo está en aoristo y los otros en que está en presente); (b) la ira de Dios está *continuamente* pendiente, como la famosa espada de Damocles, sobre los que rechazan persistentemente el mensaje del Evangelio. El término griego *orgé* = ira, que ocurre muchas veces en el Nuevo Testamento significa—como observa Hendriksen—, una *indignación fija,* en contraste con el término *thumos* = furor, que indica una *conmoción turbulenta.* En términos psicológicos, podemos decir que la *ira* es un *sentimiento,* mientras que el *furor* es una *emoción.* Añadamos, para terminar este capítulo, que el fuerte contraste entre la suerte del creyente y la del incrédulo se echa de ver cuando consideramos que la *vida eterna* no es una vida *futura,* sino algo que se posee ya y ha de durar por toda la eternidad; la gracia es la gloria ya comenzada, aunque velada (v. Col. 3:1–3), en cambio, la condición del incrédulo no puede ser más miserable: la ira del Dios omnipotente pende continuamente sobre él; y, si persiste en su incredulidad, penderá para siempre sobre él en el Infierno.

CAPÍTULO 4

Este capítulo puede dividirse en cuatro partes: 1) Conversación de Jesús con la mujer de Samaria; 2) vuelta de los discípulos tras ir a la ciudad en busca de alimento; 3) la conversión de muchos de los samaritanos de Sicar; 4) la curación del hijo del oficial del rey Herodes.

Versículos 1–3

Como prólogo al contenido principal del capítulo, tenemos en estos versículos la referencia al viaje que Jesús llevó a cabo desde Judea a Galilea cuatro meses antes de la cosecha (v. 35). Vemos:

I. *Cristo hacía discípulos* (v. 1). *Su* ministerio tenía éxito, a pesar de la oposición que se le hacía. Es prerrogativa de Cristo el hacer discípulos, formarlos y modelarlos según Sus normas. El cristiano *se hace, no se nace.*

II. Cristo *bautizaba a los discípulos que hacía.* Como ya apuntamos anteriormente Jesús bautizaba mediante el ministerio de Sus discípulos, quienes lo hacían en Su nombre y por la autoridad de Él (v. 2). Así se notaba mejor la diferencia entre Su bautismo y el de Juan, pues éste bautizaba siempre por sí mismo. Jesús quería de este modo, no sólo honrar a Sus discípulos, sino también entrenarlos para ulteriores servicios. También nos enseñaba con esto que lo que, según Sus instrucciones, es llevado a cabo por Sus ministros, es como si lo hiciera Él mismo.

III. También se nos dice (v. 1) que *«Jesús hacía y bautizaba más discípulos que Juan».* El que había venido *de arriba* tenía un poder de atracción superior al del que era *de la tierra.*

IV. Los fariseos se enteraron de esta actividad de Jesús (v. 1). Tras el paréntesis de 3:26–36, el hilo histórico del Cuarto Evangelio parece reanudarse. Quizás había ocurrido ya el encarcelamiento de Juan al entrar el invierno del año 27 d.C. (aproximadamente), y los fariseos estarían gozosos al ver que aquel adusto predicador del desierto ya no podía señalarles airado con sus mensajes. Pero con gran disgusto notaron que se había levantado otro predicador no menos temible, que también hacía discípulos y los bautizaba. Es de notar el mismo orden que luego Jesús mandaría observar al enviar a Sus discípulos al desempeño de la Gran Comisión: Mateo 28:19 *«haced discípulos ... bautizándolos»:* primero está el hacer discípulos, el fundar escuela; después, el bautizar—poner el uniforme—(v. Gá. 3:27); a los que aceptan someterse al discipulado de Cristo este mismo orden parece implícito en la formación de las frases griegas de la aludida porción en *Mateo,* puesto que los verbos *«yendo»* (lit.) y «haced *discípulos»* están en tiempo aoristo, como un hecho de una vez por todas, que precede a los participios *«bautizando» y «enseñando»,* los cuales están en tiempo presente, con lo que da a entender que se trata de actividades

que han de continuar a lo largo del curso cíclico, constante, de las iglesias. Es de notar cómo exaspera a los enemigos de Cristo el éxito del Evangelio.

V. Jesús *«supo»,* fue informado de ello, que los fariseos se habían enterado de Sus actividades. Aunque es cierto que podía saberlo por Su omnisciencia divina, parece más natural, y el Nuevo Testamento en griego moderno lo confirma, que «lo aprendió» por información que le fue suministrada.

VI. Como consecuencia de esta información, *«abandonó Judea y marchó otra vez a Galilea»* (v. 3). En Caná de Galilea, había llevado a cabo su primer milagro. Marchó después a Jerusalén para celebrar la pascua. Ahora volvía a Galilea para escapar de la persecución que la información dada a los fariseos podía acarrearle, puesto que todavía no había llegado «*su hora».* Debía continuar su ministerio y no tenía por qué exponerse innecesariamente a la furia de sus enemigos. Además, los discípulos que había hecho en Judea estaban todavía muy «tiernos» para poder soportar persecuciones, y no quería exponerlos a ellos tampoco. Así daba ejemplo de la norma que después daría Él mismo: *«Cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra»* (Mt. 10:23). Dios no nos llama al martirio mientras podamos evitarlo sin pecado y, por consiguiente, es preferible que cambiemos de residencia. Además de la razón apuntada, Jesús marchó a Galilea porque allí tenía mucha labor que llevar a cabo, y allí tenía más amigos que enemigos.

Versículos 4–26

Relato del mucho bien que hizo Cristo en Samaria. Los samaritanos eran judíos *mestizos,* tanto en *sangre* como en *religión;* para los de Judea, *bastardos.* Es cierto que adoraban sólo a Jehová, el Dios de Israel, pero lo hacían en el monte Gerizim. No recibieron a Cristo cuando vieron que tenía trazas de ir a Jerusalén a celebrar la fiesta (Lc. 9:53). Los judíos no hallaban otro epíteto peor para denostar a una persona que decir: *«Es un samaritano»* (v. 8:48). Vemos en esta porción:

I. El viaje de Cristo a Samaria. Él mismo encargó a sus discípulos que *no entrasen en ninguna ciudad de los samaritanos* (Mt. 10:5), y Él mismo no predicó allí públicamente ni obró ningún milagro, puesto que tenía la vista puesta en las verdaderas *ovejas perdidas de la casa de Israel.* Todo el bien que hizo en Samaria fue como una *migaja* de pan de los hijos, caída casualmente de la mesa del amo.

1. La jornada de Judea a Galilea fue a través de Samaria: «*Y tenía que pasar por Samaria*» (v. 4). Se podía ir por la costa o por el centro de la región. Aun cuando es cierto que esto último le permitía tomar la ruta más corta, el verbo griego da a entender que era la voluntad del Padre que pasase por allí precisamente por la oportunidad que se iba a presentar en el encuentro con la mujer samaritana.

2. Fue una gran suerte para la ciudad samaritana de Sicar el que Jesús tuviese que pasar por allí. Sicar o Siquem (v. Gn. 33:19) fue la primera ciudad en dar «prosélitos» al pueblo de Israel (v. Gn. 34:24), y ahora iba a ser también el primer lugar fuera de los hijos del Pacto, donde se iba a predicar casualmente el Evangelio de la salvación. Aquí fue hecho rey Abimelec; aquí estuvo la sede real de Jeroboam; pero el evangelista no tiene en cuenta estos detalles, sino sólo la «*heredad que Jacob dio a su hijo José*» y que *«estaba allí el pozo de Jacob»* (vv. 5b–6a).

3. Juan añade que «*Jesús, cansado del viaje, se sentó, así, junto al pozo».* Este versículo nos muestra a Jesús como *verdadero hombre,* sujeto a todas nuestras debilidades, excepto el pecado (v. He. 4:15). El adverbio *«así»* indica que se sentó en la postura en que se sienta una persona fatigada por un largo y áspero viaje: recostándose, sin duda, sobre el brocal del pozo. Era, también, *pobre.* Una persona rica habría viajado en carruaje (comp. con Hch. 8:28) o montado en rápido corcel. Hay quienes opinan que *«la hora sexta»* se refiere al mediodía, con lo que el calor de la hora añadiría cansancio al Señor. Como ya dijimos al comentar 1:39, es más probable que Juan use la forma romana de computar las horas. En vista del contexto, está fuera de cuestión la hora matutina; por consiguiente, debió de ser a las 6 de la tarde. Hendriksen aporta un detalle que confirma esto mismo al hacer notar que ésta era la hora corriente en que las mujeres salían a sacar agua (v. Gn. 24:11). Edersheim observa que, al haber diversas fuentes en la vecindad del poblado, no era necesario que precisamente *todas* las mujeres de Sicar viniesen a sacar agua de este pozo. Algo que no debe pasar desapercibido es el detalle de la *fatiga* de Jesús, cuando los discípulos (no todos serían más jóvenes que él) tenían fuerzas suficientes para ir a la ciudad y volver con alimentos. Podríamos pensar que, por la pureza de su naturaleza humana, Jesús habría de ser de

constitución robusta. Pero los evangelios no sólo aquí sino también en otros lugares y, en especial, en los relatos de su pasión y muerte, dan a entender que precisamente por su fina sensibilidad, era más proclive a la fatiga y a las molestias físicas de toda índole (hambre, sed, etc.). Cuanto más fino es el sistema nervioso, mayor es también el desgaste de energía.

II. Conversación de Jesús con la samaritana. Los temas de esta conversación son cuatro:

1. El tema del *agua* (vv. 7–15). Nótense:

(A) Las *circunstancias* que dieron ocasión a esta conversación: Aquí tenemos que *«vino una mujer de Samaria a sacar agua»* (v. 7). Sin duda, no tenía criada a quien enviar para este menester, así que vino ella misma. Véase por aquí cómo la providencia de Dios lleva a cabo sus propósitos por medios que parecen fortuitos, lo que la gente llama «casualidades». *«Sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar alimentos»* (v. 8). Cristo no fue a la ciudad a comer, no porque tuviera escrúpulos de ir a comer a una ciudad samaritana, sino: (a) porque tenía una labor más importante para llevar a cabo junto al pozo; (b) porque resultaba más privado y familiar el yantar en un lugar retirado que en la ciudad; además, resultaba más barato; (c) porque, como hemos visto, estaba muy fatigado del viaje. Jesús tuvo muchas oportunidades de hablar a grandes multitudes, pero tampoco desaprovechó las oportunidades de hablar a una sola persona, a una mujer pobre, a una samaritana, a una extranjera, para enseñar a Sus ministros a practicar lo mismo, y saber cuán glorioso y digno del mayor esfuerzo es el resultado del salvar, aunque sólo sea *una sola alma* (que vale más que todo el Universo material) de la condenación eterna.

(B) Los *detalles* singulares de esta conversación. Jesús comienza por pedir modestamente un poco de agua: *«Dame de beber»* (v. 7b). El que, por nosotros, se hizo pobre (2 Co. 8:9), no tuvo inconveniente en pedir limosna. Es la única vez que Jesús pidió algo pero no para que realmente se le diera de beber, pues no consta que lo hiciera en esta ocasión, sino sólo para iniciar así la conversación. Pero la mujer se extraña tremendamente de ello: *«¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí que soy una mujer samaritana? (Porque judíos y samaritanos no se tratan entre sí*—lit. *no usan en común las mismas vasijas—)»* (v. 9). Las disputas sobre religión suelen ser las más ásperas y violentas, y muestran lisa y llanamente que, por muy *verdadera* que sea la religión que se profese, no son *verdaderamente religiosos* los que hacen de ella motivo de acritud y de violencia y persecución. Nótense las dos incompatibilidades que la respuesta de esta mujer implica: *mujer,* cuando era vergonzoso para un varón judío incluso el hablar a su propia mujer en la vía pública; y *samaritana,* cuando la enemistad entre judíos y samaritanos era proverbial y secular. Jesús al dirigirse a una mujer samaritana, quiebra dos grandes prejuicios de una vez: muestra la estima que la mujer merece como ser humano, y quebranta una discriminación racial inaceptable para Dios. Del asombro de la mujer, Cristo toma ocasión para instruirla sobre las cosas de mayor importancia para un ser humano: *«Si conocieras el don de Dios …»* Cristo le dice expresamente que ésta es la gran oportunidad que ella tiene para obtener la gracia:

(a) Le da a entender *cuán ignorante* es de lo que mejor debería saber: *«Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber»* (v. 10). Ella le veía como a un pobre judío, a un viajero fatigado; pero Él le iba a declarar algo más alto acerca de Sí mismo. Jesús es *«el don inefable de Dios»* (2 Co. 9:15), el más rico regalo que el Padre pudo enviarnos (3:16), y es un privilegio verdaderamente inefable el que Dios nos ofrezca este regalo, y que nos lo ofrezca mediante una petición del propio Señor (comp. con Ap. 3:20). Pero el *«don de Dios»* va más lejos, como veremos al comentar la segunda parte del versículo.

(b) Le declara *cuán afanosa* estaría ella de poseer lo que este viajero podía darle: *«tú le habrías pedido a Él»*. Quienes deseen los beneficios que Cristo puede otorgar han de pedírselos. Los que tienen un correcto conocimiento de Jesús van en busca de Él. Cristo sabe lo que haría cada uno si poseyera los medios de conocimiento que está deseando tener.

(c) Le asegura qué es lo que Él le habría dado si ella le hubiera conocido a Él y conocido también el don que Él podía otorgarle: *«tú le habrías pedido a Él, y Él te hubiera dado agua viva»*. Por aquí vemos que *«el don de Dios»* significa primordialmente el Espíritu Santo (comp. con 7:37–39; Ro. 5:5; Gá. 5:22; 1 Jn. 4:13; Ap. 22:1). Aquí, el que otorga *«el don de Dios»* es el Mesías, como Hijo de Dios y en señal de que había llegado el cumplimiento del tiempo, pues la efusión del Espíritu era una de las señales del advenimiento de los tiempos mesiánicos (v. Jl. 2:28 y ss.). *«Agua viva»* (v. Lv. 14:5, donde el hebreo dice *«agua corriente»;* Jer. 2:13, etc.) significa agua de manantial que fluye constantemente por el álveo del río, que mantiene así su movilidad y, con su movilidad, su pureza, pues ello le inmuniza de la corrupción

por la continua afluencia de oxígeno. En el sentido espiritual en que Jesús emplea aquí la metáfora, es la vida eterna, la gracia de Dios que purifica y sacia la sed espiritual (comp. con Ez. 36:25; Is. 12:3; 55:1).

(d) La mujer no entiende el sentido espiritual de la frase del Señor y le dice: *«Señor, no tienes con qué sacarla»;* además, *«el pozo es hondo»* (v. 11). Y, *«¿acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob?»* (v. 12). Toma literalmente lo del «agua», como Nicodemo había tomado carnalmente lo de «nacer de nuevo» o «de arriba». Se extraña de las palabras de Jesús, pues le cree incapaz de proveer de agua de ninguna clase: *«No tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo»*. En efecto, Jesús no lleva soga ni caldero, y el pozo vendría a tener unos 30 metros de profundidad. Hay quienes no creen en las promesas de Dios, a no ser que se les hagan visibles los medios divinos de llevarlas a cabo. Al acomodar las palabras de la mujer podemos decir que, tratándose del *agua de la vida eterna*, no tenemos medios naturales con que sacarla, y además es «agua de hondura», porque el manantial, que es el Espíritu Santo, se instala en lo más profundo de nuestro ser (comp. con Hch. 17:25, 28) y requiere que no nos distraigan los ruidos ni los atractivos del mundo, sino que nos recojamos en silencio para sentir al divino Huésped (14:23).

(e) Al no entender el sentido, la mujer sigue preguntando intrigada, con una mezcla de curiosidad y de incredulidad: *«¿De dónde, pues, tienes el agua viva?»* Como si dijera: «No sé de dónde vas a sacarla». La fuente de la vida está escondida en Cristo (Col. 3:3–4). Cristo tiene suficiente para nosotros, aunque nosotros no sepamos a menudo la capacidad del almacén de sus recursos. La mujer sigue preguntando; esta vez, con cierto dejo de indignación y resentimiento, sorprendida de que un judío desconocido parezca arrogarse un poder y una autoridad superiores a la del gran patriarca Jacob: *«¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebió él mismo, sus hijos y sus ganados?»* (v. 12). Aun en el supuesto de que fuese verdadera esta tradición, la mujer comete aquí varios errores: *Primero,* en llamar a Jacob su *padre;* ¿qué autoridad tenían los samaritanos para tenerse a sí mismos por descendientes de Jacob? También se equivoca al decir que fue Jacob quien les dio ese pozo. En el mismo error incurrimos cuando tenemos por *donantes* de los dones de Dios a quienes son meramente *mensajeros* de Dios, y tenemos en más las manos *por las que pasan* los dones que la fuente *de la que provienen* dichos dones. Pero el error más grave de la samaritana estaba en considerar a Cristo inferior al patriarca Jacob. Con afición de «anticuarios», muchos creyentes en nuestros días tienen en más sus dichosas tradiciones que las gracias más excelsas del Señor.

(f) Pero Cristo le hace saber a esta mujer que el *agua viva* que Él puede ofrecer es inmensamente mejor que la del pozo de Jacob (vv. 13:14). Notemos que Cristo no se enfada con esta mujer ni se marcha de ella malhumorado, sino que la estimula y anima para que adquiera un mejor conocimiento. Le muestra que el agua de aquel pozo, como toda agua material, sólo quita la sed por algún tiempo: *«Respondió Jesús y le dijo: Todo el que bebe de esta agua volverá a tener sed»* (v. 13). Esto nos insinúa: *Primero,* la *debilidad* de nuestro cuerpo en la vida presente, donde nada satisface del todo; esta vida es como un fuego fatuo, que pronto se apaga por falta de aceite y de combustible; *segundo,* la *imperfección* de las comodidades de esta vida: no duran mucho tiempo; lo que comimos y bebimos ayer no nos sirve ya para el trabajo de hoy.

(g) En cambio, le dice Jesús, *«el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en una fuente de agua que salte para vida eterna»* (v. 14). No tendrá sed jamás, porque, por mucha que sea la sed que tenga, será saciada *por* Dios, sólo *en* Dios, y tendrá más y más *de* Dios. El vacío interior que todo ser humano siente (al menos, alguna vez) en su vida, sólo puede llenarse con Dios. El Creador ha puesto en nuestro corazón un *abismo,* es decir, algo que no tiene fondo; y un abismo sólo se llena con otro abismo. Como muy bien escribió Agustín de Hipona: «Nos hiciste, Señor, para ti, y está intranquilo nuestro corazón hasta que descanse en ti». La razón por la que todo aquel que beba del agua viva no tendrá sed jamás es que Cristo no sólo da el agua, sino también el manantial. Por 7:37–39 vemos que el manantial del agua viva es el Espíritu Santo; es como un surtidor de agua que se instala dentro de nosotros aquí y ahora, y salta hasta el Cielo para perdurar por toda la eternidad. Si sólo fuésemos canales o depósitos del agua espiritual, podríamos temer que nos faltase el agua, pero al tener dentro el mismo manantial no hay miedo de que nos falte la provisión. Nuestra satisfacción espiritual es siempre segura, siempre está a mano, ya que el surtidor siempre rebosa, está en perpetuo movimiento. Si la verdad llega a estancarse dentro de nosotros, nuestra vida espiritual se deteriora, pues no responde a la necesidad que constantemente nos acosa. Es menester que vaya creciendo nuestro conocimiento del Señor, como es necesario que se vaya realizando nuestra transformación en Él (v. Ro. 8:29; 2 Co. 3:18; Ef. 3:18–19; 4:13; Col. 2:6–7; 1 Jn. 2:3–4).

(h) Al entender que el agua que Cristo da es mejor que la del pozo de Jacob, *«la mujer le dijo: Señor, dame de esa agua, para que no tenga yo sed, ni venga aquí a sacarla»* (v. 15). Igual que los judíos en 6:34, la samaritana, aunque piensa en el agua material, quiere tener un agua que le permita quitar la sed para siempre y la libre de la incomodidad de venir cada día con el cántaro a este pozo. La comodidad es un bien muy valioso para la gente pobre y trabajadora. Todo trabajo supone un desgaste de energía y, por eso, impera con tanto poder la ley del mínimo esfuerzo.

2. El segundo tema de la conversación de Jesús con la samaritana es acerca de su *marido* (vv. 16–18). Jesús al llegar a este punto, parece cambiar de tema, como si desistiera de hablarle del agua viva de la salvación y de explicarle el Evangelio, pero procura antes que quede convicta de pecado; por eso, le habla de su marido. Esto nos enseña que no se le debe hablar a una persona de *salvación* mientras no se percate de su *perdición.* Ésta es la razón por la que muchas personas, especialmente las que carecen de necesidades materiales, son refractarias a la Predicación del Evangelio, pues se dicen a sí mismas y replican, al menos implícitamente: «¿salvarme? ¿De qué?» Por eso, no es que Cristo abandone el tema, sino que despierta en la mujer la conciencia de pecado, como quien abre la llaga para mejor aplicar el remedio. Éste es el método que hemos de seguir para ganar almas para el Señor: es menester que, antes de nada, se sientan cargados y fatigados, antes de llevarlos a Cristo para que descansen en Él. Éste es el curso que sigue la terapéutica espiritual. Veamos:

(A) Cuán discreta y decentemente introduce Cristo esta parte de su conversación: *«Jesús le dijo: Ve, llama a tu marido y ven acá»* (v. 16). La orden que Cristo le da está muy puesta en razón, como si le dijera: «Llama a tu marido, a fin de que también él aprenda estas cosas de tan vital importancia, quizás él, que te conocerá bien, te ayudará a entenderlas, y llegaréis a ser *coherederos de la gracia de la vida»* (1 P. 3:7). Pero el objetivo de Cristo tenía mayor alcance, pues iba a darle a la mujer ocasión de que se percatara de la vida de pecado que llevaba. Esto nos enseña que se necesita un arte especial, tacto y prudencia, para reprender con fruto.

(B) Cuán astutamente pretende la mujer evadirse de la convicción de pecado, bajo el pretexto de que: *«No tengo marido»* (v. 17), sin percatarse de que, inconscientemente, está declarando su actual estado de concubinato. No puede adivinar, ni de lejos, la respuesta que el Señor le va a dar.

(C) Con qué penetración y sabiduría le despierta Jesús la conciencia a la mujer. Es probable que le dijese más de lo que aquí se nos refiere, como puede colegirse por el versículo 29. *«Jesús le dijo: Bien has dicho: No tengo marido; porque has tenido cinco maridos, y el que tienes ahora no es marido tuyo, en esto has dicho la verdad* (lit. *esto verdadero has dicho)»* (vv. 17b–18). Obsérvese con qué tacto lleva Jesús la conversación. No le dice: «Vives en adulterio o concubinato», sino *«el que tienes ahora no es marido tuyo»,* y deja que la mujer descubra el resto en su propia conciencia. Y añade: *«en esto has dicho la verdad»*. Así que, lo que ella había dicho como para *negar* la condición en que se hallaba, Jesús se lo interpreta como una declaración de la *verdad* y una confesión abierta de su pecado. Con eso nos enseña Jesús que el mejor método para ganar las almas es sacar el mejor provecho de lo que ellas mismas nos digan, en lugar de comenzar por recriminarlas acremente, con lo que sólo se consigue que se exasperen y no se dispongan a escucharnos con calma. Aunque se trate de una acomodación, resulta curioso que esta mujer hubiese tenido cinco maridos legítimos, al ser así que los samaritanos sólo admitían de la Biblia Hebrea los cinco libros del Pentateuco; así como que el culto que daban a Jehová no fuese legítimo, por adorarle en el monte Gerizim *(«no tengo marido»).* Recuérdese que los reyes buenos que hubo en Judá, lo primero que hacían era derribar los altares de los montes o «lugares altos».

3. El siguiente tema de la conversación de Jesús con la mujer de Samaria fue sobre el *lugar de culto* (vv. 19–24). Aquí tenemos:

(A) Un caso de conciencia sobre el lugar legítimo del culto a Dios (vv. 19–20).

(a) En primer lugar, vemos lo que la mujer infiere de las palabras de Cristo: *«Señor, estoy viendo que tú eres un profeta»* (v. 19); en este caso, un «vidente» que escudriña, por revelación divina, el interior de los corazones o los eventos del futuro. Así que la mujer no puede negar lo que Cristo le ha declarado; tampoco se enfada con Él por haberle puesto el dedo en la llaga como suele ocurrir, sino que (caso raro) admite como verdadero lo que Jesús acaba de declarar. Aún más; le trata respetuosamente al llamarle *«Señor»* (título de cortesía, no confesión de Su divinidad). Tal vez, se debió esto a que Jesús la había tratado también consideradamente; en segundo lugar, le reconoce como «profeta»; finalmente, le pide más instrucción.

(b) El caso que la mujer propone a Jesús es sobre el legítimo lugar de culto al verdadero Dios. Hay quienes piensan que la mujer, al verse descubierta por Cristo en cuanto a su vida íntima, trata ahora de cambiar de tema. Pero el texto no da lugar a interpretarlo de esta manera; más bien, aparece lo contrario en el versículo 29. A pesar de su vida de pecado, hemos de conceder a esta pobre mujer cierta inquietud religiosa sobre un tema que la intrigaba. Sabía que es preciso dar culto al verdadero Dios y deseaba hacerlo correctamente. Al encontrarse con un gran profeta, aprovecha la oportunidad para pedir su dirección: ¿Dónde había de rendirle culto, en Jerusalén, como lo hacían los habitantes de Judea o en el lugar ya tradicional de los samaritanos desde la vuelta del cautiverio? Este lugar, edificado por Sanballat, estaba en el monte Gerizim, precisamente el monte sobre el que se habían pronunciado las bendiciones (v. Dt. 11:29; 27:12). *«Nuestros padres adoraron sobre este monte»*—dice ella—(v. 20). Piensa que tiene a su favor la antigüedad, la tradición y la sucesión ininterrumpida. En cuanto a los judíos, dice: *«Vosotros decís que en Jerusalén está el lugar donde se debe adorar».* Al no hallar en el Pentateuco el lugar que Dios había de escoger posteriormente para que allí se le rindiera culto, los samaritanos se creían libres para adorarle en un lugar que no fuese la capital de Judea.

(B) Respuesta de Cristo a este caso de conciencia (vv. 21–24). En esta respuesta, Jesús comienza declarando que no es el *lugar lo* que importa, sino la disposición del corazón, y le llama la atención sobre este detalle: *«Mujer, créeme, que está llegando la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre»* (v. 21). Como si dijese: «Se acerca una época en que todas estas minucias y diferencias sobre los lugares de culto van a ser de poca importancia, pues Dios no está vinculado a un lugar determinado, por ser espíritu infinito». Pero en cuanto al estado actual de cosas, Jesús no le deja lugar a dudas: «*vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos»* (v. 22). Cristo se refiere a que, por ahora, el único culto legítimo es el de los judíos en el templo de Jerusalén, puesto que de Judá había de surgir el Salvador (1:17). Así que los samaritanos estaban en un error, con lo que vemos que la ignorancia, en vez de ser la *madre* de la devoción, es su *verdugo.* Quienes, con un estudio atento y devoto de las Escrituras, han alcanzado un correcto conocimiento del Dios verdadero, sabrán dar al Señor un culto que a ellos les resultará placentero, y a Dios le será aceptable puesto que *saben lo que adoran y adoran lo que saben.* Notemos que el Señor Jesús se complace en contarse entre los que adoran a Dios de forma legítima *(«Nosotros …»).* Cuando el Hijo de Dios, en Su humanidad, no se tuvo a menos contándose entre los que rinden culto a Dios, ¿quién se creerá demasiado alto o autosuficiente para pensar que se rebaja al mostrar su piedad religiosa?

(C) Al haber mostrado que el lugar de culto es indiferente, pasa Jesús a declarar que lo *esencial* y, por tanto, lo *necesario* es adorar a Dios *«en espíritu y en verdad».* El énfasis se carga sobre el estado interior del corazón y de la mente de los que adoran. Nos interesa saber, no sólo cuál es el verdadero *objeto* de nuestra adoración, sino también la correcta *manera* de llevarla a cabo. Esto es lo que Jesús va a declarar ahora a la samaritana. Le dice:

(a) El cambio revolucionario que en esta materia se va a llevar a cabo: *«Llega la hora, y ahora es»* (v. 23); es decir, ya estamos en esa hora. Alborea en estos momentos el dia perfecto, la hora de la verdad completa.

(b) En qué consiste este cambio: *«Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad». «En espíritu»,* es decir, en lo interior, en contraste con las observancias externas de las ceremonias de la Ley; *«en verdad»,* es decir, con acceso directo a las propias realidades divinas en contraste con las figuras y tipos de la Ley (v. He. 9:23). Aunque es cierto que sólo mediante el poder y la asistencia del Espíritu Santo podemos rendir al Padre el culto de adoración y alabanza que le es debido, la palabra «espíritu» no se refiere aquí a la tercera persona de la Trina Deidad, sino al espíritu humano (v. Fil. 3:3). La adoración *«en verdad»* incluye, por supuesto, no sólo el *objeto* (las «realidades», en oposición a las «figuras») sino también la actitud del *sujeto:* la *sinceridad* de corazón. No se puede tener a sí mismo por «adorador en espíritu y en verdad» quien no se ajusta, en su conducta, a las enseñanzas y normas del Evangelio. Tales adoradores no abundan mucho, también en esto la puerta de la adoración espiritual es *estrecha,* sin embargo, no hay otra adoración que sea aceptable a Dios: *«Porque también el Padre busca tales adoradores que le adoren»;* es decir, ésta es la clase de adoradores que el Padre busca. Por cierto, no los buscaría si Él mismo no los hiciera con Su divina gracia. Aquí vale el famoso pensamiento de Pascal: «tú no me buscarías si ya no me hubieras hallado».

(c) La suprema razón de este cambio: *«Dios es Espíritu, y los que le adoran, es necesario que le adoren en espíritu y en verdad»* (v. 24). Es más fácil decir lo que *no es* Dios, que lo que *es,* pero aparte de

la constante definición viejotestamentaria de Dios como *«santo, santo, santo»* (Is. 6:3, entre otros, a partir de Lv. 11:14), el Nuevo Testamento nos ofrece tres definiciones explícitas de Dios (v. Jn. 4:24; 1 Jn. 1:5 y 4:8, 16). La espiritualidad de la naturaleza divina es la razón de la espiritualidad del culto divino. Por tanto si no le adoramos *«en espíritu»,* estamos errando el blanco de nuestra adoración. Al decir que Dios es *«Espíritu»,* Jesús pone de relieve tres perfecciones de Dios: *Primera,* que es un ser *incorpóreo,* no es un dios de madera o de piedra, etc., al que se le pueda dar figura visible; *segunda,* que es un ser *personal;* no es una deidad muda y ciega (v. Is. 44:9), sino Alguien con quien podemos tener comunión íntima, personal; *tercera,* que es un ser *inmenso* al que el Universo entero no puede abarcar, por tanto en cualquier lugar se le puede hallar y adorar (v. 1 R. 8:27 y ss.; Sal. 139:7 y ss.; Hch. 17:24 y ss.).

4. El cuarto y último tema de la conversación de Jesús con la samaritana es sobre el *Mesías* (vv. 25–26). Veamos:

(A) La fe de la mujer en el Mesías venidero: *«Le dijo la mujer; sé que va a venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando Él venga, nos declarará todas las cosas»* (v. 25). La mujer, a la que le resultaban todavía difíciles estas cosas reconoce que el Mesías que estaba a punto de llegar, las aclararía *todas.* Ella no tenía nada que objetar a las palabras de Jesús, pero prefería suspender su juicio hasta que venga el Mesías, de quien ella espera una explicación clara y perfecta. Así es como muchos dejan escapar la oportunidad que tienen *a mano* por pensar que tendrán otra mejor *a la vista.* Judíos y samaritanos estaban de acuerdo en la expectación del Mesías y de su reino, y en que estaba a punto de llegar, puesto que había sido quitado el cetro de Judá (v. Gn. 49:10). Para los lectores de extracción no judía, el evangelista traduce el vocablo «Mesías» *(«llamado el Cristo»);* ya que ambos términos significan «Ungido» (v. Is. 61:1, comp. con He. 11:26, donde es clara la identificación del Mesías con el pueblo escogido, lo mismo que en Mt. 2:15, comp. con Os. 11:1). La esperanza de la samaritana en que el Mesías les explicaría todas las cosas daba a entender: (a) La imperfección del conocimiento que los samaritanos tenían de la voluntad de Dios, especialmente en cuanto a las normas del culto; (b) la confianza que tenían en que el Mesías estaría bien cualificado para explicarles todas las cosas que ahora les parecían difíciles, y respecto a las cuales se debatían como en la oscuridad.

(B) El favor que Jesús dispensó a la samaritana al declararle sin rodeos quién era Él: *«Jesús le dijo: Yo soy, el que te está hablando»* (v. 26). Sólo en otra ocasión (9:37), se declaró Jesús a Sí mismo como Mesías de una manera tan explícita y abierta como a esta mujer. Con esto, honraba Cristo a una mujer miserable y pecadora, que, de seguro, sería objeto del desprecio público. Esta mujer no había tenido ninguna oportunidad de contemplar los milagros de Jesús, que eran el medio ordinario de convicción sobre Su mesianidad. Dios puede hacer que la luz de la gracia brille en un *corazón,* aun en los casos en que la luz del Evangelio no brilla en el *rostro.* Así resultó esta mujer mejor preparada que muchos otros para recibir a Cristo, quien gusta de manifestarse personalmente a los que le buscan con deseo humilde y sincero: «*Yo soy, el que te está hablando»* (comp. con 9:37). Hasta entonces, Jesús estaba cerca de ella pero ella no lo sabía (v. Gn. 28:16). Hay muchos creyentes que se lamentan de la ausencia de Cristo, y están anhelando Su presencia, sin percatarse de que, en esos mismos momentos, Él les está hablando.

Versículos 27–42

I. La conversación de Jesús con la samaritana es interrumpida por la llegada de los discípulos. Justamente cuando el Señor había llegado a declarar abiertamente a la mujer Su propia personalidad, *«en esto llegaron sus discípulos»* (v. 27). Como ya dijimos anteriormente, un judío se deshonraba al hablar con una mujer en la vía pública. En este caso, se daba la circunstancia agravante de que era una samaritana. Por eso, *«se sorprendieron de que hablara con una mujer».* Con todo, «*ninguno dijo: ¿Qué le preguntas?,* o: *¿Qué hablas con ella?»* Era tal la opinión que tenían de su Maestro, que supondrían: Él sabe lo que hace. Efectivamente todo lo que Cristo dijo e hizo estaba puesto en razón, como confesó el ladrón recién convertido (Lc. 23:41).

II. La información que la mujer corrió a dar a sus convecinos (vv. 28–29). Obsérvese:

1. Cómo se olvidó del objeto mismo que la había traído hasta el pozo (v. 28): *«Entonces la mujer dejó su cántaro, y fue a la ciudad».* En realidad, no es que la mujer *olvidara* el cántaro, pues el original griego no dice: «olvidó» (comp. con Fil. 3:13), sino *«dejó»* (comp. con el v. 3, donde no significa que el Señor se olvidara de Judea). Lo dejó, según opina Hendriksen, deliberadamente, no sólo para que Jesús pudiera

calmar su sed, sino también porque pensaba traer a otros a Jesús, y podría entonces llevarse el cántaro. Dejó primero el cántaro, porque así podría ir más deprisa a la ciudad pues lo que más le interesaba era comunicar la noticia a sus conciudadanos. Con eso nos enseñaba a poner en primer lugar las cosas más importantes y urgentes, y dejar para más tarde lo que no es indispensable y admite espera.

2. Cómo puso interés en dar testimonio de su experiencia personal, convirtiéndose así en una excelente misionera, al comenzar por los de su propia ciudad (comp. con Hch. 1:8): *«Fue a la ciudad y dijo a los hombres: Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo?* (vv. 28b–29). Nótese:

(A) Cuán solícita estuvo en comunicar a sus amigos y vecinos la experiencia que había tenido con el Salvador (comp. con Lc. 15:9). Con ese *«venid y ved»*, revela la misma sencillez y sabiduría del testimonio que Felipe había dado a Natanael acerca del Mesías (v. 1:46). ¿No nos ha hecho Jesús el honor de darse a conocer a nosotros? ¡Hagámosle, pues, a Él el honor de darle a conocer también a otros! Ni aun a nosotros mismos podemos hacernos mayor honor que éste. Esta mujer se convierte en misionera tan pronto como conoce al Mesías. Los que tengamos mayores *oportunidades* estamos bajo mayor *obligación* de hacer el bien, especialmente a los más cercanos a nosotros.

(B) Cuán abierta y sinceramente comunica lo que ella sabía de este extranjero: *«Me ha dicho todo cuando he hecho»* como si dijera: «Me ha descubierto lo más íntimo, lo que nadie sabe excepto yo misma». Dos cosas le habían llamado la atención: (a) La extensión del conocimiento de Jesús: *«todo»;* (b) la profundidad de tal conocimiento: *«lo que he hecho»:* lo más secreto, lo más profundo, lo más infame. Es curioso que esta mujer se preocupe especialmente en comunicar a otros aquella parte de la conversación de la que parecería que había de estar más avergonzada. Cuando una persona es llevada al Señor mediante la convicción de pecado y la consciencia de la propia miseria, hay una garantía segura de que dicha persona ha llegado a saber lo que es la salvación y a creer de manera efectiva en el Salvador. Como había hecho también Felipe, no se enzarza en argumentos que a ella misma no le habrían convencido, sino que apela a lo más sencillo: *«venid y ved»*. ¿Y no querremos nosotros ir a ver Aquel cuyo día desearon ver reyes y profetas? También muestra la mujer su sabiduría en la pregunta que hace a sus paisanos: *«¿No será éste el Cristo?»* En vez de imponerles categóricamente su propia convicción, deja que ellos mismos saquen sus conclusiones personales. Con esta pedagogía tan sencilla como efectiva, son despertadas las conciencias de los hombres mucho antes de que se percaten de ello.

(C) El éxito que la mujer tuvo en su cometido: *«Entonces salieron de la ciudad, y comenzaron a venir a Él»* (v. 30). Salieron al encuentro del Salvador, se dieron prisa (como indica el tiempo aoristo del verbo) para verle en lugar de enviar a que viniese a ellos, e iban viniendo ordenadamente, como indica el pretérito imperfecto. Los que son atraídos a Cristo por el Padre (Jn. 6:44), vienen a Él y Él no los rechaza, sino que son inscritos en el libro de la vida del Cordero (6:37; Ap. 13:8; 17:8).

III. Conversación de Cristo con sus discípulos en ausencia de la mujer (vv. 31–38). Por aquí vemos cuán solícito era Jesús en *redimir el tiempo,* al aprovechar cada minuto. ¡Qué bien nos iría si del mismo modo, fuésemos solícitos en recoger los fragmentos dispersos del tiempo que se intercalan entre nuestros quehaceres cotidianos! Dos detalles son de notar en esta conversación:

1. El deleite de que el Señor disfruta al llevar a cabo su labor. En la presente tarea le vemos totalmente engolfado, puesto que:

(A) Descuida el alimento material por el interés que pone en la obra que el Padre le ha encomendado. Cuando se sentó fatigado junto al pozo, estaba sediento y necesitaba refrigerio pero la oportunidad de salvar un alma le hizo olvidarse de la fatiga y del hambre. Y le importaba tan poco el alimento, que Sus discípulos llegaron a olvidar la sorpresa que les había causado verle hablar con una mujer extraña, y a preocuparse seriamente por sus necesidades físicas: *«Le rogaban, diciendo: Rabí, come»* (v. 31). El imperfecto *«rogaban»* indica que le urgieron una y otra vez a que comiera. Por parte de ellos, fue una señal del afecto que le tenían el que le invitaran repetidamente a comer; pero, por parte de Él, era señal de un afecto mucho mayor a las almas el que necesitara ser rogado con tanta insistencia. Hasta tal punto estaba despreocupado de la comida material, que llegaron a sospechar que alguien—¿quizá la mujer misma?—, le habría traído algo de comer y, por eso, se hallaba sin apetito (v. 33).

(B) Su alimento está en la tarea que lleva entre manos: no sólo la instrucción que acababa de dar a la mujer, sino también la obra que iba a llevar a cabo entre los habitantes de Sicar era lo que le servía de alimento: *«Pero Él les dijo: Yo tengo para comer un alimento* (gr. *brosin* = el acto de comer) *que*

vosotros no sabéis» (v. 32). Jamás hubo un hambriento o un glotón que anhelase un opíparo banquete con el mismo afán con que Jesús anhelaba las oportunidades de hacer el bien a las almas. Era un alimento que los discípulos no conocían aún. Esto puede aplicarse también a los buenos cristianos, cuyo alimento espiritual es desconocido para los mundanos, y cuyo gozo no pueden sospechar los que no tienen el Espíritu Santo. Esto es lo que les hizo a los discípulos de Jesús preguntarse: *«¿Le habrá traído alguien de comer?»* (v. 33). La construcción griega da como improbable tal cosa, por no tratarse los samaritanos con los judíos (v. 9). Como la samaritana respecto del agua, también los discípulos han entendido materialmente lo del «alimento» del versículo 32. Pero Jesús responde claramente: *«Mi alimento* (gr. *broma* = la comida misma) *es hacer la voluntad del que me envió, y llevar a cabo su obra»* (v. 34). ¡Jesús *vivía de obedecer* al Padre! ¡Oh, si nosotros pudiéramos decir sinceramente lo mismo! La salvación de los pecadores es la *voluntad* de Dios (v. 1 Ti. 2:4); y el instruirlos para que lleguen al conocimiento de la verdad es su *obra.* En esta obra ponía Cristo todo su interés, porque éste era su negocio. Los hombres de negocios tienen tal interés en ellos, que de día y de noche cavilan cómo mejorar el balance, pero no se olvidan por ello de satisfacer sus necesidades físicas. Jesús, en cambio, de tal manera estaba ocupado en llevar a cabo la obra que el Padre le había encomendado, que se olvidaba hasta de comer y beber. Estaba resuelto a seguir adelante, hasta poder decir, poco antes de expirar: *«¡Consumado está!»* (19:30). Toda la vida de Jesús tenía el mismo afán, norte y guía (comp. con 3:34; 17:4; He. 10:7). Hay muchos que aparentan mucho celo al principio pero carecen de constancia para llevar a cabo *hasta el final* la obra que Dios les ha encomendado.

2. La forma en que comunica a sus discípulos cuán urgente es la tarea de la salvación de las almas. Ellos iban a ser *colaboradores* suyos en esta obra (v. 1 Co. 3:9) y, por eso, habían de mostrar el mismo interés en tal trabajo. La obra consistía en predicar el Evangelio, y Cristo la compara a la *labranza* (v. de nuevo 1 Co. 3:9), especialmente a la siembra y a la siega (vv. 35–38), que son tiempos de mucha ocupación; todas las manos han de estar entonces prestas al trabajo que no se puede soslayar ni diferir, porque tiene su razón en un espacio de tiempo limitado y, por tanto, ha de hacerse *entonces o nunca.* A propósito de esto, Jesús les ofrece tres motivos para avivar la diligencia de ellos:

(A) Que es una obra *necesaria y urgente: «¿No decís vosotros: Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega? Pues yo os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para ta siega»* (v. 35). Los discípulos podían observar el verdear de los campos (era entonces, probablemente, últimos de diciembre o primeros de enero) y pensarían: «Aún faltan cuatro meses para la siega». En Palestina, la cosecha de trigo es temprana, y la mies madura no es amarillenta como en España sino que los campos blanquean literalmente. Pero Jesús se refiere a la cosecha espiritual; y ésa está ya a punto para la siega: el grupo de samaritanos que ya se divisaba en lontananza aparecería literalmente como un conjunto de espigas blancas ondulando al soplo de la brisa. Cuando hay por parte de los oyentes un sincero deseo de oír la Palabra de Dios, se aviva en los ministros del Señor el incentivo y la diligencia en la obra de la predicación del Evangelio. Si estamos con ojo avizor, nos daremos cuenta de que hay muchedumbres tan prestas a recibir el mensaje como está un campo de trigo maduro para recibir la hoz (comp. con Mt. 9:37–38; 10:1). Grandes ánimos nos infundirá para dedicarnos a la obra el comprender, mediante los signos de los tiempos, que la cosecha espiritual está en sazón para segar. Juan el Bautista había comenzado la obra de la siembra con tal empeño, que grandes multitudes se esforzaban por entrar en el reino de Dios (v. Lc. 16:16). Jesús había continuado la obra que el Bautista le había preparado. Era, pues, el tiempo de meter la hoz; un tiempo que era necesario y urgente aprovechar, porque el trigo que no se recoge a tiempo, se pierde. Cuando las conciencias comienzan a ser convictas de pecado y estimuladas a escuchar el mensaje de Salvación, es de todo punto necesario y urgente acudir en su ayuda; de lo contrario, los comienzos esperanzadores vendrán a desperdiciarse y quedar en nada.

(B) Que es una obra *provechosa y ventajosa* en la que ellos mismos saldrían ganadores: *«Y el que siega recibe salario* (comp. con 1 Ti. 5:18) y *recoge fruto para vida eterna»* (v. 36 comp. con Is. 53:11; Ro. 6:23). Los colaboradores de Cristo no podrán jamás quejarse de que tienen un amo duro o mal pagador: de seguro, cosecharán *fruto si* trabajan con diligencia en comunión con el Señor y de acuerdo con Su voluntad (15:2, 4–5, 16). Nótese bien: no es *éxito* lo que Dios espera de sus ministros, sino *fruto* que, muchas veces, pasa desapercibido a los ojos de los hombres y a los del mismo predicador. El fruto es *«para vida eterna»:* está destinado a la salvación eterna de los oyentes del Evangelio y de los predicadores mismos; y esto ha de constituir el mayor gozo de los fieles obreros del Señor, saber que su trabajo tiene por objetivo la salvación eterna de las almas las cuales tienen un valor equivalente al precio

que Dios ha pagado por ellas (v. 1 P. 1:18–19), es decir, infinito. Y todos los que colaboran en esta importante tarea han de regocijarse conjuntamente: *«Para que el que siembra se regocije juntamente con el que siega»*—añade Jesús—. Esto ha de entenderse primordialmente de Cristo como el Sembrador, y de los discípulos como segadores, quienes comparten el gozo del amo al ver que se cumple la profecía de Amós (Am. 9:13), al menos en parte. Pero también tiene aplicación a los siervos del Señor. ¡Cuántas veces un fiel siervo de Dios ha sudado en la obra sin llegar a ver aparente fruto, y algún tiempo después, otro siervo de Dios recoge el fruto de lo que el siervo anterior había sembrado con tantas fatigas! ¿Y será posible que un ministro del Señor tenga celos de otro, cuando ambos están trabajando, no para su propia gloria, ni en su propio negocio, sino para la gloria de Dios y en la misma viña del mismo amo?

(C) Que es una obra *fácil y llevadera,* porque el trabajo más duro ha sido hecho por los que les han precedido: *«Uno es el que siembra, y otro es el que siega»* (v. 37). Moisés, los profetas, el Bautista y el propio Jesús habían sembrado lo que los Apóstoles iban a segar: «Yo *os he enviado a segar lo que vosotros no habéis trabajado»* (v. 38). Esto insinúa dos cosas acerca del ministerio en el Antiguo Pacto: (a) Moisés y los profetas sembraron, pero no pudieron segar; los escritos de ellos sirvieron de mayor provecho después que ellos se fueron, que mientras vivían en este mundo; (b) el ministerio de ellos estaba precisamente destinado a servir y apoyar al ministerio del Nuevo Pacto (v. 1 P. 1:10–12). Si no hubiese sido por la semilla sembrada por los profetas, no podría haber dicho la samaritana: *«Sé que va a venir el Mesías»* (v. 25). También nos insinúa esto otras dos cosas acerca del ministerio de los Apóstoles de Cristo: (a') Que era un ministerio *fructuoso:* eran segadores que recogían una gran cosecha; (b') era un ministerio *facilitado* por los escritos de los profetas. Los profetas sembraron con lágrimas, hasta llegar a clamar: *Hemos trabajado en vano;* en cambio los Apóstoles estaban segando con gozo, hasta llegar a decir: *«Gracias a Dios, quien siempre nos lleva en triunfo»* (2 Co. 2:14). De las labores de otros, recogemos mucho buen fruto los que les sobrevivimos. Véase cuánta razón tenemos para dar a Dios gracias por los siervos que nos precedieron, pues *«hemos entrado en las labores de ellos»* (v. 38b).

IV. El buen efecto que causó a los samaritanos la visita que Jesús les hizo (vv. 39–42). Véanse las impresiones que de ella recibieron:

1. Por *el testimonio de la mujer* acerca de Cristo. Este testimonio consistía solamente en la frase: *«Ved a un hombre que me ha dicho todo cuando he hecho»* (v. 29). En este punto, empalma el hilo de la historia que dejamos en los versículos 28–29). Y dos cosas se nos dicen del impacto que el testimonio de la mujer hizo en los habitantes de Sicar:

(A) Que dieron crédito a la palabra de Cristo: «Y *de aquella ciudad, muchos de los samaritanos creyeron en Él por la palabra de la mujer, que daba testimonio diciendo: Me dijo todo lo que he hecho»* (v. 39). Quedaron impresionados del misterioso poder de Cristo, que había sido capaz de revelar todo el pasado de otra persona. Estos hombres no eran de la casa de Israel, pero su fe era como arras de la fe que los gentiles habían de tener en el Salvador. Y creyeron al testimonio de una mujer. Por aquí se puede ver: (a) De qué modo se complace Dios a veces en usar instrumentos débiles para comenzar y llevar a cabo la obra del Evangelio; (b) cuán amplio radio de acción puede ser alcanzado por un pequeño fuego. Con sólo instruir convenientemente a una mujer pecadora, Jesús extendió su instrucción a toda su ciudad. ¡Que no se desanimen los ministros del Señor en su labor ni se sientan tentados a descuidarla, por el hecho de que sean *pocos o insignificantes* los que les escuchan, puesto que, si ponen empeño en llevar el mensaje a esos pocos, es posible que ese mensaje les llegue después a muchos! (c) Que el testimonio más eficaz es el que está respaldado por la propia experiencia (comp. con 9:25). Los que pueden referir lo que Dios ha hecho con ellos son los que más impacto pueden causar en otros.

(B) Que invitaron a Jesús para que les predicase personalmente: *«Entonces vinieron los samaritanos a Él y le rogaban que se quedase con ellos».* Animados por lo que le habían oído a la mujer quieren saber más y le piden a Jesús que se digne venir a predicar a la ciudad. Vemos por aquí la hospitalidad de estos samaritanos y, por otra parte, su sincero deseo de escuchar las verdades del Evangelio. Son muchos los que de buena gana irían a escuchar a quienes les halagasen con buenas promesas; pero éstos invitaban a quien les iba a convencer de sus malas obras. Tambien vemos que mientras los judíos echaban a Jesús de sus confines, los samaritanos le acogían con gozo. La prueba del éxito del Evangelio no siempre está de acuerdo con el cálculo de probabilidades; es una obra en la que abundan las grandes sorpresas. Jesús accedió de buena gana a la invitación que le hacían, «*y se quedó allí dos días».* Limitó su estancia en Samaria a este poco tiempo y a esta sola ciudad. No hay, pues, ninguna contradicción con lo de Mateo

10:5, lo cual, por otra parte era una orden de carácter transitorio, ya que la Gran Comisión había de ensancharla hasta los últimos confines de la tierra (Mt. 28:18–20; Mr. 16:15–16; Hch. 1:8). Más tarde, como vemos en Hechos 8, se recogió mucho fruto espiritual en Samaria. En cuanto a los versículos que estamos comentando, no se nos dice lo que Cristo dijo e hizo en aquella ciudad, pero sí la impresión que causó en sus habitantes, pues les convenció de que Él era el Mesías; y lo que más alto habla de la obra de un siervo de Dios es el fruto que de ella se deriva. Ahora vieron y oyeron al Mesías en persona; y el efecto fue: (a) Que creció el *número* de los creyentes: *«Y creyeron muchos más por la palabra de Él»* (v. 41), (b) que creció la *fe* de ellos: «*Y decían a la mujer: Ya no creemos* (es decir, sólo) *por lo que tú has hablado»*. En tres cosas había crecido la fe de estos samaritanos: *Primera* en el *contenido.* Por el testimonio de la mujer, habían creído que Jesús era un *profeta,* pero después de verle y oírle a Él mismo, confesaron que era *«el Salvador del mundo, el Cristo»* (v. 42b). Creyeron que era el Salvador, no sólo de los judíos, sino de todo el mundo, en el que ellos, como samaritanos, podían ser incluidos. *Segunda,* en su *certeza;* la fe de ellos había crecido hasta llegar a la plena seguridad: *«Sabemos»* (comp. con 6:69; 1 Jn. 4:16). *Tercera,* en la motivación y *fundamento* de su fe: *«Ya no creemos por lo que tú has hablado, porque nosotros mismos hemos oído …».* Así vemos cómo la fe viene por el *oír* (Ro. 10:17). Son los informes ajenos los que nos hacen sabedores del mayor número de verdades. Por eso, es tan importante el que los padres, tutores, maestros y predicadores instruyan a niños y jóvenes en la sana doctrina. Más tarde el conocimiento y la fe crecerán y se confirmarán mediante el estudio personal de la Palabra de Dios y la comunión con El Señor, para que, de esta forma, la fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. Para finalizar esta sección, es preciso añadir que de estos versículos no se puede inferir que todos estos samaritanos creyeron con fe salvífica. Es muy posible, y aun probable, que algunos no llegasen más allá de lo que llegaron los de 2:23 (v. el comentario a dicho lugar).

Versículos 43–54

I. Jesús regresa a Galilea (v. 43): *«Dos días después, salió de allí y fue a Galilea».* Veamos:

1. A qué parte de Galilea fue. No se nos dice en el texto que fuese esta vez a Nazaret ni a diversas ciudades de Galilea, sino sólo a Caná (v. 46), *«donde había convertido el agua en vino».* El evangelista menciona este milagro para enseñarnos a guardar en la memoria las grandes maravillas llevadas a cabo por el Señor.

2. Por qué razón fue ahora a Galilea. El evangelista dice clara y explícitamente: *«Porque Jesús mismo había dado testimonio de que un profeta no tiene estima en su propia tierra»* (v. 44). Puesto que Jesús se había criado en Galilea, parece a primera vista una paradoja que fuese precisamente a un lugar donde no era estimado (v. el comentario a Mt. 13:57 y Lc. 4:24). Algunos autores (entre ellos, M. Henry. Nota del traductor) piensan que Juan se refiere solamente a Nazaret no al resto de Galilea. Otros autores opinan que fue a Galilea, *a pesar de que* un profeta no tiene estima en su propia tierra. La interpretación más probable es la que da W. Hendriksen, quien se apoya en dos detalles importantes: (A) La conjunción griega *gar* es claramente *causal* y no hay que darle otro sentido retorcido; (B) si se observa la conexión de los versículos 43–44 con los versículos 1–3 de este mismo capítulo, se notará que Jesús se fue a Galilea precisamente porque allí no había peligro de alcanzar un prestigio como el que estaba consiguiendo en Judea, pues un honor semejante habría provocado una colisión directa con los fariseos, lo que habría precipitado la crisis final; por otra parte, el contexto posterior muestra la verdad de la proposición enunciada por Jesús la cual ha sido ya comentada en *Mateo y Lucas,* pero no estará de más repetir que el orgullo y la envidia de los hombres les impide ser instruidos por quienes fueron compañeros suyos en la infancia y en la adolescencia. Dios actúa justamente al negar la gracia del Evangelio a los que desprecian a los ministros del Evangelio. Quienes se burlan de los mensajeros están abandonando el beneficio del mensaje.

3. Cómo le recibieron en Galilea. *«Los galileos le recibieron, habiendo visto todas las cosas que había hecho en Jerusalén en la fiesta, porque también ellos habían ido a la fiesta»* (v. 45). A primera vista, esta acogida choca con lo que vemos en el versículo anterior pero son de notar dos detalles: (A) El verbo «recibieron» no es el mismo de 1:12, sino que significa simplemente «acoger sin hostilidad». El resto del versículo puede compararse con 2:23–25 para ver la semejanza del resultado. El versículo 48 añade nueva fuerza al argumento de que dicha «acogida» no debe interpretarse como un recibimiento que

conduce a la verdadera fe. La aplicación que salta a la vista es que no sirven los prodigios cuando el corazón no está dispuesto a someterse a la Palabra de Dios (comp. con Lc. 16:31).

II. La curación del hijo del palaciego. Este milagro no es referido por ninguno de los otros evangelistas. La noticia de que Jesús había llegado a Caná se extendió pronto hasta Capernaúm, la ciudad de Juan y Santiago el Mayor, los hijos de Zebedeo y Salomé. Vemos:

1. Quién vino a Jesús desde Capernaúm y por qué. El griego dice: «un cierto cortesano del rey», es decir, un palaciego u oficial de alto rango de la corte de Herodes, *«cuyo hijo estaba enfermo»* (v. 46). Las dignidades y los títulos honoríficos no garantizan la salud de los familiares ni de los mismos titulares (v. por ej., 2 R. 5:1 y ss). No se nos da su nombre, pero sí parece seguro, por el versículo 48, que era israelita. Vemos también que este hombre no tenía tanta fe como el centurión romano, gentil, de Lucas 7:1–10, pues no creía que Jesús pudiese curar a distancia, ya que rogó al Señor que *«descendiese y sanase a su hijo»* (v. 47). Con todo, mostró: (A) el *amor* que tenía a su hijo, pues no escatimó molestias, ya que Caná distaba unos 25 km de Capernaúm, y se humilló, a pesar de su alto rango a pedir a Jesús que sanase al hijo; (B) el gran *respeto* que tenía al Señor Jesús, pues no envió un criado a rogarle que viniese, sino que fue él mismo personalmente, con fe suficiente para creer que Jesús tenía poder para curar; es más que probable que también él hubiese asistido a la fiesta de 2–23. Los hombres más grandes, cuando están en apuros y acuden a Dios, son comunes pordioseros. Vemos, en fin, que aunque la fe de este hombre no era tan grande como la del centurión, tampoco era tan pequeña como la del padre del endemoniado de Marcos 9:24; por eso, Jesús accede a realizar el milagro.

2. Pero Jesús le dirige un reproche que muestra la falta de genuina disposición en este hombre: *«Entonces Jesús le dijo: Si no veis señales y prodigios, de ningún modo creéis»* (v. 48); es decir: «Lo único que os interesa es el espectáculo de algo extraordinario, sensacional, pero no la fe genuina en la persona y en la palabra del Salvador». Aunque era un oficial de alto rango, Jesús le dirige el reproche que se merecía. El Señor humilla primero, para disponerlos a recibir sus misericordias, a los que vienen a suplicarle socorro en casos de apuro. Los prodigios de Jesús son *señales* que apuntan hacia su poder espiritual y divino y nos deben llevar al reconocimiento de su persona, a entregarnos a su señorío y a expresarle nuestra alabanza y gratitud.

3. El palaciego acepta humildemente el reproche de Cristo, al tiempo que impaciente, pero respetuosamente, ruega al Señor que se de prisa a bajar a Capernaúm antes de que se muera el hijo (v. 49). Vemos que no tomó las palabras de Jesús como una afrenta ni como un rechazo, pues insistió en su petición y continuó en su lucha hasta prevalecer. Estaba tan preocupado por la salud de su hijo, que no parecía atender a ninguna otra cosa. Todavía descubre la debilidad de su fe, pues cree que Jesús puede curar a su hijo antes de que éste muera, pero no cree que Jesús tenga poder para resucitarle. Había olvidado que Elías y Eliseo habían resucitado a personas; ¿y acaso era Cristo inferior en poder a dichos profetas? Obsérvese la prisa que le da a Jesús, como si hubiera peligro de que al Hijo de Dios se le pudiera escapar el tiempo.

4. La respuesta apacible y favorable que Jesús le dio: *«Vete, tu hijo vive»* (v. 50a). Con esta expresión, Cristo no quiere decir meramente: «tu hijo continuará viviendo», sino: «tu hijo ha salido de la enfermedad que le ponía en peligro de muerte». Nótese con qué facilidad llevó a cabo Cristo el milagro. No *dice*, ni *hace* ni *ordena* que se haga cosa alguna para que se realice la curación. Simplemente afirma lo que su voluntad divina ha determinado que suceda. El hombre le había suplicado *«que descendiese y sanase a su hijo»* (v. 47). Pero Jesús le curó *sin descender*.

5. El palaciego quedó satisfecho con la palabra de Jesús y se marchó confiado al dar crédito a lo que el Señor había dicho: *«Y el hombre creyó la palabra que Jesús le dijo, y se puso en camino»* (v. 50b). No ha visto todavía el milagro pero lo cree. Cristo ha dicho: *«tu hijo vive»*, y él lo acepta. Le dice: *«vete»*, y él obedece. Pero nótese la construcción gramatical; «creyó *la palabra»* y comp. con el *«creyó él*, etc.» del versículo 53, y se notará que, en el versículo 50, todavía no se halla la fe salvífica, sino la fe que da crédito a una noticia. La fe que salva no consiste esencialmente en un asentimiento del intelecto, sino en una entrega personal, de corazón.

6. Los siervos del palaciego notaron la súbita mejoría del enfermo y no tuvieron paciencia para aguardar la llegada del padre, sino que le salieron al encuentro. Así fue que *«cuando ya él descendía, sus siervos salieron a recibirle, y le dieron noticias, diciendo: Tu hijo vive»* (v. 51). Repiten la misma frase de Jesús: *«tu hijo vive»* aunque, como hace notar Hendriksen, el término para «hijo» es distinto en labios

de Jesús *(huiós* = hijo ya crecido), en los del padre *(paidíon* = niñito) y en los de los criados *(pais* = niño o simplemente hijo—a veces siervo—. V. Lc. 7:7; Hch. 3:13, 26; 4:25, 27, 30). Quienes dan crédito a la Palabra de Dios recibirán buenas noticias. El hombre *«preguntó a qué hora había comenzado a mejorar»* (v. 52). Anhelaba ver confirmada su fe del día anterior. Y los criados le dijeron que *«a la hora séptima le dejó la fiebre»*. Esto confirmaba que la recuperación se había realizado a la hora precisa en que Jesús le había dicho: *«tu hijo vive»*, y así lo comprendió el hombre (v. 53). También confirma la tesis de Hendriksen de que Juan echa mano siempre del cómputo romano para determinar las horas del día, puesto que, si se tratara de la una de la tarde (hora judía), no se explica que el padre, con la prisa que tenía, se detuviese en Caná hasta el día siguiente, cuando la distancia de Caná a Capernaúm era inferior a 25 km. En cambio, al ser las 7 de la tarde, se explica que, de noche y por un terreno montañoso llegase al día siguiente. Nótese bien la frase de los criados: *«le dejó la fiebre»*, lo cual indica: (A) Que la curación fue *instantánea* y total, no fue una lenta mejoría; (B) que la *sincronización* fue exactísima *«a la hora séptima»*, no: «poco más o menos, a las siete»; (C) que la fiebre le dejó y se marchó como un esclavo que obedece fiel y ciegamente las órdenes de su amo (comp. con Lc. 7:7–8). Para los hombres, la distancia en el espacio es una pérdida de tiempo y, a veces, del viaje o del negocio (y aun de la vida); pero el Señor no es esclavo, sino dueño, del espacio y del tiempo.

7. El feliz resultado de este milagro. La curación milagrosa del hijo ocasionó la salvación de toda la familia: *«creyó él* (el hombre) y *toda su casa»* (lit.), es decir, no sólo los familiares, sino también los criados, pues éste es el sentido de *«casa»* en el griego del Nuevo Testamento en pasajes como éste (comp. con Hch. 16:31). El día anterior, el hombre *«creyó la palabra»* de Jesús; ahora, *creyó en la persona de Jesús.* Cristo tiene muchos medios de ganarse el corazón de un ser humano y, muchas veces, mediante la concesión de un beneficio *temporal,* se abre camino hacia *mejores* gracias. Como todos los de la casa de este palaciego tenían interés en la recuperación del joven, toda su casa creyó también con él. Al ser un hombre de la alta nobleza, es de suponer que tuviese muchos criados; por lo que pudo llevar a Cristo muchos discípulos. ¡Qué cambio, tan lleno de tan grandes bendiciones, se produjo en aquella casa, precisamente a consecuencia de la enfermedad de un miembro de la familia! Esto nos debería enseñar a no tener por adversidades las aflicciones, pues no sabemos el bien que Dios puede sacar de ellas.

8. Viene al final la observación que el propio evangelista añade al terminar el informe sobre este milagro: *«Ésta fue una segunda señal que hizo Jesús cuando fue de Judea a Galilea»* (v. 54). «Segunda», con referencia a 2:11. Había obrado en Judea muchos milagros; allí habían tenido la primera oportunidad de creer en el Salvador. Pero, al ser rechazado en Judea, Jesús obró milagros en Galilea. Cristo ha de encontrar buena acogida en un lugar o en otro. La gente puede cerrar las ventanas al sol en sus propias casas, pero no pueden impedir que el sol siga brillando en el mundo. El evangelista hace notar que «ésta fue la segunda señal que hizo Jesús en Galilea», para traernos a la memoria la *primera* (gr. *arkhén* = *«principio»* y modelo) que había obrado en las bodas de Caná. Las gracias recientes deben traernos a la memoria otras gracias anteriores, así como animarnos a esperar gracias ulteriores. Es probable que, al ser el paciente persona de alto rango, cuando toda su casa creyó en el Señor, muchas otras personas hicieran lo mismo. ¡Cuánto bien pueden hacer los hombres grandes cuando son hombres buenos!

CAPÍTULO 5

Este capítulo se divide en tres partes: 1) Curación del paralítico de la piscina (vv. 1–16); 2) Cristo declara su propia autoridad como Hijo de Dios (vv. 17–30); 3) presenta varios testimonios que le confirman como Enviado del Padre (vv. 31–47).

Versículos 1–16

Esta curación milagrosa no es referida por ningún otro evangelista, pues los sinópticos se limitan casi por completo a informarnos de los milagros que Jesús llevó a cabo en Galilea, mientras que Juan refiere éstos que fueron realizados en Judea.

I. El *tiempo* en que fue realizado el milagro: Durante *una fiesta de los judíos* (v. 1). Discuten los exegetas de qué fiesta se trata aquí. Unos opinan que era Pentecostés, otros que la fiesta de los Tabernáculos. Hendriksen aduce, a favor de la Pascua, el testimonio de Ireneo. Pero es extraño que Juan omita aquí el artículo, el cual aparece en 6:4; 7:2. Es cierto que la Pascua era la única fiesta a la que los judíos tenían la obligación de asistir, pero Jesús observaba también las otras dos fiestas principales: Pentecostés y Tabernáculos. No se puede, pues, determinar de fijo qué fiesta era. *«Subió.»* A Jerusalén siempre se «subía», espiritualmente al menos, por estar el templo del Dios Altísimo ubicado sobre los montes Sion y Moria. Era una oportunidad de hacer el bien, y Jesús no la iba a desaprovechar, especialmente si era la fiesta de Pascua, pues en ella se reunían grandes multitudes de todo el país.

II. El *lugar* en que se llevó a cabo el milagro: En el *estanque llamado Betesda* (v. 2). *Bethesda* significa en hebreo «casa de misericordia». El estanque estaba situado *«cerca de la puerta de las ovejas»* (comp. con 10:7) de Jerusalén. Hay quienes opinan que se llamaba así porque, por aquella puerta, eran conducidas las ovejas que habían de ser sacrificadas en el cercano atrio del templo. El nombre mismo de «casa de misericordia» se presta muy bien para una aplicación devocional; pero la lectura *Bethzatha = «casa* del olivo», está mejor atestiguada. Se añade que tenía *cinco pórticos* donde podían cobijarse los enfermos, al resguardo de las inclemencias del tiempo. De esta forma, la caridad de los hombres se conjugaba con la misericordia de Dios para alivio de los afligidos. La naturaleza provee *remedios,* pero los hombres deben proveer *hospitales.* Cinco es símbolo del Pentateuco (comp. con 4:18), pero no se debe forzar la acomodación como pretexto para evadirse del sentido literal.

III. *Quiénes* se hallaban allí: *«Una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos»* (v. 3a). ¡Cuántas son las aflicciones de este mundo! Es conveniente visitar, de vez en cuando los hospitales, no sólo para confortar a los enfermos y heridos, sino también para ser agradecidos a Dios por la salud que nos conserva, la cual sólo se aprecia de veras cuando se pierde. En aquel estanque esperaban la salud con avidez estos enfermos. ¡Oh, si los hombres fuesen tan diligentes en buscar remedios para la condición de su alma como lo son para la del cuerpo!

IV. Qué *virtud* especial tenía el agua de aquel estanque: Aunque los mejores MSS omiten la última parte del versículo 3 y todo el versículo 4, no es desdeñable la lectura de muchos otros MSS; y por otra parte, es muy provechoso el contenido en el aspecto devocional. Según estos últimos MSS, vemos que *«un ángel descendía de tiempo en tiempo al estanque y agitaba el agua»* (v. 4 a). Por aquí vemos los oficios tan provechosos que los santos ángeles de Dios desempeñan (v. He. 1:14). Las aguas del santuario tienen poder de curar cuando se hallan en movimiento, y a los ministros de Dios compete el oficio y la responsabilidad de poner en movimiento las gracias que la Palabra de Dios y las ordenanzas contienen; si se muestran fríos y sin celo en su ministerio, las aguas se estancan y no son aptas para curar. El ángel descendía para agitar el agua. Pero sólo *«el que primero entraba en el estanque después del movimiento del agua quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese»* (v. 4). Así, el poder del milagro triunfa donde el poder de la naturaleza sucumbe. Sólo el primero que descendía al estanque obtenía la curación. Esto nos enseña a ser diligentes en observar y aprovechar las oportunidades, para no perder una ocasión que quizá no vuelva a presentarse. Con este milagro, Dios ofrecía a su pueblo elegido una prueba de Su buena voluntad, e indicaba que aun cuando había estado por largo tiempo sin profetas ni milagros, Él no los había desheredado; era un indicio del Mesías que había de venir con *«curación en sus alas»* (Mal. 4:2, lit.).

V. El *paciente* en quien fue llevada a cabo esta curación «*hacía treinta y ocho años que estaba enfermo»* (v. 5). Su enfermedad era grave, pues había perdido el uso de sus miembros. Triste cosa es que el cuerpo, que ha sido hecho para servir de instrumento al alma, se convierta en casos como éste en un impedimento. Demos gracias a Dios por las fuerzas físicas y la posibilidad de usar los miembros de nuestro cuerpo. La duración de la enfermedad era prolongada: treinta y ocho años; la flor de la vida se le pasó en esta enfermedad. ¿Y nos quejaremos de una mala noche, de un dolor de muelas, de un día de sufrimiento, cuando hay quienes apenas han conocido un día de bienestar?

VI. Breve relato de la curación y de sus circunstancias (vv. 6–9).

1. *«Jesús lo vio tendido»* (v. 6). Obsérvese que, cuando Cristo vino a Jerusalén, no fue a visitar los palacios, sino los hospitales, con lo que dio así a entender su gran objetivo al venir al mundo: curar y salvar a los enfermos y heridos por el pecado. Había allí muchos enfermos, pero Jesús fijó sus ojos con tierna compasión en éste. Jesús *«supo que llevaba ya mucho tiempo así»* y le plugo acudir en ayuda de este hombre. ¿Cómo lo supo Jesús? Pudo ser por información ajena, por revelación del Padre o por comunicación de la divina naturaleza de Jesús a su naturaleza humana por obra del Espíritu Santo. Lo que importa es que Jesús se conmovió ante el caso de este pobre inválido.

2. Y le preguntó: *«¿Quieres quedar sano?»* A primera vista, esta pregunta no sólo parece superflua, sino casi insultante. ¿Es que acaso había perdido el deseo de estar sano? La razón es, sin duda, para que tomase conciencia más honda del miserable estado en que se hallaba, al no poder ayudarse a sí mismo de ninguna manera, y a desear con mayor anhelo su propia curación. También podría así ser dispuesto para apreciar su curación. Es un hecho experimentable que, a veces, es peligroso ofrecer limosna o ayuda a quien no la pide. En el terreno espiritual, hay muchos que no quieren ser sanados de sus pecados. Otros parecen resignarse a su enfermedad como excusa para no hacer nada. Recuérdese que Juan llama a los milagros de Jesús «señales» que comportan un mensaje. En este caso, la parálisis de este enfermo es un símbolo de la inacción del ser humano, y Cristo va a aprovechar esta ocasión (¡y curar en sábado!) para poner de relieve posteriormente que ni el Padre ni Él mismo guardan «vacación», en la obra de la salvación, ni en «día de reposo».

3. El pobre hombre aprovechó la ocasión para exponer a Jesús lo miserable de su caso: *«Señor, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua»* (v. 7a). Este versículo nos pone ante los ojos el egoísmo connatural al hombre. Cualquiera pensaría que, al menos, alguno de los que habían sido sanados vendría a echarle una mano a este hombre. Pero *«todos buscan lo suyo»* (Fil. 2:21). ¡Aun entre creyentes! Si la caridad es flor nacida del seno del cristianismo, y aun así hay tanto egoísmo, ¿qué podría esperarse en este caso? Contrasta esta actitud general con la de Cristo, quien nunca buscó su propia satisfacción, sino que siempre se interesó por los problemas ajenos, nunca desatendió ni despreció a nadie. También aquí tiene aplicación Jeremías 17:5–8: sólo en Dios hay salvación segura.

4. Jesús sana a este enfermo con sola su palabra: *«Levántate, toma tu camilla y anda»* (v. 8). ¡Extraña orden a un inválido! Pero el mandato de Jesús comportaba la fuerza para ponerlo por obra; la obediencia es el gran remedio contra la impotencia, pues nos pone en contacto con la omnipotencia. Y, para demostrar que tendría fuerzas suficientes, Jesús le ordena no sólo que se levante, sino que eche a andar con su camilla a cuestas; no fue una recuperación gradual, sino total y repentina, del extremo de una invalidez completa e inveterada, se levantó a una salud perfecta y robusta; el que hacía un minuto no podía revolverse en su camilla, al minuto siguiente tiene fuerza para levantarse y cargar con ella. Era un caso de *necesidad* por parte del enfermo; de misericordia, por parte de Jesús; y de *piedad* por parte del mismo enfermo al obedecer el mandato del Señor: Tres razones para hacer algo en sábado. Con todo, el hecho iba a suscitar el encono de los judíos. El enfermo hizo lo que Jesús le ordenaba, «y *al instante quedó sano …»* (v. 9). ¡Qué sorpresa para el pobre lisiado encontrarse de repente sano, fuerte y capaz de valerse en todo por sí mismo después de treinta y ocho años de invalidez! ¡Todo un nuevo mundo, una nueva vida! *«Tomó su camilla y echó a andar»*, sin importarle los insultos ni las amenazas de la gente.

VII. Lo que le sucedió al pobre hombre después de su curación:

1. Lo que pasó entre él y los judíos que le vieron acarrear su camilla: Le decían: *«Es sábado; no te es lícito llevar la camilla»* (v. 10). Se referían, a no dudar, a pasajes como Éxodo 20:10; Jeremías 17:19–27 y aun Nehemías 13:15. Pero todos estos lugares tienen que ver con el trabajo que se lleva a cabo con las labores que se hacen para ganar algún dinero; pero éste no era el caso ahora. Por eso él respondió con toda razón: *«El que me sanó, él mismo me dijo: Toma tu camilla y anda»* (v. 11). Como si dijese: «Quien tuvo tal *poder* para curarme, de seguro tiene *autoridad* suficiente para ordenarme que lleve mi camilla; y si tan *compasivo* ha sido conmigo, no iba a ser tan *impío* como para ordenarme cometer un pecado». Los judíos le preguntaron entonces: *«¿Quién es el que te dijo: Toma tu camilla y anda?»* (v. 12). No les interesa el poder ni la compasión de Jesús, sino que preguntan por el «hombre» que, según ellos ha cometido tal desacato contra la Ley para tildarle de peligroso delincuente. Pero el hombre no sabía quién era el que le había sanado, porque Jesús se había escabullido de la gente (v. 13). ¿Por qué lo hizo? ¿Fue por huir del aplauso popular? ¿Fue para encararse más tarde con los líderes mismos de los judíos? ¿O para que el hombre recién sanado mostrase, no sólo su salud física recuperada, sino también la fuerza de

sus convicciones al tener que expresarlas sin ayuda ajena? Sea como sea, hay un detalle que no debe pasar desapercibido: Los judíos no le preguntan a este hombre *quién le ha curado* como sería obvio, sino *quién le ha ordenado que lleve la camilla* o colchoneta.

2. Lo que pasó entre el recién sanado y Jesús después del incidente con los judíos: *«Después le halló Jesús en el templo»* (v. 14). Cristo fue al templo. También este hombre fue al templo y Cristo le halló allí en el atrio, adonde no le había sido posible al hombre acudir durante treinta y ocho años. No se nos dice que fuese allí precisamente para ofrecer un sacrificio de acción de gracias. En cambio, el contexto posterior da a entender que el hombre no había sido sanado aún *espiritualmente.* Ésta es una buena razón para que Jesús le buscase y le dijese: *«Mira, ya estás sano; no peques más, para que no te suceda alguna cosa peor»*. Hay quienes piensan que este hombre había cometido algún pecado especial por el cual le había sobrevenido la enfermedad. Pero Jesús se refiere sólo a su actual condición espiritual, bien expresada en el griego por el presente de imperativo con el cual viene a decirle: «No continúes en pecado». Con ello, le estimulaba a ponerse en correcta relación con Dios y cambiar de vida. *«Para que no te suceda alguna cosa peor»;* ¿Qué peor cosa que la condenación eterna? Volver al pecado después de una salvación tan grande de cuerpo y alma, ya sería una ofensa tremenda y una horrible ingratitud hacia el que tan compasivamente se había apiadado precisamente de él entre tantos otros. No está de más comparar el caso con 8:11 y 9:3.

VIII. El informe que este hombre fue a dar: *«El hombre se fue y les contó a los judíos que era Jesús el que le había sanado»* (v. 15). El hombre marchó con la gratitud en el corazón y sin mala intención. Como comenta Ryle, «al hombre se le había enseñado a respetar a los gobernantes y ancianos y es natural que desease darles la información que le habían pedido, sin razón para suponer, por lo que podemos ver, que ello resultaría en perjuicio de su bienhechor». En efecto, los judíos no le habían dicho a este hombre lo que después le dijeron al recién curado ciego de nacimiento: *«Sabemos que ese hombre es pecador»* (9:24). Hendriksen hace notar un detalle muy interesante: Mientras los judíos le habían preguntado hombre: *«¿Quién es el que te dijo: Toma tu camilla y anda»* (v. 12), el hombre «*les contó a los judíos que era Jesús,* no el que le había dicho: Toma tu camilla y anda, sino *el que le había sanado»*. Y el evangelista concluye la narración con esta triste observación: *«Por esto, los judíos perseguían a Jesús, y procuraban matarle, porque hacía estas cosas en sábado»* (v. 16). Por aquí vemos: 1. Cuán absurda e irracional era la enemistad que los judíos le tenían a Cristo: *«Por esto»;* precisamente por sanar a un enfermo en sábado, por hacer el bien, tal bien, y por medio de un milagro, quieren perseguirle, y perseguirle hasta darle muerte; 2. Cómo querían cubrir su perversidad bajo capa de celo por la Ley: *«porque hacía estas cosas en sábado».* Así cubren los hipócritas con capa de *forma de piedad* su total carencia de la *eficacia de ella.* Los verbos de este versículo 16 están en imperfecto, de tal forma que, como observa Ryle, podría hacerse la siguiente paráfrasis: «Desde este momento, los judíos comenzaron a perseguir a Jesús y estaban buscando la ocasión de poder darle muerte, porque Él se había habituado a hacer estas cosas en sábado»; y aduce en confirmación de esto el que, mucho después, Jesús se refiera a este milagro cuando dijo: *«¿Os enojáis conmigo porque sané completamente a un hombre en sábado?»* (7:23).

Versículos 17–30

Mensaje de Jesús con ocasión de haber sido acusado de quebrantar el sábado.

I. La verdad en que se basó para justificar lo que hizo en día de reposo: *«Hasta ahora mi Padre trabaja, y yo también trabajo»* (v. 17). Es cierto que Dios descansó en el séptimo día de la obra de la *creación* (Gn. 2:1–3), pero no descansa en la obra de la conservación y providencia (Hch. 14:17), ni en la obra de la salvación. Filón escribió: «Dios nunca cesa de trabajar. Así como es propiedad del fuego el quemar, y de la nieve el enfriar, así también es propiedad de Dios el trabajar». Y, comoquiera que el Padre hizo todas las cosas mediante el Hijo (1:3), mediante el Hijo las conserva (Col. 1:17; He. 1:3), y mediante el Hijo nos salva (Tit. 2:11–14), Jesús añade: «*y yo también trabajo»,* puesto que, al ser *una* misma la naturaleza del Padre y del Hijo (10:30), también ha de ser *una* misma la *acción;* ambos están necesariamente unidos en la misma empresa.

II. La ofensa que recibieron los judíos con estas palabras de Jesús: *«Por esto, pues, procuraban más aún los judíos matarle»* (v. 18a). La justa defensa de Jesús era para ellos una injusta ofensa. Ese *«más aún»* da a entender claramente que los judíos, ya furiosos por lo que ellos creían ser quebrantamiento del sábado, se pusieron todavía más furiosos al oír lo que para ellos era una blasfemia, pues comprendieron cabalmente que, al identificarse de tal modo con el Padre, *Cristo se hacía igual a Dios* (v. 18b). Habría sido blasfemia si Jesucristo no fuese realmente Dios, pero es una gran verdad. Lo que los teólogos liberales no aciertan a ver, lo comprendieron bien los judíos en las palabras de Jesús. En esta porción como en todo su evangelio, Juan deja bien claro el propósito que tuvo al redactarlo (v. 20:30–31). Si Cristo es el Hijo de Dios, aceptarlo por fe es algo necesario para *«que, creyendo, tengamos vida en su nombre»* (20:31).

III. A esto responde Jesús con una exposición más amplia de la verdad que acababa de declarar y, en lugar de rebajar en algo lo que había dicho, refuerza todavía su justa pretensión, sin temor de que los judíos arrecien en su furia contra Él. Comienza con una de sus más solemnes frases: *«De cierto, de cierto os digo»* (v. 19). Como si dijese: «Os aseguro y os doy mi palabra, que es la Palabra del Padre, de que lo que os voy a decir es una solemne verdad». Y les dice:

1. *En general*, que es uno con el Padre en todo lo que hace, pues:

(A) El hijo no puede hacer nada independientemente del Padre: *«No puede el Hijo hacer nada por su cuenta* (lit. *de sí mismo), sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que Él hace, también lo hace igualmente el Hijo»* (v. 19). La voluntad humana de Jesús estaba totalmente sometida a la voluntad de Dios (4:34; 8:29; He. 10:7); y, en cuanto Dios, no estaba sometida, sino que era (y es) *una* misma con la del Padre. Nótese el verbo *«ve»* en contraste con el *«oiga»* (16:13) referido al Espíritu Santo. Espiritualmente se llama «ver» al «entender». Por lo que, al ser el Hijo *la Luz* sustancial del Padre y *el resplandor de su gloria* (1:9; 8:12; 12:46; He. 1:3), es también el *Verbo* en el que Dios Padre ve todas las cosas. Así pues, el Hijo no puede hacer, sino lo que ve hacer al Padre, no por falta de poder, sino por comunión de esencia y operación. Para el Hijo, el Padre, no puede tener secretos, pues *nadie conoce a fondo al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo resuelva revelarlo* (Mt. 11:27; Lc. 10:22). Al ser Luz sustancial, en Cristo el *ver* es *hacer;* por eso, hace lo que ve hacer al Padre.

(B) Aunque el Hijo procede por la vía de la mente, el Padre lo engendra con amor y recostándolo en su seno (1:18), *«le muestra todo lo que Él hace»* (v. 20), le comunica, con sus secretos planes, el poder para llevarlos a cabo, tanto en la providencia de las cosas ordinarias como en la realización de milagros. Todo lo que Jesús hacía, lo hacía bajo la dirección del Padre. «Mayores cosas que *éstas»* (la de curar al paralítico de la piscina) serán el resucitar muertos (v. 11:43–44) y el resucitarse a Sí mismo (10:18). *«Para que vosotros os admiréis.»* No dice: «para que creáis», puesto que aun cuando ése era su objetivo (20:31), estos judíos no estaban en la disposición receptiva necesaria. Hay muchos que llegan hasta la admiración de las obras y de las enseñanzas de Cristo, por lo que Él obtiene gran honor, pero no llegan a creer de veras en Él, con lo que ellos se privan del mayor beneficio posible.

2. *En particular.* Luego demuestra su igualdad con el Padre al declarar específicamente algunas de las obras que son propias de Dios y que Él mismo también las lleva a cabo (vv. 21–30). Obsérvese:

(A) Lo que se dice aquí sobre el poder del Mediador para resucitar a los muertos y dar la vida:

(a) Su *autoridad* para hacerlo: *«Porque como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere»* (v. 21). Es una prerrogativa divina levantar a los muertos y darles vida, tanto en el orden natural como en el espiritual. Una resurrección de los muertos nunca es obra de la naturaleza misma, sino que es puramente obra del poder de Dios, así como el poder de conocerlo nosotros es obra exclusiva de la revelación divina. El Mediador está investido de este Poder: «*el Hijo da vida a los que quiere».* Esto no indica arbitrariedad, sino que su poder y su acción de vivificar no se deben a una necesidad como la del sol, que no puede menos de enviar sus rayos; por el contrario, Cristo es un agente libre. Y, así como posee el poder divino, también posee la sabiduría y la soberanía de Dios: *«Tiene las llaves de la muerte y del Hades»* (Ap. 1:18b).

(b) Su *capacidad* para hacerlo: *«Porque como el Padre tiene vida en Sí mismo, así también le ha dado al Hijo el tener vida en Sí mismo»* (v. 26). El Hijo, en cuanto Dios, es engendrado por el Padre; la Palabra vive del que la dice. En cuanto hombre, Jesús es el Mediador entre Dios y los hombres, ha venido lleno de vida, como de gracia y de verdad, para darlas y darlas en abundancia (1:16; 10:10). Puede juzgar

el que vino a salvar (Lc. 19:10); puede levantar a los muertos quien vino a entregar su vida para que los pecadores puedan salir de muerte a vida (v. 24, comp. con 1 Jn. 3:14).

(c) Su *actuación,* de acuerdo con su autoridad y su capacidad. Hay dos clases de resurrección llevadas a cabo por la palabra poderosa de Jesús: *Primera* en el orden espiritual que tiene lugar en la presente vida: *«De cierto, de cierto os digo: Llega la hora, y ahora es* (es decir *ya estamos en ella), cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan vivirán»* (v. 25). Que aquí se trata de la vida espiritual, por la que se sale de la tumba del pecado a la justificación por la gracia, se prueba tanto por el texto como por el contexto: El texto de *los que oigan la voz* con lo que se advierte una selección; esta selección la hace *el Hijo de Dios,* porque *tiene vida en Sí mismo* (v. 26); y los que la oyen y creen *tienen vida eterna y no vendrán a condenación, sino que han pasado de la muerte a la vida* (v. 24). Es cristiano el que ha oído la voz del Salvador y ha creído en Él. Creer en Él es creer también *al que le envió* (v. 24), pues el objetivo de Cristo es llevarnos al Padre. Cristo, como hombre, es el *camino* (14:6). Cristo, como Dios, es nuestra *meta* (14:9). Vemos también aquí el gran certificado que garantiza el perdón al creyente: *«No vendrá a condenación»* (comp. con Ro. 8:1). *«No viene a juicio»*—dice el original—, porque, aun cuando el creyente ha de comparecer ante el tribunal de Cristo (Ro. 14:10; 2 Co. 5:10) no será para juicio, sino para recoger recompensa, según lo que haya edificado (comp. con 1 Co. 3:11–15). A esta resurrección espiritual se refiere Pablo en Efesios 2:1 y ss. *Segunda,* en el orden material. Esta *«está para llegar»* (v. 28). En ella, no algunos, sino *todos los que están en los sepulcros oirán su voz* (la del Hijo del Hombre—v. 27—). *«Los que hicieron lo bueno»,* porque creyeron en el Hijo (3:36), *«saldrán a resurrección de vida»;* es decir, saldrán del sepulcro para vivir eternamente; en cambio, *«los que hicieron lo malo»* (lit. *lo trivial, lo inútil.* Comp. con 2 Co. 5:10, pero el contexto es diferente) saldrán del sepulcro *«a resurrección de condenación»* (v. 29); no para vivir, sino para morir eternamente para la *«muerte segunda»* en que estarán siempre muriendo sin acabar de morir. La alternativa es tan tremenda que nunca es exagerado insistir en su importancia (comp. con Dn. 12:2). De este versículo, como de otros lugares no se puede deducir que la resurrección de los creyentes y la de los incrédulos sean simultáneas, puesto que Apocalipsis 20:4–6 pone claramente un intervalo de mil años entre ambas.

(B) Lo que se dice aquí sobre el poder del Mediador y su autoridad para ejecutar el juicio (vv. 22–23, 27). Así como tiene poder omnímodo para dar la vida, así también tiene jurisdicción soberana para ejecutar juicio. La comisión de Jesucristo como juez es declarada aquí de dos maneras:

(a) En su calidad de *Hijo de Dios.* En este aspecto, se nos dice que *«ni aun el Padre juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo»* (v. 22). Aun cuando la ejecución de juicio divino es, de suyo, prerrogativa común de las tres personas divinas, se atribuye con toda razón al Hijo por ser Éste la Palabra personal del Padre: *el Verbo de Dios* (1:1; Ap. 19:13). Por ser el Verbo la Palabra personal en la que el Padre ve, conoce y juzga todas las cosas, bien se puede decir que a Él le compete juzgar, por cuanto es el *Juicio* vivo y personal del Padre. En el Hijo reconcilia Dios a la humanidad (2 Co. 5:19), y en el Hijo también juzga y condena a quienes no han creído (8:24). Además, el Padre no juzga a nadie, porque quiere que todos sean salvos (3:16–17 comp. con 1 Ti. 2:4); mientras que el que se condena es *«porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios»* (3:18); justo es, pues, que se vea expuesto, en el último día a *«la ira del Cordero»* (Ap. 6:16–17). Para salvarse es necesario estar inscrito en *«el libro de la vida del Cordero»* (Ap. 13:8; 17:8).

(b) En su calidad de *Hijo del Hombre,* lo cual expresa su función mediatorial como Mesías: «Y *también le dio autoridad de ejecutar juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre»* (v. 27). El que vendrá a ejecutar juicio es el mismo que vino a salvar a los hombres mediante su muerte en la Cruz del Calvario; Él es *el único Mediador entre Dios y los hombres* (1 Ti. 2:5). En este sentido su autoridad le viene del Padre: *«le dio autoridad».* Todo esto redunda en honor del Hijo, lo mismo que del Padre (v. 23), y sirve de gran consuelo a los creyentes, quienes tienen así la seguridad de que han puesto su vida en buenas manos. Esta autoridad le ha sido concedida a Cristo, como Hijo del Hombre por dos razones: *Primera,* porque al ser en la forma de Dios e igual al Padre, condescendió a hacerse *uno de tantos,* en todo semejante a nosotros, excepto el pecado (Fil. 2:6–8; He. 2:11 y ss.; 4:15). Su afinidad con nosotros, el ponerse de nuestra parte, le acreditó a ser hecho Señor de todos ante quien toda criatura debe doblar la rodilla, y toda lengua confesarle por Señor, para gloria de Dios Padre (Fil. 2:9–11). *Segunda,* porque, al ser el Mesías prometido, había de venir investido de todo poder, no sólo sobre el pueblo judío, sino sobre toda criatura (Mt. 28:18; Jn. 20:21–23). *El Padre le envió* (v. 23). Por tanto, la afrenta que se haga al Embajador del Padre, se le hace al Padre mismo.

IV. Jesús resume ahora la argumentación que comenzó en el versículo 19: *«No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre»* (v. 30, comp. con 4:34; 6:38). Hay quienes opinan, como Ryle, que el «yo» enfático de la primera frase es señal de que Cristo no se refiere a Sí mismo ya como Hijo del Hombre, sino que expresa la relación intratrinitaria por la que el Hijo no obra independientemente del Padre. Sin negar el trasfondo intratrinitario es preferible la opinión de que Cristo habla aquí como Enviado del Padre. Lo confirman dos detalles: 1) el verbo *«oigo»;* compárese con 15:15, en contraste con el *«ve»* del v. 19; 2) la mención de su voluntad en contraposición con la del Padre, lo cual sólo puede entenderse de su voluntad *humana* (comp. con Mt. 26:39, 42 y paralelos). Al ser el Enviado del Padre, no puede traernos otra revelación ni pronunciar otros juicios que los que ha recibido del Padre. Y, como siempre hace la voluntad del Padre (v. 3:17; 4:34; 6:38; 8:29), y el Padre siempre juzga con rectitud (Sal. 51:4; Ro. 3:4; etc.), el juicio de Jesús es también siempre recto. Por consiguiente, los judíos que se oponen a Cristo por lo que acaba de hacer y decir, se están oponiendo a Jehová, al Dios mismo de Israel. Por eso, hallamos en Mateo 17:5 la voz de Dios que dice de Jesús: *«Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a Él oíd»*. Con esto quedan también refutados cuantos dicen o piensan que se puede ir a Dios por otro camino que Cristo (comp. con 14:6).

Versículos 31–47

En estos versículos, Jesús presenta las credenciales que le atestiguan como Enviado de Dios.

I. Comoquiera que los judíos, según la Ley (Dt. 19:15), exigían el testimonio de *dos* testigos, Jesús condesciende a retirar por ahora su propio testimonio, porque no lo necesita (comp. con 8:13–17 y se verá que no hay contradicción con 5:31) y dice a los judíos: *«Si yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio no es verdadero* (lit. *verídico;* gr. *alethés)»;* es decir, «no es válido según la ley».

II. En cambio, presenta *seis* testimonios, más que suficientes para demostrar la verdad de sus palabras y la rectitud de sus obras:

1. El testimonio del Padre: *«Otro es el que da testimonio acerca de mí, y sé que el testimonio que da de mí es verdadero»* (v. 32). Hay exegetas que entienden aquí el testimonio de Juan el Bautista, por el contexto posterior, pero es mucho más probable que se refiera al testimonio del Padre, puesto que: (A) Todos los verbos del versículo están en presente, mientras que el testimonio de Juan pertenecía ya al pasado; (B) la semejanza con 8:16–18 demuestra que este primer testigo es el Padre. Al oír esto, los judíos se quedarían perplejos sin saber a quién aludía (comp. con 8:19), al deducir al fin, que se refería al Bautista, por lo que Jesús aduce a continuación el testimonio de éste. El Padre, al enviar al Hijo al mundo, *le puso el sello* (6:27, lit.) que le acreditaba como Enviado suyo. Por eso, el que no cree en Jesús, *hace a Dios mentiroso* (v. 1 Jn. 5:9–12).

2. También Juan el Bautista dio testimonio de Jesús: *«Vosotros enviasteis mensajeros a Juan* (v. 1:19), y *él dio testimonio de la verdad»* (v. 33). Nótese el verbo en pasado». Con este objetivo surgió el Bautista: *Para dar testimonio de la luz que es Cristo* (1:6–9). El testimonio de Juan había sido *público y solemne,* pues lo había dado abiertamente ante la embajada de sacerdotes y levitas que los judíos de Jerusalén habían enviado para interrogarle. Esto dio a Juan la oportunidad de dar *testimonio de la verdad.* No dice: *«de* mí», sino, con toda modestia e imparcialidad: *«de la verdad»,* aun cuando Él mismo era la verdad (14:6). Dos cosas se añaden aquí acerca del testimonio de Juan:

(A) Que había una clase de testimonio que Jesús no necesitaba: *«Pero yo no recibo testimonio de parte de hombre alguno»* (v. 34a). Cristo no necesita credenciales ni certificados humanos, pues lleva consigo su propia garantía como lleva consigo su propia autoridad y excelencia. ¿Por qué, pues, aduce el testimonio del Bautista? *«Mas digo esto para que vosotros seáis salvos»* (v. 34b). Como si dijera: «No necesito del testimonio de Juan, pues basta mi propio testimonio; pero, ya que vosotros tuvisteis respeto y aprecio a Juan, aduzco su testimonio a fin de que creyéndole a él, que dio testimonio de mí, os inclinéis a creerme a mí y podáis así ser salvos, pues eso es lo que más deseo y para eso he venido» (comp. con Lc. 19:10). Cristo desea la salvación de todos, incluso de sus más encarnizados enemigos y perseguidores (v. Lc. 23:24).

(B) Que era un testimonio acerca de Juan, aun siendo éste un hombre, por el respeto que ellos tenían al Bautista (v. 35). Donde vemos:

(a) El carácter del Bautista: *Él era una lámpara que ardía y alumbraba».* No era la luz (1:8), sino una *lámpara,* es decir, una luz derivada y subordinada. *«Ardía* y *alumbraba»;* nótese el orden de los verbos: un creyente no puede alumbrar con su palabra, si no arde con su amor. Ardía de veras, no fingía arder, porque el fuego pintado puede reflejar la luz y brillar de algún modo, pero sólo el fuego verdadero arde; esto denota actividad, celo y fervor. El fuego no dice: «¡Basta!» (Pr. 30:16). Y el fuego santo es un fuego de amor, al que no pueden apagar las aguas ni los ríos (Cnt. 8:7). Por ser fuego necesita combustible, algo en que cebarse; tiende a extenderse por lo que resulta buen ministro de Dios (Sal. 104:4). Juan también alumbraba al arder; no era un fuego lento, que no brilla ni un fuego subterráneo que no calienta, sino un fuego con fervor y brillo; lo que, en buen castellano, se llama «lumbre» (ésta es la exacta traducción de *phos* en Mr. 14:54; Lc. 22:56). Ésa es la clase de luz con que todo creyente debe brillar (Mt. 5:16).

(b) La atención que suscitó entre el pueblo: *«Y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz».* Por Mateo 3:5 y ss., vemos la popularidad que Juan alcanzó rápidamente entre el pueblo. Todos parecían estar orgullosos de que en su generación surgiera un profeta tan grande como Juan. Llegaron a tomarle por el Mesías. Pero esta conmoción gozosa pasó pronto; fue sólo *«por un tiempo»,* como los niños con una fiesta de fuegos artificiales. Pero, cuando Juan comenzó a desengañarles y a poner el dedo en la llaga de cada uno, pronto se cansaron de él y dijeron que tenía demonio (Mt. 11:18; Lc. 7:33), como si estuviera fuera de sí por la austeridad con que vivía. Además, Juan tuvo poco tiempo para ejercer su ministerio, porque Herodes le puso en prisión. Los fieles ministros de Dios arden tanto que, de ordinario, se consumen pronto, no sólo por el fervor con que trabajan, sino porque sus enemigos y, con frecuencia, aun los miembros mismos de sus congregaciones les arruinan la salud. Esto es particularmente cierto con respecto a los falsos profesantes, quienes suelen enfriarse tanto más pronto cuanto parecieron al principio ser los más calientes. Cristo menciona estos detalles acerca de Juan y de la oposición que los enemigos de la luz le habían presentado, a fin de condenar la oposición que Él mismo tenía que soportar de parte de ellos. Si hubiesen continuado en el respeto a Juan, le respetarían ahora a Él. Pero así se muestra cómo muchos de los que se regocijan en la luz no están dispuestos a andar en ella.

3. El testimonio de las obras mismas que Jesús llevaba a cabo: *«Mas yo tengo mayor testimonio que el de Juan, porque las obras que el Padre me dio para que las llevase a cabo* (v. 4:34; 10:25, 38; 14:11; 17:4; 19:30), *las mismas obras que yo hago dan testimonio de mí, de que el Padre me ha enviado»* (v. 36). Juan no había hecho ningún milagro (10:41), pero Jesús hacía muchos, grandes, visibles, públicos, beneficiosos y sin fraude. El Evangelio de Juan nos refiere cuatro veces esta apelación a los milagros de Jesús como prueba de que era el Enviado del Padre (3:2; 5:36; 10:25; 15:24). Estamos tan hechos a leer los evangelios, que nos parece normal encontrar en ellos los muchos y grandes milagros que hizo Jesús; pero a la generación que los presenció, debieron de hacerle una impresión tremenda. Esta tremenda evidencia no podía ser puesta en duda. En realidad, no se atrevieron a negarla, sino que apelaron al blasfemo recurso de atribuirlos a un pacto con Satanás. A quienes los niegan hoy, conviene refrescarles la memoria con este detalle tan significativo. Con todo, Jesús no se atribuye a sí mismo una iniciativa independiente en la realización de sus milagros, sino que, tanto en los mensajes que pronuncia, como en los milagros que lleva a cabo, siempre da la gloria al Padre: *«las obras que el Padre me dio»* (v. 14:10; 17:8); obras que fueron planeadas en el seno de la Trina Deidad desde antes de la fundación del mundo. El testimonio de Dios es siempre superior (infinitamente superior) al de cualquier hombre (v. 1 Jn. 5:9). La vida entera de Jesús fue un canal purísimo a través del cual Dios mostró Su naturaleza a los hombres (1:14; 14:9; 1 Ti. 3:16; 1 Jn. 4:2). A través de Jesús podemos ver, no sólo el poder, sino también la sabiduría y el inmenso amor del Padre. De estas obras extraordinarias dice Jesús tres cosas: (A) que *le fueron dadas por el Padre;* del Padre les venía el designio y el poder; (B) que le fueron dadas *para que las llevase a cabo,* lo cual hizo Él con toda perfección, con sumo agrado y arrostrando terribles fatigas, persecuciones y padecimientos; (C) que esas obras *daban testimonio de Jesús,* pues nadie, sino un Enviado de Dios podía hacerlas; y no un enviado cualquiera, como un criado enviado por el amo, sino como un Hijo enviado por el Padre. Dios no envió un ángel a morir por nosotros, sino que vino Él mismo en la persona del Hijo.

4. A continuación, Jesús presenta con mayor amplitud el testimonio personal del Padre respecto de Él: *«También el Padre que me envió, ha dado testimonio de mí. Nunca habéis oído su voz ni habéis visto su aspecto»* (v. 37). Es cierto que Dios había hecho oír su voz en testimonio de Jesús, tanto en su

bautismo como en su transfiguración (v. Mt. 3:17; 17:5); pero esto no sería prueba suficiente para los interlocutores, puesto que, a la primera de dichas ocasiones, sólo Juan el Bautista oyó esa voz; en la segunda, sólo Pedro, Juan y el hermano de éste, Santiago el Mayor, habían oído la voz del Padre. A la vista de esto y del inmediato contexto posterior es mucho más probable que Jesús se refiera al testimonio de las profecías del Antiguo Testamento. El Padre había testificado abundantemente del Mesías en los siglos pasados. Si ellos hubiesen prestado atención a este testimonio, no andarían a ciegas respecto a las credenciales de Jesús como Mesías, pero ellos habían fracasado voluntariamente en reconocer en las palabras de Jesús *la voz de Dios*, y en las obras y la conducta toda de Jesús *el aspecto de Dios*, es decir, la *forma externa* (gr. *eidos*) en que el Dios esencialmente invisible (1 Ti. 6:16) se manifestaba a través de Cristo (1:18; 14:9). Los judíos, al desconocer este testimonio mostraban: (A) Ignorancia de Dios, como la podría tener un hombre de otro hombre a quien jamás hubiese visto ni oído. Siempre ocurre lo mismo: La ignorancia de lo que la Biblia nos dice acerca de Dios es la única razón por la que los hombres rechazan el testimonio que la Palabra nos presenta acerca de Jesús y de la salvación que vino a traer al mundo; (B) rebeldía contra Dios, puesto que no permitían que la Palabra que estaba *en medio* de ellos, penetrase de veras *dentro* de ellos: *«Ni tenéis su palabra morando en vosotros»* (nótese el verbo «morar», que siempre implica comunión). La Biblia Hebrea brillaba ante los ojos de ellos y sonaba en sus oídos, pues se leía siempre en voz alta pero no penetraba en el corazón de ellos ni gobernaba la conducta. ¿De qué les servía el que les hubiesen sido encomendados los oráculos de Dios (Ro. 3:2), cuando no observaban lo que estos oráculos demandaban? Donde la Palabra de Dios no permanece, sino que se oye o se lee a la ligera, no puede hacer la obra a la que está destinada (v. Stg. 1:22–25). ¿En qué se conocía que la Palabra de Dios no moraba en ellos? En que no reconocían, por medio de ella, en Jesús al Mesías: *«Porque a quien Él envió, vosotros no creéis»*. Sólo convirtiéndose al Señor, se quita el *velo* que oculta la fuerza de este testimonio (v. 2 Co. 3:14–16), porque el Espíritu Santo guía hacia la verdad (14:26; 15:26; 16:13), descubre las cosas de Dios (1 Co. 2:10–16) y calienta el corazón (Lc. 24:32) para escucharlas y ponerlas por obra. El morar de la Palabra y del Espíritu en nosotros se muestra por sus efectos, especialmente por el recibimiento que se hace al Enviado de Dios.

5. El testimonio que a continuación presenta Jesús va directo a las Escrituras del Antiguo Pacto: *«Escudriñad (*o *«Escudriñáis») las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna»*. Como el presente de indicativo y el presente de imperativo son iguales en griego, discuten los comentaristas si se ha de leer *«escudriñad»* o *«escudriñáis»* (v. la RV 1977. Nota del traductor). En el primer caso, Jesús estaría incitando a los judíos a que estudiasen bien las Escrituras para percatarse de que ellas dan testimonio de Él. La mayoría de los comentaristas antiguos, incluyendo al Crisóstomo, Agustín de Hipona, Lutero, Calvino y Ryle, lo entienden así. En el plano devocional, es aprovechable este sentido. Debemos estudiar la Biblia con toda diligencia, y profundizar en cada pasaje cuanto nos sea posible, y comparar unas porciones con otras, y no sólo ver lo que nos enseñan, sino también cumplir lo que nos mandan. Quienes deseen hallar a Cristo han de escudriñar las Escrituras, lo cual requiere diligencia en buscar y deseo de hallar. Hemos de buscar con mayor empeño que el que lleva a los hombres a las minas de oro o plata y a los buscadores de perlas. Decía Lutero: «Hallamos al infante en la cuna, a Cristo le hallamos en la Biblia». Sin embargo, la mayoría de los comentaristas modernos entienden la frase en indicativo. Hendriksen tiene toda la razón cuando, en favor de este sentido, arguye que es el único que da razón del contexto, tanto anterior («su *palabra* está entre vosotros, pero *no mora en vuestro corazón»),* como, especialmente con el posterior *(«porque a vosotros os parece que en ellas tenéis vida eterna»).* Los judíos no estaban equivocados al pensar que en las Escrituras hay vida eterna, pero lo que Cristo quiere hacerles ver es que, por mucho que escudriñen la letra de las Escrituras, no les aprovechará para la vida eterna, porque no aciertan a verle a Él en las Escrituras, al ser así que *«ellas dan testimonio de mí»*, esto es de Cristo; si se les quitara el velo del corazón, el conocimiento intelectual que tenían de las Escrituras les llevaría a Jesús, en quien está la vida (v. 40, comp. con 1:4; 3:36; 5:21; 6:33 y ss.; 10:10; 20:31; 1 Jn. 5:11–13). Era proverbio corriente entre los judíos que «el que tiene las palabras de la Ley tiene vida eterna». Y los rabinos llegaban a decir que Dios mismo en el Cielo no tiene mejor ocupación ni mayor contentamiento que leer la Ley. Tenían sumo cuidado, no sólo en examinar y memorizar todas sus palabras, sino también en distinguir y retener los acentos para modular su lectura y las tildes cuya confusión u omisión puede influir en una incorrecta lectura. Sin embargo, preocupados excesivamente por la letra se les escapaba el espíritu. El rabino Saulo recordaba esto cuando escribía *«la letra mata, pero el espíritu vivifica»* (2 Co. 3:6. V. todo el contexto posterior, que retrata bien el estado de los judíos con los

que Cristo habla en Jn. 5). Nótese ese *«no queréis»* del versículo 40, que explica la triste condición de todo el que no recibe a Cristo (comp. con 7:17). Jesús va a las raíces mismas de la actitud hostil de los judíos contra Él, al descubrir los perversos motivos que anidaban en el corazón de ellos (comp. con Jer. 17:9). La gente no se condena por falta de luz, sino por falta de *voluntad.* Un corazón en tinieblas impide que la mente funcione razonablemente (v. Ro. 1:21).

Esto se echa de ver en el versículo 41: *«Gloria de los hombres no recibo».* Algunos comentaristas no aciertan a ver el sentido de este versículo, pero el sentido es claro, pues equivale a decir: «Todo esto no lo digo por pensar que merezco ser alabado por vosotros, sino porque deseo vuestra salvación». Parece responder a una maliciosa suposición de sus interlocutores, como expone Hendriksen. Es probable que los judíos pensasen: «Este individuo se enfada porque le acusamos de quebrantar el sábado y de hacerse igual a Dios. Si le hubiéramos aplaudido por el milagro que hizo al curar al paralítico, se habría quedado satisfecho». A esto Jesús contesta: «No, yo no busco alabanzas de parte de los hombres; no es aplauso lo que busco. La razón de todo lo que estoy diciendo no es mi afán de gloria, sino vuestra falta de sinceridad». Y, a continuación, les declara las razones por las que no quieren recibirle como a Enviado de Dios:

(A) Falta de amor a Dios: *«Pero yo os conozco, que no tenéis amor de Dios en vosotros mismos»* (v. 42). La razón por la que tantos menosprecian a Cristo es que no aman a Dios. En el versículo 37 les había reprochado Jesús su *ignorancia* de Dios; ahora les reprocha su *falta de amor* a Dios. Así, en un círculo vicioso, muchos no aman a Dios porque no le conocen de veras ni desean conocerle. Los judíos se jactaban de amar a Dios y de observar sus mandamientos, pero «su *celo de Dios no correspondía a un correcto conocimiento de Él»* (v. Ro. 10:2). Hay muchos que profesan amar a Dios, pero no lo muestran en su conducta *al no seguir la santidad, «sin la cual nadie verá al Señor»* (He. 12:14). Cristo *sabía* que ellos no tenían amor de Dios (v. comentario al v. 6). No pensemos que podemos engañarle con falsas profesiones, porque Él atraviesa con su mirada todas las caretas, por muy bellas que sean las máscaras que nos pongamos. Podemos engañar a nuestros vecinos, amigos y hermanos; podemos incluso engañarnos a nosotros mismos; pero no podemos engañarle a Él.

(B) La búsqueda de vanidades y sensacionalismos: «*Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viene en su propio nombre, a ése recibiréis»* (v. 43). Los escritores antiguos opinaron que Jesús se refería aquí al Anticristo. No hay razón alguna para opinar así. Es cierto que el Anticristo engañará a muchos (v. 2 Ts. 2:9–10; Ap. 13:14), pero Cristo se refiere aquí probablemente a los muchos falsos «cristos» que aparecieron en los siglos I y II de nuestra era (v. Hch. 5:36–37, y el Barkokhba—132–135 d.C.—, de quien el rabino Akiba dijo que era *«la estrella de Jacob»* de Nm. 24:17). Según Stier, citado por Ryle, no menos de 64 falsos «Mesías» aparecieron con esta pretensión y tuvieron cierto crédito entre los judíos. La inclinación a creer a falsos profetas y maestros es proverbial entre los buscadores de sensacionalismos que halagan la vista y el oído (v. 2 Ti. 4:3–4). Los *fuegos fatuos* fascinan más que el fuego real. Hasta muchos creyentes prefieren sermones que satisfagan su curiosidad a mensajes que pongan el dedo en la llaga. Predicadores que declaman y gesticulan son, para los creyentes inmaduros, preferibles a los sanos y competentes expositores de la Palabra de Dios. ¡Desgraciado el ministro de Dios que busca así su propia gloria! Peor es todavía el caso del predicador que falsea, por ignorancia o por malicia, el claro sentido de la Palabra. Recuerdo (nota del traductor) dos predicadores (el uno un cura católico; el otro, un predicador «evangélico») a quienes les oí la siguiente barbaridad: «¿Prepararse para subir al púlpito? ¡Para eso, está el Espíritu Santo!» Para ellos era pura receptividad al Espíritu lo que, lisa y llanamente, no es otra cosa que tentar a Dios.

(C) La búsqueda del aplauso ajeno, con propaganda recíproca y autobombo: *«¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?* (lit. *de parte de Dios solo)»* (v. 44). Como hace notar Hendriksen, el vocablo mismo «judío», proveniente de «Judá», significa «alabado». Pablo recuerda a sus compatriotas que *«la alabanza del cual* (del judío genuino) *no viene de los hombres, sino de Dios»* (Ro. 2:29). Pero al buscar la propia gloria, estos judíos buscaban la alabanza de los hombres y, en su propio orgullo, despreciaban a Jesús. Vemos:

(a) La ambición por obtener alabanzas de los mundanos al contrario que Cristo (v. 41). Jesús viene a decirles: «Deseáis recibir gloria unos de otros y eso es todo lo que apetecéis. Otorgáis honor a otros y los aplaudís, únicamente para que ellos, a su vez os honren y aplaudan a vosotros». De éstos dijo Cristo: *«De cierto os digo que ya están recibiendo su recompensa»* (Mt. 6:2, 5, 16).

(b) El menosprecio de la alabanza de Dios: *«no buscáis la gloria de parte de Dios solo»*. Este gran honor pertenece en exclusiva a los creyentes verdaderos; todos los que creen en Cristo reciben de Dios *«gloria, honra, inmortalidad y paz»*, pues son ellos quienes *la buscan de Él* (Ro. 2:7, 10). Éste es el premio de *vida eterna*, no de *aplauso temporal*.

(c) La influencia que estas malas disposiciones ejercían en su incredulidad: *«¿Cómo podéis vosotros creer ...?»* La ambición de honor y gloria por parte del mundo son un tremendo obstáculo para creer en Jesucristo, porque hacen al hombre esclavo de un ídolo y conculcador del gran *Shemá* de Deuteronomio 6:4–5. *«Nadie puede servir a dos señores»* (Mt. 6:24).

6. El último testigo al que Jesús apela es Moisés (vv. 45–47). Cristo les muestra:

(A) Que Moisés fue un testigo contra los judíos incrédulos: *«No penséis que yo voy a acusaros ante el Padre»*—les dice Jesús—. Como observa W. Hendriksen, ante los agudos reproches de los versículos que anteceden, es posible que los judíos comenzasen a sospechar que lo que Cristo les dice en el versículo 34b no era verdad, sino que Jesús era un «acusador» al estilo de Satanás, cuando éste se puso a la derecha del Ángel de Jehová para acusar al sumo sacerdote Josué de que las vestiduras que llevaba no estaban limpias (Zac. 3:1–5). Pero no era ese el propósito de Jesús (v. 3:17). Jesús no vino a este mundo como *acusador*, sino como *abogado* (1 Jn. 2:1–2), como Mediador entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5). Incluso en la Cruz, no acusó a quienes le crucificaban, sino que oró al Padre para que les perdonara (Lc. 23:34). Es Moisés, *«en quien tenéis puesta vuestra esperanza, quien os acusa»* (v. 45). Los judíos se jactaban de ser *«discípulos de Moisés»* (9:28) y esperaban que, mediante la observancia de las leyes y ordenanzas que Moisés les había prescrito de parte de Dios, serían salvos. Este Moisés, cuyas instrucciones analizaban y discutían con una casuística extremadamente minuciosa, mostraría ser el verdadero acusador de ellos. Quienes ponen toda su confianza en los privilegios de que disfrutan, se encontrarán un día con que esos mismos privilegios serán sus más temibles testigos contra ellos.

(B) Que Moisés testificó de Cristo y de sus enseñanzas: *«De mí escribió él»* (v. 46b). Mediante tipos y figuras, todo el Pentateuco, redactado por Moisés, apuntaba hacia Cristo; pero hay pasajes como Génesis 3:15; 9:26; 22:18; 49:10, Números 24:17 y Deuteronomio 18:15–18 que se refieren directamente al Mesías venidero. Así que, bien pudo decirles Jesús: *«Si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí»* (v. 46a). Muchos dicen que creen, pero sus acciones demuestran que sus palabras son una mentira. Quienes creen una parte de la Escritura han de creer y poner por obra toda la Escritura, puesto que *toda está inspirada por Dios* (2 Ti. 3:16). El hecho de que estos judíos no creyesen en Cristo, de quien Moisés había hablado tan claramente demostraba que no era verdad que creyesen a Moisés. *«Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?»* (v. 47). Muchos se confunden al leer este versículo, como si Jesús antepusiera la autoridad de Moisés a la suya propia. Pero no es esto lo que Jesús intenta subrayar aquí. La comparación que establece Jesús es entre los *escritos* de Moisés y las *palabras* suyas, y es una especie de silogismo en que las premisas son los escritos de Moisés, y la conclusión la fe en Jesús; como si les dijera: «Para vosotros no hay nada tan sagrado como la Ley de Moisés. Colocáis la *Torah* sobre toda otra autoridad (al menos, en teoría; pues, en la práctica, superponéis las tradiciones de los ancianos). Moisés es vuestro supremo líder, y sus escritos están, en vuestra opinión, por encima de las enseñanzas que cualquier persona, incluido yo, os pueda impartir. Si, por consiguiente, no creéis en lo que *él escribió*, ¿cómo podréis creer lo que yo *diga?»* Argumento contundente, cuya validez nunca caduca. Como concluye Hendriksen: «Negad las Sagradas Escrituras, y todo está perdido. Los judíos necesitaban esta lección; también nosotros la necesitamos hoy».

CAPÍTULO 6

Este capítulo se divide en cinco partes: 1) El milagro de la multiplicación de los cinco panes y los dos peces, pasaje que es referido por los cuatro evangelistas (vv. 1–14); 2) Jesús se retira de la multitud que quiere hacerle rey (v. 15–21); 3) las multitudes acuden a Él en Capernaúm (vv. 22–27), 4) su famoso mensaje sobre el pan de vida (vv. 28–59); 5) los efectos que el mensaje produjo en sus oyentes (vv. 60–71). Éste es el capítulo más largo del Evangelio de Juan.

Versículos 1–14

I. Lugar y tiempo en que fue llevado a cabo este milagro:

1. La región en que Cristo se hallaba: *«Jesús se fue al otro lado del mar de Galilea»* (v. 1). Lucas 9:10 informa que el lugar estaba cerca de Bet-saida. Hendriksen demuestra que esta Betsaida (vocablo que en arameo, significa «casa de pescar») no es la de Galilea, sino la Betsaida *Jutias*. La añadidura: *el de Tiberias* es una referencia claramente inteligible para los lectores del Asia Menor, pues cerca de allí se hallaba la ciudad de Tiberias, fundada el año 22 de nuestra era por Herodes Antipas en honor del emperador reinante, Tiberio.

2. La gente que le acompañaba: «*Y le seguía gran multitud, porque veían las señales que hacía en los enfermos*» (v. 2). Por el contexto posterior, vemos que esta multitud seguía a Cristo, no porque creyesen en Él, sino por curiosidad e interés propio. Sin embargo, Jesús no dejó, por eso, de hacer el bien. Y, al ser el bien, en general, lo que todos apetecen, no es extraño que Jesús se viese siempre rodeado de multitudes. Esto nos enseña a no perder la calma ni la paciencia cuando nos asedia la gente, siempre que estemos sirviendo al Señor y a no excusarnos diciendo que sólo vienen a molestarnos. Los milagros de Cristo hacían que le siguieran muchos que, en realidad, no eran atraídos a Él (v. 44); pero Él seguía haciendo el bien. Obsérvese cuántas veces curó Jesús a los enfermos sin predicarles ningún sermón. «*No nos cansemos de hacer el bien, porque a su tiempo cosecharemos, si no desfallecemos*» (Gá. 6:9). Ya tendremos una eternidad para descansar y regocijarnos en el Señor.

3. El sitio en que el Señor se acomodó con sus discípulos para poder divisar a la multitud: *«Subió Jesús al monte, y se sentó allí con sus discípulos»* (v. 3). Cristo estaba acostumbrado a ser un predicador al aire libre, y su palabra no era peor para los que le seguían fuera, al desierto, que para los que le seguían arriba, al monte, aunque cuesta arriba nos «cuesta» más seguirle. En todo caso quien quiera seguirle podrá hallarle, pues no se esconde de quien sinceramente le busca.

El tiempo en que esto sucedió: *«Después de esto»* (v. 1), de lo que sucedió en la conversación de Jesús con los judíos, referida en 5:19 y ss. «Y *estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos*» (v. 4). Era costumbre de los judíos observar religiosamente los treinta días anteriores a la Pascua. Es probable que la cercanía de la fiesta, cuando la gente sabía que Cristo asistiría a la celebración de la Pascua en Jerusalén, incitase a la gente a poner mayor empeño en seguirle los pasos. Esto nos enseña a poner redoblada diligencia en aprovechar las oportunidades, especialmente las que es probable que no vuelvan a presentarse. Juan añade otro detalle que nos sitúa en la estación primaveral: *«Había mucha hierba en aquel lugar»* (v. 10).

II. El milagro.

1. Primero, Cristo se percató de que le seguía gran multitud: *«Cuando alzó Jesús los ojos y vio que había venido a Él gran multitud …»* (v. 5a). Lo mismo que en el caso de los samaritanos (v. 4:35), Jesús vio complacido la muchedumbre que le seguía y, lejos de sentirse incomodado por su presencia, comenzó a descender de la colina para salirles al encuentro, pues sus entrañas se conmovieron a la vista de la multitud (v. Mt. 14:14). Esto ha de enseñarnos a condescender con quienes son tenidos por el mundo como gente baja. No hemos de considerar como dignos de figurar entre *los perros de nuestro ganado* (Job 30:1) a quienes Cristo considera como *ovejas del suyo* (Jn. 10:27).

2. Luego preguntó qué podía hacerse para dar de comer a tanta gente: *«Dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos panes para que coman éstos?»* (v. 5b). ¿Por qué le preguntó precisamente a Felipe? Los que opinan que esto ocurrió cerca de Betsaida de Galilea, ven en ello una razón para preguntarle a él, puesto que Felipe era de Betsaida y estaría enterado de los lugares en que se podía comprar pan. Juan añade: *«Pero decía esto para probarle»*. Sin embargo, ¿no necesitaban los demás ser probados igualmente? No sabemos, pues, por qué fue a Felipe con esta pregunta; sólo que era uno de los cuatro primeros discípulos de Jesús, y que había presenciado el primer milagro de Jesús, cuando convirtió el agua en vino en Caná. Un detalle que muestra hasta qué punto Cristo era un «hombre para los demás» es que no dice: «¿De dónde compraremos panes para comer todos nosotros?, sino: «para que coman *éstos*». Quienes estén dispuestos a *aceptar* los favores de Cristo sin tener que *pagar* por ellos, tendrán su *pago* precisamente en *aceptarlos* gratis (comp. con Is. 55:1 y ss.). Cristo piensa en comprar para dar, así como Pablo nos exhorta a trabajar para dar (v. Ef. 4:28).

3. El objeto de esta pregunta, ya queda apuntado: *«Pero decía esto para probarle; porque él sabía lo que iba a hacer»* (v. 6). Vemos pues, que Jesús no preguntaba por falta de información. Nosotros con frecuencia, no sabemos qué hacer; pero Él siempre sabe lo que va a hacer. Como a Felipe, también a nosotros nos pregunta a veces, calladamente, para probarnos: para ver si la necesidad de la gente nos conmueve como le conmovía a Él; para ver también si en los actos de Jesús estamos dispuestos a reconocer su soberanía, su poder y su gracia; para ver si en los caminos por los que el Señor nos guía, acertamos a ver «señales» que apuntan a un mensaje determinado que en cada situación nos conviene, porque nos concierne.

4. La respuesta de Felipe: *«Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no bastarán para que cada uno de ellos tome un poco»* (v. 7). Como si dijera: «Ni en la región circunvecina podremos hallar suficiente pan, ni tenemos dinero suficiente para poder comprarlo». Según él, ni aun esa suma de dinero bastaría para que cada uno tomase *«un poco»*, mucho menos, para que todos quedasen satisfechos (v. 12). Jesús podía haberle replicado, como lo hizo en 14:9: *«¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me has conocido, Felipe?»* No culpemos a Felipe de ello, cuando nosotros mismos estamos inclinados a desconfiar del poder de Dios cada vez que nos fallan los medios visibles y ordinarios, con lo que mostramos que no confiamos en Él más allá de lo que podemos ver.

5. La información que Cristo recibió acerca de la provisión de que disponían los discípulos. Fue Andrés quien dio este informe, y en él podemos apreciar:

(A) *La fuerza de su amor* hacia aquellos por quienes estaba el Maestro preocupado, ya que se mostró dispuesto a presentar todo lo que tenía a mano, aunque ellos mismos también lo necesitaban y podía haberse dicho: «La caridad comienza por uno mismo». No no ocultó lo que había hallado, sino que dijo a Jesús: *«Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos»* (vv. 8–9). Es un detalle curioso el que, igual que en 12:20–22, hallemos aquí mencionados juntamente a Felipe y a Andrés, ambos de la misma ciudad y dos de los seis primeros discípulos del Señor (1:41–43). La provisión era ordinaria, pero sana; aunque el pan de cebada era alimento de pobres, no quiere decir que fuese un pobre alimento; y los peces, según el original griego, eran de los que se usan para condimento o sandwich. De todos modos cuando hay hambre, pan y pescado son un festín, y Andrés no sé avergonzó de presentarlo al Señor, y lo hizo con generosidad. Esto nos enseña a tener fe en la providencia del Señor y socorrer a los necesitados, sin temor a que vayamos a morir de hambre. Imitemos a Andrés y a la viuda de Sarepta (v. 1 R. 17:8–16).

(B) *La debilidad de su fe: «Pero, ¿qué es esto para tantos?»* (v. 9b). Ni Felipe ni Andrés tenían en cuenta, como debían tenerlo, el poder de Jesús.

6. Las instrucciones que dio Jesús a sus discípulos: *«Haced recostar a ta gente»* (v. 10). Sin lanzar ningún reproche a Felipe ni a Andrés, Jesús se dispone a obrar: La providencia de Dios irá al mercado y comprará provisiones sin dinero. No había divanes en aquel lugar, pero la hierba prestaba cómodo asiento a los comensales: «Y *había mucha hierba en aquel lugar»; y,* al ser primavera, el aspecto del campo resultaría agradable a la vista (v. Mt. 6:29–30), tanto y aun más que los jardines de Asuero para sus banquetes (v. Est. 1:4 y ss.), pues la pompa que ostenta la naturaleza es la más gloriosa. Fue Dios quien plantó el primer jardín (Gn. 2:8). También el número de los comensales superó al de cualquier banquete: *«Cinco mil varones», sin contar mujeres y niños* (Mt. 14:21). Este gran banquete es figura del que el Señor ofrecerá en el monte de Sion a todos los pueblos (v. Is. 25:6) y, espiritualmente, del Evangelio que había de ser predicado a toda criatura (Mt. 28:19; Mr. 16:15; Lc. 24:47; Hch. 1:8), como un banquete que la misericordia de Dios prepara gratuitamente para todos los hambrientos y sedientos de justicia (v. Is. 55:1 y ss.).

7. La distribución del alimento (v. 11). Nótese que Jesús, como en la resurrección de Lázaro (11:41–42), *dio gracias* antes de obrar el milagro no después de comer como se indica en Deuteronomio 8:10, ni usó una fórmula ya hecha (como hacían los escribas y fariseos) pues Jesús según observa Hendriksen, era siempre original, no copiaba las expresiones de los rabinos, ni nos lo podemos imaginar orando al Padre de esa manera. Este detalle de la acción de gracias de Jesús revistió gran importancia para el evangelista, como puede notarse por el versículo 23. También nosotros hemos de dar continuamente gracias a Dios, del que nos viene toda dádiva y todo don perfecto (Stg. 1:17). Aunque nuestras provisiones sean escasas sabemos que no nos han de faltar si buscamos primero el reinó de Dios y su justicia (Mt. 6:33), y debemos ser agradecidos y compasivos, al ver que una tercera parte de la población mundial perece físicamente por falta de lo más necesario para la vida temporal. Notemos también que, no sólo hubo *un*

poco para cada uno, sino que todos pudieron comer *«cuanto querían»* y quedar *«saciados»* (vv. 11–12). Esto bastaría para que nadie llamase «ayuno y abstinencia» a comer pescado, pues equivale a menospreciar el gran banquete que Jesús dio, con *pescado,* a las multitudes.

8. Pero la saciedad no es excusa para el despilfarro; por eso *«Cuando se saciaron, dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada»* (v. 12). Esto nos enseña a no malgastar ninguna cosa que Dios provea para nuestro sustento y cobijo, pues Él nos las ofrece para que las administremos como es debido, y bien merece llegar a pasar verdadera necesidad el que derrocha lo que tiene, como le pasó al Hijo Pródigo (v. Lc. 15:13–14), pues de ahí le vino el nombre de «pródigo», sinónimo de «derrochador». Por otra parte, cuando nos veamos satisfechos, hemos de acordarnos de los que padecen necesidad; y, para ser caritativos, hemos de ser buenos administradores de lo que poseemos. Notemos dos detalles adicionales: (A) Cristo no mandó recoger los pedazos mientras no estaban saciados los que comieron; (B) no mandó recoger migajas, sino *fragmentos:* pedazos que sirvieran para ser aprovechados después. *«Recogieron, pues, y llenaron doce cestas de pedazos, que de los cinco panes de cebada sobraron a los que habían comido»* (v. 13). Estas cestas, repletas de pedazos sobrantes, daban testimonio de la realidad y de la grandeza del milagro. Las cestas eran doce, una por cada discípulo, para que compartieran con Jesús, hiciesen memoria del milagro y quedasen bien pagados por la generosidad con que pusieron a disposición de la multitud lo que podían haber guardado para sí mismos.

III. A continuación el evangelista refiere la impresión que el milagro causó en los que fueron testigos y beneficiarios del portento: *«Aquellos hombres entonces, viendo la señal que Jesús había hecho, dijeron: Éste es verdaderamente el profeta que había de venir al mundo»* (v. 14). Incluso el vulgo era consciente de que había de surgir *el profeta* del que habló Moisés en Deuteronomio 18:15–18. Por la expresión *«el que viene al mundo»* (lit.), podemos colegir que la gente veía en Jesús al Mesías prometido. Pero no pasaban de ahí, esperaban un Mesías politico-militar que les sacase del yugo del poder extranjero, pero no creían en el Hijo de Dios para salvación. Muchos son también hoy los que reconocen en Cristo a un gran profeta pero no están dispuestos a reconocerle como el Salvador necesario y suficiente (Hch. 4:12), ni a poner por obra sus enseñanzas.

Versículos 15–21

I. Vemos aquí que Cristo se retira de la multitud. Ello se debe:

1. *Al celo imprudente* de muchos de sus seguidores: *«Iban a venir para apoderarse de Él y hacerle rey»* (v. 15). Llenos de entusiasmo por el milagro de tan grande y generoso bienhechor, piensan que Él debe reinar, pues a Él le deben el no perecer de hambre (comp. con Gn. 47:25). Los que son alimentados por Cristo con toda clase de gracias y favores han de entronizarle en su corazón como su rey. Pero el celo de estos hombres era imprudente por estar fundado en la ignorancia de la Escritura, ya que en toda ella estaba claro que el Cristo había de entrar en su gloria a través del sufrimiento, no del triunfo temporal (v. Lc. 24:25–27, 44–46). Un concepto equivocado de Cristo lleva a grandes errores. Este entusiasmo de la multitud era efecto de la carnalidad del corazón (v. 26), pues pensaban en un rey que les sustentase materialmente y les llevase al triunfo en lo secular y lo político. Así es como, muchas veces, la religión queda prostituida bajo intereses políticos y materiales, al hacer de Cristo un líder revolucionario o un aliado del poder constituido. Y lo querían hacer rey *por la fuerza,* como indica el verbo original. Es frecuente el caso de hacer violencia a Cristo con el fin de «llevar el agua a su molino», como suele decirse, en vez de hacerse fuerza a sí mismo para llegarse a Cristo.

2. A la *humildad* del Señor Jesús, quien no se dejaba llevar de la vanidad, especialmente cuando se le ofrecían honores que no iban por el camino de Dios (comp. con Mt. 4:4–10; 16:22–23). Con esto, nos dejó un ejemplo estupendo y un testimonio fehaciente contra la ambición de fama y honores mundanos. ¡No codiciemos jamás ser *ídolos de las multitudes!* También fue un testimonio contra la sedición y la rebelión, contra todo lo que tiende a perturbar la paz de las naciones. Así que *«volvió a retirarse al monte Él solo».* Para huir de la seducción del aplauso popular, nada mejor que retirarse al monte, para estar a solas con Dios, pues nunca se está menos solo que cuando se está con Él.

II. Apuro de los discípulos en el mar.

1. Descenso de los discípulos al mar: «*Al atardecer, descendieron sus discípulos al mar*» (v. 16). Una vez cumplido el quehacer del día, se dispusieron a volver a casa y, para ello, se hicieron a la mar con rumbo a Capernaúm (v. 17).

2. La tormenta que se levantó mientras cruzaban el lago: *«Se levantaba el mar con un gran viento que soplaba»* (v. 18). Después de banquetear con Jesús, no es extraña la aparición de una tempestad. *«Había oscurecido ya»* (v. 17). Muchas veces, los hijos de Dios se hallan, no sólo en apuro, sino también en oscuridad al no saber qué camino tomar ni cómo soportar la aflicción que les sobreviene. *«Jesús no había venido a ellos.»* Esto era lo peor. Cuando el Señor esconde su rostro y parece que está ausente, es la «noche oscura» del espíritu, como la llamó Juan de la Cruz, es la hora de la gran prueba para los que de veras aman al Señor, no por las dulzuras que su comunión comporta, sino por lo que Él *es.* Para estos discípulos, la ausencia del Señor era su mayor preocupación. Se habían hecho a la mar, cuando la mar estaba en calma pero ahora, en medio del mar, surgía la tormenta. En tiempo de tranquilidad espiritual, hemos de prepararnos para la tormenta; la presencia y la presión del enemigo nos recuerda que somos peregrinos por el desierto de la vida y que hemos de estar prestos al combate con las huestes de maldad (v. Ef. 6:10 y ss.; 1 Ti. 6:12; 2 Ti. 2:3–4; 4:7) y recordar que el relevo vendrá cuando hayamos acabado la milicia (Job 14:14). No pensemos que, por ser hijos del día y de la luz (1 Ts. 5:5), estamos libres de las tinieblas y de la noche. Lo que importa es que las tinieblas, por densas que sean en derredor nuestro, no estén dentro de nosotros (v. 1 Jn. 1:5 y ss.).

3. La oportuna llegada del Salvador: *«Cuando habían remado como veinticinco o treinta estadios* (una distancia bastante para que tuvieran que remar durante varias horas), *vieron a Jesús que andaba sobre el mar y se acercaba a la barca».* El poder de Cristo se sobrepone al efecto de las leyes de la naturaleza. El que había multiplicado milagrosamente los panes y los peces en la tarde pasada caminaba ahora sobre las aguas encrespadas a pie enjuto y como si fuese sobre la playa. Se acercó a la barca para infundirles ánimo y prestarles auxilio (comp. con Sal. 107:23–32). Sin embargo, ellos *«tuvieron miedo».* Por lo que parece, temblaron más ante lo que les pareció un fantasma que ante la furia de la tormenta ya pasada. Lo sobrenatural imaginado les hacía mayor impresión que lo natural realizado. Bien se ha dicho que el noventa por ciento de nuestros temores son fruto de nuestra imaginación, sin motivo real. Y es curioso que el susto mayor aparezca cuando más cercano está el socorro mejor que podemos desear. ¡Con qué ternura y compasión silenció Jesús los temores de ellos: «*Yo soy, cesad de temer*» (v. 20. Nótese el presente de imperativo). No hay palabras que puedan llevar mayor consuelo a un hijo de Dios que pasa por apuros o temores, que las que dice aquí el Señor. Es como si nos dijera: «*Yo soy Jesús a quien tú amas*» (comp. con Hch. 9:5).

4. La rápida llegada a puerto, una vez que tuvieron a bordo al Señor: *«Querían, pues, recogerlo en la barca; la cual llegó enseguida a la tierra adonde iban»* (v. 21). El verbo «querían» no significa que se conformasen con un simple deseo, sino que lo recogieron *de muy buena gana* en la barca. Todo lo que es valioso se aprecia más cuando se ha perdido o se ha carecido de ello por algún tiempo. La ausencia del Señor durante la tormenta avivó el deseo de los discípulos de tenerlo con ellos en la barca. Si Cristo está junto al timón de la Iglesia, nada tiene que temer el timonel; la barca llegará pronto, y con seguridad a puerto. En cambio *«Si Jehová no guarda la ciudad, en vano vela la guardia»* (Sal. 127:1). Los discípulos habían remado de recio durante varias horas, sin conseguir avanzar mucho, pero, tan pronto como Cristo estuvo a bordo la barca *«llegó enseguida a la tierra adonde iban».* Si hemos recibido al Señor Jesucristo aunque la noche esté oscura y el viento sea fuerte podemos consolarnos con el pensamiento de que hemos de llegar pronto y salvos a puerto, pues estamos más cerca de lo que nos imaginamos.

Versículos 22–27

I. El empeño que la gente puso en hallar a Jesús, tomándose las molestias necesarias para ello. Con esto vemos:

1. Que se sentían desamparados sin Él. Jesús se había marchado, precisamente cuando querían hacerle rey, y no sabían dónde podía estar. No vieron más que *una barca, y que Jesús no había entrado en ella con sus discípulos* (v. 22).

2. Que fueron muy diligentes en buscarle. Registraron todos los alrededores y, cuando vieron que ni Él ni sus discípulos se hallaban allí, se fueron a buscarle a otra parte. En el plano espiritual, los que han

sido alimentados por Cristo con el pan de vida han de sentir un vivo deseo de seguirle a todas partes y tener íntima comunión con Él. La gente determinó ir a Capernaúm para ver de hallarle allí. Allá habían marchado sus discípulos, y sabían que no estaría por mucho tiempo ausente de ellos. La providencia vino en ayuda de ellos, pues *«otras barcas habían arribado de Tiberíades junto al lugar donde habían comido el pan»* (v. 23). Quienes buscan a Cristo con sinceridad, son asistidos por la providencia de Dios para que le hallen sin dificultad. Como ya hicimos notar, el evangelista añade la frase *«después de haber dado gracias el Señor»* con lo que muestra así la impresión que la acción del Maestro había producido en ellos, y no la podían olvidar.

3. Así que *«entraron en las barcas y fueron a Capernaúm, buscando a Jesús»* (v. 24). Cuando las convicciones son firmes, y los deseos son fervientes, la búsqueda de Jesús es una necesidad que apremia. A veces, las mociones que la gracia hace surgir en nuestro corazón no llegan a madurar, por falta de firme decisión de ponerlas por obra sin dilación. Se fueron a Capernaúm y, por lo que se infiere del texto, la travesía procedió en calma y sin apuros, mientras que los discípulos lo hicieron en medio de una tormenta y con el mar encrespado. No ha de extrañarnos el que, en este mundo perverso, los mejores tengan las peores travesías.

II. El éxito de la búsqueda: *«Le hallaron al otro lado del mar»* (v. 25). Merece la pena cruzar el mar en busca de Cristo, si al fin tenemos el consuelo de hallarle. Es decepcionante ver que esta gente, que tan celosa estuvo de hallar a Jesús, le volviesen luego la espalda, como se deduce del contexto posterior. Cuando la gente no muestra otra clase de afecto al Señor que el acudir a toda clase de sermones e incluso reuniones de oración por curiosidad, por costumbre, por complacer a sus parientes o porque allí se reúnen muchas personas, no pueden tenerse por mejores que esta turba de galileos impacientes. Lo que nos maravilla es la longanimidad del Señor, quien, a pesar de conocer los motivos por los que le seguían, se dejó hallar por ellos.

III. La pregunta que hicieron a Jesús: *«Rabí, ¿cuándo llegaste acá?»* (v. 25b). Por el versículo 59, vemos que le hallaron en la sinagoga de Capernaúm. Esto es todo lo que tienen que decirle; se preocupan por el *cuándo y cómo* de los movimientos de Jesús, pero no eran diligentes en escudriñar los motivos que les inducían a seguirle. Y, como estos motivos no eran rectos, Jesús no les felicitó por su afán en buscarle, sino que les reprochó por el bajo motivo de su búsqueda.

IV. La respuesta que les dio Jesús fue la que ellos merecían.

1. Les descubre el corrupto motivo por el que le buscaban (v. 26): *«De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto señales, sino porque comisteis de los panes y os saciasteis»*. Nótese la introducción de la solemne fórmula *«de cierto»*, siempre repetida en el Evangelio de Juan. Como observa Hendriksen, Jesús viene a decirles que, aunque habían visto milagros especialmente el de la multiplicación de los panes y los peces, no acertaban a ver en ellos *«señales»* que le designaban como Mesías espiritual e Hijo de Dios. No le buscaban por la doctrina que les enseñaba para bien de sus almas, sino por el pan que multiplicaba para satisfacción de sus estómagos. Es curioso que el evangelista use el verbo griego que se emplea para dar a entender lo que comen los animales herbívoros *(khortos* = hierba). A pesar de tan bajo motivo, le llaman *«Rabí»*, es decir, Maestro, cuando no le seguían por su enseñanza, sino por el pan del que se habían saciado. Había sido una comida abundante y, además, les había resultado gratis. Vemos que Jesús no se deja llevar de la adulación, sino que les reprende por su hipocresía; de aquí han de aprender sus ministros a no dejarse sobornar por halagos y adulaciones, sino a ser fieles en reprochar a quienes lo necesitan.

2. Les instruye a obrar por motivos más altos: *«Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que permanece para vida eterna»* (v. 27). No debemos hacer de las cosas de este mundo la causa principal de nuestras preocupaciones (v. Mt. 6:25–34), pues todo lo de este mundo es corruptible y transitorio. Las riquezas, los placeres y los honores son cual *comida* que, a lo más, alimenta el vientre y, a veces, sólo la fantasía. Es triste que los hombres se alimenten de estas cosas, cuando los que más abundan en ellas no están seguros de poseerlas mientras viven, pero sí lo están de que han de dejarlas y perderlas cuando mueran. Por consiguiente, es una necedad poner tanto empeño en buscarlas a costa de la pérdida del alma. En cambio, hay una *«comida que permanece para vida eterna, la cual da el Hijo del Hombre»*, es decir, Jesucristo. Es una comida que realmente satisface, no sólo porque nutre el espíritu, sino también

porque dura para siempre, puesto que es *«vida eterna»*. Dice que hay que *trabajar* por ella, no porque se adquiera por mérito o esfuerzo, sino porque hay que buscarla con diligencia (comp. con Is. 55:1 y ss.). No podían dudar de la verdad de estas afirmaciones de Jesús, puesto que Dios mismo había acreditado de muchas maneras (v. 5:30–47) que Cristo era el Enviado del Padre. El original usa el verbo *«sellar»*, con lo que, en primer lugar, se indica la firma puesta al pie de un documento, junto con la rúbrica y el sello oficial, para garantizar lo que en el documento se declara; pero algunos comentaristas hacen notar que, a la vista del contexto posterior, en que Jesús habla de «comer su carne» (vv. 51–58), es curioso que Jesús use dicho verbo, por cuanto los judíos no pueden comer como alimento «limpio», sino lo que el rabino *ha sellado* como *kosher* (= limpio) en la carnicería, antes de que pueda ser vendido al público. Cristo era *«santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores y encumbrado por encima de los cielos»* (He. 7:26) y, por ello, no sólo era el único para actuar como sumo sacerdote a nuestro favor, sino también para ser víctima apta para el sacrificio de expiación por nuestros pecados. Por el contexto (vv. 31–35), vemos que los judíos no entendieron el verdadero sentido del *pan*, del mismo modo que la samaritana no había entendido el sentido del *agua* (4:14–15).

Versículos 28–59

Comienza el gran mensaje de Jesús sobre el *pan vivo* que era Él mismo. Vemos que los judíos le interrumpen al llegar a este punto y comienzan a hacerle preguntas. Jesús no se resiente por la interrupción, sino que aprovecha la oportunidad para dar instruccion.

I. Al oír de «trabajar», los judíos piensan en las obras de la Ley, y piensan que Jesús alude a obras especiales necesarias para alcanzar un puesto en el reino de Dios. Por eso, preguntan: *«¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?»* (v. 28); es decir, las obras en que Dios se complace y tiene por justas. Esta pregunta es de suma importancia cuando se hace con sinceridad y con determinación de obedecer la voluntad de Dios. Ellos entienden, al menos, que una comida que permanece para vida eterna merece que por ella se haga cualquier esfuerzo. Y, al ser una comida que Dios dispone, es necesario conocer el medio de alcanzarla. La respuesta de Jesús es clara, directa y definitiva: *«Ésta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado»* (v. 29). ¿Quiere esto decir que la fe es una *obra?* Entonces, ¿cómo podemos salvarnos *por gracia* (Ef. 2:8), si la fe es una obra que el hombre debe hacer? Para entender bien la frase de Jesús, es necesario tener en cuenta lo siguiente:

(A) El Evangelio de Juan, como los demás libros del Nuevo Testamento, no deja lugar a dudas de que la salvación es *por gracia* (v. 1:13, 17, 29; 3:3, 5, 15–16; 4:10, 14, 36, 42; 5:21; 6:27, 33, 37, 39, 44, 51, 55, 65; 8:12, 24, 36; 10:7, 9, 28–29; 11:25, 51–52; 14:2–3, 6; 15:5; 17:2, 6, 9, 12, 24; 18:1; 20:31).

(B) Pero la fe que se requiere para ser salvo, no es una fe ociosa, sino una fe activa, en la que el pecador pone todo su empeño (3:14 y ss.), que se reactiva por medio del amor (Gá. 5:6) por lo que Pablo habla de *«la obra de vuestra fe»* (1 Ts. 1:3). El hecho de que la fe no se adquiera por medio del trabajo no quiere decir que sea una fe que no obra: *La obra de la fe es la obra de recibir el don de Dios*, como observa Hendriksen; y tanto él como Strong comparan la fe a la raíz de un árbol: la raíz no produce por sí misma el agua y los minerales de que se nutre el árbol, sino que los recibe como un don del suelo; sin embargo ejerce una labor necesaria y ardua para sacar del suelo lo que será después la savia que de vida al árbol.

II. Entonces los judíos, al oír de labios de Jesús la demanda de creer en Él como Enviado del Padre, le piden una señal (v. Dt. 18:20 y ss.).

1. Piden que les muestre las credenciales: *«¿Qué señal pues, haces tú, para que veamos y te creamos? ¿Qué obra haces?»* (v. 30). A pesar de haber visto el milagro de la multiplicación de los panes y los peces y de estar enterados de otros milagros que Jesús había realizado, piden una señal *«del cielo»* (comp. con Mr. 8:11; Lc. 11:16), como se ve por los versículos 31–33. ¡Precisamente en Capernaúm, donde tantos y tan grandes milagros había hecho! No, no les bastaba con el pan del que se habían saciado; reclamaban, como señal, *«pan del cielo»* (v. 31), como el maná que sus antepasados habían comido en el desierto. ¡Como si el pan cotidiano no fuese un don del cielo! Vienen a decir: «Si Él es mayor que Moisés, que haga un milagro que, al menos, sea tan grande como el de Moisés al alimentar con el maná a todo el

pueblo de Israel». Véase qué mal uso hacían de la historia, al apelar de nuevo a *una comida que perecía en un solo día.* Por otra parte olvidan que sus mismos antepasados habían llegado a menospreciar el maná diciendo: *«nuestra alma tiene fastidio de este pan tan liviano»* (Nm. 21:5). Fue precisamente este desprecio el que provocó el envío de Jehová de serpientes venenosas entre el pueblo. De la misma manera menospreciaban estos judíos al que, a semejanza de la serpiente de bronce, había de ser levantado en la Cruz para salvación de los que creyesen en Él (3:14–15).

2. Jesús les replica y rectifica la falsa idea que tenían del dador del maná: *«Jesús entonces les dijo: De cierto, de cierto os digo: No fue Moisés quien os dio el pan del cielo, sino que es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo»* (v. 32). No fue Moisés el dador del maná, sino Dios mismo, como puede verse por Éxodo 16:4; Salmos 78:24, entre otros lugares, aunque por mano de Moisés, como instrumento de Dios, les fuese servido el maná, como les fue servida el agua (v. Neh. 9:14–15).

3. El Señor sigue diciendo: *«Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo»* (v. 33). Con esta ulterior explanación, Jesús les hace ver, con un triple contraste, que el pan que Él da es superior en todo al maná de Moisés: (A) Moisés fue un medio para dar el maná, mientras que Dios mismo les da este pan; (B) el maná no era verdadero alimento, sino tipo del verdadero pan del cielo; (C) el maná era para el sustento diario, pero el pan que Jesús da es para vida eterna. Con todo, y como hemos apuntado ya, los judíos no entendieron el sentido espiritual de estas palabras y se creyeron que hablaba de un pan material: *«Le dijeron, pues: Señor, danos siempre este pan».* Como si dijesen: Ya nos diste pan para un día, pero queremos que nos des siempre de este otro pan, que no sólo sirve para *sustentar* la vida, sino también para *darla.* A esta demanda, va a responder Jesús con el gran discurso sobre el pan de vida, que sigue a continuación.

III. Después de responder cumplidamente a lo que los judíos le preguntaban, Jesús tomó ocasión para hablar de Sí mismo bajo el símil del *pan,* y del creer en Él bajo el símil del *comer y beber,* y acaba por decir que el *pan vivo* sería su propio cuerpo, del cual habrían de aprovecharse todos los que hubiesen de tener vida, pues así como Él tiene comunión intima con el Padre, así también el que crea en Él, tendrá comunión con Él, a lo cual Jesús llama «comer Su carne» y «beber Su sangre» (comp. con 1 Co. 10:16). En efecto:

1. Después de hablar de Sí mismo como el gran *don de Dios* y el *pan verdadero* (v. 32), explana y confirma por lo largo todo esto, y muestran que Él es el *verdadero pan de vida,* lo cual repite una y otra vez (vv. 33, 35, 48–51). Obsérvese:

(A) Que Cristo es *pan.* Así como el pan material sostiene la vida del cuerpo, así Jesús es el pan del que se alimenta nuestro espíritu: «*Yo soy el pan de vida*». Mejor podrían pasar nuestros cuerpos sin el pan material, que nuestros espíritus sin este pan espiritual.

(B) Que es *«el pan de Dios»* (v. 33); pan divino, pan de la familia divina, pan de los hijos de Dios.

(C) Que es *el pan de la vida* (vv. 35, 48), porque es el fruto del árbol de la vida; como el pan cotidiano, Él surgió de nuestra tierra, del vientre de la Virgen María, fue trillado con los sufrimientos de Su pasión y muerte y cocido en el horno de Su inmenso amor. Es *«el pan vivo»* (v. 51). El pan material es una cosa muerta pero Cristo es pan vivo y vivificante (v. 1 Co. 15:45), pues, aunque estuvo muerto por nuestros pecados, está vivo (v. Ap. 1:18; 5:6), porque resucitó para completar nuestra justificación (v. Ro. 4:25). La muerte y la resurrección de Cristo, conforme a las Escrituras, constituyen el núcleo del Evangelio (v. 1 Co. 15:1–5) así como la fuerza y el consuelo de todo creyente. Él *«da vida al mundo»* (v. 33). El maná se limitaba a preservar y sustentar la vida recibida; Cristo da la vida a los que están muertos en delitos y pecados (Ef. 2:1), además, el maná estaba reservado a los israelitas pero Cristo es el pan que da vida al *mundo:* a todos, sin distinción.

(D) Que es *el pan que descendió del cielo,* lo que repite Jesús varias veces (vv. 33, 51, 58). Esto denota, junto con la Deidad de Cristo, el original y modelo de todo bien que el Padre nos concede mediante Él (v. Ro. 8:32; 2 Co. 9:15; Stg. 1:17).

(E) Que Él es el pan del que el maná era tipo y figura (vv. 32, 58). Así como, en el desierto había suficiente maná para todos, así también en Cristo está la plenitud de gracia y de verdad, de la que todos recibimos.

(F) Descendió del cielo para llevar a cabo la obra que el Padre le había encomendado (4:34; 17:4): *«Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió»* (v. 38). No vino por su propia cuenta (5:19; 7:17–18), independientemente del consejo y consenso de la Trina

Deidad, sino Enviado por el Padre, como el gran agente de la salvación y sanación de la humanidad perdida. El objetivo de toda su vida fue dar gloria al Padre y, con ello, hacer el bien a todos los hombres. Explica, en particular, cuál era la voluntad del Padre que Él vino a cumplir:

(a) Las instrucciones particulares dadas a Cristo en orden a la salvación del remanente escogido; y éste es *el pacto de la redención* entre el Padre y el Hijo: «*Y ésta es la voluntad del Padre, que me envió: Que de todo lo que me ha dado, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el último día*» (v. 39). Hay un determinado número de seres humanos *dados* por el Padre a Jesucristo, para que Éste los cuide y sirvan para gloria y alabanza de Su nombre. Aquellos a quienes el Padre hizo objeto especial de Su amor, los encomendó a las manos de Cristo. Y Cristo se encarga de que no se pierda ninguno de los que le han sido dados por el Padre. Este cuidado se extiende más allá de la tumba: *«sino que lo resucite en el último día»* (vv. 39, 40, 54). Esta empresa, pues, no quedará finalizada sino en la resurrección del último día. Todo esto tiene su fuente y origen en *la voluntad del Padre.*

(b) Las instrucciones públicas que habían de ser impartidas a todos los hombres acerca de las condiciones necesarias para obtener de Cristo esa salvación; y Éste es *el pacto de gracia* entre Dios y los hombres. Quiénes son estas personas elegidas que han sido dadas a Jesucristo en este pacto es un *secreto* pero aun cuando sus nombres quedan ocultos, su carácter es manifestado. Hay una oferta específica, mediante la cual los que han sido dados a Cristo son atraídos a Él: «Y *ésta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el último día»* (v. 40). ¿No es un gran consuelo oír esto? La *vida eterna* está al alcance de la mano, y el que no la obtenga ha de atribuirlo a su propio rechazo. La corona de la gloria es puesta delante de nosotros como premio de nuestra sublime vocación, y será nuestra si corremos bien para obtenerla; cualquiera puede alcanzarla. La vida eterna es cosa asegurada para todo aquel que crea en Jesucristo: El que ve al Hijo, el que contempla la hermosura de Jesucristo, y cree en Él, será salvo. *Ver* es aquí sinónimo de *creer* pues equivale a contemplar a Cristo con los ojos de la fe. No es una fe *ciega* la que Cristo demanda, como si primero tuviésemos que sacarnos los ojos y después seguirle, sino que hemos de verle primero, para saber sobre qué fundamento establecemos nuestra confianza y sobre qué terreno andamos por fe (v. Col. 2:6–7). Los que creen en Cristo serán resucitados por Su poder en el último día. Fue también esto lo que el Padre le encomendó (v. 39), y ahora promete solemnemente que lo llevará a cabo.

2. Una vez que Cristo habló de Sí mismo como *pan de vida,* en la forma que hemos considerado, veamos cuál fue la reacción de sus oyentes acerca de dicha declaración:

(A) Cuando oyeron que había un *pan procedente de Dios, pan que daba vida,* pidieron a Jesús con insistencia que les diera de ese pan: *«Danos siempre este pan»* (v. 34). No hay por qué suponer que hiciesen esta petición con hipocresía, pero sí con ignorancia, como ya dijimos anteriormente. Las nociones confusas y superficiales de las cosas de Dios pueden producir alguna clase de deseo hacia ellas. Quienes poseen un conocimiento poco claro de las cosas de Dios, como el hombre que veía los hombres como árboles que andaban, pueden proferir peticiones mal articuladas de las bendiciones divinas. Piensan que el favor de Dios es cosa buena, y que el Cielo es un hermoso lugar, aun cuando no tengan en modo alguno el deseo de la santidad que es del todo necesaria para ver al Señor.

(B) Pero cuando entendieron que, bajo el símil del pan de vida, Jesús daba a entender que Él mismo era ese pan, lo menospreciaron: *«Murmuraban entonces de Él los judíos, porque había dicho: Yo soy el pan que descendió del cielo»* (v. 41). Esto viene inmediatamente después de la declaración de Jesús acerca de la voluntad de Dios, y de la tarea que se le había encomendado de llevarla a cabo, sobre la salvación de los hombres (v. 39, 40); declaración que contenía algunas de las más importantes y grandiosas palabras que procedieron de los labios de nuestro Señor. Uno habría de imaginarse que, tan pronto como oyeron que Dios les visitaba de este modo con su misericordia, habrían de postrarse para adorar y recibir con júbilo tan buenas noticias; pero, por el contrario *murmuraban* y se querellaban de lo que Cristo les acababa de decir. Hay muchos que, con la boca, no se atreven a contradecir abiertamente la doctrina de Cristo, pero en lo íntimo de su corazón están diciendo que *no les gusta.* Lo que les ofendió es que Cristo dijera que había descendido del Cielo (vv. 41, 42). Lo que de Él conocían en cuanto a su extracción terrenal les era un obstáculo para creer en su origen divino: «Y *decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo, pues, dice éste: Del cielo he descendido?»* (v. 42). Pensaban que no podía proceder del Cielo, al ser como *uno de ellos.*

3. Después de hablar de *«la obra de Dios»* (v. 29), Jesús se extiende ahora en la explanación de dicha obra.

(A) Muestra primero en qué consiste *creer en Cristo. Creer en Él* equivale a *venir a Él* (vv. 35, 37, 44, 45). El arrepentimiento para con Dios es llegarse a Él como al Bien Supremo y a la Última Meta; y, del mismo modo, la fe hacia nuestro Señor Jesucristo es venir a Él como al autor de nuestra salvación y camino para llegar al Padre (v. 14:6; Hch. 20:21). Cuando Él estaba en la tierra, eso equivalía a algo más que llegarse físicamente a Él; igualmente, venir a Él ahora es algo más que acudir a la Palabra y a las ordenanzas o sacramentos. Es *«comer de Él»* (v. 51): *«Si alguien come de este pan, vivirá para siempre»*. Lo primero indica el llegarnos nosotros a Cristo; lo otro indica el llegarse Cristo a nosotros.

(B) Muestra también qué es lo que se obtiene con creer en Él: ¿Qué conseguiremos con alimentarnos de Cristo? La necesidad y la muerte son las dos cosas que más teme el ser humano. Pero los que se nutran de Jesús no pasarán necesidad (comp. con Sal. 23:1 y ss.): *«El que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás»* (v. 35). Todos los deseos más urgentes, y de las cosas más importantes quedarán tan abundantemente satisfechos que no pasarán necesidad jamás, sin que esta satisfacción les harte ni les quite el apetito. Además, *no morirán eternamente, pues tendrán vida eterna* (vv. 40, 47, 50, 51, 54, 58). La unión con Cristo y la comunión con Dios en Cristo son la *vida eterna* ya comenzada. Mientras que los que comieron del maná murieron Cristo es una clase de pan que quien de Él coma no morirá eternamente (vv. 49–50). Los que comieron el maná murieron en el desierto, y allí se acabó todo el efecto del maná, pero los que se nutran de Cristo, tienen vida eterna y, aun cuando el cuerpo pase por el túnel de la muerte física, al otro lado de la tumba espera la resurrección para vida sempiterna. Con esto vemos:

(a) La insuficiencia del maná como tipo que era: *«Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron»* (v. 49). Los que comieron *«pan de los ángeles»* (Sal. 78:25. Lit. pan de los fuertes) murieron como los demás seres humanos. Muchos de ellos murieron precisamente por su incredulidad y sus murmuraciones. El comer del maná no les preservó de la ira de Dios, como nos preserva el creer en Cristo (v. 3:36). El resto de ellos murió como consecuencia del curso común de la naturaleza humana caída, y sus cadáveres cayeron en el mismo desierto en que comieron el maná. Así que estos judíos no tenían por qué jactarse del *maná.*

(b) La todosuficiencia del verdadero maná: *«Éste es el pan que desciende del cielo, para que coman y no mueran»* (v. 50). Ese *«no mueran»* equivale al *«no perezcan»* de 3:15–16, no morirán en el desierto, sino que entrarán en la Canaán Celestial. *«Si alguien come de este pan, vivirá para siempre»* (v. 51). Éste es el sentido de *«no morir»*. *«Vivir para siempre»* no es lo mismo que *existir para siempre* (también los condenados existirán para siempre), sino *vivir una vida feliz para siempre.*

(C) Muestra igualmente los motivos que tenemos para creer en Él. Cristo menciona algunas personas que *«aunque le han visto, no creen»* (v. 36). No siempre es la fe efecto de la vista, los soldados de la guardia del sepulcro de Cristo fueron testigos de vista de su resurrección, pero la negaron abiertamente y no creyeron en Él. Hay dos cosas que prestan ánimo a nuestra fe: Que el Hijo dará la más cordial bienvenida a cuantos vengan a Él: *«Al que a mí viene de ningún modo le echaré fuera»* (v. 37). ¡Con qué gozo deberían acoger nuestras almas estas palabras con las que el Salvador nos promete su cordial acogida! La única condición que se nos impone es la necesaria para recibir el beneficio de la Buena Noticia: Llegarnos a Cristo para que, por su medio, podamos llegar al Padre. La belleza y el amor de Cristo nos han de atraer a Él; el sentimiento de necesidad y el temor al peligro nos han de llevar a Él; todo nos invita a llegarnos a Cristo. La promesa es segura y absoluta: *«De ningún modo le echaré fuera»* (v. 37b. Ésta es la única traducción correcta—RV 1977—, por la reduplicación del adverbio y el tiempo futuro del verbo original). Todos somos pecadores y tenemos motivos para ser recibidos de mala manera; habríamos de temer que se nos recibiera con el ceño fruncido y nos dieran con la puerta en las narices; pero ¡no! el mayor criminal de este mundo puede estar absolutamente seguro de que será bien recibido, con tal de que venga a Cristo con fe. Al decir: *«de ningún modo le echaré fuera»* es como si dijera: «de cierto, de cierto le recibiré dentro» y le daré todo aquello que le ha impulsado a venir a mí: el hambre y sed de verdadera felicidad, pues ésta es la voluntad del Padre que no puede fracasar, y esta voluntad será obedecida y llevada a cabo por el Hijo con todas las garantías para salvación eterna de todos cuantos se lleguen a Jesús con fe. Veamos:

(a) Cómo les asegura que esto se llevará a cabo: *«Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí»* (v. 37a). Cristo se había quejado de los que, a pesar de haberle visto, no creían en Él (v. 36). Ahora añade eso otro para despertarles y persuadirles. ¿Cómo podemos pensar que Dios nos ha dado a Cristo, si nosotros nos damos al mundo y a la carne? Cristo mismo tiene aquí consuelo y ánimo para los sufrimientos que le

esperan, cuando añade: *«Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí».* Aquí tenemos descrito: *Primero,* el hecho de la elección: *«Todo lo que el Padre me da».* No dice «todos» sino *«todo».* No sólo sus personas, sino sus servicios, sus intereses, sus circunstancias, son del Padre y el Padre las encomienda al Hijo. Así como todo lo que Dios tiene es *de ellos,* así también todo lo que ellos tienen es *de Cristo* (v. 1 Co. 3:21–23). Ahora estaba Dios a punto de entregar a Cristo *«por herencia las naciones»* (Sal. 2:8). Y, aun cuando los judíos que le habían visto, no creían en Él, muchos de los que no le habían visto, tendrían la dicha de creer en Él (20:29b). Era menester que Cristo trajese también las ovejas que no eran del redil de Israel (10:16). *Segundo,* el efecto seguro de la elección: *«vendrá a mí».* No es una mera promesa, sino una predicción infalible. Ni uno de ellos será olvidado; ni un solo grano del trigo de Dios dejará de ser recogido en Su granero. Por *naturaleza* alienados de Cristo y adversarios de Él (v. Ef. 2:2, 12), pero vendrán atraídos por la *gracia* (v. 44).

(b) Cómo serán traídos a Cristo los que le hayan sido dados por el Padre. Dos elementos son necesarios para que esta atracción se lleve a cabo:

Primero, les será iluminado el entendimiento (vv. 45–46). Estaba escrito en los profetas: «Y *serán todos enseñados por Dios»* (v. 45). Para creer en Jesucristo es menester que Dios nos enseñe con Su revelación especial y que *aprendamos de Él.* Hay cosas que incluso la naturaleza nos las enseña, pero para ser llevados a Cristo es menester una luz superior. Dios lo hace mediante una operación en el interior de nuestras facultades espirituales. Al darnos la razón, Dios nos enseña ya más que a las bestias; pero, al darnos la fe, nos enseña más que al hombre natural (v. 1 Co. 2:14). Todos los que son sinceros, genuinos, son enseñados por Dios; Dios ha tomado a Su propio cargo el educarles por Sí mismo. De ahí se sigue, como una consecuencia lógica, que *«todo aquel que oyó al Padre y aprendió de Él, viene a Cristo»* (v. 45b). A no ser que la gracia de Dios ilumine nuestro entendimiento y, no sólo nos *hable* para que podamos *oír,* sino que también nos *enseñe* para que podamos *aprender* la verdad conforme está en Cristo, nunca llegaremos a creer en Él. Por eso, los que no vienen a Cristo, es que no han oído ni aprendido jamás del Padre; porque, si lo hubiesen hecho, de cierto habrían venido a Él. En vano pretenden los hombres haber sido enseñados por Dios, si no creen en Jesucristo. Pero, a fin de que nadie piense poder aprender mediante una aparición visible del Padre añade: *«No es que alguien haya visto al Padre»* (v. 46a, comp. con 1:18; 1 Ti. 6:16). Al iluminar los ojos del entendimiento y enseñar a los hombres, el Padre obra de un modo espiritual, el Padre de los espíritus tiene acceso espiritual al espíritu humano. Se puede sentir Su poder sin haber visto Su rostro; y los que quieran aprender del Padre, han de aprender necesariamente de Cristo, porque *«éste ha visto al Padre»* (v. 46b); únicamente Él le ha visto.

Segundo, les será doblegada la voluntad. En la naturaleza humana corrompida por el pecado hay una rebelión de la voluntad contra los justos dictados de la razón. Es necesaria, por tanto, una operación de la gracia sobre la voluntad. Esta operación es llamada aquí *atracción* (lit. *arrastre): «Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no le atrae»* (v. 44a. Lit. *no le arrastra).* Los judíos murmuraban de la doctrina de Cristo. Jesús les dice: *«No murmuréis entre vosotros»* (v. 43). Como si dijese: «No le echéis a otro la culpa por el disgusto que os producen mis enseñanzas; vuestra antipatía hacia las verdades de Dios es tan fuerte y tan profunda, que sólo una atracción del poder divino puede sobrepujarla». Veamos aquí: (i) la naturaleza de esta operación divina: es una *atracción; no es una coacción* impuesta a la voluntad, sino un cambio radical operado en la raíz misma de la voluntad; le es impartida al alma una nueva propensión por la que se inclina hacia Dios. El que formó el espíritu del hombre, sabe cómo moldearlo sin forzarlo; (ii) la necesidad de esta operación: *«Nadie,* en su estado de naturaleza caída, débil, desvalida, *puede venir»* sin ella; (iii) el autor de esta operación: *«si el Padre … no le atrae».* El Padre no envía a la ventura, sino con seguridad plena y con poder irresistible. Así que, al haber enviado a Cristo para salvar las almas, ahora envía las almas para que sean salvas por Cristo; (iv) la perfección con que el Padre corona su obra por medio de Cristo: «*y yo le resucitaré en el último día»* (v. 44b). Cuatro veces se menciona esta frase en el presente discurso. Si Jesús toma a su cargo esta empresa, de seguro que la llevará a feliz término. Que nuestros ánimos se acrecienten con la expectación de la felicidad que nos está reservada para el último día.

(D) Dos objeciones se pueden presentar a la vista del versículo 44:

(a) ¿Cómo puede conjugarse la libertad humana con esta atracción irresistible de la gracia divina? Nadie ha contestado a esto con tanta profundidad y belleza como Agustín de Hipona en su comentario a este versículo. Dice así, como si respondiese a un anónimo que le pregunta: «¿Cómo puedo creer voluntariamente si soy arrastrado?» Y él mismo responde: «Yo digo: no sólo eres arrastrado

voluntariamente, sino también voluptuosamente … Pues si al poeta le fue permitido decir "a cada uno le arrastra su placer" (Virg. Egl. 2, 64); no la coacción, sino el placer; no la obligación, sino la delectación; ¿con cuánta mayor fuerza debemos decir que es arrastrado hacia Cristo todo hombre que se deleite en la verdad, que se deleite en la felicidad, que se deleite en la justicia, que se deleite en la vida sempiterna, todo lo cual es Cristo? Tienen los sentidos sus delectaciones ¿y no tendrá el alma las suyas?… Dame alguien con un corazón amante, y entenderá lo que digo. Dame un corazón con deseos y con hambre; un corazón que se sienta desterrado y con sed, y que suspire por la fuente de la patria eterna; este tal sabrá de qué estoy hablando. Pero, si hablo a alguien que tenga un corazón frío, no comprenderá lo que digo».

(b) ¿Cómo es que, en esta enseñanza de Jesús, se menciona la atracción del Padre (v. 44) y, en 12:32, la del Hijo, pero no se menciona al Espíritu Santo? Esta pregunta se la hace a sí mismo W. Hendriksen. Y él mismo responde y dice: *Primero,* que el Espíritu Santo no había sido dado todavía (v. 7:39); *segundo,* que en la noche en que fue entregado, Jesús habló, aunque con expresiones diferentes, de la atracción del Espíritu (14:26; 15:26; 16:13, 14); y *tercero,* que la obra de la regeneración espiritual es atribuida específicamente al Espíritu Santo (3:5), y ella se incluye implícitamente en este proceso de atracción (v. también Jer. 31:3; Ro. 8:14; Col. 1:13).

4. Cristo pasa a continuación a explicar en qué forma es Él este pan que alimenta para vida eterna. Sigue todavía con la metáfora del alimento, pero avanza un paso más al mencionar su carne y su sangre: *«El pan que yo daré es mi carne»* (v. 51), *«la carne del Hijo del Hombre y su sangre»* (v. 53); «su *carne es verdadera comida, y su sangre es verdadera bebida»* (v. 55); *«hemos de comer su carne, y beber su sangre»* (v. 53); de nuevo, *«el que come mi carne y bebe mi sangre»* (v. 54, 56); *«el que me come»* (v. 57). Y, al terminar por la metáfora del pan, con la que había comenzado, dice: *«el que come de este pan»* (v. 58). Veamos en todas estas frases:

(A) Cómo toda esta fraseología está expuesta a ser mal entendida. Fue mal entendida por los judíos que le escuchaban: *«Entonces los judíos contendían entre sí, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?* (v. 52). Cristo hablaba (v. 51) de dar su carne *por* nosotros, al morir en la Cruz; ellos entendieron de darla *a* nosotros, para comerla físicamente. Es también mal entendida por quienes dicen que si toman el sacramento cuando van a morir de seguro irán al cielo, a la vida eterna. Pero es de notar; (a) que el sacramento es una ordenanza, por tanto, el tomarlo sería necesario con *necesidad de precepto,* como suele decirse, pero aquí se habla de una *necesidad de medio* (v. 53); (b) si se tratase de comer físicamente su carne, también habría que entender físicamente el beber su sangre, cosa que, como ya advirtió Agustín de Hipona, estaba terminantemente prohibido en la Ley (Gn. 9:4; Lv. 3:17; 19:26; Dt. 12:16); (c) el mismo Jesús explicó que sus palabras habían de entenderse espiritualmente (v. 63); (d) la carne y la sangre físicas no sirven para la vida eterna (1 Co. 15:50).

(B) Cómo ha de entenderse toda esta parte del discurso de Jesús:

(a) Qué se entiende por la *carne* y la *sangre* de Cristo. Se la llama *«la carne del Hijo del Hombre, y su sangre»* (v. 53); se dice que es dada *«por la vida del mundo»* (v. 51); esto es: *Primero,* en lugar de la vida del mundo, la cual fue echada a perder por el pecado, Cristo entrega su propia carne en rescate (comp. con Mt. 20:28); *segundo,* es dada para Ia vida del mundo, es decir, para poder hacer una oferta general de vida eterna a todo el mundo. Así que la carne y la sangre del Hijo del Hombre apuntan hacia Cristo crucificado (v. 3:14–15), y a la redención llevada a cabo por Él. Las promesas del pacto y la vida eterna son llamadas la carne y la sangre de Cristo: (i) porque son obtenidas mediante el quebrantamiento de su cuerpo y el derramamiento de su sangre; (ii) porque son comida y bebida para nuestra alma. Antes se había comparado a Sí mismo al *pan,* que es alimento necesario; ahora, a la *carne,* que es alimento delicioso. Él es verdadera comida y verdadera bebida, porque satisface de veras el hambre y sed del ser humano, en contraposición a las sombras e ilusiones con que el mundo decepciona a quienes se alimentan de lo que el mundo puede ofrecer.

(b) Qué se entiende por *comer su carne y beber su sangre.* Es cierto que significa, ni más ni menos, *creer en Cristo,* puesto que creer en Jesús incluye estas cuatro cosas que el comer y beber implican: *Primera,* un apetito por Cristo, pues este comer y beber comienza siempre por un hambre y sed de justicia (v. Mt. 5:6); *segunda,* apropiarnos la obra de Cristo; de poco sirve el mirar la carne, si no se come; *tercera,* deleitarse en Cristo y en la salvación que Él nos trae; la doctrina de Cristo crucificado ha de sernos comida y bebida, que nos sirva de alimento para el espíritu y de tema para nuestra predicación y nuestro testimonio; *cuarta,* depender de Cristo para nutrir nuestra vida espiritual, a fin de adquirir crecimiento y robustez espirituales; en otras palabras, vivir de Él como vivimos físicamente del alimento

que tomamos. Cuando después instituyó unas señales sensibles que representasen nuestra *comunión* en los beneficios de su muerte, escogió el pan y el vino, que son para comer y beber, e hizo de ellos símbolos y memorial: *«Haced esto en memoria de mí»* (Lc. 22:19; 1 Co. 11:25, comp. con 1 Co. 10:16).

(C) Una vez explicado el sentido general de esta parte del discurso de Jesús, los elementos esenciales pueden reducirse a lo siguiente:

(a) La *necesidad* de alimentarnos de Cristo: *«Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros»* (v. 53). Así que, *primero,* es una señal cierta de que no hay vida espiritual en nosotros, si no tenemos deseo de Cristo ni nos deleitamos en Él. Si nuestro espíritu no tiene hambre ni sed de Él de seguro que está muerto; *segundo,* es cierto igualmente que, si no obtenemos la vida espiritual por fe en Jesucristo, no la podemos obtener por otro medio; *separados de Él, no podemos hacer nada* (15:5b). Tanto pueden vivir nuestros cuerpos sin el alimento ordinario, cuanto pueden vivir nuestras almas sin Jesucristo.

(b) Los *beneficios* que comporta el alimentarnos de Cristo:

Primero, seremos uno con Cristo: *«El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él»* (v. 56, comp. con 14:10–11; 1 Jn. 4:16b). *«El que se une al Señor*—dice Pablo—, *es un solo espíritu con Él»* (1 Co. 6:17). Por fe, se establece una íntima comunión con Cristo: Él está en nosotros, y nosotros en Él. Tal es la unión entre Cristo y los creyentes, que Él comparte nuestras penas (v. Hch. 9:5) y nosotros compartimos sus glorias; Él come de nuestras hierbas amargas, y nosotros nos deleitamos en sus dulces golosinas.

Segundo, tendremos vida, y vida eterna, por medio de Él: *«Como me envió el Padre viviente, y yo vivo a causa del Padre, asimismo el que me come, él también vivirá a causa de mí»* (v. 57). Los creyentes genuinos reciben esta vida divina en virtud de su unión con Cristo. Cristo vivía del Padre (5:26) y su alimento era hacer la voluntad del Padre (4:34). Para los creyentes, *el vivir es Cristo y Cristo vive en ellos* (Fil. 1:21; Gá. 2:20). *Porque Él vive, también nosotros viviremos* (14:19). *Eternamente* viviremos con Él: *«El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna»* (v. 54); *«el que come de este pan, vivirá eternamente»* (v. 58).

5. Finalmente, el evangelista concluye con la referencia al lugar en que Cristo pronunció este discurso: *«Estas cosas dijo en la sinagoga, enseñando en Capernaúm»* (v. 59). Cristo apeló a esto cuando dijo ante el tribunal de Anás: *«siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo»* (18:20).

Versículos 60–71

Ahora se nos refieren los efectos que produjo el anterior discurso de Jesús.

I. Para algunos de ellos fue un *olor de muerte para muerte,* no sólo para los judíos, sino también para muchos de Sus discípulos.

1. Murmuraban de la doctrina que acababan de escuchar. No fueron unos pocos, sino bastantes, los que se ofendieron al oír estas cosas: *«Al oírlas, muchos de sus discípulos dijeron: Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?»* (v. 60). Como si dijeran: «Resulta muy duro este modo de hablar, ¿quién es capaz de aceptarlo?» Ellos no se sienten capaces de aceptarlo. Ahora bien, si cuando hallaron esto difícil de entender, le hubiesen suplicado a Jesús humildemente que les *declarase esta parábola,* de seguro que lo habría hecho y les habría abierto el entendimiento; pero ellos se ofenden en su orgullo y piensan que es imposible que alguien lo acepte. Así pasa con todos los burladores de la verdadera religión: Suponen que toda persona inteligente ha de estar de acuerdo con ellos. Gracias sean dadas a Dios de que millares y millares de personas han oído estas enseñanzas de Jesús, y no sólo las han aceptado, sino que las han hallado deliciosas.

2. Lo que Cristo replicó a estos murmuradores (vv. 61 y ss.).

(A) Conocía bien sus murmuraciones (v. 61). Las conocía no por oírlas de otros, sino *en sí mismo,* en virtud de su omnisciencia divina. Nuestros pensamientos son para Cristo como palabras que llegan a sus oídos (comp. con Sal. 139:4); por consiguiente, hemos de tener cuidado, no sólo de lo que decimos y hacemos, sino también de lo que pensamos.

(B) Conocía bien cómo responderles. *«Les dijo: ¿Esto os ofende?»* (v. 61b). Es asombroso que tal enseñanza de Cristo produzca tan gran escándalo. Jesús mismo se asombra de ello: *«¿Esto os ofende?»* Pues, ¿qué dirán cuando ascienda al cielo, lo cual ofrecerá una confirmación contundente de la verdad de

su doctrina? *«¿Pues qué, si vieseis al Hijo del Hombre subir a donde estaba primero?»* (v. 62). Como si dijese: «Si tan duro os resulta el oír que soy el pan vivo descendido del cielo, ¿cómo aceptaréis si os hablo de mi ascensión al cielo, de donde descendí?» A continuación, Jesús ofrece una clave general para entender metáforas como las que acaba de proponer, a fin de que sepan entenderlas espiritualmente: *«El espíritu es el que da vida; la carne no aprovecha para nada»* (v. 63). La simple participación en las ordenanzas del bautismo y de la Cena del Señor no aprovecha para nada a menos que el Espíritu de Dios obre en ellas y avive, mediante ellas, nuestro espíritu. Sólo la percepción espiritual de las realidades significadas en tales ordenanzas sirve para la vida espiritual: *«Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida»* (v. 63b). No son meras expresiones, palabras que se lleva el viento, sino divinas realidades provenientes del Verbo, en quien estaba la vida (1:1–4) cuando se las acepta por fe, se convierten en instrumentos de salvación eterna. Si comes a Cristo, es decir, si crees que Cristo murió por ti, tendrás vida eterna (3:16, 36). El motivo por el cual los hombres no aprecian las palabras de Cristo es que no las entienden como es debido. El sentido literal de una parábola, de una alegoría, de un símil, de un símbolo, no hace ningún bien, si no se penetra en el significado real que en tales figuras se esconde. Hallaban ofensa en las palabras de Cristo, cuando la causa estaba dentro de ellos mismos. Para las mentes sensuales, las cosas espirituales carecen de sentido (v. 1 Co. 2:14–15). Por eso, Jesús les declara que no esperaba mejores cosas de ellos, pues, aun cuando se llamaban sus discípulos conocía bien el interior de ellos (vv. 64–65).

(a) Algunos no creían (v. 64): *«Pero hay algunos de vosotros que no creen».* Entre los cristianos nominales hay muchos que son incrédulos reales. La incredulidad de los hipócritas está desnuda y abierta ante los ojos del Señor: *«Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar»* (v. 64b). Sabía quiénes eran sinceros, sin dolo, como Natanael, y quiénes no lo eran. Es prerrogativa de Cristo conocer lo íntimo del corazón; Él sabe quiénes no creen, por mucho que aparenten creer. Si nosotros nos arrogamos el derecho a juzgar el interior del corazón humano, estamos subiéndonos al trono de Cristo. Muy a menudo nos engañamos en cuanto a los hombres, y también nos damos cuenta de que nos hemos equivocado al juzgarlos, ya sea para bien o para mal.

(b) La razón por la cual no creían lo que Jesús decía es porque el brazo del Señor no les había sido revelado: «Y *siguió diciendo: Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí, si no le ha sido dado por el Padre»* (v. 65, refiriéndose al v. 44). Había dicho con anterioridad que *nadie podía venir a Él, si el Padre no le atraía;* aquí dice: *«si no le ha sido dado del Padre»,* lo cual muestra que Dios *atrae* las almas dándoles gracia y fuerza y un corazón dispuesto a venir.

3. A continuación tenemos la apostasía definitiva de estos discípulos, a causa de las palabras de Jesús: *«Desde entonces, muchos de sus discípulos volvieron atrás* (lit. *a las cosas de atrás), y ya no andaban con Él»* (v. 66). Estos discípulos se habían alistado en la escuela de Jesús, pero se marcharon (comp. con 1 Jn. 2:19); no es que le negasen por una vez, sino que le dejaron de una vez. Con frecuencia sucede lo mismo: cuando algunos se marchan, arrastran a otros a marcharse, porque la apostasía es contagiosa; lo mismo pasó con Satanás y los ángeles que le siguieron en su rebeldía. Claramente se nos expone el motivo de tal retirada: *«Desde entonces»;* es decir, a partir del momento en que Cristo predicó esta consoladora doctrina de que Él es *el pan vivo* y que quienes se alimenten *de* Él tendrán vida *por* Él. El corazón perverso y corrompido del hombre toma muchas veces ofensa de lo que habría de ser motivo del mayor consuelo. Con todo, lo que es palabra y verdad de Cristo ha de predicarse y enseñarse fielmente, aun cuando sean muchos o pocos quienes se ofendan de ello. Los pensamientos de los hombres han de rendirse cautivos a la Palabra de Dios, en lugar de que la Palabra de Dios haya de acomodarse a los pensamientos de los hombres (v. 2 Co. 10:5).

II. Este discurso de Jesús fue para otros *olor de vida para vida. Muchos se marcharon,* pero, gracias sean dadas a Dios de que no todos se fueron. Vemos:

1. La tierna pregunta que Jesús hizo a los Doce: *«¿Queréis acaso iros también vosotros?»* (v. 67). No dijo nada a los que se marcharon, porque nada perdía con los que nunca habían sido suyos; con la misma ligereza con que le siguieron, se marcharon; pero, de esta retirada, toma ocasión para preguntar al círculo más íntimo de los Doce: *«¿Queréis acaso iros también vosotros?»* Como si dijese: (A) «Está a vuestra *elección* el quedaros o marcharos; si os habéis de ir, ahora es la oportunidad, cuando tantos se van». Cristo no retiene a nadie contra su voluntad; sus soldados son *voluntarios,* no alistados a la fuerza. Los Doce habían tenido ya tiempo suficiente para ver si les agradaba o no la compañía y la doctrina de Jesús;

por eso, les concede la oportunidad de escoger libremente, confirmar o revocar su decisión de seguirle; (B) «es con gran *peligro* vuestro, si decidís marcharos también. Esos que se han marchado no han tenido conmigo la misma intimidad que vosotros, ni han recibido de mí tantos favores como vosotros; se han marchado, pero ¿os iréis también vosotros?» Cuanto más cerca hayamos estado de Cristo, cuanto más tiempo hayamos estado con Él y cuanto mayores sean las mercedes que de Él hemos recibido tanto más grave será nuestro pecado si le dejamos; (C) «tengo mis razones para pensar que vosotros no os marcharéis. Espero mejores cosas de vosotros, porque *vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas*» (Lc. 22:28). Cristo y sus ovejas se conocen lo suficiente recíprocamente como para separarse por un desagrado cualquiera (10:14, 27).

2. La ferviente respuesta de Pedro, en nombre de los demás, a la pregunta del Maestro (vv. 68–69). Como en muchas otras ocasiones, Pedro era también ahora como la boca o portavoz de los demás, no tanto por tener un oído más agudo que los demás para escuchar a Jesús, cuanto por tener una lengua más larga que los demás; y lo que dijo, unas veces mereció la aprobación, y otras veces el reproche, de Jesús (v. Mt. 16:17, 23), como suele pasarles a los que son *prontos para hablar* (comp. con Stg. 1:19). Pero aquí tenemos su buena y firme resolución de seguir adheridos a Jesucristo: *«Señor, ¿a quién iremos?»* (v. 68a. Lit. *¿junto a quién nos marcharemos?)* Como si dijera: «No, Señor, hemos ponderado nuestra decisión demasiado bien como para cambiar ahora de opción». Quienes vayan a marcharse de Cristo deben considerar bien a quién van a seguir. *«¿Adónde iremos?* ¿Volveremos a cortejar al mundo? De seguro que nos engañará. ¿Retornaremos al pecado? De seguro que nos destruirá. ¿Vamos a *dejar la fuente de agua viva, para cavarnos cisternas rotas?* (Jer. 2:13). Los discípulos (excepto Judas) resuelven continuar en busca de la vida y de la felicidad eternas (v. Ro. 2:7), y quieren adherirse a Cristo como a su Maestro y Guía. Como diciéndole: «Si hemos de hallar el camino de la felicidad, es menester que te sigamos». Los que quieran desertar de Cristo, han de considerar si pueden hallar un camino mejor para la felicidad. Esta resolución de los Apóstoles no se debía a un afecto ciego, irreflexivo, sino que era el resultado de una deliberación bien madurada: No estaban dispuestos a abandonar a Cristo, porque no había otro en quien pudiesen hallar la satisfacción que su corazón les exigía: «*Tú tienes palabras de vida eterna»* (v. 68b). La doctrina que Cristo enseñaba mostraba el camino hacia la vida eterna y les conducía hasta ella, a fin de heredarla. *«Tener palabras de vida eterna»* es sinónimo de *«tener poder para dar vida eterna»*. En su discurso anterior, Jesús había asegurado la *vida eterna* a quienes le siguieran; estos discípulos habían aceptado esta enseñanza clara y llana y, por consiguiente, habían resuelto seguir adheridos a Él, mientras los otros la habían tenido por *palabra dura* (v. 60) y, por eso, le habían dejado. Aun cuando, en las enseñanzas del Evangelio, podemos encontrar cosas misteriosas y profundas, incluso oscuras, sabemos que son palabras de vida eterna y a ellas nos hemos de adherir, dispuestos a vivir y morir por ellas, puesto que tenemos una seguridad absoluta acerca de la persona de nuestro amado Salvador: «Y *nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente»* (v. 69). Vemos:

(A) La *doctrina* que habían creído: Que este Jesús era el Mesías prometido a sus antepasados, y que no era un mero hombre, sino el Hijo del Dios viviente.

(B) el *grado* de su fe: *«Hemos conocido»*. Como si dijesen: «Estamos seguros de lo que hemos creído». En 1 Juan 4:16, tenemos: *«Y nosotros hemos conocido y creído …».* Por donde vemos que no se trata de un conocimiento intelectual que se alcanza después de haber creído, sino de un conocimiento experimental (comp. con 17:3), de una experiencia viva y cordial, simultánea y equivalente al *creer*. Cuando nuestra fe en el Señor es tan fuerte como para aventurar la suerte de nuestras almas en el seguimiento de Él, entonces, y sólo entonces, estaremos dispuestos a seguirle con plena convicción y seguros de que hemos tomado el único camino que conduce al Padre (14:6); no nos importará entonces el que tengamos que renunciar a cualquier otra cosa que Él nos pida a fin de seguirle.

3. El capítulo se cierra con una melancólica observación de Jesús, con base en la respuesta de Pedro (vv. 70–71): *«¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?»* (v. 70). Y el evangelista nos declara a continuación a quién se refería Cristo con estas palabras *«Se refería a Judas Iscariote, hijo de Simón; porque éste era el que le iba a entregar siendo uno de los doce»* (v. 71). Pedro había dado por supuesto que todos ellos, los Doce, estaban resueltos a seguir adheridos a Él. Cristo no condena la confianza de Pedro (pues siempre hemos de estar dispuestos a esperar de los demás lo mejor—v. 1 Co. 13:7—), pero corrige tácitamente el exceso de confianza de Pedro, a fin de que no nos vayamos al otro extremo, al confiar demasiado en todos. El Señor sabe quiénes son Suyos nosotros, no. También

vemos aquí que los hipócritas y traidores son como el diablo. Judas, en cuyo corazón había entrado el diablo es llamado por Cristo *diablo* (v. 70). Hay quienes parecen santos pero son diablos. Es algo extraño, pero real; por eso, Jesús muestra cierto asombro al decir: *«¿No os he escogido yo a los doce …?»* ¡Qué cosa tan triste y de lamentar! ¡Llamado por el propio Jesús para el más alto ministerio, y resultar un *diablo!* ¡Cómo debería esto hacer temblar a quienes, sin haber tenido una experiencia personal con el Salvador, se atreven a ejercer el ministerio designado por Dios para la salvación de las almas! Si no fuese por la extraordinaria paciencia de Dios que *no quiere que nadie perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento* (2 P. 3:9), merecerían que les ocurriese lo que les sucedió a los hijos de Esceva, que pretendían expulsar los demonios en nombre de Jesús sin estar convertidos a Él, por lo que el propio demonio les dijo: «*A Jesús conozco* (comp. con Stg. 2:19), *y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?»* (Hch. 19:15). Lo malo no es ser desconocidos para el diablo, sino ser desconocidos para Dios (v. Mt. 7:23; 25:12). A los hombres se les puede engañar pero los ojos de Jesús penetran hasta el corazón. Juan, el historiador, recalca que Judas era *«uno de los doce»* (v. 71b). Entre los más cercanos al Dios encarnado, había uno que era como el diablo encarnado. Sin embargo, vemos que ni Jesús ni los demás discípulos echaron a Judas de su compañía. Con esto nos enseñaban una lección relevante para los creyentes genuinos: Mientras vamos por este mundo, no es posible hallar una iglesia «perfecta»: no rechacemos la compañía de once por el hecho de que un duodécimo sea diablo. Hay una asamblea tras el velo (v. He. 12:22–24), en la que nada impuro puede entrar (He. 12:14; Ap. 21:27).

CAPÍTULO 7

Este capítulo puede dividirse en cuatro partes: 1) Cristo se dispone a subir a Jerusalén a la fiesta de los Tabernáculos, pero en privado (vv. 1–13); 2) enseña públicamente en el templo y concita la oposición de los fariseos (vv. 14–36); 3) hace una generosa invitación a que vengan a Él, lo cual suscita división entre la gente (vv. 37–44); 4) la discusión sobre la persona de Jesús llega al mismo Sanedrín, con ocasión del informe que traen los guardias que habían sido comisionados para prenderle (vv. 45–53).

Versículos 1–13

I. La razón por la que Cristo pasaba más tiempo en Galilea que en Judea: *«Porque los judíos le buscaban para matarle»* (v. 1b). Como vemos por el versículo 23 el motivo por el que la gente de Judea le buscaba para matarle era el haber curado en sábado al paralítico de la piscina (v. 5:16). Nótese, en el comienzo de este versículo 1, que Jesús *«no quería* andar en Judea». No leemos: «No se atrevía», sino *«no quería»*, para mostrar que su retirada a Galilea no se debía a *cobardía* por su parte; sino por *prudencia*, puesto que su hora no había llegado aún. Cristo se retira justamente de aquellos que no quieren tenerle en su compañía. En momentos de peligro inminente, no sólo es *permitido*, sino también *aconsejable* retirarse a otro lugar y ejercer el ministerio o dar simplemente testimonio en otros sitios que no sean tan peligrosos (v. Mt. 10:23). Si la providencia de Dios dispone que personas de mérito y competencia se vean confinadas a lugares de oscuridad y poco brillo, no ha de parecerle a nadie cosa extraña, pues ésta es la suerte que le tocó al propio Señor. Notemos que, al no poder andar en Judea, no se limitó a retirarse a Galilea para estarse quieto allí, sino que *andaba en Galilea;* por todas partes *pasaba haciendo el bien* (Hch. 10:38). Así nos enseñaba a actuar *donde y como podemos*, cuando no podemos hacerlo *donde y como queremos.*

II. La cercanía de la fiesta de los Tabernáculos (v. 2), una de las tres fiestas solemnes en las que se requería la asistencia de judíos varones. Esta fiesta se celebraba con gran observancia desde el día 15 hasta el 21 o el 22 del séptimo mes, que venía a coincidir aproximadamente con nuestro octubre (v. Lv. 23:33–34; Nm. 29). En ella, se daban gracias a Jehová por la vendimia y, a la vez, era una gozosa conmemoración del poder y del amor de Dios hacia Israel, al guiar al pueblo durante la peregrinación por el desierto. De ahí que se celebrase en tiendas de campaña, como recuerdo de aquellas otras en que hubieron de habitar en el viaje hacia la Tierra de Promisión. Por aquí vemos que las instituciones divinas

no se tornan jamás anticuadas, ni obsoletas, con el paso del tiempo; las misericordias recibidas en el desierto no deben ser olvidadas jamás.

III. La conversación de Jesús con sus hermanos según la carne, los cuales se creyeron competentes para aconsejarle lo que debía hacer en esta ocasión. Vemos

1. La ambición y vanagloria de ellos al urgirle a que se manifestara en público. Le dicen: *«Sal de aquí y vete a Judea»* (v. 3).

(A) Aportan dos razones para que siga el consejo que le dan: (a) Que este proceder animaría mucho a los habitantes de Jerusalén y sus alrededores: *«Para que también tus discípulos vean las obras que haces»*. Pensaban que el tiempo pasado con los discípulos que tenía en Galilea no estaba bien empleado, y que los milagros que llevaba a cabo no le darían mucho prestigio mientras no los viesen los que vivían en la capital; (b) que de esta manera alcanzaría Él el prestigio que sus obras merecían: *«Porque ninguno que procura darse a conocer hace algo en secreto»* (v. 4). Daban por supuesto que Cristo buscaba con afán hacerse de conocer: *«Si haces estas cosas, manifiéstate al mundo»*. Como si dijeran: «No te arrincones aquí. Es ya tiempo de que te conozcan en las altas esferas y en los lugares más concurridos. Aquí son pocos los que te pueden conocer; allí te conocerá todo el *mundo*».

(B) El evangelista hace notar esto como una prueba de la incredulidad de ellos: *«Porque ni aun sus hermanos creían en Él»* (v. 5). No es extraño que Jesús diese mucho más valor a su familia espiritual que a sus parientes según la carne (v. Mt. 12:50; Mr. 3:35), puesto que quienes escuchan las palabras de Jesús y las ponen por obra son los que participan de la naturaleza divina (2 P. 1:4 y ss.). Entre los parientes de Jesús según la carne, vemos que había quienes desde el principio creyeron en Él, mientras otros no creyeron sino hasta después de su resurrección, como parece desprenderse de Hechos 1:14, aun cuando María, la madre de Jesús, fue siempre un modelo de fe (v. Lc. 1:38, 45).

(C) ¿Qué había de incorrecto en el consejo que le daban? Era una señal de que no le creían capaz para guiarles a ellos, cuando no le creían con capacidad suficiente para guiarse a sí mismo; mostraban también una gran falta de interés por la seguridad de Él, al querer que fuese a Judea, donde sabían que los judíos le buscaban para matarle. Quizás estaban cansados de su compañía en Galilea y deseaban, en realidad, que se marchara de allí. Implícitamente vienen a echarle en cara que es un cobarde, cuando no se atreve a presentarse en público en Jerusalén, mientras que, si tuviese la bravura suficiente, lo haría, y no se quedaría oculto en un rincón. Incluso parecen poner en duda la realidad de los milagros que obraba, pues le dicen: *«Si haces estas cosas»* (v. 4b); como si dijesen: «si llevan el refrendo de Dios, también podrán pasar la prueba del escrutinio público en los más altos tribunales de la tierra». Piensan de Cristo de un modo tan carnal, que le imaginan con los mismos sentimientos de ellos: deseoso de provocar el asombro popular mediante un alarde de poder y de ingenio naturales. El egoísmo familiar estaba en el fondo de todo esto, pues pensaban que, si Él podía hacerse famoso con sus prodigios ellos, al ser sus hermanos, compartirían el honor de Él. Hay quienes van a los cultos únicamente para ostentación propia, y todo lo que les preocupa son las apariencias.

2. La prudencia y humildad del Señor Jesús (vv. 6–8). Aunque las palabras de sus hermanos según la carne implicaban tan bajas insinuaciones, les contestó con toda mansedumbre. Debemos aprender de nuestro Maestro a responder con mansedumbre y, aun cuando nos sea fácil hallar muchos despropósitos en lo que se nos dice, hagamos como si no nos percatáramos de ellos y pasemos por alto la afrenta que en ellos se nos hace. En efecto, Jesús:

(A) Muestra la diferencia que hay entre Él y ellos en dos cosas: (a) *«Mi tiempo aún no ha llegado, mas vuestro tiempo siempre está presto»* (v. 6). A la vista del contexto posterior, sólo cabe una interpretación correcta de dicha frase: «Vosotros podéis subir a la fiesta en cualquier momento, mientras que para mí todavía no ha llegado el momento de subir». Sin embargo, podemos hacer de la frase de Jesús una acomodación más general: Quienes viven ociosamente y sin fruto, siempre tienen tiempo disponible para hacer lo que les plazca, mientras que los que tienen bien programadas sus obligaciones están constreñidos a días y momentos determinados y no disponen del tiempo que otros pueden derrochar. La constricción que el deber impone es mil veces mejor que la libertad de la holgazanería. Ellos, ignorantes y miopes, se atreven a prescribir a Jesús el tiempo en que debe hacer las cosas; pero Él conoce bien su tiempo y espera con paciencia; (b) la vida de ellos no estaba en peligro, mientras que la suya propia sí lo estaba: *«No puede el mundo aborreceros a vosotros,* porque vosotros sois del mundo; *mas a mí me aborrece, porque yo testifico de él, que sus obras son malas»* (v. 7). El mundo que *yace en el Maligno* (1

Jn. 5:19) no puede odiar a las almas malvadas, a las que un Dios santo no puede amar; esas personas no se exponen a ningún peligro al presentarse en público, pero Cristo, al manifestarse al mundo, se exponía al mayor peligro, porque el mundo le aborrecía a Él. ¿Y por qué le aborrecía el mundo? Porque Cristo daba testimonio de que *«sus obras son malas»*. Las obras de un mundo perverso por fuerza han de ser perversas, porque como es el árbol, así son los frutos de él. El mundo experimenta un gran malestar y una aguda provocación cuando queda convicto de la maldad de sus obras (comp. con Hch. 7:54). Cualquiera sea la excusa con que el mundo pretenda cubrirla, la causa verdadera de la enemistad contra el Evangelio es el testimonio que éste presenta contra el pecado y los pecadores. Pero es preferible incurrir en el odio de los mundanos por dar testimonio de su maldad, antes que ganarnos su amistad *corriendo con ellos hacia el mismo desenfreno de disolución* (1 P. 4:4).

(B) Les despide, con el objeto de quedarse allí oculto, por algún tiempo, en Galilea: *«Subid vosotros a la fiesta; yo no subo todavía a esa fiesta»* (v. 8). Les permite que vayan ellos a la fiesta, pero se niega a ir en compañía de ellos. Quienes van a los lugares, aun cuando sea a los servicios religiosos, por pura ostentación o para servir a sus propios intereses materiales, se van sin Cristo y sin las bendiciones que Dios otorga a los seguidores de Cristo. Si la presencia del Señor no va con nosotros ¿adónde iremos que bien nos vaya? (comp. con Éx. 33:14–16). Cuando vamos a los servicios religiosos, o volvemos de ellos, mucho importa que tengamos cuidado en las compañías que escogemos, no sea que el fervor de nuestros afectos se enfríe al contacto de las malas compañías (v. 1 Co. 15:33). Nótese que Jesús no dice: «Yo no subo a esta fiesta», sino: «*Yo no subo todavía a esta fiesta»,* pues ésta es la lectura, no sólo basada en gran número de MSS, sino que es la única que concuerda con el contexto anterior y posterior (vv. 6, 9 y 10). La razón, que ya había expresado antes, es: *«Mi tiempo aún no ha llegado»* (v. 6).

3. Conforme a esas palabras, Cristo «*se quedó* por entonces *en Galilea»* (v. 9). Su voluntad estaba fija en su objetivo, y así habría de estar siempre también la nuestra. Pero, cuando llegó su *tiempo,* también Él subió a la fiesta (v. 10). Notemos: (A) *Cuándo* subió: *«Después que sus hermanos habían subido»*. Sus hermanos según la carne fueron primero; después, marchó Él. La cuestión no es quién llega *primero,* sino quién llega mejor *preparado.* Si nuestro corazón está bien dispuesto, no importa que otros vayan delante de nosotros; (B) *Cómo* subió: como si fuera escondiéndose: *«No manifiestamente, sino en secreto»*. Con tal de que la obra que Dios nos ha encomendado sea llevada a cabo con eficiencia, mejor es que se haga con *el menor ruido* posible. Podemos hacer la obra de Dios *en secreto,* sin que por eso la hagamos *con defecto.*

4. La gran expectación que su persona suscitaba entre los judíos de Jerusalén (vv. 11–14). No podían menos de pensar en Él: *«Y le buscaban los judíos en la fiesta, y decían: ¿Dónde está aquél?»* (v. 11). Esperaban que la fiesta le traería a Jerusalén y así tendrían ocasión de verle; pero especialmente le esperaban allí los líderes religiosos, cuyas intenciones conocemos por 5:18, 7:25. Véase con qué falta de respeto hablan de Él: *«¿Dónde está aquél?»,* lo que equivale a decir: «¿Dónde está ese fulano?» En vez de aprovechar la solemnidad de la fiesta como una oportunidad para servir a Dios, estaban contentos de que se les presentara así la oportunidad de perseguir a Cristo. La gente difería mucho en sus opiniones acerca de Él: «*Y había gran murmullo acerca de Él entre la multitud»* (v. 12). La enemistad de los líderes contra Jesús hacía que la gente hablase más de Él. Muchas veces, la oposición que se hace al Evangelio sirve para que éste se extienda con mayor rapidez. Ser calumniado es, a veces, un medio de ser bien conocido. Nótese que el murmullo no era *contra* Él, sino *acerca de Él;* algunos murmurarían de los líderes porque no le reconocían por lo que era; otros murmurarían de que los líderes no le silenciaran y restringieran sus actividades. Siempre ha sido, y será, objeto de mucha controversia y discusión la religión de Cristo (v. Lc. 12:51–52), pero el ruido y la contradicción dentro de la libertad son preferibles, sin duda, al silencio y al aparente consenso de una prisión. *«Unos decían: Es bueno»*. Esto era una gran verdad, pero no era toda la verdad, pues era también *el Hijo de Dios.* Muchos no hablan convenientemente de Cristo, porque, aun cuando el concepto que tienen de Él no sea *malo,* es todavía *bajo.* Incluso los que no le consideraban como Mesías, no tenían más remedio que confesar que era bueno. *«Pero otros decían: No, sino que engaña al pueblo»*. Por Mateo 27:63, vemos quiénes eran principalmente los que pensaban de este modo (v. también Lc. 23:2, 5). Si hubiese sido un engañador de cierto habría sido un mal hombre. Todos ellos, los que hablaban bien y los que hablaban mal, temían manifestar en público su opinión acerca de Él, por temor a los líderes: *«Sin embargo, ninguno hablaba abiertamente de Él, por miedo a los judíos»* (v. 13).

Versículos 14–36

I. Ahora tenemos la predicación pública de Jesús en el templo (v. 14). La fiesta, que duraba una semana (v. Lv. 23:26), estaba ahora a la mitad: «*Mas a la mitad de la fiesta, subió Jesús al templo y enseñaba*». Juan no nos informa del mensaje que Jesús predicó en esta ocasión, pero lo que es de notar es que subió *a la mitad de la fiesta.* ¿Por qué no subió antes para enseñar en el templo? Podemos aventurar dos motivos: 1. Porque el pueblo se sentiría más satisfecho de oírle después de haber pasado varios días en las tiendas de campaña; 2. Porque Él consideró que era el momento oportuno, cuando tanto sus amigos como sus enemigos se preguntaban por Él. Pero, ¿por qué se manifestó en público precisamente ahora? De seguro que fue para avergonzar a sus perseguidores, pues así demostraba que no les tenía miedo y, por otra parte les arrebataba de las manos la obra que llevaban a cabo. Era oficio de ellos enseñar al pueblo en el templo, pero enseñaban como doctrina de Dios lo que era mandamientos de hombres; por eso, se va Él al templo para enseñar al pueblo lo que Dios requería que se enseñase.

II. A continuación, Juan nos refiere su conversación con los judíos:

1. *Acerca de Su doctrina.* Vemos:

(A) Cómo se asombraban de ella los judíos: «*Y se maravillaban los judíos, diciendo: ¿Cómo sabe éste letras sin haber estudiado?*» (v. 15). El Señor Jesús no había asistido a ninguna escuela de los rabinos. «En el lenguaje de hoy—observa Hendriksen—, podríamos decir que no había conseguido graduarse en ninguna institución acreditada.» Pero, al haber recibido el Espíritu *sin medida* (v. 3:34), no necesitaba recibir instrucción en ninguna escuela humana. Cristo conocía perfectamente *las Sagradas Letras* (2 Ti. 3:15, lit.), sin haberlas estudiado a los pies de ningún rabino. En cambio, es menester que los ministros de Jesucristo tengan su *aprendizaje* y, puesto que no han de esperar obtenerlo por inspiración, es necesario que se tomen la molestia de estudiar, ya por su cuenta, ya en una institución donde se ofrezca sana doctrina. La grandeza de Cristo y el asombro que provocaba su doctrina, se debía a la fuente en que la había bebido, sin haberla aprendido en ninguna escuela de hombres. Algunos se percataron de esto no cabe duda para honor de Él. Otros, con toda probabilidad, lo mencionaron para menospreciarle, como si dijesen: «Por mucho que parezca saber, no puede realmente poseer verdaderos conocimientos, porque no ha pasado por ninguna escuela rabínica ni ha obtenido la aprobación de sus estudios». Quizás algunos llegaron a sospechar, y aun a sugerir, que había obtenido sus conocimientos por medio de la magia, y dar por supuesto que, si no había sido escolar, por fuerza había de ser conjurador.

(B) Lo que Él dijo de su propia doctrina: Tres cosas:

(a) Que su doctrina era *divina: «Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió»* (v. 16). Como si dijera: «Lo que yo enseño no lo digo por mi propia cuenta, sino que enseño lo que el Padre me ordenó que enseñase». Se ofendían los judíos de que enseñase sin haber asistido a ninguna escuela rabínica, y Él les contesta que lo que Él enseñaba no era producto del aprendizaje propio, sino de la revelación divina. Jesús no hacía de Sí mismo el centro de sus enseñanzas, sino que llevaba a las almas al conocimiento del Padre (1:18; 14:6, 9).

(b) Que los jueces más competentes para juzgar del origen de su doctrina eran los que tuviesen un corazón recto y deseoso de conocer y hacer la voluntad de Dios: *«El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta»* (v. 17). Nótese que Cristo no prohíbe que su doctrina sea pasada por el tamiz del escrutinio público o privado, pero asegura que sólo quienes estén dispuestos a poner su voluntad de acuerdo con la de Dios tendrán éxito en dicho escrutinio. Cristo promete aquí solemnemente impartir un conocimiento seguro de su doctrina a quienes estén en dicha disposición de corazón. «El principio que es expuesto aquí—dice Ryle—es de inmensa importancia, pues se nos dice que el conocimiento claro depende de la honesta obediencia en gran medida, y que no se puede esperar una visión distinta y clara de las verdades divinas, a menos que estemos dispuestos a poner en práctica las cosas que conocemos. Al vivir de acuerdo con la luz que poseemos, obtendremos más y más luz.» En este sentido (nota del traductor) decía nuestro Unamuno que era menester volver del revés el famoso adagio escolástico: «Nada es querido sin ser antes conocido», para decir: «Nada es conocido sin ser antes querido». En efecto, es cierto que mediante el estudio de la historia, de la crítica y de la propia Biblia, se pueden obtener profundos conocimientos teóricos de las verdades divinas; en realidad, el núcleo fundamental del Evangelio de salvación es sumamente breve (v. 1 Co. 15:1–4), pero todos esos conocimientos no sirven, de suyo, para impartir el amor a Dios en Jesucristo

y, *sin amor, nada somos* (1 Co. 13:1–3) y ninguna cosa espiritual podemos entender como se debe (v. 1 Co. 2:14 y ss.). En cambio, todo el que esté dispuesto a someterse a las reglas de la ley divina, quedará convenientemente expuesto a los rayos de la luz divina.

(c) Que así queda claro que Jesús como Maestro, no enseñaba por su propia cuenta ni para su propia gloria: *«El que habla por su propia cuenta, busca su propia gloria; pero el que busca la gloria del que le envió, éste es verdadero* (lit. *verídico o veraz), y no hay en él injusticia»* (v. 18). Véase, de paso, el carácter del impostor: *«busca su propia gloria»,* lo cual es señal de que *«habla por su propia cuenta»*. Los engañadores hablan y enseñan sin comisión ni instrucción de parte de Dios, sino apoyados únicamente en su propia voluntad como única garantía de lo que enseñan; no hay en ellos *inspiración divina,* sino mera *imaginación humana;* los que se buscan a sí mismos, hablan de sí mismos. Así se conoce pronto al predicador jactancioso. En cambio, los que hablan enseñados por Dios, hablan para gloria de Dios, no de sí mismos. El que busca la gloria de Dios en lo que dice, bien merece que se le de crédito en lo que dice. Los que así nos enseñen, y sólo ellos, han de ser acogidos, y escuchados entre nosotros. Con esta rectitud de intención bien podía asegurar Jesús que *«no hay en él injusticia»*. En cambio, los falsos maestros son injustos: injustos para con Dios, de cuyo nombre abusan; e injustos para con los hombres, a quienes tratan de imponerse. Jesús mostraba que era veraz y justo, puesto que era en realidad lo que decía que era.

2. Los judíos le recriminaban a Jesús por haber curado al paralítico y haberle hecho cargar con su camilla en sábado, pero el Señor les recrimina de no cumplir la ley: *«¿No os dio Moisés la ley? Y ninguno de vosotros cumple la ley»* (v. 19). Estos líderes de Israel se jactaban de ser discípulos de Moisés (9:28) y se sentaban en la cátedra de Moisés (Mt. 23:2), por mano del cual habían recibido la Ley. Pero Jesús pasa ahora a la ofensiva, y a quienes falsamente le acusaban de quebrantar el sábado, les da a entender que *ninguno de ellos cumple la ley,* puesto que toda la ley se resume y se cumple en el amor (Mt. 7:12; Ro. 13:8–10; Gá. 5:14; y ya en Lv. 19:18), y ellos, no sólo no amaban al prójimo, sino que aborrecían a Jesús hasta el punto de procurar matarle, como en efecto lo llevarían a cabo unos seis meses más tarde. De ordinario, los más inclinados a censurar a otros son ellos mismos los más dignos de censura. La frase *«¿Por qué procuráis matarme?»* que Jesús les dirige a continuación, va dirigida, con toda probabilidad, no sólo contra los líderes, sino contra muchos de los judíos de Jerusalén, pues aun prescindiendo del término general *«judíos»* (5:16, 18; 7:1), lo da a entender la alusión a la *«multitud»* en el versículo siguiente (v. también vv. 30, 44) y, finalmente, será esa turba la que gritará ante Pilato: «¡Crucifícale, crucifícale!»

Al llegar a este punto, vemos que la gente le interrumpió muy descortésmente, al decir: *«Demonio tienes; ¿quién procura matarte?»* (v. 20). Esto demuestra, por una parte, la *buena opinión* que tenían de sus líderes, de quienes pensaban que nunca se atreverían a intentar algo tan atroz como dar muerte a Jesús; por otra parte, demuestra la *mala opinión* que tenían del Señor, al decirle que tenía demonio, es decir, un espíritu inmundo de mentira, o quizá de depresión y melancolía, como si se sintiera acosado de temores infundados, pues no sólo el frenesí demencial, sino también la melancolía depresiva, silenciosa, eran comúnmente atribuidos al poder de Satanás. En cualquiera de los dos casos, Jesús no podía ser en opinión de ellos, una persona buena y equilibrada. ¡No nos resulte extraño el que los mejores hombres sean considerados por los incrédulos como personas abominables o desequilibradas! Pero los que quieran ser semejantes al Salvador han de imitarle en la forma como responde a estos insultos con toda mansedumbre, sin resentimiento ni espíritu de venganza (v. Ro. 12:19). Cristo responde vindicando sin ira su modo de proceder:

(A) Apela a los sentimientos de ellos acerca del milagro con el que le acusaban: *«Una obra hice, y todos os maravilláis»* (v. 21). Es decir: «Por una sola obra que he realizado, todos estáis asombrados». Es cierto que Jesús había hecho ya otros milagros (v. 2:23; 4:45) en Jerusalén, pero esta sola, la curación del paralítico en la piscina de Betesda o Betzata, llevada a cabo en sábado, era la ocasión del complot que tramaban para matarle. No podían menos de maravillarse, puesto que era un gran milagro.

(B) Apela a la costumbre que ellos mismos tenían de circuncidar en sábado, si en él caía el octavo día después del nacimiento del niño (vv. 22–23), como diciéndoles: «Por una sola obra que he llevado a cabo en sábado, todos os asombráis, os parece extraño en gran manera el que una persona religiosa se atreva a hacer tal cosa; sin embargo, si para vosotros es legal y es vuestro deber circuncidar en sábado a un niño, mucho más legítimo y provechoso es que yo haya curado a un inválido en día de reposo».

(a) Comienzo y origen de la circuncisión: *«Moisés os dio la circuncisión»* (v. 22). Se dice aquí que la circuncisión es *dada y* (v. 23) *recibida*, para dar a entender que las ordenanzas que Dios había instituido como señales del pacto con Su pueblo, eran *dones de Dios a los hombres*, y como tales habían de ser recibidas. ¡Cuánto mejores son los dones de Dios en las ordenanzas del Nuevo Pacto, y cómo habríamos de recibirlas con mayor gratitud! Jesús les pone las cosas en claro, al añadir en paréntesis que, en realidad, la circuncisión no se originó con Moisés, sino que ya había sido practicada anteriormente por los patriarcas (v. Gn. 17:10 y ss.). Había sido ordenada anteriormente, como señal del pacto de Dios con Abraham y sus descendientes.

(b) El respeto que los judíos tenían para esta ordenanza, al poner la circuncisión por encima de la ley sobre el día de reposo. Si un niño nacía en sábado, era circuncidado sin falta al sábado siguiente.

(c) La inferencia que de aquí saca Jesús para vindicar su modo de proceder en el caso del milagro que había realizado en sábado: *«Si recibe el hombre la circuncisión en sábado, para que la ley de Moisés no sea quebrantada,* si esto os parece legítimo y obligatorio, *¿os enojáis conmigo porque sané completamente a un hombre en sábado?»* (v. 23). El enojo de los judíos ante el milagro de Jesús era absurdo, sin razón alguna, al condenar a otros por aquello mismo con que se justificaban a sí mismos. Obsérvese la comparación que Cristo hace aquí entre *circuncidar a un niño y sanar enteramente a un hombre* en sábado. La circuncisión era meramente una institución ceremonial, mientras que la curación era un beneficio altamente provechoso por ley de naturaleza. La circuncisión hacía daño, pero Cristo había hecho un gran beneficio al sanar completamente. Mientras que al circuncidar a un niño, había de tenerse el cuidado necesario de sanar sólo aquella parte del cuerpo en la que se había practicado la circuncisión, pero no se inmunizaba por eso al niño contra otras enfermedades que pudiese contraer o que, quizás, había ya contraído, el milagro de Jesús había sanado enteramente al hombre. Más aún, no sólo le había sanado enteramente el cuerpo, sino también el alma, al advertirle: *«No peques más, para que no te suceda alguna cosa peor»* (5:14).

(C) Jesús concluye su argumentación con este consejo que debía servirles de norma para el futuro: *«No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio»* (v. 24). Esto es de aplicación particular al caso presente, pero tiene aplicación general a todas las demás obras, así como a las enseñanzas y a la persona misma de Cristo. «Las apariencias engañan»—dice el refrán—; quienes, a primera vista, parecen los mayores santos, pueden resultar, a la larga, los peores criminales. Estas *apariencias* eran precisamente las que tan alto prestigio habían deparado a los fariseos, quienes, *por fuera* (v. Mt. 23:27–28) parecían tan piadosos, y los hombres los juzgaban y tenían en alta estima por esas apariencias. Pero Cristo les advierte que «no todo lo que reluce es oro»; en cambio, puede hallarse oro puro de santidad bajo apariencias modestas. Sólo Dios (y Jesús, por ser Dios) puede ver el interior del corazón (comp. con 1 S. 16:7). Los que se empeñaban en juzgar a Jesús por su modesta apariencia, no era fácil que juzgaran con justo juicio, pero si se atendía al poder de Dios que se manifestaba y daba testimonio en las obras que llevaba a cabo, y a las profecías que en Él tenían cabal cumplimiento, era justo y puesto en razón recibirle y juzgarle con los ojos de la fe, no con la vista exterior. También nosotros hemos de aprender a no juzgar a nadie por las apariencias pomposas, por los títulos o por la posición que ocupa en la sociedad, sino por su valer intrínseco y por los dones y gracias del Espíritu Santo que en él se manifiesten.

3. Cristo pasa después a conversar con ellos acerca de Sí mismo; de dónde había venido y adónde se dirigía (vv. 25–36).

(A) *De dónde venía* (vv. 25–31).

(a) La objeción contra el verdadero origen de Cristo fue presentada por unos habitantes de Jerusalén que parecían ser los que mayores prejuicios abrigaban acerca de Él (v. 25). Nuestro Señor Jesús halló con frecuencia las peores acogidas entre aquellos de quienes había motivo para esperar que mejor le acogieran. Pero no fue sin ninguna razón por lo que llegó a surgir el siguiente proverbio: «Cuanto más cerca de la iglesia, tanto más lejos de Dios». Veamos:

Primero, cómo reaccionan los propios habitantes de Jerusalén, quienes conocían a los líderes religiosos del país mejor que los venidos de fuera de la ciudad. La reacción del Sanedrín queda registrada en el versículo 15, la de la multitud (compuesta especialmente de peregrinos), en el versículo 20. Ahora, estos jerosolimitanos, que a un mayor conocimiento de los líderes añadían un mayor odio a Jesús, se sorprenden de que nadie le haya parado los pies a este atrevido (v. 19) y preguntan: *«¿No es éste a quien buscan para matarle? Pues mirad, habla públicamente* (lit. *atrevidamente) y no le dicen nada»* (vv. 25–26). Y añaden, más bien con ironía maliciosa que con sospecha de posibilidad: *«¿Habrán reconocido en*

verdad los gobernantes que éste es el Cristo?» (v. 26b). Con esta insinuación, trataban de exasperar a los propios gobernantes, como si la pasividad que mostraban en este asunto redundara en menosprecio de la misma autoridad que ostentaban. Como si dijesen: «Si nuestros gobernantes soportan con toda calma el que de tal modo se les insulte, están incitando a la gente a que les pierda el respeto» (W. Hendriksen opina, sin embargo, que la frase pronunciada al final del versículo 26 no contiene ninguna malicia, sino que expresa una sincera duda. Nota del traductor). Las peores persecuciones se han llevado a cabo bajo pretexto de la necesidad de apoyar al régimen y mantener el «orden constituido». Si las frases de estos judíos se toman irónicamente, ese *«habrán reconocido …»* equivale a decir: «¿Cómo es que han cambiado de opinión acerca de este sujeto?» Cuando la profesión de la fe cristiana no goza de la reputación popular, son muchos los que se sienten tentados a ridiculizar y perseguir a los creyentes, aun cuando sólo sea por no parecer que se ponen de parte de ellos. Es extraño que los líderes, irritados por estas observaciones, no trataran inmediatamente de arrestar al Señor; pero su hora no había llegado todavía. Dios puede atar con admiración las manos de los hombres, aun cuando éstos no experimenten contrición en el corazón.

Segundo, cómo expresan su prejuicio acerca del origen de Cristo con base igualmente en las apariencias: *«Pero éste, sabemos de dónde es; mas cuando venga el Cristo* (es decir, *el Mesías), nadie sabrá de dónde es»* (v. 27). ¿Acaso no sabían todos que Jesús procedía de la despreciada Galilea, y que era hijo de José y María? (v. 6:42; 7:41). A pesar de la ignorancia que estos jerosolimitanos expresaban acerca del lugar de origen del Mesías, el mismo evangelista nos dice que había quienes recordaban bien la profecía (v. Mi. 5:2), según la cual el Mesías había de proceder de Belén (v. 42). Es probable que hubiese entre ellos quienes, según ciertas leyendas, pensaban que el Mesías aparecería de repente, sin saber de dónde venía, como llovido del Cielo. Hendriksen expone la total falsedad de los que se atrevían a formar el siguiente silogismo, conforme a la fraseología del versículo 27: «Nadie sabe de dónde vendrá el Mesías. Es así que nosotros sabemos de dónde procede este Jesús. Luego este Jesús no puede ser el Mesías». Si las premisas fueran verdaderas, la conclusión sería totalmente lógica y, por tanto, también verdadera. Pero resulta que las dos premisas eran falsas; así que la conclusión no podía ser más falsa. La familiaridad engendra menosprecio e inclina a desdeñar el hacer uso del talento y de los dones de muchas personas cuyo humilde origen parece oscurecer la real valía de sus personas. *«Vino a lo que era suyo, y los suyos no le recibieron»* (1:11). ¡Qué tristeza causa este versículo! ¡Qué consuelo y ánimo ofrecen los dos versículos que le siguen! (v. 1:12–13).

(b) Jesús contesta a esta objeción (vv. 28–29), no sólo públicamente (o atrevidamente—v. 26—) sino en voz más alta: *«Entonces Jesús, enseñando en el templo, alzó la voz»* (v. 28a), con lo que dio a entender así su vehemente pesar por la dureza que observaba en el corazón de sus interlocutores. Aunque hemos de dar testimonio de nuestra esperanza *con mansedumbre y reverencia* (o *respeto personal)* ante el que nos demande razón (1 P. 3:15), también debemos contender con vehemencia por la fe dada una vez a los santos (Jud. 3) contra toda sinrazón. Esta vehemencia, aunque sin perder el control de sí mismo, se observa en el tono y en la frase de Cristo: *«Alzó la voz y dijo: A mí me conocéis y sabéis de dónde soy».* Hay comentaristas que interpretan esta última frase en forma de interrogación, lo cual es muy improbable a la vista del texto original. Otros (entre ellos, el propio Matthew Henry. Nota del traductor), piensan que contiene una concesión parcial, como si dijese: «En parte tenéis razón, pues, aun cuando no nací en Galilea, allí me crié y allí están mis parientes más cercanos». Esta interpretación tiene contra sí el contexto posterior, en el que Jesús, lejos de deshacer el error que sus interlocutores manifestaban por desconocer que había nacido en Belén, se remonta a su origen *divino*, no humano. Por eso, la única interpretación correcta es la que sostiene W. Hendriksen, con muchos otros insignes autores, entre los que descuellan Calvino, Beza, Toledo, Stier, Godet y Lenski; Cristo se expresó aquí irónicamente, en forma de exclamación, como si dijese: «¡Así que me conocéis y sabéis de dónde soy!» Esto está en perfecta concordancia con lo que el mismo Jesús expresa una y otra vez en este mismo Evangelio de Juan acerca de la ignorancia del pueblo sobre su persona y su origen (v. 3:11; 5:18, 37, 38; 6:42, 60–62; 8:19, 55–69; 14:9). El verdadero origen de Cristo es divino, y así lo expresa a continuación Él mismo al decir: «*Y no he venido de mí mismo, pero el que me envió es verdadero* (aquí, *genuino*, como en 15:1; 1 Jn. 5:20), *a quien vosotros no conocéis».* Esta gente venía a decir que Jesús se arrogaba la personalidad y la misión del verdadero Mesías sin serlo. Jesús les replica de nuevo que Él no ha venido por su propia cuenta, sino enviado y comisionado por el Dios verdadero, *real* (según expresa el griego), no por algún ser imaginario, de pura leyenda. Pero es a este único Dios verdadero (17:3) al que ellos no conocen (v. 8:19, 55). La

ignorancia del verdadero carácter de Dios, según aparece en las páginas de la Biblia, es la verdadera causa de que tanta gente se niegue a creer y rechace a Cristo y al cristianismo. Jesús sí que conoce al Dios verdadero y real: *«Pero yo le conozco, porque de Él procedo* (lit. *de junto a Él soy), y Él me envió»* (v. 29). Él conocía perfectamente al Padre, por estar recostado en su seno (1:18) y no tenía dudas acerca de la misión que del Padre había recibido ni estaba en la oscuridad sobre la obra que el Padre le había encomendado que llevara a cabo (4:34; 17:4).

(c) La provocación que esta abierta declaración ocasionó a sus enemigos: *«Entonces procuraban prenderle, pero nadie puso sobre Él la mano, porque aún no había llegado su hora»* (v. 30). Dios tiene a los malvados fuertemente sujetos como con una cadena. La malicia de los perseguidores resulta *impotente,* incluso cuando es más *impetuosa,* y, aun en los casos en que Satanás *llena el corazón* de ellos, Dios les *ata las manos.* Los siervos de Dios son, a veces, protegidos de un modo maravilloso por medios que no podemos vislumbrar. Cristo tenía su hora *fija;* así también la tienen sus ministros y todos los creyentes. Ningún poder de la tierra ni del infierno puede prevalecer contra ellos, mientras no hayan acabado su testimonio.

(d) El buen efecto que el mensaje de Cristo tuvo en algunos de sus oyentes: «*Y muchos de la multitud creyeron en Él»* (v. 31). Como hace notar Hendriksen, aquí, como en otros lugares (2:23; 4:45, 48), no se puede hablar de fe salvífica; probablemente estaban dispuestos a aceptar a Jesús como a Mesías político, al ver los milagros que hacía y al tener por buenas las referencias que de Él se hacían (comp. con Is. 35:5–6; Mt. 11:2–5). Vemos que los que así creían no eran de los líderes, sino del pueblo, *«de la multitud».* No se debe medir el éxito del Evangelio por el número de los magnates y sabios que lo aceptan, y los ministros de Dios no deben desanimarse por el hecho de que sólo los pobres reciban su mensaje. Pero la fe de éstos era mucho más débil que la de los samaritanos que afirmaban: *«Éste es el Salvador del mundo, el Cristo»* (4:42), puesto que, en forma de duda, añaden: *«El Cristo, cuando venga, ¿acaso hará más señales que las que éste hace?»*

(B) *Adónde iba* (vv. 32–36).

(a) El propósito de los fariseos y de los principales sacerdotes contra Él (v. 32). Por la información que les proporcionaron sus espías, supieron que *«la gente comentaba de Él* (Jesús) *estas cosas».* La cosa se ponía seria. Muchos mostraban su respeto, si no su fe, a Jesús. El murmullo entre el pueblo bastó para enfurecer a los líderes al pensar que, cuanto más creciese Jesús, más menguarían ellos. Así que, fariseos y saduceos, aun siendo enemigos entre sí unieron sus fuerzas contra Jesús y «enviaron *alguaciles para que le prendiesen».* Su siniestro objetivo, ya expresado en 5:18, debe ponerse por obra sin dilación. El modo más efectivo de dispersar el rebaño es herir al pastor. Quienes, por su oficio y sus conocimientos de la Escritura, debieran ser los más solícitos en defender el reino de Dios y a Cristo que venía a inaugurarlo, son precisamente los que envían a arrestar al Mesías. Parece que estamos viendo al Gran Inquisidor de Dostoievski, a quien, como dice Cabodevilla, «le molestaba cualquier motivo de remota perturbación; por el bien de los propios fieles, apresó a Jesús y le prohibió toda clase de actividad, pues, cualquiera que ésta fuese, acabaría soliviantándolos».

(b) El mensaje cifrado que, con esta ocasión, pronunció el Señor: *«Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo, y me iré al que me envió. Me buscaréis y no me hallaréis; y a donde yo esté, vosotros no podéis venir»* (vv. 33–34). Estas palabras, como la columna de nube y fuego, tienen su lado oscuro y su lado brillante:

Primero, tienen un lado brillante con relación a Jesús. Hallamos aquí tres cosas que le animan y confortan: (i) Que le quedaba *poco tiempo* en este mundo de penas y miserias; pronto se acabaría la obra que había venido a llevar a cabo. Debe consolarnos la idea de que, sean amigos o enemigos los que nos rodean, estaremos con ellos sólo «un poco de tiempo». Mientras tanto, no tenemos más remedio que convivir con muchos que son como zarzas y espinos; pero ¡bendito sea Dios! que sólo por poco tiempo pueden dañarnos, y pronto estaremos lejos de su alcance. (ii) Que pronto estaría con el que le había enviado; como si dijese: «Cuando haya acabado entre vosotros la obra que vine a realizar, entonces, y no hasta entonces, «me iré al que me envió». Quienes sufran por Cristo consuélense con esto: que tienen un Dios a quien ir, y que están yendo cada día hacia Él, para estar con Él por toda la eternidad. (iii) Que ninguno de sus perseguidores podía acompañarle hasta el Cielo, a no ser que se volviese discípulo suyo: *«Me buscaréis y no me hallaréis».* Uno de los aspectos que añaden felicidad a los santos glorificados es que ya están fuera del alcance del diablo y de los perversos instrumentos de Satanás.

Segundo, estas palabras tienen un lado oscuro, negro, para los que odiaban y perseguían a Jesús. Querían deshacerse de Él, y según su deseo sería su destino. Él no les va a molestar por mucho tiempo, sino que, dentro de poco, se marchará de ellos. Día llegará en que la nación judía, en su desesperación buscará la liberación pero será demasiado tarde. Al no haber creído en Él, morirán en sus pecados (8:24, comp. con Gn. 27:30–38, a la luz de He. 12:17; Pr. 1:24–28; Am. 8:11–12). No hay mayor miseria para los que rechazan a Cristo y no quieren oír de Él, que ser dejados a su deseo. Ahora es el día en que se puede hallar a Jesús; *«he aquí ahora el tiempo favorable; he aquí ahora el día de salvación»* (2 Co. 6:2). Los que no quieran aceptar a Cristo, en vano tratarán de hallar un lugar en el Cielo: *«Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre»* (1 Jn. 2:23).

(c) La errónea interpretación que ellos dieron a estas palabras de Jesús (vv. 35–36): *«Entonces los judíos dijeron entre sí: ¿Adónde se va a ir éste, que no le hallemos?»* Con esto muestran: *Primero, su* ignorancia y ceguera, pues Él acababa de decir adónde iba: al que le envió, al Padre en los cielos y, aun así, todavía se preguntan: *«¿Adónde se va a ir éste?»,* y: *«¿Qué significa esto que dijo …?»; segundo,* el atrevimiento con el que despreciaban las amenazas de Jesús. En lugar de temblar ante la terrible sentencia del: *«Me buscaréis y no me hallaréis»* parecen tomarlo a risa y se burlan de Él: *«¿Acaso va a ir a los dispersos entre los griegos, y a enseñar a los griegos?»* Nótense los dos grupos implicados en la frase: Los judíos de la *diáspora* (palabra griega que se halla en el original de este versículo y significa «dispersión»), y los griegos, los gentiles mismos. Como hace notar Hendriksen, cuando Juan menciona «griegos», no quiere decir (al revés que en Hch. 6:1; 9:29) los judíos que hablaban griego, sino los griegos de nacionalidad y raza. Así que los oponentes de Jesús, con el mayor desprecio hacia los gentiles, se preguntaban: «¿Acaso irá a enseñar a los gentiles?» No se percataban de que, como Caifás más tarde (v. 11:51–52), lo que decían en son de burla, contenía una gloriosa profecía pues pronto serían *«ciertos griegos»* los que se interesarían por Jesús (v. 12:10 y ss.). Es muy corriente entre los que se muestran muy celosos en mantener el monopolio de la religión, el que hayan perdido la eficacia de la religión.

Versículos 37–44

I. El notable mensaje que Jesús pronunció a continuación (vv. 37–39). Es probable que estos tres versículos contengan solamente un breve sumario de lo que pronunció en esta ocasión, pero, aun en esta forma tan concisa, contienen el núcleo de todo el Evangelio. Aquí tenemos una *invitación* a llegarnos a Cristo, y una consoladora *promesa* de la felicidad que hallaremos en Él. Veamos:

1. Cuándo hizo esta invitación: *«En el último y gran día de la fiesta»* de los Tabernáculos (v. Nm. 29:12–39). Como habría mucha gente reunida, con una invitación hecha a tantos, podría esperarse que algunos la aceptasen. El pueblo estaba ahora a punto de volverse a sus casas y podrían llevar consigo, como noticias de última hora, este importante mensaje del Salvador. Cuando nos veamos ante una gran congregación que está a punto de dispersarse (especialmente, si hay poca probabilidad de que vuelvan a congregarse), ése es el tiempo oportuno para decir o hacer algo que pueda ayudarles para entrar en el camino de la salvación. Quedaban entonces unos seis meses hasta la próxima fiesta solemne la Pascua pero algunos de la multitud que ahora se congregaba habrían muerto para entonces. Por eso, el Señor se muestra ahora tan afanoso por que oigan este importante mensaje.

2. Cómo hizo Jesús esta invitación: *«Se puso en pie y alzó la* voz». Tanto la postura como el tono evidencian anhelo e importunidad (comp. con 2 Ti. 4:2). El amor a las almas debe avivar el celo de los predicadores. Era el ardiente deseo de Jesús que todos pudieran oír sus palabras y aceptar esta invitación. Los oráculos de los dioses paganos eran dados en privado mediante susurros ininteligibles, pero los oráculos del Evangelio han de ser proclamados como lo fueron por Cristo, con urgencia insistente, en público y a voz en grito.

3. La invitación misma es universal: *«Si alguno tiene sed, venga a mí y beba»* (v. 37b). Todo el que tenga sed de verdadera y eterna felicidad, que venga a Cristo y tome del agua de la vida. De la importancia de este mensaje nos da idea el hecho de que es el último que la Biblia repite (v. Ap. 22:17). Hasta que todo lo que ha de cumplirse sea consumado (v. Ap. 21:6 *«hecho está»),* habrá oportunidad de predicar este mensaje y de recibir esta invitación. Nótese que:

(A) Son invitadas todas las personas que *tengan sed.* El sentido no es de *inclinación* (comp. con Mt. 5:6), puesto que los creyentes han saciado su sed y *no tendrán ya sed jamás* (v. 6:35), sino de *necesidad;*

todo el que busca satisfacción en cisternas rotas y no puede calmar su sed (comp. con Jer. 2:13). A estos insatisfechos y verdaderamente indigentes, Jesús les promete satisfacción si se llegan a Él.

(B) Son invitadas a llegarse a la fuente de aguas vivas: *«Venga a mí y beba»,* con la seguridad de que no será rechazado (v. 6:37). Por mucha que sea su sed, quedará satisfecho; no sólo quedará *refrescado,* sino también *rellenado.*

4. La consoladora promesa, aneja a esta misericordiosa invitación: *«El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva»* (v. 38). Este pasaje, no sólo nos recuerda lo que leemos en Isaías 55:1–2 y en el ya citado lugar de Apocalipsis 22:17, sino en especial, el diálogo de Jesús con la samaritana (4:10–14) sobre este mismo tema. En cuanto al inciso *«como dice la Escritura»* pueden verse lugares como Salmos 46:4 y Ezequiel 47:1. Es cierto que el Salmo habla de *«la ciudad de Dios»,* y Ezequiel habla del *«umbral del santuario»;* pero ambas cosas tienen aplicación al creyente, pues es «santuario» de Dios (v. 1 Co. 3:16; 6:19), y forma parte de la «ciudad santa» (v. Ap. 21:2–3, 9–10). Por otro lado, la expresión *«de su interior»* (lit. *de su vientre),* sólo puede referirse al interior del *creyente,* no de la *Escritura* por cuanto el pronombre está en masculino («de él», no «de ella»). Y el sentido concuerda con el contexto posterior, lo mismo que con 4:14. *«Agua viva»* siempre equivale, en la Biblia, a *«agua corriente»;* se llama *viva* porque está en movimiento. Es agua que brota perpetuamente, porque surge de un manantial que se convierte en *«surtidor para vida eterna»* (4:14). No hay, pues, peligro de que se acabe y nos vuelva la sed. Con ello se muestra que las gracias y dones del Espíritu Santo no son para permanecer inertes, como en la quietud de un estanque, sino para moverse y ser usados para beneficio del propio individuo y de los demás. De la misma manera que *el árbol se conoce por sus frutos, el río se conoce por sus corrientes.*

5. A continuación, el evangelista mismo explica el significado de esta promesa del Señor: *«Esto dijo del Espíritu que iban a recibir* (v. Hch. 2:1 y ss.) *los que creyesen en Él»* (comp. con 16:7). El Espíritu Santo, al morar dentro del creyente, no sólo imparte el agua de la vida, sino que es como un manantial de agua viva, puesto que, al ser persona divina, *tiene vida en sí mismo* (comp. con 5:26) *y vida inmortal por esencia* (comp. con 1 Ti. 6:16). Nosotros sólo podemos ser *canales o depósitos* de agua, pues dependemos en todo de la fuente que es Dios; pero el Espíritu Santo, que habita en nosotros, es el *manantial.* Con este manantial dentro, no tenemos excusa para no producir fruto, pues estamos en mejores condiciones que los justos de los que se habla en Salmos 1:3 *(«como árbol plantado junto a corrientes de aguas»),* ya que nosotros no sólo tenemos la corriente de aguas *cerca,* sino *dentro.* Al tener más, más se nos pedirá. ¿Cómo nos atreveremos a quedar *ociosos y sin fruto* (v. 2 P. 1:8), si tenemos dentro tal manantial de gracia?

6. Finalmente, Juan hace notar que la promesa estaba en futuro, *«pues aún no había sido dado* (lit. *aún no había*—comp. con Hch. 19:2, donde tiene el mismo sentido) *el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado»* (v. 39b). Es cierto que, con la Venida de Cristo al mundo, llegó el cumplimiento del tiempo (Mr. 1:15), pero, mientras Jesucristo estaba en la tierra, parecía como si poseyera el «monopolio» (v. 3:34) del Espíritu; tanto que su presencia en la tierra, antes de su muerte y resurrección, era como un obstáculo para que el Espíritu fuese difundido por doquier (v. 16:7; Hch. 2:32–33). Es precisamente en el Evangelio de Juan donde la muerte de Cristo, como ya hicimos notar, toma el carácter de «elevación», de «triunfo», de «centro de atracción» (v. 3:14–15; 12:32–33). Tenía que ascender al Cielo y recibir del Padre el «espaldarazo» de Vencedor, para repartir el botín y derramar el Espíritu Santo con sus dones (v. Ef. 4:8). Comenta Hendriksen: «De la misma manera que los creyentes no pueden convertirse en la mayor bendición posible para el mundo mientras no hayan recibido el Espíritu Santo con poder (Hch. 1:8), así tampoco el Espíritu Santo podía ser derramado mientras Jesucristo no fuese glorificado».

II. Las consecuencias o efectos que produjo entre los oyentes este mensaje de Jesús. En general, ocasionó una división entre las opiniones de la multitud: *«Había, pues, disensión entre la gente a causa de Él»* (v. 43). No pensemos que Cristo vino a poner paz, no. El efecto de la predicación del Evangelio siempre es la división, porque, mientras algunos *se reúnen a él* y son añadidos a la Iglesia (v. Hch. 2:41, 47), otros *se reúnen contra él.* No es culpa del Evangelio el que se provoque esta división, como no es culpa de la medicina la revulsión que provoca en los humores mórbidos del organismo, a fin de descargarse de ellos. Vemos, pues:

1. Que algunos eran atraídos hacia Jesús: *«Entonces algunos de la multitud, oyendo estas palabras, decían: Verdaderamente éste es el profeta* (v. 40). Quizá veían en Él al profeta de Deuteronomio 18:15–18 (v. el comentario a 1:21), o al heraldo y precursor del Mesías. Otros iban más lejos, pues decían: *«Éste es el Cristo»* (v. 41a), el propio Mesías. Como en otros lugares, no hallamos que quienes así se expresaban llegasen a hacerse sus seguidores y discípulos. Una buena opinión acerca de Jesucristo está todavía muy lejos de una fe viva, salvífica, en Él; muchos le dieron algunas buenas palabras, pero ahí quedó todo.

2. Otros seguían con prejuicios contra Él. Tan pronto como alguien hacía alguna de las dos afirmaciones precedentes, otros se apresuraban a contradecir y poner objeciones. El hecho de que se hubiese criado en Galilea y de allí hubiese surgido, era para muchos un argumento contundente contra los que opinaban que Jesús era el Mesías o, al menos, un profeta (v. 52): *«¿De Galilea ha de venir el Cristo?»* (v. 41b). Una tal pregunta daba por supuesta una respuesta negativa. Y añadían: *«¿No dice la Escritura que del linaje de David* (Mt. 1:1) *y de la aldea de Belén* (v. Mi. 5:2), *de donde era David* (1 S. 16:1, 4), *ha de venir el Cristo?»* (v. 42). Éstos tenían los mismos prejuicios que hemos hallado en 6:42 y 7:27, con la diferencia de que en dichos lugares, las dos premisas eran falsas y, por tanto, la conclusión era doblemente falsa, pero aquí, en 7:42, la premisa mayor era correcta, pues Jesús no sólo era nacido en la aldea de Belén, en la que también David había nacido, sino que era del linaje de David, tanto legalmente por parte de José (Mt. 1:1, 16), como físicamente, según la carne, por parte de María (según la interpretación más probable de Lc. 3:23, 32). La interpretación de Miqueas 5:2 a favor del Mesías era la común entre los rabinos y del propio Sanedrín (v. Mt. 2:6), y era una interpretación correcta. Pero la premisa menor era falsa, pues Jesús no había nacido en Galilea, sino en Judea. Por donde vemos en esta gente:

(A) Un laudable conocimiento de las Escrituras. Incluso lo que se llama «la gente baja, el vulgo», conocían esto por la exposición tradicional que los escribas les ofrecían. Así pasa con muchas personas que muestran grandes conocimientos bíblicos, pero sólo les sirven para *torcer las Escrituras, para su propia perdición* (2 P. 3:16).

(B) Una lamentable ignorancia acerca del Señor Jesús. Al suponer que Cristo había nacido en Galilea, daban por seguro que no podía ser el Mesías, mientras que, si hubiesen atendido a su doctrina y a los milagros que llevaba a cabo, se habrían sentido inclinados a investigar más a fondo, hasta enterarse de que Jesús había nacido en Belén.

3. Otros, exasperados por las palabras de Jesús, *«querían prenderle»* (v. 44), sin darse cuenta de que ya habían sido enviados alguaciles para este encargo (v. 32), *«pero ninguno le echó mano»*, puesto que todavía no había llegado su hora.

Versículos 45–53

Los principales sacerdotes y los fariseos se enfurecen aún más ahora, por haber fracasado el encargo que dieron a los alguaciles. Por lo que se ve, estaban reunidos en la cámara del Sanedrín, sin asistir a los servicios religiosos de aquel día, a pesar de ser *«el gran día de la fiesta»* (v. 37). Allí esperaban impacientes que les trajesen preso a Jesús, pero los alguaciles regresaron sin Él. Vemos:

I. Lo que pasó entre los líderes y los alguaciles, al regresar éstos del templo.

1. La reprimenda que los líderes echaron a los alguaciles: *«¿Por qué no le habéis traído?»* (v. 45). No les cabía en la cabeza que los que eran sus fieles servidores no hubiesen cumplido la orden que se les había dado.

2. La respuesta que dieron los alguaciles: *«¡Jamás hombre alguno habló así!»* (v. 46, según la lectura mejor atestiguada). Ésta era una gran verdad pues nadie jamás ha hablado, ni puede hablar, con la sabiduría, el poder, la autoridad, la gracia, la claridad y el encanto con que habló Jesús. Los propios alguaciles que habían sido enviados para prenderle mostraron que les había impresionado de un modo profundísimo la forma en que Jesús hablaba. Y no solamente quedaron profundamente impresionados, sino que tuvieron la valentía de confesarlo ante sus propios superiores, con lo que venían a admitir que Jesús merecía mayor crédito que los que se sentaban en la cátedra de Moisés. Así es como el poder de la gracia de Dios pudo preservar a Cristo en esta ocasión, al hacer tal impresión en la conciencia de hombres

que no eran sospechosos de simpatía hacia el Salvador. Su testimonio, pues, delante de las autoridades judías, tenía doble garantía.

3. *«Entonces los fariseos les respondieron: ¿También vosotros habéis sido engañados?»* (v. 47). Como si dijesen: «Mal está que este hombre engañe a los que le siguen embobados y son sus discípulos, pero ¿vosotros? ¿Es posible que vosotros hayáis llegado a tal engaño, con tal estupidez?» El cristianismo, desde sus mismos comienzos ha parecido una estupidez a los sabios de este mundo; ha sido, incluso, llamado «el opio del pueblo»: suave droga para evadirse de las realidades de este mundo; creencia de «fanáticos» y de «beatas». Y, curiosamente, la mayoría de los incrédulos son «fanáticos ignorantes», que se dejan embaucar por los que, bajo el título universalmente reconocido de «expertos», les proponen sus hipótesis prejuzgadas como si fueran realidades evidentes. Es un hecho constante que, los que más duros se muestran para creer la verdad, más blandos se muestran para creer el error. Quienes se resisten a ser discípulos en la escuela del Maestro por excelencia, son extremadamente crédulos como alumnos en la escuela del diablo. Así es como estos líderes de los judíos quieren, a todo trance, que los alguaciles consideren:

(A) Que, si llegan a creer en Jesús, siguen el camino contrario al de los gobernantes y maestros del país, es decir, de las personas de mayor reputación dentro de la nación judía: *«¿Acaso ha creído en Él alguno de los gobernantes, o de los fariseos?»* (v. 48). Según 12:42, muchos de los gobernantes creían en Jesús, pero les faltaba valentía para confesarlo. De ello se aprovechaban estos líderes en su intento de querer persuadir a los alguaciles de que el prestigio de Jesús no era tan grande como a ciertas personas les parecía. La causa de Cristo raras veces tiene gobernantes y fariseos de su lado; la negación de sí mismo y el tomar la cruz son lecciones demasiado duras para tales personas.

(B) Que quienes hablan de esa manera a favor de Jesús son la gente más despreciable de la nación: *«Mas esta gente que no conoce la ley son unos malditos»* (v. 49). ¡Cuán burlona y despectivamente hablan del pueblo: *«esta gente»!* Así como la sabiduría de Dios suele escoger lo necio, lo bajo, lo vil y lo despreciable de este mundo (1 Co. 1:27–28), así también la sabiduría de los hombres rebaja y desprecia a los que Dios ha escogido. Los líderes achacan este entusiasmo por Jesús a *ignorancia de la ley,* cuando era precisamente la ley, toda la Escritura, la que daba testimonio a favor de Jesucristo (5:39 y ss.). Quizá mucha gente del pueblo conocía *poco* de la ley, pero lo poco que conocía le servía *mucho más* que a los escribas, aunque éstos conocieran perfectamente la letra de la ley. Se repite con mucha frecuencia el caso de creyentes sencillos y fieles que poseen un conocimiento rudimentario de las Escrituras, pero llegan a una comprensión íntima, experimental, del Señor y de la misma Palabra de Dios, que supera con mucho a los amplios conocimientos bíblicos de exegetas y teólogos de fama mundial. Aquí podemos aplicar la sabia consideración que hallamos en la primera página de la famosa *Imitación de Cristo,* de Tomás de Kempis: «¿De qué te sirve discutir cosas profundas de la Trinidad, si careces de humildad, por lo que desagradas a la Trinidad?» Finalmente, estos líderes vienen a pronunciar, como *ex cátedra*, sentencia de *maldición* contra quienes hablasen bien de Cristo (comp. con 9:22). Se expresan de esta forma para dar escape a su indignación y para amedrentar a los alguaciles, a fin de que nada tuvieran que ver con la *«maldita gente»*.

II. Pero ¡mira por dónde les sale un contradictor desde su propio campo, uno de los fariseos, el llamado por Jesús *«el maestro del Israel»* (3:10, lit.)! Veamos el diálogo que tuvo lugar entre ellos y Nicodemo (vv. 50 y ss.). Observemos:

1. La justa y racional objeción que presentó Nicodemo contra esta manera de proceder de sus colegas. Notemos los detalles principales:

(A) Quién fue el que presentó la objeción contra ellos: *«Les dijo Nicodemo, el que vino a Él de noche* (3:1 y ss.), *el cual era uno de ellos»* (v. 50). Aunque había visitado a Jesús y le tenía por maestro venido de Dios, retenía todavía su puesto en el Sanedrín y, con ello, la facultad de votar en las sesiones que en la cámara superior del país se celebraban. Dios tiene un «remanente» en lugares donde nadie sospecha (v. 1 R. 19:18; Ro. 11:4), de la misma manera que tiene enemigos o falsos amigos donde tampoco se podría sospechar (v. 13:26–29). Aun en el caso de que hubiese venido a Jesús *de noche* por falta de coraje (lo cual no es seguro, v. el comentario a 3:1 y ss.), lo cierto es que ahora tuvo la valentía de salir en defensa de Jesús, asociándose así, en la expresión de los demás colegas, a la *«maldita gente»*. Pero no podían acusarle de no conocer la ley; así que le acusan de simpatía hacia los galileos (v. 52). No debemos juzgar mal, ni demasiado pronto, de quienes, al principio, sienten timidez en pasar por creyentes, pero que, a la

larga, por la gracia de Dios, se muestran sinceros, valientes y maduros. ¡Que nadie ponga por excusa para disimular su fe el ejemplo de Nicodemo, a no ser que, como él, esté dispuesto a salir abiertamente en defensa de la causa de Cristo, y aunque esté solo en este menester pues esto es lo que hizo Nicodemo aquí y en 19:29!

(B) Lo que alegó Nicodemo contra esa manera de proceder de los otros fariseos: *«¿Juzga acaso nuestra ley a un hombre si primero no le oye, y averigua lo que hace?»* (v. 51). Con toda prudencia, arguye Nicodemo con base en los principios de la Ley misma, y en conformidad con las más elementales normas de justicia, que nadie debe ser condenado *sin ser oído.* Mientras que ellos reprochaban al pueblo sencillo de *no conocer la ley* (v. 49), él les imputa tácitamente a ellos el mismo cargo. Nótense los tres oficios que Nicodemo atribuye a la ley: *juzga, oye y averigua.* Es justo que nadie caiga bajo la *sentencia* de la ley, sin haber pasado por el *escrutinio* de la ley. Los jueces tienen dos orejas, para recordarles que deben oír a las dos partes. Y las personas deben ser juzgadas, no por lo que *se dice* de ellas, sino por lo que ellas *hacen.* En los procedimientos judiciales, hay que atender a las acciones, no a las facciones; y antes de la espada de la Justicia, hay que usar la balanza de la Justicia.

2. Lo que ellos le contestaron a esta objeción. No le responden directamente, sino que le replican con tanto mayor encono y burla cuanto menor es la razón que les acompaña. En lugar de admitir que estaban procediendo ilegalmente, se evaden de la razón para acusarle implícitamente de insinceridad y de innegable simpatía hacia los despreciables galileos: *«Respondieron y le dijeron: ¿Acaso eres tú también galileo?»* (v. 52). Pero van a cometer otro grave error, pues:

(A) Suponen que Cristo había nacido en Galilea, lo cual era falso, y que, puesto que la mayoría de los discípulos de Jesús eran galileos, todos lo eran; finalmente, suponen que de Galilea no había surgido ningún profeta, y también esto era falso. Pero supongamos que no hubiese surgido de Galilea ningún profeta, ¿era, por ello imposible que de allí surgiera alguno? ¿Pierde acaso valía, dignidad o virtud una persona por haber nacido en una región pobre y oscura?

(B) Pero lo más tremendo de este error es que retan a Nicodemo a que escudriñe las Escrituras: *«Escudriña y ve que de Galilea nunca ha surgido ningún profeta»* (v. 52b). Además de Oseas y Nahúm, quienes probablemente eran de Galilea, está el caso clarísimo de Jonás. En efecto, de Oseas, dice F. Buck: «Como la predicación de Oseas se desarrolla en el reino del norte (coincidente con Galilea. Nota del traductor), se supone que es oriundo del norte. Además, su perfecto conocimiento de las condiciones políticas y religiosas, de la geografía e historia de dicho reino, muestra que debía de ser de origen israelita» (es decir, no de Judea. Nota del traductor). En cuanto a Nahúm, la única probabilidad de que fuese galileo surge del nombre de Capernaúm que, en hebreo *(kepar-najum*), significa «aldea de Nahúm». Pero, como dice F. Buck, «el silencio de Nahúm sobre el reino septentrional, su alusión a Senaquerib, que devastó a Judá y atacó infructuosamente a Jerusalén, y el apóstrofe a Judá (Nah. 2:2) hacen pensar que Nahúm era originario del reino meridional (es decir, de Judá. Nota del traductor)». De todos modos, el caso de Jonás es absolutamente claro, pues era de Gath-Hépher (2 R. 14:25), ciudad situada en la frontera de Zabulón y Neftalí (Jos. 19:13), precisamente a poco más de cuatro kilómetros y medio al nordeste de Nazaret. ¿Por qué este olvido? Personalmente (nota del traductor) sugiero que quizás era debido a que Jonás fue el único profeta del Antiguo Pacto que fue enviado por Dios, a pesar suyo, a predicar a los gentiles, cosa inaudita para un judío, como puede apreciarse por la admiración de aquellos judíos (¡convertidos!) de Hechos 11:18. Ni Felipe (1:46) ni Nicodemo (7:52) se atreven a invocar el caso de Jonás, lo cual da a entender que también a ellos se les había olvidado (nuestro subconsciente olvida lo que no le conviene recordar. Nota del traductor). Hendriksen opina que quizá la rivalidad de ciudades vecinas jugase algún papel en el desprecio a Nazaret, en el caso de Natanael, por parte de un habitante de Caná.

3. El capítulo se cierra de una manera abrupta, precipitada, al no poder los líderes responder, de modo razonable, a la sincera y honesta observación de Nicodemo. Así que la «sesión» se levantó enseguida «*y cada uno se fue a su casa»* (v. 53).

Antes de cerrar el comentario a este capítulo (nota del traductor), es preciso hacer dos observaciones que ningún expositor de la Biblia debe desconocer: 1) La división de la Biblia en capítulos se hizo «a la buena de Dios» en los primeros siglos de la Iglesia, pero la división en versículos es relativamente reciente (hacia el final de la Edad Media), por lo que, a veces, resulta algún tanto arbitraria. Aquí tenemos un caso de esa arbitrariedad, pues claramente se percibe que el versículo 53 del capítulo 7 debería ir unido al versículo 1 del capítulo 8, para resaltar mejor el contraste: «*Y cada uno se fue a su casa; mas Jesús se fue al monte de los Olivos».* ¡Qué contraste! Mientras los líderes religiosos se fueron a descansar, Jesús se

fue a orar; mientras los líderes religiosos se fueron *a sus casas*, Jesús, que no tenía casa propia, fue a orar al monte y, con toda probabilidad, se refugiaría en la cercana casa de sus amigos de Betania. Quizá, como observa Hendriksen, «Jesús se retiró de la ciudad para evitar el peligro de ser arrestado, al saber que su hora apropiada para su arresto y crucifixión no había llegado todavía». 2) Toda la sección de 7:53 hasta 8:11 inclusive es objeto de discusión entre los expertos, no sin fundamento, pues el testimonio de los MSS es extremadamente confuso, hasta el punto de que unos autores tienen por espuria toda la sección, aunque otros sospechan que fue fraudulentamente extirpada de numerosos códices y MSS «por temor—dice Agustín de Hipona—a que las mujeres apelaran a este episodio como una excusa para su infidelidad conyugal». Mi opinión personal, al atender al estilo literario de la porción, y con base en los estudios de otros exegetas «conservadores», sin dejar de ser expertos, es que la porción es genuina e inspirada como el resto de las Escrituras, pero de origen lucano, no juánico, como se ve además por la forma parentética en que está inserta en el texto de Juan; el versículo 12 del capítulo 8 empalmaría así mucho mejor, y con mayor naturalidad, tras 7:52. Lo más prudente es creer, como dice Hendriksen, «que lo que se nos refiere aquí, se llevó a cabo y que no contiene nada que esté en conflicto con el espíritu apostólico. De aquí que, en lugar de extirpar de la Biblia esta porción, debemos retenerla y usarla para nuestro provecho. ¡Los ministros no deben temer el basar sobre ella sus mensajes! Por otra parte, *todos los* hechos que conciernen a la evidencia textual deberían ser puestos en conocimiento de los lectores». Nótese la mención de *«los escribas»,* única en Juan.

CAPÍTULO 8

Este capítulo puede dividirse en siete secciones: 1) El episodio de la mujer adúltera (vv. 1–11. Recuérdese la observación núm. 2 del traductor al final del comentario al capítulo anterior); 2) una conversación de Jesús con los fariseos en el lugar de las ofrendas (vv. 12–20); 3) otra conversación con los judíos acerca de la miserable condición espiritual en que éstos se hallaban (vv. 21–30); 4) otro mensaje importante de Jesús sobre la verdadera libertad y la más temible esclavitud (vv. 31–37); 5) continúa la conversación de Cristo con los judíos a quienes acusa de homicidas e hijos del diablo (vv. 38–47); 6) defensa de Cristo contra los graves insultos que le hacían sus interlocutores (vv. 48–50), 7) sus declaraciones acerca de la inmortalidad de los creyentes y acerca de Su propia preexistencia eterna (vv. 51–59).

Versículos 1–11

I. Vemos primero, en este capítulo, el retiro de Jesús al monte, cuando llegó el atardecer: *Y Jesús se fue al monte de los Olivos»* (v. 1). Se fue de Jerusalén (no sólo por las razones apuntadas al final del comentario al cap. 7. Nota del traductor), quizá por no tener allí ningún amigo con la amabilidad o el coraje suficiente para darle posada por una noche, mientras que sus perseguidores tenían cada uno su propia casa. Durante el día, no temía exponerse a sí mismo de buena gana, a fin de llevar a cabo su obra en el templo; pero por la noche se retiró a la campiña, buscando en ella el cobijo conveniente.

II. Su regreso al templo por la mañana, y su tarea en aquel lugar (v. 2). Vemos:

1. Cuán diligente predicador era Cristo: «Y *de madrugada* (lit.) *se presentó de nuevo en el templo y ... enseñaba»* (v. 2). Tres detalles se nos hacen notar aquí acerca de esta enseñanza de Cristo en la presente ocasión: (A) El tiempo: *de madrugada.* Cuando hay que llevar a cabo una tarea importante, tanto para la gloria de Dios como para el servicio del prójimo, es menester madrugar para sacar el mayor provecho de las horas del día; (B) el lugar: *en el templo.* No tanto por ser un lugar *consagrado,* cuanto por ser un lugar *concurrido;* (C) Su postura: *«sentándose, les enseñaba»,* como quien sienta cátedra con gran autoridad y competencia (comp. con 7:37, donde el contexto exige otra postura).

2. Cuán diligentemente acudía la gente a escucharle: «*y todo el pueblo vino a Él»* (v. 2). Aunque a los líderes les disgustaba el que la gente viniera a escucharle, ellos (esa «gente maldita»), venían a oír sus enseñanzas; y, aun cuando los líderes estaban furiosos con Jesús, Él no cesaba por eso de enseñar.

III. Cómo se comportó Jesús con los que *«le trajeron una mujer sorprendida en adulterio»,* para tentarle. Vemos:

1. El caso que le propusieron *los escribas y los fariseos* (v. 3), *«tentándole para tener de qué acusarle»* (v. 6):

(A) Le ponen delante al reo: Una mujer sorprendida en adulterio. Los convictos de este crimen habían de ser condenados a muerte de acuerdo con la ley judía. Los escribas y los fariseos la traen a Jesús y *la ponen en medio,* a la vista de todos y como dejándola enteramente al juicio de Cristo. El hecho de que la lleven a Jesús, y no al Sanedrín, tribunal competente en estos casos, demuestra que la traen únicamente para poner en aprieto al Maestro.

(B) Exponen a Jesús el cargo contra la mujer: *«Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo del adulterio»* (v. 4). Llaman *«maestro»* al mismo a quien el día anterior habían llamado *«engañador»*. Los fariseos aparecen aquí extremadamente celosos contra el pecado, cuando poco después se ve que ellos mismos no estaban libres del mismo pecado (u otros) del que acusaban a la mujer. Es frecuente entre los que son indulgentes con sus propios pecados, el que sean muy severos con los pecados de los demás. Dice el Dr. J. D. Pentecost, en su comentario a Mateo 5:8: «El hombre se mide a sí mismo al establecer la medida con su prójimo. Cuando él desea medir su carácter, su ética o su moral, siempre la mide en relación con sus semejantes. Siempre puede hallar a alguien que está algo más bajo que él, y midiéndose con otra persona, se felicita a sí mismo de no haber bajado tanto como otros. Esto significa que la definitiva pauta de moralidad reside en el individuo más perverso que exista. Aquel a quien consideramos por debajo de nosotros busca a alguien que esté por debajo suyo a fin de poder felicitarse a sí mismo. De este modo, vamos descendiendo en la pauta moral hasta que llegamos al nivel de la persona más pecadora que podemos descubrir». La prueba del crimen, en este caso era contundente: la mujer había sido sorprendida *in fraganti, «en el acto mismo del adulterio»* (v. 4). A veces, es una gracia para los pecadores el que su pecado sea expuesto a la luz pública; mejor es que el pecado nos avergüence que el que nos condene.

(C) Presentan el precepto de la Ley que hacía al caso: «*Y en la ley* (v. Lv. 20:10; Dt. 22:22–23) *mandó Moisés apedrear a tales mujeres»* (v. 5). La perversidad del adulterio está en razón directa de la santidad del matrimonio, pues es la violación de la primera institución divina en el estado de inocencia, por medio de la afición a una de las más viles concupiscencias del hombre en el estado de corrupción.

(D) Le piden que de su veredicto en este caso: *«Tú, pues, ¿qué dices? Tú,* que pretendes ser un maestro enviado por el Dios tres veces santo y que enseñas nuevas leyes, supuestamente más elevadas que las existentes, ¿qué dices en este caso tan perverso y tan notorio?» Si hubiesen hecho la pregunta con sinceridad, habría sido recomendable darles una respuesta clara. Pero *«esto decían tentándole, para tener de qué acusarle»* (v. 6). Si confirmaba el veredicto de la ley de Moisés, le censurarían como inconsecuente consigo mismo, puesto que recibía a los cobradores de impuestos y a los pecadores y no ostentaba las señales características del Mesías, quien había de ser manso y traer salvación no condenación (además, v. 18:31, con lo que podían acusarle ante el gobernador). Si la perdonaba, le acusarían de contravenir la ley de Moisés y fomentar el pecado, cosa indigna de quien profesaba la rectitud y la pureza propias de un profeta. Nótese: (a) que no presentan al hombre envuelto en el adulterio, porque les bastaba el arresto de uno de los cómplices; además, esta clase de pecado siempre ha parecido más abominable en la mujer; (b) como observa Hendriksen, es muy probable que estos escribas y fariseos no pretendiesen realmente que la mujer fuese apedreada, puesto que no era la mujer la que principalmente les interesaba, sino que sólo les servía de ocasión para tentar a Jesús y hacer de Él la verdadera víctima.

2. El método que siguió Jesús para resolver este caso y escapar del lazo que le tendían.

(A) Al principio se comportó como si no diera importancia al caso, haciéndose el sordo: *«Pero Jesús, inclinado hacia el suelo, escribía en tierra con el dedo»* (v. 6b). Es la única vez que el texto sagrado menciona a Jesús escribiendo, pero no se nos dice y, por tanto, es vana curiosidad preguntarlo, qué es lo que escribía o, si en realidad no escribía, sino que simplemente trazaba garabatos en el suelo, como quien está, o se hace, el distraído. Lo importante es el silencio de Jesús, no porque no supiese qué responder, sino para dar mayor solemnidad y majestad a lo que iba a decir después. Es un silencio parecido al de Apocalipsis 8:1. En todo caso, nos enseña una lección muy buena: Cuando nos propongan casos difíciles, no hemos de precipitarnos a responder, sino pensar dos veces antes de hablar. Por su parte, Jesús demostró que no sólo oía las palabras de ellos, sino que leía también los pensamientos del corazón.

(B) Acosado por las repetidas preguntas de sus enemigos, volvió contra ellos mismos el veredicto que formulaban contra la mujer (v. 7). En efecto:

(a) Ellos *«insistían en preguntarle»* (v. 7). Podemos imaginárnoslos urgiendo a Jesús, cada vez con mayor vehemencia, a que responda, animados por el silencio mismo de Cristo, como si estuviese en gran aprieto y no supiera qué decir.

(b) Ante la insistencia de ellos, el Señor *«se enderezó y les dijo …»* (v. 7). Al cambiar de postura, para añadir peso y majestad al veredicto que iba a pronunciar, les dio una respuesta que sólo Él era capaz de dar, no sólo por su omnisciencia, sino también por su absoluta pureza. No rebajó las demandas de la ley ni excusó el pecado de la mujer; ni siquiera rebajó la pena de lapidación conmutándola por otra más suave, pero les mostró que ellos no eran testigos cualificados para ejecutar la sentencia (v. Dt. 17:7), pues habían incurrido en el mismo pecado del que acusaban a la mujer: *«El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra contra ella»* (v. 7b). Esto nos recuerda lo que dice Pablo en Romanos 2:1: *«Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas al otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas practicas lo mismo»*. Siempre que hallemos faltas en otros, debemos reflexionar y ser más severos con relación a nuestros pecados que contra los ajenos, principalmente porque conocemos los motivos y circunstancias de los nuestros, mientras que desconocemos las intenciones y circunstancias de los demás. No arrojemos piedras al tejado ajeno, cuando el nuestro es de cristal. Quienes tengan el deber de amonestar a otros, deben primero mirar hacia sí mismos y conservarse puros (v. Gá. 6:1). Hay otra lección importante en este pasaje: La perversidad de la lengua de estos acusadores era cien veces mayor que el pecado carnal de aquella mujer. Es muy de notar que la Epístola de Santiago, tan llena de normas prácticas de ética cristiana, sólo mencione de pasada el adulterio (2:11. Lo de 4:4 se refiere al adulterio espiritual) mientras que dedica grandes porciones a los pecados de la lengua.

(c) Una vez que pronunció la inesperada sentencia, Jesús *«inclinándose de nuevo hacia el suelo, siguió escribiendo en tierra»* (v. 8). Como si dijese: «¡Ahí queda eso! Ahora, haced lo que mejor os parezca. ¿Os atreveréis a apedrearla?» Algunos MSS añaden: *«los pecados de cada uno de ellos»*. Pero esa lectura, aparte de estar mal atestiguada, no está de acuerdo con el tenor general de la Biblia, pues el Señor no escribe en tierra los pecados de los hombres, sino que están escritos *«con cincel de hierro y con punta de diamante»* (Jer. 17:1). Los pecados no se borran ni se olvidan ante los ojos de Dios mientras no son borrados por la fe en el Hijo de Dios.

(d) Los escribas y fariseos quedaron como fulminados por las palabras de Jesús, así que dejaron de perseguir al Señor al que querían tentar, y de proseguir a la mujer, a la que ya no se atrevieron a acusar: *«Acusados por su conciencia, saltan uno por uno»* (v. 9). Quizá les asustó ahora el que Jesús volviera a escribir en el suelo, como se asustó el rey Belsasar (Dn. 5:6) ante el escrito que apareció sobre la pared. O tal vez les amedrentó la denuncia que les hizo ante la conciencia de ellos, no fuese que descubriese también a la luz pública lo que la luz privada de la conciencia les reprendía. La conciencia es la luz de Dios depositada en el interior del hombre, y una palabra de Cristo puede reavivar esa luz (v. He. 4:12). Esto no quiere decir que estos escribas y fariseos quedasen sinceramente avergonzados de sus pecados; el texto no da motivo alguno para pensar así. Al marcharse rápidamente, mostraban que no les agradaba permanecer por más tiempo con la conciencia descubierta. Si hubiesen estado en buena disposición, habrían permitido que quien les había abierto la herida, escudriñase la ponzoña y sanase lo que estaba enfermo (v. Mt. 8:12; Mr. 2:17; Lc. 5:31). Lo de *«comenzando desde los más viejos hasta los últimos»* (v. 9) no hay razón suficiente para interpretarlo—según hacen muchos—como si los más viejos tuviesen conciencia de haber cometido mayor número de pecados que los otros, sino que tenían mayor astucia para comprender que no les quedaba más remedio que salir cuanto antes para evitar el ridículo. El hecho de que saliesen *uno por uno* también da a entender que no querían salir en tropel, todos a la vez, para disimular así mejor la derrota que habían sufrido.

(e) Cuando los vencidos demandantes abandonaron el campo de batalla, *«quedó solo Jesús, y la mujer que estaba en medio»* (v. 9b), es decir, en el centro de la escena donde la habían dejado sus acusadores. La mujer no trató de escapar, como lo habían hecho los enemigos de Jesús, sino que se quedó delante del Juez ante quien la habían presentado; sólo quedaban en torno, pero algo más lejos, los que habían venido a escuchar las enseñanzas de Jesús. Quienes son llevados ante el tribunal del Señor, nunca tendrán ocasión ni necesidad de apelar a un tribunal superior. Nuestro caso queda resuelto en el tribunal

del Evangelio; somos dejados con *Jesús solo,* y sólo con Él se ha de sentenciar nuestra causa. Si el Evangelio es nuestra norma, de salvación será nuestra sentencia.

(f) Y aquí se acabó el proceso: *«Enderezándose Jesús, y no viendo a nadie sino a la mujer …»* (v. 10). Es probable que la mujer quedase temblando, como quien está perplejo ante la decisión que el Juez va a tomar y la sentencia que se va a pronunciar. Cristo no tenía pecado y, por tanto, estaba en condiciones de *arrojar el primero la piedra;* pero, aunque nadie hay tan severo como Él contra el pecado, nadie hay tan misericordioso como Él hacia el pecador, pues es *«tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad»* (Éx. 34:6, comp. con Jn. 1:14, 17). A continuación, Cristo cita a los demandantes a que sigan con su acusación: *«Mujer, ¿dónde están aquellos que te acusaban? ¿Ninguno te condenó?»* (v. 10b). Pregunta Jesús, a fin de avergonzar a los escribas y fariseos, no porque no supiera que se habían ido, sino para imprimir mejor en el corazón de la mujer el perdón que iba a concederle, después que ninguna otra persona se había atrevido a pronunciar contra ella la sentencia de condenación que demandaba la ley de Moisés. *«Ella dijo: Ninguno, Señor»* (v. 11). Se dirige a Jesús con todo respeto, llamándole «Señor». Notemos también que, al verse libre de la acusación de los escribas y fariseos, no se excita por la derrota de éstos ni les insulta en su retirada, sino que se limita a contestar humilde y concisamente sobre lo que sólo a ella le concernía. Los verdaderos penitentes tienen bastante con dar a Dios cuenta de sí mismos, y no se ocupan en declarar los pecados ajenos. Así que la prisionera es descargada con las palabras del Juez: *«Tampoco yo te condeno; vete y no peques ya más»* (v. 11b); con lo que vemos:

1. Que queda descargada de la pena temporal, pues Jesús viene a decirle: «Si ellos no te condenan a ser apedreada, tampoco yo te condeno». Cristo no quería condenar a esta mujer a la pena capital: (a) Porque no era ése su oficio; no se interfería en los asuntos del orden secular (v. Lc. 12:14); (b) porque los que la habían demandado eran más culpables que ella y habían desistido de proseguir el proceso. Pero Jesús la despidió con la advertencia: *«Vete y no peques más»*. Cuanto más favorable es la sentencia, tanto más suave es la reprensión por lo cometido y la amonestación a no reincidir. Quienes se esfuerzan por salvar la vida de un criminal condenado a muerte, habrían de imitar al Señor, y ayudar con una amonestación similar a salvar también el alma del indultado.

2. Que queda descargada de la condenación eterna. Porque, al decirle Cristo: *«Tampoco yo te condeno»,* equivalía a decirle: *«Yo te perdono»,* puesto que *«el Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados»* (Mt. 9:6; Mr. 2:10; Lc. 5:24). Como conocía el interior del corazón, sabía que la mujer estaba arrepentida sinceramente y, por eso, le dirigió estas consoladoras palabras. De cierto son consolados aquellos a quienes Jesús no condena. Pero el enorme favor que Cristo nos ha prestado debe servirnos de acicate para no volver a pecar; así lo piden la gratitud y el amor que hemos de tener a quien es, a un mismo tiempo, *«bueno y recto»* (Sal. 25:8). Como observa Agustín de Hipona, Jesús no le dijo a esta mujer: «Vete y haz lo que quieras», sino: *«Vete y no peques más»* (comp. con Ro. 6:1, 15).

Versículos 12–20

El resto del capítulo está ocupado con discusiones entre el Señor y los pecadores que le contradecían. Aquí tenemos otros fariseos que intentan impugnar el testimonio que de Sí mismo daba el Señor.

I. Tenemos primero una de las más importantes enseñanzas de Jesús, una de las siete encabezadas en el Evangelio de Juan por un «*Yo soy*».

1. La enseñanza misma es como sigue: «*Yo soy la luz del mundo*» (v. 12). Jesús *«hablaba otra vez»* a los que se habían hecho el sordo en ocasiones anteriores. El hecho de que los hombres no nos escuchen no debe desanimarnos, sino que hemos de insistir en el testimonio que les presentamos. Jesús era *«la luz del mundo»,* pues de Él se esperaba que fuese «*luz para revelación a los gentiles*» (Lc. 2:32). La luz visible del mundo es el sol. Este sol material ilumina todo el mundo, y así lo hace también este otro «*Sol de justicia*» (Mal. 4:2), que es nuestro Salvador. ¡Cuán lóbrega prisión sería este mundo sin la luz del sol! Mucho peor sería la condición de esta tierra sin Cristo, así como es mucho mayor la miseria de «un corazón sin fe» que la de «unos ojos sin luz».

2. La consecuencia que se deriva de esta gran verdad: *«El que me sigue, de ningún modo andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida».* Es nuestro deber seguir a Cristo, la luz verdadera (1:9); no es suficiente con mirarle, sino que hay que seguir esta luz, por cuanto es lámpara, no sólo para nuestros ojos,

sino también para nuestros pies (comp. con Sal. 119:105) al abrir nuestros ojos a la verdad, nos desata los pies para la libertad (v. 32) puesto que los enemigos de la libertad son la ignorancia y el vicio (v. 34, comp. con 2 P. 2:18–29). Los que siguen a Cristo no andarán en tinieblas y, con la luz que Él es y que Él nos imparte, tendremos el perdón y la comunión, tanto con Dios como con nuestros hermanos en la fe (v. 1 Jn. 1:5–7). El que sigue a Cristo, va por el camino del Cielo, pues va *«por el camino nuevo y vivo que Él abrió para nosotros»* (He. 10:20).

3. La oportunidad de esta enseñanza:

(A) Por la «señal» que pronto iba a llevar a cabo (9:1 y ss.), en conexión con la «luz» que Él mismo afirmaba ser, ya que, como vimos al comentar el milagro de las bodas de Caná, Juan llama «señales» a los milagros de Jesús, porque eran indicadores de algún punto de su mensaje de salvación.

(B) Por las circunstancias exteriores. Así como la ceremonia del agua que llevaban a cabo los sacerdotes le había dado a Jesús la oportunidad para hablar de los ríos de agua viva que saltarían del interior de los que creyeran en Él (7:37–39), así también otra ceremonia que se llevaba a cabo al final de la fiesta de los Tabernáculos, que todavía duraba o estaba recién celebrada, le dio oportunidad para hablar de la luz, y describirse a Sí mismo, no sólo como dador de la «fuente de agua viva» que es el Espíritu Santo, sino también como la: «*luz de la vida»* o «luz viva» (al interpretar así el hebraísmo. V. 1:4) y «verdadera» (1:9). En el atrio de las mujeres se colocaban en aquellos días cuatro enormes candelabros, en cuyas cimas había sendas copas de oro llenas de aceite (comp. con Zac. 4:2 y 22), y en cada una de dichas copas había varias mechas para dar más luz, de tal modo que el resplandor de estas luces se proyectaba sobre la ciudad; entretanto, los levitas tañían diversos instrumentos musicales de cuerda, sentados en las gradas que daban acceso al atrio, y el pueblo llevaba antorchas, mientras celebraba con júbilo la ceremonia llamada en hebreo «la alegría de la fiesta». De esta forma, recordaban la columna de fuego que había guiado a sus antepasados en su peregrinación por el desierto. Por otra parte, los mismos rabinos llamaban al futuro Mesías «Luz» e «Iluminador», de acuerdo con Isaías 9:2; 42:6; 49:6; Daniel 2:22, comp. con Lucas 2:32. Así como los que habían seguido la columna de luz en el desierto y no se habían rebelado contra Dios, habían llegado a la Tierra de Promisión, mientras los demás habían dejado allí sus cadáveres, así también ahora, los verdaderos seguidores de Cristo, no andarán en tinieblas, sino que llegarán seguros a la tierra de la luz (Ap. 21:23).

II. La objeción que los fariseos presentaron contra esta doctrina: *«Tú das testimonio acerca de ti mismo; tu testimonio no es verdadero»* (v. 13. Lit. *verídico).* La objeción es injustificada desde el momento en que presentan como no digna de crédito una doctrina introducida por revelación divina, de la que no puede haber más testigos que el que recibió de Dios la revelación. ¿Acaso no habían dado testimonio de sí mismos Moisés y todos los profetas, al presentarse al pueblo como mensajeros de Dios? Además, como vimos en 5:31 y ss., Jesús había presentado muchos otros testigos que confirmaban su propio testimonio.

III. La respuesta que da Cristo a esta objeción (v. 14). Él es la luz del mundo, y es propiedad de la luz dar evidencia de sí misma por su mismo brillar. Los primeros principios de la filosofía o de la ciencia son indemostrables, se prueban a sí mismos. Cristo presenta ahora tres razones para demostrar que su testimonio, aunque es acerca de Sí mismo, es verídico y fehaciente:

1. Que tenía plena conciencia de Sí mismo y de su autoridad, ya que conocía su origen divino; no habla con inseguridad, sino con certeza: *«Aunque yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio es verídico, porque sé de dónde vine y adónde estoy yendo»* (v. 14, lit.). Sabía que había venido del Padre, y que al Padre volvía (13:3; 16:28); había dejado la gloria (Fil. 2:6–8), pero iba a volver a la gloria que tuvo desde toda la eternidad (17:5).

2. Que ellos no eran jueces competentes, por ser ignorantes: *«Pero vosotros no sabéis de dónde vengo ni adónde voy»* (v. 14b). Ya les había dicho que bajó del Cielo y que volvería al Cielo, pero a ellos les había parecido necedad, y no le recibieron (1:11). Se habían metido a juzgar sobre lo que no conocían; y no podían conocer por su visión parcial, miope, carnal: *«Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie»* (v. 15, comp. con 3:17; 12:47). No puede ser recto el juicio, cuando la norma es torcida. Los judíos juzgaban de Cristo y de su Evangelio por las apariencias exteriores, y juzgaban imposible que Él fuera la prometida luz del mundo, como si las nubes que ocultan el sol le hicieran desaparecer del firmamento.

3. Que el testimonio de Sí mismo, que Él profería, estaba suficientemente respaldado y corroborado por el testimonio de Dios el Padre, que estaba con Él y a favor de Él (v. 16). En efecto:

(A) Este testimonio del Padre avalaba el juicio que Él profería de Sí mismo: *«Si yo juzgo, mi juicio es verídico; porque no soy yo solo, sino yo y el Padre que me envió»*. Jesús no obraba por su propia cuenta, sino según veía en el Padre (5:19) y de acuerdo con la comisión que había recibido del Padre (7:17). No había, pues, duda de que su juicio era válido y verídico.

(B) Con esto, se daba también satisfacción al requisito de la ley concerniente al testimonio: «*Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verídico*» (v. 17). Si no hay quien pueda probar algo evidente en contra, se ha de dar por válido tal testimonio. El argumento es, como se dice, *a fortiori: «Si el testimonio de dos hombres, siendo meros hombres*, es válido ante la Ley, ¡cuánto mayor fuerza tendrá el testimonio de Dios y del Enviado de Dios! (17:3): «*Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da también testimonio de mí*» (v. 18). Es de notar que el testimonio de dos hombres, aun cuando sea válido ante la ley, puede ser engañoso, no sólo por la posible malicia de los testigos, sino, ante todo, porque los hombres son falibles. Pero el testimonio del Hijo de Dios, respaldado por el testimonio del Padre, no puede de ningún modo ser falso, porque Dios no puede engañarse, por ser infinitamente sabio, ni engañarnos, por ser infinitamente fiel a Sí mismo y a sus promesas de misericordia.

(C) Las palabras de Jesús comportaban una evidencia tan contundente, que amordazaron la lengua y ataron las manos de ellos:

(a) Les dejó sin respuesta, por lo que pretendieron evadirse con una pregunta, probablemente malévola, como insinuación repetida en el versículo 41: *«Ellos le dijeron: ¿Dónde está tu Padre?»* (v. 19). Al oírle mencionar a su Padre, bien podían haber entendido que se refería nada menos que a Dios mismo; sin embargo, parecen referirse a un padre humano y le piden que venga para dar testimonio. Así, como ya les había dicho Jesús, ellos *«juzgaban según la carne»* y demostraban que la referencia de Jesús al Padre de los cielos había caído en oídos sordos. A esto contestó Cristo: «*Ni a mí me conocéis ni a mi Padre; si a mí me conocieseis, también a mi Padre conoceríais*» (comp. con 14:7, 9). Pero el hombre natural es incapaz de conocer las cosas de Dios (1 Co. 2:14), pues le resultan tan extrañas como a un ciego de nacimiento los colores. Los ojos de estos líderes estaban tan velados por el orgullo, la malicia y los prejuicios, que no podían ver *la gloria de Dios en la faz de Jesucristo* (2 Co. 4:6); lo peor de todo es que no estaban dispuestos a reconocer su ceguera (9:39–41). Mientras que los recién nacidos espiritualmente pueden reconocer en Dios a su Padre y decir: *«Abbá, Padre»* (Ro. 8:15), estos líderes religiosos de los judíos, con todo su conocimiento teórico de las Escrituras, eran incapaces de conocer a Dios; no le conocían, precisamente porque se negaban a reconocer en Jesús al Mesías e Hijo de Dios: *«Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre»* (1 Jn. 2:23). Y la razón por la que los hombres ignoran al verdadero Dios es siempre la misma. Cuanto mejor conozcamos a Jesucristo, mejor conoceremos al Padre.

(b) Les ató las manos: *«Estas palabras habló Jesús en el lugar de las ofrendas, enseñando en el templo; y nadie le prendió, porque aún no había llegado su hora»* (v. 20). Frente al muro del atrio de las mujeres había trece recipientes en forma de trompetas, en los que el pueblo depositaba sus ofrendas. Aquí estaba enseñando Jesús, muy cerca del lugar en que el Sanedrín acostumbraba celebrar sus reuniones. Ahora bien, en este lugar, los sacerdotes allí presentes, con la ayuda de los porteros que estaban a sus órdenes fácilmente habrían podido arrestar a Jesús y exponerlo a la furia de la turba o, al menos hacerle callar. Pero, incluso en el atrio del templo, donde le tenían al alcance de la mano, *«nadie le prendió, porque aún no había llegado su hora»*. Aquí vemos, *primero*, la mano invisible de un poder divino, que ató las manos de ellos. Dios puede poner freno a la ira de los hombres, del mismo modo que pone límite a las olas del mar; *segundo*, la razón de esta restricción: *«porque aún no había llegado su hora»*. La frecuente mención de esta frase insinúa hasta qué punto la muerte de Jesús dependía, en todos sus detalles, del *«determinado designio y previo conocimiento de Dios»* (Hch. 2:23). Lo mismo pasa con cada uno de nosotros; por eso podemos decir y cantar, como David: *«En tu mano están mis tiempos»* (Sal. 31:15). *¡Sí, mejor está nuestro destino en manos de Dios que en las nuestras!*

Versículos 21–30

En esta porción, Jesús advierte con toda mansedumbre a los judíos incrédulos para que consideren las graves consecuencias que tal actitud les puede acarrear: *«Otra vez les dijo Jesús»* (v. 21). Por la forma tan descortés y malévola con que los judíos habían recibido el testimonio de Jesús, éste les describe el fatal destino de su incredulidad.

I. Jesús continuó enseñando, en favor de los pocos que habían de recibir su doctrina, como un ejemplo para sus ministros a fin de que continúen impávidos en su ministerio, a pesar de la oposición que se les haga, puesto que un remanente ha de ser salvo. Ahora Cristo va a cambiar el tono. Hasta entonces, según su propia ilustración, *«había tocado la flauta, y ellos no habían bailado»;* ahora, iba *«a entonar canción de duelo por ver si se lamentaban»* (v. Mt. 11:17; Lc. 7:32). En efecto, les dice: «*Yo me voy y me buscaréis, pero moriréis en vuestro pecado; adonde yo voy, vosotros no podéis venir*» (v. 21b). Cada una de estas palabras es terrible y entraña juicios espirituales, que son los más terribles de todos los juicios. Son cuatro los juicios con que Jesús amenaza aquí a los judíos:

1. Que va a marcharse de ellos: «*yo me voy*». Mas ¡ay de aquellos de quienes Cristo se aleja! Se despide de ellos, pero como quien siente mucho tener que marcharse y desea que se le invite a quedarse.
2. La confusión en que se verán envueltos por su oposición al verdadero Mesías, pues: (A) Irán en busca de falsos Mesías; como si dijese: «Continuaréis en vuestra vana expectación del Mesías, cuando el Mesías ha venido ya». (B) Quizás clamarán por un Mesías liberador cuando ocurran los terribles sucesos del año 70. (C) Pero especialmente buscarán con ansia, pero sin éxito, un liberador en el momento de la muerte (v. tambien v. 24), por haber rechazado al único que podía llevarles consuelo y paz en aquella hora.
3. Su impenitencia final: *«pero moriréis en vuestro pecado»*, es decir, en vuestro pecado de incredulidad, pues éste es, en realidad el único pecado que conduce a la condenación (v. 3:17–18, 36). Los que persisten en la incredulidad están perdidos para siempre, si mueren en su incredulidad; mientras que muchos que han vivido por largo tiempo en el pecado, se salvan de morir en pecado mediante la gracia de un arrepentimiento a tiempo, aun cuando sea unos momentos antes de morir (v. Lc. 23:40–43).
4. Su eterna separación de Cristo: *«adonde yo voy, vosotros nopodéis venir»*. Cuando Cristo murió, se fue al Paraíso (Lc. 23:43). Allá se llevó consigo al ladrón arrepentido, ya que éste no murió en sus pecados; pero no se llevó al impenitente, pues los que no se arrepientan de sus pecados, todos perecerán igualmente (Lc. 13:35). En efecto, el Cielo no sería Cielo si en él entrasen los que no están preparados para estar allí.

II. La burla que ellos hicieron de estas amenazas: *«¿Acaso se matará a sí mismo?»* (v. 22). ¡Cuán a la ligera tomaban las amenazas del Señor! Pensaban divertirse con este malvado e infundado pensamiento de que Cristo pudiese estar tramando quitarse la vida. ¡Como si el suicidio fuese el único lugar al que Cristo pudiese recurrir, o como si ellos no pudiesen recurrir jamás a ese extremo! En una ocasión anterior (7:35–36), no habían llegado tan lejos, pues se habían imaginado que tal vez se iría a predicar a los gentiles. Esto muestra, una vez más, que la maldad consentida se va volviendo cada vez más perversa. Esta extraña insinuación de que Jesús pudiese llegar al suicidio, era, como observa Hendriksen, «una amarga caricatura de la verdad, a saber, que iba a dar su vida en rescate por muchos (10:11, 18, comp. con Mt. 20:28)».

III. Jesús muestra cuán bajos eran los pensamientos de ellos y repite, confirmándola, la declaración que les había hecho antes *«Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba* (v. 3:31); *vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo»* (v. 17:14, 16). Como si dijese: «¿Cómo podéis venir adonde yo voy, cuando vuestro espíritu y vuestra disposición son tan contrarios al espíritu y a la disposición que yo tengo?» El espíritu de Cristo no era de este mundo, sino de arriba; y sólo los *nacidos de arriba* (3:3, 5) pueden habitar con el Señor en el Cielo. La disposición de estos judíos no sólo era de esta tierra, sino de más abajo ¡del Infierno! (v. 44). Y, *¿qué armonía tiene Cristo con Belial?* (2 Co. 6:15). Jesús repite, a continuación, con una ligera variante, lo que antes les había dicho: *«Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, moriréis en vuestros pecados»* (v. 24). El predicado de la oración «Yo *soy*» ha de suplirse mentalmente, como en 4:26; 6:20; 9:9; 13:19; 18:5, 6, 9 (en 8:58 viene a significar: «*Yo existo»).* Varios pasajes del Antiguo Testamento, como Éxodo 3:14; Deuteronomio 32:39 e Isaías 43:10, arrojan mucha luz sobre dicha frase sin predicado; por lo que la frase podría

completarse diciendo: «… el Mesías, el Salvador del mundo, el Hijo del Hombre, el Enviado del Padre, etc.». Cualquiera de estos predicados, o todos juntos, arrojan mucha luz sobre la segunda mitad del versículo 25. El que no cree que Jesús es el Hijo de Dios venido a este mundo para salvar a la humanidad perdida, *morirá en sus pecados,* puesto que, sin fe, es imposible agradar a Dios (He. 11:6) y escapar del castigo que nuestros pecados merecen (3:15–21). Contra la picadura mortal del pecado, no hay otro remedio que la mirada de fe hacia el que pendió en la Cruz por nosotros (3:14–15). El que cree que Cristo es el Salvador, no muere en sus pecados, sino en *«la justicia que procede de la fe»* (Ro. 10:6; Fil. 3:9).

IV. A esta declaración de Jesús, sigue una mayor explanación acerca de Sí mismo (vv. 25–29). Obsérvese:

1. La pregunta que le hicieron los judíos: «¿*Tú quién eres?*» (v. 25a). Como si se burlasen de la frase que Jesús había dejado pendiente en el aire, sin acabar, ellos replican: «Tú dices: Yo soy. *¿Yo soy qué?»* Como siguen sin escuchar, siguen sin entender y, precisamente porque no había dicho expresamente quién era, se mofan de Él como si no supiera qué decir de Sí mismo.

2. Su respuesta a dicha pregunta, instruyéndoles sobre tres fuentes a las que podían acudir para obtener la necesaria información:

(A) Les recalca lo que, durante toda la conversación, trata de hacerles entender: *«Exactamente* (o: *Principalmente) lo que os vengo diciendo* (lit. *hablando)»* (v. 25b). Es ésta una de las frases más difíciles de todo el Nuevo Testamento, pero la versión que ofrecemos parece ser la única correcta, si se analiza bien el original, así como el contexto. En otras palabras, Jesús viene a decirles: «La pregunta que me hacéis es totalmente superflua, pues durante todo el tiempo vengo diciéndoos quién soy, a qué he venido y quién me ha enviado». Quienes cierran voluntariamente los ojos y los oídos a la verdad, no merecen que el Señor les de ulterior explicación (comp. con Is. 6:9–10 y sus referencias en el Nuevo Testamento), porque eso sería como *«echar las perlas delante de los cerdos»* (Mt. 7:6).

(B) Les hace referencia al juicio del Padre: *«Muchas cosas tengo que hablar y juzgar de vosotros; pero el que me envió es verídico y yo, lo que le he oído a Él, esto hablo al mundo»* (v. 26). Como embajador del Padre, Jesús solamente dice lo que el Padre le ha encomendado que diga (7:16). Con estas palabras, Jesús:

(a) Refuta la acusación que le insinúan de no saber qué decir a la pregunta que le habían hecho, pues viene a decirles: «Tengo muchas cosas que hablar, y muchas cosas de qué acusaros, pero, por ahora, es bastante con lo que os he dicho».

(b) Les hace ver que la oposición que le hacen a Él, se la están haciendo, en realidad, al Padre a quien ellos llaman «su Dios» (v. 41) puesto que fue Dios quien *le envió a Él,* y el Padre daba testimonio de que Él decía lo que el Padre le había encargado que dijera. Así que estas dos cosas le consolaban: Primera, que *Él era fiel al Padre* puesto que *hablaba al mundo lo que Él le había oído al Padre;* segunda que *el Padre le era fiel a Él,* puesto que, aun cuando Él no les juzgaba ni les acusaba ante el Padre, el Padre era verídico y les juzgaría por no haber recibido el testimonio dado a favor de Jesús (5:36–38). Ya antes, Juan (el Bautista o, más probablemente, el propio evangelista) había dicho de Jesús: *«Aquel a quien Dios ha enviado, habla las palabras de Dios»* (3:34). Al llegar a este punto, el evangelista no puede contenerse sin hacer la siguiente melancólica observación: *«Pero no comprendieron que les hablaba del Padre»* (v. 27). Aunque Cristo les hablaba, con tanta claridad, de Dios como Padre suyo, todavía no entendían lo que les decía. Para el ciego, lo mismo es la noche que el día, pues no puede percibir la diferencia.

(C) Les predice los sentimientos que más tarde albergarán acerca de Él: *«Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre»* (v. 3:15; 12:32, dando a entender siempre la crucifixión), *entonces conoceréis que yo soy* (comp. con v. 24), y *que nada hago por mí mismo* (comp. con 5:19), *sino que, según me enseñó el Padre* (v. 7:16), *así hablo»* (v. 28). Estas frases no indican, contra el parecer de algunos autores, una predicción de la salvación futura de los judíos, puesto que el contexto no lo permite (vv. 21, 24), sino de la terrible verificación de que este Jesús, al que ahora despreciaban y trataban de dar muerte, era, en fin de cuentas, el que había declarado ser; desgraciadamente, se apercibirían de ello demasiado tarde. Quienes toman a broma las cosas sagradas y se muestran sin cuidado en lo tocante a la salvación, llega un día en que se percatan de la valía de lo que despreciaron, precisamente cuando se pasó la ocasión en que pudieron haberse aprovechado de la gracia de Dios. Por fortuna, muchos de ellos cuando Pedro les hizo ver que habían crucificado al Mesías, *«se compungieron de corazón y dijeron …: ¿qué haremos?»* (Hch. 2:37). Con la muerte y la resurrección de Cristo se obtendría el derramamiento del Espíritu y Él

convencería al mundo de la justicia de Cristo (16:10). El gran consuelo que le quedaba a Jesús, a pesar de la burla y la sañuda persecución de sus enemigos, era la comunión con el Padre: «Y *el que me envió está conmigo; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada*» (v. 29), comp. con 4:34; 5:30; 6:38; 15:10). El que envió al Hijo fue, por supuesto, Dios el Padre (v. también 3:11; 5:19, 30, 32, 36, 37; 7:16; 8:18, 26, 27). La razón por la que el Padre *no le deja solo* es su perfecta obediencia al Padre. Incluso el grito de Mateo 27:46; Marcos 15:34 *«¡Dios mío, Dios mío, ¿a qué fin me has desamparado?»* no contradice la presente declaración de Jesús, puesto que Dios el Padre no desamparó a Jesús en la Cruz *por ser desobediente* (comp. con Fil. 2:8 *«obediente hasta la muerte»*, sino *por ser nuestro sustituto* (v. 2 Co. 5:21). Toda empresa de Jesús en este mundo se reducía a llevar a cabo siempre y en todo lugar lo que agradaba a Dios, y jamás hizo nada que fuera desagradable a los ojos de Dios (v. Lc. 23:41; Jn. 8:46). Si queremos mantener la comunión íntima con Dios, *hemos de ofrecernos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, con una constante renovación de nuestra mente a fin de comprobar en cada momento cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto* (Ro. 12:1–2).

V. El efecto que las palabras de Jesús produjeron en algunos de los oyentes: *«Mientras hablaba Él estas cosas, muchos creyeron en Él»* (v. 30). La interpretación más probable es que no se trata de verdaderos creyentes, sino, a lo más, de oyentes persuadidos a dar crédito a las palabras de Jesús en cuanto a su mesianidad. El contexto posterior, con el cual forma conjunto el presente versículo, muestra que estas personas carecían de fe salvífica. Como observa Hendriksen, y ya lo hicimos notar en otro lugar, el aoristo griego, aquí como en 2:23; 7:31; 12:42, a pesar de la preposición *eis* = en, no siempre indica un cambio de corazón, sino sólo mental. Por otra parte, el pretérito perfecto del versículo 31 muestra que se trata del mismo grupo, mientras que la verdadera fe suele expresarse en tiempo presente (v. 3:16, 18, 36; 6:35, 40, 47; 7:38; 11:25, 26; 12:44, 46; 14:12; 17:20). A primera vista, no se explica la transición de esta actitud pacífica de crédito en Jesús a la hostilidad que se muestra desde los versículos 33 en adelante. Pero, si se entiende que estos oyentes no tenían una fe viva, personal, en Jesucristo, se comprende esta aparente anomalía. Como dice Hendriksen, «sí que hay transición; pero no de un grupo a otro grupo diferente, sino de una actitud a otra *dentro del mismo grupo*». Este brusco cambio se explica por el hecho de que, tan pronto como Jesús les da a entender que un mero cambio de pensar no es suficiente (aceptando que Jesús fuese el Mesías que ellos sonaban), sino que deben rendirse a Él en obediencia a sus enseñanzas para poder salir de la esclavitud del pecado a la libertad de los hijos de Dios se revuelven furiosos en su orgullo y ya no creen en Él en ningún sentido. Esto demuestra que no es muy difícil persuadir a un mundano a que admire las enseñanzas de Jesús y sienta simpatía hacia su persona, pero ya no es tan fácil persuadir a esa misma gente a que se entreguen al Señor sin reservas y abandonen, arrepentidos, su vida de pecado.

Versículos 31–37

En esta sección tenemos:

I. La consoladora enseñanza que Jesús imparte acerca de la verdadera libertad de que gozarán los que se hagan discípulos de Él: *así si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres*» (vv. 31–32). Tres cosas importantes podemos considerar aquí:

1. El carácter del verdadero discípulo de Jesús: *«Si vosotros permanecéis en mi palabra»*. El verbo «permanecer», especialmente en Juan, no significa una mera continuidad, sino una comunión y hasta una mutua inmanencia (15:4–7; 1 Jn. 4:16). Permanecer, pues, en la palabra de Jesús es identificarse con ella y hacer de ella la norma de nuestra vida. Esta vida de obediencia, de seguimiento constante del Salvador, es lo que hace de una persona un verdadero discípulo de Cristo.
2. El privilegio del verdadero discípulo de Cristo: «Y *conoceréis la verdad»*. Tanto el verbo «conocer» como el sustantivo «verdad» significan para un judío mucho más de lo que significan para un filósofo occidental. *«Conocer»* es tener experiencia personal con el objeto conocido (comp. Gn. 4:1) y, si se trata del conocimiento de Dios, sólo puede obtenerse por revelación e implica la respuesta a un previo conocimiento y amor por parte de Dios (v. Ro. 8:29; 1 Co. 8:1–3, 1 Jn. 4:7–17). La *«verdad»* en sentido

bíblico no es tampoco un fruto intelectual: «la adecuación de la mente al objeto», como la definían los filósofos escolásticos, sino la «sabiduría de Dios, hecha norma de la vida humana» (v. Ec. 12:13; Jn. 3:21; 17:17; Ef. 6:14; 1 Jn. 2:4; 3 Jn. vv. 3, 12). Así se entiende mejor 14:6: «*Yo soy … la verdad*» la Sabiduría de Dios encarnada. Y el que ve las cosas como Dios las ve (comp. con Is. 55:8) tiene una perspectiva apropiada de Dios, del mundo y de sí mismo, pues verá las cosas en su verdadero color y les dará el aprecio que corresponde al verdadero valor que tienen. Esto es lo que se suele llamar una correcta «escala de valores».

3. La felicidad del verdadero discípulo de Cristo: «*y la verdad os hará libres*». Después de la vida (y, a veces, más que la vida), los seres humanos aman la *libertad;* pero, al ignorar la verdad, desconocen la verdadera libertad. En efecto, la verdad que santifica (vv. 15:3; 17:17) nos libra de la ignorancia y del pecado, que son los dos enemigos de la libertad; la ignorancia lo es porque impide ver la realidad, el genuino valor de las cosas; el pecado lo es porque es el fruto de la concupiscencia, de la pasión desordenada. El pecador es esclavo del pecado (v. 34), porque es seducido y atraído por la pasión, en lugar de ser él el dueño, el controlador de sus pasiones (Stg. 1:14–15); en vez de ser el caballo el que obedece al jinete, es el jinete quien está a merced del caballo desbocado, por no saber, o no poder, manejar el freno. La mejor expresión de la libertad es el *servicio* (v. Gá. 5:13), porque la disposición a servir, por amor, a los demás, nos libera del peor enemigo de la libertad, que es el egocentrismo, por el que el hombre pierde su vida en un intento falso de salvar su «yo». La proliferación moderna de toda clase de neurosis se debe, como ha observado el gran psicólogo A. Adler, al incremento del egocentrismo. Sólo el *amor-ágape* nos proporciona la verdadera libertad, según la famosa frase de Agustín de Hipona: «Ama y haz lo que quieras» (de ordinario, mal citada y fuera de su contexto), pues el amor del que Agustín habla no es el amor erótico (latín *amare*), sino el amor generoso, desinteresado de sí mismo (latín *diligere*), que nuestras Biblias solían traducir por «caridad», pero este vocablo ha perdido su sentido original y suele entenderse por «limosna». Lo que Agustín quería dar a entender es lo mismo que dice Pablo en Romanos 13:8, Gálatas 5:14: *«El que ama al prójimo, ha cumplido la ley»;* y el que ha cumplido la ley, se ha liberado de toda «obligación», pues el amor rompe las ataduras del deber al ir mucho más lejos de lo que se «debe». La verdad de Dios, llevada a la práctica, proporciona verdaderamente la libertad, pues extirpa los prejuicios, los errores, las falsas nociones y restablece al ser humano el dominio de sí mismo. La mente se ensancha con el progresivo conocimiento de Cristo (v. 2 Co. 3:17–18), y el corazón se ensancha para cumplir los mandamientos divinos (v. Sal. 119:32) y servir por amor a nuestros hermanos (v. 2 Co. 6:11–12).

II. La ofensa que estos carnales judíos recibieron al oír esta enseñanza de Cristo: *«Le respondieron: Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres?»* (v. 33). Veamos:

1. Qué es lo que les ofendió: La frase *«la verdad os hará libres»*. 2. Qué es lo que alegaron en contra: *«Linaje de Abraham somos»*. Es muy frecuente en familias que han degenerado de su linaje el jactarse de la gloria y de la dignidad de sus antepasados y tomar prestado del blasón familiar un honor al que ellos hacen deshonra. Esto es lo que los judíos hacían al apelar al patriarca Abraham, como si la fe y la obediencia del gran amigo de Dios pudiese expiar por la falta de piedad que ellos mostraban. Juan deja claro en su prólogo que la dignidad de Dios no se adquiere por herencia (1:13). *«No todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos»* (Ro. 9:6), puesto que *«de las piedras puede Dios suscitar hijos a Abraham»* (Lc. 3:8). Como hace notar Hendriksen, la libertad de que estos judíos se jactan no podía ser la libertad *política* ya que no podían olvidar haber sido esclavos de Egipto, Babilonia, Persia, Siria y, actualmente, Roma; tampoco podían pensar en la libertad *social,* pues muchos judíos habían sido esclavos. Pensaban, sin duda, en la libertad *espiritual,* al ser descendientes de Abraham, con quien Dios había establecido el pacto de gracia y a quien había otorgado las magníficas promesas, por las que de la descendencia de Abraham saldría la salvación, y ellos, los israelitas, serían una raza escogida, una nación santa, con un sacerdocio regio y el privilegio de ser posesión del verdadero y único Dios (v. Éx. 19:6; Dt. 7:6; 10:15). Pero todos estos privilegios (v. Ro. 3:2; 9:4–5) de nada servían a quienes se negaban a creer en el Mesías, puesto que por las obras de la Ley no podían ser justificados delante de Dios (Ro. 3:20). Sólo la verdad que Cristo proclamaba podía conferirles la verdadera libertad, pero el corazón de ellos estaba endurecido, de tal manera que la

esclavitud del pecado, la cautividad bajo Satanás y la libertad del amor les sonaban extrañas a los oídos de ellos (comp. con Hch. 17:20).

III. La vindicación que Cristo hace de su doctrina en los versículos 34–37, en los que observamos estas cuatro cosas:

1. Les muestra que hay una esclavitud de la que ellos no se querían percatar: *«Todo aquel que hace pecado es esclavo del pecado»* (v. 34b). Nótese que el verbo está en presente e implica una práctica habitual (comp. con 1 Jn. 3:4–95, es decir, como observa Hendriksen, «el que vive en pecado», no el que cae algunas veces en pecado (comp. con 1 Jn. 1:8). El prefacio con que Jesús introduce esta declaración es el que usa en otras solemnes ocasiones: *«De cierto, de cierto os digo»* (v. 34a). Es el estilo de los profetas de antaño, pero ellos decían: *«Así dice Jehová»*, porque eran siervos fieles; pero Cristo es el Hijo y puede hablar en su propio nombre: *«Os digo»*. Obsérvese igualmente que Jesús hace una declaración universal: *«Todo aquel que hace pecado»:* todo pecador habitual es un esclavo de su pecado, de su vicio y, con mucha frecuencia, lo confiesa al exclamar cuando alguien le exhorta a dejar el vicio: «No puedo». Es un esclavo, porque se deja dominar por su amo (v. Ro. 6:16; 11:32; 2 P. 2:19), y está encadenado con vínculos más fuertes que las cadenas de hierro que aprisionan a un criminal en la celdilla de una cárcel. Como expone maravillosamente Pablo en Romanos 6:16–22, el ser humano no puede escapar de *servir* a alguien, ya que no es autónomo, puesto que no es autosuficiente; todo depende del amo a quien sirve; servir a Dios es reinar (comp. con Ap. 22:3, 5), pues implica obediencia a una voluntad infinitamente santa, sabia y poderosa y llega a ser *«imitador de Dios»* (Ef. 5:1); pero el que comete pecado se hace esclavo del diablo, quien es un mentiroso, un homicida (8:44), un mal amo *«que a sus presos nunca abrió la cárcel»* (Is. 14:17, comp. con Is. 42:7; 61:1) y un mal pagador, puesto que *«la paga del pecado es muerte»*. Puesto que de servir no hemos de escapar, y no podemos servir a dos amos (Mt. 6:24), sirvamos al que, *como fruto nos da la santificación, y como recompensa final la vida eterna* (Ro. 6:22). Esta elección de amo a quien servir es lo que hoy se llama, mejor que «decisión», «opción fundamental» para toda la vida.

2. Jesús les muestra que el ocupar un lugar privilegiado en la casa de Dios no les da derecho a ser herederos de Dios, puesto que *«el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre»* (v. 35). Esta declaración de Jesús afecta a dos niveles: (A) a nivel histórico, apunta a la próxima repulsa de la nación judía en su mayoría (v. Hch. 13:46), según la profecía del propio Jesús en Mateo 23:38; Lucas 13:35, por lo que, por un lado, los judíos incrédulos serían echados de la casa y por otro lado, la casa en la que ellos confiaban que morarían para siempre, iba a quedar desierta y desolada. Israel era *el hijo de Dios, el primogénito* (Éx. 4:22), pero Cristo les asegura que, por haberse hecho esclavos del pecado, no van a quedar en la casa para siempre; como diciéndoles: «No penséis que vais a ser libres de pecado mediante los ritos y ceremonias de la ley de Moisés, por cuanto Moisés mismo fue un siervo en la casa de Dios (v. He. 3:5); pero si el Hijo os hace libres, lo seréis de veras» (v. 36); (B) a nivel geográfico, tiene aplicación para todos los pecadores, pues, al ser esclavos del pecado, serán echados fuera, mientras que los genuinos creyentes serán hechos libres y permanecerán para siempre en la casa de Dios.

3. Les muestra igualmente cuál es el camino de la libertad. El caso de los que se hacen esclavos del pecado es verdaderamente triste, pero, gracias sean dadas a Dios, no es desesperado y sin remedio, ya que el Hijo tiene el poder y la autoridad para otorgar a todo creyente arrepentido, no sólo la manumisión, sino también la adopción de hijos: «*Así que, si el Hijo os liberta, seréis verdaderamente libres*» (v. 36). Vemos:

(A) Que Cristo, en su Evangelio, nos ofrece la libertad: (a) en la *justificación,* nos abre las puertas de la cárcel, porque, al haber ofrecido satisfacción por nuestros pecados, nos ha descargado de la deuda. Cristo, como fiador, mediador y sustituto nuestro, borra nuestro déficit en la cuenta de Dios, quien es nuestro acreedor, y cumple de manera sobreabundante con las demandas de la santidad de Dios en contra nuestra; (b) en la *santificación,* rompe las cadenas de esclavitud mediante la obra poderosa del Espíritu Santo, con la cual el alma adquiere la libertad al quebrantarse el poder corruptor del pecado y ser reunidas y vigorizadas las fuerzas de la razón y de la virtud; (c) en la *adopción,* nos confiere la nacionalidad y ciudadanía de la patria celestial a los que éramos extranjeros y advenedizos (v. Ef. 2:12), lo cual es una nueva gracia, con un nuevo título de privilegio, además del perdón de los pecados.

(B) A los que el Hijo liberta, los hace *realmente libres.* Nótese que el adverbio usado en este versículo (gr. *ontos* = realmente) es distinto del usado en el versículo 31 (gr. *alethós* = verdaderamente).

En efecto, el discípulo ha de ser *verdadero,* porque en el sujeto se requiere veracidad, sinceridad, fidelidad, pero la libertad que Cristo da es *real,* ontológicamente real, puesto que no es una cosa imaginaria, una fantasía, de la que los judíos se jactaban, sino un producto intrínsecamente auténtico, sin fraude, sin mezcla, sin engaño; es una libertad digna del nombre que lleva, pues corresponde totalmente al concepto más puro de la cosa significada, es una libertad gloriosa; es algo *sustancial* (comp. con He. 11:1), mientras que las cosas de este mundo son meras sombras, que sólo pueden prometer una libertad ficticia.

4. Aplica después esta noción de libertad a la falsa jactancia de ellos: *«Sé que sois descendientes de Abraham; pero procuráis matarme, porque mi palabra no halla cabida en vosotros»* (v. 37). Vemos:

(A) Que Jesús admite el privilegio del que ellos se jactaban: *«Sé que sois descendientes de Abraham»,* descendientes *físicos* (gr. *sperma* = simiente); no les llama «hijos». Ellos se jactaban de ser *«linaje de Abraham»* (v. 33), como si con ello se engrandecieran a sí mismos, cuando lo cierto es que eso mismo agravaba su pecado.

(B) Que Jesús les muestra la inconsecuencia de la conducta de ellos en relación con la dignidad de que se jactaban: *«pero procuráis matarme».* Lo habían intentado ya varias veces, y ahora lo procuraban también, como el contexto posterior (v. 58) nos mostrará. Como dice Hendriksen: «¡La descendencia de Abraham procura matar al mismo cuyo día había visto por anticipado Abraham, y se había regocijado!» (v. 56).

(C) Que Jesús les muestra el motivo de esta inconsecuencia: *«porque mi palabra no halla cabida en vosotros».* La Palabra de Dios desciende como lluvia que irriga la tierra (v. Is. 55:10–11; He. 6:78), pero el corazón de estos judíos era como una roca por la que el agua resbala sin dejar que penetre una sola gota. ¿Cómo podía hallar cabida la palabra de Cristo en unos corazones que estaban llenos de odio y de venganza? La palabra de Cristo requiere un lugar en el corazón, no sólo para *morar* como en su propia casa, sino también para *obrar,* lugar donde implantar la gracia y expulsar el pecado, y para *reinar,* al hacerse norma de nuestra vida. Hay muchos que profesan ser creyentes, pero no dejan lugar a la palabra de Cristo para que obre, porque tienen el corazón ocupado por otras cosas. Ahora bien, donde la palabra de Jesús no tiene cabida nada bueno puede esperarse, ya que quedará demasiado espacio para toda clase de iniquidad.

Versículos 38–47

En esta porción, continúa la discusión de Jesús con los judíos.

I. Jesús expresa ahora la diferencia que existe entre sus propios sentimientos y los de ellos, remontándose a la fuente, también diferente, de tales sentimientos: «*Yo hablo lo que he visto cerca del Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído cerca de vuestro padre*» (v. 38). Nótense los contrastes:

1. La doctrina de Cristo era de arriba: «*Yo hablo lo que he visto* (v. 5:19) *cerca del Padre».* Cristo habla, revela, declara, lo que ha visto y oído en el seno del Padre (1:18; 15:15); no cabe fundamento más firme. Las enseñanzas de Cristo no están basadas en discutibles hipótesis, sino que están cimentadas en la más segura y experimentable realidad. Es una prerrogativa del Hijo poder ser testigo de vista de lo que dice, y poder hablar de lo que ha visto.

2. En cambio, los hechos de ellos estaban inspirados por el diablo: *«Vosotros hacéis lo que habéis oído cerca de vuestro padre».* Ellos *hacían* no sólo hablaban, lo que habían *oído,* no visto, como un susurro del diablo en los oídos de ellos. Del mismo modo que un niño educado por su padre, aprende las expresiones y los hábitos de su padre y crece pareciéndosele a él por imitación, más aún que por semejanza de rasgos fisonómicos, así también estos judíos se estaban haciendo semejantes al diablo, puesto que se habían propuesto imitar las actitudes del diablo (v. 44).

II. A continuación, replica a las jactanciosas expresiones de ellos en cuanto a la relación de la que se gloriaban con respecto a Abraham y a Dios como «padres» de ellos.

1. Al oír las palabras de Jesús y darse cuenta de que no nombraba explícitamente a Abraham como padre de ellos, los judíos se indignan: *«Respondieron y le dijeron: Nuestro padre es Abraham»* (v. 39). Con esto, intentaban (A) darse honor a sí mismos y engrandecerse a sus propios ojos; (B) desahogar su

odio contra Jesús como si el Señor insinuase que ellos habían aprendido a obrar mal siguiendo el ejemplo de Abraham, el padre espiritual de ellos, el gran amigo de Dios. A esto replica Jesús: *«Si fueseis hijos de Abraham, haríais las obras de Abraham»* (v. 39b). El original dice, en todos los MSS, *sois* (no: *fueseis),* lo que induce a pensar que la lectura más probable, en cuanto al segundo verbo, atestiguada por bastantes MSS (aun cuando no los mejores), ha de ser *«hacéis»* (no: *haríais).* En este caso, como observa Hendriksen, las frases de Jesús sólo pueden entenderse como una ironía. Más aún, cuando la partícula de unión con el versículo 40 no es *«allá»* = pero, sino *«de»,* que puede traducirse por «y», «mas» o «sin embargo». En todo caso, la conclusión de Jesús es evidente: «Decís que sois hijos de Abraham; sin embargo, *ahora procuráis matarme a mí, hombre que os he hablado la verdad, la cual se la he oído a Dios; no hizo esto Abraham»* (v. 40). En contraste con la conducta de Abraham, quien hospedó a los tres varones (uno de los cuales era, sin duda, el propio Jehová; los otros dos, ángeles, como puede verse por toda la historia de Gn. caps. 18 y 19), estos supuestos «hijos de Abraham» tramaban la muerte de Jesús, el Dios y Salvador del pueblo (Mt. 1:21), así como el *«hombre»* (nótese el énfasis en la naturaleza humana de Jesús, como en 1 Ti. 2:5) que, lejos de hacerles daño había sido enviado por Dios para *hablarles la verdad que había oído de Dios.* A la impiedad y a la impenitencia, unían la ingratitud. Todo eso no cuadraba a quienes se tenían por hijos espirituales de Abraham, famoso por su humanidad, tanto como por su piedad: *«no hizo esto Abraham».* Además, *«Abraham creyó a Jehová, y le fue contado por justicia»* (Gn. 15:6), mientras que ellos se obstinaban en su incredulidad. Por todo ello Jesús añade: *«Vosotros hacéis las obras de vuestro padre»* (v. 41). Como si dijese: «No sois hijos de Abraham, sino que es evidente que pertenecéis a otra familia; es otro el padre cuyas obras imitáis». Todavía no les dice por su propio nombre quién es este otro *padre,* como si les diera tiempo para que la propia conciencia de ellos les redarguyera de su perversidad.

2. Pero, lejos de reconocer su indignidad en relación al parentesco que pretenden tener con Abraham, se enfurecen tanto más cuanto que Jesús no se digna todavía decirles quién es ese padre que les pertenece y en el que Él está pensando, así que responden: *«Nosotros no somos nacidos de fornicación, tenemos un padre Dios»* (v. 41b). La primera frase puede entenderse de tres maneras.

(A) Literalmente, en el sentido sexual. Este sentido no puede descartarse, con la malévola insinuación (corriente entre los judíos no convertidos) de que Jesús no era hijo legítimo, sino hijo bastardo de María y de un soldado romano de la guarnición de Nazaret. Vendrían a decirle: «Nosotros somos hijos de legítimo matrimonio; tú, no».

(B) Metafóricamente, en el sentido de idolatría pues en este sentido se usa, con mucha frecuencia, a lo largo del Antiguo Testamento y aun del Nuevo (v. Stg. 4:4), ya que Jehová aparece como el «Marido» de Israel (v. Is. 54:5, Jer. 31:32, y Oseas en muchos lugares). Éste es, sin duda, el sentido que mejor cuadra en este lugar, como admiten todos los exegetas. Pero, si eso era todo lo que podían alegar a su favor, el no tener ídolos a quienes adorar, ¿de qué les servía? Una persona puede estar libre de la idolatría en este sentido estricto y sin embargo, perecer por cualquier otra clase de iniquidad. Se gloriaban de adorar al único Dios, pero no le adoraban *en espíritu y en verdad,* como son los adoradores que Dios busca (4:24).

(C) A la vista del versículo 48, podría vislumbrarse un tercer sentido: «Nosotros no somos como los samaritanos, gente híbrida; somos judíos, *pura sangre israelita».*

3. A la falaz apelación de ellos, Jesús responde y niega la paternidad que ellos reclaman para sí con respecto a Dios: *«Si fuese Dios vuestro padre, me amaríais a mí»* (v. 42). El que ama al Padre, ama también al Hijo (1 Jn. 5:2) y «*el que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre»* (1 Jn. 2:23). *«El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió»* (5:23b). En el versículo 40, niega que ellos tengan verdadero parentesco con Abraham; ahora niega que tengan parentesco espiritual con el único Dios verdadero. Todos cuantos aman a Dios, aman también a Jesucristo. Así lo ha revelado el mismo Dios y así se revela también si somos o no hijos de Dios: ¿Amamos de veras al Señor Jesucristo? Obsérvese la importancia que Jesús da a su comisión como Enviado del Padre: *«porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que Él me envió»* (v. 42b). El énfasis es evidente por la repetición martilleante de la misma idea. Jesús vino para *«congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos».* Para llevar a cabo esta tarea dio su vida. ¿Y no hemos de acoger con brazos abiertos a tal mensajero, enviado por Dios con tal objetivo? Jesús añade una pregunta, llena de ternura, tanto como de asombro y tristeza: *«¿Por qué no comprendéis mi lenguaje?»* (v. 43). Como si dijese: «¿Cómo no entendéis que soy el enviado y el Hijo de Dios, que soy el Mesías prometido que vengo a ofreceros la verdadera libertad, y que esta libertad sólo se consigue al escuchar la verdad que os predico en mis

enseñanzas? ¿Tenéis tan embotada la mente, como para suponer cosas tan absurdas y hacerme preguntas tan estúpidas?» (vv. 19, 22, 25, 27, 33, 39, 41). Antes que ellos le respondan a esta pregunta, Él mismo les da la respuesta: *«Porque no podéis escuchar mi palabra»*, es decir, no queréis llevar a bien las cosas que os vengo hablando. Los que no son de la familia de Dios no entienden el dialecto de la casa de Dios. Estos judíos no comprendían el lenguaje de Jesús por el mero hecho de que su corazón estaba entenebrecido por el pecado y se negaban a admitir lo que sus prejuicios les impedían ver. Hay un refrán castellano que dice: «No hay peor sordo que el que no quiere oír». No les agradaba lo que Cristo decía; por eso, no acertaban a comprenderlo; *«el que quiera … conocerá …»* (7:17).

III. Súbitamente, Jesús les declara sin rodeos quién es el verdadero «padre» de ellos: *«Vosotros sois de vuestro padre el diablo»* (v. 44). Esta frase implica algo realmente horrendo y tuvo que caerles como una bomba. El cargo que les hace es muy duro, pero lo va a probar con abundante y contundente argumentación:

1. Con un argumento general: «*y queréis hacer los deseos de vuestro padre»* (v. 44b). La identidad de ideas, sentimientos y resoluciones demuestra una común naturaleza. Como si dijese: (A) «Hacéis lo que vuestro padre hace y quiere que hagáis, pues sois esclavos de él y estáis al arbitrio de su mala voluntad». Los deseos o concupiscencias peculiares del diablo, ser incorpóreo, son el orgullo, la envidia, el odio, la mentira y el engaño; son los peores pecados, puesto que provienen de la parte espiritual, donde no cabe la excusa de la debilidad o de la pasión carnal; (B) «queréis hacer los deseos del diablo vuestro padre». Cuanto mayor es la *voluntariedad* que en el pecado se pone, tanto mayor es el ingrediente diabólico que en tal pecado se encuentra; deleitarse en el pecado es propio del diablo.

2. Con dos ejemplos particulares, en los que ellos manifiestan su parentesco próximo con el diablo: el homicidio y la mentira:

(A) *«Él* (el diablo) *ha sido homicida desde el principio»*. No desde el principio de la creación (Job 38:7, con toda probabilidad), ni desde el principio de su propia existencia (v. Is. 14:12–14; Ez. 28:12–16. Nótese el *«hasta que …»* del v. 15), sino desde el principio de la historia del hombre, cuando, mediante la tentación de Génesis 3:1 y ss. hundió a la humanidad en la muerte espiritual, física y eterna (v. Ro. 5:12; He. 2:14; 1 Jn. 3:8). El gran tentador es el gran destructor. Los judíos le llamaban «el ángel de la muerte». Si el diablo no se hubiese hecho tan fuerte en Caín no le habría inducido a cometer un crimen tan horrible como asesinar a su propio hermano (v. 1 Jn. 3:12). De la misma forma, estos interlocutores de Jesús eran imitadores del diablo y seguidores de Caín: asesinos de almas, enemigos jurados de Cristo y decididos a darle muerte (v. 37).

(B) El diablo es también *mentiroso*, un desertor de la verdad: *«No se mantuvo en la verdad»*. Contra el parecer de Hendriksen, es mi opinión (nota del traductor), con Ryle y otros, de que este versículo, como Judas 6, muestra que el diablo «cayó de la verdad». La siguiente cláusula *«pues no hay verdad en él»* no significa que el diablo cayera de la verdad porque no hay verdad en él, sino que afirma el actual estado y condición del diablo: que es mentiroso y padre de la mentira. Un caso similar, en cuanto a la construcción gramatical, es 1 Timoteo 1:13, donde Pablo dice: *«fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia»,* donde no puede decirse que la ignorancia fuera la causa de la misericordia de Dios. En ambos casos, la conjunción no es *gar* = porque (causal), sino *hoti* = pues (explicativa). En el diablo no hay *verdad;* por eso se opone a la verdad que es Cristo. Del mismo modo se oponen a Cristo y a la verdad que el proclama estos judíos, con lo que muestran su directo parentesco con el diablo. El diablo es padre y patrón de la mentira. Tres cosas dice Cristo del diablo con relación a la mentira: (a) Que es un *mentiroso;* sus oráculos son mentira; sus profetas son mentirosos. Todas sus tentaciones son sugeridas por medio de mentiras», *llamando bien al mal, y al mal bien»* (Is. 5:20). (b) Que *«cuando habla mentira, de lo suyo habla»*, es decir, conforme a su propia naturaleza. El diablo sólo es original, observa Hendriksen, cuando miente. En efecto, si el diablo dice alguna verdad, siempre está mezclada con mentira, con lo que las medias verdades se convierten en las peores mentiras, pues son más aptas para engañar, puesto que la mente humana está hecha para la verdad, y sólo cree en la mentira cuando ésta tiene apariencias de verdad. (c) Que es *«padre de la mentira»* o *«padre del mentiroso»*, ya que el original admite cualquiera de las dos versiones. Dios hizo al hombre con una inclinación hacia la verdad; es congruente a la razón y a la luz natural el que hagamos y digamos la verdad; pero el diablo, al ocasionar la corrupción de la raza humana, introdujo la mentira en el género humano y se hizo el padre de todos los mentirosos, como si los

hubiese engendrado y educado en la escuela de la mentira, por eso se parecen a él como hijos y discípulos de él.

IV. Después de mostrar que todos los homicidas y mentirosos son hijos del diablo, Cristo pasa, en los versículos siguientes, a tratar de que sus interlocutores se apliquen a sí mismos lo que acaba de decir. Dos son los cargos que presenta contra ellos:

1. Que no quieren creer la palabra de la verdad: «*Y a mí, porque yo digo la verdad, no me creéis*» (v. 45). La *verdad*, en la forma que ya explicamos anteriormente, es el conjunto de supremos principios (sabiduría) acerca de las realidades reveladas por Dios en Cristo. No se trata de conocimientos científicos, sino de aquel «saber de salvación» (v. 2 Ti. 3:15), sin el cual todos los demás saberes de este mundo no sirven para nada, según la famosa estrofa que termina así:

«Que al final de la jornada,
aquel que se salva, sabe;
y el que no, no sabe nada.»

Cosa triste es que las verdades supremas, las más importantes, sean las que menos crédito reciben de la mayoría de los seres humanos, por rebelarse contra la luz (v. 3:17–21). Y, al rebelarse contra la luz, se rebelan contra el que es la Luz personal de Dios (v. 12). El corazón del hombre, perverso y engañoso (Jer. 17:9) se rebela contra esa luz que pone al descubierto las profundidades malvadas, corruptas, de nuestro corazón. En vez de corregir el rostro, rompen el espejo (comp. con Stg. 1:23–24), pero otro refrán castellano dice:

«Arrojar la cara importa,
que el espejo no hay por qué».

Y, para ponerles las cosas más en claro, como adelantándose a la objeción de ellos: «Tú no dices la verdad, ¿por qué te vamos a creer?», Jesús les reta a que presenten alguna prueba de que Él está en el error: *«¿Quién de vosotros me redarguye de pecado? Pues si digo la verdad, ¿por qué vosotros no me creéis?»* (v. 46). Jesús había hablado del diablo como homicida y mentiroso, y había acusado a estos judíos de ser hijos del diablo por ser imitadores de Satanás en sus planes criminales y en su odio a la verdad que Cristo proclamaba. Jesús les reta ahora a que le presenten un solo caso en el que Él mismo haya obrado o dicho la mentira. Todo lo que hablaba lo decía *para que ellos fuesen salvos* (5:34), y lo confirmaba con la perfecta inocencia de su vida; su santidad era la mejor garantía de su verdad: *«¿Quién de vosotros me redarguye* (es decir, *puede presentar pruebas.* Es el mismo verbo griego de 3:20; 8:9 y 16:8 además de otras 14 veces en que sale en el Nuevo Testamento) *de pecado?»* El hecho de que no respondiesen a este reto era una confesión implícita de la santidad y de la verdad de Jesús. El mismo juez que le sentenció a muerte hubo de confesar tres veces: «*Yo no hallo en Él ningún delito*» (18:38; 19:4, 6). El ladrón crucificado junto a Él, fue más lejos: *«Éste no ha hecho nada impropio»* (Lc. 23:41). Y el centurión que había supervisado la ejecución de los crucificados, todavía fue más allá, al declarar: *«Realmente, este hombre era justo»* (Lc. 23:47, comp. con Mt. 27:54; Mr. 15:39). La única razón por la que los hombres no creen en Cristo es porque no están dispuestos a dejar el pecado y abandonar el vicio; al no querer negarse a sí mismos, no están en condiciones de servir a Dios fielmente y de seguir a Cristo. Esto muestra la tremenda, condenatoria, inconsecuencia de los incrédulos, como Jesús les hace ver: *«Pues si digo la verdad, ¿por qué vosotros no me creéis?»* No dan tampoco respuesta a esta otra pregunta, puesto que tendrían que admitir que *no son hijos de Dios.*

2. Jesús mismo les da la respuesta que ellos no quieren dar, con la que presenta un cargo más profundo contra ellos: *«El que es de Dios, escucha las palabras de Dios; por eso no las escucháis vosotros, porque no sois de Dios»* (v. 47). Vemos:

(A) El principio que Cristo sienta: *«El que es de Dios, escucha las palabras de Dios».* El que toma partido por Dios, está dispuesto a escuchar lo que dice y deseoso de ponerlo por obra. En prueba de ello, investiga cuál es la voluntad de Dios y hace con gozo lo que agrada a Dios; percibe y discierne en las palabras de Cristo la voz de Dios, de la misma manera que los criados de una casa saben bien lo que el amo desea de ellos, y del mismo modo con que las ovejas saben distinguir entre la voz del pastor propio y la de los extraños.

(B) La aplicación que Cristo hace de este principio: *«Por esto no las escucháis vosotros, porque no sois de Dios»*. Como si dijera: «El hecho de que vosotros os hagáis sordos a las palabras de Dios es una prueba evidente de que no sois de Dios». Puesto de otra forma: «Como no sois de Dios, no estáis en condiciones de escuchar con provecho las palabras de Dios, que son las que yo os hablo». Si la palabra del reino de Dios no rinde fruto, la culpa no es de la semilla, sino del terreno en que cae.

Versículos 48–50

I. Los que no pueden dar razón de su sinrazón, siempre acuden, como último recurso, al insulto. Así lo hacen estos escribas y fariseos en esta ocasión, diciéndole al Señor: *«¿No decimos bien nosotros que tú eres samaritano, y que tienes demonio?»* (v. 48). Vemos:

1. El apelativo blasfemo que estos perversos judíos daban al Señor Jesús, al decirle: (A) Que era samaritano; de esta manera le exponían a la mala voluntad del pueblo, entre quienes no se le podía poner a una persona un nombre peor que *«samaritano»*. Con mucha frecuencia le llamaban *«galileo»* y entendían por ello una persona *despreciable;* pero ahora le llaman *«samaritano»*, designándole así como persona *mala.* En todas las épocas, los malos han hecho grandes esfuerzos para poner a las buenas personas nombres odiosos; y cuán fácilmente se le pone un mal nombre a una persona por toda la vida, cuando estos apelativos circulan entre la gente sin que nadie lo impida; (B) que tenía demonio: que estaba en coalición con el diablo, que estaba poseído de un espíritu inmundo de melancolía, y sufría complejo de persecución, por lo que insultaba a los líderes; un hombre depresivo, cuyo cerebro está obnubilado, o un mal hombre, cuyo cerebro está demasiado caliente, de modo que todo lo que decía no era más digno de crédito que lo son las extravagantes salidas de un paranoico.

2. Cómo trataron de justificar el insulto: *«¿No decimos BIEN nosotros …?»* Esto muestra cuán arraigados estaban los prejuicios de ellos, y cuán endurecido estaba su corazón. Desahogan su enemistad contra Cristo, como si nunca hubieran hablado *mejor* que cuando decían contra Él lo *peor*. Mala cosa es decir y obrar mal, pero es peor todavía el persistir en esas prácticas.

II. La mansedumbre y misericordia del Cielo se reflejan en la respuesta de Cristo (vv. 49–50). Notemos que:

1. No responde nada al insulto de *«samaritano»*, puesto que Él mismo había puesto a un samaritano como modelo de compasión hacia el prójimo (v. Lc. 10:30–37).

2. En cambio, niega rotundamente el cargo que le hacen de tener demonio: «*Yo no tengo demonio*». Como si dijesen: «La acusación es injusta; ni estoy poseído del demonio ni tengo pacto con él».

3. En confirmación de ello, asegura la sinceridad de su intención: *«sino que honro a mi Padre»*. Siempre, y en todo, buscó Jesús dar gloria al Padre y cumplir la voluntad del Padre. Si tuviera demonio, no honraría al Padre, porque los demonios son incapaces de honrar a Dios.

4. Se queja de la deshonra, que con tales apelativos, le infieren a Él mismo: «*y vosotros me deshonráis*». Con estas palabras se echa de ver que Jesús, en cuanto hombre, tenía un vivo sentido del deshonor que se le causaba con las malas palabras. Cristo honraba al Padre más y mejor que lo que cualquier ser humano pudo y quiso honrar y, sin embargo, Él mismo fue deshonrado como nadie jamás lo ha sido; porque aun cuando Dios ha prometido que Él honrará a quienes le honren, nunca ha prometido que los hombres vayan a honrar a los que honran a Dios.

5. A continuación, Jesús se descarga de la imputación de vanagloria (v. 50), puesto que menospreciaba la gloria de los hombres: *«Pero yo no busco mi gloria* (comp. con 5:41); *hay quien la busca y juzga»*, es decir, el Padre. Quienes están muertos a las alabanzas de los hombres, pueden soportar impávidos los insultos de los hombres. De dos maneras mostraba Jesús que no buscaba su propia gloria: (A) En que no buscaba los respetos, halagos ni adulaciones de los hombres, pues sabía que Dios honra a quienes no buscan su propio honor; por eso, la humildad va delante del verdadero honor; (B) en que no se vengaba de las afrentas que le hacían los hombres, con referencia a esto, dijo: «*y juzga*» (Dios). Como si dijese: «Él será quien vindicará mi honor». Si apelamos a Dios con humildad, y esperamos con paciencia, encontraremos, para nuestro consuelo, que *«hay quien juzga»*.

Versículos 51–59

I. Vemos ahora afirmada, de labios de Cristo, la inmortalidad de los creyentes: *«De cierto, de cierto os digo que el que guarda mi palabra, nunca verá la muerte»* (v. 51). Como en otras solemnes ocasiones, repite el *«Amén, amén»* del texto original. Por estas expresiones de Jesús, se echa de ver:

1. El *carácter* del creyente: Es alguien que *guarda la* palabra *de Jesús;* no sólo la recibe por fe, sino que la guarda con obediencia; no sólo la tiene, sino que la retiene (comp. con Sal. 119:9). Hemos de guardar las palabras de Jesús en nuestra mente y en nuestra memoria; guardarlas en el corazón con amor y afecto profundo; tenerlas por guía de nuestro camino y norma de nuestra vida.

2. El *privilegio* del creyente: *«Nunca jamás verá la muerte»*. Puesto que el verdadero creyente ha pasado de muerte a vida (5:24), la comunión con Dios le confiere vida eterna, y las propiedades de la muerte física han sido alteradas de tal manera que ya no está bajo el terror de la muerte (v. 1 Ts. 4:13 y ss.), sino que, más bien, es dueño incluso de la muerte (1 Co. 3:22), pues ésta le lleva a la presencia del Señor (2 Co. 5:8; Fil. 1:21–23) y es estimada a los ojos de Dios (Sal. 116:15). Tan consoladora resulta la muerte física a los genuinos creyentes, que bien puede decir Jesús que *no la verán jamás,* puesto que ha sido sorbida victoriosamente por la vida (v. 1 Co. 15:54), y son preservados para siempre de la muerte eterna.

II. Al oír estas palabras de Jesús, los judíos repiten el insulto que habían lanzado contra Él: *«Ahora nos damos perfecta cuenta de que tienes demonio. Abraham murió y los profetas …»* (v. 52). Vemos:

1. El insulto que profieren: *«Ahora nos damos perfecta cuenta de que tienes demonio»*. Si Jesús no hubiese demostrado abundantemente que era *un maestro enviado de Dios* (3:2), las promesas de vida inmortal que hacía, bien podían haber sido ridiculizadas, y sus discípulos tenidos por excesivamente crédulos; incluso habría sido un acto de caridad desengañarles de sus necias ilusiones; pero la doctrina de Cristo era evidentemente de origen divino, sus milagros la confirmaban, y las profecías mismas guiaban a los judíos a la expectación de un profeta semejante, y a la fe en él, tan pronto como apareciese.

2. El razonamiento que usan: Tienen a Jesús por culpable de una insoportable arrogancia, al hacerse implícitamente a Sí mismo mayor que Abraham y los profetas: *«Abraham murió, y los profetas»*. Sí, es cierto que murieron físicamente, y la biografía de estos grandes hombres termina siempre con las palabras: «*y murió*». Se nota aquí el eco de Génesis 5, como observa Hendriksen: «*y murió … y murió … y murió*». Aun así, hubo dos notables excepciones: Enoc y Elías (v. Gn. 5:24; 1 R. 2:11); pero Jesús no hablaba aquí de la muerte física. Por eso, había dicho al hablar de Abraham, Isaac y Jacob: *«Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos»* (Mt. 22:32; Lc. 20:38). Por otra parte, estos judíos daban a entender que no podía haber nadie mayor que Abraham y los profetas (comp. con 4:12), sin percatarse de que el Mesías había de ser mayor que Abraham y que todos los profetas. De modo que, en lugar de haber inferido que Cristo tenía demonio por hacerse superior a Abraham y a los profetas, deberían haber inferido que era el Mesías; pero sus ojos estaban velados por los prejuicios. Así que le replican en son de befa: *«¿Quién te haces a ti mismo?»* (v. 53).

III. La réplica que Cristo les da. Todavía condesciende a razonar con ellos, para mostrar así que todavía era el día de su paciencia.

1. En su respuesta, Jesús se refiere, por una parte a su *Padre* que es Dios; por otra, al *padre de ellos* según la carne, Abraham.

(A) A su Padre: *«Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios»* (v. 54). Jesús hace derivar del Padre todo el honor que ahora reclamaba para Sí, pues dependía únicamente del Padre con respecto al honor que le había de ser conferido tras sus padecimientos y su muerte. Y los que son de Cristo han de depender igualmente de Dios en cuanto a su honor; pues todo el que está seguro de tener honor donde éste tiene su verdadera estima, no le importará tener deshonor donde el verdadero honor no se estima. Por eso, les dice Cristo: «*… decís que es vuestro Dios; pero vosotros no lo conocéis*» (vv. 54b–55a). *Decían* que era el Dios de ellos (comp. con Stg. 2:14), pero sin razón alguna. Muchos pretenden tener interés en las cosas de Dios y hasta se tienen por Suyos, sin que en su corazón alberguen una correcta relación con Dios. ¿De qué les servirá decir: «Dios mío»? (comp. con Mt. 7:21–23). ¿A qué se deben estas falsas pretensiones? A

ignorancia del verdadero Dios: *«Pero vosotros no le conocéis»*. Es posible que hombres eruditos y expertos en la Biblia hablen profundamente de las cosas de Dios *sin conocerle,* pues sólo han aprendido los nombres de Dios, sin tener comunión personal con Él. Al no conocer a Dios, estos judíos no podían percibir correctamente el carácter de Dios ni la voz de Dios en Cristo. La razón por la cual los hombres no reciben *el Evangelio de Cristo* es porque no poseen *el conocimiento de Dios.* Y continúa Jesús: *«Mas yo le conozco, y si dijese que no le conozco, sería mentiroso como vosotros; pero le conozco y guardo su palabra»* (v. 55). Ésta es la razón por la que Cristo está seguro de que el Padre le honrará y le reconocerá por Hijo Amado: *«Le conozco»*—dice con toda seguridad—. No puede negarlo, porque entonces sería tan mentiroso como ellos cuando decían que el Padre era el Dios de ellos, y así sería hallado falso testigo contra Dios y contra Sí mismo. ¿Cómo demuestra Jesús que conoce a Dios? *«Le conozco, y guardo su palabra»*. Por eso había asegurado que el que guardase sus palabras no vería la muerte (v. 51). Juan habla en términos similares (v. 1 Jn. 2:3–5). Sólo el que esté dispuesto a obedecer a Dios, puede conocer la verdad de Dios en Cristo (7:17). Hendriksen hace notar el contraste entre los dos verbos que vertimos por «conocer» al comienzo del versículo 55: el primero indica un reconocimiento personal basado en información ajena (aun cuando esto no sea obstáculo para una comunión íntima con Dios), mientras que el segundo implica un conocimiento intuitivo y directo de Dios, exclusivo del Hijo (1:18) y del Espíritu Santo (1 Co. 2:10).

(B) Al padre de ellos, Abraham:

(a) De él dice Jesús: *«Abraham vuestro padre se regocijó de que había de ver mi día; lo vio y se regocijó»* (v. 56). Dos cosas menciona aquí Cristo como ejemplos del respeto que Abraham tenía hacia el Mesías venidero: *Primera,* que Abraham exultó de gozo al saber que había de ver el día del Mesías. Es notable que, en el Targum aramaico de Génesis 17:17, el verbo hebreo *«se rió»* es traducido *«se regocijó»*. Cuando Dios le dijo a Abraham que en él serían benditas *todas las familias de la tierra* (Gn. 12:3), le revelaría interiormente que la fuente de bendición universal iba a estar centrada en el Mesías que había de descender de él. Con esta interior revelación Abraham exultaría de gozo, al mismo tiempo que concebiría un enorme deseo de conocer, de algún modo, al Mesías. Quienes han adquirido un verdadero, aunque imperfecto, conocimiento de Cristo desean saber más y más de Él, del mismo modo que quienes han visto el amanecer (Lc. 1:78), están deseosos de ver el Sol de justicia. Lo cierto es que Abraham deseó ver el día de Jesús, a pesar de hallarse a muchos siglos de distancia con relación al Mesías que había de venir, mientras que estos judíos, descendencia bastarda de Abraham, no acertaron a discernir ese día ni le dieron la bienvenida cuando llegó.

(b) Jesús agrega que Abraham *«lo vio* (el día de Jesús) y *se alegró»*. Donde vemos:

Primero, que Dios satisfizo los deseos del patriarca: deseó ver el día de Jesús, y *lo vio.* Nótese que Jesús no dice que Abraham le vio a Él, sino «su día». ¿Cuándo y cómo vio Abraham el día de Cristo? Hay quienes piensan que Jesús se refiere aquí al conocimiento que de Jesús tendría Abraham en el otro mundo, pero esta explicación no satisface, pues el tiempo del verbo está en pasado, no en presente. Sólo que a la conjetura, ya apuntada, de una revelación interior de Dios a él, y confirmada por Hebreos 11:13, donde leemos: *«Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido* (comp. con He. 11:39–40), *sino MIRÁNDOLO DE LEJOS»*. Hendriksen hace notar que la posibilidad de la expectación del Mesías Redentor pudo deberse a la promesa de Génesis 3:15, cuya tradición se conservaría a través de las generaciones. La aplicación para nosotros es que todos los deseos de los hijos de Dios de conocer mejor a Jesucristo no se cumplirán perfectamente mientras no hayamos llegado al Cielo (comp. con 1 Co. 13:12; Fil. 3:10–14; 1 Jn. 3:2).

Segundo, que Abraham *se alegró* de ello. Se alegró al ver la merced que Dios le hacía a él, y la misericordia de Dios para todas las familias de la tierra. Una mirada de fe hacia Cristo nos ha de llenar continuamente de alegría. No hay gozo como el gozo de la fe, pues éste es fruto del Espíritu Santo (v. Gá. 5:22), nunca se conoce lo que es el verdadero deleite hasta que no le hayamos encontrado en Cristo.

(c) Los judíos, al oír que Abraham había visto el día de Jesús, entendieron que Cristo había sido contemporáneo de Abraham: *«Entonces le dijeron los judíos: Aún no tienes cincuenta años ¿y has visto a Abraham?»* (v. 57). La idea de que Abraham pudiera haber visto el día de Jesús, por medio de la fe, a tantos siglos de distancia, era inconcebible para estos judíos. Lo de *«cincuenta años»* es entendido por algunos como si los sufrimientos físicos y morales que, para este tiempo, había soportado ya Jesús le hiciesen aparecer como de mayor edad que la que tenía; pero es más probable la opinión de que estos judíos, para no exponerse a error de cálculo, pusieron la edad límite en que los sacerdotes eran relevados

de sus funciones en los servicios del templo. Lo cierto, según ellos, era que ni Abraham había podido ver a Jesús, ni Jesús a Abraham, con tantos siglos de distancia entre ambos.

(d) A esto replica el Salvador con una de sus solemnes declaraciones: *«De cierto, de cierto os digo»*. Como si dijese: «Ante vuestra cara os voy a lanzar una afirmación solemne, la toméis como la toméis». Y, a continuación, pasa a declarar su propia antigüedad, superior infinitamente a la de Abraham: Frente a la larga, pero temporal y transitoria, vida de Abraham (v. Gn. 25:7), Jesús expresa Su propia eternidad, al ser Dios como el Padre: *«Antes que Abraham llegase a ser* (lit.), YO *SOY»* (v. 58). Dos cosas son de notar aquí: *Primera,* el cambio de verbo, en Abraham, muestra que era un ser creado que *llegó a ser* (el mismo verbo de 1:14 *«se hizo carne»);* en Abraham, se habla en pasado, por lo que había de esperarse que Jesús dijera: «Antes de que Abraham llegase a ser, yo *era»;* pero no dice eso, sino que, al hablar en presente, asegura: «YO SOY» (comp. con Éx. 3:14). Ambos detalles, el tiempo y la referencia implícita al «YO SOY» de Éxodo 3:14, no pudieron pasar desapercibidos a los judíos que le escuchaban. Así que:

(e) Como acusándole de blasfemia, por hacerse igual a Dios (5:18; 10:33; 19:7), *«tomaron entonces piedras para arrojárselas»* furiosos al oír tal declaración que, según ellos, le hacía reo de muerte (v. Lv. 24:16). Las piedras abundarían en un lugar en que todavía se llevaba a cabo la edificación del templo (v. 2:20), y se las iban a arrojar sin previo juicio ante los tribunales de la nación. Así es como los prejuicios hacen reaccionar a los hombres contra la fe de Jesús en todas las épocas: el arrojar piedras contra Él y perseguir a sus seguidores, al *detener con injusticia la verdad* (Ro. 1:18). Pero Cristo escapó de ellos, ya que no había llegado su hora, quizás escabulléndose por entre la muchedumbre, quizás al usar su poder sobrenatural, pero no por cobardía ni miedo a ellos. Cristo se alejó de ellos, ya que ellos no merecían disfrutar de su compañía por más tiempo. Dios a nadie abandona, sino a quien primero le abandona a Él. Cristo salió escondido y silencioso, y pasó desapercibido. A veces, el alejamiento de Cristo de una persona, o de una iglesia, es *secreto* pasa desapercibido (comp. con Ap. 3:20. ¡Cristo, fuera de las puertas de una iglesia!), como el reino de Dios entre la multitud (Lc. 17:20–21). Triste cosa es que Cristo se aleje de una persona, pero más triste todavía es que no se le eche en falta.

CAPÍTULO 9

En este capítulo tenemos la deliciosa narración de la curación del ciego de nacimiento, con el interrogatorio subsiguiente por parte de los fariseos, y el reproche que, al final, lanza Jesús contra éstos. El milagro es la mejor ilustración de la verdad de 8:12, pues era «señal» de que Jesús es «la luz del mundo».

Versículos 1–7

I. Vemos primero cómo se apercibió el Señor Jesús de la condición lastimosa de este pobre ciego: «*Y al pasar, vio a un hombre ciego de nacimiento*» (v. 19. Aunque los judíos acababan de insultar al Señor y trataban de darle muerte, Él no perdía ninguna oportunidad de hacer el bien entre ellos. La curación de este ciego era un favor en bien de la comunidad, al capacitar a este hombre para que se ganase el sustento mediante el trabajo y cesase así de ser una carga para la vecindad. Un noble modo de imitar a Cristo es ser generoso con los demás y estar dispuesto a servir al prójimo para bien de la comunidad. Aun cuando se hallaba en grave peligro de su propia vida, y escapaba ahora mismo de una muerte violenta, se detuvo por algún tiempo para mostrar su compasión, de una manera efectiva, hacia este pobre hombre. Con esto nos enseñaba a no desperdiciar las ocasiones de hacer el bien, incluso cuando vamos de paso a cualquier otro quehacer. La condición de este hombre era muy triste, pues era ciego, y lo era desde su nacimiento. El que está temporalmente ciego no puede disfrutar de la luz, pero el que es ciego de nacimiento no puede hacerse idea de la luz, ni de las formas ni de los colores. Pienso que tal persona habría dado cualquier cosa por satisfacer su curiosidad con obtener la vista por un día, aunque la volviese a perder. Demos gracias a Dios de que no es ése nuestro caso. El ojo es el órgano más maravilloso de nuestro organismo; su estructura es extremadamente bella y hecha con suprema sabiduría; no hay cámara fotográfica que pueda comparársele. ¡Qué bendición la nuestra, que no sufrimos ningún accidente durante nuestra concepción, o en nuestro nacimiento, por el que nos viésemos privados del sentido de la vista! Cristo curó

muchos ciegos que lo eran por enfermedad o accidente, pero en esta ocasión curó a uno que lo era de nacimiento (comp. con Hch. 3:2), a fin de ofrecer una muestra de su poder para prestar auxilio en casos sin esperanza. Con esto, señalaba también el poder que posee para dar la visión de la fe, por medio de su Palabra y de su gracia, a las almas de los pecadores, ciegos por naturaleza. Jesús mostró su compasión desde el momento en que se fijó en este hombre. Otros veían cada día a este ciego, pero no le miraban como Cristo le miró. Jesús fijó su vista en nosotros antes de que nosotros pudiésemos verle y fijar nuestra vista en Él. Advirtamos también que una de las grandes pruebas de la venida del Mesías había de ser la curación de ciegos (v. Is. 29:18; Mt. 11:5).

II. La conversación entre Jesús y sus discípulos acerca de este hombre.

1. La pregunta que los apóstoles hicieron al Maestro: *«Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?»* (v. 2). Al fijarse Jesús en el ciego, ellos se fijaron también en el hombre. La compasión de Cristo debería excitar la nuestra. Pero los discípulos no rogaron a Jesús que curase al ciego, sino que, en lugar de ello, le hicieron una pregunta indiscreta. En efecto, esta pregunta era:

(A) Muy *poco caritativa,* pues daban por supuesto que tal desdicha era necesariamente la consecuencia de alguna perversidad poco común. Como los amigos de Job, daban a entender que, en esta calamidad, había por medio algún gran pecado; pero no se debe pensar que los que más sufren vayan a ser, por ello, los más grandes pecadores. El dolor es consecuencia de la primera caída de la humanidad, pero sirve también para conducir las almas a Cristo, para disciplinar a los creyentes carnales y para purificar a los buenos cristianos.

(B) *Innecesariamente curiosa.* ¿Qué les iba a ellos en si esta calamidad se debía a un pecado del propio ciego o de sus padres? Los hombres somos inclinados a inquirir acerca de los pecados ajenos más bien que acerca de los nuestros. Juzgarnos a nosotros mismos es nuestro deber (v. 1 Co. 11:28, 31), pero juzgar a los demás es pecado (v. Mt. 7:1 y ss.; Ro. 2:1 y ss.). Los discípulos preguntan:

(a) Si este hombre era castigado por algún pecado que hubiese cometido él mismo, no en otra vida, ya que la doctrina de la reencarnación de las almas era totalmente ajena al pensamiento judío, sino en el vientre de su madre, de acuerdo con la enseñanza rabínica que interpretaba así Génesis 25:22–26, y concluía que Esaú intentó matar a su hermano Jacob en el vientre de Rebeca. Los fariseos parecen aludir a esta misma teoría en el versículo 34.

(b) O si era castigado por algún pecado especial de sus padres entendiendo así lo de Éxodo 34:7 *«que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos»* (v. el comentario a este lugar en el *Pentateuco).* Quizá pensaban que su padre era un disoluto, que habría contraído alguna enfermedad venérea por la que el hijo había nacido privado de la vista, como es un caso frecuente en la actualidad. Pero no hay que olvidar lo que se nos dice en Ezequiel 18:20: *«El alma que peque, ésa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre …».*

2. Respuesta de Jesús a la pregunta de los discípulos: *«No es que pecó éste ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él»* (v. 3). Nótese bien:

(A) Que Jesús no achaca esta enfermedad a un pecado especial del ciego o de sus padres. Con sus palabras, Jesús no niega que el ciego y sus padres sean pecadores como los demás (v. Ro. 3:23), ni que las enfermedades sean fruto del primer pecado, sino que esta enfermedad no se debe a un pecado específico del propio paciente ni de sus progenitores. La razón especial en este caso era muy distinta: *«sino para que las obras de Dios se manifiesten en él»;* lejos de ser una manifestación de *pena,* esta enfermedad era una oportunidad de *gloria.* Y, si Dios ha de ser glorificado en nosotros, o por medio de nosotros, cualquier cosa que nos ocurra *no es en vano,* sino que «vale la pena». Las dificultades que, desde este punto de vista, se suelen presentar contra la providencia de Dios, tienen su solución aquí: Dios quiere mostrar así las maravillosas propiedades de Su naturaleza; Su poder, Su sabiduría, Su misericordia, Su bondad, Su paciencia, etc. Hay quienes no son movidos a la consideración de las cosas de Dios por los medios corrientes y ordinarios, pero son con frecuencia alarmados y convictos mediante cosas no corrientes, sino extraordinarias. Este hombre había nacido ciego, *precisamente* para que el Señor Jesús pudiese mostrar que era *la luz verdadera, venida a este mundo* (1:9; 8:12; 12:46). Hacía muchos años que este hombre era ciego, pues era ya mayor de edad (v. 21); sin embargo, nunca hasta ahora se había sabido el verdadero motivo por el que había nacido ciego. El libro de la providencia es un volumen muy grueso; a veces, es preciso pasar muchas páginas hasta encontrar la razón de algunos casos.

(B) Que Jesús da también la razón por la que Él mismo estaba dispuesto, y hasta presuroso, para hacer este gran favor de curar al ciego de nacimiento (vv. 4–5). *«Es menester que yo haga las obras del que me envió, entretanto que el día dura; viene la noche, cuando nadie puede trabajar»* (v. 4). (A pesar de esta lectura de nuestra RV, la evidencia textual está a favor del plural *«es menester que hagamos» o «debemos hacer»,* como aparece en la versión *Las Grandes Nuevas.* Nota del traductor.) Adviértase que era día de reposo, pero en él estaban permitidas las obras de necesidad, de caridad y de piedad. Cristo aclara:

(a) Que es preciso hacer la voluntad de Dios: *«las obras del que me envió».* Cuando Dios envía a alguien, no lo envía de vacío, porque a nadie invita a ser ocioso ni haragán. Jesús trabajaba constantemente con el Padre (5:17), y se sometía a los deberes más penosos, con tal de llevar a cabo, y lo hacía con el mayor contento, la obra que el Padre le había encomendado (4:34; 17:4; 19:30). Y lo que hacía lo hacía con toda su alma y con todas sus fuerzas (v. Ec. 9:10), cómo habríamos de hacerlo nosotros también.

(b) Que ahora era la oportunidad: *«entretanto que el día dura».* Mientras dura la luz del día, es preciso hacer buen uso de ella (v. 11:9), pues es entonces cuando el trabajo se hace más fácilmente; y hay trabajos que sólo de día pueden llevarse a cabo. Éste era el *día* de Jesús, pues todo lo que tenía que hacer, lo había de hacer antes de su muerte, como Él mismo aclara en el versículo 5: *«Entretanto que estoy en el mundo, soy luz del mundo».* Mientras dura nuestra vida en este mundo es la oportunidad de hacer el bien; no se debe desperdiciar este tiempo, sino *redimirlo* (Ef. 5:16, Col. 4:5). Tiempo (mejor dicho, eternidad) habrá para descansar de los trabajos de esta vida (v. Ap. 14:13). Pasar el tiempo, malgastar el tiempo o, como se dice «matar el tiempo», es pecado (Stg. 4:11).

Que las oportunidades están al alcance de la mano, pero no han de durar siempre: *«viene la noche; cuando nadie puede trabajar».* De cierto que viene la noche de la muerte; se acerca con mayor o menor prisa, pero sin pausa. No está en nuestra mano conjeturar a qué hora se va a poner el sol de nuestra vida, nuestro ocaso puede llegar al mediodía; «en la flor de la vida», como suele decirse. Y lo peor es que no podemos prometernos un crepúsculo entre la puesta del sol y la noche pues no sabemos si moriremos tras larga enfermedad o de repente. La noche es el siervo que convoca a los obreros para que cesen en su trabajo y den cuentas de su mayordomía, para recibir entonces conforme a lo que hayan hecho, *sea bueno o ruin»* (2 Co. 5:10). Cuando la mecha de la candela está acabándose, de nada sirve buscar aceite para avivar el pábilo.

(d) Que su quehacer en este mundo era impartir luz: *«Entretanto que estoy en el mundo, soy luz del mundo»* (v. 5). Ya lo había dicho en otra ocasión (8:12). Este hombre, ciego de nacimiento, era símbolo de un mundo sin luz, obcecado por la ignorancia y el vicio; y Jesús vino al mundo a ser luz *del mundo,* no sólo a disipar las *tinieblas,* sino también a otorgar la *visión.* Esto nos presta grandes ánimos para llegarnos a Él, porque ¿quién no deseará que le sean abiertos los ojos para contemplar la luz? ¿Adónde volveremos los ojos, sino a Él, cuando todo lo que nos rodea está bajo el poder de las tinieblas? (v. Lc. 22:53; Ef. 6:12; Col. 1:13, 1 Jn. 5:19). Por otra parte, esta luz, como la *gracia,* se nos da gratis, sin dinero y sin precio (v. Is. 55:1). Y se nos da para que seamos luz *del mundo* (Mt. 5:14–16; Fil. 2:15). ¿Para qué se hicieron las lámparas, sino para arder y brillar? (v. 5:35). Hemos de preguntarnos: ¿Brilla nuestra lámpara? ¿O difunde tinieblas, en lugar de disiparlas?

III. Viene a continuación el relato de la curación del ciego (vv. 6–7). Las circunstancias del milagro son singulares y, sin duda, muy significativas: *«Dicho esto»,* como necesaria preparación para la obra que se disponía a llevar a cabo, se puso a trabajar, aun cuando era día de reposo (v. 14). No la dejó hasta que pasara el sábado, cuando sería menor la ofensa que causaría a los fariseos. Cuando hemos de hacer algún bien, hemos de procurar hacerlo cuanto antes, no sea que se nos pase deprisa la oportunidad. Quien espere a que nadie le ponga objeciones para hacer el bien, se expone a dejarlo sin hacer. Veamos:

1. La preparación del colirio: *«Escupió en tierra e hizo lodo con la saliva»* (v. 6). Hizo barro con su propia saliva, porque no había agua a mano; con esto nos enseñaba a echar mano de lo que está más cerca de nosotros, si ello sirve para lo que hemos de llevar a cabo en un momento determinado; ¿para qué ir de una parte a otra, cuando lo que buscamos puede hallarse por un camino más corto?

2. La aplicación del remedio a la parte afectada: «Y *untó con el lodo los ojos del ciego».* Aunque el paciente era un mendigo, el divino Médico preparó con sus propias manos el remedio. ¡Curioso remedio, por cierto! El lodo serviría más bien para cerrar los ojos de una persona que para abrírselos; pero el poder

de Dios se manifiesta mejor con remedios, al parecer, contradictorios; con *paradojas,* como dice el original de Lucas 5:26. El objetivo del Evangelio es abrir los ojos de los hombres, y el colirio que nos sirve de medicina ha de ser preparado por Jesús mismo; a Él hemos de acudir en busca de ese colirio (comp. con Ap. 3:18). Sólo Él tiene la exclusiva de este remedio, pues Él ha sido enviado con autoridad y capacidad para confeccionarlo. Los medios empleados para este menester pueden ser muy débiles y, de suyo, ineptos para este servicio, pero son hechos efectivos por el poder del Señor. Y el método que Cristo sigue es llevar primero a los hombres a la convicción de su propia ceguera, y abrirles después los ojos a la luz (v. 41).

3. Las instrucciones que da al paciente: *«Ve a lavarte en el estanque de Siloé* (lit. *Siloam), (que significa Enviado)»*. Jesús quería de esta manera poner a prueba la obediencia del ciego, y ver si éste seguiría con fe implícita las instrucciones que le daba un desconocido. También le pondría a prueba en cuanto al grado en que era afectado por las tradiciones de los ancianos, quienes enseñaban que no era lícito lavarse los ojos en sábado. Con todo esto, quería simbolizar el método que ha de seguirse en cuanto a la salud del alma, en lo que tenemos que poner algo de nuestra parte, aun cuando el efecto se deba puramente al poder y a la gracia de Dios. Así como mandó al ciego que fuese a lavarse en la fuente de Siloé, también nos envía a estudiar la Palabra de Dios, atender a los mensajes que se nos predican y tomar consejo de los hermanos que son más prudentes que nosotros; todo lo cual es como ir a lavarse a la fuente de Siloé. En cuanto a esta fuente, es digno de notarse que sus aguas provenían del monte Sion; eran *aguas vivas, curativas.* El evangelista señala el detalle de que Siloé significa *«Enviado»*. Cristo es llamado con mucha frecuencia «el Enviado de Dios o del Padre»; de forma que cuando envió este hombre a la fuente de Siloé, lo envió, en realidad, hacia el Salvador mismo (comp. con Is. 12:1–6).

4. La obediencia del paciente a las instrucciones del Médico Divino: *«Fue entonces y se lavó»*. Confiando en el poder de Cristo le obedeció y fue a lavarse.

5. El beneficio que obtuvo: *«Regresó viendo»*. Su obediencia, superior a la de Naamán, le granjeó el beneficio de la vista. Por supuesto, al no ser leproso, sino ciego, no tuvo que sumergirse en el estanque, sino solamente lavarse los ojos. De manera semejante a cuando el conflicto y como los dolores de parto del nuevo nacimiento han pasado, las ataduras del pecado se sueltan, y se obtiene la luz y, con ella la libertad (8:31–32). ¡Tal es el poder de Cristo! ¿Y qué no podrá hacer el que hizo esto, y lo hizo de esta manera? Este ciego hizo lo que Cristo le mandó y fue sanado inmediatamente. Así también, cuantos deseen ser sanados por Jesús han de estar dispuestos a someterse a su gobierno. Este hombre regresó *viendo;* asombrado de lo que veía y asombrando a quienes le veían. También representa esto los beneficios que se obtienen al asistir a las ordenanzas que Cristo dispuso para su Iglesia; los que se acercan temblando, regresan triunfando; los que antes fueron ciegos, han vuelto viendo y cantando.

Versículos 8–12

Un hecho tan sorprendente como la curación de un ciego de nacimiento no podía menos de suscitar las hablillas de toda la localidad. Ahora se nos refiere lo que sus vecinos decían de él, como confirmación de lo sucedido. Lo que al principio no se cree sin escrutinio, puede ser admitido después sin escrúpulo. La gente discute:

I. Sobre si este hombre era el mismo que había estado ciego (v. 8).

1. Los vecinos no pudieron menos de sorprenderse cuando se dieron cuenta de que veía y se preguntaban: *«¿No es éste el que se sentaba y mendigaba?»* (v. 8); es decir, el que se sentaba para mendigar. Al no poder trabajar para ganarse el sustento, sus padres no disponían de recursos para mantenerle, por lo que se veía obligado a mendigar. Quienes no pueden mantenerse de otra manera, no han de avergonzarse de mendigar. ¡Que nadie se avergüence sino de pecar! La caridad nos obliga a procurar ayuda a los que no pueden ayudarse a sí mismos; y la prudencia nos alerta a no dejarnos engañar por los falsos mendigos, holgazanes disfrazados; pues no debemos permitir que los zánganos y las avispas se coman la miel, mientras las laboriosas abejas se mueren de hambre. La verdad del milagro quedó manifiesta con el testimonio de tantas personas que habían visto mendigar al ciego; y este testimonio tenía más fuerza contra la infidelidad de los judíos que se negaban a creer que este hombre hubiese nacido ciego, que si él hubiese permanecido en casa, y ser mantenido por sus padres. Nótese también cómo

condescendía Jesús a realizar sus milagros más portentosos entre aquellos que se distinguían, no por la dignidad de su nobleza, sino por la miseria de su pobreza.

2. *«Otros decían: Él es»* (v. 9a); es decir, es el mismo que se sentaba a mendigar, y era ciego. Estos eran buenos testigos pues llevaban mucho tiempo contemplando sentado en su silla a este hombre tan ciego como una piedra. «Y *otros* (decían): *A él se parece»* (v. 9b). Como si dudaran de que pudiese ser el mismo, se limitaban a comentar: «no es posible que sea el mismo, sino que es uno que se le parece mucho». Pero, si resultaba que era el mismo esta misma confesión mostraría que se había obrado en él un milagro portentoso. Pensemos: (a) En la sabiduría y el poder de la providencia de Dios al proveer tal variedad de rostros en hombres y mujeres, que, aun cuando sean miles de millones los habitantes de nuestro planeta no se hallan dos personas que sean totalmente idénticas. Incluso en los hermanos gemelos univitelinos (nacidos del mismo óvulo), aun cuando mucha gente no acierta a distinguirlos, su madre los distingue por algún detalle, por nimio que sea. Esto es sumamente conveniente para la sociedad, el comercio y la administración de la justicia. ¡Qué caos se originaría, si no se pudiesen distinguir las facciones del rostro! (b) En el maravilloso cambio que la gracia de Dios es capaz de operar en personas que han sido malvadas y perversas, pero que, al recibir al Señor, de tal modo cambian visible y notoriamente, que uno se sentiría inclinado a pensar que no son la misma persona.

3. Esta controversia entre los vecinos quedaba zanjada por el testimonio del propio ciego, ahora sanado de su ceguera: *«Él decía: Yo soy*» (v. 9c); es decir, «yo soy el mismo de antes, pero no soy ciego como antes». El que antes era ciego, pero ahora veía, se había convertido en un monumento de la misericordia y de la gracia de Dios. Los que han sido iluminados y salvos por la gracia de Dios, no han de sentir vergüenza en confesar lo que antes eran.

II. Después someten a escrutinio la forma en que el hombre había obtenido la vista (vv. 10–12). Dos son los detalles sobre los que inquieren los vecinos:

1. La forma en que se había llevado a cabo la curación: *«¿Cómo te fueron abiertos los ojos?»* (v. 10). Es bueno observar y examinar el método y los medios con que Dios obra, a fin de que se vea mejor su maravillosa sabiduría. En respuesta a la pregunta de los vecinos, el hombre responde: *«Ese hombre que se llama Jesús hizo lodo … y recibí la vista»* (v. 11). Por aquí vemos que alguien debió de decirle cómo se llamaba el hombre que le curó. Quienes han experimentado el poder y la bondad de Dios, ya sea en las cosas temporales, más aún en las espirituales, deberían estar prestos en todo momento a comunicar sus experiencias. Es una deuda de gratitud hacia nuestro Bienhechor, y una deuda de testimonio hacia nuestros prójimos. Cuando los favores de Dios quedan silenciados *en* nosotros, no merecen ser incrementados *para* nosotros.

2. El autor del milagro: *«¿Dónde está Él?»* (v. 12a). Es posible que algunos hicieran esta pregunta por curiosidad, como si dijese: «¿Dónde está, a fin de que le podamos conocer?» Pero es posible que otros lo preguntaran con mala intención, como insinuando: «¿Dónde está, para que podamos echarle mano?» Podemos piadosamente pensar que alguien haría la pregunta con la mejor voluntad, como si dijese: «¿Dónde está, a fin de que podamos entregarnos a Él?» En respuesta a esto, el hombre se limitó a decir: *«No lo sé»* (v. 12b). Parece ser que, tan pronto como le envió al estanque de Siloé, Jesús se marchó de allí (recuérdese 8:59). El hombre nunca había visto a Jesús, ya que, para el tiempo en que él recibió la vista, se había marchado el oculista. Con ninguna de las cosas que podía contemplar ahora este hombre, se habría visto tan satisfecho como con ver al que le había sanado, pero lo único que sabía de él es que se llamaba *Jesús,* el *Salvador.* Así pasa con el milagro de la gracia de la conversión de una persona: se ve el cambio efectuado, pero no la mano que lo llevó a cabo.

Versículos 13–34

Podría esperarse que un milagro tan sensacional de Cristo hubiese silenciado y avergonzado a cuantos se oponían al Señor pero tuvo el efecto contrario: en vez de recibirle como al gran profeta, le sometieron a juicio como a un gran criminal.

I. *«Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego»* (v. 13). Hay quienes piensan que los que llevaron a este hombre a los fariseos, lo hicieron con buen fin, para mostrarles que este Jesús no era lo que ellos decían, sino alguien que había presentado pruebas suficientes de su divina misión. Otros piensan

que lo hicieron con mala intención. Del texto no es posible colegir lo uno o lo otro. Quizá simplemente pensaban que era un caso tan portentoso que requería una investigación a fondo.

II. Toda obra buena que es puesta en descrédito, siempre lo es bajo pretexto de alguna irregularidad. La irregularidad era, en este caso, que *«era sábado cuando Jesús había hecho el lodo, y le había abierto los ojos»* (v. 14). Las tradiciones de los judíos habían hecho que fuese considerado como violación del sábado algo que no lo era en realidad. Pero habrá quien pregunte: «¿Por qué se empeñaba Jesús, no sólo en hacer milagros en sábado, sino también de una forma con la que sabía que había de ofender a los judíos? ¿No podía haber sanado a este hombre sin haber hecho lodo?» La respuesta es que Jesús tenía la intención deliberada de mostrar que no estaba dispuesto a someterse a las falsas normas de escribas y fariseos. Cristo se sometió a la ley de Moisés, porque era la ley de Dios, pero no quiso someterse a las falsas leyes de hombres que así usurpaban el poder de Dios. Lo hacía así para mejor exponer, de palabra y de obra, cuál era la ley del cuarto mandamiento del Decálogo.

III. La meticulosa investigación que los fariseos emprendieron sobre este caso. Aparece aquí tal dosis de pasión, prejuicios y mala voluntad, y tan poca lógica, que todo el interrogatorio no es otra cosa que inútiles repeticiones de las mismas preguntas. La enemistad que abrigaban contra Cristo les despoja de toda clase de humanidad. Veamos cómo trataron de importunar a este hombre.

1. Le interrogan primero acerca de la curación misma: *«Volvieron, pues, a preguntarle también los fariseos cómo había recibido la vista»* (v. 15). No creían que el hombre hubiese nacido ciego; esto mostraba que no les movía una prudente precaución, sino una incredulidad llena de prejuicios. Le hacen la misma pregunta que le habían hecho los vecinos, pero esta vez con la intención clara de tener con qué acusar al Señor. El hombre contesta igual que lo había hecho anteriormente: *«Me puso lodo sobre los ojos, y me lavé y veo»*. La única diferencia es que antes había dicho: «*y recibí la vista»;* pero, a fin de que quedase claro que lo que había recibido no era sólo un «vistazo», dice ahora: «*y veo»*, es decir, *continúo viendo,* como indica el tiempo presente del verbo griego; es una cura completa y permanente. Esta respuesta abre la puerta a toda una batalla de silogismos por parte de los fariseos:

(A) Algunos aprovecharon la oportunidad de censurar y condenar a Cristo, pues decían: *«Ese hombre no procede de Dios, porque no guarda el sábado»* (v. 16a). Hendriksen desarrolla así el silogismo:

Premisa mayor: Todos los que son de Dios guardan el sábado.

Premisa menor: Este hombre (Jesús) no guarda el sábado.

Conclusión: Luego este hombre no procede de Dios.

Este silogismo es incorrecto, por la sencilla razón de que lo que los fariseos entendían por «guardar el sábado» no era, en realidad, observar la ley de Dios, sino las tradiciones de los ancianos. Por tanto, no se podía inculpar a Jesús de quebrantar el sábado. Con esto se ve cuántas injusticias pueden cometerse cuando los hombres hacen las normas de la religión más estrictas de lo que Dios las hizo. Sólo la Palabra de Dios debe ser nuestra norma auténtica de fe y conducta.

(B) Otros hablaron en favor de Cristo, arguyendo de la siguiente manera: *«¿Cómo puede un hombre pecador hacer tales señales?»* (v. 16b). El silogismo de éstos viene a ser el siguiente:

Premisa mayor: Sólo quienes son de Dios pueden curar a un ciego.

Premisa menor: Este hombre (Jesús) abrió los ojos de un ciego de nacimiento.

Conclusión: Luego este hombre procede de Dios.

Nótese que, aun cuando la conclusión es correcta, el silogismo no lo es. En primer lugar, el argumento es puesto en forma de pregunta. Téngase en cuenta que todos los que discuten ahora (con la mayor probabilidad, en el Sanedrín) son *fariseos.* En segundo lugar, la premisa mayor es falsa, puesto que hay quienes pueden hacer milagros sin proceder de Dios (comp. con Mt. 7:22 y ss.). Es un razonamiento parecido al que se implica en el versículo 2: *«¿Quién pecó …?»,* como si sólo los malvados hubiesen de sufrir calamidades. El evangelista añade: «*Y había disensión entre ellos»*. Por carecer de la disposición necesaria, todos ellos se debatían en la oscuridad. Dios confunde a los adversarios de la verdad y siembra la división entre ellos.

2. Le interrogan después acerca del autor de la curación: *«¿Qué dices tú del que te abrió los ojos?»* (v. 17). Si el hombre respondía menospreciando a Cristo, como podría estar tentado a hacerlo por complacerles o por miedo de contrariarles, habrían triunfado en toda la línea. No hay cosa que tanto endurezca a los enemigos de Cristo en sus impías opiniones, como el menosprecio que parezcan tenerle

los que pasan por ser sus amigos. Pero si el hombre hablaba bien del Señor, le entablarían proceso ante el Sanedrín. Sin embargo, aquellos cuyos ojos han sido abiertos por Jesucristo, saben cómo hablar bien de Él: «*Y él dijo: Que es profeta»* (v. 17b). Con la poca luz que aún poseía, el hombre no pudo pensar todavía que Jesús fuese el Mesías, pero habló suficientemente bien de Él. Este pobre mendigo, ciego hasta hacía poco, tenía de las cosas pertenecientes al reino de Dios un discernimiento mucho más claro que los que eran *maestros de Israel.*

3. Antes de volver a la carga con el hombre los fariseos se van ahora hacia los padres del hombre, ya que a éste no le creían (v. 18), y les preguntan: *«¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?»* (v. 19). Como si dijesen: «Esto es imposible; así que es mejor que os desdigáis». Quienes no pueden soportar el resplandor de la verdad, hacen todo lo posible por eclipsarla e impedir que se manifieste. Nótese la duda que interponen al dirigirse a los padres del hombre: *«el que vosotros decís que nació ciego …»,* como negando implícitamente que el hombre hubiera nacido ciego, aunque sus padres lo aseguraran. *«Sus padres respondieron y les dijeron: Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego»* (v. 20). Sí, lo sabían bien, porque les había causado muchas lágrimas y muchas horas de molestia y fatiga la condición de su hijo. Quienes se avergüenzan de sus hijos a causa de las enfermedades físicas o mentales de éstos tienen aquí una lección que aprender, pues estos padres no tuvieron empacho en reconocer por *suyo* (recuérdese el v. 2) este hijo. Pero, con toda cautela, declinan el dar evidencia del modo como se había llevado a cabo la curación, puesto que ellos no habían sido testigos de ella: *«pero cómo es que ahora ve, no lo sabemos; o quién le haya abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos»* (v. 21a). Ahora bien, estos padres quedaban obligados a guardar inmensa gratitud hacia el hombre que de tal manera había curado a su hijo, pero no tuvieron el coraje de dar testimonio explícito acerca de Jesús. Por eso, les remiten al mismo que había experimentado la curación: *«Edad tiene, preguntadle a él; él hablará de sí mismo»* (v. 21b). Aunque, para ciertas obligaciones, la *edad* era a los trece años, en casos como éste es preferible la opinión de Ryle, de que la *edad* era a los treinta años. El versículo siguiente explica la razón por la que los padres de este hombre tuvieron miedo de dar de Jesús un testimonio claro y valiente. Al que, por esto, les acuse de cobardes, hemos de hacerle la pregunta: «¿Qué habría hecho usted ante una situación semejante y con el escaso conocimiento que, sin duda, estas personas tenían del Salvador?»

4. La pena a que se exponían quienes *confesasen que Jesús era el Mesías* (v. 22). A esta pena es a la que los padres del nacido ciego tuvieron miedo, pues pensaron como el común de la gente: «Cercano es mi hermano, cercano es mi hijo, pero más cercano me soy yo mismo; así que yo soy el prójimo más próximo al que debo tener en cuenta». Vemos:

(A) La *reciente ley* que había promulgado el Sanedrín: *«Los judíos ya habían acordado que si alguno confesase que Jesús era el Mesías (o: confesase a Él*—lit.—*como Mesías), fuera expulsado de la sinagoga»*. Nótese:

(a) El supuesto crimen que debía ser castigado con esta clase de «excomunión»: recibir y confesar a Jesús como al prometido Mesías. Los mismos fariseos esperaban al Mesías, pero los prejuicios les impedían reconocer en Jesús de Nazaret al verdadero Mesías, ya que, *primero*, las normas de Cristo eran contrarias a las leyes que ellos mismos se habían fijado; la adoración en espíritu y en verdad desmontaba las externas formalidades de ellos; y la humildad, la mortificación, el arrepentimiento y la negación de sí mismo eran lecciones que sonaban muy extrañas a los oídos de ellos; *segundo*, las promesas y la apariencia externa de Jesús eran contrarias a las expectaciones que ellos abrigaban acerca del futuro Mesías. Un Mesías que aparecía tan pobre y humilde, y que demandaba de sus seguidores negarse a sí mismo, llevar la cruz y disponerse a sufrir persecución, les causaba tal desilusión, que no podían compaginarle con sus fallidas esperanzas.

(b) La pena con que había de ser castigado dicho supuesto crimen. Si alguien se atrevía a tenerse por discípulo de Cristo debía ser *expulsado de la sinagoga.* No era esto una mera medida disciplinaria; era, en realidad, ser puesto fuera de la ley y de la comunidad judía. Dice Hendriksen: «El relato sugiere, a no dudarlo, que la pena de excomunión aquí citada era terrible y definitiva. Para otras referencias a la aplicación de esta norma, véanse 12:42; 16:2. Nótese que, en esta última referencia, la expulsión de la sinagoga y la pena de muerte van yuxtapuestas». No sólo de los tribunales judíos y romanos tuvieron que sufrir persecución los primeros cristianos, sino que la misma Iglesia oficial, cuando su autoridad ha estado en malas manos, ha lanzado los proyectiles de su más pesada artillería contra sus mejores miembros. No

es cosa nueva ver expulsados de la sinagoga a los que han sido el mejor ornamento y la mayor bendición de ella.

(B) La influencia que esta ley tuvo sobre los padres del hombre: *«Por eso dijeron sus padres: Edad tiene, preguntadle a él»* (v. 23). No se comprometieron a decir nada en favor de Jesús, *«porque tenían miedo a los judíos»* (v. 22). Cristo había suscitado el furor de los fariseos al curar a este hombre en sábado, pero sus padres no querían suscitar el mismo furor al hacer honor a Cristo.

5. Al ver que no adelantaban nada, los fariseos vuelven a la carga e interrogan de nuevo al que había sido ciego. Comienzan hablándole de una manera solemne: *«Da gloria a Dios, nosotros sabemos que ese hombre es pecador»* (v. 24). Hendriksen y Ryle piensan que la primera frase viene a decir: «Da a Dios, no a este hombre, la gloria de tu curación». Esta opinión recalca el contraste entre *«Dios»* y *«ese hombre»*, pero es una interpretación que se nos antoja forzada. Un lugar parecido nos da la clave para interpretar éste: Josué 7:19. De acuerdo con esto, la frase viene a decir: «Da gloria a Dios (fórmula bíblica para conjurar) y dinos la verdad». M. Henry (nota del traductor) admite ambos sentidos. Respecto del primero, hace la siguiente aplicación: «Cuando Dios usa hombres pecadores como instrumentos para hacernos el bien, debemos dar *la gloria a Dios*, sin olvidar la gratitud que debemos a los instrumentos». Si se toma como conjuro, vemos de qué forma tan baja tratan a Jesús *(«ese hombre es pecador»)*, y con qué insolencia se atreven a conjurar al hombre a que diga la verdad (es decir, lo que ellos aseguran ser verdad), con ese arrogante *«sabemos»*. Como si dijesen: «Sabemos que ese hombre es pecador, y nadie podrá convencernos de lo contrario». El mismo Jesús les había retado a que le redarguyesen de pecado (8:46), y no habían podido hacerlo, pero ahora, a espaldas de Él, le denuestan como a criminal. Así ocurre muchas veces, que los falsos acusadores quieren suplir con arrogantes declaraciones lo que les falta de sinceridad y de pruebas. El Señor Jesús vino, no sólo *en forma de esclavo* (Fil. 2:7), sino también *«en semejanza de carne de pecado»* (Ro. 8:3) y, habiendo de ser *hecho pecado por nosotros* (2 Co. 5:21), despreció incluso este vituperio (v. He. 12:2 *«menospreciando el oprobio»).*

6. El debate que, a continuación, se suscitó entre los fariseos y este pobre hombre acerca de Cristo. Ellos decían: *«Es pecador»;* pero él aseguraba: *«Es profeta».* Para cuantos se vean en la necesidad de dar testimonio de Cristo, es un gran consuelo y un ejemplo magnífico el valor y la prudencia de este recién curado ciego de acuerdo con la promesa que había hecho Jesús: *«Os será dado en aquella hora lo que habéis de hablar»* (Mt. 10:19). Ahora bien, en esta discusión podemos observar tres pasos:

(A) El hombre se aferra a la evidencia del hecho que ellos intentan negar. Sin meterse a juzgar en causas ajenas, da testimonio de lo que él ha experimentado en su propia persona: *«Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que siendo* (lit.) *ciego, ahora veo»* (v. 25). Por el versículo 33, vemos que, no obstante esta reticencia calculada, el hombre reprueba tácitamente el mal apelativo que ellos le cuelgan a Jesús, y viene a decir: «Si vosotros estáis seguros de que ese hombre es pecador, yo, que por experiencia propia conozco su bondad y su poder, no le puedo atribuir tal carácter». Dice el sabio refrán: «Contra los hechos, no valen los argumentos». Así como los favores de Cristo, por nadie son mejor valorados que por quienes se han sentido necesitados de ellos, así también el afecto y la gratitud más durables hacia Cristo provienen de aquellos que han adquirido de Él un conocimiento experimental. Por eso, en las obras de la gracia, aun cuando una persona no pueda explicar a otros el cuándo y el cómo del cambio que ha experimentado, y aun cuando no tenga los suficientes estudios bíblicos para presentar defensa razonada de su fe (1 P. 3:15), al menos puede decir como el ciego recién curado: *«una cosa sé, que yo era ciego y ahora veo».* Los fariseos siguen preguntándole, con inútiles repeticiones: *«¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?»* (v. 26). Insistían en sus preguntas, porque echaban en falta algo seguro que pudiesen decir a sus colegas del Sanedrín, y preferían seguir con sus impertinencias antes que verse humillantemente silenciados. Esperaban también que, a fuerza de hacerle repetir al hombre las preguntas sobre su experiencia, llegarían por fin a atraparle en alguna contradicción.

(B) El hombre les echa en cara los prejuicios que les impiden ver la verdad, y ellos le vilipendian como a discípulo de Jesús (vv. 27–29).

(a) El recién curado ciego se niega a repetir de nuevo la misma historia, al ver que se oponen sin razón alguna a la evidencia del milagro: *«Ya os lo he dicho y no habéis escuchado; ¿por qué lo queréis oír otra vez? ¿Acaso queréis también vosotros haceros sus discípulos?»* (v. 27). Se nota que el hombre comienza a perder la paciencia. En cuanto a la última frase, hay quien opina que el hombre la dijo con toda seriedad pero es cosa segura que dicha pregunta fue hecha con la más sarcástica ironía, como si dijese: «Parece que tenéis demasiado interés en lo que ese hombre ha hecho conmigo; ¿es que quizá

también vosotros, precisamente *vosotros* queréis haceros discípulos suyos?» Quienes cierran los ojos a la luz, como lo hacían estos fariseos *primero,* se hacen a sí mismos viles y despreciables; *segundo,* se niegan a sí mismos el beneficio de una ulterior información e instrucción. Si ya lo han *oído* más de una vez, y no han querido *escuchar,* ¿para qué se les ha de repetir lo mismo? Y *tercero,* demuestran que han recibido en vano la gracia de Dios, por lo que merecen que no se les conceda otra oportunidad.

(b) Al percibir la ironía con que les zahería el hombre, los fariseos se revuelven furiosos cubriéndole de insultos (v. 28). Al no poder resistir a la sabiduría ni al espíritu con que hablaba (comp. con Hch. 6:10), prorrumpen en improperios de pasión no controlada. Es método corriente entre los que no hallan razón para sus propósitos, tratar de suplir con insultos lo que les falta de verdad y buenas razones. Vemos aquí que:

Primero, le echan en cara el afecto que siente hacia Cristo: «*Tú eres discípulo de ése*». Así *«le insultaron» o,* como dice la Vulgata Latina, *«le maldijeron»,* pues ambas cosas significa el verbo griego. ¿Y cuál fue la maldición que le echaron? «*Tú eres discípulo de ése.*» Nótese el pronombre con el que silencian despectivamente el nombre de Jesús, como si fuese para ellos un veneno. Piensan que, con ello, infieren al hombre el mayor insulto posible. Dice Agustín de Hipona: «¡Caiga esa maldición para siempre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» Adviértase que estos fariseos no tenían ningún motivo para llamar a este hombre *«discípulo de Jesús»,* cuando se había limitado a hablar bien de quien le había hecho tan gran favor, pero ni esto podían soportar ellos oír.

Segundo, se glorían arrogantemente de ser ellos *«discípulos de Moisés».* Antes se habían gloriado de su buen *linaje: «Nuestro padre es Abraham»* (8:39). Ahora se glorían de su buena *educación: «Somos discípulos de Moisés»,* como si esto pudiera salvarlos. Había perfecta armonía entre Cristo y Moisés (v. 5:45–47); si hubiesen sido buenos discípulos de Moisés, lo habrían sido también de Cristo; pero, al oponerse a Cristo, demostraban que no eran de verdad discípulos de Moisés. Si nos percatamos bien de la armonía entre Moisés y Jesús, hallaremos que la gracia de Dios y el deber del hombre se salen al encuentro mutuamente y se dan el beso de la justicia y de la paz (Sal. 85:10).

Tercero, ésta es la razón por la que ellos se adhieren a Moisés y rechazan a Cristo: *«Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés; pero respecto a ése, no sabemos de dónde es»* (v. 29). Nótese de nuevo la forma despectiva con que hablan de Jesús, y téngase en cuenta que, en realidad, no niegan el conocer el lugar nativo de Jesús (comp. con 6:42; 7:27), sino más bien la fuente de la cual derivaba Cristo su autoridad, mientras que de Moisés aseguran saber que Dios le había hablado. Pero, ¿acaso no había predicho el propio Moisés la futura venida de otro profeta (Dt. 18:18), que les hablaría todo lo que Dios le mandase? (v. 3:34; 4:25; 8:28; 12:49–50). Con todo, cuando Jesús, el profeta anunciado por Moisés, apareció en público, no sólo olvidaron, sino que renunciaron voluntariamente, a las bendiciones prometidas. En este argumento, nótese: (i) cuán impertinentemente afirmaban lo que nadie había negado: «que Dios había hablado a Moisés». Lo *sabían* todos y, gracias sean dadas a Dios, también nosotros lo sabemos. Es verdad que Moisés era profeta, ¿y acaso era eso un obstáculo para que Cristo lo fuese también? (ii) cuán absurdamente oponen su desconocimiento de Cristo como razón para justificar el desprecio que sentían hacia Él: *«pero respecto a ése, no sabemos de dónde es».* Hay quienes desconocen las enseñanzas de Cristo porque están resueltos a no creerlas, y luego pretenden demostrar que no pueden creerlas porque no las conocen.

7. El hombre razona todavía con ellos con gran sabiduría, y ellos le insultan más vilmente también y le expulsan finalmente de la comunión con la nación judía (vv. 30–34).

(A) El pobre hombre, al ver que la razón estaba de su parte, cobra mayor coraje y expresa asombro ante la incredulidad de ellos: *«pues en eso está lo asombroso, en que vosotros no sepáis de dónde es, y a mí me abrió los ojos»* (v. 30). De dos cosas se asombra este hombre: (a) De que a ellos les resulte tan extraño un hombre tan *famoso.* El que tenía poder para abrir los ojos de un ciego de nacimiento, por fuerza debía de ser una persona notable y digna de ser tenida en cuenta. El que ellos hablasen como si diesen a entender que no era digno de ellos llegar al conocimiento de tal persona, era cosa sobremanera extraña. Hay muchos que pasan por letrados y expertos, pero no sienten interés, ni siquiera curiosidad, en conocer las *«cosas a las que anhelan mirar los ángeles»* (1 P. 1:12). (b) De que ellos pusieran en duda la misión divina de alguien que, sin lugar a dudas, había llevado a cabo un portentoso milagro. «Cosa extraña es—viene a decirles—que el milagro obrado en mí no acabe de convenceros, y que de una manera tan obstinada cerréis los ojos a la luz.» Si los ojos de los fariseos hubieran estado abiertos, no habrían dudado de que Jesús era profeta. Y el hombre sigue arguyendo de forma contundente, y

demuestran que Cristo, no sólo *no era pecador* (v. 31), sino también que venía *de parte de Dios* (v. 33). En efecto:

Primero, vemos que arguye: (i) con gran conocimiento. Aunque no había tenido nunca la oportunidad de leer una sola letra del Libro Sagrado, se ve que estaba bien familiarizado con las Escrituras; al que le faltaba el sentido de la vista, no le faltaba el sentido del oído, por el que entra la fe (v. Ro. 10:17). (ii) Con gran celo por el honor de Cristo. (iii) Con gran denuedo y valentía. Quienes tienen en mucho los favores de Dios, no temen suscitar los furores de los hombres.

Segundo, su argumentación puede ponerse en forma silogística como lo había hecho el salmista (v. Sal. 66:18–20). El silogismo implícito de este hombre era el siguiente:

Premisa mayor: Sólo el que es temeroso de Dios, y hace su voluntad, es escuchado por Dios para obrar milagros.

Premisa menor: Este hombre, Jesús, ha sido escuchado por Dios a fin de que obrase en mí este gran milagro.

Conclusión: Luego este hombre es de Dios, no puede ser un pecador.

Como dice Hendriksen: «¡Esto sí que es asombroso de veras: *Un mendigo derrotando a los fariseos con las propias armas de ellos!»* El hombre considera este milagro como respuesta a una oración (comp. con 11:42). Al leer lo de que *«Dios no oye a los pecadores»* Agustín de Hipona atribuyó ignorancia a este hombre, como si no hubiese recibido aún la iluminación necesaria para entender que Dios sí oye a los pecadores, como escuchó la oración del publicano (Lc. 18:13–14). Pero no fue el hombre este quien careció de iluminación necesaria, sino el propio Agustín, por no entender debidamente el sentido de la frase. Lo que Dios no oye es la invocación que un impostor o un hipócrita le haga para que refrende con un milagro las enseñanzas o las supuestas credenciales que tal impostor presente. En este sentido, la lógica del mendigo es perfecta: Sólo quien está dispuesto a hacer la voluntad de Dios puede ser escuchado por Dios. Así que aquí no se desanima a los pecadores sinceramente arrepentidos, sino a los que están endurecidos en sus pecados. *«Pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ése oye»* (v. 31). He aquí un sencillo retrato de un hombre justo: *«teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre»* (Ec. 12:13); es decir, todo su *deber* y toda su *verdad.*

Tercero para dar más fuerza a su argumento, el hombre engrandece el poder milagroso de Jesús: *«Desde el principio no se ha oído decir que alguien abriese los ojos a uno que nació ciego»* (v. 32). Era un gran milagro, muy superior al poder de la naturaleza; nunca se había oído que un hombre curase por medios naturales a un ciego de nacimiento; era algo sin precedente. Moisés había obrado numerosas plagas, pero Jesús obró numerosas curaciones.

Cuarto, concluye, pues, el hombre con toda lógica: *«Si éste no viniera de parte de Dios, nada podría hacer»* (v. 33). Lo que Cristo llevó a cabo en la tierra, demostraba suficientemente lo que Él era en el Cielo (comp. con 3:13). Por aquí podemos conocer también nosotros si *somos de Dios* o no; *¿qué estamos haciendo?* ¿Obras en que Dios se complace o cosas que suscitan su ira? ¡Imitemos al Apóstol! (v. Fil. 3:8–14).

(B) Los fariseos no quieren escuchar más e interrumpen al hombre llenándole de insultos (v. 34). Al no saber cómo responder a la perfecta lógica del mendigo, se ensañan contra su persona: *«Tú naciste todo entero en pecado, ¿y nos enseñas a nosotros?»* (v. 34). Así vemos:

(a) Cómo despreciaron su persona al venir a decir: «Tú no sólo naciste en pecado como los demás hombres, sino que toda tu persona nació corrompida, pues llevas en tu cuerpo, lo mismo que en tu alma, las marcas de corrupción, como alguien a quien la naturaleza misma ha cubierto de estigmas». Estas frases de vituperio eran tanto más injustas cuanto que ahora la sanación llevada a cabo en él por el Señor Jesús, no sólo había borrado el estigma de la ceguera física, sino que había señalado a este hombre como favorito del Cielo.

(b) Cómo desdeñaron ser enseñados por él: «¿Y *nos enseñas a nosotros?»* Hay aquí un tremendo énfasis en el contraste entre ese «tú» y el «nosotros», como si dijesen: «¿Qué? ¿Pretenderás *tú,* estúpido, ignorante, iletrado, enseñarnos a *nosotros,* que nos sentamos en la cátedra de Moisés?» Los orgullosos desdeñan ser enseñados, sobre todo por parte de sus inferiores, con lo que se privan a sí mismos de grandes conocimientos; nunca deberíamos tenernos por demasiado viejos, demasiado buenos o demasiado sabios, para aprender; los que poseen mucha riqueza material todavía quieren adquirir siempre más; ¿y por qué no han de abrigar los mismos deseos quienes poseen grandes conocimientos?

(c) Finalmente, *«le expulsaron».* Hay quienes entienden, por esta frase, que le despidieron simplemente de la reunión del Sanedrín; pero es mucho más probable que le despidieran, no sólo de la reunión que estaban celebrando, sino también de la comunión religiosa de la nación de Israel (v. 13).

Versículos 35–38

I. Vemos ahora el tierno cuidado e interés que nuestro Señor Jesús tuvo de este hombre, al recibir amorosamente al que acababa de ser excomulgado por el supremo tribunal religioso de la nación judía: *«Oyó Jesús que le habían expulsado; y hallándole …»,* lo que da a entender que el Señor le buscaba para darse a conocer a él y prestarle ánimo, *primero,* porque había hablado tan bien, con tanta valentía, en defensa de Jesús. Cristo cumplía así su promesa de dar la cara por los que le confiesan delante de los hombres y reconocer como suyos a quienes le reconocen a Él, a Sus doctrinas y a Sus normas. Esto ha de redundar a nuestro favor, no sólo para la recompensa futura, sino también para nuestro consuelo presente; *segundo,* porque los fariseos le habían excomulgado. Aquí había un pobre hombre que sufría por Cristo la mayor pena moral que un judío podía sufrir, ser cortado oficialmente del pueblo escogido, y el Señor quería que, así como su aflicción abundaba, su consolación sobreabundase. ¡Dichosos los que tienen un amigo de quien los hombres no tienen poder para apartarles! Jesús está siempre dispuesto a recibir tiernamente a quienes por causa de Él son injustamente rechazados y excomulgados por los hombres.

II. Las confortadoras palabras que Cristo le dirigió. Jesús le imparte ahora mayor instrucción, *«porque a cualquiera que tiene, se le dará y tendrá en abundancia»* (Mt. 13:12). Notemos que:

1. Jesús le examina en cuanto a su fe: *«¿Crees tú en el Hijo de Dios?»* (v. 35b). Es probable, como dice Hendriksen, que el Señor recalcase el pronombre «tú», como implicando: «¿Crees *tú,* como un verdadero discípulo, en contraste con esos judíos que se niegan a creer?» Vemos que el Mesías es llamado aquí, por Él mismo, *el Hijo de Dios* (v., sin embargo, lo que luego diremos).

2. El pobre mendigo pregunta solícito acerca del Mesías en quien debe creer, y muestra estar dispuesto a hacerlo tan pronto como le halle: *«Respondió él y dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en Él?»* (v. 36). La palabra *«Señor»* aquí es solamente una señal de respeto a un desconocido, en contraste con el *«Señor»* del versículo 38. Algunos opinan que este hombre sabía que el Jesús que le había curado era el Hijo de Dios, pero que no sabía que este hombre que le hablaba era Jesús. Contra esta opinión va la evidencia del versículo 11, donde el mendigo habla de Jesús meramente como *hombre.* Otros opinan que sabía que éste que le hablaba era Jesús, de quien él creía ya que era un hombre y un gran profeta, pero no sabía que Jesús era el Hijo de Dios (no está de más advertir que la lectura *«Hijo del Hombre»* está mejor atestiguada en los MSS que la de «Hijo de Dios». Nota del traductor). Esta opinión es la única correcta, a la vista del texto y del contexto.

3. El Señor Jesús revela entonces su identidad a este hombre: *«Le dijo Jesús: Pues le has visto, y el que está hablando contigo Él es»* (v. 37). No hallamos en los evangelios que Cristo se expresase de un modo tan explícito, y con tantas palabras, para declarar su identidad a ninguna otra persona, excepto a la samaritana (4:26). A otras personas, las dejó a que razonaran por sí mismas si Él era o no el Hijo del Hombre, el Mesías. Cristo se declara aquí a este hombre por dos detalles:

(A) *«Tú le has visto»,* es decir, «le estás viendo», puesto que hasta ahora el mendigo no había podido ver a Jesús, pero podía reconocerle por el timbre de la voz. Curado de su ceguera, este pobre hombre tenía el supremo consuelo, la gran bendición, de ver con sus propios ojos, a su Médico y Salvador. El mayor servicio que pueda prestarnos la vista del cuerpo es ayudarnos a incrementar nuestra fe e interesarnos por el bien de las almas, la nuestra y las de nuestros semejantes. Llegará un día en que, con estos mismos ojos, veremos a nuestro amable Redentor (comp. con Job 19:26–27). Mientras tanto, contemplémosle con los ojos de la fe, veámosle en su gloria y en su hermosura, y demos constante alabanza y perenne gratitud al que nos abrió los ojos del alma.

(B) «*El que está hablando contigo, Él es*». Los reyes de este mundo tienen por gran honor *ser vistos* de muchos con quienes no condescienden a *hablar.* Pero Cristo tiene a bien conversar tiernamente con quienes se acercan sinceramente a Él, y se manifiesta a ellos como lo hizo a los dos discípulos que iban a Emaús, y puso ardor en el corazón de ellos mientras les hablaba en el camino (Lc. 24:32). Este hombre preguntaba por el Mesías cuando le estaba viendo y oyendo. El Señor Jesús está con frecuencia más cerca de quienes le buscan que lo que ellos mismos se pueden imaginar.

4. El pobre hombre reacciona espontáneamente ante esta sorprendente revelación, y dice: *«Creo, Señor. Y le adoró».* Profesó su fe en el Salvador, y se prosternó para adorarle. Aquí, la palabra *«Señor»* tiene un significado muy superior al del versículo 36. Allí era una mera muestra de respeto; aquí, era la profesión de fe en la mesianidad de Jesús. ¿Cómo podía dudar ahora de lo que Jesús le decía, cuando ya antes había dado tan buen testimonio de Cristo y ahora este mismo Jesús que le había curado milagrosamente, se le revelaba tan abierta y generosamente? Al haber creído en el corazón, le confesaba también con la boca (v. Ro. 10:9–10). La caña rajada (v. Is. 42:3) se había convertido en un cedro del Líbano y prestaba al Salvador del mundo su homenaje de pleitesía (Sal. 2:12). Al adorar a Jesús, reconocía implícitamente que Jesús era el Hijo de Dios. Y Cristo mismo confirmaba esta creencia, al dejar que el hombre le adorara (comp. con Dt. 6:13; Mt. 4:10; Lc. 4:8; Ap. 10:10; 22:9). Todo el que de veras cree en Jesús, no dudará en tributarle adoración. En cuanto al ciego ya curado, ya no sabemos más de él por el texto sagrado.

Versículos 39–41

I. Jesús pronuncia ahora unas frases tremendas contra la incredulidad de los fariseos: *«Para juicio he venido yo a este mundo»* (v. 39). El objetivo directo de la venida de Cristo a este mundo fue la *salvación,* no el *juicio* (3:16–17), pero la reacción de los hombres ante esta venida decidió la alternativa (1:11–13; 3:18–21). Dice Hendriksen: «Cuando Jesús ve a este hombre (al ciego recién curado) ante sus pies en actitud de adoración genuina, y compara la humildad y creyente condición del corazón y de la mente de él con la hostilidad y la obstinación de los fariseos, ve que su venida a este mundo tiene dos efectos diametralmente opuestos. Unos le reciben con gozo y son recompensados. Otros le rechazan y son castigados». Veamos:

1. Cuán grande era la tarea que Cristo vino a llevar a cabo en la tierra: *«Para juicio he venido yo a este mundo».* A predicar unas enseñanzas y unas normas que pondrán a prueba a los hombres hasta efectuar entre ellos una clara y amplia separación; a revelar los pensamientos de los corazones (Lc. 2:35), y descubrir así el genuino carácter de cada persona.

2. La forma en que explica esta doctrina. Lo hace por medio de una metáfora tomada del mismo milagro que había llevado a cabo recientemente: *«Para que los que no ven, vean, y los que ven se vuelvan ciegos»* (v. 39b). Esto tiene aplicación:

(A) A naciones y pueblos. *Los gentiles vieron una gran luz* (v. Is. 9:2; Mt. 4:16; Lc. 1:79; 2:32), mientras que *ha acontecido a Israel endurecimiento en parte* (Ro. 11:25), y sus ojos están velados (2 Co. 3:15).

(B) A las personas en particular. Cristo vino al mundo con la intención de dar vista a los que estaban espiritualmente ciegos; para descubrir las realidades mediante Su Palabra, y para curar el órgano de la visión mediante Su Espíritu, a fin de que muchas almas de precio infinito pudiesen salir de las tinieblas a la luz admirable (1 P. 2:9). Pero, en el curso de este proceso, *muchos que creían ver* porque tenían un elevado concepto de su propia sabiduría, mientras resistían obstinadamente a la revelación divina, quedarían sellados en su ignorancia. La predicación de la Cruz resultaría locura para aquellos que *no conocieron a Dios mediante la sabiduría* (1 Co. 1:21).

III. Los fariseos se sintieron aludidos por estas palabras de Jesús, y le dijeron: *«¿Acaso nosotros somos también ciegos?»* (v. 40). Al decir Cristo que los que veían serían cegados con su venida, ellos entendieron que se dirigía a ellos, puesto que se tenían por *videntes* de Israel, y se jactaban de su intuición y de su previsión, y vienen a decirle: «¿Acaso también nosotros estamos catalogados entre esos malditos que no conocen la ley?» (7:49). ¿No eran ellos los «discípulos de Moisés», que se sentaban en su cátedra? Es cosa frecuente que los que necesitan mayor reproche y más se lo merecen, aunque tengan suficiente discernimiento para percatarse de las indirectas y de la voz de la conciencia, no tienen la humildad suficiente para aceptar los reproches justos y cambiar de mentalidad.

III. Respuesta de Jesús a las palabras de los fariseos, con la que, si no les convenció, al menos los silenció: *«Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora decís: Vemos; por eso, vuestro pecado permanece»* (v. 41). Se jactaban ellos de no ser ciegos, sino de *ver con sus propios ojos,* pues pensaban

que tenían capacidad suficiente para guiarse por sí mismos. Pero Cristo les dice aquí que precisamente esto mismo en lo que se gloriaban, era la causa de su confusión y ruina.

1. *«Si fuerais ciegos, no tendríais pecado.»* Es decir, «si carecierais de luz, pero fueseis conscientes de vuestra condición lamentable y suspiraseis por luz y salvación, no habría razón para lanzaros ningún reproche; habríais acudido a mí como a vuestro guía, y tendríais la luz necesaria». En el último día, será más tolerable la sentencia para los que perecieron por falta de visión que para los que se rebelaron contra la luz. Quienes se percatan de su enfermedad están en disposición de poner los medios para curarse, pues no hay mayor impedimento para la salvación de las almas que la autosuficiencia.

2. *«Mas ahora decís: Vemos; por eso, vuestro pecado permanece».* En otras palabras: «Puesto que os tenéis por sabios y entendidos, porque sois discípulos de Moisés y maestros de la ley, y no queréis ver vuestra condición de pecado y rebeldía contra la luz verdadera, os estáis endureciendo en el pecado y no venís a mí para obtener la salvación». Así como no hay peor ceguera que la del que no quiere ver, así tampoco hay ilusión más peligrosa que la del que se imagina que ve. Cabe abrigar mayor esperanza de un cobrador de impuestos y de una prostituta, conscientes de su pecado, que de un fariseo que se tiene por justo y entendido en la ley.

CAPÍTULO 10

En este capítulo, Jesús habla por medio de alegorías de su relación con los Suyos, que son Sus ovejas; Él es la puerta del redil y el buen pastor del rebaño; Él da la vida por Sus ovejas y les asegura salvación, libertad y alimento. Aparecen también aquí los comentarios que de Jesús hacía la gente, y otro intento de los judíos de prenderle.

Versículos 1–18

Los fariseos, en su oposición a Cristo, se escudaban en el pretexto de ser ellos *los pastores de Israel* y perseguían a Jesús como a intruso e impostor, y hacían todo lo posible para que el pueblo le odiara a Él y les siguiera a ellos. En este capítulo Cristo los describe a ellos como a falsos pastores, y afirma que Él es el buen pastor. En el decurso de su mensaje, describe el carácter del buen pastor y del mercenario, con lo que los oyentes mismos pueden sacar por sí mismos las conclusiones correctas.

I. Jesús comienza con el símil de la *puerta* y, para destacar una vez más la importancia de lo que va a exponer, emplea la solemne repetición, corriente en Juan: *«De cierto, de cierto os digo …».*

1. En el símil parabólico se contrastan las características del ladrón, salteador, extraño, y las del pastor propio y dueño de las ovejas:

(A) El ladrón y salteador, que viene a causar daño a las ovejas y perjuicio al dueño, «no *entra por la puerta»* (v. 1), ya que ni posee la llave ni tiene derecho legal alguno para llegarse por la verdadera entrada, la puerta; por el contrario, *«sube por otra parte».* Jesús no menciona siquiera una *ventana* o una *chimenea,* sino que da a entender que los ladrones son tan astutos para hacer el mal, que pueden arreglárselas para forzar la entrada por donde menos podría temerse. Esto debería avergonzarnos a los creyentes de nuestra indolencia y cobardía en el servicio del Señor.

(B) En cambio, el que es verdadero pastor y dueño del rebaño *«entra por la puerta en el redil de las ovejas»* (v. 2), y llega allá para hacerles bien. Las ovejas han menester del cuidado de su amo y, a su vez, prestan su servicio al amo, y dan abrigo y alimento al mismo que les da cobijo y pastos.

(C) El pastor encuentra franca la entrada: «A *éste le abre el portero»* (v. 3).

(D) El cuidado que el pastor tiene de sus ovejas: *«Las ovejas oyen su voz,* y lo que es más, él *llama a sus propias ovejas por su nombre»* tal es el conocimiento que tiene de cada una de ellas en particular, como ponen motes los pastores a sus ovejas, «*y las saca»* del redil para conducirlas a los pastos (vv. 3 y 4, comp. con v. 9). Y no les empuja para que vayan delante de él (como suele hacerse en la Europa occidental), sino que, *«cuando ha sacado fuera todas las propias,* de entre las demás que se hallaban en el

mismo corral, *va delante de ellas mostrándoles el camino; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz, y* están acostumbradas a seguirle, pues se sienten a salvo con él» (v. 4).

(E) La familiaridad de las ovejas con su pastor, cuya voz reconocen con facilidad, mientras que *«al extraño no le seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños»* (v. 5).

2. Los creyentes son comparados a las ovejas. Los hombres como criaturas de Dios, dependen del Creador, y de Él reciben su pasto, *«sustento y alegría»* (Hch. 14:17). El pueblo de Israel es llamado con frecuencia *«ovejas»* de Dios (v. Sal. 78:52; 79:13; 95:7; 100:3). Y la Iglesia de Dios es como un rebaño dentro del mundo; *y todos los hijos de Dios, dispersos* por el mundo, *han de ser congregados* en ese rebaño (v. 11:52). Este rebaño está continuamente expuesto a la malignidad de ladrones y salteadores, que son como *lobos* (Mt. 10:16; Lc. 10:3), los cuales se introducen, a veces, en el rebaño *vestidos de ovejas* (v. Mt. 7:15; Hch. 20:29). Pero el Gran Pastor de estas ovejas (1 P. 2:25; 5:4) pone todo su cuidado en Su rebaño (comp. con Sal. 23:1 y ss.). Los pastores subordinados, a quien el Príncipe de los pastores ha encomendado la custodia y alimento del rebaño de Dios, deben ser diligentes y fieles en el desempeño de su cometido ministrándole en las cosas espirituales y alimentándole con la Palabra de Dios. Deben conocer a los miembros de la grey por su nombre, velar sobre ellos, ser para el rebaño como boca de Dios en la exposición de las Escrituras, y ser para Dios como boca del rebaño en la exposición de los problemas y de las necesidades de la grey. Quienes son verdaderas ovejas de Cristo habrán de ser aptos para reconocer la voz de los pastores que son fieles, y muy cautos para no escuchar la voz de los extraños. Así seguirán a su pastor, al conocer su voz, lo cual requiere un oído atento y un corazón obediente (v. He. 13:17).

II. Los ojos de los judíos estaban velados, de modo que no entendían el sentido de la alegoría: *«Esta alegoría les dijo Jesús; pero ellos no comprendieron de qué les estaba hablando»* (v. 6). Los fariseos tenían un alto concepto de sus propios conocimientos; sin embargo, no tenían la suficiente comprensión para entender las cosas que Jesús les hablaba, parecía que estas cosas estaban muy por encima de la capacidad de ellos. Con frecuencia, los que más pretenden saber son los más ignorantes en las cosas de Dios.

III. La explicación que Jesús dio de la alegoría. En la porción que antecede, Jesús había distinguido el verdadero pastor del extraño en que aquél *entra por la puerta,* mientras que el extraño *sube por otra parte* (vv. 1–2). Pero ahora, dice de Sí mismo que es *la puerta* del redil, al mismo tiempo que *pastor* del rebaño.

1. Cristo es *la puerta.* Esto lo dijo a los judíos, que se tenían por ovejas de Dios, sus únicas ovejas, y a los fariseos, quienes se tenían a sí mismos por los únicos pastores de Israel: «*Yo soy la puerta de las ovejas»* (v. 7).

(A) En general, es una *puerta cerrada* contra los ladrones y salteadores, contra todos los que no son aptos para estar entre las ovejas de Su rebaño; pero es también una *puerta abierta* de pasadizo y comunicación. A través de Cristo, y sólo por medio de Él, tenemos admisión al rebaño de Dios (comp. con 14:6). Y también por medio de Él, Dios viene a su Iglesia, la visita y se comunica con ella.

(B) En particular:

(a) Cristo es la puerta *de los pastores,* de forma que los que no vienen encargados por Él, no deben ser contados como pastores, sino como ladrones y salteadores, aun cuando pretendan ser pastores; a éstos no les deben oír las ovejas. Y añade Jesús: *«Todos cuantos vinieron antes de mí, son ladrones y salteadores; pero no los oyeron las ovejas»* (v. 8). Conecta así con el versículo 1. Pero, ¿qué significa ese *«antes de mí»?* Ciertamente, no se refiere a los profetas que vinieron antes de Él, en el Antiguo Testamento, ni a Juan el Bautista, ya que no se puede decir de *todos* ellos que fuesen ladrones y salteadores. Al admitir que la preposición significa aquí una prioridad de tiempo, no una superioridad de oficio, clase o carácter, no hay duda de que Jesús se refiere aquí a los líderes religiosos de su tiempo, especialmente a los fariseos, como nota Hendriksen, y como se ve por 9:40; 10:19, pues éstos eran los que intimidaban al pueblo (9:22) y le ataban cargas pesadas y difíciles de llevar (Mt. 23:4; Lc. 11:46), al mismo tiempo que devoraban las casas de las viudas (Mt. 23:14; Mr. 12:40; Lc. 20:47). Ellos eran los que campaban por sus respetos como maestros de Israel cuando Jesús comenzó su ministerio público (v. 3:1). Éstos se tenían por superiores a Cristo (v. 9:28–29) y le señalaban delante del pueblo como si Él fuera el intruso y salteador porque no había pasado por las manos de ellos para hacerse cargo de las ovejas de Israel, al ser así que ellos deberían haberle admitido por las pruebas que presentaba de parte de Dios.

«Pero no los oyeron las ovejas», esto es, las verdaderas ovejas, que eran los discípulos de Cristo. Los que habían reconocido en Jesús al Enviado de Dios no podían aprobar las tradiciones de los hombres ni adherirse a las formalidades externas de los ancianos.

(b) Cristo es la puerta *de las ovejas: «Yo soy la puerta; el que entre por medio de mí, será salvo, entrará y saldrá, y hallará pastos»* (v. 9). Aquí vemos: *Primero,* las instrucciones sencillas para entrar al redil: hemos de entrar por la puerta que es Jesús. Todavía a principios del presente siglo, un misionero halló a un pastor en Palestina, cuyo redil estaba abierto, y al preguntarle el misionero por qué no tenía puerta, respondió él: «Yo soy la puerta; por el día, me coloco en la entrada y voy contando una por una mis ovejas, haciéndolas pasar por debajo de mi cayado; por la noche, me tiendo sobre la entrada, de modo que cualquier ladrón o bestia que se llegue a mi rebaño tendrá que encontrarse conmigo». Por fe en Jesús, que puso Su vida por nosotros, entramos en Su rebaño y somos guardados con toda seguridad en comunión con Dios. *Segundo,* las magníficas promesas para todos los que observen estas instrucciones: (i) *«será salvo»,* es decir, tendrá vida y la tendrá en abundancia (v. 10, comp. con v. 28 y 3:15–17); (ii) *«entrará y saldrá»,* expresión hebrea para indicar completa *libertad* (comp con 8:32, 36); al que sale, no se le cierra la puerta como a un extraño, sino que es libre para regresar a casa; y al que entra, no se le tiene por intruso, pues viene a su propia casa; pueden ir al campo, al quehacer diario, por la mañana, y volver al redil, a descansar, por la tarde; y en ambos lugares (iii) *«hallará pastos»;* hierba, en el campo; forraje, en el redil.

2. Cristo es *el pastor* (vv. 11 y ss.). Dios ha determinado que Jesucristo sea nuestro pastor; y aquí expresa una y otra vez el reconocimiento de esa relación que tiene para con nosotros, sus ovejas, y espera de nosotros la atención, la obediencia y el afecto que las ovejas guardan a sus verdaderos pastores.

(A) Cristo es un buen *pastor,* no un ladrón: *«El ladrón no viene sino para hurtar, matar y destruir»* (v. 10). Los que vienen a *robar,* a privar a los hombres de Cristo y de sus pastos, vienen a *matar y destruir* espiritualmente. Los impostores religiosos son asesinos de almas. En cambio, nótese el objetivo del buen pastor: Él viene:

(a) A *dar vida a las ovejas.* Dice Jesús: «*Yo he venido para que tengan vida».* Vino a poner vida en el rebaño, que parecía un valle de huesos secos (comp. Ez. 37), más bien que personas vivas rodeadas de pastos alimenticios. La palabra *«vida»* incluye toda clase de bienes espirituales.

(b) A *dar vida abundante.* Añade Jesús: «*y para que la tengan en abundancia»,* en mayor abundancia de lo que podrían pedir o esperar (v. Ef. 3:20). Lo que Cristo da es siempre algo *más y* algo *mejor,* pues es *vida* y vida *eterna.*

(c) No sólo a dar vida *a* las ovejas sino a dar la vida *por* las ovejas: «*Yo soy el buen pastor; el buen pastor da su vida por las ovejas»* (v. 11). El adjetivo griego no significa directamente el carácter *moral* del pastor, sino su cualidad *excelente* (lo mismo que en 2:10 acerca del vino). Un pastor de cualidades excelentes es el que no sólo cuida y guarda bien sus ovejas, sino que, en defensa de ellas, está dispuesto a dar la vida. Fue prerrogativa de nuestro Pastor Divino dar Su vida para comprar el rebaño (v. 1 P. 1:18–19).

(B) Cristo es un buen pastor, como *dueño amante* de Su rebaño, no como un asalariado. Había muchos pastores en Israel que, sin ser precisamente lobos, eran mercenarios, pues descuidaban el desempeño de su cargo y el rebaño sufría grandes perjuicios a causa de la negligencia de estos pastores. Cristo se llama aquí *buen pastor* (y en v. 14), porque no hay ninguno tan fiel, tan tierno, tan experto, como Él. Con ello, se contrasta a Sí mismo con los pastores que eran mercenarios o asalariados (vv. 12–14). Veamos:

(a) Cómo se describe el carácter y conducta del pastor infiel: *«Ve venir al lobo, y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebata las ovejas y las dispersa … Huye porque es asalariado, y no le importan las ovejas»* (vv. 12–13). Los malos pastores, así como los malos magistrados y ministros, quedan aquí descritos tanto por sus malos principios como por su mala conducta. Sus malos principios son la raíz de su mal obrar. ¿Cuál es la causa por la que los pastores mercenarios que tienen a su cargo las almas de los creyentes, hacen traición en tiempos de prueba al encargo que les fue hecho, y no se interesan por el bienestar de las ovejas en tiempos de tranquilidad? El que *«son asalariados y no les importan las ovejas».* Las riquezas de este mundo son todo su objetivo: el salario. Han asumido el cargo de pastor como un negocio con que medrar y enriquecerse. Son asalariados todos los que aman el beneficio más que el oficio. No les importan las ovejas porque no aprecian el valor que éstas tienen a los ojos de Dios, pues por rescatarlas de la muerte eterna envió a Su Hijo Unigénito a morir en la Cruz del Calvario; *«buscan lo*

suyo» (v. 1 Co. 10:24; 13:5; 2 Co. 12:14; Fil. 2:21; 4:17). ¿Qué puede esperarse de ellos, sino que *huyan cuando viene el lobo,* ya que *no les importan las ovejas?* Efecto lógico de su mala estimación es su indigno y cobarde comportamiento. Todos cuantos buscan su propia seguridad más que su deber son fácil presa de las tentaciones de Satanás. ¡Y cuán fatales son las consecuencias! *«El lobo arrebata las ovejas y las dispersa»*.

(b) Por contraste, véase la gracia, el cuidado y la ternura del buen pastor (vv. 14–18). Aquí tenemos dos grandes ejemplos de la excelencia del buen pastor:

Primero, el conocimiento que tiene de su rebaño: (i) Conoce bien a los que ya son ovejas suyas (vv. 14–15), como buen pastor de ellas (vv. 3–4): *«Conozco mis ovejas, y las mías me conocen»* (v. 14). Las conoce, las discierne, las ama, las cuida, las recibe, no le engañan los cabritos, aun cuando se vistan de ovejas. Y las ovejas le reconocen a Él con los ojos de la fe; pero su mayor felicidad está en ser conocidas de Él (v. 1 Co. 8:3), más que en conocerle a Él ellas. La base y modelo de este conocimiento mutuo es el conocimiento mutuo que del Padre tiene el Hijo, y del Hijo el Padre (v. 15, comp. con 17:21). Jesús conoce a los que son suyos, pues Él los ha escogido y está seguro de ellos (v. 13:18), y ellos saben en quién han confiado (v. 2 Ti. 1:12). Como Cristo amaba y obedecía al Padre, así los creyentes han de amar y obedecer a Jesús. (iii) También conoce Jesús a los que serán después ovejas suyas: *«También tengo otras ovejas que no son de este redil* (de Israel); *aquéllas también debo traer; y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor»* (v. 16). En alguna ocasión Cristo había expresado su especial preocupación por *las ovejas de Israel;* pero aquí dice: *«Tengo otras ovejas»* (comp. con 11:52; 17:20). Cristo afirma así sus derechos sobre algunas almas de las que todavía no ha tomado posesión. Pero, ¿por qué tiene que traerlas? Sencillamente, porque si Él no las trae, ellas no vendrán (comp. con 6:44); y ha de traerlas porque a eso le envió el Padre (v. 6:37 y ss.). Ya hemos hecho notar en otro lugar que, entre todos los animales, la oveja es la más incapaz de encontrar el camino de vuelta al rebaño, si el pastor no viene a rescatarla, se pierde sin remedio (v. Lc. 15:4). El efecto saludable de esta búsqueda será que también estas ovejas *oirán su voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor.* Nótese que no dice: «y habrá un solo redil», un solo compartimento visible, según dice la *Vulgata Latina* y traduce desafortunadamente la *Versión Autorizada* inglesa, sino «*y habrá un solo rebaño»,* porque, en cualquier compartimento o «denominación» en que haya verdaderas ovejas de Cristo, allí hay una parte de su «rebaño».

Segundo, el sacrificio que hace por su rebaño (vv. 15, 17, 18), donde vemos que: (i) declara su propósito de morir por el rebaño: « *Y pongo mi vida por mis ovejas»* (v. 15). Puso su vida, no sólo por el bien de sus ovejas, sino en lugar de sus ovejas (v. 2 Co. 5:21). Miles y miles de ovejas habían sido ofrecidas por los pastores en sacrificio a Dios, pero aquí, en contraste sorprendente, es el pastor el que se ofrece en sacrificio a Dios por las ovejas. Aunque al herir al pastor, se dispersarán las ovejas (v. Mr. 14:27), tras matar al pastor, se reunirán las ovejas (v. 16; 11:52); (ii) quita la ofensa de la Cruz mediante cuatro consideraciones. Primera: porque el poner la vida por sus ovejas le merece el amor del Padre y el honor que el Padre le ha de conferir: *«Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida»* (v. 17, comp. con Fil. 2:9–11). Cuando Cristo tuvo en tanto el amor del Padre, que lo juzgó suficiente recompensa por la muerte que había de sufrir a favor de nosotros, ¿nos parecerá a nosotros poca cosa dicho amor, de forma que prefiramos las sonrisas y los placeres que el mundo nos pueda ofrecer? Segunda: Que daba la vida para recuperarla de nuevo: «*Yo pongo mi vida para volverla a tomar»* (v. 17b). El Padre le amaba demasiado como para permitir que su cuerpo permaneciera en el sepulcro (v. Hch. 2:24). Entregó la vida como si hubiese sido herido malamente por la muerte pero, en realidad, murió para conquistar la muerte y despojar al sepulcro de su victoria (comp. con 1 Co. 15:55). Tercera: Que sus sufrimientos y su muerte eran perfectamente voluntarios: *«Nadie me la quita* (la vida), *sino que yo la pongo de mí mismo. Tengo potestad* (o *autoridad) para ponerla y tengo potestad para volver a tomarla»* (v. 18). Véase aquí la potestad de Cristo como Señor de la muerte. Tenía potestad para *conservar su* vida frente a todos los poderes de este mundo. Aunque parecía que Cristo era sorprendido por la muerte como por una tormenta inesperada, lo cierto es que fue Él quien se rindió con toda libertad a la muerte (v. el comentario a 19:30), pues, de lo contrario, habría sido inexpugnable como el mejor guarnecido baluarte: *«Nadie me la quita»*. Tenía potestad para *«poner su vida»;* es decir, para colocarla frente a la guadaña de la muerte. Nosotros no podemos hacer eso, pero Él podía, cuando le pluguiera, soltar el nudo que ata el alma con el cuerpo. Así como había tomado voluntariamente un cuerpo (He. 10:5–7), así también era libre para dejarlo. El poder que tenía sobre su propia vida era soberano. Además, tenía potestad para *volver a tomar la vida;* ningún ser humano disfruta de esa potestad. Nuestra vida, una vez que ha sido puesta, es *«como aguas*

derramadas por tierra, que no pueden volver a recogerse» (2 S. 14:14); pero Cristo, después de poner su vida en el sepulcro, todavía la tenía al alcance de la mano para poder recogerla. Véase aquí la gracia de Cristo (comp. con 2 Co. 8:9), quien puso su vida para nuestro rescate (Mt. 20:28; 1 Ti. 2:6), ya que se ofreció a ser nuestro Salvador. Cuarta: Que, finalmente, puso su vida en obediencia al mandamiento del Padre: *«Este mandamiento recibí de mi Padre»* (comp. con 6:38; 14:31). Por aquí vemos que la obediencia al Padre es compatible con la libertad. Más aún, nunca es más libre el ser humano que cuando obedece fielmente a Dios porque la obediencia no es otra cosa que el empalme ajustado con la divina omnipotencia, a la que nada ni nadie pueden resistir.

Versículos 19–21

A continuación se nos refieren las diferentes opiniones de la gente acerca de Cristo: *«Volvió a haber disensión* (lit. *cisma) entre los judíos a causa de estas palabras»* (v. 19). Esto había sucedido ya en ocasiones anteriores (v. 7:43; 9:16). Donde se ha producido una disensión o cisma, cualquier nimiedad vuelve a causar la misma división. Un desgarrón se hace en un momento, pero el remendarlo requiere mucho tiempo. Con todo, es mejor que los hombres estén *divididos* acerca de las enseñanzas de Cristo que el que estén *unidos* en la práctica del vicio y al servicio del pecado.

I. En esta ocasión, algunos hablaron mal de Cristo y de lo que Él enseñaba: *«Muchos de ellos decían: Demonio tiene y está fuera de sí»* (v. 20, comp. con 7:20; 8:48). Vuelven a denostarle, al suponer que está poseído de un espíritu de melancolía y depresión, y que es un maníaco a quien se pierde el tiempo escuchándole: «*¿por qué le oís?»* ¡Cuán triste es que los hombres tomen a broma y se rían de aquellas cosas de las que precisamente tienen mayor necesidad!

II. Otros salieron en defensa de Él y, aunque la corriente era fuerte y rápida, se atrevieron a nadar contra corriente (comp. con 1 P. 4:4). No podían soportar que se hablase así del Salvador. Ya que no sabían (o no se atrevían) a dar mejores pruebas en favor de Jesús, al menos aseguraban que no tenía demonio y que estaba en sus cabales. Dos cosas alegan a favor de Él: 1. La excelencia de su doctrina: *«Estas palabras no son de endemoniado»* (v. 21). Como si dijesen: «Lo que este hombre dice demuestra que no está poseído por el demonio ni en liga con el diablo». Tanta era la santidad y la sensatez que se traslucían en las palabras de Cristo, que bien se podía concluir que no eran palabras de un hombre poseído por el demonio, sino de un hombre enviado por Dios. 2. El poder manifestado en los milagros que hacía: *«¿Puede acaso el demonio abrir los ojos de los ciegos?»* Ni los locos ni los malos pueden obrar verdaderos milagros en confirmación de una comisión divina. Más interesado está el diablo en sacarles a los hombres los ojos que en abrírselos. La consecuencia era evidente: *Jesús no tenía demonio.*

Versículos 22–38

Cosa difícil de determinar es qué resulta más asombroso, las palabras que salían, llenas de gracia y sabiduría, de los labios de Jesús, o las palabras, llenas de odio y de desprecio, que salían de los labios de sus enemigos.

I. *«Se celebró por entonces la fiesta de la Dedicación en Jerusalén. Era invierno»* (v. 22). Esta fiesta no había sido establecida en la Ley, pero se celebraba anualmente en recuerdo de la dedicación del nuevo altar, llevada a cabo por Judas Macabeo el año 165 a. de C., tres años después de la profanación efectuada en el templo por el impío rey Antíoco Epífanes (v. 1 Mac. 1:59; 4:52, 59. El hecho de que los evangélicos no tengamos por *inspirado* este libro, no significa que no se le haya de dar crédito como libro *histórico.* Nota del traductor). El retorno a la libertad había sido para el pueblo judío algo parecido al retorno a la vida después de la muerte y, en recuerdo de ello, celebraba anualmente una fiesta a comienzos de diciembre. Su celebración no estaba confinada a Jerusalén, sino que cada cual la observaba en su propia localidad.

II. El lugar en que se llevó a cabo la conversación que se nos refiere a continuación: «Y *Jesús andaba paseando en el templo por el pórtico de Salomón»* (v. 23). Paseaba el Señor, no sólo para darse a ver y oír de quienes acudiesen a Él, sino, como sugiere el versículo 22 al final, para calentarse los pies paseando

por el pórtico, pues no hemos de olvidar que el Señor, en cuanto hombre, era enteramente como nosotros, excepto el pecado. Gracias a Dios, ya no tenemos que acudir al templo para ver y oír al Señor, pues tenemos con nosotros Su Palabra y Su presencia espiritual (v. Mt. 18:20).

III. La conversación misma del Señor con los judíos.

1. Comienza por una pregunta que le hacen los judíos: *«¿Hasta cuándo nos vas a tener en vilo?»* (lit. *¿hasta cuándo nos quitas el alma, o la vida?)* Antes de hacerle la pregunta, se nos dice que *«le rodearon los judíos»* (v. 24). Le cercaron como para acorralarle y encontrar en sus palabras algo de que poder acusarle. Jesús estaba allí presto para dar instrucción, aviso y consuelo, pero ellos vienen con toda su mala voluntad, no para aprender de Él, sino para asaltarle. Y añaden: *«Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente».* Aparentan imparcialidad y deseo de conocer si Jesús era efectivamente el Mesías. Jesús se había declarado abiertamente a la samaritana (4:26) y al recién curado ciego de nacimiento (9:37), pero, ¿por qué no lo había dicho abiertamente a los líderes? Dos razones pueden adivinarse en esta reticencia de Jesús con relación a estos judíos: *Primera,* que no estaban espiritualmente dispuestos para reconocer en Jesús a un Mesías que no se presentaba ahora como un libertador politicomilitar de Israel. *Segunda,* que toda la fraseología de Jesús, y los milagros que obraba, daban a entender claramente que Él era el Mesías prometido. Por eso, les responde: *«Os lo he dicho, y no creéis; las obras que yo hago en el nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí»* (v. 25, comp. con 5:36). El que ellos no reconocieran en Jesús al Mesías no se debía a falta de claridad en las palabras de Cristo, sino a sobra de prejuicios e incredulidad en el corazón de ellos. En la lucha entre las convicciones que presentaban las palabras y las obras de Cristo y las corrupciones que había en el corazón de los judíos, vencían las corrupciones, porque Jesús no se presentaba con la imagen que del Mesías se habían formado ellos. Pero ellos echaban a Cristo la culpa de la perplejidad en que se debatían, como si Él no hubiera presentado pruebas claras de su personalidad. Cristo tiende a hacer que creamos, pero nosotros tendemos a dudar de Él.

2. Respuesta de Cristo a la pregunta de los judíos:

(A) Primero, se vindica a Sí mismo, refiriéndose: (a) a lo que ya había dicho: *«Os lo he dicho»* (v. 25). Ya había dicho que era el Hijo del Hombre y el Hijo de Dios. Por tanto, ¿no estaba claro que era el Mesías? Por eso añade: *«y no creéis».* Jesús viene a decirles: «Lo he dicho ya muchas veces con suficiente claridad (v. 5:17–47; 6:29, 35, 51–65; 7:37–39; 8:12–20, 28–29, 42, 56–58; 10:7–18), pero vuestra incredulidad ciega vuestros ojos, precisamente porque os aferráis a vuestra propia suficiencia» (v. 9:41). Ellos daban a entender que estaban perplejos por falta de pruebas, pero Jesús les declara que lo están por sobra de incredulidad. Esto nos enseña también a no pretender enseñar a Dios cómo debe revelarse a nosotros, sino ser agradecidos a la revelación que Dios nos ha hecho de Sí en la Santa Biblia. (b) Les refiere también a sus obras, al ejemplo de su propia vida y, especialmente, a sus milagros. Nadie podría obrar tales señales si Dios no estuviese con Él (v. 3:2), y Dios no estaría con Él para refrendar una impostura.

(B) Les echa en cara su obstinada incredulidad: «Y *no creéis».* Y la razón es muy sencilla: *«Pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho»* (v. 26). Como si dijejse: «No me creéis porque no estáis dispuestos a seguirme, como siguen las ovejas a su pastor, ni queréis reconocer mi voz, como la reconocen las que mi Padre me ha dado (v. 29), pues éstas reconocen la voz del pastor y le siguen (vv. 3–4, comp. con 6:39, 44). Vuestra total antipatía a mi Evangelio tiene su raíz en vuestra perversa incredulidad». En un mismo versículo tenemos conjugadas estas dos verdades bíblicas que la razón humana encuentra difíciles de compaginar: la soberanía de Dios y la responsabilidad del hombre. Permítasenos copiar unas sabias consideraciones de W. Hendriksen: «Nótese la conexión causal: "*no creéis porque no sois de mis ovejas".* ¡Dios no está obligado a salvar a quienes han atraído sobre sí la perdición! Además, ha de tenerse en cuenta que, de parte de ellos la *incapacidad* y la *mala voluntad* van de la mano. De aquí que, en toda esta argumentación, Dios aparece santo, así como soberano mientras que sólo a sí mismo ha de echarse el hombre la culpa».

(C) Jesús aprovecha esta ocasión para declarar la disposición favorable y la condición dichosa de quienes son sus ovejas.

(a) Para convencer a estos judíos de que no son de sus ovejas, les describe cuáles son las cualidades de sus ovejas: *«Mis ovejas oyen mi voz»* (v. 27), pues saben que es la mía (v. 4), y Él mismo hace que le oigan (v. 16). Las ovejas de Cristo oyen su voz, la disciernen, se deleitan en ella y obran de acuerdo con ella. Cristo no contará entre sus ovejas a quienes se hagan el sordo a su llamada y a sus encantos. «*Y me*

siguen.» Cristo llama siempre a una persona diciéndole: *«Sígueme»*. Los discípulos de Cristo han de procurar seguir de cerca las pisadas de Cristo (1 P. 2:21), acompañándole a donde vaya (comp. con Ap. 14:4). En vano *oiremos* la voz del Señor, si no le *seguimos.*

(b) Para convencerles de su miseria e infelicidad al no ser de las ovejas de su rebaño, les describe el estado feliz de las que lo son: *«Oyen mi voz, y yo las conozco»*. Las distingue de las que no son suyas (v. 2 Ti. 2:19), y tiene un cuidado especial con cada oveja individual, no sólo con el rebaño en general (v. Sal. 34:6). Ha proveído para ellas felicidad perenne: «*Y yo les doy vida eterna»* (v. 28). El mayor bien del ser humano es la vida; por eso, la dicha que Cristo provee para los suyos es vida. El hombre posee un alma inmortal, por eso, la dicha que Cristo provee es vida eterna. Cristo la *da,* porque el hombre no puede merecerla ni alcanzarla por sus propias fuerzas, sino que ha de obtenerla por pura *gracia.* No dice: «les daré», sino *«les doy»,* porque es un regalo ya presente y actual. La tienen en embrión, como una semilla del Cielo, pero la tienen segura en las manos de Cristo y del Padre: «*Y en ningún modo* (lit.) *perecerán jamás»*. Así como hay una vida eterna, así también hay una muerte eterna, de la que las ovejas de Cristo estarán para siempre preservadas. Los pastores humanos pierden, a veces, alguna oveja y, aunque quieran, no pueden remediarlo; pero Cristo tiene amor y poder suficientes para preservar de la destrucción a todas y a cada una de sus ovejas de modo que nada ni nadie podrá llevarse una sola para destruirla: «*Y nadie las arrebatará de mi mano»*. El Pastor Divino tiene tal poder que, no sólo no se puede llevar nadie una oveja suya de su redil, sino que no puede ni *tocarla* (comp. con 1 Jn. 5:18), porque no sólo las tiene en el *redil,* sino también en su *mano,* bajo una protección singular y directa. Y, para que nadie piense que es una mano *humana* la que protege y sostiene a las ovejas de Cristo, Jesús interpone también el poder del Padre en la preservación de sus ovejas: *«Mi Padre que me las dio es mayor que todos»*. Esta traducción hace buen sentido, pues es cierto que Dios es mayor y más poderoso que todos los poderes del cielo, de la tierra y de los infiernos y, aunque los pastores humanos puedan cabecear y dormirse, Dios no duerme ni se distrae. Pero los mejores MSS están a favor de otra lectura: *«Lo que mi Padre me ha dado es mayor* (más excelente) *que todas las cosas»*. Esta versión también hace justicia al texto y añade una nota de sumo consuelo para los creyentes. Las ovejas que Dios el Padre ha regalado al Hijo como regalo de bodas, tienen tanto valor a los ojos de la Trina Deidad, que, para comprar ese regalo, fue derramada toda la sangre del Hijo de Dios (v. 1 P. 1:18–19). A continuación, para dar a entender que la mano del Hijo y la del Padre es una sola, la mano del Dios Omnipotente, Jesús aplica a la mano del Padre el mismo poder preservador que a la suya, y añade: «*y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre»*. También puede leerse de esta otra manera: «Y *nadie puede arrebatar nada de la mano de mi Padre»*. En el texto original, no aparecen *«las»,* ni *«nada»,* por lo que puede leerse de las dos formas. Cristo mismo conocía bien la fuerza de esa mano del Padre que siempre estaba con Él y le sostenía y fortalecía (v. 8:16, 29), y el Padre mismo ponía esas ovejas en las manos de Jesús (v. 29). Quien aseguraba la gloria del Redentor (8:50; Hch. 3:13), aseguraba también la gloria de los redimidos. Y bien podían Jesús y el Padre tener la misma *mano,* pues tenían la misma esencia: «*Yo y el Padre somos uno»,* es decir, un solo ser divino (ya que el numeral está en neutro en el griego), no una sola persona (estaría en masculino). En este versículo 30, vemos afirmada, pues, tanto la unidad de esencia como la distinción de las personas y la Deidad de ambas, con lo que no cabe mejor resumen del gran misterio de la Trina Deidad. Que Jesús quiso expresar del modo más claro este misterio, se colige de la reacción de los oyentes (v. 33), no sólo de la evidencia textual. Si Jesús hubiese intentado decir algo inferior a eso, habría negado de inmediato que Él fuese igual al Padre, pero no lo negó.

IV. El furor de los judíos ante esta declaración de Jesús: *«Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle»* (v. 31). Antes lo habían hecho ya (8:59), pero es de notar aquí una variante: en el lugar citado (8:59), el verbo es «levantar» del suelo para «arrojar» las piedras contra Jesús, pero aquí el verbo es «acarrear» grandes piedras con las que «aplastarlo». Estas piedras grandes eran las que se usaban para matar a los grandes malhechores. Lo absurdo de esta actitud de los judíos y su desvergüenza en atentar el asesinato de Jesús de manera tan cruel, suben de punto si tenemos en cuenta que ellos mismos le habían pedido a Jesús con importunidad y urgencia que se identificara (v. 24); es decir, que les declarara abiertamente si era el Mesías o no; y ahora que lo declara, le condenan como a gran malhechor. Así les pasa muchas veces a los fieles predicadores de la Palabra de Dios: si la proponen con modestia y mansedumbre, se les tilda de cobardes; y si la proponen con todo denuedo, les llaman insolentes. Pero, además, estos judíos tenían mala memoria, pues cuando quisieron apedrear a Jesús en la ocasión anterior, se había escabullido *de en medio de ellos* (8:59), y ahora volvían a la carga, como si no tuviese poder para

escaparse de nuevo. Los pecadores atrevidos se empeñan muchas veces en arrojar piedras contra el Cielo, sin percatarse de que pueden caerles en la cabeza.

V. La reconvención razonable que Jesús les propuso con toda mansedumbre: *«Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me vais a apedrear?»* (v. 32, lit. *«me apedreáis»).* Las obras que Cristo había llevado a cabo eran «muchas» y «excelentes» (el mismo adjetivo del v. 11. Véase el comentario a dicho v.). Eran palabras tan tiernas las de Jesús, que deberían haber derretido hasta los corazones de piedra. Vemos que el Señor arguye con sus enemigos con base en las *obras* que lleva a cabo, porque los hombres muestran lo que *son* por lo que *hacen*, ya que *«por el fruto se conoce el árbol»*, como el propio Jesús había dicho (Mt. 7:17; 12:33; Lc. 6:43–44). Al decir: *«¿Por cuál de ellas …?»,* es como si les preguntase: «¿Qué clase de obra, entre las que he llevado a cabo, suscita vuestro furor?»

1. El poder divino de las obras de Jesús dejaba a estos judíos convictos de la más obstinada incredulidad, pues eran obras *«del Padre»*. Éstas son las obras que les había mostrado, pues las había llevado a cabo en público, no en un rincón ni a la luz de una candela, sino en plena calle y a la luz solar del mediodía (v. 18:20). Sus obras eran una demostración incontestable de la veracidad de sus expresiones.
2. La gracia divina de sus obras les dejaba convictos de la más baja y villana ingratitud, pues no las había realizado para asombrar ni para suscitar la curiosidad, sino para hacerles el bien y para hacerlos buenos a ellos mismos. Así que viene a decirles: «Ahora, pues, si queréis apedrearme, decidme: ¿por cuál de mis obras me vais a matar? Puesto que todas mis obras han sido excelentes y provechosas, ¿qué obra buena es la que os ha molestado?» Al dar por sentada su propia inocencia en las obras que había llevado a cabo, ponía de manifiesto la malicia de ellos, puesto que *«le aborrecían sin motivo»* (15:24–25).

VI. La mala excusa que dan para justificar su atentado contra el Señor (v. 33).

1. No se tenían a sí mismos por tan malvados contra Jesús ni por tan perjudiciales para su propia nación como para intentar apedrearle por algo bueno: *«No te queremos apedrear* (lit. *apedreamos) por ninguna obra buena»*. Para ellos, lo que Cristo *decía* (v. 5:17–18; 8:30, 58–59; 10:30) era más importante que lo que *hacía*. En realidad, no tenían por buenas las obras que Cristo hacía, sino por malas, ya que con ellas—en opinión de estos judíos—quebrantaba la ley del sábado. Si hubiesen tenido por buenas las obras de Jesús, no habrían tenido más remedio que reconocerlas pero entonces, ¿cómo le habrían apedreado por ninguna de ellas? De esta manera, absurdo sobre absurdo, no se les podía sacar de su endurecimiento.
2. Se tenían a sí mismos por tan amadores de Dios, observantes de su ley y celosos de su gloria, que sólo por su supuesta blasfemia le perseguían: *«sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios a ti mismo»*. Aquí vemos, en efecto:

(A) Un celo hipócrita por la ley. Parecen tremendamente interesados en el honor de la majestad divina, pues una blasfemia tal era digna de lapidación según la ley (Lv. 24:16). De semejante modo, las más odiosas y viles prácticas se cubren muchas veces con el barniz de las más plausibles excusas. Así como no hay nada tan estimulante como una conciencia bien informada, así tampoco hay nada tan ultrajante como una conciencia equivocada.

(B) Una verdadera enemistad contra el Evangelio, al presentar a Jesús como blasfemo. No es cosa nueva que al mejor de los hombres se le pongan los peores epítetos, cuando gente perversa se empeña en perseguir a los que les reprenden y les dicen la verdad. El crimen de que acusan éstos a Jesús es *blasfemia*. ¿Cuál es la prueba de este crimen? *«Porque tú, siendo hombre, te haces Dios a ti mismo»*. Sí, estaban en lo cierto al admitir que Cristo era *hombre* (comp. con 8:40; 1 Ti. 2:5) y que *se tenía por Dios*, puesto que lo era. Pero se equivocaban en dos cosas: (a) en pensar que Cristo era *mero hombre;* (b) en que *se hacía* Dios a sí mismo, puesto que no se hacía, sino que lo era, a pesar de lo cual «no se aferró a la majestad divina, pues *no consideró el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse»* (Fil. 2:6).

VII. Cristo replica a la acusación de blasfemo que le hacían y vindica la verdad de la declaración que había hecho en el versículo 30. Lo hace por medio de dos argumentos (vv. 34 y ss.):

1. Mediante un argumento sacado de *la palabra de Dios. «¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois?»* (v. 34, comp con Sal. 82:6). Como si dijese: «Si a ellos se les llama en la Biblia “dioses”, ¿cuánto mejor a mí?» Veamos:

(A) Cómo explica el texto citado: *«Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios,* es decir, a los jueces, partícipes del atributo divino de juzgar, pero que son reprendidos por Dios mismo por juzgar injustamente, y *la Escritura no puede ser quebrantada»* (v. 35), es decir, la Escritura, toda Escritura, por ser palabra infalible de Dios (v. 2 Ti. 3:15–16), es indestructible, no puede ser desposeída de su divina autoridad, sea cual sea la opinión que de ella tengan los hombres, ni se la puede disminuir en una jota ni en una tilde (v. el comentario a Mt. 5:18 y Lc. 16:17).

(B) Cómo aplica el texto citado: «*¿Al que el Padre santificó* (es decir, puso aparte, cualificó y consagró, comp. con 17:19) y *envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy?»* (v. 36). Vemos aquí: (a) el honor que le confirió el Padre, al cualificarle como a Redentor competente (v. He. 2:10; 5:9) y enviarle al mundo. Nuestro Señor Jesús era Él mismo el *Verbo* o Palabra personal del Padre, y recibió el Espíritu Santo *sin medida* (3:34). Fue enviado al mundo como Señor y Dueño de todas las cosas (3:35). El hecho de que el Padre le confiera todos estos honores era una garantía inconfundible de que eran justas las demandas de Cristo al llamarse a sí mismo *Hijo de Dios;* (b) el deshonor que le hacían los judíos al tenerlo por blasfemo al atribuirse tal título: «¿Y de éste os atrevéis a decir que es blasfemo? ¿Tenéis el descaro y la desvergüenza de decirle al Dios de la verdad que es un mentiroso? ¡Cómo! ¿Que el Hijo de Dios es un *blasfemo?»* Si los demonios, a quienes Él vino a condenar y derrotar, hubieran dicho eso de Él, no sería extraño; pero que los hombres a quienes Él vino a salvar y enseñar se atrevan a decir eso de Él, *«¡asombraos, cielos, de ello!»* (Jer. 2:12).

2. Mediante un argumento sacado de *sus* propias *obras.* Aquí hace válidas sus demandas y demuestra con ello que Él y el Padre son uno: *«Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis …»* (vv. 37–38). Veamos:

(A) *En qué* apoya su argumentación: en sus propias obras. Así como Él demostró que era enviado de Dios con base en lo *divino* de sus obras, así también hemos de demostrar nosotros que somos los seguidores de Cristo en lo *cristiano* de nuestras obras. (a) El argumento que Cristo emplea es contundente, pues las obras que Él hacía eran *las obras de Su Padre,* obras que sólo el Padre podía hacer y que no podían ser hechas de acuerdo con el curso normal de la naturaleza. Los milagros que los apóstoles hicieron después en nombre de Jesús corroboraron este argumento del Señor, y remachaban su evidencia una vez que Él se marchó al Cielo. (b) Jesús propuso este argumento de la manera más cortés, clara y concisa que era posible: *«Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis».* No pide un asentimiento a sus demandas mayor que la prueba que de ellas presenta. Cristo no es un amo duro, que espera recoger en aquiescencia lo que no ha sembrado en evidencia. Y continúa Jesús diciendo: *«Mas si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras»* (v. 38a). Como si dijera: «Creed lo que vuestros ojos mismos ven, y vuestra razón puede fácilmente deducir». Las cosas invisibles del Redentor se hacen visibles por sus milagros prodigiosos, así como las cosas invisibles del Creador se hacen visibles por sus maravillas de poder y sabiduría en la obra del Universo (Ro. 1:19–20). Los milagros de Jesús eran obras de poder y de gracia, de forma que quienes no se convenciesen al verlas, quedasen *sin excusa.*

(B) *Para qué* usa su argumentación: *«Para que aprendáis y entendáis* (lit. *conozcáis y sigáis conociendo) que el Padre está en mí, y yo estoy en el Padre»* (v. 38b, en la versión *Las Grandes Nuevas* que da del original mejor lectura y sentido que la RV. Nota del traductor). Con estas últimas frases, Jesús declara, no sólo su unidad, como Dios, con el Padre (v. 30), sino la mutua inmanencia del Padre en el Hijo, y del Hijo en el Padre (v. 14:10, y comp. con 1 Jn. 4:16b). Esto lo sabemos porque Jesucristo mismo lo declaró. Es un misterio y no sabemos cómo explicarlo, pero sí lo *conocemos y creemos* (comp. con 1 Jn. 4:16a). Reconocemos y adoramos la profundidad, aun cuando no podemos hallar el fondo sin fondo del misterio.

Versículos 39–42

Aquí tenemos el resultado de esta conversación de Jesús con los judíos. En esta porción se nos dice:

I. Cómo, al no poder responder con razones los judíos recurrieron a la fuerza: *«Procuraron otra vez prenderle»* (v. 39). Como Él persistía en dar el mismo testimonio acerca de sí mismo, ellos también persistían en sus malvados planes contra Él. Expresan el mismo resentimiento que otras veces, y justifican su intento de apedrearle mediante otro intento de arrestarle.

II. Cómo frustró Jesús el intento de ellos: *«pero Él se salió de sus manos»* (comp. con Lc. 4:30). No lo hizo con auxilio de algún amigo que acudiese a socorrerle, sino con su propio poder y su sabiduría. Quien supo escapar así de sus enemigos, sin duda sabe también librar de la tentación a los suyos proveyéndoles de *una vía de escape* (1 Co. 10:13; 2 P. 2:9).

III. Qué hizo después de escabullirse de sus enemigos: *«Se fue al otro lado del Jordán, etc.»* (vv. 40–42). Notemos:

1. El *cobijo* que halló allí. Se fue a un lugar apartado de la región, «y *se quedó allí»* (v. 40b). Allí halló el reposo y la tranquilidad que de ningún modo pudo encontrar en Jerusalén. Jesucristo y su Evangelio encuentran, con mucha frecuencia, mejor recibimiento en plena campiña que entre *los sabios, los poderosos y los nobles* (1 Co. 1:26).

2. El *fruto* que recogió allí. Decidió marchar precisamente *«al lugar donde primero había estado bautizando Juan»* (v. 40), ya que allí (1:28) quedarían aún, a no dudar, recuerdos e impresiones del ministerio del Bautista en su predicación y en el bautismo que administraba, lo cual estaba ordenado a preparar a la gente para recibir al Mesías. Y el fruto correspondió, en cierta medida, a la expectación, puesto que aquí se nos dice:

(A) Que *«muchos acudieron a Él»* (v. 41). Cuando los medios de gracia acuden de nuevo a un lugar, suele producirse un avivamiento de los antiguos sentimientos con reacciones favorables.

(B) Que razonaban a favor de Él, tanto como habían razonado en contra de Él los judíos de Jerusalén, pues decían: *«Juan, a la verdad, ninguna señal hizo; pero todo lo que Juan dijo de éste, era verdad»* (v. 41b). Dos cosas consideraron: (a) Que Cristo aventajaba grandemente en poder a Juan el Bautista, pues Jesús hacía muchos milagros, mientras que Juan no había hecho ninguno; de donde podía inferirse que Cristo era superior a Juan. ¡Cuán grande, pues, es este Jesús! A Cristo se le conoce mejor y se le reconoce de mayor categoría cuando se le compara con otros, pues su posición y su condición personal son superlativamente superiores a la de cualquier otro ser humano. Ante el talento, el poder o la virtud, nos inclinamos; pero ante Jesús, tenemos que caer de rodillas y postrarnos; (b) Que Cristo había correspondido exactamente al testimonio que de Él había dado el Bautista (v. 1:19–36, 3:22–36, 5:33). Todo lo que Juan había dicho de Jesús era verdad. Juan había dicho de Jesús cosas tan elevadas, que habían suscitado enorme expectación pero esta expectación no se había visto frustrada, pues la gente le consideraba ahora tan grande, o mayor que lo que Juan había dicho que sería. Cuando llegamos a conocer de veras al Señor y a tener comunión espiritual con Él, hallamos que la realidad excede con mucho a los informes que de Él teníamos (comp. con 1 R. 10:67). El Bautista estaba ahora difunto, pero los que otrora le habían oído, todavía se beneficiaban de su predicación, pues se confirmaban en su creencia de que *Juan era un profeta,* puesto que había predicho tales cosas. Habían sido preparados para creer que *Jesús es el Cristo,* el Mesías prometido. Por aquí vemos que el fruto y la eficacia de la predicación no están limitados a la vida terrena del predicador, ni se mueren cuando él expira.

(C) Que *«muchos creyeron en Él allí»* (v. 42). Aquí tenemos la misma expresión que en 8:30, por donde podemos colegir que no todos recibieron al Señor con fe viva ni se hicieron discípulos de Él. Es posible, con todo, como hace notar Hendriksen, que el adverbio *«allí»* denote un contraste con 8:30, y que éstos fuesen verdaderos creyentes. En todo caso, es muy probable que, al menos, *algunos* se convirtieran de veras, con lo que la predicación de Juan habría obtenido una magnífica cosecha póstuma. Dondequiera que se predique fielmente la doctrina del sincero arrepentimiento, hay grandes esperanzas de que la predicación de la doctrina de la reconciliación con Dios obtenga frutos genuinos. Donde Juan ha sido aceptado, Jesús no será mal recibido.

CAPÍTULO 11

En este capítulo se nos refiere el portentoso milagro de la resurrección de Lázaro llevada a cabo por el Señor Jesús. Sólo Juan lo menciona, y lo hace con gran lujo de detalles, no sólo por el poder que requería devolver a la vida a una persona que había muerto hacía cuatro días y estaba ya sepultada, sino porque la resurrección de Lázaro era como las arras del milagro que había de coronar y refrendar todos los demás

milagros de Jesús: su propia resurrección de entre los muertos después de su muerte en cruz y su sepultura. Al final del capítulo (vv. 45–57), el evangelista refiere la reacción que este milagro suscitó en los enemigos de Jesús y el complot que tramaron para darle muerte.

Versículos 1–16

I. Tenemos primero la presentación de los personajes que representaron en esta historia un papel primordial (vv. 1–2). Era una familia que vivía en *Betania,* lugar no lejano de Jerusalén y en el que solía hospedarse Jesús cuando acudía a las fiestas del pueblo judío en Jerusalén. Se le llama aquí *«la aldea de María y de Marta su hermana»* (v. 1). Tenían un hermano que se llamaba *Lázaro.* Aquí tenemos una familia honesta y feliz y con la que el Señor Jesús tenía especial amistad. Una de las hermanas es señalada en particular como *«la que ungió al Señor con perfume, y le enjugó los pies con sus cabellos»* (v. 2). Es una referencia parentética a la unción del Señor que el mismo evangelista nos narra en el capítulo siguiente, versículos 3 y ss. Lázaro, el hermano de María y de Marta, *estaba* ahora *enfermo,* con la consiguiente aflicción por parte de sus hermanas. Cuanto más queridos nos son nuestros deudos y amigos, tanto mayor es la aflicción que nos ocasionan los problemas y las enfermedades de ellos. La multiplicación de los consuelos guarda así perfecta ecuación con la multiplicación de nuestros pesares.

II. Las noticias que le llegaron al Señor Jesús acerca de la enfermedad de Lázaro (v. 3). Sus hermanas sabían dónde estaba Jesús y le enviaron un mensaje urgente, en el que le manifestaban: 1. El afecto que profesaban a su hermano y la preocupación que les causaba la enfermedad que éste padecía, porque *«el hermano ha nacido para el tiempo de angustia»* (Pr. 17:17), y la hermana también. 2. La confianza que tenían depositada en el Señor Jesús a quien querían tener enterado del apuro en que ahora se hallaban. El comunicado que le enviaron era muy breve, notificándole simplemente la situación pero con una velada insinuación de una apelación urgente: *«Señor, mira, el que amas está enfermo»* (v. 3). El verbo usado aquí, en el original, para «amar» no es el mismo de 3:16, sino el que indica una *amistad recíproca.* Notemos que las hermanas no dicen: «el que te ama», sino *«el que amas».* El amor que nosotros le tenemos a Jesús es imperfecto, de poco valor e indigno de mención; pero el amor que Jesús nos tiene es tan grande que nunca se le pondera bastante. Advirtamos que no es cosa nueva que quienes son amigos de Cristo, pasen por enfermedades, problemas y contrariedades, pues estas cosas son comunes a todo el género humano, como lo son los beneficios generales que Dios dispensa (v. Mt. 5:45). Por otra parte, nos sirve de gran consuelo cuando estamos enfermos el que haya en torno nuestro quienes oren al Señor por nosotros. Y tenemos igualmente motivo para amar y encomendar en oración a aquellas personas de quienes sabemos que Cristo las ama y se preocupa por ellas.

III. A continuación, vemos cómo reaccionó Jesús al recibir esta noticia.

1. Pronosticó el carácter y objetivo de esta enfermedad:

(A) Primero, el carácter peculiar de esta enfermedad: *«Esta enfermedad no es para muerte»* (v. 4a). ¡Extraña declaración! No sólo era para muerte, sino que Lázaro estuvo efectivamente muerto por cuatro días a causa de ella. Pero Cristo no quiso decir que Lázaro no iba a morir, sino que la muerte no iba a ser el resultado natural de aquella enfermedad. La muerte no acudió aquí, como sucede en los demás casos, en forma de emplazamiento inexorable del sepulcro, sino como un arresto provisional entre dos vidas. *Murió* Lázaro en aquella ocasión, pero su muerte no puso punto final a su vida, por lo que bien puede decirse que, en realidad, su vida no acabó con esa muerte. La muerte es un *adiós* definitivo a este mundo; en este sentido, la muerte de Lázaro no fue una despedida, sino un *«hasta luego».* En cierto modo, y con mayor gozo y mejor esperanza, así es siempre la defunción de los creyentes, pues su muerte corporal a este mundo no es sino el nacimiento espiritual al mundo celestial.

(B) Segundo, el objetivo peculiar de esta enfermedad: *«sino para la gloria de Dios».* Las aflicciones de los santos tienen por objeto la gloria de Dios. Los favores más dulces del Señor son los que provienen de las circunstancias más amargas. ¡Tengamos viva fe en los designios de la providencia de Dios, incluso en las horas más oscuras de nuestra vida, pues todo ello es para la gloria de Dios, ya que Dios hace que cooperen conjuntamente, para bien de los que le aman, *todas las cosas* (Ro. 8:28), no sólo las que llamamos «prósperas», sino también las que nos parecen «adversas»! Y, si Dios ha de ser glorificado con ello, debemos estar satisfechos, pues, en último término, también ha de redundar en nuestro bien. Aquella

era una enfermedad contraída *«para que el Hijo de Dios sea glorificado por medio de ella»* (v. 41b), puesto que servía de ocasión para que Cristo llevase a cabo el glorioso portento de *resucitar a un muerto de cuatro días* (v. 39). Esto nos ha de ayudar a consolarnos y a prestar consuelo a todos a quienes Jesús ama con el pensamiento de que, en cualquier aflicción en que nos hallemos, el objetivo de todo ello es que *el Hijo de Dios sea glorificado por ese medio.*

2. Después de estas palabras, vemos que Cristo demoró visitar a su paciente (vv. 5–6). Las hermanas de Lázaro habían enviado a Jesús un mensaje urgente: *«Señor, mira, el que amas está enfermo»* (v. 3), y habríamos de suponer que Jesús estaría dispuesto a llegarse cuanto antes a la cabecera del enfermo, pues se nos dice que: *«Amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro»* (v. 5). Aunque parezca un detalle insignificante, del que los comentaristas no suelen hacer mención, no estará de más hacer notar que el verbo original, en este versículo, para «amar», no es el mismo del versículo 3, sino el de 3:16 y otros lugares, donde no significa una amistad recíproca, un afecto entrañable y correspondido, sino el amor más generoso que es compatible incluso con la falta de correspondencia por parte del amado. Volviendo a nuestro punto, notemos que no sucede aquí lo que habríamos esperado de Jesús: que, al recibir la noticia, se pusiese de inmediato en camino hacia Betania, sino que: *«cuando oyó, pues, que estaba enfermo se quedó dos días más en el lugar donde estaba»* (v. 6). Por donde vemos, a la vista del contexto:

(A) Que, aun cuando Jesús *amaba* de veras generosamente, a toda esta familia, difirió el venir a ellos para poner a prueba la fe de las hermanas, y para que la prueba resultase en *alabanza y honor.*

(B) Que, precisamente porque les *amaba* de veras, tenía el designio de obrar en favor de esta familia algo sumamente grande y extraordinario. Por eso demoró visitar al enfermo, a fin de dar tiempo a que Lázaro muriese y fuese sepultado antes de que Él llegara. Al demorar por tanto tiempo su visita, tenía la oportunidad de hacer por él más que por ningún otro. Dios tiene designios de misericordia aun en sus aparentes demoras. Aun cuando Jesús no se apresuró a venir a Betania, no olvidaba a sus amigos que vivían allí.

IV. La conversación que Jesús tuvo con sus discípulos a raíz de esto (vv. 7–16). Dos temas hallamos en esta conversación: el peligro en que Jesús mismo se hallaba, y la muerte de Lázaro.

1. El peligro que Él mismo corría al dirigirse a Judea (vv. 7–10).

(A) Dice a sus discípulos: *«Vamos a Judea otra vez»* (v. 7). Estas palabras pueden considerarse: (a) Como una indicación del propósito de hacer un gran favor a sus amigos de Betania. Cuando supo que se hallaban deprimidas Marta y María por la muerte de su hermano, dice: *«Vamos ya a Judea otra vez»*. Cristo es puntual a favor de los suyos cuando ha llegado la hora precisa en que Él ha decidido intervenir; y, de ordinario, el peor momento para nosotros es su momento. Así que, cuando nos hallemos en lo profundo de nuestra aflicción, no nos dejemos arrastrar hasta lo profundo de la desesperación, al saber que la extrema necesidad del hombre es la suprema oportunidad de Dios. (b) Como una prueba para ver si la valentía de sus discípulos era suficiente para animarles a acompañarle en el viaje a Judea, donde tan mal lo habían pasado. Notemos que Cristo nunca deja solos a los suyos en ningún peligro, sino que siempre les acompaña.

(B) La objeción que ellos presentaron a este viaje: *«Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte, ¿y otra vez vas allá?»* (v. 8). Le traen así a la memoria el peligro en que se había encontrado tan recientemente. Por aquí vemos que los discípulos de Cristo tienden a ver los peligros con más negros colores que su propio Maestro. El recuerdo del susto reciente no se les había borrado de la mente. Por eso se sorprenden de que resuelva *ir a Judea otra vez,* y es como si le dijeran: «¿Vas a favorecer ahora con tu presencia a quienes acaban de expulsarte de su región? ¿Vas otra vez adonde tan mal te han tratado?» Si Jesús hubiese estado inclinado a escapar del sufrimiento, no habría permitido que fuesen sus amigos los que le persuadieran a ello. Al mismo tiempo, ellos parecían desconfiar del poder de su Maestro, como si no pudiera escapar ahora y protegerles a ellos, de sus enemigos, de la misma forma que lo había hecho en anteriores ocasiones. Se ve que abrigaban un secreto temor de que iban a sufrir ellos mismos, si el Maestro estaba en peligro.

(C) Respuesta de Cristo a esta objeción: *«¿No son doce las horas del día?»* (v. 9). Aunque las horas de luz varíen según las estaciones del año, Jesús usa aquí el cómputo corriente entre los judíos, que dividía el día en doce horas de luz y otras doce de oscuridad, y viene a decir a sus discípulos: «Mientras dura el día, es tiempo de trabajar» (comp. con 9:4–5). La providencia de Dios nos ofrece la luz del día para trabajar. La vida del hombre es como un *día* (comp. con Job 14:2). Este día se divide en distintas

horas, edades, estados y oportunidades. La consideración de esto debería hacernos, no sólo *muy diligentes* para llevar a cabo el trabajo que Dios nos ha asignado para esta vida, sino también *muy preparados* para los peligros de la vida. Pero no perdamos de vista que Dios alargará nuestro día hasta que hayamos consumado nuestra obra. Como decía Ryle, «somos inmortales mientras no hayamos terminado el trabajo que Dios nos ha encomendado». Esto nos muestra el consuelo y la satisfacción de que puede disfrutar un hijo de Dios mientras se mantiene en el camino del deber: *«El que anda de día no tropieza»*. No está perplejo en su mente, sino que, al andar recto, anda seguro. Así como el que anda a la luz del día, no tropieza, sino que marcha seguro y alegre por su camino, *«porque ve la luz de este mundo»* y, con ella, ve la ruta que está delante de él, así también el creyente, apoyado en la Palabra de Dios como en su luz y norma de vida (Sal. 119:105), y al tener como meta y objetivo la gloria de Dios en todo (1 Co. 10:31), marcha seguro con estas dos grandes luces; está equipado con un fiel guía en todas sus dudas y con un poderoso guardián en todos sus peligros. Cristo siempre caminaba *de día* a dondequiera que iba, y así hemos de hacerlo nosotros si somos sus fieles seguidores. Jesús muestra igualmente el peligro al que se expone todo el que no se atiene a esta norma: *«Pero el que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él»* (v. 10). Quien camina por la ruta de su propio corazón y conforme a la corriente de este mundo, cae en toda clase de lazos y peligros. Tropieza *porque no hay luz en él,* pues la luz espiritual es para nuestras acciones morales lo que la luz natural es para nuestras acciones naturales (comp. con 1 Jn. 1:5 y ss.).

2. La muerte de Lázaro (vv. 11–16).

(A) La noticia que gradualmente da Jesús a sus discípulos acerca de la muerte de Lázaro: *«Nuestro amigo Lázaro se ha quedado dormido»* (v. 11. Lit. *se ha dormido).* Vemos aquí cómo llama Cristo a los creyentes y a la muerte de los creyentes. Al creyente le llama «amigo»: *«Nuestro amigo Lázaro»*. Y da a entender claramente que los que El tiene por amigos, han de ser tenidos por tales de parte de quien profese ser creyente. Por eso habla de Lázaro como de un amigo «común a él y a ellos»: *«Nuestro amigo»*. Por aquí vemos también que ni aun la muerte tiene poder para romper los lazos de la amistad entre Cristo y el creyente. Lázaro está ahora muerto y, sin embargo, Jesús le llama «nuestro amigo». Por otra parte, Jesús llama a la muerte de un creyente «dormición»; *«duerme»*. Buena cosa es llamar a la muerte con epítetos que sirvan para hacérnosla más *familiar* y menos *formidable,* menos temible. Ante la fe firme y la esperanza segura de resucitar para una vida eterna y bienaventurada, ¿por qué no había de resultarnos tan fácil dejar el cuerpo y morir, como nos lo es quitarnos las ropas para dormir? Cuando un cristiano se muere, no hace otra cosa que ponerse a dormir para descansar del trabajo del día anterior (comp. con Ap. 14:13), y recobrar fuerzas para la mañana siguiente. Pero Jesús no va a dejar que Lázaro duerma por demasiado tiempo así que añade: *«pero voy a despertarle»* (v. 11). Hace poco había dicho: *«Nuestro amigo duerme»;* pero enseguida añade: «*Voy a despertarle»*. Cuando Cristo dice de alguna manera a los suyos cuán grave es el caso, de inmediato se apresura a decirles también cuán pronto puede Él remediarlo. Al oír esto de labios del Señor, los discípulos cobrarían ánimo, al ver que el objetivo que Jesús tenía al ir a Judea era ofrecer su poderosa ayuda a una familia a la que todos ellos estaban tan obligados.

(B) Los discípulos no entendieron el modo de hablar del Señor (vv. 12–13), y le dijeron: *«Señor, si está dormido, sanará»* (v. 12). Con esto daban a entender: (a) Su interés por Lázaro. Esperaban que se recuperaría de la enfermedad, porque al oír que estaba durmiendo, pensaban que había pasado ya lo peor de la enfermedad pues el sueño es, con frecuencia, una buena medicina de la misma naturaleza orgánica. Esto es cierto de la muerte del creyente, pues se encuentra *muchísimo mejor* (v. Fil. 1:23). (b) Un gran respiro para ellos mismos. Si Lázaro se estaba recuperando de la enfermedad, no había necesidad de que Cristo marchase a Judea a exponerse a Sí mismo, y a ellos, al peligro. Así es como también nosotros estamos inclinados a esperar que una buena obra que Dios nos ha encargado, se hará por sí misma, sin que tengamos que pasar por la fatiga o el peligro que tal obra comporta.

(C) Jesús rectifica esta equivocación de los discípulos: *«Pero Jesús se había referido a la muerte de Lázaro»* (v. 13). ¡Cuán duros de mollera estaban todavía los discípulos de Cristo! Y eso, a pesar de que, incluso en el Antiguo Testamento, se llama con frecuencia «sueño» a la muerte. Deberían haber entendido a Jesús cuando les hablaba en el lenguaje de las Escrituras. Por difícil que nos parezca una cosa, cuando Cristo se dispone a poner allí su mano hemos de estar seguros de que se trata de algo grande, inusitado, extraordinario, *digno de Él.* Notemos con qué cuidado corrige el evangelista el error de los discípulos, al decir: *«Pero Jesús se había referido a la muerte de Lázaro»*. ¡Cómo lo recordaría Juan, al ser él mismo uno de los que habían entendido a Jesús equivocadamente!

(D) Cristo les dice ahora lisa y llanamente, sin metáforas, el hecho de la muerte de Lázaro y su resolución de marchar a Betania: *«Entonces Jesús les dijo abiertamente: Lázaro ha muerto»* (v. 14). Y les declara ahora el motivo por el que había demorado por tanto tiempo el viaje: «Y *me alegro por vosotros de no haber estado allí»* (v. 15). Así tendrían ellos una oportunidad para robustecer su fe *(«para que creáis»)*, como fue el caso de los que, al ver a Jesús resucitar a Lázaro, *«creyeron en Él»* (v. 45). Decide, pues, ir a Betania y llevar consigo a sus discípulos: *«vayamos hasta él»* (v. 15b). La muerte no puede separarnos del amor de Cristo (Ro. 8:38), porque no puede alejarnos de su potente voz cuando nos llame. Quizás alguno de los que habían dicho, al oír que Lázaro dormía, «ya no hay por qué ir», diría ahora, al oír que había muerto, «ya no hay para qué ir».

(E) A continuación, se nos da una pincelada maestra del carácter variopinto de Tomás: valiente y al mismo tiempo, depresivo y difícil de persuadir acerca del lado rosa de los acontecimientos. *«Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo»* (v. 16). La palabra «Tomás» en arameo es equivalente a «Dídimo» en griego, y ambas significan «gemelo» o «mellizo». Probablemente lo era, aunque nada se nos diga de su gemelo hermano o hermana. Dijo Tomás *«a sus condiscípulos: Vamos también nosotros, para que muramos con Él»*.

(a) Al tener en cuenta la cobardía de los discípulos, como se mostró en el arresto de Jesús en Getsemaní hay autores que opinan que *«con él»* significa «con Lázaro». Sin embargo, esta opinión es insostenible por las siguientes razones: *Primera*, era una necedad querer morir con Lázaro, máxime cuando Jesús se dirigía precisamente a resucitarle. *Segunda*, la cobardía de los discípulos ante el peligro, como se mostró después, no era obstáculo para que su resolución a morir con Cristo fuera sincera, como hay que suponerla en 13:37, compárese con Mateo 26:35. *Tercera*, si el *«vamos también nosotros»* de Tomás corresponde al *«vamos»* de Jesús (v. 15), es obvio que el *«muramos con Él»* quiere decir: *«con Jesús»*, al pensar todavía en el peligro que habían expresado antes (v. 8), para Jesús, si volvía de nuevo a Judea.

(b) Basados, pues, en la única interpretación correcta de la frase de Tomás, en el sentido de «morir con Cristo», vemos que él viene a decir: «¡No hay más remedio! Si Él (Jesús) se empeña en correr el peligro de muerte, vayamos con Él y corramos el mismo peligro del que nos dijo: "¡Sígueme!" Eso es lo que exige la obediencia que le debemos y el afecto que le profesamos». Tomás conocía bien la perversidad de los enemigos de Jesús, y no se le antojaba improbable que le diesen muerte en esta ocasión. Por otra parte, mostraba el amor que profesaba al Maestro, al estar dispuesto a morir con Él. Y no sólo estaba él dispuesto a morir por Cristo, sino que alentaba a los demás condiscípulos a tener la misma resolución: *«Vamos también nosotros»*. Como si dijese: «¿Cómo vamos a consentir quedarnos sin nuestro Maestro y sobrevivirle?» Así es como, en momentos de extrema dificultad, los genuinos creyentes deberían animarse unos a otros. Es digna de copiarse la reflexión de Ryle sobre este pasaje: «Observemos cuán diferentes en carácter son entre sí los discípulos de Cristo. Pedro, por ejemplo se adelantaba siempre lleno de celo y confianza, al contrario precisamente que Tomás el desconfiado. Sin embargo, ambos tenían la gracia de Dios y eran favorecidos con el amor de Cristo. No debemos, pues, incomodarnos de que los creyentes sean diferentes entre sí en detalles de carácter personal, sino soportar las diferencias, cuando se tiene en común lo que es fundamental».

Versículos 17–32

al haber Cristo resuelto ir a Betania, y sus discípulos con Él se ponen en camino hacia el lugar, del que se hallarían a una distancia de treinta y cinco o cuarenta kilómetros; lo cual se llevaría un día de viaje; sumado al día en que Jesús recibió el recado de la enfermedad de Lázaro y a los *dos días más* (v. 6) que Cristo demoró el viaje, era ya el *cuarto* día desde que Lázaro había muerto (vv. 17 y 39). Llegan, pues, a Betania, que *«estaba cerca de Jerusalén* (nótese el detalle), *como a quince estadios»* (v. 18), es decir, a tres kilómetros de la capital.

I. En qué situación encontró Jesús a sus amigos allí. Siempre que nos separamos de nuestros amigos, no sabemos qué cambios habrán ocurrido cuando los volvamos a ver.

1. Halló a su amigo Lázaro *en el sepulcro: «Vino, pues, Jesús y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro»* (v. 17). Las bendiciones prometidas, aunque siempre vienen con seguridad, no siempre vienen con celeridad.

2. Halló a los amigos sobrevivientes *sumidos en hondo pesar: «Y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María para consolarlas por su hermano»* (v. 19). De ordinario, donde hay muerte hay duelo. Aquí estaba la casa de Marta, una casa donde había temor de Dios, una casa favorecida por las bendiciones de Dios y por las visitas de Jesús, y, sin embargo, era *«una casa en duelo»* (Ec. 7:2). La gracia ahuyenta el duelo del corazón (14:1), pero no de la casa. Con todo, donde hay quienes están de duelo, puede haber quienes den consuelo, y es nuestro deber hacia los que lloran acompañarles en el duelo y prestarles consuelo (Ro. 12:15). Estos amigos habían llegado para consolarlas *por su hermano,* como es costumbre en los países orientales y aun entre algunos de los occidentales. Esto no significa que fuesen creyentes o amigos de Jesús. Muchos, o casi todos, vendrían por rutina, aunque algunos de ellos creyeron después (v. 45). El hecho de que vinieran a compartir el duelo de las hermanas es una prueba más de que Lázaro estaba realmente muerto, como hace notar Lightfoot. La cantidad de visitantes nos da también a entender la distinción social de esta familia. Fue una providencia especial el que viniese tanta gente en esta ocasión, para que tuvieran la oportunidad de presenciar un milagro tan portentoso y ser así testigos de excepción de lo ocurrido.

II. La conversación que mantuvo Jesús con las hermanas de Lázaro. Cuando Cristo se ha ausentado, es cuando más se echa en falta su presencia y mejor se valora su persona.

1. El diálogo de Cristo con Marta.

(A) Se nos dice que *«Marta, cuando oyó que Jesús venía, salió a su encuentro»* (v. 20). A la vista de todas las porciones que nos hablan de estas dos hermanas, se percibe claramente que Marta era activa y extravertida, al estilo de Pedro, mientras que María era introvertida y contemplativa, al estilo de Juan. Así, tan pronto como Marta se enteró de que Cristo venía, salió a su encuentro sin esperar a que el Señor llegara, *«mientras María se quedaba sentada en casa»*. Hay quienes opinan que Marta, más atenta a lo que ocurría en su derredor, se enteró de la noticia antes que su hermana, y por eso salió antes a recibir al Señor. Otros piensan que María estaba más abrumada por la muerte de su hermano que Marta, y por eso estaba sentada en casa, que es la actitud de los que hacen duelo (comp. con Job 2:13). Pero la única razón válida es la que hemos expuesto al describir compendiosamente el temperamento de la una y de la otra. Y, aun cuando, en otra ocasión, el talante contemplativo de María le valió llevarse *la mejor parte* de la visita de Jesús (v. Lc. 10:38 y ss.), en el episodio que comentamos fue Marta la que se llevó la mejor parte, precisamente por su temperamento impulsivo. Esto muestra que, entre los sinceros creyentes, puede haber temperamentos muy diferentes y hemos de tenerlo en cuenta para aprender a *«soportarnos con paciencia los unos a los otros en amor»* (Ef. 4:2), pues para *todos* es *«la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios el Padre y la comunión del Espíritu Santo»* (2 Co. 13:13). Si todos los instrumentos de una orquesta tocasen la misma melodía, no habría concierto (comp. con 1 Co. 12:12–27). Y así como en el episodio de Lucas 10:38 y ss., Marta fue víctima de su propio temperamento, así lo fue aquí María del suyo, con lo que se nos muestra cuán avisados hemos de andar del lado flaco por el que nos ataca el enemigo, quien precisamente por eso, *da vueltas* para ver por dónde nos puede entrar (v. 1 P. 5:8).

(B) A continuación se nos refiere el diálogo mismo de Jesús con Marta.

(a) Sin otro saludo por delante, Marta se apresura a decir a Jesús: *«Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto»* (v. 21). Parece como si se quejase de la demora de Jesús en venir. Aquí vemos, por una parte, una evidencia de la fe de Marta, pues creía firmemente en el poder de Jesús para preservar de la muerte a su hermano. También estaba segura del afecto y de la compasión del Señor, y sabía que si Él hubiese visto a Lázaro en el extremo de su enfermedad, habría hecho que se recuperase prontamente de ella. Pero, por otra parte, la fe de Marta estaba mezclada con algo de incredulidad. Su fe era genuina, pero era pequeña, débil como una caña cascada (v. Is. 42:3), ya que ponía límites al poder de Cristo al decir: *«si hubieses estado aquí»,* como si el Señor no pudiese curar a distancia. A pesar de estas frases, quizá dichas con demasiada precipitación, Marta parece corregirse a sí misma y añade: *«Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará»* (v. 22). Por fin, parece querellarse ahora contra sí misma tras haberse querellado implícitamente de la demora del Maestro al dar a entender que había llegado demasiado tarde. Ahora muestra: *Primero, la fortaleza de su esperanza,* pues se limita a exponer a Jesús el caso con humildad y confianza. Cuando no estamos seguros de cómo y qué hemos de pedir al Señor, dejemos que el Espíritu Santo pida en nosotros conforme a la voluntad de Dios (v. Ro. 8:26–27). *Segundo, la debilidad de su fe,* pues dice a Jesús: *«Sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo*

dará», cuando debería haberle dicho: «sé que puedes hacer todo cuanto quieras». Es cierto que la intercesión de Jesús siempre prevalece, pero también es cierto que su poder siempre predomina.

(b) La palabra de consuelo que Jesús dio a Marta: *«Jesús le dijo: Tu hermano resucitará»* (v. 23). Marta, en su querella, miraba hacia el pasado. En casos similares, estamos inclinados a incrementar nuestra tristeza mediante la imaginación de lo que *podría haber sido …* Pero Cristo instruye a Marta, y a nosotros, a mirar hacia el futuro y pensar, no en lo que *pudo haber sido,* sino en lo que *será.* Por eso le dice: *«Tu hermano resucitará»*. Esto era cierto con respecto a Lázaro, en aquella ocasión, de una manera peculiar, pues iba a ser resucitado de inmediato, aun cuando para volver a morir algún tiempo después. Pero es aplicable a todos los creyentes, y en un sentido más elevado, pues resucitarán para no volver a morir jamás (6:51, 58; 8:51). Junto al lecho de su esposa difunta, lloraba de rodillas su apesadumbrado esposo. Ambos eran creyentes. El médico de la casa, que también era cristiano, puso su mano sobre la cabeza del hombre y se limitó a decirle: «No se aflija demasiado. Volverá a verla». Esto mismo es lo que Jesús dice tácitamente a todo creyente, cuando la muerte se cierne sobre una familia cristiana: «No llores; volverás a ver a tu marido, a tu esposa, a tu hijo, a tu hija, etc.».

(c) La fe con que mezcló Marta la palabra de Cristo (v. He. 4:2), y la parte de incredulidad que quedaba todavía mezclada con su fe: *«Marta le dijo: Ya sé que resucitará en la resurrección, en el último día»* (v. 24). Da por palabra fiel que habrá resurrección en el último día, pero parece que esto le da poco consuelo en el momento presente (nótese, sin embargo, que ese *«ya»* no se halla, en ningún MSS, en el original. Nota del traductor). Lo cierto es que Marta presta así poco aprecio a las palabras de Jesús. A causa de nuestro descontento bajo las cruces que nos agobian, también nosotros subestimamos nuestras futuras esperanzas.

(d) La instrucción ulterior y el mayor ánimo que Jesús da a Marta diciéndole: «*Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá*» (v. 25). Aquí tenemos el quinto «YO SOY» de Jesús en *Juan,* de los que van seguidos de algún predicado, aparte de los que aparecen sueltos, como en 8:24, 58. Los otros seis son: 6:35; 8:12; 10:9; 10:11; 14:6 y 15:5. Como hace notar Hendriksen, «sujeto y predicado son intercambiables». En efecto lo mismo se puede decir que *«Jesús es la vida»* y que *«La vida es Jesús en persona»* (comp. 1:3–4 con 8:12; 16:4), con lo que se nos da a entender la deidad de Jesús, en la que las perfecciones divinas se identifican con la esencia, lo cual no sucede en nosotros; de nosotros se puede decir que *estamos vivos,* pero no que *somos la vida,* puesto que sólo Dios posee, como en su raíz y fuente, la vida inmortal (v. 1 Ti. 6:16). En esta instrucción de Jesús a Marta vemos:

Primero, el poder soberano de Cristo. Marta creía que Jesús, por medio de su intercesión eficaz, podía obtener de Dios cuanto le pidiera, pero Jesús quiere hacerle saber que con sola su palabra, puede hacer cuanto quiera, ya que, al ser *el autor de la vida* (Hch. 3:15), puede restaurarla mediante la resurrección. Es un consuelo inefable para todos los creyentes saber que el Señor Jesucristo es la resurrección y la vida, y lo será para cada uno de ellos.

Segundo, la gran promesa para todo creyente: *«El que cree en mí* (nótese el presente, que indica una fe viva), *aunque haya muerto* (físicamente ha de entenderse, pues sólo cabe este sentido), *vivirá»* (v. 25); es decir, volverá a la vida. Percatémonos de que Jesús se está dirigiendo a Marta, y es como si le dijera: «El que es creyente, aunque su cuerpo se halle en la tumba, como se halla el de tu hermano, puede volver a la vida en virtud del poder que yo tengo para resucitarle». Y, a continuación, Jesús se refiere a todo creyente que vive todavía en este mundo, y añade: «Y *todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente»* (v. 26). Nótese que en el versículo anterior, la muerte física precede a la vida eterna, la vida de la resurrección; en el versículo presente, la vida presente precede a la muerte provisional que ha de desembocar en la vida eterna. Por otra parte, en el versículo anterior, el creer va delante del vivir, mientras que en el versículo actual, el vivir va delante del creer aun cuando (sin negar que se está refiriendo a la vida presente) es muy probable, como advierte Hendriksen, que se trate de una endíadis (del griego *hen dia dis* = una misma cosa mediante dos palabras) y que el Señor quiera decir: *«todo aquel que vive por fe en mí» no verá la muerte eterna* (comp. con Ap. 20:6). Efectivamente el que cree de veras, *«ha pasado de muerte a vida»* (5:24; 1 Jn. 3:14). La actual mortalidad de nuestro cuerpo será un día sorbida por la vida victoriosamente (v. 1 Co. 15:54–55), mientras que la vida física sin fe será sorbida por la muerte miserablemente (v. Ap. 20:10; 21:8).

(e) Tras esta solemne declaración, Jesús pregunta a Marta: *«¿Crees esto?»* (v. 26b). A lo que Marta responde con una confesión clara, firme y valiente de su fe en el Señor: *«Sí, Señor, yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios* (comp. con Mt. 16:16), *que has venido al mundo»* (v. 27. Lit. *«el que viene*

al mundo»). En esta declaración, vemos que la palabra de Cristo sirve de guía a la fe de Marta, pues da inmediatamente por seguro lo que Cristo acaba de decir: «Sí, *Señor*». Podemos decir que la fe es como un eco de la revelación divina, pues devuelve con exactitud las palabras que se le envían. También vemos que la autoridad de Cristo es la base de la fe de Marta. Como soporte de toda la estructura de sus creencias, Marta ve en la persona de Cristo la base de su fe: «*Yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios*». Es de notar que, aunque el griego (como otros idiomas) no exige el uso de los pronombres personales, tanto el «yo» como el *«tú»* del versículo 27 aparecen enfáticos en el original. Vemos, pues, que Marta creía y confesaba que Jesús era el Mesías y el Hijo de Dios y, con estos supuestos, no le resultaba difícil admitir que Cristo es *«la resurrección y la vida»* (v. 25). Así como, por ser la fuente de la luz y de la verdad, hay garantía de que sus palabras son fieles y verdaderas, así también, por ser la fuente de la vida feliz, podemos depender confiadamente de su poder divino.

3. El diálogo de Cristo con María, la otra hermana de Lázaro.

(A) La noticia que Marta comunicó a su hermana acerca de la llegada de Cristo: *«Habiendo dicho esto, fue y llamó a María su hermana»* (v. 28). En otra ocasión, Marta quería retirar de Cristo a María, para que viniese a ayudarla en sus *«muchos quehaceres»* (Lc. 10:40); pero ahora, pone toda diligencia en atraerla hacia Cristo. Le comunicó la noticia *«en secreto»*. «Podemos imaginárnosla—dice Hendriksen—corriendo a casa y susurrándole a su hermana al oído. ¿Por qué se lo dijo "en secreto"? ¿Fue porque no quería que los judíos (hostiles, en general, a Jesús) se enteraran de la cercanía de Jesús? ¿O, quizá, porque, de no ser así, se habría entablado alguna disputa entre los judíos y Jesús, y ella deseaba que también María tuviese una oportunidad de conversar con el Maestro en privado? Es probable.» Lo cierto es que Marta fue a comunicar a su hermana la llegada de Jesús por orden del propio Maestro: *«El Maestro está aquí y te llama»* (v. 28b). Se nota en las palabras de Marta una nota de triunfo: *«El Maestro está aquí»*. ¡Ha llegado Jesús! ¡Ha llegado el tan deseado y tan esperado! Éste era el mejor refrigerio en medio de esta aflicción: «*Y te llama*». ¡De seguro que no hay otra invitación que presagie mejores bendiciones! Siempre que Jesucristo viene a nosotros, *nos llama.* Y nos llama por nuestro propio nombre, personalmente. Si Él te llama, Él te sanará, Él te confortará Él te consolará.

(B) La prisa con que acudió María a la llamada de Cristo: *«Ella, en cuanto lo oyó, se levantó de prisa y vino a Él»* (v. 29). El griego dice literalmente *«venía»;* el pretérito imperfecto es aquí muy gráfico, pues describe la continua, aunque rápida, marcha de María hacia Jesús. Podríamos preguntar por qué se había detenido Jesús allí (v. 30), en vez de llegarse a la casa de Betania. Una de las razones que los comentaristas aducen es que, de esta forma, tenía mejor oportunidad de conversar en privado con las hermanas de Lázaro. Es, sin embargo, más probable, como apunta Hendriksen, que Cristo se detuviese cerca de la tumba de Lázaro, que era un lugar de duelo más adecuado que la casa, en la que se hallaban los que hacían el duelo de rutina. Aunque el Señor está siempre cerca de quienes le buscan, una llamada suya para una mayor cercanía de comunión es siempre una especial bendición. Por eso, la menor insinuación de una llamada similar es suficiente para una fe viva siempre presta a vislumbrar una alusión y a responder al primer toque en la puerta del corazón. María no dijo palabra a los judíos que la consolaban en casa, sino que los dejó en seguida para llegarse a Jesús. Y le halló *«en el lugar donde Marta había salido a recibirle»* (v. 30). En aquel lugar permanecía Cristo, presto a llevar a cabo su obra. Y en aquel lugar le halló María, presta a beneficiarse de la presencia del Maestro.

(C) Vemos a continuación los equivocados pensamientos de los judíos que estaban en la casa: *«Entonces los judíos que estaban en casa con ella y la consolaban, al ver que María se había levantado de prisa y había salido, la siguieron, diciendo: Va al sepulcro a llorar allí»* (v. 31). Notemos, de paso, que Marta era más entera de ánimo que su hermana para soportar las aflicciones. María era de corazón más tierno y, por ello, de espíritu más pesaroso; como ya dijimos, los temperamentos de estas hermanas eran muy distintos. Los judíos que se hallaban en la casa con María, al verla salir tan deprisa, al conocerla, sacaron en consecuencia que se iba al sepulcro para llorar allí a sus anchas. Por aquí vemos: (a) Cuán necias son las suposiciones de los falsos consoladores, ya que, faltos de verdadera compasión, sólo se imaginan cosas que, en lugar de ayudar a conformarse con la voluntad de Dios, sirven más bien para incrementar el dolor y pintar de colores más repugnantes las cosas que ya los tienen feos de suyo. (b) Cuál es el deber de los que tratan de ayudar y cuál es la prudencia de los verdaderos consoladores: hacer que los que están afligidos levanten los ojos al Cielo y se distraigan del dolor presente. De todos modos, esos judíos que siguieron a María, al pensar que iba al sepulcro a llorar, fueron conducidos de este modo a Cristo y llegaron a ser testigos de primera mano de uno de los más gloriosos milagros del Señor. Por aquí

podemos entender el buen resultado que se obtiene de acompañar en sus aflicciones a los amigos de Cristo, porque de este modo podemos llegar a conocer mejor al Señor mismo.

(D) Las palabras de María a Jesús, tan pronto como llegó al lugar en que Él estaba: *«María, cuando llegó a donde estaba Jesús, al verle, se arrojó a sus pies, diciéndole: Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano»* (v. 32). Son exactamente las mismas palabras que su hermana había dicho al Señor, pero no se nos dice de Marta (aunque tampoco se niega) que se arrojase a los pies de Jesús. Es cierto que Marta dominaba sus emociones mejor que su hermana y, además, era María quien se había sentado *a los pies de Jesús para oír su palabra* (Lc. 10:39), y la hallamos aquí en la misma postura. Quienes, en días tranquilos, se ponen a los pies de Jesús para recibir sus instrucciones, hallarán también a sus pies el consuelo y la bendición que se necesitan en los días adversos. Aunque María no hizo (no tuvo la ocasión de hacer) la brillante confesión de Marta (v. 27), también es cierto como nota Hendriksen, que no añadió las frases de Marta en el versículo 22 (ni la insinuación de incredulidad del versículo 39. Nota del traductor), con lo que la puntuación respectiva de cada hermana alcanza cierto equilibrio. Ambas hermanas dirigen a Jesús la misma implícita querella: *«Si hubieses estado aquí …».* Vemos, pues, que María habló menos que Marta, pero lloró más que ella; y las lágrimas de piedad y afecto tienen su voz peculiar para los oídos y el corazón de Cristo, pues no hay oratoria tan eficaz como la de las lágrimas.

Versículos 33–44

I. En esta porción, vemos primero la actitud compasiva (comp. con He. 4:15) de Jesús hacia sus amigos de Betania. Esta actitud se manifiesta de tres maneras:

1. Mediante sus gemidos y su conmoción interior: «*Jesús entonces, al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció interiormente* (lit. *en el espíritu) y se conmo*vió» (v. 33). El verbo que traducimos por *«se estremeció»* puede tener varios sentidos. Hay comentaristas que lo entienden en sentido de que «se indignó», ya fuese por el llanto hipócrita de algunos de los que se lamentaban, ya fuese por ver en la tumba de Lázaro un efecto del primer pecado. Sin embargo, el único sentido posible, a la vista de todo el contexto, es que *se conmovió interiormente* y mostró esta conmoción interior con notorio *estremecimiento exterior,* en reacción de simpatía con los que lloraban junto a Él; fue este llanto de los otros el que provocó en Él este estremecimiento que se rompió en lágrimas (v. 35). No ha de olvidarse que el Señor Jesús poseía una naturaleza humana perfecta y, precisamente por ser exenta de pecado, más sensible al dolor ajeno que la nuestra. Aquí tenemos como una representación de las aflicciones de los hijos de los hombres. ¡Qué bien corresponde esta escena a la conocida frase «valle de lágrimas», con la que se denomina a este mundo! Pablo nos exhorta a *«llorar con los que lloran»* (Ro. 12:15). Quienes aprecian de veras a sus amigos deben compartir con ellos penas y alegrías, porque, ¿para qué es la amistad, sino para la mutua comunicación de ideas y sentimientos? La gracia de Dios hacia nosotros se muestra de modo soberano en su compasión hacia los que se encuentran en aflicción: *«En toda angustia de ellos Él fue también angustiado»* (Is. 63:9). Un detalle digno de notarse es la forma gramatical en que aparece en el original la frase *«se conmo*vió», pues significa literalmente: *«se turbó a sí mismo»,* donde se nos da a entender que Jesús era dueño perfecto de sus emociones, aunque sus reacciones emocionales justas no dejasen por eso de ser espontáneas.

2. En señal de su sincera condolencia con los que se dolían, Jesús pregunta: *«¿Dónde le habéis puesto?»* (v. 34). Podemos suponer que, quien al estar ausente, supo por sí mismo que Lázaro había muerto, sabría también dónde habían puesto su cadáver; pero el hecho de que Cristo, al poseer dos naturalezas perfectas y perfectamente distintas, dispusiese también de dos fuentes distintas de información, nos hace pensar que ahora quiere echar mano de la fuente de información que le era común con nosotros y pregunta con el sincero deseo de saber por ellos en qué tumba habían colocado al difunto. Con esta pregunta, Jesús tendía quizás a aliviar algún tanto la tensión emocional de los presentes distrayéndoles de sus sombríos pensamientos. Ryle hace notar agudamente que, mediante esta pregunta, Jesús demostraba que no cabía fraude en el milagro que iba a llevar a cabo, pues no era posible la impostura de sustituir un muerto por un vivo.

3. En tercer lugar, la actitud tiernamente compasiva de Jesús se mostró en sus lágrimas. Los que le rodeaban, le dijeron: *«Ven y ve»* (comp. con 1:38). Y, al llegar junto a la tumba, se nos dice:

(A) Que *«Jesús lloró»* (v. 35). El verbo significa «derramar lágrimas» en silencio, y es diferente del usado no menos de 40 veces en el Nuevo Testamento (entre ellas, en el v. 31, y dos veces en el v. 33) para «llorar», y que significa «llorar sonoramente». Es la única vez que el verbo usado en el versículo 35 ocurre en todo el Nuevo Testamento. Es también éste el versículo más corto del Nuevo Testamento, pero ¡qué profundidad en esas dos palabras! Dos veces lloró el Señor Jesús por otros (Lc. 19:41 y aquí), y una vez (en Getsemaní; v. He. 5:7) por sí mismo. En todas ellas, dio una prueba elocuente de ser hombre perfecto y de que el llanto no es algo indigno de un hombre (como suponían los filósofos estoicos). Su llanto era humano en los dos sentidos de la palabra: humano, por ser hombre como nosotros, aunque sin pecado y humano en sentido de benigno y compasivo. Como estaba profetizado de Él, era *«varón de dolores y experimentado en quebranto»* (Is. 53:3). No se nos dice en los evangelios que Cristo se riera una sola vez, pero sí que lloró en tres ocasiones. Las lágrimas de compasión son, pues, dignas de un cristiano, ya que nos hacen asemejarnos más a Cristo.

(B) Que las lágrimas de Jesús suscitaron diversas reacciones en quienes asistían al acto. (a) Algunos lo echaron a buena parte, pues decían: *«Mirad cómo le amaba»* (Jesús a Lázaro), según vemos en el versículo 36. Parecían asombrados de que Jesús mostrara tanto afecto a uno que no era pariente suyo. Pero la misma Escritura nos dice que *«hay amigo más unido que un hermano»* (Pr. 18:24). Es, pues, también muy apropiado que los creyentes, al seguir el ejemplo de Cristo, mostremos afecto hacia nuestros amigos, tanto vivos como difuntos. Aun cuando nuestras lágrimas de nada les sirvan a los muertos, son como bálsamo para su recuerdo. Si por unas lágrimas que derramó junto a la tumba de Lázaro, decían: *«Mirad cómo le amaba»,* con cuanto mayor razón hemos de decir nosotros: *«Mirad cómo nos amó»,* hasta el punto de dar la vida por cada uno de nosotros. (b) Pero otros hicieron un maligno comentario, al decir: *«¿No podía éste, que abrió los ojos del ciego, haber hecho también que éste* (lit.) *no muriera?»* (v. 37). Razonaban de la manera siguiente: «Si hubiese podido impedir que Lázaro muriera, lo habría hecho; como no lo hizo, parece claro que no pudo. En realidad, esto nos hace sospechar que lo de la curación del ciego fue una impostura». Pero Cristo no tardó en convencer y avergonzar a estos murmuradores, pues resucitó a Lázaro, lo cual fue mayor milagro que el haber impedido que muriera. Y, si quiso y pudo resucitar a un muerto, con mayor evidencia (aunque con la misma facilidad) pudo curar a un ciego de nacimiento.

II. Llegada de Cristo al sepulcro de Lázaro.

1. Aquí repite Jesús sus gemidos: *«Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro»* (v. 38). La expresión es similar a la del versículo 33b, con la diferencia (en el original) de que, en el versículo 33, el texto dice literalmente: *«se estremeció en el espíritu»,* mientras que en el versículo 38 dice: *«se estremeció en sí mismo».* Por consiguiente, las mismas consideraciones que hicimos en el comentario al versículo 33 tienen aplicación en el versículo 38. El evangelista añade que el sepulcro *«era una cueva, y tenía una piedra puesta encima»,* es decir, tenía la entrada cubierta con una piedra. El sepulcro en que el Señor Jesús fue puesto era semejante a éste. Cuando la gran piedra era rodada para cubrir la tumba, se daba por terminado el funeral.

2. En seguida, Jesús da orden de que retiren la piedra: *«Dijo Jesús: Quitad la piedra»* (v. 39). Con esta orden, quería Jesús que todos los asistentes pudiesen ver el cadáver puesto en la tumba, al mismo tiempo que se le abría la puerta al que había de resucitar y aparecer a la vista de todos con un verdadero cuerpo, no como un fantasma o un producto de la alucinación colectiva. En sentido espiritual, es un buen paso hacia la resurrección de una persona a la vida eterna cuando, por medio de la predicación del Evangelio los ministros de Dios, fieles al llamamiento de Cristo lanzan la Palabra al fondo de la tumba del corazón y preparan el camino para que el Espíritu Santo remueva los prejuicios *quebrantando la piedra* (comp. con Jer. 23:29) y haga surgir a la vida (3:5) al que estaba *muerto en sus delitos y pecados* (Ef. 2:1).

3. Aun entonces, Marta, fijándose más en el cadáver de su hermano que en el poder del Salvador, parece objetar que el cadáver está ya en proceso de descomposición, pues *«hiede ya».* Al llegar aquí, no estará de más hacer dos observaciones: (a) Era opinión corriente entre los orientales que el alma del difunto se quedaba junto al cadáver durante tres días, pero que se marchaba definitivamente de él al cuarto día, con lo que el proceso era de todo punto irreversible. Esto nos hace pensar que, precisamente por eso, Jesús esperó hasta el *cuarto día* después de la muerte de Lázaro, a fin de que no quedase duda alguna de que la resurrección del difunto era de todo punto imposible, a no ser por el poder divino. (b)

Aunque los judíos embalsamaban o «ungían» los cadáveres de sus difuntos su método distaba mucho de la perfección con que los egipcios llevaban a cabo dicha operación; por ello, no ha de extrañarnos que el cadáver de Lázaro, «ya de cuatro días», exhalase el hedor que evidencia el proceso de descomposición. También en esto, Cristo venció a la muerte, puesto que su propio cadáver no experimentó la ordinaria corrupción del sepulcro (v. Hch. 2:24, 31), así como su espíritu no había experimentado la corrupción del pecado. ¡Qué cambio tan profundo y tan rápido se produce en nuestro cuerpo tan pronto como lo abandona el alma! Marta pensó que era demasiado tarde, como si dijese: «Señor, es demasiado tarde. Es imposible que este podrido cadáver vuelva a la vida».

4. Pero Cristo, a quien el hedor del cadáver no había repugnado como le repugna el hedor del pecado, reprende benignamente a Marta por la dosis de incredulidad que todavía le queda a ella. Más aún, le da a entender que el hecho mismo de que el cadáver hieda ya, va a servir para incrementar la gloria del milagro que el poder divino va a obrar: *«Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?»* (v. 40). Nuestro Señor Jesucristo nos ha dado todas las garantías imaginables de que una fe sincera será coronada, a la larga, con una bienaventurada visión. Si tomamos a la letra la palabra de Cristo y nos apoyamos enteramente en su poder y en su fidelidad, veremos la gloria de Dios y seremos inmensamente felices con esa visión. Tenemos necesidad de que se nos refresque la memoria con mucha frecuencia a fin de que las seguras mercedes que el Señor nos ha prometido nos sirvan de ánimo en medio de las dificultades de la vida presente. Estamos inclinados a olvidar las palabras de Cristo, y es preciso que Él nos repita una y otra vez, mediante su Palabra y su Espíritu: *«¿No te he dicho …?* ¿O piensas que me voy a desdecir?» A continuación vemos que, sin atender a las palabras de Marta, los hombres obedecieron la orden de Jesús: *«Quitaron, pues, la piedra de donde había sido puesto el muerto»* (v. 41). Lo único que podían hacer estos hombres era «quitar la piedra». Sólo Cristo podía devolver la vida al cadáver.

III. Jesús lleva a cabo el milagro de resucitar a Lázaro.

1. Primero, se dirige al Padre acompañando las palabras con un gesto muy significativo: «Y *Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído»* (v. 41b). Alzó sus ojos al trono de Dios en los cielos pues, ¿qué otra cosa es la oración, sino la elevación del alma hasta el trono celestial de Dios, para dirigir allá los afectos, los sentimientos y las súplicas de nuestro corazón? *Alzó los ojos* por encima de la tumba de Lázaro y pasó por alto todas las dificultades que, para una vuelta a la vida, suponía la hediondez de un cadáver en proceso de descomposición. Y se dirige al Padre con toda seguridad, dándole gracias por haberle oído, es decir, por haberle concedido el poder de hacer el milagro como si éste se hubiese llevado a cabo ya (comp. con v. 11). De esta forma nos enseñaba Jesús con su propio ejemplo lo que ya había dicho a sus discípulos: *«Por eso, os digo que todo cuanto rogáis y pedís, creed que lo estáis recibiendo, y lo tendréis»* (Mr. 11:24). Como David, podemos decir: *«Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, te la sabes toda»* (Sal. 139:4). No es extraño que *el Padre siempre oyera a Jesús* (v. 42), pues *Jesús siempre hacía lo que le oía al Padre* (v. 5:30; 8:26, 40). La oración es la llave que nos abre los tesoros del poder y de la gracia de Dios. Por eso, Cristo, al estar seguro de que su petición había sido oída, profesa aquí:

(A) Su agradecimiento por esta respuesta anticipada: *«Gracias te doy por haberme oído»*. Celebra la victoria antes de empezar la batalla. Por fe en la promesa de Dios, podemos ver como ya concedida la merced que Dios ha prometido concedernos (comp. con 2 Cr. 20:17), y darle gracias por ella. No hay oración más eficaz que ésta, pues compromete a Dios con sus propias palabras (comp. con Éx. 32:11–14). La gratitud a los favores que recibimos de Dios en respuesta a la oración, no sólo es un deber perentorio, sino también garantía segura de nuevos favores, pues así como Dios no se deja ganar en generosidad, tampoco se deja ganar en fidelidad. Y así como Él responde con su favor antes de que le pidamos, así también debemos darle gracias antes de que nos lo conceda. Y además de valorar el favor en sí, deberíamos tener en cuenta cuán grande es la benignidad y condescendencia de Dios al estar tan presto a responder la oración de quienes somos *«polvo y ceniza»* (v. Gn. 18:27).

(B) Su seguridad por una respuesta tan presta y tan a tiempo: *«Yo sabía que siempre me oyes»*. Saber que el Padre nos oye siempre, ha de animarnos grandemente a orar, y poner nuestras súplicas en sus manos con plena confianza. Nosotros no podemos atrevernos a tanta confianza como Jesús, porque no tenemos con el Padre la *unidad* que Cristo tenía con Él en cuanto Dios, y la *intimidad,* nacida de una obediencia absoluta (4:34) en cuanto hombre; sin embargo, *«ésta es la confianza que tenemos ante Él,*

que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, Él nos oye. Y si sabemos que Él nos oye en cualquier cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho» (1 Jn. 5:14–15).

(C) La razón por la que expresó en voz alta la respuesta del Padre a su petición: *«Pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado»* (v. 42b). De esta forma, Jesús pulverizaba las objeciones de sus enemigos, quienes habían llegado a blasfemar horriblemente del Espíritu Santo, al atribuir a una coalición con el diablo los milagros que Jesús llevaba a cabo mediante el poder del Espíritu de Dios (v. Mt. 12:28; Lc. 11:20). Ahora, para convencerles de lo contrario, se dirige al Padre, por medio de *oración,* no de *encantamiento mágico,* alza los ojos y eleva la voz al Cielo, para mostrar así que dependía por entero de Dios en la realización de sus milagros, y no de cualquier otro poder. Todos los portentos que llevaba a cabo estaban destinados a confirmar su misión divina y a corroborar así la fe de quienes se habían adherido a Él y se habrían de adherir a Él después, en el decurso de los siglos (comp. con 17:18–23): *«para que crean que tú me has enviado»*. Jesús da de su divina misión la prueba más alta y contundente: devolver la vida a un muerto de cuatro días.

2. Después de dirigirse al Padre, Jesús se dirige ahora al propio *amigo difunto: «Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Lázaro, sal fuera!»* (v. 43). El original griego usa expresivamente dos adverbios: *«¡Lázaro, acá, fuera!»* Notemos lo siguiente:

(A) Cristo pudo haber devuelto la vida a Lázaro mediante el ejercicio silencioso de su poder divino, pero quiso hacerlo mediante un llamamiento hecho en voz muy alta. ¿Por qué?

(a) Para dar a entender el poder empleado en el milagro. El alma de Lázaro se hallaba ya, no junto al cadáver, como habrían pensado los judíos si el milagro se hubiese llevado a cabo antes, sino ya en el Hades o (nota del traductor) en manos del Padre de los espíritus (v. Ec. 12:7), puesto que la presciencia divina sabía que la vida de Lázaro no iba a terminar por ahora en el sepulcro (v. 4). En todo caso, el alma de Lázaro estaba ya lejos del cuerpo, por lo que Jesús gritó a gran voz, como se hace para llamar a alguien que está a gran distancia. Cuanto más profundo es el *sueño* de una persona, más fuerte voz se necesita para *despertarla* (v. 11).

(b) Como tipo de otras obras portentosas que el poder de Cristo lleva a cabo. Esta *«gran voz»* es figura, *primero,* de la voz del Evangelio, mediante la cual son levantados a la vida quienes yacen *«muertos por sus delitos y pecados»* (Ef. 2:1); segundo, de otra voz suya, cuando el Señor mismo descienda con «voz *de mando»* (1 Ts. 4:16), *«a la final trompeta»* en el último día, y «los *muertos resuciten incorruptibles»* (1 Co. 15:52). Ningún obstáculo prevalecerá contra el poder de Dios.

(B) Este llamamiento en voz alta fue sumamente conciso y, al mismo tiempo, extremadamente poderoso. Llama al muerto por su propio nombre, para que, como dice Agustín de Hipona, sea él quien vuelva a la vida y no otro, pues la voz de Jesús es tan poderosa—dice él—que si no le hubiese llamado personalmente, todos los muertos se habrían levantado de sus sepulcros. Le dice *«¡sal fuera!»;* no le dice: «¡Resucita!», porque, como dice el Crisóstomo, demostraba así que podían oírle los muertos igual que los vivos. Tampoco le dice: «¡Sal en nombre de mi Padre!», porque quien había orado, como hombre, al Padre obraba ahora en virtud de su propio poder divino. Le llama a que *salga,* para mostrar que, junto con la *vida,* le da el *movimiento,* con el que se muestra claramente la vida de un ser. Esto nos enseña que aquellos a quienes la gracia de Cristo ha hecho *pasar de muerte a vida* (5:24), han de moverse para dar testimonio de lo que Dios ha obrado en ellos y han de poner la mira en las cosas de arriba (Col. 3:1–3), sin volver a la tumba del pecado y de lo mundano (comp. con 2 P. 2:20–22), no sea que, en vez de presentarse como *nacidos de nuevo,* sean, en realidad cadáveres ambulantes como los que *«corren hacia el desenfreno de disolución»* (1 P. 4:4).

(C) El milagro se llevó a cabo:

(a) Con la mayor *rapidez: «Y el que había muerto salió»* (v. 44). ¡Qué majestuosa sencillez en esta breve frase del cronista! Con una velocidad superior a la de la luz la orden fue transmitida al alma y al cuerpo de Lázaro, de forma que se reunieran y, así, vivo de nuevo, pudiese obedecer la orden de salir del sepulcro. El milagro nos es descrito, no por los ocultos y misteriosos cambios efectuados en el muerto, ya que Jesús no intentaba satisfacer la curiosidad, sino por sus efectos visibles con lo que se robustecía la fe y se derrotaba la incredulidad. Si alguien pregunta si Lázaro, una vez resucitado, pudo informar de lo que pasó en él o de lo que vio en el otro mundo, es de suponer que tales fenómenos fuesen para él mismo imposibles de expresar o impedidos de declarar (comp. con 2 Co. 12:4). No nos dejemos llevar de la vana curiosidad, sino contentémonos con lo que está escrito: *«El que había muerto, salió»*.

(b) Con la mayor *perfección.* Lázaro pudo salir del sepulcro con la misma fuerza, con las mismas energías, con que se levantaba de la cama por la mañana cuando se hallaba en la plenitud de su salud juvenil; no sólo volvió a la *vida,* sino a plena *salud.* No salió meramente a efectuar un breve relevo, sino a vivir como cualquier otra persona sana. Tan perfecta era la salud con que salió que se levantó de la tumba, *«atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario»* (v. 44). Volvió a la vida y salió vestido con el mismo traje con que había sido sepultado, para mayor evidencia de que era la misma persona, sin truco alguno por parte de alguien que hubiera intentado suplantarle. A continuación, *«Jesús les dijo: Desatadle y dejadle ir».* Como si dijese: «Soltadle las ataduras que le impiden caminar, a fin de que pueda marcharse a casa con lo que lleva puesto». Los encargados de ejecutar esta orden de Jesús tuvieron la ocasión, no sólo de ver, sino de «palpar y ver que era el mismo» (comp. con Lc. 24:39), al ser testigos de excepción del milagro. Por aquí vemos también cuán poca cosa nos llevamos cuando nos vamos de este mundo: sólo una mortaja y un ataúd; y aun eso nos lo dan, no lo tomamos nosotros. Como dice Pablo: *«porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar»* (1 Ti. 6:7). En el sepulcro, al menos, no necesitamos cambiar de ropa. Podemos imaginarnos que quienes vieron a Lázaro salir así del sepulcro, no sólo quedaron excesivamente sorprendidos, sino que se llevaron también un susto mayúsculo. Por eso, para familiarizarles con el milagro, Jesús les pone a trabajar: *«Desatadle y dejadle ir».*

Versículos 45–57

En esta porción vemos las reacciones que provocó entre la gente el milagro de la resurrección de Lázaro.

I. Algunos fueron inclinados a creer en Jesús: *«Entonces muchos de los judíos que habían venido para acompañar a María, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en Él»* (v. 45). Muchas veces habían oído de sus milagros, pero no se habían convencido, ya que ponían en duda que fuesen una realidad, pero ahora les daban crédito al ver por sus propios ojos lo sucedido. Aunque, como hemos explicado en otros lugares, la frase no significa que todos ellos recibieran al Señor como su Salvador, no puede negarse que algunos se convertirían de veras. Estos judíos habían venido a casa de Lázaro para consolar a sus hermanas. Siempre que hacemos el bien a otros, nos ponemos en condiciones de recibir favores de parte de Dios.

II. Pero otros se obstinaron en su incredulidad, irritados por el milagro que habían presenciado.

1. Así les pasó a los que fueron a informar a los fariseos de lo sucedido: *«Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y les dijeron lo que Jesús había hecho»* (v. 46). Con este desprecio de Jesús y de sus milagros, fueron a incrementar el odio y el furor de quienes no necesitaban de mayor espolique para proseguir en su empeño con más ahínco. Vemos aquí una *incredulidad* tanto más obstinada cuanto mayor era la evidencia de las pruebas a favor de Jesús. Vemos asimismo una *enemistad* inveterada. Si no se quedaban suficientemente satisfechos como para creer que Jesús fuese el Mesías podía esperarse al menos que se suavizaran y cesaran en su afán de perseguirle.

2. Los jueces del caso, los *guías ciegos* del pueblo, se exasperaron más aún con el informe que les fue dado. Así que: (A) *«Entonces los principales sacerdotes y los fariseos reunieron el Sanedrín»* (v. 47). Esta reunión fue convocada, no sólo para tomar acuerdos, sino también para exasperarse mutuamente en su enemistad y furia contra Jesús.

(B) Expusieron el caso y recalcaron las tremendas consecuencias que podían derivarse de él.

(a) El tema principal del debate era qué acción debía tomarse contra Jesús: «Y *dijeron: ¿Qué hacemos? Porque este hombre hace muchas señales»* (v. 47b). Reconocen la autenticidad de los milagros de Cristo, y que son muchos los que está llevando a cabo; así que son testigos contra sí mismos, ya que reconocen las credenciales del Mesías y, con todo, se niegan a aceptar la comisión que desempeña. Deliberan sobre lo que debe hacerse y se reprochan a sí mismos por no haber tomado antes las medidas pertinentes para impedir lo que estaba sucediendo. No se paran a reflexionar y ponderar las pruebas para ver si le han de recibir o no como Mesías, sino que dan por seguro que es un enemigo de la nación y como a tal hay que tratarlo: *«¿Qué hacemos?»* Como si dijesen: «¿Es que vamos a estar siempre hablando y discutiendo, sin tomar medidas más efectivas?»

(b) Lo que, según ellos, representaba el mayor peligro, si dejaban marchar las cosas como iban, era el prestigio que Jesús iba ganando entre el pueblo, con lo que las multitudes llegarían a ver en Jesús el Mesías prometido y alzarlo por rey (6:15), por lo que tendría que intervenir el poder romano, que no admitía otro rey que César, y la nación sería la que pagase las consecuencias: *«Si le dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos, y destruirán* (lit. *quitarán) nuestro lugar santo y nuestra nación»* (v. 48). Bajo pretexto de patriotismo, los líderes judíos se aprestan a tomar rápidas y graves medidas contra Jesús, a pesar de confesar ellos mismos que está llevando a cabo muchos milagros y de que no tiene pretensiones de gobernar sobre ellos como rey temporal y político. Véase de paso qué opinión tan alta tienen de sus propios poderes. Hablan como si el éxito o el fracaso futuros de Jesucristo dependiesen de las medidas que ellos tomen o de la aparente vista gorda que están haciendo ahora; no se percatan de que el que tiene poder para derrotar la muerte, tiene también poder para frustrar los designios de ellos (v. 10:18). Analicemos en detalle las palabras de estos líderes religiosos de la nación:

Primero, se atreven a profetizar que si se deja en libertad a *Jesús, «todos creerán en él».* De esta forma exaltan, a pesar suyo el prestigio de Cristo hasta considerarle irresistible; y lo hacen únicamente para servir así a sus propios intereses, pues esta gente es la misma que anteriormente había presentado la predicación de Jesús como algo despreciable para toda persona experta en la ley: *«¿Acaso ha creído en Él alguno de los gobernantes o de los fariseos?»* (7:48). ¡Y ahora tienen miedo de que *«todos creerán en Él»!*

Segundo, se atreven igualmente a profetizar que, si todos creen en Él, *«vendrán los romanos, y destruirán el templo y la nación».* Aquí se ve la cobardía de estos hombres. Si hubiesen sido fieles a su Dios, no habrían tenido necesidad de temer a los romanos; pero se expresan ahora como gente que ha perdido todo ánimo. Cuando una persona pierde el temor de Dios, pierde también su valentía ante los hombres. Era completamente falso que hubiese peligro alguno de irritación por parte de los romanos a causa del progreso del Evangelio mediante la predicación de Cristo, pues Él mismo había enseñado que debía darse tributo a César y a no usar de violencia contra quien les maltratase. El propio gobernador romano durante el proceso de Jesús, tuvo que admitir que no hallaba en Él ningún delito (18:38). Los miedos imaginarios suelen ser como la irradiación al exterior de los malvados designios del corazón. Así es como, en todas las épocas, los enemigos de Cristo y del Evangelio han tratado de cubrir con capa de *bien público,* de *común seguridad* y hasta de *unidad nacional* la persecución del Evangelio, y presentar a los ministros de Dios y a los verdaderos profetas como sediciosos de la más temible calaña: *«Estos que han revolucionado el mundo entero, también han venido acá»* (Hch. 17:6). La política de este mundo suele presentar sus *razones de estado* contra las *normas de la justicia.* Cuando se emplean tan falsas excusas para evitar calamidades públicas, se incurre en un pecado que atrae sobre las cabezas de los que lo cometen las desgracias más efectivas.

(C) Como los que debaten el asunto no parecen llegar a ningún acuerdo positivo, se levanta el presidente del Sanedrín, el propio sumo sacerdote, y pronuncia su veredicto, lleno de maldad contra Jesús, y de desprecio hacia todos los demás miembros del supremo Consejo de la nación.

(a) La *perversidad* de sus palabras se echa de ver al primer vistazo (vv. 49–50). Al ser el sumo sacerdote, Caifás carga con la responsabilidad de pronunciar la decisión final: *«Entonces Caifás uno de ellos, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada, ni os dais cuenta de que nos conviene que un solo hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca».* Es de notar en estas palabras:

Primero, que el que así hablaba era *Caifás, quien era sumo sacerdote aquel año.* Esto no significa que cada año hubiese relevo de sumo sacerdote, puesto que el cargo era vitalicio, aun cuando en aquella época, el poder romano quitaba y ponía a su arbitrio a quien le parecía y, por otra parte, el suegro de Caifás, Anás, era quien, en realidad llevaba las riendas del cargo. Lo que Juan se limita a decir es que, en aquel año, el sumo sacerdote era Caifás (comp. con Lc. 3:1–2).

Segundo, que el núcleo y punto principal del discurso de Caifás es que, de alguna manera, había que hallar el modo de dar muerte a Jesús. Caifás no dice: «Hay que silenciarlo», sino: «Hay que matarlo».

Tercero, que, con esta drástica medida, Caifás pretendía mostrar su personal sagacidad, al mismo tiempo que la estupidez de sus colegas: *«Vosotros no sabéis nada».* Como si dijese: «Vosotros, los maestros de la ley y simples sacerdotes, no os dais cuenta del peligro que se cierne sobre la nación. Carecéis del "carisma" profético que yo solo poseo, por ser el sumo sacerdote». Así es como muchas veces, los que se hallan en el pináculo de la autoridad imponen sus normas corrompidas con base en el

oficio elevado que detentan; y, puesto que se tienen a sí mismos como mejor enterados y más responsables que los demás, esperan que todo el mundo les de la razón y obedezca sin objeciones ni protestas lo que ellos tengan a bien dictaminar. Caifás da por sentado que el caso está claro y no admite discusión. La razón y la justicia son abatidas, con gran frecuencia por mano de los más altos jerarcas. *«La verdad se tambaleó en la plaza»* (Is. 59:14), donde se pronunciaban los discursos; y, cuando *la verdad cae por el suelo, «la rectitud no puede entrar»* (Is. 59:14b). Cuando la verdad cae, abajo se queda; y cuando la justicia no puede entrar, fuera se queda. Caifás echa mano de una máxima política, que de buen grado firmaría Maquiavelo: El bien común siempre tiene precedencia sobre el bien de las personas particulares: *«Nos conviene que un solo hombre muera por el pueblo»*. La preposición *«por»* significa, en el griego, «a favor de». Con lo que el sentido exacto de las palabras de Caifás es: «Es conveniente para nuestra nación que Jesús muera, ya que su muerte es un *beneficio* para todo el pueblo» (v. la misma preposición en 10:11, 15). El astuto maquiavelismo de Caifás se echa de ver en su a primera vista, aplastante lógica: «Si se deja en libertad a Jesús, la nación será destruida; pero, si se da muerte a Jesús, la nación se salvará de la ruina. Por consiguiente, es menester dar muerte a Jesús para que la nación se salve». De esta forma, Caifás da a entender que el mejor y más provechoso hijo de la nación judía debería pensar que su vida estaba bien empleada y bien perdida, si con su muerte se salvaba de la ruina el país. Pero el caso estaba muy mal puesto de esta manera. Lo que debería haber considerado es: «¿Es conveniente para la nación cargar sobre sí la responsabilidad de derramar sangre inocente con el pretexto de asegurar la tranquilidad pública y los intereses cívicos?» Pero una política carnal, mientras piensa *salvarlo todo* mediante el pecado, lo que hace, en fin de cuentas, es *arruinarlo todo*. Este es aquí el caso; por una tremenda ironía de la historia, sucedió precisamente todo lo contrario que el consejo de Caifás pretendía evitar, pues, al sentenciar a muerte a Jesús, los judíos pronunciaron la sentencia de destrucción sobre sus propias cabezas, ya que, durante aquella misma generación, vinieron los ejércitos romanos y destruyeron el lugar santo y la nación misma.

(b) El *misterio* que se hallaba encerrado en el consejo de Caifás, y del que él mismo no era consciente nadie lo vio de inmediato, pero el propio evangelista nos lo descubre: *«Esto no lo dijo por sí mismo»* (v. 51). Es decir, Dios puso en las palabras de Caifás un sentido que él no pretendía (comp., en cierto grado, con 1 P. 1:10–12; 2 P. 1:20–21), de forma que Caifás pronunció una profecía de largo alcance, muy a pesar suyo, como lo había hecho Balaam de forma consciente en otro tiempo (v. Nm. caps. 23 y 24). Sin percatarse de ello, Caifás profetizó, por carisma especial que plugo a Dios concederle en aquel momento, por *«ser el sumo sacerdote aquel año, que Jesús iba a morir por la nación»* (v. 51). El evangelista hace el más precioso comentario sobre el más pernicioso texto. La caridad nos exhorta a echar a buena parte, si no hay evidencia en contrario, lo que los hombres hacen y dicen; pero la piedad va más allá, pues nos enseña a sacar el mejor provecho de lo que digan y hagan los demás. Si los impíos son como *la mano de Dios*, instrumento para humillarnos y reformarnos, ¿por qué no han de ser como *la boca de Dios* para instruirnos y convencernos? No olvidemos que, así como los corazones de todos los hombres están en las manos de Dios, así también lo están sus bocas.

(D) El evangelista explica en detalle el sentido misterioso de las palabras de Caifás.

(a) Explica por qué habló así:

Primero, nos dice que *«esto no lo dijo por sí mismo»*, de su propia iniciativa. Así como, al concitar los ánimos del Sanedrín contra Jesús, habló por sí mismo, al declarar los ocultos designios de Dios, no habló por sí mismo, sino como *oráculo* de Dios.

Segundo, nos dice que *«profetizó»*. Y los que profetizaban no hablaban por sí mismos, sino llevados por el Espíritu (2 P. 1:21). Podríamos preguntar: «¿Qué le ha sucedido a Caifás? ¿Caifás también entre los profetas?» (comp. con 1 S. 10:11; 19:24). ¡Pues, sí, sólo por una vez! Dios puede usar a hombres perversos como instrumentos para Sus designios, incluso contra las claras intenciones de tales instrumentos. Las palabras proféticas en boca de una persona no son evidencia infalible de la gracia de Dios en el corazón de tal persona. Las hipócritas apelaciones a ciertos carismas *(«Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre …?»;* Mt. 7:22) serán rechazadas como frívolas disculpas.

Tercero, nos dice que profetizó *«por ser el sumo sacerdote aquel año»*. No quiere decir que el ser sumo sacerdote le cualificase, sin más, para profetizar, sino que, al ser el sumo sacerdote, plugo a Dios poner estas significativas palabras en su boca y no en la de cualquier otro miembro del Sanedrín, a fin de que tuviesen peculiar relieve y fuesen tomadas en mayor consideración.

Cuarto, nos dice que el tema de esta profecía era *«que Jesús iba a morir por la nación»*. Caifás entendió por «nación» la de aquellos que estaban obstinados en su oposición a Cristo, pero Dios intentó significar por *«pueblo»* el conjunto de los que habían de recibir la doctrina de Cristo y habían de ser sus discípulos. Es algo tremendo lo que aquí se profetiza: Que Jesús iba a *morir,* a morir *por otros,* y no sólo a favor de otros, sino también en lugar de otros (v. 2 Co. 5:21). Si la nación judía entera hubiese creído unánimemente en Jesucristo y recibido su Evangelio, no sólo se habría salvado para vida eterna, sino que se habría salvado también de la inminente ruina temporal.

(b) Extiende el sentido misterioso de la profecía de Caifás más allá de los límites dentro de los que se incluía el propósito de su declaración: «Y *no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos»* (v. 52). Vemos:

Primero, las personas por las que murió Cristo: No sólo por las de la nación de Israel, *«sino también por los hijos de Dios que estaban dispersos»,* es decir, por los no judíos, nacidos o por nacer (comp. con 17:20), que habían de creer en el Evangelio a lo largo de los siglos siguientes, así como por judíos, a la sazón vivientes o por nacer. En realidad, la salvación por medio de Cristo alcanza a todo el que ha sido salvo desde Génesis 3:15 y lo será hasta Apocalipsis 22:17; es decir, de punta a cabo de la historia de la Humanidad pecadora.

Segundo, el propósito e intención de su muerte: *«Para congregar en uno a los hijos de Dios»* (comp. con 10:16). Por medio de la muerte de Cristo, tanto los judíos (los cercanos) como los gentiles (los lejanos) que hemos creído, y los que han de creer, en Jesús, *tenemos acceso por un mismo Espíritu al Padre* (v. Ef. 2:17–19) ya que *«Él* (Cristo Jesús) *es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación …»* (Ef. 2:14–16). Cristo, elevado en la Cruz, es como un enorme *imán* (12:32 comp. con 6:44), que atrae hacia Sí todos los corazones (comp. con 3:14–15); y, al atraer hacia Sí a todos los que creen se convierte en el gran centro de unidad: congrega a todos *en uno;* hace de todos una gran *congregación;* así que todos los verdaderos creyentes de todos los lugares y de todas las épocas tienen su punto de reunión en Cristo. Este es el verdadero ecumenismo.

(E) El resultado del debate del Sanedrín: *«Así que, desde aquel día, acordaron matarle»* (v. 53). Ahora todos entendieron de qué se trataba y se pusieron de completo acuerdo en matar a Jesús. También los enemigos de Cristo *se congregaron en uno* (v. Hch. 4:27–28) para quitarle la vida, así como los amigos de Cristo son congregados en uno para vivir de su muerte. Lo que anteriormente habían pensado por separado, ahora lo maquinaban conjuntamente para fortalecer mutuamente sus manos en esta obra criminal. Los impíos cobran ánimos unos de otros, mediante la unión de pareceres, a fin de llevar a cabo sus prácticas abominables (comp. con Ro. 1:32). De este modo, muchos crímenes que, a primera vista, parecían imposibles de ser llevados a efecto son ejecutados con la mayor facilidad. Lo que por tanto tiempo deseaban, pero necesitaban una buena excusa para ello, resultaba ahora, no sólo excusable y justificable, sino conveniente y aun necesario.

(F) A consecuencia de la decisión tomada por el Sanedrín, Jesús se retiró de la zona de peligro: *«Por tanto, Jesús ya no andaba abiertamente entre los judíos, sino que se alejó de allí a la región contigua al desierto, a una ciudad llamada Efraín; y se quedó allí con sus discípulos»* (v. 54). Se retiró a un lugar tan escondido que se discute la precisa ubicación de dicha ciudad aunque es lo más probable que se trate de *Ofrá* (v. Jos. 18:23), lindante casi con Samaria; probablemente también, coincide con la localización actual que lleva el nombre de El-Tayyibé, la cual, por estar situada cerca del desierto de Judá, habría facilitado la huida de Jesús fuera del territorio judío, en caso de ser perseguido por sus enemigos. Allá marcharon sus discípulos con Él. No se escondió Jesús por temor a sus enemigos o desconfianza en su propio poder divino, sino para mostrar su desagrado ante el rechazo de los judíos, quienes no se habían percatado del día de su visitación (v. Lc. 19:42) y también para que la crueldad de sus enemigos resultase menos excusable ya que el furor de ellos debería haber amainado con la retirada de Jesús. El motivo principal, empero, era que no había llegado su hora todavía. Esta retirada provisional haría que su regreso a Jerusalén, para morir allí dentro de pocos días se convirtiese en una entrada triunfal, cuando llegase cabalgando sobre un asno entre las aclamaciones de júbilo de quienes le habían de dar la bienvenida.

(G) La meticulosa investigación acerca de su paradero, hecha durante su retiro (vv. 55–57).

(a) La ocasión de tal investigación fue la proximidad de la Pascua, en la que se esperaba su asistencia según costumbre: *«Y estaba cerca la pascua de los judíos»* una fiesta que brillaba como estrella de primera magnitud en el calendario hebreo. Ahora que se aproximaba la gran fiesta *«muchos subieron de aquella región,* de todas las localidades del país, *a Jerusalén antes de la pascua, para purificarse»* (v.

55). Eran purificaciones legales, a las que habían de someterse los que habían cometido alguna clase de infracción de la ley (v. Éx. 19:10–15; Nm. 9:9–14; 2 Cr. 30:17–18; Jn. 18:28), así como los que debían expiar por medio de sacrificios las contaminaciones legales.

(b) La investigación fue llevada a cabo meticulosamente: «Y *buscaban a Jesús, y estando ellos en el templo, se preguntaban unos a otros: ¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta»* (v. 56). Hay quienes opinan que estas palabras fueron dichas por los que deseaban ver a Jesús en la fiesta, al menos por curiosidad. Jesús había faltado a la fiesta en otra ocasión (v. 6:4 y ss.). Lo más probable es que quienes así se expresaban fuesen enemigos de Cristo, los cuales en lugar de subir a Jerusalén para purificarse de sus infracciones de la ley, subían con ánimo de prender a Jesús para darle muerte. Las frases comportan: (i) una insidiosa alusión, como si el no venir a la fiesta significase que el Señor tenía miedo de exponerse al peligro; (ii) una temerosa aprensión de que si no subía a la fiesta iban ellos a perder la oportunidad de echarle mano; como si dijesen: *«¿No vendrá a la fiesta?* Si es así, nos van a salir mal nuestros planes».

(c) Las órdenes cursadas para arrestarle: «*Y los principales sacerdotes y los fariseos habían dado orden de que si alguno supiese dónde estaba, lo denunciara, para que le prendiesen»* (v. 57). El gran Sanedrín publicó un decreto en el que encargaba y requería con toda solicitud, urgencia y estricta obligación que cualquier persona que conociese el paradero de Jesús, lo diese a conocer a las autoridades, a fin de que pudiesen arrestarle. Véase aquí, *primero,* cuán resueltos estaban a llevar adelante su malvado propósito; *segundo* cómo estaban determinados a involucrar a otros en la criminal operación que intentaban llevar a cabo. Una circunstancia agravante de los crímenes que cometen los gobernantes perversos es que, de ordinario, desean hacer de los subalternos instrumentos y cómplices de sus iniquidades.

CAPÍTULO 12

Este capítulo puede dividirse en siete partes, al seguir el orden de los títulos que aparecen en nuestras Biblias (RV 1977. Nota del traductor): 1) Unción de Jesús en Betania (vv. 1–8); 2) el complot para matar también a Lázaro (vv. 9–11); 3) la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén (vv. 12–19); 4) la petición de unos griegos de ver al Señor y la extraña, pero profunda enseñanza de Cristo con ocasión de esta audiencia (vv. 20–26); 5) Jesucristo declara la necesidad de ser levantado en la Cruz para salvación de quienes crean en Él mientras es tiempo (vv. 27–36); 6) Los judíos, en su mayoría, persisten en su incredulidad (vv. 37–43), y 7) el mensaje de Jesús será el que juzgue a los hombres en el último día (vv. 44–50).

Versículos 1–8

I. Vemos la visita que hizo el Señor Jesús a sus amigos de Betania (v. 1). Vino del lugar al que se había retirado y llegó *«a Betania seis días antes de la pascua».* Se alojó allí *«donde estaba Lázaro el que había estado muerto, y a quien había resucitado de los muertos».* Su visita a Betania en esta ocasión puede considerarse:

1. Como un prólogo a la pascua que iba a celebrar, a lo cual hace referencia la exacta determinación de la fecha: *«Seis días antes de la pascua».*

2. Como una voluntaria exposición de sí mismo a la furia de sus enemigos; ahora que su hora estaba para llegar, Él se ponía al alcance de las manos de ellos. El Señor Jesús sufrió porque quiso sufrir; no le quitaron la vida por la fuerza, sino que Él la entregó de grado (10:18). Y así como la violencia de sus perseguidores no fue superior al poder de Él, así tampoco la astucia de ellos le tomó a Él por sorpresa. Hay tiempo en que se nos permite huir para preservar la vida, y hay tiempo en que se nos pide arriesgarla por la causa del Señor.

3. Como un ejemplo del afecto que sentía hacia sus amigos de Betania (11:5). Esta fue una visita de despedida. Betania es descrita aquí como la ciudad *«donde estaba Lázaro».* Y Juan añade el detalle significativo de que este Lázaro era *«el que había estado muerto y a quien* (Jesús) *había resucitado de los*

muertos». El milagro llevado a cabo aquí, dio un honor nuevo a esta localidad y le añadió lustre y notoriedad. Donde Cristo siembra pródigamente, pronto surge una espléndida cosecha.

II. La estupenda recepción que sus amigos le ofrecieron: «*Y le hicieron allí una cena*» (v. 2). Es la misma que aparece en Mateo 26:6; Marcos 14:3. Podemos suponer que los invitados eran todos ellos hombres, ya que, según hace notar Hendriksen, no se consideraba apropiado que las mujeres se reclinasen a comer juntamente con los hombres. Éstos serían, al menos quince: Jesús, los Doce, Lázaro y el Simón que vemos en Mateo y Marcos. Recordemos que la cena era la comida principal del día, pues era el ágape familiar en común después de las labores del día, durante las cuales cada miembro de la familia tomaba su sobrio yantar en el lugar mismo de sus respectivos trabajos. Ofrecieron a Jesús esta cena en señal de respeto y gratitud, pues un banquete se ofrece *por amistad,* pero también para disfrutar de una nueva oportunidad de conversar libre y gozosamente con el Salvador, pues un banquete es también *para comunión. «Marta servía»*—añade Juan—. Quizás habría otros sirvientes en la casa, pero Marta tomó como un honor servir cuando entre los invitados estaba Cristo. Y nosotros no debemos tener por deshonroso el abajarnos a cualquier servicio con el que el Señor sea glorificado. Cristo había reprendido a Marta en otra ocasión por estar preocupada *«de mucho servicio»* (Lc. 10:40, lit.); pero no por eso había dejado ella de servir, como les pasa a algunos que cuando se les reprende de algún exceso, se enfadan y dejan el oficio; no, ella continuó *sirviendo.* Mejor es ser un *sirviente* en la mesa de Cristo que ser un *invitado de honor* en la mesa de un rey. «*Y Lázaro era uno de los que estaban reclinados a la mesa con Él*». Esto era una prueba adicional de que había resucitado de veras, como lo fue de la resurrección del Señor el testimonio de los que *comieron y bebieron con Él después que resucitó de los muertos* (Hch. 10:41). El mero hecho de estar Lázaro reclinado a la mesa con los demás convidados era un monumento vivo del milagro que en él había llevado a cabo Jesús. También a los que Cristo ha resucitado a la vida espiritual, les hace sentarse con Él a su Mesa.

III. Los singulares respetos que le presentó María, la otra hermana de Lázaro (v. 3): *«Entonces María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume»*. Es interesante comparar este relato de Juan con el que Mateo (26:6–7) y Marcos (14:3) nos ofrecen de la misma escena. De paso, es preciso advertir que el episodio narrado por Lucas (7:36–50) es totalmente diferente del actual, como ha demostrado magistralmente W. Hendriksen. Véase el comentario al citado lugar de Lucas y nótense bien las diferencias. Tres detalles hallamos en Mateo y Marcos que no se encuentran en Juan: 1. Mateo y Marcos especifican que esta cena tuvo lugar *en casa de Simón el leproso,* el cual ofreció su amplio salón, sin duda, para esta recepción, tanto en señal de gratitud al Señor, quien probablemente le había curado de la lepra, como por la también probable falta de espacio en casa de Marta y María para tantos comensales. 2. Marcos refiere el interesante detalle de que María *quebró el vaso de alabastro* (v. el comentario a dicho lugar), con lo que se da a entender: (a) que era un frasco *nuevo* contra el parecer de algunos autores que aventuran la opinión de que este frasco contenía lo que había sobrado del embalsamamiento de Lázaro; (b) que María ofreció al Señor *todo* el contenido del frasco sin reservarse una sola gota del valioso perfume. 3. Mateo y Marcos dicen que María derramó el perfume *«sobre la cabeza»* de Jesús, mientras que Juan refiere que *«ungió los pies de Jesús»* (comp. con Sal. 45:8; 133:2). Al usar todo el contenido del frasco no cabe duda de que hubo suficiente para ungir la cabeza, el cuello y los hombros de Cristo, y derramar el resto sobre los pies en tal cantidad que hubo necesidad de enjugarlos. María los enjugó con su propio cabello, con olímpico desprecio a las rutinarias normas del país (y de cualquier otro país oriental), que miraban con desdén a una mujer que se atreviese a destrenzar el cabello en presencia de varones. En todo y por todo, María quiso ofrecer al Señor lo mejor que tenía: *el mejor ungüento, para el Gran Ungido de Dios* (Is. 61:1). En efecto: (A) el ungüento que María usó en esta ocasión era *«de mucho precio»,* según expresan los tres distintos vocablos sinónimos en los respectivos relatos de los evangelistas, aunque en Mateo y Juan connotan especialmente el «valor estimativo» del perfume, mientras que en Marcos se recalca el «mucho precio» de costo. (B) El perfume era *«de nardo puro»,* como señalan Marcos y Juan; este último especifica que era *«una libra»,* equivalente al peso de unos 327 gramos. El significado del adjetivo *«puro»* fue explicado ya en comentario a *Marcos.* (C) *Sólo* Juan nos ha conservado el detalle de que *«la casa se llenó del olor del perfume»,* lo que muestra también la gran cantidad del ungüento que María derramó sobre Jesús. Mateo (26:13) y Marcos (14:9) añaden que *dondequiera se hubiese de predicar el Evangelio en el mundo entero, se hablaría* (lit.) *también en memorial de ella lo que hizo* (lit.).

La casa de la Iglesia—como alguien ha comentado—iba a quedar llena del perfume de amor agradecido y de generoso y santo derroche que María mostró hacia el Salvador. Todos cuantos de veras aman a Jesucristo más que a todas las cosas de este mundo, no tendrán pereza ni vergüenza en poner a los pies de Él lo mejor que posean y lo que más aprecien. Una conducta cristiana, consecuente con la fe que profesamos, es el *«grato olor de Cristo»* (2 Co. 2:15), el mejor perfume que podemos ofrecer en este mundo corrompido por el pecado.

IV. El descontento de Judas ante este acto de respeto de María para con Jesús (vv. 4–5). Mateo y Marcos mencionan a los demás discípulos como irritados contra María, pero Juan nos señala con precisión la persona que originó la murmuración.

1. Esta persona fue *«Judas Iscariote hijo de Simón, el que iba a entregarle»* a traición (v. 4), *«uno de los discípulos»* de Jesús; es decir, uno del *número* de los Doce, no de la *condición* propia de un verdadero discípulo de Cristo. Judas era un Apóstol, predicador del Evangelio, pero, en lugar de ensalzar esta acción de María murmuró contra ella y, como se ve por los lugares paralelos, contagió a los demás discípulos, incitándoles a ser cómplices de su murmuración. Triste cosa es ver que muchas congregaciones cristianas caigan en descrédito ante el mundo por causa del mal ejemplo que dan quienes, por el oficio que ostentan, están obligados a *«ser ejemplos de la grey»* (1 P. 5:3).

2. El pretexto con que cubrió su desagrado: *«¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios y dado a los pobres?»* (v. 5). Aquí tenemos un caso de sabiduría mundanal, al censurar un acto bajo capa de celo generoso. Quienes se sobreestiman a sí mismos por su *prudencia secular* y subestiman en otros la *sincera piedad,* llevan dentro de sí una dosis del espíritu de Judas mayor de lo que querrían que se pensase de ellos. Aquí aparece la caridad para con los pobres como un manto bajo el que se oculta solapadamente la más vil de las codicias. Pregunta Judas: *«¿Por qué no fue … dado a los pobres?»* Otra lección que debemos aprender de este episodio es no acostumbrarnos a pensar que quienes no se portan en todo como nosotros, se están comportando incorrectamente. Los orgullosos son inclinados a pensar que los que no siguen su consejo están mal aconsejados.

3. La forma en que Juan, buen conocedor del «paño», como suele decirse, descubre el verdadero motivo que impulsó a Judas a formular esta declaración hipócrita: *«Pero dijo esto, no porque tuviese interés por los pobres, sino porque era ladrón y, teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella»* (v. 6). La censura de Judas no brotaba de su caridad hacia los pobres, sino de su avaricia. Así hay, por desgracia, muchos que aparentan mucho celo por defender la *autoridad* de la Iglesia, y aun de fomentar su *pureza,* cuando, en realidad, procuran su propia gloria y aun sus intereses materiales. En este pasaje vemos:

(A) Que Judas era el tesorero de la familia espiritual de Cristo. Véase, por aquí, de qué recursos se mantenían Jesús y sus discípulos: de una pequeña *bolsa,* de las que, según el vocablo griego indica, usaban los músicos para llevar las boquillas de las flautas. Allí se echaban las donaciones que para el Maestro y los suyos aportaban personas piadosas (v. Lc. 8:3), ya que *«nuestro Señor Jesucristo, por amor a nosotros se hizo pobre, siendo rico»* (2 Co. 8:9). Hay quienes opinan que este oficio de tesorero fue confiado a Judas precisamente por su baja condición espiritual, pero no hay razón alguna para pensar así. Es mi opinión personal (nota del traductor) que Jesús le confió este cargo a Judas por ser el único judío (los demás eran galileos), y los judíos se han distinguido siempre por su singular capacidad para los negocios. Es cierto que los empleos seculares son un obstáculo, y hasta una tentación, para los ministros de Dios, pero cuando el Señor llama a uno de los suyos a que se encargue de la administración de los fondos, no hay en ello pizca de degradación (comp. con Hch. 6:1–7). Poner a Judas como tesorero no fue por parte de Jesús un tropezadero para precipitar su ruina, sino una oportunidad de poner a prueba la calidad de su carácter. Es cierto que Jesús conocía de antemano a cada uno de sus discípulos (6:70–71), pero la presciencia de Cristo no era el motor de la codicia de Judas, sino el *conocimiento previo* (comp. con Hch. 2:23) de lo que Judas iba a ser.

(B) Que, al abusar de la confianza que en él había depositado Jesús, Judas era un *ladrón. «Raíz de todos los males es el amor al dinero»* (1 Ti. 6:10), y los males que se le siguieron a Judas de este amor al dinero no pudieron ser más funestos: la venta de su Maestro por treinta monedas de plata, su posterior desesperación y, por fin, el suicidio. Quienes tienen *corazón de ladrón,* fácilmente llegan a tener *corazón de asesino,* porque la codicia y la compasión rara vez van de la mano. Y el que es honesto en esta materia muestra de ordinario, que alberga en su corazón algún temor de Dios (comp. con Ef. 6:5–8).

V. Cristo vindica la conducta de María en esta ocasión (vv. 7–8): *«Entonces Jesús dijo: Déjala».* Como si dijese: «Permitidle que haga esto, pues es una señal de buena voluntad hacia mí, ya que guardó esto para mi sepelio». Cristo no quiere desanimar a quienes de corazón desean servirle, incluso en casos en que, a los ojos humanos, hay falta de discreción en lo que le ofrecen. Con todo, la lectura apropiada de este versículo, de acuerdo con el original, es la siguiente: *«Dejadla que lo guarde para el día de mi sepelio»,* puesto que el segundo verbo griego está en aoristo de subjuntivo. María no tendría después la oportunidad de embalsamar al Señor, pero su buena intención fue tenida en cuenta y grandemente estimada por Jesús. Así es como, muchas veces, la providencia de Dios abre la puerta de una oportunidad a los buenos creyentes, de forma que las expresiones de su sincera piedad resulten más oportunas y más hermosas de lo que ellos mismos podrían imaginarse.

VI. También responde cumplidamente Jesús a la objeción de Judas, y dice: *«Porque a los pobres siempre los tenéis con vosotros, mas a mí no siempre me tenéis»* (v. 8. Lit.). Si el pecado no hubiese corrompido a la raza humana, no habría pobres; pero, dada la condición actual de la humanidad por muchas que sean las personas generosas, dispuestas a socorrer las necesidades ajenas, *siempre habrá pobres.* La providencia divina nos ofrece así la oportunidad de hacer el bien a quienes no disfrutan de lo necesario para subsistir. En cambio, al Señor una vez ascendido al Cielo, ya no le podemos asistir en la forma que se le podía servir cuando peregrinaba en este mundo (v. 1:14 *«acampó entre nosotros»,* lit.). Esto nos enseña a sacar provecho de las oportunidades mientras están a mano especialmente de aquellas oportunidades que tienen corta duración. Las obligaciones que pueden cumplirse *en cualquier tiempo,* han de dejar paso a las que sólo se pueden cumplir *en un determinado tiempo.*

Versículos 9–11

En esta porción tenemos la reacción de la gente ante la presencia de Jesús en Betania.

I. Cómo se corrió la noticia de que Jesús había estado convidado a una cena en Betania: *«Gran multitud de los judíos se enteraron entonces de que Él estaba allí y vinieron»* (v. 9). Vinieron en grupos a ver a Jesús cuyo nombre había cobrado altísimo prestigio por el milagro que había llevado a cabo recientemente: a) resucitar a Lázaro. No parece ser que vinieran a oírle, sino sólo a verle para satisfacer su curiosidad. Les parece tener ahora la respuesta a su búsqueda de 11:55–56, y acuden en tropel a Betania, ya que saben que estaba allí. Y no sólo vinieron a ver a Jesús, *«sino también para ver a Lázaro, a quien había resucitado de los muertos».* Para la mayoría de éstos, Jesús y Lázaro eran un mero *espectáculo.*

II. Cómo se indignaron los principales sacerdotes por el creciente interés que suscitaba el Señor Jesús: *«Pero los principales sacerdotes acordaron dar muerte también a Lázaro porque a causa de él muchos de los judíos se apartaban y creían en Jesús»* (vv. 10–11). Aunque la mayoría de los comentaristas (nota del traductor) leen así la última frase, y así aparece en casi todas las versiones del Nuevo Testamento, es posible también, y más conforme con la estructura gramatical del original, la lectura siguiente: *«porque a causa de él muchos se apartaban de los judíos y creían en Jesús».* En este caso, los *judíos* del versículo 9 significan la gente del pueblo en general, mientras que en el versículo 11 significarían los *líderes* de los judíos, según es costumbre en Juan. «Apartarse» no significa precisamente que dejasen de asistir a la sinagoga, sino que dejaron de prestar atención a las enseñanzas y normas de los líderes y se entregaron al Señor. Aunque algunos, como Ryle, opinan que no hay evidencia de que el verbo «creer» aquí signifique otra cosa que cierto asentimiento intelectual, otros, como Hendriksen, ven en los dos pretéritos imperfectos de la frase una expresión de *continuidad,* e indican una fe genuina en el Salvador. Obsérvese:

1. Cuán vanos habían sido hasta ahora los intentos de silenciar a Jesús. Los líderes habían hecho todo cuanto estaba en sus manos para alejar de Jesús al pueblo y, con todo, mucha gente quedaba tan persuadida por la evidencia contundente de los milagros de Cristo, que se apartaban del partido de los sacerdotes y se convertían en seguidores de Jesús. Esto era a causa de la resurrección de Lázaro, la vuelta de Lázaro a la vida natural puso vida espiritual en los que, por fe, salieron del sepulcro de sus pecados y delitos. ¿Qué cosa sería imposible para el que tiene poder para resucitar a los muertos?
2. Cuán absurdo e irracional era el designio de los principales sacerdotes de dar muerte también a Lázaro. Esta gente no tenía *ni temor de Dios ni respeto al hombre* (Lc. 18:2). Dice Agustín de Hipona:

«Como si el que resucitó al muerto no pudiese resucitar al matado». Jesús había hecho que Lázaro resucitase mediante un milagro, y ellos quieren darle muerte mediante un maligno complot. A estos sacerdotes les irrita doblemente la resurrección de Lázaro: (A) Por el prestigio que un milagro de tal magnitud daba a Jesús; (B) porque la gran mayoría de los sacerdotes eran del partido de los saduceos, *quienes niegan que haya resurrección* (v. Mt. 22:23; Mr. 12:18; Lc. 20:27; Hch. 23:8); por eso querían matar a Lázaro, como para dar a entender que lo de su resurrección había sido una impostura, la cual se haría evidente si le mataban de veras; era, pues, como un reto al Señor, para ver si entonces podía resucitarle sin fraude posible. Podríamos pensar que ante la evidencia del milagro, estos hombres se habrían convencido de su error doctrinal y habrían aceptado a Jesús como al Mesías prometido y Salvador del mundo. Además, ¿qué daño les había hecho Lázaro, para decretar darle muerte? Quienes no temen a Dios, ¿cómo podemos esperar que tengan miramiento con los hombres?

Versículos 12–19

En esta porción se nos refiere la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, episodio del que nos informan los cuatro evangelistas. Veamos:

I. Las aclamaciones que el pueblo tributó al Señor Jesús (vv. 12–13).

1. Quiénes fueron los que le aclamaron: *«Grandes multitudes que habían venido a la fiesta»*. No precisamente los habitantes de Jerusalén, sino la gente de las aldeas y pueblos comarcanos. Los más cercanos al templo del Señor eran los más lejanos del Señor del templo. Quizá le habían oído predicar en la región y eran admiradores suyos y, por eso, anhelaban presentarle sus respetos en Jerusalén. Quizá también eran los sinceramente devotos judíos que habían venido con anticipación a la fiesta, a fin de purificarse, por lo que estaban más prestos que sus vecinos de la capital a rendir a Dios este homenaje. No eran los líderes ni los potentados de la capital quienes fueron al encuentro de Jesús, sino el pueblo llano. Sin embargo, Cristo recibe mayor honor de parte de esta muchedumbre de aldeanos que de la podredumbre de los cortesanos porque Él valora a los hombres por el precio de sus almas, no por el blasón de sus armas.

2. Cuál es el motivo que les indujo a esto: *«el oír que Jesús venía a Jerusalén»*. Ya antes le habían buscado (11:55–56), aunque no todos con buena intención. Pero los que le buscaban sinceramente, al oír que venía a la capital, se sintieron incitados a tributarle un recibimiento conveniente.

3. De qué forma expresaron sus sentimientos hacia Él: De la mejor forma que podían hacerlo. Estas multitudes, despreciables a los ojos de los líderes (v. 7:49), fueron como una figura aunque pálida, de aquella otra gloriosa *«multitud, la cual nadie podía contar … que estaban en pie delante del trono y en la presencia del Cordero»* (Ap. 7:9). Aun cuando éstos no estaban delante del trono, sí que estaban en la presencia del Cordero. De aquel coro celestial de Apocalipsis 7:9–10, se nos dice:

(A) Que *tenían palmas en las manos.* También éstos *«tomaron ramas de palmera»* (v. 13). La palmera ha sido siempre símbolo de triunfo y de victoria; lo es especialmente a través del martirio como es claramente el caso de la multitud de Apocalipsis 7 (v. el v. 14 de dicho cap.). También el Señor iba a triunfar a través de su próxima muerte, de *«los principados y potestades»* (Col. 2:15).

(B) Que *clamaban a gran voz diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios* (Ap. 7:10). También éstos «*salieron al encuentro* (de Jesús) y *clamaban: ¡Hosanná! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor»* (v. 13). El vocablo hebreo *hosan-ná* significa «salva ya». Con estas aclamaciones:

(a) Reconocían que Jesús es *el rey de Israel que viene en nombre de Jehová Adonay* o Jehová el Señor. Le reconocen como a rey, lo cual implica dignidad y honor que debemos adorar, así como poder y dominio al que hemos de someternos. Es un rey legítimo pues viene *en nombre de Dios,* conforme al Salmo 2:6: «*Yo mismo he instalado a mi rey sobre Sion, mi santo monte»*. Jesús es el prometido y largamente esperado *Mesías* (Is. 61:1), el príncipe de paz (Is. 9:6), *«el rey de Israel»* (1:49, comp. con Mt. 27:42).

(b) Le deseaban de todo corazón el reino, pues ese deseo va implicado en el «¡Hosanná!» Con este grito, oraban por tres cosas: (i) que su reino viniese pronto, con su luz para conocerlo, y con poder para imponer la sumisión a él; (ii) que su reino fuese acompañado de grandes victorias para el pueblo; (iii) que su reino continuase para siempre, como si dijesen: «¡Viva siempre el rey!»

(c) Le daban la bienvenida en Jerusalén, la capital de la nación: «¡Bendito *el que viene* acá, a la ciudad santa y al santo lugar!» Así hemos de dar nosotros, en nuestro corazón, la bienvenida a Cristo, el rey de los creyentes, ya que hemos de estar siempre prestos a observar sus preceptos, pues *«no son gravosos»* (1 Jn. 5:3). La fe dice: *«¡Bendito el que viene!»*

II. La cabalgadura en que Cristo llegó montado para recibir los respetos que le presentaba la multitud: «Y *halló Jesús un asnillo y montó sobre él»* (v. 14). Juan pasa por alto los detalles acerca de la búsqueda y traída de este asnillo, pero ya los hemos visto en los otros tres evangelistas. Así como los caballos se usaban para que reyes y príncipes fuesen a la guerra montados sobre ellos, Jesús prefiere entrar montado en un asno, símbolo de paz; el hecho de que este asnillo no hubiera sido montado antes por ninguna otra persona daba a entender que era dedicado al Señor, pues así se hacía con los animales que eran consagrados a Dios. También daba así a entender a la gente que no venía a ejercer un reinado politicomilitar, sino a sufrir mansamente los padecimientos que le esperaban en el plazo de cinco días. Su reino no era de este mundo y, por ello, no entraba con la pompa con que suelen entrar los reyes y magnates de este mundo. El que, en el seno de su madre, vino a Belén, a no dudar, montado en un asno, para nacer allí, como estaba profetizado de Él (Mi. 5:2), entraba ahora en Jerusalén, montado también en un asno, para morir en la capital, *«porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén»* (Lc. 13:33). No leemos que viajase montado en ninguna otra ocasión, pues solía hacerlo a pie o en una barca.

III. El cumplimiento de la Escritura en este episodio: *«Como está escrito: No temas, hija de Sion …».* (v. 15). La profecía citada se halla en Zacarías 9:9. Es curioso que, en Juan, al citar la primera parte del versículo de Zacarías 9:9, leamos: *«No temas»,* cuando tanto el texto hebreo como la versión de los LXX dicen: *«Alégrate sobremanera».* Pero, como hace notar Hendriksen, el tiempo presente del verbo griego que usa Juan, indica *un cambio de temor a gran gozo,* pues la traducción exacta sería: *«cesa de temer»,* aun cuando no siempre siga el gozo de inmediato (v. Mt. 28:8) a la cesación del temor. Notemos, pues, que:

1. Estaba profetizado que el rey de Sion vendría precisamente sentado sobre un pollino. Aun cuando viene despacio (ya que el asno es, de suyo, animal de paso lento), viene seguro y con talante de condescendencia para animar grandemente a sus leales súbditos. Los humildes que se lleguen a Él para presentarle alguna súplica, le tendrán así al alcance de la mano.
2. La *hija de Sion* es invitada aquí a recibir sin temor a su rey. Los temores de incredulidad o desilusión han de tornarse en cánticos de regocijo. Donde entra el gozo, de la mano del amor, por fuerza ha de salir el miedo (v. Gá. 5:22; 1 Jn. 4:18). Y si llega el caso en que no podemos elevarnos hasta la exultación del gozo, hemos de procurar, al menos, evitarnos la opresión del miedo. El gozo estimula, mientras que el miedo paraliza. Hendriksen hace notar que *Sion* estaba localizada, en un principio, al sudoeste de Jerusalén (v. 2 S. 5:7; 1 Cr. 11:5). De aquí fue después subida el Arca de la alianza al templo de Salomón (v. 2 Cr. 5:2), por lo que la sección nordeste de Jerusalén quedó identificada con Sion; así se incluiría también en ella el área del monte Moriah sobre el que fue edificada, al menos, la parte más sagrada del templo; es decir, el Lugar Santo y el Lugar Santísimo. Comúnmente, con el apelativo de *«hija de Sion»,* equivalente a *«Sion»* simplemente, se designa a la ciudad entera de Jerusalén con sus habitantes (v. Is. 10:24; Jer. 3:14). Finalmente, como dato de curiosidad semántica, es de notar que el vocablo *«Jerusalén»,* a pesar de las apariencias, no significa *«visión de paz»,* ni *«fundamento (o fundación) de paz»,* sino que, con toda probabilidad, se deriva del antiguo nombre asirio de la ciudad, «Urusalim», que significa *«ciudad de paz».*

IV. La observación que el evangelista Juan hace al respecto: *«Estas cosas no las entendieron sus discípulos (de Jesús) al principio; pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de Él, y de que se las habían hecho»* (v. 16). Notemos:

1. El conocimiento imperfecto que de las Escrituras tenían los discípulos de Jesús hasta que Él *«fue glorificado»* (v. Lc. 24:45). No se dieron cuenta de que se estaba cumpliendo la profecía de Zacarías acerca de la ceremonia de entronización del rey de Sion. Las Escrituras se cumplen muchas veces por medio de quienes no se percatan, por ignorancia de la Biblia, de lo que ellos mismos están llevando a cabo. Lo que después resulta claro, fue al principio oscuro y difícil. Es muy conveniente que los creyentes ya maduros se acuerden de la debilidad e inconsistencia de los conocimientos que, en un principio,

tuvieron de las Sagradas Escrituras, a fin de que aprendan a tener compasión y paciencia con los recién convertidos que todavía están dando los primeros pasos en la Palabra de Dios. Como dice Pablo: *«Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; mas cuando me hice hombre, dejé a un lado lo que era de niño»* (1 Co. 13:11). Lo triste es que muchos creyentes *«se hagan tardos para oír y, debiendo ser ya maestros después de tanto tiempo, todavía tengan necesidad de que se les enseñen cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios»* (He. 5:11–12).

2. Cómo mejoró este conocimiento de los discípulos cuando llegaron a la madurez:

(A) Cuándo lo entendieron: *«Cuando Jesús fue glorificado»*. Hasta entonces no entendieron bien la naturaleza del reino de Dios. Sólo cuando el Espíritu Santo fue derramado sobre ellos (v. Hch. 2:1 y ss.), *fueron conducidos por Él a toda verdad* (16:13).

(B) Cómo lo entendieron: Al comparar la profecía con el acontecimiento: *«Entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de Él, y de que se las habían hecho»*. Al no entender lo que todo ello significaba y al estar después abrumados de tristeza por los subsiguientes acontecimientos de la pasión y muerte de su Maestro, los discípulos llegaron a olvidar por completo el episodio. ¡No les culpemos! ¡Cuántas veces nos ocurre a nosotros lo mismo pues no nos percatamos de los caminos de la providencia en nuestras vidas, cuando fácilmente podríamos acudir a la Palabra de Dios para adquirir luz sobre lo que nos está sucediendo! El recuerdo de lo que *está escrito* nos ayudará a entender lo que *está hecho*, y la observación atenta de lo que sucede nos ayudará a entender lo que se lee.

V. La razón por la que la gente se sintió impulsada a tributar este homenaje al Señor Jesús: Fue por haber presenciado el portento llevado a cabo por Cristo al resucitar a Lázaro.

1. Véase el testimonio de la gente acerca del milagro del cual habían sido testigos de vista y del que deseaban testificar ante la población entera de la ciudad. Los que tomaron el milagro como prueba irrefutable de la misión de Cristo y como base para creer en Él, pudieron fácilmente apoyar su informe en quienes habían sido testigos de excepción del milagro, a fin de que los oyentes *se percatasen bien de la solidez de la verdad* (comp. con Lc. 1:1–4): «*Y daba testimonio la gente que estaba con Él* (Jesús) *cuando llamó a Lázaro del sepulcro y le resucitó de los muertos»* (v. 17). Unánimemente aseguraron la verdad del hecho, fuera de toda discusión o duda. La verdad de los milagros de Cristo se basa en pruebas irrefutables.

2. Véase igualmente la influencia que dicho testimonio ejerció en el pueblo: *«Por lo cual también salió la gente a su encuentro, porque oyeron que Él había hecho esta señal»* (v. 18). Algunos irían llevados de la curiosidad a ver al que había llevado a cabo una obra tan portentosa. Otros, quizá, sacudidos en su conciencia, desearían honrarle como al gran Enviado de Dios.

VI. La indignación de los fariseos a causa de esto. Confiesan que, en su oposición a Jesús, tienen perdida la partida: *«Ya veis que no conseguís nada»* (v. 19). Parece ser que es el sector más radical del grupo el que así se dirige a los «moderados». Quizá fue el propio Caifás quien se expresó así (comp. con 11:49). Los que se oponen a Cristo verán un día que no han podido prevalecer, porque Dios llevará a cabo sus designios a pesar de ellos y de los débiles esfuerzos de su impotente maldad. «*No conseguís nada.*» En efecto, nada en absoluto se consigue con oponerse a Jesucristo. Confiesan igualmente que Jesús se lleva tras sí a la gente: *«Mirad el mundo se va tras Él»*. Es cierto que hallamos aquí una de las frecuentes hipérboles, propias de los orientales, pero no se puede olvidar que, según el informe de Flavio Josefo, se acercaba a los tres millones el número de los que asistían a la fiesta de la pascua; en su mayor número, como ya dijimos, eran gente que vivía fuera de la capital. Ante una masa humana de tal magnitud, curiosa por ver la llegada de Jesús a la ciudad no es de extrañar que la envidia de los fariseos les hiciese ver en ellos a *«todo el mundo»* de israelitas y prosélitos. Con estas palabras, los enfurecidos fariseos:

1. Expresan su contrariedad; su envidia les conduce al enojo. A la vista del ascendiente de que gozaban estos fariseos entre la gente, habríamos de pensar que no necesitaban tomarse un disgusto tan grande por una efímera muestra de honor que la gente tributaba a Jesús; pero los orgullosos son ávidos de monopolizar los honores y no sufren que haya quien los comparta con ellos.

2. Se incitan a sí mismos, y unos a otros, a una campaña más vigorosa y efectiva en su ofensiva contra el Señor. Cuanto más frustrados se ven en sus intentos los enemigos de la religión, tanto más resueltos y activos se vuelven en sus ataques contra ella. ¿Y será posible que los amigos de Cristo se

desanimen a la menor contrariedad, al saber que defienden una causa justa y que, a la larga, es segura la victoria?

Versículos 20–26

Vemos el honor que ciertos griegos tributan a Cristo con el gran deseo que muestran de verle.

I. Se nos dice quiénes eran estas personas que así honraban al Señor: *«Ciertos griegos entre los que subían a adorar en la fiesta»* (v. 20). Hay quienes opinan que se trata de judíos que hablaban griego (como en Hch. 6:1), pero un análisis cuidadoso del texto original nos convence de que no es así, sino que eran verdaderamente de nacionalidad *griega* (v. 7:35b; Ro. 1:14, 16; 2:10; 1 Co. 1:22; 12:13; Gá. 3:28; Col. 3:11, entre otros lugares); es decir, «prosélitos de la puerta», como se les llamaba, tales como el eunuco de Hechos 8:27 y ss. y el centurión Cornelio de Hechos 10 quienes habían abandonado el culto a los ídolos, práctica común entre los gentiles (comp. con 1 Ts. 1:9), y adoraban ahora al verdadero Dios. Estos griegos no estaban circuncidados, a no ser que fueran también «prosélitos del pacto». En este último caso, se les bautizaba y podían participar de la pascua, aunque, si acudían al templo para ofrecer sacrificios, no podían pasar del atrio de los gentiles. Pero, incluso si eran solamente «prosélitos de la puerta», como parece indicar el versículo 20, el hecho de que acudiesen a la fiesta para adorar en Jerusalén, aunque no pudiesen comer la pascua, dice mucho en favor de la genuina piedad de estos griegos. Esto nos enseña a ser agradecidos por los beneficios y privilegios de que podemos disfrutar, aunque haya otros privilegios que no están a nuestra disposición.

II. Se nos dice también qué clase de honor querían tributar estos griegos a Jesús: *«Señor*—le dicen a Felipe, como título de simple cortesía—, queremos *ver a Jesús»* (v. 21b). En cierta iglesia evangélica de Galicia (nota del traductor), en el lado del púlpito que da hacia el predicador, se leen esas mismas palabras: *«Señor, queremos ver a Jesús»*. Cualquier fiel ministro de Dios que piense en predicar allí otra cosa que no sea *«Cristo crucificado»* (1 Co. 1:23; 2:29, por fuerza ha de sentir tremendamente sacudida su conciencia. Estos griegos no deseaban ver a Cristo simplemente por la curiosidad de saber cuál sería su presencia física, ni por el deseo de persuadirle, ante la oposición de los fariseos, que los dejase y se marchase a predicar entre los gentiles (¡hay opiniones para todos los disparates!), sino, como se ve por el contexto posterior, por sincero deseo de conocer algo de la salvación y del reino de Dios que Jesús proclamaba, y decidirse, una vez bien enterados, a seguirle. Al estar, pues, deseosos de ver a Jesús con sana intención fueron también diligentes y avisados en los medios que escogieron para su propósito. No se quedaron en vanos deseos sino que hicieron cuanto pudieron para conseguirlo. Y así *«se acercaron a Felipe»* (v. 21). Hay quienes piensan que le conocían de antemano. Lo cierto es que no sabemos el motivo por el que se acercaron precisamente a Felipe. Aunque Felipe y Andrés (los únicos Apóstoles con nombre griego) son precisamente los dos involucrados en este episodio, esta coincidencia no es decisiva para concluir que fue esa la razón, o que estos dos hablaban griego mejor que los demás. En todo caso, esto nos estimula a desear la compañía y la amistad de quienes tienen íntima comunión con el Señor. Quienes anhelen ver, por fe, a Jesús que está ahora en el cielo han de prestar atención al mensaje de sus fieles ministros que le predican aquí en la tierra, pues Él los ha puesto en la Iglesia (v. Ef. 4:11) con este objetivo, a fin de que *«velen por nuestras almas, como quienes han de dar cuenta»* (He. 13:17); han de dar cuenta al *amo* (comp. con Lc. 16:2; 1 Co. 4:2–4), no a los *consiervos.*

III. El llegarse estos griegos a Cristo por medio de Felipe y de Andrés nos da a entender la instrumentalidad de los Doce en orden a conocer a Jesús y ser usados por Él en el ministerio de la conversión de los gentiles al Evangelio: *«Felipe fue y se lo dijo a Andrés; entonces Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús»* (v. 22). Notemos de paso que precisamente estos dos y Juan, quien calla su propio nombre, fueron los tres discípulos a quienes Cristo llamó primeramente (1:37, 40, 43). Por mediación de Andrés y Felipe, llegaron estos griegos a ver a Jesús, como era su deseo. En todo servicio religioso o culto, ya sea local o intereclesial, al que hayamos de asistir, nuestro objetivo principal ha de ser «ver a Jesús». Todo lo demás, aun lo más legítimo y provechoso para nuestra comunión con los hermanos, ha de estar subordinado a esto. Si esto nos falta, hemos perdido lo principal. Hendriksen hace notar que esta petición de los griegos presentaba a Felipe un doble problema:

1. A la vista de lo que Jesús había expresado en otras ocasiones (v., p. ej., Mt. 10:5; 15:24), ¿podría Él ahora recibir a estos griegos en su presencia? Pero, por otra parte, ¿no había mencionado Él las *«otras ovejas que no eran del redil* de Israel, pero que *Él* las debía traer también»? (10:16). ¿Qué actitud adoptaría Jesús con estos griegos? ¿Les acogería amablemente o se negaría a concederles audiencia?

2. Si Jesús se atrevía a consentir en la petición de estos griegos y conversaba amablemente con ellos, ¿no exasperaría con ello a los fariseos, e incluso a todos los judíos, especialmente si la conversación se llevaba a cabo en el atrio del templo? (comp. con Hch. 21:28). «El problema—comenta Hendriksen—era demasiado grande para Felipe, por lo que éste fue a consultar con su amigo, colega y paisano Andrés (pues eran ambos *"de Betsaida de Galilea").* Andrés y Felipe, perplejos entre *ofender o animar* a estos griegos, ponen el asunto en manos de Jesús.» Los ministros de Dios deben ayudarse mutuamente a llevar las almas a Cristo.

IV. Jesús acepta el honor que estos griegos le tributan al desear verle y expresa, no sólo ante ellos, sino también ante la multitud que le rodeaba (v. 29), el honor que a sí mismo le iba a corresponder con ser seguido (vv. 23–24) y el honor que habrían de obtener los que le siguieran (vv. 25–26).

1. Ve Cristo la copiosa cosecha futura en la conversión de los gentiles, de quienes estos griegos eran como los primeros frutos: *«Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado»* (v. 23). La glorificación del Redentor había de ser consumada cuando fuesen reunidos en el granero de Dios todos los que habían de ser redimidos. Esto tenía que llevarse a cabo mediante la predicación del Evangelio en todo el mundo. La apertura del mensaje al «mundo entero» (v. Mr. 15:15; Hch. 1:8) comenzaba al romper la barrera que separaba al judío del gentil. Por eso, al llegarse estos griegos, gentiles, a Cristo, Él viene a decir: «¿Comienzan los gentiles a interesarse por mí? Entonces llega la hora de que el Hijo del Hombre sea glorificado». Esto no era ninguna sorpresa para Él pero resultaba paradójico a los ojos de quienes le rodeaban. Había una «hora», fijada en los designios de Dios para la glorificación del Redentor, y Él habla de esta «hora» con júbilo triunfal: *«¡Ha llegado la hora!»* Pero, a renglón seguido, da a conocer el extraño medio por el que tan triunfal designio había de llevarse a cabo: ¡La muerte del Redentor! Esto se aprecia en el símil que expone a continuación: *«De cierto, de cierto os digo* (nótese, una vez más, la solemnidad de la declaración) *que, si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo* (ocioso, sin fruto, escondido; comp. con 2 P. 1:8); *pero si muere, lleva mucho fruto»* (v. 24). Después que Cristo llegó a lo más profundo de su humillación, *«obediente hasta la muerte, y muerte de cruz»* (Fil. 2:8), es cuando *«fue exaltado hasta lo sumo»* (Fil. 2:9) y constituido *espíritu vivificante* (1 Co. 15:45), para *«llevar muchos hijos a la gloria»* (He. 2:10). No habría sido Cabeza y raíz de la Iglesia (v. Ef. 1:22; Col. 2:7), si no hubiese descendido del cielo a esta tierra de maldición (v. Gn. 3:17), de la tierra al madero de maldición (v. Gá. 3:13), del madero al sepulcro, y del sepulcro como fruto del vientre de la tierra *(«los dolores de parto»,* literalmente, de Hch. 2:24), al cielo acompañado ahora del botín de la cosecha (Ef. 4:8). Cristo fue, sí como el grano de trigo que cae a la tierra y muere, pero la muerte de este «grano» produjo la cosecha de millones de cristianos siempre vivos (11:25–26). Estaba escrito en Isaías 53:10.

2. Cristo promete una copiosa recompensa a los que de corazón le reciban, y demuestren que son fieles discípulos suyos:

(A) En su disposición a sufrir por Él: *«El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, la guardará para vida eterna»* (v. 25). Por supuesto, sólo Cristo puede hacer, con su muerte, que otros vivan; pero el discípulo fiel de Cristo ha de arriesgar incluso la vida para ser testigo, «mártir», de Cristo.

(a) Véanse las fatales consecuencias de un amor desordenado a la vida temporal, pues por este falso amor a sí mismo, se abraza con la muerte y pierde la vida en su errado intento de retenerla. Quien se aferra a su vida animal, acortará sus días, perderá esa misma vida que tanto idolatra y, lo que es peor, dejará de alcanzar la vida feliz que dura por toda la eternidad. No se puede pagar un precio más alto por una cosa de valor más bajo; con lo que se echa de ver la *necedad* de los que van tras la ilusión de lo mundano, y pierden la realidad de lo celestial (v. Lc. 12:16–21).

(b) Véase también la recompensa que comporta un santo menosprecio de la vida temporal, considerándola, como en realidad es, de mucho menor valor (éste es el sentido de *«aborrecer»)* que la vida espiritual, la cual es vida auténticamente feliz y duradera: *«vida eterna»* (3:15–16, etc.). La *«vida en este mundo»* incluye todo lo que el mundo puede ofrecer: placeres, honores, riquezas, etc. Debemos, pues, menospreciar todo eso como cosas vanas e insuficientes para hacernos dichosos, y estar dispuestos a

desprendernos de todo ello siempre que nos impida servir a Cristo de todo corazón. Así es como se muestra *la eficacia de la piedad* (2 Ti. 3:5) en el vencimiento de las más fuertes inclinaciones naturales, y *el misterio de la piedad* (1 Ti. 3:16) en la manifestación de la más elevada sabiduría en el seguimiento de Cristo, mediante *el menosprecio de la vida hasta la muerte* (Ap. 12:11). Quienes, por amor a Cristo, menosprecian su vida en este mundo, serán recompensados copiosamente en la resurrección de los justos (comp. con Lc. 14:14).

(B) En su disposición a servir a Cristo: «*Si alguno me sirve, sígame, y donde yo esté allí estará mi servidor. Al que me sirva, mi Padre le honrará*» (v. 26). Los cristianos han de ser, fundamentalmente, seguidores de Cristo; así participarán de la gloria y el honor que Cristo ha recibido mediante su muerte. Los griegos de esta porción deseaban *ver a Jesús* (v. 21), pero Cristo les dice que no basta con *verle*, sino que es menester *servirle.* Al tomar un criado o sirviente, es costumbre fijar con él las condiciones: tanto el trabajo como el salario. Esto es lo que Cristo hace aquí al expresarse de este modo.

(a) El trabajo que ha de llevarse a cabo en el servicio de Cristo es poner atención a los movimientos de nuestro Amo, para seguirle de cerca: «*Si alguno me sirve sígame*» (comp. con 1 P. 2:21). Los cristianos han de *hacer lo que Cristo dice* (comp. con 2:5) y «andar *como Él anduvo*» (1 Jn. 2:6); más aún, «*andar en Él*» (Col. 2:6), puesto que están «injertados en Él»: «*plantados juntamente con Él*» (Ro. 6:5). Así que debemos ir a donde Él fue y por el camino que Él siguió. Sólo así estaremos donde Él está: *a la diestra del Padre* (He. 10:12), *sentados con Él en su trono* (Ap. 3:21).

(b) Ésta es, en efecto, la recompensa que Cristo promete, no como «salario», sino como «propina», a quienes le sirvan, pues el servir a un amo como Él es ya suficiente remuneración. Esta recompensa es doble:

Primeramente, serán felices con Él: «*Donde yo estoy* (lit.), *allí también estará mi servidor*». Se refiere, sin duda, al Paraíso, donde, en cuanto Dios, nunca dejaba de estar (3:13b, según leen muchos MSS). Aquí habla en cuanto hombre, y se expresa como si ya disfrutase de la felicidad celestial (comp. con 17:11). ¡Tan seguro estaba de ella, y tan cercana la veía! El mismo gozo y la misma gloria que Él tenía por suficiente recompensa a cambio de todos sus trabajos y sufrimientos (v. Is. 53:11; He. 12:2), son propuestos aquí a los siervos de Cristo como recompensa por los trabajos y sufrimientos de ellos en el servicio del Señor. Quienes le acompañan por el mismo camino que Él pisó, le acompañarán en el lugar al que Él subió.

En segundo, pero no en último *lugar*, «*serán honrados por el Padre*» como Él ha sido honrado por el Padre al ser exaltado hasta lo sumo sobre todo lo creado (v. Fil. 2:9–11). Así serán sobreabundantemente compensados de todos los sufrimientos y pérdidas de cosas terrenales, pues recibirán honores muy superiores a los que tan insignificantes gusanos de esta tierra podrían aspirar y esperar. El honor se mide por el que lo confiere, así como la injuria se mide por el que la sufre. Nosotros, pues, hemos inferido a Dios, con nuestros pecados, injurias, en cierto modo, infinitas; pero al ser salvos por pura gracia, recibimos de Dios honores, en cierto modo también, infinitos. El honor que el Padre otorga es el más alto y duradero que existe: un honor digno de tal Señor. Quienes sirvan al Hijo, serán honrados por el Padre. Quienes, en el servicio de Cristo, se humillen a sí mismos y sean, de ordinario, vilipendiados por el mundo, serán, por contrapartida feliz, exaltados sobre todo lo del mundo; aunque no lo sean en este tiempo, lo serán a su debido tiempo.

V. Finalmente, qué se hizo de estos griegos que deseaban ver a Jesús y lo consiguieron, y escucharon además esta preciosa enseñanza de sus labios, no sabemos, pero podemos barruntar, con piadosa imaginación que quiénes con tanto interés buscaron el camino (14:6) del cielo, puestos los ojos en el Salvador (comp. con He. 12:2), lo hallaron y anduvieron en él.

Versículos 27–36

Es ahora Jesús quien recibe honor de su Padre mediante una voz del cielo, lo cual dio a Cristo una oportunidad para prolongar su conversación con la gente.

I. Cristo se dirige a su Padre a consecuencia de la turbación que sintió en su espíritu en este preciso instante: «*Ahora está turbada mi alma*» (v. 27). ¡Extrañas palabras de la boca de Cristo, y tanto más sorprendentes cuanto que son pronunciadas tras una visión de gloria y honor, cuando podría esperarse que dijera: «Ahora está satisfecha mi alma»! Sin embargo, no es extraño, desde el punto de vista psicológico,

el que a la retaguardia de gloriosas elevaciones del espíritu, aparezcan profundas depresiones de ánimo. Vemos:

1. El temor de Jesús ante la visión de sus inminentes sufrimientos: *«Ahora está turbada mi alma»*. Ahora aparecían las primeras angustias *de la aflicción de su alma* (Is. 53:11). El pecado de nuestra alma era la causa de la angustia de su alma, pero la angustia de su alma estaba destinada a librarnos de la aflicción de nuestra alma. Jesús estaba *ahora* afligido, pero no iba a ser por mucho tiempo: después de la cruz momentánea, vendría la luz sempiterna (comp. con Ro. 8:18). Lo mismo pasa con quienes le siguen; éste es el gran consuelo de los creyentes en medio de sus más graves aflicciones: son por un *momento, «porque esta leve tribulación momentánea nos produce, en una medida que sobrepasa toda medida, un eterno peso de gloria»* (2 Co. 4:17).

2. El aprieto en que parece hallarse: «*¿Y qué diré?»* Jesús habla como quien se halla confuso, sin saber adónde dirigirse (comp. con Fil. 1:23, aunque el contexto es diferente). Había en la zona emotiva del alma de Jesús como una lucha entre el pleno conocimiento de la obra que tenía que llevar a cabo y la resistencia natural a los sufrimientos que se avecinaban y, especialmente, al desamparo del Padre por cargar sobre Sí el pecado del mundo, lo que comportaba la interrupción de la comunión con Dios: ¡la muerte espiritual, eterna! como sustituto nuestro (v. 2 Co. 5:21). Ante esta horrenda perspectiva, Jesús exclama: *«¿Qué diré?»* Como si dijese: «¿Qué socorro invocaré?» Es la voz de los que se hallan en inminente peligro de sucumbir.

3. Su oración al Padre en tal aprieto. A pesar de que las ediciones del Nuevo Testamento Griego (y, por ello, las versiones de nuestras Biblias) traen esta oración entre signos de interrogación, los mejores comentaristas, tanto evangélicos como catolicorromanos, presentan argumentos convincentes de que no debe traducirse así, sino simplemente en forma de petición, exactamente como en el huerto de Getsemaní, de cuya agonía nos ofrece Juan aquí una imprecisa y rápida vislumbre, habida cuenta del carácter «triunfal» del cuarto Evangelio, como ya hicimos notar desde el principio. Dice, pues, Jesús ahora: *«¡Padre, sálvame de esta hora!»* Aunque la frase que hallamos en los otros evangelistas: *«si es posible»* no se halla aquí, se sobrentiende fácilmente. No pide Jesús que la hora no llegue, sino que el Padre le saque con bien de ella (nótese la preposición *ek*, como en He. 5:7 «… *librar de—¡ek!—la muerte»).* Es la voz de una naturaleza humana pura, inocente, que derrama los sentimientos del corazón en ardiente súplica al Padre. Aunque ponía su vida con toda su voluntad, oraba a Dios que le salvara de sus padecimientos, si eso era posible dentro de los eternos designios de la Trina Deidad. Con esto aprendemos que una oración en la que suplicamos a Dios que nos libre de una aflicción, es compatible con la entera sumisión de nuestra voluntad a la voluntad de Dios. El tiempo de sufrir era para Cristo tan breve como una «hora»; y, aunque una hora de sufrimiento intenso se hace muy larga, a través de ese breve espacio veía Jesús *«el gozo puesto delante de Él»* (He. 12:2).

4. Su aquiescencia a la voluntad del Padre, a pesar de todo: *«Mas para esto he llegado a esta hora»*. Las emociones del sentimiento suelen tener la primera palabra, pero las resoluciones de la voluntad son las que pronuncian el veredicto definitivo. Así es como la natural repugnancia de Cristo a sufrir se doblegaba finalmente al amor, a la sabiduría y al poder divinos. Quienes deseen proceder como es debido, deben dar lugar a la reflexión antes de tomar una decisión. Fruto de esta reflexión es ese «segundo» pensamiento que aparece en la segunda frase de Jesús: *«mas para esto he llegado a esta hora»*, con el que viene a rectificar su exclamación de la frase anterior: *«sálvame de esta hora»*. No acalla sus temores con la idea de que no puede evitar sus padecimientos, sino que se satisface con la resolución de no querer evitarlos. Esto ha de servirnos de ejemplo en las horas más oscuras de nuestra vida.

5. Su interés por el honor que a Dios se le ha de seguir por los inminentes sufrimientos de Jesús: *«Padre, glorifica tu nombre»* (v. 28a). Es una conclusión parecida a lo que dijo después en Getsemaní: *«no se haga mi voluntad, sino la tuya»* (Lc. 22:42), pues ésta es la mejor manera de glorificar el nombre de Dios (v. la secuencia en Lc. 11:2 *«santificado … hágase tu voluntad»).* Esta frase de Jesús expresa algo más que una simple sumisión a la voluntad de Dios, pues indica una dedicación de sus padecimientos a la gloria de Dios. Era una voz pronunciada en razón de su función mediatorial (v. 2 Co. 5:19; 1 Ti. 2:5), pues la pronunciaba para garantizar nuestra salvación el mismo que se había hecho cargo de satisfacer a la justicia divina por nuestros pecados. El Señor Jesús glorificaba así la santidad de Dios mediante su radical humillación. Viene a decir: *«Padre, glorifica tu nombre,* y carga sobre mí la deuda de quienes han deshonrado ese santo nombre». Permítaseme (nota del traductor) copiar el brillante párrafo con que W. Hendriksen concluye su magnífica exposición del versículo 27. Dice así: «Toda la idea de la

oración (de Jesús) puede parafrasearse del modo siguiente … "Padre, sálvame de esta hora, si es posible y de acuerdo con tu santa voluntad, pero no me salves de esta hora si ello significa que yo vaya a perder la cosecha espiritual (12:24), ya que la obtención de esta cosecha mediante mi muerte voluntaria es el verdadero objetivo de mi venida a este mundo. Por tanto, Padre, haz que, mediante mi perfecta obediencia a tu santa voluntad, a dondequiera que tu voluntad me conduzca (especialmente en mis padecimientos y muerte), *tu nombre sea glorificado"».*

II. La respuesta del Padre a esta oración de Jesús. Nótese:

1. Cómo fue dada esta respuesta: *«Entonces vino una voz del cielo»*. Mediante «voces» salidas del cielo, tanto en el bautismo de Cristo (Mr. 1:11) como en su transfiguración (Mr. 9:7), y mediante los portentosos milagros que Jesús había llevado a cabo, el Padre había sido ya glorificado en el Hijo.

2. Cuál fue la respuesta misma: *«Lo he glorificado* (mi nombre), y *lo glorificaré otra vez»* (v. 28b). Jesús había terminado su oración diciendo: *«Padre, glorifica tu nombre»*. A esto responde inmediatamente la voz celestial: *«lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez»*. En efecto:

(A) El nombre de Dios había sido glorificado en la vida de Cristo, lo mismo en su doctrina y sus milagros que en los ejemplos maravillosos que nos dejó de su santidad y bondad.

(B) El nombre de Dios iba a ser glorificado otra vez, y en mayor grado, mediante la muerte y los padecimientos de Jesús. Con la obra de la redención, llevada a cabo en el Calvario, iban a resplandecer de forma insuperable la sabiduría, el poder, la justicia, la santidad, la fidelidad y la bondad de Dios. Al aceptar la satisfacción hecha a la santidad de Dios en la Cruz, el Padre se declaró enteramente satisfecho y complacido. De forma similar aunque a nivel inferior, lo que Dios ha hecho por nosotros para gloria de su santo nombre ha de servirnos de estímulo para esperar lo que aún ha de hacer por nosotros en el futuro.

III. Lo que opinaron los circunstantes acerca de esta voz: «Y *la multitud que estaba allí y había oído la voz, decía que había sido un trueno. Otros decían: Un ángel le ha hablado»* (v. 29). Algo similar les ocurrió a los que acompañaban a Saulo en el camino hacia Damasco pues *«oyeron la voz»,* pero *«no la entendieron»* (v. Hch. 9:7; 22:9). Esto demuestra: 1. Que fue algo real, no una ilusión acústica. 2. Que eran tardos en admitir una prueba tan clara de la divina misión de Cristo, pues se empeñaban en dar toda clase de explicaciones, excepto que Dios mismo le había hablado en respuesta a su oración.

IV. La explicación que, con toda mansedumbre y paciencia, dio de esta voz celestial el propio Jesús. Les dice:

1. Por qué vino esta voz: *«No ha venido esta voz por causa mía, sino por causa de vosotros»* (v. 30). Como si dijese: «No es que yo necesitase esta voz para decirme lo que ya sé por mi comunión íntima con el Padre (comp. con 11:42), sino para que vosotros no tengáis excusa, si os negáis a creer en mí aun después de haber oído esta voz del cielo». Lo que desde el cielo se nos dice acerca del Señor Jesús, por nuestro bien se dice, a fin de que se robustezca la fe y la confianza que hemos depositado en Él (comp. con 2 Ti. 1:12b) y estemos dispuestos a seguirle por el camino que Él recorrió.

2. Cuál era el significado de esta voz. Dos cosas intentaba Dios al decir que iba a glorificar su nombre otra vez:

(A) Que, mediante la muerte de Cristo Satanás iba a ser derrotado: *«Ahora es el juicio de este mundo, ahora el príncipe de este mundo será echado fuera»* (v. 31). Habla Cristo en plan de júbilo triunfal, como si dijese: «Ahora llega el año jubilar de mis redimidos; ahora, sí, ahora se va a llevar a cabo esa magna obra que, desde antes de la fundación del mundo, fue decidida en el consejo de la Deidad». Los motivos de este júbilo triunfal son:

(a) Que *«ahora es el juicio de este mundo»;* la «crisis», como dice el original al emplear un término que tiene resonancia médica, tanto como legal. Una enfermedad llega a su «crisis» en el punto en que se decide la recuperación o la muerte del enfermo. Ahora se van a descubrir del todo los pensamientos de muchos corazones (Lc. 2:35). Pero el vocablo griego significa, en realidad, como de costumbre, un juicio de condenación (comp. con 3:17, 19, por ejemplo); al rechazar a Cristo, el mundo no se percataba de que estaba pronunciando contra sí mismo su sentencia de condenación (v. 16:8–11). Podemos ampliar todavía, con ulteriores aplicaciones este pensamiento: La muerte de Cristo significaba *el juicio de este mundo:*

Primero, porque iba a poner a prueba el carácter de cada individuo con base en lo que la cruz de Cristo significa para cada uno. Los hombres serán juzgados por la forma en que hayan comprendido el sentido de esta muerte (3:14–15).

Segundo, porque, por medio de este juicio, la Cruz se interponía entre un Dios santo y un mundo pecador, de forma que se había de pronunciar la sentencia de absolución y perdón sobre todos aquellos, tanto judíos como gentiles que, por fe, recibiesen la justicia de Dios en Cristo (v. Ro. 1:17; 3:21, 25; 4:3, 6, 11, 22; 9:30; 10:3; 2 Co. 5:21).

Tercero, porque, por medio de la muerte de Cristo, este mundo regido por el príncipe de las tinieblas (16:11; Ef. 2:2; 1 Jn. 5:19) iba a rubricar su sentencia de condenación (3:17–21, 36; 8:24). Con este juicio, se había de demostrar que el diablo era un usurpador de los poderes de este mundo, pues el juicio no le competía a él, sino a Jesús.

(b) Que *«ahora el príncipe de este mundo será echado fuera»,* es decir, será desposeído de sus mal adquiridos derechos sobre las naciones y reinos de este mundo (comp. con Lucas 4:6, a lo que Cristo no replica). El alzamiento de Cristo en la cruz significará la más vergonzosa derrota de los *«principados y potestades»* (Col. 2:15) *«dominadores de este mundo de tinieblas»* (Ef. 6:12). Al obtener la reconciliación del mundo con Dios por medio de su muerte, Jesús quebrantó el poder de la muerte (v. 1 Co. 15:22, 55–57) y *echó fuera* al Destructor. Y al conducir al mundo hacia Dios mediante la doctrina de la Cruz, Jesús quebrantó el poder del pecado (Ro. 5:12–21; 6:6) y *echó fuera* al Engañador (Ap. 12:9; 20:8). ¡Con qué seguridad habla Cristo de su victoria sobre Satanás: la da por conseguida, pues al entregarse voluntariamente a la muerte, triunfa sobre ella!

(B) Que, mediante la muerte de Cristo, muchas almas se habían de convertir y salvar, con lo que Satanás quedaría fuera de todo aquel que creyese en Jesús: «*Y yo, si soy levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo*» (v. 32). Obsérvense dos detalles:

(a) El gran designio del Señor Jesús era *atraer hacia sí todos los hombres,* no sólo a los judíos, sino también a los gentiles de toda raza, lengua, nación y pueblo (comp. con Ap. 5:9; 7:9). Nótese cómo Cristo es todo en todos en la conversión y salvación de las almas. Cristo es el que *atrae hacia sí* pero como el Padre y el Hijo son uno en esencia, honor y poder (10:30), también el Padre *atrae hacia Cristo* (6:44) a todos los que, por fe, han de venir a Él. No atrae por la fuerza, sino como un imán, al hacer que la persona quiera, y quiera, no sólo voluntariamente, sino placenteramente (v. el comentario a 6:44). Somos atraídos por el conocimiento que tenemos de Él y para que conozcamos más y más de Él (v. 2 Co. 3:18).

(b) El extraño método que siguió el Señor Jesús para atraer hacia sí a todos fue mediante su *alzamiento de la tierra;* es decir, mediante su crucifixión, conforme aclara el versículo 33 (comp. con 3:14): *«Y decía esto dando a entender de qué* (lit. *de cuál,* de qué clase) *muerte iba a morir».* Primero fue clavado en la cruz, y después levantado en ella. El verbo griego significa «exaltar», por donde vemos que Jesús tenía por gran honor el morir en una cruz por nosotros. ¿Y nos avergonzaremos nosotros de confesarle y de predicar a Cristo, y a éste crucificado? Por este medio, se convirtió Cristo en centro de atracción universal, de modo que todos los que se salvan, por Él, y sólo por Él, se salvan (Hch. 4:12). El nacimiento y el crecimiento de la Iglesia fueron la bendita consecuencia de este alzamiento de Cristo en la cruz del Calvario. Aunque para los que se pierden, la cruz de Cristo es *piedra de tropiezo* (1 Co. 1:23), para los que se salvan es *piedra imán* (v. Fil. 3:7–14; 1 P. 1:8, comp. con Cnt. 1:4: *«Llévame en pos de ti ¡corramos!»)* Él es el verdadero *«tesoro»* (comp. 1 P. 2:7 con Mt. 6:21) que atrae hacia sí el corazón de quienes le aman. Podemos incluso aludir a la postura que Jesús adoptó mientras estuvo en la cruz: extendidos los brazos para recibir a todo el que se allegue a Él (6:37), y clavados para no bajarlos por cansancio (comp. con Éx. 17:12).

V. La objeción de la gente a estas palabras de Jesús (v. 34). Aun cuando habían oído la voz venida del cielo, se oponían tercamente a sus enseñanzas. Cristo se había llamado a sí mismo (v. 23), *«el Hijo del Hombre»,* expresión que se halla 83 veces en los Evangelios (13, en *Juan)* y que los judíos sabían que era sinónimo de «Mesías». Por eso, se sorprendieron que dijera que *iba a ser levantado,* lo cual también entendieron claramente que se refería a su muerte. Notemos que:

1. Alegan contra Jesús la enseñanza de las Escrituras del Antiguo Testamento: *«Nosotros hemos oído* (pues se les leía) *de la ley* (sacado—*ek*—de la ley), *que el Cristo permanece para siempre. ¿Cómo, pues dices tú que es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado* (es decir, alzado de la tierra hasta el otro mundo)?» Sin duda, entendían por «ley» el conjunto de la Escritura o Biblia Hebrea, y recordarían

lugares como Salmos 110:4; Isaías 9:6–7; Ezequiel 37:25; Daniel 7:14, que hablaban del Mesías como de un rey sempiterno (comp. con Lc. 1:33). Y no estaban equivocados en esto. Pero olvidaban que, también según la Escritura, este mismo Mesías había de ser el Siervo Sufriente de Isaías 53:5 y ss.; Daniel 9:26 y aun Salmos 22:16–18. Esta confusión es la que, hasta el día de hoy, sirve de «escándalo» a los judíos (v. 1 Co. 1:23). Los más expertos rabinos han opinado siempre que eran *dos*, en realidad, los Mesías: uno, «el hijo de José», que vendría a sufrir; otro, «el Hijo de David», que vendría a reinar y a resucitar al primero (v. el libro de A. Fruchtenbaum *Jesus was a Jew*. Nota del traductor); no han sido capaces de identificar en una sola persona a estos «dos Mesías». Estas son las enseñanzas, aparentemente «paradójicas», de algunos pasajes bíblicos, cosas *«difíciles de entender, las cuales los indoctos e inestables* (lit.) *tuercen … para su propia perdición»* (2 P. 3:16).

2. Preguntan, con aire de desprecio, qué clase de Mesías puede ser Jesús: *«¿Quién es éste, el Hijo del Hombre?»* (v. 34b, lit.). Como si dijesen: «Nosotros sabemos que el Mesías ha de permanecer para siempre, y tú dices que el Hijo del Hombre tiene que morir; ¿qué clase de Mesías eres tú?» Parece ser que prefieren no tener ningún Mesías antes que tener uno que se les vaya a morir. Sin embargo, la expresión *«el Hijo del Hombre»* tiene, ya desde Daniel 7:13, un sentido de elevación, más bien que de humillación. Específicamente, como hace notar Hendriksen, en *Juan* es Aquel que desciende del cielo a la tierra (3:13), que habla el lenguaje del Padre Celestial (8:28), que sirve de puente entre el cielo y la tierra (1:51), que cumple en la cruz la misión redentora (3:14), que tiene la autoridad de ejecutar juicio (5:27), que es el pan vivo, bajado del cielo, necesario para tener vida (6:27, 53), que es el objeto primordial de fe (9:35, de acuerdo con la lectura más probable. V. el comentario a dicho v.) y ha de ser glorificado, aunque ha de pasar por la muerte (12:23–24; 13:31).

VI. Lo que Cristo replicó a esta objeción de la gente (vv. 35–36). Como vemos siempre en Juan, hasta el punto de parecer desconcertantes las respuestas de Jesús a lo largo de todo el cuarto evangelio, a la objeción del versículo 34 no responde Jesús directamente, sino que da un giro práctico a la conversación, como si dijese: «Es inútil enzarzarse en discusiones sobre lo que dice la ley acerca del Hijo del Hombre, porque vosotros no estáis en condiciones de entender esas cosas. Para conocer las cosas de Dios es preciso tener el Espíritu de Dios (1 Co. 2:14). Sólo quienes están dispuestos a hacer la voluntad de Dios pueden conocerme (v. 7:17) pero toda la responsabilidad de la ignorancia que padecéis recae sobre vosotros, por cuanto tenéis la luz suficiente para quedar sin excusa (v. Lc. 12:47–48; Jn. 1:9; 8:12; 2 P. 2:20–21, etc.). Por consiguiente, dejaos de controversias y prestad interés a las oportunidades que se os presentan en la práctica para obtener beneficio de la luz que, al presente, está al alcance de vuestra mano *«aún por un poco, está la luz entre vosotros; andad entretanto que tenéis luz, para que no echen mano de vosotros* (o: *prevalezcan contra vosotros.* Es el mismo verbo de 1:5. Ver el comentario a dicho v.) *las tinieblas»* (v. 35). Observemos:

1. En general, el interés que Jesús tiene por el alma de los hombres, y el deseo de que alcancen la verdadera felicidad. ¡Con qué ternura les amonesta a estos malvados contradictores a que miren por sí mismos y se dejen de pendencias necias e insensatas! Sigue así el mismo método que después seguirá Pablo, cuando dice: *«Porque el siervo de Dios no debe ser pendenciero, sino amable con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen …»* (2 Ti. 2:24–26).

2. En particular, vemos:

(A) La singular ventaja de que esta gente disfrutó al tener entre ellos al Señor Jesús predicándoles el Evangelio, y de la que deberían haberse aprovechado, especialmente cuando era poco el tiempo que les quedaba: «*Aún por un poco está la luz entre vosotros*». Cristo es esta luz, *«el Sol de justicia»* y, aun cuando había de morir en la cruz, había de ser, no obstante, *el Cristo que permanece para siempre* (v. 34), pues había de volver a la vida, de la misma manera que el ocaso del sol no impide que su influjo sea permanente sobre la tierra (v. Gn. 1:14–18), puesto que cada mañana vuelve a surgir de nuestro horizonte. Pero somos nosotros quienes no sabemos si llegaremos a la mañana siguiente, cuando el sol vuelva a salir. Por eso, hemos de aprovechar el tiempo de luz que tenemos, *«andando entretanto que tenemos luz»*.

(B) La advertencia que les hace de que saquen el mejor partido del privilegio que se les ofrece: «*Andad entretanto que tenéis* luz». Así como los que viajan a pie o a caballo, han de aprovechar bien todas las horas del día para que no les sorprenda la noche en el camino, así también hemos de aprovecharnos de la luz que ilumina nuestro camino hacia el cielo (v. Sal. 119:105), mientras vamos de paso por este mundo. El día es para el trabajo; la noche para el descanso (9:4–5). Esto debe hacernos

diligentes para no malgastar el tiempo que Dios nos concede, sino aprovechar todas las ocasiones de hacer el bien (Ef. 5:16; Col. 4:5), no sea que nuestro día se acabe antes de haber terminado la tarea que se nos ha asignado para la jornada: *«para que no os sorprendan las tinieblas»*.

(C) La triste condición de los que rechazan el Evangelio de Jesucristo: *«Andan en tinieblas y no saben adónde van»* (v. 35b), pues *no saben dónde están ni cómo hallar la salida* (comp. con Hch. 13:11). Cuando se dejan a un lado las enseñanzas de la fe cristiana, y no se disciernen bien las diferencias entre lo bueno y lo malo, toda la conducta es *tenebrosa* y el ser humano marcha deprisa a precipitarse en su destrucción, porque desconoce el peligro en que se halla, y no se da cuenta de que está danzando a oscuras al borde mismo del abismo.

(D) El gran interés que esto ha de suscitar en cada uno de nosotros, y la grave obligación de seguir la norma de Cristo se infieren de la insistencia con que el Señor vuelve a la carga al repetir la misma exhortación: *«Entretanto que tenéis la luz, creed en la luz para que seáis hijos de luz»* (v. 36). Esta insistencia de Jesús a que no se marchen del mercado, sino que se beneficien de la oferta que les hace, se debe a que esa «luz» de la que *por poco tiempo* van a disfrutar, es nada menos que Él mismo (1:9; 8:12). Por eso, *«el que cree en Cristo)»* (7:38) *«cree en la luz»* y no sólo cree en la luz, sino que *«llega a ser hijo de luz»;* es decir, a identificarse con la luz (conforme a esta clase de semitismos o maneras de expresión de los hebreos y otros orientales) y ser *luces* (Ef. 5:8; Fil. 2:15), *«partícipes de la naturaleza divina»* (2 P. 1:4), *«hijos de Dios»* (1:12–13), que *«es Luz»* (1 Jn. 1:5). ¡Dichoso aquel cuyo ser entero *«es luminoso no teniendo parte alguna de tinieblas»!* (Lc. 11:36). En la medida en que contemplamos el rostro de Jesús por medio de la Palabra y conducidos por el Espíritu Santo no sólo tenemos luz para nuestros ojos y para nuestros pies (Sal. 119:105), sino que *«vamos siendo transformados de gloria en gloria* (y brillamos cada vez más) *a la misma imagen»* (2 Co. 3:18, comp. con Ro. 8:29), puesto que *Jesús es la imagen misma de Dios* (Col. 1:15; He. 1:3).

VII. La segunda parte del versículo 36 viene a ser un compendio de la actividad que llevó a cabo Jesús durante el tiempo de su ministerio público; un compendio también del constante rechazo que halló de parte de los líderes religiosos, y su final retirada de ellos, como se ve por el contexto posterior. Es un final parecido al de Hechos 28:25–29. Dice Juan: *«Estas cosas habló Jesús, y se fue y se ocultó de ellos»*. Se ocultó de ellos (lit. *fue ocultado lejos de ellos),* para que quedasen en sus voluntarias tinieblas por su obstinación en rechazar la luz (vv. 35–36a), y se marchó con toda probabilidad a Betania para pasar allí la noche. Puesto que los judíos no quisieron recibir sus enseñanzas, es como si les dijera, con esta retirada: «Puesto que no queréis escucharme, no tengo más que deciros». Cristo retira, con toda justicia, los medios de gracia a los que se obstinan en rechazarlos. Desde ahora, ya no aparecerá más en público hasta que sea conducido a los tribunales para ser juzgado y condenado a muerte. Solamente conversará con sus discípulos en el Aposento Alto, y con Pilato a fin de que éste pueda testificar de la inocencia de Jesús y quede sin excusa al condenarle a muerte, cobarde e injustamente. Los versículos 44–48, a pesar de las apariencias, no constituyen un mensaje posterior, sino que, como hace notar Hendriksen, son como un compendio de toda la predicación de Jesús durante su ministerio público.

Versículos 37–43

Testimonio que de Jesús habían dado los profetas del Antiguo Testamento, lo cual agravaba el pecado de los que ahora le rechazaban, aunque también hubo algunas honrosas excepciones, ya que *«aun de los gobernantes, muchos creyeron en Él»* (v. 42). Dos detalles se nos dan aquí acerca de esta gente tan obstinada, y los dos fueron profetizados por el profeta Isaías:

I. Que estos judíos no querían creer: *«Pero a pesar de que había hecho tan grandes señales delante de ellos, no creían en Él»* (v. 37). Aquí vemos:

1. La abundancia de medios de convicción de que esta gente disponía. Jesús había obrado delante de ellos *muchos y grandes milagros.* Al ser tantos, cada uno era confirmación de los anteriores; al ser tan grandes, la evidencia de la misión divina de Jesús era contundente, eran milagros de beneficencia, y el bien que producían aumentaba con cada milagro que llevaba a cabo; al ser tan notorios *(«delante de ellos»),* los testigos quedaban sin excusa.

2. La ineficacia subjetiva de estos medios de convicción: *«A pesar* de todo ello, *no creían en Él».* Al ver tantos portentos delante de sus propios ojos, se negaban a creer en Jesús.

3. Con esto se cumplía la Escritura: *«Para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías»* (v. 38). Cuanto más improbable es un suceso futuro, tanto más brilla la presciencia divina al predecirlo. Nadie podía imaginarse que, cuando apareciese el Mesías-Rey, precedido por tantas y tan claras profecías, hubiese de hallar tan fiera oposición entre los judíos. Jesús mismo *«se asombró de la incredulidad de ellos»* (Mr. 6:6), pero ya se había asombrado Isaías unos 700 años antes al predecirlo: *«Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?»* (v. 38b, comp. con Is. 53:1). El original hebreo viene a significar: *«¿Quién ha creído el informe salido* (lit. *que fue oído) de nuestros labios?», o: «¿ … que fue oído por nosotros?»* (se sobrentiende: «*y dado a conocer»).* Vemos, pues, que el Evangelio es llamado aquí un «*informe»* que nosotros hemos recibido de Dios, y que otros han oído de nosotros. Muchos son los que lo oyen, pero *¿quién lo ha creído? Muy* pocos, pues la mayoría se hace el desentendido. Por eso, la pregunta se hace en un tono de lamentación de que sean tan pocos los que creen el mensaje del Evangelio. Y la razón que se da es que *«no les fue revelado el brazo del Señor»;* es decir, no entendieron el poder del Dios Omnipotente, revelado y hecho manifiesto en los portentos que Jesús llevó a cabo (comp. con Is. 40:10; 52:10; 63:5). El motivo por el que *no les fue revelado el poder de Dios* era la dureza del corazón de ellos, impermeable a la luz del mensaje; no se debía a falta de claridad en la revelación, sino a la obstinada resistencia de ellos (comp. con Ro. 1:18). Así se explica lo que leemos a continuación.

II. Que estos judíos no podían creer: *«Por esto no podían creer, porque también dijo Isaías: Ha cegado los ojos de ellos …»* (vv. 39 y 40a). Estas frases parecen duras y difíciles de explicar. Dios no condena arbitrariamente a nadie; y, sin embargo, leemos: *«no podían creer».* La explicación está dada en el punto anterior, pero por la dificultad del tema, hemos de insistir:

1. *No podían creer, porque habían resuelto no creer;* la obstinación lleva al endurecimiento y el endurecimiento voluntario marca el destino de una persona, moldea su carácter de tal manera que cada gracia posterior rebota en la superficie y añade mayor culpabilidad. Cerrar la ventanas a la luz es condenarse a la oscuridad. La culpa no es de la luz, sino del que cierra la ventana. El mismo sol que ablanda la cera endurece el barro. La costumbre de obrar lo perverso crea una segunda naturaleza, tan difícil de cambiar como el color natural de la piel: *«¿Podrá mudar el etíope su piel, o el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer el bien, estando habituados a hacer el mal?»* (Jer. 13:23). Es, pues, una incapacidad psicologicomoral.

2. *No podían creer, porque dijo Isaías: Ha cegado los ojos de ellos.* ¿Es que acaso es Dios el autor de este pecado? No, por cierto, sino que:

(A) Es menester reconocer la mano justiciera de Dios en la ceguera de muchos que persisten en su impenitencia e incredulidad, por lo que justamente son castigados por su anterior voluntaria resistencia a la luz divina. Cuando Dios retira su gracia por el abuso que el hombre hace de ella, y entrega a los hombres a las pasiones vergonzosas en que ellos se complacen (v. Ro. 1:24–32), sólo ejecuta sobre ellos sus justos juicios, y a esto llama la Escritura *«cegar los ojos», «endurecer el corazón».* Obsérvese por contraste, el método de la conversión, al examinar el método de la perversión: Los pecadores que no ponen resistencia a la luz de Dios, son conducidos por el Espíritu de Dios a *ver con sus propios ojos y discernir la realidad de las cosas de Dios* (v. 1 Co. 2:10 y ss.). Igualmente son conducidos a *«entender con el corazón»* (v. 40); es decir, no sólo a asentir y aprobar, sino también a consentir y aceptar (Ro. 10:9–10). De esta forma, *son convertidos* a Dios, y sanados por Cristo. La misma mano que perdona es la que sana, pues el pecado es la más corrupta de nuestras enfermedades; es el cáncer del espíritu que llega a todos los demás elementos del ser humano, desde el centro hasta la periferia. La amenaza de este juicio de Dios pende sobre todos los que persisten voluntariamente en su injusta represión de la verdad de Dios (Ro. 1:18).

(B) Lo que Dios ha predicho, infaliblemente se ha de cumplir y, por eso, pudo asegurar Isaías que no podrían creer. Pero el hecho de que Dios prediga lo que ha de suceder no implica que el hombre se vea fatalmente forzado a obrar, puesto que la presciencia de Dios consiste en ver, desde la eternidad que sobrepasa al tiempo, lo que ha de suceder como si estuviese ya sucediendo. En otras palabras, pasado, presente y futuro dicen relación al tiempo; pero Dios no se mueve en el tiempo, sino que permanece en su eternidad que abarca todos los tiempos; por eso, lo que para nosotros es futuro, Dios lo ve como ya presente. Por eso también, Dios no tiene historia o biografía propia, porque la historia consiste en una

sucesión de acontecimientos en los que el ser humano pierde algo de su realidad (el pasado que ha quemado) y adquiere algo nuevo para realizarse progresivamente (el futuro que todavía no tiene); el presente no existe realmente para nosotros, pues nuestra vida es como las aguas de un río que se desliza, sin pararse, sin solución de continuidad. En Dios, ocurre todo lo contrario: no tiene pasado ni futuro, sino que es un eterno presente («*Yo soy el que soy»;* Éx. 3:14), desde el que abarca y sobrepasa todos los tiempos. Si Dios desconociera el futuro, estaría recibiendo siempre nueva información, con lo que nunca sería infinitamente sabio. Una de las mejores ilustraciones de esto es la comparación con un hombre que, desde lo alto de una torre contempla una larguísima procesión de individuos en fila india, en la que cada uno sólo ve al que marcha inmediatamente delante de él, mientras que el de la torre abarca con su mirada a todos, desde el primero hasta el último de la fila. Por consiguiente el conocimiento de Dios no está expuesto a la equivocación en lo que ve, ni la verdad de Dios está expuesta al error en lo que predice. Obsérvese, también, que la profecía no señala con el dedo a ninguna persona en particular, sino al conjunto de la nación judía; por lo que quedaba un remanente, a través del cual había una puerta de esperanza, abierta a las personas particulares de forma que cada uno podía decir, como lo puede decir cada uno de nosotros ¿Por qué no he de ser yo uno de los del remanente?

(C) Finalmente, el evangelista Juan, después de citar la profecía, muestra que se refería principalmente a los días del Mesías: *«Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de Él»* (v. 41). En la profecía leemos (Is. 6:8–9) que estas cosas le fueron dichas a Isaías, pero aquí leemos que estas cosas fueron dichas por Isaías; no hay ninguna contradicción en ello, puesto que ninguna cosa fue dicha por ningún profeta sin que antes le fuese dicha al profeta mismo. La visión que el profeta tuvo, en esta ocasión, de la gloria de Dios, se dice ahora que fue la visión de la gloria de Jesús y «*habló acerca de Él»* (Jesús, lo mismo que en el versículo siguiente: *«muchos creyeron en Él»).* Con ello, tenemos una prueba más de que *Jesús es Dios,* el mismo Jehová cuya gloria contempló Isaías. Habló acerca de Jesús, a fin de que fuese glorificado lo mismo en la ruina justa de una muchedumbre de incrédulos que en la salvación de un remanente de creyentes. No está de más el observar que Juan se refiere *al profeta Isaías* más bien que al *libro de Isaías,* y pone en boca de *Isaías* las palabras de Isaías 53:1, lo cual es un fuerte argumento contra los que afirman que toda esta sección, desde el capítulo 40 en adelante, no fue escrita por Isaías, sino por alguien que la redactó después de la deportación a Babilonia.

III. La sección termina con una nota consoladora. Aunque el grueso de la nación rechazó al Mesías, no todos se cerraron en la incredulidad: *«Con todo eso, aun de los gobernantes, muchos creyeron en Él»* (Jesús), aun cuando la fe de ellos no fuese todavía madura, como sigue explicando el mismo Juan (vv. 42–43). En efecto, vemos:

1. El poder de la Palabra de Dios en la convicción que produjo en la mente de algunos: *«Creyeron en Él»,* como Nicodemo, recibiéndole como a *Maestro enviado de Dios* (3:2). Hay muchos que no pueden menos de aceptar en su interior verdades que no se atreven a profesar al exterior, ya sea por vergüenza cobarde, ya sea por interés inconfesable. Probablemente, hay muchas más personas buenas que las que parece haber, aun cuando también es probable que muchos de los que parecen cristianos no lo sean de verdad. Lo cierto es que sólo Dios conoce a los suyos, y nosotros no hemos de atrevernos a juzgar y usurpar el lugar de Dios. Conocemos los pecados de muchos, pero ignoramos el arrepentimiento de algunos (comp. con Lc. 7:39). Muchas veces, no es la malicia, sino la debilidad y la cobardía, lo que induce a los hombres al pecado. Los hombres sólo vemos el exterior y estamos inclinados a juzgar todas las acciones con el mismo rasero, pero Dios conoce bien todas las circunstancias así como los factores endógenos, temperamentales, del pecador y ha de descontar lo que se debe al ambiente y a la herencia, tanto para excusar como para agravar la culpabilidad de las acciones.

2. El poder de las fuerzas del mal para debilitar la convicción inducida por la Palabra de Dios. Éstos que *«creyeron en Él»,* no se atrevían a exteriorizar sus convicciones: *«pero a causa de los fariseos no lo confesaban».* Aquí vemos dónde estaba la debilidad de estos hombres: *no confesaban a Cristo. Hay motivo para dudar de una fe que tiene miedo o vergüenza de ser manifestada. ¿Y qué temían estos hombres? Ser expulsados de la sinagoga* (v. 9:22), lo cual significaba para ellos la mayor desgracia posible: ser cortados legalmente de la comunidad del pacto. Juan nos dice a renglón seguido cuál era la raíz profunda de ese miedo a confesar a Jesús: *«Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios»* (v. 43). Aparte de la inspiración del Espíritu Santo, con una posible revelación directa de ello, podemos pensar que Juan obtuvo esta información, probablemente, de labios de Nicodemo o de José

de Arimatea, o de ambos a la vez. Vemos, pues, que en el primer estadio de la conversión de estos hombres (ya que algunos de ellos llegaron, a no dudar, a una genuina fe en el Señor, comp. con Hch. 6:7; 21:20), la debilidad estaba en la forma incorrecta con que ponían en la balanza estos dos valores: la gloria de Dios y la de los hombres:

(A) Ponían la alabanza de los hombres en un platillo de la balanza, y consideraban cuán bueno es alabar a los hombres y ser alabados de ellos (comp. 5:44). No se atrevían a confesar a Cristo no fuera que esto les enemistase con los fariseos y perdieran la reputación de que gozaban en el seno del Sanedrín. Olvidaban lo de Proverbios 29:25: *«El que teme a los hombres caerá en el lazo, mas el que confía en Jehová será puesto en lugar seguro»*. Otras consideraciones se añadirían para acobardar a estos hombres. Verían, por ejemplo que los seguidores de Cristo eran desprestigiados por los líderes de la nación y menospreciados, lo cual resultaba muy duro para quienes estaban acostumbrados a los honores y respeto de la gente. Cada uno pensaría que, si se declaraba abiertamente a favor de Jesús, se había de quedar solo, cuando, precisamente *«armándose de valor»* (Mr. 15:43), es probable que otros se sintieran estimulados a seguirle en su profesión de fe en el Señor. *«Ésta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe»* (1 Jn. 5:4b).

(B) Ponían la gloria de Dios en el otro platillo de la balanza. Se daban cuenta de que, al confesar a Cristo, darían gloria a Dios y recibirían alabanza de parte de Dios, pero daban preferencia a la alabanza de los hombres y, con ello, inclinaban la balanza hacia el lado de menor peso (comp. con 2 Co. 4:17 *«eterno peso de gloria»).* ¡Cuántos se quedan a medio camino, «casi cristianos», cortos de la gloria de Dios, por temor a perder el respeto de los hombres, por no enemistarse con el mundo, por el «¡qué dirán!» Estos respetos humanos hacen que muchas personas sean simples hipócritas cuando la religión parece estar de moda, y que sean abominables apóstatas cuando la religión es perseguida.

Versículos 44–50

Compendio de lo que Jesús había venido predicando desde el comienzo de su ministerio público. Como el mensaje principal de Cristo había sido expuesto en voz alta y con toda solemnidad, según lo exigía la importancia del tema (comp., p. ej., con 7:37), también aquí se nos dice que *«Jesús clamó y dijo»* (v. 44). Esta elevación de la voz significaba siempre: 1) Su denuedo al predicar. Aunque los aludidos en el versículo 42 no tenían el coraje necesario para profesar abiertamente la fe en la doctrina de Cristo, Él sí lo tenía para proclamarla; aunque ellos estaban avergonzados de su fe, Jesús no lo estaba de sus enseñanzas. 2) Su insistencia en lo que predicaba. Gritaba como quien ve la amenaza de un peligro y desea que sus prójimos se percaten de él; aunque sus clamores sean importunos, no por eso dejan de ser oportunos. 3) Denota la urgencia de que todos presten oído atento a lo que va a decir. Al ser ésta la última vez que se dirigía al público en general, quiere proclamar el Evangelio con gran clamor, como deseando que todos se enteren y tomen bu ena nota de lo que va a decir. Este compendio de las enseñanzas de Cristo se parece mucho al discurso final de Moisés, en el que dijo: *«Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal»* (Dt. 30:15). Así es como Cristo se despide a la vera del templo, con una solemne declaración de tres cosas importantes:

I. Los privilegios y honores de los que creen.

1. Al creer en Jesucristo, somos puestos en relación íntima con el Padre (vv. 44–45): *«El que cree en mí, no cree en mí* (es decir, exclusivamente en mí), *sino* (también) *en el que me envió»*. Jesús es el único camino hacia el Padre (14:6); Él es el puente entre el Padre y nosotros (v. 1 Ti. 2:5), y el puente entre nosotros y el Padre (v. Ef. 2:18), porque, en cuanto hombre, es en todo semejante a nosotros, excepto el pecado (He. 2:14; 4:15); y, en cuanto Dios, es uno con el Padre (10:30). Como referencias a este punto doctrinal, podemos ver también 4:21; 7:16; 8:19, 42; 12:30; 13:20. Por eso continúa y dice: «y *el que me ve, ve al que me envió»* (v. 45). Al observar, meditar, experimentar, la hermosura de Jesucristo: de su persona, de sus palabras, de sus obras, nos percatamos de que vemos a Dios mismo *con nosotros (Immanuel),* al *«Dios manifestado en carne»* (1 Ti. 3:16). Al ver a Cristo, vemos cuán *«bueno es Jehová para con todos y la ternura de su amor sobre todas sus obras»* (Sal. 145:9. Todo el salmo es un retrato admirable de Dios, revelado en Cristo). ¿Y habrá quien no se satisfaga con ver a Jesucristo para ser feliz por toda la eternidad? ¿Hace falta ninguna otra «visión beatífica»? (v. 14:9–10). El que conoce a Jesús, conoce al Padre (8:19), porque el Padre está en Jesús, y Jesús está en el Padre (10:38). *«Porque Dios, que*

mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz (Gn. 1:3), *es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo»* (2 Co. 4:4). Todo el que contempla a Cristo con una mirada de fe, es conducido al conocimiento seguro de Dios. Cristo no es un embajador inferior al rey (comp. con 2 Co. 5:20), sino como un Enviado igual al Enviante (10:30).

2. Al creer en Jesucristo, somos puestos en la más feliz situación posible para nosotros: «*Yo, la luz* (1:9; 8:12), *he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas*» (v. 46). Con esto, se nos declara: (A) El carácter de Cristo: Es la luz divina que ha venido a ser la luz del mundo (v. también 1:4–5; 9:5; 12:35–36). (B) El consuelo de los creyentes, pues éstos *«no permanecen en tinieblas»* como los que se obstinan en rechazar la luz; *«en otro tiempo éramos tinieblas, mas ahora somos luz en el Señor»* (Ef. 5:8); porque «*luz hay sembrada para el justo*» (Sal. 97:11. Lit.), para que, no sólo sea puesta en nuestro interior como un foco, sino que también progrese y crezca en resplandor *«siendo transformados de gloria en gloria a la misma imagen»* (2 Co. 3:18), que es Jesús (v. Col. 1:15).

II. A continuación, vemos el tremendo peligro en que se hallan los que no creen: «*Al que oye mis palabras, y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. El que me rechaza y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el último día*» (vv. 47–48). Vemos:

1. Quiénes son los que se condenan, privándose a sí mismos de la vida: *«Los que oyen las palabras de Cristo y no las guardan»* (comp. con Sal. 119:9; Mt. 7:24–26; Stg. 1:21–25; 2:14–26; 1 P. 2:13). La misma idea aparece en 1:12–13; 3:36; 6:40, 47; 8:51; 1 Juan 5:10–12. Nadie será condenado por incredulidad, a no ser que haya rechazado el mensaje de Cristo (3:17–21; 8:24). Cada ser humano será juzgado de acuerdo a la luz que haya recibido (comp. con Ro. 2:12–16). Sólo Jesús es el Salvador de todos los que se salvan (Hch. 4:12), incluso de los que no conocieron al Salvador por el nombre de Jesús, ya que, en Hechos 4:12, el *«nombre»* significa, no el rótulo, sino la persona del Salvador (¿cómo serían salvos, si no, los santos del Antiguo Testamento, de los que He. 11 nos ofrece una buena lista?).

2. En qué consiste la gravedad de esta incredulidad: En que todo *el que no recibe las palabras de Cristo, le está rechazando a Él mismo* (v. 48), *Verbo* único del Padre (1:1), mediante el cual quedó consumada la revelación de Dios (He. 1:1–3). Siempre que se despliega el estandarte del Evangelio, ya no caben neutrales: *«El que no está con Cristo, está contra Él»* (Lc. 11:23).

3. La admirable paciencia y longanimidad del Señor: «*Yo no le juzgo*» (comp. con 3:17–21; 8:11, 15). Él juzgará a todos en el Último Día (5:27–29), pero hasta entonces tiene otro oficio mejor que desempeñar: *Ha sido enviado por el Padre «para que el mundo sea salvo por medio de Él»* (3:16–17). Ha venido a ofrecer salvación a todo ser humano, de modo que el que no se salve no pueda achacarle a Dios el fracaso, sino sólo a sí mismo por haber rechazado la salvación que Dios le ofrecía (v. 1 Ti. 2:4–6).

4. La cierta e inevitable condenación de los que se hayan negado a creer. En el último día, en el Juicio Final, se llevará a cabo la gran revelación del justo juicio de Dios contra los incrédulos. *«Tendrán quien les juzgue»*. No hay cosa tan temible como el abuso de la gracia (comp. con He. 10:26–31), y «*el menosprecio de las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad*» (Ro. 2:4). No hará falta que el mismo Dios se levante para pronunciar sentencia. Nótese que, en Apocalipsis 20:11 y ss., los muertos están de pie, es decir, ya resucitados para condenación, delante del gran trono blanco pero *«fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras»* (Ap. 20:12). No se nombra aquí al *«Cordero»* (para la exégesis de Mt. 25:41, v. el comentario a dicho lugar), mientras que, en el juicio de recompensas, se nombra *«el tribunal de Cristo»* (Ro. 14:10, 2 Co. 5:10). Las palabras del Evangelio, proclamadas por el mismo Señor Jesucristo y fielmente expuestas por sus ministros, ellas serán las que se levanten a juzgar a quienes acudieron a los cultos religiosos, oyeron el mensaje del Evangelio y no le prestaron atención o no le hicieron caso. ¡Qué responsabilidad tan grande la de los que oyen los mensajes y no se convierten al Señor! Por eso, nadie sale, o se retira, de oír un mensaje en las mismas condiciones en que entró, o se acercó a escuchar: o sale convertido (o en camino de conversión), o sale más endurecido en su pecado y sin excusa alguna que presentar ante el gran trono de Dios. ¡ALLÍ ESTARÁ LA PALABRA DE DIOS, COMO JUEZ SUFICIENTE! (v. también 5:24, 45–47; 8:31, 37, 51; 14:23–24, además de Mt. 7:21–27; Lc. 11:28). La *Palabra* condenará como *evidencia de criminalidad y como norma quebrantada.*

III. Finalmente, Jesús hace en esta porción una solemne declaración de la autoridad que posee en orden a demandar nuestra fe en Él (vv. 49–50).

1. Nótese la comisión que el Señor Jesucristo ha recibido del Padre: *«Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; sino que el Padre que me envió, Él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar»* (v. 49). Jesús resume aquí los mismos pensamientos expresados en 3:11; 7:16; 8:26, 28, 38; 14:10. El Padre le dio todas las instrucciones de lo que había de decir y de lo que había de hablar, y Jesús las cumplió a la perfección (v. 3:34), todas sus palabras fueron *«palabras de Dios»*. Los verbos «decir» y «hablar» son aquí sinónimos; Jesús emplea ambos para mayor énfasis. Esta instrucción que Jesús nos ha dado de parte de Dios es llamada aquí *«mandamiento»*, en el sentido de «orden» o «encargo que cumplir» (v. Hch. 17:15). Por eso, el Nuevo Testamento Hebreo (versión hecha del griego por judíos convertidos), emplea el mismo verbo que hay en el Salmo 91:11, así como en Mateo 4:6; Lucas 4:10 (hebreo, *zavah;* griego, *entello,* del que se deriva *entolé).* Nuestro Señor Jesucristo *aprendió* experimentalmente *la obediencia* (He. 5:8) antes de enseñarla, *a pesar de que era el Hijo.* Dios ordenó obediencia al Primer Adán, y su desobediencia causó nuestra ruina. También ordenó obediencia al Postrer Adán, y su obediencia nos procuró la salvación (v. Ro. 5:19).

2. Adviértase el objetivo de tal comisión: «*Y sé que su mandamiento es vida eterna»* (v. 50). Es decir, la comisión dada por el Padre a Cristo tiene que ver con la vida eterna de los seres humanos. Él ha venido a revelar, a proclamar y a procurar esa vida eterna (10:10). De ahí que quienes siguen las instrucciones de Cristo, y creen en su Palabra, obtienen la vida eterna (v. también 3:16; 6:63; 1 Jn. 2:25). Por eso, quienes desobedecen a Cristo, renuncian por ello mismo a la vida eterna (3:36), y se privan a sí mismos de la bienaventuranza perpetua. Por este, y todos los demás lugares del Nuevo Testamento, vemos, como hace notar Hendriksen, cuán equivocados son los que piensan que un Hijo amoroso vino para aplacar a un Padre irritado. Por el contrario, Jesús deja bien claro que fue el Padre quien le ha dado el mandamiento de procurar la vida eterna y revelárnosla (comp. con 3:16; Ro. 8:32; 2 Co. 5:19–21; Gá. 4:4).

3. Véase finalmente, la exacta observancia con que llevó a cabo Jesús la orden del Padre: «*Así, pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho»* (v. 50b). De la misma manera que un testigo fiel ocasiona la salvación de un acusado inocente, así también Cristo cumplió fielmente el encargo del Padre de revelar y procurar vida eterna: Habló la verdad, toda la verdad y sola la verdad. Esto es un gran estímulo para creer, pues si entendemos bien las palabras de Cristo y las ponemos por obra, hemos depositado en buenas manos el negocio de nuestra salvación eterna (comp. con 2 Ti. 1:12); si no lo hacemos así, arriesgamos la eternidad de nuestra alma, pues la exponemos a la eterna condenación. También es un gran ejemplo de obediencia, ya que Jesús dijo y habló exactamente lo que se le ordenó. Este es el único honor que apetece y estima: que lo que el Padre le ha dicho y ordenado que dijera, eso es lo que ha dicho y hablado. Así, pues, al creer con certeza absoluta cada una de las palabras que Cristo nos dice, y al someter enteramente nuestra vida a sus normas, le daremos la gloria que su nombre se merece.

CAPÍTULO 13

Este capítulo se divide fácilmente en cuatro secciones, conforme a los títulos que suelen aparecer en nuestras versiones del Nuevo Testamento: 1) Jesús lava los pies de sus discípulos (vv. 1–17); 2) anuncia, durante la Cena, la traición de Judas (vv. 18–30); 3) promulga su nuevo mandamiento (vv. 31–35), y 4) anuncia la negación (mejor: las negaciones) de Pedro (vv. 36–38).

Versículos 1–17

Los comentaristas más prestigiosos de todos los tiempos están de acuerdo en que la escena del lavamiento de los pies de los discípulos y el discurso de Jesús que se detallan en este capítulo se llevaron a cabo en la misma noche en que fue entregado, y en el mismo lugar en que Jesús comió con ellos la Pascua e instituyó la Cena del Señor. Este evangelista, con objeto de referir episodios y milagros que los demás evangelistas habían omitido, omite adrede la mayoría de los que los otros refieren, esto produce dificultades a ciertos comentaristas, cuando precisamente Juan facilita la solución de algunas de estas

dificultades, como puede verse con un cuidadoso análisis comparativo de los cuatro evangelios (v. el comentario de W. Hendriksen. Nota del traductor). Se nos dice aquí (v. 1) que estas cosas sucedieron *«antes de la fiesta de la Pascua»*. En estos versículos, tenemos el episodio del lavamiento de los pies de los discípulos, que llevó a cabo nuestro Señor Jesucristo. Pero, ¿por qué hizo Jesús esto? Al ser infinitamente sabio, no cabe duda de que tuvo sus razones para hacerlo. El momento era muy solemne, y se nos dan en el texto sagrado cuatro razones: 1) Dar testimonio del inmenso amor que profesaba a los discípulos (v. 1); 2) darnos un estupendo ejemplo de su inigualable humildad (vv. 3–5); 3) enseñarnos una lección espiritual, simbolizada en el lavamiento material de los pies, como se ve en el diálogo que tuvo con Pedro en esos momentos (vv. 6–11), y 4) dejarnos ejemplo de cómo nos hemos de portar unos con otros en lo significado por la acción que había llevado a cabo (vv. 12–17).

I. Cristo lavó los pies a sus discípulos para darles una prueba del gran amor que les tenía (vv. 1–2).

1. El Señor Jesús, *«habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo»* (v. 1. Lit. *hasta el fin).*

(A) Esto es cierto con relación a los discípulos que se hallaban allí presentes. Ellos eran sus amigos íntimos y le habían acompañado, desde el principio de su ministerio público, por todas partes (15:27; Hch. 1:21). Siempre les había mostrado ternura, les había dado plena libertad para hablarle y preguntarle y había soportado con toda paciencia las debilidades de ellos. Por eso, se nos dice que *«los amó hasta el fin»*, sin cesar, hasta el final y hasta el extremo al que puede llegar el amor (v. 15:13). Aun cuando entre sus discípulos había algunos de alto rango, nunca dejó a un lado a estos pobres pescadores. A veces hubo de reprenderles, pero nunca dejó de amarles, y lo demostró con el cuidado que tuvo de ellos en todas las ocasiones.

(B) También es cierto con relación a todos los genuinos creyentes. Nuestro Señor ama, hasta el extremo, a todos que *son suyos* en este mundo. *Los suyos,* por raza y según la carne, *no le habían recibido* (1:11), pero estos eran *suyos* de veras, porque pertenecían a su familia espiritual, que es lo que realmente cuenta (v. Mt. 12:48; Mr. 3:33; Lc. 8:21). Éstos son *sus hermanos* (v. Mt. 28:10), pues son *hijos de Dios* (1:12–13; Mt. 5:45; Lc. 6:35, etc.). Cristo tiene inmenso amor a cada uno de *los suyos que están en el mundo.* Ahora que se marchaba al cielo, sentía amor, ternura y preocupación por los suyos que quedaban en el mundo, puesto que necesitaban más de sus cuidados, de la misma manera que el niño débil y enfermo necesita más de los cuidados de la madre. El amor de Cristo a los suyos es tan fuerte que *nadie ni nada puede separarnos de su amor* (Ro. 8:35–39).

2. Cristo manifestó este amor que tenía a los suyos cuando les lavó los pies. Así les mostraba que su amor hacia ellos, no sólo era fuerte y constante, sino también condescendiente hasta el extremo de darles un honor tan grande y sorprendente como es el honor de un señor que se pone a servir a sus criados. Los discípulos habían descubierto recientemente (v. 12:4–5, comp. con Mt. 26:8) la debilidad del amor que le tenían a Él al murmurar del ungüento que María había derramado sobre la cabeza de Jesús, pero, a pesar de eso, ahora Jesús condescendía a lavarles los pies a ellos. Nuestra ingratitud contrasta con la amabilidad del Señor con nosotros.

3. Escogió esta ocasión para llevar a cabo este acto por dos razones:

(A) Porque *«sabía que había llegado su hora para que pasase de este mundo al Padre»* (v. 1). Era la *Pascua,* que significa *«paso»* (v. Éx. 12:11–12), y Él tenía que *pasar al Padre.* Todos los creyentes, al dejar este mundo, pasan al Padre. Este paso es, para nosotros, lleno de triunfo y de gloria, pues nos vamos de este mundo perverso a la presencia de un Padre infinitamente santo y bueno, pero, para Jesús, este «paso» comportaba *el derramamiento de la sangre del Cordero Pascual,* mediante la cual, y por fe en ella (v. Ro. 3:25), somos librados de la mortandad del exterminador (v. Éx. 12:13). El tiempo de este «paso» era la *«hora»* de Jesús por antonomasia. A veces, es llamada esta *hora* (12:27; Mr. 14:25), la hora de sus enemigos (Lc. 22:53), la hora en que a sus enemigos les era permitido echarle mano y darle muerte (comp. con 7:30; 8:20), pareciendo así que eran ellos los que triunfaban, pero era Él quien, a través de esa «hora», había de ser glorificado (v. 17:1). Él *lo sabía* por su presciencia divina (comp. con 2:4; 7:6; 12:23; 13:11, 18; 18:4; 19:28). Esta misma presciencia, desde el principio de la hora en que había de padecer tan horribles sufrimientos y tan afrentosa muerte, sería en el alma de Jesús como una espina constantemente clavada, aun cuando también *tenía puesto delante de Él el gozo* (He. 12:2, comp. con Is. 53:11). ¿No es una gracia misericordiosa del Señor el que ignoremos las tribulaciones, las penas y enfermedades que nos esperan en el futuro? Así podemos descansar tranquilos en los brazos de nuestro Padre, que tiene preparado para nosotros, a pesar de todo, *lo mejor* (v. Ro. 8:28).

(B) Porque *«el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase»* (v. 2). La frase forma como un paréntesis, puesto adrede como: (a) para descubrirnos el origen de la traición de Judas, pues era una obra diabólica. No podemos adivinar la forma en que el diablo tiene acceso al corazón de los hombres, incluso de los creyentes (v. Hch. 5:3); pero hay ciertos pecados tan extraordinariamente perversos por su propia naturaleza, que parece como si el diablo pusiese el huevo del pecado en un corazón dispuesto a ser el nido que lo cobije e incube; (b) para insinuarnos el motivo por el cual, precisamente ahora, iba Jesús a lavar los pies a sus discípulos: al estar ahora Judas ya completamente resuelto a entregar al Maestro, la hora del paso de Cristo al Padre no podía estar lejos. Cuando más fiera sea la saña con que nuestros enemigos nos persigan, más diligentes hemos de mostrarnos en prepararnos para lo peor que nos pueda suceder. Ahora que Judas había caído ya en el lazo de Satanás, y el diablo quería enredar igualmente a Pedro y a los demás (v. Lc. 22:31), es cuando Jesús se disponía a fortalecer a los suyos contra el enemigo. Cuando el lobo ha hecho presa en una oveja del rebaño, es el tiempo en que el pastor ha de poner mayor diligencia en salvar a las demás. El antídoto ha de estar a la mano, cuando ya ha comenzado la infección. Juan había recalcado ya, en otra ocasión, que Judas era *«uno de los doce»* (6:71). Los demás evangelistas lo hacen en los lugares que son paralelos a Juan 13:2 (v. Mt. 26:14; Mr. 14:10; Lc. 22:3). Con esto, se nos dan a entender dos cosas: *Primera,* que a pesar de ser *uno de los doce* discípulos más íntimos de Jesús, fue él quien le entregó a traición. *Segunda,* que fue sólo *uno de los doce.* Aunque Jesús tenía ante sí al traidor, no iba a privar de las muestras de su amor a los demás por culpa de *uno.* Aunque uno era *un diablo* (6:71) y un *traidor* (v. 2), los demás no iban a sufrir por eso ningún detrimento.

II. Cristo lavó los pies de sus discípulos para mostrar a todo el mundo hasta qué punto estaba dispuesto a abajarse por amor a los suyos. Esto se insinúa en la secuencia observable fácilmente en los versículos 3–5: *«sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos* (v. Mt. 11:27; 28:18) … *se levantó de la cena»* ¿para que sus discípulos le rindiesen homenaje de pleitesía por un rango tan elevado? (v. Sal. 2:12). ¡No!, sino que … *comenzó a lavar los pies de los discípulos».* ¡No sólo resulta enorme el contraste, sino que parece como si Juan, tras meditarlo durante más de medio siglo, lo considerase realmente *paradójico!* En efecto:

1. Tenemos primero, el rango tan elevado que ocupaba el Señor Jesús: *El Padre había puesto todas las cosas en sus manos,* pues le había dado autoridad sobre todas las cosas (Mt. 11:27; 28:18), y era *«el heredero de todo»* (He. 1:2, comp. con Mt. 21:38; Mr. 12:7; Lc. 20:14). Además, *«había salido de Dios»,* pues *«estaba en el principio con Dios»* (1:1–2). Era el *Hijo de Dios* (1:18, etc.) *«y a Dios iba»,* al principio del que procedía (16:28). Lo que sale de Dios vuelve a Dios: los que son *nacidos de arriba* (3:3, 7), han de residir definitivamente en la patria a la que pertenecen (v. Fil. 3:20). Jesús *«sabía»* todo esto de antemano; no era como el príncipe que está aún en la cuna, ignorante de su futuro reinado, sino que, a sabiendas de su alto rango, se abajó a prestar un servicio propio de esclavos. ¿Y por qué se intercala esto aquí? Quizá como un motivo que le estimulase en medio de sus padecimientos. Judas estaba ahora a punto de traicionarle, y Él lo sabía, pero, *«sabiendo* también *que había salido de Dios y a Dios iba»,* no se echó para atrás. Es como si fuera un contrapeso glorioso a la humillación que iba a imponerse a Sí mismo. Lo que nos parece que le habría inducido a gloriarse, le lleva precisamente a humillarse. De cierto, *los pensamientos de Dios no son como los nuestros* (Is. 55:8).

2. Tenemos luego el voluntario abajamiento que se impuso a Sí mismo el Señor Jesús. Una bien garantizada seguridad de salvación y de vida eterna en el cielo, en vez de hinchar de orgullo a un creyente, le llenará de humildad hasta bajarlo al mismo suelo y mantenerlo siempre a ras de tierra en el concepto que tenga de sí mismo (v. Gn. 18:27; 1 Co. 15:10). Lavar los pies era una acción baja, contada entre los servicios más propios de un criado o esclavo. Por eso, cuando Juan el Bautista quiso mostrar la superioridad del Señor Jesús sobre él, PUSO de relieve que él se sentía *incompetente incluso de desatarle las sandalias* para lavarle los pies (1:27). Y Cristo, el Señor, lo hizo por los discípulos, sus siervos (15:15, comp. con Mt. 20:28; Mr. 10:45; Lc. 22:26). Cuando recordamos lo de Abigail ante David (v. 1 S. 25:41), nos sorprende que ni uno solo de los doce discípulos se adelantase a lavarle los pies al Maestro pero, ¿cómo iban a pensar en gestos humildes los mismos que habían estado *«altercando sobre quién de ellos parecía ser mayor»?* (Lc. 22:24). El ser humano es, por naturaleza, egocéntrico. Incluso muchos que parecen abajarse, sólo lo hacen para ensalzarse, ya sea para obtener favor de los superiores, o respeto de los inferiores como se cuenta del abad de un monasterio, quien a fuerza de repetir: «vuestro abad, que

indignamente os preside», creó entre los frailes la impresión de que lo decía con profunda humildad, hasta que un ingenuo novicio, tomándolo en serio, dijo un día: «nuestro abad, que indignamente nos preside …». ¡Allí se acabó la «humildad» del abad, pues reprendió severamente al osado novicio! Pero el acto de Jesús fue de sincera humildad.

3. Jesús realizó este acto, no *«acabada la cena»,* sino *«cuando se hacía la cena»* (v. 2. Lit.), pues a favor de esta lectura están, no sólo los MSS más fiables, sino el claro contexto posterior donde se lee que *«se puso de nuevo a la mesa»* (v. 12) y dio a Judas el pan mojado en la salsa (v. 26). Lo hizo, cuando se hacía la cena, y no antes («*se levantó de la cena»,* v. 4), porque es probable que esperase (nota del traductor), por ver si alguno de ellos lo hacía. En todo caso, esta circunstancia nos enseña también:

(A) A no incomodarnos si alguna vez se nos llama a prestar un servicio al Señor o a nuestro prójimo cuando estamos comiendo. El mismo Jesús que no quiso suspender su predicación para atender a sus parientes más próximos (Mr. 3:33), no tuvo inconveniente en interrumpir la cena para lavar los pies a sus discípulos.

(B) A no regalarnos en demasía con los alimentos. Hay estómagos que no soportarían sin náuseas lavar los pies sucios de unos pobres pescadores en medio de una cena, pero Él lo hizo, no precisamente para enseñarnos a ser rudos y desaliñados (la limpieza y la piedad son cualidades bien avenidas), ni sólo mortificar nuestro apetito, sino para mostrar con el ejemplo que *había tomado la forma de siervo* (Fil. 2:7), *despojándose de su manto y ciñéndose la toalla del sirviente* (v. 4). Sin más ceremonia, *«puso agua en un lebrillo y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a enjugarlos con la toalla con que estaba ceñido»* (v. 5).

(C) A ser longánimes como Jesús, y agotar todos los recursos de la amabilidad frente a quienes no son amables con nosotros. No hay en el texto sagrado ninguna indicación de que exceptúase a Judas en este lavamiento, ya que Judas estaba en este momento con los demás (vv. 26 y ss.). Así que Jesús lavó los pies del peor de los pecadores, de quien en aquel mismo momento tramaba entregarle a traición.

III. Cristo lavó los pies de sus discípulos para dar a entender la purificación espiritual del alma de las poluciones del pecado. Esto se ve claramente en su conversación con Pedro (vv. 6–11).

1. La sorpresa de Pedro: *«Llegó, pues, a Simón Pedro»* (v. 6), y le pidió que le permitiera lavarle los pies. Con toda probabilidad, se llegó primero a Pedro; de lo contrario, no se explicaría la sorpresa de éste; además, los otros no habrían consentido que Jesús les lavase los pies, si no hubiesen oído la explicación que Jesús dio a Pedro. Así que *«Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies a mí?»* Nótese el contraste entre los pronombres «tú» y «mí», enfático en el original griego, donde aparecen juntos. Como si dijese: «¿Tú, nuestro Señor y Maestro, a quien nosotros hemos creído y conocido como a Hijo de Dios (6:69), me vas a lavar los pies *a mí,* gusano miserable de la tierra, a *mí que soy un hombre pecador?* (Lc. 5:8). ¿Van a lavar mis pies esas manos que, con un leve toque, han limpiado a los leprosos, han dado vista a los ciegos y han levantado a los muertos?» Es ahora cuando desearía Pedro haberse levantado antes de la cena, y haberle lavado él los pies a Jesús, al tener esto por el mayor honor que podía prestar al Maestro en aquella ocasión. Que el Maestro le lavara a él los pies era una paradoja que no podía soportar.

2. La explicación que, de inmediato, le dio el Señor, y debería haber bastado para silenciar las objeciones de Pedro: *«Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora, pero lo entenderás después»* (v. 7). Aquí hay dos razones a las que Pedro debe someter su entendimiento:

(A) Porque al presente estaba a oscuras respecto al significado de lo que Jesús estaba haciendo y, por tanto, no debía oponerse a lo que no entendía. Con esto, Cristo le pide a Pedro una obediencia sin reservas: *«Lo que yo hago, tú no lo comprendes;* por eso, no eres juez competente de mi acción».

(B) Porque había en la acción de Jesús algo misterioso, cuyo sentido habría de entender Pedro después: *«lo entenderás después».* Nuestro Señor Jesucristo hace muchas cosas que ni sus discípulos entienden de momento, pero las entenderán después. Así como los discípulos entendieron ésta y otras enseñanzas cuando fue derramado sobre ellos el Espíritu Santo (16:12–14), así también los creyentes de hoy pasan por experiencias que, muchas veces, no aciertan a comprender, pero el estudio de la Palabra, la iluminación del Espíritu y posteriores experiencias provistas por la divina providencia les enseñarán a comprender lo que antes no entendieron. ¡Cuántas veces hemos experimentado que los acontecimientos que nos parecían más adversos, eran realmente los más prósperos para la salud de nuestra alma! Bien se ha dicho que «Dios escribe derecho con líneas torcidas». Hemos de dejar, pues, que el Señor siga su propio método con nosotros, seguros de que su método es el que consigue los mejores resultados.

3. La perentoria negativa de Pedro a que Jesús le lavara los pies: «Pedro le dijo: *No me lavarás los pies jamás*» (v. 8). Es el lenguaje de una resolución fija y determinada. Pedro mostró ahora una sincera humildad y un gran respeto hacia su Maestro. Pero por debajo de este manto de humildad, había una oposición resuelta contra la voluntad del Señor Jesús. Algo similar puede ocurrirle a quien, cuando le es ofrecida la gracia del Evangelio, la rehúsa, no por verdadera humildad, sino por sutil incredulidad (comp. con Hch. 13:46 «… *no os juzgáis dignos de vida eterna»),* como si la gracia de Dios fuese demasiado valiosa para serle aplicada, o las buenas nuevas fuesen demasiado «buenas» para ser verdaderas. Jesús había dicho a Pedro que había un *«ahora»* en el que no podía comprender lo que estaba sucediendo, pero que habría un *«después»* en el que llegaría a entenderlo. Pedro responde y extiende su negativa, no sólo al «ahora», sino también al «después», ya que responde a Jesús que no le ha de lavar los pies *«jamás»* (lit. *«hasta el siglo»;* es decir, «para siempre»). El original duplica, además, la conjunción *«no»,* lo cual equivale a *«de ningún modo»* (comp., entre otros lugares, con 6:37 *«de ningún modo le echaré fuera») o «en absoluto»*.

4. Jesús insiste en su oferta, y añade una advertencia que va a desmenuzar la oposición de Pedro: «*Jesús le respondió: Si no te lavo, no tendrás* (lit. «no tienes») *parte conmigo»*. Como si dijese: «Si no te lavo, mediante mi humillación, de la polución del pecado, no eres de los míos, *no tienes parte* (comp. con Hch. 8:21) en los frutos de mi obra redentora». Quien se niega a obedecer a Cristo, renuncia a la vida eterna (comp. 3:36 «… *el que no se deja persuadir …».* Lit.). Sólo los que son lavados espiritualmente por Jesucristo (v. Ap. 7:14; 22:14) tienen parte con Cristo. Esta *«buena parte»* es *«lo único necesario»* (Lc. 10:42).

5. Pedro se somete ahora, y ruega al Señor, no sólo un lavado parcial, sino un baño total: *«Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza»* (v. 9). ¡Qué pronto ha cambiado Pedro de pensar! Esto nos enseña a no ser precipitados en nuestras resoluciones, no sea que pronto hallemos serias razones para retractarnos; es preferible ser cautos en proponer algo que no podremos mantener si no es a fuerza de terquedad o fanatismo. En la respuesta de Pedro podemos observar:

(A) Cuán presto está Pedro a retirar lo que acababa de decir. Como si se acusara de estupidez: «Señor, ¡qué necio he sido al expresarme con tanta precipitación y terquedad!» Ahora que percibe en el acto de Jesús un beneficio de su gracia lo admite; pero no lo soportaba cuando veía en ello una exagerada humillación. Las personas honestas, cuando se dan cuenta de su error, no han de ser lentas en retractarse.

(B) Cuán deseoso está Pedro de la gracia purificante del Señor, y de que el influjo de esta gracia se extienda a todo su ser. Para quienes tienen los ojos del corazón (Ef. 1:18) iluminados por el Espíritu de Dios el mayor de los males es ser excluidos de la comunión con el Señor. Para que esto no nos suceda jamás, hemos de insistir e importunar al Señor en oración, a fin de que Él nos purifique completamente: los pies, para andar en sus caminos; las manos, para servirle con amor; la cabeza, para tener la mente de Cristo (1 Co. 2:16). Hemos de decirle como David: *«Lávame a fondo de mi maldad, y límpiame de mi pecado»* (Sal. 51:2).

6. Cristo ofrece una explicación más amplia del significado espiritual del acto que está llevando a cabo (vv. 10–11):

(A) Con referencia a los discípulos que le permanecían fieles: *«Jesús le dijo: El que está lavado* (es decir *se ha bañado) no necesita sino lavarse* (el verbo es ahora diferente en el original) *los pies (los* cuales, cuando se llevan sandalias, se ensucian con el polvo de los caminos), *pues está todo limpio»* (v. 10). Estas frases deben entenderse en el sentido espiritual que Jesús les dio: El que recibe el mensaje del Evangelio queda totalmente limpio al recibir la justicia de Cristo, delante de Dios. Esto es lo que, teológicamente hablando, se llama *justificación.* En cambio, camino, conducta diaria y «pies» entran en lo que llamamos *santificación,* la cual, en este sentido, implica la obra constante del Espíritu Santo en el corazón del creyente para formar en él la imagen del Cristo humilde, manso y servicial, que muestra con su conducta la gratitud que debe a Dios. También los creyentes *«ofendemos en muchas cosas»* (Stg. 3:2), como el polvo que se pega a los pies en la andadura cotidiana en medio de tentaciones, caídas, debilidades, etc. Esto es lo que ha de limpiarse diligentemente cada día en la forma en que luego veremos. Y añade Jesús: *y vosotros estáis limpios, aunque no todos»*. Pedro no había comprendido bien el sentido de las palabras del Señor y se había ido al otro extremo. Jesús le notifica que, al estar todos ellos ya limpios, excepto Judas (v. 15:3), en lo que toca a la regeneración espiritual (comp. con 1 P. 1:22–25), sólo les quedaba purificar los pies de la diaria infección del pecado. Veamos cuán grande es el privilegio de

los que hemos sido lavados en la sangre del Cordero: Dios nos considera totalmente limpios en su presencia, a pesar de nuestras debilidades y miserias (comp. con Nm. 23:21, dicho acerca de un «pueblo rebelde», comp. Dt. 32:15; 33:29). Por eso mismo, deberíamos ser diligentes en limpiarnos, mediante la confesión y el arrepentimiento (Stg. 5:16; 1 Jn. 1:9), y lavar nuestros pies en la fuente que mana siempre de *la sangre de Jesucristo* (1 Jn. 1:7). Esta provisión segura para nuestra limpieza no debe hacernos presuntuosos, sino, por el contrario, más cautos y vigilantes. Del perdón de ayer deberíamos sacar gratitud y diligencia contra la tentación de hoy.

(B) Con referencia a Judas: «*Y vosotros estáis limpios, aunque no todos. Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No todos estáis limpios*» (vv. 10b–11). No todos los que son limpiados por Cristo en el exterior, lo están en el interior, ya que allí estaba Judas, que le iba a entregar. Hay muchos que tienen el *«signo»* y reciben las ordenanzas, pero no tienen la *realidad* significada en ellas. Cristo cree necesario advertir a sus discípulos que no todos están limpios, a fin de que seamos diligentes en examinarnos a nosotros mismos y preguntarnos: *«¿Acaso soy yo, Señor* (comp. con Mt. 26:22), *el que, estando entre los limpios, todavía no estoy limpio?»*

IV. Cristo lavó los pies de sus discípulos a fin de darnos ejemplo. Ésta es la explicación que Él les dio después de terminar el lavamiento (vv. 12–17). Observemos:

1. Con qué solemnidad les explicó el significado de lo que acababa de hacer: *«Después que les lavó los pies … les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho?»* (v. 12). Vemos, pues:

(A) Que demoró la explicación hasta haber terminado el acto, a fin de poner a prueba la sumisión y obediencia implícita de ellos para que aprendieran a consentir en lo que Él quisiese hacer, aun en el caso en que no viesen la razón por la que obraba así. Era cosa muy apropiada terminar la enigmática operación antes de darles la solución del enigma.

(B) Que, antes de darles esta solución, les preguntó qué pensaban ellos de lo que Él les había hecho: *«¿Sabéis lo que os he hecho?»* Les hace esta pregunta, no sólo para que se percaten de su ignorancia, sino también para suscitar en ellos el deseo de ser instruidos.

2. Qué títulos alega como fundamento de lo que les va a decir: *«Vosotros me llamáis Maestro y Señor; y decís bien, porque lo soy»* (v. 13). Nuestro Redentor y Salvador es también nuestro Señor y Maestro. Es nuestro Maestro, es decir nuestro profesor e instructor; es también nuestro Señor; es decir, nuestro Gobernador y Amo. Bien les va a los discípulos de Cristo llamarle Maestro y Señor, no por cumplido, sino porque lo es de veras; no porque estamos constreñidos a ello, sino porque estamos deleitados con ello. Llamar a Cristo Maestro y Señor es para nosotros un deber que nos imponemos a recibir y practicar las instrucciones que nos de. El honor, la honestidad y la gratitud nos obligan a ello.

3. La lección que con ello nos enseñó: *«Vosotros también os debéis el lavaros los pies los unos a los otros»* (v. 14b).

(A) Hay quienes han entendido esto literalmente, es decir que los creyentes deben lavar, de forma religiosa y solemne, los pies de sus hermanos, en señal de amor que condesciende a prestarse recíprocamente en humildad este servicio. Así lo hacen, entre los evangélicos, los menonitas; entre los de la Iglesia de Roma, el Papa y los obispos lo hacen, el día de Jueves Santo al lavar los pies a doce pobres, quienes, por supuesto, acuden a la ceremonia con los pies esmeradamente limpios. Esta práctica se remonta al siglo IV de nuestra era, pues ya la practicaba en Milán el obispo Ambrosio. S. Agustín decía que los cristianos que no lo hacen con las manos lo deberían hacer, al menos, con el corazón en humildad. Y añadía: «Pero prescindiendo de esta acción material, ¿podemos lavarnos espiritualmente unos a otros? Confesemos mutuamente nuestros pecados, perdonémonoslos mutuamente; oremos unos por otros, y así nos habremos lavado los pies espiritualmente». En efecto, lo que Cristo no se desdeñó de hacer, tampoco los cristianos deberían desdeñarse de hacerlo.

(B) Pero, sin duda alguna, las palabras de Cristo han de entenderse en sentido figurado. Tres son las cosas que Jesús quería enseñarnos con su acción.

(a) *Humildad que condesciende.* Hemos de aprender de nuestro Maestro a ser *humildes de corazón* (Mt. 11:29). Cristo había enseñado a los doce la lección de la humildad, y ellos la habían olvidado; pero ahora enseña esta lección con un método tan gráfico que seguramente no podrían olvidarla jamás.

(b) *Condescendencia para servir.* Lavarse mutuamente los pies es abajarse a los más oscuros y comunes servicios de amor, para verdadero bien y provecho del prójimo. No debemos ahorrarnos molestias, fatigas o tiempo, en favor de aquellos a quienes no nos obliga un deber específico, incluso

aunque sean inferiores a nosotros en rango, edad, ciencia o situación económica. Esta condescendencia ha de ser *recíproca:* hemos de ayudar a nuestros hermanos y hemos de aceptar la ayuda que ellos estén dispuestos a prestarnos; con frecuencia, esto último es más difícil, porque nos lo impide nuestra autosuficiencia.

(c) *Servicio para la mutua santificación,* según el sentido más probable de Filipenses 2:12–13, así como de las propias palabras del Señor en el versículo 10 de la presente porción: *Lavarse los pies unos a otros* significa, ante todo, ayudar al hermano a purificarse de los defectos y pecados que, muchas veces, ni él mismo ve y que le hacen daño a él y a los demás hermanos (v. Gá. 6:1–2). Es cierto que no podemos expiar ni satisfacer a Dios por los pecados ajenos (eso es propio de la sangre de Cristo, v. 1 Jn. 1:7; 2:1–2), pero también es cierto que podemos ayudar al hermano con nuestras oraciones, nuestras exhortaciones y nuestras lágrimas a que se purifique de sus pecados y se laven así, espiritualmente, sus pies; por supuesto, este servicio ha de comenzar por uno mismo, pero el hecho de que cada uno se sienta pecador, defectuoso e imperfecto, no debe impedir al que lava cumplir con este deber, ni al que es lavado ha de provocarle resentimiento o irritación. No es extraño que a la mayoría de los comentaristas se les escape este sentido obvio de las palabras de Cristo, ya que se trata del servicio más difícil de cumplir por parte de un creyente. Los fieles ministros del Señor lo saben por experiencia.

4. Jesucristo interpone su propio ejemplo para dar fuerza al mandamiento que impone: *«Pues si yo, el Señor y Maestro he lavado vuestros pies, vosotros también os debéis el lavaros* (lit) *los pies los unos a los otros»* (v. 14). Como si dijese: «Soy vuestro Maestro y por consiguiente, debéis aprender de mí esta lección». ¡Y qué buen Maestro es Jesús, pues emplea el mejor método según las normas de la Pedagogía: el método del ejemplo! *«Porque os he dado ejemplo, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis así»* (v. 15). Cristo enseñó no sólo de palabra, sino con el ejemplo, dejándonos así una copia exacta, sin una pincelada en falso, de la santidad que Dios requiere de nosotros (v. 1 P. 2:21 y ss.). Con esa copia ante nuestros ojos, nos es fácil escribir, y aun calcar, lo que debemos hacer en cada caso. En efecto, el ejemplo es algo que se aprende por simple imitación, mientras que las palabras necesitan, por decirlo así, «traducción», pues cada uno tenemos dentro nuestro pequeño «diccionario». No tenemos, pues, excusa para no ser buenos alumnos, al tener un Maestro tan excelente. Esto tiene aplicación especial a los ministros de Dios en los que deben resplandecer con mayor brillo las gracias de la humildad y del amor santo. Cuando el Señor envió a sus apóstoles a predicar, fue con el encargo implícito de *«hacerse todo a todos»* (1 Co. 9:22), pues vino a decirles: «Lo que yo he hecho con vuestros pies sucios, eso mismo debéis hacer vosotros con las almas sucias de los pecadores contaminados a causa de sus transgresiones contra la ley de Dios: *Lavadlas.* De igual manera se enseña aquí a los cristianos a condescender unos con otros en amor, sin que se les pida y sin que se les pague, pues no hemos de ser mercenarios en los servicios de amor. Y sigue diciendo Jesús: *«De cierto, de cierto os digo* (nótese la solemnidad): *El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió»* (v. 16). El Señor había dicho algo parecido en otra ocasión (v. Mt. 10:24–25), como razón para que los discípulos no se extrañaran de tener que sufrir como Él sufrió; aquí lo dice para que no piensen que se van a humillar demasiado si se abajan hasta condescender como Él acaba de hacer al lavarles los pies. Lo que Él no tuvo por desdoro para sí, tampoco ellos lo han de tener por rebajamiento para sí mismos. Cristo nos recuerda aquí nuestro lugar como siervos; el siervo no ha de tenerse por persona de más alto rango que su amo. ¡Cuánto menos hemos de tenernos por superiores al Hijo de Dios! Aquí vemos la excelencia de la virtud de la humildad, ya que Cristo le tributó el mayor honor posible al humillarse a Sí mismo. Cuando vemos a nuestro Maestro *sirviendo* ¿cómo podremos atrevernos a vivir *dominando?*

5. Nuestro Salvador cierra esta porción de su discurso y dice: «*Si sabéis estas cosas, dichosos sois si las ponéis en práctica»* (v. 17). La mayoría de la gente tiene por dichosos a los que alcanzan puestos elevados en la sociedad y dominan a los demás. Lavar los pies de otros nunca es mérito para alcanzar fortuna ni preferencia; pero Cristo dijo, a pesar de la opinión común, que son dichosos los que se abajan, sirven y obedecen. Y, puesto que los preceptos que el Maestro nos ha dado son tan excelentes, y llevan la recomendación de tan excelente ejemplo como el que Él mismo nos dio, no es extraño que el ponerlos en práctica con la mayor diligencia posible contribuya, como ninguna otra cosa de este mundo, a obtenernos la más completa felicidad. Esto que Cristo dice aquí de lavar los pies tiene también aplicación a los demás preceptos que nos ha dado. Aun cuando es cosa necesaria conocer nuestras obligaciones, de nada nos servirá para ser felices tal conocimiento si no ponemos en práctica dichas obligaciones, ya que el conocimiento del bien está ordenado a obrar el bien (v. Stg. 4:17). Es el conocer y el hacer lo que

mostrará que hemos recibido el reino de Dios y que somos sabios *edificadores* (v. Mt. 7:24–27). Esto tiene especial aplicación al mandamiento de ser humildes como nos enseña Cristo aquí. No hay cosa mejor conocida que la excelencia de la humildad, pues pocos habrá que se jacten de ser orgullosos, ya que es la soberbia un vicio sin excusa y odioso como pueda haber otro; sin embargo, cuán pocos son los que practican una sincera humildad. Hay muchos que se saben estas cosas tan bien, que esperan que todos los demás se las hagan a ellos, pero las olvidan cuando se trata de practicarlas ellos mismos.

Versículos 18–30

Vemos cómo se descubrió el complot de Judas para entregar a traición a su Maestro. Cristo ya lo sabía desde el principio (6:70–71); pero ahora lo descubre por primera vez a sus discípulos.

I. Cristo comienza con una insinuación general: *«No hablo de todos vosotros; yo sé a quiénes he elegido; mas para que se cumpla la Escritura* (v. Sal. 41:9): *El que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar»* (v. 18).

1. Ya antes (v. 10), les había dicho: «*Y vosotros estáis limpios aunque no todos*». También aquí (v. 18) dice: *«No hablo de todos vosotros»*. Lo que se dice de las excelencias de los discípulos de Cristo, no se puede decir de todos los que profesan ser cristianos. En la mejor de las sociedades, hay mezcla de malo y bueno; un Judas entre los Apóstoles.

2. Jesús sabía muy bien quiénes eran de Él, y quiénes no lo eran aun cuando lo pareciesen: «*Yo sé a quiénes he elegido*». Los que han sido elegidos lo han sido por elección de Cristo. Y a los que ha elegido, Él los conoce bien, porque nunca olvida a ninguno de los que desde la eternidad estaban en los designios de su amor (v. 2 Ti. 2:19).

3. En la traición del que demostró no ser verdadero discípulo de Cristo, se cumplió la Escritura. Cristo acogió en el seno de su familia espiritual a uno del que sabía que iba a ser un traidor, *«para que se cumpliera la Escritura»*. Como ya hemos explicado en otro lugar, el hecho de que la Escritura de referencia se cumpliera en Judas no significa que Judas careciese de responsabilidad en su traición; obró como estaba profetizado, porque Dios veía en su eterno presente lo que Judas llevaría a cabo en el futuro; así que la profecía no forzó a Judas a entregar al Señor, sino que señaló de antemano lo que el traidor iba a llevar a cabo libremente. La Escritura citada es Salmos 41:9, donde David, al referirse a Ahitófel (v. 2 S. 15:12; 17:23), dice: *«Hasta mi amigo íntimo, en quien yo confiaba, el que comía mi pan alzó contra mí su calcañar»*. Juan al traducir directamente del hebreo, no de la versión de los LXX traduce literalmente: *«El que traga (o tragaba) mi pan, levantó contra mí su calcañar»* (v. 18b). Es notable la forma en que Ahitófel, el consejero de David, fue tipo de Judas, uno de los doce íntimos del hijo de David: Ambos comían de la mesa del rey de Israel; Ahitófel, de la de David; Judas, de la de Cristo; ambos hicieron traición a sus respectivos soberanos; y ambos se suicidaron al fracasarles, a última hora, el plan que llevaban entre manos. Es también de notar que la palabra original que nuestras Biblias traducen por *«amigo»* en Mateo 26:50 (v. el comentario a dicho lugar), significa literalmente *«compañero»*, cuya etimología señala a una persona que «come pan con» otra. Incluso para señalarle como a traidor, Jesús le dio un bocado de *pan mojado* en la salsa (v. 26). Al ser uno de los Doce, dondequiera iba Jesús con sus discípulos, también Judas iba con ellos, y compartía con Jesús el pan. Cuando Jesús multiplicó los cinco panes y los dos pececillos para dar a comer a cinco mil hombres (6:9–13), también Judas comió de estos alimentos milagrosamente multiplicados, y también a él le tocó llevarse su cesta de pedazos de pan. El último bocado de pan que Judas comió en este mundo es probable que fuera el que Cristo le dio en la última Cena, mojado en la salsa preparada para aderezar el cordero pascual. No todos los que comen de la Cena del Señor son infaliblemente verdaderos discípulos del Señor. Judas fue culpable de la más vil y abominable traición: *«Levantó contra Jesús su talón o calcañar»*, lo que, en nuestro lenguaje castellano, viene a significar «poner la zancadilla» para que una persona tropiece y se caiga. En sentido figurado, da a entender que Judas despreció a Cristo, desertó de Él y mostró ser su peor enemigo. ¡Que uno, según todas las apariencias, de los más íntimos amigos de Cristo fuese su más encarnecido adversario, es algo que debería no sólo llenarnos de asombro, sino también de terror! *«¿Acaso soy yo, Señor?»*, habríamos de decir, acosados por nuestras continuas infidelidades al que siempre, y en tan alto grado, nos ha sido *fiel* (comp. con 2 Ti. 2:13).

II. Jesús les aclara el motivo por el cual les ha declarado de antemano la traición de Judas: *«Desde ahora os lo digo antes que suceda, para que cuando suceda, creáis que yo soy»* (v. 19); es decir, «para que se robustezca vuestra fe (lit. *para que continuéis creyendo)* en que soy el que repetidamente he declarado ser» (comp. con 8:24). Al aplicarse a Sí mismo los tipos y profecías del Antiguo Testamento, Jesús demostraba ser el Mesías que había de venir.

III. Jesús anima con palabras de aliento a sus apóstoles y a todos los ministros que emplea en su servicio: *«De cierto, de cierto os digo* (nótese la fórmula solemne habitual): *El que recibe al que yo envíe me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió»* (v. 20). Cristo les había dicho a sus discípulos que debían abajarse y humillarse. Ahora viene a decirles: «Aunque es posible que haya quienes os desprecien por vuestra condescendencia, también habrá quienes os tributen honor, y a ellos también les será tributado honor por honraros a vosotros». Quienes tienen por suficiente título honorífico recibir la comisión de Cristo, bien pueden estar contentos de ser vilipendiados en la opinión del mundo. Así como Cristo nunca les tendrá en menos por el hecho de que haya un Judas entre ellos, así tampoco dejará de tenerlos por suyos y de levantar personas dignas que les reciban. Los que habían recibido a Judas cuando era un predicador del Evangelio, no por eso se volvieron peores cuando Judas mostró ser un traidor, ya que él fue uno de los Doce a quienes Cristo envió. Mientras no se muestre claramente lo contrario, hemos de recibir como a Cristo a los que son enviados por Cristo. Aunque algunos, al practicar la hospitalidad, hospedaron ladrones, sin percatarse de ello, también hubo otros que, *«sin saberlo, hospedaron ángeles»* (He. 13:2). Los abusos que se hagan de nuestra caridad no han de justificar nuestra falta de caridad ni nos harán perder la recompensa de nuestra caridad. Aquí se nos anima a recibir a los ministros de Dios como a *enviados de Cristo* (comp. con 2 Co. 5:20): *«El que recibe al que yo envíe,* por débil y pobre que sea el enviado, si proclama fielmente mi mensaje, el que lo reciba y hospede será reconocido como amigo mío». Es como si recibiera al propio Señor Jesucristo. Igualmente se nos anima a recibir a Cristo como Enviado de Dios: «Y *el que me recibe a mí, recibe al que me envió;* es decir, al Padre, puesto que yo y *el Padre somos una sola cosa»* (10:30); es decir, *un solo Dios.*

IV. A continuación, y de forma también solemne, Jesús notifica a sus discípulos, con más pormenores, la traición de Judas, no sin antes mostrar al exterior la conmoción que esto le causaba: *«Habiendo dicho Jesús esto, se turbó en su interior* (lit. *en el espíritu) y dio testimonio diciendo: De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar»* (v. 21). Repitamos una vez más que la predicción de Cristo, conforme a las Escrituras, no determinaba fatalmente el pecado de Judas, ya que, aunque el hecho había de seguirse *de acuerdo con* la predicción, no había de llevarse a cabo *por causa de* la predicción. Cristo no puede ser el autor del pecado. En cuanto a este abominable crimen de Judas, notemos que:

1. Cristo lo conoció de antemano. *«Él sabe lo que hay en el hombre»* (2:25), mejor que el mismo hombre y, por consiguiente, sabe muy bien lo que cada uno hará en sus respectivas circunstancias y llevado de los motivos que se esconden en lo más profundo de nuestro perverso y engañoso corazón (v. Jer. 17:9).
2. Lo predijo, no sólo al tener en cuenta al resto de los discípulos, sino también en beneficio del propio Judas, a fin de que se diese por aludido. Los traidores suelen desistir de sus planes siniestros cuando se aperciben de que han sido descubiertos; ¿se retirará Judas a tiempo, al saber que el Maestro conoce el complot? ¡No, por cierto! *«El diablo había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase»* (v. 2).
3. Al mencionar lo del complot Jesús *se turbó interiormente.* La caída de un discípulo de Cristo causa gran conmoción en el ánimo del Maestro; los pecados de los creyentes entristecen al Señor (comp. con Ef. 4:30). *«¡Uno de vosotros!»* Estas palabras debieron de caer como una bomba en medio de los discípulos—comenta Hendriksen—. Y añade: «¿Realmente quería decir el Señor que uno del número de ellos iba a ponerle a Él (el Hijo de Dios) en manos de las autoridades, para que los gobernantes hiciesen con Él como mejor les pluguiera?» Este proceder de Judas tuvo que llegarle muy hondo al corazón de Jesús, de manera parecida a como la ingratitud y la alevosía de un hijo contrista a quienes le han criado y educado.

V. Justamente se alarmaron los discípulos (v. también los paral. Mt. 26:21–25; Mr. 14:18–21; Lc. 22:21–23). Juan, uno de los presentes, lo relata con los más vivos colores: *«Entonces los discípulos se miraban unos a otros estando perplejos* (lit.) *acerca de quién hablaba»* (v. 22). Se quedaron tan horrorizados que no sabían bien hacia qué lado mirar ni qué decir. Veían turbado al Maestro y no podían menos de turbarse ellos también. Lo que contrista a Cristo debería contristar también a todos los que son de Cristo. Así que a raíz de esta declaración, los discípulos se esforzaron por descubrir al traidor. Cristo ocasionó a sus discípulos esta gran perplejidad, a fin de humillarlos, ponerlos a prueba y provocarlos a celos entre ellos mismos (comp. con Ro. 11:14). ¡Cómo nos conviene que, a veces, se nos obligue a reflexionar y examinarnos a nosotros mismos, para que no se desborde nuestro espíritu por la continua actividad!

VI. Los discípulos mostraron gran solicitud en que el Maestro se explicara.

1. De entre todos los discípulos, Juan era el más apropiado para inquirir el primero, no sólo por ser *el discípulo amado* del Señor, sino también por estar el más cercano al pecho de Jesús: «*Y uno de sus discípulos, al cual Jesús amaba, estaba recostado al lado de Jesús»* (v. 23). Al comparar esto con 21:20, 24, queda claro que este discípulo era Juan, el propio evangelista. Vemos aquí la especial amabilidad con que Jesús trataba a este discípulo. Cristo *amaba a todos ellos y los amó hasta el extremo* (v. 1), pero a éste le amaba de una manera especial. Su propio nombre (hebreo: *Yohanan)* significa «agraciado de Jehová». Dios no tiene favoritismos en cuanto a hacer distinción de clases sociales, razas, pueblos, etc., pero en cuanto a las personas individuales, su amor es soberanamente libre y tiene su *«elegidos … conforme al beneplácito de su voluntad»* (Ef. 1:4–5), y nadie puede pedirle cuentas si otorga mayores dones y mejores privilegios a unos discípulos que a otros. Vemos el lugar que ocupaba Juan en la mesa en esta ocasión: *«Estaba recostado al lado de Jesús»*. Esto nos parece una extraordinaria muestra de afecto, pero todos cuantos se pongan a los pies de Jesús, estarán un día recostados en su pecho. En esta oportunidad como en otros lugares, Juan oculta su nombre con toda modestia, pero se contenta, sumamente agradecido, con ese seudónimo de *«el discípulo al que Jesús amaba»*, como con el más alto título de honor.

2. Pero, de entre todos los discípulos, Pedro era el más propenso a inquirir y preguntar: «A *éste* (Juan), *pues, hizo señas Simón Pedro, para que preguntase quién era aquel de quien hablaba»* (v. 24). Es muy probable que Pedro estuviese colocado a la izquierda de Jesús, así como Juan estaba a su derecha (puesto que estaba reclinado sobre el pecho de Jesús), lo cual explicaría que Pedro hiciese señas a Juan por detrás de Jesús y sin ser advertido por los demás. Otros exegetas, al seguir a Edersheim, opinan que Pedro estaba al otro lado de la mesa, frente por frente de Juan, lo cual también es posible, aunque más difícil de disimular. Hasta hay quien opina—según Hendriksen—que Pedro estaba ¡a la derecha de Juan! ¿Para qué habría necesitado entonces Pedro hacerle señas? Lo cierto es que, como en otras ocasiones, también ahora Pedro llevó, como suele decirse, «la voz cantante». Cuando el temperamento natural de una persona le inclina a ser osado en preguntar e inquirir, si ello va unido a un espíritu de humildad y discreción, puede hacerle servicial y de gran provecho para la comunidad. Dios reparte sus dones con gran variedad; pero es de notar que no era Pedro, sino Juan, el discípulo «*al cual Jesús amaba»*. Quizá Juan comprendía a Jesús mejor que los demás, ya que sus escritos muestran un temperamento reflexivo, adecuado para la meditación (comp. con Lc. 2:19, 51, lo que nos daría una ulterior razón para mejor entender Jn. 19:26–27). También es de notar, como advierte Hendriksen, que cuando Juan se oculta bajo la expresión *«el discípulo al cual Jesús amaba»*, lo dice sin jactancia, porque no se gloría del amor que él le tenía al Maestro, sino del amor que el Maestro le tenía a él lo cual no es pecado.

3. La razón por la que Pedro no preguntó él mismo a Jesús es que Juan estaba en mejores condiciones, por el lugar que ocupaba en la mesa, para susurrar la pregunta al oído de Jesús y recibir de Él una respuesta en voz muy baja. Por aquí vemos cuánto nos conviene en interesarnos por los que gozan de una comunión íntima con el Señor. ¿Conocemos algún hermano del que tenemos motivos para pensar que está reclinado en el pecho de Jesús? Vayamos a él para pedirle consejo y que conforte nuestra fe con palabras salidas de una comunión íntima con el Señor.

4. Juan, pues, hizo la pregunta a Jesús: *«Él, entonces, recostándose cerca del pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿quién es?»* (v. 25). Con esto, muestra Juan:

(A) Consideración hacia su condiscípulo Pedro. A veces los que se recuestan en el pecho de Jesús pueden aprender algo de los que están postrados a los pies del Señor y ser advertidos de alguna cosa en la que ellos mismos no habían pensado.

(B) Respeto y reverencia a su Maestro. Aun cuando le susurró la pregunta al oído, no fue por falta de cortesía o respeto, sino por la necesidad de no descubrir en público al traidor mientras Cristo mismo no lo hiciera. Por eso, llama a Jesús *«Señor»* a fin de que la familiaridad que Cristo le había concedido no rebajase el respeto que le debía. Cuanto más íntima es la comunión espiritual que un creyente tiene con el Señor, tanto mayor es el respeto con que le ha de tratar, por ser más consciente de su propia indignidad y de la altísima dignidad de Cristo.

5. Cristo dio rápida respuesta a esta pregunta, susurrándola también, con la mayor probabilidad, al oído de Juan, ya que, por lo que se nos dice en el versículo 29, los demás desconocían lo que ocurría. Díjole Jesús: «A *quien yo de el pan mojado, aquél es. Y mojando el pan, lo dio a Judas Iscariote, hijo de Simón»* (v. 26). Jesús dio a conocer al traidor mediante una señal. Pudo haberle comunicado expresamente a Juan el nombre de Judas. Ordinariamente, los falsos hermanos de quienes debemos estar prevenidos no nos son conocidos por medio de palabras, sino por gestos y acciones. Los conoceremos *por sus frutos.* La señal que Cristo dio a Juan fue un bocado de pan mojado en salsa. El Señor da, a veces, a los traidores «pan mojado en salsa»: riquezas temporales, honores y placeres que, por decirlo así, son como pan empapado en salsa que la Providencia pone en manos de los impíos. No debemos ultrajar en público ni aun a quienes sabemos que son nuestros enemigos y nos están traicionando. Jesucristo se portó con Judas con la misma amabilidad que con los demás que estaban a la mesa con Él, a pesar de que sabía que Judas estaba a punto de llevar a cabo su abominable traición.

6. Tras la respuesta de Cristo a Juan, podríamos pensar que éste se dio prisa a comunicarla a Pedro, al menos por señas, como Pedro le había preguntado a él. Pero el texto sagrado no nos dice nada, por lo que no podemos aventurar si lo hizo o no. Es probable que no lo hiciera, quizá por no llamar más la atención; por otra parte, al conocer el temperamento de Pedro (comp. con 18:10), es probable que, sin contemplaciones, se hubiese lanzado contra Judas, estorbando así los planes de Dios.

VII. El diablo había sugerido ya al corazón de Judas que llevase a cabo la traición contra su Maestro (v. 2). Ahora, el diablo mismo se metió en el corazón de Judas: «*Y después del bocado, entró Satanás en él*» (v. 27). En vez de quedar convicto de pecado por la muestra de afecto que Cristo había tenido con él al darle el pan mojado en la salsa, Judas se endureció todavía más en su pecado.

1. El diablo en persona tomó posesión de Judas, como indica la frase *«entró Satanás en él»*. Entró en él para hacer que quedasen establecidos firmemente en su corazón, tanto el odio y el desprecio que sentía hacia Cristo, como su avidez por tener en sus manos el salario de su iniquidad y la resolución de obtenerlo a toda costa. Pero, ¿es que no estaba ya antes el diablo en el corazón de Judas? ¿No había dicho Jesús anteriormente de él que era *un diablo?* (6:70). Sí, es cierto que ya lo era, no sólo en la presciencia del Señor, sino porque, con sus murmuraciones malignas y envidiosas (v. 12:5), seguía el ejemplo del *«diablo»*, vocablo que significa «calumniador, murmurador, acusador» (v. Ap. 12:10, comp. con Zac. 3:1). Pero ahora el diablo tomaba plena posesión de Judas. Aunque el diablo es el fautor y aliado de todo el que obra la maldad, especialmente de los mentirosos y homicidas (v. 8:44; 1 Jn. 3:12), a veces se posesiona de una persona con mayor poder y notoriedad que en otras ocasiones. Y si nos preguntamos por qué entró el diablo en él precisamente *después del bocado,* quizá fue porque Satanás se percató de que eso era la señal convenida para descubrirle, y era necesario que se decidiese a llevar a cabo sus planes con la mayor determinación. Por desgracia, hay muchos a quienes las bondades de Cristo hacen que, en lugar de mejorar, empeoren y queden confirmados en su obstinación por aquellos mismos medios que deberían haberles llevado a la contrición y al sincero arrepentimiento.

2. A raíz de esto, Cristo despidió a Judas a toda prisa: *«Entonces Jesús le dijo: Lo que vas a hacer, hazlo más pronto»* (v. 27b). Como si dijese: «Date prisa en consumar la traición que has tramado contra mí». El adverbio griego que traducimos por «más pronto» es el mismo de 20:4 *(«más aprisa»).* Con esto daba a entender Jesús no sólo que conocía bien los planes de Judas, sino que, *siendo el Amo y Señor de todas las cosas* (v. 3), era también el Dueño de la situación, y Él mismo abandonaba a Judas al poder y al talante traidor del diablo que había entrado en él, y tomado pacífica posesión de su corazón. Todos los demás medios que Cristo había usado con él resultaron sin efecto por la resistencia de Judas. Cuando el espíritu diabólico es recibido voluntariamente en el corazón de una persona, el Espíritu Santo se retira,

con toda justicia del lado de dicha persona. Jesús, con la frase que dirige a Judas, es como si le retara a llevar su complot hasta sus últimas consecuencias: «Date prisa; no te tengo miedo; estoy presto para ser entregado por medio de ti».

3. Los que estaban con Él a la mesa no entendieron lo que Jesús quiso decir con esas palabras (vv. 28–29): *«Pero ninguno de los que estaban a la mesa entendió por qué le dijo esto»*. No podían sospechar que Cristo le hablase a Judas como a traidor, porque no les cabía en la cabeza que Judas, *uno de los Doce*, llegase a tal extremo de perversidad. Los discípulos de Cristo estaban instruidos a amarse mutuamente, de forma que no estaban inclinados a sospechar fácilmente unos de otros. Por aquí vemos también cómo cumplió Judas a la perfección con su papel de «hipócrita», vocablo que significa «comediante», pues no mostró en su conducta exterior la perversidad que abrigaba en su interior. Al ser Judas el administrador de los fondos, dieron por sentado que Jesús le había instado a que se diese prisa en comprar lo necesario para la fiesta o en dar limosna a los necesitados: *«Porque algunos pensaban, puesto que Judas tenía la bolsa, que Jesús le decía: Compra lo que necesitamos para la fiesta; o que diese algo a los pobres»*. Aunque el Señor mismo vivió de limosna (v. Lc. 8:3), daba, sin embargo, limosna a los pobres: un poco de lo poco que tenía a mano. Aun cuando bien podía haberse excusado de ello, no sólo porque Él mismo era pobre (2 Co. 8:9), sino también porque hacía el bien de muchas otras maneras, al curar *gratis* a todos, con todo eso, para darnos ejemplo, se preocupó de aliviar la condición de los que se hallaban en extrema necesidad económica. En tiempo de fiesta religiosa, se consideraba especialmente apropiado ejercitarse en obras de caridad. Al celebrar la Pascua en gratitud al que les había rescatado de Egipto, no debían olvidar a los que se hallaban en la esclavitud de la miseria tanto como en la esclavitud del pecado. Cuando hemos experimentado la bondad de Dios hacia nosotros, debemos mostrar también bondad hacia los que están necesitados.

4. A continuación vemos cuán prontamente obedeció Judas esta orden del Señor, no para servir mejor al Maestro, sino porque le espoleaba a llevar a cabo, cuanto antes, sus malvados propósitos: *«Cuando él, pues, tomó el bocado, salió enseguida; y era de noche»* (v. 30). Vemos:

(A) La prisa que se dio Judas: *«salió enseguida»* para comunicar a las autoridades, a quienes se había ofrecido por dinero para entregar a Jesús (Mt. 26:14–16; Mr. 14:10–11; Lc. 22:3–6), el lugar y la hora conveniente para el arresto. Sus planes habían sido descubiertos; así que era necesario darse prisa. *«Salió enseguida»*, como quien está cansado de soportar la compañía del Señor y de los demás discípulos. Jesús no necesitó tomarle de la mano para sacarle a la calle; él mismo se fue de muy buena gana a proseguir con su plan. Satanás, que había entrado en él, le daba prisa a *hacer los deseos de su padre* (comp. con 8:44).

(B) La hora en que se marchó Judas: «Y *era de noche»;* era de noche en el exterior del Aposento Alto cuando salió Judas, y era también de noche en el corazón de Judas, puesto que los que obran el mal son *«hijos de la noche»* (v. 3:20, comp. con 1 Ts. 5:4–7). No le importaron a Judas ni la oscuridad ni el frío de la noche (v. Mr. 14:54; Jn. 18:18), ya que la noche le servía para desenvolverse a sus anchas en la oscuridad y pasar desapercibido, puesto que la población se había retirado a descansar. Deberíamos avergonzarnos de nuestra pereza y cobardía en el servicio de Cristo cuando los seguidores del diablo son tan diligentes y atrevidos en su servicio.

Versículos 31–35

Lo que sigue, hasta el final del capítulo 14, es una conversación de sobremesa de Jesús con sus discípulos, aparte de la institución de la Cena del Señor, que Juan no menciona, y a la que, con toda probabilidad, no asistió Judas. Cuando la cena corriente acabó, salió Judas. Jesús, a sus anchas con sus fieles discípulos, una vez que el traidor se había marchado, se explaya con ellos con toda confianza, y declara los sentimientos que, para *sus amigos* (15:13–15), reservaba en su corazón. Les habla en esta porción:

I. Acerca del gran misterio de su propia muerte y de los grandes sufrimientos que la iban a preceder, acerca de lo cual todavía estaban ellos tan a oscuras, pues no comprendían de ninguna manera por qué tenía que ser así. Notemos que Cristo no comenzó su discurso antes de que Judas saliera de la reunión. La presencia de los malvados es, con frecuencia, un estorbo para una buena conversación. Tan pronto como Judas salió, dijo Cristo: *«Ahora ha sido glorificado* (lit. *fue glorificado) el Hijo del Hombre, y Dios* (el Padre) *ha sido glorificado* (lit. *fue glorificado) en Él»* (v. 31). Aunque en castellano (nota del traductor),

resulta más correcto el uso del pretérito perfecto, el aoristo del original tiene peculiar expresividad, pues indica claramente que, precisamente *ahora,* al salir Judas de allí, la gloria de Dios adquiría nuevo brillo (comp. con 12:28) por el hecho de que Jesús, ante la inminente consumación de la traición de Judas, en lugar de batirse en retirada, se entregaba voluntariamente, y en perfecta obediencia, a la muerte decretada *«desde antes de la fundación del mundo»* (1 P. 1:20). La crucifixión de Cristo iba a ser su «exaltación» hasta lo sumo (comp. 3:14; 8:28; 12:32, con Fil. 2:8–9).

1. En esas palabras de Cristo, con las que se refiere a sus inminentes padecimientos, hay una nota de *consuelo,* pues les dice a sus discípulos.

(A) Que, por medio de tales sufrimientos, Él mismo sería glorificado. El Hijo del Hombre va a ser expuesto ahora a la mayor ignominia y deshonra, tanto por parte de sus insolentes enemigos como de sus cobardes amigos. No obstante, *ahora es glorificado;* es la hora de alcanzar una decisiva victoria sobre Satanás y todos los poderes de las tinieblas; es también la hora de llevar a cabo una gloriosa liberación de sus elegidos, mediante la reconciliación que Dios llevará a cabo con el mundo en el Calvario (2 Co. 5:19), al proveer para ellos justicia y felicidad eternas; es la hora igualmente de ofrecer un ejemplo sin par de negación de Sí mismo y de paciencia en Su pasión y muerte en cruz, y de un amor tal a los hombres, que será perpetuamente objeto de admiración, alabanza y gratitud. Jesús había sido glorificado en los muchos milagros que había realizado, pero ahora habla de ser glorificado a través de sus padecimientos, con lo que da a entender que en ellos va a obtener mayor gloria que en todos los portentos que había llevado a cabo.

(B) Que Dios el Padre habría de ser glorificado también en esos padecimientos, ya que la muerte expiatoria de Cristo iba a satisfacer cumplidamente las demandas de la santidad y de la misericordia de Dios. *Dios es Amor* (1 Jn. 4:8, 16), y precisamente en la muerte de Cristo es donde mejor se mostró el amor de Dios hacia nosotros (3:16; Ro. 5:8; 1 Jn. 4:9–10).

(C) Que, después de esos padecimientos, sería todavía glorificado más altamente por el Padre, ya que el Padre habrá sido glorificado por medio de dichos padecimientos: «*Si Dios ha sido glorificado en Él* (el Hijo del Hombre), *Dios también le glorificará en sí mismo* (17:5), y *enseguida le glorificará*» (v. 32). Vemos:

(a) Que Cristo está seguro de que el Padre le glorificará. El mundo y el mismo Infierno se han conjurado para vilipendiar a Jesús, pero el Padre ha resuelto glorificarle. Lo glorificará en medio de los padecimientos mismos mediante los portentos que va a obrar en la naturaleza cuando Cristo esté muriendo y después que haya expirado, así como mediante la confesión de los propios verdugos, quienes se verán obligados a reconocer que este crucificado era el Hijo de Dios.

(b) Que el Padre *le glorificará en sí mismo.* Así *como* Cristo da al Padre suma gloria por medio de su perfecta obediencia hasta la muerte y muerte de cruz, así también el Padre a su vez, glorificará a Jesús en su propio seno (1:18; 17:5). El Padre y el Hijo no se glorifican a sí mismos, sino el uno al otro recíprocamente, de la misma manera que no existen para sí mismos, sino el uno para el otro (y ambos para el Espíritu Santo, y recíprocamente el Espíritu para ellos), ya que en Dios, dentro de la unidad de esencia (10:30), hay tres personas distintas; y estas personas se distinguen entre sí por lo mismo que las constituye (por decirlo de alguna manera) como personas: por la entrega total de cada una a las otras dos. Por eso, la gloria del Padre se refleja en el Hijo, del mismo modo que la gloria del Hijo se refleja en el Padre.

(c) Que *le glorificará enseguida.* Cristo tenía ante su vista el gozo y la gloria que la muerte en cruz le reportaría (He. 12:2), y veía todo ello, no sólo como cosa elevada, sino también cercana. Los buenos servicios que son prestados a los reyes y príncipes de este mundo quedan, con frecuencia, sin recompensa por largo tiempo; pero Dios es muy puntual en sus honores y galardones y va a glorificar a Jesús *enseguida.*

(d) Que todo esto se llevará a cabo en consideración a la gloria que el Padre va a recibir mediante la muerte y los padecimientos de Cristo: *«Si Dios fue glorificado* (lit.) *en Él …»,* de igual manera *le glorificará a Él.* Quienes toman a pechos hacerlo todo para la gloria de Dios, no cabe duda de que serán dichosos en todo lo que hagan, pues serán glorificados en todo con Él (v. 1 Co. 10:31; Col. 3:17; 1 P. 4:11).

2. También hay en las palabras de Cristo una nota de *advertencia* para despertar a sus discípulos de su *insensatez y tardanza de corazón* para entender lo que estaba profetizado de Él en la Escritura (v. Lc. 24:25–26). Por eso les dice: *«Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis; pero como dije a*

los judíos, así os digo ahora a vosotros: Adonde yo voy, vosotros no podéis ir» (v. 33). Dos advertencias serias hallamos en estas frases de Jesús:

(A) Que le queda poco tiempo de estar con ellos en este mundo. Esta triste noticia va precedida de una expresión rebosante de ternura paternal: *«Hijitos míos»*. Esta es la única vez que el vocablo «hijitos» sale en los Evangelios, pero al discípulo amado se le debió de quedar tan grabado en la memoria, que las otras siete veces que el vocablo sale en el resto del Nuevo Testamento, todos proceden de la pluma de Juan (1 Jn. 2:1, 12, 28; 3:7, 18; 4:4, 5:21). Cristo expresa así, con este diminutivo, que los discípulos son aún inmaduros, pero le son muy amados, como hijos pequeños. Les dice, a renglón seguido, que es poco el tiempo que le queda de estar con ellos; por consiguiente, deben estar sumamente atentos a lo que les va a decir en estas últimas horas. De aquí hemos de aprender a sacar el mayor provecho de las oportunidades que se presentan raras veces o por poco tiempo. Es cierto que les convenía que Él se fuera para enviarles el Paráclito (16:7), pero la presencia del Consolador no sería para ellos una satisfacción tan visible, audible y palpable como había sido la presencia física de Cristo (v. 1 Jn. 1:1–3). No han de pensar que esta presencia les va a durar mucho, sino que van a tener que acostumbrarse a vivir sin ella; no van a ser siempre niñitos, sino que han de aprender a echar a andar solos, sin ayuda de la niñera. (V. también 7:33; 8:21; 12:35; 14:19; 16:16–20).

(B) Que no les va a ser fácil seguirle hasta el otro mundo. Lo que antes les había dicho a los judíos (7:34), se lo decía también a ellos, aunque con un final diferente. Cristo les dice aquí:

(a) Que cuando Él se haya marchado, le echarán en falta: *«Me buscaréis»*. Las mejores cosas se estiman más, precisamente cuando nos faltan. Es de notar que a los discípulos les dice Jesús: *«Me buscaréis»*, pero no añade lo que les había dicho a los judíos en 7:34: «*y no me hallaréis»;* los discípulos no le buscarían en vano pues iban a tener algo, en realidad, mejor que la presencia física de Jesús.

(b) Que adonde Él iba, ellos no podían ir de momento, sino sólo después de la muerte (v. 36). No podían seguirle ahora hasta la cruz, porque les faltaba el conocimiento, la bravura y la resolución para ello. Pero, como dice luego a Pedro, *le seguirán más tarde.* También ellos irán un día al Padre; y ésta es la gran diferencia entre ellos y los judíos de 7:34. Éstos jamás irán al Padre, puesto que morirán en sus pecados (8:21, 24).

II. Con todo, aunque los discípulos no podrán por ahora gozarse con la presencia corporal de Jesús, todavía podrán disfrutar de la comunión unos con otros mediante el amor mutuo en la armonía del consenso común en el acuerdo y en la plegaria, por medio de lo cual Cristo estará espiritualmente en medio de ellos (Mt. 18:19–20). De ahí que el Maestro pasa a continuación a instruirles sobre el nuevo y gran mandamiento del amor fraternal (vv. 34–35). Ahora que el Maestro se va, han de fortalecerse mutuamente las manos por medio del amor fraternal; Jesús emplea tres argumentos para incitarles a este amor mutuo:

1. El mandato del propio Maestro: *«Un mandamiento nuevo os doy»* (v. 34). En griego hay dos adjetivos que significan «nuevo»: *neós*, que indica algo reciente que no ha existido antes; comporta, pues, la idea de *tiempo;* el otro es *kainós*, que significa algo que, aunque haya existido antes en alguna forma, adquiere ahora una mejor condición, una «renovación» (v. Ro. 12:2, donde sale un vocablo similar); comporta así la idea de *forma o calidad*, como observa Trenchard. Este segundo adjetivo *(«kainén»*, por ser femenino el nombre al que afecta) es el que Juan usa aquí. En efecto, el mandamiento de amar al prójimo no era «reciente», sino muy antiguo (v. Lv. 19:18; Pr. 20:22; 24:29; Mr. 12:29, 31), pero necesitaba una renovación por haber sido corrompido en su expresión (v. Mt. 5:43 con la espuria añadidura de «*y aborrecerás a tu enemigo»)* y violado en la práctica (v. p. ej., 8:42). Necesitaba, por tanto, ser corregido y adornado como se hace con una nueva edición, corregida y aumentada, de un viejo libro al que se le cayeron las tapas y hasta le van faltando hojas. Jesús lo renueva ahora dándole una fuerza con la que no va a necesitar de ulterior corrección; durará por toda la eternidad, incluso cuando la fe y la esperanza, que *ahora permanecen* (1 Co. 13:13) hayan pasado para dar lugar a la vista (2 Co. 5:6–8) y a la posesión (Ro. 8:24). Este mandamiento de Cristo es nuevo en su formulación, ya que antes era: *«Amarás a tu prójimo como a ti mismo»*, pero ahora es: *«Que os améis unos a otros»*, con lo que el vínculo del amor queda religado con el mutuo deber de una correspondencia recíproca.

2. El ejemplo mismo del Salvador: *«Como yo os he amado, que también os améis unos a otros»*. Esto es lo que presta mayor *novedad* a este mandamiento, ya que el mandamiento antiguo de *amar al prójimo como a sí mismo* era vulnerable desde dos flancos: (A) desde su nivel meramente *humano:* como un

hombre ama a otro hombre; (B) desde su misma condición precaria pues estribaba en una base propicia al desfonde, ya que ¿cómo podrá amar rectamente al prójimo como a sí mismo alguien que no se ama a sí mismo como debe? En cambio, Cristo nos manda ahora amarnos los unos a los otros *«¡como Él nos amó!»* ¿Quién podrá llegar a este *amor de cuatro dimensiones «que sobrepasa a todo conocimiento»?* (v. Ef. 3:18–19). Cristo amó *hasta el extremo* (v. 1), al dar la vida por sus ovejas (10:11, 15). *«Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos»* (15:13); sobre todo, cuando pone su vida para convertir en amigos a los que eran sus enemigos (v. Ro. 5:6–11). Éste es un nivel de amor al que ningún creyente, por santo que sea, puede llegar; y precisamente porque es un nivel inalcanzable, nunca podemos estar satisfechos de haberlo ya conseguido, con lo que el precepto de Cristo nos presenta siempre nuevas demandas. Es, pues, un mandamiento *nuevo* en intensidad, profundidad y motivación. El ejemplo de Cristo nos obliga a dar incluso la vida por nuestros hermanos (v. 1 Jn. 3:16–18). Y, si *«la vida de la carne en la sangre está»* (Lv. 17:11), ¿quién se atreverá a tener por antibíblica la transfusión de sangre?

3. La buena reputación de nuestra profesión cristiana: *«En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor unos con los otros»* (v. 35). Hemos de tener amor; no sólo manifestarlo, sino tenerlo en la raíz del corazón y en el hábito de la conducta, así lo tendremos *presto* a obrar. El amor fraternal es el emblema de los discípulos de Cristo; es la librea de la familia y, por eso, Jesús quiere que *se distingan* por ella como por algo en que superan a todos los demás. Por este amor generoso en el que uno se olvida de sí mismo para interesarse por los demás, es por lo que el Maestro se distinguió especialmente; y, por consiguiente, cuando se ve a una persona que muestra hacia su prójimo un afecto, un amor y una compasión superiores a lo corriente, hay motivo para decir: «de seguro es un discípulo de Cristo; ha estado con Jesús». En Hechos 4:32 (lit.) leemos: *«Uno solo era el corazón y el alma de la multitud de los creyentes»*. Esto era lo que, según Tertuliano, admiraba a los paganos y les hacía exclamar: « ¡Mirad cómo se aman los cristianos, y cómo están dispuestos a morir unos por otros!» El corazón del Señor tenía gran interés en que los suyos se distinguieran por esto; su amor había de ser *singular*, es decir, peculiar de todo creyente. Mientras que la forma en que los mundanos se comportan de ordinario es que *«todos buscan lo suyo propio»* (Fil. 2:21—¡creyentes!—comp. con 1 Co. 10:24; 13:5; 2 Co. 12:14; Fil. 4:17; 1 Ts. 2:3–9), mientras que los discípulos de Cristo deben distinguirse en *«servirse los unos a los otros por medio del amor»* (Gá. 5:13) y *«sobrellevar los unos las cargas de los otros»* (Gá. 6:2). Nótese que no dice Jesús: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos si predicáis buenos mensajes, si obráis milagros, si expulsáis demonios, etc.», puesto que todas esas actividades pueden llevarse a cabo *sin amor*, con lo que a una persona no le sirven para nada, ni esa persona sirve para nada e, incluso, ella misma es *nada* (1 Co. 13:1–3). Si los seguidores de Cristo no se aman mutuamente, están dando motivo para sospechar de su sinceridad. Cuando nuestros hermanos se hallan en necesidad de ayuda, y aunque a veces no nos traten como es debido, o aun sean nuestros oponentes y enemigos (con lo que nos darán la oportunidad de ejercitar el perdón), en tales casos es cuando se conocerá si llevamos o no el emblema de los discípulos de Cristo.

Versículos 36–38

En estos versículos tenemos:

I. La curiosidad de Pedro.

1. La pregunta de Pedro fue directa y atrevida: *«Le dijo Simón Pedro: Señor, ¿adónde vas?»* (v. 36), refiriéndose a las palabras de Jesús en el versículo 33: *«Adonde yo voy, vosotros no podéis ir»*. Es defecto corriente entre nosotros tener mayor deseo de satisfacer nuestra curiosidad que de alertar nuestra conciencia. Se puede observar fácilmente en las conversaciones de los cristianos cuán pronto se despacha un tema de edificación para entrar en asuntos banales o en interminables discusiones de palabras.

2. La respuesta del Señor. No satisfizo la curiosidad de Pedro, sino que repitió para él en particular lo que había dicho en general a todos: *«Adonde yo voy, no me puedes seguir ahora, me seguirás empero después»* (v. 36b). Con esto le ha de bastar, y por ello ha de entender que le seguirá después hasta la cruz, pues es tradición que Pedro murió también crucificado, aunque la misma tradición (o leyenda) añade que pidió ser crucificado boca abajo, por no ser digno de morir como su Maestro. Cuando arrestaron a Cristo, Él exigió que dejasen marchar incólumes a los discípulos: *«Pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos»*

(18:8), ya que entonces no estaban en condiciones de seguirle. Cristo tiene en cuenta *que somos polvo; «Él conoce nuestra condición»* (Sal. 103:14). A su tiempo nos será dada la fortaleza para superar el conflicto. Aunque Pedro estaba destinado al martirio (21:18–19), no puede seguir al Maestro *ahora; le seguirá después.* ¡Que no piense que, porque ahora va a escapar sin un rasguño, va a escapar de todo sufrimiento más tarde! Es posible que nos sean reservadas pruebas más duras que las que hemos pasado, ya que no hemos de ser coronados sin haber antes peleado la buena batalla (comp. con 1 Ti. 6:12; 2 Ti. 2:3; 4:7–8). Entre el mar Rojo de nuestra salvación y el Canaán de nuestra posesión, media el Desierto de nuestra peregrinación.

II. La autoconfianza de Pedro.

1. Pedro pronuncia la más osada protesta de constancia en su fidelidad al Maestro: *«Le dijo Pedro: Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? Mi vida pondré por ti»* (v. 37). Al haber oído al Maestro hablar tantas veces de sus propios sufrimientos, estaba seguro ahora de que Jesús se refería a la muerte al declarar que *se iba, y* dice, como Tomás en otra ocasión (11:16): *«vaya yo y muera con Él»;* prefiere morir con Él a vivir sin Él. Con esto, Pedro mostraba su sincero amor hacia el Señor Jesús, y no cabe duda de que era sincera la expresión de su amor y de su disposición a seguir al Maestro hasta la muerte, pues incluso parece tomar a mal lo que Jesús acaba de decirle y por eso le pregunta: «*¿Por qué no te puedo seguir ahora?»* Como si dijese: «¿Acaso sospechas de mi fidelidad?» Los corazones sinceros sienten pesar de que su amor y su fidelidad parezcan ser puestos en duda, ya que somos propensos a pensar que podemos hacerlo todo, y a tomar a mal que se nos diga que no podemos hacer esto o lo otro, cuando habríamos de tener siempre en cuenta que *«aparte de Cristo, no podemos hacer nada»* (15:5).

2. A estas protestas de fidelidad por parte de Pedro, contesta Jesús prediciéndole su inconstancia (v. 38). Le reprende por su extrema confianza en sí mismo: «*¿Tu vida pondrás por mí?»* Con esto, le invita a que piense dos veces sobre lo que antes ha prometido y a que intercale en su protesta la condición necesaria para llevarla a cabo: «Señor, *si tu gracia me capacita para ello,* pondré mi vida por ti». El Señor le reconviene, como diciéndole: «¿Cómo? ¿Que te atreverás a morir por mí? ¿Tú, que temblabas al caminar hacia mí sobre las aguas? No te fue difícil dejar la barca y las redes para seguirme, pero no te será tan fácil poner tu vida por mí». ¡Cómo nos conviene avergonzarnos de la excesiva confianza que tenemos en nosotros mismos! ¡Qué necedad es hablar tan alto cuando somos tan bajos! A continuación, Jesús le predice a Pedro su cobardía en la hora crítica de la prueba, diciéndole con la solemnidad acostumbrada: *«De cierto, de cierto te digo: No cantará el gallo, antes que me hayas negado tres veces».* «Tus negaciones—viene a decirle—irán siempre por delante del canto del gallo» (v. Mr. 14:30). Fue precisamente el segundo canto del gallo, junto con la mirada de Jesús, lo que despertó el arrepentimiento y las lágrimas de Pedro (18:27, comp. con Mr. 14:72). Cristo previó y predijo, tanto la traición de Judas como las negaciones de Pedro, aunque no fue la causa de lo uno ni de lo otro. Jesús conoce la perversidad de los pecadores tanto como la debilidad de los santos. Le predijo a Pedro que le negaría, no solamente una vez por un desliz de la lengua, sino repetida y deliberadamente. Podemos imaginarnos lo mal que le sentaría a Pedro el que Jesús le echase por tierra la confianza que tenía en su propia bravura. Los que se sienten más seguros suelen ser los que menos están a salvo; y los que con mayor confianza presumen de sus propias fuerzas son los que más vergonzosamente descubren su debilidad (v. 1 Co. 10:12).

CAPÍTULO 14

Este capítulo puede dividirse en siete secciones: 1) Jesús nos muestra el Cielo como el lugar de nuestra final felicidad (vv. 1–3); 2) declara después que Él mismo es el único camino al cielo (vv. 4–11); 3) el gran poder de la oración en el nombre de Jesús (vv. 12–14); 4) el futuro envío de otro Consolador (vv. 15–17); 5) la mutua comunión que entre ellos ha de prevalecer con Jesús, mediante el Espíritu, cuando el Señor se haya marchado de este mundo (vv. 18–24); 6) las instrucciones que el Espíritu Santo les impartirá (vv. 25–26); y 7) el capítulo (y la sesión en el Aposento Alto con alguna probabilidad) se cierra con la declaración que Jesús hace de su propia alegría al considerar que marcha hacia el Padre (vv. 27–31).

Versículos 1–3

I. El capítulo comienza con una exhortación general de Cristo a sus discípulos: *«No se turbe vuestro corazón»* (v. 1). Hendriksen hace notar la cadencia de la frase en el original, al tener en cuenta que el verbo está en presente; y, para guardar una cadencia similar en la traducción al inglés, propone la siguiente versión, al acentuar las sílabas subrayadas:

«*Let* not your *hearts* any *longer* be *trou*bled».

En castellano podemos mantener la misma cadencia y citar el famoso estribillo de nuestra Teresa de Ávila:

«*Nada* te *tur*be, *nada te espante*».

Como advierte Ryle, hemos de recordar que, en el original, no existe propiamente solución de continuidad entre los capítulos 13 y 14. Así notaremos mejor la secuencia, hábilmente comentada por el cardenal Gomá: «Jesús había anunciado su partida inminente; ellos debían aún quedar en el mundo (cf. 13:33): el anuncio de la separación de un Maestro a quien querían tanto y habían seguido tan fielmente, que dejaba en su juicio sin consumar la obra prometida de la fundación del reino mesiánico, que les dejaba solos frente a sus enemigos terribles, les llenó de turbación y congoja: *No se turbe vuestro corazón,* les dice Jesús. La razón de la serenidad que deben guardar en aquellos momentos es la confianza en Dios y en Él: *Creéis en Dios, creed también en mí:* de la misma manera que tenéis fe en Dios, debéis tenerla en mí, que soy su legado y su Cristo, que soy Dios como Él; y, por lo mismo, aunque os deje en la apariencia, estaré con vosotros perpetuamente, con mi auxilio divino». Vemos, pues, que el Señor Jesucristo:

1. Se percató de la turbación que hacía presa en el corazón de sus discípulos. Quizá se transparentaba en el rostro de ellos. De todos modos, no podía pasar desapercibida a la mirada divina del Señor, quien conocía los más íntimos pensares e intuía las heridas que sangran en el interior. Es un gran consuelo para nosotros el saber que el Señor conoce los más graves problemas de los suyos en cualquier momento en que la tribulación parece presta a inundarnos. Aparte de lo apuntado anteriormente, muchas otras cosas contribuían ahora a incrementar la congoja de los discípulos:

(A) Cristo acababa de declararles la malevolencia con que algunos de ellos le habían de tratar, y esto les acongojaba a todos. Ahora el Señor les consuela; aunque un santo celo sobre nosotros mismos es de gran ayuda para mantenernos humildes y en vela, no debemos, sin embargo, permitir que nos acongoje hasta el punto de privarnos del santo gozo que es fruto del Espíritu Santo.

(B) También acababa de decirles, no sólo que se marchaba de ellos, sino que se iba por entre una densa nube de padecimientos. Cuando contemplamos al Señor crucificado, no podemos menos de lamentarnos amargamente, a pesar de que vemos el feliz resultado que su muerte ha de tener; mucho más amarga tenía que ser para ellos dicha contemplación, ya que no tenían como tenemos nosotros, el privilegio de ver más allá de los sufrimientos de Cristo. Si Cristo se va ahora de ellos, van a verse vergonzosamente decepcionados en cuanto a sus esperanzas de ver triunfante y glorioso a su Maestro, y se hallarán abandonados y expuestos a la burla y a la persecución de los enemigos de Cristo. Para contrarrestar esto, Jesús les dice: *«No se turbe vuestro corazón»*. Hay aquí tres palabras en las que es preciso cargar el énfasis: (a) *«turbe»*. El verbo griego indica, en Aristófanes, la agitación de un mar embravecido. Como en otro tiempo, Jesús quiere llevar la calma al corazón de los discípulos, como la llevó a la barca agitada por las olas en el mar de Galilea. Notemos que no les dice: «Tratad de que vuestro corazón se haga insensible a la pena y al pesar», sino: «No permitáis que vuestro corazón sea turbado y agitado por el pesar»; (b) *«corazón»*. Al mencionar el centro de la actividad humana, el Señor quiere que mantengan el control de este centro; que guarden la serenidad de ánimo aun cuando la carne débil tiemble (comp. con Mt. 26:41; Mr. 14:38). El corazón es el principal baluarte, pase lo que pase, es menester defender este bastión; (c) *«vuestro»*. Como si dijese: «Vosotros, que sois mis seguidores, mis discípulos, no habéis de turbaros, porque tenéis mayor conocimiento y estáis en mejores condiciones que los demás». Los creyentes hemos de aprender a conservarnos en paz interior cuando todo es inquietud y confusión en nuestro derredor.

2. Les prescribió el remedio: *«Creéis en Dios, creed también en mí»* (v. 1b). Hay quienes piensan que los dos verbos están en modo indicativo; esta opinión tiene muy pocos fautores, ya que son pocas las probabilidades a su favor. Otros, como Henriksen, opinan que los dos verbos están en imperativo, de acuerdo con el tono dominante en toda la porción. Pero la opinión más probable (la del propio M. Henry,

de Ryle, etc. y del que esto escribe. Nota del traductor) es que el primer verbo está en indicativo, como algo puesto fuera de duda, y el segundo está en imperativo, como exhortación a ver que la fe en Jesús, el Enviado del Padre, es consecuencia lógica de la fe en el Padre que le envió. Como diciéndoles: «Vosotros habéis creído y continuáis creyendo (los dos verbos están en presente) en Dios, en sus perfecciones y en su providencia; por tanto, creed y continuad creyendo también en mí que soy el Mediador entre Dios y los hombres». Al creer en Jesús como en el Mediador nuestra fe en Dios se torna sumamente consoladora. Quienes tienen un recto concepto de Dios, no sentirán dificultad en creer en Cristo, ya que en Él se muestra *«la benignidad de Dios nuestro Salvador y su amor para con los hombres»* (Tit. 3:4). Creer en Dios mediante la fe en Jesucristo es un excelente medio para conservar en paz el corazón, porque el gozo de la fe es el mejor remedio contra los pesares del sentido.

II. A continuación, Cristo imparte una instrucción particular a fin de que la fe de los discípulos se haga efectiva sobre la base de la promesa de vida eterna (vv. 2–3). ¿Para qué hemos de creer en Dios y en Cristo? Para descansar en la confianza segura de una feliz eternidad en las mansiones celestiales. Los fieles de todos los tiempos han cobrado ánimos al mirar hacia arriba (comp. con Col. 3:1–3) en medio de las más terribles pruebas de esta vida. Veamos cómo se insinúa aquí este pensamiento.

1. Hemos de creer y considerar que existe esa felicidad: *«En la casa de mi Padre hay muchas mansiones»* (v. 2a). La palabra griega para «mansión» *(moné)* ocurre sólo dos veces en todo el Nuevo Testamento (precisamente en este capítulo, vv. 2 y 23) y significa una morada *permanente* (al contrario que la de He. 13:14); el verbo griego *meno* = permanecer, de donde dicho sustantivo se deriva, sale 11 veces en 13 versículos del capítulo siguiente (15:4 [tres veces], 5, 6, 7 [dos veces], 9, 10 [dos veces] y 16). Los mejores palacios de este mundo pueden ser despojados y destruidos; en último término, hay que dejarlos al morir. Pero la «mansión» que nuestro Padre celestial tiene edificada y aparejada para cada uno de sus hijos, es digna de tal Arquitecto (v. He. 11:16), eterna y destinada para los hijos inmortales de la resurrección (Lc. 20:36). Notemos que dice *«mansiones»*, no «tiendas de campaña», como en la peregrinación por esta vida (v. 2 P. 1:14. Lit.). Estas mansiones están *«en la casa del Padre»*. Es una casa familiar, pero en la que cada miembro de la familia tendrá su apartamento individual, puesto que nuestra personalidad no se diluirá en la más íntima y estrecha comunión con el Señor y con todos los santos. No habrá que pagar renta ni tributo; es un regalo del Padre; un regalo a perpetuidad, pues *«nuestra herencia es incorruptible, incontaminada, inmarcesible y reservada»* (1 P. 1:14). *Nuestros nombres están ya escritos* allí (Lc. 10:20). Como decía Teresa de Ávila, aquí estamos pasando «una mala noche en una mala posada», pero allí será eterno *día* (Ap. 21:25) en una regia mansión. Las mansiones son *muchas*, porque son *muchos los hijos que son llevados a la gloria* (He. 2:10).

2. Véase la seguridad que tenemos de la realidad de esa felicidad eterna: *«Si no* (hubiera muchas mansiones), *ya os lo hubiera dicho»* (v. 2b). La seguridad está basada en la veracidad de su palabra y en la sinceridad de su afecto a los discípulos. No sólo es veraz, de modo que no puede engañarse en lo que dice, sino también amoroso, de modo y manera que no puede sufrir el que nosotros nos llamemos a engaño. El afecto que nos tiene es demasiado grande como para que nuestra esperanza pueda verse frustrada (v. Ro. 5:5 y ss.).

3. Hemos de creer igualmente y considerar que, por consiguiente, vendrá de cierto otra vez para recogernos: «*Voy, pues, a preparar lugar para vosotros*» (v. 2c). Ese es su designio al marcharse al Cielo: prepararnos un lugar; tomar posesión de él en nuestro lugar (comp. con Ef. 2:6); ser allí nuestro abogado para asegurarnos la posesión del título de propiedad; hacer todas Ias provisiones necesarias y convenientes para que nuestra futura mansión sea del todo cómoda y estupenda. La habitación feliz en los cielos será proporcional a la condición feliz de los inmortales hijos de Dios. Puesto que el elemento principal de la bienaventuranza eterna es la presencia de Cristo y la comunión íntima, sin velos ni estorbos, con Él, menester es que Él marche primero allá, pues donde Él esté, estará el paraíso (comp. con Lc. 23:43). El Cielo no sería mansión conveniente para el cristiano, si no estuviese ya Cristo allí. Ése es también nuestro gran consuelo: Saber que el Señor vendrá pronto (el tiempo pasa rápido) a recogernos: «*Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez, y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis*» (v. 3). Verdaderamente, estas palabras están llenas de consuelo para nosotros, puesto que por ellas sabemos:

(A) Que el Señor Jesucristo vendrá otra vez. Él lo asegura. Cuando nosotros estamos dispuestos a ir a algún lugar al que se nos llama, solemos decir: «Ya voy», a pesar de que todavía no nos hemos puesto en

marcha. También Cristo es *«el que viene»* (Ap. 1:7), porque *«viene pronto», «viene en breve»* (Ap. 22:12, 20).

(B) Que vendrá pronto a recoger consigo a sus fieles seguidores. La Segunda Venida de Cristo tiene por objeto *«nuestro arrebatamiento juntamente con ellos* (los que hayan muerto y resucitado *"primero") en las nubes para salir al encuentro del Señor en el aire»* (1 Ts. 4:17).

(C) Que donde Él está, allí estaremos nosotros también. Esto nos da a conocer que la quintaesencia de la felicidad celestial es estar con Cristo *allí.* Cristo dice *«donde yo estoy»*. Es cierto que, en cuanto Dios, Jesús está, y siempre lo estuvo, en el Cielo (v. 3:13), pero aquí habla como hombre, y habla en presente porque de tal manera está ya para salir de este mundo, que ya se considera fuera de él (comp. con 17:11). Equivale a decir: «Donde yo estaré en breve y para siempre, allí estaréis también en breve vosotros y para siempre; no sólo como espectadores de la gloria celestial, sino como partícipes de ella».

(D) Que esto puede colegirse fácilmente por sus propias palabras de que *«va a preparar lugar para nosotros»* (v. 2c), porque las preparaciones de Cristo siempre son seguras, nunca son en vano, ya que nadie ni nada las puede frustrar. Si Él nos prepara y decora las mansiones, no van a quedar vacías; también nos preparará a nosotros para que, a su debido tiempo, tomemos posesión de ellas (v. 1 P. 1:4–5, y comp. el *«reservada»* del v. 4 con el *«guardados»* del v. 5).

Versículos 4–11

Después de poner ante los ojos de los discípulos la meta de la felicidad celestial, Jesús pasa ahora a mostrarles en sí mismo el camino para dicha meta. Y vemos que:

I. Lo da como cosa conocida de ellos: «*Y sabéis adónde voy, y sabéis el camino»* (v. 4). Cómo si dijese:

1. «Lo podéis saber fácilmente, pues no es ninguna de *las cosas secretas,* que no os pertenecen a vosotros, sino que es de *las reveladas»* (v. Dt. 29:29).

2. «Lo sabéis; sabéis y conocéis que existe esa casa y que existe un camino para esa casa, aunque quizá no acertéis a percataros de cuál es esa casa y cuál es el camino. En realidad, ya se os ha dicho y no podéis menos de conocer, tanto la mansión como el camino».

II. A esta declaración de Jesús, objeta Tomás su propia ignorancia, tanto de la meta como del camino: *«le dijo Tomás: Señor no sabemos adónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?»* (v. 5). La declaración que Cristo acababa de hacer respecto al conocimiento que de la meta y del camino esperaba de ellos, suscita en ellos precisamente el reconocimiento de la ignorancia en que estaban en relación con todo eso, al mismo tiempo que les aviva el deseo de saber más. Aquí muestra Tomás mayor modestia que Pedro. Pedro sentía afán de conocer *adónde iba* el Señor en cambio Tomás está solícito por conocer *el camino.* Al confesar su ignorancia recomendaba su modestia. Los fieles siervos del Señor, cuando se hallan a oscuras, conscientes de que conocen sólo *en parte* (1 Co. 13:12), están prestos a reconocer sus propias deficiencias. Pero la causa de la ignorancia de los discípulos era culpable, ya que desconocían adónde iba Cristo por no discernir los tiempos y sazones y pensar que Cristo iba a restaurar *de inmediato,* sin pasar por la Cruz, el reino mesiánico (v. Hch. 1:6). La imaginación de los discípulos volaba de una ciudad a otra del país, preguntándose en cuál de ellas iba Jesús a ser ungido rey; por eso, no podían entender en qué lugar de los cuatro puntos cardinales iban a ser edificadas aquellas «mansiones» de las que Cristo les hablaba. Si Tomás hubiera entendido que Jesús se dirigía al otro mundo y, en ese mundo, al Cielo, no habría dicho: *«¿cómo podemos saber el camino?»*

III. A esta objeción de Tomás, nacida de una supina ignorancia, da Jesús cumplida respuesta (vv. 6–7). Tomás le había preguntado sobre la meta y sobre el camino, y Jesús contesta a ambas preguntas. Le conocían suficientemente a Él, y Él era el *camino,* Podían, del mismo modo, conocer al Padre, y el Padre era la *meta* por consiguiente, con razón les había dicho: *«Sabéis adónde voy, y sabéis el camino»* (v. 5). *«Creéis en Dios,* que es la meta; *creed también en mí,* que soy el camino» (v. 1). Vemos:

1. Que habla de sí mismo como camino: «*Yo soy el camino … Nadie viene al Padre, sino por medio de mí»* (v. 6). Aquí hemos de notar:

(A) La naturaleza de la mediación de Cristo: «*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida*». Comoquiera que todo el contexto pone de relieve la idea de «camino», es muy probable que Jesús, al hablar en arameo, quisiese decir: «*Yo soy el camino vivo y verdadero*» (comp. con He. 10:20), ya que el hebreo y el arameo suelen expresar por acumulación de sustantivos lo que el griego y el latín expresan por yuxtaposición de adjetivos. Pero notemos los siguientes detalles:

(a) Cristo es *el camino* en el que Dios y el hombre se encuentran; no es *un camino* entre tantos (comp. con Hch. 16:17 *«un camino»*. Lit.), sino *el único camino de salvación* (Hch. 4:12). Ya no estamos en el estado de inocencia para ir por nosotros mismos al árbol de la vida, pero podemos ir a Él por medio de Cristo (Ap. 22:14). Todo el que siga las pisadas de Cristo (1 P. 2:21), puede estar seguro de que no se desviará del camino recto hacia el Cielo.

(b) Cristo es *la verdad.* No una verdad cualquiera: científica, religiosa, filosófica, etc., sino *la única verdad* consistente y total: *«El Alfa y la Omega»*, de la A a la Z, la Enciclopedia completa de Dios (Ap. 1:8, comp. con 22:13), sin mezcla de error ni falsedad. Ésa es la verdad que hace libres (8:32); por eso, al inquirir sobre la verdad, no necesitamos aprender otra verdad que la que está comprendida en Jesús, pues todas las cosas están en Él *resumidas y restauradas* (Ef. 1:10). En Cristo está la clave de todos los enigmas, pues Él *«nos ha sido hecho de parte de Dios sabiduría»* (1 Co. 1:30).

(c) Cristo es la *vida.* No una vida cualquiera, no el efímero *bios* = la forma externa de nuestro vivir, junto con los bienes con que se sustenta (v. 1 Jn. 2:16; 3:17), ni la interna pero corruptible *psykhe* = vida temporal, que hemos de estar dispuestos a sacrificar en aras de Cristo y del Evangelio (12:25), sino la *zoé* = la vida en el centro mismo del ser, participación de la vida de Dios (1:4; 5:24; 8:12; 10:10; 1 Jn. 3:14; 5:11–12, 20, entre otros lugares). Esta es la vida que dura por toda la eternidad (3:15–16, 36; 4:14 36; 5:24; 6:27, 40, 47, 54, 68; 10:28; 12:25, 50; 17:2–3; 1 Jn. 1:2; 2:25; 3:15; 5:11, 13, 20). En Cristo y por Cristo estamos vivos para Dios con esta vida de Dios (Ro. 6:3–11; Ef. 2:1–5).

(B) La necesidad de la mediación de Cristo: *«Nadie viene al Padre sino por medio de mí»* (v. 6b). El hombre caído (y todo ser humano es originalmente caído desde el vientre de su madre, Sal. 51:5) no puede llegarse a Dios como a su Padre, si no es llegándose a Cristo como al único Mediador entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5).

2. Que habla del Padre como de la meta: *«Si me conocieseis también conoceríais a mi Padre; y desde ahora le conocéis y le habéis visto»* (v. 7). Ésta es una implícita reprimenda a los discípulos, por su torpeza y descuido en percatarse de la verdadera personalidad de Cristo: *«Si me conocieseis …».* Le conocían, pero no como podían y debían conocerle. Jesús había dicho antes a los judíos, en presencia de los Apóstoles: *si a mí me conocieseis, también a mi Padre conoceríais»* (8:19b). Con todo, los Apóstoles no conocían tampoco a Jesús. No es fácil decir cuál de las dos cosas es más extraña, si la ignorancia voluntaria de los enemigos de la luz o los errores lamentables de *los hijos de la luz.* No obstante Jesús se satisface en parte, por la sinceridad de ellos, a pesar de la debilidad que muestran en su entendimiento embotado: *«Desde ahora le conocéis y le habéis visto»*, por cuanto *«la gloria de Dios* brilla *en la faz de Jesucristo»* (2 Co. 4:6). Muchos discípulos de Cristo tienen mayor conocimiento y más gracia que lo que ellos piensan tener, pero no echan mano de lo que saben, como deberían, por lo que se privan a sí mismos de un conocimiento superior y de una comunión más íntima con Dios.

IV. Al oír estas últimas frases de Jesús Felipe siente curiosidad por saber más acerca del Padre, y Jesús le da cumplida respuesta (vv. 8–11). Notemos:

1. El intenso deseo de Felipe de obtener un conocimiento superior del Padre, con lo que se quedará satisfecho: *«Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta»* (v. 8). Como si dijese: «Eso es lo que deseamos todos nosotros y con eso tenemos bastante». Esto supone un intenso deseo de conocer íntimamente a Dios como a Padre. La petición es: *«Muéstranos el Padre».* El alegato es: «Con eso *nos basta».* Piensa Felipe que, con tal de que Cristo descorra el fleco de la cortina que nos oculta la visión del Padre, y pueda gozarse con un rayo de luz que emerja de la gloria divina, su alma quedará satisfecha pues habrá disfrutado, por algunos momentos, de la vida del Cielo desde la tierra. Es como si le dijera a Cristo: «Déjanos ver al Padre con nuestros ojos corporales como te vemos a ti, y con eso tendremos bastante por ahora». Con ello manifiesta, no sólo la flaqueza de su fe, sino también el desconocimiento de la forma en que el Padre se manifiesta. Su imaginación, como la de muchos otros, requería para confirmación de su fe, o para aliento de su esperanza, un conocimiento del Padre, superior al que Jesucristo mismo ofrecía en su propia persona.

2. La respuesta que Jesús dio a Felipe, la cual es muy digna de estudio y consideración, ya que, incluso en las postrimerías del siglo xx (nota del traductor), hay muchos creyentes de fe sincera, pero de ignorancia supina, que se hacen las mismas ilusiones que el Apóstol Felipe. Al contestar a Felipe, Cristo:

(A) Le asegura que, para conocer al Padre, tiene bastante con conocerle a Él: *«Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?»* (v. 9). Jesús reprende aquí a Felipe por dos cosas:

(a) Por no haber adquirido, después de tanto tiempo, un conocimiento claro de la persona de Jesucristo: *«¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe?»* El primer día que vio Felipe a Cristo declaró que había reconocido en Él al Mesías (1:45). Habían pasado desde entonces unos tres años y medio, y el conocimiento que de Cristo tenía ahora Felipe no había progresado en absoluto. El Señor espera de nosotros que nuestro progreso en conocerle sea, en cierto grado, proporcional al tiempo que llevamos en su compañía, de forma que no seamos bebés perpetuamente (comp. con He. 5:11–14).

(b) Por su flaqueza en orar: *«Muéstranos el Padre»*. Aquí tenemos un ejemplo de la debilidad de muchos creyentes, quienes no sólo *no saben qué han de pedir como conviene* (Ro. 8:26), de cuya debilidad todos somos partícipes, sino que tienen que ser *rectificadas por el Espíritu Santo sus* oraciones (Ro. 8:27), puesto que *«piden mal»* (Stg. 4:3). En la instrucción que Jesús da ahora a Felipe justifica la afirmación anterior de que *«conocían al Padre y le habían visto»* (v. 7), ya que, al requerirle Felipe que les mostrase al Padre, el Señor responde categóricamente: *«El que me ha visto a mí, ha visto al Padre»* (v. 9). Todo el que contempla a Cristo con los ojos de la fe está viendo en Él al Padre, ya que Jesús es *«uno con el Padre»* (10:30), es *«Dios manifestado en carne»* (1 Ti. 3:16; 1 Jn. 4:2). La afirmación que Jesús acaba de hacer es de tal importancia y de tal contundencia (nota del traductor) que, de un solo golpe echa por tierra toda clase de «visión beatífica» de la esencia divina, que no sea a través de la humanidad de Cristo, a través del *Verbo hecho carne.* Esta declaración de Jesús está en perfecta consonancia con 1:18; 6:46 y especialmente 1 Timoteo 6:16 *(«a quien ninguno de los hombres ha visto NI PUEDE VER»).* En efecto, aparte de Cristo, *Dios es Espíritu* (4:24), invisible a los ojos del cuerpo y, por ser infinito, incomprensible a los ojos del espíritu; y es además espíritu purísimo, sin composición ni mezcla («*YO SOY EL QUE SOY»;* Éx. 3:14), no se puede ver una parte de Dios sin que se le vea entero, lo cual sólo puede hacerlo alguien que sea tan infinito como Él. De ahí que sólo las tres divinas personas pueden verse unas a otras como son en sí (v. Lc. 10:22; 1 Co. 2:11). Todo otro lugar de la Escritura que hable de *«ver a Dios»* ha de interpretarse como signo de comunión íntima con Él, no de visión directa de la esencia divina. El argumento cobra mayor fuerza cuando se compara este lugar con Hechos 1:6–7, donde, a la pregunta de los discípulos sobre *la restauración del reino a Israel* Jesús no niega el hecho, sino apela a los planes de Dios respecto a los *tiempos y sazones*, es decir, a las distintas dispensaciones divinas. En cambio, aquí (Jn. 14:9) Jesús contesta lisa y llanamente y afirma que *«quien me ha visto a mí, ha visto al Padre»*. Si además de la visión de Cristo, hubiese una ulterior visión en la gloria del Cielo, de la esencia divina del Padre en sí mismo, prescindiendo de la visión del Verbo humanado, Jesús habría proferido, no sólo una afirmación arrogante, sino también engañosa, puesto que, a semejanza de Hechos 1:6–7, debería haber dicho a Felipe: «Felipe, ten paciencia; por ahora te basta con verme a mí; DESPUÉS, VERÁS TAMBIÉN AL PADRE». Hay quienes apelan a Apocalipsis 5:6–7 para afirmar que Juan vio, además del *«Cordero»*, al que *«estaba sentado en el trono»*. Éstos no se percatan de que Juan expresa en símbolos las realidades, y las expresa por medio de metáforas, pues ni Jesús es un *«cordero»*, ni el Padre tiene *«mano derecha»* (Ap. 5:1) ni izquierda, puesto que es un Espíritu Infinito, sin miembros corporales (comp. con Lc. 24:39).

(B) Le hace notar la razón por la que *«quien ha visto a Jesús, ha visto al Padre»*, pues añade: *«¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí?»* (v. 10). Como si dijese: «Si yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí, el que me ha visto a mí, ha visto al Padre». En efecto, Jesús es *uno con el Padre* (10:30; 17:21). Si creemos que Jesús es el Enviado del Padre (3:16, etc.), y que *habla las palabras de Dios* (3:34), hemos de creerle a Él como creemos a Dios (v. 1). Por eso añade: *«Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, Él hace las obras»*. Las obras que el Padre hacía en Jesús daban testimonio de que era el enviado del Padre (5:36). Por ellas, Dios hablaba más alto que con cualquier expresión audible (comp. con Mr. 2:9–11). Si los discípulos no aciertan a ver en Jesús al Padre, las obras que Jesús hace dan testimonio de que es verdad lo que Él dice. Sí, el Padre está en Cristo, de tal forma que fácilmente *puede ser hallado* (Is. 55:6). Al ver en los

Evangelios la persona, la doctrina y los milagros de beneficencia del Salvador, adquirimos un claro conocimiento de Dios de forma que podamos exclamar, con mayor motivo que David: *«Clemente y misericordioso es Jehová, lento para la ira y grande en misericordia. Bueno es Jehová para todos, y la ternura de su amor sobre todas sus obras»* (Sal. 145:8–9).

(C) Jesús quiere que esto quede bien claro; por eso, recalca el hecho de la mutua inmanencia del Padre y del Hijo, y apela de nuevo a las obras que el Padre hace en Él: *«Creedme que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí; si no, creedme por las mismas obras»* (v. 11). Comentando esta inmanencia del Padre en el Hijo, y del Hijo en el Padre, dice S. Hilario: «Está Jesús en el Padre, y el Padre está en Jesús, no por conjunción de dos naturalezas distintas, ni por la fuerza de absorción de una capacidad mayor, sino por el nacimiento de un viviente de una naturaleza viviente, por cuanto de Dios no puede nacer más que Dios. Por lo mismo, Jesús es Dios de Dios, con igual naturaleza que el Padre. Él está en el Padre porque tiene idéntica naturaleza y está naciendo de Dios desde toda la eternidad; y el Padre está en Él por igual razón, porque le engendra eternamente Dios».

Versículos 12–14

Los discípulos, así como estaban llenos de tristeza por la marcha de su Maestro, también estaban llenos de preocupación con respecto a sí mismos, al no saber qué sería de ellos cuando Jesús se hubiera marchado. Si les deja ahora, van a sentirse como *ovejas sin pastor.* Por eso, Cristo les asegura aquí que serán investidos del poder suficiente para sobreponerse a lo que se les avecina. En efecto, les será dado:

I. Gran poder en la tierra: *«De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, las obras que yo hago, también él las hará; y aun hará mayores que éstas, porque yo voy al Padre»* (v. 12). Lo más glorioso del poder de Cristo es que, no sólo obró milagros Él mismo, sino también dio poder a otros para que los obrasen iguales y aun mayores. Vemos aquí las dos cosas acerca de las que les da plena seguridad:

1. Les asegura que podrán hacer *las mismas obras que Él hizo.* ¿Curó Cristo a los enfermos, limpió a los leprosos y resucitó a los muertos? También ellos lo harán. ¿Convenció y convirtió a los pecadores y se llevó tras sí grandes multitudes? También ellos lo harán. Aunque Él se va a marchar, su obra no ha de cesar ni fracasar; progresará, y está todavía en progresión.

2. Les asegura igualmente que harán *mayores obras que Él.* En el mundo de la naturaleza, obrarán mayores milagros que Él. No leemos en los Evangelios que la sombra de Jesús curase a nadie pero leemos en Hechos 5:14–16, no sólo el éxito que Pedro tenía en la conversión de los pecadores, sino también en la curación de enfermos, tanto que los ponían en la calle *«para que, al pasar Pedro, a lo menos su sombra cubriese a alguno de ellos».* Y, ciertamente, el tiempo en que Jesús obró sus milagros fue limitado a unos tres años y pocos meses, mientras que sus discípulos obraron, en su nombre, milagros sin cuento en diversos países. Y en el reino de la gracia, al que parece referirse principalmente Cristo, el éxito de los discípulos sobrepasó con mucho al del Maestro. En tres años y medio, Jesús logró reunir, a lo sumo, quinientos discípulos (v. 1 Co. 15:6), mientras que, tras el primer mensaje de Pedro el día de Pentecostés, fueron añadidas a la iglesia *«unas tres mil almas»* (Hch. 2:41). W. Hendriksen hace notar que, aunque el verdadero autor de la salvación es Dios los creyentes son instrumentos que Dios usa para llevar a cabo sus obras y, por eso, se les atribuye también su aporte en la tarea de la salvación (v. Pr. 11:30; Dn. 12:3; Jn. 4:35–38; Stg. 5:20). Opina también Hendriksen que, si se da por sentado que Jesús se refiere especialmente a las obras *espirituales* como *«mayores»* habríamos de colegir que el propio Señor viene a insinuar que los milagros que se llevan a cabo en la esfera de la naturaleza tenderían a desaparecer gradualmente por no haber ya menester de ellos.

3. La razón que de ello les da Cristo es: *«porque yo voy al Padre»* (v. 12b). Como si dijese: «Podréis hacer esas obras porque yo me voy al Padre a fin de que, tras de mi muerte, resurrección y ascensión a los cielos, os sea enviado el Espíritu Santo, quien os capacitará para esa magna tarea» (v. Hch. 2:33; Ef. 4:8).

II. Gran poder en los cielos: *«Cualquier cosa que pidáis … la haré»* (vv. 13–14). Por donde vemos:

1. De qué manera han de obtener de Él el poder para obrar tales maravillas, una vez que Él se haya marchado al Padre: Mediante la oración. Cuando dos amigos íntimos se separan y se marchan a lugares muy lejanos el uno del otro, se intercambian las respectivas señas o direcciones y prometen mantener

correspondencia por medio de cartas; así también, al partirse Jesús de sus discípulos, les dice cómo han de escribirle en cada ocasión y cuál es el medio más seguro para que nuestras cartas le lleguen certera y puntualmente. Es como si les dijera: «Hacedme llegar vuestras noticias por medio de la oración, y vosotros sabréis de mí por medio del Espíritu Santo». Este correo está todavía a nuestra disposición. La humildad nos dice: *«Pide, continúa pidiendo»* (nótense los presentes de imperativo en Mt. 7:7, Lc. 11:9). No podemos pedirle nada como si nos debiera algo, sino en actitud de humilde y necesitado mendigo, que, si no pide, perece de hambre. Se nos prescribe *humildad,* pero también se nos otorga amplia *libertad: «cualquier cosa que pidáis»:* todo cuanto nos sea necesario para la vida, conveniente para el alma, demandado en el nombre de Jesús y con conocimiento de causa (comp. con Mr. 10:38 *«no sabéis lo que pedís»).* Aunque varíen las circunstancias, toda petición de algo realmente conveniente será escuchada en el trono de la gracia (He. 4:16).

2. En nombre de quién han de presentar sus peticiones: *«Cualquier cosa que pidáis al Padre en mi nombre … Si me pedís algo en mi nombre»* (vv. 13, 14). Pedir *en el nombre de Jesús* es interponer su autoridad, su obra y sus méritos. Es notable que, aun cuando el *Padre* es, de ordinario, presentado como el término al que se dirige la plegaria, en nombre de *Cristo* y por su mediación, y al tener por consejero y ayudante al *Espíritu* (Ro. 8:26–27), con lo que las tres personas de la Deidad parecen aportar su matiz peculiar en esta gracia de la oración, como en todo lo que obran en las criaturas, lo cierto es que todo lo que no sea la relación personal que las distingue en el seno de la Trina Deidad, es común a las tres personas y, por eso, Jesús se presenta en estos versículos, no sólo como aquel en cuyo nombre es dirigida la oración, sino también como aquel al que se dirige la oración y aquel que responde las peticiones que se le hacen; nótense los tres aspectos en el versículo 14: «*Si ME pedís algo en MI NOMBRE, YO lo haré»*. Al ser Cristo el único Salvador (Hch. 4:12), dependemos de Él para todo lo conducente a la salvación; por lo cual, como hace notar Agustín de Hipona, «no pide en nombre del Salvador el que no pide cosas conducentes a la salvación». Nada podemos pedir en nuestro propio nombre, porque somos pecadores, así que tenemos *mal nombre* en el cielo; y, si todavía somos extranjeros a la celeste ciudadanía, nuestro nombre *no estará* en el padrón de aquella ciudad (v. Lc. 10:20; Ef. 2:12; Fil. 3:20). Pero el nombre de Cristo es *muy buen nombre y,* además, *muy bien conocido* en el cielo.

3. El éxito o fruto (15:16) que obtendrán en sus oraciones: *«Cualquier cosa que pidáis … la haré»* (v. 13). Y, de nuevo: *«Si me pedís algo … lo haré»* (v. 14). Como si dijese: «Podéis estar seguros de alcanzar lo que pidáis; no sólo será hecho, sino que yo mismo lo haré». Por fe en el nombre de Jesús podemos obtener cuanto pidamos, si es conducente para nuestra salvación.

4. Cuál es la razón por la que nuestras oraciones tendrán una respuesta tan rápida y segura: *«Para que el Padre sea glorificado en el Hijo»* (v. 13b). La primera petición del *Padrenuestro* es *«Santificado sea tu nombre» y* siempre es respondida, porque, si el corazón es sincero al hacerla, con ella, de alguna manera, *consagra* todas las demás peticiones. Éste es el objetivo principal de Cristo al otorgar lo que le pidamos, y por la gloria del Padre en el Hijo, hará todo cuanto le pidamos. Sólo resta que nos preguntemos: «¿Es esto para la gloria de Dios?» (comp. con 1 Co. 10:31). La sabiduría, el poder y el amor de Dios fueron santificados en el Redentor, cuando sus apóstoles y ministros fueron capacitados para llevar a cabo tan grandes cosas, tanto como pruebas de su doctrina, cuanto por el éxito que consiguieron, al recoger ellos lo que Cristo había sembrado.

Versículos 15–17

En esta porción, Cristo promete enviar el Espíritu Santo, a cuyo cargo estará consolar a los discípulos e imprimir en su memoria y en su corazón estas cosas.

I. Antes de prometerles el Consolador, les demanda la condición necesaria para obtener el verdadero consuelo: *«Si me amáis, guardad mis mandamientos»* (v. 15). No esperar consuelo por otra vía que la del deber cumplido. Ahora que estaban preocupados por lo que iba a ser de ellos, les pide que salgan de su egocentrismo y muestren en su obediencia el amor que le tienen. En horas de aflicción y en tiempo de apuro, la preocupación por el «qué va a pasar» debería ser sorbida por la ocupación en la fiel observancia de los deberes cotidianos. Cuando ellos mostraban el afecto que le tenían en la tristeza que les embargaba el ánimo a causa de su partida, Él les ruega que, si quieren mostrarle que le aman de veras no lo hagan mediante esas débiles y femeninas emociones, sino mediante la viril y decidida observancia de sus

mandamientos. Esto es mejor que las lágrimas y mejor que los sacrificios. Al otorgarles tan preciosas promesas, Jesús les pone como condición: «con tal que observéis mis mandamientos, como prueba del amor que me tenéis».

II. A continuación, les hace esta gran promesa que va a ser una inefable bendición para ellos (vv. 16–17).

1. Les promete que tendrán *otro Consolador*. Ésta es la gran promesa del Nuevo Testamento; una promesa a propósito para la actual condición de los discípulos, quienes se hallaban ahora llenos de tristeza (16:6) y en urgente necesidad de un consolador. Vemos pues:

(A) La bendición prometida. La palabra original *(Parákletos)* significa literalmente «uno que es llamado para que venga al lado»; se supone que es llamado para que ayude en una situación de aprieto, ya sea para instruir, consolar, amonestar, traer a la memoria, iluminando los ojos y el corazón (no la Palabra misma, pues ésta tiene su propia luz, v. Sal. 119:105; 2 P. 1:19), ayudándonos en nuestros sufrimientos, testimonios, oraciones, etc. El vocablo griego ocurre sólo cinco veces en todo el Nuevo Testamento; todas ellas, de la pluma de Juan, cuatro se hallan en estos capítulos (14:16, 26; 15:26; 16:7); la otra, en 1 Juan 2:1, donde se aplica a Jesucristo con el sentido de *«abogado junto al Padre»*. Por donde vemos que el creyente tiene a su disposición *dos* abogados: uno junto al Padre para defendernos de nuestro gran acusador (v. Ap. 12:10 y comp. con Zac. 3:1); el otro, a nuestro lado, para defendernos de todo mal que nos asedie o nos estorbe (v. 1 Jn. 3:24b; 4:4b; con la mayor probabilidad, tanto por la preposición *«en»*, comp. Jn. 14:18, como por la contraposición al *«que está en el mundo»*, comp. con 12:31). Cuando Cristo estaba en la tierra, Él hablaba a favor de ellos al Padre, pero, al marcharse Cristo, este otro Consolador que es el Espíritu, no sólo hablará *a favor de* ellos (Ro. 8:27), sino también *en* ellos (Mr. 13:11). Una causa que se defiende con tal Abogado no puede quedar fallida. Al decir *«otro»* Jesús da a entender que Él mismo lo había sido hasta ahora y que de ahora en adelante, lo sería el Espíritu Santo único que merece el nombre de «Vicario de Cristo en la tierra», puesto que Él es ahora el que «hace las veces» de Cristo.

(B) El Dador de tal bendición es el Padre: «Yo *rogaré al Padre y os dará otro Consolador»*. El mismo que nos dio como Salvador al Hijo (3:16; Ro. 8:32; Gá. 4:4–6), nos dio por Consolador al Espíritu Santo.

(C) Cómo nos proveyó el Padre de esta bendición: por intercesión del Señor Jesucristo: «*Yo rogaré al Padre»*. Como hace notar Hendriksen, el verbo «rogar» en el original griego nunca es *aiteo* = pedir en forma de súplica en boca de Jesús sino *erotao* = pedir como quien demanda con autoridad. Sólo una vez se usa en el Nuevo Testamento el verbo *erotao* en conexión con las peticiones que los creyentes elevan a Dios (1 Jn. 5:16); el contexto explica bien el porqué de esta excepción. Cuando Jesús dice: «*Yo rogaré al Padre»* no quiere dar a entender que el Padre no esté inclinado a concedernos ese Don, sino sólo que la concesión del Espíritu Santo a los creyentes es fruto de la función mediatorial de Cristo.

(D) La permanencia de tal bendición: *«para que esté con vosotros para siempre»* (v. 16b). Con los discípulos a quienes se dirigía entonces el Maestro, y con todos cuantos habían de compartir con ellos, a lo largo de los siglos, el derramamiento del Espíritu el día de Pentecostés. Este gran regalo del Espíritu es *«para siempre»;* es decir, nunca le faltará a ningún creyente durante toda su vida, y nunca le faltará a la Iglesia durante la presente dispensación. Aunque estén dispersos en el tiempo y en el espacio, el Espíritu Santo, que es Dios como el Padre y el Hijo, es inmenso (con lo que puede hallarse en todos y cada uno de los creyentes a la vez) y es eterno (con lo que nunca habrá un tiempo en el que haya cesado su permanencia en ellos). ¡Demos gracias a Dios por los perpetuos consuelos de los que nos ha proveído! ¡Nunca tendremos que echar en falta a nuestro Divino Consolador! Por medio de Él y con Él, Jesús permanecerá con nosotros hasta la consumación de los siglos (Mt. 28:20).

2. Este consolador es *«el Espíritu de la verdad, al cual … vosotros le conocéis»* (v. 17). Vemos:

(A) Que el Consolador prometido es *el Espíritu*, alguien que ha de llevar a cabo su obra de una forma y con un método espiritual.

(B) Que es *el Espíritu de la verdad* (v. 17a), no sólo por ser la Verdad sustancial, al ser Dios como el Padre vivo y *verdadero* (1 Ts. 1:9) *y como el Hijo* (v. 6), *sino porque Él es el encargado de guiarnos a toda la verdad* (16:13), especialmente a todas las verdades que tienen relación con la obra redentora de Cristo (16:14). También es *el Espíritu de la verdad*, por ser el *Espíritu de Cristo* (Ro. 8:9; 1 P. 1:11), que es *la Verdad* (v. 6). Nos conducirá a la verdad, no sólo por sí mismo (v. 1 Jn. 2:20, 27), sino también por medio de los ministros de Cristo que son fieles (1 Co. 4:1–2).

(C) Que *el mundo,* es decir, los amadores del mundo (v. 1 Jn. 2:15–17), *no puede recibir el Espíritu de la verdad, porque no le ve ni le conoce* (v. 17b). Los seguidores del mundo pertenecen a un reino distinto, al reino de Satanás, opuesto al reino de Cristo; son los que prefieren las tinieblas a la luz (3:17–21) y, al ser secuaces del error y de la mentira, no están en condiciones de recibir al *Espíritu de la verdad* (comp. con 1 R. 22:22; 2 Cr. 18:21), mientras no salgan de las tinieblas a la luz (v. 1 P. 2:9). Es una terrible desgracia para los amadores del mundo el que, por no poder recibir al Espíritu de la verdad se vean en tinieblas acerca de todo lo que más importa para el destino de todo ser humano. Donde impera el espíritu del mundo, queda excluido el Espíritu de Dios. Y, al quedar fuera, los secuaces del mundo *no le pueden ver ni conocer,* no pueden tener relación con Él. Los consuelos del Espíritu Santo les son tanta locura como la Cruz de Jesucristo (1 Co. 1:18, 24). Habladles a los del mundo de estas cosas: de la inhabitación y de las operaciones del Espíritu Santo en el creyente y en la iglesia, y pensarán que estáis locos o que habéis venido de otro planeta.

(D) Que los creyentes tienen el altísimo privilegio de conocerle, de tenerle junto a ellos y que mora en ellos: *«Pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros y estará en vosotros»* (v. 17c). Es interesante comparar las preposiciones que el evangelista usa en los versículos 16 y 17:

(a) *«para que esté CON vosotros»* (v. 16). La preposición griega es *metá,* por lo que, en dicho versículo, equivale a *«en compañía de* (o: *en medio de) vosotros»*. Los creyentes nunca están solos.

(b) *«porque mora CON vosotros»* (v. 17). Aquí, la preposición griega es *para* con dativo. Equivale, pues, a decir: *«mora al lado de vosotros»* (nótese, como ya lo hicimos, el griego *Parákletos*). No sólo nos hace compañía y está en nuestro medio, sino que está a nuestro lado.

(c) *«y estará EN vosotros»* (v. 17). La preposición es aquí *en* (como en castellano), con el sentido de *«dentro de vosotros»*. Puede, pues, observarse la gradación que el Señor establece, de menos a más: «en compañía de», «al lado de», «dentro de». Con esta última preposición queda claramente indicada la inhabitación del Espíritu Santo en el creyente. La tercera persona (tercera, no en naturaleza, dignidad ni poder, sino en el orden de las procesiones divinas intratrinitarias) de la Trina Deidad, el Espíritu Santo, no sólo es un *asistente* que está constantemente a nuestro lado, sino también un *huésped* que ocupa nuestro espíritu y nuestro cuerpo como santuario (1 Co. 6:19); y no como un huésped que viene a pasar unas vacaciones, sino que tiene su morada en nosotros para *trabajar* en todo el proceso de nuestra *santificación* (3:5; 14:26; 16:13–15; Ro. 5:5; 8:4, 9, 14; 26–27; 1 Co. 2:10; 12–13; 12:7 y ss.; Gá. 5:5, 16, 22, 25; Ef. 2:18; 3:16; 4:30; 5:18, etc.). No sólo llevará a cabo el Espíritu Santo todas estas cosas, sino que los discípulos serán conscientes de su presencia y de su acción: *«pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros y estará en vosotros»* (comp. con 1 Jn. 2:20, 27). El mejor conocimiento acerca del Espíritu Santo es el que se adquiere por la experiencia íntima de la comunión personal con Él, según el sentido bíblico del verbo «conocer». La inhabitación del Espíritu Santo en el creyente es duradera; si somos genuinos creyentes, podremos entristecerlo (Ef. 4:30) con cada pecado no reconocido ni confesado, pero no se marchará de nosotros (comp. con 2 Ti. 2:13). Como la luz en el aire, y como la savia en el árbol, así de inseparable es de nosotros el Espíritu Santo. Dentro de nosotros, Él está y trabaja en silencio, sin ruido, sin pausa. No hay consuelo que pueda compararse a éste.

Versículos 18–24

Cuando dos amigos íntimos tienen que partirse el uno del otro, suelen dirigirse mutuamente la siguiente petición: «Por favor, no dejes de escribirme o telefonearme siempre que puedas». Algo similar es lo que Jesús les dice a sus discípulos en esta porción.

I. Les promete que continuará cuidando de ellos: *«No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros»* (v. 18). Su partida no será como la de un padre o una madre que mueren o abandonan la familia y dejan en la orfandad a los hijos. Jesús había sido para ellos como un padre y una madre. Isaías 9:6 le anunciaba como *«Padre perpetuo»* (o también: *«perpetuamente Padre»,* pues esa es la idea que subyace a dicha versión literal. V. la nota al margen en la RV 1977. Nota del traductor). La marcha de Jesús no será total ni definitiva.

1. No será *total,* porque, aunque desaparezca física, visiblemente, de la presencia de los discípulos, no les dejará sin consuelo y sin ayuda. Aunque los creyentes pasen, con frecuencia, por casos de apuro y congoja, nunca quedan sin consuelo, porque nunca se quedan huérfanos, ya que Dios es siempre su Padre.

2. No será *final*, porque:

(A) Volverán a verle cuando haya resucitado de entre los muertos, con lo que *la tristeza de ellos se convertirá en gozo* (16:20, 22, 24). Ya se les había dicho en varias ocasiones: «*y al tercer día resucitará*» (Mt. 16:21; 17:23; 20:19; 27:63; Mr. 8:31; 9:31; 10:34; Lc. 9:22; 18:33; 24:7).

(B) Volverán a tenerle diariamente con ellos mediante el Espíritu, Espíritu de Cristo, que estará con ellos y dentro de ellos. Vendrá cada día, y muchas veces cada día (si tomamos conciencia de su presencia y mantenemos comunión íntima con Él), por medio de señales experimentales de Su amor y visitas de Su gracia. Aunque no le veamos con los ojos de la carne, podemos contemplarle con los ojos de la fe y estar seguros de su presencia, como estamos seguros de la presencia de un amigo que está con nosotros en la oscuridad. No se refiere Jesús, en esta ocasión, a su Segunda Venida.

II. Les promete que, después de un corto intervalo, ellos, no el mundo, volverán a verle: *«Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis …»* (vv. 19–20). El *mundo,* en el sentido en que Jesús se refiere a él en estos capítulos como al conjunto de los que no le aman, de los que no le conocen experimentalmente (14:17, 19, 27, 30; 15:18–19; 16:8, 11, 20, 33; 17:6, 9, 14, 16, 25), no le verá más, ni siquiera físicamente volverá a contemplar a Jesús (v. Hch. 10:40–41). Ese mundo perverso le había visto suficientemente y había gritado: *«¡Fuera, fuera! ¡Crucifícale!»* (19:15). Conforme a la petición que iban a formular ante Pilato, así les sería hecho: no le verían más. Pero sus discípulos conservarían la comunión con Él durante los días en que estarían privados de su presencia física, y le verían de nuevo después de su resurrección.

1. *«Pero vosotros me veréis»* (v. 19a). El verbo griego que Juan usa, las dos veces, en este versículo significa «observar con atención», es empleado por Jenofonte en el sentido de «pasar revista» a una compañía de soldados, y por Platón en el sentido de «considerar fijamente una idea»; de él se derivan nuestros vocablos «teorema» y «teoría»; es sinónimo del que 1 Juan 1:1 usa para «contemplar». En efecto, después de su resurrección, *«los discípulos se regocijaron viendo al Señor»* (20:20b). Y después de su ascensión le contemplaron con los ojos de la fe y, aun después de desaparecer de la vista de ellos, *«se volvieron a Jerusalén con gran gozo»* (Lc. 24:52), porque pudieron seguir viendo en Él lo que el mundo perverso nunca acertó a ver.

2. *«Porque yo vivo, vosotros también viviréis»* (v. 19b). Lo que más les apenaba es que el Maestro se les iba a morir, y de cierto habrían preferido morir con Él (v. 11:16). Pero Cristo les dice: «¡No, no! *¡Yo vivo! Y* todo el que vive espiritualmente, *vivirá lo mismo que yo»* (comp. con 11:25–26). Jesús habla de su muerte como de algo tan pasajero que, adelantándose a la resurrección, puede hablar en presente; no dice «yo viviré», sino «*yo vivo*». No quedamos sin consuelo, ya que podemos decir como Job: «*Yo sé que mi Redentor vive»* (Job 19:25). La vida espiritual, vida eterna, no sufre cambio ni cesación al pasar por el túnel de la muerte, porque está enraizada (Col. 2:7) e injertada (Ro. 6:5) en el que es *«la Vida»* (v. 6). La vida de los creyentes está inseparablemente ligada a la vida de Jesucristo; tan largo como Él viva—para siempre—, vivirán también con Él todos cuantos están unidos a Él por fe. Esta vida está ahora *escondida con Cristo en Dios* (Col. 3:3), como la vida del árbol está escondida en la raíz cuando el árbol parece muerto en el invierno; pero, mientras la raíz y la cabeza estén vivas, también lo estarán respectivamente las ramas y los miembros del cuerpo.

3. De esta vida, producida por la mutua inmanencia de ellos en Cristo, y de Cristo en ellos, pueden estar completamente seguros: *«En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros»* (v. 20). El conocimiento perfecto de estos misterios está reservado para el día en que el Señor se manifieste en su Segunda Venida (Col. 3:4; 1 Jn. 3:2) pero, cuando el Espíritu Santo sea derramado el día de Pentecostés, adquirirán un conocimiento claro, aunque todavía imperfecto (v. 1 Co. 13:12), de estas cosas. Ya entonces, la luz brillará en sus ojos y en su corazón (2 Co. 4:6) para tener suficiente *«conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo»,* y dará clara visión a nuestros ojos, como le fue dada al ciego aquel, tras un segundo toque de la mano del Señor, que antes *veía a los hombres como árboles que andaban* (Mr. 8:24). Conocerán que Cristo *está en el Padre,* porque tienen ambos la misma y única naturaleza divina (10:30), así como el Padre está en Cristo incluso en cuanto hombre y hace en Él sus obras (5:36; 9:4; 10:37; 14:10). También Cristo está en los creyentes, y los creyentes están en Cristo (14:20; 15:4–5; 17:21, 26), pero no al mismo nivel que el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre, puesto que la mutua inmanencia de las personas divinas es *básica y esencial* (tiene su raíz en la unidad de naturaleza), mientras que la nuestra con Cristo y con los demás creyentes es *moral*

y espiritual (tiene su raíz en una comunión de gracia, libre y espontáneamente impartida por *el Autor de nuestra salvación;* He. 2:10). Esta unión de los creyentes con Cristo es firme e inquebrantable; la *comunión* puede tener sus altibajos e incluso perderse (v. el comentario a 15:1 y ss.), pero la *unión* es irrompible (Ro. 8:1, 25–39); *nadie puede arrebatarnos de sus manos,* que son *las del Padre* (10:28–30). La unión con Cristo es la vida de los creyentes; el conocimiento y la consideración de esta unión constituyen el fundamento del gozo y de la satisfacción de ellos. Tan íntima es esta unión de Cristo con los suyos, que bien puede compararse a la unión entre la vid y los pámpanos (15:1 y ss.) y a la de la cabeza con los miembros (1 Co. 12:27, entre otros lugares). El propio Jesús la considera como una *identificación* (v. Hch. 9:5: «*Yo soy Jesús, A QUIEN tú persigues*» que comporta una participación en la gloria, el honor y el poder eternos, de los cristianos con Cristo, en forma similar a la de la participación de los mismos atributos que Cristo tiene con el Padre (v. Ap. 3:21).

III. Les promete igualmente que continuará amándoles y se manifestará a ellos (vv. 21–24). Vemos:

1. Quiénes son los que verdaderamente aman a Jesucristo: *«El que tiene mis mandamientos y los guarda»* (v. 21). Esto lo dice no sólo a los discípulos que se hallaban allí presentes, sino también *a los que habían de creer en Él por medio de la palabra de ellos* (17:20).

(A) El deber de los que reclaman para sí el privilegio de ser discípulos de Cristo: Al tener los mandamientos de Cristo, han de guardarlos. No es bastante que los guarden en la cabeza, es menester que los guarden en el corazón (v. Sal. 119:11) y los reflejen en su conducta.

(B) La dignidad de los que cumplen con este deber de discípulos de Cristo. No son más dignos por tener mayor talento, ni por saber hablar de Él con más elocuencia ni por dar para su causa mayores sumas de dinero, sino por *guardar sus mandamientos.* La prueba más segura de nuestro amor a Jesucristo es la obediencia a las normas de Jesucristo.

2. El galardón que Cristo les otorgará en recompensa del amor que le tengan:

(A) Disfrutarán más y más del amor del Padre Celestial: *«El que me ama será amado por mi Padre»*. Nosotros no podemos amar a Dios si no es por el amor que Él nos ha manifestado primero (1 Jn. 4:9–10, 19) y por *habernos dado de su Espíritu* (Ro. 5:5; 1 Jn. 4:13), por medio del cual podemos corresponder con el *amor* que es fruto primogénito del Espíritu (Gá. 5:22). Dios nos ama y nos hace saber que nos ama. Si amamos al Hijo, el Padre nos ama también a nosotros, ya que Él ama infinitamente al Hijo. Dice el refrán: «los amigos de mis amigos son también mis amigos». Cuando dos corazones son atraídos por un mismo tesoro (v. Mt. 6:21), en ese tesoro se encuentran, compenetran y funden, porque el bien amado tiende a asimilar al amante.

(B) Disfrutarán igualmente del amor de Jesús: «*Y yo le amaré*». Dios ama, como Padre, al que ama a Jesucristo. Jesucristo pues, ama, como a hermano, al que le ama a Él (Ro. 8:29; Él es *«el primogénito entre muchos hermanos»). Si «nos amó y se entregó por nosotros»* (Gá. 2:20b) cuando éramos sus enemigos (v. Ro. 5:6, 8, 10), ¿cómo no nos amará, en correspondencia sobreabundante cuando somos ya sus amigos? (15:14). En la naturaleza divina, no hay perfección que más brille que el amor, porque *«Dios es amor»* (1 Jn. 4:8, 16). Al ser ésta la única definición de Dios que es repetida en el Nuevo Testamento, podemos intuir que equivale a su repetida autodefinición de *«misericordioso»* (Éx. 20:6; 34:6–7; Nm. 14:18; Dt. 4:31; 2 Cr. 30:9; Neh. 9:31; Sal. 78:38; 86:15; 103:8; 111:4; 112:4; 116:5; 145:8, 17; Jer. 3:12; Jl. 2:13; Lc. 6:36; Ef. 4:32; Stg. 5:11). En la empresa que el Hijo de Dios tomó a pechos para llevarla a cabo a favor nuestro, nada brilla asimismo tanto como el *amor* que nos tuvo y nos tiene, en virtud del cual se entregó por nosotros: *«Al que nos ama y nos libertó de nuestros pecados con su sangre»* (Ap. 1:5b, lit. según los mejores MSS). Cristo se despide ahora de sus discípulos, pero promete continuar amándolos; se marcha físicamente de su presencia pero se los lleva en el corazón, *«viviendo siempre para interceder por ellos»* (He. 7:25).

(C) Disfrutarán finalmente de la manifestación de Jesús: «*y me manifestaré a Él*». Esta manifestación de Jesús a sus fieles discípulos se lleva a cabo mediante la Palabra y el Espíritu, y es una realidad en la vida del creyente (15:26; 16:13–14; 1 Co. 2:10–11; 12:3–7) de forma que pueden decir, como el Apóstol Pablo: *«Pero el Señor estuvo a mi lado y me revistió de poder … Y fui librado de la boca del león. Y el Señor me librará de toda obra mala y me preservará para su reino celestial»* (2 Ti. 4:17–18). Si Jesús es nuestro *Pastor* (10:14), *«nada nos faltará»* (Sal. 23:1, comp. con Jn. 10:9; Ap. 3:20).

3. La reacción que provocó esta frase de Jesús: *«y me manifestaré a Él»* (v. 21b).

(A) Uno de sus discípulos (de los once ahora presentes) expresó su sorpresa ante tal declaración (v. 22). Consideremos:

(a) Quién es el que se expresó con asombro: *«Le dijo Judas (no el Iscariote)»* (v. 22a). Entre los doce apóstoles de Cristo, dos llevaban este nombre: el Iscariote, hijo de Simón, que fue el que le entregó, y este otro, que era *«hermano de Jacobo»* el Menor (Lc. 6:16; Hch. 1:13). Como advierte Hendriksen, es conveniente distinguir bien los siete hombres que aparecen en el Nuevo Testamento con el nombre de Judas, además del patriarca Judá, hijo de Jacob-Israel: 1) un *«hermano de Jesús»* (Mt. 13:55; Mr. 6:3; Jud. 1), autor de la epístola que lleva su nombre; 2) un antepasado de Jesús (Lc. 3:30); 3) un galileo que se sublevó en los días del censo (Hch. 5:37); 4) otro que vivía en Damasco, en cuya casa se alojó el recién convertido Saulo de Tarso (Hch. 9:11); 5) Judas Barsabás mencionado en Hechos 15:22, 27, 32; 6) Judas Iscariote; 7) el Judas que aquí se menciona. Entre los apóstoles de Cristo hallamos pues, dos con el mismo nombre: uno, muy malo; otro, muy bueno. Con lo que vemos que los nombres no nos hacen mejores ni peores ni nos hacen más o menos aceptables a los ojos de Dios. Ni al traidor le ayudó su nombre para ser mejor, ni al hermano de Jacobo le incitó su nombre a ser peor. Los evangelistas siempre distinguen, al nombrar a los Apóstoles, entre los dos, y siempre ponen suma diligencia en que aparezca bien clara la diferencia. Hendriksen hace notar que al Judas del presente versículo se le apellida de tres maneras: *«Lebeo»* (Mt. 10:3), «Tadeo» (Mr. 3:18, comp. con Mt. 10:3), y «hermano *de Jacobo»,* como ya hemos dicho anteriormente

(b) Qué es lo que este Judas le dijo al Señor: *«Señor, ¿qué pasa, que te vas a manifestar a nosotros y no al mundo?»* (v. 22b, lit.). No cabe duda de que Judas entendió la «manifestación» de Jesús en sentido de triunfo exterior, por medio de grandes portentos, para convencer al mundo (comp. con 7:3–4) de que Él (Jesús) era el Mesías esperado. De ahí la gran sorpresa de Judas al oír que el Señor se iba a manifestar *solamente* a ellos. Vemos:

Primero, la debilidad de la fe de Judas, pues se fundaba en una falsa interpretación de las palabras de Cristo. Judas esperaba el triunfo político de Jesús y que sería ahora (comp. con Hch. 1:6) cuando iba a instaurar el reino mesiánico en Israel y aparecer públicamente con toda pompa y poder, así que le dice: *«¿Qué pasa?»* Como si dijese: «¿Qué cambio se ha efectuado, para que no te manifiestes públicamente como todos esperamos?»

Segundo, la generosidad del amor de Judas, pues parece interesado en que no sólo ellos, sino todo el mundo pueda participar de la grandiosa manifestación que el Mesías habría de hacer al inaugurar el reino mesiánico. Como si dijese: «¿Por qué vamos a ser sólo nosotros los favorecidos con esa grandiosa manifestación de la gracia y de la misericordia de Dios?»

(B) Jesús responde a la pregunta de Judas, y amplía la idea expresada en los versículos 16–21, a la vez que deja bien claro que la manifestación que va a llevar a cabo es de orden espiritual, interior, por medio de la morada de la Trina Deidad en el creyente. Sólo los que aman a Jesús y guardan su palabra, no el mundo perverso, pueden disfrutar de tal privilegio y dignidad (vv. 23–24). Así que:

(a) Explica con mayor claridad las condiciones para disfrutar de la promesa del Espíritu Santo: amarle y guardar sus mandamientos. El amor es la raíz de la que brota el fruto de la obediencia; no se ama por obediencia, sino que se obedece por amor.

Siempre que en el corazón de una persona haya sincero amor a Cristo, habrá en su vida una obediencia rendida a las normas de Cristo: *«El que me ama guardará mi palabra»* (v. 23a). Con amor el deber se hace fácil; *los mandamientos de Cristo no son gravosos* (1 Jn. 5:3), es decir, *pesados,* porque el amor pone alas en el corazón; *«el yugo se hace cómodo, y la carga se hace ligera»* (Mt. 11:30). Durante un largo desfile, una niña de ocho años sostenía en brazos a su hermanito de dos años. Un señor que estaba a su lado le dijo después de un largo rato: «¿No te pesa?» Ella respondió con toda naturalidad: «¡Qué va! ¡Si es mi hermanito!» En cambio, al que no ama todo lo que le rodea le pesa y le incomoda. Por eso, prosigue el Señor: *«El que no me ama no guarda mis palabras»* (v. 24). Así como el deber se hace ligero cuando fluye de la fuente de un amor agradecido, así también se hace pesado cuando no hay fe en las palabras de Cristo, ni amor a las normas de Cristo; el amor está conectado con la libertad (Gá. 5:13); el pecado, con la esclavitud (Jn. 8:34); y no hay cadenas tan fuertes y pesadas como las del vicio. Y, ¿por qué ha de tener Cristo morada en quienes le son extraños?

(b) También explica con mayor amplitud la promesa: *«El que me ama guardará mi palabra; y mi Padre le amará»* (v. 23a). Esto ya lo había dicho antes (v. 21), pero ahora añade: *«e iremos a él, y haremos morada* (v. el comentario al v. 2) *con él».* Aunque la preposición griega usada aquí es *para,* que,

con dativo, significa «junto a», el griego clásico, no sólo el del Nuevo Testamento aquí, la emplea, con dativo de persona, en el sentido de en casa de, con lo que equivale al *apud* latino, al *chez* francés y al *bei* alemán. La importancia de esta declaración de Jesús no puede enfatizarse nunca tanto como se merece, pues indica, no sólo la inhabitación de la Trina Deidad en el creyente, sino la participación de éste, en cierto grado y a nivel creado, en las mismas relaciones intratrinitarias de la Deidad. Judas se asombraba de que Jesús fuese a manifestarse a ellos, no al mundo. Jesús ahora le dice que, no sólo Él, sino también el Padre (y el Espíritu Santo, v. 17), se manifestarán a ellos y harán en ellos su morada. El Dios Uno y Trino, no sólo ama a los discípulos de Cristo, sino que habita en ellos como en su propia *morada;* no como un huésped que reside temporalmente en una pensión, sino como un inquilino que tiene allí domicilio permanente. Pero (nota del traductor) hay algo más: Además del verbo *xeni*zo, que indica un hospedaje transitorio (v. Hch. 10:6), el griego tiene cuatro verbos que significan *habitar:* 1) *paroikeo* = habitar como peregrino (v. He. 11:9); 2) *oikeo* = habitar de continuo, sin implicar, de suyo, afecto a la propia morada (v. p. ej., 1 Co. 7:12–13); 3) *katoikeo* = tener afecto al domicilio en que se reside; tener el corazón pegado a él. En este sentido lo emplea Juan en doce de las trece veces que este verbo ocurre en *Apocalipsis* (Ap. 2:13b; 3:10; 6:10; 8:13, 11:10—dos veces—; 13:8, 12, 14—dos veces—; 17:2, 8); 4) *meno* (de donde se deriva el sustantivo *moné* = morada de los vv. 2 y 23) = permanecer en un lugar, y mantener comunión íntima con el habitante de la «morada». Basta con leer el capítulo 15, con la insistente repetición de este verbo; desde el versículo 4 en adelante, se ve claro que dicho verbo comporta una mutua inmanencia, de influencia dinámica, de amor recíproco, de comunión de actividades, como resultado de la *comunión de la naturaleza divina* (2 P. 1:4). Por eso, el creyente, en la medida y grado en que mantiene esta comunión con las personas divinas, no sólo piensa, desea, siente, quiere y actúa a semejanza de Dios (nótese el contraste con Is. 55:8), sino que imita a las personas divinas en lo que *éstas tienen de peculiar,* pues llega a *engendrar* a Cristo como lo hace el Padre (v. Gá. 4:19, y comp. con Mt. 12:48; Mr. 3:33: *«¿Quién es mi madre …?»);* llega a expresar incoerciblemente el mensaje del Padre como el Verbo (comp. 1:18; 3:34; 7:17; 8:38; 12:50; 14:10, 24b, con Jer. 20:9; 1 Co. 9:16); y, como el Paráclito, ejerce el oficio de *consolador* (v. 2 Co. 1:3–7, donde se palpa esta imitación de Dios: en *cinco* versículos, salen nada menos que *diez* veces el verbo *parakaleo* = consolar, y el sustantivo *paráklesis* = consolación).

(c) Finalmente, da una razón muy buena, tanto para estimularnos a observar la condición como para animarnos a depender de la promesa que acaba de hacer: «*Y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió»* (v. 24b). En el mismo sentido había hablado con frecuencia (v. 7:16, además de los lugares citados en el párrafo anterior). El énfasis de nuestro deber se basa en el mandamiento de Cristo como nuestra norma; el énfasis de nuestro consuelo, en la promesa de Cristo como nuestra garantía; el énfasis de nuestra seguridad, en que las palabras de Cristo no las dice por su propia cuenta, sino que es palabra del Padre que le envió.

Versículos 25–26

En esta porción, Cristo consuela a sus discípulos con la promesa de que, cuando Él se marche, quedarán bajo la tutela y la instrucción del Espíritu Santo.

I. Cristo les recalca la importancia de las instrucciones que Él mismo acababa de darles, a fin de que no las olviden: *«Os he dicho estas cosas estando con vosotros»* (v. 25). Lo que ha dicho no lo va a retractar, sino que ha de quedarse impreso en la mente y en el corazón de ellos, como si hubiese de permanecer *«esculpido en piedra para siempre, con cincel de hierro y con plomo»* (Job 19:24).

II. Les promete el envío del Espíritu Santo, el cual tampoco *«hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo cuanto oiga»* (16:13) del Padre y del Hijo. Así que, por medio del Espíritu, les hablará Jesús, del mismo modo que, por medio de Jesús, les ha hablado hasta ahora el Padre. Vemos, pues, que en el versículo 26, Cristo les dice:

1. Quién dará al Espíritu la comisión de venir en ayuda de ellos: *«El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre»* (v. 26), es decir, por mi intercesión (v. 16) y para mi gloria (16:14), en cuanto hombre; y por mi comisión y autoridad, en cuanto Dios (15:26). Nótense los nombres que se dan aquí a la tercera persona de la Trina Deidad. En cuanto al epíteto de Paráclito o Consolador

(vocablo que no agota el sentido del original), ya hemos hablado al comentar el versículo 16. En cuanto a *«Espíritu»,* véase el comentario a 3:5–8. Se llama *«Santo»,* no precisamente por ser sin pecado, ni defecto ni límite, o por hallarse en posesión de todos los atributos morales, y en grado infinito, que pertenecen a la santidad de conducta, ya que todo esto le es común con el Padre y con el Hijo, sino: (A) por proceder del Padre y del Hijo por la vía del amor, así como el Hijo procede del Padre por la vía de la mente *(Logos).* El Espíritu Santo es un *«regalo» (doreá;* Hch. 2:38) procedente del amor que, primeramente, une al Padre y al Hijo en la *santísima* inclinación de la voluntad común de ambos hacia el Sumo Bien contemplado *en el Verbo;* en segundo lugar, es un «regalo» para todo creyente (al menos, de la presente dispensación; v. 4:10; 7:37–39); (B) por ser el «agente ejecutivo» de la Trina Deidad en la *santificación* de los creyentes, pues Él aplica a los que son salvos lo que Cristo les consiguió mediante la obra de la Redención en la cruz del Calvario, así como en su resurrección y exaltación a los cielos. Los oficios y actividades que aquí y en otros lugares se atribuyen al Espíritu Santo (enseñar, recordar, testificar, convencer, guiar, oír, ayudar, etc.) son propios de una persona, no de un poder o de una fuerza impersonales. Además, sólo a una persona se le puede mentir (v. Hch. 5:3–4) o contristar (Ef. 4:30). Los comentaristas (nota del traductor), al menos los evangélicos, con rara unanimidad, deducen también que el Espíritu Santo es persona, no fuerza, por el hecho de que, tanto en este versículo, como en 15:26 y 16:14, se le atribuye género masculino, al ser así que el nombre griego *pneuma* es neutro. Todos estos comentaristas no se percatan de dos detalles gramaticales dignos de consideración: 1) el pronombre personal que aparece en 14:26; 15:26 y 16:14 aunque nuestras Biblias lo traducen por *él,* no es *autós,* con lo que estaría clara la concordancia sintáctica con el antecedente más próximo, sino *ekeinos* = aquél, con referencia no a *pneuma* (neutro), sino a *Parákletos* (masculino). 2) Esto resulta todavía más claro si se analiza 14:16–17, donde *todos* los pronombres relativos y personales que hacen referencia al Espíritu Santo ¡están en *neutro!*

2. Con qué objetivo será enviado el Espíritu Santo: *«Él* (lit. *Aquél) os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho»* (v. 26b). Dos oficios distintos se le atribuyen aquí al Espíritu Santo:

(A) *«Enseñar»* (interiormente) todas las cosas, es decir, las que pertenecen a la obra del Salvador: *«Él guía a toda la verdad»* (16:13) referente a la persona y a la obra de Jesucristo (comp. con Ap. 19:10: *«el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía»).* Todas estas cosas las saben quienes poseen el Espíritu de Cristo, *«la unción del Santo»* (1 Jn. 2:20, 27). El Espíritu Santo nos hace la *eiségesis* o conducción al interior (v. 16:13 *hodegései* = les abrirá camino) de la verdad, de toda la verdad referente a Jesucristo y a la salvación que Él nos consiguió, no sólo en relación con el pasado y el presente, sino también con el futuro profético (16:13b); en cambio, Jesús, el Verbo encarnado, nos hace la *exégesis* (v. 1:18; He. 1:1–2), o revelación, descubrimiento al exterior, de lo que el Padre ha tenido a bien revelarnos *«en estos últimos días»* (He. 1:2. Lit. *al final de estos días,* es decir, en *«el cumplimiento del tiempo»;* Mr. 1:15; Gá. 4:4). El teólogo bautista A. H. Strong resume las principales características que señalan una diferencia entre la obra de Cristo y la del Espíritu Santo, de la manera siguiente: «Podemos resumirlas en cuatro afirmaciones: primera, todo lo que sale de Dios parece ser obra de Cristo, mientras que todo lo que vuelve a Dios parece ser del Espíritu; segunda, Cristo, es el órgano de la revelación externa, el Espíritu Santo es el órgano de la revelación (más exacto: iluminación. Nota del traductor) interna; tercera, Cristo es nuestro abogado en el cielo, el Espíritu Santo es nuestro abogado en el alma; cuarta, en la obra de Cristo estamos pasivos, en la obra del Espíritu somos activos». *(Systematic Theology,* págs. 338–339.)

(B) *«Recordar»* (gr. *hupomnései* = traerá a las mientes), como se ve por 2:22; 12:16 y 16:13. «Recordar», como solía decir Ortega y Gasset, apoyado en buena etimología, significa: «volver a pasar las cosas por el corazón». La mente es fría, pero el corazón es caliente; por eso, cuando las cosas han pasado por el corazón (comp. con Lc. 24:32), difícilmente se olvidan. («*¿Se olvidará la mujer de su niño de pecho …?»;* Is. 49:15.) Los discípulos olvidaban con facilidad las lecciones que Jesús les daba. El Espíritu no les enseñará nuevas lecciones, ni añadirá nada al Evangelio, sino que les traerá a la memoria las lecciones que les habían sido impartidas por Cristo y les iluminará los ojos del entendimiento y del corazón (Ef. 1:18 en sus dos lecturas) a fin de que puedan entenderlas. A todos los creyentes les es dado el Espíritu Santo para que les sirva de *recordador.* No estará de más (nota del traductor) el percatarse de que el primer nombre con que se designa en la Biblia al «varón» (Gn. 1:27. Lit. *«macho»)* es el hebreo *zakhar,* que significa «el que se acuerda» (Zacarías = Jehová se acordó). Al comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, con la pretensión de ser como Dios, *sabiéndolo todo* (Gn. 3:5), parece

como si nuestros primeros padres sólo hubiesen llegado al conocimiento de *«que estaban desnudos»* (Gn. 3:7), y al olvido de todo lo que más importa para el eterno bienestar del ser humano. No es extraño que, a lo largo de toda la Biblia, el Señor repita cientos de veces (v. una buena Concordancia) las frases: «recuerda» «recordar», «no olvides», «no olvidéis». *Olvidar* parece ser el mayor y peor defecto del ser humano caído; el olvido de lo que realmente importa conduce al extravío hacia *«lo que no sacia»* (v. Is. 55:2; Jer. 2:13). Por eso la operación del Espíritu Santo en el corazón de un creyente olvidadizo comienza siempre por un *«¡recuerda!»* (v. Ap. 2:5, comp. con Lc. 15:17).

Versículos 27–31

En esta porción vemos que Jesús vuelve a exhortar a sus discípulos a que no se turben por el hecho de que Él se marcha, sino a que conserven la paz que Él les da, junto con los motivos por los que deberían estar alegres.

I. Les dice primero que deberían ser receptivos al influjo de su paz: *«La paz os dejo, mi paz os doy»* (v. 27). Para un judío el vocablo *«paz»* (hebreo *shalom*, del verbo *shalam* = estar entero, completo, seguro) significa el cúmulo de bendiciones de toda clase que *«descienden de parte del Padre de las lumbreras»* (Stg. 1:17. Lit.). Es como si, en este versículo Jesús hiciese su testamento, ya próximo a morir, y les dejase a sus discípulos todo lo que le iba a quedar después del despojo que sufrió en su pasión y muerte en cruz.

1. Vemos primero lo que les deja. El legado es *«paz»* en el sentido indicado: *«La paz …, mi paz».* El espíritu lo entregará al Padre (v. 19:30, comp. con Lc. 23:46); el cuerpo, a José de Arimatea, para que lo coloque en el sepulcro nuevo (19:38); sus vestidos, a los soldados que habían intervenido en su crucifixión (19:23–24); su madre, a Juan, que era el que lo escribió (19:27); su reino, a un ladrón arrepentido (Lc. 23:42–43). Entonces, ¿qué les iba a dejar a sus pobres discípulos? Oro ni plata no tenía, pero les dejó lo mejor que le quedaba (comp. con Hch. 3:6): su *paz.* ¿Para qué querían más, si en la paz de Cristo se hallan concentrados todos los bienes que un creyente puede desear? La paz es para reconciliación y amor. Y, ¿qué paz verdadera puede poseer el que no tenga *paz con Dios* (Ro. 5:1), por haberse negado a reconciliarse con Él, una vez que Él hizo provisión, en Cristo, de una reconciliación al alcance de todos? (v. 2 Co. 5:19–21). Esa es la paz que los ángeles desearon a los hombres en el nacimiento del Salvador (Lc. 2:14), y la que debemos conservar en nuestro interior (Gá. 5:22) y, *en cuanto dependa de nosotros, con todos los hombres* (Ro. 12:18).

2. Vemos también a quiénes es legada esta paz: *«Os dejo … os doy»;* es decir, «esta paz es para vosotros, mis discípulos y seguidores». Esta paz es el legado de Cristo para todo cristiano que *anda en el Espíritu* (Gá. 5:16, 22). Sólo la carnalidad puede privar de esta paz a un creyente.

3. Vemos después qué clase de paz y de qué modo se les da: *«Yo no os la doy como el mundo la da».* Como si dijese: «Mi paz no es de cumplido ni como mera rutina, sino una verdadera bendición. Los dones que yo otorgo no son como los que el mundo da». Efectivamente, los regalos que el mundo ofrece son temporales y afectan sólo al cuerpo o a la sensibilidad; en cambio, los dones de Cristo enriquecen el alma para toda la eternidad. Así que la paz que Cristo ofrece es infinitamente más valiosa que todo lo que el mundo puede ofrecer. Así como hay un abismo de diferencia entre un narcótico letal y un sueño que restaura las energías y da refrigerio al cansado, así también hay un abismo de diferencia entre la paz de Cristo y la del mundo.

4. Finalmente, cómo hay que echar mano de esta paz que Cristo da: *«No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo»* (v. 27b). Esto viene aquí como conclusión de todo lo que les ha dicho desde el comienzo del capítulo. Empezó diciendo: *«No se turbe vuestro corazón»* (v. 1), y lo repite ahora como algo de lo que hasta aquí había dado razones suficientes.

II. Les consuela haciéndoles ver que, aun cuando se marcha ahora, vendrá de nuevo a ellos: *«Habéis oído que yo os he dicho: Voy y vengo a vosotros»* (v. 28). Cristo cobraba ánimos con el pensamiento de que, mediante sus sufrimientos y su muerte vendría de nuevo (v. 3, comp. con 10:17–18), y deseaba que sus discípulos cobrasen ánimos con el mismo pensamiento. Del mismo modo debería animarnos este pensamiento a todos los creyentes cuando hemos de partirnos de este mundo a la hora de la muerte; nos

despedimos para volvernos a encontrar; la frase que debemos pronunciar al marcharnos de nuestros amigos y familiares ha de ser: «buenas noches» o «hasta luego», no un «adiós» definitivo.

III. Les dice que se marcha a su Padre, por lo cual deben regocijarse, no entristecerse: *«Si me amarais, os alegraríais, porque he dicho que voy al Padre»* (v. 28b). Había razón para regocijarse, pues, aun cuando su partida tenía su lado oscuro, también tenía su lado rosa. La razón de esto es, como Él dice, *«porque el Padre es mayor que yo»* (v. 28c). Una mala inteligencia de esta frase ha servido de tropezadero, no sólo a los arrianos y unitarianos de todos los tiempos, incluidos los modernos «Testigos de Jehová», sino también a varios exegetas evangélicos tenidos por «conservadores», los cuales han llegado a deducir de aquí (y también de 1 Co. 15:28) que el Hijo está, de algún modo, *subordinado* al Padre. Suele replicarse a esto y se dice que, al haber en Cristo dos naturalezas, no habla Él aquí como Dios, sino como hombre. Sin negar que esta respuesta sea *teológicamente* correcta, lo más probable, desde el punto de vista meramente *exegético*, es que ha de entenderse, no en contra de la total unidad de esencia con el Padre (v. 10:30), sino en virtud de su *función mediatorial*, en la que, al despojarse del brillo de su gloria, quedó en inferioridad de *apariencia*, no de *naturaleza*, respecto del Padre (v. Fil. 2:6–8). Por eso, ha dicho: «*Voy al Padre*», es decir, a recuperar, junto a Él, *«aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo existiese»* (17:5). Su condición junto al Padre iba a ser mucho mejor que la presente. Cristo levanta así los pensamientos y las esperanzas de sus discípulos hacia algo mucho más glorioso, grandioso y dichoso que lo que ellos pensaban ahora ser el fundamento de su propia felicidad a la sazón. El reino del Padre es mayor que el reino mediatorial de Cristo. Todos los discípulos de Cristo deben mostrar que le aman de veras en el gozo que experimenten por la gloria que para Cristo comporta el hecho de su exaltación a los cielos. Hay muchos que aman al Señor, pero no le aman *«según conocimiento»* (comp. con Ro. 10:2); piensan que, si están constantemente en pena por Él, es entonces cuando mejor le aman, al ser así que, si le aman según Él mismo desea, deben *«alegrarse»*. Dice el Apóstol a los fieles de Filipos: *«Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!»* (Fil. 4:4).

IV. Les dice también que su partida debe ser considerada como un medio para confirmar y robustecer la fe de ellos: «Y *ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis»* (v. 29). Palabras semejantes había dicho en 13:19 y dirá en 16:4. Cristo les habló a sus discípulos de su muerte inminente, porque después había de redundar en confirmación de la fe de ellos. El que les predecía estas cosas es porque tenía presciencia divina, y las cosas predichas habían de cumplirse de acuerdo con el propósito divino. Por tanto, es menester que cesen de turbarse, de preocuparse de sí mismos, y que piensen en la gloria que Él va a obtener mediante su muerte, en lo que ellos no deben entristecerse, sino, al contrario, regocijarse para robustecimiento de su fe.

V. Igualmente les asegura de la victoria que va a conseguir sobre Satanás (v. 30): *«No hablaré ya mucho con vosotros»*. Todavía iba a hablar con ellos un largo rato (caps. 15 y 16), pero, en comparación con lo que les había hablado hasta entonces, no era mucho. Una razón por la que no iba a hablar ya mucho con ellos era porque ahora tenía otra tarea urgente que llevar a cabo: *«porque viene el príncipe de este mundo»*. Así le había llamado ya en 12:31 (comp. con Ef. 2:2; 6:12). Cristo viene a decirles que el diablo, *«el príncipe de este mundo»* (comp. con Lc. 4:6; 1 Jn. 5:19) es su gran enemigo (v. Gn. 3:15), pero no puede hacerle perjuicio: *«él nada tiene en mí»*. Consideremos aquí:

1. Cómo era consciente Cristo del conflicto que se le avecinaba, no sólo con los hombre impíos, sino con los poderes de las tinieblas. El diablo le había asediado con sus tentaciones al comienzo de su ministerio público (Mt. 4 y Lc. 4) y, como «mejor» alternativa que la programada por el Padre, le había ofrecido los reinos de este mundo. Ante el enérgico rechazo de Jesús, vemos que el diablo *«se alejó de Él hasta un tiempo oportuno»* (Lc. 4:13). Esta oportunidad llegaba ahora (v. Lc. 22:53). La clara visión que Cristo tenía de la tentación inminente, le daba gran ventaja para prepararse a combatirla. Cuando se nos avisa de antemano, hemos de armarnos de antemano (v. Ef. 6:10 y ss.). Como dice el refrán: «Los dardos previstos no hieren tanto».

2. La seguridad que tenía de salir triunfante en el conflicto: «Y *él nada tiene en mí*». Como en Cristo no había culpa alguna (8:46), no había en Él agarradero para Satanás. Es cierto que, por ser nuestro sustituto (v. 2 Co. 5:21), había de padecer por nuestros pecados. Satanás iba, por tanto, a prevalecer contra Él en apariencia, al lograr que fuese sentenciado a muerte de cruz; pero no iba a conseguir

aterrorizarle y hacerle volverse atrás; aunque se apresurara a llevarlo a la muerte, no lograría llevarle a la desesperación. Cuando Satanás viene a nosotros para turbar nuestra paz, *tiene en nosotros algo* con que causarnos perplejidad y turbación, porque *todos hemos pecado* (Ro. 3:23); pero, cuando quiso turbar a Cristo, *no halló en Él nada* con que causarle turbación, puesto que en Él no había corrupción. Tal era la pureza sin mancha de su naturaleza, que estaba inmune de la posibilidad misma de pecar. Para tener un concepto claro de esta *impecabilidad* de Cristo (nota del traductor), es preciso distinguir entre la posibilidad *física* de pecar, existente en todo ser libre, capaz de inclinar la voluntad hacia un lado u otro (v. 10:17–18), sin la que Cristo no habría muerto *libremente,* y la imposibilidad *moral,* por la total sumisión de su santa voluntad humana a la voluntad divina (v. Lc. 22:42), así como la imposibilidad *metafísica* por cuanto, al haber en Cristo unidad de persona, el responsable del pecado, y sujeto de atribución del pecado, habría sido *el Verbo,* ¡Dios como el Padre! Pero esta referencia metafísica a la persona del Verbo no se interfería en la libertad psicológica de la naturaleza humana de Cristo, porque la personalidad en sí misma no es, como se dice técnicamente, «agencia ejecutiva», sino «sujeto responsable» de la acción. En otras palabras, la *instrumentalidad* de la acción no compete a la persona, sino a la naturaleza con la que obra.

VI. Les declara que su partida se llevaba a cabo en obediencia al Padre: *«Mas, para que el mundo conozca que amo al Padre, actúo como el Padre me mandó»* (v. 31, comp. con 10:18b). Donde vemos que:

1. Confirma lo que tantas veces había dicho, que su empresa como Mediador era una demostración, cara al mundo, de que obraba de perfecto acuerdo con el Padre. Así como fue una prueba evidente de su amor a los hombres el que murió para salvarlos, así también fue una prueba evidente de su amor al Padre el que murió para su gloria. No hay mejor prueba de amor que la obediencia, como Él había recalcado (v. 21). Eso era cierto respecto de Él, lo mismo que de nosotros (v. 15:10). El mandamiento de Dios debe bastar para sostenernos en lo que resulta más discutible para otros, y para hacer que cobremos ánimo frente a lo que resulta más difícil para nosotros mismos.

2. Saca conclusión de lo que ahora acaba de decir: *«Para que el mundo conozca que amo al Padre»* (comp. con 17:21b). Por eso, para dar a entender con qué bravura, y aun gozo (v. Is. 53:11; He. 12:2), se dirige al patíbulo, añade: *«Levantaos, vámonos de aquí»* (v. 31b). Cuando los sufrimientos se ven a distancia, es fácil decir: *«Señor te seguiré adondequiera que vayas»* (Lc. 9:57. V. también Mt. 8:19); pero cuando, en el camino del deber, se cruza súbitamente un problema inevitable, decir entonces: *«vámonos* a él» en lugar de escabullirse de enmedio para evitarlo, es una señal inequívoca de que *amamos al Señor, y el mundo puede conocerlo bien.* Con esas palabras, Cristo estimula a sus discípulos a seguirle; no dice: «Tengo que irme», sino: *«Vámonos»*. No les llama a pasar por ninguna dificultad por la que Él no haya pasado delante de ellos como buen guía y caudillo. Les da asimismo ejemplo de santo desprendimiento, y les enseña a estar siempre desapegados de las cosas de aquí abajo, y preparados para pensar y hablar con frecuencia de su disposición a dejarlas. Cuando nos hallemos bajo la sombra y protección del Señor, deleitados con su presencia y dulce comunión, propensos a decir: *«Señor, bueno es estarnos aquí»* (Mt. 17:4; Mr. 9:5; Lc. 9:33), pensemos también en estar preparados para levantarnos y descender del monte.

CAPÍTULO 15

Son muchos los comentaristas que, basados en las últimas palabras del capítulo 14, opinan que Jesús y los discípulos se levantaron de la mesa y se dirigieron de inmediato al huerto de Getsemaní; el capítulo 15 se entendería así mejor a la luz del racimo de oro que figuraba en el frontis del templo, y el capítulo 16, en que predominan las enseñanzas sobre el Espíritu Santo, se explicaría mejor a la vista de los olivos del huerto, ya que el olivo es símbolo del Espíritu Santo (v. Zac. 4:1 y ss.; 1 Jn. 2:20, 27). La oración sacerdotal del capítulo 17 podría haber sido pronunciada ya por Jesús en el huerto mismo. Sin embargo, el comienzo del capítulo 18 da a entender que salieron después de la oración del capítulo 17. Comentaristas situados en denominaciones tan distintas como W. Hendriksen (de la Iglesia Reformada Calvinista) y el cardenal Gomá (de la Iglesia de Roma), están de acuerdo aquí en que Jesús y sus discípulos se levantaron

de la mesa tras 14:31, pero permanecieron de pie los pocos minutos bastantes para que Jesús pronunciase el contenido de los capítulos 15, 16 y 17, y salir entonces del Aposento Alto. En este capítulo 15 hay cuatro palabras que determinan claramente su división en cuatro porciones: 1) *«fruto»* (vv. 1–8); 2) *«amor»* (vv. 9–17); 3) *«odio»* (vv. 18–25); 4) *«Consolador»* (vv. 26–27).

Versículos 1–8

En esta porción, habla Jesús, bajo la alegoría de una vid con sus pámpanos, del fruto del Espíritu Santo que producen los que permanecen en comunión con el Salvador. Veamos:

I. La doctrina que se nos enseña bajo dicha alegoría:

1. Jesucristo es *«la vid verdadera»* (v. 1), es decir, *genuina* como indica el original (lit. *«la vid, la genuina»):* la que da fruto conveniente según su especie, no como la «viña» de Israel (v. Is. 5:1–7) que, en lugar de uvas, dio agrazones. El remanente piadoso de Israel, donde había muchas «vides» en una «viña», se concentra ahora en una sola «vid» o «cepa», Jesucristo, en el que han de ser injertados (v. Ro. 6:5) todos los que hayan de salvarse por fe en Él. Esta *«vid»* no es producto espontáneo de nuestra tierra, sino que ha sido plantada en la «viña» por el *«agricultor»* (lit.), que es *el Padre* (comp. con 1 Co. 3:6–9). La *vid* que es Jesús fue plantada en la tierra cuando *«el Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros»* (1:14). La vid es planta que tiende a extenderse. Así también Jesús trae *«salvación hasta los confines de la tierra»* (Is. 49:6; Hch. 13:47). El fruto de la vid honra a Dios y alegra al hombre; así lo hace también el fruto de la mediación de Cristo. Jesús es la vid genuina, en oposición a la falsificada. De los árboles infructuosos se dice que *mienten,* pero Cristo es una vid que no engaña, todo el que a Él se allegue, quedará satisfecho (v. 6:35–37).

2. Los creyentes son como *«pámpanos»* de esta vid, lo que supone que Cristo es la «cepa» y «raíz» de la planta. La cepa o raíz es la que sustenta a las ramas del arbusto o del árbol (v. Ro. 11:18), le comunica la savia y le provee de todo en todo, tanto en cuanto al echar flores como en el dar fruto. También Cristo *«lo llena todo en todo»* (Ef. 1:23, comp. con 4:15–16). Las ramas o pámpanos de la vid son muchos, pero, al estar unidos a la misma cepa, forman todos una sola vid. Así también los cristianos, aunque distantes en el espacio, en el tiempo y en las opiniones personales, se encuentran en Cristo, que es el centro de la unidad cristiana.

3. *El Padre es el agricultor o labrador.* Aunque *toda la tierra es de Jehová* (Sal. 24:1; 89:11), no lleva fruto mientras Él no la trabaja, porque no sólo posee la tierra como finca que le pertenece, sino también como campo en el que hace su labor; por eso, cuida de la vid y de los pámpanos. Nunca hubo un labrador tan experto y tan vigilante para su viña como lo es Dios para la Iglesia. Por eso, *«nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo»* (Ef. 1:4) y nos lo dio *«como Cabeza sobre todas las cosas a la iglesia»* (Ef. 1:22).

II. El deber que se desprende, para nosotros, de esta alegoría. 1. Debemos dar fruto. En una vid buscamos uvas; del mismo modo, en un creyente buscamos frutos de cristianismo. Un talante cristiano, una vida y un testimonio cristianos: ésos son los *frutos.* Así hemos de dar honor al labrador de la viña y a la cepa que nos sustenta. Los discípulos han de ser, como creyentes, *«llenos de frutos de justicia»* (Fil. 1:11) y, como Apóstoles, *manifestando en todo lugar el aroma del conocimiento de Cristo* (v. 2 Co. 2:14). Consideremos:

(A) El destino de los pámpanos infructuosos: *«Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quita»* (v. 2). Esta frase (nota del traductor) y todo lo que sigue hasta el versículo 16, puede entenderse de dos maneras: (a) Como referido a falsos profesantes, que pasan por ser *«pámpanos»* en Cristo, pero *no llevan fruto,* por donde muestran que no son creyentes genuinos. Al estar unidos al Salvador sólo mediante el hilo de una profesión externa no reciben de él savia por lo que no tardan en secarse. A éstos *los recogen y los echan al fuego* (v. 6, comp. con Mt. 13:41–42). Esta es la opinión más corriente, tanto en la Iglesia Romana como entre los evangélicos. (b) Como referido a verdaderos creyentes, pero *«carnales», «ociosos y sin fruto»* (comp. con 1 Co. 3:1–3; 2 P. 1:8–9). Dios obra con éstos por medio de una disciplina drástica: los *corta* (comp. con 1 Co. 11:30; 1 Jn. 5:16–17). Según esta opinión que es la de L. S. Chafer y, en general, del Seminario Teológico de Dallas y otros muchos centros de formación bíblica, no

es Dios quien *los echa al fuego,* sino los hombres, ya sea mediante la disciplina de la iglesia local (v. 1 Co. 5:5), ya sea según el juicio de los hombres, «según la carne» (1 P. 4:6), ya que los mismos mundanos, por mucho que odien a los creyentes que son consecuentes, los respetan, mientras que sólo burla y sarcasmo tienen para los que dan mal testimonio. Esta segunda opinión se apoya en fuertes bases tanto textuales como doctrinales, puesto que, en primer lugar, la traducción literal del versículo 2 no es: *«Todo pámpano que en mí no lleva fruto»,* sino: *«Todo pámpano* (que está) *en mí, no llevando fruto»,* con lo que se distingue cuidadosamente entre la *«unión»* con Cristo en la que se implica la *justificación («los que están en Cristo Jesús»;* Ro. 8:1. La segunda parte de este v. es, con la mayor probabilidad, una glosa espuria, sacada del v. 4), y la *«comunión»* con Cristo, en la que se implica la *santificación* progresiva, la que, como expuesta a crisis y altibajos, puede palidecer y hasta secarse, sin que se pierda la *unión* con Cristo y, por tanto, la justificación. Nótese que todo el resto del capítulo está dominado por el verbo *«permanecer»,* que indica *comunión,* no *unión.* Dado que Cristo se está refiriendo todo el tiempo a la unión vital con Él, no a la pertenencia a una estructura externa como es la iglesia local, la separación definitiva de un «pámpano» significaría la pérdida de la salvación por parte de alguien que la tuvo antes, cosa que sólo los arminianos y los catolicorromanos admiten. Éstas son, pues las dificultades que confrontan a los partidarios de la opinión corriente, que hemos citado en primer lugar.

(B) La promesa hecha a los *pámpanos* fructíferos: «*Y todo aquel que lleva fruto, lo limpia, para que lleve más fruto*» (v. 2b). La bendición de una mayor fructuosidad es el galardón de la fructuosidad ya existente. Incluso los pámpanos que dan fruto necesitan ser podados y limpiados para que den más fruto. Aun los mejores llevan algo vicioso, defectuoso, sucio (v. Stg. 3:2): nociones, pasiones, humores que necesitan ser purificados; a veces, el esfuerzo que se hace para vencer un defecto da origen a otro defecto; cosa triste es que el diablo se las arregla para sacar *«ventaja»* (2 Co. 2:11) no sólo de nuestros defectos, sino hasta de nuestras «virtudes». Por eso está continuamente dando vueltas para ver el punto flaco por donde atacar (1 P. 5:8). La poda, a su tiempo y sazón, de los pámpanos fructíferos corre a cargo del gran Agricultor.

(C) El privilegio de los creyentes: *«Vosotros estáis ya limpios por la palabra que os he hablado»* (v. 3, comp. con 13:10). Ahora que Judas ya no estaba entre ellos, Jesús no añade: *«aunque no todos»* (13:10, 11). Los once que quedaban estaban limpios, es decir, ya santificados por la verdad de Cristo (v. 17:17). Esto se aplica a todos los creyentes, especialmente a los que muestran con su fruto que viven de la cepa, que es Cristo. Cristo les había predicado el mensaje, y ellos le habían creído porque eran *«palabras de vida eterna»* (6:68–69). Hay en las palabras de Jesús virtud para limpiar (comp. con Sal. 119:9), de la misma manera que el fuego limpia al oro de su escoria, y la purga limpia al cuerpo de la enfermedad.

(D) La gloria que de nuestra fructuosidad resulta para el Padre: *«En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto y seáis, así, mis discípulos»* (v. 8). Todo el fruto de los cristianos es para la gloria de Dios. Un poeta francés, Jean-Claude Rénard, basado en 1 Corintios 15:24, presenta a Jesucristo en el acto de exprimir en los labios del Padre todos los racimos que, a lo largo de los siglos, han llevado estos «pámpanos de su vid». Las notorias buenas obras de los creyentes redundan siempre en gloria y alabanza de Dios (Mt. 5:16). Con esto dan evidencia segura de que son discípulos de Cristo, quien tuvo siempre por norte y guía, en la obra que llevó a cabo en este mundo, *glorificar al Padre* (13:31; 17:4). Cuanto más fruto llevemos, tanto más abundaremos en toda cosa buena y tanto mayor será la gloria que demos a nuestro Padre Celestial.

2. Para que podamos dar fruto, es menester que permanezcamos en Cristo; es decir, que mantengamos íntima comunión con Él.

(A) La obligación que se nos impone: *«Permaneced en mí, y yo en vosotros»* (v. 4). Los que se allegan a Cristo han de permanecer en Él. Mediante esta comunión, la inmanencia de Cristo en nosotros es segura, porque la comunión de Cristo con los suyos nunca se rompe por el lado de Él. El brote del pámpano está en la cepa, y la savia de la cepa permanece en el pámpano y, de este modo, siempre hay una constante comunicación entre ambos.

(B) La necesidad de permanecer en Cristo a fin de llevar fruto: *«Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí»* (v. 4b). Los pámpanos producen su fruto en virtud de su unión con la cepa, que les da la savia vital, pero también es cierto que el fruto se produce, no en la raíz de la cepa, sino en los pámpanos mismos. Una vez que Cristo ascendió al Cielo, su obra es prolongada por los creyentes, especialmente por los predicadores del Evangelio, quienes aplican así, al arrostrar persecuciones y sufrimientos lo que Jesús llevó a cabo en el

Calvario (v. Col. 1:24). Dios no suele hacer milagros para convencer a las almas de pecado, si no es por la predicación del mensaje (Ro. 10:17), al que el Espíritu Santo da calor y vida (3:5; 16:7–11). Por eso, los predicadores son los *«embajadores»* de Cristo (2 Co. 5:20). Ellos son como los *labios* de Cristo para *«predicar, instar, redargüir, reprender, exhortar»* (2 Ti. 4:2); las *manos* de Cristo para ayudar, consolar, curar; los *oídos* de Cristo para escucharle a Él mismo y a los hermanos que van a ellos con sus dudas y problemas, así como a todos los que van a ellos en busca de luz; y los *pies* de Cristo para ir con el mensaje hasta los últimos confines del mundo (Hch. 1:8), y con su ayuda adondequiera que haya necesidad. La comunión íntima con Cristo es la fuente de todo *fruto* que merezca tal nombre, y aparte de esta comunión con Cristo, no podemos hacer nada que valga la pena: «*Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí* (lit. *sin mí), nada podéis hacer*» (v. 5). Tan necesario es para nuestra *«utilidad para el Dueño»* (2 Ti. 2:21) y, por tanto, para nuestra auténtica felicidad (que consiste en «servir para algo»), *«limpiarse»* de toda maleza, y estar así *«dispuestos para toda obra buena»* (2 Ti. 2:21b), que el motivo más fuerte para tener comunión íntima con el Señor es que, de otra manera, no podemos llevar ningún fruto. Una vida de fe en el Hijo de Dios (v. Gá. 2:20) es, sin comparación, la vida más excelente que un ser humano puede vivir en este mundo, puesto que *«aparte de Cristo, no podemos hacer nada»*. Cualquier clase de pelagianismo o semipelagianismo queda aquí claramente condenada, ya que, como escribe Agustín de Hipona en su comentario a este versículo, «para que nadie pensase que el pámpano puede llevar por sí mismo algún fruto, aunque pequeño, después de decir: *"Éste lleva mucho fruto",* no dijo (Jesús): "Porque sin mí podéis hacer poco, sino: *Nada podéis hacer".* Por tanto, ya sea poco, ya sea mucho, no puede hacerse sin Aquél, sin el que nada puede hacerse». Y añade: «El que piensa que produce fruto por sí mismo, no está en la vid; el que no está en la vid, no está en Cristo; y el que no está en Cristo, no es cristiano». Sin la gracia de Cristo el ser humano, no sólo no puede hacer nada, sino que no es nada (v. 1 Co. 15:10. Es de notar que la preposición que aparece al final de este versículo: *«sino la gracia de Dios conmigo»* es precisamente la opuesta a la que en Jn. 15:5b se traduce por «separados de», «aparte de», con lo que ambos pasajes se iluminan mutuamente). Dependemos de Cristo, no sólo para sustentación, como la vid en la pared o en el emparrado, sino para vitalidad, como la rama de la raíz.

(C) Las consecuencias fatales de no tener comunión con el Señor: *«El que en mí no permanece, es echado fuera como el* (mal) *pámpano, y se seca»* (v. 6a). Es echado fuera como sarmiento seco que es cortado o arrancado *«para que no inutilice»* la savia de la vid (comp. con Lc. 13:7). Los que no tienen comunión con Jesucristo, poco a poco (o mucho a mucho) se irán secando y se quedarán en nada. Habrá incluso motivo para pensar que nunca fueron verdaderos creyentes (v. lo dicho, al comienzo del comentario sobre el v. 2, acerca de las diferentes opiniones de los comentaristas). Quienes no llevan ningún fruto, tarde o temprano se quedarán también sin hojas. «*Y los recogen* (los ángeles o los hombres), y *los echan al fuego y arden»* (v. 6b), lo cual siempre es terrible (comp. con 1 Co. 3:13, 15; He. 12:29).

(D) La bendición adicional de los que permanecen en el Señor: *«Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis y os será hecho»* (v. 7). A la idea de la permanencia nuestra en Cristo, y la de Cristo en nosotros añade ahora el Señor la de la *«permanencia de sus palabras en nosotros»,* así como, en 8:31, había hablado de *«permanecer en su palabra»,* con lo que aprendemos que hay también una mutua inmanencia entre los creyentes y la palabra de Cristo, de la que Pablo habla en Colosenses 3:16, exhortándonos a que le prestemos amplia acogida a fin de que *«habite ricamente en nosotros»*. Jesús había enfatizado repetidamente este poder salvífico de la palabra suya (5:24, 38; 8:31, 37, 51. V. también 17:6, 17 y comp. con 1 P. 1:22–25). Cuando mantenemos comunión íntima con Cristo, y sus palabras controlan nuestra conducta, *«todo lo que pidamos será hecho según queramos»,* porque siempre lo querremos de acuerdo con su voluntad al ser ella la norma de nuestra voluntad. Y, ¿qué más podemos desear, sino que se nos concedan las cosas que pedimos? La idea se repite al final del versículo 16 y, tanto en estos versículos como en el resto del capítulo, queda suficientemente claro que la eficacia de la oración está conectada con el «fruto», y el «fruto» depende enteramente de la *comunión* con Jesús. Esos textos que hablan de la eficacia de la oración no se pueden sacar, por consiguiente, de su contexto. Cristo en el corazón del creyente es el que cumple los deseos del corazón del creyente, porque nuestros deseos serán los de Cristo, como la mente nuestra será la mente de Cristo (1 Co. 2:16b). Así es como las promesas de Dios estimulan nuestras plegarias, y las plegarias en comunión con el Señor y con los hermanos suben, rápidas y sin estorbo, al trono de la gracia (comp. con 1 P. 3:7b).

Versículos 9–17

Cristo, que es el fruto encarnado del amor de Dios (3:16), habla, en esta porción, del amor; un amor en cuatro direcciones (respecto a las cuatro dimensiones del amor de Cristo, véase Ef. 3:17–19).

I. Del amor que el Padre le tiene a Él (vv. 9–10).

1. El Padre siempre ha amado a Cristo: *«Así como el Padre me ha amado …».* Era «su *amado Hijo»* (Col. 1:13. Lit. *«el Hijo de su amor»).* Y, sin embargo, *«de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito»* (3:16), para morir por nosotros (v. Ro. 8:32. Lit. *«no perdonó a su propio Hijo …»).* Quienes son amados por tal Padre, bien pueden menospreciar el odio que el mundo les tenga.

2. Él siempre ha permanecido en el amor del Padre, precisamente por haber guardado siempre los mandamientos del Padre: «… *así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor»* (v. 10b). Anteriormente había dicho: «*yo hago siempre lo que le agrada»* (8:29, comp. con 4:34; 5:30; 6:38). Porque Él amó al Padre, y cumplió su voluntad en obediencia hasta la muerte de cruz (Fil. 2:8; He. 10:5–10), y por este amor se fue gozoso hacia el patíbulo, *«menospreciando el oprobio»* (He. 12:2), el Padre tuvo siempre en Él su complacencia (Mt. 3:17; 17:5; Mr. 1:11; Lc. 3:22; 2 P. 1:17).

II. De su propio amor a sus discípulos. Se aleja de la presencia de ellos, pero no los aleja de su corazón. Veamos:

1. El modelo de este amor de Jesús a los suyos: *«Así como el Padre me ha amado, también yo os he amado»* (v. 9). El mejor comentario de esto se halla en 13:1: «… *los amó hasta el extremo».* El Padre le amaba como a su *Unigénito* (1:18), y Cristo nos ama como nuestro *Primogénito* (Ro. 8:29). Pero, en la motivación, hay una diferencia significativa: El Padre amó en el Hijo al que era siempre digno de su amor pero el Señor nos amó a nosotros cuando éramos totalmente indignos (Ro. 5:5 y ss.). Pero, al estar nosotros *en Cristo,* el Padre nos ama como le amó a Él, porque *«nos agració en el Amado»* (Ef. 1:6, lit.).

2. Las pruebas y productos de este amor de Jesús a los suyos:

(A) Cristo amó a sus discípulos, y lo mostró al dar la vida por ellos: *«Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos»* (v. 13). Éste es el amor con que *«nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros»* (Gá. 2:20; Ef. 5:2). *«Nosotros le amamos a Él, porque Él nos amó primero»* (1 Jn. 4:19). La mayor prueba del amor que se tiene a un amigo es dar la vida por la vida del amigo, porque aquí muestra el amor su máxima fuerza, al ser *«fuerte como la muerte»* (Cnt. 8:6). Pero el amor de Cristo excedió al amor de todos los amantes juntos, tanto cuanto el cielo excede a la tierra. Dice Calvino: «Los corazones que no se suavizan con tan incomparable dulzura como es la del amor divino, por fuerza deben de ser más duros que el hierro y la roca».

(B) Cristo amó a sus discípulos, y lo mostró al hacer un pacto de amistad con ellos (vv. 14–15). Los seguidores de Cristo son amigos de Cristo. Quienes cumplen con su deber de siervos, son promovidos a la dignidad de amigos. Éste es un honor del que disfrutan todos los fieles siervos del Señor. Aun cuando los creyentes no se comporten muchas veces como amigos de Cristo, Él es un amigo que les ama siempre (comp. con 2 Ti. 2:13). Ya no los quiere llamar *«siervos»,* sino *«amigos».* Así se les dice (v. 15), porque no sólo les ama, sino que quiere que sepan que les ama. Sin embargo, aunque Cristo ya no quiso llamarles *«siervos»,* sino *«amigos»,* ellos no se tenían por dignos de tal título y continuaron llamándose a sí mismos *«siervos»* (v. 1 P. 1:1, así como Ro. 1:1; Gá. 1:10; Stg. 1:1; Jud. 1). Cuanto mayor sea el honor que Cristo nos otorgue, tanto mayor ha de ser el honor que a Él le tributemos; y cuanto mayores seamos a sus ojos, tanto más bajos hemos de considerarnos ante nuestra conciencia.

(C) Cristo mostró el amor que tenía a sus discípulos, al tener la libertad de comunicarles los secretos del Padre: *«Porque todas las cosas que le oí a mi Padre, os las he dado a conocer»* (v. 15b). Jesucristo les encomendó fielmente a sus discípulos y a todos los creyentes genuinos (los que se hacen como niños), lo que Él había recibido del Padre (v. Mt. 11:27). Los grandes temas pertenecientes a la salvación de la Humanidad, los ha declarado Cristo a sus amigos y discípulos, para que éstos los declaren a otros.

(D) Cristo mostró el amor que tenía a sus discípulos, al elegirles y comisionarles: *«No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto …».* (v. 16). Así que su amor a ellos aparece en que:

(a) Los eligió para el apostolado: *«¿No os he escogido yo a vosotros los doce …?»* (6:70). Esta elección no fue por iniciativa de los doce, sino de Jesús: *«No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os*

elegí a vosotros». Está puesto en razón que sea Cristo quien escoja a sus ministros y todavía lo hace. Aun cuando los ministros de Dios hagan del llamamiento divino su propia decisión, la elección que hace Cristo es anterior a la decisión de ellos, y aun la dirige y determina.

(b) Los comisionó para el ministerio: «*Y os he puesto,* es decir, os he colocado aparte del mundo, con la promesa de capacitaros para el ministerio». Depositó en ellos una gran confianza al poner *el tesoro del Evangelio en aquellos vasos de arcilla* (2 Co. 4:7), para que *fuesen* por todas partes *llevando fruto;* un fruto de tal calidad que no se desvaneciera al primer soplo del viento de la persecución, sino que fuese un *fruto permanente.* Eran comisionados, no para estarse de brazos cruzados, sino para ir (Mt. 28:19; Mr. 16:15; Jn. 20:21; Hch. 1:8), y *no como quien golpea al aire* (1 Co. 9:26), sino *revolucionando el mundo entero* (Hch. 17:6b), al ser instrumentos en manos de Dios para llevar a todas las naciones a la obediencia del Evangelio de Cristo. Los que son comisionados por Cristo no trabajarán en vano, pues la Iglesia de Cristo no iba a ser flor de un día, como la calabacera (o ricino) de Jonás, *«que en espacio de una noche nació, y en espacio de otra noche pereció»* (Jon. 4:10). Al mismo ritmo que pasa una generación de creyentes y de ministros del Señor, otra generación les sucede; de esta forma, el fruto no se marchita, sino que *permanece* hasta el día de hoy, y *permanecerá hasta el fin del mundo* (Mt. 28:20).

(c) Les mostró el amor que les tenía, declarándoles el interés que tenía en abogar por ellos ante el trono de la gracia y de la misericordia (He. 4:16), pues les dice: *Para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo de»* (v. 16b). Repite aquí la promesa del versículo 7; pero mientras allí se había expresado en forma impersonal: *«os será hecho»,* aquí hallamos el personal *«dé»,* sobrentendiendo *«él»* (el Padre), aunque el pronombre no se halle en el original. Repitamos, por su importancia, que esta promesa va ligada al *«fruto»,* de la misma manera que el *«fruto»* va ligado a la *comunión con Jesús* (v. 5). Tenemos un Dios a quien presentarnos con nuestras peticiones como a un Padre. Tenemos un buen nombre, el nombre de Jesús (Hch. 4:12), para invocarlo en nuestras peticiones. Tenemos un gran objetivo en nuestro trabajo; no cabe una tarea tan excelsa como la salvación de las almas por medio de la predicación del Evangelio. Podemos, pues, con toda franqueza y libertad, aunque con toda humildad, presentar confiadamente nuestras súplicas ante el trono de nuestro Padre Celestial.

III. Del amor de los discípulos a Jesucristo. Con respecto a esto, les exhorta a tres cosas:

1. A que continúen en su amor: *«Permaneced en mi amor»* (v. 9b). Todos cuantos aman a Cristo han de amarle de modo permanente. El aoristo de imperativo griego denota aquí una decisión u opción tomada de una vez por todas, pero la prueba evidente de esta opción será la observancia constante de los mandamientos de Cristo, como se ve en el versículo 10a. Todo nos irá bien, si permanecemos en el amor de Cristo y cumplimos siempre su voluntad. No habrá obstáculo que nos turbe, nos estorbe o nos desanime, si el amor al Señor continúa vivo en nuestro corazón.

2. A que se dejen invadir por el gozo de Cristo (v. 11), de modo que:

(A) Su gozo permanezca en ellos: *«Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros»* (v. 11). Si continúan en el amor de Cristo, y llevan así mucho fruto, Él se deleitará en ellos, y ellos se regocijarán en Él. Los discípulos fieles y fructuosos son el gozo del Señor. Y el gozo del Señor en ellos, se refleja en el gozo de ellos en el Señor. No es un gozo como el del mundo, de la misma manera que la paz de Cristo no es como la paz del mundo (v. 14:27). El amor, el gozo y la paz, que son fruto del Espíritu Santo (v. Gá. 5:22) son algo celestial, puro, inmarcesible. Es deseo de Cristo que sus discípulos se regocijen constante y continuamente (v. Fil. 4:4). El gozo de los que permanecen en el amor de Cristo es una continua fiesta.

(B) Su gozo *«sea completo»* (v. 11b). Este gozo, como todo lo que pertenece a la vida espiritual, está destinado a ser completo y, al mismo tiempo, a estar siempre creciendo, pues no es algo estático como un depósito o estanque, sino algo dinámico como un río que aumenta su caudal a medida que el álveo se hace más profundo. El gozo del mundo es como *cisternas agrietadas* (comp. con Jer. 2:13), que ni pueden retener el agua, porque se escapa por las junturas, ni la pueden conservar indefinidamente, porque se evapora sin que haya un manantial que mantenga siempre completa la provisión de agua. Al quitar de nuestro pecho el corazón de piedra, y ponernos un corazón de carne (v. Ez. 36:26), nos ha dado, por decirlo así, un vaso «elástico», de forma que siempre puede estar lleno y, a la vez, llenarse continuamente a medida que el vaso se ensancha (v. Sal. 119:32: *«Por el camino de tus mandamientos correré, cuando ensanches mi corazón»*. Comp. con 2 Co. 6:11–13).

3. A que demuestren mediante la observancia de sus mandamientos el amor que le tienen: «*Si guardáis mis mandamientos permaneceréis en mi amor*» (v. 10a). La unión de este versículo con el anterior nos muestra que el amor que Dios nos tiene y el que nosotros le tenemos a Él de tal modo se funden, que el nuestro viene a ser como un eco del suyo; y así como una persona que se halla a igual distancia del que habla y de la pared o muro que transmite el eco, no distingue bien si lo que oye es la voz o su eco, así también la Palabra de Dios une de tal forma el amor de Dios a nosotros y el nuestro a Él, que resulta difícil discernir si habla del uno, del otro, o de ambos a la vez (v. p. ej., Ro. 5:5, sobre *«el amor de Dios derramado en nuestros corazones»).* Así, pues, la promesa: *«permaneceréis en mi amor»* insinúa: (A) Una *morada,* como un lugar donde *habite* el amor de Cristo (comp. con Ef. 3:17). (B) Un lugar de reposo, donde descansar de nuestras fatigas y de nuestras cargas (v. Mt. 11:28); y (C) un baluarte o fortaleza, donde estar a salvo (v. Sal. 18:1; 27:1; 28:7; 46:1; 118:14; Pr. 10:29; Is. 12:2; Jer. 16:19; Hab. 3:19). Así que podemos estar seguros de tener siempre a mano la gracia y el poder para perseverar en el amor de Cristo. La promesa de Jesús va condicionada a la observancia de sus mandamientos: *«Si guardáis mis mandamientos»*. Los discípulos habían de guardar los mandamientos del Señor, no sólo para observarlos ellos mismos constantemente sino también para comunicarlos a otros fielmente, como depositarios de un tesoro que ha de compartirse con otros. Y, para estimularles a guardar sus mandamientos, Cristo apela a su propio ejemplo: «*Así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor*» (v. 10b). Con esta fidelidad a los mandamientos de Jesús, los discípulos mostrarán la amistad que tienen con Él: *«Vosotros sois mis amigos, si hacéis cuanto yo os mando»* (v. 14). Sólo pueden ser contados como amigos fieles de Cristo aquellos que son sus siervos obedientes. Y la única obediencia aceptable al Señor es la obediencia *total.*

IV. Del amor de los discípulos entre sí: *«Esto os mando: Que os améis unos a otros»* (v. 17). Cristo repite aquí lo que antes había puesto como el *«nuevo mandamiento» y el distintivo característico del cristiano* (13:34–35), pero en el contexto del capítulo 15, adquiere un tono de conclusión convincente, con una lógica que Hendriksen ha puesto hábilmente de relieve: «Yo, que de mí mismo soy indigno de ser amado, no puedo continuar amando a mi hermano, el cual tampoco es digno de ser amado (al menos, así lo veo yo), a no ser por medio de una constante consideración del amor que Cristo me ha tenido a mí. No sólo *le amamos a Él porque Él nos amó primero* (1 Jn. 4:19), sino que *nos amamos los unos a los otros porque Él nos amó primero».* En el versículo 12, Cristo había repetido este mismo mandamiento de 13:34 en forma más completa. A Juan se le grabó bien en la memoria este mandamiento, como lo muestra a lo largo de los capítulos 3 y 4 de su primera Epístola, especialmente en 3:23, donde se resume toda la ética del creyente, en forma parecida a como Deuteronomio 6:4–5 resumía toda la ética del israelita. Aquí tenemos, no sólo el motivo, sino también el nivel, del amor que ha de existir entre los creyentes. Como si nos dijera: *«Ve y haz tú lo mismo»* (Lc. 10:37). Notemos que este amor a los hermanos es una obligación, como vemos que Cristo lo expresa con todo énfasis y de diferente forma en los versículos 12 y 17:

1. *«Éste es mi mandamiento»* (v. 12), como el que da a entender que es el más necesario de sus mandamientos. Parece como si Cristo, al prever la falta de caridad que los cristianos habían de mostrarse recíprocamente en lo futuro, quisiese recalcar con todo énfasis la necesidad de que observemos este mandamiento.
2. *«Esto os mando»* (v. 17). Parece como si se dispusiera a preceptuar un cierto número de normas; y, sin embargo, sólo ordena ésta: *«Que os améis unos a otros».*

Versículos 18–25

En esta porción, Cristo habla del *odio,* que es la característica y espíritu del reino del diablo, así como el *amor* lo es del reino de Jesucristo. Vemos

I. En quiénes se encuentra este odio: En los que son del mundo, como contrapuestos a los que son de Dios. Al llamarles *«mundo»* (en sentido peyorativo, como se ve por el contexto), Cristo da a entender:

1. Su número; hay un «mundo» de gentes que se oponen a Cristo y al cristianismo. Es de temer que, si se pusiera a votación en nuestra sociedad escoger entre el partido de Satanás y el de Jesucristo, Satanás se llevaría la mayoría absoluta de los votos.

2. Su confederación; aun cuando los mundanos *se aborrecen unos a otros* (Tit. 3:3), sin embargo, cuando se trata de odiar a los creyentes y de perseguirlos, se juntan, se coligan y se hacen amigos (v. Sal. 2:2; Lc. 23:12; Hch. 4:27) entre sí.

3. Su espíritu y disposición; son hombres *«del mundo»*. Los hijos de Dios son instruidos y exhortados a odiar el pecado, pero no a odiar al pecador, sino a amar y hacer el bien a *todos los hombres* (Gá. 6:10). La envidia, el odio, el desprecio, no son plantas del jardín de Cristo, sino del mundo *«que yace en el Maligno»* (1 Jn. 5:19).

II. Contra quiénes se desata este odio de los mundanos: Contra los discípulos de Cristo, contra Cristo mismo y, en último término, contra Dios el Padre. En efecto:

1. El mundo odia a los discípulos de Cristo: *«El mundo os aborrece»* (v. 19b).

(A) Obsérvese cómo se introduce aquí esta frase del Señor. Cristo había expresado el gran amor que les tenía como a amigos suyos; pero ahora les predice *«una espina en la carne»* (comp. con 2 Co. 12:7), que, en este caso, será el odio y la persecución que habrán de arrostrar por causa de Cristo. Él les había encomendado una tarea, pero ahora les dice las dificultades que encontrarán en el desempeño de tal encargo. Les había encargado también, con toda insistencia, que se amaran los unos a los otros, y bien que lo necesitarían, ya que el mundo les iba a aborrecer conjuntamente a ellos. Quienes se encuentran en medio de enemigos, como entre dos fuegos, necesitan amarse y ayudarse mutuamente, pues luchan contra un adversario común.

(B) Obsérvese la clase de actitud que el mundo adoptará hacia ellos. No se contentarán con el desprecio o la burla, sino que les tendrán verdadero odio. El mundo maldice a los que Dios bendice. Los favoritos y herederos del reino de los cielos nunca han sido los predilectos del mundo. Los frutos de este odio de los mundanos se echan de ver en el versículo 20:

(a) *«Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán».* Esta es la suerte que comparten todos los que viven piadosamente en Cristo Jesús: *«padecer persecución»* (2 Ti. 3:12). Por eso dijo que les enviaba como a ovejas en medio de lobos (Mt. 10:16; Lc. 10:3).

(b) Otro fruto de esta enemistad se insinúa en la frase siguiente: *«Si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra»;* da con esto a entender que, así como la mayoría de los oyentes de Cristo no habían guardado la palabra de Cristo (v., p. ej., 5:38; 8:37), así también la mayoría de los oyentes del mensaje de los apóstoles se opondrían a su predicación, siendo así ellos, como Cristo mismo, *«signo de contradicción»* (comp. Lc. 2:34 *«señal que es objeto de disputa»* con Hch. 28:22 *«porque de esta secta* [el cristianismo] *nos es bien conocido que en todas partes se la contradice»).* Sin embargo, la frase de Jesús aquí, como la anterior, tiene dos vertientes: Los que persiguieron a Cristo y no guardaron su palabra, también van a perseguir a sus enviados y tampoco guardarán la palabra de éstos; pero habrá quienes no les perseguirán, sino que guardarán la palabra de ellos, así como hubo también quienes no persiguieron a Jesús, sino que se hicieron discípulos suyos y guardaron su palabra.

(c) Las causas de esta enemistad están claras en los versículos 19 y 21:

Primera, porque ellos no pertenecen al mundo: *«Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo»* (v. 19). No ha de extrañarnos que los que están entregados al mundo sean prosperados en las cosas del mundo, como amigos y favoritos del mundo. Ni ha de extrañarnos que quienes han sido libertados de las garras del mundo sean objeto del odio del mundo, ya que son considerados como enemigos del mundo. Lo que sí es motivo de duda y perplejidad es que quienes se precian con el nombre de cristianos y son «carnales», sean prosperados en las cosas del mundo y considerados como amigos por parte de los mundanos, puesto que no puede haber *«armonía de Cristo con Belial, ni del creyente con el incrédulo»* (2 Co. 6:15).

La razón por la que los discípulos de Cristo no son del mundo es porque Cristo los *ha escogido de entre el mundo* y, precisamente por haber sido sacados del mundo, el mundo los aborrece (v. 19) y les insulta (1 P. 4:4). En realidad, la gloria a la que han sido destinados, y que ha de resplandecer en su carácter y en su vida, les pone en alto, en un lugar muy superior al de los mundanos, con lo que *llegan a ser espectáculo al mundo* (v. 1 Co. 4:9; He. 10:33), como en las elevadas tablas de un teatro bien iluminado, y quedan así expuestos a la envidia de los mundanos espectadores. La gracia de que el Señor les ha revestido contrasta con la desgracia en que se debaten, dentro de sus múltiples vicios, los amigos del mundo. Su conducta es un testimonio vivo y perenne contra el mundo, lo cual es algo que los malvados no pueden soportar. Pero el hecho de ser odiados precisamente por ser los escogidos del Señor

ha de darles fuerzas, ánimo y consuelo en medio de todas las calamidades que el odio del mundo pueda tramar contra ellos. Si el mundo nos odia *sin motivo* (v. 25), *por el hecho de ser cristianos, tenemos justo motivo para regocijarnos y tenernos por dichosos, y no debemos avergonzarnos, sino glorificar a Dios por ello* (1 P. 4:12–16).

Segunda, porque ellos pertenecen a Cristo: *«Mas todo esto os harán por causa de mi nombre»* (v. 21). Cualquiera sea la excusa que el mundo ponga para perseguir a los cristianos, lo cierto es que la verdadera causa de esta enemistad es que los creyentes *llevan el nombre de Cristo* en medio del mundo, pues el carácter genuino del creyente se muestra en llevar bien en alto el nombre del Señor y estar dispuestos a dar testimonio de Él y a sufrir cualquier cosa por causa y honor de este nombre, dulcísimo nombre, de Jesús. No puede haber mayor suerte que la de ser encontrados dignos, por la gracia de Dios, *«no sólo de creer en Cristo, sino también de padecer por Él»* (Fil. 1:29), *«si es que padecemos juntamente con Él, para que juntamente con Él seamos glorificados»* (Ro. 8:17b, comp. con Fil. 3:10–11), «porque *de la manera que abundan en nosotros los padecimientos de Cristo, así abunda también por medio de Cristo nuestra consolación»* (2 Co. 1:5).

Tercera, porque el mundo no conoce a Dios, que es quien ha enviado a Su Hijo a este mundo: *«porque no conocen al que me ha enviado»* (v. 21b). El fundamento más profundo de este odio que los mundanos tienen a los discípulos de Cristo, es la ignorancia que el mundo tiene de las cosas de Dios. Al no conocer al verdadero Dios, o al no conocer a Dios verdaderamente, no le conocen como al que ha enviado a Su Hijo al mundo, ni para qué le ha enviado (3:16–21). No se puede conocer correctamente a Dios si no se le conoce en Jesucristo.

2. El mundo odia a Jesucristo mismo. De esto habla aquí Jesús con dos objetivos:

(A) Para mitigar el desconsuelo de sus seguidores, nacido del conocimiento que ahora tienen acerca del odio que el mundo va a mostrar contra ellos: *«Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros»* (v. 18). Este *«antes»* ha de entenderse en sentido de prioridad de tiempo, pero también admite el sentido de *«más que»,* ya que Cristo, como jefe y capitán de los cristianos, por fuerza ha de ser el blanco directo de los tiros del mundo. Si Cristo, paradigma de santidad, fue odiado, ¿podemos esperar que haya en nosotros virtud o cualidad buena que sea grata a la perversidad del mundo? Si nuestro Maestro, el fundador del cristianismo, encontró tanta oposición al poner los fundamentos de su Iglesia, ¿podemos esperar del mundo mejor acogida en nuestra tarea de seguir edificando la Iglesia (v. 1 Co. 3:9–17; Ef. 2:20–22; 4:12–16; 1 P. 2:5 y ss.) mediante la profesión del cristianismo y la propagación del mensaje de salvación? Por eso, los remite Jesús a lo que antes les había dicho (13:16), para confirmar lo que ahora les declara: *«Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor»* (v. 20a). Ésta es una verdad lisa y llana: El criado es inferior al amo. Las verdades más claras son los argumentos más fuertes para los más duros deberes. De donde infiere con toda lógica Jesús: «*Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán*» (v. 20b). Como si dijese: «Eso es lo que debéis esperar, por cuanto:

(a) «Vosotros vais a hacer lo mismo que yo he hecho, con el resultado de que se han sentido provocados; vais a tener que echarles en cara sus pecados, y prescribirles normas estrictas de una vida santa, lo cual ellos no van a soportar.»

(b) «Vosotros no podéis hacer más de lo que yo he hecho para persuadirles. Que a nadie le extrañe tener que soportar el mal por hacer el bien. *Si han guardado mi palabra también guardarán la vuestra;* así como ha habido unos pocos que han sido atraídos por medio de mi predicación, así también habrá algunos pocos que serán atraídos por la vuestra.»

(B) Para agravar la perversidad de este mundo incrédulo y sacar a la luz pública su extrema pecaminosidad. El mundo suele tener un sentido peyorativo en las Escrituras, pero no le faltaba otra cosa, para tener todavía peor nombre, que esto de haber aborrecido a Jesucristo. Dos son las circunstancias que agravan esta perversidad de los que le han aborrecido:

(a) Que había las mayores razones imaginables para que le amaran:

Primera, que sus palabras bien merecían que se le amara: «*Si yo no hubiera venido ni les hubiera hablado, no tendrían pecado*» (v. 22). Es decir, no tendrían el pecado que lleva a la condenación (v. 3:17–21; 8:24; 9:41). Efectivamente, si no hubiesen oído el mensaje del Evangelio, no serían juzgados por ese mensaje (v. 12:48); *«pero ahora no tienen excusa de su pecado».* Por aquí vemos: (i) el beneficio de que disfrutan los que reciben el mensaje de Cristo: Cristo viene a ellos y les habla; les habló directa y personalmente a los hombres de su generación, y todavía nos habla a nosotros por medio de los escritos

inspirados de los que convivieron con Él. Cada una de sus palabras comporta una compasión, un amor y una ternura capaces, habría de pensarse, de encantar a la más sorda víbora; (ii) la excusa que tienen los que no han oído el mensaje del Evangelio: «*Si yo no … les hubiera hablado no tendrían pecado»;* este pecado específico de incredulidad al que nos hemos referido antes; no les habría sido imputado el pecado de haber despreciado a Cristo; pues así como *«el pecado no se imputa donde no hay ley»* (Ro. 5:13b), así tampoco se imputa la incredulidad donde no hay predicación del Evangelio; (iii) la culpabilidad gravísima que contraen aquellos a quienes Cristo ha hablado en vano: *«no tienen excusa de su pecado»*. Son del todo inexcusables. La palabra de Cristo despoja al pecado del manto que lo cubre, a fin de que aparezca el pecado en *«el extremo de la pecaminosidad»* (Ro. 7:13b).

Segunda, que sus obras eran tales que bien merecían que por ellas se le amara: «*Si yo no hubiese hecho entre ellos las obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado*» (v. 24); es decir, su incredulidad y su enemistad contra mí tendrían excusa». Pero Él había presentado pruebas satisfactorias de su misión divina: *obras que ningún otro había hecho*. Sus milagros, sus mercedes, obras de asombro y obras de gracia, demostraban que Él había sido enviado por Dios, y que había sido enviado con designios de misericordia. Cristo llevó a cabo obras que ningún otro hizo ni podía hacer pues sólo alguien *que había venido de Dios como Maestro, y con quien Dios estaba, podía hacer las señales que Él hacía* (3:2). Todas las obras de Cristo eran *buenas obras*, no sólo por ser santas, sino también por ser útiles, obras de beneficencia. Una persona que era tan universalmente útil, debería haber sido universalmente amada y, sin embargo, era casi universalmente aborrecida. Las obras de Cristo agravan la culpabilidad de sus enemigos; si sólo hubiesen oído sus palabras pero no hubiesen visto sus obras, su incredulidad podía haber apelado contra la falta de pruebas; pero no sólo habían oído sus palabras, sino que le habían visto siempre dispuesto a llevar a cabo milagros de beneficencia. Con todo, le aborrecían. También nosotros vemos en su palabra *el gran amor con que Dios nos amó* (Ef. 2:4) y *el amor de Cristo que sobrepasa a todo conocimiento* (Ef. 3:19), ¿y no corresponderemos agradecidos a tal amor?

(b) Que no había ninguna razón en absoluto para que le aborrecieran: *«Pero esto es para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Me aborrecieron sin motivo»* (v. 25, comp. con Sal. 35:19). Los que aborrecen a Cristo no tienen ningún motivo para ello; la enemistad contra Cristo es totalmente sin razón, ya que Cristo ha sido, y es, la mayor bendición imaginable para su propio país y para el mundo entero. Es cierto que dio testimonio de que *las obras de los incrédulos eran malas* (3:19), pero ese testimonio tenía por objeto hacerles el bien; por lo que odiarle por este motivo era aborrecerle sin motivo; y en esto se cumplía la Escritura. No es que los que aborrecían a Jesús intentasen que se cumpliese la Escritura, sino que Dios, al preverlo y permitirlo, confirma nuestra fe en Cristo como Mesías al haber predicho esto con respecto a Él y al haberse cumplido lo que de Él estaba predicho. Incluso no habría de parecernos extraño si todavía tuviese un ulterior cumplimiento entre nosotros.

3. En último término, en Jesucristo el mundo odia a Dios mismo; lo cual aparece en el versículo 23: *«El que me aborrece a mí, aborrece también al Padre»*. Y se repite al final del versículo 24: «*y me han aborrecido a mí y también a mi Padre»*. Así que hay quienes aborrecen a Dios, puesto que al no poder negar que Dios existe y, al mismo tiempo, desear que no existiese, le odian. El odio a Jesucristo comporta siempre el odio a Dios. El trato que se da al Hijo, se le da igualmente al Padre, ya que ambos dan el mismo testimonio (8:16), ambos son uno en naturaleza (10:30), están ambos el uno en el otro (14:10, 20) todo lo que tiene el Padre lo tiene también el Hijo (16:15), el que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre; en cambio, el que confiesa al Hijo, tiene también al Padre (1 Jn. 2:23); y el que no permanece en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios (el Padre); pero el que persevera en la doctrina de Cristo, ése tiene tanto al Padre como al Hijo (2 Jn. 9). Según el propio Juan, esta verdad es tan importante, que añade a continuación: *«Si alguno viene a vosotros y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa ni le saludéis. Porque el que le saluda, participa en sus malas obras»* (2 Jn. 10).

¡Que sepa el mundo incrédulo que su enemistad contra el Evangelio de Cristo es enemistad contra Dios mismo! ¡Y que todo el que sufre por causa del reino de Dios y de su justicia se consuele con esto: Si Dios mismo es odiado en Él, no tiene que avergonzarse de su causa ni atemorizarse por el resultado!

Versículos 26–27

Después de referirse a la oposición que el Evangelio había de arrostrar, Jesús da a conocer la provisión divina para mantenerlo en alto, lo cual habría de llevarse a cabo mediante el testimonio primordial del Espíritu Santo (v. 26) y el testimonio subordinado de los Apóstoles (v. 27).

I. Jesús promete que el Espíritu Santo sostendrá la causa de Cristo en el mundo: *«Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré de junto al Padre* (lit.), *el Espíritu de la verdad, el cual procede del Padre, Él dará testimonio acerca de mí»* (v. 26). En este versículo tenemos del Espíritu Santo más doctrina que en cualquier otro versículo de la Biblia.

1. Lo que se dice de su persona. En su esencia, el Espíritu Santo es *«el Espíritu de la verdad, el cual procede del Padre»*. Se habla de Él como de una persona distinta del Padre y del Hijo, ya que procede del Padre y es enviado por el Hijo. Es llamado *«Espíritu de la verdad»* (como en 14:17; 16:13), porque Él es la Verdad en persona (v. 1 Jn. 5:6), tanto como lo es el Padre (17:17) y el Hijo (14:6). *«Procede del Padre»* desde toda la eternidad, aunque es enviado al mundo en el tiempo. También procede del Hijo, puesto que es enviado por el Hijo. Nótese que Jesús habla en futuro de este envío porque Él no había sido aún glorificado (comp. con 7:39; Ef. 4:8). En cambio, habla en presente de que *«procede del Padre»*, porque ahora Jesús está en función de Mediador, es decir como *Hombre*. Es de advertir que al Espíritu se le llama: *«Espíritu del Señor»* (2 Co. 3:17), *«Espíritu de Jesús»* (Hch. 16:7), *«Espíritu de Cristo»* (Ro. 8:9), y «Espíritu *de su Hijo*» (Gá. 4:6), con lo que se da a entender que procede del Hijo, puesto que ninguna de dichas expresiones se puede volver del revés («Cristo, del Espíritu», etc.). No tienen, pues, motivo los orientales separados, también llamados «ortodoxos», para negar que el Espíritu Santo procede *también* del Hijo, aunque las antiguas fórmulas griegas siempre lo expresan y dicen que el Espíritu Santo «procede del Padre por medio del Hijo», mientras que los escritores latinos lo han expresado siempre bajo la fórmula «del Padre y del Hijo». (Para más detalles, v. mis libros *Un Dios en Tres personas y Espiritualidad Trinitaria.* Nota del traductor.) El espíritu del hombre es llamado *«aliento de vida»* (Gn. 2:7), porque, al ser puesto por Dios en el interior del ser humano (v. también Ec. 12:7) llega a proceder de dentro del ser humano, al mismo tiempo que le vivifica dándole energía, no sólo para *henchirle* por dentro, sino también para *apagar* lo que quiere extinguir en el exterior. Así también el Espíritu Santo procede de Dios como una emanación térmica de la luz divina y como una energía eficaz del poder divino, por lo que se le llama también *«Espíritu de vida»* (Ro. 8:2).

2. Lo que se dice de su misión. Será enviado por el Padre (14:26) y por el Hijo (15:26), y *vendrá* con una plena efusión de sus dones, gracias y poderes, tal como nunca antes había venido sobre ninguna persona o corporación. En 14:16, Jesús había dicho: «*Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre»*. En 14:26, dice: *«a quien el Padre enviará en mi nombre»*. En cambio aquí, en 15:26, el énfasis está en el envío por parte del Hijo: *«a quien yo os enviaré de junto al Padre»*. Es de notar que, tanto aquí, en 15:26 (dos veces) como en 16:28 *(«salí de junto al Padre»*. Lit.), se usa la misma preposición griega *«para»* con genitivo), que indica una comisión de embajador de junto al Padre. El Hijo fue comisionado para revelarnos las cosas del Padre (1:18). El Espíritu fue comisionado para iluminarnos los ojos (Ef. 1:18) de forma que lo que el Hijo reveló exteriormente, nos fuese revelado interiormente (1 Co. 2:10) por el Espíritu, siendo quitado el velo del corazón (v. 2 Co. 3:16–18), en virtud de la obra de Cristo (v. 2 Co. 3:14b). En otras palabras, Cristo nos declaró el mensaje (1:18; He. 1:2), el Espíritu nos aclara los ojos para entenderlo.

3. Lo que se dice de las operaciones mediante las cuales lleva a cabo su oficio. Éstas son dos: Una está implícita en el epíteto que se le da: *«Paráclito»*, es decir, *Consolador o Abogado.* Un abogado de la causa de Cristo para sostenerla en alto contra la incredulidad del mundo, y un abogado de nuestra causa en el interior de nuestro corazón, confortándonos contra el odio de nuestros enemigos y dándonos seguridad de nuestra filiación divina (Ro. 8:16). La otra operación está explícita aquí: *«Él dará testimonio acerca de mí»* (v. 26b). No sólo es *abogado*, sino también *testigo*, a favor de la causa de Jesucristo. El poder del ministerio es derivado del Espíritu Santo, pues es el que capacita a los ministros de Dios; y también es derivado del Espíritu el poder del cristianismo, pues es Él quien santifica a los cristianos, y en ambas operaciones da testimonio de Jesucristo.

II. Jesús promete que también los Apóstoles tendrán el privilegio de ser comisionados como testigos de Jesucristo: «Y *vosotros daréis testimonio también, porque estáis conmigo desde el principio»* (v. 27).

1. Los Apóstoles fueron comisionados para ser testigos de Cristo en el mundo. Después de decir: *«el Espíritu … dará testimonio acerca de mí»* (v. 26), añade: *«Y vosotros daréis testimonio también»* de donde se deduce que el testimonio del Espíritu no estaba destinado a reemplazar, sino a capacitar y estimular, el nuestro. Aun cuando el Espíritu testificará como testigo principal, también los ministros del Señor han de dar testimonio. La tarea que a los discípulos en primer lugar, y a todos los creyentes después, especialmente a los ministros de la Palabra, ha sido asignada es testificar de la verdad, de toda la verdad y de sola la verdad acerca de Jesucristo. Aunque los discípulos huyeron tan pronto como el Señor fue arrestado en Getsemaní, y estuvieron ausentes mientras Jesús era procesado ante Anás, Caifás y Pilato, sin embargo cuando el Espíritu Santo fue derramado sobre ellos, testificaron con denuedo acerca de la causa de nuestro Salvador. La verdad de la religión cristiana había de ser demostrada mediante la evidencia de los hechos, en especial de la resurrección de Cristo, de la que los Apóstoles fueron escogidos como testigos singularmente cualificados (Hch. 10:41). Pero todos los ministros de Dios son especiales testigos de Cristo, aunque no sólo ellos, sino todos los creyentes también (Hch. 1:8; 8:4). Pablo habla de los ministros de Dios como *«colaboradores de Dios»* (1 Co. 3:9). El honor que Cristo les confirió había de animarles contra el odio y el desprecio que el mundo había de mostrar contra ellos.

2. Los Apóstoles fueron igualmente capacitados para dar testimonio de Jesucristo: *«Porque estáis conmigo desde el principio»*. No sólo habían oído las enseñanzas que había dado en público, sino que habían conversado y convivido con Él diariamente (v. Hch. 1:21–22). Otros vieron las obras maravillosas de poder y de compasión que Jesús llevó a cabo en las respectivas ciudades y regiones del país, pero ellos le acompañaron por todas partes. Los que siempre procuran mantener viva la comunión con el Señor, mediante la fe, la esperanza y el amor, son los que mejor capacitados están para dar testimonio de Él. Por eso, los ministros de la Palabra han de aprender primero de Jesús antes de predicar acerca de Él, pues sólo quienes tienen experiencia personal de las cosas de Dios pueden hablar de ellas como es debido. Es una ventaja sin par haber estado con el Señor *desde el principio.* ¡Ojalá hayamos estado con Él desde que llegamos a la edad de discernimiento! Pero si esto no nos ha sido posible, procuremos al menos mantener una constante comunión con nuestro Salvador, de forma que, al cabo de los años, seamos como el *«amo de casa, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas»* (Mt. 13:52).

CAPÍTULO 16

Este capítulo comienza con palabras que llenan de pesadumbre a los discípulos por la perspectiva de aflicciones y pesares que Jesús pone delante de ellos (vv. 1–6). Pero, a continuación, les dice palabras de consuelo y aliento para poder sobrellevarlo todo. Los motivos de consuelo y aliento que les propone son cinco: 1) que les había de enviar el Espíritu Santo, el Consolador (vv. 7–15); 2) que Él mismo les visitaría después de su resurrección (vv. 16–22); 3) que les aseguraría una respuesta favorable a las oraciones de ellos (vv. 23–27); 4) que Él se marchaba ahora al Padre, de quien había salido (vv. 28–32), y 5) que, por muchas y grandes que fueran las aflicciones que les hubiesen de salir al paso disfrutarían de paz en Él, seguros de la victoria que el Salvador había de obtener para sí y para ellos (v. 33).

Versículos 1–6

Jesús se comportó fielmente con sus discípulos, sin ocultarles las dificultades que les saldrían al paso cuando fuesen a desempeñar la comisión que les encargaba. Les dijo lo peor, a fin de que pudieran sentarse a calcular el costo.

I. Comienza exponiendo el motivo por el que les habla palabras que pueden causarles alarma: *«Estas cosas os he hablado para que no tengáis tropiezo»* (v. 1). «Estas cosas» son las que les había dicho en 15:18–27. Los discípulos de Cristo son siempre propensos a tomar ofensa de la cruz; y la ofensa o «escándalo» de la cruz es siempre una tentación grave, peligrosa, incluso para los buenos pues les incita a dejar los caminos de Dios. Nuestro Señor Jesucristo, al notificarnos de antemano los contratiempos futuros, tenía el propósito de eliminar de nuestra mente la consideración del terror que implican, y lo hizo al declarar que no debían tomarnos por sorpresa (comp. con 1 P. 4:12–13). Así como podemos recibir

cumplidamente a un huésped que esperamos así también podemos armarnos de antemano contra un enemigo de cuya llegada se nos avisa a tiempo.

II. Les predice en detalle los padecimientos que han de sufrir (v. 2): Quienes tendrán algún poder para perseguirles, no sólo les «excomulgarán», sino que tratarán de darles muerte. Vemos aquí «las dos espadas» que serán desenvainadas contra los seguidores de Jesucristo:

1. La espada de las censuras eclesiásticas: *«Os expulsarán de las sinagogas».* Al principio, los azotaron en las sinagogas como a menospreciadores de la ley (Mt. 10:17) y, después, los expulsarían de allí como se hace con los incorregibles. Esto es ya evidente desde 9:22–23. Los que confesasen a Cristo habían de ser puestos fuera de la ley, hechos como ajenos al pacto, a las esperanzas y prerrogativas de los hijos de Israel; perderían sus puestos de trabajo, serían exiliados juntamente con sus familias y hasta serían privados de una sepultura decente. ¡Cuántas verdades han sido anatematizadas como herejías! ¡A cuántos verdaderos profetas se les ha tapado la boca con toda clase de amenazas y degradaciones!

2. La espada del poder civil. Pero no se contentarán con echarlos de las sinagogas: «*Y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio* (lit. *servicio de culto) a Dios».* La muerte, precedida de toda clase de crueldades, de increíbles torturas, ha sido la suerte que han corrido millones de discípulos de Cristo. Y esto, no sólo de parte de los paganos: de los emperadores romanos, de los dictadores sin Dios, de los que se profesan ateos o anticristianos, sino, lo que es mucho peor, de los que se cubren con el manto de «cristianos», de todas las denominaciones y colores, de los «jerarcas» de todas las confesiones religiosas: *«¡Pensarán que rinden,* con eso, *culto a Dios!»* En la mayoría de las veces, lo harán por mano del poder civil *«para no contaminarse y así poder comer la pascua»* (18:28). ¡Siempre la misma hipocresía! Aparte de Pedro, de quien la Escritura predijo explícitamente «con *qué muerte había de glorificar a Dios»* (21:19), y de Santiago el Mayor, a quien Herodes Antipas hizo matar a espada (Hch. 12:2), nada sabemos, por el texto sagrado de la muerte de los demás Apóstoles. Pero es tradición que todos ellos, excepto Juan, sufrieron martirio por causa del Evangelio. Y aun del mismo Juan dice la misma tradición que fue metido, por orden del emperador romano, dentro de una caldera de aceite hirviendo, de donde, como se lee en el *Breviario Romano,* salió *sanior vegetiorque,* es decir, «más sano y robusto». Es sabido que los paganos de los primeros siglos del cristianismo llamaban a los cristianos «ateos» porque sólo adoraban a un Dios, aun cuando éste es el único Dios verdadero (el *«Dios desconocido»* de Hch. 17:23). Ya sea, pues, en el nombre de muchos dioses (recuérdese que al emperador romano se le concedían honores divinos), ya sea, lo que es peor, en nombre del Dios verdadero, los verdaderos seguidores de Cristo han sufrido cruel persecución, increíbles tormentos y sañuda muerte. Es terrible que el trabajo del diablo se haya llevado a cabo, muchas veces, bajo la librea de Dios, y que se haya patrocinado la enemistad contra la religión con el pretexto de cumplir con los más sagrados deberes religiosos. Esto no rebaja la culpabilidad de los perseguidores, pero añade nueva amargura a los padecimientos de los fieles perseguidos, al saber que mueren como si fueran enemigos de Dios.

III. Jesús les explica la razón por la que el mundo les ha de odiar y perseguir a muerte: «Y *harán esto porque no conocen al Padre ni a mí»* (v. 3). Hay muchos que pretenden ser conocedores de Dios y, sin embargo, ignoran completamente la verdadera naturaleza y el carácter real de Dios. Todos los que son ignorantes en cuanto a la persona de Jesucristo están incapacitados para tener un concepto correcto acerca del verdadero Dios. Sólo estos ignorantes de la verdadera naturaleza de Dios y de Jesucristo pueden pensar que rinden culto aceptable a Dios persiguiendo a los genuinos discípulos de Cristo. Es explicable que las autoridades judías, que rehusaban reconocer a Jesús como al Mesías verdadero, persiguiesen a los discípulos del crucificado, pero ¡que lo hayan hecho también quienes se han tenido por ministros del Señor y hasta por autotitulados «Vicarios de Cristo»! Lugares como Éxodo 32:29; Deuteronomio 13:1–8; 17:1–5, dan como lícito y agradable a Dios derramar la sangre de los seductores y de los falsos profetas, y los principales sacerdotes, los escribas y los fariseos se apoyaron en la falsa excusa de que Jesús era un impostor (v. Mt. 27:63; Lc. 23:2, 5; Jn. 7:12, 47; 19:7). Pablo da testimonio de *haber creído su deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret* (Hch. 26:9). Por experiencia propia, pues, pudo decir de los judíos incrédulos de su tiempo: *«Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no según el perfecto conocimiento»* (Ro. 10:2). Por eso, dice J. Murray acertadamente, en su comentario a este último versículo: «El celo es una cualidad neutral y puede ser el mayor de los vicios. Lo que determina su carácter ético es aquello a lo que va dirigido». Por eso, se equivocó B. Pascal cuando

dijo: «De buena gana creo a testigos que se dejan matar», porque, como escribió Agustín de Hipona, «al mártir no le hace la sentencia de muerte, sino la causa por la que muere». Hay aquí algo de notar con respecto a los que, por un falso celo de Dios, persiguen a los creyentes genuinos hasta expulsarles de las sinagogas (y aun de las iglesias) y llegan a darles muerte. El que se comporten de un modo cruel contra los buenos discípulos de Cristo no significa que carezcan de toda autoridad para ejercer su oficio y hasta proclamar el mensaje de Dios de una forma que demanda la obediencia por parte de los que lo oyen. Basta con leer Mateo 23:3; Hechos 23:3, 5, para convencerse de ello. Es muy significativo el hecho de que ni el Señor Jesús ni el Apóstol Pablo se expulsaran a sí mismos de la sinagoga, lo que no les privó de ejercitar su oficio profético contra los desmanes y corrupciones doctrinales de las autoridades religiosas judías. Con esto nos enseñaban algo muy importante que suele pasar desapercibido (nota del traductor), pero que ha sido puesto de relieve por M. Harper en su libro *Para que todos seamos uno.* Lo diremos con palabras de Ryle al citar a Hengstenberg, en su comentario al versículo 2: «Los discípulos no debían marcharse de la sinagoga por su propia iniciativa, sino esperar lo que habría de sucederles si proclamaban plenamente el mensaje del Evangelio. Esto nos ofrece una clara insinuación a todos los fieles en tiempos en que la Iglesia declina: a saber, que deben alejar de su mente la idea de una secesión arbitraria. La nueva formación es correcta sólo en el caso de que haya precedido la expulsión».

IV. Les dice también Jesús por qué les notifica esto ahora, y no antes. Se les dice ahora, no para desanimarles, sino *«para que cuando llegue la hora, se acuerden de que se lo había dicho»* (v. 4). Cuando vienen los sufrimientos es la oportunidad de echar mano de lo que Cristo nos ha explicado acerca de los padecimientos; entonces, la aflicción no resulta tan severa, puesto que ya nos había sido anunciada; así que no tiene que tomarnos por sorpresa. Y no se lo dijo antes, porque hasta ahora le habían tenido al lado de ellos como Consolador: *«Esto no os lo dije al principio, porque yo estaba con vosotros»* (v. 4b). Es de notar que ya anteriormente les había hablado de los futuros padecimientos, no sólo de los suyos propios, sino también de los que habrían de sufrir ellos mismos (v., p. ej., Mt. 10:16 y ss.), pero lo recalcaba ahora que Él se iba a marchar. Mientras Él estuvo con ellos, fue Él el blanco central de los tiros del enemigo, y soportó las tarascadas maliciosas de escribas y fariseos, de saduceos y herodianos; en fin, de todos los líderes del pueblo. Él estaba al frente de su *«manada pequeña»* (Lc. 12:32) y, elevado como *signo de contradicción* (v. Lc. 2:34) a la vez que como *buen pastor que va delante de sus ovejas* (10:4, 11), atraía la atención de los lobos hacia sí, mientras que sus discípulos estaban resguardados, no tanto por falta de malicia en los adversarios cuanto por suficiente protección por parte del Maestro (comp. con 18:8–9).

V. A continuación expresa su tierna preocupación por la tristeza que embarga el ánimo de los discípulos (vv. 5–6), los cuales, no sin cierto egocentrismo, comenzaban a desanimarse ante la partida del Maestro, en lugar de alegrarse por la exaltación que Jesús obtendría como resultado de su muerte (v. 14:28). En vez de una santa curiosidad, les invadía una insana melancolía. Jesús quiere hacerles notar que no tienen motivo para estar así acongojados; así que les recuerda:

1. Que ya les había dicho antes que tenía que marcharse de ellos: *«Pero ahora me voy al que me envió»* (v. 5, comp. con 7:33; 13:3, 33; 14:2, 4, 12, 28). No se lo llevaban por la fuerza, sino que *se iba* por su propia voluntad, aunque siempre en obediencia al Padre (v. 10:17–18). Se iba *al que le envió,* como marcha un embajador a la corte para dar cuenta al Jefe del Estado de sus gestiones en un país extranjero.
2. Que ya les había dicho antes las dificultades por las que ellos habían de pasar cuando Él se hubiese marchado. Podían sentirse tentados a pensar que, al seguir a Jesús, habían hecho un mal negocio. El Maestro comprende la inquietud de ellos, pero les reprende de dos cosas:

(A) De que no parecían preocuparse de la fuente de la que les había de venir el consuelo: *«ninguno de vosotros me pregunta: ¿Adónde vas?»* (v. 5b). Es cierto que Pedro había enunciado la pregunta (13:36), y Tomás la había secundado (14:5), pero otros pensamientos les habían impedido llevarla adelante, en parte porque entonces no comprendían el sentido de la marcha de Jesús. Pero ahora les había dado ya suficientes instrucciones como para que sintieran mayor curiosidad en saber adónde marchaba. Después de las elevadas lecciones del Maestro, éste era el tiempo oportuno para las preguntas. Por aquí vemos qué Maestro tan compasivo es Jesús. Muchos maestros no aguantan que un discípulo les haga dos veces la misma pregunta; si no ha entendido a la primera lo que acaba de oír, le dejan que se marche sin salir de la

duda. Pero el Señor Jesucristo sabe muy bien cómo hay que tratar, no sólo a los adultos, sino también a los bebés (comp. con He. 5:11 y ss., donde el escritor parece perder la paciencia). El inquirir en los designios de Dios en medio de las tinieblas de la aflicción o de la duda, nos ayudaría mucho a entenderlos. No es de nuestra incumbencia preguntar: «De dónde vienen», sino: «Adónde van»; esto es, qué objetivo tienen las dificultades que la providencia de Dios pone en nuestro camino, o permite que nos las pongan, lo cual viene a ser lo mismo, ya que ni un cabello de nuestra cabeza cae sin el consentimiento de nuestro Padre Celestial (Mt. 10:33; Lc. 12:7; 21:18). Entonces nos daríamos cuenta de que *«todas las cosas* (no sólo las que llamamos "prósperas", sino también las que apellidamos "adversas", es decir, "contrarias") *cooperan (obran conjuntamente,* como un inmenso mecanismo de relojería) *para bien de los que aman a Dios»* (Ro. 8:28).

(B) De que estaban demasiado preocupados de las fuentes de aflicción: *«Antes, porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha llenado vuestro corazón»* (v. 6). Por fijar la vista en lo que iba contra ellos, y pasar por alto lo que había en favor de ellos, estaban tan llenos de tristeza que no quedaba en el corazón de ellos ningún rincón para el gozo. Es un defecto corriente entre los creyentes, y una fuente de necias consideraciones melancólicas, el tener siempre fija la vista en el lado oscuro de la nube. Lo que llenaba de tristeza el corazón de los discípulos era un apego demasiado grande a las cosas de la vida presente; estaban llenos de esperanza acerca de la gloria y del poder del reino mesiánico, que ellos imaginaban inminente y material, y no se hacían a la idea de una consolación espiritual de parte del Paráclito. No hay cosa que tanto dañe a nuestro gozo en Dios como *el amor del mundo* (v. 1 Jn. 2:15–17); y no hay cosa, por consiguiente, que nos deprima tanto como *la tristeza del mundo* (v. 2 Co. 7:10b).

Versículos 7–15

Tres cosas dice aquí Jesús acerca de la venida del Consolador:

I. Que la marcha de Cristo era absolutamente necesaria para el descenso del Espíritu Santo (v. 7). Cristo vio que había motivos para asegurarlo con especial solemnidad: *«Pero yo os digo la verdad»*.

1. *«Os conviene* (no sólo *me conviene*. V. 14:28) *que yo me vaya.»* Nuestro Señor Jesucristo tiene en cuenta, sobre todo, lo que es conveniente para nosotros, y nos da el remedio que nosotros somos perezosos en tomar, porque sabe que es bueno para nuestra salud espiritual.

2. Era, pues, conveniente que se fuese, porque era con el fin de que *viniera el Consolador.* Por donde vemos que:

(A) La marcha de Cristo tenía por objeto la venida del Paráclito: *«Si no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros»*. El que da libremente, bien puede retraer un don antes de otorgar otro, aun cuando a nosotros nos gustaría retener ambos. El envío del Espíritu había de ser fruto de la transacción de Jesús, y esa transacción tenía que ser llevada a cabo mediante su muerte. Sería una respuesta a su intercesión allende el velo (14:16, comp. con He. 10:20). Así que este don del Espíritu tenía que ser pagado y demandado por el Señor Jesús. Los discípulos tienen que verse privados de la presencia corporal del Señor antes de ser preparados debidamente para recibir las ayudas y los consuelos espirituales de una nueva dispensación: *«Si me voy, os lo enviaré»*. Con ese objeto, en efecto, se marcha.

(B) La presencia del Espíritu de Cristo en la Iglesia es tanto más deseable que su presencia corporal, como que nos es realmente conveniente que Él se marche. Su presencia corporal estaba limitada a un solo lugar, no podía estar en dos lugares al mismo tiempo; mientras que, por medio de su Espíritu, puede ahora estar *dondequiera estén dos o tres congregados en su nombre* (Mt. 18:20). La presencia corporal de Cristo puede atraer la atención de los ojos, pero el Espíritu Santo puede atraer el corazón de los hombres.

II. Que la venida del Espíritu Santo era absolutamente necesaria para llevar adelante la causa de Jesucristo en la tierra: «Y *cuando Él venga, redargüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio»* (v. 8). En estas frases vemos (así como en los vv. 9–11):

1. Con qué objeto es enviado el Espíritu Santo: Para *redargüir.* El Espíritu Santo, no sólo mediante la Palabra, sino también por medio de la conciencia, nos redarguye, nos deja *convictos.* Es éste un término legal, usado en los tribunales para dar a entender que el juez da por conclusa la evidencia de los hechos alegados y probados. En el presente contexto, nos da a entender que el Espíritu Santo silenciará

completamente a los adversarios de Cristo y del Evangelio. Esto sólo es aplicable al caso en que el mensaje de salvación es propuesto de forma clara, completa y persuasiva. De ahí la tremenda responsabilidad de los pecadores, pues no pueden contentarse con una exposición superficial de lo que es el pecado, la fe, el arrepentimiento y la obra de la cruz. La tarea de persuadir los corazones de los oyentes es competencia exclusiva del Espíritu Santo; los hombres pueden presentar el caso y la causa, pero sólo *el Señor puede abrir el corazón* (v. Hch. 16:14) por medio del Espíritu Santo. Al Espíritu Santo se le llama *Consolador* (v. 7), pero en el versículo 8 le vemos *redarguyendo.* Podría pensarse que ambas cosas son incompatibles, como si el Espíritu se limitara a aplicar un dulce consuelo; pero éste es el método que el Espíritu usa: al principio, convence; después, consuela; primero tiene que abrir la herida, para aplicar después la medicina.

2. Quiénes son los que deben ser redargüidos y convictos por obra del Espíritu Santo: *«El mundo»,* es decir, los mundanos, los seguidores del sistema diabólico, anticristiano, de los que el Señor habla a lo largo de estos capítulos 14, 15, 16 y 17. El Espíritu Santo va a presentar ante el mundo las más evidentes pruebas del Evangelio. Con ellas proveerá lo suficiente para silenciar las objeciones y prejuicios que el mundo abriga contra el mensaje del Evangelio. A muchas personas dejará convictas y sin excusa; a otras, de todos los lugares, épocas, razas, etc., dejará convencidas y salvas. Aun cuando este mundo es perverso y yace bajo el poder del Maligno, el Espíritu va a obrar eficazmente en él, para salvación de almas, honor de Jesucristo y gloria de nuestro Padre Celestial. La convicción íntima de los pecadores es el mayor consuelo de los fieles ministros de Dios.

3. De qué va a convencer el Espíritu Santo al mundo: *«de pecado, de justicia y de juicio»* (v. 8b); lo cual se detalla en los tres versículos siguientes:

(A) *«De pecado, por cuanto no creen en mí»* (v. 9). El Espíritu es enviado para convencer de pecado a los pecadores, no sólo a decirles que están en pecado; en la convicción hay mucho más que una mera noticia: hay un poder de persuasión que deja sin ninguna excusa a una persona. El Espíritu convence del hecho del pecado, de la culpabilidad del pecado, de la locura del pecado, de la mancha del pecado y, finalmente, del fruto del pecado, que es la muerte: *«Porque la paga del pecado es muerte»* (Ro. 6:23a), muerte eterna, opuesta a la vida eterna (3:15–16, comp. con Ro. 6:23b). Pero, especialmente, el Espíritu Santo redarguye del pecado de *incredulidad,* por cuanto éste es el pecado que atrae directamente sobre una persona la condenación eterna (v. 3:17–21, 36; 5:24, 40; 6:53; 8:21, 24; 9:41; 11:25–26; 12:47–48; 15:22; 1 Jn. 3:14; 5:9–12). Por eso, el Espíritu Santo convence especialmente del pecado de incredulidad, porque este pecado es:

(a) El gran pecado *reinante.* Había, y hay, un *mundo* de personas que no creen en Jesucristo y que, además, han perdido la sensibilidad de conciencia con respecto a ese pecado. No hay transgresores tan perdidos como aquellos que, cuando *Dios nos habla por medio de su Hijo* (He. 1:1–2), *desechan al que habla* (He. 12:25).

(b) El gran pecado *arruinante.* Todo pecado tiende a arruinar al pecador, pero la incredulidad acarrea una ruina total y definitiva, porque es un pecado que va directamente contra el remedio que nos salva de dicha ruina.

(c) El gran pecado *originante.* La incredulidad está en el fondo de cualquier otro pecado, pues en todo pecado hay una falta de fe en el carácter santo de Dios, en la fidelidad de Dios a su Palabra y en su poder omnímodo para llevarla a cabo. Notemos que, en la base misma de la primera desobediencia humana, hubo un pecado de incredulidad y desconfianza en Dios (v. Gn. 3:16). El Espíritu Santo convencerá, pues, al mundo de que la razón última por la que el pecado reina entre los mundanos es porque se niegan a creer en la obra del Señor Jesucristo.

(B) *«De justicia, por cuanto me voy al Padre y no me veréis más»* (v. 10). Esto sólo puede entenderse de la *justicia* personal del Señor Jesucristo. El mundo bien representado ahora en los judíos enemigos de Cristo, juzgaban *justo* y debido el que Cristo muriera (19:7: *«Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley DEBE MORIR»).* Pero lo contrario era precisamente la verdad. Jesús era por completo *justo* (v. Mt. 27:19, 24; Lc. 23:47; Hch. 3:14; 7:52; 22:14; 1 Jn. 2:1) y, por tanto, no merecía morir. El Espíritu Santo había de convencer al mundo de la justicia de Cristo, había de *vindicarle* (éste es el sentido de la frase *«justificado en el Espíritu»,* de 1 Ti. 3:16). ¿Qué argumento había de emplear el Espíritu Santo para convencer al mundo de la sinceridad y justicia de Jesucristo? La resurrección de Cristo y su ascensión a los cielos. Aunque iba a ser rechazado por el mundo, sería bien recibido arriba por el Padre. Mediante su acogida en el trono del cielo, Jesús iba a recibir del Padre el espaldarazo de caballero de la buena causa,

de la victoria contra el diablo, el mundo el pecado y la muerte. La venida del Espíritu Santo sería la señal manifiesta de que el Señor Jesucristo *«había sido exaltado por la diestra de Dios»* (Hch. 2:33). Ésta sería la evidencia más contundente de la justicia de Cristo. Ahora que estamos seguros de que Jesucristo está sentado a la diestra del Padre, estamos también seguros de que *«asimismo nos hizo sentar* (Dios) *en los lugares celestiales con Cristo Jesús»* (Ef. 2:6), puesto que, al ser Él nuestro sustituto en el Calvario, nosotros *fuimos hechos justicia de Dios en Él* (v. 2 Co. 5:21).

(C) *«Y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado»* (v. 11, comp. con 12:31). Al inducir a los judíos a condenar a muerte a Cristo, el diablo, el príncipe de este mundo, *«el cual engaña al mundo entero»* (Ap. 12:9, comp. con Ap. 20:8, 10), se juzgó y se condenó a sí mismo como *mentiroso y homicida* (v. 8:44), es decir, como el gran Engañador y el gran Destructor, con el nombre que Apocalipsis 9:11, le aplica tanto en hebreo como en griego para advertir y precaver al judío y al griego. Por la obra de Cristo en la cruz, el diablo fue desposeído de sus mal adquiridos derechos legales sobre las naciones de este mundo y sobre las almas de los seres humanos. Ahora, sólo el que así lo desea voluntariamente queda sometido al imperio de Satanás, que es el reino del pecado y de la muerte (v. Ro. 6:6–14). En cada alma que *pasa de muerte a vida* (5:24), *de las tinieblas a la luz admirable* del reino de Dios (v. 1 P. 2:9, comp. con Col. 1:13), Jesucristo obtiene una nueva victoria contra Satanás (v. Mt. 12:29; Lc. 11:21–22; Ef. 4:8). Con ese juicio y condenación del príncipe de este mundo se muestra que Cristo es más fuerte que el diablo (comp. con 1 Jn. 4:4). El juicio del mundo y de su príncipe mostrará que la venida de Cristo a este mundo tuvo por objeto poner en orden lo que el diablo había desordenado; *«para, por medio de la muerte, anular el poder al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo»* (He. 2:14b). Y todo marchará completamente bien cuando haya sido totalmente quebrantado el poder de quien tantos males atrajo sobre este mundo. Y, si de forma tan rotunda es vencido Satanás por Jesús, podemos estar seguros de que ningún otro poder podrá oponerse al poder del Señor.

III. Que la venida del Espíritu Santo será sumamente beneficiosa para los discípulos mismos. El Espíritu tiene una tarea que llevar a cabo, no sólo en los enemigos de Cristo, sino también, y especialmente, en sus siervos y ministros; por consiguiente, *les conviene que Él se vaya.* En efecto:

1. Ahora ellos son incapaces de aprender las lecciones que corresponden, por decirlo así, al curso superior del cristianismo: *«Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar»*. Era todavía demasiado «pesado» para los hombros de ellos (es el mismo verbo de 10:31) lo que el Espíritu Santo les había de enseñar después que el Señor fuese glorificado. En las palabras de Jesús podemos notar la ternura por la que se hacía cargo de las actuales debilidades de ellos. ¡Qué buen maestro es Jesús! Nadie se le puede comparar en abundancia de enseñanzas, pues en Él *«están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento»* (Col. 2:3). Y nadie como Él en compasión, pues querría haberles enseñado más cosas *«acerca del reino de Dios»* (Hch. 1:3), pero ellos no eran todavía capaces de entenderlas y, por tanto, les habría confundido y hecho tropezar, más bien que darles útiles conocimientos y satisfacción interior.

2. Pero les asegura que pronto contarán con la suficiente ayuda y asistencia: *«Pero cuando venga el Espíritu de la verdad …* todo irá bien» (vv. 13–15). En efecto, Él guiará a los Apóstoles y glorificará a Jesucristo.

(A) Guiará a los Apóstoles, a fin de que no yerren en el camino de la verdad: *«Él os guiará a toda la verdad»* (v. 13), como un experto piloto sabe llevar a buen puerto su navío. El verbo griego da a entender que irá todo el tiempo abriéndoles camino y guiándoles por él. Ser guiado a la verdad es algo más que conocer la verdad, pues indica la presencia de un guía interior con el que se tiene confianza plena y comunión personal íntima; también indica un descubrimiento gradual, progresivo, de la verdad que brilla más y más intensamente a nuestros ojos (comp. con 2 Co. 3:18). Pero, ¿cómo hace *«a toda la verdad»?* ¿Acaso nos enseñará también historia, matemáticas, geografía, etc.? No, sino que se refiere a toda verdad que dice referencia a la misión que le ha sido encomendada; a todo lo que nos es necesario y conveniente conocer para la salud eterna de nuestra alma. El Espíritu Santo iba a enseñar a los Apóstoles y a los escritores sagrados las verdades que ellos debían enseñar a otros. El Espíritu Santo no les iba a guiar a otra cosa que la *verdad.* Efectivamente:

(a) *«El Espíritu … os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo cuanto oiga»*, ni más ni menos que eso. Notemos la semejanza con 5:19, donde Jesús dice de sí mismo: *«No puede el Hijo hacer nada por su cuenta* (lit. *de sí mismo;* exactamente igual que aquí en

16:13), *sino lo que ve hacer al Padre».* La diferencia (v. el comentario a 5:19) está en que del Hijo se dice que *«ve»,* porque el Verbo procede del Padre por la vía del intelecto, al que compete «ver» mentalmente, mientras que el Espíritu santo procede por la vía del amor, que se aviene mejor con el «oír» (comp. con 20:16; Ro. 10:9–10, 17). El testimonio del Espíritu Santo (v. Ap. 19:10b) tanto en la Escritura misma como en la predicación de los Apóstoles es el cimiento donde descansa nuestra fe. El testimonio del Espíritu siempre concuerda con la Palabra de Dios, porque no habla de sí mismo, sino en perfecta concordancia y de común acuerdo con el Padre y el Hijo, con quienes le une la única naturaleza divina en que los tres subsisten (v. Mt. 28:19, *«en el nombre …»,* no «en los nombres»). Por consiguiente, el Espíritu ilumina y da calor únicamente a lo que es Palabra de Dios, y lo que no es Palabra de Dios tampoco puede pertenecer al campo de la verdad a la que el Espíritu guía; por lo cual, y esto es de extrema importancia, todo cuanto se pretenda decir o hacer bajo el pretexto de que lo ha comunicado el Espíritu Santo, pero no esté de acuerdo con la Palabra de Dios, ha de ser juzgado como una impía falsificación. Entre los hombres, cabe desacuerdo entre sus palabras y su espíritu, puesto que *nuestro corazón es engañoso más que todas las cosas, y perverso* (Jer. 17:9), pero la eterna Palabra de Dios y el Espíritu eterno (1:1; He. 9:14) nunca pueden estar en desacuerdo.

(b) *«El Espíritu … os anunciará* (lit.) *las cosas que habrán de venir.»* El Espíritu era en los Apóstoles un Espíritu de profecía. Esto era una satisfacción para la mente de ellos, y de gran utilidad para su conducta. No debemos tener envidia de ellos ni resentirnos de que el Espíritu no nos muestra en esta vida *las cosas que habrán de venir;* bástenos saber que el Espíritu nos muestra en la Escritura las cosas que habrán de venir en la otra vida, pues esto es lo que más interesa.

(B) Glorificará a Jesucristo (vv. 14–15). El envío mismo del Espíritu Santo fue ya una glorificación de Cristo, pues fue un gran honor para el Redentor el que el Espíritu fuese enviado en su nombre y para aplicar y llevar a ejecución en las personas lo que Jesús había realizado y obtenido en la cruz del Calvario. Todos los dones y gracias del Espíritu Santo, todos los mensajes orales y escritos de los Apóstoles, las lenguas, los milagros, etc., tenían por objeto glorificar a Jesucristo. El Espíritu glorificaba a Cristo al guiar a sus seguidores en todo *«conforme a la verdad que está en Jesús»* (Ef. 4:21). ¿De qué forma? Lo dice el Señor a continuación:

(a) *«Él me glorificará; porque tomará de lo mío* y *os lo hará saber»* (v. 14). El Espíritu hace que las verdades y las virtudes de Cristo sean proclamadas e imitadas, a fin de que resplandezcan más y más vivamente el poder, la sabiduría, el amor, la humildad, la ternura, la prudencia, la paciencia, la santidad sin tacha, de Jesucristo. Todo lo que el Espíritu nos enseña lo saca del tesoro de verdades y gracias de Jesús, de *los tesoros de sabiduría y de conocimiento* del Verbo Encarnado (v. Col. 2:2–3). Con ello se indica, en fin de cuentas, que el Espíritu Santo procede del Hijo, pues no podría tomar de Él la sabiduría si no tuviera común con Él la naturaleza en la que la sabiduría está como perfección divina. El Espíritu Santo no vino a fundar un nuevo reino ni a fundar una nueva empresa por su propia cuenta, sino a confirmar y establecer lo que Jesús había erigido.

(b) *«Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío y os lo hará saber»* (v. 15). Ni el Hijo podía hacer, sino lo que veía al Padre (5:19), ni el Espíritu podía decir, sino lo que oía al Padre y al Hijo (16:13). Pero el Padre *había puesto todas las cosas en las manos del Hijo* (3:35; 13:3); por lo que, al tomar del Hijo, el Espíritu Santo tomaba necesariamente también del Padre; y con toda razón, pues ambos son uno en esencia y perfecciones (10:30). *La gracia y la verdad,* equivalentes al binomio frecuente en el Antiguo Testamento de *misericordia y verdad, o misericordia y fidelidad, vinieron por medio de Jesucristo* (1:17); estaban en el Padre y fueron puestas en manos del Hijo. Ahora, *el Espíritu de la verdad* (15:26; 16:13), que es también *el Espíritu de gracia* (He. 10:29), aplica la gracia y la verdad del Padre y del Hijo a todos cuantos recibieron, reciben y recibirán al Salvador (1:12–13). Con razón deducen los teólogos de este versículo que el Espíritu Santo procede conjuntamente del Padre y del Hijo como de un único principio, puesto que si *el Espíritu procede del Padre* (15:26), y todo lo que tiene el Padre es también del Hijo, excepto, por supuesto, el ser Padre (ya que en eso se distinguen), es obvio que el Espíritu ha de proceder también del Hijo, ya que en esta relación hacia el Espíritu Santo no se distinguen el Padre y el Hijo, sino que la tienen en común.

Versículos 16–22

I. Vemos primero la forma en que Jesús insinuó el consuelo que tenía destinado para sus discípulos (v. 16). Les dice:

1. Que dentro de poco le perderían de vista: *«Todavía un poco, y no me veréis»*. Por consiguiente, si tenían alguna pregunta que hacerle, se tenían que dar prisa a exponérsela. Nos conviene grandemente estar siempre alerta a las oportunidades de gracia que el Señor nos otorga, para que nos demos prisa a aprovecharnos de ellas. Los discípulos perdieron de vista al Maestro cuando éste murió y fue sepultado. Lo más que puede hacer la muerte a nuestros hermanos en Cristo es quitarlos por un poco de nuestra vida, pero no de nuestro recuerdo ni de nuestro corazón. Después, cuando el Señor ascendió a los cielos, *«mientras los bendecía, se fue alejando de ellos e iba siendo llevado arriba al cielo»* (Lc. 24:51).

2. Que dentro de otro poco volverían a verle: «*Y de nuevo un poco, y me veréis*». Su despedida no era definitiva y final, puesto que volverían a verle: (A) Después de su resurrección, cuando *«se presentó vivo con muchas pruebas indubitables»* (Hch. 1:3). (B) Por medio de la efusión del Espíritu, diez días después de su ascensión a los cielos. La venida del Espíritu Santo fue una visita de Jesús a sus discípulos, una visita permanente, no transitoria. (C) En su segunda venida, al final de los tiempos.

3. Que había un motivo muy razonable para ausentarse ahora de la vista de ellos: *«Porque yo voy al Padre»*. A la vista de esta última frase, comparada con 14:19, la mayoría de los autores opinan que Cristo no se refería a la visita que haría a sus discípulos después de su resurrección, sino a su segunda venida, como puede verse por Hebreos 10:37, donde se usa una expresión similar: *«aún un poquito»*, en un contexto que habla claramente de la segunda venida del Señor. Sin embargo, quizá sea preferible la opinión de Alford, quien piensa que la frase tiene más de un sentido. Que Jesús parece referirse de algún modo al tiempo en que había de permanecer en la tumba, se deduce de todo el contexto posterior (vv. 20 y ss.), en el que se habla de tristeza y lamento, al ser así que la partida del Señor al cielo en el día de su ascensión, no llenó a los discípulos de tristeza, sino *«de gran gozo»* (Lc. 24:52). No estará de más advertir que la frase *«porque me voy al Padre»* de este versículo falta en la mayoría de MSS y códices griegos.

II. La perplejidad de los discípulos ante esas palabras de Jesús, pues no sabían qué podían significar. No es extraño, porque aun después de venido el Espíritu Santo, y a fines del siglo XX, todavía discuten los exegetas acerca de su significado: *«Entonces se dijeron algunos de sus discípulos unos a otros: ¿Qué es esto que nos dice ...?»* (v. 17a). Aunque Cristo se había expresado anteriormente de una forma semejante, todavía estaban en la oscuridad. Por aquí vemos:

1. La debilidad de los discípulos, al no poder entender unas frases tan claras (pero téngase en cuenta lo que hemos dicho en el punto anterior. Nota del traductor). Les había dicho con frecuencia que *habían de darle muerte, pero que resucitaría al tercer día.* Con todo, ellos están perplejos: *«No sabemos qué quiere decir»* (v. 18b. Lit. *«qué habla»*). La tristeza les llenaba el corazón (v. 6) y les incapacitaba para recibir palabras de consuelo. Las equivocaciones suelen causar pesar, y el pesar, a su vez, confirma las equivocaciones. La noción de un reinado temporal del Mesías, un reinado político, glorioso, inminente, estaba muy arraigada en ellos. Cuando un creyente, o toda una denominación cristiana, tiene prejuicios teológicos de cualquier signo y se empeña en que la Biblia esté de acuerdo con las falsas ideas que se han aprendido no es extraño que resulte difícil entender las Escrituras. En cambio, cuando nuestros razonamientos se rinden cautivos a la revelación divina (comp. con 2 Co. 10:5), el tema se hace fácil. Parece ser que lo que mayor perplejidad les causaba era ese *«un poco»*, como vemos por el versículo 18. No podían concebir que el Señor fuese a dejarles tan prontamente. También a nosotros nos resulta difícil muchas veces persuadirnos a nosotros mismos de que se acerca rápidamente algún cambio del que tenemos noticia cierta que ha de llegar y que puede llegar súbitamente.

2. La disposición en que estaban, no obstante de ser instruidos acerca de lo que no acertaban a adivinar. Quizá no se atrevían a mostrar al Maestro su ignorancia y preferían conferir y discutir unos con otros sobre el significado de las palabras del Maestro (vv. 17–18). Cuando, después de la oración y del estudio de la Palabra, no acertamos a entender algún pasaje, no hemos de tener vergüenza en pedir prestada a nuestros hermanos la luz que ellos pueden tener y con la que podemos mejorar nuestro entendimiento de las Escrituras. El mismo Apóstol Pablo, tan favorecido por las revelaciones divinas, después de exponer su opinión sobre cierto asunto, continúa diciendo: «*Y si en algo sentís de un modo diferente, también esto os lo revelará Dios*» (Fil. 3:15b).

III. La ulterior explicación que Cristo les da.

1. Véase primero *por qué* les dio esta explicación: porque *«conoció que querían preguntarle»* (v. 19). Hemos de llevar al Señor los nudos que no acertamos a desatar. No hemos de avergonzarnos en preguntarle cualquier cosa, pues, aun cuando a los hombres les parezcan a veces necias nuestras preguntas, el Señor nos conoce bien y no desprecia nuestra ignorancia, sino que tiene solamente en cuenta nuestra sinceridad. Vemos también que Cristo está presto a enseñar e instruir incluso a los que no se atreven a preguntarle. Los humildes, los que son conscientes de su ignorancia e insuficiencia, están en las mejores condiciones para aprender del Señor, pues sólo *el que cree que sabe algo*, es el que se cierra a sí mismo la puerta de un mayor conocimiento, pues *«aún no ha aprendido nada como se debe conocer»* (1 Co. 8:2). Nos parece oír aquí aquello del filósofo Sócrates: «Sólo sé que nada sé». El que sabe que no sabe es el más diligente en procurarse los medios de una mejor información, como insinúa el Señor: *«¿Indagáis entre vosotros acerca de esto?»* (v. 19). Como si dijese: «Si buscáis, hallaréis» (v. Mt. 7:7; Lc. 11:9, donde el presente de imperativo exhorta a una búsqueda perseverante, continua).

2. Véase también *cómo* les dio la explicación. Lo explica mediante los sentimientos de tristeza y gozo, ya que somos propensos a medir el valor de las cosas según el nivel en que nos afectan: *«De cierto, de cierto os digo* (nótese la solemnidad), *que vosotros lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo»* (v. 20). El gozo o la tristeza de los creyentes depende de si tienen o no una recta visión del Señor.

(A) Lo que aquí se dice, y en los versículos 21–22, acerca de la tristeza y del gozo de los discípulos, ha de entenderse primordialmente en base al estado anímico en que, a la sazón, se hallaban. El Señor les predice: *«Vosotros lloraréis y os lamentaréis …; vosotros os entristeceréis …».* Llorarían por Él porque le amaban; el sufrimiento de un buen amigo nos afecta como si lo sufriésemos también nosotros. También llorarían por sí mismos, al sentirse como huérfanos. Ya les había anunciado antes Jesús que habían de esperar tribulación en el mundo (v. 15:20), y volvería a repetirlo (16:33), a fin de que se aprestaran también a recibir el consuelo que Él les otorgaría. *«El mundo se alegrará.»* El mundo se alegra cuando parece que la causa de Cristo está en descrédito. Lo que apena a los santos, regocija a los impíos. Los que son extranjeros para Cristo son los que, a la muerte de Cristo, celebrarán su propio triunfo y pensarán que han acabado definitivamente con Él. No nos sorprenda ver algunos que triunfan cuando nosotros estamos temblando. No perdamos la esperanza, pues pronto se volverán las tornas: *«pero vuestra tristeza se convertirá en gozo»*. La tristeza del creyente sólo dura unos momentos. Los discípulos se alegrarán cuando vuelvan a ver al Señor. Su resurrección fue *vida de entre los muertos* no sólo para Él mismo, sino también para los discípulos, pues el duelo y el lamento por la muerte de Cristo se trocó en gozo indescriptible (v. 1 P. 1:18) e indestructible: *«como entristecidos, mas siempre gozosos»* (2 Co. 6:10). Ésta es una de las paradojas que Pablo describe en la porción citada: Un gozo en profundidad, en medio del oleaje que conturba.

(B) Pero todo esto tiene también aplicación a todos los fieles seguidores del Cordero, puesto que:

(a) La condición en que ahora se encuentran es, muchas veces, de duelo y de lamento. Quienes, al seguir a Cristo, van por la cruz a la luz, han de seguir la pauta del que fue *«varón de dolores y experimentado en quebranto»* (Is. 53:3). Los creyentes genuinos han de *llorar con los que lloran* (Ro. 12:15), y llorar por los que deberían llorar por sí mismos, pero no lo hacen, ya que van por el camino de la perdición.

(b) Mientras tanto, el mundo se viste de fiesta. Ciertamente, el jolgorio y los placeres no se deben contar entre las mejores cosas, porque, si así fuera, los mayores impíos no tendrían tanta parte en ellos, ni los favoritos del cielo tendrían tan poca parte en ellos.

(c) El duelo santo y espiritual se tornará pronto en eterno gozo. El lamento de los justos no sólo será seguido de gozo, sino que se tornará en gozo; es como si del mismo material que la tristeza nos proporciona, el Señor nos fabricase una fuente de consuelo y gozo; algo así como la conversión de agua en vino. Pero el Señor emplea, para ilustrar esto, una parábola mucho más expresiva:

Primero, tenemos la parábola misma: *«La mujer, cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre* (es decir, un ser humano) *en el mundo»* (v. 21). Aquí vemos el fruto de la sentencia pronunciada en Génesis 3:16: *«con dolor darás a luz los hijos»*. Este mundo es como un jardín en que las rosas están siempre rodeadas de espinas, espinas que son también fruto del pecado (Gn. 3:18). Pero, a pesar de todo, Dios torna las maldiciones en bendiciones: la aparente victoria de la serpiente se tornará en

derrota (Gn. 3:15). Y los dolores de parto darán lugar al nacimiento de un nuevo ser humano. Incluso la «nueva humanidad», que es en Cristo, el Postrer Adán, saldrá de la tierra con Él, como de una madre que ha sufrido los dolores de parto (v. Hch. 2:24, con la explicación al margen en la RV 1977. Nota del traductor). Nótese lo de «*su hora*», en Juan 16:21, comp. con 12:27, entre otros lugares. Todo nacimiento es un motivo de gozo para los padres de la criatura. Por muchos que sean los cuidados y las molestias que comporta el dar a luz y el criar a un niño o a una niña, es lo más natural alegrarse de su nacimiento. Este símil es muy apropiado para poner de relieve: (i) las aflicciones de los discípulos en el mundo; son ciertas y duras, pero no duran mucho y, además, están destinadas a producir gloriosos frutos de justicia (comp. con He. 12:11); (ii) su gozo después de estas aflicciones cuando *Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos* (Ap. 21:4). Cuando cosechen el fruto de todos sus servicios y aflicciones, los dolores y angustias de este mundo nunca jamás serán recordados; vista desde la feliz eternidad, esta vida nos parecerá un minúsculo puntito entre dos espacios infinitos.

Segundo, la aplicación que del símil hace Jesús: *«Tambien vosotros ahora tenéis tristeza, pero os volveré a ver»* (v. 22a). De nuevo les habla aquí de la tristeza, a la que había aludido en el versículo 6. El alejamiento de Cristo es siempre una fuente de tristeza para sus fieles seguidores. Cuando se pone el sol, el girasol inclina la cabeza porque no tiene a donde mirar. Pero, a continuación, y con mayor extensión que antes, les asegura que su tristeza se tornará en gozo. La causa de este gozo es que *el Maestro los volverá a ver.* Cristo regresará de buena gana para visitar a los que le esperan (comp. con He. 9:28b). Entre los hombres, quienes llegan a las cimas del poder suelen olvidarse de sus inferiores, incluso de aquellos que les ayudaron a subir; y aun a veces, le dan un puntapié a la escalera, a fin de que nadie suba tras de ellos. Pero Jesús no es así; cuando sea exaltado volverá a ver a los suyos y, con ello, retornará el gozo al corazón de ellos. Este gozo será *cordial: «se gozará vuestro corazón».* Cuando el gozo se aposenta en el corazón, no es un gozo cualquiera, sino algo muy sólido, pues está en el centro mismo de la personalidad; allí escondido, es secreto, dulce, seguro, difícil de quebrar. Este gozo es además *continuo y permanente: «Y nadie os quitará vuestro gozo».* Los hombres del mundo lo arrebatarían si pudieran, pero no prevalecerán. Hay quienes entienden esto como si se tratara del gozo eterno después de la resurrección de los justos, ya que nuestros gozos en este mundo están expuestos a ser robados por cientos de accidentes, mientras que los del cielo son incorruptibles e inmarcesibles. Pero, como se ve por el versículo siguiente, ha de entenderse del gozo espiritual de los que han nacido de arriba y están santificados por el Espíritu. No se les puede robar el gozo auténtico, porque *nadie les puede separar del amor de Cristo* y, por tanto, del *tesoro que tienen reservado en los cielos* (Mt. 6:20; 1 P. 1:4b).

Versículos 23–27

Ahora da Jesús respuesta a las preguntas que los discípulos habían hecho, ya que les promete que, cuando haya descendido el Espíritu Santo, no necesitarán preguntarle nada. No estará de más hacer notar que hay dos clases de preguntas: la pregunta del que inquiere, que es la pregunta del que no sabe, y la pregunta del que suplica, que es la pregunta del que no tiene. A ambas preguntas, la del ignorante y la del indigente, da aquí satisfacción el Señor.

I. En cuanto a las preguntas para saber más, Jesús les dice que no necesitarán preguntarle nada: *«En aquel día no me preguntaréis nada»* (v. 23a); no lo necesitarán. Es un «día» que dura ya cerca de dos mil años. En el informe que nos ha sido conservado por Lucas en el libro de *Hechos,* raras veces vemos a los Apóstoles o a los demás discípulos que hagan preguntas, ya que estaban constantemente bajo la guía del Espíritu Santo. Hacer preguntas supone que una persona se ha perdido o tiene que detenerse; pero vemos que los Apóstoles no se perdían ni se paraban, sino que se movían sin cesar y sin perder la dirección. La razón de esta seguridad la da Jesús en el versículo 25: *«Estas cosas os he hablado en alegorías; viene la hora en que ya no os hablaré por alegorías, sino que claramente os anunciaré acerca del Padre».* Así que no necesitarán hacerle más preguntas. En efecto:

1. Cristo les iba a conducir al conocimiento de lo más alto que hay en el Universo y en la inmensidad de un Dios al que ni los cielos ni la tierra pueden contener (v. 1 R. 8:27): *«claramente os anunciaré acerca del Padre».* Con esto, daba expresión el Señor al máximo favor que tenía reservado para sus discípulos. En el cielo contemplarán *la gloria del Padre en la lumbrera que es el Cordero* (Ap. 21:23; 22:5). Pero Cristo se refiere aquí al conocimiento que del Padre habrían de adquirir sus discípulos

mediante la enseñanza del Espíritu. Este conocimiento se echa de ver en lugares como Romanos 3:21–25; capítulos 5 y 8; Efesios 1:3–14; Filipenses 2:9–10; 1 Pedro 1:3–12; 1 Juan capítulo 3, etc.

2. De esto les había hablado antes por alegorías o símiles. Jesús había explicado sus parábolas a los discípulos en privado. (A) Al tener en cuenta la dureza de mente y la incapacidad de ellos para entender lo que les decía, bien podría decirse que les había hablado en proverbios, pues lo que les enseñaba era para ellos como un libro sellado con siete sellos (comp. con Ap. 5:1 y ss.). (B) Igualmente, al comparar lo que hasta entonces les había enseñado con lo que después les iba a declarar, bien se puede decir que hasta ahora, todo había sido proverbios. (C) Limitándonos a lo que les había dicho *acerca del Padre,* todo lo que les había dicho era sumamente oscuro, comparado con lo que en breve les iba a enseñar.

3. Dice que les anunciará *claramente* acerca del Padre. Cuando fue derramado el Espíritu Santo, los Apóstoles alcanzaron un conocimiento de las cosas divinas mucho más elevado que el que hasta entonces habían tenido. ¿Quién diría, por ejemplo, que las epístolas de Pedro estaban escritas por un humilde y tosco iletrado, pescador? Pero esta promesa había de cumplirse plenamente, para ellos y para todos los creyentes, en el cielo, pues aquí siempre vemos como por medio de un espejo de metal bruñido y borrosamente (v. 1 Co. 13:12).

II. En cuanto a las preguntas para tener más, les asegura que no pedirán en vano. Se da aquí por supuesto que todos los discípulos de Jesucristo han de dedicarse a la oración. Por medio de la oración, hemos de conseguir instrucción, dirección, fuerzas y fruto.

1. Tenemos aquí la promesa explícita, y de manera solemne, de que nos será concedido lo que pidamos (recuérdese lo dicho en el comentario a 15:16), como puede verse por la expresión que Cristo adelanta antes de la promesa misma: *«De cierto, de cierto os digo* (es como el toque del cetro; v. Est. 5:2), *que todo cuanto pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará»* (v. 23). ¿Para qué se quiere mayor garantía? La promesa es tan explícita como podría desearse. (A) Se nos enseña aquí cómo hay que buscar: *hay que pedir al Padre en el nombre de Jesús.* Pedir al Padre incluye un sentido de necesidad espiritual y un deseo de bendiciones divinas, convencidos de que sólo del Padre de las lumbreras pueden venirnos tales bendiciones (Stg. 1:17). Pedir en el nombre de Jesús implica un reconocimiento de nuestra propia indignidad y una entera dependencia en el valor de la obra de Jesucristo. (B) Se nos dice a continuación la presteza con que nos serán concedidas nuestras peticiones: *«os lo dará»;* sin duda, sin mengua, sin demora. ¿Qué más podemos desear? Cristo les ha prometido una gran iluminación por medio del Espíritu Santo, pero hay que orar para obtenerla. Y es menester perseverar en la oración. El disfrute pleno, sin fatiga, está reservado para el país de nuestro eterno reposo; pedir y recibir son las constantes de nuestra peregrinación por el desierto de la vida presente.

2. También hay aquí una exhortación a pedir. Los grandes personajes de este mundo son suficientemente benévolos si permiten que se les dirija alguna petición, pero Jesús nos exhorta a que le pidamos (v. 24).

(A) Al volver la mirada hacia atrás les hace notar que *hasta entonces, nada le habían pedido en su nombre.* De acuerdo con el método de oración que el Maestro les había enseñado (v. Mt. 6:9–13; Lc. 11:2–4), ellos se habían dirigido, en sus oraciones, a Dios, sin mencionar el nombre de Jesús. No es que el nombre de Jesús sirva como de fórmula «mágica» para obtener infaliblemente alguna petición, sino que significaba el interponer los méritos de Cristo en función de la obra redentora del Calvario. Ellos no habían comprendido aún el oficio de Jesús como único Mediador entre Dios y los hombres (v. 1 Ti. 2:5), aunque hay autores que opinan que, en realidad, no les era posible a los discípulos interponer el nombre de Jesús en sus oraciones mientras la obra del Calvario no se hubiera llevado a cabo. En este caso, las palabras de Jesús significarían simplemente la exposición de un hecho, no una especie de recriminación por algo que ellos deberían haber tenido en cuenta. Una cosa cierta hay: esta clase de oración en el nombre de Jesús es propia de la dispensación de la Iglesia; por eso, Jesús habla de ella en conexión con todas las enseñanzas sobre el Espíritu Santo el cual sería enviado después que el Señor fuese glorificado (7:39).

(B) Les exhorta ahora a que adopten esta fórmula para el futuro: *«Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo esté completo»*. Les anima a que pidan lo que necesitasen, que era precisamente lo que Él les había prometido; y les asegura que lo recibirán. Lo que se le pide a Dios con base en un principio de gracia, el Dios de toda gracia nos lo concederá, *para que nuestro gozo sea completo.* Lo cual implica: (a) el fruto de bendición de *la oración de la fe* (Stg. 5:15) que es *el gozo de la fe* (Fil. 1:25). Después de exhortar a los

fieles de Filipos a *regocijarse en el Señor siempre,* el Apóstol les dice, casi a renglón seguido: *«Por nada os inquietéis, sino que sean presentadas vuestras peticiones delante de Dios mediante oración y ruego con acción de gracias»* (Fil. 4:4, 6). Por aquí podemos ver cuán alto se eleva nuestro objetivo en la oración: no sólo hasta la paz, sino también hasta el gozo; (b) o, puesto de otro modo, el fruto de bendición de *la respuesta de paz: «Pedid, y recibiréis lo que colmará vuestro gozo»*.

3. Aquí tenemos, finalmente, las bases sobre las que pueden fundar su esperanza (vv. 26–27), y que el Apóstol Juan compendia de esta manera: *«Abogado tenemos para con el Padre»* (1 Jn. 2:1).

(A) Tenemos un abogado: «*Y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros»* (v. 26b). Habla como si ya no necesitasen otros favores o beneficios ya que Él va a conseguirles el don del Espíritu Santo que *intercederá dentro de ellos* (14:17; Ro. 8:26), por lo que no necesitarán más de la intercesión de Cristo por ellos en la tierra. Pero pronto veremos que Jesús hace por nosotros más de lo que dice.

(B) Nos las habemos con un Dios que es Padre: *«Pues el Padre mismo os ama»* (v. 27a). Los discípulos de Cristo son los hijos amados de Dios. Obsérvese el énfasis que el Maestro carga en la frase: *«El Padre mismo os ama»*. El Padre mismo, de cuyo favor no teníais ningún derecho a reclamar nada, y junto al cual necesitáis un abogado, Él mismo os ama ahora. ¿Por qué amaba ahora el Padre a los discípulos de Cristo: *«Porque vosotros me habéis amado y habéis creído que yo salí de Dios»* (v. 27b). Como si dijera: «Porque ahora sois de veras mis discípulos». Aquí vemos descrito el carácter de un discípulo de Cristo: tiene amor a Jesús, porque le cree venido de Dios. La fe en Cristo actúa mediante el amor hacia Él (v. Gá. 5:6); si creemos firmemente que es nuestro Salvador, no podremos menos de amarle como a nuestro máximo bienhechor. Notemos con qué respeto se expresa Cristo acerca del amor que le tienen sus discípulos; habla como si ese amor fuese la mejor recomendación para disfrutar del favor y del amor del Padre. ¡Qué privilegio tan grande tienen los fieles discípulos de Cristo, pues el Padre les ama, y eso es precisamente porque ellos aman a Jesús! ¡Y qué ánimos les daría esto para orar confiadamente! No tienen por qué temer el que sus oraciones hayan de esperar respuesta por largo tiempo, pues son escuchadas prontamente por un Padre que les ama. Esto nos previene también contra una noción dura, falsa, del carácter de Dios. Cuando se nos enseña a que en las oraciones apelemos al nombre de Jesús, a sus méritos y a su intercesión, no es como si hubiésemos de depender únicamente en la bondad y ternura de Jesucristo, ya que, en realidad, los méritos de Cristo se los debemos a la misericordia y amor del Padre al enviarlo al mundo y entregarlo a la muerte por nosotros (3:16). Abriguemos, pues, en nuestra mente y en nuestro corazón buenos y bíblicos pensamientos acerca de Dios. Los que aman a Cristo deben saber que Dios el Padre les ama a ellos.

Versículos 28–33

Dos son las cosas con las que Cristo consuela aquí a sus discípulos:

I. Con la seguridad de que, aunque deja el mundo, es para volver al Padre (vv. 28–32). Tenemos:

1. Una declaración, lisa y llana, de la misión que Cristo había recibido del Padre, y de su retorno a Él: *«Salí del Padre y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo y voy al Padre»* (v. 28). Esta es la conclusión de todo este tema.

(A) Los dos puntos incluidos en dicho versículo aparecen: (a) Condensados. Los compendios de las doctrinas cristianas son de gran utilidad para los principiantes; por eso, los principios establecidos en la Palabra de Dios, cuando se condensan y exponen con orden en los credos y catecismos, proveen la luz y el calor de los oráculos divinos con un poder semejante al de una lupa o de un espejo cóncavo que refleja concentrados los rayos del sol. (b) Comparados. Hay admirable armonía en las verdades divinas, pues se corroboran e ilustran las unas a las otras; así pasa con estas dos verdades de la venida de Cristo a este mundo y de su marcha al Padre. Cristo había encomiado la fe de sus discípulos al reconocer éstos que el Maestro había *salido de junto a Dios* (v. 27. Lit.), y de ahí saca la conclusión de que debía igualmente retornar al Padre. El mejoramiento de lo que ya conocemos y reconocemos nos ha de ayudar a entender lo que nos parece difícil y oscuro.

(B) Si, al hablar del Redentor, preguntamos *de dónde vino y adónde fue,* tenemos la respuesta de que: (a) *Salió del Padre, y* vino hasta nosotros a este mundo, al mundo de la humanidad caída. Aquí tenía Él la tarea que había de llevar a cabo (v. Lc. 19:10), y a ella se dedicó incansablemente. Dejó su trono celestial para venir a este planeta extraño; cambió su palacio por esta pobre posada. (b) Cuando terminó su labor

en este mundo, se marchó para volver al Padre. Pero todavía está espiritualmente presente en su Iglesia (Mt. 18:20), y lo estará hasta la consumación del siglo (Mt. 28:20).

2. La satisfacción de los discípulos con esta declaración (vv. 29–30): *«Le dijeron sus discípulos: He aquí que ahora hablas claramente».* Parece ser como si estas pocas palabras de Cristo les hubiesen hecho más bien que todo lo que les había dicho con anterioridad. En dos cosas mejoraron y avanzaron los discípulos con esa enseñanza de Jesús:

(A) En conocimiento: *«mira, ahora hablas claramente».* Las verdades divinas producen el mayor beneficio cuando son expuestas con toda claridad. Como Jesús nos habla claramente al corazón, tenemos motivos para regocijarnos grandemente en ello.

(B) En fe: *«Ahora sabemos …; por esto creemos …»* (v. 30). Vemos:

(a) Cuál era el punto doctrinal que creían: *«creemos que has salido de Dios»* (v. 30b). En el versículo 27, el Maestro mismo había declarado: *«habéis creído que yo salí de Dios».* Ellos confirman ahora la declaración de Jesús, como si dijesen: «Sí, Señor lo creemos».

(b) Cuál era el motivo de su fe: La omnisciencia de Jesús, de la que estaban seguros con la convicción que la fe presta (v. 2 Co. 5:1). Esto le señalaba como a Maestro enviado de Dios, y más que profeta, puesto que sabía todas las cosas: *«Sabemos que sabes* (lit.) *todas las cosas».* Quienes mejor conocen a Cristo son los que le conocen por propia experiencia personal; los que pueden decir del poder de Cristo: *«para lo cual también trabajo fatigosamente según la energía de Él, que actúa en mí con poder»* (Col. 1:29, lit.), y del amor de Cristo pueden decir: *«me amó y se entregó a sí mismo por mí»* (Gá. 2:20b). Esta experiencia confirmó aquí la fe de los discípulos, pues añadieron: «*y no necesitas que nadie te pregunte»;* con lo cual se expresa la singular aptitud de Cristo para enseñar, puesto que sus instrucciones son tan claras que no dejan lugar para que se le importune con preguntas y objeciones. Además el mejor de los maestros humanos sólo puede responder a lo que se le diga, pero Jesús puede responder hasta a lo que se piensa.

3. El tierno reproche que, al llegar aquí, dirige Cristo a sus discípulos (vv. 31–32). Al observar el aire de triunfo que se transparentaba en las declaraciones de ellos, les dice: *«¿Ahora creéis?* ¡Ay! Todavía no conocéis vuestra debilidad. *He aquí la hora viene, y ha venido ya* (es decir, está al alcance de la mano; v. 5:25), *en que seréis esparcidos cada uno por su lado y me dejaréis solo»* (vv. 31–32). En estas palabras de Jesús, podemos ver:

(A) Una pregunta destinada a hacerles reflexionar: *«¿Ahora creéis?»,* la cual puede entenderse de dos maneras: (a) «Si ahora, ¿por qué no antes?» Los que, después de mucha enseñanza, se sienten persuadidos a creer, tienen razón para avergonzarse de haber tardado tanto en creer. (b) «Si ahora, por qué no siempre?» Como si dijera: «Cuando llegue la hora de la prueba, ¿dónde estará entonces vuestra fe?»

(B) Una predicción de la caída cercana de ellos. Dentro de poco todos ellos le iban a abandonar; esto se había de cumplir aquella misma noche: se dispersaron *cada uno por su lado* (comp. con Is. 53:6), como gente que huye a la desbandada, y busca cada uno salvar el pellejo del modo más rápido sin que nadie se interponga en su camino. Y, al dispersarse, le iban a *dejar solo,* abandonado al encono de sus enemigos. Deberían haber estado como testigos a su favor en el proceso que le iban a formar ante los tribunales, pero *se avergonzaron de sus cadenas* (contraste con 2 Ti. 1:16), al no desear participar en los padecimientos de Él. Lo peor que le puede acaecer a una buena causa no es la persecución de sus enemigos, sino la deserción de sus amigos, con lo que muchos de los discípulos «profesantes» no son hallados fiables, pues no se atreven a ser «confesantes». Si alguna vez hallamos que nuestros amigos nos dejan solos en horas de prueba recordemos lo que le sucedió al Señor. Lo grandioso es que, a pesar de que Cristo sabía que sus discípulos le iban a abandonar en el momento más crítico, todavía siguió tratándoles con toda ternura. Nosotros nos sentimos tentados a pensar y a decir: «Si hubiese conocido de antemano su ingratitud, no le habría prestado ningún favor». Cristo no obró así, sino que, aunque conocía que le iban a desamparar, continuó tratándoles amablemente. Al preguntarles: *«¿Ahora creéis?»,* Jesús viene a hacerles caer en la cuenta de que no deben pensar altamente de sí mismos, sino tener santo temor. Incluso cuando estamos disfrutando de los mayores consuelos y gracias del Señor, es bueno que se nos recuerden los peligros que surgen de nuestras propias corrupciones interiores. Cuando nuestra fe se siente fuerte, ferviente nuestro amor y claras nuestras evidencias, no por eso podemos concluir que *«será el día de mañana como éste»* (Is. 56:12). Cuanto más convencidos nos hallamos de pisar terreno firme, tanto más hemos de temer que podamos caer (v. 1 Co. 10:12). Vemos que Jesús habla como de algo que está muy

cercano: *«la hora viene, y ha venido ya»* en la que los discípulos estarán tan avergonzados de Él como están en este momento enamorados de Él.

(C) Una seguridad de que, a pesar de esa deserción de los suyos, Jesús no estaba completamente solo: *«mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo»* (v. 32b). Aunque esto tiene aplicación a todos los genuinos creyentes, tiene singular aplicación al Señor Jesús, en quien la naturaleza divina y la humana subsistían en la persona única del Verbo de Dios. Es en la Cruz donde habría de ocurrir aquella espantosa ruptura de comunión entre el Padre y Jesús, pero, aun entonces, le llamaría al Padre *«mi Dios»* y, poco después, encomendaría su espíritu en manos del Padre. Con esta compañía del Padre, se había consolado siempre Jesús (v. 8:29). Incluso el desamparo que Jesús sufrió por parte del Padre en la Cruz, ha sido la fuente de innumerables consuelos para los cristianos de todos los tiempos; cuando nos sentimos solos, podemos estar seguros de que no estamos realmente solos, pues Dios está siempre *por* nosotros (Ro. 8:31), *con* nosotros (Mt. 1:23) y *en* nosotros (Jn. 14:17). Y si escogemos deliberadamente la soledad, como Natanael bajo la higuera o como Pedro en la azotea, meditando y orando, nuestro Padre está con nosotros. Los que conversan con Dios en la soledad, nunca están menos solos que cuando están solos. Un buen Dios y un corazón sincero hacen siempre y en todas partes muy buena compañía. Y cuando la soledad nos cause aflicción, recordemos que no estamos tan solos como pensamos: *el Padre está con nosotros.* Y mientras esté con nosotros su presencia favorable, podemos ser dichosos, aun cuando el mundo entero nos abandone.

II. Con la promesa de la paz que ellos han de disfrutar a causa de la victoria de Jesús sobre el mundo, cualesquiera sean las aflicciones que en el mundo hayan de tener: *«Estas cosas os he hablado para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis aflicción; pero tened ánimo, yo he vencido al mundo»* (v. 33). Notemos:

1. El objetivo al que Cristo aspiraba: *«Para que tengáis paz en mí»*. La ida de Jesús al Padre era para bien de los discípulos. Es voluntad de Cristo que los suyos disfruten de paz interior, sean cuales sean las aflicciones que sufran de parte del exterior. La paz de Cristo es la única paz verdadera (v. el comentario a 14:27). Por medio de Él tenemos *paz con Dios* (Ro. 5:1) y por eso, en Él tenemos paz en nuestra conciencia también. La palabra de las Escrituras está destinada igualmente a llevar consuelo y paz a los corazones (Sal. 119:165; Ro. 15:4).

2. El trato que les había de dar el mundo. A los discípulos de Cristo siempre les ha caído en suerte padecer más o menos tribulación en este mundo (v. 2 Ti. 2:3; 3:12; 4:5, etc.). Los mundanos ven con malos ojos a los fieles seguidores de Cristo, porque la conducta santa de éstos es un reproche vivo para el mundo (v. 1 P. 4:4). Pero también interviene en esto la disciplina del Señor, a fin de que den más fruto (v. 15:2; He. 12:6–11). Así que, de parte del mundo sufren porque son buenos; y de parte de Dios, para que sean mejores. Así que, les dice: *«En el mundo tendréis aflicción»*. Todas las palabras que, en griego, latín, castellano, inglés, etc., llevan esa raíz *trib*, sinónima de *flig y thlib*, indican aprieto, pisoteo, zarandeo, etc. Si se recuerda que así es como se separa el trigo de la paja, para ser almacenado en el granero del Padre de familia (Mt. 13:20), el «trillo» de la aflicción no turbará nuestra paz, pues sabemos que tiene por fin limpiarnos de toda escoria e impureza *«para que participemos de la santidad de Dios»* (He. 12:10).

3. Los ánimos que Cristo les da: *«pero tened ánimo»*. Como si dijese: «Que eso no os deprima, que no os desaliente, como hacen los padres que no saben educar a sus hijos (v. Col. 3:21), sino *solamente esforzaos y sed muy valientes, para cuidar de hacer conforme a mi mandamiento* (Jos. 1:7); *no temáis a los que matan el cuerpo* (Mt. 10:28; Lc. 12:4); *temed a Dios* (1 P. 2:17)». En medio de las tribulaciones de este mundo, es el deber y el privilegio de los creyentes (v. Fil. 1:29b) estar de buen ánimo. Dice Pablo: *«nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia»* (comp. con Ro. 8:17–18; 2 Co. 4:17; He. 12:11; 1 P. 5:10).

4. El fundamento de este ánimo que Cristo les da: «*Yo he vencido al mundo»*. La victoria de Cristo es el triunfo del cristiano (comp. con Ro. 8:37; 1 Jn. 4:4; 5:4; Ap. 12:11). Cuando va a enviar sus discípulos a predicar el Evangelio por todo el mundo les anima con estas palabras: *«tened buen ánimo, yo he vencido al mundo»*. Él mismo triunfó de la maldad del mundo sometiéndose a los malos tratos que le infligieron, *«soportó la cruz, menospreciando el oprobio»* (He. 12:2); triunfó igualmente de las atracciones que el diablo y el mundo le quisieron presentar; las menospreció y rechazó para seguir el destino que el Padre había designado para Él. Jamás hubo un conquistador que tan rotundamente venciera al mundo, y su ejemplo debe animarnos en todo momento. Si Cristo ha vencido al mundo delante de nuestra vista, hemos

de considerar al mundo, y al diablo que lo gobierna como un enemigo vencido. Él es el capitán de nuestra salvación, así como el autor y distribuidor de ella, conforme al denso sentido del vocablo griego *arkhegós* (Hch. 5–31; He. 2:10). Por medio de su cruz, *el mundo está crucificado para nosotros, y nosotros para el mundo* (Gá. 6:14), lo cual habla de una victoria completa. Puesto que Cristo derrotó completamente al diablo y al mundo (Ef. 4:8; Col. 2:15), los creyentes no tienen que hacer otra cosa que *«estar firmes» y «resistir»,* con armas defensivas, dentro del terreno de victoria que Cristo nos ha conquistado, y del que nada ni nadie nos puede arrojar (v. Ef. 6:10–18), pues *«en todas estas cosas triunfamos enteramente* (lit.) *por medio de aquel que nos amó»* (Ro. 8:37).

CAPÍTULO 17

Este capítulo contiene lo que se llama «la gran oración sacerdotal de Jesús», y viene a ser como «el Lugar Santísimo» del Evangelio de Juan. Después de una breve introducción, en la que se nos describen las circunstancias exteriores, comienza la oración propiamente dicha, y que puede dividirse en dos partes: 1) oración por sí mismo (vv. 1–5); 2) oración por los suyos (vv. 6 y ss.). En cuanto a esta segunda parte, la opinión corriente es que, en los versículos 6–19, Jesús ora por los once Apóstoles allí presentes; en los versículos 20–26, por todos los que habían de creer por la predicación de los Apóstoles. Sin embargo, hay autores (nota del traductor) que opinan, basados en razones teológicas y textuales, que el versículo 20 constituye una especie de paréntesis, y que tanto el contexto anterior (vv. 6–19) como el posterior (vv. 21–26) se refieren solamente a los Apóstoles.

Versículos 1–5

I. Las circunstancias de esta oración (v. 1). Ninguna de las oraciones de Jesús es referida con tantos detalles como ésta.

1. El tiempo en que dijo esta oración: Después que *habló estas cosas,* es decir, las que se refieren en los capítulos anteriores, desde el 13 en adelante. Notemos que fue:

(A) Una oración después de un sermón; después de hablar de Dios a sus discípulos, ahora Jesús habla en favor de sus discípulos a Dios. Siempre que predicamos a otras personas, debemos orar por esas personas. La Palabra predicada debe ser rociada con oración, puesto que *es Dios quien da el crecimiento* (1 Co. 3:6, 7).

(B) Una oración después del sacramento (u ordenanza). Cerró Jesús la solemnidad de la Cena del Señor con esta oración, para que Dios imprimiera en la mente y en el corazón de los discípulos lo que éstos habían visto, oído y hecho con Jesús en aquella ocasión. (C) Una oración en familia. Los discípulos de Cristo eran su familia espiritual y, para sentar un buen ejemplo delante de los cabezas de familia, bendijo a los miembros de su casa y oró por ellos y con ellos.

(D) Una oración de despedida. Siempre que tengamos que separarnos de nuestros amigos, es muy conveniente que lo hagamos con una oración (v. Hch. 20:36).

(E) Una oración que sirvió de prefacio a su sacrificio, que estaba ahora a punto de ofrecer en esta tierra. Cristo oró en estos momentos como sacerdote al ofrecer el sacrificio en virtud del cual obtienen eficacia todas las oraciones de los suyos (comp. con Ap. 8:3–4).

(F) Una oración que era como un modelo de lo que es su actual intercesión dentro del velo, donde *vive siempre para interceder por nosotros* (He. 7:25).

2. La expresión exterior del ferviente deseo que le animaba al pronunciar esta oración: *y levantando los ojos al cielo …».* Con este gesto aprobaba y santificaba la postura de los que así se dirigen a *nuestro Padre que está en los cielos* con lo que se simboliza el altísimo trono de gloria desde el que Dios gobierna y controla el Universo, aun cuando sabemos que Dios está en todas partes (v. 1 R. 8:27). Desde la antigüedad se usó la frase latina *«Sursum corda»* = «arriba los corazones», como una llamada a la oración, en la que elevamos el corazón a Dios.

II. La primera parte de la oración, en la que Cristo ora por sí mismo, aunque no de un modo egoísta.

1. Ora a Dios como a su Padre: *«levantando los ojos al cielo, dijo: Padre».* Si Dios es nuestro Padre, tenemos plena libertad de acceso a Él (He. 4:16), y podemos esperar de Él grandes cosas. Jesús le llama, en el decurso de esta oración, *«Padre santo»* (v. 11) y *«Padre justo»* (v. 25). Mucho nos servirá en nuestras oraciones dirigirle a Dios los epítetos que denotan las perfecciones que son el apoyo de nuestra esperanza en la oración.

2. Ora por sí mismo en primer lugar. Aunque en cuanto Dios, hay que orar a Jesucristo; en cuanto hombre, Él tenía también que orar. Tenía que pedir lo que debía obtener. ¿Y esperaremos nosotros recibir lo que nunca hemos merecido, antes bien lo hemos desmerecido, a menos que lo solicitemos en oración? Esta oración de Jesús da mucho ánimo a todos los que oran. Hubo un tiempo en que el que ahora es Abogado a nuestro favor, presentó al Padre una causa por la que pedir para sí mismo, y lo hizo en la misma forma que nos prescribió a nosotros que lo hiciésemos: *«con ruegos y súplicas»* (He. 5:7). Cristo comenzó orando por sí mismo antes de orar por sus discípulos, no por egoísmo, sino porque de este modo aseguraría la eficacia de la oración por los suyos. Notemos también que la oración que Cristo elevó al Padre por sí fue mucho más breve que la que hizo en favor de los discípulos. Nuestras oraciones por la iglesia no deben ser relegadas a un rincón dentro de nuestras plegarias. Dos son las peticiones que Cristo hace por sí mismo, pero las dos pueden reducirse a una. La petición de *«glorifícame»* ocurre dos veces aquí porque tiene doble referencia: una, a lo que todavía estaba por cumplir: *«Glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti»* (v. 1); otra, a lo que ya había cumplido hasta el presente: *«glorifícame tú»* (v. 5), puesto que «*yo te he glorificado en la tierra»* (v. 4). Como si dijera: «Yo he dado cima a lo que estaba de mi parte. Ahora, Padre, haz lo que te compete a ti». Vemos, pues, que:

(A) Cristo ora aquí por su *gloria,* pero a fin de que ello redunde en *gloria de Dios: «Glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti»* (v. 1). Observemos:

(a) Por qué cosa ora: Que Él sea glorificado en este mundo. El Padre glorificó al Hijo en este mundo; le glorificó incluso en medio de sus padecimientos, por medio de las señales y los portentos que los acompañaron y siguieron. No sólo le justificó, sino que le glorificó: Cuando Jesús fue crucificado fue exaltado (3:14; 8:28; 12:32–33), fue glorificado; fue en la Cruz donde Cristo triunfó de Satanás y de la muerte; sus espinas eran punzantes, pero, al fin y al cabo, eran una corona. Pero, sobre todo, el Padre glorificó a su Hijo al *resucitarlo de entre los muertos.*

(b) Qué apelación interpone para corroborar su petición:

Primero, apela a su relación íntima con Dios: *Glorifica a tu Hijo.* Quienes han recibido la adopción de hijos pueden orar con fe por la herencia de hijos: *«a los que justificó, a éstos también glorificó»* (Ro. 8:30).

Segundo, apela a la sazón actual: *«Padre, ha llegado la hora».* Con frecuencia había dicho Jesús que no había llegado todavía su hora, pero ahora había llegado, y Él lo sabía. En 12:27, la llama *«esta hora»;* aquí: *«la hora».* La hora de la muerte del Redentor que era también la hora del nacimiento de los redimidos, fue la hora más importante y señalada; sin duda, la hora crucial desde que Dios le dio cuerda al reloj del tiempo. Por eso equivale a: (i) *«ha llegado la hora* en medio de la cual debo ser reconocido», la batalla decisiva entre el cielo y el infierno se iba a librar ahora; *«glorifica a tu Hijo»,* ahora que va a hacer de su cruz su carro de triunfo. (ii) *«Ha llegado la hora* en que *he de ser glorificado».* Cuando los buenos creyentes se hallan en una hora de prueba, en particular en la hora de la muerte, deben orar así: *«La hora es llegada, Padre,* está tú conmigo, ahora o nunca; ahora cuando *este tabernáculo se deshace* (2 Co. 5:1), *ha llegado la hora en que he de ser glorificado.*

Tercero, apela al interés mismo del Padre: *«Para que también tu Hijo te glorifique a ti».* Iba a glorificar al Padre de dos maneras: (i) Por *la muerte en la cruz;* como si dijera: «Reconóceme como a Hijo tuyo en medio de mis padecimientos, para que por ellos te de honor a ti». (ii) Por *el mensaje de la cruz,* que dentro de poco había de ser proclamado en el mundo entero. Si Dios no hubiera glorificado a Cristo crucificado, *resucitándole de entre los muertos,* la empresa misma por la que había venido a este mundo habría terminado en el fracaso y en la bancarrota; por eso, dice: *«glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti».* ¡Qué hermosa lección nos da aquí Jesús, pues nos enseña cuál ha de ser el objetivo primordial de nuestras oraciones: la gloria de Dios! Así que, cuando oremos por algo nuestro, hemos de decir: «Padre, haz esto o lo otro por tu siervo, a fin de que también tu siervo te de gloria a ti. Dame salud, para que por ella te pueda glorificar en mi cuerpo; dame prosperidad en mi oficio, a fin de que con ella pueda glorificarte al poner mi dinero al servicio de tu obra, etc». *«Santificado sea tu nombre»* ha de ser siempre nuestra primera petición, y la que marque la pauta y objetivo de todas las

demás peticiones, *«para que en todo sea Dios glorificado mediante Jesucristo»* (1 P. 4:11). Él nos ha enseñado lo que hemos de esperar en respuesta a nuestras oraciones, porque, si hemos resuelto con toda sinceridad glorificar en todo a nuestro Padre, Él nos dará siempre la gracia suficiente y las oportunidades convenientes. Pero, si en lo más secreto de nuestro corazón, buscamos nuestra gloria más bien que la suya, atraeremos sobre nosotros vergüenza más bien que gloria.

Cuarto, apela a la comisión que había recibido del Padre (vv. 2–3); desea glorificar al Padre, en conformidad a la comisión que había recibido de Él. Aquí es donde se echa de ver especialmente el poder del Mediador. Notemos:

(i) El origen de su poder: *«le has dado potestad»;* la obtuvo de Dios, al que *toda potestad pertenece.* El rey de Israel y cabeza de la Iglesia no es un usurpador, como lo es el príncipe de este mundo; el derecho de Cristo a gobernar es irrecusable.

(ii) La extensión de su poder: *«sobre toda carne»;* es decir, sobre todos y cada uno de los seres humanos (comp. con Gn. 6:12). Al ser el único Mediador entre Dios y los hombres, apela a la *potestad que ha recibido sobre toda carne.* Era esta humanidad la que necesitaba ser salvada de la condenación y de esta raza humana. Dios le había dado un remanente para ser salvo (v. 9, comp. con 6:37, 39, 44) *y* el resto, los enemigos de la Cruz, para *ser puestos por estrado de sus* pies (He. 10:13). Esta humanidad estaba toda corrompida y caída. Si la humanidad no hubiese sido *«carne»* en este sentido, no habría tenido necesidad de un Redentor. Sobre esta raza pecadora tiene Jesús todo poder; sobre ella *le ha sido dada autoridad de ejecutar juicio* (5:27). Quien no se someta a su gobierno, tendrá que apartarse de Él al Infierno (Mt. 25:41).

(iii) El elevado designio de este poder: *«Para que de vida eterna a todos los que le has dado».* Aquí vemos una vez más, al Padre que hace al Hijo este regalo de los elegidos, dándoselos como la corona y la recompensa de la empresa que lleva entre manos. Y aquí vemos también al Hijo que toma a pechos asegurar la dicha eterna de los que le han sido dados para que Él, a su vez, les *de a ellos vida eterna.* Tiene vidas y coronas que dar; vidas que son inmortales, coronas que son inmarcesibles. Consideremos, pues, cuán grande es el Señor Jesús, y cuán lleno de gracia para los suyos; los santifica en este mundo y les da la vida espiritual, que es vida eterna en embrión, pues la gracia en un alma es el comienzo del cielo en esa alma; Él los glorificará plenamente en el otro mundo pues su bienaventuranza será completa cuando vuelvan a verle, cuando Él se manifieste (Col. 3:4; 1 Jn. 3:2). *Hemos sido llamados a su reino y gloria* (1 Ts. 2:12), y *nos hizo renacer … para una herencia incorruptible* (1 P. 1:3–4). Lo que es último en la ejecución, fue primero en la intención: *la vida eterna.* El dominio que Cristo ejerce sobre los hijos de los hombres tiene por objeto la salvación de los hijos de los hombres. Así, la administración de ambos reinos, el de la providencia y el de la gracia, es puesta en las mismas manos (v. 13:3), para que *todas las cosas cooperen juntamente para bien de los que aman a Dios* (Ro. 8:28).

Quinto, explica en qué consiste esta vida eterna, que es el gran objetivo de su venida a este mundo: «*Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado*» (v. 3). Vemos:

(i) El grandioso destino que la religión cristiana pone delante de nosotros: la vida eterna. Esto es lo que Cristo vino a revelarnos y por lo que vino a dar la vida a fin de procurárnoslo. Por medio del Evangelio, *«sacó a luz la vida y la inmortalidad»* (2 Ti. 1:10).

(ii) El medio seguro para obtener ese bendito destino, que es el correcto conocimiento experimental, personal, de Dios y de Jesucristo. La afirmación de Jesús en ese versículo 3 puede tomarse en dos sentidos: 1) La vida eterna consiste en el conocimiento de Dios y de Jesucristo. 2) La vida eterna se manifiesta en el conocimiento de Dios y de Jesucristo, ya que este conocimiento es el fundamento para disfrutar de una vida que es participación de la misma vida de Dios (v. 2 P. 1:4). No cabe duda de que este segundo sentido es el correcto, puesto que el versículo no pretende dar una *definición* de la vida eterna. En efecto, el conocimiento de Dios y de Cristo nos conduce a la vida eterna, por cuanto la religión cristiana nos muestra el camino hacia el cielo: 1) dirigiéndonos hacia Dios, pues Cristo murió para *llevarnos a Dios* (v. He. 2:10). Los arrianos y los unitarios de todos los tiempos hallan aquí un argumento contra la divinidad de Cristo, pues Él mismo dice al Padre: *«para que te conozcan a ti, el único Dios verdadero».* Esto está en línea perfecta con Deuteronomio 6:4. Pero ello no puede echar por tierra lo que el mismo Señor Jesucristo había dicho en 10:30: «*Yo y el Padre somos uno*». Es de notar que Cristo no dice: *a ti la única persona que es el Dios verdadero,* sino: *«a ti, el único Dios verdadero»,* lo cual no excluye que *también* el Hijo y el Espíritu Santo sean el Dios verdadero. 2) Dirigiéndonos hacia Jesucristo,

pues Él es el Enviado del Padre, el único camino hacia el Padre (14:6), el único Mediador entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5). Esta es la razón principal por la que Jesús contradistingue entre el Padre, el único Dios verdadero, y Él mismo, ya que aquí aparece, no como Dios, sino como el Mediador, Jesucristo-Hombre. Si la humanidad hubiera permanecido en la inocencia original, el conocimiento de Dios habría bastado para proporcionarle la vida eterna; pero, al haber caído, necesita algo más: necesitamos creer en Jesucristo como en nuestro Redentor. Creer en Jesús es vida eterna, pues Él ha venido a darnos esta vida en abundancia (10:10). Quienes tienen comunión con Dios en Cristo, se hallan ya en los suburbios de la Jerusalén celestial.

(B) A continuación, Jesús ora y pide ser glorificado, en atención a la gloria que ya ha dado al Padre hasta este momento (vv. 4–5). El sentido de la petición anterior era: «Glorifícame en este mundo». El sentido de esta otra es: «Glorifícame en el otro mundo». Notemos:

(a) Con qué consuelo vuelve Jesús la vista a los pasados años de su vida en este mundo: «*Yo te he glorificado en la tierra, he llevado a término la obra que me diste a realizar*» (v. 4). Se complace en recordar el servicio que ha prestado al Padre. Esto nos ha sido conservado aquí para honor de Cristo, que su vida en esta tierra dio cumplimiento pleno al destino que le había traído a este mundo. Aquí vemos: *Primero: Que nuestro Señor Jesús tenía que llevar a cabo una obra que se le había encomendado. El Padre se la dio; lo «selló»* (6:27) *para ella y le asistió mientras la llevaba a cabo. Segundo,* que llevó a feliz término la obra que se le había confiado. En unas pocas horas, le habrá dado el toque final a esta obra, cuando diga desde la cruz: *«Consumado está»* (19:30). *Tercero,* que con esta obra había glorificado al Padre. Para gloria de Dios había consumado su obra, y en el feliz término de esta obra se fundaba la gloria misma del Redentor. Aquí queda esta referencia para *ejemplo nuestro, para que sigamos sus pisadas* (1 P. 2:21), pues Él es *el autor y el consumador de nuestra fe* (He. 12:2). Nosotros, pues, hemos de aplicarnos con toda diligencia a llevar a cabo la obra que Dios nos ha encomendado y buscar en todo la mayor gloria de Dios. Así hemos de perseverar hasta el fin de nuestros días; no debemos sentarnos a descansar mientras no la cumplamos. ¿Cómo estaremos de brazos cruzados, cuando nuestro Salvador no paró hasta llevar a término la obra que el Padre le había encomendado? Pero ese mismo feliz término que el Señor dio a su obra ha de animarnos siempre a confiar en Él, porque si ha dado *pleno cumplimiento* a la obra que se le dio para que la realizase, es entonces un *Salvador completo,* que no dejó su labor a medias, sino que *«estamos completos en Él»* (Col. 2:10), *«porque con una sola ofrenda ha hecho perfectos para siempre a los que son santificados»* (He. 10:14); no que ya seamos perfectos interiormente (v. Fil. 3:12), sino que Él ha hecho provisión perfecta para todo el curso de nuestra santificación, desde la justificación inicial hasta la glorificación final.

(b) Con qué confianza espera *«el gozo puesto delante de sí»* (He. 12:2), pues dice: *«Ahora, pues, Padre, glorifícame tú»* (v. 5). Donde vemos:

Primero, lo que pide: *«Glorifícame tú»,* como lo había pedido antes (v. 1). Aunque el Padre se lo había prometido, Él lo pide no obstante, porque las promesas no están destinadas a sustituir a las oraciones, sino a estimularlas, y ser guía de nuestros deseos y fundamento de nuestras esperanzas.

Segundo, qué clase de gloria pide; no es una gloria en solitario, sino en compañía del Padre; no sólo dice: *«glorifícame tú»,* sino que añade: *«al lado tuyo».* Las oraciones que suben desde este mundo inferior atraen *gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo* en perfecta conjunción (v. Ro. 1:7; 1 Co. 1:3; 2 Co. 1:2; Gá. 1:3; Ef. 1:2; Fil. 1:2; Col. 1:2; 1 Ts. 1:1; 2 Ts. 1:2; 1 Ti. 1:2; 2 Ti. 1:2; Tit. 1:4; en estas tres últimas con la añadidura de *«misericordia»).* Así vemos cómo el Padre glorificó a Jesús *al lado suyo.* Además, es una gloria duradera, eterna: *«con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo existiese».* Es cierto que, al ser Cristo en cuanto Dios uno con el Padre (10:30), la gloria eterna del Padre, aun prescindiendo de la obra de la creación y de la redención era común al Padre y al Hijo, pero el pensamiento que Cristo quiere recalcar aquí es más bien el de la gloria que estaba en los planes divinos desde toda la eternidad, y que según esos mismos planes, había de ser obtenida mediante la obra de la Redención en el Calvario (v. 12:28). No es que Dios necesitase de nosotros para obtener esa gloria, pero la obtuvo por medio de nuestra redención. Como ha escrito E. Kevan: «No es que el hombre fuese digno de ser salvado por Dios, pero era digno de Dios salvar al hombre». En su estado de humillación, el Verbo se había despojado de esta gloria que le pertenecía como a Dios (v. Fil. 2:6–7), *manifestándose en carne* (1 Ti. 3:16; 1 Jn. 4:2), no en gloria. Pero, en su estado de exaltación, reasumió la gloria de la que se había despojado (Fil. 2:9–11). Observemos que Cristo no pide ser glorificado con los reyes y príncipes de este mundo, no; el que conocía los dos mundos, el de aquí abajo, y el de allá arriba, escogió la gloria del

mundo más elevado, en comparación de la cual la gloria de este mundo no es más que humo y vanidad. *«Haya, pues, en nosotros los mismos sentimientos que hubo también en Cristo Jesús»* (Fil. 2:5), y digámosle a Dios: *«Padre, glorifícame tú al lado tuyo»*.

Tercero, qué apelación interpuso al orar así al Padre: «*Yo te he glorificado»* (v. 4); *«así, pues, ahora, Padre, glorifícame tú»* (v. 5). Hay una equidad en esta apelación, una proporción admirable porque si *Dios había sido glorificado en Él, era lógico que Él fuese glorificado en Dios.* Si el Padre había alcanzado tanta gloria en la humillación del Hijo, estaba muy puesto en razón que el Hijo no saliera perdedor en esa transacción, sino que fuese glorificado también por aquello en que el Padre había sido glorificado. Además esto estaba de acuerdo con el pacto de la Redención, puesto que fue *«por el gozo puesto delante de Él»* por lo que Jesús *«soportó la cruz»* (He. 12:2). Puesto que Él ha llevado a término la obra que el Padre le dio a realizar, espera con toda razón que sea también llevada a término su exaltación. Por lo mismo que glorificó a Cristo, fue glorificado el Padre y, si nosotros glorificamos a Dios por la obra que Cristo llevó a cabo en el Calvario, demostramos que estamos satisfechos con aquello mismo con que Dios quedó satisfecho. Así se nos enseña, finalmente, que sólo aquellos que han glorificado a Dios por medio de una vida santa en la tierra, serán glorificados por Dios cuando ya no estén más en este mundo.

Versículos 6–10

Después de orar por sí mismo en la forma que hemos comentado en los versículos anteriores, Jesús pasa ahora a orar por los suyos. Veamos:

I. Por quiénes no oró: *«No ruego por el mundo»* (v. 9). No excluye aquí al mundo de la humanidad en general, pues en el versículo 21 ora *«para que el mundo crea que tú me enviaste»,* sino por el mundo de la maldad satánica, antievangélica y anticristiana. Si tomamos el «mundo» como si fuera un montón de trigo sin aventar, recién trillado en la era, Dios lo ama, Cristo ora por Él y muere por Él, puesto que hay *bendición en medio de Él.* Pero si tomamos el «mundo» por la paja que queda después de aventar la mies y separar el trigo de la paja, en tal caso Jesús no ora por eso, sin excluirles de las bendiciones comunes a todos (v. Mt. 5:45; Hch. 14:17), Jesús no tiene para ellos el mismo deseo que para los suyos, en favor de quienes eleva esta oración; por eso, no dice: «ruego contra el mundo», sino: *«no ruego por el mundo»* (v. una diferencia semejante en 1 Jn. 5:16b, donde no hallamos: «yo digo que no se pida», sino: «*yo no digo que se pida»).* Nosotros, al no saber quiénes son escogidos y quiénes no lo son, debemos *orar por todos los hombres* (1 Ti. 2:1, 4). Mientras hay vida, hay esperanza y, por tanto, lugar para entrar en nuestras oraciones.

II. Por quiénes oró: Por los que *«le habían sido dados»,* es decir, por los que habían recibido, o habían de recibir, su palabra y poner fe en ella (v. He. 4:2). En primer lugar, por los que estaban presentes (vv. 6, 8); en segundo lugar, también *« por los que habían de creer en Él por la palabra de ellos»* (v. 20). Hendriksen hace notar que el mismo Jesús que hacía pocos momentos al dirigirse a los discípulos, había puesto de relieve la debilidad de la fe de ellos (16:31, 32), al dirigirse ahora al Padre, no hace ninguna mención de tal imperfección.

III. Qué instancias alega al orar por ellos. Cinco son las que aquí aparecen:

1. El encargo que había recibido concerniente a ellos: *«Tuyos eran y me los diste»* (v. 6); de nuevo, en el versículo 9: «*Yo ruego por … los que me diste, porque tuyos son».* Como ya hemos repetido, esto tenía una aplicación muy especial a los discípulos allí presentes, puesto que ellos le habían sido dados por el Padre a fin de que fuesen los primeros predicadores del Evangelio, y sobre ellos fuese plantada la Iglesia (Ef. 2:20–21). Cuando lo dejaron todo para seguir a Jesús, se pudo vislumbrar la secreta fuente de tan extraña resolución; pero todavía se vio mejor cuando le dejaron después a Él en el huerto de Getsemaní, por miedo a verse involucrados en los padecimientos de Él; *«le habían sido dados a Él»;* de no ser así, nunca se habrían dado ellos a sí mismos. El apostolado y el ministerio, que son regalo de Cristo a su Iglesia (v. Ef. 4:11), fueron primero el regalo del Padre a Jesús. Cristo recibió estos dones a favor de los hombres, para poder darlos también a los hombres (comp. He. 5:1 con Ef. 4:8). Esto carga con una tremenda obligación a los ministros del Evangelio, pues deben dedicarse por completo al servicio de

Cristo ya que *han sido dados a Él* pero tiene aplicación a todos los creyentes, porque también de ellos se dice que han sido dados a Jesucristo (v. 6:37, 39).

(A) El Padre tenía autoridad para darlos: *«Tuyos eran»* (v. 6); *«tuyos son»* (v. 9). Son del Padre por tres motivos: (a) Por derecho de *creación;* el ser entero de todos ellos había sido creado por Dios.

(b) Por derecho de *redención;* eran criminales, y el ser entero de ellos había sido entregado al diablo; pero constituían un remanente de la humanidad perdida, que había sido entregada a Cristo para que los redimiera, y hacer así que quienes podían haber sido sacrificados a la justicia de Dios, llegasen a ser monumentos de su misericordia. (c) Por derecho de *elección;* habían sido escogidos y puestos aparte por Dios. En esto insiste en el versículo siguiente: *«Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado proceden de ti»* (v. 7). Como si dijera: «Proceden enteramente de ti; tú me los has dado y, por eso, yo ahora te los devuelvo redimidos para que sean tuyos enteramente, para tu servicio y gloria».

(B) El Padre los dio al Hijo como ovejas al pastor para que los guardara; como pacientes al médico para que los curara; y como niños al maestro para que los educara. Fueron entregados a Cristo a fin de que la elección de ellos, por gracia, no quedara frustrada; para que *ninguno de ellos,* ni uno siquiera, *se perdiese* (v. 11); para que la empresa que Cristo llevaba entre manos no fracasara: *«Verá el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho»* (Is. 53:11).

2. El cuidado y la solicitud que había tenido con ellos para enseñarles: *«he manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste»* (v. 6); *porque les he dado las palabras que me diste»* (v. 8). Obsérvese aquí el elevado designio de las enseñanzas de Cristo que era manifestar el nombre de Dios, declarar el verdadero carácter de Dios, a fin de que fuese más amado y mejor adorado. Esta fue una tarea que Cristo desempeñó con toda fidelidad, como puede verse por la identidad de su doctrina, con las instrucciones que había recibido del Padre (3:34; 5:19; 7:15, etc.). En esto fue un buen modelo para los ministros de Dios, quienes, al poner el mensaje del Evangelio en palabras, han de ser diligentes en trasladar fielmente a los oyentes las palabras que el Espíritu Santo enseña; no deben buscar su propia gloria, sino imitar a Jesús, quien no se buscó a sí mismo, sino que todo su afán fue manifestar el nombre de Dios y hacer que su Padre fuese engrandecido. Manifestar con toda precisión, claridad y exactitud el nombre de Dios a los hijos de los hombres es prerrogativa exclusiva de Cristo, porque sólo Él tenía con el Padre una comunión tan íntima como para poder descubrirnos plenamente los secretos de Dios (15:15); además, al ser hombre perfecto y al haber sido tentado en todo conforme a nuestra semejanza, pero sin pecado (He. 4:15), está en óptimas condiciones para tener acceso al espíritu del hombre y comprenderle bien. Los ministros de Cristo han de proclamar el nombre del Señor, pero sólo Jesucristo puede manifestarlo. Los ministros pueden comunicarnos las palabras de Dios, pero sólo Cristo puede ponerlas dentro de nosotros. Tarde o temprano, Jesucristo manifestará el nombre de Dios a todos los que le han sido dados.

3. El buen efecto que en los elegidos produjo el cuidado diligente que Cristo había ejercitado con ellos: *«Han guardado tu palabra»* (v. 6); *«han conocido que todas las cosas que me has dado proceden de ti»* (v. 7); *«les he dado las palabras que me diste; y ellos las recibieron y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste»* (v. 8). Vemos, pues:

(A) Qué éxito tuvo la doctrina de Cristo entre *los que le fueron dados:* Recibieron las palabras que Cristo les dio como el suelo recibe la semilla y como la tierra se bebe la lluvia. Y estas palabras les fueron *implantadas,* puesto que *las guardaron* y conformaron a ellas su vida, pues el mandamiento de Cristo sólo es guardado cuando es obedecido. Era menester, en efecto, que los discípulos guardasen bien las palabras de Cristo, pues habían de transmitirlas a todas las épocas y a todos los lugares del mundo. Por eso mismo *las recibieron y las conocieron,* las entendieron perfectamente, «*todas las cosas*» (vv. 7–8). Todos los oficios y poderes de Cristo, todos los dones del Espíritu, todas las gracias y consuelos, procedían de Dios, destinadas por su beneplácito y selladas con su gracia para su gloria en la salvación del hombre. Podemos, pues, aventurar el destino de nuestra alma en las manos del Mediador que es Jesucristo-Hombre. Si la justicia ha sido designada por Dios, seremos justificados; y si la gracia es dispensada por Cristo seremos santificados. Y ellos, al recibir las palabras de Cristo y guardarlas han puesto sobre ellas el sello de confirmación: *Han conocido verdaderamente que salí de ti»* (v. 8). Por aquí vemos en qué consiste el *creer;* es conocer con seguridad la verdad revelada y compenetrarse cordialmente con ella. Para conocer con seguridad no es menester conocer con evidencia, ya que *andamos por fe,* que es lo más seguro, *no por vista,* que es lo más claro (2 Co. 5:7). ¿Qué es lo que tenemos que creer? Que *Jesucristo salió de Dios y fue enviado por el Padre.* Por consiguiente, todas las enseñanzas de

Cristo han de ser recibidas como verdades divinas, y todas sus promesas han de ser creídas como divinas seguridades.

(B) Cómo habla Jesucristo aquí de todo ello: Como de algo en lo que se complace. La firmeza con que los discípulos se adherían a Él, el progreso que hacían en su escuela y el conocimiento que al final habían alcanzado de Él, constituían su gozo. Cristo es un Maestro que se deleita en el progreso de sus alumnos. Acepta la sinceridad de la fe de ellos, sin tener en cuenta la debilidad de esa fe. Habla también como quien apela en favor de ellos ante su Padre, pues está orando por *los que el Padre le ha dado;* y apela también a la devoción de ellos, pues ellos se han dado también a sí mismos a Él. Quienes guardan la palabra de Cristo y creen en Él, no necesitan otra recomendación más que la suya, pues Él es quien los encomienda en las manos del Padre.

4. Apela también al interés que el Padre mismo tiene en ellos: *«Yo ruego por ellos … por los que me diste; porque tuyos son, y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío»* (vv. 9–10, comp. con 16:15). Donde vemos:

(A) La apelación a favor de los discípulos: *«Tuyos son».* El hecho de que el Padre los entregara a Cristo, lejos de enajenarlos de la propiedad del Padre, era precisamente para que fueran más del Padre, pues *Cristo nos redimió,* no sólo para sí, sino *para Dios.* ¡Qué buena apelación es la que Cristo hace aquí al decir: *«Tuyos son»!* Nosotros podemos hacerla nuestra y decirle a Dios: *¡«Tuyo soy, sálvame!» o,* mejor, con Teresa de Avila:

«Vuestra soy, pues me criastes, vuestra, pues me redimistes, vuestra, pues que me sufristes, vuestra, pues que me llamastes, vuestra, pues que me esperastes, vuestra, pues no me perdí. *¿Qué mandáis hacer de mí?»*

Pero no sólo hemos de pedir por nosotros, sino también por otros, diciéndole a nuestro Padre: *«Ellos son tu pueblo; tuyos son.* ¿No los preservarás, para que no sean derribados por el diablo y por el mundo? Puesto que son tuyos, ¡reconócelos por tuyos!»

(B) El fundamento en que se basa esta apelación de Jesús: *«Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío»* (v. 10). Esto muestra, una vez más, que el Padre y el Hijo son uno en esencia y en interés. Lo que pertenece al Padre como a Creador, le pertenece a Jesús también: *«Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre»* (Mt. 11:27). Nada se exceptúa sino: *«Aquel que sometió a Él todas las cosas»* (1 Co. 15:27b). Y todo lo que Cristo tiene como Redentor está destinado a la gloria del Padre. Todos los frutos de la redención, comprados por la sangre de Jesús, son *«para alabanza de la gloria de su gracia»* (Ef. 1:6). Por eso, añade: *«Todo lo mío es tuyo».* El Hijo no reconoce por suyo a ninguno que no esté dedicado al servicio de su Padre. En un sentido más limitado, todo creyente puede decir: *«Todo lo tuyo es mío»* (comp. con 1 Co. 3:22). Y, en un sentido ilimitado, todo verdadero creyente ha de decir: «Señor *todo lo mío es tuyo;* todo lo pongo a tus pies, a tu servicio. ¡Cuida de ello, Señor, porque *todo es tuyo!»*

5. Finalmente apela a la preocupación que tiene por ellos: *«He sido glorificado en ellos»* (v. 10b). El poco honor que el Señor tenía en este mundo, lo tenía entre sus discípulos, por eso ruega por ellos de un modo especial. Todavía había de ser más glorificado en ellos en el futuro, cuando marchasen por todo el mundo proclamando el mensaje del Evangelio. Así que viene a decir al Padre: *«Yo he sido, soy y seré, glorificado en ellos;* por lo tanto, me preocupo de ellos y te los encomiendo a ti, Padre, que has tomado a tu cargo glorificar a tu Hijo y que, por ello, cuidarás como a la niña de tus ojos aquellos en quienes yo *he sido glorificado».*

Versículos 11–16

Después de las apelaciones que interpone a favor de sus discípulos, Jesús pasa a exponer al Padre sus particulares peticiones a favor de ellos. Todas ellas se refieren a *«bendiciones espirituales, en cosas celestiales»* (comp. con Ef. 1:3), pues la verdadera prosperidad es la prosperidad del espíritu. Dichas bendiciones son las más apropiadas para el presente caso y estado de ellos. La intercesión de Cristo es siempre pertinente. Nuestro *abogado con el Padre* (1 Jn. 2:1) está bien enterado de cada detalle de cada una de nuestras necesidades. Se alarga ampliamente en sus peticiones, para enseñarnos a ser fervientes e importunos en la oración, luchar como Jacob (Gn. 32:24 y ss.) y decirle a Dios: *«No te dejaré, si no me bendices».* La primera petición que Jesús hace por sus discípulos es para que el Padre los preserve. Preservar supone que hay peligro; este peligro les había de venir del mundo; por eso ruega al Padre que los guarde *del mal (o del Maligno)* que hay en el mundo (v. 15). Notemos:

I. La petición misma, que viene a ser: *«Guárdalos del mundo».* Ahora bien, hay dos maneras de ser guardado del mundo:

1. Ser sacados físicamente del mundo. No es esto lo que Jesús pide para ellos: *«No ruego que los quites del mundo»* (v. 15a). Es decir:

(A) «No pido que te los lleves por medio de la muerte.» Si el mundo los va a tratar tan mal, el mejor modo de preservarlos sería proveer carros y caballos de fuego para llevárselos cuanto antes al Cielo. Pero Cristo no oró así por sus discípulos. Comoquiera que había venido a conquistar y derrotar toda clase de intemperancia, incluida la impaciencia por las contrariedades de la vida, dejó bien claro que hemos de estar dispuestos a cargar con nuestra cruz, no a pisotearla. Como alguien ha escrito, «las espinas duelen menos si se besan que si se pisan». Además, tenían que llevar a cabo su obra en el mundo; así que no podían ser sacados, sin más, del mundo. Por compasión hacia este mundo tenebroso, Cristo no quería retirar de él estos *luminares* (v. Fil. 2:15), especialmente a causa de los que habían de creer en Él por la palabra de ellos (v. 20). Aunque todos, cada uno en su orden, hayan de morir como mártires, no lo será mientras no hayan acabado su testimonio. No es cosa de desear el que los buenos sean arrebatados de este mundo, aunque para ellos sea *«muchísimo mejor»* (Fil. 1:23). Es cierto que Jesús ama a sus discípulos y desea verles en el cielo, pero no se los lleva inmediatamente, sino que los deja aquí por algún tiempo, no sólo para beneficio del mundo, sino también para que ellos mismos maduren para la eternidad.

(B) «No pido que sean exentos de los problemas que este mundo presenta, ni que sean retirados de los aprietos y terrores que en él se hallan.» Como dice Calvino: «No que, libres de todo apuro, se pongan a sestear con gran comodidad, sino que, con la ayuda de Dios, sean preservados en los casos de peligro». No que sean resguardados de todo conflicto con el mundo, sino que no sean sobrepujados por él. Más honor acarrea al soldado de Cristo vencer al mundo por fe (v. 1 Jn. 5:4), que retirarse de él por medio de los votos monásticos; y más honor aporta a Cristo el que le sirve en una ciudad que el que le sirve en una celda.

2. Guardándolos de la corrupción que hay en el mundo (vv. 11, 15). Aquí tenemos como tres ramas de esta petición:

(A) *«Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre»* (v. 11. Mejor: *«Padre santo guárdalos en tu nombre que me has dado»).* Cristo estaba a punto de dejarles; por eso, los encomienda aquí a la custodia del Padre. Es un inefable consuelo para todos los creyentes el que Cristo mismo los haya encomendado al cuidado de Dios. ¿Cómo no van a estar a salvo aquellos a quienes protege el Dios omnipotente, y que han sido puestos en sus manos por el Hijo de su amor? A esta oración se debe la maravillosa preservación del ministerio del Evangelio y de la Iglesia misma en el mundo hasta el día de hoy. Los pone bajo la protección divina, la cual es constante, pues necesitamos el poder de Dios, no sólo para ponernos en estado de gracia, sino también para conservarnos en él. Los títulos que da a Aquel a quien ora, y a los discípulos por quienes ora, refuerzan la petición. Aquí se dirige a Dios llamándole *«Padre santo».* Al ser santo y odiar el pecado, Él hará que sean santos los suyos, los guardará del pecado y hará que ellos aborrezcan el pecado y lo teman como al mayor mal, único mal verdadero. Al ser Padre, pondrá interés y cuidado en sus hijos. ¿Quién, si no, habría de ponerlo? Y de ellos habla como de quienes *le han sido dados* por el Padre (según una de las posibles lecturas. Nota del traductor). Esto nos enseña que lo que recibimos como regalo de nuestro Padre, bien podemos ponerlo bajo el cuidado de nuestro Padre.

(B) *«Guárdalos en tu nombre»;* es decir, «guárdalos con tu poder, tu sabiduría y tu amor, las perfecciones que mejor dan a conocer tu carácter divino, sin par». Bien pueden confiar los que piden algo con miras al honor de Dios, más bien que con la vista puesta en sus propios intereses particulares. «Guárdalos en el conocimiento y santo temor de tu nombre; guárdalos en la profesión y el servicio de tu nombre, les cueste lo que les cueste.»

(C) *«Guárdalos del mal»* (v. 15. O «del *Maligno»).* Anteriormente les había enseñado a orar: *«Líbranos del mal»* (o *«del Malo»*. Mt. 6:13; Lc. 11:4). Y esto mismo decía ahora, para enseñarles a seguir orando de este modo. «Guárdalos del Maligno; guárdalos de Satanás tentador para que no vacile la fe de ellos; guárdalos de Satanás destructor; guárdalos de lo malo, esto es, del pecado; guárdalos para que no cometan pecado; guárdalos del mal que hay en el mundo; presérvalos en medio de la aflicción que en el mundo tendrán, de forma que permanezcan libres de su aguijón. No que sean preservados de la aflicción, sino guardados a través de ella.

II. Las razones con que guarnece estas demandas, y que son cinco:

1. Apela al cuidado que de ellos ha tenido hasta el presente: *«Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre»* (v. 12). Todos habían estado a salvo y ninguno de ellos se echaba en falta, excepto el hijo de perdición, para que se cumpliera la Escritura.

(A) Cristo había desempeñado fielmente el oficio de guardar a los elegidos: *Cuando estaba con ellos en el mundo, los guardaba,* y el cuidado que tuvo con ellos no fue en vano. Muchos de los que le habían seguido por algún tiempo, se ofendieron con una cosa u otra y se volvieron atrás; pero guardó a los Doce de forma que no se marchasen. Al estar con ellos visiblemente los guardó de una manera visible; pero al marcharse de ellos, debían ser guardados de una forma más espiritual. Los consuelos y las ayudas, a veces son dados, a veces son quitados; pero, aun en el caso en que nos son retirados, no por eso nos quedamos perdidos y sin consuelo. Lo que Cristo dice aquí tiene aplicación a todos los hijos de Dios mientras se hallan en este mundo; Cristo los guarda en nombre de Dios. Son débiles y no pueden sostenerse a sí mismos. Pero a los ojos de Dios son muy valiosos y dignos de ser guardados, pues son su tesoro, sus joyas. Su salvación está reservada pues para ella son ellos guardados (v. 1 P. 1:5). Los justos son preservados para los días de felicidad; están al cargo del Señor Jesús; Él los guarda, porque Él puso su vida, como buen pastor para salvación de sus ovejas.

(B) La cuenta consoladora que da de su administración: *«Ninguno de ellos se perdió»*. Jesucristo salvará con toda certeza a todos los que le han sido dados; ellos pueden a veces creerse perdidos y es posible que casi lo estén (es decir, en inminente peligro); pero es voluntad del Padre que Cristo no pierda a ninguno, y a ninguno perderá.

(C) La fatídica marca puesta sobre Judas, por la que no estaba entre los que Jesús había tomado a su cargo para guardarlos. Estaba en medio de ellos, pero no era de ellos (comp. con 1 Jn. 2:19). Pero la apostasía de Judas no era achacable al Maestro ni al resto de los discípulos, sino que era *«hijo de perdición»* no por haber nacido perdido de manera especial, sino por haber escogido deliberadamente el camino de la perdición, tornándose tan obstinado que parecía ya identificado con ella. Al estar, así, abocado a la perdición, no era de los que el Padre había dado a Jesús para que los guardase. ¡Cosa horrible es, en verdad, que uno de los Apóstoles resultase ser *el hijo de perdición!* No hay lugar, ni denominación ni iglesia que pueda asegurar de la ruina a una persona, a no ser que su corazón sea recto a los ojos de Dios. La Escritura se cumplió, el pecado de Judas fue previsto y predicho, y como consecuencia segura, de cierto se había de cumplir el hecho predicho, aunque la predicción no fuese en sí misma la causa del pecado.

2. Apela a que ahora está a punto de tener que dejarlos: *«Guárdalos en tu nombre* (porque «*yo voy a ti»), para que sean una misma cosa, así como nosotros»* (v. 11). Véase:

(A) Con qué placer habla de su propia partida. Se expresa acerca de ella con aire de triunfo y exultación, con referencia al mundo que deja, lo mismo que al mundo al que se dirige: *«Y ya no estoy en el mundo»*. Tan cerca ve su partida, que se ve como si ya estuviera fuera de este mundo. Quienes tenemos nuestra ciudadanía en los cielos habríamos de tener gozo en sentirnos ya como fuera de este mundo. En efecto, ¿qué hay en él que pueda atraer nuestro corazón? «Y yo voy *a ti»*. Salir de este mundo es sólo la mitad del consuelo para un Cristo que muere, y para un cristiano que muere; la mejor mitad está en el pensamiento de ir al Padre. Quienes aman a Dios no pueden menos de gozarse con el pensamiento de llegarse a Él, aun cuando sea a través del valle de sombras de muerte. *Es estar presente con el Señor* (2 Co. 5:8), como los niños que son llevados de la escuela a casa del padre.

(B) Con qué ternura habla de los que deja en este mundo: *«mas éstos están en el mundo … Padre santo, guárdalos;* ellos necesitarán mi presencia, haz que tengan la tuya. Necesitan ser guardados ahora más que nunca, y se perderán si tú no los guardas». Cuando nuestro Señor estaba a punto de marchar al cielo se llevaba consigo una gran preocupación por *los suyos que están en el mundo.* Cuando ellos le habrán perdido de vista, Él no los perderá de vista, y menos aún de su mente y de su corazón. Para dar a entender la gran necesidad que los discípulos tienen de ser preservados, Jesús sólo ha menester de decir: *«éstos están en el mundo»* pues con ello da a entender que se hallan en zona de peligro, aun cuando ya están destinados al cielo.

(C) El gran objetivo de toda su oración sacerdotal, el cual se detalla en los versículos 21 y ss., se expresa aquí como un avance de lo que dirá después: *«Para que sean una misma cosa así como nosotros»*. A fin de que el testimonio de los discípulos sea efectivo ha de ser unánime, sin diferencias ni fisuras, como un bloque de granito ante la oposición del mundo. De la misma manera que el Padre y el

Hijo son una misma cosa (10:30) en el testimonio que dan del mensaje de Jesús (8:16), porque lo son también en su naturaleza, así también los Apóstoles han de presentar un testimonio conjunto, proveniente de un mismo corazón y de una sola alma (comp. con Hch. 4:32).

3. Apela a la satisfacción que ellos sentirán al saberse a salvo y a la satisfacción que Él mismo tendrá al verlos a salvo: *«Hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo completo en sí mismos»* (v. 13).

(A) Jesucristo deseaba ardientemente que sus discípulos estuvieran llenos de gozo, puesto que es su voluntad que se regocijen siempre (v. Fil. 4:4). Cuando ellos pensaban que su gozo en Él había llegado a su fin, era precisamente el tiempo en que ese gozo iba a alcanzar cotas mucho más altas que antes, de forma que se sintieran llenos de regocijo (v. Lc. 24:52). Aquí se nos enseña a encontrar nuestro gozo en Jesús. Cristo es el gozo del cristiano, su gozo supremo. El regocijo que el mundo puede aportar se marchita al compás del paso de las cosas mundanas; pero el regocijo en Cristo es perpetuo como lo es Él. El Apóstol nos urge a mantener este gozo con todo ahínco y diligencia (Fil. 3:1; 4:4). Juan escribe su primera epístola con el objetivo concreto de que *«nuestro gozo sea completo»* (1 Jn. 1:4). Quizá no haya faceta de nuestra vida cristiana en la que la Escritura insista tanto. Éste fue también el objetivo de la primera proclamación del mensaje del Evangelio a cargo de los ángeles que anunciaron el nacimiento del Salvador: *«Dejad de temer, porque he aquí que os traigo buenas noticias* (lit. *os evangelizo) de gran gozo, que lo será para todo el pueblo; que os ha nacido hoy en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo el Señor»* (Lc. 2:10–11).

(B) Para que los discípulos disfruten de este gozo, y lo disfruten completamente, los encomienda solemnemente al cuidado y a la custodia del Padre: *«Pero ahora voy a ti, y hablo esto en el mundo»* (v. 13). Al decir esto *en el mundo*, después de haber dicho: *«ya no estoy en el mundo»* (v. 11), da a entender que será de mayor ánimo y satisfacción para ellos el que esto sea dicho precisamente *en el mundo*, pues les capacitará mejor para *gloriarse en la aflicción* que *van a tener en el mundo* (16:33). Cristo no se contenta con almacenar consuelos para los suyos, sino que se apresura a impartirlos para que les ayuden en las horas que más los necesitan. Condesciende así a publicar su testamento antes de morir y hacer saber a los herederos (cosa que muchos no se atreven a hacer) los tesoros que les lega y cuán bien asegurados están dichos tesoros. La intercesión de Cristo a nuestro favor es suficiente para completar nuestro gozo en Él; no hay cosa tan efectiva para silenciar nuestros temores y desconfianzas como ésta: *«Que Él vive siempre para interceder por nosotros* (He. 7:25).

4. Apela también a los malos tratos que van a sufrir por parte del mundo, a causa de Él: «*Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo»* (v. 14). Aquí vemos la enemistad del mundo contra los seguidores de Cristo. Esta enemistad ya estaba en acción cuando ellos se hallaban resguardados por su Maestro, pero se hará mayor y más manifiesta cuando Él se haya marchado, y ellos *hayan revolucionado el mundo entero* (Hch. 17:6) mediante la proclamación del Evangelio. Por eso, viene a decir Cristo: «Padre, sé tú el amigo de ellos, que disfruten de tu amor, ya que el odio del mundo contra ellos es inminente y les perseguirá de continuo». Es un gran honor para Dios ponerse de parte del más débil, y ayudar al que está sin ningún apoyo, para que así brille mejor *«la excelencia del poder de Dios»* (2 Co. 4:7) y se demuestre que «uno con Dios es mayoría». Los motivos de la enemistad del mundo hacen más urgente esta apelación de Cristo a favor de sus discípulos:

(A) Una de las razones es que los discípulos habían recibido la palabra de Dios de manos de Cristo, cuando la mayor parte de los del mundo la rechazaban. Los que reciben la buena voluntad y la buena palabra de Cristo, han de esperar de parte del mundo mala voluntad y malas palabras. Los ministros del Evangelio, en particular, siempre han sido (y son) odiados por el mundo, porque llaman a los hombres a salir del mundo y separarse de él, con lo que tácitamente condenan el mundo: *«Padre, guárdalos*—dice Jesús—, porque van a sufrir por tu causa». Quienes guardan la palabra de Cristo con toda paciencia tienen opción a una protección especial en la hora de la tentación. La causa que produce mártires bien puede producir también sufrientes gozosos.

(B) Otra razón, bien explícita en el texto, es que el mundo los odia *«porque no son del mundo»* (comp. con 15:19). Aquellos a quienes la palabra de Cristo llega con poder no son del mundo, y por eso el mundo les tiene ojeriza.

5. Finalmente, apela a que el ser conformes a Él (comp. con Ro. 8:29) les hace no ser conformes al mundo: *«No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo»* (v. 16). Bien pueden encomendarse a Dios con fe *«quienes son en este mundo como Él es»* (1 Jn. 4:17). Dios no puede menos de amar a los que son como Jesucristo.

(A) Jesucristo no era de este mundo; nunca lo fue, pues *Él era de arriba* (8:23). Con esto se da a entender: (a) su *estado:* no era de los que el mundo aprecia y estima. No tenía posesiones de este mundo, *ni siquiera dónde recostar la cabeza* (Mt. 8:20; Lc. 9:58). Tampoco ejerció poderes ni oficios del mundo (v. Lc. 12:14); (b) su *espíritu:* estaba perfectamente muerto a las cosas de este mundo; por eso, el príncipe de este mundo no tenía nada en Él (14:30).

(B) Por consiguiente, los cristianos genuinos tampoco son de este mundo. La suerte que les toca es ser despreciados por el mundo; no pueden hallar en el mundo mayor favor que el que su Maestro halló. Su privilegio consiste en ser libertados del mundo; por eso, es su deber estar muertos al mundo. Aun cuando los discípulos de Cristo eran débiles y tenían muchos defectos el Maestro asegura aquí que no eran del mundo y, por eso, los encomienda al cuidado del Cielo.

Versículos 17–19

La siguiente petición de Jesucristo a favor de sus discípulos es que sean santificados; que no sólo sean preservados del mal, sino también guardados en el bien.

I. La petición es: *«Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad»* (v. 17). Cristo desea que sean santificados:

1. Como cristianos (v. 1 Ts. 5:23).

(A) La gracia que Cristo les desea es la santificación: *«Padre santifícalos»*. Como si dijese: «Confirma en ellos la obra de la santificación; asegura en ellos las buenas resoluciones. Haz que perseveren en las buenas obras, y que su luz brille más y más; que sea completa tu obra en ellos, y avancen en santidad hasta el final». No podrá reconocerlos por suyos sin avergonzarse, ya sea ahora o después de la muerte, ni presentarlos al Padre, si no han sido santificados. Los que, por pura gracia, han sido santificados al ser separados del mundo y dedicados a Dios, tienen necesidad de ser santificados más y más. No avanzar equivale a retroceder: *«El que es santo, santifíquese todavía»* (Ap. 22:11b). Dios es el que santifica, así como el que justifica.

(B) El medio para conferir esta gracia de la santificación: *«en tu verdad; tu palabra es verdad»* (comp. con Sal. 119:9). La divina revelación según la hallamos en las Escrituras no sólo es *sumamente acrisolada* (Sal. 119:140), pura y sin mezcla alguna, sino también verdad entera y eterna (Sal. 119:142, 144), sin defecto ni caducidad. Esta palabra de verdad debe ser el ordinario medio exterior de nuestra santificación, porque ella es la semilla del nuevo nacimiento (1 P. 1:23) y el alimento de la nueva vida (1 P. 2:2).

2. Como ministros de Dios: «*Santifícalos;* haz que su llamamiento al apostolado sea ratificado en el cielo. Cualifícalos, con gracias abundantes y dones convenientes, para el ministerio; sepáralos para tan elevado oficio. Yo los llamé y ellos accedieron a seguirme; ahora, Padre, di *Amén* a esto; reconócelos como tuyos para el ministerio; que tu mano esté sobre ellos a lo largo del desempeño de su función; *santifícalos en tu verdad,* para que sean predicadores de tu verdad en el mundo». Jesucristo intercede, con un interés especial, por sus ministros y encomienda al Padre a los que han de ser *luminares* (Fil. 2:15) de primera magnitud en este mundo de tinieblas. La mejor cosa que puede pedirse a Dios en favor de los ministros del Evangelio es que sean santificados y enteramente dedicados al Señor, de forma que tengan experiencia personal de la influencia de la Palabra de Dios en su corazón, a fin de que así puedan predicarla a otros con poder.

II. A continuación, hallamos dos apelaciones que Cristo presenta a fin de corroborar la petición que hace al Padre:

1. La misión que habían recibido de Él: *«Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo»* (v. 18).

(A) Cristo habla aquí de su propia misión con toda seguridad: *«Tú me enviaste al mundo»*. Fue enviado por el Padre para decir lo que dijo, para hacer lo que hizo y para ser lo que fue para todos los que creyeron en Él.

(B) Cristo habla también de la comisión que Él da a sus discípulos: «*Así yo los he enviado al mundo*». Los envía a predicar la misma doctrina que Él predicó, con una comisión semejante a la que Él recibió (v.

20:21), con lo que rinde gran honor al ministerio que les encomienda, pues pone de manifiesto la estrecha afinidad entre el oficio del Mediador y el de los ministros de la reconciliación (v. 2 Co. 5:18–20). La diferencia está en que Él fue enviado como *Hijo,* ellos como *siervos* (comp. con He. 3:5–6). Jesús siente gran preocupación por ellos, porque él mismo los había puesto en un oficio difícil, que requería grandes cualidades para desempeñarlo dignamente. Pero pueden tener el consuelo de que, si Cristo los ha puesto allí, Él les sostendrá de pie. Cuando Él nos encarga alguna tarea, también nos cualifica para ella y nos sostiene durante todo el tiempo en que la llevamos a cabo. Jesús los encomienda al Padre, porque estaba sumamente interesado en la causa de ellos, ya que era continuación de la misión que Él mismo había recibido del Padre. El Padre le *santificó a Él cuando le envió al mundo* (10:36). Ahora pide al Padre que los santifique también a ellos, ya que también son enviados al mundo.

2. La obra que a favor de ellos llevaba Él a cabo: «*Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos estén santificados en la verdad»* (v. 19). Aunque el verbo es el mismo en las dos frases del versículo, el sentido es diferente:

(A) Jesucristo *fue santificado* (en este contexto) no porque estuviese falto de la perfección espiritual conveniente, sino en el sentido de *ser consumado,* por medio de su sacrificio en la cruz del Calvario, como *autor de la salvación* (He. 2:10; 5:9; 9:14). A esto apela ante el Padre, puesto que su intercesión tiene su eficacia en virtud de la satisfacción que su obra expiatoria llevó a cabo.

(B) Los discípulos *son santificados en la verdad,* no sólo porque han sido limpiados con la palabra de verdad (15:3), sino también porque han sido separados, a fin de ser dedicados *en verdad,* no en el exterior y por medio de ceremonias, a Dios con el objetivo de proclamar a todo el mundo la verdad del Evangelio; para que sean cualificados para el ministerio y aceptos a Dios. El oficio del ministro de Dios es fruto del rescate ofrecido por medio del derramamiento de la sangre del Cordero inmaculado (v. 1 P. 1:19), y uno de los frutos benditos de la obra del Calvario. En general, la verdadera santidad de todos los creyentes genuinos es fruto de la muerte de Jesucristo, quien *se entregó a sí mismo por su Iglesia para santificarla y presentarla Él a sí mismo*—en el último día—*como una Iglesia gloriosa* (Ef. 5:25–27). En este mundo, es todavía la «Iglesia de la Cruz»; cuando Cristo venga a recogerla, será la «Iglesia de la luz». Quien designó el fin, designó también los medios; han de ser santificados, y lo han de ser en verdad y con la verdad. La palabra de la verdad adquiere así su poder santificador en virtud de la muerte de Cristo. Cristo ora por esto, por cuanto *«ésta es la voluntad de Dios: nuestra santificación»* (1 Ts. 4:3). Con ello nos anima a que también nosotros oremos por nuestra santificación.

Versículos 20–23

Después de haber orado por la santidad de los discípulos, ahora va a orar por su unidad.

I. Quiénes están incluidos en esta oración: *«No … solamente … éstos, sino también … los que han de creer en mí por medio de la palabra de ellos»* (v. 20). Vemos, pues, que todos, y solos, los que creen en Cristo, son objeto de su mediación intercesora. No ora por ellos a la ventura. Los que le oyeron entonces y recibieron su palabra *vieron y creyeron;* los que habían de vivir en épocas posteriores *creyeron, creen y creerán sin ver* (v. 20:29). Y todos los que llegan a creer en Cristo, lo hacen mediante la proclamación apostólica del mensaje del Evangelio (Ro. 10:17). Jesucristo no oró solamente por los más eminentes sabios y teólogos cristianos, sino también por los más sencillos y pobres. El Buen Pastor pone sus más tiernos cuidados en las ovejas más débiles, Él *«salvará a la que cojea y recogerá la descarriada; y las pondrá por alabanza y por renombre en todas las tierras donde fueron avergonzadas»* (Sof. 3:19). Aunque este texto de Sofonías tiene un sentido primordial para el futuro de Israel, bien puede aplicarse a las ovejas del actual rebaño de la Iglesia. Con esta amplitud de intercesión, Jesús tenía en cuenta, no sólo las ovejas que no habían nacido todavía sino también *las que no eran del redil del judaísmo, pero también debían ser traídas, a fin de que haya un solo rebaño* (no «un solo redil») y *un solo pastor* (10:16). Recuérdese la indicación (nota del traductor), al comienzo de este capítulo, de las diversas opiniones sobre este versículo. Si se estima como un paréntesis lo cual es probable, se habrá obviado una grave dificultad que acecha a los que lo conectan con los versículos siguientes.

II. Cuál es el objetivo de esta petición del Señor: *«Para que todos sean uno».* Esto ya lo había dicho antes (v. 11b), y añadía entonces: *«así como nosotros»,* al referirse a Sí mismo y al Padre. Ahora lo pide con más detalle en el versículo 21, y vuelve a repetirlo en forma más resumida en el versículo 22, y sigue

una ulterior explicación en el versículo 23. Esto denota el afán que latía en el corazón de Cristo de que los suyos formasen un bloque sólido, único y unánime; que fuesen *uno,* no sólo en el corazón para *sentir lo mismo* (Fil. 2:2–5), sino también en la boca para *hablar todos una misma cosa* (1 Co. 1:10). Si esta plegaria de Jesús se extiende a todos los creyentes de todos los tiempos, tendremos que confesar que su eficacia ha dejado mucho que desear, por la gran diversidad, y aun oposición violenta, de sentimientos, de pareceres y de expresiones, al aparecer, no unidos, sino muy divididos, frente al mundo. Pero si se aplica, ante todo, a los Apóstoles, la oración de Cristo fue totalmente eficaz pues el testimonio apostólico ante el mundo fue sólido, unánime, visible a todos los que lo escucharon en su tiempo, y a todos cuantos lo leen en los escritos inspirados del Nuevo Testamento. Veamos en detalle, primeramente, lo que Cristo pide al orar por la unidad de los suyos, y suponer que en su oración incluye a todos los creyentes:

1. Que todos sean incorporados a un solo cuerpo (v. 1 Co. 12:13). Viene a decir: «Padre, míralos como a un solo cuerpo, un solo rebaño, un solo santuario tuyo, una sola vid. Aun cuando vivan en tiempos y lugares diferentes, que estén unidos en mí como en su común Cabeza, cepa y piedra angular». Así como Cristo murió *para atraer a todos a sí mismo* (12:32), así también oró *para congregar a todos en uno* (11:52).

2. Que todos sean animados por el mismo Espíritu. Esto se insinúa claramente cuando dice: *«que también ellos sean una misma cosa en nosotros»* (v. 21), lo cual se hace mediante la unión en el espíritu y por el Espíritu (v. 1 Co. 6:17). Como si dijese: «Que en todos quede estampada la misma imagen e inscripción, y que todos sean influidos por el mismo divino poder».

3. Que todos sean unidos por *el vínculo de la perfección, que es el amor* (Col. 3:14, comp. con Ef. 4:3), *siendo uno solo el corazón de todos ellos* (v. Hch. 4:32). Que sean *uno* en el juzgar y en el sentir, en el pensar y en el hablar; no en cualquier detalle minucioso, lo cual no es posible ni necesario, sino en las grandes cosas de Dios, y ello en virtud de esta oración. Que tengan todos la misma disposición e inclinación en todo lo fundamental de doctrina y práctica; en sus objetivos y en sus afanes, en sus deseos y en sus plegarias; aunque pertenezcan a diferentes culturas y, por tanto, tengan distinta mentalidad y fraseología, que oren de corazón por los mismos objetivos. Cristo ora, en efecto, por la llamada *comunión de las cosas santas,* en las que se expresa, mide y valora la *comunión de los santos.* Esta oración, en cuanto a la unidad de todos los creyentes, no tendrá su completa respuesta mientras no estén todos los santos ya en la patria celestial; sólo entonces serán *perfectos en unidad* (v. 23. Lit. *perfeccionados hacia la unidad).*

III. Lo que se indica aquí como apelación para corroborar su petición.

1. La unidad del Padre con el Hijo, la cual se menciona una y otra vez (vv. 11, 21–23). Ya hemos dicho que el Padre y el Hijo son uno en naturaleza, perfecciones, tareas y objetivos. *El Padre ama al Hijo* (5:20), y *el Hijo siempre hace lo que le agrada al Padre* (8:29). La intimidad o mutua inmanencia, que es consecuencia de esta unidad de naturaleza en perfecta compatibilidad con la distinción real de las personas divinas, se echa de ver en las palabras: *«como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti»* (v. 21). No es de extrañar que no se mencione el Espíritu Santo junto con el Padre y el Hijo, ya que el Espíritu Santo es el Amor personal del Padre y del Hijo, es decir el vínculo de unidad dentro de la Trina Deidad (comp. con Col. 3:14). Por eso, basta con que se mencione explícita o implícitamente, la comunión de las personas divinas, para que allí esté tácitamente indicado el Espíritu Santo (comp. con 2 Co. 13:13 «… *la comunión del Espíritu Santo», y* con 1 Jn. 1:3 «… *y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre y con su Hijo Jesucristo*»). En esta comunión intratrinitaria insiste Jesús en su oración a favor de la unidad de los suyos:

(A) Como el modelo de la unidad de los cristianos. Los creyentes son *uno,* en cierta medida, como las tres personas divinas son *uno;* están unidos por los siete vínculos de unidad mencionados en Efesios 4:4–6, en cuyo contexto se exhorta a los creyentes, no a *hacer* la unidad, la cual es obra del Espíritu Santo (v. 1 Co. 12:13), sino a *guardarla* y fomentarla, hasta que lleguemos a la «estación de término» del Cielo, cuando la unidad será perfecta en todos los aspectos (v. Ef. 4:3, 13). Esta unidad de los creyentes es consecuencia de compartir juntos, a nivel creado, la naturaleza divina (2 P. 1:4), por lo que se espera que los creyentes piensen, deseen, quieran y actúen a la manera de Dios (comp. con Is. 55:8); están unidos por la misma gracia, el mismo perdón de parte de Dios, el mismo amor de parte de Jesucristo, el mismo testimonio (Hch. 1:8), y los mismos objetivos que llevar a cabo en este mundo. Es una unidad santa, tanto

en sus principios como en sus medios y objetivos; no forman un partido político ni otra clase cualquiera de corporación secular o para fines temporales. Y es una unidad que requiere unión completa, del mismo modo que el orden de la salvación incluye al ser humano entero y, potencialmente, a todos los hombres.

(B) Como el centro de dicha unidad: *«que también ellos sean uno EN NOSOTROS».* Así como el Padre está en el Hijo, y el Hijo está en el Padre mediante la comunión del Espíritu Santo, en la verdad y en el amor, también los creyentes han de estar unidos en ese mismo centro de la Verdad y del Amor, que son sustanciales en Dios. En imitación, lo más perfecta posible, de las tres personas divinas, los creyentes han de estar unidos en toda actividad eclesial, en una fe común, alimentada por el ministerio de la Palabra, y en un amor entusiasta y ferviente para ejercer los dones que el Espíritu Santo distribuye en la Iglesia como le place (v. 1 Co. 12:4–6). Los tres aspectos han de mantenerse en perfecto equilibrio para que la obra eclesial no sufra mengua o desequilibrio. Especialmente, ha de mantenerse el equilibrio entre la verdad y el amor. La verdad sin amor es fría como un puñal; pero el amor sin verdad es un entusiasmo loco y sin tino. Hendriksen hace notar que «los creyentes deben suspirar siempre por la paz, *pero nunca por una paz a expensas de la verdad,* porque la "unidad" que se gana a costa de tal sacrificio no es digna de tal nombre». Ello es cierto, pero habría que dejar bien claro (nota del traductor) qué se entiende por «verdad»; si las verdades fundamentales de la religión cristiana claramente expresadas en la Biblia, o las interpretaciones denominacionales (o personales) que llegan a ser como otras tantas «tradiciones de los ancianos» (Mt. 15:2, Mr. 7:5) por las que se lucha a capa y espada, como si fuesen el núcleo de la fe cristiana. Repitamos que todos los que de veras están unidos en un solo Dios, por un solo Mediador entre Dios y los hombres, los cuales son *uno,* son también *uno* entre ellos mismos, y pronto estarán unidos perfecta y perpetuamente. Todo lo que en la Iglesia no tenga por centro de unidad a Dios como única meta y a Jesucristo como único camino, no es unidad, sino conspiración

(C) Como apelación presentada por Jesús a favor de tal unidad. El Creador y el Redentor son uno en intereses y objetivos; pero, ¿en qué pararán esos intereses y esos objetivos, si los creyentes no forman un solo cuerpo conjuntamente en Cristo, y reciben de Él juntos *«gracia sobre gracia»* (1:16), así como Él la obtuvo y la recibió por todos ellos? Las palabras «*Yo en ellos, y tú en mí*» (v. 23) muestran qué clase de unidad es esa, tan necesaria, no sólo para la belleza y bienestar, sino para el ser mismo de la Iglesia. La unión de los creyentes con Cristo se echa de ver en la frase «*Yo en ellos»;* la unión de los creyentes por medio de Cristo se ve en la otra frase «*Tú en mí*». Como si dijera: «de forma que, por medio de mí, tú estés en ellos». Y de esta unión «vertical», es consecuencia necesaria la unión «horizontal» entre los mismos creyentes: *«para que sean perfeccionados hacia la unidad»* (v. 23. Lit.), con esto se puede apreciar, por el mismo texto sagrado, que la unidad cristiana no es algo estático, sino dinámico, en una tensión constante desde una unidad fundamental hasta una unión nunca perfectamente conseguida en esta vida.

2. El designio del Salvador en todas sus comunicaciones de luz y gracia a los suyos: «*Y yo les he dado la gloria que me diste, para que sean uno así como nosotros somos uno»* (v. 22). Así como la gloria del Padre se reflejó perfectamente en la persona y en las obras de Jesús, así también la gloria de Cristo se ha de reflejar en las vidas de los creyentes, especialmente en el amor fraternal, por el que el mundo les ha de reconocer como discípulos de Cristo (comp. 13:35 con 17:21b *«para que el mundo crea que tú me enviaste»).* Pero la gloria de Cristo en los suyos ha de reflejar también los dones que Cristo, por medio de su Espíritu, había de conferir a su Iglesia, para llevar a cabo la obra de la predicación del Evangelio, mediante la cual había de ser aplicado con el poder del Espíritu, el fruto de la redención llevada a cabo por Jesús en el Calvario. Todos estos dones pueden dividirse en dos secciones:

(A) Los conferidos exclusivamente a los Apóstoles. La gloria de ser embajadores de parte de Dios para el mundo y de erigir el trono del reino de Dios entre los hombres fue una gloria dada primero a Cristo, y Él confirió parte de esta gloria a los discípulos cuando los envió a *hacer discípulos de entre todas las naciones.*

(B) Los conferidos, en general, a todos los creyentes. La gloria de disfrutar del pacto de gracia con el Padre fue una gloria que el Padre dio al Redentor cuando le envió a este mundo *lleno de gracia y de verdad* (1:14, 16, 17), y de Él la hemos recibido todos los redimidos. Este honor es el que Jesús dice que les ha dado *para que sean uno,* el honor que comporta el privilegio de la unidad. El don del Espíritu, esa gran gloria que el Padre dio al Hijo, para que por Él fuese dado a todos los creyentes (7:39), les confiere esa unidad (1 Co. 12:13), y les compromete en el deber de guardar la unidad (Ef. 4:3), para que, al considerar lo que tienen en común con un solo Dios y un solo Señor y una sola esperanza de un solo Cielo

(Ef. 4:4–6), tengan una sola mentalidad y un solo lenguaje. La gloria del mundo produce división, puesto que cuando a unos hace elevarse, hace que otros se eclipsen; mientras que cuanto más exaltados estén los cristianos con la gloria que Cristo les ha dado, tanto menos deseosos estarán de vanagloria y, por consiguiente, menos dispuestos a sembrar discordia y a menospreciar a los demás.

3. Jesús apela a la influencia que la unidad de los creyentes tendrá sobre los demás. Dos veces insiste en esto: *«para que el mundo crea que tú me enviaste»* (v. 21b); y de nuevo: *«para que el mundo conozca que tú me enviaste»* (v. 23). Los cristianos deben saber lo que creen y por qué lo creen. Quienes creen a la ventura van demasiado lejos en su creencia, pues se arriesgan a ser crédulos en vez de ser genuinos creyentes. En estas frases, Cristo nos muestra:

(A) Su buena voluntad hacia la humanidad en general pues tiene la misma mentalidad que el Padre, quien amó al mundo hasta el punto de enviar a su Hijo Unigénito a morir por la salvación de la humanidad perdida (3:16–17) y desea sinceramente que todos los hombres puedan ser salvos y llegar al conocimiento de la verdad (1 Ti. 2:4). Por consiguiente, es su voluntad que no quede piedra sin remover a fin de que los hombres de este mundo lleguen a la convicción de pecado y a la conversión. Así que cada uno en su lugar, todos hemos de hacer cuanto esté en nuestra mano para promover la salvación de los hombres.

(B) El buen fruto de la unidad de la Iglesia: será una evidencia de la verdad del cristianismo y un medio de persuadir a muchos a que se sumen a nuestras filas. En general, presentará el cristianismo como algo digno de ser seguido o, al menos, de ser admirado y respetado (v. Hch. 2:43–47). Cuando el mundo vea que tantos de los que eran del mundo han cambiado de lo que antes eran (v. 1 Co. 6:10–11), algunos estarán dispuestos a decir: *«Iremos con vosotros, porque vemos que Dios está con vosotros»*. La unión de los cristianos en amor y caridad embellece la profesión cristiana e incita a otros a unirse a ellos. Cuando los cristianos, en lugar de causar discordias en su seno o al exterior, influyen en la cesación de las discordias que hay en el mundo y dan ejemplo de amor y benignidad, solícitos en preservar y promover la paz, presentarán una imagen de la fe cristiana atractiva para los que tengan algo de instinto religioso o de afección natural. En particular, producirán en los del mundo un buen concepto acerca de Cristo: *«para que el mundo crea que tú me enviaste»*. Con eso, se mostrará que Cristo era el Enviado de Dios, pues demostrará que la fe cristiana tiene poder para unir a tantas personas de tan diferentes capacidades, temperamentos e intereses respecto de otras cosas en un solo cuerpo; mediante una sola fe, y en un solo corazón mediante un solo amor. También tendrán buen concepto de los creyentes, pues el mundo conocerá *«que los has amado a ellos como también a mí me has amado»* (v. 23b). De paso, vemos aquí: (a) El privilegio de los creyentes: El Padre les ama con un amor semejante al que tiene a su Hijo, pues son amados en Él con un amor eterno (comp. con Jer. 31:3). (b) La evidencia de que ellos son uno: Será evidente que Dios nos ama, si nos amamos con un *amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia y de fe no fingida* (1 Ti. 1:5). Véase cuánto bien haría al mundo conocer mejor cuán grande es el amor que Dios tiene a los suyos. Esto nos ha de estimular también a nosotros los creyentes a amar más a los que tan amados son de Dios.

Versículos 24–26

I. Sigue ahora una petición de Jesús para que el Padre glorifique a todos los que le han sido dados a Jesucristo: *«Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo»* (v. 24a, comp. con 12:26; 14:3). Véase:

1. La conexión de esta súplica con lo que precede. Había orado al Padre que los santificase; ahora le pide que corone todos los demás dones que les ha dado y los glorifique. Al seguir este método de Jesús, hemos de pedir primero gracia; después, gloria; pues éste es el método de Cristo al orar, y de Dios al dar.

2. La forma en que dirige esta súplica: *«Padre ... quiero».* Aquí, como anteriormente, se dirige a Dios como a su Padre, y lo mismo debemos hacer nosotros; pero cuando dice: *«Quiero»*, usa un lenguaje que no compete a los creyentes en general, pues con ese verbo Cristo da a entender la autoridad singular de su intercesión, ya que no suplica, sino que demanda, su palabra tiene potestad en los cielos lo mismo que en la tierra. En particular, da a entender su autoridad en el asunto sobre el que ruega al Padre; puesto que tenía *potestad para dar vida eterna* (v. 2), de acuerdo con este poder, dice: *«Padre, quiero»*.

3. La petición misma: Que todos los elegidos lleguen a estar finalmente con Él en el cielo. Observemos:

(A) En qué se basa nuestra esperanza de ir al Cielo y en qué consiste la felicidad celestial. Tres son los elementos que hacen que el Cielo sea Cielo: (a) Estar donde está Jesucristo: *«donde yo estoy»;* es decir, donde yo voy a estar en breve y para siempre. En este mundo estamos sólo *de paso;* donde de veras hemos de estar es donde estaremos para siempre. (b) Estar con Él donde Él está. La felicidad del lugar consistirá en la presencia de Cristo en aquel lugar. El centro mismo del Cielo es la presencia de Jesucristo en él. (c) Contemplar la gloria que el Padre le ha dado: *«para que vean mi gloria que me has dado»*. La gloria del Redentor es la lumbrera del Cielo, puesto que el Cordero es la lumbrera de la nueva Jerusalén (Ap. 21:23). Dios muestra su gloria en el Cielo, como muestra su gracia en la tierra, por medio de Jesucristo. La felicidad de los redimidos consiste primordialmente en contemplar la gloria de Jesús, pues allí podrán contemplar el manantial del amor del que fluyen todas las corrientes de la gracia (comp. con 7:37–39; Ap. 22:1). Allí será perfecta la *transformación de gloria en gloria a la misma imagen* (v. 2 Co. 3:18; 1 Jn. 3:2b).

(B) Dónde se apoya la seguridad de nuestra esperanza: En la voluntad de Jesús, expresada en su demanda al Padre: *«Padre, quiero»*. La evidencia de nuestra esperanza se halla en la voluntad de Cristo. Jesús habla aquí como quien no se considera completamente feliz mientras sus elegidos no compartan con Él su gloria.

4. El argumento con que respalda su petición: *«Porque me has amado desde antes de la fundación del mundo»* (v. 24b). Esta es la razón: (A) Por la que Él mismo esperaba esta gloria. Como si dijera: «Tú me la darás *porque me has amado. «El Padre ama al Hijo* (5:20), está infinitamente satisfecho con la obra que el Hijo ha llevado a cabo, y *le ha dado todas las cosas en las manos»* (13:3). No sólo como a Hijo Unigénito, sino también como a Mediador entre Dios y los hombres, el Padre amaba a Jesús *desde antes de la fundación del mundo* (comp. con Ef. 1:4; 1 P. 1:20). (B) Por la que esperaba que *los que le habían sido dados* deberían estar con Él para compartir su gloria. Como si dijera: «Tú me has amado, y a ellos en mí y, por tanto, no puedes negarme nada que yo te pida por ellos».

II. La conclusión de esta oración sacerdotal de Jesús.

1. El respeto que muestra hacia el Padre (v. 25). Obsérvese:

(A) El título que da a Dios: *«Padre justo»*. Cuando pidió a Dios que los discípulos fuesen santificados, le llamó *«Padre santo»* (v. 11); ahora que pide que sean glorificados, le llama *«Padre justo»*.

(B) La forma en que describe la condición del mundo: *«El mundo no te ha conocido»*. La ignorancia de lo que Dios es se extiende sobre este mundo como un velo de oscuridad; éstas son las tinieblas en que la humanidad está sumida. Los discípulos necesitaban la ayuda de gracias especiales, no sólo por la necesidad de la obra que habían de llevar a cabo, sino también por la dificultad de tal obra; por eso, es necesario que el Padre los guarde (v. 11). Además, estaban cualificados para obtener de Dios ulteriores y peculiares favores, por cuanto tenían de Dios un conocimiento del que el mundo carece.

(C) La apelación que hace al conocimiento que Él tiene del Padre: *«Pero yo te he conocido»*. Cristo conocía al Padre como jamás hombre alguno le conoció y, por consiguiente, se llega a Él en su oración con la misma confianza con que nos llegamos a alguien a quien conocemos íntimamente. Después de decir: *«El mundo no te ha conocido»,* habríamos de esperar que dijese: *«Pero éstos te han conocido»;* pero no lo hace así; no podía jactarse del conocimiento que de Dios tenían ellos, sino de que «*yo te he conocido»* (comp. con Mt. 11:27; Jn. 1:18; 6:46). No hay nada en nosotros que nos recomiende o nos merezca el favor de Dios, sino que todo el interés que nosotros tenemos en Dios y la comunión que con Él disfrutamos, nos vienen de la obra de Cristo a nuestro favor y del interés que Él tiene en nosotros. Nosotros somos indignos, pero Él es digno (v. Ap. 5:9).

(D) La apelación que hace al conocimiento que de Él tienen los discípulos: «*Y éstos han conocido que tú me enviaste»*. En esto se distinguen del mundo incrédulo. Conocer a Cristo y creer en Él en medio de un mundo que persiste en la ignorancia y en la incredulidad, será ciertamente coronado con una gloria especial, pues una fe singular cualifica para favores también singulares. Con esto, también participan del beneficio que comporta el que Jesús conozca al Padre, ya que, al conocer a Jesús como Enviado del Padre, conocían en Él al Padre (v. 14:9–10). Por eso, puede pedir: *«Padre, guárdalos en tu nombre que me has dado»* (v. 11, según lectura más probable).

2. El respeto que muestra hacia sus discípulos (v. 26): «*Y les he dado a conocer tu nombre … para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos*». Donde vemos:

(A) Lo que Cristo ha hecho por ellos: *«Les he dado a conocer tu nombre»*. Esto es lo que había hecho por sus inmediatos seguidores (1:18). Y esto mismo lo ha hecho por todos los que creemos en ello, y lo hace por medio de su Espíritu (1 Co. 2:10 y ss.). Somos deudores a Jesucristo por todo el conocimiento que tenemos del carácter y de las perfecciones de Dios, especialmente de todo lo que ha hecho y ha de hacer por nosotros (v. Ro. 8:30 y ss.), pues es ahí donde más y mejor se manifiesta el *nombre* de Dios (comp. con Éx. 3:14 y ss.). A los que Cristo recomienda al favor de Dios, primero los guía hacia el conocimiento de Dios.

(B) Lo que Cristo pensaba hacer todavía por ellos: «*Y lo daré a conocer aún*». Había resuelto dar a sus discípulos más instrucción después que resucitase de entre los muertos (v. Hch. 1:3b); sobre todo, cuando el Espíritu fuese derramado el día de Pentecostés, y a todos los creyentes en cuyos corazones brilla más y más.

(C) Cuál era el objetivo que perseguía en todo esto: Asegurar y hacer progresar la felicidad de ellos en dos cosas:

(a) En la comunión con Dios: *«Para que el amor con que me has amado esté en ellos»*. Como si dijera: «Haz que el Espíritu de amor con el que tú me has llenado esté también en ellos». Cristo declara a los creyentes el nombre del Padre, a fin de que, con esa luz divina proyectada en la mente de ellos, pueda el amor divino ser derramado en el corazón de ellos (Ro. 5:5), y así puedan participar de la naturaleza divina (2 P. 1:4). Cuando el amor que Dios nos tiene viene a posarse en nuestro interior, es como la fuerza que el imán confiere a la aguja de la brújula inclinándola a que se mueva hacia el norte, pues atrae las almas hacia Dios. Por tanto, bueno es que no sólo estén interesados en amar a Dios, sino también en disfrutar del provecho que ese interés les proporciona; que no sólo conozcan a Dios, sino que sepan también que le conocen. El amor de Dios cuando es derramado en el corazón, llena de gozo ese corazón, incluso en medio de las tribulaciones (v. Ro. 5:3, 5). No sólo podemos estar satisfechos con el amor de Dios, sino que podemos estar satisfechos en virtud de ese amor. A esto debemos aspirar; esto hemos de perseguir; si ya lo tenemos, demos gracias a Jesucristo, si lo deseamos, ya es una satisfacción, porque el deseo de la perfección ya es una perfección inicial (v. Fil. 3:12–15).

(b) En la unión con Jesucristo para disfrutar de la comunión con Dios: «Y yo *en ellos …*» No hay otra vía para llegar al amor de Dios sino a través de Jesucristo, ni podemos conservarnos en el amor de Dios si no es al permanecer en Cristo (v. 15:7–9). Es precisamente *«Cristo en nosotros, la esperanza de la gloria»* (Col. 1:27). Y esa es *la esperanza que no avergüenza* (Ro. 5:5), que no deja en la confusión ni en el desengaño cruel a nadie, porque el amor de Dios es fiel, y *fiel permanece incluso cuando nosotros somos infieles* (2 Ti. 2:13). Todo lo que se relaciona con nuestra comunión con Dios, el amor que Dios nos tiene y el amor con que le correspondemos, pasa por las manos del Señor Jesucristo. Poco antes (v. 23) había dicho: «*Yo en ellos»;* lo repite aquí, y con esa frase cierra su oración el Señor, para mostrar cuán hondo estaba este pensamiento en el corazón de Jesucristo; como si dijese: «*Yo en ellos;* que yo tenga esto, y con ello me basta». Hagamos, pues, segura nuestra unión con Cristo, y entonces gocemos del consuelo de su intercesión. Esta oración llegaba así a su final, pero Él siempre vive para interceder por nosotros con ese final.

CAPÍTULO 18

Hasta ahora, no son muchos los detalles que de la vida de Jesús nos había conservado este evangelista; casi lo preciso para darnos a conocer sus discursos más importantes. Pero ahora desciende a referirnos con todo detalle las circunstancias de sus padecimientos. En este capítulo nos refiere: 1) El arresto de Jesús en el huerto de Getsemaní (vv. 1–12). 2) Los malos tratos que el Señor recibió en el patio de Anás, junto con las negaciones de Pedro (vv. 13–27). 3) La prosecución de su proceso ante el tribunal de Pilato, donde fue puesto a votación del pueblo en competición con Barrabás, y en la que perdió la elección (vv. 28–40).

Versículos 1–12

Había llegado ya la hora en que el Capitán de nuestra salvación, que había de ser perfeccionado mediante padecimientos (He. 2:10; 5:8–9), entrase en liza con el enemigo de nuestras almas. *«Vayamos, pues, ahora, y veamos esta gran visión»* (Éx. 3:3).

I. Nuestro Señor Jesucristo, como valiente campeón, se adelanta al terreno de acción: *«Habiendo dicho estas cosas,* sin perder tiempo, *salió Jesús con sus discípulos hacia el otro lado del torrente de Cedrón, donde había un huerto»* (v. 1). Vemos, pues, que:

1. El Señor Jesús entró en el campo de sus padecimientos *después que dijo estas cosas.* Cristo había dicho todo lo que tenía que decir como profeta, y ahora se dispone a desempeñar su oficio de sacerdote, para *poner su vida en expiación por el pecado* (Is. 53:10); y, después de pasar por esto, entro a desempeñar su oficio como rey (He. 10:12). Una vez que, con su discurso en el Aposento Alto preparó a sus discípulos para esta hora de prueba, y, mediante su oración sacerdotal, se preparó a sí mismo para ella; con todo denuedo salió al encuentro de su «hora». Sólo después de vestirse la armadura entró en la lid, y no antes. Cristo no quiere enredar a los suyos en ningún conflicto sin antes hacer por ellos lo que es necesario para prepararlos como es menester. De este modo, podemos aventurarnos, con firme decisión a arrostrar las mayores dificultades cuando nos lo exija el deber.

2. *Salió con sus discípulos.* Quería hacerlo según acostumbraba, sin cambiar de método, para salir al encuentro de su cruz cuando la hora era llegada. Cuando estaba en Jerusalén, tenía costumbre de retirarse por la noche al monte de los Olivos, y no iba a romper con esta costumbre por tener a la vista sus padecimientos inminentes. Estaba tan poco deseoso como sus enemigos de que hubiese un tumulto en el pueblo (Mt. 26:5; Mr. 14:2). Si hubiese sido arrestado en la ciudad y se hubiese formado un alboroto, se habrían producido serios enfrentamientos y habría corrido la sangre en abundancia; por eso, se retiró al monte. Cuando nos hallemos en algún aprieto, deberíamos procurar que ninguna otra persona quedase involucrada en ello, pues no es ninguna vergüenza para los discípulos de Cristo caer mansamente. Los que desean recibir honores de los hombres suelen estar dispuestos a pagar su vida tan cara como les es posible, pero los que saben que su sangre es preciosa para Cristo no necesitan adoptar tan costosas resoluciones. Con esto, quería también darnos ejemplo para retirarnos a tiempo del mundo. Si queremos cargar alegremente con nuestra cruz debemos dejar a un lado, o detrás de nosotros las multitudes, los cuidados y los consuelos de las ciudades, incluso de las ciudades sagradas.

3. Se fue *hacia el otro lado del torrente de Cedrón* ya que tenía que pasar por él para dirigirse al monte de los Olivos, pero la referencia de este detalle por parte del evangelista nos hace pensar que hay algún sentido oculto en ello. Es de notar que Cedrón significa, con toda probabilidad, *oscuro o turbio,* y se le llamaba así, ya fuese por la oscuridad del valle bajo el que corría el torrente, ya fuese por el color de las aguas, teñidas de oscuro por las suciedades de la ciudad. Los piadosos reyes de Judá habían hecho uso del torrente Cedrón para quemar y destruir allí los ídolos que encontraban. Las cosas abominables eran arrojadas a este torrente. Y en dicho torrente podemos decir que comenzó la pasión de Jesús.

4. Pasado el torrente, *entró en un huerto.* Esta circunstancia de que los sufrimientos de Cristo comenzaron en un huerto es referida exclusivamente por este evangelista. El pecado comenzó en el huerto del Edén (Gn. 3); allí fue prometido el Redentor (Gn. 3:15). Cristo comenzó a sufrir en un huerto y fue sepultado también en un huerto. Así que, cuando paseemos por nuestros huertos o jardines, aprovechemos la ocasión para meditar en los sufrimientos de Jesucristo en un huerto, a los cuales debemos todo el deleite que podemos disfrutar en nuestros huertos y jardines. Por otra parte, cuando nos hallemos contentos con nuestras posesiones y deleites no perdamos de vista la segura expectación de aprietos y problemas, pues nuestros jardines deleitosos están situados en un valle de lágrimas.

5. Jesús *entró en el huerto con sus discípulos.* Ellos debían ser testigos de sus padecimientos y de su paciencia en medio de tales padecimientos a fin de que estuviesen mejor preparados para predicar acerca de ellos, con toda seguridad y entusiasmo, a todo el mundo, y también para estar ellos mismos dispuestos a padecer por la causa del Evangelio. Quería también meterlos consigo en el peligro para mostrarles que eran débiles por sí mismos. Muchas veces Jesús pone en dificultades a los suyos, para que brille mejor la gloria de Él al librarlos del mal.

6. *«Judas, el que le entregaba, conocía aquel lugar»* (v. 2). Un huerto solitario es un lugar apropiado para la meditación y la oración, pues nos ayuda a concentrarnos, a implorar fuerzas para hacer efectivos

nuestros propósitos y remachar así el clavo de nuestras resoluciones. Se hace aquí mención de que Judas conocía el lugar: (A) Para agravar el pecado de Judas en traicionar a su Maestro, al hacer uso de la familiaridad que tenía con Jesús y con la costumbre que éste tenía de salir a orar en aquel lugar precisamente para aprovechar esta circunstancia en orden a llevar a cabo su traición con mayor seguridad; un alma noble habría rechazado desdeñosamente rebajarse a tal villanía. (B) Para engrandecer el amor del Señor, quien, a pesar de saber dónde podía encontrarle sin dificultad el traidor, allá se fue para ser hallado por él. De esta manera, se mostró decidido a sufrir y morir por nosotros. Era ya tarde (podemos suponer que eran las ocho o las nueve de la noche) cuando Cristo entró en el huerto. Cuando otros se iban a dormir Él se iba a orar y a sufrir.

II. Una vez que el autor o capitán de nuestra salvación entró en el campo de batalla, el enemigo no tardó en atacarle (v. 3): Judas, con los que le acompañaban, se acercó a Él. El evangelista Juan, como ya dijimos, pasa por alto la agonía de Jesús en el huerto, no sólo porque esto había sido ya narrado en detalle por los otros tres evangelistas, sino también porque el cuarto evangelio es un evangelio de gloria (3:14; 8:28; 12:32). Vemos:

1. Las personas que intervienen en el arresto de Jesús: *«Una compañía de soldados y alguaciles de los principales sacerdotes y de los fariseos y*, al frente de ellos, *Judas»*.

(A) Aquí tenemos, pues, una multitud coligada contra Cristo; toda *una compañía de soldados y alguaciles.* Los enemigos de Jesús eran muchos, mientras que sus amigos eran pocos.

(B) Aquí tenemos una multitud abigarrada, heterogénea. La compañía de soldados (no mencionada por los otros evangelistas) habría sido obtenida con permiso del gobernador, pues eran soldados romanos. Con ellos iban los alguaciles o guardias de los atrios de los principales sacerdotes y de los fariseos; guardias, por lo tanto, judíos. Los soldados romanos y los guardias del templo eran enemigos entre sí; sin embargo, en esta ocasión estaban unidos contra Jesús (comp. con Hch. 4:27).

(C) Esta multitud había recibido órdenes de los principales sacerdotes y es muy probable que tuviesen todas las garantías legales para arrestar al Señor, puesto que *temían al pueblo.* Por aquí se ve qué clase de enemigos ha tenido siempre Cristo y su Evangelio, y sigue teniéndolos, numerosos y poderosos: poderes eclesiásticos y civiles, combinados entre sí para hacer la guerra y la persecución a los seguidores genuinos de Jesucristo.

(D) Todos ellos iban dirigidos por Judas. Él los *había tomado,* creyéndose más honrado en marchar a la cabeza de esta numerosa turba violenta que a la retaguardia de los despreciables Apóstoles.

2. La preparación que hicieron para el arresto del Señor: Vinieron *«con linternas y antorchas, y con armas»*. En caso de que Cristo se escondiese, y aunque tenían la luz de la luna llena, no les vendrían mal las linternas y las antorchas. Pero era una gran necedad usar una linterna para buscar el Sol de justicia. También pensaban hacer uso de las armas en caso de que se resistiera. Comoquiera que les había batido numerosas veces con *las armas espirituales* que son las apropiadas para nuestra milicia, ahora echan mano de las armas materiales: *«espadas y palos»* (Mt. 26:47; Mr. 14:43).

III. Nuestro Señor Jesucristo resistió gloriosamente el primer ataque del enemigo (vv. 4–6).

1. Cómo les recibió:

(A) Con una pregunta por demás suave: *«Sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir, se adelantó y les dijo: ¿A quién buscáis?»* (v. 4). Vemos aquí la presciencia que Jesús tenía de sus sufrimientos, a pesar de lo cual salió intrépido al encuentro de ellos. Nosotros no debemos desear conocer de antemano lo que nos espera, pues sólo serviría para aumentarnos el dolor. *«Le basta a cada día su propio mal»* (Mt. 6:34); sin embargo, nos hará mucho bien esperar sufrimientos en general. Por eso, es necesario *sentarse para calcular el costo* (v. Lc. 14:28, 31). También vemos que Cristo se adelantó a sufrir, mientras que, cuando el pueblo quiso forzarlo a que fuese rey, *se retiró al monte Él solo* (6:15); ahora que venían a forzarlo para ir, no a la corona regia, sino a la cruz y a la corona de espinas, Él mismo se ofrecía a ir con ellos, puesto que había venido a este mundo a sufrir y se marchaba al otro mundo para reinar desde allí, hasta que llegue, según piensan muchos autores, la dispensación del reino mesiánico en este mundo. Esta prontitud del Señor a sufrir no es garantía para que nosotros nos expongamos innecesariamente a los peligros, pero puede llegar el momento en que seamos llamados a sufrir cuando no tenemos medios de evitarlo sin pecado.

(B) Con una respuesta también suave, cuando ellos le dijeron a quién buscaban (v. 5). Ellos dijeron: «*A Jesús nazareno*». Y Él les dijo entonces: «*Yo soy*». Es muy probable que, al menos, los guardias del templo le hubieran visto con frecuencia. Judas le conocía bien, y el evangelista vuelve a enfatizar la presencia del traidor cuando Jesús dio su respuesta (v. 5b), sin embargo ninguno de ellos se atrevió a decir: «Tú eres el hombre a quien buscamos». Dicen que buscan *a Jesús nazareno,* título despectivo que le dan, al tratar de oscurecer la evidencia de que era el Mesías. Por aquí se echa de ver que no conocían su lugar de origen. Con todo, Él les responde: «*Yo soy*». Aun cuando ellos le habían llamado *«Jesús nazareno»,* Él responde al nombre, y desprecia el oprobio (comp. con He. 12:2). Podía haber dicho: *«No lo soy»,* puesto que era *«Jesús de Belén»*. Con ello nos enseñaba a reconocerle y confesarle, por mucho que ello nos cueste, así como a no avergonzarnos de Él ni de sus palabras. Como ya hemos dicho, Juan hace notar que *Judas estaba también con ellos.* El que solía estar con los seguidores de Cristo, estaba ahora con los perseguidores de Cristo. Con ello se nos muestra la gran desvergüenza de Judas, pues podemos preguntarnos de dónde sacó el atrevimiento con que ahora se encaró con el Maestro sin avergonzarse. También se nos muestra con ello que a Judas se dirigía en particular el poder con que salió de labios de Cristo la frase «*Yo soy»,* con la que los enemigos de Cristo fueron derribados en tierra.

2. Cómo les aterrorizó y les obligó a retroceder: *«Cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron y cayeron en tierra»* (v. 6). Hay autores que opinan que, al oír de labios de Jesús: «*Yo soy»*, *los* esbirros pensaron que Jesús pronunciaba el nombre sagrado, y retrocedieron para postrarse en adoración. Esto no puede ser más absurdo. Muchas veces había pronunciado Jesús esta frase, con la que en el Antiguo Testamento, se designaba Jehová a sí mismo (v. p. ej., Dt. 32:39; Is. 41:4; 48:12), sin que los oyentes adoptaran esa actitud (p. ej., en 8:24). Es cierto que, en 8:58, tomaron piedras para apedrearle por supuesta blasfemia, pero no fue por la frase misma, sino por contraste con Abraham. Además, ¿qué significaba para los soldados romanos dicha frase? La única opinión sostenible es que Jesús, para mostrar una vez más que nadie le quitaba la vida, sino que Él la ponía de sí mismo (10:18), quiso dar una prueba de su poder majestuoso antes de entregarse en manos de sus enemigos. La serenidad, la calma y la majestad con que pronunció esas palabras obligaron a sus enemigos a retroceder y caer en tierra; lo cual, por otra parte, fue una circunstancia agravante de la forma en que trataron a continuación al Señor Jesús, pues aquel milagro debería haberles convencido del poder y de la autoridad de Jesús como propiedades del Mesías. La misma palabra que solía confortar a los discípulos y quitarles el miedo, sirvió para aterrorizar a los enemigos y derribarlos en tierra. Por otra parte, no es necesario suponer que toda la turba aquella fue derribada en tierra; basta con que lo fueran los de las primeras filas, que fueron quienes hicieron la pregunta al Señor. Podemos ampliar esta consideración percatándonos de que aquí mostró el Señor Jesús:

(A) Lo que podía haber hecho con sus enemigos. Lo mismo que les hizo retroceder, podía haberles hecho caer muertos, pero no lo hizo. Una vez que se entregaba voluntariamente a la muerte nos dejó un ejemplo admirable de paciencia y de compasión hacia sus enemigos. Al derribarlos en tierra y no hacerles mayor daño, les invitaba al arrepentimiento y les daba tiempo para arrepentirse.

(B) Lo que hará en el último día con sus implacables enemigos que no se arrepentirán, ni siquiera después de la manifestación de *«la ira del Cordero»* (v. Ap. 6:15–17; 9:20–21; 11:13, *«dieron gloria al Dios del Cielo»* no significa que se arrepintieran, sino que no tuvieron más remedio que reconocer la justicia de Dios). Dice Agustín de Hipona: «¿Qué hará cuando venga a juzgar el que hizo esto cuando iba a ser juzgado? ¿Cuál será su poder cuando venga a reinar, si tal poder desplegó cuando estaba a punto de morir?»

IV. Después de dar a sus enemigos una prueba de su poder para derribarlos en tierra, da ahora una prueba de su poder para preservar a sus amigos (vv. 7–9).

1. Continuó exponiéndose a la furia de sus enemigos (v. 7). Al estar éstos derribados en tierra, podría pensarse que Jesús hubiese escapado de sus manos, y al levantarse ellos, podría pensarse que fuesen ellos los que, después de tal demostración milagrosa del poder de Jesús, hubiesen desistido de su intento de arrestarle. Pero no fue así, sino que, así como Jesús se mostró tan paciente y manso como antes, así también ellos se mostraron tan dispuestos como antes a prenderle. No podían imaginarse qué es lo que les había pasado para caer así en tierra, pero seguramente lo achacaron a cualquier otra circunstancia que no fuese el poder de Jesús. Quizá pensarían que habían chocado unos con otros, debido a la sorpresa que les causó la calma con que Jesús había respondido a la pregunta de ellos (¡hay exegetas evangélicos que ofrecen esta interpretación, para quitar así carácter milagroso al hecho!) Lo cierto es que hay corazones

tan endurecidos en el pecado que no hay nada que les pueda ablandar y llevar al arrepentimiento. Recuérdese el caso de Faraón. Por su parte, el Señor se muestra dispuesto a ser arrestado y no hace nada por escapar. Después que sus enemigos cayeron por tierra, les hizo la misma pregunta: «¿A *quién buscáis?»* (v. 7). Ellos dieron la misma respuesta de antes: «*A Jesús nazareno»*. Era el nombre y la consigna que habían recibido de sus superiores y lo repetían casi mecánicamente; pero, al repetirlo sin dar ninguna muestra de arrepentimiento, demostraban una obstinación difícil de explicar. ¿Y qué decir de Judas? ¡Qué endurecimiento tan terrible el suyo!

2. Después de exponerse voluntariamente a la furia de sus enemigos, Jesús mostró su poder de nuevo, al demandar y conseguir la protección para sus discípulos: *«Respondió Jesús: Os he dicho que yo soy; pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos»* (v. 8). Estas palabras de Jesús agravaron el pecado de los discípulos al abandonarle y, en especial, el de Pedro al negarle reiteradamente. Sin embargo, no se puede perder de vista que el Señor, al conocer la debilidad de los discípulos, quería ahorrarles una prueba que les habría resultado demasiado dura si ellos hubiesen sido arrestados también con Él. Al decir, pues, *«dejad ir a éstos»*, Jesús quería:

(A) Manifestar el tierno interés que sentía por sus discípulos. Al exponerse Él al furor de sus enemigos, les excusa a ellos, porque no los considera preparados todavía para sufrir. Meterlos ahora en una prueba tan dura habría sido con detrimento para la salud de sus almas. Además, ellos tenían que cumplir con la misión de predicar el Evangelio a toda criatura. Con esto, Cristo nos estimula en gran manera a seguirle, pues conoce bien el «paño» del que estamos hechos, sabe fijar la hora exacta más conveniente para que pechemos con nuestra cruz, y siempre nos la pone en proporción con nuestras fuerzas (comp. con 1 Co. 10:13). También nos da un buen ejemplo de amor a nuestros hermanos, para que no miremos sólo por nuestro propio interés, sino también por el de los hermanos y a veces, más que por el nuestro (v. Fil. 2:4).

(B) Darnos una muestra de su función como Mediador. Al mismo tiempo que Él se ofrecía a sufrir y morir por nosotros, procuraba que nosotros escapásemos de la condenación y de la muerte eterna.

3. Confirmaba con esto la palabra que había dicho antes en su gran oración sacerdotal (17:12): *«De los que me diste, no perdí ninguno»*. Notemos de entrada que la forma en que Juan cita las palabras de Cristo en este lugar nos recuerda la misma expresión que se halla, especialmente en Mateo, para dar a entender el cumplimiento de alguna Escritura del Antiguo Testamento, con lo que tácitamente nos viene a decir que las frases de Jesús eran también *Escritura.* A primera vista, nos choca ver aquí aplicada a la seguridad *física* de los discípulos lo que en la oración sacerdotal había dicho con relación a la preservación *espiritual* de los mismos. No hay, sin embargo, ninguna degradación en el versículo que comentamos, ya que, como hacen notar los mejores comentaristas, si los discípulos hubiesen sido arrestados en estas circunstancias, habría sido una prueba demasiado dura para la fe de ellos. Al librarles, pues, de las manos de los soldados y de los alguaciles, Jesús procuraba la salud espiritual de los suyos. Además, como ya hemos dicho antes, Cristo quería preservarles la vida natural para el servicio al que los había destinado; esa vida tenía que ser preservada mientras el Señor tuviese a bien usarla para su gloria y servicio. Para no perder a ninguno, era conveniente no exponer a ninguno.

V. A continuación, Jesús reprende la forma imprudente y violenta con que uno de sus discípulos se comporta, a la vez que reprime la cólera con que los enemigos podían haber reaccionado, y da a todos sus seguidores una lección de paciencia y mansedumbre (vv. 10–11).

1. La imprudente precipitación de Pedro. De las dos espadas que obraban en manos de los discípulos (Lc. 22:38), una estaba en manos de Pedro, como podíamos suponer. Y, sin pensárselo dos veces, *«Simón Pedro que tenía una espada, la desenvainó e hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha. Y el siervo se llamaba Malco»* (v. 10). En esta ocasión:

(A) Hemos de reconocer la buena voluntad y el celo de Pedro, un celo honesto en favor de su Maestro, pero un celo imprudente. Había prometido recientemente que no dudaría en aventurar la vida en favor de Jesús y quería darse prisa en hacer buenas sus palabras.

(B) Con todo, debemos reconocer cuán mal se comportó Pedro en esta ocasión; y, aun cuando su buena intención era una circunstancia que disminuía su culpabilidad, no por eso justificaba su acción, ya que:

(a) No tenía de su Maestro ninguna autorización para obrar de aquel modo. Los soldados de Cristo han de esperar la voz de mando de su capitán, sin anticiparse a sus órdenes.

(b) Había resistido a los poderes seculares, y lo había hecho con violencia; algo que Cristo nunca había permitido, sino que lo había prohibido terminantemente (Mt. 5:39).

(c) Al actuar de esta forma, se oponía de obra a los sufrimientos de Jesús, como otras veces se había opuesto de palabra (v. Mt. 16:22). Así, mientras parecía estar luchando a favor de Jesucristo, estaba luchando contra Él.

(d) Quebrantaba también los términos de la capitulación que Jesús había estipulado con sus enemigos al decirles: *«Pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos»* (v. 8). Con esta frase, Jesús anticipaba una conducta mansa por parte de sus discípulos. Pedro lo había escuchado y, sin embargo, se comportaba de una forma que iba directamente contra las cláusulas de la capitulación.

(e) Se exponía neciamente a sí mismo y a los demás discípulos a la furia de los enemigos. Si el Señor no lo hubiera impedido, ¿qué habrían podido hacer once débiles hombres, muchos de ellos pescadores, ninguno de ellos gente de armas, contra una multitud armada y entrenada para la lucha? Lo cierto es que esta imprudente acción de Pedro contribuyó, a no dudarlo, a que fuese más fácilmente reconocido cuando estaba calentándose con los criados del sumo sacerdote (v. 26). Hay quienes son culpables de su propia destrucción en su celo por su propia preservación.

(f) Pedro mostró de tal forma su cobardía no mucho después, al negar repetidamente al Maestro, que hay razón para pensar que calculó mal su propia valentía. Juan nos da el nombre completo («*Simón Pedro*») del atacante, para mostrar así los dos lados de su carácter; el lado débil y el lado fuerte. Notemos de paso que Juan es el único de los evangelistas que menciona por su nombre, tanto al atacante como al atacado *(«Malco, el siervo del sumo sacerdote»), lo* cual se explica por la fecha tardía en que escribió su evangelio, mucho después de la destrucción de Jerusalén y de la muerte de Pedro, cuando ya no había peligro de represalias por parte de los enemigos judíos del cristianismo. ¿Qué indujo a Pedro a obrar de una forma tan imprudente y precipitada? W. Hendriksen opina con razón que Pedro debió de sentirse envalentonado por el maravilloso triunfo del poder de Cristo sobre sus enemigos, al hacer que cayesen por tierra con sólo decir: «*Yo soy*». Y al pensar que la victoria militar era así segura, quiso figurar entre los héroes de la batalla que bien se merecen una medalla, y tiró de la daga (gr. *mákhaira,* como en Ef. 6:17) que los soldados usaban para el combate cuerpo a cuerpo (v. también Lc. 22:52, donde sale el mismo vocablo). No cabe duda de que Pedro intentaba partirle la cabeza a Malco (¿qué habría pasado si le mata?), pero erró el golpe, ya fuese por providencia de Dios o porque Malco se echó rápidamente a un lado, y le cortó la oreja derecha, como especifican Lucas (22:50) y Juan (18:10). Si quedó separada totalmente de la cabeza (como indica el verbo usado en Mt. 26:51; Mr. 14:47; Lc. 22:50), o permaneció colgando de ella, no lo sabemos y poco importa para el milagro de la curación que Jesús llevó a cabo de inmediato.

(C) Hemos de reconocer, finalmente, la providencia de Dios por encima de este incidente, quien le dio a Cristo una oportunidad de mostrar su poder y su benignidad al curar la herida (v. Lc. 22:51).

2. La reprensión de Jesús a Pedro: *«Jesús entonces dijo a Pedro: Mete tu espada en la vaina»* (v. 11). Es una reprensión bondadosa, ya que era el celo, aunque celo imprudente lo que había impulsado a Pedro a traspasar los límites de la discreción. Muchos piensan que, por hallarse en momentos de dolor y de apuro, tienen excusa para expresarse en términos duros y violentos con los que les rodean, pero Cristo nos da aquí ejemplo de mansedumbre y paciencia en medio de los sufrimientos.

3. La razón de esta reprensión de Jesús a Pedro: *«La copa que el Padre me ha dado, ¿acaso no la he de beber?»* (v. 11b). Con esto nos da Jesús:

(A) Una magnífica prueba de su total sumisión a la voluntad del Padre. De todo lo impropio que Pedro hizo, Jesús se resiente aquí especialmente de que trate de impedir sus padecimientos ahora que *ha llegado su hora* (17:1). El Señor estaba dispuesto a beber de esta copa, por muy amarga que fuese. Él bebió de esta copa de aflicción, a fin de poner en nuestras manos la copa de salvación. Y está dispuesto a beberla, porque es *la copa que el Padre le ha dado.* Nunca se ha de perder de vista que, en medio de los criminales sufrimientos a que los enemigos sometieron a nuestro Salvador, el supremo responsable de la muerte de Cristo, por cuanto era el único sacrificio aceptable a Dios, fue *el Padre* (v. Hch. 2:23; 4:28). Por eso, habla de *la copa que el Padre,* no sus enemigos, *le ha dado.*

(B) Un magnífico ejemplo, para nosotros de sumisión a la voluntad de Dios. Debemos empeñar nuestra palabra de compartir la copa de Jesús (v. Mt. 20:23), la que Él bebió. No es más que una *copa;* poca cosa relativamente. Es una copa que nos es dada, pues también los sufrimientos son dones de Dios

(v. Fil. 1:29). Es una copa que *el Padre* nos da, con el afecto de un buen Padre y sin intención de hacernos daño, sino bien para nosotros y gloria para Él.

VI. Después de esta reprensión a Pedro, Jesús se dejó arrestar sin oponer resistencia, no porque no pudiese escapar, sino porque no quería hacerlo. Veamos:

1. Cómo echaron mano de Jesús: *«Entonces la compañía de soldados, el tribuno y los alguaciles de los judíos prendieron a Jesús y le ataron»* (v. 12). Aun cuando sólo algunos de ellos llevarían a cabo el prendimiento de Jesús, la operación es imputada a todos ellos, por cuanto todos ayudaban de alguna manera. Así como en el ayudar para bien, no caben excusas para estar ociosos, en el ayudar para mal no caben excusas de ser accesorios, ya que todos concurren como protagonistas. Precisamente porque tantas veces se habían visto frustrados en sus intentos de echarle mano, es de suponer que ahora se lanzarían violentamente para asegurar la presa.

2. Cómo aseguraron la presa: *«le ataron».* Sólo Juan nos menciona este detalle. Con él se nos da a entender:

(A) El menosprecio de los enemigos de Jesús. Le ataron para poder así atormentarle mejor, despreciarle y burlarse de Él, e impedir que se escapara. Le ataron como a reo ya condenado a muerte, pues estaban resueltos a procesarle de forma que se le condenase a la pena capital. Cristo había atado la conciencia de ellos con el poder de su palabra, lo cual les había irritado sobremanera; y ellos querían ahora vengarse atándole las manos.

(B) La mansedumbre de Cristo al permitir que le atasen. De nada les habría servido su empeño en atarle, si Él no se hubiese atado previamente *con cuerdas a los cuernos del altar* (Sal. 118:27, comp. con He. 13:10); eran *cuerdas de amor* a los hombres (comp. con Os. 11:43) y de obediencia total al Padre (Fil. 2:8). La culpa es una atadura del alma, por la que somos arrestados para ser presentados ante el tribunal de Dios para juicio, la corrupción es una atadura del alma, por la que somos arrestados y hechos cautivos bajo el poder de Satanás. Para soltarnos de estas ataduras, Jesús se sometió a ser atado por nosotros. A esas ataduras de Cristo les debemos nuestra libertad, así es como *el Hijo nos hace realmente libres* (8:36). Pero ello nos obliga, en amor y gratitud, a atarnos al deber cristiano y a la obediencia al Señor. Las ataduras que por nosotros llevó nos atan a nosotros para amarle y servirle siempre. Esas ataduras de Jesús estaban destinadas a hacer suaves nuestras ataduras por su causa, hasta santificarlas y hacerlas tan dulces que nos permitan, como a Pablo y a Silas, cantar en la cárcel con los pies sujetos por el cepo.

Versículos 13–27

Relato de la comparecencia de Cristo ante el sumo sacerdote, con algunos detalles que son omitidos por los otros tres evangelistas. Las negaciones de Pedro, que los otros evangelistas refieren aparte, aparecen aquí entretejidas con otros episodios. Como el cargo que se le imputaba a Jesús era de orden religioso, las autoridades religiosas del país hicieron que fuese llevado de inmediato a la presencia del más alto tribunal religioso. Tanto los judíos como los gentiles le habían arrestado y tanto los judíos como los gentiles habían de condenarle a muerte en sus respectivos tribunales, por cuanto había venido a dar su vida tanto por los judíos como por los gentiles.

I. Después de apresar al Señor, *«le llevaron primeramente a Anás»* (v. 13). Sólo Juan menciona este episodio de la presentación de Jesús ante Anás. Contra la opinión de algunos autores, incluido Edersheim, Hendriksen ha demostrado brillantemente que todo este episodio, hasta el versículo 23, tuvo lugar ante Anás, no ante Caifás; y el versículo 24 es un argumento contundente a favor de esta opinión. La objeción de que, en todo el pasaje citado, se habla del *«sumo sacerdote»,* y sabemos, por el mismo Juan (11:51; 18:24), que Caifás era el sumo sacerdote, no debe llamarnos a engaño, si tenemos en cuenta lo que sabemos por la historia del pueblo judío: Anás había sido nombrado sumo sacerdote por el procurador Quirino el año 6 de nuestra era, y había ocupado el cargo hasta el año 15 o 16. Después de un breve intervalo, un hijo de Anás ostentó el cargo, hasta que, desde el año 18 hasta el 36, fue Caifás, yerno de Anás, quien ejerció el sumo sacerdocio. Después de él, otros cuatro hijos y un nieto de Anás ocuparon este cargo, pero siempre ejerció Anás un papel tan preponderante, que se le llama varias veces *«sumo sacerdote»* junto con su yerno Caifás (v. Lc. 3:2; Hch. 4:6). No es, pues, de extrañar que el propio Judas lo condujese primero a quien, en realidad, tenía las riendas del supremo poder religioso y que era, quizás,

el que había convenido con Judas el precio que se le había de pagar por la traición. Es muy significativo que, a partir de este momento, Judas desaparezca de la escena hasta el momento de su tardío remordimiento. Consideremos ya tras esta nota aclaratoria, lo que significaba este modo de conducir a Jesús:

1. *«Le llevaron»*. Le llevaron como en triunfo, como un trofeo de su victoria. Se lo llevaron a toda prisa y con violencia, como si fuera el más vil y el más abominable de los malhechores. Nosotros nos hemos dejado arrastrar por nuestras impetuosas concupiscencias, hasta ser llevados cautivos a voluntad de Satanás y, a fin de que pudiésemos ser rescatados, Cristo fue llevado violentamente, prisionero de los agentes e instrumentos de Satanás.

2. Le llevaron a sus amos que les habían enviado a prenderle. Era casi medianoche, y cualquiera habría de pensar que le iban a dejar bajo custodia hasta que amaneciera y llegase la hora oportuna para presentarlo ante un tribunal; pero no es así, sino que es llevado a toda prisa, no a los jueces de paz para que se hagan cargo de Él, sino a los jueces malvados para ser condenado; ¡tan extremadamente violenta era la furia con que deseaban acelerar el proceso!

3. *«Le llevaron primeramente a Anás»,* puesto que era el personaje más influyente, y también el más taimado, del Sanedrín. Llevándolo a su presencia le rendían un homenaje de respeto a su alta dignidad y le aseguraban el éxito en la empresa de conducir a Cristo al patíbulo. Cristo, la gran víctima del gran sacrificio, había de ser presentado a este personaje y conducido después, *«atado»* (v. 24) al sumo sacerdote en funciones, Caifás, como quien ha obtenido la aprobación para ser puesto sobre el altar. Es muy probable que Anás y Caifás viviesen en el mismo palacio del sumo sacerdote por lo que el paso de Jesús de una vivienda a otra podía hacerse con toda discreción, comodidad y rapidez.

II. Anás y Caifás entran en acción en el proceso de Jesús.

1. Vemos el poder y la posición de Anás y de Caifás. De Anás se nos dice que *«era suegro de Caifás»,* para darnos a entender, no sólo su parentesco con la suprema autoridad religiosa de la nación, sino también, aunque implícitamente, el ascendiente que este personaje astuto e influyente tenía sobre su yerno, como lo tuvo sobre sus hijos. De Caifás se dice, como en 11:51 *«que era sumo sacerdote aquel año»*. Repetimos que esto no significa que los sumos sacerdotes se nombraran por turnos «anuales», sino que acaeció que aquel año era sumo sacerdote Caifás, siéndolo también durante varios años antes y después del ministerio público de Jesús. El evangelista quiere resaltar aquí que Caifás era sumo sacerdote el mismo año en que el Mesías *«fue cortado de la tierra de los vivientes»* (Is. 53:8, comp. con Dn. 9:26). Cuando, por parte de los hombres, iba a ser cometido un crimen tan execrable como la condenación y ejecución del Mesías, la Providencia dispuso que una persona también execrable ocupase la primera cátedra y el sumo oficio sacerdotal del país. El ser sumo sacerdote aquel año fue para Caifás el colmo de su ruina, pues se constituyó en el principal portavoz de los que, a toda costa, querían quitar de en medio al Mesías. Hay muchas personas a quienes la promoción a los puestos más elevados les ha hecho perder su reputación ante la Historia a la cual no habría pasado Caifás con tanta deshonra si no hubiese obtenido tan alto honor.

2. La maldad de Caifás se nos insinúa (v. 14) mediante la repetición de lo que poco tiempo antes había dicho: *«que convenía que un solo hombre muriese por el pueblo»* (v. 11:51). Con este desafío a las normas de la más elemental equidad, mostraba Caifás la nefanda política que constituía el eje de toda su inmoral conducta. El caso de Jesús estaba ya decidido en el tribunal de este hombre antes de que el reo fuese presentado y oído. Caifás había proferido de antemano la sentencia: *Jesús debía morir*. Así que su proceso era una burlona comedia. En realidad, fue un testimonio de la inocencia del Señor Jesucristo por boca de uno de sus peores enemigos, el reconocer que, fuese como fuese, había de ser sacrificado en beneficio del pueblo, y esto, no porque fuese necesario a causa de la malignidad del reo, sino como algo *conveniente* para el bien común de la nación.

3. La complicidad de Anás en la prosecución de Cristo, puesto que participó en el proceso de Jesús de distintos modos:

(A) Como capitán de los oficiales o alguaciles, al retener preso a Jesús cuando debería haberlo soltado. Menos excusa tenía él para retener atado a Jesús que los alguaciles, ya que tenía la obligación de conocer el caso mejor que ellos.

(B) Como la persona más influyente del Sanedrín y, con toda probabilidad, como el iniciador del interrogatorio que vemos en los versículos 19 y ss.

III. En el palacio de Anás y de Caifás, Simón Pedro comenzó a negar a su Maestro (vv. 15–18).

1. No fue sin dificultad como entró Pedro al patio del sumo sacerdote, conforme se nos refiere en los versículos 15–16, donde vemos:

(A) La buena inclinación de Pedro hacia Jesús, la cual (aunque de poco le sirvió) se observa en dos cosas:

(a) En que *seguía a Jesús* (v. 15), aunque de lejos, cuando el Señor era llevado a Anás. Aun cuando, al principio huyó como los demás discípulos, después parece ser que se repuso algún tanto y comenzó a seguirle a cierta distancia, al recordar las promesas que había hecho de adherirse a Él, costase lo que le costase. Quienes de veras aman y estiman a Cristo, le seguirán sople el viento que sople y en toda clase de circunstancias, tanto prósperas como adversas. Pero ya vemos aquí un primer mal paso de Pedro al seguir al Señor *de lejos.*

(b) En que, ya que no pudo entrar hasta el lugar en que Jesús se hallaba, entró en el patio del sumo sacerdote gracias a la recomendación del «otro discípulo» que le acompañaba. Parece, en verdad, que el deseo de Pedro era estar lo más cerca posible de Jesús y esperar quizás una oportunidad para llegarse más cerca todavía. Pero al quedarse fuera, junto con los criados que estaban calentándose junto a la lumbre, Pedro dio un segundo mal paso hacia su caída. Cristo, que lo conocía mucho mejor de lo que él se conocía a sí mismo, le había dicho anteriormente: *«Adonde yo voy, no me puedes seguir ahora»* (13:36); además le había profetizado una y otra vez que le había de negar; pero Pedro no cejó en su terquedad, hasta que la experiencia le hizo percatarse de su propia debilidad al llegar a negar a Jesús, conforme le había predicho el Maestro.

(B) El favor que el otro discípulo dispensó a Pedro al abogar por él a fin de que pudiera entrar al patio del sumo sacerdote, aun cuando la experiencia posterior demostró que no había sido un favor, sino un perjuicio, el que le había procurado. Muchos son los exegetas que no sólo opinan, sino que dan por seguro el hecho de que este *«otro discípulo»* era Juan el propio evangelista. Pero no hay razón para pensar que fuese Juan ni otro alguno del círculo de los más íntimos de Jesús. Más aún, hay bastantes razones en contra:

(a) Es muy improbable que un no muy rico ni noble pescador de Galilea tuviese tanta influencia con el sumo sacerdote en Jerusalén; sobre todo, tratándose de un Apóstol que había seguido a Cristo a todas partes, tanto como Pedro y Jacobo el Mayor.

(b) Siempre que Juan se oculta bajo el anónimo de *«otro discípulo»,* añade, sin excepción, *«al que amaba Jesús»*. No se explica que aquí no lo dijera, cuando no había ya ningún peligro en decirlo.

(c) El hecho de que Juan acumule detalles en el proceso de Jesús y en las negaciones de Pedro se debe a dos factores: *Primero* que trataba de rellenar las lagunas de los otros evangelistas, como se ve en el proceso de Jesús ante Anás, algo que los sinópticos no mencionan. *Por otra parte,* al ser Juan el que refiere la rehabilitación de Pedro (21:15–17), es natural que también refiera en detalle las negaciones de Pedro, así como sus anteriores promesas de fidelidad a Jesús.

(d) Finalmente, es mucho más probable que este *«otro discípulo»* fuese alguien influyente dentro de la capital del país; aunque, por alguna razón para nosotros desconocida Juan haya preferido dejarlo en el anonimato (¿Quizás el dueño del Aposento Alto? ¿Era éste el padre de Juan Marcos?).

2. Tan pronto como Pedro se halló en el interior del patio del sumo sacerdote, fue asaltado de inmediato por la tentación (v. 17).

(A) Vemos primero cuán ligero fue el ataque. Fue una simple criada, y de tan poco relieve como para ocupar sólo la portería, la que le retó a identificarse vagamente: «*¿No eres tú también de los discípulos de este hombre?»* Pedro habría tenido algún motivo de alarmarse si hubiese sido Malco el que, agarrándole del brazo, hubiese dicho ante los presentes: «Éste es el que me cortó la oreja, y yo voy a conseguir que le quiten la cabeza».

(B) Si débil fue el ataque, la rendición no pudo ser más rápida. Sin tomarse tiempo para pensar, Pedro respondió tan necia como cobardemente: *«No lo soy»*. Como sólo estaba preocupado por su propia seguridad personal, pensó que no quedaría incólume si no se daba prisa a negar su conexión con Jesús.

(C) A pesar de esta primera derrota, Pedro no escarmienta, sino que se queda allí con los siervos y los alguaciles: «*y también con ellos estaba Pedro en pie, calentándose»* (v. 18b). Vemos:

(a) Cuán poco se preocupaban estos siervos y alguaciles de lo que le pasase a Jesús. Al estar fría la noche de primeros de abril, hacen lumbre en el patio y se ponen al abrigo del fuego.

(b) Más lamentable es todavía la actitud de Pedro, quien también estaba de pie, calentándose con ellos. Mal había hecho en seguir a Jesús de lejos; peor, al quedarse con los siervos del sumo sacerdote; pésimo, el final, al ceder a la tentación de negar al Maestro. És muy probable que hubiese podido subir a la parte alta del salón en el que se celebraba el proceso de Cristo, a fin de dar allí buen testimonio del Salvador. Podía haber aprendido de Cristo cómo comportarse cuando le llegase a él el turno de sufrir por la causa del Evangelio. Con todo, ni su conciencia ni su curiosidad bastaron para llevarle hasta el aula del proceso; y, lo que es mucho peor, se quedó con los enemigos de Jesús, expuesto así a ulteriores ataques. Y, si no había sido valiente para resistir a una simple portera, ¿qué haría si aquel grupo de hombres le descubría? Una cosa tan insignificante como el amor a la lumbre en una noche fría fue bastante para que Pedro se mezclase imprudentemente con tan malas compañías. Si el celo de Pedro por su Maestro no se hubiera helado, sino que hubiera continuado con el mismo fervor que parecía tener unas pocas horas antes, no le habría hecho falta a Pedro arrimarse ahora a tan peligrosa lumbre. Así que Pedro era digno de reprensión:

Primero, por juntarse con estos malvados, quienes probablemente se estarían divirtiendo con los detalles de la expedición de aquella noche: el beso de Judas, el arresto de Jesús, etc. Seguro que se burlarían del Señor; y ¿qué clase de diversión podían ser para Pedro estas bromas? Si le faltaba el coraje necesario para salir en defensa de su Maestro, al menos debería haber tenido el suficiente afecto a Jesús como para retirarse a un rincón a llorar en secreto por los padecimientos de su Maestro y por el pecado que contra Él acababa de cometer al negarle cobardemente.

Segundo, porque, de lo que se colige del relato, deseaba pasar por uno de ellos. ¿Es posible que éste sea Pedro? ¿Es éste el que confesó abiertamente que Jesús es *el Cristo, el Hijo del Dios vivo?* (Mt. 16:16). Mala cosa es querer calentarnos con aquellos en cuya compañía estamos en peligro de quemarnos.

IV. Mientras Pedro, el gran amigo de Cristo, había comenzado a negarle, el sumo sacerdote (probablemente, Anás), el gran enemigo de Cristo, había comenzado a acusarle (vv. 19–21). Según parece, la primera tentativa consistía en demostrar que Jesús enseñaba falsas doctrinas y, de este modo, traía engañados a sus discípulos. Cuando este procedimiento falló, se intentaron los que nos narran los otros evangelistas, hasta llegar a la acusación de blasfemia ante Caifás, con lo que su proceso ante el tribunal religioso quedó concluso. Observemos:

1. Los temas sobre los cuales fue examinado Jesús en primer lugar: «Y *el sumo sacerdote preguntó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina*» (v. 19). Por donde vemos:

(A) La irregularidad de este proceso, pues era contra toda ley y equidad. Ahora que el preso está delante del tribunal, no tienen ningún cargo formal de qué acusarle. Contra toda razón y justicia, se le hace que se acuse a sí mismo.

(B) La mala intención de la pregunta del sumo sacerdote, al interrogarle sobre detalles concernientes a su vida privada: (a) Sobre sus discípulos, para poder acusarle de sedicioso. Hay quienes piensan que esta parte de la pregunta venía a significar: «¿Qué les ha pasado a tus discípulos? ¿Por qué no se presentan a testificar?» con la intención de poner de manifiesto la cobardía de los más íntimos seguidores del Señor, y tratar así de añadir aflicción a sus padecimientos; (b) Sobre su doctrina, para poder acusarle de impío. Este era un tema muy apto para ser juzgado en este tribunal, ya que un profeta no podía morir sino en Jerusalén, donde tenía sus sesiones dicho tribunal. Es notable que no le pregunta sobre sus milagros, con los que *había pasado haciendo el bien* (Hch. 10:38), porque con relación a éstos no podían acusarle de nada.

2. La respuesta que Cristo dio al interrogatorio de Anás. En cuanto a sus discípulos, no respondió palabra. Hay autores que opinan que, al ser ilegal el interrogatorio, no sólo por ser celebrado durante la noche, sino por ser el Sanedrín el que tenía jurisdicción para un interrogatorio legal, no Anás, Jesús no respondió al primer extremo de la pregunta, y sólo indirectamente al segundo. Lo más probable es que Cristo no respondiera a lo de los discípulos sencillamente porque, para vergüenza de ellos, todos le habían abandonado, y el único que se hallaba cerca, en el patio, estaba negándole repetidamente. Por otra parte, el tener discípulos era una práctica común entre los maestros. Si, a pesar de todo, el sumo sacerdote quería tender un lazo también a los discípulos, Jesús les había preservado la libertad desde que, en el huerto, había dicho a los que vinieron a arrestarle: «*Si me buscáis a mí, dejad ir a éstos*» (v. 8). Y

compasivo como era con las debilidades de los suyos no quiso decir nada contra ellos, ya que no podía decir nada a favor de ellos. En cuanto a su doctrina, Jesús no creyó oportuno explicar nada a Anás, sino referirse en general a quienes le habían oído (vv. 20–21). Después de todo, no era Él, sino los que le habían oído quienes podían testificar imparcialmente en este caso. Así que:

(A) Tácitamente, acusa a sus jueces de proceder ilegalmente, pues apela a las normas legales para que le digan si aquel procedimiento es equitativo: *«¿Por qué me preguntas a mí?»* (v. 21). Como si dijese: «¿Por qué me preguntas acerca de mi doctrina cuando ya tienes prejuzgado que es condenable? Además, ¿acaso soy yo el que debo acusarme a mí mismo?» Habían decretado en el Sanedrín que todo el que le reconociera como a Mesías fuese expulsado de la sinagoga (9:22). ¡Y venían ahora a preguntarle sobre su doctrina!

(B) Explícitamente, declara que, en la proclamación de sus enseñanzas, nunca ha tenido nada que ocultar. De esta manera, se descarga plenamente de cualquier acusación contra Él: (a) En cuanto a su manera de predicar: «*Yo he hablado públicamente …; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo … y nada he hablado en oculto»* (v. 20). Aunque había guardado sus confidencias para sus más cercanos seguidores, su predicación había tenido lugar siempre en público: en las sinagogas, en el templo, al aire libre. Y siempre había hablado sin rodeos ni ambigüedades, sino con plena certeza de lo que decía: *«De cierto, de cierto os digo …»* (b) En cuanto a las personas a quienes predicaba o enseñaba: A todos cuantos se paraban a oírle: «*Al mundo»*, en general; a *«todos los judíos»* que se reunían en las sinagogas y en el templo. (c) En cuanto a los temas que había tocado, bien podían ser investigados, pues *«nada había hablado en oculto»*. No la había enseñado en rincones inaccesibles para el público, ni la había disimulado por temor al qué dirán, pues no tenía nada de qué avergonzarse en todo lo que había enseñado. Y aun lo que había dicho en secreto a sus discípulos, había mandado que se publicase desde las azoteas de las casas (Mt. 10:27).

(C) Al apelar a quienes le habían escuchado, pide que se les examine a ellos: *«Pregunta a los que han oído, qué les he hablado; mira, ellos saben lo que yo he dicho»* (v. 21). No quiere decir que pregunten a sus discípulos y amigos, quienes estarían dispuestos a hablar bien de Él, sino a los oyentes imparciales, al común de la gente que le había escuchado. Todos cuantos hayan escuchado las enseñanzas de Cristo, el mensaje del Evangelio, si están dispuestos a juzgar imparcialmente, no tendrán más remedio que dar buen testimonio de Jesús y de su doctrina.

V. Mientras Jesús sufría este ilegal interrogatorio, los que estaban junto a Él, lejos de guardarle el más elemental respeto, se comportaron indignamente con Él (vv. 22–23).

1. Villana en extremo fue la afrenta que le infirió *uno de los alguaciles que estaba allí.* Ante la mansa respuesta de Jesús, este insolente esbirro *«le dio a Jesús una bofetada* (el vocablo griego puede significar un golpe cualquiera: un revés con la mano, un puñetazo o un varapalo, al ser lo primero lo más probable), *diciendo: ¿Así respondes al sumo sacerdote?»* (v. 22). Si se compara la respuesta de Jesús con la de Pablo en Hechos 23:3 (aunque en descargo de Pablo hay que notar, tanto la impía conducta de Ananías como la defectuosa visión de Pablo), se notará la diferencia, ya que Jesús no había dicho palabra alguna que fuese injuriosa para el sumo sacerdote, el cual, para colmo, no era el verdadero «sumo sacerdote» en funciones. Además, fue un acto de extrema cobardía golpear de este modo a un prisionero con las manos atadas; pero aún más, golpearle ante el propio tribunal en el que era interrogado. Con todo, el juez de la causa no dijo una sola palabra a favor del reo, sino que, al contrario, parece que le satisfizo esta prueba de aparente lealtad y adulación por parte del alguacil. *«¿Así respondes al sumo sacerdote?»* Como si el Señor Jesús se hubiese comportado como un rudo y descortés preso común al que es preciso enseñar buenos modales. Si Anás hubiese sido una persona digna, no habría consentido este desacato en su presencia, por muy halagadora que pareciese la forma en que el alguacil se expresó a favor de su amo. Sólo los gobernantes impíos se complacen en los servicios de impíos subalternos, ya que son éstos los más apropiados para apoyarles y ayudarles a llevar a cabo sus malvados designios.

2. El Señor Jesucristo soportó la afrenta con admirable mansedumbre y paciencia: *«Jesús le respondió: Si he hablado mal testifica en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me golpeas?»* (v. 23). De paso, hemos de notar que, después de recibir el golpe, Cristo *no puso la otra mejilla*, con lo que se ve claramente que la norma de Mateo 5:39, no ha de interpretarse literalmente, como algunos pretenden. Al comparar la norma de Jesús con su propia conducta, aprendemos que en casos parecidos a éste, no debemos tomarnos la justicia por nuestra mano ni ser jueces en causa propia (comp. con Ro. 12:19). No

es menester que nos callemos ante las injurias, pero, con el ejemplo de Cristo, nuestra respuesta ha de ser mansa y razonable, nunca airada ni violenta. Esto es ser *«imitadores de Dios»* (Ef. 5:1), según indica el contexto anterior.

VI. Mientras los criados de Anás se comportaban con Jesús de esta manera tan vil, Pedro continuaba negándole (vv. 25–27).

1. Por segunda vez, repitió su pecado. Mientras estaba calentándose con los siervos y alguaciles, éstos *«le dijeron: ¿No eres tú de sus discípulos?»* Y, acobardado de nuevo, no fuese que echasen mano de él, respondió negativamente: *«Él negó y dijo: No lo soy»* (v. 25). Donde vemos:

(A) La gran imprudencia que cometió Pedro al continuar en compañía de unas personas de las que seguramente le había de sobrevenir de nuevo la tentación. No se percató de que quienes se complacen en calentarse con malhechores (comp. con Sal. 1:1), pronto se vuelven fríos hacia las buenas personas y hacia las buenas cosas, y que los que se sienten a gusto junto al fuego del diablo, se exponen a ser devorados por el fuego del diablo.

(B) Para su mala fortuna, fue asaltado de nuevo por la tentación, como era de prever. Obsérvese: (a) La astucia del tentador al procurar la caída de quien ya se había tambaleado antes, no es ahora una simple portera, sino todos los criados del sumo sacerdote quienes le interrogan. El conocido proverbio dice: «Resiste a los comienzos», porque el que cede a la primera tentación, pronto se ve asaltado por otra más fuerte. Satanás redobla sus ataques cuando ve que comenzamos a ceder terreno. (b) Los peligros de las malas compañías. Mostramos de ordinario nuestra disposición y nuestro carácter en la forma en que escogemos nuestras compañías y amistades. La elección de un amigo o de un compañero es siempre una elección importante, pues no sólo muestra, sino que puede moldear, nuestro carácter; por consiguiente, hemos de poner suma diligencia en escoger bien las primeras amistades.

(C) De nuevo mostró Pedro su debilidad y cobardía al ceder a la tentación y decir: *«No lo soy.* No soy de sus discípulos, ni tengo nada que ver con Él ni con los suyos». Pedro se avergüenza de lo que habría de constituir su mayor honor. En efecto, cuando Cristo era admirado y tratado con respeto, Pedro se jactaba y gloriaba de ser discípulo de Jesús. Desgraciadamente, se repite el caso en muchos que aparentan tener en gran estima la fe cristiana cuando la religión está de moda, pero se avergüenzan de ella cuando parece caer en descrédito y, especialmente, cuando es perseguida.

2. Pedro repite ahora por tercera vez su negación (vv. 26–27); esta vez, a pregunta de un pariente de Malco, al que Pedro había cortado la oreja derecha en el huerto de Getsemaní (v. 10). Sólo Juan (porque podía hacerlo sin ningún peligro) nos refiere este detalle: *«Uno de los siervos del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja, le dijo: ¿No te vi yo en el huerto con Él?»* (v. 26). Y continúa diciendo Juan: *«Negó Pedro otra vez, y en seguida cantó el gallo»* (v. 27). Antes de pasar adelante, son de notar en Juan dos detalles que son exclusivos de su narración: 1) la cuidadosa matización de las preguntas que los interlocutores hacen a Pedro; 2) la ausencia de mención alguna: *Primero,* de la mala manera en que, *increscendo,* iba respondiendo Pedro en sus negaciones, hasta llegar a juramentos y maldiciones (v. especialmente Mr. 14:66–72). *Segundo,* de la mirada de Jesús a Pedro, que sólo Lucas (22:61) nos ha conservado (v. comentario a dicho lugar). *Tercero,* del llanto de Pedro, después que el gallo cantó por segunda vez. La explicación más probable (nota del traductor) de esta ausencia de pormenores es que Juan escribe esto, quizás unos veintiocho años después del martirio de Pedro (en todo caso, más de veinte años después), y el respeto al gran Apóstol le impide acumular detalles que añadan desdoro a su persona. Por otra parte, los otros evangelistas habían referido ya suficientes pormenores. Veamos ahora:

(A) Anteriormente, sólo cabían sospechas acerca de la estrecha relación de Pedro con Jesús, pero ahora el que dirige la pregunta, aunque sin absoluta seguridad, es alguien que recordaba haber visto a Pedro en el huerto de Getsemaní cuando Cristo fue arrestado. Como Pedro fue el que le cortó la oreja a Malco, y el interlocutor era pariente de Malco, las sospechas aumentaban. Por haber ocurrido de noche el arresto, y a pesar de la luz de las antorchas, el hombre no tenía completa seguridad, aunque sí fuertes sospechas. Repitamos una vez más que la imprudencia de Pedro en su precipitada acción en el huerto le estaba causando problemas, Pues ayudaba a los presentes a identificarle. Y cuanto más hablaba, más le delataba su acento galileo. Con esto vemos que quienes piensan que pueden escapar de un aprieto al cometer un pecado, no hacen otra cosa que enredarse y comprometerse más y más. En cambio, quien es lo suficientemente valiente para estar del lado de la verdad, la verdad le defenderá a la larga y, al menos,

saldrá del aprieto, o pasará a través de él, con la cabeza bien alta. El detalle del parentesco del interlocutor con Malco aparece aquí para hacernos ver que esta circunstancia añadiría nuevo terror a los temores de Pedro, con lo que se nos enseña a no malquistarnos con nadie en cuanto esté de nuestra parte. Cuando lo que se necesita son amigos, no deberíamos crearnos enemigos sin necesidad. Una circunstancia bien digna de notarse, y que suele pasar desapercibida a lectores y comentaristas, es que, a pesar de que, al llegar a este punto, había suficientes pruebas para llevar a Pedro ante los tribunales, especialmente por lo de Malco, escapó indemne sin embargo, sin que nadie le echara mano siquiera. Con ello se nos muestra cuán a menudo somos arrastrados cobardemente a cometer un pecado por miedo infundado a correr algún peligro, cuando un poco de discreción y prudencia nos habría bastado para conservar la paz de ánimo junto con la tranquilidad de la conciencia.

(B) La forma en que Pedro sucumbió a la tentación fue tan vil y cobarde como antes, más aún, según se deduce por los relatos de los otros evangelistas, fue de mal en peor, tanto en su imprudencia como en la forma de expresar sus negaciones: negó una y otra vez, y negó cada vez con mayor vehemencia. Por donde vemos: (a) La naturaleza del pecado en general; es engañoso y seductor, y endurece en la obstinación al pecador: *«que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado»* (He. 3:13, comp. con Stg. 1:14–15). Aquí puede aplicarse lo de Proverbios 17:14: *«El que comienza la discordia es como quien suelta las aguas»*. O como dice Santiago (3:5) a l hablar de los males que produce la lengua: *«¡Mirad qué gran bosque se incendia con un pequeño fuego!»* El pecado, como la lepra, tiende a extenderse en el propio paciente y a contagiar a los demás; una vez que se derriba la cerca, no es de extrañar que la finca se vea invadida por toda suerte de alimañas. (b) La naturaleza del pecado de mentir, en particular: la mentira es un pecado que prolifera, porque una mentira necesita otra para poder sostenerse; y la segunda mentira necesita una tercera, y así sucesivamente. Por lo que dice nuestro refrán castellano: «Antes se coge a un mentiroso que a un cojo». Es tan contra naturaleza la mentira en el ser humano, aún caído (comp. con 8:44), que el mayor mentiroso del mundo no puede menos de decir muchas más verdades que mentiras, por lo cual la contradicción no tarda en descubrirse; con lo que el mentiroso suele perder todo crédito, incluso cuando dice la verdad.

(C) *«Y en seguida cantó el gallo»* (v. 27b). Por los demás evangelistas sabemos que ésta fue la segunda vez que cantó el gallo, de acuerdo con la predicción del Señor (v. Mr. 14:30). Para los demás este canto del gallo nada tuvo de particular, pues era lo de siempre, pero para Pedro significaba mucho, pues era como la voz de Dios que le invitaba al arrepentimiento.

Versículos 28–40

Proceso de Jesús ante el tribunal de Pilato, el procurador romano. Esta parte de la prosecución de Cristo se llevó a cabo en el *pretorio* (v. 28), donde se hallaba *el salón del juicio,* como se le llamaba. Allá lo llevaron a toda prisa, después del interrogatorio ante Caifás, del que Juan no hace mención, para que fuese condenado a muerte en el tribunal romano y ejecutado *por mano de inicuos* (Hch. 2:23) es decir, de verdugos no pertenecientes al pueblo judío, el pueblo de *los santos del Altísimo* (v. Dn. 7:18). Los enemigos de Jesús adoptaron este procedimiento: 1) A fin de que la ejecución de Cristo tuviese visos de legalidad; no como Esteban, que fue apedreado en abierta conculcación de la ley romana, por la que les estaba prohibido, desde fecha reciente, a los judíos ejecutar sentencia de muerte (v. 31). 2) A fin de que su ejecución se llevase a cabo con toda tranquilidad. Si lograban del gobernador romano la sentencia de muerte contra Jesús disminuiría considerablemente el peligro de un tumulto entre el pueblo. 3) A fin de que fuese Jesús condenado a la muerte más afrentosa de todas, como era *la muerte de cruz* (nótese el énfasis en Fil. 2:8). Al ser la más ignominiosa de las ejecuciones, querían estampar sobre la persona de Jesús el estigma más infamante. Por eso gritaban con insistencia ante el gobernador: *«¡Crucifícale, crucifícale!»* (p. ej., 19:6, 15). 4) Para que ellos mismos pudieran escudarse tras la decisión del poder romano. No era cosa muy digna condenar a muerte a quien había pasado haciendo el bien; por eso, deseaban cargar la responsabilidad, y el posible odio del pueblo, sobre el régimen romano. Así es como muchas personas sienten más temor de afrontar el escándalo del pecado que el pecado mismo. Dos detalles singulares son de notar en este versículo 28:

Primero, que *«era de madrugada»,* cuando la mayoría de la gente estaba todavía en la cama; en esto se echa de ver la cautela que adoptaban para llevarlo por las calles de la ciudad sin dar ocasión a ningún

alboroto, y la prisa que tenían en que se le condenara cuanto antes para darse el gusto de verlo clavado en la cruz.

Segundo, la necia superstición y la vil hipocresía de los que maquinaban la muerte de Jesús, pues *«ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse, y así poder comer la pascua»* (v. también el comentario a 19:14). Entrar simplemente en casa de un gentil era para ellos cosa contaminante (comp. con Hch. 10:28; 11:3). Temían una contaminación legal, pero no se preocupaban de la contaminación moral por el crimen que estaban llevando a cabo, una vez más, *colaban el mosquito y se tragaban el camello* (Mt. 23:24). Al llegar a este punto, es preciso clarificar algo que ha llenado de contusión a numerosos comentaristas, haciéndoles desvariar con toda clase de extrañas opiniones. La opinión tradicional, bien respaldada por el relato de los evangelistas, es que Jesús y sus discípulos comieron la Pascua en la tarde del jueves, que Jesús fue arrestado en aquella misma noche y que, tras el complicado, pero rápido, proceso, fue sentenciado a muerte a la mañana siguiente y crucificado hacia el mediodía del viernes, y murió y fue sepultado antes de que se pusiera el sol. La dificultad aludida se halla en que el versículo 28, al final, da a entender que los enemigos de Jesús pensaban comer la Pascua el viernes. ¿Es que hay varios días disponibles para comer la citada Pascua? ¿Se adelantó Jesús, con los suyos, a comerla antes, puesto que había de morir al día siguiente? ¿No habla 19:14 de que ese día, el viernes, *«era la preparación de la Pascua»?* ¿Era, pues, el sábado el día verdaderamente señalado para ello? El excelente comentarista del Evangelio de Juan, W. Hendriksen, adopta la opinión del Dr. Mulder al respecto, de la que afirma: «Los artículos del Dr. Mulder deberían ser traducidos al inglés. *Yo no he hallado en ninguna otra parte una mejor defensa de este punto de vista».* Después de exponer y pesar cuidadosamente todos los argumentos en favor y en contra, concluye Hendriksen de la manera siguiente: «En pocas palabras, según el Dr. Mulder, el texto da a entender simplemente que los miembros del Sanedrín habían estado ocupados en el arresto y procesamiento de Jesús de tal manera que no habían tenido tiempo para celebrar la cena pascual. Durante toda la tarde del jueves habían estado esperando a que llegase Judas, pues no sabían a ciencia cierta a qué hora llegaría éste. (Tampoco Judas sabía de antemano dónde iba a celebrar Jesús la cena pascual con sus discípulos.) Los miembros del Sanedrín tenían que estar listos y necesitaban tomar parte también en el arresto, al menos como espectadores (v. Lc. 22:53). Luego vino el comienzo del proceso por la noche. Todo esto se llevó tiempo, mucho tiempo. De ahí que llegaran a convencerse de que, *en interés del objetivo que para ellos era el que realmente importaba, a saber, quitarse de en medio a Jesús*—versículo 11:5—, todo lo demás, incluida la cena pascual, podían demorarlo. Por eso, cuando muy de madrugada llevaron a Jesús ante Pilato, no habían celebrado todavía la cena pascual … Una vez que Jesús estuviese clavado en la cruz (y se burlasen de Él), ya podían irse a casa a comer el cordero». Es cierto, y Hendriksen lo admite, que esta solución suscita algunas objeciones, como: ¿No pudieron comer la Pascua antes del arresto de Jesús? ¿Cómo se atrevieron estos legalistas a traer sobre su cabeza una maldición por ocuparse durante toda aquella noche del jueves en actividades que nada tenían que ver con la celebración de la Pascua? De todos modos, su enemiga contra Jesús y la oportunidad única de darle muerte, ante el ofrecimiento de Judas quien podría echarse atrás a última hora, pueden darnos la explicación de que se saltaran todos los demás escrúpulos legales que, en otras circunstancias, les habrían impedido obrar de aquella manera en cuanto a la celebración de la Pascua. El punto principal, al cual hemos de asirnos con toda firmeza es que no hay en el texto sagrado absolutamente nada que pueda sugerir la más remota contradicción entre el relato de Juan y el de los otros evangelistas. Una vez desbrozado este delicado punto preliminar, podemos pasar ya al estudio de la presente porción:

I. Diálogo de Pilato con los demandantes del proceso. Fueron ellos los interrogados por Pilato, a lo que respondieron lo que tenían que decir contra el preso (vv. 29–32).

1. El procurador romano les hizo llamar para que expusieran el caso. Como ellos no querían entrar en el pretorio, salió Pilato a recibirles: *«Entonces salió Pilato a ellos y les dijo: Qué acusación traéis contra este hombre?»* (v. 29). Tres detalles hallamos aquí que dicen algo a favor de Pilato: (A) Su diligencia en iniciar el proceso. Quienes se hallan constituidos en autoridad no deben demorar sus tareas ni ser perezosos en llevarlas a cabo. (B) Su condescendencia a salir al encuentro de quienes no consideraban el pretorio como un lugar digno de ser visitado por ellos. Pilato podía haber dicho: «¡Está bien! Si ellos no condescienden a entrar, que se marchen por donde vinieron»; pero Pilato no se muestra puntilloso a este respecto, sino que sale al encuentro de ellos. (C) Su noción de las justas normas legales, al demandar el

cargo del que se acusaba al reo: *«¡Qué acusación traéis contra este hombre?»* Como si dijera: «¿cuál es el crimen de que le acusáis, y qué pruebas tenéis de ello?»

2. Los demandantes exigen a Pilato que dicte sentencia contra Jesús bajo el cargo general de que es un malhechor: *«Respondieron y le dijeron: Si éste no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado»* (v. 30). Estas palabras muestran: (A) La incalificable descortesía de estos hombres al dirigirse de esta manera al gobernador. Éste había hecho la pregunta de la manera más cortés y razonable que podía hacerse; pero, aun en el caso de que Pilato hubiese preguntado de forma incorrecta, no habrían podido ellos responder con mayor desdén. (B) La villana y prejuzgada acusación contra el Señor Jesús. Asumen, sin más, que es un malhechor aquel mismo reo de quien Pilato habrá de confesar que es inocente. Dicen de Él que es un *malhechor,* cuando todos sabían que *había pasado haciendo el bien* (Hch. 10:38). No es cosa nueva que los mayores bienhechores sean señalados y perseguidos como si fueran los peores malhechores. (C) El desmedido orgullo y la alta opinión que tenían de sí mismos, al pensar que no había otro criterio de juicio y de justicia superior al de ellos mismos.

3. Al oír esto, el procurador les concede que le juzguen ellos mismos: *«Tomadle vosotros y juzgadle según vuestra ley»* (v. 31). Hay quienes piensan que Pilato, con estas palabras, quiso darles una satisfacción, al reconocer el poder que todavía les quedaba y permitiéndoles que lo ejercieran según su criterio. Sin embargo, lo más probable es que Pilato, al no tener conocimiento de ninguna actividad peligrosa y notoria de Jesús, pensase que se trataba de alguna minucia contra la ley de Moisés y que los demandantes no pretendían que se dictase contra Jesús sentencia de muerte, sino alguna pena inferior, con lo que no había necesidad de llevarle a él el caso e incomodarle en días en que su atención debía centrarse en detalles más importantes.

4. La respuesta de Pilato daba a entender que, cualquiera que fuese la acusación que presentasen contra Jesús, ellos mismos podían juzgarle y sentenciarle según lo pidiera el delito que le imputaban. Que así lo entendieron se demuestra por la forma en que replican al gobernador: «Y *los judíos le dijeron: A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie»* (v. 31b). Con estas palabras, los jefes judíos se veían obligados a confesar que su país había dejado de ser una nación independiente y que *había sido quitado el cetro de Judá,* de acuerdo con la profecía de Jacob (Gn. 49:10). Podían dictaminar una sentencia de muerte, pero carecían de autoridad para ejecutarla. Una vez más hemos de admirar aquí los designios de la Providencia y la evidente inspiración de las Escrituras, al predecir que al Mesías no se le había de quebrantar ningún hueso por ser el verdadero *Cordero Pascual* (v. Éx. 12:46; comp. con Jn. 19:36), y que no había de ser muerto a pedradas, con lo que se le habrían quebrado los huesos, sino crucificado según la profecía de David en el Salmo 22:16. No cabía fraude en el cumplimiento de esta profecía, puesto que sólo hacía muy pocos años que les había sido quitado a los judíos este poder ejecutivo; y, por otra parte, ni los romanos, por supuesto, ni los mismos judíos estaban dispuestos a aceptar que el Mesías hubiera de morir, y precisamente de muerte en cruz. Los judíos estaban, por cierto, muy satisfechos con que, de cumplirse la sentencia de muerte contra Jesús, no sólo se le infligiera la muerte más horrible e ignominiosa, sino de que fuese así quitado literalmente de la tierra al ser levantado en la cruz. No se percataban de que eso era también precisamente lo que Jesús deseaba (3:14; 8:28; 12:32), aunque por razones muy diferentes, como ya hemos explicado en los respectivos lugares.

5. Con ello, se iba a cumplir la predicción del propio Jesús: *«Para que se cumpliese la palabra que Jesús había dicho, dando a entender de qué muerte iba a morir»* (v. 32). Incluso los que habían resuelto acabar con Jesús iban a servir de meros instrumentos para llevar a cabo el plan que Dios tenía previsto y determinado desde toda la eternidad para la redención de la humanidad pecadora (v. Hch. 2:23). En realidad, dos fueron las frases de Jesús que habían de tener cumplimiento al declinar los judíos el juzgarle según la ley de Moisés: (A) El que *había de ser entregado a los gentiles para que éstos le diesen muerte* (v. Mt. 20:19; Mr. 10:33; Lc. 18:32–33). (B) Que había de ser crucificado (Mt. 20:19; 26:2), *levantado en alto* (como ya hemos indicado, según las expresiones ya citadas de 3:14; 8:28 y 12:32). Era, pues, necesario, como ya hemos dicho, que fuese ejecutado conforme al estilo usado por los romanos. Así como el régimen romano había intervenido para que Cristo naciese en Belén, de acuerdo con las Escrituras, así también iba a intervenir para que muriese en la Cruz, de acuerdo siempre con las Escrituras. Pablo hará notar, en Gálatas 3:13, que de este modo *«Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho maldición por nosotros, porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero»* (comp. con Dt. 21:23, donde el contexto anterior se presta a sabrosas consideraciones, cuando se compara con Lc. 15:22 y ss.).

II. A continuación, el evangelista nos refiere la conversación que Pilato sostuvo con Jesús (vv. 33 y ss.).

1. Vemos, pues, al reo frente por frente del juez romano. Después de la conversación con los jefes religiosos judíos, la cual se llevó a cabo en la puerta del pretorio, Pilato se retiró al interior y mandó que le fuese llevado el reo. Así comenzó el juicio contra el Señor, a fin de que nosotros pudiésemos quedar libres del juicio de Dios (v. 5:24, donde el texto original dice literalmente: «*y no viene a juicio»).*

2. Comienza el interrogatorio de Pilato a Jesús. Los otros evangelistas nos refieren que los acusadores de Jesús habían dicho a Pilato que este hombre *«había sido hallado pervirtiendo a la nación, prohibiendo dar tributo a César y diciendo que Él mismo era Cristo rey»* (Lc. 23:2). Así se explica la forma en que el procurador romano inicia la investigación directa del reo.

(A) Le hace una pregunta con la que pueda quedar en claro si es cierta la acusación que contra él presentan los judíos: *«¿Eres tú el rey de los judíos?»* (v. 33b, comp. con Mt. 27:11; Mr. 15:2; Lc. 23:3). Hay quienes opinan, de acuerdo con el rumor recogido por Suetonio, que por este tiempo prevalecía en el Oriente una especie de mito legendario de que había de levantarse de entre los judíos un rey poderosísimo que habría de hacerse con el dominio del mundo entero. En realidad, esto no era ninguna leyenda, sino una tradición basada en las profecías del Antiguo Testamento. Según esto, dicho rumor habría llegado a los oídos de Pilato, quien sentiría curiosidad por averiguar qué había de cierto o de legendario en esto. Sea de esta opinión lo que sea, parece claro que la pregunta del gobernador va marcada por un tinte de escepticismo ante la presencia de un hombre de humilde apariencia y completamente indefenso, de quien no podía esperarse ninguna pretensión de regios poderes. Por otra parte si tales eran sus pretensiones era muy extraño que los propios judíos quisieran acabar con Él (nótese lo de 19:15: «*¿A vuestro Rey he de crucificar?»).* Por consiguiente, las palabras de Pilato vienen a decir: «¿Cómo? ¿Un rey, tú? ¿Y rey precisamente de estos judíos que te persiguen a muerte y te traen a mi tribunal para que te condene a ser crucificado?» Puesto que no podía creer a sus acusadores, Pilato quiere que el propio Jesús confirme o niegue el cargo que se le hace, para proceder de acuerdo con la confesión del mismo reo.

(B) Cristo responde a Pilato dirigiéndole a su vez una pregunta, para que el gobernador diga cuál es su fuente de información o qué noción se ha formado él mismo acerca del carácter de Jesús: *«Jesús le respondió: ¿Dices tú esto por ti mismo o te lo han dicho otros de mí?»* (v. 34). Como hace notar Hendriksen, la respuesta de Cristo no puede ser más apropiada, puesto que Pilato no habría entendido la respuesta en el caso de que Jesús hubiera dicho que sí pues podía interpretarse que estaba dispuesto a hacerse inmediatamente con el poder político del país, lo que no era cierto, ni en el caso de que hubiera dicho que *no,* puesto que Jesús no podía negar en redondo que Él era el rey de Israel, como se verá más adelante en el decurso de la conversación (v. 37). Si la fuente de información de Pilato eran los mismos judíos, podría haber respondido que no era cierto, pero si era una noción que Pilato mismo se había formado, no lo podía negar sin más. Por consiguiente, la respuesta de Jesús dejó abierta la puerta al diálogo, al mismo tiempo que mostraba, como en otras ocasiones, su divina sabiduría. Consideremos por un momento. (a) Que Pilato estaba obligado por su oficio a mirar por los intereses del emperador romano, pero no podía ver, por cosa alguna que el Señor hubiese dicho o hecho, que tales intereses estuviesen en peligro o fuesen a sufrir ningún daño con la actuación del Salvador. (b) Jesús podía haber dicho a Pilato que quienes le acusaban de querer hacerse rey eran, en realidad, los verdaderos enemigos del Imperio. Si Pilato hubiese llevado más lejos su investigación, podría haber llegado a la conclusión de que la verdadera razón, o, al menos, una de las razones de más peso en esta enemiga contra Jesús, era que el Señor se había negado a establecer un reino temporal en oposición directa al poder romano (v., p. ej., 6:15). Al no corresponder a las expectaciones que ellos abrigaban, le imputan aquello mismo de lo que precisamente eran ellos culpables: de desafecto y complot contra el régimen imperante.

(C) Pilato se resiente de la respuesta que Jesús acaba de darle y la toma muy a mal, como se nota tanto en sus palabras como en el tono con que las dice: *«Pilato le respondió: ¿Soy yo acaso judío? Tu nación y los principales sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?»* (v. 35). Jesús le había preguntado si lo de ser rey lo decía por su propia iniciativa, y Pilato, con evidente tono de desprecio, responde: *«¿Soy yo acaso judío?»* Un romano, y de tan alta posición como la suya, tomaba como una de las peores afrentas ser tenido por judío. Jesús le había preguntado también si se lo habían dicho otros, a lo que Pilato responde tácitamente: «Sí; son precisamente los tuyos: *tu nación;* y no sólo el pueblo bajo, sino los jefes: y *los principales sacerdotes te han entregado a mí;* por consiguiente, no puedo hacer otra cosa que proceder de acuerdo con la información que ellos me han suministrado. Al ser así las cosas, *¿qué has*

hecho? De seguro que todo este humo no puede salir sin algún fuego, ¿cuál es la causa?» Aun cuando Pilato, por lo que se ve en Mateo 27:18; Marcos 15:10, *sabía* (según Mateo), *se iba dando cuenta* (según Marcos), *de que por envidia le habían entregado,* es posible que Pilato pensase que tal envidia no daba una solución completa y satisfactoria a lo extraño del caso.

(D) Cristo responde ahora con toda mansedumbre y ofrece al gobernador una explicación más detallada a la primera pregunta que le había formulado: *«¿Eres tú el rey de los judíos?»,* aclarando en qué sentido lo era (v. 36):

(a) Le ofrece primero un resumen de la naturaleza; y constitución de su reino: *Mi reino no es de este mundo».* Es decir, no surge en virtud de un poder mundano, ni es mundana su naturaleza es un reino primordialmente espiritual, cuyas armas son espirituales, cuyo primer objetivo es orientar y gobernar la conciencia y el corazón de los hombres, cuya defensa no estriba en poderes militares, políticos ni financieros. Los súbditos de este reino, aunque están en el mundo, no son del mundo. Los últimos objetivos de este reino son la implantación de la verdad, la justicia y la paz. Las normas de este reino no se basan en la sabiduría de los expertos en ciencia o en economía, sino en las normas rectas y justas de la ley de Dios.

(b) Cristo ofrece a Pilato una prueba evidente de la naturaleza primordialmente espiritual de su reino: *«Si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos».* Los seguidores de Cristo no tenían ánimo, preparación ni instrucciones para luchar militarmente; no pensaban levantarse en armas para rescatar a su Maestro de las manos de quienes le habían arrestado y llevado a los tribunales. Él mismo, no sólo no les había ordenado luchar, sino que les había prohibido terminantemente hacer uso de la fuerza a su favor (v. 11). Más aún, lo que, precisamente por carencia de soldados y de armamento, habría supuesto para un reino de este mundo su caída y destrucción, era lo que mejor servía para el progreso y extensión del reino de Cristo. «Así que—viene a decir Jesús a Pilato—ya ves que *mi reino no es de aquí.* Está en el mundo, pero no es del mundo.»

(E) Pilato, al no entender bien todavía la naturaleza del reino de Cristo, pregunta aún: *«¿Luego, eres tú rey?»* (v. 37a). Como si dijese: «Así que, en fin de cuentas, tú posees un reino, sea cual sea su naturaleza, ¿en qué sentido, pues, eres tú rey? ¡Explícate!» En este punto, Cristo no negó, sino que confesó paladinamente: *«Tú lo dices; yo soy rey».* Como si dijese: «Esa es la verdad, y no la puedo negar». Reconoce Jesús que es rey, aunque no en el sentido que Pilato había entendido, como si el reino de Cristo pudiese entrar en competencia con el régimen imperante. Aunque Cristo *había tomado la forma,* la verdadera naturaleza, *de un esclavo* (Fil. 2:7), podía aun así reclamar para sí el poder, el honor y la autoridad de rey. No sólo era rey, sino que había nacido como rey y para gobernar un reino que no tendría fin (Lc. 1:32–33). Esta afirmación de su propia realeza entraba dentro del conjunto de verdades que había recibido del Padre para que diese testimonio de ellas en orden a la salvación de los hombres: *«Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad».* Cristo había venido a destruir el reino del diablo que era el reino de la mentira (8:44; He. 2:14–15). Él mismo era *la verdad* (14:6), y venía a dar de esa verdad un testimonio relevante de primera mano a este mundo sumido en las tinieblas de la ignorancia y del pecado. En este mundo de tinieblas, Él era la luz (8:12; 12:46), que venía a descubrir lo que, de otro modo, no habrían conocido los hombres acerca de Dios (1:18) y de su buena voluntad hacia los hombres (3:16; 17:26). Para confirmar esta verdad, que era la verdad de su reino, había obrado sus milagros, mediante los cuales daba pruebas fehacientes de que *el Padre le había enviado* (5:36). El mismo Juan, el Precursor, había venido a dar testimonio de Él, de la luz verdadera (1:6–9), *a fin de que todos creyesen, por medio de su predicación* (la del Bautista), que Cristo era el Mesías (5:33). Cristo explica a Pilato que el espíritu y el genio del cristianismo es *la verdad* genuina, la verdad suprema, la verdad divina, la única que hace libres a los que se someten al gobierno de Jesús (8:32–36). La evidencia de esta verdad, el poder de esta verdad, son las armas que vencen y convencen el espíritu del hombre, *«llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo»* (2 Co. 10:5). ¡Dichosa servidumbre, la que conduce a la verdadera libertad, y constituye en reyes a los súbditos de tal gobierno! (v. Ap. 22:3–5). Tan identificado está el reino de Cristo con la verdad, que bien puede decir Jesús que los súbditos de su reino pertenecen al «partido» de la verdad: *«Todo aquel que es de la verdad* (es decir, que está de parte de la verdad), *oye mi voz».* En esto demuestran ser súbditos del reino de Jesús, del reino de la verdad, en que escuchan con gusto la voz de su soberano. Todo el que siente amor hacia la verdad, acude a Cristo para escuchar su voz, porque en ninguna otra parte se puede hallar verdades más grandes,

más seguras, más importantes, más provechosas, más dulces, que *en Jesús, por medio de quien vinieron* a este mundo *la gracia y la verdad* (1:14, 17).

(F) A este testimonio de Jesús acerca de la verdad, contesta Pilato: *«¿Qué es* (la) *verdad?»* Lightfoot opina que el sentido de esta frase es: «¿Qué puede haber de verdad en todo esto? ¿Cómo puedes ser tú rey, y de un reino que no es de este mundo?» Hay quienes piensan que Pilato, confuso por las palabras de Cristo, dio a entender que no podía dictaminar qué había de verdad en todo este proceso. Ryrie por su parte, en nota a este versículo, dice: «Pilato no habla como filósofo, sino que expresa simplemente frustración e irritación ante la evasiva de Jesús a dar una respuesta directa a lo que a él le parecía una pregunta sencilla». La opinión más corriente, y también la más probable a la vista del propio texto y, especialmente, del contexto posterior inmediato, es que Pilato, hombre práctico y escéptico, a la moda de la alta sociedad romana de su tiempo, venía a decir: «¡La verdad! ¿Dónde está esa verdad? Hay tantos sistemas filosóficos, tan diferentes unos de otros, y todos aseguran que poseen la verdad …». No cabe duda de que Pilato pensó que tenía delante de sí a un soñador o visionario interesado en especulaciones que a él no le iban ni le venían, y se percató de que Jesús podía ser un loco, pero no un criminal, y así lo manifestó, no sólo sin esperar ulteriores respuestas de parte de Jesús, con lo que perdió la mejor oportunidad de su vida para conocer la única verdad liberadora, sino al asegurar a los acusadores de Cristo: *«Yo no hallo en Él ningún delito»* (v. 38b). Pilato no conocía el gran proverbio bíblico que dice: *«Compra la verdad y no la vendas; la sabiduría, la instrucción y la inteligencia»* (Pr. 23:23). Con su desprecio a esta perla de gran precio, el procurador romano perdió el único tesoro incorruptible (Mt. 6:20). Le faltaron las tres virtudes más importantes para la búsqueda de la verdad: la humildad, la paciencia y la sinceridad. ¡Demos gracias a Dios de que, sin que nosotros buscásemos la verdad, la verdad nos buscó! Cristo no tuvo oportunidad de explicar en detalle a Pilato la verdad, pero la enseñó a los discípulos, y ellos nos la han conservado en las Escrituras del Nuevo Testamento.

III. Resultado de las conversaciones de Pilato, tanto con los demandantes como con el reo (vv. 38–40).

1. El juez no tuvo más remedio que hablar en favor del reo:

(A) Declaró públicamente la inocencia de Jesús: «*Yo no hallo en Él ningún delito*» (v. 38b). Esta declaración solemne de la inocencia de Cristo sirvió: (a) Para justificación y honor del Señor Jesús. Aunque fue tratado como el peor de los malhechores, el propio juez declaró públicamente que no merecía en absoluto tal tratamiento. (b) Para explicar el designio y objetivo de su muerte, de que no moría por crimen alguno que Él hubiera cometido, sino como sustituto nuestro, en sacrificio de expiación por nuestros pecados, según la profecía que, inconscientemente, había proferido Caifás, al decir que *«convenía que un solo hombre muriera por el pueblo»* (11:50; 18:14). (c) Para agravar el pecado de los judíos, al llevar el proceso contra Jesús de una forma tan injusta y tan violenta. A pesar de que el Señor Jesucristo era totalmente inocente (comp. con He. 7:26), y como tal había sido declarado por el propio juez romano, le trataban como al peor de los malhechores y estaban sedientos de su sangre.

(B) Propuso una fórmula mediante la cual pensaba que podría solucionar fácilmente el caso y dejar en libertad a un reo que la merecía en justicia: *«Pero vosotros tenéis la costumbre de que os suelte a uno en la pascua. ¿Queréis, pues, que os suelte al Rey de los judíos?»* (v. 39). «De seguro—pensaría Pilato—que esta gente que hace pocos días le aclamó con sus "hosannas", escogerá al que tan entusiásticamente aplaudieron como a su rey.» El mero hecho de darles a escoger entre Cristo y Barrabás (v. Mt. 27:17) era ya una ignominia para Jesús, después de haber sido declarado inocente pues se le ponía en parangón con el peor criminal del país. Rigiéndose por criterios completamente mundanos, el gobernador creyó que podía arriesgarse a ofrecer al pueblo esta alternativa, seguro de que de esta forma agradaría a las dos partes del proceso al absolver al inocente y dar satisfacción al voto de la mayoría. Opina Hendriksen que la frase de Pilato: *«¿Queréis, pues, que os suelte al Rey de los judíos?»*, contiene un dejo de burla, dentro de su desesperado intento por escapar de la responsabilidad de condenar a un inocente. Gomá, por su parte, dice lo siguiente: «La propuesta del Procurador es hábil: evoca en la memoria del pueblo el Cristo a quien todos esperaban, y junto al nombre del presunto Cristo coloca el nombre de un hombre aborrecible, el sentimiento religioso y el patriótico, y el instinto de conservación social, se impondrán, y el pueblo pedirá la libertad de Jesús, tanto más cuanto que ahora, por su multitud, el pueblo, recto por natural, no se dejará arrastrar por los bajos sentimientos de envidia de sus directores». Esta explicación nos parece demasiado optimista y romántica. Lo más probable es que Pilato pensara en la forma que hemos expuesto

al principio como paráfrasis de sus propias reflexiones. Aun en ellas, Pilato no se percataba de que sus noticias sobre el ascendiente de Jesús entre el pueblo, algo que no le sería del todo desconocido, así como sobre la envidia de los jefes contra Jesús (v. Mt. 27:18; Mr. 15:9–10), no eran suficiente garantía para que el pueblo pidiese la suelta de Jesús. La experiencia enseña que las voces de unos pocos fanáticos, astutos y atrevidos, no sólo pueden prevalecer sobre el sentir de la mayoría (vv. 19:6, 12, 15, y lugares paralelos de los sinópticos), sino que son capaces de sumir a las masas borreguiles en una especie de hipnosis colectiva en la que se mueven como marionetas al antojo de los líderes que mueven los hilos de la farsa.

2. Y así fue efectivamente: el pueblo se puso de parte de Barrabás y en contra de Jesús: *«Entonces todos gritaron de nuevo diciendo: No a éste, sino a Barrabás. Y Barrabás era ladrón»* (v. 40) un ladrón de la peor especie, como indica el original («Salteador, pirata, etc.») y lo confirman Marcos (15:7) y Lucas (23:19; Hch. 3:14), quienes consignan que era un sedicioso y un homicida. Obsérvese la fiereza ultrajante de esta turba. Pilato había propuesto la alternativa con toda calma y serenidad, pero ellos replican con ardor, vehemencia, clamor y gritos. Siempre hay motivo para sospechar falta de razón y de justicia en aquellos que recurren al alboroto popular. La elección de Barrabás (¡cuándo se lo imaginaría él!) para que fuese favorecido con el privilegio que al pueblo se le ofrecía con ocasión de la Pascua, no pudo ser más injusta y descabellada, especialmente en contraste con Jesús puesto que aun siendo Barrabás un ladrón y homicida peligroso, es absuelto, con lo que: (a) Un notorio quebrantador de la ley de Dios y de la seguridad pública es puesto en libertad sin haber dado señales de arrepentimiento o reforma. (b) Un pueblo que debía protegerse contra los salteadores y mirar por su interés económico y espiritual, se pone a favor de este ladrón y asesino. Así es como se portan siempre quienes prefieren continuar en sus pecados antes que entregarse al Señor puesto que el pecado es un ladrón, el peor de los ladrones, ya que nos roba la amistad con Dios y la vida eterna, dándonos la muerte como salario de nuestra servidumbre (Ro. 6:23), y aun así lo preferimos necia y villanamente a las innumerables y verdaderas riquezas que Dios nos ofrece en Jesucristo (v. p. ej., Ef. 1:18; 2:7; 3:8, 16; Fil. 4:19; Col. 1:27; 2:2), en quien somos herederos de Dios (Ro. 8:17; 1 P. 1:4). (c) Barrabás se convierte así en figura simbólica de todos los que hemos sido salvos y absueltos en el tribunal de Dios por la sustitución que Jesucristo llevó a cabo, en favor nuestro, en la cruz del Calvario. Si Barrabás una vez suelto y en plena libertad, siguió, al menos por curiosidad, a la comitiva que acompañó a Cristo hasta el Calvario, al ver a Jesús en la Cruz pudo decir con toda verdad: «Ahí debería estar yo». Si el pueblo hubiese pedido la suelta de Jesús, habría sido Barrabás el crucificado en medio de los otros dos ladrones. Cada uno de nosotros podría decir, con el mismo motivo que Barrabás, al mirar a la cruz de Cristo: «Ahí debería estar yo». Pero por la gran misericordia de Dios, que nos amó hasta el extremo de entregar a su Hijo Unigénito a la muerte por nosotros, el que salvó a tantos no quiso salvarse a sí mismo y todas las circunstancias fueron combinadas de tal forma que se llevase a cabo el decreto de la Redención, resuelto en el seno de la Trina Deidad desde antes de la fundación del mundo.

CAPÍTULO 19

En este capítulo, el evangelista prosigue su relato del proceso de Jesús ante el tribunal del gobernador, y culmina con la sentencia de muerte que llevó a la cruz a nuestro Salvador. Termina el capítulo con el sepelio de Jesús, en el que se distinguieron por su bravura y amor al Maestro dos discípulos que hasta entonces no se habían mostrado lo bastante atrevidos para seguirle y confesarle abiertamente.

Versículos 1–15

Continúa en esta porción el injusto proceso del Señor Jesús. Los demandantes siguieron adelante en sus malvados designios, y causaron gran griterío y confusión entre el pueblo, a la vez que el cobarde juez abrigaba también gran confusión en su propio pecho.

I. Vemos primero, con gran sorpresa, que Pilato, después de haber reconocido paladinamente la inocencia de Jesús, mandó azotarle, con la esperanza de que así quedarían satisfechos los enemigos de Cristo.

1. *«Así que, entonces tomó Pilato a Jesús y le azotó»* (v. 1). Es como si, con esa conjunción consecutiva, Juan quisiera resaltar el extraño contraste entre la declaración de inocencia de Jesús por el gobernador y la injustificada azotaina que le propinó. Parece ser que Pilato, decepcionado por la inesperada decisión del pueblo, tomó la medida de azotar a Jesús, al abrigar la certeza de que, al ver el severo castigo que le había sido impuesto (aunque sin motivo), el pueblo se movería a compasión y cesaría en su petición de que el reo fuese condenado a muerte. Esto aparece claro por los versículos 4–5 y por el relato de los otros evangelistas. Mateo (27:24) y Marcos (15:15) parecen dar a entender que esta flagelación se llevó a cabo después que Pilato pronunciase la sentencia de muerte contra Jesús. Esto ha inducido a algunos intérpretes a opinar que Jesús fue azotado dos veces, pero no hay motivo para tal suposición. Mateo y Marcos la mencionan después, no sólo porque la flagelación del reo solía tener lugar después de su condena a muerte, sino, ante todo, porque nos adelantan un resumen del resultado del proceso antes de descender a los detalles en particular. Es seguro que la flagelación de Jesús se llevó a cabo en el orden en que la refiere Juan. Al fallarle a Pilato esta medida, continuó con sus esfuerzos por librar de la muerte al Salvador, pero, una vez dictada la sentencia, no había por qué repetir otra vez la pena de azotes. Por otra parte, los principales sacerdotes y los fariseos estaban sumamente interesados en que Jesús muriese en la cruz; una segunda flagelación habría precipitado su muerte antes de llegar al Calvario; aun así hubieron de echar mano de Simón de Cirene para que le llevase la cruz, pues es seguro que, al salir para el Gólgota, Jesús debió de caer bajo el peso de la cruz, según refiere la tradición. Esto pudo influir también en la temprana muerte de Jesús, cosa que causó sorpresa al propio Pilato aunque ya hemos dado en otro lugar la explicación altamente probable de que Cristo murió «antes de hora» a causa de la rotura del corazón. Después de lo dicho en el comentario a los evangelios sinópticos, no creemos necesario extendernos en explicar la horrible crueldad del tormento que con los azotes y la coronación de espinas sufrió el Salvador. Añadamos únicamente que la flagelación al estilo romano no estaba limitada, como era costumbre entre los judíos, a *cuarenta azotes menos uno* (2 Co. 11:24). El estado en que quedó Jesús después de la flagelación se colige por la expresión de Pilato en el versículo 5. Lo que más nos interesa en la consideración de este episodio de la Pasión del Señor es que, con esta flagelación:

(A) Se cumplían las Escrituras, que hablaban de que *se le podían contar todos los huesos* (Sal. 22:17) y de que *el castigo de nuestra paz,* la paz con Dios (Ro. 5:1) obtenida a favor de nosotros a costa de los tormentos (satisfacción vicaria) del Mesías, *cayó sobre Él* (Is. 53:5). Él mismo había predicho que le azotarían (Mt. 20:19; Mr. 10:34; Lc. 18:33).

(B) Se cumplía especialmente la Escritura que dice literalmente: *«Y por su azotaina, hubo curación para nosotros»* (Is. 53:5). Por una de las maravillosas paradojas divinas, fue azotado el Médico para que fuese sanado el paciente.

(C) Quedaban santificados los azotes que puedan sufrirse por causa de Cristo y del Evangelio. Un creyente puede ser azotado por causa de Cristo y sufrirlo, no sólo con paciencia, sino también con gozo (comp. con Col. 1:24), porque los azotes que Cristo sufrió por nosotros han quitado el aguijón punzante (lo mismo que a la muerte; v. 1 Co. 15:55–56) a los que nosotros podamos sufrir por Él.

2. Después de azotarle, le entregó a los soldados, quienes se burlaron de Él y le trataron como a un loco: «*Y los soldados entretejieron una corona de espinas, y se la pusieron en la cabeza, y le vistieron con un manto de púrpura; y le decían: ¡Salve, Rey de los judíos!; y le daban de bofetadas*» (vv. 2–3). Véase:

(A) La bajeza y la injusticia de Pilato al entregar a Jesús a la soldadesca, si no complacido, al menos despreocupado por lo que los rudos soldados romanos pudiesen hacer con Jesús. Como sabemos por Lucas (23:11), también *«Herodes con sus soldados, después de menospreciarle y escarnecerle, le vistió de una ropa espléndida»*. Al ser días de festival, era una buena diversión para los soldados esta comedia, la cual sería también del gusto de los judíos que odiaban a Jesús.

(B) La desconsideración e insolencia de los soldados, que de tal manera se burlaron de Jesús, vistiéndole de rey de mofa, como a un *clown* con quien divertirse. De manera semejante visten muchos a la religión cristiana con ropas a su gusto, sólo para despreciarla y ridiculizarla. Los soldados vistieron a Jesús con un manto de púrpura como el que usaban los reyes y los nobles. Probablemente era un viejo manto de legionario romano, de lana roja, como un remedo de la clámide que portaban los generales y los emperadores romanos. No puede afirmarse con certeza de qué especie eran las ramas espinosas con que los soldados entretejieron la corona o capacete, pues había abundancia de arbustos espinosos en Palestina, en las cercanías mismas de Jerusalén (v. Jue. 8:7; Sal. 58:9; Os. 9:6; Mi. 7:4). Lo más significativo de este

episodio de las espinas es que se mencionan en Génesis 3:18 en conexión con el pecado de nuestros primeros padres, con lo que, también en esto, Jesús cargaba sobre sí, no sólo nuestra maldición (Gá. 3:13), sino también la de la naturaleza, de la misma manera que su Redención había de tener carácter cósmico, pues abarcaría no sólo a la humanidad, sino también a la naturaleza (Ro. 8:20–21).

(C) La admirable paciencia y condescendencia del Señor Jesucristo. Las personas más generosas y los caracteres más nobles de la humanidad soportan cualquier cosa mejor que la ignominia y la burla, con todo, el santísimo Jesús se sometió por nosotros a esta cruel ignominia. Son de admirar, tanto la insuperable paciencia del Siervo Sufriente como el invencible amor y la inefable benignidad del Salvador Inocente. No sólo mostró el gran amor que nos tenía al morir por nosotros en una cruz, sino al morir como un criminal ante los judíos, y como un loco ante los gentiles (comp. con 1 Co. 1:23). Hay héroes humanos que llegan a soportar impávidos la tortura, pero no pueden aguantar la befa; pero este héroe divino soportó con la misma mansedumbre lo uno y lo otro. ¿Y nos quejaremos nosotros de una espina en la carne o de un desprecio banal, cuando el Hijo de Dios, digno del mayor respeto y de la más rendida adoración, se humilló hasta el punto de llevar en la cabeza un capacete de punzantes espinas, el rostro lleno de salivazos y de cárdenas señales de las bofetadas y puñetazos, y toda su figura hecha un hazmerreír de la soldadesca? Verdaderamente, al dirigirse a la cruz, lo mismo que al pender de ella, *«menospreció el oprobio»* (He. 12:2). Después de todas estas burlas dolorosas, añadieron la de marchar frente a Él probablemente simulando un desfile, para saludarle en son de mofa con el acostumbrado *«Ave, Caesar»*, que el griego vierte por *«Alégrate»* y equivale a nuestro «¡Viva el rey!» Pero el que de esta manera recibía regios saludos de burla, *fue exaltado por Dios hasta lo sumo, y en su nombre ha de doblarse toda rodilla … y toda lengua ha de confesar que es el SEÑOR, para gloria de Dios Padre* (Fil. 2:9–11). *«El que descendió (a las partes más bajas de la tierra) es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo»* (Ef. 4:9–10).

II. Cuando los soldados quedaron satisfechos con esta burla, Pilato sacó a Jesús a la vista de los que le habían llevado al pretorio, a la espera de que, a la vista de tan lastimosa figura como la que ahora presentaba el Salvador, sus enemigos se sentirían movidos a compasión (vv. 4–5). Dos son las cosas que Pilato propone a la consideración de los demandantes del proceso:

1. Que no había hallado en el reo nada que supusiera una amenaza para el régimen romano: *«Mirad, os lo traigo fuera, para que os deis cuenta de que no hallo en Él ningún delito»* (v. 4). Pero, si no había hallado en Él ningún delito, ¿por qué lo volvía a presentar ante sus acusadores, en lugar de soltarle inmediatamente como era su obligación? Pilato sigue pensando que la táctica más prudente en este delicado caso era agradar al pueblo mediante la flagelación de Cristo, al mismo tiempo que creía satisfacer los escrúpulos de su conciencia al hacer todo lo posible por librarle de ir al patíbulo. Pero la experiencia demuestra que, de ordinario quienes tratan de salvar su responsabilidad ante una obligación evidente y recurren a lo que suele llamarse «el mal menor», incurren en doble culpabilidad, pues emplean medios pecaminosos y fracasan en su objetivo de evitar lo peor. Aquí tiene aplicación el sabio consejo de Spurgeon a quien le sugería un compromiso de muy dudosa ética para «evitar peores consecuencias». Spurgeon respondió con toda energía: «El creyente tiene la obligación de cumplir con su deber; de las consecuencias se encargará Dios».

2. Que ya había propinado al reo un castigo suficiente, con lo que, bien escarmentado, no resultaría ya tan peligroso ni para ellos ni para el poder romano: «Y *salió Jesús, llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Y Pilato les dijo: ¡He aquí el hombre!»* (v. 5). Muchas veces se ha interpretado esta última frase en el sentido de que Jesús era el paradigma de ser humano, el Hombre con mayúscula. Tal interpretación es absolutamente arbitraria, sin base alguna en el texto ni en el contexto. Jesús aparecía ahora como todo lo contrario a la dignidad de un ser humano (v. Is. 52:14; 53:2–4). Tampoco es sostenible la opinión de que Pilato expresaba con esta frase, el desprecio que sentía hacia este reo, a quien consideraba un visionario, no un criminal. La única interpretación que hace justicia a todo el contexto es que Pilato quería decir: «Fijaos cómo ha quedado este hombre (no dice «vuestro rey»; comp. con el v. 14); ¿no ha sufrido ya bastante? ¿Es menester aplicarle todavía el tormento de la crucifixión? ¿Es que tiene aún apariencia de insurrecto o de peligroso criminal?» No sabemos hasta qué punto el cobarde gobernador sintió algún brote de compasión hacia Jesús. Ciertamente, la visión de una apariencia tan lastimosa no sirvió en absoluto para ablandar el odio diabólico de los judíos contra Él. En cambio, para todo creyente genuino nunca es Jesús tan precioso y tan adorable como en este estado de extrema

humillación con que aparece ante las turbas. Pedro expresa bien el contraste cuando, frente al desprecio que los malos edificadores de Israel sintieron contra la piedra angular que es Cristo, dice: *«Para vosotros, pues, los que creéis, es de gran valor»* (1 P. 2:7). En este episodio, como en todos los demás de su santísima vida y de su preciosísima muerte, hemos de tener *«puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe»* (He. 12:2); y ya que su aparente miseria es el blasón de nuestra gloria y el pedestal de la suya propia *mirándole a cara descubierta, iremos siendo transformados,* incluso (y especialmente) en la participación de sus sufrimientos, *de gloria en gloria a la misma imagen* (2 Co. 3:18, comp. con Ro. 8:29).

III. Los enemigos de Jesús, lejos de enternecerse ante su vista, se exasperan todavía más y más (vv. 6–7). Veamos:

1. El clamoreo ultrajante de los jefes religiosos, así como de los subalternos: *«Cuando le vieron los principales sacerdotes y los alguaciles, gritaron diciendo: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!»* (v. 6). Es posible que el común de la gente hubiese accedido a que el gobernador soltase a Jesús, pero los líderes estaban resueltos a que fuese cortado de la tierra de los vivientes. Su odio contra Jesús no podía ser más irracional y absurdo, puesto que el propio gobernador le había declarado inocente, y además, a pesar de ese veredicto, había infligido al Señor un horrible tormento. No se sacian con nada que no sea la crucifixión. Es inocente, pero debe ir al patíbulo. Ni la declaración de inocencia, ni la extremidad de la azotaina, ni lo admirable de su paciencia les había ablandado en un ápice su corazón obstinadamente duro y perverso. Si los enemigos de Jesús pidieron con tanta insistencia que fuese crucificado, ¿seremos nosotros fríos y remisos en pedir que sea coronado? Si le tenemos algún amor, ¿no haremos cuanto esté en nuestras manos para extender su reino *«en nuestra conducta santa y en piedad, aguardando y apresurando la venida del día de Dios»* (2 P. 3:11–12)?

2. El disgusto de Pilato ante esta terquedad, para él inexplicable, de los jefes religiosos. Exasperado por tal actitud, les dice: *«Tomadle vosotros y crucificadle; porque yo no hallo delito en Él»* (v. 6b). Es ya la tercera vez que, en el relato de Juan, repite Pilato esta última frase (v. también Mt. 27:23–24; Mr. 15:14; Lc. 23:4, 13–15, 22). Por supuesto, Pilato sabía (18:31) que los judíos no tenían autoridad para crucificar a Cristo; por eso, se descarga de su responsabilidad al devolverles el derecho a seguir con el proceso por cuenta de ellos. No quiere ser cómplice en este asunto, ya que ve claro que se trata de una persecución injusta, efecto únicamente de la envidia maliciosa de estos jerifaltes religiosos. Pero, por otra parte, comienza a tenerles miedo; por eso, no se decide a soltar al reo como debería haber hecho según su propia declaración de la inocencia de Jesús. Le faltó el coraje suficiente para obrar según los dictados de su conciencia.

3. La causa ulterior que los enemigos de Jesús alegan como razón para que se le condene a muerte: *«los judíos le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios»* (v. 7). Vemos cómo se jactan de «su» ley. Tenían, sí, una ley excelente, pero en vano se jactaban de ella, al usarla para tan nefandos objetivos. Le acusan de hacerse a sí mismo Hijo de Dios. Pero no es que «se hiciera» Hijo de Dios. ¡Es que lo *era!* Era *«el Unigénito Hijo de Dios»* (1:18; 3:16). En efecto, esta alegación que Jesús hacía de sí mismo, o era la más horrible blasfemia, por la que habría merecido la pena de muerte, de acuerdo con Levítico 24:16, o era la más gloriosa verdad. Los obstinados miembros del Sanedrín se adherían tercamente a la primera alternativa; pero los portentosos milagros que refrendaban su misión divina, demostraban también que era lo que declaraba ser (v. p. ej., 3:2; 5:36; 9:33). Con esta alegación, los judíos se rebelan tácitamente contra el poder romano, al exigir al gobernador que dicte sentencia según unas normas peculiares del pueblo israelita, en las que el régimen romano no tenía por qué inmiscuirse. Por Mateo 26:66, vemos claramente que fue la propia confesión de su mesianidad, de su misión divina, y aun de su Deidad misma, la que realmente influyó en que Cristo fuese crucificado, aun cuando, al no servirles este cargo ante el gobernador romano, cambiaron de táctica para conseguir sus propósitos. No habían apelado antes al recurso que ponen en juego ahora, porque temían fundadamente que este cargo religioso no iba a impresionar al gobernador, pero echan mano de él al haber fracasado la vaga e infundada acusación primera de que era «malhechor».

IV. Al oír esto, Pilato se lleva de nuevo al preso al interior del pretorio para volver a interrogarle (vv. 9–11). Vemos:

1. El miedo que le entró a Pilato al oír esto: *«Cuando Pilato oyó decir esto, tuvo más miedo»* (v. 8). Al enterarse de que el reo, no sólo pretendía ser rey, sino también Hijo de Dios, el gobernador comenzó a preocuparse seriamente. ¿Era este personaje un visionario, o, caso corriente en la mitología griega y romana, era un hijo de alguno de los dioses? El incidente que narra Mateo (27:19) le vendría ahora a las mientes con toda su fuerza, y el supersticioso, aunque filosóficamente escéptico, gobernador (18:38), se veía ahora en mayor apuro que antes, porque: (A) Si este hombre se arrogaba falsamente la dignidad divina era más difícil sustraerle a las iras del pueblo. Si no había podido pacificar a los que alegaban que Jesús se hacía *rey*, ¿cómo podría Pilato apaciguarles si acusaban a Jesús de hacerse *Hijo de Dios?* (B) Por otra parte, si realmente era hijo de uno de los dioses, ¿qué le ocurriría a él, pobre Pilato si se atrevía a condenarle a muerte? ¿No suscitaría con ello la cólera de Júpiter tonante, atrayendo sobre sí las maldiciones del Olimpo?

2. Ante esta perplejidad, Pilato vuelve a examinar a Jesús y comienza por preguntarle: *«¿De dónde eres tú?»* (v. 9). Analicemos en detalle todas las circunstancias:

(A) El lugar donde se llevó a cabo este segundo interrogatorio de Pilato: «Y *entró otra vez en el pretorio»*. Así podía mantener una conversación privada con el reo, lejos de los gritos de los judíos y del bullicio de la calle. Esto tiene una aplicación espiritual para los creyentes, y aun para los sinceros buscadores de la verdad: Todos cuantos deseen hallar la verdad que hay en Jesús, deben apartarse del mundanal ruido y de todo prejuicio, y retirarse como si fuera a la sala del tribunal, al trono de gracia, para conversar a solas con nuestro Dios el Padre y con el Señor Jesús.

(B) La pregunta que Pilato hizo a Jesús: *«¿De dónde eres tú?»* Como si dijese: «¿Eres un hombre como los demás o un ser sobrenatural? ¿Eres de la tierra o del cielo? ¿Eres de abajo o de arriba? ¿Cuál es tu verdadero origen?»

(C) El silencio de Jesús ante esta pregunta: *«Mas Jesús no le dio respuesta»* (v. 9b). No le dio respuesta porque no la merecía. Un juez que, después de confesar públicamente, tres veces al menos, que Jesús era inocente, le había mandado azotar con toda la saña que los soldados romanos acostumbraban llevar a cabo la flagelación, no era digno de que Jesús le declarara su origen divino. Además, ya tenía suficiente información con lo que Jesús le había dicho en 18:36–37. Guardó, pues, silencio Jesús *«encomendando la causa al que juzga justamente»* (1 P. 2:23). Así se sometía obedientemente al designio de Dios para redención de la humanidad. Cuando el sumo sacerdote le preguntó: *«¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?»* (Mr. 14:61), Jesús respondió: «*Yo soy»;* pero este Pilato no tenía noción alguna del Mesías, ni de que el Cristo pudiera ser el Hijo de Dios; por tanto, tampoco por este lado merecía ulterior información.

(D) El orgulloso gobernador se sintió ofendido por el silencio de Jesús: *«Entonces le dijo Pilato: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?»* (v. 10). Obsérvese cómo se engrandece Pilato a sí mismo, y se jacta de la autoridad que le compete como gobernador del país. Los hombres que ocupan altos cargos en la sociedad ya en el plano civil, ya en el militar, y aun en el eclesiástico, suelen hincharse por el poder que ejercen y la autoridad que tienen o detentan, y llevan muy a mal cualquier actitud de los súbditos que a ellos les parezca un desacato; y cuanto más absoluto y arbitrario es su poder, tanto más fuertes son los humos con que su altivez les encona. Pilato siente de sí tan alto, que le parece increíble que alguien se niegue a responderle: *«¿A mí no me hablas?»* Como si dijese: «¿A mí, que tengo plenos poderes en este caso? (Nótese la posición del pronombre, tanto en el original, como en nuestra versión.) ¿Cómo te atreves a no contestar? ¿No te das cuenta de que soy el gobernador, en nombre del poder más temible de este mundo? ¿A mí, en cuyas manos está el soltarte o el llevarte al patíbulo?» Si Jesucristo hubiese deseado (contra el plan divino de la Redención, por supuesto; v. 10:18b) salvar su vida ésta era la ocasión de exponer su caso con todo detalle y declarar al gobernador su verdadera personalidad.

(E) La réplica pertinente de Jesús a esta jactancia de Pilato (v. 11):

(a) Le reprocha valientemente por su arrogancia: *«Respondió Jesús: No tendrías ninguna autoridad contra mí, si no se te hubiera dado de arriba»* (v. 11). Esta frase de Jesús puede interpretarse de dos maneras: *Primera:* «No Podrías hacer nada contra mí si no fuese porque la providencia de Dios lo permite para que se cumpla el objetivo para el que vine a este mundo». Esta interpretación es teológicamente cierta, pero este sentido habría resultado ininteligible para el pagano gobernador. *Segunda:* «No tendrías ningún poder sobre mí, si tu autoridad no te hubiese sido conferida por Dios», ya que *«no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas»* (Ro. 13:1). Esta es la única

interpretación correcta, desde el punto de vista del texto y del contexto posterior. Aquí encaja perfectamente la queja de Asaf contra los jueces injustos: *«Dios se levanta de la reunión de los jueces; en medio de los jueces juzga. ¿Hasta cuándo juzgaréis injustamente y aceptaréis las personas de los impíos?»* (Sal. 82:1–2). Aun en el orden político, Pilato era un subalterno del emperador; pero ambos tenían un Amo superior (comp. con Ef. 6:9). Cristo se sometió humildemente a la autoridad de Pilato, mientras éste actuó según la ley; pero no dudó en hacerle caer en la cuenta de que su autoridad era *delegada* por Dios, cuando el gobernador se jactó de que estaba en su mano absolver o condenar al Salvador. Aprendan de aquí los opresores que hay Alguien *más alto que ellos.* Y aprendan también los oprimidos a no murmurar ni de los opresores ni de la Providencia, al saber que los perseguidores no pueden ir ni un milímetro más allá de lo que Dios les permita. Nunca se habría considerado Pilato a sí mismo tan grande como ahora, cuando ante su tribunal estaba de pie un preso de tal calibre que era tenido por muchos como *rey de Israel,* y aun como *Hijo de Dios.* Pero Cristo le hace saber aquí que no es sino un instrumento en las manos de Dios.

(b) Le excusa benignamente por su ignorancia: *«por tanto, el que me ha entregado a ti, tiene mayor pecado»* (v. 11b). Hay quienes opinan que Jesús se refiere aquí a Judas Iscariote; pero esto es muy improbable, ya que Judas había entregado a Jesús al Sanedrín, no al gobernador. Lo más probable es que se refiera al Sanedrín como corporación responsable de la decisión tomada en Mateo 26:66 y, en especial, a Caifás, representante máximo y autoridad suprema del Sanedrín (v. 11:49–53; 18:14). Jesús pues, no excusa a Pilato de pecado, un gran pecado, puesto que, a pesar de reconocer y declarar públicamente la inocencia de Jesús, lo condenaba a la flagelación y, en último término, al patíbulo; pero el pecado de Pilato tenía por motivos la ignorancia y el miedo, mientras que el de Caifás y el resto de los líderes religiosos tenía por motivo el odio y la envidia, sin poder escudarse en la ignorancia, puesto que conocían los oráculos de Dios, las profecías referentes al Mesías, y el cumplimiento de tales profecías en Jesús quien había demostrado abundantemente, mediante las obras que había llevado a cabo entre el pueblo, que era el Enviado de Dios. Con este texto, tenemos una prueba más de que no todos los pecados son iguales (v. también Mt. 10:15; 11:22; Mr. 6:11; Lc. 10:12, 14, así como Lc. 12:47–48). Efectivamente, todo el que quebranta un punto de la ley divina, se hace transgresor de la ley (Stg. 2:10–11), pues la infringe (1 Jn. 3:4) y se hace reo de muerte (Ro. 5:12; 6:23); pero hay pecados más graves que otros (Nm. 15:22–31); algunos, los más abominables, que se pueden evitar; otros, casi ineludibles, en los que *todos ofendemos* (v. Stg. 3:2 y ss.; 1 Jn. 1:8, 10).

V. Pilato forcejea con los judíos en su intento de librar a Jesús de las manos de ellos, pero en vano (vv. 12–15).

1. Pilato parece ahora más resuelto que antes a soltar a Jesús: *«Desde entonces procuraba Pilato soltarle»* (v. 12). El texto da a entender que Pilato se percató mejor que antes de que aquel hombre no podía ser un sedicioso, puesto que mostraba respeto hacia la autoridad, junto con una dignidad poco corriente, pues le recordaba al gobernador que su poder era delegado y limitado. Aun cuando Cristo hallaba falta en él, él hallaba cada vez menos falta en Jesús. Si el miedo no hubiese prevalecido sobre la justicia en el ánimo de Pilato, no sólo habría *procurado soltar* a Jesús, sino que lo habría hecho de inmediato.

2. Pero los judíos se enardecían tanto más cuanto más parecía acobardarse el gobernador. Continuaban en su resolución de dar muerte a Jesús y urgían al gobernador, con la misma violencia y el mismo clamor de antes a que dictara la necesaria sentencia. Se movían astutamente entre el pueblo (v. Mt. 27:24–25; Mr. 15:11, 15; Lc. 23:18, 23), a fin de que el veredicto de condenación de Jesús no pareciese designio de unos pocos, sino decisión unánime del pueblo. Así es como un grupo de malvados y locos (la historia se repite constantemente) engañan, fascinan y galvanizan a las masas, como a borregos sin ideas propias, y se imaginan así que representan la auténtica «voz del pueblo». Siempre parecen «mayoría» los que más gritan, y no pocas veces el mismo pueblo se percata, demasiado tarde, del error al que fueron conducidos por jefes arrogantes y sin escrúpulos. Es probable que, mientras Pilato mantenía este segundo diálogo con Jesús, los principales sacerdotes, temerosos de que se les escapara de las manos la presa, y al ver que el cargo de blasfemia contra Jesús hacía poca mella en el ánimo del procurador y aun resultaba contraproducente (como se veía en el miedo de Pilato), recurrieran a un argumento personal, de carácter político, contra Pilato. Este recurso iba a resultar definitivamente eficaz: *«Si sueltas a éste, no eres amigo del César, todo el que se hace rey, se opone al César»* (v. 12b). Recordemos que el emperador a la sazón

era el suspicaz Tiberio. Pilato se dio cuenta rápidamente de lo que esas palabras implicaban. Sabía muy bien que estos judíos mentían en su aparente celo por el honor del César, cuando en su interior odiaban el régimen romano y le eran enteramente desleales. Por otra parte, ni la conducta de Jesús ni su reino «no de este mundo» ofrecían peligro alguno contra el régimen romano (v. Mt. 22:21; Mr. 12:17; Lc. 20:25). Pero bastaba la sospecha de que esta gente informara al César de la lenidad del gobernador al dejar impune a quien presentaban como oponente del emperador, para que Pilato temblara ante el solo pensamiento de que un mal paso en este proceso podía costarle, no sólo el cargo, sino también la cabeza. ¡Cuántas veces un pretendido celo por lo que es bueno sirve para cubrir una real oposición malvada contra lo que es mejor! Los enemigos de la religión siempre se han servido de este artificio del «bien común», de la «paz pública» o de la «unidad nacional», a fin de presentar al cristianismo como perjudicial para los países o los reyes y gobernantes de las naciones, cuando la verdad es que no hay cosa tan beneficiosa para el orden social, civil y político como la práctica, a todos los niveles, de las normas del Evangelio.

3. Todavía se esforzó Pilato, aunque con menos ánimo y peor táctica que antes, en librar a Jesús de la furia del pueblo. Cuando más seguro estaba de la inocencia de Jesús (v. 12), el curso de los acontecimientos lo arrastró a firmar la injusta sentencia como si fuese del todo impotente para oponerse al torbellino en que se veía sumido (vv. 13–15). Se rindió, pues, al fin para que se cumpliera el designio divino de nuestra redención (Hch. 2:23). Vemos:

(A) Lo que turbó decisivamente el ánimo de Pilato: *«Entonces Pilato, oyendo esto, llevó fuera a Jesús»* (v. 13). Pilato, ya vencido, va a sentarse en el tribunal para dictar sentencia, pero antes va a lanzar su punzante ironía, su sajante sarcasmo, contra aquellos impíos líderes del pueblo judío y contra la loca multitud que les hacía coro. Pero todo esto, incluido el posterior lavamiento de las manos (Mt. 27:24) con el que pretendía descargarse de la culpabilidad que acarreaba la condenación de un inocente (v. Dt. 21:67), no excusaba en manera alguna la injusticia del gobernador. Quienes hacen depender su felicidad del favor que puedan obtener de los magnates de este mundo, se convierten en fácil presa de las tentaciones de Satanás.

(B) La preparación ceremoniosa para dictar la sentencia sobre el caso en cuestión: Pilato *«se sentó en el tribunal en el lugar llamado el Enlosado* (griego *Lithóstrotos), y en hebreo Gabatá»* (v. 13b). Aunque algunos exegetas de nota opinan que Pilato *sentó a Jesús* en el tribunal, antes de pronunciar él mismo la sentencia, con lo que se explicaría mejor la expresión sarcástica: *«¡He aquí vuestro Rey!»* (v. 14b), la opinión más probable es la que adoptamos en nuestra versión (la cual, por lo demás, es la que adoptan las versiones de todos los colores y de todos los idiomas). Dos razones principales apoyan nuestro aserto: (a) Si el texto quisiera dar a entender que Pilato sentó a Jesús, es extraño que, contra el uso gramatical corriente, no aparezca el pronombre *autón* después del verbo *ekáthisen*. (b) Es muy improbable que, precisamente ahora, cuando mayor era el temor que Pilato sentía ante el supuesto origen divino de Jesús, y cuando mayor era el encono que sentía hacia estos hipócritas judíos, fuese a rebajarse a sí mismo y degradar el propio tribunal oficial mediante este gesto de mal gusto y de inútil burla. Damos, pues, por supuesto que fue Pilato quien se sentó para dar sentencia. Notemos con qué meticulosidad nos refiere Juan todas las circunstancias de lugar y tiempo en que fue dictada contra Jesús la sentencia de condenación:

Primero, el lugar: *«En el lugar llamado el Enlosado* (da el nombre griego *Lithóstrotos*, para inteligencia de los gentiles), y *en hebreo Gabatá»,* lugar, sin duda, en que se solía pronunciar la sentencia contra los reos de cualquier delito de carácter no religioso. Es probable que este lugar sea el mismo que fue excavado hacia el 1930 en las cercanías de la Torre Antonia.

Segundo, el día: *«Era la preparación de la Pascua»* (v. 14). Esta expresión no significa que tal día fuese cuando se preparaba la Cena Pascual, sino simplemente que era el Viernes de la semana de Pascua (v. 13:1; 18:28, y comp. con Mr. 15:42; Lc. 23:54). Era el tiempo en que los judíos deberían haber estado ocupados en purificar de la vieja levadura todos los lugares y prepararse debidamente para la celebración de la gran fiesta de la Pascua; pero, cuanto más santo era el día, tanto más malvada era su conducta.

Tercero, la hora: *«Era … como la hora sexta».* Hay algunos MSS que dicen *«tercera»,* lo cual, si se entiende según el modo judío de computar las horas del día, concordaría con Mateo 27:45, donde vemos que *«desde la hora sexta»,* es decir, desde el mediodía, *«hubo tinieblas …»;* esto supondría que Jesús fue crucificado antes del mediodía, concordaría, sobre todo, con Marcos 15:25, donde leemos: *«Era la hora tercera cuando le crucificaron»;* es decir, a partir de las nueve de la mañana. Pero la casi unanimidad de MSS y códices leen en Juan 19:14 *«sexta»,* no «*tercera*». Por otra parte, es muy de notar que Juan no dice

que fue crucificado en la hora sexta, sino que era *«como* la hora sexta», con lo que bien pudo ser entre las seis y las siete de la mañana, no cuando fue crucificado, sino cuando Pilato le sacó del pretorio, y todavía tuvo un diálogo, más o menos largo, con los judíos antes de dictar la sentencia de muerte. Todo ello nos persuade de que, como prueba abundantemente Hendriksen, Juan da el cómputo romano de las horas, tanto aquí como en 1:39; 4:6, 52, con lo que se resolvería una de las más graves aparentes incongruencias o discordancias de los Evangelios, pues entonces ese *«como la hora sexta»* indicaría algún tiempo después de las seis de la mañana; así habría tiempo para que se diese fin al proceso, se dictase la sentencia, se escribiera la inscripción que había de figurar en lo alto de la cruz de Jesús, así como la de los otros dos ladrones, se organizara la comitiva en la que los sentenciados a muerte serían conducidos al Calvario, y comenzase la crucifixión pasadas ya las nueve (según Marcos); después de las primeras palabras de Jesús y las burlas e insultos de los que asistían al espectáculo o pasaban por allí, vendría la oscuridad indicadora del desamparo de Dios (hacia el mediodía, según Mateo); hacia las tres de la tarde, cesaron las tinieblas se produjo el grito de Jesús que narran Mateo y Marcos y ocurrió el resto de los episodios que narran los evangelistas (en especial, Jn. 19:25 y ss.), hasta la muerte de Jesús antes de las seis de la tarde, y su sepelio antes de la puesta del sol, que a mediados de abril vendría a ocurrir pasadas las seis y media. Todo esto nos indica que, precisamente en las horas en que los sacerdotes deberían estar ocupados en los servicios del templo, estaban ocupados en este inicuo servicio de procurar, y conseguir, la muerte del «Cordero de Dios». No obstante, habría en el templo algunos sacerdotes que contemplasen horrorizados cómo se rasgaba de arriba abajo el velo del templo al expirar Jesús.

(C) El diálogo final de Pilato con los judíos, en el que, incapaz ya de contener las iras de los jefes religiosos, volcó sobre ellos su más punzante ironía: *«Entonces dijo a los judíos: ¡He aquí vuestro Rey!»* Como si dijese: «Mirad, este hombre es el que vosotros decís que es un pretendiente a la corona. ¿Acaso puede este hombre flagelado, indefenso, al que demandáis para ser sentenciado a la muerte más horrible e ignominiosa, ser un peligro para el gobierno de mi nación?» A pesar de que Pilato decía esto con sarcasmo, era como el eco de la voz de Dios contra ellos. Cristo, coronado ahora de espinas, es presentado al pueblo como un rey en el día de su coronación: *«Mirad a vuestro rey»*. Pero ellos gritaron en el colmo de su irritación: *«¡Fuera, fuera, crucifícale!»* (v. 15). Como si dijesen: «¡Quítalo de nuestra vista! No lo reconocemos por rey. Ni siquiera lo queremos reconocer como perteneciente a nuestro pueblo (1:11). ¡Que sea cortado de la tierra de los vivientes y del país en el que se invoca al Dios viviente!» Pero, si Cristo no hubiese sido rechazado de esta manera por los hombres, nosotros habríamos sido rechazados para siempre por Dios. Esto nos muestra de qué modo hemos de tratar nuestros pecados, cuando una praxis voluntaria de pecado es tenida en la Escritura (v. He. 6:6, comp. con 10:9) como una renovación de la impiedad judía al *crucificar al Señor Jesucristo, exponiéndole a la pública ignominia.* Es el pecado al que hemos de crucificar (Ro. 6:6; 8:13), al «yo» pecador (Gá. 2:20), a semejanza de lo que Cristo hizo en la Cruz (v. Ro. 8:3). Con piadosa y santa indignación, deberíamos quebrantar el pecado en nosotros así como los judíos quebrantaron, con impía y malvada indignación, al que fue hecho pecado por nosotros (2 Co. 5:21). Pilato para poner de relieve con mayor fuerza lo impropio de la paradoja que ellos demandaban, repite con un énfasis evidente, tanto en el original como en nuestras versiones: *«¿A VUESTRO REY he de crucificar?»* (Nótese el orden de las palabras.) Con estas palabras ponía de manifiesto con mayor fuerza la notoria hipocresía de los judíos. Esta hipocresía cobraba su extremo más inaudito cuando *«respondieron los principales sacerdotes: No tenemos más rey que César»*. ¡Cierto! Si rechazaban al que las profecías del Antiguo Testamento y las realidades notorias de la persona y las obras de Cristo señalaban como al Rey-Mesías de Israel, no les quedaba otro rey que el emperador Tiberio, el César reinante a la sazón en Roma. ¿Agradaría a Pilato esta declaración? Le hubiera agradado, sin duda, si la hubieran expresado con sinceridad. Pero Pilato sabía muy bien que pronunciaban una rotunda mentira, pues conocía la deslealtad habitual en estos jefes religiosos hacia el régimen opresor. Y, lo que era mucho peor para el gobernador, esta declaración entrañaba una implícita, pero bien clara, amenaza contra él mismo, ya que venía a decir: *«Nosotros* no reconocemos otro rey que el César pero ¿qué dices tú? ¿No muestras tu deslealtad hacia el emperador, al repetir con insistencia que ese hombre es *nuestro rey?»* Pero Dios, el gran Soberano del Universo, les iba a dar su merecido (v. Ro. 11:25). Apelaban al César, no en el sentido de justicia que Pablo reclamaba para su defensa (Hch. 25:11–12), sino en su injusta sed de la sangre del Justo. ¡Y a César irían! Dentro de pocos años, Dios les daría de sobra del «generoso» trato de sus amados Césares (comp. con Ap. 18:6). De aquí en adelante, se irían rebelando, cada vez con más furia e imprudencia, contra los Césares romanos, y los Césares les iban a tratar cada vez

con mayor tiranía hasta culminar en la destrucción total de la ciudad santa y en la horrible masacre de sus habitantes. Cuando una persona o una nación rechaza a Cristo de esta manera, y muestra preferencia por lo que ofende al Señor, Dios usa esto mismo como un terrible azote, como una plaga desoladora, contra los infractores. Y el propio diablo paga con esta miserable moneda a los que así le sirven (Ro. 6:23).

Versículos 16–18

Relato de la sentencia de muerte que fue dictada contra el Señor Jesús, y de la subsiguiente crucifixión que se llevó a cabo de acuerdo con la sentencia, sin dilación alguna. El conflicto que se había librado, con tanta violencia, en el interior de Pilato, había concluido. Sus convicciones habían cedido al empuje de su cobardía y de su corrupción, el temor a los hombres había prevalecido en él sobre el temor de Dios, de esta manera, era inevitable que llegase a una conclusión insensata, por cuanto *«el principio de la sabiduría es el temor de Jehová»* (Pr. 1:7; 9:10). Así, pues:

I. Pilato dictó la sentencia de muerte contra Jesús y «*lo entregó a ellos para que fuese crucificado»* (v. 16). El gobernador obró así, notoriamente y sin excusa alguna, contra su propia conciencia, puesto que repetidamente había declarado la inocencia de Jesús y no obstante, le condenaba como a reo de muerte. El temor a ser acusado ante el César de deslealtad a su soberano le hizo cometer una tremenda injusticia antes que desagradar a los principales sacerdotes, de cuya maldad e hipocresía no le cabía duda (v. Mt. 27:18; Mr. 15:10). Por otra parte, la Historia nos dice que Pilato era de un ánimo resuelto e implacable. Lo mostró incluso a continuación, después de firmar la sentencia de muerte contra Jesús (v. 22). Pero precisamente esto agrava su pecado, pues el que un hombre de suyo resuelto en otras ocasiones, y de resoluciones drásticas e implacables (v. Lc. 13:1), fuese doblegado en esta ocasión por los gritos del pueblo y las veladas amenazas de los principales sacerdotes, muestra la perversidad de su carácter, al preferir cauterizar su conciencia (comp. con 1 Ti. 4:2) antes que hacer justicia en una causa que no le ofrecía dudas. Al lavarse las manos, intentó descargar sobre los judíos su culpabilidad (Mt. 27:24) pero no hay detergente capaz de borrar esa culpa la cual sólo se limpia con la sangre de Cristo (1 Jn. 1:7), pero no para los que la derraman, sino para los que la recogen (6:53–55). *Entregó a Jesús a ellos,* a los demandantes del caso, a los principales sacerdotes y a los demás miembros del Sanedrín, como dando a entender que no era él quien le llevaba al suplicio sino que sólo lo permitía, como haciendo la vista gorda ante los que en realidad le iban a clavar en la cruz.

II. Tan pronto como Pilato firmó el tan deseado veredicto y les entregó el reo, ellos no perdieron tiempo, resueltos a salirse con la suya antes de que el gobernador tuviese tiempo de cambiar de parecer. Tenían también la excusa de evitar que tomara cuerpo el tumulto que se formaba entre el pueblo (v. Mt. 27:24). ¡Qué bien nos iría a nosotros si tan expeditos fuésemos para hacer el bien como lo son los enemigos de Cristo para hacer el mal! Nosotros nos mostramos remisos ante las dificultades, cuando ellos se apresuran a superar los obstáculos que se cruzan en su camino de maldad.

1. *«Tomaron, pues, a Jesús y le llevaron»* (v. 16b). Se dieron buena prisa a llevarse consigo al reo. Los principales sacerdotes se lanzaron con avidez sobre la presa que por tanto tiempo habían codiciado ansiosamente. Dice Juan que *lo entregó a ellos … y le llevaron,* porque ellos eran los agentes principales, aunque usaron a los soldados romanos para llevar a cabo la conducción de Jesús hasta el Gólgota y su crucifixión (vv. 23–24). Según la ley de Moisés, los demandantes del caso tenían que ser los ejecutores del reo, y los sacerdotes estaban orgullosos de su oficio, pero no era necesario, ni posible, que ellos mismos se mancharan las manos de sangre, puesto que la ejecución era ahora competencia de la cohorte romana. Jesús fue conducido preso, para que nosotros podamos escapar con plena libertad.

2. Como era costumbre en estos casos, hicieron que Jesús *cargase su cruz* (comp. con Lc. 14:27), pues todo el que era crucificado tenía asignada su propia cruz. Aun cuando sabemos por los demás evangelistas que, en vista de la debilidad de Jesús, hubieron de obligar a Simón de Cirene a que le llevara la cruz gran parte del trayecto, no cabe duda de que Jesús la llevó por suficiente tiempo como para que su cuerpo cansado se resintiese del peso del madero, y sus hombros llagados por la flagelación se doliesen terriblemente con la fricción constante de la cruz. Cada paso renovaría el intenso sufrimiento; incluso los golpes del madero contra el capacete de espinas que cubría y rodeaba su cabeza se harían inevitables. Sin embargo, todo lo soportó impertérrito y en silencio, como estaba profetizado de Él (v. Is. 53:7). Fue

hecho maldición por nosotros (Gá. 3:13) y, por eso, tuvo que llevar sobre sí la cruz. Con esto nos enseñó el Maestro a todos sus discípulos a tomar cada uno nuestra cruz (Lc. 14:27) y seguirle. De nada sirve tomar una cruz, por pesada que sea, si no es en seguimiento de Cristo y por amor a Él y a nuestros prójimos (v. 1 Co. 13:3). Sea cualquiera la cruz que Él mande tomar, y en cualquier tiempo y lugar que nos lo mande, recordemos siempre que Él, el santo e inocente Hijo de Dios, llevó primero la cruz más pesada de todas. Discuten los exegetas dos detalles acerca de la cruz de Cristo:

(A) Opinan algunos que Cristo llevó solamente el travesaño de la cruz o palo horizontal sobre el que estaba inscrita la causa de la sentencia (en el caso de Jesús, v. 19). Otros piensan que Simón de Cirene llevaba el palo largo o vertical. En este, como en otros detalles de la crucifixión, la imaginería religiosa, a lo largo de los siglos, ha inventado suposiciones para todos los gustos. El texto sagrado no presta ninguna base para esta última suposición. Tampoco puede admitirse que la cruz tuviese el enorme tamaño con que aparece en algunos cuadros de famosos pintores, aun cuando de seguro sería lo suficientemente grande y fuerte como para soportar el peso de cualquier condenado a muerte, y no demasiado pesada para que así fuese acarreada por el propio reo.

(B) Mucho se ha discutido también sobre la forma de la cruz: (a) en cuanto a la figura misma, la opinión hoy más corriente es que tenía la forma de una T, pero el hecho de que el título fue colocado *«sobre la cruz»* (v. 19) favorece a la opinión de que, como aparece en la imaginería artística y popular, tenía la forma de la cruz latina (t). Esta forma se presta a ciertas consideraciones devocionales aunque fundadas en meros simbolismos, no en el sentido literal del texto sagrado: *Primera,* la cruz vista desde arriba tiene la forma de una espada, con lo que se simboliza la ira de Dios que, como la espada de Damocles, pende sobre el pecador y descargó su golpe contra Jesús porque fue hecho pecado por nosotros (2 Co. 5:21); *segunda,* vista desde abajo parece una barrera que nos impide el acceso a Dios; *tercera,* vista de frente parece una balanza en la que la justicia divina coloca nuestros pecados, pero éstos quedan ocultos bajo los ensangrentados brazos de Cristo; *cuarta,* vista oblicuamente parece un arado, con el que los impíos aradores *araron las espaldas de Jesús* (en realidad, en la flagelación; Sal. 129:3, comp. con Is. 50:6); pero es menester arar la tierra para sembrar el grano (12:24), y sólo con esta labranza en nuestro propio ser, podemos ser imitadores de Cristo (12:26), pues, como ha escrito un poeta contemporáneo, «sólo así germina el santo»; *quinta,* la cruz es, en su propia figura, una contradicción; por eso, cruzamos las palabras y las cifras que queremos corregir o anular. Cristo en la cruz es así *«signo de contradicción»* (Lc. 2:34), no sólo por la oposición que hubo de soportar de parte de sus enemigos *(«tal contradicción de pecadores contra sí mismo»;* He. 12:3), sino por ser también símbolo de la contradicción que implica el pecado (el palo horizontal de nuestra propia voluntad) contra la ley de Dios (el palo vertical de la voluntad divina, que nos viene de «arriba»). Por eso, cuando nuestra voluntad se somete por completo a la divina y se pone en línea con ella (comp. con el contraste de Is. 55:8 a la vista de Is. 59:2), la cruz deja de ser contradicción y, en dos líneas paralelas, perpendiculares a nuestro suelo, nos ofrece la figura de una escalera que nos facilita el acceso al cielo; (b) en cuanto al material mismo (madera basta o cepillada), aunque el texto sagrado usa varias veces el vocablo griego *xúlon* = madero (Hch. 5:30; 10:39; 13:29; 1 P. 2:24), no es probable que fuese un madero sin desbastar, aunque no puede descartarse, sin más la posibilidad de que así fuese, ante la innegable evidencia del uso de tales maderos, y aun de maderos en forma de horca, para la ejecución de criminales en aquel tiempo. Ciertamente, el uso de un árbol en forma de horca facilitaría el acarreo del mismo por parte del reo, como hace notar Ryle para no descartar toda probabilidad en favor de tal opinión.

3. Llevaron a Jesús al lugar de la ejecución: *«Salió al lugar llamado de la Calavera, y en hebreo* (es decir, arameo), *Golgotá»* (v. 17b). Aquí son de considerar los siguientes detalles:

(A) El llevar Él mismo la cruz añadía mayor infamia al suplicio, especialmente cuando hubo de llevarla solo, sin ayuda de nadie, antes de que la cargaran sobre Simón de Cirene.

(B) La crucifixión, «colgar del madero» era ya una maldición (Dt. 21:23) cuando se colgaba el cadáver después de la muerte por apedreamiento mucho más cuando el colgado estaba aún vivo (Gá. 3:13). El horror de la crucifixión aparece todavía mayor cuando se observa el procedimiento usado en versículos 31–33, aunque esto no hubo necesidad de aplicarlo al Señor (v. también 1 Co. 1:23; Fil. 2:8).

(C) Otro elemento que añade oprobio a la cruz de Jesús es que, en señal de maldición y de vituperio, fue sacado de la ciudad para su ejecución, como se hace notar en Hebreos 13:12–13, en consonancia con Éxodo 29:14; Levítico 4:12, 21; 9:11; 16:27; Números 19:3.

(D) Finalmente, fue sacado al lugar de ejecución de los malhechores comunes. Este lugar se llamaba *«de la Calavera»*, no porque se dejasen allí los cráneos (o todos los huesos) de los ejecutados, lo cual habría constituido un lugar de contaminación inaccesible para los judíos, sino porque, con la mayor probabilidad, tenía la forma de un cráneo. Una antigua leyenda dice que allí había sido sepultado nuestro primer padre, el Primer Adán, con lo que el Postrer Adán, Jesús, venía a destruir con su muerte el poder de la muerte con que el Primer Adán infectó a la raza humana (Ro. 5:12). Pero esta leyenda tiene tan poco fundamento como la que pretende que el árbol del que se hizo la cruz para Jesús fue sacado de un retoño del antiguo *árbol de la vida* del Paraíso. Si hemos de tomar literalmente el texto sagrado, el verdadero árbol de la vida se hallará en el Paraíso Recuperado de Apocalipsis 22:2.

4. Allí le crucificaron en medio de dos malhechores: «Y *allí le crucificaron, y con Él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio*» (v. 18). Nótese:

(A) Una vez más, la forma tan cruel que tomó la muerte de Cristo, como pone de relieve Pablo cuando dice: *«obediente hasta la muerte, y MUERTE DE CRUZ»* (Fil. 2:8b): una muerte cruenta, dolorosa, llena de ignominia y maldición. Pero fue levantado como la serpiente de bronce (3:14–15) para curarnos del cáncer del pecado; y sus brazos fueron extendidos y clavados: (a) para interceder por nosotros infatigablemente (comp. con Éx. 17:8–15, con el final de *«YHWH-Nissí» = «Jehová* es mi bandera», porque la Cruz de Cristo es nuestra bandera); (b) para recibir con los brazos abiertos a todo el que se allegue con fe a Él (comp. con 6:37). ¿Y habrá quien desespere de llegar a Él, o quien espere salvarse a no ser por fe en Él?

(B) La compañía en que murió: *«en medio* de dos malhechores». Nótese el meticuloso detalle que nos refiere Juan. Ya era bastante con ser crucificado en compañía de otros dos malhechores pues eso daba a entender a cualquier persona que contemplara la escena, que Jesús era un malhechor común como los otros dos pero el detalle enfatizado por Juan de que Jesús fue crucificado *en medio* significaba que era el peor de los tres y, por eso, se le colocaba en el lugar más visible y oprobioso. Así se cumplía la Escritura que dice: *«Se dispuso con los impíos su sepultura … y fue contado con los pecadores»* (Is. 53:9, 12).

Hagamos aquí una pausa y, con los ojos de la fe, contemplemos a Jesús pendiente de la cruz. ¿Hubo jamás un dolor semejante a este dolor? ¿Mayor pena para menor culpa propia? Veámosle sufriendo, veámosle sangrando, veámosle muriendo, y, al verle así, amémosle, vivamos para Él, para servirle, para glorificarle, para ofrecerle toda nuestra vida. ¿Seremos tan ingratos y tan locos como para no ofrecer nuestra vida hasta la muerte al que murió para ofrecer sentido eterno a nuestra vida?

Versículos 19–30

Algunas circunstancias muy notables de la muerte de Cristo, que Juan nos refiere con más detalles que los otros evangelistas, quienes, a su vez, complementan los detalles que Juan relata.

I. El título puesto sobre la cabeza de Jesús. Veamos:

1. La inscripción misma que Pilato escribió y mandó colocar en lo alto de la cruz para dar a conocer la causa por la que el reo había sido condenado a muerte (v. 19). La inscripción decía: *«ÉSTE ES JESÚS NAZARENO, EL REY DE LOS JUDÍOS»* (v. 19b), aunque Juan no menciona las dos primeras palabras, que son suplidas por Mateo (27:37) y Lucas (23:38). La intención de Pilato era dar a entender, como cargo criminal, que este *Jesús de Nazaret* pretendía ser *el rey de los judíos*, poniéndose así en oposición abierta al César romano. Pero Dios, en su admirable providencia, hizo que Pilato escribiese aquí: (A) Una gran verdad, porque, en efecto, Jesucristo es el rey de Israel, que *había de reinar para siempre sobre la casa de Jacob* (Lc. 1:32–33); su honor, su dignidad, su poder sin par se declaraban así a todo espectador. Era Jesús, el Salvador del pueblo, como el propio Caifás había profetizado contra su voluntad (11:51; 18:14), que moría llevando sobre sí *el pecado del mundo* (1:29). (B) Un testimonio de la inocencia de Jesús y, por tanto, de la tremenda injusticia cometida contra Él al condenarle a muerte, puesto que el título escrito sobre la cruz no alegaba ningún delito merecedor de condena, especialmente en la forma que se expresaba la causa, como los mismos enemigos de Cristo le hicieron notar al gobernador (v. 21).

2. La notoriedad que adquirió esta inscripción: «Y *muchos de los judíos leyeron este título*» (v. 20). No sólo los judíos que, por aquellas fechas, residían en Jerusalén, sino también todos aquellos que habían subido a la capital para la celebración de la Pascua y que habían llegado hasta de lugares muy lejanos. Al ser tantos los que leyeron este título, por fuerza fueron muchas y muy diversas las consideraciones y

especulaciones a las que dio lugar. Cristo se constituía así en la gran *«señal»* por la que la humanidad quedaría dividida en dos mitades: los que aceptarían a Cristo como a Salvador, y los que le rechazarían como a impostor. Su vida, su doctrina y sus milagros no dejaban lugar a duda en cuanto a quiénes les servía de *«olor de muerte para muerte»*, y a quiénes les servía de *«olor de vida para vida»* (2 Co. 2:14–16). Juan da dos razones que explican esta notoriedad: (A) *«Porque el lugar donde Jesús fue crucificado estaba cerca de la ciudad»*. Todos desde cualquier dirección que tomasen para ir a Jerusalén a celebrar la Pascua, habían de pasar cerca del lugar en que Cristo pendía de la cruz en aquella tarde en la que la mayoría de los peregrinos se llegaban a la ciudad. (B) «Y *estaba escrito en hebreo* (es decir, en arameo), *en griego y en latín.»* En el lenguaje de la religión, en el lenguaje de la cultura y del comercio, y en el lenguaje oficial del poder. Todos los que asistieran a la crucifixión, lo mismo que los viandantes que pasasen por aquel lugar, sentirían gran curiosidad en saber la causa por la que pendía de la cruz aquel hombre; y todos podrían enterarse: los soldados y demás funcionarios del régimen imperante lo entenderían en el latín; los prosélitos y los judíos que vivían fuera del país y quizás habían olvidado el idioma patrio, lo entenderían en griego; los habitantes de la nación judía, en su propio idioma. Por tanto, todo el mundo pudo leer el título. Como dice Hendriksen: «Aquí hay un Salvador de resonancia internacional». El hecho de que la Biblia y, entre los escritos sagrados, los Evangelios especialmente estén traducidos a la mayoría de los idiomas y dialectos de este mundo, es también una señal, no sólo de esta resonancia internacional de Jesús, sino de la necesidad de que todos le conozcan para ser salvos y llegar al conocimiento de la verdad (v. Hch. 4:12; 1 Ti. 2:4–5).

3. La ofensa que al leer este título, sintieron los enemigos de Jesús (v. 21): *«Dijeron a Pilato los principales sacerdotes de los judíos: No escribas: el Rey de los judíos, sino que Él dijo: Soy Rey de los judíos»*. Los jefes religiosos de Israel se sintieron profundamente ofendidos e insultados con la forma en que Pilato expuso en la inscripción la causa de la condena de Jesús, puesto que presentaba, contra la intención del propio gobernador, a Jesús como legítimo rey de los judíos, no como un usurpador, según ellos le tenían por tal, y aun el mismo Pilato. Dios escribía derecho con líneas torcidas, como suele decirse, conforme lo había hecho por medio de la burra de Balaam y del propio Caifás, sumo sacerdote a la sazón. Tanto mayor sería la ofensa de estos hipócritas cuanto que sabían muy bien que eran ellos mismos los que habían forzado a Pilato, por medio de sus malas artes, a dictar sentencia de muerte contra Cristo, a pesar de conocer él que Jesús era inocente y que se lo habían llevado únicamente por envidia. Piensa Hendriksen que es muy probable que Pilato escribiese adrede el título de esta forma, a fin de vengarse de alguna manera de estos impertinentes e hipócritas judíos. Lo mismo piensa Ryle, quien señala el carácter irónico de la expresión.

4. La resolución de Pilato de no cambiar en nada el título que había escrito: *«Respondió Pilato: Lo que he escrito, he escrito»*, *es decir, «escrito tiene que permanecer»*. La inmensa mayoría de los comentaristas interpretan estas palabras de Pilato como un escape de coraje tardío, por el que el gobernador, cansado de ser juguete de los jefes religiosos de Jerusalén, mostraba su resolución a no dejarse intimidar por más tiempo. Sin embargo, el sentido más probable de la frase, de acuerdo con las normas legales del derecho romano, es: «Lo que he escrito, tiene que quedar escrito, porque una vez dictada la sentencia y el cargo presentado, no se pueden alterar las fórmulas». Toda otra consideración: Que Pilato reconocía así la dignidad regia de Cristo mientras los propios judíos lo rechazaban como a Rey-Mesías del pueblo; que así les demostraba la injusticia que habían cometido al procesar a Jesús ante su tribunal, etc., no pasan de ser reflexiones piadosas sin fundamento alguno. Hay quienes llegan a decir que, aunque en secreto, ¡el propio Pilato era cristiano! Es notable la aplicación que de este versículo hace Agustín de Hipona al decir: «Si un hombre como Pilato pudo decir. Lo que he escrito, he escrito, y no lo voy a alterar, ¿podemos imaginar que Dios vaya a borrar algo de lo que ha escrito en su Libro?»

II. El reparto de las vestiduras de Jesús entre los ejecutores de la crucifixión (vv. 23–24). Para esta tarea, en la que el reo era clavado en tierra y levantado después en alto, fueron empleados cuatro soldados, uno por cada clavo. Las vestiduras del reo les eran concedidas como propina por su actuación. Así que *«tomaron los vestidos de Él e hicieron cuatro partes, una para cada soldado»* (v. 23). Esto se refiere a la vestidura exterior, pues se nos dice a continuación, respecto a la túnica interior: *«Tomaron también su túnica, la cual era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo. Entonces dijeron entre sí: No la partamos, sino echemos suertes sobre ella a ver de quién será. Esto fue para que se cumpliese la Escritura, que dice: Repartieron entre sí mis vestidos y sobre mi ropa echaron suertes. Y esto es precisamente lo que hicieron los soldados»* (vv. 23–24, comp. con Sal. 22:18). A la luz de Marcos 15:24,

parece ser que los soldados echaron suertes, no sólo sobre la túnica sin costura, para ver a quién le tocaría, sino también sobre el resto de la vestimenta. Ni la profecía ni el versículo 23 de la presente porción dan motivo para pensar que los soldados rasgaron en cuatro partes el manto exterior, sino que echaron a suertes las cuatro piezas de dicha vestimenta. Hendriksen sugiere que estas cuatro piezas eran: la cofia o turbante, las sandalias, el cinto o faja, y el manto. En cambio, si hubieran repartido la túnica, rasgándola en cuatro partes de nada le habría servido a ninguno de ellos. Sólo la suerte, sin duda a los dados, había de determinar a quién le tocaría esta especie de lotería. Consideremos aquí cuatro detalles que pueden servir para nuestra edificación:

1. La vergüenza a la que fue expuesto el Señor Jesús. No sólo torturado, sino desnudado a la vista de todos, para llevar también sobre sí este fruto del pecado (v. Gn. 3:7; 10–11, 21, comp. con Ap. 7:13–14). «De seguro—dice Hendriksen—que si lo que hizo Cam a su padre Noé es mencionado especialmente como señal de su malvado carácter, lo que los soldados hicieron a Jesús al desnudarle y repartir entre ellos sus vestiduras debería llenarnos de horror, el cual se sugiere en la frase de Juan: Y *esto es precisamente lo que hicieron los soldados.»* Conforme a la imaginería religiosa que, por pudor, cubre con un lienzo el cuerpo del Señor desde la cintura a los muslos, hay autores que opinan que los soldados le pusieron efectivamente ese lienzo, pero el texto sagrado no garantiza tal opinión.

2. No se nos dice que la túnica sin costura tuviese especial valor. Una leyenda dice que la madre de Jesús le había confeccionado esta túnica cuando aún era niño, lo cual no puede ser más descabellado. Igualmente es producto de la imaginación la leyenda de que dicha túnica se halla en la ciudad de Treves o en otros lugares. Desde Agustín de Hipona, dicha túnica sin costura ha venido a ser símbolo en la Iglesia de Roma de la unidad indivisible de la Iglesia, de forma que todo aquel que se separa de la estructura exterior de dicha Iglesia no tiene ya nada que ver con esa túnica. También esto es sacar las cosas de quicio.

3. El cumplimiento, en esto, de la profecía del Salmo 22:18, citada aquí de la versión de los LXX. Aunque ciertos detalles de este salmo se cumplieron directamente en David, otros, especialmente los mencionados en los versículos 12–18, se cumplieron directamente en Cristo, mientras que en David tuvieron un carácter meramente figurativo y metafórico. A propósito de esta profecía, Hendriksen menciona el estudio del Dr. J. F. Free, quien, de acuerdo con el llamado *cómputo del canónigo Liddon,* asegura que en el Antiguo Testamento se hallan 332 profecías que se cumplieron literalmente en Cristo, lo cual es una prueba contundente de la inspiración divina de las Escrituras, ya que la probabilidad natural de que todas esas profecías se cumpliesen en un solo ser humano puede representarse matemáticamente en una fracción o quebrado, en que la *unidad* es presentada sobre la cifra 84 ¡seguida de *noventa y siete* ceros!

III. El interés que, en medio de su agonía, mostró Jesús por su pobre madre.

1. La madre de Jesús (Ryle hace notar que el texto sagrado nunca la nombra como «la Virgen María») estaba junto a la cruz en que su hijo moría como un criminal (v. 25). Al comparar la lista de Juan con las de Mateo y Marcos, parece claro que, aparte del propio Juan, eran cuatro las mujeres que estaban junto a la cruz de Jesús antes de que éste expirase: Su madre, la hermana de su madre (que no puede ser otra que Salomé, la madre de Juan y Santiago el Mayor), la otra María *«mujer de Cleofás y María Magdalena».* El texto puntualiza que *«estaban de pie»* (v. 25). Es probable que, posteriormente, según aparece en Mateo y en Marcos, los soldados las obligaran a retirarse lejos de la cruz. Podemos ver aquí el tierno afecto que estas mujeres sentían hacia el Maestro, valientes, decididas a estar al pie de la cruz, y compartir el oprobio de Jesús mientras los Apóstoles, excepto Juan, se ocultaban cobardemente, pues no se les menciona que asistiesen al Señor ni desde cerca ni desde lejos. Ni la furia de los enemigos, ni lo horrendo del espectáculo detuvo a estas mujeres; ya que no podían aliviarle en sus tormentos, le consolaban con su amorosa presencia. Podemos suponer la terrible aflicción de estas mujeres especialmente de su madre al ver a Jesús expuesto a la vergüenza pública y a los insultos y befas de los circunstantes. Ahora se cumplía la profecía de Simeón: *«y una espada traspasará tu misma alma»* (Lc. 2:35), dirigida a María cuando el niño Jesús tenía solamente cuarenta días de edad (v. Lv. 12:2–6). Los tormentos de Jesús herirían el corazón de la madre, y tenemos que admirar el poder de la gracia divina para sostener en pie, quizá durante largo rato, a estas mujeres, especialmente a la madre de Jesús. No se nos dice que ella estuviese gritando ni retorciéndose las manos presa de angustia y desesperación, sino en silencio y, sin duda,

derramando lágrimas (comp. con 11:35), como la presenta el famoso himno de la liturgia romana *Stabat Mater Dolorosa* … Sin duda, ella y las mujeres que la acompañaban fueron sostenidas por el poder divino hasta este nivel de admirable paciencia. No sabemos cuánto podemos soportar en medio de una amarga prueba hasta que pasamos por ella; y en ella experimentamos lo que está escrito: *«Bástate mi gracia»* (2 Co. 12:9).

2. Jesús provee cariñosamente apoyo y ayuda para su madre. Es muy probable que José hubiese muerto hacía bastantes años y que Jesús, aun cuando tenía otros hermanos, se cuidaría de ella, al tener en cuenta que sus hermanos no eran creyentes (7:5) y es casi seguro que todos ellos estarían casados e interesados en sus respectivas familias. El hecho mismo de que Jesús encomendara a su madre el cuidado de Juan, el discípulo amado (y sobrino, no se olvide, de la Virgen María), da a entender (comp. con Mt. 12:50; Mr. 3:35) que Jesús prefería encomendar su madre a alguien de su «familia espiritual» más bien que a sus hermanos carnales. Por eso, a punto de morir y hacer «testamento» legó a Juan su más preciado tesoro sobre la tierra, así estableció entre su madre y el discípulo amado una nueva relación, la más íntima que cabe en este mundo, aparte de la conyugal: la de madre e hijo: *«Cuando vio Jesús a su madre y al discípulo a quien Él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa»* (vv. 26–27. La expresión *«en su casa»* es en el original exactamente la misma que en 1:11, por lo que habría de traducirse literalmente: «a sus propias cosas»). Varias consideraciones se nos ofrecen en estos dos versículos, aparte de las ya apuntadas:

(A) Los horribles tormentos que el Señor padecía en la cruz no le impidieron considerar el estado en que quedaba su madre cuando Él muriera. Por eso se preocupó en dejarle el mejor apoyo que podía hallar: el del discípulo amado. Llama a su madre *«mujer»*, como en 2:4, aunque un contexto diferente requiere también un matiz diferente en la explicación de tal vocablo. En Caná era simplemente un título de respeto, más frecuente entre los judíos que el de «madre». Junto a la Cruz, tiene todavía mejor explicación, pues el título de «madre» habría herido todavía más profundamente el corazón dolorido de María. Como sustituto en la amarga soledad de su viudez, Jesús le deja a Juan. Notemos que no dice: «Ahí tienes *un* hijo», *sino: «Ahí tienes a tu hijo»*, como el *único* apto para, de algún modo, sustituir a Jesús. También tenemos aquí un ejemplo de la bondad de la providencia divina, la cual nos suministra consuelo suficiente cuando nos es arrebatado el que antes teníamos, para que nadie se desespere al ver que se está secando su cisterna, pues Dios está presto a llenar otra con el agua del mismo manantial. Otra lección que aquí nos ofrece Jesús es que los hijos deben proveer para el sustento y consuelo de sus padres ancianos. Es probable que María no pasase entonces de los cincuenta años de edad, ya que las doncellas judías solían casarse muy jóvenes, pero no cabe duda de que la constante oposición de los enemigos de Jesús y la dedicación absoluta de éste a su ministerio público (comp. con Mr. 3:21), le harían envejecer prematuramente.

(B) La confianza que depositó Jesús en el discípulo amado al decirle: *«Ahí tienes a tu madre»*. Es de notar que allí mismo se encontraba la madre natural de Juan, Salomé. Sin embargo, Jesús le entrega como *«madre» su* propia madre, María. Esto, junto con la expresión posterior: *«el discípulo la recibió en su propia casa»* nos da a entender, contra la opinión de la mayoría de los exegetas de la Iglesia de Roma, que Juan tenía su propia casa; en otras palabras, *que estaba casado*, como era lo corriente en todo judío adulto. La opinión, también corriente en la Iglesia de Roma, de que Juan representaba a todos los creyentes y que, por tanto, María es nuestra madre espiritual, sólo es posible sobre la base de un prejuicio tradicional, tan extraviado como, por desgracia, antiguo y arraigado. Aquí viene muy a cuento la aguda observación de Hengstenberg cuando dice: «El designio de Jesús no era proveer para Juan, sino para su madre». Por otra parte (nota del traductor), Hendriksen se pasa de la raya, en mi opinión, cuando dice: «El *sufrimiento* de Jesús al ver sufrir a María, y especialmente su *admirable amor*—la preocupación del *Salvador* por uno de *los suyos*, mucho más que la de un *hijo* por su *madre*—, éstas son las cosas en las que debería cargarse el énfasis». Creo que aquí la primera preocupación de Jesús es la de un hijo por su madre.

IV. El cumplimiento de la Escritura en lo de la sed de Jesús y el vinagre que le ofrecieron (vv. 28–29), donde vemos:

1. El respeto que Jesús tenía a las Sagradas Escrituras: *«Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo para que la Escritura se cumpliese: Tengo sed»* (v. 28). No obstante la frase

«para que la Escritura se cumpliese» no significa que Jesús expresara su sed *a fin de que* se cumpliera la Escritura, sino que, con esta expresión y con el vinagre que le dieron, se cumplió la Escritura; en concreto, el Salmo 69:21. Notemos acerca de esta sed:

(A) No es extraño que tuviese sed, y sed ardorosa, por la deshidratación consiguiente a la tremenda pérdida de sangre. Las agonías del tormento de la crucifixión y la fiebre consiguiente exacerbarían esta sed. Tampoco puede pasarse por alto la fatiga del proceso, en el que seguramente, desde el arresto en Getsemaní, no se le dio de comer ni de beber; y el líquido es para el organismo humano más necesario que la comida.

(B) Lo extraño es que, al contrario que los otros tres evangelistas, quienes sólo mencionan lo del vinagre, sólo Juan menciona esta palabra de Jesús (la quinta desde la cruz), que es la única en que Jesús pide algo para sí. Es cierto que, con ello, expresaba «la *aflicción de su alma»* (Is. 53:11), pero es muy posible que, con esta sed (nota del traductor), expresada después del grito de desamparo, Jesús diese a entender también que estaba sufriendo por nosotros el *doble* tormento en el que consiste básicamente el Infierno: el alejamiento de Dios (comp. con Mt. 25:41) y la sed insoportable (comp. con Lc. 16:24). Agustín de Hipona escribe que Jesús en la cruz, de acuerdo con 6:35, «tenía sed de que se tuviese sed de Él» o, como dice el propio M. Henry, estaba sediento de consumar la obra de nuestra redención. Todo esto son consideraciones piadosas, pero no deben oscurecer el sentido literal del texto.

2. Véase el poco respeto que los verdugos de Cristo le mostraron: «Y *había allí una vasija llena de vinagre; entonces ellos empaparon en vinagre una esponja, y sujetándola a una rama de hisopo, se la acercaron a la boca»* (v. 29). Por eso solo, no podemos decir que los verdugos se ensañaran con Jesús, pues en realidad le prestaron un buen servicio, ya que el vinagre le aliviaría grandemente la sed. Lo cierto es que *lo tomó* (v. 30a), y no hay por qué pensar que lo hizo para aumentar sus padecimientos, sino para calmar la sed. Sin embargo, por el relato de los otros evangelistas (Mt. 27:49; Mr. 15:36; Lc. 23:36), vemos que esta acción fue acompañada de burlas y escarnios por parte de los mismos soldados que habían intervenido en la ejecución. Lo que aquí se llama «vinagre» era, probablemente, el vino agrio, áspero, que los soldados romanos acostumbraban beber. En cuanto a la *rama de hisopo,* piensan algunos que es un error de los copistas, sin tener en cuenta dos detalles: (A) que el hisopo al que se refiere Juan era una de las especies (el llamado *Origanum maru)* de bastante consistencia y con ramas suficientemente largas para alcanzar hasta el rostro del Señor. (B) Que la cruz no era tan alta como la representa la imaginería religiosa; fácilmente podría un soldado de talla regular hacerlo llegar a la boca de Jesús. Sólo un manuscrito entre miles, el 476 del siglo XI, tiene *hússos* = jabalina, en lugar de *hussópos;* por lo cual, no hay razón alguna para rechazar la lectura, casi totalmente coincidente, de miles de MSS. No sería muy agradable al gusto tal pócima y en tan pequeña cantidad, pero le aliviaría, por poco que fuese, la sed. El cielo le había negado su luz, la tierra le negaba el agua. Este vinagre no debe confundirse con el que le ofrecieron antes de crucificarle (v. Mt. 27:34; Mr. 15:23), y que Él no quiso beber, pues era una bebida destinada a aminorar los sufrimientos del reo.

V. La palabra (sexta desde la cruz) que pronunció poco antes de expirar: *«luego que Jesús tomó el vinagre, dijo: Consumado está. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu»* (v. 30). Veamos:

1. Lo que dijo: *«Consumado está»*. En griego es una sola palabra, *tetélestai*, tercera persona del singular del pretérito perfecto medio-pasivo, que significa literalmente: *«ha sido terminado»*. El vocablo puede entenderse de muchas maneras:

(A) *Se han acabado* los tormentos que la maldad de mis enemigos me ha infligido como remate de su perverso complot para quitarme la vida.

(B) *Se ha llevado a cabo* el designio y mandato del Padre (comp. con 17:4) en cuanto a los sufrimientos que comportaba el llevar a feliz término la obra de la redención de la humanidad perdida. Al entrar en la agonía de su Pasión, había dicho: *«Hágase tu voluntad, no la mía»* (v. Lc. 22:42). Ahora venía a decir: *«Hecha está»*.

(C) *Se han cumplido enteramente* todos los tipos y profecías del Antiguo Testamento que apuntaban a los futuros sufrimientos del Mesías, del Siervo Sufriente de Jehová.

(D) *Se han acabado* todas las normas de la ley ceremonial. Con la realidad del sacrificio del Calvario, la sombra de los sacrificios prescritos en el Levítico ha dejado de tener vigencia (v. los caps. 9 y 10 de *Hebreos).*

(E) *Se ha terminado* de pagar la deuda contraída contra Dios por el pecado de la humanidad. *El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo* (1:29) ha llevado a cabo la completa expiación por el pecado, de la que era figura el Día de la Expiación o *Yom Kippur*, como dice el hebreo (Lv. 16), y está saldada la cuenta de la humanidad con Dios (v. 2 Co. 5:19). Sólo se requiere ahora de cada ser humano que, por fe, acepte el documento, testimonio del pacto de Dios con la humanidad, en el que se declara absuelto de la deuda a todo *el que cree en el Hijo de Dios* (v. 3:16, 36 y, especialmente, 1 Jn. 5:9–12). Éste es el sentido primordial de esta palabra de Jesús, al tener en cuenta que el vocablo griego *tetélestai* era el mismo que, en aquel tiempo, se estampaba al pie del último recibo del «pagaré» o documento en el que constaba que el deudor había satisfecho por completo la deuda contraída en un préstamo o en una compraventa. Por eso, Pablo puede decir que: *«Ahora, pues, NINGUNA condenación hay para los que están en Cristo Jesús»* (Ro. 8:1), puesto que la deuda contraída por el pecado ha quedado enteramente saldada en la cruz para el que ha recibido en su vida al Señor. Si el creyente hubiese de llevar a cabo alguna otra *expiación* por su parte, ya sea por medio de penitencias en esta vida, ya sea en un supuesto «Purgatorio» de ultratumba, Dios exigiría *dos veces* el pago de la misma cuenta, lo que es absolutamente imposible de parte de un Dios infinitamente justo. Esto no debe confundirse, y vale la pena recalcarlo (muchos creyentes parecen olvidarlo o ignorarlo), con la constante *purificación* que hemos de llevar a cabo (1 Jn. 3:3), con la *mortificación* de las obras de la carne (Ro. 8:13; Gá, 5:16) y con la *disciplina* que hemos de estar dispuestos a recibir de nuestro buen Padre (He. 12:6 y ss.).

2. Lo que hizo: *«Habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu»*. Aquí son también de notar algunos detalles importantes:

(A) Todos los demás seres humanos inclinan la cabeza después de morir, luego que la guadaña de la muerte ha segado sus vidas, y sus cabezas quedan inclinadas como flores marchitas y muertas. Y es que la muerte no nos pide permiso a nadie. Pero Cristo entregó su vida con entera libertad (10:18) y, para demostrarlo, inclinó la cabeza con lo que dio permiso a la muerte para que se llegara a Él, y así es como *expiró*, según el término usado por el médico Lucas (23:46).

(B) En ese mismo versículo, Lucas hace notar que, antes de expirar, dijo Jesús (la séptima y última palabra desde la cruz): *«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»*, con lo que, una vez más, daba a entender que ponía su vida voluntariamente, que nadie se la quitaba. De acuerdo con esto, Juan no dice: *«Expiró»*, sino: *«Entregó* (es decir, «transmitió») *el espíritu»*. Sin duda ninguna, en este contexto, el término griego *pneuma* significa el espíritu humano no el Espíritu Santo como algún autor ha llegado a insinuar. Si quiere buscarse alguna lejana anticipación de Pentecostés en la emisión o efusión del Espíritu, podría hallarse en 20:22, como veremos después.

(C) La frase de Juan *«entregó el espíritu»*, junto con la de Lucas *«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»* presentan cierta dificultad para la interpretación de 1 Pedro 3:19–20, único lugar de donde ya la primitiva Iglesia sacó lo de que Cristo *«descendió a los infiernos»«* (Ef. 4:9 no significa eso, a pesar de las referencias que suelen hallarse en nuestras versiones). La única interpretación que sirve para esquivar las numerosas interrogantes que el oscuro lugar de 1 Pedro presenta, y que es la más aceptada entre los exegetas modernos, puede hallarse (nota del traductor) en mi libro *La Persona y la Obra de Jesucristo*, pp. 202–203.

Versículos 31–37

Esta porción que nos refiere lo del costado de Jesús traspasado por la lanza de un soldado y lo de la rotura de las piernas de los otros dos ajusticiados, se halla solamente en Juan.

I. Obsérvese la hipócrita superstición de los judíos, al pedir que los cuerpos no quedasen en la cruz una vez comenzado el sábado es decir, después de la puesta del sol del viernes: *«Entonces los judíos, por cuanto era la preparación de la pascua, a fin de que los cuerpos no quedasen en la cruz en el sábado (pues aquel sábado era de gran solemnidad), rogaron a Pilato que se les quebrasen las piernas y fuesen quitados de allí»* (v. 31). Dándoles sepultura de inmediato, se quitaban de los ojos aquel espectáculo. Veamos:

1. La estima en que parecían tener el sábado, especialmente aquel sábado, porque era un sábado singularmente *solemne*. Estaban tan preocupados en aquella ceremonia, como si en ello les fuese la vida, cuando acababan de *dar muerte al Autor de la vida* (Hch. 3:15). Si ellos, hipócritamente, estaban tan

solícitos en guardar las formas de algo que había de pasar, ¿seremos nosotros menos diligentes en santificar toda la semana y, en especial, el día en que nos reunimos para rendir colectivamente culto al Señor y mantener viva la comunión fraternal en la congregación? (v. He. 10:25).

2. El reproche en que pensaban incurrir por supuesta profanación grave del sábado, si consentían en que los cadáveres de los reos quedasen pendientes de sus respectivas cruces. Dichos cadáveres debían ser sepultados de inmediato. Habría sido una gran ofensa, no sólo para los habitantes de Jerusalén sino para la muchedumbre de forasteros que habían acudido para la celebración de la Pascua. Además, no podían soportar la vista de Jesús ni aun estando ya difunto.

3. La petición que hicieron a Pilato implicaba una tremenda crueldad, pues el quebrantamiento tan violento de las piernas de los crucificados, el cual provocaba el colapso inmediato al fallar el punto de apoyo, era un tormento que ocasionaba un dolor agudísimo e inimaginable. Así de abominable es la *apariencia de piedad* (2 Ti. 3:5) de los hipócritas.

II. La forma en que los soldados se deshicieron de los ladrones que habían sido crucificados con Jesús: *«Vinieron, Pues los soldados, y quebraron las piernas al primero, y asimismo al otro que había sido crucificado con él»* (v. 32). De esta forma, Pilato les concedió lo que pedían. Uno de estos dos ladrones murió salvo, pues había recibido de Cristo la seguridad de que aquel mismo día, antes de ponerse el sol, estaría con Él en el Paraíso (Lc. 23:43); sin embargo, murió con los mismos tormentos físicos y la misma condición miserable exterior que el otro ladrón. Pero lo extremo de la agonía de un moribundo no puede compararse con el consuelo firme y duradero que espera, más allá de la muerte, a los que durmieron en Jesús (1 Ts. 4:14–18).

III. Las evidencias que se exigieron para saber a ciencia cierta si el Señor Jesucristo había muerto o no.

1. No dudaron de su muerte los soldados: *«Mas cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas»* (v. 33). Jesús murió antes de lo acostumbrado entre los que eran crucificados. Con esto se mostraba, aparte de lo sugerido en otro lugar sobre la posible rotura del corazón, que Jesús entregaba su vida sin que nadie se la arrebatara por la fuerza. Se sometió voluntariamente a la muerte, no fue vencido por ella. Pero sus enemigos se quedaron satisfechos con verle muerto. Lo importante es que, al no tener que quebrarle las piernas, se cumplía la profecía que es citada en el versículo 36.

2. Para tener seguridad de que estaba realmente muerto, *«uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua»* (v. 34). Así que:

(A) Este soldado, al que la Tradición ha dado el nombre de Longinos, resolvió tomar una medida decisiva para que no quedase duda de la muerte de Jesús y, con esta profunda incisión en el costado, no había necesidad de aplicar a Jesús la misma dolorosa forma de despachar a los otros dos crucificados con Él. Como ya lo dijimos en otro lugar, un médico eminente, el doctor Bergsma, se inclina a interpretar literalmente el Salmo 69:20, evidentemente mesiánico como se ve por el contexto, y concluye que Cristo murió de rotura (siempre voluntariamente sufrida) del corazón con lo que se explica satisfactoriamente la acumulación de *sangre y agua* en el pericardio. Esto mismo demostraba con toda evidencia que Cristo estaba *ya* muerto cuando el soldado le abrió el costado con la lanza; de lo contrario, la sangre habría salido en su puro estado normal. Y, si murió de veras, la resurrección no admite truco.

(B) Pero esta efusión de sangre y agua tenía un simbolismo que salta a la vista, y que el propio Juan entendió sin duda como muy significativo (comp. con 1 Jn. 5:6):

(a) En primer lugar, cuando queremos sincerarnos con alguien, es ya proverbial la expresión de «abrirle nuestro corazón», como símbolo de nuestra disposición a que nuestros pensamientos y nuestras intenciones le sean conocidas sin ambages ni rebozos. A través de esta especie de ventana abierta en el pecho de Jesús, podemos contemplar el interior de su corazón, con un amor flameante hacia nosotros, un amor más fuerte que la muerte (Cnt. 8:6, comp. con Ro. 8:35 y ss.).

(b) Pero lo más significativo de esta efusión de *sangre y agua* es el carácter que las Escrituras atribuyen a estos dos líquidos en su simbolismo espiritual (comp. con Lv. 14), pues indican los dos grandes beneficios que se obtienen mediante la obra redentora de Jesús: la sangre es para expiación (Lv. 17:11); el agua, para purificación (Ez. 36:25). La culpabilidad contraída, sólo con sangre puede borrarse; la mancha del pecado, sólo con agua viva se puede limpiar. Ambas operaciones deben ir siempre de la

mano; Cristo las juntó, e hizo que de su costado salieran juntamente la sangre y el agua, y nadie debe separarlas (v. también Zac. 13:1).

(c) También es fácil hallar en estos dos líquidos un simbolismo de los dos sacramentos u ordenanzas de la religión cristiana: el agua nos simboliza el bautismo, pues no es el agua del baptisterio la que nos limpia de la mancha del pecado, sino el agua que salió del costado de Jesús; la sangre simboliza la Cena del Señor pues al instituirla, Jesús expresó su significado del *«nuevo pacto en mi sangre»* (Lc. 22:20); no es, pues, la «sangre» de la uva, el vino de la ordenanza, lo que refrigera el alma y expía la culpa del pecado, sino la sangre de Cristo, derramada por nosotros (v. 1 Jn. 1:7).

(d) Agustín de Hipona, al alegorizar demasiado la incisión hecha en el costado de Cristo, vio en este fenómeno el origen de la Iglesia, la cual—según él—brota del costado del Postrer Adán muerto, en forma semejante a como sacó Dios a Eva del costado del Primer Adán dormido.

3. Una última consideración, digna de tenerse en cuenta, acerca de la muerte de Jesús en la tarde del viernes es que, al contrario que los judíos, a quienes no era lícito *«dejar que el cuerpo pasara la noche sobre el madero»* (Dt. 21:23), los romanos no se preocupaban de los cadáveres de los ajusticiados, sino que permitían que los devorasen las fieras o las aves de rapiña. Si la crucifixión del Señor no se hubiese llevado a cabo el viernes, y precisamente en la víspera del sábado más solemne del año, el cuerpo del Señor, como el de los otros dos crucificados con Él, habría quedado pendiente de la cruz, quizá durante varios días, expuesto a la corrupción. Pero los judíos fueron instrumentos en las manos de Dios para el cumplimiento de las profecías de que había de resucitar al tercer día del sepulcro (Sal. 16:8–11; Hch. 2:24–31; 13:33–35; 1 Co. 15:4) y, especialmente, por la que Jesús mismo profirió al decir: *«Destruid este templo, y en tres días lo levantaré»* (2:19), pues el propio evangelista hace notar que *«se refería al templo de su cuerpo»* y que los discípulos se acordaron de ello *«cuando resucitó de entre los muertos»* (vv. 21–22). Así que los judíos, con Caifás a la cabeza, y los gentiles, con Pilato a la cabeza, se combinaron inconscientemente para dar cumplimiento a *la señal de Jonás*, al apresurarse a que Jesús fuese sepultado el viernes y resucitase al tercer día, en la madrugada del domingo, con lo que las profecías se cumplían con exactitud, y la mesianidad de Cristo se demostraba contundentemente.

IV. La confirmación de la verdad del relato por parte del propio evangelista, que fue testigo de vista de lo que aquí refiere (v. 35). En este versículo vemos:

1. Cuán competente fue el testigo que nos dejó este informe ya que testificó de lo que había visto; era, pues, testigo de primera mano, y testigo de excepción. Refirió fielmente la verdad, y con todo detalle: *toda* la verdad. Además, su informe es infaliblemente cierto, por cuanto lo escribió bajo la inspiración del Espíritu Santo. Así, la certeza que tenía de los hechos no podía ser más segura: *«Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero»* (v. 35a).

2. Cuánto empeño puso este testigo para que los lectores quedasen perfectamente persuadidos de las verdades del Evangelio, ya que:

(A) Pone de relieve que es consciente de que dice la pura verdad: *«Él sabe que dice verdad»*. Su certeza acerca de la realidad de los hechos que refería era plena, absoluta, de forma que no quedase ninguna duda en quienes leyesen esta porción.

(B) Declara el importante y piadoso designio que le movía a escribir esto (comp. con 20:31), con lo que da razón del énfasis que pone en su propia certeza de la realidad: *«Para que también vosotros creáis»*, es decir, «todos cuantos leáis esto». Hendriksen da como probable que el pronombre personal, «él», en la frase: *«Él sabe que dice verdad»*, se refiera a Jesucristo. No hay en el texto (nota del traductor) fundamento para tan extraña suposición; más probable (dentro de la inseguridad de esta opinión personal) sería que, al comparar este versículo con 21:24, esta referencia se debiese, no a Juan, sino, en conformidad con el uso del pronombre griego *ekeinos* = aquél (un sujeto más bien remoto), a uno de los discípulos de Juan, también inspirado para dar informe infalible de esta especie de paréntesis textual.

(C) El *testimonio* al que se refiere por dos veces el versículo 35 se extiende, según algunos autores, únicamente al episodio de la lanzada, pero es más probable que se refiera a toda la porción, ya que el versículo 36 habla de *«estas cosas»*, en plural. En todo caso, este solemne testimonio sirve para silenciar los temores de los creyentes débiles y para estimular sus esperanzas, al tener este firme fundamento (v. He. 11:1) de que, en medio de nuestras penas y aflicciones, hay una gloriosa esperanza en la seguridad que nos ofrece el amor fidelísimo de Dios, una esperanza que *«no avergüenza, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones»* (Ro. 5:5) y en ninguna cosa se ha probado mejor este amor de

Dios a nosotros que en enviar a su Hijo Unigénito a morir por nosotros en la cruz del Calvario (3:16; Ro. 5:8; 8:32; 2 Co. 5:19–21, etc.).

V. El cumplimiento de las Escrituras en todo esto: *«Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura …»* (vv. 36–37).

1. La Escritura se cumplió al ser preservadas las piernas del Señor de quebrantamiento llevado a cabo por los soldados en las piernas de los otros dos ajusticiados, puesto que Cristo era el verdadero Cordero Pascual al que *no se le podía quebrar ningún hueso* (v. 36, comp. con Éx. 12:46; Nm. 9:12; 1 Co. 5:7 «*… nuestra Pascua, que es Cristo …»).* V. también 1:29, 36. Había una promesa acerca de esto, aplicable a todo *justo* (Sal. 34:19–20), pero apuntaba principalmente a *Jesucristo, el Justo* (1 Jn. 2:1) por excelencia. El cordero pascual era mero tipo, figura profética del *«Cordero»* de Dios (Is. 53:7); si en el tipo no se podía quebrar ningún hueso, mucho menos en el que cumplía con la realización plena del tipo, es decir, en el antitipo. Hay también un significado importante en esto, aunque sólo es detectable en el hebreo, pues el vocablo *ʾetsem* = hueso, comporta la idea de fuerza, firmeza o robustez, como si diese a entender que la fuerza del cuerpo humano está en los huesos, como así es en el sentido de que es esta armazón ósea de nuestro organismo la que nos sostiene y soporta. Así que, aun cuando Cristo *«fue crucificado en debilidad»* (2 Co. 13:4) por el estado de humillación que había tomado, su fuerza para salvarnos no se disminuyó, sino que, al contrario, *«fuimos enriquecidos con su pobreza»* (2 Co. 8:9). El pecado quebranta nuestros huesos (v. Sal. 51:8), pero no quebró los de Cristo, se mantuvo firme bajo el peso, siempre poderoso para salvar a quienes a Él se allegan.

2. También se cumplió la Escritura en lo de la lanza que traspasó el costado de Jesús: *«Mirarán al que traspasaron»* (v. 37 comp. con Zac. 12:10; Ap. 1:7). Dos detalles son dignos de considerar en esta cita de la profecía de Zacarías 12:10:

(A) No se alude en el texto de Juan 19:37 ni en la profecía de Zacarías 12:10 a los clavos que traspasaron las manos y los pies de Jesús, sino solamente a la lanzada que le traspasó el costado. Por el contexto de la profecía de Zacarías, con la confirmación clarísima de Apocalipsis, el sentido pleno de Juan 19:37 apunta hacia la futura conversión de Israel, pues fueron los israelitas—como hace notar Alford—los que traspasaron a Jesús *«por manos de inicuos»,* es decir, de los soldados romanos, «inicuos» en el sentido de no pertenecientes al pueblo «santo» de Dios (v. Hch. 2:23, al final). En este sentido proléptico, los habitantes de Jerusalén pudieron poner sus ojos en el que habían traspasado aunque la realidad de la verdad profética se cumpliera ya, y se siga cumpliendo, en todos los que, al poner los ojos en la cruz de Cristo, como los israelitas mordidos por las serpientes venenosas los ponían en la serpiente de bronce, alcancen salvación (3:14–15, comp. con Nm. 21:9), al sentir sus corazones traspasados de compunción ante la presentación del mensaje del Crucificado (v. Hch. 2:37 *«se compungieron de corazón»*. Lit. *«fueron punzados en su corazón*»). ¿Quién no sentirá su corazón traspasado de compunción sincera por sus pecados, cuando el corazón del inocentísimo Jesús fue traspasado por nosotros?

Versículos 38–42

Sepelio del sagrado cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. Vayamos a contemplar un sepelio que conquistó el sepulcro y lo sepultó; un sepelio que ha embellecido las tumbas de los creyentes y ha suavizado la amargura que produce la partida de un ser querido, al izar sobre los *cementerios,* es decir (según el significado del vocablo) *dormitorios* de los cristianos, la bandera de la esperanza en la futura gloriosa resurrección (v. 1 Ts. 4:13–14). Notemos en esta porción:

I. La petición del cadáver (v. 38). La hizo *José de Arimatea,* de quien no se hace en todo el Nuevo Testamento otra mención que la que, dentro de este episodio, hacen los cuatro evangelistas. De este personaje, vemos:

1. *Quién era.* Juan dice que *«era discípulo de Jesús, pero secretamente por miedo a los judíos».* Era, pues, por un lado, mejor que lo que parecía ser, y era para él un honor el ser discípulo de Cristo. Hay muchos como él, buenas personas, aunque asociadas inevitablemente con muchas otras malas personas. Pero, por otro lado era más débil de lo que debía ser, pues mantenía en secreto, por miedo a los enemigos

de Jesús, el afecto que él le tenía. No juzguemos mal a este hombre, ni a quienes, como él, son aún débiles como caña rajada o pábilo que humea (comp. con Is. 42:3; Mt. 12:20). El amor nos obliga a *«esperar»* (v. 1 Co. 13:7). Cristo puede tener muchos discípulos que sean sinceros, aunque sean secretos; y mejor es ser discípulo secreto de Jesús que no serlo en absoluto; especialmente si, como en este caso de José de Arimatea, se hacen cada vez más fuertes y valientes. Algunos que, en pruebas relativamente pequeñas, se han mostrado cobardes, se muestran otras veces, gracias a Dios, valientes sobremanera en pruebas más duras y difíciles. Así vemos que este José, que *tenía miedo a los judíos, «armándose de valor»* (Mr. 15:43), *fue a Pilato y le rogó que le permitiese llevarse el cuerpo de Jesús.* Vemos, de paso, lo que puede la perversidad de los envidiosos y calumniadores contra la prudencia y la generosidad de corazón de los buenos. ¡Triste cosa es que los faltos de temor de Dios se hagan de temer por aquellos que no honran a Dios lo suficiente para desdeñar el temor de los hombres!

2. *Qué parte tuvo en el sepelio de Jesús.* Los discípulos habían huido, llevados del miedo, y estaban escondidos; los soldados mismos habrían sepultado a Jesús junto con los otros dos ajusticiados; si no hubiese aparecido nadie con la suficiente valentía para hacerse cargo del cadáver, no se habría cumplido la profecía de Isaías 53:9, que anunciaba el sesgo inesperado que tomaba el asunto, a fin de que le fuese concedido a Jesús este honor póstumo: «Y *se dispuso con los impíos su sepultura, pero con los ricos fue en su muerte»*. Cuando Dios decide una tarea que ha de ser cumplida, nunca fracasa en encontrar la persona apropiada para llevarla a cabo, y la capacita y fortalece para ello. Obsérvese todavía como uno de los signos que denotaban el estado de humillación del Hijo de Dios, el que su cadáver yaciera a merced de un procurador pagano, a quien era menester pedir permiso para que fuese sepultado.

II. La preparación del embalsamamiento del cadáver de Jesús (v. 39). Ésta fue llevada a cabo por Nicodemo, otro personaje de rango como José de Arimatea. *«Éste trajo un compuesto de mirra y de áloe, como cien libras»*. De este Nicodemo, se nos dice:

1. *Su carácter*, muy semejante al de José de Arimatea, pues era también discípulo secreto de Jesús. Juan hace notar que era *«el que antes había visitado a Jesús de noche»* (v. 39, comp. con 3:1 y ss.), pero después ya dio la cara por Él (v. 7:50–51), y ahora lo hacía con mayor denuedo. La gracia que, al principio, parece como una caña rajada, puede convertirse en algo tan robusto como un cedro del Líbano. Es extraño que José y Nicodemo, discípulos de Jesús y personas de rango, no apareciesen antes para solicitar de Pilato que no condenase a Cristo, pues, al pedir que se le salvase la vida habrían prestado mejor servicio que al pedir ahora que se les concediese el cadáver. Pero, ¿cómo se habrían cumplido las Escrituras y se habría llevado a cabo la obra de nuestra redención?

2. *Su generosidad.* José sirvió al Señor con su interés, pero Nicodemo le sirvió con su bolsillo, a no ser que, aun cuando no lo dice el texto sagrado, se hubiesen puesto de acuerdo de antemano. La *mirra* era extraída de un árbol odorífero, probablemente el «Balsamodendron» de Arabia; el *áloe* se extraía de un árbol más corpulento, del que se extrae resina y perfume que se sirve en polvo. La cantidad de *cien libras,* que aquí se menciona, de seguro que costaría una suma muy considerable de dinero (más de cien dólares). Pero, ¿para qué tanto preparativo y tanto trabajo por un cadáver que iba a permanecer en el sepulcro no más de dos noches como un viajero que hace un alto en el camino para pasar un par de días en un mesón? ¿No era una falta de fe en quien tan repetidamente había predicho que *resucitaría al tercer día?* Así lo interpretan muchos, como un gasto inútil y una falta de fe. Pero también podemos tener en cuenta el amor y la generosidad de estos hombres, pues mostraban de esta manera el aprecio que tenían hacia la persona y la doctrina de Cristo, aprecio que no había menguado con el oprobio de la cruz. No sólo mostraron el respeto caritativo de encomendar al sepulcro su cadáver, sino también el respeto honroso que se tributa a los grandes personajes. Pudieron hacerlo, incluso al creer en su resurrección y esperándola. Puesto que Dios había determinado rendir honra a este cuerpo, también ellos querían rendirle este honor.

III. Así quedó preparado el cadáver para su sepultura (v. 40): *«Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas, según es costumbre sepultar entre los judíos»*. Después de limpiar de sangre y polvo el cadáver, lo amortajaron al estilo judío (v. 20:5–7), cubriéndolo con la mezcla de mirra y áloe que Nicodemo había preparado. Al ser tal la cantidad de este compuesto, los lienzos quedarían firmemente adheridos al cuerpo de Jesús, formando una masa compacta, digna de tenerse en cuenta para la correcta inteligencia de 20:5–7, como veremos en su lugar. Cristo fue sepultado con esta vestimenta mortuoria para que a nosotros no nos resulte sombría y aterradora, sino agradable y

festiva como una vestidura nupcial. Los cadáveres y los sepulcros resultan instintivamente atemorizadores y repelentes, y no hay perfume que suavice esta condición y sirva para alegrar el corazón como lo hace el sepulcro de Jesús donde la fe percibe la fragancia de sus aromas. De manera semejante deberíamos contemplar los cadáveres de los creyentes; no para conservarlos en relicarios de mucho precio y allí venerarlos supersticiosamente y contra la ley de Dios, sino al depositarlos con todo respeto en el sepulcro *volviendo el polvo al polvo* (v. Gn. 2:7; 3:19; Job 34:15; Ec. 3:20; 12:7), como quienes creen que estos cuerpos son todavía del Señor, sellados por el Espíritu Santo para la resurrección, por cuanto fueron su santuario (v. Ro. 8:1; 1 Co. 3:16; 6:15, 19–20; Ef. 1:13). La resurrección de los creyentes se llevará a cabo en virtud de la resurrección de Cristo (1 Co. 15:20–22); por eso, al dar sepultura a sus cuerpos, deberíamos tener ante los ojos de la fe el sepelio del cuerpo de nuestro Redentor.

IV. La tumba en la que fue sepultado, en un huerto que pertenecía a José de Arimatea, estaba muy cerca del Gólgota (o Golgotá), como se ve por el informe de Juan: «*Y en el lugar donde había sido crucificado, había un huerto y en el huerto un sepulcro nuevo en el cual aún no había sido puesto ninguno*» (v. 41). Obsérvese:

1. Que Cristo fue sepultado fuera de la ciudad, ya que había sido crucificado fuera de la ciudad (He. 13:12, comp. con Mt. 21:39; 27:32; Jn. 19:17–18). Fuera de la ciudad eran sepultados también los demás difuntos, por el carácter legalmente contaminante de los sepulcros. Pero, después que la muerte de Cristo ha cambiado este carácter, no tenemos por qué mantenernos a distancia de las tumbas. De hecho, durante muchos siglos, los cementerios han estado adosados a las iglesias (todavía lo están en países como Inglaterra). Los que acuden a las tumbas de los creyentes, no por veneración ni para orar por los difuntos (pues no lo necesitan, ni para bien ni para mal), pueden hallar allí un lugar apto para la meditación (comp. con Ec. 7:1–4). Para quienes acuden con veneración a visitar el llamado «Santo Sepulcro» en Jerusalén, bueno será advertir que, según la opinión de los expertos, dicho lugar no puede ser el de la tumba del Señor, ya que se halla dentro del perímetro de la antigua ciudad.

2. Cristo fue sepultado en un huerto. José tenía este sepulcro en su huerto (v. Mt. 27:60, comp. con Is. 53:9), con lo que podía meditar con frecuencia sobre su propia muerte, así como lo podían hacer sus herederos después de él. Bueno es familiarizarnos con el lugar del sepulcro de nuestros padres, para que así se nos haga menos temible y más natural. El cuerpo de Cristo fue sepultado en un huerto. En el huerto del Edén es donde la muerte y el sepulcro recibieron su poder con el pecado de nuestros primeros padres, y en este otro huerto fueron derrotados la muerte y el sepulcro (v. 1 Co. 15:55).

3. Este sepulcro era *nuevo.* El vocablo griego es aquí el mismo de 13:34, que significa *reciente;* nuevo en el sentido de que no había sido usado, por lo que la descomposición cadavérica no había entrado en él, con lo que era un lugar muy apropiado para ser la tumba del Señor (v. Sal. 16:10). La Providencia ordenó esto:

(A) Para honor de Cristo. El que había nacido de un útero virgen, convenía que fuese sepultado en una tumba virgen.

(B) Para confirmar la verdad de su resurrección, de forma que nadie pudiese sospechar que no era Él, sino alguna otra persona, quien salió de allí al tercer día.

(C) Para simbolizar el cambio efectuado en el Universo por la obra de la redención, llevada a cabo por Jesús. Para el que *«está en Cristo … las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas»* (2 Co. 5:17); también las tumbas de los creyentes.

4. Este sepulcro estaba *«excavado en la peña»* (Mt. 27:60). No era, pues, un sepulcro natural, sino hecho a propósito mediante excavación. Por los detalles que nos suministran los evangelios, podemos visualizarlo del modo como lo hace Hendriksen: (A) con una entrada baja en el sepulcro; (B) con una piedra muy grande y pesada frente a la entrada; (C) con un sello (de cera o barro) sobre una cinta o cuerda con que sujetarlo a la piedra, lo que se hizo a petición del Sanedrín (Mt. 27:66); (D) con una recámara provista de pequeños promontorios en los que se podían sentar las personas, y (E) con un declive, o lugar ligeramente más bajo, donde fue depositado el cuerpo del Señor. Aunque algunos sepulcros tenían la forma, hoy corriente en muchos países, de nicho, Hendriksen hace notar que el sepulcro del Señor no pudo ser de esta clase, ya que, en tal caso, los ángeles mencionados en 20:12 no habrían podido estar *sentados el uno a la cabecera, y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido colocado.*

V. El funeral mismo, sobriamente referido por Juan, junto con dos detalles importantes: *«Allí, pues, por causa de la preparación de la pascua de los judíos, y porque aquel sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús»* (v. 42). Donde vemos:

1. El respeto que los judíos tenían al sábado, especialmente a este solemne sábado, y al día de la preparación de la Pascua. Este día de la preparación (el viernes) había sido muy mal observado por los principales sacerdotes, que eran los líderes religiosos del pueblo judío; pero fue bien observado por estos discípulos de Cristo, quienes se dieron prisa a sepultar el cuerpo de Jesús y guardar el sábado como día de reposo. Era también el reposo del cuerpo de Cristo, antes de la nueva actividad que había de adquirir después de la resurrección; por eso, este sábado o día de reposo, era también día de gozo y esperanza.

2. La conveniencia de que el sepulcro estuviese cerca del lugar en que Cristo había sido crucificado, con lo que se facilitó la tarea de darle sepultura antes de la puesta del sol. Hay otros aspectos de aplicación devocional que pueden sernos útiles:

(A) Estaba designado por la Providencia que el sepulcro estuviese cerca, porque había de residir allí por muy poco tiempo, como en una posada que está a mano; así Cristo fue depositado en un sepulcro que se ofrecía en primera opción.

(B) Los que habían excavado el sepulcro y su propio dueño José de Arimatea, no se imaginarían que fuese Jesús quien lo había de estrenar. Con esto se nos enseña que no hemos de preocuparnos en demasía ni sentir excesiva curiosidad por el lugar en que ha de ser sepultado nuestro cadáver, pues Jesucristo mismo fue sepultado en la primera tumba que se hallaba a mano.

(C) Sin pompa ni solemnidad, el cadáver de Jesús fue puesto en el sepulcro, pero allí quedaban también muertos y sepultados la muerte y el mismo sepulcro. Esto es lo importante, y por ello *hemos de dar gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo* (1 Co. 15:57). Ante esto, ¿qué importa el que nuestros restos mortales sean sepultados sin la gran pompa y acompañamiento con que son llevados a la tumba los reyes y magnates de este mundo? Léase Lucas 16:22 y el comentario que hicimos a dicho versículo.

CAPÍTULO 20

En este capítulo, Juan nos refiere, no la resurrección misma del Señor, sino las pruebas evidentes de ella. Primero, las que se presentaron en el sepulcro y en sus inmediaciones: 1) La tumba apareció vacía, pero en orden (vv. 1–10). 2) Dos ángeles se aparecieron a María Magdalena en el sepulcro (vv. 11–13). 3) Cristo mismo se manifestó resucitado a María Magdalena (vv. 14–18). Segundo, las que ofreció Jesús a los discípulos reunidos: 1) Al atardecer del mismo día de la resurrección, estando ausente Tomás (vv. 19–25). 2) Ocho días después, estando presente Tomás (vv. 26–31).

Versículos 1–10

Antes de entrar en el comentario a este capítulo, es de notar que los Apóstoles tenían sumo interés, mayor que en ningún otro aspecto del mensaje evangélico, en presentar pruebas evidentes, fehacientes, de la resurrección de su Maestro. Y ello, por las siguientes razones: 1) Porque ésta era la prueba a la que Él mismo había apelado como la más convincente y definitiva de que era el Mesías prometido. Por eso mismo, sus enemigos estaban empeñados, más que nunca, en que esta prueba quedase desprovista de su fuerza y, por eso, inventaron el fraude que leemos en Mateo 28:11–15. 2) Porque de la realidad de la resurrección dependía la consumación de la obra de nuestra redención (v. Ro. 4:25; 1 Co. 15:17–18). 3) Porque después de su resurrección, Cristo *se hizo visible, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había escogido de antemano* (Hch. 10:40–42). Estos testigos eran los encargados de proclamar solemnemente a todo el mundo el núcleo del Evangelio que incluye *la resurrección de Cristo de acuerdo con las Escrituras* (v. 1 Co. 15:1–4), para que *fuésemos bienaventurados los que no lo vimos, pero lo creemos* (20:29). En los primeros versículos del presente capítulo, tenemos la primera prueba de la resurrección del Señor: la tumba vacía y en orden.

I. María Magdalena, primer testigo de la resurrección de Cristo, fue al sepulcro en la madrugada del domingo, y vio quitada la piedra del sepulcro: *«El primer día de la semana, María Magdalena fue de madrugada, siendo aún oscuro, al sepulcro; y vio quitada la piedra del sepulcro»* (v. 1). Juan no menciona a las otras mujeres que fueron con ella (v. Mt. 28:1; Mr. 16:1; Lc. 24:1), pues ella era digna de especial mención por el afecto singular que sentía hacia el Maestro que había expulsado de ella siete demonios (Lc. 8:2), sirviéndole junto con otras mujeres, de las que Lucas (8:2–3) menciona varias. Su presencia al pie de la cruz (19:25), en el sepelio de Jesús (Lc. 23:55), y junto al sepulcro en la escena que consideraremos luego, es una prueba evidente del sincero y gran afecto que profesaba al Señor. El amor a Cristo, si es sincero, será también constante, *fuerte como la muerte* (Cnt. 8:6). Así fue el amor de María Magdalena, pues de pie se mantuvo junto a la muerte, y muerte de cruz, del Salvador. Observemos que:

1. *Vino al sepulcro,* a *llorar* allí (v. 11), como para limpiar con sus lágrimas el cuerpo del Señor, y para ungirlo con las especias aromáticas que ella y las otras mujeres habían traído (Lc. 24:1). Se necesita extraordinario afecto hacia una persona para que su sepulcro resulte atractivo, especialmente para el sexo femenino, más débil y temeroso. Pero el amor a Jesucristo disipa el terror que la muerte y el sepulcro ocasionan. Si el Señor nos pide que vayamos a Él *a través del valle de sombra de muerte, no temeremos mal alguno* si le amamos a Él, *porque Él estará con nosotros* (Sal. 23:4).

2. Vino tan pronto como pudo. *En la madrugada del domingo,* tan pronto como pasó el sábado. Éste fue el primer día de reposo para los cristianos, y ella lo comenzó yendo a investigar sobre el cuerpo del Señor, quien, con su resurrección, hizo *nuevas todas las cosas* (2 Co. 5:15–17) y, por tanto, también el día de reposo. *«Era aún oscuro»,* no cuando María llegó al sepulcro (v. Mr. 16:2), sino cuando salió de su casa con las otras mujeres. Quienes desean tener comunión con el Señor han de ser diligentes en buscarle, solícitos en hallarle antes de que pase la oportunidad que puede presentarse de improviso. Está llamando a la puerta (Ap. 3:20). ¡Estemos atentos a su voz, para cenar con Él! Un día que comienza de una manera tan buena tiene todas las probabilidades de terminar bien. Quienes procuran buscar a Cristo cuando *todavía es oscuro,* de seguro que les será dada acerca de Él una luz que *brillará más y más* (v. 2 Co. 3:18).

3. Halló *quitada la piedra del sepulcro,* la cual *había hecho rodar hacia atrás* (lit.) el ángel mencionado en Mateo 28:2. Esta circunstancia fue, para María Magdalena:

(A) Una sorpresa. Cristo crucificado es la fuente de la vida. Su sepulcro es una de *las fuentes de salvación* (v. Is. 12:3). Si vamos a Él con fe, hallaremos rodada la piedra que cubría la entrada y tendremos libre acceso a los consuelos que el sepulcro de Jesús nos ofrece. Los consuelos sorprendentes son los estímulos frecuentes de los buscadores tempraneros.

(B) El comienzo de un glorioso descubrimiento. El Señor había resucitado, aunque ella no se percató del hecho en un principio. Quienes muestran gran constancia en su adhesión a Cristo son, de ordinario, los primeros en disfrutar de los consuelos que proporciona la gracia de Dios. María Magdalena, que fue la más constante en seguir al Señor hasta lo último de su humillación, fue también favorecida con hallarle en lo primero de su exaltación.

II. Al hallar removida la piedra, *«corrió y fue a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel al que amaba Jesús, y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde le han puesto»* (v. 2). Al ver quitada la piedra, y el sepulcro vacío, se alarmó. Ahora bien, cualquiera esperaría que el primer pensamiento que se le habría ocurrido a María es: El Señor ha resucitado; ya que, siempre que el Señor había predicho su muerte, había predicho también su resurrección *al tercer día.* ¿Cómo es que, al ver vacío el sepulcro, no se le ocurrió pensar que habría resucitado? Pero no la culpemos sin acusarnos a nosotros mismos; cuando reflexionamos sobre la forma en que nos hemos comportado en días nubosos y oscuros, hemos de confesar llenos de asombro que nuestra estupidez e inclinación al olvido nos privaron de percatarnos de hechos y oportunidades que más tarde nos han resultado obvios. María suponía que *se habían llevado al Señor.* Con esta necia suposición, se causó a sí misma una pena y una turbación innecesarias, ya que, de haber entendido la causa de que la tumba estuviera vacía, ninguna otra cosa le habría proporcionado mayor alegría y felicidad. Así les pasa con frecuencia a los creyentes demasiado débiles, pues se quejan de cosas que deberían serles precisamente motivo de gozo y fundamento de esperanza. Ella no se quedó a solas con su pena, sino que fue a compartirla con sus amigos. La mutua comunicación de penas y problemas entre los hermanos es ya un buen comienzo para mejorar la situación. Aunque Pedro había negado a su Maestro, no había abandonado a los amigos del Maestro con

lo que se echa de ver la sinceridad de su arrepentimiento. Y la prontitud con que los demás discípulos renovaron con él la misma intimidad de antes; esto nos enseña a restaurar la comunión con los que han tenido la debilidad de caer en algo (v. Gá. 6:1). Si Dios les ha recibido al arrepentirse ellos, ¿por qué no les vamos a recibir nosotros?

III. Pedro y Juan, perplejos ante las noticias de María Magdalena, se pusieron inmediatamente en camino hacia el sepulcro vv. 3–4). Hay quienes opinan que María fue a comunicar esto solamente a Pedro y a Juan, según parece desprenderse del relato de Juan. Incluso hay quienes piensan que ambos vivían entonces en la misma casa, lo cual es muy improbable a la vista de 19:27. Por otro lado, el relato de Lucas (24:9–12) da a entender que los *once* apóstoles estaban juntos cuando les llegaron las noticias. La versión de Lucas parece confirmar lo que leemos en Mateo 28:8 y Marcos 16:10. No ha de extrañarnos, sin embargo, el que, aun cuando estuviesen juntos los once, sólo Pedro y Juan corriesen al sepulcro, ya que ambos eran los más íntimos de Jesús y los más favorecidos por el Maestro; de ahí que aparezcan juntos con mucha frecuencia especialmente después de la resurrección del Señor. Es muy natural que quienes son más favorecidos con las gracias y los dones del Señor, sean también los más activos y diligentes en cumplir con su deber como discípulos y más prestos a pasar fatigas y arrostrar dificultades. Véase aquí el uso que deberíamos hacer de las experiencias de otros hermanos. Cuando María corrió a decirles lo que había visto, ellos se apresuraron a ir al sepulcro y verlo por sí mismos. ¿Nos refieren otros el consuelo que sienten en el estudio y meditación de la Palabra de Dios y en la observancia de las ordenanzas? Tratemos también nosotros de participar en las mismas experiencias y de referirlo, por nuestra parte, a otros hermanos. Pedro y Juan *corrieron* (v. 4) hacia el sepulcro, para enseñarnos a ser diligentes en la práctica de las obras buenas. Ellos no pensaron en la dificultad de subir la pendiente ni en los posibles riesgos de la marcha; se animaron, sin duda, el uno al otro, con lo que vemos cuán bueno es tener una buena compañía en una buena causa y, también, lo digna que es de alabar la emulación santa entre los creyentes por superarse en las cosas espirituales y aventajar a otros en hacer el bien. No hubo malos modales en que Juan *corriera más aprisa que Pedro.* Tampoco nosotros hemos de despreciar a los que marchan detrás ni envidiar a los que van más deprisa que nosotros por el camino de la virtud, sino que hemos de poner todo nuestro empeño en hacer lo que podamos, sin excusas ni presunciones. Aparte de especulaciones que de poco sirven, ni en el terreno de la exégesis ni en la aplicación devocional, la razón más obvia de esta ventaja de Juan sobre Pedro en su carrera hacia el sepulcro es que Juan era más joven, no que su amor al Maestro fuese más fuerte que el de Pedro, para quien sus recientes negaciones habrían constituido un *handicap* psicológico (así opina M. Henry—nota del traductor—, quien añade: «Cuando la conciencia no está tranquila, perdemos terreno». No creo que fuese ésa la causa). Hendriksen se pregunta: «¿Cuál fue la causa por la que estos hombres pasasen del *caminar* al *correr?* ¿Fue, quizás, un mensaje de parte de las mujeres, quienes, en este momento, tenían algo muy sobrecogedor que comunicar a los Apóstoles? V. Mateo 28:1, 5–8 y lugares paralelos. No lo sabemos».

IV. Pedro y Juan, al llegar al sepulcro prosiguen la investigación que María Magdalena había comenzado (vv. 6–10).

1. Juan no fue más allá de lo que María había ido. Vio la tumba vacía: «Y *bajándose a mirar, vio los lienzos colocados en el suelo, pero no entró».* Quienes deseen adquirir mayor conocimiento de las cosas de Cristo, han de abajarse para mirar. Pero Juan no se atrevió a entrar el primero en el sepulcro. ¿Por qué? Unos autores opinan que por la viva emoción o el temor que sintió; otros piensan que fue por deferencia hacia Pedro, de más edad y portavoz siempre del grupo de los Apóstoles. La razón más probable, sin embargo, es el carácter contemplativo de Juan, frente al carácter vehemente, impulsivo, activo de Pedro. Léanse detenidamente los pasajes del Evangelio en que éstos dos discípulos entran en acción y se notará que siempre es Juan el primero que *ve* a distancia al Señor; pero es Pedro el que *se tira al agua* (v. 21:7, comp. con Mt. 14:28).

2. *«Luego llegó Simón Pedro tras él, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos colocados en el suelo y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte»* (vv. 6–7). Lo que Juan, más temeroso, sólo pudo *ver,* Pedro, más atrevido y animoso, pudo *observar* con claridad. Juan corrió más aprisa que Pedro, pero Pedro se atrevió a entrar en el sepulcro antes que Juan. Hay creyentes que son rápidos y así sirven para espolear a otros que parecen más lentos; otros son más osados y sirven así para envalentonar a los que parecen tímidos y cobardes. De este modo

con diferentes dones, los cristianos pueden ayudarse mutuamente a seguir al Señor. No temamos entrar en el sepulcro de Cristo, pues por allí pasó a la gloria; lo mismo ocurrirá con nuestro sepulcro; así que tampoco lo hemos de temer. Es muy interesante notar la forma en que hallaron Pedro y Juan los lienzos con que había sido amortajado el cuerpo del Señor: *«yacían en el suelo»,* así como el sudario de la cabeza, el cual, *no estaba junto con los lienzos, «sino enrollado en un lugar aparte».* Esto significa, ni más ni menos, que los lienzos se hallaban en el mismo estado en que se hallaban cuando envolvían el cuerpo y la cabeza del Señor, teniendo en cuenta la compacta conglutinación que la abundante cantidad de especias con que había sido embalsamado prestaría a los lienzos. ¡Era, pues, evidente que nadie había podido llevarse el cuerpo *sin los lienzos,* pues no se habría preocupado de ordenarlos de aquella manera, ni habría podido hacerlo sin desenrollarlos! ¡El cuerpo, ya resucitado, no sujeto a la ley de la impenetrabilidad (vv. 19, 26 *«estando las puertas cerradas»),* había salido del sepulcro y dejado intactas, y en su lugar exacto, las envolturas! Notemos que Lázaro salió del sepulcro con la mortaja puesta y hubo necesidad de desatarle, porque resucitó para volver a morir, pero Cristo dejó la mortaja en el sepulcro, porque resucitaba a una nueva vida, completamente diferente de la anterior. Es como si Jesús hubiese dejado la mortaja en el sepulcro para nuestro uso; si el sepulcro es como un lecho donde los creyentes han de dormir es una ventaja que el Señor nos haya dejado la cama preparada con las sábanas puestas en orden. Hay también aquí otra aplicación enteramente espiritual: Cuando nos levantamos del lecho de muerte del pecado a una nueva vida de justicia, hemos de dejar tras de nosotros la mortaja propia de los cadáveres, como evidencia de que *«hemos huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia»* (2 P. 1:4b). Notemos los detalles que diferencian a Pedro y a Juan en sus respectivas reacciones ante la tumba vacía, y los lienzos en orden:

(A) Pedro aventajó a Juan en aventurarse. Juan no se atrevía quizás a entrar si Pedro no hubiera entrado primero. Es buena cosa ser estimulado por otro hermano más valiente, a fin de llevar a cabo una buena obra que nos parece difícil. El temor a la dificultad y al peligro suele desaparecer cuando observamos la resolución y el coraje de otros. Quizá la rapidez de Juan había hecho a Pedro correr más aprisa de lo que en él habría sido normal; ahora es la valentía de Pedro la que estimula a Juan a entrar en el sepulcro. A pesar de las recientes negaciones de Pedro, Juan siguió teniéndole por colaborador y condiscípulo y no pensó que fuese ningún desdoro el cederle la precedencia en entrar en el sepulcro del Señor.

(B) Pero Juan aventajó a Pedro en creer. Pedro *vio y se asombró* (Lc. 24:12), pero Juan *vio y creyó* (v. 8). Una mente dispuesta para la contemplación está más presta a recibir pronto la evidencia de las verdades divinas que una voluntad dispuesta para la acción. Pero, ¿cuál era la razón por la que eran tan tardos para creer? El propio evangelista nos dice (v. 9) que *«aún no habían entendido la Escritura, que era menester que Él resucitase de los muertos».* Aquí vemos: (a) Cuán ineptos eran al principio los discípulos para creer la resurrección de Cristo, lo cual nos confirma mejor la verdad del testimonio que posteriormente dieron de ella con tanta seguridad, puesto que, con su resistencia a creerla, se demuestra claramente que no eran tan crédulos como para ceder a una sugestión, ni tan simples como para dar crédito a cualquier informe. Era para ellos una idea sumamente extraña que no les cabía en la imaginación. Pedro y Juan (como los demás discípulos, especialmente Tomás) estaban tan poco inclinados a creerla, que sólo la evidencia más contundente pudo hacer que la testificasen y proclamasen después abiertamente con tanta seguridad. Con esto se prueba que, no sólo eran honestos y no querían engañar a otros, sino también sumamente cautelosos, que no querían ser ellos mismos engañados. (b) La razón de su resistencia a creer: *porque aún no habían entendido la Escritura.* Esto parece indicar que el evangelista mismo reconocía su falta, lo mismo que la de los otros.

3. Pedro y Juan ya no quisieron seguir más adelante en su investigación, sino que se volvieron con el ánimo suspenso entre el gozo y el asombro. El gozo de Juan parece manifiesto. El de Pedro sería similar, como vemos por 1 Pedro 1:3, 8. Así que *«volvieron a los suyos»;* es decir, cada uno a su casa respectiva. En casa de Juan había alguien, como hace notar Hendriksen, a quien el informe de la tumba vacía llenaría de gozo hasta rebosarle del corazón: la propia tía de Juan y madre del Salvador, María (v. 19:25, 27). Podemos hacer todavía algunas otras consideraciones provechosas:

(A) Uno de los motivos, quizá subconsciente, de Juan y Pedro en salir pronto del sepulcro pudo ser el evadirse a tiempo de la sospecha de que alguien creyese que ellos habían robado el cadáver o intentaban hacerlo. En horas de dificultad, resulta duro incluso a los mejores, proseguir en una tarea para la que están

capacitados y llamados. Es probable que los demás discípulos estuviesen reunidos; y, por lo que se ve en los lugares paralelos, Juan y Pedro no tardarían en unirse a ellos para dar su propio informe.

(B) Es interesante observar que, antes de que Pedro y Juan fueran al sepulcro, se había aparecido allí un ángel que había removido la piedra, había asustado a la guardia colocada por los principales sacerdotes con el permiso de Pilato, y había consolado a las mujeres. Tan pronto como Pedro y Juan se habían ido del sepulcro, María Magdalena *vio dos ángeles … el uno a la cabecera, y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido colocado* (v. 12). No obstante, Pedro y Juan fueron al sepulcro, entraron en él y se volvieron sin haber visto a ningún ángel. Con esto vemos que los ángeles aparecen y desaparecen rápida y repentinamente a voluntad, de acuerdo con su naturaleza puramente espiritual, y conforme a las órdenes e instrucciones que reciben de Dios. Aunque pueden hacerse visibles, están de ordinario de manera invisible, pero real, donde no nos percatamos de ello; están especialmente dondequiera que se rinda culto a Dios en espíritu y en verdad: en nuestras propias asambleas como se deduce de la interpretación más probable de 1 Corintios 11:10 compárese con Eclesiastés 5:6. Esto nos ha de infundir respeto y sentido de humilde adoración en nuestros cultos, no sólo por la presencia de Dios, sino también por el celo de sus ángeles (comp. con Is. 6:1 y ss.).

Versículos 11–18

I. Vemos en esta porción la constancia y el fervor del afecto que María Magdalena profesaba al Señor (v. 11).

1. Se quedó en el sepulcro después que Pedro y Juan se habían marchado, porque allí habían puesto a su Maestro. Esta buena mujer, aunque pensaba que le había perdido, no quería retirarse del sepulcro y continuaba con el mismo amor, incluso cuando no disfrutaba del consuelo que ese amor le había proporcionado antes.

2. Se quedó allí *«llorando junto al sepulcro»* (v. 11). Sus lágrimas hablaban muy alto del amor que tenía a su Señor y Maestro. Quienes han perdido a Cristo tienen graves motivos para llorar pero los que buscan a Cristo y no le hallan deben llorar, no por Él sino por sí mismos.

3. *«Mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro del sepulcro»* (v. 11b). Cuando buscamos algo que creemos haber perdido y es para nosotros de gran valor, buscamos y rebuscamos una y otra vez en el lugar donde últimamente lo teníamos y esperábamos encontrarlo. El llorar no nos ha de impedir el buscar. Aunque María lloraba, *se inclinó para mirar.*

II. La visión que tuvo de los ángeles en el sepulcro (v. 12).

1. Descripción de las personas que vio. Eran *«dos ángeles con vestiduras blancas, que estaban sentados el uno a la cabecera, y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido colocado».* Aquí se nos declara:

(A) Su naturaleza: Eran ángeles, mensajeros del Cielo, enviados con un propósito: Honrar al Hijo. Ahora que el Hijo de Dios iba a ser manifestado en el mundo (no a todos sino a los testigos escogidos por Él, v. Hch. 10:40–41), los ángeles tenían el encargo de atenderle y servirle, como lo hicieron cuando nació. También eran enviados a consolar y confortar a los discípulos, y al darles la noticia de que el Señor había resucitado, los disponían y preparaban para verlo.

(B) Su número: Eran ahora *dos,* no *una multitud del ejército celestial* (v. Lc. 2:13). La multitud apareció para publicar las alabanzas de Dios, pero estos dos eran suficientes para dar testimonio (comp. con Nm. 35:30; Dt. 17:6; 19:15; Mt. 18:16; Jn. 8:17; 2 Co. 13:1; He. 10:28).

(C) Su vestimenta: Iban vestidos de *blanco,* color que simboliza pureza y santidad, también paz, verdadera o falsa, y victoria (comp. Ap. 6:2, con toda probabilidad el Anticristo, con Ap. 19:11, con toda seguridad el Señor Jesucristo). También los creyentes cuando estén glorificados, serán como ángeles (v. Mt. 22:30; Mr. 12:25; Lc. 20:36), e irán *vestidos* (lit. *cubiertos) de ropas blancas* (Ap. 7:14).

(D) Su postura y ubicación: Estaban *sentados dentro del sepulcro,* para enseñarnos a no temerle, ya que, para el creyente, el sepulcro no está fuera del camino que lleva al Cielo. Estos seres angélicos, al tomar posesión del sepulcro del Señor, habían asustado y ahuyentado a los soldados de la guardia, y representaban la victoria de Cristo sobre el poder de las tinieblas. El estar sentados el uno frente al otro, uno a la cabecera, otro a los pies del sepulcro, puede recordarnos también a los querubines, situados a

ambos lados del propiciatorio, el uno frente al otro para cubrirlo con sus alas. Cristo crucificado fue el gran propiciatorio, más aún, la propiciación en persona (v. 1 Jn. 2:2), y a ambos lados de Él vemos estos dos ángeles, no con espadas flameantes para impedirnos el acceso al árbol de la vida (v. Gn. 3:24), sino como mensajeros acogedores que nos dirigen hacia el verdadero árbol de la vida.

2. La pregunta, llena de compasión, que dirigen a María Magdalena: *«mujer, ¿por qué lloras?»* (v. 13). Como si dijesen: ¿Por qué lloras, precisamente cuando tienes tantos motivos para regocijarte? ¿Cuántos raudales de lágrimas podríamos evitarnos o hacer que se secaran en seguida, si investigáramos con serenidad cuál es la causa de nuestros pesares. Con esta pregunta, mostraban también los ángeles el interés que tienen en los problemas y las penas de los creyentes (v. He. 1:14). Esto debería enseñarnos a compartir mutuamente las penas y las alegrías (Ro. 12:15). Le preguntan los ángeles a María, únicamente para tomar de ahí ocasión de informarle de lo que había de trocar en alegría su pesar.

3. La melancólica respuesta de ella: *«Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto»* (v. 13b). Vemos:

(A) La debilidad de su fe. Muchas veces nos turbamos con dificultades imaginarias, cuando la fe nos debiera hacer verlas como verdaderas ventajas.

(B) La fortaleza de su amor. A María Magdalena no la distraen de su anhelante búsqueda ni la sorpresa de la visión de los ángeles ni el honor que esta visión supone para ella. Ella sigue con su tema favorito, como un arpa que da siempre la misma nota: *«Se han llevado a mi Señor»*. Ni la visión ni la sonrisa de los ángeles le bastan a quien busca afanosamente la visión de Cristo y la sonrisa de Dios en Él. Al contrario, la visión de los ángeles no es para ella sino una oportunidad para proseguir su búsqueda del Señor. Los ángeles le habían preguntado: *«¿Por qué lloras?»* Ella viene a responder: «Tengo grande y grave motivo para llorar, *porque se han llevado a mi Señor»*. Solamente la persona que ha disfrutado anteriormente de los consuelos del amor de Dios y los ha perdido después, ya sea por culpa propia, ya sea porque Dios la está purificando, y la hace pasar por la «noche oscura» de que habla Juan de la Cruz, sabe por experiencia lo que es la soledad y la amargura de un alma que se siente desolada sin el consuelo sensible de la presencia del Señor.

4. Conviene, antes de pasar adelante, hacerse aquí la pregunta: ¿Por qué se aparecieron estos ángeles a María Magdalena y a las otras mujeres, y no a Pedro y a Juan? Hay quienes opinan que la fe de las mujeres era más débil, y por eso necesitaba de esta especie de refuerzo. Pero, como hace notar Hendriksen, el texto sagrado apunta en dirección contraria, pues el mensaje que los ángeles llevaron a estas mujeres (comp. 20:13 con Mt. 28:5–7) parece más bien una recompensa al singular ministerio de amor y servicio al Señor al que estas mujeres se habían dedicado (v. Lc. 8:2–3). En último término, no podemos dar una respuesta categórica a dicha pregunta. También se ha especulado sobre la ausencia, en el texto sagrado, de toda referencia a una aparición de Cristo a su madre después de su resurrección. La razón podría ser, según unos exegetas, que María no la necesitaba, porque su fe no requería esta evidencia (comp. con Lc. 1:45, a la vista de Jn. 20:29). Otros opinan que los evangelistas no mencionan esta visita del Señor a su madre, porque se da por supuesta, incluso antes que a cualquier otra persona.

III. Cristo se aparece a María Magdalena mientras ésta habla con los ángeles (vv. 14–17). Antes de que los ángeles replicaran a la melancólica respuesta de María, el Señor mismo entra en escena. Pronto va a saber dónde está su Señor, pues no está lejos de ella. Quienes deseen contentarse con una mirada a Cristo no se verán defraudados en su deseo, porque cuando Cristo se manifiesta a los que le buscan, les remunera al superar la expectación de ellos. María suspira por ver el cadáver del Señor, y he aquí que lo tiene a su vera vivo. Así es como el Señor responde las oraciones de los suyos, pues es *«poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos»* (Ef. 3:20). Analicemos en detalle esta porción.

1. Al principio, Jesús se mantuvo oculto a los ojos de María.

(A) Estaba allí como una persona corriente, y así es como ella lo vio (v. 14): *«Dicho esto, se volvió y vio a Jesús que estaba allí; mas no sabía que era Jesús»*. De nuevo se preguntan los exegetas: ¿Qué es lo que hizo a María *volverse?* Después de todo, sólo Dios conoce la respuesta. Pero Hendriksen menciona las siguientes opiniones: (a) Porque Jesús se apareció repentinamente y los ángeles, al verlo, se postraron en adoración, lo que hizo que María se volviera para ver cuál era la causa de este gesto. (b) Porque los ángeles, al ver a Jesús, apuntaron hacia Él, y dieron a entender a María que no debería seguir mirando al sepulcro, sino en dirección contraria. (c) Porque María sintió los pasos de alguien que se acercaba. (d)

Porque los ángeles desaparecieron súbitamente de la vista. Como dice Hendriksen: «No plugo al Señor indicarnos la respuesta». Después de todo, es un detalle sin importancia. La aplicación práctica es que, como dice David: *«Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón»* (Sal. 34:18); más cerca de lo que ellos se imaginan. Quienes buscan a Cristo, aunque no le vean, pueden estar seguros de que no está lejos de ellos. Pero, si le buscan diligentemente pondrán todos los medios posibles para hallarle. María *«se volvió»,* como si se espera nuevos descubrimientos; en último término, fue su ardiente deseo de encontrar a Jesús lo que la hizo volverse a todos los lados. *«Mas no sabía que era Jesús».* Cristo puede estar muchas veces cerca de los suyos sin que éstos se den cuenta. También está en los suyos (v. Mt. 25:40, 45; Hch. 9:5), y en ellos quiere también que se le vea y se le atienda y asista.

(B) Jesús le hizo una pregunta corriente, a la que ella contestó de una forma que mostraba su gran amor, a la vez que su falta de conocimiento (v. 15).

(a) La pregunta que Jesús le hizo fue la que cualquiera otra persona le habría hecho: *«Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?»* Por lo que se ve, éstas fueron las primeras palabras que habló Jesús después de su resurrección. Por aquí se echa de ver que el Señor toma nota: 1) Del dolor, la pena y la tristeza de los suyos: «*¿Por qué lloras?»* 2) De los problemas y preocupaciones de los *suyos: «¿A quién buscas?»* Aunque sepa de antemano que le buscan a Él, quiere saberlo de labios de ellos.

(b) La respuesta que María le dio *«Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré».* Aquí vemos: *Primero,* su incapacidad para reconocer al Señor. Supuso que era el hortelano, pues no le cabía en la cabeza que Jesús hubiese resucitado y, al hallar a un hombre en un huerto, creyó que era el hortelano. Quizá, como vemos en Marcos 16:12; Lucas 24:16, su figura era distinta (comp. con Mr. 9:3) de la que tenía antes de morir (v. también 1 Co. 15:35–44). Además, los espíritus turbados por la oscuridad de la tristeza y de la preocupación son propensos a no reconocer la presencia del Señor. *Segundo,* la grandeza de su afecto al Señor. Su ánimo está tan embebido en la búsqueda de Cristo como su única preocupación, que supone que los demás saben a quién se refiere cuando dice: *«Señor, si tú lo has llevado»,* como si un jardinero corriente estuviese pensando en la misma persona por la que ella preguntaba. Este mismo gran afecto que profesaba a Jesús hace que no se percate del esfuerzo y del peligro que para ella habría de suponer cargar con el cadáver de Jesús y llevárselo luego un largo trecho. Una mujer no habría tenido fuerza suficiente para ello. Pero el amor verdadero no cede ante las dificultades ni se percata de la falta de fuerzas físicas, pues está siempre presto a sacar fuerzas de flaqueza cuando se trata de conseguir el objeto de su afán. Cristo no necesita quedarse donde se le mira como a una carga (v. Lc. 8:37).

2. Al llegar a este punto, Jesús se manifiesta a María Magdalena, dándole pruebas infalibles de su resurrección (vv. 16–17). Veamos:

(A) En qué forma descubrió Jesús su identidad a María: *«Jesús le dijo: ¡María!»* Sólo una palabra, pero no en la forma ordinaria de un hortelano, como antes, sino con el tono especial con que Jesús solía llamarla por su nombre, en la forma familiar que sólo una persona, Cristo, podía llamarla. *«Sus ovejas conocen su voz»* (10:4). Como ya hemos notado en otro lugar, así como la masculinidad se muestra en el *ver* (comp. 5:19), al ser para un hombre un documento escrito más fehaciente que cien mil palabras, la femineidad, en cambio, se muestra mejor en el *oír* (comp. con 16:13, ya que el Espíritu Santo representa, en cierto modo, el lado femenino de la Deidad); por eso, una palabra de afecto al oído de una mujer es más apreciada que cien mil documentos. Con esta sola palabra, la oscuridad en el ánimo de María se convirtió en luz meridiana como cuando los terrores de los discípulos se serenaban inmediatamente que el Señor decía: «*Yo soy*» (Mt. 14:27; Mr. 6:50; Jn. 6:20).

(B) Al oír la voz del Maestro que, con aquel tono peculiar, la llamaba por su nombre, María se volvió rápidamente y le dijo: *«¡Rabuní! (que quiere decir, Maestro)».* Juan traduce, en el paréntesis del propio texto sagrado, para sus lectores no judíos, el sentido del arameo *«Rabuní»;* y lo hace escuetamente, pues, en realidad significa *«Maestro mío».* Además, el término no es *Rabí,* aplicable a cualquier maestro judío, sino al *Rabón o Rabán:* «Gran Maestro» o «Gran Rabí», título que sólo a muy pocos rabinos se daba (entre ellos, a Gamaliel I y Gamaliel II). Como hace notar Hendriksen, dicho título se usaba con frecuencia en referencia al mismo Dios. Este respeto que María muestra al Señor al llamarle de este modo nos enseña que, a pesar de la íntima comunión que tengamos con Cristo, y del libre acceso al trono de la gracia (He. 4:16), no hemos de olvidar que Él es nuestro Gran Maestro y Señor Soberano; nuestro amor a Él ha de ir de la mano con el máximo respeto. Notemos también con qué rapidez se volvió María al oír la voz de Jesús, sin preocuparse más de los ángeles. Del mismo modo hemos de retirar nosotros la vista de

toda criatura, aun de la mejor y más brillante, para *poner nuestros ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe* (He. 12:2). Cuando pensó que era el hortelano, María tenía la vista retirada de Él, como lo denota el texto; pero, en cuanto Jesús la llamó por su nombre, volvió los ojos, *«volviéndose ella»*, hacia Jesús.

(C) Las ulteriores instrucciones que Cristo le dio: *«Jesús le dijo: Suéltame* (lit. *no continúes asiéndome), porque aún no he subido a mi Padre»* (v. 17). Estas frases de Jesús han causado muchos quebraderos de cabeza a los comentaristas (quien desee ver la mayoría de las interpretaciones, consulte el comentario de Ryle. Nota del traductor). Gran parte de la confusión es originada por una mala traducción del primer verbo en el sentido de: *«No me toques»*, lo cual está en abierta contradicción con Mateo 28:9 y Juan 20:27. El verbo significa más bien «asir» que «tocar», y éste es su sentido también en lugares como Colosenses 2:21; 1 Juan 5:18 (también el del derivado *aphé* en Ef. 4:16; Col. 2:19). Además, y esto es lo más importante para huir de tal confusión, es que el verbo está en presente de imperativo, el cual indica una acción continuada, lo que supone que María estaba *ya* asida a los pies de Jesús. La frase siguiente: *«porque aún no he subido al Padre»* sólo admite dos interpretaciones realmente congruentes: (a) «porque todavía quedan cuarenta días hasta mi ascensión a los cielos y, por tanto, tendrás tiempo de verme y tocarme; ahora, *ve a mis hermanos …»;* (b) «porque todavía no es el tiempo de conceder especiales favores, mientras no haya ascendido al cielo y os envíe el Espíritu Santo, o vuelva yo mismo a llevaros conmigo». De estas dos interpretaciones (nota del traductor), tengo por más probable la primera. En vez de seguir asida a los pies de Jesús, María debe ir a comunicar el mensaje de la resurrección: *«mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios»* (v. 17b). Nótese cómo, en Juan, el mensaje de la resurrección va ligado al de la ascensión, e incluso (v. 22) al del descenso del Espíritu en Pentecostés, ya que todo ello forma parte del llamado «misterio pascual». Esto es lo más importante; y, por eso, María debe ahora dar de lado a su devoción personal y comprometerse en la obra de testificar del Señor (Hch. 1:8). Nótense algunos detalles dignos de particular consideración:

(a) La forma en que Jesús alude a sus discípulos: *«ve a mis hermanos»*. Cuando estaba a punto de entrar en la gloria del Padre llama «hermanos» a sus discípulos; antes les había llamado «siervos» (Lc. 17:10); después les llamó «amigos» (Jn. 15:15); ahora les llama «hermanos» por primera vez. Cristo es alto, pero no es altivo; a pesar de su altísima elevación, no desdeña en abajarse a la condición de sus pobres discípulos. No los había visto juntos desde que *«todos le abandonaron y huyeron»* (Mr. 14:50) cuando fue arrestado en el huerto de Getsemaní. Pero Él perdona, olvida y no les echa en cara esto.

(b) Quién era la persona que llevaba el mensaje, como primer testigo de la resurrección de Cristo: *«María Magdalena, de la que habían salido siete demonios»* (Lc. 8:2). Ésta era su recompensa por la gran constancia y el sincero afecto con que se adhirió al Maestro, pues se convirtió así en apóstol de los Apóstoles. Podrá extrañar a muchos el que Pablo no la mencione (ni a las otras mujeres) en 1 Corintios 15:5–8, pero ha de tenerse en cuenta que, en aquel tiempo, las mujeres no eran consideradas como testigos válidos ante un tribunal; por ello, sin duda, Pablo se abstiene de nombrarlas.

(c) Cuál es el mensaje que llevó a los Apóstoles: *«Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios»*. Aquí es de notar:

Primero, el consuelo inefable que nos proporciona esta relación íntima con Dios, como resultado de nuestra unión con Jesús: Por ser Él *«el primogénito entre muchos hermanos»* (Ro. 8:29, comp. con He. 2:11–18), tenemos un Padre común: el Padre de Jesús es nuestro Padre, y el Dios de Jesús es nuestro Dios. Aunque Jesucristo es Dios como el Padre, es también hombre como nosotros; por eso, Pablo puede hablar del *Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo* (2 Co. 1:3; Ef. 1:3). Dios es Dios y Padre del Redentor, para sostenerle, a fin de ser también el Dios y Padre de los redimidos. Fue gran condescendencia de parte de Jesús el reconocer como Dios y Padre de los creyentes al que es su propio Padre.

Segundo, que, aunque es cierto que el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo es también nuestro Dios y Padre y, por eso, podemos acudir a Él diciéndole: *«¡Abbá, Padre!»*, y éste es el sentido primordial de las expresiones de Jesús en el versículo que comentamos, no se puede olvidar que nuestra relación con el Padre no es la misma que la de Jesús, puesto que Él es el *Hijo Unigénito* por naturaleza, el Hijo *propio* (Ro. 8:32, comp. con Gá. 4:4), mientras que nosotros lo somos *por adopción* (Ro. 8:15), aun cuando esta adopción no es como la adopción legal de los hombres, la cual se establece meramente por medio de un documento, sino que de una manera real, misteriosa, *somos nacidos de Dios* (1:13, comp. con 3:3–8; 1 P. 1:23). Esta diferencia entre la filiación *natural* de Jesús y la *adoptiva* nuestra se echa de ver, no sólo en el presente versículo, sino también por el hecho de que Jesús, al aludir a Dios, siempre dice *«vuestro*

Padre», sin incluirse Él en el adjetivo posesivo. Únicamente, al enseñar a sus discípulos a orar, les dice: *«Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro …»* (Mt. 6:9). *«Cuando oréis, decid: Padre nuestro …»* (Lc. 11:2). Él no se incluye, pues dice: *«Vosotros …».*

Tercero, que también nos es de gran consuelo la ascensión de Jesús a los cielos, como lo fue para los discípulos cuando María les llevó el mensaje de Jesús: *«Subo a mi Padre»*. En Lucas 24:52 leemos, en efecto que, inmediatamente después de la ascensión de Jesús a los cielos *«ellos, después de haberle adorado, se volvieron a Jerusalén con gran gozo»*. Este mensaje de la ascensión comportaba: (i) Una advertencia para estos discípulos, de que no habían de esperar que la presencia corporal de Jesús continuase en la tierra. Así también, los que son resucitados a la vida espiritual, han de percatarse de que son resucitados para ascender, no deben pensar que este mundo ha de ser su residencia y su reposo, sino que, al haber nacido de arriba, tienen arriba su patria, por eso, *hemos de poner nuestra mira en las cosas de arriba* (Col. 3:1–3), por cuanto hemos sido resucitados y ascendidos legalmente, posicionalmente, juntamente con Cristo (Ef. 2:6). (ii) Un consuelo para estos mismos discípulos, y para *todos los que hemos creído en Él por la palabra de ellos* (17:20). Cuando dice que sube al Padre, que es su *Padre y nuestro Padre,* lo dice con aire de triunfo, para que se regocijen los que le aman, pues sube allá como nuestro Precursor (comp. con 14:2–3). Nos va a preparar un lugar y estará presto para darnos la bienvenida cuando lleguemos allá.

IV. María Magdalena comunicó fielmente a los discípulos el mensaje que le dio el Señor: *«Fue entonces María Magdalena para dar a los discípulos las nuevas de que había visto al Señor y que Él le había dicho estas cosas»* (v. 18). Pedro y Juan la habían dejado junto al sepulcro (o se habían ya marchado cuando ella llegó, como es más probable), mientras ella se quedaba allí llorando (v. 11); no se quedaron allí aguardando como lo hizo ella. Así que ella, al buscar un cadáver, se encontró con un cuerpo vivo y glorificado; halló, pues, mucho más de lo que buscaba, y tuvo el gozo de ver al Maestro y conversar con Él. Cuando Dios nos consuela es con objeto de que nosotros, por nuestra parte, consolemos a otros (comp. con 2 Co. 1:3–7). María comunicó a los discípulos lo que había visto y lo que había oído: «*que Él le había dicho estas cosas*» para que las comunicase a ellos.

Versículos 19–25

La prueba infalible de la resurrección de Cristo es que *«se presentó vivo»* (Hch. 1:3). En la presente porción, tenemos un informe de la primera aparición de Jesús resucitado el mismo día en que resucitó, al grupo de los Apóstoles, estando ausente Tomás. A renglón seguido, Juan nos refiere la incredulidad de Tomás, cuando los otros diez le contaron la aparición de Jesús. Ya les había enviado Jesús, por medio de María Magdalena, las nuevas de su resurrección, pero quiso venir Él en persona, a fin de confirmar la fe de ellos y para que pudiesen ser testigos de vista, de primera mano, del fundamental hecho de su resurrección. Observemos:

I. Cuándo y dónde se llevó a cabo esta aparición de Jesús: «*Al atardecer de aquel mismo día, el primero de la semana»* (v. 19). Hay, a mi modo de ver, tres ordenanzas secundarias, por llamarlas así instituidas por el Señor Jesús para que se observen en su Iglesia. El domingo, comúnmente llamado «Día del Señor» (sin base bíblica. Nota del traductor), la reunión en asamblea, y el ministerio específico. La mentalidad de Cristo acerca de cada una de estas tres ordenanzas nos es indicada claramente en estos versículos; de las dos primeras, aquí, en las circunstancias de su aparición; de la tercera, en el versículo 21.

1. Tenemos primero el sábado cristiano, observado por los discípulos y reconocido por el Señor Jesús. La primera visita que Jesús hizo a sus discípulos fue en *el primer día de la semana.* Y este primer día de la semana es el único día, de la semana, del mes o del año, que es mencionado numéricamente en todo el Nuevo Testamento, según creo; y de él se habla varias veces como día que era observado religiosamente. En efecto, el mismo Señor bendijo y santificó este día con una «nueva creación» (v. 2 Co. 5:17), a semejanza de la primera creación, que también comenzó en domingo (v. Gn. 1:5), ya que al siguiente día se le llama *«segundo»* (Gn. 1:8), es decir, el lunes.

2. Tenemos igualmente una primera asamblea cristiana (aunque la Iglesia nació oficialmente el día de Pentecostés), solemnizada por los Apóstoles, y reconocida también por el Señor Jesús. Es probable que

los discípulos estuviesen reunidos allí en grupo para orar juntos y, quizás, para algunas otras prácticas religiosas; en especial, para intercambiar ideas, fortalecerse mutuamente las manos y acordar las medidas oportunas que debían tomarse en la presente crítica situación. Esta reunión era privada, porque no se atrevían a presentarse en público. Estaban reunidos en una casa, pero *con las puertas cerradas,* para que no les viesen juntos y para que sólo los bien conocidos pudiesen entrar con ellos, pues *tenían miedo a los judíos. Estas ovejas habían sido dispersadas, al ser herido el Pastor* (v. Mt. 26:31; Mr. 14:27). Pero la oveja es un animal sociable y, pasada la tormenta, la «manada pequeña» (Lc. 12:32) volverá a reunirse. No es cosa nueva el que las reuniones de los discípulos de Cristo sean llevadas a un rincón o tengan que celebrarse en el desierto. El pueblo de Dios se ha visto obligado con frecuencia a encerrarse en aposentos, como aquí, *por miedo a las autoridades.*

II. Lo que se llevó a cabo y se dijo en esta visita que Cristo hizo a sus discípulos. Cuando estaban reunidos, Cristo se presentó en medio de ellos, con lo que cumplió así *físicamente* lo que, en sentido *espiritual,* había anunciado en Mateo 18:20. Aparte de las inadmisibles explicaciones que ofrecen los teólogos liberales, no podemos aceptar tampoco la opinión de Lutero y sus más inmediatos secuaces (p. ej., Lenski) de que la naturaleza humana de Cristo está en todas partes, y que sólo necesitaba hacerse visible, pues, como hace notar W. Hendriksen, el texto sagrado dice claramente que *«vino Jesús y se puso en medio»,* lo cual indica que entró, a pesar de que estaban las puertas cerradas. Eso no ha de extrañarnos si consideramos que el cuerpo resucitado y glorioso no está sujeto a las leyes de la gravedad y de la impenetrabilidad (v. 1 Co. 15:42–44). Al conocer la estructura atómica de la materia, nos resulta hoy más fácil todavía entender la posibilidad sobrenatural de penetración a través de espacios cerrados. Es un gran consuelo para los discípulos de Cristo, cuando sus reuniones tienen que celebrarse en privado, que no hay cerraduras que puedan impedir la presencia del Señor Jesús en medio de ellos. En esta aparición del Señor, podemos considerar cinco cosas:

1. Su amable y familiar saludo a los discípulos: *«Les dijo: Paz a vosotros»*. La frase era común saludo entre los judíos, pero ahora adquiría un relieve peculiar; ahora significaba verdaderamente: «La paz, mi paz (14:27), sea con vosotros: Toda clase de bienes, siempre y en todo». Este es el legado que Cristo les había dejado en su gran despedida del Aposento Alto, y aquí comienza a pagarles el legado que había prometido: Paz con Dios, paz en vuestra conciencia, paz unos con otros; toda clase de paz verdadera; no la paz con el mundo o del mundo, sino la paz de Cristo y en Cristo. Su repentina presentación *en medio* de ellos, no pudo menos de causarles algún susto o, incluso, consternación; pero, como otrora a las olas del mar de Galilea, así también ahora calma pronto el miedo de ellos con esta sola frase: *«Paz a vosotros»*.

2. La clara e innegable manifestación que de sí mismo les hizo: «*Y, dicho esto, les mostró las manos y el costado»* (v. 20). Obsérvese:

(A) El método que empleó para convencerles de la realidad de su resurrección. Nadie podía desear una prueba más fuerte que las marcas o cicatrices abiertas de las heridas de su cuerpo. Estas marcas quedaron en su cuerpo después de su resurrección como pruebas irrefutables de ella y para ser garantía de su intercesión en el Cielo a nuestro favor (He. 7:25). Los conquistadores se glorían en las heridas recibidas en el campo de batalla. Estas heridas mostraban que era el mismo que había derrotado al demonio, al pecado y a la muerte en la Cruz del Calvario, y por eso resucitaba con ellas, para que dieran en la tierra testimonio de su resurrección así como en el Cielo habían de ser garantía de intercesión luego que hubiese subido allá. Con la vista de estas marcas, los discípulos podían quedar plenamente convencidos, al tener la satisfacción de verle, no sólo con el mismo rostro, y de oírle con su misma voz, sino también con esta singular identificación debida a las heridas producidas por los clavos y la lanza del soldado; por eso *les mostró las manos y el costado.* El Redentor exaltado por encima de todo (Ef. 4:10; Fil. 2:9–11) quedó así, para siempre, con las manos y el corazón abiertos a todos sus fieles amigos y seguidores.

(B) La impresión que produjo en ellos. Quedaron convencidos de haber visto al Señor; su fe quedó robustecida. Así les pasa a muchos creyentes que, mientras eran débiles, temían que sus consuelos fuesen imaginarios, pero después se percatan, con la gracia que fortalece, de que eran reales y sustanciales: «*Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor»*. El evangelista, que estaba presente, parece escribirlo con cierto aire de triunfo y alegría. Como si dijese: «¡Entonces, entonces, se alegraron los discípulos, cuando vieron al Señor!» ¡Cómo revivirían los corazones al oír que Jesús estaba vivo de nuevo! Mucho más les alegraría el verle entre ellos. También para ellos era como *«vida de entre los muertos»* (comp. con Ro.

11:15). Ahora se cumplía lo que les había dicho Jesús hacía escasamente tres días: *«Os volveré a ver y se gozará vuestro corazón»* (16:22). Esto bastó para enjugar toda lágrima de los ojos de ellos.

3. La comisión que les encargó para ser sus agentes en la plantación de la Iglesia (v. 21), donde vemos:

(A) El prólogo a tal comisión, el cual consistió en la repetición del saludo anterior: *«Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros»*. La primera vez, dicho saludo tenía por objeto acallar el tumulto de los temores de ellos, a fin de que con toda calma, pudieran comprobar la realidad de su resurrección; esta segunda vez, tenía por objeto reducir los transportes de júbilo de ellos a fin de que, también con toda calma, pudiesen escuchar la comisión que les iba a dar. Y, para animarles a aceptar el encargo que les encomendaba, les imparte de nuevo su paz. Cristo estaba ahora para enviar a sus discípulos a proclamar paz por todo el mundo y, por eso, no sólo la imparte a ellos, sino que los hace depositarios de ella, a fin de que la confieran también a otros.

(B) La comisión misma: *«Como me envió el Padre, así también yo os envío»*. Es fácil de entender cómo los envió Cristo a ellos: les encargó que continuaran en el mundo la obra de Él, autorizándoles con una garantía divina, armados de un poder divino (comp. con Hch. 1:5, 8). Por eso fueron llamados *Apóstoles,* que quiere decir *enviados.* Pero cómo les envió Cristo de la misma manera que el Padre le había enviado a Él, ya no se entiende tan fácilmente, pues ciertamente la comisión y los poderes que ellos recibían eran infinitamente inferiores a los de Él. Sin embargo:

(a) La obra que ellos iban a llevar a cabo era del mismo género que la de Él, y ellos habían de tomar el relevo donde Él lo había dejado (comp. con Col. 1:24). Así como Él había sido enviado *«para dar testimonio de la verdad»* (18:37), también ellos; no para ser mediadores de la reconciliación, sino sólo proclamadores del mensaje de la reconciliación (v. 2 Co. 5:18–20). Así como el Padre le había enviado a Él *«a las ovejas perdidas de la casa de Israel»* (Mt. 15:24), así Él los enviaba a todo el mundo.

(b) Él tenía poder para enviarles a ellos, un poder igual al del Padre al enviarle a Él. Con la misma autoridad con que el Padre le había enviado, los enviaba Él a ellos. Así como Él tenía autoridad incontrovertible y capacidad irresistible para su obra, así ellos la tenían, siempre en sumisión a la Palabra y bajo la guía del Espíritu Santo, para llevar adelante la misma obra. *«Como me envió el Padre»;* en virtud de la autoridad que le había sido conferida como a Mediador, les confería Él la misma autoridad para obrar en nombre de Él y por su causa, de forma que quienes recibiesen o rechazasen el mensaje de ellos, recibían o rechazaban el mensaje de Jesús (13:20, comp. con Mt. 10:40; Lc. 10:16), y al recibir o rechazar a Jesús, recibían o rechazaban también al Padre.

4. La forma en que los capacitó para cumplir con su comisión: *«Y habiendo dicho esto, sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo»* (v. 22). Notemos:

(A) La señal que usó: *«Sopló»* sobre ellos; no sólo para mostrarles, mediante este soplo de vida, que Él mismo estaba vivo (comp. con Gn. 2:7), sino también para darles a entender la vida y el poder espirituales que habían de recibir de Él. Así como *el aliento del Altísimo* dio vida al primer hombre y comenzó el antiguo mundo, así también el aliento del poderoso Salvador dio vida a sus ministros y comenzó un nuevo mundo. El Espíritu es aliento de Cristo (v. Ro. 8:9 *«el Espíritu de Cristo»),* pues procede de Él, así como del Padre (v. 15:26). *El aliento de Dios* simboliza el poder de su ira (v. p. ej., Is. 11:4; 30:28, comp. con 2 Ts. 2:8), pero el aliento de Cristo simboliza el poder de su gracia; así que el *respirar amenazas* (comp. con Hch. 9:1) se cambia en respirar amor en virtud de la mediación de Cristo. El Espíritu es el don de Cristo (4:10). Los Apóstoles comunicaban el don del Espíritu Santo mediante la imposición de manos (v. p. ej., Hch. 8:17–18), porque sólo lo podían dar como mensajeros transmisores, pero Cristo confería el Espíritu Santo mediante el aliento de su boca, porque era el autor del don. (B) La solemne donación que les hizo: *«Recibid el Espíritu Santo»*. Donde vemos que:

(a) Cristo les ofrece aquí seguridad de la ayuda que el Espíritu Santo les ha de prestar en su futura obra; como diciéndoles: «*Yo os envío,* y tendréis el Espíritu para que os acompañe en todo el camino». A quienes Cristo usa, también los reviste de su Espíritu y los equipa con todos los poderes necesarios.

(b) También les confiere una experiencia del influjo del Espíritu Santo en el presente caso. Les había mostrado las manos y el costado para convencerles de la verdad de la resurrección. Ahora es como si les dijera: *«Recibid el Espíritu Santo,* para que obre en vosotros la fe». Estarían expuestos ahora a la furia de los judíos; necesitaban, pues, el poder del Espíritu Santo para darles el *«hablar con denuedo la palabra de Dios»* (Hch. 4:31). Y lo que Cristo dijo a los Apóstoles, lo dice a todos los creyentes: *«Recibid el Espíritu Santo»* (v. p. ej., Hch. 19:2; Gá. 3:2).

5. Cristo les concede explícitamente autoridad para readmitir en la comunión eclesial y para excluir de tal comunión, en las palabras siguientes: «A *quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les quedan retenidos»* (v. 23). Como es sabido, en este versículo apoya la Iglesia de Roma su doctrina sobre la absolución de los pecados en el llamado «sacramento de la Penitencia». Cuando se compara este lugar con Mateo 16:19 y 18:18, se advierte que ésta viene a ser, en Juan, la misma concesión que aparece en Mateo, y puede darse como seguro que aquí se trata del ejercicio de la disciplina en la iglesia local; mediante esa disciplina (comp. con 1 Co. 5:4–5) la congregación, por boca de sus líderes, excluye de la comunión eclesial (no de la comunión interior con Dios mismo) a quienes son notoriamente indignos de ella (v. 1 Co. 5:11–13; 2 Jn. 10); del mismo modo, tiene autoridad para readmitir en dicha comunión a quienes han dado suficientes pruebas de verdadero arrepentimiento. Gran número de comentaristas evangélicos, por no saber discernir este aspecto en las palabras de Jesús, sacan conclusiones absurdas y tuercen el texto para que no diga lo que ellos temen que diga, ya sea al referir esas palabras a la predicación del mensaje, la cual siempre produce una división en los oyentes, ya sea al traducir *«les han sido ya remitidos … les han sido ya retenidos»,* para dar a entender que el ministro de Dios sólo puede refrendar lo que ha sido hecho en el Cielo. En cuanto a lo primero (nota del traductor), es de advertir que no es el predicador el que *retiene* los pecados con su mensaje, sino el oyente por no recibir el mensaje. En cuanto a lo segundo, tal traducción no tiene ningún sentido; *primero,* porque el ministro de Dios no es quién para declarar si los pecados de una persona han sido remitidos o no en el Cielo; *segundo,* porque una declaración de tal índole resultaría ridícula. El texto, lo mismo que en Mateo 16:19; 18:18, habla del ejercicio de una autoridad concedida a la Iglesia, y refrendada por el mismo Dios siempre que la exclusión y readmisión, respectivamente, se lleven a cabo de acuerdo con las normas de la Palabra de Dios y bajo la guía del Espíritu Santo. «Esta autoridad—hace notar Hendriksen—ha de ejercerse en el espíritu de amor pues tiene por objeto *"perfeccionar a los santos para la obra del ministerio para la edificación del cuerpo de Cristo"* (Ef. 4:12)». Antes de excluir a un creyente de la comunión eclesial, la iglesia con sus pastores debe agotar todos los recursos; en especial, orar por y con la persona y hasta llorar por y con ella, de forma que prevalezca el amor y no cobre ventaja el diablo. De ahí que se necesite un influjo especial del Espíritu Santo, porque si Él no les concede el don de discernimiento, no estarán equipados para poder ejercer con garantías tal autoridad disciplinaria. Pero, sin embargo, queda encomendada por Cristo con su propia garantía, a fin de que la iglesia y, en especial, los *fieles administradores de los misterios de Dios* (v. 1 Co. 4:1–2) se sientan animados, no sólo para proclamar el mensaje que deben predicar sin temor a los hombres y sin acepción de personas, sino también para ejercer debidamente la disciplina, a fin de que el cuerpo de Cristo brille por su pureza tanto como por su fe y su amor, y saber que, si obran como es debido, tendrán el refrendo del Señor, se sentirán alentados y honrados con tal elevado ministerio.

III. La incredulidad de Tomás, que dio ocasión a la segunda aparición del Señor resucitado al grupo de los Apóstoles. Veamos:

1. La ausencia de Tomás en la primera aparición: *«Pero Tomás uno de los doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús»* (v. 24). Aun cuando ahora eran once, se dice que era *uno de los doce,* como para dar a entender que el colegio apostólico formaba un número cerrado: *doce* Apóstoles, en representación de las doce tribus de Israel. Faltaba Tomás a la reunión y, con su ausencia, se había privado a sí mismo de la satisfacción y de la alegría de ver en esta ocasión vivo y resucitado al Maestro. Con esto se nos da a entender de alguna manera simbólica que los discípulos de Cristo nunca se hallarán todos juntos hasta que no llegue la asamblea general de que se nos habla en 1 Tesalonicenses 4:17.

2. El informe que los demás discípulos le dieron: *«Le dijeron, pues, los otros discípulos: Hemos visto al Señor»* (v. 25a). Parece ser que, aun cuando Tomás no había estado con ellos en esa ocasión, no se había marchado lejos de ellos. Los que se ausentan por algún tiempo de nuestras reuniones, no deben ser considerados «apóstatas». Tomás no es Judas. Puede adivinarse en el texto mismo la exultación de los otros diez discípulos al decir a Tomás: *«Hemos visto al Señor»*. Como si dijeran: «Hemos visto al Señor. ¡Qué lástima que no estuvieses con nosotros cuando Él vino!» Los discípulos de Cristo deben hacer todo lo posible para edificarse mutuamente en la fe cristiana y en el amor que Cristo les dejó como distintivo (13:34–35), ya sea al repetir a los ausentes lo que han oído ya sea al comunicaro las experiencias espirituales que han tenido. Quienes por fe han visto al Señor y *han gustado su benignidad* (Sal. 34:8; 1

P. 2:3), deberían comunicar a otros lo que Dios ha hecho por ellos, con tal que quede excluida toda jactancia: *«El que se gloría, gloríese en el Señor»* (1 Co. 1:31; 2 Co. 10:17, comp. con Jer. 9:23–24).

3. Las objeciones que Tomás puso contra la evidencia: *«Él les dijo: Si no veo en sus manos la señal de los clavos, y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y meto mi mano en su costado, no creeré en absoluto»* (v. 25b). Tomás expresa aquí una terquedad sin medida. Ya se había caracterizado por su talante pesimista (v. 11:16; 14:5), pero ahora lleva su desconfianza a tal grado, que no sólo no se atiene a lo que el propio Jesús había dicho más de una vez que *había de resucitar al tercer día,* sino que se negaba a dar crédito al testimonio imparcial, fehaciente, de todos los demás condiscípulos; todos diez daban el mismo testimonio con toda seguridad; sin embargo, él, *uno* solo, quería ser el único sensato y no se dejaba convencer de que el informe de los demás era verdadero. No es que impugnase la veracidad de sus compañeros, sino su prudencia; temía que fuesen demasiado crédulos. Además, en la forma de hablar, estaba tentando a Jesús, exigiéndole someterse a las pruebas que él estableciese, no las que el Señor se dignase ofrecer; a tal evidencia, la propuesta por él mismo, condicionaba Tomás su fe; no piensa creer *en absoluto,* a no ser que el Señor se someta a sus caprichos. Hablar de este modo en presencia de los otros diez discípulos era una ofensa desanimadora para ellos. Así como un soldado cobarde contagia a muchos otros con su cobardía, así también un incrédulo o un escéptico contagian a otros. La incredulidad de Tomás, expresada de una manera tan brutal, pudo haber hecho mucho daño a los demás. Sin embargo, como hacen notar ya los escritores eclesiásticos de los primeros siglos, la incredulidad de Tomás sirve para confirmar nuestra fe mucho más que la fe de los otros diez, pues demuestra, una vez más, que los discípulos no estaban inclinados a creer fácilmente en la resurrección del Señor, sino que fueron obligados a ello por la evidencia contundente de los hechos.

Versículos 26–31

Informe de otra aparición de Jesús a los once, al estar Tomás entre ellos. Analicemos:

I. Cuándo tuvo lugar: *«Ocho días después»,* por tanto, *«el primer día de la semana»,* como en la vez anterior.

1. Jesús demoró su aparición por algún tiempo, a fin de mostrar a sus discípulos que, en realidad, pertenecía ya a otro mundo y visitaba éste de vez en cuando, siempre que se presentaba una ocasión propicia. Al comienzo de su ministerio público, había estado oculto durante cuarenta días, al ser tentado por el diablo (v. Mt. 4:1 y ss.; Mr. 1:12–13; Lc. 4:1 y ss.). Al comienzo de su glorificación, estuvo oculto, en su mayor parte, durante cuarenta días también, pero atendido y servido por santos ángeles.

2. Jesús demoró esta aparición por siete días; lo hizo por varias razones:

(A) Para reprender a Tomás por su incredulidad, no dándole oportunidad de verle por una semana. Quien deja que se le escape una buena oportunidad debe esperar por algún tiempo a que se presente otra similar. De seguro que aquella semana fue de melancolía para Tomás mientras los demás discípulos rebosaban de gozo.

(B) Para poner a prueba la fe y la paciencia de los demás discípulos. Éstos habían obtenido un gran beneficio al satisfacer su anhelo de ver al Señor; Él quería que demostrasen si pisaban firme en el terreno que habían ganado. Así les acostumbraba también a depender cada vez menos de su presencia física, de la que tanto habían dependido hasta entonces.

(C) Para honrar de este modo el primer día de la semana y dar a entender de esta manera su voluntad de que se observase en su Iglesia como el día cristiano de reposo. La observancia religiosa del domingo nos ha sido transmitida desde entonces, a lo largo de los siglos, hasta la época actual de la Iglesia.

II. Dónde y cómo hizo el Señor Jesús esta segunda visita a sus Apóstoles. En Jerusalén, puesto que también ahora *«estaban las puertas cerradas»* por miedo a los judíos. Pero esta vez Tomás estaba con ellos. Cuando hemos perdido una buena oportunidad, hemos de estar tanto más afanosos de no perder una segunda. Si el haber desperdiciado la ocasión anterior nos causa disgusto y nos espolea el deseo, es una buena señal; pero si no nos preocupa su pérdida y nuestros deseos se van enfriando, es muy mala señal. Vemos que los discípulos le acogieron amablemente, sin reprocharle su anterior ausencia; al contrario, le comunicaron con alegría las buenas nuevas de las que habían sido testigos de primera mano. Cristo no se apareció a Tomás hasta que lo encontró en compañía de los demás discípulos. Junto con el amoroso

interés que sentía por Tomás, quería que todos los demás Apóstoles fueran testigos del reproche que pensaba hacerle. *«Llegó Jesús … y se puso en medio».* Véase, una vez más, la condescendencia de Jesús. Para beneficio de su Iglesia, no desdeñó visitar esta tierra, sino que asistió a las reuniones que aquella pequeña compañía de sus discípulos celebraban en privado; así que le tenemos de nuevo en medio de ellos. Les dirigió el mismo saludo que antes: *«Paz a vosotros».* No era ésta una vana repetición, sino una señal de la paz abundante que Cristo confiere, así como de la continua afluencia de sus bendiciones.

III. Lo que ocurrió entre Jesús y Tomás durante esta visita del Señor. Este es el único tema que de la visita se nos refiere, y Juan es el único evangelista que nos la refiere.

1. Vemos primero la condescendencia de Jesús con Tomás: *«Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo y mira mis manos; y acerca tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente»* (v. 27). Estas palabras significan:

(A) Una reprensión a Tomás por su incredulidad; por eso, el Señor responde, palabra por palabra, a las demandas que Tomás había formulado como condiciones indispensables para creer. Esto nos muestra que no hay una sola palabra en nuestra boca, ni un solo pensamiento en nuestra mente, que no sean conocidos del Señor Jesús.

(B) Una muestra de benignidad hacia Tomás, al condescender con sus necias y atrevidas demandas, y soportar el que un discípulo le prescriba lo que tiene que hacer Él para convencerle. Así que el Señor Jesús no tiene empacho en acomodarse así incluso al capricho de Tomás en un detalle innecesario, antes que abandonarle a su falta de fe. Consiente en que se hurgue en sus heridas, y hasta permite a Tomás que meta su mano en la honda herida del costado, si ello ha de ayudarle de alguna manera a creer. De modo similar, para robustecer nuestra fe, ha instituido una ordenanza que tiene por objeto mantener en nosotros el recuerdo de su muerte. Y en esta ordenanza en la que *anunciamos la muerte del Señor* (1 Co. 11:26), es como si apuntáramos con el dedo hacia *las señales de los clavos* con los que Jesús fue crucificado para nuestra justificación. También podemos *alargar nuestra mano* hasta el costado de Cristo, pues de su corazón emanó el amor con que Él nos tendió su mano para invitarnos a llegarnos a Él, para ayudarnos a andar con Él y para recibir sus bendiciones.

(C) Una exhortación para el futuro, con la que Jesús cierra su invitación a Tomás: «*Y no seas incrédulo, sino creyente».* Esta misma exhortación tiene vigencia para cada uno de nosotros, porque si nos falta fe, nos faltará gracia, nos faltará gozo, nos faltará estímulo. Para que no haya confusión, no estará de más observar que la frase de Jesús no significa que Tomás fuera inconverso y necesitara creer para ser salvo (comp. con 15:3, donde todos aparecen salvos, ya que Judas se había marchado ya). Tomás tenía la calidad de fe suficiente para ser salvo, pero le faltaba la cantidad de fe necesaria para estar mejor dispuesto a dar crédito al informe de los demás discípulos, e incluso a la predicción que el mismo Jesús había hecho repetidamente de su resurrección.

2. Tomás se rinde ante las palabras de Jesús y confiesa su fe incondicional en el Señor resucitado. Avergonzado de su anterior falta de fe, exclama: *«¡Señor mío y Dios mío!»* (v. 28). No se nos dice que introdujera los dedos en las señales de los clavos ni la mano en el costado de Jesús. No es probable que lo hiciera, por las razones que veremos después. Una de estas razones se insinúa en el contexto posterior, pues Jesús le dice: *«Porque me has visto* (no añade: «y tocado»), *has creído»* (v. 29a). La fe de Tomás, pues, sale vencedora del conflicto, ya que:

(A) Tomás está ahora satisfecho de la realidad de la resurrección del Señor. Como ya apuntamos anteriormente, su lentitud en creer y su terquedad en resistir sirven de confirmación a nuestra fe.

(B) Ahora reconoce que Jesús es su Señor y su Dios, como también nosotros debemos reconocer. (a) Hemos de creer su divinidad: que no es un hombre hecho Dios, sino Dios hecho hombre. (b) Hemos de creer su función mediatorial: que es el Señor, el único Señor que puede zanjar las diferencias entre Dios y los hombres y establecer, a favor nuestro, la comunión con Dios que es necesaria para nuestra eterna felicidad.

(C) Admite, sin objeciones, lo que Jesús le ha dicho, pues le reconoce como a su Dios y Señor. Es cierto que, en el original, los vocablos «Señor» y «Dios» están en nominativo, pero eso no significa, como algunos (p. ej., los llamados «Testigos de Jehová») pretenden, que se trate de una simple *exclamación,* ya que el Nuevo Testamento, al seguir las normas del griego vulgar o *koiné,* que ya se observan en la versión de los LXX, emplea frecuentemente el nominativo en lugar del vocativo (v. p. ej., He. 1:8, comp. con Sal. 45:6, donde la expresión *«oh Dios»* es claramente un vocativo). Por tanto, las palabras de Tomás van

dirigidas, no a Dios, sino a Jesucristo (con lo que se evidencia, una vez más, que *Jesucristo es Dios).* Notemos el adjetivo posesivo *«mi»* en cada uno de los miembros de la frase. Es de importancia vital que, en la expresión de nuestra fe, aceptemos a Jesucristo personalmente, de forma que podamos decir: «Es *mi* Salvador». Y no sólo hemos de expresarlo de nuestros labios para dentro, sino también confesarlo públicamente y testificarlo ante otros (comp. con Ro. 10:9–10), como quienes profesan triunfalmente su relación con el Señor. Tomás se expresa ahora con un afecto y un fervor dignos de imitación, como alguien que, por fin, se ha asido fuertemente, con todo su ser, del Salvador.

(D) Algún comentarista (nota del traductor), no sin alguna razón, opina que Tomás expresó su fe en Jesús como su Señor y su Dios, impresionado especialmente por el hecho de que las heridas de Jesús continuaban abiertas, no habían cicatrizado pero no sangraban, lo que era una clara evidencia de algo absolutamente sobrenatural. Aun cuando es cierto que el principal objetivo de estas marcas de los clavos en las manos y los pies de Jesús, así como la profunda abertura en el costado, era evidenciar la identidad del Cristo resucitado con el Cristo crucificado; y, en segundo lugar, garantizar su intercesión en el Cielo presentando las marcas indelebles de la obra que llevó a cabo en la Cruz para nuestra salvación lo cierto es que, según declaración expresa de Pablo (1 Co. 15:50) *«la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios».* Para entender esta frase, hay que prescindir de las referencias que suelen hallarse al margen, al pie, o en columna central, de nuestras Biblias, pues dicha frase no tiene ninguna conexión con Mateo 16:17 ni con Juan 3:3 y ss., sino con Hebreos 2:14. Por tanto, lo que Pablo expresa en 1 Corintios 15:50 es que una de las diferencias entre nuestro cuerpo actual y el cuerpo de nuestra resurrección consiste en que el futuro cuerpo no constará de la misma sustancia material, muscular, ni de la sangre que es ahora indispensable para mantener la constante vitalidad de los tejidos. Dice E. Trenchard, al comentar dicho versículo: «En aquella esfera y condición es inoperante el modo de vivir que depende ahora de la sustancia del cuerpo y el riego sanguíneo, con todos los demás factores anatómicos y fisiológicos que rigen en el maravilloso cuerpo que poseemos».

3. El juicio general que Jesucristo expresa acerca de todo esto: *«Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, has creído; bienaventurados los que no vieron y creyeron»* (v. 29). Cristo, con estas palabras, reconoce a Tomás como creyente. Los cristianos sanos, genuinos, sinceros, aunque sean lentos y débiles en su fe, son amablemente admitidos y recibidos por el Señor. Tan pronto como Tomás prestó su asentimiento a Jesús y le reconoció como a su Dios y Señor, Cristo le consuela y anima reconociéndole como a verdadero creyente. Pero también le echa veladamente en cara su anterior incredulidad, por la que había demandado ver para creer, al ser así terco y obstinado en sus demandas, y llegar tarde a sus consuelos. Quienes sinceramente aprecian la comunión con el Señor, por fuerza han de lamentarse de no haber entablado antes íntima relación con Él. No fue sin demasiadas exigencias como llegó Tomás a rendirse y creer en la resurrección del Señor, pues exigió que se le permitiese usar de los sentidos, no sólo de la vista y el oído, sino también del tacto. Pero, si todo el mundo presentase tales exigencias para creer en el Evangelio, ¿cómo podrían ser persuadidos los incrédulos a creer los mensajes y convertirse al Señor? Por eso, Jesús le recrimina por requerir tales pruebas. En cambio, alaba y recomienda la fe de los que creen sin haber visto (comp. con 1 P. 1:8). Tomás ha llegado a creer, por fin, y recibe su bendición (no se olvide que, como Apóstol, era necesario que viera al Señor ya resucitado. V. Hch. 1:21–22). Pero Cristo reserva una bendición especial para los que han creído sin haber visto ni su resurrección ni sus milagros. Como dice Hendriksen: «La fe que es producto del ver es buena; pero la fe que es producto del oír es mejor». En efecto, el Apóstol dice que el método ordinario es ese: *«La fe viene del oír»* (Ro. 10:17). Y Hebreos 11:1 describe la fe como «… *la prueba convincente de lo que no se ve».* El que cree por lo que ve evidencia una resistencia que sólo parece doblegarse ante una especie de violencia; en cambio, el que se rinde ante el testimonio fidedigno de la Palabra, con la gracia del Espíritu Santo, muestra un carácter más noble, pues es una prueba mayor de la eficacia de la gracia de Dios. En el ver, resalta más el aspecto meramente humano; en el creer por el oír, se presta honor y obediencia al aspecto netamente divino.

IV. La observación que el evangelista hace como un historiador que llega a la conclusión de su obra (vv. 30–31).

1. Nos asegura que ocurrieron muchas otras cosas *que no están escritas en este libro.* La frase ha sido interpretada por los comentaristas de dos maneras distintas: (A) Como refiriéndose únicamente a las señales que Jesús hizo después de su resurrección. Ésta es la opinión de Ryle, al seguir a Crisóstomo, Teofilacto, Beza, Bullinger, Toledo, Maldonado y el propio M. Henry, entre otros. Dan como principal

razón que, de lo contrario, es muy extraño que Juan diga esto sin haber concluido todavía la redacción de su Evangelio. (B) Como refiriéndose a todo el libro y dando a entender que Jesús hizo muchos otros milagros que no están escritos en este libro, ni tampoco en los otros evangelistas (comp. con 21:25). Ésta es la opinión de W. Hendriksen, entre otros, al seguir a exegetas de la categoría de Calvino, Ecolampadio, Lampe, Hengstenberg, Pearce y Alford. Esta opinión recibe mucha mayor fuerza, si se admite con muchos modernos comentaristas, que el capítulo 21 de Juan es un apéndice póstumo, añadido quizá por un discípulo de Juan bajo la inspiración divina, como es casi seguro especialmente con respecto a los versículos 23–25, que, sin duda, suponen la muerte del Apóstol Juan como suceso esclarecedor de las palabras de Jesús. La leyenda de la «inmortalidad» de Juan se había extendido tanto entre los creyentes del siglo I, que, aun después de muerto Juan, esperaban que, al no estar «muerto», sino «dormido»—según decían—despertaría antes de la Parusía o Segunda Venida del Señor que creían inminente (v. 2 Ts. 2:1 y ss.). Como en 8:1–11, hay en el capítulo 21 algunos elementos, especialmente en el versículo 2, como veremos después que son muy extraños en la pluma de Juan, así como en el versículo 25, que parece un duplicado de 20:30.

2. Sea de esto lo que sea, hay aquí materia para nuestra espiritual edificación. Los discípulos, en cuya presencia había obrado Jesús tantos milagros habían de ser los proclamadores del Evangelio en todo el mundo y por eso, era conveniente que tuvieran del Señor muerto y resucitado abundantes y evidentes pruebas. No tenemos por qué preguntarnos la razón por la cual no fueron consignadas por escrito muchas más. Si los relatos evangélicos hubiesen sido obra de meros autores humanos, podemos estar seguros de que abundarían en maravillas y toda clase de historias fantásticas, a fin de conquistar, no sólo el corazón y la mente de los lectores, sino también la imaginación y el sentimentalismo. Los hombres exponen todo lo que saben, y más de lo que saben, a fin de ganar de este modo crédito y prestigio entre los lectores; pero Dios no necesita tales adminículos, por cuanto sólo Él puede dar fe. Si estos relatos se hubieran escrito para entretenimiento de los curiosos, de seguro que serían más abultados pero fueron escritos para satisfacer, no la vana curiosidad, sino la urgente necesidad de la vida eterna. Es una historia escrita bajo la inspiración divina y, por tanto, redactada con noble seguridad y con majestuosa sobriedad, suficientes para convencer a cuantos estén dispuestos a ser enseñados, y para condenar a cuantos permanezcan obstinados.

3. El evangelista mismo nos declara expresamente el propósito que le guió al poner por escrito su evangelio: *«Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios y, para que creyendo, tengáis vida en su nombre»* (v. 31). He aquí la piedra fundamental del cristianismo, con palabras que nos recuerdan las de Pedro en Mateo 16:16; Juan 6:69. Vemos:

(A) El objetivo de los que escribieron los relatos evangélicos. Los cuatro evangelistas escribieron sin poner la mira en ningún prestigio personal ni en ningún provecho material que de ello pudiera derivarse para ellos mismos o para otros, sino movidos únicamente del deseo de llevar las almas a Jesucristo y al Cielo y, por consiguiente, para persuadir a los hombres a creer, para tener vida en el nombre, en la persona y la obra, de Jesús.

(B) El deber de los que leen y escuchan el Evangelio: Creer y poner por obra la doctrina de Jesucristo. Por eso, Juan nos declara:

(a) Cuál es la verdad fundamental del Evangelio, la que, ante todo, hemos de creer: *«Que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios»*. Él es el *Cristo,* es decir, el *Mesías,* el *Ungido de Dios* por excelencia, para ser *príncipe de paz* (Is. 9:6, comp. con Ef. 2:14) y *Jehová que salva,* como da a entender el nombre de *Jesús.* Él es el *Hijo de Dios,* Dios como el Padre, porque sólo Dios puede salvar (Hch. 4:12, comp. con Jer. 17:5–7; Jon. 2:9: *«La salvación es de Jehová»).* En Jesús resplandece la gloria del Padre (2 Co. 4:6; He. 1:3 *«el resplandor de su gloria»),* y en Él se manifiesta el poder de Dios (2 Co. 12:9; Fil. 4:13).

(b) Cuál es la suprema bendición del Evangelio en la que esperamos cuantos hemos creído en Jesucristo: *«Que creyendo* (en Él), *tengamos vida en su nombre»*. El Evangelio, pues, nos instruye sobre la fe y nos dirige a ella. Una vida plena, eterna, abundante (10:10), en virtud de la fe en la persona y obra del Redentor es lo que hemos de proponernos como medio de obtener la salvación y colmar nuestro gozo (v. 15:11; 16:24; 17:13; 1 Jn. 1:4). Con la mira puesta en un negocio altamente rentable, los hombres arriesgan salud y dinero; pero no hay negocio que pueda compararse al de una vida de fe, en la que se ofrece el mayor beneficio posible por medio del único que tiene *«palabras de vida eterna»* (6:68), es decir, realidades de vida eterna, aseguradas por la palabra del Hijo de Dios. Ésa es *la herencia*

incorruptible, incontaminada, inmarcesible de que habla Pedro (1 P. 1:4); un tesoro en los cielos, que nadie puede robar ni echar a perder (Mt. 6:19–21).

CAPÍTULO 21

En este capítulo, el evangelista parece haber concluido su relato (o lo concluyó de veras, según algunos opinan). Al ocurrir cosas nuevas (según algunos opinan), escribe esta especie de apéndice. Había dicho que Jesús llevó a cabo muchos milagros que no están escritos en este libro (20:30). En este capítulo, añade uno más: la pesca milagrosa (la segunda; v. Lc. 5:1 y ss.). Esto es lo primero que Juan narra en el presente capítulo (vv. 1–14). Viene después la conversación de Jesús con Pedro concerniente a Pedro mismo (vv. 15–19). Finalmente, la conversación de Jesús con Pedro concerniente a Juan, seguida de una solemne conclusión, con la que finaliza el relato de Juan (vv. 20–25).

Versículos 1–14

Tenemos aquí un informe de la aparición de Cristo resucitado a siete de sus discípulos junto al lago de Tiberíades. Si comparamos esta aparición con las anteriores, notaremos que en las otras se mostró Jesús a sus discípulos en domingo y cuando estaban reunidos todos los Apóstoles; pero en ésta, se mostró en un día cualquiera de la semana y no a todos, sino a varios de ellos, precisamente cuando estaban pescando. Cristo tiene muchos medios de mostrarse a los suyos; a veces, les visita, por medio de su Espíritu, cuando se hallan ocupados en quehaceres cotidianos y comunes. Si la comparamos con la que Jesús llevó a cabo después en un monte de Galilea (v. Mt. 28:16), quizá la que Pablo menciona en 1 Corintios 15:6 y, finalmente, con la que Jesús llevó a cabo en el monte Olivete (v. Lc. 24:50; Hch. 1:12; 1 Co. 15:7b) veremos que a estas dos últimas apariciones los discípulos habían sido convocados, o conducidos, por el propio Jesús, mientras que en ésta de Juan 21:1 y ss., Jesús se presentó a ellos de improviso mientras esperaban que llegase el día de la despedida del Señor. Analicemos ya la porción presente. Veamos:

I. Quiénes eran los discípulos a los que se apareció Cristo en esta ocasión (v. 2): No a los once, sino a siete, con lo que puede notarse, una vez más, el simbolismo frecuente en el Evangelio de Juan. Se menciona, entre ellos, a Natanael, cuyo rastro habíamos perdido desde 1:51. Se supone, con todo fundamento que Natanael era su nombre, y Bartolomé (hijo de Tolomeo) su apellido. Lo más extraño de este versículo es la alusión a *«los hijos de Zebedeo»,* uno de los cuales era el propio Juan, cosa difícil de explicar si fue Juan quien escribió esto. Dejando esto aparte, es muy de notar la mención de Tomás, junto a Simón Pedro, de donde se deduce que, a partir de la aparición que el Señor destinó especialmente para Tomás (20:26–29), éste se mantuvo en estrecha comunión con los demás Apóstoles de modo más constante que anteriormente. Bueno es que los discípulos de Cristo se hallen juntos (comp. con Sal. 133:1), incluso en quehaceres comunes, cuando es posible. Plugo a Cristo visitarles cuando estaban juntos, para que fuesen conjuntamente testigos del milagro que iba a realizar.

II. En qué estaban ocupados: En pescar (v. 3). Observemos:

1. El común acuerdo que tomaron de ir a pescar: *«Simón Pedro les dijo: Voy a pescar. Ellos le dijeron: Vamos nosotros también contigo».* Como en otras ocasiones, notamos en Pedro la misma determinación e iniciativa de siempre. Es también de notar la unanimidad con que le siguen los demás. El núcleo de la Iglesia primitiva comienza bien: comp. con Hch. 4:32). Suele decirse que dos del mismo oficio no se ponen de acuerdo, pero aquí falla el proverbio. ¿Por qué se pusieron a pescar? (A) Para redimir el tiempo y no estar ociosos. No había llegado la hora de salir a predicar el Evangelio (v. Hch. 1:4), sino de aprender del Señor (v. Hch. 1:3: «… *apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios»).* Mientras tanto, tenían que ganarse la vida en el honroso oficio que conocían bien: pescar; no por diversión, sino como medio de subsistencia, con lo que mostraban así que eran diligentes y honestos padres de familia. Mientras esperaban el poder del Espíritu, no se iban a quedar inactivos, sino ocupados, como quienes han de dar cuenta del modo como han empleado el tiempo. (B)

Para no tener que ser ninguna carga para otros hermanos (comp. con Hch. 20:34–35), sino ganar lo suficiente para sí y aun para otros más necesitados. A la vista de esto, es inexplicable que haya comentaristas y predicadores que sostengan que Pedro y los demás Apóstoles hicieron mal en dedicarse a la pesca, en lugar de predicar el Evangelio después de la resurrección de Jesucristo y antes de Pentecostés. Veremos cómo esta falsa opinión se refleja en el modo de interpretar la frase de Jesús en el versículo 15 *«¿me amas más que éstos?»*

2. La decepción que sufrieron al no pescar nada en toda la noche. Con mucha frecuencia, las manos diligentes regresan vacías. Incluso los mejores creyentes pueden tener poco éxito en negocios honestos. Pero la Providencia lo ordenó así en este caso, a fin de que fuese más notorio el milagro de la copiosa pesca a la mañana siguiente. En muchas decepciones que para nosotros resultan duras de sufrir, Dios tiene designios llenos de bondad y gracia.

III. De qué manera se manifestó el Señor a ellos (vv. 1 y ss.). Cuatro cosas son de notar en esta aparición de Jesús a sus discípulos:

1. Se manifestó a ellos a su debido tiempo *«Cuando ya iba amaneciendo, se presentó Jesús en la playa»* (v. 4). El tiempo más propicio para que el Señor se manifieste a los suyos es cuando ellos se hallan más desanimados. Cuando se sienten perdidos, es el tiempo de que se den cuenta de que no le han perdido a Él. Cristo no se apareció en esta ocasión *andando sobre las aguas* (comp. con Mt. 14:26; Mr. 6:49; Jn. 6:19), lo cual nada tendría de extraordinario ahora que su cuerpo no estaba sujeto a la ley de la gravedad, sino *en la playa*, ya que los discípulos se dirigían allá. Cuando nuestra travesía es difícil y tormentosa, es un consuelo para nosotros saber que el Señor nos espera en la orilla y que nos estamos acercando a Él. Dado el carácter altamente simbólico de los detalles reseñados con frecuencia en el cuarto Evangelio, especialmente en este último capítulo, no debemos pasar por alto este primer matiz escatológico entre los muchos que podemos registrar en esta aparición, como iremos viendo a lo largo de esta porción. Mientras los discípulos se agitan en medio de las tormentas de esta vida, Jesús viene a ellos andando sobre las aguas, para animarles en el momento oportuno; ahora que se dirigen al final de la travesía, les espera en la orilla.

2. Se manifestó a ellos gradualmente. *«Mas los discípulos no sabían que era Jesús»* (v. 4b). Cristo está, muchas veces, más cerca de lo que nos imaginamos.

3. Se manifestó a ellos para darles una muestra de la compasión que sentía hacia ellos (v. 5). Les llama *«hijitos»*, término que Juan no olvidará, pues es el mismo que él emplea en 1 Juan 2:13, 18. Y añade: *«¿Tenéis algo de comer?»* Se dirige a ellos como un padre a sus hijos, llamándoles «hijitos», no porque fuesen de edad infantil, sino en señal de afecto y ternura (comp. con He. 2:13). En la pregunta que les hace, se echa de ver el interés que tiene, no sólo por el bienestar espiritual de los suyos, sino también por sus necesidades corporales, pues también *«para el cuerpo es el Señor»* (1 Co. 6:13). Cristo ha prometido, no sólo gracia suficiente (2. Co. 12:9), sino también alimento conveniente (Mt. 6:25–34). Con esto, nos dejó un ejemplo para que le imitemos en el interés y la compasión hacia nuestros hermanos necesitados. Los que disponen de abundantes bienes de este mundo deberían estar, no sólo dispuestos a compartir (v. 1 Jn. 3:16–18), sino también diligentes en investigar quiénes se encuentran en apuros económicos y reducidos a estrecheces, en especial cuando se hallan incapacitados para trabajar, ya sea por enfermedad o invalidez, ya sea por desempleo. Deberían preguntar, como Jesús: *«¿Tenéis algo de comer?»*, y saber que, con frecuencia, los más necesitados son los que menos piden o dan a conocer la situación por la que atraviesan. Los discípulos dieron una respuesta muy lacónica: *«No»*. Cristo les había preguntado, no porque no pudiese saberlo con su ciencia divina, sino porque quería oírlo de labios de ellos. Quienes deseen ser colmados con las bendiciones del Señor, deben reconocerse ante Él necesitados y vacíos. Sólo el que se siente necesitado de veras y en grave apuro, sabe lo que es orar.

4. Se manifestó a ellos con una muestra de su poder divino (v. 6). Les ordenó *echar la red a la derecha de la barca.* Mediante la obediencia a esta orden, los que volvían a casa con las manos vacías, se vieron enriquecidos con una pesca copiosa. Analicemos:

(A) La orden que Cristo les dio y la promesa que les hizo: *«Echad la red a la derecha de la barca y hallaréis»*. La Providencia de Dios se extiende a los detalles más minuciosos, y son bienaventurados todos aquellos que se percatan de la mano de Dios en medio de los quehaceres cotidianos.

(B) La obediencia con que cumplieron la orden de Cristo y el buen resultado que obtuvieron así. Todavía no sabían que quien así les hablaba fuera Jesús; sin embargo, estaban prestos a obedecer la orden

de un extraño, al suponer que, por alguna razón, conocía dónde había un buen banco de pesca, a pesar de que ellos mismos eran expertos en el oficio. Ésta es una gran lección para nosotros, ya que, con frecuencia, desoímos los buenos consejos de otra persona, pues nos consideramos expertos y duchos en la materia, y hasta nos parece una ofensa el que un desconocido se atreva a darnos lecciones. Esto muestra que, al atender al consejo de un hermano que nos habla con amor y movido por el Espíritu de Dios, atendemos al mismo Señor sin percatarnos de ello. ¡Qué bien les fue a los Apóstoles esta obediencia, pues ahora lograban una captura que les compensaba de todas las fatigas de aquella noche. Nunca se pierde por prestar obediencia a las órdenes de Cristo. Ahora bien, este milagro de la captura copiosa de peces puede considerarse:

(a) Como un milagro en sí mismo. Cristo se manifiesta a los suyos y hace por ellos lo que ninguna otra persona puede hacer.

(b) Como una muestra de compasión hacia ellos. Cuando la diligencia y la experiencia no les había dado ningún resultado, el poder de Cristo acude oportunamente a prestarles alivio y ayuda.

(c) Como recordatorio de un favor anterior, con el que Cristo recompensó abundantemente a Pedro por haberle prestado su barca (v. Lc. 5:4 y ss.). Tanto en esta ocasión como en la anterior, el resultado impresionó grandemente a Pedro, por llevarse a cabo el milagro en un campo acerca del cual Pedro tenía sobrada experiencia. Los favores recientes sirven para recordarnos otros favores recibidos con anterioridad, a fin de que el pan provisto por el favor de Dios no se nos olvide fácilmente.

(d) Como un misterio altamente simbólico de la obra a la que Cristo iba a enviar a sus Apóstoles, cuando se iban a convertir en *pescadores de hombres* (v. Mt. 4:19; Mr. 1:17; Lc. 5:10). Ahora se iba a cumplir lo que al principio les había predicho y prometido. Quería enseñarles que no serían sus propios esfuerzos los que podían servir para atraer a los hombres a creer el mensaje del Evangelio y entrar en la barca de la Iglesia (v. 2 Co. 2:16 «*… y para estas cosas, ¡quién está capacitado?»),* sino la gracia de Cristo en el poder del Espíritu Santo. Con esta consideración siempre ante los ojos, los ministros de Dios llevarán a cabo su gloriosa tarea con diligencia y con esperanza, al saber que la obra es del Señor (v. 1 Co. 3:5–9) y, por tanto, no puede fracasar. Una buena captura, al fin, puede ser suficiente para compensar de muchos años de remar y fatigarse junto a la red del Evangelio.

IV. Cómo reaccionaron los discípulos ante este milagro (vv. 7–8).

1. Juan, como de ordinario, fue quien antes reconoció al Señor. *«Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor!»* El Señor reserva sus secretos a sus favoritos. Cuando Juan se percató de que aquel desconocido era el Señor, lo comunicó de inmediato a los que estaban con él. Quienes conocen experimentalmente a Jesucristo, deben esforzarse por llevar a otros el conocimiento que tienen de Él; no hay por qué ser avaros y tacaños en esto, ya que en Cristo hay suficiente y sobreabundante para todos. Juan lo comunica a Pedro en particular, al saber que éste se alegraría más que ningún otro de ver al Señor.

2. Pedro era el más celoso e impetuoso de los Apóstoles. Así que, como en otra ocasión anterior (v. Mt. 14:24 y ss., Mr. 6:48 y ss.), *«cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella) y se echó al mar».* Quería llegar el primero al Señor, y le mostró el respeto debido al ceñirse la ropa, para ir del modo más decente posible (con la túnica, no en paños menores) y, al mismo tiempo, más rápido (ceñido). Mostró el afecto que tenía al Señor, pues se echó al mar a fin de llegar pronto a Él nadando y vadeando hasta la orilla. Era mucho lo que se le había perdonado y quería mostrar su mucho amor de esta manera. Quienes han estado con Jesús, no tendrán miedo en echarse al mar para llegarse a Él. Otro detalle simbólico, también escatológico, que observamos aquí es que, al contrario que la otra vez arriba mencionada, ni hay en el mar tormenta, ni Pedro se hunde. Está ya a salvo, tanto de tentaciones como de debilidades.

3. El resto de los discípulos se comportaron con diligencia y honestidad, apresurándose a llegar con la barca a la orilla (v. 8). Notemos:

(A) Con cuánta variedad distribuye el Señor sus dones. Hay algunas personas que sobresalen en dones y gracias, como Pedro y Juan; otras son ordinarios, aunque fieles, discípulos de Cristo, cumplidores de su deber y diligentes en el uso de los dones, muchos o pocos, eminentes o corrientes, que posean; pero todos ellos, los brillantes y los oscuros, los eminentes y los corrientes, van a almorzar con el Señor juntamente; en este caso, junto a la playa; después, en la gloria; y, aun a veces, también en esto *los últimos son primeros* (comp. con 1 Co. 12:22–26). Algunos, como Juan, son altamente contemplativos,

tienen el don de sabiduría o de conocimiento (v. 1 Co. 12:8) y sirven a la iglesia con él. Otros, como Pedro, son eminentemente activos y animosos, y son así muy útiles para la iglesia. Unos son como ojos; otros son como manos; pero todos forman parte indispensable del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

(B) Cuán grandes son las diferencias entre unos creyentes y otros en la forma de servir y honrar a Jesucristo; y, sin embargo, Él los acepta a todos. No hay por qué censurar a Pedro por haberse echado precipitadamente al mar, sino que debe ser alabado por su celo y por la fuerza de su amor al Señor. Tampoco hay por qué censurar a quienes, como María de Betania, se despreocupan de las cosas de este mundo para *sentarse a los pies del Maestro,* mientras que otros le sirven mejor en medio de los quehaceres cotidianos y en negocios seculares, no profanos, ya que nada hay profano para un verdadero creyente. Mientras Juan contempla a Cristo, y Pedro se arroja al mar, los otros discípulos continúan en la barca, *arrastrando la red de peces* (v. 8), y trayéndola a la orilla. Éstos no deben ser censurados como si fueran mundanos, puesto que se puede ser tan fiel a Cristo al servir a las mesas como al predicar el Evangelio (v. Hch. 6:1–7). Y si Cristo estaba complacido con todos ellos, también nosotros debemos estarlo.

V. El refrigerio que Jesús les tenía preparado (vv. 9–13).

1. Tenía preparado el desayuno para ellos. «*Al descender a tierra, vieron unas brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan*» (v. 9). Este episodio no debe confundirse con el de Lucas 24:30 ni con el de Lucas 24:43. No andan descaminados los exegetas que interpretan este versículo como un conjunto de milagros obrados por el Señor, además del de la pesca milagrosa del versículo 6. El fuego, creación de Dios, como el trigo y el pez, fueron aquí producidos, con la mayor probabilidad, por la misma virtud creativa del Señor Jesús. Más aún, a la vista del versículo 13, se puede afirmar que, como en otras dos ocasiones anteriores, Jesús multiplicó milagrosamente el pan y el pescado para dar de comer a los siete discípulos allí presentes, que estarían hambrientos tras una noche de vigilia, ayuno y fatiga. También el fuego o *brasas* (es el mismo vocablo griego que sale en 18:18), les vendría bien para reponerse del frío y de la humedad. Vemos aquí otro ejemplo del tierno afecto y cuidado que Jesús muestra hacia los suyos. Alguien ha hecho notar que Jesús, en esta mañana, no les echó una plática, sino que les preparó un desayuno. Esto sirve para animar a los ministros del Señor y hacer que estén dispuestos a depender en todo del que les da la comisión, porque Él proveerá para ellos. Además, pueden contentarse con lo que tengan aquí, pues Jesucristo tiene mejores cosas en reserva para ellos. No estará de más advertir en este versículo otro detalle simbólico, que no pasó desapercibido a los primeros cristianos, al tener también en cuenta la fecha tardía del cuarto evangelio y, en especial, de este capítulo, que, como ya notamos al principio, bien pudo ser redactado por un discípulo de Juan, cuando éste era demasiado viejo para escribir, e incluso pudo ser acabado (vv. 23–25), después de la muerte del Apóstol. El detalle de referencia es que, ya en las catacumbas, Jesús era representado bajo la figura de un pez que lleva cargada en sus lomos una canastilla de pan. El simbolismo del pan es claro a la vista de 6:32 y ss. El del pez se explica por el deseo de los primeros cristianos de ocultar a los ojos de los paganos, especialmente de los perseguidores, la identificación del Señor Jesucristo bajo la figura de un pez, ya que la palabra griega *ikhthús* = pez, sirve de anagrama apropiado para representar al Señor, puesto que contiene las iniciales de la frase: *Iesoús Khristós Theoú Uiós Sotér* = Jesús Cristo, de Dios Hijo, Salvador.

2. A continuación, ordenó a sus discípulos que trajesen los peces que acababan de capturar (vv. 10–11). Donde vemos:

(A) La orden que Cristo les dio de que trajesen los peces a tierra: *«Traed de los peces que acabáis de pescar»* (v. 10). Esto no significa que necesitaba más pescado para darles de almorzar, sino que, como se deduce del contexto posterior, se deshiciesen de los pequeños y baratos (comp. con Mt. 13:47–48) y trajesen los de mayor tamaño y calidad, con lo que los ojos de los discípulos se regocijarían al ver cuán bueno era el negocio de pescar a las órdenes del Salvador, ya que podrían tener para sí y para vender a otros. Los beneficios que Cristo nos otorga no son para sepultarlos en el olvido o tenerlos sin usar, sino para emplearlos en provecho propio, servicio del prójimo y gloria de Dios. Los ministros de Dios que son pescadores de hombres, deben presentar al Maestro su captura de almas.

(B) La obediencia con que cumplieron también esta orden de Cristo. Se nos dice que *«subió Simón Pedro y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y aun siendo tantos, no se rompía la red»* (v. 11). Así es como los pescadores de hombres, una vez que han encerrado las almas en las redes del Evangelio, no pueden traerlas a buen puerto ni completar la obra que comenzaron, a no ser

con el influjo continuo de la gracia divina. Varios son los detalles dignos de estudio en el presente versículo:

(a) Vemos, primero, quién fue el más activo de los discípulos en la operación de traer los peces a tierra. Fue Pedro, el mismo que poco antes se había echado al mar (v. 7), para mostrar su mayor afecto al Maestro, y ahora mostraba una obediencia más pronta a cumplir la orden. No todos los que son fieles, son igualmente atrevidos a tomar la iniciativa. Hay, sin embargo, una razón muy poderosa para que fuese precisamente Pedro el que subiese primero a la barca: Con toda probabilidad, la barca era suya (véase el v. 3) por tanto, era él el verdaderamente responsable de la faena y de la captura. Pensar que esto simboliza el primado de Pedro en la Iglesia, como si ésta fuese «la barca de Pedro», es ir demasiado lejos; además, todos los símbolos apuntan aquí a la escatología, cuando los ministerios de la Iglesia habrán dejado de funcionar, y quedarán únicamente (según opinión probable. Nota del traductor) el oficio de juzgar a las doce tribus de Israel, oficio que no será exclusivo de Pedro, sino común con los otros once Apóstoles (v. Mt. 19:28; Lc. 22:30).

(b) El número de peces grandes que fueron capturados: Fueron *«ciento cincuenta y tres»*. ¿Por qué tuvo el evangelista la curiosidad de contarlos y el interés por poner de relieve el número exacto de estos peces grandes? Se han dado varias soluciones a esto. Hay quienes opinan que éste era el número de las especies de peces conocidas en aquel tiempo. Otros piensan que éste era el número de provincias del Imperio, o de tribus y naciones conocidas entonces. Todo esto no es otra cosa que meras especulaciones. Pero Ryle hace notar la muy notable coincidencia de este número con el de 2 Crónicas 2:17, donde la cifra de los millares de extranjeros que intervinieron en la construcción del templo de Salomón era exactamente *ciento cincuenta y tres.* Si hay alguna relación simbólica entre ambos lugares, podría deducirse que Juan tenía en mente, por una parte, la entrada de los gentiles en la Iglesia, lo cual era ya un hecho palpable en la época en que fue redactado el cuarto evangelio; por otra parte simbolizaría quizás un número aproximado de predicadores del Évangelio en aquel tiempo (finales del siglo I de nuestra era), que, en 1 Corintios 3:9 y ss., aparecen como edificadores del actual templo de Dios, que es la Iglesia (comp. con Ef. 2:20; Col. 2:7; 1 P. 2:5 y ss.).

(c) A pesar de ser tantos, y tan grandes, los peces, *«no se rompió la red»*. Cuando se compara esto con Lucas 5:6a *… y la red se les rompía»*, y se observan tanto las semejanzas como las diferencias entre ambos episodios, no se puede menos de notar que en Lucas 5:6 hay un claro simbolismo de la actual división de la Iglesia de Cristo en credos, códigos, formulaciones y denominaciones mientras que, al final de esta era, en la escatología de la Iglesia, ya no habrá divisiones de ninguna clase, puesto que habremos *llegado* a la *estación de término* (éste es el sentido del verbo griego) *de la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de la edad (o de la estatura) de la plenitud de Cristo* (Ef. 4:13). En otras palabras, Cristo nuestra Cabeza, alcanzó ya la plenitud de su perfección, ahora falta que la Iglesia su Cuerpo, alcance también la suya; lo cual sólo se habrá realizado al final de la presente dispensación. Entonces ya no se romperá la red ni se echará a perder ninguno de los peces pescados.

3. A continuación, Cristo invitó a sus discípulos a almorzar. El Señor hubo de invitarles dándoles ánimo a que se acercasen a Él, ya que, como hace notar el propio evangelista, aunque estaban plenamente convencidos de la identidad del hombre que estaba de pie en la playa, un sentimiento profundo de respeto y reverencia les impedía acercarse a Él con atrevimiento: «Y *ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Tú, quién eres?, sabiendo que era el Señor*» (v. 12). Tanto es así, que después de invitarles Él a que vinieran *(«Les dijo Jesús: Venid, comed»;* v. 12a), fue Él quien tuvo que llegarse a ellos (v. 13). Observemos:

(A) Cuán libre y afectuoso se mostró Jesús con sus discípulos, pues los trató como a amigos íntimos: *«Venid y comed* conmigo» (comp. con Ap. 3:20b). Esto es símbolo de la comunión íntima a la que Cristo nos invita que tengamos con Él por medio de la gracia; como a amigos y a hermanos nos invita (comp. con 20:17 *«… ve a mis hermanos»),* para que nos sentemos a su mesa después de esta vida. Nadie ha de tenerse por excluido de esta cena o almuerzo, pues en la mesa del Señor hay puesto para todos los que quieran venir (6:37).

(B) Cuán tímidos y asustados se muestran los discípulos para llegarse a Jesús; parecen avergonzados e indignos de hacer uso de la libertad que les otorga para que se acerquen a Él: «Y *ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Tú, quién eres?»* Ya hemos notado que no dudaban de la identidad del Maestro, puesto que *sabían que era el Señor*. ¿Temían acaso que las palabras que le dirigiesen no

fuesen prudentes? ¿Estaban, precisamente ahora avergonzados de la cobardía que mostraron al abandonarle en el huerto de Getsemaní? Quizás esté indirectamente insinuado esto último en la pregunta de Jesús a Pedro en el versículo 15. Pero Cristo quería enseñarnos, con su actitud benévola, que es el Gran Perdonador de los suyos (Col. 3:13) y, por muchos y graves que sean y hayan sido nuestros pecados, está dispuesto a perdonar, y a *limpiarnos de todo pecado con su sangre* (1 Jn. 1:7), con tal de que lo confesemos con sinceridad y arrepentimiento (1 Jn. 1:9). Por tanto, deberíamos avergonzarnos, no de llegarnos a Cristo, sino de desconfiar de Él. Si alguna vez nos amenaza una duda de esta clase, hemos de apartarla inmediatamente de nosotros.

4. Como anfitrión, Jesús mismo les reparte del pan y del pescado que tenía preparados para ellos: *«Vino, pues, Jesús, y tomó el pan y les dio, y asimismo del pescado»* (v. 13). El menú era ordinario, pero el hambre es la mejor salsa. Insistamos en que Jesús no les dio de comer de los peces que ellos habían pescado, sino del pan y del pescado que Él tenía preparado de antemano, con lo que la distribución entre los siete discípulos adquiere, como ya hicimos notar, un carácter milagroso, semejante al de 6:11. Esta parece ser la intención del autor al consignar el hecho. El texto sagrado no nos dice si Jesús comió con ellos o no, pero tratándose de una aparición en la que quería mostrar, una vez más, la realidad de su resurrección, es muy probable que lo hiciera, como lo hizo en la ocasión que narra Lucas (24:41–43). Es cierto que la presente naturaleza de su cuerpo no necesitaba de alimento corporal, pero servía como prueba de que no era un espíritu (v. Gn. 18:8 para un caso distinto, pero con algunas semejanzas que corroboran la realidad del caso presente). Más tarde, los mismos Apóstoles presentarán como prueba irrefutable de la resurrección de Cristo estas comidas que tuvieron con el Señor: *«a nosotros que comimos y bebimos con Él después que resucitó de los muertos»* (Hch. 10:41b). No sólo proveyó para ellos, sino que Él mismo lo distribuyó entre ellos y se lo puso en las manos. Así es como le debemos a Jesucristo, no sólo la adquisición a favor nuestro de los beneficios de la redención, sino también la aplicación de dichos beneficios.

V. El evangelista les deja ahora en el almuerzo, mientras hace la siguiente observación: *«Ésta era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos después de haber resucitado de los muertos»* (v. 14). Aunque se había aparecido también a María Magdalena, a las mujeres, a los dos discípulos que iban a Emaús, y a Pedro, sin embargo ésta era la tercera vez que se aparecía a los discípulos *juntos.* La primera había sido el mismo día de la resurrección, por la tarde (20:19–23); la segunda, ocho días después (20:24–29). El autor hace notar esta circunstancia:

1. Para confirmar la realidad de la resurrección. Cristo se mostró resucitado a sus discípulos, no una vez ni dos, sino tres, para mayor seguridad, ya que la triple repetición equivale al superlativo (comp. con Is. 6:3).

2. Como un ejemplo repetido de la continua amabilidad de Cristo hacia sus discípulos, ya que los visitó una vez y otra y otra. Es cosa muy buena llevar bien la cuenta de las visitas del Señor, ya que, con su repetición, aumenta también nuestra responsabilidad: *«ésta era ya la tercera vez»*. ¿Hemos sacado fruto de la primera y de la segunda? *Ésta es ya la tercera.* ¡Seamos diligentes, pues pudiera ser la última!

Versículos 15–19

Diálogo de Jesús con Simón Pedro después de la comida.

I. Primero examina Jesús a Pedro acerca del amor y le encomienda el ministerio pastoral (vv. 15–17). Observemos:

1. Cuándo inició Jesús este diálogo con Pedro: *«Después de haber comido»*. Cristo previó que lo que ahora tenía que decirle a Pedro, podía causar a éste alguna incomodidad (v. 17). Pedro era consciente de haber incurrido en el desagrado de Jesús por haber negado por tres veces a su Maestro, y no podía esperar otra cosa que ser reprendido de su ingratitud. Había ya visto por tres veces al Señor después de la resurrección de éste, sin haber recibido todavía una palabra de reproche. Podemos suponer que Pedro estaría perplejo acerca de su situación en relación con Jesús y de si el Maestro le restauraría en su condición de Apóstol; quizás esperaba *lo mejor, pero no sin temores de lo peor. Por fin ahora, después de haber comido,* su Maestro le iba a sacar de su perplejidad. En señal de plena reconciliación, después del

almuerzo, dialoga con Pedro como con un amigo. Pedro había llorado ya abundantemente su pecado; por eso, Cristo no le dice ni una sola palabra acerca de sus negaciones, pero quiere oír de sus labios la confesión de amor que Pedro le va a ofrecer, antes de encargarle el pastoreo de su grey (v. 1 P. 5:2 «… *la grey de Dios»,* no la de Pedro). Satisfecho Cristo con la sinceridad de Pedro, la ofensa, ya perdonada, queda olvidada, y Cristo le hace saber que le es tan amado como anteriormente. Con ello, nos da el Señor una muestra estimulante de su ternura hacia los pecadores arrepentidos.

2. Cuál fue el diálogo mismo que pasó entre Cristo y Pedro. En él observamos la misma pregunta hecha tres veces, la misma respuesta dada tres veces, y el mismo encargo encomendado tres veces. Tres veces dirigió Jesús la pregunta a Pedro, a fin de impresionarle más. Tres veces nos la refiere el evangelista, para impresionarnos más también a nosotros. En efecto:

(A) Tres veces repite Cristo a Pedro la pregunta de si le ama o no. La primera vez le pregunta: *«Simón, hijo de Juan* (ésta es la lectura correcta), *¿me amas más que éstos?»* Aunque el llamarle *«Simón»* no comporta ninguna dureza de trato por parte de Jesús (comp. con Mt. 16:17), es significativo que lo llame así, por su primer nombre (v. 1:42), en forma que no podría menos de impresionar a Pedro, recordándole que, precisamente en previsión de su caída, Jesús le había llamado por este mismo nombre (repetido, para mayor solemnidad) en Lucas 22:31. No le llama *Cefas,* ni *Pedro* que es su equivalente en griego, sino su nombre original, el único que tenía antes de ser hallado y convertido por Jesús. La pregunta que Jesús dirige a Pedro la podemos dividir, para mayor comodidad y mejor aplicación, en dos partes:

(a) *«¿Me amas?»* El verbo griego es *agapán,* que denota el amor de calidad superior, el que se ofrece incluso a indignos, y a pesar de no hallar correspondencia (comp. con 3:16, etc.). Este verbo ocurre 37 veces en el cuarto evangelio, y 31 veces en las epístolas de Juan. Por eso, se le llama «el Apóstol del amor». Si queremos saber si somos genuinos discípulos de Cristo, debemos preguntarnos si de veras le amamos o no, ya que, si no le amamos, deberíamos ser excluidos de la comunión eclesial (v. 1 Co. 16:22, donde el verbo es *philein* = amar afectuosamente, con amor propio de amigos). Cristo hace esta pregunta a Pedro:

Primero, porque su caída anterior daba motivos para dudar de su amor; por eso, Cristo parece decirle: «Pedro, tengo motivos para sospechar de tu amor, porque, si me amases de veras, no te habrías avergonzado de confesar que eras discípulo mío cuando yo estaba en mis sufrimientos». No debemos pensar que se nos hace una afrenta si se examina nuestra sinceridad cuando nosotros mismos hemos hecho algo que ocasiona perplejidad a otros. La pregunta de Cristo es directa: *«¿Me amas?»* Como si dijese: «Dame una prueba de que me amas, y lo pasado quedará olvidado». Pedro había dado a entender por medio de sus muchas lágrimas, que estaba arrepentido de sus negaciones; pero notemos que la pregunta de Jesús no es: «Simón, ¿cuánto has llorado?», sino *«Simón, ¿me amas?»,* ya que sólo el amor hace que resulten aceptables para Dios todas las demás señales de arrepentimiento (comp. con 1 Co 13:1–3). Por eso dijo Jesús, en Lucas 7:47 (lit.) acerca de la pecadora que se llegó a Él en casa de Simón el fariseo: *«Quedan perdonados sus pecados, que son muchos, puesto que amó mucho».* No dice «puesto que lloró mucho», sino *«puesto que amó mucho».*

Segundo, porque el ministerio que Cristo iba a encomendar a Pedro le daría oportunidades para mostrar y ejercitar este amor. Antes de encomendarle el cuidado de sus corderos y de sus ovejas a Pedro, el Señor le pregunta si le ama. Cristo tiene tal afecto a su grey, tanto interés por sus ovejas, que no quiere encomendar el cuidado de ellas sino a quien le ame a Él sinceramente y de todo corazón. Quienes no aman de veras a Jesucristo, nunca amarán de veras las almas de los hombres, ni amarán tampoco el ministerio que Dios les encomienda. Solamente el amor de Cristo puede *constreñir* a los predicadores del Evangelio de Cristo (v. 2 Co. 5:14), a fin de que ejerzan su ministerio con todo denuedo, sin temor a los hombres, ni a las dificultades que les salgan al paso ni a los sinsabores que encuentren en el ejercicio de su ministerio. Pero este amor les hará ligera la carga, fácil el trabajo y espontáneo el afán de salvar las almas. Quien no tenga este amor, más vale que se retire del ministerio; de lo contrario, mostrará que no es buen pastor, sino mercenario y, a veces, lobo.

(b) La pregunta completa de Cristo esta primera vez es: *«¿Me amas más que éstos?»* La construcción griega admite tres sentidos: *Primero: «¿Me amas más que a éstos?»* Esta interpretación debe descartarse de inmediato, pues no tiene ninguna base en el texto ni en el contexto, aunque sirve para hacer una aplicación espiritual: El amor a Jesucristo debe ir por delante de cualquier otro amor, incluido el que debemos tener a padre, madre, esposa, hijos y aun a nuestra propia vida (v. Lc. 14:26; Jn. 12:25). El

mismo Juan, en su la Epístola (4:20; 5:2), nos ofrece el mejor resumen acerca de este tema pues nos dice que el amor al prójimo es la necesaria *manifestación* del genuino amor a Dios, y que el amor a Dios es el *fundamento* del genuino amor al prójimo. *Segundo: «¿Me amas a mí más que a estas cosas?»* (apuntando hacia la barca, las redes, etc.). Ésta es la opinión de quienes piensan que Pedro y los demás discípulos hacían mal en salir a pescar, cuando debían ocuparse en cosas espirituales y en predicar el Evangelio. Ya hemos rechazado anteriormente este punto de vista, sugerido por el deseo, quizá subconsciente, de evadir mejor la opinión de la Iglesia de Roma que ve en estos versículos el fundamento bíblico para el primado universal de jurisdicción de Pedro sobre toda la Iglesia y, por tanto, de sus supuestos sucesores, los obispos de Roma. Esta opinión totalmente infundada, junto con el temor que podría motivarla, se echan definitivamente por tierra y dar la única correcta interpretación de esta pregunta de Jesús. *Tercero: «¿Me amas más que éstos?»* (apuntando a los demás discípulos). No es que Jesús exija que un discípulo le ame necesariamente más de lo que los demás le aman; en este sentido, el Señor no impone diferencias. La única razón por la que Jesús hace esta pregunta a Pedro, y la repite tres veces, es porque Pedro había asegurado en el Aposento Alto: *«Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré»* (Mt. 26:33). *«Aunque todos sufran tropiezo, yo no»* (Mr. 14:29). De esta manera Pedro se había considerado a sí mismo mejor, más amante del Señor, que los demás discípulos. A pesar de lo cual, le había negado obstinadamente, mientras que los demás discípulos habían huido y escapar así de Jesús, pero también de la tentación de negarle. Tres veces había negado Pedro al Señor y, por eso, tres veces le hace Jesús la misma pregunta. Otros detalles minuciosos acerca de las semejanzas entre las negaciones de Pedro y las preguntas de Jesús pueden hallarse en el comentario de W. Hendriksen.

(c) Cristo repite la pregunta dos veces más, pero con algunas diferencias: *Primera,* tanto en la segunda como en la tercera, Jesús dice simplemente *«Simón, hijo de Juan, ¿me amas?»*, sin añadir: *«Más que éstos»;* en parte, porque quizá consideró innecesaria la repetición; en parte, con mayor probabilidad, porque el mismo Pedro había omitido la comparación con los demás. *Segunda,* en las dos primeras preguntas, Jesús usa un verbo *(agapán* en griego, equivalente, incluso en su fonética, al hebreo *aheb)* que indica una entrega total de la persona, que compromete la mentalidad y la voluntad. Comoquiera que Pedro no responde con el mismo verbo, sino con otro *(philéin* en griego, equivalente, al menos en parte, al hebreo *rajam)* que indica afecto a parientes, amigos etc., e implica sentimiento y emoción, Jesús se acomoda, en la tercera pregunta, a este nivel afectivo de Pedro, y le pregunta con el mismo verbo que Pedro había usado al responder a las dos primeras preguntas.

(B) Tres veces responde Pedro a Jesús de la misma forma: *«Sí, Señor; tú sabes que te amo»,* aunque en la tercera respuesta hay añadiduras y variaciones que analizaremos a continuación. Notemos que:

(a) Pedro no tiene pretensiones de amar a Jesús más de lo que los demás discípulos le aman, sino que, con evidente modestia y cierta desconfianza de sí mismo, se limita a responder, y apela a la ciencia divina de Jesús (comp. con 2:24–25), que le ama con afecto tierno, ferviente. Aprendamos nosotros de él y, aunque hemos de emular a los más piadosos creyentes y esforzarnos en ser campeones del amor a Cristo, hemos de hacerlo todo *«en humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a sí mismo»* (Fil. 2:3) ya que conocemos nuestra propia maldad mucho mejor que la de los demás, en cuya conciencia y motivación no podemos entrar.

(b) Una y otra vez, Pedro profesa su sincero afecto al Señor. Esto equivale a una profesión implícita, pero clara, de arrepentimiento por su pecado, ya que el recuerdo de la ofensa que hemos cometido contra un ser querido no puede menos de causarnos vergüenza por haber afrentado a la persona a quien profesamos un afecto sincero. También equivale a un propósito firme de adherirse a Jesús en lo futuro, como si dijese: *«Señor, tú sabes que te amo» y que no te dejaré* de nuevo jamás. Cristo había orado para que la fe de Pedro no se extinguiera (Lc. 22:32); al no extinguirse su fe, tampoco su amor se había extinguido, ya que *la fe actúa mediante el amor* (Gá. 5:6).

(c) Cada vez, Pedro apela a la ciencia divina de Cristo, como a testigo fehaciente de la profesión de amor que acaba de hacer: *«Tú sabes que te amo»*. La tercera vez, pone mayor énfasis en dicha apelación, y dice: *«Señor, tú sabes todas las cosas; tú conoces que te amo»* (lit.) Vemos, pues, que junto al verbo «saber», que indica el conocimiento experimental, empírico, que se tiene de algo bien observado por los sentidos y la razón, Pedro añade el verbo «conocer», que indica una penetración afectiva, subjetiva, fruto del amor. Pedro invita a Jesús a que de testimonio de algo que sabe muy bien, no sólo por su conocimiento divino, universal, de todas las cosas, sino por especial penetración en las tinieblas del corazón de Pedro. Pedro se satisface con este hecho: que Cristo, sabedor de todo, conoce la sinceridad

con que expresa su afecto al Señor. Para un hipócrita, por fuerza ha de causarle terror el mero pensamiento de que Jesús conoce todas las cosas. Pero para un creyente sincero, es un consuelo pensar que, digan lo que digan otros de él, Jesús conoce perfectamente el estado de su conciencia y la sinceridad de su corazón. Además, el Señor nos conoce mejor de lo que nos conocemos a nosotros mismos y, si de veras procuramos seguirle, puede incluso ver atenuantes donde nosotros mismos vemos agravantes, pues tiene en cuenta el barro de que estamos hechos (v. Sal. 103:14). Éste es el sentido de lo que el mismo Juan dice en su Primera Epístola (3:20): «*Si nuestro corazón nos reprocha algo, mayor que nuestro corazón es Dios, y Él conoce todas las cosas*».

(d) Cuando Cristo, al usar el mismo verbo con el que Pedro había respondido las dos primeras veces le preguntó por tercera vez: *«Simón hijo de Juan, ¿me amas?»* Juan añade que *«Pedro se entristeció de que le dijese por tercera vez: ¿Me amas?»* (v. 17), pues esta tercera repetición le trajo, sin duda, a las mientes las tres veces en que había negado él a Jesús en el atrio del sumo sacerdote. Todo recuerdo de los pecados pasados, incluso de los pecados ya perdonados, renueva el pesar de un creyente sinceramente arrepentido. Parece ser que esta tercera pregunta de Jesús infundió a Pedro cierta sospecha de que el Señor preveía alguna otra caída grave de él, y le haría pensar: «Quizá mi Maestro ve en mí algún motivo para sospechar de mi fidelidad; de lo contrario, no me preguntaría con tanta insistencia. ¿Qué será de mí, si vuelvo a ser tentado?»

(C) Tres veces también, Jesús encomienda a Pedro el cuidado de su rebaño: *«Apacienta mis corderitos»* (v. 15, lit.). *«Pastorea mis ovejas»* (v. 16). *«Apacienta mis ovejas»* (v. 17). Nótese lo siguiente:

(a) En este rebaño de Jesús, no de Pedro, hay tiernos *corderitos,* débiles e inmaduros, y *ovejas,* propensas a extraviarse e incapaces de volver por sí solas al redil. Con todo, como muy bien observa Hendriksen, no hay razón para establecer una diferencia tajante entre ambos grupos, pues todos los creyentes somos, en ese sentido, *corderos y ovejas,* contra la suposición imaginaria de algunos intérpretes de la Iglesia de Roma, quienes ven en los *«corderitos»* a los simples fieles, y en las *«ovejas»* a los pastores subalternos (supuestos «progenitores», mediante los sacramentos, de los fieles), con lo que el obispo de Roma, «sucesor de Pedro», sería el supremo pastor, no sólo de los fieles, sino también de los pastores.

(b) El encargo que da el Señor a Pedro, respecto de este rebaño, es doble, como lo indican los dos verbos que el original emplea en dichos versículos. El verbo usado en los versículos 15 y 17 significa *dar pasto* al rebaño, es decir, proveer a corderos y ovejas del suficiente alimento espiritual de la Palabra de Dios, aplicándola a la condición y a los casos particulares de cada uno. En cambio, el verbo usado en el versículo 16 significa hacer el oficio de pastor en la conducción de las ovejas por los parajes más idóneos, no sólo para el pasto, sino también para el ejercicio de caminar por las veredas menos ásperas y menos expuestas a los peligros de toda índole. Estos dos aspectos del ministerio pastoral se ven en la conexión, sin artículo intermedio, de los vocablos *«pastores y maestros»* de Efesios 4:11.

(c) Pero, ¿por qué da Cristo este encargo a Pedro en particular? La aplicación singular a Pedro en esta porción se debe al designio del Salvador de restaurarle en el ministerio pastoral, ahora que estaba arrepentido de sus negaciones y había profesado expresamente su amor al *«Príncipe de los pastores»* (1 P. 5:4). Esta comisión, renovada ahora a Pedro, era una evidencia de que Jesucristo estaba reconciliado con él y le reconocía como a uno de los *«Doce»,* que habían de ser testigos de primera mano de su resurrección (Hch. 10:41), de no ser así, Jesús no habría vuelto a poner su confianza en él. Al perdonar a Pedro, Cristo le encomendaba el cuidado del mayor tesoro que tenía en la tierra: «los que habían de creer en Jesús por la palabra de él» (v. 17:20). Le estimulaba así a cumplir con toda diligencia con su ministerio de *Apóstol* y con su oficio de *anciano* (v. 1 P. 5:1).

(d) Pedro era siempre muy activo, y hasta precipitado, en el hablar y en el moverse; para que no se le ocurra ceder a la tentación de dirigir o manejar a los demás pastores, Cristo le encarga dar de comer y dirigir a las ovejas de la grey. Que sea esta la actividad en que se ocupe, y no pretenda propasarse a lo que no se le ha encomendado. Lo que Cristo encargó a Pedro, lo hizo también a los demás discípulos: No sólo que fuesen *pescadores de hombres* mediante la conversión de pecadores (v. Mt. 4:19; Mr. 1:17; Lc. 5:10), sino también *pastores de la grey* mediante la edificación de los creyentes (comp. con Hch. 20:28).

II. Al haber restablecido a Pedro en su ministerio apostólico, ahora le predice Jesús un honor, mayor todavía, que tiene reservado para él: el honor del mártir (v. 19, comp. con Fil. 1:29). Veamos:

1. Cómo predice Jesús el martirio de Pedro: *«Cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro y te llevará a donde no quieras»* (v. 18). Analicemos este versículo:

(A) A la predicción aludida, Jesús antepone su solemne aseveración, como es costumbre en Juan, de: *«De cierto, de cierto te digo»,* que le traería a las mientes aquel otro: *«De cierto, de cierto te digo»* de 13:38, con que le predijo las tres negaciones. Se lo dice, pues, no como una conjetura, sino con toda seguridad. Y, del mismo modo que Cristo previó los futuros padecimientos de Pedro, también conoció de antemano los padecimientos de todos sus seguidores. Después de encargarle el cuidado de su grey, Cristo le advierte que no debe esperar comodidades ni honores, sino sufrimientos y persecuciones.

(B) En particular, le predice que había de morir a manos de un verdugo. Una antigua tradición nos informa de que Pedro fue crucificado en Roma bajo Nerón. La leyenda añade que al conocer cómo iba a ser ejecutado, pidió el favor de que le crucificaran cabeza abajo, porque no se tenía por digno de imitar en la muerte al Salvador. El horror y la espectacularidad de la muerte en cruz añade muchos elementos de terror a la muerte en sí misma. La muerte violenta precedida con frecuencia de horribles torturas, ha sido, y es, la suerte común de gran número de fieles discípulos de Cristo. Aunque el sufrir por Cristo es un gran honor y una gracia especial, no por eso son menores los sufrimientos, pues el que *se viste de Cristo* (Gá. 3:27), no por eso se desnuda de su naturaleza humana. El mismo Jesús pidió repetidamente al Padre que *pasara de Él aquella copa* (Mt. 26:39, 42; Mr. 14:36; Lc. 22:42). Una aversión natural al dolor y a la muerte, especialmente a la muerte violenta, es perfectamente compatible con una rendida sumisión a la santa voluntad de Dios.

(C) Jesús le hace comparar la condición de libertad, de la que Pedro disfrutaba en su juventud, con la que tendrá que sufrir posteriormente: *«Cuando eras más joven, te ceñías tú mismo e ibas a donde querías».* Esto insinúa, no sólo la libertad de la que Pedro había disfrutado en su juventud, sino también la conducta carente de discreción y disciplina que Pedro había llevado en su juventud. Como diríamos en lenguaje del vulgo: «Hacía lo que le daba la gana». No siempre hacía lo que era correcto. Como hace notar agudamente W. Hendriksen, Cristo muestra su benevolencia a Pedro, al decir: *«Cuando eras más joven»,* con lo que implica con ello que ya no era el veleidoso y caprichoso joven de antaño, aunque la experiencia reciente le había enseñado todavía una lección que tardó en aprender. Los que han pasado la juventud sin disciplina ni restricciones de ninguna clase, son propensos después, cuando llegan tiempos de problemas: pobreza, enfermedad, sufrimiento, abstención de muchas cosas agradables, etc., a resentirse de las presentes privaciones y recordar con nostalgia los tiempos de libertad, salud y abundancia. Pero deberíamos hacernos la pregunta siguiente, al ver las cosas desde otro punto de vista: «¿Cuántos años de prosperidad he disfrutado, más de lo que yo merecía y mejoraba en mi carácter? Y, al haber recibido tantos bienes, ¿por qué no he de estar dispuesto a recibir también males?» (comp. con Job 2:10). Este pensamiento haría que cambiásemos nuestra mentalidad en cuanto al valor de las cosas de este mundo, y nos dispondría mejor a dejar todas las cosas en aras del seguimiento incondicional de Jesucristo. Ya no necesitamos ir a donde nosotros queramos, sino a donde Cristo nos llame y nos lleve, seguros de que nos llevará a donde más nos convenga espiritualmente, y a donde podamos servirle mejor y glorificarle más.

(D) Jesús le dice a continuación lo que ha de padecer cuando sea viejo: *«Pero cuando seas ya viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras».* Los perseguidores habían de llevarle con toda violencia al lugar de la ejecución, cuando ya estaba para retirarse pacíficamente de este mundo. Dios le había de proteger de la furia de sus enemigos (v. Hch. 12:3 y ss.) hasta que fuese viejo (v. 2 P. 1:14), de forma que estuviese mejor dispuesto para los padecimientos, y la Iglesia pudiera disfrutar por más tiempo del ministerio de él. Por esta predicción se ve cuán errados andan los que, al referirse a Hechos 12:6, dicen que Pedro era un dormilón, mientras, según el versículo anterior, *«la iglesia hacía ferviente oración a Dios por él»,* ya que Pedro tenía dos razones muy buenas para estar durmiendo tranquilamente: (a) Sabía que estaba en las manos de Dios sacarle de la prisión o dejarle en ella, y se sometía enteramente a la divina voluntad. (b) Sabía, especialmente, que no iba a morir entonces, sino *cuando fuese viejo.* Tendría Pedro, a la sazón, unos treinta y cinco años de edad, y le quedaban como otros treinta y cinco de vida. Podía, por consiguiente, dormir tranquilo.

2. La explicación de esta predicción. Juan hace notar que *Jesús «dijo esto, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios»* (v. 19). No sólo *«está reservado a los hombres el morir una sola vez»* (He. 9:27), sino que también está fijada en los designios de Dios la forma en que cada uno ha de morir. Sólo hay un modo de venir a este mundo, pero hay muchos modos de salir de él, y Dios ha determinado

cuál es el que nos ha de tocar a cada uno. Pero el objetivo primordial de cada creyente ha de ser que *el Señor sea magnificado o por vida o por muerte* (Fil. 1:20). Cuando morimos con paciencia, con gozo y, especialmente, en servicio del Evangelio, glorificamos a Dios con nuestra muerte y magnificamos la gracia del Señor, que nos capacita para morir así por Él. La muerte de los mártires sirvió de manera especial para glorificar a Dios, ya que «la sangre de los mártires era semilla de cristianos». Quienes honran a Dios a tal precio, de seguro que serán honrados sumamente por Dios.

3. El mandato que, a continuación, dio Jesús a Pedro: «Y *dicho esto, añadió: Sígueme*». Esta palabra: *«Sígueme»* era una ulterior confirmación de que el Maestro le restauraba en su amistad y en el Apostolado, así como los primeros *«Sígueme»* (Mt. 9:9; Mr. 2:14; Lc. 5:27; Jn. 1:43) fueron invitaciones a entrar en el Apostolado. Era también una confirmación de los sufrimientos que había de padecer según la predicción que Jesús acababa de hacerle como diciéndole: *«Sígueme,* y disponte a ser tratado como yo lo he sido, porque *el discípulo no está por encima de su maestro* (v. Mt. 10:24; Lc. 6:40). *Si a mí me han perseguido, también a ti te perseguirán»* (v. Jn. 15:20). Con esto le animaba a ser fiel y diligente en su ministerio apostólico. Le había encargado *apacentar a las ovejas* (v. 17), y le proponía como modelo el ejemplo del Maestro (10:11). En esto le siguió Pedro, y muchos otros mártires, y éste era el mayor honor que podía caberles, puesto que, ¿quién se avergonzaría de seguir a tal Capitán? Quienes siguen fielmente a Cristo en gracia, ciertamente le seguirán también en gloria (v. 12:26).

Versículos 20–23

En esta porción se nos refiere el diálogo que Jesús tuvo con Pedro, en relación con la suerte que le habría de caber a Juan.

I. El ojo que Pedro tenía puesto en Juan: Pedro seguía a Jesús por el camino, pero *«volviéndose, vio que les seguía el discípulo a quien amaba Jesús»* (v. 20). En este versículo observamos:

1. Cómo es descrito Juan. No se menciona por su propio nombre, sino, como de ordinario, con detalles suficientes para identificarle con facilidad: *«El discípulo a quien amaba Jesús»*. El texto sagrado añade: *«el mismo que en la cena se había recostado en su pecho y le había dicho: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar?»* Esta larga añadidura hace suponer a muchos exegetas, como ya indicamos, que el capítulo 21 fue redactado, no por Juan, sino por algún discípulo suyo. En todo caso, la referencia servía para explicar el interés que Pedro tenía por saber lo que había de sucederle a Juan (v. 13:24), ya que en el episodio de la Cena Pascual, Juan estaba sentado en el lugar de honor, a la derecha del Maestro, y sirvió para presentar a Jesús la pregunta de Pedro. En cambio, ahora Pedro seguía más de cerca a Cristo y parecía estar en el lugar de mayor honor entre los demás Apóstoles; así que, por gratitud a Juan o, más bien, por curiosidad, como lo dan a entender las posteriores palabras de Jesús, pregunta al Maestro por la suerte futura de Juan. No tiene nada de extraño el que Juan siguiera a Pedro, ya que con frecuencia se les halla juntos, tanto antes como después de la resurrección de Cristo. Pedro después de oír de labios del Maestro que había de sellar su fe con el martirio, desea saber si a Juan le espera la misma clase de muerte. Se explica así mejor la evasiva de Jesús, no sólo para reprender a Pedro por su curiosidad, sino también porque Juan no iba a morir mártir.

2. Qué hizo Juan en esta ocasión: Seguir al Maestro y a Pedro. Si donde estuviera el Maestro, allí también debía estar su servidor (12:26), pensó seguramente Juan que, si Pedro había de seguir a Cristo, ¿por qué no le había de seguir también él? Así que tomó como dicha a él mismo la palabra que Cristo había dicho a Pedro: *«Sígueme»*.

3. Cómo se percató Pedro de que Juan les seguía: *«Volviéndose, vio …»* En lo que podemos notar:

(A) Una distracción innecesaria en el seguimiento del Maestro. Los mejores creyentes hallan gran dificultad de mantener comunión con el Señor por largo rato, sin distraerse.

(B) Una insana curiosidad por la condición de otras personas. Hay muchos que, al preocuparse por la condición espiritual de otros hermanos, pierden de vista la suya propia. También esto nos puede distraer de la comunión con el Señor.

(C) Hay quienes ven en esto una señal del interés que Pedro tenía por el bienestar espiritual de sus condiscípulos, pues no se sentía tan elevado por las palabras de Jesús como para despreocuparse de los otros discípulos. Esta opinión puede servirnos de aplicación espiritual pero cae fuera del sentido literal del texto, como se echa de ver por la reprensión de Cristo.

II. La pregunta que Pedro hizo al Señor acerca de Juan: *«Cuando Pedro le vio, dijo a Jesús: Señor, y éste ¿qué?»* (v. 21). La pregunta podría tomarse de varias maneras:

1. Como señal de interés por Juan, como diciéndole a Jesús: «Señor, aquí llega tu discípulo amado, ¿no tienes nada que decirle a él? ¿No le vas a decir a él en qué tiene que ocuparse y de qué manera ha de recibir honor?» Esta opinión, como ya hemos insinuado antes, carece de fundamento.
2. Como expresión de ansiedad ante la perspectiva de sufrimiento que Jesús acababa de presentarle (vv. 18–19). Como si le dijera a Jesús: «Señor, ¿sólo yo he de ser llevado a donde no quiera? ¿No ha de compartir Juan la cruz conmigo?» No parece que fuese éste el sentido de la pregunta de Pedro.
3. Por pura curiosidad o por un deseo afanoso de conocer el porvenir que le esperaba a Juan. Por la respuesta de Jesús se ve que éste era el sentido de la pregunta de Pedro, y en ella veía el Señor un defecto bastante común, pues somos inclinados a preocuparnos de los demás, de su estado, condición, negocio, etc., más que de nosotros mismos, con lo cual, mientras somos diligentes en investigar los defectos ajenos, dejamos de descubrir los nuestros; de vista penetrante hacia fuera, y cegatos hacia nuestro interior. Pedro parece más preocupado por la página de sucesos que por el código de deberes. En lugar de interesarse por los secretos designios de Dios acerca de Juan, debería prestar mayor atención al cumplimiento de la voluntad de Dios. Las predicciones que hallamos en la Palabra de Dios han de servirnos como norma de nuestra conciencia, no para satisfacer nuestra curiosidad.

III. La respuesta de Cristo a la curiosidad de Pedro: *«Jesús le dijo: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué te va a ti? Tú, sígueme»* (v. 22). En esta respuesta de Jesús, pueden adivinarse dos elementos. Se discute únicamente cuál de los dos es el primordial y más ajustado al sentido literal del texto:

1. Unos opinan que la intención principal de la respuesta de Jesús fue insinuar que Juan no había de morir de muerte violenta como Pedro, sino hasta que el Señor le acogiera plácidamente por medio de una muerte natural. Los historiadores primitivos de mayor prestigio nos refieren que Juan fue el único Apóstol que murió de muerte natural, y en edad muy avanzada. Aunque la corona del martirio es brillante y gloriosa, Dios la otorga a quien le place. No obstante, es tradición (no tan fehaciente) que, durante el reinado de Domiciano, Juan fue introducido en una caldera de aceite hirviendo, de la que, según el texto del *Breviario Romano* salió milagrosamente ileso; más aún, *«más sano y rejuvenecido»*, según el mismo texto del *Breviario.*
2. Otros opinan que el énfasis de las palabras de Jesús cae sobre la frase: *«Tú, sígueme»,* con lo que está claro el reproche que el Señor le hace por su insana curiosidad. Como diciéndole: «Suponte que a mí me plazca el que Juan no muera hasta que yo venga, *¿qué te va a ti en eso?* Ya te he dicho cómo has de morir tú, y con eso te ha de bastar. Así que, *sígueme*». En efecto, como observa Ryle, «¿de qué le habría servido a Pedro saber que su amado condiscípulo Juan había de ser metido en una caldera de aceite hirviendo en Éfeso, ser desterrado durante varios años en la isla de Patmos, sobrevivir a todos los demás Apóstoles y permanecer en el mar turbulento de este perverso mundo? No sólo no le habría hecho ningún bien, sino que le habría causado pesar, y añadido aflicción a su propia aflicción». Mal está decir, como Caín: *«¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?»,* pero también está mal querer suplantar a la Providencia en el planeamiento y ejecución de los designios divinos acerca de otros hermanos. Es voluntad del Señor que los suyos se ocupen en sus respectivos quehaceres, según cada uno haya sido llamado, sin tener curiosidad por lo que concierne a los quehaceres y obligaciones de los demás. De esta insana curiosidad a la intromisión (2 Ts. 3:11; 1 P. 4:15), no hay más que un paso. Aquí cuadra bien la advertencia de Pablo: *«¿Quién eres tú para juzgar al criado ajeno? Para su propio señor está en pie o cae»* (Ro. 14:4). *«Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios»* (Dt. 29:29). Lo importante para cada uno de nosotros es nuestro propio deber, no lo que pueda suceder, puesto que es el deber, no los eventos, lo que nos concierne y pertenece (comp. con Ec. 12:13–14); los eventos pertenecen a Dios. Y nuestro deber, como el de Pedro, está resumido en esa palabra de Cristo: *«Sígueme»*. Y, si de veras nos dedicamos de todo corazón a seguir a Cristo no nos quedará tiempo ni ganas para entremeternos en lo que no nos concierne. Dice a este propósito Hendriksen: «Hay personas que siempre están haciendo preguntas. Hacen tantas preguntas que dejan de dedicar a su verdadera misión en la vida la cantidad de interés y energía que deberían. Hay tiempos en que las preguntas están fuera de orden y sentido. Bien se ha dicho que una persona que ha sido herida con una flecha envenenada y cubierta de plumas no va a comenzar

preguntando: ¿De qué madera han hecho esta flecha? ¿Y de qué ave son estas plumas? ¿Es rubia o morena, alta o baja, la persona que me hirió? Lo primero que hará es buscar el medio de curar la herida».

IV. La equivocación que ocasionó una mala inteligencia de las palabras de Jesús, entendiéndolas en el sentido de que Juan no había de morir: *«Este dicho se extendió entonces entre los hermanos, que aquel discípulo no moriría. Pero Jesús no le dijo que no moriría, sino: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué te va a ti?»* (v. 23). Analicemos este versículo:

1. Aquí tenemos una tradición, tradición apostólica, pues *«este dicho se extendió entonces entre los hermanos»*. El término *«hermanos»* no tiene aquí el sentido de 2:12; 7:3, 5, 10, donde la referencia es claramente a los hermanos según la carne; incluso es un sentido ligeramente diferente del de 20:17, donde la referencia es a los discípulos que habían acompañado de cerca a Jesús en su ministerio público; tiene, más bien, el sentido característico *eclesial* que vemos en Hechos 1:16; 6:3; 9:30, etc. Tampoco tiene (nota del traductor) el sentido de Hechos 2:29, 37; 7:2, y otros lugares en que se establece diálogo con judíos no convertidos, pero llamados así por pertenecer al mismo pueblo elegido, en el que todos los israelitas eran considerados «hijos de Dios» (v. Os. 11:1, citado en Mt. 2:15) y, por tanto «hermanos». Así se entiende la diferencia entre Hechos 2:37 *(«varones hermanos»)* y Hechos 16:30 *(«señores»,* el que habla es un gentil). Resulta, pues, extraño que un exegeta de la talla de W. Hendriksen aplique el mismo sentido a todos los lugares en que el término *«hermanos»* ocurre en *Hechos,* ¡incluso en pasajes como 7:2!

2. A pesar de ser una tradición tan antigua, vemos que resultó falsa, por haber interpretado mal ciertas palabras de la Escritura; con esto hemos de aprender a ser cautelosos en cuanto a admitir como ciertas (mucho menos, como «infalibles») las tradiciones de la Iglesia. Esta tradición llegó a ser pública, común, universal y, con todo era falsa; tanto que el mismo Juan (o, probablemente, un discípulo de Juan) hubo de corregir el error. Hendriksen insiste con buenas razones, en que Juan vivía todavía, aun en el caso de que no fuese él quien escribiese este capítulo, o estos últimos versículos, a fin de que los creyentes rectificasen lo que la opinión común había interpretado falsamente y no viesen su fe sacudida al ocurrir la muerte del Apóstol. Una vez muerto Juan, la rectificación habría sido innecesaria. Con todo, el argumento de Hendriksen carece de la contundencia necesaria para convencer a los partidarios de la opinión de que Juan había muerto ya.

3. Los que dieron lugar a esta falsa tradición entendieron que, puesto que Juan no iba a morir de la misma muerte que Pedro (y, quizás, el resto de los Apóstoles), no iba a morir de ninguna forma. El deseo mismo de los primeros creyentes, especialmente en la iglesia de Éfeso, les inclinaba a interpretar así las palabras del Señor. Es un defecto común de muchos creyentes, y aun de muchas iglesias locales, depender demasiado de los instrumentos que Dios usa para la expansión y edificación de su obra; pero Dios continúa su obra, aunque cambie con frecuencia de obreros. No hay necesidad de ministros «inmortales», mientras la Iglesia se deje conducir por el *«Espíritu eterno»* (He. 9:14). Ante la longevidad de Juan, todos estos hermanos se verían confirmados en su equivocada expectación.

4. Vemos también cuán fácilmente se rectifica un error, aunque sea común y universal, con sólo acudir sin prejuicios a la Palabra de Dios. En el mismo versículo que nos descubre el error de los discípulos, se nos ofrece la corrección de dicho error: *«Pero Jesús no le dijo que no moriría, sino: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué te va a ti?»* (v. 23b). Esto es exactamente lo que Jesús había dicho, y nada más. ¡Dejemos que las palabras de la Biblia hablen por sí solas y atengámonos todos al claro sentido literal de las mismas, mientras no nos conste, por el mismo texto, de que se trata de una parábola, una alegoría, etc.! El mejor modo de acabar con una discusión sobre materias doctrinales o de conducta es aferrarse a la Palabra de Dios, porque el lenguaje de la Escritura es el más adecuado vehículo de las verdades de la Escritura. Así como las Escrituras son el mejor armamento para herir de muerte a los más peligrosos errores, así también son el mejor remedio para curar las heridas causadas por las diferentes formas de expresión acerca de las mismas verdades. Quienes no pueden estar de acuerdo en una misma filosofía, pueden (y deben) estar de acuerdo en las mismas verdades fundamentales de la Escritura, y ser así capaces de amarse recíprocamente en el Señor.

Versículos 24–25

Conclusión de todo el evangelio según Juan.

I. Este evangelio, al contrario de los otros tres, que terminan de un modo abrupto, concluye con un testimonio solemne acerca del redactor del mismo: *«Éste es el discípulo que da testimonio de estas cosas y escribió estas cosas»* (v. 24). Es un testimonio que perdura ya por diecinueve siglos, y perdurará hasta que el Señor vuelva. Vemos:

1. Los que escribieron la historia de Cristo no se avergonzaron de poner en ella su nombre. Es probable que el propio Juan diera este testimonio aunque la segunda mitad del versículo insinúa otra cosa, como veremos luego. Los relatos acerca de la vida de Cristo, así como de su muerte, resurrección y ascensión a los cielos, fueron escritos por personas de la mayor integridad, dispuestas a sellarlos con su sangre. Los escribieron como testigos de primera mano (Mateo y Juan), o por informes fidedignos de testigos de primera mano (Marcos y Lucas). El autor del cuarto evangelio era uno de los Apóstoles del círculo más íntimo de tres (los otros eran su propio hermano, Jacobo o Santiago el Mayor, y Simón Pedro). Era *«el discípulo a quien amaba Jesús, el mismo que en la cena se había recostado en su pecho»* (v. 20), que había oído sus mensajes, había visto sus milagros, así como las pruebas irrefutables de su resurrección. Todo esto, como los demás evangelios, había sido ya proclamado oralmente antes de ser puesto por escrito, lo cual añadía mayor seguridad a lo redactado, puesto que podía fácilmente comprobarse su identidad con lo predicado.

2. Los que escribieron la historia de Cristo, así como habían testificado de lo que habían visto, así pusieron por escrito lo que habían testificado. Lo que escribieron como un certificado, lo sostuvieron como una declaración jurada. Fue una gracia especial de la providencia de Dios el que la historia de Cristo fuese consignada por escrito, ya que, de esta manera, no sólo podía llegar hasta los más remotos lugares, sino también hasta los últimos tiempos, a través de los siglos. Los imperios surgen y desaparecen, las culturas cambian con el tiempo y son diversas según el espacio, la ciencia moderna arrincona los antiguos conceptos, las civilizaciones se suceden, pero *«la palabra de Dios vive y permanece para siempre»* (1 P. 1:23).

II. El relato concluye con una solemne testificación de la verdad en él contenida: «*Y sabemos que su testimonio es verdadero»* (comp. con 19:35). Es el testimonio de un testigo de vista, de reputación irreprochable, expuesto con absoluta certeza y basado en una evidencia excepcional. Pero, ¿a quién se refiere ese *«sabemos»* en plural? Dice Hendriksen: «Las personas que presentan este testimonio no se identifican a sí mismas por su nombre. Con toda probabilidad, se trata de los ancianos de la iglesia en Éfeso (o: los ancianos de la iglesia en Éfeso y en sus alrededores)». Pero, al atender a que el evangelio lleva en sí mismo las marcas de autenticidad y veracidad irrefutables, no necesitamos el testimonio de unas cuantas personas en particular. Todos nosotros los creyentes de todos los siglos, podemos suscribir ese *«sabemos»* pues estamos seguros de que dicho testimonio es válido y digno de todo crédito. La verdad del Evangelio está confirmada con toda clase de evidencias que puedan esperarse y desearse razonablemente, y el que quiera saber si la doctrina es o no de Dios, sólo necesita estar dispuesto a cumplir la voluntad de Dios (7:17). Ese *«sabemos»* expresa, en primer lugar, la satisfacción de las iglesias de aquel tiempo, concerniente a la verdad del relato presente. No es que un escrito inspirado necesite el testimonio de los hombres, pero, con este testimonio, es recomendado a la atención e información de las iglesias de todos los tiempos.

III. Finalmente, en el último versículo, tenemos una especie de «etcétera», con referencia a *«otras muchas cosas»* dichas o hechas por nuestro Señor Jesucristo (v. 25). De ellas dice el escritor sagrado que, *«si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir»*. Aunque es evidente que, en cierto sentido, se trata de una hipérbole, en otro sentido no hay en ello ninguna exageración, pues, como dice W. Hendriksen: «ningún número finito podría referirnos las obras llevadas a cabo por el Amor Infinito». Pero, podría preguntarse: ¿Por qué no se extendieron más los evangelistas en su relato? La respuesta puede ser doble:

1. No fue porque hubiesen agotado el tema ni porque no tuviesen ninguna otra cosa digna de ser consignada por escrito. Todo cuanto Cristo dijo e hizo era digno de ser tenido en cuenta. Sus milagros fueron muchos, y muy variados y repetidos. Sus mensajes fueron también muchos; los evangelistas sólo nos han dejado algunos, y de los más, sólo un resumen. Los detalles de cada milagro y la densidad de cada una de sus frases, necesitarían de un espacio infinito para ofrecer por escrito una completa

explicación. Cuando hablamos de Jesucristo, tenemos ante nosotros un tema infinito; la realidad excede a todo informe, explicación o comentario. Pablo cita uno de los dichos de Jesús que no figura en ninguno de los cuatro relatos evangélicos (v. Hch. 20:35) sin duda, dijo muchísimos más. Si, después de la visita que hizo a Salomón, la reina de Sebá pudo decir: *«mis ojos han visto que no se me dijo ni aun la mitad»* (1 R. 10:7), ¿qué diremos de los tesoros de gracia y de sabiduría de Jesús (Col. 2:3), que superan infinitamente a los de Salomón? (v. Mt. 12:42; Lc. 11:31).

2. Fue por las siguientes tres razones:

(A) Porque no era necesario escribir más. Lo que nos han transmitido los evangelistas es una revelación suficiente de las enseñanzas de Cristo y de las pruebas convincentes de tales enseñanzas. Si no creemos lo que está escrito y nos beneficiamos de ello, tampoco creeríamos ni sacaríamos provecho aunque fuese mucho más lo escrito.

(B) No fue posible escribirlo todo. Habría sido una historia tan larga como nunca se escribió ni podría escribirse tal que no habría dejado lugar para los demás escritos sagrados pues los habría reducido a una mínima porción, comparada con el relato de las enseñanzas y los milagros de Jesucristo. En fin, habría sido cosa de nunca acabar.

(C) No era recomendable escribir demasiado, porque *el mundo,* incluso en su sentido moral, *no habría podido contener,* es decir, *dar cabida a* (el verbo griego es el mismo de 8:37) *los libros que se habrían de escribir.* Habrían sido tantos, que no habrían hallado sitio donde colocarlos. Todo el tiempo estaría empleado en leerlos y, por consiguiente, la gente tendría que dar de mano a las tareas y necesidades más perentorias. Si, con lo que ya tenemos de la vida, doctrina y milagros de Jesús, hay mucho que se descuida, se olvida y es objeto de discusión, ¿qué habría ocurrido, si se hubiesen escrito tantos libros? Especialmente, si se tiene en cuenta que lo escrito necesitaría ser meditado y explicado. Demos gracias a Dios por las Sagradas Escrituras que tenemos a la mano, y no las menospreciemos a causa de su brevedad y llaneza, sino las tengamos como el mayor tesoro en la tierra, a la vez que suspiramos por el Cielo, donde nuestra capacidad será elevada y ensanchada hasta tal punto que no habrá ningún peligro de que resulte sobrecargada.

3. Como ejemplo del uso que los judíos estaban acostumbrados a emplear la figura literaria que llamamos *hipérbole*, y que significa literalmente «exageración», Ryle cita, de la propia Biblia, los siguientes ejemplos: *«Las ciudades grandes y amuralladas hasta el cielo»* (Dt. 1:28); *«tierra que fluye leche y miel»* (Éx. 3:8; Jos. 5:6); *«sus camellos eran innumerables como la arena que está a la ribera del mar»* (Jue. 7:12); *«Capernaúm, que eres levantada hasta el cielo»* (Mt. 11:23; Lc. 10:15); *«si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer …»* (Lc. 14:26). Decían los rabinos: «Si todo el mar fuese tinta, y todos los juncos plumas, y pergamino todo el cielo, no bastarían a describir la profundidad del corazón de los príncipes». Fue seguramente de este dicho rabínico, del que un anónimo poeta tomó su inspiración para el siguiente poema, escrito en la pared de una estrecha habitación de un asilo, según dice Hendriksen, y que, para los que entiendan el inglés (nota del traductor), ponemos a continuación:

«Could we with ink the ocean fill
and were the skies of parchment made;
were every stalk on earth a quill,
and every man a scribe by trade;
to write the love of God above
would drain the ocean dry;
nor could the scroll contain the whole,
though stretched from sky to sky.»

IV. El *«Amén»*, con que se cierra el Evangelio en nuestras versiones de la Biblia, tiene escaso fundamento en los MSS. Lo mismo digamos del que aparece al final del Evangelio según Marcos. En cambio, el que aparece al final de *Mateo* y de *Lucas* está apoyado por gran número de MSS., aunque no por los mejores. M. Henry (nota del traductor) comenta sobre este *«amén»*, y dice que, con él, debemos sellar nuestra fe, como sella con él su testimonio el evangelista, y expresar así nuestro asentimiento a la verdad de lo escrito *(«Así es»)*, y nuestra satisfacción en lo provechoso de lo escrito, ya que *puede hacernos sabios para salvación* (2 Ti. 3:15). *«Así sea»*. Ryle comenta que, mientras los evangelistas concluyen con este *«Amén»*, el Señor Jesús es la única persona que comienza sus frases con un *«Amén»*.

Y, precisamente en este Evangelio según Juan, Jesús repite siempre dicho *«Amén»*, para dar mayor solemnidad a lo que va a decir a continuación.

HECHOS

Al estudiar los relatos evangélicos, hemos visto con abundante satisfacción la fundación del cristianismo sobre la persona de nuestro bendito Salvador. Sobre esta roca está edificada la Iglesia. En el Libro que ahora nos ocupa, veremos cómo comenzó la Iglesia de Cristo a ser edificada sobre dicha roca bajo la dirección del Espíritu Santo. La historia narrada en este libro puede ser considerada de dos modos:

I. Al echar una mirada retrospectiva a los relatos evangélicos. Las promesas hechas allí las vemos cumplidas aquí, particularmente las grandes promesas del descenso del Espíritu Santo. Los poderes que este descenso comportaba se ven aquí al actuar en los milagros llevados a cabo en los cuerpos de los hombres—milagros de gracia, milagros de juicio—y los milagros, mucho mayores, llevados a efecto en las mentes y en los corazones. Las pruebas de la resurrección de Jesucristo, con que se cerraban los relatos evangélicos, se ven aquí abundantemente corroboradas, de acuerdo con la palabra de Cristo de que su resurrección había de ser la prueba más convincente de su divina misión. Cristo les había dicho a sus discípulos que le serían testigos, y este libro los presenta dando testimonio de Él. Las predicciones de Cristo sobre las violentas persecuciones con las que los predicadores del Evangelio habían de ser afligidos, las vemos aquí abundantemente cumplidas, como también la seguridad que Él les había dado de la gracia y el consuelo de que habían de disfrutar bajo el peso de tales persecuciones.

II. Al echar una mirada prospectiva a las epístolas siguientes. Este libro les sirve de introducción. Somos miembros del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, y este Libro nos refiere los avances y los retrocesos que sufre la salud espiritual de dicho Cuerpo. Los cuatro evangelios nos mostraban cómo fue concebido este Cuerpo. *Hechos* nos muestra cómo fue dado a luz y comenzó a dar los primeros pasos: primero, en Judea; después, en Samaria; finalmente; en el mundo grecorromano, hasta llegar a la capital del Imperio.

Quedan dos detalles más por observar acerca de este libro: (1) Su redactor humano. Fue escrito por Lucas, quien también escribió el relato evangélico que lleva su nombre. Este Lucas fue gran amigo y fiel compañero del apóstol Pablo, tanto en su ministerio como en sus sufrimientos. *Sólo Lucas está conmigo* (2 Ti. 4:11). Tenemos clara evidencia de ello a partir de 16:10, donde el escritor comienza a hablar en primera persona de plural. (2) Su título. *Hechos de los Apóstoles.* (a) Es historia de los apóstoles; no de todos los apóstoles, sino sólo de Pedro y Pablo; el primero, apóstol de la circuncisión; el segundo, de la gentilidad. En cuanto a los demás de los Doce, sólo de pasada se les menciona en el capítulo primero. Por otra parte, se mencionan otros discípulos que no pertenecían al círculo de los Doce, como Esteban, Felipe (el diácono), Bernabé y otros varones apostólicos. (b) El título, como el texto, da cuenta de *hechos,* no sólo *ideas o palabras.* Los apóstoles eran hombres activos; y aunque los milagros que llevaron a cabo, fueron, en su mayoría, obrados por su palabra, con el poder del Espíritu, bien se pueden también llamar *hechos,* pues hablaron y *se hizo.*

CAPÍTULO 1

El historiador inspirado comienza su relato, I. Con una alusión a su Evangelio, y dedica el libro, como había hecho antes, a su amigo Teófilo (vv. 1, 2). II. Con un resumen de las pruebas de la resurrección de Cristo, su conversación con sus discípulos y las instrucciones que les dio durante los cuarenta días anteriores a su ascensión a los cielos (vv. 3–5). III. Con una particular referencia a dicha ascensión (vv. 6–11). IV. Con una idea general del embrión de la Iglesia cristiana (vv. 12–14). V. Con un relato especial de cómo se cubrió la vacante que había dejado en el colegio apostólico la muerte de Judas, mediante la elección de Matías en lugar de él (vv. 15–26).

Versículos 1–5

I. A Teófilo (y a nosotros en él) se le hace memoria aquí del Evangelio que Lucas había redactado anteriormente, y a todos nos servirá de gran provecho atender a lo que el sagrado historiador dice sobre dicho Evangelio.

1. La persona a quien dedica Lucas el libro es un tal Teófilo (v. 1). La dedicación de libros a personas particulares ha sido costumbre muy extendida desde la antigüedad. Cada libro de las Escrituras podemos tomarlo como dirigido a cada uno de nosotros.

2. Lucas llama a su Evangelio «*primer tratado*». Hizo este primer tratado por inspiración divina y, también bajo inspiración divina, se dispone a escribir este otro, porque los eruditos de Cristo han de progresar hacia la perfección y no pensar que las anteriores labores les excusan de seguir trabajando. Como en el primer tratado había puesto los cimientos, en este otro va Lucas a edificar sobre ellos. Los nuevos libros y los nuevos sermones no han de servirnos para olvidar los antiguos, sino hacer que recordemos lo bueno que aprendimos y estimularnos a seguir aprendiendo cosas nuevas también.

3. El contenido de su Evangelio constaba de *todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y enseñar:* (A) Cristo hacía y enseñaba. Los mejores ministros de Dios son los que hacen y enseñan, aquellos cuya vida es un constante sermón. (B) *Comenzó* a hacer y enseñar. Él puso los cimientos. Sus apóstoles habían de continuar lo que Él comenzó. Cristo los introdujo en su escuela y luego les mandó seguir, pero envió su Espíritu para darles poder. Es un consuelo para los que se esfuerzan en llevar adelante la obra del Evangelio saber que Cristo mismo la comenzó. (C) Los cuatro evangelistas, y Lucas en particular, nos han transmitido lo que *Jesús comenzó a hacer y enseñar;* no todos los detalles, pero sí los puntos principales, a fin de que, por ellos, estemos en disposición de juzgar y entender lo demás.

4. El lapso de tiempo de la historia evangélica, o primer tratado de Lucas, se extiende *hasta el día en que fue recibido arriba* (v. 2). Fue entonces cuando dejó este mundo y cesó de estar con nosotros su presencia corporal.

II. La verdad de la resurrección de Cristo es aquí sostenida y evidenciada (v. 3). La gran evidencia de su resurrección fue que *se presentó vivo a sus Apóstoles, dejándose ver de ellos.* 1. Las pruebas eran infalibles, tanto de que estaba vivo (anduvo y conversó con ellos, comió y bebió con ellos), como de que *era Él mismo y no otro*, pues una y otra vez les mostró las señales de *las heridas en las manos, en los pies y en el costado.* 2. Eran muchas y repetidas con frecuencia. *Se les apareció durante cuarenta días,* y aunque no residió con ellos de continuo, sí conversó con ellos con mucha frecuencia durante esos días.

III. Un compendio muy somero de las instrucciones que dio a sus discípulos durante esos días. Les instruyó acerca de la obra que habían de llevar a cabo: *Dio mandamientos a los apóstoles que había escogido* (v. 2). Los que Él había elegido para el alto ministerio del apostolado habrían podido esperar promociones, pero recibieron instrucciones. *Les dio mandamientos por medio del Espíritu Santo,* pues así obraba Jesús desde que fue ungido por el Espíritu en su bautismo. *Les habló acerca del reino de Dios,* tema que abarca no sólo las bendiciones que emanaban de la obra de la Redención, llevada a cabo mediante la crucifixión y resurrección del Señor, sino también las que habían de tener su consumación en el futuro reino mesiánico, con lo que se entiende mejor la pregunta que los discípulos hacen en el versículo 6.

IV. La especial seguridad que se les da de que, en breve, habían de recibir el Espíritu Santo (vv. 4, 5).

1. El mandato que les da de esperar hasta el plazo fijado, que es ahora *dentro de no muchos días* (v. 5). Los que, por fe, esperan que han de cumplirse los favores prometidos, deben esperar con paciencia hasta que se cumplan. Deben esperar en el lugar designado, *en Jerusalén.* Allí fue expuesto Cristo al oprobio público, y allí se le debe también dar este honor, y a Jerusalén se le ha de hacer este favor, a fin de enseñarnos a perdonar a nuestros enemigos y perseguidores. Los apóstoles recibían ahora una comisión de carácter público. Jerusalén era el candelero más apto para que en él se pusiesen estas luces.

2. La seguridad que les da de que no esperarán en vano.

(A) La bendición que se les ha asignado llegará: *Seréis bautizados con el Espíritu Santo.* Jesús había soplado ya sobre ellos el Espíritu Santo (Jn. 20:22) y se habían dado ya cuenta del beneficio recibido, pero ahora van a tener una medida mucho más amplia de sus dones, gracias y consuelos. «Seréis limpiados y purificados con el Espíritu Santo», como los sacerdotes eran limpiados y purificados con agua cuando eran consagrados para sus funciones sagradas; «ellos tenían el signo, pero vosotros recibiréis la realidad significada. Con eso, quedaréis ligados y comprometidos con vuestro Maestro más eficazmente que en ninguna otra ocasión. Tan ligados quedaréis a Él que ya no volveréis a abandonarle».

(B) Este gran don del Espíritu Santo es, según dice el mismo Señor, (a) *la promesa del Padre, la cual oísteis de mí* (v. 4). El Espíritu había sido prometido. El Espíritu de Dios no se da como el espíritu de los hombres, sino por la palabra de Dios, con lo que el don resultaba mucho más valioso, más seguro, más gratuito: de gracia y recibido por fe, lo mismo que se recibe a Cristo. De esta promesa del Padre les había hablado Cristo una y otra vez, cuando les decía que les sería enviado el *Consolador;* (b) Esta donación del Espíritu había sido predicha por Juan el Bautista, además de por Cristo, cuando decía (Mt. 3:11): «Yo *a la verdad os bautizo con agua ..., pero el que viene detrás de mí ... os bautizará con Espíritu Santo».* Es un gran honor el que Cristo rinde aquí a Juan. Así es como *confirma Él la palabra de sus siervos, sus mensajeros.* Pero Cristo puede hacer mucho más que sus ministros. Es un honor para éstos ser usados en la dispensación de los medios de gracia, pero es prerrogativa de Cristo dar *el Espíritu de gracia*.

(C) Este don del Espíritu Santo, aquí prometido, es el que hallamos recibido por los discípulos en el capítulo siguiente, pues allí es donde tiene pleno cumplimiento la presente promesa. Otras porciones de la Escritura hablan del *don del Espíritu Santo* a creyentes ordinarios, con relación especial al poder particular con el que eran investidos los primeros predicadores del Evangelio. Pero aquí se promete una llenura, sin precedentes, del Espíritu Santo, como de quienes quedaban sumergidos en Él.

Versículos 6–11

I. Viene ahora (v. 6) una importante pregunta que los discípulos hacen al Maestro. Esta pregunta—nota del traductor—no es entendida por gran número de expositores, incluido el propio M. Henry, por lo que nos desviamos enteramente de él en este punto.

1. La pregunta es: *«Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?»* No hay nada de «torpeza» en esta pregunta de los discípulos, quienes conocían bien las claras promesas del reino mesiánico en Israel aunque ignoraban que Jesús había de llegar a la gloria del reino por medio de la cruz (v. Lc. 24:26, 46, comp. con 1 P. 1:11). Las profecías sobre los sufrimientos del Mesías se habían cumplido; ¿cuándo se cumplirían las que hablaban de «venir a reinar»? Esto es tan claro que un autor tan poco sospechoso de dispensacionalista como el jesuita Juan Leal dice lo siguiente: «El reino por el cual preguntan los discípulos es el mesiánico, concebido en forma temporal. Piensan en una restauración de la dinastía davídica y de la gloria temporal del pueblo, propia de aquella época». Los discípulos estaban equivocados en cuanto a la fecha, pero no en cuanto al hecho, como se ve por la respuesta de Jesús.

2. La respuesta que les da el Señor es la siguiente: *«No os toca a vosotros conocer los tiempos o las sazones que el Padre puso en su sola potestad,* etc». Dice J. Leal: «La respuesta de Jesús, en forma evasiva, afirma de modo general que cuanto se refiere al reino mesiánico está en el poder y sabiduría de Dios. Todo él se va desarrollando según el plan sabio y poderoso de Dios». Basta con comparar esta respuesta con la que dio a Felipe en Juan 14:9, donde claramente se ve la imposibilidad de ver a Dios aparte de Jesucristo. Ahora no dice que estén equivocados en cuanto al hecho del futuro reino mesiánico, sino que todo tiene sus *«tiempos y sazones»* (¡dispensaciones!) y que sólo el Padre conoce y lleva a cabo, a su tiempo, la restauración de Israel (v. Ro. 11:26) y que a ellos les toca, mientras tanto, predicar el Evangelio a todo el mundo.

II. En efecto, a dicha respuesta añade el Señor lo siguiente: *«Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra».* Vemos:

1. Que los apóstoles habían de recibir *poder* de arriba, mediante el Espíritu Santo, para predicar el Evangelio y confirmarlo con milagros y hasta con sufrimientos por el nombre de Jesús. Y, *para estas cosas, ¿quién está capacitado?* (2 Co. 2:16). Nadie, sino aquellos a quienes el Espíritu Santo capacita. Dios cualifica primero, antes de enviar a los hombres a cualquier ministerio. Por esto, *había mandado* Jesús a los apóstoles *que no se fueran de Jerusalén* hasta que recibiesen ese poder mediante el descenso del Espíritu Santo prometido (v. 4). Yerran, pues, los que piensan (y lo predican desde los púlpitos) que los apóstoles hicieron mal en dedicarse a pescar (Jn. 21:1 y ss.) después de la resurrección del Señor en lugar de ir a predicar el Evangelio, puesto que tenían que ganarse el pan de cada día hasta que recibiesen el poder prometido.

2. Que, con ese poder, habían de ser testigos del Señor y para el Señor; es decir, embajadores de Él y predicadores acerca de Él. Habían de proclamar el Evangelio de Cristo de manera abierta y solemne. Los testigos confirman su testimonio con juramento, pero estos testigos lo confirmarían mediante el sello divino de los milagros y de los dones sobrenaturales extraordinarios. El vocablo griego para «testigo» es *mártir;* por lo cual, se llaman *mártires* los que sellan su testimonio al dar la vida por la fe de Jesús.

3. Que habían de predicar el Evangelio comenzando por Jerusalén y, en círculos concéntricos, hasta llegar a los últimos confines del orbe. Todo testimonio genuino ha de comenzar por «casa». Mal puede predicar en la calle o desde el púlpito quien no da buen testimonio dentro de su familia (comp. con 1 Ti. 3:5). Antes de misionar en el extranjero, hay que misionar a los vecinos.

III. Después de darles estas instrucciones, el Señor Jesús se marchó al Cielo (v. 9). *Les bendijo* (Lc. 24:50) y, *viéndolo ellos, fue alzado,* como para demostrar que ni aun la gloria de su ascensión a los cielos para sentarse a la diestra del Padre procedía de su propia iniciativa, sino que era obra de la voluntad y poder del Padre (comp. 2:32–36). Y, arropado en una nube, como en la Transfiguración (la nube es símbolo de la divina *shekinah),* se ocultó a la vista de todos (comp. con 2 R. 2:11; Dn. 7:13; Mr. 9:7; 13:26; 1 Ts. 4:17; Ap. 11:3 y ss.). Por medio de las nubes hay una especie de comunicación entre el cielo y la tierra; en ellas se hallan los vapores que ascienden de la tierra y el rocío que desciende de los cielos, así como Jesús es *el Mediador entre Dios y los hombres,* ya que por Él descienden a nosotros los favores divinos y suben, también por Él, las oraciones humanas. Los apóstoles seguían mirando al cielo (v. 10). Aunque el Señor les había dicho que les convenía que Él se marchase (Jn. 16:7), pero aun así habían de sentir cierta nostalgia, acostumbrados como estaban a su presencia visible. Quizás esperaban ver algún fenómeno sobrenatural al ascender Cristo a los cielos, pues Él les había dicho que *verían los cielos abiertos* (Jn. 1:51) y, ¿por qué no ahora?

IV. *Se les aparecieron dos varones* (esto es, dos ángeles) *vestidos de blanco* (v. 10b). Para mostrar el aprecio que sentía por su Iglesia, a la que dejaba en este mundo, envió a sus discípulos dos ángeles de los que le habían salido al encuentro. Se nos refiere a continuación lo que les dijeron los ángeles: 1. *«Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo?»* Como diciendo: «No hay por qué sentir nostalgia, cuando tenéis que descender del monte para disponeros a recibir el poder del Espíritu Santo». Así se les frenaba la curiosidad inútil. 2. Pero a esto añaden una nota de consuelo: *«Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, vendrá así, tal como le habéis visto ir al cielo».* Así confirmaban los ángeles la promesa de la segunda venida del Señor, con lo que la fe de ellos quedaba fortalecida.

(A) *«Este mismo Jesús»,* éste que fue crucificado ignominiosamente tras un juicio injusto, volverá gloriosamente a juzgar a todos con juicio justo. (B) *«Vendrá así, tal como le habéis visto ir».* Envuelto en una nube se fue, y en las nubes vendrá para ser visto física y personalmente, como lo fue antes de ocultarlo la nube. De allí lo esperamos (Fil. 3:20, 21; 1 Ts. 1:9, 10).

Versículos 12–14

1. Desde dónde ascendió Cristo: *desde el monte que se llama del Olivar* (v. 12). Allí habían comenzado sus sufrimientos y allí comenzó también su exaltación. A la vista de Jerusalén, que había

contemplado su oprobio, entraba en la gloria del Padre. Vemos aquí que este monte *distaba de Jerusalén el camino de un sábado,* esto es, el que se podía recorrer en día de reposo sin quebrantar el sábado, unos 1.000 metros.

2. Adónde regresaron los discípulos: *a Jerusalén,* conforme a la orden de Jesús. Parece ser que, después de haber marchado a Galilea, su vuelta a Jerusalén pasó desapercibida a los ojos de la gente, pues Dios se encargó de que permanecieran escondidos a la vista de sus enemigos. En Jerusalén *subieron al aposento alto* (v. 13). El artículo indica que era un aposento bien conocido (comp. Lc. 24:33; Jn. 20:19), que la tradición identifica con el aposento en que Jesús y sus discípulos celebraron la Pascua anterior a la muerte del Señor. Aquí es donde, probablemente, se realizó el descenso del Espíritu Santo en Pentecostés. El mismo Lucas nos dice (Lc. 24:53) que *estaban siempre en el templo,* pero esto no significa que permanecieran allí continuamente, sino que acudían asiduamente al atrio del templo en las horas de oración (comp. 3:1).

3. Quiénes eran los discípulos que allí se reunían. Se mencionan los once apóstoles (v. 13), así como *María la madre de Jesús* (v. 14), y es ésta la última vez que aparece por su nombre en la Biblia. Se mencionan también *los hermanos de Jesús,* quienes, probablemente se habían convertido después de la resurrección del Señor, ya que antes no creían en Él (Jn. 7:5). Entre los 120 que se mencionan en el versículo 15, es de suponer que se hallarían todos (o la mayor parte), los 70 discípulos que se mencionan en Lucas 10:1, 20.

4. Cómo empleaban el tiempo. *Perseveraban unánimes en oración y ruego* (v. 14). Todos los verdaderos hijos de Dios son un pueblo orante. De parte de los hombres, les esperaban peligros y aflicciones. *¿Está alguno afligido? Haga oración* (Stg. 5:13). Pero, principalmente tenían ante sí una tarea ingente. Antes de ser enviados, Cristo había orado por ellos. Ahora eran ellos los que debían dedicarse con fervor a la oración. Los que mejor se aprestan a recibir bendiciones de toda clase son los que perseveran en la oración. Oraban *unánimes.* Los que así *guardan la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz* (Ef. 4:3) son los mejor preparados para recibir los consuelos del Espíritu Santo.

Versículos 15–26

El pecado de Judas dejó una vacante en el Colegio Apostólico. Si se quedaban en once, la representación simbólica de las doce tribus de Israel perdía su sentido. Había, pues, que completar el número. Nada en el texto sagrado—nota del traductor—hace suponer que los discípulos se equivocaran al completar el número sin dar lugar a la espera del Espíritu que podría haber llenado tal hueco con el apóstol Pablo, pues, aparte de que todo el relato, con citas de las Escrituras, hace ver que obraban de acuerdo con la voluntad de Dios, Pablo no llenaba las condiciones que Pedro menciona en los versículos 21 y 22, y el número debía cerrarse antes que, con el descenso del Espíritu Santo, se llevase a cabo el nacimiento oficial de la Iglesia. Así vemos que, después de Pentecostés, ya no se lleva a cabo ninguna sustitución.

I. Las personas que intervinieron en esta elección. La casa constaba de *unos ciento veinte* (v. 15). Aquí estaba el embrión de la Iglesia. El presidente, que llevaba la voz cantante, era Pedro, quien ya se había señalado con frecuencia como portavoz de los Doce.

II. Propuesta de Pedro (vv. 16–20), en la que vemos:

1. El relato que hace de la vacante ocurrida por la muerte de Judas, en lo que se extiende con muchos detalles, al tomar nota del cumplimiento de las Escrituras en tal hecho.

(A) El privilegio que a Judas había sido conferido (v. 17): *«Era contado con nosotros* (era uno de los doce) y *tenía parte en este ministerio* (era tan apóstol como los otro once)» ¿De qué nos servirá ser añadido al número de los ministros de Dios, y aun al de los simples fieles, si no participamos del espíritu y de la naturaleza de los verdaderos fieles?

(B) El pecado de Judas: *«Actuó como guía de los que prendieron a Jesús»* (v. 16). Tuvo la desvergüenza de presentarse abiertamente a la cabeza del grupo encargado de arrestar a su Maestro. Fue a Getsemaní delante de ellos y les dio la contraseña para que no se equivocasen de persona: *«Al que yo bese, ése es; prendedle»* (Mt. 26:48). Los cabezas de traición son los peores pecadores.

(C) La ruina de Judas a causa de este pecado: Conocemos por Mateo 27:3–10 las circunstancias de la muerte de Judas, hecho bien conocido de todos cuando Lucas escribe en Hechos 1:16 y ss. este episodio. Es probable que los versículos 18 y 19 sean una explicación dada por el mismo Lucas. En todo caso, los relatos de Mateo 27 y Hechos 1 no son contrarios, sino complementarios. Parece ser que Judas, después de recibir las 30 monedas de plata, estaba ya en tratos para comprar el campo que aquí se menciona, pero, después de devolver el dinero, fueron luego los sacerdotes los que compraron el campo. Tampoco se dice en ninguno de los dos relatos que se ahorcase en tal campo. Es asimismo probable que, en el estado nervioso de desesperación en que se hallaba, no acertase Judas a ahorcarse del modo corriente o que se rompiese la cuerda y, desde el promontorio en que se habría situado para mejor llevar a cabo su acción, cayese desde alguna altura considerable con lo que se produjo el reventón que se nos refiere en el versículo 18.

(D) El cumplimiento de las Escrituras: *Era necesario que se cumpliese la Escritura* (v. 16), no sólo en el pecado de Judas, sino también en su trágico final (v. 20). No hemos de pensar que un cargo o ministerio instituidos por Dios sean de menospreciar por el hecho de la maldad de algunos que han detentado tal cargo o por el castigo ignominioso que hayan sufrido; ni ha de permitir Dios que sus designios queden frustrados, o que haya de quedar sin hacer alguna obra que Él haya ordenado, por el malogro de aquellos a quienes tal cargo fue encomendado. Se malogró Judas, pero no se malogró su cargo. La causa de Cristo nunca se perderá por falta de testigos.

2. La moción que presenta para que se escoja otro apóstol (vv. 21, 22): (A) Las cualidades que ha de reunir tal persona para ocupar dicho cargo. Ha de ser *uno de los que han estado juntos con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús vivió entre nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de nosotros fue llevado arriba.* Los que han sido diligentes en el descargo de sus deberes en una posición inferior están en condiciones de ser promovidos a otra superior, a los que han sido fieles en lo poco, se les ha de encomendar lo mucho. Nadie ha de ser apóstol, sino alguien que haya acompañado a los apóstoles, y eso continuamente. (B) La tarea que se le va a encargar (v. 22b): *Ha de ser hecho testigo, con nosotros, de su resurrección.* De aquí se infiere claramente que no sólo los once, sino también otros discípulos habían disfrutado de las apariciones de Jesús (comp. 1 Co. 15:6). El grandioso hecho que los apóstoles habían de atestiguar ante el mundo entero era la resurrección de Cristo. No se les promueve a una dignidad o a un poder secular, sino a proclamar a Cristo y el poder de su resurrección.

III. El nombramiento de la persona que había de sustituir a Judas.

1. Dos de los que eran conocidos como acompañantes continuos de Jesús son propuestos, bajo singular providencia de Dios, como candidatos para dicho ministerio (v. 23). Los nombres de estos dos eran *José y Matías,* de ninguno de los cuales se hace mención en ningún otro lugar de las Escrituras. Ambos estaban tan cualificados para el cargo que no podían decir cuál de los dos era más apto, pero todos estaban de acuerdo en que había de ser uno de los dos.

2. Acudieron entonces a Dios en oración para resolver el asunto: «*¿Cuál de estos dos …?*» (vv. 24, 25). Vemos que: (A) apelan a Dios como a quien escudriña los corazones: «*Tú, Señor, que conoces los corazones de todos*». El escoger un apóstol había de serlo, no por su erudición, sino por su corazón. En nuestras oraciones en pro de la Iglesia y de los ministros de Dios, es consolador saber que el Dios a quien oramos conoce los corazones de todos los hombres y puede equiparlos para el ministerio dándoles nuevo espíritu. (B) Desean que el Señor les muestre a cuál de los dos ha elegido: *«Tú, Señor … muestra cuál de estos dos has escogido»* (v. 24). Es obvio que el Señor escoja sus propios servidores. (C) Están dispuestos a recibir como compañero en el ministerio apostólico al hermano que Dios haya escogido *para ocupar en el ministerio del apostolado el puesto del que se desvió Judas por transgresión, para irse a su propio lugar* (v. 25), es decir, al que le correspondía por el tremendo crimen que había cometido al traicionar al Salvador y el, quizá mayor, de cerrarse a sí mismo la puerta del perdón al suicidarse falto de fe y de verdadero arrepentimiento. Nuestro mismo Salvador había dicho que el lugar asignado a Judas era tal que *más le valdría no haber nacido* (Mt. 26:24). (D) La duda se resolvió a suertes (v. 26), método corriente en el pueblo de Dios antes de que fuese dado el Espíritu Santo. De esta forma, previa oración, se obtuvo el conocimiento de la voluntad de Dios a este respecto.

CAPÍTULO 2

Entre la promesa del Espíritu Santo y su descenso sobre los reunidos (no se dice cuántos ni dónde) mediaron muy pocos días, durante los cuales los apóstoles no se dedicaron a la predicación, sino a la oración. Pero inmediatamente después del descenso del Espíritu, ya les vemos en el púlpito. I. El descenso del Espíritu el día de Pentecostés (vv. 1–4). II. Las diversas especulaciones entre la gente que, de todas partes, se hallaban ahora reunidas en Jerusalén (vv. 5–13). III. El sermón de Pedro en esta ocasión, en el cual muestra que este descenso del Espíritu era cumplimiento de una antigua profecía (vv. 14–21), que era una confirmación de la mesianidad de Cristo (vv. 22–32), al par que fruto y evidencia de su ascensión a los cielos (vv. 33–36). IV. El buen efecto de este sermón en la conversión de muchos a la fe de Cristo (vv. 37–41). V. La piedad y caridad eminentes de estos primitivos cristianos (vv. 42–47).

Versículos 1–4

Relato del descenso del Espíritu Santo.

I. Cuándo sucedió esto: *Cuando llegó el día de Pentecostés.* 1. El Espíritu Santo descendió durante una fiesta solemne, porque era la ocasión en que de todas partes se reunía en Jerusalén un gran concurso de gente, con lo que la fama del acontecimiento se había de extender más rápida y ampliamente. Como antes de la Pascua, también ahora es como si la festividad judía sirviese para echar al vuelo las campanas y anunciasen la predicación del Evangelio. 2. Esta fiesta de Pentecostés se observaba en recuerdo de la donación de la Ley en el monte Sinaí, por lo que era muy apropiado el que, en esta fecha, se diese el Espíritu Santo para promulgación de la ley evangélica, no a una sola nación, sino a toda criatura. 3. La fiesta se celebraba el primer día de la semana, con lo que se confirmaba el paso del día de reposo del sábado al domingo, como perpetuo memorial para la Iglesia de estos dos grandes y benditos acontecimientos: la resurrección del Señor y el descenso del Espíritu Santo.

II. Dónde sucedió: *En Jerusalén,* donde *estaban todos unánimes juntos* (vv. 1, 5). En efecto, desde Jerusalén había de comenzar a ser predicado el Evangelio. Aquí es donde Jesús les había mandado esperar para recibir la promesa del Padre (1:4), y la profecía señalaba que desde Jerusalén se había de propagar la Palabra de Dios. Aquí les sale Dios al encuentro con la bendición de las bendiciones; y hace este honor a Jerusalén para enseñarnos a no dejarnos llevar de prejuicios en cuanto a lugares; aunque Jerusalén fue el lugar donde se condenó a muerte al Señor, también allí había, sin embargo, un remanente. Los discípulos se hallaban juntos en un lugar que no se especifica, pero es probable que fuese el mismo aposento alto que ya conocemos. Oraban *unánimes* (v. 1). Al haber orado juntos con mayor frecuencia que de costumbre, habían llegado también a amarse mejor unos a otros. De esta forma fueron preparados, por la gracia de Dios, para mejor recibir el don del Espíritu Santo; porque esta bendita paloma no viene donde hay ruido y clamor, sino que se mueve sobre la superficie de aguas tranquilas, no de olas encrespadas. ¿Queremos que se derrame sobre nosotros el Espíritu en toda su plenitud? Amémonos fraternalmente y estemos unánimes.

III. Cómo y de qué manera descendió sobre ellos el Espíritu Santo. Con frecuencia leemos en el Antiguo Testamento del descenso de Dios en una nube. También Cristo subió al cielo, y de allí descenderá, en una nube. Pero el Espíritu Santo no descendió en una nube, porque venía a disipar las nubes que se extienden sobre las mentes humanas.

1. Les fue anunciado mediante un súbito sonido para despertarles la expectación. Este *estruendo repentino* (v. 2) *vino del cielo.* Les tomó por sorpresa, a pesar de que se estaban preparando para ello. Fue el estruendo *como de un viento recio,* porque los caminos del Espíritu son como los del viento (Jn. 3:8): *se oye y se siente, pero no se sabe ni de dónde viene ni adónde va,* porque *donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad* (2 Co. 3:17). Lo recio del viento daba a entender las poderosas influencias y operaciones del Espíritu Santo. *Llenó,* no sólo el aposento donde se encontraban, sino *toda la casa,* como el perfume con que ungió María los pies de Cristo (Jn. 12:3).

2. También hubo un signo visible del don recibido (v. 3): *Y se les aparecieron lenguas como de fuego, que, repartiéndose, se posaron sobre cada uno de ellos.* Aquí tenemos:

(A) Un signo o señal visible, exterior, para confirmar la fe de los discípulos mismos.

(B) La señal recibida fue fuego, según había dicho de Cristo Juan el Bautista, y el mismo Señor les había confirmado pocos días antes (1:5). Juan había dicho de Cristo: *«Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego»* (Mt. 3:11). Estaban celebrando el recuerdo de la donación de la Ley en el Sinaí; y así como la Ley se dio en fuego, también el Evangelio. El Espíritu, como el fuego, derrite el corazón, consume la escoria y enciende en el alma afectos piadosos y devotos. Éste es el fuego que Cristo vino a traer a la tierra.

C) Este fuego apareció como en forma de *lenguas*, lo cual hace referencia al hablar en lenguas que se nos narra después. Estas lenguas eran entendidas por todos los asistentes (v. 11), con lo que el Señor quería dar a entender que a todos había de ser proclamado el Evangelio, y por eso envió el Espíritu a los discípulos a fin de capacitarles para proclamar el Evangelio en el mundo entero. Las lenguas estaban *repartidas*, es decir, cada uno tenía sobre sí una lengua como de fuego, a pesar de lo cual todos estaban de común acuerdo, pues bien puede haber sincera unión donde hay diversidad de expresión.

(D) Este fuego *se posó* sobre ellos para denotar la residencia continua que el Espíritu tomaba en cada uno de ellos. También es de notar que las lenguas se posaron sobre *ellos*, esto es, sobre la cabeza, no sobre la lengua misma de la boca, pues aunque hablaban bajo la moción del Espíritu Santo, sabían que *estaban hablando las proezas de Dios* (v. 11), como lo saben los profetas (V. 1 Co. 14:32). No cabe duda de que ellos conservaron los dones del Espíritu, aun cuando la señal había de desaparecer pronto, como es de suponer.

IV. Cuál fue el inmediato efecto de esto: (Este punto IV es nota del traductor).

1. *Todos fueron llenos del Espíritu Santo* (v. 4). Además del bautismo de agua, que es un mero signo exterior, aunque ordenado por el Señor para los creyentes, hay otros dos bautismos interiores, invisibles: (A) El bautismo espiritual por el cual el Espíritu Santo nos bautiza en Cristo al creer, siendo incorporados al Cuerpo de Cristo (1 Co. 12:13, donde debe leerse *«por»*, no *«con»);* es un bautismo de *gracia* justificante y de regeneración espiritual (comienzo de santificación); (B) El bautismo espiritual por el cual el Señor Jesús bautiza con el Espíritu Santo; éste es el bautismo del que venimos hablando aquí; es un bautismo de *poder*. El Espíritu Santo reside en todo verdadero creyente (V. Jn. 7:38, 39; Ef. 1:13, entre otros lugares), pero su poder operante se ejerce, de ordinario, por medio de aquellos que se dejan conducir por entero por el Espíritu; por eso, este bautismo *con* el Espíritu exige la *llenura* del Espíritu, que sólo se obtiene cuando el creyente rompe con toda carnalidad que, al contristar al Espíritu, impide la libre operación de Dios a través del creyente (V. Ef. 4:30; 5:18), ya que *el pecado frena el poder;* de ahí la debilidad de tantos ministros de Dios y de tantas iglesias. La llenura de que Pablo habla en Efesios 5:18 es una operación constante (el verbo está en presente continuativo, voz pasiva y modo imperativo. V. el comentario a dicho lugar), pues el creyente depende, en todo y siempre, de la operación del Espíritu en él. Pero (y esto es de suma importancia), además de esta llenura que el apóstol exige a *todos*, hay una *llenura de emergencia*, en que el creyente o el ministro de Dios necesita una provisión «extra» del poder del Espíritu, como ocurre en el caso que nos ocupa. Para demostrar esto, basta con comparar, por ejemplo, Hechos 6:5 con 7:55 (Esteban) y 9:17 con 13:9 (Pablo).

2. *Comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que se expresasen* (v. 4b). Como ya hemos dicho, es más que probable que ellos entendieran lo que decían al proclamar las proezas de Dios, en especial la salvación por fe en el Señor Jesucristo. Sin embargo, no se puede negar la posibilidad de que aquí tengamos un caso de hablar lenguaje «extático», como en 10:46 y 1 Corintios 14:2, 14–17, según el patrón del antiguo profetismo israelita (V. Nm. 11:25–29; 1 S. 10:5, 6, 10–13). Dice J. Leal: «De la frase *«en otras lenguas»*, algunos arguyen a favor de las lenguas vivas desconocidas de los discípulos, como el griego, latín copto, etc. Pero si hablaban en lenguas vivas y corrientes no se explica la burla de los que piensan que están ebrios».Tenemos, pues, aquí el carisma llamado «glosolalia», evidente en la primitiva Iglesia. Véase el comentario a 1 Corintios 13:8 para la discusión de si este fenómeno se da o no actualmente.

Versículos 5–13

Tenemos ahora un relato de la reacción del público al darse cuenta de este don extraordinario.

1. El gran concurso de gente que había ahora en Jerusalén. *Había en Jerusalén judíos que allí residían, varones piadosos, procedentes de todas las naciones bajo el cielo* (v. 5), es decir, judíos de muy diversa procedencia, pero que, a la sazón, se hallaban en Jerusalén. (A) Se enumeran en los versículos 9–11 algunos de los países de procedencia: al comenzar por el este, tenemos los *partos, medos, elamitas y habitantes de Mesopotamia,* lugares a los que, siglos antes, habían sido deportados los judíos; luego vemos, en el centro, *Judea;* vienen después los del norte de Judea: *Capadocia, Ponto y Asia* proconsular, también conocida como Asia Menor; al pasar al oeste, hallamos *Frigia y Panfilia;* y al dar la vuelta al sur, *Egipto y las regiones de África más allá de Cirene,* esto es, Libia; se mencionan a continuación *romanos visitantes* (no *residentes), tanto judíos como prosélitos* (circuncidados); finalmente, *cretenses y árabes.*

2. Se dice de todos estos judíos que *moraban en Jerusalén,* pero esto no quiere decir que tuviesen allí residencia fija, sino que, tras un viaje largo y costoso, habrían acudido para la Pascua y estaban allí todavía en Pentecostés (comp. 21:27), aparte de otros que, después de haber vivido por algún tiempo fuera de Palestina, desearían acabar sus días en la Tierra Santa.

3. El asombro de todos estos peregrinos y residentes al oír a los discípulos hablar en la lengua de sus respectivos países de procedencia. (A) *Quedaron desconcertados* (v. 6) *al oírles hablar en su propia lengua,* siendo *galileos* (v. 7) los que hablaban, pues pudieron notarlo en el acento, ya que hasta el arameo lo hablaban mal; pero Dios suele escoger lo débil y lo necio para confundir a los sabios y poderosos. (B) A pesar de ser galileos los que hablaban, los oyentes se llevaron una sorpresa agradable al oírles hablar en su propia lengua. Dice Trenchard: «Ya sabemos el agradable efecto que se produce cuando uno oye la lengua materna al estar entre extranjeros de otra habla». (C) Las cosas que oían eran *las grandezas* u obras poderosas (gr. *megaleia) de Dios.* Es probable que hablasen de Cristo, de la redención, de la gracia de Dios en las Buenas Noticias, pues todas ellas son cosas realmente *grandes.* (D) Aunque muchos de ellos conocerían bien el arameo, el oírles hablar en otras lenguas era para los oyentes más extraño y, por ello, mucho más convincente de que estas enseñanzas que oían eran de Dios. (E) También hallamos aquí una insinuación de que es voluntad de Dios que las Escrituras sean leídas y estudiadas en la lengua propia de cada uno.

4. La burla que algunos, probablemente de los escribas y fariseos, hicieron de esto (v. 13): *«Decían. Están llenos de mosto;* han bebido demasido en esta fiesta». Aunque el original dice: *«están llenos de* (vino) *dulce»,* la referencia es al jugo de uva sin fermentar, pero tan denso que resultaba más fuerte que el vino corriente; es lo que llamamos *mosto.* Fueron precisamente estos burladores los que no entendieron en su propio idioma lo que los apóstoles predicaban; por falta de la debida disposición, no se realizó para ellos el milagro. Como en tantas otras ocasiones, «oyendo bien, no entendían» (ya desde Is. 6:9, en numerosos lugares). Ya habían llamado «bebedor» al Maestro; no es extraño que llamasen así a sus discípulos.

Versículos 14–36

Primeros frutos del Espíritu en el sermón que, a continuación, predicó Pedro a todos los judíos allí asistentes, sin excluir a los burladores (v. 15). El sermón va dirigido a los *judíos* en general, y a *los habitantes de Jerusalén en particular.* El que había negado a Cristo vergonzosamente le confesaba ahora corajosamente. Aunque también otros discípulos hablaron, sólo el discurso de Pedro figura en el texto sagrado y (contra la opinión de M. Henry—nota del traductor—) parece ser, por el versículos 41, que fue precisamente por el impacto de su sermón por lo que se convirtieron los *tres mil.*

I. Introducción del sermón: *Pedro se puso en pie con los once* (v. 14). Los que estaban investidos de mayor autoridad fueron los primeros en levantarse para hablar a los burlones. Así también, entre los ministros de Dios, los equipados con los mejores dones están llamados a instruir y responder a los que se les oponen. Pedro *alzó la voz,* lo cual significa la solemnidad de la ocasión, más bien que la necesidad de hablar en alto debido a la enorme concurrencia. Invita primero a tomar buena nota de lo que va a decir y a prestar mucha atención a sus palabras (v. 14b).

II. A continuación, primero responde a la calumnia blasfema (v. 15): *«Estos no están ebrios, como vosotros suponéis.* Estos discípulos de Cristo, que ahora *hablan en otras lenguas,* hablan con buen sentido; no podéis decir que están borrachos, *puesto que es la tercera hora del día,* esto es, las nueve de la

mañana y, antes de esta hora, los judíos no comen ni beben cosa alguna en sábado ni en las fiestas solemnes».

III. Su relato de la efusión del Espíritu Santo, tanto por ser cumplimiento de las Escrituras como por ser fruto de la resurrección y de la ascensión de Cristo.

1. Era cumplimiento de cierta profecía del Antiguo Testamento y especifica Pedro la *del profeta Joel* (Jl. 2:28–32). Es de observar que, aun cuando Pedro estaba lleno del Espíritu Santo, no dejó a un lado las Escrituras, ni pensó que él pudiese estar por encima de ellas. Los discípulos de Cristo nunca pueden aprender algo superior a sus Biblias.

(A) El texto que Pedro cita (vv. 17–21). Se refiere a *los últimos días.* «Los últimos días» es una expresión genérica para designar el tiempo posterior a la primera venida del Mesías (comp. con 1 Jn. 2:18), y culminan en *el Día del Señor* (v. 20) o *Día de Jehová,* en que Dios juzgará a los enemigos de Israel e instaurará el reinado del Mesías, como se ve por el contexto anterior en la profecía de Joel. Como en otras muchas ocasiones, la perspectiva profética tiene aquí un doble plano. Pedro menciona los fenómenos que acompañarán al Día de Jehová porque le interesa llegar a la última frase de la profecía (Jl. 2:32): «Y *sucederá que todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo*» (v. 21, comp. con Ro. 10:13), lo cual es ya cierto en la dispensación del Evangelio de la gracia para todos.

(B) Nótese que Pedro no dice que *así se cumplió* la profecía de Joel, sino *esto es lo dicho por medio del profeta Joel* (v. 16), es decir, aquí *se cumplía algo* de dicha profecía: una efusión del Espíritu *sobre toda carne* (v. 17), no sobre todos los hombres, sino sobre judíos y gentiles, nobles y esclavos, sin discriminación. Lo de las *«visiones» y* el *«profetizar»* (vv. 17, 18), como efecto de dicha efusión del Espíritu estaba a la vista en la glosolalia, quizás extática, de los discípulos (v. 4). Los fenómenos atmosféricos de los versículos 19 y 20 que, en muchas ocasiones, acompañan a la manifestación majestuosa y terrible de Dios, apuntan explícitamente al futuro, al Día de Jehová, y nadie puede demostrar (como lo intenta M. Henry—y muchos otros—) que se cumpliesen en la destrucción de Jerusalén el año 70 de nuestra era (nota del traductor).

2. Era un don del Señor Jesús (v. 33), por lo que Pedro toma ocasión de aquí para predicarles a Cristo (v. 22). Vemos:

(A) Un resumen de la vida de Jesús (vv. 22, 23), a quien llama *Jesús de Nazaret.* Y añade: *«varón acreditado por Dios entre vosotros;* censurado y condenado por los hombres, pero aprobado por Dios. Vosotros mismos sois testigos de la fama que adquirió por los *milagros, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de Él, como vosotros mismos sabéis»* (v. 22). Véase el énfasis que pone Pedro en los milagros de Cristo: hechos conspicuos, sobrenaturales, realizados en medio de ellos, por lo que no podía negarse la correcta inducción de que *Dios lo marcaba con su sello* (Jn. 6:27, lit.) como a Hijo de Dios y Salvador del mundo.

(B) Una explicación profunda del misterio que encerraba el que un hombre así aprobado por Dios sufriese una muerte tan ignominiosa como si estuviese abandonado y desamparado por Dios (v. 23): Los ejecutores de la muerte de Cristo cometieron el crimen más abominable de todos los siglos *al crucificar por manos de inicuos* (es decir, los paganos romanos, sin la Ley) al Hijo de Dios, pero el que movía todos los hilos de la trama (el mayor responsable, pero el menos culpable) era el mismo Dios Padre que, por medio de esa muerte en cruz, se proveía a Sí mismo del único sacrificio aceptable para la redención del mundo al precio de la sangre de Su Hijo; por esta parte, la muerte de Cristo era la obra magna de Dios; la gran proeza, por excelencia, de su sabiduría, su poder y su amor infinitos.

(C) Un vibrante testimonio de la resurrección de Cristo (v. 24): *al cual Dios resucitó.* La frase *«sueltos los dolores de la muerte»* indica, por una parte, algo así como la salida de una prisión, conforme al hebreo del Salmo 18:5, tomando la cita de los LXX, donde, en lugar de «ataduras» se lee «dolores»; el griego *odinas* significa dolores de parto, como si el sepulcro sufriese dolores de parto y no pudiese contener en sus entrañas a Cristo. *«Era imposible*—dice Pedro—*que Cristo fuese retenido por ella* (la muerte)», no sólo porque Cristo es *el Autor de la vida* (3:15), sino también porque la resurrección era el respaldo que Dios daba a la obra de la Cruz y, a la vez, la apertura de la fuente de la vida para todos los creyentes y la inauguración de la nueva humanidad (v. el comentario a Ro. 4:25).

(D) Pedro no se contenta con atestiguar el hecho de la resurrección, ya que el pueblo no había visto al resucitado (10:41), sino que invoca el testimonio de las Escrituras. (a) Primero, del Salmo 16:8–11 (vv. 25 al 28) de acuerdo con la tradición judía, apoyada en la versión de los LXX, ya que el hebreo no hace

referencia a la resurrección ni a la inmortalidad (v. el comentario a dicho salmo) y deduce (vv. 29–31) que David, *siendo profeta … habló de la resurrección de Cristo,* por donde vemos, una vez más, que la intención del Espíritu Santo sobrepasa, en muchos lugares, la percepción consciente de los mismos escritores sagrados (comp. 1 P. 1:10–12). (b) Del Salmo 110:1, cita que se repite 16 veces en el Nuevo Testamento y que el propio Jesús había usado (v. Mt. 22:41–45) para demostrar que era el Mesías, pues David le había reconocido como «Señor» suyo, siendo «hijo suyo».

(E) Tras atestiguar de nuevo el hecho de la resurrección de Cristo (v. 32), Pedro explica la efusión del Espíritu Santo sobre los discípulos, cuyos efectos podían ver todos los presentes, en función de la exaltación de Cristo a la diestra del Padre, ya que sólo después de recibir el espaldarazo de «Vencedor» al ascender a los cielos pudo derramar, con el Espíritu Santo, la fuente de todos los dones otorgados a su Iglesia (v. Ef. 4:8–10).

(F) Pedro finaliza su magnífico mensaje con una valiente y poderosa peroración (v. 36): *«Por tanto, que todo el pueblo de Israel lo sepa con absoluta seguridad: Dios ha constituido como Señor y como Mesías a este mismo Jesús a quien vosotros crucificasteis»* (Nueva Versión Internacional). Antes de su resurrección, a nadie se le debía decir que Jesús era el Mesías (v. por ej., Mt. 17:9), a causa de las falsas ideas de la gente (v. Jn. 6:15), pero ahora debían proclamarlo. Jesús ya era antes *Señor y Cristo* (hebr. Mesías), pero ahora Dios lo *hacía,* es decir, lo constituía públicamente al exaltarlo con una gloria sin par. El original dice *«la casa de Israel»* por su «sentido de familia, que toma el nombre de su jefe o antepasado», como dice Leal. Nótese el contraste que Pedro establece entre la glorificación de Cristo por obra del Padre, y su crucifixión por obra de los mismos asistentes al sermón. Ambos elementos eran necesarios en la peroración de Pedro. No basta con predicar la salvación; es preciso predicar el pecado, la perdición, sin la que la salvación no tiene sentido.

Versículos 37–41

Hemos visto el maravilloso efecto que sobre los predicadores del Evangelio tuvo la efusión del Espíritu Santo. Ahora veremos otro bendito fruto de la efusión del Espíritu Santo en su impacto en los oyentes del Evangelio. Desde la primera proclamación del divino mensaje, se manifestó que iba acompañado de divino poder. Tenemos aquí los primeros frutos de aquella amplia cosecha de almas que fueron agregadas al Cuerpo de Cristo. Veamos los pasos que siguió este método.

I. Los oyentes sintieron agudas punzadas en su conciencia (v. 37): «*Al oír esto, se compungieron* (lit. *fueron punzados)* de corazón». El mensaje caló hondo en el corazón de muchos oyentes, y el Espíritu Santo les convenció de pecado, del gran crimen de haber dado muerte de cruz al Hijo de Dios. Un mensaje con tal poder cambió súbitamente en corazones blandos, de carne, los corazones de piedra.

II. Tras la convicción de pecado, vino el deseo ardiente de gracia salvífica (v. 37b): *«Dijeron a Pedro y a los demás apóstoles* (pues formaban grupo conjunto de testigos): *Varones hermanos* (la misma expresión de Pedro en el v. 29) *¿qué haremos?* Se llaman «*hermanos»* por ser miembros de la misma *«casa de Israel»* (v. 36), lo que contrasta con el *«Señores»* (16:30) del carcelero de Filipos, perteneciente a la gentilidad. La pregunta viene a significar lo siguiente: «Puesto que hemos cometido tan horrendo crimen, ¿qué podemos hacer para ser perdonados de él?» Hablan como quienes han comprendido lo mucho que se jugaban en su caso, y están dispuestos a cualquier cosa, con tal de obtener la paz de conciencia y el perdón del pecado.

III. La respuesta de Pedro a tan angustiosa pregunta (v. 38): *«Pedro les dijo: Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo»*. Los judíos creían en el Dios verdadero, pero tenían un falso concepto acerca de Jesús como el Mesías que había de venir. De ahí que el énfasis de la respuesta de Pedro se centra en el *cambio de mentalidad* (sin excluir la fe, como se ve por el versículo 41: *los que acogieron la palabra) para el perdón de los pecados.* También esto contrasta con 16:31: *«Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo»,* donde el énfasis está en la fe, por ser idólatra el carcelero (comp. con 20:21, donde se combinan admirablemente los dos aspectos). El hecho de que se haga mención del «*bautismo»* en este contexto (toda la sección es nota del traductor) ha llevado a muchos a uno de dos extremos, falsos ambos en mi opinión: 1. Que el *«bautismo»* de que aquí se habla no tiene nada que ver con el agua, sino que indica el

interior de la fe en el Señor (como en 1 Co. 12:13). El contexto posterior está en contra de esta interpretación (comp. Mt. 28:19 y Hch. 8:35–38). 2. Que el bautismo de agua es necesario para el perdón de los pecados. Esta interpretación es igualmente errónea (v. el comentario a Mr. 16:15). También es de notar que el bautismo es *en el nombre de Jesucristo,* el Mediador de la salvación; esta fórmula se mantiene constantemente en el libro de Hechos, a pesar de Mateo 28:19 (v. Hch. 8:16; 10:48; 19:5). Esta aparente anomalía se resuelve si tenemos en cuenta que, sólo injertados en Cristo, es como pasamos a formar parte de la familia divina (v. Ro. 6:3 y ss.).

IV. El ánimo que les da Pedro para que cumplan con estas condiciones. 1. *Tendrán el perdón de los pecados.* Como si dijese: Arrepentíos de vuestro pecado y no seréis arruinados por vuestro pecado; recibid, por fe, la palabra de Cristo y quedaréis justificados y unidos a Cristo. 2. *Recibiréis el don del Espíritu Santo,* pues el regalo del Espíritu Santo ha sido prometido *para vosotros y para vuestros hijos* (gr. *téknois*, es decir, no «niños», sino «descendientes») y, puesto que la profecía de Joel abarcaba a *«toda carne»*, también *para los que están lejos.* Aunque esta frase pudo significar, en boca de Pedro, los judíos de la dispersión, bien puede ser que el Espíritu Santo (v. Ef. 2:13) quisiera incluir a los gentiles que habían de recibir la promesa como espiritual descendencia de Abraham (v. Gn. 12:2, 3; Ro. 4:16). 3. Las promesas del Antiguo Testamento solían adoptar forma colectiva, pero las invitaciones del Nuevo Testamento suelen formularse de modo personal, como aquí: *«cada uno de vosotros»* (v. 38). Como si dijese: «Incluso los mayores criminales, los más inicuos pecadores, entre vosotros serán bien acogidos si se arrepienten y creen. En Cristo hay gracia suficiente para el mundo entero y para cada uno de los pecadores, así como la hay para todos y cada uno de los santos.

V. El versículo 40 («Y *con otras muchas palabras, etc.»)* da a entender claramente que lo que aquí refiere Lucas del mensaje de Pedro es sólo un resumen, el núcleo de su sermón. Una de las frases, no incluida anteriormente en el sermón, es (v. 40b): *«Sed salvos de esta perversa generación».* Aunque esta frase tiene aplicación general al mundo incrédulo (v. Fil. 2:15), tiene aplicación especial a los que, de la nación de Israel, eran todavía rebeldes a la proclamación del Evangelio, pues la frase se había hallado varias veces en labios de Jesús mismo. Venía a decirles Pedro: «Ya que habéis participado de los pecados de ellos no participéis de su actual rebeldía, a fin de que no seáis partícipes de su ruina». Si consideramos la rapidez con que la corriente del mundo (Ef. 2:2) se lleva a los pecadores impenitentes a la eterna condenación, debemos preferir nadar contracorriente antes que ser sumergidos con ellos en el mismo abismo. Quienes se arrepienten de sus pecados y ponen su confianza en el Señor han de dar prueba de la sinceridad de su conversión y romper con las malas compañías que antes frecuentaban (v. 1 P. 4:4).

VI. La espléndida cosecha de este primer sermón de Pedro (v. 41): *«Así que los que acogieron bien su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas* (lit. *almas)».* El Espíritu Santo obró con la palabra para *salvación a todo aquel que cree* (Ro. 1:16) y todos los que creyeron (lo cual supone que eran bastante adultos para creer personalmente—comp. con 16:31–34—) sellaron su fe con la profesión pública de la recepción del bautismo. Leemos que *se añadieron,* es decir, a los discípulos, los cuales formaban el embrión de la Iglesia naciente (comp. v. 47); añadidos a la Iglesia, no por la Iglesia misma, sino *por el Señor* (v. 47). El original griego dice que *recibieron con agrado la palabra;* no basta con *oírla con agrado,* pues también Herodes Antipas *oía con gusto* al Bautista (Mr. 6:20, comp. con Mt. 13:20), *pero no recibía la palabra.* La conversión de 3.000 personas tras un solo sermón fue mayor milagro que la alimentación de 5.000 con unas pocas hogazas de pan. La frase *«se añadieron»* nos da a entender también que quienes reciben a Cristo como su Salvador, han de tomar como hermanos y miembros del mismo Cuerpo a todos los demás que son salvos. Gran tarea tuvieron los apóstoles en el bautismo de tantas personas. El espíritu Santo les había movido, no sólo las lenguas para predicar, sino también las manos para bautizar.

Versículos 42–47

En estos versículos tenemos la historia de la realmente primitiva Iglesia, en su estado de infancia, es cierto, pero también, por eso mismo, en el de su mayor inocencia.

1. Vemos primero como un esbozo del programa de la vida eclesial (v. 42). (A) Eran diligentes y constantes en su asistencia a *la enseñanza de los apóstoles.* Tan pronto como se sintieron vivos con vida

espiritual anhelaron la leche espiritual de la Palabra de Dios (1 P. 2:2). Todo creyente que no se interesa en el conocimiento de la Palabra de Dios tiene motivos para dudar de si ha nacido de nuevo. (B) *Se ocupaban* también *en la comunión unos con otros.* Este compañerismo santo que comporta el generoso compartir con todos los hermanos se echa de ver por lo que leemos a continuación (vv. 44–46, así como 4:32–36). Esta nota de comunión *unánime* se percibe a lo largo de todo el Libro. (C) Aunque el *«partir el pan por las casas»* del versículo 46 es muy probable que se refiera a los ágapes celebrados en común, *el partimiento del pan* que se menciona en el versículo 42 significa, con toda probabilidad, la celebración de la Cena del Señor, por estar inserto en el programa de actos oficiales de la Iglesia. (D) En último lugar se menciona su asidua participación comunitaria *en las oraciones,* no porque éste sea el elemento menos importante de la vida eclesial, sino porque, como bien hace notar el Dr. Lloyd-Jones, no se puede orar en común sino con los que tienen una misma fe y un mismo amor. Aparte de este esbozo de programa, se menciona (v. 47) *la alabanza a Dios,* con lo que no se añade, en realidad, un nuevo elemento, pues toda oración sincera debe comenzar por la alabanza.

2. Tras el paréntesis del versículo 43, que menciona el temor religioso del pueblo (simpatizantes, pero todavía indecisos) y los milagros que seguían llevándose a cabo por los apóstoles, viene una porción que pone de relieve el mutuo amor práctico de los primitivos cristianos (vv. 44–47). (A) *Estaban juntos,* no porque vivieran todos bajo el mismo techo (comp. v. 46), sino porque se reunían con mucha frecuencia, y expresaban su mutuo amor con el deseo de la mutua presencia. (B) *Juntos poseían* en común todas las cosas, al ser la necesidad de cada uno la pauta para la distribución (vv. 44b, 45, comp. con 4:32 y ss.). No lo hacían porque les obligase alguna ley (v. 5:4), sino porque les impulsaba el amor, que tiene mayor fuerza que todas las leyes. El egoísta dice: «Lo tuyo es también mío». El altruista dice: «Lo mío es también tuyo». (C) *Juntos acudían a los actos religiosos del templo* (v. 46), antes de que se efectuase paulatinamente la separación. (D) *Juntos comían por las casas,* es decir (probablemente; comp. con 5:42), *casa por casa,* invitándose recíprocamente para *comer juntos con alegría y sencillez de corazón* (v. 46b), donde se nota el *gozo* como elemento que no puede faltar donde existe el *amor* (v. Gá. 5:22). El vocablo que Lucas usa para *«sencillez»* significa «llaneza», es decir, carencia de ostentación y suntuosidad; no hacían comidas «especiales» para los invitados.

3. *El Señor* daba su «Visto Bueno» a esta vida comunitaria de la primitiva Iglesia, *añadiéndoles cada día a los que iban siendo salvos* (v. 47), es decir, a los que habían sido puestos en el camino que conduce a la salvación final (comp. con 13:48). También se nos dice que *tenían favor con todo el pueblo.* Aunque no todo el pueblo se convirtiese a la fe cristiana, la reacción general era de simpatía; lo que demuestra que la enemistad que habían demostrado anteriormente al pedir la crucifixión del Señor se debía mayormente a la influencia nefasta que sobre ellos habían ejercido los líderes religiosos de Jerusalén.

CAPÍTULO 3

En este capítulo tenemos un milagro y un sermón. I. El milagro fue la curación instantánea de un cojo de nacimiento (vv. 1–8), y la impresión que esto causó en el pueblo (vv. 9–11). II. El objetivo del sermón fue traer personas a Cristo a fin de que se arrepintiesen del pecado de haberle crucificado (vv. 12–19), y creyesen en Él ahora que había sido glorificado (vv. 20–26).

Versículos 1–11

Se nos había dicho (2:43) que *muchos prodigios y señales eran hechos por los apóstoles.* Aquí tenemos un ejemplo.

1. Las personas mediante las cuales fue llevado a cabo este milagro fueron Pedro y Juan. Ambos tenían cada uno de ellos un hermano en el colegio apostólico; sin embargo, los vemos más unidos entre sí que con sus respectivos hermanos, pues el vínculo de la amistad es con frecuencia más fuerte que el del parentesco. Pedro y Juan parecen haber tenido una amistad más íntima después de la resurrección de Cristo que anteriormente. Ésta era una nueva prueba de que Pedro, tras su arrepentimiento, volvía a ser acepto a Dios, al hacer que el discípulo amado de Jesús fuese el amigo íntimo suyo.

2. Se nos detallan también el tiempo y el lugar del milagro. Fue *en el templo,* adonde *Pedro y Juan habían subido juntos.* Allí había bancos de peces entre los que había que echar la red del Evangelio. Bueno es subir al templo para asistir a los servicios religiosos; y todavía mejor cuando subimos juntos, pues la mejor compañía es la que se forma para adorar y alabar a Dios. El tiempo era *la hora novena, la de la oración,* es decir las tres de la tarde, hora de la oración principal. Así como hay casa de oración, debe haber también hora de oración. Aunque los cristianos han de estar en actitud constante de oración, es bueno separar ciertas horas especiales, no para atar la conciencia, sino para alertarla.

3. El paciente en quien se operó el milagro (v. 2) era un cojo de nacimiento, caso triste, que se veía forzado *a pedir limosna,* ya que no podía ganarse el sustento por medio del trabajo. *Lo ponían cada día a la puerta del templo.* Los que están en necesidad y no pueden trabajar, no han de avergonzarse de mendigar. Una muestra de nuestra sincera devoción a Dios cuando vamos a su casa es la disposición a ser generosos con quienes pasan necesidad. ¡Lástima que, muchas veces, haya tunantes que se hacen pasar por necesitados cuando no lo están! Pero es mejor dar de comer a diez zánganos que dejar morirse de hambre a una sola abeja. La puerta del templo junto a la que este cojo mendigaba *se llamaba la Hermosa,* y nada perdía de su belleza por el hecho de que un cojo mendigase a su entrada. *Al ver a Pedro y a Juan ... les rogaba que le diesen limosna* (v. 3). Pidió limosna, pero obtuvo curación, que es mucho mejor.

4. Aquí tenemos la forma en que se llevó a cabo dicha curación.

(A) Su esperanza y su fe fueron alertadas. Pedro, en lugar de apartar de él los ojos, *los fijó en él* (v. 4). Lo mismo hizo Juan. Le dijo Pedro: *¡Míranos!* Esto le hizo pensar al cojo que *iba a recibir de ellos algo* (v. 5), por lo que *les estuvo atento.* Hemos de llegarnos a Dios con mente atenta y corazón dispuesto, alzar los ojos al cielo y esperar recibir de allí algo.

(B) Su expectación no quedó decepcionada (v. 6). *«Pedro dijo. No poseo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda».* Lo que los creyentes ponían a los pies de los apóstoles había de distribuirse primero entre los necesitados de la Iglesia, y lo que así se deposita debe ser estricta y fielmente guardado y administrado. Pero Pedro tenía algo mejor que dinero para darle a este pobre cojo: la curación, por medio de la cual quedaría capacitado para ganarse el sustento por sí mismo. *Lo que tengo te doy,* dijo Pedro. Los que no tienen dinero para las cosas de Dios tienen, al menos, ojos, brazos y pies para el servicio de Dios y de sus hermanos. La curación fue llevada a cabo *en el nombre de Jesucristo de Nazaret* y mediante un dulce mandato: *¡Levántate y anda!* Aunque ya podía hacerlo, Pedro le tendió una mano para ayudarle a levantarse, y *al momento se le consolidaron los pies y los tobillos* (v. 7). Cuando Dios, mediante su Palabra, nos manda caminar en sus mandamientos, también nos da su Espíritu para que nos tome de la mano y nos levante. Cuentan (nota del traductor) que el papa Urbano IV mostró a Tomás de Aquino gran cantidad de dinero que tenía encima de la mesa y le dijo: Ya ves, Tomás, no puedo decir, como Pedro: No poseo plata ni oro. A lo que respondió el de Aquino: Tampoco puedes decirle a un cojo: Levántate y anda.

5. La impresión que la curación hizo en el paciente mismo (v. 8): *«De un salto se puso en pie y comenzó a andar».* Tan pronto como cobró la energía suficiente, la mostró sobradamente, no sólo andando, sino saltando. Los que han experimentado la obra de la gracia de Dios han de dar evidencia de la gracia que han recibido. ¿Ha puesto Dios fuerza dentro de nosotros? Pongámonos en pie resueltamente para servirle y caminemos alegremente con Él. *El cojo tenía asidos a Pedro y a Juan* (v. 11). En un transporte de gozo asía de ellos y no los dejaba, atestiguando así el afecto que les había cobrado. Es natural que quienes han sido curados por Dios cobren afecto hacia los que han sido instrumentos de Dios para su curación, con tal que este afecto no degenere en carnalidad. El cojo recién curado entró con ellos en el templo; allí también fue hallado el lisiado a quien Cristo curó (Jn. 5:14). Iba *andando, saltando y alabando a Dios* (v. 8). Las fuerzas, tanto físicas como mentales y espirituales, que de Dios hemos recibido, han de ser usadas para su servicio y alabanza, como hizo este cojo. Estos «saltos» se dan con mayor frecuencia en los recién convertidos.

6. Cómo reaccionaron las personas que presenciaron este milagro. (A) Estaban plenamente convencidos de la realidad del milagro, pues, *al verle andar y alabar a Dios* (v. 9), *le reconocían que era el que se sentaba a pedir limosna a la puerta del templo* (v. 10). Por tanto tiempo se había sentado allí a mendigar que todos le conocían. Ahora clamaba al alabar a Dios con mayor fuerza que lo hacía cuando pedía limosna. La bendición recibida se perfecciona cuando es debidamente agradecida. (B) *«Se llenaron de asombro y estupor por lo que le había sucedido»* (v. 10b); *todo el pueblo estaba atónito* (v. 11). Parece ser que uno de los efectos de la efusión del Espíritu Santo fue el que la gente se sintiese mucho más

impresionada por los milagros de los apóstoles que como lo habían estado al presenciar los milagros del mismo Cristo. (C) Se reunieron en torno a Pedro y Juan: *«Todo el pueblo corrió hacia ellos al pórtico que se llama de Salomón»* (v. 11b). Allá se congregó el pueblo para contemplar este gran milagro.

Versículos 12–26

Sermón que predicó Pedro en esta ocasión. *Viendo esto Pedro* (v. 12). Cuando vio Pedro que el pueblo se reunía en torno de ellos, aprovechó la oportunidad para predicarles a Cristo. Al ver que la gente estaba impresionada por el milagro, se apresuró a sembrar la semilla del Evangelio en tierra que estaba preparada para recibirla y, con toda humildad, atrajo hacia Jesucristo la atención que la gente estaba prestándoles a ellos.

1. No se atribuye a sí mismo el honor del milagro. Se dirige a ellos llamándoles *«varones israelitas»,* a quienes pertenecían no sólo la Ley y las promesas, sino también el Evangelio y sus efectos. Dos cosas les pregunta: (A) *«¿Por qué os maravilláis de esto?»* Era, sí, algo maravilloso, pero mucho menos que lo que Cristo había hecho unos pocos meses antes, al resucitar a Lázaro de los muertos. A los necios les parece extraordinario lo que les habría resultado ordinario en otras ocasiones si hubiesen prestado la atención necesaria. (B) *«¿Por qué ponéis los ojos en nosotros?»* Es cierto que *habían hecho andar* (v. 12b) al cojo, pero no lo habían hecho *por su propio poder o piedad,* sino que aquel poder procedía totalmente de Cristo y no lo habían obtenido por ser más santos que los demás, pues eran también hombres pecadores (comp. con 10:26). Los instrumentos de Dios no deben ser convertidos en ídolos de la gente. Lo que es de alabar en Pedro y Juan es precisamente que no se atribuyeron a sí mismos el honor de este milagro, sino que lo transmitieron fielmente a Cristo. La utilidad de un siervo de Dios está en razón directa de su humildad.

2. Les predica a Cristo.

(A) Les muestra primero que Cristo era el Mesías prometido a los *padres,* a los primeros antepasados del pueblo de Israel (v. 13). *El Dios* de los patriarcas de Israel *había glorificado* así *a su Siervo Jesús.* Que el griego *paida*—nota del traductor—ha de verterse aquí por «Siervo» y no por «Hijo» se muestra en la implícita referencia de Pedro al cántico del Siervo de Jehová en Isaías 52:13–53:12.

(B) Les culpa lisa y llanamente de la muerte de Jesús (v. 13b): *«a quien vosotros entregasteis»,* clamando contra Él como si hubiese sido un criminal de la más baja ralea; *le negasteis delante de Pilato,* os negasteis a reconocerle como el Mesías prometido porque no vino con el aparato majestuoso y la pompa que esperabais. Fuisteis peores que Pilato, puesto que *él había resuelto ponerle en libertad. Y no sólo* (v. 14) *negasteis al Santo y al Justo,* que son algo muy superior a la inocencia, *sino que pedisteis que se os concediera de gracia un homicida, y* (v. 15) *matasteis al Autor de la vida;* preservasteis la vida de un asesino, destructor de la vida, y se la quitasteis al Salvador, autor de la vida». ¡Qué cúmulo tan enorme de circunstancias agravantes!

(C) Testifica acerca de la resurrección de Cristo (v. 15b), como lo había hecho en el sermón anterior (2:32): «Creíais que habíais acabado de una vez con el Autor de la vida, pero *Dios lo ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos».*

(D) Atribuye la curación del cojo al poder de Cristo (v. 16): *«Y por la fe en su nombre, a éste, que vosotros veis y conocéis, le ha consolidado su nombre».* Nótese la repetición del «nombre», que es un sustituto de la «persona». Es Cristo mismo quien ha dado el poder para esa curación, obtenida por medio de la fe en Él; más aún, esa fe *es por medio de Él,* como vienen todas las gracias por medio del Mediador universal entre Dios y los hombres. Vemos, pues, que Pedro apela: (a) al testimonio de ellos mismos sobre la verdad del milagro: *«a éste, que veis y conocéis»* (lit., el pronombre personal no figura en el griego). La *completa sanidad* le ha sido dada *en presencia de todos vosotros.* (b) El poder ha venido del Autor de la vida, del general en jefe, aunque se ha valido de un subalterno para llevar a cabo el milagro. Se ha hecho *por fe en su nombre* para que Él se lleve la gloria y el honor. (c) Cristo mismo ha dado la fe necesaria para creer en su nombre; es el Cristo ascendido y glorificado (comp. con Jn. 6:44) el que da ese poder, lo cual no quita la responsabilidad de venir a Él por fe (v. Jn. 3:16, 36; 5:40; 8:24, etc.).

3. Les anima con la esperanza de hallar gracia y perdón. Hace todo lo posible para convencerles de pecado, pero tiene sumo cuidado en no conducirles a la desesperación. (A) Comienza mitigando la enormidad del crimen con la circunstancia atenuante que implicaba la ignorancia. Antes (v. 12) les había llamado *«varones»;* ahora les llama *«hermanos»* (v. 17) y bien podía llamarles así, pues también él,

Pedro, *había negado al Santo y al Justo,* y jurado que no le conocía. Con toda caridad y comprensión añade: *«Ya sé que por ignorancia lo habéis hecho, como también vuestros gobernantes».* Este lenguaje es parecido al del mismo Señor en la Cruz: *«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»* (Lc. 23:34). Fueron los líderes los que obraron con peor voluntad; el pueblo llano se dejó arrastrar por la corriente (comp. con 1 Ti. 1:13). (B) Mitiga también los efectos del crimen al decir (v. 18): *«Pero Dios ha cumplido así lo que había antes anunciado por boca de todos los profetas, que su Cristo había de padecer»* (v. Lc. 24:26, 46). Como si dijese: «Aun cuando vosotros pensabais que estabais cumpliendo vuestro propio plan, era el propósito de Dios el que se cumplía, no el vuestro». Esto no suprimía la culpabilidad de ellos al odiar y perseguir a Cristo hasta darle muerte, pero les daba ánimo para arrepentirse con esperanza segura de perdón, ya que la misma muerte de Cristo estaba destinada a proveer el fundamento para el perdón de los pecados.

4. Les exhorta a hacerse cristianos.

(A) Les dice lo que han de creer. Deben creer que Jesucristo es la simiente prometida (v. 25). *Jesús,* que era de *la simiente de Abraham, según la carne* (v. Gá. 3:16), es aquel en quien *todas las familias de la tierra habían de ser benditas,* no sólo la familia de Israel. También deben creer que Jesucristo es profeta, *aquel profeta como Moisés,* a quien Dios había prometido que *levantaría de entre sus hermanos* (v. 22). Por medio de Cristo nos habla Dios (He. 1:1, 2), *como Moisés,* pues nos libró de la esclavitud del pecado, así como Moisés los libertó de la esclavitud de Egipto. Moisés fue fiel como siervo, pero Cristo lo fue como Hijo (He. 3:5, 6). Moisés fue modelo de humildad y paciencia; más aún, Cristo. Israel fue favorecido con la bendición de muchos profetas *desde Samuel en adelante* (v. 24), pero ellos trataron mal a todos los profetas, por lo que, después de todos ellos, les envió Dios su propio Hijo. Deben creer que *han de venir de la presencia de Dios tiempos de refrigerio,* es decir, de consolación (v. 19); serán *los tiempos de la restauración de todas las cosas* (v. 21), anunciados *por boca de los santos profetas de Dios,* y es entonces cuando el Señor *ha de venir* por segunda vez (v. 20). Dice J. Leal: «Los tiempos de la *consolación* son los tiempos del final del mundo … Y *mande* (envíe) se refiere a la segunda venida escatológica de Jesús … Este tiempo final es el que coincide con la restauración del reino de que hablaban los discípulos en 1:6, 7. Entonces tendrá lugar la era mesiánica de la paz y consolación prometida».

(B) Les dice lo que han de hacer. Deben *arrepentirse* (v. 19), cambiar de mentalidad, y *convertirse,* darse media vuelta de cara a Dios (v. 1 Ts. 1:9), y aceptar como Mesías, Ungido de Dios, al que ellos habían matado. No es suficiente con arrepentirse del pecado, hay que convertirse de él y no volver a darle la cara, sino la espalda. Deben escuchar a Cristo, según había profetizado y ordenado (v. 22b): *«a Él oiréis en todas las cosas que os hable»,* oírle con fe, como se debe oír a un profeta, especialmente a tal profeta como Cristo, y oírle con obediencia plena: *«en todas las cosas».* Arriesgamos nuestra eternidad si nos hacemos el sordo a las palabras de Jesús (v. 23): «*Y toda alma* (persona) *que no oiga a aquel profeta, será totalmente exterminada del pueblo».* Los que no quieran ser amonestados y aconsejados por el Salvador no pueden esperar otra cosa que caer en manos del Destructor.

(C) Les dice lo que han de esperar. (a) El perdón de los pecados (v. 19): *«para que sean borrados vuestros pecados».* Con el perdón se borra el pecado como si no hubiese existido, pues cuando Dios perdona, también olvida; pero no ha de esperarse este perdón si no hay arrepentimiento. La esperanza del perdón habría de ser un gran incentivo para convertirse a Dios. (b) Una vez perdonados los pecados, es consoladora la esperanza de ser bendecidos con el refrigerio que traerá consigo la Segunda Venida del Señor (vv. 20, 21). Ahora no le vemos, porque lo *retiene el cielo,* pero *cuando se manifieste … le veremos tal como Él es* (1 Jn. 3:2). Ahora *andamos por fe,* la cual es *evidencia de lo que no se ve* (He. 11:1). Y cuando Él venga a juzgar al mundo, nosotros no seremos condenados con el mundo (1 Co. 11:32).

(D) Les dice qué fundamentos tienen para esperar estas cosas si se convierten a Cristo.

(a) Como israelitas, eran la nación favorecida por Dios más que ninguna otra (v. 25): *«Sois los hijos de los profetas y del pacto».* Era un doble privilegio: Pertenecían al pueblo del que habían surgido los profetas de Dios y al que Dios enviaba sus profetas, cuyas palabras se oían cada sábado en la sinagoga (13:27); esto debía animarles a unirse a Cristo. Cuantos tenemos la Biblia hemos de cuidar de no recibir en vano la gracia de Dios. Además, eran *los hijos,* es decir, los herederos *del pacto que Dios había hecho con sus padres.* La promesa era, en primer término, para ellos. Si todas las familias de la tierra habían de ser bendecidas en Cristo, mucho más sus compatriotas según la carne.

(b) Como israelitas, a ellos se ofrecía en primer lugar la gracia del Nuevo Testamento (v. 13:46). A ellos fue enviado en primer lugar el Redentor, lo cual les animaba más aún a esperar que, si se arrepentían, *a ellos les había de bendecir en primer lugar* (v. 26). Se pone aquí de relieve, *primero,* de dónde había recibido Cristo su misión: *«Dios ... lo ha enviado»;* lo *había resucitado* y lo había manifestado como Mesías con poder al enviar el Espíritu Santo para convencerles de pecado; *segundo,* a quiénes había sido enviado: *«en primer lugar, para vosotros».* El ministerio personal de Cristo, como el de los profetas de antaño, había estado confinado a Israel, *a las ovejas perdidas de la casa de Israel* y, por eso, había prohibido a los discípulos pasar la frontera. Después de su resurrección, es cierto que habían de proclamar el Evangelio hasta los últimos confines de la tierra, pero *comenzando por Jerusalén* (Lc. 24:47). Y, cuando iban a otras naciones, primero predicaban a los judíos que allí se hallaban. Lejos de ser excluidos por haber dado muerte a Cristo, fueron preferidos al ser predicado el Evangelio primero a ellos, después de la resurrección del Señor. *Tercero,* con qué fin fue enviado Cristo a ellos (v. 26): «*lo ha enviado para bendeciros;* no para condenaros, como lo merecéis, sino para justificaros». El objeto de la venida de Cristo al mundo es bendecirnos y, cuando se marchó del mundo, dejó tras sí bendición, pues *«mientras los bendecía se fue alejando de ellos»* (Lc. 24:51). Por medio de Cristo es como nos envía Dios sus bendiciones y sólo por medio de Él hemos de esperar recibirlas. La gran bendición fue *hacer que cada uno se convierta de sus maldades* (v. 26b), pues así quedamos en disposición de recibir todas las demás bendiciones. El pecado es aquello a lo que por naturaleza nos adherimos; el designio de la gracia de Dios es apartamos de él y volvernos contra él, de forma que no sólo lo abandonemos, sino también lo aborrezcamos.

CAPÍTULO 4

I. Pedro y Juan son arrestados y examinados por un comité del gran Sanedrín (vv. 1–7). II. Confiesan valientemente lo que han hecho y predican a Cristo ante sus perseguidores (vv. 8–12). III. Éstos les imponen silencio y los despiden (vv. 13–22). IV. Ellos luego se dirigen a Dios en oración para que siga obrando en ellos con la gracia y el poder que ya habían experimentado (vv. 23–31). V. Dios les expresa su aprobación por medio de señales manifiestas de su presencia entre ellos (vv. 32–33). VI. Los creyentes aparecen íntimamente unidos entre sí con santo amor, y la Iglesia florece más que nunca (vv. 34–37).

Versículos 1–7

1. A pesar de la oposición que los poderes de las tinieblas van a hacer a la labor de los apóstoles, Pedro y Juan continúan en su obra, y su trabajo no es en vano. (A) Los predicadores proclaman fielmente la doctrina de Cristo (v. 1): *«hablaban al pueblo»,* y enseñaban a los no creyentes, para su convicción y conversión; y a los creyentes, para su consuelo y consolidación. *«Anunciaban en Jesús la resurrección de entre los muertos»* (v. 2). En la persona de Jesús se había dado la verificación de que resucitar de los muertos era posible, pues Él había resucitado (comp. 1 Co. 15:12–16). Y la resurrección de Cristo era precisamente la garantía del milagro de la curación del cojo. No se metían en asuntos temporales, sino que se atenían a su misión, al decir al pueblo que el cielo es la meta, y que Cristo es el camino. (B) Los oyentes recibieron, en gran número, la palabra (v. 4): *«Muchos de lo que habían oído la palabra, creyeron; y el número de los varones llegó a ser de unos cinco mil».* Esto significa que a los 3.000 convertidos en el primer sermón de Pedro se añadieron ahora 2.000 varones con lo que los miembros de la Iglesia de Jerusalén ascendían a unos 5.000, sin contar las mujeres; una congregación muy numerosa, a pesar de la persecución contra los líderes. Con mucha frecuencia, los días de sufrimiento son para la Iglesia los días de mayor crecimiento.

2. Los principales sacerdotes y su partido hicieron todo lo posible para aplastar a la naciente Iglesia; pero aun cuando pudieron atarles las manos por algún tiempo, no pudieron cambiarles el corazón. Estos perseguidores eran *los sacerdotes, el jefe de la guardia del templo,* también sacerdote y segundo en dignidad después del sumo sacerdote, y *los saduceos* (v. 1), a cuyo partido pertenecían los principales sacerdotes, siendo precisamente los saduceos quienes negaban la resurrección. Estaban *muy molestos de que* los apóstoles *enseñasen al pueblo, etc.* (v. 2). Les molestaba la predicación y les molestaba la

atención que prestaba el pueblo. Miserable es de verdad el caso de aquellos para quienes la gloria de Cristo es una pena. Para los saduceos, la mayor molestia consistía en que la resurrección de los muertos, que ellos negaban, se predicase precisamente *en la persona de Jesús,* a quien ellos habían condenado a muerte. *Les echaron,* pues, *mano* a Pedro y a Juan, *y los pusieron en la cárcel hasta el día siguiente* (v. 3). Vemos que Dios entrena a sus siervos gradualmente para sufrir: ahora resisten sólo hasta las cadenas; después, hasta el derramamiento de sangre.

3. Al día siguiente, Pedro y Juan son llevados ante el tribunal religioso, congregado en reunión extraordinaria, como se ve por todas las circunstancias del juicio: (A) El tiempo (v. 5): *«al día siguiente»;* sin duda, de mañana (comp. con v. 3—había prisa—), pues estaban impacientes por imponerles silencio. (B) El lugar: *«en Jerusalén»,* donde había tantos que esperaban la redención de Israel antes de que naciese el Redentor, pero eran todavía más los que no prestaron la debida atención cuando llegó. (C) Los jueces del tribunal (vv. 5, 6): *los gobernantes,* esto es, los principales sacerdotes, *los ancianos* o jefes de las familias nobles, y *los escribas* o peritos en la ley, del partido de los fariseos en su gran mayoría. Se citan por su nombre a Anás, llamado *sumo sacerdote* por ser el miembro más influyente del Sanedrín, aunque había sido destituido de su cargo el año 15 d.C. El sumo sacerdote desde el 16 al 36 fue su yerno *Caifás,* que se nombra después de su suegro; *Juan* es llamado en algunos MSS *Jonatán,* cuñado y sucesor de Caifás. De *Alejandro* no sabemos nada, aunque hay quienes opinan que era otro de los hijos de Anás. Con ellos estaban otros parientes más o menos lejanos, pues eran *del linaje sumo sacerdotal.* El parentesco, si no es con buenas personas, resulta para muchos una trampa más bien que una ayuda.

4. Los prisioneros son llevados ante el tribunal (v. 7), *poniéndoles en medio,* ya que los jueces se sentaban en semicírculo, y *les preguntan. ¿Con qué clase de poder, o en qué nombre habéis hecho vosotros esto?* (es decir, el milagro de la curación del cojo). Dice el Prof. Trenchard: «Como el hecho de la curación era innegable, trataban de atribuirlo a artes mágicas, en confabulación con poderes satánicos, basándose la interrogación en las instrucciones de Deuteronomio 13:1–5». «Poder» y «nombre» aparecen como sinónimos en la pregunta del tribunal.

Versículos 8–12

Valiente defensa que hace Pedro, no de sí mismo, sino del nombre y del honor de su Maestro.

1. Esta defensa fue dictada por *el Espíritu Santo* (v. 8), como había prometido Cristo a sus fieles abogados, llamados a presentar defensa ante los tribunales (v. Mr. 13:11).

2. Ante quiénes fue presentada esta defensa: Pedro se dirige a los jueces, *los gobernantes y los ancianos* antes mencionados. La maldad de los que se hallan en puestos de poder no les priva de tal poder, pero la consideración del poder que se les ha encomendado debería prevalecer a fin de que abandonasen su maldad.

3. Cuál es la defensa misma que hace Pedro:

(A) Que hicieron el milagro de la curación *en el nombre de Jesucristo de Nazaret* (v. 10), con lo que respondía directamente a la pregunta del tribunal. Se justifica a sí mismo y a Juan por lo que habían hecho ya que se trataba *del beneficio hecho a un hombre enfermo* (v. 9). Por eso no se avergüenza (v. 1 P. 2:20; 3:14; 4:14–16). Toda la gloria y el honor del milagro realizado los atribuye a Jesús. Señala muy bien que fue a ese Jesús *«a quien vosotros crucificasteis* (luego murió realmente) y *a quien Dios resucitó de los muertos»* (v. 10). Esto es lo que explica el *«poder»* mediante el cual se obró el milagro. Al hablar así, Pedro no intenta meramente cargarles con la culpa de la muerte de Cristo, sino, como en 2:36, llevarlos a la convicción de pecado que ha de preceder a toda verdadera conversión, y persuadirles de que el más fuerte testimonio a favor de Jesús y en contra de sus perseguidores es el haber resucitado Dios al mismo a quien ellos habían crucificado. El milagro no ha sido obra de magia ni de poder satánico, sino del poder del resucitado.

(B) Que *sólo en el nombre* (es decir, por medio de la persona) *de Jesús hay salvación,* pues eso es lo que significa «Jesús» = «Jehová salva» (v. Mt. 1:21). Nadie puede quedar indiferente, o neutral, ante Jesús de Nazaret, sino que es algo de absoluta necesidad: *«En ningún otro hay salvación … no hay otro nombre»* (v. 12). Según la opinión más probable—nota del traductor—, la idea no es que para salvarse sea absolutamente necesario conocer el nombre de Jesús, sino que nadie puede salvarse si no es por medio de la obra de la redención llevada a cabo por Jesús, con el deseo implícito de seguir el método fijado por Dios. La salvación siempre procede de Dios; nosotros podemos destruirnos a nosotros mismos,

pero no podemos salvarnos a nosotros mismos. Dentro de este contexto de glorificación de Jesús, Pedro cita del Salmo 118:22, las mismas frases que el propio Jesús había citado ya (v. Mt. 21:42; Mr. 12:10, 11; Lc. 20:17) y él mismo lo hará después (1 P. 2:4–8). La Biblia es un arma bien probada en todos los combates espirituales; no dejemos, pues, de usarla, pues es para nuestro propio provecho e interés.

Versículos 13–22

I. Posición en que quedó el tribunal después del testimonio de Pedro (vv. 13, 14). 1. No pudieron negar que la curación del cojo había sido un beneficio y un milagro (v. 14): *«… no tenían nada que replicar»*. 2. No pudieron rebatir la argumentación de Pedro (v. 13), lo cual fue un milagro mayor quizá que la misma curación del cojo. En efecto, (A) *Les maravilló el denuedo de Pedro y de Juan,* quienes, en lugar de ser acobardados por sus jueces, se convirtieron en jueces del propio tribunal. La valiente confesión de los fieles contrasta con la cobarde confusión de los perseguidores. (B) Lo que incrementó el asombro del tribunal fue el saber que Pedro y Juan *eran hombres sin letras y del vulgo,* lo cual no quiere decir que fuesen analfabetos, sino que no habían estudiado en las escuelas rabínicas, a pesar de lo cual sabían citar las Escrituras con acierto y, sobre todo, con poder. (C) El asombro de los jueces se calmó algún tanto al *reconocer* que, aunque no habían acudido a las escuelas oficiales de rabinos, *habían estado con Jesús,* el que tantas veces les había confundido con su profunda sabiduría. Así se explicaba, no sólo la sabiduría con que hablaban, sino también su gran valentía. Por el brillo del rostro, se podría adivinar que habían estado con Cristo en el monte de la Transfiguración.

II. A continuación se nos dice cuál fue el resultado del juicio.

1. *Les ordenaron que saliesen del sanedrín* (v. 15), a fin de verse libres de ellos, pues les hablaban muy claro a la conciencia, y para deliberar qué habrían de hacer con ellos (v. 16). Pensaban que podrían mantener ocultas sus decisiones, como si pudieran esconderlas de Dios. Si hubiesen cedido a la poderosa evidencia de la verdad que se les había predicado, bien fácil habría sido decidir lo que tenían que hacer con aquellos hombres. Pero, cuando el hombre se empeña en no dejarse persuadir por la verdad, no es extraño que se deje arrastrar por el error.

2. Llegaron a una decisión en dos detalles: (A) Que no era prudente castigar a los apóstoles, ya que el milagro *(«una señal notoria»,* dicen) que habían llevado a cabo era manifiesto: *«conocido por todos los que moran en Jerusalén, y no lo podemos negar»* (v. 16). ¡Terrible obstinación la del corazón malvado y endurecido! No lo pueden negar, pero no se dan por convencidos. Temían al pueblo, como otrora cuando querían prender a Jesús. (B) Que, sin embargo, había que silenciarlos para lo futuro (vv. 17, 18). (a) *«A fin de que no se divulgue más entre el pueblo»,* como si fuese una peste contagiosa que había que detener a toda costa. (b) *«Les intimaron que en ninguna manera pronunciasen palabra ni enseñasen en el nombre de Jesús»* (v. 18). El mayor servicio que se le puede prestar al diablo es silenciar a los ministros de Dios y hacer que permanezcan debajo del almud las luces que deben estar en el candelero. Pero Cristo, no sólo les había mandado predicar el Evangelio, sino que les había prometido su asistencia. Quienes saben dar el debido valor a las promesas de Cristo, saben también tratar con justo desprecio las amenazas del mundo.

III. Pedro y Juan responden mansa, pero valientemente, a estas amenazas y prohibiciones (vv. 19, 20): *«Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros más bien que a Dios; porque no podemos menos de decir lo que hemos visto y oído»*. La prudencia de la serpiente les habría inducido a callarse, pero la osadía del león les permite retar a sus perseguidores, aunque lo hacen con el candor y la mansedumbre de la paloma. Se justifican ante el tribunal en dos cosas: 1. El mandato de Dios: «Vosotros nos prohibís predicar el Evangelio; Dios nos manda predicarlo ¿a quién hemos de obedecer, a vosotros o a Dios?» Nada tan absurdo como prestar atención a débiles y falibles hombres antes que al Dios infinitamente sabio y santo. El caso era tan claro que hasta el más lerdo podía entenderlo: *«Juzgad si es justo …».* 2. La voz de su conciencia: *«No podemos menos de decir lo que hemos visto y oído»*. (A) Sentían en su interior una convicción inamovible que había cambiado en santa fortaleza su humana fragilidad. Los que mejor pueden hablar de Cristo son los que han experimentado el poder de su gracia. (B) Sabían que tenían una misión de la que dependía la salvación de las almas. Si sólo en Cristo hay salvación (v. 12), ¿cómo habían de callar? Eran además cosas que habían visto y oído. ¡Testigos de primera mano! Si ellos no hablaban, ¿quién podría hacerlo?, ¿quién querría hacerlo?

IV. Viene finalmente el descargo de los prisioneros (v. 21): *Les amenazaron y los soltaron.* 1. Porque no se atrevían a contradecir al pueblo, *porque todos glorificaban a Dios por lo que había acontecido.* Así como las autoridades son puestas por Dios para infundir temor a los malvados y frenarlos, así el pueblo, por providencia de Dios, se convierte a veces en terror y freno contra las autoridades malvadas. 2. Porque no podían negar el milagro (v. 22), *ya que el hombre en quien se había hecho este milagro de sanidad tenia más de cuarenta años,* por lo que *tenía edad para hablar de sí mismo* (Jn. 9:21). El milagro era tanto mayor cuanto que, como en el caso del ciego de nacimiento, este hombre era cojo de nacimiento (3:2).

Versículos 23–31

1. Los dos testigos regresan a sus hermanos (v. 23): *«Puestos en libertad, vinieron a los suyos»*. Tan pronto como se vieron en libertad, volvieron a reunirse con sus hermanos en la fe, sin engreírse por el honor que Dios les había concedido al llamarles a dar testimonio ante las autoridades. Ninguna promoción en dones o servicios debe hacer que nos sintamos superiores a los demás hermanos, pues sólo tenemos lo que hemos recibido. Tampoco se retrajeron ante las amenazas que les habían hecho los del tribunal, sino que volvieron a estar con sus amigos de siempre. Los seguidores de Cristo hacen lo mejor al estar en compañía, con tal que sea buena compañía.

2. El informe que dieron de lo que había ocurrido (v. 23b): *Contaron todo lo que los principales sacerdotes y los ancianos les habían dicho,* a fin de que: (A) Supiesen lo que podían esperar tanto de los hombres como de Dios: de los hombres, toda clase de amenazas aterradoras; de Dios, toda clase de bendiciones consoladoras y segura protección. (B) Sintiesen corroborada su fe en la resurrección del Señor, pues Pedro y Juan les habían dicho a los principales sacerdotes en su cara que *Dios había resucitado de entre los muertos a Jesús.* Los jueces les habían prohibido publicarlo a nadie, pero no se habían atrevido a negarlo. (C) Se uniesen ahora a ellos en alabanzas y oraciones.

3. La forma en que se dirigen a Dios en esta ocasión (v. 24): *«Ellos* (los demás discípulos), *al oírlo, alzaron unánimes la voz a Dios»*. No es probable que todos, de forma estereotipada, pronunciasen las mismas expresiones de esta larga oración. Posiblemente, uno de ellos la elevó con señales de aprobación unánime de parte de todos los presentes o, más probable, mezclaron sus voces con expresiones parecidas. Veamos:

(A) El respeto con que adoran a Dios como al *Soberano Señor, Creador de todas las cosas* (v. 24). Los idólatras adoran dioses que ellos mismos han hecho, pero nosotros adoramos a un Dios que nos ha hecho a nosotros y a todo el Universo. Por eso, hemos de comenzar nuestras oraciones con el reconocimiento de la suprema majestad y santidad de Dios. La alabanza es el elemento primordial de toda oración: *«Santificado sea tu nombre»*.

(B) La sumisión con que aceptan los designios de la Providencia, al citar de las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento. Lo había dicho Dios *por boca de David* (vv. 25, 26), por lo que no había que extrañarse de que se cumpliesen las Escrituras. Estaba predicho (Sal. 2:1, 2): (a) Que las multitudes rebeldes se habían de enfurecer contra Dios y contra su Mesías. (b) Que la gente había de tramar todos los medios posibles para salir adelante con su propósito. (c) Que, en particular, los reyes de la tierra se habían de oponer a la instauración del reino del Mesías. (d) Que los gobernantes se habían de coligar contra Dios y contra Cristo.

(C) La forma en que veían cumplidas estas predicciones (vv. 27, 28). Era cierta la profecía y verdadero su cumplimiento (v. 27): *«Porque verdaderamente se aliaron en esta ciudad contra tu santo Siervo* (v. lo dicho en 3:13) *Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato,* los dos gobernadores de Galilea y Judea respectivamente, *con los paganos* (de la gentilidad) y *el pueblo de Israel»*. Pero, con todo ello, no hacían sino dar cumplimiento al designio eterno de Dios (v. 28, comp. con 2:23). El obediente «Siervo de Jehová» había sido ungido para ser el Salvador del mundo por medio de su sacrificio expiatorio por el pecado y, por tanto, había de morir. Dios había determinado por qué manos se le había de dar muerte: *«por mano de inicuos»* (2:23), es decir, gentiles, pero por sentencia e instigación de las autoridades y del pueblo de Israel.

(D) La petición que elevan en cuanto al caso presente (v. 29): «*Y en lo de ahora, Señor, fíjate en sus amenazas»*. Se percibe cierto énfasis en ese *«ahora»*. Ahora era el tiempo en que Dios tenía que actuar a favor de su pueblo, cuando el poder de sus enemigos era más atrevido y amenazador. No dictan a Dios lo

que tiene que hacer, sino que le exponen simplemente la situación. *«Fíjate en sus amenazas»,* le dicen, no porque no las conozca, sino para urgirle a obrar. Cuando somos injustamente amenazados, es un consuelo saber que podemos exponer el caso a Dios y dejarlo en sus manos (comp. con 2 R. 19:14 y ss.; Is. 37:14). Pero no piden a Dios que les libre de la persecución, sino que les aumente la valentía para proclamar el Evangelio: *«Concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra»* (v. 29b). Las amenazas de los enemigos de Dios y, por tanto nuestros, han de servirnos de estímulo para proclamar la Palabra de Dios con tanto mayor denuedo, con tal de que no confiemos en la carne, sino en el poder de Dios. Y como nada anima tanto a los ministros de Dios en sus trabajos como las señales de la presencia de Dios con ellos, piden también esto: *«mientras extiendes tu mano para que se hagan sanidades, señales y prodigios mediante el nombre de tu santo Siervo Jesús»* (v. 30). Esto serviría para convencer al pueblo y para confundir a los perseguidores. Buscan el honor del nombre de Jesús, no el suyo.

4. La favorable respuesta que Dios les dio (v. 31). Dios les dio una gran señal de que había aceptado sus oraciones: *«Cuando acabaron de orar, el lugar en que estaban congregados tembló,* fenómeno parecido al del día de Pentecostés (2:2) y, también ahora, *fueron llenos del Espíritu Santo,* una de las llenuras "extra" de las que hablamos en el capítulo 2». Y consiguieron lo que habían pedido al Señor: «*y hablaban con denuedo la palabra de Dios*». En este sentido podría entenderse el cumplimiento de la promesa de Jesús de que el *Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan* (Lc. 11:13). La sacudida del lugar tenía también por objeto corroborarles la convicción de que habían de temer a Dios, no a los hombres. Esa sacudida ayudaba a que su fe no fuese sacudida.

Versículos 32–37

1. Vemos aquí cuán entrañablemente se amaban los discípulos de Jesús unos a otros. Dice a la letra el original (v. 32): *«El corazón y el alma de la multitud de los que habían creído era uno solo».* Vemos, pues, (A) que los creyentes formaban una multitud. Sabemos que, sólo en Jerusalén, se habían convertido 3.000 en un día, y otros 2.000 en otro día, sin contar las mujeres y los que iban siendo añadidos cada día a la Iglesia (2:47). (B) Aunque eran muchos y de diversas edades, condiciones y cualidades naturales y espirituales, tenían un solo corazón (el mismo amor, los mismos criterios, las mismas inclinaciones) y una sola alma (los mismos afectos y sentimientos). ¡Quién nos diera que así fuesen las iglesias actuales! La comunidad de bienes que a continuación se nos refiere era consecuencia normal del mutuo amor (v. 1 Jn. 3:16–18).

2. Los ministros de la Palabra continuaban con su bendita tarea con gran vigor y éxito (v. 33): *«Con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús»,* pues ésta es la prueba decisiva que el Señor había propuesto para demostrar su mesianidad. Ese *«gran poder»* del que aquí se nos habla incluía vigor, valentía, resolución por parte de ellos; eficacia, tremendo impacto en los oyentes; señales exteriores, de parte de Dios.

3. La hermosura de la gracia de Dios (comp. con Nm. 6:25) brillaba sobre toda la congregación. *«Abundante* (lit. *grande) gracia había sobre* (nótese esta preposición) *todos ellos»* (v. 33b). El Señor derramaba abundante gracia sobre todos ellos, pues los frutos eran evidentes. Sin duda gozaban del respeto del pueblo, pero no es el favor del pueblo el que aquí se menciona, sino el de Dios.

4. Eran muy generosos con los necesitados. (A) No estaban apegados a sus posesiones, defecto común de la humanidad que hasta en los niños más pequeños se echa de ver (v. 32b): «Ni *uno solo decía ser suyo propio* (de propiedad exclusiva) *nada de lo que poseía».* No arrojaban de sí lo que poseían, pero tampoco se apegaban a ello. No lo llamaban *suyo propio* porque, de corazón, ya lo tenían todo abandonado por Cristo. Lo único verdaderamente propio de cada uno de nosotros es el pecado. Por eso estaban tan bien dispuestos a desprenderse de todo en favor de los necesitados. Los que tenían grandes posesiones no pensaban en acumularlas, sino en repartirlas. El gran motivo de todas las riñas y guerras es apegarse a lo propio y codiciar lo ajeno. (B) Al *tenerlo todo en común* (v. 32), *no había entre ellos ningún necesitado* (v. 34), lo cual, si no es hipérbole, habrá que entenderlo de los primeros días de la Iglesia, pues, desde muy pronto (v. 6:1) y en lo sucesivo, hubo siempre pobres en la iglesia de Jerusalén (11:27–30; Gá. 2:10, entre otros lugares). (C) Igualmente se nos dice que *todos los que poseían heredades o casas las vendían y traían el precio de lo vendido poniéndolo a disposición de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad* (vv. 34b, 35). Por 12:12, vemos que la madre de Marcos tenía su *casa.* (D) Se menciona un caso particular (vv. 36, 37): el de un tal *José, levita, de Chipre.* Quizá se le cita: (a) por

contraste con el egoísmo de Ananías y Safira, cuyo caso se expone a continuación; (b) por ser, como se verá en el decurso del relato de *Hechos* y en varios lugares de las epístolas paulinas, un destacado siervo de Dios. Es probable que *los apóstoles le pusiesen de sobrenombre Bernabé* (que traducido del arameo es *Hijo de Consolación,* es decir, consolador) por el don de profecía (v. 13:1).

CAPÍTULO 5

I. Pecado y castigo de Ananías (dejamos así el nombre, aunque el original dice Hananías—nota del traductor—) y Safira (vv. 1–11). II. Estado floreciente de la Iglesia (vv. 12–16). III. Encarcelamiento de los apóstoles y milagrosa suelta de la prisión (vv. 17–26). IV. Su nueva presentación ante el Sanedrín (vv. 27–33). V. Consejo de Gamaliel a sus compañeros acerca de los apóstoles y acuerdo de soltarlos, según dicho consejo, aunque después de azotarlos (vv. 34–40). VI. Gozo de los apóstoles por tal padecimiento y diligencia en proseguir su ministerio (vv. 41, 42).

Versículos 1–11

El capítulo comienza por un melancólico *pero.* Aun el mejor hombre tiene su *pero,* y también lo tiene la mejor iglesia. El cuadro de 4:32–37 está lleno de luz, pero aquí vemos una mala sombra: dos hipócritas mentirosos dentro de una multitud leal y sincera. Por eso, las señales que hasta ahora habían llevado a cabo los apóstoles eran milagros de misericordia; *pero* ahora viene un milagro de juicio, a fin de que Dios no sólo sea amado, sino también temido, de los suyos.

1. El pecado de Ananías y Safira en su contexto anterior y motivo interior: (A) También ellos, como Bernabé, *vendieron una heredad y pusieron el dinero* (no todo) *a los pies de los apóstoles* (vv. 1, 2). No querían aparentar ser menos espirituales que los demás, sino que deseaban que se les distinguiese por su generosidad. Daban con hipocresía mientras servían a su propia codicia y ambición. (B) Llevados de su codicia, *se quedaron con parte del precio … trayendo sólo una parte … a los pies de los apóstoles* (v. 2). Codiciaban las riquezas del mundo y desconfiaban de Dios y de su providencia. *«Vendió una heredad»* (v. 1) y no sabemos si en un primer momento pensarían en poner a disposición de los apóstoles todo el precio; lo cierto es que, cuando tuvieron en la mano el dinero de la venta, *se quedó con parte del precio, sabiéndolo también su mujer* (v. 2), porque amaban el dinero. No confiaron en la palabra de Dios de que Él proveerá, sino que pensaron que podían pasar por más listos que los demás al guardar algo para días adversos. ¡Como si Dios no fuese el Todosuficiente para cada día, próspero o adverso! Si hubiesen sido mundanos del todo, no habrían dado a los apóstoles parte del precio; y si hubiesen sido creyentes del todo, no se habrían quedado con parte del precio. (C) Pensaron que podían engañar a los apóstoles y hacerles creer que les llevaban el precio entero de la venta (v. 2b): *«y trayendo sólo una parte, la puso a los pies de los apóstoles»,* como si la parte fuese el todo.

2. El proceso y juicio sumarísimo de Ananías, con la ejecución de sentencia por su pecado. Cuando llevó el dinero a los apóstoles, Pedro le reprendió severamente de su pecado mostrándole cuán grave era su delito (vv. 3, 4). El Espíritu de Dios en Pedro no sólo descubrió el hecho, sino también el secreto agente en el corazón de Ananías, por el que había sido impulsado a obrar con tal hipocresía y mentira. Si hubiese sido un pecado de pura debilidad ante una inesperada tentación, Pedro le habría enviado a casa a que se arrepintiese de su necedad. Pero, en lugar de ello, Pedro le mostró:

(A) El origen de su pecado (v. 3): *Satanás le había llenado el corazón,* no sólo le había sugerido el pecado, sino que, tras sugerirle la idea, le había incitado a tomar la pronta resolución de ponerlo por obra.

(B) El pecado mismo: consistió en *mentirle al Espíritu Santo;* un pecado tan abominable que no se le habría ocurrido si Satanás no le hubiese llenado el corazón; *«no has mentido a los hombres, sino a Dios»* (con artículo en el original, lo que suele reservarse a Dios el Padre). La mentira de Ananías era clara, pues dijo a los apóstoles que había vendido un campo y que el dinero que les llevaba era el precio del campo vendido; así esperaba quedar ante ellos en tan buen lugar como el de quienes habían llevado el precio completo. Hay muchos que son inducidos a mentir por el orgullo y el deseo de recibir el aplauso de los hombres, especialmente en las obras de caridad hacia los pobres. Los que se jactan de buenas obras que nunca llevaron a cabo o prometen hacerlas sin que nunca cumplan tal promesa, así como los que exageran

el número o la calidad de las buenas obras que hacen, se parecen en esto a Ananías. *Mentir al Espíritu Santo* implicaba que era Dios quien actuaba en los apóstoles y que era como si Dios mismo recibiese el dinero cual *«olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios»* (Fil. 4:18).

(C) Las agravantes del pecado (v. 4): *«Reteniéndola* (la heredad), *¿no seguía siendo tuya? Y después de venderla, ¿no estaba el dinero a tu disposición?»* (NVI). Como si dijese: «Nadie te obligaba a vender el campo y, si deseabas venderlo, nadie te obligaba a traer a los pies de los apóstoles el dinero de la venta. Pero, una vez que prometiste traer el dinero de la heredad vendida, no podías quedarte con parte del dinero mientras aparentabas entregarlo todo». Mejor es no prometer que prometer y no pagar; así que habría sido mejor para Ananías y Safira no haber aparentado que hacían una obra buena antes que prometerla y hacerla después a medias. Cuando entregamos a Dios el corazón, no podemos dárselo a medias. Satanás, como la madre de 1 Reyes 3:26 de la que no era hijo el niño vivo, no tiene inconveniente en tomar la mitad de nuestro corazón; pero Dios quiere tenerlo entero o nada.

(D) Pedro carga sobre él la culpa (v. 4b): *«¿Cómo se te ha ocurrido hacer semejante cosa?»* (NVI). A pesar de que Satanás había entrado en su corazón para tentarle, Pedro dice que Ananías *había puesto en el corazón hacer esta cosa* (lit.), lo cual demuestra que no podía echarle la culpa al diablo, el cual tienta, pero no fuerza (comp. con Stg. 1:13–15). La culpa era muy grave, pues Ananías había *mentido a Dios.* Si pensamos que podemos hacerle trampa a Dios, llegará el día en que nos daremos cuenta de que es a nosotros mismos a quienes hemos puesto una trampa fatal.

3. Muerte y sepultura de Ananías (vv. 5, 6). (A) Ananías murió inmediatamente después de la reprensión de Pedro: *«Al oír Ananías estas palabras, cayó y expiró.* Véase el poder de la Palabra de Dios en boca de los apóstoles. Así como hay algunos a quienes la Palabra de Dios salva, también hay otros a quienes dicha palabra condena. Este castigo de Ananías podrá parecernos severo, pero estamos seguros de que fue justo, pues era muy grande la afrenta que Ananías había hecho al Espíritu Santo. Además, servía para que otros escarmentaran en cabeza ajena y no fuesen tentados a imitarle. El ejecutor de la sentencia fue Pedro, quien con mentiras había negado al Maestro, lo cual nos da a entender que no actuó ahora tan drásticamente como si la afrenta hubiese sido cometida contra él mismo, ya que, en tal caso, la habría perdonado y se habría esforzado en llevar al pecador al arrepentimiento, sino que fue un acto del Espíritu Santo por medio de Pedro; al Espíritu fue hecha la afrenta, y por el Espíritu fue impuesto el castigo. (B) Fue enterrado de inmediato (v. 6), según era costumbre: «Y *levantándose los jóvenes, lo envolvieron* (es decir, lo amortajaron) *y sacándolo, lo sepultaron»*.

4. Ahora toca pedir cuentas a Safira, la mujer de Ananías (v. 7): *Pasado un lapso como de tres horas, sucedió que entró su mujer, no sabiendo lo que había acontecido.*

(A) Fue hallada culpable de ser cómplice de su marido en tal pecado, como lo demostró ya la pregunta misma de Pedro (v. 8): *«Dime, ¿vendisteis en tanto la heredad? Y ella dijo: Sí, en tanto»*. Ananías y su mujer se habían puesto de acuerdo en contar la misma historia, así pensaban que no serían descubiertos. Triste cosa es que los parientes más allegados, que deberían estimularse mutuamente a hacer el bien, se endurezcan mutuamente para hacer el mal.

(B) Pedro le lee la sentencia para que participe también en el castigo aplicado a su marido (v. 9). (a) Le descubre primero el pecado: *«¿Por qué os pusisteis de acuerdo para tentar al Espíritu del Señor?»* Antes de leerle la sentencia, le muestra la fealdad de su pecado: Habían tentado al Espíritu Santo. Sabían que los apóstoles poseían el don de lenguas, pero ¿tendrían también el don de discernir espíritus? Quienes tienen la presunción de pecar confiados en la impunidad, están tentando al Espíritu de Dios. Se pusieron de acuerdo en hacer el mal. Es difícil de evaluar qué es peor en un pecado de complicidad con el cónyuge o con otros parientes próximos, si la discordia en hacer el bien o la concordia en hacer el mal. (b) Le lee la sentencia (v. 9b): *«¡Mira! Los pies de los que han enterrado a tu marido ya están a la puerta, y se te van a llevar a ti también»* (NVI).

(C) Ejecución de la sentencia (v. 10): *Al instante, ella cayó a los pies de él* (Pedro) y *expiró.* Hay algunos pecadores a los que Dios despacha por la vía rápida, mientras que a otros los soporta durante largo tiempo; sin duda, tiene razones para hacer esta diferencia, aunque no está obligado a rendirnos cuentas de ellas. En muchos casos, una muerte repentina no significa castigo por algún pecado muy grave como el de Ananías y Safira; quizás es un favor que se les hace al pasar de este mundo sin dolor ni pena. No obstante, es una advertencia para todos, a fin de estar siempre preparados. Varias preguntas quedan sin contestar en esta porción. ¿Eran Ananías y Safira verdaderos convertidos a pesar de la carnalidad que mostraron, con lo que tendríamos aquí uno de los casos que se mencionan en 1 Corintios 11:30? Las

cosas secretas no nos pertenecen (así dice M. Henry, nota del traductor). El Profesor Trenchard opina que «es más probable que se hallen entre los apóstatas, aquellos cristianos nominales que participan de la compañía de los fieles, pero sin ser regenerados por el Espíritu». (Prefiero la posición de M. Henry, aunque personalmente opino que estos cristianos carnales *fueron juzgados en carne para que vivan en espíritu,* 1 P. 4:6.) Otros preguntan si los apóstoles guardaron aquella parte del precio que les fue llevada. No cabe duda de que la respuesta ha de ser que sí, pues lo que llevaron no quedó contaminado para los que lo recibieron, aunque lo que Ananías y Safira reservaron para sí fue una contaminación para ellos.

5. La impresión que hizo esto en el pueblo. Tanto a mitad del relato, como al final, se destaca este dato: «Y *vino un gran temor sobre todos los que lo oyeron»* (v. 5). *«Y vino gran temor sobre toda la iglesia y sobre todos los que oían estas cosas»* (v. 11). Aumentó así el respeto a Dios y a sus juicios. No es que cayera como un jarro de agua fría sobre el gozo y la santa alegría de los primeros creyentes, pero les enseñó a tomar las cosas en serio y a regocijarse con temor y temblor.

Versículos 12–16

1. Viene ahora una alusión general a los milagros que llevaban a cabo los apóstoles (v. 12): *«Y por manos de los apóstoles se hacían muchas señales y prodigios en el pueblo».* Era como si Dios, después de salir de su morada para castigar, retornase a su trono de gracia. Los milagros que llevaban a cabo eran prueba de su misión divina. Eran «señales y prodigios», tales prodigios que resultaban señales evidentes de la presencia y del poder de Dios.

2. Se nos dice a continuación cuáles eran los efectos de estos milagros:

(A) Los creyentes se conservaban íntimamente unidos (v. 12b): «Y *estaban todos unánimes en el pórtico de Salomón».* Se reunían en el templo (comp. con 2:46), en el pórtico de Salomón, lugar amplio para sus «plenos» en cuanto al culto de adoración. El exterminio de los hipócritas hacía (y debe hacer) que los creyentes sinceros se sintieran todavía más unidos entre sí. Y los que habían permitido hacer mercado de la casa de Dios no tuvieron poder para expulsar de allí a quienes predicaban el Evangelio y sanaban a los enfermos.

(B) *«De los demás* (es decir, de los judíos no convertidos), *ninguno se atrevía a juntarse con ellos, pero el pueblo los tenía en gran estima* (lit. *los engrandecía)».* Aunque los principales sacerdotes hacían todo lo posible para que se les menospreciase, no podían impedir que el pueblo sencillo los estimase. Los apóstoles estaban muy lejos de engrandecerse a sí mismos, pero el pueblo los engrandecía, pues los que se humillan serán exaltados, y serán tenidos en honor los que a sólo Dios tributan el honor que se le debe.

(C) El número de los creyentes aumentaba (v. 14): «Y *cada vez se adherían al Señor* (esto es, a Jesucristo) *más creyentes, gran número así de hombres como de mujeres».* En lugar de alejarse por el terror que suscitó el castigo de Ananías y Safira, se sintieron más bien animados a entrar en una congregación donde se guardaba una disciplina tan estricta. Se toma buena nota de la conversión de *mujeres* lo mismo que de *hombres.* Las buenas mujeres habían abundado antes de la muerte de Cristo, y lo mismo abundaban las que creían en Él después de haber ascendido a los cielos.

(D) Los apóstoles tenían pacientes en abundancia y ganaban también abundante reputación por el poder curativo que mostraban. Como hacían con el Señor, tanto de Jerusalén como de las ciudades circunvecinas traían enfermos y endemoniados, y *todos eran sanados* (vv. 15, 16). Es de notar, sobre todo, la esperanza de la gente de que hasta *la sombra de Pedro podía curar a alguno de ellos cubriéndole.* En esto se cumplía la promesa de Jesús de que *habían de hacer mayores cosas que Él* (Jn. 14:12). Y si tales cosas podía hacer Pedro, tenemos motivo para pensar que los demás apóstoles gozaban del mismo poder, como ocurrió después con *los pañuelos y delantales que habían estado en contacto con el cuerpo de Pablo* (19:12). Así tuvieron los apóstoles la oportunidad de convencer al pueblo del origen divino de la doctrina que predicaban y estimularles a dar crédito al Evangelio y ser añadidos a la Iglesia.

Versículos 17–25

Nunca caminan lejos las buenas obras al obtener éxitos, sino que pronto encuentran oposición. Habría sido muy extraño que los apóstoles hubiesen continuado enseñando y sanando de esa manera sin que se les pusiese a prueba. En estos versículos vemos la maldad del infierno y la gracia del cielo en dura lucha

acerca de la obra de los testigos de Cristo: el infierno procuraba apartarlos de ella, y el cielo les animaba en ella.

1. Los sacerdotes se enfurecieron con ellos y los metieron en la cárcel (vv. 17, 18). Vemos: (A) Quiénes eran sus perseguidores: *el sumo sacerdote* (Anás o Caifás) era el principal promotor, y los saduceos eran los que más dispuestos estaban a secundarle, pues eran los enemigos principales del Evangelio de Cristo, porque confirmaba la resurrección de Cristo y el estado futuro, que ellos negaban. (B) Cómo se sentían: *«se llenaron de envidia»,* al ver los milagros que hacían y el favor que adquirían entre el pueblo. (C) Cómo actuaron contra los apóstoles (v. 18): *«Les echaron mano y los pusieron en la cárcel pública»,* donde estaban los peores malhechores. La vez anterior, cuando Pedro y Juan comparecieron ante el Sanedrín, se conformaron con amenazarles (4:21), pero ahora los encarcelaron para frenarles la obra, para intimidarles y exponerles a la pública vergüenza.

2. Pero Dios envió *un ángel, quien abrió de noche las puertas de la cárcel* (v. 19) y soltó a los presos, a pesar de que *los guardias estaban ante las puertas,* no dormidos, sino *de pie* (v. 23). No hay cárcel tan oscura y tan bien asegurada en la que Dios no pueda visitar a los suyos y sacarlos de ella. El ángel les dijo (v. 20): *«Id a presentaros en el atrio del templo y anunciad allí al pueblo el mensaje completo de esta nueva vida»* (NVI). Los puso en libertad para que pudiesen proseguir con tanto mayor denuedo en su misión. Cada vez que nos recobramos de enfermedades o accidentes, hemos de ver la mano de Dios que nos alienta, no a sestear, sino a dedicarnos con mayor entusiasmo a su servicio. Les manda predicar en el templo, porque era el lugar más concurrido y más apto para la predicación del Evangelio. Puesto que les ha dado libertad por medio de un milagro, les anima a predicar donde había peligro, pero también concurso del *pueblo,* a quien habían de exponer *el mensaje completo,* sin callarse nada por miedo a las autoridades o al pueblo, ya que se trataba de asuntos de *vida,* es decir, en los que cada ser humano se juega la eternidad.

3. Ellos obedecieron de inmediato (v. 21), puesto que, habiéndolo ordenado el ángel, no tenían miedo a nadie y el camino a seguir estaba claro por voluntad explícita de Dios. Si cumplimos el deber que la providencia nos ha impuesto, bien podemos estar seguros de que Dios se cuidará de que salgamos a salvo. *«Entraron al amanecer en el templo y enseñaban».* El tesoro del Evangelio está en las manos de ellos y no pueden dejar pasar la oportunidad, pues, cuando Dios abre una puerta, es menester entrar por ella, no sea que, por nuestra negligencia, se desperdicie la ocasión y, en sus secretos designios, Dios la vuelva a cerrar. No fallarán sus planes, pero nuestro candelero puede ser removido.

4. Mientras tanto, se reunió el Sanedrín en pleno, no un comité como antes, y mandaron traer a los presos (v. 21), pero cuál no sería la sorpresa de los reunidos cuando los alguaciles enviados a la cárcel (v. 22) vinieron con el siguiente informe (v. 23): *«Por cierto, hemos hallado la cárcel cerrada con toda seguridad, y los guardias afuera de pie ante las puertas, mas cuando abrimos, a nadie hallamos dentro».* No se nos dice cómo los soltó el ángel, pero sí que ya no estaban allí. Dios conoce muchas maneras de socorrer a los suyos y brindarles una salida, tanto de la persecución como de la tentación, aunque los hombres no acierten a entender cuál es esa salida. El versículo 24 nos refiere la confusión del Sanedrín ante este milagro: *«se preguntaban perplejos en qué vendría a parar aquello»,* es decir, qué podía significar tan extraño suceso. Todavía es mayor la confusión cuando viene otro emisario (v. 25) con la noticia de que los presos *estaban de pie en el templo y enseñando al pueblo.* Ahora bien, los malhechores comunes pueden usar de su astucia para escapar de la prisión, pero son extraordinariamente excepcionales los que tienen la valentía suficiente para confesarlo después que lo han hecho.

Versículos 26–42

1. De nuevo son arrestados los apóstoles, aunque sin violencia por temor al pueblo, y son traídos ante el Sanedrín (vv. 26, 27), en lo que no se sabe qué es más de admirar, si la mansedumbre de los apóstoles o la obstinación de sus enemigos, quienes podían temer no sólo al pueblo, sino también al poder que los apóstoles habían mostrado para herir de muerte con su palabra, como había hecho Pedro con Ananías y Safira. Además, los trajeron al Sanedrín, donde sabían que se habían de tomar violentas medidas contra ellos.

2. El examen a que les sometieron. El sumo sacerdote les dijo (v. 28) cuál era el cargo que contra ellos se presentaba: (A) Desobedecer las órdenes de la autoridad: *«¿No os mandamos estrictamente que no enseñaseis en ese nombre?»* Sí, es cierto; pero se les había olvidado que Pedro les había dicho la vez

anterior que había que obedecer a Dios antes que a los hombres. (B) Extender falsas doctrinas entre el pueblo: *«Habéis llenado a Jerusalén con vuestra enseñanza.»* Como si dijesen: Habéis perturbado la paz y el orden de la ciudad santa. (C) Albergaban aviesas intenciones contra el gobierno, al intentar culpar a las autoridades religiosas, ante el pueblo, de la muerte de Jesús: *«Queréis hacer recaer sobre nosotros la sangre de ese hombre»*. Al comparar esto con Mateo 27:25, parece extraño que el sumo sacerdote diga eso ahora. Dice Leal: «Anás, que es el pontífice que habla, no niega la responsabilidad del Sanedrín en la muerte de Jesús, pero tampoco ve en ella ningún pecado. Sólo reprende a los apóstoles de querer vengar la muerte del Maestro, pues con su predicación parecen querer levantar al pueblo contra los responsables de su muerte». Nótese, de paso, el desprecio que comportan las frases (v. 28) «en ese nombre», «de ese hombre», sin querer mencionar el nombre de Jesús.

3. *Pedro y los demás apóstoles* (v. 29), es decir, Pedro en nombre de los demás (como en 4:19) repite primero lo que había dicho antes (4:19), pero de modo más tajante: *«Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres»*. Dios les había mandado enseñar y predicar, y ellos tenían que obedecer contra viento y marea. Los gobernantes que castigan a los que, por cumplir con su deber para con Dios, desobedecen las órdenes del gobierno, han de dar estrecha cuenta a Dios de su desafuero. Se justifica después a sí mismo y a sus compañeros del cargo de haber llenado a Jerusalén con la doctrina del Evangelio. El mensaje de Pedro en los versículos 30–32 se parece mucho al que predicó el día de Pentecostés ante la muchedumbre (comp. con el resumen de 2:36). Con toda bravura les dice Pedro:

(A) *«El Dios de nuestros* (nótese el posesivo en primera persona) *padres* (Abraham, Isaac y Jacob) *levantó a Jesús*, es decir, le resucitó, *a quien vosotros matasteis colgándole de un madero»* (v. 30, donde se advierte la referencia implícita a Dt. 21:23, citada por Pablo en Gá. 3:13 y por Pedro en 1 P. 2:24). Suele decirse que no es conveniente reprender a quienes no van a sacar provecho de la reprensión, pero los que tienen la misión y la responsabilidad de reprender deben cumplir con su deber a pesar de todo (v. 2 Ti. 4:2, 3).

(B) *«A éste, Dios ha exaltado con su diestra»* (v. 31). Como diciendo: «Vosotros le llenasteis de menosprecio, pero Dios le ha coronado de honor ¿y no habríamos de honrar a quien es colmado de honores por Dios? *Dios le ha dado el nombre que está sobre todo nombre* (Fil. 2:9b)».

(C) Al exaltarlo, Dios ha puesto a Jesús por *«Príncipe y Salvador»* (NVI). Frente a los que se creían los «príncipes» del pueblo, Pedro llama a Jesús el verdadero «Príncipe» (comp. con los títulos aplicados a Moisés en 7:35, como figura que era de Cristo) y, al llamarle *«Salvador»* (el único, v. 4:12) les ofrece (¡también a ellos!) la salvación. Notemos que no puede tener a Cristo por Salvador el que no se avenga a dejarse gobernar por Él. La fe recibe a un Cristo entero, quien vino, no sólo para salvarnos *en* nuestros pecados, sino también para salvarnos *de* nuestros pecados.

(D) *«Para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados.»* Por tanto, deben predicar en su nombre al pueblo de Israel, pues a él estaban destinadas en primer lugar las bendiciones del Evangelio. ¿Por qué se habían de oponer los jefes y ancianos de Israel al que había venido a ofrecer a Israel nada menos que el perdón de los pecados con base en el arrepentimiento de cada israelita? Pero estos gobernantes de Israel no dan ningún valor al arrepentimiento ni al perdón de los pecados ni ven la necesidad de tales cosas. El arrepentimiento y el perdón van de la mano; donde hay arrepentimiento, se garantiza el perdón; por otra parte, sin arrepentimiento no hay remisión de los pecados. Jesucristo es quien da tanto el arrepentimiento como el perdón. ¿Estamos destinados a arrepentirnos? Cristo está designado a dar arrepentimiento, pues obra suya es dar un nuevo corazón, y el espíritu contrito es un sacrificio que Él provee; y si diese fe y arrepentimiento y no diese perdón de pecados, abandonaría su palabra y la obra de sus propias manos.

(E) Todo esto está bien atestiguado: (a) Por los apóstoles mismos (v. 32): *«Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas*, y si nos callásemos, como vosotros nos ordenáis, haríamos traición a la misión que nos ha encomendado». Cuando se ventila un pleito ante los tribunales, no está permitido silenciar a los testigos, porque el veredicto depende del testimonio de ellos. (b) Por el Espíritu de Dios (v. 32b): «*Y también el Espíritu Santo»*, que es un testigo celeste. Para este fin se nos ha dado el Espíritu Santo y no podemos suprimir su poder ni sus operaciones. (c) La donación del Espíritu Santo a los creyentes *que obedecen a Dios* (v. 32c) es clara evidencia de que es voluntad de Dios el que Cristo sea creído y obedecido.

4. La impresión que hizo en el Sanedrín la defensa que de sí mismos hicieron los apóstoles. Un razonamiento expuesto con tanta lógica, claridad y mansedumbre, no sólo debería haber bastado para

poner en libertad a los presos, sino también para convertir a los jueces. Pero ellos se enfurecieron y se llenaron, (A) de indignación: *«Se sentían heridos en lo más vivo»* (v. 33; el mismo verbo griego de 7:54), por ver cómo estos hombres se convertían de reos en fiscales, y exponían el crimen que habían cometido contra el Señor, quien por otra parte les ofrecía el perdón si se arrepentían. Nótese la diferencia entre la reacción del Sanedrín y la de los que escucharon el mensaje de Pedro el día de Pentecostés, donde el griego usa un verbo diferente, que significa *«ser punzado»* (compungido) en el corazón, con el buen resultado del arrepentimiento y el perdón de pecados, mientras éstos se sentían *«cortados hasta el corazón»* (lit.) con rabia e indignación. (B) De maldad contra los apóstoles. Al ver que no les pueden hacer callar la boca mientras no les quiten el aliento, *querían matarlos.* La serenidad y valentía de los apóstoles contrasta con la constante perplejidad y perturbación mental y emocional de sus perseguidores.

5. El serio y prudente consejo que Gamaliel dio al Sanedrín en esta ocasión. Este Gamaliel es llamado fariseo de profesión y partido, y doctor *de* la *ley* por oficio (v. 34). A sus pies había aprendido la ley judía Pablo (22:3). También se dice de él que era *venerado por todo el pueblo,* es decir, tenido en muy alta reputación por su competencia, prudencia y ecuanimidad. Veamos su razonamiento:

(A) Después de aconsejar que *sacasen afuera por un momento a los apóstoles* (v. 34b), dijo a sus colegas (v. 35): *«Varones israelitas, tened cuidado de lo que vais a hacer respecto a estos hombres».* Los llama *«varones israelitas»,* como si dijese: «Sois hombres y deberíais atender a la razón; sois israelitas y deberíais atender a la revelación. *¡Tened cuidado!»* Los perseguidores del pueblo de Dios harían bien en tener cuidado de sí mismos, para no caer en el hoyo que han cavado.

(B) Los casos que cita. Expone dos ejemplos de hombres facciosos y sediciosos, cuyos intentos quedaron en nada; por lo que, si el caso presente es similar, también quedará en nada sin que el Sanedrín tenga que intervenir. (a) El primer caso era el de un tal *Teudas* (v. 36), quien *se levantó,* se sublevó, *diciendo que era alguien,* es decir, persona importante (comp. con 8:9): un gran profeta o el propio Mesías. Hace notar Gamaliel hasta dónde llegó este hombre: *a reunir un número como de 400 hombres; y* en qué quedó su alzamiento: *«fue muerto, y todos los que le obedecían fueron dispersados y quedaron en nada.* Jesús, el jefe de esta facción, ya está muerto. Si era un impostor, su muerte traerá la muerte de su causa».

(b) Lo mismo ocurrió en el caso de *Judas el galileo* (v. 37. Su revuelta citada por Flavio Josefo, ocurrió el año 6 de nuestra era). Teniéndose, como su padre, por el Mesías, *se alzó en los días del censo* (Lc. 2:2) y *llevó en pos de sí a bastante gente,* incluido el sumo sacerdote Sadoc y muchos del pueblo. ¿En qué quedó la cosa? *«Pereció también él, y todos los que le obedecían fueron dispersados».*

(C) Su opinión sobre todo este asunto:

(a) Que no deben perseguir a los apóstoles (v. 38): *«Apartaos de estos hombres,* es decir, no os metáis con ellos, y *dejadlos en paz».* Es difícil saber si se expresó de esta forma movido por la prudencia o si comenzaba a sentir cierta simpatía hacia el Evangelio (comp. con Jn. 7:51). La tradición asegura que posteriormente se convirtió al cristianismo. En todo caso—nota del traductor—, su razonamiento fue sano y su intervención fue providencial, por lo que me resulta muy severa la crítica que de su actuación hace el Prof. Trenchard en su, por otra parte excelente, comentario a *Hechos.* ¿Habremos de *quebrar la caña cascada y apagar el pábilo que humea,* en contra de la actitud del Señor? (v. Is. 42:3; Mt. 12:20).

(b) Que el resultado debe ser dejado a la providencia de Dios (vv. 38b 39): *«Porque si este plan o esta obra es de los hombres, se desvanecerá, mas si es de Dios, no la podréis destruir; no sea que os encontréis luchando contra Dios».* Lo que es claramente malo debe ser suprimido, pero si no hay oposición evidente contra la ley de Dios, mejor es dejarlo en paz y ver en qué para. Si es mera invención humana, se quedará en nada, como en los casos de Teudas y Judas el galileo; no hay por qué emplear la fuerza para suprimirlos. Pero si resulta ser cosa de Dios, no sólo no se podrá destruir, sino que la oposición a este movimiento equivaldría a hacerle la guerra al mismo Dios. Éste es el prudente razonamiento de Gamaliel. Para consuelo del pueblo de Dios, por mucha y fuerte que sea la oposición que se les haga, su causa puede ser perseguida, pero no suprimida. Y los que se oponen, sin motivo justo, a los hijos de Dios y tratan de hacer callar a sus ministros, están luchando contra el mismo Dios.

6. La decisión que tomó el Sanedrín (v. 40): *«Fueron persuadidos por él»* (Gamaliel) en cuanto a no meterse con los apóstoles y dejarlos en paz. Pero no pudieron disimular su rabia, sino que dieron cierto desahogo a su indignación *azotándolos* (no hay prueba alguna de que Gamaliel consintiese en esto, pues habría sido inconsecuente con su propio consejo, pero no le fue fácil impedirlo; comp. con Jn. 7:52), como si fuesen malhechores, al pensar que, con esta *afrenta* (v. 41), les harían avergonzarse de su

predicación, y el pueblo se avergonzaría de escucharles. Después, *les intimaron que no hablasen en el nombre de Jesús y los pusieron en libertad.*

7. La admirable valentía y constancia de los apóstoles (vv. 41–42).

(A) «*Salieron de la presencia del sanedrín,* encomendando la causa a Dios, como Gamaliel había aconsejado y, lejos de avergonzarse de Cristo, *salieron gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre»* (v. 41), es decir, por el nombre del mismo Jesús en cuyo nombre se les había intimado (v. 40) que no hablasen. Eran hombres que no habían cometido ninguna cosa por la que avergonzarse, sino que obedecían a Dios y proclamaban salvación para todo el que cree, arrepentimiento y perdón de pecados. Así que tuvieron por un gran honor ser tenidos por dignos de sufrir a causa de tal nombre, pues no hay mayor honor que ser perseguidos por honrar a Cristo y al Evangelio. Salieron gozosos, porque el Maestro había dicho (Mt. 5:11, 12): *«Dichosos seréis cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos»*. Si sufrimos por hacer el bien, con tal de que lo suframos bien, debemos alegrarnos en la gracia que nos capacita para ello.

(B) Continuaron con su obra con diligencia infatigable (v. 42). Se les había prohibido predicar, pero *«nunca cesaban de enseñar y proclamar la buena noticia de que Jesús es el Mesías»* (NVI). Esto lo hacían: (a) *todos los días,* como tarea y deber de cada día; (b) *en el templo,* lugar donde concurría el pueblo, sin miedo a sus perseguidores ni al peligro que allí les amenazaba; (c) y *por las casas;* así llegaban hasta los que, por su edad, mala salud, etc., no podían acudir al templo, pues el Evangelio había de ser *predicado a toda criatura* (Mr. 16:15). (d) No se predicaban a sí mismos, ni doctrinas de hombres, sino *a Jesucristo,* al Salvador Mesías que había sido crucificado por los hombres, pero resucitado por Dios.

CAPÍTULO 6

I. Descontento entre los discípulos acerca de la distribución de alimentos (v. 1). II. Elección de siete diáconos que se ocupasen de este asunto (vv. 2–6). III. Crecimiento de la Iglesia (v. 7). IV. Una referencia especial al diácono Esteban, quien fue arrestado y llevado ante el Sanedrín (vv. 8–15), con lo que comienza su proceso que, en el capítulo siguiente, culminará con su sentencia y ejecución.

Versículos 1–7

1. Un desdichado desacuerdo entre algunos miembros de la iglesia de Jerusalén fue prudentemente tratado y resuelto a tiempo (v. 1): *«Al aumentar el número de los discípulos, hubo murmuración, etc»*.

(A) Nos consuela ver que *aumenta el número de los discípulos,* así como, sin duda, les amargaba a los sacerdotes y a los saduceos. Parece ser que la oposición que se hacía a la predicación del Evangelio contribuía a su éxito. Los predicadores eran azotados y amenazados y, sin embargo, el pueblo recibía su doctrina y eran incluso atraídos por la paciencia y el gozo con que los apóstoles soportaban estos sufrimientos.

(B) Con estas luces contrasta la sombra que nos ofrece el que el aumento de los discípulos diese ocasión a la discordia entre ellos. *Hubo murmuración,* no una reyerta notoria, sino una secreta quemazón interior. (a) Los que murmuraban eran *los griegos,* es decir, los judíos dispersos por países fuera de Palestina en los que se hablaba el griego; se quejaban *contra los hebreos,* los nativos de Palestina, que hablaban arameo. Se explica que antes de su conversión hubiese cierta tirantez y envidia entre ambos grupos, pero era un mal testimonio el que ahora se diese ocasión a tales querellas. (b) La querella era que *las viudas de aquéllos* (los griegos) *eran desatendidas en la distribución diaria de alimentos.* La primera discordia de la Iglesia fue sobre asuntos de dinero, a pesar de lo que vimos en 2:45 y 4:34. No se nos dice quiénes eran los culpables, pero es probable que hubiese culpa por ambas partes: los palestinos se creerían con mayores derechos, y los helenistas exagerarían un poco la nota, pues la codicia y la envidia se hallan lo mismo en los ricos que en los pobres. No hay duda de que los apóstoles habían tratado de obrar con toda imparcialidad, pero el contexto posterior insinúa que, precisamente por el aumento de la grey, los pastores no podían atender por igual a todas las ovejas. No todo, pues, era perfecto en la primitiva Iglesia.

2. La intervención de los apóstoles en el asunto (v. 2).

(A) Cuál fue el primer paso que dieron para solucionar el problema: *«Convocaron a la multitud de los discípulos»*. Los Doce no quisieron obrar por su cuenta y riesgo, sino que convocaron una especie de «pleno» a fin de que dieran su voz y su voto los que intervenían más de cerca en la distribución de alimentos, tanto como aquellos cuyas viudas recibían tal suministro diario.

(B) Cuál es la razón que dieron para no ocuparse ellos directamente de tal distribución (v. 2b): *«No es conveniente que nosotros dejemos la palabra de Dios para servir a las mesas»*. Los apóstoles habían sido llamados a *predicar la palabra de Dios,* tarea que les ocupaba por entero. Si servían a las mesas tenían que dejar, en cierta medida, la predicación. Así que no estaban dispuestos a dejar de predicar por el dinero colocado a sus pies, como no dejaban tampoco de predicar por los azotes colocados a sus espaldas. La predicación del Evangelio es la obra más alta y urgente en que ha de ocuparse un ministro de Dios. No debe enredarse en los negocios temporales, ni siquiera en los asuntos financieros de la casa de Dios.

(C) Cuál es la solución que proponen (v. 3): *«Buscad, de entre vosotros a siete varones … a quienes encarguemos de este trabajo.»* Es un trabajo que necesita ser llevado a cabo mejor de lo que ha estado hasta el presente; por eso, han de elegirse para ello personas aptas. Tres cualidades se especifican; deben ser: (a) *de buen testimonio,* que no tengan nada escandaloso que se les pueda reprochar, que sea notoria su integridad y su virtud, de forma que se les pueda confiar sin escrúpulos este trabajo; (b) *llenos del Espíritu Santo,* varones espirituales, carentes de carnalidad, para que sean imparciales en el desempeño de su cargo; (c) *llenos de sabiduría;* no era suficiente que fuesen honestos y espirituales; habían de ser también competentes, no sólo en el conocimiento de las Escrituras (como lo demostraron después Esteban y Felipe), sino también en lo que requería el cargo que iban a desempeñar, es decir, prudentes y experimentados.

(D) Cuál es la ocupación a la que se van a dedicar los apóstoles (v. 4): «Y *nosotros nos dedicaremos asiduamente a la oración y al ministerio de la palabra»*. He ahí las sublimes tareas del ministro de Dios: oración y predicación; en la oración se reciben las comunicaciones divinas; en la predicación se imparten a los demás; no se trata aquí de «recitar las oraciones en las funciones litúrgicas», como quiere Leal. Además, en la oración el pastor se hace boca de la congregación hacia Dios, mientras que en la predicación se hace boca de Dios hacia la congregación. Sin la íntima comunión con Dios en la oración, la predicación carece de poder, pero toda ocupación (aun la oración) que nos dispense de preparar dignamente nuestros mensajes es una forma solapada de tentar a Dios. Dice el Prof. Trenchard: «Este ministerio abarcaba el estudio minucioso del Antiguo Testamento con el fin de comprender su relación con la Edad del Espíritu, como también la "espera" en la presencia de Dios por la que podían recibir mensajes que correspondieran a la nueva dispensación».

(E) Qué tal les pareció a los discípulos esta propuesta no impuesta (v. 5): «*Agradó la propuesta a toda la multitud»*. Así que:

(a) *Eligieron* las personas. Nótese que los apóstoles ordenaron *buscar,* no votar—nota del traductor—, pues la idea de una «democracia» eclesial (un hombre, un voto, con lo que una mayoría de creyentes carnales pueden imponer decisiones erróneas) es totalmente ajena a la Palabra de Dios. (V. el comentario a 14:23.) Es curioso el hecho de que los *siete* escogidos para tal trabajo llevan nombre griego, pues eran los más apropiados para silenciar la *murmuración de los griegos.* Uno de ellos, *Nicolás,* ni siquiera era judío, sino *prosélito de Antioquía.* Otro detalle curioso es que sólo vuelven a mencionarse, de entre estos siete, a Felipe y a Esteban, y no precisamente al servir a las mesas, sino al exponer la Palabra de Dios. Finalmente, a pesar de los títulos en nuestras versiones, no consta que estos siete fuesen *«diáconos»* en el sentido ministerial que vemos, por ejemplo, en Filipenses 1:1 y 1 Timoteo 3:8.

(b) *Presentaron a estos siete ante los apóstoles* (v. 6), para que éstos los nombrasen oficialmente para el cargo que habían de desempeñar. *Oraron* con ellos y por ellos. Todos los que están empleados en el servicio de la iglesia deben ser encomendados a la gracia de Dios mediante las oraciones de la iglesia. *Después de orar, les impusieron las manos.* Dice el Dr. Ryrie: «La imposición de manos era un signo formal de la designación para este servicio. El rito indica un vínculo o una asociación entre las personas implicadas. A veces, tiene relación con el acto de sanar (Mr. 5:23) o con el acto de transmitir el Espíritu (Hch. 8:17; 9:17; 19:6) o, como aquí, con la ordenación para un servicio especial (13:3; 1 Ti. 4:14)».

3. El progreso que la Iglesia obtuvo con esta medida. Tan pronto como las cosas fueron puestas en orden, el Evangelio prosperó (v. 7): (A) *Crecía la palabra del Señor,* esto es, se extendía el conocimiento del Evangelio, ahora que los apóstoles se desentendían de asuntos de finanzas para dedicarse

exclusivamente a su ministerio específico, y así ocurre siempre que los ministros de Dios se dedican de lleno a su labor. (B) El *número de los discípulos se multiplicaba en gran manera en Jerusalén.* Aquí era precisamente donde menos éxito había tenido la predicación de Jesús, pero ahora es aquí donde surgían numerosos convertidos. Dios tiene su remanente aun en el peor de los lugares. (C) *También muchos de los sacerdotes obedecían a la fe.* Esto era un triunfo extraordinario de la gracia de Dios: los que más se habían opuesto a Jesús y a sus discípulos *obedecían a la fe,* es decir, creían en el Evangelio («fe» en sentido objetivo). El texto parece indicar que se convirtieron *en grupo,* después de ponerse de acuerdo en cuanto a la convicción que infundían las palabras, las señales y el denuedo de los apóstoles. Se trata, sin duda, de sacerdotes en general; como bien observa Trenchard, «hemos de distinguir netamente entre los sacerdotes en general (recordemos el piadoso padre de Juan el Bautista) y la orgullosa casta sumosacerdotal, tan apegada a sus intereses materiales y financieros, que formaba una oligarquía tiránica, totalmente opuesta al Evangelio».

Versículos 8–15

No cabe duda de que Esteban era diligente y fiel en el desempeño de su oficio, sin pensar que fuese algo por debajo de su capacidad. Y, al haber sido fiel en lo poco, le fue encomendado algo mayor, pues le hallamos aquí cumpliendo con el ministerio de evangelista.

1. *«Y Esteban, lleno de gracia y de poder, hacía grandes prodigios y señales entre el pueblo»* (v. 8). Demostraba la verdad del Evangelio obrando milagros en el nombre de Jesús. Estaba *lleno de gracia y de poder* porque estaba *lleno de fe y del Espíritu Santo* (v. 5). Es por fe como viene a nosotros el poder de Dios. Por fe nos vaciamos de nosotros mismos y somos llenados de Cristo. Obraba los milagros *entre el pueblo,* pues los prodigios en nombre de Cristo no temen el más estricto escrutinio.

2. Defendía la causa del Cristianismo contra los que se oponían a ella (vv. 9, 10).

(A) Se nos dice primero quiénes eran sus oponentes (v. 9). Todos ellos eran judíos helenistas. Sin duda habían necesitado mayor gasto de dinero y energías para salir de los países en que vivían y establecerse en Jerusalén donde tenían ahora su propia sinagoga; por eso quizás eran tanto más fanáticos en su apego al judaísmo cuanto que la profesión de la religión judía no era para ellos tan fácil y barata como para los que siempre habían residido en Palestina. Se nos dice que pertenecían a *la sinagoga llamada de los Libertos* (es decir, de quienes habían sido esclavos y se les había dado después la libertad), *de los de Cirene, de Alejandría, de Cilicia y de Asia* proconsular. Lo más probable, por el contexto, es que todos ellos se reuniesen en la sinagoga de los libertos, aunque no puede negarse la posibilidad de que cada grupo tuviese su propia sinagoga. La mención de los de Cilicia arroja mucha luz sobre el proceso psicológico de la conversión del apóstol Pablo. Dice Trenchard: «Puesto que asistían a sus cultos (los de la sinagoga) los hombres de Cilicia, es probable que Saulo de Tarso fuese miembro de la congregación, y que fuese uno de los contrincantes de Esteban en las discusiones que surgieron allí. Quizás el proceso que culminó en la conversión del perseguidor de los cristianos empezara allí, bien que el fanático joven había de resistir tenazmente las primeras punzadas de su conciencia y los primeros rayos de luz que le vinieran por el ministerio de Esteban». Pero, ¿por qué disputaban con Esteban, y no con los apóstoles mismos? ¿Es que tenían a éstos como a *hombres sin letras y del vulgo* (4:13)? ¿O quizás el gran celo evangelístico de Esteban le llevó espontáneamente o por designación de los demás discípulos a enfrentarse en discusión con dichos oponentes? Un detalle que no debe olvidarse—nota del traductor—es que Esteban, además de sus cualidades espirituales e intelectuales que le hacían destacarse entre los discípulos, era de extracción helenista como los otros seis «diáconos», con lo que estaba mejor capacitado para disputar con los también helenistas de la sinagoga de los libertos, etc.

(B) También se nos dice cómo soportó Esteban la confrontación (v. 10): *«No podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba».* No podían sostener sus propios argumentos ni responder con efectividad a los argumentos de Esteban. No quedaron convencidos, pero quedaron confundidos. No se nos dice que no podían resistirle, sino que *no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba.* Pensaban que discutían únicamente con Esteban, pero discutían con el Espíritu de Dios en él, con quien no podían competir.

3. Al final, selló con su sangre su testimonio. Al no poder contestar a sus argumentos, le formaron proceso como si fuese un criminal y sobornaron a unos testigos que le acusasen de blasfemia. Veamos:

(A) Cómo soliviantaron contra él no sólo a las autoridades, sino también a las turbas (v. 12), a fin de que, si el Sanedrín opinaba que no era reo de muerte, pudiesen obligar al tribunal a sentenciarle por la intervención tumultuosa de las masas populares; también hallaron medios de concitar contra él a los ancianos y escribas, a fin de que, si el pueblo se volvía a favor de él, pudiesen prevalecer con el apoyo de las autoridades. Así no dudaban de que se saldrían con la suya, al tener dos barajas con que jugar.

(B) Cómo lo llevaron ante el tribunal (v. 12b): *«Cayendo sobre él, le arrebataron y le trajeron al sanedrín»*. Cayeron sobre él en grupo y se lo llevaron como se lleva un león su presa, según el significado del verbo griego.

(C) Cuál es el cargo que prepararon contra él mediante los testigos a quienes habían sobornado: *«Le hemos oído hablar palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios»* (v. 11b); *«Este hombre no cesa de hablar palabras contra este lugar santo y contra la ley»* (v. 13b), pues le habían oído decir lo que haría Jesús—según ellos—contra el templo y contra la ley (v. 14). Como en el juicio contra Jesús, estos testigos falsos decían parte de verdad, pero distorsionándola por la forma en la que la presentaban. El cargo era, pues, de *blasfemia*, agravada por la contumacia después de ser advertido. Los perseguidores de Esteban parecen mostrar gran celo por el honor de Dios y de Moisés. Pero, ¿dijo Esteban blasfemias contra Moisés? ¡De ningún modo! Ni Jesús ni sus discípulos dijeron jamás cosa alguna que ni de lejos se pareciese a una blasfemia contra Moisés. El cargo queda explicado en el versículo 13, pues *hablar contra el lugar santo* equivale a *blasfemar contra Dios; y hablar contra la ley* equivale a *blasfemar contra Moisés.* Esto ya es, por sí solo, una falacia, pues no hay tal equivalencia. Esteban repite, en realidad, lo que dijo Jesús: Que la ciudad y el templo serían, en un futuro próximo, destruidos, no por mano de Dios, sino de los romanos, a causa de aquella *generación adúltera y perversa.* También era falsa la acusación de hablar contra la ley, pues Jesús mismo había dicho (Mt. 5:17) que *no había venido para abrogar la ley o los profetas; no para abrogar, sino para cumplir;* y si cambió ciertas costumbres, fue para introducir y establecer otras mucho mejores.

4. Se nos dice igualmente (v. 15) cómo honró Dios a Esteban: *«Entonces todos los que estaban sentados en el sanedrín, al fijar los ojos en él, vieron su rostro como el rostro de un ángel»*. Es costumbre de los jueces observar fijamente el rostro del reo, en el que se refleja con frecuencia la culpabilidad o la inocencia. Esteban aparecía con tal serenidad mezclada de bravura y con tal mansedumbre llena de majestad, que todos vieron en su rostro como el rostro de un ángel. No cabe duda de que su rostro resplandecía como el rostro de Moisés cuando hablaba con Dios. Dios quería, con este brillo sobrenatural, honrar a su fiel testigo y confundir a sus perseguidores y a sus jueces. No cejaron por eso en su furiosa persecución contra él, sino que continuaron con su procesamiento.

CAPÍTULO 7

En este capítulo tenemos el martirio de Esteban, el primer mártir de la Iglesia cristiana. Por eso se nos refieren con tanto detalle su proceso, sus sufrimientos y su muerte. I. Su defensa ante el Sanedrín de que no había blasfemado contra Dios ni contra Moisés. Para ello, 1. hace un repaso al Antiguo Testamento, y muestra que el lugar santo y la ley eran únicamente figuras de futuras realidades, con lo que no se las menospreciaba al decir que habían de dar lugar a cosas mejores (vv. 1–50). 2. Aplica esto a quienes le encausaban y se sentaban en juicio contra él (vv. 51–53). II. Su muerte por apedreamiento y su paciente, piadosa y gozosa sumisión a ella (vv. 54–60).

Versículos 1–16

I. El sumo sacerdote invita a Esteban a responder a los cargos (v. 1): «Ya has oído lo que éstos dicen de ti. *¿Es esto así?*

II. Comienza él su defensa, larga y detallada.

1. En su discurso, se muestra poderoso en el Espíritu y muy versado en las Escrituras. Los que están *llenos del Espíritu Santo,* como Esteban, también estarán llenos de la Palabra de Dios, como él.

2. Cita las Escrituras conforme a la versión de los LXX, con lo que corrobora, como ya lo indica su nombre griego, que pertenecía a los judíos helenistas. Comienza diciendo (v. 2): *«Varones hermanos y padres, oíd»*. No les halaga, pero les da los títulos respetuosos que les corresponden. Aunque ellos le miran como a enemigo y apóstata de la religión judía, él los llama «varones», dignos de atención, «hermanos» de la misma familia de Israel, y «padres» por la autoridad que tenían. Pide que le presten atención: «Oíd», esto es, «escuchad».

(A) Comienza su discurso con el llamamiento de Abraham, el primer patriarca de Israel, cuyo país nativo, *Mesopotamia* (v. 2) era idólatra. Especifica que era *«el país de los caldeos»* (v. 4); de allí le llamó y le sacó Dios. Después de eso, *habitó en Jarrán* es de allí, cinco años más tarde, cuando murió su padre, *«Dios le trasladó a esta tierra, en la cual vosotros habitáis ahora»* (v. 4b). Con esto hace observar a sus jueces (y a nosotros también): (a) que en todos nuestros caminos hemos de atender a la dirección de Dios por medio de su providencia; (b) que a quienes Dios separa mediante un pacto para que se entreguen a Él y se aparten de lo mundano, les pide que le sigan por fe y con obediencia. Los jueces acusaban a Esteban de blasfemia, pero él muestra ser un fiel hijo de Abraham *(«nuestro padre»,* v. 2), en la obediencia y el culto al verdadero Dios, *«el Dios de la gloria»*. (c) Ellos estaban orgullosos de su circuncisión y de *la tierra en que habitaban ahora,* pero él les hace ver que Dios llamó a Abraham en tierra extraña y entró en pacto con él antes de estar circuncidado, con lo que ni la circuncisión en la carne (comp. con el v. 51) ni el lugar donde moraban tenían la importancia que ellos les daban.

(B) Los muchos años durante los que Abraham y su descendencia anduvieron sin rumbo fijo tras su salida de Ur de los caldeos. Dios *le prometió que se la daría* (la tierra) *en posesión a él y a su descendencia después de él* (v. 5). Pero, (a) *cuando no tenía ningún hijo* (v. 5b) y tardó muchos años en tenerlo de Sara. (b) Él fue extranjero en la tierra, pues Dios *no le dio herencia en ella, ni aun para asentar un pie.* (c) También su *posteridad sería extranjera en tierra ajena,* hasta que pasasen *400 años* durante los cuales los israelitas *serían maltratados.* Esteban cuenta así, en números redondos, desde el nacimiento de Isaac hasta la salida de los israelitas de Egipto, pues el apóstol aclara, en Gálatas 3:17 que pasaron 430 años desde la promesa hecha a Abraham hasta que fue dada la Ley en el Sinaí. Las promesas de Dios, aunque caminen despacio, llegan seguras y a su debido tiempo.

(C) Veamos ahora cómo sirve todo esto al objetivo que se propone Esteban en su discurso: (a) La nación judía era insignificante en sus comienzos; así como el primer patriarca, Abraham, fue sacado de la oscuridad en Ur de los caldeos, también las tribus de Israel fueron sacadas de la esclavitud en Egipto. El que las sacó de allí las puede volver a meter allí sin perder nada, y puede también, de las piedras mismas suscitarle hijos a Abraham. (b) Los lentos pasos por los que se fue cumpliendo la promesa hecha a Abraham muestran que tenían un significado espiritual y que la tierra principalmente implicada en la promesa era *una patria mejor, esto es, celestial* (He. 11:14–16). No era, pues, blasfemia decir que *Jesús había profetizado la destrucción de este lugar,* cuando era Él precisamente quien nos había de guiar a la Canaán celestial.

III. Esteban pasa luego a detallar cómo se formó la familia de Abraham.

1. Dios se comprometió a ser el Dios de Abraham y de su posteridad y, en señal de esto, *le dio el pacto de la circuncisión* (v. 8), por lo que, cuando le nació Isaac, *le circuncidó al octavo día.* Y comenzaron a multiplicarse: *Isaac* (engendró y circuncidó) *a Jacob, y Jacob a los doce patriarcas* (v. 8b).

2. Los hermanos de José *le tuvieron envidia* (v. 9) por el afecto especial que su padre le profesaba y por los sueños de supremacía que tenía, y lo *vendieron para Egipto.*

3. *Pero Dios estaba con él* (v. 9b), le reconocía por suyo y le favorecía; de modo que *le libró de todas sus tribulaciones* e hizo que sirviesen para su exaltación como *gobernador sobre Egipto y sobre toda la casa de Faraón* (v. 10).

4. Jacob se vio obligado a bajar a Egipto por el hambre que se abatió *sobre toda la tierra de Egipto y de Canaán* (vv. 11, 12), pues *oyó que había trigo en Egipto.* Por dos veces envió a sus hijos allá, y en el segundo viaje (v. 13), *José se dio a conocer a sus hermanos, etc.* En cuanto al cómputo de Esteban sobre el número de 75 personas que, del linaje de Jacob, entraron con él en Egipto (v. 14), véase el comentario a Génesis 46:26. Esteban cita de los LXX este versículo, donde se dice 75.

5. Jacob y sus hijos murieron en Egipto (v. 15), y sus restos *fueron trasladados a Siquem, etc.* (v. 16). Aunque Jacob fue sepultado en Hebrón (Gn. 50:13), y de los demás hijos de Jacob no se conoce el sepulcro, el hecho de que José (el personaje que a Esteban le interesaba poner de relieve) fuese sepultado

en el terreno comprado por Jacob en Siquem (Jos. 24:32), hace que tengamos aquí un resumen generalizado. Dice Trenchard: «La mención de Siquem (en la provincia de Samaria) pone de relieve una vez más que Jerusalén no era el único lugar sagrado en la estimación de los antiguos».

6. Veamos cómo estos detalles sirven al propósito de Esteban: (A) Hace ver a sus jueces que José fue figura de Cristo, tanto en su humillación como en su exaltación. (B) Que, de la misma manera que José fue rechazado por sus hermanos y vendido como esclavo, a pesar de lo cual, lo sufrió todo con humildad y paciencia y perdonó después a sus hermanos, también Cristo había sido rechazado y condenado a muerte por ellos, pero había sido exaltado a la diestra del Padre, desde donde seguía siendo el único medio de salvación para ellos, como para todos. (C) Aquella tierra santa, que ellos estimaban tanto, no fue durante muchos siglos la morada de sus antepasados, por lo que no les ha de parecer extraño el que, después de ser tan contaminada por el pecado (en especial, con el derramamiento de la sangre del Justo), vaya a ser destruida.

Versículos 17–44

De la historia de José, pasa Esteban a la historia de Moisés, el principal tipo de Cristo en lo que a Esteban le interesaba poner de relieve en su discurso.

I. Comienza por referirse al considerable crecimiento del pueblo en Egipto *cuando se acercaba el tiempo de la promesa* (v. 17), el tiempo en que Israel iba a ser constituido como nación. Los movimientos de la Providencia suelen acelerarse conforme se acercan a su centro. Dios sabe cómo redimir el tiempo que parecía perdido y llevar a cabo doble tarea en un solo día.

II. El extremo al que se vieron reducidos en Egipto (vv. 18, 19). Tres cosas hace notar Esteban: I. La ingratitud de los egipcios, pues se olvidaron pronto de José (v. 18): *«Se levantó en Egipto otro rey que no sabía nada de José»,* a pesar de que entre la muerte de José y el nacimiento de Moisés no llegó a tres siglos. ¡Qué grande fue la ingratitud de Egipto al olvidar tan pronto a tan grande bienhechor del país! 2. La astucia y perversidad de tal rey, *al exponer* a *la muerte a los niños de pecho* de Israel, *para que no se propagasen* (v. 19). Lo que los enemigos del Evangelio estaban haciendo en la infancia de la Iglesia de Cristo era tan impío, y tan inútil, como lo que aquel rey hizo para acabar con la descendencia de Israel.

III. El surgimiento de Moisés como futuro libertador del pueblo (v. 20): *En aquel tiempo,* cuando más fiera era la persecución del Faraón contra los israelitas, *nació Moisés,* quedando así expuesto al peligro que el edicto real entrañaba. *Fue hermoso a los ojos de Dios;* en especial, por la gracia de Dios, quien le eligió desde el vientre de su madre. Fue preservado por extraordinaria providencia de Dios: *«fue criado tres meses en casa de su padre»,* nieto de Leví. La providencia lo siguió preservando hasta ponerlo en brazos de *la hija de Faraón, que lo crió como a hijo suyo* (v. 21). En el palacio real, *Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios* (v. 22). Esta sabiduría (comp. Is. 19:11) «consistía—dice Leal—en las ciencias ocultas (cf. Sab. 7, 17–22)». A pesar de la dificultad que tenía en expresarse (Éx. 4:10), era fuerte e inteligente: *«poderoso en sus palabras y obras»* (v. 22b), como lo demostró más adelante. Con esto daba Esteban a entender que tenía de Moisés un concepto tan alto (o más) como el que ellos pudiesen tener.

IV. Cómo trató Moisés de conseguir la liberación de Israel, pero le despreciaron. Esteban insiste mucho en esto, porque le sirve como de clave para el objeto de su discurso: *Cuando Moisés tuvo cuarenta años* (v. 23), *le vino el deseo de visitar a sus hermanos, los hijos de Israel,* para ver qué podía hacer por ellos, 1. Como su salvador, según lo mostró *al vengar* a uno de sus hermanos *oprimidos* (v. 24). Si los israelitas hubiesen conocido las señales de los tiempos, habrían tomado esto por la aurora de su liberación; *mas ellos no lo comprendieron así* (v. 25). 2. Como juez de Israel, como lo mostró al día siguiente al tratar de reconciliar entre sí a dos israelitas que se peleaban; les hizo ver que eran *hermanos, por lo que no debían maltratarse el uno al otro* (v. 26). Pero *el que maltrataba a su prójimo* (v. 27), es decir, el de mayor culpabilidad en la contienda, no sólo no aceptó la corrección, sino que, tras hacerlo a un lado de un *empujón,* le dijo en su cara: *«¿Quién te ha constituido gobernante y juez sobre nosotros?»* Y, para mayor insulto, le echó en cara el servicio que había prestado a Israel al vengar a un israelita maltratado por un egipcio (v. 28), como si hubiese sido un crimen, cuando era una bandera de desafío

contra los egipcios, y una bandera de amor y liberación para Israel. Ante esto, Moisés huyó a Madián, donde se estableció como extranjero, se casó y tuvo dos hijos (v. 29). 3. Cómo servía esto al propósito de Esteban: (A) Sus jueces le acusaban de blasfemia contra Moisés, pero él les expone las indignidades que sus antepasados habían cometido contra Moisés. (B) Le perseguían por salir en defensa de Cristo y de su Evangelio, pero era el propio Moisés el que, de parte de Dios, había predicho la venida futura de un profeta a quien habían de escuchar (v. 37). (C) Cristo, como antaño Moisés, era el Príncipe y Salvador de Israel. Pero ellos le rechazaban, como habían rechazado a Moisés sus antepasados. Debían, pues, temer que Dios los entregase a una esclavitud mayor que la que habían sufrido sus mayores en Egipto.

V. Al proseguir con la historia de Moisés, Esteban narra a continuación: 1. La visión que Moisés tuvo de la gloria de Dios en lo de la zarza (v. 30): *Pasados cuarenta años,* cuando ya tenía ochenta años, entra a desempeñar el cargo para el que había nacido. Se le aparece el ángel de Jehová (Éx. 3:2) *en el desierto del monte Sinaí en una zarza ardiendo* (v. 30). Esteban pone de relieve que a Moisés se le mandó entonces que se descalzase, pues estaba en tierra santa (vv. 31–33), con lo que se daba a entender que no sólo en el templo, sino en cualquier otro lugar, se puede tener comunión con Dios. Se engañan quienes piensan que la presencia de Dios está confinada a ciertos lugares, pues Él puede llevar a su pueblo a un desierto y hablarles allí al corazón. Cómo fue afectado Moisés por esta visión: (A) *«Se asombró de la visión»* (v. 31). Sintió curiosidad de observar qué era aquello, pero cuanto más se acercaba, más asombrado se quedaba. (B) *«Temblando, no se atrevía a mirar»* (v. 32), pues pronto se percató de que era el ángel de Jehová.

2. La declaración que escuchó del pacto de Dios (vv. 31b–32): *«Vino a él la voz del Señor: Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob; y,* por tanto, (A) «*Yo soy el que soy,* es decir, soy el mismo de siempre». El pacto que Dios hizo con Abraham era: «Yo *seré para ti Dios*». Ahora, viene a decir Dios: «Ese pacto está todavía en vigor; yo sigo siendo el Dios de Abraham». Todos los favores y todos los honores que otorgó Dios a Israel estaban fundados en este pacto con Abraham. Con esto precisamente probó Jesús que había un estado futuro. Dios es Dios de vivos, no de muertos; luego Abraham está vivo con Dios. (B) El Dios de Abraham es el Dios de Israel, pues los israelitas *son amados por causa de los padres* (Ro. 11:28). Lo que Esteban, como todos los discípulos de Cristo, predicaba era *«la promesa que hizo Dios a nuestros padres»* (26:6). ¿Y se atreverán los jueces de Esteban, bajo pretexto de defender el templo y la Ley, a oponerse al pacto que Dios hizo con Abraham, mucho antes de que se diese la Ley, y muchísimo antes de que se construyese el templo? Dios quiere que nuestra salvación esté basada en la promesa, no en la Ley. Así que los judíos que perseguían a los cristianos, bajo pretexto de que los cristianos blasfemaban de la Ley, estaban blasfemando ellos mismos de la promesa.

3. La comisión que dio Dios a Moisés de que libertase de Egipto a Israel. Después de ordenarle que se quitase las sandalias por respeto al lugar (v. 33), le comisionó para que fuese a Egipto *como gobernante y libertador* (v. 35), pues estaba compadecido de su pueblo (v. 34): *«He visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su gemido y he descendido para librarlos.* Así lo hizo por mano de Moisés, acompañando las palabras con *prodigios y señales en tierra de Egipto, en el mar Rojo y en el desierto por cuarenta años* (v. 36). Esteban pone de relieve que precisamente *a este Moisés, a quien habían rechazado … a éste lo envió Dios como gobernante y libertador* (v. 35). El paralelo con Jesús en la intención de Esteban estaba claro, como puede verse por la semejanza con 5:30, 31: *«El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero. A éste, Dios ha exaltado con su diestra por jefe y salvador»* (comp. con 4:11). Esteban está, pues, muy lejos de blasfemar de Moisés, pues le admira como a glorioso instrumento en las manos de Dios, aunque en esto estaba muy por debajo de Jesús, como lo muestran los vocablos que a Jesús se aplican en 5:31 *(«arjegón kai sotéra»),* superiores a los que Esteban aplica a Moisés en 7:35 *(«árjonta kai lytrotén»).*

4. La profecía que Moisés profirió acerca de Cristo y de su gracia. Moisés habló de Él (v. 37): *«Éste es el Moisés que dijo a los hijos de Israel: El Señor vuestro Dios os suscitará un profeta como yo de entre vuestros hermanos; a él oiréis».* Así que, entre los más grandes honores que Dios le había otorgado, se menciona aquí el que había profetizado la venida de Cristo. Al afirmar, pues, que Jesús había de cambiar ciertas costumbres y preceptos de la Ley, mediante una Ley superior, lejos de blasfemar de Moisés, Esteban le tributaba el mayor honor imaginable. Jesús les había dicho (Jn. 5:46): *«Si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él».* El que dijo de Jesús *«oídle»,* suponía que Jesús tenía autoridad divina para lo que había de decir y hacer.

5. Los eminentes servicios que Moisés continuó haciendo al pueblo de Israel después de haberlos sacado de Egipto (v. 38). Se mencionan ahora, entre otros honores otorgados por Dios a Moisés, (A) que *estuvo en la congregación en el desierto,* y presidió y dirigió todos sus asuntos durante cuarenta años. Muchas veces habrían sido destruidos si Moisés no hubiese intercedido por ellos, en lo cual fue tipo de Cristo, nuestro gran Mediador y perpetuo intercesor. (B) Que estaba *con el ángel que le hablaba en el monte Sinaí y con nuestros padres.* Cristo mismo preencarnado era, sin duda, el ángel de Jehová que conducía, por mano de Moisés, a los israelitas en su peregrinación por el desierto. (C) «Y *que recibió palabras de vida para darnos*». Las palabras de Dios son espíritu y vida. No que la Ley de Moisés pudiese dar la vida, pero mostraba el camino hacia la vida. Moisés no las inventaba, sino que se limitaba a transmitir a los israelitas los oráculos que Dios le daba. Del mismo modo que Cristo completó definitivamente la revelación de Dios al mundo (He. 1:2), también completó los preceptos que Dios había dado por medio de Moisés.

6. Sin perder de vista el objetivo de su discurso, Esteban hace ver que quienes le acusaban de blasfemar de Moisés estaban siguiendo los pasos de sus antepasados (v. 39) *«al cual nuestros padres no quisieron obedecer, sino que le desecharon y en su corazón se volvieron a Egipto»,* prefiriendo los ajos y las cebollas de Egipto al maná que tenían bajo la conducción de Moisés, y a la leche y miel que esperaban tener en Canaán. Hay muchos que profesan ir hacia Canaán, pero en lo íntimo del corazón se vuelven a Egipto. Si, pues, las costumbres impuestas por mano de Moisés no pudieron cambiarles el corazón, no era extraño que Cristo viniese a cambiar esas costumbres. Entre las grandes afrentas, hechas tanto a Moisés como a Dios, Esteban menciona lo del *becerro de oro* (vv. 40, 41), como si un becerro de oro pudiese suplir la ausencia de Moisés y conducirlos a Canaán. ¡Poco podía hacer la Ley del Sinaí! Era, pues, necesario que esta ley fuese perfeccionada por otra mano mejor, y no se blasfemaba de Moisés por decir que Cristo era quien lo había llevado a cabo.

7. Esteban termina esta sección de su discurso acerca de Moisés y acusa implícitamente a sus jueces de ser imitadores de sus padres en la idolatría a la que Dios los entregó. Éste fue el mayor y más triste castigo por su pecado (v. 42), para lo que Esteban cita una porción de los profetas (Am. 5:25–27). Al citar de un profeta del Antiguo Testamento, no podían sentirse tan molestos por la reprensión. Amós les reprende:

(A) Por no ofrecer sacrificios a su Dios en el desierto (v. 42): *«¿Acaso me ofrecisteis víctimas y sacrificios en el desierto por cuarenta años?»* No; durante todo este tiempo, los sacrificios a Dios quedaron interrumpidos. El hecho de que esas «costumbres» tan importantes estuviesen en desuso por tanto tiempo era, en boca de Esteban, un freno al celo que ellos parecían sentir por las costumbres que Moisés les había dado y al temor que tenían de que *este Jesús* las cambiase.

(B) Por ofrecer sacrificios a otros dioses (v. 43): *«Antes bien llevasteis el tabernáculo de Moloc»,* una de las deidades de Canaán a la que se ofrecían sacrificios humanos, y *la estrella de vuestro dios Refán* (lit.), es decir, el planeta Saturno, pues ése es el nombre de dicho planeta en siríaco. Tenían imágenes que representaban al planeta, del mismo modo que los efesios tenían imágenes de plata de la diosa Diana. *Refán* es el nombre que los LXX pusieron en vez de *Quiyún.* Esas imágenes son aquí llamadas (v. 43c) *«figuras que os hicisteis para adorarlas».* Es curioso el cambio que Esteban hace en el versículo 43d, pues, en lugar de *«más allá de Damasco»* (Am. 5:27), dice: *«más allá de Babilonia».* Dice J. Leal: «El destierro "hasta más allá de Damasco", de que habla el Antiguo Testamento, Esteban lo traslada "hasta más allá de Babilonia", con el conocimiento que le da la historia». Solamente la bondad de Dios y la fidelidad a sus promesas explica que, a pesar de las idolatrías del pueblo, *el tabernáculo del testimonio que había ordenado Dios cuando habló a Moisés,* les acompañase en el desierto (v. 44).

Versículos 45–53

1. Esteban les da ahora respuesta, en especial, al cargo que se refería al templo, es decir, que hablaba palabras blasfemas contra el lugar santo (vv. 45–50). Le acusaban de decir que Jesús destruiría el templo. Esteban viene a replicar: «¿Y qué? La gloria del Dios santo queda incólume aunque yazca en el polvo», puesto que:

(A) Sólo después que nuestros padres entraron en el desierto, es cuando tuvieron el tabernáculo; por eso, Aquel que fue adorado sin lugar santo en los mejores tiempos de la congregación de Israel, también podrá serlo cuando este lugar haya sido destruido.

(B) El lugar santo fue al principio una tienda de campaña, movible e insignificante, destinada a desaparecer; también el templo puede desaparecer igualmente, pues lo más importante, tanto del tabernáculo como del templo, es que fueron erigidos para *testimonio* (v. 44).

(C) Ese tabernáculo, construido según el modelo que Dios mostró a Moisés (v. 44) y que fue primeramente erigido en el desierto, era figura del tabernáculo en que entró el Señor Jesús (He. 8) y fue introducido en la Tierra Santa por *Josué* (v. 45), equivalente *a Jesús,* que en esto era, por tanto, figura de Jesucristo, el Josué del Nuevo Testamento.

(D) Dicho tabernáculo continuó *hasta los días de David* (v. 46), quien deseó edificar a Dios un templo, pero fue Salomón quien lo mandó construir (v. 47), con lo cual se demostraba cuán poco caso hacía Dios del lugar santo, ya que, aunque David *halló gracia delante de Dios* (v. 46), Dios le prohibió edificarlo, y mostró que no tenía ninguna prisa por tener el templo.

(E) Esteban pone de relieve la poca importancia del templo y cita de Isaías 66:1, 2 y de 1 Reyes 8:27, como lo hará Pablo más tarde (17:24): *«El Altísimo no habita en templos hechos a mano»* (v. 48), pues no los necesita, ya que *el Cielo es su trono, y la tierra el estrado de sus pies.* Por eso, continúa el Señor: *«¿Qué clase de casa me edificaréis? ¿O cuál es el lugar de mi reposo? ¿No hizo mi mano todas estas cosas?»* (vv. 49, 50).

2. De ahí pasa Esteban al ataque directo, al percibir que sus acusadores no soportaban lo que él decía, con lo que mostraban que eran imitadores de sus antepasados.

(A) Ellos, como sus padres, son *duros de cerviz,* esto es, rebeldes e insumisos a la voz de Dios, e *incircuncisos de corazón,* que no quieren entender, y *de oídos,* que cierran los oídos a la verdad (v. 51). Eran judíos en la carne, pero paganos de espíritu.

(B) No sólo no daban oídos a la Palabra de Dios, sino que se enfurecían contra los métodos de Dios: *«Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros»* (v. 51b). (a) Resistían al Espíritu que les hablaba por medio de los profetas: ¿A *cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres?* (v. 52). (b) Le resistían igualmente al contender con la conciencia de ellos. Hay siempre dentro de nuestro corazón algo que resiste al Espíritu Santo, pero en el corazón de los elegidos esa resistencia es vencida y, tras una lucha más o menos larga, se erige en el corazón el trono de Cristo. (c) Su resistencia al Espíritu Santo les había llevado a sus padres (y les llevaba a ellos) *a matar a los profetas que habían anunciado la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis sido traidores y asesinos* (v. 52b). Es la misma acusación que les había lanzado Pedro (2:36; 3:14, 15; 5:30). Habían alquilado a Judas para traicionarle y habían obligado a Pilato a condenarle a muerte, por lo que Esteban les culpa de ser sus traidores y asesinos. ¿A qué profeta habrían guardado respeto, si no se lo habían guardado al propio Hijo de Dios?

(C) Como sus padres, también ellos menospreciaban la revelación divina. Dios les había dado a sus padres la Ley, y a ellos el Evangelio, pero en vano. (a) Sus padres recibieron la Ley, pero no la guardaron (v. 53), como si fueran cosas extrañas e inconvenientes, a pesar de que eran para vida. Dice Leal: «La mediación de los ángeles sirve aquí para ponderar el origen divino de la Ley y la gravedad del pecado contra ella». Tan pronto como recibieron la Ley la quebrantaron al hacer el becerro de oro y prestarle adoración. (b) Ellos recibían ahora el Evangelio, no por disposición de ángeles, sino del Espíritu Santo, y también a éste le resistían negándose a recibir el Evangelio. No querían avenirse con Dios de ninguna de las maneras.

Versículos 54–60

Muerte del primer mártir de la Iglesia cristiana. Vemos el Infierno con todo su fuego y toda su oscuridad, y el Cielo con toda su luz y todo su brillo. No se nos dice que se pusiese a votación el caso de Esteban y que, por mayoría de votos, se le juzgase reo y se le condenase así a muerte. Tampoco se nos dice que se le ejecutase con intervención del pueblo, sino que fueron sus acusadores los que llevaron a cabo toda la ceremonia legal de la ejecución.

1. Véase primero la fuerza de la corrupción en los perseguidores de Esteban.

(A) *«Oyendo estas cosas se sentían heridos en lo más vivo»* (v. 54). El verbo griego *(diepríonto)* es el mismo de 5:33, cuyo significado se explicó allí. La enemistad contra Dios es algo que corta el corazón, mientras que la fe y el amor lo curan. El que parecía un ángel antes de comenzar su discurso (6:15),

hablaba como un ángel al terminarlo, pero ellos estaban resueltos a no dar oídos a una causa tan clara y bravamente defendida.

(B) *«Rechinaban los dientes contra él»* (v. 54b). Llenos de rabia, no podían soportar las señales manifiestas de poder divino que se manifestaban en Esteban. El rechinar de dientes se usa a menudo para expresar el terror y los tormentos de los condenados. Los que tienen la malicia del Infierno no pueden menos de sufrir algunas de las penas del Infierno.

(C) *«Gritando a grandes voces,* al oír a Esteban hablar de Jesús en el cielo, a la diestra de Dios (vv. 55, 56), trataron de prevalecer contra Esteban con gritos, ya que no podían con razones, y *se taparon los oídos»* (v. 57), bajo pretexto de que no podían soportar el oír sus blasfemias. Así manifestaban su resolución de no escuchar.

(D) Al pasar de los gestos a las manos, (a) *«arremetieron a una contra él»* (v. 57b), como fieras que se lanzan a la presa; (b) «*y echándole fuera de la ciudad, comenzaron a apedrearle»,* para cumplir así, según ellos, con la Ley de Moisés (Lv. 24:16). Los testigos fueron los primeros en comenzar la operación, según ordenaba la Ley. (c) Estos *testigos* se quitaron el manto exterior y lo *pusieron a los pies de un joven que se llamaba Saulo* (v. 58), donde vemos la primera mención del apóstol Pablo, por cuyo nombre lo conocemos mejor y le amamos al verlo después convertido en el mayor campeón de la causa de Cristo y del Evangelio. Él mismo mencionará con pesar esta intervención suya en el asesinato de Esteban (22:20): «*y guardaba las ropas de los que le mataban*».

2. Véase la fuerza de la gracia en Esteban. Así como sus jueces y acusadores estaban llenos de Satanás, él estaba *lleno del Espíritu Santo.* Cuando fue nombrado para servir a las mesas, se nos dice que estaba *lleno del Espíritu Santo* (6:5), y ahora que va a recibir la corona («Esteban» significa «corona») del martirio, se le describe del mismo modo. Los que están llenos del Espíritu Santo son aptos para todo, tanto para actuar por Cristo como para morir por Él. Pero no por estar en peligro de muerte cada día, quedan separados del amor de Cristo (Ro. 8:35–39).

(A) Cristo se le manifestó desde la gloria del cielo, precisamente cuando sus perseguidores se sentían heridos en lo más vivo:

(a) *«Puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios»* (v. 55b). Ellos tenían puestos en él los ojos con furia; él los tenía puestos en el cielo con fe; de allí viene su socorro y allí tiene la puerta abierta. No pueden ellos interrumpir la comunión que tiene con Dios y el ofrecimiento que de sí hace a Dios. Los que están llenos del Espíritu Santo miran al cielo porque allí está su corazón.

(b) Vio la gloria de Dios porque vio *los cielos abiertos* (v. 56). Se le abrieron los cielos para darle una vista de la dicha que allí le esperaba y ayudarle a sufrir con gozo la muerte que le iban a dar.

(c) Vio también *a Jesús* (v. 55), *al Hijo del Hombre, de pie a la diestra de Dios* (v. 56). Ve a Cristo que está a favor de él, y ya no le importa quiénes puedan estar contra él. La presencia de Cristo a la diestra de Dios es una prueba visible de la exaltación del Señor a los cielos. Y lo que ve, lo declara Esteban a los que le rodean amenazadores. Ésta es la única vez que a Cristo se le llama *«Hijo del Hombre»* fuera de los Evangelios, con lo que resalta más el paralelismo del testimonio de Esteban con el que había dado el propio Señor Jesús ante el tribunal de Caifás (Mt. 26:64).

(B) Véanse las expresiones con que se dirige Esteban al Señor. *«Le apedreaban, mientras él invocaba, etc.»* (v. 59). Aunque invocaba a Dios en oración, le apedreaban; y aunque le apedreaban, él seguía orando. Es un gran consuelo para los que sufren persecución por la justicia, saber que tienen un gran Dios al que acudir. Los hombres pueden taparse los oídos, como aquí (v. 57), pero Dios no se los tapa. Le habían echado de la ciudad, pero no le pudieron alejar de su Dios. Se va del mundo y por eso llama a Dios. Buena cosa es morir orando. Dos breves oraciones profiere Esteban al morir:

(a) Una oración por sí mismo (v. 59b): *«Señor Jesús, recibe mi espíritu».* De manera parecida entregó Jesús su espíritu al Padre (Lc. 23:46) al morir. Bien queda nuestro espíritu en las manos del Mediador, cuando le hemos recibido a Él como a nuestro Salvador.

(b) Otra oración por sus perseguidores y asesinos (v. 60). Son dignas de observar las circunstancias de esta oración: *«Puesto de rodillas»,* que es una expresión de humildad, *«clamó a gran voz»,* lo cual era expresión de insistencia, dada la perversidad de sus asesinos. La oración fue: *«Señor, no les tomes en cuenta este pecado».* Así siguió el ejemplo de su Maestro, quien también clamó y pidió al Padre perdón para los que le daban muerte (Lc. 23:34). La oración es aquí también un sermón. *Primero:* lo que hicieron con Esteban fue un gran pecado. *Segundo:* a pesar de la furia y la maldad que pusieron en juego contra él, su reacción fue de amor y de perdón. Si consideran después fríamente lo que han hecho con él, no se

perdonarán fácilmente a sí mismos por haber dado muerte a quien tan fácilmente les perdonó a ellos. *Tercero:* aun cuando el pecado era tremendo, no deben desesperar de ser perdonados, con tal que se arrepientan sinceramente de su crimen. Si ellos se acusan a sí mismos, Dios no les imputará el pecado.

(C) Su muerte (v. 60b): *«Y habiendo dicho esto, se durmió».* Dice J. Leal: «*Se durmió* es la misma expresión que usa Pablo para expresar la muerte de los que creen en Cristo. La misma expresión que se fijará en los sepulcros de los mártires romanos, en las catacumbas. La muerte es un sueño, porque no es definitiva. El creyente muere en espera del despertar de la resurrección». Se *durmió* después de orar por sus perseguidores, como si diese a entender que no podía morir en paz mientras no hubiese hecho eso. Al que así duerme, le irá bien, pues despertará en la mañana de la resurrección (comp. con Jn. 11:11, 12).

CAPÍTULO 8

Por extraño que parezca, cuanto más perseguidos eran los discípulos de Cristo, tanto más se multiplicaban. I. Aquí está la Iglesia sufriendo (vv. 1–3). II. Aquí está la Iglesia extendiéndose. 1. El Evangelio llega a Samaria, es predicado allí (vv. 4, 5) y es recibido allí (vv. 6–8), incluso por Simón Mago (vv. 9–13); es otorgado el Espíritu Santo a ciertos creyentes samaritanos (vv. 14–17) y Simón Mago es severamente reprendido por Pedro (vv. 18–25). 2. El Evangelio es enviado, por medio de un alto funcionario, a Etiopía, adonde él regresaba de Jerusalén en su carroza (vv. 26–28). Es enviado Felipe a él y en la carroza le predica a Cristo (vv. 29–35), lo bautiza (vv. 36–38), y cada uno marcha por diferente camino (vv. 39, 40).

Versículos 1–3

1. Todavía quedaba algo por decir con respecto a la muerte de Esteban: ¿qué impresión hizo en la gente? (A) Habla alguien satisfecho de haber intervenido en ella (v. 1): «*Saulo,* al que conocemos mejor por su nombre romano de Pablo, *estaba de acuerdo con ellos en su muerte».* Hay buena razón para pensar que el propio Pablo incitó a Lucas a consignar esto para vergüenza suya y gloria de la gracia de Dios. (B) Otros, *unos hombres piadosos, llevaron a enterrar a Esteban e hicieron gran duelo por él* (v. 2). Le tributaron este respetuoso homenaje para mostrar que no estaban avergonzados de la causa que él había defendido, ni temerosos de la ira de quienes le habían dado muerte. Honraron a este fiel siervo de Jesucristo, pues Dios le había honrado también con la corona del martirio.

2. Se nos refiere a continuación *la persecución que aquel día se desató contra la iglesia que estaba en Jerusalén* (v. 1). Podríamos pensar que las oraciones del moribundo Esteban hubiesen calmado a los perseguidores, pero no fue así. Al dar nuevas señales de su obstinado endurecimiento, prosiguen la lucha contra el Evangelio de Cristo.

(A) Contra quiénes se desató esta persecución: *Contra la iglesia que estaba en Jerusalén.* Cristo había predicho que Jerusalén sería pronto un lugar demasiado difícil para sus seguidores, pues dicha ciudad era famosa por matar a los profetas y apedrear a quienes le eran enviados.

(B) Quién era especialmente activo en esa persecución: Nadie tan activo y tan celoso como Saulo, un joven fariseo (v. 3), pues *asolaba la iglesia,* y hacía cuanto podía por acabar con ella, extirpando de Israel el Evangelio de Cristo. Saulo había sido educado como un erudito de quien se espera discreción y cortesía, pero no pensaba que se envileciera por dedicarse a la tarea más vil que pueda darse. *«Entraba casa por casa»,* y mostraba así su tremendo fanatismo, de forma que nadie podía sentirse seguro ni en su propio hogar aunque fuese un castillo. *«Arrastraba a hombres y mujeres,* sin consideración alguna hacia el sexo débil, y *los metía en la cárcel,* a fin de que fuesen encausados y condenados a muerte».

(C) Cuál fue el efecto de la persecución (v. 1c): «*Todos fueron esparcidos* y, al recordar las palabras del Maestro *(«cuando os persigan en una ciudad, huid a otra»),* se dispersaron *por las regiones de Judea y de Samaria».* Habían cumplido su tarea en la capital y ahora era tiempo de pensar en las necesidades de otros lugares. Aunque la persecución nos pueda expulsar de nuestra obra, también nos puede enviar a trabajar en otro lugar cualquiera. Los únicos que no se dispersaron fueron *los apóstoles.* Éstos se quedaron en Jerusalén, donde su presencia era más necesaria. Por otra parte, como apunta Leal, es probable que la persecución se cebase, sobre todo, en los helenistas, más extremosos frente a las

costumbres hebreas. Resulta así interesante el hecho de que no sean precisamente los Doce quienes irradien el Evangelio al exterior de Jerusalén.

Versículos 4–13

I. Un resumen general de lo que hacían los esparcidos por la persecución (v. 4): *«Iban por todas partes anunciando las Buenas Noticias de la palabra»*. Jesús les había prohibido, antes de su muerte, ir por el camino de los gentiles y entrar en las ciudades de los samaritanos, pero antes de su ascensión a los cielos les mandó ir, no sólo a Samaria, sino hasta los últimos confines de la tierra. Iban por todas partes, no por comodidad o diversión, sino a encontrar trabajo. No eran forasteros en Judea y en Samaria, pues Jesús había estado frecuentemente con sus discípulos en aquellas regiones.

II. Especial referencia a la obra llevada a cabo por Felipe, no el apóstol, sino el diácono. Así como Esteban había sido promovido al honor de mártir, Felipe lo fue al ministerio de evangelista.

1. El asombroso éxito que tuvo Felipe en su predicación.

(A) El lugar que escogió fue Samaria, la capital de la región del mismo nombre. Los judíos no se trataban con los samaritanos, pero Cristo envió su Evangelio para matar todas las enemistades.

(B) La doctrina que predicaba (v. 5): *«les predicaba a Cristo»*. Los samaritanos esperaban al Mesías, como sabemos por Juan 4:25. Ahora Felipe les dice que ya ha venido el Mesías y que serán bien acogidos por Él.

(C) Las pruebas que presenta son convincentes, pues les ofrece *señales* milagrosas, como pudieron ellos *ver y oír al escuchar con atención las cosas que decía* (v. 6). Para demostrar que Cristo había venido *a destruir el poder del diablo* (He. 2:14), echaba demonios y sanaba enfermos (v. 7): *«Porque de muchos que tenían espíritus inmundos, salían éstos dando grandes voces»*, con lo que daban así a entender la repugnancia que sentían en abandonar su presa por obra de un poder superior al de Satanás. Donde entra el Evangelio, son desalojados los malos espíritus. Y, como el Evangelio tiene por misión sanar la persona entera, *«muchos paralíticos y cojos eran sanados»*.

(D) La aceptación que tuvo entre el pueblo de Samaria la doctrina de Felipe (v. 6): *«La gente escuchaba unánime,* despertada primero por las señales milagrosas y alertada después por la importancia del mensaje.

(E) La satisfacción que sentían al oír la predicación de Felipe y el éxito que tuvo él con muchos de ellos (v. 8): *«había gran gozo en aquella ciudad»*, porque (v. 12) *«creyeron a Felipe … y se bautizaban hombres y mujeres»*. (a) Felipe les predicaba *el evangelio del reino de Dios,* como lo había hecho el mismo Jesús, y *el nombre* (es decir, *la persona) de Jesucristo,* del Mesías Salvador. (b) La gente no sólo le escuchaba con gusto, sino que *le creía,* esto es, creía lo que él les *anunciaba.* (c) No sólo creían, sino que *se bautizaban,* cumpliendo tanto los hombres como las mujeres con dicha ordenanza, en la que no hay diferencia entre varón y mujer, como no la hay para la salvación en Cristo. (d) Esto ocasionaba gran gozo, como hemos visto. El Evangelio de Cristo no infunde melancolía, sino gozo, pues es *… buenas noticias de gran gozo para todo el pueblo»* (Lc. 2:10).

2. Hubo algo que hizo que la predicación del Evangelio en Samaria tuviese un éxito más asombroso que de ordinario.

(A) Simón Mago había estado muy atareado allí y se había ganado gran interés entre el pueblo. Desaprender lo malo es con frecuencia mucho más difícil que aprender lo bueno. Estos samaritanos habían sido hechizados por este experto en magia, de donde le vino el sobrenombre de Mago. Por donde vemos: (a) Cuán grande es el poder que tiene el diablo para engañar, pues Simón, *con sus artes mágicas, les había tenido atónitos por bastante tiempo* (v. 11); *«se hacía pasar por algo grande»* (v. 9b), es decir, un enviado de Dios o, quizás, el propio Mesías. «*A éste oían atentamente todos, del menor al mayor* (desde el más chico al más grande, y desde el más bajo en la escala social al más alto), *diciendo: Éste es el Gran Poder de Dios»,* algo así como una «encarnación del poder con que Dios gobierna el mundo» (J. Leal). Tan ignorantes son las masas populares que tienen como hecho por el poder de Dios lo que se hace mediante el poder de Satanás. Los tenía así *atónitos, embrujados, con sus artes mágicas* (vv. 9, 11). (b) Cuán grande es el poder que tiene la gracia de Dios para salvar, ya que, a pesar del hechizo que por bastante tiempo había ejercido sobre ellos Simón Mago, fueron llevados a obedecer a Cristo y creer el Evangelio que Felipe predicaba. No desesperemos, pues, ante la resistencia que podamos encontrar en

quienes escuchan el mensaje de salvación, pues incluso los que habían sido hechizados por Simón Mago llegaron a creer y bautizarse.

(B) Lo realmente asombroso, a primera vista, es que (v. 13): *«También creyó Simón mismo y, habiéndose bautizado, perseveraba junto a Felipe»*. Dice atinadamente Trenchard: «La fe de este hombre, y su confesión de ella en el bautismo, surgieron de su comprensión de que una potencia mayor que la suya operaba por medio de las palabras y obras de Felipe (8:13). La historia posterior, con el diagnóstico de su condición por Pedro en 8:20–22, nos asegura que su profesión era falsa, sin que hubiese mediado la entrega de su voluntad al Señor». El que antes dejaba atónita a la gente con sus artes mágicas, *estaba atónito* (v. 13b) él mismo ante los milagros que Felipe obraba, hasta el punto de que *perseveraba* (el mismo verbo griego de 2:42) *junto a Felipe*, es decir, no le dejaba ni a sol ni a sombra. (¿Tendría interés en aprender sus «trucos»?—nota del traductor—.) Hay muchos que se quedan atónitos ante las pruebas de las verdades divinas, sin que lleguen jamás a experimentar el poder de dichas verdades. Vemos, pues, que Simón Mago dio tales señales de haberse convertido, que el propio Felipe le tuvo por creyente genuino, lo que prueba que no todos los discípulos poseían el don de discernir espíritus que hallamos en Pedro y en Pablo.

Versículos 14–25

Las buenas noticias del éxito que la predicación de Felipe había obtenido en Samaria llegaron a Jerusalén (v. 14), por lo que *los apóstoles … enviaron allá a Pedro y a Juan,* los más eminentes (v. Gá. 2:9). El contexto posterior no da pie para afirmar, como lo hace el jesuita J. Leal, que «Pedro y Juan llevan la misión de informarse, como luego, Pedro en Judea (9:32) y Bernabé en Antioquía (11:22). Desde el principio—continúa Leal—la Iglesia es jerárquica y hay una autoridad que dirige y vigila la fe». ¡No hay tal! Pedro y Juan no van a Samaria a inspeccionar la predicación de Felipe, sino a llevar a cabo la obra que a ellos competía (vv. 14–17), y completar la de Felipe. Veamos:

I. Cómo llevaron a cabo la obra que les competía.

1. Se nos dice (v. 16) que *«aún no había descendido* (el Espíritu Santo) *sobre ninguno de ellos* (los convertidos en Samaria) con las señales extraordinarias que se manifestaron en los discípulos el día de Pentecostés». Así, pues, Pedro y Juan (v. 15) *… descendieron* (siempre se descendía al salir de Jerusalén) y *oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo …* (v. 17). *Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo».* Comenta el Dr. Ryrie, con su claridad y concisión de siempre: «Aunque los samaritanos habían sido bautizados en agua (v. 12), el don del Espíritu Santo fue demorado hasta que llegaron Pedro y Juan y les impusieron las manos. Normalmente, el espíritu es dado en el momento de la fe (10:44; 19:2; Ef. 1:13). En este caso, sin embargo, era imprescindible que los samaritanos quedasen identificados con los apóstoles y con la Iglesia de Jerusalén, a fin de que no hubiese una Iglesia cristiana samaritana rival».

2. También se nos dice (v. 16b) que dichos convertidos de Samaria *«solamente habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús»*. Trenchard opina que el bautismo en el nombre del Señor Jesús era para los «creyentes en el Dios verdadero, de modo que el acto de su bautismo significaba sobre todo su unión con Cristo, mientras que las naciones en general habían de ser bautizadas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo (Mat. 28:19)». Pero la fórmula *«en el nombre del Señor Jesús» (o de Jesucristo)* es la única que aparece en Hechos (¿acaso serían prosélitos todos los mencionados en 10:28, 40?). Además, ¿con qué fórmula son bautizados, desde tiempo inmemorial, los judíos que se convierten al cristianismo? ¿No es con la de Mateo 28:19? La solución de este problema no es nada fácil. Lo único cierto es que, mediante el bautismo, damos a entender que nos hemos dedicado a Dios para entrar en comunión con la Deidad (Mt. 28:19) una vez que estamos injertados en Cristo (Ro. 6:3 y ss.)

II. Cómo descubrieron y descartaron a Simón Mago.

1. La perversa propuesta que les hizo Simón Mago, por la cual se descubrió su hipocresía (vv. 18, 19): *«Cuando vio que por la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero, etc.»*. Pensó que el cristianismo era una forma de magia más elevada que la suya. Tenía la ambición de poseer el honor y el poder de un apóstol, pero no la gracia y el espíritu de un cristiano

sincero; más interesado en ganarse prestigio que en hacer el bien a otros. Era una terrible afrenta a los apóstoles al atribuirles espíritu mercenario, pues pensaba que le venderían el Espíritu Santo por dinero. También era una terrible afrenta al cristianismo, al pensar que los milagros eran efecto de artes mágicas. Mostró que lo que le interesaba era la ganancia de la magia y que tenía de sí tan alto concepto que no se contentaba con menos que poseer el poder que sólo los apóstoles, no Felipe, poseían.

2. El justo rechazo de tal proposición (vv. 20–23).

(A) Pedro le descubre su crimen (v. 20): *«Has supuesto que el don de Dios se obtiene con dinero»*. Sobrevaloraba la riqueza de este mundo, como si con ella se pudiese comprar el perdón de los pecados, el don del Espíritu Santo y la vida eterna. Con ello, subvaloraba el don del Espíritu Santo. Suponía que el poder de un apóstol se podía obtener mediante el pago de los honorarios correspondientes, de la misma forma que se obtiene el consejo de un abogado o la receta de un médico.

(B) Le descubre también su carácter personal, el cual se muestra en el crimen que intenta cometer. Pedro le dice lisa y llanamente: (a) «*tu corazón no es recto delante de Dios*» (v. 21b). Somos lo que es nuestro corazón (v. Pr. 23:7); si el corazón es torcido, no podemos ser rectos; es inútil querer ocultar esta equivalencia, pues Dios penetra hasta lo íntimo del corazón y por él nos juzga. Nuestro supremo interés está en ser aprobados delante de Dios; de lo contrario, es a nosotros a quienes nos engañamos para nuestra ruina. (b) *«Veo que estás en hiel de amargura y en ataduras de iniquidad»* (v. 23). Esto es hablar claro, y no hay más remedio que hablar así cuando se trata del bien de las almas y de la eternidad. La piel del hipócrita se descubre tarde o temprano, como la del lobo que se cubre con lana de oveja. Dice Trenchard: «La frase hiel de amargura y lazo de iniquidad hace eco de palabras del Antiguo Testamento (Dt. 29:18; Is. 58:6), y señala tanto la fuente amarga de rebelión escondida en el corazón impenitente, como las cuerdas que sujetan el esclavo del pecado al servicio del diablo».

(C) Le lee la sentencia en dos cosas: (a) Se hundirá con su dinero: «*Tu dinero vaya contigo a la perdición* (v. 20). ¡Fuera de aquí tú y tu dinero! ¡No queremos tener nada que ver contigo ni con él!» Si alguna vez nos sentimos tentados a hacer algo malo con el dinero, veamos qué ruina puede el dinero acarrearnos y rechacemos la tentación con el mismo desdén y con la misma indignación con que rechazó Pedro la propuesta de Simón Mago. (b) No puede tener parte en la bendición espiritual que tan groseramente ha subvalorado (v. 21): *«No tienes tú arte ni parte en este ministerio»* (NVI). Como si dijese: «Tú no tienes nada que ver con los dones del Espíritu Santo, puesto que *tu corazón no es recto delante de Dios*, si piensas que el cristianismo es un comercio para tener un medio de vida en este mundo».

(D) Aunque está indignado con él, Pedro no le abandona del todo, sino que le da un buen consejo (v. 22). (a) Le aconseja *arrepentirse y orar a Dios*. Debe reconocer su crimen, cambiar de mentalidad respecto de Él, dolerse del pecado y prometer seriamente no volver a cometerlo; y rogar a Dios que le conceda el arrepentimiento y el perdón a consecuencia de tal arrepentimiento. Mientras hay vida, cabe la esperanza del perdón. El que es salvo, está irrevocablemente salvo; pero no hay nadie irrevocablemente perdido. (b) Le anima a hacerlo: «*Si quizá te sea perdonado el pensamiento de tu corazón»*. Téngase en cuenta que Pedro no pone en duda la voluntad de Dios para perdonar, sino la disposición de Simón para ser perdonado.

(E) La respuesta de Simón Mago: *«Rogad vosotros por mí al Señor, para que no me sobrevenga nada de esto que habéis dicho»*. Dos cosas se echan en falta en estas frases de Simón Mago: (a) No se atreve a orar por sí; le domina el miedo, no el amor. (b) Ruega a los apóstoles que oren por él, no para que Dios le sane el corazón y le otorgue un sincero arrepentimiento, sino para que se vea libre de los castigos con que Pedro le ha amenazado. Es lo que Lutero solía llamar «la contrición del patibulario».

3. Finalmente (v. 25), tenemos el regreso de los apóstoles a Jerusalén después de llevar a cabo la obra que habían venido a hacer. No se condujeron ociosamente por el camino, sino que, de paso, *«anunciaron el evangelio a muchas poblaciones de los samaritanos»*.

Versículos 26–40

Tenemos ahora el relato de la conversión de un alto funcionario de Etiopía a la fe de Cristo.

1. Felipe, el diácono evangelista, es enviado al camino donde había de encontrarse con este funcionario de Etiopía (v. 26). Un ángel le da la dirección: *«Vete hacia el sur, por el camino que baja de Jerusalén a Gaza; es un camino solitario»* (NVI). Véase cómo actúa la providencia de Dios en los

movimientos, lo mismo que en la fijación de residencia, de sus ministros. El Señor guía con seguridad por el mejor camino a todos los que le siguen con sinceridad por buen camino. Nunca se le habría ocurrido a Felipe dirigirse a un camino solitario, donde había tan pocas probabilidades de hallar trabajo, pero Dios abre con frecuencia puertas de oportunidad a sus ministros en los más inverosímiles lugares. Felipe obedeció prontamente (v. 27), sin objetar palabra: *«Él se levantó y fue»*.

2. El informe que se nos da del funcionario etíope (v. 27). Se le describe como *eunuco,* vocablo que no siempre ha de tomarse en sentido literal, pero es probable que lo fuera en este caso, por ser *alto funcionario* de una reina. Por ser eunuco, no podría ser prosélito con todos los derechos (v. Dt. 23:2), pero observaba la religión judía pues *había venido a Jerusalén para adorar* al verdadero Dios. *Estaba a cargo de todos los tesoros de la reina,* lo que hoy diríamos «ministro de Hacienda». *Candace* no era el nombre personal de la reina, sino el título común de las reinas de Etiopía, como «Faraón» el de los reyes de Egipto. Era de raza negra, con lo que vemos que para Dios no hay acepción de personas por el color de su piel. Hay quienes opinan que había en Etiopía restos de conocimiento del Dios de Israel desde los tiempos de la reina de Sebá (1 R. 10:1–13).

3. Encuentro de Felipe con el eunuco. Ahora sabrá Felipe lo que significaba la orden de dirigirse a un camino solitario.

(A) *«Y el espíritu dijo a Felipe. Acércate y júntate* (lit. *apégate,* el mismo verbo de Lc. 15:15) *a ese carro»*. ¡Cuánto bien podríamos hacer a muchas personas con las que nos encontramos cuando vamos de viaje! El eunuco volvía de Jerusalén, donde los apóstoles predicaban la fe de Cristo. La gracia de Dios persigue a este hombre, le da alcance en un camino solitario y allí le vence. Como Felipe, tampoco nosotros debemos mostrarnos tímidos ante personas de otra nación o raza. Aunque no sepamos absolutamente nada más de las personas, hay una cosa importante que sabemos de todas ellas y es que tienen alma.

(B) Felipe halla al eunuco leyendo la Escritura conforme viajaba en su carroza (v. 28): *«Iba sentado en su carruaje, leyendo el Libro del profeta Isaías»* (NVI). Redimía, pues, bien el tiempo de tan largo y tedioso viaje. Para todos es útil el estudio de las Escrituras, pero especialmente para la gente de la clase alta, pues su buen ejemplo puede influir en muchos. Los que son diligentes en escudriñar la Biblia obtendrán el gozo de ir progresando en el conocimiento de Dios y de su plan de salvación para los hombres.

(C) Nótese la obediencia de Felipe a la voz del espíritu (v. 30): *«cuando Felipe se acercó,* no andando, sino *corriendo, le oyó que leía al profeta Isaías»*. Le oyó porque el eunuco iba leyendo en voz alta, como solía hacerse en la antigüedad. Tanto es así que, ya en el siglo IV de nuestra era, Agustín de Hipona se asombró de ver al obispo de Milán, Ambrosio, leyendo con sólo un ligero movimiento de los labios. Preguntó Felipe al eunuco (v. 30b): *«Pero, ¿entiendes lo que lees?»* Realmente, de poco sirve leer si no se entiende lo que se lee. Cuando leemos la Biblia, debemos preguntarnos si entendemos o no lo que estamos leyendo. Es asombroso lo poco que conocemos el texto sagrado hasta que obtenemos una buena explicación del texto y del contexto.

(D) El eunuco, con admirable humildad y deseo de conocer el sentido de las Escrituras, invita a Felipe a que suba al carruaje y se siente junto a él (v. 31), para que *le guíe* (¡el mismo verbo griego de Jn. 16:13!) en el conocimiento de lo que va leyendo. *«¿Cómo podré,* dice, si *alguno no me guía?»* Se muestra, no sólo humilde para reconocer que no entiende, sino también deseoso de aprender y de ser enseñado. ¡Ojalá todos los que se profesan creyentes poseyeran estas cualidades! No sólo los «bebés en Cristo», sino también los que se tienen por «maestros de la Palabra» necesitan humildad para reconocer que no son infalibles y que les falta mucho por aprender (1 Co. 8:2). Tampoco sirven las excusas de que «es una porción muy difícil» o «ya me lo explicará el Espíritu Santo», tópicos manidos para cubrir la pereza.

4. La porción de las Escrituras que el eunuco leía y ciertas cosas de lo que Felipe le dijo con respecto a ella.

(A) El capítulo que leía era el 53 de Isaías, dos de cuyos versículos se citan aquí (vv. 32, 33). Se nos ofrecen conforme a la versión de los LXX que varían un poco del hebreo original. La mayor variación es: *«En su humillación le fue quitado el juicio»,* es decir, no se le hizo justicia, mientras que el hebreo dice: *«Por arresto y por juicio fue quitado»* (Is. 53:8). En dichos versículos se predecía con respecto al Mesías: (a) Que había de morir, *llevado al matadero,* como las ovejas que se ofrecían en sacrificio. (b) Que había de morir injustamente, pues se le había de condenar siendo inocente. (c) Que había de morir con toda

paciencia, *sin abrir la boca,* no sólo *como cordero delante del que lo trasquila,* sino también *como oveja* delante del matarife. Nunca se dio un ejemplo de paciencia como el del Señor Jesús: callado cuando le insultaban, y callado cuando le maltrataban.

(B) La pregunta del eunuco: *«¿De quién dice el profeta esto, de sí mismo o de algún otro?»* (v. 34). Era por cierto, una pregunta atinada, como si dijese: «¿Esperaba el profeta ser usado y abusado de esta manera, como solían serlo los profetas, o está hablando de otro profeta?» El modo de recibir buenas instrucciones es hacer buenas preguntas.

(C) Felipe aprovecha la oportunidad para explicarle el gran misterio del Evangelio con respecto a *Jesucristo, y éste crucificado. «Abriendo su boca* (v. 35), expresión bíblica que indica que se va a decir algo muy importante, *y comenzando desde esta escritura, le evangelizó a Jesús»* (lit.). Esto es todo lo que se nos dice del mensaje de Felipe. Éste es un ejemplo de cómo hablar bien de las cosas de Dios: comenzar por buena base y seguir con un propósito bien definido.

5. El eunuco es bautizado en el nombre de Cristo (vv. 36–38).

(A) La modesta petición que el eunuco presenta a Felipe para que lo bautice (v. 36): *«Yendo por el camino, llegaron a cierta agua»,* cuya vista le trajo al eunuco el pensamiento de ser bautizado. Así es como Dios, por medio de providencias que parecen casualidades, les hace a los suyos a la memoria sus deberes, que sin dichas providencias les habrían pasado desapercibidos. El eunuco no sabía por cuánto tiempo estaría Felipe con él y, por tanto, si a Felipe le parecía bien, bueno era aprovechar la oportunidad que se le presentaba de cumplir con la ordenanza del Señor: *«Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?»* No demanda, sin más el bautismo. No dice: «Aquí hay agua y he decidido bautizarme». Pero expone su deseo de ser bautizado ahora, a no ser que Felipe pueda mostrar la causa por la que esto no puede llevarse a cabo ahora. En la mayoría de las cosas, es imprudente precipitarse; pero en la dedicación a Dios, es preciso darse prisa y no demorarla, porque el tiempo presente es el mejor tiempo.

(B) La única disposición que le requirió Felipe (v. 37): *«Si crees de todo corazón, te está permitido»* (lit.). Ha de creer de todo corazón, pues *«con el corazón se cree para justicia»* (Ro. 10:10); no sólo con la cabeza al prestar el asentimiento, sino con la voluntad al prestar a la verdad evangélica, al Señor Jesús, el consentimiento. El eunuco hizo entonces su profesión de fe: *«Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios».* Antes ya era un sincero adorador del Dios verdadero, así que todo lo que tenía que hacer ahora era recibir a Jesucristo como a Señor y Mesías. Cree que Jesús, el Salvador, es el Cristo, el Mesías, y el Hijo de Dios. (Nota del traductor: Todo este versículo falta en los mejores MSS.)

(C) El bautismo del eunuco (v. 38): *«Mandó parar el carruaje».* Fue la mejor parada que hizo en sus viajes. «Y *descendieron ambos al agua».* Aunque hacía poco que Simón Mago había engañado a Felipe, éste no tuvo escrúpulo en bautizar de inmediato al eunuco bajo su profesión de fe. Si hay hipócritas que se cuelan en la iglesia por la puerta falsa, no por eso se ha de hacer la puerta de admisión más estrecha de lo que Cristo quiso que fuese. En cuanto al modo de dicho bautismo, dice Trenchard (contra la opinión de M. Henry): «Todo indica aquí que el bautismo es un rito para personas que reciben la Palabra de una forma consciente y desean confesar su fe en Cristo Jesús. Además, el acto de bajar ambas personas al agua, tanto el convertido como el siervo de Dios que realizaba el acto, para subir luego del agua, da la impresión del bautismo por inmersión».

6. Felipe y el eunuco se separan el uno del otro después de dicho acto, lo cual es tan sorprendente como los demás detalles de este relato (v. 39): *«Cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe».* La operación de este milagro en Felipe fue una confirmación de su enseñanza, tanto como lo pudo haber sido cualquier otro milagro que pudiese haber llevado a cabo: *«el Espíritu le arrebató, y el eunuco no le vio más»,* pero, al haber perdido de vista al ministro, volvió a usar su Biblia. Veamos cuál fue en cada uno de ellos el efecto de esta repentina partida:

(A) El eunuco *«siguió gozoso su camino»* (v. 39b). Sus asuntos de Estado le reclamaban en Etiopía, puesto que no hay ninguna inconsecuencia en que un buen cristiano continúe, después de su conversión, en cualquier oficio honesto que haya estado desempeñando en el mundo. Pero se marchó *gozoso* por haber hallado la luz del Evangelio; nunca había estado tan contento en toda su vida. Además, ahora tendría la oportunidad de anunciar a sus compatriotas las Buenas Noticias de la salvación en Cristo.

(B) *«Felipe se encontró en Azoto,* la antigua Asdod» (v. 40). Pero, dondequiera se hallase, no estaba ocioso: *«anunciaba el evangelio en todas las ciudades, hasta que llegó a Cesarea»,* donde estaba por ahora establecido, pues allí le encontramos después (21:8) en una casa de su propiedad.

CAPÍTULO 9

I. Relato de la conversión de S. Pablo. 1. La obra de la gracia en él mediante una luz celeste y la voz de Jesús (vv. 1–9). 2. Su bautismo de manos de Ananías (vv. 10–19). 3. Cómo predicó de inmediato la fe de Cristo y demostró la verdad de lo que predicaba (vv. 20–22). 4. Cómo fue perseguido (vv. 23–25). 5. Cómo fue aceptado por los hermanos en Jerusalén, y perseguido allí (vv. 26–30). 6. La paz y la tranquilidad de que disfrutaron las iglesias por algún tiempo después de eso (v. 31). II. La curación de Eneas por manos de Pedro (vv. 32–35). III. Tabita es resucitada mediante la oración de Pedro (vv. 36–43).

Versículos 1–9

Saulo ha sido mencionado dos o tres veces en el relato de Esteban. Su nombre en hebreo era *Shaúl* que significa *«pedido»* (a Dios); su nombre romano era *Paulus* (Pablo) que significa *«poco»*. Había nacido en Tarso, ciudad de Cilicia y había heredado de su padre la tan estimada ciudadanía romana. Tanto su padre como su madre eran hebreos de raza, por lo que él se llama a sí mismo *hebreo de hebreos,* de la tribu de Benjamín como el otro Saúl, primer rey de Israel. Tarso era una ciudad importante y allí es probable que Saulo aprendiese las primeras letras, pero su educación rabínica fue obtenida en Jerusalén a los pies de Gamaliel. Era persona de amplia cultura, tanto hebrea como griega, y había aprendido también el oficio de fabricar lonas para tiendas de campaña, cosa frecuente entre judíos letrados.

I. Cuán malísimo era antes de su conversión, pues era quizás el más acerbo enemigo del cristianismo, aunque *en cuanto a la justicia que es en la ley era irreprensible* (Fil. 3:6), un hombre de buenas costumbres, pero enemigo y perseguidor de los cristianos. Y tan mal informada estaba su conciencia que pensaba que, con ello, prestaba a Dios un gran servicio (comp. con Jn. 16:2).

1. Su enemistad y furia en general contra la religión cristiana (v. 1): *«Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, etc.»*. Las personas perseguidas eran los discípulos del Señor; como a tales los odiaba y perseguía él. Estas amenazas de muerte eran para Saulo como el aire que respiraba. La expresión recuerda, dice Trenchard, «la embestida de los dragones fabulosos, cuya respiración era fuego mortífero que devoraba a sus víctimas». Respiraba muerte contra los cristianos, dondequiera se encontraba.

2. Su enemistad especial contra los cristianos de Damasco. Saulo no está tranquilo mientras haya un cristiano en tranquilidad; y, por eso, al oír que lo estaban los cristianos de Damasco, resuelve ir allá para perturbarles la paz (vv. 1b, 2a): *«se presentó al sumo sacerdote, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, etc.»*. El sumo sacerdote no necesitaba que nadie le incitase a perseguir a los cristianos, pero parece ser que el joven fariseo ardía con mayor celo y furor que el viejo sumo sacerdote, así como los prosélitos que los escribas y fariseos hacían resultaban ser hijos del infierno siete veces más que ellos mismos. La comisión que Saulo deseaba era que, *si hallaba algunos hombres o mujeres de este Camino* (la conducta propia de los seguidores de Cristo), *los trajese presos a Jerusalén* (v. 2b). Todas las sinagogas, tanto de Palestina como de la dispersión, prestaban esta deferencia, en materias de religión, al sumo sacerdote y al Sanedrín. Obtuvo, pues, orden para traer a Jerusalén como criminales cuantos cristianos hallase en Damasco. En esta tarea se hallaba ocupado Saulo cuando la gracia de Dios obró en él aquel cambio tan grande. Que nadie desespere de la gracia regeneradora para la conversión de los mayores pecadores, ni de la misericordia perdonadora de Dios para el mayor pecado, puesto que Saulo mismo obtuvo misericordia.

II. Cuán súbita y extrañamente se produjo en él un bendito cambio.

1. El lugar y el tiempo de tal cambio (v. 3): *«yendo por el camino … al llegar cerca de Damasco,* allí y entonces le salió Jesús al encuentro cuando menos lo esperaba». (A) Iba de camino. La obra de la conversión no está limitada a los locales de la iglesia. Algunos son llamados en el camino o en la calle; allí puede el Espíritu meterse con nosotros, pues sopla donde quiere. (B) Estaba cerca de Damasco. El que había de ser apóstol de los gentiles, fue convertido a la fe de Cristo en un país pagano. (C) Iba por mal camino en cuanto que su objetivo era contra los cristianos de Damasco. A veces, la gracia de Dios obra en

los pecadores cuando están en su peor estado, pues así resplandece mejor la gloria del poder y de la gracia de Dios. (D) Estaba a punto de poner por obra el edicto cruel contra los cristianos, pero fue impedido ahora de ejecutarlo. Esto fue (a) un gran favor para los pobres santos de Damasco, quienes tenían noticias de su venida, como se ve por lo que dice Ananías (vv. 13, 14). Cristo tiene muchas maneras de librar de la tentación a los suyos; a veces, lo hace al cambiar el corazón de sus perseguidores. (b) Fue, sobre todo, un gran favor al propio Saulo. Hemos de estimar como una señal especial del favor de Dios el que nos impida llevar a cabo un mal propósito.

2. Cómo se le apareció el Señor Jesús en la gloria. Aquí se nos dice sólo que *repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo* (v. 3b), pero después se nos declara (v. 17) que el Señor Jesús estaba en aquella luz. La luz *le rodeó repentinamente,* porque las manifestaciones de Cristo a las pobres almas son a menudo repentinas y sorprendentes, alcanzándolas con las bendiciones de su bondad. Era una luz del cielo, superior en brillo a la del sol (26:13), pues fue visible al mediodía. No le dio sólo en el rostro, sino que le rodeó por todas partes. El diablo se acerca en la oscuridad y así se apodera de las almas, pero Cristo viene al alma con luz, pues Él mismo es *la luz del mundo* (Jn. 8:12). La primera cosa de esta nueva creación, como en la primera, es luz.

3. El dichoso arresto de Saulo (v. 4) *«cayendo en tierra».* Parece ser que también los que le acompañaban cayeron en tierra (26:14), pero la luz iba para él, como para él era la manifestación de Cristo. El primer efecto de la manifestación de Cristo es derribarnos en tierra, poniéndonos en lugar muy bajo; y cuanto más alto es el ministerio al que quiere llamarnos, más bajo es el lugar al que nos lanza, porque a los que Dios emplea para sus más útiles servicios, les golpea primero con un profundo sentido de su propia indignidad.

4. El emplazamiento de Saulo. Oyó una voz que le decía (y sólo él la entendió, aunque los demás oyeron el sonido, v. 7, comp. con 22:9): *«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?»*

(A) No sólo vio una luz del cielo, sino que oyó una voz del cielo. Las manifestaciones de Dios nunca son alardes mudos, pues Él enaltece su palabra, especialmente su nombre, y lo que se ve está destinado a abrir camino para lo que se dice. Saulo oyó una voz, porque *la fe viene por el oír,* y la voz que oyó era la de Cristo mismo; ninguna otra voz puede llegar al corazón. Cuando oímos o leemos la Palabra de Dios, recordemos que nos aprovechará tanto más cuanto más veamos u oigamos en ella la voz del Verbo.

(B) Lo que oyó era despertador y avivador en extremo. (a) Oyó que se le llamaba por su nombre, y éste duplicado, lo cual, como en las otras seis veces en que esto ocurre en la Biblia, indica una tremenda importancia de la declaración que sigue a continuación. A Saulo lo hace para despertarle la conciencia con la viva convicción de la maldad que pensaba llevar a cabo. Añade Jesús: *«¿por qué me persigues?»* De un golpe pudo Saulo percibir que lo que se hace a los discípulos de Cristo se hace a Él mismo. Fue entonces, sin duda, cuando intuyó la maravillosa verdad del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia (Ef. 1:22, 23; Col. 1:24, entre otros lugares), que él mismo había de exponer después en sus epístolas con mayor claridad, extensión y profundidad que ningún otro escritor del Nuevo Testamento. La pregunta de Cristo rezuma tristeza, mansedumbre, afecto y compasión: «*¿Por qué me persigues* precisamente tú, el versado en las Escrituras que hablan de mí, y me persigues a mí, que no hace mucho fui crucificado por ti? ¿Qué motivos tienes para portarte de este modo? ¿Qué mal te he hecho?» Saulo pensaba que perseguía a un grupo de personas pobres, débiles y estúpidas, sin percatarse de que era a Alguien del cielo a quien estaba persiguiendo en ellos.

5. La pregunta de Saulo ante esta requisitoria y la respuesta que recibió (v. 5): *«¿Quién eres, Señor?»* No responde directamente al cargo que se le imputa, pues se ve convicto en su propia conciencia. Si Dios contiende con nosotros por nuestros pecados, no podremos responderle a una sola de entre mil preguntas; todas las excusas y autojustificaciones quedan silenciadas. Saulo desea saber quién es su juez. El que hasta hace poco blasfemaba de Cristo, le llama ahora «Señor», aunque con su pregunta reconoce que no le conoce; pero hay buena esperanza acerca de quienes comienzan inquiriendo de Jesús. De inmediato, obtiene respuesta del Señor: «*Yo soy Jesús a quien tú persigues*». El nombre de Jesús no le era desconocido y de buena gana habría deseado verlo sepultado en el olvido, pero ahora lo oía venido ¡del cielo! ¡Y Saulo estaba persiguiendo a ese Jesús que le hablaba desde el cielo! No hay cosa que mejor pueda despertar y humillar a un alma que el ver que está pecando contra Jesús ¡el Salvador! Y añade (v. 5b): *«Dura cosa te es dar coces contra el aguijón»* (aunque esta frase, así como toda la primera mitad del v. 6, según aparece en nuestras versiones, no se hallan en la mayoría de los MSS. Nota del traductor).

6. El Señor le da una instrucción general sobre lo que debe hacer de inmediato (v. 6): *«Ahora, levántate y entra en la ciudad. Allí se te dirá lo que tienes que hacer»* (NVI). Es muy alentador ver que le promete ulteriores instrucciones, pero (A) no todavía, sino que ha de considerar por algún tiempo lo que ha hecho al perseguir a Cristo y sentirse humillado por ello, antes de que se le diga lo que ha de hacer. (B) Estas ulteriores instrucciones no las va a recibir del mismo modo, mediante una voz del cielo, sino que se las ha de dar un siervo del Señor.

7. Cuál fue el impacto que todo el incidente produjo en sus compañeros de viaje (v. 7): *«se pararon atónitos»,* como confusos y aturdidos, pero eso fue todo. No hallamos que ninguno de ellos se convirtiese, aunque habían visto la luz. Los medios externos no son suficientes para efectuar un cambio de corazón, sin el Espíritu y la gracia de Dios. Ninguno dijo: *«¿Quién eres, Señor?» Oyeron la voz* y también oyeron hablar a Saulo, *mas sin ver a nadie,* no sabían a quién le hablaba Pablo ni entendieron las palabras que le decía Jesús. Así fue como los que eran cómplices con Saulo en la rabia que tenía contra los discípulos de Cristo, sirvieron de testigos del poder que Dios ejerció sobre él para convertirle a la fe cristiana.

8. La condición en que quedó Saulo después de esto (vv. 8, 9): *«Se levantó del suelo,* cuando Cristo se lo mandó, y *aunque tenía abiertos los ojos, no veía a nadie».* No fue tanto la luz del cielo como la visión de Cristo lo que le cegó. Así es como una visión creyente de la gloria de Dios en el rostro de Cristo ciega los ojos para todas las cosas de aquí abajo. *«Así que, llevándole de la mano, le metieron en Damasco»* (v. 8b). El que pensaba traer prisioneros y cautivos a Jerusalén a los discípulos de Cristo, fue él mismo llevado como prisionero y cautivo de Cristo a Damasco (v. 9) «Y *estuvo tres días sin ver y no comió ni bebió».* Pudo así dedicarse de lleno a meditar sobre el significado de lo que le había sucedido. El ayuno que aquí se nos menciona, dice J. Leal, «pudo ser porque no sintió necesidad, por efecto del éxtasis que había tenido, o también por darse más a la oración acompañada de penitencia».

Versículos 10–22

Dios había comenzado en Saulo una buena obra y no la iba a dejar sin completar.

I. Jesús (comp. con el v. 17) ordena a Ananías que vaya a ver a Saulo y a imponerle las manos. Era este Ananías *un discípulo que residía entonces en Damasco* (v. 10), no de los deportados allá desde Jerusalén, sino nativo del país, pues leemos (22:12) que era *varón piadoso según la ley y tenía buen testimonio de todos los judíos que allí habitaban.* Que era de raza judía lo denota su propio nombre. El Señor le llama por su nombre (v. 10). A semejanza de los profetas del Antiguo Testamento, él contesta: *«Heme aquí, Señor»* (comp. 1 S. 3:4, 10). «Ve, le dice Jesús, *a la calle que se llama Recta y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo, de Tarso»* (v. 11). Cristo sabe muy bien dónde se encuentran los suyos, en cualquier condición en que estén. Tenemos en el cielo un amigo que sabe en qué calle vivimos, en qué casa y, lo que es más importante, cuál es nuestro nombre y nuestro estado.

II. Dos razones se le dan a Ananías para que vaya:

1. Porque Saulo *está orando* (v. 11b) y la llegada de Ananías a él será la contestación a su oración. Esta era la razón por la que (A) Ananías no debía tener miedo de él (vv. 13, 14). No hay duda, viene a decirle Jesús, de que es un convertido de veras, *porque, mira, está orando.* Ese *«mira»* indica la certeza del hecho, lo mismo que el asombro mismo por el hecho. Pero, ¿tan extraño era que Saulo orase? ¿No era fariseo? Sí, pero ahora comenzaba a orar de modo muy diferente; antes recitaba sus oraciones; ahora las oraba. Un cristiano espiritualmente vivo sin oración es tan imposible como un hombre naturalmente vivo sin aliento: si no hay aliento, no hay vida; si no hay oración, no hay gracia. (B) Ananías debe ir allá a toda prisa. No hay tiempo que perder, porque *está orando.* Estaba bajo convicción de pecado, la cual habría de conducirnos a orar. Estaba también bajo aflicción corporal, ciego y enfermo. Cristo le había prometido que alguien le daría más instrucciones sobre lo que había de hacer (v. 6) y ora para que le sea enviado quien le instruya. Hemos de orar para que Dios nos cumpla lo que nos ha prometido, aun cuando sea seguro que lo cumplirá, pues no se lo pedimos por temer que no lo haga, sino para estimularnos a nosotros mismos a desearlo y poseerlo.

2. Porque ha visto en visión a uno que venía hacia él; así que la venida de Ananías debe dar cumplimiento a dicha visión, pues ésta procedía de Dios (v. 12): *«Ha visto en visión a un varón llamado Ananías, que entra y le pone las manos encima para que recobre la vista».* Esta segunda visión que Saulo

tiene puede ser considerada: (A) Como respuesta inmediata a su oración y para mantenerle así en comunión con Dios. (B) Como medio para animar su expectación y hacer que la visita de Ananías le resulte más familiar. Véase cuán grande cosa es juntar al paciente y al médico, pues aquí tenemos dos visiones a este efecto.

III. Ananías pone objeciones a esta visita.

1. Alega que este Saulo era un notorio perseguidor de los discípulos de Cristo (vv. 13, 14): *«Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén».* No había ninguna otra persona a la que se le tuviese tanto miedo como a Saulo. Y precisamente su visita a Damasco ahora tenía por objeto perseguir a los cristianos. «*Y aquí* (v. 14), *añade Ananías, tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre».* Dice Trenchard: «Al recibir el mandato de acudir a Saulo, que ya oraba, expuso lo que sabía de tal hombre y de la naturaleza de la misión que le había llevado a Damasco, y usa de una franqueza que nos recuerda la de Abraham al conversar con su Señor (Gn. 18:23–33); pero no es una franqueza impertinente, sino la de un discípulo de limpio corazón y conciencia, acostumbrado a exponerlo todo delante del Maestro».

2. Cristo responde a la objeción de Ananías (vv. 15, 16): *«Ve,* le dice Jesús, *porque instrumento escogido* (lit. *vaso de elección;* comp. con 2 Co. 4:7) *me es éste»;* así que no tienes por qué temerle, pues lo he escogido (A) para eminentes servicios: *«para llevar mi nombre,* como un abanderado, *en presencia de los gentiles* (había de ser apóstol de los gentiles), *de reyes,* del rey Agripa y del propio César, y *de los hijos de Israel»;* (B) para eminentes sufrimientos (v. 16): *«porque yo le mostraré cuánto es menester que padezca por mi nombre».* El que había sido perseguidor, será perseguido. Los que llevan el nombre de Jesús han de esperar también llevar la cruz por su nombre; y los que más hacen por Cristo son llamados con frecuencia a sufrir más por Él. Es como decirle a un soldado de ánimo atrevido y valiente que va a entrar en acción sin tardar mucho. No es con ánimo de desalentarle por lo que se le dice cuán grandes cosas ha de sufrir por el nombre de Jesús.

IV. Ananías cumple la misión que le ha encomendado el Señor, pues ya no tiene nada que objetar.

1. Lleva a Saulo el mensaje que se le ha comunicado (v. 17). (A) *«Entró en la casa y le impuso las manos.»* Saulo había venido para ponerles encima a los discípulos de Damasco unas manos llenas de violencia, pero ahora un discípulo le pone encima a él unas manos llenas de gracia y curación. (B) Le llama *hermano.* Su disposición a reconocerle como hermano insinuaba que Dios estaba presto a tenerle por hijo. Con la imposición de manos, Ananías se identificaba con el que horas antes venía como su perseguidor. (C) Le declara la comisión que el Señor le ha encomendado (v. 17b): *«El Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado».* La mano que hiere, cura también. «Su luz te dejó ciego—viene a decirle, pero *Él me ha enviado para que recobres la vista».* No hay que aplicar corrosivos, sino lenitivos. (D) Le asegura que no sólo recobrará la vista, sino que también será *lleno del Espíritu Santo.*

2. Ananías vio el buen resultado de su misión. (A) En el favor que Cristo dispensó a Saulo. Con las palabras de Ananías, salió de su confinamiento al recobrar la vista (v. 18): «Y *al momento cayeron de sus ojos como escamas».* La curación fue súbita, para mostrar que era milagrosa, significando además que salía de la ceguera espiritual de su condición farisaica, abiertos los ojos por la gracia, y de la oscuridad de sus temores actuales. Cayeron de sus ojos las nubes y brilló en su alma el Sol de justicia, y trajo curación en sus alas. (B) En la sumisión de Saulo a Cristo (v. 18b): *«se levantó y fue bautizado»,* con lo que se sometió visiblemente al gobierno de Cristo, poniéndose enteramente en manos de la gracia de Dios. Saulo es ahora un discípulo de Jesús de Nazaret; no sólo cesa de oponerse a Él, sino que se dedica enteramente a su servicio.

V. La buena obra que ha sido comenzada en Saulo avanza de manera admirable.

1. Recibe fuerza corporal (v. 19). Había ayunado por tres días, lo que le había debilitado notablemente; pero, *habiendo tomado alimento, recobró fuerzas.* El Señor es para el cuerpo y, por tanto, hay que cuidarlo debidamente a fin de que sirva al alma lo mejor posible en el servicio de Dios.

2. Se asocia con los discípulos que había en Damasco. Antes de llegar allá, *respiraba amenazas y muerte contra ellos,* pero ahora respira amor y afecto hacia ellos. Los que toman a Dios por Padre, toman

a sus hijos por hermanos. Así hacía pública profesión de su fe cristiana y se declaraba abiertamente discípulo de Cristo.

3. *«Y enseguida se puso a predicar a Cristo en las sinagogas»* (v. 20). Estaba tan lleno de Cristo que el Espíritu le constreñía a predicarlo a otros. Y lo predicaba en las sinagogas de los judíos. Allí es donde predicaban contra Cristo y castigaban a los discípulos de Cristo. Allí es donde ahora Saulo confronta a los enemigos de Jesús de Nazaret, en el lugar donde más se le odiaba, se le atacaba y se le perseguía. Desde el momento en que Saulo comenzó a ser predicador del Evangelio, ya no quiso predicar otra cosa, *sino a Cristo, y éste crucificado* (y resucitado), *«diciendo que éste era el Hijo de Dios»* (v. 20b), titulo mesiánico, como se ve por la sinonimia con el *«Cristo»* (el Mesías) del versículo 22.

4. Vemos también el efecto que su predicación hacía en quienes le oían (v. 21): *«estaban atónitos y decían: ¿No es éste el que perseguía* (lit. *destruía) en Jerusalén a los que invocaban este nombre? ¿No había venido acá a eso, para* arrestarlos y *llevarlos presos ante los principales sacerdotes?* ¿Quién podía pensar entonces que había de predicar jamás a Cristo como lo hace?» Este milagro llevado a cabo en la mente de este hombre superaba con mucho a todos los milagros en los cuerpos humanos; y darle a este hombre un corazón nuevo de tal clase era mucho más que darles a los hombres el hablar en otras lenguas.

5. Conforme se familiarizaba más y más con el Evangelio de Cristo, *Saulo* (v. 22) *mucho más se llenaba de poder y confundía a los judíos que moraban en Damasco;* se volvía más valiente y resuelto en la defensa del Evangelio, sin temor a las sospechas de muchos cristianos que tardarían en convencerse de que era un convertido sincero, ni a las amenazas de los judíos inconversos que le tenían por un renegado, más furiosos todavía por cuanto Saulo era un polemista de primer orden. Se ve que muchos fueron convertidos por la predicación de Saulo, pues en el versículo 25 se nos habla de *«sus discípulos»* (lit.), lo que demuestra, como dice Trenchard, «que algunos le consideraban ya como su padre espiritual».

Versículos 23–31

Con la frase *«pasados bastantes días»,* Lucas pasa por alto, en realidad, los tres años que Saulo pasó en el desierto de Arabia (comp. con Gá. 1:17, 18). Antes de dedicarse de lleno a la predicación a los gentiles, y antes de subir a Jerusalén, se marchó al desierto de Arabia, para dedicarse al estudio, a la meditación y a la oración. Con eso nos enseñaba a todos que, por muy «llenos del Espíritu Santo» que nos sintamos, hemos de pasar un tiempo razonable (mejor más que menos) dedicados al estudio y a la oración; de lo contrario, nuestro ministerio se resentirá siempre de falta de preparación interior.

I. Vemos ahora que, vuelto de Arabia a Damasco, a duras penas escapó allí de la muerte, pues *«los judíos resolvieron en consejo matarle»* (v. 23b). A tal propósito (v. 24b), *«guardaban las puertas de día y de noche».* Así comenzaba el Señor a mostrarle lo que le había predicho (v. 16). Tan pronto como se convierte, tenemos a Saulo predicando; y tan pronto como se pone a predicar, comienza a sufrir. Cuando Dios otorga grandes gracias, las suele ejercitar con grandes tribulaciones. Pero el designio de los judíos (v. 24) *llegó a conocimiento de Saulo;* y (v. 25) *«le tomaron sus discípulos de noche y lo descolgaron en un canasto por una abertura hecha en la muralla»* (NVI), como él mismo lo refiere en 2 Corintios 11:33.

II. También encontró dificultades en Jerusalén cuando se dirigió allá (v. 26). Es claro que se trata del viaje que refiere en Gálatas 1:16 y ss. En este viaje a Jerusalén, vemos:

1. El miedo que le tenían los amigos (v. 26): *«trataba de juntarse con los discípulos, pero todos le tenían miedo, no creyendo que fuese discípulo».* Él no disimulaba jamás su nueva condición, pero su antagonismo anterior había sido tan extremoso que a los cristianos de Jerusalén les costaba mucho hacerse a la idea de que era un convertido sincero. Es cierto que necesitamos la prudencia de la serpiente para huir de la excesiva credulidad, pero también necesitamos el candor de la paloma para no incurrir en el otro extremo de los celos y la falta de amor. Y, si hemos de caer en uno de los dos lados, es preferible que caigamos por el lado del amor. Se nos dice a continuación (v. 27) que *Bernabé le condujo ante los apóstoles,* aunque Lucas aquí generaliza, sin duda, pues por el citado lugar de Gálatas sabemos que sólo se entrevistó con Pedro, ya que el Santiago allí mencionado no era uno de los Doce, sino el hermano del Señor. Vemos aquí los buenos servicios que, desde el principio, le prestó Bernabé a Pablo.

2. La rabia que le tenían los enemigos. Al verle (v. 28) en comunión plena con los discípulos de Cristo en Jerusalén, y *el denuedo con que hablaba en el nombre del Señor* (v. 29), los helenistas

intentaban matarle, pues les resultaba demasiado fuerte *en las disputas* que tenía con ellos, especialmente cuando había estado entre ellos anteriormente como el gran campeón de la causa judaica contra el cristianismo. Pero también esta conspiración fue *conocida de los hermanos* (v. 30), los cuales *le llevaron hasta Cesarea y le enviaron a Tarso,* su ciudad natal. El que huyó de Jerusalén tenía oportunidades de servir a Dios en Tarso, aunque es probable que allí, como dice Trenchard, «fuese echado de casa y desheredado», a lo cual parece aludir en Filipenses 3:8. Pero también de Jerusalén salió por indicación divina, según él mismo dice en 22:17, 18.

III. Las iglesias gozaban de notable libertad y paz (v. 31): *«La Iglesia* (lectura más probable), *pues* (lit.), *gozaba de paz.»* ¿Pues? Esto insinúa que, ahora que Saulo se había convertido, no tenían quien les molestase. Tras la tempestad viene la calma. Era un respiro que se les concedía a fin de que se preparasen para el próximo encuentro, e hicieron buen uso de esta pausa. La Iglesia *era edificada,* es decir, crecía sobre la base buena de la fe y *caminaba en el temor del Señor, y aumentaba en número gracias a la ayuda del Espíritu Santo* (NVI). Tenían el recurso de la ayuda y del consuelo del Paráclito, precisamente porque caminaban por el camino recto, y Dios les bendecía y hacía que aumentase considerablemente el número de los discípulos de Cristo, así mostraba que la Iglesia puede crecer lo mismo con el consuelo de la paz que bajo la aflicción de la persecución.

Versículos 32–35

1. La visita que Pedro giró a las iglesias recién plantadas (v. 32): *«Recorría todos aquellos lugares».* Como apóstol que era, no residía de fijo en ninguna iglesia como pastor. Como el Maestro, estaba siempre de un lado para otro, y *pasaba haciendo el bien;* con todo, su «cuartel general» estaba en Jerusalén, pues allí le veremos encarcelado (12:4). *«Vino también a los santos que habitaban en Lida».* Los cristianos son los santos de Dios en la tierra; todo sincero profesante de la fe de Cristo lo es, aunque esté expuesto a tentaciones y peligros y no esté libre de caer en pecado.

2. «*Y halló allí* (en Lida) *a un hombre que se llamaba Eneas*» (v. 33). Su caso era deplorable, *pues era paralítico;* su parálisis era grave, ya que *estaba en cama;* la enfermedad, inveterada, pues de esto *hacía ocho años* que continuaba así. Es de suponer que ni él ni los suyos esperaban que se aliviase. Cristo escogía pacientes de esta clase, cuya curación no puede esperarse por causas naturales. Su curación fue admirable (v. 34), pues *le dijo Pedro: Eneas, Jesucristo te sana.* Pedro recalca que es obra, no suya, sino de Cristo; y le asegura una curación súbita, como lo indica el tiempo presente del verbo. Y para asegurarle de que había quedado completamente curado, no sólo aliviado de la enfermedad, añade: *«levántate y haz tu cama».* Por el hecho de que Dios nos cure, no vamos a quedar ociosos, sino que hemos de hacer uso precisamente del poder que se nos ha concedido. Ya no es «lecho del dolor», sino «cama de descanso». Con la palabra de Pedro, salió el poder curativo, de forma que *«enseguida se levantó».*

3. El impacto que esta curación causó en muchos (v. 35): «Y *le vieron todos los que habitaban en Lida y en Sarón.* Todos los que le conocían encamado, le veían ahora sano y trabajando. Un milagro tan grande, sin descartar la predicación de Pedro, les produjo tal impresión que *se convirtieron al Señor.* Dice J. Leal: «La frase deja entender que se convirtieron muchos, aunque no debe entenderse de todos». En efecto, el pronombre *«todos»* afecta a los que *le vieron;* no necesariamente, a los que se convirtieron.

Versículos 36–43

I. Tenemos aquí otro milagro obrado por Pedro, y todavía mayor que el anterior, pues no se trata de una curación, sino de una resurrección en la persona de una buena *discípula* (v. 36), habitante *en Jope* (hoy Jafa, un poco al sur de Tel Aviv), a unos 16 km de Lida. Se llamaba en hebreo *Tabithá,* que quiere decir «gacela». Lucas, al escribir en griego, lo traduce al griego *«Dorcás»* (no Dorcas). Era eminente por su generosidad, y mostraba su fe por medio de *sus buenas obras* en las que *abundaba* (v. 39b), además de las *limosnas que hacía.* Empleaba, pues, su tiempo y su dinero del mejor modo posible. Quienes no poseen bienes de fortuna, pueden, con todo, hacer el bien con el trabajo de sus manos o la andadura de sus pies. Parece haber cierto énfasis en ese *«hacía»,* como si no se limitase a *dar* limosna, sino que perseveraba en hacerla con toda su fuerza. Buen retrato de un buen discípulo de Cristo. Pero, en medio de

su vida provechosa en abundancia, fue removida (v. 37): *«en aquellos días enfermó y murió»*. Sus amigas lavaron el cadáver, según costumbre, y la pusieron, ya amortajada, en *la estancia de la parte alta de la casa*.

II. La petición que los discípulos de Lida hicieron a Pedro, por medio de dos hombres que le enviaron a Jope (v. 28): *«No tardes en venir a nosotros»*, que equivale a: «Date prisa, que es cosa urgente». Sin duda se habían enterado, no sólo de que *Pedro estaba allí*, sino también de la curación que había efectuado por el poder del Señor. La hermana Dorcás estaba muerta y era demasiado tarde para llamar a un médico, pero no era demasiado tarde para llamar a Pedro.

III. La respuesta de Pedro a esta petición (v. 39): *«Levantándose entonces Pedro, fue con ellos»*. Los fieles ministros de Dios no han de codiciar reverencias, cuando el gran apóstol Pedro se hizo siervo de todos. Halló el cadáver en el aposento en que lo habían colocado, y allí *le rodearon todas las viudas*, las cuales estaban *llorando* la pérdida de tan singular bienhechora. No necesitan llorar por ella, pues *descansa de sus trabajos y sus obras siguen con ella* (Ap. 14:13), pero sí lloran por ellas y por sus hijos, que pronto echarán en falta a una mujer tan buena. Lloraban delante de Pedro a fin de que tuviese compasión de ellas y les restaurase la que de ellas se compadecía. Mientras lloraban, *le mostraban las túnicas y los vestidos que Dorcás hacía cuando estaba con ellas* (v. 39b). ¡Qué bien cumplía Dorcás lo de *cubrir al desnudo* (Is. 58:7; Mt. 25:36), sin pensar que era bastante con decir: *«Id en paz, calentaos»* (Stg. 2:16)! Le mostraban a Pedro dichos vestidos en señal de gratitud hacia la difunta. Horrible es la ingratitud de quienes han recibido favores y hasta se avergüenzan de reconocerlo. Los que reciben limosna no están obligados a ocultarlo como lo están los que la dan. Estos vestidos mostraban que Dorcás era, no sólo generosa, sino también laboriosa.

IV. La forma en que fue devuelta a la vida: 1. En privado: *«Pedro hizo salir a todos fuera de la habitación»* (v. 40. NVI). Pedro declinó así todo lo que pareciese vanagloria y ostentación. Ellas vinieron a ver, pero él no vino a ser visto. 2. Previa oración: *«se puso de rodillas y oró»*. Al curar a Eneas, se implica que oró en silencio, pero en esta obra de mayor envergadura se dirigió a Dios por medio de una oración solemne, con la sumisión de siervo, por lo que se hincó de rodillas para orar. 3. Mediante dos palabras, dichas (implícitamente) en el nombre de su Maestro: *«Tabitá, levántate»*. La semejanza con el caso de la hija de Jairo es tan grande, que Pedro no podría menos de recordar el milagro del Maestro, especialmente por la casi identidad de las palabras de Jesús, conservadas únicamente en Marcos 5:41 (sin duda, al dictado del propio Pedro, que se hallaba presente): *«Talithá, cumi»*, y las que Pedro le diría a Dorcás, hebrea como lo muestra su nombre: *«Tabithá, cumi»*. ¡Una sola letra de diferencia, como observa el Prof. F. F. Bruce! Con las palabras de Pedro, salió el poder de Dios, de forma que *«ella abrió los ojos*, que ya tenía cerrados por la muerte y, *al ver a Pedro, se incorporó». Y él, dándole la mano, la levantó* (v. 41), como si le diese la bienvenida a la nueva vida con la diestra de un compañerismo entre los vivientes, de los que ella había quedado separada. 4. Finalmente (v. 41b), *«llamando a los santos y a las viudas, la presentó viva»*.

V. El buen efecto de este milagro. 1. *Muchos* quedaron convencidos de la verdad del Evangelio y *creyeron en el Señor* (v. 42), pues el caso *fue notorio en toda Jope*, y aunque muchos no se darían por enterados, otros muchos fueron convertidos por la verdad, pues el objetivo de los milagros es confirmar la revelación divina. 2. Pedro, por su parte, *se quedó bastantes días en Jope* (v. 43). Al haber hallado abierta la puerta de la oportunidad allí, se quedó muchos días hasta que fue enviado por Dios a otro lugar que luego veremos. Acerca de su hospedaje *«en casa de un cierto Simón, curtidor»*, dice Trenchard: «Desde Harnack en adelante, los escriturarios han señalado el significado de 9:43, que revela que el judío ortodoxo que era Pedro se digna posar en la casa de Simón curtidor, toda vez que el oficio de curtidor se consideraba inmundo para los judíos estrictos, a causa de la necesidad de manejar los cuerpos muertos de animales. Pedro no pone objeciones en este caso, lo que nos hace suponer que los horizontes de su mente van ensanchándose como preparación para recibir la gran verdad: lo que Dios había limpiado, él no había de llamarlo inmundo».

CAPÍTULO 10

En este capítulo, el relato de *Hechos* cobra un nuevo giro: se abre a los gentiles la primera puerta de la fe cristiana, y es el apóstol Pedro el encargado por Dios de abrirla, como la había abierto a los judíos el día de Pentecostés. Cornelio, un centurión romano, es el primero en ser admitido, junto con su familia y sus amigos. I. Por medio de una visión, Cornelio es instruido para que envíe a llamar a Pedro (vv. 1–8). II. Por medio de otra visión, Pedro es dirigido a ir a casa de Cornelio, a pesar de ser éste un pagano (vv. 9–23). III. La feliz entrevista que tuvo Pedro con Cornelio en Cesarea (vv. 24–33). IV. El mensaje que predicó Pedro en casa de Cornelio (vv. 34–43). V. El bautismo de Cornelio y de sus amigos, primero con el Espíritu Santo, y después con agua (vv. 44–48).

Versículos 1–8

Observemos con todo interés todas las circunstancias del comienzo de esta gran obra que forma parte del *misterio de la piedad:* Cristo, *predicado a los gentiles y creído en el mundo* (1 Ti. 3:16). Hasta ahora, ni la predicación del Evangelio había sido dirigida a los paganos, ni había sido bautizado ninguno de ellos. Cornelio fue el primero.

I. De este Cornelio se nos dice que era un hombre grande y bueno, dos cualidades que raras veces se hallan en una misma persona; pero donde se encuentran, se abrillantan mutuamente; la bondad confiere a la grandeza su verdadero valor; la grandeza confiere a la bondad las mayores oportunidades de ser útil para los demás.

1. Era Cornelio (v. 1) *centurión,* es decir, jefe de un centenar de soldados, *de una compañía, llamada la Italiana* porque, por lo menos cuando se constituyó, estaba formada por voluntarios italianos. Como observa Trenchard, «todos los centuriones que se mencionan en el Nuevo Testamento son personas dignas y varios de ellos dan muestras de discernimiento espiritual» (comp. con Mt. 8:5–13). Es curioso que el primer convertido de la gentilidad al Evangelio (ya estaba convertido a Dios) fuese un soldado, con lo que los militares han de animarse a ver que su oficio es compatible con la piedad, mientras que para los judíos no pudo menos de ser una mortificación el que, además de ser anunciado el Reino a los gentiles, precisamente el primero en ser recibido en él fuese un miembro del ejército romano.

2. *Sus* cualidades espirituales se describen en detalle (v. 2): *«Era piadoso y temeroso de Dios»,* frase que designa a los que, sin ser prosélitos de pleno derecho, por no estar circuncidados, adoraban al Dios verdadero, guardaban muchos preceptos y costumbres de los judíos, iban a Jerusalén, etc. Su ejemplo era contagioso, de modo que no sólo él temía a Dios, sino *toda su casa:* toda su familia, que incluía a los sirvientes. Era caritativo, pues *hacía muchas limosnas al pueblo,* esto es, a los israelitas pobres. También era hombre de oración: *«Oraba a Dios continuamente»,* es decir, observaba fielmente las horas de oración propias de los judíos. Siempre que el temor de Dios reina en el corazón, de allí brotan espontáneamente obras de caridad y de piedad.

II. La orden que recibió del cielo para que enviase a llamar a Pedro.

1. Cómo y de qué manera se le comunicó esta orden. Tuvo *una visión* en la que *un ángel le habló.* Fue *como a la hora novena del día,* es decir, hacia las tres de la tarde, la hora del sacrificio vespertino. Como él mismo dice (v. 30), se hallaba *orando en su casa,* mientras en el templo de Jerusalén se ofrecía el sacrificio. *Vio claramente al ángel de Dios que entraba donde él estaba* (v. 3). El ángel le llamó por su nombre, para darle a entender que Dios tomaba especial buena nota de él. Como en todas las apariciones sobrenaturales, *Cornelio* (v. 4) *se le quedó mirando fijamente, lleno de miedo* (NVI) *y dijo: ¿Qué es, Señor?* (lit.). Como si diciendo: «¿Qué ocurre, para que tenga yo esta visión?» La expresión demuestra su deseo de conocer la voluntad de Dios y su disposición a cumplirla.

2. Cuál fue el mensaje del ángel:

(A) Le asegura que es acepto a Dios (v. 4b): *«Tus oraciones y tus limosnas han subido como un memorial* (como un recordatorio) *delante de Dios»,* como subía el incienso desde el altar de los perfumes del templo. Oraciones y limosnas han de ir de la mano. *Dando limosnas de lo que tenemos, todo nos es limpio* (Lc. 11:41). Y hemos de acompañar con oraciones las limosnas, a fin de que Dios las acepte

favorablemente. Así es como, con toda sinceridad, oraba y daba limosnas Cornelio; por eso, subieron al Cielo como un recordatorio a Dios.

(B) Le ordena que envíe a llamar a Pedro (vv. 5, 6): *«Envía … y haz venir a Simón, el que tiene por sobrenombre Pedro, etc.».* Aquí tenemos dos cosas en extremo sorprendentes: (a) Cornelio teme a Dios, hace muchas limosnas y ora a Dios continuamente y, sin embargo, se le ordena abrazar la religión cristiana. ¿Por qué? Porque el que había creído ya la promesa del Mesías, tiene que creer ahora el cumplimiento de tal promesa. Ni las limosnas ni las oraciones pueden subir como un memorial a Dios, si no estamos dispuestos a creer en Jesucristo; (b) Cornelio tiene ante sí un ángel de Dios que le está hablando y, sin embargo, no ha de recibir del ángel el Evangelio de Jesucristo, sino de labios de un hombre. ¡Qué honor el del apóstol, al predicar lo que al ángel no se le permite hacer, y todavía es mayor honor el que Dios envíe un ángel para ordenar a Cornelio que envíe a llamar a Pedro! Juntar a un fiel ministro de Dios y a una persona deseosa de oír el Evangelio es realmente obra digna de un ángel.

III. La obediencia inmediata de Cornelio a esta orden (vv. 7, 8). *«Tan pronto como se fue el ángel … Cornelio … envió a Jope».* Se dio prisa, sin demora alguna, a cumplir la orden. En todo asunto donde se juega el provecho de nuestra alma, es conveniente no perder tiempo. Cornelio (v. 7) *llamó a dos de sus criados y a un devoto soldado de los que le servían constantemente.* Un centurión devoto tenía también soldados devotos. La devoción puede entrar muy hondo en los soldados, quienes están siempre expuestos a mayores peligros, pero entra todavía mejor cuando ha penetrado también en los jefes y oficiales. «A éstos (v. 8) *envió a Jope, después de haberles contado todo».* No sólo les dice el lugar en que han de hallar a Pedro, sino también el motivo por el que les envía, a fin de que le den prisa a Pedro.

Versículos 9–18

Cornelio ha recibido del cielo orden de llamar a Pedro, pero ¿vendrá Pedro a casa de Cornelio, siendo éste un pagano incircunciso? Es un difícil caso de conciencia para el apóstol, quien todavía no había echado de sí la estrecha y fanática noción judía de que la salvación era privilegio exclusivo del pueblo elegido, Israel. Para vencer esta dificultad, tenemos ahora otra visión, esta vez para Pedro, a fin de prepararle para recibir el comunicado que le enviaba Cornelio. Cristo había ordenado a sus discípulos predicar el Evangelio a toda criatura, hacer discípulos de todas las naciones, pero ni aun Pedro pudo entender esto hasta que le fue revelado en una visión.

I. Las circunstancias de esta visión.

1. La tuvo mientras los hombres enviados por Cornelio *se acercaban* (v. 9) *a la ciudad.* Pedro no sabía nada de este viaje, y los que venían de parte de Cornelio no sabían nada de la oración ni de la visión de Pedro, pero el que los conocía a todos preparaba las cosas para la entrevista. Así es como Dios pone en la mente de sus ministros cosas en las que no habían pensado, y las pone justamente en el momento en que tienen la oportunidad de hacer uso de ellas.

2. La tuvo cuando *había subido a la azotea para orar, cerca de la hora sexta* (v. 9b), es decir, al mediodía. Así que oraba, no sólo por la mañana y por la tarde, a las horas respectivas de los sacrificios (matutino y vespertino), sino también al mediodía (comp. con Dn. 6:10, 13). Nos parece demasiado largo el tiempo que pasa entre el desayuno y la cena si no comemos algo al mediodía; sin embargo, ¿quién piensa que es demasiado largo para pasar sin oración? Pedro tuvo la visión después de orar. La elevación del corazón a Dios en oración es una excelente preparación para recibir las instrucciones de la gracia.

3. La tuvo (v. 10) *cuando sintió hambre y quiso comer.* El hambre era como el contexto apropiado donde Dios quería insertar la visión de los animales, como el hambre de Jesús en el desierto le sirvió a Satanás de contexto para tentarle a convertir las piedras en pan.

II. La visión misma (v. 10b): *«Mientras le preparaban algo, le sobrevino un éxtasis».* Perdió la perspectiva de las cosas terrenales y su mente quedó en disposición de recibir instrucciones celestiales. Cuanto más nos alejamos del mundo, tanto más nos acercamos al cielo.

1. *Vio el cielo abierto* (v. 11), para darle a entender que la orden de ir a Cornelio procedía del cielo, y *que descendía algo semejante a un gran lienzo que, atado de las cuatro puntas, era bajado a la tierra».*

En el lienzo (v. 12) *había de todos los cuadrúpedos terrestres, reptiles y aves del cielo,* sin discriminación, especialmente de los que eran inmundos según la ley judía, como se ve por el contexto. Nótese que en el lienzo no había peces, porque de ellos no había ninguna clase particularmente inmunda. Todos estos animales simbolizaban las distintas clases de personas humanas, especialmente del mundo de la gentilidad, los paganos, ajenos hasta entonces a las promesas del pacto de Dios.

2. *Y le vino una voz* (del cielo), que le dijo: *Levántate, Pedro, mata y come»* (v. 13). La orden no podía ser más sorprendente para un judío observante como Pedro, puesto que era, como dice Trenchard, «cosa que repugnaba al judío ortodoxo, no sólo porque se trataba de una mezcla de animales limpios e inmundos, sino por la imposibilidad de sacrificarlos de la forma llamada *kosher* que no deja sangre alguna en la carne».

3. La respuesta de Pedro no se hace esperar (v. 14). Aunque el hambre es tan fuerte que puede pasar por un muro de piedra, las leyes divinas deberían ser para nosotros más fuertes que una muralla. Las tentaciones fuertes deben ser rechazadas fuertemente y sin dilación. Pero éste no era el caso, pues el Dios que dio la Ley, también podía derogarla. *«Entonces Pedro dijo: Señor, de ningún modo; porque no he comido jamás ninguna cosa común o inmunda».* Su conciencia le daba testimonio de que nunca había dado gusto a su apetito al comer alimento prohibido por la Ley.

4. Pero la voz vuelve a hablarle y le dice (v. 15): *«Lo que Dios ha purificado, no lo llames tú común* (es decir, inmundo)». Debemos estar agradecidos a este gran favor de Dios, no sólo porque así podemos comer carne antes prohibida, pero no dañosa para la salud, sino especialmente porque tenemos la conciencia libre de semejante yugo. *«Esto* (v. 16) *se hizo tres veces; y aquel lienzo volvió a ser recogido en el cielo».* Dios suele repetir sus instrucciones, a fin de que se nos graben mejor en la memoria. Recuérdese que Jesús, en discusión con los fariseos, ya había puesto de relieve que lo que entra en el cuerpo no tiene importancia, sino lo que sale del corazón, y es precisamente Marcos (al dictado, sin duda, de Pedro) quien, al referir dicho incidente, inserta la frase: «*Al decir esto, Jesús declaraba puros todos los alimentos»* (Mr. 7:19. NVI). Nótese que esto se escribió bastantes años después de la visión que Pedro tuvo en Jope.

III. La providencia que explicó a Pedro la visión (vv. 17, 18): «… *estaba perplejo dentro de sí, pensando qué podría significar la visión».* No dudaba de su realidad, sino de su significado. Cristo se revela a los suyos gradualmente y los deja perplejos por algún tiempo, a fin de que puedan rumiar las cosas y barajarlas en su mente antes de aclarárselas. No tardó Pedro en salir de su perplejidad, pues pronto *llegaron a su puerta los hombres que habían sido enviados por Cornelio.* Por el encargo que traían, estaba claro el significado de la visión. Dios sabe qué servicios nos esperan y cómo prepararnos para ellos; y sabremos mejor el significado de lo que nos ha enseñado cuando hallemos la ocasión que tenemos de hacer uso de tal enseñanza.

Versículos 19–33

Encuentro de Pedro con Cornelio. Aunque Pablo había de ser el apóstol de los gentiles, es a Pedro a quien se le encomienda romper el hielo y recoger los primeros frutos de los gentiles, a fin de que los judíos creyentes estuviesen mejor dispuestos a recibirlos en comunión eclesial al ser introducidos por el apóstol de la circuncisión.

1. El Espíritu le resuelve a Pedro el enigma (vv. 19, 20): *«Mientras Pedro meditaba sobre la visión, le dijo el Espíritu: Mira, te buscan tres hombres»* (v. 19). Los que deseen ser enseñados en las cosas de Dios han de meditar en esas cosas. La instrucción le vino ahora a Pedro, no por medio de un ángel, sino directamente del Espíritu de Dios, quien es también el que ha enviado a los hombres que buscan a Pedro (v. 20). El Espíritu ordena a Pedro (v. 20): *«desciende y vete con ellos sin vacilar».* Quienes investigan el sentido de la Palabra de Dios no deben estar siempre meditando, ni aun orando, sino que han de mirar con frecuencia en torno suyo. Pedro debe pasar a la acción *sin vacilar.* Cuando veamos claro el llamamiento de Dios para algún servicio o ministerio, no debemos quedar perplejos con dudas o escrúpulos, ni con temor al qué dirán los hombres.

2. Con obediencia perfecta y sin vacilación alguna, Pedro *desciende adonde estaban los hombres* (v. 21), se pone a disposición de ellos y pregunta: *¿cuál es la causa por la que habéis venido?* Ellos (v. 22) le comunican fielmente el encargo que de Cornelio han recibido *«de hacerte venir a su casa para escuchar*

las palabras que tú hables». Esas palabras, les dirá después Pedro (11:14) son tales que, por ellas, *será salvo Cornelio y toda su familia.* Con toda cortesía, y ya sin prejuicio alguno de raza, Pedro (v. 23), *«haciéndoles entrar, los hospedó».* Dice Trenchard: «Antes de entrar él como huésped en la casa de Cornelio, ya había quebrantado la "costumbre" por recibir a tres gentiles en la casa donde se hospedaba él».

3. Con ellos se marchó Pedro *al día siguiente y* con *algunos de los hermanos de Jope* (v. 23b), seis de ellos, según vemos en 11:12. Era éste uno de los modos con que los primitivos cristianos mostraban su respeto a los ministros de Dios, acompañándoles en sus viajes, y es una pena que personas que están capacitadas para hacer bien a otros en conversación, por el conocimiento que tienen de la Palabra de Dios, se empeñen en viajar solos cuando tienen la oportunidad de ir acompañados. Cornelio, por su parte, *«los estaba esperando, habiendo convocado a sus parientes y amigos más íntimos»* (v. 24). Tal huésped como Pedro era bien digno de tal espera, lo cual era, por otra parte, un estímulo para el propio apóstol; más aún, cuando eran bastantes los que le esperaban. Así como Pedro traía seis consigo para que participasen del don espiritual que, por su medio, se había de otorgar, así también Cornelio había convocado a sus familiares y amigos para recibir con ellos la instrucción que Pedro les iba a impartir. No hemos de tener envidia de que otros participen de nuestro alimento espiritual, pues éste no se disminuye, como el corporal, con el número de los que de él participan, sino que aumenta, como la luz con el número de los objetos iluminados.

4. Tenemos ya la primera entrevista de Pedro con Cornelio (v. 25). Con el más profundo respeto y teniéndole por un enviado de Dios, *salió Cornelio a su encuentro y, postrándose a sus pies, adoró.* Este verbo no significa aquí el culto que sólo a Dios es debido, sino, como dice Trenchard, «significa un acto de homenaje y de reverencia ante una persona reconocida como superior … Cornelio comprendió que la Palabra de Dios en la boca de Pedro se revestía de potencia infinitamente mayor que la de los decretos del César». Sin embargo, Pedro rehusó humildemente recibir tales muestras de respeto: *«Levántate, pues yo mismo también soy hombre».* (¡Cuán diferente es esta actitud de la de los llamados «sucesores de Pedro»!) Ni aun los ángeles admiten tales reverencias (v. Ap. 19:10; 22:8). Los fieles siervos de Cristo prefieren ser vilipendiados antes que ser deificados. ¡Que sepa Cornelio que Pedro es hombre como él, que *el tesoro está en vasos de barro,* para que así estime más el tesoro, atendiendo menos al vaso!

5. La información que Pedro y Cornelio intercambiaron, no sólo entre sí, sino también con quienes les acompañaban, de la mano de Dios que les había juntado (v. 27): «Y *conversando con él, entró».* Después de entrar, *«halló a muchos que se habían reunido»,* lo cual añadía al acto que iba a seguirse, no sólo oportunidad para hacer el bien, sino también solemnidad.

(A) Pedro declara la instrucción que Dios le ha dado de venir y acercarse a estos gentiles (vv. 28, 29). Ellos mismos sabían que *era cosa abominable para un judío juntarse o acercarse a un extranjero;* así lo era, en realidad no por ley divina, sino por tradición humana. Pero Dios había destrozado esta tradición *mostrándole a Pedro que no debe llamar común o inmundo a ningún hombre.* Pedro, que había dicho a los de su raza (2:40): *«Sed salvos de esta torcida generación»* (lit.), ha aprendido ahora a juntarse con esta «derecha» generación de gentiles. Vuelve, pues, a expresar (v. 29) su completa disposición a servirles en lo que de él necesiten: *«Por lo cual, al ser llamado, vine sin replicar. Así que pregunto: ¿Por qué causa me habéis hecho venir?»*

(B) Cornelio declara las instrucciones que Dios le dio para que enviase a llamar a Pedro.

(a) Primero, refiere la aparición del ángel y la orden que le dio de mandar llamar a Pedro. Dice qué era lo que estaba haciendo cuando tuvo la visión (v. 30): *«Hace cuatro días* (esto es, aquel día era el cuarto, según el modo hebreo de computar el tiempo) *que a esta hora yo estaba en ayunas; y a la hora novena, mientras oraba en mi casa* (no en la sinagoga; y a la hora en que la mayoría de la gente viajaba, negociaba, trabajaba en el campo, visitaba a sus amigos, echaba la siesta o se entregaba al placer), vi *que se puso delante de mí un varón con vestiduras resplandecientes».* Repite (vv. 31, 32) el mensaje que le había sido comunicado (vv. 4–6); únicamente, tenemos, como variante de alguna importancia, la frase: *«tu oración ha sido escuchada»* (v. 31). No se nos dice cuál era su oración, pero si el mensaje era respuesta a su oración, estaba orando que Dios le descubriese más ampliamente el camino de la salvación.

(b) Declara después la disposición en que, tanto él como sus amigos, estaban para recibir el mensaje que *Dios había ordenado a Pedro* para que se les transmitiera (v. 33): *«Así que luego envié por ti; y tú has hecho bien en venir* (típica expresión de respeto entre los pueblos orientales)». Siempre «hacen bien» los fieles ministros de Dios que acuden a la gente deseosa de recibir instrucción. Y añade: *«Ahora, pues,*

todos nosotros estamos aquí en la presencia de Dios para oír todo lo que Dios te ha ordenado». Nótese eso de *«todos»* y *«todo»*. El hombre entero debe estar presente, no sólo con el cuerpo, sino con el alma y el corazón. Pedro estaba allí dispuesto a predicar todo lo que Dios le había ordenado decir; y ellos estaban allí dispuestos a escuchar, no lo que les gustase, sino todo lo que Dios había ordenado a Pedro que predicase. No debía callarse nada, por muy desagradable que a los oyentes pudiese resultar o muy diferente de las nociones que de antaño pudiesen abrigar.

Versículos 34–43

Tenemos ahora el sermón de Pedro. Para dar a entender que lo que iba a decir era de la mayor importancia, urgencia y solemnidad, hallamos la conocida expresión (v. 34): *«abriendo la boca»*. Era, en realidad, un sermón completamente nuevo:

1. Porque iba a predicar a gentiles. Les muestra que *«Dios no hace acepción de personas* (v. 34b), no tiene, en cuanto a la salvación, favoritismos de raza, sexo, clase social, etc., *sino que* (v. 35) *en toda nación, el que le teme y practica lo que es justo le es acepto»*. Dios no salva, ni ha salvado jamás, a un judío malvado que, a pesar de todos sus privilegios del pacto, vive en la incredulidad y muere impenitente, mientras que no rechaza, ni ha rechazado jamás, a un gentil honesto que, como Cornelio, teme a Dios, obra justicia y vive conforme a la luz que tiene, sea cual sea la nación a que pertenezca, ya que Dios juzga a los hombres de acuerdo con el corazón, no conforme al país o al linaje de uno; dondequiera haya un hombre recto, hallará a un Dios justo. El que *teme a Dios y obra justicia* (las dos cosas han de ir de la mano) obtendrá de Dios, por la obra de Cristo, la gracia necesaria para salvarse, pues aquellas dos virtudes ya eran obra de la gracia, y Dios no puede abandonar la obra de sus propias manos. Esto siempre había sido verdad, pero ahora estaba más claro que antes; por eso dice Pedro (v. 34): *«En verdad comprendo, etc.»*.

2. Porque los oyentes eran gentiles que residían en un lugar que se hallaba dentro de los confines del país de Israel, por lo que no podían menos de conocer (v. 37) *lo que se había divulgado por toda Judea.*

(A) Sabían, en general, lo que había ocurrido con *Jesús de Nazaret* (v. 38). Leemos con frecuencia en los evangelios que la fama de Cristo había llegado a todos los lugares de Canaán. Podían, pues, conocer *el poder* que Jesús había mostrado en sus milagros y en su predicación: *la palabra … anunciando las Buenas Noticias de la paz por medio de Jesucristo* (vv. 36, 38). Es Dios mismo quien proclama paz, en primer lugar *a los hijos de Israel* (v. 36).

(B) También conocían lo suficiente acerca *del bautismo que predicó Juan* (v. 37), como introducción al ministerio de Cristo. Sabían qué hombre tan extraordinario era Juan y con qué empeño y diligencia predicaba para *preparar el camino del Señor*. Sabían que *Jesús había pasado haciendo el bien* (v. 38), enviado por Dios como Salvador y Bienhechor de la nación. No estaba ocioso, sino que iba de una parte a otra, y en todas partes *sanaba a todos los oprimidos por el diablo,* pues había sido enviado a destruir el poder del diablo (He. 2:14). Sabían que los judíos le habían condenado a muerte y *le habían matado colgándole de un madero* (v. 39), precisamente al que había sido enviado y ungido por Dios, al que había pasado por todas partes haciendo el bien. Y para que no pensaran que les refería algo que él conocía sólo de oídas, Pedro les asegura que él mismo, y los demás apóstoles, eran *testigos de todas las cosas que hizo en la tierra de Judea y en Jerusalén* (v. 39).

(C) Por todo esto, podían conocer que tenía del cielo una comisión para predicar y actuar como lo hacía: *«éste* (Jesús) *es Señor de todos»* (v. 36b). Como al único Mediador entre Dios, y los hombres, *Dios le había ungido con el Espíritu Santo* (¡era el MESÍAS esperado! Comp. Is. 61:1) y *con poder* (v. 38), es decir, con la plenitud del poder del Espíritu Santo (comp. Is. 11:2). Y este poder se manifestaba en todo lo que decía (Jn. 3:31–34) y hacía, pues *Dios estaba con Él* (v. 38c). A quienes Dios unge, también les acompaña, pues está con ellos al haberles otorgado su Espíritu, su poder activo personal.

3. Como ellos no tenían una información completa acerca de este Jesús, Pedro les declara su resurrección de entre los muertos, y las pruebas que había de ella. Es probable que allí en Cesarea hubiesen oído algo de esta resurrección de Jesús, pronto silenciada por la vil mentira de los judíos de que *los discípulos habían venido de noche y habían hurtado el cuerpo de Jesús* (Mt. 28:13). (A) El poder por el que había sido resucitado era divino (v. 40): *«Dios le resucitó»*. (B) Las pruebas de la resurrección eran evidentes, pues *Dios le concedió hacerse visible* (v. 40b), aunque (v. 41) *no a todo el pueblo,* puesto que, al haber resistido a todas las evidencias que él había presentado de su misión divina, habían perdido los

derechos a ser favorecidos con el privilegio de ser testigos de su resurrección, *sino a los testigos que Dios había escogido de antemano.* Estos testigos no habían tenido únicamente una rápida y pasajera visión del resucitado, sino que *habían comido y bebido con él después que resucitó de los muertos.*

4. Concluye, basado en todo esto, que lo que todos tenían que hacer era creer en este Jesús. Para esto había sido enviado a Cornelio: para decirle que, aun siendo un hombre temeroso de Dios, piadoso y caritativo, una cosa le faltaba: Creer en Jesús.

(A) Por qué había de creer en Él. La fe cristiana está *edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas* (Ef. 2:20), está fundada sobre ellos, los apóstoles. Pedro habla como portavoz de los demás al decir (v. 42): «Y *nos encargó* (Dios) *que predicásemos al pueblo y testificásemos solemnemente* acerca de Cristo». Su testimonio es testimonio de Dios, y ellos son sus testigos ante el mundo. También (v. 43) *dan testimonio de éste todos los profetas* del Antiguo Testamento. De la boca de estas dos nubes de testigos (los apóstoles y los profetas), quedaba bien establecida la predicación del mensaje.

(B) Lo que todos deben creer concerniente a Cristo: (a) Que todos hemos de dar cuenta a Él como a nuestro Juez (v. 42b): *«Que Él es el designado por Dios como Juez de vivos y muertos»*. Él tiene autoridad para prescribir las estipulaciones de la salvación, la pauta según la cual seremos juzgados. De esto nos dio seguridad Dios *con haberle levantado de los muertos* (17:31), por lo cual nos interesa grandemente a cada uno de nosotros tenerle por amigo. (b) *«Que todo el que crea en Él, recibirá perdón de pecados por su nombre»* (v. 43b). Ésta es nuestra mayor necesidad; sin eso, estamos perdidos para siempre en la condenación. Y el perdón de nuestros pecados pone el fundamento para todas las demás gracias y bendiciones. Una vez perdonado el pecado, todo va bien e irá eternamente bien.

Versículos 44–48

Resultado del sermón de Pedro: Todos ellos fueron convertidos al Señor.

1. Dios honró el mensaje de Pedro, al dar el Espíritu Santo a todos los oyentes (v. 44): *«Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el mensaje»,* como lo había hecho sobre los reunidos en el Aposento Alto el día de Pentecostés; así lo dirá Pedro después (11:15). Por eso, no precedió imposición de manos ni signo exterior alguno a esta efusión del Espíritu Santo sobre los reunidos. Dios daba así su testimonio a favor del mensaje de Pedro y lo refrendaba con su poder divino. El Espíritu Santo caía sobre otros después que se habían bautizado, pero sobre estos gentiles cayó antes de que fuesen bautizados, a fin de mostrar que Dios no está atado a métodos ni ritos. ¿Cómo se notaba que había caído sobre ellos el Espíritu Santo? En que *hablaban en lenguas* (v. 46) y *glorificaban a Dios,* quizás encomiando a Cristo y los beneficios de la redención, de los que habían oído a Pedro predicar. Cualquiera sea el don que de Dios recibimos (en especial si está conectado con hablar), hemos de usarlo para glorificar a Dios con él. Vemos también la impresión que esto hizo en los judíos creyentes que acompañaban a Pedro (v. 45): «Y *todos los creyentes que eran de la circuncisión y habían venido con Pedro, se quedaron atónitos de que el don del Espíritu Santo se hubiese derramado también sobre los gentiles»*. Si hubiesen entendido las Escrituras (por ej. Jl. 2:28, *«sobre toda carne»)* del Antiguo Testamento, no se habrían visto tan sorprendidos.

2. Pedro reconoció la obra de Dios en ellos al hacerlos bautizar, ya que sobre ellos había sido derramado el Espíritu Santo. Aunque lo habían recibido, era necesario que se bautizasen, no para salvación, sino por obediencia al Señor, aunque Dios no está atado a las ordenanzas que Él mismo instituyó, nosotros sí lo estamos (v. 47): *«Entonces dijo* (lit. *respondió;* es decir, *tomó la palabra) Pedro: ¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?»* La lógica de su argumento es perfecta: ¿Quién puede negar el signo a quienes han recibido la cosa significada? Debemos seguir las indicaciones de Dios y recibir en comunión con nosotros a quienes Dios ha recibido en comunión consigo. Sin la efusión del Espíritu, Pedro podría haber tenido cierta aprensión en mandar bautizar a aquellos gentiles. ¡Cuántas gracias hemos de dar por tener un Dios tan bueno, cuyo amor y comprensión superan en grado infinito a los de los mejores hombres! Como vemos por el v. 48 (así como por otros lugares como 19:5 y 1 Co. 1:14, 17, comp. con Jn. 4:2), los apóstoles no solían bautizar ellos mismos, sino que lo hacían otros ministros de Dios, que actuaban por orden de los apóstoles, mientras ellos se dedicaban asiduamente a la oración y al ministerio de la palabra (6:4).

3. El deseo de los bautizados de aprovecharse del ministerio de Pedro por algún tiempo (v. 48b): *«Entonces le rogaron que se quedase por algunos días»*. No querían que se marchase de inmediato, sino que se quedase entre ellos por algún tiempo para recibir de él ulterior instrucción acerca de las cosas de Dios y del Evangelio. Los que han llegado a conocer por fe a Cristo, no pueden menos de desear saber más y más de Él. Aunque habían recibido el Espíritu Santo, reconocían que necesitaban ser enseñados en la Palabra. Más aún, una de las señales claras de que habían recibido el Espíritu era este deseo de la *leche espiritual* (1 P. 2:2).

CAPÍTULO 11

1. Pedro se justifica ante los judíos de Jerusalén por lo que había hecho en casa de Cornelio (vv. 1–18). II. El gran éxito del Evangelio en Antioquía (vv. 19–21). III. El progreso de la fe en aquella ciudad, en la que los discípulos de Cristo fueron llamados por primera vez «cristianos» (vv. 22–26). IV. Predicción de un hambre cercana, con lo que los discípulos se sintieron estimulados a socorrer a los hermanos pobres de Judea (vv. 27–30).

Versículos 1–18

Veremos ahora cómo fue recibida en Jerusalén la noticia de lo que había ocurrido en casa de Cornelio.

1. Antes de que Pedro regresara a Jerusalén (v. 1), *«oyeron los apóstoles y los hermanos que estaban en Judea, que también los gentiles habían recibido la palabra de Dios»*. Lo que debería haber causado la mayor alegría entre creyentes de la circuncisión, vino a ser materia de disputa y envidia. Así es como, muchas veces, los prejuicios de grupo o de denominación llegan a oscurecer la verdad divina y a ponerse en contra de las bendiciones obradas por Dios en otros medios y lugares. Para no confundir las cosas (nota del traductor), es preciso distinguir entre el grupo incipiente de judaizantes, que eran los que criticaban a Pedro, y el grupo mayor de creyentes judíos, incluidos los apóstoles y ancianos de la iglesia de Jerusalén, quienes no criticaban a Pedro, pero, como dice Trenchard, «quedaban perplejos frente al caso hasta oír la explicación de Pedro».

2. Quiénes disputaban con Pedro y sobre qué versaba la disputa (vv. 2, 3): «Y *cuando Pedro subió a Jerusalén. disputaban con él los que eran de la circuncisión, diciendo. Has entrado en casa de hombres incircuncisos y has comido con ellos»*. Con esto, llegaban a pensar, quizá, que había manchado, y aun profanado del todo, su ministerio apostólico. Siempre ha causado gran daño a las iglesias el empeño de algunos en sentirse poseedores, «en exclusiva», como un monopolio, de la verdad, y tender así a excluir de la fraternidad cristiana a los que no piensan en todo como ellos. Aun los ministros de Dios no han de extrañarse de ser criticados, no por sus declarados enemigos, sino por los que profesan ser sus amigos. Pero, si nuestra obra ha recibido la aprobación de Dios, bien podemos regocijarnos, como Pedro, sea cual sea la reacción de los hermanos en la fe. Los más celosos en el amor y el servicio del Señor deben esperar ser censurados por quienes, bajo pretexto de ser precavidos, se tornan fríos e indiferentes. En el fondo, tal vez inconsciente, de esta reacción psicológica, se halla encubierto cierto sentimiento de «ser acusados de flojedad espiritual» por el celo de los mejores y más humildes miembros de la congregación.

3. Pedro da un informe completo, pero humilde, de todo el asunto, suficiente para justificar su conducta, así como para satisfacerles a ellos (v. 4): *«Pedro comenzó a explicarles punto por punto todo lo sucedido»* (NVI).

(A) Da por supuesto que si ellos hubiesen comprendido rectamente el asunto, no habrían contendido con él. Debemos ser moderados en nuestras censuras, porque si comprendiésemos bien lo que se nos expone, haríamos (con frecuencia) causa común con nuestros interlocutores, en lugar de oponernos a ellos.

(B) Está muy deseoso de que no le juzguen mal en esto. *Se dispone a dar razón de la esperanza que hay en él* (1 P. 3:15b) concerniente a los gentiles, y por qué ha cambiado de la opinión anterior, que era la misma que ellos sostienen todavía.

(a) Por medio de una visión, se le había dicho que cesase de observar las distinciones hechas por la ley ceremonial; refiere la visión (vv. 5, 6), como la conocemos de antes (10:9 y ss.). El lienzo que allí (10:11) se decía *«bajado a la tierra»,* aquí se cambia por *«venía hasta mí»,* pues ambas cosas eran ciertas. Los descubrimientos que Dios hace de sí mismo y de las cosas celestiales, los hemos de aplicar por fe a nosotros mismos. Añade también aquí (v. 6) que fijó *en él los ojos y lo observó atentamente,* como debemos hacer nosotros cuando Dios nos guía a considerar las cosas celestiales. Les refiere la repetida orden del cielo de que comiese de todo aquello (v. 7), así como la respuesta negativa que él dio (v. 8), con lo que les muestra que sentía la misma repugnancia que ellos tienen, pero Dios le dijo por segunda vez que *no llamase común a lo que Dios había purificado* (v. 9). Así que no tenían por qué reprocharle el haber cambiado de opinión cuando Dios había cambiado la cosa misma. De ello no había duda, pues (v. 10) *«esto se hizo tres veces».* Finalmente, para confirmar que se trataba de una visión celestial, las cosas que él vio no se desvanecieron en el aire, sino que *volvió todo a ser llevado arriba al cielo.*

(b) El Espíritu de Dios le había instruido directamente para que fuese con los hombres que había enviado Cornelio (v. 12). Especifica el lugar y la hora (v. 11) de aquella llegada. Y, para que no le quedase duda alguna, también Cornelio había tenido una visión correpondiente a la suya, de forma que la visión de Pedro quedaba confirmada por la de Cornelio, así como la de Cornelio quedaba confirmada por la suya propia (vv. 13, 14). De todo esto podían dar fe los seis hermanos que habían acompañado a Pedro en aquel viaje (v. 12b).

(c) Lo que ponía fuera de toda cuestión el asunto de la disputa era el descenso del Espíritu Santo sobre los oyentes en casa de Cornelio (v. 15). El hecho era innegable; los testigos, numerosos. Así declaraba Dios que era testigo del acto y que lo aprobaba plenamente. Con esto, recordó Pedro (v. 16) aquel dicho del Maestro, que los demás apóstoles habían oído también (1:5): «*Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo».* Se confirma así, una vez más, por palabras del propio Pedro, que lo sucedido en casa de Cornelio era como una extensión de lo sucedido en Jerusalén el dia de Pentecostés. Uniendo la referencia de 1:5 y 11:16 con Mateo 3:11, estaba claro que el Espíritu Santo era un don de Cristo, así como el cumplimiento de la promesa que les había dejado antes de ascender a los cielos. No había, pues, duda, de que el don procedía de Él. La conclusión que Pedro saca (v. 17) de todo esto no puede ser más correcta y atinada: «*Si Dios, pues, les concedió también el mismo don que a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para poder impedir a Dios?»* Como si dijese: «¿Cómo podía yo negarme a bautizar con agua y a impedir que fuesen añadidos a la Iglesia, a quienes Dios había bautizado con el Espíritu Santo?» No se puede poner, o dejar, fuera de comunión con la Iglesia a los que Dios ha tomado en comunión consigo. Un pequeño detalle—nota del traductor—en el que Pedro insiste es la referencia al *«ángel» que estaba en pie en casa de Cornelio* (v. 13), con lo que venía a decir: «¿Por qué no podía entrar yo adonde había entrado un ángel?»

4. Este humilde y detallado informe de Pedro satisfizo, por fin, a sus interlocutores. Hay quienes, una vez que han censurado a alguien, se aferran a ello por grande que sea la evidencia de que eran ellos los que estaban equivocados. No fue así en esta ocasión, sino que, *«oídas estas cosas, callaron»* (v. 18), es decir, no tuvieron nada más que objetar, y sólo abrieron la boca para *glorificar a Dios* por la bondad que había mostrado también hacia los pobres gentiles. Por eso, no es mero asombro, sino también gozo, lo que expresaron al decir: *«¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!»* Les había dado la gracia del arrepentimiento al darles el Espíritu Santo, quien da convicción y dolor del pecado, antes de dar la visión y el gozo de Cristo. Todo arrepentimiento sincero es *para vida,* pues los que se arrepienten, al morir al pecado, viven desde entonces para Dios; sólo entonces comienzan a vivir de veras y a vivir para siempre. Así que, dondequiera se propone Dios dar vida, da también arrepentimiento. Con esto mostraba Dios (comp. con 5:31) que *el arrepentimiento y el perdón de pecados concedido a Israel,* se concedían también a los gentiles.

Versículos 19–26

Vamos a ver ahora cómo se plantó y se regó la iglesia de Antioquía, la ciudad más importante de Siria, reconocida más tarde como la tercera en importancia de todo el Imperio Romano. Había sido fundada el año 300 antes de C. por Seleuco I, quien le dio ese nombre en memoria de su padre Antíoco.

I. Los primeros predicadores del Evangelio allí habían sido esparcidos desde Jerusalén por la persecución, la que ocurrió en el tiempo de la muerte de Esteban (v. 19): *«Pasaron hasta … Antioquía»,* aunque sólo la proclamaban a los judíos. En todo caso, lo que había sido destinado a hacer daño a la Iglesia, resultó ser para su bien. Los enemigos los echaron de sí como a basura, pero Cristo los recibió para usarlos.

1. *Los que habían sido esparcidos de la persecución,* no fueron puestos en fuga de la obra. Los enemigos pensaban que les iban a impedir predicar el Evangelio, pero, en realidad, sólo les dieron prisa a que predicasen el Evangelio a judíos y gentiles. Perseguidos en una ciudad, huían a otra llevando consigo el tesoro de las Buenas Noticias de salvación en Jesucristo.

2. Se dedicaron a esta obra con renovado ardor. Después de predicar con éxito en Judea, Samaria y Galilea, *pasaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía.* Aunque cuanto más se alejaban, más se exponían, siguieron adelante. Su lema era *«Plus Ultra»,* siempre más allá.

3. *«No hablando a nadie la palabra, sino sólo a los judíos»* que se habían dispersado por aquellas regiones. No entendían todavía que los gentiles eran coherederos de la gracia de la vida.

4. Se dedicaron especialmente a predicar a los judíos que residían en ciudades «griegas», hasta que (v. 20) *«unos varones de Chipre y de Cirene,* al llegar a Antioquía, *hablaban también a los griegos,* es decir (sin duda) a los gentiles; por eso, les *anunciaban el evangelio del Señor Jesús».* Dice Trenchard: «Es significativo que no anuncian a Jesús como el Mesías, cosa propia de los judíos, sino que subrayan el hecho de que Jesús, que había llevado a cabo una obra en Palestina que le señalaba como el Enviado de Dios, era el Señor a quien tenían que someter sus vidas».

5. Tuvieron gran éxito en su predicación (v. 21), la cual estuvo acompañada del poder divino: «*Y la mano del Señor estaba con ellos»,* para mostrar a otros cómo hallar en Jesús al Salvador. Los que así predicaban el Evangelio no eran apóstoles, sino creyentes ordinarios y, sin embargo, la mano del Señor hacía prodigios por medio de ellos. Así que *«gran número creyó y se convirtió al Señor»* (v. 21b). Quedaron convencidos de la verdad del Evangelio y *se volvieron a Dios desde los ídolos* (1 Ts. 1:9).

II. La buena obra comenzada en Antioquía fue llevada a la perfección mediante el ministerio de Bernabé y Saulo.

1. La iglesia de Jerusalén envió allá a Bernabé, al oír *la noticia de estas cosas* (v. 22). Es probable que Bernabé tuviese un carácter especialmente apropiado para esta obra, pues Dios da diferentes dones para distintos servicios. *Al ver la gracia de Dios* allí (v. 23), él *se regocijó.* También nosotros debemos regocijarnos de todo lo que es obrado por la gracia de Dios, aunque hayan sido otros los que plantaron la obra. Así que él *«exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor»,* es decir, a que se adhiriesen a Cristo con todo fervor, de forma que en nada se apartasen de Él. Bernabé mostró así su excelente carácter, que Lucas describe concisamente, con su acostumbrada maestría (v. 24): *«Porque era varón bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe».* No sólo era un hombre muy piadoso, sino también muy bondadoso, dos cualidades que no siempre van unidas en una misma persona; no era un piadoso áspero, sino apacible, lo cual ayuda mucho en la exposición de la verdad a otros. Así que, al tener tan buenas cualidades, su trabajo fue muy bendecido (v. 24b): «Y *una gran multitud fue agregada al Señor».*

2. *«Después* (v. 25) *fue Bernabé a Tarso para buscar a Saulo; y hallándole, le trajo a Antioquía».* Otro detalle por el que se descubre la extraordinaria gracia con que Dios había equipado a Bernabé: El que se había regocijado (v. 23) en el fruto de la obra llevada a cabo por anónimos siervos del Señor, reconoce ahora que el campo que se abre a sus ojos en Antioquía requiere la presencia de otro hombre mejor dotado que él para una obra de tal envergadura, y va a buscar a Saulo, a quien él mismo había recomendado ante los líderes de Jerusalén (9:27). Bernabé sabía, sin duda, que la luz de Pablo le eclipsaría a él (v. 14:12), pero no le importaba menguar y que Pablo creciera, con tal que ello redundase en provecho de la obra.

3. Se nos refiere a continuación:

(A) El servicio que ambos prestaron a la iglesia en Antioquía. Allí continuaron ambos enseñando *durante todo un año* (v. 26). Es un gran consuelo para los ministros de Dios tener la oportunidad de enseñar a mucha yente, y echar así la red donde hay un buen banco de peces. No sólo es necesaria la predicación del Evangelio a los inconversos, sino también (más aún) la enseñanza para edificación de los

fieles, pues sólo una iglesia bien edificada puede ser eficazmente misionera, como se ve (cap. 13) en Antioquía. Digámoslo avergonzados—nota del traductor—, ¿no estribará aquí gran parte del éxito de los Testigos de Jehová?

(B) El honor que Dios otorgó a la iglesia en Antioquía (v. 26b): «*Y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía*». El nombre significa simplemente «partidarios o seguidores de Cristo» y, por los otros dos únicos lugares en que tal epíteto aparece (26:28; 1 P. 4:19), está claro, como recalcan J. Leal y E. Trenchard—nota del traductor, contra la opinión de M. Henry—, que fueron precisamente los de fuera de la iglesia quienes les pusieron tal mote. Pero ello fue providencia y muy útil, pues como dice M. Henry, tomaron su denominación, no del nombre de su persona, *Jesús*, sino de su oficio, *Cristo*, el Ungido o Mesías, estampando así sobre sus propios nombres la gran verdad de nuestro «Credo» de que *Jesús es el Cristo.* Sus enemigos lo tomaron como un insulto que echarles a la cara, pero ellos lo recibieron como un honor y un privilegio, por el que valía la pena vivir y morir (1 P. 4:19), al seguir precisamente las pisadas del Salvador (1 P. 2:21). Ninguna honra mayor que llevar un nombre por el que expresamos que pertenecemos a Cristo.

Versículos 27–30

1. La visita que ciertos profetas hicieron a Antioquía (v. 27), para mostrar así que el Cristo ascendido había dado a su Iglesia, no sólo *apóstoles y evangelistas*, sino también profetas (Ef. 4:11). Vinieron de Jerusalén, la que tan mala fama había adquirido de matar a *los profetas.* Una vez que Saulo y Bernabé habían enseñado y exhortado a la iglesia (vv. 23–26), ahora les eran enviados profetas para *mostrarles las cosas que deben suceder después de éstas* (Ap. 4:1).

2. En particular, la predicción de *un hambre que había de venir en toda la tierra habitada* (gr. *oikoumenen*, de donde se derivan los vocablos «ecumenismo», «ecuménico», etc.), es decir, en todo el Imperio Romano (v. 28), durante el reinado del emperador Claudio. La profecía fue dada por ministerio de un tal *Ágabo*, al que hallamos después (21:10, 11) al profetizar el encarcelamiento de Pablo en Jerusalén. Tanto Flavio Josefo como varios historiadores romanos hacen mención de esta hambre, aunque no fue sólo una, sino varias las hambres que ocurrieron durante el reinado de este emperador.

3. El buen uso que hicieron los discípulos (v. 29) de esta profecía; no se dedicaron a almacenar trigo y otro alimentos para sí mismos, sino que, como buenos cristianos, pensaron enseguida en aliviar la situación de otros hermanos más pobres.

(A) Lo que decidieron: *«Enviar socorro a los hermanos que habitaban en Judea».* Aunque debemos atender, en la medida de nuestras posibilidades, a las necesidades comunes, hemos de atender especialmente a las de nuestros hermanos en la fe. A ningún pobre hemos de descuidar, pero hemos de cuidar primeramente a los pobres del pueblo de Dios, y comenzar por los de nuestra congregación y extendiéndonos después a las demás, como hacen aquí los fieles de Antioquía con los de Judea, a quienes llaman *hermanos.* Grande sería el oprobio de los fieles de Antioquía si, por negligencia o falta de generosidad, perdiese la vida alguno de los hermanos pobres de la iglesia «madre», Tomaron, pues, una decisión muy prudente al hacer colecta de antemano, *cada uno conforme a los bienes de que disponía*, sin esperar a que ocurriese el hambre, pues podría ser demasiado tarde.

(B) Lo que hicieron (v. 30): «*lo cual en efecto hicieron*». Fueron diligentes en poner por obra lo que habían determinado. No se limitaron a deliberar, sino que se pusieron a actuar. Hay muchas resoluciones que se quedan en nada, en el papel, por falta del esfuerzo necesario para que se pongan por obra. Se recogió, pues, el socorro determinado, *enviándolo a los ancianos por mano de Bernabé y de Saulo.* No se rebajan los ministros de Dios por servir de emisarios de la iglesia en obras de caridad. Nuestro Dios es un Dios de orden y, por eso, la colecta es enviada *a los ancianos*, es decir, a los responsables de las iglesias de Judea, a fin de que ellos la distribuyeran conforme a la necesidad de los recipiendarios, así como se había contribuido a ella conforme a las posibilidades de los donantes.

CAPÍTULO 12

I. Martirio de Santiago, el hermano de Juan, y encarcelamiento de Pedro, por orden de Herodes Agripa (vv. 1–4). II. Liberación milagrosa de Pedro en respuesta a las oraciones de la iglesia por él (vv. 6–19). III. El juicio de Dios contra Herodes cuando éste se hallaba en lo más alto de su orgullo (vv. 20–23). IV. Mientras tanto, se nos da cuenta del regreso de Saulo y Bernabé a Antioquía (vv. 24, 25).

Versículos 1–4

Desde la conversión de Pablo, no hemos visto nada más de la actuación de los sacerdotes en cuanto a perseguir a los santos en Jerusalén. La tormenta estalla ahora desde un punto diferente: desde el poder civil. Herodes Agripa I, idumeo de origen como su abuelo Herodes el Grande, llevaba también sangre israelita en sus venas. Fue criado en Roma, con la familia imperial, y era gran amigo de los emperadores Calígula y Claudio, restituyéndole este último todos los territorios de su abuelo. Tres cosas se nos dicen de él en los cuatro primeros versículos de este capítulo:

1. Que *«echó mano a algunos de la iglesia para maltratarles»* (v. 1). Judío de religión (y de sangre, por su abuela Mariamne, descendiente de los macabeos), quiso congraciarse con los judíos al perseguir a los seguidores del nazareno. Comenzó su juego al maltratar a algunos de la iglesia, pero pronto se volvió contra los principales líderes.

2. *«Mató a espada,* decapitándolo, *a Jacobo, hermano de Juan»* (v. 2), al que suele llamarse Santiago el Mayor. Era, pues, uno de los cuatro primeros discípulos de Cristo, y uno de los tres que le acompañaron en la Transfiguración, en la resurrección de la hija de Jairo y en el huerto de Getsemaní. A él, como a su hermano Juan, había prometido Jesús que *habían de beber de la copa de la que Él había de beber* (Mt. 20:23). Ahora se cumplía en él esa predicción. Fue el primer apóstol en recibir la corona del martirio, y mostró así a los demás lo que podían esperar. Es extraño que Lucas nos refiera tan brevemente el martirio de un apóstol, cuando tantos detalles nos dio del de un diácono; pero aun esta breve mención basta para hacernos saber que los primeros predicadores del Evangelio estaban tan seguros de la verdad que predicaban que la sellaron con su sangre.

3. Encarceló a Pedro. *«Viendo que esto* (el haber decapitado a un apóstol) *agradaba a los judíos, procedió a prender también a Pedro»* (v. 3). La sangre llama a la sangre y el camino de la persecución, como el de los demás pecados, es un camino de descenso; los que se hallan en él, se empeñan en continuar en él, con lo que la labor del diablo es cada vez más fácil en ellos. Por tanto, es señal de prudencia resistir a los comienzos del pecado. El hecho de que los judíos se complacieran en el asesinato de Jacobo los hacía cómplices del crimen. Los que se complacen en la obra de los perseguidores deben ser considerados también como perseguidores. Esto sucedía en *los días de los panes sin levadura,* es decir, en la Fiesta de la Pascua, cuando los judíos acudían desde todas las partes a Jerusalén para guardar la Fiesta y, por tanto, podían ejercitar tanto mejor su violencia contra los cristianos. No sólo prendió Herodes a Pedro, sino que lo puso a buen seguro en la cárcel, *entregándolo a cuatro grupos de cuatro soldados cada uno* (v. 4), a fin de que estuviese bien *custodiado.* Más aún (v. 4b), *se proponía sacarle al pueblo después de la pascua,* para que les sirviese de gran entretenimiento a tan grande multitud con el juicio y la ejecución, a la vista de todos, del más conspicuo de los apóstoles.

Versículos 5–19

Pero Herodes *... proponía»* matar a Pedro, y Dios «disponía» librarle, *... arrebatándole de la mano de Herodes y de todo lo que el pueblo de los judíos esperaba»* (v. 11b).

I. Esto sucedió en respuesta a la oración (v. 5): *«Pedro estaba custodiado en la cárcel; pero la iglesia hacía ferviente oración a Dios por él»,* pues las armas de la Iglesia son las oraciones y las lágrimas. La demora del juicio de Pedro les dio tiempo para orar por él. Jacobo les había sido quitado violentamente, pero Pedro había de continuar con ellos y, por eso, se ponen a orar por él con fervor (o, mejor, *con insistencia).* La oración se extendía tanto como el peligro. La Iglesia siempre debe orar pero especialmente en tiempos de especial peligro.

II. Veamos ahora cuándo ocurrió su liberación. 1. Fue *la noche misma* anterior al día en que *Herodes le iba a sacar* para formarle proceso y ejecutarlo. Herodes espera matarlo pronto, pero Dios va a librarle,

pues el tiempo de la notoria ayuda de Dios es cuando las cosas han llegado al último extremo. 2. Fue cuando Pedro estaba *sujeto con dos cadenas, entre dos soldados* (v. 6), es decir, según la costumbre romana, cada una de las dos cadenas estaba unida a la muñeca de cada uno de los dos soldados, mientras los otros dos soldados del grupo vigilaban la puerta de la celda desde fuera. Esto significa que se habían tomado todas las medidas necesarias para que ni el preso pudiese escapar ni hombre alguno pudiese intentar rescatarlo. Cuando los hombres se creen inexpugnables frente a Dios, Dios suele mostrarse inexpugnable contra ellos. 3. Fue cuando *Pedro estaba durmiendo.* He oído (nota del traductor) a un predicador acusar a Pedro de «dormilón» mientras la iglesia oraba; pero Pedro tenía buenas razones para dormir: (A) Tenía la conciencia tranquila, al saber que con su muerte había de glorificar a Dios (v. Jn. 21:19); (B) Cumplía lo que más tarde aconsejaría: *«echando toda vuestra ansiedad sobre Él* (Dios), *porque Él tiene cuidado de vosotros»* (1 P. 5:7). (C) El Maestro le había dicho que había de morir cuando fuese *viejo* (Jn. 21:18) y era todavía joven; sólo tendría unos cuarenta y tantos años (esto sucedía el año 42 o 43 de nuestra era).

III. Fue enviado un ángel del Señor para darle libertad.

1. *«De repente apareció un ángel del Señor»* (v. 7. NVI). Parecía que Pedro estaba abandonado de los hombres, pero no le olvidaba Dios. Las puertas y los cerrojos, los guardias y las cadenas le tenían alejado de sus amigos, pero no pudieron alejarle de los ángeles. Dondequiera se hallan los hijos de Dios, hay una vía abierta hacia el cielo, y nadie puede interrumpir la comunión con Dios.

2. «Y *una luz resplandeció en la celda».* Era un lugar oscuro y era de noche, pero Pedro podrá ver claro su camino al exterior.

3. El ángel *le tocó a Pedro en el costado;* no le dio un golpe fuerte, sino un suave toque, lo suficiente *para despertarlo.* Le dijo el ángel: *«Levántate pronto».* El ángel estaba poniendo su parte, pero Pedro tenía que poner también la suya.

4. «Y *las cadenas se le cayeron de las manos».* Dios le soltó las manos, sin que se diesen cuenta los soldados a los que estaba atado con aquellas cadenas.

5. El ángel le ordenó *ceñirse* la túnica, que, al acostarse, había dejado suelta, y *calzarse las sandalias. Y así lo hizo* (v. 8). Al verse despierto y suelto, Pedro no sabía qué hacer; por eso, el ángel le va dando instrucciones. A renglón seguido, el ángel le ordenó: *«Envuélvete en tu manto y sígueme».* Con tal guía y protección, Pedro pudo caminar alegre y confiado. Todo era tan extraordinario que Pedro dudaba si era real lo que estaba sucediendo o se trataba simplemente de una visión (v. 9).

6. Salió sano y salvo del peligro bajo la conducción del ángel (v. 10). *Pasaron la primera guardia,* la de los soldados que vigilaban junto a la puerta de la celda, y pasaron también *la segunda,* la de los que vigilaban la puerta que daba acceso al exterior, pero *al llegar a la puerta de hierro que daba a la ciudad,* no se necesitó que nadie la tocase ni siquiera con un dedo, puesto que se les abrió por sí misma (gr. *automáte),* automáticamente, sin ser manejada ni aun por control remoto. Si Dios decide librar a un hijo suyo de cualquier dificultad o aflicción, no hay obstáculos que puedan oponerse a su acción omnipotente. Esta liberación de Pedro es una ilustración de nuestra redención por medio de Cristo, la cual es representada con frecuencia como una suelta de presos, no sólo por la proclamación de libertad a los prisioneros, sino también por ponerles efectivamente en libertad.

7. Cuando ya estuvieron en la calle, *«de repente el ángel se ausentó de él»* (v. 10b). Pedro se hallaba ahora en una calle conocida, fuera del peligro de sus enemigos y de la vigilancia de sus guardias. Sabía también dónde hallar a sus amigos y no necesitaba guía. No hay que esperar milagros cuando basta con usar los medios ordinarios.

IV. Después de ver cómo se llevó a cabo su liberación, veremos ahora cómo se dio a conocer a los hermanos.

1. *«Vuelto en sí* (de muy diferente manera que el pródigo de Lc. 15:15), *dijo Pedro: Ahora sé verdaderamente que el Señor ha enviado su ángel, etc.»* (v. 11). Tan extrañas y tantas eran las cosas que, en breve lapso de tiempo, le habían acontecido a Pedro recién despertado de su profundo sueño, que necesitó tiempo, no sólo para saber que era real su liberación, sino también cómo, por quién, por qué y de quiénes le había libertado Dios. ¡Cuántas cosas y qué grandes había llevado a cabo Dios a su favor, para librarle *de la mano de Herodes y de todo lo que el pueblo de los judíos esperaba! Al* principio, estaba tan

alegre por la liberación que le costaba reflexionar con serenidad, pero ahora se daba perfecta cuenta de todo. Hay muchos que tienen la realidad de la gracia sin tener aún la evidencia de la gracia, pero cuando el gran Consolador se pone en acción, se percatan de seguro del bendito cambio que en ellos se ha operado.

2. Llegada de Pedro a donde estaban congregados los hermanos de la iglesia, quienes quedaron sorprendidos con su presencia.

(A) *«Después de reflexionar por un momento sobre su situación* (v. 12, NVI), *etc.».* Consideró la inminencia del tremendo peligro en que se había hallado, la milagrosa liberación que había tenido y reflexionó por un momento sobre lo que debía hacer ahora. La providencia de Dios deja también espacio para el uso de nuestra prudencia y, aunque lleva a perfección lo que ha comenzado, espera que reflexionemos antes de hacer lo que a nosotros toca.

(B) Fue directamente a casa de unos amigos: Era *la casa de María, la madre de Juan,* esto es, Juan Marcos y, por tanto, tía de Bernabé (v. Col. 4:10). Una iglesia en una casa convierte la casa en un pequeño santuario.

(C) En la casa (v. 12b), *«muchos estaban reunidos orando».* Vemos que (a) continuaban en su oración, a pesar de ser una hora muy avanzada de la noche. Mientras nos hallemos orando por un favor importante, debemos perseverar con toda importunidad. (b) Daban gran importancia a la oración conjunta, como el Señor había declarado (Mt. 18:19, 20). (c) Pedro llegó precisamente cuando todos estaban orando. Era como si Dios les dijese: «¿No habéis estado orando para que Pedro os fuese devuelto? Pues, ¡ahí lo tenéis!

(D) *Pedro llamó a la puerta* de la casa, pero tuvo que esperar algún tiempo antes de que le abrieran (vv. 13–16): (a) *«Salió a escuchar una muchacha llamada Rode»* (que significa «rosa»). Dice Trenchard: «Sin duda, Rode actuaba de portera aquella noche, estacionada en el vestíbulo, cerca del postigo exterior, pues no sería conveniente que los hermanos que acudiesen a una reunión secreta tuviesen que llamar fuerte para ser oídos». (b) Ella *conocía la voz de Pedro* (v. 14), pero, en lugar de dejarle entrar de inmediato, *de gozo no abrió la puerta, sino que corrió adentro a anunciar que Pedro estaba a la puerta.* Así es como, a veces, un sentimiento exagerado nos desvía de lo que deberíamos hacer prontamente. (c) Cuando comunicó a los reunidos la noticia, *ellos le dijeron: Estás loca* (v. 15). Algunos exegetas (y algún predicador) han acusado a estos hermanos de poca fe en su oración, pues no creían que pudiese ser Pedro el que llamaba. Esta acusación no tiene ningún fundamento. Sabían que Dios había de actuar del modo más conveniente para Pedro y para la iglesia, pero se sorprendieron de que Dios le hubiese libertado precisamente de aquel modo tan extraño. La mención del *«ángel de Pedro»* (v. 15b) es una prueba más (v. también Gn. 48:16; Dn. 3:38; 6:22; 10:12–14; Mt. 18:10; He. 1:14) de que los creyentes individuales, no sólo las iglesias, tiene su ángel guardián.

(E) Finalmente, le dejaron entrar (v. 16). La puerta de hierro de la prisión se había abierto automáticamente, pero la puerta de la casa de María no se había de abrir milagrosamente, sino que Pedro tuvo que *continuar llamando.* Cuando le vieron, *quedaron atónitos* de sorpresa y de gozo.

(F) Pedro les refirió la forma en que le había librado Dios (v. 17). La *señal con la mano para que callasen* nos indica que las muestras de gozo de los hermanos fueron algún tanto ruidosas, lo cual era peligroso en aquella hora de la noche. No cabe duda de que darían fervorosas gracias a Dios por haber escuchado sus oraciones. Lo que se obtiene mediante la oración se ha de gastar en alabanzas.

(G) Después de su relato, Pedro les dijo (v. 17b): *«Haced saber esto a Jacobo* (el hermano del Señor y pastor principal de la iglesia en Jerusalén; comp. con 15:19) y *a los hermanos»,* no sólo para que conociesen la noticia, sino también para que diesen gracias a Dios por tan milagrosa liberación del portavoz y más destacado miembro del Colegio Apostólico.

(H) Pedro no tenía ninguna otra cosa que hacer allí; así que, por su propia seguridad, *se fue a otro lugar* (v. 17c). Es muy probable, como hace notar Trenchard, que los demás apóstoles estuviesen también ya «en otros lugares», huyendo de la persecución de Herodes, «quedando sólo Santiago, quien no dejó de ser "persona grata" en Jerusalén por muchos años gracias a su vida austera y su fiel cumplimiento de las "costumbres de los padres"».

V. Después de la milagrosa liberación de Pedro, resulta triste ver el horrible castigo que Herodes impuso a los inocentes soldados que habían custodiado a Pedro y no tenían ninguna culpabilidad en su escape (vv. 18, 19). Los guardias quedaron confusos en extremo, como era de suponer, y *Herodes, después de interrogar a los guardias,* no se dejó persuadir de las excusas que le pudiesen exponer, sino

que *mandó ejecutarlos.* Herodes no pudo hallar al preso por mucho que le buscó (v. 19), porque, ¿quién podrá hallar a quienes Dios esconde? Todos los creyentes tienen en Dios su escondedero. *Desde Judea, Herodes descendió a Cesarea y se quedó allí.* Podemos imaginamos su enojo, como el de un león al que se le ha arrebatado la más codiciada presa; tanto más cuanto que había suscitado *la expectación del pueblo de los judíos* (v. 11). Tan mortificado había quedado con este fracaso que no soportó quedarse por más tiempo en Judea, sino que se marchó a Cesarea.

Versículos 20–25

I. La muerte de Herodes. Dios le pedía ahora cuentas, no sólo de la muerte de Jacobo y de su malvado designio de hacer lo propio con Pedro, sino, sobre todo (v. 23), por haberse arrogado implícitamente la gloria que sólo a Dios se debe.

1. Un orgullo satánico fue el pecado que colmó la medida de sus pecados, pues *Dios resiste a los soberbios.*

(A) Los habitantes de Tiro y de Sidón habían ofendido a Herodes (v. 20), el cual estaba presto a ofenderse por el menor detalle; pero los ofensores hallaron el truco para congraciarse de nuevo con él, pues les convenía grandemente, ya que *el territorio de ellos era abastecido por el del rey.* Tiro y Sidón vivían del comercio, pero dependían de los trigales de Galilea para su alimentación. Mucho más deberíamos nosotros granjearnos la amistad de Dios, pues de Él nos viene toda provisión, tanto de grano como de gracia. El método que emplearon fue el soborno, con una buena «propina» a *Blasto, el camarero mayor del rey.* Blasto sabía cómo ablandar la dureza de sentimientos del rey, y les fue fijado un día a los comisionados de Tiro y Sidón para tener audiencia con el rey, pedirle perdón y prometer no volver a ofenderle.

(B) Herodes apareció en público con toda la pompa de que disponía, *se sentó en el tribunal y les arengó* (v. 21). Los necios se dejan impresionar demasiado por el exterior de las personas, como si *las ropas regias* fuesen la expresión de un regio corazón. Quizás el rey los tuvo en suspenso en cuanto al favor que le pedían, a fin de que el acto de gracia resultase más espectacular y agradable en medio de un espléndido discurso.

(C) *«Y el pueblo aclamaba gritando: ¡Voz de Dios y no de hombre!»* (v. 22). El vulgo necio siempre está presto a aclamar al orador de quien espera favores y privilegios, no importa lo que diga ni cómo lo diga. Este *«pueblo» aclamaba gritando* para mejor ganarse el aprecio y el favor del orgulloso rey. Los hombres que están en altos puestos de poder y autoridad son fácil presa de aduladores sin escrúpulos, lo cual es una vergüenza y una necedad para quienes cierran así los ojos a los verdaderos motivos de tales halagos. De tal manera se hinchan con la adulación, que se exponen al peligro de reventar y caer en la condenación del diablo (1 Ti. 3:6).

(D) Herodes aceptó gustoso estas blasfemias, al no decir ni una sola palabra para declarar que era «hombre y no Dios», *por lo cual no dio la gloria a Dios* (v. 23). *«Al momento, un ángel del Señor le hirió»;* puede significar que entonces contrajo la enfermedad intestinal que le llevó al sepulcro, pues Josefo escribe que murió a los cinco días. Es de notar que a Lucas le interesa dar concisamente la noticia para poner de relieve la rápida secuencia del crimen y el castigo. *«Expiró comido de gusanos»* parece ser una expresión proverbial para designar, como dice J. Leal, «una muerte dolorosa, vergonzosa y rápida». Es notable el parecido con la muerte del Antíoco IV Epífanes, el gran perseguidor de los judíos en el siglo II antes de C. (v. 2 Mac. 9:5–9, libro que los evangélicos tenemos como no inspirado, pero fidedigno como documento histórico). Toda la descripción de la muerte de Herodes tiende a poner de relieve la forma tan repugnante en que Dios puso fin al satánico orgullo del rey.

II. El progreso del Evangelio después de esto (vv. 24, 25). 1. *La palabra del Señor crecía y se multiplicaba* (v. 24). La conjunción griega *de* hace notar el contraste de la caída de Herodes con la subida de la Palabra de Dios. La valentía de los mártires de Cristo y la milagrosa protección de Dios tenían mayor eficacia para atraer a la gente a abrazar el cristianismo, que la fuerza que los sufrimientos y las persecuciones podían poner en juego para disuadirles. 2. *Bernabé y Saulo* (v. 25), *cumplido su servicio* de llevar la colecta para los pobres de Judea (v. 11:29, 30), *volvieron de Jerusalén* a su iglesia de Antioquía donde tenían el trabajo y, por tanto, el deber de estar. *Llevaron* ahora *consigo a Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos* (redactor del Evangelio que lleva su nombre). En casa de su madre se habían

reunido los hermanos para orar por Pedro. Es probable que tanto Bernabé, probablemente sobrino de María, como Pablo, se hubiesen hospedado allí durante su estancia en Judea. Ello explicaría mejor todavía el que se llevasen consigo al joven Marcos, a fin de entrenarle para el futuro ministerio. Una de las mejores obras que los ministros de Dios pueden hacer es educar bien para el ministerio a jóvenes que muestran inclinación y dones para ello.

CAPÍTULO 13

Este es un capítulo eminentemente misionero, en conformidad con 1:8. I. La solemne ordenación de Bernabé y Saulo para la gran obra de llevar el Evangelio a las naciones (vv. 1–3). II. Su predicación en Chipre y la oposición del mago Elimas (vv. 4–13). III. Los puntos principales del sermón que predicó Pablo a los judíos de Antioquía de Pisidia (vv. 14–41). IV. Predicación del Evangelio a los gentiles del lugar (vv. 42–49). V. La persecución que los judíos incrédulos provocaron contra Pablo y Bernabé (vv. 50–52).

Versículos 1–3

Tenemos aquí la comisión dada por el Espíritu Santo a Bernabé y a Saulo para ir a predicar el Evangelio a los gentiles.

1. Estado de la iglesia de Antioquía de Siria. (A) Estaba bien equipada de buenos ministros: *profetas y maestros* (v. 1), eminentes por sus dones, gracias y servicios. Antioquía era una gran ciudad y había en ella muchos cristianos, por lo que se necesitaba que hubiese muchos ministros de Dios. Se nombra en primer lugar a Bernabé, y en último lugar a Saulo, ya sea por ser los más eminentes del grupo (así piensan muchos exegetas), ya sea por orden de incorporación a la iglesia, según insinúa J. Leal, pues Saulo, dice, «acaba de llegar». *Simeón* (lit.), también llamado *Simón,* el que se llamaba *Níger* (que, en latín, significa «negro»), probablemente por el color de su piel. *Lucio de Cirene y Manaén* (hebr. *Menájem*, que significa «consolador»), *el que se había criado junto con Herodes el tetrarca,* es decir, Antipas. Procedía, pues, de la aristocracia de Galilea, pero abandonó toda esperanza de promoción temporal para seguir a Cristo. Es preferible ser compañero de sufrimientos de un santo antes que ser compañero de persecución de un tetrarca. (B) Los maestros y profetas de la iglesia estaban bien ocupados (v. 2): *«Estaban celebrando el culto del Señor y ayunando»,* donde se incluye necesariamente la oración. Los que han de instruir a otros, han de ser instruidos por el Señor y servir a Cristo. Ministrar ante el Señor y orar (con sobriedad de alimentación) habrían de ser las ocupaciones de primer orden de los líderes de las iglesias.

2. Fue entonces precisamente (v. 2b), cuando *dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he llamado.* No especifica la obra, pero hace referencia a un anterior llamamiento cuyo significado ellos mismos conocían. Para entonces, ya estaba claro sobre quiénes habían de ir a los de la circuncisión y quiénes a los gentiles (v. Gá. 2:9). Sin duda, la orden del Espíritu Santo fue dada por boca de alguno de los profetas de la iglesia. Son separados para ser usados en la obra del Señor bajo la conducción del Espíritu Santo. Todos los que son separados por el Señor son separados para trabajar, pues Cristo no quiere siervos inútiles, holgazanes. Pero no son ellos los que se han de ofrecer para el trabajo, sino que ha de preceder el llamamiento de Dios.

3. Su solemne ordenación o inducción para la obra misionera (v. 3): *«Entonces* (no antes), *habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y les dieron la despedida* (lit. *los soltaron)».* Cuando los siervos del Señor marchan a su obra, han de ser despedidos por la iglesia con ferviente oración. A la oración unieron el ayuno, tan descuidado en nuestros días—nota del traductor—, quizá por una falsa reacción contra los ayunos y penitencias de la Iglesia de Roma. La *imposición de manos,* como ya vimos en 6:6, tiene el sentido de identificación. Los misioneros son como los delegados de la iglesia; es la misma iglesia, esencialmente misionera, la que ejerce esta función por medio de los miembros llamados por Dios a este ministerio especial. Nótese (comp. con el v. 4) que, en realidad, no es la iglesia la que *los envía,* sino *el Espíritu,* por lo que el vocablo griego que usa Lucas para expresar la despedida es el verbo *apolyo,* que significa «soltar de». Es también obvio que Bernabé y Saulo no recibieron, con la imposición de manos, ningún poder «sacramental» que no tuviesen ya.

Versículos 4–13

1. Relato general de la llegada de Bernabé y Saulo a la famosa isla de Chipre, de donde Bernabé era nativo (v. 4:36), por lo que estaría deseando que se cosecharan allí los primeros frutos de sus labores misioneras. Ser *enviados por el Espíritu Santo* (v. 4) era lo que más les animaba en esta empresa. Llegaron primero *a Seleucia, y de allí navegaron a Chipre.* La primera ciudad en que predicaron fue *Salamina* (v. 5), cuyas ruinas yacen no lejos de la actual Famagusta, en la costa oriental. Después de sembrar allí la semilla, *cruzaron toda la isla* (v. 6) *hasta llegar a Pafos,* situada en la costa occidental. Se nos dice que *anunciaban la palabra de Dios en las sinagogas de los judíos* (v. 5), adonde siempre iban primero (v. Ro. 1:16b). Por cierto, judíos eran la mayoría de los habitantes de la isla. *«Tenían también a Juan* (Marcos) *de ayudante»* (v. 5b), no como un sirviente de casa, sino como ayudante en el ministerio.

2. Relato particular del encuentro que tuvieron con Elimas el mago.

(A) *El procónsul Sergio Paulo,* gobernador de la isla en nombre del emperador, se interesaba por las cuestiones religiosas y animó a Saulo y a Bernabé. Su prudencia se muestra en que *deseaba oír la palabra de Dios* (v. 7). Lucas lo llama *«varón inteligente»*. Como verdadero «sabio» *llamó a Bernabé y a Saulo,* a fin de conocer la sabiduría de Dios. No siempre, aunque con mayor frecuencia, escoge Dios *lo necio de este mundo.*

(B) *«Pero se les oponía* (les contradecía) *Elimas»,* que significa en arameo *mago.* Su apellido era *Bar-Jesús,* esto es, ¡hijo de Jesús!, era Jesús nombre corriente entre los judíos. Sin embargo, la versión siríaca lo llama *Bar-shoma,* que significa «hijo del orgullo, o de la hinchazón». Se ve que frecuentaba la corte del procónsul. *«Procuraba apartar de la fe al procónsul»,* haciendo la labor del diablo, quien procura por todos los medios que la gente no reciba la semilla (Mt. 13:4, 19).

(C) «*Entonces* (v. 9) *Saulo, que también es Pablo* (así se le llama por primera vez en *Hechos,* y siempre así desde aquí en adelante), *lleno del Espíritu Santo* (con una llenura «extra», adecuada a la ocasión), *fijando en él los ojos,* con santa indignación, *dijo* (v. 10), *etc.»*. Recordemos que hasta ahora, el apóstol de los gentiles había estado principalmente entre judíos, por lo que se le nombra hasta aquí por su nombre hebreo. De aquí en adelante, predicará especialmente a gentiles (v. el v. 46 al final), por lo que aparece desde aquí con su nombre romano, latino. Veamos cómo describe Pablo al mago:

(a) *«Lleno de todo engaño y de toda maldad»* (v. 10). Nótese el agudo contraste con Pablo (v. 9) *lleno del Espíritu de la verdad y de la santidad.*

(b) *«Hijo del diablo»,* a pesar de que se llamaba *Bar-Jesús:* «hijo de Jesús». En efecto, también el diablo está lleno de todo engaño y de toda maldad, pues es el mentiroso y homicida número uno del Universo (v. Jn. 8:44). Al ser un «hijo del diablo», no es de extrañar que fuese también *«enemigo de toda justicia»*.

(c) El crimen que actualmente cometía Elimas era *«desviar* (lit.) *los caminos del Señor, que son derechos»,* labor contraria a la de Juan el Bautista (v. por ej., Jn. 1:23). Es una expresión típicamente hebrea (v. Pr. 10:9; Os. 14:10), y su sentido está aquí muy claro: El camino de Dios es un camino derecho hacia el cielo, hacia la verdad y la verdadera felicidad. Los que tuercen este camino derecho de Dios, no sólo yerran y vagan sin rumbo, sino que desvían también a otros por medio de los prejuicios con que les llenan la cabeza y les enturbian la vista, de forma que les parece derecho lo que es torcido. También suelen endurecerse de tal forma que *no cesan* de descarriar a otros.

(d) Eso es lo que está haciendo Elimas, pues trata de desviar al procónsul del camino recto de la fe cristiana, por lo que Pablo pronuncia contra él el justo juicio de Dios (v. 11): «Ahora, *pues, he aquí que la mano del Señor está contra ti, quedarás ciego y no verás el sol* (es decir, la luz) *por algún tiempo»*. Puesto que cerraba los ojos del corazón contra la verdad del Evangelio, era justo que Dios le cerrase los ojos de la cara a la luz del sol. Se empeñaba en cegar al procónsul, y fue herido de ceguera él mismo. Fue con todo, un castigo muy suave, pues sólo *por algún tiempo* quedó ciego. Si se arrepintiera y diera gloria a Dios, tanto la vista espiritual como la corporal le sería otorgada. Y, aun sin arrepentirse (no hay indicios de ello en el texto), le será devuelta la vista natural.

(e) El juicio de Dios tuvo pronta ejecución (v. 11b): *«Inmediatamente cayeron sobre él oscuridad y tinieblas,* es decir, densa oscuridad». Ya no podía guiar a nadie por mal camino ni por bueno, pues había quedado ciego; así que *«daba vueltas, buscando quien le condujese de la mano»*. ¿Dónde estaban ahora sus hechicerías de mago?

(D) A pesar de todos los intentos de Elimas por *desviar de la fe* al procónsul, éste fue llevado por el Señor a creer, y a ello contribuyó el milagro obrado en el mago por el ministerio de Pablo. Siendo «varón inteligente», vio en ello algo de origen evidentemente divino (v. 12), *quedó impresionado por la doctrina del Señor,* es decir, por el Evangelio, el cual es *«el poder de Dios para salvar»* (Ro. 1:16). Ese poder es el que el procónsul observó en la palabra de Pablo.

3. Se nos refiere a continuación (v. 13) la marcha de los misioneros de la isla de Chipre: *«Habiendo zarpado de Pafos, Pablo y sus compañeros* (nótese esta frase que, como advierte Trenchard, indica que Pablo ejerce ya un "verdadero liderato espiritual") *arribaron a Perge de Panfilia»,* al cruzar el mar en dirección norte para llegar a una de las provincias costeras de lo que entonces se llamaba Asia proconsular (Asia Menor) y ahora pertenece a Turquía. Hay a continuación un «pero» muy triste: *«pero Juan, separándose de ellos, se volvió a Jerusalén».* Los probables motivos de esta deserción son magistralmente expuestos por el Prof. Trenchard; pueden resumirse en: inconstancia, cansancio, desilusión y nostalgia de niño mimado. Esta separación dará lugar más tarde a otra más agria (15:36–40), aunque providencial.

Versículos 14–41

Perge de Panfilia era un lugar notable; sin embargo, nada se nos dice de lo que Pablo y Bernabé hicieron allí, sino sólo que *arribaron a Perge* (v. 13) y *pasaron de Perge* (v. 14). El próximo lugar en que los encontramos es otra Antioquía, la de Pisidia, para distinguirla de la de Siria, de donde habían sido enviados. Abundaban allí los judíos residentes, y a ellos primeramente fue predicado allí el Evangelio. El sermón que Pablo predicó allí es lo que tenemos en toda esta sección.

I. Pablo y Bernabé se presentan en la sinagoga (v. 14), en prueba del afecto que conservaban a su pueblo. Observaban el culto cristiano *el primer día de la semana,* pero si se hallaban entre judíos, guardaban con ellos el sábado: «Y *el sábado entraron en la sinagoga y se sentaron»,* pues, aun cuando eran forasteros, eran judíos y no se les negó la entrada. Dondequiera nos hallemos, debemos buscar el lugar en que se reúnan los fieles adoradores de Dios para unirnos a ellos. Por otra parte, se ha de procurar en las iglesias que haya acomodación suficiente para los forasteros que vengan, aun para los más pobres.

II. La invitación que recibieron allí para predicar. 1. Se celebró primero el servicio acostumbrado de la sinagoga (v. 15): *«Después de la lectura de la ley y de los profetas»,* las porciones correspondientes a aquel sábado. 2. Acabada esta parte del culto, *los principales de la sinagoga mandaron a decirles. Varones hermanos* (comp. con 2:37b), si *tenéis alguna palabra de exhortación para el pueblo, hablad.* Esto no tenía nada de extraño, pues ésa era la costumbre. No basta con leer en público las Escrituras; es menester que sean expuestas de viva voz y que el pueblo de Dios sea exhortado, con base en la Palabra, conforme a las circunstancias de la congregación, así como del tiempo y el lugar. Los que presiden deben procurar, no sólo que los hermanos reciban la conveniente instrucción, sino también aprovechar la presencia de siervos del Señor que se hallen de paso, a fin de que puedan oírse de vez en cuando voces nuevas.

III. El mensaje que predicó Pablo. Con gran satisfacción acogió la invitación que se les hacía y aprovechó la oportunidad de proclamar el Evangelio a sus compatriotas de aquel lugar (v. 16): *«Levantándose, hecha señal de silencio con la mano* (a fin de que el auditorio fijase la atención en lo que iba a decir; comp. con 12:17), *dijo: Varones israelitas, y los que teméis a Dios* (gentiles simpatizantes, pero no circuncidados; comp. con 10:2), *oíd.* Pablo se dispone a convencer a los asistentes de que Jesús es el Mesías. Su discurso es una mezcla, resumida, del discurso de Pedro en Pentecostés y del de Esteban, pero no arranca desde Abraham, sino desde el éxodo de Egipto (¡sin mencionar la intervención de Moisés!) y pone su énfasis en que Cristo era el prometido hijo de David.

1. Reconoce delante de ellos que son *el pueblo escogido por Dios* (v. 17), llamados a una especial relación con Él y por quienes había hecho grandes cosas el que, siendo el Dios del Universo, era de modo especial *«el Dios de este pueblo de Israel»;* por eso los sacó de la servidumbre de Egipto, *los soportó* (con extraordinaria paciencia) *por unos cuarenta años en el desierto,* como también a nosotros nos soporta con paciencia; ¡no nos creamos mejores que ellos!, y, *habiendo destruido siete naciones* (v. Dt.

7:1), *les dio en herencia el país de Canaán.* Sobre el cómputo de *450 años* (v. 20), dice J. Leal: «Los rabinos decían que este número se empezaba a contar desde que Abraham entró en Canaán. Y añadir los cuarenta años que duró la peregrinación por el desierto y los diez de la conquista de Palestina, llegaban a los cuatrocientos cincuenta años (cf. Gá. 3:17)». Pone de relieve que Dios *les dio jueces* (v. 20) y después *rey* en la persona de *Saúl,* pues *se lo pidieron* (v. 21). Pero tuvo que destituirle y elegir Él mismo *(«conforme a mi corazón») a David hijo de Isaí* (v. 22). *«He hallado»* significa que lo buscó por medio de Samuel.

2. Al partir ahora desde David (v. 23): *«De la descendencia de éste, y conforme a la promesa, Dios suscitó a Jesús por Salvador para Israel».* ¡Cuán agradecidos deberían estar a esta proclamación, y cuán gozosos deberían recibir esta *palabra fiel y digna de toda aceptación* (1 Ti. 1:15)! De la familia real de David, y según había prometido, Dios ha suscitado un *Salvador para Israel.* Tan lejos estaba Dios de rechazarlos, que proveía, para ellos en primer lugar, el Salvador. ¿Por qué, pues, habían de rechazar ellos a tal Salvador?

3. Respecto a este Jesús, les dice:

(A) Que había tenido por precursor a Juan el Bautista (v. 24), quien había sido considerado por todos como un gran profeta. Sin embargo, con la misma energía con que *había predicado el bautismo de arrepentimiento a todo el pueblo de Israel,* había negado *ser él* (v. 25) el Mesías, y apuntado más bien hacia otro, *de quien él no era digno de desatar el calzado de sus pies.*

(B) Antes de pasar al punto central y más difícil de su sermón, Pablo vuelve a llamar seriamente la atención de sus oyentes (v. 26, comp. con v. 16b), pues *«a vosotros es enviada la palabra de esta salvación»* y, tras este toque de especial atención, describe la forma en que *los habitantes de Jerusalén y sus gobernantes* (v. 27) por *ignorar a Jesús* (comp. con 3:17), así como *las palabras de los profetas que se leen todos los sábados* (comp. v. 15), *las cumplieron al condenarle.* ¡Es posible cumplir las profecías de la Escritura, mientras se quebrantan los preceptos de la Escritura! Se le mató sin causa (v. 28) y fue sepultado.

(C) Llega luego al punto definitivo: La resurrección de Jesús (vv. 30–37), la cual confirma con una curiosa acumulación de textos del Antiguo Testamento, citados libremente, ya que, como dice J. Leal, «la argumentación se inspira en los métodos rabínicos de la época», por lo cual tendrían fuerza probativa para los oyentes judíos. Nótese que, entre los testigos de la resurrección del Señor (v. 31), no se cita a sí mismo (comp. con 1 Co. 15:8). Esta resurrección del Mesías es una *Buena noticia* (v. 32) para los oyentes, pues significa el cumplimiento de *las promesas hechas,* no sólo a los patriarcas, sino especialmente a David (v. 34). La cita del Salmo 2:7 se ilumina a la luz de Romanos 1:3 (v. 33). La cita de Isaías 55:3 en el versículo 34 tiene su fuerza por la relación que el texto de Isaías guarda con Salmos 16:10, citado a continuación (vv. 35–37), en forma parecida a como lo había hecho Pedro en Pentecostés (2:25–31). El versículo 36 debe traducirse así: *«Porque David, ciertamente, habiendo servido al designio de Dios en su propia generación* (lit.), *etc.»,* es decir, *en la época en que le tocó vivir»* (NVI). Es cierto que David fue de provecho para su propia generación, pero no es eso lo que el texto sagrado quiere poner aquí de relieve.

4. Viene finalmente la aplicación del sermón a los oyentes (vv. 38–41), donde hallamos un sincero ofrecimiento y una seria advertencia:

(A) Como en los versículos 16 y 26, Pablo les llama la atención (v. 38): *«Tened entendido, pues, varones hermanos»,* antes de anunciarles, *por medio de Él, perdón de pecados y* (v. 39) justificación mediante la fe: *«En Él es justificado todo aquel que cree»,* algo que *la Ley de Moisés* no podía otorgar. Por la obra de Cristo se había obtenido todo esto, y en el nombre de Cristo se anunciaba y se conseguía. Era, pues, una medida de gran prudencia acoger el Evangelio y no rechazarlo.

(B) Viene ahora (vv. 40–41, comp. con He. 2:3) la sería advertencia a no menospreciar el mensaje que se les ha predicado. Pablo cita de Habacuc 1:5 conforme a los LXX. Dice Leal: «El texto hebreo habla del castigo de las naciones paganas. El juicio o ira de Dios debe cumplirse por medio de los caldeos contra los impíos del pueblo de Israel. Los oyentes de Pablo deben hacerse la aplicación. Sobre ellos puede venir la ira de que habló el profeta». Las amenazas nos sirven de avisos, pues están destinadas a despertarnos y tenernos en continua alerta, a fin de que no caigan sobre nosotros los terribles castigos que dichas amenazas anuncian contra los menospreciadores de la Palabra de Dios. Cuanto mayores sean los privilegios de que disfrutemos, tanto más intolerable será la condenación en que hemos de incurrir si no recibimos con fe y correspondemos con obediencia a la gracia que tales privilegios comportan.

Versículos 42–52

El objeto del relato que sigue es vindicar a los apóstoles, y en especial a Pablo, de que procedió en este caso con toda la precaución imaginable.

1. Vemos primero que la predicación de Pablo suscitó tal interés que (v. 42) *los gentiles* que asistían a los servicios de la sinagoga *les rogaron que el siguiente sábado les hablasen de estas cosas;* esto es, del perdón de los pecados y de la justificación por la fe mediante la obra del crucificado y resucitado. ¿Quién se podía negar a partirles el pan a estos hambrientos de la Palabra de Dios? Además, tras aquella misma reunión (v. 43), *muchos de los judíos y de los prosélitos piadosos* (expresión rara, aunque lo más probable es que indique lo mismo que vemos en 2:11; 10:2; 17:4) *siguieron a Pablo y a Bernabé,* es decir, se convirtieron al Evangelio uniéndose a los discípulos de Cristo. Pablo y Bernabé *les persuadían a que perseverasen en la gracia de Dios.* Esta frase equivale a la que hallamos en 11:23b. A mayor fidelidad, gracia más abundante.

2. Al atender al interés mostrado y a la invitación del v. 42b, Pablo y Bernabé volvieron *al sábado siguiente* (v. 44) y *se reunió casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios.* Si no se trata de una de las frecuentes hipérboles, no es posible que la sinagoga tuviese cabida para tanta gente. Como en otras ocasiones (v. 45), *los judíos* (probablemente, por boca de los principales de la sinagoga) *se llenaron de celos al ver la muchedumbre* de gentiles, con su concepto exclusivista de salvación. Llevados de la envidia, *contradecían a lo que Pablo decía y blasfemaban,* es decir, hablaban mal, insultaban el precioso nombre de nuestro Salvador. Es cosa corriente que, quienes comienzan contradiciendo, al ver que sus argumentos son eficazmente rebatidos, prorrumpan en maldiciones y blasfemias.

3. Ante esto, Pablo y Bernabé pronuncian uno de los juicios más serios de todo el Nuevo Testamento. Para ello, echaron mano de todo *el denuedo* (v. 46, comp. con 4:31) con que el Espíritu Santo los llenaba. El juicio contra los incrédulos judíos es que *por desechar la palabra de Dios que a ellos primeramente debía ser anunciada,* la labor misionera había de llevarse a cabo, principalmente, entre *los gentiles,* ya que éstos mostraban mejor disposición. La frase «*y no os juzgáis dignos de la vida eterna»* ha de entenderse conforme al sentido del griego *áxios*. No significa que alguien pueda ser *digno* de la vida eterna en virtud de su mérito o de su esfuerzo, ya que, en este sentido, todos somos *indignos* de la vida eterna, sino que *pronunciaban contra sí mismos el juicio de que no estaban dispuestos a recibir la vida eterna* (comp. con Mt. 3:8 *«frutos dignos de arrepentimiento»,* es decir, que muestran un arrepentimiento sincero). Por uno de los designios incomprensibles de la providencia de Dios, que Pablo explicará ampliamente en el capítulo 11 de *Romanos,* el endurecimiento de los judíos sirvió para que el Evangelio nos llegase más rápidamente a los gentiles (v. 47).

4. En contraste con la oposición de los judíos, vemos (v. 48) que *los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor.* Se alegraban sobremanera, puesto que habían hallado la luz, la verdad, el consuelo supremo de la salvación, con el poder que el Espíritu de Dios imparte a los que reciben a Cristo. Sólo los que han pasado por esta bendita experiencia saben lo que es el verdadero gozo y la verdadera felicidad; son, así, los más aptos para glorificar y dar gracias a Dios. El versículo termina diciendo: «Y *creyeron* (esto es, abrazaron la fe cristiana) *todos cuantos estaban destinados a la vida eterna»*. El verbo griego significa, en su sentido primordial, «poner en orden de batalla». Comenta J. Leal: «Se refiere al llamamiento eficaz, la vocación eficaz a la fe, que es la puerta para la vida eterna» Trenchard observa que «el participio griego *tetagmenoi* se emplea en los papiros para indicar "los inscritos" en algún libro o registro … y la misma verdad se expresa por la figura de un rollo o libro de vida, en el que se hallan inscritos los salvos». Cita, entre otros lugares, Filipenses 4:3, también citado por J. Leal. Dice M. Henry—todo es nota del traductor—: «Creyeron aquellos a quienes Dios dio gracia para creer. Vinieron a Cristo aquellos a quienes el Padre atrajo y el Espíritu hizo efectivo el llamamiento del Evangelio». Es cierto, con tal de que no se deje a un lado la cooperación humana (siempre con el poder que el Espíritu da) a la gracia de Dios (comp. 1 Co. 15:10). Más sobre esto, en 17:30, versículo importante para toda esta materia.

5. Como consecuencia de esta aceptación del Evangelio por parte de los que creyeron, vemos (v. 49) que *la palabra del Señor se difundía por toda aquella región.* Los que habían creído hicieron cuanto estaba en su mano para extender la semilla del Evangelio. Estaban tan gozosos de haber sido hechos partícipes de la Buena Noticia, que deseaban comunicar a otros aquello de lo que estaban llenos. Si nos hemos percatado del valor de las almas, del tremendo dilema que representa la salvación o la condenación

eternas, y el poder salvífico del Evangelio, no podremos menos de ser «misioneros» con los de cerca y con los de lejos.

6. Pablo y Bernabé, después de sembrar allí la semilla y plantar una iglesia cristiana, salieron para hacer lo mismo en otros lugares. No se nos dice que llevasen a cabo ningún milagro para confirmar la doctrina que predicaban, pero el que tantos paganos abrazasen la fe cristiana bajo la influencia del Espíritu de Dios era la mayor maravilla para aquellos a quienes Dios dispuso para la vida eterna. Los *discípulos* (v. 52) que Pablo y Bernabé habían hecho en Antioquía de Pisidia, *estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo.* Pero los que habían echado las primeras semillas, Pablo y Bernabé, padecieron por ello persecución de parte de *los judíos* incrédulos (v. 50) y tuvieron que marchar pronto a otra parte (v. 51). En efecto:

(A) Dichos *judíos instigaron a mujeres piadosas y distinguidas y a los principales de la ciudad, provocaron una persecución contra Pablo y Bernabé y los expulsaron de sus confines* (v. 50). Veamos cada detalle en particular: (a) Los que toman la iniciativa en esta persecución son *los judíos,* que siempre hacen notar su influencia pues, como observa Trenchard, «siempre han manejado los asuntos financieros de las regiones donde residen». (b) Ellos *instigaron a mujeres piadosas,* es decir, simpatizantes con la religión judía, y *distinguidas,* de la alta nobleza de la ciudad, las cuales, según W. Ramsay, «solían destacarse en los asuntos públicos de la ciudad, al ejercer sobre ellos una influencia desconocida en las ciudades de Grecia». (c) Estas mujeres de la nobleza influyeron, a su vez, en sus maridos, *los principales de la ciudad.* Mediante esta cadena de agentes de Satanás, se produjo la persecución contra Pablo y Bernabé.

(B) La persecución llegó hasta *expulsarlos de sus confines* (v. (50b). No huyeron llevados del miedo, sino arrojados por la violencia. Pero *ellos* (v. 51), conforme al consejo que había dado Jesús, *sacudiendo contra los* judíos incrédulos e instigadores de la persecución *el polvo de sus pies,* declararon así que no tenían ya nada que ver con ellos y como detestación de su incredulidad, *llegaron a Iconio,* se fueron a otra ciudad, y dejaron detrás de sí el testimonio que habían ofrecido con toda buena voluntad, a todos sin distinción ni excepción, la gracia del Evangelio. No se fueron a Iconio a buscar refugio, sino a proseguir su labor.

CAPÍTULO 14

La siembra del Evangelio sigue progresando mediante el ministerio de Pablo y Bernabé entre los gentiles. Aquí vemos: I. El éxito de su predicación, por algún tiempo, en Iconio y la persecución que después sufrieron (vv. 1–7). II. La curación de un cojo en Listra (vv. 8–18). III. El ultraje del pueblo contra Pablo, efecto de lo cual fue el que lo apedrearon hasta dejarlo por muerto (vv. 19, 20). IV. La visita que Pablo y Bernabé giraron a las iglesias que habían plantado (vv. 21–23). V. Su regreso a Antioquía de Siria y el informe que de su expedición dieron a la iglesia (vv. 24–28).

Versículos 1–7

1. Predicación del Evangelio en Iconio. Así como la sangre de los mártires ha sido la semilla de los cristianos, así también la expulsión de los confesores de la fe ha servido para esparcir esa semilla. En Iconio, como en otras partes, ofrecieron el Evangelio primeramente a *los judíos en la sinagoga* (v. 1). Aunque los judíos de Antioquía de Pisidia les habían tratado muy mal, no por eso se abstuvieron de predicarles a los judíos en Iconio. Así también ninguna denominación cristiana debe ser condenada globalmente por el hecho de que algunos de dicha denominación dejen poco o mucho que desear.

2. El éxito de su predicación allí (v. 1b): *«Hablaron de tal manera que creyó una gran multitud, tanto de judíos como de griegos».* Al final del capítulo anterior, se habla de la predicación hecha primero a los judíos, después a los gentiles, pero aquí se les nombra conjuntamente. Ni los judíos habían perdido de su preferencia al ser ignorados, ni los gentiles quedaban relegados a segundo término como si fuesen cristianos de clase inferior, sino que ambos grupos son admitidos en la iglesia sin distinción. Parece ser que hubo algo extraordinario en el modo como predicaron allí Pablo y Bernabé para que diga el texto sagrado: *«hablaron DE TAL MANERA que creyó una gran multitud»;* sin duda, hablaron de forma clara,

convincente, ferviente y amorosa. Lo que hablaron les salía del corazón y, por eso, era de esperar también que llegase al corazón.

3. Pero también encontraron, como siempre, oposición (v. 2). Igual que en otros lugares, *«los judíos que no creían excitaron y tornaron hostiles los ánimos de los gentiles contra los hermanos»*. El impacto que el Evangelio hizo en los gentiles provocó a un grupo de judíos a celos santos de forma que creyeron para salvación (v. 1), pero a otro grupo de judíos (v. 2) les provocó a malvados celos, de forma que usaron a gentiles, también incrédulos, como instrumentos de su hostilidad *contra los hermanos,* es decir, tanto contra los predicadores como contra los convertidos por la predicación de Pablo y Bernabé. Los que tienen mala voluntad contra otros, tratan por todos los medios de hacerles mal.

4. A pesar de todo, continuaron trabajando allí con el auxilio de Dios (v. 3). Cuanto mayor era la oposición que se les hacía, tanto mayor era el denuedo con que predicaban, como se ve por el, a primera vista, extraño enlace con el versículo anterior: *«POR TANTO, se detuvieron allí mucho tiempo, hablando con denuedo, confiados en el Señor»*. Nótese que no confiaban en su oratoria, tras los primeros éxitos, sino en la fuerza que recibían del *Señor, el cual daba testimonio a la palabra de su gracia* (la salvación de pura gracia por la predicación del Evangelio, Ro. 1:16), ya que la gracia se atribuye a Cristo, así como el amor al Padre (2 Co. 13:13), y ejercían especial poder contra la resistencia que se les oponía: *«concediendo que se hiciesen por medio de las manos de ellos señales y prodigios»* (v. 3b).

5. La división que esto ocasionó entre los habitantes de la ciudad (v. 4): *«Y la gente de la ciudad estaba dividida»*. Parece ser que tan universal resultaba el interés que la predicación del Evangelio suscitaba, que todos tomaban partido o a favor o en contra; nadie permanecía neutral. Podemos ver aquí uno de los casos predichos por Jesús cuando dijo (Lc. 12:51–53) que *«no había venido a poner paz en la tierra, sino división»*. No pensemos, pues, que es cosa extraña el que la predicación del Evangelio cause división. Pero es mejor ser perseguidos como «divisores» por nadar contracorriente que ser bien acogidos como «multiplicadores» al añadirnos a los que son arrastrados por la corriente que lleva a la destrucción (comp. con Ef. 2:2; 1 P. 4:4).

6. El atentado que sufrieron de parte de todos los adversarios de la ciudad, *tanto de los judíos como de los gentiles, juntamente con sus gobernantes* (v. 5); divididos entre sí mismos, pero unidos todos contra los cristianos: *«se lanzaron a afrentarlos y apedrearlos»*. Si los enemigos de la Iglesia se unen para destruirla, ¿por qué no nos uniremos los sinceros creyentes para preservarla?

7. Menos mal que Pablo y Bernabé *se dieron cuenta* (v. 6) de lo que se tramaba contra ellos, y se retiraron con honor (no fue una huida vergonzosa), pues se marcharon a trabajar en otros lugares: en *las ciudades de Licaonia, a Listra y Derbe, y a toda la región circunvecina,* donde hallaron refugio. Dios resguarda a los suyos cuando sobreviene la tormenta. Allí hallaron igualmente quehacer, pues eso era lo que buscaban. En tiempo de persecución, los ministros de Dios pueden tener motivos para abandonar el lugar, sin que por eso abandonen la labor.

Versículos 8–18

I. Curación milagrosa llevada a cabo por Pablo en Listra en la persona de un *cojo de nacimiento* (v. 8), tan *imposibilitado de los pies, que jamás había andado.* Por eso estaba *sentado,* pues no podía tenerse de pie. Este hombre quedó tan afectado por la predicación de Pablo (v. 9) que éste, *fijando en él sus ojos, y viendo* (por el don de discernimiento de espíritus) *que tenía fe para ser sanado, dijo* (v. 10) *a gran voz* (comp. con Jn. 11:43), no sólo porque así podía la gente darse cuenta del milagro, sino también por la misma eficacia que la palabra ejerce en la victoria sobre la enfermedad: *Levántate derecho sobre tus pies.* Como si dijese: «Ejercita la energía que te es otorgada». Así lo hizo: *«Dio un salto y se puso a caminar»* (comp. con 3:8). Los que, por la gracia de Dios, han sido sanados de su cojera espiritual deben mostrarlo saltando de santo gozo y caminar con santa conducta.

II. La impresión que este milagro produjo en el pueblo (v. 11). Como dice Trenchard: «la señal tuvo "demasiado éxito"». Mientras los milagros de Jesús provocaban el enojo y el menosprecio de los judíos, estos paganos llegaron al frenesí cuando vieron el milagro realizado mediante el ministerio de Pablo: *«La gente, visto lo que Pablo había hecho, alzó la voz, diciendo en lengua licaónica: Los dioses se han hecho semejantes a los hombres y han bajado hasta nosotros»*. Esto concuerda con la leyenda, precisamente conectada con Listra y, por ello, conocida de sus oyentes, de que los dioses Zeus y Hermes (para los

romanos, Júpiter y Mercurio respectivamente) habían descendido a este mundo y habían tomado forma humana. Como refiere Lucas (v. 12), *«llamaban a Bernabé Júpiter, y a Pablo Mercurio, porque éste era el que dirigía la palabra»*. Hermes (de donde viene el vocablo castellano «hermenéutica») era considerado el intérprete de los dioses. Bernabé era de porte sobrio, lo suficiente humilde como para dejar a Pablo la «voz cantante» y, a no dudar, de mejor presencia física que Pablo, por lo que los licaonios lo identificaron con Júpiter, el padre de los dioses (pues eso es lo que Júpiter significa). Consecuentes con sus nociones, *se dispusieron a ofrecerles en sacrificio toros enguirnaldados* por medio del *sacerdote de Júpiter*, que fue el que tomó esta medida, como dice Trenchard: «sin importarle demasiado quizá que fuese verdadera o supuesta (tal visitación) con tal que diera fama al santuario y que aumentara las contribuciones de los devotos de Zeus». Cuando Cristo apareció como hombre entre los hombres e hizo muchísimos milagros, lejos de ofrecerle ningún sacrificio, le mataron con una muerte que fue el sacrificio de Sí mismo, mientras que Pablo y Bernabé, por obrar sólo un milagro, son inmediatamente tenidos por dioses.

III. Pablo y Bernabé, horrorizados ante esto, protestan y hacen todo lo posible para impedirlo, consiguiéndolo *a duras penas* (v. 18). Los emperadores romanos eran tenidos por dioses y así se consideraban a sí mismos muchos de ellos, creyéndose justamente agasajados cuando se les rendían honores divinos; pero los siervos de Cristo rehusaron esos honores cuando trataban de otorgárselos. Se indignaron de ello (vv. 14, 15): *se rasgaron las ropas y se lanzaron en medio de la multitud.* No se limitaron a protestar, sino que se pusieron a actuar a fin de impedir efectivamente que les ofrecieran los sacrificios planeados. Y razonaban a gritos, *dando voces*, con ellos, a fin de que todos escuchasen: *«¿Por qué hacéis esto?»* Como si dijesen: «¿Por qué nos vais a tratar como a dioses sin serlo?» En efecto:

1. «Nuestra naturaleza no nos lo permite: *También nosotros somos hombres de igual condición que vosotros.* Afrentáis al verdadero Dios si nos dais a nosotros o a cualquier otro hombre el honor que sólo a Dios se debe. No sólo *somos hombres*, sino *de igual condición que vosotros*, expuestos a las mismas debilidades, miserias y pecados (comp. con Stg. 5:17), muy lejos, pues, de ser dioses».
2. «Nuestra doctrina se opone también a ello: ¿Vamos a ser añadidos a la lista de falsos dioses, cuando nuestra tarea consiste en hacer que renunciéis a tales deidades falsas? *Os anunciamos que de estas vanidades os convirtáis al Dios vivo»* (v. 1 Ts. 1:9). Cuando predicaban a los judíos, sólo necesitaban anunciarles la gracia de Dios en Cristo, sin tener que predicarles contra la idolatría; pero, al predicar a los gentiles, tenían que comenzar por rectificar el error fundamental concerniente a la naturaleza divina. Los dioses que ellos y sus padres adoraban eran *vanidades*, cosa vacía, inerte, inútil, mientras que el Dios verdadero era vivo, activo y creador, pues *«hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay*, incluidos nosotros y vosotros mismos».
3. «El mundo debe a la paciencia de Dios el no haber sido destruido hace tiempo a causa de tanta idolatría (v. 16): *En las generaciones pasadas Él ha dejado a todas las gentes* (exceptuando así al reducido número de los israelitas) *andar en sus propios caminos»*. Esta frase no significa que Dios soltase las riendas a los paganos para que hiciesen lo que mejor les pareciese, pues disponían de la luz de la ciencia (Ro. 1:19, 20), de la conciencia (Ro. 2:14, 15) y de la providencia (v. 17) que, *dándoos lluvias del cielo y estaciones del año fructíferas, llenando de sustento y alegría vuestros corazones*—dice Pablo—, les daba suficiente testimonio de un Dios vivo, próvido y amoroso, inclinado a *hacer el bien* (comp. con Sal. 145:9). Aquellos gentiles que vivían *sin Dios en el mundo*, vivían, no obstante, dependiendo en todo de ese Dios a quien ignoraban. Todos hemos de reconocer que Dios llena nuestro corazón, no sólo de sustento para vivir, sino también de alegría para vivir con gozo; y si Él nos llena de sustento y alegría, también deberíamos estar llenos de amor y de gratitud.
4. Finalmente, *«diciendo estas cosas*, aunque *a duras penas, lograron impedir que la multitud les ofreciese sacrificio»* (v. 18). Pablo y Bernabé habían sanado milagrosamente a un tullido y, por eso, el pueblo los tenía por dioses. Esto debe hacernos muy precavidos, a fin de que no demos a otros, ni tomemos para nosotros mismos, el honor que a sólo Dios es debido.

Versículos 19–28

I. Al que hace unos momentos veíamos «deificado», lo vemos ahora apedreado y dejado por muerto (vv. 19, 20). Se repite la historia que hemos visto en otros lugares: *«Vinieron de Antioquía* (de Pisidia) y

de Iconio unos judíos que persuadieron a la multitud» a mostrar su furia hostil contra Pablo, que era el que había llevado precisamente la voz cantante en el milagro de la curación y en la palabra de la predicación del Evangelio. Lucas abrevia la secuencia de los hechos, pero no ha de extrañarnos el rápido cambio de actitud en unas masas sentimentales, prestas a pasar de un extremo a otro cuando un grupo de demagogos supo tocar, como dice Trenchard, «los resortes más adecuados para sus fines». Los que hoy dicen *Hosanna,* mañana pueden decir *Crucifícale,* y el que había estado hacía poco expuesto a recibir en homenaje sacrificio, estaba ahora a punto de sufrir en ultraje sacrificio. Las masas se vuelven, como las veletas, hacia donde el viento sopla con mayor fuerza (comp. con Ef. 4:14). Así que (v. 19b), *«después de apedrear a Pablo* (lo mismo que él había contemplado en Esteban), *le arrastraron fuera de la ciudad* (a Esteban le habían arrastrado antes de apedrearle), *suponiendo que estaba muerto».*

II. Pero Dios no le abandonó, ni tampoco *los discípulos,* quienes *le rodearon* (v. 20), le atendieron y reanimaron, hasta el punto de que *se levantó,* no para huir, sino ¡para *entrar* de nuevo *en la ciudad!* Con todo, la persecución que habían sufrido era una indicación divina de que debían buscar en otros lugares las oportunidades de hacer el bien y, por tanto, Pablo *al día siguiente salió con Bernabé para Derbe.*

III. *Después de anunciar* (v. 21) *el evangelio a aquella ciudad* de Derbe, *y de hacer muchos discípulos, volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía* de Pisidia. Hacen, pues, el viaje de forma inversa hacia el mar por los lugares por donde habían pasado y sembrado la semilla del Evangelio. ¡Cuán gozosos volverían después de hacer en Derbe *muchos discípulos,* con la alegría que esto añadiría al gozo ya sentido por haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre (comp. con 5:41b)! Vemos que no hicieron ociosamente este viaje de vuelta, pues:

1. *«Fortalecieron los ánimos de los discípulos»* (v. 22). Los recién convertidos están expuestos a vacilar y un pequeño contratiempo les asombra; por eso, estos discípulos necesitaban *la exhortación a que permaneciesen en la fe,* con lo que sus ánimos quedarían fortalecidos; plantados en Cristo, es menester *andar en Él* (Col. 2:6, 7), es decir, crecer, progresar; y cuanto más crece la planta, tanto más necesita ahondar en el suelo y echar raíces. Y a los ministros de Dios compete el privilegio y la obligación de establecer a los santos, lo mismo que de convencer y despertar a los pecadores.

2. Para que no se tambaleasen en tiempos de persecución, Pablo y Bernabé advirtieron también a los discípulos (v. 22b): *«Es menester que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios».* Alguien podría pensar que éste no es método conveniente para fortalecer los ánimos de los discípulos. ¿No se desanimarían más bien? ¡No! Si se les advierte a tiempo y con buenas maneras, les hará mucho bien, pues las persecuciones futuras, la tribulación inevitable en el mundo (Jn. 16:33), no les tomarán por sorpresa. Todo discípulo de Cristo debe estar dispuesto a tomar su cruz. Por eso, el Señor recomendaba sentarse a considerar el costo antes de seguirle, y una vez que hemos decidido entregarnos a Él y se han inscrito nuestros nombres en su registro, es preciso ser fieles a la palabra que le hemos dado. Y esto vale lo mismo para los generales que para los soldados; por eso no les dicen: «Es menester que paséis», sino: *«Es menester que pasemos».* Una cosa es cierta para consuelo de todos: Así como Cristo no ordenó a los apóstoles servicios más duros de lo que podían soportar, tampoco a nosotros nos ordena lo que no podemos llevar: *«los mandamientos de Dios no son gravosos»* (1 Jn. 5:3).

3. «Y *tras designar para ellos con mano alzada ancianos en cada iglesia, etc.»* (v. 23). Eso dice literalmente el griego original, y cada vocablo tiene gran importancia. No es la congregación la que «vota democráticamente», aunque es probable que Pablo y Bernabé atendiesen al parecer y propuesta de la comunidad. Son los apóstoles quienes, «extendiendo la mano», según el sentido del verbo griego, designan y establecen en cada iglesia por ellos plantada los líderes responsables ante Dios de la comunidad que tomaban a su cargo. Aunque no se habla aquí de la «imposición de manos» (expresión muy distinta), es probable que la llevasen a cabo (comp. con 6:6; 13:3; 1 Ti. 4:14; 5:22; 2 Ti. 1:6), no como un rito para establecer la llamada «sucesión apostólica», sino como un signo de identificación, según hemos dicho en otros lugares. También el contexto posterior favorece esta opinión: «*y habiendo orado con ayunos* (comp. con 13:3), *los encomendaron al Señor en quien habían creído»* (v. 23b). Es cierto que esta solemne oración se extendía, lo mismo que el encomendarles al Señor, a toda la congregación, pero muy especialmente a los ancianos de cada iglesia, no sólo porque así parece exigirlo el contexto, sino porque ellos lo necesitaban de manera especial, debido a las responsabilidades de su cargo.

4. Continuaron predicando el Evangelio en otras ciudades donde habían estado (vv. 24, 25). Desde Antioquía pasaron por el resto de la provincia de *Pisidia y vinieron a* la provincia de Panfilia, cuya ciudad principal era *Perge,* donde habían estado antes (13:13). Allí volvieron *a predicar la palabra* (v. 25). Desde allí *descendieron a Atalía,* que era otra ciudad de la provincia de Panfilia. No se detuvieron mucho en cada lugar, pero dondequiera se hallaban, se esforzaban por echar los cimientos para la edificación de una iglesia cristiana, así sembraban las semillas que a su tiempo producirían una gran cosecha.

IV. Por fin (v. 26), desde Atalía, regresaron por mar *a Antioquía* de Siria, donde vemos: 1. Por qué volvieron allá: «Porque *desde allí habían sido encomendados a la gracia de Dios para la obra que habían cumplido».* Querían que los miembros y, en especial, los líderes de la iglesia local a la que ellos mismos pertenecían como *«profetas y maestros»* (13:1), participasen en sus alabanzas a Dios, así como les habían ayudado a ellos con sus oraciones. 2. Qué informe les dieron de la obra cumplida (v. 27): «Y *habiendo llegado y reunido a la iglesia, refirieron cuán grandes cosas había hecho Dios con ellos y cómo había abierto la puerta de la fe a los gentiles».* No dicen lo que *ellos* habían hecho, sino lo que *Dios* había hecho, pues Él es quien no sólo obra *en* nosotros el querer y el hacer (Fil. 2:13), sino también obra *con* nosotros todo cuanto hacemos con provechosos resultados. La gracia de Dios puede hacerlo todo sin la predicación de sus ministros, pero la predicación de los ministros no puede hacer nada sin la gracia de Dios. También refieren que *Dios había abierto la puerta de la fe a los gentiles.* Es cierto que no se puede entrar en el reino de Cristo sino por la puerta de la fe, pero el sentido más probable aquí es, como dice J. Leal, la posibilidad que Dios les ha dado de abrazar la fe cristiana. El capítulo termina con la referencia escueta (v. 28) de que *«se quedaron allí mucho tiempo* (lit. *"no poco tiempo") con los discípulos»,* lo cual no es de extrañar, pues allí tenían de momento su residencia.

CAPÍTULO 15

Vemos ahora a Pablo y Bernabé dedicados a una tarea no tan grata como la del capítulo anterior. I. Surge en Antioquía una controversia con los judaizantes (vv. 1, 2). II. Se lleva a cabo una consulta con la iglesia de Jerusalén acerca del objeto de la disputa (vv. 3–5). III. Informe de lo que se trató en el sínodo convocado a tal efecto (v. 6). 1. Lo que dijo Pedro (vv. 7–11). 2. Lo que dijeron Pablo y Bernabé (v. 12). Y, finalmente, lo que Santiago juzgó conveniente para fijar las normas que se habían de seguir con respecto a la materia de la discusión (vv. 13–21). IV. Resultado del debate, y la carta circular que se escribió para enviar a la iglesia de Antioquía las normas que se habían fijado en el sínodo de Jerusalén (vv. 22–35). V. Una segunda expedición de Pablo y Bernabé para predicar a los gentiles, con la disputa que tuvieron acerca de Juan Marcos, y la separación que dicha discusión ocasionó (vv. 36–41).

Versículos 1–5

Incluso cuando las cosas marchan suavemente es una necedad confiarse demasiado; siempre surge algún asunto desagradable cuando menos se piensa. Pensaríamos que la iglesia de Antioquía de Siria era una iglesia perfecta, pero tal cosa no existe en este mundo. Vemos aquí:

1. Que surge entre ellos una nueva doctrina, que obliga a los convertidos de la gentilidad a someterse a la circuncisión como algo necesario para la salvación (v. 1).

(A) Las personas que urgían este punto eran *«algunos que venían de Judea».* Venían allá porque en Antioquía se hallaba algo así como «el cuartel general» de los que predicaban a los gentiles; y, si podían salirse con la suya aquí, esta levadura se extendería rápidamente por todas las iglesias de los gentiles. Les exigen la circuncisión como *una cosa que les faltaba.* Quienes han sido bien adoctrinados deben mantenerse siempre en guardia, a fin de que no se les enseñe algo contrario o diferente de lo que han aprendido.

(B) El requisito que pusieron delante de ellos era que, si los gentiles que se convertían a la fe de Cristo *no se circuncidaban conforme al rito de Moisés, no podían ser salvos* (v. 1b). Muchos judíos que habían abrazado la fe de Cristo continuaban todavía siendo *celosos por la ley* (21:20). Sabían que la Ley había sido dada por Dios mismo y habían sido educados en ella desde la niñez. Se les permitía seguir

siendo observantes de la Ley, porque los prejuicios de la educación no se pueden borrar de un golpe. Pero esta consideración que los líderes de Jerusalén tenían con ellos les sirvió para querer imponer a los convertidos de la gentilidad las mismas obligaciones que ellos observaban. Los hombres estamos inclinados a intentar imponer como norma obligatoria a los demás nuestras opiniones y prácticas, y a concluir que, puesto que obramos correctamente, todos los que no obran como nosotros obran mal. Estos «judaizantes», como se les suele llamar, se aferraban todavía a su exclusivismo nacionalista; por eso, sostenían que los gentiles podían salvarse mediante la fe, si, pero haciéndose en realidad «prosélitos» del judaísmo.

2. Pablo y Bernabé se percataron enseguida de que, en este asunto, se trataba de un punto fundamental del cristianismo y se opusieron con toda firmeza a los judaizantes (v. 2): *«tuvieron una discusión y contienda no pequeña con ellos»*. Sabían que Cristo había venido para librarnos del yugo de la ley dada a los judíos y, por tanto, no estaban dispuestos a contemporizar con estos intrusos. Se les había predicado a los gentiles en todos los lugares que, para ser salvos, sólo necesitaban poner su fe en Jesucristo y no iban a desdecirse ahora, pues el Evangelio de Cristo no es «Sí» y «No» (2 Co. 1:19).

3. La medida tomada por la iglesia de Antioquía para sanar esta herida. Decidieron *que subiesen Pablo y Bernabé, y algunos otros de ellos, a Jerusalén, a los apóstoles y los ancianos, para tratar esta cuestión* (v. 2b). Puesto que estos judaizantes habían venido de Jerusalén, así verían si habían recibido alguna instrucción de los líderes de aquella iglesia a este respecto. Resultó (v. 24) que no habían recibido de allí *ninguna orden* sobre ello. Además, con la consulta a los apóstoles y a los ancianos de Jerusalén, los que habían sido adoctrinados falsamente estarían más prestos a permanecer firmes en la enseñanza recibida, si los líderes de Jerusalén estaban de acuerdo con sus propios líderes de Antioquía.

4. La iglesia de Antioquía proveyó a Pablo y a Bernabé de todo lo necesario para el viaje, según lectura probable del versículo 3, y les deseó éxito en su viaje. Ellos no perdieron el tiempo por el camino, pues visitaban las iglesias de *Fenicia y Samaria, relatando con todo detalle la conversión de los gentiles; y causaban gran gozo a todos los hermanos.* Todos los sinceros hermanos en Cristo se alegran cuando un nuevo miembro se añade a la familia, pues la familia cristiana no se hace jamás pobre por el aumento de hermanos y hermanas. En Cristo hay porción más que suficiente para todos.

5. La buena acogida que recibieron en Jerusalén (v. 4): *«Fueron recibidos por la iglesia y los apóstoles y los ancianos»*. Los recibieron con sinceras expresiones de amor fraternal, y ellos, a su vez, llenaron de gozo a los hermanos de Jerusalén, pues les refirieron todas la cosas que Dios había hecho con ellos, es decir, el ministerio que habían ejercido entre los gentiles: Habían plantado al ir, y habían regado al volver, pero atribuyen a Dios el incremento de la obra.

6. La oposición que encontraron en la propia Jerusalén (v. 5): *«Pero algunos de la secta de los fariseos que habían creído, se levantaron diciendo: Se debe circuncidarlos y mandarles que guarden la ley de Moisés»*. Por donde vemos que el partido de los judaizantes no se contentaba con imponer la circuncisión, sino también, en consecuencia con lo que el rito significaba para el pacto de Dios con Israel, la observancia de toda la ley mosaica. No tenemos motivo para dudar de que estos fariseos habían abrazado sinceramente la fe cristiana, pero les resultaba muy difícil deshacerse de sus prejuicios legalistas.

Versículos 6–21

Llegamos ahora a lo que ha venido en llamarse «el Concilio de Jerusalén», aunque más bien debemos considerarlo como una reunión de los líderes de la iglesia de Antioquía con los apóstoles, los líderes y los hermanos de la iglesia de Jerusalén, aun cuando las decisiones allí tomadas habían de tener carácter universal y perpetuo para la Iglesia entera. No se precipitaron a dar su juicio, sino que consideraron el asunto con toda detención, siempre guiados por el Espíritu Santo.

1. *Reunidos*, pues, *los apóstoles y los ancianos para considerar este asunto* (v. 6) y (v. 7) *después de mucha discusión, Pedro,* como portavoz de los apóstoles, *se levantó* y pronunció su discurso. Sus palabras habían de tener doble fuerza, ya que, por una parte, él era judío; por otra parte, como él mismo dice: *«Dios me escogió de entre nosotros* (o, más probable, *de entre vosotros), para que los gentiles oyesen por mi boca la palabra del evangelio y creyesen»*. Pedro, pues, habló después de haber sido considerados todos los pros y contras del asunto, como debe hacerse. Pedro, en su discurso,

(A) Recuerda a los reunidos la comisión que había recibido de Dios mismo, tiempo atrás, de abrir a los gentiles la puerta del Evangelio. Los mismos judíos de Jerusalén habían escuchado de labios de Pedro el relato de lo ocurrido en casa de Cornelio y se habían regocijado de *que también a los gentiles hubiese concedido Dios arrepentimiento para vida* (11:18), sin que entonces pusiesen ellos ninguna objeción en cuanto a la necesidad de circuncidar a los gentiles convertidos. ¿Por qué, pues, habían de poner objeciones en cuanto a los gentiles que se habían convertido al oír el Evangelio de boca de Pablo?

(B) También les hace a la memoria la forma en que *«Dios* (v. 8), *que conoce los corazones, les dio testimonio* (a los gentiles convertidos, véase 11:15–17), *dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros,* los del Aposento Alto de 2:1 y ss.» A quienes Dios da el Espíritu Santo, les da testimonio de que son suyos. Así que (v. 9) *«ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones»*. Puesto que los gentiles convertidos tenían comunión con Dios mediante la fe, sin más añadiduras, no había ningún impedimento para que tuviesen también comunión unos con otros, ya que no podemos poner más condiciones para aceptar por hermanos a unos creyentes, de cualquier raza o condición que sean, que las condiciones que Dios haya puesto para aceptarlos Él mismo. La fe cristiana es preciosa en todos y produce los mismos frutos en todos los que, por ella, están unidos a Cristo. Así como *no hay diferencia* (Ro. 3:22, 23) en cuanto al pecado, tampoco la hay en cuanto a la gracia (v. también Gá. 3:28).

(C) Reprende severamente a los judaizantes (v. 10): *«Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, imponiendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?»* En efecto, (a) reclamar de los gentiles convertidos algo que Dios no les había exigido para la salvación era «tentar a Dios». ¿Acaso podían ellos prescribirle a Dios lo que tenía que hacer? (b) La ley había sido *un yugo,* así como *una carga* (v. 28) insoportable, de la que Cristo nos libertó (Gá. 5:1–4). Exigir, pues, a los gentiles convertidos la observancia de la ley mosaica era una afrenta a Dios, a su Santo Espíritu y a Jesucristo. *«Creemos,* añade Pedro (v. 11), *que por la gracia del Señor Jesús somos salvos, de igual modo que ellos»* (comp. con Ef. 2:8). No hay un modo de salvación para los judíos, y otro para los gentiles (Gá. 5:6). La reprensión de Gálatas 2:14–16 había hecho su efecto.

2. Un breve resumen del informe de Bernabé y Pablo (v. 12). Este informe no es una digresión del tema para «entretener» a quienes tenían los ánimos caldeados por la discusión, sino una *confirmación experimental* de lo que Pedro acababa de decir: Dios había confirmado por medio de señales milagrosas la predicación de Pablo y Bernabé entre los gentiles. ¿Qué más pruebas se necesitaban cuando Dios había puesto su sello inconfundible en la conversión de los gentiles? Notemos que *«toda la multitud calló, y escuchaban a Bernabé y a Pablo, etc.»,* lo que demuestra que las experiencias tienen mayor eficacia para persuadir que todos los argumentos posibles. Los que de veras temen a Dios están dispuestos a prestar atención a quienes pueden decir lo que Dios ha hecho por su alma. Como dijo el recién curado ciego de nacimiento (Jn. 9:25): *«Una cosa sé, que yo era ciego y ahora veo»*.

3. El discurso que Santiago pronunció ante el sínodo, *«cuando ellos callaron»* (v. 13) y después de despertar modestamente la atención de los reunidos. (Nos apartamos enteramente de M. Henry hasta el v. 22. Nota del traductor.)

(A) *Se refiere primero a lo dicho por Pedro, a quien llama* (lit.) *Simeón,* pues ése era, en realidad, su nombre hebreo. Confirma lo dicho por Pedro acerca de la voluntad de Dios con respecto a la salvación de los gentiles por medio de la fe, de forma que también ellos fuesen *«pueblo de Jehová»* (comp. con 2 P. 2:9 y 10).

(B) Para dar más fuerza a lo dicho por Pedro, de forma que los de extracción judía no viesen en este asunto algo contra lo profetizado en el Antiguo Testamento, cita de Amós 9:11, 12 dentro de un contexto en que Amós se refiere a la restauración de la dinastía davídica en el reino mesiánico futuro. Por eso (comp. con 2:16), no dice que aquí *se haya cumplido* tal profecía, sino que (v. 15) *«con esto concuerdan las palabras de los profetas»*. Dice Trenchard: «¿Cómo se prestaba la cita de tal profecía como confirmación de que Dios había abierto la puerta de la Iglesia a los gentiles en igualdad de condiciones con los judíos y que sobre aquéllos no se había de imponer el yugo de la Ley? Se destaca, desde luego, la intención divina de bendecir a los gentiles que invocaran Su Nombre, pero según el contexto original ésa se lleva a cabo por medio de la bendición de Israel y el levantamiento de la Casa de David».

(C) Con estos «considerandos» por delante, vienen los «resultandos» que Santiago, como presidente del Sínodo y pastor de la iglesia de Jerusalén, expone. Ryrie alude al «claro veredicto de Jacobo», con toda razón, pues el verbo griego *(kríno)* que Lucas usa aquí, muestra a las claras que no se trata de una

mera «opinión» (según opina M. Henry), ni aun una «recomendación» (como la apellida Trenchard), sino como un veredicto judicial autorizado, aunque en representación de la comunidad y bajo la guía y conducción del Espíritu Santo. Téngase en cuenta que el versículo 19 tiene enorme importancia para refutar la idea catolicorromana de que el apóstol Pedro era el pastor de la iglesia de Jerusalén antes de marchar a Roma para establecer allí la «dinastía papal». ¿Dónde estaba el «papa» de Roma cuando Pablo escribió su Carta a los romanos? ¿Se habría interferido Pablo en asuntos ajenos? ¿Y qué decir de los saludos de Romanos 16, sin nombrar siquiera al llamado «Sumo Pontífice»?

(D) Santiago decide que *«no se inquiete* (es decir, que no se obligue a observar la Ley) *a los que de entre los gentiles se convierten a Dios»,* dando así por supuesto que son salvos *por la fe, sin las obras de la Ley* (Ro. 3:28). Pero, a continuación (vv. 20, 21), trata de un problema práctico. Ahora sí se trata de una recomendación, y es acerca de ciertos aspectos de la Ley, especialmente repugnantes para los judíos observantes, en beneficio de quienes ¡como de hermanos *más débiles!,* los gentiles «fuertes» debían abstenerse de lo que se detalla a continuación (comp. con Ro. todo el cap. 14 y parte del 15 y 1 Co. todo el cap. 8). No se trata de un compromiso, ni de una imposición duradera, sino de una actitud de amor como en un compás de espera. En efecto, ninguno de los cuatro puntos es de suyo pecaminoso para el creyente cristiano: (a) *Las contaminaciones de los ídolos se refieren a los manjares ofrecidos en sacrificio a los ídolos. Como dirá Pablo* (Ro. 14:14, *comparado con* 1 Co. 8:7–13), *ningún manjar es inmundo en sí mismo,* pero es nocivo para el que lo come sin seguridad de conciencia; por lo cual, el hermano fuerte debe abstenerse de ese manjar por amor al hermano débil que esté presente y pueda escandalizarse de ello. (b) *La fornicación* (gr. *porneia)* no es aquí el pecado sexual que suele conocerse por ese nombre (¡eso nunca es lícito!), por lo que no era necesario nombrarle entre las cosas que se recomendaba no practicar, sino, con toda probabilidad, las uniones matrimoniales con parientes en grado prohibido por la ley mosaica (Lv. 18). Véase el comentario a Mateo 5:32; 19:9, donde ocurre el mismo vocablo y, con la mayor probabilidad, en el mismo sentido que aquí. (c) *Lo estrangulado,* porque no se le había sacado la sangre *«en la cual está la vida»* (Lv. 17:11) y (d) con mayor razón, *comer la sangre.* Un motivo más, agrega Santiago (v. 21), para abstenerse de estas cosas era *la lectura, cada sábado, en todas las sinagogas, de la ley mosaica,* por lo que los creyentes judíos conocían bien estas prohibiciones desde su niñez. Por tanto, no hay que ser severos en criticarles si les cuesta mucho apartarse de repente de estos preceptos de la ley, observados por sus mayores durante muchos siglos. Déseles tiempo y, mientras tanto, úsese de moderación por amor a estos hermanos en Cristo. Santiago trata así, con este espíritu de santa conciliación, de satisfacer a ambas partes y no provocar a ninguna.

Versículos 22–35

Vemos a continuación el resultado de la consulta. El veredicto de Santiago es unánimemente aprobado y se envían cartas, por mano de sus propios mensajeros, a los gentiles convertidos. Estas cartas servirían para asegurarles en la fe cristiana contra los falsos maestros.

I. Elección de los delegados que habían de ser enviados junto con Pablo y Bernabé para llevar las instrucciones decididas en el sínodo.

1. *«Pareció bien* (v. 22) … *elegir de entre ellos varones y enviarlos a Antioquía con Pablo y Bernabé.»* En esto convinieron *«los apóstoles, los ancianos y toda la iglesia»,* y mostraban así su respeto y amor a la hermana iglesia de Antioquía, y animaban así el corazón de Pablo y de Bernabé y daban mayor crédito a las cartas enviadas, al serlo por mano de sus más prestigiosos líderes.

2. Los que con ellos fueron enviados no eran personas de poco más o menos, sino *«varones dirigentes entre los hermanos»* (v. 22b). Se les cita por sus nombres: *Judas Barsabás,* de quien nada más sabemos, y *Silas,* a quien se llama *Silvano* en otros lugares.

II. Redacción de las cartas para notificar el veredicto del sínodo en esta materia.

1. El preámbulo es solemne y respetuoso (v. 23). Los apóstoles muestran su humildad al ser mencionados junto con los ancianos y los hermanos de la iglesia de Jerusalén, como enviantes de las cartas. Recordaban así las instrucciones que el Maestro les había dado (Mt. 23:8). Con todo respeto, y

como a *hermanos* en Cristo, se dirigen a los fieles *de entre los gentiles,* con saludos para todos los creyentes de las provincias de *Siria y de Cilicia,* no sólo de la iglesia local de *Antioquía.*

2. Sigue una reprensión tan justa como seria a los judaizantes *«a los cuales no dimos orden»* (v. 24) y que, por tanto, sin consentimiento de la iglesia de Jerusalén, *«os han inquietado con palabras, perturbando vuestras almas, mandando circuncidaros y guardar la ley».* ¡Cuánto daño hacía (y todavía hace) este legalismo! No sólo les imponían un yugo pesado e insoportable (v. 10), sino que les turbaban grandemente la conciencia, poniéndoles en grave perplejidad acerca de la salvación. Este daño lo hacían *con palabras,* como si dijesen: «sin sustancia alguna». ¡Cómo se repite una y otra vez, de diferentes maneras, el caso de creyentes y aun de líderes de las iglesias que perturban la paz de la conciencia con el orgullo de quienes gustan de oírse a sí mismos e imponer sus puntos de vista como si fuesen Palabra de Dios!

3. Un testimonio honorable acerca de los mensajeros por mano de los cuales enviaban las instrucciones redactadas en el sínodo:

(A) Primero, de *Pablo y Bernabé* (vv. 25, 26), a quienes esos judaizantes censuraban de haber hecho sólo la mitad de la obra al haber traído a los gentiles convertidos al cristianismo solamente y no al judaísmo. El acuerdo del sínodo llama a dichos hermanos *«nuestros amados Bernabé y Pablo»* (v. 25b). Bueno es que los hombres que se hallan en altos cargos de responsabilidad expresen la estima en que tienen a otros hermanos en la fe. La mejor recomendación que hacen de ellos es que (v. 26) *«han expuesto su vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo»* (v. 13:50; 14:5, 19). Tan fieles confesores del Señor no podían ser infieles predicadores de su palabra.

(B) Después, de Judas Barsabás y de Silas (o Silvano): *varones* que ellos *habían elegido* (v. 25), que habían asistido a todas las discusiones del sínodo *y les informarían de palabra de lo mismo* que estaba escrito en las cartas. Una explicación de palabra aclara muchas veces lo que alguien podría tergiversar ateniéndose únicamente a lo escrito.

4. Viene luego la decisión tomada sobre los cuatro puntos mencionados y explicados anteriormente (vv. 28, 29). Hay varias expresiones muy dignas de consideración: (A) *«Ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros,* es decir, a nosotros bajo la guía del Espíritu Santo». Si fuese una decisión meramente humana, no se atreverían a imponerla a otros. (B) Muestran su amor y su ternura al decir que no es deseo de ellos (ni del Espíritu Santo) *imponerles ninguna carga más que estas cosas necesarias* (necesarias, no en su esencia, sino en atención a las circunstancias). (C) La frase: *«de las cuales cosas guardándoos, bien haréis»* no significa una conveniencia, sino una cosa necesaria, pues equivale a *«obraréis correctamente»,* aunque las expresiones son modestas como corresponde a hermanos que no se atreven a imponer a otros hermanos más cargas que las que el Señor mismo ha impuesto. ¡Ojalá tuviésemos siempre una consideración y una ternura semejantes a éstas! (D) El saludo con que acaba la carta (gr. *érrosthe)* significa un deseo de que se conserven en buen estado de salud, al estilo griego de despedirse. No debe extrañarnos, pues equivale a nuestro «¡Adiós!» Dice Trenchard: «El saludo final se reduce al mínimo, puesto que la carta va dirigida a muchísimos hermanos gentiles anónimos de la región Siria-Cilicia y no a una iglesia determinada o a hermanos conocidos».

III. La entrega de las cartas. Una vez que los hermanos de Jerusalén *dieron la despedida* (lit.) a los emisarios elegidos, éstos (v. 30) *descendieron a Antioquía* (de Siria). No se entretuvieron en Jerusalén más de lo necesario, sino que partieron rápidamente a cumplir la misión que se les había encomendado. Tan pronto como llegaron, no se entretuvieron en otros menesteres, sino que *«reuniendo a la congregación, entregaron la carta; y* (v. 31) *habiéndola leído, se regocijaron por la consolación»* que la carta les daba al no imponerles la circuncisión ni la observancia de la Ley, sino solamente aquello que, de momento, podía ofender a los hermanos más débiles, a los de extracción judía. ¡De veras era gran consuelo verse seguros *en la libertad con que Cristo les había hecho libres!* (Gá. 5:1). Pero, además de eso, disfrutaron del consuelo y del fortalecimiento que recibieron con las palabras de Judas y de Silas (v. 32). Obsérvese cuál es la obra de los ministros de Dios con los que están en Cristo: 1. *Consolarlos,* con lo cual los creyentes quedan confirmados y asegurados en su fe, pues *el gozo de Jehová será nuestra fuerza.* 2. *Exhortarlos* a perseverar, les alertan a todo lo que es bueno (comp. con Fil. 4:8) e instruyen a los que son tardos en aprender.

IV. Viene ahora la despedida de los comisionados por la iglesia de Jerusalén (Judas y Silas) para acompañar a Pablo y a Bernabé. Vuelven *a aquellos que los habían enviado* (v. 33). Los plurales indican

que tanto Judas como Silas volvieron a Jerusalén; el versículo 34 no consta en los MSS más importantes, y parece haber sido añadido para explicar mejor la posterior presencia de Silas en Antioquía (v. 40). Véase la alternativa explicación que el Profesor Trenchard da de esta aparente anomalía: «… que este hermano volviera también a Jerusalén, pero, al haber visto las posibilidades de la extensa obra entre los gentiles y al sentir un llamamiento para ayudar en ella, se preocupara en arreglar sus asuntos convenientemente con el fin de volver lo antes posible a Antioquía, y estar a mano cuando Pablo llegó a necesitarle como colaborador y compañero al iniciar el segundo viaje». Entretanto, *Pablo y Bernabé* (v. 35) *continuaron en Antioquía,* pues pertenecían, como profetas y maestros (13:1) a aquella iglesia, como lo confirma el que allí continuasen *enseñando y anunciando el evangelio.* Aunque también había allí *otros muchos* que compartían con ellos esas tareas, no por eso permanecieron ociosos. La multitud de obreros en la viña del Señor no debe hacernos ociosos. Cada uno tiene su don y su ocasión para ejercitarlo. El celo y la utilidad de otros deben despertarnos, no adormecernos.

Versículos 36–41

Contienda privada entre dos ministros del Señor. Son nada menos que Pablo y Bernabé, pero la cosa termina no del todo mal gracias a la providencia de Dios que se valió de ella para otros fines.

1. Vemos primero una buena propuesta que Pablo hizo a Bernabé de *volver a visitar* (v. 36) los lugares donde habían plantado iglesias *para ver cómo están.* Pablo era muy consciente de su papel como apóstol de los gentiles y, como ya habían pasado algún tiempo en Antioquía, iglesia bien servida, quiere volver a visitar *todas las ciudades en que habían anunciado el evangelio.* La compañía del buen Bernabé le había sido siempre de gran bendición a Pablo y con él quiere marchar en este segundo viaje misionero para regar juntos lo que juntos habían plantado. Así como hemos de atender a nuestras oraciones y escuchar la respuesta que Dios les da, así también hemos de atender a nuestra predicación y ver los resultados que el Señor le da. *«Volvamos a visitar … para ver cómo están».* Así lo redacta el médico Lucas. Pablo, como médico espiritual, quiere visitar a los hermanos como visita un médico a los pacientes que se van recuperando, para prescribir lo necesario para una curación completa y evitar las recaídas; y si gozan de buena salud, podrán alegrarse con ellos de la gracia de Dios; si no, llorarán con ellos por la miseria del hombre.

2. El desacuerdo entre ambos sobre Juan Marcos, a quien su primo Bernabé quería que les acompañase en este viaje (v. 37), *«pero Pablo* (v. 38) *insistía en que no debían llevar consigo al que se había apartado de ellos desde Panfilia, y no había ido* (es decir, seguido) *con ellos a la obra».* Pablo tenía bien guardada en la memoria aquella triste partida del *ayudante* (13:5, 13) y pensaba que quien así les había dejado, no era de fiar. Aunque no se exponen aquí las razones que tenía Bernabé para volver a llevar a Marcos, es de suponer, conocido el bondadoso carácter de Bernabé, que pensase en dar a su primo una segunda oportunidad, seguro de que se había corregido de su anterior cobardía. Podemos, pues, asegurar que cada uno de ellos tenía su parte de razón, como suele acontecer en estos casos.

3. Para mostrar que estos santos varones eran hombres *de pasiones semejantes a las nuestras* (Stg. 5:17, lit.) y no ángeles sin pecado, Lucas no oculta *la tirantez que se produjo entre ellos* (v. 39), tan grande que Lucas usa el término griego *paroxysmós*, de *oxys*, agudo, con lo que se expresa que la disputa subió considerablemente de tono. Como ninguno de los dos cedía, *se separaron el uno del otro.* Sólo el ejemplo de Cristo es una luz sin sombras, digno de que se sigan en todo sus pisadas (1 P. 2:21). Pero esto no ha de extrañarnos, pues aun los mejores santos tienen diferentes puntos de vista, discutibles pero no necesariamente falsos. La unidad completa, en esto como en todo, sólo se obtendrá cuando lleguemos a la estación de término (Ef. 4:13). Pablo y Bernabé, que no habían sido separados por la persecución de los judíos no creyentes, ni por la imposición de los judíos creyentes, se separaron por desavenencias entre sí mismos.

4. Pero la providencia de Dios sabe sacar aun de los males bienes y así lo hizo en esta ocasión, pues en lugar de un solo viaje misionero, tendremos ahora dos en dos distintos campos de labor: «Bernabé (v. 39b), *tomando a Marcos, se embarcó rumbo a Chipre,* de donde era nativo (4:36) y donde había comenzado el primer viaje misionero con Pablo (13:4). Y *Pablo* (v. 40), *escogiendo a Silas,* salió a otros lugares, entre ellos *Cilicia* que era su país natal (21:39). Parece como si cada uno, tras una desavenencia tan agria, sintiese añoranza por el suelo que le vio crecer. Pero Dios se sirvió de estas circunstancias, al parecer, tan dignas de lástima, para cumplir sus propios designios, pues un número mayor de manos se

entregaron a la obra entre los gentiles y, por lo que se ve (o por lo que no se ve), la mano de Juan Marcos, que había sido infiel anteriormente, demostró ser fiel y útil, mientras que entró en la obra otra mano muy útil, la de Silas o Silvano (v. 2 Co. 1:19).

5. Otros detalles dignos de observación son: (A) Que la iglesia de Antioquía parece ser que dio la razón a Pablo, pues fue él quien *salió encomendado por los hermanos a la gracia del Señor,* mientras que ya no vuelve a mencionarse en la Biblia la obra de Bernabé, excepto en una referencia incidental de Pablo (1 Co. 9:6). (B) Que andando el tiempo, quizás tras buenas pruebas, Pablo tuvo de Juan Marcos mejor opinión que en el caso presente, pues escribía a Timoteo (2 Ti. 4:11): *«Toma a Marcos y tráele contigo, porque me es útil para el ministerio».* «De sabios es cambiar de opinión», dice un antiguo proverbio latino, y Pablo mostró serlo al corregir la mala opinión que (con su parte de razón) tenía de Marcos. Incluso a quienes hemos condenado justamente, si después demuestran ser fieles, deberíamos recibirles con alegría, perdonar y olvidar lo pasado y, si llega la ocasión, darles buenas palabras a ellos, y buen testimonio de ellos a los demás. (C) Que Pablo no se destempló por el triste incidente con Bernabé, sino que, con el mismo ánimo de siempre, *pasó* (v. 41) *por Siria y Cilicia, consolidando las iglesias.* Bien empleados están los ministros del Señor cuando se les usa en la consolidación de los creyentes, tanto como en la conversión de los no creyentes. Quizá, como a Pedro (Lc. 22:32; Jn. 21:15–17), la pasada experiencia le habría servido a Pablo para mejor fortalecer a los caídos.

CAPÍTULO 16

En este capítulo tenemos: I. El comienzo de la relación de Pablo con Timoteo (vv. 1–3). II. La visita que hizo a las iglesias a fin de consolidarlas (vv. 4, 5). III. Su llamamiento a Macedonia, y su llegada a Filipos (vv. 6–13). IV. La conversión de Lidia allí (vv. 14, 15). V. La expulsión de un demonio del cuerpo de una muchacha (vv. 16–18). VI. La acusación contra Pablo y Silas, el mal trato que les dieron y su encarcelamiento (vv. 19–24). VII. La milagrosa conversión del carcelero (vv. 25–34). VIII. El honroso descargo de Pablo y Silas (vv. 35–40).

Versículos 1–5

I. Pablo, como buen padre espiritual, toma a su cargo al joven Timoteo, de quien se nos dice aquí (vv. 1, 2): 1. Que era *discípulo,* es decir, cristiano. 2. Que su madre era de raza *judía,* pero *creyente* en Cristo. Como sabemos por 2 Timoteo 1:5, se llamaba *Eunice,* y era *Lois o Loida* el nombre de su abuela materna. Pablo encomia *la fe no fingida* de estas tres personas. 3. Que su padre era griego, gentil. Al no ser judío su padre, Timoteo no estaba obligado a circuncidarse, a no ser que lo desease cuando fuese mayor. Aunque su madre no se había impuesto para que fuese circuncidado en la infancia, le había educado en el temor de Dios, de forma que, aun careciendo de la señal del pacto, no careciese de la realidad significada. 4. Que *daban* (v. 2) *buen testimonio de él los hermanos que estaban en Listra y en Iconio.* Así, pues, tenía buen nombre entre la gente buena. 5. Que *Pablo* (v. 3) *quiso que saliera con él,* pues veía en él un joven de buenas cualidades para la obra del Señor. 6. Que *tomándole, le circuncidó,* lo cual, a primera vista, aparece extraño después de su oposición a los judaizantes en la materia de la circuncisión y de la observancia de la ley de Moisés, pero no le circuncidó porque creyese que lo necesitaba para salvarse, sino *por causa de los judíos que había en aquellos lugares,* es decir, para que su ministerio fuese mejor aceptado entre los judíos que abundaban en aquella regiones.

II. La consolidación de las iglesias plantadas (vv. 4, 5): *Pasaban por las ciudades* donde antes Pablo y Bernabé habían predicado el Evangelio, habían fundado iglesias y las habían visitado a su vuelta. En estas iglesias *entregaban las ordenanzas que habían acordado los apóstoles y los ancianos que estaban en Jerusalén, para que las observasen.* Así se les prestaba un excelente servicio, pues todas las iglesias de aquellas regiones estaban interesadas en las decisiones tomadas en el sínodo de Jerusalén. 1. *Las iglesias* (v. 5) *eran consolidadas en la fe.* Se consolidaban especialmente en su opinión contra la imposición de la observancia de la ley a los gentiles. Cuando vieron en las ordenanzas el testimonio, no sólo de los apóstoles y los ancianos, sino también del Espíritu Santo, quedaron consolidadas. Los testimonios a la

verdad, aun cuando no resulten eficaces para convencer a quienes se oponen a ella, pueden ser muy útiles para consolidar a los que se hallan perplejos acerca de ella. Además, el espíritu de ternura que aquellas cartas rezumaban mostraba bien a las claras que los apóstoles y los ancianos habían sido guiados, al redactarlas, por quien es el Amor mismo, el Espíritu Santo. 2. «*y aumentaban en número cada día*» (v. 5b). La imposición del yugo de la ley sobre el cuello de los recién convertidos era suficiente para asustar a la gente y apartarla de la conversión al cristianismo. Pero, al hallarse libres con la libertad que Cristo nos otorgó con su obra redentora (Gá. 5:1), aceptaban gozosos el mensaje del Evangelio. Y así, *las iglesias aumentaban en número cada día.* ¡Qué gozo para los que trabajan por la salvación de las almas ver un aumento tan grande y tan constante!

Versículos 6–15

I. Pablo viaja de una parte a otra haciendo el bien. 1. Él y Silas *atravesaron Frigia y la región de Galacia* (v. 6). 2. *El Espíritu Santo les impidió hablar la palabra en Asia proconsular.* No sabemos por qué medio dio esta orden el Espíritu Santo, aunque es probable que lo hiciese por medio de un profeta. Tampoco sabemos por qué lo impidió. Lo cierto es que el Señor quería usarles en una nueva obra, la de predicar el Evangelio en la colonia romana de Filipos. La retirada de los ministros de Dios de una parte a otra se ha de hacer siempre bajo la guía y conducción de Dios. 3. También *intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu de Jesús* (comp. Ro. 8:9) *no se lo permitió* (v. 7). Todo parece apuntar a que la voluntad de Dios era que fuesen cuanto antes a Macedonia (v. 9). 4. *Pasaron junto a Misia* (v. 8) y no cabe duda de que pasarían sembrando la semilla del Evangelio, *descendiendo a Tróade (o Troas),* donde hallamos después una iglesia floreciente (20:5–12). En Tróade, Lucas se unió a los expedicionarios, pues el versículo 10 da comienzo a la narración en primera persona del plural, aunque no siempre estuvo en compañía de ellos, pero sí ciertamente en 20:5; 21:18 y 27:1–28:16.

II. Especial llamamiento para que fuesen a Macedonia y, dentro de esta provincia, a Filipos, colonia romana (v. 21).

1. La visión que tuvo Pablo (v. 9). La expresión *«una visión de noche»* da a entender que la tuvo Pablo en sueños: *un varón macedonio estaba en pie, rogándole y diciendo. Pasa a Macedonia y ayúdanos.* En otras ocasiones, los apóstoles recibían sus órdenes por medio de un mensajero celeste, pero ahora Pablo recibe de un mensajero humano la orden de pasar a Macedonia; no se nos dice que fuese un magistrado ni un sacerdote de los dioses, sino un varón sencillo y corriente. La invitación era: *«Pasa a Macedonia y ayúdanos»*. Como si dijese: «Ven a predicarnos el Evangelio, por el cual has llevado la salvación a muchos. También nosotros la necesitamos. Ven cuanto antes, pues ése es tu oficio, y ésa es nuestra necesidad. No te contentes con orar por nosotros, sino ven a obrar entre nosotros».

2. La interpretación que dieron a esta visión. No sólo fue Pablo quien interpretó la visión como una orden del cielo, sino también sus acompañantes, Silas y el propio Lucas, que aquí se incluye en primera persona: *«Cuando vio la visión* (v. 10), *enseguida procuramos partir para Macedonia, dando por cierto que Dios nos llamaba para que les anunciásemos el evangelio»*. Dios nos llama a veces por medio de la llamada de un hombre, aunque es cierto que, en cada caso, hemos de discernir si es o no un verdadero llamamiento de Dios. Pablo poseía el don de discernimiento y por eso, no cabía ninguna duda para él.

III. El viaje a Macedonia. Pablo *no fue desobediente a la visión celestial* (comp. 26:19), sino que siguió las instrucciones divinas con mayor satisfacción que si hubiese seguido con sus propios planes. *Partieron enseguida* (v. 10). Así como Pablo seguía a Cristo, sus compañeros le seguían a él, y así todos resolvieron ir a Macedonia. Los llamamientos de Dios han de ponerse por obra cuanto antes, para que no se pierda la oportunidad y nos hallemos culpables de desaprovechar la ocasión de salvar, aun cuando así sea, una sola alma. *Zarparon de Tróade* (v. 11) y parece ser que navegaron con viento en popa, pues dice Lucas: *«vinimos con rumbo directo a Samotracia, y el día siguiente a Neápolis»*, que significa (como Nápoles) «ciudad nueva». *«De allí* (v. 12) *a Filipos»*, unos 12 km más allá, no por mar, sino por tierra. De Filipos dice Lucas que era *«una ciudad principal de la provincia de Macedonia»* o, según la lectura más probable, *«la ciudad más importante, etc.»*. Comenzaron por allí, porque si el Evangelio era bien recibido en Filipos, era probable que se recibiese bien igualmente en las demás ciudades de aquella provincia. Era *una colonia;* como dice Ryrie: «como un pedazo de Roma trasplantado al extranjero, de

forma que quienes poseían la ciudadanía en una colonia, gozaban de los mismos derechos que habían tenido si viviesen en Italia». Había sido fundada en 356 a. de C., por Filipo, padre de Alejandro Magno.

IV. El frío recibimiento con que Pablo y sus compañeros fueron acogidos en Filipos. Podría pensarse que, después de haber tenido un llamamiento tan particular de Dios mismo, les habían de recibir allí con los brazos abiertos. ¿Dónde estaba el varón macedonio que se había aparecido a Pablo para pedirle ayuda inmediata? ¿Por qué no despertó los ánimos de sus compatriotas para salir al encuentro de los misioneros? «Y *nos quedamos en aquella ciudad* (v. 12b) *algunos días»,* dice Lucas. Pablo solía proclamar el Evangelio primeramente a los judíos, pero es obvio que allí no había diez varones judíos, número necesario para formar grupo en una sinagoga, pero sí había un grupo de mujeres (v. 13) que se habían reunido para orar, pues eran adoradoras del verdadero Dios, por lo que *se habían reunido* allí *en sábado,* según la costumbre judía. Si no tenemos otro lugar de reunión, bien podemos orar y adorar al Señor aunque sea *«fuera de la puerta, junto al río».* Allí, dice Lucas, *«sentándonos, nos pusimos a hablarles»* de forma familiar, como indica el verbo griego. «Con todo, como dice Trenchard, el mensaje sería el de siempre: las profecías mesiánicas cumplidas ya en la Vida, Muerte y Resurrección de Jesucristo.»

V. La conversión de Lidia. En los relatos de *Hechos,* no sólo tenemos la conversión de grandes grupos en las ciudades mencionadas, sino también de muchas personas individualmente, pues tal es el valor de las almas, que el llevar a Dios una sola es asunto de gran interés. Y no sólo tenemos conversiones individuales llevadas a cabo milagrosamente, como la de Pablo, sino también mediante los métodos ordinarios de la gracia, como es el caso de Lidia aquí.

1. Es un honor para ella tener su nombre registrado en el libro de Dios. Aunque no tengamos nuestro nombre registrado en la Biblia, nos bastará con tenerlo en *el libro de la vida del Cordero.* De Lidia se nos dice aquí que era (v. 14) *vendedora de púrpura,* no vestida de púrpura; por lo que se deduce, ella misma llevaba el negocio; probablemente era viuda, más bien que soltera. Era nativa *de la ciudad de Tiatira,* entre Sardis y Pérgamo. La Providencia la había traído a Filipos, que se halla a gran distancia de Tiatira. *Adoraba a Dios,* frase equivalente a «temerosa de Dios». Al ser gentil de nacimiento, adoraba y servía al Dios de Israel y acudía a las reuniones que otras mujeres tenían para orar y leer las Escrituras. Los negocios seculares honestos no son obstáculo para el cumplimiento de nuestras devociones. También en el negocio puede y debe el creyente dar buen testimonio. Estas mujeres estaban bien dispuestas para recibir a Cristo, pues quienes sinceramente adoran y sirven a Dios, pueden percibir fácilmente la necesidad que tienen del Salvador.

2. Lidia *estaba oyendo,* es decir, estaba atenta a las palabras que los apóstoles dirigían a este grupo de mujeres. ¿Podemos esperar que Dios escuche nuestras oraciones si no estamos atentos a su Palabra? *«El Señor abrió su corazón para que estuviese atenta a lo que Pablo hablaba»,* lo que indica fe en el mensaje que oía (comp. 2:41). Dice el jesuita Leal: «Nótese cómo la conversión es obra de Dios». La persona cree libremente (nota del traductor), pero es Dios quien despierta el corazón con su gracia. Trenchard comete aquí un grave error al comparar este caso con Apocalipsis 3:20, donde no se trata de *conversión,* sino de *comunión* (v. todo el contexto). Dice bien M. Henry: «No es que nosotros no tengamos nada que hacer, pero, de nosotros mismos, sin la gracia de Dios no podemos hacer nada. Dios no se limitó a tocarle el corazón, sino que se lo abrió. Un corazón inconverso está cerrado y fortificado contra Cristo».

3. El efecto de esta obra de Dios en Lidia. No sólo se convirtió al Señor, sino que fue *bautizada, así como su familia,* es decir, las personas adultas (hijos, si los tenía, y criados) que vivían en su casa (comp. 16:31 y ss.). La sinceridad de su conversión se echa de ver en su disposición a servir a los siervos de Dios y tener así mayor oportunidad de escuchar las enseñanzas de los apóstoles (v. 15b): *«Nos rogó diciendo: Si habéis juzgado que soy fiel al Señor, entrad y hospedaos en mi casa. Y nos obligó a quedarnos».* De este modo, deseaba también tener una oportunidad de mostrar su gratitud a quienes habían sido los instrumentos de Dios en el bendito cambio que en ella se había operado. Tan pronto como su corazón se abrió a Cristo, se abrió su casa a los ministros de Cristo. Su invitación no era de pura cortesía, sino tan sincera que, dice Lucas, *«nos constriñó* (el mismo vocablo de Lc. 24:29) *a quedarnos»,* lo cual insinúa que ellos se resistían, pero cedieron ante la insistencia de ella.

Versículos 16–24

La gente comienza a percatarse de la presencia de Pablo y de sus compañeros en Filipos, y la causa fue *una muchacha que tenía espíritu de adivinación* (v. 16).

1. Poseía, pues, un *espíritu pitón* (lit.), era una especie de «médium», de la que se servía el demonio para «profetizar»; nos recuerda, dice Leal, «la serpiente Pitón del oráculo de Delfos», donde se imaginaba la gente que el pagano dios Apolo respondía a las consultas que se le hacían. De esta forma cautivaba Satanás la mente y el corazón de la gente. Con este don diabólico, la muchacha *daba gran ganancia a sus amos.*

2. Esta muchacha *salió al encuentro* de Pablo y sus compañeros *cuando éstos iban a la oración.* No se ocultaban para ir allá y, en todo caso, Satanás sabía bien adónde iban. Lo extraño es que diese testimonio correcto de quiénes eran y del mensaje que predicaban (v. 17): *Ésta, siguiendo* (el verbo griego indica que los seguía de cerca, no dejándolos ni a sol ni a sombra) *a Pablo y a nosotros, gritaba, diciendo. Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian camino de salvación* (lit.). Aunque el griego no lleva artículo determinativo, no se puede sacar de ahí ninguna conclusión en contra de la verdad del testimonio. Pero, ¿cómo podía salir de un demonio un testimonio veraz a favor del Evangelio? ¿Está Satanás dividido contra si mismo? Al compar este versículo con Marcos 1:24, 34; 3:11; 5:7, vemos que, como en el caso de Jesús, había aquí algo *no bueno,* más aún, *perjudicial.* Pablo, como Cristo, no quería testimonios de procedencia diabólica: en el caso de Jesús, porque favorecía a los que abrigaban falsas ideas sobre el Mesías; en el caso de Pablo, porque, como dice Trenchard, «podría envolver la pureza del Evangelio con las mentiras y suciedades del paganismo y con las operaciones de demonios». Más aún, los que estuvieran dispuestos a recibir la predicación de Pablo y sus compañeros, al verla anunciada por el espíritu inmundo de adivinación, cobrarían prejuicios contra el Evangelio.

3. Por tanto, después de aguantar *por muchos días* tal propaganda (v. 18), *Pablo, cansado ya de esto, se volvió y dijo al espíritu. Te mando en el nombre de Jesucristo, que salgas de ella.* Dotado como estaba, tanto del don de discernimiento de espíritus como del poder para expulsar demonios, Pablo procedió a exorcizar a la muchacha. Con eso sí que demostró realmente que eran siervos *del Dios Altísimo.* Con las palabras de Pablo, salió el poder del Espíritu Santo y obligó al espíritu inmundo a salir de la muchacha: «*Y salió en aquel mismo momento*».

4 «Raíz de todos los males es el amor al dinero» (1 Ti. 6:10). Por eso, el gran favor que Pablo había hecho a la muchacha al echar de ella el espíritu pitón, en lugar de mover a sus amos a gratitud, los enfureció (v. 19): *«Viendo sus amos que salió* (lit. el mismo verbo de 18b) *la esperanza de su ganancia, prendieron a Pablo y a Silas y los arrastraron hasta la plaza pública, ante las autoridades»,* es decir, los magistrados de la ciudad. Comenta atinadamente Trenchard: «poco les importaría el portento, con la manifestación de la operación de una potencia divina, y mucho menos el hecho de que la pobre muchacha había sido restaurada a una vida normal, al quedar libre su personalidad humana de la sujeción del demonio. La avaricia podía más que toda consideración espiritual, humanitaria o lógica».

5. El cargo que los amos de la muchacha presentaron contra Pablo y sus compañeros (vv. 20, 21): *«Estos hombres, siendo judíos, alborotan nuestra ciudad y proclaman costumbres que no nos es lícito recibir ni hacer, pues somos romanos»,* es decir, descendientes, en su mayoría, de los antiguos legionarios llevados allá durante las batallas libradas en los años 42 y 31 a. de C. Nótese que el cargo que presentan es triple: (A) *Son judíos.* Ya en aquellas fechas (y más después del año 70 de nuestra era), el espíritu antisemita se había extendido por el Imperio Romano. (B) *Alborotan nuestra ciudad.* La aceptación del mensaje del Evangelio por parte de algunos había provocado la oposición de otros, con lo que las discusiones subsiguientes podían presentarse, como es corriente aún en nuestros días, como alteraciones del orden público. (C) *Proclaman costumbres ilícitas para nosotros.* Es bien sabido que los emperadores romanos eran tolerantes con todas las religiones, con tal que se admitiese también el culto al emperador («el César es Señor»). Por el poder del Espíritu Santo, los cristianos tenían el denuedo suficiente para confesar: *«Jesús es el Señor»* (1 Co. 12:3) y, por esta confesión y su negativa a tributar culto al César, millones de cristianos dieron la vida. Por eso, los romanos adictos al César (tanto en Roma como en Filipos) veían en el cristianismo algo *que no era lícito recibir ni hacer* (comp. con 17:7).

6. La forma en que los magistrados procedieron contra Pablo y Silas (vv. 22–24): *«Rasgándoles las ropas, ordenaron azotarles con varas sobre la espalda desnuda. Después de haberles azotado mucho, etc.»*. En 2 Corintios 11:24, 25, Pablo distingue los azotes recibidos de los judíos, que no podían pasar de 39, de los recibidos *con varas,* esto es, de los romanos, que no tenían número fijo. Pero ni aun así los soltaron, sino que (v. 23b) *los echaron en la cárcel, mandando al carcelero que los guardase con*

seguridad, como si se tratase de bandidos peligrosos o astutos aventureros que intentasen escapar de la cárcel o estuviesen en connivencia con otros que pudiesen, por algún medio, rescatarlos de la prisión. El carcelero, tan cruel como los magistrados, *los metió* (v. 24) *en la celda más recóndita de la cárcel y les sujetó los pies al cepo* (NVI). Esto es lo que solía hacerse con los malhechores más peligrosos, y en estas malísimas condiciones físicas pasaron Pablo y Silas las primeras horas de la noche.

Versículos 25–34

Designios de los perseguidores de Pablo y Silas quebrantados y cambiados en bien por la providencia extraordinaria de Dios.

1. Los perseguidores se proponían desanimar a los predicadores del Evangelio, pero aquí los vemos animados y gozosos. Después de la azotaina que les habían propinado y en la incómoda postura a que el cepo les obligaba a recostarse con las espaldas llagadas, se podía esperar que se quejasen y gimiesen, sin saber además lo que iban a hacer con ellos al día siguiente. Pero los vemos (v. 25) *a medianoche orando y cantando himnos a Dios;* no era hora ni lugar de oración, pero en cualquier sitio y a cualquiera hora se puede orar y adorar a Dios en espíritu y en verdad. Si, como dice Santiago (5:13), *«el que esté afligido haga oración; y el que esté alegre, cante alabanzas»,* aquí tenemos a Pablo y Silas, bajo aflicción y orando, pero también alegres y cantando alabanzas. Lucas hace notar el detalle de que *los presos les escuchaban,* lo cual indica que cantaban lo bastante alto para que sus voces se oyesen a través de las recias paredes de los calabozos. Así eran de alguna manera, preparados para el milagroso favor que Dios mostró a todos, al hacer que *se abrieran todas las puertas* de la cárcel (v. 26). Dios animó más todavía a sus siervos, con *un repentino y* milagroso *terremoto que sacudió los cimientos de la cárcel.* El Señor estaba en este fenómeno, y mostraba su ira por las indignidades cometidas con sus siervos; y no sólo *se abrieron todas las puertas,* sino que *las cadenas de todos se soltaron* (comp. con 12:7).

2. Los perseguidores se proponían parar el avance del Evangelio, pero ahora resultaba que el propio carcelero que tan mal había tratado a Pablo y Silas en cumplimiento de las órdenes que había recibido de sus superiores, se convertía al Evangelio, haciéndose siervo de Cristo. Como buen romano, y aunque no tenía ninguna culpa en la apertura de la cárcel, se quería suicidar (v. 27), ya que daba por supuesto que todos los presos habían huido. Él no podía ver el interior de la prisión, pues estaba oscuro y era medianoche, pero Pablo pudo ver bien, sobre el fondo de la relativa claridad exterior, el gesto del carcelero al desenvainar la espada (pues, en todo caso, sabía que sería ejecutado; comp. 12:19), por lo que se apresuró a gritarle (v. 28): *«No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí».* ¿Por qué no se escaparon los demás presos o, al menos, algunos? Sin duda, Dios mostró su poder atándoles el alma, tanto como lo había mostrado desatándoles los pies.

3. Veamos ahora la reacción del carcelero, tras el grito de Pablo.

(A) El miedo que antes tenía hasta inducirle al suicidio, ahora le llevaba, bajo la acción de la gracia, a *temblar* por su alma (v. 29) *y se postró a los pies de Pablo y Silas.* No pudo acudir a mejor médico del alma que Pablo, pues también él había sido perseguidor de los cristianos y los había metido en la cárcel (8:3; 9:1); así podía simpatizar mejor con los sentimientos del carcelero. Es muy probable que este hombre hubiese oído algo de la predicación de sus presos; al menos, conocería la insistente proclamación de la muchacha posesa: *«Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian un camino de salvación»* (v. 17). Ante los extraordinarios fenómenos que estaba presenciando y al ver en estos hombres algo sublime que les diferenciaba de los demás presos que había conocido, cae ahora a sus pies como pidiendo perdón por lo que les había hecho, y se dirige a ellos con el mayor respeto (v. 30): *«Señores».* A continuación, se preocupa por su situación espiritual y pregunta como algo en que se juega el alma: *«¿Qué tengo que hacer para ser salvo?»* Con esto muestra: (a) Que conoce la importancia de la salvación; (b) que sabe que hay que hacer algo y (c) que está dispuesto a cumplir lo que se le exija, por duro y difícil que le resulte.

(B) Ellos le dieron inmediatamente una instrucción breve, concisa y clara, que ya se ha hecho frase clásica y lapidaria (v. 31): *«Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo, tú y tu casa».* Como dice el Prof. Trenchard, «Fue un principio, una soga que se echa al hombre que se ahoga, quedando para más tarde la explicación del sentido pleno de la "salvación" y la presentación de la persona del Salvador Jesucristo». La última cláusula: «tú y tu *casa»* no significa la promesa de que sus familiares también habrían de ser salvos posteriormente; mucho menos significa que pudiesen salvarse por creer y ser salvo el cabeza de

familia, pues nadie puede creer ni salvarse *por otro.* Significa simplemente que los de su casa tendrían la misma oportunidad de salvación si, como él, ponían su fe en el Señor Jesucristo. Pablo y Silas se olvidan ahora de sus heridas, del frío de la madrugada y de la noche que pasaban en vela; ni por un momento demoran anunciarle a este hombre *el camino de salvación.* Lucas no nos dice si algún otro preso se convirtió o no.

(C) Por lo que se desprende del contexto posterior, allí mismo, en cl patio de la cárcel, Pablo y Silas instruyeron con más detalle en *la palabra del Señor,* no sólo *al carcelero,* sino también *a todos los que estaban en su casa* (v. 32). Los padres de familia y amos han de procurar que los que están bajo su cargo sean instruidos en la Palabra de Dios, pues el alma del más pobre esclavo vale tanto como la del amo más encopetado, ya que todos han sido comprados al mismo precio. También allí mismo, en algún pozo del patio (v. 33) *«les lavó las heridas, y enseguida se bautizó él con todos los suyos».* Nótese cómo este hombre, ya salvo por la fe, se preocupó inmediatamente por los cuerpos heridos de quienes habían sido los instrumentos de Dios para salvarle, antes de bautizarse él con todos los de su casa que, como él, habían escuchado el mensaje y habían puesto su fe en el Señor. El texto, pues, no da pie en modo alguno para fundamentar el bautismo de los niños de pecho.

(D) Del patio de la cárcel, el oficial romano, acompañado de sus familiares (incluidos los criados), *llevó* a Pablo y a Silas *a su casa,* situada con toda probabilidad encima de la misma prisión y *les puso la mesa,* correspondiendo así, como Lidia anteriormente (v. 15), con la comida material y el hospedaje, a la comida espiritual que Pablo y Silas les habían impartido y continuarían impartiéndoles también durante la cena, «mientras que (dice Trenchard) el rostro del carcelero, un poco antes espejo de desesperación, radiaba el gozo del Señor al darse cuenta de que la salvación había llegado a su casa: Y se regocijó con toda su familia de haber creído a Dios; de haber salido del reino de las tinieblas a la luz admirable del Reino de Cristo». Nótese cómo el que antes había creído *en* (gr. *epí.* sobre la base, o, ya que la preposición rige aquí acusativo, echándose sobre) Jesucristo (v. 31), se dice ahora (v. 34) que *había creído a Dios,* es decir, *había dado crédito a la palabra de Dios.* Las expresiones, pues, no son sinónimas (contra la opinión de J. Leal y del propio M. Henry), sino que indican dos aspectos diferentes que se integran en el acto de creer.

Versículos 35–40

1. Se da orden de soltar de la prisión a Pablo y Silas (vv. 35, 36). Los magistrados que tan mal los habían tratado el día anterior, *cuando fue de día,* se dieron más prisa a soltarlos que ellos mismos a pedirlo. *Enviaron alguaciles,* es decir, los llamados en latín *lictores,* porque iban con varas, pero sin el hacha correspondiente, la cual estaba reservada a los lictores de Roma. La orden fue: *«Suelta a aquellos hombres»* (v. 35). El carcelero, por su parte, transmitió a Pablo las palabras de los lictores (v. 36), no porque desease que se marchasen tan queridos huéspedes, sino para notificarles que estaban en libertad para proseguir con su programa.

2. Pablo se negó a salir clandestinamente (v. 37), después de haber sido azotados públicamente, a pesar de ser ciudadanos romanos. No alegó esta circunstancia el día anterior, para que no se pensase que era una excusa para no padecer por la verdad que predicaba, pero lo hizo después, seguramente para mejor proteger a la iglesia naciente en la ciudad. Quienes critican a Pablo en esto, como si hubiese puesto su confianza en la carne, carecen de la ecuanimidad necesaria para discernir las circunstancias. Pablo obraba así solamente cuando le servía para el avance del Evangelio, sin darle importancia en cuanto a lo que para él mismo significaba. Además, Pablo tiene interés en hacerles saber que han obrado contra toda justicia, pues, aparte de la ciudadanía romana (cosa que los magistrados ignoraban), habían cometido el gran desafuero de azotarlos y meterlos en la cárcel *sin sentencia judicial,* sin proceso ante los tribunales. Decirles que les habían azotado al ser mensajeros de Cristo no habría tenido ningún influjo en los magistrados, pero decir que les habían hecho esa injuria al ser ciudadanos romanos, les haría temblar; así de ordinario es que la gente tema más al César que a Cristo. Era necesario que los magistrados se diesen cuenta de este desafuero, y soltasen públicamente a quienes habían azotado y encarcelado públicamente. Pablo hacía esto, no por puntillo de honor, sino por exigencias de la justicia.

3. *Los magistrados* (v. 38b) *tuvieron miedo al oír que eran romanos.* Los procesos de los perseguidores contra los creyentes han sido muchas veces ilegales, aun por las leyes civiles, y también a veces inhumanos, contra la ley natural, pero siempre pecaminosos, por ser contra la ley de Dios.

Viniendo, pues, los magistrados (v. 39), *les rogaron* (¡cómo cambia el tono!); y *sacándolos, les pidieron* (siempre en plan de ruego, no de orden) *que salieran de la ciudad.* Por supuesto, el arrepentimiento de estos hombres no era para salvación, sino por miedo al César. Los historiadores romanos citan ejemplos de ciudades a quienes les habían sido retirados los privilegios por haber tratado indignamente a ciudadanos romanos. Una cosa es cesar de perseguir como medida política, y otra cosa es convertirse por convicción espiritual. El motivo por el cual deseaban que saliesen de la ciudad era evitar que se repitiese el alboroto del día anterior; era una medida de orden público.

4. Salida de Pablo y Silas de Filipos (v. 40). De casa del carcelero se fueron a *casa de Lidia, donde consolaron y exhortaron, etc.* (ambas cosas puede significar el verbo griego). Gran consuelo sería para los hermanos de Filipos ver sueltos, sanos y salvos, a Pablo y Silas, quienes habían fundado aquella iglesia, tan querida de Pablo, como vemos en Filipenses 1:1; 4:15. Que no se desanimen los ministros de Dios si no ven al presente los frutos de su labor; la semilla puede parecer perdida bajo los terrones, pero a su tiempo brotará hasta dar una espléndida cosecha. Lucas termina este relato diciendo: «*y se fueron»,* con lo que da a entender que él se quedó en Filipos. Quizás aluda a él Pablo en Filipenses 4:3, bajo el anónimo epíteto de «*sincero compañero de yugo*» (lit.), lo que significaría que Lucas se había quedado allí pastoreando la grey; esto explicaría el magnífico progreso de aquella iglesia bajo la guía de un líder tan extraordinariamente capacitado como se muestra en sus escritos.

CAPÍTULO 17

Tenemos en este capítulo, I. La predicación y persecución de Pablo en Tesalónica (vv. 1–9). II. Su predicación en Berea, de donde salió también perseguido (vv. 10–15). III. Su estancia en Atenas y el gran discurso que pronunció en el famoso Areópago de aquella ciudad (vv. 16–34).

Versículos 1–9

Las dos Cartas de Pablo a los tesalonicenses nos presentan a tal iglesia con tan brillantes rasgos, que no podemos menos de sentirnos gozosos al leer el informe de la fundación de aquella comunidad.

1. A pesar de lo mal que habían sido tratados en Filipos, Pablo y Silas no se retiraron a descansar ni desistieron de su ministerio. La oposición que habían encontrado (v. 1 Ts. 2:2), en lugar de acobardarles los animó más todavía, lo cual ciertamente no habrían podido efectuar por sí mismos si no hubiesen sido capacitados por un poder venido de arriba. *Pasaron* (v. 1) *por Anfípolis y Apolonia.* Al ser grandes las distancias (48 km de Filipos a Anfípolis; 46 desde Anfípolis hasta Apolonia; 57 desde allí hasta Tesalónica), es de suponer que se detuviesen en aquellas ciudades lo suficiente para proclamar allí el Evangelio de la salvación, y preparasen el camino para la venida de otros misioneros.

2. Halló en Tesalónica (la actual Salónica) *una sinagoga de los judíos* (v. 1b) y allá se fue, *como acostumbraba* (v. 2), *y por tres sábados discutió con ellos, basándose en las Escrituras.* No es en argumentos llamados de «razón», o en tradiciones de escuela o denominación, como hemos de basarnos para proclamar el Evangelio. Estos judíos tenían con Pablo una base común de estudio y discusión: La Biblia, el Antiguo Testamento de las Escrituras, y sobre esa base es como les predicó Pablo a Cristo crucificado y resucitado (v. 3; nótese la semejanza con las palabras del propio Jesús en Lc. 24:26, 46). Así lo hizo *por tres sábados,* mostrándonos con su ejemplo la paciencia que es menester en la conversión de las almas. También Dios espera a que se conviertan los pecadores; no todos son cambiados en un instante como el propio Saulo o el carcelero de Filipos. Pablo les demuestra que no sólo era conveniente, sino *necesario,* que el Mesías padeciese muerte y recibiese resurrección. Sin eso, ni Él sería Salvador perfecto ni nosotros seríamos perfectamente salvos. *«Jesús es el Cristo»* (v. 3b) es el resumen y la conclusión de su mensaje, y así deben predicar los ministros del Evangelio.

3. El fruto de su predicación allí (v. 4): *Y algunos de ellos creyeron y se juntaron con Pablo y con Silas».* Quienes se convierten a Cristo, entran en comunión con los ministros de Cristo y con todos los demás convertidos a Cristo. Además de *algunos* judíos, también se convirtieron (v. 4b) *de los griegos piadosos* (gentiles temerosos de Dios) *gran número, y mujeres principales* (comp. con 13:50) *no pocas.* La iglesia de Tesalónica estaba formada, en su mayoría, de gentiles convertidos, como vemos por 1

Tesalonicenses 1:9. Por cierto, ese texto de 1 Tesalonicenses nos muestra que no sólo *griegos piadosos,* sino también *idólatras,* se convirtieron al Evangelio.

4. Pronto surgió la oposición de *los judíos que no creían* (v. 5), movidos, como siempre, de *celos* y, también como en otros lugares, se sirvieron de turbas de la más baja ralea para *alborotar la ciudad y asaltar la casa de Jasón* (el nombre griego que corresponde aquí a Josué o Jesús), donde se alojaban los siervos de Cristo. Alboroto y asalto son siempre obra del diablo, sea quien sea el que los efectúe. Todos estos procedimientos eran ilegales, y el mismo Pablo hace memoria a los tesalonicenses (1 Ts. 2:15, 16) de estos desafueros.

5. Al no poder hacerse con los apóstoles (v. 6), pues quizá Jasón (judío convertido) los había escondido, *se lo llevaron a él y a otros hermanos ante las autoridades de la ciudad.* El cargo de que les acusan ante las autoridades (v. 6b) es muy curioso: *«Los que trastornan toda la tierra habitada, éstos se han presentado también aquí»* (lit.). Es cierto que, cuando llega el Evangelio a las almas, *las trastorna,* en el sentido etimológico del verbo griego de sacar a uno del lugar donde se hallaba fijo, pero esto es una bendición cuando dicho lugar es *el poder del Maligno* (v. 1 Jn. 5:19), donde *«yace»* (ésa es la traducción correcta del verbo griego) *el mundo entero,* es decir, el sistema mundial que se opone a Dios y a Cristo. El que sale de ahí, es sacado *de muerte a vida.* No es el imperio de la verdad y del orden el que es trastornado con la predicación del Evangelio, sino el imperio del diablo de la mentira y de la maldad. Otro cargo, el mismo que les habían hecho en Filipos (16:21), pero aquí (v. 7), más explícito, es que *contravenían los decretos de César, diciendo que hay otro rey, Jesús.* Es cierto que Jesús *es rey, pero su reino no es de este mundo,* por lo que ni Pilato halló en ello *ningún delito* (Jn. 18:36, 38). Así que su reino no entra en competencia con ninguno de los reinos de este mundo, aunque un dia llegará en que acabará con todos ellos (Dn. 2:35, 44, 45).

6. El resultado de todo esto (vv. 8, 9). Aunque *alborotaron al pueblo y a las autoridades de la ciudad,* como habían hecho en Filipos (16:20), los magistrados de Tesalónica, aunque el cargo contra Pablo y Silas era más grave (al menos, más explícito) que el presentado en Filipos, obraron con más cautela y prudencia, pues aunque se veían obligados a no dejarles permanecer en la ciudad, *obtenida fianza de Jasón y de los demás, los soltaron* (v. 9. No a Pablo y Silas, sino a Jasón y los demás). Entre los perseguidores del cristianismo, así como tenemos muchos ejemplos de loca furia y brutal trato de los predicadores del Evangelio y de los creyentes en Cristo, también los tenemos de otros prudentes y moderados.

Versículos 10–15

1. Echados de Tesalónica, Pablo y Silas tuvieron que salir del escondite en que los tenía Jasón y, *de noche* todavía, *los hermanos los enviaron a Berea* (v. 10). Como siempre, huían para trabajar en otros lugares y, también como siempre, *habiendo llegado, entraron en la sinagoga de los judíos.* En lugar de pasarlos por alto en revancha por las persecuciones que los judíos incrédulos suscitaban contra ellos en todas partes, seguían cumpliendo no sólo con la orden del Señor, sino también con lo que les dictaba el corazón (v. Ro. 9:3; 10:1).

2. La buena descripción que aquí se hace del carácter de los judíos de Berea (v. 11): *«Eran más nobles que los de Tesalónica».* Aunque el sentido primordial del adjetivo griego *euguenés* (de donde procede «Eugenio») es «bien nacido», es decir, «de alto rango», aquí significa más bien, no el rango en la escala social, sino «de mente abierta», con lo que se destaca que estos judíos de Berea eran menos apasionados y más sinceros que los de Tesalónica. Estas buenas cualidades se echan de ver en dos detalles que se mencionan a continuación: (A) *«Recibieron la palabra con toda solicitud»* (lit. *buena disposición de ánimo),* pues su nobleza de carácter se echaba de ver en su ausencia de prejuicios. Pero no por eso se les puede tachar de extremadamente crédulos, pues (B) *escudriñaban cada día* (después de la predicación de Pablo) *las Escrituras* (el Antiguo Testamento) *para ver si estas cosas* (lo que Pablo decía) *eran así.* ¿Es que tenían en poco la autoridad de un apóstol como Pablo? ¡No! Ni en poco ni en mucho, pues era la primera vez que le oían. La lección estupenda que estos judíos de Berea dan a los hombres de todos los tiempos (también a nosotros), y es una pena que los comentaristas no insistan en este detalle, es que no hay «jerarca» en este mundo que pueda imponernos con su autoridad una doctrina, a menos que tal doctrina esté suficientemente basada en la Palabra de Dios (v. también el comentario a Lc. 10:16). Sólo los creyentes que no estudian con ahínco y sin prejuicios la Biblia, pueden ser llevados de una parte a otra

por todo viento de doctrina (Ef. 4:14). Cuanto más se conocen las Escrituras, más se sabe de la verdad, pues *la palabra de Dios es verdad* (Jn. 17:17). Y, cuando esa verdad llena la mente con nobles pensamientos (Fil. 4:8, 9), también *se pone por obra, y el Dios de la paz está allí.*

3. *El buen resultado de la predicación en Berea* (v. 12): *«Así que creyeron muchos de ellos* (los judíos; comp. con el algunos de ellos del v. 4), *y mujeres griegas de distinción, y no pocos hombres»* (de los gentiles). El «no pocos» de Lucas equivale a «un número considerable». Lo de «mujeres de distinción» es sinónimo de «mujeres principales» en el versículo 4 (el mismo vocablo se halla en 13:50). Como en otros lugares, parece ser que estas mujeres distinguidas, de la nobleza, creían primero e influían después en sus maridos para que también creyesen (comp. con 1 P. 3:1–3).

4. La historia se repite. También en Berea son perseguidos Pablo y Silas, pero aquí son precisamente *los judíos de Tesalónica,* no los de Berea, los que, al enterarse del éxito del Evangelio en Berea, *fueron allá* (¡desde una distancia de 75 km!) y *alborotaron a las multitudes* (v. 13). Los agentes de Satanás son infatigables en su enemiga contra el Evangelio. ¡Si tan celosos fuésemos los discípulos de Cristo en proclamarlo! Como Pablo era el principal predicador en todo este viaje misionero (comp. con 14:12), *los hermanos le hicieron salir a toda prisa para que se fuese a la costa,* mientras *Silas y Timoteo se quedaron allí* (v. 14). El versículo 15 se entiende mejor si el viaje a Atenas se efectuó, en realidad, por tierra. En Atenas esperaba Pablo que, más tarde, se le uniesen Silas y Timoteo. Atenas era, por entonces, emporio de cultura. Quienes querían aprender iban a Atenas. Pero Pablo no va allá a aprender, sino a enseñar, a proclamar el Evangelio del Cristo resucitado y futuro Juez justo del mundo (v. 31). No iba a sentir ningún complejo de inferioridad ante los filósofos (v. 18) de Atenas, y no sólo porque hablaba con el poder del Espíritu (1 Co. 2:4), sino también porque en aquel lugar podía echar mano de su amplia cultura griega, como lo demostró en su magnífico discurso en el Areópago. Dios emplea a sus siervos, no sólo conforme a los dones sobrenaturales que les imparte, sino también según los talentos naturales que poseen.

Versículos 16–34

Estancia de Pablo en Atenas y los distintos grupos con los que allí conversó.

1. Vemos primero (v. 16) la impresión que *la idolatría de la ciudad* hizo en Pablo: *Se indignaba al contemplar la ciudad entregada a la idolatría,* tanto por el deshonor a Dios como por el daño para las almas. Le apenaba este estado de cosas en una ciudad populosa y culta. Este informe está de acuerdo con lo que los historiadores paganos dicen de Atenas que había en ella más ídolos que en todo el resto de Grecia. Admitían, por lo que se ve, todos los dioses que se les recomendaban, y a cada uno le erigían un altar. Querían tener propicias a todas las deidades. Es curioso que allí donde abundaba la cultura, abundase también la idolatría: *«el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría»* (1 Co. 1:21). Por eso es tan necesaria la divina revelación; y ésta, centrada en Cristo Redentor.

2. El testimonio que dio contra esta idolatría y sus esfuerzos para traer a todos al conocimiento de la verdad. Primero fue *a la sinagoga de los judíos* (v. 17) que, aunque eran enemigos de Cristo, estaban libres de la idolatría (aunque, por su exclusivismo nacionalista, no hacían nada por combatirla). Allí *discutía con ellos y con los temerosos de Dios* (gentiles piadosos), y mostraba a todos que Jesús era el Mesías prometido. Y *en la plaza discutía cada día con los que allí se encontraban,* gentiles idólatras que no frecuentaban la sinagoga de los judíos. No perdía el tiempo, sino que dondequiera se hallaba, predicaba a Cristo, de quien vivía y para quien vivía. Todo el que esté enamorado de Cristo y conozca la importancia y urgencia de la salvación en su nombre, procurará darlo a conocer a todos y en todas partes.

3. La discusión con los filósofos de Atenas, donde vemos:

(A) Quiénes eran los filósofos que disputaban con Pablo (a) *Los epicúreos,* seguidores de Epicuro (341–270 a. de C.), quien sostenía que el objetivo de esta vida es la felicidad mediante el placer, con la moderación suficiente para evitar el dolor y la intranquilidad. Eran, pues, materialistas, aunque no negaban la existencia de dioses similares a los hombres. (b) *Los estoicos,* seguidores de Zenón, quien había enseñado en un pórtico (gr. *stoa,* de donde les venía el nombre). Estos eran panteístas, de moral elevada, para ponerse a tono con el «alma» del Universo, según la noción que tenían de un dios impersonal e inmanente. Ambos grupos, pues, estaban en contradicción con el concepto que la Biblia nos da de un Dios personal, tan trascendente por su santidad como inmanente por su amor.

(B) Qué opinión concibieron de Pablo estos filósofos (v. 18b): (a) Unos le tenían por *charlatán.* El vocablo griego designaba en su origen a todo pájaro que va recogiendo semillas del suelo y, por analogía, a toda persona que recoge fragmentos de información de una parte y de otra. Era, pues, un término despectivo. (b) Otros lo tomaron por *predicador de divinidades extrañas.* Parece ser que sacaban esta conclusión al oírle hablar de *Iesous (Jesús,* en griego), confundiéndolo con *Iasis (sanidad,* en griego), y *Anástasis (resurrección,* en griego), y pensaban así que eran dos nuevas deidades dignas de consideración. Ello fue suficiente para que deseasen saber *qué significaba aquello* (vv. 19, 20).

(C) *Lo trajeron,* pues (v. 19), *al Areópago,* como lugar espacioso donde celebraba sus sesiones el consejo de la ciudad. «Areópago» significa «cerro de Marte» (en griego, *Ares).* Allí había estado antes el lugar de dicho Consejo ateniense, pero más tarde se dio este nombre al pórtico real que rodeaba el ágora, y allí es donde Pablo pronunció su discurso. Una vez más (v. el comentario a 16:19 y 19:32) se palpa la fina ironía de Lucas (v. 21) al describir *a los atenienses y a los extranjeros que residían en Atenas* como *interesados únicamente en decir o en oír las últimas novedades,* como viejas comadres de aldea, gente tan amiga de curiosidades como de ociosidad. ¿Cabe un modo de vida más inútil?

4. Discurso de Pablo en el Areópago, digno de toda consideración por la singular maestría con que lo comenzó, lo encarriló conforme a la cultura del auditorio, y lo terminó con el mensaje evangélico apropiado a los oyentes, aunque, ¿de qué sirvió la oratoria? (El análisis que sigue es obra del traductor).

(A) Pablo muestra ya su maestría oratoria en el modo de encarar al auditorio (vv. 22, 23): «*¡Atenienses! Veo que sois en todo por demás religiosos (no,* "supersticiosos" ¡habría comenzado por un insulto!), *porque según iba yo recorriendo y observando vuestros lugares de culto, he hallado incluso un altar con la siguiente inscripción: A UN DIOS DESCONOCIDO. Pues bien, eso que veneráis sin conocerlo, es lo que yo os vengo a anunciar*» (NVI). Se puede ser, pues, «muy religioso» (muchos altares, muchas imágenes, muchas devociones, etc.) y no ser cristiano.

(B) El Dios que Pablo anuncia a los atenienses es el Dios verdadero y vivo, personal y creador de todo cuanto existe, tan «trascendente» que *no habita en templos hechos por manos humanas* (v. 24, comp. con 1 R. 8:27, 28); tan inmanente que *Él es quien da a todos vida y aliento* (es decir, respiración) y *todas las cosas* (v. 25). Es fácil hallar a este Dios (comp. con Ro. 1:19, 20), no sólo por lo que ha hecho en el Universo, sino porque nos ha hecho a los hombres «*de uno solo*» (lit.), es decir, *de un solo hombre* (comp. con 1 Co. 15:45–49; Ro. 5:11 y ss.), aunque la versión «*de una sola sangre*» está apoyada por muchos MSS (de menor autoridad); y además, por el poder con que conserva todas las cosas en la existencia mediante su Verbo (He. 1:3), *de Él dependemos totalmente en la vida, el movimiento y el mismo ser* (v. 28). La idea no es aquí que estamos en Dios como una esponja en el agua, pues esta noción habría de favorecer a los estoicos presentes allí; la idea es de absoluta dependencia. La cita, es cierto, tiene sentido panteísta en el poeta estoico Epiménides, de donde la toma Pablo, pero él no la aduce para confirmar la noción estoica, sino la cercanía *activa* del Dios verdadero y vivo. También cita y aplica la frase de otro poeta, Arato, del siglo III a. de C. y originario precisamente de Cilicia, el país natal de Pablo: «*Porque somos linaje de Él*» (vv. 28b, 29a). Lo que Pablo intenta, al citar así de un poema que alude a Zeus o Júpiter, no es que todos los hombres seamos «hijos de Dios» (comp. con Jn. 1:12, 13; 3:3–8; 8:38–44), sino que todos le debemos la existencia a Él.

(C) Tras esta parte introductoria, acomodada a las ideas del auditorio, pero corrigiendo, al mismo tiempo, las falsas nociones acerca de Dios, Pablo entra de lleno en el mensaje del Evangelio (vv. 30, 31): «*En el pasado, Dios no ha tenido en cuenta esta ignorancia, pero ahora Él advierte a los hombres que es menester que todos, y en todas partes, se arrepientan; porque ha fijado una fecha en que va a juzgar al orbe entero con toda justicia, por medio de un hombre que ha destinado para ello, ofreciendo a todos una garantía de la fe al haberle resucitado de entre los muertos*» (NVI). Esta porción es digna de un análisis detallado:

(a) Como en 14:16 (v. el comentario a dicho versículo), Pablo pone de relieve el silencio de Dios ante los malos caminos de los gentiles, debido a la ignorancia de éstos (no total; v. 14:17; Ro. 1:19, 20), y lo contrasta con el conocimiento que de Dios y su Ley tenían los judíos (Ro. todo el cap. 2). Dios mostraba, en esos siglos, su gran paciencia hacia la humanidad en general.

(b) *Pero ahora («el tiempo se ha cumplido»,* Mr. 1:15; Gá. 4:4), *Dios ahora advierte seriamente* (gr. *paranguéllei;* proclama; no obliga) *que es menester arrepentirse,* es decir, cambiar de mentalidad en cuanto al pecado, la justicia y la santidad de Dios. Ni los epicúreos (cuyo fin supremo era el bienestar, sin considerar el aspecto moral de la conducta) ni los estoicos (orgullosos del valor con que controlaban sus

pasiones) habían pensado antes en «arrepentirse», y cambiar sus nociones y sus acciones. Pero, ante el futuro juicio «universal», se imponía también un arrepentimiento «universal». Esta «universalidad» merece punto aparte.

(c) Pablo anuncia la necesidad de un arrepentimiento universal en cuanto al espacio y al tiempo: *«es menester que TODOS, y EN TODAS PARTES, se arrepientan»*. Los exegetas no se paran en este detalle, pero para el que esto escribe, estas frases tienen inmensa importancia, pues subrayan *el deseo de Dios de que todos sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad, y Jesucristo se dio a sí mismo en rescate por todos* (sin distinción ni excepción por su parte), pues a todo *el mundo humano amó Dios de tal manera que envió a su Hijo Unigénito a la muerte* (Jn. 3:16; 1 Ti. 2:4, 6). Si se admite que Dios *ordena a todos arrepentirse, como algo necesario,* según la clara proclamación de Pablo en Hechos 17:30, se sigue forzosamente que Dios ha de ofrecer sinceramente a todos la gracia necesaria para arrepentirse, de forma que la negativa a convertirse sea cargada a cuenta de la culpa del hombre, no de la reprobación de Dios. De lo contrario, tendríamos un caso semejante al de un hombre atado con cadenas, a quien se le ordenase caminar sin soltarle previamente las cadenas. ¡No cabría mayor sarcasmo! Es cierto que *todos pecaron,* pero a todos está abierta la puerta de *la reconciliación* (V. Ro. 3:21–31; 2 Co. 5:19). Nótese que ninguno se condena definitivamente por haber pecado, sino por no haber creído (Jn. 3:16–21; 8:24; 9:39–41). ¿Cuándo iremos a la Biblia, en lugar de creer, como a «oráculos», los sofismas de los hombres?

(d) La razón primordial que Pablo presenta para esta *necesidad de que todos se arrepientan* es que (v. 31) *ha fijado una fecha* (y no faltará a la cita) *en que va a juzgar al orbe entero* (sin distinción ni excepción). Lo va a hacer *por medio de un hombre,* ya que *hombre es el único Mediador* (1 Ti. 2:5). Y Dios ha dado *una garantía para creer* en Él *al haberle resucitado de entre los muertos.* A muchos extraña el que Pablo no nombre ni una sola vez a Jesucristo en todo este contexto, pero hay en el contexto anterior un detalle que explica este silencio. Cuando, en la plaza pública (v. 18), Pablo habló de *Jesús* y de la *Resurrección,* los filósofos griegos pensaron que se refería a dos nuevas deidades: *Iasis y Anástasis.* Lo del *Iesous* todavía no lo podrían, ni aun ahora, comprender, en cambio, lo de la *«resurrección de entre los muertos»,* lo entendieron (v. 32), aunque se burlaron de ello la mayoría. Si hubiesen creído esto, y lo del juicio (comp. con 24:25), Pablo les habría anunciado también a Jesús.

5. Las distintas reacciones ante el discurso de Pablo (vv. 32–34). Como suele suceder (lo vemos en las reacciones ante los mensajes de Jesús y de los apóstoles, así como de los ministros de Dios en todas las épocas), los oyentes se distribuyeron en tres grupos:

(A) Los rebeldes. Éstos son los que ahora *«se burlaban»* (v. 32). Esta enseñanza, que es el consuelo de los creyentes, provocaba las burlas de los incrédulos. Los filósofos griegos creían en la inmortalidad del alma, pero no en la resurrección de las personas en cuerpo y alma, aunque los platónicas creían en la reencarnación de las almas.

(B) Los indecisos: *«Ya te oiremos acerca de esto otra vez»* (v. 32b). Dejaron pasar, así, la única oportunidad de escuchar el Evangelio (comp. con 24:25b), pues es poco probable que los allí convertidos volviesen al Areópago a proclamar el mensaje. De aquí vemos, como de otros lugares, la importancia de recibir la Palabra de Dios *entretanto que dura este Hoy* (He. 3:13, comp. con 2 Co. 6:1 y ss.). Así es como el diablo engaña a muchos con un «mañana» que nunca llega.

(C) Los creyentes. *«Mas algunos hombres* (v. 34) *se unieron a él y creyeron; entre los cuales estaban también Dionisio el areopagita, una mujer llamada Dámaris y otros con ellos»*. Dionisio era, pues, un convertido de alto rango. Dice Trenchard: «Extraña la mención del nombre de una mujer, Dámaris, ya que las mujeres casadas atenienses no solían presentarse en lugares públicos y se ha pensado que podría pertenecer a la clase de “heteras”, mujeres cortesanas, que a veces eran cultísimas y ejercían gran influencia en los círculos sociales y políticos de la ciudad». Lucas tiene interés en mencionar por su nombre estas dos personas de alto rango, quizá para contrapesar el poco éxito del discurso de Pablo en Atenas, pues Lucas era un «optimista». El *«algunos»* al comienzo del versículo y el *«otros»* (gr. *héteroi*, no *álloi*) al final nos dan fundamento para leer entre líneas el fracaso de la oratoria. Dice J. Leal: «Tal vez le sirva (a Pablo) de experiencia y le haga sentir lo inútil de la elocuencia humana». Hace notar Ryrie que «No se nos informa de que se formase una iglesia en Atenas. Pablo llama a ciertos corintios los primeros convertidos en la Grecia continental (1 Co. 16:15)».

CAPÍTULO 18

I. Llegada de Pablo a Corinto, su encuentro con Priscila y Aquila y sus primeras discusiones con los judíos (vv. 1–6). II. Su fruto posterior en aquella viciosa ciudad (vv. 7–11). III. La consabida oposición de los judíos, aunque con poco éxito por la indiferencia del procónsul (vv. 12–17). IV. La visita que giró Pablo a muchas iglesias, incluida una breve estancia en Jerusalén (vv. 18–23). V. Frutos de la predicación de Apolos en Éfeso (vv. 24–28).

Versículos 1–6

No se nos dice que Pablo fuese perseguido en Atenas ni echado de allí con malos tratos, pero al haber sido recibido fríamente y con pocas esperanzas de hacer el bien allí, se marchó de Atenas y se fue a Corinto.

1. Allí le vemos trabajando manualmente para ganarse el sustento (vv. 2, 3).

(A) Aunque era hombre muy culto, no se tenía en menos por su oficio de fabricar lonas para tiendas de campaña. Ningún oficio honesto es merecedor de desprecio y, puesto que Pablo había aprendido el oficio en su juventud, no quería dejarlo en desuso.

(B) Aunque tenía derecho a ser mantenido por las iglesias que había plantado (v. 1 Co. 9:3–15; 2 Co. 11:7–10), se ganaba el pan con el sudor de su frente (y los callos en las manos), lo cual es tanto mayor gloria para él, como es mayor vergüenza para quienes deberían haberle tenido mayor consideración. Trabajaba, pues, con la mente y con las manos. En el oficio manual, tenía por compañeros a sus compatriotas Aquila y su mujer Priscila o Prisca (v. 3).

(C) Aunque era un gran apóstol de Cristo (el apóstol de los gentiles), no desdeñaba trabajar manualmente con creyentes ordinarios, aunque de calidad espiritual extraordinaria (v. 26; Ro. 16:3). Esta pareja de fieles hermanos habían venido de Roma (v. 1), al ordenar el emperador Claudio que todos los judíos residentes en Roma saliesen de allí sin demora. Habían sido expulsados, pues, *por ser judíos,* aunque también eran cristianos. Si los judíos perseguían a los cristianos, no ha de extrañarnos que los paganos persiguiesen a cristianos y judíos. Sin embargo (nota del traductor), tenemos el testimonio de Suetonio quien afirma que Claudio expulsó de Roma a los judíos «que se agitaban bajo el impulso de Cristo», con lo que tendríamos que Aquila y Priscila salieron perseguidos *por ser cristianos.*

2. Enseguida vemos a Pablo que predica *en la sinagoga todos los sábados* (v. 4), *«tratando de persuadir a judíos y a griegos por igual»* (NVI). Y cuando se le unieron Silas y Timoteo (v. 5, comp. con 17:14, 15), *se dedicó Pablo por entero a la predicación de la palabra,* cobrando nuevos ánimos con la llegada de sus amados compañeros. Su *testimonio solemne ante los judíos* era, como siempre, que *Jesús era el Mesías* (gr. *Cristo).* El original del versículo 4 dice literalmente *«persuadía»* (NVI) para dar a entender el entusiasmo y el ardor con que Pablo les anunciaba el mensaje del Evangelio.

3. La oposición que halló aquí de parte de los judíos incrédulos parece ser que fue más dura que en otros lugares, pues los vocablos griegos indican «ponerse en plan de batalla contra» y «decir insultos blasfemos», seguramente contra el mismo nombre de Jesús. Por ello, la reacción de Pablo fue también más fuerte que en otros lugares: No sólo *se sacudió el polvo* de las sandalias, sino también *de la ropa que llevaba,* declarándose a continuación *libre de responsabilidad* (*«yo soy limpio»)* en la condenación que, con su obstinación, hacían caer sobre sí mismos. Su discusión con ellos termina con la frase: *«Desde ahora me iré a los gentiles»*. Esto lo había dicho ya mucho antes (13:46b) en compañía de Bernabé, pero eran estallidos momentáneos de una justa y santa cólera. Lo veremos inmediatamente.

Versículos 7–11

1. Pablo salió airado de la sinagoga, pero ¿adónde se marchó? *«Se fue a vivir a casa de un prosélito llamado Ticio (o Tito) Justo, lindante puerta con puerta con la misma sinagoga»* (NVI). El constante y tierno amor a los de su raza (Ro. 9:3) podía más que el enojo de unos momentos. Las referencias de Romanos 16:23 y 1 Corintios 1:14 han hecho pensar a eminentes exegetas que el Ticio (o Tito) Justo que aquí se menciona es el mismo Gayo de dichos lugares, pues era corriente entre los romanos llevar tres

nombres (el *praenomen*, el *nomen* y el *cognomen*. Todavía se observa esta costumbre en algunos países); sería, pues, *Gayo Tito Justo.*

2. El amor y el esfuerzo con que Pablo trató de persuadir a los judíos de Corinto no fueron totalmente en vano, pues (v. 8) *Crispo, el presidente de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa* (y fue bautizado por Pablo, 1 Co. 1:14), «*y muchos corintios, tras oír el mensaje, creyeron y se hacían bautizar*» (NVI). No todos, pues, eran rebeldes, sino que *creyeron muchos* (comp. con el v. 10).

3. El ánimo que recibió Pablo con una visión que tuvo (v. 9): «*El Señor dijo a Pablo por medio de una visión en la noche, etc.*». Veamos lo que le dijo el Señor Jesús:

(A) Le renovó la comisión y el encargo de predicar el Evangelio: *No temas* ni a los judíos ni a los magistrados de la ciudad, pues es causa celestial la que defiendes; *sino habla y no calles;* esfuérzate y sé valiente, *porque yo estoy contigo,* para protegerte y librarte, así como para fortalecerte y consolarte, y *ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal* (vv. 9b, 10a). No le promete que nadie le pondrá la mano encima, sino que, aunque así sea, *no será para mal.* Por mucho daño que le hagan, Dios lo ordenará para bien.

(B) Le aseguró gran fruto en su predicación (v. 10b): «*Porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad*». Como si dijese: «Yo sé que *en esta ciudad* tan profana, tan llena de toda clase de inmoralidad, con el templo de Venus en ella, son *muchos* los que escucharán tu palabra y serán añadidos *a mi pueblo,* que ya no es sólo Israel, sino muchos de los que vendrán de los cuatro puntos cardinales» (comp. 1 P. 2:10). No desesperemos de ningún lugar de la tierra, cuando hasta en Corinto halló Jesucristo *mucho pueblo.*

4. Con este ánimo que Jesús le dio, *Pablo se estableció allí por un año y seis meses, enseñándoles la palabra de Dios* (v. 11). Se estuvo tanto tiempo, (A) Para la conversión de los que eran del mundo. Dios obra de muchas maneras. El pueblo que Cristo tenía en Corinto había de ser llamado gradualmente. Los ministros de Dios deben ser perseverantes en su labor, aunque su trabajo requiera mucho tiempo. (B) Para la edificación de la iglesia, pues los convertidos deben aprender constantemente la Palabra de Dios. Por las cartas a los corintios, sabemos que tan pronto como fue sembrada la buena semilla, vino el enemigo a sembrar cizaña: falsos apóstoles. Se supone que Pablo escribió las cartas a los tesalonicenses durante su estancia en Corinto. Los ministros de Dios pueden servir a Cristo al escribir buenas cartas lo mismo que al predicar buenos sermones.

Versículos 12–17

Vemos ahora la perturbación llevada a cabo en Corinto, aunque no fue mucho el daño que produjo.

1. Pablo fue acusado por los judíos delante del procónsul romano (vv. 12, 13), *Galión,* español y hermano del famoso Séneca. Sus verdaderos nombres eran Marco Anneo Novato, pero fue adoptado por el senador romano Lucio Junio Galión, de quien tomó los nombres. Era un hombre de gran talento, probidad y de humor tan excelente que era querido de todos, y fue procónsul de Acaya desde la primavera del año 52 d. de C. hasta la del 53. Fue entonces cuando *los judíos se levantaron de común acuerdo contra Pablo y le llevaron al tribunal* (v. 12). El cargo de que acusaban a Pablo era el siguiente (v. 13): «*Éste persuade a los hombres a honrar a Dios contra la ley*». No podían acusarle de ateísmo, sino de que sus enseñanzas no se ajustaban al patrón del judaísmo oficial. El cargo era falso, pues Pablo se atenía a lo que la ley y los profetas habían anunciado acerca del Mesías venidero.

2. Galión se desentendió de la causa y despachó de su tribunal a los acusadores de Pablo (vv. 14, 15), alegando que, al no tratarse de un crimen, sino de cuestiones internas de los judíos, él no tenía por qué intervenir: «*Yo no quiero ser juez de estas cosas*» (v. 15b). En esto, Galión se portó con valentía y con prudencia, aunque en lo de Sóstenes (v. 17) no se portó con justicia, pues debió impedir tal desafuero. En su proverbial prudencia, se pasó de la raya. El hecho de que *golpeasen a Sóstenes delante del tribunal* no se debía tolerar. Parece ser que este Sóstenes es el mismo que Pablo menciona en 1 Corintios 1:1, aunque aquí se le llama *jefe de la sinagoga.* Para explicar el contraste con el versículo 8, dice J. Leal: «Se trata de jefes de la comunidad y no tanto del presidente único de la sinagoga». Sobre la frase (v. 17) «*pero Galión no hacía caso de nada de esto*», dice Trenchard: «No ha de interpretarse como la indiferencia ante toda cuestión vital de un hombre mundano y aburrido, sino como la manifestación de su despego ante las notorias maquinaciones de los judíos». Se nota claramente que Galión no podía disimular su antipatía contra los judíos.

Versículos 18–23

1. Pablo parte de Corinto (v. 18). No se marchó a causa precisamente del incidente referido en los versículos 12–17, pues *«se quedó aún muchos días allí»*, sino porque, cumplida la misión que le había retenido en Corinto, había de marchar a Siria. *Se despidió de los hermanos,* lo cual haría con el mismo afecto y la misma solemnidad de siempre, y se marchó *con Priscila y Aquila,* lo cual indica que Silas se quedó allí. Del voto que se menciona al final del versículo no sabemos cuándo ni por qué lo hizo. Sólo se nos dice que *se rapó la cabeza* (señal de que terminaba entonces el plazo del voto) *en Cencreas,* que era el puerto oriental de Corinto. Hay quienes opinan que fue Aquila el que se había rapado la cabeza, pero la casi unánime opinión de los exegetas es que fue Pablo. Al leer 1 Corintios 9:20, nos explicamos esta condescendencia de Pablo con las costumbres judías que nada implicaban contrario al Evangelio.

2. Pablo llega a Éfeso (v. 19), metrópoli de Asia Menor, de paso para Jerusalén (v. 21). En Éfeso *dejó* a Priscila y Aquila, pues podían ser de provecho allí (v. 26), pero, antes de marcharse, *entrando en la sinagoga, discutía con los judíos* (v. 19). Aunque se había despedido con mucho enojo, en Corinto, de los judíos de la sinagoga, a causa de la extraordinaria oposición y de las blasfemias de ellos, no por eso dejaba de visitar primero las sinagogas de los judíos en todas las ciudades donde las había. Por cierto, estos judíos de Éfeso se portaron con Pablo mejor que en otros lugares, pues (v. 20) *«le rogaban que se quedase con ellos por más tiempo»*. Y, si él no accedió, fue porque le urgía marchar a Jerusalén para asistir allí a una de las fiestas (no se especifica a cuál), pero les prometió volver, «*si Dios quiere»* (v. 21).

3. Visita de Pablo a Jerusalén, una visita tan corta que no se menciona sino que *«subió a saludar a la iglesia»* (v. 22); que fue la de Jerusalén, se deduce, no sólo por los verbos *«subió» y «descendió»,* sino también por la mención de Cesarea, ya que no habría necesitado desembarcar allí si hubiese ido directamente a Antioquía de Siria. El aumento de nuevos amigos no debe hacernos olvidar los viejos amigos, sino que ha de ser un placer para nosotros volver a visitarlos cuando se presenta la ocasión. Serían unas horas de gozosa comunión con alabanzas al Señor por el fruto de las labores del apóstol.

4. A continuación se nos da un breve resumen de la nueva visita que giró (tercer viaje del apóstol, entre los años 53–58) *por la región de Galacia y de Frigia* (v. 23), *después de estar algún tiempo en Antioquía.* En Antioquía habría disfrutado de un pequeño descanso, refrigerando alma y cuerpo en compañía de sus colegas de ministerio y de los hermanos de la iglesia en general, informándoles, como siempre, del fruto de sus labores apostólicas, pues de aquella iglesia había salido encomendado a la gracia y a la obra del Señor (13:1 y ss.). Dos detalles se nos dan de su tercer viaje: (A) *«recorría por orden»* la región, por el mismo orden de los demás viajes, según convenía para el propio viaje y sin alterar el orden para mostrar ningún favoritismo; (B) *«fortaleciendo a todos los discípulos»*. Los discípulos de Cristo necesitan ser animados y fortalecidos; y es deber de los ministros de Dios fortalecer a los creyentes, dirigiéndolos a Cristo, cuya fuerza se perfecciona, y muestra toda la excelencia de su poder en nuestra debilidad.

Versículos 24–28

El texto sagrado deja aquí a Pablo con sus viajes y viene ahora al encuentro de Apolos en Éfeso.

1. Tenemos primero una descripción de su carácter: (A) Era *judío,* aunque *nacido en Alejandría* de Egipto (v. 24). (B) Estaba muy bien equipado para el ministerio de la Palabra (v. 24b): *«varón elocuente, poderoso* (es decir, muy versado) *en las Escrituras»*. El vocablo griego indica que no sólo conocía bien las Escrituras, sino que las exponía con poder persuasivo. (C) *«Había sido instruido en el camino del Señor»* (v. 25); es decir, conocía los conceptos generales del Evangelio y los principios fundamentales del cristianismo. Los que han de enseñar a otros deben primero ser instruidos en la Palabra de Dios como camino de salvación, no sólo para saber hablar de Cristo, sino también cómo andar en Cristo. Esto lo hacía Apolos (o Apolo, abreviatura de Apolonio) *siendo de espíritu fervoroso …* (D) *«aunque solamente conocía el bautismo de Juan»*. Esto quiere decir que sabía cómo preparar el camino del Señor, más bien que el camino mismo de Cristo. Había sido bautizado con el bautismo de Juan, pero no con el bautismo del Espíritu Santo. Su predicación era, pues, exacta y fervorosa, pero incompleta. (E) No sólo tenía una buena cabeza, sino también un corazón valiente (v. 26): «Y *comenzó a hablar con denuedo en la sinagoga,* como quien tiene plena confianza en Dios y no teme en modo alguno a los hombres».

2. El ministerio de Priscila y Aquila para perfeccionar los conocimientos de este hombre (v. 26): *«Cuando le oyeron», le tomaron aparte y le expusieron más exactamente el camino de Dios».* Ya vimos (vv. 18, 19) que Pablo llegó a Éfeso con Priscila y Aquila, por lo que éstos tendrían ya allí una nueva residencia, y es a ésta, a su casa, adonde probablemente invitarían a Apolos para enseñar al ya bien versado predicador. Por ambas partes podemos aprender los creyentes dos grandes lecciones que muy raras veces se observan en el pueblo de Dios: (A) Corregir con humildad y amor a los que están equivocados, pero no en presencia de otros, sino *tomándolos aparte.* Por desgracia, suele hacerse lo contrario: criticarlos en presencia de todos o censurarlos a espaldas de ellos. (B) Tomar con la misma humildad y afecto agradecido la corrección. El creyente (y el ministro de Dios) que desee aprender, ha de estar dispuesto a ser enseñado, lo mismo que a ser corregido. Por fortuna, en el caso que nos ocupa, se observaron las normas que deberían observarse en todos los casos. No leemos que Aquila hablase en la sinagoga, pero dio a Apolos material adecuado para que luego él lo revistiera con palabras aceptables. Apolos era *varón elocuente, poderoso en las Escrituras* (v. 24), pero no se tuvo a menos de ser enseñado por trabajadores manuales.

3. Vemos enseguida el progreso que hizo en el servicio a la iglesia de Corinto. Pablo había puesto los fundamentos de aquella congregación. Muchos habían sido convertidos al Evangelio y necesitaban ser consolidados en la fe. Ahora que Pablo se había marchado de allí, era la oportunidad de Apolos para ejercitar el don que poseía, perfeccionado ahora con la enseñanza que Priscila y Aquila le habían impartido. Al estar él dispuesto *a pasar a Acaya* (v. 27), *los hermanos le animaron, etc.* Aunque los de Éfeso se quedaban sin los provechosos servicios de Apolos (y Pablo se había marchado), no tuvieron envidia de los de Acaya, sino que, por el contrario, mostraron su interés en recomendarles a Apolos: *«escribieron a los discípulos que le recibiesen».* A continuación se nos dice que *«fue de gran provecho a los que por medio de la gracia habían creído»,* por donde vemos que, no sólo somos *salvos de gracia mediante la fe* (Ef. 2:8), sino también que somos justificados *por fe mediante la gracia,* al ser así todo el proceso de la salvación *un don de Dios,* lo cual (volvemos a repetir una vez más) no suprime, sino que exige, nuestra cooperación. El versículo 28 da a entender que el provecho que los creyentes obtenían de su predicación se debía (por lo menos, en gran parte) a que *«vigorosamente refutaba en público a los judíos, demostrando por medio de las Escrituras que Jesús era el Cristo,* es decir, el Mesías». Se esforzaba, pues, en su ministerio y lo hacía a gusto de todos. Si los judíos hubiesen estado dispuestos a creer, habrían visto que la ley misma y los profetas les enseñaban lo mismo que Apolos les decía. El método que observaba para *refutar* a los judíos era basarse en las Escrituras. Los ministros de Dios han de ser competentes, no sólo para predicar la verdad, sino para demostrarla con base en la Palabra.

CAPÍTULO 19

I. Regreso de Pablo a Éfeso y la labor que allí desarrolló (vv. 1–12). II. El fruto de su labor, particularmente entre los exorcistas de toda clase (vv. 13–20). III. Proyectos que abrigaba para el futuro (vv. 21, 22). IV. El alboroto que se produjo en Éfeso a causa de la predicación de Pablo contra la idolatría (vv. 23–41).

Versículos 1–7

Éfeso era una ciudad muy importante del Asia Menor y famosa por el templo dedicado a Diana (Artemis, en griego), que era una de las siete maravillas del mundo antiguo. *«A Éfeso vino Pablo, mientras Apolos estaba en Corinto»* (v. 1). Apolos estaba regando, mientras Pablo estaba plantando en Éfeso, donde había dejado a Priscila y Aquila. Allí *halló a ciertos discípulos* (v. 1b), *unos doce* (v. 7). Vemos:

1. Cómo los catequizó.

(A) Creían en el Hijo de Dios, pero Pablo les pregunta (v. 2): *«¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?»* Como si dijese: «¿No conocéis el don del Espíritu Santo ni se ha manifestado en vosotros su efusión por medio de señales extraordinarias?» Es una pregunta que cada profesante de la fe cristiana

debería hacerse: ¿He recibido el Espíritu Santo? ¿Son mis obras fruto del Espíritu? ¿Estoy andando conforme al Espíritu o conforme a la carne?

(B) Ellos confesaron su ignorancia en esta materia (v. 2b): «Ni *siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo*». Esto no significa que ignorasen la existencia del Espíritu Santo, sino la efusión del Espíritu de acuerdo con las profecías mesiánicas.

(C) Entonces Pablo les pregunta qué bautismo habían recibido (v. 3). Haber sido bautizados como creyentes en Cristo y no tener el sello del Espíritu era inconcebible. Ellos responden que habían recibido *el bautismo de Juan* (v. 3b).

(D) Al oír esto, Pablo les explica el verdadero significado del bautismo de Juan; era un bautismo conectado con el *arrepentimiento,* pero apuntaba hacia la fe en aquel que había de venir después de Juan (v. 4). El bautismo de Juan era, por tanto, cosa buena, pero incompleta; era un preparar el camino, como el pórtico por el cual se pasa a la casa donde uno va a residir.

(E) Ellos entonces recibieron agradecidos la enseñanza de Pablo y *fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús* (v. 5). Por qué no habían estado en contacto antes con otros discípulos como Priscila y Aquila o el mismo Apolos, es un misterio que el texto sagrado no nos descubre. Como dice Trenchard: «Hemos de aprender una vez más que el historiador solamente recoge unos cuantos hilos de la complicada urdimbre de los principios del cristianismo, y quedan muchos factores sin mencionar y muchos problemas históricos sin resolver».

2. Pablo les confiere los dones extraordinarios del Espíritu Santo (v. 6): *«Habiéndoles impuesto Pablo las manos* (signo de identificación), *vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas y profetizaban»*. Recibieron el espíritu de profecía a fin de poder entender los misterios del reino de Dios, y el don de lenguas para poder predicarlos a otras naciones (en realidad, se trata de fenómenos carismáticos similares a los del día de Pentecostés, con los que se indicaba que pertenecían a la misma «familia» cristiana; nota del traductor). Los que hace poco no sabían *si había Espíritu Santo,* quedan ahora llenos del Espíritu.

Versículos 8–12

1. Como siempre, Pablo *entra en la sinagoga* (v. 8) antes de predicar en cualquier otro lugar. Su tema era *el reino de Dios* (v. 8b), lo cual demuestra que no se limitó ahora a explicar lo fundamental de la fe cristiana, sino que extendió su predicación a lo que las profecías del Antiguo Testamento habían anunciado acerca del reino mesiánico. Pablo *discutía,* es decir, argumentaba, daba razones, a fin de que, no sólo creyesen, sino que viesen también los motivos para creer; y *persuadía,* trataba de convencer con amor y entusiasmo. Así lo hizo *por espacio de tres meses,* lo que daba a sus oyentes suficiente tiempo para reflexionar. En cuanto al éxito de su labor, se insinúa (no se dice) que algunos creyeron, pues (v. 9) *algunos se endurecían y se volvían desobedientes* (es decir, *no se dejaban persuadir,* según indica el verbo griego), *hablando mal del Camino* (epíteto frecuente en *Hechos* para designar al cristianismo). Al no dejarse persuadir, se endurecían en sus prejuicios contra la fe cristiana y hacían todo lo posible para que los demás siguiesen también resistiendo al Espíritu Santo.

2. Por fin, *Pablo se apartó de ellos* (v. 9b) y *separó* también *a los discípulos* para librarlos así de la ponzoña que las lenguas de aquellos maldicientes destilaban. Salió de la sinagoga, pero no salió de su oficio de enseñar, pues trasladó su cátedra a *la escuela de un tal Tiranno.* Por el testimonio de varios MSS, sabemos que enseñaba allí *desde la hora quinta hasta la décima,* es decir, desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde, pues la escuela solía estar ocupada desde las primeras horas de la mañana hasta las once cuando los alumnos de Tiranno se marchaban a comer. Pablo, por su parte, emplearía en su oficio manual las primeras horas de la mañana. Esta escuela tenía más ventajas que la sinagoga, pues en ella Pablo podía predicar y discutir, no sólo los sábados, sino también los demás días de la semana y, además, a ella podían acudir lo mismo gentiles que judíos. Así *continuó por dos años* (v. 10. En total, *tres años,* según 20:31), de forma que el Evangelio pudo ser *escuchado por todos los que habitaban en Asia* proconsular. La céntrica situación de Éfeso favorecía esta difusión de la Palabra de Dios.

3. Dios confirmaba con *milagros extraordinarios* (v. 11) la predicación de Pablo. Estos milagros no eran meros portentos con que asombrar a los oyentes, sino prodigios curativos, ya que *por manos de Pablo, Dios* (v. 12) hacía curaciones extraordinarias y expulsaba espíritus malos. Más aún, muchos se

curaban con sólo *aplicarles pañuelos y delantales que habían estado en contacto con la piel de su cuerpo* (NVI), con lo que, como en el caso de Pedro (5:15), los discípulos hacían *mayores cosas* que el Maestro (Jn. 14:12), pues Jesús había curado a una mujer que tocó la orla de su manto (Mt. 9:20 y paral.) llevándolo puesto, pero ahora los pañuelos y delantales de Pablo curaban sin que los llevase puestos.

Versículos 13–20

En estos versículos tenemos dos notables ejemplos de la derrota de Satanás, no sólo en las personas que habían sido poseídas por él violentamente, sino también en las que se habían entregado voluntariamente a él.

1. Vemos primero lo que les ocurrió a unos *exorcistas judíos* (v. 13) que intentaron expulsar demonios diciendo: *«Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo».* El texto expresa que eran *vagabundos* o merodeadores, y el versículo 14 especifica que, entre ellos, *había siete hijos de un tal Esceva, de los principales sacerdotes* (quizás él se titulaba «sumo sacerdote»), *que hacían esto.* La forma en que trataban el nombre de Jesús era como si, por el mero uso del nombre, pudiesen efectuar los mismos milagros que Pablo llevaba a cabo. Pero el espíritu maligno (v. 15) no dio ningún valor al nombre de Jesús pronunciado por quienes eran extraños al Evangelio y a la gracia de Jesús, por lo que (v. 16) el hombre poseído por el demonio *se lanzó de un salto sobre ellos* y les hizo huir desnudos y magullados. ¡Buen aviso a los que usan el nombre de Jesús, pero no se apartan del pecado! Si resistimos al diablo con sincera fe en Cristo, huirá de nosotros; pero si pensamos triunfar de él por el mero uso del nombre de Jesús, prevalecerá contra nosotros. El resultado de este incidente fue beneficioso para el Evangelio, cuando el hecho fue conocido por todos los habitantes de Éfeso (v. 17): *«Se apoderó de todos ellos un gran temor, y el nombre del Señor Jesús fue tenido en gran honor»* (NVI), pues hasta los incrédulos vieron la maldad del diablo a quien servían y el poder de Cristo a quien se oponían.

2. Vemos después la conversión de otros siervos de Satanás (vv. 18, 19). (A) Los que habían ejercido la magia antes de su conversión, venían a confesar sus malas artes. Lo que había sucedido a los siete hijos de Esceva les produjo una convicción más profunda de los pecados que habían cometido. Ahora le daban a la magia una maligna importancia que antes les había pasado desapercibida. En la medida en que es profunda la contrición, se ve mejor la necesidad de la confesión. (B) No se contentaron con confesar sus malas artes anteriores, sino que (v. 19) *muchos de los que habían practicado la magia trajeron los libros* que contenían las recetas mágicas y *los quemaron delante de todos.* Así mostraban su horror al pecado y daban honor al nombre de Jesús. Detestaban estas cosas tanto como antes las habían amado. Al quemar los libros, quitaban de sí la tentación de volver a usarlos. Quienes de veras se arrepienten del pecado se mantienen lo más lejos posible de la ocasión de pecar. Nótese el alto precio que habían pagado por aquellos libros: *«cincuenta mil piezas de plata».* Dice J. Leal: «Las 50.000 dracmas podrían responder a otras tantas 46 pesetas oro», es decir, 2.300.000 pesetas oro. Al ser libros del diablo, no pensaron en venderlos a otras personas, sino que los quemaron, con lo que mostraron así su desprecio al dinero, junto al amor a Cristo.

3. Lucas conecta (v. 20) este gesto de los creyentes con *el poderoso crecimiento y robustecimiento de la palabra del Señor.* Cuando los creyentes muestran con obras notorias la fuerza de la fe que profesan, el mundo no puede menos de tomar nota de ello, y la Palabra de Dios halla buen terreno de siembra entre los que no están endurecidos por prejuicios anticristianos. La virtud se robustece en la medida en que el vicio se debilita, y viceversa. Al mortificar las obras de la carne se favorece la producción y la madurez del fruto del Espíritu.

Versículos 21–41

1. Pablo se ve ahora metido en una perturbación del orden público a cargo de los idólatras de Éfeso, por haber predicado contra los ídolos. Pensaba precisamente salir de allí con destino a Jerusalén (v. 21) tras recorrer otros lugares de Macedonia y Acaya; también tenía el propósito expreso de *visitar Roma.* Para la expresión «tomó la decisión» o «se propuso» o «resolvió», el griego dice literalmente *«puso en el espíritu»,* que no es probable (contra la opinión de Trenchard) que signifique aquí el Espíritu Santo, sino precisamente los planes «humanos» que él formaba, puesto que Dios va a revelarle pronto los suyos, que no coinciden con los de Pablo, aun siendo éstos nobles y bien intencionados. En efecto, pensaba recorrer

las provincias citadas, a fin de consolidar más y más las iglesias que allí había fundado; la visita a Jerusalén tenía esta vez por objeto llevar la colecta para los pobres; y el propósito de ir a Roma se explica, no sólo por ser la metrópoli del mundo pagano, sino también para llegar al límite occidental del Imperio en un viaje a España (Ro. 15:24, 28).

2. Hechos estos planes, *envió a Macedonia a Timoteo y Erasto* (v. 22) *y él se quedó en Asia*, es decir, en Éfeso, capital del Asia proconsular. Así fue como le sorprendió *el disturbio no pequeño* al que se refiere Lucas (v. 23).

(A) El disturbio fue promovido (v. 24) por *un platero llamado Demetrio que hacía templetes de plata de Diana* (gr. *Artemis);* fabricaba, pues, reproducciones en pequeño del famoso templo de Diana, y vio en la predicación de Pablo *(«no son dioses los que se hacen con las manos»*, v. 26b, comp. con Sal. 115:4, entre otros lugares) la ruina del negocio. Así lo comunicó a los demás trabajadores del mismo oficio (v. 25) en una arenga de gran fuerza oratoria. Lucas condensa bien todo el discurso del platero Demetrio: Si la gente se deja persuadir por la predicación de *este Pablo* (v. 26) que niega la deidad de los ídolos que ellos hacen, no sólo sobrevendrá la quiebra del negocio que ellos llevan entre manos (vv. 25b, 27a), sino que *el templo* famoso y, con él, el gran honor *de la gran diosa Diana,* se vendrá al suelo; quedarán *desacreditados* los plateros y *será estimado en nada* el templo de Diana.

(B) La verdad de lo que Pablo predicaba acerca de los ídolos no podía ser más evidente: Los dioses no pueden ser obra de manos humanas. Pero ¡lo que puede el amor al dinero! Pues no cabe duda de que el motivo primordial del enojo de los plateros no era precisamente el honor de la diosa, sino *la prosperidad del negocio* (v. 25b). Todos los plateros (muchos, al parecer) prorrumpieron en gritos de aclamación a Diana (v. 28). *La ciudad se llenó de confusión* (v. 29), ya que la gente no sabía cuál era el motivo de aquel alboroto (v. 32), pero sí tenían la vaga información de que Pablo y sus compañeros eran los «culpables» y que aquel asunto debía ventilarse en el gran teatro de la ciudad, con capacidad para 24.500 personas.

(C) Las enojadas turbas se llevaron por delante *a Gayo y Aristarco* (v. 29). Muy prudente fue la actitud, no sólo de los creyentes de Éfeso, sino también de algunos amigos que Pablo tenía entre las autoridades, al persuadirle que no se presentase al pueblo. No es de suponer que estos «asiarcas» (como los titula Lucas) fuesen cristianos, pues Lucas no se habría callado esa condición. Hicieron bien en detenerle, pues es muy probable que las turbas le hubiesen linchado al enterarse de que él era el principal predicador contra la «diosa» de Éfeso. Esto nos enseña que debemos preservar la vida mientras podamos hacerlo sin faltar a nuestro deber. Entra dentro de lo posible el que se nos llame a dar la vida, pero no a tirarla. La confusión del gentío era tan enorme que, como dice Lucas con fino humor, *«unos gritaban una cosa, y otros otra … y los más no sabían por qué se habían reunido»* (v. 32).

(D) Parece ser que los judíos que se hallaban presentes entre la multitud quisieron justificarse y proclamar que no tenían nada que ver con Pablo y sus compañeros. Por eso sacaron a un tal *Alejandro para hablar en defensa de los judíos ante el pueblo* (v. 33), pero la cosa no les salió bien, pues al enterarse las turbas (v. 34) de que era judío, comenzaron a gritar con más fuerza. Hay quienes piensan que Alejandro había profesado la religión cristiana, pero había apostatado volviéndose al judaísmo, por lo que era así la persona más apropiada para hablar contra Pablo, y que a él se refiere Pablo cuando habla del mucho mal que le había hecho *Alejandro el calderero* (2 Ti. 4:14) y que *a él y a Himeneo los había entregado a Satanás para que aprendiesen a no blasfemar* (1 Ti. 1:20).

(E) Después de dos horas de gritos a favor de la *«Diana de los efesios»* (v. 34), cuando *el secretario* o canciller *de la ciudad,* que estaba encargado de dirigir y presidir las asambleas públicas, consideró que aquello se pasaba ya de la raya, subió a la tarima para dirigir la palabra a la multitud. Con la maestría adquirida con la experiencia de manejar a las masas de la ciudad, puso de relieve, en cinco puntos, que aquella reunión era innecesaria: (a) Todo el mundo sabía (v. 35) que *Éfeso era la ciudad guardiana del templo de la gran diosa Diana y* que su imagen era *venida del cielo,* no hecha por mano de hombre, por lo que no era necesario organizar un tumulto (v. 36) para proclamarlo. (b) Que *aquellos hombres* contra quienes gritaban *no habían cometido sacrilegio* al no hacer violencia al templo aquel *ni blasfemia contra la diosa* (v. 37). (c) Que si Demetrio y sus colegas tenían algo que alegar (v. 38), podían pedir audiencia ante los procónsules. (d) Si tenían alguna otra cosa que pedir (v. 39), eso podía decidirse ordenadamente en pública asamblea. (e) Finalmente, *había peligro de ser acusados de sedición* ante las autoridades romanas por haber levantado sin causa legítima aquel alboroto, del que ninguna razón se podía alegar (v. 40). Así que (v. 41), *habiendo dicho esto, despidió la asamblea.* Gran beneficio es para un país disponer

de magistrados justos y ecuánimes, que saben administrar justicia y tienen poder para preservar la paz. La providencia de Dios hizo que este magistrado, aun sin ser amigo de los cristianos, sirviese para preservar la vida de los creyentes de Éfeso. Véase así cuántos medios tiene Dios para proteger a los suyos.

CAPÍTULO 20

I. Pablo viaja por Macedonia, Grecia y Asia Menor hasta parar en Tróade (vv. 1–6). II. Informe especial de su estancia en Tróade y de la resurrección de Eutico allí (vv. 7–12). III. Su viaje desde allí a Mileto, de paso para Jerusalén (vv. 13–16). IV. Discurso de despedida a los ancianos de Éfeso, tras el cual todos dieron rienda suelta a sus sentimientos de amor mutuo y de pena por la separación (vv. 17–38).

Versículos 1–6

1. Pablo se marcha de Éfeso. Allí se había detenido por más tiempo que en ningún otro lugar. Pero debía partir para predicar también en otras ciudades, aun cuando ya no le vemos más abriendo nuevos surcos, pues al final del próximo capítulo le hallamos ya preso para continuar así hasta el final del relato de este libro. Algunos opinan que antes de marcharse de Éfeso escribió la primera carta a los corintios y que su *lucha con las fieras en Éfeso* (1 Co. 15:32) se refiere metafóricamente al alboroto que acabamos de estudiar. No se marchó de repente ni a escondidas, sino que se despidió de los discípulos (v. 1) con toda solemnidad.

2. Su visita a las iglesias de Grecia (v. 2), que él había plantado. Allí se detuvo *por tres meses* (v. 3) y tuvo que alterar su planes de ir a Siria al enterarse de *la conjura que habían tramado los judíos contra él, volviendo* en cambio *por Macedonia* (comp. con 19:21), donde visitó las iglesias de Tesalónica y Filipos, *exhortando* a los creyentes *con abundancia de palabras* (v. 2).

3. Los que le acompañaron en su viaje al Asia Menor (v. 4): *Sópater de Berea* (con toda probabilidad, el *Sosípater* mencionado en Ro. 16:21). Se cuenta entre ellos a *Timoteo* porque, aun cuando Pablo le había dejado en Éfeso al marcharse de allí (v. 1), luego le acompañó con los demás que aquí se mencionan. Todos ellos *les esperaron en Tróade.* Lucas refiere esto en primera persona de plural, dando así a entender que estaba de nuevo en compañía de Pablo, y con él *se embarcó desde Filipos* (v. 6), *pasados los días de los panes sin levadura,* lo que le sirve a Lucas para computar el tiempo, a la vez que él, no judío, da cuenta de cómo Pablo observaba las buenas «costumbres» judías. *Cinco días* duró el viaje, que antaño había durado pocas horas (16:11, 12) por tener el viento en popa. ¡Largo viaje para pasar sólo *siete días* en Tróade! Pero Pablo tuvo por bien empleado el largo viaje, en vista de la oportunidad de edificar a los creyentes de allí.

Versículos 7–12

Aquí tenemos lo que ocurrió en Tróade el último de los siete días que pasó Pablo en aquel lugar.

1. Los cristianos del lugar celebraron un culto solemne, incluido el partimiento del pan. Era domingo, *«el primer día de la semana»* (v. 7), como se llama invariablemente a ese día en el Nuevo Testamento, no «día del Señor» (v. el comentario a Ap. 1:10). Se reunieron *en el aposento alto* (v. 8) de una casa, el cual sería suficientemente amplio («de algún hermano pudiente», como dice Trenchard) para dar cabida a todos. No importa el lugar, si adoramos en espíritu y en verdad. Por el testimonio de Justino mártir (hacia la mitad del siglo II), sabemos que los creyentes celebraban la Cena del Señor todos los domingos.

2. Durante este culto, Pablo predicó un largo sermón de despedida. Por tres veces menciona Lucas (vv. 7, 9, 11) la «largura» del sermón de Pablo. A pesar de la defensa que Trenchard hace de Pablo en esto, parece como si al propio Lucas le hubiese resultado «demasiado largo» el sermón. En descargo de Pablo está el hecho de que era su sermón de despedida y, aunque tendrían los creyentes de Tróade ocasión de oír otros sermones, nunca más volverían a tener tan eximio predicador.

3. Parece ser que la sala estaba abarrotada de gente, pues el joven Eutico (v. 9) estaba sentado en el antepecho de la ventana, abierta y sin cristales. La mención de *las muchas lámparas* (v. 8), en la pluma

del médico Lucas, tiene por objeto, probablemente, darnos a entender que la atmósfera del aposento estaba un tanto viciada por el humo de las antorchas. Esto, añadido a la largura del sermón y al probable cansancio del joven tras un día de fatigosa labor, provocó su sueño, *vencido del cual, cayó del tercer piso abajo y fue levantado muerto.* No fue un desvanecimiento; lo certifica un buen médico (son completamente injustificados los reproches que M. Henry lanza contra el joven: que si se hubiese sentado en el suelo, si hubiese atendido al sermón, etc., no le habría ocurrido eso, nota del traductor).

4. No hay por qué ver en este incidente «la mano del diablo» ni «un aviso de Dios», sino, más bien, *«para que las obras de Dios se manifestasen en él»* (Jn. 9:3), pues esto dio ocasión a que el apóstol (v. 10) obrase en él, por el poder de Dios, el milagro de la resurrección (comp. con 1 R. 17:17–24; 2 R. 4:30–37). Con ello, todos los asistentes fueron *grandemente consolados* (v. 12). Después del milagro, Pablo celebró la Cena del Señor y continuó hablando *hasta el alba.* Lucas, caritativamente, no nos dice si alguien más se durmió. Decía el gran siervo de Dios Dr. Lloyd-Jones (todo es nota del traductor) que imponer unos «determinados minutos» al predicador era ir contra el Espíritu Santo, pero la experiencia propia y ajena me ha enseñado que, cuando el predicador se pasa de la raya, es porque no ha preparado, o calculado bien, el corte y la extensión del mensaje, y se deja llevar de la verbosidad o del entusiasmo del momento. Habrá ocasiones en que tal «extensión» pueda dar algún fruto extraordinario, pero lo corriente es que sirva para trastornar el programa de actos. Los más santos no están libres de este defecto.

Versículos 13–16

1. Salido de Tróade, Pablo se apresura a llegar a Jerusalén, no sin detenerse en lugares costeros, donde tendría oportunidad de edificar a los hermanos. Resuelto a *ir por tierra* (v. 13) a Asón, los demás, y con ellos Lucas, se dirigieron allá por mar, y le esperaron. Dice Leal: «se fue por tierra, sin duda para predicar». Pablo no perdía ocasión de proclamar el mensaje del Evangelio, y por esta ferviente solicitud, bien se le pueden perdonar algunas de sus testarudeces.

2. En Asón (v. 14) se le unieron los que habían llegado por mar y, juntos, *llegaron a Mitilene,* después de *tomarle a bordo.* También por mar (v. 15), tocaron al día siguiente en Quío, *cruzaron al día siguiente hasta Samos, hicieron escala en Trogilio y al día siguiente llegaron a Mileto.* En esta ocasión, *pasaron de largo por Éfeso* (v. 16), pues a Pablo le urgía llegar a Jerusalén *para estar allí el día de Pentecostés.* Había salido de Jerusalén unos cuatro o cinco años antes (18:21, 22) y ahora iba allá a pagar sus respetos a «la iglesia madre». Pentecostés era tiempo de gran concurrencia; además, esta fiesta se había hecho ya famosa entre los cristianos desde que en ella fue derramado el Espíritu Santo. Incluso los que se dedican a negocios lícitos deben hallar tiempo para reunirse, en ocasiones santas, con otros hermanos. Quien no disfruta en comunión con los hermanos, es difícil que disfrute de verdadera comunión con el Señor.

Versículos 17–38

Tenemos ahora el solemne y emocionante discurso de despedida de Pablo a los ancianos de Éfeso, y ser la despedida misma no menos emocionante que su mensaje. Al comparar los versículos 17 y 28, aprendemos dos importantes cosas que pasan desapercibidas para muchos comentaristas:

(A) En Éfeso, como en otras iglesias de extracción gentil (a diferencia de Jerusalén), no había *un solo pastor,* sino varios (comp. 13:1), como lo expresa la frase *«los ancianos de la iglesia».* (B) Estos «ancianos» (gr. *presbíteros,* no en sentido de edad, sino de «veteranía» en la fe) son llamados también «sobreveedores» (gr. *episcopos,* de donde salió lo de «obispo»; comp. con Tito 1:5, 7. El singular aquí, como en 1 Timoteo 3:2, no significa que fuese «único»). Veamos ya el discurso que les dirigió:

1. Apela primero al comportamiento que ha tenido entre ellos desde que llegó al Asia (v. 18): (A) *Había servido al Señor con toda humildad,* nunca había hablado con arrogancia ni se había distanciado del pueblo, sino que siempre se había abajado para servir a los demás; y *con lágrimas,* no de lamentación por sus padecimientos y pruebas, sino por compasión con los demás (Ro. 12:15; 2 Co. 11:29; Fil. 3:18). (B) Le había servido *en medio de las pruebas que le habían venido por las asechanzas de los judíos* (v. 19b). Los fieles siervos de Dios ni se hinchan con los halagos ni se arredran con los insultos y persecuciones, pues sólo se preocupan en salir aprobados de su Señor.

2. Su predicación había sido también como debía ser (vv. 20, 21), pues (A) *no se había retraído de anunciarles nada útil,* tanto en público como en privado (v. 20); *no había rehuido anunciarles todo el consejo de Dios;* o, como expresa mejor la NVI, *«todo el plan de salvación de Dios»,* sin miedos ni favoritismos. Hay porciones del mensaje que raramente se tocan en el púlpito, sea por temor o por incompetencia, lo cual va en detrimento de la edificación de las iglesias. El buen pastor ha de dar a las ovejas los pastos que les convienen, no los que más les gusten; a veces necesitarán purgas, aunque les resulten amargas. (B) Su predicación había sido tan amplia en extensión como profunda en intensidad, pues *había testificado solemnemente a judíos y gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios y de la fe en nuestro Señor Jesucristo* (v. 21). Tanto la fe como el arrepentimiento (cual dos polos del mismo eje) habían sido la materia de los mensajes de Pablo a judíos y gentiles (comp. con 17:30; 26:20), pero puede advertirse aquí cierto contraste (de énfasis más que de tema) entre «judíos» y «arrepentimiento» con «gentiles» y «fe» (comp. 2:38 con 16:31). Una fe sin arrepentimiento sería incapaz de obtener el perdón de pecados; un arrepentimiento sin fe no puede alcanzarnos la justicia de Dios; así que no hay fe genuina sin arrepentimiento sincero.

3. Declara que le esperan nuevas y duras pruebas (vv. 22–24), pues ése es el testimonio que recibe del Espíritu Santo (v. 23). Así va (v. 22) *encadenado en el espíritu o,* quizás, *urgido por el Espíritu,* a Jerusalén, *sin saber lo que allí le espera.* Debemos dar gracias a Dios por no revelarnos lo que nos espera, pues aunque la aflicción nos tome por sorpresa, al menos vivimos sin temor ni sobresalto. Una cosa sabe Pablo: *que le esperan cadenas y tribulaciones.* Pero no por eso se acobarda, sino que, como buen atleta espiritual y fiel soldado de Cristo, sólo le interesa (A) *acabar su carrera con gozo* (comp. 2 Ti. 4:7), y llegar alegre a la muerte que le pondrá en brazos de su Amado Salvador; (B) *cumplir el ministerio que recibió del Señor Jesús* (v. 24) de *predicar el evangelio de la gracia de Dios.* ¿Cabe encargo más sublime y honroso? Pablo no deseaba vivir ni un día más de lo necesario para ser instrumento en manos de Dios para la siembra del Evangelio de salvación.

4. Apela a la conciencia de ellos en cuanto a la integridad con que había cumplido su cometido (vv. 25–27): (A) Puesto que *no han de volver a ver el rostro de él* (v. 25), *les pone por testigos* (v. 26) de que *no es responsable de la perdición de ninguno* (NVI), pues eso es lo que significa la frase *«limpio de la sangre de todos».* Eso es un aviso para los ministros de Dios a que cumplan fielmente su misión de atalayas de la grey (comp. con Ez. 3:18, 19; 33:8, 9), y a los creyentes a que no echen en saco roto las exhortaciones y amonestaciones de sus pastores. (B) Les pone igualmente por testigos de que les ha proclamado *todo el plan de salvación de Dios* (NVI). El Evangelio es el plan de Dios para la salvación de los hombres, y los ministros de Dios tienen el privilegio y el deber de anunciarlo *puro,* sin mezcla de doctrinas humanas, y *entero,* sin ocultar nada, por difícil o duro que pueda parecer a los oyentes y al mismo predicador.

5. Les encarga que cumplan fielmente con su deber (v. 28): (A) Pues *han sido puestos por el Espíritu Santo.* Aunque hayan sido presentados por la congregación (comp. 6:6), y designados por los líderes (14:23, bien traducido) es el Espíritu Santo el que les otorga los dones (1 Co. 12:4, 7 y ss.) y el que les envía al cargo que ostentan (13:4). (B) *Han de cuidar,* pues, primero *de sí mismos* a fin de ser diligentes y ejemplares y, después, de *la grey de Dios* (1 P. 5:2), de *apacentar la iglesia del Señor* (v. 28), no suya.

6. Tres grandes motivos para el fiel desempeño del ministerio pastoral (vv. 28b, 29–31): (A) Ninguna oveja debe perderse por culpa o negligencia de los pastores, puesto que *Dios adquirió para sí la Iglesia al precio de la sangre de su propio [Hijo]* (NVI, según la lectura más probable). Compárese 1 Pedro 1:18 y ss. Lo que tanto ha costado, por fuerza debe de tener gran valor. ¿Nos damos cuenta de lo que vale una sola alma? ¡No la echemos a perder! (v. 1 Co. 8:11). No olvidemos que Dios es buen «mercader», pues nadie como Él sabe el justo precio de las cosas. (B) Después de la muerte de Pablo (v. 29), *iban a entrar en el rebaño lobos feroces que no escatimarían la vida de las ovejas.* Si es cosa tan grave ser un pastor mercenario (Jn. 10:12), asalariado, que *huye cuando viene el lobo,* ¿qué diremos cuando el pastor se mete a lobo y arrebata él mismo las ovejas, llevándolas a la perdición? Esto se iba a cumplir en el mismo siglo X de nuestra era (v. 1 Jn. 2:18–27, comp. con 1 Ti. 4:1 y ss.). Uno de los misterios más grandes de la Historia Eclesiástica es la temprana entrada de la apostasía en la Iglesia. Tan pronto como murieron los apóstoles, comenzaron a surgir (v. 30), lenta pero decididamente, doctrinas y prácticas contrarias a la Palabra de Dios. (C) Era menester, pues, *velar recordando que, por tres años, de noche y de día, Pablo no había cesado de amonestar con lágrimas a cada uno* (v. 31). Él había cumplido bien su oficio de atalaya de pastores y ovejas. Con su palabra y su ejemplo les había dejado un buen modelo que imitar

(comp. con 1 Co. 11:1). ¿Quién de los oyentes no vibraría de emoción al oír esa exhortación del gran apóstol? ¿Quién tendría excusa para comportarse después con negligencia? *Con lágrimas* les servía a ellos, así como *con muchas lágrimas había servido al Señor* (v. 19).

7. Los recomienda a la guía, a la gracia y al poder de Dios (v. 32): (A) Véase cómo los encomienda a Dios; ora *por* ellos, así como después (v. 36) orará *con* ellos. Él se marcha y no volverán a ver su rostro, pero Dios estará con ellos y no los desamparará, pues es amoroso y todosuficiente. (B) Los encomienda igualmente *a la palabra de su gracia* (no al Verbo, sino al Evangelio), *que tiene poder* (v. Ro. 1:16) doble: (a) para *sobreedificaros,* es decir, para asegurar vuestro crecimiento espiritual ya desde ahora; (b) para *daros herencia con todos los santificados,* aquella «herencia» escatológica de la que habla Pedro (1 P. 1:4, 5). El Evangelio nos ofrece, no sólo el conocimiento de la gracia de Dios, sino también las promesas de la gloria de Dios. Esto está reservado *a los santificados,* es decir, a los que han nacido de nuevo para entrar en el Reino.

8. Se recomienda a sí mismo, no por jactancia, sino como testimonio y para ejemplo de los pastores (vv. 33–35): (A) *«Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado»* (v. 33. Comp. con las palabras de Samuel en 1 S. 12:3). Lejos de codiciar lo ajeno, *él gastaba lo suyo y se desgastaba así* mismo por los demás (2 Co. 12:14, 15). (B) Precisamente por eso, añade, *«vosotros mismos sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido»* (v. 34). Pablo tenía una cabeza y una lengua con las que poder ganarse el sustento y, por predicar el Evangelio, tenía derecho a vivir de él (1 Co. 9:14), pero él mostraba aquellas *manos,* no finas y delicadas de repasar papiros, sino duras y callosas de fabricar lonas. Más aún, lejos de dejar que otros ganaran para él, él ganaba para sustentar a los que estaban con él. No vamos a criticar a sus acompañantes, pero la verdad es que quienes están decididos a tomar el remo para navegar, han de hallar que los demás estarán muy contentos de disfrutar del paisaje. (C) Para mejor exhortarles a la generosidad que tan bien practicaba él, les cita una frase del Señor que no figura en los Evangelios, pero él la conocía, sin duda, por declaración de los apóstoles: *«Hace más feliz el dar que el recibir»* (v. 35). El criterio del mundo es contrario a esto: los mundanos prefieren recibir (y aun robar) a dar. Una ganancia (cuanto más fácil, mejor) es la suprema aspiración de los que ponen la felicidad en las cosas de este mundo, pues con dinero pueden alcanzar todo lo demás. Pero el criterio divino es diferente: *Dar* nos asemeja a Dios, que da todo a todos y no recibe de ninguno cosa que Él no haya dado; también nos asemeja al Señor Jesús, quien *pasó haciendo el bien.* Es más agradable dar a los agradecidos, pero todavía es más honorable dar a los que son desagradecidos, pues entonces tenemos a Dios como único galardonador.

9. Llega la hora de la despedida, que fue muy solemne y muy emotiva (vv. 36–38):

(A) *«Dicho esto, se puso de rodillas y oró con todos ellos»* (v. 36). La reverencia y humildad de la oración se echan de ver en la postura, frecuente en Pablo (v. Ef. 3:14), aunque casi pasada de moda entre los evangélicos. Fue una petición acompañada de adoración. ¡Buena oración, después de tan buen sermón! También nosotros debemos orar al despedir o al visitar a nuestros hermanos en la fe. Pablo seguía en esto el ejemplo del Maestro (v. Jn. 17:1. Me atrevo a decir, nota del traductor, que así como a Juan 17 se le llama el «Lugar Santísimo» de tal Evangelio, yo llamaría «Lugar Santísimo» de *Hechos* al cap. 20).

(B) Se despidieron todos *con gran llanto* (v. 37), y *echándose al cuello de Pablo, le besaban afectuosamente,* según costumbre secular, y cristiana, de los orientales (v. el comentario a Ro. 16:16). Lo que más les había llegado al corazón era *la palabra que había dicho, de que no verían más su rostro.* Toda despedida entre buenos amigos es triste, pero la última despedida es la más triste de todas. ¡Gracias a Dios, aunque no volvamos a ver en este mundo el rostro de nuestros seres queridos y de nuestros buenos amigos, los volveremos a ver para siempre, y mejorados, en otro mundo mejor!

(C) *«Y le acompañaron al barco»* (v. 38b), para gozar un poco más de su compañía y conversación y verle por un poco más de tiempo. Para consuelo de ambas partes, la presencia espiritual de Cristo se iba con Pablo, pero se quedaba al mismo tiempo con los ancianos de Éfeso. Dice bellamente Trenchard: «Con los ojos arrasados aún por las lágrimas, la pequeña compañía pasa por las calles de Mileto y desciende al puerto, y no dejar a Pablo hasta verle embarcado; y aun podemos pensar que los hermanos no dejaron el muelle hasta que la vela latina de la embarcación desapareciera detrás del promontorio, y señalar el fin de una época, tanto para ellos como para el apóstol».

CAPÍTULO 21

Seguiremos a Pablo hasta Jerusalén, y de allí a cadenas perpetuas. Nos parece una gran pena que esto sucediese. Sin embargo, Pablo glorificaba a Dios en la prisión tanto como en el púlpito. I. Diario de viaje desde Éfeso hasta Cesarea (vv. 1–7). II. La oposición que hubo de confrontar, por parte de sus amigos, en Cesarea, pues querían persuadirle a que no fuese a Jerusalén (vv. 8–14). III. Viaje de Pablo desde Cesarea a Jerusalén (vv. 15–17). IV. Se somete allí al deseo de los hermanos para que demostrase mediante un sencillo rito que no era enemigo de la Ley de Moisés (vv. 18–26). V. Eso mismo les da ocasión a los judíos para acusarle de profanar el templo (vv. 27–30). VI. Escapa a duras penas de ser linchado por el populacho y es puesto a salvo por el tribuno, quien le permite dirigirse personalmente al pueblo (vv. 31–40).

Versículos 1–7

1. El dolor de la separación de Pablo, con los que le acompañaban, de los ancianos de Éfeso, se echa de ver en la frase misma de Lucas con que se encabeza el capítulo (v. 1): *«Después de separarnos de ellos»*. Penosa fue para Pablo la separación, como lo fue también para los de Éfeso, pero no quedaba otra alternativa.

2. El próspero viaje que llevaron a cabo (v. 1b): *«zarpamos y fuimos con rumbo directo a Cos, y al día siguiente a Rodas, y de allí a Pátara»*. Se ve que el viento les fue favorable, aunque en Pátara tuvieron que cambiar de barco para seguir adelante (v. 2). La providencia de Dios les proporcionó un barco que iba a Tiro, puerto de Fenicia. Los recuerdos se le agolparían a Pablo en la cabeza *al avistar Chipre*, primera etapa de su primer viaje misionero con Bernabé (13:4 y ss.) y lugar al que se había dirigido Bernabé, tras la acalorada discusión con Pablo, al comienzo del segundo viaje misionero de éste (v. 3); y «dejándola (a Chipre) *a mano izquierda*, y pasar por debajo de la isla, como se puede ver en un mapa, *navegamos hacia Siria y arribamos a Tiro* (puerto de enlace), *porque el barco había de descargar allí»*.

3. Estancia de Pablo en Tiro.

(A) Buscó y *descubrió dónde estaban allí los discípulos* (v. 4. NVI). A Fenicia habían llegado algunos de los dispersados con motivo de la persecución que se produjo tras la muerte de Esteban (11:19) y, después (15:3), no cabe duda de que había en la iglesia de Tiro hermanos de extracción gentil junto con los judíos convertidos. *Se quedó allí siete días.* Lo mismo en Tiro que en las demás ciudades, abundaba el don de profecía (20:23), y también allí *le daba testimonio el Espíritu Santo,* por medio de los profetas locales. La frase *«que no subiese a Jerusalén»* no significa que el Espíritu Santo le prohibiese a Pablo ir a Jerusalén (comp. con v. 14b y, especialmente, con 23:11b), sino que los hermanos de Tiro, al saber por el don de profecía lo que le iba a ocurrir, querían persuadirle a que no fuese a Jerusalén.

(B) Los discípulos de Tiro mostraron gran cariño y respeto a Pablo y a sus acompañantes, pues *salieron a despedirles todos, con sus mujeres y sus hijos, hasta fuera de la ciudad* (v. 5). Así se nos enseña, no sólo a respetar debidamente a los fieles ministros del Señor, sino también a educar a nuestros hijos, desde la niñez, en ese respeto y esa devoción al Señor en la persona de sus fieles siervos.

(C) Como en Mileto con los ancianos de Éfeso (20:36, 37), también en Tiro (v. 5b), la despedida se hizo con oración *de rodillas en la playa.* Dice J. Leal: «La oración de rodillas en la playa no debe extrañar entre orientales. Hoy mismo los musulmanes hacen sus oraciones en plena calle o plazas, si se presenta. Los orientales son más piadosos que nosotros y tienen menos respeto humano». Mr. George (Jorge) Herber decía: «El arrodillarse no ha estropeado jamás unas medias de seda».

(D) La separación (v. 6): «*Y tras despedirnos los unos de los otros, subimos al barco, y ellos se volvieron a sus casas»*. Pablo dejó detrás de sí la bendición para los hermanos de Tiro que se volvieron a sus casas respectivas, y los de Tiro acompañaron con sus oraciones a los que se hacían a la mar.

4. Llegada a Tolemaida (v. 7). Allí *se quedaron un día,* con lo que tuvieron la oportunidad para *saludar a los hermanos* de allí. Pablo no consentiría en pasar de largo sin tener unas horas de comunión con los hermanos de allí; poco era *un día*, pero mejor era una corta visita que nada.

Versículos 8–14

Tenemos ahora a Pablo y sus acompañantes que llegan a Cesarea, ciudad donde, por primera vez, fue predicado el Evangelio a los gentiles en casa de Cornelio, y *cayó sobre ellos el Espíritu Santo* (10:1, 44).

1. En Cesarea residía desde hacía muchos años *Felipe el evangelista* (v. 8), *que era uno de los siete* diáconos (v. 6:5, comp. con 8:40), y *se hospedaron en su casa.* La mención (v. 9) de *las cuatro hijas solteras* (gr. *vírgenes)* de Felipe, *que tenían el don de profecía* (NVI), tiene quizá por objeto insinuar que también ellas, movidas por el Espíritu Santo, le profetizaron a Pablo lo que le iba a suceder en Jerusalén, aunque el texto sagrado no dice nada con respecto al particular. Aclaremos que, aunque Pablo no permitía a las mujeres hablar en las reuniones formales de la comunidad (1 Co. 14:34) ni enseñar autorizadamente donde había varones competentes para ello (1 Ti. 2:11–15), sí parece admitir que las mujeres pueden orar y profetizar públicamente en algún lugar (1 Co. 11:5).

2. Predicción especial de los sufrimientos que le esperaban a Pablo en Jerusalén, al ser ahora un profeta notable quien los predice (vv. 10, 11). Pablo y sus acompañantes se quedaron *bastantes días* (v. 10) en Cesarea. No se nos dice por qué se quedó allí tantos días, pero podemos estar seguros de que no estuvo ocioso durante ese tiempo. *Llegó allá desde Judea un profeta llamado Ágabo;* sin duda, el mismo que en Antioquía de Siria (11:28) había profetizado el hambre general que había de ocurrir en tiempo del emperador Claudio. Parece ser que llegó con el decidido propósito (v. 11) de profetizar lo que otros habían hecho, pero él lo hizo con un gesto altamente simbólico, al estilo de los profetas del Antiguo Testamento, y con más detalle: *Tomó el cinto* (o faja) *de Pablo y, atándose los pies y las manos, dijo: Así atarán los judíos en Jerusalén al varón de quien es este cinto, y lo entregarán en manos de los gentiles.* Una y otra vez se le predecía a Pablo lo que le había de ocurrir, a fin de que estuviese mejor preparado para ello.

3. La gran insistencia con que sus amigos intentaban disuadirle de ir a Jerusalén (v. 12). Por lo que Pablo dice (v. 13), le importunaban con lágrimas, por el afecto que le tenían. A veces, es necesario tratar de convencer a los fieles siervos de Dios que se exceden en su trabajo para que no se desgasten prematuramente. Pero en el caso presente, los amigos de Pablo se dejaban llevar de la debilidad de la carne, pues sabían que había emprendido este viaje bajo la dirección del Espíritu Santo (v., con todo, lo que decimos en el punto 5).

4. La bravura con que resistió Pablo la tentación (v. 13): Tantos ruegos y lágrimas *le quebrantaban el corazón,* tendían a quitarle el ánimo y la resolución de proseguir el viaje. Le quebrantaba sobre todo el corazón tener que oponerse a sus ruegos y lágrimas, ya que no podía en conciencia acceder a lo que le pedían. Al pensar que le hacían un favor, le estaban haciendo daño. Si estos hermanos de Cesarea hubiesen conocido de antemano el próximo futuro, se habrían alegrado en cierto modo de que Pablo fuese a Jerusalén, pues precisamente al ser arrestado allí, fue enviado a Cesarea (23:33), donde continuó, al menos, por dos años (24:27). La iglesia de Cesarea pudo disfrutar de la compañía y los consejos de Pablo al estar allí encarcelado, mucho más que si hubiese disfrutado de entera libertad yendo de una parte a otra. Pablo repite su resolución de seguir adelante, a pesar de ruegos y lágrimas (v. 13b): *«Porque yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús».* Como si dijese: «Es voluntad de Dios, y yo estoy dispuesto, preparado y resuelto a lo que venga. Con su gracia, no sólo podré soportarlo, sino hasta sufrirlo con gozo». No se arredra ante nada; declara lo peor que le puede suceder, que es la muerte, para dar a entender hasta dónde se extiende su resolución de sufrir por el nombre de Jesucristo.

5. Ante esta firme resolución de Pablo, sus amigos cedieron en sus ruegos y accedieron a que continuase su viaje. Se dieron cuenta de que Pablo tenía fuertes razones para obrar como lo hacía. El propio Lucas se había unido a los que intentaban disuadirle, pues dice (v. 14): «desistimos». La frase con que se someten *(«Hágase la voluntad del Señor»)* puede entenderse de dos maneras: (A) «Hágase la voluntad del Señor, no la nuestra, pues Pablo conoce mejor que nosotros lo que Dios quiere que haga»; (B) «¡Sea lo que Dios quiera, ya que no podemos persuadir a Pablo para que no vaya!» Con todo el respeto para la opinión de los más—nota del traductor—, mi opinión es que debe entenderse en el segundo sentido, dada la fraseología del original. M. Henry la da como probable.

Versículos 15–26

1. Para demostrar que estaban dispuestos a correr la misma suerte que Pablo (comp. con Jn. 11:16), no sólo Lucas y los demás que le habían seguido hasta Cesarea, sino incluso *algunos de los discípulos de*

Cesarea (vv. 15, 16), tomaron sus bagajes, sin servirse de mozos de cuerda, y se fueron con él a Jerusalén. Parece como si el gran denuedo del apóstol hubiera envalentonado a todos los demás. Consigo llevaron también a un creyente *antiguo,* es decir, de los primeros que habían creído, natural de Chipre, Mnasón (mejor, Mnason) de nombre, en cuya casa, al parecer amplia, se iban a hospedar (v. 16). Este chipriota demostró su bien probada fe al dar alojamiento en su casa a tan numerosa compañía. Con discípulos así, bien puede un creyente hospedarse con gozo y gratitud al Señor, que da tales dones a los hombres.

2. La acogida que tuvieron en Jerusalén (v. 17): (A) *Los hermanos los recibieron con gozo.* El vocablo para «recibir» es el mismo de 2:41. La NVI lo vierte así: «nos *prodigaron una calurosa acogida»;* esto muestra que, a pesar de que la delegación incluía muchos creyentes de extracción gentil, «los guías espirituales (de Jerusalén) reconocían con alegría la gran obra que Pablo realizaba como apóstol de los gentiles» (Trenchard). (B) Por su parte, los delegados (y Pablo con ellos) giraron *al día siguiente* (v. 18) una visita *a Jacobo,* o Santiago, el hermano del Señor y presidente de la comunidad de Jerusalén, como vimos en el capítulo 15. Lucas hace notar que, con él, *se hallaban presentes todos los ancianos* de la iglesia.

3. El informe que Pablo dio de su labor entre los gentiles a los líderes de la «iglesia madre» (v. 19): «*les contó una por una las cosas que Dios había hecho entre los gentiles por medio de su ministerio*». No da su informe a Jacobo como a un superior jerárquico, sino como a un colaborador (v. el comentario a 1 Co. 3:9). Su informe fue bien detallado a fin de que apareciese más gloriosa la gracia de Dios en circunstancias tan variadas como habían sido las de los viajes misioneros del apóstol. Y así como Pablo atribuía todo a *Dios que había hecho aquellas cosas* por medio de Pablo, *ellos glorificaron* (v. 20), no a Pablo, sino *a Dios,* pero, con esto mismo, mostraban que no tenían envidia a Pablo, a pesar del gran prestigio que ganaba entre los creyentes de todos los lugares.

4. La petición que los ancianos de Jerusalén (se incluye tácitamente a Jacobo) hicieron a Pablo de que diese satisfacción a los judíos creyentes al mostrar públicamente que no iba contra la Ley de Moisés, según se rumoreaba (vv. 20b–25). Esta porción requiere un cuidadoso análisis por los malentendidos que ha suscitado.

(A) Desean que Pablo se percate del éxito que la predicación del Evangelio ha tenido en la propia Palestina. El cómputo suena un poco a hipérbole: «*Contemplas, hermano, cuántas miríadas* (decenas de mil) *hay entre los judíos de los que han creído*» (lit.). Le llaman «hermano», a pesar de ciertas diferencias de opinión, y parecen animarle a glorificar a Dios por unas conversiones mucho más numerosas que todas las que Dios había obrado por medio de Pablo en todos sus viajes misioneros; esto, sin duda alguna, había de alegrar a Pablo, quien tampoco tenía envidia al guna de los éxitos ajenos, ya que el éxito y el fruto eran, al fin y al cabo, en todos los casos, de Dios. Pero dicho «cómputo hiperbólico» lleva una intención determinada, como se ve por el contexto (todo el análisis de estos versículos es obra del traductor).

(B) Le hacen ver que, a pesar de ser tan numerosos los convertidos, *todos son celosos por la ley,* es decir, todos observan fielmente los preceptos de la ley mosaica. M. Henry y el propio L. S. Chafer, cometen un error garrafal al pensar que esto lo decían *con tristeza,* como lamentándose de «la debilidad prevaleciente entre los judíos creyentes» (M. Henry). Bastaría la lectura de Gálatas 2:12 y ss. para percatarse de tal equivocación. Sin llegar a ser propiamente «judaizantes» (como se ve por el v. 25), la mayoría de la comunidad de Jerusalén, con Jacobo a la cabeza, eran partidarios de la observancia de la Ley, aunque no como «yugo», sino como norma válida de conducta (comp. con Stg. 1:25; 2:10–12 y el énfasis, no la doctrina, de Stg. 2:14–26). En el otro extremo del «espectro», siempre cristiano, estaba Pablo con su énfasis sobre la nulidad, y hasta los efectos relativamente dañosos, de la Ley. En el medio, algún tanto fluctuante, vemos a Pedro, como se palpa en las respectivas intervenciones en el sínodo de Jerusalén (cap. 15) y en el incidente de Gálatas 2:12 y ss.

(C) Le informan del desafecto que le habían cobrado aquellos miles de judíos creyentes, a causa de cierta información tendenciosa que se les había dado (v. 21): «*que enseñas a todos los judíos que están entre los gentiles a apostatar de Moisés, diciéndoles que no circunciden a sus hijos ni observen las costumbres*». Este informe era totalmente falso, pues Pablo había hecho circuncidar a Timoteo (16:3) y a ningún judío había prohibido observar las costumbres de sus padres. Él mismo se portaba como judío observante.

(D) Le proponen que, para demostrar que es falso el cargo que se le hace, *acompañe a cuatro hombres que tienen que cumplir un voto, se purifique con ellos y les pague el gasto de rasurarse la*

cabeza (vv. 23, 24). Puesto que el voto de nazareo había de cumplirse, según la tradición (no hay precepto bíblico acerca del tiempo), en treinta días como mínimo, la mención de *siete días* en el versículo 27 ha desconcertado a muchos exegetas, pero Lucas no dice que eran siete los días del cumplimiento del voto, sino de la purificación (comp. con Nm. 6:9); ése era el plazo en que había de terminarse el ceremonial.

(E) Para que esto no pareciese una contravención de lo decretado en el sínodo de Jerusalén (cap. 15), añaden que, *en cuanto a los gentiles que han creído* (v. 25), se han limitado a transmitirles las instrucciones del citado sínodo (15:20, 29). Sabían cuán celoso era Pablo de la libertad de los gentiles convertidos y, por eso, se refieren expresamente a dichas instrucciones para no suscitar la intranquilidad del apóstol.

(F) Pablo no vio en ello nada contra su conciencia de judío cristiano y accedió por el bien de los demás, como era su norma (Ro. 14:13–23; 1 Co. 8:1–13; 9:20). Él mismo había cumplido un voto similar (18:18). De esta forma, se conseguían tres buenos resultados: (a) La multitud (v. 22) quedaría satisfecha; (b) él mismo quedaría rehabilitado ante la multitud y (c) los líderes de la iglesia se verían descargados de una grave preocupación. Sin embargo, esta medida de «prudencia» iba a tener terribles consecuencias, aunque dentro del plan de Dios sobre Pablo.

Versículos 27–30

Vemos a Pablo puesto en una situación que no podíamos prever. 1. Es arrestado en el templo, precisamente cuando cumplía lo que Jacobo y los ancianos de la iglesia le habían aconsejado que hiciese para rehabilitarse ante los judíos creyentes (v. 27). Fue casi al final de los siete días de la purificación cuando se dieron cuenta de él, y *le echaron mano* en el templo, donde debería haber hallado refugio, profanándolo así los que sin culpa suya le arrestaron, como si él fuera quien profanaba el templo. Si consideramos el disgusto que esto debió de causar a Jacobo y a los ancianos, al ver que por el consejo que habían dado a Pablo, éste había sido arrestado, aprenderemos a no obligar a nadie a hacer algo que sea contrario a lo que ellos piensan.

2. Los que dieron el informe de que Pablo estaba profanando el templo, además de ser él quien, según ellos, *enseñaba a todos contra el pueblo, la ley y este lugar* (v. 28), fueron *unos judíos,* no de Jerusalén, sino *de Asia,* es decir, de la dispersión, quienes eran los que más irritados estaban siempre contra él. Los que menos frecuentaban el templo, parecían los más celosos por el templo, como si con arrestar a Pablo quisiesen expiar su propia negligencia de los servicios del templo.

3. El método que siguieron para echar mano a Pablo fue *alborotar a toda la multitud* (v. 27b). Comenzaron por pedir auxilio (v. 28): *«¡Varones israelitas, ayudadnos!»* El cargo de que le acusaban principalmente era de profanar el templo, imaginándose falsamente que había introducido en el atrio de los judíos *a Trófimo,* creyente gentil *de Éfeso, con quien le habían visto por la ciudad* (v. 29), lo cual estaba sancionado con la pena capital, pero era un cargo falso, pues Pablo había acudido allá con judíos únicamente.

4. ¿En qué se apoyaban estos judíos para acusar a Pablo de los demás cargos que presentan contra él? (A) Lo de que *enseñaba contra el pueblo* se apoyaba en una falsa comprensión de la doctrina, no sólo paulina, sino cristiana, de que judíos y gentiles formaban un solo cuerpo en Cristo, en cuanto a lo de ser salvos por el arrepetimiento y la fe. (B) Lo de *enseñar contra la Ley* era, asimismo, el desconocimiento de la doctrina bíblica, ya profetizada para todos, y ejercitada por los mismos santos del Antiguo Testamento (v. Ro., especialmente caps. 4 y 10), de que el hombre se justifica por la fe, y ser la Ley un medio para diagnosticar el pecado. (C) La supuesta *enseñanza contra el templo* era la opinión de los judíos incrédulos «sobre la enseñanza de Pablo en cuanto a las operaciones del Espíritu Santo (la base es la Obra redentora de Cristo) en oposición a toda idea que concediera valor espiritual último y final a lugares y a ritos, dejando aparte su valor temporal como símbolos instituidos por Dios» (Trenchard).

5. Con estos gritos y estos falsos lugares comunes, pero eficaces para soliviantar a las masas, consiguieron (v. 30), como ocurre con toda actuación demagógica, que *toda la ciudad se alborotó y la gente vino corriendo desde todas las direcciones* (NVI). A continuación, *se apoderaron de Pablo, le arrastraron fuera del templo e inmediatamente cerraron las puertas.* Vemos así a Pablo a punto de ser linchado por las turbas en un tumulto popular sin justificación alguna, echado del templo por la fuerza, y los levitas encargados del servicio del templo cierran las puertas para que no pueda entrar ningún gentil, una vez que ya han sacado afuera al presunto «profanador».

Versículos 31–41

Vemos ahora a Pablo rescatado de manos de sus enemigos judíos por medio de un romano enemigo de los judíos.

1. Cuando los alborotadores procuraban matarle (v. 31), llegó al *tribuno de la compañía* un informe de lo que estaba ocurriendo, y él, no por simpatía hacia Pablo, sino por mantener la paz y el orden público, *tomando enseguida* (v. 32) *soldados y centuriones, bajó corriendo hacia ellos.* La sola vista del tribuno (jefe de mil soldados) con varios centenares de soldados, bastó para frenar a las turbas, pero, al suponer el tribuno que Pablo había cometido algún delito (v. 33), *le mandó atar con dos cadenas* para someterle a interrogatorio. Los que no temían la justicia de Dios quedaron aterrados por el poder de Roma. Dios protege muchas veces a los suyos por manos de quienes no sienten afecto hacia los suyos.

2. El interrogatorio no pudo llevarse a cabo allí a causa de los gritos de la multitud; ya que (v. 34), *al gritar unos una cosa, y otros otra* (comp. con 19:32), el tribuno no se enteró de la causa por la que le habían arrestado, por lo que *mandó llevarle a la fortaleza,* es decir a la Torre llamada Antonia. La cosa no fue fácil, porque, *«al llegar Pablo a la escalinata, la furia del populacho llegó a tal extremo, que tuvo que ser llevado en volandas por los soldados»* (v. 35. NVI). Al no poder alcanzarle, *la muchedumbre del pueblo* (v. 36) *venía detrás, gritando: ¡Acaba con él!* El verbo griego es el mismo que ocurre en Lucas 23:18; Juan 19:15, y las circunstancias se parecen algo, en menor escala, es cierto, a las del Señor ante el tribunal de Pilato.

3. Por fin, pudo Pablo obtener permiso del tribuno (v. 37) para decir algo. *«Dijo al tribuno: ¿Se me permite decirte algo?»* ¡Véase la cortesía y la humildad con que pide permiso para hablar! Pablo sabía bien cómo dirigirse a reyes y emperadores; sin embargo, ¡con qué modestia pide a este coronel permiso para hablar!

4. El tribuno se sorprende al ver que Pablo le hace la petición en griego. Esto ocurría, con la mayor probabilidad, el año 57 de nuestra era, y el incidente que el tribuno menciona (v. 38) había ocurrido, según Flavio Josefo, el año 54. Como el autor de la sedición había desaparecido, el tribuno sacó la conclusión de que *el egipcio aquel* debía de ser Pablo mismo.

5. Pablo rectifica la equivocación del tribuno, y le da información directa y exacta de sí mismo (v. 39): *«En realidad, yo soy judío, tarsense de Cilicia, ciudadano de una ciudad no insignificante»* (lit.). No habla así para gloriarse de su ciudadanía romana, sino para dar cuenta exacta de su país y de la ciudad en que nació.

6. A continuación, pide permiso (v. 39b) para hablarle al pueblo: *«Te ruego,* le dice, como quien se limita a pedir un favor, *que me permitas hablar al pueblo».* El tribuno, al librarle de las garras del populacho, tenía intención de darle la oportunidad de que explicase su conducta, y él ruega que le permita defenderse a sí mismo, pues no necesitaba otra cosa que el esclarecimiento de los hechos para que se conociese la verdad, y el Espíritu Santo vendría en su ayuda en estos momentos (v. Mt. 10:20). Concedida, pues, la venía del tribuno (v. 40), Pablo hizo la consabida señal con la mano para pedir silencio y, *hecho un gran silencio,* se dirigió al pueblo *en lengua hebrea,* esto es, en el arameo de aquel distrito. ¡Al menos, iban a escucharle!

CAPÍTULO 22

I. Discurso de Pablo al pueblo, en el que da testimonio de su anterior fanatismo y de su posterior conversión a Cristo (vv. 1–21). II. El populacho le interrumpe y tiene que ser rescatado por segunda vez, y el curso que el tribuno sigue para hallar el motivo de estos grandes clamores contra Pablo (vv. 22–25). III. Pablo hace valer su condición de ciudadano romano, y el tribuno envía la causa al Sanedrín (vv. 26–30).

Versículos 1–21

1. Pablo se dirige al pueblo con admirable compostura, sin miedo y sin pasión, dándoles los más respetuosos títulos (v. 1): *«Hermanos* (de raza) *y padres* (los ancianos del pueblo), *oíd, etc.»* (comp. con

7:2). Quiere mostrar que, al fin y al cabo, es uno de ellos, y va a presentar su *«defensa»*, petición justa, pues todo ser humano que es acusado de algo tiene derecho a responder por sí. Les *habló en lengua hebrea* (v. 2), es decir, en arameo, con lo que confirmaba que era judío. Entonces, ellos *guardaron silencio.* El tribuno se había sorprendido al oírle hablar en griego (21:37); ahora éstos parecen sorprenderse al oírle en su lengua. En ambos casos, sube el prestigio del acusado. Muchos hombres sabios y buenos son menospreciados sólo por ser poco conocidos.

2. Pablo comienza su defensa (v. 3) y repite lo que había dicho al tribuno *(«judío tarsense de Cilicia»),* pero añade lo que más podía interesar al auditorio judío: «criado *en esta ciudad* (Jerusalén), *instruido a los pies de Gamaliel,* quien era tenido por el rabino más prestigioso de su tiempo (v. 5:34), *estricto observante de la ley de nuestros padres* (frase que comprende también las tradiciones de los mayores), *celoso de Dios como hoy lo sois todos vosotros».* Bien lo había demostrado (v. 4): *«Y perseguí este Camino hasta la muerte, etc.»* (v. 8:3; 9:2). No sólo era de mente bien instruida, sino de corazón extremadamente celoso. *El sumo sacerdote y los ancianos* (v. 5) *le eran testigos* del ardor con que persiguió a la Iglesia como un enemigo mortífero. Menciona todo esto para mejor poner de relieve el tremendo cambio que se había operado en él por la pura gracia de Dios.

3. La forma en que fue convertido (vv. 6–11). No fue por causas naturales, sino (A) por efecto de una *gran luz celestial que le rodeó* (v. 6), y los judíos sabían que una luz del cielo había de proceder de Dios; (B) por efecto de *una voz,* también del cielo, *que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* (v. 7). Ante la pregunta de Pablo, el de la voz había respondido (v. 8): «*Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues*». Para salir al paso de la objeción: «¿Cómo es que la luz y la voz operaron en él ese cambio, y no en los que le acompañaban?» Pablo asegura (v. 9) que ellos *vieron la luz ciertamente (y* oyeron el sonido de la voz, 9:7), *pero no entendieron* lo que decía *la voz del que hablaba con él.* Y, como la fe viene por el oír (Ro. 10:17), el cambio se operó en él que oyó lo que la voz decía, no en los que sólo habían visto la luz y oído el sonido de la voz. (C) Inmediatamente había recibido *del Señor* (v. 10) instrucciones sobre lo que debía hacer. Y, como había quedado ciego por el tremendo resplandor de la luz, *tuvo que ser llevado de la mano hasta Damasco.* Los pecadores inconversos son cegados por el poder de las tinieblas y su ceguera es perpetua, pero los pecadores convictos y cegados por la luz, como Pablo, padecen una ceguera temporal, a fin de ser mejor iluminados después. Cuando era simplemente un fariseo, Pablo estaba orgulloso de su «vista» espiritual (comp. con Jn. 9:40), pero ahora quedaba cegado para que se percatase de su ceguera espiritual.

4. La manera en que fue firmemente establecido en el cambio que en él se había operado, y las ulteriores instrucciones que había recibido, por mano de Ananías (vv. 12–16).

(A) Este Ananías no era una persona llena de prejuicios contra el país y la religión de los judíos, sino que era (v. 12) *varón piadoso según la ley* y, además, *tenía buen testimonio de todos los judíos que allí habitaban.* Éste era el primer cristiano con quien Pablo había tenido contacto amistoso.

(B) La curación de la vista por manos de dicho Ananías (v. 13). Para asegurarle que lo hacía de parte, y con el poder, de Cristo, le dijo: *«Hermano Saulo, recobra la vista».*

(C) La declaración de Ananías del gran favor que Dios le había otorgado a Pablo: (a) En cuanto al pasado y al presente (v. 14), *Dios, el Dios de nuestros padres* (con lo que Ananías declaraba ser también judío) *te ha elegido para darte a conocer su voluntad, para que vieses al Justo y oyeses sus palabras* (NVI), y conociese así la voluntad de Dios por medio del propio Hijo de Dios. Esteban le había visto de pie a la diestra de Dios (7:55) pero Pablo le vio como a la diestra de Él mismo. «El Justo» es título claramente mesiánico (comp. 3:14; 7:52; 1 Jn. 2:1) y el *oír la voz de su boca* pone de relieve la comunicación personal que, como apóstol, había recibido directamente del Señor. (b) En cuanto al futuro (v. 15), Pablo *había de ser testigo, ante todos los hombres, de lo que había visto y oído.* No se hace distinción entre judíos y gentiles, entre reyes y vasallos, para destacar el carácter universal del testimonio del apóstol. La repetición de su experiencia, tanto aquí como en el capítulo 26, insinúa que daría, con mucha frecuencia, el mismo testimonio en sus predicaciones, a fin de mejor obtener la conversión de otros. Si él, perseguidor y blasfemo, había conseguido gracia, ¿quién podía desesperar de obtener el favor de Dios?

(D) La exhortación de Ananías a que *se bautizase para perdón* (signo del perdón) *de sus pecados* (comp. con 2:38; 9:18). Es *la invocación del nombre del Señor la que salva* (Ro. 10:13, así como Jl. 2:32: Hch. 2:21). Con la circuncisión, había entrado en pacto con Dios, pero con el bautismo se había dedicado a Dios en Cristo. La frase: *«¿a qué esperas?»* indica que la ordenanza del bautismo no debe retrasarse

más de lo necesario para que los líderes de la iglesia tengan una seguridad, siempre falible, de la genuina conversión de la persona. Dos detalles son aquí dignos de mención, como hace notar Trenchard: (a) Ese *«bautízate»* está, en griego, en la voz media, pero eso no indica el autobautismo, sino el beneficio del sujeto que recibe el bautismo. Además—nota del traductor—la voz media griega no es, en realidad, reflexiva. (b) La mención del perdón de los pecados en conexión con el bautismo no significa que el bautismo de agua sea el medio necesario para tal perdón, sino el signo exterior de la fe interior mediante la que la persona es justificada. Dice Trenchard: «en los tiempos apostólicos la señal del bautismo se hallaba tan íntimamente enlazada con la manifestación del arrepentimiento y la confesión de la fe que a veces la mención de la señal bastaba para presentar la actitud espiritual que simbolizaba». Por desgracia, pronto se adulteró esta correcta doctrina hasta hacer del bautismo de agua «el sacramento de la regeneración».

5. La comisión que recibió de ir a predicar a los gentiles (vv. 17–21). Esto es precisamente lo que enfureció a los que le escuchaban (v. 22). Esta comisión no la recibió inmediatamente después de su conversión, sino (A) *vuelto a Jerusalén* (v. 17), cuando *estaba orando en el templo,* que era *casa de oración para todos los pueblos* (Is. 56:7). Esto era una prueba clara de la veneración en que tenía al templo. (B) Allí *le sobrevino un éxtasis* (v. 17b), distinto del que menciona en 2 Corintios 12:1–4. (C) «Y *le vi que me decía»* (lit. *diciéndome).* El original expresa bien que Pablo vio *al Señor* en aquel éxtasis. También *en éxtasis* (10:10), tuvo Pedro la comisión de abrir la puerta del Evangelio a los gentiles. El Señor le dijo primeramente (v. 18): *«Date prisa y sal prontamente de Jerusalén; porque no recibirán tu testimonio acerca de mí».* El Señor sabe quiénes han de recibir el Evangelio y quiénes lo van a rechazar. (D) Como se ve por el contexto anterior y posterior, la mención que hace Pablo de su historia pasada (vv. 19, 20) mostraba la esperanza que aún abrigaba de que, con ello, los judíos se convencerían de que el cambio que en él se había operado, se debía a una intervención sobrenatural y, por tanto, estarían dispuestos a aceptar su testimonio, pero el Señor insiste en que se vaya de Jerusalén, *«porque yo te enviaré lejos a los gentiles»* (v. 21). El versículo 20 muestra cuán grabada estaba en la mente de Pablo la escena del apedreamiento de Esteban, en el que él había consentido (v. el comentario a 26:10). Muchas veces por nuestras inclinaciones personales, aun legítimas, nos cuesta mucho seguir el camino que Dios nos ordena emprender, pero hemos de convencernos de que la Providencia dispone nuestros pasos más convenientemente, aun para nosotros mismos, de lo que nosotros podemos hacerlo. Si el Señor lo ordena, el Espíritu del Señor nos acompañará con su gracia y su poder.

Versículos 22–30

1. Tan pronto como mencionó Pablo la comisión de ir a predicar a los gentiles, las turbas volvieron a alborotarse, y dijeron al tribuno (v. 22): *«¡Acaba de una vez con ese infame, porque no merece vivir!»* (NVI). Así es como los mayores bienhechores de la humanidad suelen ser tratados: no sólo como una carga para el mundo, sino también como una plaga para su generación. Y no se contentaron con gritar, sino que (v. 23) agitaban sus mantos y lanzaban polvo al aire, gestos que simbolizaban su furiosa enemistad contra Pablo. Dice Leal: «Este verso es muy gráfico y revela un testigo presencial por su verismo».

2. El tribuno no había entendido nada de lo que Pablo decía, pero aquel alboroto de los judíos, después de la calma que habían observado hasta entonces, debió de convencerle de que este hombre había cometido algo digno de castigo por parte de la autoridad romana y, tras ordenar (v. 24) *que lo metiesen en la fortaleza,* para protección del propio reo, se propuso someterlo a suplicio o tortura, a fin de que se aclarase la verdad del caso.

3. Ya lo *habían estirado con correas* (v. 25 lit.), cuando Pablo dijo al centurión de turno: *«¿Os es lícito azotar a un ciudadano romano sin haber sido condenado?»* La forma en que habla muestra la santa seguridad y serenidad de ánimo que el apóstol poseía. Como en 16:36–39, también ahora Pablo hace valer sus derechos de ciudadano romano, no precisamente para verse libre del tormento (comp. con 21:13), sino para no mermar sus facultades físicas en perjuicio de la obra que el propio Señor le había encomendado para la difusión del Evangelio. Sobre la horrible forma de azotar (el suplicio sólo se aplicaba a esclavos o a criminales) propia de los romanos, dice Trenchard: «El "horrible *flagellum*", como lo llamara Horacio, se aplicaba con correas provistas de pedazos de metal o de hueso de corte irregular, de modo que los

golpes laceraban la carne de las espaldas y lomos de forma espantosa. Con frecuencia, la víctima moría bajo tales azotes o quedaba inutilizada para toda la vida».

4. Cuando el centurión comunicó al tribuno la noticia de que Pablo era ciudadano romano (v. 26), el tribuno quiso cerciorarse por sí mismo. La escena (vv. 26–29) está descrita con gran viveza y naturalidad, suficiente para calificar a Lucas como historiador de primerísima clase. Copiamos de la NVI: *«Al oír esto, el oficial* (centurión) *fue a informar de ello al jefe* (tribuno) y *le dijo: ¿Qué vas a hacer? Este hombre es un romano. Entonces el jefe se acercó a Pablo y le dijo: Dime, ¿eres tú ciudadano romano? Sí, lo soy—contestó él—. Yo tuve que pagar una fuerte suma para adquirir esa ciudadanía—apostilló el militar—. Pues yo la tengo de nacimiento—le replicó Pablo—. Los que estaban a punto de aplicarle los azotes para tomarle declaración, se retiraron más que deprisa. Y el comandante mismo se alarmó, al percatarse de que había hecho encadenar a uno que era ciudadano romano».* Como el tribuno se llamaba Claudio Lisias (23:26), es de suponer que había adquirido la ciudadanía romana (¡y a buen precio!) en tiempo del emperador Claudio. En cambio, el padre de Pablo ya poseía la ciudadanía. Así fue como quienes no tenían miedo a Dios se alarmaron de miedo a Roma. Pero hemos de agradecer al Señor por los beneficios que las leyes humanas nos reportan.

5. Al día siguiente, el tribuno (v. 30) presentó a Pablo delante del Sanedrín para averiguar la causa por la que los judíos le acusaban, ya que el día anterior no pudo someterle a interrogatorio bajo tortura. Se nos dice que *lo desató.* Como el versículo 29 da a entender que le había desatado al conocer que era ciudadano romano, la mejor explicación de esta aparente contradicción, según J. Leal, es que «el encadenamiento del versículo 29 se refiera simplemente a la sujeción a la columna de los azotes … Las ataduras del versículo 30 son las corrientes de un preso cualquiera, aunque fuera ciudadano romano, propio de la *custodia militaris* (27:1)».

CAPÍTULO 23

I. Ya ante el Sanedrín, Pablo da testimonio de su integridad y tiene un incidente con el sumo sacerdote (vv. 1–5). II. El prudente método que usó para justificarse, al hacer que fariseos y saduceos se enfrentasen entre sí (vv. 6–9). III. Prudente intervención del tribuno, a fin de poner a salvo a Pablo (v. 10). IV. Se le aparece el Señor y le anima (v. 11). V. Conjura de ciertos judíos para matar a Pablo (vv. 12–15). VI. La conjura es comunicada a Pablo y, por éste, al tribuno (vv. 16–22). VII. El tribuno envía a Pablo de Jerusalén a Cesarea, adonde llega sano y salvo (vv. 23–35).

Versículos 1–5

1. Delante del Sanedrín, Pablo declara (v. 1) *haberse comportado con toda buena conciencia delante de Dios hasta aquel día.* Precisamente porque la conciencia no le remordía, pudo *fijar su mirada en el Sanedrín* sin sufrir ningún sonrojo. Trenchard hace notar que, en esta ocasión, no les llama «hermanos y padres», sino simplemente «hermanos». Esto no era jactancia, sino modesta profesión de que sólo le preocupaba agradar a Dios y cumplir con su deber siempre y en toda clase de circunstancias.

2. Esta noble declaración de Pablo le sonó al sumo sacerdote Ananías a jactancia y osadía (v. 2), por lo que ordenó a los que estaban cerca de Pablo que *le hiriesen en la boca.* En esto se echaba de ver el infame carácter de este Ananías, quien, según Josefo, era un hombre avaro, glotón, disoluto y cruel, tan presto a usar la espada de sus matones como el soborno, con tal de llevar a cabo sus maquinaciones. Con sus malas artes, logró mantenerse en el cargo por unos doce años.

3. Pablo reaccionó de forma vigorosa contra esta flagrante injusticia, sin llegar a la serena mansedumbre del Maestro en ocasión similar. ¡No era impecable como Cristo! Le dijo, pues, Pablo (v. 3): *«¡A ti te va a golpear Dios, pared blanqueada!* (comp. con lo de *"sepulcros blanqueados"* de Mt. 23:27) *¡De modo que estás ahí sentado para juzgarme de acuerdo con la Ley, y tú mismo estás violando la Ley al mandar que me golpeen!»* (NVI). Cuentan que Ananías tuvo una muerte horrible, con lo que las palabras de Pablo sonaban un poco a profecía, ya que, según Deuteronomio 28:22, entrañaban maldición.

4. Ante esto, *los que estaban presentes* (v. 4) *dijeron: ¿Al sumo sacerdote de Dios injurias?* Después de lo del bofetón sin causa alguna, extraña un poco el que ahora se contentasen con reconvenirle de

palabra. Pablo se excusa de inmediato (v. 5): «*No sabía, hermanos, que era el sumo sacerdote; pues escrito está. No injuriarás al jefe de tu pueblo*». A pesar de que Ananías se merecía la reprensión de Pablo, éste no quiere poner delante de los demás una piedra de tropiezo, ni sentar precedente para insultar a la máxima autoridad religiosa del país. Se preguntan los exegetas cómo es que Pablo no reconoció al sumo sacerdote siendo él quien presidiría la sesión. Hay quienes hablan de «ironía» o «sarcasmo» (Ryrie, Leal) en las palabras de Pablo, como si no mereciese ser sumo sacerdote el que había dado una orden tal como la de herirle en la boca, lo cual era contra ley. Pero entonces—nota del traductor—, ¿a qué viene la cita del Antiguo Testamento de no maldecir al príncipe del pueblo (Éx. 22:28)? Para Trenchard, Pablo se excusa de no haber «reconocido» o «respetado» su categoría oficial, con lo que confesaba que «había caído en falta». Alega Trenchard que ése es el sentido que el verbo griego *oída* tiene en 1 Tesalonicenses 5:12. Pero, digo yo, allí el verbo está en infinitivo, mientras que aquí está en pluscuamperfecto con significación de pretérito imperfecto, con lo que tal sentido no cuadra en este contexto según las reglas de la gramática. Lo más probable es que, al estar también presente el tribuno (v. 10) y, probablemente, en la presidencia junto con el sumo sacerdote, Pablo no reconociese realmente al sumo sacerdote, especialmente si éste no ostentaba las insignias de su dignidad, y al tener en cuenta siempre la defectuosa vista del apóstol. ¡Salvemos la bien conocida sinceridad de Pablo, si no hay fuerza mayor que nos obligue a dar otra interpretación a sus palabras!

Versículos 6–11

1. La prudencia de la serpiente, recomendada por el propio Jesús, le vale a Pablo para salir bien del apuro presente. Aunque era humilde creyente y apóstol del Señor, tenía ocasión, siempre para bien de la causa de Cristo y del Evangelio, de hacer valer sus honores y privilegios. La declaración de su ciudadanía romana le había librado el día anterior de ver su vida en peligro por el cruel suplicio de los azotes, y su condición de fariseo le iba a salvar de ser condenado por el Sanedrín. La disposición a dar la vida por Cristo es compatible con el uso de métodos honestos para preservarla cuando podemos hacerlo para bien. «*Conociendo* (más exacto que dándose cuenta) *que una parte eran saduceos, y otra fariseos, alzó la voz, etc.*» (v. 6). Como los fariseos creían en la resurrección, y él *era fariseo e hijo de fariseo,* halló la oportunidad, no sólo de ir al núcleo mismo del mensaje que predicaba (la resurrección de Cristo), sino también de dividir a la asamblea, como, en efecto, sucedió (vv. 7–9). Esta división favoreció a Pablo de tal manera, que los fariseos del Sanedrín se inclinaban a la absolución lisa y llana de Pablo *(«Ningún mal hallamos en este hombre»);* y todavía iban más lejos al dar como probable que *algún espíritu o un ángel le hubiese hablado.* Estas frases, según Leal, podrían «referirse al episodio del camino de Damasco». La «*esperanza*» de que hablaba Pablo estaba bien fundada en las Escrituras del Antiguo Testamento (v. Sal. 16:9–11; Dn. 12:2, 3) y se advierte en Lucas 2:25, 38. La primera frase de los fariseos aquí nos recuerda aquella otra de Pilato en Lucas 23:4; Juan 18:38. La frase, al final del versículo 9: «*¡No luchemos contra Dios!*» está mal atestiguada y podría ser una glosa basada en 5:39b.

2. Parece ser que, *al ir en aumento el altercado* (v. 10), *el tribuno* tuvo que proteger, por tercera vez (v. 21:32 y 22:24), a Pablo del furor de la chusma, y ordenar a la tropa que lo sacasen de allí y lo condujeran de nuevo a la fortaleza, la cual le servía, a un tiempo, de cárcel y de refugio. Aquellas noches, los pensamientos se agolparían en la cabeza de Pablo, pero el Señor Jesús se presentó a su lado, junto a la cabecera del lecho y le dijo (v. 11): «*Ten ánimo, Pablo* (¡cuán dulce le sería escuchar su propio nombre de labios del Señor!); *pues como has testificado de mí en Jerusalén, así es necesario que testifiques también en Roma*». ¡Extraña forma de consolar a un preso, prometiéndole en Roma las mismas aflicciones que en Jerusalén! Pero, ¿no era esto lo que él deseaba? (v. 21:13). ¿No era eso lo que se le había prometido desde el día de su conversión? (9:16). Lo único que desanimaba a Pablo era no ser útil para servir a su Maestro, por vida o por muerte. Así que las palabras de Cristo eran para él de gran ánimo, pues equivalían a decirle: «¡No temas, Pablo; todavía no he terminado contigo!» Pablo deseaba ir a Roma, para predicar también allí el Evangelio (Ro. 1:15) y tenía planes de ir allá (19:21). Quizás pensaría, antes de la visita del Señor, que no vería satisfecho su anhelo. Pero Jesús le dice ahora que hasta en esto se habían de cumplir sus deseos.

Versículos 12–35

Tenemos ahora el relato del complot que contra Pablo urdieron sus enemigos.

1. Al ver que nada ganaban por medio de alborotos populares ni por procedimientos legales, recurren al bárbaro método del asesinato. Así lo tramaron tan pronto como *se hizo de día* (v. 12). Pero el Señor había madrugado más que ellos. *Más de cuarenta eran los que habían hecho esta conjuración* (v. 13). *Se habían comprometido bajo anatema* (lit.) *a no gustar nada* (¡huelga de hambre y de sed!) *hasta haber dado muerte a Pablo* (vv. 12, 14). Cometer el crimen era ya suficientemente malo; juramentarse para ello bajo maldición, peor que peor, es como si entrasen en pacto con el diablo, al no dejar lugar para un posible arrepentimiento. ¡Muy seguros estaban de que el complot les saldría bien! El plan estaba astutamente concebido (v. 15): *Los principales sacerdotes y los ancianos,* haciéndose cómplices del crimen juramentado, demandarían del tribuno que hiciese comparecer de nuevo ante el Sanedrín a Pablo *para indagar alguna cosa más de él, y ellos estarían listos para matarle antes que llegase.* Estaba bien fundada la opinión que tenían de sus principales sacerdotes y ancianos: eran tan asesinos como ellos y como sus antecesores (y algunos de ellos) lo habían sido en el proceso contra el Señor. Odiaban a Pablo tanto como habían odiado a Jesús. ¡Qué honor ser amado por los que aman al Señor y ser odiado por quienes le odian!

2. Se descubre el complot (vv. 16–22). Un sobrino de Pablo (v. 16), del que nada más sabemos ni de cómo se enteró de la conjura, pasó aviso a Pablo, y éste (v. 17) *llamando a uno de los centuriones, dijo: Lleva a este joven ante el tribuno, porque tiene cierto aviso que darle.* Así lo hizo el centurión (v. 18) y, con este gesto de romano cortés y civilizado, salvó la vida del apóstol. Nótese la prudencia de Pablo, al ocultar su parentesco con el joven y al no revelar al centurión la conjura, poniendo así a su sobrino en directa comunicación con el tribuno. El tribuno, por su parte, tomó amablemente de la mano al joven y llevándole aparte (v. 19), se enteró por él de la conjura (vv. 20, 21) y *le despidió* (v. 22), *mandándole que a nadie informase de que le había dado aviso de esto.* Todos se comportaron con extremada prudencia, como lo requería el caso. Quienes no saben guardar secretos no deben estar en puestos de responsabilidad.

3. Se deshace la conjura (vv. 23–35). El tribuno preparó el traslado de Pablo de forma que llegase a su destino en Cesarea a salvo del complot que habían tramado contra él.

(A) Ordenó que Pablo fuese acompañado por un considerable destacamento de tropas romanas (v. 23) y que se le proveyese de montura para el trayecto, no como un reo, sino como protegido, ya que no hallaba en él nada digno ni siquiera de prisión (v. 29). ¡Qué triste es observar cómo los principales sacerdotes judíos, al enterarse del complot, dieron su «visto bueno», mientras un tribuno romano, llevado del sentimiento natural de justicia y humanidad, hace lo posible por librarle de la muerte! Con tal alarde de fuerza, el tribuno quería mostrar a los judíos que no debían seguir en su actitud tumultuosa, sino temer el poder de Roma y someterse a la férrea administración de la autoridad imperial. Todo entraba en los planes de Dios, quien quería salvar la vida de su fiel siervo y animarle con todas estas medidas del tribuno, mero instrumento en manos de la Providencia. Si hubiesen sido los enemigos de Pablo los encargados de conducirle al gobernador, lo habrían llevado a pie o en una mala carreta, pero el tribuno le provee de montura como a un caballero (v. 24).

(B) El tribuno escribe una carta a Félix, el gobernador de la provincia.

En ella, después de los saludos de rigor (comp. con Lc. 1:3), el tribuno, con claridad y concisión propias de un educado romano (le escribiría en latín, que tan bien se presta para ello, traducido estupendamente por Lucas, quien pudo enterarse del contenido de la carta), expone el caso de Pablo y su propia actuación militar en el asunto, cambiando, como observa Trenchard, «sutilmente el orden de los acontecimientos al efecto de presentar su propia actuación en la luz más favorable posible» (v. 27). El hombre que le enviaba había estado a punto de morir a manos de los judíos, pero él no lo había permitido, al saber que se trataba de cuestiones internas de la Ley judía, sin delito alguno que requiriese la intervención de las autoridades romanas. Los romanos permitían a las naciones conquistadas por ellos el ejercicio de su religión respectiva, pero, como responsables de la paz y el orden público de sus dominios, no permitían que, bajo pretexto de religión, se actuase violentamente contra el prójimo.

(C) Fue conducido, pues, Pablo a Cesarea con buena escolta y con toda cautela *(«de noche»,* v. 31), primero *a Antípatris,* y (v. 32), *al día siguiente, dejando que los jinetes fuesen con él* (a Cesarea), *volvieron* (los demás de la escolta) *a la fortaleza.* ¿Qué se hizo de los conjurados a no comer ni beber hasta que hubiesen dado muerte a Pablo? (v. 12). De seguro que violaron el juramento y el anatema. Después de todo, los que estaban decididos al asesinato de un inocente, contra uno de los preceptos del

Decálogo, ¿por qué iban a tener escrúpulos de conciencia al quebrantar otro que tan de cerca les atañía? Antípatris distaba unos 60 km de Jerusalén, con lo que la primera y principal etapa del viaje estaba realizada a salvo; bastaban los jinetes para acompañar a Pablo en los 40 km que Antípatris distaba de Cesarea.

(D) Así fue como Pablo fue puesto en manos del gobernador Félix (v. 33), a quien los jefes militares de la expedición entregaron la carta del tribuno Lisias así como el propio acusado, Pablo. El apóstol no se había interesado jamás en hacer amistad con los grandes de este mundo y, sin embargo, Dios le proveyó de abundantes oportunidades (precisamente en medio de sus padecimientos) de testificar de Jesucristo delante de reyes y gobernadores. Después de leer la carta, y enterado de qué provincia era, le dijo Félix a Pablo (v. 35): *«Te atenderé cuando vengan tus acusadores. Y mandó que le custodiasen en el pretorio de Herodes»*. Las frases de Félix no se deben entender en sentido de benignidad hacia Pablo; el verbo griego para «atender» significa «escuchar dentro de un proceso legal». En realidad, como veremos en el capítulo siguiente, Félix era un gobernador corrompido y sin escrúpulos. De él escribe el escritor latino Tácito que «ejercía la autoridad de un rey con mentalidad de esclavo».

CAPÍTULO 24

I. Se presenta en Cesarea una delegación del Sanedrín para acusar a Pablo (vv. 1, 2). II. Intervención de Tértulo, el abogado de los enemigos de Pablo (vv. 2b–8). III. Confirman el cargo los testigos presentes (v. 9). IV. Defensa del preso (vv. 10–21). V. Se interrumpe el proceso legal (vv. 22, 23). VI. Conversación privada entre el preso y el juez (vv. 24–26). VII. Queda encarcelado Pablo por dos años más, hasta que llega otro gobernador (v. 27).

Versículos 1–9

1. *Cinco días después* (v. 1) de la conversación con el gobernador, se reanuda el proceso contra Pablo. No se pierde, pues, el tiempo, ya que él mismo dice (v. 11): *«no hace más de doce días que subí a Jerusalén a adorar»,* y siete de esos doce los había empleado en la purificación de que se nos habla en 21:26. Aunque no se nos dice, es obvio que Lisias notificó a los principales sacerdotes que tendrían que ir a Cesarea a proseguir la causa. Los que habían sido jueces, pasan ahora a ser fiscales. *Ananías* mismo, el sumo sacerdote, *con algunos de los ancianos, presentan demanda ante el gobernador contra Pablo.* ¡Es asombroso el esfuerzo que los malvados ponen en llevar a cabo sus maldades! ¿Qué hacemos los creyentes para poner en práctica todo lo que es bueno? ¿No le daría vergüenza al sumo sacerdote de rebajarse así en este proceso?

2. Los perseguidores de Pablo habían traído consigo *un cierto orador,* es decir, abogado, *llamado Tértulo.* Su nombre es romano y no cabe duda de que estaba bien informado del derecho procesal romano; por otra parte, se le ve enterado de las costumbres judías, por lo que podría ser judío helenista, en opinión de Trenchard, aunque Leal tiene por más probable que fuese pagano. *Cuando Pablo fue llamado* (v. 2), comenzó Tértulo su discurso.

(A) Comienza con un largo párrafo de adulación hipócrita (vv. 2–4), *reconociendo en todo tiempo y en todo lugar con toda gratitud* (v. 3) *el beneficio que toda la región recibía («gran paz y muchas reformas»)* gracias a la *prudencia* de Félix (v. 2). Cuando sabemos, por los mismos historiadores *de esta nación,* la perversa catadura de Félix, todo eso suena a pura mentira. Dice Trenchard: «Al crédito de Félix se hallan algunas operaciones contra bandidos, pero por lo demás los historiadores subrayan su injusticia, su venalidad, su crueldad y su poco tacto al tratar los difíciles problemas de los judíos, quienes le odiaban, y lograron por fin que cesara como gobernador». Para mejor ganarse el favor de Félix, le asegura que no le van a molestar (v. 4) por mucho tiempo y le ruega que se digne *oírles brevemente «conforme a tu equidad»* (¡sólo le queda hacer de él un dios!). No hay peor cosa para un rey o gobernador que aceptar como sinceros los halagos que se les prodigan.

(B) En contraste con el «admirable carácter» de Félix, presenta Tértulo a Pablo: (a) Como *una plaga,* la peste en persona, que anda contagiando a todo el mundo, cuando la verdad es que proclamaba el Evangelio de la salvación; (b) como *promotor de sediciones entre todos los judíos por todo el mundo*

(comp. 17:6). Insinúan con esto que Pablo es el enemigo número uno del Imperio Romano, cuando la verdad era que Pablo predicaba y obraba lo que es para la paz. (c) *Como el cabecilla de la secta de los nazarenos.* Es cierto que Pablo era un apóstol de Cristo, el más ilustre de todos ellos (v. 1 Co. 15:9, 10), pero el cristianismo no es una *secta* (gr. *háiresis*, de donde proceden los vocablos «hereje» y «herejía»), pues busca el bien de todos y tiende directamente a unir a todos bajo la bandera de Cristo, que es la de la salvación de todos en cuanto está de su parte. Sólo a la maldad del hombre se debe el que no le alcance la salvación. Despectivamente llama Tértulo *«la secta de los nazarenos»* al cristianismo, como grupo de seguidores de un nativo de Nazaret de donde nada bueno se podía esperar (Jn. 1:46), pero Jesús no había nacido en Nazaret, sino en Belén, de donde había de salir el Mesías de Israel. (d) Todavía añade Tértulo que Pablo había intentado profanar el templo (v. 6), cuando la verdad es que abrigaba el máximo respeto hacia el templo, como lo había demostrado en todo tiempo.

(C) Que el curso de la justicia había sido desviado de su cauce por la intervención del *tribuno Lisias* (v. 7), quien *«con gran violencia,* dice, *le quitó de nuestras manos».* Dice que *querían juzgarle* (v. 6b) *conforme a la ley judía,* lo cual era falso, pues lo que querían hacer es lincharle sin atender a leyes ni razones. Añade Tértulo que Félix mismo, si interroga a Pablo (v. 8), podrá informarse de las cosas de que le acusan. Acusan, pues, a Lisias como a un enemigo que les impidió hacer justicia, cuando lo que Lisias impidió fue que derramasen sin causa sangre inocente.

3. *«Los judíos* (v. 9) *también se unían a la acusación, asegurando que las cosas eran así»,* exactamente como Tértulo decía, y daban de este modo su aprobación a los hipócritas halagos y las terribles mentiras que Tértulo había proferido. Sin poseer las dotes oratorias de Tértulo ni su maña para hacer de lo negro blanco, y de lo blanco negro, estos judíos daban su «visto bueno» a todas las maldades de Tértulo. Muchos que no tienen la erudición suficiente para presentar su causa ante Baal, tiene la suficiente perversidad para votar por Baal.

Versículos 10–21

1. Viene ahora la defensa que Pablo hace de sí mismo con palabras que el Espíritu Santo iba a poner en su boca, según lo prometido por Jesús. A pesar de las mentiras e injurias que Tértulo profería, Pablo no le interrumpió, sino que esperó a que terminase su discurso y a que (v. 10) el gobernador le diese a él la venia para hablar. Nótese el respeto, exento de toda adulación (v. 10b), con que se dirige a Félix. Sólo menciona los *muchos años* durante los cuales ha sido Félix *juez de la nación,* pues eso le basta para emprender su defensa con buen ánimo, como ante quien conoce bien las costumbres de los judíos, así como la actuación honesta y pacífica de Pablo hasta el presente. En efecto, *como el propio Félix puede cerciorarse* (v. 11), nadie puede aducir prueba alguna de las cosas que presentan contra él (vv. 11–13).

2. De la parte negativa de su defensa, pasa Pablo a declarar cuál era, en realidad, su actuación, tanto desde su conversión como en las actuales circunstancias:

(A) Reconoce que es uno de los que los judíos llaman «herejes» (v. 14): *«según el Camino que ellos llaman secta* (v. lo dicho sobre el v. 5), *así doy culto al Dios de mis padres»* (¡Pablo no tuvo que dejar de ser judío para hacerse cristiano! ¡Nunca dice: «*Yo ERA judío»!)* No era, pues, un «hereje», ya que adoraba al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios del pacto con el pueblo de Israel.

(B) No sólo eso, sino que tenía en máximo respeto a la Ley, pues *creía todas las cosas que están escritas en la ley y en los profetas* (v. 14b). Es cierto que *abrigaba la esperanza de la resurrección de los muertos, tanto de justos como de injustos* (v. 15), *«la cual ellos mismos también abrigan»,* por lo que no podían acusarle de esto (parece, de aquí, que la mayoría de los acusadores eran del partido de los fariseos). Nótese que tanto justos como injustos han de resucitar: los justos, en virtud de su unión con Cristo como su Cabeza; los injustos, en virtud del dominio de Cristo sobre ellos como su Juez.

(C) Todo esto formaba parte de sus más profundas convicciones, por lo que (v. 16) *él mismo se ejercitaba constantemente en conservar una conciencia irreprensible ante Dios y ante los hombres.* Pablo no dice que no tenga pecado ni que sea ya perfecto, pero puede dar fe de que, en cuanto a la observancia de la Ley, había sido irreprensible (Fil. 3:6). Era irreprensible: (a) En extensión: *«ante Dios y ante los hombres».* Quien profesa honrar a los hombres y no honra a Dios, es un mentiroso; quien profesa honrar a Dios y no honra a los hombres, es un hipócrita. (b) En profundidad: Pablo se esmeraba en portarse de modo irreprensible, basado en la esperanza de la resurrección (comp con Fil. 3:11–14).

(D) Después de hacer profesión de su fe, Pablo da cuenta del caso presente En el templo *estaba presentando ofrendas y* haciendo *purificación, no con multitud ni con alboroto* (vv. 17, 18). No se le podía acusar, pues, de profanación. ¿Y cómo podían presentarle como enemigo de la nación cuando precisamente había venido a Jerusalén (v. 17) *«a hacer limosnas a mi nación»?* Si alguien tenía algo contra él (v. 19) *debería comparecer allí.* Y aun los mismos que estaban allí (vv. 20, 21) no podían acusarle de ningún delito, *«a no ser este solo grito que lancé en medio de ellos. Acerca de la resurrección de los muertos soy juzgado hoy ante vosotros».* Nótese una vez más en Pablo la prudencia de la serpiente junto a la inocencia de la paloma: El único alboroto se había producido por la división entre saduceos y fariseos a causa del tema de la resurrección. Pero, como bien advierte Trenchard, «no convenía a los acusadores mencionar la tumultuosa sesión del Sanedrín, que sólo hubiese servido para poner de manifiesto sus propias divisiones y subrayar el hecho de que, en efecto, muchos rabinos hebreos creían de todo corazón en la doctrina característica de Pablo: la resurrección de los muertos».

Versículos 22–27

1. Prórroga del proceso (v. 22): *«Entonces Félix, oídas estas cosas estando mejor informado de este Camino, les dio largas, diciendo: Cuando descienda el tribuno Lisias, decidiré vuestro asunto».* Durante sus años como gobernador, Félix había aprendido muchas cosas acerca de los judíos y del judaísmo, pero, con la intervención de Pablo, se había dado cuenta de que la diferencia entre el cristianismo de Pablo y el judaísmo de Pablo estribaba en cuestiones religiosas y de que en nada afectaba a los asuntos de la administración romana. Halló, pues, una disculpa en la necesidad de oírles a todos en presencia de Lisias o después de oír a éste. En realidad, no deseaba ofender a los miembros del Sanedrín, pero tampoco quiso soltar a Pablo a pesar de percatarse de su inocencia. ¿Qué podía esperarse de un juez que ni temía a Dios ni tenía consideración a los hombres?

2. Optó, pues, por detener en prisión a Pablo, al pensar además que un hombre de tantas dotes como Pablo debía de tener muchos amigos y por eso, quizá podría beneficiarse él mismo de esta situación (v. el v 26). Así se explica su orden al centurión (v. 23) de que, no sólo *se le concediese a Pablo alguna libertad,* sino también que *no impidiese a ninguno de los suyos servirle o venir a él.* Una prisión que no sea incómoda puede convertirse, de alguna manera, en la propia casa de uno cuando los amigos y familiares tienen libre acceso a la cárcel.

3. Nos pueden extrañar *las frecuentes conversaciones* (v. 26) de Félix con Pablo, pero, además de la esperanza de sacarle dinero que se nos menciona en este mismo versículo, Drusila, la mujer con quien vivía en concubinato, era hija de Agripa I; por tanto, bisnieta de Herodes el Grande y hermana de Agripa II y de Berenice. Había nacido el año 38, poco después de la conversión de Pablo. El proceso actual de Pablo se lleva a cabo, con la mayor probabilidad, en el año 57. Así que Drusila tiene escasos 19 años y ya ha sido arrebatada por Félix y, por llevar sangre judía, estaría interesada en conocer lo que predicaba este judío, aunque tenido como «hereje» por el Sanedrín.

4. A esta pareja les va a explicar Pablo el Evangelio de Cristo, que no sólo contenía la fe en el Resucitado, sino también *la justicia, el dominio propio* (con el énfasis en la castidad conyugal) y *el juicio venidero* (comp. con 17:30, 31). Podemos explicarnos *el terror de Félix* (v. 25) ante estas enseñanzas que tan de cerca le atañían. Dice Leal: «La reacción del procurador fue la del que tiene mala conciencia; siente miedo y no quiere que sigan exponiéndole la verdad. El desorden de la vida le hace rechazar la luz (cf. Jn. 1:5; 3:20)». El terror de Félix ¡el gobernador!, contrasta con la valentía de Pablo ¡el preso! ¿Por qué? Porque: (A) Pablo, en su predicación, no tenía acepción de personas, como tampoco la tiene la Palabra de Dios; (B) en sus mensajes, Pablo quería llegar al fondo del corazón de sus oyentes a fin de convencerles de pecado y prepararles para recibir la salvación; (C) Pablo prefería servir a Cristo y hacer bien a las almas, antes que mirar por su propia seguridad personal; (D) Pablo estaba dispuesto a correr todos los riesgos en su labor, aun cuando fuesen mínimas las probabilidades de sacar algún fruto, como en este caso. Félix y Drusila eran pecadores endurecidos; sin embargo, Pablo no deja, por eso, de anunciarles el Evangelio. El atalaya de Cristo ha de dar el aviso; aunque no le escuchen, habrá salvado su responsabilidad. Nótese el poder de la Palabra de Dios: o consuela o aterra; o salva o endurece a los oyentes, pero nunca deja indiferentes a los que la oyen. Nadie queda «igual que antes», después de oír una clara exposición del Evangelio.

5. La forma en que Félix despidió al predicador (v. 25b): *«Vete por ahora; pero cuando tenga oportunidad te llamaré».* Se contentó con un «temblor», al temer ante las consecuencias del pecado, pero sin llegar a arrepentirse del pecado mismo. No quiso luchar contra su convicción, por lo que se quedó en su corrupción. Como un deudor apenado, pide demora para pagar: *«… cuando tenga oportunidad»* (comp. con 17:32b). Esa «oportunidad», por lo que sabemos, no llegó jamás. ¿Hay mejor oportunidad que cuando se siente el fuego de la verdad para batir en caliente el corazón? Una vez que se deja pasar la oportunidad, la convicción se enfría y el temor disminuye hasta desaparecer por completo. En lo que atañe a la salvación, toda demora es sumamente peligrosa. ¡Cuántos se han despeñado en la condenación eterna por dejar para otra oportunidad la resolución de aceptar a Cristo y romper con el pecado!

6. Triste final de este capítulo (v. 27). *«Al cabo de dos años* (y llegamos al 59 o al 60 de nuestra era), *recibió Félix por sucesor a Porcio Festo».* Como sabemos por la historia, Félix fue destituido de su cargo ante las fuertes acusaciones que los judíos presentaron contra él. Así se explica mejor que *dejase a Pablo en prisión, queriendo congraciarse con los judíos* (comp. con 25:9). Es frecuente el caso en que un inocente es sacrificado en aras de la reconciliación entre jurados enemigos. El día en que Cristo fue crucificado, Herodes y Pilato se volvieron amigos. Vergonzosa fue, pues, la salida de Félix de su cargo de procurador romano. No logró alcanzar la amistad de los judíos, como sabemos por la historia. Por otra parte, de Pablo no sacó el oro y la plata que codiciaba, pues Pablo no tenía oro ni plata, y rechazó lo que podía Pablo proporcionarle, que era mucho más valioso que la plata y el oro. Así suele pagar el diablo a los que le sirven (comp. con Ro. 6:23).

CAPÍTULO 25

I. Entra Festo de gobernador y se reanuda el proceso de Pablo, no en Jerusalén, como los judíos deseaban, sino en Cesarea. El proceso se cierra con la apelación de Pablo al César (vv. 1–12). II. De nuevo comparece Pablo ante el gobernador, y están presentes, además, el rey Agripa II y Berenice, su hermana, junto con otras personas distinguidas de la ciudad (vv. 13–22). III. Da comienzo a la audiencia el propio Festo (vv. 23–27).

Versículos 1–12

1. Apenas entrado en funciones (v. 1), Festo sube a Jerusalén, y a él acuden (v. 2) *los principales sacerdotes y los más influyentes de los judíos* para volver a presentar sus cargos contra Pablo, y le ruegan, *como un favor* (v. 3), que *le haga venir a Jerusalén, preparando ellos una emboscada para matarle en el camino.* No habían cesado, pues, en su furia contra Pablo y en su propósito de acabar con él de una vez por todas. Dice Leal: «La pasión tenaz es una de las características de este pueblo excepcional».

2. Pero el gobernador, con toda prudencia, decide que el juicio se lleve a cabo en Cesarea, adonde él va a partir en breve (v. 4), e invita a descender allá (Cesarea era puerto de mar, mientras que Jerusalén está a 745 m sobre el nivel del mar) a cuantos tengan algo que presentar contra Pablo (v. 15). Cualquiera fuese el motivo por el que Festo rehusó llevar a Pablo a Jerusalén, lo cierto es que Dios velaba por su siervo fiel, a fin de librarle de las garras de sus mortales enemigos.

3. Comienza el juicio ante Festo (vv. 6–8). Después de pasar en Jerusalén *unos ocho o diez días, no más* (v. 6), Festo bajó a Cesarea y ya que le urgían los judíos, no perdió tiempo, sino que, *al día siguiente, se sentó en el tribunal y mandó que fuese traído Pablo.* (A) Los demandantes presentan sus cargos contra el preso: «*lo rodearon los judíos que habían bajado de Jerusalén»* (v. 7), ya fuese para impresionar al juez o para intimidar al reo, pero en vano. Aun cuando *presentaron contra él muchas y graves acusaciones,* presentándolo como al más vil y criminal de todos los reos, *no podían probar* dichas acusaciones, puesto que eran falsas. (B) El preso (v. 8) insistió en su inocencia: (a) *No había pecado contra la ley de los judíos,* pues a ningún judío apartaba de las costumbres de sus antepasados; (b) *ni contra el templo,* pues, lejos de profanarlo, lo había respetado purificándose en él; (c) *ni contra César,* es decir, contra las leyes del Imperio Romano. Éste era, como observa Trenchard, un elemento nuevo en la acusación contra Pablo. «Pero es probable, añade, que "se pasaran de listos" al añadir un cargo político a los demás, que eran religiosos, pues así, sin querer, imposibilitaron el paso de la causa a su propia

jurisdicción, ya que un ciudadano romano, acusado de un delito político, tendría que estar "ante el tribunal del César".»

4. Pablo apela al emperador. Esto dio a la causa un nuevo giro. Dios le puso esto en el corazón para llevar a cabo lo que le había dicho de que había de dar testimonio de él también en Roma.

(A) La propuesta que le hizo Festo (v. 9), *queriendo congraciarse con los judíos,* pero sin forzar a Pablo, pues le pidió el consentimiento: *«¿Quieres subir a Jerusalén y allá ser juzgado de estas cosas delante de mí?»* El gobernador podía ordenárselo, pero no se lo quiso imponer.

(B) Pablo rehusó aceptar la propuesta y dio sus razones para ello: (a) Como ciudadano romano, era su derecho ser juzgado ante el tribunal del César, que era el del gobernador (v. 10). Esto muestra que los ministros de Dios no están exentos de la jurisdicción de los poderes civiles, sino que, si son hallados culpables de algún delito civil o social, han de ser juzgados en el tribunal civil; y si son inocentes, allí también se ha de demostrar. (b) Como miembro de la nación judía, *a los judíos no les había hecho ningún agravio; «como tú sabes muy bien»,* añade. Los que son inocentes, no tienen por qué ocultar su inocencia, aun en el caso de que sepan que no va a ser admitida su declaración.

(C) No es que Pablo quiera así escapar de ser juzgado sobre los cargos que le imputan. Incluso está *dispuesto a morir, si ha hecho alguna cosa digna de muerte* (v. 11), pero, con el derecho que le da su ciudadanía romana, apela al César. Antes que caer en manos del sumo sacerdote prefiere caer en las manos de Nerón. ¡Terrible caso, el de un hijo de Abraham que se ve forzado a apelar a Nerón, para verse a salvo de los propios hijos de Abraham, y piensa hallarse más seguro en Roma que en Jerusalén!

5. El veredicto de Festo consiste en una moratoria, conforme al deseo de Pablo (v. 12). Sus enemigos esperaban que la causa terminase con una sentencia de muerte; sus amigos esperaban que terminase con sentencia de liberación; ambos grupos quedan decepcionados. Es un ejemplo del lento proceso que a veces sigue la Providencia, y en el que quedamos con frecuencia avergonzados tanto de nuestras esperanzas como de nuestros temores, y tenemos que seguir aguardando a Dios. Festo tuvo que consultar al consejo, como era lo prudente, aunque tenía poderes para rechazar la apelación de Pablo. Al haber dado el consejo aviso favorable, Festo dio a Pablo la respuesta siguiente: «*A César has apelado; a César irás*».

Versículos 13–27

Ahora tenemos la preparación que se hace para que Pablo sea oído ante el rey Agripa, aunque sólo sea para satisfacer su curiosidad.

1. La visita amistosa que Agripa giró al gobernador, recién instalado en la provincia (v. 13). Los visitantes eran Agripa y su hermana mayor, Berenice (ambos, hermanos de Drusila). Recordemos también que Agripa era hijo de Agripa I, el que había hecho decapitar a Santiago el hermano de Juan (12:1 y ss.) y pensaba hacer lo propio con Pedro sin lograrlo; murió él mismo poco después, comido de gusanos. Era, pues, bisnieto de Herodes el Grande, bajo cuyo reinado nació el Señor. Berenice había quedado viuda de su tío Herodes, y vió con este hermano suyo hasta que volvió a casarse con Polemón rey de Cilicia, del cual se divorció sin tardar mucho, volviendo a vivir con su hermano en concubinato, según se rumoreaba. Estuvo a punto, además, de casarse con el futuro emperador Tito, aun en vida de Agripa, pero la boda no llegó a celebrarse a causa de la oposición que encontró en amplios sectores de Roma. Estos eran los personajes ante los que Pablo iba a hacer su defensa.

2. El informe que Festo dio al rey Agripa acerca del preso. *Como pasaban allí* (el rey y su hermana) *muchos días* (v. 14), Festo, para procurarle algún entretenimiento, le habló del caso con todo detalle (vv. 14–21): Félix lo había dejado allí preso, los judíos de Jerusalén le habían pedido que lo condenase (v. 15), él se había negado a hacerlo sin escuchar al reo (v. 16), pero tampoco había dado largas al asunto (v. 17), sino que, *«al día siguiente,* dice, *me senté en el tribunal y mandé traer al hombre».* Pero, cuando lo trajeron (v. 18), ¡cuál no sería su desilusión al ver que no presentaban contra él ningún cargo que tuviese que ver con la ley romana, sino (v. 19) *ciertas cuestiones acerca de su propia religión, y de un cierto Jesús, ya muerto, del que Pablo afirmaba que está vivo.* Puede verse la ligereza con que este gobernador romano habla de Jesús, pero ¿qué se le podía pedir a él, cuando los propios principales sacerdotes de los judíos lo habían condenado a muerte por blasfemo? Para Pablo, en cambio, como para todos los creyentes, el que sea verdad o no que Cristo está vivo, es algo en que nos va la salvación eterna. Festo expresa su perplejidad (v. 20) ante el caso, pero, al apelar Pablo al César (v. 21), lo había dejado en custodia hasta poder enviarlo a Roma.

3. Agripa se interesa por el caso (v. 22) y desea oír a Pablo, pues de este asunto entiende mucho más que Festo. El interés de Agripa por oír a Pablo es semejante al de Herodes Antipas por ver a Jesús: pura curiosidad. Festo le dice: «*Mañana le oirás*». Y, al día siguiente (v. 23), Pablo va a tener la oportunidad de dar su testimonio ante el rey, su hermana y el gobernador, *con los tribunos y los hombres más importantes de la ciudad* (v. 23b). Va a poder predicar ante una gran congregación y, lo que es más, ante una congregación de grandes. Félix le había oído en privado, pero Agripa y Festo acuerdan que se le oiga en público. Lucas señala *la mucha pompa* con que Agripa y Berenice entraron en la sala de la audiencia con el acompañamiento ya mencionado más arriba. Esa regia pompa estaba manchada por la inmoralidad de sus respectivos caracteres, tan viles como el del más bajo criminal y en contraste con la verdadera gloria del preso que iba a comparecer ante ellos.

4. Festo abre la sesión con un discurso, en el que se dirige (v. 24) *al rey Agripa y a todos los VARONES allí presentes.* Parece como si insinuase acerca de Berenice: «¿Qué hace aquí esa mujer?» Presenta luego a Pablo como *al hombre respecto del cual toda la multitud de los judíos* le había pedido que lo condenase a muerte, pues no merecía vivir más. Pero él (v. 5) no había hallado en Pablo nada digno de muerte (¿por qué, pues, lo retenía en prisión?), y como el preso había apelado a César, había determinado enviarlo a Roma. La cosa era (vv. 26, 27) que no sabía qué escribirle a Nerón acerca de la causa, por lo que rogaba a todos que le ayudasen a examinar al reo para tener *algo concreto* que decir de él, pues (v. 27) *le parecía fuera de razón enviar un preso, y no indicar los cargos que hubiera en su contra.* ¡Tan confusas eran las informaciones que se le habían dado acerca de Pablo!

CAPÍTULO 26

I. Pablo comienza su defensa, y se dirige humildemente al rey Agripa, como a quien conoce bien las costumbres de los judíos (vv. 1–3) y da cuenta de su origen, educación y profesión como fariseo, con su adhesión a la doctrina de la resurrección, que los fariseos sostenían (vv. 4–8). Habla también del celo con que había perseguido a Cristo en las personas de los cristianos (vv. 9–11), y de su conversión en el camino de Damasco, con la comisión que recibió de Jesús (vv. 12–18); declara su obediencia a esta visión celestial y la doctrina que a todos predicaba, a pesar de la oposición que se le hacía por parte de los judíos, doctrina que es el núcleo del Evangelio (vv. 19–23). II. Al llegar a este punto, Festo le interrumpe tildándole de loco (v. 24), por lo que él se dirige al rey Agripa en confirmación de lo que viene diciendo (vv. 25–27). Agripa se declara casi convertido (v. el comentario al v. 28, de sentido dudoso), y Pablo desea de corazón a todos los presentes ser lo que él es, excepto las cadenas (v. 29). III. Al retirarse los presentes, todos ellos están de acuerdo en que Pablo es inocente y que se le habría podido poner en libertad si no hubiese apelado al César (vv. 30–32).

Versículos 1–11

1. Aunque la presidencia competía a Festo, al estar el preso bajo jurisdicción romana, el gobernador quiso tener con Agripa la deferencia de cederle la presidencia, por lo que vemos al rey que concede la venía (v. 1) para hablar. El permiso es para *hablar a su favor,* es decir, para defenderse, cosa que los judíos no le permitían. En virtud de este permiso, Pablo pide silencio con la mano, como quien dispone de libertad para hablar. Se dirige con especial respeto a Agripa (v. 2), no sólo por ser el presidente, sino también (v. 3) porque *conocía bien todas las costumbres y cuestiones que había entre los judíos;* conocía las Escrituras y, por ello, estaba en mejor disposición que ninguno de los presentes para entender lo que Pablo iba a declarar. Es alentador para un predicador del Evangelio tener entre los oyentes a personas inteligentes que saben discernir la materia del sermón.

2. Declara que, aun cuando se le tilda de «hereje», sigue adherido a lo que le enseñaron desde la niñez. Su conducta (v. 4) era bien conocida de todos.

(A) No sólo era judío, sino que había sido educado en Jerusalén y había vivido como fariseo, *conforme a la más rigurosa secta de nuestra religión* (v. 5). Lo mismo había declarado en 22:3; 23:6, aunque aquí no se dice que repitiese el haber sido instruido a los pies de Gamaliel. No había sido un iletrado pescador, como la mayoría de los apóstoles, sino educado en la más exquisita escuela de los

fariseos y, por tanto, bien versado en la Ley. Y no sólo era ortodoxo en su fe, sino que era irreprochable en su conducta *(«viví como fariseo»),* irreprensible (Gá. 3:6). No podían acusarle de que había desertado de la religión judía por desencanto o por falta de la debida consideración a la revelación divina, puesto que precisamente (v. 6) *estaba sometido a juicio «por la esperanza de la promesa que hizo Dios a nuestros padres»*. Ahora bien, Pablo sabía de sobra que todo esto no le justificaba delante de Dios, pero era suficiente para defender su buena reputación conforme a la ley de los judíos. Aunque todo lo contaba como pérdida para ganar a Cristo, lo mencionaba cuando había de servir para honor de Cristo.

(B) Esta esperanza era la única causa por la que se le acusaba (v. 7), al ser así que toda la nación israelita, con sus *doce tribus, esperaba el cumplimiento de dicha promesa,* por lo que Pablo hacía causa común con todo el pueblo de Israel en un punto de primerísima importancia. Esto muestra que Dios tiene un remanente en cada una de las doce tribus de Israel para el final de los tiempos, pues la promesa de la resurrección va ligada a la inauguración del reino mesiánico (v. 3:21). Por esa razón (comp. con Lc. 2:36), Pablo, de la tribu de Benjamín, *rendía culto constantemente a Dios de día y de noche,* con plena fe en *la omnipotencia de Dios para resucitar a los muertos* (v. 8). Muchos entre los oyentes eran paganos. Podemos, pues imaginarnos que se burlarían de Pablo como lo habían hecho los de Atenas en el Areópago (17:32). La reacción de Festo (v. 24) lo da a entender.

3. Reconoce que, mientras continuaba siendo fariseo, fue acérrimo enemigo de los cristianos (v. 9), pues creía que debía serlo. Su conversión al cristianismo no fue el resultado de una previa inclinación suya en ese sentido, sino obra de un milagro que le transportó desde el más alto grado de prejuicio contra el cristianismo hasta el más alto grado de seguridad acerca del cristianismo. Con esto, parece excusar modestamente a sus perseguidores, a quienes no había sido concedida una luz tan brillante como la que a él le había deslumbrado. Detalla, sin paliativos, los detalles de la persecución que emprendió *contra los santos,* es decir, los creyentes en Cristo (vv. 10, 11): (A) *Obtuvo poderes de los principales sacerdotes para encerrar en cárceles a muchos de ellos,* como si fuesen criminales comunes contra Dios y contra la patria. (B) *Daba su voto,* es decir, *echaba la piedrecita* (eso es lo que significa el vocablo griego) *cuando los mataban,* esto es, cuando los condenaban a muerte, en lo que se refiere a la muerte de Esteban, algo que tenía vivísimamente grabado en su mente. En cuanto a este ejercicio del voto, véase el comentario a 1 Corintios 7:7. (C) No sólo había perseguido a los cristianos en Jerusalén (v. 11) y *hasta en las ciudades extranjeras,* sino que les atacaba con tal furia que, a algunos de ellos, *los forzaba a blasfemar,* es decir, a hablar mal de Jesucristo cuando estaban bajo la tortura que Saulo les infligía. Éste era el carácter de Pablo antes de su conversión, la cual era, desde el punto de vista puramente natural, inexplicable.

Versículos 12–23

1. Pablo pasa a referir la forma en que se efectuó su conversión.

(A) Mientras iba de camino, en dirección a Damasco, adonde marchaba para poner por obra la comisión que los principales sacerdotes le habían encargado de perseguir a los cristianos allí residentes (vv. 12, 13) *vio una luz del cielo que sobrepasaba al resplandor del sol* y, por tanto, no podía ser producida por causas naturales. No se trataba de una alucinación, pues la luz *le rodeó a él y a los que iban con él.* En las obras de la gracia, como en las de la naturaleza, la primera creación es la de la luz (v. 2 Co. 4:6). Cristo mismo se le apareció después (v. 16). Los que acompañaban a Pablo vieron la luz, pero no conocieron a Cristo en la luz.

(B) *Oyó una voz* (v. 14) *que le hablaba en hebreo* (es decir, en arameo) y repetía dos veces su nombre, diciendo: *«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?»* Y volvió a decirle: «*Yo soy Jesús a quien tú persigues»,* con lo que Pablo había aprendido que aquellos a quienes él perseguía como a la hez de la tierra eran miembros del Mesías. Pablo pensaba que Cristo seguía sepultado en alguna tumba (pues creía robado su cadáver por los discípulos, como vemos por Mt. 28:15), pero ¡cuál no sería su sorpresa al oírle hablar desde el cielo, rodeado de gloria y rodeándole de luz a él! Esto es lo que le convenció de que las enseñanzas de Jesús eran celestiales y divinas y, por tanto, no había que oponerse a ellas, sino recibirlas como *dignas de toda aceptación* (v. 1 Ti. 1:15). La frase *«Dura cosa te es dar coces contra el aguijón»* es aquí donde se halla bien atestiguada por todos los MSS y de aquí la repiten algunos MSS menos importantes en 9:5. La imagen es la del buey uncido al arado y recalcitrante, que da coces contra la aguijada del amo que le espolea. Esto da a entender claramente que la conciencia le punzaba aguda y

constantemente desde la muerte de Esteban y que la rabia misma con que perseguía a los cristianos era un esfuerzo subconsciente para suprimir tales punzadas, aunque no lo conseguía.

2. El propio Jesús le había comisionado (vv. 16–18) para predicar el Evangelio a los gentiles, al ser testigo de lo que había visto y de lo que aún le había de hacer ver (v. 16). Pablo recibió del mismo Cristo (Gá. 1:12) el Evangelio, pero lo recibió gradualmente. Por eso precisamente, Cristo le había de librar de toda persecución, tanto de parte de los judíos como de los gentiles (v. 17), a fin de que pudiera cumplir esta misión. La comisión de predicar a los gentiles aparece aquí (v. 18) muy detallada:

(A) «*Para que les abras los ojos y se conviertan de las tinieblas a la luz*» (NVI, comp. con 1 P. 2:9b). Cuando Dios les abra los ojos mediante la predicación de Pablo, verán la luz y entenderán la verdad, abandonarán las tinieblas del pecado y seguirán la santidad, sin la que nadie verá a Dios. Así saldrán «*de la potestad de Satanás a Dios*», de la esclavitud de un amo perverso a la libertad que comporta servir al Dios que es Amor. El objetivo del Evangelio es rectificar los errores de quienes están en tinieblas y sacar a la luz a quienes están encarcelados por el diablo.

(B) «*Para que reciban perdón de pecados y su parte en la herencia de los santificados por la fe que se pone en mí*» (NVI). Es una gran dicha la conversión al Evangelio; no es sólo una iluminación y una libertad, sino que es una inmensa felicidad. Aceptados por Dios por medio del perdón de todos sus pecados y la adopción por hijos, de la que el Espíritu de Dios les da testimonio, son hechos herederos de Dios y coherederos con Cristo (Ro. 8:15–17). Y, como garantía de que después serán glorificados, son ahora santificados (Ro. 8:30). La frase que comentamos—nota del traductor—puede leerse como en la Reina-Valera *(«para que reciban, por la fe que es en mí, perdón, etc.»)* o como en la Nueva Versión Internacional (la que hemos dado). Esta última está mejor en consonancia con la construcción gramatical del griego. Dice muy bien M. Henry: «Lo mismo da, pues por fe es como somos justificados, santificados y glorificados». El griego dice literalmente: «*por la fe, la que es en mí*», como si dijese: «Esa fe es la que, de manera muy especial, se pone en mí y en mi función mediatorial, echando todo el peso en mí y descansando en mí».

3. Pablo expone a continuación la forma en que había desempeñado su misión con la ayuda y la dirección de Dios.

(A) Dios le había puesto en el corazón la obediencia al llamamiento de Cristo (v. 19): «*No fui rebelde a la visión celestial*». Si Pablo hubiese consultado con carne y sangre, y se hubiese dejado llevar de sus intereses personales, como había hecho Jonás, se habría ido a cualquier parte antes que cumplir con el difícil y peligroso cometido que el Señor le había encargado. Pero aceptó la comisión y se puso a desempeñarla sin dilación (v. 20).

(B) Su predicación (v. 20), como la del Bautista y la del mismo Jesús a los judíos, era (a) *que se arrepintiesen,* pues sin arrepentimiento y cambio de mentalidad acerca del pecado, de la salvación y de la santidad de Dios, no cabe perdón de pecados; (b) *que se convirtiesen a Dios;* de nada serviría dejar el pecado, si eso no entrañara el volverse a Dios (comp. con 1 Ts. 1:9); la antipatía hacia el pecado surge con brío cuando se ve la gloria de Dios (comp. Is. 6:5); (c) *haciendo obras dignas de arrepentimiento;* es decir, como en Mateo 3:8 y paralelos, obras que demuestren un arrepentimiento sincero. No basta con hablar palabras de arrepentimiento, sino que es menester vivir obras de arrepentido. Ahora bien, ¿qué falta se podía hallar en tal predicación como ésta de Pablo?

(C) Sin embargo, fue *por causa de esto* (v. 21) por lo que *los judíos, después de prenderle en el templo, intentaban matarle.* Véase si eso era un crimen digno de muerte, o aun de prisión. Además, le habían prendido en el templo, no por estar profanándolo, sino por estar allí rindiendo el debido culto a Dios; como si el arresto fuese mejor obra por llevarlo a cabo en mejor lugar.

(D) Sin embargo, de todo había salido con bien con la ayuda de Dios (v. 22). No menciona ninguna otra ayuda. ¿Para qué, si con la ayuda de Dios toda otra ayuda era innecesaria; y sin la ayuda de Dios, toda otra ayuda era insuficiente? No confiaba en sí mismo, sino que, al haber obtenido de Dios el llamamiento, sabía que también recibiría de Dios el auxilio.

(E) Su predicación no tenía límites en cuanto a los oyentes, pues daba testimonio (v. 22b) *a pequeños y a grandes,* pues los ricos y elevados necesitaban de la salvación lo mismo que los pobres, bajos e insignificantes desde el punto de vista humano, pues Dios no tiene acepción de personas, y todas las personas necesitan la aceptación de Dios. Por otra parte, su predicación tenía límites en cuanto a que no predicaba cosas nuevas ni lo mejor que a él le parecía, pues *no decía nada fuera de las cosas que los profetas y Moisés* (la Ley) *dijeron que habían de suceder.* ¿Qué cosas eran éstas que habían de suceder?

(v. 23) (a): *«Que el Cristo,* el Mesías, *había de padecer»* (comp. con Lc. 24:26, entre otros lugares). La cruz de Cristo era escándalo para los judíos, pero Pablo declara que estaba de acuerdo con las profecías del Antiguo Testamento. (b) *«Que había de ser el primero en resucitar de los muertos»,* como *primicias de los que durmieron* (1 Co. 15:20). (c) *«Que iba a anunciar luz al pueblo y a los gentiles»* (comp. con Is. 42:6; 49:6; Lc. 2:32), primero a los judíos, después a los gentiles, pues era la luz que, al venir al mundo, había de iluminar a todos los hombres (Jn. 1:9). Por eso había recibido él (Pablo, v. 18) la misión de *abrir los ojos a los gentiles, a fin de que salieran de las tinieblas a la luz.* Y todo ello había sido predicho por los profetas del Antiguo Testamento.

Versículos 24–32

Tenemos razón para pensar que Pablo tenía mucho más que decir. Había llegado al núcleo de su mensaje, donde podría haberse detenido mucho y con gran provecho.

1. Pero fue precisamente en este momento cuando Festo le interrumpió tildándole de lunático (v. 24): *«Estás loco, Pablo; las muchas letras te están llevando a la locura».* La erudición bíblica que mostraba Pablo (v. 2 Ti. 3:15, donde el original dice «las Sagradas Letras») se le antojaba a Festo una «locura» por la manera rabínica de argumentar. Agripa lo entiende mejor y calla. Con esto, el gobernador insinuaba que Pablo no era del todo responsable, por lo que no debía ser condenado ni creído. La interrupción de Festo no es fruto de la ira, sino del menosprecio.

2. Pablo responde con toda serenidad y respeto, y muestra ya con eso su cordura (v. 25): *«No estoy loco, excelentísimo Festo, sino que pronuncio palabras de verdad y de sensatez».* Así nos enseña a no devolver menosprecio por menosprecio ni insulto por insulto. Y apela al rey Agripa en confirmación de lo que dice, ya que, además, son cosas notorias (v. 26) las que proclama. Y no se contenta con apelar a él, sino que le compromete a responder (v. 27): *«¿Crees, oh rey Agripa, a los profetas? Yo sé que crees».* Todos sabían que Agripa llevaba sangre judía, profesaba la religión judía y, por tanto, conocía los escritos de los profetas y les daba crédito. En ese sentido va la pregunta de Pablo y la afirmación de que Agripa creía, es decir, daba crédito a los profetas. Pablo no tiene al rey Agripa por creyente de corazón.

3. Podemos imaginar que todos los ojos estarían ahora puestos en el rey que presidía la sesión. La respuesta de Agripa merece especial atención (v. 28). El griego dice literalmente: *«En poco* (tiempo) *me persuades a hacerme cristiano»,* equivalente, en buen castellano, a la versión que ofrece Trenchard: *«¡Con tan poca cosa quieres persuadirme que me haga cristiano!»* Esta traducción cuadra mejor con el contexto y con las circunstancias en que se hallaba Agripa. Puesto en estrechura, el rey se sale por la tangente: No quiere admitir delante de aquel auditorio su fe en los profetas del Antiguo Testamento. Pero, por otra parte, no puede dar a Pablo una negativa rotunda. Viene, pues, a decirle a Pablo que su argumentación no ha sido lo suficientemente eficaz para pasarse del judaísmo al cristianismo. En el fondo, estaba su perversa condición espiritual, que le impedía dar cabida cordial a la Palabra de Dios. Hasta qué punto le llegaron las razones de Pablo, no sabemos; pero no se nos dice que le hiciesen temblar como a Félix. Finalmente, la versión RV a la que estamos acostumbrados: *«Por poco me persuades a hacerme cristiano»,* tan usada en himnos y mensajes («el *casi* cristiano») es la menos probable.

4. La réplica de Pablo es digna del gran apóstol (v. 29): *«¡Quisiera Dios que, tanto en poco como en mucho* (lit. grande), *no solamente tú, sino también todos los que hoy me oyen, fueseis hechos tales cual yo soy, excepto estas cadenas!»* Dice Leal: «La respuesta de Pablo es emocionante y revela su gran corazón. Responde muy en serio y desea que todo el mundo sea cristiano, porque en ello está la felicidad. La limitación que pone entra muy (¿bien?) en el carácter grande y fino de Pablo: desea para todos todo el cristianismo, menos "las cadenas" que él lleva por la fe». En la misma línea, sigue M. Henry: «Insinúa que sería la inefable felicidad de cada uno de ellos el hacerse *verdaderos cristianos*—que hay en Cristo gracia suficiente para todos, por muchos que sean—. Da también a entender la buena voluntad que abriga hacia todos ellos, pues les desea: (A) todo lo que se desea a sí mismo; (B) mejor que a sí mismo en cuanto a su condición exterior. Desea que todos ellos fuesen cristianos consolados como él era, pero no cristianos perseguidos como él estaba … Nada se puede decir más tierno ni con mejor gracia».

5. Tras estas palabras de Pablo (vv. 30–32), todos están de acuerdo en que es inocente, y la sesión se levanta con alguna precipitación (v. 30), pues algunos de los presentes, y especialmente el rey, comenzarían a sentir las punzadas de la conciencia, y el mejor modo de disimular el impacto del sermón era dar por concluida la audiencia. Los llamados «mecanismos de defensa» de la psicología humana

actuaban con toda energía para suprimir la eficacia del mensaje, y compensaban la negativa a rendirse con la generosa disposición a dar por inocente al preso. ¡De cuántos trucos dispone nuestro subconsciente! Si Pablo llegó a escuchar los comentarios de los versículos 31 y 32, no cabe duda de que se llenaría de profunda tristeza, al ver que su inocencia se reconocía al precio del endurecimiento de los oyentes. Comenta M. Henry: «Y ahora no sé decir si Pablo se arrepentía de haber apelado a César, y al ver que era esto lo que impedía su descargo. Los que pensamos que es para beneficio nuestro, resulta con frecuencia ser una trampa. O, quizás, a pesar de todo, se contentaba con lo que había hecho y veía en esto la Providencia y que todo saldría bien. Además, se le había dicho en una visión que *había de testificar en Roma* (23:11), y lo mismo le da ir allá en calidad de preso que puesto en libertad».

CAPÍTULO 27

Relato del viaje de Pablo a Roma. I. El comienzo del viaje fue próspero y en calma (vv. 1–8). II. Pablo les da a conocer la proximidad de una tormenta (vv. 9–11). III. No le creen, y la tempestad les llega a poner en punto de desesperación (vv. 12–20). IV. Pablo les asegura que, merced a la gran bondad de Dios, saldrán del apuro sanos y salvos (vv. 21–26). V. Por fin, dan a medianoche con una isla, que resultó ser Malta (vv. 27–36). VI. Escapan a duras penas de la muerte al naufragar el buque, pero todas las personas son preservadas de modo admirable (vv. 37–44).

Versículos 1–11

1 *«Cuando se decidió,* dice Lucas (v. 1), *que habíamos de navegar para Italia, etc.».* Viaje largo, pero no había más remedio, pues Pablo había apelado a César. Se decidió en el consejo de Dios antes de ser decidido en el consejo de Festo. Vemos a continuación quién se encargó de custodiar en el viaje *a Pablo y a algunos otros presos: a un centurión llamado Julio, de la compañía Augusta,* que estaba compuesta de tropas auxiliares sirias, según los expertos. Como los demás centuriones que se mencionan en el Nuevo Testamento, también este Julio es presentado, como observa Trenchard, de modo favorable (v. 3). Pablo iba en compañía de otros presos, como Cristo en compañía de los ladrones que fueron crucificados junto a Él. Por ir en esta compañía, Pablo estuvo a punto de ser asesinado (v. 42); sin embargo, fue por ir en compañía de él por lo que todos los demás salvaron la vida (v. 24). Comenzaron la travesía *embarcados en una nave de Adramitio,* llamada así porque iba a dicha ciudad, la actual Edremit. Con Pablo iban Lucas, que vuelve a escribir en primera persona (v. 1) y *Aristarco de Tesalónica* (v. 2), que ya había sido compañero de Pablo (19:29; 20:4) y lo iba a ser de prisión en Roma (Col. 4:10). Sería un consuelo para Pablo tenerles por compañeros en tan tedioso viaje.

2. El curso que siguieron y los puertos en que tocaron: *«Al otro día, dice Lucas* (v. 3), *llegamos a Sidón».* Es probable que Julio fuese uno de los centuriones que habrían escuchado a Pablo en su defensa ante el rey Agripa (25:23) y estaría convencido de su inocencia. Aunque Pablo le había sido encomendado como preso, él lo trató como a un amigo, pues *le permitió que fuese a los amigos, para ser atendido por ellos* (v. 3b). Julio da aquí un ejemplo a los que están en autoridad para que respeten a los que son dignos de respeto, así como Pablo da a todos ejemplo de fidelidad a la palabra dada, pues no había de intentar el escape. De allí tuvieron que costear Chipre, por ser contrario el viento (v. 4). Si el viento les hubiese sido favorable, habrían dejado Chipre a la derecha, pero al serles contrario, tuvieron que costearlo por la izquierda. Llegaron así *a Mira, ciudad de Licia* (v. 5) y allí hubieron de hacer trasbordo a una nave que venía de Alejandría para Italia (v. 6), pues era muy grande el comercio entre estos dos puntos. En la gran nave alejandrina (v. 37), tuvieron que *navegar despacio por muchos días* (v. 7) y costear la isla de Creta hasta un lugar del sur de la isla (v. 8) llamado *«Bellos Puertos»* (lit.), aun cuando no era lugar conveniente para invernar (v. 12).

3. *La navegación comenzaba a hacerse peligrosa* (v. 9), *por haber pasado ya el ayuno,* es decir, el que se observaba el Día de la Expiación (Lv. 16:29–31), fiesta movible, pero que aquel año, probablemente el 59, cayó el 5 de octubre. Dice Leal: «La navegación se consideraba peligrosa desde mediados de septiembre y se omitía del todo durante el invierno, entre el 11 de noviembre y el 10 de

marzo». Por eso, Pablo les advirtió del peligro que iban a correr (v. 10), pero el centurión dio más crédito a los técnicos (v. 11) que al profeta, al pensar que la profesión acredita a la persona.

Versículos 12–20

1. Se hacen de nuevo a la mar (v. 12) por voto de la mayoría, ya que la brisa del sur (v. 13) auguraba un próspero viaje para llegar, al menos, *a Fénice* (o Fénix), *puerto de Creta* donde podrían invernar (v. 12b). Sin embargo, pronto vieron frustradas sus esperanzas, pues de pronto les acometió *un viento huracanado* (v. 14) *llamado Euraquilón* (del latín *Euro*, viento del este, y *Aquilón*, viento del norte). Era, pues, un viento nordeste.

2. Comienza la tempestad (v. 15 y ss.). De tal manera era la nave juguete del huracán, que tuvieron que dejarse llevar por él a la deriva (vv. 15–17). Costearon (v. 16) un islote *llamado Cauda* (mejor que «Clauda») *y tuvieron que hacer subir a bordo* (v. 17) *el esquife*, especie de chalupa de madera, que servía de salvavidas y entonces se remolcaba detrás de la nave; las olas lo empujaban en todas direcciones, con peligro de estrellarlo contra la propia nave. Los comentaristas hacen notar la forma vívida y detallada con que nos refiere Lucas todas las peripecias de aquel viaje y que debieron de quedársele bien grabadas en la memoria.

3. La cosa se puso tan seria que los marineros no tuvieron más remedio que reforzar la nave (v. 17) y pasar por debajo grandes maromas con que la ciñeron y, *después de arriar las velas*, que sólo les servían de estorbo, *navegar a la deriva*, esto es, dejándose llevar del viento. Al huracán se unió, al día siguiente (v. 18), *una furiosa tempestad*, viéndose obligados *a aligerar la nave*, y echar por la borda parte del cargamento. Véase por aquí de qué sirven las riquezas de este mundo; puede llegar el momento en que resulten una carga demasiado pesada, no sólo para llevarla, sino hasta para hundirnos con ella. Pero tal es la necedad de los mundanos que, aun llegando a ser tan pródigos para deshacerse de sus bienes cuando son un peligro para su vida temporal, no los usan como deberían, sino que abusan de ellos con gran peligro de su alma. Finalmente (v. 20), como la tempestad no cedía después de *muchos días, ya se fue perdiendo toda esperanza de salvarnos.* No es difícil imaginarse la situación: *Muchos días* de ser zarandeados por las olas; es probable que muchos de ellos se hallasen mareados, así como debilitados por la falta de alimentación (aunque todavía tenían provisiones, v. 38), por lo que no ha de extrañarnos que llegasen a desesperar de salvarse de una muerte segura.

Versículos 21–44

1. Veremos ahora el resultado del apuro en que se veían Pablo y sus compañeros de viaje: escaparon vivos, y eso fue todo. Se nos dice (v. 37) las personas que iban a bordo: 276 en total. Al contrario que Jonás, Pablo no era la causa del desastre, sino el consolador durante el desastre. Pero antes de consolarles, les dirigió un merecido reproche. *«Debíais haberme hecho caso y no zarpar de Creta tan sólo para recibir este perjuicio y pérdida»,* les dijo (v. 21). No le habían hecho caso cuando les advirtió del peligro que iban a correr (v. 10), pero ahora de seguro que, desde el patrón de la nave hasta el último preso, todos le prestarían atención. Y después del reproche, viene el consuelo (v. 22): *«Pero ahora os exhorto a tener buen ánimo, pues no habrá ninguna pérdida de vida entre vosotros, sino solamente de la nave»*. Es digno de notarse que Pablo dice *«entre vosotros»*, no «entre nosotros», de lo cual pueden darse (nota del traductor) dos explicaciones, quizá complementarias: (A) Los demás, no él, habían llegado a perder la esperanza de salvación, por lo que eran ellos, no él, quienes necesitaban consuelo; (B) Pablo sabía, por predicción de Jesús, que había de llegar a Roma para dar testimonio de Él allí; no temía, por tanto, por su vida. Durante lo más recio de la tormenta, Pablo había actuado (v. 19) como uno más de la tripulación y el pasaje, pero ahora hacía lo que ningún otro viajero podía hacer: consolarles, a causa de otra predicción.

2. En efecto, como él mismo refiere (vv. 23, 24), *la noche anterior había estado en presencia de él (o se le había aparecido) un ángel de Dios* (comp. 10:3). Pero Pablo no pone el énfasis en el ángel de Dios, sino en el Dios del ángel, que era el Dios de Pablo y *de quien era, y a quien servía,* Pablo (comp. Is. 43:1). Nótese que no dice «de quien somos y a quien servimos», pues la casi totalidad de los pasajeros eran ajenos a Dios y a las promesas de Dios, aunque con esta declaración que les hace, les exhorta implícitamente a tomarle también ellos por Dios y a servirle. Aun cuando estaba en medio del mar (v. Sal. 65:5), esto no podía interrumpir su comunión con Dios. Desde allí podía él dirigirse a Dios en oración, y

Dios podía enviarle no sólo consuelo, sino consuelo por medio de un ángel. Es de suponer que Pablo, al ser llevado en calidad de preso, no tendría cabina propia, sino que estaría en el fondo de la nave, como Jonás (Jon. 1:5), en el lugar más oscuro y sucio; sin embargo, allí se le aparece el ángel de Dios. El ángel le da ánimo y le comunica: (A) Algo que ya sabía, pero ahora se le confirma y se le detalla: *«Es menester que comparezcas ante César»,* como si dijese: «No vas a sufrir daño alguno, pues tienes que comparecer ante él». (B) Algo nuevo que el ángel le había revelado: *«Mira, Dios te ha concedido todos los que navegan contigo»*. Como decía el santo obispo anglicano Ryle: «Somos inmortales mientras no hayamos llevado a cabo la obra que Dios nos ha encomendado». La concesión gratuita (según el griego) que Dios le hacía de la vida de todos los que le acompañaban (275 personas), indica claramente que Pablo se preocupaba grandemente de la suerte de sus compañeros de viaje y elevaba por ellos sus fervientes oraciones a Dios. Esta preservación de tantas vidas en atención a Pablo nos muestra qué gran bendición son para el mundo los justos (comp. Gn. 18:23 y ss.).

3. Después de esta declaración, repite Pablo su exhortación a *tener ánimo* (v. 25), pero ahora con más fuerza que en el versículo 22, pues les dice: *«Yo confío en Dios que acontecerá exactamente como se me ha dicho»*. No les pide que den crédito a algo que él no haya creído firmemente; por eso, profesa solemnemente su fe en Dios. ¿Y no va a ser una realidad lo que Dios ha dicho? Entonces, *¡tened buen ánimo!* Si en Dios, el decir y el hacer no son dos cosas, sino una, también en nosotros deberían ser una el creer y el gozarse en Dios. Y por si fuera poco, les da una señal (v. 26): *«Con todo, tenemos que encallar en cierta isla»*. Con esto daba a entender que salvarían la vida, pero se perdería la nave, como así sucedió (v. 41).

4. Se presiente la proximidad de tierra firme (vv. 27–29). *Cuando llegó la decimocuarta noche* (v. 27), y *éramos llevados a través del mar Adriático* (según se llamaba entonces a toda la parte del mar Mediterráneo entre Grecia, África e Italia), *a la medianoche los marineros comenzaron a presentir que estaban cerca de tierra.* Echaron la sonda (v. 28) y, en efecto, comprobaron que había 20 *brazas* (unos 37 m) de fondo; *pasando un poco más adelante, hallaron 15 brazas* (unos 27’75 m). Como la profundidad del mar disminuía tan rápidamente, *temieron dar en escollos* (v. 29) *y echaron cuatro anclas por la popa y ansiaban que se hiciese de día.* Cuando tenían luz, no atisbaban tierra; ahora que están cerca de tierra firme, no tienen luz. No es extraño que ansiaran el que se hiciera de día. Cuando los que temen a Dios andan en tinieblas y no tienen luz, que hagan como estos marineros: echen anclas y ansíen el día, seguros de que ese día ha de amanecer.

5. Pero los marineros preparan una treta que Pablo va a deshacer. Con pretexto de *tender anclas también por la proa* (v. 30), intentaron los marineros huir usando el esquife, salvándose a sí mismos y dejando que muriesen todos los demás; esto, a pesar de que Pablo les había asegurado, de parte de Dios, que no se perdería ninguna vida. Pero Pablo descubrió la treta que preparaban (v. 31) y *dijo al centurión y a los soldados. Si éstos no permanecen en la nave, vosotros no podéis salvaros,* puesto que los marineros iban a huir precisamente en los momentos en que más se les necesitaría. Cuando Dios ha hecho por nosotros lo que nosotros no podíamos, debemos hacer nosotros lo que ya podemos, apoyados en su Palabra y por su fuerza. No usar los medios que Dios pone a nuestro alcance, no es confiar en Dios, sino tentarle. El plan de los marineros fracasó (v. 32): *«Entonces los soldados cortaron las amarras del esquife y lo dejaron perderse»*. Forzados así a quedarse en la nave, los marineros se vieron forzados también a trabajar por la seguridad del buque, porque si los demás perecían, ellos perecerían también.

6. La nueva vida que dio Pablo a toda aquella compañía. ¡Dichosos los que tienen en su compañía a un hombre como Pablo! Alboreaba ya cuando Pablo, reuniéndolos a todos, *les exhortaba a comer* (vv. 33, 34), pues era *el decimocuarto día que llevaban en vela y en ayunas* (v. 33). Habrían probado algún bocado, pero eso significaba poca cosa en tanto tiempo. Y para enseñar con el ejemplo, él mismo *tomó el pan, dio gracias a Dios en presencia de todos y, partiéndolo, comenzó a comer* (v. 35). Hay exegetas catolicorromanos que llegan a ver en esta comida de Pablo la celebración de la Cena del Señor, comparándola con la clara celebración de 20:7, 11, pero no hay motivo alguno para pensar en la Cena del Señor dentro del contexto actual, cuando está tan clara la intención del apóstol de animar a todos los demás pasajeros a comer. Y, por cierto, *todos* (v. 36), *teniendo ya mejor ánimo, comieron también.*

7. Lucas nos da a continuación el número de las personas que iban en la nave *(doscientas setenta y seis,* v. 37), y refiere con toda sencillez (v. 38) que, como ya estaban *satisfechos* después de comer y cerca de tierra firme, *aligeraron* todavía más *la nave, echando el trigo al mar.* Era preferible hundir en el mar el

trigo antes que exponerse a hundirse ellos mismos. Comenta el Dr. Ryrie: «El objeto de aligerar la nave era hacerla subir en el agua y permitir acercarla a la playa lo más posible antes de varar».

8. Salvaron la vida, pero no salvaron la nave (vv. 39–41). Al hacerse de día, no sabían dónde estaban, esto es, cuál era el país junto a cuya costa se hallaban (v. 39). Es muy probable que aquellos marineros hubiesen pasado por allí muchas otras veces, pero ahora se sentían perdidos. De todos modos, al divisar una ensenada con playa, acordaron encallar allí la nave, si era posible. No sabían si los habitantes del país serían civilizados o bárbaros, pero, con tal de dar en tierra firme, se entregaron a merced de los ocupantes. *Enfilaron,* pues, *hacia la playa* (v. 40), después de soltar las anclas y desatar también las amarras de los timones; y, viento en popa, izaron la vela trinquete y allá se fueron, pues el piloto de la nave podía gobernarla con mayor libertad. Cuando una pobre alma ha estado luchando con las tempestades espirituales de la vida presente, ¿cómo no izará la vela de la fe, al tener en popa el viento del Espíritu, para entrar tranquila y gozosa en las playas de la patria celestial? El final de la nave queda muy bien descrito en la espléndida NVI (v. 41): *«Pero la nave vino a dar en un bajío de arena entre dos corrientes y allí encalló. La proa se encajó en el fondo y quedó inmóvil, mientras la popa se deshacía al embate del oleaje».* El buque que había capeado el temporal en alta mar se deshizo al llegar a tierra. Así también un alma puede, con la gracia de Dios, resistir las más fuertes tentaciones de Satanás, pero si su corazón se apega al mundo, está perdida.

9. Un peligro especial en que se hallaron Pablo y los demás presos (v. 42). En este crítico momento, *los soldados acordaron matar a los presos, para que ninguno se fugase nadando.* A primera vista, parece bárbara esta medida, pero un vistazo a 12:19 y 16:27 nos la explica. La ley romana era inexorable en este punto. Dice Trenchard: «lo importante era que ningún reo escapase y, ante la posibilidad de librarse un criminal, se creía que era necesario matar a todos, aun cuando fuesen inocentes». Las leyes modernas—nota del traductor—se van al otro extremo, pues los mayores criminales tienen oportunidades de escapar de la prisión. Otra vez fue, en atención a Pablo (v. 43), como los demás presos salvaron la vida, pues el centurión, aunque no había seguido el consejo de Pablo (v. 11), *quería salvarle.* Así como Dios había salvado la vida de todos los pasajeros en atención a Pablo, así ahora el centurión salvó la vida de todos los presos en atención a Pablo.

10. Cómo escaparon de la muerte en los últimos momentos. Los que sabían nadar (v. 43b), se echaron al mar los primeros para salir a tierra, pues la nave estaba deshecha. *Los demás* (v. 44) salieron, *parte en tablas, parte en varios objetos procedentes de la nave* (utensilios de toda clase). Y *así aconteció que todos llegamos a tierra sanos y salvos.* Aunque el verbo está en infinitivo y, por tanto, impersonal, no cabe duda de que Lucas se incluye a sí mismo; no hay, pues, por qué traducirlo en tercera persona de plural. No se nos dice cómo escaparon Pablo y Lucas. Es probable que el médico supiese nadar; en cuanto a Pablo, él mismo habla de haber estado en el mar *en tablas* (2 Co. 11:27) y lo dice unos dos años antes de que sucediese lo que ahora narra Lucas. Así también los justos, aunque sea con dificultad (1 P. 4:18, en cita de Pr. 11:31), tienen la consoladora seguridad de que se han de salvar.

CAPÍTULO 28

I. Ya a salvo, en la isla de Malta, Pablo es preservado de recibir daño a causa de una víbora que se le prendió en la mano (vv. 1–6) y Dios le concedió ser instrumento de gran bendición en la isla a la que habían sido arrojados (7–10). II. Nos condolemos de verle como preso en Roma (vv. 11–16), pero nos congratulamos con él de que, aun en la prisión, Dios lo usase para la predicación del mensaje durante los dos años que pasó en la cárcel (vv. 17–31).

Versículos 1–10

1. La amable recepción que les dispensaron los habitantes de la isla (v. 2), *encendiendo para ellos una hoguera, pues llovía y hacía frío.* Dios puede hacer de los extranjeros amigos, como puede hacer de los enemigos hermanos en la fe. El griego llama a los habitantes de Malta «bárbaros», es decir, «no griegos». Todos los que no seguían las costumbres (y la lengua) de Grecia o de Roma eran apellidados así. Sin embargo, estos «*bárbaros*», dice Lucas (v. 2), *nos trataron con no poca* (es decir, *con mucha)*

humanidad. Lejos de aprovecharse del naufragio, vieron una oportunidad de hacer el bien a otros. Esto nos sirve de ejemplo, para que aprendamos a ser compasivos con los que se hallan en apuros de cualquier clase. Estos «bárbaros» no se contentaron con decir *«Id en paz, calentaos»* (Stg. 2:16), sino que ellos mismos *encendieron una hoguera,* para que los náufragos se calentaran y secaran sus ropas.

2. Un nuevo peligro para la vida de Pablo. Tan acostumbrado estaba el apóstol a ayudar a los demás, siempre lejos del ocio y de la egoísta comodidad, que también él se puso a *recoger ramas secas y echarlas al fuego* (v. 3). El gran apóstol no temió rebajarse por condescender a este menester, enseñándonos que sólo el pecado rebaja al hombre. No fue pura casualidad, como veremos, que *saliese una víbora huyendo del fuego y se le prendiese en la mano,* pues, aunque al principio las nativos, llevados de la superstición, vieron en esto *un castigo de la Justicia* (la diosa *Dike)* por algún crimen que Pablo habría cometido, a pesar de que había logrado escapar del naufragio (v. 4), al ver que no le sucedía nada malo, *después de haber esperado mucho tiempo, cambiaron de parecer y decían que era un dios* (v. 6). Varios detalles son dignos de atención:

(A) Estos «bárbaros» tenían alguna luz natural, la de la conciencia y, por medio de ella, sabían que había una Deidad que gobernaba el mundo, que el crimen persigue al criminal y que las malas obras no han de quedar sin castigo, pues aunque los malhechores logren escapar de los males comunes y aun de la justicia de este mundo, no lograrán escapar de la justicia divina.

(B) Pero el conocimiento que tenían, por medio de esta luz natural, era defectuoso en dos cosas: (a) Creían que todos los criminales son castigados en esta vida. El día de la ira de Dios está por venir (Ap. 6:17, entre otros lugares) y, aunque algunos sufran castigo en este mundo, para demostrar que hay un Dios, muchos no parecen sufrir aquí ningún castigo, para probar que hay un juicio venidero. (b) Creían que todos los que sufren de modo notable en este mundo, son notablemente malvados. La divina revelación pone las cosas en su sitio, al enseñarnos que, en esta vida, males y bienes suelen estar distribuidos por igual (Mt. 5:45) y que los justos son particularmente afligidos aquí para que mejor ejerciten su fe y su paciencia.

3. Pablo salió indemne de este peligro (vv. 5, 6). Con toda serenidad, ya de por sí señal de inocencia, *sacudió la víbora en el fuego y no sufrió ningún daño* (v. 5); *después de mucho tiempo … nada anormal le sucedía* (v. 6). Tal presencia de ánimo, así como la liberación de todo daño, se debieron a la gracia de Dios, no sólo para preservar la vida de su siervo, sino también para darle prestigio entre los isleños. Lo de *«dijeron que era un dios»* (v. 6, al final) lo dijeron, sin duda, entre ellos, ya que, si hubiese llegado a los oídos de Pablo, no habría consentido que lo tuviesen por Dios (comp. con 14:11 y ss.). El suceso nos sirve, una vez más, para percatarnos de la volubilidad de los hombres, tanto bárbaros como civilizados.

4. Vemos luego la milagrosa curación, por ministerio de Pablo, de un hombre principal de la isla (vv. 7–9). El hijo de este hombre, según refiere Lucas (v. 7), *«nos recibió y hospedó amistosamente tres días».* Este hombre, *llamado Publio,* con lo que se muestra que era romano, no sólo era rico en bienes de este mundo, sino también en buenas obras. Por esta hospitalidad, recibió Publio un gran galardón, ya que, al enterarse Pablo de que su padre *estaba en cama, enfermo de fiebre y disentería, entró a verle y, después de haber orado, le impuso las manos y le sanó.* La providencia divina dispuso que este hombre se hallase enfermo a la sazón para dar a Pablo oportunidad de curarle, y a Publio la oportunidad de premiarle por su generosidad. Pablo entró a verle, no como médico que intentase curarle con alguna pócima, sino como apóstol para sanarle por medio de un milagro. Pronto se divulgó el hecho (v. 9): *«también los demás que en la isla tenían enfermedades, venían y eran sanados».* Parece como si estuviésemos leyendo algún pasaje del Evangelio, donde se nos habla del ministerio bienhechor de nuestro Salvador, con una notable diferencia: Cristo, por ser el Hijo de Dios, no necesitaba orar a Dios, a no ser para testimonio a los presentes (v. Jn. 11:41 y ss.). Dos consideraciones se ofrecen a este respecto:

(A) Pablo no se excusó de ser extranjero en la isla y de que había sido arrojado allí por un naufragio, sino que dio gracias a Dios por la oportunidad que le daba de hacer el bien allí. Toda persona buena se esfuerza por hacer el bien allí donde la Providencia le ha colocado.

(B) Los habitantes de la isla recibieron, a cambio de su cordial acogida a los náufragos, una riqueza mayor que todas las que podrían haber recibido de los restos de un naufragio, pues vieron sanados a todos sus enfermos. Dios no se deja ganar en generosidad.

5. A consecuencia de estas numerosas curaciones, efectuadas por manos del apóstol, los isleños, dice Lucas (v. 10), *«nos honraron con muchas atenciones; y cuando zarpamos, nos proveyeron de las cosas necesarias».* Les mostraron los máximos respetos, al pensar que nada era demasiado para pagarles por los

favores que de ellos habían recibido. Pablo aceptó los generosos presentes de los buenos isleños, no como una paga por sus curaciones (gratis lo había recibido, y gratis lo daba), sino como un alivio para su necesidad y la de quienes estaban con él.

Versículos 11–16

1. *Después de tres meses* (v. 11), es decir, cuando ya estaría el mar abierto cerca de la primavera se hicieron de nuevo a la mar *en una nave alejandrina que había invernado en la isla.* Cerca del puerto de La Valetta habían quedado los restos de otra nave alejandrina, pero esta otra estaba a salvo. La enseña de este buque era la imagen de los *Dióscuros* (lit.), que quiere decir «los jovencitos (gemelos) hijos de Júpiter», cuyos nombres respectivos eran Cástor y Pólux, según aparecen, ya especificados, en nuestras versiones. Estamos ahora a fines de febrero o comienzos de marzo del año 60 de nuestra era.

2. Llegada a Italia. Hicieron escala primeramente en Siracusa, el puerto situado al sudeste de Sicilia. Después de *permanecer allí tres días,* y a través del estrecho de Mesina, en el cual se halla *Regio* (v. 13), *un día después, ayudados por el viento sur, llegamos al segundo día a Putéoli* (hoy Pozzuoli), que quiere decir «pocitos», cerca de Nápoles. Según Leal, «aquí también se quedó la nave que trajo a Flavio Josefo en la primavera del 64». No parece que, en estos días, hiciesen gran cosa en tierra firme hasta la llegada a Putéoli, *donde* (v. 14) *habiendo hallado hermanos,* dice Lucas, *«nos rogaron que nos quedásemos con ellos siete días».* Quién había llevado allá el Evangelio no se nos dice, pero sí vemos que, para el año 60, la fe de Cristo había arraigado incluso en Italia. Como la decisión de quedarse allí dependía de Julio, el centurión a cuyo cargo estaban los presos, es de suponer que él les concedería este permiso, no sólo en atención a Pablo, como en otras ocasiones, sino también porque así le convenía a él mismo, a fin de preparar el informe sobre el naufragio y los demás requisitos acerca de los presos, antes de llegar a Roma.

3. Por fin, tenemos la última etapa del viaje (vv. 14b–16). Los hermanos de Roma habían recibido noticias (v. 15) de la llegada de Pablo y sus acompañantes, así que salieron a esperarles *hasta el Foro* (es decir, el mercado) *de Apio,* que estaba a 66 km de la capital, en la llamada «Via Appia», mientras que otros se quedaron a esperarles en un lugar llamado «Tres Tabernas» (esto es, «Tres Tiendas»), a 49 km de Roma. Con esto, mostraban el gran respeto que tenían al apóstol, al salir a recibirle desde tales distancias. Lejos de avergonzarse de sus cadenas, le consideraban digno de doble honor. Recordemos también que, tiempo atrás, les había escrito la gran *epístola a los romanos,* lo cual entraría también en el respeto que ahora le tributaban. En correspondencia a este respeto, leemos (v. 15b) que, *al verlos, Pablo dio gracias a Dios y cobró ánimo.* Ahora que se acercaba a Roma, a pesar de la oportunidad que tendría allí de dar testimonio de Cristo, como el mismo Señor le había predicho, se agolparían también en su mente pensamientos de melancolía por las consecuencias de su apelación a César. Por eso, *cobró ánimo* con la vista de los hermanos de Roma, como si le infundieran nueva vida para entrar en Roma con mayor gozo, aunque encadenado, que en Jerusalén cuando pudo hacerlo en libertad. La compañía de nuestros hermanos en la fe habría de servirnos, no sólo de estímulo para dar gracias a Dios, sino también de incentivo para cobrar nuevos ánimos.

4. Entrega de Pablo, con los demás presos, en Roma (v. 16). *El centurión entregó los presos al prefecto militar.* Esta frase falta en los MSS más importantes, los cuales sólo dicen: *«Cuando entramos en Roma, se le permitió a Pablo alojarse en privado con el soldado que le custodiaba».* ¡Cuántos grandes de la tierra habían hecho (y habían de hacer) su entrada en Roma coronados y triunfantes, a pesar de ser una plaga para su generación! Pero ahora, un insigne apóstol de Jesucristo entra encadenado, como un esclavo o un enemigo derrotado, en la capital del Imperio. Este pensamiento habría de bastar para no poner nuestra estima en las cosas de este mundo. Con todo, se le concedió un favor singular: *Se le permitió vivir aparte, en una casa alquilada* (v. 30), *con un soldado que le custodiase,* el cual, como podemos suponer, le dejaría disfrutar de toda la libertad disponible para un preso, aunque siempre atado al soldado con una cadena, según costumbre.

Versículos 17–22

1. Pablo se pone en contacto lo antes posible, con los judíos de Roma Lo de *«tres días después»* (v. 17) no ha de entenderse, en opinión del traductor, en el sentido de que pasasen tres días completos sin que

Pablo convocase a los judíos, sino que, al tercer día, según la costumbre de contar que ellos tenían, se reunieron los que él había mandado llamar. *«Luego que estuvieron reunidos* (v. 17b), *les dijo:*

(A) Que los judíos lo habían entregado preso, en Jerusalén, en manos de los romanos, sin que él hubiese hecho nada contra el pueblo ni contra las costumbres judías» (v. 17c). Pablo no imponía a los gentiles las costumbres judías, pero dejaba que los judíos las observasen y él mismo se regía también por la Ley de Moisés.

(B) *«Que los romanos* (v. 18), *habiéndole examinado, le querían soltar, por no haber en él ninguna causa de muerte»,* es decir, por la que mereciese morir. En efecto, le había examinado el tribuno, así como los gobernadores Félix y Festo, y también el rey Agripa, y no sólo no habían hallado en él causa digna de muerte, sino que todos le habían considerado inocente.

(C) «Que, a pesar de eso, *los judíos se opusieron* a que se le pusiera en libertad, *por lo que se vio forzado a apelar a César* (v. 19), *no para acusar con ello a su nación,* sino únicamente para vindicar su propia inocencia». Pablo intercedía continuamente (Ro. 9:1–3; 10:1, 2) por su pueblo, no contra su pueblo. El gobierno de Roma tenía, por este tiempo, muy mala opinión del pueblo judío, y habría sido muy fácil exasperar contra ellos al emperador, pero a Pablo jamás se le habría ocurrido tal cosa.

(D) La única verdadera causa de la acusación que contra él habían lanzado los judíos, y por la que estaba atado con aquella cadena, era *«la esperanza de Israel»* (v. 20), es decir, la resurrección de los muertos (v. 23:6) y, en general, la Venida del Mesías en la persona de Jesús, aunque, por esta vez, para sufrir la muerte en un patíbulo. Sin embargo, Dios le había resucitado y le había manifestado públicamente como Señor y Mesías (2:36). Esto es lo que les expondría Pablo a los reunidos, así como también les haría ver que era descabellada la idea de que el Mesías hubiese de venir a librarles, por la fuerza, del yugo romano, a fin de que disfrutasen de prosperidad material entre las naciones. Eso quedaba para el fin de los tiempos, durante el reino mesiánico futuro.

2. Lo que ellos le respondieron: (A) Que ellos no habían recibido de Judea, ni por medio de los hermanos que de allí habían llegado, ningún informe malo contra él. Esto era verdaderamente extraño, pues, al conocer la rabia con que los judíos perseguían a Pablo, era asombroso que no le hubiesen seguido también a Roma. Hay quienes opinan que le mintieron a Pablo, aunque no se atrevieron a proceder contra él en esta ocasión. Pero es más probable que dijesen la verdad y que, al haber apelado Pablo a César, hubiesen desistido de seguirle, con lo que Pablo se percataría ahora de que había obrado bien al hacer tal apelación. (B) Que deseaban tener más información (v. 22) de primera mano, precisamente del tenido por cabecilla *de esta secta,* como ellos mismos dicen, y de la que *ellos son sabedores de que en todas partes se la contradice,* es decir, en todas partes donde había colonias judías, además de la oposición que había encontrado Pablo en Palestina y en sus viajes misioneros entre los gentiles. En eso, los judíos convocados por Pablo mostraban, ya de antemano, sus prejuicios. Los prejuicios, de una u otra clase, son siempre el gran obstáculo para el triunfo de la verdad.

Versículos 23–29

1. Después de haber convenido en una fecha (v. 23) en la que los reunidos querían oír de Pablo más de lo que les había dicho en la primera ocasión, vemos que *«vinieron a él muchos adonde se hospedaba»* y que Pablo aprovechó la ocasión para explicarles, con más detalle, *desde la mañana hasta la tarde:* (A) *La naturaleza del reino de Dios, cuyo* núcleo es espiritual, aunque con implicaciones temporales, y que no consiste en pompa externa ni en multitud de fuerzas militares, sino en sencillez de corazón y pureza de vida. No sólo les explicaba el reino de Dios, sino que *les testificaba solemnemente acerca de Él,* es decir, les urgía a entregar cuanto antes su corazón al Rey, como él mismo había hecho, no por propio impulso, sino derribado por el poder de Dios y cegado por la luz celestial. (B) *Acerca de Jesús,* de cuya mesianidad *les persuadía, basándose tanto en la ley de Moisés como en los profetas,* esto es, mostrándoles que en Jesús se había cumplido todo lo que sobre el Mesías venidero decían las Escrituras.

2. El efecto de su discurso. Podría esperarse que las palabras de Pablo, dichas con toda solemnidad y probadas con toda clase de razones escriturales, habían de producir su efecto en todos los reunidos, pero aquí sucede como en todas las demás ocasiones: *Unos creen, otros se niegan a creer* (v. 24) y otros parecen quedar indecisos y se ponen a discutir (v. 25): «Y *al no ponerse de acuerdo entre ellos, ya se retiraban cuando Pablo les dijo estas solas palabras, etc.»* (NVI). Lo que sigue es una repetición del mensaje de Isaías al pueblo, de parte del *Dios sentado en un trono alto y sublime* (v. el comentario a Is.

6:9, 10). Ésta es la séptima vez (v. Is. 6:9, 10; 43:8; Mt. 13:14; Mr. 4:12; Lc. 8:10; Jn. 12:40; Hch. 28:26, 27) y aún queda una octava (Ro. 11:8), en que, de una forma concisa o detallada (como aquí), leemos este terrible mensaje de reprobación, al parecer definitiva, contra un pueblo de dura cerviz y resistente al Espíritu Santo (7:51), si no fuera porque también sabemos (v. ya en Is. 6:13 y, sobre todo, en Ro. 11:25–29) que esa reprobación no es definitiva, sino provisional, *hasta que se cumplan los tiempos de los gentiles.* Al final de la cita de Is. 6:9, 10, Pablo repite, una vez más (v. 13:46; 18:6; 19:9, 15; 22:21; 26:20), es decir, siete con ésta (28:28), lo *del envío de la salvación a los gentiles; «y ellos oirán»,* añade Pablo. *«Oirán»* no significa meramente que habían de escucharlo, sino que habían de creer en él. Con esto, el objetivo de Pablo al decir estas palabras era doble:

(A) Hacer ver a estos judíos lo absurdo de su actitud en sentirse molestos por la predicación del Evangelio a los gentiles. Se enfadaban de que la salvación de Dios fuese enviada a los gentiles, pero, si ellos creían que no merecía aceptación (comp. con 13:46), ¿por qué se indignaban de que los gentiles la recibiesen? La salvación de Dios estaba destinada primeramente a los judíos; ellos eran los primeros invitados al festín, pero si rechazaban la invitación, mejor es que estuviesen agradecidos al ver que otros la aceptaban.

(B) Incitarles a desear con tanto mayor celo la salvación, puesto que Dios la había ofrecido también a los gentiles. Es cierto que ellos habían rechazado esa salvación, pero todavía no era demasiado tarde para arrepentirse de tal rechazo; después de decir «¡No!», como el hermano mayor de la parábola (Mt. 21:29), aún tenían la oportunidad de decir: «¡Sí! ¡Vamos también nosotros a recibirla! La van a oír los que se suponía fuera del alcance de la salvación, ¿y no la oiremos nosotros, cuando es nuestro privilegio tener tan cerca de nosotros al Dios verdadero, que podemos invocarle en cada momento? ¡Deberíamos avergonzarnos de nosotros mismos, al ver la acogida que el mensaje tiene entre los gentiles!»

Nota del traductor: Las consideraciones de estos dos párrafos (A) y (B) están basadas en la suposición de que el versículo 29 está bien atestiguado, lo cual no es cierto, puesto que se halla únicamente en la Vulgata Latina y algunos MSS de poca importancia. No obstante, tienen aplicación, ya que el original del versículo 25 no dice que los judíos se hubiesen marchado ya cuando Pablo decía estas cosas (¡las habría dicho a las paredes!), sino que *... se iban»,* lit. *«se disolvían»,* esto es, comenzaban a marcharse de la reunión que habían tenido. Tuvieron, pues, tiempo de escuchar las frases de Pablo. Desgraciadamente, prefirieron discutir entre ellos y salir del piso de Pablo, antes que rendirse al vibrante testimonio del gran apóstol. De nada sirven las disputas y los razonamientos de los hombres, si no penetra en el corazón, por la acción eficaz de la gracia divina, la Palabra de Dios (He. 4:12), pues ella es la que abre los ojos del entendimiento y del corazón.

Versículos 30–31

Llegamos aquí al final de la historia (inacabada) del santo apóstol de los gentiles, Pablo. Notemos con toda diligencia cada detalle de las circunstancias en que lo dejamos aquí.

1. No puede menos de producirnos gran tristeza el dejarlo en cadenas por la causa de Cristo, aunque para él formaba parte de su llamamiento. *Dos años enteros* (v. 30) de la vida de este gran hombre se pasan aquí en confinamiento carcelario. Había apelado a César en espera de una pronta sentencia absolutoria en el tribunal del emperador, pero queda detenido por largo tiempo en prisión. En la corte de César eran manifiestas sus cadenas (Fil. 1:13). Pero durante estos dos años, escribió sus cartas a los efesios, a los filipenses, a los colosenses y a Filemón, que por eso se llaman las *Cartas de la Cautividad.* Es tradición (falible) que, después de ser soltado, viajó de Italia a España (todavía se yergue en Tarragona el arco por el que se dice que pasó), de allí a Creta; después, con Timoteo, a Judea; que visitó luego las iglesias del Asia proconsular y, por fin, llegó por segunda vez a Roma y allí fue decapitado en el último año del reinado de Nerón (68 de nuestra era). Sí, nos da pena que un apóstol como éste pasase tanto tiempo frenado en sus labores por la extensión del Evangelio: dos años preso bajo Félix (24:27), y otros dos años preso bajo Nerón. ¡Cuántas iglesias podría haber fundado durante ese tiempo! Pero Dios quería mostrar que no se debe a ningún instrumento de los que emplea, aunque sea tan útil como Pablo, sino que sigue adelante con sus designios, tanto con los servicios como con los sufrimientos de los suyos. Hasta los sufrimientos de Pablo servían para la extensión del Evangelio (Fil. 1:12–14). Y aun para él mismo, este confinamiento fue un descanso de sus grandes fatigas apostólicas, pues parece ser que vivió con bastante comodidad, mejor que cuando era un misionero itinerante. Así que el ir a la cárcel de Roma fue como el ir

aparte a un lugar solitario y descansar un poco (Mr. 6:31). Cuando estaba libre, estaba también en continuo temor de caer en *las asechanzas de los judíos* (20:19), pero esta cárcel era para él como un castillo de refugio.

2. También a nosotros nos sirve de consuelo ver que, aunque lo dejamos en cadenas, lo dejamos trabajando. Todo el que quería, tenía libertad de acceso a su casa alquilada y era bienvenido. Su prisión era templo, iglesia y cátedra; por lo que para él era mejor que un palacio. Gracias a Dios, aunque le pararon los pies, no le pararon la lengua; un fiel ministro del Señor puede sufrir cualquier adversidad con tal de que no se le silencie. Él está preso, pero *la palabra de Dios no está presa* (2 Ti. 2:9). Pablo se había alegrado de ver a los hermanos que salieron a recibirle (v. 15), y ahora se alegraba más todavía de poderles impartir instrucción (Ro. 1:11 y ss.). *«Recibía a todos los que venían a él»* (v. 30b), como deben hacer todos los ministros de Dios, sin temor a los grandes ni menosprecio a los pobres. Y a todos les *predicaba* (v. 31) *el reino de Dios* (cuyo significado ya ha sido explicado en otros lugares) y *les enseñaba acerca del Señor Jesucristo,* como era siempre su gran ilusión. ¡Cómo les ardería el corazón a los oyentes, al oír hablar del Señor a este gran enamorado de Jesús!

3. La historia termina diciéndonos (¡cómo se ve también aquí al optimista Lucas!) que Pablo predicaba y enseñaba *«con toda libertad y sin obstáculo alguno»* (v. 31b). El vocablo griego *parrhesía,* aquí como en todos los demás lugares, significa libertad interior, franqueza y denuedo. Por otra parte, nadie le ponía dificultades para que llevase a cabo su labor. *No estaba avergonzado del Evangelio* (Ro. 1:16) y, por tanto, no se acobardaba de dar testimonio (2 Ti. 1:8). Esto, por supuesto, siempre con la gracia de Dios (1 Co. 15:10). Los judíos que en Judea le impedían predicar a los gentiles no tenían autoridad aquí, y el gobierno de Roma no había emprendido aún su persecución contra los cristianos, porque a Nerón no se le habían muerto aún sus buenos consejeros. Había en Roma muchos, tanto judíos como gentiles, que odiaban el cristianismo, pero Dios les ató las manos y les cerró la boca para que nadie pusiese obstáculos al apóstol. No tenía una puerta totalmente abierta, pero sí lo bastante efectiva como para que, hasta entre la familia del emperador, se hallasen sinceros creyentes en Cristo (v. Fil. 4:22). Cuando el lugar de nuestra peregrinación nos resulta una morada lo suficientemente tranquila como ésta de Pablo en Roma, hemos de dar gracias a Dios, mientras suspiramos por llegar a aquel santo monte en el que ya no habrá jamás abrojo que pinche ni espina que moleste.

ROMANOS

Nota previa del traductor: Como ya dijimos en la Presentación del comentario (pág. 6), Matthew Henry murió en el año 1714, cuando había llegado en su gran Comentario al final de *Hechos de los Apóstoles.* Trece teólogos no conformistas se encargaron de dar fin al comentario. El traductor se hace responsable de lo restante hasta el final de Apocalipsis.

Los Salmos de David, en el Antiguo Testamento, y las Epístolas de Pablo, en el Nuevo Testamento, son estrellas de primera magnitud. Las Epístolas de Pablo forman casi la mitad de los escritos del Nuevo Testamento y, sin ellas, la mayor parte de la teología bíblica cristiana habría quedado sin conocer. La percepción que, bajo la inspiración divina, tenía Pablo de las verdades evangélicas era clara y penetrante; sus expresiones son fluidas y, a veces, relampagueantes y densas de riqueza doctrinal; sus afectos son fervientes; sus resoluciones, valientes, osadas, definidas. Esto le hizo, antes de su conversión, el perseguidor más duro y temible del cristianismo. Una vez convertido, dichas cualidades le hicieron el más competente y persuasivo predicador de la fe cristiana, y el más apto y exitoso misionero en ganar almas para Cristo.

Su Epístola a los romanos se coloca la primera en el canon de las Escrituras, no porque fuese la primera que redactó, sino por la superlativa importancia de sus enseñanzas, sin igual en lo que resta del Nuevo Testamento. Por algunos lugares de la propia epístola y algunos otros del libro de *Hechos*, se deduce que fue escrita en el año 57 o el 58 de nuestra era, en la ciudad de Corinto. Las profundas enseñanzas de esta carta forman parte de lo que Pedro llama *«cosas difíciles de entender»* (2 P. 3:16).

En grandes líneas, la epístola consta de dos partes: la parte doctrinal (caps. 1–11) y la parte práctica (caps. 12–16). Una división detallada puede hallarse en la Biblia Anotada de Ryrie, en siete partes, de las que tomamos solamente los títulos:

I. Saludos y Afirmación del tema: 1:1–17
II. La Justicia Necesitada; Condenación, Pecado: 1:18–3:20
III. La Justicia Imputada; Justificación, Salvación: 3:21–5:21
IV. La Justicia Impartida; Santificación, Separación: 6:1–8:39
V. La Justicia Vindicada; Dispensación, Soberanía: 9:1–11:36
VI. La Justicia Practicada; Aplicación, Servicio: 12:1–15:13
VII. Comunicados Personales y Bendición: 15:14–16:27

CAPÍTULO 1

I. Prefacio e introducción a toda la epístola (vv. 1–16). II. Descripción de la deplorable condición del mundo gentil, que sirve de primera base para presentar la necesidad de la justificación mediante la fe (vv. 17–32).

Versículos 1–7

1. Se describe primero la persona que escribe la epístola: *Pablo, siervo* (lit. *esclavo) de Jesucristo.* Este es su título honorífico, en el que se gloría el apóstol, y que le sirve de nombre primero (como el *praenomen* de los romanos). El segundo epíteto con que se describe a sí mismo es: *apóstol llamado* (lit.), es decir, *apóstol por llamamiento,* no de los hombres, sino de Cristo (Hch. 9:15; Gá. 1:1), quien para eso lo llamó. En esto funda Pablo su autoridad apostólica; no marcha sin ser enviado. En 1 Corintios 15:9, afirma *no ser digno de ser llamado apóstol, por haber perseguido a la iglesia de Dios.* Añade: *«separado»* (mejor que «apartado»). Pablo era fariseo, que significa «separado», pues los fariseos se «separaban» para dedicarse al estudio de la Ley; pero él había sido *«separado» para el evangelio de Dios.* Separado por el Señor Jesucristo *para proclamar la Buena Noticia* que Dios comunica: que la muerte de su Hijo ha provisto el pago completo por el castigo que la humanidad merecía por su pecado y, por tanto, Dios ya es propicio a perdonar (v. 2 Co. 5:19) y dar la vida eterna a cuantos acudan a Él al poner su fe en la obra completa del Redentor. Ésta era, pues, la profesión a que Pablo había sido *destinado desde el vientre de su madre* (Gá. 1:15), es decir, desde antes de nacer.

2. Al haber mencionado el Evangelio de Dios, hace una digresión para encomiar el Evangelio, y declara:

(A) Su antigüedad (v. 2): *«que Él* (Dios) *prometió de antemano por medio de sus profetas en las santas Escrituras»,* siendo el primero Moisés, quien ya lo anunció veladamente en Génesis 3:15, lugar que, por eso, es llamado «el Protoevangelio» o «primer evangelio».

(B) Su tema (vv. 3, 4) es «su *Hijo* (de Dios), *nuestro Señor Jesucristo».* Al mencionar al Señor, Pablo acumula sus nombres y títulos: «*su Hijo»* (que va a explicar en el v. 4); el *«Señor»,* que indica su categoría soberana; *«Jesús»,* su nombre humano, que significa «*Yah salvará»;* y *«Cristo»,* que es el vocablo griego correspondiente al hebreo *«Mesías».* De Él dice Pablo que (a) *en cuanto a la carne, nació del linaje* (lit. *simiente) de David,* pero (b) *en cuanto al espíritu de santidad* (comp. con 1 Co. 15:45 *«espíritu vivificante»;* no se refiere, pues, al Espíritu Santo), *fue designado* (mejor que «declarado») *Hijo de Dios en* (plena posesión del) *poder,* es decir, lleno del Espíritu de Dios (comp. con Jn. 1:14–17; 3:31–34). Para llenar su condición de Mesías, necesitaba surgir, según la carne, del linaje de David, pero *fue designado Hijo de Dios* (título mesiánico, no trinitario) *por la resurrección de los muertos* (comp. con Hch. 2:36). Dice el exegeta J. I. Vicentini: «En oposición a esta condición humana (hijo de David, nota del traductor), fue establecido Hijo de Dios, es decir, constituido en su misión mesiánica con el poder que corresponde a este papel en virtud de la resurrección de entre los muertos, que lo situó en el estado de espíritu vivificante, capaz de dar la vida al mundo».

(C) Su fruto (v. 5): *«Por medio del cual hemos recibido* (él y los demás apóstoles, no todos los creyentes) *la gracia y el apostolado,* es decir, la gracia del apostolado (v. 1 Co. 15:10). Pablo reconoce que el apostolado es un favor especial de Dios, aun cuando todo servicio de Dios supone una gracia, un favor, de Dios. Este apostolado tiene por objeto promover *el amor a su nombre* (el de Cristo) *la obediencia de la fe entre todos los gentiles* (mejor que *«naciones»). «La obediencia de la fe»* puede significar dos cosas: (a) el acto de la fe es una obediencia (al mensaje); (b) obediencia a la fe objetiva, es decir, al mensaje que se proclama. La gramática favorece a la primera; el contexto, a la segunda. De todos modos, la sumisión al mensaje sólo puede ponerse por obra mediante un acto de fe. Con lo que, de paso, se ve que la fe no es un asentimiento frío a la verdad proclamada, sino una adhesión cordial en la que la persona entera se compromete. *«Entre esos gentiles,* añade Pablo (v. 6), *estáis vosotros los de Roma»* (v. 7); *llamados de Jesucristo* (lit.) no significa que los ha llamado Cristo, ya que el llamamiento se atribuye siempre al Padre, sino *llamados* (por Dios) *a pertenecer a Jesucristo.*

3. Los destinatarios de la Epístola son (v. 7) *«todos los que estáis en Roma»,* esto es, todos los que profesaban en Roma la fe de Cristo, libres y esclavos, eruditos e iletrados, pobres y ricos. Los titula *«amados de Dios»* con un amor de especial predilección, y «llamados *santos»* (no, «llamados a ser

santos», aunque esto sea verdad) por ser ya pertenecientes al «pueblo santo de Dios». Por supuesto, todos los creyentes hemos de hacer honor a este nombre que Dios nos ha impuesto, practicando la santidad en toda nuestra conducta.

4. La bendición, en forma de saludo (o el saludo en forma de bendición) con que Pablo se dirige a estos creyentes de Roma (v. 7b): «*Gracia y paz*». El saludo griego era *khairein*, de la misma raíz que *kháris*, gracia; el saludo hebreo es *shalom*, paz. Pero estos dos vocablos, generalmente en el Nuevo Testamento, y especialmente en esta epístola, connotan algo más específico: *gracia* es el favor desmerecido que Dios tiene a bien concedernos, mediante la fe, sobre la base de la obra redentora de Cristo; *paz* es el estado de reconciliación con Dios (5:1) como consecuencia de dicha obra (2 Co. 5:19). La fuente de estas dos ricas bendiciones son: «*Dios el Padre*», de Cristo y nuestro (Jn. 20:17; Ef. 1:3), «*y el Señor Jesucristo*», como único Mediador entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5). Ésta es la bendición-saludo que Pablo suele usar en sus cartas (v. 1 Co. 1:3; 2 Co. 1:2; Gá. 1:3), excepto en las dos a Timoteo, donde completa la tríada «Gracia, *misericordia y paz*» que nos recuerdan Números 6:24–26 y, con mayor detalle, se hallan en la despedida de 2 Corintios 13:13.

Versículos 8–15

1. Al magnífico prólogo de los versículos 1–7, sigue ahora, *primeramente* (v. 8), una oración de *acción de gracias «a mi Dios,* dice, *por medio de Jesucristo»*. Puede verse en estas expresiones el gozo triunfal de Pablo, *por la fe* de los creyentes romanos, de *todos* ellos; era una fe práctica, notoria, famosa *por todo el mundo*, tanto más cuanto que Roma era la capital del Imperio. Todas nuestras oraciones han de ir dirigidas *a Dios por medio, en el nombre del Señor Jesucristo* (v. Jn. 15:16; 16:23, 24). Cuando más tarde (Hch. 28:15), algunos de los cristianos de Roma salieron a recibirle, Pablo *dio gracias a Dios y cobró ánimo.* Con estas expresiones del versículo 8, no intenta Pablo que se enorgullezcan, sino que les estimula a corresponder a la buena opinión que se tiene de ellos en todas partes. Una alabanza sincera, modesta y merecida es el mejor estímulo a comportarse cada vez mejor.

2. Sigue a continuación una oración de petición por ellas (v. 9). Aun cuando era una iglesia floreciente y famosa por su fe, resultaban de la oración de Pablo, pues todo lo que en nosotros hay de bueno es obra de la gracia de Dios, y de Él hemos de depender continuamente, ya que, dejados de su mano, nada bueno podríamos hacer (comp. Jn. 15:5). Pablo observa en la oración la misma constancia *(«sin cesar»)* que él recomienda a otros (12:12). Su oración no consiste en generalidades, sino que *hace mención de ellos,* de sus triunfos y de sus miserias, de todos y de cada uno, *en sus oraciones.* Y apela al que escudriña el corazón: *«me es testigo Dios»*. Cuando decimos a otros hermanos que ya oramos (u oraremos) por ellos, ¿podemos decir sinceramente «me es testigo Dios»? Es de temer que, en muchos casos, sea una fórmula vaga para salir del paso con un cumplimiento («cumplo y miento»). Es, a la vez, un consuelo y una advertencia, saber que Dios es testigo de nuestras oraciones secretas. Al mencionar en este versículo a Dios, añade Pablo: *«a quien sirvo* (griego *latreuo,* entendido casi siempre de servicio cultual; comp. 12:1: «culto—*latreian—, espiritual») en mi espíritu* (comp. Jn. 4:24) *en el evangelio,* es decir, al predicar el Evangelio, *de Jesucristo,* centro del mensaje evangélico. En esta ocasión, Pablo tiene un ruego muy específico en su oración (v. 10): *«que ahora tenga al fin* (pues lo ha deseado por largo tiempo, v. 13), *por la voluntad de Dios* (no sólo «si Dios quiere», sino «porque Dios lo quiere»), *un próspero viaje para ir a vosotros»*. Cuando Pablo escribía esto, no se podía imaginar las condiciones en que dicho *viaje* se iba a realizar (v. Hch. caps. 27 y 28). Véase, con todo, el comentario a 8:28.

3. El gran deseo que Pablo tenía de ver a los cristianos de Roma (vv. 11–15) se echa de ver en las expresiones afectuosas de las que están llenos estos versículos. El verbo *epipothó* con que encabeza el versículo 11 expresa un deseo vehemente, lleno de nostalgia o añoranza, y aun de celo (v. Stg. 4:5). Siente mucho el apóstol, y así lo hace saber a los destinatarios de la carta (v. 13) el no haber podido ir antes a verlos, «*por haber sido estorbado hasta ahora»,* dice, sin explicar cuáles han sido dichos estorbos; lo interesante es observar los tres objetivos que se proponía en este viaje:

(A) La edificación de los cristianos de Roma (v. 11): *«para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis consolidados»*. Recibía para dar, y quería que, conforme las ramas ascendían, las raíces ahondaran. Los más santos necesitan ser más y más consolidados.

(B) Consuelo para sí mismo (vv. 12 y 13), y esto de dos maneras: (a) «*para cobrar yo nuevos ánimos en compañía de vosotros mediante el influjo recíproco de nuestra común fe, la vuestra y la mía* (v. 12,

NVI). Lo que había oído del crecimiento de ellos en la gracia era para él un gozo tan grande que deseaba ver aumentado el crecimiento para que aumentase también el gozo. Es una gran bendición para la iglesia cuando hay esa mutua confianza entre el pastor y la congregación, al confiar ellos en él como en fiel ministro de Dios, y él en ellos como en pueblo fiel de Dios; (b) *«para tener también entre vosotros algún fruto, como entre los demás gentiles»* (v. 13b). Cuanto más fruto tuviese él en ellos, mayor sería su gozo y su galardón.

(C) Desempeño fiel de su cometido como apóstol de los gentiles (v. 14): *«Me debo» o,* mejor, *«estoy en deuda»* (NVI). Lo mucho que recibía le hacía ser gran deudor. Habríamos de pensar en esto al codiciar grandes cosas, que cuanto más recibimos, más deudores somos, pues somos sólo administradores de los bienes de Dios. El ministerio mismo de Pablo le hacía deudor. Aunque había puesto en él todo su talento y se había fatigado en su labor, y hacer tanto bien como jamás pudo hacer hombre alguno, se titula, no obstante, a sí mismo *deudor: «deudor a griegos como a no griegos, a sabios y a no sabios»* (v. 14). Los griegos pensaban tener el monopolio de la sabiduría y consideraban «bárbaros», incultos y sin civilizar, a los demás pueblos de la tierra, pero Pablo se siente en deuda con unos y con otros. Por consiguiente, está dispuesto a pagar esa deuda (v. 15): *«Ésta es la razón por la que tengo tanto empeño en* (lit. *estoy tan presto a) predicar el evangelio también a vosotros, los que estáis en Roma»* (NVI). Estas palabras denotan una tremenda disposición de su ánimo, de su espíritu y de su mente, porque no era sórdido lucro lo que él codiciaba (v. 2 Co. 12:14 «*porque no busco lo vuestro, sino a vosotros*»).

Versículos 16–18

Pablo entra aquí en el tema de la Epístola: la justificación por medio de la fe. Algo tan alto, tan profundo, tan importante y tan urgente, que Pablo tiene gran empeño (v. 15) en proclamarlo, y *no se avergüenza* del Evangelio que lo proclama, aunque tenga que hablar del hombre que fue colgado en un madero, porque fue para salvarnos.

1. El Evangelio *es poder (dúnamis o dynamis,* de donde procede el vocablo «dinamita») *de Dios,* esto es, revela la infinita fuerza activa de Dios *para salvación;* no es letra muerta, sino poder en acción *(dynamis* con *enérgueia)* para salvar. El vocablo *«salvación»,* abarca tres aspectos: (A) salvación de la *culpa* del pecado (v. el comentario a Ef. 2:8, con el verbo en pretérito perfecto), que se lleva a cabo en la *justificación;* (B) salvación del *poder* del pecado, que es un proceso constante en la *santificación* interior (5:10); (C) salvación de *la presencia* del pecado (en el cielo, v. 1 Co. 3:15; 5:5; He. 9:28: *«se dejará ver de los que le aguardan para salvación»,* lit.). Como ya vimos con frecuencia en *Hechos,* y lo veremos también en *Romanos,* esta salvación estaba programada *primeramente para el judío.* Las ovejas perdidas de la casa de Israel recibieron la primera oferta del Evangelio, de manos de Jesús y, después, de los apóstoles. Al rechazar la salvación (Hch. 13:46), el Evangelio fue ofrecido a los paganos o gentiles y, en cuanto a salvación espiritual, judíos y gentiles se hallan al mismo nivel delante de Dios, con lo que el tan esperado Mesías demostraba ser *«luz para revelación a los gentiles, y para gloria de tu pueblo Israel»* (Lc. 2:32). Pero la medicina no puede curar, sino al que la toma; por eso, la salvación es *para todo el que cree* (v. el comentario a Ef. 2:8). Así que sólo el que cree se salva, tiene vida eterna (Jn. 3:36).

2. El apóstol entra más de lleno en el tema de la Epístola (v. 17 y ss.), y nótense de paso esos siete *porque* en seis versículos (16–21) para ver la ilación de todo el argumento. *«Porque en el evangelio* (v. 17) *la justicia de Dios se revela por fe y para fe».* Paremos aquí un momento ante la riqueza de las expresiones de Pablo. Dice Vicentini: «Si el Evangelio es una fuerza divina que salva, es porque en él se revela la justicia de Dios. Esta justicia actúa en el hombre a partir de un acto de fe y va de fe en fe, es decir, tiende a una mayor expansión». Vamos a explicar esto en mayor detalle:

(A) ¿Qué se entiende por *«justicia de Dios»?* En Dios, la noción de *justicia* no equivale a la de *santidad,* aunque la justicia fluye de un aspecto de la santidad de Dios. Al analizar Daniel 9:7–16 (nótese, sobre todo, eso de *«conforme a todos tus actos de JUSTICIA»,* v. 16), se ve claramente que *la justicia de Dios es su actividad salvadora* que, al ser satisfecha por la obra del Calvario, hace que su infinito amor se desborde, sin obstáculo, hacia nosotros, con lo que su santidad queda completamente a salvo. No es esta justicia de Dios la que se nos imputa en la justificación, sino la justicia de Cristo, quien cumplió perfectamente toda justicia en su vida y en su muerte, ofreciéndose a Dios en holocausto (como nuestro representante) y en expiación por el pecado (como nuestro sustituto).

(B) Esta *justicia cumplida* de Cristo se hace en nosotros (v. 2 Co. 5:21), mediante la fe, *justicia imputada* y exige ser, en la santificación moral, *justicia practicada.* De esta forma, la actividad salvadora de Dios produce en nosotros un efecto de su favor o gracia, ya que de nosotros mismos no puede surgir (por esfuerzo o mérito) ninguna pretensión a ser salvos. Todo el proceso salvífico es, en nosotros, *por fe y para fe* (v. 17b, lit. *de fe hacia fe),* es decir, desde su origen hasta su meta, de punta a cabo.

(C) Queda la última frase del versículo 17: *«Mas el justo por la fe vivirá».* Pablo cita aquí de Habacuc 2:4, donde el profeta promete *la vida,* esto es, el apoyo de Dios contra los enemigos, para protección y liberación, *a los justos, a causa de su fidelidad a Dios.* La frase puede construirse de dos maneras: (a) «El que es justo por la fe, vivirá»; (b) «El que es justo, vivirá por la fe». El profeta parece expresarlo en la primera forma. Pero Pablo une los dos sentidos. Dice Ryrie: «Al citar Habacuc 2:4, Pablo pone de relieve que una persona sólo mediante la fe puede ser justa a los ojos de Dios; (esto es), el que es justo por la fe, vivirá ahora y siempre por fe».

3. Al entrar en el versículo 18, se advierte el contraste con el versículo 17: A la *justicia salvadora de Dios* que obtiene su efecto en el que es justo por la fe, se opone *la ira de Dios que se revela (apokalúptetai,* el mismo verbo del v. 17) *contra toda impiedad e injusticia de los hombres* que rehúsan creer, pues *detienen con injusticia la verdad.* ¿Qué significa esta última frase? Aunque *impiedad* (gr. *asébeia)* indica no tener respeto a Dios, no hacerle caso, y *adikía, injusticia,* expresa una negación de lo que se debe a los demás, y aun el fallo moral en relación con nosotros mismos, la segunda mención de *injusticia* en el mismo versículo insinúa que el vocablo tiene extensión más amplia y abarca toda la actividad humana que impide la penetración de la gracia y de la verdad en el interior de la persona. El verbo griego en participio de presente significa que los incrédulos impíos perseveran y se oponen e impiden el paso y procuran echarla por tierra, *a la verdad y a la gracia de Dios,* que, ya mediante la naturaleza (vv. 19–21), se manifiestan a ellos lo suficiente para dejarles sin excusa. De este modo, Pablo, como experto cirujano, antes de aplicar el apósito, saja y escudriña la herida, y tratan de convencer de pecado y avisar de la ira de Dios contra el pecador, antes de que la curación pueda tener efecto, lo que hace del Evangelio algo sumamente importante y urgente, ya que si, por una parte, revela la justicia de Dios por fe y hacia fe, también revela la ira de Dios por el pecado y hacia el pecado. El corazón del malvado es como un sepulcro donde la verdad queda encerrada bajo tierra. Por mucha que entre, no produce ningún efecto. W. Newell hace notar que «casi todos los hombres conocen más verdad de la que obedecen». La ira de Dios cae perpendicularmente *(«desde el cielo»,* v. 18), sobre el impío.

Versículos 19–32

1. Los malvados son inexcusables, porque *Dios no se dejó a sí mismo sin testimonio* (Hch. 14:17), sino que Dios *manifestó,* hizo patente lo que, por medio de la razón natural, *puede conocerse de Él* (v. 19). Dios es espíritu infinito, invisible (Jn. 4:24), pero hay ciertas perfecciones divinas, su *eterno poder y deidad,* que, aunque son invisibles, se reflejan en las cosas creadas, haciéndose *claramente visibles* a la mente humana, no a los sentidos *(«siendo entendidas»)* desde la creación del mundo. El Universo muestra a la mente humana *el poder eterno,* pues antes de la creación no había tiempo, *y la deidad,* es decir, la naturaleza divina, trascendente a todo lo creado, *de Dios.* Dios actúa en secreto, pero manifiesta en público lo que ha creado El hecho de una idolatría general, fuera del círculo de aquellos a quienes fue dirigida la revelación positiva y directa de Dios, demuestra que, aunque los hombres han podido conocer de Dios lo suficiente para no tener excusa en no rendirle adoración ni gratitud (v. 21), el estado de naturaleza caída en que nos hallamos antes de ser salvos obstruye el paso de la luz desde la mente al corazón (comp. con Ef. 1:18), por lo que las famosas «pruebas racionales de la existencia de Dios» han sido ineficaces, sin la gracia, para convertir a nadie. En efecto, el hombre es atraído por Dios en Cristo (Jn. 6:44, 46). Lo que nos convence de pecado y nos hace anhelar la salvación, no es *el eterno poder y divinidad de Dios,* sino su *santidad infinita y su infinito amor a los pecadores,* y esto no se puede ver mediante las cosas creadas. El Dios de los filósofos puede imponer temor, pero no amor. El Dios Salvador es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Desde luego, una razón no enturbiada por el pecado (v. 21b) se da cuenta de que, de la misma manera que no puede existir reloj sin relojero, así tampoco pueden existir sin Dios las innumerables maravillas del Universo; tanto del macrocosmos como del microcosmos. Nos asombra lo que podemos ver, tanto con el telescopio como con el microscopio.

2. Por eso, Pablo pasa a denunciar la grosera idolatría de los que, aunque tienen ojos no ven; no ven porque no quieren ver, ya que la luz les molesta, pues les descubre sus malas obras (Jn. 3:17–21). Si los judíos, que disfrutaban de la revelación directa de Dios, eran inclinados a la idolatría, ¿qué podemos esperar de los paganos? En lugar de *glorificar y dar gracias a Dios,* «por esta infidelidad, dice Vicentini, a la primera luz recibida, los hombres se han metido en caminos ilusorios, se han tomado vacíos», pues eso es lo que significa el verbo *se envanecieron,* es decir, se hicieron inútiles, vacíos; por eso, dieron culto a vaciedades, a los ídolos. Al cerrar el paso a la luz (v. 18), el centro del ser (el «corazón» en sentido bíblico) *quedó en tinieblas;* no es extraño que *los razonamientos (dialoguismois,* vocablo de la misma raíz que «diálogo» y «dialéctica») quedasen vacíos de sentido. Lo peor y lo más cegador (comp. con Jn. 9:41) de estos impíos es, que *siendo necios,* tontos de remate hasta la locura (gr. *emoránthesan), alardeaban de ser sabios* (lit.).

3. De la ideología vana de los impíos, pasa Pablo a describir sus prácticas idolátricas (v. 23). Dios hizo al hombre a su imagen semejante (Gn. 1:26, 27), pero el hombre caído hizo sus dioses a su propia imagen: *«cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible».* Más aún, a causa del estado de naturaleza caída, el ser humano, si no es elevado a la dignidad y condición de «superhombre», hijo de Dios por la gracia de Dios, se queda en la triste condición de «infrahombre», *«como el caballo o como el mulo, que no tienen entendimiento»* (Sal. 32:9), por lo que los idólatras llegaron a rendir adoración a imágenes *de aves, de cuadrúpedos y de reptiles* (v. 23b). En realidad, siempre que el ser humano pone el corazón en las obras de sus manos, es un idólatra. Como dice Trenchard: «Hoy en día, un elevado porcentaje de la raza humana son idólatras en el sentido de este pasaje. En regiones donde predomina un cristianismo decadente, el mismo desvarío halla su satisfacción en la adoración de imágenes. En países de gran desarrollo técnico, la ciencia y la tecnología, las riquezas, la pasión por el mando o por adquirir una elevada posición social hacen las veces de "ídolos"».

4. Dios a nadie fuerza a servirle, sino que le da a cada uno lo que cada uno *busca* (v. 2:7, 8). A la salvación y al cielo lleva aun a los que no le buscan (v. 10:20), pero a nadie manda al infiemo; es el impío el que *se va* allá, por haber escogido vivir sin Dios o contra Dios. Dios ama al hombre de todo corazón, pues ésa es la naturaleza de Jehová o Jehová (v. Éx. 34:6, 7, que de una forma u otra se repite con frecuencia a lo largo de la Biblia). Cuando Dios castiga, lo hace, como dice F. F. Bruce, «contra su gusto». Esto ha de tenerse en cuenta para entender bien lo que sigue. Después de exponer la locura e insensatez de los impíos e idólatras, Pablo pasa a declarar lo que Trenchard llama «la triple entrega judicial de Dios» (vv. 24–32), que se presenta en una escalada de menos a más (seguiremos en el resto del capítulo la NVI):

(A) *«Por eso, Dios los dejó a merced* (esto significa en estos versículos el verbo «entregar») *de las pecaminosas pasiones de su corazón».* Dios no quiere el pecado y, por eso, no quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva. Pero si el paciente no se somete a lo que el médico le prescribe, no hay que culpar al médico de los fatales síntomas que de esa desobediencia se siguen por su curso natural, sino al enfermo. El corazón del hombre es, por naturaleza, *perverso y engañoso* (Jer. 17:9). Ni el propio individuo puede percatarse de la perversidad engañosa de su corazón, pero por ella queda encadenado al pecado y al vicio (Jn. 8:34). Como advierte J. Murray, dejarlos a merced de sus pasiones presupone que iban por el camino de la corrupción. No se deslizaron por ese camino por dejarlos Dios, sino que Dios les dejó ir sin freno por el camino que ellos ya llevaban. Es de notar que (v. 25) el pecado en la esfera religiosa, que es el primer *cambio de la verdad por la mentira,* trae como consecuencia natural el pecado en la esfera moral. Ya en el versículo 24b, Pablo apunta inequívocamente hacia la homosexualidad de la que va a tratar con más detalle en los versículos 26, 27. La frase final del versículo 25 *(«el cual* [el Creador] *es bendito por los siglos. Amén»)* era frecuente en los judíos después de nombrar a Dios (comp. con 9:5); aquí es una reacción contra el ultraje a Dios.

(B) El apóstol prosigue, *in crescendo,* en esta entrega judicial de Dios (vv. 26, 27). Al cambiar la verdad de Dios por la mentira (v. 25), los dejó Dios a merced de la más vergonzosa corrupción sexual, de forma que ellos cambiaron el recto uso del sexo (la unión con el sexo opuesto, pues los sexos se complementan mutuamente) por la homosexualidad. Se nombran primero *las mujeres,* no porque este pecado sea entre ellas más corriente, sino por ser más antinatural; por eso dice: *«INCLUSO sus mujeres cambiaron el uso natural del sexo por el que es contra la naturaleza»* (v. 26b). La homosexualidad entre los hombres se describe a continuación (v. 27) con los colores más vivos, mientras que a Pablo le ha repugnado, por delicadeza, dar más detalles sobre las mujeres. La última frase del versículo 27 merece

especial atención: *«recibieron en sus propias personas la penosa remuneración que correspondía a sus extravíos»*. Esta remuneración consiste, según W. G. T. Shedd, «en la corrosión misma producida por la sensualidad insatisfecha, junto con las terribles consecuencias físicas y morales de tal libertinaje». Esto lo escribía en 1879. Hoy, con la epidemia de AIDS (SIDA para los españoles), esta «remuneración» ha cobrado un aspecto trágico, del que hasta los niños inocentes son víctimas.

(C) La tercera «entrega» nos hace ver hasta dónde llega, en su corrupción y desvarío, la mente reprobada. Para mejor inteligencia, vamos a dividir en tres partes esta sección (vv. 28–32):

(a) Dice el versículo 28: *«Además, como quiera que pensaron que carecía de todo valor el poseer el conocimiento de Dios, a su vez Dios los dejó a merced de una mentalidad pervertida, que les llevó a cometer cosas inconvenientes»*. La NVI aclara, para uso del lector, lo que el original significa, pero no estará de más traducir literalmente el versículo, que dice así: «Y *por cuanto no aprobaron tener a Dios en reconocimiento, los entregó Dios a una mente reprobada, para hacer lo no correcto»*. Nótese lo siguiente: No dice Pablo que estos impíos *no conocieron a Dios* (iría contra el v. 21), sino que *no le reconocieron,* esto es, no le dieron a Dios el valor y la estima que se merece como Ser Supremo y Creador de cuanto existe. Dice la nota a este versículo en la NVI *(«Las Grandes Nuevas»,* hasta ahora): «El original, con términos muy expresivos, viene a decir que quien *descalifica* a Dios hasta no merecer la pena conocerle, recibe en pago (o, mejor, demuestra tener) una mentalidad *descalificada,* inepta para obrar con sensatez». Con un símil perfectamente inteligible para los estudiantes españoles, podemos decir que, por no darle a Dios un «aprobado», Dios los deja a ellos con un «suspenso».

(b) A continuación (vv. 29–31), Pablo procede a detallar toda clase de pecados, que son consecuencia de la *mentalidad pervertida: «Así es que quedaron sumidos en toda clase de maldad* (lit. *injusticia), de perversidad, de avaricia, de malicia* (lit. *maldad); henchidos de envidias, homicidios, contiendas, fraudes* (estos cuatro vocablos están en singular en el original, pero es un singular «colectivo») y *malignidad. Son chismosos, calumniadores, aborrecedores de Dios, insolentes, arrogantes y fanfarrones; ingeniosos para encontrar nuevas maneras de hacer el mal, desobedientes a sus padres; insensatos, desleales, sin entrañas y despiadados»*. La lista es impresionante, aunque no es exhaustiva (comp. con Gá. 5:19–21, donde hay también otros vicios). Es probable que el primer vocablo, *«injusticia»* (gr. *adikía),* sea como el epígrafe de los 20 vicios que siguen. Notará el lector que el segundo vocablo de la lista es *«perversidad»,* no *«fornicación»*. La razón es que el griego *ponería* está mucho mejor atestiguado en los MSS que *porneía* (¡las mismas letras en diferente colocación, lo que dio lugar al error de los copistas!)

(c) El versículo 32 nos presenta el clímax de toda la porción, y en él se describen las circunstancias agravantes de dichos vicios, ya de por sí gravísimos: (a) Estos impíos, *«a pesar de conocer el justo decreto de Dios que declara reos de muerte a los que practican tales cosas, no sólo continúan poniéndolas por obra, etc.»*. Conocían la ley, y conocían la pena sancionada por la ley; su misma conciencia se les decía (comp. 2:15). El pecado se agrava cuando es contra conocimiento; es como precipitarse con presunción contra la punta de la espada. Se agrava todavía más cuando se continúa en él, hasta convertirse en costumbre, en vicio. (b) *«No sólo continúan poniéndolas por obra, sino que hasta aplauden a los que les imitan en tales prácticas»*. Estos malvados no se contentaban con pecar ellos mismos, sino que animaban a otros a imitarles, con lo que se convertían implícitamente en *cómplices* de todos los demás pecadores. En realidad, todo pecador busca cómplices como para justificarse de su propia maldad al verla generalizada; nadie quiere permanecer pecador «en solitario»; lo cual es ya una especie de autoacusación, aunque en realidad es como una confederación a favor de los intereses del reino del diablo. Gozarse en el pecado por amor al pecado mismo es el más bajo escalón del egoísmo, contrario al amor que *«no se alegra de la maldad, sino que se complace en la verdad»* (1 Co. 13:6, NVI).

5. Ahora, pónganse todas estas cosas en un montón, y que diga alguno si el mundo pagano puede quedar justificado delante de Dios, esto es, puesto en correcta relación con Dios, por medio de cualquier clase de obras que, por su propia naturaleza, pueda hacer. Escribía Agustín de Hipona: «Nadie tiene de suyo otra cosa que mentira y pecado».

CAPÍTULO 2

El objetivo de los dos primeros capítulos de esta epístola puede deducirse de 3:9: «ya hemos acusado a judíos y a gentiles que todos están bajo pecado». En el capítulo 1, lo ha demostrado de los gentiles; en éste, lo va a demostrar de los judíos. I. Judíos y gentiles están al mismo nivel ante la justicia de Dios (vv. 1–16). II. En particular, los judíos son culpables de los pecados que juzgan en otros (vv. 17–29).

Versículos 1–16

Los continuadores de M. Henry—nota del traductor—opinan, con los más competentes exegetas modernos (J. Murray, J. I. Vicentini, entre otros), que todo el capítulo 2 se refiere a los judíos, especialmente por la fraseología de los versículos 3–5, aunque en su comienzo habla en términos generales, a fin de que los versículos 17 y ss. no les tomen por sorpresa.

1. Aunque Pablo habla en términos generales al decir (v. 1): *«oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas»*, al comparar esta frase con los versículos 17–23, se ve que el apóstol se dirige a un judío. Dice Vicentini: «Frente al espectáculo de los paganos, el mundo judío no tiene motivos para gloriarse. Pese a condenar a los paganos, los judíos no escaparán al castigo, porque Dios no hace acepción de personas, sino que es juez justo». El *«tú que juzgas … al otro»* se parece al *«tú que enseñas a otro»* del versículo 21. Los judíos miraban con sumo desprecio a los pobres paganos, y hasta los creían incapaces de salvación (v. el comentario a Hch. 11:18), mientras que ellos mismos eran tan inmorales como los paganos, aun no siendo idólatras (no volvieron a serlo desde después de la cautividad de Babilonia). Por tanto, *eran inexcusables,* pues caían en los mismos pecados que condenaban en los gentiles; tenían, en realidad, menos excusa, ya que los gentiles disponían únicamente de la luz natural, mientras que los judíos poseían la revelación positiva y directa de Dios por medio de Moisés y de los profetas.

2. Declara después la invariable justicia del gobierno de Dios (vv. 2, 3). Dios es un Dios justo: *«Ahora bien, sabemos que el juicio de Dios contra los que practican tales cosas está basado en la verdad y va de veras»* (v. 2 NVI). Es *«conforme a la verdad»,* no se basa en teorías ni en la apariencia externa de las personas; se rige por la realidad de los hechos y por la motivación del corazón. Esto debe ser tenido en cuenta de manera especial por los que juzgan a otros sin percatarse de que ellos incurren en los mismos pecados. Predicar contra el pecado no sirve de expiación por los pecados de uno mismo. Por eso, el apóstol desea despertar la conciencia del que así juzga y le dice: *«¿Te imaginas* (lit. *razonas, piensas) … que tú escaparás del juicio de Dios?»* (v. 3). La cosa es tan clara que debería ser inconcebible tal presunción, como si dijese: «¿Es posible que llegues a la conclusión de que tú estás sin pecado y, por eso, no vas a incurrir en la ira de Dios?» Sin duda, esto era lo que se imaginaba el fariseo de la parábola (Lc. 18:11, 12).

3. Es precisamente esta presunción del judío que se cree observante de la Ley, la que le cierra los ojos y le endurece el corazón (comp. con Jn. 9:39–41), para no darse cuenta de que *la benignidad de Dios le guía al arrepentimiento* (v. 4) y de que está *almacenando* juicio, *ira de Dios* para el último día (v. 5). Hay en esa presunción un *menosprecio* (v. 4) *de las riquezas de la benignidad, paciencia y longanimidad* de Dios. Las tres cualidades van regidas por *«riquezas»,* para expresar la *inmensa abundancia de la benignidad* (gr. *khrestotes,* bondad bienhechora), *paciencia* (lit. *aguante* para soportar; la misma raíz—*anokhé*—del vocablo griego para *«soportándoos»* de Ef. 4:2) y *longanimidad* (gr. *makrothumía,* lit. grandeza de ánimo para amar y esperar, así como perdonar y olvidar), la cual siempre se refiere a personas, pues la paciencia para sobrellevar las circunstancias es, en griego, *hupomoné:* permanecer debajo de un peso. Esta inmensa riqueza de la misericordia divina, en sus múltiples formas, debería llevar a todo pecador al arrepentimiento, a cambiar de mentalidad respecto de Dios y de sí mismo. Pero el judío presuntuoso es *duro* (de cerviz. V. Hch. 7:51) *y de corazón no arrepentido* (duro también. Comp. con Ez. 11:19; 36:26). Cerviz insumisa y corazón obstinado no dejan abertura a la misericordia de Dios, por lo que el pecador contumaz *atesora,* como quien va llenando un cofre (comp. Mt. 2:11) de algo muy valioso, *ira,* esto es, pecados que motivan la ira de Dios. No es Dios quien atesora ira, sino el malvado con su continuo pecar. Pero *el día de la ira* (v. Ap. 6:16, 17), también se abrirá de par en par el cofre de Dios, *se revelará el justo juicio de Dios* contra esos cofres de pecado que ahora pueden permanecer bien cerrados a los ojos de los hombres, pero no a los de Dios, quien aguarda con toda paciencia aquel día (comp. con 2 P. 3:9), porque su ira no es, como en nosotros, efecto de un momento de arrebato pasional, sino el resultado de un juicio justo, no turbado por pasión alguna.

4. Después de aludir al justo juicio de Dios, el apóstol pasa a describir la justicia de dicho juicio por la forma en que Dios *paga a cada uno* (v. 6) *conforme a sus obras.* Este versículo podría desorientar a los lectores, pues ha desorientado a algunos comentaristas, por no darse cuenta de que Pablo no trata aquí de acciones particulares que conduzcan a la salvación o a la condenación (¡iría contra el principio básico de toda la epístola: la justificación por la fe sola!), sino (vv. 7 y ss.) de lo que W. Newell llama *«la elección de la vida» o,* como suelo decir (nota del traductor), la *opción fundamental* por la que cada uno resuelve, con la gracia de Dios, *obedecer a la fe* (1:5) u *obedecer a la injusticia* (v. 8b). En efecto:

(A) Unos, con santa ambición, *buscan* (v. 7), no éxitos ni aplausos humanos, sino la verdadera *gloria, el honor y la inmortalidad* que sólo en Dios se pueden hallar, y espoleados por esta santa ambición, estas personas *perseveran conforme a la paciencia* (gr. *hupomoné;* véase lo dicho anteriormente) *de la buena obra* (lit.), es decir, del bien obrar, lo que muestra que el bien obrar es una tarea *ardua,* difícil, porque es contra la corriente de nuestra naturaleza caída. En todo caso, esta *buena obra* no precede a la fe, sino que la sigue como consecuencia necesaria (v. Ef. 2:8–10: «no *por* obras … *para* obras»). A éstos, Dios les da lo que buscan: *vida eterna.*

(B) Otros, por el contrario (v. 8), *son contenciosos,* rebeldes, contumaces e insumisos: *No se dejan persuadir* (lit.) *por la verdad* (comp. con 1:5), *sino que son persuadidos* (lit.) *por la injusticia* (1:18). A éstos, *puesto que han atesorado ira,* Dios les paga *con ira y enojo.*

5. Finalmente, Pablo expone y demuestra la cualidad interior de Dios por la cual el juicio de Dios y la paga que da a cada uno son siempre justos. Esa cualidad es la imparcialidad (v. 11). El apóstol la describe en su forma de obrar con todos (vv. 9, 10), en su naturaleza (v. 11) y en la norma conforme a la que cada uno es juzgado según su condición de judío o de pagano (vv. 12–16). En efecto:

(A) *Todo ser humano que obra el mal* (v. 9) ha de esperar *tribulación y angustia,* como efectos, en el hombre, de *la ira y del enojo de Dios* (v. 8) contra los rebeldes a la voz de Dios, sean judíos o no judíos, pero *al judío primeramente,* porque, al tener mayor luz, tiene también mayor responsabilidad. En cambio, *todo el que obra el bien* (v. 10) puede esperar *gloria, honor y paz* (comp. con v. 7), sea quien sea, pero *primeramente el judío,* porque, al ser mayores sus privilegios y conocer mejor el carácter de Dios, dispone de una motivación mucho más alta (v. Dt. 6:4, 5) para que su conducta sea más perfecta.

(B) La imparcialidad de Dios queda, a continuación, descrita como una *no acepción de personas* (v. 11). El vocablo griego *prosopolempsía* significa «recepción del rostro», es decir, «dejarse llevar por las apariencias» (v. Stg. 2:14, donde queda bien ilustrado el vocablo). No ha de confundirse, pues, con la predilección que Dios puede, en la soberana libertad de su gracia, por la que no está obligado a nadie, tener hacia una persona o un grupo, sin hacer por eso injusticia a nadie (v. el comentario a 8:29 y 9:13, entre otros lugares). En este segundo caso, no caben «apariencias» por las que Dios pueda dejarse llevar, pues, antes que Dios manifieste su preferencia, nadie puede tener buena «apariencia», ya que *todos están bajo pecado.*

(C) La imparcialidad de Dios opera conforme a la condición en que cada ser humano se halla frente a la luz que hay en su conciencia, pues ésta es la que declara la moralidad de la acción humana (14:14–23; 1 Co. 8:7–10). Ahora bien, la luz que aparece en la conciencia del hombre puede ser de tres clases

(a) La luz de la naturaleza. Ésta la tienen los paganos y conforme a ella serán juzgados (v. 12): *«Porque todos los que han pecado sin ley, sin ley también perecerán»;* esto es, los gentiles que no tienen otra norma que la que les declara la luz de la conciencia, no serán juzgados conforme a la ley de Moisés que nunca tuvieron. Dice Pablo que *han pecado sin ley,* lo cual, a primera vista, parece un absurdo, ya que donde no hay ley, no puede haber transgresión. Pero él se refiere a la ley escrita en tablas exteriores, la ley de Moisés. Los paganos no tienen esta ley de Moisés, pero *muestran la obra de la ley escrita,* no en tablas exteriores, sino *en sus corazones,* porque Dios les ha puesto allí la luz de *la conciencia* (v. 1S), que les da testimonio de lo bueno y de lo malo: de la justicia y la injusticia, de la honra y el deshonor, del amor y el odio, etc. Esta luz les dirige y les juzga: les dice si es bueno o malo lo que van a hacer, y *les acusa o defiende* según sea malo o bueno lo que hayan hecho.

(b) La luz de la Ley. Ésta es la que tenían los judíos y por ella habían de ser juzgados (v. 12b): «Y *todos los que han pecado bajo la ley, por la ley serán juzgados».* Su castigo será tanto mayor (v. 9) cuanto que es mayor y más clara la luz de la ley de Moisés que la de la naturaleza. El apóstol les muestra (v. 13) que el tener, el oír y el conocer bien la Ley, no les va a justificar, es decir, a declarar inocentes, sino el cumplir, el observar la Ley. Era para ellos un gran privilegio tener la Ley, pero no era un privilegio salvífico, a no ser que viviesen al nivel de la justicia que la Ley exigía. Pablo no trata todavía de la

justificación por la fe, pues habla de la Ley, no como algo cuyo cumplimiento justifique, sino como criterio de la moralidad de las acciones.

(c) La luz del Evangelio o, mejor dicho, la luz de la gracia (v. 16). Nota del traductor: Los continuadores del comentario de M. Henry unen lo de *conforme a mi evangelio*, preferentemente, con el verbo *juzgará*, con lo que resultaría que *Dios juzgará … conforme a mi evangelio.* Esta manera de interpretar el versículo 16 no tiene base alguna. Lo que Pablo expresa aquí es que el juicio de Dios sobre toda la humanidad, por medio de Jesucristo, es una parte importante del mensaje evangélico que, no sólo él (comp. con Hch. 17:31), sino también los demás apóstoles (v. Hch. 10:42, por ej.) proclamaban. Sin embargo, es cierto que, en la actual dispensación, la luz del Evangelio nos presenta una *ley* más *perfecta* que la ley de Moisés, la ley de Cristo (1 Co. 9:21), que es la ley del amor, con lo que el rechazo del Evangelio es algo horrible que merece la mayor condenación (v. He. 10:26–31, según probable interpretación).

Versículos 17–29

En el versículo 13, Pablo ha dicho que no se justifican los que oyen la ley, sino los que la cumplen. Aquí aplica esto, más directamente, y de modo más explícito, a los judíos.

1. Reconoce los privilegios del judío (vv. 17–20), para que vean que no les excusa la ignorancia, puesto que poseen todo lo necesario y conveniente para llevar una conducta, no sólo buena, sino santa.

(A) Son un pueblo escogido (v. 17), pues: (a) tiene un nombre lleno de honor *«judío»*, pues la salvación procede de entre los judíos (Jn. 4:22). De ello estaban orgullosos, aunque eso añadía mayor vileza a los que eran malvados entre ellos. No es cosa nueva que las peores obras se escondan bajo los más hermosos nombres; (b) tiene un buen apoyo: *te apoyas en la ley*, una institución divina, antigua y santa, aunque ese apoyo sólo servía para hacerles más responsables de sus transgresiones. Es peligroso apoyarse en privilegios externos cuando no se vive al nivel de lo que esos privilegios exigen; (c) y *te glorías en Dios.* Gloriarse en el Señor con fe, humildad, gratitud y obediencia, es el compendio de toda religión (v. 1 Co. 1:31), pero jactarse de la externa profesión de su nombre, por pertenecer al Israel de Dios (Jn. 8:41b) es el compendio de toda hipocresía. El orgullo espiritual es la clase más peligrosa de orgullo.

(B) Son un pueblo conocedor (v. 18): *«y conoces su voluntad* (de Dios)». Al tener de parte de Dios una ley clara y detallada, conocen bien lo que Dios quiere de ellos. No sólo eso, sino que *«sabes apreciar cosas superiores por haber sido instruido constantemente en la ley»* (NVI). Instruidos en la Ley, podían discernir fácilmente lo bueno de lo malo. Lo bueno y lo malo tienen a veces una línea de demarcación tan fina que no resulta fácil distinguirlos, pero los judíos disponían de una legislación tan perfectamente detallada y clasificada que nadie podía excusarse de no saber lo que estaba mandado. Pero la ley que proveía un conocimiento tan detallado del bien y del mal, no poseía fuerza para librar al hombre de caer en el mal al que, por naturaleza, está inclinado. Ya el pagano Ovidio decía: «Veo y apruebo lo mejor, pero sigo lo peor» (comp. con 7:15–19). El judío y fariseo Pablo va más allá: *«Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso es lo que pongo por obra»* (7:19).

(C) Son un pueblo enseñador, docente (vv. 19, 20) o, al menos, así se creían ellos: *«estás confiado en que eres guía de ciegos*, esto es, de ignorantes». Los judíos, en general, se creían tan sabios que podían dar lecciones a todos los paganos del mundo. Todas las naciones debían acudir a la escuela de Israel a buscar *la luz*, pues todas ellas *estaban en tinieblas*, y eran como *niños pequeños* en comparación de la instrucción que daba la Ley *(Torah* significa, en primer término, una *instrucción* necesaria para una buena conducta). Los doctores judíos, o rabinos, estaban especializados en el estudio de esta Ley; por eso, tienen para ellos especial relevancia las palabras de Pablo. Pero, ¿de qué les servía *tener en la ley la quintaesencia* (gr. *mórfosin) del conocimiento y de la verdad, si* no era más que una *apariencia* (comp. con 2 Ti. 3:5, donde también dice el griego *mórfosin),* sin el *poder* que da una conducta acorde con lo que se conoce?

2. El apóstol pasa ahora a declararles con toda valentía que esos privilegios y conocimientos de los que disponían, sólo les servían para añadir mayor gravedad a los pecados que cometían (vv. 21–24), ya que:

(A) Pecaban contra lo que bien sabían, y hacían lo que prohibían a otros La enseñanza, como la predicación, debe comenzar por uno mismo. Los fariseos derribaban con su conducta lo que edificaban

con su enseñanza. El mayor impedimento para el progreso del Evangelio lo constituyen aquellos cuyas malas obras hablan más alto que sus buenas palabras: los que en el púlpito hablan tan bien que da pena el que se bajen de él, y fuera del púlpito obran tan mal que es una pena el que suban a él. Pablo especifica (vv. 21, 22) tres pecados abundantes y notorios entre los judíos: *hurto* (especialmente, a Dios: Mal. 3:8, 9); *adulterio* (v. Jn. 8:9) y *sacrilegio,* aunque la íntima frase del versículo 22 parece indicar *«saqueo de templos»,* conforme al griego. Dice Trenchard: «podría señalar el pecado de los judíos carnales que tenían pocos escrúpulos al comerciar en materiales relacionados con templos paganos, con tal de hacer buen negocio». Esta codicia es equivalente a la idolatría (Col. 3:5).

(B) Deshonraban a Dios con sus pecados (vv. 23, 24). Mientras que Dios y su ley eran un honor del que se jactaban (v. 17), *deshonraban a Dios al infringir la ley misma de la que se jactaban,* pues daban ocasión a los de fuera *para blasfemar,* es decir, para hablar mal, no sólo de la religión judía, sino también *del nombre sagrado de Dios. Por causa de vosotros* (v. 24), dice Pablo, *el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles.* El apóstol cita aquí de Isaías 52:5, y lo hace libremente, ya que, en Isaías, se trata de los gentiles que oprimen y se enseñorean de Israel, con lo que se deshonra al Dios de Israel como si no tuviese poder para librar a su pueblo. Pablo parece hacer la siguiente aplicación: «¿Qué peor enemigo que el pecado para esclavizar al pueblo de Dios y presentarlo ante los paganos (podemos aplicarlo a nosotros los cristianos, ante los mundanos) como un pueblo cuya religión no tiene eficacia para hacerlos mejores que los demás? ¿No es ése precisamente el «escándalo» que la mayoría de los que se profesan creyentes ofrecen al mundo?

3. Finalmente, Pablo declara la completa insuficiencia de la profesión que de su religión hace el judío, en orden a descargarlo de la culpabilidad que sus transgresiones entrañan (vv. 25–29): *«La circuncisión* (v. 25) *aprovecha, si practicas la ley»;* es decir, el judío obediente no perderá el provecho que representa el signo del pacto. *«Pero si eres transgresor de la ley,* añade, *tu circuncisión viene a ser incircuncisión,* es decir, es como si fueses pagano, pero con la agravante de que, al pecar contra una mayor luz, tendrás mayor condenación».

(A) El apóstol declara que, si los incircuncisos paganos viven conforme a la luz que tienen, están al mismo nivel que los judíos: «*Si el incircunciso guarda las ordenanzas de la ley* (v. 26), *cumple perfectamente la ley* (v. 27), es decir, se somete sinceramente a lo que le dicta la luz de la conciencia, conforme a la ley escrita en su corazón, no sólo *le será contada su incircuncisión como circuncisión* (v. 26b), sino que él *te juzgará a ti que, con la letra de la ley y con la circuncisión, eres transgresor de la ley»* (v. 27b). No cabe duda de que algunos gentiles llegaron a observar una conducta honesta, aunque siempre por fe en un Dios remunerador (He. 11:6), bajo la soberana operación del Espíritu y en respuesta a la gracia que Dios ofrece a todos, ya que *es su deseo el que todos sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad* (1 Ti. 2:4). Es cierto que todos están bajo condenación (3:23), pero también es verdad que la muerte de Cristo obtuvo provisión de *reconciliación para todos los que acepten ser reconciliados con Dios* (2 Co. 5:14–20). *Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia* (5:14–21).

(B) Describe después en qué consiste la verdadera circuncisión (vv. 28, 29). El verdadero «circunciso» no es el que ostenta una profesión *exterior, en la carne, conforme a la letra de la ley,* sino el que lo es *en el interior, en el corazón, conforme al espíritu de la ley.* No dice eso para alejarnos (a los judíos y a los cristianos) de la observancia de las ordenanzas exteriores (son buenas en su lugar y con las debidas disposiciones del sujeto), sino para que no pongamos en ellas todo el énfasis, como si por sí mismas diesen vida, cuando no poseemos la vida interior del espíritu. Para ser verdaderos hijos de Abraham no basta ser descendientes de Abraham, sino que es menester imitar la fe y las obras de Abraham (Jn. 8:19b). Dios mira al corazón, no al exterior de la persona; al contrario de los hombres, quienes sólo ven el exterior, pero no pueden penetrar en el corazón de los demás. De ahí que sólo el que es de corazón circuncidado *recibe la alabanza de Dios.* No importa el que los hombres le alaben o se burlen de él.

CAPÍTULO 3

En este capítulo, I. El apóstol responde primero a ciertas objeciones que podrían oponérsele en cuanto a lo que ha dicho acerca de los judíos (vv. 1–8). II. Afirma después la universal culpabilidad y corrupción

de la humanidad, tanto de judíos como de paganos (vv. 9–18). III. De ahí viene a concluir que la justificación de todo ser humano ha de ser necesariamente mediante la fe, no por las obras de la ley (vv. 19–31).

Versículos 1–18

I. En la primera sección de este capítulo (vv. 1–8), el apóstol responde a varias objeciones, antes de pasar a la afirmación de la corrupción universal de la humanidad.

Primera objeción: Si el judío y el gentil están delante de Dios al mismo nivel, *¿qué ventaja tiene, pues, el judío? ¿O de qué aprovecha la circuncisión?* (v. 1). Como si dijese: «¿No hace esta doctrina tabla rasa de todas las prerrogativas del pueblo escogido y se suprime el respeto a la ordenanza divina de la circuncisión?»

Respuesta: Los judíos son, a pesar de todo, un pueblo privilegiado (v. 2): *«Mucho, en todas maneras»*. Es cierto que la puerta de la salvación está abierta por igual para los gentiles lo mismo que para los judíos, pero éstos tienen muchos privilegios (v. 9:4, 5), de los que aquí sólo menciona uno (v. 2b): *«Les ha sido confiada la palabra de Dios»*, es decir, las Escrituras del Antiguo Testamento, que son oráculos divinos confiados en primer lugar a los judíos, y a estos oráculos hay que atenerse (Is. 8:20). El Antiguo Testamento fue depositado en manos de los judíos, a fin de que lo preservasen puro e incorrupto, primero para uso de ellos mismos y, después, para beneficio de todo el mundo. Los judíos tenían los medios de la salvación, pero no tenían el monopolio de la salvación. El apóstol dice que tenían esto *primeramente*, es decir, como el privilegio primero y más importante.

Segunda objeción: ¿De qué les sirvieron los oráculos divinos, cuando tantos judíos se negaron a creer (v. 3), haciéndose así enemigos de Cristo y de su Evangelio?

Respuesta: Pero, *¿acaso su incredulidad habrá hecho nula la fidelidad de Dios?* (v. 3b). Ante el solo pensamiento de tal cosa, Pablo estalla en una especie de interjección (v. 4): *¡De ninguna manera!* (lit. *¡No sea!*, o, *¡No suceda!)*, que repite unas doce veces en sus Cartas. La obstinación de los judíos era impotente para invalidar las profecías sobre el Mesías, el reino mesiánico y el llamamiento del pueblo de Israel (v. 11:29). Continúa Pablo (v. 4): *«Quede bien claro que Dios es veraz y que, por el contrario, todo hombre es un embustero»* (NVI). El apóstol cita esta última frase del Salmo 116:11b, donde el hebreo dice literalmente: *«el hombre entero es engañoso»*, es decir, «ningún ser humano es de fiar, en sus poderes naturales, para salvar, proteger, ayudar, etc., a otros» (comp. con Jer. 17:5–9). No quiere decir, pues, que «todo hombre diga mentiras» (cierto joven incrédulo y disoluto, pero, al parecer, no «mentiroso», estuvo a punto de provocar desorden en un culto vespertino en la iglesia de Galicia donde yo servía, al oír citar desde el púlpito este versículo, nota del traductor). A continuación, cita el apóstol del Salmo 51:4: *«De modo que seas proclamado justo en tus palabras y triunfes cuando se te juzgue»* (NVI). De tal manera cumple Dios su palabra que, en cualquier circunstancia, sale vindicado como acusador veraz y justo Juez. Lo que Pablo intenta, al aplicar aquí las palabras del Salmo 51 es, como dice J. Murray, «que, si el pecado no anula la *justicia* de Dios, tampoco la incredulidad y el engaño del hombre pueden anular la *fidelidad* y la *veracidad* de Dios».

Tercera objeción: «Pero si nuestra propia iniquidad (v. 5) *hace resaltar más claramente la justicia de Dios ¿qué diremos? ¿No será injusto Dios al descargar sobre nosotros su cólera? (Arguyo como lo hacen los hombres)»* (NVI). Si el pecado y el engaño del hombre hacen resaltar la justicia, la fidelidad y la veracidad de Dios, ¿por qué castiga Dios el pecado, cuando éste sirve de algún modo para que resalte más la gloria de Dios?

Respuesta: «¡De ninguna manera!», repite con enfado el apóstol. Si así fuese, *¿cómo juzgaría Dios al mundo?* (v. 6). Como si dijese: «En tal caso, Dios habría dimitido de su cargo como Juez de todos». El pecado hace resaltar la justicia de Dios, lo mismo que su perdón, sólo de manera indirecta, accidental y *a posteriori*. Pongamos un ejemplo a nivel humano: El que una persona brille por su mansedumbre no otorga a otros el derecho de darle puñetazos y puntapiés, con la excusa de que así brillará más su mansedumbre. Dios no va a estarle agradecido al pecador por el hecho de que su pecado haga resaltar la justicia de Dios.

Cuarta objeción: Los objetores (al parecer, los había. Pablo no está proponiendo meras «hipótesis») persisten en la objeción anterior, aunque especifican el caso de la «mentira» humana que enaltece la

«veracidad» y la «fidelidad» de Dios (vv. 7, 8): *«Pero si por mi mentira la verdad de Dios abundó para su gloria, ¿por qué aún soy juzgado como pecador? ¿Y por qué no decir (como se nos calumnia y como algunos, cuya condenación es justa, afirman que nosotros decimos). Hagamos males para que vengan bienes?»* Dice el antiguo refrán: «¡Calumnia, que algo queda!», y se ve que, ya en tiempos de Pablo, había quienes le acusaban (y quizás a otros, aunque el plural *«nos»* podría ser retórico) de enseñar que «el fin justifica los medios».

Respuesta: Pablo se limita a exponer la objeción en toda su crudeza y añade que *es justa la condenación* de quienes le calumnian como si él sostuviese esa doctrina. No se puede cometer un pecado a fin de obtener un bien o de evitar un pecado mayor. Hay casuistas que permiten emborrachar a un criminal, en determinadas circunstancias, a fin de preservarle de cometer un asesinato. No hay en la Palabra de Dios nada que justifique tal cosa (toda esta respuesta es del traductor). Lutero obró lamentablemente al escribir su famosa frase: «Peca fuerte, pero cree más fuerte». Esto da base al peor antinomianismo. Me consta, por testimonio de primera mano de un colega, que en un Seminario Teológico, supuestamente «evangélico», de una nación que no quiero nombrar, el propio rector enseñaba, de palabra y obra, que el único adulterio que está prohibido al cristiano es el adulterio espiritual: servir a otros dioses (supongo que se apoyaría en Stg. 4:4). Este antinomianismo sostiene que Cristo cumplió perfectamente la Ley en nuestro lugar, por lo cual nosotros estamos exentos de cumplirla. Es cierto que gran parte de los evangélicos sostenemos que no estamos *bajo la Ley* en ningún sentido, sino *dentro de la ley de Cristo* (1 Co. 9:21), que es la ley del amor (v. Jn. 13:34; Ro. 13:8–10; Gá. 5:14; Stg. 2:8). El verbo griego para «cumplir» significa «llenar», por lo que, cuando afirmamos que la ley de Cristo sustituye a la ley de Moisés, también especificamos que esa ley de Cristo exige MÁS, no MENOS, que la ley de Moisés; pero es una exigencia atractiva, de amor, que no da peso, sino alas. En cuanto a que «Cristo cumplió la Ley en nuestro lugar», como nuestro sustituto, es totalmente falso. Cristo la cumplió como nuestro representante, que no es lo mismo. Lo único que Cristo cumplió de la Ley en nuestro lugar fue la sentencia de muerte contra el pecador, la «maldición» de la Ley (v. Gá. 3:13). Si no tenemos ideas claras sobre esto, estamos al borde del abismo: del legalismo o del antinomianismo. Y ambos aparecen claramente condenados en la teología paulina.

II. La conclusión que Pablo deduce de todo esto es que tanto los judíos como los paganos *están bajo pecado* (vv. 9–18). «*¿Qué, pues?,* dice (v. 9), *¿nos hallamos los judíos en peores condiciones que los gentiles?»* Toda esta última frase está, en el original, en una sola palabra: *proekhómetha*. El verbo *proekho* significa básicamente «estar en situación preferente». La duda, en cuanto a *proekhómetha*, proviene de que el verbo se halla en la voz medio pasiva y el vocablo no se halla en ningún otro lugar, ni en la Biblia ni fuera de ella. Sólo un análisis a fondo del contexto puede aclararnos si ha de traducirse en voz media: *«¿nos hallamos en mejores condiciones?»* (así traducen la mayoría de las versiones), o en la voz pasiva: *«¿nos hallamos en peores condiciones, etc.?»,* como dan algunas versiones por traducción alternativa. Ahora bien, el apóstol ha comenzado el capítulo dando «ventaja» al judío, y sigue con una serie de objeciones que ponían en cuarentena dicha «ventaja». Por tanto, lo más lógico es que, ahora, el objetor judío pregunte: *«¿Qué, pues?, ¿nos hallamos los judíos en peores condiciones que los paganos?»* A esto contesta el apóstol: *«¡No, en absoluto!»* Y afirma rotundamente que: *«ya hemos acusado a judíos* (en el cap. 2) y *a gentiles* (en el cap. 1), *que todos están bajo pecado»* (v. 9b). Lo ha demostrado por la experiencia, y ahora lo va a demostrar por lo que, al respecto, dice la Palabra de Dios. Obsérvese, de acuerdo con la Escritura del Antiguo Testamento:

1. Lo que es habitual, metido en la naturaleza caída del hombre; y esto, de dos maneras:

(A) Una falta habitual de todo lo bueno: *«No hay un solo justo, ni siquiera uno»* (v. 10), ninguno que posea una base de conducta justa, aceptable a los ojos de Dios (v. Is. 64:6). Da a entender que, si hubiese uno, uno solo, habría sido hallado. El pecado comienza por la falta de entendimiento: *«no hay ninguno que entienda»* (v. 11) y, por tanto, *«no hay quien busque a Dios»*, que desee hacer la voluntad de Dios. *«Todos se desviaron* (v. 12, comp. con Is. 53:6), *a una se hicieron inútiles»*, es decir, sin provecho, inservibles, como algo que se ha echado a perder. *«No hay quien haga lo bueno, ni siquiera uno»*, añade remachando lo que había dicho en el versículo 10.

(B) Una abundancia habitual de todo lo que es malo: (a) en sus palabras (vv. 13, 14), pues están llenas de *crueldad,* como el sepulcro que se traga a todo viviente; de *engaño,* como la víbora que fascina para clavar su ponzoña; y de *maldición,* de toda clase de maledicencia; (b) en sus caminos (vv. 15–17): «*Sus*

pies son veloces para derramar sangre». Adondequiera van, *«sangre, ruina y miseria marcan las huellas de sus pasos»* (NVI). Dice la leyenda que, donde pisaba el caballo de Atila, ya no crecía la hierba. Así, estos malvados dejan tras sí sólo sangre, dolor y lágrimas. *«No han acertado con la senda de la paz»* (v. 17). No han sabido estar en paz con sus prójimos; no conocen las cosas que son para la paz (Lc. 19:42). Con ello, el mayor daño se lo hacen a sí mismos, pues una persona no necesita para ser desgraciada más que ser esclava del pecado y cerrar los ojos y los oídos a la cosas que le convienen.

(C) La raíz de todo este mal es (v. 18) que: *«No hay temor de Dios ante sus ojos».* El temor de Dios resume aquí toda la actitud de la persona frente a Dios. Como los malvados no temen a Dios, nada bueno puede esperarse de ellos (v. Pr. 1:7 y ss.). Dice Trenchard: «Al faltar este santo temor, la vida toda gira sobre el eje descentralizado del egoísmo, con desastrosos resultados para la vida moral, psicológica, social y física». Aquí tenemos, pues, un breve informe de la depravación general de la humanidad, aunque el apóstol, como se ve por el versículo siguiente, tiene los ojos puestos especialmente en el judío. Ésa es la razón por la que ha estado citando, según los LXX, de los Salmos 5:9; 10:7; 14:1–3; 36:1 y 140:3, así como de Isaías 59:7, 8.

Versículos 19–31

De todo esto, Pablo infiere que es en vano buscar justificación (es decir, ponerse en correcta relación con Dios) por medio de las obras de la ley (esto es, mediante el cumplimiento de la ley), sino que es menester hacerlo por medio de la fe (v. 28): *«Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley».* Bajo la corrupción enorme y general que el apóstol ha descrito en los versículos 9–18, nunca puede el hombre, con ninguna clase de obras, ser aceptado por Dios. Tiene que depender enteramente de la gracia soberana de Dios, con base en la obra acabada del Señor Jesucristo. El apóstol arguye, para probar esto, desde dos puntos: La culpa del hombre, para mostrar que no puede ser justificado por las obras de la ley; y la gloria de Dios, para mostrar que debemos ser justificados mediante la fe.

I. Arguye primero de la culpabilidad general de la raza humana. El argumento es claro y contundente: No podemos ser justificados ni salvos por medio de una ley que todos hemos quebrantado. En cuanto a la culpabilidad de los hombres:

1. Se dirige especialmente a los judíos (v. 19): «*Lo que la ley dice, lo dice para los que están bajo la ley»*, es decir, para los judíos. *«Para que toda boca se cierre»*, añade, al tener en cuenta 2:1 y ss. y, especialmente, 2:17 y ss., donde se habla de la jactancia de los judíos frente a los gentiles. Los que son justificados cierran la boca convencidos de su culpabilidad; los que no son justificados cierran también la boca, convictos de su incredulidad; si no lo reconocen ahora, un día lo reconocerán.

2. Lo extiende después a todos, pues dice: «*y todo el mundo tenga que reconocerse reo* (gr. *hupódikos*, bajo acusación legal) *ante Dios*» (v. 19b. NVI). «Reo ante Dios» es cosa terrible (v. He. 10:31). Todos somos reos ante Dios y, por tanto, todos necesitamos de una justicia, de una rectitud legal, antes de aparecer ante el tribunal divino (v. 23): *«Puesto que todos han pecado y están privados de la gloria de Dios»* (NVI). Comenta Vicentini: «Todos están privados de la gloria de Dios; es decir, todavía no ha irradiado sobre ellos la bondad de Dios en sus gloriosas manifestaciones para redimir al hombre». Sin embargo, tanto J. Murray, como Ryrie y Trenchard, opinan que aquí se trata de falta de conformidad con el carácter glorioso de Dios, el cual se reflejaba en el hombre antes de la caída, pues estaba hecho a imagen y semejanza de Dios (v. 1 Co. 11:7; 2 Co. 3:18; 8:23).

3. Lejos de afirmar que la justificación pueda obtenerse por medio de la Ley, asegura que la Ley se limita a dar el diagnóstico (v. 20): *«porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado».* Nos convence de pecado y nos condena, pero nunca puede hacernos entrar en correcta relación con Dios. Abre la herida, pero no la sana (comp. con 7:9). Por eso, ha dicho al comienzo del versículo: *«ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de Él* (Dios)». La corrupción general y universal de la naturaleza humana es tal, que nadie puede ser, mediante obras o méritos, ser acepto a los ojos de Dios.

II. Arguye después y se basa en la gloria de Dios para probar que la justificación del pecador sólo puede obtenerse por medio de la fe en la obra acabada del Señor Jesucristo. ¿Queda alguna esperanza?

¿Es incurable la herida a causa de las transgresiones? ¡No! Gracias a Dios, no lo es (vv. 21, 22); hay otra vía abierta para nosotros: *Ahora,* en la dispensación de la gracia, *aparte de la ley,* es decir, dejando a un lado las obras de la Ley (la preposición *khorís* significa separación, comp. con Jn. 15:5), *se ha manifestado la justicia de Dios,* es decir (como en 1:17), esa voluntad de Dios de salvar al hombre pecador y que se lleva a efecto tan pronto como quedan satisfechas las demandas de su santidad. Esta justicia de Dios ya estaba anunciada, *testificada por la ley y por los profetas,* esto es, en todo el Antiguo Testamento. La ley no nos justifica, pero en esa misma ley hallamos anunciado otro camino por el que podremos ponernos en correcta relación con Dios. Este camino es *la fe en Jesucristo* (v. 22), la fe que tiene a Cristo por centro y objeto. Por medio de esta fe es como *la justicia de Dios* (v. 22), ya explicada en relación con 1:17; 3:21, se aplica *a todos los que creen en Él* (en Jesucristo), sin distinción ni excepción. *Porque no hay diferencia.* No hay diferencia en cuanto al remedio, porque tampoco hay diferencia en cuanto a la herida, ya que (v. 23) *«todos pecaron»*. El verbo está en aoristo, lo mismo que en 5:12, pero, como bien advierte J. Murray, ello no significa que el apóstol se limite al pecado que tenemos como consecuencia de la caída de Adán, sino que «el interés del apóstol aquí es afirmar que, sean cuales sean las diferencias que existan en los miembros de la raza con respecto a las agravantes con que la pecaminosidad se intensifica, todos sin excepción ni discriminación entran en la categoría de pecadores». En cambio, la segunda parte del versículo 23, ya explicada, está en presente de indicativo, y da a entender una situación permanente de carencia.

III. En tres versículos (24–26) densos de doctrina, el apóstol expone ahora el origen, la naturaleza y el fin del remedio que Dios ha provisto para la justificación del pecador.

1. Vemos primero el origen del remedio que Dios ha provisto (v. 24): Ha sido puramente por la libre y soberana *gracia de Dios,* como un regalo inmerecido (gr. *doréan,* gratis), *mediante la redención, la que hay en Cristo Jesús* (lit.). El vocablo griego *apolútrosis* indica el rescate que se paga para libertar a un preso o a un esclavo. Ese rescate está siempre presto para ser aplicado al que cree, lo mismo que la propiciación de que se habla en el versículo siguiente. Esto muestra el alto precio que ha sido pagado por nuestra redención (v. 1 P. 1:18–20). Así que cuando decimos *«gratis»* es para subrayar que se nos da de regalo, sin mérito ni esfuerzo de nuestra parte, pero a Dios le ha costado muy caro (v. Hch. 20:28, según lectura probable).

2. Vemos luego cómo se aplica este remedio: *«por medio de la fe»* (v. 25). La sintaxis de este versículo oscurece el sentido de dicha frase, tanto en la Reina-Valera como en la NVI, por lo que los lectores deben ponerla entre paréntesis o entre comas. La verdadera traducción de la primera parte del versículo 25 es la siguiente: «*Al cual* (Cristo Jesús) *presentó públicamente Dios* (el Padre, comp. Hch. 2:23) *como propiciatorio* (comp. He. 9:5) *en la sangre de Él* (Cristo), *mediante la fe;* es decir, todo ello se aplica al que cree». Aunque el propiciatorio del Lugar Santísimo es, en hebreo, *kapporeth*, algo que sirve para *tapar o borrar* (ésta es la etimología de *expiar),* la propiciación ofrecida a Dios con la sangre de Cristo va más lejos, pues realmente, no sólo en figura, aplaca la ira de Dios o, mejor dicho, satisface a la justicia de Dios (en esto se diferencia del concepto de «redención»), pues, como Pablo declara, es el mismo Dios quien exhibe a Cristo en sacrificio de expiación por el pecado.

3. Finalmente (vv. 25b, 26), Pablo declara la finalidad de esta obra de Dios: *«Para mostrar en este tiempo* (vv. 25, 26), en la dispensación de la gracia, su *justicia,* es decir, su actividad salvadora, *porque en su aguante* (lit., esto es, la capacidad de soportar, comp. Ef. 4:2), *Dios pasó por alto* (no castigó, no tuvo en cuenta; comp. Hch. 14:16; 17:30) *los pecados cometidos anteriormente»*. El perdón de los pecados, pasados presentes y futuros, sólo se debe a la obra acabada de Cristo (redención, propiciación, expiación, reconciliación), como se expone en ésta y en otras porciones de la Escritura. A los antiguos se les aplicaba por fe en el Mesías Redentor que había de venir, a nosotros, en el Mesías Redentor que ha venido. Por eso (v. 26b), *al justificar al impío, que no obra, sino que cree* (4:5) *en Jesús,* Dios demuestra *ser justo,* por cuanto, al exhibir a Cristo en sacrificio de expiación, quedan satisfechas las demandas de la santidad, esto es, de la justicia inmanente de Dios. *«El que es de* (gr. *ek) la fe de Jesús»* significa: *«el que es de los que ponen su fe en Jesús»*. La forma en que la frase aparece en el original no se repite en el resto de las Escrituras. Según J. Murray, «hay en esta única fórmula el toque de ternura por una parte, y el de majestad por otra».

IV. No es extraño que el mismo Pablo (Ef. 1:3 y ss.) nos diga que la obra entera de nuestra salvación es *«para alabanza de la gloria de su gracia»,* puesto que a Dios se debe toda la gloria en dicha obra, mientras *queda excluida toda jactancia* de nuestra parte (v. 27). El verbo griego indica «cerrar con llave un local y dejar a una persona en la calle de una vez por todas». No hay lugar para que nadie se jacte de privilegios personales ni raciales. Esto tiene un peso especial para el judío. Y sigue preguntándose Pablo: *«¿Por qué ley?»,* esto es, ¿qué sistema normativo ha decretado esa exclusión de la jactancia? *¿El de las obras,* el sistema en que las obras son un medio de justificación? ¡No, por cierto, *sino por la ley de la fe,* esto es, en virtud del sistema en que la justificación se obtiene exclusivamente por la fe, puesto que la fe es una gracia de dependencia absoluta, de vaciamiento de sí mismo y *arroja su corona delante del trono!* (Ap. 4:10). Si nos salvásemos por obras, bien podríamos conservar esa corona en la cabeza y llevarla con orgullo. De todo esto, saca Pablo la siguiente conclusión (v. 28): *«Pues sostenemos que el hombre* (todo ser humano) *es justificado por fe, sin tener nada que ver con las obras de la ley»* (NVI).

V. El apóstol finaliza esta sección al apelar a la universalidad, tanto de los que necesitan ser justificados como del Dios que justifica a todos. Este sistema rige para todo «hombre» (v. 28), por cuanto *Dios no es solamente Dios de los judíos, sino también de los paganos* (v. 29, comp. con 1 Ti. 2:5). *No hay diferencia* (vv. 22, 23) en cuanto al pecado, y no hay diferencia en cuanto a la gracia, sino que (v. 30) *ese único Dios es el que justificará a los circuncisos en virtud de* (gr. *ek) la fe, y a los incircuncisos por medio de* (gr. *diá) la misma fe»* (NVI). La variedad de preposiciones no indica que haya dos modos de *justificarse por fe* (comp. con Gá. 3:8, en que aparece la preposición *ek*). Opino, no obstante (nota del traductor), que hay alguna razón por la cual Pablo usa aquí dos preposiciones en vez de englobar con una a judíos y gentiles. La preposición *ek* es de origen y por tanto, muy apta para ser aplicada al judío, que poseía tipos y sombras de la redención futura; y, en ellas, una base para poner su fe en el Mesías, de cuya obra había de proceder la aceptación ante Dios. El versículo 31 podría causar alguna confusión. Dice textualmente: *«¿Abolimos (o dejamos sin efecto), pues, la ley mediante la fe? ¡De ninguna manera!* (la misma expresión de vv. 4 y 6), *sino que ponemos en pie la ley»* ¿En qué sentido queda en pie la ley? ¿Como norma de conducta? ¡Esto iría contra el contexto y contra toda la teología paulina! Basta 10:4 para refutar esta teoría. La ley *queda en pie* con el papel que Pablo mismo ha descrito en este capítulo: Dar el diagnóstico del enfermo (v. 20b): *«Porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado»*.

CAPÍTULO 4

En este capítulo, el apóstol, I. Prueba que Abraham fue justificado no por obras, sino por fe (vv. 1–8); II. Pone de relieve cuándo y por qué fue justificado (vv. 9–17); III. Describe y recomienda esta fe de Abraham (vv. 17–22); IV. Aplica a todos nosotros el ejemplo de Abraham (vv. 22–25).

Versículos 1–8

1. Aquí el apóstol demuestra que Abraham, nuestro padre en la fe, fue justificado, no por las obras, sino por la fe. Al ser Pablo un hebreo de hebreos, puede hablar de Abraham como de *«nuestro padre según la carne»* (v. 1). La enorme variedad en la colocación del griego *heureknai («que ha hallado»,* lit.) en los MSS hace sospechosa su genuinidad; por otra parte, no sirve sino para enturbiar el sentido del texto sagrado. La mejor versión es, pues, la que da J. I. Vicentini: *«¿Qué diremos, pues, de Abraham, nuestro antepasado según la carne?»* Como diciendo: «¿En qué situación se hallaba a los ojos de Dios? ¿Era su conducta, su temor de Dios, su obediencia al llamado que recibió en Ur de los caldeos, lo que le hizo aceptable a los ojos de Dios?» En ese caso (v. 2), *tendría de qué jactarse.* Y aun pudo jactarse (Gn. 14:22–24) ante el rey de Sodoma, *pero no para con Dios.* Ante los hombres, pudo tener muchos merecimientos, pero no pudo jamás alegar ningún mérito delante de Dios. Pablo mismo tenía muchas cosas de qué jactarse delante de los hombres, y aun se vio obligado en cierto modo a hacerlo en alguna ocasión, pero delante de Dios se confiesa el mayor de los pecadores.

(A) En efecto, la Escritura dice expresamente (v. 3) que fue por fe: *«Creyó Abraham a Dios y le fue contado para justicia»* (lit.). En todo asunto perteneciente a la religión, hemos de hacer la misma pregunta

que hace Pablo: *«¿Qué dice la Escritura?»* No lo que dice éste o el otro, por eruditos que sean, sino ¿qué dice la Palabra de Dios? El apóstol cita de Génesis 15:6, donde el hebreo dice escuetamente: «*... le fue contado justicia».* El verbo griego *loguídsomai* (o *loguízomai)* se usaba como un vocablo de «contabilidad»: poner en la cuenta de uno. El texto dice, pues, que la fe de Abraham *le fue contada,* le fue puesta en su cuenta con Dios *como justicia,* como si hubiese obrado rectamente, por donde se ve que el *«creer»* fue un sustituto del *«obrar».*

(B) El apóstol ahonda en su argumentación al añadir (v. 4) que *al que obra,* al que hace un trabajo, *el salario,* lo que se le paga por ello, *no se le pone en la cuenta como gracia,* como un favor que se le ha dispensado, *sino como deuda,* como una obligación que se ha contraído con él. Por tanto, las frases *«como justicia» o «por justicia»,* no indican una especie de «compensación» por la fe que Abraham ejercitó, porque entonces la *«gracia»* de que habla Pablo dejaría de ser *«gracia»,* esto es, un favor totalmente inmerecido. Es peligroso aducir aquí Génesis 15:1, para hablar de «galardón», pues ahí debe analizarse el contexto anterior (los últimos versículos del capítulo 14, para entender el sentido. Véase el comentario a dicho lugar). «La antítesis, dice J. Murray, no es simplemente entre el que obra y el que no obra, sino entre el que obra y *el que no obra, sino que cree, etc.* (v. 5)».

(C) El versículo 5 merece especial atención, por el tremendo contraste con Proverbios 17:15: *«El que justifica al impío y el que condena al justo, ambos son igualmente abominación a Jehová».* ¿Cómo, pues, puede ser *justo* (3:26) Dios *justificando al impío?* Como puede verse por 8:33, en ambos lugares el verbo «justificar» tiene un sentido «forense», legal, judicial. NO SE TRATA AQUÍ DE CAMBIAR INTERIORMENTE AL IMPÍO; eso no es obra de la *justificación,* sino de la *regeneración.* Se trata de una *declaración* judicial. Pero la diferencia entre Proverbios 17:15 y Romanos 4:5 estriba en que allí un juez humano se ve obligado por la justicia misma a declarar impío al que es impío, y justo al que es justo; si pudiese *cambiar* en justo al impío, no sería abominación a Jehová, sino una «conversión» grandemente aceptable a Dios. En cambio, cuando Dios justifica al impío hay un cambio de situación, porque entra en juego un nuevo factor que no puede hallarse en la justificación forense de los jueces humanos: AL JUSTIFICAR AL IMPÍO, DIOS DA UN FALLO JUSTO PORQUE PUEDE REALIZAR UNA SUSTITUCIÓN: Pone al impío creyente en el lugar de su Hijo totalmente santo, y pone a su Hijo totalmente santo en el lugar del impío creyente (v. Is. 53:5, 6; 2 Co. 5:21). Mediante la fe, nos es imputada la justicia de Cristo, de tal manera que no sólo somos *declarados* (mera función forense), sino *constituidos* (5:19) *justos* (v. el comentario a este versículo).

2. Pablo pasa a demostrar lo mismo (vv. 6–8) mediante un texto de los Salmos (Sal. 32:1, 2), en que David llama «dichoso», bendecido por Dios, al que tiene *perdonadas sus iniquidades y cubiertos sus pecados,* pues *no le son imputados.* Pablo ve en esta «no imputación» del pecado una «imputación» de la justicia, como sinónimo de la «justificación del impío»; de lo contrario, la cita no le serviría para su argumentación. La cita del Salmo refuerza lo que Pablo está diciendo de justificación del impío, porque David menciona la bendición impartida por Dios a un hombre que no sólo no obra el bien, sino que obra el mal: iniquidad y pecado; eso es lo que se le habría de cargar en la cuenta, pero no se le imputa. Aunque el verbo que emplea David no es *kaphar,* cubrir, sino *kasah,* esconder, la idea es la misma: Dios esconde de su vista los pecados del creyente como si no existieran. La base de la justificación no es, pues, la inocencia del hombre, sino la benevolencia, la gracia de Dios, que no carga en la cuenta del pecador sus pecados. No cabe duda de que David tenía en mente el propiciatorio, la cubierta que tapaba las tablas de la Ley, contenidas en el Arca y quebrantadas moralmente en cada pecado condenado por la Ley. Sobre esa cubierta se rociaba la sangre de las víctimas el Día de la Expiación (v. Lv. 16, todo el cap.). Como Cristo es nuestro *propiciatorio en su sangre* (3:25), Dios no ve nuestros pecados porque están escondidos, tapados, bajo la sangre de su Hijo amado. ¡Benditos los perdonados, porque han creído! ¿Quién rehusará este perdón, cuando sólo se le exige tomarlo por fe? Nótese que el Salmo no dice: «Dichoso el varón que no tiene pecado» (comp. con 1 Jn. 1:8), sino: *«Dichoso el varón a quien Jehová no imputa iniquidad».*

Versículos 9–17

El apóstol pasa ahora a describir cuándo y por qué fue justificado Abraham, con lo que demuestra que esa justificación no es únicamente para los israelitas, los descendientes de Abraham *según la carne* (v. 1), sino también para todos los creyentes, pues todos ellos son descendencia espiritual de Abraham (vv. 9–17).

1. Abraham fue justificado antes de ser circuncidado (v. 10). Su fe le fue contada por justicia *cuando estaba aún en la incircuncisión.* De esta forma responde Pablo a la pregunta del versículo 9 sobre si esa bendición era sólo para los israelitas *(la circuncisión)* o se extendía también a los paganos *(la incircuncisión).* Aquí tenemos dos razones por las que Abraham fue justificado por fe cuando todavía era incircunciso:

(A) *La circuncisión era señal, sello de la justicia de la fe que tenía estando aún incircunciso* (v. 11). Como «señal», apuntaba a la realidad significada; como «sello», garantizaba la autenticidad de lo sellado. Así se demuestra que la circuncisión no fue para Abraham la «condición» que se le exigió para ser justificado, sino la «marca» que garantizaba la genuinidad de la fe que había ejercitado y que le había sido cargada en cuenta como «justicia».

(B) De esta manera (vv. 11b, 12), Abraham venía a ser *«padre»,* modelo y guía (comp. con Gn. 4:20, 21), no sólo de los judíos, sino también de los paganos: de todos los que, en filas compactas, codo con codo, *siguen* (lit. *avanzan;* el mismo verbo de Gá. 5:25) *las huellas* (el mismo vocablo de 1 P. 2:21; el verbo para *sigáis* es diferente) *de la fe que tuvo nuestro padre Abraham antes de ser circuncidado.* El apóstol hace hincapié en el versículo 12 en lo de *«la circuncisión»,* al hablar como judío que era él mismo, para poner de relieve que al judío no le basta la circuncisión para ser justificado; necesita la fe como todos los demás.

2. Sin romper el hilo de la argumentación, Pablo pasa a considerar otro aspecto por el que se demuestra que la justificación es por fe, al seguir las huellas de Abraham. Ahora no es *la fe* la que se contrapone a la *circuncisión,* sino la *promesa* a la *ley.* El resultado es el mismo: La promesa es para todos los que creen, no para los que cumplen la ley. Dice Vicentini: «Si los herederos de la promesa fueran los que tienen la ley y dependen de ella, la fe quedaría sin objeto, sin valor; y la promesa, sin efecto, anulada» (v. 14). *Pues la ley* (v. 15) *produce ira,* provoca la cólera de Dios contra los que quebrantan la ley. Pero la ley nos da a conocer el pecado (3:20), tanto que *donde no hay ley, tampoco hay transgresión;* pero esa ley no da fuerza para evitar el pecado. En cambio, el objeto de la promesa (v. 16) es dar *la gracia,* y borrar así, de puro favor, el pecado; y ese favor, esa gracia, se alcanza *mediante la fe* (comp. con Ef. 2:8); por tanto, en todos los que creen. Tres son, pues, las razones por las que la promesa le fue hecha a Abraham mediante la fe:

(A) Para que fuese *por gracia* y no por la ley; por gracia, no por obras, no por méritos, porque entonces no sería favor, sino deuda (v. 4). La fe garantiza la recepción de la gracia; la gracia confiere a la fe la promesa. La ley, en cambio, no admite gracia, sino justicia. Al impío no se le puede conferir, sin más, el favor del perdón (Pr. 17:15). La fe va siempre ligada a la gracia, de la misma manera que la promesa está desligada de la ley.

(B) Para que la promesa fuese *segura.* La dispensación de la ley no tenía firmeza ni seguridad, pues la base humana era quebradiza. La ley no se cumplía ni podía cumplirse; por eso, aquel pacto del Sinaí se hizo, no antiguo, sino viejo, echado a perder; necesitado de desaparición (v. He. 8:7–13). La dispensación del Evangelio es totalmente de gracia.

(C) Para que la promesa pudiese alcanzar a todos los que creen, pues todos ellos son hijos espirituales de Abraham (v. 16b). En este sentido entiende Pablo (v. 13) lo de que se le prometió a Abraham que *sería el heredero del mundo,* cosa que no leemos en el Antiguo Testamento, pero Pablo lo ve en un conjunto de promesas que miran en esta dirección (v. Gn. 12:3; 13:14–17; 15:4, 5, 18–21; 17:2–21; 22:15–18); el pensamiento de Pablo se aclara en Gálatas 3:16, dentro de un contexto muy parecido al actual. El apóstol tenía en mente a Cristo, *«la simiente»* por excelencia (comp. Gn 3:15), quien había de obtener el dominio del mundo entero, según las numerosas profecías mesiánicas; el cumplimiento se ve en Apocalipsis 11:15.

Versículos 17–22

En estos versículos Pablo nos declara, con respecto a Abraham:

1. En quién creyó: *En Dios* (v. 17). La la parte de este versículo es un paréntesis que aclara por medio de una cita (Gn. 17:5), la universal paternidad de Abraham, de la que ha venido hablando hasta el versículo 16. Al prescindir del paréntesis, tenemos (vv. 16b–17b): *«el cual* (Abraham) *es padre de todos nosotros a los ojos de Dios».* Dios mismo nos reconoce y hasta nos constituye, por la fe, hijos de Abraham. La segunda parte del versículo 17 pone de relieve la perfección divina que constituyó la base

de la fe de Abraham. Esta perfección es la omnipotencia, expresada aquí (v. 17b) de dos modos: (A) como un poder omnímodo para *dar vida a los muertos.* Pablo, al predicar el Evangelio, hacía frecuente referencia a la resurrección; en especial, a la de Jesucristo, como garantía de la fe en el mensaje. (B) como un poder omnímodo para cumplir lo prometido, a pesar de todo lo que al hombre le puede parecer imposible: *«llama las cosas que no son,* que no existen ni se ve cómo pueden existir, *como si fuesen,* como si ya existiesen; tan seguro está de que se cumplirá su palabra».

2. Cómo creyó (v. 18): *«en esperanza contra esperanza».* ¡Qué paradoja! Abraham apoyó su fe en una esperanza al margen de toda esperanza humana, ya que todas las circunstancias parecían oponerse al designio de Dios. El que había de ser «padre de todos los creyentes» debía también tener una fe extraordinaria, como extraordinarios eran los obstáculos que se oponían a su fe. Dice Pablo (vv. 19, 20. NVI): *«Sin desfallecer en su fe, se encaró con el hecho de que su cuerpo no tenía más vitalidad que la de un muerto, porque ya tenía unos cien años, y de que también estaba muerta la capacidad de concebir de Sara. Con todo, ante la promesa de Dios, no titubeó con incredulidad, sino que, cobrando nuevo vigor por su fe, dio gloria a Dios».* El verbo griego para «titubear» *(diakrino,* en aoristo pasivo) es muy expresivo, pues nos declara que Abraham no dio ningún lugar en su mente a pensamientos de duda («¿podrá ser cierto lo que Dios me ha dicho, etc.?») Hubo en él una completa resolución, sin vacilación alguna, a creer lo que Dios le prometía. En el fondo de toda desobediencia a Dios está la incredulidad (v. Gn. 3:1–6). Nunca es la promesa la que flaquea, sino nuestra fe. Así es como la fe de Abraham *dio gloria a Dios,* esto es, como declara el versículo 21, puso por obra la convicción profunda de que Dios es poderoso y fiel para cumplir lo que promete.

3. La fe de Abraham dio gloria a Dios, tributó a Dios el honor que se merece. Por eso, Dios honró la fe de Abraham (v. 22): *«por lo cual también le fue contada su fe por justicia».* Lo que más encomió el Señor Jesús fue *una fe grande* (v. Mt. 8:10; 15:28). Puesto que Abraham se aventuró del todo (v. He. 11:8–12, 17–19) con su fe en la promesa de Dios, Dios le otorgó su favor, y no sólo respondió a su expectación, sino que la superó: le justificó como si hubiese cumplido perfectamente toda la ley. Esto nos explica por qué la fe es la única condición que se nos exige para ser salvos (Hch. 16:31), pues es la única gracia que despoja al hombre de toda su jactancia y da a Dios toda la gloria.

Versículos 23–25

En estos versículos, Pablo aplica a todos los creyentes la misma imputación de la justicia que le fue imputada a Abraham por haber creído (vv. 23, 24): *«Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes va a ser imputada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, nuestro Señor».* Aquí vemos que:

1. Uno mismo es el privilegio, el de Abraham y el nuestro: A él *le fue imputada;* a nosotros *nos va a ser imputada.* Usa un verbo que indica el futuro, a fin de dar a entender la continuación de esta gracia de Dios mientras haya seres humanos necesitados de salvación. La fuente abierta en el Calvario es inagotable.

2. Una misma es también la condición para disfrutar de este privilegio: Creer. El objeto propio de la fe es la revelación divina. En Abraham, se enfocaba en la promesa de Dios que, en el horizonte, todavía distante, hacía ya vislumbrarse al Mesías, *«la simiente»,* del que nosotros sabemos que murió por nuestros pecados, pero Dios *lo levantó de los muertos* (v. 24). Al creer eso, ejercitamos una fe parecida a la de Abraham (vv. 18–21), especialmente cuando se mostró dispuesto a sacrificar a su hijo (v. He. 11:19). Isaac venía así a ser tipo de Cristo (He. 9:9).

3. Al hacer mención del Señor Jesucristo, Pablo concluye esta sección (v. 25) y da a entender que nuestra fe tiene por objeto el Cristo muerto y resucitado. El versículo dice literalmente: *«el cual* (Cristo) fue *entregado a causa de nuestras transgresiones y fue levantado* (esto es, *resucitado) a causa de nuestra justificación».* Este *«a causa de»* no ha de tomarse, en este contexto, como si nuestros pecados fuesen la causa de la muerte de Cristo, sino que la muerte de Cristo fue la provisión divina para el perdón de nuestras transgresiones, así como su resurrección lo fue para otorgarnos la justicia. Una fe en el Cristo muerto sería una fe muerta. No basta con morir al pecado; hay que salir a una nueva vida. Es en el Cristo vivo, en unión con Él, como se nos imparte la justicia de Dios (6:3 y ss.; 8:1; 2 Co. 5:21). Pablo llega a decir que «*si Cristo no resucitó, nuestra fe es vana; aún estamos en nuestros pecados»* (1 Co. 15:17). Y esto, no sólo en el aspecto del testimonio, de la apologética, sino también en el sentido de que sólo el

Cristo resucitado puede ser *espíritu vivificante* (1 Co. 15:45). Hay en esto una razón muy profunda: La salvación tiene que llegar hasta donde llegó la perdición, tiene que hacer reversible la obra del pecado. Ahora bien, el pecado es una «muerte» que se instala en el centro del ser humano (en el espíritu) y termina en la periferia (el cuerpo). Así ha de entenderse Génesis 2:17, en conexión con Génesis 3:19. Por tanto, Jesús, el Salvador, tenía que volver a la vida para darnos la vida, así como para dejar sin efecto … *el aguijón de la muerte que es el pecado*» (1 Co. 15:56).

CAPÍTULO 5

En este capítulo vemos: I. Los resultados de la justificación (vv. 1–11). II. La forma en que se nos aplica la justificación (vv. 12–21).

Versículos 1–5

Los preciosos beneficios y privilegios que fluyen de la justificación son tales que deberían despertar en nosotros una anhelante diligencia para aplicárnoslos. Véase cuán sabrosos son estos frutos del árbol de la vida.

1. *Tenemos paz con Dios* (v. 1). Lo que nos pone en guerra con Dios es el pecado (comp. Is. 59:1, 2). La justificación retira la culpabilidad del pecado y, quitado este obstáculo, sobreviene la paz. Por fe, nos asimos del brazo de Dios y de su fuerza salvadora y quedamos en paz para con Él. Pero hay aquí algo más que la cesación de una enemistad; hay también amistad sincera y amor profundo, porque Dios nunca es para nosotros Alguien neutral: o es el peor de los enemigos o el mejor de los amigos. Cristo llamó a sus discípulos *amigos* (Jn. 15:13–15); más aún, después de su resurrección, los llamó *hermanos* (Jn. 20:17). ¿Qué más necesita una persona para sentirse dichosa? La paz que tenemos con Dios *procede de* (gr. *ek) la fe* que tenemos en Él (4:24), pero la debemos a la obra del Señor Jesucristo: *«por medio de nuestro Señor Jesucristo»,* el gran Mediador, autor y mantenedor de nuestra paz con Dios.

2. *«Por medio del cual* (Jesucristo) *hemos obtenido también acceso* (introducción, derecho a entrar), *por la fe a esta gracia en la que nos mantenemos en pie* (lit.)» (v. 2). No sólo tenemos paz, sino también gracia: el favor, la bondad y el amor de Dios hacia nosotros. A esta gracia tenemos ahora acceso (comp. con He. 4:15, 16). No nacimos en este estado ni podíamos entrar por nosotros mismos en esa bendita atmósfera de la gracia de Dios. *Por la obra de Cristo* se nos ha otorgado este acceso, esta libertad, este derecho, a entrar en el Lugar Santísimo. *Por fe* se nos concede este privilegio. Y aquí estamos firmemente puestos, seguramente instalados, no sólo como soldados que guardan a salvo su posición, sino también como peregrinos que caminan seguros hacia la patria (comp. Col. 2:6, 7), pues la gracia es vida, y la vida requiere crecimiento, progreso, andadura. En los lugares celestiales no ocurre lo mismo que en los lugares terrenales, donde los altos puestos son lugares resbaladizos.

3. «Y *nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios»* (v. 2b). Además de la dicha que ya tenemos a mano, está la esperanza de la gloria de Dios que se reflejará en nosotros cuando se consume nuestra redención, de forma que habremos sido transformados en Cristo a imagen gloriosa del Dios eterno (v. Jn. 17:22, 24; Ro. 8:17, 29; 9:23; 1 Co. 2:7; 2 Co. 3:18; 4:17; Fil. 3:21; Col. 1:27; 3:4; 1 Ts. 2:12; 2 Ts. 2:14; 2 Ti. 2:10; He. 2:10; 1 P. 5:1, 4, 10; 1 Jn. 3:2). La gracia es principio y arras de la gloria; la gloria es corona y consumación de la gracia.

4. «*Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones»* (v. 3). Nótese que no dice «a pesar de las tribulaciones», sino *«en las tribulaciones»*. Pablo era realista y sabía que la vida cristiana no es un camino de rosas, pero también sabía, por experiencia propia, que aun las espinas pueden traer buenos resultados, especialmente cuando uno se ha pinchado al preparar un ramillete de rosas para el Señor. Pero no tenemos que inventar razones para demostrar la utilidad de las tribulaciones, pues el propio apóstol nos las da a continuación:

(A) *«Sabiendo que la tribulación produce paciencia»* (v. 3b. Gr. *hupomoné*, la constancia en permanecer bajo el peso de circunstancias adversas). Así como el acero se endurece y templa en el fuego, así también el creyente se robustece y templa mediante la tribulación. Por eso es materia de gozo, ya que

la paciencia nos hace mayor bien que el daño que la tribulación puede hacernos. Es de notar que la tribulación produce, de suyo, impaciencia; pero, cuando es santificada por la gracia, produce paciencia.

(B) «Y *la paciencia* (produce) *carácter probado»* (v. 4), es decir, es como el crisol de la virtud que aquilata el carácter del creyente. Dice Trenchard: «La diferencia entre el bisoño y el veterano no consiste en el uniforme ni—necesariamente—en el valor, sino en la manera de portarse cada uno en la batalla. El veterano ha pasado ya por mil apurados trances, de modo que su capitán confía en que se portará con firmeza en el próximo. El bisoño puede tener valor y entusiasmo, pero no se sabe aún cómo reaccionará frente al fuego al hallarse rodeado por los enemigos».

(C) *«Y el carácter probado* (produce) *esperanza»* (v. 4b). El apóstol ha comenzado gloriándose *en la esperanza* (v. 2b) y nos trae de nuevo *a la esperanza.* «Ha descrito, dice Murray, un círculo, en el que ha comenzado con la esperanza y terminado, *por tanto,* en la esperanza. Esto nos enseña que el gloriarse en las tribulaciones no es algo disociado del gloriarse en la esperanza de la gloria de Dios … Gloriarse en las tribulaciones es algo subordinado. Nos gloriamos en las tribulaciones porque tienen una orientación escatológica—sirven a los intereses de la esperanza.»

(D) «Y *la esperanza no avergüenza»* (v. 5), esto es, no nos deja confundidos, decepcionados, como lo hacen las ilusiones perdidas («hojas desprendidas del árbol del corazón») por haber puesto la esperanza donde no había base sólida para fundarla. La esperanza del creyente tiene una base solidísima donde descansar: *«porque el amor de Dios ha sido derramado* (y ahí está) *en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fue dado»* (v. 5b). Aquí, como en el versículo 8 y en 8:39, se trata del amor que Dios nos tiene y por el que, con Cristo y el Espíritu Santo, ha venido a residir en el centro mismo de nuestro ser (v. Jn. 14:23). Dice Vicentini: «Todo esto sucede por obra del Espíritu que viene a nosotros como amor y como don; don que es origen de todos los dones». ¿Cómo podrá avergonzarnos la esperanza cuando está sellada con el Espíritu Santo (v. Ef. 1:13), que es el Espíritu de amor?

Versículos 6–11

El apóstol describe ahora la fuente y el fundamento de la justificación: La muerte y resurrección del Señor Jesucristo, por medio de quien hemos adquirido la reconciliación con Dios. Veamos:

1. La situación en que nos hallábamos cuando Cristo murió por nosotros (vv. 6–10): (A) *Éramos débiles* (v. 6), sin fuerza, impotentes para salir del estado en que nos encontrábamos, cuando, *a su debido tiempo* (lit. *conforme a la sazón;* comp. con Mr. 1:15; Gá. 4:4), en el tiempo determinado por Dios desde la eternidad (1 P. 1:20), *Cristo murió por los impíos.* (B) *Eramos*, pues, *impíos;* no sólo débiles, incapaces de salvación por nosotros mismos, sino malvados, culpables, *pecadores,* como explícitamente dice el apóstol (v. 8), merecedores de condenación eterna. (C) *Éramos enemigos* (v. 10); no sólo malvados, sino rebeldes que no buscábamos, ni queríamos, reconciliarnos con Dios. Fue Dios quien inició la reconciliación (v. 10b; 2 Co. 5:19).

2. La grandeza del amor de Dios hacia nosotros, al enviar a su Hijo Unigénito a morir por nosotros, se pone de relieve cuando se compara el amor de Dios con el de los hombres: (A) *«Apenas morirá alguien por un justo»* (v. 7), es decir, por alguien que haya sido condenado injustamente. Quizás haya muchos que tengan compasión de él, pero es muy difícil que alguien quiera ponerse en su lugar. Pero en el Calvario, *padeció … el justo por los injustos* (1 P. 3:18). (B) *«Aunque por un hombre de bien tal vez haya quien hasta se anime a dar la vida»* (v. 7b. NVI). Un hombre de bien sería, en este contexto, algo más que un justo. Hay muchos que son justos, es decir, buenos en sí mismos, pero que no se distinguen por los favores que dispensan a otros. Sin embargo, la propia construcción gramatical da a entender que el apóstol matiza su afirmación anterior y habla de la misma persona, sin distinguir al «justo» del «bueno»; así lo interpretan los mejores exegetas. En todo caso, cuando Cristo murió por nosotros, no éramos ni justos, ni buenos ni amigos.

3. Los preciosos frutos de la muerte de Cristo:

(A) Una vez que hemos sido *justificados en su sangre,* mediante la propiciación ofrecida por el derramamiento de la sangre de Cristo (3:25), estamos ya libres de la ira de Dios (comp. con 1:18; 1 Ts. 1:10). Dios está aplacado con nosotros. ¡Qué mejor cosa que tener por Padre al Juez!

(B) Una vez que *hemos sido reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo* (v. 10), *seremos salvos por su vida.* Tres cosas son de notar aquí: (a) No es Dios el que *se reconcilia*, sino, en principio, *el mundo pecador es puesto en situación virtual de reconciliación con Dios* (v. 2 Co. 5:19). (b) *Ser salvos* tiene

aquí un sentido escatológico (comp. con «la ira» del v. 9 y véase He. 9:18): es la consumación de la salvación iniciada en la justificación. (c) *«Por su vida»* no significa la vida terrenal del Señor, sino la vida del Jesús resucitado (4:25), convertido en *«espíritu vivificante»*. Reconciliados por el Cristo humillado, somos salvos por el Cristo exaltado.

(C) Esta esperanza en la salvación consumada es, según Pablo, un motivo especial de gozo y *de gloria* (v. 11) *en Dios mediante nuestro Señor Jesucristo.* Para un lector superficial, este versículo 11 parecería un «anticlímax», es decir, un descenso, después de las elevaciones señaladas en los versículos anteriores; pero la razón por la que, en realidad, no es un anticlímax, no es «porque Pablo ve en la adoración la cima de la vida espiritual del creyente» (Trenchard), sino, en opinión del traductor, porque el énfasis del versículo está en ese *«ahora»*. Los versículos 9 y 10 apuntaban a una gloria de Dios que se ha de obtener en la consumación escatológica, pero Pablo declara en el versículo 11 que ya *ahora* podemos gloriarnos en Dios, puesto que ya *ahora hemos recibido la reconciliación:* la reconciliación que Dios proveyó en el Calvario, es ya nuestra; se nos ha aplicado por fe, *por medio de nuestro Señor Jesucristo,* la misma reconciliación que, tambien por medio de Él, se obtuvo en el Calvario.

Versículos 12–21

En estos versículos, el apóstol establece un paralelismo antitético entre la transmisión del pecado y de la muerte por obra del Primer Adán, y la comunicación de la justicia y de la vida mediante la obra del Postrer Adán, y muestra así una correspondencia entre nuestra caída y nuestra recuperación.

1. Como base de toda su argumentación, Pablo pone la afirmación de que Adán era tipo de Cristo (v. 14): *«el cual* (Adán) *es figura* (gr. *tupos*, de donde «tipo») *del que había de venir».* Es muy extraño que el apóstol use aquí la frase *tou méllontos:* el que está a punto de venir, en lugar del clásico *ho erkhómenos:* el que viene. F. Lafont propone la interpretación escatológica, no sólo por el verbo que Pablo usa, sino también por el sentido escatológico que parecen tener los versículos 17 y 21. Aunque es cierto que la consumación de la salvación coincidirá con la segunda venida de Cristo, el paralelismo que establece Pablo parece exigir cierta equivalencia entre las dos expresiones ya señaladas.

2. Pablo explica con todo detalle dicho paralelismo, y dice:

(A) Cómo transmitió Adán a su posteridad el pecado y la muerte (v. 12): *El pecado entró en el mundo por medio de un solo ser humano* (lit.). Un solo hombre abrió, con su pecado, las compuertas por las que penetró en el mundo la tremenda inundación de iniquidades y calamidades. De la mano del pecado, *entró la muerte* (v. Gn. 2:17), y *así pasó la muerte a todos los seres humanos, por cuanto todos pecaron …* (v. 12b, lit.). Aunque el original no dice que todos *pecamos en Adán,* todo el contexto, así como 1 Corintios 15:22 y el mismo hilo de la argumentación paulina, exigen que se entienda de esa forma: Todos morimos en Adán porque todos pecamos en Adán (el verbo está en aoristo; en el pasado y de una vez por todas). El verbo *hamartano,* como el sustantivo *hamartía,* indica un fracaso general por el cual la raza humana se convirtió en una raza «pecadora», es decir, incapaz de alcanzar el nivel moral que Dios exige de la conducta del ser humano. Esto fue efecto de nuestra unión corporativa con el Primer Adán, cabeza física y moral de la raza humana. Como se ve en el original, Pablo suspende aquí el hilo del paralelismo que había comenzado. Discuten los exegetas sobre si a Pablo se le pasó la apódosis o segundo miembro del período gramatical, y entonces habríamos de suplirlo de alguna manera, o si se halla en algún lugar de esta porción. Bullinger ha demostrado de modo contundente que Pablo recobra dicho hilo en el versículo 18, según veremos más adelante. Como es su costumbre, Pablo cree necesario hacer una digresión, la cual ocupa los versículos 13–17. En ella:

(a) Ve venir una objeción y sale al paso de ella: Al no haber ley, no puede imputarse el pecado, pues por la ley es el conocimiento del pecado. ¿Cómo, pues, morían los hombres antes de la Ley, si la muerte viene a causa del pecado? (vv. 13:14a). A esta objeción responde Pablo indirectamente, y dice que, hasta que vino la Ley, *reinaba la muerte* (v. 14) porque *reinaba el pecado;* la heredada pecaminosidad de la raza campaba por sus respetos, pero lo hacía no *por transgresión* de un mandamiento positivo, revelado directamente, sino en virtud del *pecado* (en singular) heredado de Adán y, por eso, llamado *pecado original originado.* Ese pecado, que, para toda la raza caída en Adán, es un «errar el blanco» (gr. *hamartía),* en Adán fue también *transgresión* (gr. *parábasis),* es decir, una *«extralimitación»* (lit.), ya que, al infringir el mandato divino, Adán pasó de la raya marcada por Dios. Esta *transgresión* de Adán

causó nuestra caída, la de toda la raza, en la condición pecadora; por eso, se la llama *pecado original originado.*

(b) Sin embargo, y sin esperar al versículo 18 (donde reanuda el hilo del paralelismo), Pablo nos advierte que la obra de Cristo ha compensado el daño que nos produjo *la caída* (gr. *paráptoma),* resultado del tropiezo de Adán. Esa compensación tiene dos aspectos: *Primero,* en intensidad (v. 15), pues, *si por la caída de uno* (Adán), *murieron los muchos* (es decir, todos los demás), *la gracia de Dios* (el favor inmerecido del Padre) y *el regalo en la gracia del* (otro) *uno hombre Jesucristo* (lit.), esto es, la gracia encarnada en la persona (Jn. 1:14, 17) y en la obra (2 Co. 8:9) de Cristo, *abundaron mucho más:* el bien superó en riqueza y en hondura al mal introducido por la caída. *Segundo,* en extensión (v. 16), pues si el pecado de Adán puso, no sólo a él, sino a sus descendientes, frente al recto *juicio* (gr. *krima,* sentencia judicial) de Dios, que entregó a todos los hombres a una *condenación* (gr. *katákrima,* sentencia condenatoria) manifestada prácticamente en las muchas *transgresiones* (lit. *caídas,* esto es, pecados personales) que todos hemos añadido, como brotes naturales de nuestra condición pecadora, al pecado heredado de Adán, la obra del Calvario constituyó el medio provisto por Dios para compensar, no sólo el pecado heredado de Adán, sino también, virtualmente, todas las transgresiones humanas habidas y por haber, y hacer posible el que Dios pronuncie, sin faltar a la justicia, una sentencia de *justificación* (gr. *dikaíoma).*

(c) Pablo habla en términos universales; dirá después (v. 17) cómo se aplica personalmente dicha justificación aunque lo ha dicho con suficiente frecuencia en los capítulos 3 y 4. Ésta es la principal diferencia donde se rompe de alguna manera el paralelismo, pues el pecado se hereda, pero la gracia no se hereda (Jn. 1:12, 13), sino que se obtiene mediante la fe. Con esto, no se hace de menos a la obra de Cristo, pues (en opinión del traductor) tanto la gracia como la fe están a disposición de todos, como consecuencia de afirmaciones como las de Hechos 17:30 y 1 Timoteo 2:4, entre otros lugares. A quienes no son capaces de una fe *personal,* la obra de Cristo se aplica de forma tan automática como la herencia del pecado de Adán. ¿Cómo, si no, podría decir el apóstol que *«donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia»* (v. 20)?

(d) Pablo termina este paréntesis y pone de relieve la ventaja, ya probada, de la gracia sobre el pecado, mediante el contraste entre dos reinos: *el reino de la muerte* (v. 17), como consecuencia del pecado, y *el reino de la vida, por medio de Jesucristo, para los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia.*

(B) Al reanudar el hilo de la argumentación, y empalmar con el versículo 12, aunque tiene a la vista lo que ha dicho ya en la digresión de los versículos 13–17, Pablo vuelve al paralelo antitético entre Adán y Cristo y muestra:

(a) Que (v. 18) *así como por la caída* (gr. *paráptoma) de uno solo* (Adán), la humanidad entera *(«todos los hombres») ha sido colocada bajo sentencia de condenación* (gr. *katákrima), así también la obra de justicia total de uno solo* (Cristo en el Calvario) *ha provisto para todos los hombres* (virtualmente, potencialmente) *una situación de justificación que confiere la vida.*

(b) La razón (v. 19) de esta doble situación de la humanidad, en cuanto a la unión, por herencia, con el Primer Adán, por una parte, y en cuanto a la unión, por gracia (aplicable a los que la reciben por fe), con el Postrer Adán, por otra parte, es que: *Así como por la desobediencia* (gr. *parakoé) de un hombre* (Adán), *los muchos* (todos los demás) *fueron constituidos pecadores,* es decir (según indica el verbo griego) están ante el tribunal de Dios como reos dignos de condenación, *así también por la obediencia de uno* (Cristo. v. Fil. 2:8, 9), *los muchos* (todos los demás) *serán constituidos justos,* es decir, podrán aparecer ante el tribunal de Dios como libres de culpa y hechos *justos* por imputárseles la justicia de Cristo. Dos detalles son dignos de notar en este versículo:

Primero, que el original no dice *«hechos justos»* (inglés, *made),* según traducen equivocadamente la mayoría de las versiones inglesas (excepto la *Good News Bible y* la *New World Translation).* No se trata aquí de la regeneración interior, sino de la justificación forense, aun cuando ésta no se limita a una «declaración» (v. el comentario a 4:5).

Segundo, que, mientras el primer verbo está en *pasado* (aoristo), para mostrar que, por el acto de desobediencia de Adán, *todos fuimos constituidos* (de una vez por todas, desde Adán hasta el final de los tiempos) *pecadores,* el segundo verbo está en futuro: *serán constituidos justos,* no porque el apóstol se refiera a la consumación escatológica, sino porque esta justificación se aplicará (comp. con 4:24), a lo

largo de los siglos, *a los que vayan recibiendo* (v. 17) la gracia de la justicia como un don obtenido mediante la obra de Cristo en el Calvario.

(C) Los versículos 20 y 21 son un complemento necesario de toda la porción. Pablo había mencionado el pecado y la muerte que existían en el mundo *antes de la ley* (vv. 13, 14), pero no había dicho nada de la época que media entre la donación de la Ley en el Sinaí y la obra de Cristo en el Calvario. Podría, pues, preguntarse: ¿No habrá dado la Ley algún remedio contra el pecado introducido por la desobediencia de Adán? Ya había dicho el apóstol que la Ley se limitaba a dar conocimiento del pecado (3:20), pero aquí apunta una idea que desarrollará más tarde en el capítulo 7: *La ley,* lejos de remediar el pecado existente, *se introdujo para que se multiplicara la caída* (v. 20, lit.). Pero, ¿pudo Dios dar una Ley para aumentar y multiplicar el pecado? La conjunción griega *hina* es final, no consecutiva; por tanto, no cabe traducirla *«de modo que»,* sino *«para que».* Pero lo que Pablo intenta decir no es lo que Dios se proponía, sino que la Ley (personificada) *se metió de lado, se introdujo de rondón* (ése es el significado del verbo *pareisérkhomai,* compuesto de *para,* al lado de, *eis*, hacia, y *érkhomai*, venir); en otras palabras, la Ley no tenía una función perenne, sino solamente «parentética», como dice F. F. Bruce, en el curso de la Historia. Veamos:

(a) Qué función era ésa que la Ley cumplía: Hacer que el pecado mostrase toda su horrenda pecaminosidad (7:13) y, de ese modo, ayudase al pecador a percatarse de la extrema gravedad de su situación (7:9) y, con la gracia de Dios, aborrecer el pecado y arrepentirse para con Dios (Hch. 20:21). El espejo descubre las manchas, no las causa. Cuando entra el sol en una habitación, descubre el polvo y la suciedad que allí había, aunque pasaban desapercibidos.

(b) Ya que la Ley no ofreció el remedio para el pecado, ¿fue quizás un obstáculo a la eficacia de la obra de Cristo? ¡De ninguna manera! Pablo asegura (v. 20b) que *«donde el pecado (he hamartía,* nuestra condición pecadora, como consecuencia de la transgresión de Adán) se multiplicó o *aumentó* (lit.), *sobreabundó la gracia»,* es decir, el remedio de Dios contra el mal del pecado sobrepasó al nivel de suciedad y abominación con que el pecado nos cubría a los ojos de Dios. La imagen es muy expresiva: Allí mismo, *donde el pecado había crecido de nivel, la gracia de Dios lo sobrepasó.* Viene a las mientes la marca que, en muchos lugares, señala el nivel al que llegó una extraordinaria inundación. Esa «marca» del pecado (como *culpa* a los ojos de Dios) queda sobrepasada (y borrada) por una mayor y más abundante inundación de la gracia de Dios. Así es como el régimen de la gracia reina victorioso para vida, y destrona al del pecado que reinaba para muerte. ¡Excelente conclusión del capítulo 5, donde se destaca la victoria contra el reinado de la muerte (v. 17), para introducirnos, en el capítulo 6, en la exposición paulina de la victoria sobre el poder del pecado (6:6, 12, 22) y, después, en el capítulo 7, la victoria sobre la Ley!

CAPÍTULO 6

Después de haber demostrado la doctrina de la justificación por la fe, el apóstol enseña ahora la necesidad de la santificación y de una conducta consecuente, como frutos inseparables de la justificación; ya que Cristo no sólo nos es hecho por Dios justificación, sino también santificación. I. Estamos muertos al pecado para vivir en Cristo (vv. 1–11). II. El nuevo amo exige un nuevo servicio (vv. 12–23).

Versículos 1–11

1. Acaba de decir Pablo (5:20) que *«donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia»* y parece como si el objetor de 3:1 y ss. apareciese de nuevo en escena para objetar: *«Entonces, permanezcamos en el pecado para que la gracia abunde»* (v. 1). La respuesta (v. 2) es lógica y tajante: *«¡De ninguna manera!»* (la misma expresión de 3:4, etc.). *«Los que morimos* (aoristo, de una vez por todas; comp. v. 10) *al pecado, ¿cómo viviremos en él?»* ¡Evidente! El pecado es principio de muerte, no de vida. Por tanto, si hemos muerto al pecado en unión con el Cristo que mató a la muerte muriendo, hemos muerto a la muerte, tanto como al pecado, para vivir ajenos al pecado que nos esclavizaba.

2. A continuación, el apóstol describe el proceso de la santificación como un *ser injertado* en Cristo, que muere con Él y resucita con Él (vv. 3–11). Este «morir al pecado con el Cristo muerto» y «resucitar a

la nueva vida con el Cristo resucitado» se halla maravillosamente simbolizado en el bautismo por *transmersión.* Es una pena que, por prejuicios de «escuela teológica», haya tantos comentaristas que no ven en estos versículos otra cosa que una realidad espiritual, oculta bajo una metáfora. Es cierto que el bautismo de agua es solamente un símbolo y un sello (acompañado de una profesión pública de fe) de nuestra incorporación espiritual, por fe, a Cristo (comp. 1 Co. 12:13), no es un medio de regeneración espiritual, pero es obvio que Pablo tenía en mente el símbolo cuando hablaba de la realidad. En efecto:

(A) Nada como el bautismo de agua por «transmersión» ejemplifica lo que ocurre en la vida espiritual al pasar del pecado a la gracia, de la muerte a la vida en Cristo. Como puede verse en los antiguos baptisterios todavía existentes (por ejemplo, en Terrassa, España), los que sellaban con el bautismo de agua su profesión de fe entraban en el agua por unas escalerillas y, después de ser sumergidos, salían del agua por el lado opuesto, sin volver atrás, sino como si entrasen en una nueva esfera. La entrada en el agua simboliza la muerte con Cristo (v. 3) y la inmersión en el agua es una «sepultura» (v. 4). Dice F. F. Bruce: «la sepultura coloca el sello sobre la muerte, y así el bautismo del cristiano es un entierro simbólico por el cual el antiguo orden de vida finaliza para dar lugar al nuevo orden de vida en Cristo». Al emerger del agua y salir por el lado opuesto, se simboliza claramente la resurrección a una nueva vida (v. 4b). Es como un «paso a través del mar Rojo de la sangre de Cristo» y así lo entendieron algunos antiguos escritores eclesiásticos: Del Egipto de la servidumbre del pecado, pasamos así a un, más o menos largo, peregrinaje por la vida, antes de entrar en la celestial Tierra Prometida. A causa de este «pasar de un lado a otro», he usado el término «transmersión».

(B) En los versículos 5, 6, el apóstol da la razón por la que este *paso* se verifica en los creyentes y queda simbolizado en el bautismo de agua: Nuestra unión con Cristo es vital, orgánica y dinámica, como *injertados* (lit. *complantados) en Él* (v. 5). Como Cristo llevó nuestros pecados *al* madero (no sólo *en* el madero), según el original de 1 Pedro 2:24, el bautismo del creyente simboliza que, unido a Cristo, muere con Él a los pecados, para resucitar después, también con Él, a una vida eterna. Para quitar la idea de que esto fue una realidad física en el pasado, Pablo cuida muy bien las expresiones: *«Porque si fuimos plantados juntamente con Él EN LA SEMEJANZA de su muerte, así también lo seremos en la* (SEMEJANZA) *de su resurrección».* No quiere decir que esto nos suceda *en figura,* pero no en realidad, sino que el bautismo de agua, por el «sumergirse en el agua, para emerger por el lado opuesto» es *una semejanza* de la muerte y de la resurrección que, con Cristo, se realizan en nosotros en la esfera espiritual. El versículo 6 es consecuencia del versículo 5: Si nuestro viejo hombre, nuestro anterior estado espiritual, ha muerto con Cristo, *ha sido crucificado juntamente con Él* y, por tanto, allí quedó clavado, *abolido legalmente* (lit. *reducido a la impotencia.* La versión «*destruido*» es falsa y peligrosa, y va contra todo el contexto posterior).

(C) En los versículos 6b–11, Pablo llama la atención del creyente sobre algo que *ya sabe («sabiendo esto», o «conocedores de esto»,* v. 6a), pero *a lo que debe prestar constante atención* (v. 11): *El cuerpo de pecado,* el viejo «yo» pecador, heredado de Adán (llamado así porque en el cuerpo se exterioriza nuestra persona, comp. 12:1), al ser abolido legalmente, despojado de su señorío, crucificado, no tiene ya poder legal para imponernos su servidumbre (v. 6b), que, a fin de cuentas, era un servir al diablo (v. He. 2:14, 15). No hay por qué servir a un tirano ya destronado ni obedecer a un régimen caído. Si hemos muerto al pecado (v. 7), estamos *justificados del pecado,* pues la sentencia de muerte que el pecado comporta, ya no tiene por qué volver a ejecutarse cuando la persona es cadáver. El muerto ya ha pagado la deuda del pecado (v. 23). Ahora bien, esta muerte al pecado se ha llevado a cabo (v. 8) *con Cristo,* con el Cristo muerto, pero también resucitado, por lo que no sólo estamos muertos al pecado, sino también resucitados a una vida nueva. De esto deduce Pablo dos consecuencias:

(a) La muerte y la resurrección de Cristo son dos hechos *de una vez por todas:* Resucitó de los muertos para no volver a morir más (v. 9), por lo que la muerte ha perdido para siempre su señorío sobre Él. *«Porque la muerte que murió, la murió al pecado una vez por todas; mas la vida que vive, la vive para Dios»* (v. 10, lit. en la excelente versión que de este versículo hace la *New American Standard Translation).* Para entender bien este versículo es preciso ver su conexión con el versículo 9. La muerte de Cristo en el Calvario fue una victoria sobre el pecado (sobre la culpa y sobre el poder del pecado), pero no se puede olvidar que subió al madero cargado con nuestro pecado (2 Co. 5:21, como un eco de Is. 53:5, 6, y 1 P. 2:24). Por unas horas, pareció que el pecado se enseñoreaba de Él, hasta el punto de cortarle la comunión con el Padre, pero al morir, el pecado que llevaba como sustituto nuestro, murió también allí, de forma que Él, y todos los hombres (potencialmente) con Él, hemos muerto al pecado

(comp. con 2 Co. 5:14 y ss.). Al estar los creyentes unidos con Él, también hemos muerto al pecado de una vez por todas, a fin de vivir en adelante, por siempre, para Dios en Cristo Jesús (vv. 8–11). Pero, ¿es que Cristo no vivía ya *para Dios* antes de morir? Si, es cierto, pero, como bien observa J. Murray, «el estado anterior estaba condicionado por el pecado con el que cargó en nuestro lugar, y el pecado es la contradicción de lo que Dios es. Pero, al acabar con el pecado en su muerte, su vida de resucitado no está condicionada por nada que sea antítesis de Dios».

(b) En conclusión de todo esto, el apóstol exhorta a los creyentes a *tomar en cuenta* (v. 11, gr. *loguízesthe)* el hecho de que están *muertos al pecado, pero vivos para Dios, etc.* Este tomar en cuenta no es una mera reflexión intelectual ni una introspección psicoanalítica, sino un estar en vela a fin de que el pecado que ha sido destronado legalmente en nuestro interior, no vuelva a levantar cabeza para dominarnos ilegalmente. Que éste es el sentido del versículo 11, se ve por la conexión con la partícula *oun,* pues, del versículo siguiente.

Versículos 12–14

1. Para entender el versículo 12 es preciso darse cuenta de que Pablo ha estado hablando hasta ahora de la situación legal del creyente frente al pecado. El pecado ha sido destronado, ya no es señor; su dominio ha sido abolido. Al estar crucificados con Cristo, el cuerpo de pecado, nuestro cuerpo mortal, que sirve de caja de resonancia al pecado que todavía anida en nuestro interior, ha quedado destituido de su derecho a gobernar nuestra conducta. Por eso, Pablo exhorta ahora (v. 12) a los creyentes a que no se dejen dominar *de hecho,* sirviéndole con las concupiscencias, con las malas inclinaciones que anidan en nuestro interior, por ese pecado que ha perdido su *derecho* sobre nosotros. Una sencilla comparación aclarará esto: Supongamos que un general ha sido degradado y destituido de su cargo por faltar a las normas de la milicia. Puede, de hecho, dar órdenes a los soldados, pero no tiene derecho a darlas ni a ser obedecido. Hay que obedecer al general que le sustituye, de forma que obra mal el soldado que siga prestando obediencia y servicio al general destituido.

2. La ilustración anterior, o algo parecido, estaba en la mente de Pablo, pues prosigue y dice en el versículo 13: «*Ni presentéis (o prestéis) vuestros miembros al pecado* (como) *armas de iniquidad, sino presentaos a vosotros mismos a Dios* (comp. 12:1) *como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios* (como) *armas de justicia*» (lit.). Lagrange, citado por Vicentini, lo comenta así: «En las ciudades antiguas, lo primero que hacía un simple ciudadano convertido en señor era proveerse de una guardia armada que sostuviera su dominación. Del mismo modo, el pecado desearía que los miembros de nuestro cuerpo fueran como armas puestas a su disposición, armas destinadas a hacer prevalecer la injusticia en el hombre, que es el teatro del combate. Los cristianos, en cambio, como seres vivos arrancados a la muerte, deben entregarse a Dios y poner a su servicio los miembros de su cuerpo como armas que se emplean de una manera santa».

3. Pablo explica, en el versículo 14, la razón por la que el creyente no debe dejarse dominar por el pecado: El pecado (y la muerte física, que es su necesaria consecuencia) reinó desde Adán hasta Moisés (5:14) y más aún desde Moisés hasta Cristo, pues la Ley sólo sirvió para que resaltara más la pecaminosidad del pecado (7:13); pero Cristo ha terminado con el régimen de la Ley, para introducirnos en el de la gracia (v. 14b, comp. con 7:6) En efecto: «Vivir bajo la ley, dice Vicentini, es vivir en un régimen de opresión, que manda sin ayudar, amenaza sin dar fuerza. Estar bajo la gracia es vivir en una atmósfera de confianza, con la dirección y el apoyo del Espíritu de Dios». Nadie puede, pues, excusarse de debilidad ante la tentación del pecado, pues están a su servicio la gracia de Dios y el poder del Espíritu Santo.

Versículos 15–23

Esta sección resulta difícil de entender para los «legalistas» al estilo de J. Murray y sus epígonos ingleses, pero es clara como el agua cristalina para quien la estudie sin prejuicios.

1. Pablo comienza esta porción con una objeción parecida a la del versículo 1, aunque el contexto y la letra son diferentes. En el versículo 1, el supuesto objetor sugería la conveniencia de permanecer en el pecado a fin de que la gracia abundase; ahora (v. 15) sugiere que, puesto que el régimen de la gracia es un

régimen de libertad (v. el comentario a Gá. 5:13), podemos hacer cuanto nos venga en gana. ¡Otra faceta del antinomianismo!

2. A esto responde Pablo de forma muy sencilla (vv. 16–20): El ser humano no es autónomo, no es independiente; necesita depender de otro y, por tanto, no puede excusarse de «servir». Todo depende del amo que escoja (comp. con Mt. 6:24): el pecado (tras él, el diablo) o la virtud (tras ella, Dios), descrita aquí como *«obediencia para la justicia»* (v. 16b. Comp. con Fil. 2:8, 9), lo que muestra que el vocablo «obediencia» (lit.) y el verbo «obedecéis» de la primera parte del versículo han de entenderse genéricamente, como una voluntaria «sumisión» a alguien. Del mismo modo, el término *«esclavo»* (gr. *doulos*. Comp. con Fil. 2:7) ha de tomarse de una manera genérica, como alguien totalmente dedicado al servicio de otro, con todo el ser y en todo tiempo. También los términos «libertados» (v. 18) y «libres» (v. 20) han de tomarse de modo genérico, en sentido de «carencia de sujeción o falta de sumisión».

3. Descartada la permisividad del libertinaje por la necesidad de «servir», el apóstol da gracias a Dios porque sus lectores, los cristianos de Roma (v. 17), al recibir a Cristo, habían salido de la esclavitud del pecado para servir a la virtud (*«justicia»* cumplida, v. 18b), cuando *«obedecisteis* (lit.; en aoristo; de una vez por todas) *de corazón,* dice, *a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados»*. La «forma de doctrina» (gr. *tupos didakhés)* indica, como en 1 Timoteo 1:10; 2 Timoteo 1:13; 4:3; Tito 1:9; 2:1, la «sana enseñanza» del cristianismo, que cobra aquí un relieve especial en cuanto a la ética de la conducta. La frase suena de modo extraño, pues podríamos esperar que Pablo dijese: «que os fue entregada» o «a la que de corazón os entregasteis». La razón por la que Pablo escoge dicha expresión es explicada de modo excelente por E. Trenchard: «Pablo concibe el cuerpo de doctrina como un *tipo* (el sentido llega casi a «un molde») al cual los creyentes, libertados del pecado, fueron entregados para que su carácter fuese amoldado por la Palabra».

4. De esta dedicación, de una vez por todas, al recibir a Cristo, el apóstol toma ocasión, como en los versículos 12, 13, después de los versículos 1–11, para exhortar a los creyentes romanos a poner por obra, en la vida diaria, la *santificación* (v. 19b) progresiva, que es la consecuencia necesaria de su nuevo estado, de la justificación, por la que fueron *libertados del pecado* (v. 18). Las frases con que Pablo encabeza el versículo 19: *«Estoy hablando* (lit. *digo) en términos humanos, a causa de la debilidad de vuestra carne»* significan, con la mayor probabilidad (se discute el sentido), que Pablo se veía obligado todavía a hablar en términos de «servidumbre» y no de «libertad» (según aquello de Agustín: «Ama, y haz lo que quieras, pues de la buena raíz del amor no puede brotar fruto malo»), porque sus lectores romanos eran aún débiles de comprensión y, quizás también, de voluntad, por aquello de *«debilidad de vuestra carne»,* como dice el original literalmente.

5. El apóstol termina esta porción al presentar de forma clara y viva los resultados finales respectivos, o frutos, del pecado y de la virtud (vv. 21–23).

(A) Al aludir al «antes», al tiempo en que los creyentes de Roma eran esclavos del pecado, les pregunta Pablo (v. 21): *«¿Qué fruto teníais entonces,* cuál era la cosecha (comp. con Gá. 6:8), *en aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin* (el término al que van a parar) *de ellas es muerte»*. Sí que había fruto, pero fruto de perdición. Téngase en cuenta que «muerte», en sentido bíblico y, en especial, paulino, comprende la muerte espiritual (pérdida del favor y de la amistad con Dios), la muerte física y la muerte eterna. Así ha de entenderse incluso en 5:12 y ss. No vendrán mal unos momentos de autoexamen: ¿De veras estamos avergonzados, confusos, arrepentidos, de nuestros antiguos desvaríos? ¿O seguimos acariciándolos y gustando de ellos? En este último caso, ¿no tendríamos motivos para dudar de una sincera conversión? Cierto, una cosa es *sentir* el atractivo de la tentación, y otra el *consentir* en la pecaminosidad a la que induce.

(B) En contraste con los amargos frutos del pecado, el apóstol (v. 22) condensa maravillosamente los buenos, dulces, frutos de la gracia en las tres fases de la salvación: (a) En la *justificación,* por partida doble, hubo una liberación del pecado para entrar al servicio de Dios (comp. con vv. 17–19); (b) en la *santificación* se obtiene el *fruto* de aquella entrega a Dios en la conversión; no se habla de *fruto* en la justificación por la fe, pues aquello no fue fruto, sino raíz (Col. 2:6, 7); (c) En la *glorificación,* se obtiene la *vida eterna* en su estado *final,* escatológico.

(C) Pablo cierra esta porción (v. 23) sobre la victoria del cristiano contra el pecado, al resumir admirablemente el contraste tremendo que existe entre una vida de libertinaje en el pecado, y la vida de gloriosa libertad en la entrega al Señor: *«Porque el sueldo del pecado* (es) *muerte, mas la dádiva* (gr. *khárisma,* don) *de Dios, vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro»* (lit.). Antes de entrar en el detalle del

versículo, es preciso hacer tres observaciones: (a) El *«sueldo»* (de donde procede el vocablo «soldado») significa, en el original, el *salario* (de «sal») que cobraban los militares *en especie;* (b) la *«dádiva»* es, en el original, *khárisma*, que, de suyo, significa «favor» o «gracia» cristalizada en algo concreto; subraya el carácter gratuito, inmerecido, de la vida eterna. No se suele traducir por «don» aquí, a fin de no confundir su sentido en este versículo con el que tiene en 1 Corintios 12:4, 9, 30, 31, por ejemplo; más bien equivale al término *«doron»*, regalo, como en Efesios 2:8b. (c) Mientras en 5:21, Pablo habla de *«vida eterna MEDIANTE Jesucristo»*, aquí dice: *«vida eterna en Jesucristo»*. Como observa J. Murray, la diferencia es digna de notarse, pues aquí el énfasis «cae sobre la verdad de que es en Cristo Jesús como existe la vida eterna en los creyentes». Pasemos ya al contraste que ofrece Pablo:

Primero, en lo que se recibe por servir a un amo o al otro: Por servir al pecado (es decir, al diablo) se recibe *muerte,* esto es, eterna perdición; por servir a Dios se recibe *vida eterna en Cristo,* de cuya plenitud la recibimos (Jn. 1:16).

Segundo, en la forma en que se recibe: El diablo lo da como *sueldo en especie;* no lo da en moneda corriente, con lo que podría cambiarse por algo mejor; como en el dicho aragonés: «Ahí tienes las lentejas; o las tomas o las dejas». En cambio, Dios lo da como *regalo,* del que nunca revoca lo que ha prometido (11:29).

Tercero, en lo que el hombre hace para recibirlo: Para recibir el sueldo del diablo, el pecador tiene que obrar, es decir, trabajar, pues es un salario, no un regalo. ¡Trabajar para el diablo, para recibir como sueldo la perdición! En cambio, para recibir la vida eterna, el pecador *no obra, sino cree en el que justifica al impío* (4:5). Con sólo creer, recibe de Dios un regalo tan grande que, con ser Dios infinito en riqueza, no puede dar un regalo mayor. Al cielo se va sin merecerlo, pero al infierno se va «por méritos».

CAPÍTULO 7

Llegamos a la victoria del creyente sobre la Ley. I. Una victoria legal, por segundas nupcias (vv. 1–6). II. Una victoria real, no por nuestras fuerzas, sino por medio del Señor Jesucristo (vv. 7–25).

Versículos 1–6

Esta primera parte del capítulo es clarísima, tanto en el símil que Pablo usa, como en la aplicación a nuestra muerte «legal» a la Ley. El giro que toma el versículo 4 no debe desconcertar a nadie, como vamos a ver.

1. El símil que Pablo usa es el siguiente, bien conocido de los lectores, no sólo como romanos, sino especialmente, como conocedores del Antiguo Testamento. El versículo 1 se inicia con una pregunta retórica: *«¿Ignoráis …?»* ¡Claro que no lo ignoraban! Pero esta pregunta retórica de Pablo sirve para que los lectores fijen mejor su atención en lo que va a decir. La Ley, toda ley (aunque él se refiere, sin duda, a la Ley de Moisés), obliga únicamente a los que viven; para los muertos no existen normas, ya que no les afectan de ningún modo. Pero Pablo va a referirse a un concreto caso legal, el único que le interesa para su argumentación: El caso del matrimonio. La ley matrimonial vincula a un hombre con una mujer *de por vida* («… para mejor o para peor, hasta que la muerte nos separe»). Así que (v. 2) una mujer casada debe lealtad a su marido *mientras éste vive; si éste muere, puede casarse con otro sin ser adúltera* (v. 3), pues nadie es infiel a una persona no existente. El caso es tan claro que no necesita más explicación.

2. La aplicación al caso de la relación que el creyente guarda con la ley también es clara, aunque el apóstol se ve obligado a dar un giro en el versículo 4 para mantener el símil. Lo que le interesa no es cuál de los dos cónyuges muere, sino que ha intervenido una muerte y, por tanto, se ha disuelto el matrimonio anterior.

(A) En la aplicación, vemos una sola mujer, la cual queda viuda de un marido y viene a ser esposa de otro. La mujer es el creyente, como se ve por el propio versículo 4, y está en consonancia con la enseñanza general del apóstol de que Cristo es el Esposo, y la Iglesia (todos y cada uno de los grupos eclesiales. V. 2 Co. 11:2) es la Esposa (Ap. 19:7)

(B) El primer esposo es la *Ley* (vv. 4, 6) y resulta casi increíble que un expositor tan excelente como E. Trenchard asegure (*Romanos,* p. 182) «que el primer marido es la naturaleza adámica que murió en la

Cruz». El hecho de que Pablo diga que somos nosotros los que *hemos muerto a la ley* (vv. 4, 6) no debe desconcertarnos, puesto que (a) la muerte del creyente a la ley no es una muerte física, sino meramente legal, por la que, mediante un cambio de régimen (v. 6b), la misma persona física, aunque «muere a la ley» en el sentido de que queda libre de ella, sigue obrando como un ser vivo *en novedad de espíritu y no en antigüedad de letra* (v. 6b, lit.); (b) si Pablo hubiese dicho que la Ley ha muerto para nosotros, en lugar de decir (lit.) que *se nos ha dado muerte* (no ha sido iniciativa nuestra, sino de la gracia de Dios) *a la ley*, es decir, en relación con la ley, habría introducido un concepto peligroso, y aun falso, pues si la Ley es letra, y *la letra mata* (2 Co. 3:6), ¿cómo podría matar estando muerta? ¿Y cómo se explicaría toda la trágica lucha que Pablo describe a partir del versículo 7?

(C) El segundo esposo es, claramente, Cristo, pues Pablo asegura que *hemos muerto a la ley* (primer esposo) *para ser de otro* (segundo esposo), *del que resucitó de los muertos* (v. 4); evidentemente, Cristo.

(D) No debe pasar inadvertido el *«fruto»* que Pablo menciona, al final de los versículos 4 y 5. Del matrimonio surge «fruto», es decir, la prole. La prole del primer matrimonio (con la Ley) era *«fruto para muerte»* (v. 5b), *«obras muertas»* (He. 9:14b), ya que es la Ley la que estimula las obras de la carne; por la Ley se hace «potente» el pecado (1 Co. 15:56), para seguir con el símil conyugal. En cambio, con el segundo esposo (Cristo), el creyente produce *frutos de justicia* (6:22; Fil. 1:11; He. 12:11; Stg. 3:18). Nótese que Pablo no dice que, con Cristo, demos fruto para *vida*, sino fruto para *Dios* (v. 4b), pues todo buen fruto espiritual (comp. con Gá. 5:22, 23) redunda, en último término, en gloria de Dios, pues Él dio la gracia. Quien pone la planta es el que tiene derecho a comer de su fruto (no está de más comp. con Is. 5, por una parte, y con Jn. 15, por otra).

Versículos 7–25

Estos versículos son considerados como una de las porciones más difíciles de las Escrituras Sagradas. Las múltiples interpretaciones que se han dado de este pasaje pueden reducirse a tres: 1) Pablo hace una especie de historia de la humanidad pecadora, desde el estado de inocencia (o desde la caída de Adán, según otros) hasta la redención llevada a cabo por Cristo. Es la opinión preferida por los católicos, con la excepción de grandes eruditos como Prat y Cornely. 2) Pablo se refiere a sí mismo (o, en general, al judío, según otros), antes de su conversión, esforzándose por cumplir la Ley, pero sin lograrlo. El versículo 9 significaría la llegada del niño israelita al uso de razón. Es la opinión de Prat, Cornely (que invoca a su favor a S. Agustín y a S. Jerónimo) y de otros muchos católicos. 3) Pablo se refiere a sí mismo (aunque su caso puede extenderse a todo creyente), ya convertido, pero en su lucha trágica, *por medio de sus fuerzas naturales*, con las demandas de la Ley, las cuales sólo se pueden satisfacer con la gracia de Dios (vv. 24, 25) y por el poder del Espíritu Santo (8:2 y ss.). El versículo clave es el versículo 9, bien entendido, pues él explica todo lo que sigue y da su base a esta tercera opinión, la única que hace justicia al texto sagrado.

1. Como Pablo había dicho (v. 5) que la Ley era la instigadora de la concupiscencia, se pregunta ahora (v. 7), de modo similar a como lo ha hecho en otros pasajes de la Epístola: *«¿Qué diremos, pues? ¿Es pecado la Ley?»* Y, con la misma expresión de otras veces, responde como indignado: *«¡De ninguna manera!»* ¿Cómo podría ser pecado una Ley dada por el mismo Dios? En los versículos 7–14, Pablo muestra:

(A) La gran excelencia de la Ley en sí misma (v. 12): *«La ley es santa, y el mandamiento* (es) *santo, justo y bueno»*. Las leyes reflejan la calidad y el carácter del legislador. Dios, el dador de la Ley, es santo, justo y bueno; por tanto, sus mandamientos reflejan estas perfecciones de Dios. *«La ley es espiritual»*, no sólo porque llega hasta el espíritu, sino, principalmente, porque es un freno contra las tendencias pecaminosas de la carne.

(B) La función beneficiosa de la Ley al descubrir el pecado que existe en el interior del hombre (v. 7b): «*Yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco habría sabido lo que es la concupiscencia, si la ley no dijera: No codiciarás»*. Así como sólo lo recto descubre lo torcido, así también sólo mediante el conocimiento de la ley puede llegarse a un conocimiento, a una convicción de pecado, que pueda conducir al arrepentimiento y a la conversión. Nótese que el apóstol cita de Éxodo 20:17 el último de los preceptos del Decálogo, que es el que tiene que ver con los malos deseos del corazón; estos deseos son los que prestan su malicia específica a los actos externos. De ahí, la insistencia de Jesús en el pecado «interior» en el Sermón del monte (Mt. 5:17 y ss.); de ahí, el fracaso del joven rico (Mt. 19:20–22); de ahí, el fracaso del fariseo Saúlo, *intachable* (Fil. 3:6) en su cumplimiento exterior de la Ley, bien

aprendida a los pies de Gamaliel, por lo que *«vivía en aquel tiempo sin la ley»* (v. 9), no sin la letra de la Ley, sino sin que el espíritu de la Ley (conforme se halla en el décimo mandamiento) le hubiese llegado al corazón. El fariseo Saulo se sentía tan bueno y tan complacido en su propia justicia como el fariseo de la parábola en Lucas 18:11, 12. Tenía la cáscara de la Ley, pero no el fruto. Mas, *«al venir el mandamiento* (v. 9b), añade Pablo (no a sus ojos, sino a su espíritu), *el pecado revivió;* ya existía, pero no salía a la luz, como no se descubre el polvo de una habitación hasta que le da el sol de lleno; y yo *morí»*. ¿Acaso estaba vivo espiritualmente antes de llegarle al corazón el mandamiento? ¡No, por cierto! Para entender este *«morí»* (muerte ejecutada por la propia Ley; véanse los vv. 10, 11) es menester compararlo con el *«vivía»* del mismo versículo (¡y aquí está la clave de toda esta porción!): Al darle de lleno en el corazón la luz espiritual de la Ley (comp. Sal. 119:105), por el poder del Espíritu Santo, Pablo se dio cuenta, por primera vez, de que todas sus justicias eran como trapos de inmundicia (Is. 64:6) y que su pasada satisfacción en el cumplimiento exterior de la Ley no tenía ningún fundamento. Su pecaminosidad interior se alzó ante él con todo su vigor, *revivió,* y en la misma medida, él se sintió *muerto,* no *al* pecado, sino *por* el pecado, mediante una Ley que se lo dio a conocer, pero no le dio el poder para vencerlo.

(C) El mal uso que la naturaleza corrompida del hombre caído hace de la Ley. En efecto, el apóstol tiene buen cuidado en aclarar que no es precisamente la Ley la que mata espiritualmente, sino *el pecado* en singular (gr. *he hamartía),* no los actos de transgresión, sino la interior corrupción pecaminosa, que, al ser puesta al descubierto por el mandamiento (vv. 7–13), se valió de ese mismo mandamiento para quebrantarlo conscientemente, tanto más cuanto que el fruto prohibido provoca la tentación (comp. con Gn. 3:6). Por eso, exclama Pablo (v. 13): «*¿Luego lo que es bueno* (el «mandamiento» del v. 12), *vino a ser muerte para mí? ¡De ninguna manera! Sino que el pecado* (comp. con vv. 8–11), *para mostrarse pecado,* esto es, «con toda su abominable pecaminosidad» (NVI), *produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno, a fin de que por el mandamiento* (por medio de la luz que arroja), *llegase al extremo de la pecaminosidad* (lit. *resultase exageradamente pecador)»* Una ilustración, tomada de la vida real, ayudará a entender esto: Un señor poseía un huerto cerrado, con un peral que producía exquisitas peras. Unos niños traviesos disfrutaban saltando las tapias y robando las peras. Un día, el amo los sorprendió robando, por lo que ellos se echaron a temblar. Con todo, el amo no les reprendió, sino que les dijo: ¿Por qué saltáis las tapias para llevaros las peras? Llamad a la puerta de mi casa y llevaos todas las peras que queráis. ¡No volvieron! (histórico). No eran las peras las que les instigaban al robo, sino el hecho de que se las llevaban contra la supuesta voluntad del amo.

2. De aquí pasa Pablo a describir patéticamente la tremenda lucha que se entabla en el corazón del hombre convicto de pecado (y, por tanto, tocado por el poder del Espíritu. V. el contexto anterior), entre el mandamiento, cuya fuerza espiritual ya conoce (v. 14), y sus inclinaciones naturales pecaminosas (vv. 14–23). Aquí vemos a Pablo:

(A) En sus quejas. Se queja del poder del pecado que todavía permanece en él con sus inclinaciones corrompidas. La ley no tiene poder para justificar ni para santificar, lo cual no es culpa de la ley misma, sino de la debilidad de la carne.

(a) *La ley es espiritual,* dice Pablo (v. 14), *pero yo soy carnal* (gr. *sárkinos,* de carne). Es cierto que *sárkinos* no tiene el sentido peyorativo de *sarkikós* (lo carnal, en oposición a lo espiritual), como se ve por 2 Corintios 3:3, donde tiene buen sentido, pero aquí viene a equivaler a *sarkikós*. Que esta equivalencia es posible se muestra por 1 Corintios 3:1, 3, donde ambos términos aparecen como sinónimos. *«Vendido al poder del pecado»* (v. 14b, comp. con 6:16 y ss.) significa «estar esclavizado, aprisionado, por el poder del pecado». Pero, ¿es que Pablo no se consideraba, al escribir esto, espiritualmente maduro, «perfecto», hasta el punto de exhortar a otros a imitarle (Fil. 3:15, 17)? Sí, por cierto. Por eso, se considera a sí mismo «más que vencedor» (8:37). Pero lo que Pablo quiere poner de relieve en esta porción es que esta victoria no puede ganarse por las fuerzas naturales, mediante el esfuerzo propio para cumplir la Ley.

(b) Por eso, habla como de un doble «yo» que se debate en su interior: El «yo» que subsiste aún *en la carne* (v. 18) y el «yo» nuevo, *del hombre interior* (v. 22); en el primero, *no mora el bien* (v. 18); el segundo *se deleita en la ley de Dios* (v. 22b); el primero está esclavizado por el pecado (v. 14b); el segundo triunfa del poder del pecado, *por medio de Jesucristo* (v. 24). Pero Pablo no ha llegado todavía a la meta (Fil. 3:12). La misma altura de su espiritualidad le hacía, como a todos los grandes santos, sentir vivísimamente la oposición que la carne hace al espíritu. Por eso, ponía a su propio cuerpo bajo severa disciplina (1 Co. 9:27) y advertía a los fieles de Roma sobre la necesidad de *ir dando muerte* (presente continuativo) *a las prácticas de la carne* (8:13, lit.) a fin de progresar en la vida espiritual. Sin la gracia

de Dios, a la que hay que recurrir de continuo, sin fiarse jamás de las propias fuerzas, el mayor de los santos puede sucumbir, como David, a los peores pecados. El «yo» pecador es un enemigo muy astuto y solapado (comp. Jer. 17:9) y se vale de las mismas virtudes para alcanzar sus negros objetivos. Hay castos por avaricia y hay quienes están orgullosos de su humildad. Nuestra autosuficiencia congénita ofrece al enemigo mil flancos por donde atacar, y el que baja la guardia está perdido.

(c) Esta lucha que Pablo pinta con colores tan vivos, como que la sentía vivamente en sí mismo (vv. 15–23. ¡No está haciendo teatro!), le lleva a exclamar (v. 24): *«¡Desdichado de mí! ¿Quién me rescatará del cuerpo de esta muerte?»* (lit.). «El cuerpo de esta muerte» no pone de relieve la mortalidad de nuestro cuerpo, sino la pecaminosidad del «cuerpo de pecado», que mencionó en 6:6. Este cuerpo de pecado era para Pablo una carga insoportable. ¿Quién no le diría al gran apóstol, elevado en éxtasis hasta el paraíso, «¡Dichoso tú!»? Sin embargo, él dice «¡Desdichado de mí!» No mira lo que ya ha alcanzado, sino lo que le queda por alcanzar (v. Fil. 3:7–14).

(B) En sus consuelos. Tres cosas le servían de consuelo:

(a) Su conciencia le daba testimonio de que la norma de la ley era para él un buen principio al que con su mente y de corazón daba su consentimiento interior (v. 6), señal de que tenía la ley impresa en tablas de carne (comp. con 2 Co. 3:3). Y no sólo daba su consenso, sino que lo daba con deleite (v. 22); no sólo se deleitaba en las promesas, sino también en los preceptos, de la Palabra de Dios. Con su «yo» interior (comp. con Ef. 3:16), no sólo se deleitaba, sino que *servía* (v. 25) *a la ley de Dios.*

(b) La culpa de la corrupción que sentía en sus miembros se debía a una «ley» (v. 23), que aquí significa «un sistema o principio de operación» contrario a la normativa, bien definida y aprobada, que tenía en su mente (vv. 21, 23, 25), por lo que no era, en cierto modo, *él mismo*, su verdadero «yo» el que cometía aquellas travesuras (vv. 17, 20). No lo dice para excusarse de culpa, sino para huir de la desesperación, al recordar el pacto de gracia que ha provisto perdón para la culpa del pecado y poder contra el poder del pecado.

(c) Pero su mayor consuelo está en el recuerdo constante, tanto de la gracia de Dios, como de su propia miseria; por lo que termina con un grito triunfal, que ampliará después a lo largo de todo el capítulo 8: *«Pero, ¡gracias a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor!»* (v. 25, lit). Como si dijese: «Por medio de Jesucristo, me veré libre».

3. Queda una pequeña duda acerca del versículo 25b. A primera vista, parece un anticlímax, después del grito triunfal de la primera parte del mismo versículo, o una repetición innecesaria del tema que ha tratado en los versículos 14–23. Pero hay un énfasis en el verbo *«sirvo»*, como un esclavo (gr. *douleuo)*, que no ha salido antes. Dijo (v. 14) *«estar vendido al poder del pecado»*, pero aquí vemos que, no sólo era un esclavo comprado por el pecado, sino que actualmente prestaba sus servicios al pecado. ¡Pablo no era impecable! ¡Él mismo lo sabía bien! Aquel *«paroxismo»* en su discusión con Bernabé (Hch. 15:39), por ejemplo, que para la mayoría de nosotros sería como un pecado «venial», fruto de un momento de «santo» acaloramiento, estaría en la memoria de Pablo como un pecado «muy grave». Esta consideración (del traductor) es de gran importancia, cuando un hombre tan eminente como el fallecido Dr. M. Lloyd-Jones llega a asegurar que toda esta porción del capítulo 7 de *Romanos* «es la descripción de un cristiano inmaduro que no ha llegado todavía a recibir la "segunda bendición"».

CAPÍTULO 8

Este capítulo es, como alguien ha dicho, un himno al optimismo cristiano, pues, en él, muestra Pablo: I. Los muchos privilegios del creyente (vv. 1–28). II. El fundamento de tales privilegios (vv. 29, 30). III. Los efectos triunfales que de ahí se siguen a los elegidos de Dios (vv. 31–39).

Versículos 1–9

1. El apóstol comienza este capítulo declarando un gran privilegio de todo verdadero creyente: *«Por consiguiente, ninguna condenación pesa ahora sobre los* (que están) *en Cristo Jesús»* (NVI). La conjunción griega *ára* indica una consecuencia ¿de qué? Recordando que la división en capítulos y versículos no existía al principio, este *«Por consiguiente»* ha de enlazarse con la primera parte del

versículo 25 del capítulo anterior, ya que la segunda parte de dicho versículo es un resumen parentético. En un grito de angustia, Pablo había exclamado (7:24): *«¡Desdichado de mí! ¿Quién me rescatará del cuerpo de esta muerte?»* (lit.), es decir, del poder del pecado que le tenía prisionero y esclavizado (comp. con 6:6, 16 y ss.; 7:14b). Y responde: «Por medio de Jesucristo nuestro Señor» (7:25a) es como me veré libre. «Por consiguiente, exclama ahora, ninguna condenación pesa ahora sobre los que están en Cristo Jesús». Son de notar aquí los siguientes detalles:

(A) El griego *katákrima* no significa aquí la sentencia condenatoria, sino «el castigo impuesto por dicha sentencia». Y de ese «castigo» dice Pablo que no queda *nada* (ni poco ni mucho) por expiar, desde el momento en que el creyente quedó unido a Cristo en la justificación. Al estar vestido con la justicia de Cristo lo pagó todo por él en el Calvario (2 Co. 5:21). Se excluye, pues, así toda clase de expiación supererogatoria por medio del Purgatorio, las indulgencias, la satisfacción impuesta por el confesor en el «sacramento» de la Penitencia, la necesidad de imponerse sacrificios personales (expiatorios), así como el efecto expiatorio de la Misa.

(B) Como se ve claramente, este versículo trata de la abolición del poder que el pecado tenía sobre el creyente antes de estar justificado, y esta abolición (comp. con 6:6) tiene lugar en todos los justificados por el hecho de la *unión* con Cristo, no por el hecho de *andar* de un modo u otro. De no ser así, el grado de la condenación dependería de las obras del creyente. Esto significa, ni más ni menos, que la segunda parte del versículo 1, como aparece en las antiguas ediciones de la Reina-Valera y otras, es espuria y teológicamente falsa. Los MSS que la atestiguan no merecen crédito; es, sin duda, fruto de un copista que la tomó del versículo 4, donde está su verdadero sitio. Por eso, aparece entre corchetes en la RV 1977, y no aparece de ningún modo en la NVI y otras modernas.

2. A continuación, Pablo va a explicar en detalle la razón de esta libertad (no sólo de la culpa, sino del poder condenatorio del pecado), que ya apuntó implícitamente en 7:25a. La unión con Cristo abroga los derechos del pecado y, en este sentido, lo reduce a la impotencia de dueño destronado (6:6), pero no lo elimina de nuestro interior; todavía tenemos que estar vigilantes para que no se enseñoree ilegalmente de nosotros (6:12 y ss.), pues la carne sigue siendo débil, y lo será hasta conseguir *la redención de nuestro cuerpo* (v. 23b). ¿Cómo venceremos, pues, el poder del pecado con ese obstáculo de la carne? A eso responde el apóstol en los versículos 2–4:

(A) El pecado y, por él, la muerte, imponían su *ley*, su norma de conducta, al pecador no justificado, ya que la Ley no podía vencer al pecado *a causa de la debilidad de la carne* (v. 3), pero, al estar unidos con Cristo resucitado, *espíritu vivificante* (1 Co. 15:45b), hay otra *ley del espíritu de vida*, capaz de contrarrestar los efectos de *la ley del pecado y de la muerte* (v. 2).

(B) ¿Dónde está el origen de este poder nuevo, con el que se venza al poder del pecado? Dios que proveyó la justicia de Cristo para justificarnos (4:25), proveyó también el Espíritu de Cristo para santificarnos. La palabra *«espíritu»* en toda esta porción puede indicar: (a) el Espíritu Santo; (b) el poder activo del Espíritu de Dios en el creyente; (c) el espíritu mismo del creyente bajo la acción y la dirección del Espíritu de Dios. Sólo por el contexto se puede ver cuál de los tres sentidos es el que se indica en el texto. Solamente cuando sea suficientemente claro que se trata del Espíritu Santo, lo escribiremos con mayúscula. Veamos en detalle las profundas enseñanzas que nos brinda el versículo 3:

(a) Lo que la Ley no podía hacer, en cuanto al pecado, a causa de la debilidad de nuestro cuerpo, lo hizo Dios, por puro amor (Jn. 3:16; Gá. 4:4), *enviando a su propio Hijo* (comp. con v. 32) *en semejanza de carne de pecado* (v. 3), es decir, *«en condición semejante a la de un hombre pecador»* (NVI). No quiere decir, por tanto, que su carne, su naturaleza humana, no fuese como la nuestra (comp. He. 2:14), sino que, por ser pecadora toda la raza humana, su condición humana parecía ser también manchada por el pecado. Ya fue gran humillación para Él tomar una naturaleza humana (Fil. 2:7), pero mayor todavía aparecer como si fuera pecador (comp. Mt. 3:13–15).

(b) En esa carne humana que tomó el Verbo (Jn. 1:14), *condenó Dios al pecado* (v. 3b); es decir, en su humanidad santa, Jesús sufrió la condenación que Dios hace del pecado (2 Co. 5:21), puesto que llevaba sobre sí el pecado de toda la humanidad. No sólo trató la culpa del pecado, sino también el poder del pecado, pues lo quebrantó legalmente, a fin de que la santificación del creyente fuese posible. Dice Trenchard: «Con razón, la santificación se ha llamado «la lógica de la Cruz», pues aquel que es justificado por su unión vital con el que murió y resucitó, debe andar en novedad de vida como resultado lógico del gran hecho realizado en el cual tiene su parte» (v. 6:6 y ss.).

(c) Ahora es cuando cobra plena luz el versículo 4: «A *fin de que las justas demandas de la ley tuvieran su pleno cumplimiento en nosotros, los que no vivimos según la orientación de nuestra naturaleza pecadora, sino según la orientación del Espíritu»* (NVI). Comenta Vicentini: «¿Qué quería la ley? Que estuviésemos sin pecado y cumpliéramos la voluntad divina. Esto es precisamente lo que ha concedido Cristo a los que, estando en Él, no regulamos ya nuestra conducta según las indicaciones de la carne, sino según la moción del espíritu».

(C) El apóstol pasa después a considerar las consecuencias prácticas de esta obra del Espíritu de Cristo en los santificados, hasta el punto de servir de pauta para discernir nuestra condición espiritual. Ya el Maestro había dicho que *«el árbol se conoce por sus frutos»* (v. 5): *«Porque los que viven conforme a su naturaleza pecadora, tienen su mente ocupada en las cosas que su naturaleza desea; mientras que los que viven conforme al espíritu, tienen su mente ocupada en las cosas que desea el espíritu (o Espíritu)»*. Examinemos, pues, nuestro interior, a fin de ver cuáles son las cosas que atraen nuestra atención y suscitan nuestro interés. ¿Buscamos el favor y la comunión con Dios, nuestro bienestar espiritual, los intereses eternos, etc.? ¿O se van nuestros pensamientos y afectos tras las cosas mundanas, temporales y pecaminosas? Y, para mejor advertirnos de las consecuencias, Pablo nos dice en qué termina una u otra manera de vivir: Una manera de pensar, de sentir y de actuar que siga las orientaciones de la carne ha de llevar a la corrupción, no sólo espiritual, sino también física, es decir, *a la muerte* (v. 6); en cambio, una manera de pensar, sentir y actuar conforme a las mociones del Espíritu, lleva a una vida y paz verdaderas, que comienzan ya aquí abajo y perduran en la eternidad.

(D) No puede ser de otro modo, ya que: (a) el hombre dominado por una mentalidad carnal es enemigo de Dios (v. 7), no se somete a la voluntad de Dios, ni puede hacerlo, pues es precisamente la debilidad de la carne la que impide el cumplimiento de la ley de Dios (v. 3). No es posible, por tanto, que los carnales, mientras no se corrijan, agraden a Dios (v. 8); (b) el hombre que obedece a las mociones del espíritu (o Espíritu), demuestra ser de Cristo (v. 9). Pablo abriga la esperanza de que los cristianos de Roma sean diligentes en seguir los impulsos del Espíritu de Dios y progresar así en su santificación, pues es señal de que el Espíritu Santo habita en ellos y ejerce allí su poder santificador. De no ser así, hay motivos para sospechar que la persona no ha recibido a Cristo (v. 9b, comp. con Jn. 14:23–26). En efecto, la línea divisoria entre el inconverso y el creyente carnal es muy fina. No es fácil adivinar si un miembro profesante de nuestras congregaciones es realmente convertido o no cuando lleva una vida que se guía por las inclinaciones de la carne. Una cosa es debilidad, y otra cosa es apostasía, es cierto; pero, ¿es la conciencia de esa debilidad, o la lucha entre el saber y el no hacer, un testimonio indudable de que la persona es convertida, aunque carnal? Lo que se suele llamar «segunda conversión» en una persona que pareció ser sinceramente convertida (y aun bautizada), se fue después al mundo y, después de pocos o muchos años, volvió al redil, ¿no será más bien, en la mayoría de los casos, que la primera conversión no fue genuina, sino efecto de una crisis emocional, y que la llamada «segunda conversión» es, en realidad, la «primera»? ¡Examinémonos bien, no sea que el enemigo de las almas nos engañe con falsas presunciones!

Versículos 10–16

Otros dos excelentes beneficios que pertenecen a los verdaderos creyentes:

I. Vida verdadera. La felicidad del creyente no es una mera ausencia de males verdaderos, sino también una realidad positiva (vv. 10, 11): «*Si Cristo está en vosotros»*. Aquí se nos dice lo que ocurre con los cuerpos y las almas de aquellos en quienes habita Cristo por su Espíritu.

1. Es cierto que *«el cuerpo está muerto a causa del pecado»*, pues, mientras en nuestro cuerpo habite ese *aguijón*, estaremos sometidos a esa muerte introducida por el pecado de Adán (5:12; 1 Co. 15:22, 56); el cuerpo del cristiano, por muy santificado que esté, es aún *mortal* (v. 11) hasta que llegue *la redención de nuestro cuerpo* (v. 23). Aunque no fuese más que por esta razón, que el pecado es la causa de que muramos, ya sería suficiente para odiarlo de todo corazón.

2. *«Mas el espíritu vive a causa de la justicia»* (v. 10b); lo cual puede entenderse de dos maneras complementarias: (a) A *causa de la justificación* «que solucionó el problema del pecado en su aspecto jurídico» (Trenchard) y (b) *a causa de la justicia,* de la conducta justa que el Espíritu Santo opera en

nuestro espíritu, como consecuencia necesaria de la obra redentora de Cristo. La primera da derecho a la vida; la segunda infunde, preserva y promueve la vida espiritual.

3. Sí, el cuerpo del creyente está todavía sujeto a la muerte, *«mas si el espíritu* (*o Espíritu) de aquel* (Dios) *que levantó de los muertos a Jesús habita en vosotros, etc.»* (v. 11). Sí, hay una vida eterna reservada también para nuestros pobres cuerpos mortales, cuando, en la resurrección, sean revestidos de una gloria que corresponda a su condición celestial (1 Co. 15:43). Dos grandes seguridades de la resurrección del cuerpo se mencionan aquí:

(A) La resurrección de Cristo: *«El que levantó de los muertos a Cristo Jesús, vivificará también vuestros cuerpos mortales».* Cristo resucitó como precursor de los difuntos que creyeron en Él (1 Co. 15:20). La resurrección de Cristo posee esta virtud vivificante (1 Co. 15:45).

(B) La habitación del Espíritu Santo dentro de nosotros (v. 11b): *«por medio de su Espíritu que mora* (lit.) *en vosotros».* El Espíritu, al soplar sobre los huesos muertos y secos, les infundirá nueva vida; y el cuerpo glorioso de los santos disfrutará de la comunión con Dios. De aquí deduce el apóstol el deber que tenemos de no dar satisfacción a la carne, sino al Espíritu (o, espíritu; vv. 12, 13). Dos motivos menciona aquí:

(a) *«Somos deudores,* pero *no a la carne»* (v. 12). Tenemos, sí, que vestir, alimentar y cuidar al cuerpo, pero no como a un amo, sino como a un criado del alma para servir al Señor, no más. ¡Nada de darle gusto en lo que es perjudicial para el espíritu! Somos deudores a Cristo y a su Espíritu. ¡Ahí está toda nuestra deuda! (v. 1 Co. 6:19, 20).

(b) Consideremos lo que hay al final de la jornada (v. 13): *«Porque si vivís conforme a la carne, vais a morir,* no sólo física, sino hasta espiritualmente. El "morir" real es el morir del alma; la muerte de los santos es "dormir". En cambio, *si por el Espíritu hacéis morir* (lit. *vais dando muerte a) las obras de la carne, viviréis».* No podemos hacer esto sin la operación del Espíritu en nosotros; pero el Espíritu no lo hará en nosotros a menos que pongamos también nosotros nuestro esfuerzo. Estamos, pues, ante el dilema de desagradar a nuestro cuerpo o destruir nuestra alma. El verbo griego, como hemos visto, habla de un continuo *dar muerte* a las inclinaciones pecaminosas de la carne. Es algo «activo» de nuestra parte, como advierte Murray (contra Trenchard, que cita 6:6–11): lo que suele llamarse «mortificación», pero no en el sentido ascético «monacal» de azotarse con disciplinas cruentas, medida que estimula, en vez de apagarlo, el impulso sexual, sino con el ejercicio del dominio sobre el cuerpo para reducirlo a servidumbre (1 Co. 9:27) y que consiste, sobre todo, en apartar la vista, el oído, las manos, los pies, de todo aquello que presta combustible a la pasión. Así es como se «arranca» efectivamente el ojo, la mano o el pie, en el sentido que el Señor quería dar a la expresión.

II. El Espíritu de adopción (vv. 14–16).

1. Todos los que son de Cristo, entran en una nueva relación con Dios (v. 14). (A) Su actividad: *«Son guiados por el Espíritu de Dios».* Aunque el verbo griego *ago* puede referirse a toda clase de vivientes, el Espíritu de Dios nos conduce, no como a bestias irracionales, sino como a seres racionales. Condición característica de todo verdadero creyente es ser conducido por el Espíritu de Dios. Al obedecer de corazón (6:17), el creyente es suave y dulcemente conducido a toda verdad y a todo deber. (B) Su privilegio: *«Éstos son hijos de Dios».* El apóstol no usa el término *tékna* (Jn. 1:12), que tiene que ver con la regeneración, sino *huioí,* con referencia a la adopción de la que habla en el versículo 15.

2. Todos los que así *son hijos de Dios,* tienen el Espíritu:

(A) Para obrar en ellos la condición de hijos adultos (v. 15): *«No habéis recibido espíritu de servidumbre* (esto es, *esclavitud) para recaer en el temor* (comp. 2 Ti. 1:7) que comportaba, antes de nuestra conversión, el dominio que sobre nosotros ejercían la muerte, el pecado y la ley, *sino que habéis recibido espíritu de adopción como hijos, por el cual clamamos: ¡Abbá, Padre!»* Notemos aquí los siguientes detalles:

(a) El vocablo «espíritu» en ambas secciones de este versículo indica las distintas disposiciones de ánimo del esclavo y del libre. Así lo exige el paralelismo. Es cierto que el Espíritu Santo nos confiere la libertad (2 Co. 3:17), la franqueza y el cariño para dirigirnos a Dios con el tierno y afectuoso *«papá»* que el arameo *abbá* indica (comp. con Gá. 4:5–7), pero el que adopta es siempre *el Padre;* no somos hijos del Hijo ni del Espíritu Santo.

(b) El término griego *huiothesía* (lit. posición de hijo) solamente es usado por Pablo en toda la Escritura. Nuestra adopción divina no es como la humana, pues los hombres no pueden comunicar a otros

sus características personales; pero, por la regeneración, somos hechos *partícipes de (koinonois, tenemos comunión en) la naturaleza divina* (2 P. 1:4). Esta «adopción de hijos» es algo así como «la puesta de largo» o «entrada en sociedad», equivalente a la *toga virilis* de los romanos o, para los judíos, llegar a ser *bar mishvat*, hijo del mandamiento (a los trece años). Sin embargo, la *huiothesía* de que habla aquí Pablo se obtiene en el mismo momento en que nacemos de nuevo (mejor, de arriba), pues es entonces cuando comenzamos a llevar *«la imagen del celestial»* (1 Co. 15:49), es decir, de Cristo *«nuestro primogénito»* (v. 29).

(c) Al orar se le llama aquí *«clamar»*, pues los niños pequeños que no saben cómo expresar sus deseos y peticiones, lo hacen clamando (comp. v. 26). También Cristo, cuando se hallaba en agonía en Getsemaní, decía: *«Abbá, Padre»* (Mr. 14:36).

(B) Para dar testimonio de esa relación de hijos que hemos adquirido para con Dios (v. 16). Así como el grito del versículo anterior es testimonio de nuestra conciencia de que somos hijos de Dios, el versículo 16 se refiere al testimonio que el Espíritu mismo da, juntamente con el de nuestra conciencia, de que somos hijos de Dios realmente. Hay quienes hablan paz consigo mismos, cuando Dios no les está hablando paz, sino ira. Pero los que de veras han sido santificados, tienen el Espíritu de Dios que les da testimonio de que son hijos de Dios. Este testimonio del Espíritu está siempre en conformidad con las Santas Escrituras y tiene su base en la santificación del creyente, pues el Espíritu no puede dar testimonio de los privilegios de hijos a quienes no tienen la naturaleza ni las disposiciones que corresponden a los hijos de Dios.

Versículos 17–25

Un cuarto privilegio de los creyentes es el título que les da derecho a la futura gloria en el cielo (v. 17): «*Y si hijos, también herederos*». En las herencias humanas, no siempre todos los hijos heredan. Hay todavía países (o regiones de un mismo país) donde sólo el primogénito es el «heredero»; los demás disfrutan de manutención y educación hasta que se colocan. Pero el cielo es una herencia a la que tienen derecho por igual todos los santos. No llegan allá por méritos propios; son herederos, como son hijos, por un acto de la soberana gracia de Dios. El estado presente es de educación y preparación para entrar en posesión plena de la herencia. 1. *Herederos de Dios.* Dios mismo, con todo lo que es y todo lo que tiene, es la herencia de los santos (comp. con Sal. 16:5, 6). 2. *Coherederos con Cristo.* Todos cuantos participan del Espíritu de Cristo, como hermanos suyos, participarán también de su gloria. Como Cristo es Hijo Unigénito de Dios, toda la herencia del Padre le pasa a Él, sin división. Y de esa entera herencia de Dios participamos nosotros con el Unigénito. Esta futura gloria no se adquiere por méritos propios, es cierto, pero Dios la da en galardón de los sufrimientos presentes, y en cumplimiento de las esperanzas presentes.

1. En galardón de los presentes padecimientos (vv. 17b, 18): «Si *es que padecemos juntamente con Él* (Cristo)»; o, quizá, *«Puesto que, etc.»*. El estado de la Iglesia en este mundo es un estado de aflicción (Jn. 16:33b). El camino que recorrió Cristo para entrar en la gloria fue de sufrimientos (Lc. 24:26). Al estar unidos con Él, hemos de seguir el mismo camino (1 P. 2:21). Pero no vamos a salir perdedores, puesto que (v. 18, comp. con 2 Co. 4:17), si ponemos en un platillo de la balanza los sufrimientos de este mundo, y en el otro la gloria venidera, el *peso* precioso de *la gloria venidera que ha de manifestarse* (lit. *revelarse) en nosotros* cuando Él se manifieste (comp. con 1 Jn. 3:2), inclinará la balanza del lado de la gloria, de tal manera que no podrá establecerse *comparación* entre uno y otro. Ahora nos es revelado a nosotros; entonces será revelado *en* nosotros. Todo esto es lo que Pablo *«considera»* (gr. *loguízomai)*, como un matemático que echa cuentas: Suma primero todo lo que hay que desembolsar por Cristo en los sufrimientos del tiempo actual (que, al fin y al cabo, sólo afectan al cuerpo) y halla que suman muy poca cosa; están faltos de peso (*tékel*, Dn. 5:27). Luego suma todo lo que se nos asegura por medio de Cristo en la gloria que será revelada en nosotros, y halla que asciende a una suma infinita, un *eterno peso de gloria.* ¿Quién temerá, pues, sufrir con Cristo, quien nos ha precedido y superado en las aflicciones, y quien no se quedará atrás en el galardón que nos va a otorgar? Pablo lo sabía, no sólo por su conocimiento intelectual de lo que dice, sino por experiencia propia personal (Col. 1:24). El vituperio de Cristo aparece siempre como las mayores riquezas existentes, cuando se tiene la mirada puesta en el galardón (He. 11:26).

2. En cumplimiento de las actuales esperanzas de los santos (vv. 19–25). Los cristianos sufren por la herencia misma que están aguardando con afán. Dios les cumplirá a sus siervos la palabra por la que les

ha hecho esperar. La espera prolongada hace que el *anhelo* sea *ardiente* (v. 19) en toda la creación, como en un enfermo de fiebre que añora la recuperación de la salud perdida. Pero este anhelo será satisfecho:

(A) En la creación entera (vv. 19–22), pues el mundo fue creado como escenario y laboratorio del ser humano (v. Gn. 1:28–30; 2:8 y ss.; 3:17–19). De esta *creación,* excluidos a los hombres, los ángeles y los demonios, se dice, personificándola:

(a) *Que fue sometida a vanidad* (v. 20), es decir, a un estado de futilidad deplorable, como se ve por la hostilidad que el hombre halla en el suelo (Gn. 3:19), así como en los animales salvajes y los fenómenos meteorológicos, erupciones volcánicas, terremotos, etc. Esto se debe al pecado de la primera pareja, que desequilibró el orden existente en la creación.

(b) *«No por su propia voluntad»,* pues la creación inanimada no tiene voluntad propia, sino por la de Dios. En efecto, fue Dios (no el hombre ni Satanás) quien *maldijo la tierra* (Gn. 3:17b) aunque por causa del pecado del hombre. La creación quedó así hecha, por decirlo así, cómplice de los pecados y miserias del hombre. La creciente contaminación del aire, de los mares y ríos, así como de la tierra, muestra bien esa *vanidad* de la creación. Pablo dice que está sometida a *la servidumbre de la corrupción* (v. 21). Bajo esta servidumbre, la creación entera *gime a una,* como *con dolores de parto* (v. 22).

(c) Pero así como los dolores de parto son compensados con el nacimiento de un hijo (v. Jn. 16:21), también los dolores de parto de la creación serán compensados *cuando los hijos de Dios alcancen su gloriosa libertad* (v. 21). Ésos serán los *tiempos de refrigerio* y de *restauración de todas las cosas,* a los que Pedro se refirió en su mensaje de Hechos 3:19–21. El mismo Dios que sometió a vanidad a la creación, por causa del pecado del hombre, la sometió *en esperanza.* Sólo Dios podía dar esta esperanza de que, cuando los hijos de Dios sean libertados de las miserias y pecados de la presente vida, *también la creación misma será libertada de la servidumbre de la corrupción.* Dice Trenchard: «Por otras Escrituras podemos deducir que el reino milenial constituirá un "ensayo general" de esta libertad dentro de los límites de esta tierra, dando lugar luego a la plenitud del estado eterno en la nueva creación profetizada en pasajes como 2 Pedro 3:13 y Apocalipsis 21:1 ss., que llevan a su consumación, a la luz del Nuevo Siglo, las muchísimas profecías del Antiguo Testamento sobre una futura renovación (Is. caps. 11, 12; 65:17–25, etc.)»

(B) En los santos, que son nuevas criaturas (vv. 23–25).

(a) Los fundamentos de esta expectación de los santos: *«Tenemos las primicias del Espíritu»,* es decir (con la mayor probabilidad), lo que ya ahora nos otorga la presencia y la acción del Espíritu, cuya obra quedará consumada cuando llegue *la redención de nuestro cuerpo* (v. 23). Tras haber gustado los racimos de Canaán, cuando todavía nos hallamos peregrinando por el desierto de esta vida, ya podemos imaginarnos cuál será la leche y miel que nos espera en la Canaán Celestial. Por eso, *gemimos, o suspiramos, en nuestro interior,* y nos unimos a los gemidos de dolores de parto de la creación (v. 22), gemidos que son síntomas de vida, no de muerte.

(b) El objeto de esta expectación, como ya hemos apuntado varias veces, es (v. 23b) *la adopción,* esto es, la fruición completa de nuestra posición como hijos, la cual quedará bien manifiesta cuando ocurra *la redención de nuestro cuerpo* mediante la resurrección en cuerpo glorioso, incorruptible, inmortal, como el actual cuerpo de Cristo (1 Co. 15:42; Fil. 3:21). Los cristianos serán entonces declarados *hijos de Dios con poder, por la resurrección de entre los muertos,* como lo fue Cristo por su resurrección (1:4). La adopción de hijos no es perfecta mientras nuestro cuerpo, parte integrante de nuestra persona, esté todavía bajo la servidumbre de la muerte, impuesta por el pecado.

(c) Esto se debe a la provisionalidad de nuestro estado presente, ya que no hemos entrado todavía en posesión de la bienaventuranza (v. 24): *«Porque en esperanza fuimos salvos».* No quiere decir que nos hayamos salvado por la esperanza, pues la constante enseñanza de la Biblia es que somos salvos mediante la fe, sino que, al recibir por fe la salvación, adquirimos la esperanza de la gloria celestial. Esta gloria celestial no la vemos todavía, no la poseemos, *porque lo que ya se ve y* se posee, *no se espera,* sino que se disfruta (v. 24b). La fe confía en la seguridad de la promesa; la esperanza mira hacia la cosa prometida. La fe es la evidencia, la esperanza es la expectación, de las cosas que no se ven (comp. 11:1). La fe es madre de la esperanza. *«Pero si esperamos lo que no vemos, mediante la paciencia lo aguardamos»* (v. 25). En la espera de la gloria, necesitamos paciencia (gr. *hupomoné*, perseverar bajo el peso de las circunstancias); el camino hacia la gloria es duro y áspero; la tarea, ardua; necesitamos esperar.

Versículos 26–28

Otros dos privilegios más a los que los cristianos tienen derecho:

1. La ayuda del Espíritu Santo en la oración.

(A) Nuestra flaqueza en la oración: *«Nosotros no sabemos qué es lo que habríamos de pedir en nuestras oraciones conforme es preciso»* (v. 26b NVI). Comenta Trenchard: «Ni siquiera sabemos escoger temas para la oración, y menos aún presentarlos como es debido delante de Dios». En esto, como en otras actividades de la vida espiritual, somos miopes y hasta insensatos, como niños que gritan al pedir una fruta que no está madura. Y si Pablo, el gran apóstol, se incluye en ese *«nosotros»,* ¿cómo podremos, por nuestras propias fuerzas, saber lo que hemos de pedir?

(B) La ayuda que en esto nos presta el Espíritu Santo (v. 26). *Él nos ayuda en nuestra debilidad,* como quien ayuda a levantar un peso y a llevar una carga. No hemos de esperar que el Espíritu lo haga todo, sino que, cuando el Espíritu nos mueve a orar, hemos de poner en ello toda nuestra alma. No podemos orar sin el Espíritu, pero Él no obrará sin nosotros. *El Espíritu mismo superintercede* (lit.) *con gemidos inefables.* Cristo es nuestro abogado en los cielos (1 Jn. 2:1); el Espíritu es nuestro abogado en el interior de nuestro ser, de forma que orienta, corrige y refuerza las aspiraciones de nuestra alma a las que no sabemos dar expresión adecuada. A veces, ni nosotros mismos entendemos lo que estamos pidiendo, pero allá en el fondo de nuestro corazón, el Espíritu Santo produce como «gemidos de paloma», que no pueden traducirse en palabras. Lo que el Espíritu intercede en nosotros no son palabras elegantes, retórica para los que escuchan, sino fervor, fe, sinceridad en la plegaria.

(C) El éxito seguro de tal intercesión (v. 27). *El que escudriña los corazones,* Dios el Padre, *sabe cuál es la mentalidad del Espíritu,* y ¿cómo no lo va a saber, si es su propia mentalidad? Al ser una misma cosa con Dios, el Espíritu intercede por nosotros *conforme a la voluntad* (los designios) *de Dios,* pues Él sabe muy bien lo que más nos conviene y escucha nuestras aspiraciones según el Espíritu las orienta y las presenta ante el Trono de la gracia.

2. La concurrencia de todas las circunstancias para el bien de los que son de Cristo (v. 28). Aquí se describe: (A) El carácter de los creyentes. Son *«los que aman a Dios».* Los que aman a Dios sacan buen fruto de todo lo que Dios hace. Estos *«son llamados»,* con llamamiento eficaz (por tanto, *elegidos;* comp. con 1 Co. 1:24 y ss.) *conforme al propósito* (gr. *próthesis),* es decir, al designio, *de Dios,* no por méritos o esfuerzos de nuestra parte. (B) El privilegio de los creyentes es que (probablemente, según se lee en algunos MSS), *Dios mismo está haciendo que todas las cosas obren conjuntamente en beneficio de los que le aman* (v. 28). Nótese que dice *«todas las cosas»,* no sólo las que llamamos «prósperas», sino también las que solemos llamar «adversas» porque nos afligen o parecen frustrar nuestros planes humanos. Cada una de las circunstancias en que la Providencia nos coloca *tiende,* en plena convergencia de situaciones, a procurarnos un verdadero bien, del mismo modo que los diversos ingredientes concurren para formar una medicina que sane al enfermo. Esto, dice Pablo, *lo sabemos,* al menos por la fe y, muchas veces, por la experiencia, tanto propia como ajena. No se trata de una opinión probable, sino de una certeza segura.

Versículos 29–30

Después de presentar los muchos ingredientes que entran en la verdadera dicha de los creyentes, pasa ahora a declarar cuál es la base de todos ellos: la predestinación. Pone ante nuestros ojos una como cadena de oro, irrompible, de las causas de nuestra salvación. Cuatro anillos hay en esa cadena:

1. *«A los que de antemano conoció, también los predestinó a ser modelados conforme a la imagen de su Hijo»* (v. 29). Todo lo que Dios programó para la gloria y felicidad de sus hijos, decretó que fuese llevado a cabo por la vía de la gracia y de la santidad. Dice el jesuita Vicentini (a pesar de estar muy lejos del calvinismo): *Proegno* (conoció de antemano) no significa un acto de pura presciencia, abstracción hecha de toda determinación voluntaria; al contrario, el término implica la idea de elección. En efecto, no cabe duda alguna de que el verbo tiene aquí el sentido bíblico de «conocer íntimamente con amor». El versículo comienza con un *«Pues»* (gr. *hoti),* como para dar el motivo de la bondad de Dios en la concatenación de las causas naturales para beneficio de los que le aman. A estos «predilectos» de Dios (v. el comentario a 9:13), Dios *los predestinó,* es decir, los destinó de antemano, *a ser modelados conforme a la imagen de su Hijo.* Donde vemos que:

(A) La santidad consiste en nuestra conformidad (la misma forma) a la imagen de Cristo. La imagen de Cristo no significa una «estatua» del Señor, de las que tanto abundan para ser veneradas por los que

quebrantan el segundo mandamiento del Decálogo, sino la *semejanza* con su persona, la cual será perfecta cuando seamos manifestados con Él en gloria (v. 18, comp. con 1 Jn. 3:2). Cristo es la imagen perfecta del Padre (Col. 1:15; He. 1:3). Así que hechos semejantes a Cristo, vemos restaurada en nosotros la imagen de Dios (Gn. 1:26, 27), que se deterioró por el pecado.

(B) Todo lo que Dios había conocido de antemano en favor nuestro, lo había predestinado a esta conformidad. No somos nosotros los que producimos en nuestra persona este parecido o semejanza con Cristo, pues esto depende de la elección que Dios hace a favor de nosotros para nuestra significación.

(C) El objetivo de esta acción divina de moldearnos a imagen de Jesús es *«para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos»* (v. 29b). Ser el gran modelo de la nueva humanidad es el honor de Cristo; ser modelados conforme a su imagen es nuestro honor. Como advierte Meyer, «Pablo contempla a *Cristo* como Aquel a quien el decreto divino se refiere como a su objetivo final».

2. «*Y a los que predestinó, a éstos también llamó»* (v. 30. El verbo griego *proórisen* (aquí, como en el v. 29) da idea de trazar una línea de demarcación; y eso, de antemano, conforme a su predilección (v. el comentario a Ef. 1:4–6). De ese vocablo procede el castellano «horizonte» como línea que separa del firmamento la última franja terrestre de nuestra perspectiva. Hay una llamada externa de Dios por medio del mensaje del Evangelio, pero aquí se trata del interno llamamiento eficaz que se opera por medio de la acción del Espíritu Santo en el corazón del oyente. El aspecto funcional, según la Biblia, de esta acción divina, será considerado en el comentario a Efesios 2:8–10. Advertimos ya que, de todos estos lugares, no se debe sacar ninguna conclusión a favor del calvinismo ni del arminianismo. Bástenos por ahora con decir que el llamamiento es eficaz cuando respondemos al llamamiento (comp. con Hch. 2:41).

3. «Y *a los que llamó, a éstos también justificó»* (v. 30b). Todos los que reciben un llamamiento eficaz, son aceptados por Dios y, por tanto, son constituidos justos mediante la obra de Cristo (5:19). Ya no son rebeldes ni enemigos de Dios, sino que son tratados como amigos y amados como hijos.

4. *«Y a los que justificó, a éstos también glorificó»* (v. 30c). Es cierto que la glorificación pertenece al futuro, pero Pablo la pone en la misma línea de aoristos de los versículos 29 y 30, para dar a entender que es tan segura como si ya estuviese realizada; como se dice técnicamente, es un aoristo proléptico. Aquí se acaba la cadena de anillos de oro que comenzó con nuestra predilección *(conoció de antemano).* El fin último, como hemos visto, es la gloria de Dios en Cristo, pues todo ha sido hecho *en Él, por Él y para Él* (Col. 1:16). Y esta gloria de Cristo se obtiene precisamente mediante nuestra glorificación (comp. con He. 2:9 y ss.). Aquí se resume todo el designio de Dios para los que le aman; a esto tiende toda la secuencia que acabamos de analizar: ¿Son elegidos? Sí, para la salvación. ¿Son llamados? Sí, para su reino glorioso. ¿Son nacidos de nuevo? Sí, para una herencia incorruptible. ¿Son afligidos? Sí, pero es para obrar a favor de ellos un sobreabundante y eterno peso de gloria (2 Co. 4:17). El autor de todas estas cosas es el mismo. Dios en persona se ha encargado de llevarlo todo a cabo desde el principio hasta el fin. De aquí hemos de cobrar grandes ánimos para nuestra fe y nuestra esperanza.

Versículos 31–39

El apóstol, en vista de todo esto, concluye el capítulo con un himno triunfal, en nombre de todos los creyentes (v. 31): *«¿Qué diremos, pues, a estas cosas?»* Como si dijese: «¿Qué sacaremos en conclusión de todo esto? ¿Qué diremos frente a tan grande amor? (comp. con Ef. 3:18, 19). ¿Cuál ha de ser nuestra respuesta?» De ordinario, cuanto más conocemos una cosa, tanto menor admiración nos causa; pero cuanto más sabemos de los misterios de Dios en la obra de nuestra salvación, tanto más nos llenan de asombro y admiración. Si alguna vez se paseó Pablo en una carroza triunfal de este lado del cielo, fue en esta ocasión. Véase cómo reta a todos los enemigos de los hijos de Dios a que intenten todo lo peor que se les ocurra contra ellos (v. 31): *«Si Dios está* (es decir, *puesto que Dios está) por nosotros* (de nuestra parte, a favor nuestro), *¿quién contra nosotros?»* Es decir, ¿quién podrá infundirnos temor o hacernos daño? Por muchos y fuertes que sean los enemigos, ¿qué podrán conseguir? Al estar Dios de nuestra parte, bien podemos retar a los poderes de las tinieblas. Satanás mismo, como en el libro de Job, es un peón más en el tablero de las circunstancias que convergen para nuestro bien (v. 28). Veamos lo que Dios ha hecho por nosotros, a fin de que seamos *«más que vencedores»* (v. 37).

1. Tenemos abundancia de toda clase de provisiones para toda clase de necesidades (v. 32): *«Él* (Dios), *que no escatimó* (lit. *perdonó) a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos otorgará también tras un regalo semejante, todo lo demás?»* (NVI). Dice J. Murray: «El Padre no

escatimó (no perdonó) a su propio Hijo. El verbo escatimar hace referencia al castigo impuesto. Los padres escatiman a sus hijos cuando no les imponen la medida plena del castigo que se merecen. Los jueces escatiman a los criminales cuando no pronuncian una sentencia correspondiente al crimen cometido. Por contraste, no es esto lo que Dios hizo, pues no retiró ni aligeró ni un ápice del castigo pleno que ejecutó sobre su bienamado y Unigénito Hijo» (Is. 53:10). Si nos dio lo que más le costaba, ¿cómo nos negará cualquier otra cosa que sea necesaria o conveniente para nuestro verdadero bien? (comp. con 1 Co. 3:21–23). Citando del Dr. J. Denney, dice Trenchard: «El argumento del egoísmo es que el que ha hecho mucho, no necesita hacer más; pero el del amor es que el que tanto ha hecho, no dejará de hacer mucho más». Nótese que Dios nos escatimó a nosotros cuando éramos sus enemigos (5:6–10), pero no escatimó, no perdonó, a su Hijo Unigénito, que era la santidad misma. ¿Qué diremos a esto? ¡No hay palabras humanas que puedan expresar la admiración que esto suscita, o debería suscitar, en nosotros!

2. Tenemos abundancia de respuestas contra todas las acusaciones, y de seguridades contra todas las condenaciones (vv. 33, 34): *«¿Quién se atreverá a presentar recurso judicial contra los elegidos de Dios, cuando es Dios mismo el que pronuncia sentencia de absolución a favor de ellos?»* (paráfrasis del versículo 33, para dar el sentido del original). Dios nos constituye justos y, por ello, podemos retar a todos los acusadores a que vengan a presentar cuantos cargos deseen contra nosotros. Todos los cargos han sido descargados por Cristo en el Calvario, en nuestro lugar y a nuestro favor. Pero, ¿será posible que, al no tener ninguna fuerza sus acusaciones, se atrevan a condenarnos sin causa? *¿Quién se atreverá a condenar?* (v. 34). De paso, el participio griego está en futuro, no en presente. A primera vista, Pablo no da respuesta a esa pregunta, pero el contexto posterior del versículo da a entender que hay alguna relación que muchas versiones modernas, especialmente inglesas y católicas castellanas, expresan mediante una interrogación retórica: *«¿Acaso será Cristo, el que murió, etc.?»*, o mediante una exclamación, igualmente retórica: *«¡Quizá será Cristo, etc.!»* En todo caso, el resto de dicho versículo presenta cuatro motivos que abogan a nuestro favor, y por los que es imposible que alguien pueda condenarnos:

(A) *«Cristo es el que murió»;* se sobrentiende, por nosotros, a fin de que pudiésemos obtener el perdón de nuestras culpas (4:25a). La muerte de Cristo anuló precisamente el poder de la ley y del pecado para condenarnos, de modo que fue una fuente de justificación, no de condenación.

(B) *«Más aún, el que también resucitó»,* a causa de nuestra justificación (4:25b); unidos a Él, estamos también resucitados a una nueva vida (6:5, comp. con Ef. 2:6). El griego dice: *«Más bien, el que fue resucitado»,* como si Pablo se corrigiese, no para retirar nada del hecho de la muerte de Cristo a nuestro favor, sino para dar a entender, como dice Murray, «que el hecho de la muerte de Cristo no habría servido de nada con respecto al objetivo que aquí se contempla, a no ser por la resurrección. Como Señor viviente es como garantiza la seguridad de los suyos».

(C) *«El que además está a la diestra de Dios.»* La exaltación de Cristo a la diestra del Padre indica su soberanía sobre todas las cosas. Esa posición de «eminencia» sobre todo es la que Pablo contempla en esta frase. En las dos primeras, teníamos su función sacrificial; aquí vemos su realeza y su dominio sobre todas las cosas. Nadie puede condenarnos, al tener en el trono celestial a nuestro gran Amigo.

(D) *«El que también intercede a favor de nosotros.»* En esta frase, vemos la función sacerdotal intercesora de Cristo a favor de los suyos (comp. con He. 7:25; 1 Jn. 2:1). Cristo no nos olvida en el cielo, sino que nos tiene presentes a todos y a cada uno de nosotros, los suyos. ¿No es esto un consuelo suficiente? ¿Qué lugar queda para la duda y el desasosiego? No sólo en medio de nuestras aflicciones, sino aun en medio de nuestras caídas, por la debilidad de nuestra carne (v. 1 Jn. 1:7; 2:1, 2), Jesús está allí *«sentado»* (He. 10:12) como símbolo de sacrificio acabado, pero *«de pie, como inmolado»* (Ap. 5:6), con las señales de los clavos y de la lanza, para perpetuo memorial ante el Padre de que murió de una vez por todas para alcanzarnos la salvación. Así es como hemos de entender la intercesión de Jesús a nuestro favor, no como si necesitase «ablandar el corazón del Padre para que éste obre en misericordia, y no juicio», según observa muy bien Trenchard.

3. También tenemos abundantes seguridades de nuestra preservación y perpetua continuación en este bienaventurado estado (vv. 35–39). Si el enemigo nos tienta alguna vez a desconfiar de nuestra salvación o de que Dios nos deje de su mano, aquí tenemos abundante material para hacerle callar. En efecto:

(A) Con la misma santa osadía de lugares anteriores, exclama Pablo: *«¿Quién nos separará del amor de Cristo?»* (v. 35); no del amor que nosotros le tenemos a Él (pobre, débil, voluble), sino del que Él nos tiene a nosotros (inmenso, poderoso, duradero). Cuando Dios nos ha manifestado su amor hasta tal punto de entregarnos a su Hijo (5:8; 8:32; Jn. 3:16, etc.), ¿podemos imaginar que exista algo que pueda retirar o

disolver tal amor? Pablo pasa a detallar las mayores dificultades que los creyentes experimentan o pueden experimentar en esta vida, así como la imposibilidad de que tales cosas nos separen del amor de Dios en Cristo.

(a) Expone primero las dificultades (vv. 35, 36): *«tribulación, angustia* (estrechez, apuros, aprieto), *persecución, hambre* (escasez de alimento), *desnudez* (carencia de la ropa necesaria para cubrirse), *peligro* (de todas clases; comp. con 2 Co. 11:26), *espada* (es decir, amenaza de muerte violenta, como traduce la NVI). Todo junto presenta un cuadro bastante sombrío. Y lo ilustra con una cita de Salmos 44:22, donde los afligidos israelitas acuden a Jehová en demanda de auxilio contra sus enemigos: *«Por tu causa somos muertos todo el día; somos contados como ovejas de matadero».* Pablo había experimentado en sí mismo muchas de las aflicciones que aquí menciona.

(b) La impotencia de todas estas aflicciones para separarnos del amor de Cristo. Ninguna de estas cosas puede cortar el vínculo de amor y de amistad que existe entre Cristo y los verdaderos creyentes. Nada de esto puede rebajar el cariño que el Señor nos profesa. Cuando Pablo fue presentado en el tribunal de Nerón, *todos le desampararon, pero el Señor estuvo a su lado* (2 Ti. 4:16, 17). Los perseguidores o los ladrones nos pueden quitar todo menos el amor de Cristo y, por eso, por grande que sea el mal que maquinen, nunca pueden hacer miserable a un sincero creyente. Por otra parte, todo cristiano genuino ama a Cristo de tal manera que nunca cree que sea demasiado el costo que se le exige por servirle ni que sea demasiado valioso lo que tenga que dejar por seguirle.

(c) El triunfo de los creyentes en todas estas cosas (v. 37): *«Pero en medio de todas estas cosas, obtenemos una espléndida victoria sobre todo ello por obra de aquel que nos amó»* (NVI). Vemos:

Primero, que *obtenemos una espléndida victoria.* El griego dice literalmente *«supervencemos»,* con un vocablo inventado por Pablo, pues no se halla en los clásicos griegos. Es una extraña manera de salir «supervencedores» en medio de tales cosas, pero ésa es la forma en que Cristo mismo venció a los poderes de las tinieblas, derrotándolos con su muerte en el Calvario. La fe y la paciencia son valores más nobles y fuertes que la espada y el fuego. Muchas veces, los enemigos de la fe cristiana se han confesado asombrados y hasta derrotados por el ánimo invencible y la paciente constancia de los mártires. *«Supervencemos»,* porque lo hacemos a poca costa y con gran ganancia. Lo único que se nos quedó en el horno de la aflicción fue la escoria que llevábamos pegada al corazón, mientras que los despojos que ganamos en la victoria son extraordinariamente ricos y abundantes: gloria eterna, honor por parte de Dios, profunda paz interior y una corona de justicia que jamás se marchita. Donde abundan las aflicciones, sobreabundan los consuelos (2 Co. 1:5). Los que fueron sonrientes a la hoguera o a las fieras de circo romano y siguieron cantando en medio de las llamas, ésos fueron «supervencedores».

Segundo, que *«supervencemos» por obra de Cristo que nos amó.* No vencemos por nuestras propias fuerzas, sino por la gracia que hay en Cristo Jesús. Vencemos en virtud de la victoria ya obtenida por Cristo. Sólo nos resta ir en pos de la victoria y repartir los despojos. Se cuenta de la mártir Felicitas o Felicidad (†205 d. de C.), que, al estar encarcelada antes de que la echasen a las fieras, le sobrevinieron los dolores de parto y gemía bajo el peso de tales dolores. Los carceleros le dijeron: «Si de esto te quejas, ¿qué harás cuando te arrojen mañana a las fieras? A lo que ella contestó: «Ahora sufro yo sola, pero mañana habrá otro que sufrirá conmigo, porque yo estaré sufriendo por Él».

(B) El Apóstol termina con una conclusión directa y positiva de todo este asunto (vv. 38, 39): *«Porque estoy persuadido de que, etc.».* Pablo no opinaba sobre algo posible o probable, sino que tenía entera seguridad, completa convicción (usa el mismo vocablo de 2 Ti. 1:12), de lo que afirmaba, ya que su persuasión se basaba en el amor que Dios nos tiene en Cristo (v. 39b, comp. con 5:5). Luego enumera cosas que son suficientes para separar incluso el alma del cuerpo, pero incapaces para separarnos del amor de Dios:

(a) *«Ni la muerte ni la vida»,* ni la muerte con sus temores y con sus angustias, ni la vida con sus peligros y con sus ilusiones, pueden separar de Cristo a los creyentes.

(b) *«Ni ángeles* (si alude a los buenos, sólo será en hipótesis, Gá. 1:8), *ni principados ni potestades»,* es decir, ni los ángeles malos de Efesios 6:12, tienen poder suficiente, con tener tanto poder, para separarnos de Cristo.

(c) *«Ni lo presente ni lo por venir»;* es decir, «el presente con su inestabilidad y el futuro con su incertidumbre» (Vicentini). ¡Cuántas angustias y perplejidades neuróticas nos evitaríamos, si tuviésemos siempre ante nuestra vista, y bien metidos en el corazón, estos versículos finales del capítulo 8 de *Romanos!*

(d) *«Ni lo alto ni lo profundo»* (v. 39). En la frase anterior vemos una «dimensión lineal» (Murray); ahora vemos una «dimensión vertical». Bajo estos términos abstractos, es posible que Pablo se refiera a «los seres que están en las regiones superiores del cielo o en las situadas bajo la tierra» (Vicentini). Metafóricamente, podríamos aplicarlo a la altura de la prosperidad y la profundidad de la adversidad.

(e) *«Ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús nuestro Señor»* (v. 39b). Parece como si Pablo tuviese temor de dejar sin nombrar algo creado (pues lo único increado es Dios, que es el que nos ama en Cristo) y, por eso, añade esto de *«ninguna otra cosa creada»* que exista o que se pueda imaginar como con poder suficiente para separarnos del amor de Dios. Lo único que separa de Dios es el pecado (Is. 59:2). Pero ese tremendo enemigo, el único verdadero enemigo del hombre y de Dios, ha sido quebrantado (6:6) en nosotros por la obra de Cristo en el Calvario. ¡Somos, pues, *supervencedores!*

CAPÍTULO 9

¿Qué hay de la elección de Israel? ¿Ha sido revocada en favor de los gentiles? De esto va a tratar el apóstol en los capítulos 9–11. En el presente capítulo, el apóstol: I. expone el aparente escándalo que ofrece la incredulidad de la mayoría de los israelitas (vv. 1–5). II. Muestra la soberanía de Dios en el cumplimiento de sus designios (vv. 6–18). III. Responde a las objeciones que, a causa de esto, puedan ponerse contra la justicia de Dios (vv. 19–29). IV. Da la razón por la que Israel ha sufrido este tropiezo (vv. 30–33).

Versículos 1–5

Solemne declaración que Pablo hace del gran interés que siente por la nación y el pueblo de los judíos, pues él mismo es israelita sincero (v. 3, comp. con 10:1), y expresa (v. 2) la *gran tristeza y el continuo dolor de corazón* que le causa la incredulidad *de sus parientes* (de raza) *según la carne* (v. 3). La grandeza del corazón de Pablo brilla con mayor fulgor, si cabe, en los acentos lastimeros de estos versículos, que en los ecos triunfales del grandioso himno al optimismo cristiano de los últimos versículos del capítulo 8.

1. Asegura solemnemente la realidad de lo que va a decir (v. 1): *«Verdad digo en Cristo, no miento»*, es decir, «Hablo como conviene a una persona que vive en Cristo y pertenece a los hijos de Dios, quienes no mienten». En esa esfera de Cristo y de la verdad se mueve Pablo. Y, por si fuese poco, apela también a su conciencia que lo atestigua conjuntamente con el Espíritu Santo (comp. 8:16). Todo esto da idea de la solemnidad de lo que va a decir a continuación. La sola mención de ello le produce (v. 2) *gran tristeza y continuo dolor de corazón.*

2. Lo refuerza con una seria imprecación, salida del amor que tiene a los de su raza (v. 3): *«Pues mi deseo sería ser yo mismo maldito* (gr. *anáthema) y arrancado de Cristo en aras de mis hermanos, los de mi propio linaje»* (NVI). No dice «deseo», sino «desearía», porque sabe que su deseo no puede cumplirse. Examinemos de cerca el versículo para percatarnos de la grandeza del corazón de Pablo:

(A) *Desearía* ser cortado de la tierra de los vivientes, como *anatema* (hebr. *jérem:* objeto o persona destinada a la destrucción total como ofrenda a Dios). Los judíos le perseguían, sedientos de su sangre, como si fuese el hombre más dañino del mundo; pero él tiene hacia ellos un amor que sobrepasa inmensamente al odio que ellos le tienen.

(B) *Desearía* ser excomulgado de la congregación de los fieles, si ello pudiese reportar a los de su raza algún bien espiritual. No le importaría tener su nombre sepultado en el olvido y en el oprobio, ser borrado del libro de la vida, por el bien de los judíos.

(C) *Desearía* ser excluido de compartir la felicidad que hay en Cristo, si con eso pudiesen ellos conseguir la salvación. El amor no sabe de razones lógicas ni de conclusiones teológicas. Las expresiones de Pablo en este versículo han de ser interpretadas como la explosión de una pasión volcánica de amor hacia el pueblo de Israel; se parecen, como una gota de agua a otra, a la petición de Moisés, en esta misma línea, en Éxodo 32:32: *«Que perdones* (le dice a Dios) su *pecado* (el de Israel), y *si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito»*. Aquí vale el dicho de Pascal: «Tiene el corazón razones que la razón

ignora». La respuesta de Dios a Moisés (v. 33) muestra la imposibilidad de lo que pedía. Lo mismo hemos de decir de este deseo ferviente de Pablo.

3. A continuación, presenta las razones por las que siente tanto interés y preocupación por los de su raza:

(A) Por la relación que tiene con ellos: *«Mis hermanos, los que son mis parientes según la carne»* (v. 3b). Aunque ellos se portaban tan mal con él, desahogando contra él toda su amargura en muchas ocasiones, él no tiene para ellos sino dulzura, ternura y amor perdonador. Él era *hebreo de hebreos,* judío por parte de padre y por parte de madre. ¡Si tuviésemos nosotros tanto amor hacia nuestros parientes y compatriotas!

(B) Pero, especialmente, por la relación de ellos con Dios (vv. 4, 5): *«Son israelitas»,* distinguidos por notorios y grandes privilegios, de los cuales menciona aquí algunos:

(a) *«La adopción»* (se entiende, de hijos); no la de 8:15, sino la de pueblo escogido por Dios, a fin de llevar a cabo sus misteriosos designios. En este sentido, se aplica a Israel el título de «hijo» en muchos pasajes del Antiguo Testamento (v. Éx. 4:22, 23; Dt. 14:1, 2; Is. 63:16; 64:8; Jer. 31:9; Os. 11:1; Mal. 1:6; 2:10).

(b) *«La gloria»,* «es decir, la manifestación sensible de la presencia de Dios en el tabernáculo y en el templo, que los rabinos llamaban *shekinah»* (Vicentini), del verbo *shakhán*, morar.

(c) *«Los pactos»* (lit.), en plural, para designar especialmente, como observa Murray, los que Dios concertó con Abraham, Moisés y David, cada uno con su carácter específico.

(d) *«La promulgación de la Ley»,* esto es, la donación de la Ley a Moisés en el Sinaí. Esto era un gran privilegio, como advierte Moisés al pueblo de Israel en Deuteronomio 4:1–8, 35–40. Aunque *por la ley es el conocimiento del pecado* (3:20), recuérdese lo que el propio Pablo ha dicho de ella en 7:12, 14: *«La ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno … Porque sabemos que la ley es espiritual».*

(e) *«El culto»,* el que se tributaba al verdadero Dios (comp. Jn. 4:22), en contraposición al culto que las naciones paganas tributaban a sus ídolos. Este culto, dice Trenchard, «no sólo enseñaba lecciones de gran importancia a sucesivas generaciones de israelitas, sino que prefiguraba la obra de la Cruz». Mientras las otras naciones adoraban y servían a trozos de piedra, madera o metal (y, en ellos, al mismo diablo), el pueblo de Israel adoraba y servía al verdadero Dios del modo que Dios mismo había prescrito.

(f) *«Las promesas»,* es decir, las que fundamentaban la expectación de Israel y anunciaban la venida futura de un Enviado especial de Dios, el Mesías, para la redención de la Humanidad. Eran anteriores a la promulgación de la Ley y a cualquiera de los pactos de Dios con su pueblo, pues comienzan en Génesis 3:15, inmediatamente después de la caída de la primera pareja humana. Por eso, se colocan aquí en este *crescendo* que el apóstol establece.

(g) *«De quienes son los patriarcas»* (v. 5, lit. *padres).* Aunque no exclusivamente, esta denominación se aplica preferentemente, en toda la Biblia, a Abraham, Isaac y Jacob.

(h) Pero el mayor de todos los privilegios del pueblo de Israel es que *«de los cuales* (de los patriarcas), *según la carne* (en cuanto hombre), *procede Cristo»* (¡el Mesías!). No podemos olvidar que Jesús era judío. Por eso, el día de la futura conversión de Israel (11:26), *«mirarán al que traspasaron y llorarán por Él como se llora por un hijo único»* (Zac. 12:10, comp. con Jn. 19:37).

La segunda parte del versículo 5 dice literalmente: *«el que es sobre todas las cosas Dios bendito* (sea) *por todos los siglos, amén».* Como en los MSS más antiguos no existe puntuación (ni siquiera separación de palabras), resulta muy difícil puntuar esta porción. La puntuación más probable es la que aparece en el texto crítico del Instituto de Münster, con un signo de dos puntos o punto y coma (en griego) tras la palabra *«Cristo».* Si el vocablo siguiente fuese pronombre *«el cual»* (gr. *hós),* en lugar de ser artículo (gr. *ho,* según aparece en el texto), la solución estaría a la vista. Es obvio que Pablo usa aquí una doxología. ¿A quién se refiere la doxología, a Cristo o a Dios el Padre? Dice J. Murray en un apéndice dedicado a este versículo: «Pablo suele aplicar las doxologías a Dios, como distinto de Cristo (2 Co. 1:3; Ef. 1:3; comp. 1 P. 1:3). Es posible tomar la última parte del versículo como doxología a Dios, de forma que el título *Theós* no sería predicado (es decir, atribuido) de Cristo». Ésta era la opinión del gran helenista Erasmo. Trenchard, por su parte, comenta: «Muchos expositores—algunos de ellos sanos en la Fe—han insistido en que una declaración de la Deidad de Cristo en esta forma es ajena a la práctica de Pablo. Es decir, no existe otro caso en que el apóstol diga: "Cristo es Dios"». Sin embargo, tanto Murray como Trenchard, y la mayoría de los exegetas conservadores, tanto católicos como evangélicos, opinan que la doxología se refiere a Cristo. Todo este análisis (nota del traductor) tiene por objeto advertir a los

hermanos a que eviten, en cualquier polémica con «Testigos», etc., insistir demasiado en porciones bíblicas que no son evidentemente claras.

Versículos 6–13

El rechazo, parcial y provisional, de los judíos en la dispensación del Evangelio, no invalidó las promesas de Dios a los patriarcas (v. 6): *«No es que la palabra de Dios haya fracasado»* (NVI). No se puede atribuir ninguna falta de eficacia a la Palabra de Dios. Nada de lo que Dios ha dicho cae ni puede caer en tierra de vacío (v. Is. 55:10, 11). El apóstol se refiere especialmente a las promesas de Dios, que para una mente perpleja podrían parecer dudosas, pero lo cierto es que no pueden ser más seguras.

Ahora bien, la dificultad que aquí se ofrece está en ver la compatibilidad del rechazo de los judíos incrédulos con la fidelidad de la promesa de Dios. Esto lo hace el apóstol de cuatro maneras: 1. Explica el verdadero sentido y la intención de la promesa (vv. 6–13). 2. Asegura la absoluta soberanía de Dios (vv. 14–24). 3. Muestra que este rechazo de los judíos, así como la recepción de los gentiles, estaban predichos en el Antiguo Testamento (vv. 25–29). 4. Expone la verdadera razón del rechazo de los judíos (vv. 30–33).

En la presente sección, el apóstol explica el verdadero sentido y la intención de la promesa. Si no entendemos la promesa, no es extraño que nos sintamos inclinados a querellarnos contra Dios acerca de su cumplimiento. Cuando Dios dijo que sería *un Dios para Abraham y para su descendencia,* no quiso decir que hubiese de serlo para toda su descendencia según la carne, sino con ciertas limitaciones. Así como desde el principio, la promesa fue aplicada a Isaac y no a Ismael, a Jacob y no a Esaú y, con todo eso, la Palabra de Dios no resultó fallida, así también ahora la misma promesa se aplica a los judíos creyentes que reciben a Cristo y, aunque quedan excluidas multitudes que rechazan a Cristo, no por eso queda sin efecto la promesa.

1. Sienta primero la proposición (vv. 6b, 7a): *«No todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos»*. El nombre y la profesión no definen el carácter de la persona. La gracia no circula por las venas del hombre.

2. Lo prueba con ejemplos: Entre los descendientes de Abraham, unos fueron escogidos, otros no. En ello, obró Dios conforme al santo propósito de su voluntad.

(A) Especifica primero el caso de Isaac e Ismael, ambos hijos de Abraham; con todo, Isaac fue recibido en el pacto con Dios, mientras Ismael fue rechazado. Pablo cita de Génesis 21:12, para confirmar su aserto: *«En Isaac te será llamada descendencia»,* porque el pacto había de ser confirmado con Isaac (v. Gn. 17:19). Al tratarse de beneficios gratuitos de Dios, Él es soberanamente libre para otorgarlos a quien le plazca. Pablo aclara que, no por ser hijos según la carne, ya son hijos de Dios, pues en tal caso Ismael pudo hacer reclamación. La verdadera descendencia de Abraham está constituida por los hijos de la promesa, la cual es de gracia, no por méritos propios ni por herencia carnal (vv. 8, 9). La promesa se recibe por fe; así que los judíos incrédulos no podían apelar a su descendencia carnal para tenerse por verdaderos hijos de Abraham (v. Jn. 8:33–39). Al citar del sentido, más bien que de las palabras de Génesis 18:10 y ss., el apóstol declara la promesa de Dios con respecto a Isaac (v. 9).

(B) Pero, como hace notar Trenchard, algún rabino podría objetar a Pablo: «Es evidente que Ismael no pudo ser hijo de la promesa, porque su madre era la esclava egipcia, Agar, y no la mujer legítima, Sara». A esta objeción implícita va a contestar el apóstol y presenta un caso todavía más claro (vv. 10, 13), que es el de Jacob y Esaú, ambos hijos gemelos del mismo padre y de la misma madre. La separación que Dios estableció entre ellos fue llevada a cabo *antes que naciesen,* cuando es obvio que *no habían obrado aún ni bien ni mal* (v. 11), con lo que resultaba evidente la gratuita elección por parte de Dios. Este rechazo de los primogénitos, en favor de los segundones (o de los últimos, como en el caso de David), es una constante en la historia de la Salvación. Como aparece en nuestras Biblias, y es fácilmente reconocible, el versículo 11 forma un paréntesis, con lo que, al empalmar el versículo 10 con el 12, leemos que *«a Rebeca, etc., se le dijo: El mayor* (Esaú) *servirá al menor* (Jacob)» (Gn. 25:23). Pablo remacha la soberanía de Dios en la elección de Jacob y cita de Malaquías 1:2, 3: «A *Jacob amé, mas a Esaú aborrecí».* Sobre esto es menester hacer ciertas observaciones, ya que, todavía en 1987 (nota del traductor) he oído a predicadores ingleses aplicar este versículo a la predestinación y reprobación personales de tipo calvinista:

(a) El contexto de Malaquías 1:2, 3 aclara suficientemente que el profeta no pronuncia un oráculo de Jehová sobre las personas de Esaú y de Jacob, sino sobre sus respectivos linajes: edomitas e israelitas; y aun sobre éstos, nada tiene que ver el texto con la predestinación o la reprobación eternas.

(b) El sentido del *«amé»* y del *«aborrecí»* se han de interpretar, en conformidad con el uso bíblico de «preferir» y «poner en segundo lugar», como es patente el caso en las expresiones de Jesús en Lucas 14:26, compárese con Mateo 10:37, así como en Génesis 29:30, 31, donde el hebreo dice *«aborrecida»* donde nuestras versiones dicen, dando el recto sentido, *«menospreciada»* («menos precio» no es igual que «desprecio», esto es, «ningún precio»). Quede, pues, bien claro que, ni en el caso de las personas, ni en el de sus descendientes, se trata aquí de la elección para el cielo o la reprobación para el infierno.

(c) El objetivo del apóstol en toda la porción es justificar a Dios en el rechazo de los incrédulos judíos y en la aceptación de los paganos creyentes, y toma como ejemplo la libre elección de Jacob, en lugar de Esaú, como cabezas respectivas de dos razas, una de las cuales fue hecha gratuitamente heredera de las promesas divinas, y la otra fue rechazada (reprobada, en el lenguaje de Mal. 1:4b); no se trata, repito (nota del traductor), de la salvación o condenación eternas. Al escoger a Jacob, el segundo en nacer, prefiriéndolo a su hermano Esaú, el primogénito según la carne, Dios mostraba (como cruzando las manos, comp. con Gn. 48:14) su libre y soberana iniciativa en escoger a quien mostrar un favor especial sin tener que dar explicaciones a nadie, pues nadie merece su favor. Los judíos habían sido, durante muchos siglos, especialmente favorecidos de Dios, pero Dios era libre para mostrar su favor también a los gentiles.

Versículos 14–24

El apóstol pasa ahora a sostener la absoluta soberanía de Dios.

1. Ante lo que acaba de decir, alguien podría objetar (v. 14): *«¿Qué diremos? ¿Acaso hay injusticia en Dios?»* Son frases parecidas a las de 4:1; 6:1, 15; 7:7. Y, de forma igual, responde: « *¡De ninguna manera!»* Y prueba esta negación:

(A) Con respecto a aquellos a quienes Dios muestra especial favor (vv. 15, 16). Al citar de Éxodo 33:19, muestra que Dios es soberano en la administración de sus dones. El contexto anterior nos presenta a Moisés que pide a Jehová que le muestre su gloria. Dios accede, pero le da a entender que no lo hace porque Moisés lo merezca, sino por su soberano beneplácito. Comenta Lagrange que si alguien podía pesar, por su virtud, en la balanza divina, ése era Moisés; pero es precisamente a Moisés a quien le dice Dios eso, por lo que el caso de Moisés vale, *a fortiori*, para cualquier otro hombre. Y concluye el apóstol (v. 16): *«Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene compasión»*. En realidad, no cabe deseo sincero de Dios, ni esfuerzo humano por hallarle, sin la previa gracia de Dios (v. el comentario a 10:20). Hay quienes han visto en este versículo una alusión a Isaac que *quiso* bendecir a Esaú, y al propio Esaú, que *corrió* a buscar la caza para hacer el guisado a su padre, pero Dios *mostró su favor* a Jacob, no a Esaú. Sin embargo, el texto no hace aplicación a un caso particular, sino que establece un principio general de la soberana actuación de Dios.

(B) Con respecto a quienes son dejados de la mano de Dios (vv. 17, 18), Pablo introduce el caso del Faraón, cita de Éxodo 9:16, y saca la conclusión de que tanto la compasión como el endurecimiento del corazón proceden de la absoluta soberanía de Dios. Como fue de este versículo 18 precisamente de donde tomó pie Calvino para elaborar su teoría de la reprobación negativa, merece la pena analizar de cerca estos dos versículos. (a) El verbo que Pablo usa para *«te he levantado» (*exegueiro*)* tiene el sentido de «poner en escena para desempeñar un papel en la historia» y se aparta aquí de los LXX para verter bien el sentido del verbo hebreo que, en su forma Hiphil, significa «hacer que uno se mantenga en pie». Por tanto, el texto sagrado no dice que Dios hiciera nacer a Faraón para sus propósitos, sino que lo puso en el trono de Egipto a fin de que, mediante su actuación, ya prevista por Dios, se hiciese famoso el nombre de Jehová, al sacar con mano potente a los israelitas de la esclavitud de Egipto. (b) En cuanto al «endurecimiento» de Faraón, bien vendrá dar un repaso a los capítulos 7–10 de Éxodo, para ver que se repite numerosas veces la frase *«El corazón de Faraón se endureció» o «Faraón endureció su corazón»*, hasta que, tras la octava plaga (Éx. 10:20), leemos *«Pero Jehová endureció el corazón de Faraón»*. Vemos, pues, que no se trata de un acto *directo* por parte de Dios, sino que, tras la obstinación creciente de Faraón, Dios ejecuta su proceso judicial con entera justicia. No es que Dios vaya apagando su voz, sino que el hombre se va alejando cada vez más de la voz de Dios.

2. Surge una nueva objeción (v. 19): *«Entonces me dirás. ¿Por qué, pues, lanza reproches? Porque, ¿quién ha resistido a su designio?»* Como si dijese: «Si, de un modo u otro, siempre se realiza el designio de Dios, ¿dónde se halla la culpabilidad humana? ¿No será injusto Dios al reprocharnos de cosas que Él mismo se ha propuesto hacer en nosotros? ¿Cómo responde el apóstol a esta objeción?

(A) Como dice Vicentini, «la respuesta no es tanto una explicación como una llamada al orden» (v. 20): *«¿Quién eres tú, para que alterques con Dios?»* Y a renglón seguido, pone como parábola el ejemplo del alfarero, bien conocido de los judíos (v. Jer., todo el cap. 18). Como vemos por 2 Timoteo 2:20, el propio Pablo tenía bien grabada en su mente la parábola. Así como el alfarero, de la misma masa de arcilla, modela recipientes y otros objetos para diversos fines, así también Dios es soberanamente libre en el modo de conducirse con la humanidad.

(B) Sin embargo, un estudio atento de los versículos 22–24 muestra que los seres humanos no son literalmente vasos de arcilla inertes en las manos de Dios: (a) Los *vasos de ira* (v. 22) están *preparados para destrucción*, no por un decreto absoluto y eterno de reprobación personal por parte de Dios, sino por su propia obstinación, a pesar del llamamiento divino al arrepentimiento (comp. con 2:4); por eso, dice que Dios muestra en ellos su ira y su poder *después de haberlos soportado con mucha paciencia.* (b) En cambio, los *vasos de misericordia* (v. 23) *fueron preparados de antemano para gloria*, esto es, *para hacer notorias las riquezas de su gloria*, la de Dios (no trata aquí del cielo). En todo caso, son los impíos quienes se preparan para el infierno, mientras que los salvos son preparados por Dios para el cielo. Como digo (nota del traductor) repetidamente en mis escritos: Todo lo que es de salvación proviene de la libre iniciativa de Dios; todo lo que lleva a la condenación proviene de la sola culpabilidad del hombre. Todo el Evangelio según S. Juan (especialmente, 3:19–21) va en esa dirección, y quien pretenda hallar en las Escrituras la doctrina de la doble predestinación está torciendo la enseñanza constante de toda la Biblia.

(C) Lejos de obrar con arbitrariedad, Dios muestra su imparcialidad (v. 24) *llamando* para su gloria, *no sólo de los judíos, sino también de los gentiles.* Esta llamada está, sin duda, conectada de algún modo con el llamamiento que Pablo mencionó en 8:28–30. En esto se ve precisamente que, ante Dios, no hay méritos raciales como no los hay personales.

Versículos 25–29

En estos versículos, el apóstol muestra que, tanto el rechazo de los judíos incrédulos como la aceptación de los paganos creyentes, entraban en lo predicho por Dios en el Antiguo Testamento. Cita de dos profetas:

1. Del profeta Oseas (vv. 25, 26, comp. con Os. 2:23, del que cita Pablo según el sentido, y Os. 1:10, del que cita literalmente). Es de notar que, en el pensamiento de Pablo, los gentiles de que aquí habla están representados por el reino israelita del norte que, al apartarse de Judá, se habían apartado prácticamente de Jehová, pero en Oseas se le promete una nueva alianza, con el retorno al favor de Jehová. Si no se tiene en cuenta esto, no puede entenderse la cita de Oseas en Romanos 9:25, 26. El sentido de Oseas 2:23 es recogido también por el apóstol Pedro (1 P. 2:10) para aplicarlo igualmente a los gentiles.

2. Del profeta Isaías (vv. 27–29, comp. con Is. 10:22, 23; 28:22 y 1:9 respectivamente). Aquí, el objetivo de Pablo es mostrar la misericordia de Dios con Israel al reservarse un remanente, idea que tomará después, con más detalle, en el capítulo 11.

(A) Aplica primero Isaías 10:22, 23, para mostrar que, de los numerosos hijos de Israel, sólo quedaría *un remanente.* No ha de extrañarnos que Dios abandonase a su ruina a un gran número de los descendientes de Abraham según la carne, sin que resulten fallidas las promesas de Génesis capítulos 12 al 22. Pablo tiene en cuenta, no sólo los muy pocos que regresaron del cautiverio de Babilonia, sino, más directamente, los pocos que recibieron el mensaje del Evangelio. Pero aun así, los descendientes de Abraham habían de ser innumerables de dos maneras: (a) Porque habían de ser muchísimos los israelitas espirituales, *según la promesa*, que pondrían su fe en el Mesías, y serían así *contados como descendientes* de Abraham (vv. 6 y ss.); (b) aun de los israelitas que son descendientes de Abraham también según la carne, Pablo nos va a decir, en 11:26, que, al final, *todo Israel será salvo*, conforme a las numerosas profecías del Antiguo Testamento de carácter escatológico y, por tanto, futuro.

(B) La cita de Isaías 28:22, que vemos en el versículo 28, podría interpretarse en el sentido de una destrucción total de los rebeldes, pero si se lee el resto del capítulo 28 de Isaías, se ve claramente que no

contradice a la idea del remanente que aparece constantemente en otros lugares. Dice Murray: «El pensamiento principal del versículo 28 es la eficacia con que Dios cumple su palabra y el decreto del que la palabra es expresión» (comp. Is. 14:22).

(C) Finalmente, la cita de Isaías 1:9 (v. 29) refuerza la idea del remanente que Jehová se reservaba. Pablo se adhiere aquí a los LXX, que traducen *«descendencia»* donde el hebreo dice *«un pequeño remanente»*, pero el sentido está claro, tanto en el original hebreo como en la versión de los LXX, que Pablo usa aquí. La obra de Dios, en este contexto, aparece como un efecto de la omnipotencia y de la infinita soberanía de Dios según se aprecia por el epíteto *«Jehová Tsebaoth»*, que los LXX (y, de ellos, Pablo) vierte por *Kurios Sabaoth*, esto es, *Jehová de las huestes*, que siempre aparece en ese sentido en el texto sagrado. Al reservarse ese remanente, Dios mostraba, no sólo su misericordia, sino también su poder. Por qué escogieron los LXX la frase *enkatélipen sperma*, el mismo verbo de Mateo 27:46; Mateo 15:34, que no corresponde al hebreo de Isaías 1:9, sino al de Salmos 22:1, es misterioso; sobre todo, si atendemos al uso que del singular *sperma*, simiente, hace Pablo en Gálatas 3:16. Como ya vimos en el comentario a Mateo 27:46, el verbo griego significa, en su etimología, «dejar a uno sujeto y encerrado». Véase cómo un mismo verbo, en un mismo modo y tiempo de la conjugación, pudo significar, en el griego de Isaías 1:9, un acto de misericordia amorosa, y en el de Mateo 27:46, un acto de la más rigurosa justicia.

Versículos 30–33

Aquí tenemos la verdadera razón de la aceptación de los gentiles y del rechazo de los judíos. Había una diferencia en la manera de buscar y, por ello, fue diferente el resultado.

1. En cuanto a los gentiles, eran ajenos a la justicia, *no iban tras la justicia* (v. 30). Dios fue hallado por ellos cuando no le buscaban (10:20), como ya había dicho por medio de Isaías (Is. 65:1), así mostró su agrado en dispensar soberanamente su gracia; y, por medio de esa gracia de Dios, *alcanzaron* (el mismo verbo de Jn. 1:5) *la justicia* (la correcta relación con Dios), *es decir, la justicia que proviene de la fe*, que se obtiene mediante la fe. Por el atajo de una fe sincera en Cristo, llegaron a la justificación que los judíos habían estado, por tanto tiempo, buscando en vano.

2. En cuanto a los judíos, *iban tras una ley de justicia* (v. 31). Hace notar J. Murray que no dice Pablo que fuesen tras la justicia de la ley, la justicia mediante obras, sino tras la institución (comp. 3:27b; 7:21, 23; 8:2), sistema u orden que tenía que ver con la rectitud moral y religiosa aceptable a los ojos de Dios; y a eso es lo que no llegaron, *no alcanzaron lo* que en dicha institución estaba provisto para llegar a ser aceptados por Dios. ¿Por qué no llegaron? El apóstol contesta en los versículos 32, 33: *«Porque no iban tras ella por la vía de la fe, sino como por obras de la ley*, es decir, como si las obras externas de la ley pudiesen hacer justo al hombre». Para entender el «tropiezo» (como contra un obstáculo) que les impidió llegar a la meta, es preciso examinar los textos de Isaías (Is. 8:14 y 28:16) que el apóstol cita en extraña combinación. En una iluminadora nota a su excelente comentario, dice Vicentini: «En esta cita se conjugan dos pasajes: Isaías 28:16 e, intercalado, Isaías 8:14. Veamos el contexto: Isaías 8:14 pertenece a la célebre profecía de Emmanuel (8:1–9:6). Allí se predice la invasión asiria, pero también la salvación de Israel, porque «Dios con nosotros». Para esto Israel necesitaba una fe profunda, y como esto le resulta difícil: *«Él* (Jehová Sebaot) *será causa de dificultad y piedra de tropiezo y roca de traspiés …».* A los judíos les resultó escandalosa la afirmación del profeta de que Jehová pudiera convertirse en piedra de tropiezo y roca de traspiés. Por eso los LXX modificaron el texto hebreo. En cuanto a Isaías 28:16, se inserta en un oráculo lleno de amenazas contra Jerusalén (vv. 7–22), como una promesa de salvación que ilumina toda la perícopa. Allí se habla de una piedra probada, piedra angular, que será puesta en Sion como cimiento; quien confíe en ella no tendrá de qué conturbarse … Pablo aplica ambos pasajes al Mesías». También aparecen aplicados al Mesías en Mateo 21:42; Marcos 12:10; Lucas 20:17; Hechos 4:11; 1 Pedro 2:6–8, por donde vemos que la fe que menciona el apóstol en los versículos 30, 32, es la fe en Jesucristo. ¡Cosa triste es que el Salvador hubiese de ser ocasión de caída para muchos! (Lc. 2:34).

CAPÍTULO 10

En este capitulo, I. Pablo expresa su gran interés por la salvación de Israel, que trataba de conseguir la justicia mediante las obras (vv. 1–4), cuando tenían al alcance de la mano la justicia que es por la fe (vv. 5–13). II. Esta fe estaba a disposición de ellos, pero no la recibieron y, por cuanto han oído y entendido, es sólo culpa de ellos el no haber creído (vv. 14–21).

Versículos 1–4

1. Pablo comienza declarando su gran afecto a los de su raza (comp. con 9:1–3), con respecto a los cuales abriga un buen deseo y da un buen testimonio. (A) Su gran deseo es que se salven (v. 1). Ése es *el anhelo de su corazón y su oración a Dios.* No era un cumplido formal, de labios para fuera, como son muchos buenos deseos; y, como el deseo del corazón es el alma de la oración, Pablo ofrecía a Dios en oración ese ardiente deseo de su corazón. (B) El testimonio que da era la razón (v. 2: *«Porque yo les doy testimonio …»)* de su buen deseo con respecto a Israel. Da testimonio *de que tienen celo de Dios,* buscan agradarle y serle aceptos, *pero no según el perfecto conocimiento;* era un celo fanático, que no se apoyaba en lo que Dios exige realmente del hombre (v. Mi. 6:8) y es la base para una correcta comprensión de su designio salvífico. No se sometían al plan de Dios, sino querían que Dios se sometiese a los planes de ellos. Comenta J. Murray: «El celo es una cualidad neutral y puede ser el mayor de los vicios. Lo que determina su carácter ético es el objeto al que se dirige».

2. A continuación, Pablo pasa a declarar en qué consistía el error fatal de los judíos: Ignoraban voluntariamente qué es lo que realmente exige Dios para aceptar a una persona y se contentaban con una profesión externa de la religión y el cumplimiento, también exterior, de los preceptos de la Ley. Al establecer su propio programa de justificación, no se sometían al que Dios ha instituido (v. 3). El fariseo de la parábola de Lucas 18:11, 12 estaba tan satisfecho de sus actos de piedad y caridad que, lejos de andar humildemente delante de Dios, se jactaba de dar a Dios más de lo que éste le pedía, mientras que Isaías, al ver la gloria de Dios y su propio pecado, clamó (Is. 6:5): *«¡Ay de mí, que estoy perdido!»*

3. La base de esta equivocación farisaica era pensar que la ley era en sí misma un fin y, por tanto, algo perpetuo, en lugar de ser algo provisorio, como ayo que conducía a Cristo hasta que éste viniera y la hiciese caducar (v. 4), al sustituirla por algo mejor. Que *telos* significa aquí el *«final»* de la Ley, y no el «objetivo» al que la Ley tendía es algo tan claro que el propio J. Murray lo admite como la única interpretación correcta del versículo. Como dice F. F. Bruce: «Cristo es la terminación de la Ley en el sentido de que el orden antiguo—del que formaba parte la Ley—ha caducado en Cristo, y es reemplazado por el nuevo orden del Espíritu». Para que se vea claramente cuán lejos estamos aquí del antinomianismo, permítaseme citar una ilustración propuesta por A. G. Fruchtenbaum: «Un código nuevo siempre contiene algunos de los preceptos del código anterior, pero eso no quiere decir que el antiguo esté todavía vigente … Permítaseme ilustrarlo con algo que muchos de nosotros hemos experimentado. Yo recibí mi primer permiso de conducir en el estado de California, y mientras conduje en California, estuve sujeto a las leyes de tráfico de dicho Estado. Pero después de un par de años me trasladé a Nueva York. Tan pronto como me fui de California, dejé de estar sujeto a las leyes de tráfico de California … Ahora estaba sujeto a una nueva ley, las leyes de tráfico de Nueva York … Había muchas leyes semejantes en los dos Estados; por ejemplo, la ley de detenerse ante una luz roja. Pero cuando yo me paraba ante una luz roja, *no lo hacía en obediencia al Estado de California como antes, sino en obediencia al Estado de Nueva York*».

Versículos 5–13

Pablo describe ahora la superioridad del Evangelio sobre la Ley.

1. Al citar de Levítico 18:5 (comp. con Gá. 3:12), Pablo expone la forma en que *Moisés describe la justicia que es por la ley: El hombre que haga estas cosas* (las que manda la Ley), *vivirá por ellas,* esto es, tendrá vida en la medida en que las cumpla (v. 5). Pero el cumplimiento requerido era perfecto y total (comp. Stg. 2:10), lo cual es imposible sin la gracia de Dios y el poder del Espíritu Santo (3:20; 7:7; 8:3, 4). Es cierto que muchos justos del Antiguo Testamento fueron aceptados por Dios, pero no lo fueron en razón de sus obras, sino por una justicia nacida de la fe, como ha demostrado Pablo en el capítulo 4.

2. En cuanto a *la justicia que procede de la fe* (v. 6), Pablo cita de Deuteronomio 30:11–14. Lo curioso, como Martin Buber hace notar, es que dicha porción del Deuteronomio tiene por objeto dar a entender a los israelitas que el precepto que Dios les impone es fácil de cumplir. Pablo transforma el

texto, para acomodarlo a su tesis, suprime lo del precepto y cambia lo del paso por el mar por la bajada al abismo, es decir, al Sheol. Con respecto a la frase *«subir al Cielo»,* se usa en la Biblia como ejemplo de una cosa imposible de realizar por medio de las fuerzas naturales. Aplicándolo a Cristo como Salvador, Pablo pregunta: *«¿Quién puede hacer bajar del cielo al Salvador?»* ¡Nadie, sino Dios mismo, movido de su amor infinito a la humanidad perdida! (Jn. 3:16; Gá. 4:4). Y, una vez muerto, *«¿Quién puede hacerle subir de entre los muertos?»* (v. 7). ¡Nadie, sino el mismo Dios que lo resucitó con su infinito poder!

(A) En efecto, la justicia que es por medio de la fe no exige ningún imposible, sino que es muy fácil de alcanzar: Está tan al alcance de la mano que le basta al hombre con recibir en su corazón el mensaje del Evangelio, adhiriéndose así, por fe, al Salvador, y profesando luego, al exterior (con la *boca), su* adhesión al cristianismo. El Evangelio no dice: *«Haz esto y vivirás»,* sino *«Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo»* (Hch. 16:31).

(B) Pablo menciona en primer lugar, en el versículo 9, el *confesar con la boca que Jesús es el Señor* (comp. con 1 Co. 12:3), para acomodarse al orden en que las frases aparecen en la cita del Deuteronomio 30:14, pero vuelve al orden real en el vesículo 10. El Señor Jesús había dado gran valor a esta confesión de Sí delante de los hombres (Mt. 10:32, 33). Esta confesión del Señor, delante de los hombres, es especialmente ardua en tiempos de persecución, como fueron los tres primeros siglos de nuestra era, cuando la aclamación de 1 Corintios 12:3, *Kurios lesous, Jesús* (es el) *Señor,* era tenida como un insulto al *Kurios Kaisar,* César (es el) Señor, que los esbirros del emperador exigían a los cristianos confesar. Sólo el Espíritu Santo podía conferir gracia y poder para confesar a Cristo en tales circunstancias. La frase final del versículo 9 («serás *salvo»)* engloba la confesión de boca y la fe de corazón, pero en el versículo 10b leemos: *«Con la boca se confiesa para salvación».* Para evitar confusiones, es necesario recordar que el vocablo «salvación» no se limita al momento de la justificación, «sino que abarca la realización de los propósitos de Dios frente a todos los aspectos de la vida» (Trenchard, quien cita, como ejemplo, 1 Ti. 4:16b). Véase el comentario a 1:16, para más detalles.

(C) El elemento primordial, de parte del hombre, para alcanzar la justicia es la fe: *«Creer de corazón que Dios levantó a Jesús de los muertos»* (v. 9b); así se *cree de corazón para justicia* (v. 10a). La muerte y la resurrección de Cristo forman el núcleo del Evangelio (1 Co. 15:14). La muerte expiatoria de Cristo en nuestro lugar y su posterior resurrección que garantizaba en aquella muerte una victoria sobre el pecado, son los hechos históricos que hemos de acoger como base segura personal para alcanzar la aceptación por Dios y, por tanto, la vida eterna (v. 4:25). La confesión de boca sin la fe de corazón es una enorme hipocresía; la supuesta fe interior sin la profesión exterior de la fe es una enorme cobardía que da motivos para dudar de la genuinidad de la fe.

3. Esta cercanía del mensaje, esta facilidad de llegar a la justicia por medio de la fe, que Pablo ha explicado en los versículos 6–10, es *para todos,* sin discriminación de raza, clase, sexo, etc. (vv. 11–13). Para confirmarlo, cita Pablo de nuevo de Isaías 28:16, donde el hebreo dice literalmente: *«El que cree* (en la piedra probada), *no se apresurará»,* es decir, permanecerá estable en su fe por mucho que se demore el cumplimiento de la promesa. Pablo toma de los LXX el texto con algunas ligeras variaciones y le antepone ese *«Todo»* (que no existe en el lugar citado) para darle así extensión universal. Así lo hace explícitamente también, y con el detalle necesario, en los versículos 12 y 13. En esto de la salvación, como en el pecado, *no hay diferencia* (v. 12) *entre judío y griego* (comp. 3:22, 23, 29; Col. 3:11), *pues uno mismo es el Señor de todos* (comp. Hch. 10:36), *que es rico para con todos los que le invocan.* No hay un Dios para los judíos, y otro para los paganos; no hay un Mediador para Israel, y otro para las naciones, sino que hay *un solo Dios y un solo Mediador* (1 Ti. 2:5). El *Señor* es aquí Cristo, *rico* (2 Co. 8:9) con todas las riquezas del Padre, pues es su Hijo Unigénito, y dispensa las riquezas de su gracia a *todos los que le invocan,* sin distinción ni excepción, *porque* (v. 13) *todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo.* Aunque el término de nuestras oraciones es el Padre, en el nombre de Jesús el Mediador, también Jesús es objeto de invocación (v. Hch. 7:59). Pablo cita de Joel 2:32 en el versículo 13, como lo había hecho Pedro en Hechos 2:21. El judío converso S. C. Mills hace notar que esta cita de Joel «es una profecía de la Segunda Venida, que será el tiempo de establecer el reino mesiánico». Esta es la implicación del versículo 13 y es la exégesis primordial de Joel 2:32. Sin embargo, no debemos pasar por alto una adecuada *aplicación* del mismo texto. Así como el profeta Joel afirma que, cuando el reino mesiánico esté a punto de ser establecido, «… todo el que (sea judío o gentil) invoque el nombre de Jehová será libertado», así también el mensaje de salvación se extiende a todos los pueblos sin atender a su raza, religión o color … La invitación a la vida eterna está abierta para todos. Nadie se excluye». Algo

que todos los comentaristas hacen notar es que lo que, en estas citas, se aplica a Jehová, Pablo lo aplica al Señor Jesucristo.

Versículos 14–21

Tomando pie del indefinido universal *«todo aquel»* de los versículos 11 y 13 el apóstol describe ahora el proceso de la salvación mediante la predicación del Evangelio y su acogida por fe, que ya planteó en los versículos 6–10 y, a partir de la invocación del versículo 13, desanda el camino para llegar al comienzo del viaje.

1. Aunque Pablo habla aquí en términos generales, no debe perderse de vista que toda esta sección de los capítulos 9–11 tiene por objeto presentar el destino de Israel como colofón de toda la doctrina que precede en los capítulos 1–8. No es, pues, un paréntesis dentro de la Epístola, sino el compendio de la teología de la historia universal hasta llegar al acto final de la Escatología.

2. Por eso, la provisión universal de la salvación, que se refleja en los versículos 6–17, tiene como fondo la paradoja de un pueblo elegido que se niega a creer frente a todas las evidencias, mientras los «excluidos» van a participar, durante muchos siglos, de las grandes promesas espirituales a las que el pueblo judío, casi en masa, renunció por su incredulidad (Hch. 13:46).

3. En efecto, las condiciones para creer y, por tanto, ser salvos mediante la fe, se han cumplido en los judíos, ya que ellos *han oído* (v. 18) el mensaje y, por tanto, no tienen excusa. Para invocar al Señor y quedar libertado de la condenación, es preciso poner en Él la confianza (v. 14). Para poner la confianza en Él, es menester tener noticia del Señor. Para tener esa noticia, es preciso que alguien lo haga conocer (v. 14b). Para que alguien vaya a predicar, es menester que alguien lo envíe (v. 15). ¿Por qué? ¿Es que no puede ir alguien sin ser enviado? ¡No! Los mensajes de Dios necesitan una comisión por parte del Señor. Por eso, cita Pablo del profeta Isaías 52:7, en un contexto en que Jehová envía sus mensajeros para dar a Sion las buenas noticias de la próxima liberación; esta liberación constituye el tema de gozo y alegría del capítulo 54; pero, en medio, tenemos el sombrío capítulo 53, con la muerte del Mesías, por cuya obra se obtiene la provisión de salvación para todo aquel que cree.

4. El ser humano es incapaz por sí mismo, no sólo de organizar su plan de salvación, sino de llevarlo a cabo una vez organizado. Como los cautivos de Babilonia, todos estamos bajo el cautiverio del pecado hasta que Dios provee y aplica a cada uno la liberación. Por una parte, el que ha de ser salvo no conoce ni busca el camino de la salvación. Por otra parte, el que anuncia el mensaje obra como embajador de Dios, no por su propia cuenta (comp. con Jn. 7:16–18), pues también él entra dentro de los que necesitan liberación. Ésta es la razón por la que el apóstol termina la cadena con un versículo misionero (v. 15). A Dios pertenece la prerrogativa de enviar sus ministros, sus embajadores (2 Co. 5:20). El embajador tiene así un grandísimo privilegio, junto con una tremenda responsabilidad. Esta responsabilidad es compartida por los que, bajo la dirección del Espíritu Santo, que es el que realmente *envía* (v. Hch. 13:4), tienen por su oficio y sus dones específicos dentro de la congregación el encargo de «soltar» o «despedir» a los enviados. La mención de *«los pies»* en el versículo 15 (de Is. 52:7) indica bien a las claras que la iglesia no ha de contentarse con que la gente *venga* a oír el mensaje, sino que es menester ir a la gente, dondequiera se halle (Mt. 28:19; Mr. 16:15; Lc. 24:47; Hch. 1:8).

5. La colocación de los versículos 16, 17 causa perplejidad a los exegetas. Hay quienes opinan que el versículo 17 es un paréntesis. Lo más probable es que sea una conclusión final de todo lo dicho desde el versículo 14. Pero, entonces, ¿no será una innecesaria repetición del versículo 14? Al tener en cuenta que la lectura atestiguada por los más importantes MSS es *«por medio de la palabra* (gr. *rhema*, dicho; lo mismo que en el v. 9*) de Cristo»* (no *«de Dios»),* el versículo 17 tiene por objeto, como dice Murray, «eliminar toda duda en cuanto a lo que comporta la proclamación del Evangelio». ¿Qué quiere decir *«la palabra de Cristo»?* Son muchos (J. Murray, F. F. Bruce, Huby, etc.) que lo entienden como «lo que dice Cristo». En mi opinión (nota del traductor), no cabe duda de que E. Trenchard está en lo cierto, por analogía con el versículo 8, al interpretarlo como «la sustancia del mensaje: Cristo, quien ha de ser recibido por la fe». El versículo 16 resulta así como un prólogo parentético de lo que Pablo va a decir en los versículos 18–21. La cita de Isaías 52:7 le ha traído de inmediato el recuerdo de Isaías 53:1: *«Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?»,* un lamento del profeta ante la perspectiva de la incredulidad y de la desobediencia del pueblo.

6. Con esto, y tras el énfasis del versículo 17, el apóstol muestra en el versículo 18 y ss. que no basta con *oír*. Es cierto que *la fe* (viene) *del oír* (lit.), pero el mero oír no causa la fe; la prueba es que los judíos habían oído suficientemente una y otra vez, pero la mayoría de ellos eran y habían sido desobedientes (vv. 16, 21). Todas las citas que Pablo reúne acomodándolas de un modo, a primera vista, extraño tienen que ver con Israel; a los gentiles los menciona de refilón y por contraste (vv. 19, 20). Los textos que Pablo cita del Antigo Testamento son tres y merecen especial atención:

(A) El primero (v. 18) está tomado de Salmos 19:4, conforme a la versión de los LXX, y se refiere al mensaje sin palabras que las obras de la creación anuncian. Puesto que Pablo está hablando de la voz de los predicadores del Evangelio, ¿por qué cita de un pasaje que se refiere a la revelación general por medio de la naturaleza? La única respuesta razonable es la que da J. Murray: El Salmo forma una sola unidad con dos aspectos complementarios, como dos círculos concéntricos; los versículos 1–6 mencionan la revelación general, los versículos 7–14, la revelación especial mediante la Ley. «Ésta es, añade, la concepción del propio Pablo (Hch. 17:24–31)». No es extraño, pues, que Jehová se comunicase a su pueblo, no sólo mediante el testimonio de la Ley, sino también por medio de las obras de la creación.

(B) El segundo (v. 19) está tomado de Deuteronomio 32:21, donde Moisés presenta proféticamente la apostasía de Israel al seguir a los ídolos, a los que *no* son dioses, por lo que Dios les amenaza con traer sobre ellos un pueblo que *no* es pueblo, es decir, una horda de bárbaros sin orden ni concierto, que, por ello, no merecen el nombre de «pueblo» o «nación». Pablo aplica el texto en el sentido de que los gentiles, que no eran del pueblo elegido (comp. con Ef. 2:11 y ss.; 1 P. 2:10), iban a derrotar a los judíos, no en el campo de batalla precisamente, sino a arrebatarles temporalmente los privilegios de que los judíos disfrutaban (v. Mt. 21:43; 1 P. 2:9). Esto es lo que Israel debió haber *conocido* (v. 19a).

(C) El tercero (vv. 20, 21) es de Isaías 65:1, 2 y la aplicación que de esta porción hace Pablo es también extraña, aunque sigue las normas de la corriente interpretación rabínica. Pablo comienza diciendo que, en este mensaje, Isaías se mostró muy atrevido (el verbo es más fuerte que el que expresa franqueza, libertad, denuedo), al decir a los judíos las cosas que siguen. En efecto, los mensajeros de Dios, si han de ser fieles a la misión que se les ha encomendado, necesitan atrevimiento, como lo vemos en los profetas del Antiguo Testamento y en los apóstoles del Nuevo Testamento. Según la acomodación que Pablo hace, *Jehová se dejó hallar de los que no le buscaban y se manifestó a los que no preguntaban por Él* (v. 20). El hebreo dice literalmente: «Fui *hecho accesible a los que no oraban (o suplicaban); fui hecho encontradizo a los que no me buscaban». Y* continúa Jehová, por Isaías: *«Dije: ¡Heme aquí, heme aquí!, a una nación que no era llamada* (es decir, *que rehusaba ser llamada) por mi nombre».* Por el versículo siguiente, que forma una misma unidad con éste, se advierte que Dios se dirige aquí a los israelitas del reino del norte, claramente alejados del Dios verdadero, de su nombre y de su culto. Dice Vicentini: «¿Cómo aplica Pablo a los gentiles lo que el profeta dice de los judíos? Pablo no pretende atribuir a Isaías una verdadera profecía sobre la conversión de los gentiles, sino que toma ciertos términos que caracterizan muy bien la situación de ellos. La dificultad consiste más bien en haber separado los dos textos, para referir uno a los gentiles, otro a los judíos. Esos textos los aplica el profeta a los judíos cismáticos de Samaria, a un Israel que no era Israel».

(D) Con todo, no se debe pasar por alto la ternura con que Jehová se dirige a su pueblo, a pesar de la obstinación e idolatría de los israelitas del norte: *«Todo el día* (v. 21), es decir, siempre y sin cesar, *extendí mis manos,* en un gesto de cálida bienvenida, ofreciendo gracia, libertad, salvación, *a un pueblo que no se deja persuadir y que contradice»* (lit.). Con esos dos participios de presente griegos *(apeithoúnta kai antilégonta)* tradujeron los LXX el único participio activo de la forma *Qal* (hebr. *sorer*, rebelde) que aparece en el texto hebreo. La incredulidad rebelde y obstinada del pueblo de Israel continuaba en los días de Pablo, y llenaba de amargura (9:1, 2; 10:1, 2) el corazón del apóstol. Esa incredulidad sigue ahora, a fines del siglo XX, ya que los judíos que se convierten al Evangelio representan un exiguo porcentaje, pero, ¿en esto habrá parado el destino final de Israel? El capítulo siguiente nos dará la respuesta.

CAPÍTULO 11

En este capítulo, I. Pablo muestra que el rechazo de Israel no es total, sino parcial (vv. 1–10). II. Muestra también que no es definitivo, sino provisional (vv. 11–32). III. Termina expresando su humilde adoración ante los insondables designios de la sabiduría de Dios (vv. 33–36).

Versículos 1–10

1. Como en muchas otras porciones de este libro, el apóstol parece escuchar una objeción, tras el cuadro sombrío de los últimos versículos del capítulo anterior: *¿Acaso repudió* (lit. *hizo de lado) Dios a su pueblo?* (v. 1). Y, también como en otras ocasiones, responde: *«¡De ninguna manera!»* Allí está él mismo, *israelita, descendiente de Abraham, de la tribu de Benjamín,* la más pequeña de las tribus de Israel (1 S. 9:21), Pablo, no repudiado por Dios, sino elegido desde el vientre de su madre (Gá. 1:15). Y muchos otros, seguramente muchísimos más de 7.000, cuando Pablo escribía esto, eran judíos convertidos. Quedaba un remanente ¡lo mismo que en tiempo de Elías! (vv. 2–5).

2. Este remanente no es producto del esfuerzo, del mérito, de la piedad o cualquier otra obra de ellos, sino que es enteramente fruto efectivo de la gracia divina, recibida por fe, puesto que el apóstol hace aquí entre gracia y obras (v. 6) la misma contraposición que, en otros lugares (3:28; Ef. 2:8, 9), hace entre fe y obras. Por eso, al citar libremente de 1 Reyes 19:18, dice: *«Me he reservado, etc.».* Añade ese *«me»* que no está en los LXX, pero por otra parte, refuerza así el texto griego con base en el hebreo, que dice literalmente: *«He hecho que queden, etc.».* Siempre se ve la soberanía de Dios en la obra de la salvación.

3. Hay, pues, un remanente de *escogidos* que alcanzó (v. 7) lo que la masa del pueblo judío no supo alcanzar: establecer una correcta relación con Dios. ¿Por qué no lo alcanzó? Porque lo buscó por un camino equivocado, por el de la propia justicia, en vez de someterse al plan de Dios en Jesucristo (10:3). Los lugares del Antiguo Testamento que Pablo cita con el fin de explicar la razón por la que la masa del pueblo judío equivocó el camino, podrían llevar a pensar que fue Dios mismo quien los extravió, los cegó y los endureció directamente. No estará de más repasar lo que dijimos en el comentario a 9:18. Además, ¿cómo podríamos explicar los lugares, todavía más numerosos, en que Dios exhorta a no endurecerse? Puede verse también el comentario a los textos que Pablo cita (Dt. 29:3; Is. 6:9; 29:10). Especial atención merece la cita del Salmo 69:22, 23, donde David usa ciertas imprecaciones contra los que le han hecho traición (v. el comentario a este salmo). No hay que olvidar que David ve en sus enemigos a los enemigos de Dios; del mismo modo, Pablo ve en los judíos incrédulos a los enemigos de Cristo, al que desecharon y condenaron a muerte. David pedía que a los traidores se les pagase con la misma moneda: que otros les hiciesen lo que ellos le habían hecho a él. Esto es también lo que les ha sucedido a los judíos incrédulos en los días de Pablo: Por estar cegados (v. 8), tropezaron en Cristo (v. 9); en círculo vicioso, se cegaron más todavía (v. 10) y, bajo el peso del pecado, su *espalda* (v. 10b) no ha cesado de temblar continuamente. Las persecuciones de que han sido objeto los judíos, a lo largo de la historia, hasta culminar en el «holocausto» por orden de Hitler, evidencian lo serio del gran tropiezo de Israel. Si hubiesen comprendido lo que pedían cuando, ante Pilato, dijeron: *«¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»* (Mt. 27:25).

Versículos 11–24

Ante este tropiezo de la masa del pueblo judío, se pregunta Pablo: *«¿Acaso han tropezado los de Israel para quedar caídos?»* Y, como en muchos otros lugares ya conocidos, responde: *«¡En ninguna manera!»* Como si dijese: «Hablo de tropiezo, no de caída definitiva».

1. En efecto, el tropiezo de Israel ha sido la oportunidad para la predicación del Evangelio a los gentiles (v. Hch. 13:46, entre otros lugares). La providencia divina dispuso que el Evangelio fuese predicado a los paganos con mayor presteza, debido a que los judíos, en su mayoría, se negaron a recibirlo. Y, para probar que Dios sabe sacar de los males bienes, Pablo asegura (v. 12) que *la caída* (gr. *paráptoma;* no es el mismo vocablo del *caídos* del v. 11) de Israel *es la riqueza del mundo,* es decir, la salvación de gran número de paganos o gentiles; y que su *exclusión* (v. 15), su repudio, *es la reconciliación del mundo* (comp. con 2 Co. 5:19).

2. El uso que Pablo hace de esta realidad: (A) Como israelita que es, desea que los israelitas, al ver el cambio tan estupendo que la recepción del Evangelio ha producido en la vida de tantos paganos, que eran ajenos al pacto y a las promesas, *se muevan a celos* (vv. 11, 14), esto es, a santa emulación, al ver que los

grandes privilegios de que ellos disfrutaban han pasado a otros. No tienen por qué temer mengua alguna por eso, ya que las bendiciones divinas no se menguan con la multitud de los participantes. Pablo siempre piensa en la salvación de los hombres (vv. 13, 14), judíos y gentiles. Así nos da ejemplo a todos los creyentes, especialmente a los ministros de Dios. (B) Como apóstol de los gentiles, ve, no sólo la posibilidad de que muchos judíos sean provocados a celos y busquen también la salvación en su Mesías, sino, especialmente, el provecho que el mundo entero de la gentilidad sacará con *la plena restauración de Israel* (v. 12b) a su condición de pueblo elegido; *la readmisión* de Israel será (v. 15) como *un reavivamiento general* entre los gentiles, quienes para entonces, como ya lo vemos hoy día, habrán caído en un estado general de tibieza (comp. con Ap. 3:15 y ss.).

3. A continuación (vv. 16–24), Pablo amonesta a los gentiles convertidos a no enorgullecerse al pensar que tienen algún mérito en alcanzar la salvación, o que los judíos han quedado excluidos para siempre de esa salvación que ellos poseen ahora. Es un don de Dios y, además, los judíos no han dejado de ser un pueblo elegido por Dios. El apóstol usa dos ilustraciones para que sea más claro su pensamiento acerca de una enseñanza que los antidispensacionalistas no aciertan a comprender:

(A) La primera ilustración está tomada de Levítico 23, donde se manda a los israelitas que, al recoger la cosecha de grano, reserven para Jehová los primeros frutos de la era: un omer de grano y una torta amasada (v. Nm. 15:17–21); esto eran *las primicias* de que habla Pablo, las cuales *santificaban* el resto de la masa que el pueblo había de emplear para su uso privado. Dice Vicentini: «Con esta consagración, toda la pasta adquiría una especie de pureza legal y hacía al pan apto para ser comido por el pueblo». Ahora bien, si la masa representa al pueblo, ¿a quién representan las primicias? No hay duda de que representan a los patriarcas de Israel; con la mayor probabilidad (lo mismo que en la segunda ilustración), a Abraham.

(B) La segunda ilustración es mucho más apta para lo que Pablo desea inculcar aquí. Por eso, se ocupa de ella desde la segunda mitad del versículo 16 hasta el versículo 24 inclusive: «Si *la raíz es santa, también lo son las ramas*» (v. 16b). El árbol que el apóstol va a usar para la ilustración es el olivo, símbolo del Espíritu Santo, ya que el aceite representa la acción santificante y fortificante del Espíritu de Dios (v. especialmente el cap. 4 de Zacarías). Por eso, el olivo es el árbol que mejor ilustra las promesas pactadas por Dios con su pueblo. Si tenemos esto en cuenta, entenderemos mejor el uso que Pablo hace de esta ilustración:

(a) La raíz de este «olivo» es Abraham (v. cap. 4, entero, 9:7–9 y Gá. 3:29; 4:21–31), de quien descienden, según la carne, los que son israelitas según la carne; pero todos los verdaderos creyentes somos descendencia espiritual de Abraham. Las *«ramas»* representan, pues, a los descendientes de Abraham. Las *ramas que fueron desgajadas* (v. 17) son los judíos incrédulos (comp. 9:6, 7), que han perdido así el derecho a las promesas pactadas. Pablo compara a los gentiles a un *olivo silvestre,* es decir, no cultivado (también llamado «acebuche»), cuyo fruto es muy inferior al del olivo fértil, cultivado. En la ilustración de Pablo, representa a un árbol inútil de suyo para dar el deseado fruto. Al creer, siguiendo los pasos del creyente Abraham (4:12), los gentiles que han recibido el Evangelio *se han injertado entre* (no *en lugar de) las ramas,* y participan así *con ellas de la raíz,* con *la savia* que ésta chupa del suelo (de Dios y del Mesías). Nótese que Pablo llama a este injerto *contra naturaleza* (v. 24), porque, para producir buenas olivas, se injerta el esqueje de olivo fértil en el tronco del acebuche, pero aquí pasa lo contrario (lo mismo ha de observarse en 6:5 y Juan 15:1 y ss., al ser unidos a Cristo).

(b) De aquí procede Pablo a amonestar a los gentiles convertidos al Evangelio a que no se ensoberbezcan, jactándose contra las ramas que, por su incredulidad, fueron desgajadas, pues no es la rama la que sostiene a la raíz, sino la raíz a la rama (vv. 17, 18). Los gentiles podrían sentirse tentados a pensar (v. 19) que los judíos fueron excluidos precisamente *para que* los gentiles fuesen admitidos, pero esa conclusión es falsa. La realidad es que los gentiles fueron admitidos *porque* los judíos fueron excluidos. Y, ¿por qué fueron excluidos los judíos? *Por su incredulidad* (v. 20). Y, ¿por qué fueron los gentiles recibidos? *Por la fe* (v. 20b). Al ser la salvación un don de Dios, nadie tiene motivo para jactarse, sino para temer. Para temer, ¿qué?, ¿perder la salvación? Así opina la Iglesia de Roma. Pero el creyente verdadero no puede perder la salvación (Jn. 10:28, 29). «Caer» (1 Co. 10:12), «ser cortado» (v. 22, al final, comp. con Jn. 15:2) no significan aquí «perder la salvación adquirida». Pablo se dirige, no a individuos, sino a colectividades (v. 22). Dios ha sido *severo* (el apóstol usa aquí el vocablo *apotomía*, que, en realidad, significa «cortar, separar») con los israelitas incrédulos. La misma severidad espera a los gentiles con una profesión de fe que no responda a la realidad de una conversión sincera. Dice J. Murray: «La cláusula condicional en este versículo. «Si permaneces en esa benignidad» sirve para recordar que no

hay seguridad en el vínculo del Evangelio aparte de la perseverancia. No hay tal cosa como la continuación en el favor de Dios a pesar de la apostasía; la acogida salvífica de Dios y la perseverancia son correlativas».

(c) Pablo termina esta sección adelantándose al «misterio» que va a exponer en los versículos 25 y ss., pues en los versículos 23 y 24 late la esperanza implícita de que llegará un día en que Israel pondrá su fe en el Mesías a quien crucificaron y serán injertados de nuevo en el olivo al que, desde el principio, pertenecían. Son llamados *«ramas naturales»* en el sentido de que fueron cortados del olivo fértil al que, por naturaleza, pertenecían, mientras que los gentiles fueron injertados *«contra naturaleza»*. Si Dios tiene poder para injertar a los que son «contra naturaleza», ¿cómo no lo será para volver a injertar (v. 23) las ramas naturales? El judío tiene un fondo, una raíz, que tiende de suyo a la comunión con Dios por medio del Mesías, no por méritos propios, sino por elección de Dios (comp. 9:4, 5), algo que no poseía el paganismo. De ahí que la conversión de los judíos sea presentada por el apóstol en términos de reavivamiento universal (v. 15). ¡Primero, al judío! Y Dios no ha cambiado la táctica.

Versículos 25–32

Como hemos dicho anteriormente, Pablo ha expresado implícitamente su esperanza en la conversión nacional de Israel en el futuro. Ahora va a declararla explícitamente.

1. La partícula causal *gar («Porque»)* con que comienza el versículo 25 da a entender claramente que el apóstol sabía, por revelación divina (por eso lo llama *«misterio»),* que Israel como nación, no todos y cada uno de los individuos israelitas, se convertirían al Evangelio un día futuro. El griego tiene *«pas»* (distributivo), no *holós* (todo entero) en el versículo 26. Ahora bien, esta conversión futura de Israel no era «misterio» en el sentido de que tal evento no estuviese ya profetizado, puesto que Pablo echa mano de citas del Antiguo Testamento para probarlo. El «misterio» que el apóstol quiere que no ignoren los gentiles creyentes, no sea que se enorgullezcan de su posición actual, es *«que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles»* (v. 25b).

2. Qué haya de entenderse por *la plenitud de los gentiles* es algún tanto «misterioso» a juzgar por las interpretaciones más o menos desatinadas de los exegetas. Más bien que mirar al parecido entre el *pléroma* del versículo 25 con el del versículo 12, es preciso mirar al contexto posterior (vv. 26, 27). Según este contexto, la conversión de Israel se llevará a cabo en la Segunda Venida del Señor, y ésta tendrá lugar al final de la Gran Tribulación. Entonces, como demuestra S. C. Mills con gran aparato de testimonios tanto de los profetas como de los tárgumes rabínicos, «*la plenitud de los gentiles*» coincide con *el cumplimiento de los tiempos de los gentiles* que Jesús profetizó (Lc. 21:24). Por tanto, no puede significar «hasta que se haya completado el número de los gentiles que han entrado en la Iglesia», y eso por dos razones: (a) porque la Iglesia está compuesta de judíos y gentiles; (b) porque, según Apocalipsis 7:9 y ss., serán innumerables los gentiles que se convertirán a través de la Gran Tribulación. Los rabinos han entendido que el Mesías ha de venir al final del *tiempo de la angustia de Jacob* (Jer. 30:7).

3. El apóstol apoya con dos citas del Antiguo Testamento lo que acaba de decir:

(A) De Isaías 59:20, 21b (v. también Is. 27:9), cita Pablo para mostrar que estaba anunciada la futura venida de un Salvador o Libertador para Jacob, es decir, Israel. El apóstol cita de memoria, libremente, pues el texto hebreo dice que *vendrá a Sion* (comp. con Zac. 14:4) y el de los LXX dice *a causa de Sion*, pero la idea es, de todos modos, que la conversión de Israel será efecto de la Segunda Venida del Mesías. Para los amilenialistas, este texto o no tiene relevancia alguna para Israel o debe entenderse «en sentido general». Dice J. Murray: «No se sugiere aquí ningún privilegio o estado que no sea común a judíos y gentiles en la fe de Cristo». Y, en la misma vena comenta el jesuita Vicentini: «Pero Cristo en su primera venida no convirtió a los judíos, y para su segunda venida su conversión ya se habrá producido. Por eso hay que tomar el texto en un sentido general; la conversión de los judíos será la obra de Cristo en su vida terrestre o a través de la Iglesia». ¿Cabe mayor disparate?

(B) El segundo texto parece tomado de Jeremías 31:31–34, aunque los dos textos de Isaías, citados anteriormente, prestan suficientemente apoyo a la tesis de Pablo. Se trata en estos textos de una renovación del pacto, o de un nuevo pacto con Israel, cuando Jehová haya borrado los pecados del pueblo en virtud de la obra de la Redención. Cuando se compara el texto de Jeremías 31 con Ezequiel capítulos 36 y 37 (especialmente, Ez. 36:22–28), se ve que el nuevo pacto, aunque en sus aspectos espirituales se cumple ya en la Iglesia, tiene su cumplimiento total y final en el pueblo de Israel, conforme a las

promesas hechas a Abraham, a Jacob y, sobre todo, a David. *«Mi pacto con ellos»* (v. 27) se refiere, sin duda alguna, al *«Jacob»* del versículo anterior.

4. El apóstol ahonda todavía más en el fundamento de esta predilección de Dios hacia Israel (vv. 28, 29). Es cierto que, de momento, la masa del pueblo judío se muestra hostil al Evangelio, con lo que precisamente la puerta de la salvación ha quedado abierta de par en par para los gentiles (vv. 11 y ss.), pero no por eso han dejado de ser el pueblo elegido de Dios, *por amor a los patriarcas* (Abraham, Isaac y Jacob), es decir, por las promesas que Jehová, en su predilección hacia Israel, les hizo (comp. con Dt. 7:8; 10:15), no precisamente por la fe que ellos ejercieron. Así lo prueba el versículo 29: *«Porque los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables»*. Es muy probable que Pablo tuviese en mente el segundo oráculo de Balaam (Nm. 23:18–24), aunque el concepto aparece a lo largo de las páginas del Antiguo Testamento. Ahora bien, Dios es el mismo para todos: Su llamamiento es también irrevocable para nosotros que hemos creído en el Salvador. Dice S.C. Mills: «¡Qué consuelo aporta esto al creyente! ¡Qué ansiedad es disipada con esta verdad! En Cristo, *a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó»*.

5. Finalmente, en unas frases que nos recuerdan lo que ha dicho en 3:9 y repetirá en Gálatas 3:22, Pablo toma ocasión del giro paradójico de la historia de la salvación, bajo la acción asombrosa de la divina providencia, para afirmar que así como los gentiles eran en otro tiempo desobedientes (no creyentes), pero habían alcanzado pronta misericordia a causa de la incredulidad de Israel, así también *ahora* (nótese el énfasis en ese *ahora* de los vv. 30 y 31) los judíos han rehusado creer el Evangelio, pero la entrada de los gentiles a participar de las bendiciones espirituales prometidas a la descendencia de Abraham había de provocar a celos (así lo esperaba y deseaba Pablo) a los judíos, de forma que, un día, también ellos habrían de alcanzar misericordia y recibir al Mesías al que otrora rechazaron. *«Porque* (v. 32) *Dios encerró a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos.»* ¡Qué dulce conclusión! ¡Qué estupenda maravilla! Comenta S. C. Mills: «Así como un pescador recoge en la red toda su pesca, así también Dios ha recogido juntamente al judío y al gentil, ambos desobedientes, para tener misericordia de ambos. El pecado ha atrapado a la humanidad. Sólo la misericordia de Dios puede sacar de la red del pecado al pecador. No hay mérito en ningún hombre, ya se considere a los individuos o a la raza. El mérito pertenece únicamente a Dios».

Versículos 33–36

Después de considerar los misteriosos caminos de Dios para llevar a la fe tanto a los gentiles como a los judíos, Pablo estalla en un himno de alabanza a la sabiduría y a la misericordia de Dios.

1. La primera parte del versículo 33 puede interpretarse de dos maneras: (A) La *«profundidad»* de que habla Pablo afecta por separado a las *riquezas, a la sabiduría y al conocimiento de Dios.* (B) Las *riquezas* son *riquezas de la sabiduría y del conocimiento.* J. Murray da como probables ambas versiones, pero se inclina a favor de la segunda. Vicentini se inclina abiertamente, con base en el original griego y en contra de la Vulgata, a favor de la primera. En efecto, como él mismo dice, no sólo los tres genitivos dependen por igual de *báthos*, profundidad, sino que «el abismo de la riqueza designa más especialmente los tesoros de la bondad infinita, de la cual tanto se habló en los últimos versículos. Sabiduría y ciencia, reunidas, indican el conocimiento y el plan *(sabiduría)* divinos de nuestra salvación». Sería muy extraño que, después de poner de relieve la misericordia de Dios, Pablo dejase a un lado la *riqueza* de ella.

2. En la segunda parte del versículo 33, son de notar los siguientes detalles: (A) El vocablo para *«inescrutables»* ocurre únicamente aquí en todo el Nuevo Testamento. Es un compuesto del *«escudriñáis»* de Juan 5:39 (muy distinto del de Hch. 17:11), fortalecido por la preposición *ex* y con el prefijo *aná* en sentido de negación. Con esto se da a entender que los juicios o designios de Dios resultan indescifrables y desconcertantes para la mente humana (comp. con Is. 55:8, 9). (B) El término para *«insondables»* significa, en realidad, que es imposible seguir el rastro de las huellas que los pies de Dios dejan a su paso por la historia. No podemos seguir las huellas de Dios en su providencia, pero ¡gracias le sean dadas porque podemos seguir de cerca las huellas de su Hijo en su gracia! (v. 1 P. 2:21).

3. Para dar razón de sus exclamaciones del versículo 33, Pablo se hace eco, en los versículos 34 y 35, de porciones como Job 15:8; 41:11; Isaías 40:13 y Jeremías 23:18. En 1 Corintios 2:16, volverá sobre esta idea. Vemos aquí tres preguntas: (A) *«¿Quién conoció la mente del Señor?»* (lit.), es decir, ¿quién ha entrado jamás en la cámara secreta de los designios de Dios? (comp. Dt. 29:29). (B) «¿O *quién llegó a ser*

su consejero?» (lit.). El vocablo para «consejero» es único en el Nuevo Testamento y significa «el que toma decisiones, o aconseja a tomar decisiones, tras deliberación con otros del mismo gremio». ¿Podemos imaginarnos a Dios deliberando en compañía de seres creados qué es lo que se debe hacer en una determinada circunstancia? (C) *«¿O quién le dio a Él primero y le será abonado?»* (lit.). El sentido de este versículo 35 está claro: Dios no es deudor de nadie, pues siempre ha tomado la iniciativa en dar; además, es infinitamente rico; nadie puede añadir un ápice a lo que Él ya tiene; finalmente, todo lo que podamos dar a Dios, nos ha sido dado antes por Él.

4. El versículo 36, además de ser una confesión explícita de nuestra dependencia respecto de Dios, es la razón por la cual Dios no puede ser deudor de nadie, *porque de Él* procede todo, *mediante Él* se sostiene todo y *hacia Él*, como a su meta final, tienden *todas las cosas* (comp. con Col. 1:16, 17, donde similares expresiones se aplican a Jesucristo). Por tanto, *«a Él sea la gloria por los siglos. Amén»*. Con esta doxología se cierra la parte doctrinal de la Epístola, a la vez que se expresa bien la omnímoda dependencia nuestra, de todos, con respecto a Dios. La opinión de Trenchard de que «la doxología se dirige al Trino Dios» no tiene fundamento alguno, pues, como observa Murray, «La falacia puede verse fácilmente en el hecho de que el Espíritu Santo en ninguna parte es presentado como la persona de la Deidad para la que (o hacia la que), por vía de eminencia, son todas las cosas».

CAPÍTULO 12

Con este capítulo, comienza la parte práctica, exhortativa, de la Epístola. I. La vida cristiana es un proceso de santificación, primero en nuestro interior (vv. 1, 2). II. Después, en relación especial con los demás miembros de la congregación cristiana (vv. 3–8). III. Luego, con la sociedad en general (vv. 9–21).

Versículos 1–2

1. El apóstol comienza *exhortando* a los creyentes *(hermanos)* a una dedicación total a Dios, semejante al holocausto. Lo hace, *por* (esto es, *en vista de) las compasiones* (lit.) *de Dios.* La razón por la que «compasiones» está en plural es por el uso de los LXX que traducen así el plural hebreo *rajamim*. El tono sacrificial se advierte en todo el versículo 1, así como se percibe la diferencia con los sacrificios del Antiguo Testamento. (A) Al nombrar el «sacrificio», Pablo dice que es *«nuestro culto espiritual» (logikén latreian,* comp. con 1 P. 2:2, donde vemos *logikón gála*, leche espiritual). Lo mismo expresa Pedro (1 P. 2:5) cuando dice que somos *«sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales»*. (B) Pero, a fin de que no pensemos que se trata meramente de una actitud interna, sin expresión exterior, el apóstol exhorta a presentar *«nuestros cuerpos»*, ya que el ser humano se expresa, obra y se desgasta *por medio del cuerpo* (2 Co. 5:10). (C) Al ser miembros de Cristo y templo del Espíritu Santo, este sacrificio es *vivo,* puesto que no se ofrece con la muerte, sino con la vida, de la víctima; es *santo,* puesto que se ofrece en unión, con Cristo (v. He. 13:15) y, por tanto, *aceptable a Dios* (comp. 6:13). Esta es la verdadera liturgia, la verdadera adoración (latría) en espíritu y en verdad que Dios exige y acepta (Jn. 4:24)

2. El versículo 2 nos enseña cómo se consigue ser una oblación pura y aceptable a Dios. Es un proceso continuo de *transformación* (gr. *metamorphoústhe*, de donde viene «metamorfosis»), ya que el imperativo está en presente continuativo. Esta transformación, (A) exige *no vivir al estilo del mundo* (lit. *no os acomodéis,* no os amoldéis, *al esquema,* al sistema de criterios y actitudes, *de este siglo).* No dice que salgamos del mundo (v. Jn. 17:15), ni que huyamos de la compañía de los mundanos (v. 1 Co. 5:9, 10), sino que no vivamos conforme al estilo de vida de la edad presente, del mundo actual, pues estamos en una nueva era (v. 2 Co. 5:17). Como hace notar Ryrie, la frase griega para «no os amoldéis» únicamente vuelve a salir, en todo el Nuevo Testamento, en 1 Pedro 1:14, que, por cierto, está en un contexto similar. (B) Exige una *renovación de la mente.* El vocablo griego indica que no es una *nueva mente* lo que necesitamos (un nuevo cerebro, etc.), sino una *renovación,* una nueva manera de funcionar, de la mente que poseemos. (C) Sólo con una nueva mentalidad (comp. con 1 Co. 2:16b), constantemente renovada, podemos discernir qué es lo que Dios quiere de nosotros en cada circunstancia. El vocablo griego para *«voluntad» (thélema)* indica que no se trata del acto mismo de querer *(thélesis),* sino del objeto que Dios quiere. Los autores no ven ninguna gradación en lo de «*lo bueno, lo que le agrada, lo*

perfecto». Pero permítaseme (nota del traductor) una observación, favorecida por el empleo del verbo *dokimazo*, probar, examinar, etc., para discernir, en presente de infinitivo: Todos sabemos que, muchas veces, nos encontramos perplejos ante dos objetos *buenos.* ¿Cuál hemos de elegir? El que mejor *agrade* al Señor. Pero, quizá los dos agradan al Señor de la misma manera. Es aquí donde el creyente «perfecto» (maduro), espiritual, guiado por el Espíritu, no por la carne, discierne y escoge lo *mejor*, lo más honroso para la gloria de Dios y lo más beneficioso para el provecho del prójimo, sin tener en cuenta sus intereses privados, personales o familiares.

Versículos 3–8

Lo dicho en los dos versículos anteriores tiene igual validez y medida para todos los creyentes. Pero, dentro de la unidad del Cuerpo de Cristo hay diversidad de capacidades, de dones, de servicios, etc. (vv. 4–8, comp. con 1 Co. 12:4–6). El apóstol hace la exhortación que sigue *«por la gracia que me ha sido dada»* (v. 3); no se refiere aquí a la gracia por la que somos salvos, sino por la gracia del apostolado (1:5), que también a él se le ha dado *«conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno»* (v. 3, al final), donde vemos que *«fe»*, en este contexto, significa «el poder espiritual que se ha dado a cada cristiano al efecto de cumplir con su responsabilidad» (F. F. Bruce). Este poder se da en la *medida* que el desempeño de cada servicio requiere dentro de la comunidad eclesial. Con esta necesaria aclaración por delante, se entiende mejor toda esta porción.

1. Pablo exhorta a *no tener (de sí mismo) un concepto más alto que el concepto que se debe tener, sino a tener un concepto que sirva para pensar con sensatez* (v. 3). Esto es muy interesante y merece un análisis textual detallado. El apóstol echa mano aquí de tres verbos griegos: (A) *phronéo*, que sale 26 veces en el Nuevo Testamento y, con muy distintos matices, tiene un sentido fundamental de «tener la mente controlada por unos determinados sentimientos, intereses, etc., que estimulan a inclinarse en una dirección específica». De este vocablo se deriva «frente», a través de la raíz latina *front*. En la porción que nos ocupa significa *tener un concepto estimativo determinado;* (B) *huperphronéo*, verbo que sale únicamente aquí; es compuesto de *phronéo* y, como puede verse por el prefijo *huper (o hyper),* significa un concepto *sobreestimativo* (¡un sentimiento de superioridad!); (C) *sophronéo*, verbo que sale 6 veces en el Nuevo Testamento y, con diversos matices, viene a significar *tener un concepto estimativo sensato, equilibrado;* el prefijo *so* indica sanidad de juicio (de la misma raíz que el verbo *sozo*, sanar o salvar). Las tres palabras *«de sí mismo»* no están en el original, pero se suplen para dar el sentido conveniente.

2. Lo que Pablo, pues, desea de cada creyente, dentro de la iglesia, es que cada uno tenga *un concepto estimativo equilibrado* (sano juicio), tanto del don recibido de Dios, como del servicio encomendado y la capacidad personal para desempeñarlo. Aunque no siempre la gracia se adapta a la naturaleza, la experiencia (y la Biblia) enseña que Dios *suele* repartir sus dones conforme a la capacidad (no necesariamente la inclinación natural) de cada uno. Esto es de suma importancia. Es cierto que hay hermanos que tienen de sí un concepto más alto del que debían tener (complejo de superioridad) y aspiran a ministerios a los que Dios no los llama. Pero también es cierto que hay hermanos que tienen de sí un concepto más bajo que el que debían tener (complejo de inferioridad, que es tan falso como el otro, pues proviene de la pereza, así como el otro surge de la ambición). Aunque se vista con capa de humildad, este concepto deshonra a Dios, pues le es ingrato, daña al propio sujeto, pues le impide el crecimiento espiritual, y causa perjuicio a la iglesia al privarla de una contribución necesaria por parte de cada miembro, así como perjudica a la iglesia el que cree tener el monopolio del Espíritu y no deja lugar para que otros ejerciten los dones que Dios les ha dado.

3. El apóstol ilustra esto (y, con más detalle, en 1 Co. 12:7 y ss.) con el ejemplo del cuerpo humano (v. 4), el cual, en un solo organismo, dispone de diferentes miembros para las distintas funciones. Y prosigue (v. 5): *«Así también nosotros, a pesar de formar un gran grupo, en Cristo somos un solo cuerpo; y cada uno de nosotros es miembro de todos los demás»* (NVI). Al dejar para el comentario a 1 Corintios 12 el detallar las responsabilidades y los privilegios que esto comporta, debemos ya adelantarnos a decir que, si esta enseñanza bíblica se entendiese bien y se practicase con amor y humildad, cada iglesia local sería un centro de edificación espiritual y de expansión misionera, sin envidias ni recelos de ninguna clase.

4. A continuación, el apóstol detalla siete dones diferentes, y aconseja la forma en que se deben ejercitar *«según la gracia que nos es dada»* (v. 6), frase que equivale a la de *«conforme a la medida de la*

fe» del versículo 3. Aunque el original no tiene el verbo *«úsese»,* se suple convenientemente (contra la opinión de Denney, citado por el Prof. Trenchard). Del mismo modo que en 1 Corintios 12:8–10; 1 Corintios 12:28, 29 y Efesios 4:11, también aquí se observa cierto orden. Observa J. Murray que Pablo no menciona el ministerio de apóstol, porque no lo había, por este tiempo, en Roma. Veamos ya los dones que menciona, así como el modo correcto de usarlos:

(A) Menciona primero *el don de profecía,* que consistía en comunicar mensajes inspirados por Dios, con lo que este ministerio constituía una ayuda tan importante al ministerio apostólico que el mismo Pablo asegura (Ef. 2:20) que la iglesia está edificada *sobre el fundamento de los apóstoles y profetas* (comp. con Ef. 4:11). Esto por otra parte, indica que tal ministerio, por ser «fundante», ha desaparecido de la escena. Es cierto que cualquier hermano puede sentirse movido por Dios a comunicar algún pensamiento que el Espíritu haya puesto en su corazón, pero no es en virtud del ministerio profético específico, sino del que es común a toda la congregación. Este don había de ejercitarse *«conforme a la analogía de la fe»* (v. 6b. lit.); es decir, no significa aquí «conforme a la medida de fe» (v. 3), pues sería una repetición innecesaria, sino «de acuerdo con la revelación ya existente». Como dice J. Murray, «el criterio por el que se ha de juzgar la pretensión de un profeta es el canon de la revelación que ya poseemos» (v. Hch. 17:11).

(B) Después viene el *ministerio* (gr. *diakonía*, comp. con 1 Co. 12:5). Aunque bien podría significar el ministerio de la palabra, no puede descartarse la posibilidad de que se incluya aquí el diaconado específico del que Pablo habla en 1 Timoteo 3:8 y ss. La exhortación es a dedicarse de corazón al ministerio que tal oficio comporta. No es probable que aquí se trate de «servir a las mesas», ya que a esto se alude, al parecer, en el versículo 8.

(C) Tras la *«profecía»* y el *«ministerio»,* los cinco dones restantes mencionan directamente a la persona que ejerce el don. *«El que enseña, etc.»* (v. 7). El original dice *ho didáskon,* el que enseña, no *didáskalos* (comp. con Ef. 4:11), con lo que se da a entender que no se trata de un oficio más o menos permanente, propiamente pastoral, sino del ejercicio de la enseñanza bíblica a cargo de hermanos y hermanas capacitados (v. Hch. 18:26) para ello, ya sea desde el púlpito o en la Escuela Dominical, etc. Contra la mayoría de los autores (nota del traductor), opino que, aun cuando la dedicación a este ministerio es propia de los que ejercen el cargo pastoral, no deben excluirse aquí los hermanos capacitados a quienes los líderes de la congregación, una vez reconocidos el don y la habilidad personales, encargan este ministerio.

(D) Tras el que enseña, el cual se dirige a la mente, viene *el que exhorta* (v. 8), el cual se dirige al corazón. La dedicación a este ministerio requiere gran fidelidad al Señor, mucha humildad (comp. con Gá. 6:1) y tacto exquisito. Es cierto que *paráklesis* significa, sobre todo, *consolación,* pero, como advierte Murray, «la exhortación necesita ser dirigida al cultivo de la paciencia y de la perseverancia, y éstas están íntimamente relacionadas con la consolación». Por ello, aunque la reprensión no se menciona por su nombre, entra también en este departamento, ya que la exhortación no ha de ser solamente estímulo, sino también freno. De ahí la dificultad de un correcto uso de este don. Los hombres (incluidos los creyentes) no suelen sentir repugnancia a que se les diga lo que deben *saber,* sino a que se les advierta lo que deben *hacer.*

(E) Luego viene (v. 8b) *el que comparte* (mejor que «reparte»). Como el significado del verbo *metadídomi* no es *repartir,* sino *compartir,* es muy improbable que aquí hable el apóstol del tesorero o del encargado de dar de los fondos de la iglesia. «Dar» es un don que Dios da y bendice (Hch. 20:35), y Pablo exhorta a usarlo *con sencillez,* es decir, con liberalidad, con rectitud de intención (comp. Ef. 6:5, el mismo vocablo), con alegría (comp. 2 Co. 9:5–7).

(F) Extraña ver en penúltimo lugar al *«que preside».* Católicos como Vicentini y anglicanos como Alford se niegan a ver aquí a líderes que gobiernan en la iglesia, pero resulta que, en la lista de 1 Corintios 12:28, también aparecen en penúltimo lugar. Dice el deán Alford: «Es difícil de creer que los que gobiernan la iglesia, como tales, sean introducidos tan tardíamente en la lista, o que se designen con un término tan general como éste.» W. Newell comenta con cierta ironía: «Naturalmente los que gustan del oficio desearían que se cambiara el orden expresado». En mi opinión (nota del traductor), la solución de esta aparente anomalía se halla en 1 Timoteo 5:17, donde leemos: *«Los ancianos que gobiernan* (el mismo verbo que aquí) *bien, sean tenidos por dignos de doble honor* (respeto por el oficio que ejercen, y remuneración—véase el versículo 18—por la *solicitud* con que se dedican), *principalmente los que trabajan en predicar y enseñar».* Esto demuestra que hay líderes de iglesia *(«ancianos»,* considerado

como «oficio») que no pastorean con la predicación o la enseñanza de la Palabra, pero Dios les ha capacitado con intuición, dotes de gobierno, iniciativa, discernimiento y sentido común para el gobierno de la comunidad, por lo que son muy útiles para compartir el liderato. A éstos exhorta Pablo a ejercer su don *con diligente solicitud* (NVI), no por lucro, sino de buena gana (v. 1 P. 5:1 y ss.) y, como dice Trenchard, con «una dosis especialmente fuerte de gracia y de humildad, pues al «yo carnal» le gusta destacarse y mandar». Aparecen, pues, en este lugar, más como «oficio» que como «ministerio», del que ya hemos visto a comienzo del versículo 7.

(G) Finalmente, se menciona al que tiene el don de *hacer misericordia* o, como parafrasea la NVI para dar bien el sentido, *el que tenga el* (don) *de asistir a los que se hallan en apuros.* No cabe duda de que se trata aquí del ministerio de visitación a los enfermos o afligidos y así lo entienden comúnmente los autores. Comenta atinadamente E. Trenchard: «Los miembros de una congregación pasan por muy variadas circunstancias, a veces por su propia culpa, a veces por fuerzas externas e inevitables. El hecho es que pueden hallarse postrados, desanimados o apremiados por diversas presiones. Muy a menudo es preciso que sean visitados para que haya la posibilidad de extenderles una mano de ayuda y mostrarles la compasión y la simpatía necesarias para levantarles de su postración». Esta labor ha de hacerse, dice el apóstol, *con alegría* (lit. *con hilaridad,* como en 2 Co. 9:7). El vocablo griego indica aquí prontitud, disponibilidad y sincero deseo de ayudar, como quien *goza* en ello; todo lo contrario del «rostro sombrío», la visita de etiqueta y las fórmulas rutinarias, manidas, que más bien producen desaliento que consuelo (comp. con el v. 15).

Versículos 9–21

1. En estos versículos, el apóstol exhorta a observar ciertas normas sociales que incluyen, es cierto, la comunión fraternal entre los miembros de iglesia, como se ve especialmente en los versículos 9–13, pero pronto se extienden para dar cabida a todos nuestros semejantes. Podemos afirmar que el versículo 9 da la pauta para todo lo que sigue hasta el final de este capítulo. *«El amor debe ser sincero»* (NVI, lit. sin *hipocresía),* dice Pablo. Hay muchas expresiones afectuosas, vacías de verdadero amor (v. 1 Jn. 3:16–18). Trenchard conocía bien «el paño» cuando dice: «El verdadero amor no va a hablar mucho del amor porque estará demasiado ocupado en el servicio abnegado, de modo que la reiteración pública del tema casi siempre encubre cierta dosis de hipocresía». Y, para mostrar que el amor no es un sentimiento blandengue, contemporizador, añade: *«Aborreced lo malo, adheríos a lo bueno»* (v. 9b, comp. con Sal. 97:10; Fil. 4:8). Dice Newell: «¡Para ser buen cristiano hay que ser buen aborrecedor!» Son de notar los siguientes detalles:

(A) Los dos participios griegos están en presente continuativo; es decir, tanto el odio al mal como la adhesión al bien han de ser actitudes constantes del cristiano, no resultados de un momento de exaltación.

(B) El vocablo griego para *«malo»* es el mismo con que se califica al «Maligno», es decir, al diablo (v. 1 Jn. 5:19). Y, como el diablo es la antítesis del Dios bueno (comp. con Mt. 12:17), no es extraño que se nos exhorte (1 Ts. 5:22) a *abstenernos de toda forma* (lit.) *de mal,* es decir, aun de la apariencia (gr. *eidos)* de mal. Como decían los romanos: «La mujer de César no sólo debe ser honesta, sino que también debe parecerlo».

(C) El verbo para *«adheríos»* continuamente, es el mismo que se usa en lugares como Mateo 19:5 (cita de Gn. 2:24); Lucas 15:15; 1 Corintios 6:16, 17. Es, pues, la adhesión más fuerte que puede darse.

2. En el versículo 9, Pablo ha descrito la cualidad distintiva del amor verdadero en general, aunque en su grado más alto (gr. *agápe).* Ahora (v. 10a) trata del amor entrañable y usa un vocablo *(philóstorgoi)* que se aplicaba especialmente al amor conyugal, paternal, fraternal y filial. Se trata de un amor recíproco, de cálido afecto y sincera amistad. La segunda parte del versículo es consecuencia de la primera: Si hay verdadero amor fraternal, ningún miembro buscará la preferencia en los honores, sino que con gusto cederá a otro esta preferencia o se adelantará a tributarle el honor. Esto no es producto de la naturaleza (por naturaleza, cada uno busca para sí el honor), sino efecto de la gracia. El texto da a entender que no hemos de esperar a que el hermano se adelante a concedernos ese honor.

3. Siguen ocho exhortaciones (vv. 11–13) que tienen especial relevancia en el conjunto de la vida cristiana y aparecen en tres grupos de tres, tres y dos respectivamente, con cierta conexión entre las del mismo grupo:

(A) El versículo 11 dice literalmente: *«En la diligencia, no morosos; en el espíritu, fervientes; sirviendo* (con plena y continua dedicación) *al Señor»*. Véase cómo se complementan estas actitudes espirituales: En la primera se nos exhorta a lanzarnos con entusiasmo, con celo, a realizar cuanto antes las actividades espirituales que el Señor y la iglesia demandan y esperan de nosotros. El griego *ókneros* no indica el haragán que no hace nada, sino el moroso que trabaja con desgana o deja para mañana, para más adelante, lo que debe hacer aquí y ahora. Para esta diligencia espiritual, se necesita un espíritu *ferviente,* de hervor o ardor. Dice S. C. Mills: «El cristiano debe ser una persona con fuego en sus venas, con todo su ser ardiendo por la causa de Cristo». Y, ¿cómo sentirá ese fuego el que no esté dedicado enteramente al servicio del Señor? Dice J. Murray: «Cuando el desánimo alcanza al creyente y le sigue el desmayo de espíritu, es porque las demandas del servicio al Señor han cesado de ocupar en su pensamiento el lugar principal».

(B) La siguiente tríada (v. 12) es muy expresiva dentro de su lacónica concisión: *«Gozosos en la esperanza, pacientes en la aflicción, perseverantes en la oración»* (lit.). S. C. Mills ha captado muy bien el trasfondo de esta exhortación cuando dice: «En esta porción de la Epístola, el apóstol está aguijoneando a los santos de Roma a vivir en una actitud de expectación de la venida del Señor, mientras continúan, como buenos soldados en el frente de batalla, llevando adelante su milicia frente al odio y la persecución, lo cual sólo podían llevar a cabo mediante una resuelta paciencia y una continua perseverancia en la oración». En efecto, es precisamente la expectación de la pronta Venida del Señor a recoger a los suyos lo que llena de gozo al creyente y le da fuerzas para soportar el peso de las aflicciones (gr. *hupoménontes),* a la vez que no ceja en la oración, no sólo para pedir gracia y suplicar poder, sino también para decir anhelante: «*¡Sí, ven, Señor Jesús!»* (Ap. 22:20). Nótese que, de nuevo, los tres participios de este versículo están en tiempo presente (continuativo).

(C) El versículo 13 comprende, mediante dos exhortaciones, algo que los creyentes no deben pasar por alto mientras esperan la Venida del Señor: *«compartir con los hermanos* (v. 1 Jn. 3:16–18) *y practicar la hospitalidad»* (comp. He. 13:2). Alguien ha dicho: «El cristianismo es una fe de mano abierta, de corazón abierto y de puerta abierta». El que cierra, no sólo excluye a otros, sino que se queda solo. Y «¡Ay *del solo!»* (Ec. 4:10).

4. En los versículos 14–21, hallamos dos grupos de exhortaciones:

(A) El primero comprende los versículos 14–18 y, con ciertas variaciones, tiene aplicación lo mismo dentro de la iglesia que en relación con los inconversos.

(a) El apóstol exhorta aquí a bendecir a los que nos persiguen (v. 14), con una bendición que excluya toda mezcla de maldición. No se trata en este versículo de devolver bien por mal en el terreno de la acción, pues de eso se ocupan los versículos 17 y 19, sino de invocar sobre los que nos persiguen la bendición de Dios (v. Lc. 2:34; 1 Co. 10:16; He. 11:20). El énfasis parece caer sobre perseguidores inconversos, pero, como observa Newell, «no tropecéis si encontráis a otros cristianos que hablan mal de vosotros. *¡Bendecidlos también!»* Jesús nos dio el gran ejemplo, de palabra (Lc. 6:27, 28) y de obra (1 P. 2:23).

(b) La siguiente exhortación (v. 15) requiere *simpatizar,* no en el sentido que se le suele dar de «caerle a uno en gracia una persona», sino en el sentido etimológico (v. el verbo *sympathenai* en He. 4:15) de compartir los sentimientos ajenos en la medida en que nos es posible ponernos en el lugar de otro: *«Alegrarse con los que se alegran y llorar con los que lloran»,* dice textualmente el versículo con dos infinitivos y dos participios, los cuatro en tiempo presente. Para lograr esta actitud es menester un amor generoso y una humildad a toda prueba; no valen aquí las buenas palabras ni las lágrimas de cocodrilo. Por cierto, no es muy difícil llorar con los que lloran; es mucho más difícil alegrarse con los que se alegran, porque al consolar, nos sentimos de algún modo superiores, pero ¡cuán difícil resulta felicitar sinceramente a quienes logran éxitos sin ser tentados a celos y envidia, especialmente cuando al preferir al otro se nos pospone a nosotros!

(c) El siguiente versículo se entiende mejor con la versión de la NVI: *«Haya entre vosotros mutua armonía de sentimientos. No seáis altaneros, sino condescended a llevaros bien con las personas de modesta posición (o, condescended a ocuparos en oficios humildes). No os tengáis por sabios a vuestros propios ojos»* (comp. 11:25; Pr. 3:7). No se nos pide aquí tener todos la misma opinión. El verbo es *phronéo,* como en el versículo 3, e indica el respeto que hemos de guardar los unos hacia lo que los otros sienten y piensan, de forma que la mutua armonía en la congregación se obtenga mediante mutuas concesiones y sin desdeñar el consejo de hermanos de espiritualidad probada, aunque carezcan de grados

académicos en estudios «superiores». El mayor obstáculo proviene de quienes piensan tener siempre toda la razón, por el alto concepto que tienen de sí mismos. De ahí la relevancia del versículo 3 al comienzo de toda esta exhortación del apóstol. Dice J. Murray: «Del mismo modo que no debe haber en la iglesia ninguna aristocracia social, tampoco debe haber ningún autócrata intelectual».

(d) Los versículos 17 y 18 recogen el pensamiento del versículo 14 en el terreno de la acción. No sólo hemos de *bendecir* a los que nos maldicen y a los que nos persiguen, sino que hemos de *hacer siempre el bien* aun a los que nos hacen, o nos han hecho, mal. No se trata aquí de la administración pública de la justicia, sino de relaciones personales. La segunda parte del versículo 17 se entiende mejor en la NVI: *«Poned cuidado en hacer lo que está bien a la vista de todos»,* no sólo a los ojos de Dios (comp. con 2 Co. 8:21). *«Todos»* incluye, pues, también a los de fuera de la iglesia. La misma inclusión se observa en el versículo 18, en que se nos exhorta a *estar en paz con todos los hombres, en cuanto dependa de nosotros, si es posible.* Esta actitud pacífica del cristiano hacia todos los hombres requiere, como dice el apóstol, dos condiciones: *Primera, «en cuanto depende de nosotros»;* es decir, si se llega a una discordia, que no sea por nuestra culpa; hemos de intentar por todos los medios honestos mantener la paz y la concordia. *Segunda, «si es posible»,* con lo que apunta a la condición objetiva en que los derechos de la verdad, de la justicia y del deber tienen primacía sobre la concordia con nuestros semejantes. No se puede guardar la paz al precio de la negación de nuestra profesión cristiana (v. Mt. 10:34–36; Lc. 12:51–53).

(B) En los versículos 19–21, y en un contexto que tiene que ver enteramente con nuestra relación hacia los de afuera, el apóstol toma un tono de mayor ternura todavía, por la dificultad de observar lo que dice a continuación. Como hace notar Murray, Pablo que comenzó exhortando *«por las compasiones de Dios»* (v. 1), añade ahora (v. 19) el cariñoso epíteto de *«amados»* (gr. *agapetoí).* Tenemos en estos versículos:

(a) Una exhortación general (v. 19): *«No os venguéis vosotros mismos, sino dejad lugar a la ira de Dios».* De Dios no está en el original, pero se suple en la mayoría de las versiones para no dar ocasión a confusiones, pues el contexto posterior exige que se entienda así: no la ira del enemigo, ni la nuestra, sino la de Dios, ya que, como dice Pablo al citar de Deuteronomio 32:35, la venganza es prerrogativa de Dios como Juez Universal que dará a cada uno su merecido.

(b) Un caso particular (v. 20), citado de Proverbios 25:21, 22 (v. el comentario a dicho lugar): *«Sino que* (lit.), *si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber».* Pablo añade ese *«sino que»* (gr. *allá)* a la cita de Proverbios, como si dijese: *«Lejos de vengarte, etc.».* El verbo griego indica en el «dar de comer» una alimentación abundante, suficiente para que no desfallezca; lo mismo en el «dar de beber». La razón por la que Pablo cita estos ejemplos es porque la generosidad que no se manifiesta prácticamente en actos de beneficencia podría ser mera jactancia de lengua y de palabra (comp. con 1 Jn. 3:17, 18).

(c) El resultado de esta actitud heroica (vv. 20b, 21). Sigue Pablo citando de Proverbios 25:22: *«Pues haciendo esto, amontonarás sobre su cabeza carbones encendidos»,* es decir, le llevarás a la reflexión seria y al arrepentimiento, en vista de tan asombroso y extraordinario acto de generosidad. Ésta es la manera más eficaz (v. 21) de vencer con la generosidad del amor (el bien) la hostilidad del odio (el mal). J. Murray demuestra sobradamente que ésta es la única interpretación correcta del versículo 21.

CAPÍTULO 13

En este capítulo se nos enseñan tres importantes lecciones: I. Una lección de sujeción a las autoridades legítimas (vv. 1–6). II. Otra, de justicia y amor hacia el prójimo (vv. 7–10). III. Una tercera, de sobriedad y piedad personales (vv. 11–14).

Versículos 1–6

Como observa J. Murray, toda esta porción de la Epístola, hasta 15:13, no es un paréntesis o una sección aparte, sino que también «las obligaciones que respectan a nuestra sujeción a las autoridades pertenecen a "*lo que Dios quiere: lo bueno, lo agradable y lo perfecto"* (12:2)». Hay quienes olvidan que nuestra ciudadanía es doble: la del cielo, que motiva toda nuestra conducta en este mundo; y la de la

tierra, que pertenece también a lo que Dios quiere de nosotros. En realidad, los cristianos han de procurar ser los mejores ciudadanos del Estado, del que son súbditos, con los beneficios y obligaciones que ello comporta.

1. Pablo comienza mencionando la *sumisión* que debemos a las *autoridades superiores* (v. 1). El término griego para «sumisión» indica «subordinación voluntaria», no sujeción servil; es el mismo de Efesios 5:21 y ss. Para «persona», Pablo usa *psyche,* que también se traduce por «alma», quizá para indicar que nuestra sumisión ha de ser cordial, no sólo exterior. Las autoridades aquí mencionadas son sin duda alguna, las que gobiernan en cada Estado—«civiles, judiciales y militares»—(Trenchard), desde el rey o presidente hasta el alcalde del lugar; hay que obedecerlas en todo lo que no se oponga a la ley de Dios.

2. La razón que da el apóstol (vv. 1b, 2) es que toda autoridad deriva de Dios su fundamento y su ejercicio: su razón de ser y su poder coercitivo. Precisamente, por haber sido *establecidas por Dios* (v. 1), los que se oponen y resisten a estas autoridades, *se oponen a lo establecido por Dios* (v. 2) e incurren, no sólo en el *juicio* (gr. *krima)* o pena que el magistrado (vv. 3–5) pueda imponerle por su desobediencia, desacato, resistencia o rebelión, sino también (contra la opinión de Trenchard) en el juicio de Dios, puesto que es cuestión de *conciencia* (v. 5). No importa que el poder sea administrado por un tirano, un dictador, etc. Es obvio que el apóstol trata del poder *de facto,* de hecho; de lo contrario, cada uno podría hacer de su capa un sayo. ¿Quién era el supremo magistrado del Imperio cuando Pablo escribía esto? ¡Nerón! Por eso, al mencionar las autoridades, dice el apóstol *«las que hay»,* es decir, las existentes de hecho. Dice Ryrie: «Esto no quiere decir que sólo determinadas formas de gobierno hayan sido establecidas por Dios. Dios ha establecido, y sostiene, el principio de gobierno, aun cuando haya gobiernos que no cumplen los deseos de Dios».

3. Pablo profundiza más en esta razón (vv. 3, 4) al considerar las funciones asignadas a los gobernantes (gr. *árkhontes),* las cuales no están, de suyo, orientadas a perseguir y atemorizar a los buenos ciudadanos, sino a los que cometen crímenes, violan las leyes y perturban el orden público. Decimos «de suyo», porque también en las autoridades de todo género puede entrar la corrupción, la violencia y la sinrazón en el modo de legislar y de ejecutar las leyes, pues no somos gobernados por ángeles, sino por hombres de la misma naturaleza que nosotros y expuestos a las mismas pasiones y tentaciones. Pablo añade que el gobernante es *un servidor* (gr. *diákonos) de Dios para nuestro bien,* para el bien del que obra el bien (v. 4) y, en esa condición de *servidor de Dios,* es vengador (gr. *ékdikos,* ejecutor de la justicia) *para castigar al que practica lo malo.* La frase *«porque no en vano lleva* (gr. *phorei*, esto es, como emblema significativo y parte integrante de su oficial uniforme) *la espada»* indica, ni más ni menos, la autoridad con que Dios ha investido al magistrado para imponer la pena capital en casos determinados, por lo que la autoridad conferida al gobierno en el pacto noético (Gn. 9:6) no puede considerarse caducada. Quienes objetan, pues, contra la pena de muerte, no pueden apelar a la Biblia para sostener su opinión.

4. Al ser los gobernantes *servidores de Dios,* la sumisión que se les debe *no es sólo por razón del* justo *castigo* (v. 5) que pueden imponer, *sino también por causa de la conciencia,* es decir, es un caso de conciencia delante de Dios, como siempre que Pablo alude a la conciencia del creyente. El enlace con el versículo 6 *(«Pues por esto»)* da a entender que es también un caso de conciencia *pagar los tributos,* ya que los gobernantes *se dedican continuamente* a recoger los tributos públicos y distribuir los beneficios públicos como *funcionarios públicos* (gr. *leitourgoí,* de donde viene «liturgia») *de Dios,* como delegados de Dios para el bien común; el texto original, pues, pone de relieve la gran dignidad de esta función del gobierno y, en consecuencia, la grave responsabilidad del gobierno en la justa administración de los fondos públicos. Los gobernantes, en palabras de Calvino (citado por Murray), «deben recordar que todo lo que reciben del pueblo es propiedad pública, no un medio de satisfacer sus personales pasiones y procurarse un cómodo bienestar».

Versículos 7–10

Los versículos 7–10 nos enseñan una doble lección con respecto a la convivencia ciudadana:

1. Una lección de justicia (v. 7), que desborda el campo de nuestro deber hacia el gobierno, para ocupar todo el espacio que requiere el descargo de nuestras obligaciones para con todos nuestros semejantes. *«Pagad a todos* (gr. *pasin,* a cada uno, distributivamente) *las deudas»* (lit.), es decir, lo que se

les deba. Pablo usa dos vocablos diferentes para designar deudas materiales: *phóron* (el mismo vocablo del v. 6) y *télos*. El primero designa lo que en España llamamos «contribución» (rústica y urbana, así como el *impuesto* sobre la renta o ingresos). El segundo, llamado *télos*, fin, por ser el resultado de una transacción, indica todo pago implicado en los derechos de aduana, así como en el cambio de moneda, por lo que en el Evangelio se llama *telónes* al cobrador de impuestos (lo que implicaba el pago en moneda romana), mejor conocido, de acuerdo con nuestras versiones, como «publicano», así llamado del latín *publicanus*, arrendador de los impuestos públicos. Por ser un pago mediante agentes particulares, entra en este versículo como parte de la justicia llamada «conmutativa», aunque pertenece, en realidad, a la justicia llamada «legal». Los términos *«respeto»* (gr. *phóbos*, miedo, temor) y «honor» (gr. *timé*, honra, estima) indican el deber que tenemos, no sólo para con los gobernantes, sino con cuantos, por otros conceptos (autoridad, ancianidad, virtud, talento, etc.) merecen respeto y honor especiales. Sin embargo, es posible que todo este versículo tenga por objeto, en opinión de J. Murray y Trenchard, «poner de relieve la obligación de ejercitar, no sólo la sujeción debida a los gobernantes, sino también la veneración que les corresponde como ministros de Dios» (Murray). Así, pues, este versículo 7 pertenecería más bien a la porción comprendida en los versículos 1–6.

2. Una lección de amor (vv. 8–10).

(A) El apóstol exhorta a los creyentes de Roma (y a todos los creyentes de todos los tiempos) a *no deber nada a nadie* (v. 8), es decir, *a no dejar ninguna deuda* (de cualquier clase) *sin pagar, a no ser el amar unos a otros* (lit.), porque el amor es una deuda que siempre debe estar en pago sin que jamás se cancele la obligación se seguir amando.

(B) La razón es que *«el que ama al prójimo* (gr. *héteron*, al otro que es diferente de uno mismo y, por eso mismo, difícil de amar), *ha cumplido* (pretérito perfecto, esto es, continuativo), y cumple en la medida que va amando, *la ley»* (comp. con Jn. 13:34; Gá. 5:14; Col. 3:14; Stg. 2:8).

(C) ¿A quiénes hemos de amar? La respuesta es clara: Si el amor es el cumplimiento de la ley, el amor ha de abarcar a todos cuantos están comprendidos en dicha ley, es decir, a todos nuestros semejantes, *mayormente a los de la familia de la fe* (Gá. 6:10).

(D) Pablo menciona (v. 9) los mandamientos de la segunda tabla del Decálogo, y tiene en cuenta que el quinto, al pertenecer a la «piedad» filial, implica una derivación del amor y del respeto que debemos a Dios y, por eso, pertenece a la primera tabla. También es de advertir que (no sabemos la razón) el mandamiento de no decir falso testimonio falta en los MSS más fidedignos, pero algún copista lo añadió por no dejar incompleta la serie. Nótese la forma negativa de estos preceptos, en contraste con la positiva del mandamiento del amor, según cita (v. 9b) Pablo de Levítico 19:18 (v. también Mt. 19:19).

(E) Al decir (v. 10): *«El amor no hace mal al prójimo»* (comp. con 1 Co. 13:4–6), el apóstol no quiere dar a entender que basta con no hacerle mal para estar seguros de que ya le amamos; por eso, vuelve a insistir (v. 10b) que *la plenitud* (gr. *pléroma) de la ley*, lo que llena completamente las demandas de la ley, *es el amor*. Lo de *no hace mal* dice, sin duda, relación a la forma negativa en que están los mandamientos que ha citado en el versículo 9. Para evitar confusiones, es necesario añadir que nadie puede jactarse de *justicia cumplida* conforme a la ley del amor, por la sencilla razón de que no hay nadie (excepto Jesucristo) que cumpla, o haya cumplido, en esta vida el mandamiento del amor con la perfección que se requiere para ser una *llenura de la ley*. Nuestro amor al prójimo se mezcla siempre (al menos, de modo subconsciente) con algún ingrediente que no procede de la pura generosidad del *agápe* cristiano.

Versículos 11–14

Estos versículos, como bien advierte Trenchard, tienen un marcado tinte escatológico y nos recuerdan lo que el apóstol había escrito (según el orden cronológico, no el de nuestras Biblias) en 1 Tesalonicenses 4:13–5:11.

1. El apóstol comienza esta sección con un «*Y esto …»,* como si dijese: «La exhortación que os dirijo adquiere mayor urgencia *si nos percatamos del momento actual»* (lit. *del tiempo;* gr. *kairón*, sazón u oportunidad). Recordemos que Pablo, como toda la Iglesia primitiva, vivía en la expectativa de una pronta Segunda Venida del Señor. Al comparar con 2 Pedro 3:3–10, vemos el porqué de la respuesta del Señor en Hechos 1:7. El mejor medio para tener a la novia bien *preparada* (Ap. 19:7) para la llegada del

Esposo Celestial, es ignorar a qué hora éste va a venir; de lo contrario, sucumbiría a la tentación de dejarlo todo *para después.*

2. Al ser, pues, siempre urgente, inminente, la Venida del Señor, es menester permanecer *despiertos* (v. 11b), en vela constante, en tensa expectación de la *salvación* final (comp. 8:22, 23; He. 9:28; 1 P. 1:5), la cual comenzó *cuando creímos* (v. 11c), pero cada día que pasa *se acerca más* y más a su cumplimiento, a su llenura, en la Venida del Señor. *Despertar del sueño* incluye, pues, sensibilizarse mejor a nuestro deber de hacer el bien y de evitar el mal, a nuestro deber de amar, y no ofender, a Dios y al prójimo.

3. Pero de poco nos serviría estar despiertos si continuásemos con las ropas de noche. Por eso, el apóstol expresa ahora la cercanía de la Segunda Venida de Cristo como un amanecer, un hacerse de día (v. 12): *«La noche va ya muy avanzada; está a punto de hacerse de día»* (NVI). Cuando se comparan esta *noche y* este *día.* Si el día señala la Venida del Señor, con la que todo quedará iluminado, la noche señala el tiempo presente, la negrura de *las obras de las tinieblas* que se hace cada vez más patente en los tiempos que vivimos y nos indica la cercanía de la Venida del Señor, a la vez que nos estimula a *desechar* tanto más esas obras del mundo cada vez más negro, más oscuro y horrible, y *a vestirnos las armas de la luz* (comp. con Ef. 6:10 y ss.). Nótese el contraste entre *obras* (de la noche) y *armas* (del día). Un soldado no combate si está dormido. Dice Trenchard: «Las "armas de luz" son muy distintas de una bata usada y cómoda que vale para echarnos a dormitar en un sofá. No significan ocio, sino lucha». De ahí que Pablo combine la metáfora del vestido con la de las armas.

4. Lejos de yacer, dormidos, en las obras de la carne, hemos de *andar.* El Espíritu no se nos ha dado para estar meramente de pie, sino para *avanzar* (Gá. 5:25) *como de dia* (v. 13), a luz plena y, por tanto, *honestamente,* con el decoro que requiere nuestro carácter cristiano, lejos de la conducta viciosa de los hijos de este siglo, de los hijos de las tinieblas. El apóstol clasifica magníficamente (v. 13b) en tres pares de vicios similares, la conducta abominable de los mundanos: (A) *Orgías y borracheras;* (B) *Fornicaciones* (lit. *lechos) y lascivias* (desenfreno exhibicionista); (C) *Contienda y envidia.* El vocablo *koite* (que traducimos por «fornicación») puede significar «lecho» simplemente, como en Lucas 11:7, «lecho conyugal», como en Hebreos 13:4; el «acto sexual conyugal», como en Romanos 9:10; o «el acto sexual ilícito», como aquí. Es probable que estos pares hayan de traducirse, como opina Vicentini, en *hendíadis:* «comilonas donde uno se embriaga, fornicaciones que terminan en desenfrenos, rivalidades fomentadas por los celos». Estos vicios serían bien conocidos de los lectores, pues se practicaban sin recato en la corrompida sociedad romana.

5. El remedio radical contra esos vicios es (v. 14) *revestirse de Cristo.* El verbo sale 28 veces en el Nuevo Testamento, pero sólo dos veces se habla de *revestirse de Cristo:* aquí, en imperativo de aoristo (de una vez por todas), y en Gálatas 3:27 (en indicativo de aoristo). Esto nos lleva, al comparar ambos textos, a Romanos 6:1–10. Por fe, hemos muerto al pecado y resucitado a una vida nueva en Cristo y con Cristo. Ese «revestimiento de Cristo» se expresa gráficamente en el bautismo de agua, símbolo del revestimiento interior cuando, al ser justificados, quedamos unidos a Cristo de una vez por todas. Pero no basta con el recuerdo de aquel acto, es necesaria una continua actitud de santidad y pureza, a ejemplo del Señor del que un día nos revestimos, lo que el apóstol exhorta mediante otro imperativo, pero esta vez en presente continuativo: «*y no pongáis por obra lo que la carne aconseja para* (satisfacer) *las concupiscencias*» (lit.). La frase es semejante a la de Gálatas 5:16b: *«y de ningún modo llevéis a cabo el deseo* (gr. *epithumían*, el mismo vocablo que usamos para "concupiscencia" en Ro. 13:14) *de la carne»,* aunque aquí el verbo está en aoristo de subjuntivo. La comunión con el Señor exige la mortificación de la carne (comp. con 8:13); no puede haber santificación donde no se le pone freno a la concupiscencia.

CAPÍTULO 14

La materia de este capítulo tenía, en opinión de Pablo (y debería tener para nosotros), mucha importancia, pues incluye una amplia casuística en cuanto a edificar o desedificar a nuestros hermanos en la fe. Aunque el principio que Pablo establece es el mismo de 1 Corintios 8, las consecuencias entrañan aquí mayor diversidad de situaciones, mientras que en 1 Corintios 8 se reducen al problema sobre lo sacrificado a los ídolos. Con el Dr. Ryrie, dividimos el capítulo en dos secciones: I. No juzgar al hermano (vv. 1–12). II.-No ocasionar tropiezo al hermano (vv. 13–23).

Versículos 1–12

1. El apóstol comienza exhortando a los que se sienten fuertes, es decir, maduros en la fe, con discernimiento suficiente para juzgar cómo se ha de obrar en cada caso, *a que reciban al débil en la fe* (v. 1). *«Débil en la fe»* no significa aquí el que tiene una fe insegura o vacilante, sino el cristiano sincero, pero inmaduro, que carece del discernimiento suficiente en situaciones de carácter práctico. A éste, dice Pablo, *hay que recibirle,* es decir, hay que dispensarle una buena acogida, pero dicha acogida no ha de dispensarse con el fin premeditado de *contender sobre opiniones* (lit. *para discusiones de modos de pensar).* El contexto posterior aclara el significado de estas opiniones: no se trata de discutir modos de interpretar la Palabra de Dios, sino de evitar el herir la conciencia del hermano que tiene escrúpulos en cuanto a lo que debe comer, observar, etc.; así lo exige también el contexto anterior de *dispensar buena acogida.*

2. En los versículos 2–4, Pablo expone los dos *modos de pensar,* describe la pauta que hay que seguir con respecto a esta diversidad y expone la razón para no juzgar al hermano.

(A) El creyente maduro tiene el discernimiento suficiente para saber que se puede *comer de todo* (v. 2, con 1 Co. 8:1 y ss.); en cambio, *el débil come legumbres;* es vegetariano, porque no se atreve a comer carne, no sea que haya sido sacrificada a los ídolos. Entre los creyentes de extracción judía, habría quizás otros que sentirían repugnancia a comer carne de animales prohibidos por la Ley, sin ser vegetarianos.

(B) Pablo exhorta al creyente fuerte, *al que come* (se entiende, *de todo), a no tener en nada* (lit.) *al que no come* de todo, como si fuese un neurótico víctima de los escrúpulos; y exhorta al débil, al *que no come* de todo, a que *no juzgue al que come* de todo, como si fuese un cristiano de «manga ancha», carnal, despreocupado de su deber. La frase final de este versículo *(«porque Dios le ha dispensado buena acogida»,* el mismo verbo del comienzo del v. 1) va dirigida precisamente al débil para que no juzgue mal a quien ha sido bien acogido por Dios.

(C) ¡Es a este hermano débil a quien va dirigida la pregunta y las razones del versículo 4! Dice Vicentini: «El débil que juzga al fuerte desfavorablemente se pone en la situación de aquel que juzga al criado de otro. Con esto usurpa un derecho que no es suyo, sino del amo de aquél. El cristiano que come de todo es como un criado familiar de Cristo. Que se mantenga o que caiga, es decir, que persevere en su servicio o que lo abandone, redundará en provecho o perjuicio de su amo; esto no interesa más que a él. No hay por qué inquietarse; el cristiano quedará de pie, permanecerá fiel, porque poderoso es el Señor para mantenerlo». ¡Cómo necesitamos todos los creyentes aprender esta lección! La crítica del hermano es una de las mayores y peores carcomas de nuestras congregaciones. Lo peor de todo es que suele hacerse a espaldas del criticado.

3. Del tema de los alimentos, pasa el apóstol (vv. 5–9) al de la observancia *del día* (v. 6), en lo que hay dos opiniones diferentes, como en el tema de los alimentos. El caso es semejante, por lo que Pablo los une en el versículo 6b.

(A) *«Uno,* el débil, *hace diferencia entre día y día* (v. 5), mientras que *otro,* el fuerte (v. Col. 2:16), *juzga iguales todos los días».* En el país donde escribo esto (nota del traductor), los creyentes en general tienen un concepto judaico del domingo, al que llaman (de modo doblemente antibíblico) *el Día del Señor.* En ningún lugar del Nuevo Testamento (v. el comentario a Ap. 1:10, de donde se originó el equívoco) se llama «día del Señor» al domingo, sino «el primer día de la semana» (v. Mt. 28:1; Mr. 16:2, 9; Lc. 24:1; Jn. 20:1, 19; Hch. 20:7; 1 Co. 16:2). Es cierto que, por disposición de las leyes civiles, el domingo es el día más adecuado para que los creyentes se reúnan para adorar conjuntamente al Señor, tener comunión unos con otros, escuchar la Palabra y observar la ordenanza de la Cena del Señor, pero todos los días son sagrados para el cristiano, pues en todo tiempo y lugar debe ofrecerse en sacrificio vivo a Dios (12:1). Si no se tiene en cuenta esto, fácilmente se cae en el error de pensar: *«ya he cumplido con Dios el domingo»* (como dicen los católicos), *«los demás días son para mi negocio, para mi interés, etc.».* ¿Cristianos de un día entre siete?

(B) A continuación, el apóstol establece un principio general de ética cristiana, sobre el que va a volver en los versículos 21–23, aunque con fraseología diferente: «Que cada uno esté plenamente convencido en su propia mente» (v. 5b), esto es, para obrar correctamente es menester ser enteramente fiel a las propias convicciones, con tal de que no sean manifiestamente contrarias a la Palabra de Dios. Si no hay esta seguridad, la persona se expone a pecar. Permítaseme una ilustración con base en un caso histórico: Si alguien va a cazar y ve a lo lejos algo que parece un conejo, pero no está completamente

seguro, pues podría ser la cabeza de otro hombre que está también apostado para lo mismo, peca si dispara (a un amigo mío le llenaron la cara de perdigonazos por error, nota del traductor).

(C) Si el creyente tiene esta seguridad de conciencia en lo que hace, tanto si es débil y, por eso, hace distinción en los alimentos y en los días (vv. 2 y 5), como si es fuerte y, por eso, no hace tales distinciones, ambos son igualmente aceptados por Dios, porque ambos lo hacen *para la gloria de Dios* (1 Co. 10:31), puesto que *dan gracias a Dios* (v. 6). La repetición de la frase *«para el Señor»,* en este versículo muestra que, para el creyente, no hay actos éticamente neutrales; tan «religioso» es el débil como el fuerte, si obran convencidos en su mente de que su acción es correcta.

(D) Pablo profundiza en esta materia al exponer el motivo primordial por el que toda la vida del creyente, e incluso su muerte, están embebidas de carácter religioso. El cristiano se ha consagrado al Señor (12:1) y, por tanto, no puede revocar el sacrificio que ha hecho de sí mismo. *Ya no vive, ni muere, para sí mismo* (v. 7), *sino para el Señor a quien pertenecemos* (comp. con 1 Co. 3:23; 2 Co. 10:7; Gá. 3:29). Si alguien pregunta a raíz de esto: ¿Es que depende de nosotros el morir para que lo ofrezcamos a Dios? Tampoco depende de nosotros el vivir, pero así como depende de nosotros la *manera* en que vivimos, también depende de nosotros la *manera* en que acogemos la muerte, pues tanto la vida como la muerte están a nuestra disposición (1 Co. 3:22) para hacer de ellas una continua ofrenda a nuestro Salvador (v. 8), el cual es nuestro Amo y Señor, tanto en vida como en muerte: si estamos vivos, Él puede dormir en nuestra frágil barquichuela (¡qué seguridad da llevarlo a bordo!); si estamos muertos, somos nosotros los que *dormimos* en su regazo. J. Murray advierte sabiamente que esto no cambia la fealdad del rostro de la muerte en sí (V. 6:23; 2 Co. 5:4), sino que «esta distinta actitud hacia la muerte (comp. con He. 2:14, 15) surge, no de un cambio en el carácter mismo de la muerte, sino de la fe en lo que Cristo ha hecho con la muerte, y de la esperanza viva de lo que hará en la consumación de su victoria» (sobre ella).

(E) El versículo 9 requiere un examen profundo, ya que, a primera vista, choca un poco la afirmación de que *«Cristo murió y volvió a vivir* (este último verbo—gr. *ézesen*—está en aoristo incoativo, como en Apocalipsis 20:4, 5 e indica que volvió a la vida de una vez por todas, para no volver a morir, comp. con Ap. 1:18) *para ser Señor, etc.».* ¿Es que no lo era antes? Sí que lo era por derecho de creación, pero, una vez que fuimos enajenados de él por causa del pecado, necesitaba asegurar sus derechos por medio de la redención; su muerte y resurrección fueron una especie de «guerra de la reconquista». Por eso, aparece este señorío como una recompensa de su humillación (v. Hch. 2:36; Ro. 8:34; Fil. 2:9–11). Falta por advertir que el verbo *«resucitó»,* que aparece en nuestras versiones entre *«murió»* y *«volvió a vivir»,* no consta en la mayoría absoluta de los MSS.

4. Los versículos 10–12 dan a entender que tanto los hermanos débiles como los fuertes habían caído en este pecado de *juzgar,* de criticar, al otro. Al abandonar, pues, el tono suave, exhortativo, de los versículos 1–9, introduce (v. 10) dos preguntas: una, dirigida al hermano débil: *«¿Por qué juzgas a tu hermano?»;* la otra, dirigida al hermano fuerte: *«¿Por qué menosprecias a tu hermano?»* (comp. con el v. 3). Ya había dicho (v. 4) que es al amo a quien compete actuar con respecto a su criado, pero ahora, después de haber declarado que Cristo es el Señor de todos, apela al *tribunal de Cristo* (muchos MSS dicen: *de Dios), ante el cual hemos de comparecer todos;* no todos los hombres, sino todos los creyentes, porque es un *tribunal* (gr. *bema,* como en 2 Co. 5:10), del que recibiremos recompensas o reproches (comp. con 1 Co. 3:14, 15), pero no condenación (v. 8:1). No es *el Gran Trono* (gr. *Thrónos) Blanco,* ante el que comparecerán los condenados (Ap. 20:11). Y, puesto que juzgar es prerrogativa divina, Pablo supone en Cristo autoridad divina para juzgar en su tribunal, ya que le aplica (v. 11) las frases con que, en Isaías 45:23 (v. también Fil. 2:10), Jehová afirma con juramento su autoridad para convocar a todos a juicio. El versículo 12, al par que confirma esta autoridad para juzgar, que Cristo comparte con Dios (gr. *to Theo,* el Padre, aunque estas dos palabras faltan en algunos MSS), remacha la idea de que, al ser Cristo el único (v. Jn. 5:22, 27) que ha de juzgar a cada uno de sus siervos, no nos pertenece a nosotros juzgar a ningún hermano, ya que, en el tribunal del Señor, *«cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí»* (comp. con Gá. 6:5).

Versículos 13–23

Esta porción pone de relieve la necesidad de no poner tropiezo, en cosas de suyo lícitas, a ningún hermano débil.

1. El versículo 13 sirve de enlace con la porción anterior, ya que, tras establecer la conclusión de que *no hemos de juzgarnos ya más los unos a los otros* (el verbo está en presente de subjuntivo con fuerza de imperativo), el apóstol dice que, *más bien, hemos de decidir* (el mismo verbo, pero en imperativo de aoristo; se usa en sentido de decisión judicial en Hch. 15:19) *no poner tropiezo* (gr. *próskomma,* obstáculo en el camino; a veces, hallado casualmente, sin mala intención de parte de nadie) u ocasión de caer (gr. *skándalon,* una trampa puesta adrede) al hermano.

2. Los versículos 14 y 15 explican en qué consiste este tropiezo puesto al hermano y dónde radica su gravedad. Pablo emplea los términos más fuertes para expresar, de entrada, su convicción de que *ningún alimento es ya inmundo en sí mismo* (v. 14, comp. con Mr. 7:15; Hch. 10:15; 1 Ti. 4:4). *«Yo sé y estoy persuadido*—dice—(los dos verbos usados en 2 Ti. 1:12) *en el Señor Jesús»,* no sólo por la enseñanza del Señor en Marcos 7:1 y ss., sino en unión con el Señor, dentro de la nueva humanidad (2 Co. 5:17). Todo creyente maduro, fuerte, tiene esta misma persuasión, pero el hermano inmaduro, débil, sin el debido conocimiento de esta materia, *piensa que algo es inmundo, y para él lo es* subjetivamente, con lo que *peca,* por no obrar con plena convicción (vv. 5 y 23). De ahí el deber del hermano fuerte de *no comer,* delante del hermano débil, lo que pueda ser para éste causa de *tristeza y ruina* (v. 15). Ambos términos requieren atención:

(A) El que *contrista* al hermano, *ya no anda conforme al amor* (v. 15a) porque hace daño a un hermano, y el amor no destruye, sino que *edifica* (1 Co. 8:1b). El hermano débil puede ser *entristecido* de dos maneras: (a) por ver a otro hermano tenido por espiritual, que come, o bebe, cosas que él tiene por ilícitas; (b) por comer o beber, contra su conciencia, esas cosas, ya sea vencido por la tentación al ver a otros, ya sea por no aparecer escrupuloso o «bicho raro». Lo cierto es que *peca.*

(B) El verbo *arruinar* (gr. *apóllue),* se traduce también por *destruir* y, en voz media-pasiva, *por perecer o perderse* (v. Jn. 3:16), pero es obvio que no tiene aquí el sentido de perdición eterna, pues el creyente, por débil que sea, es salvo para siempre. «Ruina» aquí es la pérdida de la comunión con el Señor, al pecar contra su conciencia. Esta *ruina* es ocasionada por el hermano fuerte que, inconsideradamente, pone tropiezo, ocasión de caer, al hermano débil, *por una vianda* (gr. *broma,* de donde viene el castellano «broma», cuyo origen fue el uso de tales juegos alegres durante la comida o en la sobremesa) que tiene un uso tan pasajero y material (el mismo vocablo de Mr. 7:19). El argumento de Pablo cobra nueva fuerza, al comparar (v. 15b) la ruina causada por un plato de carne a una persona, con la muerte que Cristo sufrió por esa misma persona. Los versículos 20 y 21 no añaden nueva doctrina, sino algunos detalles particulares a lo dicho en los versículos 14, 15. Por lo que bien pueden empalmar con ellos en el estudio de esta porción.

3. En los versículos 16–19, el apóstol comienza y termina con exhortación, además de añadir nuevas razones con que fundamentar su enseñanza sobre toda esta materia.

(A) El versículo 16 queda clarísimo en la NVI: *«No deis, pues, lugar a que lo que vosotros consideráis bueno sea objeto de maledicencia».* Se da ocasión a críticas, más o menos justas, dentro de la congregación, si se sabe el perjuicio que un hermano ha causado a otro por una comida o una bebida. Y esto es lo que Pablo desea que se evite. Y añade (v. 17) que el *Reino de Dios* no se establece *comiendo y bebiendo,* sino que, en el poder espiritual que tal Reino comporta, «se establece con la adquisición de la justicia, que nos pone en paz con Dios y produce alegría espiritual» (Vicentini). De este Reino dice Trenchard: «Es la esfera donde rige la voluntad de Dios, y no debe extrañarnos que tenga muchas «provincias», con aspectos pretéritos, presentes y futuros».

(B) Que se trata de una «justicia cumplida», lo confirma Pablo en el versículo 18: *«Porque el que en esto sirve a Cristo, agrada a Dios y es aprobado por los hombres».* Cumple un servicio al Rey según las normas del Reino y es así como resulta *agradable* (gr. *euáreston,* el mismo vocablo de 12:1 y 2) *a Dios y* merece la aprobación de los hombres; aunque no todos le comprendan y hasta haya quienes le critiquen, tendrá la conciencia tranquila y podrá descansar en el Señor, que ve el corazón.

(C) *«Así que*—concluye el apóstol—(v. 19), *sigamos* (lit. *persigamos,* es decir, *vayamos siempre en busca de) lo que contribuye a la paz,* a la concordia fraternal, y *a la mutua edificación»* (comp. con 1 Co. 8:10–13; 14:26; 2 Co. 10:8; 1 Ts. 5:11).

4. Los versículos 22, 23 se entienden mejor en la NVI, que hace, en realidad, una paráfrasis iluminadora para el lector del texto sagrado: *«Así pues, la seguridad de conciencia* (lit. *la fe) que tú tengas respecto a esta materia, guárdatela para ti mismo en la presencia de Dios. Dichoso aquel a quien la conciencia no le acusa* (gr. *krínon, juzga culpable) en lo que tiene por conveniente hacer* (lit. *da por*

bueno después de ponerlo a prueba). Pero quien come con dudas de si hace bien o mal, ya es culpable ante Dios (lit. queda condenado, ha sido condenado; pero no en el sentido de perdición eterna. V. el comentario al v. 15), *porque no procede con seguridad de conciencia; y todo lo que no se hace con seguridad de conciencia, es pecado».* Dice Trenchard, al comentar esta última frase: «Es muy solemne la declaración de que cuanto no procede de fe es pecado, pues tiene una amplia aplicación a distintos aspectos de la vida cristiana». El vocablo griego *pistis* sale unas 174 veces en las Epístolas de Pablo (si se incluye *Hebreos)* y corresponde al hebreo *emunah*, fe o fidelidad, de la raíz *amán*, estar seguro. La fe es, pues, siempre una *seguridad* que, por parte del hombre, corresponde a la fidelidad, la veracidad y el poder de Dios para *asegurarnos;* esta «seguridad» puede ser: (a) acerca de lo que Dios ha hecho por mí (fe salvífica, como en Ef. 2:8); (b) acerca de lo que Dios puede hacer por mí, como en las 24 veces que aparece en los evangelios (Mt., Mr. y Lc.; nunca en Jn., quien siempre emplea el verbo *creer,* y una sola vez, en 1 Jn. 5:4, menciona el vocablo *fe);* (c) acerca de lo que debemos hacer con plena convicción, como en los presentes versículos, así como en Santiago 1:6 y en Hebreos 11:1, donde se describe a la fe como una *base de sustentación* (gr. *hupóstasis*, latín *substantia),* por lo que Hebreos 1:3 aplica *hupóstasis* a *la íntima realidad del ser* de Dios.

CAPÍTULO 15

Este capítulo se divide en dos partes: I. Pablo apela al ejemplo de Cristo para obrar abnegadamente en el servicio a los demás (vv. 1–13). II. En la segunda parte, el apóstol expone sus planes para el futuro y termina con una bendición (vv. 14–33).

Versículos 1–6

En estos versículos, Pablo muestra que la abnegación es la condición que se requiere para que reine la unión, la unanimidad, en la congregación.

1. Al continuar con el tema del capítulo 14, el apóstol exhorta a los hermanos *fuertes* (en los que se incluye él mismo) *a soportar* (ayudar a llevar) *las flaquezas de los débiles* (v. también Gá. 6:1, 2; 1 Ts. 5:14), y *no agradarse a sí mismos* (v. 1). También los fuertes tienen algunas debilidades, pero Cristo los soporta y acoge (v. 7), como soportó a los discípulos, que raras veces le entendían. La gran lección del discipulado (v. Mt. 16:24) es *negarse a sí mismo y tomar la cruz para seguir a Cristo.* «Negarse a sí mismo» no es ocultar o negar la propia identidad ni las posibilidades personales, conforme al don que cada uno ha recibido del Señor, sino negarle al «yo pecador» las cosas que agradan a la carne.

2. Por el contrario, *cada uno debe agradar a su prójimo para lo que es bueno, con miras a su edificación* (v. 2). ¡Qué bien marcharía la vida de la congregación, si tratásemos de agradarnos los unos a los otros! Por supuesto, lo de agradar a otros no es para complacerles en sus caprichos, pues eso no procede del verdadero amor, sino *en lo que es* espiritualmente *bueno y tiende a la edificación del hermano,* a que crezca y profese en la vida espiritual. Todos formamos una sola *casa espiritual,* hecha de *piedras vivas* (1 P. 2:5 y ss.) de modo que, al edificar al hermano, estamos edificándonos a nosotros mismos, puesto que crecemos juntamente con él (v. Ef. 4:15, 16).

3. Nadie mejor que Cristo nos ha dado ejemplo de esta abnegación a favor de los demás. *Cristo no se agradó* (v. 3) jamás *a sí mismo* (comp. Fil. 2:5 y ss.); *siempre hacía lo que agradaba al Padre* (Jn. 8:29); *siendo rico, por nosotros se hizo pobre* (2 Co. 8:9) y *siendo justo, padeció por los injustos* (1 P. 3:18) la muerte de cruz. Lo curioso es que Pablo no apela a ninguno de los hechos narrados en los Evangelios, sino que cita del Antiguo Testamento (Sal. 69:9), en el que el apóstol ve delineada la futura misión redentora del Salvador. El Salmo es notoriamente mesiánico y Pablo aprovecha esta cita para mostrar que toda la Escritura, no sólo el Nuevo Testamento, sino también el Antiguo Testamento, ha sido escrita para nuestro provecho (comp. con 2 Ti. 3:15–17). Lo que, en este contexto, nos proporcionan *las Escrituras,* es *la paciencia* (gr. *hupomoné*, constancia bajo circunstancias adversas) y *la consolación,* mediante las cuales *podamos mantener la esperanza.* Nótese que todos los sustantivos van precedidos del artículo, lo que les atribuye cualidades únicas.

4. Al usar los mismos vocablos del versículo 4, Pablo desea a los fieles de Roma (v. 5) que *el Dios de la paciencia y de la consolación,* puesto que de Dios procede el poder y la gracia de tales virtudes (v. 2 Co. 1:3) *les de un mismo sentir* (comp. 12:16 y Fil. 2:2–5) *según Cristo Jesús,* esto es, siguiendo su ejemplo y conforme a su voluntad. El fin último y supremo de esto, como de toda la vida cristiana, es (v. 6) que, *con una sola mente y con una sola voz* (comp. con Hch. 1:14; 2:46; 4:24; 5:12), *se de gloria* (alabanza, honor y gratitud) *al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.* La frase se repite en 2 Corintios 1:3; 11:31; Efesios 1:3, ya que Dios es, de una manera especial, Dios y Padre del Señor Jesús, pues, en ambos aspectos, su relación con Dios el Padre es única (comp. con Jn. 20:17. V. el comentario a este versículo).

Versículos 7–13

1. En 14:1, el apóstol había exhortado a los hermanos fuertes a *dispensar buena acogida al débil en la fe.* Ahora (v. 7) exhorta a todos y dice: *«acogeos los unos a los otros»,* porque, a veces, el prejuicio del débil le hace distanciarse del fuerte, así como el orgullo del fuerte le hace tenerse a menos de condescender con el débil. Y la razón que da a continuación para esta mutua acogida, es que *«también Cristo nos acogió»* a todos, cuando todos *éramos débiles,* más aún, *impíos* (5:6). El hecho de que los mejores MSS dicen *«os acogió»* no varía el sentido. Lo de *«para gloria de Dios»* ha de conectarse, como muestra el contexto posterior, con lo de *«Cristo nos acogió»,* no con «acogeos *los unos a los otros».*

2. En efecto, Pablo muestra que Cristo acogió, no sólo a dos grupos distintos dentro de una comunidad, sino a dos comunidades tan distintas como eran Israel y las naciones paganas, e hizo de los dos grupos uno solo (Ef. 2:14–16).

(A) Acogió primero a las ovejas perdidas de la casa de Israel, pues (v. 8) *se ha puesto al servicio* (lit. *se ha hecho diácono,* en sentido de «sirviente», comp. con Mr. 10:45) *de los de la circuncisión* (de los judíos), *vino en auxilio de la descendencia de Abraham* (He. 2:16), pero Pablo ha dicho anteriormente que todos los creyentes son hijos de Abraham *según la promesa* (4:18–24; 9:8). Pero a los judíos primero fueron dadas *las promesas* (v. 8b, comp. con 9:4) y Cristo vino *para mostrar la verdad de Dios,* es decir, su veracidad y su fidelidad en el cumplimiento de dichas promesas, ya que *todas ellas son en Cristo Sí* y *Amén* (2 Co. 1:20).

(B) Pero también *los gentiles han de glorificar a Dios por su misericordia* (v. 9), puesto que también a ellos se había propuesto acoger. Ya el llamado «Protoevangelio» (Gn. 3:15) incluía a todos los descendientes de Eva en la futura redención. El apóstol echa mano de un buen número de citas del Antiguo Testamento para mostrar que Dios no había excluido de su misericordia a los gentiles. Antes de examinar las citas, conviene tener en cuenta una distinción para evitar confusiones existentes en muchos círculos evangélicos: En ningún lugar del Antiguo Testamento se habla de la común pertenencia futura de judíos y gentiles a la Iglesia, pues ésta fue un *misterio* no dado a conocer hasta los tiempos de la predicación apostólica (Ef. 3:5). La razón por la que se habla aquí de los gentiles es magníficamente expuesta por Trenchard: «La visión profética salta desde los tiempos de la decadencia y ruina de Israel hasta su sublime restauración, tanto espiritual como física, y deja para otro período de revelación la naturaleza y misión de la Iglesia. Pero las promesas de restauración otorgadas a Israel se enlazaban casi siempre con noticias de una amplia bendición que alcanzaría a los sumisos de todas las naciones». Así se entenderán mejor las citas siguientes:

(a) La primera cita está tomada al pie de la letra de los LXX, donde aparece en Salmos 17:50, aunque el hebreo la trae en Salmos 18:49. La cita se halla también en el cántico de David (2 S. 22:50) y dice: *«Por tanto, te confesaré entre los gentiles y cantaré con el salterio a tu nombre».* David entonó este cántico de liberación al verse entronizado en Sion, libre ya de todos sus enemigos y perseguidores. «La cita muestra que el rey comprendió la universalidad de su misión, que no quedó limitada a Israel» (Trenchard). Pero es obvio, por la cita de Pablo, que David era aquí tipo de Cristo, hecho el centro de las promesas incluidas en el pacto abrahámico.

(b) La segunda cita (v. 10) está tomada del cántico de Moisés (Dt. 32:43), no según la versión de los LXX, sino del propio texto hebreo, que dice: *«Lanzad gritos de júbilo, naciones,* (por) su *pueblo»* (lit.); es decir, lo que ha hecho Jehová a favor de su pueblo debe ser materia de júbilo incluso para las naciones. Dice el Gran Rabino Hertz: «El Poeta convoca a las naciones a unirse a Israel en su cántico de

liberación». El rabino Pablo había captado, pues, muy bien el sentido del texto original al asociar a los gentiles al pueblo judío en la glorificación de Dios por su misericordia.

(c) La tercera cita está tomada del Salmo 117:1, que dice, tanto en el hebreo como en los LXX (contra Murray y Trenchard): *«Alabad a Jehová todas las naciones; loadle todos los pueblos»*. No sabemos por qué cambió Pablo la segunda persona por la tercera, aunque el sentido de universalidad en la alabanza a Dios queda intacto en el texto griego del versículo 11. Aun cuando el famoso rabino Kimchi lo interpreta en términos del futuro reino milenario (también Trenchard), es muy problemático que sea ése el sentido primordial del salmo, ya que precisamente, como observa el propio W. Newell (premilenarista): «Pide alabanza directa de parte de los gentiles, sin tener en cuenta a Israel como pueblo». Supongo—nota del traductor—que W. Newell quiere decir: «como pueblo aparte».

(d) La cuarta y última cita (v. 12) está tomada de Isaías 11:10, no según el texto hebreo, sino (abreviándolo) de los LXX, que se aparta bastante del original hebreo, en el que no figura la idea de *regir a los gentiles*, sino que *la raíz*, es decir, un vástago o descendiente, de Isaí, el padre de David, *había de ser levantado como enseña para reunir a los pueblos, y a Él habían de acudir las naciones*, tanto para rendirle tributo como, según otros, a fin de buscar en Él guía e instrucción para saber cómo conducirse con respecto a Jehová. Cuando se compara este texto con otros como Lucas 2:30–32 y Juan 12:32, se ve el papel central que el Mesías jugaba ya en las profecías del Antonio Testamento. Por supuesto, estas citas tendrán un cumplimiento pleno en el futuro reino milenario, pero su validez es ya actual. Acerca de esta cita de Isaías 11:10, dice S. C. Mills: «El árbol del reino de David ha sido derribado a causa del pecado. El vástago de Isaí hace rebrotar, por medio de su justicia, lo que había sido talado por el pecado (Jer. 23:5). Si el Mesías no ha venido, Israel se halla entre los cuernos de un dilema, porque todos los registros genealógicos de Israel fueron destruidos el año 70 de nuestra era bajo Tito; así que, ¿qué judío puede alegar que es descendiente de David? Quizá lo alegue, pero ¿cómo lo probará? Puesto que todos los registros genealógicos han sido destruidos, el Mesías ha tenido ya que haber llegado».

3. El versículo 13 pone fin a esta sección con una nueva bendición del apóstol: *«Y el Dios de la esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en la esperanza por el poder del Espíritu Santo»*. En este versículo son de notar los siguientes detalles:

(A) Como el último vocablo en el original del versículo 12 es *«esperarán»*, el apóstol toma pie de eso para describir a Dios como *«el Dios de la esperanza»*. La partícula griega *de* que, tras el artículo, encabeza el versículo, tiene aquí el sentido de: *«Por su parte, el Dios, etc.»*. Como en el v. 5 (respecto de la paciencia y de la consolación) y en el 33 («el Dios de paz»), también aquí se nos da a entender que Dios es la fuente y la garantía de nuestra esperanza (comp. con 5:5), sin descartar la idea de que es también el objeto final de nuestra esperanza.

(B) El apóstol pide a Dios que colme a los fieles de Roma *de todo gozo y paz en el creer*. Es notable el que Pablo use el verbo *creer* en lugar del sustantivo *fe*. Se da así a la fe, en su ejercicio vital de creer, un tono de entrega amorosa al Señor, por lo que el apóstol no necesita mencionar aquí el amor, que con el gozo y la paz forma la primera tríada del fruto del Espíritu (Gá. 5:22). El creyente, al amar a Dios y sentirse amado por Él, bien puede regocijarse en el Señor (Fil. 4:4; 1 Jn. 1:4) y tener *paz de Dios* en el *Dios de paz* (Fil. 4:7–9). No se trata, pues, aquí de *la paz con Dios* (5:1) que es efecto de la reconciliación obrada por la obra del Redentor (4:25), sino de una actitud constante de equilibrio espiritual, mental y emocional que, como el gozo, fluye de la esperanza que en nosotros pone el Dios de la esperanza.

Versículos 14–21

Aquí comienza la última parte de la Epístola. Después de la tierna exhortación que les ha dirigido desde 12:1, ahora Pablo pronuncia frases de alabanza y aliento, y hasta se excusa del atrevimiento con que ha tocado ciertos puntos, y pasa a hablar de sus trabajos hasta ahora, antes de mencionar sus planes en la sección siguiente.

1. Para que no parezca que el tono de reprensión que, a veces, ha adoptado entrañaba alguna dosis de menosprecio, dice ahora (v. 14): *«Mas estoy persuadido* (el mismo vocablo de otras veces), *hermanos míos, también yo mismo acerca de vosotros, de que vosotros mismos estáis llenos de bondad, henchidos de todo conocimiento, capacitados también para amonestaros* (comp. con Ef. 6:4, donde sale la misma raíz) *mutuamente»* (lit.). *«Bondad»* (gr. *agathosúne)* es un vocablo que sale cuatro veces en el Nuevo Testamento (aquí, en Gá. 5:22; Ef. 5:9 y 2 Ts. 1:11), usado únicamente por Pablo para compendiar las

buenas disposiciones que una persona abriga en su interior. El *conocimiento* (gr. *gnósis*, el artículo no está bien atestiguado) es el de las verdades cristianas. Estas dos cualidades: la bondad para no hacer daño al hermano, y el conocimiento para saber en qué necesita ser corregido, capacitan para la mutua amonestación, aunque ese *«también» o «además»* que el apóstol coloca después de *«capacitados»* muestra que todavía se necesita una tercera cualidad para que la amonestación sea fructuosa; no cabe duda de que esa cualidad (que escasea demasiado) se llama *tacto.*

2. Después de esta alabanza, el apóstol se excusa (vv. 15, 16) de haberles escrito *con algún atrevimiento en algunos puntos.* Tenía que dar alguna excusa, pues, al alabarles del modo que lo ha hecho en el versículo 14, podría alguno preguntar: Si tan buenos son, ¿por qué les reprende? La excusa que Pablo presenta es doble: (A) *«Para haceros recordar de nuevo»* (lit.), esto es «para refrescaros la memoria», según la gráfica expresión castellana. Muchas veces, los hermanos se quejan de que no merece la pena acudir al culto porque el pastor no les dice sino lo que ya sabían. Pero, ¿ya lo han aprendido bien? Y si lo saben, ¿lo ponen por obra? (B) *«Por la gracia que de Dios me es dada, etc.»* (vv. 15b, 16). Pablo había apelado a la gracia del apostolado que había recibido (1:5) y aquí expone ante los fieles de Roma la responsabilidad tremenda que sentía *como ministro de Cristo a los gentiles,* en cumplimiento de la *función sagrada* que para él era la predicación del Evangelio, con el fin de que *los gentiles,* a quienes especialmente había sido enviado, se convirtieran en una *ofrenda agradable* a Dios, *santificada por el Espíritu Santo,* sin cuyo poder toda la predicación del apóstol quedaría vacía de eficacia. Compárese con 12:1 y 1 Corintios 5:7; se advierte en todo el versículo un tinte sacerdotal (v. 2 Co. 11:2, comp. con Ef. 5:27), además del profético, en la conversión de los hombres mediante la predicación del Evangelio. Nótense, en efecto, los siguientes vocablos que usa aquí Pablo: (a) *«ministro»* (no *diákonos*, sino *leitourgón*, el que oficia en el culto); (b) *«ministrando» o «administrando»* (en nuestra RV), que, en realidad, es *«ejerciendo una función sagrada»* (gr. *hierourgoúnta);* (c) *«ofrenda»* (gr. *prosforá*, oblación sacrificial). Lo que les hacía ofrenda agradable a Dios era su santificación (v. 1 Ts. 4:3), y ésta es obra del Espíritu Santo.

3. Pasa luego el apóstol (vv. 17–21) a referir sus trabajos en la obra del Señor y las señales con que Dios ha garantizado y dado eficacia a su predicación. No lo hace por vanidad, sino que *se gloría en Cristo Jesús* (v. 17, comp. con 1 Co. 1:31), no de lo que él ha hecho por Cristo, *sino de lo que Cristo ha hecho por medio de él* (v. 18), tanto en sus palabras como en sus obras. El contexto posterior muestra que, en ese *«por medio de mí»,* se indica la exclusión de cualquier otro apóstol (comp. con 1 Co. 15:10b; 2 Co. 11:23; 12:11), según especifica a continuación:

(A) Pablo predicó en muchos lugares (v. 19): *«… desde Jerusalén y rodeando,* es decir, en todas las direcciones, *hasta Ilírico»,* esto es, hasta las costas de lo que hoy es Albania. Basta con echar una ojeada a Hechos capítulo 13 en adelante para darse cuenta de la obra colosal del apóstol. Además, no hacía esa obra superficialmente, como por mitades, sino de lleno: *«he proclamado plenamente la Buena Noticia de Cristo»* (NVI, lit. *he llenado el Evangelio de Cristo).*

(B) Pablo predicaba en lugares que no habían escuchado antes el Evangelio (vv. 20, 21), como abriendo el surco en campo virgen y como en vanguardia de ataque contra el fuerte armado en el mundo pagano, aventurándose a predicar en lugares difíciles y sufrir por ello los primeros y peores golpes. *«No donde el nombre de Cristo ya hubiese sido pronunciado»* no significa que se abstuviese de proclamar el Evangelio donde hubiesen oído hablar de Cristo, pues eso no basta para la salvación, sino donde el nombre de Cristo no hubiese sido reconocido, aceptado y confesado. El verbo griego para *«me esforcé»* es *philotimoúmai*, que, literalmente, significa, «amar el honor para sí», pero su sentido aquí es el de ambicionar, no cosas agradables a la carne, pues lo había dejado todo por Cristo y hasta lo había estimado como estiércol (v. Fil. 3:7, 8), sino la extensión de la Buena Noticia del amor de Dios en Cristo. ¡Santa ambición, que todos los creyentes deberíamos emular! No quería *«edificar sobre fundamento ajeno»,* pues había sido llamado por Dios a *edificar, como perito arquitecto,* no a sobreedificar (v. 1 Co. 3:10). Cita para ello de Isaías 52:15, conforme a los LXX con la sola variante de una trasposición, con lo que se distingue un poco del texto hebreo, que se refiere al asombro de reyes y naciones ante el informe de las cosas inauditas acerca del Siervo de Jehová, el Mesías. El texto de Isaías, pues, le servía bien a Pablo, dentro de la acomodación que él hace a su predicación del Evangelio, para mostrar que el ministerio de vanguardia que él ejercitaba no era solamente de acuerdo con los designios de Dios, sino también en cumplimiento de las profecías.

Versículos 22–29

En estos versículos, Pablo declara su deseo y su propósito de visitar a los creyentes que están en Roma.

1. En el versículo 22 repite lo que había dicho al comienzo de la Carta (1:13) acerca del deseo que tenía de verles, pero ahora les expone implícitamente qué era lo que le estorbaba el viaje a Roma: los continuos viajes misioneros de que habló en el versículo 19, *pero ahora*—añade—(v. 23), *no teniendo ya más campo en estas regiones,* pues en ellas había proclamado plenamente el evangelio (v. 19b), *cuando vaya a España* (v. 24), *iré a vosotros.* Por cierto, la frase *«iré a vosotros»* no figura en el original, pero suele suplirse del versículo 28, donde dice expresamente que la meta de su viaje era España, *pasando por vosotros.* J. Murray tiene como probable el que Pablo llevase a cabo su deseado y proyectado viaje a España, apoyado en Lightfoot, quien, a su vez, se apoya en Clemente de Roma, coetáneo del apóstol Juan, que dice en su Primera Carta a los corintios 5:7 acerca de S. Pablo: «Después de haber enseñado a todo el mundo la justicia y de haber llegado hasta el límite del Occidente …». El propio Lightfoot interpreta lo del «límite del Occidente» como la parte occidental de España, es decir, Galicia y Portugal.

2. En los versículos 25 y 26, el apóstol explica por qué no puede hacer de inmediato su proyectado viaje a España a su paso por Roma: Tenía que ir a Jerusalén a llevar la colecta que se había recogido en Grecia para los pobres de Jerusalén. Él mismo había sido el iniciador de esta obra de amor fraternal, y había dado su palabra a los líderes de Jerusalén (Gá. 2:7–10). Nadie debe pensar que esta obra era algo secundario, que debería ceder su lugar a la necesidad urgente de la proclamación del Evangelio, pues el propio Pablo ve en ella un ministerio sagrado, pues repite (v. 27) el verbo técnico *leitourgésai* (el mismo de Hechos 13:2, y de la misma raíz que el sustantivo de Ro. 13:6; 15:16). El apóstol atisbaba los peligros que en Jerusalén le acechaban (v. 31), pero no podía figurarse que de allí había de ir a Roma, no de paso, sino preso por varios años, por haber apelado al César.

3. El citado verbo *leitourgésai* (v. 27b), cuyo pleno sentido es, mejor que «servirles», *«consagrar a su servicio»,* nos da idea del aprecio en que Pablo tenía los bienes espirituales que de Jerusalén se habían derivado a los fieles de Macedonia y Acaya (de toda Grecia). No se trata de una operación comercial, pues lo espiritual supera a lo material tanto como el cielo supera a la tierra, sino de algo que se cae de su propio peso (comp. con 1 Co. 9:11). En ambos lugares, Pablo contrasta lo *«espiritual»* (gr. *ta pneumatiká)* con lo *material* que llama literalmente lo *«carnal» (ta sarkiká).* Como advierte Murray, «no hay por qué dar aquí a este vocablo ninguna malvada conexión; se usa con referencia a las posesiones tangibles, materiales». Con todo, se palpa cierto tono de desprecio a (y de peligro por parte de) lo material (comp. con Lc. 16:9 y 1 Ti. 6:9, 10, 17–19). Cuando uno ha recibido, por el ministerio de un siervo de Dios, los bienes espirituales que conducen a la vida eterna, no hay precio material con que pueda pagársele tal deuda.

4. Pablo no podía estar seguro, sin previa revelación personal de Dios, de que había de llevar a cabo su deseado viaje a España, al pasar por Roma, pero sí *sabía de cierto* (v. 29) *que había de llegar con abundancia de la bendición (del Evangelio) de Cristo,* es decir, es Cristo mismo el que, por medio de Pablo, había de impartir sus ricas bendiciones a los creyentes de Roma. Lo incluido en paréntesis falta en gran parte de los más importantes MSS. Poco se figuraba él la forma en que había de viajar a Roma (custodiado y en cadenas), pero al leer Filipenses 1:12–18, palpamos el gozo de Pablo por lo que el Señor había hecho por la expansión del Evangelio, no sólo por lo que Pablo pudo comunicar de palabra desde la casa alquilada en que estaba alojado (Hch. 28:30), sino por el testimonio mismo de aquellas cadenas que llevaba por su amado Salvador.

Versículos 30–33

1. El apóstol desea que los fieles de Roma oren a Dios por él (vv. 30–32).

(A) Por qué deben orar por él (v. 30): *«Os suplico, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu»* (NVI). La conexión de esta doble motivación muestra que Pablo exhorta, urge, a los fieles de Roma a orar con él, puesto que tienen un *Señor* común, que ha dado su vida por todos, y un Dios que les ha otorgado su amor por medio del Espíritu Santo (5:5). No cuadra aquí el amor como fruto del Espíritu (Gá. 5:22), sino el amor que el Espíritu nos tiene. Quienes hayan experimentado el valor de estos

dones inefables, sabrán corresponder con el privilegio de orar conjuntamente para que todo resulte para gloria de Dios y bien de las almas.

(B) Cómo deben orar por él (v. 30b): *«que luchéis a mi lado en las oraciones a Dios por mí»* (lit.). Pablo describe la oración como una lucha, una pugna atlética (comp. con He. 12:1, donde sale el término *agón*, de la misma raíz), que los fieles han de sostener codo con codo, unos por otros, mutuamente. Esta lucha tiene dos frentes, paradójicamente, opuestos: (a) contra los enemigos de la vida cristiana: el mundo, el diablo y la carne, por lo que requiere persistencia en el esfuerzo; (b) con Dios, al estilo de Jacob, para obtener sus deseadas bendiciones, por lo que requiere fervor en el esfuerzo e inteligencia en el modo de orar (sirva de modelo la oración de Moisés en Éx. 32:11–14).

(C) Qué deben pedir por él:

(a) *Que sea librado de los desobedientes* (lit. *de los que no se dejan persuadir;* el mismo vocablo de Juan 3:36, entre otros lugares) *de Judea*. Los judíos incrédulos de Jerusalén eran los enemigos acérrimos de Pablo, a quien tenían por traidor y desertor.

(b) *«que la ofrenda de mi servicio a los santos* (Creyentes pobres) *en Jerusalén sea acepta»* (v. 31). Esta versión (RV) une el vocablo *dorophoría* (aporte de una ofrenda), que se halla en unos pocos MSS, con *diakonía* (servicio) que aparece en la mayoría, casi absoluta, de los MSS. El texto dice literalmente: *«que mi servicio, el que* (es) *para Jerusalén, sea bien acogido por los santos»* (v. la NVI). ¿Cómo? ¿Es posible que un servicio como ése pudiera ser recibido desfavorablemente? Dice J. Murray: «El apóstol tenía amplia evidencia de las sospechas con que su ministerio entre los gentiles había sido considerado y, con la mayor probabilidad, habría oído los falsos informes que se rumoreaban por todo Jerusalén (v. Hch. 21:20, 21)».

(c) *«para que llegue a vosotros con gozo por la voluntad de Dios, y que encuentre algún descanso juntamente con vosotros»* (v. 32). Si llegaba a ver realizado su deseado viaje, tendría el gozo de descansar por algún tiempo con los fieles de Roma; con el refrigerio que la comunión fraternal le proporcionaría, había de cobrar nuevas fuerzas para proseguir su viaje a España. Añade *«por la voluntad de Dios»,* es decir, «si eso era lo que Dios quería» (gr. *thélema*, el mismo vocablo de 12:2). Esta previa sumisión de Pablo a la providencia de Dios le otorgaba la necesaria paz interior, ya que, por ahora, ¡no era eso lo que Dios quería!

2. Pablo termina el capítulo (v. 33) con otra oración-bendición: «Y *el Dios de la paz* (sea) *con todos vosotros. Amén»* (lit.). Nótese la admirable conexión de los títulos que ha dado a Dios en este capítulo: (A) *«El Dios de la paciencia y de la consolación»* (v. 4); (B) *«El Dios de la esperanza»* (v. 13), inmediatamente después del «esperarán» del versículo 12. (C) Y ahora *«El Dios de la paz»*, por el descanso (especialmente, en la voluntad amorosa de Dios) que acaba de mencionar en el versículo 32. *«Con todos vosotros»,* dice; con los fuertes y con los débiles. Los que se hallan unidos en la bendición de Dios, han de estar también unidos por los vínculos del amor fraternal.

CAPÍTULO 16

Pablo termina su Carta a los fieles de Roma con una larga lista de saludos, I. Saludos a no menos de 27 personas por su nombre (vv. 1–16). II. Una advertencia a que tengan cuidado con los que causan divisiones en la iglesia (vv. 17–20). III. Saludos de parte de algunos hermanos que estaban con Pablo (vv. 21–24). IV. Concluye con una solemne alabanza a la gloria de Dios (vv. 25–27).

Versículos 1–16

1. Es muy probable que Febe fuese la portadora de la carta que el apóstol está acabando de escribir. Pablo la recomienda encarecidamente a los fieles de Roma. *Febe* significa «radiante» y es como el femenino de Febo, nombre dado por los griegos al sol. Exhorta a que *la reciban* (lit. *la acojan) en el Señor* (v. 2), *como es digno de los santos;* esto es, «como conviene a aquellos que tienen el mismo Señor y viven en la unidad del espíritu» (Vicentini). Les pide que *la ayuden en cualquier cosa que necesite de ellos.* Bien lo merece, pues *«ella ha ayudado a muchos y a mí mismo»,* dice Pablo. El título que al principio (v. 1) le da es *«diaconisa»* (gr. *diákonos),* lo cual indica, sin duda, que su servicio en la iglesia

de Cencreas, puerto de Corinto, a poco más de 11 km de la ciudad, era constante e importante, hasta ser reconocida como que cumplía un ministerio específico dentro de la comunidad. Está fuera de duda que Febe no era «diaconisa» en el sentido ministerial que el término *diácono* tiene, por ejemplo, en 1 Timoteo 3:8. Tal cosa ha sido inaudita en la historia de la Iglesia hasta que ciertas denominaciones la han inventado en el presente siglo. En los primeros tiempos del cristianismo se daba este título de «diaconisas» a ciertas hermanas que, de manera especial, se dedicaban al cuidado de los pobres y de los enfermos, además de ciertos servicios de limpieza, etc., en la iglesia. Pablo la llama también (v. 2) *prostátis*, que significa «ayudadora». El masculino *prostátes* indicaba en Atenas el oficial encargado de procurar alojamiento a los inmigrantes.

2. Menciona a continuación (v. 3) a *Prisca* (lit.) y *Aquila,* a los que ya conocemos por la pluma de Lucas en *Hechos.* Lucas usa el nombre familiar *(Priscila,* diminutivo de *Prisca).* Se discute por qué aparece, casi siempre, ella delante del nombre de su marido. Hay quienes opinan que ello se debe al rango social de su familia, pues parece ser que pertenecía a la noble familia romana llamada *«prisca»,* que significa «antigua». Pero es poco probable que, tanto Lucas como Pablo, otorgasen superioridad alguna al rango social. Lo más probable es que, dentro del matrimonio, ella destacase notablemente por su competencia, su laboriosidad y su iniciativa. Había emigrado de Roma el año 50 por el edicto de Claudio, pero Claudio había muerto y Nerón se mostraba afable y contemporizador, mientras vivía Séneca, su mejor consejero. Después (v. 2 Ti. 4:19, comp. con 1 Ti. 1:3), los hallamos de nuevo en Éfeso. En alabanza de ellos, dice Pablo: (A) *«Mis colaboradores en Cristo Jesús»* (v. 3b), es decir, en el servicio del Evangelio de Cristo. Aparte de esto, tenían también, como sabemos por Lucas, el mismo oficio manual que Pablo, que era confeccionar lonas para tiendas de campaña; esto explicaría el papel secundario que se confiere al esposo Aquila, que sería el principal obrero en el oficio, mientras su esposa se dedicaba más al estudio de la Palabra. (B) *«los cuales expusieron su propio cuello por mi alma»* (v. 4. lit.). No sabemos cuándo ni por qué expusieron su vida por Pablo. (C) *«a los cuales no sólo yo doy gracias, sino también todas las iglesias de los gentiles»* (v. 4b). Sus servicios a las iglesias eran tan estimables e importantes, que bien se merecían el agradecimiento de todas las iglesias, además del que les tributa personalmente Pablo. Por el versículo 5a, vemos que una comunidad numerosa, como la de Roma, se reunía *en la casa de ellos,* por lo que se ve que era una casa acomodada y espaciosa. Probablemente, era una congregación de libertos y amigos, como se colige por los nombres que siguen a continuación.

3. Sigue ahora una larga lista de creyentes que, con toda probabilidad, pertenecían a la iglesia que se reunía en casa de Prisca y Aquila.

(A) *Epéneto* (que significa «alabado»), al que el apóstol llama *amado mío* (v. 5b), por la razón especial de que era el primer convertido del *Asia* proconsular (Acaya es una lectura menos probable), y por eso lo llama *el primer fruto* (como las primicias ofrecidas a Dios) que Pablo consiguió allí *para Cristo.*

(B) *María* (del hebr. *miriam,* señora); de ella dice Pablo: *«la cual ha trabajado mucho por vosotros»* (v. 6), lo cual da a entender que esta mujer había jugado un papel importante en la organización de la iglesia. A la pregunta: ¿Cómo sabía Pablo todas estas cosas?, contesta Murray que debió de recibir de Prisca y Aquila amplia información, cuando éstos tuvieron que trasladarse anteriormente de Roma a Éfeso.

(C) *Andrónico* (hombre vencedor) y *Junias,* judíos como Pablo, aunque el apelativo de *«parientes»* podría indicar algún parentesco según la carne, algún tanto lejano; éstos habían sido convertidos a la fe cristiana antes que Pablo (v. 7); así se explica que fuesen *insignes entre los apóstoles,* es decir bien conocidos de los apóstoles por su pronta entrega a Cristo.

(D) *Amplias* (v. 8) *o Ampliato* (ensanchado), *amado en el Señor* (para no hacerle de menos en comparación con otros). *Urbano* (v. 9), de la urbe, esto es, Roma); *nuestro colaborador en Cristo Jesús («nuestro»* en general; Pablo no dice *«mi»,* como en el caso de Prisca y Aquila). Viene a continuación (v. 9b), *Estaquis* (*espiga* de grano), a quien también llama *«amado mío»,* sin más cualificación ¿para qué más?

(E) *Apeles* (v. 10, que nos recuerda al más ilustre de los pintores griegos, del siglo IV a. de C.), al que llama *«aprobado en Cristo»,* por alguna aflicción o persecución fielmente sufrida por la causa del Señor. *Aristóbulo* (que significa «muy buen consejero») y del que Lightfoot asegura que era nieto de Herodes el Grande y hermano de Agripa I. Como en el caso de Prisca y Aquila, la mención de su *casa* denota rango especial. *Herodión* (v. 11) a quien llama su «pariente», es probable que, en este caso, signifique

únicamente «de raza judía»; y más probable aún, que era de la familia (quizá, de la servidumbre) de Herodes. El *Narciso* que se nombra a continuación era, según Lightfoot, un liberto que había llegado a alcanzar alta posición y que, al llegar Nerón al trono, se le dio muerte; por eso, el saludo va dirigido, no a él, sino *a los de su casa.* Esto indica que es probable que también Aristóbulo hubiese muerto cuando Pablo escribía esto. La frase final del v. 11 *«los cuales son del* (lit. *en el) Señor»* no garantiza la conclusión de que los de la casa de Aristóbulo no fuesen del Señor.

(F) Como en el caso de María (v. 6), Pablo envía saludos a tres diligentes y trabajadoras hermanas de la iglesia: *Trifena y Trifosa* (v. 12) son nombres muy curiosos, pues se derivan de un verbo griego que indica «dulzura», en el sentido de un postre delicado y sabroso. Es muy probable que fuesen hermanas. *Pérsida* (de Persia) podría indicar el país de origen; es probable que las tres fuesen esclavas manumitidas.

(G) Se supone que *Rufo* (v. 13, que significa «pelirrojo») era hijo de Simón de Cirene y que, por eso, es mencionado en Marcos 15:21; su madre había prestado buenos servicios al apóstol, por lo que éste la llama *«madre suya»,* no en sentido literal. *«Escogido en el Señor»* no se refiere aquí a su elección en Cristo (Ef. 1:4), sino que estaba dotado de cualidades eminentes.

(H) Sigue luego una lista de nueve nombres, que incluye también *a los hermanos* (v. 14; *a los santos,* en el v. 15) *que están con ellos.* Los nueve mencionados son (v. 14): *Asíncrito* (incomparable), *Flegonte* (ardiente), *Hermes* (intérprete de los dioses), *Patrobas* (¿?), *Hermas* (otra forma, regional, de Hermes), *Filólogo* (amante del lenguaje), *Julia* (nombre bastante común, después de Julio César, llevado incluso por esclavas de la casa imperial), esposa, probablemente, de Filólogo; *Nereo* (húmedo, de Nereo, un dios del mar), cuya *hermana* es también mencionada por el apóstol, *Olimpas* (referente al Olimpo, el cielo de los dioses griegos).

4. Pablo termina la lista de saludos con una exhortación, que, por cierto, ha sido mal entendida por muchísimos hermanos: *«Saludaos los unos a los otros con un beso santo»* (v. 16. V. también 1 Co. 16:20; 2 Co. 13:12; 1 Ts. 5:26; 1 P. 5:14). Nuestra mentalidad occidental nos inclina a ver en estos besos santos el besar «santamente» a las hermanas, más bien que a los hermanos, de la congregación. Hay en Estados Unidos una iglesia, que no quiero nombrar, que algunos llaman «la iglesia de los besos» por la profusión de besos a las hermanas. ¿No será un modo, más o menos solapado, de agradar a la carne? El apóstol se atiene al contexto local, oriental (comp. Lc. 7:45; puede verse aun hoy día en los países árabes y en Palestina y en los demás del Cercano y Medio Oriente), donde los hombres se besan mutuamente de mejilla a mejilla, y lo mismo las mujeres entre sí. ¡El apóstol no anima a besarse «santamente» entre personas de distinto sexo, por «santas» que sean! Antes del paréntesis que forman los versículos 17–20, se adelanta a los saludos personales con un *«Os saludan todas las iglesias de Cristo»* (v. 16b). Por qué dice eso aquí, en lugar de ponerlo detrás del versículo 23, se explica por el hecho de que, como observa Murray «Pablo estaba tan identificado con todas las iglesias, especialmente con las de los gentiles como apóstol de los gentiles, que sus saludos no habían de ser disociados de los de la Iglesia entera».

Versículos 17–20

Pablo inserta aquí, al interrumpir súbitamente el ritmo del capítulo, una amonestación que a muchos parece extraña, pero no resulta tan rara si atendemos a 14:13 y 1 Corintios 3:3, peligros que siempre acechan a las iglesias cristianas como causas de división. Veamos:

1. *«Os suplico, hermanos …»* (v. 17), la misma frase de 15:30. No manda, pues no entra dentro de su carácter imponerse a otros hermanos, sino que suplica, insta, exhorta (gr. *parakaló): a fijarse* (a no perder de vista); gr. *skopeín,* el mismo verbo de Fil. 3:17) *en los que causan divisiones y tropiezos* (gr. *skándala).* La gravedad que Pablo atribuye a la actitud de *tales personas* (v. 18) insinúa que se trata de judaizantes. Así se entiende mejor todo lo que sigue: *«desdicen de la doctrina que vosotros habéis aprendido»* (comp. con Gá. 1:6–9). Por lo que Pablo dice seriamente: «*y que os apartéis de ellos»,* por lo que se ve que es algo mucho más grave que lo tratado en 14:13. Dice Vicentini: «Estos perturbadores … son los habituales adversarios del apóstol, los judaizantes. Son sembradores de discordia, suscitan disensiones y escándalos, no en materia indiferente, como los débiles del capítulo 14, sino en materia de fe».

2. Razones con que refuerza su amonestación:

(A) La perversa conducta de tales personas (v. 18). Se honran a sí mismos con el nombre de «cristianos», siervos y seguidores de Cristo, pero *no son servidores de nuestro Señor Jesucristo, sino de*

su propio vientre (comp. con Fil. 3:19). Es claro por el contexto, y en esto están de acuerdo los exegetas, que no se trata aquí de la sensualidad ni de la glotonería, sino del deseo de agradarse a sí mismo, ya para sacar dinero (como piensan algunos) o (lo que es más probable) para un falso ascetismo (comp. con Col. 2:20–23) en que el vientre, es decir, lo que entra por la boca, se convierte en la pauta de la santidad legal y de la espiritualidad cristiana.

(B) El peligro que los fieles de Roma corren, precisamente por la astucia con que tales personas (v. 18b) *engañan, con suaves palabras y lisonjas, el corazón de los ingenuos* (lit. *sin malicia),* quienes, precisamente por carecer de malicia, son incautos, no se percatan del peligro que les acecha. Por eso, el apóstol (v. 19) viene a decir que, precisamente *por el gozo que le causa la obediencia,* es decir, la docilidad a recibir la fe (1:8), *bien conocida de todos,* de los fieles de Roma, quiere que conjuguen bien la sencillez de la paloma con la astucia de la serpiente (v. Mt. 10:16): *«sabios para el bien e inocentes* (que no hacen daño) *para el mal»* (v. 19b). Hay que ser: (a) *sabios para lo que es bueno,* a fin de que nadie nos engañe instándonos a mezclarlo con algo que es malo; (b) *inocentes,* sencillos, inofensivos, *para lo que es malo,* a fin de no caer en la tentación de ser llevados al mal. Nótese que «inocente» no equivale a «ignorante», pues el apóstol les exhorta a ser «sabios».

3. El apóstol termina esta porción parentética en tono optimista, al alentar a los fieles de Roma con la perspectiva cierta, segura, de la victoria definitiva del bien sobre el mal, *de Dios sobre Satanás* (v. 20), en esa batalla constante que la Iglesia libra con los poderes de las tinieblas. Unidos a Cristo, los cristianos son vistos quebrantando con Él la cabeza de la serpiente (Gn. 3:15): *«bajo vuestros pies».* La victoria será *en breve.* Es un gran aliento para los soldados, en el frente de batalla, saber que el fin de la guerra está próximo. Dice Trenchard: *«"El Dios de paz"* es también "Jehová de los Ejércitos", pues la paz final depende de la derrota del gran enemigo de las almas de los hombres». La frase final (v. 20b): *«La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros»* (comp. 1 Co. 16:23; 2 Co. 13:14; 1 Ts. 5:28) está bien atestiguada aquí, pero no en el versículo 24.

Versículos 21–24

Pablo añade aquí unos afectuosos saludos de parte de algunos hermanos que estaban con él. 1. Unos eran especiales amigos suyos. *«Timoteo, mi colaborador»* (v. 21), a quien también llama *«hijo»* (1 Ti. 1:2; 2 Ti. 1:2). *Lucio* es, con toda probabilidad, el mismo de Hechos 13:1. *Jasón y Sosípatro* son también, probablemente, los mismos de Hechos 17:5–7, 9; 20:4, y los llama el apóstol *mis parientes,* lo que podría significar solamente que eran de raza judía, aunque Murray no descarta que fuesen también parientes según la carne. 2. Viene luego (v. 22) el amanuense de Pablo, quien se presenta a sí mismo: Yo *Tercio, que he escrito la carta, os saludo en el Señor.* Su nombre, como el de *Cuarto* (v. 23b) indica, bien a las claras, que era un liberto, que había sido esclavo sin otro nombre que el número que le señalaba por orden de entrada en la familia. Pablo necesitaba quien le escribiese las cartas por su vista defectuosa (v. Gá. 6:11). 3. Otros eran notables por los servicios que prestaban a Pablo, más bien que por su posición social: *Gayo, hospedador mío y de toda la iglesia* (v. 23); es decir, era el anfitrión de Pablo y de los hermanos que pasaban por allí. *Erasto, tesorero (o cuestor) de la ciudad,* cargo importante; lo que demuestra, como hace notar Trenchard, que, aun cuando no había en la iglesia de Corinto *«muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos ni muchos nobles»* (1 Co. 1:26), sí había *algunos. Cuarto,* al que ya hemos mencionado, es llamado simplemente *«el hermano»,* es decir, hermano en Cristo, no hermano carnal de ninguno de los anteriores, pues, si lo hubiese sido, Pablo lo habría dicho expresamente. Para el versículo 24, véase lo dicho al final del versículo 20.

Versículos 25–27

Pablo cierra aquí la Epístola con una grandiosa doxología, más larga que en ninguna otra de sus Cartas, y que viene a ser también una especie de resumen doctrinal. Dice J. Murray: «Al comienzo de la Carta, Pablo había expresado su deseo de visitar Roma e impartir algún don espiritual a fin de que los creyentes de allí pudiesen ser consolidados (1:11). Nótese el comienzo del v. 25: «Y *al que puede consolidaros …».*

1. Describe primero el medio de esta consolidación: *«conforme a mi Evangelio,* es decir, el mensaje que le había sido encomendado por Dios (1 Co. 15:1; Gá. 1:11; 2:2, 7; Ef. 3:6; 1 Ts. 2:4; 1 Ti. 1:11), y *la*

predicación (lit. *proclamación) de Jesucristo»*. Como lo indica el vocablo griego *kérugma,* dicha predicación no significa lo que Cristo predicaba, sino lo que Pablo predicaba acerca de Jesucristo; por lo que *el Evangelio de Pablo y la proclamación de Jesucristo* son una misma cosa. «*Según la revelación del misterio que ha sido mantenido en silencio desde tiempos eternos»* (v. 25b) se entiende según el sentido que el apóstol suele dar al vocablo *misterio* (en 11:25, por ejemplo). Algo que sólo después de la Obra de la Cruz y del descenso del Espíritu Santo ha salido a la luz (comp. Ef. 3:9). No sólo los gentiles estaban ignorantes de ello, sino también los judíos y aun los discípulos de Cristo antes de Pentecostés. En cuanto a la diferencia entre «misterio» y «evangelio», dice Vicentini: «En el misterio, el acento se pone en la profundidad impenetrable de Dios, que ha decidido la salvación de todos los hombres. En el evangelio hay que colocarse en la perspectiva del hombre alejado de Dios, privado de sus bienes, que recibe el anuncio de la intervención divina».

2. Es de notar el contraste con el *ahora* (v. 26) del tiempo en que Dios ha tenido a bien *manifestar,* es decir, sacar a la luz pública, la voluntad eterna de formar, de judíos y gentiles, un solo Cuerpo de Cristo, lugar de común salvación para todos los hombres (Hch. 4:12). La mención de *las Escrituras Proféticas* (lit.) en este versículo choca a primera vista con lo del *misterio mantenido en silencio hasta ahora,* de los versículos 25b, 26a, ya que sólo de los profetas del Antiguo Testamento tenemos *escritos* inspirados, pero el propio Pablo ha usado con relación a los tiempos presentes profecías del Antiguo Testamento (v. 15:9–12). Copiamos de Trenchard: «En sus contextos originales, estas profecías vislumbran la bendición de los gentiles por medio de una nación de Israel restaurada en el reino futuro, pero no dejaban de señalar el propósito de Dios de universalizar la bendición por llevar a la obediencia aun a los gentiles. Pablo aplicaba tales predicciones libremente a la bendición de los gentiles en el ámbito de la Iglesia en esta dispensación, sin dejar de insistir en la tremenda "novedad" de la revelación que él mismo recibió». «*Según el mandamiento del Dios eterno»* indica no sólo la autoridad que «el mandamiento de Dios» otorga a la proclamación universal del Evangelio, sino también a la comisión que el apóstol Pablo había recibido de proclamar dicho Evangelio. Para la frase *«obediencia de la fe»,* véase el comentario a 1:5.

3. Así como en el versículo 25, Pablo había puesto el énfasis en *el que puede,* en el versículo 27 glorifica *al que sabe,* pues es especialmente la sabiduría de Dios la que brilla en el misterio al que se refiere Pablo en estos versículos (comp. con 11:33–36 y con 1 Co. 2:6–13). El «único Dios sabio» no quiere decir que haya «dioses necios». Lo de *único* afecta *a Dios:* Hay un solo Dios, y este Dios es infinitamente sabio. Éste es aquí el pensamiento del apóstol. Y así como toda *gracia* viene por medio de Jesucristo (Jn. 1:17), toda *gloria* ha de subir al Padre, también *por medio de Jesucristo,* como por medio de Él ha de subir toda oración (v. He. 4:15, 16). Aunque el versículo 27 dice literalmente: *«Al único sabio Dios por medio de Jesucristo, a quien* (sea) *la gloria por los siglos. Amén»*, no cabe ninguna duda de que la gloria va dirigida a Dios por medio de Jesucristo. Si la gloria fuese dirigida aquí a Cristo, la primera parte del versículo carecería totalmente de sentido.

1 CORINTIOS

Corinto era una de las ciudades más importantes de toda Grecia. Estaba situada en el istmo que unía el Peloponeso al resto de Grecia y tenía dos puertos adyacentes: uno llamado Lequeo, no lejos de la ciudad y desde el que se efectuaba el comercio con Italia y, en general, con el Occidente; el otro era Cencreas, un poco más distante, desde donde se efectuaba el comercio con el Asia. Con tal situación, no es extraño que Corinto fuese un lugar famoso por su riqueza, lo mismo que por sus vicios; tanto que el llevar una vida de libertinaje se solía llamar «hacer el corintio». Por supuesto, allí había templos para todos los dioses y diosas de la gentilidad, y era especialmente famoso el dedicado a Venus Afrodita, con sus más de mil prostitutas sagradas. Sin embargo, allí tenía Dios *mucho pueblo* (Hch. 18:10) y allí plantó Pablo (3:6) una iglesia del Dios viviente, con sus muchos dones (1:7) y sus muchos defectos; pero todos sus miembros (se entiende, los sinceros creyentes) habían sido *lavados, santificados, justificados,* después de haber sido algunos tan perversos como el resto de la pagana población (6:9–11). No obstante, los antiguos vicios habían dejado sus huellas en algunos miembros de la congregación, por lo que el apóstol se ve obligado a no escatimar sus reproches. Como ha demostrado el Dr. Lloyd-Jones, la idea central que, como un hilo de oro, enhebra toda la Epístola es la de «Cuerpo de Cristo» y es en esa perspectiva como debe leerse y estudiarse esta preciosa Carta del gran apóstol.

De entre las diversas formas de dividir la Epístola, escogemos la que emplea el Dr. Ryrie, aunque tomamos sólo los títulos de las secciones:

1. Introducción: (1:1–9).
2. Divisiones en la iglesia: (1:10–4:21).
3. Desórdenes morales en la iglesia: (5:1–6:20).
4. Discusión sobre el matrimonio: (7:1–40).
5. Discusión sobre los alimentos ofrecidos a los ídolos: (8:1–11:1).
6. Discusión sobre el culto público: (11:2–14:40).
7. La doctrina de la resurrección: (15:1–58).
8. Asuntos prácticos y personales: (16:1–24).

CAPÍTULO 1

I. El prefacio o introducción de toda la Carta (vv. 1–9). II. Uno de los principales motivos de escribirles: las divisiones en la iglesia (v. 10–13). III. Un informe del ministerio de Pablo entre ellos (vv. 14–17). IV. La forma en que había predicado allí el Evangelio (vv. 17–31).

Versículos 1–9

1. Dentro de la introducción de la Epístola, vemos primero la inscripción (v. 1): Es una Epístola, o Carta, de *Pablo,* inspirado por Dios. *«Llamado apóstol* (lit.) *de Cristo Jesús»*. No dice: *«llamado a ser apóstol»,* sino *«llamado apóstol» o,* como traduce Leal, *«apóstol de Cristo Jesús por vocación»,* esto es, *por llamamiento* (v. comentario a Ro. 1:1). *«Por la voluntad de Dios»* significa «porque *Dios lo quiso así»,* donde se dan a entender dos cosas: (A) que no fue Pablo el que escogió dedicarse a ese ministerio, sino que fue Dios quien le llamó a desempeñarlo; (B) que no fue una opción que Dios le propuso, sino un mandato que le ordenó. Y como no había tomado el honor para sí, no era jactancia afirmar que lo tenía. Asocia a *Sóstenes* (quizás el mencionado en Hch. 18:17) en el saludo. Timoteo estaba ausente (v. 4:17 y comp. con 2 Co. 1:1). Dirige la Carta *a la iglesia de Dios que está en Corinto* (v. 2). Nótese bien: el propietario y protector es Dios; Corinto es el lugar donde está situada la congregación: Pablo se dirige a una iglesia *local.* Los creyentes son *santificados en Cristo Jesús:* Constituidos justos en unión con Él.

2. En este versículo 2, hay tres detalles que no deben pasarse sin analizar: (A) El vocablo *«iglesia»* se halla también en la dirección de 2 Corintios 1:1, 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:1 y en Gálatas 1:2 (en plural). El griego *ekklesía* (de *ek,* de, y *kaléo,* llamar) nos da el concepto de «segregación» («llamada a salir de») para formar una «congregación», semejante al *Quehal Jehová.* (B) Como en el versículo 1, también aquí hemos de leer *«llamados santos»,* es decir, «santos (justos) por llamamiento». Los *«llamados»* y los *«elegidos»* son unos mismos en el pensamiento de Pablo (v. Ro. 8:30; 1 Co. 1:24). (C) *«Con todos los que en cualquier lugar, etc.»,* significa que lo inmediatamente anterior *(«llamados santos»)* incluye a todos los que, *en cualquier lugar* del mundo, *invocan el nombre del Señor Jesucristo,* puesto que es *tan Señor de ellos como nuestro.* Dice Ch. Hodge: «Invocar el nombre de alguien es pedir su ayuda».

3. Sigue (v. 3) la bendición-saludo inicial: *«Gracia y paz a vosotros, etc.»*. Comenta Hodge: *«Gracia* es favor, y *paz sus* frutos. La primera abarca todo lo que se encierra en el amor de Dios según es manifestado para con los pecadores; y la segunda el conjunto de los beneficios que emanan de aquel amor». El apóstol no se constituye a sí mismo en fuente de estas bendiciones, sino en vehículo de ellas, *de parte de Dios,* a quien llama *nuestro Padre, y de Jesucristo,* a quien llama *el Señor,* pues a Él ha sido dada toda autoridad y todo poder. No sólo es la Cabeza, sino también el Dueño y Señor adorable, de la Iglesia.

4. A continuación (vv. 4 y ss.), Pablo prorrumpe en un cántico de acción de *gracias «a mi Dios»,* y expresa así su amor y su dedicación completa a Dios. Le da gracias *«por la gracia que os fue dada en Cristo Jesús»,* es decir, por la unión con Cristo Jesús. Si nos percatamos de que «Cristo» indica el «Mesías» (Comunicador y Mediador de Dios), mientras que «Jesús» es el hombre que encarna en sí la «salvación de Jehová», entenderemos mejor el énfasis que, según la distinta colocación, carga el apóstol sobre uno de los dos aspectos. *Cristo* es aquí el vehículo de la gracia de Dios que, por Él, fluye a los suyos (v. Jn. 15:1 y ss.). A continuación Pablo expone las razones por las que eleva a Dios esta acción de gracias:

(A) La gracia dada por Dios en Cristo Jesús ha hecho que *«en todas las cosas fuisteis enriquecidos en Él»* (en Cristo). Cuáles sean estas cosas se ve por el contexto posterior: por los dones de toda clase que han recibido. A la vista de los numerosos reproches que esta Carta incluye, hay quien ha visto en estos versículos, una exageración irónica; pero esto carece totalmente de base. Estos dones no suponen ningún mérito o demérito por parte de los fieles de Corinto; son pura gracia de Dios, que los da a quien quiere (v. el comentario al cap. 12). Precisamente por disfrutar de *tal variedad de dones* (v. 7), era tanto más reprensible la conducta de los corintios.

(B) De estos dones (v. 12:7 y ss.), Pablo especifica aquí *«toda palabra* (v. 5b) y *todo conocimiento»* (unidos en 12:8). Dios les había concedido el don sobrenatural de saber *expresar* bien la verdad y de saber *comprender* su contenido, *«pues nuestro testimonio* (v. 6) *acerca de Cristo quedó bien afianzado en*

vosotros» (NVI). Lo de «nuestro» no está en el texto, pero la NVI ha hecho bien en interpolarlo para dar bien el sentido a los lectores. Todos los dones que los corintios poseían eran una confirmación del testimonio que habían recibido por la predicación del Evangelio.

(C) Pablo describe a los recipiendarios de estos dones como *«los que esperáis anhelantes la revelación* («descubrir el velo») *de nuestro Señor Jesucristo»* (v. 7b). Esta «revelación» coincidirá con la «manifestación» de que habla Juan (1 Jn. 3:2). En el versículo 8, Pablo atribuye a Jesucristo la función de *consolidar a los fieles hasta el fin* (comp. con Fil. 1:6), *para que sean irreprensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo.* Acerca de esto, es menester hacer dos observaciones: (a) el vocablo griego para «irreprensibles» significa personas a las que nadie puede acusar o encausar ante los tribunales (v. Ro. 8:33); (b) *el día de Jesucristo* (comp. Fil. 1:6) es el día en que Cristo vendrá a recoger a los suyos, y no debe confundirse con el *Día del Señor* (el *Yom Jehová* del hebreo), que comprende un período posterior y más amplio, en el que Dios ejecutará sus juicios sobre la humanidad en general.

(D) Pablo apoya estas seguridades en la *fidelidad de Dios* (v. 9), quien nos ha llamado a compartir la vida y la filiación de Cristo (comp. Ro. 8:17, 29), con la consumación en la gloria (Ro. 8:30) de la unión con Cristo que el llamamiento de Dios comporta. ¡Gloriosa expectación, cuando la fidelidad de Dios viene a consolidar nuestras esperanzas! ¿Cómo podemos estar fríos, inactivos, infieles a esa fidelidad?

Versículos 10–13

En contraste con los versículos anteriores (notorio, no sólo por lo que sigue, sino también por la partícula *de),* Pablo se ve obligado ahora a exhortar a los fieles de Corinto a mantener la unidad en la comunidad eclesial.

1. Los exhorta a ponerse de acuerdo en el modo de expresarse en los puntos más importantes que tienen que ver con la unidad dentro de la congregación (v. 10). Apela al *nombre de nuestro Señor Jesucristo:* A «obrar con conciencia de lo que Él es, de lo que representa y de lo que exige» (J. Leal). «Y *que no haya entre vosotros divisiones* (lit. *cismas)».* Entre otros puntos de fricción, se había introducido en la iglesia de Corinto un «espíritu de partido» sobre muchos puntos, de los que aquí (vv. 11–13) menciona los partidos en torno a personalidades. Pablo les exhorta, pide y exige *«que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer».* El verbo griego, como observa L. Morris, «tiene que ver con restaurar algo a su correcta condición. Se usa en sentido de remendar redes (Mt. 4:21) y para completar lo que faltaba a la fe de los tesalonicenses (1 Ts. 3:10)». El apóstol no les pide que tengan en todo las mismas opiniones, sino que mantengan una unión de fe y amor, suficiente para evitar que se formen partidos dentro de la iglesia.

2. El apóstol se ha enterado de las *contiendas* (v. 11) existentes en la iglesia de Corinto a causa de las divisiones en torno a personas. Le han enterado *los de Cloé,* es decir, los de la familia de Cloé. No sabemos si esta Cloé era o no cristiana, pero ciertamente lo eran algunos de su casa (es de suponer). Siempre dentro de una suposición probable, esta familia viviría en Éfeso, donde Pablo escribe esta Epístola, más probable que en el mismo Corinto. Las contiendas son especificadas en el versículo 12: *«Me refiero a que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo* (es decir, soy partidario de él, de su modo de hablar, de actuar, etc.); *y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo».* Por 3:4, vemos que los partidos quizá más numerosos eran los dos primeros. No es demasiado aventurado suponer el motivo por el que estos cuatro nombres ocasionaban la formación de cuatro partidos dentro de la iglesia de Corinto:

(A) Pablo había plantado (3:6) la iglesia de Corinto (v. Hch. 18:1–11) y, al ser tan eminente siervo del Señor, poderoso con obras y señales, más que con palabras, es explicable (no justificable) que tuviese allí muchos adeptos. Es probable que su partido fuese el más numeroso.

(B) Apolos había regado lo que Pablo plantó (3:6; 4:6), lo que nos insinúa la probabilidad de que predicase allí. También es probable que la causa por la que no sentía deseos de volver allá (16:12) era por no añadir más combustible al celo de sus «partidarios». Es de suponer que su elocuencia fuese el motivo por el que muchos lo preferían.

(C) Cefas es el nombre arameo de Pedro (v. Jn. 1:42) y es probable que sus partidarios viesen en él al principal de los apóstoles (v. por ej., Mt. 16:16–19), sin descartar el que se le considerase por algunos como más adicto a la Ley (comp. con Gá. 2:11 y ss.).

(D) Lo extraño es que se mencione un cuarto partido ¡en torno a Cristo! Tan extraño que ha dado ocasión a las más extrañas opiniones. Hay quienes han llegado a sugerir que es equivocación de los

copistas y debería leerse *Crispo* (el del v. 14). ¿Puede llegarse a más? Otros (entre ellos, J. Leal) opinan que esta última frase expresa «la opinión personal de Pablo y de muchos fieles de Corinto que protestaban contra los partidos humanos y afirmaban que en el cristianismo no cabe más que un partido: el de Cristo». La construcción gramatical está en contra de esta opinión; es evidente que Pablo menciona aquí un cuarto partido, aunque no es fácil adivinar el motivo. En opinión del que esto escribe (nota del traductor), este cuarto partido estaba formado por quienes, en oposición a los demás partidos, se gloriaban de ser los únicos verdaderos seguidores de Cristo y tenían a los demás por «no cristianos». ¡También «en nombre de Cristo» se puede excomulgar a verdaderos creyentes!

3. La reacción de Pablo contra estas banderías dentro de la iglesia es fuerte, pronta y santamente airada. La expresa en tres preguntas retóricas: *«¿Acaso está dividido Cristo?»* ¡No, no hay más que un solo Cristo, *un solo Señor* (Ef. 4:5) y, por tanto, los cristianos deben estar unidos en Él! *«¿Fue crucificado Pablo por vosotros?»* ¡No, Pablo no fue nuestro Redentor ni derramó su sangre en expiación por nuestros pecados! «¿O *fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?*» Es significativo que el apóstol usa aquí la preposición griega *eis. «hacia, o para, el nombre de Pablo»;* como si dijese: «¿Acaso quedasteis dedicados a mi servicio, hechos discípulos míos, por haberos administrado la ordenanza del bautismo?» Por desgracia, hay ministros del Señor que sucumben a la tentación de considerar como de su grupo a los creyentes a quienes han bautizado.

Versículos 14–16

En conexión con el versículo 13b, el apóstol *da gracias a Dios* (v. 14) de que *sólo a Crispo* y a *Gayo,* de entre toda la congregación, *ha bautizado,* de forma que no pueden decir que los fieles de Corinto, o un gran grupo de ellos, *han sido bautizados en el nombre de Pablo.* Después (v. 16), se corrige y dice que *también bautizó a la familia de Estéfanas* y añade que *no recuerda si bautizó a alguien más.* Aquí es necesario hacer dos observaciones:

1. La rectificación que Pablo hace aquí muestra que él no escribía, sino dictaba, las Epístolas; por eso, en vez de borrar, corrige lo que cree necesario. La inspiración divina viene en ayuda del sagrado escritor en la medida en que es necesario para exponer las verdades que Dios desea comunicar por su medio, pero no le provee de una memoria especial para recordar detalles innecesarios. Pablo, pues, habla conforme a su limitada memoria humana, natural.

2. El versículo 14 no se ha de entender como si Pablo diese gracias a Dios por no haberle dado la oportunidad de bautizar a más personas, sino por el hecho de que, al dedicarse especialmente a la predicación del Evangelio (v. 17), dejaba a otros el ministerio de esta ordenanza, lo cual, en las presentes circunstancias de Corinto, por los partidos que se formaban en la iglesia en torno a personalidades, le daba motivo para alegrarse de no haber contribuido a ahondar las divisiones.

Versículos 17–31

1. Pablo explica ahora por qué bautizó a pocos: *«Pues no me envió Cristo* (v. 17) *a bautizar, sino a predicar el Evangelio».* Dice Hodge: «Esto no significa que el bautismo no estuviera incluido, pero sí que el bautizar era muy secundario con respecto al predicar». En efecto, esto sólo bastaría para convencernos de que el bautismo de agua no es un *medio* de salvación, sino un *precepto* u ordenanza que hay que obedecer. Añade Hodge: «La apostasía de la Iglesia consistió en hacer que los ritos fuesen más importantes que la verdad».

2. A continuación declara el estilo de su predicación: *«no con sabiduría de palabras, para que no se desvirtúe la cruz de Cristo»* (v. 17b). Es muy probable, como opinan varios autores, que Pablo hubiese aprendido en Atenas una lección importante: Su erudito discurso en el Areópago había sido un fracaso en cuanto a la conversión de los oyentes. Ni aun el optimista Lucas lo disimula con los términos que usa en Hechos 17:3, 34. El mensaje del Cristo crucificado (y resucitado—no se olvide—, 15:24) no necesita del adorno de la retórica humana. Más aún, el interés en emplear palabras de sabiduría humana sólo sirve para que *se desvirtúe* (lit. *sea vaciada),* quede ineficaz (el mensaje de) *la Cruz.* Cuanto mayor es la atención que se presta a la forma, tanto menor es la que se presta al mensaje. Pronto se puede ver quién es el centro de la atención del auditorio, si el predicador o Cristo. Todo lo que sigue hasta el final del capítulo es un desarrollo del versículo 17.

(A) La reacción de los hombres ante el mensaje de la Cruz determina su destino eterno: *«Para los que se están perdiendo* (participio de presente), es decir, para los que van por el camino que conduce a la perdición, *el mensaje de la cruz es locura* (gr. *moría*, insensatez), *pero para nosotros que vamos siendo salvos* (lit.), es decir, para los que vamos por el camino de la salvación, *es poder* (gr. *dúnamis*, de donde viene «dinamita») *de Dios»* (v. 18). Con mayor detalle en los versículos 23, 24: *«Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero* (gr. *skándalon), y para los gentiles locura* (gr. *moría), mas para aquellos que son llamados* (v. el comentario al v. 2), *así judíos como griegos, a Cristo poder de Dios y sabiduría de Dios»* (lit.). El «A Cristo» (acusativo) va regido por el «predicamos» del versículo 23.

(a) Notemos que la cruz de Cristo era un tropezadero, un escándalo (Gá. 5:11), para los judíos. Los judíos pedían constantemente *señales* (v. 22, comp. con Mt. 12:38; Mr. 8:11; Jn. 6:30) *del cielo,* como las de Moisés, para creer en el Mesías. Un Mesías crucificado, colgado de un madero (Gá. 3:13) era para ellos una ofensa imperdonable; esperaban un Mesías glorioso, triunfante de sus enemigos. En el siglo XI de nuestra era, los más influyentes rabinos (Rashi, Kimchi, etc.) llegaron a excluir de las *haftorahs* o lecturas en la sinagoga el capítulo 53 de Isaías, así saltaban del 52:12 al 54:1, de forma que nadie pudiese oír allí los sufrimientos del Siervo de Jehová.

(b) Para los gentiles (los griegos y los romanos), la cruz era una insensatez. ¡Los dioses del Olimpo no descendían a este mundo a sufrir, sino a gozar en abundancia de los placeres viciosos de los humanos! ¿Cómo podían ellos comprender el amor abnegado de Dios, que llega hasta el sacrificio de su único Hijo para salvar a los hombres perdidos? ¿Eran ésas las marcas de un Dios sabio y poderoso? ¡No era ésa la *sabiduría* (v. 22b), la filosofía, de los griegos! ¿Cómo buscar la salvación en uno que no había podido salvarse a sí mismo? ¡Qué necedad!

(c) Pero *para los llamados,* los elegidos para salvación, desde los cuatro puntos cardinales, de todas las razas, clases, lenguas, etc. (comp. con Ap. 7:9), el mensaje de la Cruz pone precisamente de manifiesto, en Cristo, *el poder de Dios* que ha cambiado sus vidas, y *la sabiduría de Dios* que ha llevado a cabo un plan de salvación tan asombroso que, por Él, el hombre pecador es constituido justo, y el santísimo Hijo de Dios es condenado en su lugar. ¿A quién se le habría podido ocurrir tal cosa? (v. 2:9).

(B) El triunfo de la Cruz sobre la sabiduría humana, conforme estaba profetizado (Is. 29:14): *«Destruiré la sabiduría de los sabios y desecharé el entendimiento de los entendidos»* (v. 19). Y continúa el apóstol (vv. 20, 21): *«¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el letrado? ¿Dónde está el investigador* (lit.) *de este mundo? ¿No ha entontecido* (lit.) *Dios la sabiduría del mundo?»* (v. 20). La difícil sintaxis del versículo 21 queda aclarada en la iluminadora paráfrasis de la NVI: *«Porque, desde el momento en que, a pesar de la sabiduría manifestada por Dios (en sus obras), el mundo no le reconoció mediante su propia sabiduría, plugo a Dios salvar, mediante la locura de lo que venimos proclamando, a los que creen».* Vemos aquí un eco de Romanos 1:19–22. Todo el saber que el mundo pagano apreciaba quedó «entontecido», hecho una insensatez, ante la maravilla de la revelación divina en el glorioso triunfo de la Cruz. Al salvar al mundo, Dios tomó su propio camino; un camino desconocido de los filósofos, de los eruditos, de los investigadores dialécticos al estilo de Sócrates. Y tuvo muy buena razón para ello, *pues el mundo no reconoció* (conocimiento íntimo, experimental; comp. con Ro. 1:21), *mediante la sabiduría humana, a Dios.* Así Dios salvó al mundo por medio de lo que el mismo mundo tenía por locura: *la proclamación* (gr. *kérugma)* del mensaje de la Cruz.

(a) Era una *locura,* una insensatez, lo que se proclamaba. A los ojos de los sabios de este mundo, el que podamos vivir por medio de uno que murió, el que podamos ser bendecidos por medio de uno que fue hecho maldición, el que podamos ser justificados por medio de uno que fue hecho pecado por nosotros, todo ello no podía menos de ser una insensatez.

(b) Era también una *locura,* una insensatez, la forma en que se hacía la proclamación: *Primero,* fueron escogidos para ello unos pocos pescadores *sin letras y del vulgo* (Hch. 4:13). ¿No era esto bastante para despreciar lo que dijesen? *Segundo,* no disponían de medios económicos para montar una poderosa propaganda. ¿Y pensaban triunfar? *Tercero,* hacían de lado a los recursos de la oratoria y de la retórica, mediante los cuales logran los sofistas sin escrúpulos cautivar la atención y lavar el cerebro de las masas. *Cuarto,* no eran potentados con mucha gente a su servicio para apelar al recurso de las armas y hacer así triunfar su causa. El Maestro mismo había prohibido este recurso (Mt. 26:52).

(c) La prueba de esta *locura* estaba a la vista (v. 26): *«Pues mirad, hermanos, vuestro llamamiento* (es decir, lo que erais cuando fuisteis llamados): *no muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no*

muchos nobles (es decir, de la aristocracia)». Es un fenómeno naturalmente explicable: Los que, en este mundo, disfrutan de dinero, poder, alta posición social, prestigio científico, etc., difícilmente se dan cuenta de que necesitan salvación. ¿Salvarse? ¿De qué? ¡Si hasta tienen un buen seguro de vida! sólo en esta segunda mitad del siglo XX ha llegado a ser un grave peligro la posesión del poder y de las riquezas, al extenderse la ola de los secuestros. ¿Por qué avanza tanto el Evangelio en los países de Centroamérica? En gran parte, porque la mayoría no tiene ninguna cosa material en que apoyar su confianza ni su esperanza. *«¡A los pobres les es anunciado el Evangelio!»* (Mt. 11:5, comp. con Is. 61:1).

(C) Se nos declara enfáticamente la forma asombrosa en que Dios lo ordenó todo:

(a) Para abatir el orgullo y la vanidad de los hombres, puesto que (vv. 27, 28), *«escogió Dios lo necio del mundo, para avergonzar a los sabios; y escogió Dios lo débil del mundo, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es* (lo insignificante, lo que no tiene importancia a los ojos del mundo), *para reducir a la impotencia* (lit.; el mismo verbo de Ro. 6:6, entre otros lugares) lo *que es* (lo relevante, lo que tiene importancia a los ojos del mundo). De este modo (v. 29), *nadie podía jactarse en la presencia de Dios,* pues no quedaba base alguna para tal jactancia. Dice Trenchard: «Cuando una organización eclesiástica se hace potente por medio de su jerarquía, su erudición, su dinero y su influencia social y política, se halla en grave peligro, pues será difícil que digan: "Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios y no de nosotros" (2 Co. 4:7)». Sólo la sabiduría de Dios halló el medio de nuestra redención; y sólo la gracia de Dios nos lo dio a conocer y nos lo aplicó.

(b) Para glorificar el poder, la sabiduría y el amor de Dios (vv. 30, 31): *«Mas por obra suya* (de Dios) *estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho de parte de Dios sabiduría* (el plan de Dios, v. 24), la cual se echa de ver en las tres cosas que incluye (el gr. original muestra esta subordinación): *justificación, santificación y redención,* es decir, la liberación definitiva de todo mal (comp. con Ro. 8:23, al final)». Todo lo que somos y tenemos espiritualmente, nos viene de Dios y en unión con Cristo Jesús; Dios es la fuente, y Cristo es el canal: Nosotros somos necios, pero Él nos ha sido hecho *sabiduría;* nosotros somos culpables, mas Él nos ha sido hecho *justificación;* somos pecadores depravados y corrompidos, pero Él nos ha sido hecho *santificación;* estamos cautivos bajo los males y miserias de esta vida, pero Él nos ha sido hecho *redención.* Y todo ello está destinado, en último término, a la gloria de Dios. El hombre queda humillado con este plan, pero Dios queda glorificado.

CAPÍTULO 2

En este capítulo, I. Pablo insiste en la manera llana y sencilla con que les había anunciado el Evangelio (vv. 1–5). II. Les dice a los fieles de Corinto que les ha comunicado un tesoro del más alto valor y de la más elevada sabiduría, tal que a nadie se le puede ocurrir ni la puede recibir o entender nadie, a no ser mediante la luz y el influjo del Espíritu Santo (vv. 6–16).

Versículos 1–5

El apóstol les hace a la memoria a los fieles de Corinto la forma como actuó cuando predicó por primera vez el Evangelio entre ellos.

1. En cuanto al tema de su predicación, les dice (v. 2): *«Resolví no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado».* El original dice literalmente: *«Porque no juzgué conocer* (en el sentido íntimo, experimental, de este verbo en la Biblia) *algo, sino etc.* Cristo, en su persona, y en su obra en la Cruz (la sustancia del Evangelio), era lo único que Pablo deseaba conocer a fondo y proclamar con insistencia. Cualquiera que oyese a Pablo predicar, se podía dar cuenta de in mediato de que ésta era la única cuerda de su arpa, el único asunto de su interés, como si no conociese otra cosa que *a Cristo; y a éste, crucificado.*

2. En cuanto al modo de predicar a Cristo, dice (A): «*Ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría»* (v. 4). No se proponía cautivar los oídos mediante expresiones elocuentes, ni entretener la fantasía con altos vuelos oratorios. La sabiduría divina no necesita tales ornamentos humanos. (B) Pablo fue a ellos *anunciando el testimonio de Dios* (v. 1), es decir, publicó

algo revelado por Dios. Ningún ornamento de retórica elocuencia ni de profunda filosofía podía añadir un ápice de fuerza persuasiva a lo que iba respaldado por tan elevada autoridad. (C) Se presentó a ellos (v. 3) *con debilidad,* no propiamente de cuerpo ni de espíritu, sino psicológica, es decir, consciente de su propia insuficiencia (comp. 2 Co. 2:16; 4:7), y *con temor y mucho temblor,* frase que, como en otros lugares, indica *respeto y sentido de la responsabilidad:* una ansiedad procedente de la clara conciencia que tenía de la tremenda importancia de su ministerio. Todo fiel ministro del Evangelio siente este temor y temblor; los que suben al púlpito confiados en su facilidad de palabra o en su erudición bíblica, no están bien equipados para hablar con el poder del Espíritu. Pablo no confiaba en los medios humanos de persuadir, sino en la *demostración* (gr. *apódeixis,* de donde viene «apodíctico», convincente, que no admite contradicción) *del poder del Espíritu* (v. 4b, en probable *hendíadis*).

3. En cuanto al objetivo de su predicación acerca de Cristo con el poder del Espíritu, no con palabras de sabiduría humana, dice (v. 5): *«para que vuestra fe no esté* (fundada) *en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios».* Cuando ninguna otra cosa se predica, sino a Cristo crucificado, y no se emplean los medios humanos de elocuencia y sabiduría humana, el éxito de la predicación sólo puede atribuirse al poder de Dios.

Versículos 6–16

Al llegar a esta sección, recuérdese la distinción entre las dos clases de sabiduría que el apóstol mencionó en 1:21. Al llegar al versículo 6 de este capítulo 2, vuelve a mencionarlas, para que no se piense que la locura de la Cruz carece de sabiduría.

1. Esta *sabiduría* (v. 6), la *de Dios* (v. 7), es la que, dice Pablo, *«hablamos entre los perfectos* (lit.); *sabiduría, por cierto, no de este mundo ni de los príncipes de este mundo, que se van desgastando, etc.».* Analicemos conjuntamente los versículos 6–9:

(A) Pablo dice que *habla* (el plural está para incluir a todos los demás predicadores fieles del Evangelio) *sabiduría de Dios entre los perfectos.* ¿Quiénes son estos «perfectos»? Por contraste con el versículo 14, sostiene Hodge, con gran aparato de argumentos, que se trata de todos los sinceros creyentes, pues entre los cristianos no hay «grados» como entre los gnósticos. Pero no cabe duda de que está completamente equivocado. Es cierto que no hay «categorías» en la iglesia, pero la triste realidad es que muchos hermanos no pasan de «bebés en Cristo», sin llegar a la madurez. Basta con leer 3:1–3, para darse cuenta de que Pablo tiene en mente a los «maduros espiritualmente», en contraste con estos bebés carnales. El vocablo griego *téleios* NUNCA se aplica a estos bebés; siempre indica *madurez* en las diez veces que este vocablo se aplica a personas en el Nuevo Testamento (sólo en una, Ef. 4:13, indica la perfección total, escatológica. V. también el comentario a Fil. 3:12).

(B) La *sabiduría de este mundo* (v. 6), como puede verse por 1:19 y ss., incluye la filosofía, la retórica, la erudición, de griegos y romanos en tiempos del apóstol. Pablo añade *«ni de los príncipes de este mundo»* (comp. con v. 8, que nos da la clave para entender la expresión del v. 6), para incluir la sabiduría política, etc., de los constituidos en poder y autoridad. Pablo describe a estos príncipes como *perdiendo su fuerza* (gr. *katargouménon),* lo cual puede entenderse de dos modos, conforme a los dos sentidos principales del verbo griego: (a) *Van desapareciendo* (quedan abolidos). Tanto los sistemas filosóficos como los poderes políticos pasan continuamente, para dejar su lugar a otros sistemas, a otros regímenes y, sobre todo, a otros líderes culturales y políticos. Como dice Trenchard: «Frente a la sabiduría divina, Aristóteles no se halla en mejor caso que Julio César». (b) *Carecen de fuerza,* de mordiente (quedan reducidos a la impotencia). La sabiduría de Dios contiene el plan salvador de Dios para todos los hombres (vv. 7, 9, comp. con Ro. 16:25b), mientras que ninguna filosofía humana, así como ningún sistema político, pueden ofrecer al hombre verdadera salvación; ni siquiera consiguen nivelar los «bolsillos»; mucho menos, regenerar los corazones, pues aquello es una consecuencia de esto (v. Hch. 4:32).

(C) De esta sabiduría divina dice Pablo (v. 8) que *«si los príncipes* (comp. con Hch. 3:17, que trae el mismo vocablo e ilumina lo que Pablo dice aquí) *de este mundo la hubieran conocido, no habrían crucificado al Señor de la gloria* (comp. con Jn. 17:5), al que comparte la gloria (el honor y el poder) de Jehová, frente a la inutilidad de los dioses falsos de la gentilidad. Esto significa claramente que las autoridades religiosas y políticas de Israel crucificaron a Cristo por ignorar el plan salvífico de Dios (para unos, escándalo; para otros, locura; 1:23).

(D) Finalmente, de esta sabiduría de Dios dice Pablo que es *en misterio* (no es que la hable en misterio), es decir, misteriosa, *la sabiduría oculta,* pero conocida y preparada por Dios desde la eternidad (*«antes de los siglos»,* v. 7) *para nuestra gloria;* no para nuestra jactancia, sino para que pudiésemos disfrutar de los gloriosos beneficios que la salvación comporta. No es misteriosa en sentido gnóstico, como si sólo algunos «iniciados» pudiesen captarla, sino en el sentido de «mantenida oculta» en el seno de Dios, hasta su reciente revelación para «todos», no sólo para algunos.

2. Para recalcar este sentido de «misterio» de la sabiduría divina, el apóstol echa mano de una cita de Isaías (Is. 64:4), pero tomada muy libremente, quizás a través de una tradición rabínica, y en un sentido muy distinto del que ofrece todo el contexto de Isaías 64. Lo único que, de tal cita, le interesa a Pablo es lo *inaudito, lo inesperado, de las obras de Dios,* pues son cosas (v. 9) *no vistas ni oídas antes, ni se le han podido ocurrir a nadie* (éste es el sentido de «subir al corazón de alguien»). De estas cosas, anteriormente *ocultas,* dice Pablo:

(A) Que *Dios las reveló* (retiró el velo que las cubría) *a nosotros,* esto es, a todos los creyentes, no sólo a los apóstoles, *por medio del Espíritu,* es decir, del Espíritu Santo. Dichas cosas estaban ocultas en el seno de Dios, en *las profundidades de Dios* (v. 10b. Comp. con *«las profundidades de Satanás»,* Ap. 2:24), de modo que nadie podía conocerlas, excepto *el Espíritu* mismo de Dios. Al decir que *«todo lo escudriña»,* no quiere decir que tenga necesidad de hacer una búsqueda o exploración en lo íntimo del ser de Dios, sino que todo lo penetra y conoce perfectamente (comp. con Sal. 139:1, 3).

(B) Usa una comparación (v. 11) que ilustra este perfecto conocimiento que el Espíritu de Dios posee de las intimidades de Dios: Así como nadie conoce las profundidades de una persona, excepto la persona misma, así tampoco nadie puede conocer las profundidades de Dios, excepto Dios mismo. Una persona sólo puede *conjeturar* lo que otra persona piensa; sólo la persona misma *sabe* lo que piensa. El caso de Dios es mucho más difícil de sondear, y eso por dos razones: (a) Un hombre puede conjeturar lo que otro hombre piensa, pero nadie puede conjeturar lo que Dios piensa; (b) el Espíritu de Dios, que personifica su poder activo, eficaz, penetrante, llega a profundizar en el abismo infinito e inefable de Dios, mientras que el propio espíritu del hombre se percata únicamente de lo que aparece en la pantalla, como en la superficie, de la conciencia psicológica; por eso, es tan *engañoso* el corazón humano (Jer. 17:9), pues engaña a su propio dueño, el cual no se percata de los ocultos móviles que guían su conducta.

(C) Al tener el Espíritu de Dios, los creyentes conocen los secretos de Dios, su plan de salvación de la humanidad, lo *que Dios nos ha otorgado gratuitamente* (v. 12), lo cual no puede declarárnoslo el *«espíritu del mundo»* (gr. *to pneuma tou kósmou).* Al usar *kósmos* en lugar de *aión,* Pablo da a entender «todo principio natural de conocimiento» (J. Leal), más bien que «el espíritu del siglo» en sentido peyorativo. En otras palabras, la razón humana, propia o ajena, no puede comunicarnos el conocimiento adecuado de las cosas de Dios. En cambio, el Espíritu de Dios, al sondear las profundidades de Dios y revelarnos los secretos de Dios en cuanto a nosotros mismos, ¡nos revela también nuestras propias profundidades! ¡Sólo a la luz de lo que Dios nos revela, podemos conocernos realmente a nosotros mismos! En este contexto hay que colocar lo que Pablo dice en el versículo 9. Hay predicadores que interpretan dicho versículo como si se refiriese a lo que Dios nos tiene reservado en el cielo. Esto es una grave equivocación, y nada tiene que ver con lo que el mismo Pablo dice de sí en 2 Corintios 12:4. El plan de Dios para nuestra salvación lo sabemos *ya,* porque *nos ha sido revelado por medio del Espíritu* (v. 10).

(D) Así como las cosas de Dios no se conocen por medio del espíritu del mundo (v. 12), tampoco se expresan (v. 13) *con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu.* La última parte de este versículo 13 es sumamente difícil de traducir, no sólo por las diferentes versiones que admite el verbo *sunkríno,* sino por lo conciso del dativo griego *pneumatikoís,* ya que es difícil decidir si es instrumental (de cosa) o complemento indirecto (de persona). Lo primero guarda mejor el paralelismo con la primera parte del versículo, y habría de leerse así: *«declarando con palabras espirituales* (inspiradas por el Espíritu) *las realidades espirituales»* (reveladas por el Espíritu). Lo segundo contrasta mejor con lo que viene después (v. 14), y conforme a eso habría de traducirse así: *«Declarando cosas espirituales a personas espirituales»* (comp. con el v. 6 y con 3:1–3). Bullinger realiza un análisis minucioso del texto y se pronuncia a favor de la segunda versión, pero autores tan serios y competentes como el Dr. Ryrie añaden un «quizá» antes de leer: *«Interpretando verdades espirituales a mentes espirituales».* No es fácil dogmatizar a favor de una versión determinada.

3. Cómo se recibe esta sabiduría divina (vv. 14–16). Vemos aquí que:

(A) *«El hombre animal* (lit.) *no capta las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura»* (v. 14, comp. con 1:21, 23). Con el calificativo de *«animal»* (gr. *psukhikós*, el mismo vocablo de 1 Co. 15:44) se refiere Pablo a una persona no regenerada por el Espíritu, inconversa. Nuestras versiones suelen traducir *«natural»,* en lugar de *«animal»,* para no dar la impresión de que el apóstol se refiere a personas bestiales, entregadas a los vicios, especialmente a la sensualidad, pero, por otra parte, el vocablo *«natural»* tiene el grave inconveniente de que suele interpretarse como lo contrario de «fingido, artificial, insincero», por lo que un lector corriente podría errar el sentido. «Natural» se opone aquí a «sobrenatural» y designa a todo el que no ha recibido la revelación divina ni ha sido cambiado por la acción de la gracia de Dios en el poder regenerador del Espíritu Santo. Por eso, *«no puede entender* (lit. *conocer) las cosas del Espíritu, porque se han de discernir espiritualmente»* (v. 14b). Dice J. Leal: «Este hombre, al margen de toda acción sobrenatural divina, ni comprende ni acepta los planes de Dios, la sabiduría y el misterio de la cruz. La razón es porque la entrega al misterio de la cruz es obra del Espíritu, del cual carece».

(B) *«En cambio* (v. 15), *el espiritual discierne todas las cosas* (comp. con 1 Jn. 2:20, 27, como un eco de Jn. 14:26; 16:13), *pero él no es enjuiciado por nadie»*. Dos observaciones son necesarias aquí: (a) *«Todas las cosas»* no significa las de cualquier materia, sino las que enseña el Espíritu en la Palabra de Dios, y el *«discierne»* está en presente continuativo, como para dar a entender que no se trata de un conocimiento perfecto ni de un discernimiento absoluto de todas las cosas espirituales, sino más bien de la posesión del Espíritu como principio y guía de tal discernimiento. En la medida en que el creyente se va haciendo maduro, va también perfeccionando esa facultad de discernir (He. 5:11–14 es el mejor comentario a este versículo). (b) Lo de *«él no es enjuiciado por nadie»* no quiere decir que esté exento de someterse al juicio y a la disciplina de los líderes de la iglesia. El contexto exige que se entienda con respecto a los que, al tener el Espíritu no pueden ser entendidos ni juzgados por los que no lo tienen. Siguiendo una ilustración empleada por el Crisóstomo, podemos decir que el que tiene buena vista puede ver lo que tiene un ciego y muchas otras cosas que no tiene el ciego; en cambio, el ciego no puede ver lo que tiene el de buena vista, ni siquiera lo que tiene él mismo. La comparación sigue, pues, siendo entre el creyente y el no regenerado por el Espíritu.

(C) Con una cita de Isaías 40:13, donde el profeta pondera el poder y la sabiduría de Dios para sacar a los israelitas del cautiverio, el apóstol viene a decir (v. 16) que el juzgar al hombre que tiene el Espíritu de Dios equivale a juzgar a Dios. Dice Hodge: «Estas palabras son una confirmación de lo precedente. Nadie puede juzgar a un hombre espiritual, pues eso sería juzgar al Señor. El Señor había revelado ciertas doctrinas. Los espirituales disciernen aquellas doctrinas como verdaderas. Si un hombre las declara falsas y juzga a los que las defienden, es que pretende ser capaz de enseñar al Señor. Dado que nadie puede hacer esto, nadie puede juzgar a los que tienen la mente de Cristo, es decir, aquellos a quienes Cristo por su Espíritu ha enseñado la verdad». Sin embargo, también aquí es preciso entender bien el contexto, para no extraviarse al pensar cada uno que, como *tiene la mente de Cristo,* no tiene por qué admitir consejos o enseñanzas de ningún otro hermano. Recordemos la exhortación de Pablo en Romanos 12:2, a renovar constantemente nuestra mente. El proceso es arduo y constante, y hace muy bien el Profesor Trenchard al aconsejar un repaso frecuente a los cuatro Evangelios, para preguntarnos: «¿Cómo pensaba Cristo acerca de tal materia? ¿Cómo actuaría Él en mi caso?» «Si lo hiciéramos así, dice Trenchard, hallaríamos muchas sorpresas y llegaríamos a comprender cuán lejos estamos, en la práctica, de manifestar que tenemos la mente (la manera de pensar) de Cristo.» Tener la mente de Cristo es un gran privilegio, pero es también una grave responsabilidad, por cuanto el pecado que todavía reside (aun cuando no reine) en nosotros, se opone a la mentalidad de Cristo, que es la del Espíritu de Dios.

CAPÍTULO 3

Aquí el apóstol, I. reprende a los corintios por su carnalidad y sus divisiones (vv. 1–4). II. Les instruye acerca del modo de corregir lo que no está bien entre ellos, haciéndoles a la memoria, 1. que los que les habían predicado el Evangelio no eran sino ministros, es decir, servidores de un mismo Amo, Dios (vv. 5–10), y 2. edificaban sobre un mismo fundamento (vv. 11–15). III. Les exhorta a respetar el cuerpo (vv. 16, 17) y a ser humildes (vv. 18–20), sin jactarse en los que son servidores, no amos, suyos (vv. 21–23).

Versículos 1–4

Pablo reprende aquí a los fieles de Corinto:

1. Por su debilidad espiritual. Aunque eran creyentes, nacidos de nuevo, no crecían como era debido. Por esa razón, aunque habían captado las verdades *elementales* de la fe cristiana, lo que el apóstol llama *leche* (comp. He. 5:12, 13), como se da a los niños de pecho, no podía impartirles *alimento sólido* (legumbres, carne, etc.), esto es, una exposición más profunda y detallada de las mismas verdades, como se hace a los que maduran espiritualmente (vv. 1, 2). Pablo usa para «carnales» el adjetivo griego *sarkínos*, de carne; con él se expresa el aspecto de *debilidad.* El deber de los ministros de Dios es adaptarse a la capacidad (v. 2b) de los oyentes, pero los creyentes tienen también el deber de crecer en gracia y en conocimiento de las Escrituras.

2. Por su carnalidad (vv. 3, 4). Ahora usa un adjetivo distinto: *sarkikós*, carnal; con él se expresa el aspecto de *pecaminosidad,* por proceder *al modo de los hombres* no regenerados. La frase final del versículo 4 dice literalmente: *«¿No sois hombres?»*, que, comp. con v. 3b, significa comportarse a la manera de los que son meramente hombres, no regenerados. ¿En qué se conoce este «modo humano» de comportarse? Lo dice expresamente el apóstol al volver (v. 4) a mencionar las divisiones en torno a personalidades, que ya había mencionado en 1:11–13. Formar partidos en torno a líderes es propio de los políticos (en su condición de ciudadanos de este mundo), no de los creyentes, quienes han de aspirar a la unidad del Espíritu dentro de la iglesia. *Andar como los demás hombres* es una prueba evidente de carnalidad pecaminosa, no sólo de debilidad. ¿No tenían el Espíritu? ¿Por qué andaban según la carne?

Versículos 5–10

Pablo les dice ahora cómo han de curar esos malos humores.

1. Les recuerda que quienes les administraron el Evangelio no son sino servidores (gr. *diákonoi): «¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno* (comp. Ro. 12:3, 6; 1 Co. 12:18) *concedió el Señor»* (v. 5).

L. Morris hace notar que Pablo no dice «*¿quién* es Pablo, etc.?», sino «*¿qué* es, etc.?», «como para distraer la atención hacia las funciones de los predicadores, en vez de concentrarla en las personas». Después de lo que ha dicho (v. 2) sobre «leche» y «alimento sólido», no pudo emplear mejor epíteto que *diákonos:* el que sirve a la mesa (Hch. 6:1–4). El alimento es la Palabra de Dios; la predicación es la forma en que ese alimento se presenta en la mesa del púlpito, sin más salsa que el poder del Espíritu.

Pero el apóstol pasa a usar otra ilustración: «*Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento* (el germinar y crecer) *lo dio* (lit.) *Dios»* (v. 6). Dios era el único que había obrado en el interior del corazón de los oyentes (comp. Hch. 16:14), al hacer que la Palabra echase raíces, brotara y creciera; Pablo y Apolos habían ejercitado cada uno su don respectivo; el uno, al plantar; el otro, al regar (el mismo verbo griego de «dar a beber» en el v. 2) lo que el primero había plantado; pero ambos se habían limitado a una operación exterior, aunque necesaria (según la providencia ordinaria de Dios), para conducir a los hombres a los pies de la Cruz (Jn. 3:14, 15). Con esto se da a entender que los ministros de Dios no pueden «convertir» a nadie, pues la conversión es obra de Dios; por lo que los «convertidos» deberían fijar su atención en *Dios que da el crecimiento* (v. 7), pues, aparte de esa acción interior divina, *«ni el que planta es algo, ni el que riega».*

2. Les hace ver la unanimidad de los ministros de Cristo (v. 8): *«El que planta y el que riega son una misma cosa»,* es decir, son criados de un mismo Señor, están empleados en la misma obra y han de actuar en completa armonía, aunque *cada uno recibirá su propia recompensa, conforme a su propio esfuerzo* (gr. *kópon).* El fruto pertenece por igual a Dios, pero la recompensa del criado depende de la labor ardua que desempeña cada uno.

Y, para hacerles ver a los corintios que los ministros de Dios no trabajan en su propio negocio, sino en el de Dios, añade (v. 9): *«Porque nosotros somos colaboradores de Dios».* La frase puede entenderse de dos maneras: (A) *«Siervos que trabajamos juntos a las órdenes de Dios».* Esta interpretación es la que mejor cuadra con el contexto; (13) *«Siervos que trabajamos juntamente con Dios».* Aunque menos probable, esta interpretación no puede descartarse a la vista de Marcos 16:20. En cualquiera de los dos casos, se pone de relieve el privilegio, la responsabilidad y la autoridad de la tarea apostólica y, más en general, de todo ministerio cristiano. A tono con la metáfora que Pablo usa, dice «y *vosotros sois*

labrantío (campo de labranza) *de Dios»* (Pablo usa el vocablo *gueórguion;* comp. con el *gueorgós* de Jn. 15:1).

3. Súbitamente, cambia de metáfora (v. 9, al final) y los llama: *«edificio de Dios»*. Necesita cambiar de metáfora por lo que dice a continuación (vv. 10–15). Ahora, al que *«planta»* corresponde *«el que pone el fundamento»* (comp. con Ef. 2:20) del edificio; y al que *«riega»* corresponde *«el que edifica encima»*. De sí mismo dice Pablo (v. 10): *«Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito* (es decir, experto, especializado en este ramo) *arquitecto puse el fundamento* (v. el versículo siguiente)».

Pablo había sido equipado por Dios con la gracia y el don de abrir el surco, de plantar en tierra virgen, de poner «la primera piedra» en el edificio de Dios. Pero era más que eso: el término *«arquitecto»*, jefe de los albañiles, da a entender que había recibido también el cargo de «supervisor general» (como los «Doce» especialmente llamados al apostolado específico) de las iglesias que había fundado (v. 2 Co. 11:28). Por eso, le compete la autoridad de hacer la siguiente advertencia: *«pero cada uno mire cómo sobreedifica»*. A pesar de la semejanza con Efesios 2:20–22; 1 Pedro 2:4–8, aquí no se trata de las *personas* («piedras vivas») que van siendo añadidas al edificio, sino de los *materiales* doctrinales que cada uno, especialmente los predicadores, aporta a la obra.

Versículos 11–15

En estos versículos, el apóstol describe los materiales del edificio de Dios, así como la recompensa respectiva de los constructores.

1. *El fundamento* (gr. *themélios*, lo mismo que en Ef. 2:20), que aquí equivale a la *piedra principal del ángulo* de Efesios 2:20 y 1 Pedro 2:6–8, no es otro que *Jesucristo.* Al decir que él (Pablo) *había puesto este fundamento,* da claramente a entender que no trata de la persona de Cristo, sino del mensaje evangélico sobre la persona y la obra de Cristo. Esto es lo que Pablo llama *«mi Evangelio»* (Ro. 2:16) y está tan seguro de que ése es el único Evangelio, que se atreve a lanzar el anatema contra quien predique (aunque sea un ángel del cielo). otro «evangelio» que se desvíe del que él ha predicado (Gá. 1:8, 9). Por eso dice ahora que ese fundamento *«está ya puesto»*. Lo ha puesto Él, y nadie lo puede modificar ni cambiar de lugar. Todo el que predique a Cristo, tiene que predicar el Cristo que Pablo predicó, no otro. ¿Es ése el Cristo que se predica hoy en muchas iglesias?

2. Sobre ese fundamento pueden sobreedificarse materiales valiosos: enseñanzas bíblicas puras, sólidas, acendradas, rectamente trazadas (v. 2 Ti. 2:15), que el apóstol compara al *oro,* la *plata* y las *piedras preciosas* (v. 12). Comoquiera que Pablo habla en sentido figurado, es difícil saber si lo de «piedras preciosas» se refiere a diamantes, rubíes, amatistas, etc., o a «piedras de mucho precio» como el granito, el mármol, el pórfido, etc. El sentido no varía, y es inútil querer ver diferencias espirituales en la enumeración de distintos materiales valiosos.

3. Al final del versículo 12 se mencionan otras tres clases de materiales inútiles: *madera, heno, paja*. Tratándose del edificio de Dios, templo sagrado, dichos materiales son inútiles, sin valor, aun cuando se empleasen, como dice Hodge, «para casas corrientes, pero no para templos. *Madera* para las puertas y postes; *heno,* hierba seca mezclada con barro para las paredes; y *paja* para el techado». Lo mismo que con respecto a los materiales valiosos, no es muy útil ver diferencias tampoco en los inútiles. Sólo a título de información, copiamos del comentario de Trenchard: «Con todo, la madera puede representar esfuerzos humanos que son utilizados por la providencia de Dios, de la manera en que apoyos de madera pueden sostener un edificio por cierto tiempo; pero se entiende (hallándose en esta categoría) que el *móvil* es carnal, y el hecho de que la obra sea útil, bajo la providencia de Dios, no garantiza ni su permanencia ni que el «obrero» reciba recompensa».

4. Mientras la obra va siendo llevada a cabo, podrán discutir los hombres acerca de la calidad de los materiales, pero llegará *el día* (v. 13) en que *la obra de cada uno se hará manifiesta;* no valdrán tapujos de retórica ni profundos estudios de «Alta Crítica»; como los materiales ante el fuego, así se verá la calidad del material doctrinal y espiritual sobreedificado sobre el Evangelio de Cristo, ante el fuego de los ojos del Señor (Ap. 1:14). Al tratarse de un juicio de *recompensas,* «el día» no puede ser otro que el de Jesucristo (1:8; 5:5; 2 Co. 1:14; Fil. 1:6, 10; 2:16). J. Leal (como todos los demás amilenialistas) lo confunde con el día del Juicio Final (Ap. 20:11 y ss.), pero, a tono con la moderna teología católica, no lo aplica al llamado «purgatorio» temporal, sino al Día de Jehová: «La segunda venida de Cristo (dice J. Leal) está concebida en este marco ígneo, propio de las teofanías del Antiguo Testamento, y aquí viene

muy bien en la línea de la alegoría general del edificio». A continuación (vv. 14, 15), expone Pablo el resultado de «la prueba del fuego»:

(A) *«Si permanece la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa»* (v. 14). *El día,* del que dice en el versículo 13 que *declarará,* es decir, pondrá en claro (gr. *delósei,* mostrará el verdadero carácter), *la obra de cada uno,* manifestará el carácter de lo que valía el material mediante la prueba de *su permanencia:* el fuego lo ha refinado, lo ha purificado quizá, pero no lo ha consumido. Jesucristo, el Juez del Tribunal divino, ha dado su Visto Bueno a la obra de su siervo; éste, pues, *recibirá recompensa* (gr. *misthón;* no es el «salario» de Ro. 6:23). Ni nuestra mente tiene capacidad para concebir, ni nuestra lengua para expresar, la calidad de la recompensa eterna, de lo que Dios tiene preparado para los que le aman, de lo que Cristo otorgará, como una gloriosa condecoración, a los ministros del Evangelio (y aun a todo fiel testigo suyo en la tierra) que han sido fieles a su llamamiento en el desempeño del ministerio de la Palabra, pero sí sabemos que será una recompensa digna del Dador.

(B) En cambio, *«si la obra de alguno será consumida por el fuego* (lit.), *él sufrirá pérdida* (lit. *saldrá perjudicado),* no en su salvación personal, sino por falta de recompensa, ya que su obra ha sido consumida por el fuego como inútil para el edificio general de Dios. El apóstol lo aclara a continuación (v. 15b): *«si bien él mismo será salvo, aunque así como a través del fuego».* La idea es clara: Lo mismo que una persona que, en un incendio, no logra salvar ninguna de sus posesiones, ni aun la ropa que lleva, sino que escapa, sano y salvo, por entre las llamas, así el obrero cristiano que edificó con material inútil, verá perdido todo ese material, verá también perdida cualquier recompensa, pero no perderá ni en un ápice su salvación (Ro. 8:1). Su escape no será *por* fuego (por purificación), sino *del* fuego (por evacuación); el Señor lo sacará como se saca del incendio algo que está a punto de quemarse (comp. con Zac. 3:2).

Versículos 16–17

Al tomar pie de la alegoría del edificio, la cual acaba de desarrollar en los versículos anteriores, el apóstol retoma la frase del versículo 9 (al final), para decir (v. 16): *«¿No sabéis que sois santuario de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?»* Y continúa (v. 17): *«Si alguno profana* (lit. *corrompe) el santuario de Dios, al tal le impondrá Dios un severo castigo* (lit. lo *corromperá Dios); porque el santuario de Dios es sagrado, y ese santuario sois vosotros»* (NVI, excepto en lo de «santuario», que la NVI vierte por «templo»).

Nótese que Pablo no usa el vocablo *hierón,* que incluye todo el edificio del templo, sino *naón,* que denota el santuario propiamente dicho: el Lugar Santo y el Santísimo, es decir, la parte del templo en la que se manifestaba de manera especial la presencia de Jehová y, por eso, ha dicho en el versículo 9b, «¿ … y *que el Espíritu de Dios mora* (gr. *oikeí, habita) en vosotros?»* «El Espíritu» es, ni más ni menos, «Dios morando en la iglesia local», pues el apóstol se dirige a una iglesia local, no a la Iglesia en general.

La iglesia local, pues, y en ella todos los sinceros creyentes, constituyen el santuario del Espíritu, de la misma forma que constituyen el Cuerpo de Cristo. La persona entera, no sólo su alma, es santuario de Dios (v. 6:19, 20). Y así como el santuario estaba separado de todo lo común, de todo lo profano, así también la persona entera del creyente (Ro. 12:1) está consagrada al servicio de Dios. Los cristianos son *santos* (gr. *háguios*, sagrado) por profesión, y deben conservarse limpios y puros por preservación.

Versículos 18–20

1. Pablo pasa ahora a prescribir humildad como remedio contra las irregularidades que existen en la iglesia de Corinto, especialmente por causa de las divisiones en torno a personalidades, como se ve por el contexto posterior (vv. 21–23). *«Nadie se engañe a sí mismo»* (v. 18), dice el apóstol. No hay peor engaño para una persona que el que le produce su propio orgullo. Por eso, los peores engañadores son los que fomentan el orgullo de los grandes (gobernantes y prelados), al inflamar el fuego de la soberbia con el fuelle de la adulación. ¡Y ellos—necios—se lo creen!

El mejor remedio contra este engaño es el que Pablo prescribe a continuación (v. 18b): *«Si alguno entre vosotros se cree sabio según este mundo, hágase ignorante para que llegue a ser sabio».* Para «mundo», Pablo usa aquí el vocablo *aión,* siglo, con lo que da a entender lo pasajero, lo efímero, de las modas culturales humanas. A fin de entender bien lo que aquí prescribe Pablo, nótese que para

«ignorante» usa el vocablo *móros*, loco, insensato; lo cual nos recuerda lo que dijo antes (1:21 y ss.) de *«la locura* (gr. *moría) de la predicación»* de Cristo crucificado. Sólo cuando una persona acepta ser «loco» según el mundo, está en condiciones de ser «sabio» según Dios (v. 2:14). Por el contrario (v. 19), *«la sabiduría de este mundo* (aquí, *kósmos*, el ordenado sistema mundano) *es insensatez* (gr. *moría) ante Dios»*. Las cosas que el mundo más aprecia son las que tienen menos valor a los ojos de Dios. El mundano se cree «sabio» cuando obtiene la suficiente experiencia para escalar los puestos más altos y conseguir así honores, riquezas, poder. El criterio de Dios es a la inversa (v. 2 Co. 8:9; Fil. 2:5–8): Dar y darse, *servir por medio del amor* (Gá. 5:13) es la suprema sabiduría y la perfecta libertad.

2. Pablo refuerza, con dos citas del Antiguo Testamento (Job 5:13 y Sal. 94:11), su afirmación acerca de la insensatez de la sabiduría mundana: *«Él* (Dios) *atrapa* (gr. *drassómenos*, agarrando con el puño) *a los sabios en la astucia de éstos»*, es decir, los caza con su propia trampa. Son atrapados, como dice Leal, «en las redes de su mala intención, sin que logren impedir los planes de Dios, como se ve en los hermanos de José».

La cita del Salmo 94:11 corrobora lo anterior (v. 20): *«El Señor* (Jehová) *conoce los razonamientos* (el mismo vocablo de Ro. 1:21) *de los sabios, que son vanos»*, es decir, vacíos, sin éxito, sin fruto (gr. *mátaioi;* comp. con el *mataiótes mataiotéton:* vanidad de vanidades, de Eclesiastés, en los LXX). Los más refinados planes de los hombres se deshacen, como pompas de jabón, al soplo de Dios. Dios los conoce de antemano (comp. con Sal. 139:1–6) y los impide o los deshace, según le place.

Versículos 21–23

Viene ahora una exhortación a no sobrevalorar a los predicadores y maestros de que disponían los fieles de Corinto.

1. *«Así que, ninguno se jacte en los hombres»*, dice Pablo (v. 21). Dos detalles son dignos de observación en esta frase: (A) *Hóste* es una conjunción que señala una conclusión fuerte en vista de lo que precede: *«Por consiguiente, etc.»*. (B) En la cita del Salmo 94:11, el apóstol ha cambiado por *«sabios»* el *«hombres»* de los LXX (*Adán* en el hebreo). Sin duda, lo ha hecho para conservar el paralelismo con el lugar de Job 5:13; pero ahora (v. 21) vuelve a decir *«hombres»*, con relación a lo que sigue. Estas observaciones son de suma importancia, pues nos llevan a la conclusión de que TAMBIÉN entre los líderes de las iglesias, genuinos creyentes, puede darse alguna sabiduría humana o algún detalle humano que (aun sin quererlo ellos) atraiga demasiada atención por parte de los demás hermanos de la congregación. Todo lo que no sea *«la locura de la predicación» y «gloriarse en el Señor»* (1:21, 31) puede promover *«la jactancia en los hombres»*.

2. Pero el apóstol ahonda más, y detalla ahora lo que había ya insinuado en el versículo 5, para mostrar la insensatez de jactarse en un líder religioso como en alguien a quien seguir y servir como a un jefe de partido político. Por eso, continúa (vv. 21b–23): *«porque todo es vuestro»*. Nótese: TODO. Y comienza precisamente (v. 22) por *Pablo, Apolos y Cefas.* Aquellos mismos a quienes los corintios consideraban como líderes de distintas facciones dentro de la iglesia, no eran sino ministros de Dios puestos al servicio de la congregación, no para servirse de la congregación (comp. con Mt. 20:28, donde Cristo da el ejemplo).

3. Pasa después a describir como posesiones del cristiano cosas que nadie consideraría como realmente *suyas* (v. 22b):

(A) El *mundo.* ¿El mundo? Sí, porque si Cristo es el heredero de toda la creación (Col. 1:15), nosotros somos *coherederos con Él* (Ro. 8:17).

(B) *La vida y la muerte.* Para los no creyentes, la muerte es horrorosa y la vida llega a ser, para muchos, una carga insoportable; por eso, tratan de acortarla mediante el suicidio. Pero, para el creyente, la vida es Cristo, y el morir ganancia (Fil. 1:21). Sólo vive en plenitud el que vive en la plenitud de Cristo (Col. 2:9, 10); el que muere, *duerme* en el regazo de Dios y entra en el gozo de su Señor; y Dios pone un precio muy alto a la muerte violenta de los suyos (Sal. 116:15).

(C) *Lo presente y lo por venir.* Para la mayoría de los hombres, lo presente está lleno de sinsabores, y el porvenir está lleno de temores; pero el creyente disfruta, por fe, del presente, y contempla con gozo el porvenir mediante la esperanza. Por eso, después de empezar el cap. 4 de *Filipenses* con cierto desagrado, ante la sola mención del *libro de la vida* (v. 3b), Pablo exclama (v. 4): *«¡Regocijaos en el Señor siempre! Otra vez digo: ¡Regocijaos!»*

4. El versículo 23 indica la jerarquía que existe entre los propietarios: *«Vosotros* (sois) *de Cristo; y Cristo, de Dios»*. Acerca de esto, es menester tener en cuenta dos cosas:

(A) La idea aquí expresada es que los corintios no eran propiedad de ningún líder eclesiástico (refuerza lo dicho al comienzo del v. 22), sino *de Cristo;* todos y cada uno de los miembros de la Iglesia tienen *un solo Señor* (Ef. 4:5): Jesucristo. Pero esto no quiere decir que Jesucristo no nos pertenezca, como si no fuese posesión nuestra (v. Mt. 20:28), sino que es una posesión que sobrepasa, en dignidad, señorío y poder, a todos los que lo poseen, incluidos los líderes, de quienes también es Señor único.

(B) La última frase nos convence de la subordinación del Hijo al Padre; y eso, no sólo como hombre (v. el comentario a 15:28). Dice Hodge: «Las Escrituras hablan de una triple subordinación de Cristo. 1. Subordinación de la segunda persona de la Trinidad a la primera en cuanto al modo de subsistir (es decir, de existir como persona,—nota del traductor—) y operar … 2. Subordinación voluntaria del Hijo al humillarse hasta ser hallado como hombre, y hecho obediente hasta la muerte … 3. Sujeción económica (es decir, funcional,—nota del traductor—) u oficial … Es decir, subordinación del Hijo de Dios encarnado, en la obra de la redención y como cabeza de la Iglesia». Ésta es, en realidad, su condición de *único Mediador entre Dios y los hombres;* y, precisamente, como *hombre* (1 Ti. 2:5).

CAPÍTULO 4

En este capítulo, Pablo, I. instruye a los corintios sobre el modo como han de considerarle a él y a los demás predicadores del Evangelio (vv. 1–6). II. Les precave contra el orgullo y la autosuficiencia (vv. 7–13). III. Les exhorta a considerarle a él como su «padre en la fe» (vv. 14–16). IV. Les comunica el envío de Timoteo y su propio plan de visitarles en breve (vv. 17–21).

Versículos 1–6

1. Aunque no aparece ninguna conjunción consecutiva al comienzo del versículo 1, las frases de Pablo aquí son una consecuencia de lo dicho en el capítulo 3, con otros detalles que enfatizan la responsabilidad del ministerio, el papel subalterno del ministro de Dios y ante quién ha de rendirse cuenta de la actuación ministerial. *«Por tanto, que los demás vean en nosotros servidores de Cristo y administradores de los secretos de Dios»* (v. 1. NVI, que añade *«Por tanto»,* para que se vea mejor el sentido). El verbo es el mismo de Romanos 6:11 y significa «tener en cuenta» (aquí, «tener a alguien por lo que realmente es»). Para «servidores», Pablo usa el vocablo *huperétes* que designaba al remero de una nave de tres filas de remeros (trirreme), subordinado al comandante de la nave. El término ocurre veinte veces en el Nuevo Testamento y siempre significa un servidor subalterno que acompaña a su superior, por lo que también puede traducirse por «asistente» (v. Hch. 13:5, con respecto a Juan Marcos).

El vocablo griego *oikónomos* que Pablo usa para «administradores», puede traducirse también por «mayordomo» o «dispensador», y se deriva de *oíkos,* casa, y *némo,* distribuir, asignar, etc., de donde procede *nómos,* ley. Así, pues, Pablo se cuenta entre los mayordomos encargados de dispensar o administrar los misterios de Dios, es decir, las verdades que Dios había mantenido en secreto desde antes de la fundación del mundo, pero las había revelado ahora a los predicadores del Evangelio (2:7, 10).

2. Comoquiera que el administrador o mayordomo es un criado en quien el amo ha puesto su confianza, su cualidad fundamental es la fidelidad (v. 2): *«Ahora bien, lo que en último término se exige a los que han recibido algo en administración, es fidelidad»* (NVI). Algunos MSS dicen *«exigís» (o, «exigid»),* en lugar de *«se exige»,* con lo que el sentido sería, dice Leal, «Vosotros debéis exigir o buscar en los apóstoles su fidelidad. Es el criterio que debéis seguir para juzgarlos». Sin embargo, la primera lectura cuadra mejor con el contexto posterior, pues el apóstol dice a continuación (vv. 3, 4) que no está sometido al juicio de ningún miembro de la iglesia ni *a un día humano* (lit.), esto es, a un plazo fijado para comparecer ante un tribunal, ni de la iglesia ni de fuera de la iglesia. El verbo es el mismo usado en 2:14 y ss., y significa el interrogatorio al que se somete a un reo ante un tribunal.

Tampoco él se juzga a sí mismo, a pesar de que su conciencia no le acusa (v. 4) de ninguna falta de fidelidad. Al decir *«no por eso quedo justificado»* (lit.), Pablo no se refiere a la justificación teológica, salvífica, que se obtiene de gracia mediante la fe. ¡Pablo se sabía salvo! Se refiere a fidelidad en el

desempeño de su ministerio; de esa fidelidad, él se declaraba incompetente para juzgarse a sí mismo—conocía bien lo engañoso del corazón humano—, y reconocía en el Señor al único Juez competente para juzgarle en esta materia.

3. Por tanto, nadie debe juzgar nada antes de tiempo, pues al ser el Señor el único competente para juzgar, Él lo hará (v. 5) en su Segunda Venida, al *sacar a la luz lo oculto, las intenciones de los corazones. Juzgar antes de tiempo* es, pues, usurpar la silla del Juez Supremo. Esto nos enseña dos cosas: (A) El tremendo pecado de juzgar (v. Mt. 7:1–5) a otros, fuera de los legítimos tribunales de justicia y, sobre todo, en este caso, *a los administradores de los misterios de Dios.* (B) La tremenda responsabilidad de los ministros de Dios, pues son los mayordomos de Dios para dispensar a los demás las verdades que Dios ha revelado para la salvación y santificación de los hombres.

No siempre son fieles los motivos por los que un predicador anuncia a Cristo (v. Fil. 1:16) y algunos que dicen *«¡Señor, Señor!»* se perderán para siempre (v. Mt. 7:21–23). Pero hay aquí dos cosas ciertas: Que los creyentes han de ver en los predicadores siervos de Dios que les administran la Palabra de Dios y que, por eso, son merecedores del honor, de la oración y del sustento por parte de las ovejas a las que así alimentan; segundo, que los ministros de la Palabra han de esforzarse por ser fieles a tan alto oficio y tan bendito ministerio, al saber que han de rendir cuentas al Amo. ¡Nótese bien! Sólo a Él. El pastor no es responsable ante la congregación, sino ante Dios, porque la iglesia no es una democracia, sino una teocracia. Por eso mismo, no es de la congregación de donde ha de esperar el predicador alabanza o partidarios, sino que *cada uno* (v. 5b) *recibirá su alabanza de parte de Dios.*

4. Pablo termina esta sección diciendo (v. 6): *«Ahora bien, hermanos, todo esto lo he aplicado, a modo de ejemplo, a mí y a Apolos en beneficio vuestro, a fin de que aprendáis de nuestro caso el sentido de aquel dicho: "No sobrepasar de lo que está escrito". Entonces ni uno de vosotros estará engreído de tomar partido a favor de un apóstol contra otro».* (NVI). Esta paráfrasis (con algunos puntos discutibles) ilumina el sentido de este difícil versículo. El verbo griego con que Pablo expresa la presentación de su caso y el de Apolos es el mismo de 2 Corintios 11:15, donde se traduce por «disfrazarse»; aquí indica presentar, tras un caso concreto, un principio general: Atenerse a lo que dice la Palabra de Dios. No sabemos si Pablo tiene aquí en mente alguna porción determinada (como Jer. 9:23, mencionada en 1:31), o se refiere a la Escritura en general, la cual exalta la gloria de Dios y enseña a no gloriarse en el hombre. Lo que realmente importa para beneficio de los creyentes de Corinto (y para todos en general), es que nadie *se hinche* (lit. El mismo verbo de 8:1) orgullosamente al pensar que el «líder» a quien sigue merece más honor, respeto y atención que otro hermano cualquiera. El verbo griego tiene cierto matiz de apasionamiento en el orgullo con que cada uno defiende a su predicador favorito.

Versículos 7–13

En esta sección, llegando a usar de fina ironía, el apóstol precave contra esa hinchazón orgullosa.

1. Dirige primero (v. 7) tres preguntas socráticas de mucho efecto. Hay quienes opinan (por ej. Comely) que van dirigidas a los supuestos jefes de los partidos que se formaban en la iglesia de Corinto, pero el contexto posterior muestra que se dirige a los propios miembros de la iglesia, que se hinchaban sobre otros a causa del líder a quien cada uno seguía: *«Porque, ¿quién te distingue? ¿O qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?»* El primer verbo (gr. *diakrínei)* significa, en primer término «hacer diferencia» y, en consecuencia, «otorgar una cierta superioridad». El resto del versículo muestra que no hay motivo de vanagloria en ningún don o gracia que se posea, pues *«por la gracia de Dios somos lo que somos»* (15:10, donde se ve la correcta actitud del propio Pablo). El versículo no se refiere en modo alguno a la elección salvífica, por donde se palpa el error de muchos antiguos manuales de teología católica que lo aplicaban a dicha elección, con un desconocimiento total del contexto.

2. Con fina ironía, Pablo compara el motivo imaginario de la hinchazón de los corintios, con las privaciones y aflicciones que los apóstoles (y, en especial, él mismo) sufrían constantemente por causa del Evangelio:

(A) *«Ya estáis saciados* (v. 8), *ya estáis ricos, sin nosotros reináis,* esto es, no necesitáis de nosotros para navegar viento en popa; nos habéis dejado muy atrás.» Nótese la gradación: de la suficiencia a la opulencia, y de la opulencia a la realeza; da así a entender el grado al que había llegado la hinchazón de los corintios. Y añade (v. 8b): «¡Y *ojalá reinaseis, para que nosotros reinásemos también juntamente con*

vosotros!» Como si dijese: «¡Ojalá fuese verdad que la consumación del reino de Cristo hubiese llegado ya hasta vosotros, pues entonces también nosotros compartiríamos con vosotros esa gloria!»

(B) La fraseología del versículo 9 está calcada de los espectáculos de los gladiadores, derrotados en la arena del circo y condenados así a una muerte segura. El apóstol continúa con el pensamiento del versículo anterior: «Tan lejos estamos de reinar que *me da la impresión de que a nosotros los apóstoles nos ha asignado Dios un conspicuo lugar al final de la procesión, como a los condenados a morir en la arena del circo. Hemos venido a ser un espectáculo* (gr. *théatron*, de donde viene "teatro") *para todo el mundo, lo mismo para los ángeles que para los hombres»* (NVI). El versículo se entiende mejor al saber, como se sabe, que ni siquiera los vencedores en dichos juegos del circo escapaban de la muerte, pues eran reservados para un combate posterior en el que se veían obligados a luchar desnudos; por eso, se les llamaba *postremi* (gr. *eskhátous),* pues ocupaban las últimas filas, y estaban así doblemente expuestos a las miradas de los espectadores. El sentido general del versículo es que los apóstoles estaban continuamente expuestos a tales peligros, que tanto los ángeles como los hombres (es decir, todos los seres personales, excepto Dios, del Universo) los contemplaban llenos de asombro.

(C) El versículo 10 presenta un triple contraste entre la situación (real) de los apóstoles y la situación (imaginaria; de ahí, la ironía de Pablo) de los corintios: *«Nosotros somos insensatos* (gr. *moroí) por amor de Cristo, mas vosotros prudentes en Cristo; nosotros débiles, mas vosotros fuertes; vosotros honorables, mas nosotros despreciados* (gr. *átimoi*, sin estima). Según la sabiduría del mundo (que se había filtrado también en la iglesia de Corinto), los apóstoles eran necios, débiles, indignos de estima; ésa era la realidad. En cambio, los fieles de Corinto, en su hinchazón, se sentían prudentes, fuertes y gloriosos (gr. *éndoxoi);* ésa era una vana ilusión; su miopía les impedía ver la carnalidad que les restaba prudencia, fuerza y honor. ¡Cómo necesitaban la lección del v. 6, lo mismo que la de Romanos 12:3!

(D) En los versículos 11–13, describe con mayor detalle las privaciones, fatigas y aflicciones de los predicadores del Evangelio, especialmente las que él sufría. No se refiere a cosas de un pasado remoto, sino que dice: *«Hasta el momento presente* (en el tiempo en que escribía esto), *padecemos hambre, pasamos sed, andamos mal vestidos* (lit. *desnudos), somos abofeteados* (lit. *heridos con el puño,* el mismo verbo de Mt. 26:67) y *no tenemos morada fija (lit. andamos de un lado para otro)»* (v. 11). ¡Pobres circunstancias, de cierto, eran las de los primeros predicadores del Evangelio: sin casa ni hogar, destituidos de alimento y abrigo! Así seguían el ejemplo del que *no tuvo donde reclinar la cabeza* (Lc. 9:58). Pero, ¡oh glorioso amor! ¡Oh bendita dedicación a la obra del Señor, que les hizo pasar gozosos a través de tales miserias y dificultades! ¡Todo lo dieron por bien perdido, con tal de ganar a Cristo y ganar almas para Cristo!

Las fatigas y los malos tratos que menciona en los versículos 11 y 12 (comp. con 1 P. 2:23), llegan a su colmo cuando añade en el versículo 13: *«Hasta el presente, hemos venido a ser la basura del mundo, los desperdicios de la humanidad»* (NVI). El vocablo que usa para «basura» no es el mismo de Filipenses 3:8 (al final del versículo), sino *perikathármata,* que indica la suciedad que se retira al limpiar toda la superficie de un objeto; el vocablo para «desperdicios» es *perípsema* y, a la acción de lavar del primer vocablo, añade la de frotar y rascar, para completar la limpieza. Ambos vocablos tenían, para los griegos, un sentido de «purificación expiatoria», tanto que los atenienses llamaban *perípsema* a la persona que arrojaban al mar, como si estuviese cargada con todos los pecados de la ciudad. No es que Pablo se considerase a sí mismo y a los demás apóstoles como víctima propiciatoria por todos los hombres, sino que emplea dichos términos para poner de relieve el mal trato y el desprecio que sufrían, no por parte de los habitantes de una ciudad, sino *del mundo entero,* considerado en su condición de humanidad no regenerada.

Versículos 14–16

Al cambiar el tono, el apóstol exhorta ahora a los corintios a ver en él, no al maestro fustigador, sino al padre tierno a quien imitar: *«No escribo esto,* dice (v. 14), *para avergonzaros, sino para amonestaros como a hijos míos amados».* Las reprensiones que avergüenzan sólo sirven para exasperar, mientras que las que se hacen con afecto y amabilidad llevan la garantía del arrepentimiento y la reforma. Azotar como lo hace un enemigo o un verdugo provoca en la víctima una obstinación todavía mayor. Pablo les habla como un padre a sus hijos y da la razón (v. 15): *«pues en Cristo Jesús yo os engendré por medio del Evangelio».* Él había sido el instrumento en las manos de Dios para que ellos naciesen de nuevo por la

Palabra y el Espíritu, mientras todos los demás pastores y maestros que pudiesen tener eran sólo *ayos,* simples instructores. El griego *paidagógos* designaba al esclavo que vigilaba al niño y lo llevaba a la escuela.

En virtud de la humildad que Pablo les muestra y del sacrificio que por ellos hace y ha hecho, se entiende, en este contexto, que *les exhorte a que le imiten* (v. 16). En otros lugares (11:1; 1 Ts. 1:6), Pablo exhorta a los creyentes a que le imiten a él, como él imita a Cristo. Comenta L. Morris: «Aun cuando en las diferentes circunstancias de hoy en día, los predicadores pueden muy bien abstenerse de invitar a otros a que les imiten, es todavía cierto que si hemos de recomendar el Evangelio, ha de ser con base en el poder que él muestra en nuestra vida».

Versículos 17–21

1. En conexión con el contexto anterior (v. 16), el apóstol les va a recordar la forma de su *proceder* (lit. *sus caminos) en Cristo* (v. 17), no sólo en Corinto, sino también en la forma en que enseñaba (lo que él mismo practicaba) *en todas partes y en todas las iglesias.* Este recuerdo lo va a hacer ahora por medio de Timoteo a quien envía a Corinto. El original dice *os envié,* porque, como dice J. Leal, «se coloca en el momento en que será leída la carta». Pablo no tenía una doctrina y un proceder para un lugar y una iglesia, y otra doctrina y otro proceder para otros lugares y para otras iglesias, sino que su proceder era tan invariable como invariable es el Evangelio de Cristo. Llama a Timoteo *«mi hijo amado y fiel en el Señor»* (comp. con el v. 2). Como los fieles de Corinto, también Timoteo había sido engendrado en Cristo Jesús mediante la predicación de Pablo. Por otra parte, según 2 Corintios 1:19, Timoteo había ayudado a Pablo en la fundación de la iglesia de Corinto. Bien podía el apóstol llamar «hijo suyo» a quien se parecía a tan buen padre.

2. De ahí pasa Pablo a reprender a *algunos* que *están envanecidos,* dice, *«como si yo nunca hubiese de ir a vosotros»* (v. 18); y les asegura: *«pero iré pronto a vosotros, si el Señor quiere»* (v. 19). En todos nuestros planes y proyectos, hemos de someternos a los designios de la Providencia.

3. A continuación, les dice cuál será el resultado de su llegada a ellos (v. 19b): *«conoceré, no las palabras, sino el poder de los que andan envanecidos».* Para que no crean que Pablo les teme y que, por eso, les envía a Timoteo, les dice ahora que él mismo pondrá a prueba el poder espiritual de los que tanto se envanecían en sus finos discursos. Ya anteriormente (2:4) les había dicho que su propia predicación *no había sido con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder.* Y ahora añade (v. 20) la razón: *«Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder»,* la poderosa eficacia que la verdad divina ejerce en la mente de los hombres y en su modo de comportarse. No hay mejor evidencia acerca de la predicación de un ministro de Dios que la de los efectos verdaderamente divinos que produce en el corazón humano. Ciertamente procede de Dios lo que produce, en el mayor grado posible, la semejanza con Dios.

4. Deja a la elección de ellos la forma en que ha de presentarse ante ellos (v. 21): *«¿Qué queréis? ¿Iré a vosotros con vara, o con amor y espíritu de mansedumbre?»* Es decir, le habían de hallar de acuerdo con la forma en que ellos se comportaban. Los ofensores obstinados deben ser tratados con severidad. Lo mismo en las familias que en las comunidades cristianas, el amor y la compasión pueden obligar a usar la vara. Pero no es eso lo más deseable, sino que ha de hacerse todo lo posible por evitarlo. El dilema que les pone es como si les dijese: «Recibid esta advertencia y cesad de formar partidos en la iglesia, y me hallaréis tan benigno y amable como podáis desear. Prefiero llegar desplegando la ternura de un padre antes que hacer uso del peso de mi autoridad». Es señal de justo equilibrio y rara ecuanimidad en un ministro de Dios tener en primera línea el espíritu de amor y mansedumbre, sin carecer por eso de la fuerza necesaria para mantener su autoridad.

CAPÍTULO 5

Aquí el apóstol, I. les reprocha la lenidad que muestran en el caso del incestuoso (vv. 1–6). II. Les exhorta a mantener la pureza cristiana (vv. 7, 8) y, III. les urge a que se separen de quienes hacen profesión de fe cristiana, pero son culpables de notoria perversidad (vv. 9–13).

Versículos 1–6

1. Del pecado de orgullo pasa ahora Pablo a reprender a los fieles de Corinto de un pecado de incesto cometido entre ellos (v. 1): *«Se comenta por doquier el caso de inmoralidad sexual* (gr. *porneia) que se da entre vosotros, y de una inmoralidad tal que no se da ni entre los paganos; hasta el extremo de tomar uno por mujer a su madrastra»* (lit. *la mujer del padre).* Así traduce la NVI. El texto no aclara si se trata sólo de incesto (matrimonio en grado prohibido) con la mujer de su padre—no con su propia madre—, ya difunto, lo cual es más probable, o de especial pecado de concubinato añadido al incesto, por haber seducido a la mujer o haberse divorciado ésta de su marido, lo cual no es tan probable, pero es posible ante el énfasis que el apóstol carga sobre dicho pecado. Las palabras del apóstol no dan pie para pensar que dicho pecado no se cometiese entre los paganos, sino que, dondequiera se daba, no dejaba de producir detestación. ¡Y que fuese precisamente en una iglesia cristiana donde tal inmoralidad se practicase! Las mejores iglesias están expuestas, en el presente estado de imperfección, a las mayores corrupciones.

2. Les reprende severamente por esta conducta (v. 2): «Y *vosotros estáis envanecidos».* Ellos continuaban en su orgullo espiritual, lo que les impedía considerar la gravedad del caso del incestuoso. ¡Caso curioso! La propia estima nos inclina a ver con lentes de aumento las faltas ajenas, pero cuando el orgullo se torna «corporativo», se pierden de vista tanto los defectos individuales como los del grupo. Y lo peor era que, por lo que se ve, de esta ceguera participaban los líderes de la iglesia, sobre los que recaía la principal responsabilidad en la imposición de la necesaria disciplina.

3. El apóstol les dice a continuación que, en lugar de seguir tan hinchados de soberbia, deberían haber guardado duelo por la gangrena del miembro enfermo como se guarda por la muerte de un familiar (v. 2b) y extirpar de la comunidad el miembro podrido para que no infectase a los demás: *«¿No deberíais más bien haber hecho duelo, para que fuese quitado de vosotros el que cometió tal acción?»*

4. Tenemos luego la instrucción de Pablo acerca de lo que debe hacerse con el incestuoso: Debe ser puesto fuera de comunión (vv. 3–5), lo que Pablo recalca con las frases más solemnes:

(A) El apóstol, aunque ausente corporalmente (v. 3), se siente *presente en espíritu* (unión de mente y corazón) en medio de la asamblea de Corinto y, de este modo, como presidente (en virtud de su autoridad apostólica) de dicha asamblea, *ha pronunciado ya su sentencia* contra el delincuente.

(B) Reunidos así en asamblea con la presencia espiritual de Pablo (v. 4), éste pronuncia la sentencia *en el nombre del Señor Jesucristo …, con el poder del Señor Jesucristo;* es decir, en unión con el verdadero Dueño y Señor de la Iglesia y con la garantía del poder del Señor con el que se convalida la sentencia de separar de la comunión eclesial al incestuoso.

(C) La sentencia está expresada en los siguientes términos (v. 5): *«El tal* (el incestuoso) *sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús».* Esto no significa que se le entregue al diablo para que éste le de muerte, sino que, al ponerlo fuera de comunión, se le deja en la esfera donde el diablo ejerce su dominio maléfico. Dice Leal: «Por el hecho de arrojarlo de la iglesia, se suponía que el culpable caía en poder de las fuerzas del mal y de la muerte» (comp. con 11:30–32). Tampoco significa que el *cuerpo* debe ser destruido para que el *espíritu* se salve. Tal dicotomía no se considera aquí, sino la del hombre temporal y el eterno, la del pecador y el cristiano. Mediante la aplicación de la necesaria disciplina, el pecador es corregido y reconducido al arrepentimiento a fin de que el cristiano (si es verdadero creyente) aparezca purificado (*salvo* en su sentido más amplio) ante el tribunal de Cristo (comp. 2 Co. 5:10).

5. El apóstol, para dar razón de la severidad necesaria en este caso, les hace ver la gravedad de la situación, y considera que la iglesia es un cuerpo orgánico. Sin embargo, la metáfora que usa es todavía más expresiva aquí, como se ve por el contexto posterior (vv. 7, 8). *«¿No sabéis,* dice, *que un poco de levadura hace fermentar toda la masa?»* La levadura, como siempre en la Biblia, es símbolo de corrupción, y su uso en este versículo viene a confirmar la regla general, sin excepciones.

Versículos 7–8

La metáfora del versículo 6 es ahora desarrollada en todo su simbolismo y en comparación con ciertos detalles de la Pascua judía.

1. Puesto que la levadura es principio de corrupción, el apóstol hace ver que los antiguos hábitos viciosos eran, no sólo pecaminosos, sino también contagiosos. Los corintios, al haber nacido de nuevo

cuando se convirtieron a Cristo, son *nueva masa* (v. 7), por lo que no pueden consentir que en la iglesia vuelvan a introducirse restos de la antigua masa fermentada. Esta reside todavía en el fondo del «viejo hombre», del «cuerpo de pecado», pero *hay que ir dándole muerte* para que la vida espiritual se mantenga en su debido vigor (v. Ro. 8:13).

2. El *«porque»* de la segunda parte del versículo 7 expresa la razón de la necesidad de esta constante purificación: *«porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros»*. La Pascua judía se repetía cada año el día 14 del mes de Nisán. En la mañana de dicho día, todo pan fermentado debía ser arrojado de casa. Pero Cristo se ofreció una vez por todas (He. 9:26–28; 10:12–14); *murió al pecado una vez por todas* (Ro. 6:10). El cristiano, pues, ha de vivir en una continua Pascua; toda la vida del creyente ha de ser una fiesta de *panes sin levadura* (v. 8), en la que *la maldad y malignidad* de la vieja levadura han de ser arrojadas muy lejos, para que prevalezcan la *sinceridad y la verdad* del pan ázimo. Dice L. Morris: «*La sinceridad* se refiere a la pureza del motivo, y la *verdad* a la pureza de la acción».

Versículos 9–13

El asunto que aquí está tratando le trae a la memoria a Pablo un aviso que ya había dado a los corintios *por escrito* (v. 9), por lo que es opinión casi unánime que se refiere a una carta anterior, la cual no nos ha llegado. Por fortuna, nos llega aquí un punto muy importante de conducta cristiana acerca de la *separación.* Cita, en concreto, primero a los *fornicarios* (v. 9b), que en griego es *pornois* conforme al *porneia*, fornicación, del versículo 1.

1. Pero el aviso no alcanza sólo a este pecado, sino a todo vicio notorio y degradante dentro de la comunidad eclesial. El apóstol enumera seis (v. 11) «os *escribí que no os juntéis con ninguno que, llamándose hermano, sea fornicario, o avaro, o idólatra, o agraviador* (lit., en especial, mediante difamación), o *borracho o ladrón; con el tal ni aun comáis»*. Esta conminación es semejante a la que hace Juan (2 Jn. vv. 10, 11) con respecto a los que propagan falsas doctrinas. La Palabra de Dios no conoce ninguna otra separación impuesta al cristiano

Como éste es un asunto de gran importancia (nota del traductor) en algunos lugares, aprovecho la ocasión para resumir, en beneficio de quienes no se hayan enterado, lo que significa la «segunda separación»: En el caso que nos ocupa, consistiría en separarse, no sólo del incestuoso, sino de quienes no lo separasen de la comunidad. Como si hubiese que «excomulgar» no sólo al vicioso, sino también a quienes no lo «excomulgan». Hay creyentes, pastores y evangelistas de cuya ortodoxia y conducta cristiana no se puede dudar, que mantienen contacto y amistad con gentes de otras denominaciones de muy dudosa ortodoxia. Hasta qué punto se traspasa en estos contactos la línea que aquí marca el apóstol, es difícil discernir y determinar. Pero una cosa hay segura: Es antibíblico y, por tanto, anticristiano, boicotear y denigrar a dichos creyentes, pastores y evangelistas más o menos «ecumenismófilos» (permítaseme el neologismo). ¡Es tan fácil caer en la actitud mencionada en Isaías 65:5!

2. Pero, antes de mencionar esta (única) separación ¡dentro de la propia congregación!, el apóstol dice (v. 10) de quiénes no puede un creyente separarse. Él no habla en general al decir esto de *no juntarse: «no en general con los fornicarios de este mundo, o con los avaros, o con los ladrones o con los idólatras; pues en tal caso os sería necesario salir del mundo»*. Jesucristo no quiso que los suyos huyesen al desierto o se metieran en conventos y monasterios para huir del mundo (v. Jn. 17:15). ¡Es precisamente al mundo al que hay que dar testimonio de Jesús y de su Evangelio! El creyente ha de juntarse con mundanos en el taller, la oficina, el trabajo de todo orden, etc. Lo único que se le prescribe, en este terreno, es a *no uncirse en yugada desigual con los no creyentes* (v. el comentario a 2 Co. 6:14). Muchas veces, la única oportunidad que un creyente tiene de dar testimonio ante el mundo es con su conducta ejemplar entre no creyentes, en el trabajo, en la oficina, etc. Digo «con su conducta», porque, de ordinario, la insistencia en querer «sermonearles» puede resultar contraproducente; en especial, si uno no está bien equipado para *presentar defensa con mansedumbre y respeto* (1 P. 3:15).

3. La razón de esta aparente anomalía (separarse de creyentes, y no separarse de mundanos; en ambos casos, viciosos) es muy clara (vv. 12, 13). Los mundanos *están fuera* de la congregación (v. 12); no entran en el campo—de la disciplina de la iglesia—. *Dios los juzgará* (v. 13). Como no han nacido de nuevo, el pecado es su clima y hasta su entraña. Pero los creyentes son los que *están dentro* (v. 12b), ligados por las normas de doctrina y conducta de la fe cristiana y, por tanto, no sólo expuestos al juicio de Dios, sino también a la disciplina de la iglesia. Han de ser corregidos, y hasta castigados, para que la

congregación conserve la pureza que le corresponde como a Cuerpo de Cristo. Por eso, concluye el apóstol (v. 13b): *«Quitad, pues, a ese perverso de entre vosotros»*.

CAPÍTULO 6

El apóstol, I. reprende aquí a los fieles de Corinto por llevar sus litigios ante los tribunales seculares (vv. 1–8). II. Toma de aquí ocasión para avisarles contra muchos graves pecados (vv. 9–11). III. Les amonesta con vehemencia contra la fornicación (vv. 12–20).

Versículos 1–8

1. Pablo comienza este capítulo reprendiendo a los corintios de ventilar sus pleitos ante los tribunales del Estado, con lo que se rebaja evidentemente la dignidad del nombre cristiano. Nótese la forma vehemente con que se expresa (v. 1): «¿Se atreve alguno de vosotros …?» Como si dijese: «¿Es posible que algún miembro de vuestra congregación tenga la cara tan dura como para llevar a los tribunales a otro hermano de la misma fe y aun de la misma asamblea?» Llama *«injustos»* a los jueces seculares como sinónimo del *«inicuos»* de Hechos 2:23, aplicable a los no creyentes y a los paganos en general; no indica con ello que los tribunales de Corinto fuesen dominados por el soborno, la corrupción o la injusticia en general. *Santos*, por contraste, es el denominador común de los creyentes por estar lavados de sus pecados y consagrados a Dios.

2. Les recuerda a continuación algo que sirve de agravante a este pecado (vv. 2, 3): «¿O *no sabéis que los santos* (los creyentes) *han de juzgar al mundo?… ¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles?»* Estas frases requieren especial atención.

(A) El *mundo* no tiene aquí sentido peyorativo, sino que incluye el Universo visible sobre el que Cristo, Cabeza de la Iglesia, está entronizado (Ro. 8:34) y, con Él, los creyentes, ya legalmente ahora (Ef. 2:6) y realmente después (Ap. 20:4, 6). Comoquiera que *juzgar* equivale (con frecuencia, en la Biblia) a *gobernar*, es muy probable que aquí no signifique que los creyentes han de participar, con el Señor, en el acto de dictar sentencia, en el Juicio Final, en contra o a favor de los habitantes del orbe. La elevada posición que, en Cristo y con Cristo, mostrarán en el último día basta para interpretar estas frases en sentido de preeminencia y dominio (comp. con He. 2:5 y ss.).

(B) Todavía está más claro que no se trata de dictar sentencia en el caso de los *ángeles*, ya que no hay motivo para ver aquí únicamente a los ángeles caídos o demonios. Dice Hodge: «Esta explicación evita la dificultad de suponer que los ángeles buenos han de ser llamados a juicio; y armoniza con lo que la Biblia enseña de la subordinación de los ángeles a Cristo, y a la Iglesia que está en Él».

(C) Lo que a Pablo le interesa destacar aquí es el contraste entre la elevada condición espiritual de los creyentes no sólo por encima del mundo, sino también de los ángeles (v. He. 1:14), y las trivialidades temporales (vv. 2, 3: *«los casos menos importantes … las cosas de esta vida»).* Sobre estas cosas, de tan poca importancia frente a lo espiritual y lo eterno, acudían a los tribunales del mundo los fieles de Corinto. ¡Qué degradación y qué vergüenza!

3. La condicional con subjuntivo: *«En caso de que tengáis …»* (lit.) del versículo 4 indica dos cosas:

(A) Que esas *cosas de esta vida* (nótese el énfasis de Pablo al situarlas al comienzo del versículo por hipérbaton) no deberían en modo alguno dar ocasión para llevarlas ante los tribunales seculares; más aún, tales litigios no deberían surgir entre hermanos (comp. con el v. 6).

(B) Que la interpretación de la frase final del versículo 4 al considerar, sobre todo, su conexión con el versículo 5, debe hallarse en la línea de un imperativo irónico. En efecto, no es probable que *los que no significan nada* (lit.) *en la iglesia* se refiera a los jueces seculares, aunque no pueda descartarse del todo la posibilidad de esta interpretación (en este caso, el verbo *poner* habría de estar en indicativo *(¿ponéis …?).* Menos probable es todavía que *los insignificantes en la iglesia* fuesen (presente de imperativo) los que habrían de juzgar en tales litigios (ya se trate de jueces seculares o de creyentes incultos), pues el apóstol agrega (v. 5b): *«¿No hay entre vosotros sabio* (esto es, lo suficientemente entendido), *ni aun uno* para servir de árbitro en tales casos?»

Tras este breve análisis, propongo (nota del traductor) como más probable y clara la versión que hace J. Leal de los versículos 4–6: *«Pues cuando tengáis litigios temporales, tomad por jueces a los que son menos en la iglesia. Os lo digo para afrenta vuestra. ¿acaso no hay entre vosotros ningún sabio que pueda hacer de árbitro entre sus hermanos? ¡Está bien que pleitee hermano contra hermano, y eso ante los infieles!»* (la última frase, como es obvio, está vertida en forma de ironía). Nótese la fuerza del «¡y *eso!*». Comenta Morris: «Ya es cosa asombrosa el que un hermano quiera litigar contra otro hermano. Si lo hace, es todavía más asombroso el que lo haga delante de no creyentes».

4. Después de lamentarse de lo que ocurre, el apóstol pasa a recomendar el remedio contra tales males (v. 7). El remedio se entiende mejor, al dar al griego *héttema,* que suele traducirse por «falta», su significado preciso de «derrota» o «fracaso». Bien traduce la NVI: *«El hecho mismo de tener pleitos entre vosotros ya significa un completo fracaso de vuestra parte».* Es cierto que el remedio propuesto requiere por parte del creyente un alto grado de espiritualidad, pero el discípulo de Cristo ha de seguir las pisadas de su Maestro (v. 7b): *«¿Por qué no sufrís más bien el agravio? ¿Por qué no sufrís más bien el ser defraudados?»* Un despojo y una pérdida materiales son siempre mejores que una derrota y una pérdida espirituales.

Versículos 9–11

De este grave pecado de defraudar al hermano y agraviarle, toma el apóstol ocasión para amonestar a los corintios contra muchas costumbres viciosas que habían practicado antes de convertirse al Señor.

1. Les advierte claramente que quienes practican tales cosas *no heredarán el reino de Dios* (vv. 9 y 10b). El menos versado de todos ellos en la Palabra de Dios debe conocer eso: *«Que los injustos no heredarán el reino de Dios»* (v. 9), es decir, no entrarán en la vida eterna. ¡Y ellos estaban cometiendo injusticias contra sus hermanos! Junto a este pecado especifica otros diez, que son como especies dentro del mismo género de injusticia (vv. 9, 10): *fornicarios, idólatras, adúlteros, afeminados y homosexuales* (es decir, los sodomitas por pasiva y por activa), *los ladrones, los avaros, los borrachos, los maldicientes* (el mismo vocablo de 5:11) y *los maleantes* (mejor que «estafadores»), en griego *hárpagues*, los que arrebatan por la fuerza y da la cara, para distinguirlos de los simples «ladrones» (gr. *kléptai),* que suelen robar a escondidas y sin hacer ninguna otra violencia. El griego *hárpax* suele traducirse por *ladrón* en 5:11. Por supuesto, el cielo no se ha hecho para tales delincuentes. La basura de la tierra no debe entrar en las mansiones celestiales.

2. Al conocer las engañosas profundidades del corazón humano y las malas artes del enemigo de las almas, Pablo les advierte (v. 9b): *«¡No os llaméis a engaño!»* (NVI). El engaño puede ser de dos clases: (A) Al pensar que el mal que se hace al prójimo no tiene importancia o que no hacemos sino resarcirnos del mal que el prójimo nos ha hecho a nosotros; (B) que podemos vivir en pecado y morir en Cristo, llevar una vida de hijos del diablo y entrar en el cielo como hijos de Dios. Éste es un gravísimo engaño. ¿Cómo puede alguien esperar que lo que ha sembrado en la carne surja en cosecha de vida eterna?

3. Les hace memoria del cambio radical que la gracia de Dios había efectuado en ellos cuando se convirtieron al Señor (v. 11). El versículo dice literalmente: «Y *estas cosas erais algunos; pero fuisteis lavados, pero fuisteis santificados* (en sentido de separación de lo mundano o profano), *pero fuisteis justificados».* Nótese el énfasis que comporta la repetición de la partícula adversativa, para poner de relieve los santos resultados de la conversión a Dios frente a las prácticas pecaminosas que algunos de ellos albergaban todavía. Si tan glorioso es el cambio que la gracia de Dios efectúa ¡cuán vergonzoso no será volver a revolcarse en el cieno después de haber sido lavado! (v. 2 P. 2:22b).

Conforme a los mejores MSS, la última parte del versículo 11 ha de leerse del modo siguiente: *«en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios»* (lit.). Esto significa que los tres efectos mencionados de la conversión se llevaron a cabo en virtud de la unión con Cristo y con el poder del Espíritu Santo. Al describir al Salvador por medio de los tres títulos que resumen sus tres funciones: regia, sacerdotal y profética, el apóstol quiere impresionar a los corintios y hacerles ver la afrenta que, con sus prácticas injustas, hacían a su Señor y Salvador y al Espíritu Santo (comp. con He. 10:29).

Versículos 12–20

Para comprender bien todo este pasaje, es menester tener en cuenta, como certeramente advierte J. Leal, la existencia de un grupo gnóstico en Corinto. Al dejar para el comentario a 1 Juan otros detalles de la doctrina gnóstica, nos limitaremos aquí al que se refiere al concepto que tenían los gnósticos de la materia y, por tanto, del cuerpo humano: La materia, según ellos, no fue creada por Dios, sino por una deidad inferior, y carece de cualidad ética; así que los excesos del cuerpo no afectan al espíritu, «único heredero del cielo» (Leal), ya que sólo el alma ha de ir al cielo, pues el cuerpo no ha de resucitar. Pablo combate en estos versículos 12 y ss. del presente capítulo y en el cap. 8 el libertinismo gnóstico de la carne, y en el capítulo 15 la doctrina gnóstica contra la resurrección del cuerpo. Así que «esta perícopa tiene especial importancia, porque nos descubre el pensamiento del apóstol sobre la dignidad del cuerpo cristiano en cuanto tal» (Leal).

1. La primera parte de esta sección (vv. 12–14) resume la enseñanza paulina, cristiana, contra la enseñanza gnóstica que hemos expuesto en la introducción precedente. El apóstol propone, como en otros lugares, el principio de la libertad cristiana, pero de inmediato sale al paso del abuso que los gnósticos hacían de tal principio.

(A) Como ya lo hizo en Romanos 14, especialmente en los versículos 14 y ss., y lo volverá a hacer en los capítulos 8 y 10 de la presente epístola, Pablo advierte una y otra vez que la libertad del cristiano no tiene otra restricción que la que le impone el mandamiento del amor (comp. con Gá. 5:13): *«Todo me es lícito»* (v. 12), gritaban los gnósticos. «Sí, contesta Pablo, *pero no todo es provechoso;* más aún, puede ser dañoso; por tanto, yo *no me dejaré dominar por nada»*. En efecto, el que se deja dominar por algo ha dejado su condición de señor para pasar a la condición de esclavo.

(B) También es cierto, como los gnósticos decían, que *«los alimentos son para el vientre, y el vientre para los alimentos;* llegará un día en que *Dios dejará inoperantes* (gr. *katargúsei*, el mismo verbo de Ro. 6:6, entre otros lugares) *tanto al uno como a los otros»* (v. 13), *pero el cuerpo* en sí es obra de Dios y pertenece al Señor y, aun cuando haya de perecer en su estado actual, está destinado a la resurrección (vv. 13b, 14). Por tanto, su uso entra dentro de la ética cristiana y, por eso, *no es para la fornicación;* más aún, es, en el creyente, un *santuario de Dios y miembro de Cristo* (vv. 15, 19, 20).

(C) La frase «*y el Señor* (es) *para el cuerpo»* (v. 13, al final) sólo puede entenderse de una manera dentro de este contexto, en conexión con el versículo siguiente: La resurrección de Cristo, como afirma J. Leal, «no sólo es ideal de la nuestra, sino principio también. Nosotros hemos de resucitar en virtud de nuestra unión con Cristo resucitado, con el "Señor". Esta explicación es la que señala el versículo 14. Dios Padre, que ha resucitado al Señor, nos resucitará a nosotros precisamente por nuestra incorporación a Cristo resucitado». ¡Qué honor tan grande para nuestro cuerpo! ¡No abusemos, pues, de estos cuerpos por el pecado, ya que, si los conservamos puros, serán hechos semejantes al cuerpo glorioso de Cristo (v. Fil. 3:21)!

2. De ahí pasa el apóstol a referirse más en detalle al pecado de fornicación. Para no entender mal el versículo 18, ha de tenerse en cuenta que Pablo no dice que la fornicación sea un pecado más grave que los demás. ¡No hay tal cosa! El orgullo, el odio, la envidia, la difamación son pecados más graves, por cuanto son más «espirituales», sin la urgencia que presenta el instinto y sin la tentación provocada por los sentidos. Lo que sí dice es que el pecado de fornicación se distingue de otros pecados en que *«el que fornica, peca contra su propio cuerpo»*. Otros pecados, como el robo, el homicidio, etc. tienen su término fuera del propio cuerpo. Otros más, como la ebriedad o la gula, son también contra el propio cuerpo, pero no tienen por resultado *la formación de una sola carne con otra persona* como sucede con la fornicación. Aquí es donde se apoya toda la argumentación del apóstol.

(A) En efecto, *el cuerpo del creyente es miembro de Cristo* (v. 15). Cuando nuestro espíritu se une, por fe, a Cristo, nuestra persona entera pasa a ser miembro de Cristo. Y son, pues, nuestros miembros, miembros de Cristo, «*¿Quitaré* (el mismo verbo de Jn. 1:29), retiraré, dice Pablo, *los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? ¡De ningún modo!* (la misma expresión de Ro. 3:4 y muchos otros lugares de la misma epístola)».

(B) El contraste es más fuerte cuando se considera el efecto de la unión que se lleva a cabo en la fornicación, como también en el acto sexual lícito con la propia mujer (de ahí la cita de Gn. 2:24 al final del v. 16):«*Los dos vendrán a ser una sola carne»;* como si fuesen una sola persona, pues ése es el sentido de la frase en Génesis 2:24. En cambio, *«el que se une* (lit. *el que se apega;* el mismo verbo del v. 16, así como de Gn. 2:24 *«se unirá a su mujer»* y de Lc. 15:15 «y *se apegó a uno de los ciudadanos») al Señor* (Jesucristo), *es un solo espíritu* (con Él)».

¿Cómo puede ser el cristiano *un solo espíritu* con Cristo? Si tiene el mismo principio de vida espiritual que tiene Cristo: El Espíritu Santo, que a Él le fue concedido sin medida (Jn. 3:34), y de cuya plenitud todos hemos recibido (Jn. 1:16). La unión espiritual es todavía más profunda que la unión carnal, pues se lleva a cabo en el centro mismo de la persona; por lo que la unión marital misma pierde muchos grados cuando degenera en mera unión carnal. Si esto es así en el legítimo matrimonio, ¡cómo podrá un creyente llegar a tal grado de degeneración, al quebrantar la unión espiritual con el Señor para unirse carnalmente, pecaminosamente, con una ramera!

(C) Al ser miembros de Cristo y tener el Espíritu de Cristo morando en nosotros, *nuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo* (v. 19), un motivo más, explícito ahora, para que conservemos puro el cuerpo que hemos recibido de Dios, lo mismo que el espíritu. *No somos nuestros*, sino del Señor (v. 19b, comp. con 3:23). Somos de Dios, no sólo por haber recibido de Él cuerpo y espíritu, sino también por haber sido redimidos, *vueltos a comprar por precio* por Él (v. 20). ¡Y qué precio! ¡La sangre de su propio Hijo Unigénito! (Hch. 20:28b; 1 P. 1:18, 19).

(D) Por consiguiente, al ser santuario de Dios y miembros de Cristo, *hemos de glorificar a Dios en cuerpo y en espíritu, los cuales son de Dios* (v. 20b). Un santuario es un lugar donde Dios mora de un modo especial; un lugar consagrado, por eso mismo, a su servicio; un lugar donde se le rinde culto de adoración y de sacrificio (v. Ro. 12:1). ¿Y habrá algún creyente que se atreva a desecrar tal santuario, ofreciéndolo para el uso y el servicio de una prostituta? ¡De ningún modo! (v. 15b).

CAPÍTULO 7

El apóstol responde ahora a ciertas preguntas que le habían hecho los corintios acerca del matrimonio. I. Les muestra que el matrimonio fue establecido como un remedio contra la fornicación (vv. 1–9). II. Exhorta a los casados a no separarse, a no ser que uno de los cónyuges sea no creyente y se marche (vv. 10–16). III. Les muestra que al hacerse cristiana una persona no cambia por eso su estado natural exterior (vv. 17–24). IV. Les exhorta, a los no casados, a que se guarden en el estado en que están, para librarse de las preocupaciones que, a la sazón, imponían las difíciles circunstancias, y para dedicarse de lleno al servicio del Señor (vv. 25–35). V. Les instruye sobre la forma en que han de disponer de las doncellas (vv. 36–38). VI. Cierra el capítulo al aconsejar a las viudas sobre el modo de comportarse en dicho estado (vv. 39, 40).

Versículos 1–9

1. Al contestar a una pregunta de los corintios acerca del matrimonio, sienta Pablo un principio que, a primera vista, podría escandalizar a muchos evangélicos, mientras sirve de bandera a muchos católicos. La respuesta requiere toda la matización que luego veremos.

(A) *«Bien le está al hombre no tocar mujer»* (v. 1b), dice Pablo. El griego dice *kalón*, bueno en el sentido de belleza y excelencia, más bien que en el sentido moral de honestidad, lo que sería poco. Que se trata del matrimonio, se ve por el contexto posterior.

(B) Pero, a fin de que nadie se forme de esto un concepto erróneo, de inmediato (v. 2) añade que *«a causa de las fornicaciones»*, es decir, para poner remedio al ardor de la pasión sexual, la norma general es que *«cada uno tenga su propia mujer y cada una tenga su propio marido»*.

2. A continuación, el apóstol (vv. 3–5) detalla unos conceptos sobre la unión sexual de los cónyuges en unas frases que son poco predicadas y mal practicadas incluso por parte de parejas que profesan la fe de Cristo.

(A) En forma positiva, amonesta *al marido a que cumpla con la mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con el marido* (v. 3). El «deber conyugal» al que Pablo se refiere es, ni más ni menos, que el derecho recíproco de los cónyuges al acto de la unión sexual, con el deber consiguiente de cada uno de ellos de consentir de buena gana en la petición del otro, a no ser que razones de salud u otras bien conocidas sean suficientes para dar una negativa razonable. El apóstol da la razón de esto (v. 4): Al casarse, los cónyuges se entregaron el uno al otro de tal forma que *la mujer no es dueña de su propio cuerpo, sino el marido; tampoco el marido es dueño de su propio cuerpo, sino la mujer»*. El olvido o la

negligencia en el cumplimiento de este deber es cosa muy grave, pues conduce derechamente a caer en la tentación de adulterio.

(B) En forma negativa, dice luego (v. 5): *«No os defraudéis el uno al otro en vuestro derecho, a no ser de mutuo consentimiento y sólo por algún tiempo, para dedicaros a la oración. Luego, volved a vuestra íntima relación conyugal, a fin de que no os tiente Satanás valiéndose de vuestra dificultad en mantener la continencia»* (NVI). El apóstol no menciona razones de salud, etc, que son obvias, pero requiere tres condiciones para que la abstinencia de la unión sexual sea legítima:

(a) Ha de ser *de mutuo consentimiento.* Si el otro cónyuge siente la urgencia del instinto, tiene derecho a que se le cumpla su deseo.

(b) Ha de ser *sólo por algún tiempo.* La continencia continuada puede dar paso a una incontinencia desenfrenada.

(c) Ha de ser por un motivo espiritual superior. En la *oración* entra probablemente el ayuno, es decir, una abstención de todo lo que da placer a los sentidos, para gozar de una comunión más intensa con el Señor. Por supuesto, esto no se puede presentar como excusa para negar al otro cónyuge el derecho que le pertenece.

También aquí da el apóstol la razón por la que esta abstinencia no debe prolongarse (v. 5b): Deben *volver* los cónyuges *a lo mismo* (lit.), esto es, a la íntima relación sexual, *a fin de que no les tiente el diablo induciéndoles a la incontinencia* anteriormente mencionada.

3. En los versículos 6–9, el apóstol puntualiza que él a nadie impone el casarse, *lo dice por vía de concesión,* por la razón que ha dado en el versículo 2. Por su parte, *desearía que todos los hombres estuviesen como él* (v. 7). La frase de Hechos 26:10, en la que Pablo afirma haber votado en el Sanedrín, donde sólo los cabezas de familia tenían derecho al voto, ofrece fundamento para opinar que Pablo no era soltero, sino viudo. No obstante (todo el capítulo es nota del traductor), un rabino converso me aclaró que existía una especie de «matrimonio» con la Torah, en virtud del cual se admitía como «casados» a los que, de manera especial, se dedicaban al estudio y enseñanza de la Ley.

(A) Podemos, pues, suponer que Pablo fuese soltero, célibe. Esto le concedía, como a Bernabé (v. 9:5, 6), mayor libertad de movimientos y le hacía menos gravoso económicamente.

(B) Pero este consejo que da *a los solteros y a las viudas* (v. 8), está subordinado a una condición indispensable: SÓLO PUEDEN SEGUIRLO LOS QUE TIENEN DON DE CONTINENCIA. El apóstol habla de la continencia, del celibato, como de un *don* (gr. *khárisma) de Dios* (vv. 7, 9). Puedo asegurar que, hasta después del C. Vaticano II (1962–1965) y durante muchísimos siglos, un elevado porcentaje de clérigos aceptaban el celibato sin tener el don de la continencia, y aun muchos de ellos lo hacían más o menos forzados por sus padres (especialmente, por sus madres, que así veían desaparecer la rivalidad de una nuera).

(C) Con respecto a los que no tienen tal *don de continencia* (v. 9), el apóstol no da permiso, sino mandato: *«Cásense, pues mejor es casarse que estarse quemando».* El deseo sexual insatisfecho, sin el don del celibato, es como un fuego que abrasa a la persona y la induce a dar rienda suelta al instinto. *Estarse quemando* no implica solamente insatisfacción, sino también incontinencia.

(D) Resta una observación muy importante: En todo el capítulo, pero especialmente en el versículo 26, late la idea de unas circunstancias especiales *(«la angustiosa situación presente»,* v. 26. NVI), que aconsejan *no cambiar de estado* (v. 20), por lo que las razones mismas que Pablo aporta en favor del celibato han de considerarse en este contexto. Comenta atinadamente Hodge: «Si estos versículos y otros de significado semejante han de entenderse como aplicados a los hombres en general, y no a los hombres en las circunstancias peculiares de los primitivos cristianos, entonces ha de admitirse que Pablo menosprecia el matrimonio y lo presenta como si tuviese apenas una finalidad superior a la de la relación sexual entre los animales. No puede ser éste el significado; no sólo porque es contrario a la Escritura, sino porque Pablo, en otro lugar (Ef. 5:22–33), presenta al matrimonio como unión espiritual sumamente ennoblecedora … La verdad es que el apóstol escribe a los corintios como se dirigiría a un ejército a punto de entrar en desigual combate en país enemigo, y para un período prolongado. Les dice: «No es hora de que penséis en el matrimonio. Tenéis derecho a casaros. Y, en general, lo mejor es que todos se casen. Pero dadas vuestras circunstancias, tal cosa sólo os acarrearía nuevos inconvenientes y sufrimientos» … Es, pues, muy importante tener esto en cuenta para una recta interpretación de todo el capítulo».

Versículos 10–16

1. Pablo comienza esta sección recordando a los casados que lo que ahora les va a decir no es un consejo, o mandato, personal suyo, sino *mandato del Señor* (v. 10, 11): *Que la mujer no se separe del marido* (v. Mt. 5:32; 19:6–9) … *y que el marido no abandone a su mujer* (v. 11b). No pueden separarse por otra razón, sino la que da el mismo Señor en los lugares citados. Los cónyuges cristianos deberían evitar toda contienda o, si ésta surge en un momento de acaloramiento, ha de buscarse pronto la reconciliación (v. 11). Están mutuamente ligados de por vida. No pueden, pues, sacudirse la carga, sino arrimar el hombro de la manera más cómoda posible y procurar que al cónyuge le resulte también lo más ligera posible.

2. Pasa luego a tratar del caso de una pareja en la que uno de los cónyuges se ha convertido a Cristo mientras el otro permanece en la incredulidad.

(A) En este caso, no cita ningún mandato del Señor, pues no consta en la Escritura, sino que lo da como orden personal suya, aunque lo hace inspirado por Dios (comp. con el v. 40b).

(B) Se trata de un caso en que *el cónyuge incrédulo se separa* (v. 15), es decir, se marcha del hogar. Pero si dicho cónyuge consiente en vivir pacíficamente con el cónyuge creyente, éste no debe buscar el divorcio (vv. 12, 13).

(C) La razón que da el apóstol para que el hermano creyente no abandone a su cónyuge no creyente, si éste consiente en vivir en paz dentro del hogar, es (v. 14) que, de este modo, tanto el cónyuge no creyente como los hijos habidos en el matrimonio, quedan *santificados.* Esto no significa, como es obvio, que el cónyuge no creyente se salve por ser salvo el cónyuge creyente, ni que los hijos sean salvos por la misma razón, sino que aquel hogar «constituye, como dice Trenchard, una "isla de fe" en medio de un mundo infiel, en el que participan los hijos de las bendiciones de la luz del Evangelio y del conocimiento de la Palabra». Sin saberlo, ni agradecerlo, el cónyuge incrédulo participa de las ricas bendiciones que Dios hace llover sobre aquel hogar que, por la presencia del cónyuge creyente, es ya un pequeño santuario.

(D) Más difíciles son de entender las razones que da (vv. 15, 16) para que *el hermano o la hermana* permitan que el cónyuge incrédulo se separe:

(a) *«No está el hermano o la hermana sujeto a servidumbre* (lit. *no ha sido esclavizado) en semejante caso, sino que a paz nos llamó Dios»* (v. 15b). Comenta Ryrie: «Nada se dice sobre un segundo matrimonio para el creyente». La misma reserva guarda Trenchard: «Ha de aceptar la situación por la cual no es responsable. No ha de luchar con el fin de mantener algo ya deshecho». Sin embargo, me pregunto yo: ¿Cabe mayor esclavitud (sobre todo, para un hermano joven) que mantenerse célibe por el resto de su vida? De ahí que sean muchos los autores que vean aquí la concesión implícita del derecho a segundas nupcias. Mucho más difícil es el caso en que, por ejemplo, una mujer que ha hecho pública profesión de fe en una iglesia abandona a su marido para marcharse con otro. Con todo, cabría preguntarse también aquí: ¿Puede tenerse por «creyente» una persona que, de forma pública y flagrante, se entrega a un estado habitual de adulterio?

(b) *«Porque, ¿qué sabes tú, oh mujer, si harás salvo a tu marido, etc.?»* (v. 16). Este versículo admite dos interpretaciones, según se aplique de una manera o de otra: *Primera, «¿Qué sabes tú si …?* ¡Quizás serás tú un instrumento de Dios para su salvación» (comp. con 1 P. 3:1). *Segunda, «¿Qué sabes tú si …?* ¡No te aflijas porque se haya marchado, pues no sabes si habrías podido servirle de bendición! Por el contexto próximo anterior, esta segunda interpretación es la más probable. El pensamiento dominante es la *«paz»* que debe reinar en un hogar cristiano.

Versículos 17–24

El apóstol procede ahora a establecer una norma general, pero que ha de considerarse a la luz del versículo 16, como ya explicamos anteriormente.

1. La norma es (v. 17): *«Cada uno retenga en la vida el lugar que el Señor le ha asignado y al que Dios le ha llamado»* (NVI). Dos son los casos que Pablo especifica:

(A) El de la circuncisión. Lo que importa realmente no son las señales exteriores, sino *la observancia* interior de la piedad, *de los mandamientos de Dios* (vv. 18, 19), que se resumen en el *amor: la fe que se traduce en obras de amor* (Gá. 5:6, 13).

(B) El de la esclavitud (vv. 20–24). Todo cristiano verdadero es esclavo voluntario de Cristo, y de nadie más. Lo mismo da que sea esclavo o libre, pues (v. 22) *«siendo esclavo, es liberto del Señor …; siendo libre, es esclavo de Cristo»*.

2. ¿Podemos, entonces, decir que Pablo prohíbe toda honesta ambición y todo esfuerzo por librarse de la esclavitud? ¡De ningún modo! Véase lo que dice (v. 21) al esclavo creyente: *«¿Fuiste llamado siendo esclavo? ¡No te importe! Pero, si es que también puedes llegar a ser libre, procúralo más*, es decir, aprovecha las oportunidades que se te presenten para ello». Un buen esclavo puede rendir a su amo muchos y muy valiosos servicios, pero no cabe duda de que un creyente tiene más y mejores oportunidades de hacer el bien si no está sujeto, en todo tiempo y lugar, al servicio de un solo hombre.

3. La conclusión final de esta sección (v. 24, comp. con el v. 17) es: *«Hermanos, cada uno, con su responsabilidad ante Dios, continúe en la situación en que Dios le llamó»*. La presencia y el favor de Dios no están limitados a ninguna condición exterior. El que está atado puede disfrutar de tales bendiciones tanto como el que está suelto, porque el favor de Dios no está atado.

Versículos 25–35

El apóstol pasa ahora a tratar de otro asunto sobre el que le habían consultado, según es probable, o porque le vuelve a la memoria el tema del celibato, después del paréntesis anterior, según piensan otros. En opinión del que esto escribe, es un tema aparte que responde a consulta por parte de los fieles de Corinto.

1. La forma en que introduce el tema es (v. 25) *dando su parecer*, no como *precepto del Señor*, pero lo hace en cumplimiento de la fidelidad al ministerio apostólico que le ha sido confiado. Dice Leal: «La autoridad que posee como apóstol y maestro es un don gratuito que ha recibido del Señor».

2. Al volver al motivo que le indujo a aconsejar que cada uno se quedase en el estado al que había sido llamado (vv. 17–22), da ahora la razón explícita (v. 26). Desconocemos las circunstancias concretas del *agobio o angustiosa situación presente* a la que aquí se refiere.

3. Como ya dijimos, es a la vista de esta situación angustiosa como se ha de interpretar el consejo que da al casado para que *no se suelte* y al soltero (o viudo) para que *no se case*. Como dice L. Morris: «Cuando el mar se embravece, no es hora de cambiar de navío». Para que no se le entienda mal, agrega inmediatamente (v. 28) que, a pesar de todo, no es ningún pecado casarse en estas circunstancias, ya que el matrimonio es el estado normal del ser humano, y la continencia es un don de Dios que no a todos se da (vv. 6–9).

4. Dos son las razones que da en apoyo del consejo a favor de mantenerse en soltería:

(A) *«Los tales* (los que se casan) *tendrán aflicción de la carne, y yo os la quiero evitar»* (v. 28b). Los autores suelen entender esta «aflicción de la carne» en sentido general, por las preocupaciones y los problemas que lleva consigo la crianza y el mantenimiento de los hijos, etc. Esta opinión es, a mi juicio, insostenible, ya que, en este caso, el apóstol desanimaría a todos a contraer matrimonio. Hodge especifica con acierto: «Se trata de las aflicciones que necesariamente han de acompañar al matrimonio *en tiempos de dificultad*».

(B) El carácter transitorio de la vida presente: *«El tiempo es limitado»* (v. 29). El vocablo para «tiempo» no es *khrónos*, sino *kairós:* el tiempo marcado (comp. con Mr. 1:15), la oportunidad, la ocasión. Y el verbo en participio de pretérito «limitado» significa «acortado o contraído», como algo que se enrosca (Hch. 5:6). Lo expresa también (v. 31b) bajo otra figura: *«Porque este mundo, en su forma actual, está destinado a desaparecer pronto»* (NVI). El apóstol usa el vocablo *skhéma* (v. el verbo en Ro. 12:2), figura o tinglado que se monta y se desmonta con rapidez. Dice Hodge: «La figura está tomada del cambio de decorados en un teatro». En general, indica toda apariencia exterior pasajera que contrasta con una realidad estable y segura.

5. Este carácter pasajero del mundo actual, añadido a la congoja que las presentes circunstancias añaden, da pie a Pablo para exhortar a todos a que mantengan la paz del corazón por debajo del oleaje de los quehaceres cotidianos. Los días de fiesta, como los días de duelo, no deben alterar el temple de ánimo del creyente; adquirir, o perder, posesiones temporales no es de importancia primordial; el goce, más aún que el dolor, de las cosas de este mundo no tiene consistencia (vv. 29b–31a). Es de notar que Pablo usa dos verbos distintos en la primera parte del versículo 31, cuya diferencia se echa de ver en la magnífica versión de la NVI: «*y los que se sirven de las cosas de este mundo, como quien no se deja absorber por*

ellas». Pablo no recomienda ser estoico, ni siquiera (aquí) ser asceta, sino dueño de sí en toda clase de situaciones.

6. Dentro de esta perspectiva, se entiende mejor lo que dice en los versículos 32b–35 a favor del celibato. Aunque una vida espiritual intensa permite al creyente casado servir al Señor con un corazón indiviso, es cierto que, si al estado matrimonial se añade una congoja (gr. *mérimna)* o preocupación especial, cabe la tentación de distraerse demasiado en las exigencias que la vida conyugal y familiar demanda, hasta el punto de sentirse uno *«dividido»* (gr. *meméristai*, hecho pedazos). Dice (sobre el v. 26) el famoso exegeta y obispo anglicano Lightfoot: «Un hombre que, de suyo, es un héroe, se vuelve cobarde al pensar en su mujer viuda y en sus hijos huérfanos».

7. El apóstol se apresura a añadir que todo esto lo dice *para provecho,* para facilitar el trato con el Señor (v. 35), *no para tender una trampa.* El vocablo griego *brókhos* significa el lazo que se emplea para ahorcar o para cazar pájaros. Pablo no tiene la intención de dar caza a los fieles de Corinto e impedirles la libertad de movimientos, ya que entonces el lazo se convertiría en una grave tentación a abrazar el celibato sin poseer el don de continencia.

Versículos 36–38

Estos versículos son sumamente oscuros, no sólo por la ambigüedad de muchas palabras, sino porque varios vocablos no ocurren en los autores clásicos griegos. De ahí que se den cuatro o cinco versiones diferentes, de las que las más probables son dos: (A) La que ve en el vocablo *párthenos* una hija virgen y supone que Pablo se dirige a su padre con respecto a lo que tiene que hacer con ella si se le pasa a la hija la flor de la edad; (B) la que ve en dicho vocablo una novia virgen, y supone que el apóstol se dirige al novio. J. Leal demuestra con razones contundentes que esta segunda versión es la única admisible frente a un cuidadoso análisis del texto, y ésa es la que aparece como más probable en la NVI, que dice así:

«Si alguno piensa que se está portando indebidamente con su novia, y a ella se le va pasando la flor de la edad, por lo cual él se siente obligado a decidirse por el matrimonio, ponga por obra lo que siente; no es ningún pecado; así que, cásense. Pero el que se mantiene firme en su propósito, y no está dominado por sus impulsos, sino que mantiene un perfecto dominio sobre su propia voluntad, y la decisión que ha tomado es no casarse con la muchacha, éste también obra bien. Así, pues, el que se casa con la doncella hace bien; pero el que no se casa, aún hace mejor».

Tenemos aquí un caso, quizás único en la Biblia, en que lo que el lector necesita no es un comentario que aclare (el fondo está claro), sino una versión que descifre un texto original sumamente ambiguo. Y para que el lector se cerciore de esta ambigüedad, le ofrezco otra versión muy interesante, la de la *Nueva Biblia Española* que, frente a la peculiar fraseología del versículo 37, traduce *párthenos* por «compañera» de trabajo soltera, y dice así:

«Supongamos que uno con mucha vitalidad piensa que se está propasando con su compañera y que la cosa no tiene remedio; que haga lo que desea, no hay pecado en eso; cásense. Otro, en cambio, está firme interiormente y no siente una compulsión irresistible, sino que tiene libertad para tomar su propia decisión y ha determinado dentro de sí respetar a su compañera; hará perfectamente. En resumen, el que se casa con su compañera hace bien, y el que no se casa, todavía mejor».

Al ser tan ambiguo el sentido del original, no puede decirse que alguna de estas versiones distorsione el texto. Mucho depende del punto de vista que el lector defienda en cuanto a la literalidad o libertad de las versiones. La NVI y la NBE traducen bien, pero con mucha libertad. La *Biblia de Jerusalén* y la de los jesuitas en *La Sagrada Escritura* (texto y comentario a toda la Biblia) siguen muy a la letra el original. Ambas pautas de versión tienen sus ventajas así como sus inconvenientes.

Versículos 39–40

Estos dos versículos contienen consejos para las viudas. Sólo la muerte puede romper el vínculo conyugal (comp. con Ro. 7:2). A la muerte del marido, la viuda puede contraer segundas nupcias, con tal que, dice el apóstol, lo haga *en el Señor,* es decir, como conviene a quien es un miembro de Cristo y como tal ha de portarse siempre. Esto implica (quizás explícitamente) que no debe casarse con un hombre que no sea creyente (comp. con 2 Co. 6:14). Sin embargo, el consejo personal de Pablo (v. 40) a tal viuda (no hay mandato del Señor a este respecto; comp. con el v. 12) es que *«será más dichosa si se queda así»,* es

decir, sin casar. Pero este consejo de Pablo está refrendado por su firme convicción de que, en lo que dice, está guiado por *el Espíritu de Dios.* Por tanto, su consejo tiene mucha más fuerza que la opinión privada de un cualquiera.

CAPÍTULO 8

Pablo trata ahora del problema de conciencia que suscitaba para muchos el comer de las carnes sacrificadas a los ídolos, y, I. amonesta contra la sobreestimación del propio conocimiento (vv. 1–3). II. Asegura que los ídolos son pura vaciedad (vv. 4–6). III. Pero hay que tener consideración con la conciencia del hermano débil (vv. 7–13).

Versículos 1–3

Era costumbre entre los paganos celebrar banquetes con lo ofrecido en sacrificio a sus ídolos. Estas comidas se hacían en las dependencias mismas del templo. Lo que sobraba se podía comer en las casas privadas o se podía vender al público en el mercado de la ciudad (10:25). Surgía entonces para los creyentes el siguiente caso de conciencia: ¿Podían comer de dichas carnes en casa de algún amigo pagano o de las que se vendían en el mercado, si sabían que habían sido ofrecidas en sacrificio a los ídolos? Los fieles que tenían el conocimiento suficiente, maduro, acerca de la vanidad de los ídolos, comían sin escrúpulos de dichas carnes, puesto que las prescripciones del sínodo de Jerusalén no les habían sido impuestas a los creyentes de Corinto. A éstos se dirige el apóstol en este capítulo, como lo había hecho en Romanos 14:13 y ss., y lo hará en 10:23–33 de esta misma epístola.

1. Pablo comienza refiriéndose a los creyentes maduros, dotados del suficiente discernimiento, entre los que se incluye él mismo, y les dice (v. 1): *«En cuanto a lo sacrificado a los ídolos, sabemos que todos tenemos conocimiento»,* es decir, discernimiento sobre las realidades de las cosas y la licitud o ilicitud de las acciones. No se trata aquí del conocimiento íntimo, experimental, que brota del amor, como el del versículo 3b. De aquel *conocimiento* intelectual sigue diciendo (v. 1b): *El conocimiento envanece* (lit. *hincha,* llena de vano orgullo), *pero el amor edifica.* Un conocimiento que conduce al orgullo sólo sirve para engreír al sujeto y hacer que se desentienda del bien del prójimo, mientras que el que ama *edifica,* construye, procura el bien del prójimo y, con eso mismo, llega él mismo a la verdadera estatura espiritual.

2. De Sócrates dicen que dijo: «sólo sé que nada sé». Pablo cala más hondo cuando agrega (v. 2): «Y *si alguno se imagina que sabe algo, aún no ha aprendido nada como se debe conocer».* No hay mayor evidencia de la ignorancia que el presumir de sabio, de erudito y experto. El que más y mejor sabe es el que es consciente de su propia ignorancia. En ese *«como se debe conocer»,* da a entender el apóstol que alguien puede saber mucho, pero de nada, o muy poco, le sirve para su provecho espiritual y el beneficio de los demás.

3. En cambio (v. 3), *«Si alguno ama a Dios, ha sido conocido por Él».* Podría esperarse que Pablo dijese: «ése es el que conoce a Dios». Pero es mucho más importante *ser conocido,* es decir, amado y escogido, por Dios, que conocerle a Él (v. Gá. 4:9; 2 Ti. 2:19). Según Hodge, hay quienes piensan que Pablo piensa aquí en hebreo y usa el verbo *ha sido conocido* como equivalente al perfecto pasivo de la forma Hofal (causativa), con lo que diría: *«Si alguno ama a Dios, ha sido llevado por Él al verdadero conocimiento».* Aunque esta opinión sea muy discutible, el sentido es el que L. Morris le da: «Cuando alguien ama a Dios de veras, es introducido en la esfera de aquellos en quienes Dios ha tenido a bien poner Su conocimiento».

Versículos 4–6

Al desarrollar la primera parte del versículo 1, pasa el apóstol ahora a poner de relieve la verdadera naturaleza de los ídolos: *«un ídolo nada es en el mundo»* (v. 4), esto es, sólo existe en la imaginación de los que le adoran; carece de propia divinidad, puesto que *no hay más que un Dios.* Si algo hay detrás de la *imagen* («ídolo» significa «figura»), sólo puede hablarse de «demonios» (v. 10:20). Es cierto que los

paganos adoran *a muchos dioses*, a quienes sirven como a *señores* (v. 5) y a quienes imaginan que mora, *ya en el cielo ya en la tierra*, pero (v. 6), para los cristianos, *sólo hay un Dios, el Padre* (comp. con Jn. 17:3; 1 Ti. 2:5), principio y fin de todas las cosas, y *un solo Señor, Jesucristo,* el Mediador único y universal de la creación y de la redención. *Theós* con artículo es el Padre y equivale al Jehová de Deuteronomio 6:4. *Kúrios* (o *Kyrios*) es Jesucristo y equivale al *Adonay*, uno de los epítetos que se dan a Dios en el Antiguo Testamento para poner de relieve su señorío sobre todo lo creado (comp. con Fil. 2:9–11).

Versículos 7–13

La conclusión que de todo esto saca Pablo no es que, por ser *nada* los ídolos, bien pueden los creyentes ir a los templos paganos y comer allí, con sus amigos inconversos, de lo ofrecido a los ídolos. Lo que le preocupa es el daño que, con tal libertad, se puede hacer a los hermanos débiles en la fe.

1. No todos los creyentes (v. 7) tenían este conocimiento de la vaciedad que los ídolos representaban. Algunos de ellos habían estado habituados a dichos ídolos por tanto tiempo que, al convertirse, todavía los tenían por «algo» e incapaces de sacudirse este escrúpulo, comían con mala conciencia de lo sacrificado a los ídolos y, por tanto (comp. con Ro. 14:14, 23), *pecaban: «su conciencia, siendo débil, se contamina»*.

2. Pablo les muestra que el comer o no comer *no nos hace más aceptos a Dios* (v. 8), pues *el reino de Dios no es comida ni bebida* (Ro. 14:17), aunque su carácter ético depende del fin (v. 10:31).

3. Eso no quiere decir que la libertad para comer y beber de todo no tenga sus restricciones (vv. 9–12). Una de éstas es el daño que puede causarse al prójimo: Si el hermano débil (v. 9) ve a un hermano «fuerte», maduro y con el conocimiento necesario, comer, en compañía de amigos paganos, de lo sacrificado a los ídolos y *en un lugar de ídolos, su conciencia será estimulada* (lit. *edificada*, es decir, hecha más sólida y atrevida, más bien que en sentido irónico) *a comer* de lo mismo, pero, al carecer del necesario conocimiento, pecará, por comer con mala conciencia.

4. El resultado es desastroso (v. 11), dice Pablo: *«Y por el conocimiento tuyo se arruina el hermano débil por quien Cristo murió»*. Que no se trata de la condenación final, se ve, no sólo por la constante enseñanza de las Escrituras, sino también por toda la fraseología de los versículos 11 y 12. El *«se arruina»* está en presente continuativo, en el sentido de «se está echando a perder». El énfasis está en la última frase: El creyente «fuerte» está haciendo un daño, quizás irreparable, a otro hermano rescatado al precio de la sangre de Cristo, con lo que se peca contra Cristo doblemente (v. 12): (A) por menospreciar la obra de la Cruz; (B) por perjudicar a un miembro del Cuerpo de Cristo. Y, ¿no hemos de tener compasión de aquellos a quienes el Señor mostró tanta? ¿Pecaremos contra el Redentor que sufrió por ellos y por nosotros?

5. Como un general que anima a sus tropas lanzándose él el primero contra el enemigo, Pablo exhorta a todos los creyentes a seguir su ejemplo (v. 13): *«Por lo cual, si la comida le es a mi hermano ocasión de caer, no comeré carne jamás, para no poner tropiezo a mi hermano»*. Dice L. Morris: «El principio sentado en este capítulo es de gran importancia práctica. Es siempre fácil para los cristianos fuertes no ver daño alguno en acciones que serían pecado si las llevasen a cabo los débiles. Aunque no sería verdad decir que el robusto cristianismo del Nuevo Testamento considera al fuerte como encadenado permanentemente por el débil, es cierto, sin embargo, que el fuerte debe actuar siempre frente al débil con consideración y amor cristianos».

CAPÍTULO 9

Aquí Pablo, I. afirma su misión y su autoridad apostólicas (vv. 1, 2). II. Reclama el derecho a mantenerse en virtud de su ministerio (vv. 3–14). III. Muestra que había renunciado voluntariamente a este privilegio (vv. 15–18). IV. Especifica varias otras cosas en las que se había negado a sí mismo (vv. 19–23). V. Concluye su argumentación mostrando qué es lo que le había animado a tomar esta determinación (vv. 24–27).

Versículos 1–2

Empalmando con el último versículo del capítulo anterior, el apóstol aprovecha la ocasión para afirmar sus derechos como tal; así contesta a quienes los ponían en duda y, especialmente, a los que abusaban de la madurez espiritual que aseguraban tener para perjudicar, por falta de consideración y de amor, a los débiles en la fe.

En efecto, según los mejores MSS, el capítulo se abre con cuatro preguntas en el orden siguiente: *«¿No soy libre? ¿No soy apóstol? ¿No he visto a Jesús nuestro Señor? ¿No sois vosotros mi obra en el Señor?»* Nótese el orden, por medio del cual da a entender que cumple con creces lo que exhorta a los corintios a que hagan. Él también tiene derecho a usar de la libertad con que Cristo nos hizo libres. Además es apóstol, como lo prueba, no sólo el hecho de su llamamiento, sino también el de haber visto al Señor Jesucristo y, en el terreno de las realizaciones prácticas, el sello que el Espíritu Santo ha puesto a sus labores apostólicas en la conversión de los primeros fieles de Corinto. Era, pues, una prueba de tremenda ingratitud por parte de ellos el poner en duda la autoridad apostólica de él.

Versículos 3–14

Pasa ahora a exponer los derechos que tenía para reclamar lo que le correspondía por el desempeño fiel de su ministerio apostólico.

1. Arguye primero y parte del terreno de los hechos (vv. 4–6). Todos los demás apóstoles, los hermanos del Señor y el mismo Cefas, el portavoz de los apóstoles, ejercitaban el derecho que tenían a vivir a expensas de aquellos a quienes predicaban el Evangelio, y llevaban también consigo a sus mujeres. ¿Acaso Bernabé y él eran los únicos que carecían de este derecho?

2. Expone luego el caso general, basándose en la Ley (Dt. 25:4). Cada uno se sustenta por medio de su trabajo, pues hasta los bueyes disfrutaban del derecho a comer de lo que estaban trillando. Aquí (v. 10) acomoda a los hombres lo que la ley dice de los bueyes. Es un argumento de los que se llaman *a fortiori*. No quiere decir que Dios no tenga ningún cuidado de los bueyes (la Ley misma demuestra que lo tiene), sino que el cuidado que tiene de los hombres es mucho mayor.

3. De ahí pasa a expresar con toda claridad el derecho que él tenía a vivir a expensas de aquellos a quienes ministraba las realidades espirituales: (A) Bien podía recoger sustento material el que les prodigaba alimento espiritual (v. 10); él, con mucho mayor derecho que los demás predicadores (v. 12), aun cuando no usaba de este derecho (vv. 12b, 15) para no impedir el avance del Evangelio de Cristo. (B) Hace una comparación con los sacerdotes de la Ley, quienes participaban de lo ofrecido en sacrificio a Dios (v. 13). (C) El propio Señor había dicho que *el obrero* (y se refería al obrero en cosas espirituales) *es digno de su sustento* (Mt. 10:10; Lc. 10:7; Gá. 6:6; 1 Ti. 5:17).

Versículos 15–18

1. Pablo no había reclamado sus derechos en el pasado, y tampoco les escribía ahora (v. 15) para reclamarlos. Para él era una *gloria* (no por egoísmo, sino por santo pundonor) predicar gratis el Evangelio y mantenerse con el sudor de su frente. La profunda emoción que embargaba el ánimo del apóstol se echa de ver en la extraña construcción de la segunda parte del versículo 15 que dice literalmente así: *«Porque prefiero morir antes que … ¡Nadie vaciará mi jactancia!»*

2. Para que nadie le interprete mal, Pablo se apresura a decir (v. 16) que la predicación del Evangelio no es para él materia de gloria personal, pues le constriñe el llamamiento de Dios, le constriñe su conciencia ligada al cumplimiento de su deber y, sobre todo ello, le constriñe el fuego que lleva en el corazón a favor de la salvación de los hombres y de la gloria del Señor Jesucristo (comp. con Jer. 20:9). Dice L. Morris: «La necesidad apremia a todos los que han experimentado en su vida el poder del Evangelio».

3. El versículo 17 puede entenderse de varias maneras, pero la más obvia es la siguiente: El ministerio que se ejerce de buena gana tiene su galardón; pero, aunque lo haga de mala gana, no tiene excusa, pues es una mayordomía (gr. *oikonomía*, dispensación, administración, etc.) la que se le ha confiado (comp. con 4:1), y de ella tendrá que rendir cuentas.

4. A la vista del capítulo 8, y del contexto actual, tanto anterior como posterior, Pablo asegura (v. 18) que su galardón está ya en predicar gratis el Evangelio (comp. con vv. 12b, 15b), sin hacer uso del derecho que tiene a que le mantengan, pues de esta forma nadie podrá reprocharle que predica por ninguna retribución material, por legítima que ésta sea.

Versículos 19–23

1. Además de la libertad cristiana, Pablo disfrutaba de la que le proporcionaba su ciudadanía romana; ambas (y una tercera que acaba de nombrar: su predicación gratis, ya que él se ganaba su propio sustento) le desligaban de todo compromiso, de toda servidumbre hacia otros. Esta libertad tan amplia, por la que no estaba obligado a ningún ser humano, le capacitaba para dedicarse por completo a ganar el mayor número de personas de toda raza, clase, etc., para Cristo (v. 19). Esta plena dedicación a la salvación de los hombres mediante la predicación del Evangelio es lo que él llama *haberse hecho esclavo* (lit.) *de todos.*

2. A continuación expone la forma maravillosa, digna de universal imitación, con que ha conjugado su multiforme libertad con la voluntaria esclavitud en favor del avance del Evangelio (vv. 20–23): (A) Con los judíos se había comportado como si estuviera bajo la Ley (v. 20, comp. con Hch. 16:3; 18:18; 21:23–26), aunque ya no lo estaba (v. Ro. 10:4). (B) Con los gentiles que no tenían la Ley de Moisés, se había comportado como si él no tuviera tampoco la Ley (v. 21, comp. con Gá. 2:3; 3:2). Y, para que no se pensase que carecía completamente de toda ley, añade en paréntesis: *«no estando yo sin ley de Dios, sino dentro de la ley de Cristo».*

Por cierto, nota del traductor, todas las versiones que conozco, exceptuando la RV 1977 y la *Nueva Biblia Española,* traducen erróneamente la expresión *énnomos Khristou* por «bajo la ley de Cristo», cuando el prefijo *en* muestra una interioridad que no debe pasar desapercibida. La *Nueva Biblia Española* ofrece esta estupenda versión: *«mi Ley es el Mesías».* Ni aun la *Biblia de Jerusalén* ni la NVI inglesa han expresado correctamente el sentido ni la letra de dicha frase, con lo que se pierde el contraste entre el cuádruple *«sin ley»* y el *«dentro de la ley» o «identificado con la ley»* del versículo 21.

3. Pablo da la razón por la que obra de este modo (vv. 22, 23): *«Con los débiles me he hecho débil, para ganar a los débiles. Me he hecho de todo con todos los hombres, por ver de salvar a algunos por todos los medios posibles. Todo esto lo hago en aras de la Buena Noticia, para hacerme coparticipe de las bendiciones que comporta»* (NVI). Vemos:

(A) Que Pablo no juzgaba ni despreciaba a los débiles, sino que se acomodaba a ellos, no por debilidad propia, sino en atención a la debilidad ajena. Practicaba lo que enseñaba sobre la forma en que ha de conducirse el cristiano «fuerte» con el «débil».

(B) Se negaba a sí mismo, a fin de procurar la salvación del mayor número de personas (v. 22b), y empleaba para ello todos los medios posibles a su alcance, siempre, por supuesto, que los principios doctrinales no sufriesen merma o peligroso compromiso (comp. con Gá. 2:11 y ss.).

(C) Esto tenía una finalidad más alta (v. 23): Obraba así en aras del Evangelio; para que la Buena Noticia del perdón y la gracia de Dios hacia los hombres, con todas las bendiciones consiguientes, alcanzasen al mayor número posible, así como a él mismo. Un corazón así caliente con el celo por la gloria de Dios y la salvación de los hombres, no reclama derechos, privilegios ni dinero.

Versículos 24–27

Pablo no aspiraba a las cosas corruptibles de este mundo, porque tenía los ojos puestos en una corona imperecedera (v. 2 Ti. 4:8). A eso estaban encaminados los ejercicios con los que compara tres de las pruebas atléticas que se llevaban a cabo en los juegos llamados «ístmicos» los que se celebraban cada dos años cerca de Corinto y tenían casi tanta importancia como los olímpicos.

1. El primer juego mencionado (v. 24) es el de las carreras. La vida cristiana es comparada a una carrera (He. 12:1, 2) y a una lucha (2 Ti. 4:8). Pero hay dos diferencias muy notables en cuanto al premio que los corredores y luchadores griegos recibían y el que reciben los creyentes que se ejercitan en la piedad (v. 1 Ti. 4:8): (A) En los juegos de Grecia, *uno solo se llevaba el premio;* pero en la carrera espiritual, todos los que corren bien, pueden obtenerlo. (B) Los atletas griegos se sometían a la más severa disciplina, a fin de estar en condiciones de competir con éxito, pero lo que recibían (v. 25) era *una*

corona corruptible. En los juegos ístmicos, ni siquiera era una corona de laurel, sino de ramas de pino. En cambio, la corona del cristiano es una *corona incorruptible* (v. 1 P. 1:4). Pablo corría derechamente a la meta (v. 26a).

2. El segundo juego es el boxeo (v. 26), en el que los golpes dados al aire sólo ofrecen ventaja al adversario. Pablo no derrochaba sus energías espirituales en sacudir al aire, como muchos creyentes carnales que desperdician el tiempo y las energías en niñerías y frivolidades (aun no siendo pecaminosas). Él atacaba bien al enemigo, pues conocía bien sus artes (2 Co. 2:11).

3. En el versículo 27, si se lee, con unos pocos MSS, *hupöpiazo* (con la primera o breve), significa *«derribar a tierra»,* con lo que tendríamos un tercer juego: la lucha atlética, y así el verbo *agonízomai* del versículo 25 tendría aquí su sentido específico de «lucha». Pero la mayoría inmensa (casi unanimidad) de los MSS leen en el versículo 27 *hupöpiazo* (con o larga) que significa *«golpear debajo del ojo».* Sigue, pues, con la imagen del boxeo, pero ahora el adversario es su propio cuerpo. Es un símil y no se puede tomar a la letra. Pablo no quiere decir que golpease físicamente su cuerpo, sino que lo sometía a severo control de los instintos y, sobre todo, de los sentidos (comp. con Job 31:1). La expresión «lo *conduzco a esclavitud»* (lit.) da idea del rigor con que el apóstol sometía su cuerpo por la gracia de Dios y el poder del Espíritu, que en él no calan en vano (15:10).

4. Finalmente (v. 27b) expone el peligro al que conduce la negligencia en dominar las inclinaciones de la carne: *«no sea que habiendo proclamado a otros, yo mismo venga a ser descalificado».* Al continuar con el símil de los juegos ístmicos, se presenta a sí mismo como *«proclamador* de los juegos». El verbo que usa para esto (gr. *kerúxas)* es el mismo que se usa en el Nuevo Testamento para la predicación del Evangelio, pues es una grandiosa proclamación, a los cuatro vientos, de la Buena Noticia, y ésa es la labor a que había sido llamado (1:17) por encima de cualquier otra. Al tomar también él (v. 23b) parte en el «juego», triste cosa sería que, después de proclamar vencedores a otros, él mismo fuese descalificado de la competición.

Por cierto, esta última frase ha sido usada como si significase la condenación eterna. Esta interpretación se debe, en gran parte, a la traducción de la Vulgata, que vertió por *réprobus*, réprobo, condenado al Infierno, el *adókimos* del original, que significa «alguien que no ha pasado la prueba». La *Versión Autorizada Inglesa* (también la RV) cometió el mismo error al traducirlo por *castaway*, por lo que los sucesores de M. Henry lo interpretaron de predicadores inconversos, pero, ¿cómo podía entonces Pablo aplicárselo a sí mismo, cuando se sabía salvo? No se trata de salvación o condenación eternas, sino de la pérdida del premio, de la recompensa prometida al que corre bien, etc. Incluso los modernos exegetas católicos hablan aquí con mucha cautela. Dice J. Leal: *«Descalificado:* es término tomado del deporte. El que vence es calificado; el que no vence es descalificado».

CAPÍTULO 10

El apóstol, I. amonesta a los corintios contra la falsa seguridad, mediante el ejemplo de los judíos (vv. 1–14). II. Vuelve a su anterior argumentación del capítulo 8 sobre el comer de lo ofrecido a los ídolos (vv. 15–22). III. Pueden comprar dichas carnes en el mercado o comerlas a la mesa de amigos paganos, sin hacer preguntas. Pero esta libertad ha de tomar en consideración la debilidad de conciencia de algunos hermanos (vv. 23–33).

Versículos 1–5

Pablo pone delante de los fieles de Corinto el ejemplo de los judíos, quienes habían gozado de grandes privilegios, pero habían caído bajo graves castigos.

1. La providencia de Dios con ellos y lo que a ellos les pasó debe servirnos de advertencia.

2. El apóstol especifica algunos de esos privilegios:

(A) Su liberación de Egipto. Fueron conducidos milagrosamente a través del mar Rojo, en el que se ahogaron los egipcios que les perseguían; para los israelitas, el mar fue una avenida por la que pasaron a pie enjuto; para los egipcios fue un gran cementerio.

(B) Tenían unos símbolos que eran tipo de nuestras ordenanzas del bautismo y de la Cena del Señor (vv. 1b–4):

(a) «… y *todos pasaron por el mar, y todos fueron bautizados en* (lit.) *Moisés*». El griego usa la preposición *eis* que se halla en la fórmula de Mateo 28:19 y en varios lugares de *Hechos* y es una preposición de movimiento (a, hacia). L. Morris comenta: «Probablemente hemos de pensar en Moisés como tipo de Cristo. Así como el bautismo tiene como efecto poner a una persona bajo el liderato de Cristo, así también la participación en los grandes acontecimientos del Éxodo puso a los israelitas bajo el liderato de Moisés» (v. Éx. 14:31 «… y *creyeron a Jehová y a Moisés su siervo»).*

(b) Igualmente, el alimento *espiritual* que *todos ellos comieron* (v. 3) y la bebida *espiritual* que *todos bebieron* (v. 4) eran tipo de la Cena del Señor. El vocablo «*espiritual*» significa aquí que el origen tanto del alimento (el maná) como la bebida (el agua de la roca) fue sobrenatural, milagroso. Pablo no asocia el maná con la Cena, pero de la roca de donde brotó el agua dice (v. 4b) que «*los seguía* (a los israelitas), y *la roca era Cristo*». Estas expresiones, a primera vista tan extrañas, se entienden perfectamente si recordamos, como hace notar con gran acierto el Prof. Trenchard, que el Ángel de Jehová que marchaba constantemente (v. Éx. 32:34; 33:2) con el pueblo de Israel durante la peregrinación por el desierto y en la entrada en Canaán no era otro que el Cristo preencarnado.

3. «*Pero* (y Pablo usa la conjunción adversativa fuerte *allá) de los más de ellos no se agradó Dios, pues quedaron tendidos* (lit. *esparcidos) en el desierto*» (v. 5, comp. con los caps. 12 al 14 de *Números).*

Versículos 6–14

1. Se especifican ahora algunos pecados más relevantes de los hijos de Israel para que nos sirvan de aviso.

(A) Hemos de huir de los deseos desordenados hacia las cosas carnales (v. 6). Dios alimentaba a los israelitas con maná, pero ellos deseaban con vehemencia comer carne.

(B) Ya al pie del Sinaí, después de comer y beber, se entregaron a la idolatría (v. 7), y celebraron fiesta en honor del becerro de oro. Esto tenía especial aplicación a los fieles de Corinto en conexión con el tema de lo sacrificado a los ídolos.

(C) También les advierte contra la fornicación (v. 8), y alude al episodio de Números 25:1 y ss. En la corrompida ciudad de Corinto, éste era un pecado corriente por demás. La cifra de 23.000 que Pablo da en relación con la fornicación mencionada parece contradecir la de 24.000 que da Números 25:9. La mayoría de los autores opinan que Pablo citó de memoria, sin preocuparle la precisión numérica, pero es digna de notarse la sugerencia de L. Morris de que es probable que el apóstol descontara los ejecutados primeramente por los jueces (Nm. 25:5).

(D) Viene luego la provocación (v. 9) que se nos refiere en Números 21, con el episodio de las serpientes. *El Señor* a quien provocaron (comp. con el v. 22) es Cristo (v. lo dicho anteriormente del Ángel de Jehová). ¿Quién se atreverá a provocarle ahora que está glorificado y sentado a la diestra del Padre?

(E) Pablo menciona en último lugar la murmuración de los israelitas (v. por ej., Nm. 14:2, 36; 16:11, 41), con los consiguientes castigos. Algo semejante parece haber ocurrido en el caso de los fieles de Corinto: murmuraban contra Pablo y, en él, contra el Señor mismo.

2. El apóstol resume todas estas advertencias particulares en una general (v. 11): «Y *estas cosas les acontecieron como ejemplo* (lit. *a modo de tipo) y fueron escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos*», es decir, el profetizado cumplimiento de los tiempos con la Venida del Mesías (comp. con Mr. 1:15; Gá. 4:4). Los pecados de los israelitas eran ejemplo de la infidelidad de muchos en la dispensación del Evangelio, y los castigos que Dios ejecutó en ellos son también lecciones manifiestas que nos enseñan a recoger el fruto de la experiencia de las edades pasadas y escarmentar en cabeza ajena. Ninguna cosa de las Escrituras se escribió en vano, y es nuestro deber y nuestra prudencia recibir de ellas la instrucción necesaria.

3. La aplicación que Pablo hace en el versículo 12 es clara. Los fieles de Corinto estaban muy orgullosos de su posición, de sus dones, de sus predicadores. También los israelitas lo estaban, puesto que eran el pueblo escogido de Dios; sin embargo, cayeron. Esta caída no significa la condenación eterna, sino el castigo corporal de la muerte en el desierto (comp. con 11:30, 31). «*Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga*». Se ha dicho muy bien que «la oculta soberbia conduce a la lujuria manifiesta».

Cuando estas caídas se dan en un cristiano genuino, conducen a la pérdida o enfriamiento de la comunión con Dios, no a la condenación eterna, como solía afirmarse (y aún se hace) en círculos catolicorromanos.

4. Añade luego unas palabras de consuelo (v. 13). Aunque desagrada a Dios la presunción, no le agrada la desesperación. O las pruebas serán proporcionadas a nuestras fuerzas, o se nos proveerá de fuerzas adecuadas para nuestras pruebas. Las tentaciones que sufrimos no son sobrehumanas sino *humanas,* es decir, las que sobrevienen a los seres humanos en general. Y aun de esas tentaciones «humanas» Dios nos dará una *salida* (lit.), es decir, una vía de escape, a fin de que no nos hundamos bajo el peso de una tentación abrumadora. Dios sabe lo que podemos aguantar y por cuánto tiempo lo podemos aguantar. Los hombres pueden dejarle a uno en la estacada, y huir después de vernos agobiados y malheridos, y a veces son ellos mismos los que nos han herido, pero *Dios es fiel* y no nos abandonará con tal que nos acojamos a su gracia y a su poder y no confiemos en nuestras propias fuerzas. El vocablo que Pablo usa para *salida* no es *éxodos,* sino *ékbasis,* el cual indica un desfiladero por entre montañas escarpadas. Dice L. Morris: «La imagen es la de un ejército atrapado entre lugares montañosos y que escapa de una situación imposible a través de un pasadizo».

5. Tras estas palabras de aliento, Pablo da suelta a su emoción paternal (v. 14), al llamar a los fieles de Corinto *«amados míos»* (comp. con 4:15), y les exhorta al decie: *«Huid de la idolatría»* (comp. con 6:18). El *«Por tanto»* con que comienza el versículo indica una consecuencia; con la mayor probabilidad, esta consecuencia apunta a la *tentación* que comportaba el acercamiento a los ídolos, casi inevitable para quienes frecuentaban, aun con buenas intenciones, los templos de los ídolos. Dice Trenchard: «Los corintios no habían de entretenerse en las antesalas de los templos idolátricos, porque se acercaban a la esfera de la actuación de demonios, quienes tergiversaban los hondos anhelos espirituales de la multitud, convirtiéndolos en superstición y vicio».

Versículos 15–22

En la presente sección, el apóstol insiste en sus advertencias contra la idolatría.

1. Apela primero al buen sentido y discernimiento de ellos (v. 15): *«Como a sensatos os hablo; juzgad vosotros lo que digo».* El vocablo *phrónimos* que Pablo usa aquí tiene sentido de «prudente, precavido, sagaz», y no hay motivo para pensar que lo dice irónicamente.

2. Pasa luego a establecer un contraste entre la comunión que tenemos con el Señor mediante el rito de la Cena del Señor y la comunión con los demonios mediante la participación en el festín dedicado a honrar a los ídolos. Es menester tener en cuenta que, en los sacrificios del Antiguo Testamento, los que comían de lo ofrecido en sacrificio participaban del sacrificio mismo, con lo que no sólo rendían así culto a Dios, sino también manifestaban su comunión con Él (v. 18).

(A) *La copa de bendición* (v. 16) era el nombre que se daba a la tercera copa de la Cena pascual. Es posible que fuese ésta la que el Señor usó para la institución de la ordenanza de la Cena. Tanto el partimiento del pan (v. 16b), como el beber de la copa, eran símbolo expresivo y claro memorial de la muerte de Cristo al ser roto, es decir, horadado su cuerpo y derramada su sangre en el Calvario, como puede verse en los relatos de Mateo 26:26–29; Marcos 14:22–25; Lucas 22:17–20 y, en esta misma epístola, 11:23 y ss.

(B) La expresión *«que bendecimos»* no implica ninguna «consagración» al modo como la Iglesia de Roma, la Ortodoxia Griega y la Iglesia Alta de Inglaterra lo entienden, de forma que el vino y el pan den paso al cuerpo y a la sangre de Cristo (que, por cierto, carece de carne y sangre en su estado glorioso, celestial). Lo más probable es que se refiera a la bendición que se pronunciaba en la oración inicial que comenzaba diciendo: «¡Bendito seas, Señor!»

(C) L. Morris da como probable la explicación de por qué menciona Pablo en primer lugar la copa, al ser así que el Señor bendijo primero, y partió, el pan. «Este orden, dice, puede deberse al deseo de poner de relieve el derramamiento de la sangre del Señor. O también podría deberse al hecho de la prominencia que se daba a la copa, junto a la insignificancia del pan, en los sacrificios paganos a los que Pablo va a referirse a continuación».

(D) El vocablo *«comunión»,* que el apóstol usa dos veces en el versículo 16, no tiene nada que ver con la frase «tomar la comunión», según la entienden los catolicorromanos, sino que conserva su significado bíblico (comp. con Hch. 2:42 y 1 Jn. 1:3, entre otros lugares) de «compartir con alguien» algo que no se disminuye, sino que aumenta, con el número de los que de ello comparten. Su sentido aquí no

es que quien participa de la Cena del Señor *tome* de ninguna manera el cuerpo y la sangre del Señor, los cuales, de suyo, no confieren ningún provecho espiritual (v. Jn. 6:63), sino que quien recibe con fe el pan y el vino de la Mesa del Señor, reaviva en sí el recuerdo de lo que Jesús llevó a cabo por nosotros en la Cruz del Calvario. Dice Trenchard: «De este modo, al participar en los símbolos, manifestamos nuestra participación espiritual, por la fe, en todo el profundísimo significado del Sacrificio realizado, confirmando nuestra unión espiritual con el Señor por medio de su obra».

(E) El versículo 17, de redacción demasiado concisa, se aclara algún tanto en la NVI: «*Al haber un solo pan, nosotros, aun siendo muchos, somos un solo cuerpo, porque todos participamos* (gr. *metékhomen*, llevarse cada uno una parte; no es el mismo verbo del v. 20, pero sí del v. 21b) *de aquella única pieza de pan*». Este versículo, al que no se le suele dar la debida consideración, significa lo siguiente: La hogaza de pan que partimos, y de la que participamos todos los que celebramos la Cena del Señor, es *una sola*. Esta hogaza es símbolo, no sólo del cuerpo físico de Jesús, sino también del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia (v. 12:12 y ss.). Al formar todos *un solo Cuerpo* con Cristo, manifestamos la unidad de la Iglesia al participar todos del mismo *único pan.*

(F) Pasa ahora a la aplicación de todo esto a los sacrificios ofrecidos a los ídolos (vv. 18–21), en lo cual hay muchos detalles dignos de notar:

(a) Téngase en cuenta que Pablo NO VE EN LA CENA DEL SEÑOR NINGÚN SACRIFICIO (contra la opinión de la Iglesia de Roma, hecha «dogma de fe» en el Concilio de Trento); por eso, intercala el versículo 18, a fin de hacer la comparación entre los «sacrificios» y el «altar» de *Israel según la carne* (para distinguirlo de la Iglesia, que ya no ofrecía sacrificios, ni tenía más altar que Cristo mismo, (He. 13:10) y los sacrificios ofrecidos a los ídolos (vv. 19, 20).

(b) Por eso, el apóstol no hace comparación entre «altares», sino entre «mesas» (gr. *trápeza): la Mesa del Señor,* y la mesa donde se comía lo sacrificado a los ídolos, a la que llama *mesa de los demonios* (v. 21).

(c) La razón por la que la llama así es que, en realidad, como ya ha dicho otras veces, *los ídolos no son nada* (v. 19), por lo que tampoco tiene ninguna cualidad sagrada lo que a ellos se ofrece (v. 19b). Así que, a fin de cuentas, *lo que los gentiles sacrifican, lo sacrifican a los demonios* (que es realmente lo que hay detrás de las vanas imágenes sin vida de los ídolos), *y no a Dios* (v. 20).

(d) Por consiguiente, concluye Pablo, *«No podéis beber la copa del Señor, y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios»* (v. 21). La razón es clara: Participar de la mesa del Señor es tener comunión con el Señor (v. 16), mientras que participar de la mesa de los ídolos es *tener comunión con los demonios* (v. 20b).

3. El apóstol concluye esta sección con una seria advertencia formulada en dos preguntas: «¿O *provocaremos a celos al Señor? ¿Somos acaso más fuertes que Él?»* (v. 22). «Provocar a celos» es un verbo distinto del usado en el versículo 9, y nos recuerda la idea veterotestamentaria del Dios celoso de su gloria como único Salvador y Dueño de Israel, en contraste con los dioses falsos que no servían para nada. Así, pues, el celo de Dios se encendía de modo especial cuando el pueblo se entregaba a la idolatría. Sobre la segunda pregunta comenta J. Leal: «La advertencia final es de un profundo sentido de la pequeñez humana y de la grandeza de Dios. El hombre no puede luchar con Dios. Su postura debe ser la de someterse y no irritarle».

Versículos 23–33

Aquí el apóstol da normas prácticas sobre cuándo y dónde se puede o no se puede comer de lo sacrificado a los ídolos.

1. Comienza y repite, en primera persona, lo que ya expresó en 6:12: *«Todo me es lícito, pero no todo conviene*, no todo es provechoso; todo me es lícito, pero *no todo edifica»* (v. 23, comp. con 8:1). Todo creyente, dentro de la legítima libertad cristiana, ha de estar atento a no servir de tropiezo a un hermano o hermana; más bien (v. 2) *ha de buscar el interés del otro por encima del propio.* Con este principio por delante, entra de nuevo en el tema sobre el comer de lo sacrificado a los ídolos.

2. Las normas que establece son muy claras y sencillas:

(A) De todo lo que se vende en la carnicería se puede comer, sin hacer más averiguaciones (v. 25), porque todo es bueno si se toma con acción de gracias (v. 26, comp. con Ro. 14:6; 1 Ti. 4:4).

(B) Se puede aceptar la invitación de un no creyente y comer de todo lo que ponga a la mesa; tampoco hace falta hacer más averiguaciones (v. 27), pues es un caso similar al anterior. Si en alguno de los dos casos, se ofrecen a comer carnes sacrificadas a los ídolos (sin que esto se mencione), ello no contamina al hombre.

(C) La situación cambia si *alguien dice: Esto fue sacrificado a los ídolos* (v. 28). Entonces no se debe comer, *por causa de aquel que lo declaró* (v. 28b), es decir, para no herir la conciencia ajena (v. 29), no la propia, pues aquí se trata de un banquete común; es un caso distinto del tratado en los versículos 16–22, donde el contexto es cultual: en el templo de los ídolos y como quien toma parte en el sacrificio que se les ofrece, lo cual el creyente no puede hacer sin manchar su propia conciencia. La última frase del versículo 28 (en paréntesis, en la RV 1977) no aparece en los principales MSS: es, sin duda, una repetición mecánica del versículo 26.

(D) La segunda parte del versículo 29 y el versículo 30 se prestan a un malentendido, ya que, a primera vista, parece como si encerrase una queja contra esta restricción de la libertad a causa de la conciencia débil del interlocutor. El sentido no es ése, como demuestran L. Morris y J. Leal, quien da la paráfrasis siguiente, con la que se esclarece el texto sagrado: «¿Para qué dar ocasión a que mi libertad de conciencia la critiquen los débiles, cuando los escandalizo? ¿Para qué dar ocasión a que me vituperen, cuando puedo comer dando gracias a Dios?»

3. Pablo finaliza esta sección (la cual comprende también el versículo 1 del capítulo 11, pues la división está muy mal hecha), exhortando a los fieles de Corinto a que sigan el ejemplo de él, como él sigue el de Cristo (11:1; compárese 10:33 con Ro. 15:3). La norma suprema, tanto para la edificación propia como para la *de los demás* (v. 33b) es (v. 31) *hacerlo todo para la gloria de Dios;* con esta norma suprema por delante, de seguro que nadie causará escándalo (v. 32) ni provocará críticas (v. 30). Pablo distingue (v. 32) *judíos, gentiles* (ambos grupos incluyen a no creyentes) y *la iglesia de Dios.* Dice J. Leal, acerca del versículo 33: «Con libertad apostólica, Pablo se presenta como modelo de renuncias, como un padre que habla con sus hijos». M. Henry hace notar que «un predicador puede urgir sus admoniciones con osadía y autoridad cuando las puede reforzar con su propio ejemplo».

CAPÍTULO 11

El apóstol se esfuerza ahora por corregir algunos desórdenes notorios de la iglesia de Corinto, de los que reprende a sus miembros, como eran, I. la conducta de las mujeres en las reuniones de la congregación (vv. 2–16). II. Ciertos desórdenes que se producían en la celebración de la Cena del Señor (vv. 17–34).

Versículos 2–16

1. Pablo comienza, como debería hacer todo ministro de Dios, con una alabanza a los fieles de Corinto (v. 2). Les alaba por el recuerdo que guardan de él y por la observancia de las instrucciones que les había entregado. El vocablo griego para «instrucciones» es aquí, como en 2 Tesalonicenses 2:15, *paradóseis,* que significa «instrucciones dadas oralmente», con el matiz peculiar de haber sido «pasadas de mano en mano» (no se las había inventado Pablo), por lo que suele traducirse por «tradiciones», aunque este término ha adquirido en la Iglesia de Roma el sentido de «depósito oral de la revelación, con un valor igual que el de las Sagradas Escrituras», por lo que es preferible prescindir del uso de tal vocablo y usar el de «enseñanzas transmitidas oralmente».

2. Pasa de inmediato a reprender la conducta de las mujeres en las reuniones, diríamos «oficiales», de la congregación.

(A) Comienza estableciendo una especie de «jerarquía» de autoridad, la cual ha de entenderse en sentido figurado (v. 3). Dice que *Cristo es la cabeza de todo varón.* A la luz de los versículos 7–9, se ve que Pablo no se refiere a todo varón, sino al marido; añade que *el varón es la cabeza de la mujer.* Lo de *«y Dios es la cabeza de Cristo»* nos lleva a 3:23; 15:27, 28, así como a Juan 14:28, por no citar más lugares. La subordinación de la mujer al marido se basa en el relato de Génesis 2, en el que vemos la creación del primer hombre del polvo de la tierra; en correspondencia con Génesis 1:26, 27, vemos que es

principalmente el varón el que fue creado a imagen y semejanza de Dios (v. 7), mientras que la primera mujer fue creada del hombre y a imagen y semejanza de éste (vv. 7b, 8); más aún, *«tampoco el varón fue creado por causa de la mujer* (es decir, para servirle a ella de ayuda), *sino la mujer por causa del varón»* (v. 9, comp. con Gn. 2:18).

(B) *«Sin embargo»* (v. 11), al pasar del orden de la creación al de la redención, el apóstol recuerda que, *en el Señor,* es decir, en el plano sobrenatural, como miembros de un mismo Cuerpo de Cristo (12:13; Gá. 3:28) y coherederos de la gracia de la vida eterna (1 P. 3:7), están al mismo nivel; ambos tienen a Dios por Padre (v. 12 al final) y, aunque *es cierto que la primera mujer fue hecha del primer varón, también es cierto que todo otro varón* (también Cristo; nótese el énfasis de Gá. 4:4) *nace mediante la mujer* (v. 12).

(C) Esta especie de «prenotandos», intercalados en la sección según le parece a Pablo más oportuno con miras al detalle particular que desea inculcar, conducen a reforzar la norma que, según él, era costumbre en las iglesias y sobre la que él no quiere discutir (v. 16): *Todo varón que ora o profetiza con la cabeza cubierta, afrenta a su cabeza* (v. 4); con la mayor probabilidad, no se refiere a su propia cabeza física, sino a Cristo (v. 3). *Pero toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta, afrenta a su cabeza* (v. 5, comparado igualmente con el v. 3), es decir, a su marido. Estamos, pues, en la famosa porción del «velo», que tanto da que hablar en muchas iglesias y por la que muchos hermanos gastan demasiado tiempo en discutir minucias, con frecuente olvido de las más importantes enseñanzas de la Palabra de Dios. Vamos a analizar algunos detalles notables que se prestan a malentendidos, y sentimos tener que disentir, en la mayoría de ellos, de la opinión del Profesor Trenchard.

(a) Para comenzar, téngase en cuenta que Pablo está hablando de una costumbre nueva, introducida en ciertas iglesias de la gentilidad. En efecto, los varones judíos siempre oraban (y oran aún) con la cabeza cubierta por el *tallis,* una especie de «solideo», más o menos amplio. Por otra parte, tanto los varones griegos, como sus mujeres, oraban con la cabeza descubierta. Los cristianos, al menos los procedentes de la gentilidad, «adoptaron una práctica distintiva», como dice L. Morris. Los argumentos que Pablo usa para exhortar a la observancia de esta norma están, pues, acomodados a esta práctica que los creyentes habían introducido para distinguirse de la pauta observada, tanto por los judíos como por los paganos, en sus lugares públicos de oración.

(b) Por Hechos 16:13; 21:9, vemos que también las mujeres oraban y profetizaban, aunque no en la congregación general (v. 14:34, 35, comp. con 1 Ti. 2:11, 12). En la vía pública, como era el caso del grupo de mujeres de Filipos, no cabe duda de que orarían con la cabeza cubierta, pero no es de creer que se cubriesen la cabeza para orar o profetizar dentro de casa.

(c) Los versículos 5b, 6 significan lo siguiente: Sólo las mujeres de mala fama iban descubiertas por la calle, y sólo las esclavas iban rapadas. Por tanto, una mujer decente, como debe ser toda mujer cristiana, debe cubrirse; de lo contrario, que se rape la cabeza, pues más vale aparecer en público como esclava que como ramera. ¿Con qué debe cubrirse? Con el velo que usaban (y todavía usan en algunos lugares) las mujeres orientales. Pero este velo no es la «mantilla» que usan en España las mujeres tanto evangélicas como católicas en los cultos; es un velo más bien espeso y, además, cae por delante hasta cerca de los ojos, como lo da a entender el verbo griego que en estos versículos se usa.

(d) La razón por la que *el varón no debe cubrirse la cabeza* (v. 7) es que *él es imagen y gloria de Dios.* También la mujer, como ser humano, fue hecha a imagen de Dios, pero sólo el varón es *imagen gloriosa* de Dios, porque, como dice Hodge, «en cuanto al dominio con que el hombre fue investido sobre la tierra, Adán era el representante de Dios. Él es la gloria de Dios, porque en él se manifiesta especialmente la majestad divina». Cubrirse la cabeza equivaldría, pues, para él a renunciar que se reflejase en su rostro la gloria de tal majestad. En cambio, la mujer está destinada, en lo natural, a reflejar la gloria de su marido, como de aquel a quien está directamente subordinada (v. Ef. 5:22; 1 P. 3:5, 6).

(e) El difícil versículo 10 dice textualmente: *«Por esto, debe la mujer tener autoridad sobre la cabeza a causa de los ángeles».* A la vista del contexto anterior, habríamos de esperar que Pablo dijese, como traducen algunas versiones, «debe la mujer tener señal de sujeción …». Por eso, hay autores que ven en el vocablo «autoridad» (gr. *exousían)* la dignidad que la mujer adquiere al ir cubierta, y de la que se despoja al quitarse el velo en público. Esta interpretación no cuadra bien con el sentido del contexto. L. Morris adopta una posición intermedia al decir: «Lo que Pablo, pues, quiere dar a entender es que, al cubrirse la cabeza, la mujer asegura su propia posición de dignidad y autoridad. Al mismo tiempo, reconoce su subordinación».

(f) Punto aparte merece la frase *«a causa de los ángeles»*. Opinan algunos que el vocablo *«ángeles»* significa aquí «mensajeros o enviados» de otras iglesias, los cuales se escandalizarían al ver a las mujeres creyentes con la cabeza descubierta. La interpretación más obvia, sin embargo, es la que explica el vocablo en su sentido corriente. Dice M. Henry: «Judíos y cristianos tenían la opinión de que estos espíritus administradores están presentes en sus asambleas». Véanse lugares como Isaías 6:1 y ss.; 1 Pedro 1:12, para mostrar que, en efecto, los ángeles se interesan por lo que ocurre en la iglesia y por la reverencia o irreverencia de los que asisten a los cultos.

(g) Queda sólo otro punto difícil de dilucidar, que, en opinión del traductor, es decisivo para la interpretación de toda la porción (vv. 13–15). Para convencer a los corintios de que no está bien que la mujer ore a Dios sin cubrirse la cabeza (v. 13), el apóstol apela a *la naturaleza misma* (v. 14). ¿Qué entiende por «naturaleza»? No puede referirse al crecimiento espontáneo del cabello, pues tanto al hombre como a la mujer les crece igualmente el pelo, además de que sólo al hombre le crece la barba, con lo que supera en esto a la mujer. Era una gloria para los nazareos o nazireos dejarse crecer el cabello, y así iría aderezado Juan el Bautista (comp. Lc. 1:15) y muchos entre los griegos, especialmente los filósofos, llevaban largo el cabello. Dice L. Morris: «Ciertamente, esto (lo de llevar el varón el pelo corto) debía de ser la costumbre en el Corinto del primer siglo; de no ser así, nunca habría podido Pablo urgir su apelación de esta manera».

En opinión, pues, del traductor, el apóstol se acomoda aquí a las circunstancias de tiempo y lugar; y los argumentos que emplea están también, como es corriente en él, acomodados al punto sobre el que desea insistir. Justo es añadir, sin embargo, que en nuestra sociedad occidental, y hasta bien entrado el siglo XX, el cabello largo ha sido un gracioso ornamento de la mujer (v. 15 *«le es honroso; porque en lugar de velo le es dado el cabello»).* El vocablo griego para «velo» no es aquí el mismo de los versículos 4 y ss., sino *peribolaion,* que significa «envoltura»; es como un bello manto que la envuelve como el gran *peplum* con que se cubrían las damas griegas y romanas de la alta sociedad. Esto no quiere decir que Pablo dispense del velo a las mujeres que lleven largo el cabello, pues toda su argumentación se vendría abajo al llegar a este punto. No obstante, tras lo que llevamos dicho, es muy problemático que el uso del velo haya de imponerse en nuestras iglesias del occidente y en nuestra época.

Versículos 17–22

Más serio es el reproche que los corintios se merecen y que Pablo les lanza por su conducta desordenada durante la observancia de la Cena del Señor. Por eso, aunque antes de tratar sobre lo del velo, les alabó (v. 2), ahora no les alaba (v. 17). Para mostrar la importancia que da al tema que ahora va a tocar, dice *«en primer lugar»,* puesto que, en el resto del capítulo, no se halla ningún «en segundo lugar».

1. El desorden al que Pablo se refiere tiene lugar (v. 18) *cuando se reúnen en iglesia* (lit.), es decir, como asamblea para el culto, la oración, etc. Pablo lo sabe de oídas. Lo de «y *en parte lo creo»* nos da a entender que Pablo no incurría en el defecto de una ingenua credulidad, pero tenía motivos más que suficientes para admitir que había mucho de verdad en lo que le habían referido. Las *«divisiones»* (gr. *skhísmata)* a que alude son una de *las obras de la carne* (v. Gá. 5:20), de las que dice que son inevitables (comp. con Mt. 18:7) dada la corrupción de la naturaleza humana, aun en los creyentes, y sirven (v. 19b) *«para que se hagan manifiestos entre vosotros los que son aprobados»,* es decir, los que pasan la prueba de no causar ni secundar divisiones y banderías.

2. El texto sagrado (vv. 20–22) da a entender claramente que, al menos en Corinto, por aquellas fechas, *la Cena del Señor* (v. 20), es decir, instituida por el Señor y en íntima conexión con la obra del Señor, se celebraba en el contexto de un banquete fraternal de amor cristiano, por lo que se la llamaba *ágape* (v. 2 P. 2:13; Jud. v. 12), que es el vocablo más elevado para «amor» (v. 1 Jn. 3:1)

3. En estos ágapes, los corintios producían divisiones vergonzosas (vv. 21, 22), no sólo porque *cada uno se adelantaba a tomar su propia cena* sino porque algunos comían y bebían hasta embriagarse, mientras otros carecían hasta de lo más necesario para su sustento. Con esto se cometían tres pecados graves: (A) *Menosprecio a la iglesia,* cuya dignidad enfatiza Pablo al añadir *«de Dios»;* (B) falta de consideración hacia los pobres de la congregación hasta *avergonzarles;* (C) atentado directo contra la unidad de la iglesia, conforme a lo que Pablo ha expuesto en 10:17.

Versículos 23–34

Esto le ofrece a Pablo la oportunidad de exponer cuál es el genuino significado de la Cena del Señor, así como la gravedad del pecado que se comete al celebrarla indignamente. Tenemos aquí una exposición, una admonición y una exhortación.

1. Pablo expone lo que él ha recibido, acerca de la institución de la Cena, *de parte del Señor* (v. 23). Aunque la preposición *apó* hace posible el que Pablo recibiese la información a través de los apóstoles que habían asistido a la institución de la Cena; sin embargo, ese *yo* enfático con que comienza la porción en el original griego, da a entender que lo supo directamente de labios del Señor Jesús.

2. La formulación se parece al relato de Lucas 22:19, 20 más que al de Mateo y Marcos. Los siguientes puntos son dignos de consideración:

(A) El versículo 24, conforme a los MSS más fidedignos, dice así a la letra: *«Y después de dar gracias* (esto es, de pronunciar la bendición acostumbrada), *partió* (el pan) y *dijo: Esto es mi cuerpo el que* (es ofrecido) *por vosotros* (gr. *huper humón*, a favor vuestro, esto es, por vuestra salvación). *Continuad haciendo esto en memoria mía* (gr. *emén*, más fuerte que *mou* de mí). En dichos MSS no aparece ni el *«Tomad y comed»* ni el *«es partido»*. Como se ve por el versículo 26, tanto el ofrecimiento de su cuerpo por nuestra salvación, como el derramamiento de su sangre (v. 25) para sellar el nuevo pacto, tienen sentido proléptico, hacia adelante, pues apuntan a la muerte en cruz, la cual se había de llevar a cabo al día siguiente. Eso es muy importante, así como el *«haced»* (no «ofreced»), pues muestra que la Cena del Señor *no* es un sacrificio (contra la enseñanza dogmática de la Iglesia de Roma).

(B) El versículo 25 no ofrece ninguna discrepancia en los diversos MSS. Es de notar que no dice «Esta copa es mi sangre» o «contiene mi sangre», sino *«es* (representa) *el nuevo pacto en mi sangre»*, sellado con mi sangre; representa, digo, porque es obvio que la copa *no* era en sí el nuevo pacto, sino que el nuevo pacto iba a ser sellado mediante el derramamiento de la sangre de la víctima, lo que se iba a llevar a cabo al día siguiente. Nótese, además, que (contra la opinión prejuzgada del jesuita J. Leal) en ningún lugar de toda esta porción (vv. 23–34) se habla de *comer el cuerpo o beber la sangre* de Cristo, sino de *comer el pan y beber la copa*, lo que basta y sobra para refutar el dogma catolicorromano de la «transubstanciación».

(C) Un pequeño detalle, que puede revestir gran importancia, está en el vocablo *«memoria»*, es decir, recuerdo (gr. *anámnesis)*, que no es el mismo de Hechos 10:4 *(«mnemósunon»*, memorial). El primero indica una función del sujeto, mientras que el segundo indica un objeto apto para recordar, un «recordatorio». En el momento en que se cambia el vocablo correcto «memoria» por el incorrecto «memorial», y se hace así del acto un objeto, y de los elementos (el pan y el vino) cosas en sí sagradas, se está en camino de admitir un aspecto sacrificial en la celebración de la Cena. Así es como la Iglesia Anglicana ha llegado ya a dar por bueno «el Sacrificio de la Misa».

(D) El versículo 26, con palabras del propio Pablo, no del Señor, expone, concisa y claramente, lo que hay realmente tras el simbolismo de la Cena del Señor: El aspecto principal es *un anuncio solemne y continuo* (gr. *katanguéllete) de la muerte del Señor hasta que venga* por segunda vez. Es como una predicación continua del hecho central del Evangelio, predicación que se prolonga en un continuo *presente*, desde un hecho *pasado*, consumado de una vez por todas, hasta un *futuro* seguro y siempre inminente. Los símbolos del pan y del vino nos traen a la mente y al corazón el hecho asombroso, pero real, del insondable misterio del Dios infinito e infinitamente santo hacia las miserables criaturas pecadoras que somos todos los seres humanos. Por eso, la celebración de la Cena del Señor ha de estar animada por una inmensa gratitud y un amor sin límites a nuestro Dios y Salvador, así como a nuestros hermanos, copartícipes de las mismas bendiciones que nosotros. Dice J. Leal: «Esta doble contemplación del Cristo que murió y del Cristo que ha de venir está toda ella animada por el amor. Así, la eucaristía resume los actos de las tres más grandes virtudes: la fe, que recuerda la muerte redentora; la esperanza, que contempla la venida gloriosa; y la caridad, que se recrea en la presencia del Cristo invisible y presente». Naturalmente, los evangélicos consideramos esta «presencia de Cristo» en los elementos de manera muy distinta de la de J. Leal.

3. El peligro de celebrar la Cena indignamente y usarla para fines egoístas: banquetear y dividir a la iglesia (vv. 27–29). Pablo expone la gravedad del pecado y la urgencia del remedio.

(A) Conforme vimos en los versículos 21 y 22, el pecado de los corintios en la celebración de la Cena era doble: (a) Comían y bebían hasta embriagarse, con lo que no estaban en condiciones para celebrar de manera digna la Cena del Señor: *«no discernían el cuerpo»* (v. 29). Aun cuando los mejores MSS no añaden *«del Señor»*, el contexto anterior (v. 27) da a entender que Pablo tenía en mente el cuerpo físico

de Cristo, sin perder de vista (b) el segundo pecado que había apuntado en el versículo 22: el menosprecio a la iglesia de Dios, al Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, concepto que jamás olvida el apóstol a lo largo de toda la Epístola. *«No discernir»* significa no hacer diferencia entre una cena ordinaria y la Cena del Señor.

(B) Para dar idea de la gravedad de estos pecados, Pablo usa vocablos muy fuertes, tanto en cuanto a la culpa como en cuanto a la pena. Dice (v. 27): *«De manera que cualquiera que coma este pan o beba esta copa del Señor indignamente, será culpable* (gr. *énokhos,* reo, como en Mt. 5:21, 22; 26:66; He. 2:15; Stg. 2:10) *del cuerpo y de la sangre del Señor»,* pues no tiene en cuenta las tremendas realidades que los símbolos del pan y del vino representan. Dice L. Morris: «La grandeza del don ofrecido es la medida de la grandeza de la culpa». En cuanto al efecto espiritual del pecado, Pablo dice que *«el que come y bebe indignamente …, come y bebe su propio juicio»* (gr. *krima,* ejecución de una sentencia condenatoria; como es obvio, no se trata de perdición eterna). Nótese que el apóstol no manda que el que recibe los elementos sea *digno* (¡nadie podría acercarse a tal Mesa!), sino que lo haga *dignamente,* de manera que no desdiga de lo que recibe.

(C) El remedio para no incurrir en dicha culpabilidad es (v. 28): *«Por tanto, examínese cada uno a sí mismo, y coma entonces del pan y beba de la copa».* Nótense estos dos detalles: (a) Cada uno debe examinarse a sí mismo, es decir, escudriñar su propia conciencia para ver si está en condiciones de participar de la Cena del Señor; nadie puede juzgar la conciencia ajena ni impedir, por tanto, que un hermano participe, a no ser que haya sido puesto oficialmente fuera de comunión. (b) El apóstol no dice que si, al examinarse, la persona comprueba que no está en condiciones, se abstenga de tomar el pan y el vino, sino que, después de examinarse, *coma entonces del pan y beba de la copa.* Esto supone que, si tras el examen de conciencia, halla que está en pecado contra el Señor o contra un hermano o hermana, ha de confesar, arrepentido, su pecado al Señor (1 Jn. 1:9) y prometer reanudar su comunión fraternal con el hermano o la hermana. De este modo, estará en condiciones de participar dignamente de la Cena. Quien no quita el obstáculo que le impide dicha participación NO DEBE ASISTIR A LA CELEBRACIÓN DE LA CENA DEL SEÑOR; LA ASISTENCIA SIN PARTICIPAR ES ANTIBÍBLICA. Sí puede asistir a la predicación, pero debe, al menos retirarse lejos del grupo de los que participan de la Cena, como deben hacer los que no han ingresado todavía en la membresía de la asamblea.

4. De ahí pasa el apóstol a mencionar los castigos corporales que el Señor dispone a menudo como disciplina drástica contra sus hijos rebeldes (vv. 30–32): El abuso de la Cena había ocasionado enfermedades y aun la muerte de bastantes miembros de la congregación (v. 30); no eran simplemente por causas naturales, sino por la mano paternal del Señor (v. 30). Que se trataba de verdaderos creyentes, se echa de ver por el vocablo que usa para expresar la muerte: *«duermen»* (comp. por ej., con Mt. 27:52; Hch. 7:60). Éste era el *juicio* de Dios (v. 31) contra los que participaban de la Cena *sin examinar su* mala conciencia. Con esta disciplina (tan drástica en *bastantes* casos, v. 30b), nuestro Padre (v. 32) cumple el objetivo de educarnos (gr. *paideuómetha;* comp. con la *paideia,* disciplina, de Ef. 6:4), *corrigiéndonos, para que no seamos condenados* (gr. *katakrithómen,* un verbo mucho más fuerte—el mismo de Marcos 16:16—, que el *krinómenoi* de comienzos de este versículo 32) *con el mundo.*

5. Pablo termina el capítulo con una exhortación final, que sirve de conclusión a toda la porción sobre la Cena del Señor (vv. 33, 34): En lugar de *adelantarse a tomar su propia cena* (v. 21), deben *esperarse unos a otros* (v. 33), para que aquello sea una verdadera «cena», esto es, comida en común (gr. *koinet). Y, si alguno tiene hambre* (v. 34), *coma en su casa.* Así no se reunirán *para juicio* (comp. con el v. 29). Y añade: *«Las demás cosas las pondré en orden cuando vaya».* Se ve que había otras cosas, dentro del mismo culto, que no estaban en orden; pero lo que ha mencionado en el presente capítulo requería medidas de urgencia.

CAPÍTULO 12

Comienza en este capítulo la sección de la Epístola que trata de los dones espirituales o carismas. Aquí, el apóstol, I. considera su origen, su variedad y su uso (vv. 1–11). II. Compara su uso a las funciones de los distintos miembros del cuerpo humano (vv. 12–26). III. Declara que la Iglesia es el

Cuerpo de Cristo (vv. 27–30). IV. Termina con una exhortación a seguir, ante todo, el camino más excelente (v. 31).

Versículos 1–11

Esta materia de los dones o carismas espirituales requiere una introducción para comprender bien su naturaleza y alcance, sin extendernos en demasiados detalles, propios más bien de los manuales de Teología. Bastará, por ahora, con lo siguiente: 1) La *gracia* (gr. *kháris)* es un don emanado del favor de Dios para la salvación personal de los que creen con fe genuina (v. Ef. 2:8), mientras que los *dones* (gr. *kharísmata) espirituales* que aquí se mencionan van directamente encaminados a la edificación de la comunidad, del cuerpo que es la Iglesia. 2) De ahí que la posesión de estos dones no es señal clara de que el que los posee sea salvo, como puede verse por Mateo 7:22, 23 y por los versículos 1–3 del capítulo 13 de esta misma Epístola. Así, pues, una iglesia rica en toda clase de estos dones, como la de Corinto (1:7), estaba llena de carnalidad. 3) Como el propio Satanás puede disfrazarse de ángel de luz (2 Co. 11:14) y la psicología humana es tan complicada, de forma que el propio corazón puede engañar a la persona (Jer. 17:9), es preciso seguir algunas normas seguras de discernimiento de espíritus, para *probar si los espíritus proceden de Dios* (1 Jn. 4:1). El mismo Juan expone los tres «tests» que sirven para dicha prueba:

(A) El «test» de la ortodoxia (1 Jn. 4:3): *«Todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no procede de Dios».* ¿Se atienen, tanto los dirigentes como los demás miembros de la congregación a todas las verdades enseñadas por la Biblia; en especial, a todo lo que concierne a la persona y a la obra del Señor Jesucristo? ¿Se da o no se da a la predicación del Evangelio y al estudio de la Palabra de Dios el lugar relevante que les compete?

(B) El «test» de la conducta (1 Jn. 3:10): *«En esto se manifiestan los hijos de Dios y los hijos del diablo: todo aquel que no practica justicia no es de Dios, y tampoco el que no ama a su hermano».* No hay cosa peor que usar poderes espirituales y echar mano de afirmaciones ortodoxas para saciar el propio orgullo personal y la satisfacción de la carne (comp. con Col. 2:23; Tit. 1:16). Dijo el Señor que *por los frutos los conoceremos* (Mt. 7:20). ¿Responden las obras a los dones que dicen poseer? ¿Sirven esos dones para edificación de la iglesia o más bien causan división dentro de ella?

(C) El «test» de los métodos empleados (1 Jn. 4:5): *«Ellos son del mundo; por eso hablan como del mundo, y el mundo los oye».* En especial, hay dos dones, el de *sanidades* (v. 9) y el de *lenguas* (v. 10), que requieren un discernimiento especial, por la sencilla razón de que los poderes naturales de la mente (sugestión mediante la voz, el gesto y el ambiente) llegan a producir efectos similares a los que proceden del Espíritu de Dios, como lo ha demostrado abundantemente el psiquiatra inglés W. Sargant en su libro *The Mind Possessed*. ¿Perdura el cambio efectuado en la persona afectada? ¿Se nota en la práctica un progreso espiritual? ¿Sube el nivel espiritual de la congregación de puertas adentro y en su impacto misionero? Si no se puede responder afirmativamente a estas preguntas, resultan sospechosos los métodos empleados. Con estos prenotandos, pasamos al análisis de la porción.

1. Por la forma con que Pablo comienza la porción, se ve que también aquí responde a preguntas de los corintios (v. 1): «Y *en cuanto a los espirituales* (lit.), *etc.».* Es opinión casi unánime que ha de suplirse *«dones»,* conforme al contexto posterior, no «hombres». ¿Qué es lo que Pablo *no quiere que los corintios ignoren?* (v. 1b). Los versículos 2 y 3 vienen a dar la respuesta, a primera vista, extraña, pero que explica la diferencia entre los fenómenos producidos por el Espíritu Santo y los producidos por los demonios. En el versículo 2, les hace a la memoria que, cuanto eran paganos, se les extraviaba llevándolos a los pies de los *ídolos mudos.* Sin embargo, allí recibían respuestas por medio de oráculos inventados por los sacerdotes de los ídolos, y allí entraban en trance (como ocurre aún en muchas tribus idólatras, bajo el influjo de los hechiceros, etc.), hasta sentirse poseídos por los espíritus de los dioses, de los antepasados, etc.

2. Esto le lleva, en el versículo 3, a establecer una norma general para distinguir los impulsos del Espíritu Santo de los de los espíritus malignos, pues eran éstos, en definitiva, los que se ocultaban tras los ídolos. Dice J. Leal, sobre el versículo 2: «Parece que Pablo piensa en los extáticos paganos, verdaderas víctimas de los demonios … Los fenómenos extáticos, como tales, no son señal del Espíritu Santo». La norma es que ningún ser humano que hable mal de Cristo puede estar bajo la acción del Espíritu Santo. *«Jesús es anátema»* (lit.), esto es, *«maldito»* (comp. con Gá. 3:13) era el grito de los judíos enemigos del Evangelio, como puede deducirse de Hechos 13:45 y lugares parecidos (comp. con el *«escándalo»* que

menciona en 1:23 y Gá. 5:11). Por otro lado, *«nadie puede decir. Jesús es el Señor, sino por el Espíritu Santo»* (v. 3b). Por supuesto, cualquier incrédulo puede decir: «Jesús es el Señor» de labios para fuera, pero no de corazón y con el poder espiritual que se requiere para que dicha profesión de fe se refleje en la conducta e incluso en el martirio, cuando a los cristianos querían forzarles a reconocer la divinidad del emperador, y que dijesen: *Káisar Kyrios:* «César es el Señor».

3. Pasa luego, en una formulación que muchos consideran trinitaria (implícitamente), a declarar el origen de los dones espirituales (vv. 4:6).

(A) *«Hay diferencias de carismas* (lit.), *pero el Espíritu es el mismo»* (v. 4). Como se está refiriendo a los dones *espirituales*, comienza por el Espíritu, como dispensador directo de todo don (comp. con Ro. 5:5, donde se ve que el propio Espíritu es el gran Don). Dice L. Morris: «Es obvio que los corintios usaban los *dones* como un medio de fomentar la división. Consideraban la posesión de tales dones como motivo de orgullo y se enfrentaban unos con otros sobre la base de tal o cual don. Pablo insiste en que ésta es una actitud incorrecta. Aun cuando reconoce que hay diversidad en los dones conferidos por el Espíritu, *el Espíritu es el mismo.* El Espíritu no lucha contra sí mismo».

(B) *«Y hay diversidad de ministerios* (gr. *diakonión), pero el Señor* (Jesucristo) *es el mismo»* (v. 5). En la voz *diakonía* se puede ver que el ministerio en la iglesia es un *servicio.* Los ministerios se atribuyen a Cristo por ser Él la Cabeza de la Iglesia, y con ello se recuerda a los que ocupan puestos de liderato y responsabilidad en las congregaciones que no son «señores» de la grey (v. 1 P. 5:3), sino *servidores,* a ejemplo de Aquel que *no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida* (Mt. 20:28).

(C) *«Y hay diversidad de actividades (energuemáton), pero Dios* (el Padre) *que efectúa* (gr. *ho energón) todas las cosas en todos, es el mismo».* Unas breves observaciones ayudarán a entender mejor este versículo: (a) El vocablo griego *enérgueia* es el *poder (dúnamis)* en acción. Las *actividades* (mejor que «operaciones», vocablo que se presta a confusiones) concretas, «actualizadas» en cada situación, se expresan en griego con el vocablo *enérguema*, pues el sufijo *ma* indica el objeto (como en *kríma*, sentencia, en contraste con *krísis*, juicio, la acción de juzgar). (b) Las *actividades* a que Pablo se refiere aquí son sobrenaturales, en virtud de los dones del Espíritu. En ellas actúa, pues, directamente el Padre, quien *actúa* (gr. *energueí) en nosotros tanto el querer como el hacer para nuestra salvación* (Fil. 2:12, 13). A Él se debe *el efectuar milagros* (v. 10, comp. con Jn. 14:10, 11, entre otros lugares de *Juan*).

4. Después de afirmar que cada uno recibe *para provecho común* el don respectivo con el que se manifiesta el poder del Espíritu Santo en la comunidad eclesial, el apóstol da una lista de nueve dones (la lista no es exhaustiva; comp. con el v. 28):

(A) *«Habilidad de hablar con sabiduría»* (v. 8) tiene relación con la penetración profunda en las verdades de la fe, mientras que la *«habilidad de hablar con conocimiento* (mejor que «ciencia», término que resulta hoy ambiguo) tiene que ver con la capacidad de adquirir información correcta sobre las verdades bíblicas y de exponerlas con claridad y precisión a los oyentes, aunque Arndt y Gingrich hacen notar que Pablo asocia el vocablo *gnósis* con misterios, revelaciones y profecías (v. 13:3; 14:6). En todo caso, el término no tiene nada que ver con la «gnosis» de las religiones místéricas y del teosofismo.

(B) Después de este par de dones que dicen relación especial con la mente de quienes ejercen el ministerio de la Palabra (van en cabeza por ser los más importantes; comp. con los del v. 28), vienen tres que se relacionan directamente con la acción: *«fe»* (v. 9), no la fe que justifica, sino la que *«traslada montañas»* (comp. con 13:2), es decir, una seguridad sobrenatural de que la persona sirve a Dios de instrumento para obrar maravillas; *«dones de sanidades»;* el plural indica, quizá, que no todos poseían el mismo don para las mismas enfermedades; *«actividades de poderes»* (lit. v. 10), es decir «el don de efectuar milagros». El griego expresa el elemento de «poder», y por eso se usa con frecuencia en los casos de milagros llevados a cabo por Jesús.

(C) Vienen después un par de dones relacionados con una especie de inspiración divina, tanto *para profetizar* (v. 10b) que, en el capítulo 14, adquiere especial relevancia, pues sirve *«para edificación, exhortación y consolación»* (14:3), como para *discernir los espíritus* (v. 10c), don que, en la primitiva Iglesia, cumplía una función necesaria en casos difíciles, especialmente antes de que el canon del Nuevo Testamento estuviese completo. Aunque todo creyente disfruta, en alguna medida, de este don (v. 1 Jn. 2:20, 27; 4:1), tiene aquí un sentido específico.

(D) Finalmente, vienen dos dones realmente extraordinarios y que guardan íntima conexión entre sí (v. 10, al final): *el don de lenguas y el de interpretación de lenguas.* El don de lenguas de que aquí se habla no debe confundirse con el milagro de Hechos 2:4 y ss., en que los apóstoles hablaban en su propia

lengua, el arameo, y los oyentes les entendían cada uno en la suya propia. Dice L. Morris: «El don del que habla Pablo no servía para que los demás pudiesen entender mejor al que hablaba, sino tal que ni el mismo que hablaba se entendía a sí mismo. El sentido de Pablo parece ser el de expresiones pronunciadas como en éxtasis, en lenguaje desconocido y bajo la influencia del Espíritu. Después de este don, Pablo habla de *la interpretación de las lenguas.* Éste era el don por medio del cual Dios hacía inteligible lo que había quedado oculto a todos en las expresiones extáticas a las que acabamos de referirnos» (el subrayado es suyo).

5. En el versículo 11, Pablo declara que *todas estas cosas* tan diversas (nótese *el hetero,* que da paso a especie distinta, delante de *«fe»,* así como de *«géneros de lenguas»,* en contraste con el *állo,* otro de la misma especie, que precede a los demás dones) *las efectúa uno solo y el mismo Espíritu* (lit.), lo que pone de relieve la unidad de propósito en Dios, y por tanto, la unidad que ha de mantener la iglesia en el uso de los dones, por diversos que éstos puedan ser. El Espíritu es el que *«los distribuye a cada uno en particular, según su designio»* (v. 11b, NVI). «*Ese cada uno en particular,* dice Morris, es una advertencia de que Dios nos trata como a individuos», es decir, no como a una masa amorfa. LA CONSECUENCIA PRÁCTICA DE TODO ESTO ES QUE TODO MIEMBRO DE IGLESIA POSEE ALGÚN DON (en el Cuerpo no hay miembros inútiles) Y ES DEBER DE LOS PASTORES RECONOCERLO, ANIMARLO Y UTILIZARLO.

Versículos 12–26

El apóstol compara ahora la iglesia con un cuerpo humano, a fin de inculcar mejor a los corintios la necesidad de mantener la unidad dentro de la diversidad de dones y de personas dotadas de esos dones.

1. Un cuerpo humano (v. 12) tiene muchos y diferentes miembros, pero los muchos miembros de un mismo cuerpo hacen un solo cuerpo. *Así también Cristo.* Por el contexto, no cabe duda de que esta concisa frase ha de entenderse en el sentido de que la Iglesia es un Cuerpo en que Cristo es la Cabeza que confiere al Cuerpo unidad, vida y movimiento.

2. El versículo 13 explica cómo se hace una persona miembro del Cuerpo de Cristo: *«Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados para formar* (lit. *hacia) un solo cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu».* Son muchos los autores que comparan este bautismo con el de Hechos 2:4, lo cual es un grave error (v. el comentario a dicho lugar). El Día de Pentecostés, fue Cristo (Hch. 2:33) quien bautizó *con* el Espíritu Santo a los reunidos en el Aposento Alto, los cuales ¡ya eran creyentes y, por tanto, salvos! Aquel fue un bautismo de *poder.* Aquí, en cambio, es el Espíritu Santo, en su función regeneradora, el que nos bautiza sumergiéndonos en Cristo, es decir, incorporándonos a la Iglesia que es su Cuerpo, como lo expresa la preposición griega *eis,* que es preposición de movimiento. Téngase en cuenta que Pablo pensaba en hebreo, idioma muy escaso en preposiciones; por eso, la preposición griega *en,* que aparece en la primera frase del versículo, equivale a la hebrea *be,* que aquí le daría el único sentido posible de *por.* Romanos 6:3 y ss. nos aclaran el sentido del versículo presente, al entender *bautismo* en sentido espiritual, del que el bautismo de agua es símbolo, pero no instrumento de regeneración espiritual. Los dos verbos de este versículo están en aoristo pasivo, de una vez por todas. La comparación del versículo 13b con Juan 7:37–39, nos aclara todavía más que Pablo se refiere al momento en que, por fe, recibimos al Señor y, con Él, el sello del Espíritu Santo (v. Ef. 1:13).

3. Los versículos 14–26 constituyen una ilustración sencillísima y muy apropiada, sin dificultades para todo buen estudioso de la Escritura.

(A) La diversidad de miembros en el cuerpo no es cosa accidental, sino que pertenece a la esencia misma del organismo, que requiere la pluralidad de miembros (vv. 14, 19), lo mismo que la diversidad de las funciones orgánicas (vv. 15–21). La función del ojo es distinta de la del oído (v. 16) y de la de la mano (v. 21). La del pie es también distinta de la de la mano (v. 15) y de la cabeza (v. 21b), etc. Cada miembro del cuerpo tiene su particular forma, lugar y función (vv. 18, 19), pero todos forman parte del mismo cuerpo (vv. 15–17) y todos se necesitan unos a otros (v. 21). No sería difícil aplicar a cada miembro de la iglesia las respectivas funciones que aquí se mencionan, pero nos expondría a dejarnos llevar demasiado por la imaginación (mejor dicho, por la fantasía). Únicamente mencionaremos la aguda observación del Crisóstomo de que el pie no se compara con el ojo, sino con la mano (v. 15), por lo que comenta L.

Morris: «Estamos inclinados a tener envidia de los que nos aventajan un poco, más bien que de los que pertenecen notoriamente a diferente clase».

(B) La mutua necesidad de miembros de parecida «categoría», por así decirlo, es tan obvia que no resulta difícil reconocerla. El *ojo* del *supervisor o epískopos* reconoce fácilmente la necesidad de la *mano* del *diácono,* del *pie* del *evangelista* y de la oreja del *anciano consejero,* pero es más difícil ver la necesidad que se tiene de miembros *débiles y menos decorosos* (vv. 22, 23): los pobres, los que desconocen la maraña de la exégesis y de la teología, etc. Pero estos hermanos resultan, a veces, más necesarios que los exegetas. Cuando se desgastan las paredes de la capilla, por ejemplo, la aportación del hermano decorador es más urgente que la del maestro de la Escuela Dominical. Y, como tenemos cuidado en cubrir decorosamente los miembros menos decorosos, también debemos vestir con afecto y consideración especiales a los hermanos que, por causas físicas o mentales, no atraen de suyo la simpatía o hasta ponen a prueba la paciencia.

(C) La mutua pertenencia al mismo Cuerpo de Cristo que es la Iglesia exige que cada miembro comparta los gozos y los pesares de los demás (v. 26, comp. con Ro. 12:15). Esto sucede espontáneamente y con toda naturalidad en el organismo humano. ¿Qué ocurre, por ejemplo, si se nos clava una espina en el pie? Los ojos se inclinan de inmediato sobre el miembro lastimado y las manos acuden enseguida a sacar la espina y aplicar el remedio conveniente. ¿Es ésta la solicitud que mostramos con respecto a los problemas y las aflicciones de nuestros hermanos en Cristo? Ciertamente tenemos aquí materia abundante para un detenido examen de conciencia.

Versículos 27–31

1. El apóstol hace brevemente la aplicación general, al Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, de la ilustración que ha empleado, basada en la unidad y variedad del organismo humano.

(A) Resume concisamente la relación que guardan los creyentes con Cristo, y unos con otros (v. 27): «*Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno por su parte*». La relación que cada uno guarda con Cristo-Cabeza hace que cada uno guarde una relación de co-miembro con todos los demás.

(B) Expone la variedad de ministerios y oficios instituidos por Cristo. Dice Pablo que *Dios los puso* (el mismo verbo de Jn. 15:16) *en la iglesia,* porque Dios el Padre es el que designa y hace el llamamiento (comp. con 1:1), mientras que el Espíritu distribuye los dones (vv. 4, 7, 8), y Cristo regala (v. Ef. 4:11) a la Iglesia los ministros llamados por el Padre y dotados por el Espíritu. La lista es distinta de la de los versículos 8–10, pues allí se hablaba de dones, y aquí se habla de personas que poseen los dones y los ejercen. Nótense los siguientes detalles:

(a) A los dones (los primeros) de sabiduría y conocimiento para exponer rectamente la Palabra (v. 8), corresponden aquí (v. 28), también a la cabeza de los demás, y numerados explícitamente *(«primero, segundo, tercero»),* por orden de dignidad e importancia (comp. con Ef. 4:11), tres ministerios: «*Apóstoles, profetas y maestros*». Es probable que el vocablo *apóstoles* incluya aquí, además de los Doce, a Pablo y otros siervos de Dios que colaboraban en la evangelización y en la fundación de iglesias (Bernabé, Timoteo, Tito, etc.). Los «*pastores*» de Efesios 4:11 entran, en parte, en los *maestros* de aquí, y en parte también, en los *equipados con dotes de gobierno.*

(b) El resto de la lista del versículo 28, encabezados, no por un *«cuarto»,* sino *«después»,* lo que da idea de que estaban subordinados a los tres géneros de ministerio mencionados primeramente, así como su carácter secundario, accesorio, para edificación de la iglesia, NO APARECEN YA EN FORMA PERSONAL, sino impersonalmente, de la forma siguiente: *«después poderes* (don de hacer milagros, comp. con v. 10), *después carismas de sanidades, ayudas, gobernaciones, géneros de lenguas»* (lit.).

(c) No se citan aquí los dones de *discernimiento de espíritus* (v. 10b), pues se le supone en los apóstoles y en los profetas (v. por ej. Hch. 5:3 y ss.; 14:9; 16:18), ni el de *interpretación de lenguas* (v. 10c), pues se le supone incluido en el don de lenguas. De este último dice M. Henry: «El último de todos estos dones en lugar y rango es la diversidad de lenguas. Es, de suyo, el menos útil y el menos importante de todos estos dones. Los corintios se daban a sí mismo excesivo valor a causa de este don … Es cosa demasiado corriente que los hombres se den a sí mismos el más alto valor en lo que tiene menos valor».

(d) Por «*ayudas*» (gr. *antilémpseis),* parece darse a entender el don de ciertos hermanos con capacidad especial para asistir a pobres y enfermos de la congregación, dispensándoles el necesario

consuelo y aun la ayuda económica en la forma más discreta y, al mismo tiempo, más llena de calor y afecto cristiano.

(e) Por *«gobernaciones»*, es decir, dotes de gobierno, se entiende los líderes de la congregación, los que ejercen el pastorado en forma de ancianos o sobreveedores. Aunque es un oficio digno de toda honra y consideración, nótese su colocación ¡en penúltimo lugar!, mientras que el ministerio de la Palabra está, personalmente, entre los primeros (concretamente, el *tercero).* El vocablo griego procede de *kubernétes*, con el que se designaba al piloto de una nave.

(C) Por medio de una serie de preguntas (vv. 29, 30), el apóstol hace ver que no todos los miembros de la congregación poseen todos los dones; en otras palabras: De la misma forma que *el Espíritu reparte los dones a cada uno en particular según su voluntad* (v. 11), también ha de contentarse cada uno con el don que de Dios ha recibido, de forma que lo use con la mayor diligencia posible y sin envidiar los dones de los demás hermanos. Por cierto, lo de *«¿acaso hablan todos en lenguas?»* es algo que no puede esgrimirse como argumento contra los hermanos de la denominación pentecostal y a favor de la restricción que tal expresión parece indicar dentro de los fenómenos carismáticos, pues dichos hermanos lo conectan, no con este versículo ni con el tema del capítulo 14, sino con Marcos 16:17 y Hechos 2:4. Ahora bien:

En cuanto a Marcos 16:18, véase el comentario a dicho lugar. Sólo hemos de añadir que muchos, y muy santos, creyentes han muerto envenenados y mordidos por serpientes y otras alimañas. Por lo que tal versículo (que, además, no figura en los mejores MSS) no puede aplicarse a todos los creyentes ni a todas las épocas.

Con respecto a Hechos 2:4, compárese con Hechos 10:46; 19:6, así como con Hechos 8:17, aunque aquí no se dice explícitamente, el fenómeno comportaba una finalidad particular: mostrar que, en todos esos casos, los que recibían ese don formaban parte de la comunidad de creyentes sobre los que, el día de Pentecostés, había descendido el Espíritu Santo. Con todo, permítaseme hacer tres observaciones (no exijo que todos compartan mi opinión; este tema no debería fomentar la división entre los creyentes sinceros de distintas denominaciones):

Primera: Este fenómeno, como otros también extraordinarios, cooperaba a la expansión del Evangelio en una época en que el canon del Nuevo Testamento no estaba redactado, ni completado ni admitido con seguridad por todos (v. a este respecto, el comentario a 13:8).

Segunda: El fenómeno exigiría la *llenura* del Espíritu Santo. Pero no todos los creyentes son llenos del Espíritu Santo; de lo contrario, no podrían existir creyentes carnales. El *sello* del Espíritu se imprime sobre todos los creyentes (Ef. 1:13; 4:30), pero el *sello* se distingue claramente de la *llenura* (v. Ef. 5:18).

Tercera. Nadie puede dudar de que ha habido, y hay, muchísimos siervos de Dios y de eximia espiritualidad, llenos realmente del Espíritu Santo, de quienes no consta que hablasen jamás en lenguas. Muchos de los que actualmente viven no pertenecen a la denominación pentecostal.

Recuérdese, sobre todo, lo que dijimos al comienzo del presente capítulo.

2. El apóstol finaliza este capítulo con una especie de «indirecta», que, en realidad, es una exhortación a *desear celosamente los dones mejores* (v. 31), es decir, los que más aprovechan para la edificación de la iglesia. Pero hay todavía algo mejor, indispensable, que los mejores dones: «Y yo *os voy a mostrar todavía un camino más excelente»* (v. 31b). El griego *kath' hyperbolén* da a entender claramente que *el amor* (v. todo el cap. 13) *es el camino* (es decir, el modo de conducirse) *por excelencia*, no para obtener los mejores dones, como algunos opinan, sino para la necesaria espiritualidad personal, como vamos a ver en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO 13

El apóstol describe ahora ese camino por excelencia que es el amor, I. muestra su absoluta necesidad (vv. 1–3); II. describe sus propiedades (vv. 4–7); III. muestra cuánto aventaja a los mejores dones y a todas las demás gracias, no sólo por su calidad, sino también por su duración (vv. 8–13).

Versículos 1–3

En estos versículos, el apóstol muestra qué quería decir al mencionar el camino más excelente; se refería al *amor* en su sentido más elevado. Es conveniente recordar que el griego tiene tres vocablos que designan tres clases de amor: *éros*, que designa el amor de algo apetecible; en especial, el amor entre un hombre y una mujer; *philía*, que es el amor de amistad; y *agápe*, que designa el amor de absoluta generosidad, por el que se busca el bien del amado por encima de todo interés o provecho del amante. Este *amor* es característico de Dios (Jn. 3:16; 1 Jn. 3:1; 4:8, 16), y a éste se refiere Pablo en este capítulo en cuanto que es como una participación del amor de Dios, pues con él amamos a Dios y al prójimo como se debe amar. De este amor dice aquí Pablo que es indispensable, ya que, sin él, los más gloriosos carismas no sirven para nada al sujeto que los posee.

1. Sin él, nada sirven las lenguas (v. 1): «*Si yo hablara lenguas humanas y angélicas, pero no tengo amor, vengo a ser como bronce que resuena o címbalo que retiñe*». Pablo se refiere aquí al don de lenguas y, para designarlo con la mayor extensión posible, lo expresa en forma de lenguas de hombres y de ángeles. Pablo usa el verbo *ekhéo* (de donde viene «eco») para designar el sonido, con toda probabilidad, de una especie de «gong» (más bien que de una trompeta); y el verbo *alalázo*, para describir el tañido continuo, fuerte y áspero de un timbal. Con ello, da a entender que, sin amor, todo lo que se diga, ya sea en el uso extático del don de lenguas, ya en la más elocuente exposición de la Palabra de Dios, no es otra cosa que *ruido* huero e inútil.

2. El apóstol pasa después a referirse a los dones relacionados con el conocimiento (v. 2): «Y *si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia* (la suma de toda sabiduría divina y humana), y *si tuviese tanta fe como para trasladar montañas* (el mismo don de 12:9; comp. con Mr. 11:23), *pero no tengo amor, nada soy*». Nótese que no dice «poco soy» sino *«nada soy»*. Comenta Morris: «La elección del vocablo es muy impresionante».

3. De ahí pasa a los dones que se relacionan con la generosidad llevada hasta los últimos extremos (v. 3): «*Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo amor, de nada me sirve* (es decir, *no gano nada con eso.* NVI)». Pablo no puede expresar en términos más claros y explícitos lo indispensable del amor y lo inútiles que, sin él, resultan las dos «virtudes» que más se han apreciado a lo largo de los siglos: la *generosidad*, llevada hasta el extremo de desprenderse, de una vez por todas (el verbo está en aoristo), de todos los bienes de fortuna para darlos a los pobres; y el *martirio, «entregar el cuerpo»* (la misma expresión de Dn. 3:28) *para ser quemado*, es decir, una muerte atroz y voluntaria, pero que no procede de un amor verdadero a Dios o al prójimo. Dice L. Morris: «Una persona puede poseer un sentido tal de dedicación a un alto ideal, que esté dispuesta a entregarse a una muerte tan dolorosa como ésta, pero, si carece de amor, de nada le aprovecha». Si el corazón no nos arde de amor, nada ganaremos con que nuestro cuerpo sea reducido a cenizas en pro de la verdad.

Versículos 4–7

Vemos ahora algunas de las excelentes propiedades del amor genuino.

1. *«El amor es paciente»* (v. 4), es decir, sabe soportar los males y las injusticias que provienen de la maldad de los hombres (ése es el sentido del vocablo griego), al confiar en la protección de Dios.

2. *«Es servicial»*, esto es, trata al prójimo con amabilidad y con benignidad, y aprovecha todas las oportunidades para hacer el bien a los semejantes.

3. *«El amor no tiene envidia»*, no siente celos ante el bien del prójimo, sino que se alegra de que los demás disfruten de los mayores y mejores bienes de toda clase.

4. *«No es jactancioso, no se engríe.»* Las dos ideas son afines. En el primer vocablo, vemos un verbo que no vuelve a salir en las Escrituras y viene a designar algo así como una «bolsa llena de aire», por lo que se parece mucho al *«engreírse»*, que ya vimos en 4:6; 8:1. El segundo es como la exteriorización vanidosa del orgullo interior. El amor huye de estas actitudes, pues es amigo de la modestia y de la humildad.

5. *«No hace nada indecoroso»* (v. 5) se refiere, no sólo a una conducta decente, sino también ordenada y cortés con los demás; no hace nada fuera de tiempo ni de lugar.

6 *«No busca lo suyo»* (lit.); es decir, no busca su propio interés, su propia utilidad, al contrario de lo que le ocurre al egoísta (v. 10:24 y, por contraste, Fil. 2:21). El verdadero amor es directamente lo contrario del egoísmo.

7. *«No se irrita.»* Donde arde la llama del amor, no se encienden fácilmente las llamas del furor; y, si llegan a encenderse de pronto, no tardan en apagarse. El verbo que Pablo usa es de la misma raíz que el vocablo que emplea Lucas para «tirantez» en Hechos 15:39.

8. *«No toma en cuenta el mal»* es decir, no ve malas intenciones en los dichos y hechos de los demás, ni guarda resentimiento en el fondo del corazón. El verbo se usaba para anotar cuentas en un libro del «haber» y el «debe», y expresa muy bien la inclinación del amor a olvidar las injurias recibidas y a no tener en reserva ningún sentimiento de revancha.

9. *«No se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad»* (v. 6). El paralelismo antitético que Pablo establece en este versículo, nos ayuda a entender mejor el sentido del vocablo *«verdad»* aquí: lo genuino, lo bueno, lo justo (comp. con Jn. 14:6; Ef. 4:21; 2 Ts. 2:10, 12). Cuando esta verdad triunfa y se regocija, el amor se regocija juntamente con ella, mientras que le entristecen las injusticias, las violencias, las maldades de todo género que suelen figurar, con grandes letras, en los epígrafes de los diarios y en los primeros lugares de los demás medios de comunicación. Eso que tanto interés suele suscitar en la mayoría, sólo tristeza le produce al amor.

10. *«Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta»* (v. 7). ¡Qué bello programa en cuatro brevísimas frases! El primer verbo comporta la idea de «cubrir». El amor «cubre», oculta (comp. con Pr. 10:12; Stg. 5:20; 1 P. 4:8, aunque el verbo es distinto) y *excusa,* en cuanto es posible, las faltas del prójimo. El verbo admite también, como en 9:12, la idea de «callarse y soportar las inconveniencias provenientes de la inconsideración ajena», y así lo entienden algunos aquí también. *«Todo lo cree»* no indica excesiva credulidad, sino todo lo contrario: no cree fácilmente lo malo que se dice de los demás, sino que se inclina a *fiarse* de los demás (éste es el sentido) y a no ver mal en el prójimo, mientras no sea notorio el mal (y aun así, resulta aventurado juzgar las intenciones). Cuando la maldad ajena no puede negarse, *el amor todo lo espera,* es decir, no pierde la esperanza de una enmienda, de una recuperación moral o espiritual. «Rehúsa tener por definitivo el fracaso», dice L. Morris. Y, mientras tanto, aun en el caso de que las esperanzas parezcan fallidas, no se rinde, *todo lo soporta* (gr. *hupoménei):* con fortaleza activa, cristiana, pone decididamente el hombro bajo las más adversas circunstancias. «Es la persistencia del soldado que, en lo más recio de la batalla, no desmaya, sino que continúa repartiendo mandobles a diestro y siniestro con todo vigor» (Morris).

Versículos 8–13

En estos versículos, el apóstol pone de relieve una cualidad absolutamente propia, exclusiva, del amor: su perpetuidad. Cuando todo lo demás, aun los dones más excelentes y las más eminentes virtudes, haya cesado, el amor perdurará por toda la eternidad, porque es *lo mayor.*

1. Compara primero la perpetuidad del amor con la transitoriedad de los carismas más significativos: el don de profecía, el de lenguas y el de conocimiento (v. 8): *«El amor nunca cae* (es decir, nunca se acaba. Comp. con Cnt. 6:8). *Mas; ya* (sean) *profecías, quedarán desvirtuadas* (según el sentido primordial del verbo *katarguéo,* reducir a la impotencia), es decir, caerán en desuso; *ya* (sean) *lenguas, cesarán; ya* (sea) *conocimiento, quedará desvirtuado* (el mismo verbo *katarguéo),* es decir, se desvanecerá». Ésta es la traducción literal del versículo. Por el contexto posterior, quedan pocas dudas de que esta cesación se refiere al momento de la Segunda Venida del Señor. Cuando estemos en la presencia del Señor, no habrá necesidad de profetas ni de locuciones extáticas e ininteligibles. Por otra parte, el conocimiento actual que ahora poseemos de las cosas espirituales palidecerá ante *la venida de lo perfecto* (v. 10). En efecto, nuestro conocimiento es ahora parcial (v. 9): *conocemos en parte,* no porque conozcamos *sólo una parte,* sino porque lo que conocemos, lo sabemos todavía imperfectamente (comp. con el v. 12), mientras que *en parte profetizamos,* es decir (con la mayor probabilidad), el don de profecía sólo parcialmente nos da un atisbo de la verdad oculta en el misterio, con lo que «el profeta, lo mismo que el sabio, sólo recibe de Dios un parcial atisbo de la verdad» (Morris). Esta idea se halla desarrollada en 1 Pedro 1:10–12. Cuando el plan de Dios llegue a su consumación, *lo que es en parte quedará fuera de uso* (v. 10b. De nuevo, el verbo *katarguéo*).

Al ser, pues, el sentido escatológico el más obvio en toda esta porción resulta demasiado aventurado sacar del versículo 8 un argumento apodíctico contra la opinión de los hermanos pentecostales a favor de la continuación de los carismas en la época actual. Digo «apodíctico», pues tampoco quiero negar cierta probabilidad a la opinión de hermanos tan competentes en la exposición de la Palabra como Trenchard y

Ryrie. Dice éste en nota al versículo 11: «Hay estadios de crecimiento dentro del presente tiempo imperfecto antes del regreso de Cristo. Después del comienzo de la Iglesia, hubo un período de inmadurez, durante el cual se necesitaban dones espectaculares para el crecimiento y la autenticación (He. 2:3, 4). Al quedar completo el Nuevo Testamento, y con el crecimiento de la madurez de la Iglesia, desapareció la necesidad de tales dones».

2. Pablo ilustra con una comparación tomada de la vida humana ese contraste entre lo *parcial y lo perfecto* que expuso en los versículos 9 y 10: *«Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; mas cuando me hice hombre, dejé a un lado lo que era de niño»* (v. 11). *Los niños pequeños (*gr. *néplos)* tienen nociones muy confusas acerca de las cosas y, de acuerdo con sus nociones, se expresan y razonan también confusamente, sin tino ni precisión. Pero al hacerse adultos, abandonan con toda naturalidad dichas nociones y se ríen de ellas. Para el verbo *«dejé a un lado»,* Pablo usa de nuevo el verbo *katarguéo* (por cuarta vez en pocos versículos), en el sentido de que tenía decidido no hacer uso de las nociones infantiles. Los dos verbos están en pretérito perfecto *(«me he hecho hombre ... he dejado a un lado»),* e indica que el proceso no fue instantáneo, sino progresivo (contra la opinión de L. Morris, que ve en el perfecto *katérgueka* una muestra de que Pablo «puso a un lado las cosas infantiles con decisión y finalidad», es decir, definitivamente).

3. El versículo 12 muestra, mediante la conjunción *gar* («porque»), que el versículo 11, lo mismo que este versículo 12, se refieren a la Segunda Venida del Señor: *«Porque ahora vemos mediante un espejo y en enigma* (lit.; es decir, de manera borrosa), *mas entonces* (veremos) *cara a cara; ahora conozco en parte* (comp. con el v. 9), *mas entonces conoceré perfectamente, así como fui perfectamente conocido»* (lit. Comp. con 8:3). Hay aquí varios detalles dignos de especial observación:

(A) Los espejos antiguos eran de metal pulido, por lo que no reflejaban las imágenes con la misma perfección que los espejos de azogue que ahora tenemos; de ahí que Pablo use la metáfora del espejo, no sólo para dar a entender el modo «indirecto» de ver las cosas celestiales en esta vida, sino también la oscuridad que la visión actual de tales cosas comporta.

(B) Pablo añade que entonces, cuando el Señor regrese, *veremos cara a cara.* ¿A quién? Los catolicorromanos tienen por «dogma» la visión facial, directa e intuitiva, de la esencia divina. Algunos hermanos mal informados (¡y son muchos, aun entre los expertos!) ven aquí, como en otros lugares, una alusión a la visión de Dios (el Padre) en el cielo. Esto contradice a toda la Escritura, especialmente a 1 Timoteo 6:16. No cabe duda, por todo el tono de la porción (comp. con 1 Jn. 3:2–4), así como por el contexto general de la Escritura, que Pablo se refiere a la visión facial del Señor Jesucristo. Dice la versión *Las Grandes Nuevas* (NVI), en nota a este versículo: «Todo el que conozca la mentalidad cristocéntrica de Pablo, no dudará de que se refiere a la visión *del Señor* (comp. con 2 Co. 5:6–8; 1 Jn. 3:2)».

(C) Del *ver,* pasa Pablo en la segunda parte del versículo 12, al *conocer.* En la vida presente, nuestro conocimiento de Dios y de las cosas celestiales es imperfecto; pero, tras el paso a la eternidad, nuestro conocimiento será perfecto (en este sentido intensivo ha de tomarse el verbo compuesto *epiguinosko);* como dice M. Henry: «¡Oh glorioso cambio! ¡Pasar de la oscuridad a la luz, de las nubes al claro resplandor solar del rostro de nuestro Salvador, y ver la luz en la propia luz de Dios! En lo mejor, es únicamente el crepúsculo mientras estamos en este mundo; allí será día perfecto y eterno».

4. Finalmente (v. 13), el apóstol termina el capítulo con las frases siguientes: *«Lo permanente es, pues, fe, esperanza y amor estas tres cosas juntas. Pero la más excelente de ellas es el amor»* (NVI). Con esta versión, el versículo gana enormemente en claridad, a la vez que hace entera justicia al sentido del original. Merece un análisis especial:

(A) Aunque la conjunción griega *de,* que indica una especie de secuencia, suele traducirse por *«mas»* (adversativa suave, en vez de «pero»), aquí es clara la idea de resumen o conclusión, como la interpreta la NVI.

(B) Es muy de notar que el original coloca delante de la tríada *«fe, esperanza, amor»* (sin artículo en ninguna de las tres) el verbo *ménei,* permanece, en singular. Aun cuando esto es correcto gramaticalmente (lo mismo que en latín y castellano), al concertar el verbo, en singular, con el sujeto siguiente, el contexto posterior *(«estas tres cosas»)* da a entender que la intención del apóstol es tomarlas en conjunto, como algo que en la vida del creyente va sólidamente coligado (v. Ro. 5:2–5; Gá. 5:5, 6; Col. 1:4 y ss.; 1 Ts. 1:3; 5:8; He. 6:10–12; 1 P. 1:21 y ss.; etc.).

(C) Al apóstol no le preocupa ahora ni el valor «salvífico» de estas tres gracias, ni si una es raíz de otra, ni si el amor permanecerá por toda la eternidad (lo cual es cierto, a la vista del versículo 8; aunque incluso aquí la comparación podría ser entre el amor y los dones que se enumeran a continuación) mientras la fe dará paso a la visión (comp. con 2 Co. 5:7; He. 11:1), y la esperanza a la posesión (comp. con Ro. 8:24). El capítulo 13 *no es un paréntesis,* no es una especie de delicioso «sandwich» entre los capítulos 12 y 14, sino que ha de entenderse en conexión con ellos (v. 11:31). Como comenta L. Morris: «En vista del aprecio que los corintios sentían por lo espectacular, él (Pablo) les dice: Las cosas realmente importantes no son "lenguas" y cosas por el estilo, sino fe, esperanza y amor. Y no hay nada tan grande como el amor». La importancia de dicha tríada está, pues, en que, más que ninguna otra gracia y más que ningún otro carisma, cooperan a la edificación del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

(D) Una última observación: Si se admite que el verbo *ménei* indica una permanencia *eterna,* no sólo del amor (lo cual está fuera de duda), sino también de la fe en forma de «confianza», y de la esperanza en forma de «expectación» progresiva, como lo hacen Hodge y Trenchard, entonces quedará demostrada, sí, la importancia mayor de la tríada sobre los demás dones y gracias, pero ya no podrá esgrimirse contra los hermanos pentecostales el argumento de que las lenguas, etc., cesaron ya después de completado el canon del Nuevo Testamento, mientras que la fe y la esperanza permanecen hasta el retorno del Señor. La única conclusión que podría sacarse, ante los verbos *katarguéo y paúsomai* del versículo 8, es que los carismas son de carácter temporal (mientras se edifica la Iglesia), mientras que la fe, la esperanza y el amor son de carácter eterno.

CAPÍTULO 14

Este capítulo se divide en dos partes: I. Superioridad de la profecía sobre el don de lenguas (vv. 1–25). II. Normas prácticas para el recto uso de los dones (vv. 26–40).

Versículos 1–25

Puesto que los corintios daban un valor exagerado al don de lenguas, el apóstol muestra aquí la superioridad del don de profecía sobre el de lenguas. Dicha superioridad se funda en tres cualidades: 1) *claridad* (vv. 2, 3). El que profetiza es entendido por todos; el que habla en lenguas, ni él mismo se entiende; 2) *edificación* (v. 4). *«El que habla en lenguas, a sí mismo se edifica; pero el que profetiza, edifica a la iglesia».* 3) *testimonio* (vv. 24, 25). Recordemos que el don de lenguas consiste «en emitir sonidos ininteligibles y palabras incoherentes durante un estado extático» (Leal). Aunque en ningún lugar dice el texto sagrado que las lenguas sean *desconocidas* (el *unknown* de la A.V. inglesa y lo de «extraña» de la RV anterior a la edición de 1977 no están en el original), el contexto, y el mismo carácter de dicho carisma muestran que no se trata de idiomas hablados en la tierra, pues de éstos podría darse una interpretación no carismática.

1. Al conectar con el último versículo del capítulo anterior, Pablo comienza exhortando a los fieles de Corinto a *«procurar alcanzar el amor»* (v. 1. Lit. *perseguir el amor),* lo que nos da idea de que el ejercicio del amor es algo que ha de procurarse con persistencia y continuidad, como algo que nunca se acaba de completar.

2. Pasa luego (vv. 1b–5) a instruirles acerca de la superioridad del don de profecía sobre el de lenguas. No les prohíbe el uso de los demás dones (antes les anima a *desearlos con celo,*—v. 1b—), pero de manera especial les exhorta a ejercitar el don de profecía, ya que (v. 2) el que habla en lenguas, se dirige a Dios y (v. 4) se edifica a sí mismo, mientras que el que profetiza, edifica a la iglesia (v. 4), pues (v. 3) *«habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación».* Este último vocablo es la única vez que aparece en todo el Nuevo Testamento y comporta la idea, no sólo de consuelo, sino también de estímulo o incentivo. El mejor don es el que mayor bien produce. Para que no se le interprete mal, el apóstol expresa su deseo de que *todos,* si fuese posible (comp. con 12:30), *hablasen en lenguas* (v. 5), hasta el punto de mandarles que *no impidan hacerlo* (v. 39b), pero todavía desea *más que profetizasen,* a no ser que el que habla en lenguas pida poder para interpretarlas (v. 5b, comp. con el v. 13).

3. Explica luego esta superioridad de la profecía sobre las lenguas.

(A) Poniéndose a sí mismo por ejemplo (v. 6): ¿De qué provecho les sería él mismo si, en lugar de instruirles de modo inteligible, fuese a ellos para gastar el tiempo hablando en lenguas?

(B) Lo ilustra luego (vv. 7–11) con el uso de instrumentos musicales: Si la flauta o la cítara (v. 7) se tocan de tal forma que no hay modo de distinguir lo que se toca ¿cómo podrá alguien disponer los pasos del dance? Y si la trompeta (v. 8) del corneta militar da un toque confuso ¿cómo sabrán los soldados si el general da orden de ataque o de retirada? Así también, si sólo hay un hablar en lenguas ininteligibles (v. 9), será como *hablar al aire;* es decir, en vano (comp. con el «golpear al aire» de 9:26). Será también (vv. 10, 11) como una conversación entre dos extranjeros, en la que ninguno de los dos entiende ni una sola palabra del idioma del otro.

(C) Pablo no pierde nunca de vista el objetivo de toda la Carta: la edificación de la iglesia (v. 12), la cual se obtiene con algo *inteligible,* tanto en la oración (vv. 14, 15a), como en el canto de alabanza y acción de gracias (vv. 15b–17), no con algo que no pueda entenderse. Se contrasta en todos estos versículos el *espíritu* con la *mente* (gr. *nous),* que la RV vierte por *«entendimiento».* El *espíritu* designa aquí «la parte más íntima del hombre, posiblemente la parte afectiva del alma, donde actúa el Espíritu divino, que da el carisma del don de lenguas» (Leal), mientras que *mente o entendimiento* designa la facultad con la que nuestro espíritu piensa, razona, se da cuenta de lo que la persona piensa y dice, y le permite controlarse (comp. con el v. 32).

(D) En el versículo 16, así como en los versículos 23 y 24, vemos el vocablo griego *idiótes*. Este término, del que procede el castellano *«idiota»,* no tenía en su origen el significado de necio o imbécil que ha venido a dársele, sino (de *ídios,* propio, privado) el de persona sin rango, no iniciada, no perteneciente a determinado grupo, etc. Por todo el contexto posterior se colige que tales personas eran individuos que no se habían entregado al Señor y, por tanto, no podían participar de las ordenanzas, etc., pero estaban interesados en el Evangelio y asistían a las reuniones de los cristianos. Por eso, cuando de ellos se dice que no podrán decir *«Amén»* (v. 16) o que pensarán, como los incrédulos, que los creyentes *están locos* (v. 23), no es porque los miembros de la congregación entiendan lo que ellos no entienden, sino porque son ellos precisamente los que necesitan ser ganados para Cristo (vv. 24, 25), lo cual no se logra con expresiones extáticas, sino con enseñanzas inteligibles.

(E) Para dar a entender, una vez más, que Pablo no desprecia el don de lenguas, dice que *da gracias a Dios* (v. 18) por poseerlo y usarlo *más que todos ellos; pero* (añade en el v. 19) *en la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento* (esto es, inteligibles), *para instruir también a otros, que diez mil palabras en lenguas.* En conexión con esto, exhorta con afecto *(«Hermanos»,* v. 20) a los fieles de Corinto *a no ser niños en el modo de pensar* (comp. con 13:11; Ef. 4:14; He. 5:12, 13), sino *en la malicia, pero maduros en el modo de pensar.* El griego dice a la letra en la segunda frase del versículo 20 *«sed (o actuad como) niños pequeños en la malicia»,* ¡en eso es en lo que no deben crecer, pero sí en el modo de pensar, hasta saber discernir con toda madurez entre lo realmente importante y lo secundario!

(F) El versículo 22 podría ocasionar confusión si se le compara con el contexto posterior, al que parece contradecir, pero su conexión está en el v. anterior. En el versículo 21, el apóstol cita de Isaías 28:11, 12, donde se habla de los judíos que se negaban a creer al profeta cuando les anunciaba la invasión de los asirios, gente de *lengua extraña* (Is. 28:11) para el pueblo de Israel. Esto les sería por castigo de Dios. Aun con este texto como trasfondo (y, quizás, precisamente a causa de ello), el versículo 22 es muy difícil de entender, pues no se sabe a ciencia cierta qué quiere dar a entender aquí Pablo por *«señal»* ¿señal de castigo para los incrédulos en general, como interpreta L. Morris? Me resulta duro admitirlo, si tenemos además en cuenta la forma tan libre que tiene Pablo de acomodar las citas del Antiguo Testamento. ¿Señal de juicio *para los que no creen* (de entre los judíos), como parafrasea Trenchard? Me parece fuera de contexto y de objetivo. «La explicación más satisfactoria, dice Hodge, es tomar la palabra *señal* en el sentido general de cualquier indicación de la presencia divina». Yo añadiría el adjetivo «extraordinaria» a lo de «indicación de la presencia divina». Así se evita interpretar *señal* como juicio o castigo y se le da un sentido favorable, como lo exige el paralelismo con la segunda parte del versículo 22: *«pero la profecía, no a los incrédulos, sino a los creyentes»,* los cuales no necesitan señales extraordinarias, sino instrucción edificante.

Con esta interpretación coincide en el fondo la que da el propio M. Henry (es decir, sus sucesores) del versículo 22 (aunque lo desconectan del v. 21): «El don de lenguas era necesario para la extensión del cristianismo. Era apropiado e intentado para convencer a los incrédulos … Para que los dones se usen rectamente, es menester conocer los fines que están destinados a servir. Lanzarse a la conversión de los

infieles habría sido una vana empresa sin el don de lenguas, pero, en una asamblea de cristianos, sería del todo improcedente».

(G) El crédito y la reputación de las asambleas requería preferir el don de profecía al de lenguas. Si sus ministros, o los demás que interviniesen en los actos del culto a Dios, hablasen un lenguaje ininteligible, y entrasen incrédulos en el local, concluirían (v. 23) que los asistentes *estaban locos.* ¿Qué clase de religión es la que da de lado al sentido común y al entendimiento? ¿No aparecería entonces el cristianismo ridículo a los ojos de los paganos? En cambio, si, en lugar de hablar en lenguas, se interpreta y expone fielmente la Escritura, un incrédulo o un asistente inconverso, pero interesado en el Evangelio, puede quedar convicto de pecado (vv. 23, 24) y llegar a la conversión. El ministerio no fue instituido para hacer ostentación de dones, sino para salvación de almas.

Versículos 26–33

1. El apóstol encabeza esta nueva sección con un *«¿Qué, pues hay, hermanos?»* (v. 26), como si dijese: «¿Cómo van las cosas entre vosotros?» O, quizás, «¿Qué conclusión sacaremos de todo esto?» Por el contexto posterior, se ve que dicha frase no tiene precisamente el tono de reproche, pero sí de amonestación. Pablo da por bueno (v. 26b) que cada hermano ejercite el don que posee, con tal de que *todo se haga para edificación,* lo que requiere *paz y orden,* sin confusión (comp. con vv. 33 y 40). Lo de *«Cuando os reunís»* (comp. con 11:18) indica reunión cultual y oficial de la asamblea.

2. En los versículos 27–32, Pablo da normas para que se guarde el debido orden en el ejercicio de los dones:

(A) El don de lenguas podían ejercitarlo tres a lo sumo, por turno, con tal de que hubiese quien las interpretase; de lo contrario, no debía usarse en la asamblea (vv. 27, 28).

(B) Asimismo, los que profetizasen no debían pasar de tres (v. 29). Los demás debían discernir en silencio si lo que se decía era o no procedente del Espíritu de Dios. Cabía el caso de una revelación urgente (v. 30), hecha a algún hermano que estuviera sentado; en este caso, el que estaba hablando debía ceder paso a dicho hermano.

(C) A nadie se le había de impedir que se expresase en instrucciones provechosas (v. 31), pero con el debido autocontrol, porque (v. 32) *los espíritus de los profetas están sometidos a los profetas.* Ésta es la versión más probable del versículo. Su sentido es: «Las actividades espirituales de los profetas están bajo el pleno control de los profetas. Ningún verdadero profeta puede exigir que se le oiga con el pretexto de que está bajo un poder sobre el que no tiene control» (Ryrie). En otras palabras, el que ejerce el don del Espíritu no es una máquina, sino un ser racional con la facultad de controlar sus reflexiones y sus modos de expresarse.

(D) Todo esto podría dar la impresión de que no es el Espíritu Santo el que actúa, sino que han de ser los creyentes los que de algún modo controlan la acción del Espíritu Santo. No hay tal cosa. Lo que Pablo pone como razón para que todas estas manifestaciones del Espíritu sean puestas a prueba y ejercitadas para edificación de la iglesia, es (v. 33) que *«Dios no es Dios de confusión, sino de paz».* Por consiguiente, un ejercicio de los dones que se lleve a cabo de forma desordenada, sin control por parte de los que los ejercitan, al perturbar la dignidad del culto de adoración a Dios y causar confusión a propios y extraños, no puede ser manifestación del Espíritu de Dios, sino ostentación de la carnalidad del espíritu humano, si no es que está allí obrando el diablo, el cual aprovecha las cosas más santas para hacer todo el daño que puede. Dentro de la responsabilidad de los guías de la congregación está velar para que no se produzcan dichos desórdenes y detenerlos si llegan a producirse.

Versículos 33b–35

Según aparece en nuestras versiones, la segunda parte del versículo 33 hace mejor sentido si se une con el versículo 34. Pablo establece así una norma general, practicada en todas las iglesias de los santos. Por ella (vv. 34, 35), se prohíbe a las mujeres cristianas *hablar en las congregaciones* (lit. *iglesias).* Apela el apóstol a la Ley, es decir, a Génesis 3:16, como primer mandato de sumisión de la mujer al marido. Especifica (v. 35) que si las mujeres *quieren aprender algo, pregunten en casa a sus maridos, porque le es indecoroso,* dice, *a la mujer* (lit.) *hablar en la iglesia.* Para *«indecoroso»,* Pablo usa el mismo vocablo de 11:6. Nótese que Pablo dice *«en las iglesias»* (lit.), es decir, cuando la comunidad eclesial se reúne

como tal en culto público de adoración a Dios, estudio y predicación de la Palabra, observancia de las ordenanzas, etc.

A la luz de 11:5 y de 1 Timoteo 2:11, 12, se puede asegurar que lo que el apóstol prohíbe aquí es que la mujer ejerza, en una congregación ya organizada con los necesarios ministerios y los convenientes oficios, y en las reuniones públicas de la congregación como tal, el ministerio de la Palabra, o que se tome la libertad de emitir juicios o hacer preguntas. Podría objetarse: ¿Y qué harán las viudas y las solteras, que no tienen marido a quien preguntar en casa? Seguramente que pueden preguntar a algún hermano capaz de darles respuesta conveniente. Dentro de esta prohibición, según opinión del traductor y de la mayoría de los hermanos estudiosos de las Escrituras, no entra *el orar y profetizar* en la asamblea, ni tampoco se prohíbe ofrecer algún reportaje misionero, testimonio personal de conversión, etc.

Por supuesto, las hermanas pueden dar palabra de instrucción en las reuniones de mujeres, sea cualquiera el lugar donde se celebren, así como en la Escuela Dominical y en comunidades de tipo misional que todavía no están plenamente organizadas como «iglesias», donde no hay varones suficientemente equipados para *trazar rectamente la palabra de la verdad* (2 Ti. 2:15).

Versículos 36–40

1. En el versículo 36, vemos un reproche que parece indicar, en conexión con el contexto anterior, que el desorden al que acaba de referirse se practicaba en la iglesia de Corinto, contra la voluntad del Señor (v. 37) y contra la costumbre de las demás iglesias (v. 33b). De ahí, esa pregunta retórica, cuyo sentido aparece más claro aún en la NVI: *«¿O es que pensáis que la palabra de Dios tuvo su origen en vosotros, o que vosotros sois los únicos que la habéis recibido?»* Como si dijese irónicamente: «¡Quizá vosotros sois los únicos que conocéis a fondo las Escrituras! ¡Tal vez sois vosotros los que tenéis la exclusiva del Espíritu Santo!»

2. Que ésta era la intención de la pregunta de Pablo, se ve por el versículo 27: *«Si alguno se cree profeta o espiritual* (es decir, dotado de un carisma que le pone en "hilo" directo con el Espíritu Santo), *que se de perfecta cuenta, en las cosas que os escribo, de que del Señor son mandamiento* (el mismo vocablo de Jn. 10:18c; 1 Jn. 4:6)». Adrede he traducido literalmente el versículo, a fin de que se advierta la posición enfática en que coloca Pablo el vocablo *«Señor»*. Pablo había recibido por revelación directa de Dios lo que había transmitido a los corintios (2:10) y ellos mismos habían sido engendrados en Cristo, injertados en Cristo, por la predicación de él (4:15). ¿Y se atrevería alguno de ellos a contradecirle y desobedecerle en nombre del Espíritu? PABLO ESTABLECE AQUÍ UNA NORMA QUE TODO CREYENTE SINCERO DEBE ADMITIR: EL ESPÍRITU DE DIOS NO PUEDE IR CONTRA LA PALABRA (¡EL VERBO!) DE DIOS. POR CONSIGUIENTE, TODA MANIFESTACIÓN «ESPIRITUAL» QUE NO VAYA DE ACUERDO CON LA ESCRITURA, ES ESPURIA.

3. El versículo 37 ofrece en los MSS diferentes lecturas del segundo verbo. La más probable es *agnoétai*, «es ignorado», conforme traduce la NVI: «Y *si alguno se hace el ignorante, también él será* (lit. es) *ignorado*». Este versículo dice relación a lo que antecede. Parafrasea J. Leal: «Si no reconoce en mi precepto la autoridad de Dios, en esto no se revela él como inspirado por Dios y yo no lo reconozco como carismático».

4. Los versículos 39 y 40 son un resumen con el que Pablo concluye y urge todo lo que ha dicho en la porción: *«Así, pues, hermanos míos, aspirad a tener el don de profecía y no impidáis el hablar en lenguas. Pero todo debe hacerse de una manera decorosa y ordenada»* (NVI).

CAPÍTULO 15

Aquí, el apóstol, I. establece la certeza de la resurrección de nuestro Salvador (vv. 1–11). II. Se pone a refutar a los que negaban la resurrección de los muertos (vv. 12–19). III. Lo hace basándose precisamente en la realidad histórica de la resurrección del Señor (vv. 20–34). IV. Responde a una objeción y aprovecha la oportunidad para mostrar el gran cambio que se llevará a cabo en los cuerpos de los creyentes el día de su resurrección (vv. 35–50). V. Declara también la transformación que

experimentarán los creyentes que vivan cuando suene la trompeta final (vv. 51–57). VI. Concluye con una seria exhortación a todos los creyentes a perseverar en la práctica del bien (v. 58).

Versículos 1–11

En este capítulo, el apóstol se dedica a establecer la doctrina de la resurrección de los muertos, que algunos de los corintios negaban paladinamente (v. 12). Al negar la resurrección, renunciaban a un glorioso futuro personal, lleno de inefables recompensas. Pablo comienza con un compendio o quintaesencia del Evangelio que él predicaba. Con respecto a este Evangelio, obsérvese:

1. Cuán grande es el énfasis que en él pone (vv. 1, 2). Eso era lo que constantemente predicaba él. Ese era el Evangelio que los corintios habían recibido, pues no hay otro Evangelio. No era ninguna enseñanza nueva, extraña. Ése era el fundamento firme de su posición como creyentes (v. 1), y sobre ese firme pavimento caminaban seguros por la senda de la salvación (v. 2. El verbo está en presente continuativo de la voz pasiva: *«vais siendo salvos»).* Esta salvación era una realidad en ellos, si *retenían la palabra que Pablo les había predicado* (de la que formaba parte del núcleo la creencia en la resurrección), pues, si la negaban, era señal de que *habían creído en vano* (v. 2b, comp. con v. 17); su fe no habría sido genuina, salvífica. Negado el núcleo del Evangelio, todo el edificio de la salvación cae por tierra. No hay salvación en el nombre de Jesús, a no ser sobre la base de la fe en su muerte y en su resurrección.

2. Cuál es ese evangelio al que Pablo se refiere: Es aquella enseñanza que el apóstol les había transmitido *en primer lugar* (v. 3); es decir, *«como algo de la mayor importancia»* (NVI). Era doctrina del más alto rango, las verdades fundamentales y más necesarias. La muerte y resurrección de Jesucristo son los dos hechos sobre los que, como sobre dos robustas y firmísimas columnas, se sostiene el edificio de las verdades evangélicas y la fe de todo el que se salva.

3. Esta doctrina es corroborada:

(A) Por las predicciones del Antiguo Testamento (vv. 3b, 4): *«Que Cristo murió* (aoristo) *por nuestros pecados conforme a las Escrituras; y que fue sepultado* (prueba de que estaba realmente muerto), y *que resucitó* (lit. *ha resucitado,* en perfecto continuativo) *al tercer día conforme a las Escrituras»* (v. Is. 53:5–12, comp. con Sal. 16:8 y ss.; Mt. 16:21; 26:24; Lc. 24:25–27; Jn. 2:21 y ss.; Hch. 2:22, 31; 8:32 y ss.; 17:2 y ss.; 26:22 y ss.).

(B) Por el testimonio de muchos testigos de primera mano, quienes habían visto al Señor después de su resurrección de entre los muertos. Tantos ojos, en tantos lugares, y en diferentes tiempos, daban testimonio fehaciente del gran milagro (v. 11). Eso es lo que todos los testigos habían atestiguado, y eso era lo que los propios corintios habían creído.

(a) Entre los testigos, enumera Pablo (v. 5) primeramente a Pedro (v. Lc. 24:34), a quien suele llamar *Cefas,* pues ése es el sobrenombre que le puso el Señor (Jn. 1:42), *después a los Doce* (Lc. 24:36). *«Después* (v. 6) *se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales la mayoría viven aún, pero algunos ya se durmieron»,* es decir, ya se habían muerto. No sabemos si Pablo se refiere a la aparición mencionada en Mateo 28:16 y ss. o si es alguna otra de la que sólo tenemos el informe que aquí nos da el apóstol. Dice L. Morris: «Es obviamente de la mayor importancia, pues en ninguna otra ocasión pudo una cifra tan alta de personas testificar del hecho de la resurrección». De la aparición a Jacobo, el hermano del Señor (v. 7), no sabemos nada más. Pablo vuelve a mencionar (v. 7b) otra aparición a los Doce (Lc. 24:50).

(b) En último lugar, menciona el apóstol la aparición que el Señor se dignó otorgarle a él. Veamos cómo expresa literalmente el original los tres versículos en que Pablo da cuenta de este suceso que tanta importancia tenía para él como testigo de la resurrección del Señor: «Y *al último de todos, tal como al feto abortivo, se dio a ver* (lit. *fue visto) a mí. Porque yo soy el menor de los apóstoles, que no estoy cualificado* (gr. *hikanós,* el mismo vocablo de 2 Ti. 2:2, entre otros muchos lugares) *para ser llamado apóstol, por cuanto perseguí a la iglesia de Dios; mas por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia, la que a mí* (me fue otorgada), *no cayó en el vacío* (lit. *no fue hecha vacía), sino que más abundantemente que todos ellos me puse a trabajar con ardor* (aoristo ingresivo), *mas no yo* (solamente), *sino la gracia de Dios en unión conmigo».* En esta porción, hay varios detalles que merecen ser analizados

Primero, el vocablo para «feto abortivo» es *éktroma,* que puede indicar aquí dos cosas: 1) La forma repentina, como antinatural, con que Pablo había sido, no sólo convertido, sino entrado a formar parte del grupo de los apóstoles; 2) como un insulto (así se empleaba con frecuencia dicho vocablo griego), ya

fuese por su mala presencia física (comp. con 2 Co. 10:10), ya fuese por considerarle incompetente (comp con el v. 10) para ejercer el ministerio apostólico Dice J. Leal: «El artículo que precede (al vocablo) podría indicar que algunos habían echado en cara a Pablo su origen apostólico de segundo plano

Segundo, la *gracia* que, por tres veces, menciona Pablo en el versículo 10 no es «la gracia de la salvación» (así aplican erróneamente muchos este versículo), sino «la gracia del apostolado» (comp. 1:1, con Ro. 1:1, 5; 12:3), es decir, el *poder* que Pablo había recibido como consecuencia del llamamiento de Dios al ministerio apostólico, siempre como fruto del favor, de la benevolencia especial, de Dios

Tercero, este *poder* de Dios en Pablo no actuaba automáticamente, por sí solo, sino mediante la cooperación ardua, afanosa, del apóstol. Por eso dice que dicha *gracia en él no cayó en el vacío.* Y para que nadie pensara que Pablo se atribuía a sí mismo la eficacia que su labor apostólica tenía, se apresura a especificar: *«mas no yo,* como si en mí mismo se originara ese poder, *sino la gracia de Dios* (que está) *conmigo».* Nótese que no dice: «sino con la gracia de Dios», sino que dice: *«sino la gracia de Dios* conmigo».

Para entender bien esta frase, es de notar que en griego hay dos preposiciones que significan «con» y otras dos que significan «sin». Las dos primeras son *sun,* que significa *«en unión con»* (ésa es la que tenemos aquí) y *metá,* que significa «*en compañía de».* Las otras dos son *khorís,* que indica *«separación de»* (la contraria de *sun;* por eso, la usa el Señor por la pluma de Juan en Juan 15:5, versículo con el que se ilumina la frase que analizamos) y *áneu,* que indica *«sin la compañía»* o *«sin la intervención»* de alguien, y es la contraria de *metá.* Lo que Pablo, pues, expresa en esa frase es que la gracia poderosa de Dios era como la «despensa inagotable» de la que él sacaba constantemente fuerzas para proseguir su trabajo. ASÍ, PUES, DE ESTE VERSÍCULO NO SE PUEDE SACAR NINGÚN ARGUMENTO A FAVOR DE LA COOPERACIÓN DEL ALBEDRÍO HUMANO EN LA OBRA DE LA SALVACIÓN PERSONAL.

Versículos 12–19

«Pero si se predica (conexión con el v. 11) *de Cristo que resucitó de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos?»* (v. 12). El apóstol presenta un hecho bien atestiguado, incontestable, el de la resurrección de Jesucristo.

1. En efecto (v. 13), *«si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó».* En efecto, una negación de carácter universal incluye, en buena lógica, todos los casos particulares.

2. Pero si se niega el hecho de la resurrección de Cristo, queda *vana* (lit. *vacía)* la predicación apostólica del Evangelio, y queda también *vana* (lit. *vacía)* nuestra fe. Es decir, la resurrección de Cristo tiene, junto con su valor *histórico* (de ahí, el poder destructor del modernismo), un valor *apologético,* porque sobre ella había fundamentado el propio Señor la validez definitiva de su testimonio, y los apóstoles la prueba testifical y el contenido nuclear de su predicación; y un valor de *causalidad eficiente* con respecto a la justificación del que cree (comp. con Ro. 4:25b), pues sin ella la muerte de Cristo es una derrota a manos del pecado, no un triunfo sobre la muerte que en el pecado tiene su aguijón. Así, pues:

(A) Los versículos 3–11 están dedicados a establecer el *hecho histórico* de la resurrección de Jesucristo: Había sido profetizado ya en el Antiguo Testamento y había sido avalado por una gran multitud de testigos de primera mano, que habían visto vivo al Señor después de haber muerto y haber sido sepultado.

(B) Los versículos 12–16 están dedicados a establecer el valor *apologético* de la resurrección de Cristo, ya que sin ella queda vacía de contenido, de testimonio verídico, la predicación apostólica (vv. 14–16), con lo que la fe de los oyentes sería una necia credulidad, pues carecería de realidad sustancial (comp. con He. 11:1), de *hypóstasis*.

(C) Los versículos 17–19 establecen la *causalidad eficiente* de la resurrección del Señor con respecto a la salvación de los creyentes. El apóstol usa en el versículo 17, para decir que nuestra fe sería *vana,* un vocablo distinto del usado en el versículo 14; en el versículo 14 usa *kené,* vacía, es decir, sin contenido fiable; en el versículo 17 usa *mataia,* necia, es decir, inútil y sin valor alguno. Por eso añade: *«aún estáis en vuestros pecados»* (v. 17b). ¡Sin perdón de pecados, sin regeneración espiritual, sin Cristo y sin esperanza! *«Entonces* (v. 18) *también los que durmieron en Cristo* (la frase indica que Pablo está hablando en hipótesis), *han perecido»,* se han perdido para siempre (el verbo es el mismo de Jn. 3:16b).

(D) El versículo 19 ha de leerse como en la RV. 1977, a fin de evitar la confusión sintáctica, y la peor confusión espiritual que algunos de los lectores (como me consta,—nota del traductor—) han sentido: «Si *solamente en esta vida tenemos puesta nuestra esperanza* (lit. *estamos habiendo esperado) en Cristo, somos los más dignos de lástima de todos los hombres*». En este versículo tenemos condensadas las siguientes enseñanzas bíblicas:

(a) Una persona que no resucita se ha perdido. Las Escrituras no hablan de la salvación del *alma,* sino de la salvación de la *persona.*

(b) El adverbio *mónon,* solamente, está en el original al final de toda la frase, para dar a entender que «si a eso se reduce todo: a poner nuestra *esperanza en Cristo en esta vida temporal, terrenal, somos unos desgraciados, dignos de lástima*».

(c) *¿Por qué serían los creyentes los más dignos de lástima de todos los hombres,* si su esperanza en la vida eterna que Cristo prometió a los suyos resultase fallida, al no haber resucitado Él mismo? La razón es obvia y muy sencilla (véanse los vv. 30–32): Los no creyentes, ante la muerte, tienen el consuelo de dar rienda suelta a sus pasiones y apetitos mientras viven: *«comamos y bebamos, porque mañana moriremos»* (v. 32b), es decir, «ya que la vida es corta, saquémosle todo el jugo posible». Pero el creyente frena sus pasiones, controla sus apetitos, pasa por dificultades y padece persecuciones precisamente por la fe en el Señor y la esperanza que ha puesto en Él para vida eterna. Esta esperanza es la que inclina la balanza, con su *eterno peso de gloria,* y torna sumamente liviano el platillo donde se hallan las dificultades que el creyente tiene que arrostrar precisamente por ser creyente (v. Ro. 8:18; 2 Co. 4:17; 1 P. 1:6, 7; 4:13).

Versículos 20–34

El apóstol establece aquí la verdad de la resurrección de los que durmieron en Cristo.

1. Lo hace basado en la resurrección del Señor (v. 20): Cristo resucitó como *primicias de los que durmieron.* Alude así a Levítico 23:9–14 (v. el comentario a dicho lugar). Así como la dedicación de los primeros frutos comportaba, de alguna manera, la consagración del resto de la cosecha, así también la resurrección del Señor comportaba la de todos los que habían muerto en sus brazos, *los que durmieron en Cristo* (v. 18).

2. Pablo ilustra este argumento y establece un paralelismo (vv. 21, 22) entre el Primer Adán y el Postrer Adán: Por el primero, entró la muerte en el mundo (comp. con Ro. 5:12); por el segundo, la resurrección y la vida (comp. con Jn. 11:25). Por nuestra unión congénita con la primera cabeza de la raza humana, todos morimos en la muerte de Adán, como todos pecamos por el pecado de Adán. Por nuestra unión, por fe, con la segunda cabeza, Cristo, todos los que nos unimos a Él, en Él somos vivificados. Como advierte L. Morris, el *todos* de este versículo tiene probablemente dos diferentes sentidos en las dos mitades. En la primera mitad, se refiere a toda la humanidad, pues todos están *en Adán.* Pero en la segunda mitad está más limitado, aplicándose a todos los que están en Cristo. El versículo no favorece en modo alguno al universalismo. En Adán, todos los que han de morir, mueren; en Cristo, todos los que han de vivir, viven».

La razón, en efecto, de esta diferencia es muy sencilla: Al grupo de los que están *en Adán,* pertenecemos por nacimiento; al de los que están *en Cristo,* no se pertenece por naturaleza (v. Jn. 1:12, 13), sino por gracia, la cual no se aplica a todos, sino sólo a los que creen (Ef. 2:8).

3. El apóstol establece cierto *orden* (vv. 23, 24a) en la resurrección de *los que durmieron en Cristo* (no se pierda esto de vista, pues no se trata en todo el capítulo de la resurrección de los condenados). Para los amilenaristas, el versículo resulta difícil. (Todo el cap. es del traductor.)

(A) Notemos que, para *«orden»,* Pablo usa el vocablo griego *tágma,* término militar para designar las distintas filas de soldados en formación. Esto indica que hay tres estadios, como tres «filas» en la resurrección de los justos.

(B) Estas tres filas están aquí mencionadas tras los términos griegos *aparkhé* (primicias), *épeita* (después) y *eita* (luego).

(a) *«Primicias, Cristo»* (lit.), dice al establecer dicho orden (v. 23b). Si se tiene en cuenta que las primicias de la cosecha no constaban sólo de una espiga, sino de un manojo, me parece probable que el apóstol se refiera, no sólo a la resurrección del Señor, sino también (v. Mt. 27:52, 53) a los que parece ser

que resucitaron al mismo tiempo que Él y subieron después con Él al cielo, como haciéndole escolta (comp. con Ef. 4:8).

(b) *«Después, los que son de Cristo, en su venida»* (v. 23c). Esto hace referencia a la Venida de Cristo *por* los suyos (comp. con 1 Ts. 4:13–18).

(c) *«Después, el fin»* (v. 24). No cabe duda de que aquí se implica una tercera resurrección de los justos. La duda está en el tiempo preciso en que esta tercera fase ha de llevarse a cabo. El contexto posterior da a entender que será al término del milenio, como asegura Ryrie. De Isaías 65:20, no se puede argüir ni a favor ni en contra de la muerte de justos durante el milenio; pero, aun así, quedan por resucitar otros justos después del arrebatamiento de la Iglesia: ¡los que hayan muerto durante la Gran Tribulación, los cuales, según Apocalipsis 7:9 y ss., forman *una multitud innumerable!*

4. En el resto del versículo 24, así como en los versículos 25–28, el apóstol declara que, una vez que hayan sido suprimidos todos los obstáculos que se oponían al establecimiento del reino, del dominio de Cristo sobre todas las cosas (comp. con Sal. 110:1; He. 10:13), Cristo *entregará el reino al Dios y Padre* (v. 24). La mención de la *muerte* (v. 26, comp. con Ap. 20:14) como el último de los enemigos que serán suprimidos (el apóstol usa el tan conocido verbo *katarguéo*, hacer inoperante), sugiere a L. Morris la idea de que con el término *«enemigos,* Pablo tiene en mente, no hombres malignos, sino poderes malignos».

Cuando todos estos *enemigos* hayan sido sometidos y, de este modo, el Señor Jesucristo haya adquirido el dominio *de hecho* (comp. con Lc. 4:6) sobre todas las cosas (vv. 27, 28a, comp. con Sal. 8:6; Fil. 3:21; He. 2:8), *«también el Hijo mismo se someterá al que* (*al Dios y Padre* del v. 24) *le sometió a Él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos».* En otras palabras, y para evitar posibles confusiones, LA FUNCIÓN MEDIATORIAL (1 Ti. 2:5) QUE EL HIJO DE DIOS ASUMIÓ PARA LA SALVACIÓN DE LA HUMANIDAD HABRÁ CUMPLIDO SU OBJETIVO. *Dios el Padre lo será todo para todos* sin necesidad del «camino» (Jn. 14:6; He. 10:20). Así como todas las cosas tienen su origen en Dios, así también todo lo redimido volverá a Él: los santos tendrán íntima comunión con Él, bajo el mismo techo (comp. con Ap. 21:3), sin que nada ni nadie pueda ya impedir ni empañar esa gloriosa comunión con Dios. No hay aquí nada del panteísmo hindú ni siquiera del llamado «panenteísmo» de Teilhard de Chardin.

5. El versículo 29 presenta a los intérpretes gran dificultad: ¿Qué quiere decir Pablo con eso de *«los que se están bautizando* (lit.) *por* (gr. *huper o hyper) los muertos»?* Se han dado de esta frase muchas y muy variadas interpretaciones. Dice Leal: «Algunos han contado hasta 30». De todas ellas, sólo tres merecen consideración, aunque ninguna de las tres tiene garantía absoluta de acertar.

(A) Según la opinión que durante muchos siglos tuvo el favor de los expositores, se trataría de casos en que un creyente ya bautizado se bautizaba por segunda vez en lugar de un catecúmeno que hubiese fallecido sin cumplir la ordenanza que simboliza la muerte y la resurrección con Cristo. Pablo citaría esta práctica sin, por eso, aprobarla. Ni la Historia ni la Escritura dan pie para que esta opinión sea fidedigna.

(B) Según la opinión que Ryrie tiene como más probable, se trata de personas recién convertidas que se bautizaban para llenar así el vacío que dejaban en la congregación los que se iban muriendo. «Esta explicación, dice Trenchard, es más sentimental que doctrinal, de difícil comprensión como punto fuerte del argumento del apóstol en este lugar.»

(C) Bullinger apunta una solución interesantísima, pero que exige una corrección en la puntuación que el texto griego tiene en la actualidad, al tener en cuenta que los primeros MSS carecían de puntuación. El versículo 29 habría de puntuarse del modo siguiente: *«¿Qué lograrán los que se bautizan? ¡Por los muertos* (se bautizan), *si en ninguna manera los muertos resucitan!»* Como si dijese: «Es como si parasen en meros cadáveres; están muriendo cada día (v. 31), perecen en la muerte (v. 18) y son así los más dignos de lástima de todos los hombres (v. 19)». Al comparar con Romanos 6:3 y ss., se advierte todavía mejor este sentido: El creyente se sumerge con Cristo en la muerte. Si no hay resurrección, se queda en cadáver, pues pierde la vida anterior sin surgir a una nueva vida. La preposición *hupér o hypér* tiene, pues, aquí el sentido de «objeto de interés», como en otros lugares (por ej., 2 Co. 1:6 *«para vuestra consolación»).*

Esta opinión, seguida también por W. E. Vine y otros, es la que menos dificultades ofrece, y explica bien el sentido del texto dentro del contexto. Para entenderla bien, ayuda no poco tener en cuenta que los versículos 20–28 forman una especie de paréntesis, por lo que el versículo 29 debe leerse después del 19 para mejor captar el sentido dentro de esta interpretación.

6. El apóstol continúa arguyendo en favor de su tesis, mostrando el absurdo que representaría la conducta de quienes sufren por Jesucristo.

(A) Sería una necedad (v. 30) estar expuesto a tantos peligros. *«Cada día muero»,* dice (v. 31b), esto es, vivo en constante peligro de muerte. La frase va, en el original, al comienzo del versículo, con lo que, al unirse al final del versículo 30, se nota mejor el énfasis de Pablo: *«Lo juro, hermanos, por vuestra gloria* (la de Pablo en los corintios, comp. con 4:15), *la que tengo en Cristo Jesús, nuestro Señor»* (lit.). Es probable que la *«lucha contras las fieras en Éfeso»* (v. 32) haya de entenderse en sentido figurado y que se refiera al incidente de Hechos 19:23 y ss. *«Como hombre»* significa «según aquellas miras e intereses que determinan la conducta de los hombres en general» (Hodge).

(B) Sería mucho más cuerdo aprovecharse de las comodidades y de los goces que ofrece la vida presente si no existe la resurrección a otra vida mejor, la vida eterna. Si hemos de morir como los animales, mejor es vivir también como los animales. ¿Para qué privarse de los goces de los mundanos y arrostrar las dificultades y los peligros de los cristianos, si no hay otra vida? Sin la creencia en la resurrección, la pauta más sensata de conducta es la que Pablo cita de Isaías 22:13 (v. 32b): *«Comamos y bebamos, porque mañana moriremos».*

7. El apóstol cierra esta sección con una advertencia, seguida de una exhortación y de un reproche.

(A) La advertencia está tomada, con toda probabilidad, de un refrán popular, de donde la había tomado casi cuatro siglos antes el poeta griego Menandro: *«Las malas compañías* (mejor que *«conversaciones») corrompen las buenas costumbres».* Al que antepone Pablo la siguiente seria advertencia: «*¡No os dejéis engañar!»* (el verbo está en pasiva). Se refiere Pablo, conforme al contexto, al peligro que se corre si no se evita la compañía y la conversación de los que negaban la resurrección de entre los muertos. El error y el vicio son contagiosos.

(B) Les exhorta después a romper definitivamente con el pecado, y entrar en razón como quien despierta después de haberse embriagado (v. 34): *«Retornad a vuestro sano juicio, como es vuestro deber. Y no sigáis pecando»* (NVI). Si participamos en la esperanza gloriosa de la resurrección futura, hemos de sacudirnos los malos hábitos y no dar oídos a cantos de sirena de los viciosos.

(C) Algunos de ellos merecían claramente este reproche (v. 34b): *«Pues hay algunos que continúan con su desconocimiento de Dios; para vergüenza vuestra lo digo»* (NVI). El desconocimiento del verdadero carácter de Dios está siempre en la raíz de todo pecado y de todo error acerca de las cosas celestiales y, por tanto, también de la falta de fe en la resurrección. Los que conocen a Dios saben que es un Dios fiel y amoroso, que no olvida nuestra fatiga ni nuestra paciencia, que no permite que nuestro trabajo sea en vano (comp. con v. 58).

Versículos 35–50

Es probable que, entre los que negaban la resurrección (como entre los que la niegan hoy), fuesen corrientes las dos objeciones que Pablo formula en el versículo 35: *«Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos?,* es decir, ¿con qué poder, por qué medios, de qué modo, puede volver a la vida un cuerpo cuyo organismo se ha desintegrado tras la muerte? Y, *¿con qué clase de cuerpo vendrán?,* esto es, ¿qué forma tendrá?, ¿de qué estará compuesto?, ¿cómo podrá ser el mismo cuerpo que se desintegró? La objeción sube de punto si tenemos en cuenta que muchos hombres han sido devorados por animales, y estos animales han sido devorados por otros y, quizá, estos últimos han parado en la mesa de otros hombres, etc.

1. A la primera objeción, responde Pablo (vv. 36–38) y apela al poder de Dios conforme se manifiesta en la naturaleza, en algo que todos pueden contemplar, año tras año, en la siembra y recolección del cereal. El trigo, por ejemplo, no sólo brota después de haber sido enterrado, sino que precisamente necesita ser enterrado para que pueda brotar. Pablo llama *«insensato»* (gr. *áfron,* sin seso) al que propone esta objeción, pues desconoce el poder de Dios (v. 38, comp. con Mt. 22:29) para hacer surgir del *grano desnudo* (v. 37), «sin el vestido de verdura que caracteriza a la planta» (Morris), una espiga que contiene granos de la misma especie que el que se sembró: *«a cada semilla su propio cuerpo»* (v. 38b).

2. A la segunda objeción responde con mayor detalle, como lo merece el tema.

(A) Por lo que acaba de decir en los versículos 36–38, ya se ve que, aunque la simiente que brota es de la misma especie que la que se sembró, el cambio que en el grano sembrado se ha efectuado es grande:

Ha muerto antes (v. 36b), se ha desintegrado antes de volver a brotar. Como hace notar J. Leal, «La concepción que presupone sobre el mundo vegetal es que la planta no está preformada en la semilla».

(B) Existe gran variedad en los demás cuerpos: (a) En los cuerpos de *carne* (v. 39). (b) En los *cuerpos celestiales* (con toda probabilidad, los astros, como se ve por el v. 41) y *cuerpos terrenales,* en lo que parecen incluirse todas las clases de minerales; *una es la gloria* (lit.), es decir, el resplandor, de los cuerpos celestiales, y otra diferente (gr. *hétera)* la de los terrenales (v. 40); en efecto, el brillo de una estrella es diferente del de un diamante. (c) En los mismos cuerpos celestiales se registran diferencias en cuanto al resplandor (v. 41): el del sol es diferente del de la luna, y ambos diferentes del de las estrellas; y aun las mismas estrellas se diferencian entre sí por el resplandor. Por eso, hablamos de estrellas de primera magnitud, de segunda, de tercera, etc.

(C) *«Así también es la resurrección de los muertos»* (v. 42). Con esta frase da Pablo a entender, no precisamente que los resucitados se distingan unos de otros *por el resplandor* (aunque esto sea verdad), sino que así también el cuerpo resucitado será diferente del que se desintegró, aunque la persona sea siempre la misma. A continuación, pasa a detallar las cuatro propiedades por las que el cuerpo resucitado se distingue del que fue enterrado:

(a) *«Se siembra* (vuelve la metáfora de la «semilla») *en corrupción, resucitará en incorrupción»* (v. 42b). El cuerpo actual está sujeto a toda clase de enfermedades y miserias, se deteriora más o menos deprisa y, finalmente, se corrompe del todo en el sepulcro; en cambio, el cuerpo de la resurrección estará inmunizado, por su propia naturaleza, contra la corrupción; permanecerá joven y sin desgaste por toda la eternidad.

(b) *«Se siembra en deshonor, resucitará en gloria»* (v. 43). Un cadáver, aun el de la mujer más hermosa, muerta en plena juventud, pronto se convierte en algo feo y repugnante. No valen los «arreglos». Como dice Trenchard: «El cadáver no vuelve a la vida por eso y, pintado o no, ha dejado toda su "honra" en la Tierra para volver al polvo del que fue sacado». En cambio, el cuerpo de la resurrección será hecho semejante al glorioso cuerpo del Señor resucitado (v. Fil. 3:21) y brillará con un resplandor parecido al suyo.

(c) *«Se siembra en debilidad, resucitará en poder»* (v. 43b). Nada tan débil como un cadáver: sin vida, sin movimiento, totalmente inerte. En cambio, el cuerpo resucitado gozará de todo el poder y de todo el vigor que la vida eterna es capaz de comunicarle.

(d) *«Se siembra cuerpo animal* (lit. comp. con 2:12, donde sale el mismo vocablo), *resucitará cuerpo espiritual»* (v. 44). El cuerpo actual, aun el del creyente más espiritual, es un cuerpo adaptado a las condiciones de la vida presente; responde a los instintos, reflejos, etc., de la *psique;* por eso, emplea el apóstol aquí el adjetivo *psykhikón*. En cambio, *el cuerpo espiritual* estará adaptado a las condiciones de la vida eterna. «Espiritual» no significa que esté compuesto de «espíritu», sino que, como dice L. Morris, «expresará el espíritu» y «responderá a las necesidades del espíritu»; será el instrumento perfecto de la vida celestial, como el cuerpo «animal» es el órgano de la vida terrenal.

(D) Lo ilustra con la comparación entre el *Primer Adán y el Postrero* (vv. 45–48). No dice «el Segundo», lo que podría dar lugar a un «tercero», etc., sino *«el Postrero»;* no hay ninguno después de Él.

(a) El contraste es, pues, únicamente entre dos: el Primero y el Postrero, las dos únicas cabezas de la humanidad. Apela Pablo a las Escrituras; en especial, a Génesis 2:7, donde leemos que, al ser creado por Dios, Adán *vino a ser alma viviente,* es decir, una persona viva, que habría podido continuar viviendo indefinidamente si no hubiese transgredido el precepto divino de no comer del árbol del conocimiento del bien y del mal. Pero Cristo, el Postrer Adán, es *espíritu vivificante* (comp. con Jn. 5:21; 6:57; 11:25, 26). El vocablo *«espíritu»* no designa aquí la sustancia o el estado del Cristo resucitado, sino su *dinamismo vivificante* que actúa en los que, por la regeneración espiritual, fueron injertados en Él para vivir, en Él y por Él, una vida, no futura, sino *eterna,* esto es, desde ya ahora hasta el futuro y por toda la eternidad.

(b) El versículo 46 comienza con la adversativa fuerte *«pero»* (gr. *allá),* lo cual se debe, según opina L. Morris, a que Pablo desea poner en claro que, aunque Cristo ya existía antes del tiempo y antes que existiese hombre alguno, «en el orden de la creación, entramos primero en la vida *natural;* solamente después de eso es cuando entramos en la *espiritual*».

(c) Correspondiendo a este orden de la creación, el apóstol declara (vv. 47–49) que hemos de tener primero cuerpo terrestre, *a imagen* del Primer Adán, quien fue formado *del polvo de la tierra* (v. 47. Lit.), antes de tener el celestial, *a imagen* de Cristo, el Postrer Adán, quien *es del cielo.*

(E) En el versículo 50, Pablo expone la razón por la que dicho cambio (del cuerpo terrenal al celestial) es necesario: *«La corrupción no puede heredar la incorrupción»*. Este cuerpo que ahora llevamos, *de carne y sangre*, no es adecuado para el mundo celestial, donde hemos de tener, después de la resurrección, nuestra herencia eterna.

Versículos 51–57

1. Pablo les dice ahora a los fieles de Corinto que no todos los creyentes han de morir (v. 51), sino que los que todavía estén con vida natural cuando el Señor vuelva por los suyos (1 Ts. 4:16, 17), *serán transformados* de corruptibles en incorruptibles, de mortales en inmortales (v. 53, comp. con v. 50). *Todos* experimentarán el cambio, inmediatamente después de que los creyentes difuntos hayan sido resucitados con cuerpo incorruptible. Esta transformación, dice Pablo, se llevará a cabo (v. 52), *«en un instante* (gr. *en atómo;* «átomo» significa «lo que no puede cortarse»; aquí, una fracción indivisible de tiempo), *en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta»*, la cual es llamada, en 1 Tesalonicenses 4:16, *«trompeta de Dios»*.

2. Tras esta detallada exposición de la resurrección y transformación gloriosa de los creyentes en la Venida del Señor, el apóstol estalla en un himno triunfal (vv. 54–57).

(A) Cuando se haya llevado a cabo la gloriosa transformación que ha mencionado en el versículo 53 y en la primera parte del versículo 54, *«entonces*, dice (v. 54b), *se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida fue la muerte para victoria»* (lit.). Pablo cita libremente de Isaías 25:8 y Oseas 13:14. Dice Trenchard: «No son citas exactas, sino más bien reminiscencias de las expresiones de triunfo que emplearon estos profetas al contemplar anticipadamente la obra final de gracia a favor de Israel, en la que se involucra la victoria sobre la muerte». El sentido de la expresión del versículo 54b es, como dice la NVI, en nota a dicho versículo: «La victoria de la resurrección se ha tragado el poder de la muerte».

(B) Con expresiones que nos recuerdan las de Oseas 13:14, el apóstol entona un cántico al triunfo que aquel día se conseguirá sobre la muerte: *«¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte* (lit.), *tu aguijón?»* (v. 55). Como si dijese: «Hasta ahora hemos sido tus prisioneros, pero ahora se han abierto de par en par las puertas de la cárcel y hemos quedado libres; se acabó tu dominio, se acabaron tus victorias».

(C) Explica a continuación de dónde adquiere la muerte su origen y sus victorias (v. 56): *«El aguijón de la muerte es el pecado; y el poder del pecado, la ley»*. El pecado es presentado aquí como un escorpión que presta su veneno a la muerte (comp. con Ro. 6:23). La muerte, sin el pecado, es una ganancia (Fil. 1:21, 23), un pasar de esta vida a los brazos del Señor. El poder del pecado es la ley, no en sí misma (v. Ro. 7:12), sino por la maldición que recae sobre los que no la observan por completo (Gá. 3:10).

(D) *«Pero gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo»* (v. 57. Comp. con Ro. 7:25). Dios nos da la victoria precisamente mediante el sacrificio de Cristo en la Cruz del Calvario. Allí *«nos redimió de la maldición de la ley, habiéndose hecho maldición por nosotros»* (Gá. 3:13). Al gran amor de Dios hacia nosotros se debe el que, mediante la muerte de Cristo, el pecado pierda su aguijón y nos pueda ser perdonado, y la muerte quede completamente desarmada para los que duermen en el Señor. Pablo no dice que Dios *nos dio*, sino *que nos da* (participio de presente, algo continuo). Dice L. Morris: «El uso del participio de presente puede sugerir la idea de que es una característica de Dios dar victoria. También se da a entender ahí que participamos ya en esa victoria ahora, y que participamos de ella a diario». Esta victoria es exclusiva del cristiano, y a él solo compete entonar el himno de alabanza y acción de gracias por ella. Los no creyentes permanecen bajo el poder del pecado y de la muerte; carecen de corazón y de labios capaces de entonar tal himno.

Versículo 58

En este versículo, y como conclusión de todo lo que antecede, el apóstol, con el cariñoso saludo de *«hermanos míos amados»*,

1. Dirige a los fieles de Corinto una triple exhortación: (A) A *hacerse firmes* (lit.), firmes en las verdades de la fe que aprendieron del apóstol y en las normas de conducta que caracterizan a los que han de seguir las pisadas del Señor. (B) A ser también *inconmovibles* (lit.), de forma que nada ni nadie pueda

desviarles del verdadero camino ni de la gloriosa esperanza de resucitar un día incorruptibles e inmortales. Los cristianos no deben ser removidos de esta esperanza del Evangelio (v. Col. 1:23). Esta esperanza debe ser *el ancla de nuestra alma* (He. 6:19). (C) *A abundar en la obra del Señor siempre.* Tan gloriosa esperanza debe estimular vigorosamente el afán, la constancia y la paciencia en toda obra que llevemos a cabo por el Señor.

2. Les dice (v. 58b) que disponen de las mejores bases del mundo sobre las que poder cimentar sus esperanzas: *«sabiendo que vuestro trabajo fatigoso* (gr. *kópos*, labor ardua) *en el Señor,* esto es, en unión con el Señor resucitado, glorioso, poderoso, *no es vacío* (lit.), no se hace en vano. Tan seguro como que Cristo resucitó, también ellos resucitarán. Dios es muy buen amo y muy buen pagador, con Él, nunca se pierde, porque no es injusto ni infiel como para olvidar o no tener en cuenta lo que por Él se hace. Además, *es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos* (Ef. 3:20). Por eso, los que sirven a Dios nunca pueden trabajar demasiado ni sufrir demasiado por un Amo tan bueno.

CAPÍTULO 16

En este capítulo, el apóstol, I. da instrucciones sobre una colecta caritativa que ha de hacerse a favor de las iglesias de Judea (vv. 1–4). II. Menciona sus planes de viaje para girar una visita a Corinto (vv. 5–9). III. Les da una recomendación de Timoteo y de Apolos (vv. 10–12). IV. Les insta a practicar la vigilancia, la constancia, el amor y la debida consideración con todos los colaboradores de Pablo (vv. 13–19). V. Cierra la epístola con saludos de parte de los hermanos que le acompañan y de él mismo (vv. 20–24).

Versículos 1–4

El apóstol concluye su Carta en este capítulo. Lo comienza dándoles instrucciones con respecto a una colecta para los fieles de Judea. Véase:

1. Cómo introduce dichas instrucciones (v. 1). Había dado instrucciones similares *a las iglesias de Galacia.* Se conformaba con que siguiesen las mismas normas que había dado a otras iglesias en circunstancias parecidas. Su prudencia se echa de ver también en la mención misma que hace de estas órdenes suyas a las iglesias de Galacia, a fin de excitar en ellos la emulación y animarles así a ser generosos. Los que sobrepasaban a la mayoría de las iglesias en la abundancia de dones espirituales, de seguro no consentirían en ir a la zaga en su generosidad hacia los hermanos necesitados. Le va muy bien a todo buen creyente no consentir ser superado por otros hermanos en todo lo que supone virtud y es digno de alabanza, con tal que esta consideración sirva solamente para animarle al ejercicio de la virtud, no al orgullo propio ni a envidiar a otros. La iglesia de Corinto no debía ser sobrepasada por las iglesias de Galacia en este servicio de amor.

2. Cuáles son dichas instrucciones.

(A) La forma en que dicha colecta debía llevarse a cabo (v. 2): *«Cada uno de vosotros ponga aparte algo».* Véase cómo singulariza Pablo al decir *«cada uno»* distributivamente, por individuos, no por grupos ni familias. *«Ponga aparte algo»* de antemano, *«guardándolo»,* no sea que cuando llegue el momento de aportar la ofrenda, se halle con que ya ha gastado todo el dinero de la semana. La mejor medida es ir apartando poco a poco, según lo que dice el refrán castellano: «Un grano no hace granero, pero ayuda a su compañero». Daremos alegremente si vamos apartando con cariño poco a poco, aunque también puede hacerse al final de la semana, cuando, por ejemplo, se cobra el salario por el trabajo realizado.

(B) La medida en que hay que ofrendar: *«según haya prosperado».* El verbo está en pasiva, por lo que puede suponerse que Pablo se refiere al Señor como sujeto agente de dicha prosperidad, aunque el texto no lo dice explícitamente. La frase equivale a *«de acuerdo con vuestros ingresos»,* como traduce la NVI. Pablo no apela a lo que todavía suele llamarse «el diezmo», ya que no estamos bajo la Ley; pero, como alguien ha dicho, en el Evangelio no vamos a ser menos generosos voluntariamente de lo que la Ley exigía obligatoriamente. De Dios nos viene todo lo que somos y poseemos. Así que, cuando su

bondad generosa se vuelca tan abundantemente sobre nosotros, deberíamos hacer con gusto que lo que recibimos de tan inagotable manantial fluyese también hacia otros, especialmente a los hermanos en la fe. Por supuesto, cuando uno es menos prosperado, no puede abrir la mano con la misma anchura que el que ha sido prosperado más; tampoco Dios espera que lo haga.

(C) El tiempo en que ha de hacerse la ofrenda: *«El primer día de la semana»,* expresión con la que, invariablemente, se designa en el Nuevo Testamento el domingo. La referencia a Apocalipsis 1:10 debería ser borrada de las versiones, pues allí se habla del Día de Jehová, no del domingo. Al ser el domingo el día más apropiado para la reunión de los hermanos en el culto de adoración, predicación de la Palabra, etc., es también el más apropiado para ofrendar conforme a los ingresos de la semana.

(D) El apóstol deseaba (v. 2b) que la colecta estuviese a punto *para que cuando él llegase, no se hiciesen entonces colectas.* Pueden adivinarse fácilmente las razones que el apóstol tenía para ello: No quería restar tiempo a la edificación espiritual de los fieles ni verse envuelto en asuntos de dinero, como vemos por los versículos 3 y 4. Él mismo estaba dispuesto a dar cartas de recomendación (v. 3) a favor de los hermanos que los corintios designasen para llevar la colecta, y aun a acompañarles si creían (v. 4) que *valía la pena* (lit. si *era apropiado),* pero deseaba que fuesen otros, no él, quienes llevasen la colecta, a fin de evitar habladurías, no fuesen a pensar algunos que sacaba algún beneficio personal del dinero de otros. Bien merecían una recomendación quienes, además del sacrificio del bolsillo, añadían el de un largo viaje, siempre peligroso y, en todo caso, al ceder gran parte de su tiempo.

Versículos 5–9

El apóstol les notifica a continuación su deseo de visitarles.

1. Les anuncia primero su intención de *pasar por Macedonia* (v. 5). *La conjunción griega hótan* (cuando) es indefinida, lo que da a entender que Pablo no sabe todavía cuándo ha de viajar hasta ellos, pero sí les asegura que no hará más que *pasar* por Macedonia; en cambio (v. 7), *no quiere verles a ellos de paso,* sino que piensa quedarse en Corinto por algún tiempo, y *aun pasar el invierno* (v. 6) allí. Había trabajado mucho en aquella iglesia y había hecho mucho bien entre ellos. Aunque algunos de los miembros se dividían en facciones contra él, sin duda eran muchos los que le tenían tierno afecto. Esta estancia les daría a los fieles de Corinto la oportunidad de *«encaminarle a él»,* frase que significa «proveer de lo necesario para el viaje». También le daría a él la oportunidad de hacer todo lo posible por curar las heridas que las divisiones causaban en la congregación.

2. La excusa para no verles *ahora* (v. 7) es que ahora no podría permanecer con ellos el tiempo suficiente para que ni él ni ellos quedasen satisfechos con tan corta visita, pero espera, cuando Dios lo permita (*«si el Señor lo permite*»), *permanecer con ellos algún* (gr. *tiná,* «alguno» en sentido indefinido) *tiempo.* Les amaba tanto que deseaba tener pronto la oportunidad de gozarse en comunión con ellos y edificarles con su palabra y su ejemplo durante el tiempo que le fuera posible. El hecho mismo de usar el indefinido «algún», en vez de poner límites al tiempo que deseaba pasar entre ellos, lo ensancha todo cuanto le sea posible, de acuerdo siempre con el designio de Dios.

3. Expresa luego su deseo de *permanecer en Éfeso* (v. 8), desde donde escribe la Epístola, *hasta Pentecostés.* Y expone a continuación el motivo por el que se queda allí (v. 9): *«Porque se me ha abierto una puerta grande y eficaz»,* es decir, que daba paso a una labor eficaz por parte del apóstol. Extraña ver, en esta conexión, la frase que usa a continuación: «*y los adversarios* (son) *muchos*» (lit.). Por Hechos 19 se puede ver cuántos y cuán grandes eran los adversarios que Pablo tenía en Éfeso. Pero Pablo no estampa esa frase en tono de cobardía; al contrario, era precisamente la presencia de tantos adversarios lo que estimulaba el celo, el ardor evangelizador del apóstol. El creyente y, sobre todo, el fiel administrador de los misterios de Dios (4:1) no puede llevar a cabo su tarea sin que nadie le moleste. El diablo se opone con todas sus fuerzas a quienes se empeñan de corazón en destruir su reino, pero el ánimo del buen soldado, en lugar de menguar con el fragor del combate, se crece ante la resistencia del enemigo. Además, el que pelea la buena batalla (1 Ti. 6:12; 2 Ti. 4:7) tiene motivos para cobrar aliento, pues sabe que tiene asegurada la victoria.

Versículos 10–12

1. Les hace ahora una recomendación de Timoteo (v. 10), el cual había sido enviado allá por el apóstol para corregir los abusos que se habían colado entre ellos; y no sólo para instruir, sino también para reprender, a los culpables. Las contiendas, especialmente en torno a líderes (1:11–17; 3:37), habían dañado grandemente la paz y la comunión de la iglesia. Era hora de que se comportasen como es digno de quienes se precian del nombre de «cristianos» y diesen oídos a las instrucciones y reconvenciones que Timoteo hubiese de hacerles. *Nadie había de menospreciar* a Timoteo (v. 11), aprovechándose de su juventud (comp. con 1 Ti. 4:12) y de su timidez. Al contrario, habían de hacer buen uso de él mientras permaneciera entre ellos y proveerle de lo necesario (lit. *encaminarle;* el mismo vocablo del v. 6) para su viaje de vuelta.

2. Las razones por las que habían de portarse de ese modo con Timoteo: Estaba empleado en la misma labor que Pablo: al servicio, y para la gloria, del Señor (v. 10b). No iba para hacer su propia obra ni la obra de Pablo, sino *la obra del Señor;* y tales obreros deben ser tratados con el mayor afecto y con todo respeto. Con honor y respeto hay que tratar a los pastores y maestros, lo mismo que a los apóstoles y evangelistas. Eso no era obstáculo para que también le tratasen bien por consideración al apóstol, quien le había enviado a Corinto y de allí esperaba su regreso (v. 11).

3. Les informa asimismo (v. 12) del propósito de Apolos de visitarles *cuando tenga oportunidad.* Tres detalles de importancia son dignos de consideración, a fin de evitar falsas interpretaciones:

(A) El versículo 12 comienza con la frase *«mas acerca de …»,* lo cual, como en 7:1, 25; 12:1; 16:1, indica que los corintios habían expresado el deseo de que Apolos les visitara.

(B) Pablo, no sólo consiente en que Apolos acompañe a los hermanos (mientras él se queda en Éfeso), sino que *le exhorta con insistencia* (gr. *pollá,* muchas cosas, es decir, con muchas razones o con muchas palabras) *a que vaya a Corinto con los hermanos.* Esto nos da idea de la magnanimidad de Pablo que de ningún modo veía en Apolos a un rival.

(C) En esta ocasión, Apolos *de ninguna manera tuvo voluntad de ir.* Nadie le obligaba, y no cabe duda de que tenía muy buenas razones para negarse a ir. Se ha pensado que Apolos tenía por entonces algún trabajo importante que llevar a cabo, pero el motivo más probable es que, con la misma magnanimidad que Pablo, no pensaba que aquél fuese el tiempo más propicio para esta visita. No quería fomentar, con su presencia, el florecimiento del partido que, en la comunidad de Corinto, se había formado en torno a su nombre. No es que el texto sagrado nos ofrezca en forma alguna las razones que tuvo Apolos para negarse, pero el motivo apuntado parece ser el que puede «leerse entre líneas», como solemos decir. J. Leal tiene como más probable que no se trata de la voluntad de Apolos, sino de la de Dios: *No era voluntad* de Dios que Apolos marchase en esta ocasión. Es cierto que el griego dice sólo «*No había (o no era) voluntad*», pero sería muy extraño que Pablo se callase lo *«de Dios» o «del Señor»,* hasta el punto de no figurar esta añadidura de algún copista en ninguno de los MSS.

Versículos 13–18

Vienen ahora exhortaciones, ruegos y noticias.

1. En los versículos 13 y 14, hallamos cinco breves exhortaciones; tan breves que sólo ocupan, en total, doce palabras en el original, aun contando las preposiciones y los artículos:

(A) *«Velad»,* es decir, según indica el presente de imperativo, «permaneced constantemente en vela, ahuyentad de vosotros la somnolencia espiritual, mirad que el enemigo no duerme» (comp. con 1 P. 5:8, donde el mismo verbo aparece en aoristo ingresivo: *«poneos de una vez a velar»).*

(B) *«Estad firmes en la fe»,* es decir, manteneos firmemente adheridos a la verdadera doctrina del Evangelio. Esta fe es la única que les permitirá estar firmes en todo tiempo contra las tentaciones del enemigo (comp. con 1 P. 5:9; 1 Jn. 5:4).

(C) *«Portaos varonilmente.»* Como muy bien observa E. Trenchard: «Muchos de los corintios se habían portado como niños» (v. 3:1 y ss.), no sólo por los partidismos, sino también por sobrevalorar los dones menos importantes.

(D) *«Sed fuertes.»* El verbo nos recuerda el *«esfuérzate»,* que tantas veces aparece en el capítulo 1 de *Josué.* Como si dijese: «Mostrad que sois hombres en el esfuerzo que hacéis por manteneros firmes», contando siempre con que nuestra fuerza nos viene del Señor.

(E) *«Todas vuestras cosas sean hechas con amor»* (v. 14). La NVI da un sentido mejor: *«Todo lo que hagáis, hacedlo por amor»,* ya que la preposición griega es *en.* Dice L. Morris: «El amor es más que un

acompañamiento de las acciones cristianas. Es la atmósfera misma en la que el cristiano vive, se mueve y tiene su ser».

2. En los versículos 16–18, Pablo les da instrucciones sobre el modo como deben comportarse con algunos hermanos que han llevado a cabo eminentes servicios entre ellos.

(A) Describe primero el carácter y los servicios de dichos hermanos:

(a) Menciona (v. 15) *la familia* (lit. *casa) de Estéfanas* (comp. 1:16). Ellos eran *los primeros frutos* de la predicación de Pablo en *Acaya,* la provincia sureña de Grecia, donde estaban ubicadas Atenas y Corinto. Esta mención suscita un pequeño problema por el hecho de que Pablo había presenciado algunas conversiones en Atenas antes de predicar en Corinto. Dice L. Morris: «Es posible que la familia de Estéfanas se hubiese convertido antes de predicar Pablo en Atenas. También es posible que, aun cuando se hubiesen llevado a cabo anteriormente conversiones de individuos, ésta fuese la primera familia convertida en bloque. Y aún queda la posibilidad de que *primicias* indique frutos que prometían una gran cosecha futura».

(b) De esta familia dice que *se habían puesto al servicio de los santos* (v. 15b). La frase griega da a entender que esta familia había tomado, como un oficio que exige dedicación a tiempo completo, el servir a los hermanos en todo lo que éstos pudiesen necesitar, tanto en lo económico como en lo espiritual.

(c) En el versículo 17 vuelve a mencionar a Estéfanas, junto a Fortunato y Acaico: *«Me alegro de la presencia* (gr. *parousía) de Estéfanas, de Fortunato y de Acaico, pues ellos suplieron* (lit. *llenaron con creces) lo que se echaba en falta de vuestra parte* (lit.)». El sentido de esta frase es que estos tres hermanos habían representado muy bien a toda la congregación de Corinto, de forma que, con su llegada a Éfeso, habían proporcionado al apóstol alivio y refrigerio (el verbo es el mismo de Mt. 11:28 «*y yo os haré descansar»).* Y no sólo a él, sino también a la congregación misma. El refrigerio de Pablo al recibir a estos tres mensajeros de la iglesia era parecido al que la misma congregación había sentido al enviarlos. Para ambas partes, había sido una embajada de paz.

(B) Les instruye luego sobre el modo como deben comportarse con tales siervos del Señor (v. 16): *«Os exhorto* (del v. 15a) *... a que también vosotros os sometáis a los tales* (esto es, a ellos y a quienes son como ellos) y *a todo el que colabora y trabaja hasta fatigarse»* (lit.). Notemos el enlace, tan claro en el original, entre el verbo *étaxan* («se pusieron») del versículo 15b y el *hupotássesthe* («someteos») del v. 16a, que es un verbo compuesto del anterior. Como si dijese: «Así como ellos se pusieron al servicio de los hermanos, poneos vosotros a disposición de ellos, a fin de servirles de brazos en lo que ellos hayan emprendido a favor de los necesitados». Más adelante (v. 18), exhorta a los corintios a *reconocer,* es decir, a prestar el respeto, la gratitud y la sumisión, *a tales personas,* a tan fieles siervos del Señor. Con respecto al último verbo del versículo 16 (gr. *kopiónti,* al que trabaja de recio, con afán y fatiga), cita Morris el sucinto comentario de Edwards: «Muchos trabajan, pocos se fatigan».

Versículos 19–24

El apóstol cierra su Carta,

1. Con saludos a la congregación de Corinto, de parte de *las iglesias del Asia* proconsular, cuyo centro en muchos aspectos era Éfeso. Menciona en particular los saludos que les envían *Aquila y Priscila* (una de las dos únicas veces, contra cuatro, en que Priscila es nombrada en segundo lugar en el Nuevo Testamento), *con la iglesia que está en su casa* (v. Ro. 16:5). El apóstol dice que *«os envían muchos saludos en el Señor»,* lo cual va más allá de la mera cortesía, hasta designar un entrañable afecto cristiano. Con ellos se había hospedado Pablo en Corinto (Hch. 18:1–3) y ahora se hallaban en Éfeso con él. Viene luego el saludo general (v. 20) de *todos los hermanos* de Éfeso que se hallaban con Pablo. Su saludo personal (v. 21) lo escribía *de su propia mano,* ya que el resto de la Epístola lo había dictado a un amanuense.

2. Con una exhortación a que se presten mutuamente las muestras de afecto fraternal (v 20b): *«Saludaos los unos a los otros con beso santo»* la misma frase de Romanos 16:16, donde dimos la explicación pertinente.

3. Con una solemne advertencia (v. 22). A veces, necesitamos que se nos amenace, a fin de que no perdamos el santo temor de Dios. El temor santo es muy buen amigo de una fe santa, lo mismo que de una vida santa.

(A) La persona, indefinida, a la que va dirigida esta solemne advertencia: *«Si alguien no ama* (gr. *phileí*, que indica amor entrañable, de buen amigo, como en Jn. 15:15–17, en las tres contestaciones de Pedro) *al Señor Jesucristo»*. Con esta expresión no se alude a verdaderos creyentes, sino a personas que se han colado en la membresía de la iglesia local sin haber experimentado una sincera conversión. «No amaban al Señor, dice Trenchard, porque nunca le habían conocido.» Hay muchos que tienen frecuentemente en su boca el nombre de Cristo, pero no le tienen verdadero amor en el corazón.

(B) La maldición que Pablo pronuncia contra tales personas: *«Sea anatema»* (comp. con 12:3, Gá. 1:8, 9). Dice L. Morris: «La expresión tan fuerte indica la profundidad de los sentimientos de Pablo acerca de una recta actitud hacia el Señor. Si alguien no tiene el corazón inflamado de amor al Señor, le falta la raíz del asunto. Es un traidor a la causa de la verdad».

(C) Es improbable, contra la opinión de los sucesores de M. Henry, que el saludo arameo con que Pablo cierra la Carta antes de la final bendición, tenga una conexión directa con el anatema que acaba de pronunciar. Los mejores MSS nos han transmitido dicha expresión aramea de la manera siguiente: *«Marana tha»*. La primera parte (*mar*) significa «Señor». La segunda (*ana* o *an*) significa «nuestro». El segundo vocablo (*tha*) significa «ven». Es, pues, una especie de oración breve o jaculatoria, como en Apocalipsis 22:20. Pero hay algunos MSS que leen *Marán átha*, lo que significa *«Nuestro Señor viene»* (lit. *ha venido)*, cuya interpretación más probable es que el Señor está a punto de venir, como una advertencia de la inminencia de la Segunda Venida del Señor.

4. Con buenos deseos para todos ellos y con expresiones de buena voluntad.

(A) Con buenos deseos en forma de bendición (v. 23): *«La gracia del Señor Jesús* (esté) *con vosotros»* (lit.). La gracia del Señor Jesucristo (comp. con 2 Co. 13:14) comprende todo lo bueno que nos viene del favor de Dios por medio de Cristo, para provecho nuestro en el tiempo y en la eternidad. Nada mejor podemos desear a nuestros amigos y hermanos en la fe. Mientras la fórmula más corta se halla en Colosenses 4:18: *«La gracia sea con vosotros»*, la más larga es la de 2 Corintios 13:14.

(B) Con una tierna declaración del amor que les tiene a *todos* ellos *en Cristo Jesús* (v. 24). Dice Morris: «Nótese ese *todos*. Él (Pablo) tenía en Corinto algunos fuertes adversarios. Pero envía su amor a todos ellos».

5. Finalmente, el vocablo *Amén* falta en los mejores MSS, con lo que, como dice Morris, «La última palabra de Pablo a los corintios es *Jesús*».

2 CORINTIOS

En 1 Corintios 16:5, Pablo había declarado su intención de girar una visita a Corinto de paso por Macedonia. Por lo que veremos en la presente Epístola, el apóstol giró efectivamente esta visita, la cual le ocasionó grandes amarguras. A continuación, les escribió *con muchas lágrimas* (2:4) una carta, enviada por medio de Tito. Esta carta fue escrita *con tristeza* (2:1, comp. con 7:8). Tito, a su vuelta, le dio al apóstol noticias de que los corintios se habían arrepentido de su rebeldía contra Pablo. Dicha carta se ha perdido, pero a ella se refieren la mayor parte de las alusiones que hallamos aquí, como veremos en el comentario.

La Epístola puede dividirse del modo siguiente:

I. Introducción (1:1–11).
II. Defensa que hace Pablo de su integridad personal (1:12–2:11).
III. Ministerio apostólico de Pablo (2:12–6:10).
IV. Apelación a la anchura de corazón y a la firmeza (6:11–7:3).
V. Consuelo que recibe Pablo con las noticias de Tito (7:4–16).
VI. Sobre la colecta para los creyentes pobres de Judea (8:1–9:15).
VII. Pablo enfatiza su autoridad apostólica (10:1–13:10).
VIII. Conclusión (13:11–14).

CAPÍTULO 1

Tras el saludo inicial (vv. 1, 2), el apóstol entona un himno de gracias a Dios por la bondad con que consuela a sus hijos (vv. 3–7) y declara a los fieles de Corinto los sufrimientos que había padecido en Asia (vv. 8–11). Pasa luego a testificar de su propia integridad así como de la de sus colaboradores (vv. 12–14), y termina el capítulo con una vindicación personal (vv. 15–24).

Versículos 1–2

1. La inscripción (v. l). Comienza la Carta con la misma expresión que usó en Romanos 1:1; 1 Corintios 1:1, pero sin el vocablo *kletós, llamado;* P. Gutiérrez hace notar que en Romanos y 1 Corintios «Pablo hablaba de la vocación (o llamamiento) de los destinatarios y les presentaba su propia vocación paralela a la de ellos, pero en un grado más elevado …, mientras que en 2 Corintios se limita a un sencillo saludo sin aditamento doctrinal». En esa inscripción asocia a su nombre el de *Timoteo,* a quien llama *hermano.* Al dignificar así a su hijo en la fe, muestra el apóstol su gran humildad, así como el deseo de que los corintios estimen a Timoteo como se merece. Timoteo estaba entonces con Pablo en Macedonia reemplazando a Sóstenes en su labor de secretario del apóstol, y ambos dirigen la Carta *a los fieles de Acaya,* la provincia sureña de Grecia, no sólo *a la iglesia de Dios que está en Corinto.*

2. El saludo (v. 2). Es exactamente el mismo de Romanos 1:7b y 1 Corintios 1:3, donde puede verse el comentario correspondiente.

Versículos 3–6

El apóstol comienza con una narración de la bondad de Dios hacia él y sus colaboradores en medio de sus múltiples tribulaciones. Se expresa en forma de acción de gracias a Dios.

1. La frase con que comienza el versículo 3, *«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo»,* se halla al pie de la letra en 1 Pedro 1:3. Quizá nadie mejor que E. G. Selwyn (citado por R. Tasker) ha compendiado la riqueza doctrinal de dicha frase: «Dios se revela ahora y se da a conocer … no sólo como Dios, sino como Dios revelado con relación a su Hijo Unigénito, y no sólo como su Padre, sino también como su Dios, pues la encarnación no agota la manifestación que hace Dios de Sí mismo. Y el Hijo es descrito en tres aspectos; con relación a nosotros *(nuestro Señor);* en su Persona *(Jesús);* y en su oficio prometido por Dios y universal *(Cristo)*».

2. Continúa Pablo llamando a Dios *el Padre de las compasiones* (lit.), hebraísmo para significar que Dios es infinitamente misericordioso (comp. Ef. 2:4). También le llama (v. 3b) «*y Dios de toda consolación»,* es decir, un Dios que tiene amor y poder suficientes para prestar el consuelo y la fortaleza necesarios a todos sus hijos en toda clase de circunstancias. Es interesante notar que, en cinco versículos (3–7), el verbo *consolar* o el sustantivo *consolación* aparecen nada menos que diez veces.

3. Aunque el apóstol dice en plural (v. 4) *«el que nos consuela»,* se refiere especialmente a su experiencia personal. Tanto él como sus colaboradores tenían tribulación en el mundo, pero tenían también la paz de Cristo (v. Jn. 14:27; 16:33). En el resto del versículo 4, el apóstol da a entender que el consuelo que recibimos de Dios en medio de las tribulaciones no es para que nos lo guardemos de forma egoísta para nosotros mismos, sino para que nosotros sirvamos como de canales por los que el consuelo que tiene su fuente en Dios llegue también a otros hermanos que se hallen bajo las mismas tribulaciones que nosotros. Sólo el que ha pasado por penosas experiencias está equipado para consolar a quienes pasan por situaciones similares. El que no sufre no puede «simpatizar» (sufrir con) con los que sufren.

4. El consuelo que los creyentes reciben en medio de las tribulaciones *es abundante por medio de Cristo, en la medida en que abundan en ellos los padecimientos de Cristo.* Vemos en este versículo 5 que los padecimientos de Pablo se identifican de algún modo con los de Cristo (comp. con 4:10; Fil. 3:10; Col. 1:24). La razón es que, al ser el cristiano miembro de Cristo, los sufrimientos de la Cabeza es natural que se extiendan a todo el organismo. En otras palabras, cuando el creyente sufre por Cristo, es Cristo mismo quien sufre en él, completando en sus miembros lo *que falta de las aflicciones de Cristo,* no para la redención del mundo, sino para la edificación de la Iglesia. Ese es especialmente el sentido de Colosenses 1:24, versículo que podría desorientar a algunos.

5. La conclusión que saca Pablo de esto (v. 6) es que, tanto las tribulaciones que padecía como las consolaciones que recibía, todo servía para que los lectores cristianos se animasen a *soportar los mismos padecimientos,* al ver que también ellos seguían las pisadas de Cristo.

Versículos 7–11

1. El apóstol escribe el versículo 7 para animar a los corintios y les expresa la esperanza que abriga del beneficio que sus propias penas y tribulaciones, así como las de sus colaboradores, han de reportarles a ellos. No sabemos a qué tribulación particular se refiere en el versículo 8, pero sí vemos que fue muy dura, ya que el griego dice literalmente: *«fuimos abrumados bajo peso excesivamente más allá del poder»*. Tan dura fue la aflicción que Pablo añade (v. 8b) *«hasta el punto de perder la esperanza aun de conservar la vida»*. Y, como si desease poner de relieve el grave peligro en que se halló, añade, en forma de paralelismo negativo, que (v. 9) había llegado a abrigar el presentimiento de que iba a perder la vida (lit. *«sentencia* (judicial) *de muerte»),* pero él lo echa todavía a buena parte, entendiéndolo como una prueba a la que Dios le sometía *a fin de que no confiase en sus propias fuerzas, sino en Dios que resucita a los muertos* (comp. con He. 11:19). Y, si es poderoso para devolver la vida a un cadáver, ¿cómo no podrá recuperar a un moribundo?

2. Apoyado en esa confianza, Pablo expresa en los tres tiempos del verbo *librar* (lit. rescatar), esa misericordia de Dios hacia él (v. 10): *«el cual nos libró, y nos libra, y en quien esperamos que aún nos librará, de tan gran muerte»*. Esta experiencia pasada le daba ánimos (y debe dárnoslos también a nosotros) para creer y esperar en un Padre tan bueno y poderoso. Olvida y menosprecia las liberaciones pasadas el que desconfía de las liberaciones futuras.

3. Sin embargo, el apóstol no se olvida del poder de la intercesión eficaz de los creyentes, unos por otros, ante el trono de la gracia. Por eso, añade a continuación (v. 11): *«contando también con vuestra cooperación por medio de vuestras oraciones a favor nuestro; y así serán muchos los que den gracias a Dios por causa nuestra por el beneficio otorgado a nosotros en respuesta a las oraciones de muchos»* (NVI). Dice Tasker: «No existen límites para el poder de la oración intercesora; y aunque el despliegue de la misericordia de Dios no depende de ella, podemos estar seguros de que nada desea tanto como el que los Suyos estén unidos en mutua intercesión, ofrecida en el nombre de Su Hijo».

Versículos 12–14

Bien podía Pablo solicitar la cooperación de los corintios por medio de la oración, pues estaba seguro de su propia integridad y de la sinceridad de su conducta.

1. Apela gozoso al testimonio de su conciencia, la cual es como un eco de la voz de Dios en nuestro interior. Pablo sigue expresándose en plural, e incluye a Timoteo (1:1), de cuya integridad y sinceridad podía testificar también con toda seguridad. La conciencia les daba buen testimonio de su comportamiento general *«en el mundo, y mucho más entre vosotros»* (v. 12). No quiere decir que se comportase en el mundo de diferente manera, sino que su comportamiento sencillo y sincero era más de notar entre los creyentes. El vocablo *eilikrineia*, que traducimos por *sinceridad* sale únicamente aquí, en 2:17 y en 1 Corintios 5:8. Su sentido más probable, a la vista de los otros dos lugares, es el de una pureza de intención sin mezcla de otros motivos, de forma que examinada a la luz del sol podría resplandecer sin que escorias ni manchas empañasen su brillo. La expresión *«sinceridad de Dios»* puede considerarse como equivalente a «sinceridad delante de Dios» o, a la vista de 2:17, como «sinceridad procedente de Dios, que es un don de Dios». Pablo no era un hombre de dos caras, sino de roble y de una pieza. Siempre podía saberse lo que pensaba, pues nunca era contrario a lo que decía y hacía. Como ministro de Dios, *nunca actuaba movido por la sabiduría carnal,* es decir, la del mundo con sus astucias, sus artimañas, bajos motivos y afición al propio engrandecimiento, *sino en la gracia de Dios* (lit.), es decir, «guiado y controlado *por la gracia de Dios»* (Tasker).

2. Apela también al testimonio de los propios corintios (vv. 13, 14), quienes, contra lo que sus oponentes murmuraban, podían testificar que las Cartas del apóstol llevaban las mismas marcas de sinceridad que las que resplandecían en toda su conducta. Ninguna doblez, ningún segundo sentido, podían leerse entre líneas en sus Epístolas ni percibirse en sus acciones. Los versículos 13b y 14 hacen mejor sentido en la NVI: «y *espero que, así como ya nos habéis comprendido en parte, también llegaréis*

a comprender perfectamente que podéis gloriaros de nosotros, lo mismo que nosotros nos gloriaremos de vosotros en el día del Señor Jesús» (comp. con Fil. 1:6). Los corintios comprendían todavía imperfectamente los escritos, y aun el proceder, de Pablo, pero llegaría el día en que la comprensión mutua sería perfecta, y perfecta también la gloria de ellos en Pablo y la de Pablo en ellos, cuando los secretos de los corazones quedasen manifiestos ante el tribunal del Señor.

Versículos 15–24

El apóstol vindica ahora su sencillez y sinceridad contra las imputaciones de ligereza e inconstancia que algunos le hacían.

1. En los versículos 15–17, vemos que Pablo había girado la visita que les anunció en 1 Corintios 16:5–7, pero no les había vuelto a visitar al regreso de Macedonia (v. 16), como él se había propuesto (v. 15) y ellos esperaban (v. 17), para recibir así *una segunda gracia* (v. 15b), es decir, un nuevo beneficio con la presencia y la predicación del apóstol. Les asegura que, efectivamente, ése era su propósito. No sabemos qué es lo que motivó el cambio de sus planes, pero sí les asegura que no fue por ligereza o por otros motivos carnales (v. 17). No cabe duda de que fue por circunstancias enteramente independientes de su voluntad, ya que él cumplía lo que prometía: cuando decía que *sí,* era que *sí;* y cuando decía que *no,* era que *no.* De eso (v. 18), *Dios le era testigo fiel.*

2. La palabra de Pablo no podía ser a la vez *sí y no, porque el Hijo de Dios, Jesucristo* (nótese la singular acumulación de epítetos), era la Verdad Absoluta (Jn. 16:4) y era el mismo de siempre (He. 13:8), y ¡ése era el Cristo que *Pablo, Silvano* (es decir, Silas) y *Timoteo les habían predicado!* (v. 19). De la misma manera que el Señor Jesucristo no era una persona de incertidumbre, de cambio, de componenda, tampoco la predicación acerca de Él había sido en labios de Pablo y de sus colaboradores, una palabra ambigua, cambiante, oportunista. El apóstol pone de relieve (v. 20) que *todas las promesas de Dios,* hechas mediante los patriarcas y los profetas del Antiguo Testamento, acerca del Mesías, su persona y su obra, se habían cumplido en Él. El versículo debe leerse, conforme a los mejores MSS, según la NVI: *«Pues todas cuantas promesas ha hecho Dios, son "sí" en Cristo, por lo cual, también por medio de Cristo respondemos "Amén" a Dios, para darle gloria».* Cuando, dentro o fuera del culto, decimos *«Amén»* (¡Así es!) a la inmutable palabra de Dios, le damos gloria, puesto que damos testimonio de que *Dios es fiel* (v. 18).

3. Ya hemos advertido en otros lugares que, aunque Pablo escribía en griego, pensaba en hebreo, por lo que, como hace notar Tasker, «de la misma manera que había jugado (v. 20) con la semejanza de las palabras "sí" y "amén", ahora (vv. 21, 22) juega con la afinidad del vocablo "amén" con el verbo hebreo que significa establecer o consolidar» (heb. *amán).* El mismo Jehová Dios que ha cumplido en Cristo todas sus promesas (v. 20), *nos ha consolidado* (v. 21) *con vosotros,* con todos los creyentes, en concreto (aquí), *con vosotros* los corintios, *en Cristo.* Y ese mismo Jehová Dios, nuestro Padre, que nos ha cumplido exteriormente su revelación en Cristo (v. He. 1:1, 2), nos la ha confirmado interiormente *mediante la iluminación de los ojos de nuestro corazón* (Ef. 1:18), *al ungirnos* (v. 21b) con su Espíritu (v. 1 Jn. 2:20, 27), *al sellarnos* con su Espíritu (v. Ef. 1:13) *y al darnos* (v. 22) *las arras del Espíritu en nuestros corazones* (comp. con 5:5; Ro. 8:16; Ef. 1:14). Las arras son un anticipo que asegura la promesa y forma parte del pago total.

4. El apóstol expone una buena razón por la que no pudo ir a Corinto como lo había propuesto (v. 23): Fue para beneficio de ellos mismos: *«Pongo a Dios por testigo, a fe mía, de que fue sólo por consideración a vosotros por lo que yo no regresé a Corinto»* (NVI). Sabía que allí había bastantes cosas que merecían censura, y él quería comportarse tiernamente con ellos. Les asegura solemnemente que ésa fue la única razón. Y para que no piensen que la frase *«por consideración a vosotros»* entrañaba cierta afirmación de «dominio» suyo sobre ellos, se apresura a añadir (v. 24): *«No es que pretendamos dominar* (comp. con 1 P. 5:3) *sobre vuestra fe, sino que estamos contribuyendo a vuestro gozo; porque por la fe,* no por mi control sobre vosotros, *estáis firmes».* Únicamente Cristo es el Señor de nuestra fe, pues Él nos revela lo que hemos de creer, y por su gracia hemos recibido el don de la fe. En cambio, Pablo, Apolos y los demás predicadores del Evangelio, no son *«sino servidores por medio de los cuales habéis creído»* (1 Co. 3:5) y, por tanto (v. 24b), los *que estamos contribuyendo a vuestro gozo;* «el gozo que deriva de la plenitud de la fe (Fil. 1:25), y que es garantía de la felicidad futura (Ro. 15:13; Gá. 5:22)» (P. Gutiérrez).

Nuestra fuerza y nuestra capacidad se deben a la fe, y nuestro consuelo, lo mismo que nuestro gozo, han de fluir de la fe.

CAPÍTULO 2

El apóstol continúa exponiendo las razones por las que no fue de nuevo a Corinto (vv. 1–4). Luego escribe acerca de la persona que le había ofendido (vv. 5–11), y pasa después a informarles de sus labores y frutos en la predicación del Evangelio (vv. 12–17).

Versículos 1–4

Pablo expone aquí la razón por la que no fue a Corinto: No quería entristecerles ni ser él mismo entristecido (vv. 1, 2). Con respecto al versículo 2, dice Ryrie: «El sentido es el siguiente: Si yo os hago daño, ¿quién quedará para alegrarme, sino gente triste? ¡Eso no serviría de ningún consuelo!» De nuevo advertimos que la Carta a la que Pablo se refiere en los versículos 3 y 4, no es la 1 Corintios como opinaban los comentadores antiguos, sino otra Carta que les escribió después de la visita anunciada en 1 Corintios 16:5–7, la cual no nos ha llegado. Nótese (v. 4) que las *muchas lágrimas* con que había escrito dicha Epístola no se debían a femenil sentimentalidad o cobardía ni al deseo de hacer el papel de víctima para que los corintios se entristecieran y tuviesen compasión de él, *«sino para que conocieseis el amor tan grande que os tengo»*. Una vez más, y no será la última, se echa de ver la gran anchura del corazón del apóstol.

Versículos 5–11

Los autores antiguos, al no tener en cuenta la Carta desaparecida, a la que Pablo acaba de hacer referencia en los versículos 3 y 4, identifican al ofensor de los versículos 5 y ss. con el incestuoso de 1 Corintios 5:1 y ss. Hay en especial dos detalles que no cuadran con el caso del incestuoso: 1. La persona de la que se trata aquí le había ofendido a Pablo *personalmente* (v. 5) y, de rebote, había ofendido a los miembros de la misma iglesia, *en parte, por no exagerar* (lit.). Esta última frase nos da idea de la ecuanimidad del apóstol; esta misma ecuanimidad brilla en los versículos 6 y ss., por los cuales se entrevé que algunos miembros de la congregación demandaban para el ofensor un castigo más severo del que había recibido de parte de la mayoría de la comunidad. La mención de la mayoría hace pensar que también había quienes se ponían, de algún modo, de parte del ofensor. Aun así, puesto que el ofensor había dado suficientes muestras de arrepentimiento, les exhorta ahora a que *le perdonen y le consuelen,* no sea que, en lugar de ser un castigo medicinal, la medida sirva para conducir al ofensor al aislamiento y aun a la desesperación (vv. 7, 8).

El *«Porque»* con que encabeza el versículo 9 significa que, así como al ordenarles, en la Carta desaparecida, el castigo del culpable, le habían sido obedientes, y reconoce su autoridad *en todo* (v. 9b) y no sólo cuando bien les parecía, también ahora esperaba que le obedecieran al perdonar al culpable (v. 10), como él le había perdonado *en la presencia de Cristo o en la persona de Cristo;* esto es, como delegado de Cristo o con la autoridad de Cristo; es más probable la primera traducción. La frase hacia el final del versículo 10 *«por vosotros lo he hecho»* viene a significar «para que ellos le imiten y se muestren benignos con el ofensor».

En el versículo 11 Pablo explica la razón por la que era necesario que ellos perdonasen y tratasen con amor al ofensor, como él le había perdonado en la presencia de Cristo. Si el rebelde, ya arrepentido de veras de la ofensa que había cometido, era dejado a merced de la tristeza, *Satanás habría ganado ventaja*, no sólo sobre él, sino también *sobre nosotros,* es decir sobre la congregación entera y sobre el propio apóstol. Dice P. Gutiérrez «Un exceso de severidad podría dar ocasión a que Satanás indujera al culpable a sentimientos de desesperación y tal vez a la apostasía o, mejor aún, alude aquí a las calumnias de sus adversarios judaizantes, quienes interpretarían mal un gesto de mano fuerte del apóstol en el caso presente del culpable y le imputarían el cargo de hombre vengativo, de ser un “tirano de la fe” de los corintios».

Comenta atinadamente el Crisóstomo: «Satanás destruye a algunos mediante el pecado; a otros, mediante una desmesurada tristeza que puede perdurar después del arrepentimiento por el pecado … ¡Nos vence así con nuestras propias armas!» No cabe, ciertamente, una *maquinación* más astuta. El apóstol no ignoraba esas *maquinaciones* (mejor, *intenciones;* gr. *noémata*, frutos de un pensamiento bien calculado) de Satanás.

Versículos 12–17

El apóstol hace ahora una larga digresión, a fin de informar a los corintios de sus viajes y labores, y declara al mismo tiempo que *no halló sosiego en su espíritu* (v. 13) *al no encontrar en Tróade a Tito*, así como después (7:5–7) habla del consuelo que le causó la visita de Tito al llegar el apóstol a Macedonia.

1. Vemos primero la labor infatigable del apóstol y la diligencia que ponía en tal labor (vv. 12, 13). Viajó por mar desde Filipos hasta Tróade (Hch. 20:6), y de allí fue a Macedonia. Le fue impedido cumplir su designio en cuanto al lugar de su labor, pero continuó trabajando con afán donde las circunstancias se lo permitían.

2. El motivo por el cual no halló sosiego en Tróade (v. 13) es, como explica Ryrie, «por no saber cómo había sido recibida su severa carta», ya que era precisamente Tito el encargado de llevarla a la iglesia de Corinto.

3. Los frutos de su ministerio cosechados dondequiera predicaba el Evangelio (v. 14), de lo que toma ocasión para dar gracias a Dios. La NVI ofrece una magnífica traducción de los versículos 14–17. Dice en el versículo 14: «*Pero gracias sean dadas a Dios, quien siempre nos conduce en cortejo triunfal en Cristo y por medio de nosotros exhibe por todas partes el perfume del conocimiento de Cristo*». Este estallido de acción de gracias supone ya el deseado encuentro con Tito. El verbo griego *thriambeuo*, que traducimos por «conducir en triunfo», sólo sale aquí y en Colosenses 2:15, cuyo comentario puede hallar el lector en su lugar. Tenía el significado de la triunfal procesión con que los generales romanos volvían a la urbe llevando tras de sí los prisioneros hechos en el campo de batalla. Dice Ryrie: «Pablo se considera a sí mismo gozosamente como uno de los prisioneros de Cristo, llevados en triunfo para gloria de Cristo». El Evangelio que Pablo predicaba era como el perfume del incienso, llevado por el viento a todas partes.

4. Este mismo incienso perfumado del Evangelio de Cristo tenía, y tiene (vv. 15, 16), dos efectos diametralmente opuestos: *Para los que* reciben la palabra y *van por el camino de la salvación* (el griego está en participio de presente), el Evangelio es un perfume grato: *olor de vida que conduce a la vida.* En cambio, para los que no se dejan persuadir por el Evangelio *y van por el camino de la perdición* (el gr. está igualmente en participio de presente), es *hedor de muerte que conduce a la muerte.* El apóstol continúa con la ilustración del cortejo triunfal. Al final de la procesión que terminaba en Roma, se quemaba incienso, no sólo como obsequio a los dioses protectores, sino también en honor de los generales vencedores. Este incienso olía bien para los cautivos a quienes se les perdonaba la vida, pero muy mal para los condenados a muerte. De manera similar, la predicación del Cristo que murió para salvarnos es perfume gratísimo para los que creen, pero es hedor de muerte para los incrédulos, porque mejor les sería no haber escuchado el mensaje, que rechazarlo después de oírlo, con lo que no tienen excusa ninguna.

5. Es en virtud de esta tremenda alternativa: salvación o condenación eternas mediante la predicación del Evangelio, por lo que el apóstol añade (v. 16b) en pregunta retórica: «*Y para tamaña empresa ¿quién se sentirá con suficiente competencia?*» (NVI). La respuesta a esta pregunta puede hallarse en 3:5, 6. Dice Gutiérrez: «El apóstol se siente presa de un sublime sentimiento de terror por sentirse (como agente del mensaje evangélico) responsable de tal discriminación de almas para la eternidad». ¿Y habrá quien asuma el ministerio de la Palabra a la ligera y suba al púlpito o a la plataforma confiado en sus propios recursos oratorios, cuando tan tremenda es la responsabilidad del predicador del Evangelio? ¡Todo candidato al ministerio debe reflexionar seriamente sobre este punto!

6. Con toda humildad, Pablo renuncia a proclamar que él se sienta competente, sino que piensa en esa *mayoría* (*«los muchos»*, como dice el original del v. 17) *que trafican con la palabra de Dios.* El verbo griego *kapeleuo* sale aquí por única vez en todo el Nuevo Testamento. Significa en su origen «vender al detalle», para hacer negocio, lo que se ha comprado al por mayor. Aquí no significa un aumento en el precio, sino una rebaja en la calidad del producto. Indica, pues, una predicación en la que el ministro de la Palabra rebaja la calidad del Evangelio para deleitar a los oyentes, en lugar de instruirles, corregirles y

amonestarles según lo requiere la salvación y la santificación de los oyentes. El apóstol no obra de este modo, propio de comerciantes. Como dice P. Gutiérrez, «San Pablo ni falsifica ni trafica con el Evangelio, mezclando elementos doctrinales heterogéneos …, sino que lo expone en toda lealtad y sinceridad, como de Dios, por una orden expresa de Dios, con su garantía de verdad, como miembro y ministro de Cristo, participando de su eficacia por razón de su unión con Él, con Cristo». El apóstol repite en este versículo el vocablo griego *eilikríneia*, sinceridad, que ya expusimos en 1:12.

CAPÍTULO 3

El apóstol se excusa de parecer recomendarse a sí mismo (vv. 1–5). Después establece una comparación entre el Antiguo Testamento y el Nuevo (vv. 6–11), de donde infiere cuál es el deber de los ministros del Evangelio, y los beneficios de quienes viven en la dispensación presente (vv. 12–18).

Versículos 1–5

1. Pablo comienza excusándose por parecer que se recomienda a sí mismo. En realidad, él no necesitaba ninguna recomendación verbal para ellos, ni cartas comendaticias de parte de ellos, como las necesitaban otros (v. 1), y da a entender en ese *«algunos»* que se refiere a los falsos apóstoles y maestros. Los corintios mismos eran su verdadera recomendación (v. 2) por la obra que en el corazón de ellos se había llevado a cabo mediante la predicación de Pablo, y esa obra, como una *carta abierta* para todo el mundo (v. 3), daba testimonio de que *el Espíritu del Dios viviente* era el agente principal del cambio que en ellos se había efectuado. El apóstol no se arroga ninguna gloria en ello; él se había limitado a *expedir*, como a echar al correo, la *carta de Cristo.*

2. Por eso, su confianza (gr. *pepoíthesin*, persuasión) estribaba en la actividad del Cristo resucitado, con lo que podía presentarse a rendir cuentas *delante de Dios* (NVI). Y de Dios, del «Todosuficiente», provenía, en efecto, la competencia que Pablo poseía para el ejercicio fiel de su ministerio (v. 5, comp. con 2:16b), pues si vamos a basarnos en nuestros propios recursos personales, no somos competentes ni siquiera para *razonar* convenientemente, aunque la versión más probable del verbo griego *loguísasthai* no es «pensar», sino «poner en cuenta». Lo que Pablo quiere dar aquí a entender es que no puede atribuirse a sí mismo, como a su propio crédito, «la transformación de las almas operada por el ministerio apostólico» (P. Gutiérrez).

Versículos 6–11

El apóstol pasa ahora a establecer una comparación entre el Antiguo Testamento y el Nuevo. Dios le había capacitado a él y a sus cercanos colaboradores *para ser ministros de este Nuevo Pacto.*

1. Distingue (v. 6) entre la *letra* de la Ley y la *vida* comunicada por el Espíritu en el Nuevo Pacto, el cual fue firmado con sangre en el Calvario, a fin de eximirnos de la obligación de guardar la extensa lista de normas y reglas dadas a Israel desde el Sinaí, de forma que los creyentes, «al aceptar el sacrificio de Jesús en la Cruz como el único medio de poder ser, como pecadores, reconciliados con Dios y someterse a la conducción del *Espíritu vivificante* de Cristo» (Tasker), puedan ser aceptados como cumplidores de toda la Ley. Llama a la Ley «letra que mata» porque los preceptos mosaicos demandaban una obediencia perfecta por parte de todos los que vivían *bajo el régimen viejo de la letra* (Ro. 7:6b), pero como la Ley no daba la fuerza necesaria para cumplirla al nivel de la santidad exigida por Dios, todos se hacían reos de desobediencia conducente a la muerte (v. Ro. 7:9; Gá. 3:10).

2. En los versículos 7–11, y sobre la base anterior, muestra la excelencia del Evangelio sobre la Ley.

(A) La Ley y, especialmente, los Diez Mandamientos que estaban grabados en tablas de piedra (v. 7) daba lugar a un *ministerio que causaba la muerte, la condenación* (v. 9), mientras que la predicación del Evangelio es *ministerio del espíritu* (v. 8), *ministerio* de vida, *de justificación* (v. 9b).

(B) La promulgación de la Ley en el Sinaí estuvo rodeada de tal gloria que ni Aarón ni los demás hijos de Israel pudieron acercarse al monte, y el propio Moisés tuvo que ponerse un velo sobre el rostro

para cubrir el brillo que su piel había adquirido después de estar, durante cuarenta días, cara a cara con Jehová. Y si tal fue la gloria con que fue dada la Ley, ¡cuánto más gloriosa no será la promulgación del Evangelio!

(C) La excelencia del Nuevo Pacto sobre el Antiguo es tal que este último no merece el epíteto de glorioso (v. 10) si se le compara con el Nuevo, ya que el Antiguo era *pasajero* (v. 11), por cuanto Cristo vino a poner punto final a la Ley (Ro. 10:4), mientras que el Nuevo *permanece,* pues el Evangelio es *eterno* (He. 13:20; Ap. 14:6). Como dice R. Knox, «su gloria (la del Viejo Pacto) palidece como el brillo de las lámparas cuando llega el alba». No sólo se eclipsa, sino que desaparece.

Versículos 12–18

1. *«Teniendo, pues, tal clase de esperanza,* dice ahora Pablo, *usamos de mucha franqueza»* (v. 12). El vocablo griego *parrhesía,* que suele verterse aquí por «franqueza», tiene el sentido de «valentía o denuedo para dirigir la palabra». Esta santa osadía tiene como principal motivo la gloria imperecedera del Evangelio que el apóstol había sido llamado a proclamar, conforme a lo que ha dicho en los versículos 7–11.

2. En cambio, Moisés no podía tener tal osadía, no se atrevía a caminar *a cara descubierta* (comp. con el v. 18), sino que (v. 13) *ponía un velo sobre su rostro, para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el fin de aquello que era pasajero.* Nótese bien que Pablo no dice que Moisés se pusiera el velo para que no se viese su rostro resplandeciente, sino precisamente *para que no se viese la desaparición de tal resplandor,* por cuanto *era pasajero,* como la gloria de la Ley que de Dios había recibido.

3. *Pero los pensamientos de los israelitas se embotaron* (gr. *eporóthe,* se endurecieron) por no comprender que la dispensación de la Ley era pasajera, transitoria, como el resplandor del rostro de Moisés. Pensaban que el Pacto Viejo (comp. He. 8:6–13) tenía carácter permanente, por lo que se negaban a reconocer en Cristo al Mediador del Nuevo Pacto que daba al traste con una dispensación fenecida. Por consiguiente, mientras un judío no se percata del carácter transitorio de la Ley y se vuelve a Cristo, y acepta así el Evangelio, el velo que cubría el rostro de Moisés se convierte para él como en una especie de tupido velo sobre el corazón, que le impide reconocer en Jesús al Mesías (vv. 14, 15).

4. *Ese velo se quita del corazón de un judío* (v. 16) *cuando se convierte al Señor,* es decir, cuando se vuelve hacia Jesucristo. Como muy bien hace notar Tasker, «el lenguaje del apóstol está coloreado por el relato del Éxodo, especialmente por Éxodo 34:35. Siempre que Moisés entraba a la presencia de Jehová, se quitaba el velo … Y así, siempre que Moisés se ponía de cara a Jehová, podía también sacarse la conclusión de que había vuelto la espalda a la Ley que había estado promulgando». De la misma manera, el israelita que se convierte a Cristo es como si se despojara del velo que le cubría el corazón, para tener un encuentro personal con el Señor.

5. El apóstol explica a continuación la razón por la que, al volverse una persona a Cristo, se le quita el velo de sobre el corazón (vv. 17, 18): *«Mas el Señor* (Cristo) *es el espíritu; y donde está el espíritu del Señor,* (hay) *libertad. Y todos nosotros, contemplando a cara descubierta la gloria del Señor, vamos siendo transformados de gloria en gloria a la misma imagen, tal como por medio del Señor* (que es) *espíritu»* (lit.). Estos dos versículos necesitan un análisis detallado:

(A) Para entender el sentido del difícil versículo 17, es menester tener en cuenta que, en todo el capítulo, el apóstol no pierde de vista el contraste entre la Ley y el Evangelio, con sus respectivas funciones: la letra que mata y el espíritu que vivifica (v. 6). Un nuevo elemento ha venido a añadirse a ese doble contraste: el velo cubierto y el velo descubierto; la remoción del velo es lo que da capacidad, franqueza y libertad para ver la gloria del Señor.

(B) El espíritu vivificante (comp. con 1 Co. 15:45b) es el que efectúa esta doble transformación: (a) La instantánea de la remoción del velo en el momento de la conversión (v. 16) y (b) la progresiva de la santificación (v. 18. Nótese el presente de la voz pasiva del verbo *«vamos siendo transformados»).* Cristo estaba lleno del Espíritu ya en su vida mortal (Jn. 3:34), pero sólo después de consumar la obra de la redención, pudo hacernos partícipes de su espíritu. Es entonces cuando la plenitud del Espíritu Santo en Él, que equivale a la plenitud de la Deidad (Col. 2:9) habitante en Él, puede desbordarse hasta todos los que son miembros de su Cuerpo que es la Iglesia. Sólo a partir de su resurrección es Cristo *«espíritu vivificante».*

(C) Por el versículo 18 vemos que el proceso de la santificación es, en realidad, un proceso de contemplación del Señor (comp. con Col. 3:1–3 y, sobre todo con He. 12:2). Aunque el verbo griego *katoptrizómenoi* puede significar *«reflejando como un espejo» y* es cierto que el creyente espiritual no puede menos de reflejar de algún modo, aunque siempre imperfecto en esta vida, la imagen del Señor, el sentido del texto es aquí, con la mayor probabilidad, *«contemplando como en un espejo»*, ya que el resultado directo, según el contexto, no es el testimonio, sino la transformación personal. Llegará un día en que nuestra semejanza con Cristo será perfecta (v. 1 Jn. 3:3).

(D) Adrede dejamos para el final el análisis del versículo 17, pues es una consecuencia de lo que venimos diciendo. Todos los autores evangélicos que conozco coinciden en dar (al menos, como más probable) a dicho versículo la interpretación siguiente: Cristo y el Espíritu Santo tienen una misma naturaleza divina, aunque son dos personas distintas. Y lo comparan con Juan 10:30. Cómo se puede cometer tal disparate, es cosa que no llego a entender, puesto que Jesús no dijo: «Yo soy el Padre», lo cual sería falso al confundir las personas, sino: «*Yo y el Padre somos un (mismo ser)*» donde no hay tal confusión de personas. «*El Señor es el espíritu*» (lit.) no admite otra interpretación que la que hemos dado, y que en el fondo coincide con la de P. Gutiérrez. La segunda parte del versículo se confirma con textos como Juan 3:8; 8:32 y ss.; Gálatas 5:1, 13.

CAPÍTULO 4

En este capítulo, el apóstol muestra, I. el carácter sobrenatural del ministerio (vv. 1–7), y, II. las circunstancias en que se lleva a cabo (vv. 8–18).

Versículos 1–7

Al ampliar la idea de 3:12, el apóstol declara ahora su fidelidad en el desempeño de un ministerio tan glorioso como el que le ha sido encomendado.

1. En 2:17, Pablo había afirmado que él no era de los que traficaban con la Palabra de Dios. Aquí (vv. 1, 2) amplía dicha declaración y dice que, al deber a la misericordia de Dios tanto su llamamiento al ministerio como el fiel desempeño del mismo (comp. con 1 Co. 15:10), no necesita, ni puede, andar con subterfugios deshonestos ni proceder con astucia mundana. De una vez por todas *(«renunciamos»* es aoristo en el original), tomó la decisión de no usar de tales medios (comp. con 11:3 y Ef. 4:14, donde sale el mismo vocablo que traducimos por *«astucia»)* y de no falsificar la Palabra de Dios, sino de exponer clara, lisa y llanamente la Palabra de Dios, sin darla a medias ni rebajarla en un ápice. En eso, no desmayaba nunca (v. 1b. El verbo está en presente). La conciencia le daba testimonio *(«le recomendaba»*, v. 2b), no sólo delante de Dios, sino también *ante toda conciencia humana* dispuesta a juzgar con imparcialidad, del fiel desempeño de tal cometido.

2. A continuación, el apóstol sale al paso de una objeción que podría oponérsele: «¿Cómo, pues, sucede que muchos de los que oyen el Evangelio, no son impresionados por su luz gloriosa, como si estuviera cubierto con un velo?» La respuesta es clara y tajante: El Evangelio que Pablo predica *está encubierto* (participio de pretérito perfecto) *para los que van por el camino de la perdición* (v. 3. Este otro verbo está en presente, como en 2:15), debido a la obcecación (siempre voluntaria) producida en ellos por la acción de Satanás, *el dios de este mundo* (el amo y señor de los mundanos. Comp. con Lc. 4:6; Jn. 12:31; 14:30; 16:11; Ef. 2:2). «Las mentes de los incrédulos obcecados están imposibilitadas para captar el contenido del Evangelio» (P. Gutiérrez). Y, al no recibir la iluminación del Evangelio que pone de manifiesto *la gloria de Cristo*, tampoco pueden llegar a un recto conocimiento de Dios, del que Cristo es imagen perfecta (v. 4b, comp. con Fil. 2:6; Col. 1:15; He. 1:3).

3. En el versículo 5, Pablo se sacude toda responsabilidad en la perdición de los incrédulos, puesto que él no se predica a sí mismo, sino que expone fielmente el Evangelio de Cristo, quien es el único Señor y Salvador de los hombres, mientras que los predicadores son únicamente administradores (1 Co. 4:1 y ss.) y aun *siervos* de aquellos a quienes predican (v. 5b, comp. con 1 Co. 3:5; 9:19). Verdaderamente, todo el Evangelio se centra en Cristo; de modo que, al predicar a Cristo, se predica todo

lo que se debe predicar. Y, ¿cómo podrán sucumbir a la tentación de orgullo los que deben ser siervos de los hombres, no siervos de las pasiones de los hombres, sino de la salvación de sus almas?

4. Con un *«Pues»* (gr. *hoti),* que da introducción a una cita de Génesis 1:3 el apóstol compara con la creación de la luz material la iluminación sobrenatural que la predicación del Evangelio de Cristo produce en los corazones (v. 6, comp. con Ef. 1:18). La conexión con el versículo 5 está indicada por la partícula mencionada, a fin de explicar «en primer lugar, por qué Pablo predica a Jesús, y en segundo lugar, por qué es siervo de los corintios» (Tasker). En efecto, él había sido iluminado por el resplandor de Cristo (¿alude quizás a la luz que le cegó en el camino de Damasco?), y la luz que había recibido no era para que se la guardase para sí solo, sino para transmitirla a otros. «La gloria de Dios reflejada en Cristo, su imagen perfectísima, se percibe y se posee interiormente en nuestros corazones por medio de los apóstoles, cuya misión es darla a conocer a las almas» (Gutiérrez).

5. El versículo 7 sirve de enlace entre lo que precede y lo que sigue: *«Pero llevamos este tesoro en vasijas de barro, para mostrar que este sublime poder del evangelio es de Dios y no procede de nosotros»* (NVI). Pablo llama «tesoro» al Evangelio porque no hay en todo el Universo joya tan valiosa ni provechosa como el anuncio de que Dios está presto a otorgar el perdón de todos los pecados y a conceder la vida eterna en comunión íntima con Él a todos cuantos, sin poner nada de su parte, se limiten a extender la mano para recibir un don tan sublime. Y ese *«tesoro»,* como joya en estuche de barro, es llevado y ofrecido por hombres débiles, frágiles, mortales. ¿Cómo habrían de predicarse a sí mismos? El hecho paradójico de que una vasija tan frágil sea portadora de tan rico tesoro tiene por objeto poner de relieve que el Evangelio no es una invención del predicador y que las conversiones llevadas a cabo mediante la predicación no se deben a su competencia humana ni a su elocuente oratoria, sino al sublime poder de un Dios soberano, que es quien produce el efecto interior (comp. con 1 Co. 3:5–7).

Versículos 8–18

1. En una serie de cuatro frases paradójicas (cuatro pares de participios), el apóstol (vv. 8, 9) contrasta lo que le ocurre a una frágil vasija de barro con la manifestación del sublime poder de Dios en las más difíciles circunstancias: *«Se nos aprieta de firme por todas partes, pero no somos aplastados; nos vemos apurados, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no destruidos»* (NVI). En cualquier situación, por penosa que sea, los hijos de Dios tienen en Él y de Él consuelo, ayuda y fuerzas; siempre hay un *«pero no»* que hace llevadera, y aun consoladora, la situación más difícil y peligrosa.

(A) En el primer par de participios, parece ser que Pablo tiene en mente la imagen de un soldado que se ve cercado de enemigos por todos los lados, pero no le ponen en tal estrechura que le quiten toda libertad de acción. Es corriente en los Salmos la metáfora de ser sacado a espacio amplio para indicar la liberación de un piadoso israelita, o del propio salmista, de la estrechura en que le habían puesto sus enemigos.

(B) En el segundo par se comparan dos verbos de la misma raíz, siendo el segundo compuesto del primero (gr. *aporúmenoi all' ouk exaporúmenoi).* El primero indica perplejidad; el segundo lleva esta perplejidad hasta la desesperación. «El énfasis recae en los limitados medios que, humanamente hablando, estaban al alcance de Pablo. Se halla sin las adecuadas provisiones, pero no del todo» (Tasker).

(C) El tercer par nos presenta al apóstol como a un perseguido al que se está a punto de dar caza, pero no hasta el punto de sentirse *desamparado* (el mismo verbo de Mt. 27:46; Mr. 15:34).

(D) En el último par vemos el contraste entre *ser echado abajo* (lit.) esto es, derribado en tierra, y el *no ser destruido* (el tan conocido verbo griego *apóllumi*, que se repite unas 90 veces en el Nuevo Testamento).

2. La razón suprema de este triunfo de Pablo en medio de las más difíciles situaciones la da en el versículo 10, al decir: *«Siempre llevando de una parte a otra en nuestro cuerpo la condición mortal de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo»* (NVI). El apóstol no dice que lleve en su cuerpo *la muerte,* sino *el continuo morir* (gr. *nékrosin),* de Jesús. El versículo ha de leerse a la luz de Gálatas 2:20 y Colosenses 1:24. Dice P. Gutiérrez: «Esta reproducción de los sufrimientos de Cristo en la vida del apóstol trae consigo la manifestación simultánea y continua de su poder salvador». Pablo lo explica en los versículos 11 y 12: El continuo morir de Pablo por Cristo (v. 11, comp. con 1 Co. 15:31) en una prolongación del morir de Cristo en Pablo, de forma que la vida que el morir de Cristo, ya

ahora resucitado, era capaz de conferir, actuaba primeramente en el apóstol sufriente para desbordarse después hasta aquellos por cuyo servicio estaba continuamente en peligro de muerte (v. 12): *«Hasta el punto de que la muerte actúa continuamente en nosotros; mas la vida* (actúa continuamente) *en vosotros»* (lit.).

3. A continuación da otras razones por las que se mantuvo firme entre tales y tan numerosas aflicciones:

(A) La fe le guardó de desmayar (v. 13). La gracia de la fe es un estupendo tónico contra el desmayo en momentos difíciles. Así como él seguía el ejemplo del salmista (v. Sal. 116:10 en la versión de los LXX), quien, ante la proximidad del *Seol* (v. 3), había invocado a Jehová y pudo entonar un cántico de acción de gracias por la liberación obtenida, también Pablo nos deja su admirable ejemplo: *«Con ese mismo espíritu de la fe, también nosotros creemos y, por eso, hablamos»* (NVI). Como dice Denney: «No todos los creyentes han de ser maestros y predicadores, pero todos han de ser confesantes. Todo el que tiene fe tiene un testimonio que dar ante Dios».

(B) La esperanza de la resurrección le guardó de hundirse (v. 14, comp. con 1 Ts. 4:14). Su esperanza no podía estar mejor fundada, ya que el Dios que resucitó a Cristo, la cabeza, también había de resucitar a los miembros. Nótese que Pablo no dice que nos resucitará por medio de Jesús, sino *en unión con Jesús* (gr. *sun lesoú.* Recuérdese lo dicho acerca de esta preposición en el comentario a 1 Co. 15:10b).

(C) La consideración del beneficio que de sus padecimientos se le había de seguir a toda la Iglesia (v. 15, comp. con Col. 1:24, 25) le guardó también de desmayar. El apóstol, como Jesús en Juan 4:35, ve ante sí una espléndida cosecha de almas que, mediante su predicación y sus padecimientos, llegan al conocimiento de la verdad y se salvan por la gracia de Dios (1 Ti. 2:4). Esto provoca un desbordamiento de *acción de gracias para gloria de Dios* (v. 15b).

(D) El proceso de continua *renovación* espiritual (comp. con Ro. 12:2, donde se halla el sustantivo de la misma raíz) es un incentivo más contra el desmayo que podría causar el deterioro constante que las penalidades causan *en el hombre exterior* (v. 16), es decir, en el cuerpo con todo lo que va implicado en el psiquismo natural (comp. con 1 Co. 15:44a). Mientras ese hombre exterior *se va corrompiendo* (el verbo está en presente), el interior, «la personalidad invisible, vivificada por la gracia del Espíritu Santo» (Gutiérrez), *se va renovando* progresivamente en un proceso inverso. Comenta Denney: «El deterioro del hombre exterior en el impío es un espectáculo que provoca la melancolía, porque es el deterioro de todo; en el cristiano, no llega a tocar la vida que está escondida con Cristo en Dios (v. Col. 3:3), y que es en el alma misma un manantial de agua que brota para vida eterna» (V. Jn. 4:14b).

(E) Finalmente, el apóstol (vv. 17, 18, comp. con Ro. 8:18) siente su optimismo estimulado constantemente por *tener la mirada fija* (v. 18) en la gloria celestial, cuyo *peso* (de oro, no de plomo como el de Hebreo 12:1, donde el griego *ónkos* significa «impedimento», mejor que «peso») hace bajar el platillo de la balanza de tal manera que no hay tribulación capaz de hacer bajar el platillo opuesto, ya que, en comparación con la gloria eterna, toda tribulación en esta vida es *leve,* esto es, ligera, sin peso, y *momentánea,* temporal, transitoria (comp. con He. 11:26). Quien tiene la mirada fija en lo eterno, aunque no se ve, no apegará su corazón a lo temporal, por mucho que se vea (v. 18). ¿Quién será tan loco como para aventurarse a una eternidad de tormento por el fugaz placer de un momento, o para desmayar ante una leve tribulación, si tiene la mirada fija en una eternidad de consolación? Los ojos de la fe tienen mayor poder que los ojos de la carne, pues éstos sólo alcanzan a las proximidades de lo presente, de lo temporal, mientras que los de la fe penetran hasta detrás del velo, a lo eterno; *«evidencia de lo que no se ve»* (He. 11:1).

CAPÍTULO 5

El apóstol, I. continúa exponiendo los motivos por los que no desmayó bajo las tribulaciones; ahora, su seguridad de felicidad eterna después de la muerte (vv. 1–5). II. Una consecuencia para consuelo de todos los creyentes (vv. 6–8), y otra para incitarles a cumplir con sus deberes (vv. 9–11). III. Se excusa por parecer que se está recomendando a sí mismo (vv. 12–15). IV. Describe dos cosas que son necesarias para estar en Cristo (vv. 16–21).

Versículos 1–11

1. Pablo menciona su expectación, y su deseo, de la eterna felicidad (vv. 1–5).

(A) La expectación gloriosa de todo creyente después de la muerte (v. 1). *«Porque sabemos* (no es conjetura, sino certeza absoluta) *que si se destruye nuestra casa terrenal, esta tienda de campaña* (comp. con 2 P. 1:13, 14) *en que peregrinamos, tenemos una sólida mansión construida por Dios* (comp. con Jn. 14:2; He. 11:13–16; 13:14), *un apartamento no levantado por manos humanas y que durará eternamente en los cielos»* (NVI). Pablo dice *«tenemos»*, en presente, porque aquella mansión ya es nuestra por derecho de herencia (Ro. 8:17) y posición legal (Ef. 2:6).

(B) Cambiando de metáfora, el apóstol considera ahora el cuerpo mortal como una vestidura del alma (vv. 2, 5). Lo que al creyente le espera tras de la muerte es el revestimiento de inmortalidad (comp. los vv. 2–4 con 1 Co. 15:53, 54). El apóstol no anhela la muerte para quedar desnudo, sin cuerpo; esta idea gnóstica no entraba en la mentalidad de Pablo. El apóstol aspira siempre a la resurrección (comp. con Fil. 3:10–14, 20, 21); por eso, late en ese *«gemimos»* de los versículos 2 y 4 el natural horror a la muerte, y desea ser *transformado* en lugar de ser *resucitado* (v. 1 Co. 15:51), *revestido* de inmortalidad (v. 2, comp. con 1 Co. 15:53), en lugar de ser hallado *desnudo* (v. 3), esto es, sin cuerpo. La opinión de Calvino y de algunos expositores catolicorromanos (no de P. Gutiérrez) de que *«vestidos y no desnudos»* (v. 3) significa «vestidos con la justicia de Cristo» o «en estado de gracia», carece de toda probabilidad dentro de este contexto.

(C) El creyente tiene para todo esto una doble garantía: El designio de Dios al hacer de él «una nueva creación», y el sello del Espíritu, que es la garantía de la inmortalidad (v. 5): «*Y el que nos produjo* (comp. con el v. 17 y con Ef. 2:10) *para esto mismo* (es) *Dios, el que nos dio las arras del Espíritu»* (lit.). Cuando Dios nos escogió en Cristo (Ef. 1:4) antes de la creación del mundo, ya nos preparó para esto y, al hacer que naciéramos de nuevo, de arriba, nos creó de nuevo, hizo de nosotros una «nueva obra suya», como dice el griego de Efesios 2:10 *(poíema,* ¡un poema, una composición!) Éste es el sentido del aoristo *katergasámenos* (de *katergázomai*, que no hay que confundir con *katarguéo*, abolir o hacer ineficaz). Esta obra de Dios en nosotros queda confirmada por la donación del Espíritu (comp. con Ro. 5:5) como *arras*, garantía segura de nuestra futura inmortalidad. El vocablo *arrabón*, que sólo sale aquí, en 1:22 y en Efesios 1:14, se distingue de *aparkhé*, primicias, en que este último indica «los primeros frutos» (v. por ej., 1 Co. 15:23) de una futura cosecha, mientras que *arrabón* denota directamente la garantía o prenda que se da en señal segura del pago total.

2. De aquí infiere el apóstol que el cristiano puede vivir siempre con buen ánimo (v. 6), sabedor de que es como un «emigrante» (nueva metáfora) que va de paso por este mundo, pero tiene su ciudadanía real en el cielo (Fil. 3:20), donde está su hogar, *«en la presencia del Señor»* (v. 8b). En efecto, los verbos griegos que traducimos (vv. 6, 8 y 9) por «habitar» *(endemésai)* y por «estar ausentes» *(ekdemésai)* significan respectivamente «estar en el domicilio, en el hogar propio» y «estar en el destierro, lejos del hogar». El apóstol siente vivamente la nostalgia de quien se ve lejos del hogar donde están los seres queridos, que le aman y le esperan, aunque la fe le da ánimos para vivir gozoso y confiado. Por eso, intercala, como un paréntesis, el versículo 7: *«porque por fe andamos, no por vista»*. La fe le da al creyente la garantía de que existe el hogar celestial al que aspira y espera ir, y que allí está el Señor, aunque no vea de momento el hogar ni al Señor mientras vive en este destierro. Ésta es la interpretación más probable y natural de este versículo 7, con lo que debería desecharse la referencia a 4:18, ya que el sentido y el contexto son completamente distintos.

3. Lejos de permanecer extático mirando al Cielo (comp. con Hch. 1:11), el apóstol saca de aquí otra inferencia sumamente práctica (Pablo era enormemente pragmático), que nos sirve de estupenda lección (vv. 9–11): Lo que realmente importa, ya estemos en casa o en el destierro (v. 9), es que hagamos lo que es agradable al Señor (comp. con Ro. 12:2b), es decir, que en todo cumplamos lo que pide de nosotros; momento a momento, que hagamos su voluntad. Como en 1 Corintios 3:12–15, su pensamiento vuela hasta el Día de Jesucristo (Fil. 1:6), el día de las recompensas. El versículo 10 queda muy claro en la NVI: *«Porque es menester que todos comparezcamos ante el tribunal* (gr. *bëma) de Cristo, para que cada uno reciba su retribución conforme a lo que haya hecho durante su vida mortal* (lit. *mediante el cuerpo), ya hayan sido obras excelentes* (gr. *agathón*, aplicado aquí a cosas de las que se saca provecho) o *de baja calidad* (gr. *phaúlon*, lo vil, ruin, despreciable)». Toda la fraseología del versículo apunta al juicio de recompensas *para los creyentes.* NO SE TRATA, PUES, DEL JUICIO PARTICULAR

INMEDIATAMENTE DESPUES DE LA MUERTE (como piensan los católicos—Gutiérrez—), NI DEL JUICIO FINAL, UNIVERSAL (como opinan los protestantes amilenaristas—Tasker, Denney, etc.—, quienes hallan problemas en conciliar la enseñanza de este versículo con la clara doctrina bíblica de la justificación por la fe).

Versículos 12–15

1. El apóstol se excusa (vv. 12, 13) de parecer que se recomienda a sí mismo y a sus colaboradores ante los corintios, pero no lo hace por eso, sino para que ellos mismos tengan ocasión de defenderle a él y responder debidamente a quienes atacaban a Pablo, como si en su santo celo y en la manifestación de los carismas de que estaba lleno (v. 1 Co. 14:18, 23; 2 Co. 12:2), se excediera hasta la locura (v. 13). El mismo reproche recibió después de labios del procurador Festo (Hch. 26:24). También el Señor Jesús fue tenido por loco (v. Mr. 3:21) por sus propios familiares. Es cosa corriente tener por locos a quienes se dedican con todo fervor al servicio de Dios y a la salvación de las almas (comp. con 1 Co. 2:14). Pablo replica que, si alguien cree que se está excediendo en sus arrebatos espirituales, lo hace *por Dios,* quien le comprende bien, aun cuando algunos hombres no le entiendan. Y en todo lo que les parezca hecho y dicho con cordura, el beneficio es por el bien de ellos (v. 13b).

2. A continuación, expone el principio motivador de su conducta en todo lo que dice y hace, ya sea tenido por loco o por cuerdo (v. 14). *Le apremia,* le urge, le constriñe (el mismo verbo de Lc. 12:50), *el amor de Cristo.* Este genitivo puede tomarse como subjetivo (el amor de Cristo a los hombres; aquí, en concreto, a Pablo) o como objetivo (el amor de Pablo a Cristo, en justa correspondencia al amor que Cristo le tenía a él—comp. con Gá. 2:20b—). En vista del contexto posterior (v. 14b y ss.), es más probable que Pablo se refiera aquí al amor que llevó a Cristo a la Cruz para redención de la humanidad perdida.

3. En efecto, Pablo había llegado, de una vez por todas, a la persuasión (lit. *juicio,* esto es, decisión) de que *«uno* (Cristo) *murió por todos; por tanto, los todos murieron»* (lit.). De este versículo 14b, se han dado tres interpretaciones: (A) Cristo murió por todos en general, porque todos eran reos de muerte por el pecado en que todos habíamos incurrido (así, entre otros, Juan Crisóstomo). La preposición que Pablo usa es *hypér,* a favor de. (B) «Todos» significa los que, al estar unidos a Cristo por fe (unión simbolizada en el bautismo—Ro. 6:3–11—), con Él murieron legal y místicamente y con Él están crucificados (Gá. 2:20, tomado en este sentido. Así opinan Ryrie, Gutiérrez, etc. con la mayor parte de los exegetas modernos). (C) «Todos murieron» se refiere a los creyentes, en el sentido de que, al morir Cristo en la Cruz, llevó sobre sí los pecados de ellos, pagó la pena que ellos merecían, murió como sustituto de ellos (Denney, Tasker y algunos otros). En un contexto evangelístico y universalista, como es el que sigue en los versículos 15–21 y hasta llegar a 6:2, opino personalmente a favor de la primera interpretación.

Permítaseme hacer notar que, SEGÚN LA BIBLIA, la obra del Calvario *en su ejecución,* abarca cuatro aspectos, todos ellos de carácter universal (para toda la humanidad): *Rescate o redención* (v. 2. P. 2:1), *expiación o purificación* (He. 1:3), *propiciación* (1 Jn. 2:2b) y, como veremos de inmediato (v. 19), *reconciliación.* Otra cosa, muy distinta, es su *aplicación* particular, personal, de gracia, mediante la fe (Ef. 2:8), por obra del Espíritu Santo, con otros cuatro aspectos: *nacimiento nuevo* (mejor, *de arriba) o regeneración, justificación, santificación y glorificación.* En qué forma obra Dios, por medio de su Espíritu, en el hombre para la salvación personal de éste, lo veremos en el comentario a Efesios 2:8–10. En cuanto a los aspectos universales, recomiendo el estudio de las páginas 321–347 de mi libro *La Persona y la Obra de Jesucristo,* y agradeceré toda observación caritativa o crítica constructiva que se me haga.

4. El apóstol continúa (v. 15): «Y *por (hupér) todos murió* (Cristo), *para que los que viven, ya no vivan más para sí mismos, sino para el que por* (gr. *hupér) ellos murió y fue resucitado»* (lit.). Los que opinan que Pablo se refiere en el versículo 14b a la experiencia mística simbolizada en el bautismo (Ro. 6:3–11), ven aquí, tras de la muerte con Cristo, el comienzo de la vida nueva con Cristo. Nótense, sin embargo, dos detalles: (A) Pablo no dice: «Y por todos murió, para que todos vivan», sino: *«Y por todos murió, para que LOS QUE VIVEN …», lo* que me confirma en mi opinión de que ese *«todos»* sigue siendo *universal,* mientras que ese *«los que viven» particulariza* a los salvos. (B) Pablo no dice: «Y por todos murió, para que vivan con Él», sino: «*Y por todos murió, para que los que viven … vivan para Él».* Lo que Pablo pone aquí de relieve es que, puesto que la muerte y resurrección de Cristo nos han

procurado una nueva vida, esa vida la hemos de vivir sin egoísmo, para su gloria y al servicio de nuestros semejantes.

Versículos 16–21

Dos son las cosas necesarias para que nuestra vida sea vivida para Cristo: la regeneración y la reconciliación.

1. La regeneración (vv. 16, 17). La obra de la redención cambió *de tal modo* la faz de las cosas, que Pablo, una vez convertido a Cristo, ya no juzga por las apariencias exteriores, *ya no conoce según la carne, a nadie. «De aquí en adelante»* no significa «desde el momento en que escribo esto», sino «desde que fui hecho nueva criatura (v. 17) en Cristo». Antes de su conversión, la idea que tenía de Cristo era «la de la mentalidad rabínica» (Gutiérrez). Ahora ve a Cristo como a la Cabeza de la nueva humanidad, y a los creyentes como a miembros de dicha Cabeza. En esta nueva visión, Pablo no excluye *a nadie* de la novedad que la Obra de Cristo ha inaugurado: Todo ser humano entra potencialmente en la órbita de la redención (por eso, ha de predicarse el Evangelio a toda criatura,—Mr. 16:15, 16—), y aun el Universo entero tiene su centro en Cristo (Ef. 1:10). La redención adquiere carácter «cósmico» (comp. con Ro. 8:19–22). *«De forma que si alguno está en Cristo, está creado de nuevo. ¡Lo viejo pasó! ¡Ha venido lo nuevo!»* (v. 17b, NVI). El adjetivo griego *kainé* indica novedad en algo que ya existía. Así ha de entenderse la «creación» aquí, como en Efesios 2:10. El «nuevo hombre» no es otro hombre, sino el mismo que ya existía, aunque cambiado, renovado. Dice Tasker: «Todo hombre regenerado por el Espíritu de Dios es una nueva creación, y un mundo en el que existen tales creaciones es, al menos potencialmente, un nuevo mundo».

2. La reconciliación (vv. 18–21). El vocablo griego *katallagué* indica, en su origen, una transacción, un cambio, especialmente de moneda. Esta «transacción» de que habla aquí Pablo se describe de modo maravilloso en el versículo 21.

(A) *Todo esto,* dice el apóstol (v. 18), toda esta transformación, *proviene de Dios,* tiene su origen en Dios el Padre (comp. con Jn. 3:16; 1 Jn. 3:1). Él fue quien propuso la transacción y ofreció el precio mediante el sacrificio del Calvario (Jn. 10:18; Hch. 2:23b; 20:28b; 1 P. 1:18, 19). La idea de un Dios Padre airado con el mundo, que necesita ser aplacado por el Hijo de Dios, es totalmente antibíblica. Pablo continúa y dice de Dios el Padre: *«el cual nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo».* El pecador es enemigo de Dios; no quiere hacer la voluntad de Dios, ni tampoco puede (Ro. 8:7). No puede, pues, esperarse que sea él quien inicie la transacción; y, aun en la hipótesis de que tuviese voluntad de hacerlo, carecería de poder para ello. Es Dios, y sólo Él, quien propone la transacción y la proclama: primero, mediante el Señor Jesucristo (v. por ej., Mr. 1:15); después, mediante los apóstoles, a quienes *dio Dios el ministerio,* la proclamación, *de la reconciliación* (v. 18b).

(B) El apóstol pasa de inmediato a describir la forma en que se llevó a cabo la transacción (v. 19): *«Como que* (lit. En el sentido de: *Lo que quiero decir es que) Dios estaba reconciliando al mundo consigo en* (por medio de) *Cristo. Y Él ha puesto en nuestras manos el mensaje de la reconciliación»* (NVI). Insistamos: (a) Es Dios quien reconcilia al mundo, no es el mundo el que se reconcilia con Dios; (b) esta reconciliación tiene carácter universal, ya que *mundo* designa aquí, lo mismo que en Juan 3:16, la humanidad entera, caída, pecadora, enemistada con Dios. Dios muestra al mundo entero que, en virtud de la Obra de la redención, llevada a cabo en el Calvario, la justicia y la santidad han quedado satisfechas, ya no hay nada que se oponga al desbordamiento del amor de Dios hacia los hombres. Por lo que hace de su parte, Él está ya de cara a todos *«no les tiene en cuenta sus transgresiones»,* no le vuelve la espalda a nadie (comp. Is. 59:1, 2). Lo proclama por medio de sus mensajeros, los apóstoles.

(C) Esta proclamación apostólica de la reconciliación (v. 20) constituye a los mensajeros de Cristo en *embajadores suyos, por Él,* es decir, a nombre de Él y con la autoridad que Él les comunica. Dice Ch. Hodge: «Un embajador es, a un mismo tiempo, mensajero y representante … No actúa por su propia autoridad. Lo que comunica no son sus propias opiniones o demandas, sino simplemente lo que se le ha ordenado que diga. Pero, al mismo tiempo, habla con autoridad; en este caso, la autoridad de Cristo mismo». Y, al ser Cristo el Gran Enviado del Padre, es *«como si Dios estuviese haciendo su invitación por medio de nosotros»,* añade Pablo. *«De parte de Cristo, rogamos encarecidamente: Reconciliaos con Dios».* Notemos dos detalles aquí: (a) Pablo no se dirige aquí a los fieles de Corinto, pues ya estaban convertidos; el pronombre *os* no existe en el original y debe borrarse de nuestras versiones. El ruego del

apóstol (y de los demás *embajadores)* se dirige a la humanidad perdida, a los inconversos, no a los creyentes. (b) Al decir: *«Reconciliaos con Dios»,* da claramente a entender que, una vez que Dios ha puesto su parte en la transacción (v. 19), el pecador tiene que poner la suya, darse la vuelta hacia Dios y aceptar la reconciliación que Dios le ofrece en Cristo.

(D) Finalmente, Pablo expone en qué consiste la transacción divina (v. 21) en unas frases que han llegado a ser uno de los pasajes más densos de doctrina, más conocidos y más usados en la predicación del Evangelio: *«Al que no conoció* (no cometió) *pecado, por* (gr. *hupér) nosotros lo hizo* (Dios a Cristo) *pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él* (Cristo)» (lit.). Analicemos este versículo en todo su detalle:

(a) Cristo fue absolutamente *«sin pecado»* (He. 4:15; 7:26). La pregunta que dirigió a sus más encarnizados enemigos (Jn. 8:46: *«¿Quién de vosotros me redargüirá de pecado?»)* quedó sin respuesta. ¿Cómo habría podido expiar los pecados con una sangre manchada por el pecado?

(b) Dios lo hizo *pecado.* Nótese que Pablo no dice que Dios lo hizo *pecador*. Pero tampoco dice que lo hizo «víctima por el pecado». Lo hizo algo más: Lo puso en la condición de pecador «en cuanto que sobre Él puso todo el peso y responsabilidad de los pecados del mundo» (P. Gutiérrez), lo condenó a la muerte propia de un criminal *maldito* (Gá. 3:13) y descargó sobre Él el castigo que merecían nuestros pecados (v. Is. 53:5, 6, 12).

(c) Esta sustitución es potencial y universal (comp. con Jn. 1:29: *«… que quita EL PECADO DEL MUNDO»,*—Nótese el singular *«pecado»* y la expresión *«del mundo»,* como en 2 Co. 5:19 y Jn. 3:16; 1 Jn. 2:2b—). De lo contrario, nuestra justificación, la de todo el mundo (como quiere Barth), sería automática. Pero Pablo no dice: «… y nosotros fuimos hechos justicia de Dios en Él», sino *«para que nosotros fuésemos hechos* (esto es, pudiésemos llegar a ser) *justicia de Dios en Él».*

(d) La frase *«justicia de Dios»* no significa que Dios nos comunique la justicia con la que Él es justo, sino que *somos constituidos justos* (v. Ro. 5:19), es decir, *situados* (no «hechos» interiormente) *ante Dios* como teniendo ya una correcta relación con Él.

(e) Si nos atenemos al claro paralelismo que el apóstol establece en este versículo, tenemos lo siguiente: Del mismo modo que Cristo, no siendo pecador, fue hecho pecado, *le fue imputado el pecado del mundo,* así también nosotros, en virtud de la admirable transacción divina, al ser pecadores, fuimos constituidos justos, se nos imputó la justicia de Cristo. ¿Cuándo? ¿En el Calvario? ¡No! ¡En el momento en que nos dimos la vuelta y aceptamos la transacción! De ahí, el ruego del versículo 20b: *«Reconciliaos con Dios».* La Palabra de Dios está clara como el agua cristalina. Son los teólogos los que la han enturbiado con sus prejuicios.

CAPÍTULO 6

Este capítulo empalma perfectamente con el anterior, y en él Pablo, I. Refiere la forma en que desempeña su ministerio (vv. 1–10). II. Hace una afectuosa llamada a los corintios exhortándoles a tener la misma anchura de corazón que él tiene (vv. 11–13). III. Les expone el deber de todo creyente de no unirse en yugo desigual con los incrédulos (vv. 14–18).

Versículos 1–10

1. El versículo 1 se enlaza con el versículo 20 del capítulo 5, formando el versículo 21 un paréntesis explicativo, aun cuando es de suma importancia, según vimos. El griego dice a la letra: «Y *cooperando, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios».* El griego no dice con quién se efectúa esa cooperación, pero el contexto anterior exige aquí que se refiera a *Dios* (v. 20b), más bien que a los propios corintios, pues se trata de la proclamación del mensaje de salvación. Esta colaboración del ministro de Dios con Dios mismo añade mayor solemnidad a la importancia de escuchar con atención la Palabra y *no recibir en vano la gracia de Dios* (comp. con 1 Co. 15:10), la cual se había manifestado especialmente en la obra del Calvario (5:19, 21). Aunque el verbo *recibir* está en aoristo de infinitivo, su sentido es, con la mayor probabilidad, continuativo, y depende del presente *«exhortamos».* El apóstol se dirige a los propios creyentes de Corinto *(«os exhortamos»),* lo que indica claramente que también los

creyentes deben prestar atención a la predicación del Evangelio. Toda predicación del Evangelio debe ser «evangelística», no sólo un culto especial por la tarde, pues la salvación no consiste solamente en un momento, el de la conversión, sino que se prolonga en la santificación, que es una consecuencia de la nueva vida en Cristo; la justificación y la regeneración no son el fin de todo, sino el comienzo de todo (v. el comentario a 2 P. 1:8–11; 1 Jn. 2:28).

2. El apóstol corrobora, con una cita de Isaías 49:8 (v. 2) la urgencia de la exhortación que les hace. Pablo toma la cita de la versión de los LXX. El profeta se hallaba en una situación semejante a la del apóstol, pero lo que a éste le interesa aquí es el *«tiempo favorable», «el día de la salvación», que «ahora»,* concluye Pablo, como entonces, es la gran oportunidad (gr. *kairós*, en la cita y en la conclusión) para acogerse al socorro que Dios ofrece a todo el que se apreste a recibirlo. El apóstol refuerza (*«euprósdektos»,* muy aceptable) el *«kairó dektó»* de Isaías 49:8 en los LXX. El énfasis de Pablo está, pues, en el *«ahora»,* el cual, como dice Gutiérrez, «es todo el período mesiánico que termina con el advenimiento o parusía de Cristo». Es, pues, semejante al *«Hoy»* de Hebreos 3:13.

3. Continúa, en el versículo 3, la idea del versículo 1, y expone la forma en que desempeñan su ministerio tanto él como sus compañeros de ministerio: *«En nada dando* (plural) *ningún escándalo, a fin de que no sea desacreditado el ministerio»* (lit.). El apóstol sabía muy bien que, como bien advierte Denney, «hay gente que se alegra de hallar una excusa para no dar oídos al Evangelio o para no tomarlo en serio, y que trata de hallar dicha excusa en la conducta de sus ministros».

4. Lejos de dar ocasión para tal excusa, el apóstol *«se recomienda»* (v. 4), esto es, se acredita *como ministro de Dios,* en la fidelidad con que cumple su ministerio aun en medio de las mayores pruebas y tribulaciones; él no es como el pastor asalariado que huye cuando ve venir al lobo (comp. Jn. 10:12), sino que defiende con su propia vida tanto la vida de las ovejas como la sana pureza de los pastos que les ofrece. Para mostrar dicha fidelidad, Pablo apela a la *mucha paciencia* (gr. *hupomoné*, aguante bajo el peso de las circunstancias adversas) con que sobrelleva las *nueve* aflicciones que enumera a continuación (vv. 4b, 5). Después enumera *nueve* gracias, ejercitadas en tales circunstancias (vv. 6, 7) y, finalmente, enumera en *nueve* frases paradójicas, que nos recuerdan las cuatro de 4:8, 9, los triunfos que sobre las adversidades le fueron proporcionados mediante el uso de las gracias referidas.

(A) Las aflicciones, como muestra Tasker, están expuestas en tres grupos de tres: (a) Las *tribulaciones* (presiones), *necesidades* (dificultades), *estrecheces* (apreturas), que pueden ser, todas tres, de tipo físico o mental, son aflicciones comunes a las que todos están expuestos por situaciones adversas o por la maldad de los hombres; (b) Los *azotes, cárceles* (prisiones) y *tumultos,* eran aflicciones de las que el apóstol tenía sobrada experiencia personal; (c) Los *trabajos* (*kópois*, labores arduas), *desvelos y ayunos* eran aflicciones que el propio apóstol se imponía a sí mismo.

(B) Las gracias son: *pureza* (integridad de vida y sinceridad de intención), *conocimiento* («del espíritu y de los principios evangélicos y el arte de aplicarlos», Gutiérrez), *longanimidad* (paciencia para soportar los desdenes e injurias que se reciben de los hombres), *benignidad* (actitud de dulzura, benevolencia y simpatía hacia los demás); el *Espíritu Santo* se menciona a continuación como la divina asistencia y el influjo espiritual, sobrenatural, con que Pablo era capacitado para desempeñar convenientemente su ministerio y los oyentes eran persuadidos y convictos (1 Co. 2:4); *el amor sincero,* de corazón, generoso, sin fingimiento ni segundas intenciones; *palabra de verdad* (v. 7) es la proclamación leal del mensaje del Evangelio; el *poder de Dios* es la potencia divina del propio Evangelio (Ro. 1:16), *«poder y sabiduría de Dios»,* de forma que toda la obra de la salvación se debe a la soberana iniciativa de Dios, no al esfuerzo ni a la oratoria de los hombres. Finalmente, las *armas de justicia,* llamadas así (con la mayor probabilidad) porque han de usarse con espíritu de justicia y santidad (v. Ro. 13:12; 2 Co. 10:4; Ef. 6:13 y ss.) se dividen, según la metáfora de la armadura, en *«armas para la mano derecha»,* como la espada del Espíritu, *«y para la izquierda»,* como el escudo de la fe.

(C) Mediante estas gracias, el apóstol puede salir victorioso en medio de todas las adversidades (vv. 8–10), que Pablo expresa por medio de nueve paradojas, distribuidas en grupos de tres:

(a) Pablo y los demás apóstoles necesitaban de todas las gracias mencionadas para arrostrar las situaciones más diversas (v. 8): Para unos eran dignos de alabanza, para otros eran dignos de menosprecio; de labios de unos obtenían buenos informes; otros se dedicaban a calumniarles; unos les tenían por engañadores, impostores, seductores, como habían tenido al mismo Señor (Mt. 27:63; Jn. 7:12, 18). Necesitamos la gracia de Dios para armarnos contra las tentaciones de orgullo que las alabanzas y los

buenos informes pueden provocar, así como contra las tentaciones de desánimo y resentimiento que los desprecios y calumnias pueden ocasionar.

(b) Para algunos (v. 9) eran hombres *«desconocidos»*, oscuros, sin mérito ni relevancia (como los que no salen en las páginas de los periódicos), pero los buenos cristianos *los conocían bien.* Para unos eran tenidos por moribundos, confrontados constantemente con peligros de muerte (1:9; 4:10; Hch. 14:19; 1 Co. 15:30) y como abocados a la ruina; pero *«¡mira! ¡Seguimos con vida!»* (lit.). Hasta habría quienes pensasen que todas las calamidades que sufrían eran *castigo* de Dios, pero de todo salían ilesos, como quienes viven en Cristo (comp. con Hch. 28:3–6).

(c) *Como entristecidos* (v. 10), afligidos, apenados, los veían los mundanos, que tomaban por depresión y melancolía la austeridad de vida, pero en su interior estaban *siempre gozosos* con el verdadero gozo, que supera inmensamente a todos los gozos y placeres del mundo. *Como menesterosos.* Dice Tasker: «Con tanta verdad como Pedro, pudo haber dicho Pablo: *"No poseo plata ni oro"* (Hch. 3:6), pues el dinero que ganaba con el sudor de su frente escasamente le bastaba para su mantenimiento». Sin embargo, podían enriquecer a muchos con las riquezas espirituales en las que ellos mismos abundaban. Y, al renunciar por Cristo a todo lo que el mundo estima (v. Fil. 3:7), eran dueños de todo (v. Ro. 8:17; 1 Co. 3:21, 22).

Versículos 11–13

1. El extraño y singular apóstrofe (comp. con Gá. 3:1; Fil. 4:15) con que se dirige Pablo a sus lectores (v. 11: *«oh corintios»)* muestra la emoción y la ternura del apóstol al escribir estas líneas. *«La boca abierta»* y *«el corazón ensanchado»* son hebraísmos que indican respectivamente la solemnidad, o la franqueza, con que se dice algo (v. por ej. Pr. 31:8) y (Sal. 119:32) el amor y la generosidad con que alguien está dispuesto a servir a los demás.

2. El apóstol añade a esta profesión de su tierno amor hacia los fieles de Corinto una exhortación a la reciprocidad (vv. 12, 13), como conviene a *hijos* espirituales de tan buen padre. Nótese la belleza de las expresiones de Pablo en el versículo 12: *«No estáis estrechos en nosotros, pero sí sois estrechos en vuestras propias entrañas»*. Como si dijese: «En mi corazón tenéis amplia cabida, pues mi afecto se desborda hacia vosotros, pero vosotros sois cicateros conmigo, pues me escatimáis el afecto que deberíais tenerme».

Versículos 14–18

El apóstol cierra el capítulo con una exhortación (que incluye el v. 1 del cap. 7) a evitar el contagio que ocasiona la unión íntima con los incrédulos.

1. La exhortación a *no unirse en yugo desigual con incrédulos* (v. 14). La metáfora está tomada de Deuteronomio 22:10 (v. también Lv. 19:19), donde la Ley prohibía arar con buey y asno uncidos bajo el mismo yugo. El vocablo castellano «cónyuge» significa precisamente «compartir el mismo yugo con otra persona», como es el caso del marido y la mujer en el matrimonio. De ahí que a la exhortación de Pablo aquí suele dársele el sentido de no casarse con una persona no creyente. Pero la exhortación se extiende a toda otra relación que suponga una intimidad en la amistad, el negocio, etc.

2. El apóstol refuerza su exhortación con cinco preguntas retóricas, una afirmación que ofrece el motivo principal, y una serie de citas del Antiguo Testamento que corroboran lo que acaba de afirmar.

(A) Las preguntas (vv. 14b–16a) forman «una estrofa de seis miembros, de los que cinco son exactamente paralelos» (P. Gutiérrez). Nótense los sinónimos correspondientes: *«¿Qué compañerismo* (gr. *metokhé) la justicia y la iniquidad? ¿Y qué comunión* (gr. *koinonía) la luz con relación a la oscuridad? ¿Y qué armonía* (gr. *symphónesis*, ¡sinfonía! Es decir, acorde de voces. Comp. con Mt. 18:19) *de Cristo con Belial?* (es decir, con Satanás, aunque el hebreo *«belial»*, inútil, vil, perverso, no se aplica en el Antiguo Testamento al diablo, sino a las personas perversas, por ej., *«hijos de Belial») ¿O qué parte* (gr. *merís*, porción, herencia, botín) *tiene el creyente con* (gr. *metá*, en sentido de compañía) *el incrédulo? ¿Y qué acuerdo* (gr. *synkatáthesis*, conjunta posición fija) *el santuario de Dios con el de los ídolos?»* (lit.).

(B) De esta última metáfora arranca Pablo para establecer la siguiente afirmación (v. 16b): *«Porque vosotros sois el santuario del Dios viviente»*, es decir, el lugar consagrado para morada especial del

verdadero Dios (comp. 1 Co. 3:16, 17; 6:19), por lo que el acuerdo con los incrédulos es una especie de sacrilegio, al dar entrada íntima a los mundanos cuyo «dios» es el diablo (v. 4:4).

(C) El apóstol corrobora esta afirmación con varias citas del Antiguo Testamento. La primera (v. 16b) está tomada de Levítico 16:12, en combinación con Ezequiel 37:27 entre otros lugares (v. también Éx. 25:8; 29:45). La segunda (v. 17) está tomada de Isaías 52:11 (comp. con Ap. 18:4), donde se hace una llamada urgente a los exiliados para que salgan de Babilonia, por lo que comporta aquí una solemne invitación a separarse de lo profano, de lo inmundo. En la tercera (v. 18), tomada de Éxodo 4:22 e Isaías 43:6, se implica la idea de que los creyentes son, no sólo el templo de Dios, sino también la familia de Dios, los hijos de Dios. El apóstol añade al final (v. 18b): *«dice el Señor* (aquí, *Jehová) Todopoderoso»,* con lo que da a entender que no perderán nada con desligarse de lo mundano y permanecer consagrados a Dios, pues es un Dios que todo lo puede y hará que su galardón, como el de Abraham (Gn. 15:1) *sea sobremanera grande.* ¿Cómo podrá faltarles nada, si ellos son fieles a su Dios?

CAPÍTULO 7

I. El capítulo comienza, como consecuencia de la exhortación que antecede (6:14–18), con una urgente invitación a la santidad (v. 1). II. También les invita a que reciban sin resentimiento lo que les dice, pues lo hace motivado por el gran amor que les tiene (vv. 2–4). III. Toma luego al pensamiento de 2:13, para mostrar cómo han desaparecido los malentendidos y las mutuas desconfianzas, y la alegría que recibió con las noticias recibidas por medio de Tito al enterarse del sincero arrepentimiento de ellos (vv. 5–11). Concluye con palabras de ánimo y afecto a los corintios (vv. 12–16).

Versículo 1

Este versículo, como ya dijimos anteriormente, empalma con los versículos 14–18 del capítulo anterior, y forma todo ello una especie de paréntesis, ya que 7:2 se une con 6:13 de un modo tan perfecto que no faltan autores que opinan que se trata de una interpolación. Sin embargo, se puede afirmar, sin lugar a dudas, que no se trata de tal interpolación, sino de uno de los frecuentes incisos del apóstol, aunque resulte muy difícil adivinar el motivo que le llevó a interrumpir súbitamente el hilo de su discurso.

La conexión con 6:14–18 se corrobora con ese *«Así que»* con que empieza el versículo. Las *«promesas»* a las que alude son las de ser acogidos por el Dios Todopoderoso como hijos e hijas (6:17b, 18). En virtud de estas promesas, les exhorta a sacudirse toda contaminación (comp. Ap. 21:17) *de carne y de espíritu,* ya que ambos son santuario de Dios. Eso se lleva a cabo *«perfeccionando la santidad en el temor de Dios»,* es decir, progresando constantemente en la propia santificación, no por agradarse a uno mismo ni por el qué dirán de los hombres, sino con el temor reverencial de Dios, al andar siempre en su presencia (v. He. 12:14; 1 P. 1:17; 2 P. 1:3–11).

Versículos 2–4

1. Conforme a las expresiones de 6:11–13, el apóstol dice ahora (v. 2): *«Haced sitio para nosotros»* (lit.); se sobrentiende: *en vuestros corazones. Bien podían abrirle de par en par las puertas del corazón y darle franca y benévola acogida, puesto que de parte del apóstol no habían recibido ningún efecto deletéreo, dijesen lo que dijesen sus adversarios: «A nadie hemos agraviado, a nadie hemos perjudicado, a nadie hemos explotado»* (NVI).

2. Para que nadie piense que Pablo lanza un solapado reproche a todos los fieles de Corinto, cuando sólo algunos le habían ofendido, el apóstol les recuerda lo que *ya les había dicho antes* (6:11–13). No les pronuncia sentencia de condenación. Dice Tasker: «Hacer eso sería contrario al tenor de sus palabras en 6:11–13, cuyo propósito, dice ahora (v. 3b), era que nunca había de excluirles de sus afectos aun cuando se estuviese muriendo; mucho menos, cuando estaba vivo y bien, y los intereses de ellos eran la continua preocupación de él».

3. Conforme a la primera frase de 6:11 *(«Nuestra boca, etc».),* dice ahora (v. 4): *«Mucha franqueza* (gr. *parrhesía) tengo con vosotros»,* no sólo por el amor que les profesa, sino también por el gran consuelo que había recibido con las noticias de Tito; por lo que, a pesar de las muchas imperfecciones que tenían, podía *gloriarse mucho con respecto de ellos,* y añadía un nuevo motivo para *sobreabundar de gozo en medio de todas las tribulaciones* (comp. con 4:17; 6:10; 12:10; Ro. 8:17).

Versículos 5–11

En esta porción, el apóstol especifica el motivo del consuelo y del gozo que ahora le embargaban el corazón.

1. La desazón que sufría (v. 5). En 2:13, se había referido a la *falta de reposo en su espíritu.* Ahora añade: *«ningún reposo tuvo nuestra carne* (lit.)», vocablo con el que aquí expresa la debilidad física, corporal. Dice Tasker: «Parte de la fragilidad de la naturaleza humana es estar sujeta a tensiones y molestias que tienen repercusiones de tipo mental y físico». Le quitaban el reposo los *conflictos* provenientes del *exterior,* y los *temores* que sentía en su *interior.* En los primeros suelen ver los autores las persecuciones, las malas lenguas, etc., de que le hacían objeto sus enemigos, mientras que los temores parecen referirse a la inquietud que le causaba el estado espiritual de la iglesia en Corinto.

2. El consuelo que encontró (vv. 6, 7). La llegada de Tito, con las buenas noticias que traía, le llenó de consuelo. El ver a Tito contento y consolado (comp. con 1:4–7) le llenaba todavía más de gozo y consuelo; tanto más, al hacerle saber Tito *la añoranza* (gr. *epipóthesin),* esto es, el anhelo de verle y de verle consolado, el profundo *pesar* (gr. *odyrmón)* que sentían por haberle causado pesadumbre, y el *celo,* esto es, la preocupación, *por él,* consistente en su deseo de defenderle contra los que hablaban mal de él y en su docilidad para seguir las instrucciones de él.

3. El regocijo que tuvo al enterarse del sincero arrepentimiento de ellos (vv. 8–11).

(A) El gozo de Pablo, en esta ocasión, es por el buen resultado de la pesadumbre que les ocasionó la Epístola (que no nos ha llegado) que les dirigió (v. 8). No se alegra precisamente de la pesadumbre que les causó (v. 9), sino de que aquella pesadumbre tuvo tan buen resultado: *«Ahora me siento feliz, no porque os apenasteis, sino porque vuestro pesar os condujo al arrepentimiento; pues os apesadumbrasteis conforme agrada a Dios, y así no recibisteis ningún daño de nuestra parte»* (NVI).

(B) Vemos, pues, como aclara Pablo (v. 10), que hay un pesar, una pena *o tristeza que es según Dios,* esto es, como Dios la quiere y como a Dios le agrada. Es una tristeza que conduce a un sincero *arrepentimiento* (gr. *metánoia*, cambio de mentalidad que comporta un cambio de conducta) y, por tanto, está en la línea de la salvación, porque es pesadumbre por el pecado, no por el castigo. De este arrepentimiento *no hay que remorderse* (gr. *ametaméleton*, no es de la misma raíz que el verbo *metanoéo),* pues no deja huellas (no las debe dejar, al menos) de pesadumbre, sino que produce inmenso gozo por el perdón de Dios.

(C) Pero hay (v. 10b) otro pesar, otra *tristeza* que es *la del mundo,* es decir, la que sufren los mundanos por la frustración de sus ilusiones, o por la pérdida de las cosas temporales o, incluso, por el pecado mismo en cuanto que trae desánimo, depresión, persistente complejo de culpabilidad, etc., pero no está santificado por el amor, pues no se debe a la operación del Espíritu Santo en el corazón del pecador, sino a la astuta maniobra del diablo, quien, después de conducir al pecado, desea hundir en la desesperación al pecador; por eso, dice el apóstol de esa tristeza: *«produce muerte».* Dos casos respectivos, bien característicos, de ambas tristezas los tenemos en Pedro y en Judas. El uno pecó al negar al Maestro; el otro pecó al venderlo por treinta monedas. En cuanto a las señales exteriores, el remordimiento de Judas, la confesión de su pecado y la pena capital que se impuso a sí mismo sobrepasaron con mucho a las lágrimas de Pedro; pero en Pedro había un elemento esencial *(para vida)* que no había en Judas: el amor al Maestro (v. Jn. 21:15–17), a pesar de la cobardía anterior al negarle. Por eso, el arrepentimiento de Pedro fue sincero y fructífero (v. Lc. 22:32), mientras que el remordimiento de Judas le llevó al suicidio.

4. El apóstol muestra la sinceridad del arrepentimiento de los corintios (v. 11) basado en los buenos resultados que *la tristeza según Dios* había producido. Cuando se produce un verdadero cambio en la mente y en el corazón, cambian también la vida y las actitudes: *«Ved, si no, lo que este santo pesar ha producido en vosotros: qué gran interés ha suscitado en vosotros, qué afán por disculparos, qué indignación, qué alarma, qué afecto, qué preocupación, qué presteza en hacer que se aplicara al*

culpable la disciplina. De todos modos habéis demostrado que erais inocentes en este asunto» (NVI). Estaban, pues, avergonzados de su pecado, alarmados ante la justa ira de Dios, llenos de afecto y deseo vehemente de ver a Pablo, de promover su honor y de aplicar al culpable la disciplina a que se había hecho acreedor. Todo eso mostraba que habían pecado por negligencia, pero no por haberse confabulado con el ofensor. Lo habían mostrado *en todo detalle* (gr. *en pantí*,—singular, pero que abarca distributivamente todos los modos y puntos—, comp. con 2 Ti. 3:16 *«Toda Escritura»).*

Versículos 12–16

1. El versículo 12 tiene al revés, en nuestras versiones, los pronombres personales, ya que el original dice literalmente: *«Así que, aun cuando os escribí, no* (fue) *por causa del que ofendió, ni por causa del ofendido, sino para que vuestra solicitud por nosotros se hiciera manifiesta a vosotros* (mismos) *delante de Dios»*. La NVI ofrece esta espléndida paráfrasis, que hace innecesario todo comentario: *«Así que, aun cuando me sentí incitado a escribiros, no fue con miras al que causó la ofensa, o a la parte que resultó ofendida, sino más bien para que en la presencia de Dios pudieseis ver por vosotros mismos el interés que tenéis por nosotros»*. Deja, pues, bien claro que, para escribir esta carta, no le movieron sentimientos de rencor hacia el que le había causado la ofensa, siendo él mismo *«la parte que resultó ofendida»*, sin descartar la posibilidad que apunta Gutiérrez de que la persona directamente ofendida fuese «otra persona que representaba su persona (la de Pablo) y su autoridad». Fue sólo, dice Gutiérrez, «para que ellos por su obediencia manifestaran su afección a él en la presencia de Dios y su solicitud verdadera y sincera, con la que deseaban serle gratos».

2. Esta fue, dice, la verdadera razón (v. 13) por la que recibió un consuelo tan grande. Y, *«encima de* (gr. *epi) este consuelo nuestro* (no vuestro), *nos alegramos mucho más abundantemente por el gozo de Tito, pues ha sido tranquilizado su espíritu por todos vosotros»* (lit.) Al ver la buena disposición en que se hallaban los fieles de Corinto, pues obedecieron de buena gana las instrucciones que Pablo les dio por medio de Tito, éste se llenó de alegría, y la alegría de Tito repercutió grandemente en el ánimo de Pablo, que le había comisionado para una misión tan delicada. En todo ello se echa de ver la gran generosidad altruista del gran apóstol. Bien puede haber tal gozo en la tierra, cuando tanto gozo hay en el cielo por un solo pecador que se arrepiente (Lc. 15:7, 10).

3. El pensamiento de todas estas cosas acrecentó el afecto que Pablo les tenía (v. 15) y la confianza que había puesto en ellos (v. 16). Así que no había quedado avergonzado delante de Tito al hacer ante él una buena recomendación de ellos, pues su expectación con respecto a ellos no había quedado decepcionada (v. 14). Esto indica que Tito no conocía a los fieles de Corinto sino por lo que Pablo le había dicho acerca de ellos, y que el elogio que de ellos le hizo Pablo contribuyó no poco a que Tito desempeñase su cometido con muy buen ánimo.

CAPÍTULO 8

Pablo exhorta aquí a los corintios acerca de cierta obra de amor generoso: remediar las necesidades de los creyentes pobres de Judea. I. El apóstol les incita, con el buen ejemplo de los macedonios, a contribuir con generosidad al alivio de tal necesidad (vv. 1–6). II. Sigue urgiéndoles con otras razones al fiel cumplimiento de ese deber (vv. 7–15), y III. recomienda a las personas encargadas de llevar a Jerusalén la ofrenda (vv. 16–24).

Versículos 1–6

1. El apóstol aprovecha la ocasión del buen ejemplo de las iglesias de Macedonia para exhortar a los corintios a esta buena obra de amor.

1. *«Y ahora, hermanos, quiero que conozcáis la gracia que Dios ha otorgado a las iglesias de Macedonia»* (v. 1. NVI). Comenta R. Tasker: «La liberalidad de los macedonios es una expresión visible de la divina gracia que habían recibido, pues es el Espíritu Santo quien inspira a los cristianos, no sólo a

dar espontáneamente, y aun más generosamente de lo que sus medios parecerían garantizar, sino a dar a personas a quienes nunca habían visto, solamente por reconocer que todos los creyentes son uno en Cristo».

2. Nótense las gloriosas paradojas del versículo 2 y compárese con el versículo 9. Los macedonios no sólo abundaban de gozo en medio de la tribulación, sino que ese gozo hizo que su extrema pobreza abundara en riquezas de generosidad hacia sus hermanos de Judea (v. 2). El apóstol les da testimonio (v. 3) de que llegaron a dar *«más aún de lo que podían»* y sin que nadie se lo pidiese, *por propia libre decisión* (gr. *autháiretoi).* No sólo eso, sino que, como seguramente se opondría Pablo, al ver la necesidad en que ellos mismos se encontraban, le rogaron insistentemente que les concediese (v. 4) *el favor de compartir este servicio que* (era) *para los santos* (lit.). Era un «favor» (gr. *kháris)* que ellos estimaban como una *«gracia»* (el mismo vocablo de los vv. 1, 9).

3. La generosidad de los macedonios estaba basada en buen fundamento (v. 5). No es extraño que *superara la esperanza del apóstol. «Se dieron a sí mismos* (se entregaron en cuerpo y alma) *primeramente al Señor* (a Cristo), y *luego a nosotros por voluntad de Dios* (porque eso era lo que Dios quería)». Una persona que se ha entregado sin reservas a Cristo, no conoce límites para su generosidad a favor de los hermanos. Comenta Tasker: «Pablo suponía que los macedonios habían ofrecido ya al Señor aquella sumisión sin la cual no puede haber en absoluto fe cristiana ni amor cristiano. Pero habían hecho algo más. Además de sus ofrendas, se habían puesto sin reservas en manos del apóstol para el servicio de Cristo, y consideraban esta sumisión como asunto de suprema importancia». En efecto, sin verdadero amor a Dios y al prójimo, el reparto de todos los bienes entre los pobres no le aprovecha en nada al generoso dador (v. 1 Co. 13:3).

4. El apóstol les dice que, animado por la generosidad de los macedonios y seguro de las buenas disposiciones de los corintios (v. 6), *había exhortado a Tito a que llevase a feliz término entre ellos la colecta* (lit. *la gracia), tal como había comenzado antes.* Aunque Pablo no especifica dónde había Tito comenzado a hacer la colecta, se supone que se refiere a la propia iglesia de Corinto, al ser menos probable la opinión de algunos de que podría tratarse de la forma como había comenzado a realizarla en otros lugares; por ejemplo, en la misma Macedonia. En todo caso, era una medida de prudencia encargar de llevar a feliz término una colecta a la misma persona que con tan buen resultado la había comenzado allí mismo o en otros lugares.

Versículos 7–15

1. Les urge ahora a que consideren la abundancia que han mostrado en toda clase de virtudes (y, especialmente, en dones), a fin de que abunden también en la generosidad para con los hermanos necesitados (v. 7). Cuando se desea alguna buena obra de parte de una persona, es buena táctica elogiarla por las cosas buenas que ya lleva hechas. ¿A quién no le agrada y le estimula un cumplido sincero, sin mezcla de insincera adulación, especialmente cuando se le va a pedir un favor? Entre las cosas en que abundaban los corintios, Pablo menciona en primer lugar la *fe,* porque es la raíz de todas las demás gracias. Los que abundan en fe, abundarán también en buenas obras. A la fe añade *palabra,* es decir, capacidad para dar expresión a la verdad cristiana; muchos que tienen verdadera fe carecen de habilidad para expresarla. Abundaban igualmente en *conocimiento,* en facilidad para entender, y también *en toda diligencia,* esto es, en vigor y celo para desarrollar las actividades que son necesarias en una comunidad cristiana; esto no es muy corriente, pues los mejores habladores no suelen ser los mejores hacedores. Finalmente, sentían afecto hacia los ministros de Dios.

2. Para prevenirles contra cualquier sospecha de imposición autoritaria, Pablo les dice que *no impone eso como un precepto* (v. 8), sino que se limita *a dar su opinión* (v. 10), que es, a la vez, como un consejo fundado sobre dos bases: la utilidad que de su generosidad se deriva para ellos mismos, y la conveniencia de llevar a feliz término algo que ellos mismos *habían comenzado antes (desde el año pasado,* dice), *no sólo a querer* (gr. *thélein,* desear; el mismo verbo de 1 Ti. 2:4), sino también *a poner por obra,* la colecta. En efecto, las buenas intenciones no son de despreciar, pues son como brotes y capullos que dan esperanzas de flores y frutos, pero de nada sirven sin llevarlas a feliz término del modo que más agrada a Dios (v. 12), quien, con tal de que quien da lo de de buena gana, lo *acepta según lo que uno tiene, no según lo que no tiene.* Recuérdese cómo alabó el Señor a la viuda que había echado en el tesoro del templo todo cuanto tenía, todo su sustento (Mr. 12:43, 44).

3. El motivo principal era el ejemplo de *nuestro Señor Jesucristo* (v. 9. Nótese, una vez más, la acumulación de epítetos). Si el dar de buena gana, por amor a Dios y al prójimo, es una *gracia,* conforme a todo el contexto anterior, ¿qué *gracia* podrá compararse con la de nuestro Señor Jesucristo, *«que por amor a vosotros se hizo pobre* (comp. Fil. 2:6–9), *siendo rico* antes de la fundación del mundo, al compartir las infinitas riquezas de Dios en el seno del Padre (Jn. 1:18; 17:5), *para que vosotros fueseis enriquecidos* (comp. con Ro. 8:17; Ef. 1:3–8) *con su pobreza»,* esto es, precisamente por medio de su humillación que le llevó hasta la muerte en Cruz para obtener nuestra redención. Si Cristo dio su vida por nosotros, pecadores, enemigos suyos, ¿qué podrá negar un creyente a sus hermanos en la fe? (v. 1 Jn. 3:16–18). «Al leer este versículo, dice Tasker, el cristiano no puede olvidar el objetivo de la encarnación. El Señor fue manifestado en carne para quitar el pecado (1 Jn. 3:5), y el quitar el pecado implicaba tomar sobre Sí el papel del Siervo sufriente y llegar a ser el Hijo del Hombre que no tenía dónde reclinar Su cabeza (Lc. 9:58) y que había de morir sin poseer ni una sola cosa».

4. El apóstol apoya su argumento final en la necesidad de una distribución equitativa de bienes y en la versatilidad de los asuntos de los hombres (vv. 13–15). La comunión característica de los creyentes (v. Hch. 2:42; 4:32, etc.) requiere cierto equilibrio en el disfrute de toda clase de bienes, sin descartar los bienes materiales (v. 14), de forma que *la abundancia de unos supla la indigencia de otros y, si* cambian las circunstancias, «*la abundancia de ellos supla la necesidad vuestra»*. Pablo lo ilustra (v. 15) con una cita de Éxodo 16:18, donde se dice del maná «*y no sobró al que había recogido mucho, ni faltó al que había recogido poco; cada uno recogió conforme a lo que había de comer*». El hecho de que el apóstol eche mano precisamente de esta cita da a entender que, puesto que toda buena dádiva desciende del Padre de las luminarias (Stg. 1:17), es deseo de Dios que sus hijos aprendan a compartir generosamente lo que Él mismo les envía.

Versículos 16–24

1. Con una expresión de gratitud a Dios (v. 16), Pablo elogia a Tito por haberle puesto Dios en el corazón la misma diligencia, el mismo celo a favor de los corintios, que el propio apóstol albergaba en su corazón. Estaba presto a partir para Corinto, no sólo por la exhortación de Pablo (v. 17), sino también por el deseo que él mismo sentía espontáneamente de ir a ellos, por lo cual puso en ello todavía mayor diligencia. Los aoristos griegos *éxelthen («partió») y sunepémpsamen («enviamos juntamente»,* v. 18) parecen indicar que Tito y sus acompañantes ya se habían puesto en camino, pero la mayoría de los autores los toman como «aoristos epistolares», e indica que estaban a punto de partir.

2. Para acompañar a Tito en el viaje, Pablo menciona a *otro hermano* en la fe (v. 18) y, después (vv. 22, 23), a un tercero, a quien también llama *«nuestro hermano»*. Del primero dice (v. 18b) *«cuya alabanza en el evangelio se oye por todas las iglesias»*. Esto indica que dicho hermano era conocido en todas las iglesias como predicador del Evangelio, lo cual, según Tasker, no cuadra bien con lo que sabemos de Lucas. Sin embargo, la mayoría de los autores lo identifican con él, puesto que sólo Lucas, entre los que se nombran en Hechos 20:4, había partido de Filipos, mientras que los demás procedían de Berea y de Tesalónica. A esto se añade el testimonio del propio Lucas, quien se cuenta a sí mismo en primera persona de plural en dicha porción de Hechos 20:4–6. Se ha de descartar a Timoteo, por estar con Pablo (1:1) en el momento de redactar la Epístola. Más difícil es la identificación del otro *hermano.* Se le suele identificar con Apolos, pero no tenemos ninguna clave que nos permita hacerlo con seguridad ni en el caso de Lucas ni en el de este otro acompañante de Tito. No sabemos por qué no los mencionó Pablo por su nombre, pero lo cierto es que los destinatarios de la Carta debían de saber bien a quiénes se refería.

3. Para prevenirles contra cualquier rumor o sospecha (v. 20) de que Pablo y sus colaboradores no actuaban con integridad o con imparcialidad, el apóstol deja bien claro que el hermano al que alude en el versículo 18 *había sido designado por las iglesias para acompañarle a él mismo en el viaje para entregar* en Jerusalén *la colecta* (v. 19), a la que llama literalmente *«gracia»,* como ha hecho en el contexto anterior. Testifica asimismo de su rectitud de intención en la administración de la ofrenda, pues sólo piensa en que sea *«para gloria del Señor mismo y para demostrar nuestra* (no, *vuestra) buena voluntad»* (gr. *prothymían;* más bien, «prontitud de ánimo»), y añade (v. 21): *«porque nos esmeramos en hacer lo que está bien* (gr. *takalá,* lo digno, excelente, etc.), *no sólo a los ojos del Señor, sino también a los ojos de los hombres»* (NVI).

4. Concluye con una descripción elogiosa de los hermanos que ha mencionado (v. 23), por lo que les exhorta a mostrar su generosidad hacia estos mensajeros de las iglesias, a fin de que ellos mismos y las iglesias que los envían, puedan ver *una prueba del amor* de los creyentes de Corinto y de las buenas razones que el apóstol tenía *para gloriarse respecto de ellos* (v. 24).

CAPÍTULO 9

El apóstol aquí, I. parece excusarse de su insistencia en urgir a los fieles de Corinto a que cumplan su deber de generosidad (vv. 1–5) y, II. pasa a dar instrucciones acerca del modo más conveniente de llevar a cabo la colecta (vv. 6–15).

Versículos 1–5

I. Al continuar con el pensamiento de los últimos versículos del capítulo 8, el apóstol parece excusarse de la insistencia que ha mostrado en inculcarles con toda clase de argumentos las excelencias de la *gracia* de compartir con los hermanos en la fe, y les dice que, en realidad, no era necesario escribirles más sobre esto (v. 1), pues conocía bien la *«prontitud de ánimo»* (v. 2) de ellos para emprender cualquier obra buena, como lo habían demostrado desde el año anterior al emprender esta obra. Tanto, que había podido gloriarse ante los fieles de Macedonia, la provincia norteña de Grecia, acerca del celo que habían mostrado sus hermanos de Acaya, la provincia sureña (Corinto, Atenas, etc.), lo que había servido para estimular y enardecer el entusiasmo de los macedonios. Habían comenzado, pues, muy bien. ¡De seguro que continuarían también ejercitando el mismo celo y sirviendo de estímulo a los demás!

2. Con tacto y prudencia dignos de imitación, el apóstol les dice ahora que les envía a Tito y a los otros dos hermanos, y espera que la jactancia que, ante dichos hermanos, ha mostrado acerca de ellos no quede fallida (v. 3) y estén preparados, es decir, tengan ya llevada a cabo generosamente la colecta cuando Pablo llegue, *«no sea* (v. 4) *que, si vienen conmigo algunos macedonios, y os hallan desprevenidos, nos avergoncemos nosotros, por no decir vosotros, de esta nuestra seguridad* (gr. *hypostásei*, el mismo vocablo de He. 11:1)». ¡Qué buen psicólogo era el apóstol! Con esa santa astucia que poseen los que conocen bien el corazón humano, parece que está dando cuando está pidiendo. Él ha dado todos los pasos necesarios (v. 5), a fin de que la ofrenda sea *generosa* (lit. *como bendición;* gr. *hos euloguían) y no mezquina* (gr. *pleonexían*, con avaricia).

Versículos 6–16

1. Pablo pasa luego a dar las convenientes instrucciones que deben observarse en el modo correcto de ejercer el ministerio de beneficencia. Quienes desean y esperan una espléndida cosecha (v. 6) no pueden ser cicateros al hacer la siembra. Además, lo que un creyente haya de dar para el servicio del Señor, la obra del Evangelio y el socorro de las necesidades de los hermanos en la fe, lo *ha de tener decidido de antemano* (gr. *proéretai),* lo que supone seria consideración acerca de sus propias posibilidades, «sin estirar el brazo más que la manga», según el refrán castellano (no sea que vaya a perjudicar a sus familiares más allegados. Comp. con Mt. 15:5; Mr. 7:11). Así no tendrá que arrepentirse de haber prometido más de lo que podía dar, pues en este caso, lo daría *con tristeza* (comp. con Mt. 19:22; Mr. 10:22) *o por necesidad,* es decir, considerándose obligado a dar lo prometido para evitar que otros piensen de él que es un tacaño. *«Porque Dios ama al dador alegre»,* añade Pablo, al citar de Proverbios 22:8 según la versión de los LXX. El hebreo de Proverbios 22:9 dice literalmente: *«El que es bueno de ojo, ése es bendecido, porque da de su pan al necesitado».* Dice Tasker: «El ojo era considerado en el pensamiento hebreo como la ventana del alma, por la cual se revelaban los verdaderos motivos del hombre» (comp. con Mt. 6:22; 20:15).

2. Les anima con buenas razones a que lleven a cabo generosamente esta obra de amor. Ya que:

(A) No saldrán perdiendo por lo que den. Lo que se da a los pobres está muy lejos de ser cosa perdida; así como la preciosa semilla que se arroja al surco no se pierde (v. 6), pues ha de brotar y llevar

fruto abundante, así también *el que da a los pobres presta a Dios* (Pr. 19:17), y Dios hará (v. 8) *que abunde en nosotros toda gracia* (comp. con Ef. 3:20), *a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente* (nótese eso de *«en todas las cosas todo»*. Dios promete lo que es «suficiente», no lo «superfluo», ya que ni lo necesitamos ni nos conviene), *abundemos para toda obra buena.* El sustantivo griego *autárkeian* (v. el adjetivo de la misma raíz en Fil. 4:11) significa la capacidad para valerse por sí mismo, sin depender de los vaivenes de la fortuna. Aquí indica una suficiencia capaz de cubrir, no sólo las propias necesidades, sino también las ajenas, conforme al pensamiento que expresa en Efesios 4:28. Pablo lo corrobora aquí con citas de Salmos 112:9 en el versículo 9, y de Isaías 55:10 y Oseas 10:12 en el versículo 10. Para el significado del vocablo *«justicia»* por «generosidad» (v. 9), véase Mateo 6:1.

(B) No sólo serán ellos mismos enriquecidos (v. 11), sino también los que de ellos reciban esos bienes (v. 12), pues además de recibir bendición en cuanto a lo material, les servirá de oportunidad para enriquecerse espiritualmente mediante las acciones de gracias que darán a Dios (vv. 12, 13), *glorificando a Dios,* al ver que la religión, la fe, de estos hermanos es realmente sincera, puesto que cumplen con generosidad y alegría los postulados del Evangelio, incluidos los que exigen el sacrifico del propio bolsillo como prueba de verdadera *comunión* (gr. *koinonías) con ellos,* lo mismo que *con todos los* demás hermanos en la fe, miembros del mismo Cuerpo de Cristo.

(C) Además (v. 14), aquellos cuyas necesidades se vean cubiertas mediante la generosidad de los fieles de Corinto corresponderán con sus oraciones, a fin de que Dios siga bendiciendo con las más ricas bendiciones a estos hermanos en quienes se ha manifestado la *sobreabundante gracia de Dios,* como se había manifestado en los hermanos de Macedonia (8:1). El apóstol usa en este versículo el ya conocido verbo griego *epipotheín* (5:2), de la misma raíz que el sustantivo *epipóthesis* que también vimos en 7:7, 11. Ambos términos expresan añoranza, nostalgia y ardiente deseo de ver y tener comunión con hermanos a quienes se ama de corazón.

3. El apóstol concluye el capítulo con una exclamación de gratitud (v. 15): *«¡Gracias (sean dadas) a Dios por este don indescriptible!»* (NVI). El adjetivo que traducimos por «indescriptible» es la única vez que ocurre en todo el Nuevo Testamento y es de tener en cuenta en la argumentación siguiente, pues expresa algo que no puede describirse adecuadamente en palabras humanas. Esto va en contra de la opinión de algunos autores (ya defendida por Calvino) de que Pablo se refiere aquí a *la gracia de Dios* que acaba de mencionar en el versículo 14. Piensan estos autores que la referencia a Jesucristo está aquí fuera de contexto. Sin embargo, en su larga argumentación, R. Tasker demuestra, apoyándose en muy buenos exegetas (Hodge, Menzies, Strachan), que es costumbre de Pablo, al hablar del amor entre los cristianos, remontarse a la primera fuente de tal amor (v. Ro. 5:5, comp. con Jn. 3:16; 1 Jn. 3:1, 16–18; 4:8–12). *El don indescriptible* es, pues, con la mayor probabilidad, el propio Señor Jesucristo. Dice P. Gutiérrez: «La generosidad de los corintios y la magnánima correspondencia a ella de parte de los hermanos de Judea no son sino una manifestación del *don inenarrable* del amor de Cristo a nosotros».

CAPÍTULO 10

En este capítulo, Pablo rompe el hilo de su discurso y vuelve a enfrentarse con quienes atacaban su ministerio. I. Afirma el poder de su predicación y la autoridad para castigar a los ofensores (vv. 1–6). II. Declara su íntima relación con Cristo, de quien ha recibido su comisión y su autoridad apostólicas (vv. 7–11). III. Rehúsa justificarse a sí mismo, así como actuar según las normas empleadas por los falsos maestros (vv. 12–18).

Versículos 1–6

1. A fin de que no parezca que lo que va a decir a continuación es efecto de un arrebato de indignación, Pablo comienza (v. 1) esta porción y ruega humilde y mansamente *«por la mansedumbre y moderación del Cristo»* (lit.). Usa aquí un vocablo griego *(epieikéia,* de donde el término legal *epiqueya*: moderación clemente en la aplicación de la ley, a la vista de ciertas circunstancias), el cual ocurre solamente aquí y en Hechos 24:4. «Como es la autoridad *de Pablo,* dice Tasker, la que ponen en duda (sus adversarios), abandona el plural de autoridad en este versículo, disociándose de Timoteo (v. 1:1) y

dirige a ese grupo de disidentes una apelación puramente personal»: «Y yo *mismo, Pablo*». Si no conociésemos la rapidez con que el apóstol cambia de tema, daríamos la razón a quienes ven en los capítulos 10–13 un fragmento de la Epístola que se perdió. La segunda parte del versículo 1 es una alusión irónica a lo que sus adversarios decían de él (v. el v. 10). Lo que les ruega (v. 2) es que, cuando vaya a verles, no le obliguen a proceder severamente *«contra algunos que se figuran que procedemos con criterios mundanos»* (NVI), opuestos al modo sobrenatural, según Dios, con que Pablo procedía en todo.

2. Declara a continuación la forma en que desempeñaba su ministerio (vv. 3–5). Reconoce Pablo (v. 3) que la condición de todo ser humano en la vida presente es *en la carne,* es decir, conforme a la fragilidad común a todo mortal, expuesto a las necesidades, limitaciones, penas y aflicciones de la peregrinación temporal, y él no está exento de esas limitaciones, pero su modo de proceder *no es según la carne.* Como en otros lugares (v. Ef. 6:10 y ss.; 2 Ti. 2:3, 4; 4:7), Pablo concibe la vida cristiana como una *milicia.* Y siguiendo la misma metáfora, asegura (v. 4) que *«las armas con que combatimos no son mundanas, sino que poseen el poder divino de derribar fortalezas»* (NVI). Son armas espirituales, porque son, en fin de cuentas contra enemigos espirituales (Ef. 6:12). Detrás de todos los que se oponen a Dios, a Jesucristo, al Evangelio, están los poderes malignos, invisibles, del diablo. El griego *ojúroma* indica los fuertes torreones colocados en las cuatro esquinas de la muralla interior, donde el enemigo asediado se atrincheraba para mejor defenderse de los sitiadores y asestarles más fácilmente su certeros dardos.

3. En el versículo 5, el apóstol describe lo que quiere dar a entender mediante la metáfora de la «destrucción de fortalezas». Los enemigos tras de los que se esconde el diablo no son tres, como podría deducirse de una ligera lectura del versículo, sino uno solo: el orgullo, la autosuficiencia carnal, del hombre pecador y rebelde contra Dios y su Palabra *(«contra el conocimiento de Dios»,* es decir, contra el Evangelio del que Pablo ha sido constituido proclamador, heraldo, embajador, v. 5:18–20). Este orgullo es el que presta *argumentos* (gr. *loguismoús),* es decir, raciocinios prejuzgados contra todo lo que el predicador pueda decir. De ahí la inutilidad de discutir con los incrédulos mediante razones teológicas o filosóficas. El Evangelio no puede presentarse en una mesa de discusiones, sino en un púlpito de proclamaciones. Sólo la Palabra de Dios, pura, sencilla, directa, de labios del embajador de Cristo, tiene poder, mediante la acción del Espíritu Santo, para echar abajo esos torreones que se yerguen altivos «*y hacer prisionero a todo pensamiento para que obedezca a Cristo»* (NVI). ¡Bendita cautividad la que conduce a la verdadera libertad! (V. Jn. 8:32 y ss.) Dice Tasker: «Uno de los más asombrosos e innegables argumentos a favor de la verdad de la religión cristiana, y a favor de la omnipotencia de Dios, es el hecho de que, cuando se les confronta con el Evangelio, que es un escándalo para el intelecto humano y una locura para los orgullosos hombres no regenerados, algunos de los más sutiles intelectos humanos han sido conducidos a rendir sumisión al Salvador».

4. Pablo afirma también (v. 6) su autoridad como ministro de Cristo *para castigar toda desobediencia.* Pero sólo usará de este poder *cuando la obediencia de los corintios sea perfecta.* Dice Gutiérrez: «Cuando los fieles en su mayoría hayan empezado a lograr cierta madurez espiritual que impida el que les haga daño el rigor empleado contra los malos, Pablo hará uso del rigor». El apóstol no quiere derribar algunos baluartes mientras el resto del edificio no esté perfectamente consolidado.

Versículos 7–11

1. El apóstol pasa ahora a reprender a los creyentes de Corinto por su inmadurez espiritual: *«Os dejáis llevar de las apariencias»* (NVI), les dice (v. 7). Puesto que el griego dice literalmente: *«según el rostro»,* claramente alude ya Pablo a su pobre figura física (comp. con los vv. 1, 10), tanto como a su oratoria poco florida, detalles exteriores que servían a sus adversarios para intentar quitarle adeptos. Era una lástima, y lo sigue siendo, que muchas personas se fijen en el porte exterior, la voz o el gesto del predicador, más bien que en la Palabra de Dios que está exponiendo con toda fidelidad. Así les ocurría a los fieles de Corinto; no sabemos a cuántos de ellos.

2. Contra este defecto, el apóstol se defiende de dos maneras:

(A) Apela a la autoridad que el Señor le había dado (vv. 7b–9, comp. con 13:10). Resume admirablemente Ryrie: «Os fijáis, dice Pablo, únicamente en lo que tenéis delante de vuestros ojos. Yo pertenezco a Cristo tanto como ellos (v. 7). A decir verdad, podría reclamar mayor autoridad (v. 8), pero eso podría asustaros (v. 9)». ¿Quién podía acusar a Pablo de falta de amor al Señor o de infidelidad en el desempeño de su ministerio apostólico? En Cristo hay lugar para todos los creyentes sinceros; y, por

muchas diferencias que haya entre unos y otros, todos somos uno en Cristo. Mucho ayudaría a disminuir esas diferencias y a curar las rencillas que, por ello, puedan surgir, el recordar que los que son diferentes de nosotros, pueden pertenecer de igual modo al Señor e incluso sobrepasarnos en su fidelidad y servicio al Maestro. No pensemos que sólo nosotros somos los verdaderos cristianos y que no hay más creyentes «ortodoxos» o «fundamentalistas» que nosotros y los de nuestro grupo. Nótese (v. 8) la humildad, la mansedumbre, el amor, del gran apóstol al conceder la posibilidad de que se haya excedido en su autoridad (en realidad, no se había excedido) recibida del Señor *«para edificación, y no para destrucción, vuestra»* (lit.). Le hería en lo más vivo la mera sospecha de que, aun sin darse cuenta de ello, pudiese hacer daño a alguien. ¡Qué ejemplo para nosotros!

(B) Apela al poder del Espíritu Santo, el cual se manifestaba en las conversiones que se efectuaban mediante su ministerio, en las señales que acompañaban con frecuencia a su predicación y en la firmeza, sin dominación tiránica, con que ejercía la autoridad que había recibido del Señor (vv. 10–11): «Porque *hay algunos que dicen: "Sus cartas son duras y fuertes, pero él en persona causa una pobre impresión y como orador es una nulidad". Tales personas deberían percatarse de que lo que somos en nuestras cartas cuando estamos ausentes, eso seremos en nuestras acciones cuando estemos presentes»* (NVI). No cabe duda de que sus adversarios exageraban la nota. Como hace notar Tasker, sus adversarios no se referían a la figura física de Pablo, sino que le tildaban de ser débil cuando había que pasar a la acción. A pesar del *«dicen»* que aparece en casi todas las versiones con el fin de dar el sentido, el griego está en singular, así como el pronombre indefinido *toioútos*, el tal; no obstante, es más que probable que había más de uno que pensaba así. El apóstol replica que su actitud no cambia, ya sea que escriba en ausencia o que hable al estar presente. Dice Gutiérrez: «El rigor que usa en las cartas va dirigido por el deseo de hacer bien, y, si en su próxima visita fuere necesario usar de rigor para edificar, empleará el mismo rigor que en las cartas».

Versículos 12–18

En Romanos 12:3, en una serie de tres verbos de la misma raíz (v. el comentario a dicho lugar), el apóstol había instado *a cada uno* de sus lectores a no tener de sí mismo un concepto más alto del que se debe tener, sino que cada uno pensase de sí de tal forma que pensase con cordura. En los versículos que ahora comentamos, da una norma para pensar de sí con cordura.

1. La sección va unida a los versículos anteriores con la conjunción causal griega *gar*, porque. Esto muestra que sigue en la línea de defenderse de las acusaciones que sus enemigos le hacían en cuanto a ser «fuerte» en ausencia y «débil», casi «cobarde» en presencia. El apóstol añade ahora que, al contrario de sus oponentes (v. 3:1; 5:12; 10:18), él no se recomienda a sí mismo de la misma manera que ellos lo hacen: Ellos se miden a sí mismos con su propia medida y se comparan a sí mismos con esa medida falsa que ellos mismos han inventado en su presunción orgullosa (v. 12). En cambio, la medida con que él se mide no es *«desmedida»* (gr. *eis ta ámetra*, hasta lo sin medida), sino que se ajusta a la *regla* o pauta (v. 13) *«que nos asignó*, dice, *el Dios de la medida»* (lit.). ¿De qué medida habla aquí? Veamos el contexto:

(A) Por todo el tenor de la Epístola, se echa de ver que quienes, en la congregación de Corinto, tenían en menos la persona y la autoridad de Pablo lo hacían instigados por falsos apóstoles que acusaban a Pablo de extralimitarse en su rigor, como si quisiera imponerse donde no le llamaban (v. los vv. 14 y 15).

(B) A esto contesta Pablo que quienes así hablan son los que realmente se están extralimitando, por tener ambiciones que van más allá de la medida que Dios les ha asignado. Es curioso que Pablo use el vocablo griego *kánon*, regla. Este vocablo significaba primordialmente la caña con que se medía algo, por ser la caña lo bastante recta como para no dar falsas medidas. De ahí, vino a significar las «reglas» normativas para «enderezar las vidas de la gente» (Tasker). El canon de las Escrituras significa los libros que han de tenerse por genuinamente inspirados por Dios al ajustarse a las normas por las que se diferencian de los apócrifos. «Canónigo» es el clérigo que se rige por las normas y estatutos de una catedral.

(C) ¿Qué «canon», qué regla, le asignó a Pablo el Dios que a cada uno *asigna como porción personal* (gr. *emérisen)* una medida que sólo a él le corresponde abarcar? Una medida *que alcanzaba* (v. 14) hasta Corinto, por lo que el apóstol no se extralimitaba, *«pues fuimos*, dice, *los primeros en llegar hasta vosotros con el Evangelio de Cristo»*, esto es, que tiene a Cristo por tema central, y que es predicado por mandato, y con la autoridad, de Cristo

2. En consecuencia con este principio, el apóstol declara su correcto proceder en el campo de la evangelización. Lo que dice nos sirve a todos como norma que debe ser imitada.

(A) Al contrario que sus oponentes, él no se comporta ni se alaba desmedidamente, puesto que no se sale de su propia medida al entrar en campo ya trabajado por manos ajenas (v. 15). Pablo roturaba en campo «virgen» y ¡bien que sudaba en los surcos que abría! La iglesia de Corinto había sido engendrada espiritualmente por Pablo ¡sólo él era el «padre» de ellos! (1 Co. 4:15).

(B) Dentro de esa «medida» esperaba poder gloriarse (v. 15b) y *verse engrandecido,* siempre *de acuerdo con la regla* que le había asignado el Dios de la medida, *conforme fuese creciendo la fe de ellos.* No se trata, pues, de un crecimiento en extensión (como da a entender la NVI, entre otras versiones), sino en intensidad: al progresar espiritualmente, hasta alcanzar la madurez.

(C) Una vez que los fieles de Corinto hayan alcanzado la madurez necesaria, el apóstol se verá libre (v. 16) para trasladarse a otros lugares donde poder predicar el Evangelio, pero siempre en terreno «virgen», *«sin entrar en la esfera de otro para gloriarnos en lo que ya estaba preparado».* Si comparamos este versículo con Romanos 1:11–15, tendremos bastante fundamento para negar que Pedro estuviese en Roma como Pastor Supremo y Fundador de la Sede Romana, aun cuando existiesen ya allí algunas comunidades cristianas.

3. Como si se hubiese desmedido en su propia alabanza, Pablo, con palabras de Jeremías 9:23, 24, que ya repitió en 1 Corintios 1:31, encamina todas esas alabanzas hacia donde todo apostolado, todo ministerio de las realidades celestiales, ha de tener su meta como tiene su fuente: *«Mas el que se gloría, gloríese en el Señor»* (en Jehová, conforme a la cita de Jeremías). Y la razón (v. 18) no puede ser más sencilla ni más sensata: *«Porque no es el hombre que se recomienda a sí mismo el que queda acreditado, sino aquel a quien el Señor recomienda»* (NVI). «Entre todas las adulaciones, la autoadulación es la peor. En lugar de alabarnos o recomendarnos a nosotros mismos, deberíamos procurar ser aprobados por Dios, y su aprobación será nuestra mejor recomendación» (M. Henry).

CAPÍTULO 11

El apóstol continúa haciendo su defensa contra los falsos apóstoles. I. Se excusa por seguir recomendándose a sí mismo (vv. 1–4). II. Afirma su igualdad con los demás apóstoles, y por encima de los falsos apóstoles, en este punto particular de predicar el evangelio a los corintios libremente, de balde (vv. 5–15). III. Intercala otra especie de prefacio a lo que va a decir a continuación para su propia defensa (vv. 16–21). IV. Presenta un largo informe de sus trabajos y de sus padecimientos, en los que sobrepasaba con mucho a los falsos apóstoles (vv. 22–33).

Versículos 1–4

1. Pablo se disculpa por continuar recomendándose a sí mismo (v. 1), y desea que le aguanten ese *poco de insensatez.* Así como al orgulloso le resulta difícil reconocer sus puntos flacos, así también al humilde le resulta difícil alabar sus puntos fuertes. En la segunda parte del versículo, el verbo puede estar en imperativo, como aparece en nuestra Reina-Valera o, con mayor probabilidad, en indicativo, como en la NVI y en la mayoría de las modernas: *«pero, ciertamente,* (ya) *me estáis aguantando»* (lit.).

2. A continuación, Pablo expone las razones por las que había incurrido en ese *«poco de insensatez»* (vv. 2, 3). Lo había hecho con el fin de preservar a los fieles de Corinto de la corrupción a que estaban expuestos a causa de las insidiosas insinuaciones de los falsos apóstoles: *«Estoy celoso de vosotros con celos a lo divino; porque os tengo prometidos a un solo esposo, a Cristo, para poder presentaros a Él como una virgen pura»* (NVI). Se nota aquí un tono parecido al del Bautista en Juan 3:27–30. El verbo griego se usa para describir los celos conyugales, pero el esposo no es Pablo, sino Cristo; por eso dice que los cela *con celo de Dios* (lit.), es decir, con el celo que Dios siente por su pueblo y que inspira a sus fieles ministros para que edifiquen a las congregaciones y las conserven puras para Cristo, su único marido (comp. con Ef. 5:25–27). Comenta Tasker: «Él (Pablo) los había engendrado en Cristo Jesús (v. 1 Co. 4:15). Pero así como un padre no es responsable únicamente de haber traído al mundo una hija suya, sino también de darla en casamiento a su marido, así Pablo *había desposado* a los corintios *con un solo*

esposo. Al añadir lo de *"uno solo",* Pablo pone de relieve el hecho de que, así como la relación marital es exclusiva, también los creyentes en Cristo le deben una lealtad exclusiva». Nótese que cada iglesia local es «la Esposa de Cristo».

3. De ahí la indignación del apóstol (vv. 3, 4) ante el temor de que los fieles de Corinto traicionen la lealtad que deben a Cristo, como traicionó Eva la lealtad que debía a Dios al dar oídos a la astuta serpiente (Gn. 3:1–6), que la incitaba a desconfiar del amor de Dios y a desobedecerle. De ahí, su insistencia en advertirles que hacen mal al *aguantar bonitamente* (lit.) a quienes, al seguir el ejemplo de Satanás (comp. tamb. con Jn. 10:5), vienen predicándoles *otro Jesús ... otro espíritu ... otro evangelio* (comp. con Gá. 1:6–9), diferentes de los que habían recibido cuando se convirtieron por la predicación de Pablo. ¡De modo que aguantan a quienes intentan extraviarles! ¿Y no aguantarán al que fielmente trata de conservarlos puros para el Esposo Celestial?

Versículos 5–15

1. *«Porque pienso que en nada voy a la zaga de esos superapóstoles»* (v. 5, literalmente), dice Pablo ahora y emplea un adverbio griego *(hyperlían)* compuesto de dos que indican superioridad. Dicho adverbio, que sólo ocurre aquí y en 12:1 en todo el Nuevo Testamento parece inventado por el apóstol, pues no aparece en los clásicos griegos. La mayoría de los antiguos comentaristas veían en estos «superapóstoles» una referencia a las «columnas» que Pablo menciona en Gálatas 2:9; pero los modernos exegetas se inclinan, con toda razón, a ver aquí una alusión irónica (siguiendo la ironía del final del v. 4) a los falsos predicadores que acaba de mencionar.

2. Confiesa (v. 6) que, aun cuando sea *inexperto (idiótes,* el mismo vocablo de Hch. 4:13; 1 Co. 14:16, 23, 24; es decir, rudo, lego, imperito) *de palabra* (en oratoria, comp. con 10:10), *no lo es en el conocimiento* de Cristo y del Evangelio. *«En todo y por todo os lo hemos demostrado»,* añade. El griego dice literalmente: *«... os lo manifestamos»* (aoristo), por lo que comenta acertadamente P. Gutiérrez: «Dios le ha comunicado el tesoro del misterio de Cristo, para que él a su vez lo comunique a todos».

3. La amargura de Pablo ante la indigna conducta de quienes le menospreciaban en su ministerio (más que en su persona, ya que esto no le importaba), se echa de ver en los versículos 7–9, no exentos de ironía como los anteriores.

(A) *«¿O es que cometí un pecado al rebajarme a mí mismo para que quedaseis en alto vosotros, predicándoos de balde el evangelio de Dios?»* (v. 7, NVI). Permítaseme copiar el espléndido comentario de P. Gutiérrez a este versículo: «Es muy propio de Pablo, por la antítesis que establece entre *rebajándome yo,* por medio del trabajo manual o la petición de limosnas para su sustento, y el *para ensalzaros a vosotros,* respetándolos como a señores, sin exigirles ninguna ayuda económica y dándoles el tesoro de la revelación, a fin de levantarlos espiritualmente».

(B) En los versículos 8 y 9 explica en qué consistió ese «rebajamiento» que se impuso a sí mismo (comp. con 1 Co. 9:3–18). Cuando, a causa de la continua predicación en Corinto, no podía dedicarse de lleno a su trabajo manual con el que se mantenía a sí mismo, colmaron con creces sus necesidades económicas los fieles de la provincia de Macedonia; en especial, los de Filipos (comp. vv. 8, 9 con Fil. 4:15, 16). A la extraordinaria generosidad de estos hermanos para con él, la llama irónicamente *«despojar a otras iglesias»* (v. 8). Por eso puede gloriarse de *no haber sido gravoso* (v. 9) *a ninguno de ellos* y de que su propósito era edificarles a ellos. «*Y en todo me guardé y me guardaré a mí mismo de seros gravoso»* (lit.), añade. La frase *«suplieron* (gr. *prosaneplérosan,* proveyeron una cantidad adicional) *lo que me faltaba»* indica que llegó un momento, durante su estancia en Corinto, en que se le acabaron los fondos, por lo que la ayuda recibida de los macedonios sirvió para cubrir el resto de las expensas que le quedaban por pagar.

4. Para entender bien los versículos 10–12, es conveniente repasar 1 Corintios 9:15–18. *«Por la verdad de Cristo* (esto es, por el Evangelio que en todas partes viene predicando) *que está en mí* (como un tesoro en vaso de barro, comp. con 4:7), *no se me quitará esta mi gloria* (de predicar sin ser gravoso, de predicar el Evangelio de balde) *en las regiones de Acaya,* donde Corinto estaba ubicada», dice en el versículo 10. En el versículo 11, quiere decir que esa determinación que ha tomado no se debe a falta de amor hacia ellos. *«Dios lo sabe»* bien que les ama de veras. Les ha dado abundantes pruebas de ello (comp. con 6:11; 7:3). El único motivo (v. 12) ha sido *«quitar todo pretexto a quienes buscan la oportunidad de equipararse a nosotros en las cosas de que se jactan»* (NVI). Comenta Tasker: «En otras

palabras, esos "superlativos" apóstoles recibían paga por su trabajo y les agradaría que esta diferencia entre ellos y Pablo quedase eliminada comportándose Pablo como ellos se comportaban, a fin de que pudiesen equipararse a él en pie de igualdad».

5. En los versículos 13–15, describe en duros términos a los falsos predicadores del Evangelio, que estaban extraviando a los corintios de la sincera fidelidad a Cristo (comp. con vv. 3 y 4, para ver que Pablo no se pasa de la raya en la forma como los describe aquí). *«Son,* dice (v. 13), *falsos apóstoles,* ya que están desempeñando una comisión que no han recibido del Señor, *obreros fraudulentos,* atareados en ganarse simpatías y dinero, en lugar de servir al Señor y edificar a los hombres por quienes Cristo murió, *que se disfrazan de apóstoles de Cristo,* y cambia solamente de piel, pues en su interior son lobos feroces, sin compasión hacia el rebaño (Hch. 20:29, 30). Así que, en realidad, son *ministros de Satanás* (v. 15), disfrazados de *ministros de justicia,* epíteto que cuadra estupendamente a los judaizantes, puesto que inculcaban el cumplimiento de la Ley, *dejando así inoperante el escándalo de la cruz* (Gá. 5:11).

6. *No es de extrañar,* dice Pablo (v. 14) que esto suceda, *porque el propio Satanás se disfraza de ángel de luz.* Verdaderamente, como dice Hodge, «Satanás no viene a nosotros como Satanás ni nos presenta el pecado como pecado, sino con el disfraz de virtud; y los maestros del error se presentan a sí mismos como los especiales abogados de la verdad». En realidad, tanto Satanás como sus ministros son maestros en el arte de presentar lo que alguien ha llamado las «medias verdades, que son las peores mentiras» (v. el comentario a Mt. 4:7). De la misma manera que los peces no pican el anzuelo sin cebo, así tampoco el intelecto humano admite el error sin mezcla de verdad. Por eso, nunca es más temible el diablo que cuando parece incitar a la virtud. Pablo termina (v. 15b) esta sección y dice que el fin de los ministros de Satanás *será conforme a sus obras.* De momento, tales personas parecen navegar viento en popa, pero al final se descubrirá lo que en realidad son y recibirán el castigo que les corresponde (comp. con Pr. 24:12; Mt. 16:27; Ro. 2:6; Gá. 5:10; 2 Ti. 4:14; 1 P. 1:17).

Versículos 16–21

Estos versículos (16–21a) quedan bien claros, y aun más ajustados al griego original, en la NVI que en ninguna otra versión; por ello, los damos a continuación juntos, antes de comentarlos: *«Lo repito: Que nadie me tome por insensato. Pero si lo hacéis, aceptadme incluso como insensato, a fin de que también yo pueda jactarme un poco. Al hacer ostentación de esta jactancia, no estoy hablando como el Señor querría, sino como un insensato. Pues ya que muchos se jactan de cualidades humanas, yo también me jactaré; porque de buena gana aguantáis a los insensatos, siendo sensatos como sois. De hecho, aguantáis incluso a cualquiera que os esclaviza, o bien os explota, o se aprovecha de vosotros, o se comporta con altanería u os propina una bofetada. Para vergüenza mía confieso que nosotros hemos sido demasiado débiles como para hacer tales cosas».*

1. El apóstol deja bien claro que el jactarse de uno mismo es prueba, no sólo de orgullo, sino también de insensatez; no es eso lo que Dios quiere (vv. 16, 17). Pero su caso es un caso especial, pues lo hace en beneficio de sus lectores y dadas las circunstancias en que ello tiene su lugar y tiempo. Es cierto que el deber de todo cristiano es humillarse a sí mismo en lugar de jactarse; pero también es cierto que la prudencia cristiana, bajo la conducción del Espíritu Santo, nos indica la necesidad de declarar, en determinadas circunstancias, lo que Dios ha hecho por nosotros, en nosotros y hasta por medio de nosotros (v. 18).

2. *Gloriarse según la carne* es jactarse de cosas y hechos con base en el valor que se les asigna conforme a los criterios que el mundo usa para ello. Pero si los enemigos tienen empeño en jactarse de cualidades humanas, él también puede jactarse de ello (v. 22), aun concediendo que eso es una insensatez, pues su verdadera gloria está en su propia debilidad (v. 30), ya que en ella resplandece mejor el poder de la gracia (12:5, 9, 10).

3. Los corintios, aun *siendo sensatos* (v. 19), no lo han demostrado muy bien al soportar a quienes, como los «superapóstoles», han sido sobradamente insensatos al gloriarse delante de ellos de cosas que no tienen valor y al aprovecharse de ellos en lugar de servirles de provecho (v. 20). El lenguaje de Pablo quizá sea intencionadamente hiperbólico, a fin de «acentuar la conducta necia de los superapóstoles» (Gutiérrez).

4. La primera parte del versículo 21 es sumamente difícil, tanto por su forma como por su extremada concisión, pues dice literalmente (versión más probable): *«En forma de reproche* (lo) *digo, como si hubiésemos sido débiles»*. Los autores interpretan de diversas maneras esta primera parte del versículo 21:

(A) Es un reproche a los corintios, quienes deberían avergonzarse de haber tenido por débil a Pablo (Juan Crisóstomo). Esta opinión encaja mal con el contexto posterior.

(B) Pablo se reprocha a sí mismo de haber sido débil al ponerse a la misma altura que sus adversarios, jactándose como ellos de sus cualidades naturales (Héring, Gutiérrez). Estos autores opinan que ese *«como si»* sugiere que lo que dice es idea de otros.

(C) Pablo se reprocha a sí mismo, pero irónicamente, por haber sido débil en comparación con esos rufianes que han mostrado tanta fuerza en el modo de tratar a los corintios. Ésta es la opinión más probable, y es la que refleja la NVI, que es la que hemos dado. La *Nueva Biblia Española* la condensa de este modo: *«¡Qué vergüenza, verdad, ser yo tan débil!»*

(D) Tasker concede también igual probabilidad a una similar interpretación, aunque sin ironías, propuesta por Menzies, quien afirma, además, que Pablo se reprocha a sí mismo y a los mismos corintios: «No es cosa muy honrosa, dice, la que va a mencionar, pero no puede menos de mencionarla: le han faltado firmeza y demostración de autoridad … pero el descrédito alcanza también a los corintios por haber preferido a quienes se aprovechaban de ellos, más bien que al que los trataba con bondad sin hacer hincapié en sus propios derechos y en su dignidad».

Versículos 22–33

La segunda parte del versículo 21 sirve de enlace entre esa especie de «prefacio» que el apóstol intercala y el osado alarde de cualidades y sufrimientos en los que Pablo supera sobradamente a los falsos apóstoles. Se jacta:

1. En primer lugar (vv. 22, 23a) en sus cualidades y condiciones de orden humano, natural: como son (A) su raza e idioma *(«hebreo»,* de padre y madre. V. Fil. 3:5), su religión *(«israelita»)* y su linaje *(«descendiente de Abraham»,* de la posteridad de las promesas). Todo esto lo es *tanto como lo pueda ser otro cualquiera.* (B) Su servicio al Señor (v. 23a): *«¿Son ministros de Cristo? (Hablo como si hubiera perdido el juicio). Yo más»*. Dos detalles son dignos de análisis especial en este paréntesis que el apóstol intercala aquí:

(a) El verbo que usa para lo de «perder el juicio» *(paraphronéo)* sale únicamente en este lugar, y el sustantivo de la misma raíz ocurre solamente en 2 Pedro 2:16 con referencia a la «locura» de Balaam. Son vocablos más fuertes que los que se usan para describir la «insensatez», pues dan a entender que la persona ha perdido completamente, de momento, el juicio.

(b) La razón por la que Pablo usa un verbo tan fuerte es porque, como dice Plummer, «gloriarse acerca de algo tan sagrado como es el servir a Cristo es locura consumada». Pero es de notar que Pablo no se compara con los «superapóstoles» en cuanto al llamamiento recibido de Dios, sino en cuanto al fiel desempeño de dicho ministerio, en lo que dichos «superapóstoles» no se estaban comportando como genuinos embajadores de Cristo. Además, habla así porque los propios corintios le obligan a ello. ¡Si ellos le defendiesen como era su deber, no se vería él obligado a expresarse de esta manera! (v. 12:11).

2. En segundo lugar, Pablo se jacta de las aflicciones que ha sobrellevado, más que ninguno de su adversarios, en el desempeño de su ministerio (vv. 23b–33). La lista es larga, y presenta al apóstol, no sólo como a un extraordinario ministro, sino también como a un sufriente extraordinario.

(A) Más que todos ellos (comp. con 1 Co. 15:10), había trabajado arduamente, como indica el verbo griego, en sus labores apostólicas (v. 23b).

(B) Le eran familiares las cárceles, las cadenas, los azotes. De manos de los gentiles, había recibido *azotes sin número* (v. 23); *tres veces, con varas* (v. 25), de las que conocemos una vez, por orden de las autoridades romanas, en Filipos (Hc. 16:22, 23). *«De los judíos,* dice (v. 24), *cinco veces he recibido* (ya en el año 57) *cuarenta azotes menos uno»*, precaución que se tomaba a fin de no exceder, por equivocación, la cifra de los 40 que marcaba la Ley (Dt. 25:3). También había estado *en cárceles* (v. 23) *mucho más* (se sobrentiende, mucho más que los falsos apóstoles). Y «una *vez, apedreado»* (v. 25. En Listra, v. Hch. 14:11–19).

(C) Menciona a continuación muchos y diversos peligros de muerte. Primero lo hace en general (al final del v. 23). Después especifica (vv. 25, 26):

(a) *Tres naufragios (*¡y aún le quedaba por padecer la azarosa travesía del Mediterráneo en su viaje a Roma!—Hch. 27—), en uno de los cuales *estuvo una noche y un día como náufrago en alta mar* (el gr. *buthó*, de donde procede el castellano «buzo», no puede significar aquí *«en lo profundo del mar»).* Podría significar, por hipérbole, los altibajos de un tremendo oleaje.

(b) Enumera después los peligros *en viajes, muchas veces* (v. 26). En fin en aquellos tiempos, los viajes por tierra eran fatigosos y peligrosos. Los viajes *a través de ríos* también eran peligrosos, pues escaseaban los puentes y las inundaciones provocaban desbordamientos de las *aguas* (lit.) Vuelve a mencionar, hacia el final del versículo, los *peligros en el mar.* Los *peligros en despoblado* parecen referirse al riesgo de tener que atravesar por parajes desérticos donde pueden sorprenderle a uno de improviso, no sólo las tormentas, sino también las fieras salvajes.

(c) Pero los peores peligros eran los que le exponían a la malignidad de los hombres: *Peligros de ladrones,* que acechaban en los caminos y parajes poco transitados, como en la parábola del Buen Samaritano, *peligros de los de mi nación* (v. por ej. Hch. 13:50; 14:5; 17:5, 13; 18:12, entre otros lugares), *peligros de los gentiles* (v. por ej. Hch. 14:5; 19:23), *peligros en la ciudad* (en los tumultos de Efeso—Hch. 19:23 y ss.—y Jerusalén—Hch. 21:31—, como ejemplos de casos que conocemos). Y los peores de todos, *peligros entre falsos hermanos* (v. por ej. Gá. 2:4). Comenta Tasker: «Nunca ha habido en la historia de la Iglesia cristiana un tiempo en que haya estado libre de traición en su interior. Hubo un Judas entre los primeros apóstoles, y ha habido traidores en el campamento desde entonces».

(D) En el versículo 27 menciona (comp. con el *«en trabajos»,*—gr. *kópois*—, labor fatigosa, del v. 23) las distintas clases de situaciones que fatigan y rinden a una persona: *«He pasado muchos trabajos y fatigas, y muchas noches sin dormir; con hambre y con sed y con escasez de alimento, con frío y con falta de ropa»* (NVI). Todo esto se debería a muy diversas circunstancias: viajes, cárceles, preocupaciones, etc.

(E) Como si fuera el peso que más le agobia, hasta abrumarle, menciona al final de la lista anterior (vv. 28, 29) su ansiosa solicitud por cada una de las iglesias que había fundado y edificado, y aun por cada miembro de tales comunidades: «Y *dejando aparte otras cosas, lo que me abruma, lo que tengo que afrontar cada día: la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién está débil, sin que yo también me sienta débil? ¿Quién es incitado a pecar, sin que yo esté interiormente en ascuas?»* (NVI). A ejemplo del Maestro, Pablo estaba siempre dispuesto a comprender y compadecer a los débiles («compadecer», gr. *sumpathéin*, significa «padecer con el que padece»), así como a sentirse afectado y herido cuando alguien caía en pecado por incitación de otra persona.

3. En tercer lugar, se gloría (v. 30) *en su debilidad* (comp. con 12:5, 9), con lo que matiza bien el sentido de la jactancia que ha introducido en el versículo 18, y pone a Dios por testigo (v. 31) de que ha dicho la verdad en las aflicciones que ha enumerado (según Tasker), más probablemente que en su gloriarse en lo que es su debilidad (según Gutiérrez).

4. Finalmente, como si de repente le viniese a la memoria un peligro especial que le había acechado, menciona (vv. 32, 33) lo que le ocurrió, poco después de su conversión, en la ciudad de Damasco (v. Hch. 9:24), donde el etnarca o gobernador, incitado por los judíos, puso guardas en las puertas de la ciudad para que no escapase, pero los creyentes lo descolgaron en una espuerta, por una abertura hecha en la muralla, y así escapó de las manos del gobernador.

CAPÍTULO 12

Continúa el apóstol defendiendo la dignidad de su ministerio. I. Hace mención de especiales favores recibidos de Dios (vv. 1–6). II. También menciona el método que Dios usó para que dichos favores no le exaltasen demasiado (vv. 7–10). III. Se dirige a los corintios, e insiste en las señales divinas que garantizaban la autenticidad de su apostolado, y en la disposición interior que le urgía a buscar el interés de ellos, no el suyo propio (vv. 11–18). IV. Termina el capítulo con una apelación a que se arrepientan de las cosas que dejan mucho que desear en la comunidad cristiana de Corinto (vv. 19–21).

Versículos 1–6

El apóstol nos declara aquí un favor extraordinario, especial, que Dios se había dignado concederle. Aunque no se nombra a sí mismo por su propio nombre, el versículo 5 nos confirma que se trata realmente de él. Lo hace por humildad, pues reconoce que, en el contexto de la Carta, *es necesario* (v. 1) jactarse de ello, aunque de ordinario no conviene. El versículo 1 ha de leerse en la NVI: *«Debo seguir jactándome. Aunque nada se gane con ello, paso a referirme a las visiones y revelaciones del Señor».* De entre esas visiones y revelaciones refiere una que le aconteció *hacia catorce años* (el año 43 o el 44, pues escribe en el 57), cuando *fue arrebatado al tercer cielo;* es decir, al cielo superior o empíreo, al que llama *paraíso* (v. 4; comp. con Ap. 2:7). No sabe si fue arrebatado corporalmente o sólo en espíritu, pero sí sabe que *oyó cosas inefables* (misteriosas), *que no le era permitido decir. De tal hombre* (v. 5) en Cristo, unido a Cristo y así favorecido por el Señor, *puede gloriarse,* sin ser insensato por ello, por cuanto dice la verdad (v. 6); pero de sí mismo, aparte de eso, no desea gloriarse *a no ser en sus debilidades* (comp. con v. 9 y 11:30). Dios exalta a los humildes, y Pablo sabía mantenerse humilde en medio de las más extraordinarias revelaciones que Dios le hacía.

Versículos 7–10

Aquí nos declara Pablo el método que Dios usó para impedir que *se exaltase desmedidamente.*

1. *«Me fue dada,* dice (v. 7b), *una espina hincada en mi cuerpo, un emisario de Satanás, para que me atormente»* (NVI). Se han dado muchas interpretaciones de esta *«espina»,* de las que mencionaremos las tres principales:

(A) Entre los autores medievales, prevaleció la opinión de que el apóstol se refería a tentaciones de la concupiscencia, las cuales le molestaban incluso físicamente. Los Reformadores se opusieron enérgicamente a esta opinión, ya que, aparte de ser algo común, decía poco a favor del elevado estado espiritual del apóstol.

(B) Hay quienes (ya desde el Crisóstomo y, especialmente entre los modernos exegetas católicos, como R. A. Knox) piensan que se refiere a las constantes persecuciones que Pablo sufría; sobre todo, de parte de los judíos. Comparan la fraseología de Pablo aquí y, sobre todo, lo de la *«espina en la carne»* con los aguijones y espinas de que se habla en Números 33:55. Piensan que el versículo 9 corrobora esta interpretación.

(C) La opinión más corriente, que parece confirmada por Gálatas 4:15 y 6:11 (v. el comentario a esos lugares) es que se trata de una enfermedad corporal, probablemente de los ojos (¿oftalmía?), ya fuese a consecuencia del deslumbramiento sufrido en el camino de Damasco, ya la tuviese antes o la adquiriese después. Ésta es la opinión que mejor encaja con la petición que hace Pablo al Señor. En cuanto a lo de *«emisario de Satanás»,* comp. con Job 2:5, Lucas 13:16.

2. El apóstol oró insistentemente al Señor (v. 8) *para que quitase de él tal espina.* Esto insinúa que Pablo la consideraba como obstáculo a la eficacia de sus labores apostólicas.

3. Pero el Señor, a pesar de la insistencia con que se lo pidió (comp. con la oración del propio Señor en Getsemaní) no le quitó la espina, sino que le dijo (v. 9): *«Con mi gracia te basta, pues mi poder se muestra perfecto en la debilidad»* (NVI. Comp. con 4:7). Esta fue una magnífica lección del Señor, provechosa, no sólo para el propio Pablo, sino también para todos los ministros de Dios, ya que, (A) es un gran consuelo saber que la gracia poderosa del Señor puede contrarrestar todas nuestras debilidades físicas; (B) es también muy conveniente para que los oyentes no se dejen llevar por la oratoria y la apariencia exterior del predicador, sino por la eficacia de la Palabra de Dios mediante el poder del Espíritu.

4. Pablo ha aprendido muy bien, de labios del Señor, la lección que no va a olvidar (vv. 9b, 10): *«Así pues, muy a gusto me gloriaré todavía en mis debilidades, a fin de que resida en mí el poder de Cristo. Por lo cual me complazco en las enfermedades, en los insultos, en las necesidades, en las persecuciones y en las dificultades sufridas por causa de Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte»* (NVI). Comenta Gutiérrez: «Esta paradoja entra plenamente en la teología paulina y se explica perfectamente después de lo que precede. En el desfallecimiento humano de Pablo se revela el poder de Cristo y del espíritu. Por eso, cuando él está más incapacitado, entonces es cuando es más fuerte, porque interviene la presencia del espíritu de Cristo, que es poder y fuerza».

Versículos 11–18

1. Como en 11:1, el apóstol es consciente de que ha cometido una necedad al gloriarse, pero tiene una excusa: ellos le han obligado a expresarse de esa manera (v. 11): *«He hecho de mí un insensato, pero vosotros me habéis compelido a ello. Pues vosotros mismos sois los que debíais haberme acreditado, porque en nada soy yo inferior a los superapóstoles, aun cuando soy tan insignificante»* (NVI). Los corintios tenían muy buenas razones para hablar bien de él, pero no lo habían hecho. Es un deber que tenemos para con las personas buenas el salir en defensa de su reputación. Por muy alto que pensemos de nosotros mismos, deberíamos ser lo suficientemente humildes para mostrar nuestra estima a quienes la merecen, aun a costa de ponernos a nosotros mismos en nivel inferior. *«Aunque no soy nada»* (lit.), dice, y reconoce que todo lo debe a la gracia de Dios (comp. con 1 Co. 15:10); afirma, no obstante la verdad que ya ha expresado en varias ocasiones: *«En nada soy inferior a los superapóstoles»*. La humildad no está reñida con la verdad. Más aún, una falsa modestia que no reconoce los dones recibidos de Dios ni las posibilidades que esos dones ofrecen, es un orgullo disfrazado (busca que sean otros quien le alaben) y una ingratitud hacia el Señor.

2. En los versículos 12, 13, demuestra que en nada ha sido inferior a los superapóstoles, ya que:

(A) *Con mucha paciencia* (gr. *hupomoné*, aguante bajo circunstancias adversas) ha sobrellevado todas las dificultades, contradicciones y aflicciones que le han sobrevenido.

(B) El poder de su ministerio entre ellos ha sido manifestado por medio de *las señales, los prodigios y milagros* que fueron llevados a cabo a la vista de ellos.

(C) La acción del Espíritu de Dios se ha manifestado en la fundación y edificación de la iglesia de Corinto con tanta o más eficacia que en cualquiera de las otras iglesias.

(D) En una sola cosa, dice irónicamente, habéis sido inferiores, *«en que yo mismo nunca os he sido gravoso»* (léase, por ej., lo que dice a este respecto, en 10:7–9). Como esta frase era una especie de insulto, aunque ellos le obligaban a expresarse de esa manera, se apresura a añadir: *«¡Perdonadme esta injuria!»* (NVI. Lit. *iniquidad).*

3. Los versículos 14 y 15 son de lo más emocionante que pueda leerse, pues nos dan cierta medida de la anchura de corazón del gran apóstol. Han de leerse en la NVI, que se ajusta mejor al original conforme a los MSS más acreditados: «Ahora estoy dispuesto a visitaros por tercera vez y no os seré gravoso, porque no busco vuestros bienes, sino a vosotros mismos (al contrario que los falsos apóstoles,—comp. con 11:20—). Después de todo, no son los hijos los que deben atesorar para los padres, sino los padres para los hijos». Y ahora viene el sublime versículo 15: *«Así que yo muy a gusto gastaré por vosotros cuanto tengo y me derrocharé a mí mismo por el bien de vuestras almas. Si os amo más, ¿me amaréis menos?»* Como un buen padre, Pablo estaba dispuesto a gastar lo necesario y a desgastarse a sí mismo, su salud, sus fuerzas, etc., con tal de procurar a los fieles de Corinto todo lo necesario para el provecho espiritual de ellos.

4. En los versículos 16–18, el apóstol parece salir al paso de una objeción puesta por los adversarios de Pablo, más bien que por los corintios mismos; por lo que se hace necesario suplir una elipsis en medio del versículo 16, detrás del *«no obstante»,* como advierten Bullinger y Ryrie, con lo que dicho versículo dice asi: *«Pero admitiendo esto, que yo no os he sido carga;* no obstante (dicen ellos,—así Ryrie—; mejor que, decís vosotros,—así Bullinger—), *como soy astuto, os prendí por engaño».* No hay, pues, ironía en la frase de Pablo, según parece a primera vista. Comenta Ryrie: «A decir verdad, decían ellos, él no se llevó ningún dinero mientras estuvo aquí, pero ¿qué pasó con aquella colecta para los santos? ¿Quién sabe a qué bolsillo irá a parar?» De esto se defiende Pablo (vv. 17, 18), y dice que él no les ha explotado ni en persona ni por medio de los emisarios enviados por él a fin de que preparasen la colecta (comp. con 8:6, 16–21). *Todos ellos habían procedido con el mismo espíritu* de sincera buena voluntad y *habían dado los mismos pasos* en el modo de llevar a cabo lo que, con aquel buen espíritu, se habían propuesto hacer.

Versículos 19–21

El apóstol declara en estos versiculos que la finalidad de todo lo que viene diciendo no es una vana disculpa de su parte por todo lo que les dice, sino expresión del temor que le acecha de que por ambas partes, la de él y la de ellos, haya desazones y lamentación cuando vuelvan a verse.

El versículo 19 dice, a la letra, según el original: «¿Os estáis figurando durante todo este tiempo (gr. *pálai*,—no *pálin—:* de nuevo) *que nos estamos disculpando ante vosotros? En la presencia de Dios* (que

todo lo ve), *estamos hablando en* (unión con) *Cristo; y todas las cosas, amados, en pro de vuestra edificación».* No le impulsan a hablar así otros motivos que no sea el afán de que sus hijos espirituales sean, en todo y por todo, convenientemente edificados.

Pero le asedian dos temores: (A) Que ni él halle a los corintios como desearía hallarlos: libres de todos esos grandes defectos que enumera en la lista del versículo 20b, mientras ellos no lo hallan a él como desearían: amable, benigno, sin el rigor que va a necesitar. (B) *«Que mi Dios me humille ante vosotros* (v. 21) y *tenga que hacer duelo por muchos de los que antes han pecado y no se arrepintieron de la impureza, de la fornicación y de la lascivia que practicaron»* (lit.). Le apenaba la fundada sospecha de que muchos de ellos continuasen practicando los mismos vicios que habían acostumbrado a practicar cuando vivían en el paganismo y no se hubiesen arrepentido como es necesario. Esto sería para él un motivo de gran humillación y lamentación delante de Dios, al ver que aquellos hijos espirituales suyos no eran lo que debían ser y tener que aplicar con ellos las medidas rigurosas que tanto le dolían a él mismo.

CAPÍTULO 13

En este último capítulo de su Carta, I. Pablo amenaza con tomar severas medidas contra los obstinados en el pecado (vv. 1–6). II. Eleva después a Dios una ferviente oración a favor de ellos (vv. 7–10). III. Concluye con saludos generales y una solemne y amplia bendición (vv. 11–14).

Versículos 1–6

1. El apóstol amenaza con portarse severamente contra los pecadores obstinados cuando vaya a Corinto *por tercera vez* (v. 1). La primera vez fue cuando llegó a Corinto para evangelizar allí (Hch. 18:1). La segunda no es mencionada en *Hechos,* pero debe de ser la que les giró *con tristeza* (2:1). En esta tercera que ahora les anuncia, va a proceder de forma jurídica, conforme a la norma que prescribe la Ley (Dt. 19:15) y que él cita (v. 1b).

2. Declara por qué piensa comportarse con severidad (vv. 2, 3). *«No andaré,* dice, *con miramientos … ya que estáis demandando una prueba de que es Cristo el que habla por medio de mí»* (NVI). Cristo, en efecto, no es débil, sino fuerte, en el modo de actuar entre los fieles de Corinto. El contexto exige que ese poder de Cristo se interprete aquí en doble sentido: tanto para salvar como para castigar; por lo que «Todo este verso, dice Gutiérrez, tiene su ironía». La NVI aclara en gran manera el sentido del versículo 4, en dicha conexión, al traducir así: *«Porque si es cierto que fue crucificado* (Cristo) *por la condición débil de su naturaleza humana, sin embargo está vivo por el poder de Dios. De manera semejante, nosotros, aunque compartimos ahora la condición débil que Él tuvo, viviremos con Él, sin embargo, mediante el poder de Dios, para estar a vuestro servicio».* Este versículo está completamente en la línea de la teología paulina: Él vive la vida del crucificado, pero también resucitado, Jesús. Por eso, aunque lleva las marcas de la misma debilidad en que se muestra su crucifixión con Cristo, también podrá mostrar *hacia* (gr. *eis) los* corintios (no a favor, sino contra, ellos) el poder de que disfruta en unión con el Cristo resucitado.

3. Los difamadores de Pablo, como hace notar Tasker, le habían sometido a una especie de «examen, y demandado que diese una prueba de su autoridad espiritual; y algunos corintios les habían regalado el oído con demasiada facilidad. La posición enfática (en el original) del versículo 5: "A *vosotros mismos examinaos",* muestra que Pablo les devuelve ahora la pelota». Si ellos estaban firmes en su estado de cristianos, en su unión con Cristo por medio de la fe, ese examen de conciencia al que Pablo les invita, mostrará si han aprobado el examen o no; y también les mostrará que Pablo no ha sido suspendido (v. 5) en dicho examen.

Versículos 7–10

1. La oración de Pablo a favor de los fieles de Corinto (v. 7): *«Ahora rogamos a Dios que no hagáis nada malo; no para que la gente vea que hemos salido airosos de la prueba, sino para que hagáis lo que está bien, aunque ello diese a entender que nosotros no hemos conseguido salir aprobados»* (NVI). Pablo

prefiere siempre el bien espiritual de sus hijos espirituales antes que su propia reputación. No le importa lo que los demás piensen de él, con tal de que los corintios maduren espiritualmente y sean fieles al Señor.

2. Las razones por las que ora así a Dios:

(A) Porque Pablo (v. 8), en el ejercicio de su ministerio, siempre se apoya *en la verdad* (Cristo y su evangelio) y todo su afán es que los hombres la acepten y vivan de forma que agraden a Dios y le sean fieles; con tal de que este fin se consiga, poco le importa al apóstol el que a los hombres les parezca que no ha sido vindicado delante de los demás con la claridad que él deseaba. Esta explicación es la que mejor encaja con el contexto, tanto anterior como posterior.

(B) El deseo del apóstol es que los corintios vayan progresando en madurez espiritual hacia la perfección (v. 9): *«En realidad, nos alegramos cuando nos sentimos débiles, pero vemos que vosotros estáis fuertes, pues esto es lo que oramos a Dios, que os haga perfectos»* (NVI). Una vez más, se echa de ver aquí la nobleza del alma de Pablo y se percibe mejor el enlace de este versículo con lo que acaba de decir en los versículos 7 y 8. El apóstol deseaba eso y oraba a Dios por ello, no sólo para que los fieles de Corinto fuesen preservados de pecar, sino también para que creciesen continuamente en la gracia.

(C) A esto se encaminaba todo lo que lleva dicho en esta Epístola, pues lo que, en fin de cuentas, deseaba era *poder usar la autoridad que el Señor le había dado* (v. 10), sin tener que echar mano de la severidad, pues esa autoridad le había sido concedida *para construir, no para destruir*.

Versículos 11–14

El apóstol termina esta Epístola con un resumen exhortativo, un saludo general y una amplia bendición.

1. La exhortación es cuádruple, después del griego *kháirete* que, más bien que *«alegraos»* (exhortativo), es un saludo de despedida. Los cuatro verbos que siguen están en tiempo presente (continuativo). Los dos primeros están en voz media-pasiva; los dos segundos, en activa. La NVI presenta una espléndida versión de todo el versículo 11: *«Finalmente, hermanos, adiós. Aspirad a la perfección; prestad oídos a mi exhortación; tened un mismo sentir* (la misma frase de Ro. 12:16 y Fil. 2:2. Es también el mismo verbo de Fil. 2:5, entre otros lugares) y *vivid en paz. Y el Dios del amor y de la paz estará con vosotros»*. La comparación con Filipenses 4:2, donde ocurre también el mismo verbo, nos da a entender el énfasis que pone Pablo en esa unidad de sentimientos que los creyentes deben procurar. «Les hace parar mientes, dice Tasker, en que la paz de la comunión cristiana sufre daño con el entusiasmo sectario y el exagerado apego a determinadas personas». Necesitan paz y amor, y sólo Dios puede inculcar eficazmente en la mente de sus hijos los más adecuados pensamientos *de paz y de amor*.

2. El saludo general (vv. 12–13, que en muchas versiones forman un solo versículo, como debería ser) tiene una parte *(«Saludaos unos a otros con beso santo»)* que repite a la letra la misma frase de Romanos 16:16 (v. el comentario a dicho v.) y 1 Corintios 16:20b. El *«Todos los santos os saludan»* es una variante de la frase que aparece en Romanos 16:16 y 1 Corintios 16:20.

3. Finalmente, viene la amplia bendición, de corte trinitario (v. 14 o 13, según las versiones): *«Que la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión que establece el Espíritu Santo sean con todos vosotros»* (NVI). El *«Amén»* que aparece en nuestras versiones debe descartarse. Sólo aparece en dos códices unciales y es, sin duda, añadidura de un copista. El versículo es bien conocido y usado en nuestras congregaciones. A primera vista choca el que aparezca en primer lugar el Señor Jesucristo (comp. con 8:9). La razón de esta aparente anomalía es dada por el Profesor R. Tasker con su habitual maestría: «El inusitado orden en que se mencionan las tres Personas nos recuerda que, en el pensamiento de la primitiva Iglesia acerca de la naturaleza de Dios, la redención llevada a cabo por Cristo ocupaba un lugar primordial. No puede haber adecuado entendimiento del amor de Dios aparte de la Cruz; y la única comunión durable entre los hombres es la comunión de los pecadores redimidos por la sangre de Jesús». Por supuesto, los tres genitivos son subjetivos; es decir, se trata de la gracia de Cristo hacia nosotros, del amor que Dios nos tiene (no de nuestro amor a Él) y de la comunión que el Espíritu establece en la Iglesia.

GÁLATAS

Los gálatas eran tribus celtas que, establecidas primeramente junto al Danubio, se diseminaron después en varias direcciones. Aquellos a quienes dirige el apóstol Pablo la presente Epístola residían en el centro del Asia Menor. Divididos en dos subprovincias, no es fácil dictaminar a cuál de ellas pertenecían las *iglesias de Galacia* a las que Pablo se dirige en 1:2, pero la mayoría de los autores modernos opinan, con buenas razones, que se trata de los residentes en la parte septentrional. Si ello es así, estas iglesias fueron fundadas en el segundo viaje misionero del apóstol, y la Epístola habría sido escrita en el tercero entre los años 53 y 55 de nuestra era.

El punto clave de la Epístola es la justificación por la fe sin las obras de la Ley, con la subsiguiente libertad del Espíritu con la cual Cristo nos ha hecho libres y que ha de usarse en servicio de nuestro prójimo y en obediencia al Señor.

En la Epístola, Pablo hace frente a unos adversarios concretos: los judaizantes, quienes habían conseguido embaucar a los gálatas (3:1) hasta el punto de ponerlos en peligro de retroceder, desde el régimen de la gracia (5:4, comp. con Ro. 7:6), al régimen de la Ley. ¿Quiénes eran los judaizantes? Eran judíos convertidos al Evangelio, que veían en Jesús al Mesías de Israel, pero pensaban que la única vía de salvación era llegar a Cristo a través del judaísmo, haciéndose prosélitos de Israel por medio de la circuncisión. El peligro era muy grave, puesto que, si para salvarse era necesario el cumplimiento de la Ley, la Cruz de Cristo había perdido su eficacia y su «escándalo» (5:11) y el Evangelio dejaba de ser lo que era (1:6–9): *Buena Noticia.*

Para la división de la Epístola, adoptamos la del Dr. Ryrie:

I. Introducción: No hay otro Evangelio (1:1–10).
II. Defensa de la justificación por la fe sola (1:11–2:21).
III. Explicación de la justificación por la fe (3:1–4:31).
IV. Aplicación de la justificación por la fe (5:1–6:10).
V. Conclusión: Compendio de las instrucciones de Pablo (6:11–18).

CAPÍTULO 1

Después de una especie de prefacio (vv. 1–5), el apóstol reprende severamente a los gálatas (vv. 6–9) y pasa a establecer su autoridad apostólica, I. con base en su predicación del Evangelio (v. 10); II. con base en haberlo recibido por revelación directa (vv. 11, 12). Para probar lo cual, les hace a la memoria, 1. lo que él mismo era antes de su conversión (vv. 13, 14), 2. cómo se convirtió (vv. 15, 16) y, 3. cómo se había comportado desde su conversión (vv. 17–24).

Versículos 1–5

1. La persona que envía la Epístola es *Pablo* (v. 1), único nombre que se le da desde Hechos 13:9, *Apóstol.* Aunque no pertenecía al número cerrado de los Doce, Pablo era *«Enviado»* especial, *no de parte de hombres,* pues era *embajador de Cristo* (v. 2 Co. 5:20) *ni por medio de ningún hombre,* ya que la comisión de predicar el Evangelio no la había recibido por medio de otro líder de la Iglesia, ni siquiera de alguno de los Doce, sino directamente de Dios, por revelación y comisión de Jesucristo (v. 1b, comp. con v. 11). Al decir de *Dios Padre que lo resucitó* (a Cristo) *de los muertos,* no sólo establece un dato cronológico que sitúa el llamamiento del apóstol en una fecha posterior a la resurrección del Señor, sino un fundamento teológico, pues presenta a Pablo como el gran heraldo del Resucitado y, con él, de la *nueva creación* (2 Co. 5:17). En el versículo 2, asocia consigo, en la dirección de la Epístola, *a todos los hermanos que estaban con Él,* ya se incluyan ahí a todos los miembros de la iglesia desde la que escribe, ya solamente a los que más de cerca colaboraban con él en aquel momento. Con ello da a entender claramente que *todos* ellos compartían plenamente las ideas que el apóstol expone en la Epístola.

2. A quiénes es enviada la Epístola: «*A las iglesias de Galacia»* (v. 2b), es decir, a las distintas comunidades locales existentes en la región. Extraña un saludo tan general y tan escueto, pero sirve para darnos a conocer que el mal era también general y que todas las iglesias de Galacia estaban más o menos «seducidas» por las malas artes de los judaizantes que se habían infiltrado entre los miembros de las aludidas congregaciones.

3. La bendición del apóstol (vv. 3–5) no falta por eso; más aún, así como el saludo era excesivamente breve, la bendición es copiosamente larga, para que en ella quepa precisamente un compendio de la tesis que el apóstol va a sostener a lo largo de la Epístola:

(A) La primera parte de la bendición (v. 3) repite exactamente las frases de Romanos 1:7; 1 Corintios 1:3 y 2 Corintios 1:2, por lo que no necesita ulterior comentario (v. el comentario a Ro. 1:7).

(B) Aprovecha (v. 4) la mención que acaba de hacer del Señor Jesucristo para poner de relieve la solución radical del problema que el pecado de la humanidad presentaba. Llama al *«presente siglo»*, esto es, al «mundo», *malo* (gr. *poneroú*, maligno, malvado). El mal era, pues, además de profundo, universal y no podía curarse con los emplastos que los legalistas judaizantes querían aplicarle. Fue necesaria la *entrega que de sí mismo hizo el Señor por nuestros pecados para librarnos* de tal mal.

(C) Esa entrega la hizo Jesús *conforme a la voluntad* (gr. *to thélema*, lo que quería) *de nuestro Dios y Padre,* de un Dios nuestro que fue para nosotros verdadero Padre al engendrarnos al precio de la sangre de su Hijo Unigénito, a quien entregó a la muerte por nosotros (Jn. 3:16; 10:18; Hch. 2:23, 20:28; 2 Co. 5:21; Gá. 3:13, etc.). Así como es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo (2 Co. 1:3; Ef. 1:3), así también, en Él y por Él, es el Padre de todos los verdaderos creyentes (comp. con Fil. 4:20).

(D) Para que mejor se destaque la soberana iniciativa de nuestro Dios y Padre en la obra de nuestra redención, es a éste a quien Pablo dirige, ampliada, la misma doxología que en Romanos 11:36, lo cual nos da idea de la solemnidad que Pablo confiere a esta bendición (v. 5). Dice Leal: *«La gloria:* aquí tiene un sentido helénico de conocimiento y alabanza de Dios y de sus planes».

Versículos 6–9

1. La preocupación del apóstol se hace patente en estos versículos, ya que los fieles de Galacia, seducidos por los judaizantes, *estaban desertando del que los llamó* (v. 6), es decir, del Dios verdadero que les había dispensado tal favor como es *la gracia de Cristo* (aunque *«de Cristo»* falta en muchos y muy importantes MSS). Pablo *se asombra* de que hayan desertado *tan rápidamente* (lit.), es decir, de que

la obra destructora de los judaizantes haya penetrado tan aprisa en los ánimos de los gálatas. ¿A qué punto habían desertado con tanta prisa? A *un evangelio diferente* (gr. *héteron*, otro de distinta especie), pues no hay más que un Evangelio, el que Pablo predicaba. Por eso añade (v. 7) enseguida que tal seudoevangelio no es otro (gr. *állo*, otro de la misma serie) de la misma especie que el verdadero, sino que con sus falsas doctrinas, los judaizantes, *les estaban perturbando* (gr. *tarássontes*, agitando) lo que de Pablo habían aprendido, a la vez que *pervertían*, «cambiaban en sentido distinto y contrario» (J. Leal), *el Evangelio de Cristo*, esto es, que tiene por centro la obra redentora del Salvador.

2. Llevado de esta preocupación y lleno de angustia por el tremendo peligro en que se hallaban las iglesias de Galacia, el apóstol, bajo la inspiración de Dios, pronuncia un tremendo *anatema* (vv. 8, 9), imprecando la destrucción (conforme al sentido del hebr. *jérem* y del gr. *anáthema) de cualquiera que se atreviese a anunciar un evangelio* que corriese paralelo, pero *contrapuesto* (gr. *par'hó) al que él les había predicado.* El énfasis que en ello pone, le lleva al apóstol a incluir el caso hipotético, y aun imposible, de que *él mismo o un ángel del cielo*, esto es, de los ángeles buenos, no caídos, llegase a predicar un evangelio *diferente del que habían recibido por transmisión* del apóstol. Por aquí se echa de ver que el Evangelio de Cristo es uno, puro y simple; que no admite añadiduras ni sustracciones (comp. con Ap. 22:18, 19). El Evangelio de Cristo *se pervierte*, tanto por parte de *menos*, quitándole, según hace, por ejemplo, el modernismo bíblico, como por parte de *más*, añadiéndole, como hacía el legalismo judaizante y hacen, por ejemplo, la Iglesia de Roma y la Ortodoxia disidente de Roma. De ahí la necesidad de un constante «careo» de nuestras opiniones vengan del lado que vengan, con el mensaje puro y simple de la Palabra de Dios.

Versículos 10–24

1. Partiendo de lo que acaba de decir en los versículos 8 y 9, Pablo pone de relieve que, con ello, con esa especie de intransigencia que muestra, sólo busca agradar a Dios, no a los hombres, porque si fuese esto último lo que buscase, dejaría de ser *siervo* (lit. esclavo) *de Cristo* (v. 10). Efectivamente, nadie puede servir simultáneamente a dos señores (Mt. 6:24) que exigen un servicio a tiempo completo; y, por consiguiente, no va a permitirse a sí mismo halagar a los hombres a expensas de ser infiel al Señor. El gran objetivo de los ministros del Evangelio ha de ser llevar los hombres a Dios, no el agradar a los hombres a costa de lo que es perjudicial a los propios hombres.

2. Demuestra lo mismo basado en la forma en que recibió el Evangelio que viene anunciando (vv. 11, 12). Una característica peculiar del apóstol de Cristo es haber sido llamado a su ministerio directamente por Dios y comisionado para ello por Cristo mismo. Tanto el conocimiento que tenía del Evangelio como la autoridad para proclamarlo le venían directamente del Señor Jesús (comp. con 1:1).

3. A continuación, les hace un breve relato de la forma en que se había comportado antes, en, y después de su conversión:

(A) *«Porque oísteis* (lit.), les dice, *mi conducta de antaño en el judaísmo …»* (v. 13). Algo verdaderamente extraordinario hubo de ocurrirle para que se efectuase en él un cambio de tal envergadura y llevarle, no sólo a recibir, sino también a proclamar con todo ardor, aquella doctrina a la que con tanta vehemencia se había opuesto.

(B) Pasa a referir luego (vv. 15, 16) la forma asombrosa en que llegó al conocimiento de Cristo y a la fe en Él, y cómo fue destinado al ministerio apostólico. Hubo algo extraordinariamente peculiar en el caso de Pablo, tanto en lo repentino de su conversión como en la grandeza y profundidad del cambio que en él se operó y en la forma en que todo ello se llevó a cabo. *Dios tuvo a bien* revelarle la persona y la obra *de Su Hijo.* Y no sólo lo reveló *a él*, sino que es probable que la construcción *«en mí»* signifique también que, como dice Trenchard: «Desde aquel día Pablo "llevaba a Cristo dentro de sí", y por eso pudo anunciar tan eficazmente las buenas nuevas acerca de Él a los gentiles, sin excluir a los judíos que querían escuchar».

(C) Cómo se comportó a partir de entonces (vv. 16b–24). No consultó con nadie de este mundo *(«con carne y sangre»)* lo que tenía que hacer y predicar, ni siquiera (v. 17) con los Doce, para que no se pensase que de ellos había recibido el mensaje o la comisión de predicar, sino que se marchó a Arabia, para retirarse (lo más probable) a meditar y recibir nuevas revelaciones, más bien que a predicar (según sugiere Leal). Lo de *«pasados tres años»* (v. 18) ha de contarse a partir de su conversión. Y aun así, ha de recordarse la forma de contar por años (o días) enteros los fragmentos del primero y del tercero. Tras de

su segunda estancia en Damasco (v. 17b), subió a Jerusalén para hacer una visita *a Cefas* (lit.), es decir, a Pedro en calidad de portavoz de los demás apóstoles (comp. con Mt. 16:18) en cuanto al testimonio de la resurrección del Señor. La frase *«sino a Jacobo el hermano del Señor»* (v. 19b) no significa que éste fuese uno de los Doce, sino que, en tal visita, aparte de Pedro, sólo se entrevistó con Jacobo (o Santiago), hermano del Señor y autor humano de la Epístola que lleva su nombre (v. 1 Co. 15:7; Gá. 2:9).

(D) Intercala (v. 20) una aseveración solemne de que, en todo ello, está diciendo la pura verdad. Y, a continuación, refiere que sus primeras labores apostólicas las llevó a cabo en su patria chica (v. 21): *«en las regiones de Siria y de Cilicia»,* donde Tarso, su ciudad natal, estaba ubicada. Añade que, en cambio, las comunidades cristianas de Judea *no le conocían personalmente* (v. 22). Como muy bien hace notar Lenski, esto no incluye a Jerusalén (v. Hch. 9:28, 29). Pero el informe que las iglesias de Judea recibieron del cambio radical que se había operado en Pablo (v. 23), las llenó de gozo y las incitó a *glorificar a Dios* por ello (v. 24).

CAPÍTULO 2

En este capítulo, I. vemos que la autoridad apostólica de Pablo es reconocida en la iglesia de Jerusalén (vv. 1–10). II. Vemos también que su autoridad apostólica se echa de ver, todavía mejor, en la forma en que se atrevió a reprender justamente a Cefas mismo en Antioquía (vv. 11–21).

Versículos 1–10

En estos versículos el apóstol nos da cuenta de otro viaje que hizo a Jerusalén.

1. Lo llevó a cabo (v. 11) *catorce años* después del mencionado en 1:18. Una señal evidente de que no dependía de los Doce era el que, a pesar de haber estado ausente, por tanto tiempo, de ellos, continuaba ocupado todo el tiempo en predicar el Evangelio, sin que ninguno de ellos le llamara la atención. *Subió con Bernabé, llevando también consigo a Tito* (v. 1b). La opinión más probable es que este viaje es el mismo que se menciona en Hechos 15. Pablo añade que *subió según una revelación* (v. 2). Comenta J. Leal: «Pablo no sube por propia cuenta ni porque lo reclamen los apóstoles de Jerusalén. Sube por impulso divino».

2. Un relato de su comportamiento durante su estancia en Jerusalén.

(A) A los dirigentes de la iglesia de Jerusalén les expuso en privado (v. 2) el Evangelio que predicaba. Obsérvese: (a) la fidelidad del gran apóstol: Les expuso, sin ambages ni reticencias, el Evangelio puro y simple que predicaba entre los gentiles. (b) Su gran prudencia: Lo hizo *en privado,* a fin de no suscitar entre los hermanos de Jerusalén ninguna oposición contra sí mismo y contra la doctrina que predicaba. La última parte del versículo 2 se presta a confusiones si no se interpreta de acuerdo con todo el contexto y a la vista del capítulo 15 de Hechos. Pablo no duda ni teme *estar corriendo, ni haber corrido, en vano.* Como bien explica Lenski, estas frases dan a entender la acusación de los judaizantes contra él. Ellos eran los que decían: «Pablo corre en vano, porque no predica el Evangelio en forma ortodoxa». Nótese el contexto posterior.

(B) La exposición que el apóstol hizo a los dirigentes de Jerusalén acerca del Evangelio que predicaba fue tan convincente que *Tito, aun siendo gentil, no fue obligado a circuncidarse* (v. 3), a pesar de toda la oposición que habían montado *los falsos hermanos* (v. 4) *infiltrados solapadamente,* es decir, los judaizantes, quienes hacían todo lo posible por espiar, es decir, *coartar la libertad que tenemos en Cristo Jesús, a fin de reducirnos a esclavitud,* como es la observancia de la Ley de Moisés, según el tenor de toda la Epístola. Pablo declara enérgicamente que *ni por un momento* (v. 5) se sometió a las exigencias de tales falsos hermanos, *«a fin de que la verdad del evangelio pueda continuar firme entre vosotros»* (NVI). Comenta Trenchard: «El transcurso del llamado Consejo de Jerusalén, tal como Lucas lo narra en Hechos, capítulo 15, evidencia que había ganado (Pablo) la batalla en privado antes de que la cuestión de los gentiles se debatiera en público. Tito quedó como el símbolo de la libertad de los convertidos de entre los gentiles, quienes entraban en la iglesia sobre la única base de la Obra perfecta de Cristo que habían recibido con sumisión y fe».

(C) Aunque conversó con *Jacobo* (el mencionado en 1:19), *Cefas y Juan, los considerados como columnas de la iglesia* (v. 9), los mismos *que parecían personas importantes* (v. 6), «cualquiera que fuera la autoridad que se les diera» (J. Leal), a Pablo *no le dieron nada nuevo* (v. 6b), es decir, *«ellos no añadieron nada a mi mensaje»* (NVI). Lo que le dijeron era lo mismo que él había recibido por revelación del Señor, y no pudieron poner reparos a la exposición que él les había hecho del Evangelio que predicaba entre los gentiles.

(D) Así que los más notables de los Doce, plenamente convencidos (v. 7) de la comisión y autoridad apostólicas que Pablo había recibido le reconocieron como colega en el ministerio que tanto a Pedro como a Pablo había sido encomendado por la misma mano (vv. 7, 8), «*y reconociendo,* añade (v. 9) *la gracia que me había sido dada»* (comp. con Ro. 1:5), *«nos dieron a mí y a Bernabé la diestra en señal de compañerismo»* (lit. *comunión).* Nótese que son *las columnas,* los líderes de Jerusalén, los que prestan su acuerdo con ese gesto a Pablo y a Bernabé, no viceversa, ya que los primeros no les habían dicho nada nuevo, sino que habían quedado convencidos de que la predicación de Pablo se ajustaba en todo a la verdad del Evangelio. «Chocar la mano» (lit.) en el hebreo del Antiguo Testamento es precisamente (a partir de Esd. 10:19) la frase que se emplea para indicar que un pacto o convenio queda cerrado entre dos personas. La división de campos de apostolado (v. 9: *«a los gentiles … a los de la circuncisión»)* tiene, sin duda, un sentido geográfico, más bien que racial, puesto que vemos a Pablo que entra *primero* en la sinagoga, donde la había, para predicar el Evangelio a los de su raza (comp. con Ro. 1:16, 2:10). Esta misma armonía debería existir entre todos los que comparten la fe en el mismo Evangelio de Jesucristo, aunque haya discrepancias de opinión en cuanto a detalles que no son fundamentales.

(E) Finalmente, el apóstol menciona (v. 10) que los líderes de la iglesia de Jerusalén *les pidieron* (a Pablo y a Bernabé) *que se acordasen de los pobres.* Petición que Pablo no echó en saco roto: «*lo cual,* dice, yo *también procuré hacerlo con diligencia»* (comp. con Hch. 11:30; 24:17; Ro. 15:25–28; 2 Co. caps. 8 y 9). La frecuente mención de los pobres, de los santos necesitados de Jerusalén, parece chocar, a primera vista, con lo que leemos en Hechos 4:34: *«Así que no había entre ellos ningún necesitado»,* pero hay que tener en cuenta que esto ocurría antes de la persecución en la que precisamente Pablo había jugado un papel principal (v. Hch. 8:3). A raíz de esta persecución, muchos de los fieles de Jerusalén fueron encarcelados y desposeídos de sus cargos y de sus bienes, con lo que la congregación quedó en una situación económica extremadamente precaria.

Versículos 11–21

Esta porción contiene el llamado «incidente de Antioquia», cuando Pablo tuvo que enfrentarse con Pedro, porque éste *se había hecho digno de reprensión* (v. 11). El incidente en cuestión se contiene en los versículos 11–14. Los versículos 15–19, según la opinión más probable, describen la argumentación que Pablo esgrime ante Pedro a fin de razonar su reproche. Es también probable, que en los versículos 20 y 21, continúe Pablo en su argumentación con Pedro.

1. Vemos primero (vv. 11–14) la falta cometida por Pedro y el reproche que Pablo le hizo. El incidente es posterior a Hechos 15.

(A) ¿En qué consistió la falta de Pedro? En una de sus correrías apostólicas (comp. con Hch. 9:32), había llegado a visitar a los fieles de Antioquía de Siria (v. 11). Y al estar él allí, *vinieron algunos* (v. 12) *de parte de Jacobo,* como indica la preposición griega *apó.* No se nos dice con qué fin llegaron allá, pero desde luego no vinieron a espiar a Pedro o a otro cualquiera. Antes de que viniesen estos judíos, Pedro no tenía reparo en comer *con los gentiles,* esto es, con cristianos convertidos del paganismo. Lo había hecho otras veces, y él mismo había defendido la legitimidad de esta conducta (v. Hch. 10:28; 11:3). *«Pero después que vinieron, se retraía y se separaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión»* (v. 12b), es decir, de los cristianos procedentes del judaísmo. Nótense bien los siguientes detalles:

(a) Estos judíos que habían venido de Jerusalén no cometían ninguna falta al comer en grupo, pues nadie les imponía mezclarse con otros grupos.

(b) Pedro no cometió ningún error de tipo doctrinal, pues sabía, tan bien como lo sabía Pablo, que la fe en Jesucristo basta para la salvación de toda persona, tanto de extracción hebrea como pagana (v. Hch. 10:43; 11:17).

(c) Al haber comido *antes con los gentiles,* daba a entender que esa práctica era legítima. ¿Por qué, pues, se retrajo y se separó al llegar los de la circuncisión? La respuesta está en el mismo versículo:

«Porque tenía miedo de los de la circuncisión» ¿Era este miedo fruto de cobardía personal? No es probable, después de la llenura de Pentecostés. La explicación más congruente es que, como dice Trenchard, «quería ganar a los recalcitrantes por consideraciones de tipo práctico, y esperaba que se reconciliasen así con la idea de la extensión del Evangelio entre los gentiles, sin que sufrieran demasiado por la aparente violación de sus escrúpulos en cuanto a las leyes alimentarias». Era, en el fondo, una incorrecta aplicación de lo que Pablo dice en 1 Corintios 9:20 de *«hacerse a los judíos como judío, para ganar a los judíos»*.

(d) Lo que en realidad hacía era una *simulación* (v. 14, lit. *hipocresía),* no de intento, sino *por miedo,* al pensar que así podría congraciarse mejor con los circuncisos a favor de los de la incircuncisión.

(B) Aun así, la gravedad de la falta se echa de ver en el efecto que produjo en los judíos que le acompañaban (v. 13). El ejemplo de un apóstol que, además, era una de las tres *columnas* mencionadas en el versículo 9, tuvo tal fuerza que *arrastró consigo nada menos que a Bernabé,* que hasta entonces había dado pruebas de una irreprochable lealtad. Nótese el dolor del corazón de Pablo en ese *«hasta el punto de que también Bernabé, etc.»* (lit.).

(C) No es extraño, ante este complejo de circunstancias, que Pablo se sintiese obligado a *resistirle en su cara* (v. 11): *«Cuando vi,* dice el apóstol (v. 14), *que sus pies no iban derechos en relación con la verdad del evangelio* (lit.), *le dije a Pedro enfrente de todos ellos* (NVI), ya que el pecado había sido público y necesitaba pública reprensión: *«Si tú, que eres judío, vives a la manera de los paganos que se convierten y no a la manera judía, ¿cómo es que quieres obligar a los paganos convertidos a que se atengan a las costumbres judías?»* (NVI). Como si dijera: «Tú eres judío de raza y, sin embargo, te portas (y lo has hecho hasta hace unos momentos) como pagano en cuanto a las prácticas alimentarias, ¿cómo quieres obligar, con tu ejemplo posterior, a los convertidos del paganismo a que adopten las prácticas judías, *¡a judaizar!?»* (lit.). Ruego, de paso, a los lectores, que corrijan, en la primera edición de la RV. 1977 (última línea del v. 14), el vocablo *«judíos»*, sustituyéndolo por *«gentiles»*. Es errata de imprenta.

2. Continúa el apóstol con su argumentación, de la que puede verse una iluminadora paráfrasis en el comentario del Profesor Trenchard. Con la mayor probabilidad, se dirige todavía a Pedro, como parece indicarlo ese *«Nosotros»* con que encabeza el versículo 15 y en el que engloba a todos los judíos conversos, pero en especial a Pedro y a sí mismo, pues son los dos interlocutores en esta ocasión. La argumentación de Pablo es la siguiente:

(A) *«Nosotros* (tú y yo) *somos judíos de nacimiento;* no pertenecemos al grupo de los que despectivamente llaman *"paganos pecadores"* (NVI) los inconversos de nuestra raza» (v. 15).

(B) Sin embargo, *«sabedores de que ningún ser humano alcanza a estar en correcta relación con Dios por medio de la observancia de la Ley, sino por fe en Jesucristo, TAMBIÉN NOSOTROS pusimos nuestra fe en Cristo Jesús, a fin de quedar en correcta relación con Dios en virtud de la fe que se pone en Cristo, y no en virtud de la observancia de la Ley, ya que por la observancia de la Ley ningún ser humano puede alcanzar la correcta relación con Dios»* (paráfrasis personal del v. 16). Los judíos inconversos creían que, por el hecho de poseer la Ley y cumplir externamente sus demandas, ya eran santos, aceptos a Dios, mientras que los paganos que no disponían de la *Torah*, eran, por eso mismo, inmundos pecadores, incapaces de salvación, a no ser que se hiciesen prosélitos de Israel. Pablo establece, pues, aquí, como en Romanos 3:28, la doctrina que constituye el núcleo del Evangelio: La *justificación*, es decir, la posición legal de aceptos a Dios, en correcta relación moral y espiritual con Él, se obtiene por la fe sola, aparte de las obras (de la observancia) de la Ley.

(C) Puesto este principio general (que Pedro aceptaba), el apóstol se lanza a fondo con un argumento que esgrime con singular maestría en el versículo 17, donde viene a decir lo siguiente: *«Pero, si al tratar de alcanzar esa correcta relación con Dios y de serle aceptos en Cristo y por medio de su obra redentora, resulta que aun nosotros mismos seguimos perteneciendo al grupo de pecadores AL DAR DE LADO LA OBSERVANCIA DE LA LEY, ¿Va a resultar entonces que Cristo es ministro de pecado?»* Como si dijese: «¿Para eso nos ha servido entonces Cristo? ¿Para dejarnos al nivel común de los "pecadores" que no poseen la Ley (v. Ro. 2:14) y, por tanto, tener que volver a nuestra situación anterior de observantes de la Ley, si es que la fe en Cristo no basta para la justificación? *¡EN NINGUNA MANERA!* ¡Eso no puede ser!»

(D) En el versículo 18, Pablo muestra que el volver a las costumbres judías, abolidas por la Obra del Calvario (eso era prácticamente lo que Pedro había hecho con su *simulación) equivalía a volver a edificar lo ya derribado.* Y, si lo derribado no tenía fuerza para salvar y, al volverlo a edificar, se derribaba lo

edificado mediante la Obra de la Cruz, ¿no era eso una *transgresión* manifiesta de la voluntad salvífica de Dios? El apóstol da a entender aquí a Pedro que lo que la conducta de éste, al retraerse de los gentiles, insinuaba era algo mucho más grave de lo que Pedro suponía: *Vana era la fe* (Ro. 4:14), *vana era la cruz de Cristo* (v. 21), *en vano corría Pablo* (v. 2) al predicar el Evangelio de la justificación por la fe sola.

(E) Con admirable concisión, Pablo concluye su argumentación directa contra Pedro con una sentencia densa, profunda (nótese el enlace de los versículos 17–19 por medio de los repetidos *«Porque»): «Porque por medio de la Ley, yo he muerto para la Ley, a fin de vivir para Dios»* (v. 19). ¿Cómo puede alguien morir a la Ley *por medio de la Ley?* ¿Qué paradoja es ésa? La explicación es la siguiente: La ley exigía la muerte del pecador. En la Cruz Cristo murió como pecador (2 Co. 5:21; Gá. 3:13), bajo la maldición de la Ley. Todo el que cree en Cristo es incorporado a Él en su muerte y en su nueva vida (Ro. 6:3–11). Así que, al *morir* con Cristo, se cumple la sentencia que la Ley pronunciaba contra el pecador y, una vez muerto, queda libre de la observancia de la Ley, la cual sólo tiene vigencia en los que viven por ella (comp. con Ro. 7:4). Pero el creyente no queda muerto para siempre, sino que, en Cristo y con Cristo, vive una nueva vida, vida eterna, *para Dios* (comp. con Ro. 6:10, 11).

3. Los dos últimos versículos (20 y 21) de este capítulo, también dirigidos personalmente a Pedro (probablemente), guardan íntima conexión con todo lo que Pablo acaba de expresar. El versículo 20 queda muy claro en la NVI, que dice así: *«He quedado crucificado* (pretérito perfecto: acción pasada, de efecto continuo) *con Cristo, y ya no es mi "yo" el que vive, sino que es Cristo el que vive en mí. Y esta vida mortal que actualmente vivo, la vivo por fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí».* Pablo se siente crucificado, muerto, con Cristo, ¡pero vive! El hombre viejo, el «yo» pecador, egoísta, autosuficiente, está legalmente muerto, pero el hombre nuevo, la nueva creación (2 Co. 5:17), vive. En la medida en que el creyente está muerto al pecado, en la misma medida está vivo por la gracia (comp. con Ro. 8:13). *Vive en la carne* (lit), pero *vive por fe.* En cuanto a las apariencias exteriores (lo que se ve), vive y muere con las mismas miserias y enfermedades de los demás seres humanos, pero disfruta de una vida interior en Cristo, de *un manantial que brota para vida eterna* (Jn. 4:14).

Nótese el afecto cálido que late en las últimas expresiones del versículo 20, donde, al mencionar la fe en el Hijo de Dios, añade el apóstol: *«el cual me amó y se entregó por mí».* Una entrega que no es por amor, de nada vale (v. 1 Co. 13:3); por otro lado, al verdadero amor siempre sigue la entrega total (comp. con Jn. 3:16 y Ef. 5:25. Siempre el *«amó»* delante de el *«se entregó»).* Este mismo fervor de Pablo, como se muestra en estas expresiones, nos da a entender que el apóstol no se limitaba a exponer secamente, intelectualmente, verdades doctrinales, sino que las vivía intensa, profunda y totalmente. No hacían brotar en él solamente grandes sistemas doctrinales, ni siquiera febriles actividades de apostolado, sino que significaban *toda una vida;* nada menos que eso.

4. El versículo 21 viene a compendiar el núcleo doctrinal del capítulo 2: «*Yo no quiero apartar a un lado* (no desecho por inútil o inválida) *esta gracia de Dios, porque si la justificación se puede alcanzar mediante la Ley, entonces eso significa que Cristo ha muerto en vano»* (NVI). En efecto, «no era Pablo, sino los gálatas quienes hacían nula la gracia de Dios al tratar de conservar la Ley. Si Dios deseaba ser obedecido mediante la Ley, ¿por qué había de enviar a Su Hijo a sufrir y morir en una cruz?» (Ryrie).

CAPÍTULO 3

Aquí, el apóstol, I. reprende a los gálatas por su insensatez al permitir que les desviasen de la verdad del Evangelio (vv. 1–5). II. Demuestra la doctrina de la justificación mediante la fe sin las obras de la Ley, 1. con el ejemplo de Abraham (vv. 6–9). 2. Basado en la naturaleza misma de la Ley (vv. 10–14). 3. Basado en las exigencias de la promesa de herencia hecha a Abraham (vv. 15–18). 4. Basado en la misión de la Ley (vv. 19–29).

Versículos 1–5

El apóstol se dirige, con frases duras, a quienes, después de abrazar la fe de Cristo, continuaban buscando la justificación por medio de la observancia de la Ley mosaica.

1. *«¡Oh insensatos gálatas!,* comienza diciendo (v. 1), *¿quién os ha embrujado? Ante vuestros propios ojos ha sido gráficamente presentado Cristo como crucificado»* (NVI). La inconsecuencia de los fieles de Galacia era tan grave y tan extraña, que solamente la fascinación de algún hechicero pudo ser la causa de que desviasen la mirada de la Cruz de Cristo, cuya obra les había dado Pablo a conocer con claridad tan diáfana como si la exhibiese gráficamente ante sus ojos o por medio de grandes cartelones que todos pudiesen fácilmente leer y entender.

2. A continuación (v. 2), les hace una seria pregunta: *«Una sola cosa deseo que me enseñéis* (lit. *aprender de vosotros): ¿Recibisteis* (aoristo; se refiere al momento de la conversión; comp. con Ef. 1:13) *el Espíritu por las obras de la Ley* (esto es, mediante la observancia de los preceptos y estatutos de la Ley), o *por el oír de fe?»* (lit.), es decir, por la fe con que recibisteis el mensaje que se os predicó. ¿De dónde emanaba el poder santificador del Espíritu Santo que actuaba en las experiencias que hasta entonces habían tenido? ¿Acaso procedía de la perfección con que habían cumplido las exigencias de la Ley? ¿No era más bien un efecto de la fe que habían puesto en el mensaje del Evangelio?

3. Nótese, en el versículo 3, la tremenda fuerza del contraste que establece el apóstol entre el *«espíritu»* (de acuerdo con Lenski, opino que no se trata aquí del Espíritu Santo, sino de la *fe)* y la *«carne»,* la cual significa aquí los ritos externos, al fin corporales, como eran la circuncisión, los alimentos inmundos, etc., no precisamente la naturaleza pecaminosa, carnal, del hombre. El apóstol, pues, viene a decirles: *«¿Tan tontos sois como para tratar de llevar a completa perfección con la carne lo que comenzasteis con el espíritu?»* Nótese que el verbo «comenzar» está en aoristo y significaba primordialmente «empezar a ofrecer un sacrificio». En cambio, el verbo griego *epiteleísthe* (lit. *estáis perfeccionándoos completamente)* está en presente, lo que da a entender que el mal todavía tenía remedio, y con la esperanza de que se remediase era por lo que el apóstol les había escrito esta Carta.

4. Esta misma esperanza de Pablo late en el versículo 4: *«¿Habrá sido en vano haber sufrido tantas cosas, si es que realmente fue en vano?»* (NVI). J. Leal, con otros, piensa que el verbo *páskhein* ha de traducirse aquí por *experimentar gozo,* ya que, dice, «de sufrimientos no se ha hablado en esta iglesia». Es cierto que sólo de las iglesias del sur de Galacia se nos dice, en Hechos 14:22, que Pablo y Bernabé animaban a los creyentes diciéndoles: *«Es menester que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios»,* lo cual no podría explicarse si la insinuación estuviese fuera de lugar. Pero, como comenta Trenchard: «Las circunstancias eran análogas en todas las ciudades donde se hallaban sinagogas de los judíos, y lo más natural es que los gálatas, tan entusiastas en la recepción del apóstol y su mensaje (Gál. 4; 14 y 15), hubiesen compartido con Pablo y sus compañeros los penosos resultados de la oposición de los judíos recalcitrantes, quienes obrarían o por medio de las autoridades o por medio de soliviantar a las multitudes».

5. Al dar un giro nuevo a lo que dijo en el versículo 2, declara ahora Pablo (v. 5) que el Dios que les proveyó abundantemente del Espíritu Santo y realizó entre ellos *«poderes»* (lit.), es decir, milagros que manifestaban un poder sobrenatural, no hacía todo esto a través de hombres que se afanaban por cumplir las costumbres judaicas, sino que «el Espíritu se manifestaba con abundancia por medio de instrumentos sumisos a la voluntad de Dios, en la medida de su fe» (Trenchard).

Lenski hace notar que el verbo griego *epikhoreguéo* (no *epicoréo,* según aparece en la edición castellana) significa «pagar el costo de presentar un coro» en algún festival público. «El patrocinador, dice, paga todos los gastos de representación, los vestidos y la escenificación del coro, lo que exige mucha generosidad. Así Dios derramó su Espíritu sobre los gálatas abundantemente».

Versículos 6–9

El apóstol pasa ahora a probar la doctrina acerca de la cual él ha desaprobado a los gálatas por rechazarla. Y comienza, en estos versículos, por presentar el ejemplo de Abraham, de quien tanto les hablarían los judaizantes, como dice Trenchard.

1. Como en Romanos 4:3, también aquí (v. 6) Pablo cita de Génesis 15:6, donde el hebreo dice literalmente: «Y *creyó en Jehová y le fue computado* (como) *justicia»* (V. el comentario a Ro. 4:3). Su fe se cimentó en la promesa de Dios y, en virtud de esa fe, Dios le reconoció y le aceptó como hombre justo, en correcta relación con el Dios santo y justo.

2. La consecuencia es clara (v. 7): *«Comprended, pues, que los que creen* (gr. *hoi ek písteos,* los de la fe; es decir, los que se comportan con base en el principio de la fe), *ésos son hijos de Abraham»* (NVI).

Así como, no por ser descendiente de Jacob según la carne se es verdadero israelita, ni por ser descendiente de Abraham según la carne, ya se es hijo de Abraham (comp. con Ro. 9:6, 7 y Jn. 8:37–40), así también todo verdadero creyente es hijo espiritual de Abraham, sin depender de las obras de la Ley ni de los ritos externos.

3. Al citar luego de Génesis 12:3; 18:18, Pablo incluye en la bendición que recibió Abraham (vv. 8, 9) a todos los que se comportan conforme al principio de la fe (v. 9. En gr., *hoi ek písteos*, lo mismo que en el v. 7), sin barreras de raza ni nación, etc., pues especifica precisamente a *los gentiles* como incluidos en la bendición dada al creyente Abraham, ya que fue por su fe en Dios por lo que Abraham alcanzó bendición. Dice M. Henry: «Dios quería justificar al mundo pagano por la vía de la fe; y, por consiguiente, en Abraham, esto es, en la simiente de Abraham, que es Cristo, no sólo los judíos, sino también los gentiles, habían de ser bendecidos como lo fue Abraham, al ser justificados como él lo fue. Fue por fe en la promesa de Dios como fue bendecido, y es únicamente de ese mismo modo como otros obtienen ese privilegio». Dos detalles son dignos de especial mención en el versículo 8:

(A) El apóstol habla de *la Escritura* como *previendo que Dios, etc.* Éste es uno de los lugares en que se hace patente la inspiración divina de la Biblia, pues no es la letra de la Biblia la que preveía, sino el Espíritu de Dios que actuaba en los escritores sagrados y podía llegar con visión divina al más distante futuro como al más remoto pasado.

(B) También dice literalmente en dicho versículo 8 que *Dios anunció de antemano el evangelio («preevangelizó») a Abraham, etc.* En efecto, el creyente Abraham había de ser bendición para todas las naciones y familias de la tierra, judíos y gentiles, precisamente por medio de su descendiente según la carne, Jesucristo, y por fe en el que le resucitó de entre los muertos es como judíos y gentiles habían de hallar la salvación, la correcta relación con Dios, la completa aceptación de Dios en pie de igualdad. Éste es el Evangelio: la Buena Noticia de que Dios está dispuesto a perdonar los pecados y aceptar como justo a todo el que cree, sea judío o gentil de raza sin depender de la observancia de la Ley de Moisés.

Versículos 10–14

El apóstol refuerza su argumentación al pasar del aspecto positivo (la bendición por la fe) al negativo (la maldición por la Ley), antes de explicar en detalle cuál era la función de la Ley.

1. Una razón poderosa por la que no podemos ser justificados de otro modo que asiendo del Evangelio por medio de la fe es que, si nos apoyamos en la Ley, estamos perdidos, puesto que la Ley misma nos condena (v. 10): *«Porque todos cuantos confían en la observancia de la Ley se hallan bajo maldición»* (NVI). Pablo prueba esa afirmación tan dura apoyándose en Deuteronomio 27:26, donde leemos: *«Maldito todo el que no permanece en todas las cosas escritas en el rollo de la Ley para ponerlas por obra»* (v. 10b, lit.). Cuando se lee atentamente todo el contexto de Deuteronomio 27:11 y ss., se advierte un dato extraño: Se pronuncian doce maldiciones contra los transgresores de la Ley, pero no se pronuncia ninguna bendición sobre los que la cumplen. Dice J. Leal: «Esta omisión de las bendiciones favorece la argumentación de Pablo. En el régimen de la Ley no hay más que maldición».

¿A qué se debe esta aparente anomalía? La explicación es muy sencilla: Nadie podía cumplir toda la Ley al nivel de perfección que requería la santidad y la justicia de Dios. Por otra parte, la Ley forma todo un conjunto enlazado como los anillos de una cadena; si se rompe uno, la cadena se ha roto. Por eso dice Jacobo en su Epístola (Stg. 2:10): *«Porque cualquiera que guarda toda la ley, pero ofende en un punto, se hace culpable de todos»*. Dado que alguien cumpliese perfectamente todos los aspectos externos de la Ley, ¿quién podría tenerse por inocente frente a las exigencias del décimo mandamiento del Decálogo? Llegó un día en que el *irreprochable* fariseo Pablo se percató de que no había cumplido ese mandamiento *(«No codiciarás»…* v. Ro. 7:7 y ss.), por lo que su conflicto con la concupiscencia habría sido insuperable si no hubiese sido por la gracia de Dios, quien vino en su auxilio por medio de la Obra del Calvario y el poder del Espíritu Santo (v. Ro. 7:24–8:4).

2. En los versículos 11 y 12, resume lo que había dicho en Romanos 10:1–13: Si alguna persona pudiese presentarse como perfecta cumplidora de la Ley delante de Dios, con ello tendría la vida, mientras que la Escritura asegura (Hab. 2:4, repetido tres veces en el Nuevo Testamento: aquí, en Ro. 1:17 y He. 10:38): *«El justo por la fe vivirá»*. No cabe vida espiritual sin la fe: *«El que cree en el Hijo tiene vida eterna; el que desobedece* (no cree, porque no se deja persuadir) *al Hijo no verá vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él»* (lit. Jn. 3:36). Para obtener la vida por medio de la observancia de la

Ley, sera necesario cumplirla entera y perfectamente (v. 12), porque la Ley *«no es de fe»* (lit.), es decir, no se cumple en virtud de la fe, sino por obras.

3. En los versículos 13 y 14, el apóstol explica el remedio que Dios usó (comp. con 2 Co. 5:21) a fin de que la bendición del creyente Abraham pudiese ser transmitida a todos, tanto judíos como gentiles, puesto que la Ley de Moisés sólo ofrecía maldición: *«Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, hecho maldición por* (gr. *hypér) nosotros, (pues está escrito: "Maldito todo el que está colgado en un madero"), a fin de que la bendición de Abraham llegase en Cristo Jesús hasta los paganos* (gr. *ta éthne*, las gentes, las naciones que no son de *raza* israelita), *para que recibiésemos por medio de la fe la promesa del Espíritu»* (lit.). Son de notar los siguientes detalles:

(A) El verbo para *«redimir»* (v. 13) es *exagorázo*, que significa «comprar un esclavo en el mercado público y sacarlo (*ex*) de la esclavitud a la libertad». Ocurre cuatro veces en todo el Nuevo Testamento e indica siempre el buen resultado de la transacción, en contraste con el verbo *agorázo*, el cual no siempre indica el buen resultado de la transacción (v. el comentario a 2 P. 2:1).

(B) Pablo no dice que Cristo fue hecho *maldito*, sino *maldición.* Como en 2 Corintios 5:21 *(«pecado»)*, el epíteto es menos profundo, pero es más universal; en otras palabras, no era maldito por pecado personal suyo, sino por ser sustituto universal, aunque virtual. Comenta Lenski: «No es que una parte de nuestra maldición le afectó con su contacto con nosotros; sino que toda nuestra maldición fue sobre Él, así que Él fue completamente maldición».

(C) La cita (v. 13b) de Deuteronomio 21:23 no significa que el estar colgado del madero fuese la maldición, sino que el hecho de ser exhibido pendiente de un madero, colgado de un árbol, era una señal, visible a todos, de que el ajusticiado había muerto (por lapidación) bajo la sentencia condenatoria de la Ley.

(D) El aoristo *lábomen («recibiésemos»*, v. 14b) da a entender que *la promesa del Espíritu*, es decir, *el Espíritu Santo prometido*, tuvo ya efecto *al creer* (comp. con Ef. 1:13), aunque es una promesa que ya no se pierde una vez que se ha cumplido en el creyente (aoristo ingresivo). El apóstol dice *«recibiésemos»*, incluyéndose a sí mismo, judío de raza, para que se entendiese bien que la promesa hecha a Abraham alcanzaba *también* a los creyentes que no fuesen descendientes de Abraham según la carne; con mayor razón (v. Ro. 11:24), había de alcanzar a los creyentes de raza judía. La bendición de Abraham había de alcanzar a *«todas las familias de la tierra»* (Gn. 12:3).

Versículos 15–18

1. Como hace notar Trenchard, al comienzo del versículo 15, Pablo «al dejar el tono un tanto duro de la sección 3:1–6, se dirige a los gálatas con ternura, llamándoles hermanos, y pasar a recordarles un simple hecho de la experiencia de toda nación civilizada». Esto es lo que significa la frase: *«Pablo en términos humanos»*. Como si dijera: «Pongamos un ejemplo de la vida humana ordinaria», ya que «hasta ahora había argüido de la Escritura» (Leal).

2. A continuación, y con gran maestría, Pablo demuestra que la *herencia* (v. He. 11:8–10) de la vida eterna que habían de recibir en Cristo los creyentes no pudo ser invalidada al ser promulgada la Ley en el Sinaí (vv. 15–18), por lo que la justificación por fe en la promesa tiene validez perpetua y universal. En efecto, como asegura el apóstol:

(A) *«Un pacto, aunque sea de hombre, una vez ratificado, nadie lo invalida, ni le añade»* (v. 15). Esto es especialmente cierto de Dios, no sólo por la inmutabilidad de sus designios (v. por ej. 1 S. 15:29), sino también porque acompañó con juramento la promesa que hizo a Abraham. Por eso leemos en Hebreos 6:17, 18: «*Y como Dios quería mostrar con la mayor claridad a los herederos de la promesa la naturaleza inmutable de su designio, lo confirmó con un juramento. Dios obró de este modo a fin de que, mediante dos cosas inmutables, en las que es imposible que Dios mienta, cobremos más ánimos nosotros, los que en busca de refugio nos hemos asido fuertemente a la esperanza que tenemos ante nosotros»* (NVI).

(B) Esta promesa, añade el apóstol, fue *hecha a Abraham y a su simiente* (v. 16). Y, con una acomodación de corte rabínico (ya que *«simiente»* quiere decir, sin lugar a dudas, *«descendencia»)*, arguye Pablo que ese singular *«simiente»* alude claramente a *Cristo.* No tiene muchas probabilidades la opinión que ve aquí en «Cristo» al Cuerpo de Cristo que es la Iglesia y podemos asegurar que Pablo pensaba en la persona de Jesucristo, pero como centro de recepción y de irradiación universal de la

promesa hecha a Abraham. El plural *«promesas»*, que hallamos en este versículo 16, es probable que se refiera a «las diversas seguridades que Dios dio al patriarca en el curso de los incidentes que ocupan los capítulos 12 a 22 del Génesis» (Trenchard).

(C) Al dar un paso más, el apóstol muestra (vv. 17, 18) que *el pacto previamente ratificado por Dios para con Cristo,* es decir, el pacto abrahámico (v. el contexto anterior), *no pudo ser abrogado por la Ley,* es decir, por el pacto sinaítico y, por consiguiente, la promesa hecha a Abraham conserva toda su validez y vigencia. Esto lo demuestra de dos maneras:

(a) El pacto abrahámico fue ratificado 430 *años antes* de promulgarse la Ley en el Sinaí (v. 17b), es decir, 30 años antes del nacimiento de Isaac, con quien comenzaba la descendencia de Abraham (v. Gn. 15:13, en donde hallamos descontados 30 años). La promesa era, pues, cronológicamente anterior a la Ley, por lo cual no podía ser invalidada por el pacto sinaítico.

(b) La herencia en Cristo de todos los creyentes no depende de la Ley, sino de la promesa (v. 18). Si dependiera de la Ley, ya no sería en virtud de la promesa. Pero cabe una objeción: «¿No era el pacto sinaítico obra de Dios y, por tanto válido e inmutable como el pacto abrahámico?» A esto hay que responder que, efectivamente, el pacto sinaítico era obra de Dios, pero, con la particularidad de que era un pacto sin promesa firme, porque, al revés de los demás pactos, era *bilateral* (entre Dios y el pueblo) y *condicional:* Dios se obligaba a bendecir al pueblo con tal de que el pueblo cumpliese la Ley (condición no cumplida), por lo que *la justificación por la fe sola* es principio permanente (desde Adán hasta el final del mundo), SIN EXCLUIR EL TIEMPO DE LA DISPENSACIÓN DE LA LEY. Como digo en mi libro *Escatología II,* página 255, al hablar del pacto sinaítico:

«A la vista de la fraseología que recorre todo el libro del Deuteronomio, y que puede resumirse en la frase de Jesús, tras de citar los dos mandamientos en que se resume toda la Ley, *«haz esto y vivirás»* (Lc. 10:28), parecería que el elemento condicional de este pacto deja completamente en la sombra al elemento incondicional, pero es preciso recordar, una vez más, que la salvación es siempre *«por gracia ... mediante la fe»*. De ahí que el ejercicio de la *fe* se le pidiese al pueblo de Israel antes de salir de Egipto, mediante la sangre del Cordero Pascual, aplicada a los dinteles y a los postes de las casas (v. Éx. 12:13), mientras que la Ley les fue dada varios meses después de la salida de Egipto. En efecto, las frases del Deuteronomio, como la de Jesús en Lucas 10:28, no significan que la salvación eterna dependa de las obras de la Ley (comp. con Ro. 10:15; Gá. 3:12, como un eco de Lv. 18:5), sino que hablan de una comunión de vida con Dios mediante el ejercicio de la justicia, pero a sabiendas de que sólo por fe puede obtenerse una justicia que suba al nivel que Dios requiere para declarar *justa* a una persona».

Versículos 19–29

Visto todo lo que antecede, podríamos preguntarnos: Si no hay otra forma de alcanzar la herencia que por medio de la fe en la promesa, ¿para qué dio Dios la Ley por medio de Moisés? *«¿Para qué sirve la Ley?»* (v. 19). A esta pregunta responde el apóstol en esta porción.

1. La Ley *fue añadida a causa de las transgresiones* (v. 19b). Los israelitas eran tan pecadores como los demás hombres y, por tanto, la Ley fue dada *con el fin de* (así el *«a causa de»* podría traducirse mejor, como hace Leal, por *«en orden a»* como en Ro. 4:25) convencer de pecado a los transgresores y, mediante esta misma convicción en sus conciencias, poner un freno a la inclinación al pecado, *hasta que,* en el cumplimiento del tiempo (4:4), *viniese la simiente a quien estaba destinada la promesa,* es decir, el Mesías Salvador, Cristo Jesús. Pero cuando la plenitud de la gracia y de la verdad se manifestó por medio de Jesucristo (Jn. 1:14, 17), cesó la vigencia de la Ley dada por medio de Moisés. Nótese lo de *«fue añadida»,* con lo que da a entender que la Ley era como un suplemento circunstancial que en nada alteraba la validez y vigencia de la promesa. Nótese también la construcción (v. 19b): «*y fue promulgada* (la Ley) *POR MEDIO de ángeles EN MANO de un mediador»*. A pesar del plural, opino que Pablo se refiere al «Ángel de Jehová», según da como posible el Profesor Trenchard. En cuanto al «mediador», se refiere a Moisés, pero no en el sentido de alguien que interviene para que se reconcilien dos personas enemistadas, sino como «transmisor» de la Ley de manos de Dios (o del Ángel de Jehová) a las manos del pueblo (comp. con 1 Jn. 1:17), del cual era representante.

2. El versículo 20 no debe llamarnos a engaño. Según J. Leal, «en el siglo pasado se contaban cuatrocientas treinta sentencias (esto es, opiniones) en la exposición de este verso». Lenski da la cifra de 250 interpretaciones, «no obstante su sencillez», añade. En efecto, lo que el versículo 20 (traducido con

mejor o peor fortuna en las versiones) quiere decir es que, al recibir la Ley de mano de Dios para transmitirla al pueblo, Moisés actuó como representante del pueblo en obediencia a la comisión que de Dios había recibido. Pero, a fin de dejar bien claro que la promulgación de la Ley no fue una transacción para reconciliar a dos partidos, añade que *«Dios* (con artículo; es decir, Jehová) *es uno solo»* (lit.). Dice Lenski: «Al ser una persona, Dios actuó por sí mismo y no necesitó representante cuando otorgaba la Ley». En fin de cuentas, es más que probable (en mi opinión) que aquí tengamos uno más de los casos en que la teofanía es expresada, por respeto a la suma trascendencia de Dios, en forma de angelofanía.

3. Es evidente, por lo que lleva dicho el apóstol, que la Ley no invalida la promesa, sino que es una «añadidura» en orden a convencer de pecado la conciencia de los transgresores. Pero queda una duda: *«¿Es contraria la Ley a las promesas de Dios?»* (v. 21). En otras palabras, al promulgar la Ley, ¿se contradice Dios a sí mismo en lo que prometió? *«¡En ninguna manera!»*, responde el apóstol con la misma energía de siempre. No hay ninguna oposición entre la Ley y la promesa: «La oposición existiría *si se hubiese dado una Ley capaz de vivificar*, porque entonces *la justicia dependería realmente de la Ley»*. En efecto, la justicia sólo puede obtenerse por fe en la promesa, mientras que la Ley carece de poder para dar la vida; tenía otras funciones que cumplir. Se mueven, pues, a distinto nivel, por lo que no pueden chocar la una con la otra. En realidad, *«la Escritura* (esto es, Dios, como en el v. 8), con la promulgación de la Ley, lo encerró *todo bajo pecado* (v. 22, comp. con Ro. 3:20–23), *para que la promesa fuese dada a los creyentes a base de la fe en Jesucristo»*. Comenta Trenchard: *«La figura es la de una cárcel* en la que el preso gime, y busca en vano alguna salida a la libertad. La salida existe, y es la de la promesa que se centra en Cristo, otorgada mucho antes de la data de la Ley. Pero el que busca la salida tendrá que dejar sus esfuerzos legales, y darse cuenta de que la salvación se halla en Jesucristo, en quien se cumple la promesa a favor de los que creen».

4. Los versículos 23–25 nos describen las dos funciones que la Ley ejercía hasta que vino la Simiente que es Cristo: (A) Era una especie de carcelero (v. 23), que nos vigilaba *encerrados bajo pecado,* como dice el versículo 22, *para aquella fe que iba a ser revelada,* es decir, para que los prisioneros se diesen cuenta de que no podían escapar, sino por fe en la promesa que había de cumplirse en Cristo (4:4, 5). *La fe que había de ser revelada* no es la fe subjetiva, pues esa actuaba ya desde el mismo momento posterior a la caída original (v. Gn. 3:15, con la primera promesa del Redentor), sino la fe objetiva, el mensaje del Evangelio de Cristo, *poder de Dios para salvación a todo aquel que cree* (Ro. 1:16).

(B) Era también (v. 24) *un ayo* (gr. *paidagogós).* El «pedagogo» no era entonces un maestro, sino el esclavo encargado de llevar al niño a la escuela y enseñarle buenas maneras, etc. Viene, pues, a decir que la Ley conducía al israelita a la escuela de Cristo, puesto que todos los ritos ceremoniales eran tipos y figuras de las gloriosas realidades que en Cristo habían de tener su plena revelación y cumplimiento. *«Pero venida la fe* (esto es, el cumplimiento de la promesa en Cristo), *ya no estamos bajo ayo,* ya no necesitamos quien nos lleve a la escuela, pues hemos llegado a la mayoría de edad (vv. 26, 27; 4:5–7) y, guiados por el Espíritu de Dios, podemos aprender ya por cuenta propia (1 Jn. 2:20, 27).

5. Los versículos 26–28 describen, bajo múltiples facetas, esta condición de los creyentes llegados a su mayoría de edad.

(A) *Mediante la fe en Cristo Jesús* (v. 26) *todos* los creyentes, de cualquier raza, nacionalidad, sexo, clase social, etc., *somos hijos de Dios.* El apóstol no emplea aquí el vocablo *tékna* que indica simplemente el *haber nacido* espiritualmente *de Dios* (v. por ej. Jn. 1:12), sino *huiói,* vocablo conectado con la *adopción* (v. Ro. 8:14, 15), más bien que con el nacimiento mismo. Esta adopción denota la mayoría de edad, lo que los romanos llamaban «la toga viril», como la «puesta de largo» de la hija y del hijo, para su presentación en sociedad.

(B) De ahí, *el revestimiento de Cristo* (comp. con Ro. 6:3) que Pablo aplica (v. 27) a *todos los que hemos sido bautizados en Cristo.* Aunque es cierto que, desde el momento en que nos entregamos al Señor por fe en su Obra a favor nuestro *personal* (no general), ya comenzamos a ser hijos de Dios y revestidos de Cristo, la metáfora adquiere su sentido pleno al dar testimonio de nuestra fe en las aguas del bautismo, pues entonces aparecemos ante los demás como el soldado que, no sólo ha sido llamado a filas, sino que lleva también ya el uniforme que le distingue como a tal. El Nuevo Testamento no suele hacer distinción entre el bautismo interior por la fe y el bautismo de agua, por la sencilla razón de que, en la primitiva iglesia, el de agua seguía de inmediato al interior (v. por ej. Hch. 2:41; 8:12, 13, 36–38). Por eso, creo (contra la opinión de L. S. Chafer y otros) que Romanos 6:3 y ss. incluye a los dos. *«Revestido de Cristo»*, de su gracia, de su justicia, de su hermosura, es algo muy distinto de los *«trapos de*

inmundicia» (Is. 64:6) que, como dice Trenchard, «representan la única indumentaria que puede proveer para sí el que obra en sentido legalista».

(C) Vestidos todos con el mismo uniforme, aderezados todos con la misma justicia de Cristo, *«ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros,* dice Pablo (v. 28), sin excluirse a sí mismo en ese pronombre, *sois uno* (masculino singular, a diferencia del neutro de Jn. 10:30) *en Cristo Jesús.* En efecto, la unión con Cristo mediante la fe no sólo hace que los creyentes sean uno *en* Cristo (v. 1 Co. 12:13), sino también que, en sentido místico (espiritual oculto), sean *Cristo* (comp. con 1 Co. 12:12b). Es menester advertir que el apóstol no quiere decir aquí que se hayan borrado las diferencias en cuanto a dones, capacidades, servicios, etc., porque entonces, ¿con qué autoridad podría prohibir a las mujeres enseñar, orar con la cabeza descubierta, someterse al marido, etc.? Las únicas diferencias que se han borrado son las que afectan al modo de salvarse, no a los demás aspectos personales, tanto naturales como espirituales. Véanse, por ejemplo, los dos niveles en 1 Pedro 3:7: *«... tratando a la mujer como a vaso más frágil* (¡he ahí una diferencia!), *y dándoles honor también como a coherederas de la gracia de la vida* (¡he ahí la igualdad!) Por tanto, este versículo no puede tomarse como argumento contra el dispensacionalismo. Ni el judío deja de ser judío al hacerse cristiano, ni el esclavo se convierte en amo al creer en el Señor.

6. Finalmente, el versículo 29 viene a ser un resumen de toda la doctrina desarrollada desde el versículo 6: *«Si pertenecéis a Cristo, entonces ya sois descendencia de Abraham, y herederos de acuerdo con la promesa»* (NVI). Apenas necesita comentario, pues queda claro que todos los que, por la fe, están *complantados* con Cristo (Ro. 6:5), que es la Simiente en la que se centraban, y a la que tendían, todas las promesas hechas al patriarca Abraham, en esa Simiente adquieren el derecho a la herencia de la vida eterna conforme a la promesa hecha al patriarca y a su Simiente, a su descendencia espiritual.

CAPÍTULO 4

En este capítulo, el apóstol, I. continúa describiendo las ventajas que el Evangelio tiene sobre la Ley (vv. 1–7). II. Alude al cambio que los propios gálatas experimentaron cuando se convirtieron a la fe de Jesucristo (vv. 8–11). III. Menciona el gran afecto que anteriormente le habían mostrado a él mismo (vv. 12–16). IV. Describe el carácter de los falsos maestros (vv. 17, 18), y la ternura del amor que él les había mostrado y les tenía a pesar de todo (vv. 19, 20). V. Sigue argumentando con base en una alegoría tomada de la historia bíblica de Ismael e Isaac (vv. 21–31).

Versículos 1–7

En esta porción, el apóstol les hace ver a los fieles de Galacia la gran ventaja que el régimen de la gracia lleva al régimen de la Ley.

1. Bajo la Ley, los israelitas eran herederos de las promesas, pero, aun cuando tuviesen derecho a la herencia si ponían fe en la promesa, no disfrutaban de hecho de tal herencia, por cuanto estaban bajo la tutela de la Ley (3:24), de la misma manera que un niño pequeño (gr. *népios*, como en Ef. 4:14), a pesar de tener derecho a la herencia de su padre (v. 1), «está *sujeto a tutores y administradores hasta el tiempo prefijado por su padre»* (v. 2, NVI), ya que no tiene capacidad legal ni mental para disponer de la hacienda; por lo que, en este aspecto, *«no se diferencia de un esclavo»* (v. 1b), pues también él tiene que hacer lo que le mandan y recibir la ración alimenticia y el cuidado necesario de parte de los administradores, como si fuese un criado más. Está, pues, *en servidumbre.* De ahí, la expresión *«bajo la Ley»* (4:4b), como bajo un peso que oprime.

2. *«Así también nosotros* (v. 3), continúa diciendo Pablo, *cuando éramos niños* (es decir, bajo la dispensación de la Ley), *estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo».* El vocablo griego *stoikheía*, si se compara con Colosenses 2:8 (donde ocurre la misma frase), significa efectivamente «los principios básicos o elementales de una enseñanza» (comp. con He. 5:12, donde se repite también el término). Si se compara, pues, con Colosenses 2:8, la frase *stoikheía tou kósmou* de los versículos 3 y 9 y a la vista del contexto posterior (v. 10), significa, con la mayor probabilidad (hay gran variedad de opiniones), todo el conjunto de prescripciones judaicas (circuncisión, observancia del sábado, novilunios,

fiestas solemnes anuales), que se regían por la variación que sobre los quehaceres del hombre impone el movimiento de los elementos estelares. Es cierto que los gálatas no tenían la Ley de Moisés, pero no por eso dejaban de estar, en sus costumbres idolátricas, bajo esos *«rudimentos del mundo»* (v. el v. 8).

3. Pero llegó la plenitud o *cumplimiento del tiempo* (v. 4), es decir la hora precisa *(khrónos)* en que Dios había determinado que se llevase a cabo la redención por mano del Mesías (comp. con Mr. 1:15, donde en lugar de *khrónos* aparece *kairós*, la sazón, la oportunidad). Al cumplirse el tiempo, Dios envió una doble embajada:

(A) *«Envió a Su Hijo, engendrado de una mujer, sujeto a la Ley por nacimiento, a fin de redimir a los que estaban bajo la Ley y para que recibiésemos la adopción de hijos»* (vv. 4, 5, NVI). El verbo que se traduce por *«envió»* (aoristo), tanto en el versículo 4 como en el 6, tiene el significado de *«despedir»,* ya sea por enfado o en sentido de embajada como es el caso en los versículos 4 y 6. *«Engendrado de una mujer»* significa que se hizo hombre real y verdaderamente, para ser de la misma naturaleza que nosotros (comp. con Job 14:1 y He. 2:14); de lo contrario, no habría podido ser nuestro representante y sustituto. Al decir *«de una mujer»,* el apóstol alude a una mujer concreta, María de Nazaret, pero nótese el cuidado que Pablo tiene en omitir su nombre personal, lo cual sería muy extraño si María desempeñase en la Obra de la redención el alto papel que la Iglesia de Roma le ha asignado. *«Redimir»* (gr. *exagorazo)* es el mismo verbo que hemos visto en 3:13. Vino a redimir, a dar libertad, *a los que estaban* prisioneros *bajo la Ley* (v. 3:22, 23), y lo hizo *sujetándose Él mismo a la Ley* desde su nacimiento, como lo mostró ya a los ocho días de edad al pasar por el sangriento rito de la circuncisión.

(B) Esta embajada del Hijo de Dios hecho hombre tenía otra finalidad complementaria: no sólo sacarnos de la cárcel, de la esclavitud, sino también hacer que Dios *nos adoptase por hijos* (v. 5b, comp. con 3:26). Para esto, se necesitó otra embajada (v. 6), la del Espíritu Santo: «*Y, pues sois hijos* (gr. *huioí), envió Dios el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones* (comp. con Ro. 5:5), *clamando* (presente continuo): *¡Abbá, Padre!»* (lit.). El hecho de que *«Padre»* lleve artículo en el original *(«el Padre»),* se debe, como hace notar Lenski, a que es una peculiar combinación aramaico-griega. (Véase ya en Mr. 14:36). Varios detalles necesitan aquí un análisis especial:

(a) La doble embajada del Hijo y del Espíritu tienen su paralelo en Pascua y en Pentecostés. La razón por la que era necesaria la embajada del Espíritu Santo es que, solamente al tener dentro de nuestro corazón *el Espíritu de Cristo,* podíamos *clamar* a Dios con el afectuoso, tierno nombre, de *«Abbá»,* con que los niños pequeños llamaban a sus «papás» (nótese, de paso, la similaridad lingüística). Se dice aquí que el Espíritu mismo *está clamando,* en el sentido de que sólo bajo su poder e influencia estamos capacitados para dirigirnos al Padre de ese modo. En Romanos 8:15 leemos que *«en Él* (el Espíritu) *clamamos»* (lit.), esto es, Él nos hace exclamar *«¡Abbá, Padre!»,* lo cual se entiende mejor si leemos también los versículos 26, 27 del mismo capítulos 8 de *Romanos.*

(b) La constante referencia a la *adopción* hace que Pablo use al comienzo de este versículo 6 el vocablo *huioí,* en lugar de *tékna* que usó en Romanos 8:16 y 17, con referencia a la herencia (comp. con Gá. 4:1). El orden en que están construidas las frases en el original: «Y, *pues sois hijos, envió Dios el Espíritu, etc.»,* ha dado tanto que pensar y hablar a los comentaristas que, como dice Leal, «este verso ha merecido un libro». Les extraña a muchos el ver *«hijos»* (*¡huioí!*) antes del envío del Espíritu, como si Pablo estableciese aquí un orden cronológico en el que primero se establece la filiación adoptiva y después viene la embajada del Espíritu. Lo que Pablo quiere decir, sin duda, es que *el hecho de ser hijos se explica por haber enviado Dios el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones.*

4. El apóstol resume y concluye en el versículo 7 todo el tema que le ha ocupado desde 3:19, a saber, el argumento a favor de la justificación por la fe con base en el designio mismo de la Ley de Moisés: *«Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo».* Tenemos la misma secuencia que ya vimos en Romanos 8:14–17: liberación, adopción, derecho a la herencia. «De la presencia del Espíritu se sigue que somos hijos, y del hecho de que somos hijos se sigue que somos herederos» (J. Leal). Esta porción de 4:4–6, le ha llevado al apóstol a «calar más hondo» (Trenchard) que en 3:29, ya que, en 3:29 se especificaba que, al ser *de Cristo* (¡de la Simiente!), éramos herederos de las promesas hechas a Abraham, mientras que 4:7 alcanza a la salvación integral que nos ha sido conseguida por la gracia de Dios en Cristo y mediante la cual hemos adquirido el derecho a la herencia celestial, y aun cósmica, al ser coherederos con el Hijo (comp. con Ro. 8:17).

Versículos 8–11

En estos versículos el apóstol les hace a la memoria a los fieles de Galacia la condición en que se hallaban antes de convertirse al Evangelio, a la vez que les advierte que, por la forma en que se portan ahora, no muestran ser herederos de Dios.

1. La construcción gramatical de los versículos 8 y 9 nos hace ver que el gr. *tote*, entonces (v. 8), se opone al *nun*, ahora (v. 9). *Entonces*, es decir, en el tiempo anterior a su conversión, *no conocían al verdadero Dios, sino que servían a los que no eran dioses por naturaleza,* es decir, nada tenían en sí mismos como para que se les sirviese y adorase. Eran mera obra de las manos de los hombres: imágenes que, por mucho que las pintasen y adornasen con oro y plata, eran algo totalmente inerte: *«Como espantapájaros en un huerto de pepinos»* (Jer. 10:5).

2. En cambio, *ahora, conocían a Dios,* tenían un conocimiento, no sólo mental, sino experimental, del Dios verdadero, aunque, más bien, añade el apóstol (como corrigiéndose), *eran conocidos por Dios* (comp. con 1 Co. 8:3; 1 Jn. 4:19). Nuestro conocimiento y nuestro amor de Dios son una consecuencia (no un mérito ni una disposición favorable del *preconocimiento* amoroso (v. Ro. 8:29) que Dios tuvo de nosotros.

3. Sin embargo (v. 9b), después de haber tenido esta experiencia del Dios verdadero, en la cual se incluía la herencia, no sólo de la promesa hecha a Abraham, sino de toda la obra de gracia llevada a cabo mediante la redención que les había libertado de la esclavitud de la Ley (v. 5), y la donación del Espíritu para tener conciencia de su filiación divina (v. 6), *de nuevo se volvían a los débiles* (por su insuficiencia) y *pobres* (por su inopia) *rudimentos* de los que habló en el versículo 3, como *queriendo volver a ser esclavos de nuevo.*

4. Es cierto que *ahora* no volvían a los ritos nefandos de la idolatría ni al servicio de las imágenes que no ven ni oyen, sino que se volvían a los *rudimentos* judaicos: *los días* (v. 10), esto es, los sábados ordinarios, *los meses* (por ej. los novilunios), *las estaciones,* es decir, las fiestas correspondientes: Pascua, Pentecostés, Tabernáculos, Día de la Expiación, y *los años:* principio de año, año sabático, año jubilar. Pero, en cierto modo, la vuelta a los rudimentos judaicos era peor que la vuelta a los rudimentos idolátricos. «El estado de esclavitud espiritual era tanto más inicuo por cuanto pervertía una verdadera revelación original» (Trenchard). De ahí el temor del apóstol (v. 11) *de haber trabajado en vano por ellos.* En los versículos siguientes se entrevén el esfuerzo y las difíciles circunstancias que habían acompañado al ministerio de predicación del apóstol en las ciudades de Galacia. Como a todo fiel ministro de Dios, le resultaba deprimente ver que todas aquellas arduas labores suyas estaban en peligro de venirse completamente abajo.

Versículos 12–16

A continuación, el apóstol muestra una vez más la grandeza de su corazón en la forma afectuosa con que se dirige a ellos.

1. La interpretación obvia del versículo 12 es que, así como Pablo se había hecho *como gentil,* a fin de ganar a los gálatas, que eran gentiles, ellos, a su vez, debían hacerse *como él,* esto es, como alguien que, a pesar de ser judío de raza, no estaba ya *bajo la esclavitud de la Ley* (comp. con 1 Co. 9:20, 21).

2. La última frase del versículo 12 *(«En nada me habéis ofendido»,* NVI) no guarda conexión con lo que antecede, sino con lo que sigue. En este momento, Pablo quiere dejar bien claro que lo que les dice no se debe a ningún resentimiento de su parte, pues ellos se habían portado estupendamente con él (vv. 14, 15) la primera vez que estuvo en Galacia predicándoles el Evangelio.

3. Los versículos 13 y 14 quedan más claros en la NVI: *«Como sabéis, fue debido a una enfermedad corporal mía el que os predicase por primera vez el evangelio. Y aun cuando mi enfermedad fue para vosotros un problema, no me tratasteis con desprecio o escarnio, sino que, por el contrario, me acogisteis como a un ángel de Dios, como si fuese el mismo Cristo Jesús en persona».* El versículo 15, así como 6:11, parecen insinuar que la enfermedad a que se refiere aquí Pablo es un recrudecimiento de la oftalmía crónica que padecía. Téngase, no obstante, en cuenta que la expresión «arrancarse los ojos por alguien» se tomaba en la antigüedad metafóricamente para dar a entender que una persona estaba dispuesta a desprenderse de todo lo que fuese necesario para aliviar una necesidad ajena.

Otros opinan que la enfermedad o «debilidad *de la carne*» (lit.) alude al «estado físico de huido y maltratado en que venía Pablo (en el que había motivo para escandalizarse por parte de los gálatas)»

(Leal). Piensa J. Leal que «una enfermedad no explica que Pablo fuera a Galacia por primera vez, al no tener allí discípulos que lo atendieran».

Hay, en fin, famosos exegetas como Ramsay y el jesuita Prat, quienes opinan que dicha enfermedad fue la malaria. Ésta es también la opinión de Lenski, quien dice lo siguiente: «Hechos 13:13, 14 dice que desembarcó en Perge y, en lugar de predicar allí, siguió a Antioquía y a otras ciudades gálatas. La suposición errónea es la de que la enfermedad impidió al apóstol ir más allá de Antioquía; la conclusión acertada es la de que su enfermedad le obligó a dejar Perge de inmediato y seguir apresuradamente a Antioquía. No podía permanecer y trabajar en Perge, que se halla en las tierras bajas, y tuvo que buscar tierras altas. Antioquía y la región gálata están situadas a más de 1.000 metros sobre el nivel del mar. Aquí Pablo tenía la esperanza de trabajar, aun estando enfermo; podía allí gradualmente recuperarse y luego ir a evangelizar a Perge, cosa que en realidad hizo».

En aquella ocasión, les dice Pablo, a pesar de su pobre estado físico (añadido a su siempre débil presencia corporal, 2 Co. 10:10), los gálatas le habían recibido como si fuese *un ángel de Dios, como a Cristo Jesús* (v. 14), cuyo embajador era realmente (2 Co. 5:20, comp. con Mt. 10:40; Lc. 10:16). No sólo no le despreciaron ni le escarnecieron, a pesar del pobre estado físico en que se encontraba, sino que recibieron su mensaje con profundo agradecimiento y entera sumisión, como «llovido del Cielo».

4. ¿Qué había pasado, pues? (v. 15): *«¿Qué ha sido de todo aquel júbilo vuestro? Porque yo puedo atestiguar,* dice el apóstol, *que, si os hubiera sido posible, os habríais arrancado vuestros propios ojos para dármelos»* (NVI). Y añade (v. 16): *«¿Acaso me he vuelto ahora vuestro enemigo por deciros la verdad?»* (NVI). *«Enemigo»* (gr. *ekhthrós)* ha de tomarse en sentido activo. Es como si Pablo se hubiese convertido de repente en una persona *perjudicial* para los gálatas, por decirles la verdad. El verbo para «decir la verdad» es una sola palabra en el original, y es el mismo vocablo de Efesios 4:15, y son estas dos las únicas porciones donde sale tal verbo en todo el Nuevo Testamento. Por aquí vemos, como dice M. Henry (e.d., sus sucesores) «cuán inciertos son los cumplimientos de la gente y cuán prestos están los hombres a cambiar de opinión, hasta el punto de querer (por decirlo así) sacar los ojos de aquellos mismos por quienes anteriormente se habrían sacado los suyos propios». Sin llegar a tanto (pues M. Henry entiende en sentido pasivo el vocablo «enemigo»), lo cierto es que los ánimos de la gente, aun los de los creyentes, están siempre en peligro (a no ser que hayan alcanzado la madurez necesaria) de cambiar de dirección, como las veletas, ante el soplo de los diferentes *«vientos de doctrina»* (Ef. 4:14), especialmente cuando viene algún predicador que les halaga la curiosidad o contemporiza con los deseos de la carne. Dice Trenchard: «La verdad produce malestar cuando los corazones de los hermanos están empeñados en seguir caminos propios y carnales, pero Pablo nunca admitió la posibilidad de «aguar» la verdad con el fin de tener a los hermanos contentos». «No es algo fuera de lo ordinario el que los hombres tengan por enemigos a quienes, en realidad, son sus mejores amigos; pues tales son, sin duda, los que les dicen la verdad» (M. Henry).

Versículos 17–18

Estos dos versículos no son fáciles de traducir inteligiblemente a causa de los distintos matices que adquiere el verbo griego *zelóo* en las tres veces que ocurre aquí (dos, en la voz activa—v. 17—; una, en la voz media-pasiva). Aunque algunas versiones como la de *Las Buenas Nuevas,* la *Biblia de Jerusalén* y la *Nueva Biblia Española* dan una excelente traducción, ninguna como la NVI da el perfecto sentido de la porción: *«Esas gentes* (los judaizantes) *están interesadas en vosotros, pero no por vuestro bien; lo que quieren es secuestraros de mí, a fin de ganaros para su causa. Es estupendo ser objeto de cariño, con tal que el fin sea bueno, y serlo en todo tiempo, y no sólo cuando estoy presente entre vosotros».*

En otras palabras, el apóstol da a enteder que los judaizantes usaban halagos y palabras seductoras (comp. con 3:1; 5:7, 8) para atraer a su causa a los fieles de Galacia. El fin principal que perseguían era separarlos de Pablo, presentar a éste como a predicador de un Evangelio «incompleto», con lo que los separaban, en realidad, del verdadero Evangelio (v. 1:6–9) y, por tanto, del propio Jesucristo. Y los gálatas, al sentirse halagados, se inclinaban a favor de los falsos predicadores, así con su interés correspondían al interés aparente que los judaizantes sentían hacia ellos. El apóstol les hace ver que es bueno sentir celo, «cortejar», como dice Lenski, cuando esto se hace honorablemente y en una causa honorable. Así es como Pablo celaba siempre (comp. con 2 Co. 11:2 *«con celo de Dios»),* pero los

motivos del celo de los judaizantes eran muy diferentes; «sólo invadían a las jóvenes iglesias que acababan de ser fundadas para apropiárselas» (Lenski).

Versículos 19–20

Pero el celo del apóstol no se limitaba a «cortejar» honorablemente a las iglesias de Galacia. Su amor a esos hermanos le llevaba muchísimo más lejos. Así como a los fieles de Corinto les recuerda que él ha sido su padre espiritual porque él los engendró en Cristo mediante la predicación del Evangelio (v. 1 Co. 4:15), al dirigirse a estos hermanos de Galacia se compara a sí mismo a una madre que, al verse defraudada en su esperanza de tener un hijo normal y bien formado, desearía volverlo a su seno maternal hasta que adquiriese *la forma* de hijo normal, sin defectos avergonzadores, más dignos de lamentación que de gozo (comp. con Jn. 16:21). Pablo desea que *Cristo sea formado en ellos,* esto es, que los gálatas adquieran *la forma* de Cristo, según el designio de Dios (v. Ro. 8:29 y Fil. 3:21), y muestren así que son verdaderos cristianos, que están injertados en Cristo y crecen en Él. No basta la *figura,* la apariencia exterior (v. el contraste entre los vocablos griegos *morphé,* forma, y *skhéma,* figura, en Ro. 12:2; Fil. 2:7), sino que se hace necesaria una realidad interna sobrenatural. Al apóstol le duele tener que hablar de esta manera (v. 20) y *desearía estar junto a ellos en ese momento, para poder cambiar de tono,* es decir, acomodar sus palabras a una información más detallada y de primera mano, pues al estar lejos de ellos, el «parto» resulta mucho más laborioso: *«Estoy perplejo, no sé qué camino tomar* (gr. *aporoúmai),* dice, *en cuanto a vosotros».* No es que Pablo careciese del discernimiento necesario para calar hondo en el problema que las iglesias de Galacia presentaban; su perplejidad afectaba únicamente al método que debía adoptar con ellas. Él, como buen padre, sufría enormemente cuando tenía que actuar con severidad. Lo único que puede hacer a distancia es insistir en la anterior argumentación, como veremos enseguida.

Versículos 21–31

Para ilustrar la diferencia que existe entre los sinceros creyentes que se apoyan únicamente en la Obra de Cristo y los judaizantes que se apoyaban *también* en la Ley, el apóstol echa mano de una alegoría de corte rabínico, basada en la historia de Isaac e Ismael.

1. *«Decidme* (v. 21), *los que queréis estar bajo la Ley: ¿no oís la Ley?* (lit.), *esto es, ¿es que no os percatáis de lo que dice la Ley?»* (NVI). Pablo va a citar del libro del Génesis, pero hemos de tener en cuenta que todo el Pentateuco era comúnmente admitido como *«Ley».*

2. Enseguida les presenta la historia bien conocida de los *dos hijos* que tuvo Abraham. Tuvo más, pero éstos son los que a Pablo le interesan para la argumentación que sigue. *Uno* (v. 22), es decir, Ismael, le nació de Agar, *la esclava;* el *otro,* Isaac, le nació *de la libre,* esto es, de la señora, de la verdadera esposa, Sara. La diferencia fundamental entre los dos hijos no radica, sin embargo, en el carácter de las respectivas madres, sino en que *«el de la esclava* (v. 23) *nació según la carne,* es decir, según las leyes naturales y sin intervención especial de Dios para el cumplimiento de una promesa (en realidad, fue una contravención de la promesa), mientras que *el de la libre nació por medio de una promesa».* Pablo no dice que Isaac naciera *conforme a una promesa,* sino *por medio de una promesa,* ya que Sara, no sólo era estéril de siempre, sino que cuando concibió a Isaac (¡a los 89 años!) había sobrepasado con mucho la edad apta para concebir; por lo que, en el nacimiento de Isaac, además de cumplirse la promesa de Dios, hubo una intervención doblemente milagrosa de Dios.

3. *«Las cuales cosas,* añade Pablo (v. 24), *son expresiones alegóricas* (gr. *allegoroúmena)».* Con esto, no quiere decir el apóstol que lo que acaba de decir sea pura alegoría, sin fondo histórico, sino que dicha historia sirve de trasfondo alegórico para *tipificar* respectivamente el papel de la Ley, con las obras que demandaba, y el de la promesa, la cual se obtiene por medio de la fe.

4. La *alegoría,* convertida en doble *tipo,* consiste en que *estas dos mujeres representan dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual* (el pacto) *engendra hijos para esclavitud; éste es Agar* (v. 24b). Y continúa el apóstol (vv. 25, 26): *«Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud. Mas la Jerusalén de arriba, la cual es la madre de todos nosotros, es libre».* Estos versículos necesitan un análisis detallado.

(A) Comencemos por percibir bien los contrastes: (a) Agar, la esclava, representa el pacto que se promulgó en el Sinaí y corresponde a la Jerusalén actual (en tiempo de Pablo, esto es, antes de su

destrucción el año 70 de nuestra era), y engendra hijos para esclavitud, pues la Ley hace esclavos (v. 3); (b) Sara (aunque no se la menciona por su nombre), la libre, representa el pacto de gracia, incluido en la promesa hecha a Abraham, y corresponde al monte Sion, tipo de la Jerusalén de arriba, libre y madre de hijos libres.

(B) El monte Sinaí estaba, y está, efectivamente, en Arabia; por lo que la Ley se dio en un lugar no incluido en la Tierra Prometida y, por tanto sin espacio para libertad. Pero, ¿qué tiene que ver Agar con el monte Sinaí? La respuesta es sencilla. Dice J. Leal: «La Ley se dio en un monte que es de Arabia, y Agar caminó desterrada por el desierto de Arabia». Todavía más: En el Salmo 83:6, hallamos ya a los *«agarenos»,* epíteto con el que tambien hoy se describe a los árabes. Estos agarenos, descendientes de Agar, habitaban (1 Cr. 5:10) en el territorio que hoy corresponde precisamente al reino árabe de Jordania.

(C) A pesar de que la Jerusalén del tiempo de Pablo estaba ya dentro de la Tierra Prometida, el apóstol dice de ella que, *junto con sus hijos* (judíos inconversos y judaizantes), *está en esclavitud.* ¿Por qué? La respuesta a esta pregunta es también sencilla: POR AFERRARSE TODAVÍA A LA LEY, LA CUAL SÓLO PROPORCIONA MALDICIÓN (3:10), PRISIÓN (3:23) Y ESCLAVITUD (4:3). ¡Qué dirían los judíos inconversos y los judaizantes al verse comparados a los agarenos! No es extraño que todavía hoy odien fanáticamente al apóstol Pablo. «Jesús, decía Ben Gurión a mediados de este siglo, todavía estaba en la línea de los profetas, pero ¡ese Pablo fue el que corrompió el judaísmo!»

(D) ¿Quién es esa otra madre, *la Jerusalén de arriba,* tipificada en Sara, *la libre. madre de todos nosotros?* Es incomprensible que un autor tan experto, luterano él, como Lenski, vea en esta Jerusalén de arriba a la Iglesia, lo cual ha de causar gran contentamiento a los catolicorromanos, que tanto énfasis ponen en la «Madre Iglesia». Que no se trata de la Iglesia, sino de la Sion celestial, es claro para todo el que compare este lugar con Filipenses 3:20; Hebreos 12:22; Apocalipsis 3:12; 21:2, 10 y la propia cita de Isaías 54:1, que el apóstol menciona a continuación.

(E) En efecto, el versículo 27 está tomado de Isaías 54:1. El profeta, después del capítulo 53 sobre el Mesías Sufriente y Redentor, prorrumpe en gritos de júbilo ante la visión profética del regreso de los deportados a Babilonia y, en un nivel más alto, en el distante horizonte del reino mesiánico, atisba la gloria de la futura Sion, desde donde reinará el Cordero (Ap. 14:1). De ésa *somos hijos* todos los creyentes, de cualquier raza y nacionalidad, *hijos de la promesa* (v. 28).

(F) La *estéril* madre, a la que alude Pablo (v. 27) al citar de Isaías 54:1, era la despoblada Jerusalén adonde volvían los deportados; no tenía hijos, mientras que los pueblos paganos que la rodeaban rebosaban de habitantes, de hijos, como *la que tiene marido.* También Israel tenía Marido: el propio Jehová (Is. 54:5). Últimamente, se había enojado de tal manera con su adúltera Esposa (Israel), que había consentido en que sus enemigos paganos la sometiesen a esclavitud, pero había de llegar un día en que sus hijos fuesen innumerables (comp. con Ap. 7:9). En un instante, como por ensalmo, brotaría una nación bien poblada (algo de esto ya se ha cumplido, ante nuestros ojos, en 1948), como profetizó también Isaías (Is. 66:8, 9), y llegará un día en que de todos los países vendrán a inscribirse en el padrón de esa ciudad como nativos de ella (v. Sal. 87, en su totalidad).

5. Al continuar con la alegoría (vv. 29–31) y tomar ocasión de un incidente insinuado en Génesis 21:9 y ampliado en la exégesis talmúdica, el apóstol afirma que, así como Ismael, *el que había nacido según la carne* (v. 29), *de la esclava Agar, perseguía* a Isaac, *al que había nacido según el espíritu* (esto es, por fe en la promesa; «espíritu» se opone aquí a «carne», y no puede significar el Espíritu Santo), *así también ahora.* El apóstol no es más explícito; ni hacía falta; la persecución de los creyentes por parte de los judíos no convertidos estaba a la vista de todos: los de la Ley, los de Agar, seguían persiguiendo a los de la fe, los de Sara. Pero son éstos, los de la fe, los que heredan las promesas, como hijos de la libre (v. 31); por lo que los de la Ley, los que se aferran a las prescripciones judaicas, los hijos de la esclava, no pueden tener parte en las bendiciones de los creyentes verdaderos. Como Agar y su hijo Ismael, quedan fuera «de casa», de la Jerusalén de arriba, según arguye Pablo al citar (v. 30) de Génesis 21:10.

CAPÍTULO 5

En este capítulo, y tras de una exhortación general (v. 1), el apóstol aplica la doctrina que ha venido exponiendo e invita a sus lectores, I. a no dar oídos a los que les urgen a circuncidarse (vv. 2–12), II. a

ejercitar su libertad en el amor al prójimo (vv. 13–15), y III. a caminar guiados por el Espíritu (vv. 16–26).

Versículos 1–12

Comienza aquí la parte práctica de la Epístola. Al conectar con lo que acababa de decir (4:31), Pablo exhorta a los gálatas a poner por obra esa doctrina: Una vez que han sido justificados por fe en el Señor, y no por las obras de la Ley, les exhorta a *mantenerse firmes en la libertad con que Cristo los hizo libres y no volver a someterse al yugo de esclavitud.* El original dice así, según los mejores MSS (v. 1): *«Para la libertad nos hizo libres Cristo; manteneos, pues, firmes y no os sujetéis de nuevo al yugo de esclavitud»* (lit.). ¿Quién, después de ser sacado de una cárcel, desearía volver a la prisión? ¿Quién, después de haber sido esclavo de un mal amo, sería tan insensato como para abandonar su nuevo estado de amo y señor, para volver a convertirse en esclavo? A esta exhortación general, añade Pablo razones muy serias.

1. Someterse de nuevo a la esclavitud, al recibir la circuncisión, equivale a renunciar del todo a la obra salvadora de Cristo (v. 2), ya que el que se circuncida, se obliga con ese rito a la observancia de toda la Ley (v. 3) y, al intentar justificarse mediante el régimen de la Ley (v. 4), cae automáticamente del régimen de la gracia, pues *se desliga de Cristo.* Ley y gracia, obras y fe, circuncisión y Cristo son realidades incompatibles; «no se pueden mezclar», dice Ryrie. Que estas aseveraciones van en serio se ve por el énfasis del «*Yo Pablo os digo»* (v. 2) y del «*Y otra vez testifico a todo hombre»* (v. 3). Aquí conviene hacer algunas aclaraciones:

(A) También Cristo impone su *yugo* (Mt. 11:29, 30, comp. con 1 Jn. 5:3–5), pero ¡qué diferencia! Como atinadamente observa Trenchard, «la figura en las palabras del Maestro es diferente, refiriéndose a dos bueyes que trabajan bajo un yugo común. El Señor se digna hablar de una vida y de una obra en las cuales Él mismo se asocia íntimamente con los suyos, al participar tanto Él como ellos en la labor que resta por hacer en este mundo hasta que Él venga».

(B) Estas observaciones acerca de la circuncisión afectan de lleno a los *gentiles* o paganos que quieren hacerse, o seguir, cristianos por la vía del judaísmo; no afectan a los judíos de raza (v. Hch. 16:3; 1 Co. 7:18), aunque de nada les sirva para la salvación (v. 1 Co. 7:19; Gá. 5:6).

(C) *«Caer de la gracia» y «desligarse de Cristo»* son frases que no indican la pérdida de la salvación ya adquirida. La primera significa que el que se somete al régimen de la Ley «se traslada a otro terreno», como dice Trenchard, se desvía del único camino por el que podría adelantar (v. 25), avanzar, por el Espíritu. El verbo para *«desligarse»* es el ya conocido *katarguéo,* anular, dejar sin fuerza o sin valor: Está dejando sin fuerza su unión con Cristo todo el que *intenta justificarse* por la Ley (v. 4). Ese presente continuo indica lo que Leal llama «conato (esfuerzo) hipotético», esto es, irreal, ya que esa justificación es imposible. Es en esos puntos donde *de nada aprovecha Cristo* (v. 2) al que se circuncida.

2. A continuación, el apóstol resume, en frases magistrales y bien conocidas (vv. 5, 6) el camino y la meta que persigue la fe cristiana. Veámoslos en la espléndida traducción de la NVI: *«Porque por fe aguardamos con anhelo, siguiendo el impulso del Espíritu, los esperados bienes en que culminará nuestra justificación. Porque en Cristo Jesús, ni la circuncisión ni la incircuncisión tienen ningún valor. Lo único que cuenta es la fe activada por el amor»* (comp. con 6:15). Notemos:

(A) Que la *justicia esperada* (sentido objetivo de esperanza; comp. con Ro. 8:19–25) es una culminación de todo el proceso de la vida cristiana (comp. también con 2 Ti. 4:7, 8). «Justicia», «santidad», «salvación» son conceptos de triple significado: comienzo, en la conversión; progreso, en la santificación; culminación, en la Segunda Venida del Señor (v. He. 9:28b).

(B) Que, *«en Cristo Jesús»,* esto es, en *los que son de Cristo* (v. 24), en los que están injertados en Cristo, *coimplantados con Él* (Ro. 6:5), la circunstancia externa de conservar el prepucio o de estar circuncidado no cuenta nada, *no tiene ninguna fuerza* (lit. El verbo griego es *iskhúei),* Lo único que cuenta, lo único que vale, lo único que da salvación y provecho espirituales, es *la fe activa.* Dice M. Henry: «La fe, cuando es verdadera, es una gracia operante; actúa por medio del amor, amor a Dios y amor a nuestros hermanos; y esta fe, que así actúa por amor, lo es todo en nuestro cristianismo». No se habla aquí de dos «manos» ni de «dos elementos», sino de una sola fe, que, para ser verdadera, «viva, no muerta en sí misma» (v. el comentario a Stg. 2:14), necesita demostrarlo mediante obras de amor. El participio griego *energouméne* está en la voz media-pasiva y en presente; no significa literalmente «que obra», sino que «recibe su energía» o «se reactiva», mediante el amor. En otras palabras, sólo el amor

hace que la fe sea de veras activa, operante. Pablo no habla aquí de la fe en el momento de *justificar,* sino en el proceso constante de *actuar.* No se trata de un acto, sino de una actitud. Por eso, está completamente fuera de lugar el cáustico comentario del jesuita J. Leal a la última frase del versículo 6: «Frase, dice, muy enojosa para la teoría protestante de la justificación por sola la fe, sin obras». Cita además 1 Corintios 13:2, sin advertir que la fe de la que allí se habla no es la fe que justifica, sino la que traslada montañas.

3. La emoción, el temor del peligro al que los gálatas se están exponiendo, no se le va de la mente al apóstol, por lo que algunas de las expresiones que siguen (vv. 7–12) son sumamente fuertes. *«Corríais bien,* dice; *¿quién os impidió obedecer a la verdad?».* (v. 7). La vida cristiana es una carrera (v. 2:2; Hch. 13:25; 20:24; 2 Ti. 4:7; He. 12:1b). Los gálatas corrían antes bien, porque *obedecían a la verdad,* esto es, seguían por el camino que les había trazado la predicación del Evangelio de labios de Pablo. *«¿Quién os impidió …?»* Como si dijese: «¿Quién os estorbó, quién os detuvo, quién os puso un obstáculo en el camino, para que no siguieseis corriendo al mismo ritmo que llevabais?» «Hay muchos, dice M. Henry, que se ponen en marcha con buen pie en la religión y corren bien por algún tiempo, pero por un medio u otro son estorbados en su progreso o desviados de su camino … Los recién convertidos han de esperar el que Satanás vaya a hacer cuanto pueda para desviarlos del curso en que se hallan … El Evangelio que él (Pablo) les había predicado era la verdad. Necesitaban obedecerlo, a fin de continuar gobernando su vida y su esperanza de acuerdo con sus instrucciones (del Evangelio). La verdad no sólo ha de ser creída, sino obedecida; ha de ser recibida no sólo en la luz que ofrece, sino en el amor y el poder que suministra. No obedecen de veras a la verdad quienes no se adhieren firmemente a ella».

«Esta persuasión, añade Pablo (v. 8), es decir (probablemente), esta presión persuasiva que se ha ejercido sobre vosotros (más bien que «la persuasión que tenéis») *no procede de aquel que os llama* (comp. 1:6), es decir, de Dios, sino de los falsos predicadores, de los judaizantes. Y, como en el caso del incestuoso de Corinto (v. 1 Co. 5:6), les amonesta (v. 9): *«Un poco de levadura hace fermentar toda la masa».* Quizás eran todavía pocos los que se habían dejado «embrujar» (3:1), pero el peligro de contagio era evidente y tanto más de temer cuanto que aquí se trataba de un punto doctrinal vital, no de un punto moral como era el caso de Corinto.

4. El tiempo presente (*«os llama»,* del v. 8b) da a entender, no sólo el amor infatigable de Dios a sus hijos, sino también la esperanza que el apóstol abrigaba de que el peligro se desvaneciera pronto, cuando esta Carta llegase a manos de los interesados. La misma esperanza aparece explícita en el versículo 10: *«Confío en el Señor respecto de vosotros que no pensaréis de otra manera. El que está introduciendo la confusión entre vosotros cargará con su condena, quienquiera que sea»* (NVI). El verbo *phronéo,* que aquí usa Pablo, significa, como en otros lugares (v. Fil. 2:5; Col. 3:2), «sentir, poner el interés, poner la mira, etc»., por lo que la traducción de J. Leal se acerca mejor todavía al sentido del original: «*Yo confío en vosotros, por el Señor, de que no cambiaréis de sentir».* El griego *pépoitha* (perfecto, con sentido presente), indica algo más que una vaga confianza. Como en la versión *Septuaginta* (los LXX) de los salmos, el apóstol expresa «la confianza que pone el justo en Dios en situaciones difíciles» (Leal). Al mismo tiempo, está seguro de que *«el perturbador»* (quizás el principal promotor de todo el desvío era una sola persona, que había ganado a otros para su partido) *cargará con la sentencia judicial* (gr. *kríma,* no tan fuerte como *katákrima,* que es el vocablo para condenación) de Dios, el día que sea llamado a rendir cuentas (2 Co. 5:10), por muy distinguido que fuese en su propio círculo o aun en la iglesia.

5. Al comparar el versículo 11 con 4:29 y 6:12, se ve mejor aún el énfasis: *«Hermanos, si yo continúo predicando la circuncisión todavía, ¿cómo es que se me sigue persiguiendo? En ese caso, la ofensa que produce la predicación de la Cruz queda abolida».* Esta espléndida traducción de la NVI deja el sentido del versículo tan claro como el agua cristalina. Los judaizantes querían forzar a los gentiles convertidos a que se circuncidaran por dos razones principales (6:12, 13): (A) *Para escapar de la persecución que sufrían los judíos conversos que predicaban el puro Evangelio,* (B) *Para gloriarse en la carne* de los que se dejaban seducir por ellos, puesto que, así, los nuevos convertidos aparecían como buenos prosélitos del judaísmo, gracias al «éxito» de tales seductores. Dice Trenchard: «El odio contra él (Pablo) surgió precisamente del "escándalo de la Cruz", o sea, la predicación universal del Evangelio, que colocaba a judíos y gentiles sobre el mismo plano en cuanto a su salvación, lo que suponía la nulidad de la circuncisión como base de una bendición especial».

6. El ánimo del apóstol está tan cargado de emoción, que pronuncia una tremenda imprecación contra los que de esta manera *perturbaban* a los gálatas (v. 12): *«En cuanto a esos perturbadores, ¡ojalá acabaran por castrarse del todo!»* (NVI). Como si dijese: «Ya que esos seductores le dan tanta

importancia a un corte periférico, ¡que corten del todo!» Precisamente en Pesinonte, ciudad gálata, la castración era un rito religioso pagano. Comenta Lenski: «Este asunto de la castración era muy efectivo en el caso de los gálatas, que entre ellos mismos tenían a los sacerdotes castrados de Cibeles, una diosa de los frigios, que para los griegos era más o menos identificada con Rea, la madre de los dioses. La castración también aparece en varios otros cultos paganos. Así es que estos judaizantes, lanzándose a la castración, ¡serían verdaderos paganos! Sobre la posición de los eunucos entre los judíos, compárense Deuteronomio 23:1 e Isaías 56:3».

Versículos 13–15

En estos versículos, tenemos bien condensada la descripción de la genuina libertad cristiana.

1. El apóstol, después de hacer hincapié, una vez más, *en la libertad a que fuimos llamados* por Dios, y que fue obtenida mediante la Obra de Cristo (v. 1), hace la advertencia de que esta libertad por la cual no estamos ya bajo la Ley no debe confundirse con el libertinaje (v. 13): *«Solamente,* añade, *que no uséis la libertad como pretexto para la carne, sino servíos por medio del amor los unos a los otros»*. El vocablo que se traduce aquí por «pretexto» es *aphormé* que, en su sentido original, indica una «base de operaciones o de abastecimiento»; por lo que Pablo amonesta a no usar de nuestra libertad en tal forma que nuestra «carne», nuestras inclinaciones pecaminosas, se aproveche de tal libertad como si le hubiese sido dada para servir de pábulo, incentivo y salida franca a toda clase de concupiscencias.

2. El correctivo y la medicina eficaz contra este peligro está en el verdadero amor al prójimo (v. 13c), el cual se manifiesta, no en meras palabras, sino en obras de amor, especificadas aquí en el constante *servicio* (comp. con Mt. 20:28) *mutuo,* por el que hemos de someternos a todos los demás hermanos en todo, ya que el verbo indica *esclavitud* y está en presente de imperativo. Cuando la «esclavitud» se ejerce con amor, lejos de ser un obstáculo a la libertad, es el remedio que la defiende, la protege y la perfecciona.

3. En efecto, ¿cómo se cumple el mandamiento del amor al prójimo, ya condensado en Levítico 19:18? Cumpliendo de corazón todos los mandamientos del Decálogo. Pero el que ama de veras, los cumple todos (v. 14, comp. con Ro. 13:9), no como obligación, sino como «devoción», es decir, por dedicación amorosa. Al citar de Levítico 19:18, como dice Lenski, Pablo muestra que «El Antiguo Testamento tenía el Evangelio tal como nosotros lo tenemos ahora; solamente la forma difería: entonces estaba en forma de promesa; ahora tal promesa ha quedado cumplida en Cristo». Nadie mejor que Agustín de Hipona ha resumido esta doctrina: «Ama y haz lo que quieras, porque de esta buena raíz del amor es imposible que brote ningún fruto malo». Sólo hay que preguntarse a sí mismo: ¿Es verdadero amor el que me impulsa a hacer esto? Siendo el amor lo más precioso que hay en el cielo y en la tierra, no es extraño que el diablo y el propio egoísmo traten de disfrazar con capa de «amor» lo que no es otra cosa que bastardo interés o corrompida concupiscencia.

4. En el versículo 15, Pablo presenta el rostro feo del egoísmo, con su secuela de envidias, contiendas, etc.; y ¡todo eso ocurría en Galacia a propósito de la defensa que del legalismo hacían algunos! *«Pero, si continuáis mordiéndoos y devorándoos* (los verbos están en presente) *mutuamente, tened cuidado no sea que acabéis destruyéndoos* (este verbo está en aoristo: de una vez y sin remedio) *unos a otros»* (NVI). «La figura, dice Lenski, está tomada de la selva y el bosque donde campean los animales con sus respectivos colmillos y garras y sus habitantes se devoran unos a otros». Se ve que la infiltración de los judaizantes en las iglesias de Galacia había ocasionado divisiones, disensiones y toda clase de contiendas entre los hermanos. Dice M. Henry: «Las contiendas mutuas entre hermanos, si persisten, es lo más probable que desemboquen en común ruina. Las iglesias cristianas sólo pueden ser arruinadas por sus propias manos; si los cristianos se portan como brutos animales, mordiéndose y devorándose unos a otros, ¿qué se puede esperar, sino que el Dios de amor les niegue su gracia, que el Espíritu de amor se marche de ellos y que prevalezca el espíritu maligno?

Versículos 16–26

Termina Pablo este capítulo aplicando la doctrina de la libertad cristiana a la lucha entre la carne y el espíritu.

1. *«Digo, pues»…* (v. 16). Esto muestra que lo que va a expresar se halla en línea de consecuencia con los versículos anteriores, especialmente con el versículo 13. *«Andad,* prosigue, *por el espíritu, y de ningún modo satisfagáis los deseos de la carne»* (lit.). La oposición es entre nuestro «espíritu» (lo que en nosotros está santificado) y nuestra «carne» (nuestra naturaleza pecaminosa), por lo que «espíritu» ha de escribirse así, con minúscula, pues en este versículo no entra explícitamente el Espíritu Santo. El verbo griego *telésete* (terminar, perfeccionar), que traducimos por *«satisfagáis»* está, efectivamente, en aoristo de subjuntivo, no en futuro de indicativo como se suele traducir. Es cierto que se trata de un «resultado lógico» (Trenchard), pero el paralelismo antitético es una figura de dicción muy usada en la Biblia. *«Andar por el espíritu»* (dativo instrumental) significa «andar como nueva criatura en Cristo», sin seguir las inclinaciones de la carne, como hacíamos antes de nuestra conversión al Señor.

Esta interpretación se ve corroborada por el versículo 17. La lucha entre lo que, en nosotros, hay del nuevo hombre y del viejo es tremenda, pero, mientras *caminemos por el espíritu,* la carne no prevalecerá: *no haremos lo que nuestras malas inclinaciones querrían;* éste es el sentido de la última frase del versículo 17 (la conjunción no es *hóste*, de modo que, sino *hína*, a fin de que), por lo que el resultado es el contrario de la lucha que vemos en Romanos 7:15, 19, 23, pues allí no se contrapone el hombre nuevo al viejo, sino el hombre apoyado en sus propias fuerzas frente a las demandas de la Ley.

Por eso añade Pablo (v. 18): *«Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley»*. Todavía podría escribirse «espíritu» con minúscula, con tal que aquí se incluya que nuestro espíritu obra bajo la acción del Espíritu Santo (comp. con Ro. 8:14, donde ocurre el mismo verbo griego). Dice Trenchard: «La Ley no tiene nada que hacer allí donde el fruto de la Obra de Cristo se vivifica plenamente en la vida del creyente por la operación del Santo Espíritu».

2. A continuación, el apóstol especifica una larga lista de *obras de la carne,* que son: (A) *Obras (érga),* o sea, la carne *trabaja* para llevarlas a cabo (comp. Ro. 6:23); (B) *manifiestar* (gr. *phanerá*, están a la vista de todos): (c) *muchas,* pues, tras una lista de quince (vv. 19–21), añade Pablo: «*y cosas semejantes a éstas*». Como si dijese: «y la lista no se agota aquí». La lista, según la opinión más probable, consta de cinco grupos.

(A) En el primero, tenemos tres pecados: *«inmoralidad sexual, impureza, lascivia insolente»* (NVI). «Adulterio» no figura en el original y es, sin duda añadidura de un copista conforme a Mateo 15:19; Marcos 7:21 (Lenski). Pablo comienza por lo más asqueroso, por lo que es doblemente «carne» (comp. con 1 Co. 6:15–20). El griego *porneía* no se limita a la común fornicación, sino que incluye el concubinato, la unión en grado prohibido por las leyes, etc.

(B) En el segundo, hay dos pecados que van directamente contra Dios: *«idolatría* y *brujería»* (NVI). La idolatría sustituye el culto a Dios por el de una figura (gr. *eidos).* No es cosa pasada de moda, ni aun entre los creyentes carnales, quienes ponen su afecto en otras cosas, hasta el punto de relegar a Dios, en la práctica, a segundo plano. La brujería o hechicería está expresada, en el original, en un vocablo del que procede el castellano «farmacia» y consistía, en su mayor parte, en el uso de drogas dañinas que entraban como ingredientes en las artes mágicas de aquella época y han subsistido incluso hasta nuestros días.

(C) El tercer grupo incluye «cuatro tipos de *animosidad personal»* (Lenski): *«odio, discordia, celos, arrebatos de ira»* (NVI). El griego *ékhthrai*, enemistades, indica aquí más bien un estado subjetivo, presto a inclinarse malamente contra el prójimo, por lo que la NVI ha captado bien el sentido al traducirlo por «odio». El griego *thumós* (raíz muy frecuente en vocablos pertenecientes a la Psiquiatría, véase el comentario a Col. 3:21) indica el estado de ánimo, el temple o humor de la persona. Aquí, en plural, indica los arrebatos o explosiones del mal humor, frecuentes en quienes carecen de dominio propio, y a los que están expuestos hasta los caballeros más refinados y del más alto copete.

(D) El cuarto grupo comprende «cuatro tipos de separatismo» (Lenski): *«ambición egoísta, disensiones, partidismos y envidia»* (NVI). El griego *eritheía* significa «rivalidad o ambición, engendrada por motivos egoístas», mientras que *dikhostasía* indica un permanente estado de disensión en una comunidad. La versión de *hairéseis* por «herejías» es desorientadora, puesto que, aun cuando el vocablo «herejía» se deriva precisamente de ahí, con el tiempo pasó a significar toda enseñanza heterodoxa que rompe la unidad de la fe, pero su sentido primordial es «partidos», por lo que su verdadera traducción es *«partidismos» o «sectarismos»*. Algunos MSS importantes añaden *«asesinatos»,* pero los mejores MSS excluyen este vocablo, ya que es muy probable que algún copista se dejase llevar por la semejanza entre *phthónoi*, envidias, y *phónoi*, asesinatos y, en caso de duda, optó por «pecar» por parte de más, antes que por parte de menos.

(E) El quinto y último grupo contiene dos vicios: *«borracheras y orgías»*. El griego *kómoi* (de *kóme*, aldea) significa la juerga, frecuentemente terminada en orgía, que se pasaban los grupos de aldeanos en festivales del pueblo. Dicen Liddell y Scott, en su Gran Diccionario Griego-Inglés: «Terminaba con una parada por las calles, en que el grupo iba con coronas en la cabeza, llevaba antorchas, cantaba, danzaba y armaba jarana».

3. Después de esta larga lista de vicios «*y otras cosas semejantes*», el apóstol lanza esta severa advertencia (v. 21b): *«Acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he hecho antes* (comp. con 1 Co. 6:9) *que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios»*. Nótese ese *«practican»*, que indica, no un pecado pasajero, sino un hábito, un vicio (comp. con el contraste, en 1 Juan, entre los dos aoristos de 2:1 y los frecuentes presentes continuos de 3:4–10). Sobre este verbo «*practican»*, comenta Trenchard: «*La práctica* continua de las obras de la carne revela profundas actitudes de rebeldía contra Dios, que son incompatibles con el Reino … Por el fruto se conocerá el árbol (Mt. 7:15–23). El que profesa haber entrado en el Reino es avisado por el apóstol que examine la realidad de su vida interior para ver si está «en la Fe» o no (2 Co. 13:5), pues no quiere que nadie se engañe a sí mismo o a otros, que crea que está en el Reino de Dios mientras se dedica a prácticas que caracterizan al reino de las tinieblas».

4. En contraste con las *«obras de la carne»*, Pablo describe ahora (vv. 22, 23) el *«fruto del Espíritu»*. Aquí no hay *obra*, sino actuación de nuestro espíritu regenerado e impulsado por el Espíritu Santo, por lo que Pablo lo llama *fruto*, pura consecuencia del «estar en Cristo» (comp. con Jn. 15:1–5). Además, las obras de la carne eran muchas porque, al ser efecto de nuestro extravío por multitud de caminos (Is. 53:6), son desintegradoras, mientras que el fruto es uno solo, como un racimo de santas disposiciones que brotan y se desarrollan al mismo nivel; en otras palabras, al crecer el amor, crecen también el *gozo*, la paz, etc. Esta especie de racimo que es *el fruto del Espíritu* contiene tres grupos de tres virtudes cada uno:

(A) El primer grupo contiene tres virtudes que, dentro de su expansión general, en las tres dimensiones hacia Dios, hacia el prójimo y hacia sí mismo, dicen especial relación a Dios, pues capacitan especialmente para una santa comunión con Él: *«Amor* a Dios, *Gozo* en Dios, *Paz* con Dios». El amor es como el primogénito entre todas las virtudes del fruto (comp. con 1 Co. 13:13). Para el creyente genuino, que de veras ama al Señor, el *gozo* es, no sólo una consecuencia necesaria del amor, sino hasta un deber (v. Fil. 3:1; 4:4). «Un santo triste, decía Teresa de Ávila (más conocida como Santa Teresa de Jesús), es un triste santo». Y todo el que ha aceptado la reconciliación con Dios (2 Co. 5:19, 20), ¿cómo no va a gozar de entera paz, *sabiendo* a *quién ha creído?* (2 Ti. 1:12).

(B) El segundo grupo abarca tres virtudes que guardan especial relación con nuestro prójimo: *«Longanimidad»* (lit. *largura de ánimo)* es la paciencia que se ejercita en relación con personas, y ayuda a soportar, sin rencor vengativo, la conducta perversa de parte de otras personas hacia nosotros. *«Benignidad»* (gr. *khrestótes)* viene de una raíz que significa ser útil y servicial; se muestra en particular en la bondad práctica que se ejercita en el trato con las personas necesitadas (pobres, enfermos, niños, drogadictos y caídos—muchas veces, por culpa de otros—, en vicios degradantes). El vocablo *agathosúne*, bondad, sale cuatro veces en todo el Nuevo Testamento, siempre de la pluma de Pablo, y comporta la idea de nobleza de carácter (v. Ro. 5:7) y es como una combinación de justicia y amor.

(C) El tercer grupo contiene tres virtudes que dicen especial relación hacia sí mismo, y son como un broche de oro en la calidad del carácter del cristiano: *«Fe»* tiene aquí el sentido de «fidelidad», por la que una persona es digna de crédito y de fiar, pues se ejercita tanto en lo que se declara como en lo que se promete a otros. *«Mansedumbre»* es una virtud difícil por la tensión psicológica que supone entre los dos extremos de la impulsividad y la cobardía. No tiene nada que ver con la debilidad, pues es una cualidad viril por excelencia; se manifiesta especialmente en la disposición a ceder de los propios derechos por amor a los demás, en provecho de otros (v. por ej. 1 Co. 9:18). Romanos 14 es toda una disertación del apóstol sobre esta virtud. Cerrando toda la serie está *el dominio propio* (gr. *enkráteia*, como en 2 P. 1:6). El vocablo *«templanza»* es ambiguo a este respecto y no refleja bien lo que el vocablo griego significa.

(D) Al final de esta lista, Pablo hace la siguiente observación (v. 23b): *«contra las tales cosas no hay ley»* (lit.). Como explico en otro lugar *(Ética Cristiana*, pág. 167): «Como si dijese (Pablo): Quien tiene este fruto del Espíritu, tiene la verdadera libertad, no necesita ninguna ley, puesto que la función de la ley es *restringir*, mientras que este fruto surge incontenible de la misma acción del Espíritu y se desborda desde el amor, al cumplir de sobra y rebasar todas las obligaciones que la Ley pueda imponer».

5. El apóstol menciona en esta Epístola las tres *crucifixiones* del genuino creyente: en relación con el Señor (2:20), en relación consigo mismo (5:24) y en relación con el mundo (6:14). Toda *crucifixión* es

como un «borrón y cuenta nueva». Con una cruz en forma de aspa, borramos una palabra, una línea, una página, mal escritas o equivocadas. En la crucifixión con Cristo, borramos nuestro «ego», lo más íntimo del hombre viejo autosuficiente y egocéntrico, para vivir la vida de Cristo y para que Cristo viva plenamente en nosotros. Por la *crucifixión de nuestra carne con sus pasiones y deseos* (v. 24), borramos las referidas *«obras de la carne»*. En la recíproca crucifixión con el mundo (6:14b, v. el comentario a dicho versículo), borramos de nuestra vida lo «mundano» y, a la recíproca, el mundo nos borra como ajenos a su mentalidad (comp. con 1 P. 4:4: «A *ellos les parece extraño, etc.»).*

Por cierto, contra la opinión de muchos exegetas y siguiendo la certera explicación de Lenski, hemos de advertir que el tiempo del verbo en este versículo 24 no es presente ni perfecto, sino aoristo, por lo que la versión literal *«crucificaron»,* es así más fuerte que el *ir dando muerte* de Romanos 8:13. Por otra parte, el verbo no está en pasiva, a diferencia del perfecto pasivo de 2:20, sino en activa: somos nosotros los que, bajo el impulso y con el poder del Espíritu de Dios, hemos de *crucificar nuestra carne.* Dice Lenski: «En la conversión aceptamos a Cristo crucificado, "la cruz" (5:11), para siempre gloriarnos sólo en esta cruz (6:14) como nuestra liberación. Desde entonces crucificamos la carne en esta cruz divina, para dejarla pendiente de ella. Pablo recuerda a los gálatas este acto decisivo, y la tercera persona declara que todos los que son de Cristo han hecho esto. El acto fue radical, porque con la carne fueron crucificadas todas sus pasiones y deseos desorbitados (singular en el v. 16). El hecho de que la carne nos moleste no cambia en nada esto. En la conversión hicimos un radical rompimiento, que aquí se indica con una fuerte expresión figurativa».

6. Pablo termina esta sección (v. 25) como la comenzó (v. 16), pero, a la vista del contexto anterior (vv. 18–24), hace la siguiente exhortación, como aplicación práctica de todo lo dicho en la porción: «*Si estamos viviendo por el espíritu, avancemos también codo con codo* (en correcta formación) *por el espíritu*» (paráfrasis personal). Es una llamada a la unidad de ideas y sentimientos (comp. con Fil. 2:2, 3). El verbo griego significa avanzar conjuntamente, como en formación militar, con lo que no sólo se obtiene la unidad de pensamiento y de acción, sino que así es como se alcanza la victoria contra las divisiones que en la iglesia habían ocasionado los legalistas. Esa unidad, como en Efesios 4:3, es la unidad del Espíritu, es decir, la unidad que el Espíritu Santo produce (v. 1 Co. 12:13); así se logra *vivir por lo que es espíritu y avanzar unidos por lo que es espíritu,* como *hemos de andar con lo que es espíritu* (v. 16), ya que todo lo que en nosotros es espiritual es producido mediante la operación del Espíritu Santo (comp. con Jn. 3:8).

7. El versículo 26 podría considerarse como el comienzo de la porción 1–5 del capítulo 6, aunque el *«Hermanos»* con que ésta comienza da motivo para pensar que se trata de un nueva sección. No obstante, sirve de prefacio a dicha porción, más bien que de epílogo a la que antecede. Lenski opina que este *«Hermanos»* debe, en efecto, leerse al final de 5:26, lo mismo que al final de 6:17 el *«Hermanos»* del versículo 18, ya que no hay entre los versículos citados ninguna partícula que sirva de conexión. Minucias aparte, el apóstol exhorta a los gálatas a no dejarse llevar de la vanagloria (el adjetivo *kenódoxos* vanaglorioso, es aquí la única vez que sale en todo el Nuevo Testamento y el sustantivo *kenodoxía*, vanagloria, ocurre únicamente en Fil. 2:3). El peligro acecha, sobre todo, a los líderes; por lo que Pablo habla en primera persona de plural: *«No nos hagamos vanagloriosos»…,* porque la vanagloria (sobre todo, la espiritual; comp. con Is. 65:5) es causa de provocaciones y envidias; todo lo contrario del servicio amoroso de 5:13b y de la humildad y mansedumbre de 6:1, 2.

CAPÍTULO 6

Este capítulo consta de tres partes: I. En la primera, Pablo exhorta a los gálatas a mostrar su temple espiritual en el difícil ministerio de la corrección fraterna (vv. 1–5). II. Lo mismo hace con respecto a la generosidad en el dar y hacer el bien (vv. 6–10). III. Termina la carta con una diatriba contra la falsa jactancia de los judaizantes (vv. 11–13) y con una declaración a favor de la verdadera jactancia que es la de gloriarse en la cruz del Señor (vv. 14–17). No falta, por supuesto, la bendición final (v. 18).

Versículos 1–5

1. Aquí (v. 1) se nos exhorta a tratar con mansedumbre y humildad a cualquier hermano que *sea sorprendido en alguna falta,* es decir, que caiga por debilidad en algún pecado del que se consideraba preservado. El vocablo griego es *paráptoma,* caída, la cual puede ser inesperada, y se distingue de *parábasis,* transgresión, que supone intención deliberada. La exhortación va dirigida a *los que son espirituales,* es decir a los creyentes que, conforme a lo que el apóstol ha repetido en el capítulo 5, caminan por el espíritu, no por la carne. A estos creyentes *espirituales* se les dice aquí:

(A) El deber que tienen de *restaurar* al hermano a quien la tentación de caer le ha tomado por sorpresa, lo cual no significa que tal deber se limite a los que caen sorprendidos por la tentación, pues también abarca a todo pecado conocido que se cometa en la comunidad. El verbo griego *(katartizo)* es el mismo que se empleaba para designar la colocación en su debido sitio de un hueso que se había dislocado. Puesto que todos los creyentes somos miembros del Cuerpo de Cristo, no pudo Pablo usar mejor verbo para indicar la función que se ejerce en la corrección fraterna.

(B) La forma en que esta corrección debe ser llevada a cabo: *«Con espíritu de mansedumbre».* La mansedumbre es fruto del Espíritu (5:23) y consecuencia necesaria de una genuina humildad (Ef. 4:2). La corrección, pues, no debe hacerse con ira y apasionamiento, como quienes se sienten superiores e incólumes ante la caída de un hermano. Muchas correcciones pierden su eficacia por ser dadas con ira, mientras que las que se dan con ternura y muestran claramente que se hacen por el propio bien de aquellos que las necesitan tienen mayor probabilidad de éxito. Este ministerio, tan necesario y tan poco frecuente, de la corrección del hermano resulta en extremo difícil, no sólo por la mansedumbre y el amor que requiere en el que hace la corrección, sino también por la humildad y la buena disposición que exige en el que la recibe, pues la mayoría de tales hermanos, precisamente por carecer del necesario nivel de espiritualidad, reciben con resentimiento las correcciones que se les hacen y tienden a excusarse en lugar de confesar humildemente su carnalidad.

(C) Una razón apropiada de la necesidad de ejercer con mansedumbre este ministerio: *«considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado».* Nótese el paso del plural al singular, para presentar de forma más concreta el caso. El que hace la corrección ha de vigilarse a sí mismo, *no debe perderse de vista a sí mismo* (ése es el sentido del original), pues él mismo no está inmunizado contra las tentaciones y podría, en otra ocasión, hallarse en la misma situación en que se halla aquel a quien corrige. Esto mismo ha de inducirle, con mayor motivo, a conducirse con humildad y mansedumbre al corregir a otros. Es frecuente el caso de que quienes critican con dureza los pecados ajenos, suelen caer, sin tardar mucho, en los mismos pecados o en otros más graves.

2. En este mismo contexto de espiritualidad práctica (comp. con 5:13b), el apóstol pasa a otra exhortación (v. 2): «*Sobrellevad,* esto es, ayudad a llevar en vilo, *los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo».* Estas «cargas» son las dificultades, los trabajos y problemas que cada miembro padece, más bien que las molestias que algunos hermanos pueden ocasionar (por lo que se les suele denominar con el epíteto de «cargantes»). El vocablo para «cargas» es *báre,* pesos. No es extraño que Pablo diga «y *cumplid así la ley de Cristo»,* pues la ley de Cristo es *el amor* (Jn. 13:34, 35; Gá. 5:14) y solamente el amor alivia el peso, tanto propio como ajeno. Aquí entran en juego las matemáticas de Dios. Una carga de esta clase, compartida por otro hermano con amor, no supone la mitad del peso para cada uno, sino la pérdida total de peso, por cuanto ya no se lleva sobre los hombros, sino en el corazón que aligera todos los pesos. Una niña de ocho años contemplaba un largo desfile con un niño de dos añitos en sus brazos. Un señor que estaba a su lado le dijo después de un largo rato de verla así: «¿No te cansa ese niño?» «¡No, señor!», respondió ella, «¡si es mi hermanito!»

3. El apóstol añade a continuación (v. 3): *«Porque el que se cree ser algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo».* La conjunción *gar,* porque, indica una clara conexión con lo anterior. Lenski ha captado estupendamente tal conexión al comentar: «El que está satisfecho de sí mismo, el que piensa que es algo, y no necesita la ayuda de sus hermanos en algunas cargas que pueda tener, y cree que él mismo es lo suficientemente capaz para hacerlo todo, ése tampoco tendrá corazón para sus hermanos agobiados. Porque lo que nos hace que seamos tiernos y ayudadores, humildes y amables con los otros, es el darnos cuenta de que no somos nada, y de que también necesitamos a nuestros hermanos». Así que estos «autosuficientes» *se engañan a sí mismos,* pues la opinión exagerada que tienen de sí mismos (v. el comentario a Ro. 12:3) les conduce al error con que se engañan a sí mismos, llevados de su necia fantasía, conforme al sentido del verbo griego *phrenapatáo* (única vez que tal verbo sale en todo el Nuevo Testamento. Véase el sustantivo *phrenapatés* en Tit. 1:10).

4. En contraste con esta necia fantasía, Pablo hace (v. 4) una llamada al sano «realismo» (como en Ro. 12:3). El árbol se conoce por sus frutos; el creyente se conoce por sus *buenas obras* (Ef. 2:10; Stg. 2:14 y ss.). El apóstol exhorta a estos que *se creen ser algo* (v. 3) a que examinen su propia conducía, para que, si hay algo de que jactarse, lo hagan *«solamente con respecto a ellos mismos, y no con respecto al prójimo»*. Dice Leal: «Este verso se dirige contra los malpensados, que fácilmente enjuician malamente a los demás para satisfacerse de sí propios». Por supuesto, que aun esa *jactancia* es relativa, de acuerdo con el contexto, ya que delante de Dios toda jactancia es sin valor ni base. La razón por la que nadie puede jactarse con respecto a otro es (v. 5) que *«cada uno llevará su propia carga»*. El vocablo para «carga» no es aquí *báros* como en el versículo 2, sino *phortíon*, que significa el bagaje personal de cada individuo, algo que no puede compartirse con otros, ya que es de la responsabilidad exclusiva de cada uno (comp. con Ro. 14:10; 2 Co. 5:10); por eso aplica Jenofonte dicho vocablo al feto en el vientre de la madre, ¡sólo ella lo puede llevar!

Versículos 6–10

En esta porción hallamos una exhortación a hacer el bien, en un contexto que habla de *la siembra y la siega,* en conexión indudable con el versículo 5.

1. El versículo 6 dice literalmente: *«Mas el que está siendo instruido en la palabra comparta* (gr. *koinonéito) todas las cosas buenas con el que* (le) *instruye»*. El verbo griego para *instruir* es aquí *katekhéo*, del que procede el castellano *catequizar,* así como el sustantivo *catecúmeno.* Este versículo suele entenderse en el sentido de que el enseñado debe *hacer partícipe* al que le enseña; *«las cosas buenas»* serían las cosas materiales, en paralelismo con 1 Corintios 9:11, 14. Pero a esta opinión se oponen varias objeciones (el contexto es distinto del de 1 Co. 9:11, 14):

(A) En todo el Nuevo Testamento, *koinonéo* significa «participar» (en el sentido ya explicado en 1 Co. 10:16), no «hacer partícipe»; y *las cosas buenas* a las que alude aquí Pablo han de ser las cosas buenas que traen salvación; la contribución material del alumno al maestro está fuera de contexto. Dice Lenski: «El que instruye tiene esas cosas buenas; el que es instruido participa de ellas, en todas ellas. Las riquezas están en poder del maestro de la Palabra; la pobreza está con el alumno, y el alumno ha de practicar «compañerismo» con el maestro para enriquecerse. Ciertamente, no hay solamente cargas en las cuales debemos mostrar compañerismo, y ayudar a quienes las llevan, sino que también hay buenas cosas, cosas benéficas espiritual y moralmente, en las cuales nos podemos deleitar siendo compañeros de quienes las poseen. ¿Quiénes tendrán más que nuestros maestros? Las cargas penosas y las cosas buenas conducen a salvación, a deleitarse en ellas. Con los que tienen cargas y con los que tienen estas cosas buenas hemos de guardar compañerismo, hacer nosotros *mismos* compañerismo con *ellos»*.

(B) Sería ésta muy mala oportunidad para que el apóstol trajese aquí, fuera de contexto, lo de que los enseñados en la Palabra hagan partícipes de sus bienes materiales a quienes les ofrecen los bienes espirituales, ya que, como apunta A. Kenneth S. Wuest (citado por Trenchard, aunque éste no opina como Wuest), sería «extraño que Pablo mencionara la comunión práctica de los hermanos con sus enseñadores en esta ocasión, cuando los judaizantes podrían aprovecharse de la exhortación para hacer ver que Pablo buscaba ganancias materiales». La misma objeción presenta Lenski en los siguiente términos: «Cuando tales sujetos codiciosos estuvieron trabajando en Galacia, Pablo difícilmente podía escribir a los gálatas en cuanto a compartir en todas las cosas materiales con sus maestros. Aparte de que esto le implicaba a él mismo, tal amonestación se referiría a los verdaderos maestros en Galacia, y vendría a sugerir que ellos también eran hombres que debían ser pagados».

2. La frase *«No os llaméis a engaño»* (NVI), *o «no os dejéis engañar»* (RV 1977), según que el griego *planásthe* se tome en la voz media o en la pasiva, es un aviso solemne, como se ve (v. 7) por la frase siguiente: *«de Dios nadie se mofa»,* es decir, nadie se burla impunemente de Dios. La razón es la siguiente (v. 7b): *«Porque lo que haya sembrado un hombre, eso también cosechará»* (lit.). Por el contexto anterior, es evidente que lo cosechará de manos de Dios. Toda la argumentación de los amigos de Job contra él, ya desde Job 4:8, se fundaba en esta ley de la siembra y la siega; la aplicación al caso de Job era falsa, según él mismo (aprobado después por Dios en eso) les mostró, ya que allí la siega se consideraba en términos materiales y durante la vida presente, mientras que aquí Pablo habla de una siembra y una siega muy diferentes, como vemos por el versículo siguiente.

3. En efecto, el versículo 8 dice literalmente: *«Pues el que siembra para* (lit. *hacia) la propia carne, de la carne cosechará corrupción, mas el que siembra para* (lit. *hacia) el espíritu, del espíritu cosechará vida eterna»* (comp. con Ro. 6:23). Es un error escribir «Espíritu» con mayúscula, como hacen todas nuestras versiones, excepto la RV 1977, pues no se trata directamente del Espíritu Santo (aun cuando es Él quien nos infunde la vida espiritual). La antítesis es, como en toda la Epístola, entre «carne» y «espíritu», esto es, «la vieja naturaleza» y «la nueva naturaleza» del creyente (v. especialmente todo el cap. 5). Es cierto que Pablo habla de *«la propia carne»,* pero no dice «del propio espíritu». Ello, empero, se debe, como dice Lenski, a que «Pablo quiere decir que la carne es siempre muy nuestra, mientras que el espíritu es la nueva naturaleza que ha nacido en nosotros por operación divina, es dádiva de la gracia de Dios». Cada uno de los dos terrenos produce algo de la misma especie que lo que se sembró: la carne corrupta da corrupción; el espíritu regenerado da vida eterna. Pero aquí, Pablo no culpa (al contrario que Jesús en Mt. 13:3 y ss.) al terreno, sino al *sembrador.* Dice Lenski: «La fuerza de la figura está en los sembradores y en lo que su labor consigue. Ni la semilla ni el terreno se mencionan, porque ninguno puede sembrar sin éstos».

4. Basado en el principio del versículo 8, el apóstol prosigue (v. 9): *«No nos cansemos de practicar el bien, porque a su debido tiempo recogeremos una magnífica cosecha si no desfallecemos»* (NVI). Hay, pues, aquí una exhortación a la perseverancia en el bien, pues hay quienes comienzan bien, pero no perseveran. Este había sido precisamente el fallo de los fieles de Galacia, como les dice el propio apóstol (5:7): *«Empezabais a correr excelentemente. ¿Quién os cortó el paso, impidiéndoos obedecer a la verdad?»* (NVI). La exhortación está muy adecuadamente colocada en el contexto de la siembra. Dice Trenchard: «A veces el labrador sufre a causa de los fríos del invierno y los calores del verano, que le producen molestias físicas y el natural cansancio del esfuerzo sostenido; pero no ha de acobardarse frente a las dificultades, ya que su experiencia le enseña que tras de la siembra vendrá la siega». «Hay en reserva una recompensa, dice M. Henry, para todos los que se dedican sinceramente a hacer el bien. Aunque nuestra recompensa se demore, de seguro llegará.»

5. «*Por consiguiente,* viene a concluir Pablo (v. 10), *según tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, y mayormente a nuestros familiares en la fe.»* El apóstol no dice «tiempo» (gr. *khrónos),* sino *«oportunidad»* (gr. *kairós).* Mientras tenemos vida terrena, tenemos *tiempo,* pero no siempre tenemos las *«oportunidades»* de hacer el bien, por lo que no deberíamos dejar escapar ninguna de esas oportunidades, las cuales nunca vuelven; podrán venir otras, ya similares ya diferentes, pero las que pasaron sin ser aprovechadas, nunca más volverán; y de ellas se nos pedirán cuentas, conforme dice Jacobo (Stg. 4:17): *«Todo el que conoce el bien que debería hacer, y no lo hace, tiene pecado»* (NVI). Finalmente, nótense los dos círculos concéntricos: Hay que hacer el bien *a todos,* pero en especial *a nuestros hermanos en la fe,* pues ellos son, para todo fiel creyente, los más «prójimos». Como se ve, Pablo no era de la opinión de quienes dicen: «¡No se preocupe usted de ésos, porque no son del Señor!»

Versículos 11–18

El apóstol ha escrito la Epístola, como solía, dictándola a un amanuense. Pero esta porción final la va a escribir de su puño y letra (v. 11). El verbo está en aoristo, «porque el autor se pone en el tiempo en que ha de ser leída» (J. Leal). Lo de las *«grandes letras»* es un indicio más de que Pablo padecía de la vista.

1. Refiriéndose una vez más a los judaizantes, pues éste ha sido el tema general de la Epístola, apunta ahora (vv. 12 y 13) el apóstol los verdaderos motivos que les impulsan a ganarse seguidores entre los fieles de Galacia. Estos motivos son dos: (A) Escapar de la persecución que acecha a todos los que toman su cruz en seguimiento del Crucificado (v. 12). No les importaba naufragar en la fe con tal de salvar el pellejo. (B) Deseaban jactarse en los adeptos que conseguían para su causa (v. 13): *«para gloriarse en vuestra carne»,* esto es, en la circuncisión del prepucio, no en la del corazón. Su hipocresía se echaba de ver en que, aun cuando mediante la circuncisión quedaban obligados a guardar toda la ley (5:3), ellos mismos, aunque estaban circuncidados, no guardaban la ley.

2. Pablo, en cambio, no desea ninguna otra gloria, ni en su vida ni en su predicación, sino la que procede de la cruz de Cristo (v. 14). Ni tiene miedo a la persecución ni le impulsa, en la predicación del Evangelio, otro motivo que el amor al Señor y a las almas. Dice Leal: «La conducta cobarde y vana de los judaizantes contrasta con la valentía y el desinterés de Pablo». El mero pensamiento de cualquier otro motivo está tan lejos de su mente y de su corazón que exclama: *«En cuanto a mí, que no se me ocurra* (gr.

me guénoito, por decimotercera y última vez, si no he contado mal) *jamás gloriarme en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, mediante quien el mundo ha quedado crucificado para mí, y yo para el mundo»* (NVI). Al estar *crucificado* con Cristo (2:20), Pablo quedaba *crucificado*, borrado, separado, *para el mundo*, es decir, para todos los enemigos de Cristo y del Evangelio, ya sean de extracción judía o pagana. Y la misma separación que él observaba hacia el mundo (en su sentido peyorativo), este mundo malvado, enemigo de Dios, de Cristo y del Evangelio, la observaba también hacia él (comp. con 1 P. 4:4). Por eso, la crucifixión, la separación, entre Pablo y el mundo era recíproca.

3. El versículo 15 repite la enseñanza de 5:6, con la diferencia de que aquí hallamos *«sino una nueva creación»* (comp. con 2 Co. 5:17), en lugar de *«la fe que cobra energías mediante el amor»* de 5:6 (lit.). Lo mismo que en 2 Corintios 5:17, el apóstol usa el vocablo *ktísis*, creación, en lugar de *ktíma*, criatura (el producto de la creación). «El pensamiento de Pablo, dice Trenchard, abarca los dos conceptos, pues si bien la persona que cree en Cristo llega a ser una nueva criatura, lo es porque ha entrado en la esfera de una Nueva Creación; o sea, en la de la Obra de Dios en Cristo que tiene por base la Cruz y la Resurrección». Leal hace notar que ésa era la «expresión usada por los judíos cuando un pagano se circuncidaba». Comoquiera que una persona entra en esa esfera por medio de la fe, las expresiones de 6:15b y 5:5b son equivalentes.

4. En relación con las consideraciones que anteceden, Pablo añade (v. 16) *«Paz y misericordia sobre todos los que sigan esta norma* (gr. *kánon)*, y *también sobre el Israel de Dios*». La «norma» evidentemente es la que él mismo observa y la que todo buen cristiano debe observar; «consiste en la fe en la eficacia de la cruz y en la confesión valiente de esta fe» (Leal). ¿Por qué añade Pablo «*y sobre el Israel de Dios»?* ¿No entran los israelitas a la par con los gentiles en la salvación, de gracia mediante la fe (Ef. 2:8), como fruto de una única redención obtenida en el Calvario? (comp. 1 Co. 1:13; 2 Co. 5:17; Gá. 3:28; Ef. 2:11–22; Col. 3:11). La respuesta de los antidispensacionalistas es: «El *Israel de Dios* coincide con el nuevo pueblo cristiano» (Leal). Pero entonces, ¿por qué añadir este nuevo elemento a *«todos* los que sigan esta norma»? El luterano Lenski es más cauto al decir: «El apóstol tiene una razón especial y notable para añadir esta aposición explicativa. Es un último disparo contra los judaizantes, su triunfo final sobre ellos y sobre su disputa. Todos los que se conserven alineados con esta regla, ellos y ellos solos, constituyen el Israel de Dios, desde ahora no importa que todos los judaizantes estén en contra».

Sin embargo, hay una objeción muy seria contra este punto de vista: Nunca es llamada la Iglesia de Cristo «el Israel de Dios». Aunque la Iglesia se compone de judíos y gentiles, a la par (según los muchos textos arriba citados) en cuanto a la salvación mediante la Obra de la Cruz y en cuanto a la vida eterna consiguiente, Israel sigue siendo el heredero de las promesas y de las bendiciones temporales dadas a los patriarcas (v. Hch. 26:7 y Ro. caps. 9–11). En cambio, de 1 Corintios 10:32 no se puede sacar argumento alguno a favor de una distribución tripartita de «grupos» de salvación, por cuanto los «judíos y griegos» (lit.) que allí se mencionan no son convertidos.

5. Antes de pronunciar la bendición final, dice Pablo (v. 17): *«En adelante* (gr. *tou loipoú*, en genitivo, caso en el que nunca significa «por lo demás»), *nadie me cause molestias, porque yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús»* (lit.). «Pablo pide que en adelante no le proporcionen más preocupaciones, como las que ahora le han proporcionado los gálatas. Que nadie diga que él no es siervo de Cristo, pues lleva en su cuerpo la señal de su dependencia y de su fidelidad a Cristo … Pablo llevaba en su carne muchas cicatrices, efecto de los azotes sufridos por Jesús» (Leal). Éste es, en efecto, el sentido de dicha frase. Ya desde Francisco de Asís, se han dado casos de «estigmas» (del griego *stígmata*, que es el vocablo usado aquí por Pablo), esto es, heridas en las manos y en los pies, hasta con derramamiento de sangre. Los más recientes casos han sido los de la alemana Teresa Neumann y el capuchino italiano P. Pío. Se han tenido por «sobrenaturales», ya que la ciencia no ofrecía ninguna explicación satisfactoria de este fenómeno. Aparte de la falsa interpretación de este texto de Gálatas 6:17 (como si Pablo hubiese sido el primer «estigmatizado», a ejemplo de Jesús), está hoy el hecho evidente, bien comprobado, de que la mente humana tiene el poder suficiente para producir, por fuerte autosugestión, tal fenómeno en circunstancias especiales de temperamento, exaltación emocional, constante meditación en las llagas del Señor, etc.

6. El apóstol concluye su Epístola con la bendición apostólica (v. 18). Les llama *«hermanos»*, mostrándoles así, una vez más, el afecto con el que les ha escrito, a pesar de su vehemente reprimenda. Les desea *la gracia de Cristo*, esto es, el favor del Señor y el poder de esa gracia necesaria para mantenerlos firmes en el curso de la vida cristiana sin ceder a los embrujos de los judaizantes, y para

confortarles y animarles en medio de las pruebas comunes de la vida cristiana y aun de la perspectiva de una muerte violenta a la que siempre están expuestos los creyentes fieles a la causa de Cristo. Aunque estas iglesias de Galacia se habían portado hasta ahora de manera indigna de dicha gracia (v. por ej., 5:4), el apóstol espera que, desde ahora, cesarán de poner su confianza en la ley y en la carne. Por eso dice que esa gracia *sea con vuestro espíritu,* con lo que en ellos hay de *nueva creación,* de personalidad regenerada por el Espíritu de Dios. La carta se cierra con un «amén» que, al contrario de otros finales, no falta en ninguno de los MSS.

EFESIOS

Es opinión bastante común que la Epístola a los efesios era una Carta Circular enviada a un grupo de iglesias del Asia Proconsular. La falta de controversia, de casos particulares propios de una iglesia, y la ausencia de saludos personales abonan esta opinión. Lo que sí es cierto es que Pablo la compuso, por inspiración de Dios, mientras se hallaba prisionero en Roma; por lo que, junto con Filipenses, Colosenses y Filemón, pertenece al grupo llamado «Epístolas de la cautividad». El designio del apóstol era establecer en la verdad a los lectores. Efesios es un tratado breve y compendioso, pero denso y sustancioso, de Teología Bíblica acerca de la Iglesia; es, pues, una Eclesiología resumida y jugosa. El apóstol arranca desde el tema de la predestinación y llega a los aspectos más pragmáticos de la vida cristiana. La parte doctrinal abarca los tres primeros capítulos; la parte práctica, los tres últimos.

Para la división de la Carta, adoptamos los epígrafes de la *Ryrie Study Bible:*

I. Saludos (1:1, 2).
II. La posición de los creyentes (1:3–3:21).
III. La práctica de los creyentes (4:1–6:9).
IV. La protección de los creyentes (6:10–20).
V. Palabras finales (6:21–24).

CAPÍTULO 1

I. Tenemos, como introducción, un saludo general (vv. 1, 2). II. Luego prorrumpe el apóstol en un himno de acción de gracias y de alabanzas a Dios por las valiosísimas bendiciones dispensadas a los creyentes (vv. 3–14). III. Termina el capítulo con una ferviente oración de Pablo a favor de sus lectores creyentes (vv. 15–23).

Versículos 1–2

1. El comienzo de la Epístola es exactamente el mismo que en 2 Corintios 1:1, y en ambas se diferencia de 1 Corintios 1:1 únicamente en la ausencia del vocablo *kletós*, llamado. En cuanto al enviante, pues, no necesita de más comentario, ya que puede verse en los referidos lugares.

2. Los destinatarios son «*los santos que están en Éfeso y fieles en Cristo Jesús*» (v. 1b). Lo de «*en Éfeso*» falta en unos pocos (aunque importantes) MSS. No sabemos de cierto por qué fue borrado en ellos el lugar de destinación, puesto que la frase «*los que están*» aparece en todos los MSS, sin excepción. Tres son las explicaciones que se han dado de esta anomalía (v. también la introducción):

(A) La Epístola fue dirigida a Éfeso para ser copiada y distribuida entre las iglesias del Asia Proconsular, ya que Éfeso era la principal ciudad de dicha provincia y como el centro de tales comunidades. Por eso, el espacio de la localidad quedó en blanco a fin de que cada comunidad pudiese inscribir su nombre. Así se explicaría el carácter impersonal de la Epístola. Esta es la opinión tradicional y la más probable.

(B) La Epístola tuvo desde el principio el carácter de Carta Circular y fue enviada, con la localidad en blanco, para ser distribuida entre las distintas comunidades del Asia Menor o Proconsular. Como se ve, esta opinión difiere de la anterior únicamente en lo de la ausencia del lugar de destinación.

(C) La Epístola fue dirigida a la iglesia de Laodicea, con lo que se explicaría la alusión de Colosenses 4:16. ¿Por qué se borró, entonces, el lugar de destino? Por la pésima descripción que hace Juan en Apocalipsis 3:14–19 del carácter de dicha comunidad eclesial. Fue, pues, una especie de «anatema» de parte de los creyentes del siglo II lo que motivó el que se borrase el nombre de Laodicea, sustituyéndolo por el de Éfeso, que era la localidad más importante de toda la región. Esta es la opinión de eminentes exegetas modernos, entre los que destacan Masson, Vosté, Knabenbauer, Tillmann y Meinertz.

Una cosa es cierta: Su semejanza con la Epístola a los Colosenses es tal que resulta fácil extraer las porciones semejantes y colocarlas en columnas paralelas, con lo que se advierte la identidad de ideas y aun de muchas expresiones. Hay, sin embargo, dos diferencias: (A) Colosenses 4:7 y ss. contiene saludos personales, los cuales están totalmente ausentes en Efesios. (B) Aparte de esta notable diferencia, hay otra menor y más difícil de ser advertida por un lector superficial: En Colosenses, destaca el papel de Jesucristo como centro del Universo; en Efesios, se le ve especialmente como Cabeza de la Iglesia (sin que falte una alusión de carácter cósmico en 1:10).

3. A los destinatarios de la Carta se les llama «*santos*» (gr. *haguíois)*, es decir, «separados» del mundo, de lo mundano, para ser el peculio especial de Dios (v. 1 P. 2:9, 10). «Santos», en este sentido, es el epíteto con que se designa a todos los creyentes cristianos. «*Fieles*» (gr. *pistóis)* añade un detalle que denota firme adhesión a Cristo, como al principio de la vida espiritual que todos recibimos de Él (Jn. 1:16; 15:1 y ss.). Como he repetido en otros lugares, «creyente» es el que se fía de Dios; «fiel» es el creyente de quien Dios puede fiarse (siempre con la ayuda de la divina gracia, comp. con 1 Co. 15:10b).

4. El saludo (v. 2) es, al pie de la letra el mismo de Romanos 1:7 (donde puede verse el comentario); 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2.

Versículos 3–14

En estos versículos, Pablo estalla en un himno de alabanza y de acción de gracias a Dios por sus designios de amor y por las bendiciones que nos ha otorgado en Cristo. La emoción que embargaba el corazón del apóstol al expresar sus sentimientos era tan intensa que los conceptos adquieren un ritmo difícil de seguir. Dice Leal: «La repetición de las ideas claves, como *Jesucristo, en él …,* que lleva muy clavadas el alma de Pablo, perturba el hilo del pensamiento».

1. Comienza esta porción (v. 3) con una bendición, esto es, expresión de alabanza, al *Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo* (ya comentado en 2 Co. 1:3, adonde remitimos al lector). Del Dios Padre dice Pablo (v. 3b) que *nos bendijo* (y sigue bendiciendo, haciendo bien,—aoristo ingresivo—) *con toda bendición espiritual,* es decir, con toda clase de beneficios espirituales que se relacionan con la vida eterna, entre los que se incluyen los de orden material en la medida en que facilitan el progreso espiritual del creyente. *«En los lugares celestiales»* (gr. *en epouraníois)* es una frase que Pablo repite en el versículo 20, así como en 2:6; 3:10 y 6:12, aunque en este último lugar se usa para designar la esfera del conflicto espiritual con las potestades maléficas, demoníacas. La expresión *«en Cristo»* es de rico y denso contenido: «Abarca el instrumento por el cual Dios nos bendice y el medio vital en el cual se cumple la bendición divina» (Leal). Nuestra vida espiritual tiene su fuente en el que está sentado a la diestra del Padre, y donde tenemos ya nuestra posición legal (2:6).

2. Éste fue ya el designio de Dios para con nosotros (v. 4) *antes de la fundación del mundo,* es decir, antes de establecer los fundamentos de la tierra (comp. con Pr. 8:29c), lo cual equivale a un designio *eterno. «Conforme nos eligió en Él* (Cristo)», dice Pablo. Desde la eterna *elección* hasta la final *glorificación* (comp. con Ro. 8:29, 30), todo lo que la divina benevolencia ha decidido en orden a la salvación se realiza *en Cristo,* como en su fuente y medio vital. Que esta elección supone una predilección gratuita no lo puede negar ningún intérprete sincero de la Palabra de Dios. Dice el jesuita Leal, a pesar de estar en los antípodas del calvinismo: *«Nos ha escogido:* con acto libre de predilección que separa una criatura de otras para darle bienes que no posee ni ella ni las demás, pues son totalmente gratuitos». Por otra parte, no puede dejarse a un lado el hecho de que, según Pablo, hemos sido *escogidos en Cristo.*

3. El objetivo de esta elección divina queda expuesto en la segunda parte del versículo 4: *«para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él»* (Dios). Aquí el adjetivo «santos» (gr. *haguíous,* el mismo vocablo que en el versículo 1, aunque en distinto caso de la declinación) indica el aspecto positivo de una vida dedicada al Señor, lo cual se expresa también en forma negativa con otro adjetivo: *amómous,* sin mancha (el vocablo griego no es el mismo de He. 7:26). La «separación», pues, indicada por el término «santos» en el versículo 1 no es un fin en sí misma, sino el principio de nuestro estar en Cristo; en otras palabras, *somos salvos para ser santos* de modo positivo y práctico, evidente en la conducta cristiana.

4. La frase *«en amor»,* que aparece al final del versículo 4 en nuestras Biblias, se repite en 3:17; 4:2, 16; 5:2 con relación a nuestro amor a Dios, por lo que F. Foulkes acepta como más probable el mismo uso aquí, según aparece en la Reina-Valera. Sin embargo, el contexto próximo (v. también 2:4) favorece la opinión que lo atribuye al amor de Dios hacia nosotros, ya sea al depender del *«escogió»* del mismo versículo (en la opinión de algunos escritores antiguos), ya (más probable) unido al *«habiéndonos predestinado …»* del versículo 5, según la opinión que gana cada día mayor favor entre los exegetas.

5. El versículo 5 pasa de la elección a la predestinación. Vimos ya el verbo *proorízo* en Hechos 4:28; Romanos 8:29, 30 (v. el comentario a dicha porción); 1 Corintios 2:7 y volveremos a verlo en el versículo 11 de este mismo capítulo. Ryrie ofrece este excelente comentario: «Dios ha determinado de antemano que los que creen en Cristo serán adoptados en Su (de Dios) familia y hechos conformes a Su Hijo (cf. Ro. 8:29) … Pero esto no releva al ser humano de su responsabilidad en creer el Evangelio, a fin de que se le transmita personalmente la predestinación de Dios (v. 13)». Dice Foulkes: «Los hombres fueron creados para vivir en comunión con Dios, como hijos con el Padre (Gn. 1:26; Hch. 17:28). Por el pecado, se perdió el derecho a este privilegio; pero, por la gracia en, y a través de, Cristo, se hace posible ser restaurados a esta filiación (Jn. 1:12)». El concepto de adopción ha sido ya abundantemente explicado a partir de Romanos 8:15, primera vez en que ocurre dicho vocablo. Pablo añade *«por medio de Jesucristo»,* «no sólo como causa meritoria, sino también como causa ejemplar (esto es, modelo) y eficiente por medio de su Espíritu, que nos comunica, y de la unión a Él, como miembros con su cabeza» (Leal). Es, desde luego, Dios Padre el que efectúa y legaliza nuestra adopción divina, ya que somos hijos *de Dios Padre,* no del Hijo ni del Espíritu.

6. Todo esto (elección, predestinación, adopción) lo ha hecho Dios (v. 5b) *«conforme al beneplácito de su voluntad»,* es decir, eso es lo que su beneplácito *(eudokía,* buena voluntad—como en Lc. 2:14—, lo que es de su agrado—como en Mt. 11:26—, lo que bien le ha parecido) *ha querido* con una resolución benevolente decisiva (v. 9) a favor de los que somos salvos.

7. La frase *«para alabanza de su gloria»* aparece también en los versículos 12 y 14 («como estribillo al final de sucesivas estrofas de un poema», dice Foulkes), pero en este versículo 6, la frase completa es:

«*para alabanza de la gloria de su gracia*» Puesto que *kháris* indica siempre el favor gratuito, totalmente inmerecido, de Dios al hombre, «*la gloria de la gracia* de Dios» es el brillo con que resplandece este modo gratuito, inmerecido, con que Dios procede en su forma de tratarnos a nosotros, miserables pecadores. Esto exige de nosotros el acto más puro de adoración: *la alabanza* que tributamos a nuestro Padre Celestial por esta gran bondad que ha tenido hacia nosotros, según explica el apóstol con mayor detalle en Romanos 5:5–11 y en el capítulo 2 de la presente Epístola.

8. El verbo que, en la RV 1977, aparece traducido por «*ha colmado*» es *kharitóo*, de la misma raíz que *kháris*, y está en aoristo ingresivo, para dar a entender que ése fue el favor inicial, otorgado de una vez por todas, pero con efectos que redundan en desarrollo progresivo hasta la glorificación final. Por cierto (y esto es útil saberlo para un posible diálogo con catolicorromanos devotos de la «Inmaculada»), se nos decía en el Seminario católico de Tarazona que los verbos terminados en *oo* indican plenitud del sustantivo raíz, por lo que la Virgen María fue «llena de gracia», conforme al participio del mismo verbo en Lucas 1:28 y, por tanto, inmaculada; pues, de lo contrario, habría quedado algún rincón de pecado en su vida presente y pasada. Pero, ¡el mismo verbo se aplica aquí a todos los creyentes, sin que seamos «inmaculados» desde el vientre de nuestras madres! La traducción más estrictamente literal es la que ofrece la *Biblia de Jerusalén*: «*con la que nos agració en el Amado*», pero ofrece la dificultad de que el verbo «agraciar» se entienda mal, según el sentido que vulgarmente se le da: «dar gracia o belleza».

9. El apóstol, después de exponer lo que Dios, en su amor, destinó para nosotros desde antes de la cimentación del orbe, pasa ahora (v. 7) a la ejecución, en el tiempo, del decreto divino. «*En Él*, en Cristo y por medio de Cristo, *tenemos redención*» (gr. *apolútrosin)* Dice Ryrie: «Tres ideas hay implicadas en la doctrina de la redención: (1) El pago del rescate mediante la sangre de Cristo (1 Co. 6:20; Ap. 5:9); (2) la eliminación de la maldición de la ley (Gá. 3:13; 4:15); y (3) la suelta de la esclavitud del pecado para entrar en la libertad de la gracia (1 P. 1:18)». Esta redención es provista para todos los que creen; fue provista en la Cruz *por medio de su sangre*, esto es, mediante el derramamiento total de su sangre en expiación por el pecado, ya que «*en la sangre está la vida*» (Lv. 17:11). Esa es la única manera de obtener *el perdón de los pecados*, que Pablo menciona a continuación, ya que «*sin derramamiento de sangre, no hay perdón de pecados*» (He. 9:22b).

10. Todo esto, «*de acuerdo con las riquezas de la gracia de Dios, que prodigó sobre nosotros con toda sabiduría y entendimiento*» (vv. 7b, 8. NVI). El amor de Dios hacia nosotros fue tan grande (comp. con Jn. 3:16; Ro. 8:32; 1 Jn. 3:1), que no escatimó ninguna de sus inmensas riquezas en el favor que nos dispensó al otorgarnos su perdón en virtud de la Obra del Calvario: nos dio Su Hijo y nos dio Su Espíritu (1 Jn. 4:9, 13) y, con ellos, *todas las cosas* (Ro. 8:32b). No le quedó nada por dar; así que está muy bien usado el verbo «prodigar» (lit. *abundar)*, pues no hay «derroche» que pueda compararse a éste. Pero no es el derroche de un loco que arroja por la ventana toda su fortuna sin tino ni objeto. Lo ha hecho con un fin muy concreto, muy alto, muy digno del Dios que es Amor. Como dice E. Kevan: «El hombre no era digno de ser redimido por Dios, pero era digno de Dios el redimir al hombre».

11. El derroche de la gracia de Dios sobre nosotros no se limitó al inmenso favor que nos dispensó «desde fuera», con la redención y el perdón subsiguiente, sino que nos otorgó luz y vida espirituales (comp. con Jn. 1:4): *sabiduría y prudencia* (gr. *sophía kai phronései)*, e indica la primera «el conocimiento que penetra hasta el corazón de las cosas», y la segunda «el conocimiento que conduce a la acción correcta» (Robinson). Eso supone una «iluminación» (v. 18), que Pablo describe (v. 9) de la siguiente forma: «*pues nos dio a conocer el misterio de su voluntad, conforme al beneplácito suyo, el cual se propuso en sí mismo*» (lit.). En el versículo 11 contemplaremos una secuencia completa de los vocablos con que el apóstol describe el «propósito» de Dios. Aquí le interesa a Pablo no perder el hilo de su pensamiento, sino declararnos cuál era el objetivo primordial y englobante de su propósito (v. 10): «*para realizarlo en la plenitud de los tiempos, recapitulando todas las cosas en Cristo, las de los cielos y las de la tierra*» (versión de J. Leal). Notemos los detalles siguientes:

(A) El apóstol llama a todo esto «*misterio*» (v. 9, comp. con 3:3), no porque Dios se lo haya guardado para sí en lo oculto de su corazón (puesto que «lo *ha dado a conocer»)*, sino porque jamás habría sido conocido de los hombres o de los ángeles, a menos que Dios hubiese tenido a bien revelarlo (comp. con Dt. 29:29). Hemos de distinguir entre «el misterio de Dios», que es Cristo, y «el misterio de Cristo», que es la Iglesia (v. el comentario a 3:3–6).

(B) Donde Leal traduce «*para realizar*(lo)», el griego dice «*para la dispensación*» (gr. *oikonomían*, administración). Esto indica que Dios tenía en su mente un tiempo (en el sentido de *kairós*, oportunidad)

en el que ese misterio de la Iglesia había de ser llevado a cabo; y el *cumplimiento de ese tiempo* tuvo su inicio cuando Jesús comenzó a predicar que el Reino de Dios estaba al alcance de la mano (Mr. 1:15, comp. con Gá. 4:4). Todo el que cree el Evangelio, la «Buena Noticia de parte de Dios» entra ya a participar de las bendiciones espirituales de tal Reino en la Iglesia.

(C) El verbo que Leal traduce por *«recapitular»* y la RV por *«reunir»* (RV 1960) o «restaurar» (RV 1977) es, en griego *anakephalaiósasthai* (infinitivo de aoristo, con sentido de oración final). Su traducción exacta depende de la etimología que a tal vocablo se le conceda. La mayor parte de los autores modernos opinan que dicho verbo no se deriva de *kephalé*, cabeza, sino de *kephálaion*, suma, resumen, compendio (v. He. 8:1). Dice Foulkes: «El vocablo se usaba en el sentido de reunir cosas y presentarlas como un todo. La práctica griega era sumar una columna de cifras y poner el total en cabeza de la columna, y este nombre se dio al proceso de la adición. También se usaba el vocablo en retórica para el resumen de un discurso al final; así mostraba la relación de cada parte con el argumento completo. En Romanos 13:9, se usa para recapitular los mandamientos en el único mandamiento del amor. Tres ideas hay aquí presentes en el vocablo: restauración, unidad, y la capitalidad (condición de cabeza) de Cristo».

La idea, pues, según la expone magníficamente el mismo Foulkes, es aquí la siguiente: «Todas las cosas fueron creadas en Cristo (Col. 1:16). Por medio del pecado, entraron en el mundo un desorden y una desintegración sin fin; pero, al final, todas las cosas serán restauradas a la función que les fue asignada y a su unidad al ser devueltas a la obediencia de Cristo (cf. Col. 1:20)». Esta unidad «cósmica», que aquí (probablemente) apunta, por única vez en *Efesios*, es tema constante en *Colosenses*, como ya vimos en la introducción.

12. Los versículos 11 y 12, oscurecidos en la mayoría de las versiones, dicen así en el original: *«En el cual* (Cristo) *se nos asignó por suerte nuestra parte en la herencia, tras de ser predestinados conforme al propósito del que efectúa todas la cosas conforme al consejo de su voluntad, a fin de que seamos nosotros, los que nos hemos adelantado a poner la esperanza en Cristo, para alabanza de su* (de Dios) *gloria».* Analicemos esta rica porción:

(A) Fue por nuestra unión con Cristo (la Simiente Bendita) por lo que nos tocó en suerte ser hechos herederos de las promesas y pertenecer así al «Pueblo de Dios» (comp. con 1 P. 2:9, 10). Pero el apóstol tiene aquí en cuenta, primeramente, a los cristianos de extracción judía, entre los que se incluye en primera persona de plural a sí mismo (v. 12): *«nosotros, los que nos hemos adelantado a poner la esperanza en Cristo»*. Los judíos habían esperado al Mesías por muchos siglos antes de que los paganos entrasen a disfrutar, a la par, de las promesas espirituales del Mesías. Que éste es el sentido se ve por el versículo siguiente. Israel tenía como fin último *«cantar las alabanzas de Jehová»*.

(B) El plan de la redención comenzó a ser puesto por obra en el Paraíso mismo, tras de la caída de nuestros primeros padres, cuando Dios cubrió la desnudez de ellos con las pieles de animales sacrificados (v. Gn. 3:15, 21), pero adquirió un enfoque particular con el llamamiento de Abraham y la subsiguiente elección de los descendientes de Jacob para formar «el Pueblo Escogido». Fueron así «*predestinados conforme al propósito del que efectúa todas las cosas según el consejo de su voluntad*» (v. 11b). Que esto tiene aplicación a todos los creyentes de cualquier raza y nación, se ve por Romanos 8:29, 30 y por todo el tono de *Efesios*, así como por el ya citado lugar de 1 Pedro 2:9, 10.

(C) No debe pasar inadvertida la acumulación de vocablos que expresan una secuencia, no cronológica (ya que eso tuvo lugar en la eternidad de Dios, antes de todo tiempo), sino lógica, de matices en el acto divino de la elección salvífica: *Boulé*, consejo, indica la deliberación de la mente divina, según el modo antropomórfico de expresarnos acerca de Dios, quien, en un simplicísimo acto de su eternidad, decide y resuelve actuar en el tiempo; *thélema*, voluntad, indica la inclinación concreta de la voluntad divina hacia lo previamente decidido en la *boulé* o deliberación; *próthesis*, propósito, es el término que expresa claramente la decisión tomada; el verbo *proorízo*, predestinar, indica, según su etimología, el trazado de una línea de demarcación, conforme al comentario que hicimos al versículo 5 de este mismo capítulo; finalmente, en ese *tou energoúntos*, «del que actúa», vemos la ejecución, en el tiempo, de todo lo que Dios se había propuesto en la eternidad acerca de cada uno de los elegidos.

13. Los dos últimos versículos (13 y 14) de esta porción se entienden mejor en la NVI: «*Y también vosotros fuisteis incluidos en Cristo cuando oisteis* (es decir, *recibisteis por fe*, ya que la fe viene por el oír,—Ro. 10:14, 17—) *la palabra de verdad* ("la palabra que les trajo el conocimiento de la última realidad",—Foulkes—), *el evangelio de vuestra salvación* (es decir, el estupendo mensaje del amor salvífico de Dios a los hombres). *En Él* (Cristo), *cuando creísteis, fuisteis marcados con el sello, el*

Espíritu Santo prometido, que es el depósito que garantiza nuestra herencia hasta la redención de aquellos que son posesión de Dios, para alabanza de su gloria». Nótense los siguientes detalles de enorme importancia teológica:

(A) Al dirigirse ahora a los creyentes de extracción pagana, como eran los destinatarios de la Epístola, dice Pablo, en conexión con el v. 12 *«Y también vosotros fuisteis incluidos en Cristo»,* como si dijese: «Aun cuando nosotros nos hemos adelantado en nuestra esperanza del Mesías, también vosotros, los que veníais muy a la zaga de nosotros, habéis entrado a participar en las bendiciones incluidas en la Simiente Bendita de Abraham. ¡También para vosotros ha venido el Mesías de Israel!» Es un tema que, como ya dejamos apuntado, el apóstol va a desarrollar en 2:11–22

(B) Es de suma importancia doctrinal advertir la sincronización de los tres aoristos griegos correspondientes a: «*oísteis», «creísteis», «fuisteis sellados* con el Espíritu Santo», por donde vemos que el «sello del Espíritu» no es una bendición posterior, adicional, al momento en que una persona recibe por fe la palabra de verdad, sino que se efectúa en el momento mismo en que una persona es salva de gracia mediante la fe (2:8)

(C) *«El sello del Espíritu»* es una expresión metafórica, que da a entender, de forma plástica, lo que se efectúa espiritualmente, de forma invisible para los ojos del cuerpo, en el interior del creyente en el momento mismo de ser salvo: Dios Padre lo marca con la imagen de Su Hijo Unigénito, de forma que, al seguir con la metáfora, la mano que agarra el sello es el Padre; el sello mismo es el Espíritu Santo; y la imagen que lleva el sello es la del Hijo. En otras palabras, por medio del Espíritu, Dios Padre imprime en nosotros la imagen de Su Hijo. Este versículo 13b se parece muchísimo, en forma y contenido, a 2 Corintios 1:22 El *sello* implica: (a) *protección* respaldada por una autoridad efectiva (v. Ap. 7:3, comp. con Mt. 27:66); en este sentido, la protección nos viene de la mano omnipotente del Padre (comp. con Jn. 10:28–30); (b) *propiedad o pertenencia* (comp. con Cnt. 8:6); en este sentido, somos propiedad de Cristo (v. 1 Co. 3:23); (c) *garantía,* en forma de *arras* (v. 14), de que lo sellado llegará a su destino o recibirá seguro cumplimiento; en este sentido, el sello es garantía, dada mediante el Espíritu Santo, de que nuestra redención alcanzará felizmente la tercera y final etapa (comp. con 4:30b y Ro. 8:11).

(D) *El Espíritu Santo prometido* es, por tanto, presentado aquí (v. 14), como aclara bien la NVI, en forma de *«depósito que garantiza nuestra herencia hasta la redención».* El vocablo griego *arrhabón* (del hebreo *erabón),* ya estudiado en el comentario a 2 Corintios 5:5, es como un *«depósito»* (también llamado en castellano «prenda» o «prima») con el que se garantiza que la entrada en posesión efectiva de nuestra herencia eterna será, un día no lejano, una gloriosa realidad. Los que ya son «*posesión»* (gr. *peripoiéseos*,—el mismo vocablo de 1 P. 2:9—) de Dios, llegarán entonces a poseer plenamente a Dios. No es extraño que el apóstol cierre la sección con el mismo estribillo de los versículo 6 y 12. El lema de Calvino era *Soli Deo Gloria*, a Dios solo sea la gloria.

Versículos 15–23

En esta sección, el apóstol prorrumpe en expresiones de acción de gracias por la fe y el amor de los fieles de Éfeso y eleva una ferviente oración a Dios para que les ilumine en orden a conocer convenientemente el misterio de Cristo.

1 *«Por eso,* dice Pablo (vv. 15 y 16), es decir, en vista de las ricas bendiciones otorgadas a los creyentes, *por lo que a mí toca* (éste es aquí el sentido de la conjunción *kai), enterado de vuestra adhesión* (lit. *fe) al Señor Jesús y de vuestro amor a todos los consagrados* (lit. *santos), no ceso de dar gracias a Dios por vosotros cuando os encomiendo en mis oraciones»* (*Nueva Biblia Española*). Por aquí se ve, una vez más, cómo la fe genuina en el Señor se traduce en obras de amor hacia los hermanos (v. Gá. 5:6, 13; 1 Jn. 4:20, entre muchos otros lugares). Pablo cumple aquí lo que él mismo prescribe a los fieles de Tesalónica (1 Ts. 5:17). «Orar sin cesar» no significa estar continuamente musitando rezos o jaculatorias, sino estar en constante actitud orante, en completa dependencia de la gracia de Dios y sumisión sin reservas a su divina voluntad. Si todo lo que hacemos, lo hacemos para gloria de Dios (1 Co. 10:31), toda nuestra vida será una continua oración.

2. En su constante oración a favor de los efesios, Pablo tiene un tema muy concreto: *Que Dios* (v. 17) *les de espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento pleno de Él* (Dios). Más bien que los «carismas» de sabiduría y de conocimiento (Leal, según 1 Co. 12:8), Pablo pide aquí para los efesios *«espíritu»*, esto es, actitud espiritual (no el Espíritu Santo) *de sabiduría y de revelación* (conocimiento de

verdades reveladas), conforme al uso del vocablo *espíritu* en lugares como 1 Corintios 4:21; 2 Corintios 4:13; Gálatas 6:1. El *«conocimiento pleno de Dios»* es, a la vez, el medio y el fin de una actitud motivada por la sabiduría y el profundo entendimiento que Dios imparte acerca de las verdades reveladas por Él mismo. Aunque el vocablo griego *epígnosis* carece en el griego vulgar del tiempo de Pablo del énfasis que el prefijo habría de darle, su sentido de «conocimiento pleno» o «reconocimiento experimental» es obvio por el contexto. Pablo llama a Dios «*el Dios de nuestro Señor Jesucristo*» (comp. con Mt. 27:46; Jn. 20:17; Ro. 15:6) y «el *Padre de la gloria*», es decir, al que corresponde toda la gloria y del que toda verdadera gloria procede (comp. con Hch. 7:2; 1 Co. 2:8).

3. Este «conocimiento pleno de Dios» requiere una previa operación del Espíritu Santo. El participio pasivo de pretérito perfecto en caso acusativo, con que se abre el versículo 18, ha confundido a la mayoría de los traductores haciéndoles inventar imaginarias elipsis o prescindir de este importante detalle gramatical que, de no estar conectado con el verbo *de* del versículo 17, sería una incorrección (la frase habría de estar en genitivo absoluto). Sólo la *Nueva Biblia Española* ha captado bien el sentido al traducir así el versículo 18 «*que tenga iluminados los ojos de vuestra alma*» (lit. *de vuestro corazón,* conforme a los mejores MSS). Al estar el participio griego *pephotisménous* en pretérito perfecto, se indica que Dios, por su Espíritu, les iluminó previamente el interior espiritual con una luz que continúa brillando; pero Pablo ora, no sólo para que se mantenga brillando, sino también para que crezca y progrese conforme lo requieren los tres objetivos que persigue esta iluminación. Estos objetivos son los siguientes, según vierte la misma Nueva *Biblia Española:*

(A) *«Para que comprendáis qué esperanza abre su llamamiento»* (v 18b). En 4:4, habla de llamamiento común de los fieles a *una sola esperanza,* esto es, una única esperanza para todos los creyentes, como uno de los fundamentos de la unidad eclesial. El objeto de esta esperanza no es otro que la herencia eterna (comp. con 1 P. 1:3 y ss.) a la que hemos sido llamados, y de la que la impronta del Espíritu en nosotros es las arras (vv. 13, 14). El apóstol lo declara explícitamente a continuación.

(B) *«Qué tesoro es la gloriosa herencia destinada a sus consagrados»* (v. 18c). Pablo añade aquí un nuevo elemento a lo que acaba de pedir para los fieles de la región efesina. Pide que comprendan, no sólo *cuál* es esa esperanza, sino también *qué riquezas atesora,* cuán superabundante es dicha herencia gloriosa. La preposición griega *en* (lit. *entre los santos)* da a entender que «la comunión de los cristianos es la esfera en que se halla la herencia de Dios, así como es verdad también que es en, y a través de, Su Iglesia como la verdad del designio de Dios se da a conocer y es declarado (3:9–11, 18)» (Foulkes).

(C) *«Y qué extraordinaria* (v. 19) *su potencia* (gr. *dúnamis*, poder) *en favor de los que creemos, conforme a la eficacia* (gr. *enérgueia*, fuerza activa) *de su poderosa fuerza»* (lit. *de la soberanía*—gr. *krátos—, de su fuerza*—gr. *iskhús—),* esto es, del poder dominador con que se impone su fuerza todopoderosa. No cabe mayor acumulación de epítetos para designar el poder con que Dios lleva a cabo sus obras, por lo que los creyentes pueden tener la más completa seguridad de que su Dios y Padre llevará a cabo por ellos todo lo que les ha revelado y prometido. En efecto, todos los vocablos griegos que puedan hallarse en un diccionario para expresar la magnitud de ese poder están aquí compactamente apiñados: *huperbállon* (de donde procede «hipérbole»), «que sobrepasa toda medida» (comp. con 3:19); *méguethos*, «grandeza»; *dúnamis*, «poder»; *enérgueia*, «actividad eficaz»; *krátos*, «soberanía»; y, finalmente, *iskhús*, «fuerza».

4. Fue precisamente *«en favor de los que creemos»* (v. 19) como mostró Dios esta fuerza poderosa suya *«en Cristo* (v. 20), *cuando le resucitó de los muertos* (más exacto, *de entre los muertos) y le sentó a su mano derecha en los cielos»* (NVI). Como dirá después (2:5, 6), juntamente con Cristo nos dio vida, nos resucitó y nos sentó en los cielos (v. el comentario a dicho lugar). Esa misma fuerza poderosa de Dios se pone en plena actividad cada vez que es regenerado espiritualmente un pecador que se convierte, y se pondrá también en plena actividad cuando llegue el día de la resurrección corporal de todos los que durmieron en Cristo. Dice M. Henry: «Ciertamente ésa (la resurrección de Cristo) fue la gran prueba de la verdad del Evangelio de cara al mundo: pero la copia de ella en nosotros será la gran prueba para nosotros mismos».

5. En los tres últimos versículos de este capítulo (vv. 21–23), el apóstol pone de relieve la excelsa elevación que el Señor Jesucristo obtuvo sobre toda la creación y, en particular, sobre la Iglesia, de la que fue constituido *Cabeza:*

(A) *«Muy por encima* (v. 21) *de todo principado* (gr. *arkhé), autoridad* (gr. *exouxía), poder* (gr. *dúnamis) y señorío* (gr. *kuriótes) y de todo nombre* (es decir, de todo título notable) *que se nombra* (esto

es, que es otorgado), *no sólo en este siglo* (en la edad presente), *sino también en el venidero»* (lit.). Esta última expresión corresponde al hebreo *olam abá* con que los rabinos designaban el futuro reinado del Mesías. Tres de los epítetos que aquí se usan son empleados por Pablo, en plural, en Colosenses 1:16, para designar a los poderes espirituales, es decir, a las jerarquías angélicas (comp. con He. 1:4–14). *Todo lo sometió Dios Padre* (v. 22a) *bajo los pies de Cristo* (comp. con Sal. 8:6; 1 Co. 15:27). *«El Padre ama al Hijo y ha puesto todas las cosas en sus manos»* (Jn. 3:35). Todo es de Cristo, como Cristo es de Dios (1 Co. 3:23).

(B) En particular, Dios (vv. 22b, 23) «lo *dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo* (comp. con 4:12; 5:30; 1 Co. 12:27; Col. 1:18, 24; 2:19), *la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo»*. Ese *«sobre todas las cosas»* del versículo 22b, no sólo indica el señorío del que es cabeza de la Iglesia (pues es aquí el «señorío» lo que se pone de relieve en la capitalidad de Cristo con respecto a su Cuerpo que es la Iglesia), sino además, y directamente, el señorío que ejerce *sobre todas las cosas a favor de la Iglesia* Dice Foulkes: «Es dada a la Iglesia, y para beneficio de la Iglesia, una Cabeza que es también Cabeza sobre todas las cosas. La Iglesia tiene autoridad y poder para sobrepujar toda oposición, porque su Jefe y Cabeza es el Señor de todo».

(C) Especial estudio requiere la última frase del capítulo (v. 23b): *«la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (o en todos)»*. Esta frase ha hecho correr ríos de tinta, por la doble dificultad que presenta el original:

(a) En primer lugar, el término griego *pléroma*, plenitud (ya hecha, como indica el sufijo *ma)* aparece siempre, en las epístolas paulinas, en sentido activo («lo que llena». V. 3:19; 4:13; Col. 1:19; 2:9), pero la Iglesia *no llena,* no complementa Su Persona (v. el comentario a Col. 1:24). Es cierto que la Cabeza no es el Cristo total sin el Cuerpo, lo mismo que, en cuanto Rey, no lo es perfectamente sin reino ni súbditos, pero la idea de que la Iglesia completa a Cristo es antipaulina y, por tanto, antibíblica y va en contra de todo el contexto anterior, donde el énfasis recae en la exaltación y la soberanía de Cristo. Es pues, la Iglesia la que es llenada por Cristo con todo aquello de que está llena espiritualmente. Cabe una alternativa, dada como probable por Hendriksen y defendida por aquel gran conocedor de la Biblia que fue Bullinger, según la cual, el término *pléroma* no tiene aquí significación activa ni pasiva, sino «quiescente», como en Romanos 11:12, 25, donde significa el «número completo». Aquí significaría *la totalidad de los creyentes que forman el Cuerpo de la Iglesia.*

(b) La segunda dificultad es ofrecida por el participio *plerouménou*, el cual no está en forma activa («el que llena»), sino media («el que llena para sí») o pasiva («el que es llenado»), y está además en tiempo presente (continuo). Ahora bien, es evidente que Cristo no es llenado en todas las cosas en todos. La mejor versión sería, pues: *«la plenitud de Aquel que está continuamente llenando para Sí* (en la Iglesia) *todas las cosas en todos»* Dice Leal: «En el contexto se trata de la exaltación e influjo de Cristo, Cabeza de la Iglesia, lo cual es más claro si Cristo es quien llena y completa a la Iglesia. Esta misma idea la tenemos en Colosenses 2:9, 10 y luego en 3:19. La sintaxis es más regular y fluida si *ta pánta en pásin* expresan el complemento directo y el instrumental respectivamente». Hay una opinión alternativa, mencionada por Foulkes y sostenida por eminentes autores, según la cual el participio estaría en forma pasiva, pero referido a Cristo. La versión, o paráfrasis, sería como sigue: «la Iglesia, que es su cuerpo y, como tal, contiene dentro de sí la plenitud de Aquel que, a su vez, recibe de Dios su completa plenitud».

El pensamiento sería entonces el mismo que el apóstol expresa en Colosenses 2:9, 19. Sin embargo, en el contexto actual, esta opinión no hace otra cosa (a mi juicio) que añadir nuevas complicaciones. Sin ir más lejos, ¿cómo podría aplicarse a la persona de Cristo en sentido pasivo ese participio de presente continuativo? Por muy erudita que sea la argumentación de J. Alonso a favor de esta interpretación (v. en el *Nuevo Testamento Trilingüe* de Bover-O'Callagham, sobre este lugar), el sentido de Efesios 1:23 no puede ser el que él propugna («La Iglesia está llena por Cristo, que está lleno a su vez por Dios de manera constante»), puesto que bastaría leer Hebreos 1:14 para refutarlo: *«Porque con un solo sacrificio ha perfeccionado para siempre a los que van siendo santificados»* (lit.). LA APLICACIÓN DE ESTA OBRA ES UNA TAREA QUE COMPETE AL ESPÍRITU SANTO, NO AL HIJO. Y Cristo no necesita ser «completado por Dios de manera constante».

CAPÍTULO 2

Tenemos aquí, I. un informe de la miserable condición, por naturaleza, de los efesios, y de cuantos somos de extracción gentil (vv. 1–3, 11, 12). II. Un informe del glorioso cambio que fue operado en ellos, y también en nosotros (vv. 4–10, 13). III. Los grandes privilegios que tanto judíos como gentiles reciben de Cristo al convertirse (vv. 14–22).

Versículos 1–3

1. Las personas no regeneradas (v. 1) están muertas *«en sus caídas y pecados»* (lit.). No quiere decir que carezcan de espíritu por el que una persona es hecha «alma viviente» (Gn. 2:7), sino que este espíritu es inoperante en sentido psicológico-moral en cuanto a las cosas de Dios; está inclinado al pecado, el cual es la «muerte espiritual» de la persona. De ahí que produzca, como frutos, *«obras muertas»* (He. 6:1; 9:14).

2. En el original no figura lo de *«él os dio vida»* (v. 1), que aparece en nuestra Reina-Valera, por lo que la mayoría de los exegetas opinan que se suple con base en los versículos 4–6. La razón de esta aparente anomalía podría ser la intención del apóstol de presentar en toda su negrura la condición miserable en que nos hallábamos antes de nuestra conversión, a fin de que se destaque mejor la salvación que Dios nos otorgó por su gracia en Cristo y por medio de Cristo. Sin embargo, a mi juicio, resulta más probable la opinión de Bullinger, quien hace depender de 1:20 los tres primeros versículos del capítulo 2, siendo los versículos 21–23 de dicho capítulo 1 como una especie de paréntesis para poner de relieve la exaltación del Señor Jesucristo. Así la traducción seguiría suavemente el hilo del pensamiento paulino de esta manera: *«la cual* (fuerza poderosa) *ejercitó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales. «Y a vosotros que estabais muertos, etc.».*

3. El apóstol declara (v. 2) que, *en otro tiempo,* esto es, antes de nuestra conversión al Señor, *andábamos* en transgresiones y pecados, lo cual indica una conducta constante (nótese el contraste con la última frase del v. 10) de personas pecadoras por naturaleza y por mala voluntad. De tres maneras expresa Pablo la pauta que sigue el pecador antes de su conversión:

(A) Va *«siguiendo la corriente de este mundo»* (comp. con Gá. 1:4; 1 P. 4:3, 4), como los peces muertos, que van siguiendo inertes la corriente de las aguas. Esta es la «corriente» que siguen los mundanos inconversos (1 Co. 6:9–11; Col. 3:5–7), una corriente que desemboca en la perdición eterna.

(B) Camina *«conforme al príncipe de la potestad del aire»,* esto es, obedece sumiso al gobierno tiránico que le impone Satanás, *«el príncipe de este mundo»* (Jn. 12:31; 14:30), *«el dios de este siglo»,* de este mundo malo (2 Co. 4:4), *«el Maligno en cuyo poder yace todo el mundo»* (1 Jn. 5:19b). La sumisión al diablo, por medio del pecado, es la peor esclavitud (v. Jn. 8:34; 2 P. 2:19).

(C) Camina conforme *«al espíritu,* al estilo de vida impuesto por el diablo, *que ahora actúa continuamente* (en participio de presente del mismo verbo—*energuéo*—, que se aplica a Dios en 1 Co. 12:6; Fil. 2:13) *en los hijos de desobediencia»* «Hijos de desobediencia» es un hebraísmo para indicar una inclinación constante a desobedecer.

4. Pablo afirma (v. 3) que *todos nosotros nos comportábamos antes de nuestra conversión («en otro tiempo») como hijos de desobediencia,* y describe de tres maneras la forma concreta en que se desenvolvía tal comportamiento:

(A) Estábamos enteramente *en manos de los deseos concupiscentes,* desordenados, pecaminosos, *de nuestra carne,* de nuestra naturaleza vieja, corrompida. No era una *parte* de nosotros, sino nuestra entera personalidad en cuanto que corrompida por el pecado. Dice Leal: «La carne es una potencia interna y nuestra, nosotros mismos, en cuanto contrarios al querer de Dios y a los impulsos del Espíritu de Dios».

(B) Esto equivalía a *poner en práctica* (lit. *hacer) las tendencias* (gr. *ta thelémata) de la carne y de los pensamientos,* es decir, todos los malos deseos que emanan, no sólo de un corazón entenebrecido, sino también de una mente envanecida (comp. Ro. 1:21b). «Significa claramente, dice Foulkes, que los efectos de la maldad y del egoísmo del hombre no están limitados a las emociones, sino que incluyen también a su intelecto y a los procesos del razonar (cf. Col. 1:21)».

(C) En una palabra, *«éramos hijos de ira,* esto es, pesaba sobre nosotros la ira de Dios (comp. con Ro. 1:18; Col. 3:6), lo *mismo que los demás»,* esto es, «todos los que ahora quedan fuera del influjo salvador de Cristo» (Leal). Pablo dice que eso lo éramos *por naturaleza.* No dice que lo fuésemos *por nacimiento* (aunque esto es verdad, por la herencia que nos dejó el pecado de nuestro primer padre), sino por lo que

éramos *de nosotros mismos,* antes que viniese sobre nosotros el soplo vivificante y regenerador del Espíritu de Dios.

Versículos 4–10

Contemplamos el extraordinario y maravilloso cambio que se efectúa en un miserable pecador cuando el amor y la gracia del Dios Salvador se ponen en ejercicio a su favor.

1. Después del sombrío cuadro que los versículos 1–3 nos presentan, vemos la acción de Dios en su soberana, libre y amorosa iniciativa de tomar a su cargo la salvación del pecador. La conjunción griega *de* no es tan fuerte como *allá y,* como en otros lugares, indica más bien aquí la parte que Dios va a tomar. Los versículos 4–6 deben traducirse del modo siguiente: *«Dios, por su parte, porque es rico en misericordia* (participio con sentido de oración causal), *a causa de su mucho amor con que nos amó, y a pesar de estar nosotros muertos* (pronombre y participio en acusativo regido del verbo siguiente) *en nuestras caídas pecaminosas* (gr. *paraptómasin), nos vivificó juntamente con Cristo—por gracia estáis hechos salvos—,* y (con Él) *juntamente nos resucitó y* (con Él) *juntamente nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús»* (lit.). Esta última frase indica, en este contexto, «el medio vital donde nosotros vivimos, resucitamos y ascendemos al cielo» (Leal). Como se ve por los prefijos que acompañan a los tres verbos *(«con*vivificó», *«con*resucitó», «*con*sentó»), Pablo pone énfasis en nuestra unión vital con Cristo, puesto que, por la fe simbolizada en el bautismo, *fuimos complantados con Él* (Ro. 6:5), a fin de compartir con Él el proceso salvífico de su muerte, resurrección y ascensión a los cielos (Ro. 6:3–11; Gá. 2:20; Fil. 3:10 y ss; Col. 2:12).

2. Como en el versículo 5 y 1:7, Pablo se ve embargado con el pensamiento de la *riquezas de la gracia de Dios, riquezas sin medida* (v. 7), como se mostrará en el gran despliegue que Dios hará *en los siglos venideros,* es decir, *cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste* (Col. 3:4). Entonces se verá claramente el «terreno de cultivo» de esta inmensa riqueza de la gracia de Dios: su *benignidad* («vocablo que denota el amor en acción», Foulkes) *para con nosotros en Cristo Jesús.*

3. Los versículos 8–10 forman una de las más importantes porciones de toda la Biblia, por lo que requieren un análisis detallado. Dicen así al pie de la letra: *«Porque por la gracia estáis habiendo sido salvados mediante* (la) *fe; y esto no* (procede) *de vosotros, de Dios* (es) *el regalo; no en virtud de obras, a fin de que nadie se jacte. Porque de Él* (Dios) *somos hechura* (gr. *poíema,* de donde viene «poema»), *creados* (participio pasivo de aoristo; de una vez por todas) *en Cristo Jesús* (el mismo sentido de Ro. 6:5 y de los vv. 6 y 7 de este mismo cap. 2) *para* (lit. *sobre) obras buenas, las cuales de antemano preparó Dios a fin de que en ellas anduviésemos».* Vemos:

(A) Que todo el proceso de nuestra salvación se debe a *la gracia* (el favor gratuito, inmerecido) *de Dios,* la cual se obtiene *mediante la fe.* No somos salvos por fe, sino por gracia mediante la fe. Usando una ilustración muy clara y expresiva, podemos decir que la gracia es como el alimento, y la fe es como la cuchara o el tenedor con que tomamos la comida. No es el tenedor el que alimenta, sino la comida, pero tomamos el alimento con el tenedor o la cuchara. Esta ilustración servirá para evitar confusiones.

(B) Que también la fe es, de algún modo, *regalo de Dios.* Es cierto que Pablo dice (v. 8b): «*Y esto* (neutro) *no proviene de vosotros, de Dios es el regalo».* Aun cuando «esto» podría referirse al proceso mismo de la salvación, la construcción resultaría forzada y, en realidad, tautológica. Lo que Pablo. sin duda, tiene aquí en mente es salir al paso de alguien que podría decir: «Dios pone la gracia; el hombre pone la fe; así que el hombre pone su parte en su propia salvación». Pablo, siguiendo la citada ilustración, parece decir: «Somos alimentados espiritualmente por Dios, y hasta el mismo tenedor con el que comemos es regalo de Dios». Toda otra explicación huele, por lo menos a semipelagianismo. El propio jesuita Leal comenta así: «La fe no es precisamente el acto humano, sino la entrada en el ámbito vital de Cristo, adonde se llega al aceptar, con la ayuda de la gracia, la predicación del Evangelio». Pero esto no es suficiente para resolver el problema que aquí se nos plantea.

El problema es el siguiente: Si *también* la fe es don de Dios, ¿es el hombre un mero instrumento de Dios, de forma que no ponga nada de su parte, sino que sea Dios quien ponga el acto de fe en él? Esta era la opinión de los Reformadores, especialmente de Lutero y Calvino, expresada con el vocablo «monergismo» (que significa, «uno solo—Dios—, es el que obra en todo lo que es para salvación»). Los semipelagianos decían: «Dios pone la gracia; el hombre pone la fe». Esta opinión es expresada con el epíteto de «sinergismo» (lit. cooperación). Los teólogos jesuitas dicen: «Dios pone la gracia; el hombre

pone la fe, pero movido y ayudado por la gracia». Quizás se quedan un poco cortos de lo que yo llamo «energismo» (Dios obra «en» el hombre, de forma que éste, capacitado por la gracia, libertado por la verdad del Evangelio, se entrega libremente al Señor y le recibe por fe, y entra así en el ámbito de la salvación). Esto comporta las siguientes conclusiones, de acuerdo con el tenor de la Palabra de Dios tomada en su conjunto:

Primera. El hombre es, por naturaleza, incapaz de hacer nada en orden a su salvación. Pero Dios, en su misericordia, ofrece al hombre, *a todo hombre* (v. Hch. 17:30; 1 Ti. 2:4, etc.), la gracia suficiente para que su mente y su corazón iluminados por la verdad (¡He. 6:4 y ss.!), sean *responsables* al aceptar o rehusar la gracia salvífica de Dios. Si Dios no ofrece ninguna gracia suficiente al hombre caído, la exhortación al arrepentimiento y a la fe son un puro sarcasmo (v. el comentario a Hch. 17:30).

Segunda: La decisión (llamémosla de alguna manera, pues el hombre no es una máquina) de recibir por fe al Señor es *también* impulsada y ayudada por la gracia, por lo que dicha actitud del creyente bien puede seguir siendo considerada como regalo de Dios, ya que, sin la gracia de Dios, tampoco el hombre, aun iluminado por la verdad, podría creer. De modo que, sin la gracia, el hombre solamente puede rehusar la invitación del Evangelio. Lo contrario es hacer de menos la operación del Espíritu Santo en la necesaria convicción de pecado y la comprensión de la necesidad de acudir al Salvador.

Tercera. Esto es suficiente para admitir que *nadie puede venir a Jesús a menos que el Padre le atraiga* (Jn. 6:44). Pero esta atracción (esta «gracia» considerada como «fuerza») NO SIEMPRE es irresistible. Es cierto que, en muchas ocasiones (cada creyente puede dar testimonio de sí mismo), la atracción de la gracia es, de algún modo, psicológicamente irresistible, por la forma en que el mensaje, con ayuda (muchas veces) de toda clase de circunstancias, *se impone* al individuo, de forma que éste se ve como *empujado* a entrar por la puerta que conduce a la vida. Pero que éste sea SIEMPRE el caso, de forma que la gracia salvífica de Dios NUNCA sea resistida y rechazada, es algo que ni la Biblia (bien entendida) ni la experiencia demuestran en forma alguna. Es sintomático que los creyentes más afectados psíquicamente por una especie de empujón (la conversión de «crisis») sean los que se expresan en forma de lo que alguien ha llamado gráficamente «gracia tumbativa»: el propio Pablo, Agustín de Hipona, Martín Lutero, Juan Wesley, etc. Pero hay muchísimos otros que solamente se han entregado después de rechazar por algún tiempo (a veces, largo) la gracia de Dios (conversión de «proceso»).

(C) Que no somos salvos *por* obras, sino *para* obras. En otras palabras, nuestra salvación no puede depender de obras, pero está orientada hacia el bien obrar. El apóstol no usa la preposición *eis* («hacia» buenas obras), sino *epí* («sobre» buenas obras); sin duda, porque tiene en cuenta la «andadura» a la que alude en el mismo versículo. Dicha diferencia entre el *«por»* y el *«para»* se comprenderá con toda claridad por medio de otra gráfica ilustración: *La fe* es como la *raíz* de un árbol; las *obras buenas* son como los *frutos* del árbol. Lo que da la vida, la savia, al árbol no es el fruto, sino la raíz; pero el árbol manifiesta que está vivo y sano al dar buenos frutos. Del mismo modo, no son las obras buenas las que salvan al hombre, sino la fe (la gracia mediante la fe); pero el hombre demuestra ser salvo mediante las buenas obras que lleva a cabo, pues son el fruto del Espíritu (Gá. 5:22).

(D) Según explicamos ya en el comentario al versículo 1 del presente capítulo, el pecador está *muerto* en sentido psicológico-espiritual. Su espíritu (sus facultades mentales, afectivas y volitivas) vive físicamente, pero está desorientado e inclinado al mal, por lo que la conversión se expresa (vv. 4 y ss.) en términos de «nueva vida». De ahí que hallemos en el versículo 10 los términos *«hechura»* (comp. con Gn. 1:26) y «creados» (comp. con 2 Co. 5:17). Han de entenderse, pues, en el plano sobrenatural, no físico.

(E) El apóstol dice que Dios *«preparó de antemano nuestras buenas obras para que anduviésemos en ellas»* (comp. con 1 P. 2:21). Una mala inteligencia de estas frases puede causar confusión. Pablo no quiere decir que Dios tenga reservadas en algún almacén nuestras futuras obras buenas para extenderlas después como una alfombra en la que vayamos posando nuestros pies, sino que la «nueva creación» (2 Co. 5:17), el «ámbito vital de Cristo» (vv. 6, 7, 10) dentro del cual nos movemos, comporta como necesario ingrediente el fruto de buenas obras. Junto, pues, con la gracia salvífica y la capacidad para creer, Dios dispuso de antemano que adoptásemos una *conducta* consecuente con la fe que hemos profesado, y esa conducta (esa «andadura») está orientada hacia el bien obrar. Quizás pueda ayudar esta ilustración: Al salvarnos, Dios nos pone en buen *camino*, nos da una buena *luz* (comp. con Sal. 119:105) y nos proporciona unos buenos *pies*.

Versículos 11–13

El apóstol acaba de exponer las verdades más importantes de la revelada doctrina de la salvación y, al empalmar con el *«vosotros»* del versículo 1, y el *«anduvisteis»* del versículo 2, vuelve a dirigirse en segunda persona de plural a los fieles de Éfeso, para traerles a la memoria lo que dicha salvación significa en términos *eclesiales.*

1. Los efesios no eran de extracción judía, sino pagana; por eso, el apóstol los llama *gentiles* (es decir, no judíos) *en cuanto a la carne* (v. 11), pues llevaban en la carne la muestra de no estar circuncidados, por lo que, en tono despectivo, eran llamados por los judíos circuncidados en su carne *«la Incircuncisión»,* seres humanos que no llevaban en su cuerpo la marca del pacto de Dios con su pueblo. Nótese que Pablo dice: *«los que sois llamados incircuncisión por la LLAMADA circuncisión»,* con lo que da a entender lo que repetidamente ha puesto de relieve en otros lugares (Ro. 2:25–29; 1 Co. 7:19; Gá. 5:6; Col. 2:11; 3:11): lo que importa es lo que se lleva en el corazón, no en el cuerpo.

2. Al no pertenecer al pueblo elegido y al vivir en la idolatría, los efesios, *«en otro tiempo»* (v. 11), que ya no es el actual, sino *«aquel tiempo»* (v. 12), anterior a su conversión, *«estaban sin la esperanza del Mesías, excluidos de la ciudadanía de Israel»,* es decir, de la comunidad que disfrutaba de muy especiales privilegios otorgados por el único Dios verdadero (comp. con Hch. 22:28, que es el único lugar en que aparece el mismo vocablo de aquí); por tanto, eran *extranjeros* (además de «esclavos», sin la «ciudadanía») *en cuanto a los pactos de la promesa* (en singular), esto es, la promesa del Mesías. *«Sin esperanza»* no significa que no hubiese para ellos ninguna posibilidad de salvación eterna, sino que no tenían en su mente ninguna perspectiva de seguridad para el porvenir eterno, por lo que la muerte ponía el punto final a una vida sin destino feliz de ultratumba. Estaban *sin Dios;* el griego *átheoi* («ateos») «no quiere decir que se negasen a creer en Dios, ni que estuviesen abandonados de Dios, ni que fuesen ateos en la práctica, sino que no tenían verdadero conocimiento de Dios» (Foulkes), a pesar de los *muchos dioses y señores* que así son llamados (1 Co. 8:5), siendo meras vanidades, invención de la fantasía humana; *«en el mundo»* denota la esfera meramente terrenal, temporal, en que se movían; *«debajo del sol»,* como diría el Predicador.

3. Nótense los dos contrastes, de tiempo y lugar, que el versículo 13 nos ofrece: (A) Los que *«en otro tiempo»* estaban sin esperanza, *«ahora»* estaban ya salvos y llenos de esperanza en cuanto a un porvenir de vida eterna. (B) Los que estaban *«en el mundo», «lejos,* extranjeros, alejados del pueblo de las promesas mesiánicas, *ahora estaban en Cristo Jesús,* en unión vital con el Mesías, *hechos cercanos,* acercados (al Dios verdadero), no como prosélitos, sino a la par con los judíos creyentes en Cristo, *en la sangre de Cristo.* Es cierto que la preposición *en* (como la hebrea *be.* Pablo está pensando en hebreo) puede significar *por* (comp. con 1 Co. 12:13), pero es extraño que Pablo no use aquí el dativo o el acusativo de medio o instrumento objetivo. Probablemente pensaba en la sangre de la víctima propiciatoria, que corría hacia el medio desde las dos mitades en que se había dividido la víctima y por la que pasaban los pactantes (comp. con Gn. 15:10, 17: He. 10:19, 29; 13:20). Esta sangre había hecho posible la «cercanía de los efesios, en otro tiempo lejanos» (v. los vv. 14 y ss.).

Versículos 14–22

En estos versículos el apóstol expone con más detalle cómo se efectuó la cercanía de los efesios al pueblo de Dios por la Obra de la Cruz (comp. con Jn. 12:32) y la operación del Espíritu Santo (comp. con Hch. 2:39).

1. La Obra de Jesucristo en el Calvario, recibida por fe, fue el medio por el cual se efectuó nuestra *paz con Dios* (v. 16, comp. con Ro. 5:1, y con 2 Co. 5:19), esto es, nuestra reconciliación *vertical.* Pero el apóstol no dice que Jesús nos trajo la paz (v. Is. 53:5), sino que *Él es nuestra paz* (v. 14), la de la reconciliación *horizontal* entre gentiles y paganos, *matando en la cruz la enemistad* (v. 16b), no sólo entre el hombre y Dios, sino también entre los hombres mismos, pues por medio de dicha Obra todos los creyentes somos hechos *un solo pueblo* (v. 14), *un solo nuevo hombre* (v. 15, comp. con 2 Co. 5:17; Gá. 6:15) y *un solo cuerpo* (v. 16, comp. con 4:4; Col. 1:20–22). *Al ser abolida en el cuerpo de Cristo clavado en la Cruz* (v. 15, comp. con Col. 2:14) *la enemistad,* dos cosas tuvieron que desaparecer:

(A) *La pared intermedia de separación* (v. 14), alusión al muro de piedra que separaba el atrio de los gentiles del de los judíos. Sobre la pared que daba al templo propiamente dicho, había en el atrio de los gentiles una inscripción en griego y en latín, la cual, según Flavio Josefo, prohibía, bajo pena de muerte, a todo extranjero, entrar en el templo.

(B) *La ley de los mandamientos expresados en ordenanzas* (v. 15, comp. con Col. 2:14), apellidados en otros lugares (v. Gá. 4:3; Col. 2:8, 20) *rudimentos o principios elementales del mundo,* de los que Cristo nos ha rescatado, puesto que Él puso fin a la Ley de Moisés (v. Ro. 10:4), para que la salvación sea únicamente *de gracia mediante la fe* (v. 8).

2. *«Y al venir,* dice Pablo (v. 17), *anunció* (Cristo) *las buenas nuevas de paz* (lit. *evangelizó paz) a vosotros* (efesios, paganos) *los de lejos, y paz a los de cerca* (los judíos)» (lit.). El apóstol parece aludir a Isaías 57:19, pues, aun cuando el propio Señor no salió a predicar a judíos y gentiles, sí que *mandó predicar el evangelio a toda criatura* (Mt. 28:19; Mr. 16:15; Hch. 1:8), y así lo anunció ya Pedro el día de Pentecostés (Hch. 2:39). Es precisamente el Espíritu Santo (v. 18b) como el ujier que nos introduce en el salón de audiencias del Padre a los de cerca y a los de lejos (comp. con 1 Co. 12:13). Este acceso al Trono de la gracia nos es conseguido mediante el sacrificio de nuestro gran Sumo Sacerdote (v. He. 4:15, 16) *«por medio de Él»* (Cristo), dice Pablo (v. 18) para *«los unos* (los de lejos y *los otros»* (los de cerca). De ahí deduce la conclusión siguiente (v. 19): *«Así que ya no sois* (los efesios, los que en otro tiempo estaban separados del Mesías,—v. 12—) *extranjeros,* como lo erais antes, *ni advenedizos* (gr. *pároikoi,* de donde viene "parroquia"; véase en 1 P. 2:11), gente que vive de paso, sin derechos legales de ciudadanía, *sino conciudadanos* (v. Fil. 3:20) *de los santos,* es decir, de los judíos que han refrendado su privilegio de "pueblo santo de Dios" al recibir al Mesías prometido, y *miembros de la familia de Dios»* (comp. con Gá. 6:10b), esto es, *«hijos de Dios mediante la fe en Cristo Jesús»* (Gá. 3:26).

3. La idea de *«miembros de la familia»* (gr. *oikeíoi,* de *oikía,* casa) *de Dios,* le lleva al apóstol, con toda naturalidad, a ver en la Iglesia el *«santuario sagrado»* de Dios (comp. con 1 Co. 3:16; 6:19; 2 Co. 6:16; 1 P. 2:5 y ss.) *en el Señor* (v. 21), *habitación donde mora el Espíritu de Dios* (v. 22b), la nueva *Shekinah,* representada por la nube que cubría el tabernáculo de reunión (por primera vez, en Éx. 40:34–38). De este nuevo *santuario sagrado de Dios,* que es la Iglesia:

(A) Solamente *Jesucristo es la principal piedra del ángulo* (v. 20b). El término griego *akrogoniaíos* vuelve a salir únicamente en 1 Pedro 2:6 y significa, según Rienecker, no solamente el *fundamento único* sobre el que descansa el edificio (v. 1 Co. 3:11), sino el *ángulo* (gr. *gónos)* que empalma dos paredes que suben rectas, así como la *cima* (gr. *ákros)* que, como una cúpula, cubre y cierra por arriba el edificio. Es, pues, la iglesia como una casa santa, completamente excavada en la Roca, como era el caso de la habitación interior en gran parte de las casas de los israelitas. Significa así que Cristo mismo es el fundamento, la norma y la cabeza rectora de la comunidad cristiana.

(B) Sobre ese único fundamento, descansan, como columnas, las verdades cristianas predicadas por los apóstoles y profetas. Pablo habla del *fundamento* (gr. *themélios,* el mismo vocablo que sale en Ap. 21:14) *de los apóstoles y profetas* (profetas del Nuevo Testamento. Véase Hch. 13:1), al ser éstos últimos varones inspirados por Dios que ayudaban a los apóstoles en su ministerio (v. por ej. Hch. 11:27, 28; 21:10, 11). Pablo no quiere decir que las *personas* de los apóstoles y profetas sean dicho fundamento, sino el *mensaje* que predican, como se ve por 1 Corintios 3:5–15; Gálatas 1:6–9; Hebreos 13:7–9.

(C) El edificio, *bien ajustado,* que *va creciendo* (v. 21) nos lleva a 4:15, 16, puesto que este santuario sagrado está compuesto de *piedras espirituales vivas* (1 P. 2:5); al fin y al cabo, es *un cuerpo que crece hasta llegar a la estatura de la plena madurez escatológica* (v. el comentario a 4:13 y comp. con Col. 2:19). Por eso, dice Pablo (v. 22): *«vais siendo juntamente edificados»* (lit.), y expresan en ese presente continuativo la tarea constante de la edificación de la Iglesia hasta el día en que, terminada la construcción, sea retirado el andamiaje y el santuario mismo sea arrebatado a los Cielos.

(D) Estas consideraciones nos han de llevar a una seria reflexión sobre lo que significa la comunión eclesial: «santuario sagrado de Dios en Cristo y en el Espíritu, formado de muchas piedras vivas, que se ayudan y sostienen mutuamente a pesar de su forma diferente y de la distinta posición que ocupan en el edificio». Comenta Foulkes: «Es verdad que la unidad no es cuestión de organización, sino de compartir en común la vida y las tareas del Cuerpo, pero es muy apropiado que todos los cristianos estén sobre aviso contra el peligro de un servicio cristiano individualista y que consideren seriamente las cosas que impiden la expresión de esa vida comunitaria y el cumplimiento de las funciones».

CAPÍTULO 3

Este capítulo consta de dos partes. I. El informe que Pablo da a los efesios acerca de sí mismo (vv. 1–13). II. Su ferviente y amorosa oración a Dios a favor de los fieles de Éfeso (vv. 14–21). Podemos observar la costumbre del apóstol de mezclar con sus instrucciones y exhortaciones oraciones y plegarias de intercesión a Dios.

Versículos 1–13

1. Foulkes hace notar el desarrollo doctrinal que el apóstol lleva a cabo en estos tres primeros capítulos de la Epístola: «En el capítulo 1, la meditación del apóstol sobre las riquezas de las bendiciones de Dios en Cristo le ha impulsado naturalmente a orar. En el capítulo 2, ha dado un paso más en el desarrollo de este gran tema del designio de Dios en Cristo, al hablar de la asombrosa gracia de Dios en traer a una nueva vida en Cristo a los que estaban muertos en el pecado, y del significado de gran alcance de la reconciliación conjunta de judíos y gentiles para formar un solo pueblo de Dios. El expresar estos grandes hechos, de tal importancia práctica que atañe a la vida entera, le lleva de nuevo a orar. Así que comienza ahora diciendo: *"Por esta causa …"»* (vv. 1, 14, comp. con 1:15).

2. El original dice literalmente (v. 1): *«Por causa de esto, yo Pablo el preso del Mesías* (gr. *del Cristo.* El vocablo *"Jesús"* no aparece en muchos MSS) *por vosotros los gentiles …».* El sentido queda colgado hasta el versículo 14. Pablo se disponía a elevar una oración a Dios (lo que hará en los vv. 14 y ss.). El chasquido constante de la cadena que le ataba al soldado de guardia le recordaba, dice Robinson «dónde estaba y por qué estaba allí». *«Preso de Cristo»* incluye gran cantidad de matices: Pablo era de Cristo, sufría por Cristo, se gloriaba en Cristo y cumplía la voluntad de Cristo, su Amo y Señor. Pero la causa inmediata por la cual estaba preso en Roma era precisamente su proclamación del gran *misterio de Cristo* (vv. 3, 4, 5, 9): *«que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio»* (v. 6). No hay más que leer Hechos 21:17–34; 22:21–24 y 26:12–23, para percatarse de cuán cierto era que su predicación *a favor de* (gr. *hupér*, v. 1) *los gentiles* le había concitado el odio a muerte de los judíos inconversos y le había puesto en cadenas. En el versículo 13, va a mencionar de nuevo *las tribulaciones que sufre por* (de nuevo, *hupér)* ellos, aunque no quiere que *desmayen* por eso, pues son tribulaciones que producen un *peso eterno de gloria* (2 Co. 4:17).

3. Al interrumpir, al llegar aquí, lo que dirá en los versículos 14 y ss., y llevado por la mención de *«los gentiles»*, Pablo pasa a exponer el *«misterio de Cristo»*. Con respecto a esto, les dice a los efesios:

(A) Que Dios le había asignado ese ministerio mediante una revelación personal (v. 3). Mediante *la gracia del apostolado* (Ro. 1:5), Dios le había encomendado *la administración* (v. 2), es decir, *la dispensación* (gr. *oikonomía)* en que el plan salvador de Dios había llegado a su culminación histórica. Esta dispensación de la gracia de Dios a favor de ellos, gentiles (v. 2b), le había sido confiada a Pablo como a uno de los principales *administradores de los misterios de Dios* (1 Co. 4:1). No se había nombrado a sí mismo administrador, sino que Dios le había asignado tal ministerio. El *«si es que …»* con que comienza el versículo 2 no es un condicional dubitativo; más bien, equivale a *«puesto que …».* En lo del *«conocimiento profundo que él tiene»* (v. 4) no ha de verse ningún asomo de jactancia carnal, puesto que no se trata de un descubrimiento personal suyo; «es el don de Dios por Su Espíritu» (Foulkes). Su objetivo no es glorificarse a sí mismo, sino exhortar a los efesios a reconocer en su predicación escrita la pura Palabra de Dios.

(B) Que Dios le había revelado *«el misterio de Cristo»* (vv. 4 y ss.), cualificándole estupendamente para penetrar profundamente en Él y así estar capacitado para exponerlo con toda claridad. Era «misterio» por cuanto lo había tenido Dios *escondido desde los siglos,* es decir, en las épocas pasadas. La unificación de judíos y paganos para formar, a la par, un solo Cuerpo, la Iglesia, en el Mesías, era algo, no sólo desconocido en las épocas anteriores, sino insólito, inaudito para el pueblo de Israel, el escogido de entre todas las naciones (vv. 5, 9). Sólo *ahora* (v. 5b), esto es, en la dispensación del Evangelio, *ha sido revelado a sus santos apóstoles y profetas* (comp. con 2:20) *por* (lit. *en,* como en otras ocasiones) *el Espíritu.* Otorgar el título de «Iglesia del Antiguo Testamento» al Israel precristiano es un absurdo bíblico que indica el total desconocimiento de las *sazones* en que Dios ha escalonado la historia de la salvación.

(C) Al mencionar de nuevo el ministerio que le había sido confiado (v. 7, comp. con v. 2), *«según la actuación de su* (de Dios) *poder»* (v. 7b, comp. con v. 20 y 1:19), muestra el apóstol la humildad con que recibía esta gracia. *«A mí,* dice (v. 8), *que soy el más menor* (lit. El gr. ofrece aquí la construcción extraña, aunque aparece también algunas veces en escritores clásicos, de intensificar el sentido mediante el

comparativo de un superlativo) *de todos los santos»,* es decir, de todos los creyentes. No es una falsa humildad; contra la opinión de Foulkes, es más que probable la opinión de que Pablo tiene aquí en cuenta, como en 1 Corintios 15:9, e implícitamente 1 Timoteo 1:15, su condición anterior de perseguidor de la Iglesia.

(D) Al mencionar esta condición personal suya, no puede menos de repetir el asombro que le causa de que sea precisamente a él a quien le ha sido concedida esta gracia de dar a conocer el misterio de Cristo (vv. 8b, 9): *«el evangelio de las inescrutables* (gr. *anexikhniáston*, que no se le puede seguía la pista, como en Job 5:9; 9:10. El sustantivo *íkhnesis*, pisada, de la misma raíz sale en 1 P. 2:21) *riquezas de Cristo, y de sacar a la luz pública* (lo de *«a todos»* falta en muchos MSS) *cuál es el designio* (sentido más probable, aquí, de *oikonomía) del misterio escondido desde los siglos* (comp. con vv. 3–5) *en Dios, que creó todas las cosas».* ¿Por qué añade Pablo este inciso aquí? Cada autor lo interpreta según su propio trasfondo teológico. Con Foulkes y Lenski, opino que lo dice «a fin de dar a entender que éste fue su designio desde el principio de la creación» (Foulkes).

4. El contexto (v. 11) avala esta opinión, pues Pablo menciona de nuevo *«el propósito* (gr. *próthesis*, como en 1:11) *eterno»*. Dentro de este propósito, de este plan de Dios, entraba el que, con la revelación del misterio de Cristo, *«ahora* (v. 10), *por medio de la iglesia, la multiforme* (lit. *polícroma*—gr. *polupoíkilos*—, muy variada, como un ramillete de flores de diversos colores, perfectamente dispuesto) *sabiduría de Dios sea dada a conocer a los gobernadores y autoridades en los cielos»* (NVI). Podría parecer extraño que la Iglesia, desde la tierra, pueda servir de instrumento para dar a conocer a los ángeles algo que ha sido dispuesto y ordenado en los cielos, pero han de tenerse en cuenta dos observaciones:

(A) Aunque los ángeles, por naturaleza, son superiores a los hombres (v. Sal. 8:5; He. 2:6), son inferiores en cuanto a la gracia (He. 2:16) y están puestos al servicio de los que van a heredar la salvación (He. 1:14).

(B) La revelación del misterio de Cristo fue hecha a la Iglesia por medio del apóstol Pablo, *no a los ángeles,* por lo que el apóstol Pedro los presenta *asomando la cabeza,* como por medio de una ventana abierta en el cielo para ver las cosas que han sido anunciadas mediante la predicación del Evangelio (1 P. 1:12).

5. Al mencionar (v. 11b) a *Cristo Jesús nuestro Señor,* el apóstol repite (v. 12) lo que ya había dicho en 2:18: *«en quien tenemos la osadía y el acceso en confianza* (lit.) *mediante la fe en Él»*. Notemos el sentido de cada vocablo:

(A) *Parrhesía* significa franqueza o libertad para hablar cara a cara, por lo que también se usa en el sentido de *osadía, denuedo y confianza.* Pablo lo ha usado ya en 2 Corintios 3:12 y 7:4. Aquí nos lleva directamente a Hebreos 4:16, lugar bien conocido, donde también sale el mismo vocablo.

(B) *Prosagogué* significa literalmente *introducción o acceso,* en el sentido de «derecho de entrada», y en ese sentido lo ha usado Pablo en 2:18.

(C) *Pepoiéthesis*, confianza, parecería una redundancia después del vocablo *parrhesía*, sobradamente expresivo, pero, como dice Foulkes, le añade un tinte «más personal», ya que la fe en Jesús es el medio por el que cada uno tiene acceso al Padre (2:8, comp. con Ro. 5:1 y ss.).

(D) El griego dice literalmente *«mediante la fe de él»*, pero sólo un lector superficial puede pensar que se trata de *la fe de Jesús* (genitivo subjetivo), en lugar de *la fe en Jesús* (genitivo objetivo), como es el caso aquí.

6. Termina el apóstol esta sección (v. 13) con un ruego: *«Os pido, por lo tanto, que no os desaniméis* (gr. *enkakéin*. Pablo ha usado el mismo verbo en 2 Corintios 4:1, 16 y Gálatas 6:9, y lo volverá a usar en 2 Tesalonicenses 3:13 *a causa de mis sufrimientos por vosotros, que son vuestra gloria»* (NVI). J. Leal parafrasea así este versículo: «Porque mis cadenas son fruto de mi apostolado a favor vuestro, porque entran en el misterio salvador de Dios, en su plan de salvar a todos los hombres, particularmente a vosotros los gentiles, no debe desalentaros mi prisión … Podéis gloriaros de mis persecuciones y alegraros, pues obedecen al plan salvador de Dios sobre vosotros».

Versículos 14–21

Aquí el apóstol, tras de la porción parentética de los versículos 2–13, repite el *«Por esta causa»* con que había comenzado el capítulo, y pasa a elevar a Dios una plegaria afectuosa a favor de sus queridos efesios.

1. A quién ora: A Dios, *el Padre de nuestro Señor Jesucristo* (v. 14), *ante* cuyo acatamiento han de presentarse todas nuestras oraciones. Y añade (v. 15): *«de quien toda la familia de creyentes en el cielo y en la tierra toma su nombre»* (NVI). Esta versión del gr. *pása patriá* por *«toda la familia»* (de creyentes) es la más probable, según Hendriksen y Lenski, que lo prueban con abundantes razones. Lenski hace la comparación con el *pása oikodomé* («todo el edificio») de 2:21, por lo que la ausencia del artículo en el original no impide tampoco dicha traducción en el caso presente.

2. En qué postura ora: De rodillas *(«doblo mis rodillas»*, v. 14). La postura de oración en el templo era de pie (v. Mt. 6:5; Lc. 18:11, 13). Sentado puede ser postura apropiada para hacer meditación, pero nunca para orar. «Orar de rodillas, dice Foulkes, aunque ha llegado a ser una actitud cristiana normal, era antiguamente expresión de profunda emoción o anhelo y sobre esta base hemos de entender aquí las palabras de Pablo». Menciona el ejemplo de Salomón (1 R. 8:54), Esteban (Hch. 7:60), Pedro (Hch. 9:40), Pablo (en su despedida,—Hch. 20:36; 21:5—) y del Señor en Getsemaní (Lc. 22:41).

3. Para qué ora: Para pedir a Dios bendiciones espirituales a favor de los creyentes de la región efesina:

(A) Fuerzas espirituales para llevar a cabo la obra a la que habían sido llamados (v. 16): *«Oro para que, de sus gloriosas riquezas, os fortalezca con poder en vuestro hombre interior por su Espíritu»* NVI). Dice Leal: «La acción del Espíritu Santo trabaja en el hombre interior que es lo que hay en nosotros de más noble y estable, ya natural y anterior a la gracia (Ro. 7:22), ya sobrenatural y posterior a la gracia (2 Co. 4:16)». El mismo autor hace notar que aquí «hombre interior» no es sinónimo de «hombre nuevo».

(B) Que presten atención al Divino Huésped (v. 17): *«Para que habite Cristo por medio de la fe en vuestros corazones»*. El verbo griego *katoikéo* indica una residencia fija, permanente, al contrario de *paroikéo*, residir de paso, del que se deriva el *pároikoi* en 2:19. Es cierto que Cristo habita, por medio de su Espíritu, en el corazón de cada creyente, pero lo que Pablo desea es que todo creyente se percate bien de la presencia de tal huésped y no lo tenga arrinconado en el almacén de los recuerdos, sino entronizado en el centro del corazón y de la vida entera. La fe es la que abre a Jesús la puerta del aposento interior (comp. con Ap. 3:20).

(C) Con una terminología parecida a la de Colosenses 2:7, ora para que permanezcan *«arraigados y cimentados en amor»*. Dice M. Henry: «Muchos tienen algún amor a Dios y a sus siervos, pero es como una ráfaga, como el crepitar de los espinos bajo la olla; hace mucho ruido, pero pronto desaparece. Habríamos de desear con vehemencia que los buenos afectos se quedasen firmemente fijos en nosotros».

(D) El apóstol desea este arraigo y cimentación de la fe amorosa en el corazón de los efesios, consecuencia de una residencia fija, amorosamente aceptada y convivida (comp. con Col. 2:6, 7), de Jesús en sus corazones, para que, de este modo, los efesios (v. 18), *«sean capaces, juntamente con todos los santos* (esto es, con todos los demás creyentes cristianos), *de comprender cuán ancho y largo, alto y profundo es el amor de Cristo»* (NVI). No cabe duda de que Pablo se refiere aquí al amor redentor de Cristo a los hombres; un amor de cuatro dimensiones que «expresan la medida completa de un objeto» (Leal).

Aunque los cuatro sustantivos están ligados por un solo artículo (v. el comentario a 4:11b), lo cual impide querer ver en el texto indicación especial para cada uno, servirá de pábulo espiritual la bella aplicación devocional que Bullinger toma de Bengel: «La “largura” se extiende a través de todas las épocas desde la eternidad y por toda la eternidad; la “anchura” se extiende hasta las gentes procedentes de todas las naciones; la “altura”, a la que nadie puede alcanzar llegar, y de la que ninguna criatura nos puede arrancar, su “profundidad”, tan honda que no se puede sondear ni agotar».

Las cuatro dimensiones del amor de Cristo, mencionadas por el apóstol, se extienden tanto en las cuatro direcciones de los cuatro puntos cardinales que, en una expresión paradójica, el apóstol pone como sinónimo de *comprenderlas* (v. 18), el *«conocer* (v. 19) *el amor de Cristo, que sobrepasa el conocimiento»* (lit.). Comenta Foulkes: «El amor de Cristo es infinitamente mayor de lo que el hombre puede plenamente conocer o imaginar; es superior al conocimiento (1 Co. 8:1), incluso al conocimiento espiritual (1 Co. 13:2). Necesita hallar expresión en la experiencia, en penas y alegrías, pruebas y sufrimientos, en formas demasiado profundas para ser escrutadas por la mente humana o para ser expresadas por el lenguaje humano».

(E) El fin al que todo esto tiende es algo incomparable e insuperable: *«Para que seáis llenados hasta toda la plenitud de Dios»* (v. 19b, comp. con 4:13). Aquí son de notar tres detalles:

(a) El verbo está en aoristo de subjuntivo de la voz pasiva, lo que indica, ya de entrada, una llenura inicial efectiva, semejante a la forma en que la plenitud de la Deidad habita en Cristo (Col. 2:9). Dice Foulkes: «Los que hablan de la imposibilidad de esto están en peligro de no entender propiamente el punto de que se trata. Por supuesto que el Dios eterno nunca puede ser limitado a la capacidad de ninguna de sus criaturas ni de todas ellas juntas; pero el apóstol no quiere orar por nada menos que por ver al pueblo de Dios lleno hasta la verdadera llenura de Él mismo cual la quiere introducir en la vida de ellos (véase en 1:23)».

(b) La llenura de que habla Pablo habría de estar en continuo aumento *hasta* (gr. *eis) la llenura de Dios,* la cual es inagotable. Una ilustración servirá para entender la aparente paradoja de que algo ya lleno pueda continuar siendo llenado (v. el comentario a 5:18): Un vaso de material elástico puede estar lleno y, sin embargo, seguir llenándose más y más al ensancharse el vaso. Algo parecido ocurre en el creyente sediento de Dios (comp. con Sal. 42:2; 63:1).

(c) La *plenitud* (gr. *pléroma*, el mismo vocablo de 1:23 y Col. 2:9) ha de entenderse en sentido activo, de genitivo subjetivo: Dios es el que llena de Sí mismo. Ése es siempre su sentido, excepto el tan discutido lugar de 1:23, ya comentado.

4. El apóstol termina el capítulo, y toda la parte doctrinal de la Epístola, con una amplia doxología al inmenso poder de Dios (vv. 20, 21): «Y *a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos, según el poder, el que* (lit.) *actúa en nosotros, a Él sea gloria en la iglesia y en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén*». Varios detalles merecen especial atención.

(A) Lo primero que se percibe ya a primera vista es la acumulación de magnitudes como en una pirámide de sucesivas superaciones, desde el *hupér pánta:* «por encima de todo» (lit.) hasta la triple escalada del adverbio *huperekperissoú:* «por encima de lo que sobreabunda» *(hupér+ek+perissoú).* Parece como si Pablo no hallase en el rico idioma griego suficientes vocablos para expresar el concepto que tiene del infinito poder de Dios, puesto en acción a favor de sus hijos.

(B) Ese poder es *el que actúa* (el original repite el artículo que ya iba delante de *poder.* Ver el comentario a Juan 10:11, donde aparece dos veces un caso semejante) *en nosotros* (comp. con Fil. 2:13). «Está presente en las vidas de los hombres cuando Cristo está residiendo (v. 17) y cuando el Espíritu Santo está obrando en el hombre interior (v. 16)» (Foulkes). Hallamos la misma forma media-pasiva del participio de presente de (Gálatas 5:6 *(energouménen,*—aquí en acusativo—).

(C) Pablo afirma que a Dios Padre le es debida la gloria *en la iglesia y en Cristo Jesús* (v. 21). Comenta Foulkes: «La Iglesia es la esfera en que se lleva a cabo el propósito de Dios en la tierra, y aun en los cielos tendrá la tarea de proclamar la multiforme sabiduría de Dios (3:10) … Segundo, es *en Cristo Jesús* mismo, porque el tema del apóstol en estos capítulos ha sido el propósito de Dios "en Cristo":Cristo el Principio, Cristo el Salvador, Cristo la Fuente de unidad».

CAPÍTULO 4

En lo que llevamos visto de la Epístola van los privilegios del cristiano. En todo lo que sigue van sus deberes. La fe y la conducta del creyente van siempre de la mano. En este capítulo tenemos diversas exhortaciones a diferentes deberes. I. Después de una exhortación general a llevar una conducta digna de nuestro llamamiento (v. 1), vienen II. una exhortación a preservar y promover la unidad eclesial (vv. 2–16). III. Otra exhortación a la pureza y santidad de vida, a abandonar todo lo que procedía del «hombre viejo», de nuestra naturaleza corrompida, y revistiéndonos de todo lo que comporta el «hombre nuevo», la nueva naturaleza que hemos recibido al ser regenerados por el Espíritu (vv. 17–32).

Versículo 1

El apóstol comienza de forma parecida a como lo hizo en 3:1, pero con algunas diferencias que se notan claramente en la NVI: *«Así pues, como preso por el Señor, os exhorto a que llevéis una vida digna del llamamiento que habéis recibido».* En 3:1, el pronombre *egó* era enfático como aquí; a eso añadía su nombre romano, *Pablo,* que falta aquí, y se llamaba a sí mismo *el preso del Cristo* (lit.), mientras que

aquí dice *el preso en el Señor;* allí la idea era «el preso del Mesías por la proclamación del Evangelio a favor de los gentiles»; aquí es «el preso en el Señor por su constante fidelidad a Él».

Nótese que el verbo griego *parakaló* tiene aquí claramente el matiz de exhortación, más bien que el de un simple ruego. Podría compararse con Romanos 12:1; en ambos lugares, el tema de la exhortación es de la mayor importancia; aquí se refiere a *«caminar* (aoristo ingresivo) *de un modo digno* (gr. *axíos) del llamamiento con que fuisteis llamados»* (lit.). El adverbio *axios,* de donde procede el castellano *eje* (a través del latín *axis),* comporta la idea de equilibrio. «La conducta y la vocación o llamamiento han de estar en equilibrio» (Lenski).

El vocablo para *llamamiento (klésis)* y para el verbo *llamar (kaléo)* nos llevan a considerar otros tres vocablos, tan usados por el apóstol: (A) *Kletós,* llamado, pues los creyentes son los *llamados con llamamiento efectivo* (comp. con Ro. 8:28b, 30; 1 Co. 1:24, 26 y 1 Ts. 2:12, entre otros lugares); (B) *Ekklesía,* iglesia, la comunidad de los llamados a salir de *(ek)* entre los mundanos; (C) *Parakaló,* llamar al lado de *(para),* con sus múltiples matices, según sea el contexto. Al venir el llamamiento de tan alto, no es extraño que Pablo exhorte a los efesios a vivir de un modo que sea digno de tal llamamiento. Comenta F. F. Bruce: «Los que han sido escogidos por Dios para estar sentados con Cristo en los lugares celestiales, deben recordar que es el honor de Cristo lo que está en juego en su vida cotidiana».

Versículos 2–16

En estos versículos hallamos todo un tratado sobre la unidad de la Iglesia. Adviértase, ya de entrada, que Pablo no exhorta a los efesios a *hacer* la unidad, sino a *guardarla* (gr. *teréin,* guardar de forma activa) y *promoverla* (vv. 3, 13). Ningún esfuerzo humano «ecuménico» puede lograr lo que es obra del Espíritu de Dios.

1. Las disposiciones necesarias para la preservación de la unidad en la Iglesia. Son cuatro y están cultivadas y ligadas por el *amor,* que es *el lazo perfecto* (comp. vv. 2b y 3b con Col. 3:14):

(A) En primer lugar, Pablo menciona la *humildad.* El gr. *tapeinofrosúne* significa literalmente «sentimiento de pequeñez». Tanto el vocablo como el concepto que implica eran desconocidos del mundo grecorromano, pues lo «pequeño» era equivalente de «vil, servil, innoble» (Foulkes), mientras que en el Nuevo Testamento ser *humilde (tapéinos,* pequeño) de corazón es alabado (ya desde Mt. 11:29) aun en el propio Hijo de Dios (comp. con Fil. 2:6 y ss.), y la *pequeñez* (no *«bajeza»,* pues ésta comporta una baja condición moral) *reconocida* es la base indispensable para el ejercicio de una genuina humildad (v. Lc. 1:48).

(B) La *mansedumbre* (comp. con Mt. 5:3, 5) es hija de la humildad, como la irritación y la rebeldía son hijas de la soberbia. En el Antiguo Testamento la mansedumbre era la virtud específica de los buenos israelitas que sufrían pacientemente los malos tratos que se les daban y, en lugar de vengarse personalmente de este injusto proceder ajeno, se refugiaban en Jehová. En el Nuevo Testamento, se refiere casi siempre a la actitud que el cristiano ha de guardar en relación con los demás (v. 1 Co. 4:21; 2 Ti. 2:25; Tit. 3:2), y es un requisito indispensable no sólo para soportarse, sino también para el mutuo sometimiento (5:21).

(C) El apóstol no se ha contentado con decir «con humildad y mansedumbre», sino *«con TODA humildad y mansedumbre»,* pues estas dos virtudes se requieren de forma total y constante para la actitud específica que, a continuación, menciona el apóstol: *«soportándoos con paciencia los unos a los otros …».* El original dice literalmente: *«con* (gr. *metá*, en sentido de "compañía" como en 1 Ti. 6:6) *longanimidad, soportándoos recíprocamente* (gr. *allélous) en amor».* Por tanto, vemos que lo que Pablo indica aquí es que «la humildad y mansedumbre, totales y constantes, acompañadas de longanimidad» (gr. *makrothumía,* anchura de ánimo, paciencia para tratar con personas) son el requisito previo para poder aguantarnos cómodamente los unos a los otros en la iglesia.

(D) El *aguante,* pues, que el verbo gr. *anekhómenoi* (participio de presente continuativo) comporta, es como la virtud que corona el complejo de virtudes necesarias para *preservar la unidad eclesial,* del mismo modo que el *dominio propio* corona las otras ocho facetas del fruto del Espíritu (v. Gá. 5:23). Así como la intolerancia es el defecto que impide una comunión eclesial basada en el amor y la comprensión, así también el aguante mutuo es señal de que el amor rige y gobierna nuestro trato con los demás hermanos. Sólo el *amor* ayuda a comprender al hermano y, por tanto, a aguantarlo. Una de las señales de que *andamos según la carne* es tener por «insoportables» a otros hermanos, sin percatarnos de que los

demás tienen también que «soportar» nuestros defectos; si no es nuestro vicio (por eso, nos tenemos por *más santos que otros,* comp. con Is. 65:5), será nuestra autosuficiencia, más abominable todavía a los ojos de Dios, pues ella nos incapacita para *«aguantar».*

La fe no figura en este cuadro de virtudes, ya que aquí no se trata de *creer,* sino de *actuar* (comp. con Gá. 5:6). Su lugar lo ocupa, pues, el *amor.*

2. Como ya hemos mencionado, el apóstol no exhorta a producir la unidad, sino a *preservarla* (v. 3), puesto que es la unidad hecha por el Espíritu, cuando por medio de Él fuimos incorporados al Cuerpo de Cristo (1 Co. 12:13). Por eso, no puede hablarse de «unidad del espíritu» como si se tratase (con minúscula) de un mero consentimiento humano, aun en los creyentes, para mantener tal unidad. No es obra del hombre, es un don de Dios, y por ello es *«la unidad del Espíritu».* Nada menos que se necesita la operación del Espíritu Santo para que la unidad de la Iglesia se establezca sobre bases sólidas y correctas. Dice Lenski: «Son muchos los que hoy están de acuerdo acerca de algún error o alguna manera de vivir (los monjes)». Y para que nadie piense que lo que el Espíritu creó puede ser preservado por el esfuerzo humano, añade el mismo autor: «No se necesita una declaración especial del hecho de que sólo por la ayuda del Espíritu podemos guardar lo que aquí está mandado».

3. A continuación el apóstol pasa a enumerar las bases de la unidad eclesial. Estas bases son *siete:* tres son constituyentes, otras tres son fundantes, y la última es trascendente.

(A) Los tres elementos constituyentes de la unidad eclesial son (v. 4) *«un solo cuerpo, un solo Espíritu, una sola esperanza».* La Iglesia es *una, no hay más que un solo Cuerpo* de Cristo. Aunque los seres humanos que lo forman son visibles, la pertenencia real, espiritual, a este Cuerpo es invisible; sólo se muestra al exterior cuando es evidente que falta (v. 2 Ti. 2:19b; 1 Jn. 2:19b). El que, como el alma al cuerpo físico, da la vida espiritual a este Cuerpo que es la Iglesia, es el *Espíritu Santo* (v. 1 Co. 12:13), en paralelo con el *Hijo (el Señor* del v. 5) y el *Padre* (v. 6). Vemos, pues, el carácter trinitario (como en 2:18) de la unidad eclesial. Y como la vida indica movimiento, se menciona aquí, en tercer lugar, *una misma esperanza,* como el motor que nos empuja hacia la meta *de nuestro llamamiento,* la herencia eterna en los cielos, pues al ser también *única* para todos los creyentes, nos estimula a preservar y fomentar la ya presente unidad. Dice Foulkes: «Para los que comparten la gloria de esa esperanza (1:18; Ro. 5:2; Col. 1:27), y tienen interés en dar de ella testimonio al mundo, es una locura no esforzarse ahora por mantener unidad en paz y amor».

(B) Vienen a continuación (v. 5) tres elementos fundantes, esto es, que sirven de cimiento a la unidad eclesial: *«un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo».* La Iglesia tiene una sola base: *un solo Señor,* porque el cristianismo no está basado primordialmente sobre una *doctrina,* sino sobre una *persona:* el cristianismo es Cristo. El énfasis está aquí en el aspecto soteriológico: la Obra de Cristo en el Calvario, base de su propio trascendente señorío (Fil. 2:11), base igualmente de nuestra profesión de fe cristiana (1 Co. 12:3). *Una sola fe* no es el acto de fe de cada miembro de la iglesia, sino la fe objetiva, *la creencia común* de la congregación cristiana. Creencia siempre la misma (He. 13:8), que no se puede alterar (Gá. 1:69). Sólo la fe que se aferra a esta única creencia tiene la garantía de ser genuina. En cuanto a lo de *un solo bautismo,* que cierra esta segunda trilogía, opino, contra la mayoría de los autores, que no se trata del bautismo de agua sino del que, por la fe, nos sumerge en Cristo y nos proporciona la «bebida» del Espíritu (comp. con Ro. 6:3 y ss.; 1 Co. 12:13; Gá. 3:27), aun cuando en todos estos lugares tenga en mente Pablo el símbolo exterior del bautismo interior. El propio Leal (catolicorromano y jesuita) dice: «*Un solo bautismo,* no tanto por el rito cuanto por el sentido». Mis razones para opinar asi son dos: (a) Todos los siete elementos que aquí se enumeran son espirituales, interiores; un rito exterior estaría aquí fuera de lugar, (b) si la ordenanza del bautismo tuviese aquí un sitio, ¿por qué no menciona Pablo la Cena del Señor, siendo así que, más que el bautismo, simboliza la unidad de la Iglesia? (v. 1 Co. 10:16, 17).

(C) La lista se cierra con la mención de un elemento trascendente (v. 6): *«Un solo Dios y Padre de todos, el que (es o está) sobre todos y a través de todos y en todos»* (lit.). La comparación con Romanos 11:36 nos impide volver a dar a este versículo 6 un repetido sentido trinitario; la idea, como la ha visto Barclay, es que los cristianos «viven en un mundo creado por Dios, controlado por Dios, sostenido por Dios, lleno de Dios». Comenta Foulkes. «Ya sea en un mundo con deidades para cada ciudad o nación, o para cada aspecto de la vida, como era el mundo de tiempo de Pablo, o en un mundo que, para todo objetivo práctico, ha renunciado de Dios, tal convicción sobre Él debería unir a los hombres más estrechamente que cualquier otro lazo humano».

4. Tras de los siete vínculos de la unidad eclesial, tenemos luego (v. 7) la *diversidad* dentro de la unidad: *«Ahora bien, a cada uno de nosotros nos fue dada la gracia conforme a la medida del regalo de Cristo»* (lit.). Notemos aquí los siguientes detalles:

(A) La gracia de que aquí habla Pablo *no es la gracia justificante,* ya que ésta *no tiene medida,* pues es coextensa con la justicia imputada de Cristo, sino *la gracia como don que capacita* para un servicio o ministerio específico. Basta comparar este versículo con Romanos 12:3–8 y 1 Corintios 12:4–7 para percatarse de que estamos ante el mismo concepto de «gracia».

(B) Esta gracia se nos dio (aoristo ingresivo) *según una medida;* en otras palabras, no todos tienen las mismas capacidades, ni los mismos dones; cada miembro tiene su función especial en el Cuerpo de Cristo y, por tanto, una medida especial de gracia para el desempeño de tal función (v. 1 Co. 12:14 y ss.). Quien pretenda acaparar todos los dones y todas las funciones está destruyendo el Cuerpo en su propia definición.

(C) Esta medida de gracia es *un regalo de Cristo,* un don que el Señor da mediante la agencia de su Espíritu (1 Co. 12:4). Cristo produce y presenta el regalo; el Espíritu lo aplica y coloca en el creyente para beneficio de toda la comunidad eclesial. Cristo puede regalar *con medida* esta gracia a cada uno, porque a Él le fue dado el Espíritu *sin medida* (Jn. 3:34; lit. *«no por medida»).* No se ve, pues, cómo a Lenski puede parecerle más probable el que «nuestros dones están de acuerdo con la medida del don concedido a Cristo» (v. también Jn. 1:14b, 16, 17).

5. A continuación el apóstol presenta *el precio* de la unidad eclesial (vv. 8–10). *«Por lo cual …»* (v. 8) significa la razón por la que Cristo puede distribuir desde el cielo sus dones a la Iglesia. Fue porque, *antes de subir por encima de todos los cielos para llenarlo todo* (v. 10b), *hubo de descender primero a las partes más bajas de la tierra* (v. 9b), no *a los infiernos* (según la mala traducción del *ad ínferos* del *Credo,* ya de por sí desorientador), según puede engañar la referencia hecha en nuestras versiones a 1 Pedro 3:19 (v. el comentario a dicho lugar), sino a esta tierra como lugar en que se llevó a cabo la más profunda humillación del Hijo de Dios (Fil. 2:6–8) y, a la vez, su triunfo en la Cruz sobre los principados y potestades de las huestes espirituales de maldad (comp. 6:12 con Col. 2:15) a los que, con el derramamiento de su propia sangre y con su triunfante resurrección y ascensión a los cielos (v. 8), *arrebató los que estaban bajo cautiverio del diablo («llevó cautiva la cautividad»,* lit.).

La cita de Salmos 68:18, «considerada como un *enigma* por los intérpretes» (Lenski), deja de ser tal *enigma* si se tiene en cuenta el sentido de los versículos 18 y 19 de dicho Salmo en el propio original (vv. 19 y 20 en el hebreo), que dice así: *«Has subido a lo alto; te has llevado cautiva la cautividad; has tomado dones entre los hombres, incluso a los rebeldes para habitar* (entre ellos), *oh Yah Dios. Bendito* (sea) *el Señor; cada día lleva nuestras cargas el Dios de nuestra salvación».* El comentario a esta porción puede verse en el lugar correspondiente. Lo único que aquí nos interesa repetir, pues ello sirve para descifrar el *enigma* al que alude Lenski, es que el verbo hebreo *laqaj* significa «recibir para dar», con lo que la aparente discrepancia del texto de Pablo (v. 8b), tanto con respecto al original hebreo como a la versión de los LXX, queda abundantemente explicada: Jesucristo, por medio de su Obra redentora, arrebató el botín que después iba a distribuir (comp. con Hch. 2:33).

5. Los versículos 11 y 12 nos presentan los *ministerios* fundados por Cristo (comp. con 1 Co. 12:5) para el mantenimiento y el progreso de la unidad eclesial. Tales versículos dicen así a la letra: «Y *Él mismo* (Cristo, al empalmar con el v. 8, ya que los vv. 9 y 10 forman un inciso parentético) *dio* (a la Iglesia) *los unos, apóstoles; los otros, profetas; los otros, evangelistas; los otros, pastores y maestros; en orden a la capacitación de los santos para la obra del ministerio, para la edificación del Cuerpo de Cristo».* Varios detalles requieren aquí un análisis especial a causa de tantas traducciones defectuosas, debido esto, en gran parte, a toda clase de prejuicios.

(A) Lo primero que debe notarse es que el término directo del verbo *dio* son *«los unos, apóstoles, etc.»,* e indica claramente que eso es lo que Cristo dio, no a quiénes lo dio (ya que entonces estaría en dativo). ¿A quién dio Cristo los apóstoles, etc.? Evidentemente, a la Iglesia, a su Iglesia, de la que es único Señor. Como dice Watchman Nee: «El Espíritu da dones a los hombres (o Cristo mediante su Espíritu,—v. 8b—); Cristo da hombres a su Iglesia». No puede, pues, traducirse: *«Les dio el ser apóstoles, etc.».* Mucho menos *«Constituyó* (como sobre una plataforma) *a unos, apóstoles».* Ni siquiera vemos aquí el verbo «colocar» (gr. *títhemi*) de Juan 15:16. No se trata, pues, de una posición de dominio ni de honor, sino de servicio (comp. con 1 P. 5:14).

(B) Se nombran aquí cuatro ministerios: dos de fundación, y otros dos de continuación. (a) Los *apóstoles y los profetas* son ministerios de fundación (comp. con 2:20), porque sobre el mensaje que ellos proclamaron fue edificada la Iglesia. Esos no tienen sucesores. (b) Los *evangelistas* son los predicadores del Evangelio, que marchan en vanguardia roturando el campo y sembrando la semilla; los *pastores y maestros* son los encargados de edificar, de hacer crecer en la fe y en la conducta cristianas las congregaciones ya formadas por los predicadores del Evangelio. El hecho de que *los pastores y maestros* vayan unidos por un mismo artículo determinativo da a entender que una misma persona ha de ejercer ambos ministerios, pues el pasto es la buena doctrina (comp. con 1 Ti. 3:2b; Tit. 1:9). Sin embargo, en Romanos 12:7; 1 Timoteo 5:17, aparecen dichos ministerios en manos de distintas personas, lo cual indica que, aun cuando todos los pastores han de ser competentes para enseñar, hay líderes particularmente equipados para la enseñanza, mientras otros destacan por sus dotes de gobierno, y son especialmente *dignos de doble honor* los que ejercen fielmente ambas funciones.

(C) En vista de que los citados ministerios están ordenados, dicen relación, a (gr. *pros*. Comp. con Jn. 1:1) *la capacitación de los santos,* es decir, de cada uno de los miembros de la iglesia (cada uno de acuerdo con el don, o dones, que haya recibido), la frase *«para la obra del ministerio (o del servicio)»,* se entiende mejor al considerar dicho ministerio como ejercido por los miembros «capacitados», «bien equipados doctrinal y espiritualmente» mediante la formación llevada a cabo por los pastores y maestros, ya que el verbo griego *katartízo* (única vez que ocurre en todo el Nuevo Testamento) significa «equipar» o «amueblar de forma completa y conveniente»; en este caso, a los demás miembros de la iglesia, a fin de que éstos, a su vez, cooperen a *la edificación de la iglesia* mediante el ejercicio de sus dones respectivos.

(D) Notemos, en fin, que Pablo habla de *la edificación del Cuerpo,* así como en el versículo 16b hablará del *crecimiento del edificio,* y unirá así las dos metáforas del cuerpo vivo y del edificio (al fin y al cabo, somos *«piedras vivas»*,—1 P. 2:5—).

6. Viene luego la meta final a la que tiende esta edificación, este crecimiento conjunto de la congregación cristiana, servida por ministros competentes y consagrados (v. 13): *«Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo».* También este versículo requiere un análisis detallado.

(A) En primer lugar, hemos de notar que el verbo griego *katantáo* que usa Pablo aquí, significa «llegar al final, a la estación de término» (comp. con Hch. 26:7; Fil. 3:11). Indica, pues, algo que solamente se conseguirá al final de los tiempos (comp. con 5:27). El griego *pántes* es distributivo: *«todos y cada uno».*

(B) De ahí que la *unidad* que en este versículo se menciona signifique una unidad perfecta, sin fisuras de ninguna clase, más allá de toda división denominacional. Será una unidad perfecta en la fe y en el pleno conocimiento doctrinal y experimental del Hijo de Dios, del Señor Jesucristo. El gran teólogo bautista A. Strong lo ilustra de la manera siguiente: «En los Estados Unidos de Norteamérica, nuestras haciendas están separadas por vallas y, en la primavera, cuando el trigo y la cebada están todavía brotando de la tierra, estas vallas se notan demasiado y dan al paisaje un aspecto poco agradable; pero al llegar el verano, cuando el cereal ha crecido y se acerca el tiempo de la recolección, las espigas son tan altas que las vallas quedan completamente ocultas y, en mucho kilómetros a la redonda, aparecen a los ojos del viandante como una sola hacienda».

(C) El apóstol añade que, cuando hayamos llegado a esa perfecta unidad, habremos llegado también *a* (la condición de) *un varón perfecto* (lit. gr. *téleion).* El modo de calibrar esta «perfección» escatológica es atendiendo a la frase siguiente: *«a la medida de la edad de la plenitud de Cristo».* «Plenitud de Cristo», como abundantemente demuestra Lenski, no puede entenderse en el sentido de 1:23, sino «a todo lo que colma a Cristo»; yo añadiría «como a Cabeza de la Iglesia». En otras palabras, lo que, a mi ver, quiere expresar Pablo es que Cristo, la Cabeza, está plenamente desarrollado; lo que falta es que su Cuerpo, que es la Iglesia, alcance el completo desarrollo que le corresponde de acuerdo con la medida plena que la Cabeza ya alcanzó. Añade Lenski: «no en el sentido de la perfección de Cristo, que entonces significaría el que todo creyente pudiera llegar a una edad de perfección moral, o a poseer un carácter semejante al de Cristo. "La plenitud" hace claro lo que hay en "el Hijo de Dios", Aquel que ascendió y descendió y tiene por consiguiente tantos "dones" para los hombres, y entre tales dones, los apóstoles, etc., los cuales han de prepararnos por la Palabra para lograr nuestra meta». Sin embargo, Lenski parece no tener en cuenta que es precisamente a esta meta a la que se refiere el apóstol en ese *«hasta que lleguemos todos»,* por lo

que, si el Cuerpo ha de estar ya desarrollado *a la medida de la edad de la plenitud de Cristo,* ha de ser ya, en cada uno de los miembros, enteramente semejante a Cristo (comp. con 1 Jn. 3:2). Naturalmente, esto jamás borrará la trascendencia de la Cabeza, la distancia inmensa entre la perfección ontológica de la Cabeza y la del Cuerpo, pero el Cristo espiritual completo (V. el comentario a 1 Co. 12:12b) habrá alcanzado toda la perfección posible en cuanto a unidad, vida espiritual y funcionalidad sin defectos ni estorbos de ninguna clase.

7. En séptimo lugar, tenemos los estorbos que se oponen a que esa unidad alcance de momento tal perfección (v. 14): *«Para que ya no seamos niños pequeños* (gr. *népioi), zarandeados por las olas y llevados a la deriva por todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error».* Analicemos este versículo tan rico en imágenes.

(A) Contra la opinión de Lenski, no hay motivo para suponer que la conjunción *hína* carece aquí de sentido causal. El apóstol ha dicho en el versículo 12 que la función del ministerio específico («pastores y maestros») es equipar a los miembros de la iglesia para la tarea que cada uno debe desempeñar en el Cuerpo, con vistas a un crecimiento normal que debe prolongarse hasta que hayamos llegado (v. 13) a la estación de término. Ahora (v. 14) «expone negativamente el blanco del ministerio. A la madurez espiritual del cuerpo de Cristo se opone la infancia espiritual de sus miembros» (Leal).

(B) Los miembros inmaduros son como *«niños pequeños»* (gr. *népioi)* en sentido peyorativo. En efecto, los niños pequeños tienen dos cualidades positivas: su inocencia (siempre relativa) y el sentimiento de su propia pequeñez. En esto, hemos de parecernos a ellos, como dijo el Señor, para alcanzar el Reino de los cielos. Pero tienen también dos defectos propios de su tierna edad: carecen de discreción para distinguir el oro del oropel y están expuestos a creer todo lo que les digan los «mayores» (comp. con 1 Co. 14:20). Estos dos defectos son los que tiene aquí en mente el apóstol. Por eso, desea que todos los miembros de la iglesia crezcan y se robustezcan en doctrina y en conducta espirituales, a fin de que no se dejen engañar por falsos maestros, como ocurría en Corinto y, especialmente, en Galacia.

(C) Pablo compara a estos miembros inmaduros (como niños pequeños) a un barquito sin ancla, sin brújula y sin timón, que es *zarandeado por las olas* (lit. llevado en derredor, esto es, de un lado a otro, sin rumbo fijo) *por todo viento de doctrina.* Así como un viento muy fuerte puede trastornar un barquito inestable, así también una enseñanza errónea, pero expresada con fuerza retórica por quienes son tenidos falsamente por grandes «maestros de la Palabra», puede trastornar incluso a los que están familiarizados con las Escrituras.

(D) Muchos de los falsos maestros obran así por prejuicios doctrinales o superficiales interpretaciones de la Biblia; pero, a veces también, por celos de otros hermanos o para sentar cátedra de «conocedores del sentido que inspiró el Espíritu», etc. Así resultan engañados los inmaduros. Los términos que usa el apóstol son sumamente expresivos: *kubéia* (de donde viene «cubo») significa el «juego a los dados», juego de azar y, por ello, propicio para hacer trampas; es, pues, una *«estratagema»* fraudulenta; *panourguía* es siempre (v. Lc. 20:23; 1 Co. 3:19; 2 Co. 4:2; 11:3) *astucia* en su peor sentido (comp. con el *panoúrgos* de 2 Co. 12:16); *methódeia* (de la misma raíz que *méthodos,* método, aunque este último vocablo no sale en el Nuevo Testamento), indica un *plan* perverso y premeditado; y *pláne* (de donde procede *«planeta».* V. *planétes* en Jud. 13) significa *error* en forma de extravío, un «ir dando vueltas», como los planetas, siempre lejos del centro.

8. Para no caer en este peligro, Pablo prescribe la receta oportuna (v. 15): «sino *que aferrándonos a la verdad en amor, crezcamos en todo hacia aquel que es la cabeza, esto es, Cristo».* El verbo *alethéuontes* es difícil de traducir al pie de la letra; tendríamos que inventar el vocablo «verdadeando». Puede significar «obrar con verdad», «seguir la verdad», «practicar la verdad», etc. Personalmente, prefiero la versión de la RV 1977 (que también aparece en el margen de *La Biblia de las Américas*); «aferrándonos a la verdad», pues ofrece un buen contraste con el versículo 14, donde prevalece la inestabilidad. Esto ha de hacerse *en amor* (lit.), amorosamente, a fin de cultivar el progreso espiritual de los comiembros, al revés de los falsos maestros, los cuales engañan astutamente para sus propios fines egoístas. El crecimiento ha de ser hacia arriba, *hacia Cristo, que es la Cabeza,* pues en Él se halla el centro de la fe y la fuente de todo desarrollo espiritual.

9. Finalmente, Pablo expone (v. 16. Comp. con Col. 2:19, de construcción más fácil) el dinamismo de la unidad eclesial, es decir, el funcionamiento del organismo, donde podemos observar los siguientes detalles:

(A) Para entender este versículo de construcción difícil, demasiado densa, es preciso unir primero la frase inicial con la final: *«De quien* (Cristo) *todo el cuerpo … recibe su crecimiento para ir edificándose en amor»*. La Iglesia (todos y cada uno de los miembros en comunión espiritual) recibe de Cristo, su Cabeza, por medio de su Espíritu, todo lo que tiene en el orden espiritual: vida, unidad y movimiento. *«Todo el cuerpo»* (v. 16) crece así *en todo* (v. 15).

(B) Viene después, en el centro del versículo, la forma en que cada miembro recibe de la Cabeza la provisión espiritual:

(a) Hay primero una disposición general, expresada por medio de dos participios medio-pasivos de presente: El *primero* es *sunarmologoúmenon* vocablo que se compone de tres partes: *sun* (con), *armo* (articulación; de él procede el vocablo «armonía») y *logoúmenon* (del verbo *légo*, en su primer sentido de *estar colocado);* significa, pues, que los miembros han de estar *juntamente colocados articuladamente,* esto es, bien conectados. El *segundo* es *sumbibazómenon* y está compuesto de dos partes: *sum (sum* ante labial) y *bibazómenon,* que significa *levantar;* da, pues, a entender que los miembros están conectados en posición vertical con la cabeza. El verbo compuesto, como aparece aquí, «se usa, en general, para reunir cosas o personas, para reconciliar a quienes han estado pendenciando y para acumular hechos en un argumento o en un curso de enseñanza» (Foulkes). En el primero se enfatiza la articulación; en el segundo, la receptividad conjunta.

(b) Hay después una funcionalidad: Este ajuste bien trabado de todos los miembros entre sí *«mediante toda juntura de suministro (o sustento)»,* como dice literalmente el original, entra en función *«conforme a la energía que se pone en actividad en la medida* (comp. con el v. 7) *de cada uno de los miembros»*. Esto significa, ni más ni menos, que, aun cuando de la Cabeza fluya el suficiente sustento espiritual para mantener vivo y desarrollado todo el cuerpo, depende de la forma en que cada miembro actúa el que el alimento que viene de la Cabeza-Cristo pase limpio y sin obstrucciones a los demás miembros o se quede estancado en algún lugar por falta de «paso libre», con lo que algunas partes del cuerpo no pueden menos de permanecer atrofiadas o anquilosadas.

(C) La meta de esta especie de sistema nervioso-vascular espiritual es *el crecimiento de todo el cuerpo en amor* (última parte del versículo), puesto que el amor es el que impulsa a cada miembro a poner de su parte el máximo rendimiento, a fin de que los demás comiembros reciban el mayor provecho espiritual posible. Por eso, Pablo repite tantas veces, en esta Epístola, la frase *en amor* (1:4; 3:17; 4:2, 15, 16; 5:2). El crecimiento de cada congregación cristiana, de puertas para adentro primero (misterio), y de puertas para fuera después (misión), depende enteramente de la forma en que se lleve a cabo la funcionalidad que aquí describe el apóstol.

Versículos 17–32

Dice Ryrie en su nota a 4:17: «Aquí comienza una larga porción (que termina en 6:9) en la que Pablo saca las conclusiones lógicas, en términos de vida y moralidad, que se siguen de la membresía en el cuerpo de Cristo». Seguiremos, en el comentario, la forma en que subdivide Foulkes el resto de la epístola. En 4:17–5:21, Pablo considera los aspectos personales; en 5:22–6:9, las relaciones sociales. En la presente sección, Pablo exhorta:

I. A sustituir la anterior manera de vivir con una nueva conducta (vv. 17–24).

1. Expone primero la forma en que los efesios se comportaban antes de su conversión a Cristo (vv. 17–19), y Pablo les exhorta solemnemente *(… os digo e insisto en ello en el Señor»,*—NVI—) a que *ya no* anden como los demás gentiles. Ese *ya no* indica claramente que *también* ellos se conducían así anteriormente. El apóstol expresa de distintas maneras la deplorable condición en que antes se hallaban: (A) *La vanidad de la mente* (v. 17b, comp. Ro. 1:21) indica, por un lado, la futilidad, la falta de sentido y de provecho que la anterior vida comportaba; y, por otro, la perversidad de ideas, planes, deseos, etc., propias de un *entendimiento entenebrecido* por el pecado (v. 18). (B) A esto se sigue *una ausencia de Dios en sus vidas* (v. 18b, comp. con 2:12), *a causa de la ignorancia que hay en ellos,* la cual, a su vez, *es debida al endurecimiento del corazón* (v. 18c). (C) El hábito, voluntariamente contraído, produce *la pérdida de la sensibilidad* (v. 19) que (v. 1 Ti. 4:2) equivale a la cauterización de la conciencia. (D) Una vez perdida la sensibilidad, el ser humano se lanza a todo desorden infrahumano (v. 19b): *«se entregaron,* dice, *a la lascivia* (gr. *asélgueia;* una de las principales «obras de la carne»,—Gá. 5:19—) *para cometer*

con avidez (sin freno alguno) *toda clase de impureza*». El *«se entregaron a sí mismos»* (lit.) pone aquí de relieve (a diferencia de Ro. 1:24, 26) la responsabilidad personal en darse al pecado por iniciativa propia, sin que nadie les sedujera ni les empujara.

2. Pasa después a exponer el cambio producido en la conversión (vv. 20–24). *«Mas vosotros,* dice (v. 20), *no aprendisteis así a Cristo»* (lit.). Al ser Cristo, su Persona y su Obra, el centro del mensaje cristiano, aprender «Cristo es mucho más que aprender *acerca de* Cristo: es conocerle íntimamente, experimentalmente y, por tanto, vivirle; o, mejor (Gá. 2:20), dejar que Él viva en nosotros, *«puesto que»* (el mismo giro: *ei gué*, que ya vimos en 3:2), o como dice la NVI: *«Ciertamente* (v. 21), *habéis oído de Él y fuisteis instruidos en Él conforme a la verdad que está en Jesús».* Dicha expresión *(ei gué),* como hace notar Moule, no insinúa que no hayan oído de Jesús, sino que «llama la atención del lector, a fin de que verifique el hecho por sí mismo». Lo que Pablo viene a decirles a los efesios es simplemente: «Si habéis oído a Jesús, habéis oído la verdad» (comp. con Jn. 14:6). Esto lleva implícita la fidelidad del apóstol en la predicación del Evangelio, pues él les había enseñado durante su prolongada estancia en Éfeso (Hch. 19 y 20:17–35).

3. Como hace notar Hendriksen, el versículo 21 sirve de paréntesis; asi que, al empalmar el versículo 20 con los versículos 22–24, vemos que *al aprender a Cristo,* al recibir a Cristo en nuestra vida y ser así injertados en Él o, como dice Pablo (Ro. 6:5), *«complantados con Él»,* hemos entrado en la esfera de la «nueva humanidad» (comp. con 2 Co. 5:17) y esto ha de mostrarse en *ir* (v. 22) *despojándose del viejo hombre,* esto es, de la forma viciosa, *corrompida,* de conducirnos según nuestra vieja naturaleza, e *ir vistiéndonos del nuevo hombre* (v. 24, comp. con 2:15), *«creado para ser semejante a Dios en verdadera justicia y santidad»* (NVI). Esto nos lleva, por una parte, a 2:10, pero, por otra parte, a Génesis 1:26, 27, donde vemos que el hombre recién salido de las manos del Creador estaba hecho a imagen y semejanza de Dios; reflejaba la imagen del Dios santo y justo, antes de que, por el pecado, se desviase de ella (Ec. 7:29). Pero lo que perdió el Primer Adán se reflejó, con mucha más claridad, en el Postrer Adán, Cristo (comp. Col. 1:15; He. 1:3). Así que, todo el que, por fe, es injertado en Cristo, recupera mejorada la imagen y semejanza de Dios que fue echada a perder por el pecado.

4. Esto comporta una transformación o *renovación* (v. 23, comp. con Ro. 12:2, donde aparece el verbo *«ser transformados»* con la frase *«renovación de vuestra mente») «en el espíritu de la mente de vosotros»* (lit.). La NVI ha captado estupendamente el sentido al traducir: *«para ser hechos nuevos en la actitud de vuestras mentes»,* pues lo que aquí significa «espíritu» no es directamente el Espíritu Santo, sino, como es frecuente en *Gálatas* y en *Efesios,* el talante espiritual de la persona convertida. Pablo habla de la renovación de la mente, porque el cambio de vida ha de reflejarse primera y principalmente en una nueva *mentalidad,* puesto que la conducta no es sino la exteriorización de las convicciones que llevamos dentro. Esa nueva mentalidad es la que puede captar las cosas que son de Dios (comp. con 1 Co. 2:14 y ss.). El presente de infinitivo *ir siendo renovados* del versículo 23 explica, como en Romanos 12:2 y Efesios 5:18, el aspecto progresivo de la obra de la santificación, por lo que los aoristos *«despojarse»* (v. 22) y «*vestirse*» (v. 24) no han de tomarse como algo que se hizo de una vez por todas, sino como algo que comenzó a llevarse a cabo (aoristos ingresivos) en el momento de la conversión.

II. A sustituir la falsedad y la amargura con la verdad y con el amor (vv. 25–32. Foulkes lo extiende hasta 5:2).

1. *«Por lo cual,* dice ahora (v. 25) Pablo, es decir, como corresponde al "nuevo hombre en Cristo", *despojándoos* (aoristo, de una vez por todas) *de la falsedad, hablad verdad* (comp. v. 15 y Col. 3:9) *cada uno con su prójimo».* El apóstol cita aquí de Zacarías 8:16 (en un contexto de preparación para entrar en el reino mesiánico), y «hablar *verdad*» es aquí, como en el versículo 15, algo más que decir la verdad: comportarse en todo de acuerdo con la verdad cristiana. *«Porque somos miembros los unos de los otros»,* añade. Como hace notar Foulkes, Pablo no apela a la ley moral que prohibía la mentira, sino a nuestra condición de comiembros de Cristo. Si el cerebro enviase mensajes falsos a los pies, el individuo podría sufrir una caída con la que el propio cerebro podría sufrir un daño irreparable. O como dice el Crisóstomo: «Si el ojo ve una serpiente, ¿acaso engaña al pie? Y si la lengua encuentra algo amargo, ¿acaso engaña al estómago?» Donde no hay sinceridad en el trato mutuo, no es posible que prospere la comunión eclesial.

2. Pablo cita, a continuación (v. 26), de Proverbios 4:4 (v. el comentario a dicho lugar). El sentido de este versículo es: *«Que vuestra ira sea santa, sin pecado. Y que vuestro enojo no dure más allá de la*

puesta del sol», es decir, «si os habéis enojado, reconciliaos antes de que se acabe el día». La «ira santa» es un sentimiento que la Biblia atribuye a Dios y al Señor Jesucristo. Quien se percata de la maldad del pecado, no puede menos de enojarse contra sus propios pecados y contra los pecados ajenos. Pero, como sabiamente comenta Hendriksen, «Amar al *pecador* mientras se odia su *pecado* requiere una buena provisión de gracia. La exclamación "No puedo soportar a ese individuo" es, a veces, pronunciada por un miembro de la iglesia con referencia a otro». No debería consentirse en ninguna comunidad cristiana el que miembros de la congregación participen de la Mesa del Señor mientras odian persistentemente a otros hermanos, incluidos sus propios familiares. El apóstol añade (v. 27) que quien adopta una actitud de enojo persistente hacia el hermano *«da lugar al diablo»,* esto es, le presta la ocasión y el espacio para sacar provecho y hacer que el enojo degenere en pecados más graves. El diablo no debe jamás ser consentido, sino *resistido* (Stg. 4:7; 1 P. 5:8, 9).

3. El apóstol pasa después a otro pecado (v. 28): *«El que robaba, no robe más, antes trabaje, haciendo algo útil con sus manos* (v. 1 Ts. 4:11) *para tener algo que compartir con los que están necesitados»* (NVI). Una primera lectura de este versículo no puede menos que sacudir la conciencia del lector genuinamente cristiano. La filosofía del mundo enseña que es bueno *esforzarse* (gr. *kopiáto,* trabaje con esfuerzo) y, a ser posible, con un trabajo *no* manual, a fin de aumentar los ingresos en la cuenta corriente o en las acciones de empresas boyantes. De esta manera se procura la seguridad económica y se disfruta de los atractivos que ofrece la vida presente. En cambio, «la filosofía cristiana del trabajo se levanta muy por encima del pensamiento de lo que es o no correcto en el plano de la economía; es alzada al lugar donde no queda sitio para el egoísmo ni para cualquier provecho personal. Dar se convierte en el motivo para conseguir» (Foulkes).

4. Del modo impropio de usar el trabajo, pasa a mencionar el uso impropio de la lengua (v. 29): *«Ninguna conversación corrompida salga de vuestra boca, sino lo que es de ayuda para edificar a otros conforme a sus necesidades, para beneficio de los que escuchan»* (NVI). El adjetivo griego *saprós* ocurre otras siete veces, sólo en los Evangelios (Mt. 7:17, 18; 12:33—dos veces—; 13:48; Lc. 6:43—dos veces—) para designar frutas y peces que no sirven para comer, pero su sentido original es de «corrompido». Un cerebro y un corazón corrompidos por la maldad, el vicio, la envidia, etc., no pueden menos que transmitir al exterior, *por la boca,* la corrupción interior. Como puede verse por su contrario *«para edificar ... para beneficio»,* la conversación corrompida no es sólo la que contiene chistes «verdes» o referencias a la lujuria, sino todo lo que pueda causar daño al prójimo: quejas, calumnias, expresiones de envidia y resentimiento contra otros hermanos, críticas destructivas e infundadas, etc.

5. Así como la amonestación contra el enojo no santo (v. 26) va seguida de la exhortación a *no dar lugar al diablo* (v. 27), la que va contra la conversación corrompida (v. 29), va seguida de la exhortación a *no entristecer al Espíritu Santo de Dios* (v. 30). Hallo dos razones por las que Pablo menciona el *contristar* (en especial, con la conversación corrompida) precisamente *al Espíritu Santo:* (A) El Espíritu Santo es la agencia que el Padre y Cristo emplean para la santificación del creyente. Es, pues, el Espíritu santificador el directamente ofendido, contristado, por el creyente pecador. (B) El Espíritu Santo reside en el creyente como «obrero» decorador, que limpia, decora y embellece el espíritu del creyente. Todo pecado es una mancha corrompida que afea la obra del Espíritu. ¿Cómo no va a entristecerse al ver manchada, afeada, echada a perder, la obra que viene llevando a cabo en nuestro interior? Pablo añade un motivo más de tristeza para el Espíritu: *«con el cual,* dice (v. 30b), *fuisteis sellados para el día de la redención»,* es decir, de la consumación de la redención (comp. con Ro. 8:23b). El «sellado» fue hecho, de una vez por todas, al tiempo de nuestra conversión, *«al creer»* (v. 1:13). La seguridad misma que este «sello» nos ofrece debería impulsarnos a limpiar nuestra vida (1 Jn. 3:3) en vez de seguir manchándola con una lengua corrompida. Emplear esta seguridad como «pasaporte para el pecado» no puede menos que añadir nueva ofensa al Espíritu Santo de Dios. Léase Isaías 63:9, 10 para ver la semejanza, donde *«el ángel de su presencia»* no es otro que el propio Cristo preencarnado.

6. El apóstol termina este capítulo (vv. 31, 32) con una lista de vicios que ensombrecen el carácter cristiano y con una lista de virtudes que se oponen a dichos vicios.

(A) Entre los vicios, menciona la *amargura.* Aristóteles usa el vocablo para designar «el espíritu resentido que rehúsa la reconciliación». Hebreos 12:15–17 conecta la amargura con la actitud de Esaú hacia su hermano. Vienen después el *mal humor* (gr. *thúmos),* la *ira* (gr. *orgué),* el *clamor* (gr. *kraugué)* que suele brotar de la ira y conduce a expresiones ofensivas al subir el tono de la voz, y la *maledicencia* (gr. *blasphemía), o «difamación, juntamente con toda clase de malicia»* (NVI). «Malicia» (gr. *kakía) es*

aquí una mala inclinación, que conduce a producir daño al prójimo, por lo que Pablo comienza el versículo 32 *oponiendo la virtud contraria.*

(B) En efecto, la *benignidad* (v. 32) es fruto del Espíritu (Gá. 5:22) que inclina al creyente a comportarse de forma amable y servicial con el prójimo (comp. con Col. 3:12). A la benignidad añade Pablo la *compasión* (lit. *tiernos de entrañas).* El vocablo griego solamente vuelve a salir en 1 Pedro 3:8, pero el verbo de la misma raíz *(splankhnízomai)* ocurre doce veces en los evangelios, aplicado a Cristo (Mt. 9:36; 14:14; 15:32; 18:27; 20:34; Mr. 1:41; 6:34; 8:2; 9:22; Lc. 7:13; 10:33; 15:20). Y termina diciendo: *«perdonándoos unos a otros, como también Dios os perdonó a vosotros en Cristo».* En el lugar paralelo (Col. 3:13b), dice: *«Como también el Señor* (o *Cristo,* según muchos MSS) *os perdonó, así también vosotros»* (lit.). En esto, Pablo sigue la pauta del Maestro, quien enfatizó esto mismo al final de la oración del Padrenuestro (Mt. 6:14, 15) tras de mencionarlo en la misma oración (Mt. 6:12; Lc. 11:4) y, con ocasión de una pregunta de Pedro, lo ilustró con todo detalle por medio de una parábola (Mt. 18:21–35). Como hace notar Foulkes, ese *«así como» (kathós)* significa algo más que «porque»; ha de haber una semejanza real entre el perdón de Dios y el perdonar cristiano.

CAPÍTULO 5

En este capítulo, el apóstol, I. exhorta a los efesios a imitar a Dios como conclusión de lo que ha dicho en 4:22–32 (vv. 1–2). II. Les invita luego a que sustituyan las tinieblas con la luz (vv. 3–14); III. y la necedad con la sabiduría (vv. 15–21). IV. De ahí pasa a considerar la conducta de un creyente lleno del Espíritu en relación con su vida conyugal (vv. 22–33).

Versículos 1–2

Al empalmar con el versículo último del capítulo 4 (debería leerse junto con 5:1, 2), dice el apóstol: *«Haceos, pues, imitadores de Dios, como hijos* (gr. *tékna,* con énfasis en la generación espiritual, en la nueva naturaleza recibida de Dios,—comp. con Jn. 1:12, 13—) *amados,* y (v. 2) *caminad en amor, como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por* (gr. *hupér) nosotros* (algunos MSS dicen *vosotros) (por) ofrenda y sacrificio a Dios para aroma de buen olor»* (lit.). Aquí son de notar los siguientes detalles:

1. El apóstol no dice *«sed»,* sino *«haceos»* en presente de imperativo, puesto que la imitación de Dios y de Cristo no es obra de un día, sino tarea de toda la vida.

2. Lo de *«imitadores de Dios»,* además de empalmar con 4:32 en la inclinación a perdonar, nos lleva a Mateo 5:48; Lucas 6:36 en el amor a los enemigos. El gran imitador de Dios (v. Jn. 14:9) fue Cristo, pues *nos amó y se entregó por nosotros* (v. 2), *cuando éramos débiles, impíos, pecadores, enemigos* (Ro. 5:6, 8, 10). Se entregó en holocausto y sacrificio de reconciliación por nosotros como ofrenda pura. Considera, pues, Pablo los tres primeros sacrificios de Levítico, capítulos 1–3, los cuales, al no tener relación directa con el pecado, eran considerados como ofrendas *de olor suave.* Véase lo que dice Pablo de sí mismo en 2 Corintios 2:14–16.

3. Una actitud semejante se nos exige a los creyentes (comp. Ro. 12:1) como a hijos de tal Padre y hermanos de tal Primogénito (v. 1b), de manera que se nos reconozca como pertenecientes a la familia divina en la forma sacrificada de amar a nuestro prójimo, pues eso sí que es *«caminar en amor»,* al hacer del amor al prójimo la pauta de nuestra conducta.

Versículos 3–14

De tan alto lugar, y por contraste, el apóstol desciende ahora a exponer el feo, repugnante, rostro del pecado, rostro negro, de tinieblas que no se avienen con los hijos de luz, hijos del Dios que es luz (1 Jn. 1:5).

I. Considera primero (vv. 3–7), en contraste con el verdadero amor *(agápe*—v. 2—, que no busca el bien propio, sino el del amado), el amor sucio, sensual, del que busca su propia satisfacción a costa del daño al prójimo y a sí mismo, como también de la infidelidad al Señor (v. 1 Co. 6:13–20).

1. En los versículos 3, 4, expresa los pecados de impureza de los que el creyente debe guardarse: *«Pero entre vosotros no debe haber ni asomo de inmoralidad sexual ni cualquier clase de impureza o avaricia, porque esto es impropio del pueblo santo de Dios. Ni* (v. 4) *debe haber obscenidad, conversaciones necias ni burlas groseras, que están fuera de lugar, sino más bien acción de gracias»* (NVI). Notemos aquí lo siguiente:

(A) El vocablo griego *pornéia*, como ya se ha dicho en otros lugares, indica inmoralidad sexual, ya por relaciones ilícitas entre personas no unidas por el vínculo conyugal, ya por unión entre parientes (en grado prohibido por la ley,—comp. 1 Co. 5:1 y ss.—). A ello une Pablo *toda clase* de *impureza* (gr. *akatharsía),* es decir, suciedad en pensamiento, deseo, conversación, etc.

(B) En consonancia con 4:19, es muy probable la opinión de Foulkes de que la *avaricia* (gr. *pleonexía)* de que aquí trata el apóstol, indica el afán por conseguir satisfacción de los placeres sexuales; así lo confirma, según el mismo Foulkes, la conjunción disyuntiva *o* con que parece darse a entender que también pertenece a «los pecados de la carne».

(C) Todas estas cosas, dice Pablo, *«ni se nombren entre vosotros»* (lit.). Contra la opinión de Foulkes y Leal de que aquí se prohíbe el mencionar los nombres de dichos pecados (Foulkes lo compara con Éx. 23:13; Dt. 12:30; Sal. 16:4), está claro, como hacen ver Hendriksen y Lenski, que lo que Pablo desea es que no quepa ni la sospecha de que los creyentes practican tales cosas. Dice Lenski: «El pensamiento no es el de que, en verdad, estos vicios no deben ni aun ser mencionados entre cristianos, porque Pablo mismo lo acaba de hacer, y debemos amonestar contra ellos, tal como él lo hace … Pablo quiere dar a entender que tales vicios deben ser arrojados tan lejos de nosotros que ni aun debe presentarse una insinuación o suspicacia de su presencia entre nosotros». Todo *esto,* añade el apóstol (v. 3b), debe quedar lejos de nosotros, *como conviene a los santos* (lit.), es decir, como es propio de los creyentes sinceros.

(D) A estos pecados llamados «de obra», añade Pablo otros pecados «de palabra», también en el terreno de la impureza (v. 4): La *indecencia* (gr. *aiskhrótes,* lo que es vergonzoso) u *obscenidad* en lo que se habla; en sentido más particular y específico, la *conversación necia* (gr. *morologuía),* que es, como dice Hendriksen, «la que podría esperarse de labios de un tonto o de un borracho», y la *ligereza* (lit. gr. *eutrapelía).* El vocablo griego tenía entre los clásicos el buen sentido de «gracia y agilidad mental, propia de una persona ingeniosa». Pero en este lugar, adquiere el sentido peyorativo de «chiste, broma o burla chocarrera y obscena»; el ingenio del mundano, inclinado a pensar e imaginar cosas que divierten y hacen reír a los que son tan sucios como él. Nótese, de paso, que los tres vocablos mencionados en este párrafo no vuelven a salir en ningún otro lugar del Nuevo Testamento.

(E) Todas estas cosas, dice Pablo (v. 4b) *no convienen,* esto es, *son impropias* (lit. *no llegan al nivel)* de un creyente genuino. En lugar de todo eso (v. 4c), la boca del creyente debe usarse *en acción de gracias* (comp. con el v. 20). No es que Pablo prohíba a los creyentes una conversación amena, con gracia, instructiva, etc. «Lo que más bien pide es que, aun cuando la conversación gire en torno al sexo, las riquezas o la gente, vaya dirigida por un espíritu de gratitud y alabanza (cf. He. 13:15; 1 P. 4:11), hacia la percepción y el reconocimiento de la belleza encantadora de los dones de Dios» (Foulkes).

2. En los versículos 5–7, declara solemnemente las consecuencias de entregarse a los pecados de inmoralidad que acaba de mencionar.

(A) *«Porque* (v. 5) *de esto podéis estar seguros* (lit. *porque esto sabéis conociendo,—los* dos verbos están en presente de indicativo y de participio, respectivamente—): *Ninguna persona inmoral, impura o avariciosa* (comp. con el v. 3)*—tal persona es idólatra—tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios»* (NVI). «La pasión, sea por el dinero o por la satisfacción sexual, equivale a erigir un ídolo, y un objeto de deseo y adoración por delante de Dios» (Foulkes). No es que los pecados de la carne, en el sentido de lujuria, sean más graves que los de soberbia, envidia, calumnia, etc. ¡Todo lo contrario! Pero lo referente a la sexualidad tiene un matiz especial (v. 1 Co. 6:9, 18–20; Col. 3:5) de viscosidad malsana de la que resulta muy difícil despegarse.

(B) Y, para añadir mayor solemnidad a la advertencia, continúa Pablo diciendo (vv. 6, 7): *«No dejéis que nadie os engañe con palabras vacías, porque, a causa de tales cosas, la ira de Dios viene sobre aquellos que son desobedientes* (lit. *sobre los hijos de la rebeldía,*—gr. *apeitheías—)»* (NVI). La última frase es la misma de 2:2b. El vocablo griego implica una resistencia a dejarse persuadir, y el verbo

correspondiente *(apeithéo)* ocurre 14 veces donde es interesante consultarlo (v. Jn. 3:36; Hch. 14:2; 19:9; Ro. 2:8; 10:21; 11:30, 31; 15:31; He. 3:18; 11:31; 1 P. 2:8; 3:1, 20; 4:17). El sustantivo de persona *apeithés* ocurre 6 veces (Lc. 1:17; Hch. 26:19; Ro. 1:30; 2 Ti. 3:2; Tit. 1:16; 3:3). Como conclusión de ello, concluye el apóstol (v. 7): *«Por lo tanto, no os hagáis partícipes de ellos»* (lit.); es decir, «no imitéis la conducta de los rebeldes, si no queréis tener el mismo fin miserable que a ellos les espera».

II. El apóstol pasa luego a poner delante de los ojos de los efesios lo que antes eran *(«tinieblas»)* y lo que son ahora («luz *en el Señor»)* y les exhorta a comportarse como es propio de *«los hijos de la luz»* (vv. 8–14).

1. Antes de su conversión, los fieles de la región efesina habían caminado, como los demás paganos inconversos, en las tinieblas del pecado, de la idolatría y de la sensualidad (comp. con 2:1–3, 11, 12; 4:14, 17, 18). Iban realmente a oscuras por la vida, sin rumbo, sin meta, sin esperanza. Pero, al creer y entregarse al Señor, el Espíritu Santo les había *iluminado los ojos del corazón* (1:18). Y al ser el ojo *la lámpara del cuerpo* (Mt. 6:22), su persona entera era luz. Nótese que antes eran tinieblas *por naturaleza* (comp. 2:3); ahora son «luz *en el Señor»*, como en el foco central del que reciben su luz. En realidad, como comenta Foulkes, Pablo está diciendo: «Si estáis en el Señor, estáis en la luz y la luz está en vosotros» (comp. con 1 Jn. 4:16b). Por consiguiente, concluye (v. 8b): «Vivid *como hijos de luz»* (NVI). El secreto de una vida plenamente realizada consiste, en efecto, en «vivir lo que se es». La causa por la que nuestras vidas resultan fracasadas es porque, como diría Tillich, «nuestra existencia no corresponde a nuestra esencia y se torna ambigua». Si la luz que llevamos en el corazón resplandeciese con todo su brillo en nuestra vida, los hombres la verían y glorificarían a nuestro Padre que está en los cielos (v. Mt. 5:14–16).

2. El versículo 10, con el que el versículo 8 va directamente conectado (al ser el v. 9 como un pequeño paréntesis), apela al discernimiento de lo que es agradable al Señor para saber cómo conducirse según conviene a los hijos de la luz. Tanto el verbo *«comprobando»* (gr. *dokimázontes*, en presente de continuidad) como el adjetivo *«agradable»* (gr. *euáreston)* ocurren en Romanos 12:2, aunque con la ligera variante de que, en Romanos 12:2, el verbo está en presente de infinitivo. El ejemplo del Señor (Jn. 8:29) y del propio Pablo (2 Co. 5:9; Gá. 1:10), debía estimular a los fieles de Éfeso (comp. con Col. 1:10), a desear, escoger y poner por obra siempre lo que agrada a Dios.

3. El versículo 9, aunque forma un paréntesis, sigue el hilo del pensamiento del versículo 8 según los MSS de mayor importancia y autoridad y debe leerse del modo siguiente: *«porque el fruto de la luz* (consiste) *en toda bondad, justicia y verdad»* (lit.). El propio Hendriksen, irreprochable conservador, admite que la lectura *«fruto del Espíritu»* es «probablemente una asimilación sacada de Gálatas 5:22». Este mismo autor hace notar el contraste de *«toda bondad»* con el *«toda malicia»* de 4:31b. Foulkes, por su parte, tras llamar la atención en el mismo sentido, hace notar que «hay una instructiva distinción entre "bondad" y "justicia" en Romanos 5:7, y muestra que la primera añade a la rectitud e integridad moral el atractivo de un hermoso carácter». En cuanto al vocablo *«verdad»*, su expresión bajo la metáfora de la «luz» es bastante para darnos cuenta de que «es el fruto de la luz que Cristo trae» (Foulkes). Como en el resto de las Escrituras, y especialmente en atención a 4:15, el término *«verdad»* tiene un sentido mucho más amplio que el que recibe en nuestro mundo occidental; va ligado con la integridad y la fidelidad, al contrario de la forma vergonzosa, falsa e hipócrita, en que la vida anterior de los fieles de Éfeso había seguido su curso.

4. Como es costumbre de los escritores semitas, Pablo exhorta ahora (vv. 11–14) en forma negativa a comportarse como hijos de la luz: «Y *no tengáis jamás comunión alguna*—el verbo ahora es tanto más fuerte que el del versículo 7—, cuanto la *comunión* (gr. *koinonía)* es más fuerte que la *participación, con las obras las* (que son) *infructuosas de las tinieblas, sino más bien hasta redargüid (las), porque lo que se lleva a cabo por ellos en oculto es vergonzoso incluso el mencionarlo»* (vv. 11, 12, lit.). Entre la luz y las tinieblas no puede haber nada en común (comp. con 2 Co. 6:14b), ni caben medias tintas en esto; el que no está con Cristo está contra Él. Pablo llama *«infructuosas»* las obras de las tinieblas porque, aun cuando son algo en su realidad física (por eso, son «obras»), son en sí mismas malas, estériles en cuanto a dar gloria a Dios, provecho al prójimo o genuina satisfacción para las necesidades espirituales de la persona que las lleva a cabo.

«Redargüirlas» significa exponerlas a la luz llamándolas por su nombre, sin cubrirlas con bonitos nombres. Lo peor de nuestra sociedad actual es que se le ha cambiado la etiqueta al pecado. No es que en

los siglos pasados se pecase menos que en el siglo XX, pero lo que realmente alarma en nuestros días es el afán de pintar los pecados más vergonzosos con los más bellos colores. Tenemos en Inglaterra hombres ordenados para el ministerio pastoral que declaran sin vergüenza ni remordimiento su prolongada práctica de la homosexualidad. ¿Qué puede esperarse de la sociedad cuando los que habrían de ser luces son densas tinieblas de pecado cubierto de malas excusas?

El apóstol dice que es vergonzoso el mencionar tales obras. Discuten los autores cómo pueden ser redargüidas tales obras sin mencionarlas. Opina Lenski que es vergonzoso para los que las cometen, no para los que las exponen a la luz. Tal opinión retuerce completamente el texto. Según Hendriksen, no hace falta mencionarlas de palabra, sino exponerlas a la luz mediante una conducta consecuentemente cristiana, luminosa, de nuestra parte. Esta es también la opinión de Foulkes. Lo que, en mi opinión, quiere decir Pablo es que, aun cuando causa vergüenza mencionar esas obras de las tinieblas, no hay más remedio que hacerlo para llamar la atención de propios y extraños contra la práctica de tales cosas.

5. En efecto, tanto la exposición de palabra como la práctica del fruto del Espíritu sacan a la luz y redarguyen el mal, como expone Pablo a continuación (vv. 13, 14): *«Pero todo lo que es expuesto a la luz se hace visible, porque la luz es lo que hace visibles todas las cosas. Por esto se dice. Despierta, tú que duermes, levántate de los muertos y Cristo brillará sobre ti»* (NVI). Vemos aquí:

(A) La venida de Cristo, como luz *que ilumina a todo hombre* (Jn. 1:9), provoca una *krísis* (lit.), un juicio de condenación contra los que rehúsan ser iluminados por la luz del Evangelio (v. Jn. 3:19–21). Los pecadores impenitentes no quieren que sus obras malas sean expuestas a la luz, y no hay mejor manera de exponerlas que vivir una conducta luminosa. No bastan las palabras si no siguen las obras de quien expone a la luz la maldad. Podría decírsele a tal predicador lo que alguien le dijo a uno en cierta ocasión: «Sus obras hablan tan alto que no me dejan oír sus palabras». Es, pues, preciso limpiar bien nuestro tejado antes de lanzar piedras contra el del vecino (v. por ej. Mt. 7:3–5, 21–23; Jn. 8:7; Ro. 2:19–24).

(B) Con la frase *«Por lo cual dice»* (v. 14b), el apóstol introduce una cita (o citas) del Antiguo Testamento (v. Is. 9:2; 26:19; 52:1; 60:1). Los autores modernos (Leal, Foulkes) ven en este versículo un posible fragmento de un himno que quizá se cantaba en la ceremonia del bautismo, pues «ya desde Justino (poco después de la mitad del siglo XI) es considerado el bautismo como una iluminación» (Leal). En cuanto a Hendriksen, es tanta la semejanza que percibe entre Efesios 5:14 e Isaías 60:1, que llega a decir: «Cuanto más estudio Isaías 60:1 a la luz de su propio contexto, tanto más comienzo a ver ciertas semejanzas». También Lenski opina que se trata de un himno, pero no de un himno para el bautismo, sino de un himno «que se usaba en Éfeso durante los días de Pablo». Admite que encierra una cita, piensa que eso de «Por lo cual dice» podría referirse al aludido himno. En mi opinión, Pablo ha sacado la cita de Isaías, especialmente de Isaías 60:1, pero acomodándola, al estilo rabínico, a Cristo como mejor le ha parecido. En lo que sí estoy de acuerdo con Lenski es en que es como un llamamiento misionero. «La cita, dice, no ofrece un ejemplo de la reprobación de los pecados como tales, sino un llamamiento reprobatorio al pecador para que se levante de su condición de muerte espiritual, conectado con una gran promesa».

(C) Es precisamente en esta exhortación a despertarse o, con mayor fidelidad al original, a levantarse, hecha a los que duermen el sueño de la muerte espiritual, donde yo veo una de las grandes pruebas (comp. con Hch. 17:30) de que Dios, en Cristo y por medio de su Espíritu, da su toque de diana a todos los que están bajo pecado, ofreciendo de buena voluntad la gracia suficiente con la que podrían, si quisieran, alcanzar la salvación que, en principio, Dios desea para todos los seres humanos (1 Ti. 2:4–6). Dios dejaría de ser un Dios de amor, y aun el Dios Justo, si dejase a tantos millones y millones de seres humanos en su pecado, sin darles ninguna oportunidad para levantarse de su estado, ya que en su estado de muerte espiritual *no pueden hacer otra cosa* por sí mismos. El llamamiento a levantarse, como el llamamiento a arrepentirse de Hechos 17:30, sería un puro sarcasmo sin la gracia que capacite para poder levantarse y haga cargar toda la responsabilidad de la condenación sobre el ser humano que se niegue libre y deliberadamente a hacerlo.

Versículos 15–21

En estos versículos Pablo exhorta a sustituir la necedad por la prudencia y la locura por la sabiduría que otorga el Espíritu de Dios.

1. Las tinieblas son símbolo, no solamente de pecado, sino también de ignorancia y necedad. Asimismo, la luz es símbolo, no sólo de santidad, sino también de sabiduría y conocimiento. De ahí que, al empalmar con el contexto de luz y tinieblas de los versículos 8–13, el apóstol diga (v. 15): *«Mirad, pues, con diligencia cómo continuáis caminando* (esto es, viviendo), *no como necios, sino como sabios»* (lit.). El gr. *ásophos* es el opuesto a *sóphos*, sabio; por lo que su verdadero sentido es *«necio»* (del latín *nescius*, el que no sabe). No saber lo que es secundario para la vida verdadera del hombre podrá ser una desdicha, pero no saber lo *que hace sabio para salvación* (2 Ti. 3:15) es la mayor desgracia.

2. Esa sabiduría verdadera se muestra (v. 16) *«aprovechando lo mejor posible cada oportunidad»* (NVI). La frase se repite en Colosenses 4:5 y significa a la letra: *«libertando para sí continuamente el tiempo oportuno»*. Este tiempo oportuno para vivir siempre como hijos de luz, como sabios, se nos presenta aquí como un esclavo que está en la plaza del mercado a merced del que lo compre, lo liberte y lo ponga al servicio del propio comprador. Es un tiempo precioso, como vemos en 2 Corintios 6:2: *«el tiempo del favor de Dios»*. Ese «tiempo», distribuido en las múltiples oportunidades que se nos presentan cada día, va pasando tan rápidamente que si no nos asimos prontamente a él, se nos escapa con la misma rapidez con que se presenta. El mundo suele hablar de «aprovechar la ocasión» cuando se trata de pecar. El cristiano ha de entender la frase en sentido de oportunidad para hacer el bien, para todo lo que dice referencia a la salvación y la santificación. Añade Pablo: *«Porque los días son malos»*. Los días, la época en que hablaba el apóstol (¿y qué diremos de la actual, en que el diablo anda más suelto que nunca?), está en poder de Satanás (1 Jn. 5:19). Por eso, urge libertar de ese mercado, donde los que son del diablo compran las ocasiones para el mal, las oportunidades que se nos ofrecen para el bien, las cuales son siempre minoría frente a toda clase de malas ocasiones para el pecado.

3. Continúa Pablo en la misma línea (v. 17): *«Por eso, no os hagáis insensatos* (gr. *áphrones*, sin seso), *sino entended* (es decir, tratad de discernir en todo momento) *cuál es la voluntad* (gr. *thélema*, como en Ro. 12:2 y otros lugares) *del Señor»* (lit.), esto es, de Jesucristo, como en 2:21; 4:1; 5:10. Comenta Leal: «Ante los peligros que tienen los cristianos mientras viven en un siglo malo, precisan de mucha sabiduría, que se esfuerza por conocer y practicar la voluntad del Señor Jesús».

4. Al seguir con el contraste entre la necedad y la sabiduría, añade Pablo (v. 18): «*Y no os embriaguéis con vino* (la frase se halla, al pie de la letra, en Pr. 23:31, según la versión de los LXX), *en el cual hay desenfreno* (o *libertinaje;* lit. *perdición*, ya que *asotía* es lo contrario de *sotería*, salvación; por lo que el adverbio *asótos* se traduce en Lucas 15:13 por *«perdidamente»), sino sed llenos del Espíritu»* (lit.). Este versículo necesita análisis especial.

(A) Comencemos diciendo que no es improbable la opinión de Lenski de que la expresión griega *en pnéumati* debe traducirse *«en el espíritu»* (con minúscula), oponiendo la «llenura» espiritual a la embriaguez, que aparece en la lista de «las obras de la carne» (por ej. Gá. 5:21). Pero el propio Lenski admite que «el hecho de que estas expresiones (las de nuestro espíritu) se deban al Espíritu Santo es evidente por sí mismo». Podemos, pues, asegurar que, a fin de cuentas, tenemos aquí lo que se llama «la llenura del Espíritu». La preposición griega *en* puede verterse por «en», «por», «con», «de», ya que todas ellas representan a la hebrea *be*, al tener en cuenta, como ya hemos dicho en otros lugares, que Pablo pensaba en hebreo aunque escribiese en griego.

(B) Vemos, pues, el contraste entre el embriagarse, *llenarse de vino*, y el *llenarse del Espíritu Santo*, que es una especie de «sobria embriaguez», como dice la liturgia benedictina. En ambos casos hay el influjo de algo «espiritual», ya que las bebidas alcohólicas suelen llamarse también bebidas «espirituosas». En ambos casos también, tenemos el influjo de algo que «controla» al individuo, que le hace perder la propia iniciativa. Ya sea el vino, ya sea el Espíritu de Dios, cuando llenan, dominan y controlan al individuo; el vino, para perdición; el Espíritu Santo, para salvación.

(C) Al centrar ahora nuestro análisis en la segunda parte del versículo, podemos advertir que el verbo griego *pleroústhe* está (a) en el modo imperativo; es un mandato, no un simple aviso o consejo. Todo creyente *debe* ser lleno del Espíritu Santo; (b) en tiempo presente; no es, pues una llenura de una vez por todas, al contrario del sellado de 1:13. Es menester ir recibiendo continuamente ese *poder* del Espíritu Santo (comp. con Hch. 1:8) para cada momento de nuestra vida cristiana, porque sin Él nada podemos (comp. con Jn. 15:5); (c) en voz pasiva. Esto significa, ni más ni menos, que no somos nosotros los que *nos llenamos* del Espíritu, sino que *nos dejamos llenar* (lo cual no es lo mismo) por el Espíritu. El poder del Espíritu de Dios está personificado en el Espíritu Santo, por lo que bien puede hablarse de llenura aun cuando se habla de una Persona, ¡Persona que es Dios!

(D) Ahora bien, esto implica que, al no ser un «viento» ni un «líquido» lo que nos llena, sino una Persona, no está en nosotros el *tomar* poco o mucho del Espíritu, sino el permitir que el Espíritu *tome* poco o mucho de nosotros. Toma poco cuando no nos dejamos invadir de su poder y, al obrar así, *lo contristamos* (4:30) o lo *apagamos* (v. 1 Ts. 5:19). Un creyente contrista y apaga en sí el poder y el fuego del Espíritu cuando rehúsa rendirle todo lo que es y tiene y, de este modo, obstaculiza la acción del Espíritu, pues le cierra puertas y le pone barreras que el Espíritu, al respetar la libertad del individuo, no va a forzar. Pero tengamos en cuenta que todo lo que se le niega a Dios, al Espíritu de Dios, queda sin consagrar, sin dedicar a Dios, sin recibir poder. En ese espacio que le negamos, en lugar de Dios queda entronizado un ídolo, sea de metal, de carne o de papel-moneda. ¿No explica esto la falta de poder de muchos cristianos y de muchas congregaciones?

5. Todo lo que resta de esta porción (vv. 19–21) e, implícitamente, de lo demás de la Epístola, hasta 6:20, depende de esta llenura del Espíritu, como lo muestran los gerundios que encabezan los versículos 19, 20 y 21.

(A) El primer efecto de la llenura del Espíritu es *la alabanza al Señor, a Jesucristo* (v. 19), acompañada *de la acción de gracias a Dios en el nombre de nuestro Señor Jesucristo* (v. 20). Así ha de comenzar toda oración personal y todo culto eclesial, toda liturgia. Este culto de adoración y acción de gracias:

(a) Es efecto directo de la llenura del Espíritu, como se ve por ese participio de presente (gr. *laloúntes),* que se vierte literalmente por *«hablando»* (v. 19). Igualmente tenemos otro participio de presente al comienzo del versículo 20 (gr. *eukharistoúntes*, de donde viene el vocablo «eucaristía», no la Misa), que significa *«dando gracias»*. Por si fuese poco el participio de presente, Pablo añade: *«siempre por todas las cosas»,* pues todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios (Ro. 8:28).

(b) Pablo dice (v. 19) *«hablando entre vosotros»,* e indica así la oración y el culto comunitarios; es precisamente en la oración comunitaria donde Cristo prometió estar presente por medio de su Espíritu (v. Mt. 18:19, 20).

(c) Este culto de alabanza y acción de gracias va dirigido, en último término, *al Dios y Padre* del Señor Jesucristo y nuestro (Jn. 20:17), pues de Dios partió la iniciativa de la salvación del género humano (Jn. 3:16; 2 Co. 5:19; Gá. 4:4, entre otros lugares) y, como oración, ha de hacerse *en el nombre del único Mediador* (1 Ti. 2:5), *el Señor Jesucristo* (Jn. 14:13; 15:7, 16; 16:23).

(d) El apóstol dice que hemos de alabar a Dios *«con salmos, himnos y cánticos espirituales»*. *Salmo* era, en su origen, lo que se cantaba con el arpa o el salterio; *himno* era una alabanza festiva a un dios o a un héroe. Varias porciones de esta misma epístola (v. 4:4–6; 5:14), así como Filipenses 2:6–11; 1 Timoteo 1:17; 2:5 y ss.; 6:15 y ss.; 2 Timoteo 2:11–13; Apocalipsis 4:11; 5:13 y 7:12, llevan las marcas de haber sido himnos que se cantaban en las reuniones cultuales de la primitiva Iglesia.

(e) Tales alabanzas y acciones de gracias han de expresarse con los labios, pero han de proceder del corazón, pues el apóstol dice que ha de hacerse *«con vuestro corazón»* (v. 19b, literalmente). Una alabanza y acción de gracias, como toda oración, hablada o cantada, es una burla si lo que dicen los labios no va acompañado de la inteligencia de lo que se expresa y sale del fondo de nuestro espíritu (comp. con 1 Co. 14:13–15; Col. 3:16).

(f) Al decir *«cantando y salmodiando»,* el apóstol exhorta a practicar dicho culto con música coral e instrumental (comp. con el Sal. 150, por ej.). Quienes, por un falso puritanismo, se niegan a usar instrumentos músicos (¡ni siquiera un pequeño armonio!) en el culto eclesial, están desobedeciendo al apóstol. No es que sea en sí absolutamente necesario, pero sí es sumamente conveniente; basta con observar la «discordancia» que suele darse en el canto cuando no hay nadie que pueda dirigir el canto con órgano, piano o guitarra. Para los enemigos del uso de la guitarra en el culto, diremos que el vocablo castellano procede de una raíz semita que se halla en el árabe *quitar,* y ha pasado a nuestra lengua a través del griego *kithára* (instrumento que se toca en el Cielo. Véase Apocalipsis 5:8; 14:2 y 15:2, donde el original emplea ese vocablo) y del latín *cíthara*.

(B) El segundo efecto de la llenura del Espíritu comienza en el versículo 21 para extenderse implícitamente al resto de las relaciones con el prójimo (5:22–6:9). En el versículo 21, el apóstol exhorta a la recíproca sumisión dentro de la comunidad eclesial: *«sometiéndoos unos a otros en el temor de Dios»*. Aparte de la reciprocidad de esta sumisión, es preciso notar:

(a) Que el verbo usado aquí en participio de presente de la voz mediapasiva *(«hupotassómenoi»)* no significa «sujeción», ni aun siquiera «sumisión» entendida en sentido de inferioridad, sino

«subordinación». Dicho verbo tiene una connotación militar, donde el orden y la disciplina juegan un papel de la mayor importancia. Esa sana «subordinación» es la que se implica en el correcto funcionamiento del organismo espiritual que es la iglesia (véase 4:15, 16). Pero esto no da señorío ni dominio a ningún líder (comp. con 1 P. 5:3). Dice Foulkes: «El orgullo por el cargo y el espíritu autoritario destruyen la comunión».

(b) El testimonio de los MSS a favor de la lectura *«en el temor de Cristo»* es tan abrumador que debería hacerse la corrección en todas nuestras versiones, como se ha hecho ya en la NVI, la *Biblia de las Américas* y la de *Las Buenas Nuevas. «En el temor de Cristo»* significa «por respeto a Cristo». «Indica el motivo que debe vivificar la relación entre los diversos miembros de la familia cristiana» (Leal).

Versículos 22–33

En esta sección, el apóstol particulariza la exhortación del versículo 21 de tal modo que, sin repetir el verbo *«sometiéndoos»*, dice textualmente (v. 22): *«Las mujeres estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor»*, pero el verbo *«estando sometidas* (esto es, *subordinadas) o*, mejor aún, por paralelismo con el versículo 25, *«estad sometidas»* está claramente sobrentendido. Comienza, pues, Pablo aplicando la norma general de la mutua subordinación a las relaciones conyugales. Lo hace en toda esta sección. Un resumen de todo lo que dice en 5:22–6:20 se halla en Colosenses 3:18–4:3. Notaremos las diferencias en el comentario a *Colosenses.* De entrada, conviene observar el hecho de que, mientras Pedro dedica seis versículos a los deberes de las esposas, y uno sólo a los de los maridos (v. 1 P. 3:1–7), Pablo dedica aquí tres versículos (22–24) a los deberes de las esposas, y siete a los maridos (25–31), y resume los deberes de ambos en el versículo 33, y es el versículo 32 un pequeño paréntesis. Pedro era casado; Pablo, no.

1. Dirigiéndose a las casadas, les advierte que *deben estar sometidas a sus respectivos maridos en todo, de la misma manera que la Iglesia está sometida a Cristo* (vv. 22, 24). La razón (v. 23) es que *«el marido es cabeza de la mujer* (comp. con 1 Co. 11:3), *así como Cristo es cabeza de la Iglesia* (1:22, 23; 4:15; Col. 1:24). Por la frase final del versículo 23, *«la cual es su cuerpo, y Él* (Cristo) *es su Salvador»*, se advierte el «sentido esencialmente vital y soteriológico. Proporcionalmente debe tomarse la metáfora en el mismo sentido cuando se aplica al marido» (Leal). En efecto, así lo insinúa la comparación que hallamos en el versículo 25. La última frase del versículo 22 *«como al Señor»* (no sólo *«en el Señor»)* da a entender que, en la nueva dimensión sobrenatural del matrimonio cristiano, las mujeres casadas deben someterse a sus respectivos maridos como quien se somete a la santa voluntad de su bendito Salvador. Dice Hendriksen: «Esta obediencia debe ser, de parte de ella, una sumisión voluntaria; y, por cierto, solamente a su *propio* marido, no a *cualquier hombre.* Lo que, por otra parte, le hará más fácil dicha obediencia es que se le manda entregarla "como al Señor"; esto es, como parte de la obediencia a Aquel que murió por ella».

2. Si a la mujer casada se le pide *sumisión y respeto* (vv. 22, 33) al marido, al marido se le pide *amor y sacrificio* por la mujer.

(A) Como cabeza de la mujer, el marido (v. 25) *ha de amarla, así como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella* (comp. con el v. 2). Mayor amor que éste no cabe, y ésta es la meta que se le propone a todo creyente casado con respecto a su mujer: un amor sacrificado, que no busca su propio interés, sino el bien (de toda clase) de su esposa.

(B) El apóstol parece hacer una digresión (vv. 26, 27) a fin de explicar cuál era el objetivo escatológico de la redención: *«santificarla* (separarla para sí, que es el aspecto positivo y primero) y *purificarla* (limpiarla, que es el aspecto negativo) *con el lavamiento del agua en la palabra»*. Que el *«nuevo nacimiento»* se lleva a cabo *«mediante la palabra* (gr. *diá toú logóu* el mensaje en su contenido) *de Dios»* (1 P. 1:23), no admite duda; el agua material no puede limpiar el espíritu humano. Pero el Nuevo Testamento (v. Jn. 3:5), especialmente Pablo (Ro. 6:3 y ss.; Ef. 5:26, Tit. 3:5), asocia la purificación llevada a cabo mediante la Palabra de Dios con el agua bautismal, que es símbolo del bautismo interior (comp. con 1 Co. 12:13). Por consiguiente la frase paulina del versículo 26 *(«con el lavamiento del agua en la palabra*—gr. *en rhémati*—, la palabra como expresión concreta) engloba, en mi opinión (que es la de la mayoría absoluta de los autores), el símbolo del agua material juntamente con el contenido de la confesión de fe, previa al bautismo o, mejor aún, con el de la fórmula bautismal (v. Mt. 28:19). Esta opinión se confirma por la velada alusión (probable) al baño nupcial, que era ceremonia corriente en las bodas de los griegos.

(C) El simbolismo nupcial, que acabamos de mencionar, tiene su mejor expresión en el versículo 27: *«a fin de presentar Él a sí mismo gloriosa la Iglesia, no teniendo mancha ni arruga ni nada de tales cosas, sino para que sea santa y sin mancha* (los mismos vocablos de 1:4)» (lit.). Si se compara este versículo con Apocalipsis 19:7, 8; 21:2, no puede menos de advertirse la semejanza. Es el momento en que se van a celebrar *«las bodas del Cordero»*, lo cual supone, por tanto, que el Esposo ha venido ya a *«presentarse a sí mismo la esposa»*. En las bodas ordinarias, es la novia la que se prepara a sí misma para presentarse ante el novio, pero en esta boda del Cordero, «la novia no puede hacer nada por sí misma para presentarse hermosa a los ojos de su Señor. Por necesidad, todo es obra de Él» (Foulkes).

(D) Tras de esta digresión, el apóstol exhorta a los maridos a amar a sus mujeres, no sólo en calidad de cabeza (que denota superioridad), sino por formar *una sola carne* (v. Gn. 2:24) con la mujer (vv. 28–31). En efecto, Pablo cita completo (v. 31) el mencionado versículo 24 del capítulo 2 del Génesis. Al ser, pues, ya una sola carne, *«el que ama a su mujer, se ama a sí mismo»* (v. 28b). Y, por cierto, el amor que uno se tiene a sí mismo es sumamente práctico (v. 29): *«Porque ninguno odió jamás su propia carne, sino que le proporciona constantemente sustento y abrigo, así como el Cristo a la Iglesia»* (lit.). Y para dar razón de una identidad semejante a la de los versículos 28, 29a y 31, añade (v. 30): *«porque somos miembros de su cuerpo* (de Cristo)». Lo siguiente *(«de su carne y de sus huesos»)* no aparece en los MSS más antiguos; esto hace pensar que «fue añadido bajo la influencia de Génesis 2:23» (Foulkes). Lo importante es la mención del *sustento* y del *abrigo* (calor, refugio y defensa) que el marido debe proporcionar a la mujer.

3. El versículo 32 constituye un inciso que, por las malas interpretaciones que se le han dado, requiere un análisis especial.

(A) El texto dice al pie de la letra: *«El misterio este grande es, mas yo* (lo) *digo con respecto* (gr. *eis) a Cristo y a la Iglesia»*. Una comparación con 1 Timoteo 3:16 («… *grande es el misterio de la piedad»)* nos ayudará a la comprensión del presente versículo. Estamos, pues, aquí dentro del repetidamente llamado «misterio de Cristo». El sentido, como lo ha visto bien Foulkes, es: «La verdad que aquí subyace, escondida pero revelada en Cristo, es admirable». La *Vulgata Latina* vertió el griego *mystérion* por el latín *sacramentum*, y así se introdujo en la Iglesia la idea del matrimonio como «sacramento», pero esta idea es totalmente ajena al texto y al contexto. Es un alivio el notar que los propios exegetas catolicorromanos han abandonado ya tal interpretación. Comenta admirablemente J. Leal: «En 3:1–14, y particularmente en 3:6, se nos describe el misterio de Cristo como la unión de los judíos y gentiles en un solo cuerpo bajo una misma cabeza, que es Cristo. El gran misterio es, pues, la unión de Cristo y de la Iglesia, descrita con los términos mismos con que Génesis 2:24 describe la unión del hombre y la mujer. El misterio consiste en que Cristo y la Iglesia forman una unidad, como el marido y la mujer forman una carne, y, en la perspectiva de la exhortación a los maridos, que Cristo ve en la Iglesia su propia carne para tratarla como a tal. Este misterio estuvo escondido por los siglos, pero ahora, después de la glorificación de Cristo, ha sido revelado a los profetas de la Nueva Alianza, y por esto Pablo puede fundar en esta unión matrimonial de Cristo y de su Iglesia la moral de los casados».

(B) La razón, pues, por la que Pablo añade la frase: *«mas yo lo estoy diciendo con referencia a Cristo y a la Iglesia»* (v. 32b) es para que nadie piense que el «misterio» está en la unión íntima del hombre y la mujer. Adán ciertamente no estaba revelando ningún «misterio» cuando dijo las palabras que leemos en Génesis 2:24. Este «misterio» sólo era tal con referencia a la unión de Cristo con la Iglesia, de forma que, en un solo Cuerpo (la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo—1 Co. 12:13; Col. 1:24—), tuviesen cabida, como miembros del mismo rango, aunque de diversa función, todos los creyentes, tanto de extracción judía como de extracción pagana. El apóstol ha insertado aquí la mención de tal «misterio» únicamente porque le servía para poner de relieve el carácter sobrenatural del matrimonio cristiano.

4. El versículo 33 es una especie de conclusión o compendio de lo que Pablo acaba de exponer concerniente a las relaciones conyugales, pero su conexión con lo que antecede queda algún tanto oscurecida en muchas versiones. La *Nueva Biblia Española* y la de *Las Buenas Nuevas* ofrecen una espléndida traducción, aunque algún tanto libre para los que prefieren fidelidad a la «letra». La mejor versión, por equilibrar la letra y el sentido, es la NVI, que dice así: *«Sin embargo, también cada uno de vosotros debe amar a su mujer como a sí mismo, y la mujer debe respetar a su marido»*. Con ese *«Sin embargo, también …»* (lit. gr. *plen kai)*, el apóstol da a entender que la verdad encerrada en el «misterio de Cristo» tiene *también* aplicación a la ordinaria unión matrimonial entre creyentes cristianos, pues

también en ella el marido debe amar a su mujer como Cristo amó a su Iglesia (comp. con el v. 25), y la mujer debe respetar a su marido, como la Iglesia a Cristo (comp. con el v. 24).

La última frase del versículo 33 dice literalmente: «y *que la mujer tema al marido*». En esa conjunción *«que»* (gr. *hína*, para que, a fin de que) se advierte cierto énfasis, como si dijese: «Y que no se le olvide a la mujer que debe respetar a su marido». El verbo griego es *phobétai* («tema»), pero, como se ha de entender siempre en la Biblia, se trata de un temor reverencial, de un respeto que no está reñido con el amor ni con la confianza íntima. Aunque parezca extraño, el griego no tiene dos vocablos diferentes para distinguir el temor reverencial del miedo, como los tiene el hebreo; pero el contexto indica claramente si el texto se refiere al temor o al miedo.

CAPÍTULO 6

En este capítulo final, I. el apóstol continúa aplicando los efectos de la llenura del Espíritu: 1. Las relaciones familiares entre los hijos y los padres (vv. 1–4), y 2. a las relaciones sociales de siervos y amos (vv. 5–9). II. Pasa luego a tratar de la armadura completa del cristiano (vv. 10–17) y exhorta fervientemente a orar unos por otros (vv. 18–20). III. La Epístola concluye con un breve epílogo personal y con una bendición general, como la comenzó, sin saludos a personas particulares (vv. 21–24).

Versículos 1–4

En esta porción, brevemente condensada en Colosenses 3:20, 21, el apóstol pasa de las relaciones conyugales a las familiares entre padres e hijos.

I. Comienza por los «hijos» (gr. *tékna*, prole de ambos sexos). La construcción griega del comienzo del versículo 1 equivale a: *«Vosotros, los hijos»*, como alertando a las personas a quienes se dirige. El apóstol les dirige una exhortación, la fundamenta bíblicamente, y les presenta las bendiciones, incluso de orden temporal, que la obediencia a tal precepto comporta.

(A) *«Hijos,* dice (v. 1), *obedeced en el Señor a vuestros padres* (gr. *gonéusin*, progenitores; es decir, tanto al padre como a la madre), *porque esto es justo»*. Tres, pues, son las ideas que encierra este versículo: el hecho, el modo y el motivo de tal obediencia. El hecho es que los hijos deben obedecer a los padres. El modo es que han de obedecerles *«en el Señor»*, aunque esta frase falta en algunos MSS notables. Significa «como corresponde a los que viven unidos en el Señor» (Leal), por respeto al Señor y, según ayuda a entenderlo Colosenses 3:20, *«porque esto agrada al Señor»* El motivo que Pablo aduce aquí es *«porque esto es justo»*, esto es, la obediencia a los padres entra dentro de la justicia que el creyente cristiano debe practicar.

(B) El apóstol (v. 2) apoya su exhortación en el quinto mandamiento del Decálogo (Éx. 20:12; Dt. 5:16), e intercala la frase *«que es el primer mandamiento con promesa»*. Esta frase ha dado lugar a disquisiciones sin cuento, ya que, por una parte, también el primer mandamiento del Decálogo llevaba aneja una promesa (v. Éx. 20:6; Dt. 5:10); y, por otra parte, no aparece ninguna otra promesa en el resto del Decálogo, por lo que no podría entenderse por qué dice que «es el *primer* mandamiento con promesa». La única solución está en entender «primero» en sentido de «primordial» (comp. con Lv. 19:3a, donde aparece en primera línea). También «Mateo 23:23 y Marcos 12:28 hablan así en términos de mandamientos de importancia primordial» (Foulkes).

(C) La promesa que Pablo menciona se halla en la última parte de los versículos citados (Éx. 20:12; Dt. 5:16, especialmente en este último): *«para que* (v. 3) *te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra»;* es decir, para que prosperes y vivas muchos años. Una promesa de esta clase tenía, como es obvio, importancia primordial para un israelita, no tanto por los bienes materiales con que la obediencia filial era bendecida, como por la bendición espiritual que comportaba una vida larga y en paz en orden a una prolongada comunión con Jehová, el Dios de Israel y único Dios vivo y verdadero.

2. Se dirige luego el apóstol (v. 4) a los padres (gr. *patéres;* no se incluyen las madres). Advirtamos los siguientes interesantes detalles:

(A) La razón por la que Pablo se refiere aquí a los *padres,* no a las *madres,* es porque va a centrar su exhortación en la corrección y la disciplina que, según la Escritura (Pr. 1:8a es lugar notable. Véase el comentario a dicho lugar), es a los padres a quienes compete administrarlas. El cometido de las madres con respecto a los hijos se halla en Proverbios 1:8b y 1 Timoteo 2:15. Véase comentario en sus lugares correspondientes.

(B) En la administración de esta disciplina han de tener los padres mucho cuidado en no excederse, porque los efectos psicológicos en el hijo o la hija pueden ser desastrosos (v. Col. 3:21). Aquí (v. 4) dice: «*No provoquéis a ira a vuestros hijos*». El verbo (v. en 4:26 el nombre—*enojo*—de la misma raíz) está en presente, lo cual indica que si alguna vez se les escapa alguna explosión de mal genio (a los padres), no insistan en causar un enojo desmedido a los hijos, sino que se dominen a sí mismos. Una obediencia que se impone a base de «palo y tente tieso» no puede producir buenos efectos, pues los niños tienen gran sentido de la justicia y del amor y saben cuándo a los mayores se les va la mano, con lo que se les provoca a enojo, resentimiento, pérdida del necesario afecto y, con frecuencia, a la rebeldía descarada.

(C) El aspecto positivo de la exhortación se halla en la segunda parte del versículo 4: *«sino criadlos en la disciplina e instrucción del Señor»*. Nótense aquí cuatro detalles:

(a) El verbo griego es *ektréphete*, el mismo de 5:29 *(ektrépîhei*, nutre, sustenta), compuesto del prefijo *ek* (de, en sentido de origen) y el imperativo de presente del verbo *trépho*, que significa *alimentar* (v. en Mt. 6:26; 25:37; Lc. 4:16; 12:24; 23:29; Hch. 12:20; Stg. 5:5; Ap. 12:6, 14). Indica, pues, aquí algo así como *«nutrir a los hijos de la propia sustancia de los padres»,* lo cual puede entenderse por haberlo sudado ellos con su trabajo y hasta por «quitarlo de la propia boca», como suele decirse, para que a los hijos no les falte el sustento necesario para que se desarrollen con salud y energías.

(b) El vocablo griego para *disciplina* es *paidéia*, instrucción (que corresponde al hebreo *musar* de lugares como Pr. 1:8a) y del que se derivan vocablos castellanos como «pedagogo» y «pedagogía» (V. un ejemplo notable del uso del verbo correspondiente en 1 Co. 11:32). Aunque los niños no suelen hallar mucho gusto en esta disciplina (comp. con He. 12:11), es, sin embargo, necesaria para que aprendan sabiduría práctica.

(c) El vocablo para *«instrucción»* (mejor, «corrección», correspondiente al hebreo *tokhájat* de lugares como Pr. 3:11) es *nouthesía*, compuesto de *nou*, mente, y *thesía*, colocación o fijación (de la misma raíz que el verbo *títhemi*, poner, colocar). Su etimología indica, pues, *fijación de la mente*, es decir, provisión de criterios sanos acerca de las cosas, que se queden bien fijos en la mente de los niños como «clavos plantados» (Ec. 12:11, literalmente) en forma de convicciones arraigadas.

(d) Al decir *«la disciplina y corrección del Señor»,* Pablo da a entender, como muy bien comenta Foulkes, que se trata de «las que el Señor puede introducir en la vida de un hijo, si los padres llevan a cabo su labor de enseñar y entrenar en la Palabra del Señor». Y añade el mismo autor: «Éste es el más alto deber de los padres cristianos».

Versículos 5–9

En estos versículos el apóstol trata de las relaciones entre amos y criados. Se dirige a los criados (lit. *esclavos,* pues esta condición solían tener los siervos de entonces) en los versículos 5–8, y a los amos en el versículo 9.

1. En la exhortación a los siervos o esclavos, podemos ver el hecho, el modo, el motivo y el resultado.

(A) La exhortación es (v. 5a): «(*Vosotros,* como en vv. 1, 4) *los esclavos* (gr. *Hoi doúloi), obedeced a vuestros señores según la carne»* (lit.), es decir, a vuestros amos terrenales. Opina F. F. Bruce que la exhortación a los esclavos es más extensa que la dirigida a los amos, lo que refleja así probablemente «la estructura social de las iglesias destinatarias». Es cierto que Pablo no exhorta aquí a los esclavos a emanciparse de sus amos, pero véase también lo que dice en 1 Corintios 7:21.

(B) El modo como han de obedecer está expuesto con gran riqueza de matices: (a) *«con temory temblor»*, expresión que, como en los demás lugares, significa «con respeto y sentido de la responsabilidad» (comp. con 1 Co. 2:3; 2 Co. 7:15 y Fil. 2:12). (b) *«con sencillez de corazón»*, es decir, con sinceridad, integridad y laboriosidad. (c) *«como a Cristo»* (la misma frase de 5:22b), pues todo lo que el cristiano lleva a cabo adquiere carácter sagrado (comp. con Ro. 14:7–9); no hay lugar ni tiempo *neutrales* para el creyente: o sirve al Señor o se sirve a sí mismo y al diablo. (d) El versículo 6 amplía esta perspectiva al decir: *«no* (v. 6) *para ser vistos* (no sólo cuando el amo está mirando), *como los que*

quieren agradar a los hombres (y, por eso, fingen que se están desviviendo por quienes les contratan), *sino como esclavos de Cristo, que cumplen la voluntad de Dios de corazón* (lit. *de alma)»*.

(C) La motivación, que ya se apunta en los versículos 5 y 6, se presenta con toda claridad en el versículo 7: *«sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres»*. Todo siervo ha de obrar, como cualquier otro trabajador cristiano, *«con entusiasmo»* (gr. *met' eunóias)* de corazón, mente y voluntad, como quien está sirviendo al Señor y no a los hombres. Dice Barclay: «La convicción del obrero cristiano es que cada una de las piezas de trabajo que produce debe ser lo suficientemente buena como para mostrarla a Dios».

(D) Finalmente, Pablo les recuerda a los esclavos cristianos la cuenta final que todos, *esclavos o libres*, hemos de dar al Señor (v. 8, comp. con Mt. 16:27; 2 Co. 5:10): *«sabiendo que el bien que cada uno haga* (comp. con 1 Co. 15:58; Gá. 6:5, 9; Col. 3:23–25), *ése cosechará de parte del Señor* (lit.), *ya sea esclavo, ya* (sea) *libre»*. Comenta magníficamente Foulkes: «Sabe (Pablo) lo que ha de significar para sus lectores que sean esclavos el practicar lo que les ha dicho. Así que les hace a la memoria que nada hay que no sea presenciado por el Señor en los cielos, nada bien hecho queda jamás hecho en vano. Quizá no les den las gracias en la tierra. Uno puede cosechar únicamente críticas y malentendidos. Pero puede saber que hay una recompensa segura por el servicio fiel».

2. A los amos les dice el apóstol (v. 9): «*Y vosotros, los amos, haced lo mismo con relación a ellos, cesando de amenazar, sabedores de que el Señor de ellos y de vosotros está en los cielos, y que con Él no hay acepción de personas»* (lit.). Con la frase *«haced lo mismo con relación a ellos»,* no quiere decir Pablo que los amos hayan de servir así a los esclavos, sino que también para ellos tienen aplicación los mismos principios sobrenaturales. El terrible látigo estaba constantemente en manos de amos y de capataces, por lo que ese *«cesando de amenazar» o,* mejor aún, *«suspendiendo la amenaza»* es un aviso muy práctico. El motivo, paralelo al que, en el versículo 8, usa para dirigirse a los esclavos, es que nada pasa inadvertido en los cielos para Aquel que es Señor, tanto de los esclavos como de los amos, y a quien nadie, por muy alto que sea su rango social, civil, económico o militar, puede intimidar ni sobornar, pues con Él no valen los favoritismos. A Él tienen que rendir cuentas *tanto el esclavo como el libre* (v. 8b).

Versículos 10–20

El apóstol llega al final de las exhortaciones a los fieles de la región efesina en orden a poner en práctica los principios doctrinales que ha expuesto sobre el misterio de Cristo. Esta última exhortación está dirigida a urgir a los cristianos a mantenerse en guardia contra los enemigos de la Iglesia, los poderes espirituales de maldad (v. 12). Para luchar contra tales enemigos, no valen las armas humanas, por lo que Pablo les exhorta (v. 10) a *robustecerse con el vigor de la fuerza que presta el Señor y a vestirse de toda la armadura* (gr. *panoplían*. Véase los vv. 11 y 13) *de Dios*. Lo repite, a fin de que se les grabe bien. Y da el motivo para ello: Nuestra lucha no es contra hombres (v. 12), sino contra ángeles caídos, pero que conservan toda su fuerza natural y están bajo el mando del poderoso príncipe y dios de este mundo, *el diablo* (v. 11b), cuyas *artimañas* (el mismo vocablo de 4:14) sólo pueden ser descubiertas y derrotadas por un poder mayor (v. 1 Jn. 4:4, comp. con 2 R. 6:16; 2 Cr. 32:7; Sal. 55:8), como es el de Dios. Sólo Dios, pues, puede proporcionarnos las armas que necesitamos para tan desigual combate. Respecto de este combate, el apóstol describe la posición del creyente en el campo de batalla, las armas con que ha de combatir al enemigo y la fuente de la que ha de extraer la energía necesaria para triunfar en esta guerra espiritual.

1. En cuanto a la posición que hemos de observar en el campo de batalla, el apóstol no deja lugar a dudas de que es una posición *defensiva*. Tres veces, en el espacio de cuatro versículos, usa Pablo el verbo *hístemi*, estar firme, en aoristo segundo ingresivo *(sténai*—v. 11—, *sténai*—v. 13—, *stéte*—v. 14—), y una vez el verbo compuesto de *hístemi*, también en aoristo segundo ingresivo, *antisténai*, resistir (v. 13). Incluso *la espada del Espíritu* del versículo 17 es arma defensiva; no es la *rhomphaía* o espada larga, de ataque, que sale de la boca del Verbo de Dios (Ap. 19:15), sino la *mákhaira*, daga o machete para el combate cuerpo a cuerpo, que llevaban al costado los soldados, y aun en nuestro siglo lo llevaban los soldados en la punta del fusil para el combate a la bayoneta. La razón de esto es que el enemigo está ya de antemano derrotado legalmente en la Cruz del Calvario (v. Col. 2:15) y no puede ganar la guerra, no puede sacarnos de nuestra firme plataforma de victoria en Cristo; lo que sí puede hacer es que caigamos al suelo dentro de la posición que ocupamos. Por eso, urge el apóstol a *«estar firmes»* y a *«resistir»*, pero

no a «atacar» ni a «avanzar» (en este campo, se entiende). *«El día malo»* (v. 13) indica, como dice Foulkes, «el tiempo en que el conflicto ha de ser más duro, tanto por la persecución que viene de fuera como por las pruebas que surgen dentro de la comunión cristiana». La última frase del versículo 13: «*y manteneros firmes después de llevar a cabo magníficamente todas las cosas*» (lit.), expresa el triunfo después de un combate estupendamente peleado (comp. con 1 Co. 9:25 y ss.; Fil. 1:30; 1 Ti. 1:18; 6:12; 2 Ti. 4:7).

2. En cuanto a la armadura espiritual, está expresada metafóricamente en términos de las armas que, en tiempo de Pablo, llevaban para su defensa los soldados griegos y romanos, aunque acomodadas al sentido que ofrecen pasajes del Antiguo Testamento tales como Isaías 11:5; 49:2; 59:17, etc. Notemos que las armas son *seis* y cubren todo el cuerpo. Hendriksen hace observar el orden perfecto en que están dispuestas: «El soldado, antes que ninguna otra cosa, se sujetaría bien el *cinturón*, se pondría luego la *coraza* y se calzaría las *sandalias*. También, después de agarrar con la izquierda el escudo y llevándolo sujeto, no podría muy bien proseguir su acción inmediatamente tomando con la derecha la espada, no puesta en la vaina sino *sujetándola* preparada para su uso inmediato, ya que, en tal caso, no le quedaría ninguna otra mano con que tomar el yelmo. De ahí que el orden sea: *escudo, yelmo, espada*». Veamos ya el significado espiritual de cada una de estas armas (seguiremos la NVI):

(A) *«Permaneced firmes, pues, con el cinturón de la verdad ceñido a vuestra cintura»* (v. 14a). ¿Cuál es este *«cinturón de la verdad»?* Contra la opinión de Leal, quien entiende por «verdad» el Evangelio, la Palabra de Dios, etc., no cabe duda de que está en lo cierto Foulkes cuando dice: «Podemos concluir que no es la verdad del Evangelio lo aludido aquí, sino el ceñirse la verdad en sentido de integridad, "la verdad en lo íntimo", de la que habla el Salmo 51:6».

(B) *«Vestidos con la coraza de justicia»* (v. 14b). La «*justicia*» a la que aquí se refiere el apóstol no puede ser la «justicia imputada» de Romanos 3:21 y ss., pues con ésa no nos cubrimos nosotros mismos, sino que es Dios quien nos cubre con ella (2 Co. 5:21), además de que ésa no pertenece al combate del creyente, sino a la justificación del pecador. Se trata, pues, de la «justicia practicada», la cual, para proteger al creyente, debe ser total (comp. con Stg. 2:10, 11), ya que, de lo contrario, sería una coraza que no cubre todo el pecho y, por cualquier parte que quedase al descubierto, podría introducir el enemigo sus dardos.

(C) *«Y calzados los pies con el evangelio de la paz»* (v. 15). Hay quienes toman el vocablo griego *hetoimasla* (única vez que tal término ocurre en el Nuevo Testamento) como «preparación», presteza para llevar a los demás las Buenas Nuevas del Evangelio de la salvación. Pero tal idea está totalmente fuera del contexto actual, que no es misional, sino de defensa. El sentido de *hetoimasía* en este contexto es de «preparación», sí, pero no para salir a misionar, sino como «condición para pisar suelo firme». Este calzado equivale, pues, a «las sandalias del soldado romano reforzadas con clavos» (Foulkes). Tenemos aquí, como hace notar Foulkes, la paradoja de que, aun en lo más recio del combate, el creyente cristiano puede gozar de paz interior (v. Jn. 16:33), por cuanto está seguro de la victoria que, con la gracia de Dios, va a conseguir en cada batalla.

(D) *«Además de todo esto, tomad (analabóntes,* el mismo verbo del v. 13, y también en aoristo ingresivo, aunque aquí está en participio; en el v. 13, está en imperativo) *el escudo de la fe, con el cual podéis extinguir todos los dardos encendidos del maligno* (es decir, del diablo)» (v. 16). Cuatro detalles son de notar aquí:

(a) El verbo usado para *«tomar»* significa literalmente «recoger» o «levantar del suelo». Esto expresa la iniciativa voluntaria del soldado cristiano en empuñar este escudo.

(b) El *escudo* que Pablo menciona no es el *aspís* o escudo pequeño, redondo, de unos 70 cm de diámetro, que usaban los soldados de a caballo, sino el *thureós* o escudo alargado, de más de un metro de largo, «que cubría desde la espinilla, a la altura de las rodillas, hasta la altura de los ojos» (Lenski).

(c) Pablo lo llama *«el escudo de la fe»,* y entiende *«fe»* como firme adhesión a la verdad revelada, pues ésta es *la fe que vence al mundo* (1 Jn. 5:4). Esta firme adhesión a la verdad comporta igualmente una firme confianza en el poder de Dios (comp. con Lc. 8:49, 50). Dice Moule: «La verdadera salvaguardia en el día malo está siempre, no en la introspección, sino en esa mirada totalmente hacia fuera, hacia Dios, que es la esencia de la fe (v. Sal. 25:15)».

(d) El apóstol habla de *«extinguir* (con el escudo) *los dardos encendidos del maligno»,* aunque el escudo no servía para apagar dardos, sino para hacer que cayesen al suelo. El sentido, pues, es que la fe torna inofensivos aun los más fuertes ataques del diablo.

(E) *«Tomad* (gr. *déxasthe*, recibid o aceptad, en imperativo de aoristo) *el yelmo de salvación»* (v. 17a). Lo primero que notamos aquí es que el verbo griego es muy distinto del usado en los versículos 13 y 16. Aquí significa «recibir» o «aceptar», porque tanto la salvación como la Palabra de Dios (yelmo y machete respectivamente) nos son otorgados como regalo de Dios, no nos los procuramos nosotros mismos. Llama «yelmo» a la salvación porque la seguridad de la salvación presente y futura (comp. con 1 Ts. 5:8) es la mejor protección para la cabeza, es decir, para que la mente del creyente no se vea jamás sacudida por tentaciones de duda y de inseguridad.

(F) El apóstol añade al yelmo (v. 17b) *«la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios»*. Ya dijimos que el término griego para «espada» es *mákhaira*, machete o daga. El mismo vocablo aparece en Hebreos 4:12, en sentido de bisturí que penetra hasta lo más profundo del hombre, a fin de ponerlo al descubierto y separar lo falso de lo verdadero, con lo que pueden extirparse mejor los tumores y restaurarse la salud espiritual de la persona (comp. con Is. 11:4; Os. 6:5). Aquí, dice Foulkes, «la idea es que la Palabra de Dios es un arma defensiva para la persona que la empuña. Podemos ver en las respuestas que Cristo dio al Tentador, cómo se debe manejar esta espada: recurrir a la Palabra de Dios. Se llama *"la espada del Espíritu"* porque es el Espíritu Santo quien nos provee de ella (v. 3:5; 2 Ti. 3:16; He. 3:7; 9:8; 10:5; 1 P. 1:11; 2 P. 1:21)». Dice Moule: «Él (el Espíritu) le pone (al creyente) la espada en la mano y le capacita para usarla».

3. Todas estas armas resultarían ineficaces para resistir al enemigo de las almas si no fuese por la ayuda decisiva que les presta la oración (vv. 18–20), por lo que el apóstol, tras de presentar todas las piezas de *la armadura de Dios*, describe el papel de la oración en esta lucha mediante la conexión con que comienza el versículo 18: *«por medio de toda oración, etc.»…* Aunque la oración no es un arma más de la panoplia del cristiano, aparece en séptimo lugar como el espigón de la *menorah* o candelabro de oro que, con los otros seis brazos, hacía que fuesen *siete* las lámparas que alumbraban delante de Jehová (comp. con Is. 11:1, 2). Para entender el papel de la oración en esta lucha, no hace falta echar mano de ninguna ilustración humana, sino acudir a Éxodo 17:8–16, donde vemos que la gran batalla contra Amalec no se ganó con el número ni por la fuerza de los ejércitos de Israel, sino por la intercesión de Moisés en la cumbre del collado de Refidim. Véase también Zacarías 4:6b: *«No con la fuerza, ni con el poder, sino sólo con mi Espíritu, dice Jehová de las huestes»*. Estos versículos 18–20 del capítulo final de *Efesios* merecen un análisis especial.

(A) Veamos primero su versión literal: *«Mediante toda oración y petición orando en todo tiempo en el Espíritu, y estando en vela para ello con toda perseverancia y petición por* (gr. *perí*, acerca de) *todos los santos, y por (hupér*, a favor de) *mí, a fin de que me sea dada palabra* (gr. *lógos) en el abrir de mi boca, para dar a conocer con denuedo* (gr. *parrhesía) el misterio del evangelio, por* (gr. *hupér) el cual actúo como embajador en cadenas, para que en ello* (esto es, en el desempeño de tal función) *me exprese con franqueza* (libertad y denuedo) *como es menester que yo hable»*.

(B) No puede menos de impresionar a cualquier lector atento ese cuádruple *«toda», «todo», «toda», «todos»*, que vemos en el versículo 18. La importancia de la oración queda bien manifiesta ahí en:

(a) La universalidad en las formas de oración: *«mediante toda clase de oración* (ahí se incluyen la oración de alabanza y de acción de gracias, conforme a 5:19, 20) y *de petición»* (la cual, tanto por nosotros mismos como por otros, ocupa un segundo lugar).

(b) La universalidad en los tiempos de oración: *«en todo tiempo»*. El griego *kairós*, oportunidad u ocasión (el mismo vocablo de 1:10; 5:16), da a entender, como observa Foulkes, «que todo incidente de la vida debe ser tratado en la oración».

(c) La universalidad en los lugares de oración queda expresada suficientemente con la frase *«en el Espíritu»* (comp. con Ro. 8:26 y ss.), pues nos recuerda lo que dijo el Señor a la samaritana junto al pozo de Jacob (Jn. 4:21–24).

(d) La totalidad en la constancia con que se ha de velar en oración: *«estando en vela para ello con toda perseverancia y petición»*. El verbo griego *agrupnéo*, que aquí usa el apóstol, ocurre también en Mateo 13:33; Lucas 21:36 y Hebreos 13:17, siempre en sentido de *velar*. Su etimología es muy curiosa, pues está formado por el verbo *agréo*, cazar, y *húpnos*, sueño, con lo que se expresa gráficamente el esfuerzo que el pastor realiza a fin de no dormirse, ya que el sueño del pastor suele resultar en tragedia para las ovejas. No es tan fuerte como su sinónimo *gregoréo*, vigilar con esfuerzo, pero es muy expresivo. Esta vigilancia insomne es la que Pablo recomienda en la oración y súplica.

(e) La universalidad de los beneficiarios de la oración (vv. 18b, 19a): *«por todos los santos; y por mí …»,* dice. Los «santos», como en otros lugares de esta misma epístola (1:1, 15, 18; 2:19; 3:8, 18; 4:12; 5:3), son los fieles cristianos. El apóstol no se tiene a sí mismo por autosuficiente; por eso, pide también oraciones por él mismo; tanto más cuanto que la misión que se le había confiado requería un denuedo especial.

(C) Mucho denuedo necesitaba el apóstol para proclamar *el misterio del Evangelio,* que, como en 3:4, es *«el misterio de Cristo»,* según puede comprobarse por el lugar paralelo en Colosenses 4:3. El «abrir de la boca» es una expresión que pone de relieve la importancia y solemnidad de lo que se va a decir. Por eso, lo que directamente requiere que se pida para él es *«que le sea dada palabra»,* no sólo «expresión» (gr. *rhéma*. V. el v. 17 al final), sino «mensaje» (gr. *lógos).* Una clara indicación de la importancia que Pablo daba al denuedo, la libertad y franqueza (sin compromisos ni medias tintas) en la proclamación del Evangelio, es que, tras de pedir oración *a fin de que le sea dada palabra para dar a conocer con denuedo, etc.* (v. 19b), vuelve a pedir oraciones *a fin de que en el desempeño de su embajada se exprese con denuedo como es menester que él hable* (v. 20b).

(D) Finalmente, no debe pasarse por alto la paradoja «*embajador en cadenas*» (v. 20a), que tan brillantemente comenta W. Hendriksen del modo siguiente: «¡Qué paradoja! ¿No se supone que un *embajador* esté en situación de *libertad?* Pero aquí tenemos un representante oficial de Aquel que es Rey de reyes y Señor de señores, ¡y *este* embajador está encadenado!»

Versículos 21–24

El apóstol termina la carta con un pequeño mensaje y la bendición final. 1. El pequeño epílogo de los versículos 21 y 22 se halla, casi a la letra, en Colosenses 4:7, 8 (donde veremos las variantes). En Él comunica Pablo a los creyentes de la región efesina que Tíquico, el portador de la carta, les hará saber los asuntos del apóstol y lo que está llevando a cabo (gr. *prásso,* hacer concreto,—el verbo está en presente de indicativo—). Llama a Tíquico (v. 21b) *«el amado hermano y fiel ministro* (gr. *diákonos) en el Señor»,* frase con que se expresa la vital relación con Jesucristo en el ministerio y en toda la conducta. Con las noticias que Tíquico les llevará, quedarán *consolados los corazones de los efesios* (v. 22b). Para más información de este Tíquico, véanse Hechos 20:4; Colosenses 4:7; 2 Timoteo 4:12 y Tito 3:12.

2. La bendición final difiere mucho de la brevísima que hallamos en Colosenses 4:18b. Dice así literalmente (vv. 23, 24): *«Paz a los hermanos y amor con fe* (gr. *metá písteos,* acompañado de fe), *de parte de* (gr. *apó,* como lugar del que procede) *Dios Padre y de(l) Señor Jesucristo. La gracia* (sea) *con todos los que aman* (participio de presente) *a nuestro Señor Jesucristo en incorrupción* (esto es, con un amor que nunca se desvanece ni se altera)». El «Amén» que aparece en nuestras versiones no tiene base textual, y es añadidura de copista a fin de seguir la misma pauta, por ejemplo, de Gálatas 6:18b. Hendriksen hace notar que la relación entre las cualidades espirituales que Pablo menciona es mucho más rica de lo que la simple secuencia «gracia» + «fe» + «amor» + «paz» podría indicar. «Cada cualidad, dice, tan pronto como se halla presente, reacciona sobre las otras y las enriquece. Cuanto más ejercita alguien su fe en el Señor Jesucristo, tanto más también la obra de la gracia divina florece en su vida; y lo mismo ocurre con las demás. El amor ha sido descrito como el fruto de la fe, pero también enriquece a la fe, etc.». El apóstol termina su carta deseando a los fieles de la región efesina la gracia y la paz con que acompañó su saludo inicial (1:3).

FILIPENSES

Filipos era una ciudad importante de la región occidental de Macedonia. Pero es más importante para los cristianos a causa de la carta inspirada que el apóstol dirigió a los creyentes de esta ciudad cuando estaba preso en Roma. A Pablo se le nota un afecto especial hacia la iglesia que había en Filipos y en cuya fundación había sido él mismo el medio escogido por Dios para plantarla; en atención a esto, sentía una ternura paternal muy particular hacia ella, así como una preocupación especial por sus problemas. Habiéndoles engendrado mediante el Evangelio, estaba deseoso de criarlos y nutrirlos con el mismo Evangelio. I. Recordemos que fue llamado de forma extraordinaria a predicar el Evangelio en la ciudad de Filipos. Tuvo en la noche una visión: *Un varón macedonio estaba en pie, rogándole y diciendo: Pasa a Macedonia y ayúdanos* (Hch. 16:9). Vio, pues, que Dios marchaba delante de él. II. En Filipos sufrió graves aflicciones; con todo, no perdió por eso su afecto hacia dicha ciudad. Nunca debemos amar menos a nuestros amigos por el hecho de que nuestros enemigos nos traten peor. III. Los comienzos de dicha iglesia fueron muy pequeños; pero eso no le desanimó. Si no se ve mucho fruto al principio, quizás está madurando para rendir después más. IV. Parece ser que esta iglesia de Filipos creció después hasta llegar a ser una floreciente comunidad; en particular, los hermanos de allí se portaron muy amablemente con Pablo, pues él expresa su reconocimiento por un presente que le habían enviado (4:18), y esto fue cuando ninguna otra iglesia comunicaba así con él con respecto al dar y recibir (4:15b).

En cuanto a la división de la Epístola, seguiremos los epígrafes de la *Ryrie Study Bible:*

I. Saludos y expresiones de gratitud (1:1–11).
II. Circunstancias personales de Pablo: la predicación de Cristo (1:12–30).
III. El modelo de la vida cristiana: la humillación de Cristo (2:1–30).
IV. La meta de la vida cristiana: el conocimiento de Cristo (3:1–21).
V. La paz de la vida cristiana: la presencia de Cristo (4:1–23).

CAPÍTULO 1

I. Tenemos primero la inscripción y la bendición (vv. 1, 2). II. Pablo da gracias a Dios por los creyentes de Filipos (vv. 3–6). III. Habla, 1. del gran afecto que les tiene (vv. 7, 8); 2. de las oraciones que eleva por ellos (vv. 9–11); y 3. de su preocupación por impedir que hallen algún tropiezo en los sufrimientos que él padece (vv. 12–20). IV. Expresa su disposición a glorificar a Cristo, ya sea por vida o por muerte (vv. 21–26). V. Concluye este capítulo con una doble exhortación a la seriedad y a la constancia (vv. 27–30).

Versículos 1–2

1. Las personas que dirigen la Carta: *Pablo y Timoteo, siervos* (gr. *doúloi,* esclavos) *de Jesucristo.* El más alto honor del más grande apóstol y de los más eminentes ministros de Dios es ser los siervos de Jesucristo; no los amos de las iglesias, sino los esclavos de Cristo.

2. Los destinatarios de la Carta: (A) «*A todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos*». Menciona a la congregación antes que a sus líderes, porque los ministros están puestos para la congregación, no las congregaciones para los ministros; éstos son, no sólo los siervos de Cristo, sino también los siervos de la iglesia en atención a Cristo. Va dirigida *a todos los santos,* al uno lo mismo que al otro y al de más allá, incluso a los más débiles, a los más pobres y a los de menores dones. Cristo no hace diferencia; el rico y el pobre se encuentran por igual en Él: *«santos en Cristo Jesús»*. Fuera de Cristo, los mayores santos aparecerían como los más perdidos pecadores, indignos de comparecer ante la presencia de Dios. (B) *«Con los supervisores* (gr. *episkópois*, que también suele traducirse por *«obispos»,* pero es preferible evitarlo por la idea que comporta de «dignatario eclesiástico») y *diáconos»*. Para ver la identificación de supervisores u obispos con ancianos o presbíteros, véase Hechos 20:17, 18. Las funciones de supervisores y diáconos y las cualidades que respectivamente en ellos se requieren serán estudiadas en el comentario a 1 Timoteo 3:1–13.

3. La bendición que a continuación del saludo profieren el apóstol y Timoteo, su asistente (v. 2): *«Gracia y paz a vosotros, de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo»*. Esta bendición, que viene repitiéndose en todas las Epístolas de Pablo, con ligeras variantes en Gálatas 1:3, fue comentada en Romanos 1:7b, adonde remitimos al lector.

Versículos 3–6

El apóstol procede a continuación a dar gracias a Dios por los santos que hay en Filipos. Vemos:

1. Pablo los tenía constantemente en la memoria, como se echa de ver por las expresiones que emplea en los versículos 3, 4, 7 y 8. Dice literalmente en el versículo 3: *«Doy continuamente gracias a mi Dios en todo el recuerdo de vosotros»;* es decir, *«siempre que me acuerdo de vosotros»*. Tan frecuente era la gratitud que expresaba a Dios por ellos, como frecuente era el recuerdo que tenía de ellos. Gran consuelo era para los fieles de Filipos saber que el gran apóstol les tenía constantemente en su memoria.

2. Los recordaba *con gozo* (v. 4). A pesar de los malos tratos que en Filipos había recibido, recuerda con gozo la ciudad de Filipos. Tan lejos estaba de avergonzarse de ellos o de aborrecer el recuerdo del escenario de sus padecimientos, que lo recuerda con gozo.

3. Los recordaba en oración: *«Siempre, en toda petición mía por todos vosotros, con gozo la súplica haciendo* (participio de presente)» (lit). Nótese ese *«siempre»,* colocado por énfasis a la cabeza del versículo, y el *«toda»* (gr. *páse*): *toda clase* de oración y *toda ocasión* en que ora por ellos. La mejor memoria que podemos hacer de nuestros amigos es recordarlos ante el Trono de la gracia. Observa A. Segovia que el gozo «es la nota dominante de la carta: 1:18, 25: 2:2, 17, 18, 28, 29; 3:1; 4:1, 4, 10. No siempre el recuerdo de los fieles alegraba a Pablo».

4. Expresa a continuación el motivo principal que tenía para gozarse en el recuerdo y en la oración por ellos (vv. 5, 6): «A *causa de* (*epí* con dativo) *vuestra comunión en* (lit. *hacia) el Evangelio desde el primer día hasta ahora»* (v. 5). Con esto, da a entender el apóstol que los fieles de Filipos habían cooperado con él, responsabilizándose en la obra de extender el Evangelio de Cristo. El *«compañerismo»* (lit. *comunión)* de los fieles de Filipos *«con respecto al Evangelio»* no puede entenderse meramente de la

participación en el dar y recibir (4:15), sino que da a entender su cooperación en todo lo que atañía a la extensión del Evangelio que Pablo proclamaba. Esta disposición de ellos se había manifestado ya *«desde el principio»,* como puede verse, por ejemplo, en Hechos 16:40. La frase *«desde el primer día»,* dice A. Segovia, «se entiende obviamente de actos repetidos».

5. Esta fidelidad, mostrada desde el primer día por los fieles de Filipos, llenaba de optimismo el corazón de Pablo en cuanto al porvenir espiritual de ellos, pues añade (v. 6): *«estando persuadido* (el verbo está en participio de pretérito perfecto, e indica una persuasión que comenzó tiempo atrás y continúa hasta el presente) *de esto mismo, que el iniciador de* (esta) *buena obra, la irá llevando a feliz término hasta el día de Cristo Jesús»* (lit.). La fraseología del apóstol en este versículo merece un análisis detallado:

(A) El apóstol no expresa una mera conjetura al decir que *está persuadido* de la perseverancia de los filipenses en el bien. El mismo verbo, y en el mismo tiempo (pretérito perfecto), ocurre frecuentemente en las epístolas de Pablo y, especialmente, en ésta (v. 1:14, 25; 2:24; 3:3, 4, además de 2 Ts. 3:4; 2 Ti. 1:5, 12 y Flm. v. 21). Pablo estaba tan seguro de la perseverancia de los filipenses como de la suya (2 Ti. 1:12).

(B) Esta seguridad estaba basada en que *«el que había comenzado» (el iniciador de) «esta buena obra en los filipenses, la había de llevar a su completa perfección* (según la fuerza que al verbo *epitelései* le da el prefijo *epí) hasta el día de Cristo Jesús»,* esto es, hasta el día de rendir cuentas ante su santo tribunal. De la misma manera que el inicio de nuestra salvación fue obra exclusiva de la soberana y libre iniciativa divina, así también la consumación de la salvación es obra de la gracia y del poder de Dios (v. Jn. 10:28, 29). La perseverancia de los santos se debe enteramente, no al esfuerzo de ellos, sino a la preservación de Dios.

(C) *El día de Cristo Jesús* (v. 6b, como en el v. 10; 2:16 y 1 Co. 1:8) NO es el día del Juicio Universal, sino el día en que el Señor vendrá *por* los suyos (1 Ts. 4:15, 16). Es una grave equivocación confundir el *tribunal* (gr. *bema)* de recompensas de Cristo (v. Ro. 14:10; 2 Co. 5:10, comp. con 1 Co. 3:13–15), con el *thrónos* del Juicio Final (v. Ap. 20:11).

Versículos 7–11

En esta porción, el apóstol expresa su afecto hacia los fieles de Filipos, y les ruega que el amor que ellos manifiestan crezca y abunde en conocimiento y percepción espiritual.

1. Expresa primero (vv. 7, 8) el ardiente afecto que les tiene. *«Os llevo en mi corazón»,* les dice (recuérdese el comentario a Gá. 6:2). Y declara a continuación por qué *es justo que sienta así de ellos* (v. 7a):

(A) *«Porque* (v. 7b) *ya sea que esté encadenado o defendiendo y confirmando el evangelio, todos vosotros participáis conmigo de la gracia de Dios»* (NVI). A esta «comunión» o «compañerismo», se había referido el apóstol ya en el versículo 5. Les amaba porque habían estado a su lado en las crudas y en las maduras, como suele decirse; en las persecuciones que había sufrido y en las consolaciones que había sentido al ver los frutos de la gracia de Dios en su predicación del Evangelio.

(B) Este compañerismo o participación de los filipenses en los sufrimientos y en los gozosos momentos de Pablo era tan evidente, que al apóstol le parecía *justo,* un deber y una cosa puesta en razón, el *sentir* (gr. *phronéin*, el mismo verbo de 2:5, entre otros lugares) *así de ellos, pues,* dice, *os llevo en mi corazón.* Comenta Lenski: «Pues si no hubiera recordado y tenido en cuenta estas cosas, su propio corazón le condenaría». Las buenas personas tienden siempre a pensar bien (comp. con 1 Co. 13:7 *«todo lo cree»*).

(C) Pablo apela a Dios, y le pone por testigo del amor que les tiene (v. 8): *«Porque Dios me es testigo de cómo os añoro a todos vosotros con el entrañable amor* (lit. *en las entrañas) de Cristo Jesús»*. Pablo anhelaba la presencia de los fieles de Filipos con un anhelo sobrenatural, superior a todo anhelo, a todo afecto, meramente humano. Como explica Tillmann: «los anhelos del apóstol brotan del intenso amor con que Cristo ama a los suyos; son deseos acrisolados y santificados en el amor de Cristo».

2. Pasa luego a hacerles un ruego (vv. 9–11). Vemos:

(A) Lo que ruega (v. 9): «Y *éste es mi ruego: que vuestro amor abunde más y más en conocimiento (epignósei,* conocimiento pleno, como en Efesios 4:13, por ejemplo) y *profundidad de percepción»* (NVI), «*y en toda percepción»* (lit.). El vocablo griego *aísthesis*, de donde procede el castellano

«estética», significa la capacidad de captar bien el sentido de las cosas; de ahí su relación con el arte en sus múltiples facetas: literatura, pintura, música, etc. Afecta, pues, al sentimiento, que es una de las tres facultades espirituales del hombre (las otras dos son la inteligencia y la voluntad). Las tres quedan aludidas aquí, pues, además del *pleno conocimiento* y de la *percepción* (relacionada con el sentimiento), Pablo ha mencionado (v. 7) el *corazón,* vocablo que, como advierte Lenski, «significa mucho más en el griego que en nuestro propio idioma; para el griego el corazón no es el lugar de las emociones; éstas están situadas en las entrañas (v. 8). El corazón es el centro de la personalidad … es decir, de la mente, el sentimiento y la voluntad, especialmente de estas últimas».

(B) El fin próximo de este ruego (v. 10): *«A fin de que aquilatéis vosotros* (gr. *eis to dokimázein humás*, la misma frase de Ro. 12:2b), es decir, *discernáis o descubráis* (con vuestra *percepción) lo mejor,* lo que más vale (gr. *ta diaphéronta:* las cosas que llevan una diferencia; ventajosa, se entiende), *para que seáis sinceros* (lit. sin mezcla) *e intachables* (lit. sin tropiezo) *para el día de Cristo»* (lit.). Lenski explica así la diferencia entre *eilikrinéis*, usado aquí por «sincero» y *katharós*, que también comporta la idea de pureza: «La otra etimología (la más probable de *eilikrinéis)* se refiere al agitar un cedazo para separar todas las sustancias inútiles. La diferencia entre esta clase de limpieza y la expresada por *katharós* (ambas palabras se hallan a menudo unidas) es la de que la mixtura ensucia, y que de nuevo la mancha o suciedad se adhiere a algo». Al comparar este versículo con Efesios 5:27, puede notarse el sentido escatológico también aquí.

(C) El fin último es (v. 11) *la gloria y la alabanza de Dios,* en la que, al fin y al cabo, redundan todas las obras buenas de los creyentes; sobre todo, cuando *están llenos de fruto* (lit.) *de justicia, del que* (es) *por medio de Jesucristo,* esto es, del fruto que se produce en virtud de la unión vital con el Señor (Jn. 15:1, 4, 5, 8, 16). Solamente por medio de la unión con Cristo, puede el fruto de la rectitud moral, de la justicia cumplida, brotar, crecer y madurar.

Versículos 12–20

Pablo estaba preso en Roma cuando escribía esta Epístola. Esto podía ser un tropiezo para quienes habían recibido el Evangelio por ministerio de él, ya que sentirían la tentación de avergonzarse por compartir sus ideas religiosas, no fuese que también ellos se viesen implicados en la misma aflicción que él padecía. Para que nadie se eche atrás ante «el escándalo de la Cruz», Pablo va a declarar las maravillas de la química divina al extraer de un mal como era su propio confinamiento un bien tan grande como la extensión del Evangelio.

1. Es cierto que padecía a manos de los enemigos jurados del Evangelio, pero esto no debía servir de ningún tropiezo a los creyentes (v. 12): *«Quiero que sepáis, hermanos, que las cosas que me han sucedido* (lit. *las cosas concernientes a mí) han redundado más bien para el progreso del evangelio».* En ese *«quiero* (gr. *boúlomai*, el verbo fuerte para expresar voluntad decidida) *que sepáis»,* se nota el interés del apóstol por quitar a sus lectores toda preocupación por la situación en que él se hallaba; como diciéndoles: «Mirad, lo que me ha ocurrido, lejos de impedir el progreso del Evangelio, lo ha promovido y acelerado». De dos maneras había obtenido su encarcelamiento este resultado favorable:

(A) Primero, hacia los de fuera (v. 13): *«hasta el punto de que mis cadenas se han hecho manifiestas en Cristo en todo el pretorio y a todos los demás»* (lit.). No cabe duda de que habría en Roma otros prisioneros que habrían apelado al César, pero el caso de Pablo era único: él no se hallaba allí por ningún motivo político, ni por ningún crimen ni por alterar la paz del Imperio; *era manifiesto, evidente a todos, que sus cadenas se debían a su condición de fiel seguidor de Cristo y de valiente proclamador del misterio.* Esto se sabía, no sólo *en todo el pretorio,* es decir, entre los oficiales del cuartel general de la guardia pretoriana y del ejército (no del palacio del César), sino también *entre todos los demás* que, en la capital del Imperio, se enteraban del caso del apóstol. Sus mismas cadenas eran el mensaje más elocuente.

(B) Después, hacia los de dentro (v. 14): «y (hasta el punto de que) *la mayoría de los hermanos, alentados* (gr. *pepoithótas*, el mismo vocablo con que comienza el v. 6, aunque ahora en plural y en acusativo) *en el Señor por mis cadenas, se atreven más abundantemente a hablar sin miedo la palabra»* (lit.). La mayoría de los creyentes que se hallaban en Roma, al ver la forma en que Pablo llevaba aquellas cadenas por amor a Cristo y por la causa del Evangelio, en lugar de avergonzarse, de cesar en la proclamación del Evangelio y en las alabanzas al Señor, se mostraban mucho más valientes y atrevidos para dar a conocer constantemente (el verbo *hablar* está en presente) el mensaje cristiano. El gozo de

Pablo en circunstancias externas tan poco propicias para la alegría les alentaba a ellos a sufrir por el mismo Maestro que tales consuelos otorga a los que padecen por Él. Si llegaba a ocurrir que les llevaban del púlpito a la cárcel, de buena gana irían, pues allí habrían de hallarse en tan buena compañía.

2. También padecía por parte de falsos amigos, lo cual era más triste, pero tampoco esto le arredraba (vv. 15–18). Estos versículos son prueba evidente de la extraordinaria magnanimidad y pureza de intención del apóstol.

(A) Entre los que, durante el encarcelamiento de Pablo, se dedicaban a la predicación del Evangelio, no todos obraban con la misma pureza de intención que el apóstol. Dice Lenski: «Todo ese oro que suponía el hablar intrépidamente de la Palabra en Roma no estaba libre de escoria. Ahora debemos recordar el versículo 10, la oración de Pablo para que los filipenses pudieran ser "puros y sin ofensa"». Comoquiera que Pablo no podía extender mucho el ámbito de su predicación, al estar encarcelado, otros *(«hermanos»,*—v. 14—) suplían de algún modo la ausencia del apóstol, incluso en Roma, al proclamar también el Evangelio. Pero no todos predicaban con la misma pureza de intención; la NVI da el orden correcto de los versículos 16, 17.

(a) *«Cierto que algunos predican a Cristo por envidia y rivalidad»* (v. 15). Detalla un poco más el motivo de éstos en el versículo 17: *«Los primeros predican a Cristo por ambición egoísta, no sinceramente, pensando que aumentan mis dificultades mientras estoy encadenado».* Éste es un fenómeno que se ha dado en todas las épocas de la Iglesia. Estos predicadores se aprovechaban de la situación de Pablo para tratar de brillar ellos mismos con el intento de mostrar que Pablo no era el único predicador dotado de las mejores cualidades para ese ministerio. Dice Lenski: «Muchos individuos de este tipo han aparecido en la Iglesia, llenos de envidia porque Dios ha dado a otros mayores dones y puestos de mayor influencia. Sienten como una estocada en su interior, al ver reducirse su autoridad y el número de sus seguidores, y por tanto critican, encuentran fallas y levantan polémicas. No es maravilla que hubiera algunos de ésos en Roma».

(b) *«Pero otros de buena voluntad. Estos últimos lo hacen en amor sabiendo que estoy puesto aquí para defensa del Evangelio»* (vv. 15b, 16). No todos predicaban llevados de la ambición personal y de la envidia. Había también quienes predicaban el Evangelio *de buena voluntad,* con rectitud de intención y de buen grado, por amor a Cristo y por amor, también, al apóstol, sintiéndose santamente orgullosos de ser sus colaboradores en la misma viña del Señor (1 Co. 3:5–9). Éstos se percataban de que Pablo estaba puesto por Dios *para defensa* (gr. *apologuían*, el mismo vocablo de 1 P. 3:15) *del Evangelio.* Hay quienes opinan que *«puesto»* indica «puesto en cadenas» (comp. con el v. 7, que reúne ambos aspectos), pero es más probable la primera interpretación.

(B) La reacción de Pablo es digna del gran apóstol (vv. 18–20). Los que predicaban a Cristo por envidia se equivocaban de puerta, como solemos decir. «Comprendían mal al hombre que intentaban afligir» (Lenski). Veamos esos tres versículos en la NVI: *«Pero, ¿qué importa? Lo importante es que en cualquier caso, ya sea por motivos falsos o verdaderos, Cristo es predicado, y yo me regocijo a causa de esto. Sí, seguiré regocijándome, porque sé que por vuestras oraciones y la ayuda del Espíritu de Jesucristo, lo que me ha ocurrido desembocará en mi libertad. Anhelantemente espero que en ninguna manera seré avergonzado, sino que tendré el valor suficiente para que, ahora como siempre, Cristo sea exaltado en mi cuerpo, ya sea por vida o por muerte».* La reacción de Pablo muestra la grandeza de su alma. Varios detalles son dignos de análisis:

(a) A Pablo le interesa únicamente que *Cristo sea predicado* y, por lo que él insinúa, se ve que los que predicaban por envidia, predicaban, no obstante, de forma correcta el Evangelio. Al apóstol le tienen sin cuidado las intenciones *en comparación con el resultado,* no en sí mismas (¡no lo entendamos mal!)

(b) A. Segovia halla una «fina ironía» en las frases del versículo 18b. «Y yo *me regocijo a causa de esto. Sí, seguiré regocijándome …».* Los que predicaban el Evangelio por envidia y ambición, *pensaban aumentar la aflicción* (gr. *thlipsin)* de Pablo. ¡Y lo que estaban aumentando era su regocijo! De donde el áspid saca veneno, la abeja saca miel.

(c) El apóstol abriga la esperanza (v. 19) de que *«esto»,* la prisión que está sufriendo (Lenski), no la predicación de sus émulos (Segovia) *resultará* (tendrá como resultado, cuando ante el tribunal de César se compruebe su inocencia) *en su liberación.* Éste es, aquí, el significado de *sotería*. Pablo parece aludir a Job 13:16. Pablo tiene de esto una esperanza segura, pues dice: *«Porque sé* (gr. *óida) …».* Esta seguridad se funda en dos motivos complementarios: *primero,* la eficacia de la oración de los buenos hermanos de

Filipos (v. Stg. 5:16b); *segundo, la suministración* (el mismo vocablo de Ef. 4:16) del auxilio divino mediante la agencia del Espíritu Santo (comp. con Ro. 8:26, 27).

(d) En todo caso, el apóstol se somete a la voluntad de Dios, pues su interés último está cifrado en que *Cristo sea glorificado en su cuerpo, ya sea por vida o por muerte,* como lo va a explicar a continuación. Lo mismo si la sentencia es de liberación como de condenación, Cristo *será magnificado* (gr. *megalunthésetai)* en Pablo, si Pablo magnifica a Cristo, no sintiéndose avergonzado de sufrir por Él, sino lleno de santa audacia (gr. *en páse parrhesía)* para confesarle delante de los hombres. Mediante esta santa osadía, y no mediante cobardes subterfugios, espera obtener el resultado que mejor glorifique al Señor. Lenski hace a este propósito una consideración muy práctica para todos los predicadores del Evangelio: «Suponed que tuvierais que presentaros como predicadores delante de la Corte Suprema de vuestro país, y suponed que esta corte estuviera compuesta enteramente de gentes paganas. ¿Sería fácil para vosotros hablar con perfecta libertad, "como siempre" en vuestro púlpito en vuestra propia parroquia?»

Versículos 21–26

En estos versículos el apóstol expresa más en detalle la magnífica disposición en que se halla para que Cristo sea glorificado, tanto en su vida como en su muerte. Nótense bien los matices.

1. *«Porque para mí, el vivir es Cristo; y el morir, ganancia»* (v 21). La construcción difiere algún tanto de la de Gálatas 2:20 (por lo que la referencia no debería figurar en el margen o columna, o pie de página, de nuestras versiones). Pablo no dice aquí que *Cristo es su vida,* sino que, para él, *el vivir es Cristo.* Con este intercambio de sujeto y predicado, Pablo da a entender que toda su vida en la tierra se cifra y se resuelve en Cristo. Sin embargo, *el morir* era para él *una ganancia* (gr. *kérdos*, el lucro que se obtiene, especialmente en un negocio). La ganancia en el morir era obvia, pues eso comportaba (v. 23b) *«partir y estar con Cristo,* (lo cual es) *mucho más mejor»* (lit.). De manera parecida se había expresado ya en 2 Corintios 5:8. Que Pablo no pensaba en el llamado «estado intermedio» se ve, no sólo por 3:10, 11, sino también por 2 Corintios 5:4.

2. Sin embargo, esta *ganancia* que para él suponía estar cara a cara con el Señor se veía contrarrestada por otro motivo de su *vivir en la carne* es decir, en esta vida terrenal (vv. 22, 24). Este motivo muestra, una vez más, la grandeza de alma de Pablo (v. 22): *«Si he de seguir viviendo en el cuerpo, esto significa para mí una labor fructífera»* (NVI). Este *«fruto del trabajo»* (lit.) no significa para Pablo una ganancia personal, ni siquiera espiritual; de lo contrario, no preferiría el morir; la ganancia espiritual que Pablo tiene en mente es la de sus hijos en la fe, como se ve por el versículo 24: *«pero es más necesario para vosotros que permanezca en el cuerpo»* (NVI).

3. Puestas ambas alternativas en la balanza, resulta difícil observar de qué parte cae el platillo: *«no sé qué escoger»,* dice (v. 22b), porque *se siente apremiado de ambos lados* (v. 23a), del deseo de partir, que, personalmente le traería mejor ventaja, y del deseo de quedarse, lo cual es más conveniente para los demás. El verbo *sunékhomai*, que traducimos por *«me siento apremiado»* no significa que se sienta *apretado* por dos fuerzas opuestas que le estrechan el paso, sino que hay dos cosas que le *retienen,* que *«tiran de él»,* como traduce la *Nueva Biblia Española*

4. No hace falta que él escoja; Dios escogerá por él. Pero Pablo está *persuadido* (v. 25, lit. como en los demás lugares en que aparece el participio de pretérito *pepoithós*), hasta el punto de que lo *sabe,* de que *«permaneceré,* dice, y *continuaré con vosotros para vuestro progreso y gozo en la fe»* (NVI). Pablo tenía el presentimiento (no habla de revelación) seguro de que, por el bien espiritual de sus lectores, Dios le permitiría todavía algunos años más de vida en este mundo (nótese la forma tan diferente en que se expresa en 2 Ti. 4:6–8).

5. Este progreso y gozo en la fe, que Pablo ve como un objetivo de suficiente valor como para desear continuar con vida en este mundo, tiene un objetivo todavía más importante, como se ve por la conjunción final *hína,* que encabeza el versículo 26, difícil de traducir por su densa estructura sintáctica. La mejor versión, a mi juicio, es la que ofrece aquí la *Biblia de Jerusalén*: *«a fin de que tengáis por mi causa un nuevo motivo de orgullo en Cristo Jesús cuando yo vuelva a estar entre vosotros»*. El hecho de tener entre ellos de nuevo a Pablo será para los fieles de Filipos un nuevo motivo de santo orgullo por ser cristianos, al ver que Dios ha conservado incólume al apóstol, precisamente en atención al beneficio espiritual de ellos.

Versículos 27–30

El apóstol termina el capítulo con una exhortación a la perseverancia, bien fundados en la unidad eclesial, en la humildad personal y en el denuedo para pelear conjuntamente y con fidelidad el buen combate.

1. *«Solamente,* dice (v. 27), *que os comportéis como es digno del Evangelio de Cristo»*. «La conducta debe reflejar lo que el Evangelio y sus riquezas han hecho de la congregación filipense» (Lenski). Pablo no usa aquí el verbo griego *peripatéin*, caminar, sino *politeúomai*, vivir conforme a la ciudadanía. Que Pablo tiene en mente la ciudadanía celestial, se ve por 3:20, donde lo expresa de forma explícita.

2. Con tal de que ellos se comporten como ciudadanos de los cielos, el que Pablo *vaya a verles o que permanezca ausente* (v. 27b) es algo secundario. Lo que importa (y lo va a subrayar en la primera mitad del cap. 2) es: (A) *«que oiga de vuestras cosas»* (gr. *ta perí humón),* esto es, cómo marchan vuestros asuntos espirituales; (B) «(que sepa) *que estáis firmes en un solo espíritu* (el mismo talante cristiano en todos), *con una sola alma* (comp. con Hch. 4:32)—con el mismo aliento vital—, *combatiendo juntamente por la fe* (fe objetiva o "creencia") *del Evangelio*» (lit.). Es, pues, una solemne exhortación a la unidad de talante, de impulso y de objetivo dentro de la comunidad eclesial.

3. Como bien observa Lenski, el participio de presente *sunathloúntes, combatiendo juntamente,* ha de leerse unido al «*y no intimidados* (también participio de presente) *en nada»* del versículo 28. El combate ha de ser conjunto y sin miedo; el verbo *ptúro* significa asustar especialmente a un animal. ¿Quién podía asustarles? Pablo menciona a *los que están en contra* (gr. *antikeiménon)* o adversarios. No sabemos quiénes eran estos adversarios, pues no hay en el Nuevo Testamento indicios de que, después de la estancia de Pablo y Silas en Filipos, sufriesen los fieles allí ninguna persecución. «Tal vez, alusión a las burlas que hacían los gentiles de la religión cristiana», dice A. Segovia.

4. Los versículos 28, 29 y 30 sólo adquieren su verdadero sentido en la *Nueva Biblia Española* y en la *Biblia de las Buenas Nuevas,* ya que ambas han captado bien todo el contexto de lucha de la porción. A la *Nueva Biblia Española* se le han escapado dos detalles textuales, por lo que ofrecemos la versión de *las Buenas Nuevas* (traduzco del inglés por no poseer la edición castellana):

«No tengáis miedo de vuestros enemigos; sed siempre valientes, y esto les demostrará que ellos van a perder y que vosotros vais a ganar, porque es Dios quien os da la victoria. Pues a vosotros se os ha concedido el privilegio de servir a Cristo, no sólo creyendo en Él, sino también padeciendo por Él. Podéis ahora tomar parte conmigo en la batalla. Es la misma batalla que me visteis pelear en el pasado y, según oís, la que estoy peleando todavía». Si los versículos 28 y 29 se enmarcan en su contexto, tanto anterior como posterior, se percibirá bien el estupendo acierto de dicha versión, con lo que el sentido de toda la porción queda para los lectores clarísimo como el agua cristalina. El versículo 27 terminaba diciendo: «… *combatiendo juntamente por la fe del Evangelio»;* y el versículo 30 comienza así: *«sosteniendo el mismo combate …».* Con esto, queda ya anticipada la correcta interpretación de dos detalles que necesitaban especial atención:

(A) Los vocablos griegos *apoléias y soterías* (v. 28) que, en su sentido general, significan respectivamente *«perdición» y «salvación»*, han de ajustarse aquí al contexto en el sentido respectivo de *«pérdida»* y *«ganancia»,* como han visto bien la *Nueva Biblia Española* y la *Biblia de las Buenas Nuevas.* No se trata, pues, directamente de la condenación y de la salvación eternas, según interpretan los exegetas.

(B) Las frases literales *«pues se os otorgó, en cuanto a estar por* (gr. *hupér) Cristo, no sólo el creer en Él, sino también el padecer por* (gr. *hupér) Él»,* parecen indicar a primera vista que, tanto la fe como el sufrimiento les es dado de fuera, no es algo que salga de ellos; pero si nos damos cuenta de que el que les otorga eso es Dios, se verá que el favor que Dios hace a los fieles de Filipos no es aquí *el creer,* como tampoco *el padecer.* Lo que Pablo quiere significar es que, en lo que respecta a estar del lado de Cristo, Dios les ha concedido el privilegio, no sólo de creer en Cristo, sino también de tener la oportunidad de padecer por Él. El «monergismo» calvinista está aquí fuera de lugar.

CAPÍTULO 2

I. Insiste el apóstol en su exhortación a los filipenses a que mantengan la unidad de pareceres y sentimientos y, especialmente, a que sean humildes y generosos, a imitación del Señor Jesucristo (vv. 1–11). II. También les exhorta a la diligencia en llevar una conducta digna de la profesión cristiana (vv. 12–18). III. Termina el capítulo con una recomendación a favor de Timoteo y de Epafrodito, a quienes ha decidido enviar a Filipos (vv. 19–30).

Versículos 1–11

Esta sección comprende tres porciones estrechamente conectadas entre sí. En los versículo 1–4, el apóstol exhorta a los filipenses a mantener la unidad de pareceres y sentimientos, en humildad y movidos por el amor. En los versículos 5–8, les pone delante el ejemplo de Cristo con su humillación sin par. En los versículos 9–11, describe cómo Dios le exaltó hasta lo sumo tras haberse humillado Él hasta lo más bajo.

1. Después de exhortar a los filipenses a luchar valientemente frente a los de fuera (1:27–30), el apóstol pasa a exhortarles a que promuevan la unidad fraternal dentro de la congregación. Lo hace en forma de una especie de adjuración solemne en cuatro sentencias que muestran el gran interés de Pablo por el tema que lleva entre manos. Conviene leer estos versículos en la NVI, que dice así:

«Si tenéis algún estímulo por estar unidos a Cristo, si algún consuelo de su amor, si algún compañerismo con el Espíritu, si alguna ternura y compasión, entonces, completad mi gozo siendo de un mismo pensar, teniendo el mismo amor, siendo uno en espíritu y propósito. No hagáis nada por ambición egoísta o vanagloria, sino en humildad considerad a los demás como superiores a vosotros mismos. Cada uno de vosotros debe velar, no sólo por sus propios intereses, sino también por los intereses de los demás». Analicemos en detalle estos versículos:

(A) El apóstol no duda de que, en alguna medida, existen en los fieles de Filipos todas esas cosas que él menciona. Así lo da a entender la propia construcción griega que usa (*«ei tis»*) y que en otros lugares hemos visto como suposición de que, efectivamente, era un hecho lo que con ella se enunciaba, no como una duda. Dice Lenski: «Se supone que todas las condiciones sean realidades, porque de otra manera habrían de tener diferente forma en griego».

(B) Como el apóstol da por sentado que tales cualidades están presentes en la comunidad cristiana de Filipos, eso le da pie para insistir en la unidad eclesial, la cual, por lo que vemos en 4:2, no era perfecta. *«Completad,* dice, *mi gozo …»* (v. 2). Parafrasea A. Segovia: «Ya estoy alegre por las buenas noticias de vosotros (cf. 1:4, 5); llenad ahora mi gozo». El apóstol espera que lo hagan de inmediato (gr. *plerósate;* el verbo está en imperativo de aoristo), como algo no sólo importante, sino también urgente. Les pide: (a) *que sean de un mismo sentir* (el mismo verbo del v. 5), esto es, que tengan unanimidad de pareceres y de sentimientos (mentalidad y sentimiento van incluidos en el verbo griego *phronéte*. (b) Esta unidad de pareceres y sentimientos aparece detallada como *«un solo amor»,* esto es, un mismo objeto de interés, de preocupación amorosa; *«una sola alma»* (expresión no igual, pero parecida a la de Hch. 4:32), es decir, unánimes, vibrando juntos al son de unos mismos ideales e impulsados por las mismas motivaciones; «y *con unidad de propósito»* (el mismo verbo, pero en participio de presente—*phronoúntes*—, en el sentido específico de Colosenses 3:2 *«poned la mira …»);* «las mismas aspiraciones» (A. Segovia).

(C) En los versículos 3 y 4, propone las virtudes básicas que facilitan esa actitud cristiana de múltiple unanimidad; *humildad* (v. 3) y *generosidad* (v. 4). Contrapone a la humildad *la rivalidad y la vanagloria;* y a la generosidad, el mirar exclusivamente por lo de uno mismo (v. 21). Para entender bien, y aplicar correctamente en la práctica, lo que el apóstol entiende por humildad y generosidad, observemos de cerca las dos frases que las cualifican y especifican respectivamente:

(a) En cuanto la humildad, dice: *«teniendo* (consideración mezclada de estima,—el mismo verbo del v. 6—) *cada uno a los demás como superiores a sí mismo»* (lit.). Esto no va contra las normas que el mismo apóstol propone en Romanos 12:3 y 2 Corintios 10:12, 13. En Filipenses 2:3, no se trata de vencer el complejo de inferioridad ni el de superioridad, sino de prestar respeto, consideración y honor a los demás, sin requerir para nosotros ese honor, ese respeto y esa consideración. Cada uno, por gratitud a Dios y por responsabilidad en el desempeño de sus respectivas funciones, ha de ser consciente de sus propios dones y de la capacidad y facultades que Dios le ha otorgado; la humildad no está reñida con la verdad; pero aquí no se trata de eso.

(b) En cuanto a la generosidad, el apóstol no exige que cada uno *no* mire por sus propios intereses, sino que no mire *únicamente* por lo suyo propio, *sino también* por lo de los otros. Como único ejemplo en todo el Nuevo Testamento, el pronombre indefinido *ékastos*, cada uno, aparece aquí en plural en segundo miembro de la frase. Algunos MSS tardíos lo cambiaron por el singular. Algún copista lo enmendó, a fin de obtener la simetría con el primero.

2. Viene a continuación el ejemplo de la humildad y generosidad que nos dio el Señor Jesucristo (vv. 5–8). Ésta es una de las porciones más importantes doctrinalmente de todo el Nuevo Testamento. Vale la pena traducirla del original literalmente, antes de comentarla:

«Esto sentid (gr. *phroneíte*, presente continuativo) *en* (o *entre) vosotros, lo cual también* (hubo) *en Cristo Jesús; el cual, existiendo* (gr. *hupárkhon*, presente de participio) *en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como cosa a la que aferrarse, sino que se vació* (esto es, *se anonadó) a sí mismo, tomando forma de esclavo, venido a ser* (gr. *guenómenos*, aoristo, como en Gá. 4:4b—dos veces—) *en semejanza de hombres* (contraste con Gn. 1:26), y *hallado en su porte exterior* (gr. *skhémati*. Véase el verbo—compuesto—correspondiente en Ro. 12:2) *como hombre, se abatió (se empequeñeció) a sí mismo, hecho obediente hasta* (la) *muerte; muerte, por cierto* (gr. *de;* aquí, en sentido de énfasis), *de cruz».* Las especulaciones teológicas previas al estudio cuidadoso de este pasaje han hecho que la mayoría de los autores pierdan la perspectiva de las verdades bíblicas aquí implicadas.

(A) En primer lugar, ha de tenerse en cuenta que el apóstol no contrapone la naturaleza *(phúsis)* divina de Cristo, anterior a la encarnación (de la que no trata aquí), a la naturaleza humana que asumió en el tiempo, sino *la forma de Dios a la forma de esclavo.* La «forma» (gr. *morphé)* es algo que se deriva, de suyo (del interior), de la «naturaleza» (gr. *phúsis),* pero no se identifica con ella. Alguien puede despojarse de su «forma», pero no de su «naturaleza». ¿Cuál es esta «forma de Dios»? La majestad imponente, soberana, que de su infinita trascendencia divina emana. A esta «forma» gloriosa renunció *el Señor de la gloria* (1 Co. 2:8, comp. con Jn. 17:5). Bien mirado, no fue un «milagro» el que Jesucristo apareciese glorioso, durante unos pocos minutos, en su Transfiguración, sino el que apareciese sencillamente como *un hombre que dice la verdad* (Jn. 8:40), durante más de treinta años de su vida mortal, sin la majestad imponente del Dios del Sinaí.

(B) De esta «forma», de esta majestad imponente, es de lo que Cristo se despojó al tomar la «forma de esclavo»; del *infinito* de la majestad suprema, al *cero* de la ínfima servidumbre. No es la distancia entre Dios y el hombre lo que Pablo tiene aquí en mente, aun cuando esta distancia sea ya infinita, sino la distancia entre la majestad y la esclavitud sumisa, no impuesta, sino voluntariamente asumida. Téngase esto en cuenta, a fin de no perder la perspectiva de toda la porción.

(C) Dice el apóstol que Cristo tomó esta resolución *«no teniendo el ser igual a Dios como algo a que aferrarse».* Que el vocablo *harpagmón* (botín o presa) ha de tomarse en este sentido, no como «cosa robada o arrebatada», está claro por la conjunción adversativa fuerte (gr. *allá)* con que comienza el versículo 7, la cual estaría completamente fuera de lugar si se tradujese de ese otro modo. *Ser igual a Dios* (gr. *to éinai ísa Theó)* equivale literalmente a *«ser las mismas cosas que Dios es»,* en consonancia con lo que el mismo Señor dijo en Juan 14:9: *«el que me ha visto a mí, ha visto al Padre».* Dos consideraciones de enorme importancia, tanto doctrinal como práctica, se desprenden del versículo 6:

(a) Ése (Cristo) que, desde antes de la fundación del mundo (Jn. 17:5), *existía en forma de Dios,* con una gloria igual a la del Padre, *es igual a Dios,* al Padre. Esto ofrece una doble vertiente de gran relieve para lo devocional: *Primero,* en Jesucristo habita la plenitud de la Deidad (Col. 2:9): todo lo que hay en Dios, lo hay en Cristo. El trono es *de Dios y del Cordero* (Ap. 22:1). Jesucristo se merece el mismo amor, el mismo respeto, la misma obediencia que Dios. *Segundo,* en Dios no hay absolutamente nada que no esté en Cristo. Como escribe A. M. Ramsey, no hay en Dios ninguna cualidad «no-crística». Así que, al ver al Jesús humilde, tierno, amoroso, siempre «el hombre para los demás», estamos contemplando a Dios. EN NADA ES DIOS DE OTRA MANERA QUE JESUCRISTO.

(b) Al despojarse de su majestad divina, *Cristo mostró que no tenía intención de aferrarse a su condición,* única y exclusiva de Él, *de ser igual a Dios* en esa majestad infinita, inaccesible. Ahora bien, esto no puede menos de traernos a las mientes la conducta totalmente opuesta del más alto querubín y del primer ser humano, el Primer Adán. Si el personaje simbolizado por el rey de Tiro en Ezequiel 28 es Satanás, como opinan los mejores exegetas, su deseo de ser como Dios y escalar el trono de Dios (Ez. 28:2. Véase también Is. 14:13, para expresiones similares), está en total contraposición al sentir de Jesucristo. Lo mismo decimos de nuestros primeros padres, quienes sucumbieron a la tentación de

Satanás de *«ser como Dios»* (Gn. 3:5), por su propio camino, contra la voluntad de Dios. Frente a estas actitudes de «rebeldía» orgullosa y autosuficiente, tenemos la actitud de «sumisión» absoluta, propia del esclavo, de Jesucristo, quien, *siendo igual a Dios*, se despoja del manto regio de la divina majestad para vestirse la librea del esclavo servidor (comp. con Jn. 13:3–17). Quien deja «la forma de Dios» y al vestirse «la forma de esclavo», le dice a su Dios y Padre: «Padre mío, yo no aspiro a escalar tu trono y ser el dominador del Universo, yo sólo quiero ser un esclavo tuyo. *¡Aquí me tienes para hacer tu voluntad!* (He. 10:7). *Quiero hacer, sólo y siempre, lo que te agrada* (v. Jn. 8:29).» ¡Cómo disfrutaría el corazón del Padre, al ver que su Hijo Unigénito se ofrecía a desagraviarle de la rebeldía de Satanás y de Adán! El Postrer Adán iba a ser así «espíritu vivificante» para todos los que, por Él, se acercan a Dios, pues con su *obediencia* iba a rectificar lo que, con su *desobediencia*, había echado a perder el Primer Adán (Ro. 5:19).

(D) Por cierto, al tomar voluntariamente la *«forma de esclavo»*, el Señor Jesucristo se vació de su majestad aterradora, pero no de su naturaleza divina; así lo insinúa ya (sin recurrir a la «analogía de la fe») la frase final del versículo 7: *«venido a ser semejante a los hombres»* (lit. *en semejanza de hombres).* El *«venido a ser»* (gr. *guenómenos)* es algo que contrasta con el *hupárkhon* («existiendo», condición estable) del versículo 6. *«En semejanza de hombres»* no significa que no llegase a ser hombre verdadero, pero sí da a entender una diferencia: «que Cristo no era puramente hombre» (A. Segovia). También en 8:3, dice que *«Dios envió a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado*, para dar a entender que, aunque su carne era verdaderamente *carne humana*, tenía una diferencia: su naturaleza humana era sin pecado, aunque en su exterior parecía como los demás hombres, cuya naturaleza lleva dentro el pecado. Por una de las paradojas divinas, no era el Dios majestuoso, sino el Cristo hecho esclavo, *el que había de destruir, por medio de la muerte, el poder del diablo»* (He. 2:14b).

(E) La construcción gramatical sigue (v. 8) su curso minuciosamente ordenado en su avance, hasta el punto de que son muchos los autores que ven, en 2:5–11, vestigios de un himno que ya se cantaba en las iglesias en el tiempo en que Pablo escribe la Epístola, y que el apóstol incorpora aquí por ser una ocasión propicia para insertarlo. Lo cierto es que el *«llegado* (o *venido) a ser en semejanza de hombres»,* con que termina el versículo 7, halla su explanación natural en el versículo 8, como se ve por la conjunción copulativa griega *kai* con que empieza este versículo: «*y como fue hallado en su porte exterior como hombre, se abatió* (lit. *se empequeñeció) a sí mismo, hecho* (de nuevo, *guenómenos) obediente hasta la muerte; y, por cierto, muerte de cruz».* Analicemos de cerca este versículo 8.

(a) «Y *como fue hallado* (o, *al ser hallado) en su porte exterior como hombre ...».* La frase, en su misma construcción gramatical, muestra que el hecho mismo de presentarse en público como un hombre cualquiera ya era un despojo evidente de su gloria. Por lo que se veía al exterior, Jesucristo nació, creció, trabajó, comió y bebió, se fatigó, tuvo que dormir para reponer energías, etc., como cualquier otro ser humano. Compartió todas las debilidades humanas, excepto el pecado, que es el verdadero mal del hombre (Jn. 8:46; He. 4:15; 7:26).

(b) Pero no es en esto donde carga Pablo el abatimiento de Cristo, sino (consecuente con lo que ha dicho sobre «la forma de esclavo») en su *obediencia* total, de todo corazón, a la voluntad del Padre, aunque al Padre no se le mencione explícitamente aquí. Esta obediencia comportaba, y Jesús lo sabía muy bien desde su entrada en el mundo (He. 10:7), ir a la muerte por el áspero camino del Calvario (Jn. 10:18b). Dice Segovia: «La muerte en cruz, escandalosa y afrentosa para los judíos, suma necedad para los gentiles, es el ejemplo más sublime de renunciamiento y humildad, virtudes a las que exhorta Pablo como condiciones de la unión (cf. 2:3)».

(c) Por eso, se advierte un énfasis especial en la última frase del versículo 8: *«muerte, por cierto, de cruz»*. Escribe Teodoro de Mopsuestia (350–428) acerca de este punto: «La muerte es humillación para Dios, no para el hombre; otra cosa es la muerte en cruz». Tanto es así que sólo con la ayuda de un extraordinario poder celestial (v. Lc. 22:43; He. 9:14), pudo Jesús vencer la repugnancia que la naturaleza humana tiene hacia una muerte tan cruel y dolorosa. Pensar que, por ser el Hijo de Dios, tal tormento fue más llevadero para Él que para otros hombres, es puro y grosero monofisismo. Precisamente por ser el Hijo de Dios, su psicología humana percibía mejor que la de cualquier otro ser humano la suma fealdad del pecado, la suma santidad de Dios, el sumo horror de verse cargado con el pecado de la humanidad al ser totalmente inocente y lo extremo de aquellos inimaginables tormentos de su agonía, de su proceso y de su crucifixión, sufridos en una naturaleza humana que, precisamente por ser sin pecado, era más sensible que ninguna otra a los estímulos físicos que producen el dolor. El que a tantos había curado, tenía poder más que suficiente para ahorrarse a sí mismo la muerte (Jn. 10:17, 18) y, puesto que había de morir

en cruz, podía, al menos, haberse ahorrado el dolor, con mayor facilidad que los gurús hindúes que caminan impasibles sobre ascuas y aguantan, sin derramar una gota de sangre, el peso de media tonelada sobre una gran plancha recubierta de largos clavos que penetran hondamente en sus carnes; pero ¿cómo habría podido Jesús ofrecerse en sacrificio a Dios sin derramamiento de sangre? (He. 9:22). Lo sufrió todo, y lo sufrió sin impedir en lo mínimo los tremendos dolores, a fin de que su sacrificio fuese tan cruento como lo exigía la sustitución que llevaba a cabo por el pecado de nosotros, los miserables pecadores.

3. Si el abatimiento de sí mismo que Cristo aceptó voluntariamente y se impuso a sí mismo cordialmente fue tan absoluto que ya no cabía más (v. Ef. 4:9b: *«a las partes más bajas de la tierra»*), la exaltación que Dios le otorgó fue tan excelsa que tampoco cabía más (vv. 9–11).

(A) *«Por lo cual también …»* (v. 9), dice Pablo; es decir, por haberse abatido *hasta* obedecer … *hasta* la muerte … *hasta* la muerte de cruz, *Dios le superexaltó* (lit.) hasta el punto de partida: no sólo al de su igualdad con Dios, sino al de «la forma gloriosa de Dios», de la que voluntariamente se había despojado para tomar «la forma anonadante de esclavo». La idea del verbo griego *huperúpsosen*, como dice Lenski, «no es comparativa, sino superlativa»; es decir, no cabía mayor exaltación (comp. con Ef. 1:20–22).

(B) En esta exaltación va incluido lo que leemos en la segunda parte del mismo versículo: «Y *le otorgó el nombre que* (está) *sobre todo nombre»* (lit.). El artículo determinativo aparece en todos los MSS, por lo que es incorrecto silenciarlo como hace la RV anterior a la 1977. «El *nombre»* no puede ser más que *uno.* ¿A qué nombre se refiere Pablo? El contexto posterior da la respuesta. Ese nombre es el de *Jesús* (v. 10) en su pleno significado del hebreo *Yeshúa:* ¡Dios salva! Es cierto que este nombre le fue impuesto antes de ser concebido (Mt. 1:21; Lc. 1:31), pero sólo después de llevar a cabo la obra de la redención de la humanidad, obtuvo tal nombre su pleno sentido soteriológico.

(C) La mención del epíteto *«Señor»* (v. 11, comp. con Hch. 2:36; 1 Co. 12:3) ha hecho pensar a muchos exegetas que ése es el nombre (equivalente al hebreo *Adonay*) al que se refiere el apóstol. Sin embargo, hay dos razones, a mi juicio, para preferir el de *«Jesús»:* (a) Es el más próximo en el contexto posterior del versículo 9; (b) Cristo es manifestado como el «Señor», precisamente por haber actuado como «Jesús», no viceversa. En todo caso, nos basta con saber que, a causa de esa «superexaltación» que le ha otorgado el Padre, *toda rodilla* (v. 10) creada se ha de doblar delante de Él en señal de vasallaje (al final de los tiempos,—comp. con Ap. 5:12–14—), y *toda lengua* (v. 11) *ha de confesar que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.* Esta sumisión universal tiene alcance escatológico (comp. con Sal. 2:12), *pues ahora todavía no vemos que todas las cosas le estén sometidas* (He. 2:8). Sólo los creyentes que, en virtud del Espíritu Santo, confiesan al Señor con todo denuedo (1 Co. 12:3), frente a toda clase de presiones procedentes del diablo, del mundo y de la carne, cumplen ahora ya con este merecido tributo de homenaje y pleitesía. Como siempre (comp. con 1 Co. 15:28), el fin último de todo es *«la gloria de Dios Padre»* (v. 11b).

Versículos 12–18

La presente porción, en evidente conexión con algo anterior, como lo muestra la conjunción consecutiva *Hóste* («así que», «de tal modo que»), plantea dos problemas sobre cuya solución no se ponen de acuerdo los exegetas: *Primero,* ¿dónde se halla la conexión indicada por la partícula mencionada? Opina Ryrie que «Pablo se vuelve ahora a las obligaciones que el ejemplo de Cristo impone a los cristianos filipenses». Pero es más probable que la conexión se halle en 1:27 (Lenski, Segovia). *Segundo,* ¿cuál es el núcleo, el punto central, de la exhortación contenida en los versículos 12–18? Los títulos que los autores (y las versiones mismas) ponen como epígrafe de la porción, varían mucho. Mientras A. Segovia ve aquí un «Nuevo llamamiento a la unión mutua», la *Biblia de las Américas* ve una «Exhortación a la obediencia»; la *Ryrie Study Bible,* el «Ejercicio de la humildad»; la *Biblia de Jerusalén,* «Trabajar en la salvación». A mi juicio, la idea nuclear se halla en el versículo 15, por lo que juzgo como más acertado el epígrafe de «Luminares en el mundo» (Reina-Valera) que, con ligeras variantes, aparece también en la NVI y en *las Buenas Nuevas.* Podemos subdividir la porción en tres secciones:

I. En la primera (vv. 12, 13), el apóstol pide a los filipenses que le obedezcan, como siempre lo han hecho, en un punto particular.

1. Dice (v. 12b): *«Llevad a cabo continuamente* (gr. *katergázesthe,* en presente de imperativo) *vuestra propia salvación con temor y temblor».* Es la cuarta y última vez que Pablo usa esa última expresión (v. el comentario a 1 Co. 2:3). Es, pues, algo en lo que se pide a los fieles de Filipos (y a todos nosotros) comportarse con sentido de respeto y de responsabilidad. Que no se trata de la «salvación eterna» (contra A. Segovia) es claro por dos detalles: (A) Es algo que los filipenses deben *llevar a cabo,* mientras que la salvación eterna *no es por obras* (Ef. 2:9); (B) es algo que debe llevarse a cabo *continuamente,* lo cual pugna también con lo que de la salvación eterna leemos, por ejemplo, en Ef. 2:8 (pretérito perfecto). Lenski (luterano) se equivoca miserablemente al pensar que se trata de *conservar* la salvación adquirida, al ser así que la preservación está en las mismas manos del que dio la salvación (comp. Jn. 10:28–30; Ro. 8:29–39; Fil. 1:6).

2. No queda, pues, otra alternativa sino la de que Pablo se refiere aquí a la salvación en su etapa progresiva o *santificación personal,* en la que *sí* hay cooperación por parte del hombre (comp. con 1 Co. 15:10). Si hay que llevarla a cabo *con temor y temblor* es por ser conscientes de nuestra propia debilidad, en virtud de la cual podemos *caer* (1 Co. 10:12), pero no perder la salvación adquirida, si es que somos genuinamente salvos. Lo que sí es cierto, y ha de preocupar a los creyentes carnales e indolentes, es que se puede perder *la certeza subjetiva* (aunque no la *seguridad objetiva)* de dicha salvación. De ahí la exhortación de Pedro (2 P. 1:10, 11) a *consolidar nuestro llamamiento y nuestra elección, para obtener,* no simplemente entrada, sino *amplia entrada en el reino.*

3. Esto mismo se pone de relieve en el versículo 13, estrechamente conectado con el versículo 12: *«Porque es Dios quien obra* (el ya conocido verbo *energuéin) en vosotros el desear y hacer lo que a Él le place»* (NVI). Este versículo incluye una doble razón del «respeto y sentido de la responsabilidad» que hemos de ejercitar en la práctica de nuestra santificación: (A) El saber que estamos cooperando con Dios en una obra en la que Él lleva la iniciativa. (B) El saber, para consuelo nuestro, que, detrás de nuestro querer y hacer y sosteniendo nuestra debilidad, está Dios con su influjo eficaz (previo, simultáneo y consiguiente), pero de tal naturaleza que no fuerza nuestro albedrío ni nos exime de la responsabilidad personal.

II. En la segunda sección (vv. 14–16), Pablo les exhorta a vivir una vida santa, de forma que brillen como luminarias en un mundo que odia la luz.

1. La mejor versión del versículo 14 es: *«Hacedlo todo sin refunfuñar ni poner objeciones».* El griego parece dar a entender que se trata de quejas contra la providencia de Dios; y acerca de ello, Pablo les previene a fin de que no caigan en esta tentación. Lenski ha captado bien aquí el sentido (él traduce *«murmuraciones y razonamientos»)* al comentar: «En esta generación torcida y distorsionada los lectores de Pablo tendrán que padecer mucho. Han de continuar haciendo todo lo que es requerido para su salvación sin murmurar ni quejarse de lo que su bien hacer les granjee del mundo, y sin razonamientos errados en cuanto a por qué esta maldad del mundo viene sobre ellos, y de cómo al hacer menos que esto, podrían posiblemente escapar de esta maldad».

2. De esta forma, si se someten humilde y amorosamente a los designios de la providencia divina, sin quejas ni discusiones, se habrá conseguido gloria, luz, brillo, en tres direcciones:

(A) Será para gloria de Dios, pues, al ser *irreprensibles* (v. 15) *y puros* (lit. *sin mezcla),* se mostrarán como *hijos de Dios, sin mancha* (el mismo vocablo de Ef. 5:27), *en medio de una generación torcida y perversa* (lit. *descarriada).* Esta primera parte del versículo 15 ofrece una similaridad extraordinaria (con marcados contrastes) con Deuteronomio 32:5 (v. también Mt. 17:17 y Hch. 2:40), lugar que, a no dudar, tenía en mente el apóstol cuando escribía esto. La gloria que los filipenses habían de dar a Dios con una conducta santa contrasta así con el mal pago (Dt. 32:6) que los hijos de Israel daban a su Dios.

(B) Había de ser también para gloria de ellos mismos, por lo que continúa Pablo (vv. 15b, 16a): *«en medio de los cuales* (lit., eso es, los de la generación) *resplandecéis como luminares en el mundo, manteniendo en alto la palabra de vida».* El vocablo griego para «luminares» *(phosterés)* ocurre únicamente aquí y en Apocalipsis 21:11 (donde va ligado a *«la gloria de Dios»).* Una expresión semejante se halla en Daniel 12:3, según la versión de los LXX: *«brillarán como luminares* (gr. *phosterés) del cielo».* El parecido con Daniel 12:3 es tanto mayor cuanto que allí se habla de *«los que enseñaron a muchos la justicia»,* y aquí dice Pablo *«manteniendo en alto la palabra de vida».* El verbo griego *epékhontes* (participio de presente) significa literalmente *«presentando continuamente, firmemente asida»,* dicha palabra viva, y vivificante, del Evangelio. Como bien hacen notar Lenski y Segovia, no se

trata de la obra misionera de la iglesia de Filipos, no se trata de predicar oralmente la Palabra, sino de «ofrecer a los demás la doctrina del Evangelio en toda su fuerza vivificante y luminosa» (Segovia), mediante la irradiación que tal Palabra lleva a cabo a través de una conducta irreprensible y pura.

(C) Finalmente, había de repercutir en gloria para el propio apóstol (v. 16b): *«para que en el día de Cristo* (v. el comentario a 1:6), *yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano ni he trabajado en vano»*. La metáfora de *«correr en vano»* (comp. con Gá. 2:2; *«a la ventura»*,—1 Co. 9:26—) está tomada de las carreras atléticas. Lo de «trabajar con fatiga (el verbo es *kopiáo)* en vano» no entraña ninguna metáfora (comp. con 1 Co. 15:10, donde sale el mismo verbo, en el mismo tiempo, modo y persona). La gloria de Pablo consiste para él en que su esfuerzo en la proclamación del Evangelio no haya caído en el vacío, sino que haya obtenido el fruto apetecido en los oyentes. Eso será para él parte de *la corona de justicia que le dará el Señor* (Cristo, véase 2 Ti. 4:8).

III. En la tercera sección (vv. 17, 18), Pablo aprovecha la referencia que ha hecho a su propia persona, referencia únicamente hecha como estímulo para que los filipenses se comporten como fieles hijos de Dios, para aludir a su posible martirio en los mismos términos que en 2 Timoteo 4:6 (cuando el martirio se veía ya como cosa segura). Dicen así los versículos 17 y 18 en la NVI: *«Pero aun si soy derramado como libación sobre el sacrificio y servicio* (gr. *leitourguía*, servicio público religioso) *de vuestra fe, estoy alegre y me regocijo con todos vosotros. Así también vosotros estad alegres y regocijaos conmigo»*. Acerca de esta referencia, dice Lenski: «… dejaría de ser Pablo si terminara con una referencia egocéntrica; terminará uniendo a los filipenses con él, no en tristeza, sino en el gozo más exaltado si, en verdad, todos sus trabajos han de ser coronados por el martirio». Para que el sentido de esta sección quede claro, hemos de responder a dos preguntas:

1. Los autores están de acuerdo en que el verbo griego *spéndomai* está en la voz pasiva, no en la voz media. Así aparece también en todas las versiones que poseo. Un detalle que no debe pasar desapercibido es que el verbo está en tiempo presente, lo que da cierta probabilidad a la opinión de J. M. González Ruiz de que Pablo se refiere a «toda clase de peripecias que forman la *necrosis* (cf. 2 Co. 4:10)». Sin embargo, la mayoría de los exegetas lo entienden del martirio propiamente dicho, con lo que el presente adquiere la forma de un futuro proléptico sin matiz estrictamente temporal. La pregunta, en cualquier caso, es la siguiente: Si Pablo es pasivo en este sacrificio de libación, ¿quién asume la función sacerdotal, activa, de derramar el sacrificio? La respuesta es muy sencilla, según lo vimos en el comentario a Hechos 2:23, compárese con Juan 10:18. Tampoco Jesucristo se mató a sí mismo para derramar su propia sangre. Fueron los verdugos *(«por manos de inicuos»)* quienes crucificaron al Señor, e hicieron así que saliera su sangre, pero fue Cristo mismo (nadie más, ni tampoco el Padre) quien *se ofreció a sí mismo* (Jn. 10:17, 18; He. 9:14; 10:12), se inmoló al aceptar voluntariamente el derramamiento de su sangre. De la misma manera, Pablo mismo, al aceptar de buena gana su martirio, es, a un mismo tiempo, el sacerdote y la víctima de la libación de su sangre.

2. Está claro, y no hay sobre esto desacuerdo entre los exegetas, que Pablo es el que hace la libación, pero ¿quién ofrece el *sacrificio,* en forma de *servicio cultual,* al que se refiere Pablo a continuación? De paso, quedará también aclarado el sentido de *la fe* de los filipenses: ¿se trata de la fe subjetiva, activa, de los fieles de Filipos, o de la fe objetiva, el contenido de la fe, según había sido predicado por Pablo? En respuesta a esta pregunta, Lenski defiende, con gran aparato de argumentación, la singular idea de que es Pablo mismo quien realiza también ese sacrificio sobre la fe objetiva que los filipenses habían recibido al convertirse. Sin embargo, la respuesta casi unánime de los exegetas es que Pablo se refiere aquí al *holocausto* que de su vida han de hacer todos los cristianos (v. Ro. 12:1), inspirado por la fe (no el contenido de la fe, sino la actitud de fe del cristiano). Dice A. Segovia: *«Los fieles* mismos son los oferentes de esta ofrenda espiritual, a la que Pablo, si llega el caso, está dispuesto a juntar, como complemento, la libación de su sangre». Con respecto a los casos señalados en la Ley, véase Números 15:10; 28:7. Con esta clase de respuesta, se entiende mejor la forma recíproca con que se expresa el apóstol en el versículo 18, como si dijese: «Ya que yo estoy alegre y me regocijo con vosotros, ofreciéndome a esa libación, también vosotros debéis estar alegres y regocijaros conmigo al ofrecer vuestro sacrificio».

Versículos 19–30

En esta última porción del capítulo 2, el apóstol hace una recomendación de Timoteo y Epafrodito a los fieles de Filipos, a fin de que los reciban con tanto mayor afecto cuanto que ambos tienen una limpia hoja de servicios al Señor, lo mismo que al propio Pablo.

1. Menciona primero a Timoteo (vv. 19–24), a quien *espera en el Señor Jesús,* esto es, según lo disponga el Señor en la coyuntura en que se halla el apóstol, *enviarles pronto,* no sólo para saber, por medio de él, noticias de ellos (v. 19b), sino también para que ellos sepan de Pablo (v. 23b), como lo insinúa eso de *«tan pronto vea* (yo) *cómo van mis asuntos».* Los puntos en los que apoya Pablo la recomendación de Timoteo son los siguientes:

(A) *«A ninguno tengo del mismo estado de ánimo»* (v. 20). El griego *isópsukhon* significa literalmente «de igual alma», es decir, de iguales sentimientos, de igual disposición de ánimo, de igual mentalidad, que Timoteo. Dice Lenski: «Si Pablo tuviera un sustituto igual a Timoteo, habría planeado enviar a aquél, reteniendo a Timoteo a su lado».

(B) *«Y que tan genuinamente* (gr. *gnesíos,* con una nobleza como congénita, de nacimiento) *se interese por vosotros».* Ésta era una cualidad cristiana y, por cierto, rara aun en aquellos primeros años de la Iglesia, por lo que, con indudable tristeza, apostilla Pablo a continuación (v. 21): *«Porque todos buscan lo suyo propio* (comp. con v. 4; 1 Co. 10:24), *no lo que es de Cristo Jesús».* Comenta Médebielle «Lamenta (Pablo) no encontrar en los demás suficiente amor a Cristo para emprender, en favor de los filipenses, un largo y penoso viaje, cuyas fatigas habían tal vez ocasionado la enfermedad mortal de Epafrodito».

(C) *«Pero ya conocéis,* continúa el apóstol (v. 22), *sus bien probadas cualidades* (gr. *dokimén autoú,* lit. *su prueba)».* *«Dokimé* es la palabra usada para probar los metales y las monedas, y es igual al verbo que tantas veces se halla en los escritos de Pablo. Los filipenses no sólo saben esto, sino que lo saben de una forma personal y experimental *(guinóskete);* en tres ocasiones ha estado Timoteo con ellos (Hch. 16:13; 19:22; 20:3, etc.)» (Lenski).

(D) Entre las bien probadas cualidades de Timoteo, singulariza Pablo el que (v. 22b) *«como un hijo a su padre ha servido conmigo en la obra del Evangelio».* No se puede negar que la construcción gramatical del versículo, en el original, resulta un poco extraña. Si tenemos en cuenta (a) que *edoúleuse es* un aoristo ingresivo *(se puso a servir como esclavo)* y (b) que, muy probablemente, hay una elipsis delante de *«a su padre»,* donde habría de suplirse la preposición griega *sun (con,* en sentido de unión, no de compañía), la mejor versión de este versículo es la que ofrece la *Nueva Biblia Española: «De Timoteo, en cambio* (gr. *de), conocéis la calidad, pues se puso conmigo al servicio del Evangelio como un hijo con su padre».* Todos los matices indicados quedan así perfectamente marcados.

(E) Pablo termina esta sección acerca de Timoteo, y dice (vv. 23, 24) que les enviará a Timoteo, *tan pronto como vea con claridad* (gr. *aphído)* en qué para la situación en que se halla de momento; y, en la confianza de que saldrá absuelto en esta primera presentación ante el César, *confía o,* mejor, *está persuadido* (gr. *pépoitha,* el tan conocido verbo) de que él mismo podrá girarles una visita personalmente. Como ya vimos en la frase que encabeza el versículo 19, también la del versículo 24 («y confío en el Señor», comp. con 1:25) da a entender que su confianza se somete a lo que la divina providencia tenga a bien disponer acerca de él.

2. Pasa luego a mencionar y recomendar a Epafrodito, por medio de quien les va a enviar la Epístola, como ya insinúa el aoristo *«tuve por* (el mismo verbo del v. 5) *necesario»,* pues, aun cuando lo piensa en el momento en que está escribiendo, será ya tiempo pasado cuando la Carta sea leída a los destinatarios. Vuelve a mencionar a Epafrodito en 4:18. Ahora (vv. 25–30) hace de él la recomendación siguiente:

(A) Lo llama primero (v. 25b) *«mi hermano* (en la fe cristiana), y *colaborador* (gr. *sunergón,* como en 1 Co. 3:9), y *compañero de milicia»,* como suele llamar Pablo metafóricamente a quienes se aprestan a luchar por la extensión del Evangelio. Es una metáfora que Pablo ha usado repetidamente en 1:27–30

(B) A continuación dice de él (v. 25c): *«el cual es también enviado* (gr. *apóstolon) vuestro y servidor* (gr. *leitourgón,* ministrador, como en un servicio religioso) *de mi necesidad»* (lit.). Dice Staab: «Con esta expresión sacra, quiere indicar que en el donativo, más que una ayuda a su persona, ve Pablo un obsequio ofrecido a Dios», esto es, a Pablo por amor de Dios y por considerarle como a especial siervo de Dios. Contra la opinión de Lenski, me parece lo más probable, con Segovia, que la última frase significa: «encargado oficialmente por vosotros de traerme vuestra limosna para aliviar mi necesidad» (nótese la similaridad con los conceptos expresados en 4:18).

(C) Todo lo que sigue (vv. 26–30) es un elogio especial de Epafrodito por la forma en que se había comportado recientemente (v. 30): *«que, a causa de la obra de Cristo* (esto es, por colaborar en la obra de dar a conocer a Cristo), *casi se acercó a la muerte, tras de arriesgar la vida a fin de compensar* (o *suplir) vuestra carencia del servicio* (gr. *leitourguías) que dice relación a mí»* (lit.). El sentido que mejor expresa la fuerza del original es, a mi juicio, el que ofrece la *Nueva Biblia Española: «que por la causa de Cristo ha estado a punto de morir, exponiendo su vida para prestarme en lugar vuestro el servicio que vosotros no podíais»*.

Antes de pasar adelante, queremos únicamente llamar la atención acerca de dos vocablos que tienen un matiz especial en la pluma de Pablo: para *«arriesgando»* (lit. *tras de arriesgar; o tras de exponer)* usa el participio de aoristo de un verbo *(paraboleúomai)* que no se halla en los clásicos y, como dice Lenski, es una «rarísima palabra». El verbo es, en realidad, una intencionada variante del verbo *parabállo*, «arrojar a un lado», lo que nos da el concepto muy expresivo de «jugar con la vida, como echándola a la cuneta, considerándola de poca importancia en relación con algo mucho más relevante». Así lo da a entender el dativo instrumental *te psukhé*, «con la vida». La otra expresión digna de notarse es *to hustérema*, «aquello en que uno se queda atrás» (Lenski). De esta manera Pablo expresa la *ausencia* de los filipenses en el servicio prestado a Pablo; pero esta *ausencia*, este *echarles en falta*, era algo meramente físico, a causa de la distancia, pues había sido *suplida* (gr. *anapleróse*, donde el prefijo *aná* tiene el sentido de suplir, completar, devolver, etc.) por la *presencia* de Epafrodito, quien, como comisionado de la iglesia (v. 25c), había presentado a Pablo el donativo de parte de todos los miembros de la congregación. Veamos ahora:

(a) Cómo expuso Epafrodito su vida. El texto sólo dice (v. 27a) que *«estuvo enfermo, al borde de la muerte»*. ¿Le sentó mal el largo viaje? ¿Contrajo alguna enfermedad a bordo, o en Roma? ¿Fue «por exceso de trabajo», como apunta Ryrie?

(b) Cuál era la disposición de ánimo de Epafrodito al recobrarse de su enfermedad. Pablo no menciona ningún milagro en la recuperación rápida de Epafrodito, tras de estar al borde del sepulcro, pero no cabe duda de que se elevaron muchas y fervientes oraciones a favor de él, como lo da a entender Pablo (v. 27b): *«pero Dios tuvo misericordia de él, y no solamente de él, sino también de mí, para que yo no tuviese tristeza sobre tristeza*, esto es, tristeza por la muerte, añadida a la tristeza ya existente por su enfermedad». No cabe duda de que Epafrodito estaba sumamente agradecido a Dios, y a los hermanos que por él habrían orado con fervor e insistencia; pero con un temple parecido al del apóstol y al de Timoteo, el sentimiento que en él predominaba era altruista (v. 26): *«tenía gran deseo de veros* (lit. *Os deseaba con gran nostalgia,* conforme lo da a entender el imperfecto perifrástico *epipothón en:* estaba echando muchísimo de menos), y *gravemente se angustió porque habíais oído que había enfermado»*.

(c) Por aquí vemos también la disposición de ánimo de los fieles de Filipos, donde Epafrodito era, a no dudar, uno de los líderes. Se hallaban gravemente entristecidos, como insinúan los versículos 26, 28 y 29. ¿Y cómo se habían enterado de la grave enfermedad de Epafrodito los fieles de Filipos? «La más simple respuesta, dice Lenski, es la de que Epafrodito no había sido enviado solo, sino acompañado por unos cuantos más. Estos compañeros regresaron después de descansar en Roma. Epafrodito se enfermó antes de que ellos salieran de regreso. Así los filipenses "oyeron" esto, y Epafrodito y Pablo sabían que lo habían oído». Acerca de esto último, de que Epafrodito y Pablo sabían que lo habían oído, me permito opinar que «lo suponían de cierto», seguros de que los otros comisionados habían sido fieles en la transmisión de la noticia, pues es muy poco probable que algunos de ellos emprendiesen de nuevo un largo viaje, únicamente para decirles a Pablo y a Epafrodito que los demás miembros de la iglesia de Filipos estaban enterados de la enfermedad y angustiados por no saber el resultado.

(d) Cuál es la disposición de ánimo de Pablo. Como podía esperarse de su grandeza de alma y corazón, junto a la gratitud hacia Dios por la recuperación del hermano enfermo hasta el borde de la muerte, está su *solicitud* (v. 28) en enviarle, a fin de que le reciban con el mismo gozo (v. 29) que él mismo rebosa (vv. 27, 28).

(e) Queda una pregunta: ¿A qué se debe esa insistencia del apóstol para que los filipenses, no sólo se gocen con la presencia de Epafrodito que, al fin y al cabo, era bien conocido de ellos, sino también lo *reciban en el Señor*, como conviene a un buen hermano en la fe de Cristo? Dice A. Segovia: «A más de uno le resulta chocante la insistencia de Pablo en que Epafrodito tenga buena acogida entre los filipenses, así como el empeño en motivar tan rápido regreso; quizá pretende el apóstol alejar de los fieles cualquier posible sospecha de que el enviado de éstos no había cumplido fielmente su cometido». Esta explicación

se ve confirmada por la insinuación con que comienza el versículo 27: *«Porque de cierto …»* (gr. *kai gar),* que el mismo A. Segovia parafrasea: «Y lo que oísteis no era un rumor sin fundamento, porque de hecho cayó enfermo, y de gravedad».

CAPÍTULO 3

En este capítulo, I. Pablo amonesta a los fieles de Filipos contra los judaizantes (vv. 1–4). II. Presenta su propio ejemplo (vv. 5–14) y, III. exhorta a todos a imitarle (vv. 15–21).

Versículos 1–4

Ese *«Por lo demás»,* con que Pablo comienza esta porción, ha hecho pensar a algunos que el apóstol pensaba cerrar aquí su Epístola, pero le vinieron a la mente algunos otros pensamientos y, por eso, continuó. La misma expresión se halla en 4:8 y, tanto en un lugar como en el otro, no tiene el significado de casi «una posdata», sino como fórmula de introducción a un nuevo tema.

1. Empieza el capítulo con la ya frecuente exhortación al gozo. Y, como excusándose de dirigir con insistencia las mismas exhortaciones, añade (v. 1b): «A *mí no me es molesto el escribiros las mismas cosas, y para vosotros es salvaguardia».* Es muy improbable la opinión de Lenski, de que «"Las mismas cosas" se refiere al capítulo 1:27–30». Segovia habla de «posible alusión a una carta perdida, sobre el tema de los judaizantes». «Policarpo alude a varias epístolas paulinas a estos fieles de Filipos.» Ryrie, por su parte, opina que se refiere (vv. 2, 3) a «una lección básica que Pablo, como maestro de ellos, había repetido, sin duda, muchas veces cuando estaba con ellos». Sin embargo, Lightfoot hace notar que «la palabra *escribiros* parece insinuar una previa comunicación escrita»; por lo que merece crédito el testimonio de Policarpo, quien escribía a primeros del siglo II, muy poco después de la muerte del apóstol Juan, en carta a los fieles de Filipos, capítulo 3, párrafo 2: «Porque ni yo ni otro alguno semejante a mí puede competir con la sabiduría del bienaventurado y glorioso Pablo, quien, al morar entre vosotros, a presencia de los hombres de entonces, enseñó puntual y firmemente la Palabra de la verdad; y ausente luego, os escribió cartas (nótese el plural), con cuya lectura, si sabéis ahondar en ellas, podréis edificaros en orden a la fe que os ha sido dada».

2. Del peligro que los judaizantes constituían para las comunidades cristianas, es un testimonio fehaciente la forma dura y acerada con que los califica, con tres epítetos deshonrosos, precedidos respectivamente de ese *blépete,* presente de imperativo del verbo *blépein,* mirar u observar, pero con el matiz de «velar diligentemente para guardarse de algo». Llama a los judaizantes: *«perros»,* epíteto judío para designar a los gentiles, con lo que el apóstol devuelve a los judaizantes el epíteto deshonroso, metáfora para designar precisamente a «los inicuos», a los «sin Ley», ¡ellos que tanto se aferraban a la Ley, como para querer imponerla a todos los gentiles! También les llama *«malos obreros»,* no porque trabajaran poco, sino porque trabajaban para el mal. El tercer epíteto que les dirige es *«la mutilación»* (lit.). Como el término griego para circuncisión es *peritomé* (corte en derredor), Pablo juega con la palabra cambiándola en *katatomé* (corte total). Recuérdese lo que dice en Gálatas 5:12: *«¡Ojalá se mutilasen los que os perturban!»,* refiriéndose a estos mismos judaizantes.

3. Al abundar en la idea que ya había expresado en Romanos 2:29; 9:6 y Gálatas 6:15, Pablo dice a continuación (v. 3): *«Porque nosotros somos la circuncisión* (la interior del corazón, no la de la carne), *los que adoramos en el Espíritu de Dios* (v. Ro. 12:1, donde sale el sustantivo—adoración—, de la misma raíz que el verbo de aquí) y *nos gloriamos en Cristo Jesús* (comp. con 1 Co. 1:31 y Jer. 9:24) y *no hemos puesto nuestra confianza en la carne»* (lit.). Dice Segovia: «nosotros aplicamos a Cristo el mandato de gloriarse en Jehová». Con esto da a entender Pablo que todo nuestro culto a Dios está inspirado por el Espíritu Santo, no por normas que tengan que ver con ritos exteriores; y que hemos puesto en Cristo, en la Obra de la Cruz, no en un corte hecho en el cuerpo, toda nuestra confianza (el verbo está en pretérito perfecto, decisión antigua, con efecto continuo) en orden a la eterna salvación y a la santificación progresiva en esta vida. De todo esto, nada parecen saber (o no quieren saber) los *«perros»,* los *«malos obreros»,* los de *«la mutilación»,* del versículo 2.

4. Para que los judaizantes no puedan decir que el apóstol está despreciando e insultando lo que no conoce ni tiene, añade de inmediato (v. 4): *«aunque yo tengo motivos* (mejor, *datos personales) para confiar también en la carne. Si algún otro cree poder confiar en la carne, yo más» (Biblia de Jerusalén).* Como dirá después (vv. 7, 8), todo lo que antes de su conversión era para él motivo de legítimo orgullo, ahora lo tenía por pérdida y aun como basura, en comparación con el conocimiento que había recibido del Señor Jesucristo; pero incluso desde el punto de vista de los judaizantes, *«incluso en la carne»* (ése es el sentido del original), tendría Pablo de qué gloriarse más que ninguno de todos ellos. A continuación (vv. 5 y ss.) va a exponer en detalle los datos personales en los que podría confiar más que ninguno de sus oponentes, por lo que este versículo 4 sirve de puente entre la sección anterior y la que sigue.

Versículos 5–14

En esta sección, el apóstol comienza y dice cuáles son los puntos en los que podría gloriarse más que ninguno de los judaizantes; expresa después su desprecio de todas esas cosas, y concluye al declarar cuál es su verdadera ambición como cristiano.

1. ¿Quién puede exhibir mayores y mejores títulos que Pablo para gloriarse en la carne? (vv. 5 y 6): (A) *«Circuncidado al octavo día»* (lit. *En cuanto a la circuncisión, nacido de ocho días),* según mandaba la Ley, ya desde Génesis 17:12. No tuvo que esperar como los prosélitos. Dice Lenski: «Se pone primero la circuncisión, porque ella era el asunto principal por el cual luchaban los judaizantes». (B) *«Del linaje de Israel»* (como si dijese: «No soy griego de raza, ni siquiera idumeo, sino del Pueblo escogido por Jehová»). (C) *«De la tribu de Benjamín»*. Éste es un dato muy notable: La tribu de Benjamín estaba unida a la de Judá y, por eso, era parte de la raza judía «pura» (comp. con Jn. 8:41b. Véase el comentario a dicho lugar) que no había perdido su identidad después de la deportación; no era un residuo de las diez tribus del norte. Su padre le había puesto por nombre precisamente el del primer rey de Israel, de la tribu de Benjamín como él. (D) *«Hebreo de hebreos»*, esto es, judío por parte de padre y madre. (E) *«En cuanto a la ley,* esto es, por lo que respecta a la observancia de la Ley, *fariseo»,* «la secta judía más estricta que abogaba por la más completa observancia de la Ley (Hechos 26:5) y era reverenciado como tal por todos los judíos» (Lenski). (F) *«En cuanto al celo»* (v. 6), si se le medía por el fervor con que se adhería a la Ley y la defendía contra toda intrusión «heterodoxa» (comp. con Gá. 1:14), ¿quién podía igualarse a él, pues, llevado de ese celo, *había perseguido sañudamente a la iglesia,* a aquel grupo «innovador» de seguidores de un supuesto malhechor, maldito según expresa mención de la misma Ley (Dt. 21:23; Gá. 3:13)? (G) Finalmente (y van *siete,* número de perfección), *«en cuanto a justicia, la que* (proviene de la observancia) *de la ley, irreprensible»* (el mismo vocablo de 2:15).

Nótense, acerca de este último, y más importante, punto los siguientes detalles: (a) Pablo no tiene por «justificante» la justicia de la Ley (v. 9, comp. con Gá. 2:16; 3:11); (b) el original no dice «la justicia que es (o hay) *en* la ley», sino «la justicia que es *de* (gr. *ek,* que proviene de) la ley». (c) Pablo no dice que, en cuanto a esa justicia, él era *inculpable,* sin pecado ante Dios, sino *irreprensible,* irreprochable ante los hombres, quienes pueden observar el cumplimiento exterior de la ley, pero no pueden ver el corazón donde se fragua el pecado.

2. A continuación (vv. 7, 8), el apóstol pasa a declarar el poco aprecio que ahora le merecen esos siete puntos en los que podía gloriarse según la carne y aun como sincero, aunque equivocado, adorador del Dios verdadero (comp. con Ro. 10:2): *«Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo»*. Examinemos de cerca lo que aquí expresa el apóstol:

(A) Dice que todas esas cosas, las que ha enumerado en los versículos 5 y 6, *eran,* antes de ser ganado por Cristo, *ganancia;* así las consideraba él *antes;* así las consideraban *aún* los judaizantes. *Ahora* ya no son tenidas por Pablo como ganancia, sino como *pérdida* (gr. *zemían,* perjuicio); es decir, no las considera cosa indiferente, sino perjudicial. Como dice Heinzelmann: «Al usar de una imagen popular entre los rabinos, afirma Pablo que cuanto antes constaba en la columna de las ganancias, ahora lo transfiere a la de sus pérdidas».

(B) Más aún, la pérdida de todas esas cosas se ha convertido para él en ganancia superabundante. Antes (Gá. 1:14), *se abría paso por delante* (lit.) *de sus contemporáneos en el judaísmo;* les llevaba la misma ventaja que un pionero a sus seguidores; ahora, no va *por delante,* sino *por encima, a causa de lo*

eminente (lit. gr. *dia ton huperékhon),* esto es, lo que sobrepasa de forma insuperable a todo lo que pueda ser tenido alguna vez por ganancia.

(C) Las cosas en las que antes se gloriaba las estima, no sólo *como pérdida ante lo insuperable del conocimiento de Cristo Jesús, su Señor* (no falta ningún título en esta ardiente confesión del apóstol), sino como algo que, *por amor a Cristo,* ha de abandonarse, y por eso lo ha perdido Pablo, lo ha puesto en la cuenta de las pérdidas y lejos de sí, pues *lo tiene por basura* (gr. *skúbala*, desperdicios podridos o excrementos), maloliente y contaminadora.

3. En los versículos 8c–14, Pablo expresa la gran ambición que en él ha producido lo *insuperable del conocimiento de Cristo Jesús, su Señor.* Dice así en la NVI: *«para ganar a Cristo, y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia que procede de la Ley, sino la que viene por fe en Cristo, la justicia que viene de Dios y es por la fe. Quiero conocer a Cristo y el poder de su resurrección y la participación en sus sufrimientos, llegando a ser semejante a Él en su muerte y, así, de alguna forma, alcanzar la resurrección de los muertos. No es que haya alcanzado ya todo esto, o que haya alcanzado la perfección, pero voy corriendo tras ella, por si logro alcanzar aquello para lo cual me alcanzó Cristo Jesús. Hermanos, no considero que yo mismo lo haya alcanzado. Pero hago una cosa: olvidando lo que ya queda atrás y lanzándome a lo que está delante, voy corriendo hacia la meta, para ganar el premio para el que Dios me ha llamado al cielo en Cristo Jesús».* La porción encierra gran cantidad de importante enseñanza, doctrinas y práctica y, en una primera lectura, no carece de dificultades; por ello, merece un cuidadoso análisis.

(A) Pablo comienza diciendo que ha dado completamente de lado, como algo perjudicial, maloliente y contaminador, a todo lo que antes suponía para él ganancia y ventaja. Lo ha hecho *para ganar a Cristo* (aoristo de subjuntivo, no futuro de indicativo como piensa Segovia). Ésta frase nos da la clave para todo lo que sigue.

(a) *«Ganar a Cristo»* no significa aquí simplemente «tener a Cristo», ya que todo creyente lo tiene desde el momento en que lo recibe como Salvador, sino *apropiarse a Cristo, hacerse del todo con Él y* (v. 9) *ser hallado en Él,* como en el elemento en que vive y se mueve, hasta el punto de que no se pueda hallar a Pablo en ningún otro lugar sino *en Cristo* (en sentido espiritual, no en sentido físico espacial). Esta vivencia no se obtiene de una vez por todas, como ocurre en la justificación, sino que requiere una *carrera,* un progreso continuo hacia la meta (v. 13), *olvidando lo que queda atrás* (no lo del judaísmo, pues eso *estaba fuera de camino),* el trecho recorrido desde la infancia en la fe cristiana, y *extendiéndome a lo que está delante.* El verbo griego expresa gráficamente la forma en que los atletas se extendían, como en violento escorzo, lanzándose de cabeza, hacia la meta de la carrera.

(b) Como esta carrera, el progreso en la santificación, hasta llegar a la completa semejanza con Cristo (1:21, comp. con 1 Jn. 3:2b), no llega a su culminación sino después de la muerte, Pablo anhela experimentar *el poder de la resurrección de Cristo* (v. 10), Al saber que esto comporta *la participación en los sufrimientos de Cristo* (comp. con Hch. 9:16; Ro. 8:17) y *ser hecho semejante a su muerte* (comp. con Ro. 6:5; Gá. 6:17). Al escribir esta Epístola, ya admitía con gozo y regocijo (2:17) la posibilidad, después (2 Ti. 4:6) seguridad, de *ser derramado en libación.*

(c) Que la culminación de esta carrera sólo se obtiene en el día de la resurrección, lo enfatiza de forma singular el apóstol en el versículo 11: *«por si llego a la resurrección, la de entre los muertos»* (lit.). Varias cosas son de notar aquí:

Primera, el verbo *llegar* es, en griego, el mismo de Efesios 4:13, por lo que indica, también aquí, la «estación de término».

Segunda, el vocablo para *resurrección* es único en todo el Nuevo Testamento. Lleva dos prefijos: *ex y aná,* como si Pablo desease poner de relieve el gran anhelo que tenía de llegar a la resurrección.

Tercera, «… la resurrección, la de entre los muertos» (lit.) no es una redundancia, pues el griego del Nuevo Testamento distingue entre *anástasis nekrón,* resurrección de los muertos en general, y *anástasis ek nekrón,* resurrección de entre los muertos, expresión que sólo se aplica a los creyentes, como para representar gráficamente que salen gloriosos de sus sepulcros, al dejar atrás a los que murieron en su impenitencia e incredulidad.

Cuarta, lo de *«por si llego»* (lit. *si como llegue)* no significa que Pablo dude si llegará, pues eso equivaldría a dudar de su salvación. Se equivoca Knabenbauer, citado por Segovia, cuando escribe: «Esta expresión, más bien humilde que dubitativa, no sólo insinúa la dificultad de alcanzar la bienaventuranza, sino que excluye la certeza de obtener la salvación». No hay tal cosa. Pablo no duda de que llegará a la

meta; lo único que aquí le preocupa es hallar el *modo;* o siguiendo con la misma metáfora de la carrera, dar con el estilo atlético más puro, rápido y elegante, de alcanzar el primer premio, la corona de laurel, al llegar a la meta.

(d) Nótese el delicioso retruécano que se percibe en el versículo 12b: *«pero voy corriendo tras ella* (lit. voy *persiguiendo), por si logro ALCANZAR AQUELLO PARA LO CUAL ME ALCANZÓ Cristo Jesús»* (NVI). El verbo griego *katalambáno* tiene aquí el matiz de «agarrar» o «asir» el premio que se obtiene en la meta. Así que Pablo da a entender aquí lo siguiente: «En el camino de Damasco, yo fui agarrado, prendido, cazado, por Cristo; ahora, yo quiero prenderle a Él, asirme de Él, hacerme enteramente con Él, pues para eso me alcanzó y me asió Él». En el momento de su conversión (esto tiene aplicación a cada uno de los creyentes), Cristo tomó *posesión* de Pablo, mientras Pablo obtenía su *posición* en Cristo; pero cuando el apóstol acabe la carrera que aquí menciona, se cambiarán los papeles: Pablo habrá tomado *posesión* de Cristo, mientras que será perfecta la *posición* de Cristo en Pablo. En esta vida, Pablo siempre va *persiguiendo* a Cristo: doce veces se le menciona en el Nuevo Testamento persiguiendo a Cristo para destruir el cristianismo; pero ahora persigue a Cristo ¡para identificarse con Él!

(B) El apóstol deja bien claro que no ha conseguido todavía su objetivo, que no ha llegado aún a la meta: *«no es que haya alcanzado ya todo esto,* dice (v. 12a), o *que esté ya perfeccionado»* (lit. *consumado,* pues es el mismo verbo, y también en perfecto, de Jn. 19:30). Pablo, pues, no se refiere aquí a la *madurez* espiritual, ya que ésta la afirma en el versículo 15, sino a la perfección final, que sólo puede conseguirse en la resurrección. Para que a nadie le quede duda de que no se tiene a sí mismo como consumado en la perfección, repite (v. 13): *«Hermanos, yo no me hago la cuenta de haberlo alcanzado yo mismo»* (lit.). Comenta Lenski: «"Hermanos" suena como si el apóstol quisiera dar a entender: "Por favor, hermanos, no penséis de mí que yo tenga tan alta opinión de *mí* mismo"».

(C) El versículo 14 dice literalmente: *«En dirección a la meta, prosigo para* (obtener) *el premio* (gr. *brabéion*, el mismo vocablo de 1 Co. 9:24) *del llamamiento celestial* (lit. *de arriba) de Dios en Cristo Jesús».* El llamamiento que Pablo como todo creyente (v. Ro. 8:28, 30), había recibido, era *de arriba, celeste,* más bien por el estado celestial al que somos llamados (v. por ej. Ef. 1:3, 20; 2:6) que por el lugar de donde procede el llamamiento, pues eso ya está claro al decir que viene *de Dios.* Este llamamiento es *en Cristo Jesús,* porque en Él fuimos escogidos (Ef. 1:4) y en Él se apoya toda nuestra vida espiritual de punta a cabo. Dice Lenski: «El excelso llamamiento del verdadero cristiano viene a él "en relación con Cristo Jesús", y por esta causa es completamente opuesto a todos los esquemas judíos y judaizantes basados sobre la ley y las obras. Nuestro llamamiento se une a Aquel que murió y resucitó, a Aquel que es la fuente de la gracia evangélica, lo opuesto a las obras y la ley».

Versículos 15–21

Del informe que acaba de dar de sí mismo, el apóstol pasa ahora a exhortar a los filipenses (y a todos nosotros) «a imitarle en el modo de enfocar el ideal cristiano, expuesto en los versículos 13, 14» (Segovia).

1. *«Así que,* dice (v. 15), *todos los que somos perfectos,* es decir, espiritualmente maduros, adultos, a diferencia de los que no han pasado de las primeras nociones de la fe, *esto mismo sintamos* (el mismo verbo de 2:5, etc.), tomemos esta actitud, sigamos esta misma pauta. Añade: «y *si en algo sentís de modo diferente, también esto os lo revelará Dios».* ¿Qué quiere decir con esto? ¿Hay otras alternativas laudables? Opina A. Segovia que está hablando con «fina ironía», como si Pablo se dirigiese a los que no piensan como él y les dijese: «si alguno, adicto todavía en parte a criterios mundanos, juzga no ser necesarios tantos esfuerzos, o cree que mi juicio sobre los judaizantes es demasiado fuerte, espero que Dios le ilumine para que sienta como yo». En mi opinión, no existe tal ironía, sino que el apóstol no quiere imponer su punto de vista en detalles de importancia secundaria, sobre los que cualquier otra persona, también enseñada por Dios (Jn. 6:45; Ef. 1:17), podría discrepar de él. Dice Lenski: «Pablo dice que así (por el Espíritu que obra por medio de la palabra de la Escritura,—el Antiguo Testamento en este caso) Dios iluminará a los filipenses aun sobre cualquier punto de menor importancia en que discrepen todavía, y que no esté muy claro tanto por su significado como por su valor para ellos».

2. La forma en que habla a continuación (v. 16) excluye también la posibilidad de que, en el versículo 15b, se pueda suponer ironía por parte del apóstol. Dice: *«Sin embargo, en aquello a que hayamos llegado, avancemos* (el mismo verbo de Gá. 5:25; 6:16) *por lo mismo»* (lit., según la versión más

probable, y en conformidad con los mejores MSS). Si los filipenses avanzaban unidos, «firmes en todo lo que por la gracia y la revelación de Dios habían hasta ahora obtenido, por este mismo medio obtendrían también una misma mente en asuntos pequeños sobre los cuales todavía pudieran discrepar … El esfuerzo de Pablo tiende hacia la formación de un completo frente unido contra los partidarios del error de su época» (Lenski).

3. En esta misma línea, el apóstol exhorta de nuevo (vv. 17–21) a los filipenses a comportarse como lo hacen Pablo y sus colaboradores, en lugar de imitar a quienes *sólo piensan en lo terrenal,* puesto que nuestra verdadera y eterna ciudadanía es celestial, y de los cielos esperamos al Señor para que nos haga como Él y nos lleve al lugar donde Él está.

(A) *«Hermanos,* dice (v. 17), *haceos imitadores míos conjuntamente y observad a los que así caminan* (se comportan), *como nos tenéis a nosotros por modelo»* (lit.). Aunque el texto está suficientemente claro, resultará instructivo el análisis de tres vocablos griegos: (a) El término *summimetái,* imitadores conjuntamente, es compuesto de *mimetés,* imitador, usado por Aristóteles para describir al actor que sabía representar bien en escena a diversos personajes. De ahí procede el castellano «mímica». El gesto y el porte de una persona hablan más alto y más claro que todas las palabras, pues penetran directamente en otras personas sin tener que ser traducidos mediante el diccionario de los propios conceptos. Por eso, no dice Pablo «escuchadme», sino *«imitadme».* (b) Para *«observad»* tenemos aquí el verbo *skopéo,* de donde procede *epískopos,* el que observa desde una posición superior, el «supervisor». (c) Por *«modelo»,* usa Pablo *túpon (o typon),* que significa algo así como el patrón que se emplea para cortar un traje o vestido. «Tener a alguien por *modelo»* es, pues, ajustarse al patrón de su conducta.

(B) El apóstol menciona con gran tristeza a ciertas personas que no deben ser imitadas, pues el ejemplo que dan es terrible y el fin que les aguarda (v. 19a) es *perdición,* esto es, la condenación eterna. Pablo dice que son *muchos y que son enemigos de la cruz de Cristo;* por lo cual, repite *llorando* lo que ya les ha dicho a los filipenses *muchas veces* (v. 18). La descripción que hace de ellos está diseñada (v. 19) con tres pinceladas: (a) *«cuyo dios es el vientre».* Contra la opinión de Ryrie y de Segovia, quienes ven aquí a epicúreos entregados al libertinaje sensual, Lenski documenta muy bien su opinión de que tales enemigos están aquí totalmente fuera de contexto, y de que Pablo se refiere, como en toda la Epístola, a los judaizantes, quienes *servían como esclavos al vientre* imponiéndose a sí mismos y queriendo imponer a los demás, entre otras cosas de la Ley, alimentos que fuesen *kosher,* limpios, de acuerdo con la misma Ley; (b) *«cuya gloria es su vergüenza»;* se gloriaban en cosas externas como la circuncisión y, en general, en todo lo que su naturaleza meramente carnal les dictaba, lo cual «no es otra cosa, sino vergüenza y desgracia» (Lenski); (c) *«que sólo piensan* (el mismo verbo de 2:5 "sienten y piensan") *en lo terrenal».* Les importan precisamente las cosas que para el apóstol se habían convertido en *basura maloliente y contaminadora* (v. 8c). La descripción, pues, cuadra bien a los judaizantes, sin tener que buscar otros *«enemigos»* que no han sido previamente presentados en ningún otro lugar de la Epístola.

(C) En este último punto *(«que sólo piensan en lo terrenal»),* se apoya Pablo (v. 20) para recordar a los filipenses que *«nuestra ciudadanía* (gr. *políteuma,* el derecho a residir como ciudadano en un lugar) *está en los cielos,* por lo que debemos poner la mira en las cosas de arriba (Col. 3:1–3), no en las de la tierra como hacen los enemigos arriba aludidos. A. Segovia cita de Cornelio a Lápide la frase siguiente: «El alma está más donde ama que donde anima». Esto ya sería suficiente para no poner la mira en las cosas de la tierra; pero el apóstol añade explícitamente otros dos motivos para mirar hacia arriba, sin tener en cuenta las cosas materiales de abajo:

(a) *«De donde también* (del cielo) *estamos aguardando con anhelo* (como) *Salvador al Señor Jesucristo»* (v. 20b, lit.). «Único pasaje paulino, dice Segovia, con la conexión *sotér-Kúrios»* (Salvador-Señor). Como es obvio (comp. con He. 9:28b), el apóstol se refiere a la salvación final, escatológica.

(b) La Segunda Venida del Salvador para recoger a los suyos (comp. con 1 Ts. 4:16, 17), tendrá como efecto lo que Pablo describe en el versículo 21: *«el cual* (Jesucristo) *transfigurará el cuerpo de nuestro estado de humillación* (lit. *de nuestra pequeñez), conformándolo* (lit. *hecho de la misma forma) al cuerpo de la gloria suya* (esto es, *a su cuerpo glorioso), en virtud del poder que tiene también para someter a sí mismo todas las cosas»* (comp. con 1 Co. 15:28). La frase final dice así al pie de la letra: *«conforme a la energía* (la fuerza activa) *para poder Él someter todas las cosas a Él mismo».* Nótese:

Primero, que nuestro cuerpo *pequeño,* es decir, miserable, vil, mortal (1 Co. 15:42–44) *cambiará de figura (skhéma)* cuando el Señor vuelva; pero este cambio de figura no se limitará a una apariencia exterior, superficial, sino que será efecto de una *transformación (morphé)* interior.

Segundo, con esta transformación, nuestro cuerpo, ahora mortal, vil, corruptible, *será hecho semejante al cuerpo glorioso de Cristo,* según el designio eterno de Dios (Ro. 8:29, comp. con 1 Jn. 3:2) acerca de los elegidos, pues para eso tomó el Hijo de Dios una naturaleza semejante a la nuestra (He. 2:10, 14).

Tercero, Jesucristo llevará a cabo esta transformación nuestra por medio de la fuerza activa, comunicada por el Padre mediante el poder del Espíritu, ya que para eso le fue conferida la suprema autoridad sobre todo lo creado (2:9–11, comp. con Dn. 7:14; Mt. 28:18b; 26:64; Ro. 14:9; Ef. 1:20–22; Col. 2:10).

CAPÍTULO 4

Después del versículo 1 que, en realidad, pertenece al capítulo anterior como conclusión de lo que acaba de decir en 3:20, 21, el apóstol urge a los miembros de la iglesia de Filipos, I. a guardar la paz dentro de la comunidad (vv. 2–4); II. a guardar la paz en el interior de cada uno (vv. 5–9) y III. a guardar la paz frente a toda clase de circunstancias (vv. 10–23).

Versículo 1

«Por lo tanto, hermanos míos a quienes amo y añoro, mi gozo y mi corona; estad firmes en el Señor, amados amigos» (NVI). La conjunción griega *hóste* es, como en 2:12, primordialmente consecutiva. Como puede observarse por los epítetos (sin artículo) que Pablo dirige a los fieles de Filipos, esa iglesia ocupaba en el corazón del apóstol un lugar muy especial (comp. con el v. 15). Dice Lenski: «A ninguna otra congregación se dirige Pablo como lo hace a los filipenses en este versículo … "Corona mía" recuerda al capítulo 2:16. No había corrido en vano; ellos le habían sido dados como la corona del vencedor». La *«corona»* (gr. *stéphanos,* de donde viene «Esteban») era «la guirnalda reservada al rey en sus visitas a las ciudades, al sacerdote (pagano) en el sacrificio, al vencedor en los juegos, al huésped en el banquete» (Segovia). Por eso, les incita de nuevo (comp. con 1:27) a *permanecer firmes en el Señor,* en unión con Él y dentro de la atmósfera vital que el «Salvador-Señor» de 3:20 irradia sobre los que son suyos.

Versículos 2–4

1. En el versículo 2, el apóstol dirige nominalmente, y aun distributivamente *(«A Evodia exhorto y a Síntique exhorto»,* lit.), su exhortación. Por el versículo 3, vemos que estas dos mujeres eran miembros importantes de la iglesia de Filipos; por lo que la disensión que existía entre ellas era un mal ejemplo para toda la comunidad. Pablo las exhorta a *que se pongan de acuerdo* (lit. *a sentir—de* nuevo, el verbo de 2:5—lo *mismo).* No cabe duda de que se trataba de discrepancias sobre métodos de obrar, no sobre puntos de doctrina. «Cada una de estas mujeres consideraba un método, el suyo propio, como el mejor para la obra de la iglesia» (Lenski).

2. Esta discrepancia se debía a factores temperamentales, como es corriente entre mujeres. Por esto, el apóstol pide que se les ayude como se merecen personas que habían trabajado arduamente con él en la obra del Evangelio (v. 3): «*Y a ti, compañero fiel, te ruego que ayudes a estas mujeres que han luchado a mi lado por la causa del Evangelio, juntamente con Clemente y mis demás colaboradores, cuyos nombres están en el libro de la vida»* (NVI). Este versículo, junto con detalles fáciles de interpretar, contiene un quebradero de cabeza para los intérpretes.

(A) Los detalles fáciles de comentar son: (a) La mención implícita de las mujeres descritas por sus nombres en el versículo 2, juntamente con los demás colaboradores de Pablo, todos los cuales *combatieron al lado de Pablo por la causa del Evangelio.* La metáfora del combate, indicadora de la

resistencia que se opone al Evangelio, ya salió en 1:30. (b) Del libro de la vida ya se hace mención en el Antiguo Testamento (Éx. 32:32; Sal. 69:28; Jer. 17:13; Dn. 12:1) y, más explícitamente, en Lucas 10:20; Apocalipsis 3:5; 13:8; 17:8 y, según MSS menos importantes, 22:19. Contra la opinión general en la Iglesia de Roma, las alusiones negativas a dicho libro no significan que se pueda perder la salvación adquirida (v. el comentario a Ap. 3:5). Pablo, pues, asegura que tales personas eran salvas para siempre.

(B) El detalle que constituye un quebradero de cabeza para los exegetas es la expresión *«compañero fiel»* (gr. *gnésie súzugue*, genuino compañero de yugo). El adjetivo *gnésios* significa primordialmente, como puede verse por los otros tres únicos lugares en que ocurre (2 Co. 8:8; 1 Ti. 1:2; Tit. 1:4) «genuino, verdadero, legítimo». Esto da una enorme probabilidad a la opinión, bien documentada, de Lenski (tenida como probable por Segovia) de que *Súzugos* es un nombre propio (en castellano sería *Sícigo).* Aparte del argumento *por exclusión,* ya que ningún otro de los personajes que se han inventado para suplirlo encaja bien en el texto, está la razón contundente de que, tras nombrar explícitamente a las mujeres y a Clemente, no se concibe que Pablo se callase el nombre del destinatario principal de la carta. Por otra parte, como *Súzugos* significa en griego *«compañero de yugo»,* ¿qué mejor oportunidad para usar tal nombre propio, a la usanza semita, a fin de recalcar que tal persona se comportaba de manera que cuadraba genuinamente con el nombre que le habían impuesto en la niñez, pues era ahora fiel en la tarea de tirar juntamente del mismo arado, uncido al mismo yugo con el apóstol?

3. Después de esta digresión, ocasionada por la actitud de las dos hermanas mencionadas en el versículo 2, el apóstol prorrumpe en una apasionada exhortación a los fieles de Filipos para que se regocijen en el Señor, puesto que esto del gozo es una de las notas dominantes en esta Epístola (comp. con 3:1, así como el v. 10 de este mismo capítulo). El original dice literalmente: *«Alegraos en el Señor siempre; de nuevo diré: Alegraos»*. Que se trata de un gozo santo, no de una juerga mundana, se ve claramente por la añadidura *«en el Señor»,* por lo que Él ha hecho a favor nuestro, por nuestra unión con Él, porque a Él le ha sido dado todo poder (3:21b). El adverbio *pántote* (siempre), tiene cierto matiz circunstancial: en toda clase de circunstancias. Como bien comenta Lenski: «Aquí añade (Pablo) que este gozo debe manifestarse "siempre", no importa cuáles puedan ser las condiciones de nuestra vida. Nuestro sol de gracia está "siempre" brillando».

Versículos 5–9

En estos versículos tenemos un maravilloso programa de psicología práctica y hasta de psiquiatría.

1. El apóstol comienza recomendando una actitud generosa hacia los demás con un vocablo griego que no tiene traducción exacta en castellano ni aun en latín, con lo que las versiones andan a la caza de lo que más se le parece sin dar jamás con el sentido preciso. Digamos que el griego *epiéikeia* no equivale a «modestia» ni «bondad» ni «amabilidad». Lo que más se le parece es «mesura» (RV 1977). Así que *to epieikés* (v. 5, que es el adjetivo correspondiente) equivale a «lo *mesurado»,* como traduje en mi *Interlineal Griego-Español.* Para tener una idea aproximada del significado preciso del vocablo griego, diremos que se aplica en jurisprudencia para indicar una interpretación moderada y equitativa de la ley en casos en que las circunstancias piden una rebaja de la sentencia que se impondría en estricta justicia si no se tuviesen en consideración las circunstancias aludidas. Lenski cita el conocido adagio latino: *«summum ius, summa iniuria»,* que podemos traducir un poco libremente, pero de forma esclarecedora: «la justicia estricta es una estricta injusticia». Lo que Pablo, pues, recomienda aquí es una actitud cristiana de condescendencia con los demás, mezcla de compasión y comprensión (aunque sin lenidad en lo moral ni transigencia en las doctrinas fundamentales), precisamente en vista de que *¡el Señor está cerca!,* no en sentido espacial («junto a nosotros»), sino escatológico («a punto de venir»), y desea que esta actitud sea notoria a todos.

2. A esta actitud hacia los demás, añade el apóstol (v. 6) otra actitud hacia nuestro propio interior: *«Por nada os inquietéis* (comp. con Sal. 37:5; Mt. 6:25; 1 P. 5:7), *sino que sean presentadas vuestras peticiones delante de Dios mediante oración y ruego con acción de gracias»*. Pablo nos asegura aquí que nuestras oraciones a Dios serán atendidas (v. Ef. 3:20). Es cierto que Dios sabe lo que necesitamos; no oramos para informar a Dios de nuestra necesidad, sino de la conciencia que tenemos de nuestra necesidad, pues para bien recibir es menester confesar nuestra mendicidad. ¡Qué gran lección de psicoterapia! ¡Y cómo está este elemento interior unido a nuestra actitud hacia los demás! Dice Lenski: «Ciertamente, a menos que podamos en forma constante desembarazarnos de nuestras preocupaciones

antes de que ellas nos perturben, nuestro gozo cesará y esta condescendencia noble y bondadosa habrá de desaparecer».

3. De este modo (v. 7), *la paz de Dios,* esto es, la que Dios da (comp. con Jn. 14:17), al ser el fruto de la condescendencia con los demás y de nuestra oración confiada a Dios, no sólo calmará todos nuestros temores sobre el futuro, sino que también contribuirá a desvanecer las disensiones que puedan surgir en la comunidad cristiana (v. 2). Esta paz, dice el apóstol, *sobrepasa a todo entendimiento,* no en el sentido de que el cristiano no la pueda comprender, sino en el de que supera todos los esfuerzos, cálculos y preocupaciones que el entendimiento pueda imaginar e intentar poner en práctica para poner en paz *el corazón y el propio pensamiento.* Lenski ve un ejemplo de esto en el Salmo 73: «Ahí está la mente que trata de guardarse y protegerse a sí misma. "¿Por qué permite Dios que yo sufra así? ¿Por qué permite Él que el impío florezca y prospere?" En los versículos 16 y 22, el salmista confiesa la incapacidad de su propia mente para protegerle en contra de los asaltos de tales pensamientos. En los versículos 23 y 24, hace que la paz de Dios sea su refugio, donde todos sus pensamientos atormentadores son contestados y apaciguados».

4. *«Por lo demás* (v. el comentario a 3:1), *hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo respetable, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buena reputación; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad* (lit. *tened en cuenta estas cosas)».* El verbo *logízomai* ocurre 40 veces en el Nuevo Testamento y siempre indica una consideración en que se valora convenientemente algo en favor o en contra. Es, por tanto, algo más que un simple «pensar»; es acoger con nuestra mente, dándole el valor que se merece, a todo eso que Pablo enumera en esa lista de seis cosas, cerrada por ese epifonema de *«si hay algo excelente o digno de alabanza»* (NVI). Para el sentido del griego *areté,* que no concuerda exactamente con lo que hoy entendemos por «virtud», véase el comentario a 1 Pedro 2:9. Las seis cosas que Pablo enumera y en las que exhorta a tener puesto el pensamiento son las siguientes:

(A) *«Todo lo que es verdadero»,* lo real, lo que tiene sustancia, lo que no es producto de la fantasía, ni suena a ficción e hipocresía.

(B) *«Todo lo respetable»,* todo lo noble, lo decoroso, serio y recomendable.

(C) *«Todo lo justo»,* lo que puede ser aprobado por Dios, por ser cumplimiento fiel de las obligaciones que tenemos hacia Él, hacia el prójimo y hacia nosotros mismos.

(D) *«Todo lo puro»,* lo moralmente limpio en todo sentido, no sólo en el de castidad (comp. con 2 Co. 6:6; 7:11; 11:2; 1 Ti. 5:22; Tit. 2:5).

(E) *«Todo lo amable»,* como da a entender el vocablo griego *prosphilé* (única vez que sale en todo el Nuevo Testamento), es todo lo verdadero y bueno en cuanto atrae los afectos puros, no corrompidos por el vicio.

(F) *«Todo lo que es de buena reputación»* (gr. *eúphemon*, único en el Nuevo Testamento) es lo que merece buena fama, que se hable bien de ello. Pablo usa un vocablo de la misma raíz *(euphemía),* junto con su contrario *(dusphemía)* en 2 Corintios 6:8: *«a través … de calumnia y de buena fama»,* como si dijese: «Los malvados se burlan de nosotros y de nuestra doctrina y de nuestra vida; pero esto no nos mancha, sino que los mancha a ellos» (Lenski).

De la misma manera que la salud física depende, en buena parte, de la dieta alimentaria que una persona se impone (o a la que se somete con gusto), así también nuestra salud mental y espiritual depende, en mayor proporción todavía que la corporal, de lo que nutre a nuestra mente. De ahí la importancia tremenda de nutrir la mente de los niños con esa serie de vitaminas espirituales que el apóstol enumera. Por desgracia, lo que los medios de comunicación, especialmente la televisión, les suministran, más contribuye a dañarles la salud espiritual que a fomentarla.

5. Y así como la dieta es insuficiente sin el ejercicio, también eso que el apóstol recomienda se necesita *ponerlo por obra* (v. 9). En realidad, quien les de a esas cosas que Pablo enumera el valor que tienen y se merecen en la estima de los hombres, no podrá menos de llevarlas a la práctica. Pero hay un nuevo estímulo: al imitar al apóstol (comp. con 3:17) lo conseguirán: *«lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, ponedlo por obra».* Los dos primeros verbos, como observa Lightfoot, tienen que ver con lo que Pablo les enseñó; los dos últimos, con lo que Pablo mismo practicaba de palabra *(«oísteis»)* y de obra *(«visteis»).* En el versículo 7 había mencionado *la paz de Dios;* ahora (v. 9b) menciona al *Dios de paz.* Con esto último, parece poner de relieve el apóstol que esa paz que pone fin a todas las ansiedades porque procede de Dios, tiene una realidad sólida, «tan objetiva como Dios mismo lo es» (Lenski).

Versículos 10–20

En estos versículos finales (antes de los saludos), el apóstol viene a exhortar, con su propio ejemplo, a guardar la paz interior frente a toda clase de circunstancias.

1. Pablo comienza esta sección (v. 10) y dice: *«Me alegré mucho en el Señor de que ya al fin hayan florecido vuestros buenos sentimientos para conmigo. Ya los teníais, sólo que os faltaba ocasión de manifestarlos» (Biblia de Jerusalén).* En el versículo 18 expresa la manera práctica en que los fieles de Filipos habían mostrado sus buenos sentimientos hacia él en esta ocasión. Ya lo habían hecho en otras dos ocasiones (v. 16), cuando el apóstol se hallaba en Tesalónica. Esta vez, su alegría estuvo a punto de ser gravemente empañada por la enfermedad de Epafrodito (2:25–30). Nótese de qué manera tan fina les excusa por no haberlo hecho antes: *«os faltaba ocasión* de manifestar vuestros buenos sentimientos». Hay quienes ven un asomo de reprensión en ese *«al fin»,* como si Pablo hubiese estado esperando con impaciencia esa ofrenda de la iglesia de Filipos que tanto tardaba en llegar. Este punto de vista es erróneo, como se ve por lo que sigue, ya que Pablo afirma que siempre habían tenido esos buenos sentimientos hacia él; lo único que les había faltado era la ocasión de manifestarlos de esta manera. Dice Segovia: «Esta falta de oportunidad pudo ocurrir, o por carencia de medios, o por no hallar un portador a propósito». Es muy probable que la causa fuese lo primero, y 2 Corintios 8:1–3 puede darnos la clave, pues allí vemos la penuria por la que habían pasado las iglesias de Macedonia. Parece ser que ahora había mejorado la situación económica, al menos, en Filipos.

2. A continuación (vv. 11–13), el apóstol aclara que no habla así como si esperase con ansia este alivio, pues *había aprendido* (v. 11, aoristo ingresivo) *a contentarse* (lit. *a ser autarca*, a valérselas él solito) con cualquier situación económica: *a pasar escasez y a vivir en abundancia* (v. 12). Por *«haber aprendido el secreto»,* el original dice literalmente: *he sido iniciado,* y pide prestado el verbo *(memúemai)* al léxico de las religiones místéricas, donde sólo los iniciados conocían los secretos de la religión. Pero Pablo no necesita acudir a métodos secretos para aprender a contentarse con lo que en cada situación tiene, sea mucho o poco; su misterio es un secreto a voces (v. 13): *«Para todo tengo fuerzas en el que me da el poder»* (ésta es la versión literal). Pablo no dice esto para envanecerse, pues entonces su gratitud hacia los filipenses resultaría forzada o hipócrita. Por otra parte, «la mente espiritual se mueve en un plano más elevado» (Lenski). En efecto, la alegría en el Señor que Pablo expresa no se debe tanto al donativo que le han enviado, cuanto al florecimiento que ello supone *en los mismos donantes,* según aclara en el versículo 17: «*No es que ande buscando el donativo, sino que estoy buscando el fruto que vaya creciendo a vuestra cuenta»* (lit.).

3. Por esto de la *«cuenta»* (gr. *lógon)* que menciona en el versículo 17, y lo de *«ninguna iglesia tuvo comunión conmigo* (lit.) *en razón* (también *lógon) de dar y recibir, sino vosotros solos»* (v. 15b), han llegado a pensar algunos que Pablo, o la iglesia de Filipos o ambos, llevaban una *cuenta* que habían abierto con las dos consabidas columnas del HABER y el DEBE. Justamente comenta Lenski que jamás habría pensado Pablo en llevar un libro de cuentas de tal clase. «Lo más que dijo sobre esto, añade, se halla en 1 Corintios 9:11; en el versículo 12 añade que no usó tal poder, y en el versículo 18, que él predicó el Evangelio en forma gratuita. Un hombre que trabaja gratis no lleva libro alguno de cuentas, porque no tiene entradas para asentarlas en él».

4. Notemos (v. 18) que, al donativo que ha recibido ahora de los fieles de Filipos por manos de Epafrodito, lo llama *«olor de buena fragancia, sacrificio acepto, agradable a Dios»* (esta última frase está al pie de la letra en Ro. 12:1b). No debe extrañarnos el que Pablo compare tal donativo a un sacrificio, pues Hebreos 13:16 habla de la beneficencia como de *sacrificios de los que se agrada Dios.* Esta clase de sacrificio es aceptable a Dios porque, en el amor que se muestra hacia los hermanos, Dios ve como una especie de «acto de culto público» a Él mismo. Entra dentro de la «liturgia» cristiana, como se ve por el apelativo que, a este respecto, dio a Epafrodito en 2:25b: *«ministrador* (gr. *leitourgón) de mi necesidad»* (lit.). Lo de *«olor de buena fragancia»* (comp. con 2 Co. 2:14–16, para una terminología similar) empalma con Levítico 3, donde se habla del *sacrificio de paz,* esto es, *de comunión,* en cuya categoría entran los sacrificios de beneficencia. Se llaman de *buena fragancia* porque en ellos no hay expiación por el pecado, ya que el pecado (como la levadura) es lo único que suministraba a los sacrificios del Levítico su carácter de *olor no grato.* Si se comparan por ejemplo, Levítico 1:9b; 2:2b y 3:16b con 5:12b (sacrificio por el pecado), se notará que en los tres primeros ejemplos, el texto añade lo de *«olor grato»;* en cambio, en 5:12b se limita a decir: «… *es expiación».*

5. Y como con Dios nunca se pierde, el apóstol asegura a los fieles de Filipos (v. 19) que Dios les recompensará con creces: «*Y mi Dios proveerá a todas vuestras necesidades conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús*». Nótense los siguientes detalles:

(A) Dice *«mi Dios»*, no porque sea Dios exclusivamente de él (pues lo es de todos,—1 Ti. 2:5—), sino «a causa de que Pablo era quien recibía el regalo, que era en realidad un sacrificio agradable a Dios» (Lenski).

(B) *«Conforme a sus riquezas»* da a entender que la recompensa, la provisión con que Dios proveerá a todas las necesidades de los filipenses, será como conviene a tan gran Señor. El regalo de un rey es ya grande por parte de quien lo da; mayor todavía si el regalo es cuantioso; con todo, siempre será limitado de acuerdo con la cuantía de las riquezas de que pueda disponer para desprenderse de ellas en favor de alguien. Pero Dios no solamente es el Supremo Señor y Dueño del Universo entero, sino que sus riquezas son inagotables por cuanto es Él mismo quien se da, en toda la infinitud de su persona y de su amor. Lo de *«en gloria»* puede unirse ya sea con lo anterior *(«riquezas gloriosas»)* ya sea con lo que sigue *(«gloriosamente en Cristo Jesús»).* De ambas maneras, concuerda con lo que dijo en Efesios 1:6, 7; 3:16, 17.

6. El apóstol termina, con una doxología semejante a la de Gálatas 1:4b, 5: «A *nuestro Dios y Padre sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén*». Dice Segovia: «Esta doxología brota espontáneamente ante el pensamiento de la liberalidad divina, que colma de gozo el corazón de Pablo». Algo parecido ocurre en Romanos 16:27; Gálatas 1:5; Efesios 3:20, 21.

Versículos 21–23

1. La expresión *«en Cristo Jesús»* (v. 21), como puede verse al compararlo con 1:1, no va conectada con *«saludad»*, sino con *«todos los santos»*. En otras palabras, Pablo no intenta decir: «Saludad en Cristo Jesús a todos los santos», sino *«Saludad a todos los* (que) *son santos en* (conexión con) *Cristo Jesús»*, pues sólo en unión con el Señor Jesucristo tenemos cuanto pertenece a la santidad, tanto posicional como interior. Saludos especiales les envía de parte de los hermanos que acompañaban al apóstol; no sabemos quiénes eran. Luego amplía el círculo de los que les envían saludos (v. 22): *«Todos los santos* (los que vivían en Roma) *os saludan, y especialmente los de la casa del César»*. El hecho de que perteneciesen a la casa del Emperador quienes enviaban esos saludos les daba la categoría de *«especiales»*. No debe pensarse que Pablo aluda aquí a miembros de la familia del César, sino a esclavos imperiales, «funcionarios inferiores de la casa de Nerón» (A. Segovia). Comenta Ryrie: «No hay evidencia de la conversión de algún miembro de la familia imperial hasta una generación más tarde».

2. Lectura mejor atestiguada de la bendición final (v. 23) es la siguiente: *«La gracia del Señor Jesucristo* (sea) *con vuestro espíritu* (comp. con 2 Ti. 4:22), aunque son muchos los MSS (no tan importantes) que cambian lo de *«con vuestro espíritu»* por lo de *«con todos vosotros»* y añaden *«Amén»*. En cuanto a la conexión de *«gracia»* con *«el Señor Jesucristo»* (v. también Ro. 16:20; 1 Co. 13:13—o 14, según la división que hacen muchas versiones—; Gál. 1:6; 6:18; 1 Ts. 5:28; 2 Ts. 3:18; Fil. 25; Ap. 22:21.).

COLOSENSES

Colosas era una ciudad importante de Frigia, en el Asia Menor, a unos 160 km al este de Éfeso y cerca de Laodicea y Hierápolis (4:13). Está actualmente enterrada bajo ruinas, y su recuerdo se debe principalmente a esta epístola del apóstol Pablo. El objetivo de la epístola es combatir una forma sutil de herejía, descrita por Ryrie en los siguientes términos: «Era una mezcla de legalismo judío, especulación filosófica griega y misticismo oriental».

Como Efesios, Filipenses y Filemón, Colosenses se escribió durante la prisión de Pablo en Roma. Y como Romanos, la dirigió a creyentes a los que nunca había visto. La iglesia no fue plantada en Colosas por el ministerio de Pablo, sino por el de Epafras, a quien el apóstol había delegado para que predicase el Evangelio entre los gentiles. Sin embargo, dicha iglesia había crecido y prosperado espiritualmente, haciéndose famosa entre las demás iglesias. Dios se complace a veces en hacer uso del ministerio de siervos que son menos conocidos y poseen inferiores dones, para llevar a cabo servicios importantes para Su Iglesia, pues no está atado a las manos de nadie, sino que usa las manos que le placen. Aunque Pablo no había plantado esta iglesia, no por eso la descuidó. Los colosenses le eran tan queridos como los filipenses y como cualesquiera otros que fueron convertidos por medio de su ministerio.

Para la división de la epístola haremos uso de los epígrafes que Ryrie tiene en su Biblia Anotada.

I. Introducción (1:1–14).
II. Lo excelso de Cristo (1:15–29).
III. Lo excelso del cristianismo (2:1–23).
IV. Lo excelso de nuestro llamamiento (3:1–4:6).
V. Personales observaciones finales (4:7–18).

CAPÍTULO 1

I. Inscripción y saludos (vv. 1, 2). II. Acción de gracias a Dios por la fe, el amor y la esperanza de los colosenses (vv. 3–8). III. Oración por el conocimiento, la fructuosidad y el vigor de los colosenses (vv. 9–11). IV. La operación del Espíritu, la persona del Redentor, la obra de la redención y la predicación del evangelio (vv. 12–29).

Versículos 1–2

1. Pablo se llama a sí mismo (v. 1) *«apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios»,* del mismo modo que lo hace en 2 Corintios 1:1; Efesios 1:1 y 2 Timoteo 1:1; de forma similar, con una ligera variante, en 1 Corintios 1:1. Aunque, cuando se dirige a Timoteo (1 Ti. 1:2; 2 Ti. 1:2), lo llama *hijo,* cuando lo asocia en el saludo (o mención) a otros (2 Co. 1:1; 1 Ts. 3:2; Flm. 1; He. 13:23), los llama *hermanos.* A los fieles de Colosas los llama (v. 2) *santos y fieles hermanos en Cristo.* Todos los genuinos cristianos son hermanos entre sí y santos para con Dios, pues Él los ha separado de los mundanos y quiere que sean santos como Él es santo. Y en ambas dimensiones, han de ser fieles, dignos de crédito y confianza por parte de Dios y de los hombres. La fidelidad está embebida en todos los aspectos de la vida cristiana, pues es corona y gloria de todos ellos.

2. A la inscripción sigue el saludo-bendición ya conocido: *«Cracia y paz sean a vosotros, de parte de Dios nuestro Padre [y del Señor Jesucristo]»* (v. 2b). Esta última frase falta en los MSS más importantes.

Versículos 3–8

En estos versículos el apóstol *da gracias al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo* (v. 3), y menciona ya la oración por los colosenses, detallada en los versículos 9 y ss. Son de notar los siguientes detalles:

1. En el encomio que Pablo hace de los fieles de Colosas, el apóstol da gracias a Dios por la conducta ejemplar de los colosenses (v. 3), con lo que atribuye toda la gloria a Dios, no a los hombres.

2. Es interesante la conjunción de las tres virtudes teologales (vv. 4, 5) en el fruto espiritual que la verdad del Evangelio ha hecho surgir en la iglesia de Colosas: *«fe en Cristo Jesús, amor hacia todos los santos, a causa de la esperanza que os está reservada en los cielos».* Como ha traducido la NVI, la fe y el amor de los colosenses brotan de la esperanza que los colosenses han puesto en la herencia que nos está reservada en los cielos. Esto no quiere decir que la esperanza (como actitud subjetiva) sea la raíz de la fe o del amor, sino que, al ponernos delante la meta de nuestro llamamiento (v. Ef. 4:4), la esperanza (en sentido objetivo, esto es, lo esperado) es la que da pábulo a la fe y al amor. Otros lugares en que las tres virtudes aparecen combinadas son Romanos 5:1–5; 1 Corintios 13:13; Gálatas 5:5, 6; Efesios 4:2–5; 1 Tesalonicenses 1:3; 5:8; Hebreos 6:10–12; 10:22–24; 1 Pedro 1:3–8, 21 y ss.

3. Como el vocablo *«esperanza»* tiene aquí (v. 5) un sentido objetivo, forma parte importante del mensaje, de *la palabra verdadera del Evangelio* (v. 5b), con lo que se da a entender que la dimensión escatológica de la fe cristiana tiene una importancia primordial. Por eso, dice el propio apóstol en 1 Corintios 15:19 que *«si solamente en esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, somos los más dignos de lástima de todos los hombres».* El Cristo que es el objeto de nuestra esperanza no es un Cristo muerto, acabado, sino el Cristo vivo, resucitado, al que esperamos de los cielos para que consume nuestra salvación (v. He. 9:28b). No es extraño, pues, que Pablo ponga aquí *la esperanza,* el Cristo esperado, como motivo de la fe y del amor. Véase también Romanos 8:19; 13:11; Efesios 1:12, 13. El vocablo griego para *«reservada»* (NVI, *«depositada»)* es el mismo que vemos en Lucas 19:20, con referencia a la mina que el mal siervo guardó envuelta en un pañuelo. «Así, la esperanza de la gloria está guardada cuidadosamente por Dios como un tesoro que un día compartirán (los colosenses) plenamente» (H. Carson).

4. Del Evangelio continúa diciendo Pablo (v. 6), que *«está fructificando por todo el mundo, tal como lo ha hecho entre vosotros desde el día que lo oísteis y entendisteis la gracia de Dios en toda su verdad»* (NVI). Lo mismo que el Señor en la parábola del sembrador, Pablo (v. también 1 P. 1:23) compara la predicación del Evangelio con la siembra de la Palabra de Dios, palabra viva y que, por tanto, hace surgir

la vida espiritual en los que la reciben. Los que así la oyen, apunta el apóstol, *conocen plenamente* (gr. *epegnóte) la gracia de Dios en toda su verdad;* esto es, se percatan, como se percataron los colosenses, de que «el Evangelio de Cristo es don gratuito de la bondad divina; el Evangelio es gracia de Dios *en verdad,* en su verdadera realidad y eficacia, sin mezcla de error alguno» (P. Gutiérrez). Lo de *«en todo el mundo»* parece un eco de Mateo 28:19; Marcos 16:15; Hechos 1:8; Romanos 10:18. El lema de Pablo, como dice F. F. Bruce, «bien podría haber sido "Todo el Evangelio para todo el mundo"».

5. El apóstol no se atribuye a sí mismo la gloria de haber ministrado a los colosenses la palabra del Evangelio, sino que, con toda humildad y sinceridad, reconoce que fue Epafras quien desempeñó este ministerio, aunque enviado por él mismo (v. 7). Con todo, Epafras no era ministro de Pablo sino *consiervo amado y fiel ministro de Cristo.* Este Epafras, del que leemos también en 4:12 y Filemón 23, lleva un nombre que es abreviatura de Epafrodito, aunque no hay motivo para pensar que son una misma persona. El mismo que había predicado el Evangelio en Colosas, le llevó a Pablo (v. 8) un buen informe del amor que los fieles de Colosas le profesaban a él y a sus colaboradores. *«Amor en el Espíritu»* (comp. con Ro. 15:30) es una frase que especifica admirablemente el carácter sobrenatural de este amor el cual es una gracia salida de la misma esencia de Dios (1 Jn. 4:8, 16) e implantada por el Espíritu Santo en nuestro corazón (Ro. 5:5).

Versículos 9–14

De la acción de gracias a Dios por el fruto de la gracia en los colosenses, el apóstol pasa a orar para que ese fruto crezca y se desarrolle sin Interrupción.

1. El buen informe que Epafras le ha traído a Pablo, lejos de dejarle en su gozosa satisfacción, le estimula a pedir a Dios (v. 9) *«que seáis llenos,* dice, *del cabal conocimiento* (gr. *epígnosin) de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual* (gr. *sunései*, recto juicio práctico)». «Tal conocimiento, dice H. Carson, no es el producto de la sabiduría carnal del mundo, que hincha pero no ilumina al hombre interior (cf. 1 Co. 1:20; 2:5, 6, 13; 3:19). Procede, más bien, de la iluminación del Espíritu Santo. Él es quien da esa sabiduría y ese entendimiento que nos capacitan para conocer la voluntad de Dios.»

2. Que tal conocimiento no es meramente intelectual se echa de ver por el objetivo que le asigna Pablo (v. 10): *«Para que andéis como es digno del Señor* (esto es, de la santidad de Cristo a quien confesamos por Señor nuestro), *para* agradar(le) *en todo* (lit.), *llevando fruto en toda obra buena y creciendo por el pleno conocimiento de Dios»* (lit.). Varios detalles son aquí dignos de análisis:

(A) Toda vida tiende a crecer y desarrollarse. La vida espiritual que nos fue implantada por el Espíritu Santo al nacer de nuevo, ha de crecer y desarrollarse con el ejercicio, la *andadura* de una buena conducta, digna del Señor, del Santo (1 Jn. 2:20) que nos redimió (v. 14), digna de nuestro llamamiento (Ef. 4:1), digna del Señor a quien servimos. Bruce hace notar que aun los paganos del Asia Menor adoptaban la fórmula «de manera digna del Señor» para referirse a sus dioses. ¡Cuánto más deberíamos los cristianos vivir como es digno de nuestro Dios, el único Dios vivo y verdadero, y de Jesucristo, nuestro amable Redentor!

(B) Al decir *«para todo agrado»,* Pablo usa el vocablo griego *aréskeian*, única vez que sale en todo el Nuevo Testamento y que, tanto en la literatura profana como en los LXX (Pr. 31:30), tiene el sentido peyorativo de una obsequiosidad forzada, pero aquí da a entender un deseo genuino de complacer al Señor.

(C) Como la palabra ha sido sembrada en la mente y en el corazón de los fieles de Colosas, Pablo ora para que *de fruto en toda buena obra,* pues aunque como fruto es del Espíritu (Gá. 5:22), como *buena obra* es menester que el creyente se ejercite en ella (Ef. 2:10).

(D) Hemos traducido literalmente *«por el conocimiento pleno de Dios»* (comp. con Jn. 17:3), pues el griego usa el dativo instrumental, como en Efesios 2:8 (*«por gracia …»)* y de esta manera, además, se pone de relieve que el conocimiento cabal de Dios y de su voluntad es básico para todo auténtico crecimiento espiritual, sin repetir innecesariamente (ya lo ha hecho en el v. 9) lo del *«cabal conocimiento de la voluntad de Dios».*

3. «Una segunda característica de esta vida centrada en Dios es su manantial de poder» (Carson). Por ello, el apóstol no se contenta con pedir a Dios gracia para que los colosenses lleven fruto, sino también *poder* para hacer frente a los obstáculos que se oponen a una vida santa, espiritualmente fructífera. El

apóstol acumula vocablos que significan poder y fuerza, para dar a entender la necesidad que tenemos de tal ayuda celestial todos los creyentes (v. 11): *«con todo poder capacitados* (gr. *dinamoúmenoi*, dotados de poder) *conforme a la potencia* (gr. *krátos*, fuerza soberana) *de la gloria de Él* (Dios)». Como en otros lugares, *la potencia de la gloria* es un hebraísmo para indicar la *soberanía gloriosa* con que Dios ejercita su poder omnímodo y lo pone a disposición de los suyos.

4. Ese poder divino nos capacita para el ejercicio de cuatro virtudes (vv. 11b, 12a) en la resistencia a los obstáculos que se presenten en la andadura cotidiana: *«para toda paciencia, longanimidad, gozo y gratitud»*. Recordemos que *paciencia* (gr. *hupomoné)* es la persistencia bajo el peso de las dificultades (comp. con He. 12:1), mientras que *longanimidad* (gr. *makrothumía)* consiste en aguantar con firmeza la oposición y la provocación que proviene de parte de los hombres. Ambas virtudes son ejercitadas por el verdadero creyente *con gozo.* En esto último está la principal diferencia entre la paciencia del creyente y la del estoico. Finalmente, la *gratitud* hacia Dios es una virtud frecuentemente recomendada y ejercitada por el apóstol, quien la menciona tres veces en esta Epístola (1:3, 12; 3:17). Discuten los autores si el *«con gozo»* ha de unirse con lo que sigue, conforme a la puntuación del texto griego de Nestlé (seguida en nuestras versiones) o con lo que precede, según opinan Scott, Moule, Haupt, Lightfoot, Carson y Gutiérrez. En favor de esta segunda opinión está el hecho de que en los otros dos casos en que Pablo menciona en esta Epístola la acción de gracias, lo mismo que en la docena de veces en que lo hace en otras epístolas, siempre aparece sin tal añadidura.

5. El apóstol halla en este punto cuatro motivos para dar gracias a Dios: (A) *«os hizo aptos* (gr. *hikanósanti*, habilitó) *para participar de la herencia de los santos en la luz»*, es decir, *en el reino de la luz* (NVI, comp. con Hch. 26:18; 2 Co. 4:6; 1 P. 2:9c; 1 Jn. 1:5–7). Leemos *«os»*, en lugar de *«nos»*, siguiendo a los MSS de mayor crédito. (B) Para entrar en posesión de esta herencia luminosa, *«nos libertó (o rescató) de la potestad* (gr. *exousías*, autoridad, jurisdicción) *de las tinieblas»* (v. 13), pues así se describe el dominio de Satanás (v. Lc. 22:52, 53; Ef. 6:10), en oposición al del Señor Jesucristo. (C) *«Nos trasladó al reino del Hijo de su amor»* (lit.), es decir, *de su amado Hijo.* El apóstol ve en la redención un anticipo de las realidades escatológicas (comp. con Ro. 8:30; Ef. 2:6) y con razón, pues la salvación es una obra divina sin solución de continuidad, en la que el solo comienzo es ya garantía de un fin glorioso (Fil. 1:6). Aun cuando la expresión *«el Hijo de su amor»* es un hebraísmo, H. Carson observa que «encierra mayor riqueza que si usase aquí el epíteto *agapetós*, amado. El Hijo que es el Unigénito del Padre, no sólo es el objeto eterno del amor del Padre, sino que es también la encarnación y la expresión de ese amor en su modo de proceder con los hombres». (D) El Padre fue también quien planeó nuestra redención (v. Jn. 3:16; Hch. 2:23; 2 Co. 5:19, 21), aunque fue el Hijo quien derramó su sangre: *«en quien* (en el Hijo) *tenemos la redención* (gr. *apolútrosin*, la acción de libertar pagando el precio), *el perdón de los pecados»* (lit.). Aunque la frase *«por medio de su sangre»* es una interpolación, «glosa debida a la tendencia al concordismo textual con Efesios 1:7» (Gutiérrez) y sólo figura en la Vulgata Latina y algunos MSS minúsculos, su verdad está suficientemente atestiguada en otros lugares (v. Ro. 3:25; 5:9; Ef. 1:7; 1 P. 1:18, 19). Con el derramamiento de la sangre, viene el perdón de los pecados (He. 9:22; 10:18, etc.).

Versículos 15–23

Tras de la mención de la redención efectuada por medio de Cristo, el apóstol declara en sublimes afirmaciones la supremacía del Salvador.

1. Presenta primero al Señor Jesucristo como Señor del Universo (vv. 15–17). Dice de Él que es:

(A) *«La imagen* (gr. *eikón*, semejanza como se halla en una estatua de la persona) *del Dios invisible»* (v. 15a). Aunque esta expresión no alcanza la profundidad que tiene en Hebreos 1:3, ya que también se aplica al hombre en general (1 Co. 11:7), su sentido ha de verse en el trasfondo de toda la porción. Lo que aquí quiere Pablo poner de relieve es que en Cristo es donde únicamente se puede contemplar al Invisible (v. Jn. 1:18; 6:46; 14:9; 2 Co. 4:4–6; 1 Ti. 6:16; He. 11:27). Más sobre esto, en el comentario a 3:10.

(B) *«El primogénito de toda la creación»* (v. 15b). Esta afirmación fue interpretada por los arrianos, y lo es hoy día por los Testigos de Jehová, en el sentido de que Cristo fue el primer ser que Dios creó. Las interpretaciones ortodoxas son dos: (a) El Cristo preencarnado fue *engendrado* (gr. *protótokos*, el mismo término de Lc. 2:7) *antes de la creación del Universo,* esto es, en la eternidad. Esta es la opinión de Lightfoot y de muchos otros; (b) el Cristo encarnado es *el heredero y el dueño absoluto de todo el*

Universo creado. Ésta es la opinión, a mi juicio, más probable, si tenemos en cuenta la importancia que en el Antiguo Testamento tenía el título de «Primogénito» (hebr. *bekor):* el que recibía la heredad, el honor, la autoridad sobre los demás hermanos, etc. Dice P. Gutiérrez: «Al aplicar estos títulos a Jesucristo, Hijo de Dios, deducimos que a Él, como Primogénito, le incumben la anterioridad, *prioridad* de existencia (Jn. 8:56–59), la *trascendencia de naturaleza* y, sobre todo, el *imperio y la heredad absoluta* de todas las criaturas».

(C) Al dejar a un lado el texto de Hebreos 1:3, cuyo comentario puede verse en su lugar, el parecido del versículo 16 con Juan 1:3, que habla del Verbo preencarnado, induce a muchos autores a entender también este versículo como aplicado a Cristo en su estado anterior a la encarnación, pero la frase final «hacia *Él»* (lit.) presenta una objeción tremenda contra dicha opinión, ya que, en el seno de la Trinidad, el Hijo no es la meta de la creación, sino el Padre. Opino, pues, con Gutiérrez (es una opinión, no una afirmación dogmática), que el apóstol sigue refiriéndose en toda la porción a Jesucristo Hombre. De Él, pues, dice Pablo lo siguiente, tras de hacer una división entre *«las cosas de los cielos y de la tierra, las visibles y las invisibles, etc.»* (toda la creación,—comp. con Gn. 1:1—): *«Porque en Él fueron creadas todas las cosas … todo ha sido creado por medio de Él y hacia Él»* (lit.). ¿Qué significan estas afirmaciones?

(a) Que todo ha sido creado *en …* no ha de entenderse en el sentido platónico (y de la teología medieval) de que el *Verbo* es la idea-modelo de todo lo que Dios creó, sino como interpretan Lightfoot, Masson, Gutiérrez, «Todas las cosas fueron creadas en Cristo como en su centro de unidad, de cohesión, que confiere a todo ser su verdadero valor y realidad. En Cristo fueron hechas todas las cosas como en su punto de cita, de encuentro» (v. también Ef. 1:10).

(b) *«Por medio de Él»,* a la vista de 1 Corintios 8:6, podría dar a entender con la mayor probabilidad que «Cristo puede considerarse en cierto sentido instrumento de la conservación de los seres en su existencia en cuanto Él es Mediador» (Gutiérrez).

(c) *«Hacia Él», con vistas a Él,* por cuanto «Todas las cosas están orientadas, dirigidas a Cristo como al culmen de su perfeccionamiento. Todo el universo creado está dirigido a Él, le está sometido; Él es la corona de la creación, el centro de unidad y reconciliación universal; Él es el "primero y el último", "alfa y omega" de todo».

(D) Pablo añade en el versículo 17: «Y *Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas tienen consistencia en Él».* La preposición griega *pro* se entiende mucho mejor en sentido posicional («por delante de») que en sentido cronológico («antes que»). Recalca, pues, la primacía de dignidad o supremacía absoluta de Cristo sobre todas las cosas, que, además, *tienen en Él su consistencia.* El verbo griego *sunístemi* («consistir», esto es, «subsistir conjuntamente») se aplicaba en el griego clásico al modo con que los miembros del cuerpo humano mantienen su cohesión en el conjunto del organismo; con lo que el apóstol enfatiza de nuevo el papel que Jesucristo desempeña como principio de cohesión y armonía en el Universo. No puede perderse de vista, como observa Gutiérrez, que Pablo no intenta darnos una explicación filosófica, sino religiosa. Dice Masson: «Para san Pablo y sus cristianos, en la persona de Cristo actúa el Creador, el Salvador, el Dios de la historia de la salvación».

2. Con la mayor naturalidad, después de presentar a Cristo como Dueño del Universo, el apóstol lo presenta como Cabeza de la Iglesia (v. 18): «Y *Él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, y Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia».* La idea de Cristo como Cabeza de la Iglesia, tan familiar para el apóstol, lo es también para nosotros, pues ya la hemos visto en 1 Corintios 12:13; Efesios 1:22, 23; 4:15, y la volveremos a ver en esta misma Epístola (1:24; 2:19), por lo que no necesita de comentario. *«Él es el principio»* (gr. *arkhé,*—comp. con Ap. 3:14—) no significa solamente que Cristo es *el primero,* sino también que es el verdadero *manantial* de la vida espiritual de la Iglesia. *«El primogénito de entre los muertos»* es una imagen muy expresiva para indicar que fue el primero en salir del sepulcro, que lo retenía como con dolores de parto (v. el comentario a Hch. 2:24), viniendo así a ganar para todos los suyos la victoria sobre la muerte y el sepulcro, hecho *«espíritu vivificante»* (1 Co. 15:45, 55–57).

3. Finalmente, Pablo presenta a Cristo como al Reconciliador de todas las cosas.

(A) Al tener en cuenta que los herejes contra los que esta Epístola embiste eran una mezcla de judaizantes, gnósticos y místicos de tipo oriental, el apóstol no admite el escalafón de eones o deidades emanadas del Supremo Ser y encargadas de servir como intermediarios entre Dios y los hombres. *«No hay más que un Mediador»,* dirá después (1 Ti. 2:5). Ahora le basta con asegurar que no hay necesidad de

tales deidades inferiores, puesto que (v. 19) *«tuvo a bien* (el Padre) *que en Él* (Cristo) *habitase toda la plenitud»* (lit.). Notemos: (a) Que, aun cuando «el Padre» no está explícito, todo el contexto lo da a entender. (b) El verbo griego para «habitar» es *katoikéo*, que indica una residencia permanente. (c) *«Toda la plenitud»* indica, contra los herejes aludidos, toda la plenitud de la esencia y del poder de la Deidad, como en 2:9.

(B) Al residir permanentemente en Cristo la plenitud de la Deidad, no se necesitan más intermediarios para establecer una comunicación favorable de Dios con los seres humanos ni con una creación material supuestamente impura, ya que plugo también a Dios (v. 20) *«por medio de Él* (Cristo! *reconciliar consigo todas las cosas* (comp. con 2 Co. 5:18, 19), *así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz»*. Nótense los siguientes detalles:

(a) El apóstol habla aquí de una reconciliación «cósmica», que nos recuerda lo que ya expresó en Romanos 8:19 y ss. sobre el anhelo de redención latente en la creación entera.

(b) Dentro de la reconciliación universal, Pablo especifica *«las cosas que están en la tierra como las que están en los cielos»*. Según Knabenbauer, «éste es quizás el pasaje más oscuro de los escritos de san Pablo». Están de acuerdo los autores en que *«las cosas que están en los cielos»* son los ángeles. ¿En qué sentido pueden ser reconciliados, ya que no lo necesitan, si son los buenos, o no pueden obtenerlo (v. He. 2:16), si se trata de los malos? Descartada así la opinión origenista de que llegará un día en que también los ángeles malos, incluido Satanás, y los condenados al infierno serán reconciliados con Dios y entrarán en el cielo, quedan dos soluciones: *Primera,* «al restablecerse por la muerte de Cristo el recto orden entre las criaturas y el Creador, los ángeles no permanecen ajenos a esta armonía restaurada: entran también ellos a formar parte en este concierto armónico y universal, en esta restauración cosmológica, según la cual todo se orienta a Cristo como a su centro de unidad» (Gutiérrez, siguiendo a Huby); *segunda,* la reconciliación obtenida por medio de la muerte de Cristo puede ser «libremente aceptada o impuesta por la fuerza» (F. F. Bruce). En este sentido, la derrota de los poderes maléficos (2:15) en la cruz del Salvador da paso a una «reconciliación al nivel más amplio, que incluye así lo que habríamos de distinguir como pacificación» (Bruce). En tal sentido, ángeles y demonios, santos y pecadores, han de servir a los propósitos de Dios, de grado o por la fuerza (comp. con Fil. 2:11).

(c) *«Haciendo la paz mediante la sangre de su cruz»* nos da a entender que la reconciliación fue hecha *mediante el derramamiento de la sangre* expiatoria (v. Lv. 17:11) y que el sacrificio fue consumado mediante la muerte en la cruz del Calvario, y es su muerte en el madero señal de que Cristo fue hecho *maldición* (Gá. 3; 13) por nosotros.

(C) En los versículos 21, 22, el apóstol aplica esta reconciliación, como ya hecha efectiva, a los fieles de Colosas. Sus expresiones nos recuerdan los lugares ya conocidos, de Romanos 5:10; 7:4; 2 Corintios 5:18–20; Efesios 1:4; 2:3, 12, 16; 5:27. Dice así: «*Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente* (gr. *diánoia*, pensamiento intencional, premeditado), *en obras de las malas* (lit.)—pecando de pensamiento y de obra—, *ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne* (lit. *en el cuerpo de su carne), por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha* (comp. con Ef. 5:27) *e irreprensibles delante de Él* (Dios)». El hecho de que la reconciliación fuese llevada a cabo *«mediante el cuerpo de carne»* de Jesucristo, no sólo nos da a entender que su muerte fue real, en un cuerpo como el nuestro, sujeto a todas las miserias humanas, excepto el pecado, sino también, a mi juicio, para hacer patente el error gnóstico de la maldad esencial de la materia.

(D) La reconciliación de los fieles de Colosas, mediante la muerte de Cristo, desplegará en ellos toda su eficacia salvífica y santificadora si, como añade el apóstol (v. 23), *«permanecéis en la fe, firmes y estables, sin apartaros de la esperanza contenida en el Evangelio. Éste es el Evangelio que habéis oído y que ha sido proclamado a toda criatura* (comp. con Mr. 16:15) *bajo los cielos, y del cual yo, Pablo, he sido hecho ministro»* (v. por ej. Gá. 2:7) (NVI). Dice Bruce: «Si la Biblia enseña la perseverancia final de los santos, también enseña que son santos los que al final perseveran—en Cristo—. La perseverancia es la prueba de la realidad». Quizá convendría aclarar que, en ese *«ei gue»,* con que comienza el versículo 23, se advierte, como en otros lugares ya vistos, la esperanza fundada del propio Pablo de que los fieles de Colosas han de continuar firmes por el camino que tomaron al oír y recibir el Evangelio. Al decir que este Evangelio *ha sido proclamado a toda criatura,* es posible que el apóstol tenga en cuenta a los gnósticos, que distinguían entre «iniciados conocedores» y «simples creyentes». Contra ellos, parece decir Pablo: «El Evangelio no fue predicado sólo para iniciados, sino para todos los hombres».

Versículos 24–29

En esta porción, el apóstol informa a los lectores del modo como desempeña su ministerio a los gentiles.

1. La mención del ministerio que le fue encomendado (v. 23b), lleva a Pablo a introducir aquí ciertos elementos personales de gran relevancia. Comienza de este modo (vv. 24, 25): *«Ahora me regocijo en lo sufrido por vosotros, y voy completando en mi carne lo que falta respecto a las aflicciones de Cristo en pro de su cuerpo, que es la iglesia, de la que fui hecho ministro por la comisión que Él* (Cristo) *me dio, de anunciaros la palabra de Dios en su plenitud»* (NVI). La afirmación del versículo 24 es tan tremenda que necesita un cuidadoso análisis:

(A) El gozo en medio de las tribulaciones es algo que Pablo ha declarado en varios lugares (v. por ej. Fil. 2:17; 2 Co. 7:4; 12:10, así como, implícitamente, en Ro. 8:17), pero el concepto de que en esos sufrimientos, *va completando en su carne lo que falta respecto a las aflicciones de Cristo en pro de la iglesia,* debe analizarse con sumo cuidado, no vaya a pensarse que los padecimientos del apóstol añaden algo a los de Cristo. Tengamos en cuenta que la *obra* de la redención se llevó a cabo, una vez por todas, en la Cruz (He. 9:28; 10:12, 14); pero la *aplicación* de la redención sigue su curso mientras haya en este mundo un pecador que salvar, y un creyente que santificar.

(B) Sin embargo, se equivocaría quien pensase que Pablo, o cualquier otro cristiano sufriente por la causa del Evangelio, está poniendo de su propio trabajo o sufrimiento algo que *completa lo que falta de los sufrimientos de Cristo mismo.* Para entender lo que el apóstol quiere expresar aquí, es conveniente acudir a Gálatas 2:20, donde afirma que es, en realidad, *Cristo quien vive en él.* Ese Cristo, que vive en Pablo, es quien *está completando* (presente de indicativo) en la carne de Pablo lo que, en la Cruz del Calvario, llevó a cabo en su propia carne. Cristo mismo, pues, *llena lo que falta,* pero ahora lo llena en los miembros de su Cuerpo que es la Iglesia. Decía sor Isabel de la Trinidad que hemos de ofrecer a Cristo nuestro cuerpo como «una humanidad suplementaria en la que pueda Él continuar su obra, ir renovando su misterio». Pablo va más lejos, pues no habla de «suplemento», sino de «complemento», pero la religiosa francesa estaba en lo cierto al decir que es Cristo quien lleva a cabo su obra en todo creyente que vive su vida de *crucificado con Cristo.*

(C) En el versículo 25, Pablo repite, con ligeras variantes, lo que ya había dicho en los lugares paralelos de Efesios 3:2, 7, donde puede verse el comentario.

2. En realidad, todo lo que dice aquí (vv. 25–29) puede verse en Efesios 3:1–13, donde se halla con ligeras variantes, y a cuyo comentario remitimos al lector. Solamente analizaremos los siguientes detalles que no aparecen en *Efesios:*

(A) En el versículo 27, al final, dice de Cristo que es *«la esperanza de la gloria»* y eso lo es, dice a los fieles de Colosas, *«en vosotros»*. El hecho mismo de que los fieles sean miembros del Cuerpo de Cristo, hace que la vida, ya gloriosa, de Cristo circule por nuestras venas con la firme, gloriosa esperanza, de que lo que ya es en la Cabeza una realidad consumada, lo será un día en cada uno de los miembros (comp. con Ef. 4:13; 1 Ti. 1:1). Dice Gutiérrez: «Antes de su conversión, los colosenses eran, como los demás gentiles, gentes sin esperanza …, sin Cristo …, sin Dios en este mundo (Ef. 2:12). Ahora, unidos a Cristo, caminan con corazón abierto a la esperanza de la gloria celestial, que no ha de faltarles».

(B) El apóstol dice (v. 28) que, *al anunciar continuamente* (tiempo presente) *a Cristo,* tanto él como los demás predicadores del Evangelio lo hacen *«amonestando a todo hombre y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre»*. Nótese lo siguiente: (a) ese *«a todo hombre»,* tres veces repetido en un solo versículo (comp. con el v. 23b); (b) el verbo griego para *«amonestando»* es de la misma raíz que el sustantivo que Pablo usa en Efesios 6:4 para *«amonestación»;* comporta, pues, la misma idea de «fijar convicciones en la mente». Como los dos verbos que le preceden, está también en presente continuativo; (c) *«en toda sabiduría»* es una indirecta contra los gnósticos, quienes se jactaban presuntuosamente de enseñar una sabiduría superior. Pablo afirma que el Evangelio ofrece *toda sabiduría* genuina, verdadera y perfecta, el *saber de salvación* al que se refiere en 2 Timoteo 3:15, al hablar de las «*Sagradas Letras*». (d) Lo de *«presentar perfecto en Cristo a todo hombre»* es muy probable que se refiera, como lo indica su semejanza con Efesios 5:27; 1 Tesalonicenses 2:19; 5:23, al momento en que el Señor vendrá a recoger a los suyos. Ni que decir tiene que esa preparación no se improvisa en un momento, sino que exige un progreso continuo, el cual se lleva a cabo en el creyente maduro, espiritualmente adulto (recuérdese la doble acepción de *«perfecto»* en Fil. 3:12 y 15).

(C) Pablo termina este capítulo (aunque el informe sobre su ministerio se prolonga hasta 2:3) y dice (v. 29): *«Para este fin trabajo* (gr. *kopió*, me fatigo en la tarea), *luchando con toda la energía que Él* (Dios Padre, a quien se atribuye la *enérgueia*, como puede verse por lugares como 1 Co. 12:6; Ef. 3:7, 20; Fil. 2:13) *tan poderosamente produce en mí»* (NVI). Es cierto que él sufre la *agonía* (gr. *agonizómenos)* de esa lucha en la que se fatiga, pero reconoce que las fuerzas requeridas para tal esfuerzo no son suyas, sino *del que le da el poder* (comp. con Fil. 4:13).

CAPÍTULO 2

Este capítulo nos muestra el alto lugar que ocupa el cristianismo, comparado: 1. con la falsa filosofía (vv. 1–10); II. con la falsa observancia de la Ley (vv. 11–17); III. con la falsa mística (vv. 18, 19); IV. con la falsa ascética (vv. 20–23).

Versículos 1–10

1. Al continuar con el informe acerca de su ministerio, el apóstol hace ver a los colosenses la razón por la que interpone asuntos de carácter estrictamente personal (v. 1): *«Porque quiero* (gr. *thélo*, en sentido de deseo, como en 1 Ti. 2:4) *que sepáis …».* Desea que se den cuenta de la solicitud que siente, no sólo por ellos, sino por todos los fieles que habitaban el valle del Lico (comp. con 2 Co. 11:28). Su deseo es: *«que sepáis qué lucha tan dura sostengo por vosotros, por los que están en Laodicea y por todos los que nunca me han visto personalmente».* Por el contexto se adivina que la *lucha* (gr. *agóna)* a la que se refiere aquí es el conflicto de intercesión, como el de Moisés en el collado de Refidim (Éx. 17:8–16), a favor de los fieles de las iglesias de la región donde se hallaba Colosas.

2. Los temas de su oración por dichos fieles se hallan en el versículo 2, el cual, conforme a los mejores MSS, ha de leerse como en la NVI: «*Mi propósito es que sean consolados en su corazón y unidos en amor, para que tengan toda la riqueza de pleno conocimiento, a fin de conocer el misterio de Dios, esto es, Cristo».* Hay dos puntos en que la oración de Pablo se extiende a los medios, y otros dos en que se extiende a los fines.

(A) Los medios, con los cuales estarán en la debida disposición para hacer frente a la herejía que les amenaza son: (a) *consuelo,* es decir (aquí) aliento, ánimo con el que los corazones se mantengan firmes en la adhesión a la verdadera fe; (b) estrecha *unión* (comp. con 3:14). El verbo que usa Pablo aquí es *sumbibázo,* como en el versículo 19 y en el lugar paralelo de Efesios 4:16, donde quedó explicado; la idea es de un perfecto ensamblaje.

(B) Los fines son: (a) *llegar a tener toda la riqueza de pleno conocimiento.* El griego *plerophoría tes sunéseos* significa literalmente «seguridad plena de la penetración intelectual». Ésta se obtiene por fe, no por la falsa ciencia de los gnósticos, y es necesaria para un fin ulterior: (b) *el conocimiento del misterio de Dios, que es Cristo.* Una vez más se advierte en Colosenses el aspecto cósmico de la encarnación del Verbo. En Efesios veíamos *el misterio de Cristo,* que es la Iglesia (Ef. 3:3, 4); aquí vemos *el misterio de Dios,* que es Cristo, aunque no por eso deja Pablo de mencionar también en Colosenses el misterio de Cristo (4:3).

3. A continuación, Pablo va a explicar en qué consiste este *misterio de Dios* en Cristo: *«el poder de Dios para salvación»* (Ro. 1:16) en el Cristo que nos ha sido hecho por Dios, ante todo, *sabiduría* (1 Co. 1:30). Lo perteneciente a la *sabiduría* (el elemento que ahora le interesa al apóstol) está expresado en el versículo 3; lo del poder, en el versículo 9. Dice así el versículo 3: *«en quien* (en Cristo) *se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento».* Ésta es la verdadera *gnósis,* no la *«falsamente llamada ciencia»* (1 Ti. 6:20) de los gnósticos. Estos tesoros *insondables* (v. Ro. 11:33), pues llegan hasta *las profundidades de Dios* (1 Co. 2:10), las cuales no tienen fondo, se hallan *escondidos* (gr. *apókruphoi), ocultos,* como una joya en su estuche, en Cristo, «no en el sentido de estar completamente fuera de nuestro alcance, sino más bien como tesoros en una mina que ya ha sido abierta, y de la que se puede extraer, mediante búsqueda diligente, una constante provisión de piedras preciosas» (Carson).

4. En el versículo 4, el apóstol muestra su ansiedad ante el peligro de que los colosenses *se dejen seducir con razonamientos capciosos* (v. 5). Pablo usa aquí dos vocablos poco corrientes: para *«seducir»*

(mejor, *engañar)* usa el término *paraloguízetai*, que significa «engañar con falsos cálculos, defraudar con cuentas falsas»; sólo vuelve a ocurrir en Santiago 1:22; para *«razonamientos capciosos»* (diversamente traducido en las versiones) usa el término *pithanologuía*, que no ocurre en ningún otro lugar del Nuevo Testamento y significa «argumento de mera probabilidad», en oposición al argumento *apodíctico*, cuya conclusión es evidente. Las razones, pues, que los herejes aquí aludidos esgrimen son *engañosas y basadas en hipótesis que no se pueden demostrar.* ¿No ocurre lo mismo con muchas de las conclusiones llamadas «científicas», con que hoy día se pretende demostrar que Dios no existe y que todo ha surgido por evolución?

5. En forma parecida a como lo hace en 1 Corintios 5:3, Pablo pasa a decir (v. 5): *«aunque estoy ausente en cuerpo, no obstante en espíritu estoy con vosotros»,* pero aquí lo dice *para gozarse con ellos,* no *para juzgar contra ellos,* como era el caso del incestuoso de Corinto. Lo curioso es que Pablo conocía bien la comunidad de Corinto; en cambio, sólo de oídas conocía la de Colosas, pero el informe que había recibido de Epafras (1:7, 8) era tan bueno que bien podía *gozarse,* como él dice, *«mirando vuestro buen orden* (algo que también se echaba en falta en Corinto,—v. 1 Co. 14—) y *la firmeza de vuestra fe en Cristo».* Pablo ha orado precisamente por la consolidación de dicha firmeza (v. 2a). La fórmula *eis Khristón* da a entender con toda claridad que Cristo es el objeto de la fe, y que esta fe se contempla aquí en su aspecto principal de un «total echarse en brazos del Salvador».

6. El apóstol condensa lo dicho en los versículos anteriores en expresiones de rico contenido doctrinal y práctico (vv. 6 y 7): *«Así pues, tal como habéis recibido* (lit. *recibisteis,* aoristo ingresivo) *a Cristo Jesús el Señor, andad en Él, arraigados y edificados en Él, fortalecidos en la fe como fuisteis enseñados, y rebosando gratitud»* (NVI). Analicemos de cerca esta rica porción:

(A) La mención de la firmeza de la fe en Cristo (v. 5), lleva de la mano al apóstol para exhortar a los colosenses a *comportarse* («andar») de la misma manera que *habían recibido a Cristo,* es decir, *creído en Él.* Deja, pues, en claro que no hay dos maneras de ir por el camino de la salvación: *por fe* en la justificación, y *por obras* en la santificación. Tan *por fe* es la santificación como la justificación, sólo que es en la santificación donde se producen las buenas obras que son el fruto del Espíritu (Gá. 5:22; Ef. 2:10).

(B) Nótese la acumulación de epítetos: *«Cristo Jesús, el Señor».* Si *«Cristo»* pone de relieve la función profética, *«Jesús»* la sacerdotal, y «el *Señor»* la regia, se sigue que no basta con creer en Jesús como el *Mesías,* el Ungido por el Padre con el Espíritu (Is. 61:1), que nos trae de parte de Dios el plan de salvación; es menester también creer en Él como el *Salvador* que nos representó en la ofrenda de sí mismo (Ro. 12:1; He. 13:8–16) y nos sustituyó en la expiación del pecado (2 Co. 5:21); y en el *Kúrios*, cuyo dominio soberano hemos de confesar (1 Co. 12:3).

(C) Es curiosa la paradoja de que hayamos de *andar arraigados* (v. 7), *edificados en Él* (Cristo) y *consolidados en la fe.* Parece como si Pablo uniese aquí las metáforas de la *planta* (Jn. 15:1 y ss.; Ro. 6:5) y del *edificio* (Ef. 2:20, 21; 4:16), añadidas a la de *la firmeza,* base segura, con la que el cuerpo que se edifica obtenga su mayor solidez unido a Cristo y al crecer en Él. Hace notar H. Carson que *arraigados* está en participio de pretérito, y da a entender «algo que tuvo lugar en el pasado, pero cuyos efectos persisten en el presente», mientras que *edificados* (lit. *sobreedificados) y fortalecidos* (lit. *consolidados)* están en participio de presente, y da a entender «el continuo crecimiento de la estructura». El verbo *«sobreedificar»* sale cuatro veces en 1 Corintios 3:10–14, con lo que es probable que Pablo aluda a la obra de sobreedificación llevada a cabo por los ministros del Evangelio en la proclamación del que es único fundamento del edificio, Cristo mismo (1 Co. 3:11; Ef. 2:21; 1 P. 2:4–8).

(D) He dicho que hay una aparente paradoja en eso de *andar* en Cristo al estar arraigados, edificados y bien cimentados. Sin embargo, podemos explicarlo atendiendo a que *andamos en un camino que anda.* En Jn. 14:6, dijo Cristo: «*Yo soy el camino …»,* pero cuatro versículos más arriba, dice: *«voy a preparar lugar para vosotros».* Sólo necesitamos, pues, arraigarnos bien en Él, porque así andaremos con Él al lugar donde Él está. Hay una ilustración fácil y asequible a todas las inteligencias. Las escalerillas del metro de las grandes ciudades suelen ser automáticas; no hace falta avanzar para subir por ellas; basta con mantenerse firme sobre ellas para que le «suban» a uno (comp. con Ef. 2:10; 1 P. 2:21, donde el verbo significa «seguir tan de cerca como si se anduviese encima»).

(E) Al decir *«como fuisteis enseñados»,* da a entender que esta enseñanza fue de palabra, pues no estaba escrito todavía el Nuevo Testamento. Además, como hace notar F. F. Bruce, el verbo *«recibisteis»* (gr. *parelábete)* del versículo 6, es el que se usaba «para indicar el recibo de algo que había sido dado por

tradición», con lo que Pablo opondría la verdadera «tradición» acerca de Cristo a la falsa *«tradición de los hombres»* a que alude en el versículo 8.

7. Los colosenses habían comenzado bien y caminaban bien, pero había necesidad de prevenirlos contra el afán que los herejes mostraban de seducirlos y atraerlos a su partido fuese como fuese, y eso es lo que el apóstol hace en los versículos 8–10.

(A) La amonestación va en el versículo 8, que dice así: *«Mirad que no haya* (como si dijese: ¡Fuera con él!) *nadie que os esté llevando cautivos por medio de filosofías y de huecas sutilezas* (lit. *de la filosofía y del vacío engaño), según la tradición de los hombres, conforme a los principioselementales del mundo, y no según Cristo»*. El apóstol habla de una «filosofía» que es puro engaño, de una «tradición» que no procede de Dios, sino que es un invento de los hombres, y a esos dos elementos integrantes de la enseñanza herética que aquí se contempla, añade la ya conocida expresión griega *ta stoikhéia tou kósmou* (comp. con Gá. 4:3, 9) que, en mi opinión, se refiere, como en Gálatas, al ritualismo legalista de dichos herejes, como se confirma por todo el contexto en que dicha expresión se repite en el versículo 20. Permítaseme señalar, con todo respeto para todo sincero catolicorromano, que son precisamente esos tres elementos los que han corrompido el sistema de la Iglesia de Roma. En efecto:

(a) El papel de primerísima importancia que la filosofía aristotélica jugó en la formación de la llamada «teología escolástica» de la Edad Media, impidió la correcta interpretación de las Escrituras en esa «mezcla de agua con vino» que menciona Tomás de Aquino, aun cuando él protestaba de que no era mezclar agua con vino, sino «convertir el agua en vino» (¡como en las bodas de Caná!) Dice Bruce que «no es la filosofía en general, sino una filosofía de esta clase—la que seduce a los creyentes apartándoles de la simplicidad de su fe en Cristo—la que Pablo condena». Es cierto que la filosofía en sí, mientras no ataque a la fe, no es de suyo condenable, pero ¿qué puede esperarse de bueno, cuando una persona trata de cimentar su fe, no en *la analogía de la fe,* que no es otra cosa que el contexto total de las Escrituras, sino en las analogías inventadas por la falible y pecaminosa razón humana?

(b) Tampoco es ningún secreto que la Tradición ocupa un lugar igual, y aun superior, a las Escrituras en la Iglesia de Roma. No atacamos la tradición interpretativa de las Escrituras, con tal de que a esa tradición no se le dé una autoridad y un valor de infalibilidad que sólo la Palabra de Dios posee, pero ¿qué decir de tantas tradiciones elevadas a la categoría de «dogmas» sin base alguna en la Palabra de Dios; más aún, totalmente contrarias a ella, de forma parecida a como el Señor lo dijo en la referencia que tan estupendamente nos ha conservado Marcos (7:5–13)?

(c) Finalmente, ¿qué otra cosa sino *«ritualismo legalista»* es la serie de fórmulas y ritos sacramentales, y de múltiples preceptos adobados con una minuciosa casuística, que se dan (especialmente, hasta bien entrada la segunda mitad de este siglo XX) en la Iglesia de Roma?

(B) Contra toda esa acumulación de elementos nocivos con que los herejes aludidos en esta Epístola se esforzaban por cautivar a los fieles de Colosas, al hacer presa (eso es lo que el verbo *sulagogón* indica) en ellos, el apóstol afirma solemnemente la completa suficiencia de Cristo, tanto en sí (v. 9), como para los suyos (v. 10). *«Porque en Él* (Cristo), dice, *habita corporalmente la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en Él, que es la cabeza de todo principado y potestad».* Analicemos los detalles más importantes:

(a) Dice que *«en Cristo,* es decir, en Jesucristo Hombre, *habita,* reside permanentemente, según el sentido del ya conocido verbo griego *katoikéin* (comp. con 1:19, así como con Ef. 3:17), *la plenitud de la Deidad,* esto es, la Deidad en pleno. No hay nada de la esencia misma de Dios que no esté en Cristo llenándole enteramente de sí. El apóstol usa aquí el término griego *theótes,* el cual, a diferencia de *theiótes*, no indica meramente una cualidad de Dios como en Romanos 1:20, sino a Dios mismo, la esencia misma de la Deidad (comp. con Jn. 14:9–11; 2 Co. 4:6; He. 1:3).

(b) Dice que la plenitud de la Deidad habita en Cristo corporalmente (gr. *somatikós),* acerca de lo cual advierte certeramente F. F. Bruce que «el adverbio *somatikós* no se refiere a la encarnación como a tal (es decir, en sentido directo, aunque la supone), sino a la completa incorporación del *pléroma* en Cristo, en contraste con la supuesta distribución a través de otros intermediarios». Con todo, no cabe duda de que ese adverbio indica también que en Cristo se halla la plenitud de Dios de un modo visible y palpable (comp. con Jn. 1:1).

(c) Precisamente por habitar en Cristo la plenitud de la Deidad, el apóstol hace ver (v. 10) a los colosenses (y a todos nosotros) que *en Él* (Cristo) *estamos habiendo sido completados* (lit.). Esto significa, ni más ni menos, que, mediante nuestra unión vital con Cristo, participamos de la plenitud de la

Deidad que llena de sí a Cristo. *¡Compartimos la naturaleza divina!* (2 P. 1:4). Lo que aquí le interesa a Pablo subrayar es que, al tener así a Cristo, estamos espiritualmente completos, no en el sentido de que hayamos llegado ya a la perfección final (v. Fil. 3:10 y ss.), sino de que tenemos dentro, a nuestro alcance, la fuente de toda llenura de Dios, de la que extraer todo lo que necesitamos para nuestro progreso, tanto específicamente espiritual, como mental y moral; por lo que no necesitamos, en modo alguno, de esos seres angélicos, intermediarios entre Dios y los hombres, por los que abogaban los herejes contra los que el apóstol arremete en esta Epístola. Así pues, quien tiene a Cristo tiene a Dios, y, como decía Teresa de Ávila «Quien a Dios tiene, nada le falta, sólo Dios basta».

(c) Lo de que Cristo *«es la cabeza de todo principado y potestad»* (v. 10b) ha sido interpretado por algunos como si Cristo fuese cabeza, no sólo de la Iglesia, sino también de los ángeles. Tal interpretación es totalmente antibíblica. «Lo que aquí pone de relieve, como en 1:15–18, es la primacía de Cristo sobre todas las cosas, incluidas las principalidades y los poderes» (Bruce). Por eso, la NVI aclara bien el sentido al traducir dicha frase del modo siguiente: *«que es la cabeza sobre todo poder y autoridad»*.

Versículos 11–17

El apóstol pasa ahora a poner de relieve la excelsitud del cristianismo por encima del legalismo de los judíos y judaizantes, puesto que Cristo acabó con todo eso (comp. con Ro. 10:4. V. el comentario a dicho lugar). Nótese el magnífico orden con que procede Pablo para atacar al legalismo.

1. Como el judío, así como el prosélito, se sometían a la Ley mediante el rito de la circuncisión (Gá. 5:3), el apóstol asegura que el cristiano no necesita de la circuncisión hecha en la carne, porque, al recibir a Cristo, ha sido circuncidado espiritualmente en el corazón (vv. 11–13): *«En Él* (Cristo) *fuisteis también circuncidados al desechar vuestra naturaleza pecaminosa; no con una circuncisión hecha por manos de hombres, sino con la circuncisión de Cristo. Fuisteis sepultados con Él en el bautismo* (comp. con Ro. 6:3 y ss.) y *resucitasteis con Él, por vuestra fe en el poder de Dios* (lit. *la fuerza activa de Dios* ¡no por el agua del bautismo!), *quien le resucitó de entre los muertos* (comp. con Ro. 10:9). *Cuando estabais muertos en vuestros pecados* (comp. con Ef. 2:1) y *en la incircuncisión de vuestra naturaleza pecaminosa, Dios os dio vida con Cristo* (comp. con Ef. 2:5). *Él nos perdonó todos nuestros pecados»* (NVI).

(A) Como puede verse por las referencias intercaladas en el texto, el apóstol condensa aquí enseñanzas que ya impartió en Romanos 6 y Efesios 2, pero aquí las dirige primordialmente hacia el fin que se propone contra el legalismo de los herejes gnóstico-judaizantes, al hacer ver a los fieles de Colosas que ellos no necesitan de la circuncisión hecha en la carne, puesto que ya tienen esa circuncisión de modo mucho más perfecto al haber sido concrucificados con Cristo (Ro. 6:6); ésta es la *«circuncisión de Cristo»*, a la que Pablo se refiere; no a la que recibió cuando niño de ocho días, sino a la efectuada en la Cruz, donde *«el cuerpo del pecado fue destituido de su señorío»*, según vierte la NVI, Romanos 6:6.

(B) Es esa circuncisión, la que, por la fe y el arrepentimiento, nos despoja legal y posicionalmente de nuestra vieja naturaleza pecaminosa, la que cuenta para la salvación, no la circuncisión de la carne, que es un rito meramente exterior; hasta tal punto que es únicamente a la del corazón (comp. con Dt. 10:16; 30:6; Jer. 4:4) a la que Pablo llama *«la verdadera circuncisión»* (Ro. 2:29, comp. con Fil. 3:3). Bruce da cuenta de una alegorización que Justino mártir, en su *Diálogo con Trifón*, hace de la segunda circuncisión que llevó a cabo Josué (v. Jos. 5:2 y ss.) con cuchillos de piedra, comparándola con la que reciben los cristianos de manos del verdadero Josué (Jesús) «de la idolatría, dice, y de toda clase de maldad, por medio de piedras agudas, esto es, por medio de las palabras de los apóstoles de Aquel que es la piedra angular cortada sin manos».

(C) *«Él nos perdonó todos nuestros pecados»*, añade Pablo. El vocablo que el apóstol usa aquí es *paráptoma*. De las 19 veces que ocurre en el Nuevo Testamento, sólo en tres, muy significativas (Mt. 6:14, 15; Mr. 11:25), no sale de la pluma de Pablo. Importantes ejemplos son Romanos 4:25; 5:15; 2 Corintios 5:19; Gálatas 6:1 y Efesios 1:7. Su significado primordial es: «caída provocada por un paso en falso». Para perdonar, no usa Pablo el verbo corriente *(aphíemi)*, sino *kharízomai*, otorgar un favor (de la misma raíz que *kháris*, gracia, favor), por lo que lo usa Lucas 7:41, 43 para significar la cancelación de una deuda. Así se explica el empleo que hace Lucas del verbo *«deber»*, como sinónimo de *pecar* en su versión del Padrenuestro (comp. Lc. 11:4 con Mt. 6:14, 15, donde ocurre *paráptoma)*. Los dos vocablos,

juntos aquí (v. 13b), nos dan a entender claramente que, con el perdón de los pecados, quedó cancelada nuestra deuda; esto tiene gran importancia a la vista del contexto posterior.

2. En efecto, inmediatamente detrás de tal afirmación, Pablo habla de la cancelación de nuestra deuda (vv. 14, 15), y de la forma como se llevó a cabo, con el triunfo que eso supuso contra nuestros principales enemigos: *«Cancelando el documento de deuda en contra nuestra, que consistía en ordenanzas, y que nos era adverso, quitándolo de en medio y clavándolo en la cruz; y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz».* Analicemos esta porción:

(A) El griego *kheirógraphon* (lit. escrito a mano) era el término que se usaba como «pagaré» en el que alguien reconocía su deuda; de ahí, lo apropiado de su empleo para designar *«el documento de deuda en contra nuestra».* De este documento dice el apóstol (a) *«que consistía en ordenanzas»,* es decir, en los mandamientos, preceptos y estatutos de la Ley mosaica, como reconocen hoy la mayoría de autores tanto evangélicos como catolicorromanos; (b) *«que nos era adverso»,* esto es, estaba en contra de nosotros, ya que *«por medio de la ley es el conocimiento del pecado» y «todos hemos pecado»* (Ro. 3:20, 23).

(B) Este documento quedó invalidado, privado de su fuerza legal para exigirnos el pago de la deuda, cuando Cristo murió en la Cruz como nuestro sustituto; de esta forma, «*lo quitó de en medio»,* lo suprimió y quitó de nuestra vista, pues pendía enfrente de nosotros como un cartelón acusador, *«y lo clavó en la cruz».* Los clavos que ocasionaron la muerte de Cristo, dieron también muerte a la Ley que era nuestro adversario. No olvidemos que el sujeto de todos estos verbos *no* es Cristo, sino Dios Padre. Dice F. Prat: «Dios, a manera de venganza, clavó en la Cruz de su Hijo la Ley, la cual contribuyó a su crucifixión». En efecto, véase Gálatas 3:13, por ejemplo.

(C) Pero en la Cruz fue vencido el pecado, no sólo como *culpa,* sino también como *poder.* Es cierto que ese poder continúa en el fondo de nuestra vieja naturaleza, pero ha sido abolido legalmente (v. el comentario a Ro. 6:6). Y, detrás de ese poder del pecado, están *las huestes espirituales de maldad* (Ef. 6:12) donde el pecado, por decirlo así, tiene su «cuartel general», ya que allí está el supremo jerarca de la maldad, el *«Maligno»* (v. 1 Jn. 5:19). También de éstos *triunfó Cristo en la cruz* (v. 15b). Este triunfo se nos describe bajo tres metáforas muy expresivas:

(a) Dios *despojó* del dominio que ejercían sobre nosotros, o sea, les quitó las armas y el uniforme, *a los principados y potestades* (v. 15a) en quienes están representadas las aludidas *huestes de maldad* (v. el v. 10, y comp. con 1 Co. 15:24; Ef. 3:10; 4:8). Desarmados y desnudos, perdieron así las prerrogativas de que gozaban con la complicidad de la Ley, nuestra enemiga.

(b) Al dejarlos de esa «facha», Dios *los exhibió públicamente,* esto es, los expuso a la pública vergüenza o, como dice Gutiérrez, «los expuso a la irrisión».

(c) De esta forma, Dios *triunfó sobre ellos* (los principados y potestades) *en la cruz.* Dos puntos necesitan aquí alguna explicación: *Primero,* el verbo *triunfar* (gr. *thriambéuo),* significa «llevar en procesión», como en 2 Corintios 2:14, con la diferencia de que allí los cautivos, entre los que Pablo se cuenta a sí mismo, van voluntaria y gozosamente («con el *olor de vida»),* mientras que aquí los cautivos van muy a pesar suyo («con el *olor de muerte»). Segundo,* comoquiera que tanto *Khristós* (Cristo) como *staurós* (cruz) son del género masculino, no aparece explícito el sentido de la expresión *«en autó»* (en él) con que acaba el versículo 15. Hay quienes opinan que se refiere a Cristo; según esto, la *Nueva Biblia Española* traduce *«... por medio del Mesías».* Pero hay una razón muy poderosa para traducir *«en la cruz»,* por cuanto éste es el vocablo que aparece en el contexto más próximo (v. 14, al final).

(D) Es probable que la expresión *«los príncipes de este mundo»,* en 1 Corintios 2:8, incluya también a las potestades angélicas malignas que vemos en Colosenses 2:15. Apoyado en esta opinión, dice F. F. Bruce: «Si se hubiesen percatado de la realidad, estos "príncipes de este mundo"—si (como lo expresa Pablo en otra epístola) hubiesen conocido la oculta sabiduría de Dios que decretó la gloria de Cristo y de Su pueblo—, "no habrían crucificado al Señor de gloria" (1 Co. 2:8). Pero ahora están inutilizados y destronados, y el madero vergonzoso se ha convertido en carroza triunfal del vencedor, delante de la cual Sus cautivos son conducidos en humillante procesión, y confiesan contra su voluntad y en su impotencia la superioridad del que los rindió».

3. El apóstol saca las últimas consecuencias prácticas de este triunfo, por el que hemos sido libertados del dominio de la Ley y de los poderes malignos que actuaban detrás de ella, y dice que, anulada la Ley, ya no se nos puede juzgar de lo preceptuado en ella (vv. 16, 17, comp. con Mr. 7:19; Ro. 14:3, 17; He. 9:10): *«Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o*

sábados, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo». Notemos los siguientes puntos:

(A) Los falsos maestros que intentaban seducir a los fieles de Colosas enseñaban, como ya dijimos, una mezcla de legalismo judío, en el que la observancia de las festividades solemnes, de los novilunios y del sábado tenía tanta importancia, y de gnosis teosófica propia de los círculos pitagóricos y platónicos, abstemios en cuanto a la bebida. También los nazareos (o, mejor, nazireos) y los esenios eran abstemios y, en cuanto a la comida, todos los judíos habían de atenerse a las normas que señalaban lo que era *limpio* (hebr. *kosher)* o inmundo.

(B) El apóstol dice que nadie tiene derecho a sentarse como juez para ver si observamos o no, tanto las leyes acerca de la comida y bebida, como las que tienen que ver con las festividades. Nótese que, entre ellas, incluye *también* los sábados que el cristianismo, casi unánimemente, ha visto trasladado al *«primer día de la semana»* (v. Mt. 28:1; Mr. 16:2, 9; Lc. 24:1; Jn. 20:1, 19; Hch. 20:7; 1 Co. 16:2). Insisto en que toda la semana, no sólo el domingo, es *del Señor* (v. el comentario a Ap. 1:10), como indica, por ejemplo, Romanos 12:1. Una enseñanza similar expresa Pablo en Gálatas 4:9, 10, a cuyo comentario remitimos al lector. Las razones por las que se observa el domingo, aparte de conmemorar la resurrección de Cristo, son de pura conveniencia, conforme a las leyes civiles acerca del descanso semanal.

(C) De todas estas normas sobre alimentos y festividades, dice Pablo (v. 17) que son *sombra de lo que ha de venir* (mejor, *de lo que estaba a punto de venir).* El vocablo *skiá* (sombra) se halla también en Hebreos 8:5; 10:1, para dar a entender que los sacrificios levíticos eran mera figura o tipo que apuntaba al único real sacrificio, el del Calvario. La sombra se desvanece cuando aparece la luz. Cristo es la luz (Jn. 8:12), que podemos contemplar *a cara descubierta* (2 Co. 3:18) sin que se interponga ningún velo. Esta metáfora de la *sombra* es muy apropiada, porque, como dice H. Carson, «una *sombra* no tiene realidad permanente aparte del *cuerpo* que la proyecta».

(D) «Y *el cuerpo,* dice Pablo (v. 17b), *es de Cristo».* Hay quienes opinan que la frase tiene un sentido semejante al de 1 Corintios 6:13 *«el cuerpo es para el Señor»* (el cuerpo del creyente), o que se refiere a la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo. Pero estas interpretaciones están aquí fuera de contexto. La interpretación más natural, dentro de este contexto, es que Cristo es quien da el *cuerpo,* la realidad, a lo que sólo era *sombra.* De ahí la exhortación de Pablo a no dejarse juzgar por lo que es únicamente *sombra,* pues ahora la luz de Cristo cae de forma perpendicular sobre nosotros, con lo que desaparece la sombra. Como apunta Médebielle, «sería una necedad volver a la Ley, pues entonces los cristianos cambiarían la *realidad* (Cristo) por la *sombra».*

Versículos 18–19

En estos versículos, el apóstol rechaza el falso misticismo, centrado aquí en el culto a los ángeles como a seres sobrenaturales inferiores a Dios y, por ello, más asequibles (según una falsa humildad) a los hombres. El texto debe leerse conforme a la NVI, que dice así: *«Que nadie que se deleite en falsa humildad y adoración de ángeles os descalifique para el premio. Tal persona alardea con gran detalle de lo que ha visto, y su mente carnal le hincha de vanidad, habiendo perdido contacto con la cabeza, por la que el cuerpo entero, alimentado y unido por medio de sus articulaciones y ligamentos, crece, según Dios le hace crecer».*

1. El versículo 19 apenas necesita comentario alguno, pues su parecido con Efesios 4:15, 16 es impresionante, con dos pequeñas variantes: (A) La estructura es más concisa que la de Efesios 4:16; pero en Colosenses tenemos, además del *haphé,* coyuntura o juntura, que también aparece en Efesios 4:16, el término, muy expresivo, *súndesmos,* que significa «ligamento» o «atadura», con lo que la interdependencia de los diversos miembros del Cuerpo de Cristo se echa de ver más gráficamente. (B) En Efesios 4:15 hay una exhortación a *crecer hacia* (lit.) *la cabeza;* en cambio, aquí, como el apóstol se refiere a lo que hacen, o no hacen, los falsos maestros, lo pone en forma negativa: *«no aferrándose a la cabeza»* (lit.), con lo que ninguna parte del organismo puede funcionar como conviene. Dice F. F. Bruce: «Lo que realmente se da a entender aquí es que los falsos maestros, al no mantener contacto con Aquel que es la cabeza de su cuerpo, la Iglesia, no tienen parte en tal cuerpo, pues es de Cristo como de su cabeza de donde todos los miembros del cuerpo adquieren su capacidad de funcionar correctamente en armonía mutua».

2. El versículo 18 necesita un análisis más detallado, debido especialmente a la confusión que una multitud de MSS tardíos (seguidos en muchas versiones, incluida nuestra RV) introdujeron al insertar un *no* donde no hacía falta. Dice Bruce: «La adición de *me* ("no") se debió a que no lograron (los copistas) entender el lenguaje usado aquí por Pablo». Lo veremos con un análisis cuidadoso del texto:

(A) Dice Pablo de tal persona (al singularizar a los falsos maestros) que *se deleita en la humildad* como traduce la NVI el semitismo *«deseando en humildad»* (lit.). A veces tenemos la sensación de que alguien (o quizá nosotros mismos) se siente «orgulloso de su humildad», lo cual indica una soberbia refinada. La humildad, ha escrito alguien, es una flor tan delicada, tan frágil, que se marchita tan pronto como se inclina a contemplarse a sí misma.

(B) En cuanto al *culto a los ángeles* (lit. *religión de ángeles),* es necesario conocer el contexto histórico-geográfico en que Pablo escribe esto, y que fue expuesto en una magnífica disertación de Sir William Rampsay a primeros del año 1913. La interpretación depende del conocimiento de lo que el verbo *embatéuo* significaba para los habitantes de Frigia en tiempos del apóstol: «frecuentar el lugar de los dioses tutelares, para tener comunión con ellos». Aplicado, pues, al caso presente, estos falsos doctores alardeaban, en su falsa humildad, de haber tenido acceso frecuente a los seres angélicos, y ser favorecidos con visiones de ellos. P. Gutiérrez traduce concisamente: *«presumiendo de visiones»*. Me duele decir que, con gran disgusto de mi parte, he oído a más de uno presumir de visiones, no angélicas, sino de la propia luz gloriosa de Dios, y de haber experimentado la «voz audible» de Dios, al estilo de Abraham, Moisés, etc. ¡Lo que puede la autosugestión!

(C) También merece atención la frase con que comienza el versículo 18 en el original: *«Que nadie os prive del premio»* (lit.). El verbo aquí usado por Pablo *(katabrabéuo)* ocurre únicamente aquí en todo el Nuevo Testamento y es compuesto de *brabéuo,* que significa actuar como árbitro en una competición. El prefijo *katá* presta al verbo un sentido peyorativo, y da a entender que el árbitro le quita el premio injustamente o le descalifica sin razón alguna. En este contexto, el significado es el siguiente: «No permitáis que nadie, al presumir de una experiencia espiritual extraordinaria, os fascine de forma que penséis que habéis perdido la pista de la verdadera espiritualidad al conduciros a un nivel muy inferior al de él». ¿No se corre hoy un peligro similar? Un sincero creyente que oye narrar experiencias extraordinarias, ¿no se sentirá inclinado a pensar que marcha a paso lento y que debería cambiar de mentalidad … y de denominación?

(D) El apóstol retrata de mano maestra, con una sola pincelada, el verdadero carácter espiritual de tales orgullosos: *«vanamente hinchado por la mente de su carne»* (lit.), por donde vemos que tanto alarde de «alta» espiritualidad es una prueba de la más sutil carnalidad. El verbo es el mismo de 1 Corintios 8:1 *(«el conocimiento*—gnosis—*hincha»).* Dice P. Gutiérrez: «Hinchados en su soberbia, ofrecen una doctrina que no es sino una ilusión de una inteligencia carnal …, ajenos a todo influjo de Cristo y del Espíritu Santo. Se creen elevados a una sublime sabiduría, cuando su espíritu *(entendimiento)* no es más que carne».

Versículos 20–23

El apóstol concluye este capítulo con un ataque a la falsa ascética. Damos el texto de estos cuatro versículos según la NVI: *«Si habéis muerto* (lit. *moristeis,* aoristo que señala algo que se llevó a cabo de una vez por todas,—comp. con Ro. 6:3 y ss.—) *a los principios básicos de este mundo* (gr. *ton stoikhéion tou kósmou,* la tan conocida frase,—v. 2:8 y Gá. 4:3, 9—), *¿por qué, como si aún pertenecierais a él, os sometéis a sus preceptos: ¡no tomes!, ¡no gustes!, ¡no toques!? Estos están llamados a perecer con el uso, porque están basados en mandamientos y enseñanzas de hombres. Tales preceptos tienen, sin duda, apariencia de sabiduría, con su afectada piedad, su falsa humildad y severo trato del cuerpo, pero carecen de todo valor para restringir la sensualidad».*

1. El apóstol supone que los fieles de Colosas han muerto con Cristo a todos los ritos y preceptos que tengan que ver con el exterior de la persona. Para quien vive en Cristo, no hay «tabú» que pueda hacerle bien ni mal. No olvidemos el desprecio que los gnósticos sentían hacia todo lo material. La muerte y resurrección con Cristo traslada a la persona a un mundo diferente, a una esfera superior en que la santidad no se mide por centímetros de manga o falda ni por centilitros de alcohol, etc., sino que todo lo no dañoso para la salud, tanto espiritual como corporal (y supuesta la ausencia de escándalo al hermano débil), le es permitido al cristiano con acción de gracias (v. el v. 16, así como Ro. 14:14–17; 1 Co. 10:23–

31). Me temo que muchos creyentes, sanos en doctrina, fallan algún tanto en esto (especialmente en Inglaterra y Estados Unidos), al dar culto a lo que Thieme llama «los cinco grandes (tabúes)»: no fumar, no beber, no jugar a los naipes, no bailar y no ir al cine. Éstos no son *medios,* sino el *resultado,* de una genuina espiritualidad. Es cierto que hemos de separarnos de lo mundano, pero, como bien apunta Thieme: «La separación es PARA Dios. La genuina espiritualidad es el resultado de la espiritualidad … nunca el medio». Hasta dónde se puede llegar en ese falso puritanismo, se echa de ver en la celebración de la Cena del Señor, donde muchas congregaciones usan zumo de uva, y hasta líquidos que nada tienen que ver con la uva, por no usar el *vino* (gr. *oinos)* que el Señor usó sin duda, como se usaba, y se usa, entre los judíos. Basta leer Mateo 11:19; Lucas 7:34 para ver que el Señor bebía vino *(«oinopótes»,* bebedor de vino, dicen ambos evangelistas) y, ¡para colmo, su primer milagro consistió en convertir gran cantidad de agua en vino!

2. El apóstol hace ver (v. 22) que los «tabúes» del versículo 21 (en orden descendente, hasta llegar a lo de *no toques*—gr. *thígues, ni siquiera levemente—)* no sirven para nada, por dos razones: (A) Porque son *mandamientos de hombres,* que privan al creyente de la libertad que obtuvo en Cristo; (B) porque *se destruyen con el uso,* por donde se echa de ver su carácter perecedero.

3. Pablo profundiza más todavía (v. 23) en la inutilidad de tales ejercicios de falsa ascética, al hacer notar que (A) tienen una mal ganada *reputación de sabiduría* (gr. *lógon sophías);* (B) promueven una *religión acuñada por el propio individuo,* al margen de la voluntad de Dios; (C) representan una falsa *humildad* (comp. con el v. 18) y (D) *imponen un severo trato al cuerpo* conforme a la idea gnóstica de la maldad innata de la materia. Triste cosa es que estos errores se hayan perpetuado en la ascética de la Iglesia de Roma con los famosos *flagelantes,* dentro y fuera de monasterios y conventos, que azotan las propias carnes con disciplinas y cilicios.

4. El apóstol sentencia con un atinado juicio la inutilidad de tales ejercicios, al decir que *«carecen de todo valor para restringir la sensualidad».* No sólo carecen de valor, sino que son nocivos en dos importantes aspectos: (A) Promueven la soberbia espiritual, por la que tales personas miden el nivel de su santidad con el rasero de tan falsa ascética; (B) es bien sabido que los azotes en las posaderas, lejos de aplacar los estímulos de la carne, más bien les dan pábulo.

CAPÍTULO 3

En este capítulo comienza la parte propiamente práctica de la epístola. Tenemos aquí: 1. una exhortación general a llevar una nueva vida en Cristo (vv. 1–4). II. Esta nueva vida exige la mortificación de la vieja naturaleza (vv. 5–11) y III. revestirse del hombre nuevo (vv. 12–17). IV. De ahí pasa el apóstol a describir la forma en que la nueva vida ha de manifestarse, 1. en las relaciones conyugales (vv. 18, 19); 2. en las familiares (vv. 20, 21); y 3. en las sociales (vv. 22–25, hasta entrar en 4:1).

Versículos 1–4

1. Con toda naturalidad, después de recordar a los colosenses que están muertos con Cristo a los preceptos y tabúes que les esclavizaban, les hace ver ahora (v. 1) que *han resucitado con Cristo* (v. también 2:12) y, de la misma forma que Cristo fue *arrebatado al cielo* (Hch. 1:9, 11), también ellos (y todo creyente sincero) tienen su posición legal arriba (Ef. 2:6). En lugar, pues, de entretenerse en las cosas efímeras, huidizas, que se consumen con el uso de esta vida, deben *buscar las cosas de arriba* y (v. 2) deben *poner la mira,* esto es, el interés, la afición (gr. *phronéite,* de nuevo el mismo verbo de Fil. 2:5), *en las cosas de arriba, no en las de la tierra.* No se trata, pues sólo, de una búsqueda afanosa, sino también de una actitud mental y sentimental constante, una contemplación deleitosa, de las cosas celestiales.

2. La razón, vuelve a insistir, es (v. 3) que *«habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios».* El creyente no vive ya para su «yo», sino para Dios en Cristo; su vida ha pasado de ser egocéntrica a ser teocéntrica; en realidad, es Cristo quien vive la vida divina en él (Gá. 2:20), así como vive la suya propia en el seno del Padre (Jn. 1:18). Esta vida divina del creyente *está escondida con Cristo en Dios;* también él tiene su vida como Cristo, en el seno de Dios. Esta vida espiritual, eterna, divina, del creyente está escondida con el Cristo resucitado y ascendido y, por tanto oculta a los ojos del

mundo. El mundo no puede ver la vida de un príncipe celeste y heredero de todas las riquezas de Dios en un mendigo harapiento ni en una pobre viuda, vieja, de piel arrugada por los años y los sufrimientos; pero si ese mendigo y esa anciana son creyentes, son también hijos del Soberano del Universo y herederos con Cristo de todo lo que la adopción de hijos comporta (Ro. 8:14–17).

3. Más aún, llegará un día en que Cristo volverá y se manifestará. Cuando ese día llegue, todos aquellos cuya vida está escondida en Cristo *serán también manifestados con Él en gloria* (v 4). Este cuerpo mortal y miserable será transfigurado y hecho conforme (recibiendo la misma forma) al cuerpo glorioso de Cristo (Fil. 3:20, 21). Todos podrán ver esa gloria brillando en nosotros, pues *seremos semejantes a Él cuando le veamos tal cual es* (1 Jn. 3:2). En aquel día, el Espíritu Santo habrá dado el último toque a la imagen de Cristo en nosotros, como el Padre lo decidió desde la eternidad (Ro. 8:29).

Versículos 5–11

Con esta esperanza por espolique, el apóstol exhorta ahora a los fieles de Colosas a que no se dejen gobernar por el pecado, el cual ya ha perdido sus derechos contra ellos (Ro. 6:12–14), sino que, por el contrario (comp. con Ro. 8:13) *le vayan dando muerte.* Dar muerte al pecado no es acabar de una vez con él, pues eso es imposible en esta vida; el pecado que anida en nuestro interior, como una hidra de múltiples cabezas, se yergue una y otra vez cuando ya lo creíamos vencido y domeñado; se le puede cortar el tallo, pero siempre queda la raíz. Tampoco consiste en afligir el cuerpo con azotes y privaciones; la labor es más profunda; se necesita una *crucifixión* (v. Gá. 5:24), no por las propias fuerzas, pero sí por el poder del Espíritu, el cual está siempre a nuestra disposición (comp. con 1 Co. 15:10b y Fil. 4:13). En la práctica de la vida cotidiana, consiste en decir continuamente «¡No!» a lo que nuestro viejo «yo» desearía por inclinación natural.

1. El uso del vocablo *«miembros»* (v. 5) como objeto de esta obra de continua mortificación, es muy expresivo, pues nos conduce a Romanos 6:19; 7:23, donde nuestros miembros son presentados como obedeciendo a una ley que es contraria a la ley de Dios. Conviene tener presente el mandato de Cristo en Mateo 18:8, 9. A veces, el huir de una tentación o el abandonar una ocasión próxima de pecado cuesta más que arrancarse un ojo o amputarse un brazo; tal es la fuerza que ciertos pecados ejercen sobre nuestro «yo pecador».

2. El apóstol especifica a continuación algunos de esos pecados (v. 5b): *«inmoralidad sexual* (gr. *pornéian), impureza* (gr. *akatharsían),* que suele añadir cierta perversidad (v. Ro. 1:24) a la inmoralidad sexual, *lujuria* (lit. *pasión), malos deseos* (lit. *mala concupiscencia,* pues ése es el sentido que *epithumía* tiene en Stg. 1:14, 15) y *avaricia* (gr. *pleonexía*, deseo pecaminoso de tener más y más), *que es idolatría»* (NVI). No es éste el único caso en que la avaricia va unida, por un lado, a la impureza sexual (v. Ef. 4:19; 5:3) y, por otro, a la idolatría (v. 1 Co. 5:11; Ef. 5:5). Los tres vicios suelen siempre ir unidos: El deseo de tener más y más dinero precede o acompaña al deseo de gozar más y más de los placeres de los sentidos y, bien pronto, el dinero y la carne se convierten en ídolos a los que el individuo, y aun la sociedad, sacrifican el honor, la salud y la conciencia.

3. El apóstol añade a continuación la advertencia de que *«a causa de las cuales cosas viene la ira de Dios»* (v. 6). Algunos MSS importantes omiten lo que sigue después («*sobre los hijos de desobediencia*»), lo cual es, con la mayor probabilidad, una glosa introducida de Efesios 5:6, donde puede verse el comentario a este versículo.

4. En los versículos 7–11, aparecen exhortaciones que hallamos esparcidas por otros lugares ya conocidos, como 1 Corintios 12:13; Gálatas 5:6; Efesios 2:12 y ss.; 4:22 y ss.; 5:8.

(A) Nótese el contraste entre *«en otro tiempo»* (v. 7) y *«ahora»* (v. 8). Estos dos tiempos, el *antes* y el *ahora* están separados por la línea divisoria que es la conversión a Dios (comp. con 1 Ts. 1:9). Sólo la gracia de Dios ha hecho la separación entre nosotros y nuestros antiguos compañeros de pecado y rebeldía contra Dios (v. 1 P. 4:4).

(B) En términos ya conocidos, por el estudio de Romanos 10:12; 1 Corintios 12:13; Gálatas 3:28; Efesios 4:23, el apóstol exhorta a *despojarse del viejo hombre con sus prácticas* (v. 9), lo que equivale a *desechar* las *cosas* que enumera en el versículo 8, y *revestirse del nuevo hombre* (v. 10).

(a) Las cosas que hay que *echar de sí* (el verbo es aquí, en el v. 8, más genérico que el de v. 9b) forman una lista de seis: *ira, enojo,* esto es, el enfado como actitud habitual, del que la ira o cólera es como una explosión pasional del momento, *malicia* (nombre con que se designa la maldad perversa),

maledicencia (mejor que *blasfemia,* pues eso es lo que dicho vocablo griego significa), *palabras deshonestas* (que salen) *de vuestra boca* y (señalándolo en especial) *«no mintáis* (v. 9) *los unos a los otros»,* donde quedan incluidas, es cierto, las mentiras propiamente dichas, pero se incluyen también todas las formas de expresión que denotan la falsedad del que las pronuncia: mentiras deliberadas, medias verdades, exageraciones, silencios calculados y aun gestos que producen distorsión de los hechos, juicios atrevidos sobre intenciones, falsas informaciones o falta absoluta de información, etc. Al saber lo que la Biblia entiende por *verdad,* se comprenderá la importancia que el apóstol da a la mentira, que es su contrario (comp. con Ap. 21:8—final de la lista—).

(b) Esta conducta, que se manifiesta en ese arrojar de sí, dejar a un lado y poner bien lejos todas esas prácticas en las que se echa de ver la amargura contra el prójimo y las malas intenciones de un corazón no regenerado, es consecuencia necesaria del cambio que se produjo en cada uno de nosotros cuando nos volvimos a Dios; y consistió en *desvestirse* (lit.) *del viejo hombre con sus prácticas* (v. 9b) y (v. 10) *revestirse* (o, simplemente, *vestirse;* el verbo es el mismo en los vv. 10 y 12) *del nuevo* (hombre).

(c) De este *nuevo hombre* dice Pablo que *«conforme a la imagen del que lo creó, se va renovando hasta el conocimiento pleno»* (v. 10b). En cuanto a la *renovación* que aquí declara Pablo, notemos que el verbo está en presente continuativo y es de la misma raíz que la *renovación* de que habla Pablo en Romanos 12:2, donde también el verbo *transformaos* está en presente de imperativo. Lo del *conocimiento pleno* es un proceso continuo (2 Co. 4:16), que sólo en la segunda venida de Cristo tendrá su consumación (v. el comentario a Ef. 4:13).

(d) Especial atención requiere lo de que *se va renovando conforme a la imagen del que lo creó.* No cabe duda de que tenemos aquí una alusión a Génesis 1:27, donde vemos que el primer hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios. Sin embargo, Adán cayó y la imagen de Dios que lo creó quedó desfigurada en él. El *viejo hombre* es precisamente la estampa del ser humano caído a causa de la caída del Primer Adán en quien todos morimos (1 Co. 15:22, 45–49). El *nuevo hombre* hace referencia a la nueva naturaleza, que es *una nueva creación* (v. 2 Co. 5:17) en el ser humano, salvo de gracia mediante la fe (v. Ef. 2:8, 10). El creyente es así creado de nuevo a imagen de Dios *en Cristo,* de tal manera que *revestirse del hombre nuevo* (v. 10) equivale a *revestirse de Cristo* (Gá. 3:27), aun cuando en Colosenses 3:10, el énfasis cae en el creyente, no en Cristo, ya que éste *no fue creado,* sino engendrado.

(C) Ese *«nuevo hombre»* se constituye así en el «común denominador» de todos los creyentes en Cristo, ya que, para ilustrarlo de algún modo, todos los cristianos, sin que por ello desaparezcan las diferencias de raza, sexo, nacionalidad, temperamento, etc., son revestidos de la misma túnica; túnica del mismo color y de la misma largura en todos. Por eso, dice el apóstol (v. 11): «donde *no hay ya distinción entre griego y judío* (comp. 1 Co. 12:13), *circuncisión e incircuncisión* (comp. Gá. 5:6), *bárbaro y escita, siervo y libre* (comp. con 1 Co. 12:13; Gá. 3:28; Ef. 6:8), *sino que Cristo es todo y en todos»* (v. Ef. 1:23). En este versículo Pablo llega a describir no sólo las diferencias que existían en cuanto a raza y religión, sino también las que había entre las distintas culturas, pues distingue de los *bárbaros,* común apelativo de todos los pueblos que no poseían la civilización grecorromana, a los *escitas,* quienes eran tenidos por los más rudos e incultos de todos los bárbaros. Repetimos lo que ya hemos dicho en el comentario a 1 Corintios 12:13 y Gálatas 3:28: Colosenses 3:11 no quiere decir que hayan desaparecido las diferencias de raza, nación, sexo, etc., sino que *no hay distinción en cuanto a la salvación eterna.*

Versículos 12–17

En esta porción, el apóstol deduce las conclusiones que emergen de la nueva situación: los que están *revestidos* (v. 10) del nuevo hombre han de *vestirse* (v. 12; el verbo griego es el mismo) de las cualidades que el hombre nuevo ha de manifestar. Lo que en estos versículos leemos, se halla resumido en Efesios 4:2, 32; 5:1 y 2.

1. Eso, dice Pablo, es lo que os corresponde *«como escogidos de Dios* (v. 12), *santos y amados».* (A) *«Escogido» o «elegido»* es el término que hallamos ya, en este sentido, en Lucas 18:7; Romanos 8:33; 16:13; mientras que el vocablo de la misma raíz, *«elección»,* aparece en Romanos 9:11; 11:5, 7, 28 y en 1 Tesalonicenses 1:4. El verbo *«elegir»* sale en Efesios 1:4 y 1 Corintios 1:27, 28. Siempre es el resultado del amor gratuito de Dios, dentro de su libre y soberana iniciativa. (B) Como *«escogidos de Dios»* son, pues, *santos,* esto es, separados por y para Él como *pueblo de su peculio* (1 P. 2:9) y *amados,* hechos objeto especial del amor de Dios.

2. Es este amor que Dios les tiene el que les obliga a amarse, soportarse y perdonarse mutuamente, según se especifica en los versículos 12–14. Parece como si estuviésemos escuchando al apóstol Juan: *«Queridos amigos, puesto que Dios nos ha amado así, también nosotros debemos amarnos mutuamente»* (1 Jn. 4:11, NVI).

(A) Las cualidades que Pablo señala en particular son (lit.) *entrañas de compasión, benignidad, humildad, mansedumbre y longanimidad* (v. 12b). Las dos primeras se hallan, en forma de adjetivos, en Efesios 4:32; las tres últimas, en su propia forma, en Efesios 4:2; *«benignidad, mansedumbre y longanimidad»* forman parte del fruto del Espíritu en Gálatas 5:22, 23. Sus respectivos significados han sido, pues, expuestos en sus lugares citados.

(B) Pablo menciona a continuación (v. 13) el *soportarse mutuamente* que ya vimos en Efesios 4:2b, y el *perdonarse mutuamente*, que también aparece en Efesios 4:32, donde puede verse el comentario, aplicable a este sencillo versículo.

(C) Pero hay una virtud, una cualidad, una gracia, que las corona a todas. Ya la mencionó en 2:2, pero ahora dice de ella, como de una rica vestidura que cubre y da valor y brillo a todas las demás (v. 14): «*Y sobre todas estas cosas*, sobre todas estas magníficas cualidades, *vestíos* (el verbo no aparece en el original, pero se suple del v. 12) *del amor, que es ligamento de la perfección*» (lit.). Esta última frase es un hebraísmo, equivalente a *ligamento perfecto*, y puede entenderse de dos maneras:

(a) *«Ligamento (o vínculo*, como suelen traducir las versiones) *que perfecciona*, corona y da valor a *todas las demás virtudes»*. En este sentido lo entienden la mayoría de los autores. Dice E. F. Scott: «Sin el ceñidor del amor, todas las demás vestiduras son inútiles», es decir, penden del cuerpo, peligrosamente aflojadas. Moffatt, por su parte, traduce: *«El amor es el vínculo de la vida perfecta»*. Comenta F. F. Bruce: «En Gálatas 5:6, el amor es el poder motivador de la fe; en 1 Corintios 13:13, es la suprema gracia cristiana; en Romanos 13:9 y ss., todos los mandamientos se compendian en este mandamiento: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". El amor es el cumplimiento de la ley de Dios, porque el amor no le hace al prójimo sino lo que es bueno».

(b) *«Ligamento que une perfectamente a los creyentes.»* Así lo entendieron Tomás de Aquino y Knabenbauer y, en nuestros días, J. M. González Ruiz. El paralelo de Efesios 4:2, 3, donde aparece el *amor* como virtud señera y conectada con el *«vínculo* (o *ligamento) de la paz»*, teniendo además en cuenta que el versículo siguiente (Col. 3:15) habla de *la paz de Dios* y del *llamamiento a un mismo y único cuerpo*, presta bastante fuerza a esta opinión.

3. Del *amor*, pasa el apóstol a mencionar la *paz* (v. 15): «Y *la paz de Dios arbitre* (lit. gr. *brabeuéto) en vuestros corazones, a la que también fuisteis llamados en un solo cuerpo y sed agradecidos»*. Hallamos aquí resonancias de Filipenses 4:7 (con la variante de que en Fil. el verbo es *proteger o custodiar)* y de 1 Corintios 12:13. H. Carson comenta bellamente este versículo del modo siguiente: «La paz ha de actuar como árbitro. El verbo que aquí se traduce por *gobernar, brabéuo*, sirve para describir la actividad del árbitro en los juegos, pues es él quien decide la contienda. Así, en el conflicto interior que inevitablemente habría de acompañar a muchas de sus actitudes, cuando el amor y la amargura contienden por la supremacía, la paz ha de ser el factor que gobierne. La membresía en el único cuerpo de Cristo implica un llamamiento a mantener la paz entre los miembros. Por consiguiente, cada miembro debe ser gobernado por este deseo interior de paz, y esta paz es un don de Cristo». En efecto, véase Juan 14:27.

4. La exhortación siguiente (v. 16) guarda una extraordinaria semejanza con la que el mismo apóstol hace en Efesios 5:19, aunque con la variante, muy significativa, de *«la palabra»* en vez del *«Espíritu»: «Que la palabra de Cristo habite ricamente en vosotros, mientras os enseñáis y aconsejáis unos a otros con toda sabiduría, y cantáis salmos, himnos y cánticos espirituales, dando gracias a Dios en vuestros corazones»* (NVI; de manera similar traducen todas las versiones modernas).

(A) En cuanto al comienzo del versículo: *(«Que la palabra de Cristo habite ricamente*, esto es, abundantemente, *en vuestros corazones»),* dos puntos necesitan aclaración: (a) *«La palabra de Cristo»* puede tomarse en sentido subjetivo: «*lo que Cristo predicó»;* o en sentido objetivo: «*lo que se predica acerca de Cristo»*. En favor del sentido subjetivo se pronuncian F. F. Bruce y P. Gutiérrez. Herbert Carson da como probables ambos sentidos. Para el que esto escribe, el sentido objetivo es, con mucho, el más probable: lo que la Iglesia ha de proclamar con respecto a Cristo, es decir, el Evangelio. (b) *«En vuestros corazones»* puede tener un sentido distributivo: «*en el corazón de cada uno de vosotros como individuos»;* o colectivo, comunitario: *«en el corazón de vosotros en cuanto que formáis la comunidad*

cristiana». Dice F. F. Bruce a este respecto: «Si uno de los dos (sentidos) ha de ser aceptado, el sentido colectivo podría ser preferido a la vista del contexto. Haya amplio campo para la proclamación del mensaje cristiano y para la enseñanza de las doctrinas cristianas en las reuniones de ellos».

(B) Como hemos visto, la NVI y las versiones modernas traducen el griego *en kháriti*, no *«con gracia»* (Reina-Valera), sino *«con gratitud»* o *«con agradecimiento»* (o similares), lo cual cuadra mejor con el contexto, ya que la *gratitud* forma parte primordial (detrás de la alabanza) del culto comunitario, como en Efesios 5:19, mientras que la *sabiduría* se necesita especialmente para enseñar, aconsejar y amonestar (el verbo para *aconsejar*—NVI—, *o amonestar*—RV—, es el mismo de 1:28, y de la misma raíz que la *«amonestación»* de Ef. 6:4), ya que la falta de tacto estropea la eficacia de cualquier amonestación, por muy fundada que se halle en la Palabra de Dios.

5. El apóstol cierra (v. 17) esta porción con una exhortación de tipo general, que nos recuerda la de 1 Corintios 10:31: «Y *todo lo que hagáis, de palabra o de obra,* (hacedlo) *todo en* (el) *nombre de(l) Señor Jesús, dando gracias al Dios Padre por medio de Él»* (lit.). *«Todo lo que hagáis»* se entiende, como es obvio, todo lo que no sea pecaminoso. Para el cristiano, no hay áreas «sagradas», distintas de las áreas «profanas»; es su intención (al menos, virtual o implícita) la que debe dirigir toda su conducta para la gloria de Dios y honor del nombre de Cristo. Dice P. Gutiérrez: «Todo cuanto el *hombre nuevo* piense y obre ha de ser sobrenaturalizado y santificado por la unión con Cristo, en cuya dependencia o autoridad toda la vida del cristiano queda como divinizada». No nos hace falta una casuística perfectamente cuadriculada para cada situación que exija una decisión ética. Siempre que el creyente se ve confrontado con tal decisión, ha de acudir a la Palabra de Dios. Pero no siempre hallará en la Palabra de Dios una respuesta directa a su caso. Lo que debe entonces preguntarse es: ¿Qué es lo mejor que cuadra con mi carácter cristiano? ¿Cómo se portaría Cristo en esta circunstancia particular? Con esta disposición, no ha de caberle duda de que el Espíritu de Cristo le guiará a «lo *bueno, lo que le agrada más* (a Dios), lo *perfecto»* (Ro. 12:2b; NVI).

Versículos 18–25 y 4:1

En esta sección, el apóstol enseña cómo debe manifestarse el carácter del hombre nuevo en la vida de relación. El lugar paralelo, más detallado que aquí, es Efesios 5:22–6:9.

1. Pablo comienza por las relaciones conyugales (vv. 18, 19), como hace también en Efesios 5:22 y ss.: *«Esposas, estad sometidas a vuestros maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amad a vuestras mujeres y no seáis ásperos* (agrios, amargos) *con ellas»*. Como en Efesios 5:22 y ss., el apóstol exhorta a las mujeres a *someterse* a los maridos; a los maridos, a *amar* a sus esposas. La única variante es, con respecto a los esposos, lo de *no portarse con aspereza hacia sus esposas* (lit.), que no se halla en *Efesios* y que es una forma negativa de exhortar a los maridos a *amar* a sus mujeres, pues el que de veras la ama, no la trata con aspereza, sino con delicadeza.

2. Vienen después, como en Efesios 6:14, los deberes familiares; aquí también (vv. 20, 21), comienza por los hijos. En lugar de la frase: *«Porque esto es justo»,* que aparece en Efesios 6:1b, dice aquí: *«porque esto agrada al Señor»*. Lo del «Señor» puede entenderse del Señor Jesucristo, como lo hacen Bruce y Carson, o de Dios, como lo hace P. Gutiérrez. La primera opinión es, a mi juicio, la más probable. Dice Carson: «Esta obediencia es aceptable en la esfera donde el Señorío de Cristo es de suma importancia». En cuanto a los deberes de los padres (gr. *patéres*, como en Ef. 6:4), falta aquí la parte positiva de la exhortación que se halla en Efesios 6:4b, y la parte negativa se halla modificada de manera interesante:

(A) En lugar del *me parorguízete* de Efesios 6:4, hallamos aquí *me erethízete*. Los dos verbos son sinónimos, aunque el primero se traduce mejor por *«no provoquéis a ira»,* y el segundo por *«no exasperéis»*.

(B) La variante más interesante es la que aparece aquí al final del v. 21: *«para que no se desanimen»* (lit.). El verbo *athumóo* está compuesto del prefijo *a,* que indica carencia o privación de lo que sigue en el vocablo, y *thúmos o thymos,* ánimo. Esta raíz es bien conocida en psicología y psiquiatría, pues con ella se forman términos castellanos como *ciclotímico y esquizotímico,* que caracterizan las respectivas variedades psíquicas de inclinación a cambiar de estado de ánimo por ciclos o a permanecer siempre con ánimo dividido respectivamente. Aquí el verbo significa simplemente *«no tener ánimo»,* esto es, el vigor y la iniciativa gozosa que son necesarios para abrirse paso en la vida. Lo que Pablo, pues, advierte a los

padres es que, si exasperan a los hijos con persistentes prohibiciones y recriminaciones, los están exponiendo al complejo de inferioridad, con todas sus miserables consecuencias.

3. Las obligaciones en el plano social se hallan aquí en los versículos 22–25 y en 4:1, y corresponden a Efesios 6:5–9. Apenas aparecen variantes en cuanto a los deberes de los criados con respecto a los amos; el sentido es absolutamente el mismo, por lo que no añadimos nada a lo comentado en Efesios 6:5–8. Únicamente hacemos notar la variante que, con respecto a los amos, aparece aquí en 4:1: *«Amos, haced lo que es justo y equitativo con vuestros siervos …»* En Efesios 6:9, Pablo contempla de modo especial el lado negativo *(«dejando las amenazas»),* pero aquí sólo menciona el positivo *(«haced lo que es justo y equitativo»).* Esto es muy interesante desde el punto de vista de la justicia social y aun conmutativa. Es cierto que Pablo no desciende a casos particulares, pero establece sencillos principios cristianos que, como dice Bruce, «pueden aplicarse en las cambiantes estructuras sociales de todo tiempo y lugar». Tres vocablos exigen ser analizados:

(A) El verbo *parékho,* como aparece aquí en presente de imperativo de la voz media, indica una continua provisión de los medios de vida de parte del amo, de los bienes de fortuna de éste, pues ése es el sentido que tiene el verbo en el griego clásico, especialmente en Herodoto.

(B) En lo que es *justo,* el apóstol apela a lo que la justicia demanda en las relaciones entre los seres humanos, que no son bestias de carga, sino seres racionales y, en este caso, más todavía, pues se trata de relaciones entre amos y criados creyentes.

(C) *A «lo justo»* añade Pablo *«y la igualdad»* (lit.), con lo que da a entender que ha de guardarse cierto equilibrio entre lo que se le exige al *siervo* (lit. *esclavo),* es decir, *fidelidad,* y lo que se le pide al *amo,* esto es *consideración.* Una aplicación práctica de estos principios se entrevé en la epístola que el propio Pablo escribió a Filemón. Dice Bruce: «No se da ningún mandato de manumitir a los esclavos. De seguro que el amo de Onésimo recibe aquí una buena indirecta de lo que de él se espera a este respecto (Flm. 12–14); pero, al mismo tiempo, queda bien claro que toda la virtud de tal acto consiste en no ser hecho *"por obligación, sino por libre voluntad"* (Flm. 14b)».

CAPÍTULO 4

En este capítulo, tras del versículo 1, ya explicado, tenemos: I. una exhortación a la oración constante (vv. 2–4); II. una advertencia sobre la obligación de dar testimonio a los de fuera (vv. 5, 6). III. Comunica a los fieles de Colosas que Tíquico y Onésimo les harán saber cómo van los asuntos del apóstol (vv. 7–9). IV. Termina la carta con los saludos de costumbre (vv. 10–18).

Versículos 2–4

Estos versículos presentan un notable parecido con Efesios 6:18–20. En ambos lugares, se echa de ver la misma insistencia en exhortar a la perseverancia en la oración, que se compendia lacónicamente en ese *«Orad sin cesar»* de 1 Tesalonicenses 5:17. Nótese la frecuente conexión entre la *oración,* la *vigilancia,* y la *acción de gracias* (comp. el v. 2 con Mt. 24:42; 25:13; Mr. 13:33; Lc. 21:36; Hch. 1:14; Ef. 6:18). Como hace ver H. Carson, la vigilancia, necesaria en todo tiempo, tiene especial relevancia en conexión con la oración: «El maligno torna descuidado al creyente, de forma que éste descuida la práctica misma de la oración o, por otra parte, le embota la mente o le distrae los pensamientos. De aquí que la vigilancia significa una atención disciplinada a este continuo ministerio e implica también una concentración de todo el ser en su desempeño». La exhortación a que oren por él personalmente (vv. 3, 4) se halla, casi en los mismos términos, en Efesios 6:19, 20. En Colosenses 4:3 hallamos esta variante, que no se halla en Efesios: *«para que Dios nos abra puerta de la palabra»* (lit.). En esta frase han visto algunos el deseo de verse fuera de la prisión (comp. Flm. 22), pero lo más probable es que se refiera, como en otros lugares (v. 1 Co. 16:9; 2 Co. 2:12, y aun Hch. 14:27; Ap. 3:8), a las oportunidades para predicar el Evangelio. Su deseo es, pues, «que le sea dada por el Espíritu aquella capacidad para predicar el Evangelio que se halla fuera de los límites de las fuerzas naturales desprovistas de ayuda» (Carson). Esto es también lo que da a entender el lugar paralelo de Efesios 6:19.

Versículos 5–6

Estos versículos son el lugar paralelo de Efesios 5:15, 16, aunque con algunas variantes. Dicen aquí: *«Andad sabiamente para con los de afuera, redimiendo el tiempo. Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno»*.

1. El *caminad con sabiduría* equivale al *caminad como sabios* de Efesios 5:15, pero aquí se añade *«en relación con los de afuera»* (lit.), por donde se ve que el apóstol daba gran importancia al testimonio que los creyentes habían de dar en medio de un mundo inconverso. La gente no atiende a razones ni da importancia a palabras, aunque en ellas se expresen las verdades más valiosas de las Escrituras. Si no ven una conducta consecuente con la profesión de fe, no sólo no nos atenderán, sino que nos despreciarán, pues hasta los mundanos guardan cierto respeto hacia los que se comportan de acuerdo con sus convicciones. La frase *redimiendo el tiempo* se halla en Efesios 5:16 exactamente con las mismas palabras, aunque allí el verbo va al principio de la frase, y aquí va al final.

2. Dice Pablo que *nuestra conversación* (lit. *palabra)* debe ser:

(A) *Con gracia,* no en el sentido de que hayamos de hablar graciosamente, de forma que todo el mundo nos escuche con agrado. No es la amenidad la que aquí se pone de relieve (aunque no se la excluya) sino la santidad, de forma que nuestras palabras reflejen la gracia de Dios en nosotros mediante una manera de expresarnos que sirva para edificar a los oyentes.

(B) En este sentido ha de entenderse la frase siguiente: *«sazonada con sal»*. Una conversación graciosa, y chispeante, en la que campea el ingenio del interlocutor, es descrita corrientemente como «sazonada con sal y pimienta». Pero no es esta sal la que Pablo tiene en mente, sino la que el Señor Jesucristo contempla en Mateo 5:13. Del mismo modo que la sal natural preserva de la corrupción los alimentos, así también la sal a la que Pablo se refiere aquí es la de una conversación en la que nunca entra «lo insípido, lo corrompido, lo obsceno» (Ryrie), sino lo que sirve de provecho para las almas, animándolas a la virtud y refrenándolas del vicio.

(C) La última frase: *«para saber cómo es menester que respondáis a cada uno»* (lit.), guarda cierto parecido con 1 Pedro 3:15, aunque allí dice «*… a todo el que pregunte …»;* aquí particulariza con todo esmero *«a cada uno»* (gr. *hení hekásto),* y da a entender que la forma de expresarnos en cada ocasión ha de ser apropiada a la mentalidad y cultura del interlocutor y a la intención de la pregunta. Esto requiere, como dice Pedro en el lugar citado, una constante preparación por parte del creyente que da testimonio, si con él ha de santificar, esto es, dejar en buen lugar, a su Señor.

Versículos 7–9

Pablo ha dado fin a sus enseñanzas y se dispone a dar los saludos de costumbre. Antes hace referencia a los portadores de la carta, Tíquico y Onésimo. Ellos son (vv. 7a, 9b) los que les harán saber a los fieles de Colosas cómo van los asuntos de Pablo (comp. con Ef. 6:21, 22).

1. Llama a Tíquico *«el amado hermano y fiel ministro y consiervo en el Señor»,* exactamente como le había llamado en Efesios 6:21, aunque en Colosenses 4:7b añade «*y consiervo»,* lo cual no aparece en Efesios. También el versículo 8 se halla al pie de la letra en Efesios 5:22 y se debe leer como allí, según lo atestiguan los mejores MSS. Cómo pudo alguien cambiar el verbo y el pronombre personal, a fin de decir *«para que conozca lo que a vosotros se refiere»,* en lugar de *«para que conozcáis lo que a nosotros se refiere»,* es difícil de entender, pues no sólo se quiebra así el paralelismo con Efesios, sino que se pierde de vista la intención de Pablo, de acuerdo con el contexto, pues acaba de decir en el versículo 7a que Tíquico les hará saber lo que a Pablo se refiere, y añade ahora: *«a quien he enviado a vosotros PARA ESTO MISMO»*. Es, pues, la lectura de Colosenses 4:8 la que debe adaptarse a la de Efesios 6:22, y no viceversa.

2. De Onésimo sabemos por la Epístola a Filemón más que por ninguna otra fuente. Su nombre no aparece en la Carta a los Efesios. Pablo lo llama aquí *el hermano fiel y amado* (v. 9), pero no le aplica el epíteto de *consiervo,* que ha dado a Epafras (1:7) y a Tíquico (v. 8), lo cual indica que Pablo no lo había tenido como colaborador en la obra. «Es de notar, dice H. Carson, que Pablo no aplica sin discriminación las frases de recomendación». También vemos que Onésimo era miembro de la iglesia de Colosas, pues el apóstol les dice a los colosenses: *«el cual es de entre vosotros»* (lit.).

Versículos 10–18

Vienen ahora los saludos de costumbre.

1. Entre los que están con Pablo y saludan a los fieles de Colosas, el apóstol menciona primero a *Aristarco.* Por Hechos 19:29, sabemos que estuvo implicado con Pablo en el motín de Éfeso, y por Hechos 20:4 que fue uno de los delegados enviados por la iglesia de Tesalónica. El apóstol le llama *coprisionero de guerra* (lit.). Discuten los autores si estaba o no preso con Pablo en Roma, o si le prestaba sus servicios mientras el apóstol estaba en la prisión, pero es muy probable que la palabra tenga el sentido de ser *«preso del Señor»*, como es el caso de Epafras en Filemón 23.

2. Menciona después a *Marcos, el primo (anepsiós),* no el sobrino, *de Bernabé,* lo cual explica el interés que Bernabé tenía en su primo (v. Hch. 15:36 y ss.). Pablo dice que *acerca de él los* colosenses *habían recibido instrucciones* (lit. *mandamientos*, el mismo vocablo de Juan 10:18, al final). Seguramente se refiere a información que los colosenses habían recibido acerca de Marcos, quizá por medio de Pedro, quien lo asocia a sí en los saludos de 1 Pedro 5:13, o por medio de su propio primo Bernabé. En todo caso, Pablo exhorta a los colosenses a que lo acojan bien, si *va a ellos.* No nos consta si fue allá o no.

3. A continuación (v. 11) menciona a otro creyente de extracción judía. Se llamaba *Jesús.* Este nombre, como su equivalente *Josué,* era frecuente entre los judíos; que era llamado *Justo* (comp. con Hch. 1:23), no quiere decir que le pusiesen ese buen mote, sino que ése era su nombre romano. Aquí parece acabarse la lista de los de extracción judía, y de ellos dice Pablo (v. 11b): *«que son los únicos de la circuncisión que colaboran conmigo en el reino de Dios, y han sido para mí un consuelo».* No niega, pues, aquí que los de extracción gentil que se mencionan a continuación colaboren con él y le sirvan de consuelo, pero, especialmente la última frase *«me fueron hechos consuelo»* (lit. gr. *paregoría*, lo contrario de *kategoría*, acusación), parece dar a entender que Pablo tenía en cuenta lo mucho que los judíos inconversos le hacían y, en especial, le habían hecho sufrir.

4. Viene ahora (vv. 12 y ss.) la lista de los creyentes de extracción gentil, y comienza el apóstol por Epafras, a quien ya había mencionado con elogio en 1:7 y del que, por lo que ahora (vv. 12, 13) dice de él, vemos que era un líder importante en la iglesia de Colosas. Dice así en la NVI que da mejor el sentido del original: *«Os saluda Epafras, que es de los vuestros* (miembro de la misma iglesia) y *siervo de Cristo Jesús. Él está luchando* (comp. 1:29) *siempre por vosotros en oración, a fin de que permanezcáis firmes, perfectos y completamente seguros en toda la voluntad de Dios. Yo respondo de que él se toma mucho trabajo por vosotros y por los de Laodicea y Hierápolis»* Queda por explicar que, tanto *«perfectos»* (esto es, maduros espiritualmente, como en 1:29; 2:1) como el participio de pretérito perfecto de la voz media-pasiva (v. también en Lc. 1:1) van regidos del verbo *stathéte* (aoristo pasivo de subjuntivo: *«estéis firmes»* de una vez por todas). En cuanto al verbo *plerophoréo*, puede significar *cumplir plenamente o convencer plenamente;* el sentido alternativo ha de determinarse de acuerdo con el contexto. En Lucas 1:1, el contexto exige que se entienda como *«seguramente cumplidas»*, esto es, *ciertamente sucedidas.*

¿Qué sentido ha de dársele aquí? La Reina-Valera, como la AV inglesa, le da el primer sentido *(«completos»).* A este sentido se inclina H. Carson, quien cita al Crisóstomo en favor de esta opinión; no puede descartarse este sentido, si se tiene en cuenta que el griego era la lengua nativa del Crisóstomo, quien fue el príncipe de los expositores de la Biblia entre los escritores eclesiásticos de los primeros siglos de la Iglesia. En mi opinión, sin embargo, tiene mayor probabilidad el sentido de *«plenamente convencidos»* (como en la NVI), con vistas al contexto posterior (similar al «… *comprobéis cuál es la voluntad de Dios»*, en Ro. 12:2). P. Gutiérrez opta por unir los dos sentidos y traduce: *«cumplidores* (¡pero el verbo no está en activa!) *con pleno convencimiento de todo lo que Dios quiere».*

5. En esta lista de creyentes de extracción gentil, siguen (v. 14) *Lucas, el médico amado* (es el único lugar, pero suficiente, que nos presta la información explícita de que Lucas era médico y de extracción gentil) y *Demás* (lit.). Están de acuerdo los autores en que este *Demás, o Demas* (como aparece en la mayoría de las versiones. La *Nueva Biblia Española* lee *Dimas*, conforme a la pronunciación griega de la *eta* por *i*) es el mismo que aparece tambien en 2 Timoteo 4:10 y Filemón 24. El hecho de que vaya siempre asociado con Lucas favorece a esta opinión, y la circunstancia de que es el único nombre al que Pablo no añade ningún elogio da a entender que el apóstol tenía motivos suficientes para ello (v. el comentario a 2 Ti. 4:10).

6. A continuación (v. 15) vienen los saludos con referencia a los destinatarios: «Saludad *a los hermanos que están en Laodicea, y a Ninfas y a la iglesia que está en su casa».* Sabemos por otros

lugares que las casas espaciosas de creyentes de posición económica acomodada servían para reunión de pequeñas comunidades (v. Hch. 12:12; 16:15, 40; Ro. 16:5, 23; 1 Co. 16:19 y Flm. 2). De este *Ninfas* (que, según MSS importantes, aunque pocos, debería ser *Ninfa,* mujer, no hombre), nada más sabemos. Si ha de tomarse en masculino, como suele traducirse, conforme a la mayoría de los MSS, podría ser una abreviatura de *Ninfodoro,* nombre que se ha hallado en algunas inscripciones.

7. El versículo 16 ha causado siempre gran controversia, por la recomendada lectura en Colosas de *una carta de Laodicea,* de la misma forma que el apóstol recomienda que la Epístola a los Colosenses *se lea también en la iglesia de los laodicenses.* De dos puntos no cabe duda alguna: 1) Pablo escribió una epístola a la iglesia de Laodicea; 2) esta epístola no es la misma de carácter apócrifo que apareció muchos años más tarde, sin duda para suplir esta aparente laguna de información. Queda una versión latina de esta carta apócrifa, conocida por el famoso escritor Jerónimo a fines del siglo IV. Las opiniones en cuanto a la epístola auténtica, pero que no figura con este nombre en nuestro canon, se dividen en dos grupos:

(A) Dicha epístola se perdió, como ocurrió con la que, según 2 Corintios 2:4, escribió con lágrimas Pablo a los corintios; quizás les escribió también otra, antes de 1 Corintios, como insinúa 1 Corintios 5:9. No sabemos por qué permitió Dios que se perdiera la que aquí se menciona, pero no cabe duda de que tenía grandes semejanzas con la que tenemos dirigida a los colosenses.

(B) Dicha epístola es la que aparece con el nombre de *Epístola a los efesios;* su dirección verdadera era a los *laodicenses,* pero se borró posteriormente esta dirección a causa del mal nombre que la iglesia de Laodicea adquirió después de ser redactado el Apocalipsis. La solución definitiva no se ha hallado ni es probable que se halle (para más detalles, véase el comentario a Ef. 1:1).

8. Viene ahora (v. 17) un mensaje personal especial: *«Decid a Arquipo: Considera el ministerio que recibiste en el Señor, para que lo cumplas».* Por la referencia de Filemón 2, suelen entender los autores que este Arquipo era hijo de Filemón y de Apia. Lo que nos interesa es la seria advertencia que, en una carta que se había de leer públicamente en Colosas y en Laodicea, le hace Pablo para que cumpla fielmente el ministerio que le fue encomendado *en el Señor.* Ya sea que esta expresión haya de tomarse como que tal ministerio le fue encomendado *por el Señor,* o que había de desempeñarse con espíritu de *fidelidad al Señor,* lo cierto es que el aviso es solemne. Hay quienes piensan que Arquipo había quedado al frente de la iglesia de Colosas en ausencia de Epafras, y Pablo le advierte acerca de los peligros que se cernían sobre la iglesia, como hemos visto en el comentario a la carta. Con todo, no hay motivo para ver en esta advertencia ningún reproche. Sea cual sea la razón por la que el apóstol añade esta nota personal, «el hecho de que el encargo de Pablo para él se leyese en una carta a toda la iglesia le había de impresionar más con la solemnidad de su responsabilidad para cumplir su servicio» (Bruce). En mi opinión, es probable que ese Arquipo fuese muy joven, como Timoteo, y aun de temperamento parecido al de éste, con lo que tendríamos un aviso parecido al de 2 Timoteo 1:6.

9. Termina la epístola con tres frases escuetas, pero densas y expresivas: (A) Hace observar a los destinatarios de la epístola que ese saludo final es *de su propia mano,* de su puño y letra, pues la carta ha sido dictada a un amanuense. (B) Pide que le recuerden en oración: *«Acordaos de mis cadenas»* (lit. *de mis ataduras).* (C) La bendición es la más escueta de todas sus cartas: *«La gracia* (sea) *con vosotros»*. El «Amén» que figura en nuestras versiones falta en muchos e importantes MSS.

1 TESALONICENSES

Tesalónica fue al principio la metrópoli de Macedonia. Cuando el apóstol Pablo fue inducido de modo extraordinario a predicar el Evangelio en Macedonia (Hch. 16:9, 10), fue de Tróade a Samotracia, de allí a Neápolis, y de aquí a Filipos, donde obtuvo mucho fruto de su ministerio, pero sufrió malos tratos. Al ser metido en la cárcel con Silas, de la que fueron maravillosamente libertados, consolaron a los hermanos de allí y se marcharon. Después de pasar por Anfípolis y Apolonia, llegaron a Tesalónica, donde plantó el apóstol una iglesia. Pero al surgir un tumulto en la ciudad, Pablo y Silas fueron enviados de noche a Berea, para que no los linchase el populacho. De allí Pablo fue conducido a Atenas, por lo que dejó tras de sí a Silas y Timoteo. Cuando se le unieron ellos, Timoteo fue enviado a Tesalónica, para ver cómo se hallaban los fieles de aquella iglesia y para consolidarlos en la fe (1 Ts. 3:2). Luego, fue enviado de nuevo, junto con Silas, a visitar las iglesias que había en Macedonia, mientras Pablo, que se había quedado solo en Atenas (1 Ts. 3:1), partió de allí para Corinto, donde permaneció por espacio de año y medio, y luego escribió esta epístola a la iglesia de Cristo en Tesalónica. Esta carta, aunque en nuestras Biblias aparece detrás de las otras epístolas a las iglesias, se supone que fue la primera que salió de la pluma del apóstol. La ciudad ha sobrevivido hasta el día de hoy con el nombre de Salónica.

Para la división, adoptaremos los epígrafes que aparecen en el esquema analítico de L. Morris en su comentario a esta epístola:

I. Saludo (1:1).
II. Oración de acción de gracias (1:2–4).
III. Recuerdos de antaño (1:5–2:16).
IV. La relación de Pablo con los fieles de Tesalónica (2:17–3:13).
V. Exhortación a vivir cristianamente (4:1–12).
VI. Problemas asociados con la Segunda Venida de Cristo (4:13–5:11).
VII. Exhortaciones generales (5:12–22).
VIII. Conclusión (5:23–28).

CAPÍTULO 1

I. Comienza Pablo con el acostumbrado saludo (v. 1). II. Pasa luego a hacer una oración de acción de gracias por los fieles de Tesalónica (vv. 2–4). III. Sigue con un encomio del buen testimonio que daban los creyentes de dicha ciudad (vv. 5–10).

Versículo 1

Como de costumbre, la epístola lleva la mención de los que la dirigen, de los destinatarios y del saludo-bendición que acompaña a todas las epístolas paulinas. Pero tenemos aquí algunos datos interesantes que suponen ciertas variantes con relación a otras cartas.

1. Pablo asocia consigo en el saludo a Silvano y Timoteo. Este Silvano es el mismo que aparece en Hechos, ya desde 15:22, con el nombre de Silas, y que ya vimos citado en 2 Corintios 1:19 con el nombre de Silvano, forma latina, que corresponde a la griega de Silas. Sustituyó a Bernabé en el segundo viaje misionero del apóstol (v. Hch. 15:22, etc.). Dice J. Leal: «Silvano va delante de Timoteo, porque era más antiguo y, tal vez, compañero más constante de Pablo».

2. Notemos que Pablo, en este saludo a la iglesia de los tesalonicenses (lo mismo hallamos en Fil. 1:1; Flm. 1 y en 2 Ts. 1:1), no se titula a sí mismo apóstol como suele hacerlo en otras epístolas. Parece no necesitar mencionarlo. Con esta omisión «podría indicar las amistosas relaciones entre Pablo y esta iglesia» (L. Morris).

3. En lugar de la expresión *en Cristo,* habitual de Pablo (v. por ej. 1 Co. 1:2; Ef. 1:1; Fil. 1:1; Col. 1:2), dice aquí *«en Dios Padre y en el Señor Jesucristo»* (comp. con 2 Ts. 1:1), con lo que indica la unión del Padre y del Hijo (Jn. 10:30).

4. La bendición es (v. 1b): *«Cracia y paz a vosotros».* Lo que sigue a esto en nuestras versiones *(«de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo»)* no aparece en los más antiguos MSS. El sentido de los vocablos *gracia y paz* ya fue explicado en el comentario a Romanos 1:7.

Versículos 2–4

Inmediatamente después del saludo-bendición, el apóstol expresa su gratitud a Dios por los fieles de Tesalónica.

1. Esta oración de gracias refleja los sentimientos afectuosos del apóstol hacia los cristianos de Tesalónica, como se advierte por las expresiones *«siempre ... por todos vosotros ... «acordándonos sin cesar»* (vv. 2, 3). Les asegura su recuerdo permanente en las oraciones que eleva *«delante del Dios y Padre nuestro»* (vv. 2b, 3a).

2. Lo más interesante es la forma en que, al mencionar el recuerdo que hace de ellos en la presencia de Dios, expresa (v. 3b) la función respectiva de las tres grandes virtudes: fe, esperanza y amor.

(A) «*La obra de vuestra fe».* Especialmente en Romanos y Gálatas, el apóstol contrapone las *obras* a *la fe;* sin embargo, aquí habla de la *obra* (gr. *érgon) de la fe.* No tiene por qué extrañarnos, pues *la fe que salva* es también *la fe que actúa* (comp. con Gá. 5:6; Stg. 2:14 y ss.).

(B) «*El trabajo de vuestro amor».* El griego *kópos* indica siempre un trabajo pesado, molesto, fatigoso, y la frase da a entender las molestias que el verdadero amor está dispuesto a soportar por el bien del amado.

(C) «*La paciencia de vuestra esperanza*» (lit.), donde se indica el aguante bajo el peso de circunstancias adversas. Pero, como dice Findlay, «no es la resignación del que sufre pasivamente, sino más bien la fortaleza del soldado intrépido». Esta esperanza no es una ilusión aérea, sino la certeza absoluta, la expectación confiada, la mirada puesta (comp. con He. 12:2) *en nuestro Señor Jesucristo* (v. 3c). Esta certeza queda indicada en el versículo 4: *«sabiendo, hermanos, amados de Dios, vuestra elección»,* es decir, *la elección que Dios hizo de vosotros* (comp. con Ef. 1:4; Col. 3:12, entre otros lugares). La expresión equivale a la de *«vuestro llamamiento»* en 1 Corintios 1:26 y ss. (comp. con Ro. 8:20; Gá. 1:6; Ef. 4:1, 4, y otros lugares en las epístolas paulinas).

(D) Las tres expresiones que acabamos de analizar podrían traducirse también por: *«vuestra fe operante, vuestro amor laborioso y vuestra esperanza paciente».*

3. Nótese, en el versículo 4, la ternura que el apóstol pone en ese inciso *«hermanos amados de Dios»*. No es una filantropía de corte humanista, ciega, las más de las veces, a las necesidades concretas del individuo humano, sino la fraternidad cristiana anudada en, y por, el amor de Dios. Hace notar L. Morris que, en las dos epístolas a los tesalonicenses, «Pablo usa *hermanos* veintiuna veces, revelando el estrecho lazo que vinculaba al orgulloso fariseo con el despreciado gentil».

Versículos 5–10

En estos versículos, el apóstol paladea con regusto el sabroso recuerdo de la conversión de los tesalonicenses. La conjunción griega *hóti, pues (mejor que porque),* con que comienza el versículo 5, explica cómo se llevó a cabo históricamente la elección de Dios, frase final del versículo anterior.

1. *«Pues nuestro Evangelio* (v. 5) *no llegó a vosotros solamente en palabras, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis qué clase de personas fuimos entre vosotros por amor a vosotros* (lit. *por causa de vosotros)».* Vemos aquí que:

(A) Pablo llama *«nuestro Evangelio»* al que él y sus colaboradores proclamaban (comp. con Ro. 2:16; 16:25; 2 Co. 4:3; 2 Ts. 2:14; 2 Ti. 2:8), pero ese Evangelio (1 Co. 15:1–3), de Dios (2:2, 8) y de Cristo (3:2), es el único, pues *no hay otro* (Gá. 1:6–9).

(B) Este Evangelio no fue proclamado por Pablo y sus colaboradores por medio de palabras únicamente, sino también, y principalmente, por medio del *poder del Espíritu Santo* (comp. con Hch. 1:8, como primer lugar en que el *poder—dúnamis—*se atribuye al Espíritu). Dice Nygren: «El Evangelio no es la presentación de una idea, sino la operación de un poder. Cuando se predica el Evangelio … el poder de Dios está obrando para la salvación de los hombres, arrancándolos de los poderes de la destrucción … y trasladándolos a la nueva era de la vida».

(C) La *plena certidumbre* (gr. *plerophoría)* se refiere a la seguridad interior que el poder del Espíritu Santo daba a Pablo y a los demás predicadores del Evangelio. El contexto posterior exige esta interpretación, sin negar que los convertidos sintiesen igualmente dentro de sí la misma seguridad que el Espíritu presta a la palabra del predicador.

(D) Los propios tesalonicenses, que habían sido convertidos mediante la predicación de Pablo y de sus colaboradores, pudieron percatarse (v. 5b) de la forma en que se habían comportado entre ellos, de palabra y de obra, los que les predicaron a Cristo: *«como bien sabéis qué clase de personas fuimos entre vosotros».* En 2:3–12, se va a extender Pablo sobre esto mismo.

2. A continuación, expresa el apóstol el resultado de la predicación apostólica entre los tesalonicenses (vv. 6–10).

(A) Habían llegado a ser (v. 6) *imitadores de los predicadores y del Señor* (comp. con 1 Co. 11:1), con lo que habían llegado a ser *de la misma clase de personas* (v. 5b).

(B) Nótese que los tesalonicenses *recibieron la palabra* (v. 6b), es decir, se convirtieron a Cristo, *en medio de gran tribulación,* que es cuando se pone a prueba la sinceridad de la conversión (comp. con Mt. 13:21). Tenemos también la gran paradoja cristiana del *gozo en medio de la tribulación;* no es un gozo espontáneo, producido por recursos psicológicos, sino *el fruto del Espíritu* (v. Gá. 5:22): *«con gozo del Espíritu Santo».* Bien puede decir Pablo que los tesalonicenses llegaron a ser *imitadores,* no sólo de los predicadores, sino también del *Señor* (comp. con He. 12:2 *«por el gozo puesto delante de él, soportó la cruz»), siguiendo sus pisadas* (1 P. 2:21). Escribe Lutero: «Si Cristo llevó una corona de espinas, ¿cómo habrían de esperar sus seguidores solamente una corona de rosas?»

3. Tan ejemplar había sido la imitación de Cristo por parte de los creyentes de Tesalónica, que ellos, a su vez, *se habían convertido en modelos que imitar para todos los de Macedonia y Acaya* (las dos provincias de Grecia) *que son creyentes* (v. 7). Para *«modelos»,* Pablo usa el término griego *túpos,* como en Filipenses 3:17, a cuyo comentario remitimos al lector. Dice L. Morris: «Esto es una gran alabanza, ya que, en primer lugar, a ninguna otra iglesia llama Pablo modelo; y, en segundo lugar, piensa de ellos como de modelos, no sólo para los paganos, sino para los cristianos de toda Grecia». El impacto que esta ejemplaridad de los tesalonicenses había producido en toda Grecia está expresado en los versículos 8–10 de forma plástica y muy viva:

(A) «*Porque partiendo de vosotros* (v. 8) *ha sido divulgada la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y en Acaya, sino que también vuestra fe para con Dios* (lit. *la que dice relación—*gr. *pros—, a Dios) se ha extendido* (lit. *ha salido),* es decir, ha llegado a ser conocida *en todo lugar, hasta el punto de*

no tener nosotros necesidad de hablar nada» (lit.). Grecia entera no necesitaba ninguna predicación verbal del Evangelio, pues la conducta cristiana de los fieles de Tesalónica hablaba tan alto que, como da a entender el verbo griego *exékhetai («ha sido divulgada»), va resonando* (presente de continuidad) como el repetido *eco* de un gran trueno *por todo lugar*.

(B) Pablo no está hablando de oídas, no cuenta un rumor que se ha divulgado con mayor o menor fundamento de verdad, sino que tiene buena información de primera mano. Dicen los versículos 9 y 10 literalmente: *«Porque ellos mismos van anunciando* (presente) *acerca de nosotros qué clase de entrada (eísodon,* lo contrario de *éxodo) tuvimos con relación a vosotros y cómo os convertisteis a Dios desde los ídolos, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar con ansia* (ésta es la única vez que el verbo *anaméno* ocurre en el Nuevo Testamento; el verbo está en presente continuativo) *a Su Hijo de entre* (como saliendo desde el trono) *los cielos, a quien resucitó de entre los muertos, a Jesús, quien nos rescata* (comp. con Ro. 11:26 *«el Libertador»* gr. *ho rhuómenos) de la ira, de la que está viniendo»* (presente). Notemos algunos detalles importantes:

(a) La frase *«qué clase de entrada tuvimos con relación a vosotros»* resulta un tanto extraña por su misma ambigüedad, ya que puede entenderse en sentido activo (como *«acceso»)* o en sentido pasivo (como *«acogida»),* según advierte J. Leal. Que ha de entenderse en el primer sentido («entramos con buen pie», diríamos en España), está claro por 2:1, donde se repite la frase.

(b) En el versículo 9b, nótese el orden exacto en que están colocados los vocablos, pues ello clarifica el proceso de la conversión. Pablo no dice: *«cómo os convertisteis de los ídolos a Dios»,* lo que podría dar a entender que los tesalonicenses, insatisfechos de sus ídolos, se habían vuelto al Dios vivo y verdadero, sino *«cómo os volvisteis de cara a* (gr. *pros) Dios desde los ídolos,* esto es, *abandonando los ídolos»*. Fue al darse cuenta de que el Dios que les predicaba Pablo era un *Dios vivo y verdadero,* cuando abandonaron los ídolos, que no tienen vida ni realidad, excepto en la imaginación de los hombres.

(c) El versículo 10 nos introduce en la escatología, tema frecuente en las epístolas de Pablo a los tesalonicenses (v. especialmente 1 Ts. 4:13–18; 5:1–11; 2 Ts. 2:1–12). Puesto que esta primera epístola a los fieles de Tesalónica se escribió hacia el año 50 de nuestra era, fue así la primera que salió de la pluma de Pablo, con la sola probable excepción de la que escribió a los gálatas, vemos que la expectación ansiosa de la Segunda Venida del Señor era común anhelo de la primitiva Iglesia.

(d) Es de notar que, en los Evangelios (v. Mt. 3:7; Lc. 3:7), Jesús habla de *la ira que está a punto de venir* (pues ése es el sentido del verbo griego *méllo);* el mismo verbo emplea Pablo para designar *la gloria que está a punto de venir* (Ro. 8:18). Pero aquí (v. 10, al final) usa el verbo *érkhomai*, venir, en participio de presente, por lo que aquí se refiere, no a la ira que está a punto de venir, sino a *la ira que está viniendo o llegando.* Que esta ira no es la de nadie más que Dios no hace falta demostrarlo, pues es una frase hecha como *el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios* (Ro. 2:5b, comp. con Ap. 6:16, así como con 5:9 de esta misma epístola). Dice J. Leal: «El día de la ira, *Yom Yahwéh*, es término de los profetas y constante en la literatura apocalíptica. *Ira* es una metáfora que expresa la causa por el efecto, pena o castigo de los pecados … De este castigo están ya libres de hecho los fieles, que no son objeto de ira, sino de gracia».

CAPÍTULO 2

En este capítulo, I. Pablo declara cuál fue su conducta entre los tesalonicenses: 1. su rectitud (vv. 1–4); 2. su laboriosidad (vv. 5–9); 3. su comportamiento irreprochable (vv. 10–12). II. Pasa luego a expresar la preocupación que sentía por los tesalonicenses (vv. 13–20).

Versículos 1–4

1. La repetición del vocablo *eísodos* en este v. 1 (que suele verterse aquí por *«visita»)* nos da a entender que el *«porque»* con que se encabeza el versículo habría de conectarse con 1:9a, al ser 1:9b, 10 una especie de inciso. Dice literalmente en este versículo 1: *«Porque* (vosotros) *mismos sabéis, hermanos, que nuestra entrada, la de en relación a vosotros, no ha resultado* (pretérito perfecto, no aoristo) *vana»*.

El pretérito perfecto da perfectamente a entender que el fruto de la predicación apostólica entre los tesalonicenses *continúa.*

2. El versículo 2 se abre con la conjunción adversativa fuerte *allá, sino que …* de forma que la unión con el versículo 1 viene a ser la siguiente: «… *no ha resultado vana, sino que* (lejos de resultar vana), *después de lo que anteriormente padecimos y fuimos ultrajados* (aoristos), *como sabéis, en Filipos, tuvimos denuedo en nuestro Dios para hablaros el Evangelio de Dios en medio de mucho combate»* (lit.), esto es, *de fuerte oposición.* Notemos lo siguiente:

(A) El apóstol no atribuye el fruto de la predicación en Tesalónica (o en cualquier otra parte) precisamente a lo mucho que anteriormente había sufrido en Filipos. El sufrimiento en Filipos y la fuerte oposición en Tesalónica son como el marco en el que destaca con más vivos colores el *denuedo (la franqueza total,* sin miedo, como da a entender la etimología del término griego *parrhesía = pas rhésis,* toda habla, todo discurso) con que Pablo y sus colaboradores habían proclamado allí el Evangelio.

(B) Este denuedo no era el resultado de un esfuerzo sobrehumano ni de la valentía personal de Pablo y Silas (v. Hch. 17:1 y ss.), sino un don sobrenatural con que Dios había equipado a sus siervos: *«denuedo en nuestro Dios».* Dios había dado el denuedo, porque era *«el Evangelio de Dios»* (comp. con 1:5 *«nuestro Evangelio»). Dios había dado el denuedo* porque sus siervos estaban proclamando *el Evangelio de Dios* con rectitud y pureza (vv. 3 y ss.) y, por tanto, el buen resultado, mediante la operación del Espíritu Santo en los corazones, no podía ponerse en duda.

3. En efecto, Pablo y Silas habían sido *canales limpios* en la transmisión del *Evangelio de Dios.* En la descripción del desempeño de este ministerio, Pablo comienza por el lado negativo (v. 3), para pasar luego (v. 4) al lado positivo.

(A) Comienza por el lado negativo (v. 3): *«Porque nuestra exhortación* (así llama a la predicación por la insistencia que requiere un asunto de tal urgencia e importancia como es la salvación) *no procedió de error ni de impureza, ni fue por engaño».* Esto nos indica que los adversarios acusaban a Pablo y a sus colaboradores (a) de sostener ideas falsas, (b) de inmoralidad sexual, como era frecuente en las religiones idolátricas, y (c) de predicar con engaño, con la astucia de quien desea pescar en río revuelto, pues el vocablo griego *dolo* significa primordialmente el anzuelo con que se pesca un pez. Nada de eso entraba, ni por asomo, en la intención ni en la actuación de los predicadores apostólicos.

(B) Pasa después (v. 4) al lado positivo: *«sino que, según hemos sido aprobados* (lit. *probados,* es decir, puestos a prueba y aprobados; el verbo es el mismo de Romanos 12:2, entre otros muchos lugares) *por Dios para que se nos confiase el Evangelio, así continuamos hablando; no como agradando* (es decir, *tratando de agradar) a los hombres, sino a Dios, que pone a prueba* (el mismo verbo de la primera frase del versículo) *nuestros corazones»* (lit.). La secuencia del pensamiento de Pablo es aquí la siguiente: Dios ha examinado el corazón de Pablo y lo ha aprobado; y al aprobarlo, le ha confiado la proclamación del Evangelio; Pablo ha hecho honor a esta confianza que Dios puso en él y trata de agradar solamente a Dios.

Versículos 5–9

Al continuar con esta idea de la pureza y rectitud con que él y sus colaboradores predican el Evangelio, el apóstol desciende a motivos particulares por los que los hombres se afanan en ganarse el aprecio de los oyentes: el lucro y los honores (vv. 5, 6). Al apóstol nunca le han impulsado estos bajos motivos, sino que se ha comportado siempre como una madre que se desvive por sus hijos (vv. 7, 8), y se ha ganado el sustento con el sudor de su frente, a fin de no ser gravoso a nadie (v. 9), aun cuando habría podido usar de su derecho a vivir del Evangelio (v. 6b).

1. Pablo comienza descartando cualquier motivo bajo en su ministerio (vv. 5, 6): *«Porque nunca usamos de palabras lisonjeras, como sabéis, ni de pretexto para lucrarnos; Dios es testigo; ni buscamos gloria* (es decir, alabanza y honores) *de los hombres; ni de vosotros, ni de otros, aunque podíamos seros carga como apóstoles de Cristo».* Esta segunda mitad del versículo 6 aparece a la cabeza del versículo 7 en la edición crítica del Nuevo Testamento griego de Nestlé, y es adoptada por la mayoría de las versiones modernas.

(A) *«Porque ni hemos llegado jamás a ser hechos* (esto es, a ser puestos) *en palabra de adulación»* (lit.), es decir, en una forma lisonjera de hablar. Al estar el verbo en aoristo de la voz pasiva, el apóstol da a entender que no se dejó meter en una situación (comp. con Ro. 16:7b «han llegado a ser en Cristo»—

lit.—, aunque aquí el verbo está en pretérito perfecto de la voz activa) que repugnaba a sus convicciones. El griego *kolakeías* designa, más bien que la adulación corriente, lo que llamamos en castellano «zalamería», con la que una persona trata de dar seguridades falsas a otra a fin de obtener ventajas para sí misma.

(B) Tampoco se ha puesto una *máscara* (gr. *prophásei),* excusa, falso pretexto, para encubrir avaricia, un bajo deseo de lucro fácil. El griego *pleonexía*, como ya hemos visto en otros lugares (Mr. 7:22; Lc. 12:15; Ro. 1:29; 2 Co. 9:5; Ef. 4:19; 5:3 y Col. 3:5), no es sólo el deseo de dinero, sino el afán constante de adquirir más y más. El apóstol pone por testigos, no sólo a los tesalonicenses *(«como sabéis»),* sino a Dios mismo *(«Dios testigo»,* lit.).

(C) Igualmente descarta Pablo el motivo de buscar gloria, alabanza y honores de parte de los hombres (*«ni de vosotros, ni de otros»).* En el versículo 4, había dicho que *no trataba de agradar a los hombres, sino a Dios;* ahora se refiere «a la satisfacción que se obtiene cuando es alabada la obra de uno» (L. Morris). Pablo *no buscaba* tal satisfacción, pero Dios ha querido que fuese cubierto de honores por millones de creyentes (y aun de no creyentes) a lo largo de los siglos. Los ha merecido como gran heraldo de Cristo y el principal expositor del cuerpo doctrinal del cristianismo.

2. El apóstol pasa luego a decir que no ha hecho uso del derecho que tenía a vivir del Evangelio: *«aunque podíamos ser carga* (lit.) *como apóstoles de Cristo»* (v. 6b, o v. 7a). A este propósito, conviene leer 1 Corintios 9:1–19, donde Pablo defiende sus derechos como apóstol, de los cuales no ha querido hacer uso. El griego *apóstolos* («enviado») equivale al hebreo *shaliaj* y de él dice el Talmud (y lo prueba la Escritura; v. por ej. Zac. 3:2) que «El *shaliaj* de un hombre es como si fuese él mismo» (citado por Morris). Morris cita también la teoría catolicorromana que, basada en este supuesto, afirma que los apóstoles «tuvieron la plena autoridad de Cristo y, a su vez, transmitieron esta autoridad a los obispos». De ahí la famosa enseñanza catolicorromana y anglicana de la «sucesión apostólica». Pero H. Kung, a pesar de ser un teólogo catolicorromano, asegura que no hay más sucesión apostólica que la sucesión del mensaje apostólico. T. W. Manson ha demostrado que la autoridad del *shaliaj* estaba limitada a los términos de su comisión y que ésta era completamente intransferible. Por tanto, los apóstoles, los Doce, no pudieron tener sucesores. La Iglesia es edificada sobre el fundamento de ellos (Ef. 2:20), esto es, sobre el que ellos pusieron con su predicación, según aparece ésta en las Sagradas Escrituras del Nuevo Testamento.

3. Lejos de ser una carga para los creyentes, dice Pablo (v. 7): *«más bien* (lit. *sino que), nos hicimos como niños pequeños* (así, con los MSS más importantes) *entre vosotros.* Y, al cambiar de símil, continúa (vv. 7b, 8): *«Como una madre* (lit. *nodriza) cuando cuida tiernamente* (lit. *abriga, calienta;* el mismo verbo de Ef. 5:29) *a sus propios hijos, así nosotros, prendados (o afectuosamente deseosos) de vosotros, tenemos a bien siempre* (es decir, *estamos siempre dispuestos a) transmitiros, no sólo el Evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas* (gr. *psukhás) por cuanto nos llegasteis a ser muy queridos».* Esta total generosidad del apóstol, dispuesto incluso a desvivirse por los fieles de Cristo, está en la misma línea de 2 Corintios 12:14, 15, donde repite conceptos muy semejantes.

4. A continuación explica (comp. con Hch. 20:34) cómo se ha comportado para no servir de carga a nadie (v. 9): *«Porque os acordáis, hermanos, de nuestro trabajo y fatiga* (es decir, *de nuestro trabajo fatigoso); cómo trabajando de noche y de día* (hipérbole popular para indicar las muchas horas de trabajo), *con el fin de no ser gravosos a ninguno de vosotros, os proclamamos* (lit. *proclamamos hacia vosotros) el Evangelio de Dios».* El griego *kópos,* ya de sí, significa un trabajo fatigoso, pero el vocablo *mókhthos* añade a la idea de *fatiga* la de *dificultad.* Las horas del día que no eran propicias para la predicación, el apóstol las dedicaba a trabajar fatigosamente con sus propias manos. Es difícil que alguien haya superado a Pablo en lo de *«redimir el tiempo»,* que él mismo aconseja en Efesios 5:16 y Colosenses 4:5. Resta por aclarar que *«proclamamos»* no es presente, sino aoristo Ingresivo.

Versículos 10–12

Pablo apela ahora a su conducta irreprochable, de la cual vuelve a poner por testigos (comp. con v. 5) a los tesalonicenses y a Dios mismo: *«Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irreprensiblemente nos comportamos con vosotros* (lit. *llegamos a ser para vosotros) los creyentes* (lit. *los que creéis;* en presente de participio, indicando una actitud constante); *así como también sabéis de qué modo, a cada uno de vosotros, como un padre a sus propios hijos, os exhortábamos animándoos y*

conjurándoos (lit. *testificándoos solemnemente) a que vivieseis* (lit. *anduvieseis) como es digno de Dios, que os llamó (o llama,* según los MSS más importantes y numerosos) *a su reino y gloria»*. Los dos sustantivos van unidos con un solo artículo, por lo que pueden tomarse como *hendíadis* («una idea mediante dos vocablos»), ya sea en el sentido de *«a su reino glorioso»* (ésa es mi opinión), o en el sentido de *«a la gloria de su reino»* (J. Leal). Sobre esta porción, es conveniente hacer las siguientes observaciones:

1. Para describir su conducta, usa Pablo (v. 10) tres adverbios distintos: (A) *hosíos* que, a diferencia de *haguíos* (donde se destaca el aspecto de separación de lo mundano para consagrarse a Dios), indica la actitud interior de religiosidad sincera. «Se aplica, dice Leal, a los hombres piadosos, que obedecen a Dios»; (B) *dikaíos* indica la justicia puesta por obra, en cuanto que la voluntad humana se ajusta, se amolda, a la norma que, para el creyente, es la Palabra de Dios; (C) *amémptos,* como adverbio, sale únicamente aquí y en 5:23, en todo el Nuevo Testamento. Pero ha salido como adjetivo en Lucas 1:6 y Filipenses 2:15; 3:6; y saldrá, en esta misma epístola, en 3:13 y en Hebreos 8:7. Indica, pues, comportarse de una forma en que no se da ningún motivo para recibir reproche o reprensión.

2. En cuanto al participio de presente (v. 10, al final): *«… los que creéis»,* bueno será recordar el comentario a Juan 2:23, donde intercalamos la sabia observación de W. Hendriksen de que el uso del tiempo presente en el verbo *creer* da a entender una fe verdadera, lo cual no puede asegurarse cuando el original usa, por ejemplo, el aoristo *«creyeron»*.

3. En los versículos 11b y 12a, es de notar la acumulación de participios *«exhortando … consolando … encargando (o conjurando)* que nos ponen de relieve el grandísimo interés que el apóstol tenía por el bienestar espiritual de los tesalonicenses. *«Como un padre a sus propios hijos»*, dice, y cambia, una vez más, de metáfora (comp. con el v. 7).

4. Sobre la última frase del versículo 12: *«que os llamó* (Dios) *a su reino y gloria»,* creemos muy interesante el comentario de L. Morris: «El reino de Dios es el tema central de la enseñanza de Jesús. Tiene también raíces en el Antiguo Testamento, porque la idea de que Dios gobierna sobre todos es muy antigua. Pero había un nuevo énfasis en la enseñanza de nuestro Señor, y los estudiosos modernos se ponen de acuerdo cada día más en que para Él el concepto era esencialmente dinámico; es decir, pensaba del reino como de algo que acontece, como la norma de Dios en acción, más bien que como un reinado propiamente dicho. En cierto sentido, el reino está presente aquí y ahora, porque hay quienes se han sometido a Dios para hacer la voluntad de Él. En otro sentido, es futuro, porque todavía no vemos a todos Sus enemigos puestos bajo Sus pies. Está íntimamente asociado a la Persona de Jesús, y mientras el reino y la cruz no parecen estar conectados en tantas palabras, no podemos menos de pensar que la muerte de Cristo era necesaria para el establecimiento del reino». La cita es larga y quizá necesitaría ser matizada para darnos un concepto más preciso de lo que «el reino de Dios» significa, pero es aceptable para todo teólogo en sus líneas generales, con tal de que no se tenga la falsa idea de que el reinado de Dios en el mundo es ya «efectivo», pues Jesús mismo no dejó lugar a dudas de que Satanás es todavía «el príncipe de este mundo». Para ver que también lo es después de la muerte y resurrección del Señor, basta con leer 2 Corintios 4:4; Efesios 2:2; 6:12 y 1 Juan 5:19.

Versículos 13–20

En esta porción, Pablo describe la forma en que los tesalonicenses habían correspondido al ministerio que los predicadores del Evangelio habían desempeñado entre ellos.

1. *«Y por esto,* dice Pablo (v. 13), *también nosotros damos gracias* (presente) *a Dios sin interrupción de que, cuando recibisteis la palabra de audición* (es decir, *al oírla;* comp. con Ro. 10:17) *de parte de nosotros* (que es palabra), *de Dios, acogisteis, no palabra de hombres, sino como verdaderamente (lo) es, palabra de Dios, la cual actúa* (presente) *en vosotros los que creéis* (participio de presente, como en el v. 10)». Es traducción totalmente literal, pero perfectamente inteligible con las aclaraciones que hacemos en paréntesis. Dos breves observaciones: (A) El verbo que significa *acogisteis* indica una bienvenida gozosa, espontánea; algo más fuerte que el mero *recibir,* aunque este último verbo basta para indicar una recepción salvífica (comp., por ej., con Jn. 1:11; Col. 2:6). (B) El verbo que traducimos por *actúa* es el mismo de Gálatas 5:6 y está en el mismo tiempo y en la misma voz, aunque en Gálatas está en participio, y aquí está en indicativo. A. Robinson opina que habría de traducirse en voz pasiva: *«es hecha activa»* (por Dios).

2. Si en el *«Y por esto»* con que comienza el versículo 13, Pablo da a entender que daba gracias a Dios por no haber trabajado en vano, en los versículos 14–16 describe el fruto que la recepción de la Palabra de Dios produjo en los fieles de Tesalónica. El fruto era genuino y bien probado, pues habían imitado (v. 14) a las iglesias de Judea y padecido de parte de sus compatriotas inconversos las mismas cosas que los judíos convertidos habían padecido de parte de los judíos rebeldes. No es difícil imitar a los que van por la vida viento en popa, pero imitar a los que sufren por Cristo y por la causa del Evangelio es señal segura de que la fe cristiana ha echado buenas raíces. Al mencionar lo que las iglesias de Judea han padecido a manos de sus compatriotas, el apóstol no puede contener su santa indignación, nacida (no se olvide) del amor que les tenía (v. Ro. 9:1–3; 10:1, 2). De ellos dice:

(A) «*Mataron al Señor Jesús* (v. 15, comp. con Hch. 3:15) y a los profetas». Bastantes MSS, aunque no los más importantes dicen «*y a sus propios profetas*» (comp. con Mt. 23:31, 32). Es probable que se incluyan aquí los profetas del Antiguo Testamento, pero podría referirse a los más recientes: Juan el Bautista, Esteban, Santiago el Mayor.

(B) «A *nosotros nos expulsaron*» (comp. con Hch. 17:1–15). El verbo griego significa «perseguir severamente» o, mejor, «perseguir hasta lograr que alguien se marche de aquel lugar». En los dos sentidos, se puede aplicar el verbo a la historia que leemos en Hechos 17:1–15.

(C) «*No agradan a Dios.*» Compárese esta frase con 4:1, donde Pablo exhorta a los tesalonicenses a continuar agradando a Dios, como habían aprendido de Pablo (v. Gá. 1:10) y de sus colaboradores. La razón por la que no agradaban a Dios, aun tratándose de judíos que tenían de veras celo de Dios, es que no se sometían al método divino de justificación (v. Hch. 26:9; Ro. 10:1–3).

(D) «*Se oponen a todos los hombres.*» Dice E. A. Núñez: «Oponerse a la predicación del Evangelio es declararse enemigo de la humanidad, puesto que todos los hombres necesitan en verdad la salvación que es posible alcanzar solamente en Jesucristo». Resulta tristemente irónico que lo que comenzó, tras de la cautividad de Babilonia, con buen viento, al rehusar mezclarse con otros pueblos («como el aceite en medio de otros líquidos», dicen con orgullo los rabinos), resultó en oposición cerrada contra cualquier medida que tendiese a rebajar o retirar la barrera que los separaba de los gentiles (v. 16a). Precisamente lo que más les dolía era que el Evangelio de salvación se predicase y ofreciese a los gentiles (v. Hch. 22:21, 22).

(E) «*Así colman,* dice Pablo (v. 16b), *ellos siempre la medida de sus pecados*» (comp. con Mt. 23:31, 32). Dice J. Leal: «Entre los judíos corría la idea de que Dios permite en cada hombre determinado número de pecados, después de los cuales envía el castigo y no antes. La paciencia de Dios tiene un límite. El resultado de toda la hostilidad al Evangelio es que llegue a su colmo la paciencia de Dios». La frase posterior ha de leerse del modo siguiente: *«Mas vino sobre ellos la ira* (de Dios) *hasta el extremo»* (lit.). El verbo *phtháno,* que usa aquí el apóstol, significa dar alcance a una persona, y está en aoristo profético, como si la ira de Dios hubiese descargado ya sobre los judíos rebeldes. Hay quienes opinan que la expresión griega *eis télos* habría de traducirse *«hasta el fin»,* pero es más probable el sentido intensivo, como en Juan 13:1b *«los amó hasta el extremo»*.

3. Pablo ha mostrado su ternura hacia los fieles de Tesalónica bajo la metáfora de una *madre («nodriza»)* que abriga y calienta a sus hijos (v. 7b); también (con la mayor probabilidad), bajo la metáfora de quien se hace como *«niño pequeño»* (v. 7a) entre otros niños. Toma luego la metáfora de *«padre»* (v. 11) en su labor de exhortar y animar a los hijos. Ahora toma la del *niño huérfano,* no precisamente por muerte de los progenitores, sino por separación dolorosa de los seres queridos. En efecto, el verbo que usa Pablo en el versículo 17a significa *«quedar huérfano lejos de»*. De este modo expresa la tristeza que le causa estar ausente de Tesalónica. Todo lo que sigue (vv. 17b–20) es una descripción de la añoranza que sentía de volver a verlos:

(A) Se echa ya de ver en ese *«por un poco de tiempo»* (lit. *por el tiempo de una hora).* Con esta expresión, el apóstol da a entender que hacía poco que se había separado de ellos. Pero aun esta breve ausencia se le hacía demasiado larga: *«Tanto más,* dice (v. 17c), *procuramos con mucho deseo* (gr. *epithumía*, deseo ardiente) *ver vuestro rostro,* esto es, vuestras personas, según el significado de dicho modismo hebreo. Vemos, pues, que el griego *epithumía,* aunque suele traducirse (de acuerdo con el contexto; véase, por ej., Stg. 1:14, 15) por «concupiscencia», de suyo es una pasión neutral, buena o mala según el objeto y el modo.

(B) Como en 1 Corintios 5:3; Colosenses 2:5, también aquí (v. 17b), Pablo hace notar que se halla ausente de los tesalonicenses *«de rostro»* (lit.), es decir, «en persona» o «de vista», *no de corazón.* De

corazón, y con el espíritu, se halla entre ellos. Sin embargo, su deseo de estar con ellos es intenso. De ahí el verbo que usa donde traducimos *«procurarnos»* (en aoristo) y que propiamente significa *«hicimos todo lo posible por» o «pusimos todo nuestro esfuerzo en»*.

(C) El versículo 18 expresa bien esa idea de hacer todo lo posible por ver a sus amados tesalonicenses: *«Por lo cual quisimos llegar hasta vosotros, yo ciertamente, Pablo, una y otra vez, y nos estorbó Satanás»* (lit.). En qué consistió este estorbo que repetidamente puso Satanás en el camino a fin de que Pablo no pudiese cumplir su deseo de estar con sus amados tesalonicenses, no lo sabemos. Una cosa es cierta, como dice E. A. Núñez: «Había impedido que Pablo regresara a Tesalónica porque sabía muy bien que de no hacerlo daría lugar a otros triunfos para Cristo en aquella ciudad donde el impacto del Evangelio había sido tremendo». Todos los autores señalan aquí que resulta evidente por esta porción que Pablo pensaba en el diablo como en algo realmente existente. Lo mismo pensaba el Señor Jesucristo.

(D) En los versículos 19 y 20, el apóstol explica cuál era el motivo de su intenso deseo de estar con los fieles de Tesalónica: *«Porque, ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo o corona de jactancia* (esto es, corona en que podamos gloriarnos)—o *no* (lo sois) *ciertamente vosotros—delante del Señor Jesucristo en Su Venida?* (gr. *parousía). Porque vosotros sois nuestra gloria y nuestro gozo»* (lit.). Dos detalles merecen especial atención:

(a) La *corona* (gr. *stéphanos)* es una metáfora para indicar el premio, que se da al vencedor de una carrera o de una lucha (comp. con 2 Co. 1:14; Fil. 4:1; 2 Ti. 4:8; 1 P. 5:4).

(b) Ésta es la primera de las siete veces en que aparece el término *parousía* en 1 y 2 Tesalonicenses, en sentido de la Segunda Venida del Señor. El griego significa *«presencia»* y solía entenderse de la visita de un soberano a una ciudad. La frase *«delante del Señor Jesucristo»* nos invita a ver aquí la presentación de los creyentes *en el tribunal de Cristo* (Ro. 14:10; 2 Co. 5:10), donde cada uno recibirá su recompensa (comp. con 2 Ti. 4:8). Dice E. A. Núñez: «La idea de la Segunda Venida de Cristo saturaba la mente y el corazón del apóstol, era uno de los incentivos más grandes para su vida cristiana y uno de los temas cardinales de su predicación».

CAPÍTULO 3

En este capítulo, tenemos: I. el envío de Timoteo a Tesalónica (vv. 1–5); II. el buen informe que ha transmitido a Pablo (vv. 6–8); III. La satisfacción de éste (vv. 9, 10); y IV. la oración del apóstol por los tesalonicenses (vv. 11–13).

Versículos 1–5

1. El *«Por eso»* (v. 1) con que comienza el capítulo se refiere a la nostalgia del apóstol (2:17, 18). Tan grande era esta nostalgia que, a pesar del consuelo que para él suponía la compañía de Timoteo, decidió enviarlo a Tesalónica, quedándose solo en Atenas. El griego es muy expresivo en todos los vocablos de este versículo 1. Además del énfasis en ese *«solos»,* el verbo *stégontes* da la idea de «no poder aguantar más»; y el *quedarnos* está expresado en un verbo muy fuerte *(kataléipo),* que en Marcos 12:19 se aplica al hombre que deja a su mujer al morir, y en Efesios 5:31, al hombre que deja a sus padres para casarse.

2. El dolor que le produjo el tener que desprenderse de Timoteo se echa de ver (v. 2) por los epítetos con que lo describe: (A) *«Nuestro hermano»,* como en las demás ocasiones en que se refiere a él. (B) Los MSS más importantes añaden «y *colaborador de Dios»,* que, en mi opinión, como en 1 Corintios 3:9, significa «colaborador mío a las órdenes de Dios». Si el apóstol intentara, en estos lugares, indicar una colaboración directa con Dios, habría usado el dativo (comp. con Ro. 6:4–8; Ef. 2:5) en lugar del genitivo. (C) Timoteo era colaborador de Pablo, a las órdenes de Dios, *«en el Evangelio de Cristo»,* es decir, en la proclamación del Evangelio de la gracia de Dios en la obra llevada a cabo por Cristo.

3. Y añade que *envió* (aoristo, pues es un hecho del pasado cuando escribe la epístola) a Timoteo, *«para afianzaros,* dice (v. 2b), y *exhortaros respecto a* (gr. *hupér) vuestra fe».* El verbo *sterízo,* que traducimos por *afianzar,* es de la raíz *stereós,* sólido, duro, firme, que ha pasado a varios vocablos castellanos en que aparece *estéreo* (solo o en composición). El otro verbo, *parakaléo,* significa, como ya hemos visto en numerosas ocasiones *consolar, exhortar,* según sea el contexto. El motivo por el que los

tesalonicenses necesitaban ser afianzados y exhortados era la situación difícil en que se hallaban a causa de la oposición de los enemigos del mensaje cristiano. Dice E. A. Núñez: «En el ambiente hostil de Tesalónica había muchos motivos de desaliento para los recién convertidos al Evangelio. Aquellos pocos creyentes se veían rodeados y acosados por los gentiles paganos y por los judíos que de manera violenta se oponían al mensaje cristiano».

4. Pablo les recuerda que ya les había predicho que habían de pasar por tribulaciones (vv. 3, 4). Ya el Maestro lo había advertido a sus discípulos (Jn. 16:1, 2, 33). Por eso, dice Pablo: *«porque vosotros mismos sabéis que para esto estamos puestos»* (lit.); como si dijese: *«ese es nuestro destino»* (así traduce J. Leal). Como dice L. Morris, el verbo *keímai,* que Pablo usa aquí, «es prácticamente el perfecto pasivo de *títhemi*, usado, por ejemplo, con referencia a "una ciudad asentada sobre un monte" (Mt. 5:14) y a Pablo "puesto para la defensa del Evangelio" (Fil. 1:17). Hay en él cierto sentido de inmovilidad, de designio divino inmutable». Compárese también con 1 Pedro 4:12, 13 y nótese el contraste de ese *«estar puestos»,* de forma sólida, fija, inconmovible, con el *«que nadie se inquiete»* de comienzos del versículo 3. Puesto que el verbo *saino* que traducimos por «inquietar» significa, en el griego clásico, «mover la cola el perro» y, de ahí, «adular con zalamería», es probable, según apunta L. Morris, que algunos judíos se aprovechasen de la aflicción por la que pasaban los fieles de Tesalónica y les halagasen el oído con promesas de que, para verse libres de tales aflicciones, no necesitaban sino renegar de su fe cristiana.

5. Todo esto aumentaba la intranquilidad del apóstol; por lo que, una vez más (v. 5), repite la frase del versículo 1, pero ahora en singular: *«Por eso, también yo, no pudiendo soportar más, envié* (se entiende, a Timoteo) *para informarme de vuestra fe, no sea que os hubiese tentado el tentador, y que nuestro trabajo resultase en vano».* Donde vemos que:

(A) El apóstol estaba ansioso por saber si la fe de los cristianos de Tesalónica se había mantenido incólume en medio de la aflicción. *«El tentador»* es, sin duda, Satanás, el mismo que había estorbado a Pablo (2:18) para que no fuese a visitarles tan pronto como él deseaba. Zahn, citado por Núñez, dice que «el tentador que procuraba destruir del todo la obra del apóstol en Tesalónica (3:5) asume no solamente la forma de un león rugiente (1 P. 5:8), sino también la de un perro adulador (Fil. 3:2) y la de una serpiente sibilante (2 Co. 11:3)».

(B) Si el tentador lograba sus siniestros propósitos, *el trabajo de Pablo habría resultado en vano* (v. 5b, comp. con Fil. 2:16b). E. A. Núñez hace notar que «esto no quiere decir que Pablo fuese un predicador egoísta, ambicioso de gloria para sí mismo. Su preocupación tenía que ver no tanto con el mensajero como con el mensaje; no tanto con el obrero como con la obra; no tanto con los intereses del siervo como con los intereses mucho más importantes y elevados del Señor».

Versículos 6–8

En estos versículos tenemos el buen informe que Timoteo trajo al apóstol acerca de los fieles de Tesalónica.

1. El apóstol se refiere al informe de Timoteo (v. 6) como *«buenas noticias».* En realidad, el original suena como si dijese: *«nos evangelizó vuestra fe y vuestro amor».* Era una fe viva, que da frutos mediante el amor (comp. con Gá. 5:6), la que los fieles de Tesalónica habían mostrado tener en medio de aflicciones y tentaciones. Por el contexto posterior, no hay duda de que Pablo se refiere al amor que los fieles de Tesalónica mostraban hacia el prójimo y, en concreto, hacia él mismo.

2. Por eso, menciona a continuación (v. 6b): «*y que siempre nos recordáis con cariño, deseando vernos, como también nosotros a vosotros».* Hallamos aquí, una vez más, el verbo *epipothéo,* añorar, desear con nostalgia, que ya vimos en Romanos 1:11; 2 Corintios 5:2; 9:14; Filipenses 1:8; 2:26, y volverá a salir en 2 Timoteo 1:4; Santiago 4:5 y 1 Pedro 2:2. Pablo sentía por ellos el cariño que un buen padre y una buena madre sienten por sus hijos, y ellos sentían por él el amor y la gratitud que los buenos hijos sienten hacia sus buenos padres.

3. El versículo 7 nos hace ver que la situación de Pablo cuando recibió el informe de Timoteo no era, ni mucho menos, halagüeña. El apóstol se hallaba *en angustia y apretura,* según traduce Morris, o *en congojas y tribulaciones,* como traduce la *Biblia de Jerusalén* los vocablos *anánke* y *thlípsei* del original (lit. *necesidad y aflicción,* como en la RV). El contexto histórico favorece la versión de *anánke* por «congojas», que según los lexicógrafos Arndt y Gingrich, citados por Núñez, «parece describir mejor el estado de ánimo del apóstol, quien se hallaba en gran conflicto en Corinto».

4. El consuelo que Pablo recibió (v. 7b) *mediante la fe,* esto es, por medio del informe que Timoteo le dio acerca de la firmeza de la fe y del amor de los tesalonicenses, fue tan grande que, con una hipérbole claramente semita, dice el apóstol (v. 8): *«porque ahora vivimos, si vosotros estáis firmes en el Señor».* Como si dijese: «Después de oír que continuáis firmes en vuestra adhesión al Señor, es como si nos hubieseis dado el aliento suficiente para seguir viviendo». En el griego clásico, la conjunción *eán* va con subjuntivo, pero aquí va con indicativo, en lugar de *ei*, y da a entender que es una condicional real, que se cumple, no una mera posibilidad. Pero de este modo, como hace notar Findlay, «asegura la hipótesis con mayor peso» que si se tratase de la construcción normal («puesto que estáis firmes en el Señor»), de forma que la cláusula se convierte «en una apelación implícita»: «Vosotros debéis demostrar que mi aprensión era innecesaria; debéis continuar justificando mi confianza».

Versículos 9–10

A tono con el consuelo que ha mostrado en los vv. 6–8, el apóstol muestra ahora su satisfacción por el informe de Timoteo.

1. Tan grande es esta satisfacción que ahora siente, que no halla palabras suficientes (v. 9) para dar gracias a Dios por el gozo que las buenas noticias le han proporcionado: *«¿Cómo podemos dar suficientes gracias a Dios por vosotros, en respuesta a todo el gozo que tenemos en la presencia de nuestro Dios por vosotros?»* (NVI). El verbo *antapodídomi*, que el apóstol usa aquí para *dar,* es más fuerte que *apodídomi* y, en las siete veces que, con ésta, sale en el Nuevo Testamento (Lc. 14:14—dos veces—; Ro. 11:35; 12:19; 2 Ts. 1:6 y He. 10:30, que es una repetición de Ro. 12:19), lleva la idea de *retribución,* ya sea en forma de bien o de mal. Pablo, pues, ve en el consuelo que Dios le concede como una deuda que nunca podrá pagarle. Dice E. A. Núñez: «La gracia que se derrama del cielo siempre excede de manera infinita a la acción de gracias que se levanta de la tierra». El apóstol da gracias por los tesalonicenses (comp. con 1:4) y por el gozo que siente él mismo. El original dice: *«por todo el gozo con que nos gozamos»*, con lo que da a entender, por medio de esa repetición, la gran intensidad de su gozo.

2. El versículo 10 continúa la secuencia del versículo 9, pero el participio griego *deómenoi* («orando») tiene, en mi opinión, el sentido de una aposición temporal: *«mientras continuamos orando de noche y de día con gran insistencia que podamos ver vuestro rostro y reparar las deficiencias de vuestra fe».* Son varios los detalles que merecen especial análisis:

(A) El verbo que Pablo usa para *«orando»* no es el corriente, donde se expresa meramente el acto devocional *(proséukhomai),* sino *déomai*, que, como hace notar con su finísimo análisis L. Morris, «expresa un sentimiento de necesidad, de carencia», por donde se echa de ver cuán solo se había visto el apóstol al verse separado de sus amados hijos espirituales.

(B) El adverbio griego *huperekperissoú*, que sale únicamente aquí, en 5:13 y en Efesios 3:20, y que traducimos por *«con gran insistencia»* está compuesto con dos prefijos, las preposiciones *hupér y ek*, que aumentan la idea de abundancia, ya existente en el *perissoú.* Dice L. Morris: «Uno tiene la impresión de un hombre que pugna por hallar palabras que expresen un sentimiento demasiado profundo para ser expresado en palabras».

(C) La expresión que hemos vertido personalmente por *«reparar las deficiencias»* es, en griego, *katartísai ta husterémata*. El verbo *katartízo*, que aparece aquí en aoristo de infinitivo, significa *remendar* en Mateo 4:21, *equipar* en Efesios 4:12, y *restaurar* en Gálatas 6:1, donde se echa de ver el sentido quirúrgico que primordialmente tuvo, pues en este sentido, así como en el de *amueblar completamente* una habitación, lo usa Herodoto (comp. con 2 Ti. 3:17, donde Pablo usa dos vocablos de la misma raíz). En cuanto a *hustérema*, su sentido primordial es «lo que se queda atrás» y, por tanto, no llega al límite o nivel requerido. No se ha de pensar que, en la construcción doctrinal que los tesalonicenses habían recibido, se echase en falta algún punto fundamental de la fe cristiana, sino simplemente el sentido de «cosa incompleta» que nuestra fe tiene hasta que hayamos llegado a la estación de término que ya vimos en Efesios 4:13. Por eso, el crecimiento en la fe es un proceso continuo que no debe descuidarse. Dice Calvino (citado por Neil): «De aquí se deduce claramente cuánto debemos dedicarnos a enseñar. Pues a los maestros no se les ordenó únicamente que llevasen a los hombres a la fe de Cristo en un día ni en un mes, sino que llevasen a perfección la fe que acaba de comenzar».

Versículos 11–13

En estos versículos, el apóstol dirige a Dios una oración, en la que son de notar:

1. El deseo (v. 11) de que *«el mismo Dios y Padre nuestro y nuestro Señor Jesús* (la añadidura de *Cristo* está tan pobremente atestiguada que ni siquiera aparece en el texto crítico de Nestlé) *dirija* (lit.) *nuestro camino hacia* (gr. *pros) vosotros»*. Por su rara construcción, este versículo requiere un análisis especial:

(A) Lo primero que extraña es la estrecha unión con que *«Dios nuestro Padre y nuestro Señor Jesús»* aparecen como dos personas distintas con una misma eficacia para dar cumplimiento a la petición que hace aquí Pablo a favor de los tesalonicenses. No puede menos de recordarnos la frase del propio Jesús: «*Yo y el Padre somos uno* (un solo ser)» (Jn. 10:30).

(B) La extrañeza sube de punto si nos percatamos de que el verbo griego *kateuthúnai* está en singular, con lo que se destaca todavía más la unidad del Padre y de Jesús. Por cierto, el verbo está en aoristo de optativo, modo muy poco usado en el griego común o *koiné y* que «se usa en fórmulas más solemnes» (Leal). El significado preciso del verbo es «enderezar» o «despejar», mejor que «dirigir».

(C) Sin embargo, este versículo no es una excepción a la regla general de que las peticiones han de hacerse al Padre en nombre de Jesús, ya que esta oración no está hecha en estilo directo *(«Padre nuestro … endereza el camino»),* sino indirecto *(«Mas el mismo Dios y Padre nuestro. «enderece el camino»).* Es, pues, una forma de unir en una misma petición al Padre, término final de nuestra oración y de nuestra adoración, y al único Mediador entre Dios y los hombres.

(D) Lo que aquí, pues, pide Pablo es que Dios, con Jesús y por medio de Jesús, enderece el camino, esto es, oriente los pasos de Pablo hacia los fieles de Tesalónica, de forma que ninguna oposición pueda estorbar el contacto del apóstol con sus amados hijos de aquella ciudad. Dice E. A. Núñez: «Satanás había impedido "una y otra vez" el viaje a Tesalónica (2:18), pero he aquí Uno más poderoso que Satanás. El camino que el adversario había torcido, Dios podía enderezarlo».

2. La petición del versículo 11 es por él mismo. En el versículo 12, Pablo pide para que *«y a vosotros el Señor os haga crecer y abundar en el amor los unos hacia los otros y hacia todos, como también* (lo hacemos) *nosotros hacia vosotros»* (lit.). El *«os haga»* no está en el texto de modo explícito, pero es necesario añadirlo, al tener en cuenta que Pablo está pensando en hebreo y los verbos *crecer y abundar* están para él en la forma causativa *Hiphil*. Veamos aquí:

(A) Que Pablo había expresado su deseo (v. 10) de visitar a los tesalonicenses, a fin de verlos y de *reparar las deficiencias.* Ahora pide a Dios que *les haga crecer y abundar en amor,* ya que este progreso no es obra del esfuerzo humano, sea de los ministros de Dios o de los propios individuos, sino *de Dios que da el crecimiento* (1 Co. 3:6).

(B) Se ha dicho muy bien que las virtudes llamadas «teologales» (fe, esperanza y amor) no tienen extremo vicioso, es decir, nunca se cree, ni se espera ni se ama demasiado, cuando tanto el sujeto como el objeto y el modo se hallan en el plano sobrenatural. De ahí que Pablo acumule verbos de abundancia *(pleonásai kai perisseúsai),* a sabiendas de que nunca habrá exceso en ese amor que pide para los tesalonicenses.

(C) Nótese el orden: *«en el amor los unos hacia los otros y hacia todos»*. En primer lugar, a los de la familia de la fe; pero sin excluir a nadie de ese amor (comp. con 5:15; Mt. 5:43–48; Gá. 6:10).

3. En el versículo 13, expresa el objeto por el cual desea que Dios les haga crecer y abundar en amor para con todos: *«En orden a consolidar* (de nuevo, el verbo *sterizo* que vimos en el v. 2) *vuestros corazones, irreprensibles* (el adverbio se halla en 2:10) *en santidad* (gr. *haguiosúne,* el lado positivo de la santidad, en el sentido de *dedicación* a Dios en la medida en que nos separamos de lo que es reprensible). Así, *irreprensibles en santidad,* deben (debemos) aparecer *delante de nuestro Dios y Padre, en la venida* (gr. *parousía*, presencia, como en 2:19; 4:15; 5:23) *de nuestro Señor Jesucristo con* (gr. *metá*, preposición de compañía) *todos sus santos»*. Dos breves observaciones acerca de este versículo 13:

(A) El apóstol se refiere a la Segunda Venida de Cristo, en la que debemos aparecer *irreprensibles,* no sólo ante los hombres (Fil. 3:6), sino *delante de Dios,* que ve los *corazones.* Por comparación con 2:19, vemos que será el día de las recompensas (comp. con 1 Co. 3:13–15; 2 Co. 5:10; Fil. 1:6).

(B) ¿Qué significa, entonces, la frase *«con todos sus santos»?* Hay quienes opinan que se refiere a los ángeles, como en Marcos 8:38. Pero Leal hace notar que el vocablo «santos», a secas, «en Pablo nunca se refiere a los ángeles». En efecto, en Marcos 8:38, Jesús dice: *«con los santos ángeles»*. Es cierto que vendrá con los santos ángeles, pero ¿qué significa aquí *los santos?* Probablemente se trata de seres humanos, como en Daniel 7:22, y aun 4:14 de esta misma epístola. En mi opinión, la inclusión de seres

humanos se ve favorecida especialmente por lugares como Mateo 27:52, 53 y Efesios 4:8 (v. también el comentario a 1 Co. 15:23).

CAPÍTULO 4

En este capítulo, el apóstol, I. hace una exhortación general a la santidad (vv. 1, 2); II. exhorta después, en concreto, a la pureza sexual (vv. 3–8); III. pasa después a exhortar al amor fraternal (vv. 9, 10) y IV. a la diligencia y laboriosidad (vv. 11, 12). V. Exhorta finalmente a no entristecerse por los que duermen en el Señor, sino consolarse con la segura esperanza de la venida del Señor y de la consiguiente resurrección de los fieles difuntos (vv. 13–18).

Versículos 1–3a

1. El capítulo se abre con el conocido *«Por lo demás»,* que indica la transición a otro asunto, no el final de la carta. *«Os rogamos,* dice Pablo, *y exhortamos en el Señor Jesús* (en comunión con Él, en sujeción a Él, con la autoridad de Él), *que de la manera que aprendisteis de nosotros cómo os conviene conduciros* (lit. *andar) y agradar a Dios, así también continuéis conduciéndoos* (o, *así como tambien continuáis conduciéndoos), a fin de que abundéis más»* (lit.). La construcción griega favorece a la primera interpretación, más bien que a la que va en el paréntesis. Lo cierto es que dicho inciso figura en todos los MSS, por lo que no se explica por qué falta en tantas versiones. Notemos los puntos siguientes:

(A) El verbo *rogar* tiene, en griego, el sentido de *preguntar* y así se traduce con mucha frecuencia en los Evangelios, pero la *koiné* lo usaba también para *rogar*, y así aparece en muchos otros lugares, en especial en las Epístolas. Se emplea con personas de nivel igual o inferior. El verbo *exhortar* añade la idea de *urgir o animar.*

(B) Donde traducimos *aprendisteis*, el griego dice *recibisteis* (es el mismo verbo de 2:13). El verbo *agradar* es el mismo de 2:4. Ya les había dicho Pablo que el Evangelio había tenido tal acogida entre ellos que habían llegado a ser imitadores de Pablo y sus colaboradores y hasta del Señor (1:6). Este aprendizaje, que les llevaba a la imitación de los apóstoles y de Dios, es el que aparece aquí y en el versículo 9b.

(C) La vida del creyente ha de ser, en cada momento, tal que *agrade a Dios* (comp. con 2:4; Ro. 12:1, 2), pues ese es el objetivo de una vida santa.

(D) El apóstol ruega e insta a los fieles de Tesalónica a que, ya que se comportan bien, *abunden más,* esto es, se comporten cada vez mejor. Dice Leal: «Esta exhortación al constante progreso se repite mucho en Pablo, quien no se contenta con un cristianismo vulgar, sino que aspira siempre a la perfección».

2. El apóstol da como razón para su ruego y exhortación el que (v. 2) *«ya sabéis qué instrucciones* (gr. *paranguelías*, órdenes de tipo militar) *os dimos por medio del Señor Jesús*, esto es, con la autoridad recibida del Señor Jesús». De esta manera afirma Pablo su autoridad apostólica, como la de un comandante que exhorta según las órdenes recibidas de su general en jefe.

3. Y, con un nuevo *«porque»* (gr. *gar),* agrega (v. 3): *«ésta es la voluntad de Dios* (es decir, esto es lo que Dios quiere, lo mismo que en Ro. 12:2b): *vuestra santificación»*. En 3:13, había usado el término *haguiosúne*, que expresa un estado habitual, pero aquí usa *haguiasmós,* que indica un proceso del que la *santidad* es principio (estado imperfecto) y meta (estado perfecto). En ese proceso, el creyente, con la gracia de Dios, ha de ejercitarse activamente.

Versículos 3b–8

En estos versículos, el apóstol exhorta a los tesalonicenses a conservarse sexualmente puros. Es de notar que, al dar a entender que todo lo que sigue entra en el proceso de la santificación deseada por Dios, los preceptos que siguen (vv. 3b–6) están en infinitivo, como en una lista continua.

1. Comienza (v. 3b) por lo más general: *«que os apartéis de la fornicación»*. Recordemos que el griego *pornéia* indica todo acto sexual ilegítimo, y comprende tanto la fornicación ordinaria, como la vida

en concubinato y la unión en grado prohibido. La frase se halla, con el mismo verbo y el mismo sustantivo, en Hechos 15:29.

2. Continúa (vv. 4, 5): *«Que cada uno de vosotros aprenda a controlar su propio cuerpo* (lit. *vaso) de forma santa y honrosa, no en lujuria apasionada como los gentiles, que no conocen a Dios»* (NVI). Hay quienes traducen el griego *skéuos*, vaso, por la propia *esposa,* más bien que por el propio *cuerpo.* Es una opinión que se remonta a Teodoro de Mopsuestia y se apoya en 1 Pedro 3:7 y, en especial, en el verbo *ktásthai*, que significa adquirir, poseer, hacerse con, etc. Sin embargo, el uso general de la Escritura, ya desde 1 Samuel 21:5, es el de *cuerpo;* y no sólo el contexto posterior, sino aun el mismo verbo *ktásthai* que nunca se usa en griego con respecto a la esposa, favorecen a esta opinión. En este versículo 4, el apóstol usa el mismo vocablo *(haguiasmós)* que usó en el versículo 3. Lo de *honor (forma … honrosa* en la NVI) es probable que tenga el sentido que se da a entender en 1 Corintios 12:22–26, como insinúa Leal, quien añade: «Aun los miembros más innobles sirven para la gloria de Dios y del propio hombre». En el versículo 5: *«no en lujuria apasionada como los gentiles …»,* el griego dice: *en pasión de concupiscencia* (comp. con Gá. 5:24), cuyo sentido puede ser: pasión que procede del mal deseo, o pasión que conduce al mal deseo. En todo caso, esto confirma el significado de *cuerpo,* en lugar del de *esposa,* con la que no se entiende lo de *«pasión de concupiscencia»* como cosa mala.

3. El versículo 6 continúa la lista, con dos infinitivos dependientes, como los de 3b y 4, de la santificación que Dios quiere (v. 3a). Si tenemos en cuenta que los verbos griegos *huperbáinein y pleonektéin* significan respectivamente «pasar por encima de uno» y «sacar ventaja», la traducción que propongo, no sólo como más fiel al texto, sino también como muy expresiva es: *«Que nadie se propase ni se aproveche de su hermano en esta materia, puesto que vengador (es el) Señor acerca de* (gr. *perí) todas estas cosas, como antes os dijimos y testificamos solemnemente».* Como se ve por la fraseología que Pablo emplea, el pecado sexual se contempla aquí desde el punto de vista de atropello al prójimo, aunque el vocablo *«hermano»,* contra la opinión de Leal y Morris, que ven ahí una generalización equivalente a «prójimo», se refiere únicamente, a mi juicio, a los creyentes. Sólo con referencia a los de la misma raza (judía), y en estilo directo, hallamos ese vocablo aplicado a inconversos (v. Hch. 2:37b) y, por supuesto, a hermanos según la carne (v. Jn. 7:5). El abuso sexual de un hermano, o hermana, sube de punto cuando nos percatamos de que es también una especie de sacrilegio, por ser el cuerpo del creyente templo del Espíritu Santo (1 Co. 6:19). El apóstol advierte solemnemente que Dios (en Cristo) castigará a los que se comporten de esa manera (v. 1 Co. 5:1–13; 11:23–32; He. 12:4–11). Dice E. A. Núñez: «Hay salvación en Cristo, pero la cruz no anula la justicia divina; lejos de eso, la vindica y la cumple. Dios es todavía "fuego consumidor"; Dios de amor, pero también Dios de ira; Dios de salvación y Dios vengador».

4. El apóstol alude a otro motivo (v. 7: *«Pues no nos ha llamado Dios a* (lit. *sobre) impureza, sino a* (lit. *en) santificación (haguiasmó)».* El apóstol ha dicho (v. 3a) que lo *que Dios quiere es nuestra santificación;* ahora dice que *«a eso nos llamó».* En el actual pueblo de Dios, no menos que en el Israel de antaño, la consigna primera es: *«seréis santos, porque yo soy santo»* (Lv. 11:44; 19:2). *Dios es luz,* totalmente luz (1 Jn. 1:5), y el que no anda en la luz, no puede tener comunión con Dios (1 Jn. 1:6, 7). Vemos, pues, que la impureza sexual es la antítesis de la santidad.

5. El versículo 8 apunta otros dos motivos, por los que hemos de procurar la santificación y evitar la impureza sexual: (A) La autoridad divina: *«Así que, el que desecha esto, no desecha* (el mismo verbo de Lc. 10:16) *a un hombre, sino a Dios».* En otras palabras, Pablo no está dando normas ni preceptos *suyos,* sino de Dios que le ha comisionado para el ministerio (2 Co. 5:18–20). Por eso, ha comenzado el capitulo *rogando y exhortando en el Señor Jesús* (v. 1), y aludiendo a *instrucciones dadas por medio del Señor Jesús* (v. 2). (B) La presencia del Espíritu Santo en el creyente: *«quien* (Dios) *también os da su Espíritu Santo».* Dos detalles curiosos hay en el griego original de esta frase: (a) Todos los MSS usan el participio de presente *(«que da»),* lo cual indica que el ministerio del Espíritu Santo no se reduce al momento de la conversión, sino que perdura durante toda la vida del creyente; y, como *el Espíritu procede del Padre* (Jn. 15:26), puede decirse que lo está *dando, enviando,* continuamente. (b) El original dice, en una mayoría abrumadora de MSS, *eis humás,* a vosotros, no *eis hemás,* a nosotros; y, en lugar del dativo, usa el acusativo con *eis*, preposición de dirección, como diciendo: «lo envía a vosotros», *«lo pone en vosotros»* (así lo traduce la *Versión Hispanoamericana).* Quien rechaza, pues, las instrucciones de Pablo, rechaza también el testimonio interior del Espíritu (Ro. 8:16) y *ultraja al Espíritu de gracia* (He. 10:29c).

Versículos 9–10

De la exhortación a la pureza, pasa el apóstol a exhortar al amor fraternal. Dice así en la NVI: *«En cuanto al amor fraternal, no necesitamos escribiros, porque vosotros mismos habéis sido enseñados por Dios a amaros unos a otros, y de hecho amáis a los hermanos en toda Macedonia. Pero aún os exhortamos, hermanos, a hacerlo más y más»*.

1. Aunque Pablo pasa ahora a otro asunto, como lo da a entender la conjunción *de*, la conexión con lo que antecede es clara, según hace notar E. A. Núñez: en lugar de abusar del hermano, hemos de amarle como Dios manda. «Defraudarlo, dice Núñez, es obra de la carne; amarlo es fruto del Espíritu». El apóstol usa aquí el vocablo griego *philadelphía*, «amor al hermano», vocablo usado también por Pedro (1 P. 1:22; 2 P. 1:7), así como por Pablo mismo en Romanos 12:10. Aparece también en Hebreos 13:1. Juan es el apóstol del amor, pero no usa dicho término, sino siempre el tan conocido *agápe*, el amor que tiene sus raíces en el cielo (v. el comentario a 1 Jn. 3:1). Como el Maestro había dicho (Jn. 13:34, 35), el amor entre los creyentes era la nota distintiva en la primitiva comunidad cristiana (v. Hch. 4:32). Aún a fines del siglo II, refiere Tertuliano que los paganos decían de los cristianos: «¡Mirad cómo se aman!» Y de Luciano de Samosata, medio siglo anterior a Tertuliano, se citan las siguientes afirmaciones: «Es increíble ver el fervor con que la gente de esa religión se ayudan unos a otros en sus necesidades. No retienen nada para sí mismos. Su primer legislador (Jesucristo) les ha hecho creer que todos ellos son hermanos».

2. Pablo deja bien claro que ese afecto fraternal no ha brotado espontáneamente de la naturaleza humana, sino que los fieles de Tesalónica (como todos los creyentes, comp. con Jn. 6:44) habían sido *«enseñados por Dios»* (lit.). Ésta es la única vez que el vocablo griego *theodídaktos* ocurre en todo el Nuevo Testamento. Dice L. Morris: «Indica una actividad de Dios dentro del corazón de ellos y resulta sorprendente el que siga a la referencia que, en el versículo anterior, se hace a la obra del Espíritu Santo». Dios no deja de enseñar a quien le obedece (v. Jn. 7:17).

3. El apóstol no deja de señalar que los tesalonicenses practican el amor fraternal (v. 10), y lo hacen, no sólo a nivel de la iglesia local, sino *«en toda la Macedonia»*, de la que conocemos las iglesias de Filipos y Berea. Lightfoot da como probable que hubiese también iglesias en las grandes ciudades como Anfípolis y Pella.

4. Pero el apóstol no quiere que los creyentes se duerman en los laureles, por lo cual les anima (v. 10b) a que abunden más y más en ese amor fraternal: *«Pero aún os exhortamos, hermanos, a hacerlo más y más»* (NVI). Siendo un amor que el Espíritu Santo pone en el corazón, podría preguntarse cómo es que nosotros hemos de hacer que tal amor abunde. La respuesta se halla en el mismo plano que la llenura del Espíritu tiene en Efesios 5:18. El creyente *no puede*, por sí mismo, hacerlo; pero sí puede rendirse completamente, sin escamoteos ni reservas, a la acción del Espíritu Santo, el cual obra eficazmente en todo aquel que no le pone estorbos (comp. con 5:19 y Ef. 4:30).

Versículos 11–12

La conexión de estos versículos con los que les preceden es explicada de distinta forma por los expositores. J. Leal ve en 1 Corintios 13:4–7 la razón de esta conexión: «La caridad, dice (guardando la antigua versión de *agápe* por "caridad"), no es envidiosa, no es soberbia y vanidosa, no busca lo propio, es sufrida y paciente». Lightfoot, en cambio, opina que «la caridad generosamente ejercida por los hermanos más ricos de la congregación había resultado en algunas irregularidades. Quizás habría hermanos que, aprovechándose de esa provisión material, abandonasen sus ocupaciones habituales y, al no tener que trabajar para su sostenimiento, saliesen predicando doctrinas estrambóticas, excitando sentimientos enfermizos y conturbando la fe pura y sencilla de otros. Probablemente actuaban así bajo pretexto del pronto regreso del Señor». Esta explicación es la que también W. Hendriksen tiene como probable.

Lo cierto es que, en estos versículos y dependiendo del *«os exhortamos»* del versículo 10, dice aquí el apóstol: *«Esforzaos en llevar una vida tranquila, ocupándoos de vuestros propios negocios y trabajando con vuestras manos, como os hemos dicho, a fin de que vuestra vida diaria gane el respeto de los de fuera y no dependáis de nadie»* (NVI). Cinco son los puntos de que consta esta exhortación:

1. El verbo que la NVI traduce por *esforzaos* sale únicamente aquí, en Romanos 15:20 y en 2 Corintios 5:9, y significa «procurar sin descanso», aun cuando su significado original, conforme a su etimología, era «amar el honor o el prestigio». Phillips lo vierte de forma que la frase tenga un tono, hasta

cierto punto, paradójico: «*y haced que vuestra ambición sea no tener ambición*». Mejor es, sin embargo, retener el sentido de *«llevar una vida tranquila»* como la mejor manera de verter el verbo *hesukházein*. ¿Qué significa esta exhortación? El contexto no permite interpretarla en el sentido de «cruzarse de brazos», sino de tratar de vencer la agitación interior, debida, con la mayor probabilidad, a «la impaciencia en cuanto a la aparente tardanza del Señor». Comparar con 2 Pedro 3:4, para ver de dónde podía venir la tentación. Se comprende, pues, que a estas personas Pablo les recomiende calma y paciencia.

2. La siguiente exhortación *(«ocupándoos de vuestros propios negocios»).* Ésta es una recomendación que necesitaban (y necesitan) tanto los de carácter espasmódico como los apáticos, propensos a la indolencia. Los que van a la caza de sensacionalismos y noticias de última hora suelen estar en todo menos en lo suyo. Véase cómo, en 2 Tesalonicenses 3:11, 12, el apóstol tiene en su mente los tres grupos que se contemplan en este versículo 11. Pablo dice de éstos que *«andan desordenadamente, no trabajando en nada, sino entremetiéndose en lo ajeno»* (1 Ts. 3:11).

3. «*Y trabajando con vuestras manos, como os hemos dicho* (lit. *como os mandamos,* en aoristo)». Esto significa que, ya en los días en que les predicó el Evangelio por primera vez, Pablo les había ordenado el deber de ganarse el sustento por medio del trabajo. Él mismo daba el ejemplo en esto, como bien sabemos (v. Hch. 18:3; 20:34, 35; 1 Co. 4:12). Que el trabajo manual no es una maldición con la que deben cargar los desheredados de la fortuna, sino un honor y un medio de enriquecer la propia personalidad, se ve por la función que desempeñaba ya antes de la caída original (v. Gn. 2:15). El doctor E. A. Núñez hace un detallado estudio de este punto en su comentario a la epístola que analizamos.

4. En los dos puntos que siguen (v. 12), el apóstol señala los fines inmediatos de esta vida de trabajo honrado, sin agitación, pero también sin indolencia: (A) «*A fin de que vuestra vida diaria gane el respeto de los de fuera»,* es decir, de los no cristianos. Un trotamundos o un holgazán dan muy mal testimonio de la fe que profesan, mientras que un trabajador honesto, cumplidor, fiel, se gana el respeto de todos y, si es un subalterno, la confianza de sus superiores. De ahí la necesidad de que los creyentes que tienen una profesión secular (abogados, médicos, empresarios, etc.) traten de sobresalir por su dedicación, su honradez y, en cuanto se lo permitan sus habilidades, su competencia. (B) «Y *no dependáis de nadie*». La construcción griega admite dos traducciones distintas, pues el griego *medenós* puede significar *«de nadie»,* lo mismo que *«de nada»*. Resulta muy difícil decidir cuál de los dos sentidos es el que tuvo en mente el apóstol. Dice L. Morris: «Si algunos vivían de la caridad de otros, había que decirles que no dependiesen de los hombres». O pueden indicar estas palabras que quien trabaja constantemente hallará amplia provisión para todas sus necesidades. Traducen *«de nadie»* la NVI, la versión de J. Leal, la *Biblia de las Buenas Nuevas,* la *Biblia de Jerusalén* y la *Nueva Biblia Española.* Traducen *«de nada»* la *Reina-Valera,* la *Biblia de las Américas* y la *New American Standard Translation*. La AV inglesa lo traduce igualmente, pero lleva *«de nadie»* en la columna de referencias.

Versículos 13–18

Llegamos ahora a la porción más conocida de la epístola, por ser la más usada en mensajes para funerales. En estos versículos, el apóstol Pablo responde a una pregunta que, al parecer, se habían hecho algunos después que el apóstol se marchó de Tesalónica. La pregunta era la siguiente: Si un creyente muere antes del regreso del Señor Jesucristo, ¿pierde entonces la esperanza de salir al encuentro del Señor cuando éste vuelva? Pablo les asegura que quienes se hayan dormido en el Señor no tendrán que esperar a que pase del todo el presente orden de cosas para participar de las bendiciones futuras, sino que entrarán a participar, al mismo nivel y en el mismo tiempo que los que vivan todavía en esta tierra cuando el Señor venga, de las bendiciones del reino mesiánico, *«para estar siempre con el Señor»*.

1. Comienza primero por lo que constituye su preocupación desde el punto de vista pastoral (v. 13): *«Hermanos, no queremos que estéis en la ignorancia respecto de los muertos, para que no os entristezcáis como los demás, que no tienen esperanza»* (*Biblia de Jerusalén*). Vemos aquí que:

(A) Se trata de algo que los tesalonicenses no conocían o no conocían bien, pues el apóstol dice que, sobre ese punto, *no quiere que estén en la ignorancia* (comp. con Ro. 11:25). Ahora bien, la doctrina de la resurrección de los muertos formaba parte importante del mensaje que Pablo predicaba, y lo que dice a continuación el apóstol (v. 14) es una confirmación de ello. Su duda, como hemos dicho, afectaba a un detalle, no al hecho mismo de la resurrección.

(B) Al ser, empero, un detalle que causaba tristeza a ciertos hermanos, el apóstol quiere disiparla lo antes posible: *«para que no os entristezcáis»*. Les hace ver:

(a) Que los creyentes que parten de esta vida más bien que morir, *se quedan dormidos* (participio de presente). El verbo griego es *koimáo*, de donde procede el vocablo *koimetérion*, dormitorio, que es el nombre dado por los primitivos cristianos a los sepulcros. Ha pasado al castellano con el nombre de *cementerio* (y a otras lenguas, en vocablos similares). E. A. Núñez cita la siguiente frase: «Morir, para los que mueren en Jesucristo, es dormirse entre los hombres y despertar entre los ángeles». Para darse cuenta del optimismo con que Pablo contemplaba la muerte basta con leer Romanos 8:38; 1 Corintios 15:55–58; 2 Corintios 5:1–8; Filipenses 1:21, 23.

(b) Que, con esta esperanza, *no deben entristecerse como los demás, que no tienen esperanza.* La esperanza del cristiano no se limita a esta vida, sino que traspasa los límites de la tumba hasta alcanzar la plena posesión de la vida eterna (v. 1 Co. 15:18, 19). Dirigiéndose a los fieles de Éfeso (Ef. 2:12), Pablo les hace a la memoria que cuando vivían en el paganismo, lejos de gozar de los privilegios del pueblo escogido por Dios, estaban *sin esperanza y sin Dios en el mundo.* En efecto, el que no cree en Dios no puede creer en la vida de ultratumba, sino que todo se le acaba con la muerte; para el que no cree en Dios, los seres queridos dan el último adiós al morir, mientras que los que se duermen en el Señor no tienen por qué decir «adiós», sino «hasta luego».

(c) Nótese también que el apóstol no prohíbe a los cristianos el entristecerse. Agustín de Hipona lloró amargamente cuando se murió Mónica, su madre. Lo que dice es que no debemos entristecernos *como los que no tienen esperanza.* El mismo Señor Jesús lloró lágrimas silenciosas junto a la tumba de su amigo Lázaro (Jn. 11:35), a pesar de que estaba a punto de resucitarlo. El cristiano no tiene por qué ser estoico. San Pablo se refiere precisamente a la malvada generación de los últimos días como gente *sin afecto natural* (2 Ti. 3:3). El afecto, más que natural, que el creyente debe a sus seres más allegados: esposo, esposa, padre, madre, hijos, ha de apenar al que se queda en este mundo, después de decir adiós al ser querido, aunque éste se marche «con billete de vuelta», pero su tristeza no puede ser la misma que la de quien ve partir a sus más íntimos allegados en un viaje del que no se vuelve jamás.

2. A continuación, el apóstol expresa claramente el motivo por el que los cristianos no deben entristecerse, acerca de los que se han dormido, como los demás, que no tienen esperanza (v. 14): *«Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Él* (Jesús) *a los que se durmieron por medio de Jesús»* (lit.). Vemos aquí:

(A) Que la creencia en la resurrección de los muertos se basa en la fe del creyente *en la muerte y resurrección de Jesucristo.* Este es precisamente el núcleo del Evangelio (v. 1 Co. 15:1–3). Aunque el Señor Jesús mató a la muerte muriendo (v. por ej. He. 2:14, 15), Pablo no dice que Jesús se durmió, sino que murió, no sólo para dar a entender que el Señor gustó la muerte con todos los sinsabores que comporta una muerte en cruz, sino también porque *por medio de esa muerte,* con la que fue vencida la muerte, la muerte de los cristianos se ha convertido en un sueño. Ése es el sentido probable que L. Morris da a la difícil frase *«los que se durmieron por medio de Jesús»*.

(B) Que el mismo Dios que resucitó de entre los muertos a Jesús, *traerá con Él* (Jesús) *a los que se durmieron por medio de Jesús.* Pablo usa para «traer» el verbo griego *ago* (el mismo de Ro. 8:14) que, más bien, significa «guiar» o «conducir», como un pastor a sus ovejas; por lo que, «parece incluir mucho más que la resurrección de los creyentes y referirse también a la exaltación de ellos en el regreso del Señor» (Núñez).

3. Después de esta especie de prenotandos, el apóstol da en detalle la respuesta a la cuestión que está tratando en esta sección. Y lo hace (v. 15a) *«por palabra del Señor»*. Es poco probable que, en este lugar, Pablo se refiera a palabras de Jesús que no figuran en los Evangelios (como es el caso de Hch. 20:35), sino más bien a una especial revelación que recibió por medio del Señor. En esta revelación le fue comunicado a Pablo el orden en que se habían de realizar los acontecimientos que tienen que ver con la Segunda Venida del Señor, y que el apóstol describe del modo siguiente:

(A) *«… que nosotros los que vivamos, los que hayamos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron»* (v. 15). La enseñanza que aquí comunica Pablo a sus aprensivos lectores (y lo hace con la autoridad que le da el ser *«palabra del Señor»)* es que los cristianos que todavía vivan cuando el Señor venga no irán a recibir al Señor antes de que resuciten los que durmieron en el Señor, sino que tendrán que esperar a que *«los muertos en Cristo resuciten primero»* (v. 16b). La opinión que sostiene que Pablo daba por seguro que él sería uno de los que estarían todavía vivos cuando el Señor

venga no tiene ningún fundamento. Lo que Pablo quiere decir aquí es que «los que para entonces vivan, los que hayan quedado sin morir» (los verbos están en participio de presente) esperarán a que resuciten los creyentes difuntos para ir juntos al encuentro del Señor. Dice Leal acerca de esos participios de presente: «Tenemos aquí la *enallage personae* de los gramáticos, figura en virtud de la cual el escritor se identifica con sus lectores de todos los tiempos». Sin embargo, Pablo compartía el sentir de toda la Iglesia primitiva de que el regreso del Señor era inminente. Así lo había querido el propio Señor (v. Hch. 1:6–8), a fin de que los creyentes de cada época se mantengan en activa y diligente expectación de su Venida.

(B) El apóstol continúa diciendo (v. 16): *«Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero»*. Vemos, pues:

(a) Que el Señor, es decir, Jesucristo, descenderá del cielo, donde se halla sentado a la diestra del Padre (He. 1:3c; 10:12) desde el día de su ascensión (Hch. 1:11).

(b) Que descenderá *con voz de mando* (gr. *en keléusmati)* que aquí viene a tener el sentido del grito con que un jefe militar pone en movimiento a todo un ejército.

(c) Que descenderá *con voz de arcángel.* Aunque el griego no lleva artículo, es muy probable que el apóstol se refiera al arcángel Miguel que es el único a quien la Escritura (Jud. 9) da ese título.

(d) Que descenderá *con trompeta de Dios*, lo cual es una referencia inequívoca a 1 Corintios 15:52. Lo de que es *«trompeta de Dios»* es una figura frecuente en las Escrituras para indicar algo extraordinario.

(e) Que *los muertos en Cristo resucitarán primero.* Al decir, *«en Cristo»,* el apóstol especifica que tal resurrección es propia de «los que han sido bautizados por el Espíritu Santo en el Cuerpo de Cristo (1 Co. 12:13)», según hace notar E. A. Núñez, quien, después de citar al Dr. J. F. Walvoord a favor de esta opinión, añade: «Tampoco puede pasarse por alto que el Antiguo Testamento coloca la resurrección de Israel después de la gran tribulación (Dn. 12:1–3)».

(C) Continúa diciendo el apóstol (v. 17): *«Luego nosotros los que vivamos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para salir al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor».* Ya hemos comentado las dos primeras frases de este versículo. Resta por hacer notar que aquí tenemos expresamente profetizado el *arrebatamiento* de los creyentes, tanto de los que hayan muerto y resuciten entonces, como de los que vivan y sean transformados (v. 1 Co. 15:51, 52). Dice que el encuentro se realizará *en el aire* no en la tierra, con lo cual se distingue claramente de su regreso a la tierra según se halla anunciado en Zacarías 14:4 y ss.; Mateo 24:29, 30; Apocalipsis 19:11–16. Nótese también que las afirmaciones de Pablo son de carácter general, es decir, todos los creyentes en Cristo, muertos o vivos, tendrán parte en dicho arrebatamiento. Bastaría el hecho de la unidad de la Iglesia, la Esposa de Cristo, para probar tal aserto. El Cuerpo de Cristo no puede entrar mutilado en el cielo. Más aún, la teoría del arrebatamiento parcial pone en peligro la doctrina sobre la justificación por la fe sola. Para más detalles, véase el excelente comentario del Dr. Núñez a este versículo, así como lo que digo en mi libro *Escatología* 11, páginas 150–152.

4. El apóstol termina este capítulo con la siguiente exhortación (v. 18): *«Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras»*. Dice Leal: «Con este verso volvemos al principio de la perícopa. Allí se habla de no entristecerse; aquí, de consolarse. El fundamento de este consuelo mutuo es totalmente sobrenatural, y propio de la fe y de la esperanza cristianas». Como ha dicho Pablo en el versículo 13, los creyentes en Cristo no tenemos motivos para entristecernos *como los demás que no tienen esperanza.* Al otro lado de la tumba, nos espera el Señor.

CAPÍTULO 5

En este capítulo, el apóstol, I. toma pie de lo que acaba de decir para referirse al Día del Señor (vv. 1–3). II. Nos recuerda a todos los creyentes que somos *hijos de la luz* y que hemos de comportarnos como tales (vv. 4–11). III. A continuación, hace varias exhortaciones de carácter general (vv. 12–24). IV. Concluye con saludos y la bendición final (vv. 25–28).

Versículos 1–3

Antes de entrar en el análisis de esta porción, es preciso hacer ciertas aclaraciones a fin de que los lectores no se vean confusos acerca de lo que el Día del Señor significa. El Día del Señor no es otro que el Día de Jehová, ya anunciado en Isaías 2:12 y ss.; Joel 2:10 y ss.; Sofonías 1:14 y ss., entre otros lugares proféticos del Antiguo Testamento, así como en Lucas 21:34; 2 Pedro 3:10; Apocalipsis 3:3; 16:15. Recordemos que «Día» no significa aquí un espacio de tiempo de 24 horas, sino «un extenso período de tiempo, que comienza con la tribulación e incluye los acontecimientos de la Segunda Venida de Cristo y el reino milenario en la tierra» (Ryrie).

1. Al usar expresiones parecidas a las del Señor en el día de su Ascensión (Hch. 1:7), el apóstol menciona *«los tiempos y las sazones»* (v. 1). Recordemos que *khrónos* indica los momentos del tiempo como los van señalando los relojes, mientras que *kairós* se refiere más bien a ocasiones o fechas especiales. El uso de ambas palabras nos indica suficientemente que el apóstol se refiere a los últimos días. El versículo 2 lo aclara más todavía, pues Pablo nombra explícitamente *el día del Señor,* el cual, por las instrucciones dadas por el propio Señor a los Doce (v. Mt. 24:42; Lc. 17:24), estaría bien impreso en la mente de los apóstoles y, por lo que dice Pablo *(«vosotros mismos sabéis perfectamente»),* formaba parte de la predicación del Evangelio (v. Hch. 17:31; 24:25, por ej.).

2. Como ya había avisado el Señor, Pablo hace notar que *el día del Señor vendrá del mismo modo que un ladrón en la noche* (v. 2b), esto es, cuando menos se espere. Para dar una idea, tanto de la certeza como de la inminencia de dicho día, el griego original no dice *vendrá,* sino *viene,* como si dijese: *está llegando.* Además, la construcción gramatical tiende a poner de relieve eso mismo, pues dice literalmente: «*… como ladrón en la noche, así viene*».

3. El apóstol advierte que ese día del Señor, con su aspecto especialmente punitivo, de castigo a los malhechores, vendrá cuando se crean seguros (v. 3): *«Cuando estén diciendo: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán de ningún modo»*. Notemos los puntos siguientes:

(A) Los malvados se creerán *en paz* (comp. con Jer. 6:14; 8:11; Ez. 13:10; Mi. 3:5); no es la paz verdadera, la de Cristo, sino *como el mundo la da* (Jn. 14:27). También se creerán *en seguridad,* donde el apóstol usa un vocablo *(aspháleia,* de donde viene *asfalto)* que sólo sale aquí, en Lucas 1:4 y Hechos 5:23, aunque el adjetivo, el verbo y el adverbio de la misma raíz ocurren, en total, otras doce veces. Los seudoprofetas de todos los tiempos sucumben a la tentación de poner fechas más o menos fijas a la Segunda Venida del Señor, pero hasta ahora todas han resultado fallidas. Además, las señales que, según anunció el Señor, mostrarán que se halla cerca, pasarán desapercibidas para los mundanos, los cuales, como en los días de Noé y Sodoma (v. Lc. 17:20–37), «estarán dedicados a sus actividades habituales, confiados en su indiferencia ante lo espiritual, despreocupados en cuanto al juicio venidero» (Núñez).

(B) El apóstol añade (v. 3b) que cuando más seguros se crean, *«vendrá* (lit. *viene) sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán de ningún modo»*. El término griego *aiphnídios* («repentina») sale únicamente aquí y en Lucas 21:34. El vocablo para *destrucción* es *ólethros,* que también ocurre en 1 Corintios 5:5; 2 Tesalonicenses 1:9 y 1 Timoteo 6:9. Según Milligan, nos da idea «de *ruina* total e inevitable, la pérdida de todo lo que da algún valor a la existencia». La mención de los dolores que le sobrevienen a la mujer encinta nos recuerda lo que el Señor dijo en Marcos 13:8. Finalmente, el griego, al usar los dos adverbios de negación *ou me,* pone de relieve que *no escaparán de ningún modo,* y así debe traducirse, como en Juan 6:37 *(«de ningún modo* (le) *echaré fuera»)* y otros lugares. El verbo *ephístatai* (lit. *se viene encima,* súbitamente y por sorpresa) sería bastante para indicar que no hay escape de la *destrucción repentina,* pero el apóstol desea «clavetear» bien su advertencia.

Versículos 4–11

Lo que el apóstol acaba de decir tiene aplicación directa a los inconversos, los hijos de las tinieblas, a los que, precisamente por estar en tinieblas, les sorprenderá el día del Señor *como un ladrón en la noche.* Pero los fieles de Tesalónica *no están en tinieblas.*

1. *«Mas vosotros,* dice Pablo (v. 4), *hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como un ladrón.»* Y añade (v. 5): *«Porque todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día;*

no somos de la noche ni de las tinieblas». Las *tinieblas,* término muy usado como símbolo de la ignorancia espiritual, del error moral y de una vida en pecado no confesado, son lo opuesto a la luz (comp. con 1 Jn. 1:5; 2:8). L. Morris hace notar que *«hijos de la luz»* es algo más que decir simplemente *«en la luz»,* pues da a entender «que la luz es su característica distintiva» (comp. con Ef. 2:2c, *«los hijos de desobediencia»).* Los *«hijos de la luz»* son, en efecto, luz (comp. con Mt. 5:14, 16; Ef. 5:8; Fil. 2:15c). *«Hijos del día»* es equivalente a *«hijos de la luz»,* de la misma manera que *«tinieblas»* lo es de *«noche»* como dice Pablo a continuación (v. 5b): *«no somos* (se incluye ahora a sí mismo) *de la noche ni de las tinieblas»,* es decir, no somos de los que viven una vida de pecado y de ignorancia espiritual, no vivimos en la esfera donde imperan el error moral y la maldad.

2. Desde esa afirmación, el apóstol da un paso más al exhortar a los fieles de Tesalónica a actuar conforme a su condición de *«hijos de la luz». «Por tanto,* dice (v. 6), *no durmamos como los demás,* esto es, como los que son de la noche y de las tinieblas, *sino velemos y seamos sobrios.»* El «hijo de la luz» tiene que «andar en la luz» (comp. con Ef. 4:17, 18; 1 Jn. 1:6, 7; 2:8, 9).

(A) El creyente debe *velar,* es decir, estar alerta (el mismo verbo de Mt. 24:42, 26:41; Mr. 13:35, 14:38; Lc. 12:37; Hch. 20:31; 1 Co. 16:13; 1 P. 5:8 y Ap. 16:15, entre otros lugares). Al atender al versículo 8, dice E. A. Núñez: «Velar es estar en pie, firme, como un centinela, aunque los demás se hallen postrados en el sueño de la indiferencia. Que la figura se vuelve de carácter militar, puede verse en la referencia a la coraza y al yelmo».

(B) El creyente debe asimismo *ser sobrio.* El verbo *népho* significa primordialmente *ser abstemio* (no beber vino), pero pronto pasó a significar metafóricamente, *no dejarse llevar por ninguna pasión* y, de ahí, a *dominarse a sí mismo.* Dice Núñez: «El cristiano sobrio es aquel que ha logrado el dominio de sí mismo, no en la energía de la carne, sino en el poder del Espíritu». Los dos verbos que aquí traducimos por *velar y ser sobrio* aparecen juntos también en 1 Pedro 5:8. Estar alerta y con pleno dominio de sí mismo son requisitos indispensables si uno ha de estar preparado a resistir los ataques del Maligno, el cual aprovecha la menor distracción para atacar al creyente por el flanco menos guarnecido.

3. En contraposición a la vigilancia y la sobriedad propias de los creyentes, de los hijos de la luz y del día, el apóstol presenta (v. 7) a los hijos de la noche, que andan en las tinieblas del pecado: *«Pues los que duermen, de noche duermen* (no velan), *y los que se embriagan, de noche se embriagan* (no son sobrios)». Esta misma contraposición es la que hallamos en Efesios 5:18. Por cierto, en 1 Tesalonicenses 5:7 (el versículo que venimos analizando), el apóstol usa dos verbos sinónimos para embriagarse: el primero es *methúsko*, que se usa como deponente, esto es, en la voz media-pasiva, como dando a entender que la persona ha sido vencida por el alcohol (es el mismo verbo de Ef. 5:18); pero el segundo verbo es *methúo,* con el mismo significado, pero en forma claramente activa (voz activa), y da a entender que el borracho no esta exento de culpabilidad, es responsable por haberse dejado llevar del licor o del vino.

4. El apóstol insiste en la misma exhortación (v. 8) y aporta dos razones (vv. 9, 10) por las que el creyente debe *ser sobrio,* es decir, mantener en todo el dominio de sí mismo: *«Pero nosotros, que somos del día seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de fe y amor, y con la esperanza de salvación como yelmo».* Notemos los detalles siguientes:

(A) El apóstol vuelve a apoyar su exhortación a la sobriedad en el hecho de que *somos del día,* pertenecemos a la luz, *estamos vestidos* como soldados de centinela, y *esperamos la salvación,* esto es, la consumación de la salvación, como en Hebreos 9:28, según se puede ver por el versículos 9b.

(B) El apóstol, al contrario que en Efesios 6:11, no exhorta a vestirse, sino que da como un hecho el que *estamos ya vestidos* de las dos armas que menciona y que son las principales para una segura defensa contra los ataques del enemigo: la coraza y el yelmo; la primera cubre el pecho; la segunda, la cabeza.

(C) Como en 1:3, hallamos de nuevo en este v. 8 las tres grandes virtudes: fe, esperanza y amor. En lo de la coraza, hallamos una diferencia con respecto a Efesios 6:14b, donde tenemos *«la coraza de justicia»,* mientras que aquí es *«la coraza de fe y amor».* «Los detalles, dice L. Morris, no son siempre los mismos, lo cual es una advertencia para no forzar la metáfora demasiado a la letra.» Con todo, *fe y amor* (comp. con Gá. 5:6) son un buen compendio de la *justicia* practicada, que es la que Pablo tiene en mente en Efesios 6:14. Aquí, lo mismo que en Efesios 6:16, *la fe* es sinónimo de confianza en las promesas de Dios y, si en Efesios 6:16, se habla de la fe como *escudo* es porque el escudo es como una sobrecoraza y la mención de las armas del creyente en 1 Tesalonicenses 5:8 es lo más compendiosa posible.

(D) Contra esta coraza de fe y amor, el enemigo no tiene por donde entrarle al creyente. Dice E. A. Núñez: «La fe va entrelazada con el amor en la coraza que protege el corazón del soldado cristiano,

porque este soldado no es llamado solamente a creer, también le es imperativo amar a Dios y al prójimo, sí, aun al que está cerca de él, durmiendo y borracho». Y, un poco más adelante, añade: «La fe sin el amor que es fruto del Espíritu puede convertirse en presunción, y el amor sin la fe que se apoya en la Palabra infalible de Dios, puede degenerar en mero sentimentalismo».

(E) En Efesios 6:17, el apóstol menciona *«el yelmo de la salvación»,* aun cuando aquí dice (v 8b): *«y con la esperanza de salvación como yelmo»*. Sin embargo, la equivalencia es completa, puesto que la *salvación final esperada* y, por tanto, aseguradora, protegedora del desaliento y de la desilusión que avergüenza (comp. con Ro. 5:5), es lo mismo, visto al envés, que *la esperanza de la salvación* en su estadio final de hecho consumado.

5. Aparte de no tener excusa, puesto que está provisto de las armas necesarias, el creyente tiene la obligación de ser sobrio por otras dos razones adicionales:

(A) *«Porque* (lit. *Que) no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación* (lit. *para adquisición de salvación) por medio de nuestro Señor Jesucristo»* (v. 9). Esto confirma el sentido escatológico del vocablo *«salvación»,* tanto en este versículo como en el anterior. El mismo sentido escatológico tiene aquí lo de la *ira* (comp. con 1:10). No olvidemos que todo el contexto es escatológico. Dice E. A. Núñez: «Si como parece indicar la Escritura esta "ira" incluye los juicios del gran día de "la ira del Cordero" (Ap. 6:16, 17), entonces es lógico concluir que la Iglesia no pasará por la tribulación anunciada por Cristo y los profetas». Este pensamiento sirve de espolique a la esperanza y estimula también la gratitud hacia nuestro Dios y Padre y hacia nuestro bendito Salvador.

(B) Por si eso fuera poco, el apóstol añade un nuevo motivo de gratitud y una nueva razón para vivir una vida totalmente consagrada al Señor (v. 10): *«quien* (Jesucristo) *murió por* (gr. *hupér*, a favor de) *nosotros para que, ya sea que velemos, o que durmamos, vivamos juntamente con Él»*. Aunque la preposición *hupér* significa primordialmente *a favor de,* como hemos notado en el paréntesis, no puede descartarse el aspecto de sustitución vicaria *(en lugar de),* ya que en este sentido la usa claramente el apóstol en Filemón 13. Nuevo motivo, pues, de gratitud y de estímulo a una vida santa. Pablo dice explícitamente que el objetivo de la muerte de Cristo a nuestro favor y en nuestro lugar fue *que viviésemos juntamente con Él.* Una unión estrecha, indisoluble, eterna, con el Cristo muerto, resucitado y ascendido, es la meta de la obra de la redención a favor de cada uno de los creyentes. En este contexto, el inciso *«ya sea que velemos, o que durmamos»* no puede significar otra cosa que *«ya sea que vivamos, o que hayamos muerto»*. Que no tiene el mismo sentido del versículo 6, está claro por una doble razón: (a) La exhortación a *velar* del versículo 6 es incondicional, no sufre la alternativa de dormir, (b) en los versículos 6 y 7, *dormir* es sinónimo de vivir en las tinieblas, en la noche, en pecado; mientras que aquí es una alternativa compatible con el *«vivir juntamente con Jesucristo»*.

6. El versículo 11, con el que termina esta porción, guarda gran semejanza con 4:18, final de otra porción: *«Por lo cual continuad animándoos mutuamente y edificándoos el uno al otro, como ya lo venís haciendo»* (lit. teniendo en cuenta que todos los verbos están en presente). El verbo griego *parakaléite* es el mismo, y está en la misma forma, de 4:18, y tiene el mismo sentido de *aliento, ánimo y consuelo.* Como es obvio, el sentido del verbo *edificar* aquí tiene el sentido de edificación espiritual, como en 1 Corintios 14:12 y Efesios 4:29. Pablo añade: «como ya lo venís haciendo». L. Morris hace notar que «Pablo siempre está deseoso de dar crédito cuando el crédito es merecido». Como buen psicólogo, según el instinto espiritual que el Señor da a quienes le sirven fielmente, el apóstol sabía que reconocer lo bueno de una persona es el mejor estímulo para que dicha persona se comporte cada vez mejor, a fin de corresponder al crédito que se le concede. De modo parecido, cuando una persona (especialmente, un joven o una joven) recibe solamente reproches, tiende a desanimarse y aun a comportarse de la forma en que se le considera. Dice, en la misma línea, E. A. Núñez: «Hay ocasiones en que para alcanzar mayor crecimiento espiritual en la congregación, el pastor no tiene que reprender a los hermanos, sino reconocer lo que ellos han logrado en el Señor».

Versículos 12–24

La presente porción contiene una serie de exhortaciones más o menos generales. Con la partícula *de* se advierte el paso a otra sección, y el verbo griego *erotómen* es el mismo de 4:1. Su sentido es, pues, de *ruego* o petición que una persona hace a un igual o inferior, no a un superior.

1. Pablo comienza exhortando a *reconocer* (éste es aquí el sentido de *eidénai*, saber) a los líderes de la congregación (vv. 12 y 13a), es decir, a considerar la posición que ocupan en la comunidad, reconocer la autoridad (no el dominio) que el Señor les ha conferido y estimarles con aprecio y amor por la obra que llevan a cabo: *«Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan, y que los tengáis en mucha estima con amor por causa de su obra».* Notemos los siguientes detalles:

(A) La labor de los líderes de la iglesia en Tesalónica se describe aquí (v. 12) por medio de tres participios: (a) *kopióntas*, los que trabajan esforzadamente hasta fatigarse, como siempre que tal verbo ocurre (comp. con 1 Co. 15:10); (b) *proïstaménous*, que, literalmente, significa *constituidos* (o *colocados) en posición preferente; su* mejor equivalente en castellano sería *prepósitos* o *prefectos*, con tal que se conserve el concepto de *presidencia*, no de *jefatura* al estilo civil, político o militar, por eso, sin duda, añade Pablo *«en el Señor»*, como si dijese: «con la autoridad espiritual que el Señor otorga»; (c) *nouthetoúntas*, verbo que ya hemos visto en Hechos 20:31; Romanos 15:14; 1 Corintios 4:14; Colosenses 1:28; 3:16, y que significa literalmente «establecer la mente», esto es, fijar en la mente firmes convicciones o, como dice A. T. Robertson, «poner sentido en la cabeza de la gente».

(B) A estos líderes desea Pablo, y lo pide con su autoridad de apóstol, que se les rinda la consideración, el reconocimiento, la estima y el amor que se merecen por causa de su obra (v. 13a). Como dice Erasmo: «Pablo manda que se les tenga en honor a causa de la obra, no a causa de un mero título». Y, sabedor de lo difícil que a veces resulta amar de veras a quienes nos amonestan y reprenden, el apóstol usa, para dar el calibre de la estima que dichos líderes se merecen, el adverbio más fuerte que puede: *huperekperissoú*, sobreabundante (como en 3:10 y Ef. 3:20).

2. De ahí pasa Pablo (vv. 13b–15) a una serie de exhortaciones (siete) que tienen que ver con las relaciones entre los miembros de la comunidad cristiana. Como hace notar E. A. Núñez, el apóstol pasa ahora del infinitivo (vv. 12, 13a: *reconocer … estimar)* al imperativo, el cual se mantiene en todas siete exhortaciones:

(A) *«Tened paz entre vosotros mismos»* (v. 13b). A pesar del aparente sentido reflexivo que el griego presenta en esta frase, el verbo muestra claramente un sentido activo *(«entre vosotros, unos con otros»)*, como en Romanos 12:18. En otras palabras, no se trata aquí de *conservar* la paz interior, sino de *practicar* la paz con los demás.

(B) «Y os *exhortamos, hermanos: amonestad a los desordenados»* (v. 14a, lit.). El verbo *amonestad* es el mismo del versículo 12, pero ahora está en presente de imperativo, no en participio. El adjetivo *atáktous* tiene el sentido primordial de «sin orden», es decir, «sin sumisión a la disciplina», como un soldado que no guarda su puesto en la fila. Los comentaristas lo suelen traducir por *«ociosos»*, pero es preciso observar que se trata de algo que perturba el buen orden de la congregación, por lo que necesitan reprensión, y aun verdadera disciplina.

(C) *«Alentad a los pusilánimes.»* El verbo que Pablo usa aquí para *alentar* ha salido en 2:11 traducido por *consolar* (también en Jn. 11:19, 31). El vocablo *oligopsúkhous* (lit. *de alma pequeña)* no sale en ningún otro lugar del Nuevo Testamento. Designa a los faltos de coraje para afrontar problemas y dificultades. En la comunidad cristiana de Tesalónica, podrían ser «los que estaban afligidos por la muerte de algunos cristianos (4:13–18) o conturbados en cuanto al advenimiento del día del Señor (5:1–11)» (Núñez).

(D) «*Sostened a los débiles.»* El verbo tiene aquí el sentido de prestar apoyo moral o espiritual, no físico. Los *débiles*, por tanto, no son aquí los enfermos o físicamente débiles, sino los que carecen de fuerza para vencer las tentaciones y necesitan de alguien que les apoye y les ayude a resistir a quienes les incitan al pecado.

(E) «*Sed pacientes* (lit. *longánimes) para con todos.»* El verbo, como el sustantivo de la misma raíz *(makrothumía),* indica la paciencia constante en el trato con hermanos (y aun con inconversos) que, de muchas y diversas maneras, nos perjudican, o insultan o hablan mal de nosotros, etc. El apóstol exhorta a mostrar este fruto del Espíritu (Gá. 5:22), que es consecuencia del amor genuino (1 Co. 13:4) y fue recomendado por el Señor en la parábola de los dos deudores (Mt. 18:23–35).

(F) *«Mirad* (v. 15) *que ninguno devuelva a alguien mal por mal»* (lit.). Basta comparar esta exhortación con Mateo 5:38–48, para percatarse de lo lejos que está del espíritu cristiano la venganza tan frecuente en grupos y partidos de tipo político, racial y aun religioso que se precian del nombre de cristianos.

(G) *«Sino perseguid* (lit.) *siempre lo bueno los unos hacia los otros y hacia todos.»* El verbo *dióko* (perseguir) tiene aquí, como es obvio, el sentido de *seguir o procurar con ahínco.* Esta exhortación es como la otra cara de lo mismo que acaba de urgir en la primera parte del versículo, y ambas son una consecuencia de la longanimidad a la que ha exhortado al final del versículo anterior. Como dice E. A. Núñez, «Es fácil es repetir todo esto, pero muy difícil practicarlo. Sin embargo, el Señor nos ha enseñado en su Palabra y por medio de su ejemplo que éste es el camino del verdadero discipulado cristiano». Todas estas exhortaciones nos recuerdan las que el mismo apóstol escribe a los fieles de Roma (v. Ro. 12:17–21).

3. A continuación, tenemos tres exhortaciones (vv. 16–18) que tienen que ver con la piedad personal:

(A) *«Estad siempre gozosos»* (v. 16). La exhortación al gozo es muy frecuente en Pablo (v. por ej. Fil. 2:18; 3:1; 4:4). El gozo es el segundo en la enumeración de los aspectos del fruto del Espíritu (Gá. 5:22), y el propio apóstol lo ha recordado a los tesalonicenses (1:6) al referirse a él como a *«gozo del Espíritu Santo»*. *«Siempre»* quiere decir: en toda clase de circunstancias, inmune a los múltiples vaivenes de la vida, puesto que es una «cualidad permanente, que se funda en la fe, en la esperanza y en la conciencia de que Dios está con nosotros y de que cumplimos su voluntad». Al rectificar lo que hemos dicho en otros lugares, tomamos nota de lo que dice, sobre este versículo, el Dr. Núñez: «En el Nuevo Testamento griego, el versículo más corto no es Juan 11:35, sino 1 Tesalonicenses 5:16». En efecto, Juan 11:35 contiene *tres palabras* en el original, y las letras de esas tres palabras suman un total de *dieciséis,* mientras que 1 Tesalonicenses 5:16 consta de *dos* palabras, cuyas letras suman *catorce* en total.

(B) *«Orad sin cesar»* (v. 17, comp. con Ef. 6:18). Así lo hacía él, como dice en esta misma epístola (1:3; 2:13; 3:10). Por supuesto, el apóstol no quiere decir que debemos estar noche y día diciendo oraciones, sino que debemos estar siempre en una *actitud orante,* depender en todo, y para todo, del Señor. Para ilustrar esto con un ejemplo que cualquier persona puede entender bien, P. Charles cita el caso de una madre que tiene un hijo en un país lejano y frío y le está haciendo un jersey para que pueda abrigarse bien. Sin hablar, y aun sin pensar directamente en el hijo, cada puntada del ganchillo es como un acto de amor hacia el hijo ausente. Del mismo modo, si nuestra intención, en todo lo que hacemos, está dirigida a la gloria de Dios, como el mismo apóstol aconseja (1 Co. 10:31), toda nuestra vida será una constante oración.

(C) *«Dad gracias en todo, porque ésta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús»* (v. 18). Una vez más sale aquí el verbo de donde procede el vocablo «eucaristía» y que significa simplemente «acción de gracias». Se ha aplicado de diversas maneras a la Cena del Señor por el uso de dicho verbo en Mateo 26:27; Marcos 14:23; Lucas 22:17, 19 y 1 Corintios 11:24. *«En todo»* significa «en toda circunstancia» más bien que «en todo tiempo». Lo de *«porque ésta es la voluntad de Dios»* se refiere, con la mayor probabilidad, a las tres exhortaciones de los versículos 16, 17 y 18. Explica L. Morris que *thélema,* voluntad (lo que Dios quiere, como en Ro. 12:2 y otros lugares ya vistos), no lleva artículo, porque no abarca todo lo que Dios quiere. La frase *«en Cristo Jesús»* aparece en el original detrás de *«la voluntad de Dios» y* delante de *«para con vosotros»,* y da a entender, como dice Morris, que «La voluntad (de Dios) es dada a conocer en Cristo, y que es en Cristo donde se les da a los hombres el dinamismo que les capacita para poner por obra esa divina voluntad».

4. Siguen cuatro exhortaciones (vv. 19–21) referentes al uso de los dones espirituales:

(A) *«No apaguéis al Espíritu»* (v. 19). Aunque la obra del Espíritu en el creyente es conjuntamente una obra de *gracia* y de *poder,* la exhortación de Efesios 4:30 tiene que ver primordialmente con la obra de *gracia,* mientras que ésta de 1 Tesalonicenses 5:19 se refiere, ante todo, al *poder,* que aquí, como en Hechos 2:3, se simboliza bajo la imagen del *fuego* (comp. con 2 Ti. 1:6). El verbo *apagar* se usa también en Mateo 12:20. Aquí está en presente de imperativo, lo cual indica una acción constante del Espíritu que en ningún momento debe ser estorbada o impedida. Dice Núñez: «Pablo ordena que se le de al Espíritu Santo plena libertad en la congregación de los santos». La construcción del griego da a entender que había en la iglesia de Tesalónica quienes se mostraban reacios al libre ejercicio de los dones espirituales en la congregación. La mejor traducción sería: *«Cesad de extinguir el Espíritu»* (comp. con Jn. 20:17: *«Cesa de tocarme» o «cesa de retenerme»,* equivalente a «Suéltame»).

(B) *«No menospreciéis las profecías»* (v. 20). El apóstol se refiere aquí al don extraordinario de *«profetizar»,* como se daba frecuentemente en la Iglesia primitiva, para percibir y comunicar lo que Dios deseaba de su pueblo en determinadas circunstancias. Este fue, sin duda, el caso que menciona Lucas en Hechos 13:2. Pablo le da la preeminencia entre los dones espirituales (v. 1 Co. 14:1), y tanto aquí como

en la carta primera a los corintios se puede leer entre líneas que muchos daban prioridad al don de lenguas sobre el de profecía, y Pablo quiere poner las cosas en su debido orden y lugar. Había en la Iglesia primitiva quienes poseían habitualmente este don de profecía y a estos *profetas* se refiere Pablo en Efesios 2:20; 4:11, ya que, con las comunicaciones que recibían de Dios, ayudaban a los apóstoles en la tarea de evangelizar y edificar a la Iglesia. Terminado el Canon del Nuevo Testamento, se terminó también la *revelación normativa* para la Iglesia. El Espíritu Santo *ilumina* constantemente a los hijos de Dios (v. 1 Jn. 2:20, 27), pero *no revela nada nuevo.* Dios terminó de hablarnos por medio del Hijo (He. 1:2). Cuando el apóstol escribe esta epístola (uno de los primeros escritos del Nuevo Testamento), menospreciar las profecías equivalía a apagar el Espíritu.

(C) La mayoría de MSS, y de mayor crédito, empalman el versículo 21 con el anterior por medio de la partícula *de* (mas), con lo que Pablo, al decir: *«Mas examinadlo todo»* (lit.), da a entender que no hay por qué aceptar, sin «ponerlo a prueba», todo lo que pueda decir alguien que asegure tener el don de profecía. El verbo *dokimazo*, lo mismo aquí que en otros lugares ya analizados, se usaba para probar los metales. Cuanto mayor es la madurez del creyente y, por tanto, su *discernimiento del bien y del mal* (He. 5:14), tanto mayor será su capacidad para poner a prueba lo que un pretendido profeta, o un predicador, pueda asegurar. Por eso, en la primitiva Iglesia, era tan necesario el *don* de discernimiento de espíritus (1 Co. 12:10).

(D) La segunda mitad del versículo 21 dice: *«Retened lo bueno»*. El verbo griego *katékho* tiene dos distintos significados: «detener-impedir» y «retener-poseer». Aquí es este último el que exige el contexto. El apóstol viene a decir: «Una vez que hayáis puesto a prueba lo que el profeta (o el predicador) diga, separad la escoria del metal y quedaos con lo bueno (gr. *to kalón*, lo excelente, lo provechoso); guardadlo y retenedlo fielmente (comp. con 1 Co. 11:2; He. 3:6; 10:23)». El creyente no maduro, al carecer de verdadero discernimiento, corre peligro de caer en uno de estos extremos: criticar al predicador (o al escritor) sin conocer a fondo la materia (la envidia y los prejuicios añaden nueva fuerza a ese peligro), o aceptar como bueno, sin pasarlo por el cedazo del discernimiento, *todo* lo que el predicador (o el escritor) diga. Predicadores mal informados, pero con fama de elocuentes, pueden causar confusión y grave perjuicio en creyentes que, en lo espiritual, no han pasado de la edad infantil (Ef. 4:14).

5. Viene ahora (v. 22) una exhortación general a evitar todo pecado, seguida de una invocación al *Dios de paz* (v. 23) y de una apelación a la fidelidad de Dios (v. 24).

(A) *«Absteneos de toda especie de mal»* (v. 22). El vocablo español «especie», en su doble significado de «apariencia» y «clase», refleja bien el sentido del griego *eídos* que aquí usa Pablo. Los autores, casi unánimemente, hacen ver que el contexto favorece al segundo sentido: *«Absteneos de toda clase de mal»*. Si el apóstol quisiese referirse a la «apariencia» de mal, habría dicho: «*y aun* de la apariencia de mal». El verbo salió en 4:3, donde Pablo exhortaba a separarse de la fornicación. Que el *mal* (gr. *poneroú*, lo maligno, lo pecaminoso, lo perverso) se refiere, no sólo a lo doctrinal (al empalmar con el v. 21), sino también al plano de la ética, se ve por el contexto posterior (v. 23).

(B) El versículo 23 contiene, como hemos dicho, una invocación a Dios: *«Que el Dios mismo de la paz os santifique* (aoristo) *totalmente, y que vuestro ser entero, el espíritu, el alma y el cuerpo, sea conservado irreprensible en* (es decir, *hasta) la Venida* (lit. *parousía) de nuestro Señor Jesucristo»* (lit.). Este versículo contiene varios detalles que exigen un análisis especial.

(a) *«El Dios de la paz»* entra con frecuencia en invocaciones del apóstol (v. Ro. 15:33; 16:20; 1 Co. 14:33; 2 Co. 13:11; Fil. 4:7, 9; Col. 3:15; 2 Ts. 3:16). Recordemos que el concepto hebreo de *paz* abarca todos los bienes mesiánicos de toda clase; de esos bienes, Dios es la fuente y el dador (Stg. 1:17).

(b) Al decir: *«os santifique totalmente»* el apóstol usa el adjetivo *holoteléis*, única vez que dicho vocablo ocurre en el Nuevo Testamento y encierra las ideas de totalidad y perfección.

(c) Por si fuera poco, añade (literalmente): «*y la totalidad entera de vosotros …».* El adjetivo *holókleros* sale únicamente aquí y en Santiago 1:4. El sustantivo *holoklería*, entera salud, ocurre solamente en Hechos 3:16. El uso de este vocablo indica que Pablo pone de relieve *el ser entero* del hombre en su invocación de que sea guardado irreprensible hasta la Venida del Señor.

(d) Por tanto, la enumeración, con sus respectivos artículos, del *espíritu* del *alma* y del *cuerpo,* no da pie a una composición tripartita del ser humano, ya que, desde Génesis 2:7, las Escrituras dejan bien claro que el ser humano se compone de un cuerpo orgánico y de un soplo o espíritu (v. en especial, Ec. 12:7) que, juntos, constituyen *el alma viviente* o persona humana (comp. con 1 Co. 15:45).

(e) El verbo para *sea conservado* (gr *terethéie)* está en presente de optativo de la voz pasiva, y denotan que esa conservación es obra de la gracia de Dios. El verbo *teréo* viene a ser sinónimo del verbo *phulásso*, custodiar, pero *teréo* da idea de una preservación más directa. Un ejemplo muy claro hará ver la diferencia entre ambos verbos: Un trozo de carne puede ser preservado de dos maneras: vigilando para que el perro o el gato no se lo lleve *(phulásso)* o rociándolo de sal para que no se corrompa *(teréo).*

(f) Al decir que nuestro ser entero sea conservado irreprensible *en la venida (parousía),* Pablo ora para que seamos hallados así cuando Él venga (comp. con Ef. 5:27).

(C) En el versículo 24, Pablo expresa su seguridad de que así lo hará Dios: *«Fiel es el que os llama, el cual también lo hará»* (comp. con 1 Co. 1:8, 9; Fil. 1:6; 2 Ts. 3:3; Jud. 24).

Versículos 25–28

Llegamos ya a la conclusión de la Epístola con los acostumbrados saludos y la bendición final del apóstol.

1. *«Hermanos, orad por nosotros»,* dice Pablo (v. 25), al mostrar de esta forma humilde, sincera, cordial, la necesidad que tenía, como todo ser humano, de la intercesión de sus amigos (comp. con Ef. 6:19). Al decir *«por nosotros»,* incluye a todos sus colaboradores. En cuanto al saludo del versículo 26, ésta es la cuarta y última vez que exhorta a saludarse de esta manera (v. el comentario a Ro. 16:16).

2. Sorprende la fuerza del lenguaje que emplea Pablo en el versículo 27, después del lenguaje tierno de los dos versículos anteriores: *«Os conjuro por el Señor,* dice, *que esta carta se lea a todos los santos hermanos»*. Lo de *«santos»* falta en los mejores MSS, por lo cual no aparece en las versiones modernas. El verbo *enorkízo* («conjuro») es un verbo muy fuerte y se han dado muchas y muy diversas interpretaciones para tratar de explicar por qué lo usa Pablo en esta ocasión. A mi juicio, la opinión más probable es la que, entre otras, da también como probable L. Morris, quien dice: «Es posible que sintiese una especial preocupación por los que estaban de luto y que podrían quizás hallarse ausentes cuando se leyese la carta. Quiere asegurar que no pierdan el consuelo que les envía».

3. Dentro de la variedad de fórmulas que Pablo emplea para expresar su bendición, la de aquí (v. 28) se parece mucho a la de Romanos 16:20 y la de 2 Tesalonicenses 3:18, con la única variante de que aquí no aparece el vocablo *todos.* El *«Amén»* final no aparece en los mejores MSS.

2 TESALONICENSES

Esta Segunda Epístola fue escrita poco después de la Primera, y parece haber sido destinada a corregir un error acerca de la Segunda Venida del Señor, como si ya estuviese a punto de llegar. El apóstol les informa que quedaban ciertos hechos por cumplir antes del día en que el Señor había de venir, aunque había hablado de ese día como cercano por ser completamente seguro que había de venir.

Para la división de la epístola, adoptamos los epígrafes de la *Ryrie Study Bible:*

I. Saludos (1:1, 2).
II. Acción de gracias y aliento en la persecución (1:3–12).
III. Corrección acerca del Día del Señor (2:1–17).
IV. Exhortaciones a la oración y a la disciplina (3:1–15).
V. Saludo y bendición finales (3:16–18).

CAPÍTULO 1

Después de la introducción (vv. 1, 2), el apóstol comienza la carta declarando su gran estima de estos tesalonicenses (vv. 3, 4). Les ofrece luego consuelo en sus aflicciones y persecuciones (vv. 5–10) y les dice cuáles son las oraciones que eleva a Dios por ellos (vv. 11, 12).

Versículos 1–4

1. El saludo inicial se halla en términos casi iguales a los de la Primera Epístola, con dos únicas variantes: (A) En ésta dice (v. 1): «… *en Dios nuestro Padre»,* en lugar de «… *en Dios Padre»*. (B) El versículo 2 contiene aquí una bendición inicial que falta en la primera carta según los mejores MSS. Aquí, con ligeras variantes, todos los MSS dicen: *«Gracia y paz a vosotros, de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo»,* bendición que ya fue comentada en su primera mención en Romanos 1:7.

2. El apóstol expresa la gran estima en que tiene a los fieles de Tesalónica.

(A) Cómo expresa esta estima: (a) Al glorificar a Dios por ellos (v. 3a): *«Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno»*. L. Morris hace notar que el verbo que usa Pablo aquí *(ophéilomen)* comporta la idea de una obligación personal (se usa para indicar una deuda), mientras que el término que usa en otras ocasiones *(dei)* indica más bien una urgencia impuesta por circunstancias externas. La frase *«como es digno»* no es una repetición del mismo concepto, sino que significa literalmente *«como corresponde para compensar»* esa deuda que tengo con vosotros; como si dijese: «No hago más que reconocer lo que os merecéis». (b) Gloriándose de ellos mismos ante las demás iglesias (v. 4). El apóstol no adulaba jamás a sus amigos, pero se complacía en hablar bien de ellos, para gloria de Dios.

(B) Por qué los estimaba y daba gracias a Dios por ellos. En su anterior Epístola (1:3), había dado gracias por la fe, el amor y la paciente esperanza de ellos; aquí da gracias por el aumento de dichas virtudes: *«Por cuanto vuestra fe va creciendo, y el amor de todos y cada uno de vosotros abunda para con los demás …, por vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones que soportáis»* (vv. 3b, 4b). Donde hay virtud verdadera, habrá también crecimiento de virtud. Y donde hay crecimiento de gracia, hay que glorificar a Dios por ello, pues estamos en deuda con Él por la continuación de sus favores lo mismo que por el comienzo de dichos favores, pues podríamos ser tentados a pensar que, si bien cuando éramos malos no podíamos hacernos a nosotros mismos buenos, una vez que somos buenos podemos hacernos mejores. Vemos, pues, aquí que:

(a) La fe de los tesalonicenses estaba creciendo, y ese crecimiento se manifestaba en obras de fe; y cuando crece la fe, todas las otras gracias crecen proporcionalmente.

(b) Su amor abundaba. Cuando crece la fe, abunda el amor, porque cuanto más ahonda un árbol sus raíces en terreno bien dispuesto, tanto más y mejores son los frutos que produce.

(c) Su paciencia había crecido también tanto como su fe y su amor. Había crecido en medio de persecuciones y tribulaciones, porque la paciencia demuestra su buena calidad cuando subsiste y se acrisola en medio de las tribulaciones (comp. con Ro. 5:3b; Stg. 1:3). Todo lo soportaban por fe y con paciencia, no con insensibilidad estoica, sino con la fuerza sobrenatural que concede Cristo a los que le son fieles.

Versículos 5–10

1. El apóstol pasa a continuación (v. 5) a decir que *«Todo esto es prueba de que el juicio de Dios es justo y, como resultado, seréis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual sufrís»* (NVI). El vocablo griego *éndeigma,* indicio seguro, que la NVI traduce por *prueba,* sale únicamente aquí en todo el Nuevo Testamento. La dificultad está en hallar qué es lo que prueba que el juicio de Dios es justo. J. Leal, al seguir a Lightfoot, piensa que se trata de la ley de compensación: «es la acción remuneradora de Dios a favor de los buenos y en contra de los malos, pública y solemne en el día de la revelación gloriosa de Jesús» (Leal). Pero L. Morris afirma que «es parte del *justo juicio* de Dios usar las tribulaciones para llevar a su pueblo a la perfección». Así lo da a entender también la cláusula siguiente (v. 5b), que indica el objetivo de Dios: *«a fin de que* (gr. *eis to) seáis tenidos por* (o *seáis hechos) dignos* (comp. con el v.

11) *del reino de Dios* (v. comentario a 1 Ts. 2:12), *por* (gr. *huper) el cual sufrís».* Esta última frase no significa que sufran para ganar el reino, sino que sufren por la causa del reino.

2. Después de expresar el objetivo próximo que Dios tiene en el uso de las tribulaciones—acrisolar a los suyos—, el apóstol pasa (vv. 6–10) a describir la retribución final que justos y malvados han de obtener en el futuro juicio de Dios. Damos la traducción de la NVI, que aclara bien el sentido de estos cinco versículos: *«Dios es justo y retribuirá con tribulación a los que os atribulan, y os dará descanso a vosotros que estáis atribulados, como también a nosotros. Esto ocurrirá cuando el Señor Jesús se manifieste desde el cielo con fuego llameante con sus poderosos ángeles. Él castigará a aquellos que no conocen a Dios y no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesús, los cuales serán castigados con perdición eterna y excluidos de la presencia del Señor y de la majestad de su poder, en el día en que venga para ser glorificado en sus santos y admirado entre todos los que han creído. Esto os incluye a vosotros, porque creísteis nuestro testimonio».* Analicemos esta porción:

(A) El versículo 6 comienza con un *eíper*, gramaticalmente condicional, pero, como *ei gue*, expresión retórica que establece seguridad. No hay por qué ver en estos versículos una aplicación de la «ley del talión», sino una aplicación de la ley general de que cada uno cosecha lo que siembra (comp. con Gá. 6:7); como dice J. Denney, «el castigo es la otra mitad del pecado».

(B) El *reposo* de que habla el versículo 7 será concedido cuando Cristo vuelva. Dice Pablo que tendrán ese reposo *«con nosotros»* (lit.), donde la preposición *metá* indica claramente compañía. Se incluye, pues, a sí mismo, así como a Silvano y Timoteo, «que sabían lo que es estar bajo persecución y aprieto por su fe (1 Ts. 1:6; 2:14–18)» (Ryrie).

(C) Pablo dice explícitamente que esto se llevará a cabo *«en la revelación del Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder»* (lit.). Esto nos indica que el apóstol se está refiriendo al mismo momento al que se ha referido en 1 Tesalonicenses 1:10; 2:19; 3:13; 4:13–17.

(D) El *«fuego llameante»* (v. 8, lit. *llama de fuego)* no designa, de suyo, el instrumento de castigo para los malos, sino algo así como el majestuoso manto con que Dios se cubre en las teofanías de cualquier contenido (v. por ej. Éx. 3:2; Is. 66:15; Ap. 1:13 y ss.).

(E) La retribución de castigo es anunciada a *los que no conocieron a Dios.* El verbo *conocer* no se entiende aquí en sentido intelectual como en Romanos 1:21, sino en sentido afectivo, experimental, como en 1 Corintios 8:3; Gálatas 4:8. *«Los que no obedecen al Evangelio»* (comp. con Ro. 10:16) indican un grupo más endurecido. Es cierto que el desconocimiento de Dios es siempre culpable, pues Dios nunca se dejó a Sí mismo sin testimonio para todo ser humano que tenga uso de razón, por muy nublada que esta razón esté por el pecado (v. Hch. 14:17; Ro. 1:18–20), pero la desobediencia al Evangelio comporta una resistencia especial a recibir el mensaje de las Buenas Nuevas del amor salvador de Dios en Cristo, lo cual es mucho más grave.

(F) El versículo 9 comienza con el pronombre griego *hoítines, los* cuales (en el sentido de «los que pertenecen a esta clase de personas»). De ellos dice el apóstol textualmente que *«pagarán como pena* (lit.) *eterna perdición».* Pablo usa aquí el vocablo *ólethron,* el mismo que usó en 1 Tesalonicenses 5:3, donde vimos una descripción de su significado. Que esta *perdición o destrucción no significa aniquilación,* sino *separación,* se advierte por la construcción misma de la cláusula: «*lejos de* (gr. *apó) la presencia* (lit. *del rostro) de Dios y de la majestad de su poder* (lit. y *de la gloria de su fuerza),* con lo que se da a entender el cielo donde se manifiesta visiblemente la grandeza majestuosa de nuestro Dios.

(G) El versículo 10 necesita especiales aclaraciones por su rara estructura.

(a) El apóstol dice que esto ocurrirá *cuando venga* (Jesucristo) *para ser glorificado en aquel día en sus santos.* La preposición griega *en* (también *en* en castellano) aparece como prefijo en el verbo *ser glorificado,* con lo que se pone de relieve que el Señor será glorificado en sus santos, «como si éstos fuesen un espejo que refleja algo de la grandeza de la gloria de su Señor (cf. 1 Jn. 3:2, "cuando se manifieste, seremos como Él")» (Morris).

(b) El verbo *admirar* no tiene en este versículo el sentido que se le suele dar hoy día, sino el de un *asombro pavoroso* «que quita el aliento» (Phillips). *«En los que creyeron»* (lit. aoristo, de una vez por todas), el asombro dará paso a un regocijo imposible de imaginar.

(c) Después de la frase anterior, el griego original prosigue de modo abrupto: *«pues fue creído nuestro testimonio sobre vosotros»* (lit.), es decir, «el mensaje evangélico que, como testigos de Cristo, os confiamos». La dificultad que este abrupto paso ofrece ha sido resuelta de muy diversas maneras, pero la solución más probable, a mi juicio, es la que ofrece Lightfoot, quien ve aquí una elipsis, por lo que el

texto habría de ser leído del modo siguiente: *«en los que creyeron* y, por tanto, en vosotros, *pues nuestro testimonio fue creído por vosotros»*.

(d) A más de un lector extrañará ver que la expresión «en aquel día» figura colocada de muy diverso modo en las diferentes versiones. Ello se debe a que (cosa corriente en Pablo y en Juan) dicha expresión se halla, en el original, al final del versículo, de donde hay que sacarla en las versiones para que tenga algún sentido; este sentido se consigue en la NVI, lo mismo que en cualquiera otra de las versiones que están a nuestro alcance.

Versículos 11–12

Estos versículos contienen una oración del apóstol. El versículo 11 comienza literalmente: *«Para lo cual también oramos siempre por* (gr. *huper) vosotros …»* «Para lo cual» se refiere a todo lo que precede, y queda resumido en lo que queda del versículo 11 y en el versículo 12.

1. El apóstol ora por los tesalonicenses, en primer lugar, *«para que nuestro Dios,* dice, *os tenga por dignos de su llamamiento»* (v. 11b), es decir, de la salvación a la que habían sido llamados (Ro. 8:28, 30, Ef. 4:1 etc.) y que culmina en la glorificación. Nótese el parecido con el versículo 5 «*para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios»*.

2. *Pide después* (v. 11c) *para que Dios «cumpla todo propósito de bondad,* es decir, toda buena resolución de los tesalonicenses, y *toda obra de fe* (comp. con 1 Ts. 1:3) *con (su) poder»*.

3. Todos estos santos objetivos por los que el apóstol ora, van dirigidos a un objetivo final más alto (v. 12): *«De forma que* (lit.) *el nombre de nuestro «Señor Jesucristo sea glorificado en vosotros, y vosotros en Él»*. Cristo es glorificado siempre que los suyos llevan una vida santa. Lo de «y *vosotros en Él»* nos recuerda la fraseología del propio Jesús en Juan 17:1, 10, 21 y ss. L. Morris hace notar que Pablo no dice que los fieles hayan de ser glorificados *con* Cristo, sino *en* Cristo, con lo que, al par que pone de relieve la primacía del Salvador, indica también «la unión más estrecha» que cabe.

4. La última frase (v. 12b) «*conforme a la gracia* (lit.) *de nuestro Dios* y *del Señor Jesucristo»* contiene dos detalles dignos de especial consideración:

(A) *«Conforme a la gracia»* significa que *la gracia de Dios,* lo mismo que su *poder* (v. 11, al final), capacitan a los tesalonicenses para que la glorificación del Señor se lleve a cabo; ellos no podrían hacerlo por sus propias fuerzas; la *gracia* o favor gratuito de Dios y su *poder,* la *dúnamis* que capacita para actuar, son los elementos que entran en juego para que toda acción sobrenatural de un ser humano se lleve a cabo.

(B) Notan los autores que el original conecta, sin artículo intermedio *«nuestro Dios y Señor Jesucristo»,* con lo que tanto la persona del Padre como la del Hijo aparecen como fuente de la gracia (comp. con 2 Co. 13:14, y otros lugares, en que la gracia se atribuye a Jesucristo). No es probable que la ausencia del artículo indique que Pablo se está refiriendo a una sola persona, la del Hijo, a quien llamaría *Dios y Señor.* Aparte de que esto no cabe dentro de la bien cuidada fraseología del apóstol, está el hecho, que Morris hace notar, de que el griego *Kúrios (Señor)* «ocurre a menudo sin el artículo, como nombre propio».

CAPÍTULO 2

Pablo dedica el presente capítulo a corregir el error de los fieles de Tesalónica con respecto a la Segunda Venida del Señor. I. Les dice que ese día no ha llegado todavía (vv. 1, 2). II. Les hace ver que, antes de que ese momento llegue, ha de ocurrir una apostasía general y ha de aparecer en público el Anticristo (vv. 3–5). III. Les recuerda que, de momento, hay algo, y alguien, que lo detiene (vv. 6–9). IV. Describe lo que eso supondrá para los inconversos (vv. 10–12) y, V. para los creyentes (vv. 13–17).

Versículos 1–2

Por lo que se desprende de los versículos 5 y 6, la predicación de Pablo a los tesalonicenses había incluido referencias al Anticristo y a la Segunda Venida del Señor. En 1 Tesalonicenses 5:1 y ss. les advierte que el tiempo de dicha venida es desconocido. Sin embargo, muchos miembros de la comunidad cristiana en Tesalónica habían llegado a la conclusión de que la Venida del Señor, no sólo estaba próxima, sino que había llegado ya (v. 2, al final). A esto responde Pablo en estos versículos.

1. El original comienza el capítulo con el verbo *erotómen*, rogamos (comp. con 1 Ts. 4:1; 5:12), con lo que se echa de ver su insistencia en que le presten atención a lo que va a decir. Que se refiere al momento en que el Señor vendrá *por* los suyos, está claro por la frase «*y nuestra reunión con Él»* (v. 1b, comp. con 1 Ts. 4:17). Nótense los títulos completos del *«Señor Jesús Cristo»* y el término *parousías* (v. coment. a 1 Ts. 2:19). El término *episunagogué*, que suele verterse por *reunión* sale únicamente aquí y en Hebreos 10:25, y lleva la idea de «recoger y reunir en un lugar».

2. El apóstol les pide (v. 2) que *no se dejen sacudir rápidamente* (lit.), como un barquito agitado por las olas encrespadas, *ni se alarmen* (este verbo indica una continua agitación). Se ve que eran tres los puntos de los que había surgido la alarma: (A) *«Por espíritu»*, esto es, por la declaración seudoprofética de alguien que pretendía haber tenido una revelación especial acerca de la Segunda Venida del Señor, (B) *«Por palabra»*, es decir, por un mensaje que se predicase con base en una supuesta revelación; (C) «*Ni mediante carta como mediante nosotros»* (lit.), esto es, por una falsa interpretación de algo que Pablo les había dicho, ya fuese en 1 Tesalonicenses o en alguna otra carta que no está en el canon. Según J. Leal, la mayoría de los autores modernos «refiere el inciso "como mediante nosotros") a los tres sustantivos», pero él mismo comenta: «El sentido es más obvio si el inciso se refiere sólo a la carta». Los tres medios de comunicación citados, cuya primera falsa fuente se desconoce, convenían en que *«el día del Señor ha llegado»* (v. 2, al final).

Versículos 3–5

El apóstol declara aquí que, antes de que venga el Señor, han de ocurrir algunas cosas de las que los tesalonicenses tenían ya noticia.

1. El apóstol les advierte de nuevo, variando la frase: *«Que nadie os engañe de ninguna manera»* (gr. *katá medéna trópon),* y da a entender los varios modos de engañar, de los que antes ha mencionado ya tres. Al apóstol no se le podía culpar en ningún caso de no dar la voz de alerta que corresponde a todo vigía espiritual.

2. Por *«apostasía»* entiende Ryrie «una revuelta agresiva y definitiva (climactic) contra Dios, la cual preparará el camino para la aparición del hombre de pecado (v. 1 Ti. 4:1–5; 2 Ti. 3:1–5)». Al llevar artículo se da a entender que consistirá en algo único, como no se ha dado en el curso de la historia. Un enfriamiento tal de la fe que la gran mayoría de las gentes vivirá no sólo en forma prácticamente atea, sino que atacará violentamente a toda forma de religión teísta.

3. La descripción que se nos ofrece a continuación (vv. 3b, 4) no deja lugar a dudas de que se refiere al Anticristo de Daniel 7:25; 8:25; 11:36; Apocalipisis 11:7; 13:1–10. Se le llama:

(A) *«Hombre de pecado»* o, según muchos MSS, *«hombre de iniquidad»* (según se lea *hamartías o anomías),* esto es, alguien tan embebido en el pecado que vive siempre al margen de la ley divina. «Él es la ley», comenta J. Leal.

(B) «*Hijo de la perdición»* (lit.) es un hebraísmo para significar que está abocado a la perdición, como aquel otro *«hijo de perdición»* (Judas Iscariote, según Jn. 17:12), que cayó *«para irse a su lugar»* (Hch. 1:25).

(C) *«El que se opone y rebela contra todo lo que lleva nombre de Dios o es objeto de culto, llegando hasta sentarse él en el templo de Dios, exhibiéndose a sí mismo como Dios»* (excelente traducción de J. Leal). Este versículo exige un análisis más detallado:

(a) Con el epíteto *entikeímenos (que se opone*—participio de presente—, con lo que se da una actitud constante), queda descrito el Anticristo como un vicegerente de Satanás, a quien se aplica el mismo epíteto en 1 Timoteo 5:14. El segundo participio *(huperairómenos*, también en presente) solamente aparece aquí, aunque el verbo mismo aparece dos veces en presente de subjuntivo en 2 Corintios 12:7. Conocemos bien el verbo *airo* (quitar, levantar, llevarse; v. por ej. en Jn. 1:29 *«que quita el pecado del mundo»).* Con el prefijo *huper*, se pone de relieve la gran altura a la que tal personaje se levanta a sí mismo.

(b) Esta oposición y rebelión del Anticristo es *contra* (lit. *sobre) todo lo que lleva nombre de Dios o es objeto de culto* (o *adoración;* gr. *sébasma).* Todo lo que huele a religión de cualquier especie hallará la oposición y la persecución del Anticristo. Sin embargo, es casi seguro que tal malvado se opondrá únicamente a la verdadera religión. Como dice Leal, «El adjetivo *todo* no se refiere a la pluralidad del sujeto, sino a la extensión de la manifestación divina: contra Dios y contra todo lo que se relaciona con Él».

(c) *«Llegando hasta sentarse él en el templo de Dios, exhibiéndose a sí mismo como Dios.»* No se trata de una imagen, sino de una persona, colocada en el templo, como lo prueba el participio de género masculino en Marcos 13:14, según hace notar Morris. Dice Ryrie: «En la mitad del período de la tribulación, el Anticristo desecrará el reedificado templo judío en Jerusalén, colocándose él mismo para ser adorado». Con esto mismo, proclamará con el gesto, y de palabra, que él es Dios.

4. Al apóstol se le ha olvidado que dejó el párrafo sin concluir, pues el versículo 3 comienza diciendo literalmente: *«Que nadie os engañe de ninguna manera; que si no viene primero la apostasía y es revelado …»*. Debería haber acabado y añadir al final del versículo 4: «*… no viene la parousía*». La descripción del Anticristo le ha hecho olvidar el cierre gramatical necesario. Es uno de los *anacolutos* (párrafos sin conclusión) frecuentes en Pablo (comp. por ej. con Ro. 5:12 y ss.). Se trata de un «olvido gramatical» sin importancia, fácilmente corregible por los lectores de todas las épocas. Pero lo que no quiere que se les olvide a los tesalonicenses (v. 5) es que él *les decía más de una vez* (ése parece ser el sentido del pretérito imperfecto *élegon)* lo que acaba de escribir en los versículos 3 y 4.

Versículos 6–9

Esta difícil porción ha quedado más difícil todavía por la manía de traducir por *«sea quitado»* el gr. *guénetai* del versículo 7, al final. Entre todas las versiones que conozco, sólo la versión castellana de la NVI y otra que me da vergüenza nombrar traducen correctamente dicho verbo.

1. Al continuar con lo que ya *sabían* (v. 6) los tesalonicenses, pues él mismo se lo había dicho más de una vez, Pablo menciona *lo que* (en neutro) *detiene* (lit.), es decir, lo que impide que el Anticristo se manifieste: *«a fin de que a su debido tiempo sea revelado»*, es decir, descubierto. El uso del género neutro en el artículo que determina al participio *katékhon* (en presente) da a entender que no se trata en este versículo de una persona, sino de una institución. Esto es lo más probable, a mi juicio, a pesar de la sugerencia de J. Leal de que «en el artículo no se debe insistir mucho, porque nos encontramos con una frase hecha, propia del lenguaje apocalíptico, donde el artículo no indica necesariamente una cosa conocida; basta simplemente que de un sentido enfático: debéis saber que existe *impedimento* (para que se manifieste ahora), a fin de que se manifieste después, en su tiempo».

2. El versículo 7 contiene dos afirmaciones:

(A) *«Porque el poder secreto de la iniquidad está ya en acción»* (NVI). El original dice *«misterio»* donde traducimos *«poder secreto»*. Para *«actúa»*, el original usa el mismo verbo que en Gálatas 5:6 y otros lugares; también aquí está en tiempo presente continuativo. La iniquidad que impera en este mundo es un poder secreto, en el sentido de que, aunque son seres humanos los que la ponen por obra, el cuartel general de esas fuerzas inicuas está en las regiones superiores, aéreas, donde se hallan *las huestes espirituales de maldad* (Ef. 6:12). No se trata, pues, de una conjetura, sino de algo que las Escrituras enseñan explícitamente.

(B) La segunda frase dice concisamente en el original: *«sólo* (que hay) *el que* (le) *detiene al presente, hasta que desaparezca (o se haga) de en medio»* (lit.). Dos puntos requieren aquí un análisis más detallado:

(a) El apóstol pasa ahora del género neutro al masculino en el uso del artículo definido o determinado. A mi juicio, el apóstol se refiere al Espíritu Santo que, aun cuando, tras del arrebatamiento de la Iglesia, continuará actuando en el mundo y en el interior de todos los hijos de Dios que atraviesen por el período de la Gran Tribulación, sin embargo *se habrá hecho de en medio* (gr. *guénetai* en la voz media) en cuanto que es como el alma del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

(b) Que tal es el caso se echa de ver por el uso mismo del verbo en cuestión. Si se tratase de un personaje humano o angélico, o de una institución humana, es de pensar que Pablo habría usado un verbo más fuerte como *airo*, quitar, levantar. Ryrie admite tácitamente la versión de la *New American Standard Translation*, que vierte *«es quitado de en medio»*, y comenta cautelosamente: «Algunos entienden que

éste (el que detiene) es Dios que habita en su Iglesia por medio del Espíritu Santo, mientras que otros ven como freno el gobierno humano. Conforme a la primera opinión, la retirada ocurrirá en el arrebatamiento de la Iglesia (1 Ts. 4:13–18); conforme a la segunda opinión, (ocurrirá) en el derrocamiento del gobierno humano».

3. «Y *entonces,* continúa el apóstol (v. 8), *será revelado aquel inicuo* (el Anticristo del que viene hablando), *a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y lo reducirá a la impotencia con la manifestación de su venida* (lit. *de su presencia)».* La secuencia de los acontecimientos queda así claramente detallada por el apóstol: *Primero,* se hará a un lado el que detiene la aparición en público del Anticristo; *segundo,* «entonces», retirado de en medio el que lo detenía, se mostrará en público el Anticristo; *tercero,* solamente después de esto, acontecerá la Segunda Venida del Señor. Pablo no dice que el Señor acabará de inmediato con el Anticristo, sino que (sin determinar el lapso de tiempo intermedio) lo *matará con el espíritu (o soplo) de su boca,* etc., al manifestar su presencia en la Segunda Venida. Esta acción de Cristo contra el Anticristo queda confirmada por otros lugares como Daniel 7:10, 11; Apocalipsis 2:16; 19:15, 21. En estos lugares de Apocalipsis, Juan menciona *«la espada de su boca»,* en lugar del *espíritu de su boca;* con ambas metáforas se nos da a entender la suma facilidad con que el Salvador puede acabar con el Anticristo. Le basta con un soplo de su boca. El apóstol añade (v. 8b) que el Señor *«reducirá a la impotencia* (el mismo verbo de Ro. 6:6 y muchos otros lugares) al Anticristo *con la aparición desde arriba* (gr. *epiphaneía,* que se suele traducir por *"manifestación") de su presencia* (gr. *parousía)».* Que no se trata de aniquilación, se ve por Apocalipsis 19:20, donde se describe claramente su final.

4. Si el poder secreto de la iniquidad (v. 7) muestra que es ya ahora Satanás quien mueve detrás de los bastidores los hilos de la escena en la tremenda iniquidad que se pone por obra en este mundo, *el advenimiento* (gr. *parousía) del inicuo* (v. 9), descrito con los epítetos que hemos visto en el versículo 3, pone al descubierto *la actuación,* esto es, la intervención descarada, *de Satanás, «con despliegue de toda clase de falsos milagros, señales y maravillas»* (NVI). Dice a este propósito J. Leal: «El estilo escatológico es siempre hiperbólico e impreciso». Sin embargo, basta con leer Apocalipsis 13:2–4, 13–17, y aun Mateo 24:24, para ver que no hay aquí hipérbole ni imprecisión. Al comentar la serie de falsedades que aquí describe el griego con los vocablos *dúnamei* (poder), *semeíois* (señales) y *térasin* (portentos), dice L. Morris: «Tenemos aquí tres vocablos usados para indicar milagros, refiriéndose el primero al poder que obra en ellos; el segundo, a sus características en cuanto que tienen un sentido (apuntan hacia algo); y el tercero, al efecto que producen en los espectadores como algo portentoso, cosas que no tienen explicación. Y todos tres, dice el apóstol, están saturados de falsedad».

Versículos 10–12

En estos versículos, el apóstol describe el efecto que todo esto produce en los inconversos.

1. Pablo describe a los incrédulos como *«los que se pierden»* (en participio de presente), es decir, los que van por el camino que lleva a la perdición (v. 10). Éstos se dejan llevar de *todo engaño de iniquidad* (lit.), esto es, de toda seducción engañosa hacia la maldad. Pero no por eso están exentos de responsabilidad, pues Pablo añade (v. 10b): *«por cuanto no recibieron* (mejor, *acogieron) el amor de la verdad para ser salvos».* El verbo es el mismo de 1 Tesalonicenses 2:13, pero allí tiene un sentido positivo. *«El amor de la verdad»* es una expresión que se encuentra únicamente aquí en todo el Nuevo Testamento. Esta gente no puso ningún amor, no mostró ningún afecto, en cuanto a la verdad del Evangelio y, de este modo, se cerraron a sí mismos el único camino de salvación.

2. Pero, como hace notar J. Leal, «Un semita no puede menos de remontarse a la causa primera de todo lo que pasa en el mundo». En último término, atribuye a Dios el origen de todo esto (v. 11): *«Por esto, Dios les envía un espíritu engañoso, para que crean la mentira»* (comp. con Éx. 4:21; Jos. 11:20; 1 R. 22:19–23; 1 Cr. 21:1, a la vista de 2 S. 24:1). La mentalidad judía no admite que algo ocurra en el mundo sin que Dios tenga en ello intervención directa. Aquí, como dice Ryrie, «es, a la vez, un castigo y un resultado moral de haber ellos rechazado la verdad». Nótese el *«Y por esto»* con que comienza el versículo, con lo que da a entender que la acción de Dios se lleva a cabo por no haber acogido ellos el amor de la verdad. También en Éxodo 10:27, aparece Dios endureciendo el corazón del Faraón, pero *después que el propio Faraón había endurecido repetidamente su propio corazón.* Por consiguiente, el

lector que crea ver aquí una especie de inclinación de Dios al mal no entiende la Palabra de Dios, la cual niega enfáticamente eso mismo (v. Stg. 1:13).

3. En la misma línea ha de leerse el versículo 12: *«A fin de que sean condenados* (lit. *juzgados) todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia»*. Claramente se ve que la condenación de esta gente se debe a que rechazaron la verdad que les era presentada (comp. con Jn. 3:17–21). Dicha condenación no fue un fin buscado por Dios, sino un resultado de la perversidad de ellos. El apóstol se está refiriendo, no lo olvidemos, al futuro reinado del Anticristo, por lo que dichos aoristos *(«no creyeron … se complacieron»)* tienen un sentido proléptico, es decir, de anticipación retórica.

Versículos 13–17

A continuación, pasa el apóstol a describir el efecto que tales acontecimientos producen en los *escogidos para salvación* (v. 13b).

1. Al pasar de los incrédulos a los escogidos, Pablo no puede menos de mostrar su gratitud a Dios por ellos (v. 13): *«Mas* (gr. *de) nosotros debemos dar siempre gracias a Dios por* (gr. *huper) vosotros, hermanos amados por el Señor, de que os escogió Dios desde el principio* (muchos e importantes MSS leen *como primicias) para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad»*. Dice Ryrie: «La actividad de Dios (la obra de regeneración del Espíritu Santo) y la responsabilidad del hombre (fe) son igualmente necesarias en la salvación» (v. el comentario a Ef. 2:8).

2. Como en otros lugares (ya desde Ro. 8:29, 30), el apóstol traza (v. 14) la línea de la salvación personal hacia atrás hasta el momento en que cada uno de nosotros recibió el llamamiento a ser salvo en la proclamación del Evangelio (v. 14): «*A lo cual* (a la salvación mencionada en el versículo anterior) *os llamó* (Dios) *mediante nuestro Evangelio*» (comp. con 1 Ts. 2:12; 5:24). Aunque en Pablo los «llamados» coinciden con los «escogidos», nadie queda excluido de la oferta de gracia dondequiera es proclamado el Evangelio de salvación. Como dice D. Macleod, «cada oyente tiene escrito su propio nombre en el documento que presenta la oferta de salvación». Al decir (v. 14b) *«para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo»* (comp. con 1 Ts. 2:12), Pablo no añade ningún elemento a la salvación mencionada en el versículo 13, sino que hace una referencia explícita al estadio final en que se consuma la salvación (comp. con He. 9:28).

3. *«Así, pues,* dice luego el apóstol (v. 15), *hermanos, estad firmes y retened* (lit. *agarrad fuertemente) las enseñanzas que os han sido impartidas, ya sea de palabra o por carta nuestra»*. Como puede verse al consultar las diversas versiones, el vocablo griego *paradóseis* que aquí ocurre y que, etimológicamente, significa «entregas», es vertido con frecuencia por «tradiciones», lo cual comporta una connotación peligrosa, pues da pie a los catolicorromanos para apoyar su doctrina acerca de la pretendida igualdad de la Tradición y de la Escritura. Lo que aquí quiere dar a entender Pablo mediante el uso de este vocablo es las *enseñanzas* que (como «por entregas») había impartido a los fieles de Tesalónica, ya de palabra, ya por escrito. Sin embargo, para nosotros que no asistimos a las enseñanzas orales de Pablo y que sólo poseemos la palabra infalible de lo que nos dejó en sus epístolas, no hay otra «Tradición» con garantías de infalibilidad. Sólo la Biblia es norma de fe y conducta para todos, y nadie puede añadir a lo que está escrito (comp. con Ap. 22:18b, aplicable, por extensión, al resto de las Escrituras). No podemos admitir, pues, la insinuación del jesuita J. Leal de que «Ambas fuentes son apostólicas y tienen el mismo valor». Lo tendrían para quienes oyeron al apóstol, pero todo lo que no haya sido conservado en sus escritos, carece de garantía, *no en sí mismo, sino en los canales por donde se pretenda que nos ha llegado,* ya que tales canales carecen de la infalibilidad que se les atribuye, como lo atestigua la historia lo mismo que la propia Escritura.

4. El apóstol concluye este capítulo con una oración por los fieles de Tesalónica (vv. 16, 17): *«Que el mismo Señor nuestro Jesucristo y Dios nuestro Padre, que nos amó y por su gracia nos dio consolación eterna y buena esperanza, os consuele y fortalezca en toda obra y palabra buena»* (NVI). Hemos visto el verbo *sterízo* en 1 Tesalonicenses 3:2, 13 y lo volveremos a ver en 3:3. Prevalece en él la idea de *firmeza* para pensar, hablar y obrar de forma que ningún engañador pueda desviarles. Está, pues, muy a tono con el tenor general de la epístola. Ryrie hace notar las oraciones con que concluye el apóstol las respectivas secciones de la epístola. Además de ésta, tenemos, en 1:11, 12, una oración para que la vida de cada uno de los fieles de Tesalónica corresponda al llamamiento divino; en 3:5, ora por su amor y, de nuevo, por su firmeza; y en 3:16, para que Dios les de paz en toda clase de circunstancias. Se ve, pues, que Pablo no

pierde de vista el contexto espaciotemporal en que está escrita la epístola. Nótese que los dos aoristos de infinitivo del versículo 17 *(parakalésai kai steríxai)* dependen, en la misma línea, del Señor Jesucristo y de Dios nuestro Padre, aunque los verbos en singular del versículo 16b *(agapésas ... dous)*, en participio de aoristo, de una vez por todas, se refieren exclusivamente a Dios (comp. con Jn. 3:16; Gá. 4:4, entre otros muchos lugares). Dos breves observaciones servirán para mejor comprender el sentido de esta oración; ambas las debo a L. Morris, quien únicamente se equivoca al pensar que los verbos del versículo 17 están en singular, al ser así que están en infinitivo, que no tiene número.

(A) «*Buena esperanza*, dice, es una esperanza que es buena en su naturaleza y en sus resultados. Mucho de lo que va con ese nombre en los tiempos modernos queda descalificado en ambos puntos; pero nunca debemos olvidar que el concepto escritural de esperanza es de algo que es una certeza, porque está siempre fundado en la naturaleza divina y en las divinas promesas. Por eso, está unido aquí con *gracia*. Una esperanza basada en la gracia de Dios no puede jamás quedar decepcionada».

(B) Nótese también ese *«toda obra y palabra buena»*, donde el «*toda* afecta lo mismo a cada obra como a cada palabra, así como a cada clase de obras y palabras. «Incluye, dice Morris, todas las cosas, grandes y pequeñas.»

CAPÍTULO 3

En este capítulo final de su epístola, el apóstol, I. pide a los tesalonicenses que oren por él y por sus colaboradores (vv. 1, 2). II. Expresa su confianza en la fidelidad de Dios (vv. 3–5). III. Exige que se mantenga la necesaria disciplina (vv. 6–15). IV. Concluye con el saludo y la bendición de costumbre (vv. 16–18).

Versículos 1–2

Como siempre que pasa a otro asunto, el apóstol encabeza el capítulo con un *«Por lo demás, hermanos ...».* Pide ahora oraciones.

1. Nótese que la primera parte de la oración que pide, no es por él mismo, sino (v. 1b) *«para que la palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo fue entre vosotros».* Aunque podemos ver ahí una *hendíadis («corra gloriosamente»),* como sugiere Leal, lo de *«correr»* afecta directamente a la extensión de la predicación del Evangelio, mientras que lo de *«y sea glorificada»* se refiere más bien al efecto que produce en el pueblo. Así opina Morris, quien cita como ejemplo Hechos 13:48, y añade que la metáfora de «correr» se remonta al Salmo 147:15 (cf. también Sal. 19).

2. La segunda parte de la oración (v. 2) es por él (Pablo) y por sus colaboradores: «y *para que seamos librados de esos* (lit. *los) hombres perversos y malvados».* El griego *atópon* significa literalmente «sin lugar», esto es «fuera de lugar», «impropio». En este último sentido aparece, aunque aplicado, no a personas, sino a cosas, en Lucas 23:41; Hechos 25:5; 28:6. Pero el término, aplicado a personas, llegó a tener una connotación fuerte, como de «perversidad». Para *malvados,* tenemos el conocido término *ponerón,* con el que se conoce al Maligno (por ej. en 1 Jn. 5:19).

3. El apóstol añade (v. 2b): *«Porque no* (es) *de todos la fe»* (lit.). J. Leal entiende fe en sentido objetivo: lo que se cree, y explica así: «Hay muchos que se niegan a recibir la fe». Sin embargo, el sentido más obvio, como admite Morris, y se ve en la NVI, es: *«Porque no todos tienen fe»,* es decir, *«no todos creen».* Toda otra versión hace cierta violencia al griego original.

Versículos 3–5

A continuación, el apóstol expresa su confianza en la fidelidad de Dios.

1. En contraste con la incredulidad de los hombres perversos, Pablo afirma la fidelidad de Dios (v. 3): *«Pero fiel es el Señor, que os afianzará* (el mismo verbo de 1 Ts. 3:2 y 2 Ts. 2:17b) y *guardará* (aquí *phuláxei,* en sentido de custodia y protección) *del mal».* El contraste es parecido al que vemos en Romanos 3:3. *El Señor,* en todo este pasaje, es, en mi opinión, Dios, no Jesucristo. La frase final debería

traducirse, con la mayor probabilidad, *«… y os protegerá del Maligno»,* con la mayoría de las versiones modernas.

2. Prosigue el apóstol (v. 4): «*Y tenemos confianza en el Señor en cuanto a vosotros, de que lo que os encargamos* (en presente) *ya lo hacéis y lo haréis* (es decir, lo seguiréis haciendo)» (lit.). La confianza de Pablo está fundada primordialmente *en el Señor,* porque *es fiel* (v. 3), pero, sobre esta base y en un plano que guarda una perfecta consecuencia con la confianza en el Señor, Pablo está también confiado, persuadido, de que los tesalonicenses se comportarán como él desea, porque sabe que el Señor los va a *afianzar y preservar,* pues siempre lleva a la perfección a quienes Él mismo pone en el camino de la salvación y le son fieles, cual era la experiencia que el apóstol tenía acerca de los fieles de Tesalónica (v. 1:3; 2:13 y comp. con Fil. 1:6).

3. Pablo concluye esta oración al pedir que *«el Señor,* dice (v. 5), *encamine* (gr. *kateuthúnai,* enderece; el mismo verbo de 1 Ts. 3:11) *vuestros corazones hacia el amor de Dios y hacia la paciencia de Cristo»* (lit.). Notemos los siguientes detalles:

(A) El verbo *encaminar,* en este contexto, significa «abrir una senda, de forma que nada impida ni estorbe la consecución del objeto deseado» (Morris). El objeto deseado está expresado por Pablo en la segunda parte del versículo.

(B) *El amor de Dios* puede tomarse en dos sentidos: el amor que Dios tiene a los tesalonicenses, o el amor que éstos tienen a Dios. El contexto favorece claramente a esta segunda interpretación, no sólo porque el amor de Dios hacia ellos es seguro y no tiene por qué ser objeto de especial petición, sino también porque armoniza mejor con la frase siguiente.

(C) *La paciencia de Cristo* se entiende mejor como una *esperanza paciente* en Cristo, e incluso, como una espera expectante en la Segunda Venida, ya que, como dice J. Leal, «La idea de esperar la parusía de Cristo glorioso está muy en el contenido de estas dos cartas». Por supuesto, es probable que el apóstol tenga también en mente la ejemplaridad de la paciencia ejercitada por Cristo, como hace notar L. Morris.

(D) Que *el Señor,* en toda esta porción, significa Dios, no Cristo, lo veo confirmado en este versículo, ya que resulta improbable que *«el Señor, si* se entiende de Cristo, *vaya a encaminar … hacia la paciencia de Cristo».* Además, toda la fraseología de Pablo en estos versículos se aplica a Dios Padre en otros lugares. Por ejemplo, lo de *afianzar* se aplica a Dios en Romanos 16:25; y aun en 2:17 de esta misma epístola, el agente principal es Dios. Mayor todavía es la evidencia acerca de la frase inicial del versículo 3: *«Pero fiel es el Señor», si* se la compara con 1 Corintios 1:9; 10:13; 2 Corintios 1:18; 1 Tesalonicenses 5:24; 2 Timoteo 2:13; Hebreos 10:23 y 1 Juan 1:9, ya que en todos estos lugares, el sujeto es ciertamente Dios.

Versículos 6–15

En esta porción, el apóstol ordena, en el nombre de Jesucristo, que se guarde en la congregación de Tesalónica la debida disciplina y el buen orden.

1. *«Os ordenamos, hermanos,* dice (v. 1), *en nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que se conduce desordenadamente y no conforme a la enseñanza* (gr. *parádosin,* el mismo vocablo de 2:15) *que recibisteis de parte de* (gr. *para) nosotros»* (lit.). Es de notar aquí:

(A) Que se trata de una *orden,* no de un consejo o de una exhortación, y que esta orden es dada *en nombre de nuestro Señor Jesucristo,* esto es, con la autoridad apostólica conferida por el Señor. Esto indica que avisos anteriores no habían dado resultado.

(B) Esto último parece confirmarse por lo estricto de la orden que Pablo da: *separarse de todo hermano que ande desordenadamente,* lo cual equivale a no tener comunión con él (comp. con 1 Co. 5:11).

(C) Que Pablo les había enseñado a que se comportaran como es debido y, sin embargo, había quienes hacían caso omiso de esta enseñanza.

(D) El adverbio *atáktos,* sin orden, no significa que tales individuos estuviesen *ociosos* (v. el comentario a 1 Ts. 5:14), donde tenemos en forma de adjetivo sustantivado *tous atáktous),* sino que estaban *demasiado ocupados* en cosas ajenas (comp. con el v. 11).

2. Por supuesto, al entremeterse en otras cosas, *no trabajaban en nada* (v. 11), por lo que el apóstol les propone como ejemplo a sí mismo (vv. 7–9), la forma como se había comportado y el trabajo fatigoso con el que había pechado (comp. con 1 Ts. 1:6; 2:3–12), a pesar de que podía haber ejercido su *derecho*

(v. 9) a mantenerse a costa de quienes recibían sus enseñanzas (comp. con 1 Co. 9:3–18; 1 Ts. 2:6, 9). *«Comer el pan»* es un conocido hebraísmo, ya que el hebreo *léjem*, pan, se aplica en la Biblia a toda clase de alimento sólido (ya desde Gn. 3:19). Los «sin orden» de la congregación de Tesalónica *sabían* (v. 7) como *era menester* (gr. *dei*, no se trata de mera congruencia) imitar a Pablo, por lo que no tenían ninguna excusa: ante ellos estaba la enseñanza y, sobre todo, el ejemplo del apóstol.

3. El versículo 10 dice literalmente: *«Porque incluso cuando estábamos junto a* (gr. *pros*, la misma preposición de Jn. 1:1) *vosotros, esto os ordenábamos* (el mismo verbo del v. 6): *Si alguno no quiere trabajar, que ni siquiera coma»*. Con ese *«ni siquiera»*, el apóstol da a entender que a tal individuo no se le debe proveer de ningún alimento, ni aun de lo más común, como verduras o legumbres. El verbo *ordenábamos*, en pretérito imperfecto, indica que Pablo solía repetir esta orden.

4. A continuación, explica la razón de la medida tan estricta que está ordenando (v. 11): *«Porque oímos* (presente, es decir, estamos oyendo continuamente) *que algunos de entre vosotros andan desordenadamente* (de nuevo, *atáktos), no trabajando en nada, sino entremetiéndose en lo ajeno»*. Es curioso el contraste que Pablo establece aquí entre el verbo *ergazoménous* (participio de presente) y su compuesto, también en participio de presente, *periergazoménous* que, literalmente significa *«trabajando alrededor»*, con lo que se indica claramente la salida de la propia esfera de trabajo, en la que el desordenado debería estar ocupado, para ir «dando vueltas» hacia otros lugares que no son el suyo. Pablo retrata aquí a muchas personas que todos conocemos: sabedoras de todo lo que se cuece en el vecindario, que van de casa en casa, de corrillo en corrillo, dando y recibiendo «las últimas noticias».

5. Como la cosa es seria, el apóstol repite, con otras palabras, la misma orden de los versículos 6 y 10 (v. 12): «A *los tales ordenamos y exhortamos* (los dos verbos están en presente) *en* (lit.) *nuestro Señor Jesucristo* (con su autoridad, como en el v. 6) *que, trabajando con tranquilidad* (lit.), *coman su propio pan»*. Lo de *«con tranquilidad»* es lo contrario de la vida agitada, en búsqueda de excitaciones, de los individuos en cuestión; y lo de que *«coman su propio pan»* significa que han de comer el pan con el sudor de su frente, pues tales gentes suelen estar inclinadas a comerse el pan de los demás, y son así los parásitos de la sociedad.

6. *«Mas vosotros, hermanos,* continúa el apóstol (v. 13), *no os canséis de hacer el bien.»* El verbo griego *enkakéo*, que suele verterse por *cansarse o desmayar*, sale seis veces en todo el Nuevo Testamento (aquí y en Lc. 18:1; 2 Co. 4:1, 16; Gá. 6:9 y Ef. 3:13); en un principio significaba «portarse mal en» una situación determinada; pero después llegó a significar «pasarlo mal, cansarse, amilanarse». Lo de *«hacer el bien»* está aquí expresado con un solo vocablo: *kalopoioúntes* (en participio de presente), única vez que sale así en todo el Nuevo Testamento. Su significado preciso, como observa Milligan, es «hacer lo que es excelente y que, como tal, es notorio a los demás». La experiencia nos dice que los malos no se cansan de hacer el mal, mientras que los buenos sienten continuas tentaciones a cansarse de hacer el bien. La razón es nuestra congénita propensión al mal, por la que el vicio se desliza fácilmente como por un plano inclinado, mientras que la virtud pugna por abrirse paso dificultosamente hacia arriba.

7. Los versículos 14 y 15 aparecen con toda claridad en la NVI: «*Si alguno no obedece las instrucciones que os damos en esta carta, tomad buena nota de él y no os juntéis con él, para que se sienta avergonzado. Pero no le consideréis como enemigo, sino amonestadle como a hermano»*.

(A) *El apóstol usa aquí para obedecer* el verbo *hupakoúo* que, como da a entender su etimología, significa «oír desde abajo», lo que indica mostrar deferencia al que habla, como a quien está colocado en una posición más alta. Se aplicaba, como dice Morris, «a quien, al estar en la posición de portero, salía para escuchar» (cf. su uso en Hch. 12:13, donde se traduce por *«escuchar*»).

(B) Apenas merece mención la opinión de quienes construyen este versículo 14 de forma diferente, como si Pablo dijese: «*Y si alguno no obedece … hacédmelo saber por medio de una carta».* Contra esta versión militan dos razones gramaticales poderosas: (a) El texto dice *«mediante la carta»*, donde el artículo equivale al adjetivo demostrativo *«esta»*. Si fuese correcta dicha opinión, sobraría el artículo; (b) el apóstol ponía mucho cuidado en el hipérbaton de énfasis, y colocaba en el lugar más apropiado lo que deseaba resaltar. Según dicha opinión, el apóstol diría: *«por medio de la carta a ése señalad»*, cuando el énfasis exigiría escribir: *«a ése por medio de una carta señalad»*.

(C) Discuten los autores sobre si el apóstol, por medio de la frase *«no os juntéis con él»*, da a entender que debía ser puesto fuera de comunión (así parece opinar J. Leal) o se trata únicamente de que se desapruebe su conducta y se le relegue al ostracismo dentro de la comunidad (Ryrie, Morris). Aunque el verbo griego *sunanamígnusthai*, mezclarse, sale también en 1 Corintios 5:9, 11, no puede decirse que el

caso sea semejante, puesto que el pecado aquí denunciado no tiene ni la gravedad ni la notoriedad, cara al exterior, de los que allí denuncia el apóstol.

(D) Si se compara con 1 Corintios 5:5, se advierte también que la finalidad de la medida que aquí exige el apóstol no es tan fuerte como en el caso del incestuoso de Corinto *a la vista del objetivo que se persigue:* en el caso del incestuoso, había de entregársele al dominio de Satanás, esto es, a la esfera fuera de la iglesia, allí donde el Maligno ejerce su poder dañino; en cambio, lo que aquí se busca es simplemente *«que se sienta avergonzado»*, es decir, que se percate de que se comporta mal y sienta la sana vergüenza que conduce al arrepentimiento.

(E) En casos como éste, se suele tomar uno de dos caminos igualmente incorrectos: o se permite a tal individuo continuar en su rebeldía o se le aplica la pena de privarle de la comunión eclesial. Pero el apóstol advierte (v. 15) que la corrección a tal *hermano* ha de hacerse con toda ternura y con sincero amor, pues lo que se persigue no es castigarle, sino restaurarle. Ésta es la octava y última vez que Pablo usa el verbo griego *nouthetéo* (lit. *fijar en la mente),* que suele traducirse por «amonestar». Las ocho veces procede de la boca o de la pluma de Pablo (v. además de aquí, Hch. 20:31; Ro. 15:14; 1 Co. 4:14; Col. 1:28; 3:16; 1 Ts. 5:12, 14). Morris ve aquí «un acto básicamente amistoso, en el espíritu de Proverbios 27:6».

Versículos 16–18

Pablo concluye la carta con el saludo y la bendición de costumbre.

1. El versículo 15 guarda semejanza con Romanos 15:33 y 1 Tesalonicenses 5:23. Conocemos ya, por estos y otros lugares (por ej. Fil. 4:7, 9), el significado de *«paz»* para un judío, así como el de la expresión *«el Dios de paz» o,* como aquí, *«el mismo Señor de paz»*. Por analogía con el versículo 18, J. Leal opina que *«Señor»* es, aquí también, Jesucristo. L. Morris se muestra más bien vacilante cuando dice: «Es lo más probable que sea Cristo el que (Pablo) tiene en mente aquí, aunque, como hemos visto en otros lugares, no hace neta diferencia entre Dios y Cristo». En mi opinión, y a la vista de Romanos 15:33; 16:20; 1 Corintios 14:33; 2 Corintios 13:11; Filipenses 4:9 y 1 Tesalonicenses 5:23, aquí, como en los versículos 3, 4 y 5, el *«Señor»* es Dios el Padre. No sirve la analogía con el versículo 18, donde el *Señor* está cualificado como *Jesucristo* y, por tanto, descrito, sin lugar a dudas, en su propia persona.

2. El apóstol desea que Dios de a los tesalonicenses *«la paz continuamente* (gr. *diá pantós) y en toda clase de circunstancias»* (ya se lea *en pantí trópo,* de todas las maneras, como tienen la mayoría de los MSS, o *en pantí tópo,* en todo lugar, según aparece en algunos MSS menos importantes). Dice L. Morris: «La paz por la que el apóstol ora es la que ha de permanecer constantemente y no ha de variar por mucho que se alteren las circunstancias exteriores y las condiciones».

3. *«El Señor sea con todos vosotros»* es una frase que nos recuerda el mismo saludo en Rut 2:4. En realidad, esto mismo me confirma en la opinión, no sólo de que Pablo sigue refiriéndose a *Dios* con este epíteto de *Señor,* sino que corresponde, en realidad, a *Jehová,* que la actual edición de los LXX, de donde toman casi siempre los autores del Nuevo Testamento sus citas, vierte incorrectamente por *Kúrios* (lo mismo ocurre con muchas versiones, tanto antiguas, como la AV inglesa, cuanto modernas, como la propia NVI), viéndose obligada a realizar innecesarias piruetas gramaticales (o de ortografía) cuando el nombre *Jehová* aparece junto al de *Adonay,* que es el que propiamente significa *Señor.* L. Morris ofrece un excelente comentario a esta frase, y no nos resistimos a transcribirlo: «La paz que el cristiano disfruta no es algo que tenga existencia por propio derecho, sino que es algo únicamente posible a causa de la presencia del Señor. Es precisamente por saber que el Señor está con nosotros y que nunca desamparará a los que confían en Él (cf. He. 13:5), por lo que nuestra paz permanece inconmovible (Jn. 14:27). La paz del cristiano *es* la presencia del Señor». El mismo autor hace notar que en ese *«todos»* incluye Pablo «tanto a los hermanos disidentes como a los leales y obedientes».

4. El versículo 17 interrumpe la bendición para dar la señal de autenticidad de la epístola. Aquí hace notar, no sólo que *«el saludo,* dice, (es) *con mi mano, de Pablo»* (lit.), sino también que ésta es la señal con que se muestra la autenticidad de todas sus cartas: *«que es señal en toda carta; así escribo (en presente), esto es, «así es como lo hago en todas mis cartas»*. La primera frase aparece al pie de la letra en 1 Corintios 16:21. Que Pablo dictaba sus epístolas a un amanuense, lo vemos también por lugares como Romanos 16:22.

5. Finalmente, tenemos la bendición que, con ligeras variantes (de mayor o menor extensión y detalle), aparece en todas las cartas. La de aquí dice: *«La gracia de nuestro Señor Jesucristo* (sea) *con todos vosotros»* (lit.). El *«Amén»* de nuestras versiones no aparece en los MSS más importantes. Véase también el comentario a Filipenses 4:23 para notar que Pablo no usa exactamente la misma fraseología que aquí.

1 TIMOTEO

Hasta ahora, las epístolas de Pablo estaban dirigidas a iglesias; de aquí en adelante, tenemos cuatro dirigidas a personas particulares: dos a Timoteo, una a Tito, y otra a Filemón. Timoteo y Tito eran colaboradores de Pablo en la tarea de evangelizar y edificar a las iglesias. Su comisión y tarea eran parecidas a las de los apóstoles y, según eso, eran itinerantes, como lo vemos con frecuencia en Timoteo. Por haber sido convertido mediante el ministerio de Pablo, éste le llama *«genuino hijo en la fe»* (1 Ti. 1:2) y «*amado hijo»* (2 Ti. 1:2). Estas dos cartas a Timoteo, junto con la dirigida a Tito, se llamaban, según refiere J. Collantes, «pontificales» en el siglo XVII, pero pasaron a ser llamadas «pastorales» en el siglo XVIII.

El objetivo de estas dos epístolas es instruir a Timoteo sobre el modo de desempeñar su oficio de evangelista en Éfeso, donde a la sazón se hallaba.

En cuanto a la división de esta primera Epístola a Timoteo, seguimos la que aparece en los epígrafes de la *Ryrie Study Bible:*

I. Saludos iniciales (1:1, 2).
II. Instrucción concerniente a la doctrina (1:3–10).
III. Instrucción concerniente al culto (2:1–15).
IV. Instrucción concerniente a los líderes (3:1–16).
V. Instrucción concerniente a los peligros (4:1–16).
VI. Instrucción concerniente a diversas obligaciones (5:1–6:21).

CAPÍTULO 1

Después de la inscripción (vv. 1, 2), tenemos, I. el encargo dado a Timoteo (vv. 3, 4); II. el verdadero objetivo de la ley (vv. 5–11). III. Menciona Pablo su propio llamamiento a ser apóstol (vv. 12–16); IV. su doxología (v. 17). V. Repetición del encargo dado a Timoteo (v. 18). VI. Una referencia a Himeneo y Alejandro (vv. 19, 20).

Versículos 1–2

1. Como es costumbre en todas sus epístolas, Pablo comienza, en su saludo (v. 1), afirmando su autoridad apostólica: *«Pablo, apóstol de Cristo Jesús por mandato de Dios nuestro Salvador y de Cristo Jesús nuestra esperanza»* (lit.). Cuatro puntos son dignos de especial análisis en este versículo:

(A) Hallamos aquí lo de *«nuestro Salvador»* aplicado a Dios Padre, como en 2:3; 4:10; Tito 1:3; 2:10; 3:4 (seis veces en total), mientras que, en otras seis ocasiones (Ef. 5:23; Fil. 3:20; 2 Ti. 1:10; Tit. 1:4; 2:13; 3:6), Pablo aplica dicho título a Jesucristo. En ambos casos, está bien aplicado, pues el designio de la salvación tuvo su fuente en el seno del Padre (v. por ej. Jn. 3:16; Gá. 4:4), pero su ejecución se llevó a cabo en la persona de nuestro Mediador (v. por ej. 2 Co. 5:19; 1 P. 1:18, 19).

(B) El orden de las palabras en el original nos da la combinación *«Cristo Jesús»* en lugar de *«Jesús Cristo»* que, en castellano, se escribe como *«Jesucristo»* Un estudio minucioso de S. Vernon McCasland (citado por W. Hendriksen) muestra que, en la medida en que va pasando el tiempo desde las primeras epístolas que Pablo escribió (Gálatas, Tesalonicenses, etc.) hasta las Pastorales (Timoteo y Tito), pasando por las de la Cautividad (Efesios, Filipenses, Colosenses, Filemón), la fórmula *«Jesucristo»,* mayoritaria al principio, cede la mayoría a la de *«Cristo Jesús»,* sin otro significado que el probable abandono del orden hebreo en que al Jesús de Nazaret se le aplica el sobrenombre de Cristo, como si dijese: *«Jesús, el Mesías»,* para ponerlo en el orden griego, más flexible, de *«Cristo Jesús»,* equivalente a *«el Mesías Jesús»,* en forma parecida a como decimos hoy «el Presidente Reagan».

(C) La frase usual después de *«Pablo, apóstol de Jesucristo»* (o, *de Cristo Jesús)* es: *«por la voluntad de Dios»* (v. por ej. 2 Ti. 1:1), pero aquí dice: *«por mandato* (gr. *epitaguén) de Dios»* (comp. con Ro. 16:26; 1 Co. 7:6 y 2 Co. 8:8), para dar a entender, no sólo la fuente de la autoridad con que ejerce su ministerio, sino también su condición de subalterno con respecto de Dios. Dice D. Guthrie: «Nunca puede, en realidad, olvidar que es un hombre bajo órdenes».

(D) La expresión *«nuestra esperanza»,* aplicada a Jesucristo significa (comp. con Hch. 28:20 y, sobre todo, con Col. 1:27) que Él es la base de nuestra seguridad en la salvación adquirida, pues toda ella se debe a la obra del Calvario (comp. con Hch. 4:12), así como la meta de nuestra salvación consumada (comp. con Col. 3:4; 1 Jn. 3:3).

2. Después de la mención del remitente, viene, como siempre, la del destinatario (v. 2): *«a Timoteo, genuino hijo en* (la) *fe».*

(A) Le llama *«hijo»* porque Timoteo fue convertido al cristianismo por medio del ministerio de Pablo. Caben pocas dudas de que lo de *«en la fe»* califica a lo de *«hijo»,* para mostrar que dicha relación «padre-hijo» tenía su esfera en el plano sobrenatural, espiritual. Para quien piense que, de este modo, Pablo quebranta el precepto de Cristo en Mateo 23:9 *(«no llaméis padre vuestro en la tierra a nadie»),* responde Calvino (citado por Hendriksen) del modo siguiente: «Pablo usa para sí el nombre de padre de tal manera que no le quita a Dios ni la menor partícula del honor que le pertenece … El único padre de todos en la fe es Dios, porque a todos regenera con su Palabra y el poder de su Espíritu y porque solamente Él confiere la fe. Pero, sin despojarse a Sí mismo de nada, admite también a la comunicación de su honor a los ministros de quienes se digna servirse para ese menester».

(B) Al llamarle *«genuino»,* que es lo opuesto a «espurio o bastardo», el apóstol declara, no sólo que Timoteo fue sincero en la profesión de fe de su conversión, sino también que se ha portado en todo tiempo con Pablo como un buen hijo con su padre (v. Fil. 2:22).

3. También la bendición (v. 2b) tiene aquí (como en 2 Ti. 1:2 y en Tit. 1:4) otra variante, pues, en lugar del acostumbrado binomio *gracia y paz,* hallamos: «… *Gracia, misericordia, paz, de parte* (gr. *apó) de Dios Padre y de Cristo Jesús nuestro Señor»* (lit.). Para entender por qué añade Pablo, en los tres lugares mencionados, lo de *«misericordia»,* bueno será tener en cuenta que el griego *éleos* (de donde se deriva el vocablo castellano «limosna», a través del gr. *eleemosúne)* dice relación a una situación ajena en

que impera alguna «miseria», de tal forma que bien puede decirse que la miseria es el pedestal de la misericordia («miseri-cors» = corazón inclinado a la miseria). En este caso, la «miseria» no era de carácter espiritual, ni siquiera económico, sino, más bien, psicológico y aun fisiológico, debido a la natural timidez y a la poca salud física del joven Timoteo. Y, aun cuando el caso de Tito no parece ser el mismo, quizá tenga buena aplicación la observación de M. Henry de que «los ministros (del Señor) necesitan más misericordia que otros». Sería más exacto decir que «necesitan más compasión». En cuanto a la diferencia entre *gracia y misericordia,* dice muy acertadamente W. Hendriksen: «El modo acostumbrado de distinguir entre *gracia y misericordia* es decir que la gracia perdona, mientras que la misericordia se apiada; la gracia es el amor de Dios hacia el culpable; la misericordia, su amor hacia el perdido y el miserable; la gracia tiene que ver con el estado; la misericordia, con la condición». Morris, por su parte, cita a Bernardo de Claraval: «Ni aun la *gracia* le dará *paz* al hombre, a no ser que la acompañe la *misericordia;* porque el hombre necesita perdón para el pasado, no menos que fuerza para el futuro».

4. De nuevo vemos unidos como fuente de estas bendiciones a *Dios* Padre y a *Cristo Jesús nuestro Señor,* porque Jesucristo es el Mediador de todas las gracias y bendiciones que el Padre nos otorga.

Versículos 3–11

J. Collantes compendia esta sección del modo siguiente: «San Pablo comienza por recomendar a su discípulo la resistencia denodada contra las falsas doctrinas de los herejes (3, 4). Las especulaciones que no tienen por objeto la caridad verdadera conducen al extravío (5–7). La misma Ley hay que mirarla en esa perspectiva evangélica (8–11)».

1. Como en otros lugares (v. el reciente de 2 Ts. 2:3 y ss.), nos encontramos aquí con uno de los frecuentes *anacolutos* (períodos en que falta la conclusión) del apóstol (v. 3): *«Como te rogué (o, encargué;* gr. *parekálesa) …».* El encargo, equivalente a una orden, era que Timoteo *se quedase en Éfeso.* Se lo había dado *cuando estaba a punto de encaminarse* (Pablo) *a Macedonia.* El objetivo del encargo era (vv. 3b, 4) *«que mandase* (verbo de tono militar) *a algunos no enseñar diferentes doctrinas, ni prestar atención a fábulas y genealogías interminables, que acarrean disputas más bien que (llevar adelante) la administración de Dios, la que* (está centrada) *en la fe»* (lit.). La frase final de nuestra Reina-Valera *(«así te encargo ahora»)* no figura en el original, y fue añadida para corregir el anacoluto. Analicemos esta porción.

(A) El verbo que corresponde al *«te quedases»* (v. 3a) indica aquí algo más que una permanencia; añade el concepto de «permanecer resistiendo *(prós)* al adversario» (J. Collantes). Así lo exigía la situación en Éfeso. El verbo insinúa que Timoteo se resistía a quedarse.

(B) Pablo se limita a decir *«algunos»,* sin mencionar los nombres (excepto en el v. 20) de quienes sembraban la confusión en la comunidad cristiana.

(C) La actividad de tales individuos se describe aquí de dos modos: (a) Promovían una *enseñanza diferente* (gr. *heterodidaskaléin)* de la del verdadero y único Evangelio (comp. con Gá. 1:6–9); (b) *prestaban atención,* se dedicaban en demasía (gr. *prosékhein), a fábulas* (gr. *múthois,* de donde viene el castellano «mito») y *genealogías interminables.* No son dos cosas distintas, sino los *«cuentos de viejas»* a que hace referencia en 4:7 (v. también 2 Ti. 4:4 y Tit. 1:14; en este último lugar las llama explícitamente *«fábulas judaicas»).* El apóstol se refiere a las piruetas exegéticas, de «ciencia-ficción», a que los rabinos de todos los tiempos se han entregado para hallar las más extrañas interpretaciones de mínimos detalles de pasajes de la Biblia, con la consecuencia lamentable de perder el núcleo de la Palabra de Dios a fuerza de dar importancia a las ficciones de la fantasía. Tales *mitos,* que suplantan a la Palabra de Dios (comp. con Mt. 15:6) se hallan especialmente en el famoso *Libro de los Jubileos,* en la *Haggadah* y en la *Cábala,* libros característicos de esta mentalidad judía.

(D) El rabino Pablo que, sin duda, sabía bastante de estas cosas, asegura que tales «fábulas y genealogías interminables» *acarrean disputas* (gr. *ekzetéseis,* cavilaciones de importuno investigador) *más bien* que una instrucción en la fe, provechosa para la salvación.

(E) Algunos pocos MSS leen *oikodomén,* edificación (de donde ha pasado a nuestra Reina-Valera) en lugar del mucho mejor atestiguado *oikonomían,* administración (v. 4b). En 1 Corintios 4:1, Pablo pide a cada ser humano que considere a él y a los demás predicadores del Evangelio como a *«administradores* (gr. *oikonómous) de los misterios de Dios».* Estos misterios son los que exigen, de parte del oyente, el

ejercicio activo *de la fe*. Comenta J. Collantes: «La *oikonomía* es la manera de llevar una casa. Dios tiene en los hombres su familia y su casa y, por tanto, lleva una economía general de la historia en orden a la salvación del género humano (Ef. 1:10; 3:9) y una providencia especial para que los individuos alcancen la salvación (1 Co. 9:17; Ef. 3:2; Col. 1:25). Ese camino para la salvación no es otro que *la fe* (1 Co. 1:21 y ss.). Todo paso que se dé fuera de la fe es paso inútil, pues está fuera de camino».

2. Pablo explica ahora (v. 5) que *el objetivo de este mandamiento* (de nuevo, el mismo término militar del v. 3) es que, en lugar de dedicar el tiempo a las inútiles especulaciones, mitos sin base real, que ha mencionado anteriormente (v. 4a), *cumplan por medio del amor todo lo que tiene que ver con la vida práctica,* la realidad de cada día. Nótense las condiciones que, según Pablo, requiere el *amor* para ser legítimo y servir así para cumplir la Ley (v. Mr. 12:30, 31; Ro. 13:8; Gá. 5:6, 14):

(A) Ha de *nacer de un corazón limpio,* regenerado por la gracia de Dios y el poder de su Espíritu en la recepción del mensaje de salvación. Mientras el corazón está sucio y negro, entenebrecido, la mente no puede ver claro (v. Ro. 1:21b, 22). En 2 Timoteo 2:22 hallamos de nuevo el *corazón limpio* como requisito de una genuina invocación de Dios.

(B) De un corazón limpio surge *una conciencia buena,* que juzga imparcialmente las acciones propias y ajenas y, por tanto, permite que el sujeto quede convicto de pecado y, al percatarse de su lamentable situación, se sienta ansioso de recibir la oferta de salvación que se le brinda en la predicación del Evangelio.

(C) Esta oferta de la salvación se recibe eficazmente cuando a ello incita *una fe no fingida* (lit. *sin hipocresía).* Solamente cuando la fe es sincera, es auténtica la entrega al Señor, a sus enseñanzas y a sus preceptos. Dice Collantes: «La fe sincera acepta plenamente el contenido de la doctrina y lo pone en práctica sin reservas».

(D) Esta tríada de virtudes cristianas se echaba totalmente en falta en los individuos que, con el pronombre indefinido *«algunos»* (v. 6, comp. con el v. 3), viene mencionando el apóstol, pues dice (vv. 6 y 7): *«de las cuales cosas desviándose algunos, han venido a caer en una vana palabrería, queriendo ser doctores de la ley, sin entender ni lo que hablan ni lo que afirman categóricamente».* Vemos aquí que estos falsos «doctores de la ley»:

(a) *Se han desviado* (el verbo significa literalmente «errar el blanco») de las tres virtudes mencionadas que son como las raíces del amor cristiano.

(b) El segundo verbo *(exetrápesan),* en aoristo de indicativo, es una consecuencia del primer verbo *(astokhésantes),* que está en aoristo también, pero en participio (lógicamente, no cronológicamente, anterior; es un caso parecido al de los dos aoristos de Ef. 1:13). Este segundo verbo significa literalmente «descarriarse o extraviarse». Una vez que dichos individuos «erraron el blanco» al carecer de corazón limpio, buena conciencia y fe sincera, perdieron el objetivo principal que era el amor genuino y dieron *en vana palabrería* (gr. *mataiologuían);* ése es el título que Pablo otorga a todas las futilidades en que los seudodoctores se hallan enfrascados.

(c) *Deseaban* (v. 7) *ser doctores de la ley, no entendiendo,* dice Pablo, *ni lo que hablan* (el tema que llevan entre manos) *ni lo que afirman categóricamente* (lit. *ni sobre qué cosas aseveran enfáticamente).* Con fina ironía el apóstol describe un caso que, por su frecuencia, conocemos suficientemente: Individuos que se hacen pasar por «expertos en la materia», que dogmatizan sobre cosas que pertenecen lo mismo al terreno científico que al religioso, sin haberse documentado a fondo y apoyándose en bases que no merecen crédito alguno. ¿Qué objeto buscan con todo esto? Certeramente sentencia Hendriksen, cuando dice: «¡Porque quieren brillar!» Pero querer brillar sin luces resulta vano y es exponerse al ridículo.

3. La mención de la ley conduce ahora (v. 8) a Pablo a declarar que *«la ley es buena* (comp. con Ro. 7:12, 16), *si uno la usa legítimamente».* Como si dijese: «*Todos sabemos* que el uso de la ley es bueno, que el estudio de la ley es provechoso, con tal de que se haga buen uso de ella». Con esto, parece como si el apóstol quisiera imprimir bien en la mente de Timoteo que esos individuos que se extravían del verdadero objetivo no hacen mal por querer ser doctores de la ley, sino por entretenerse en futilidades y en interpretaciones alegóricas de la ley que son meramente producto de su fantasía. A continuación, el apóstol va a explicar en qué sentido es buena la ley, en el presente contexto. Es de notar que, al comienzo de su exposición (v. 9), pasa del plural *sabemos* (v. 8) al *sabedor* (lit., es masculino singular del participio del mismo verbo), con lo que no apunta precisamente a sí mismo, sino a cada uno en particular de los que saben, o deben saber, *esto.* ¿Qué es *esto* que para todo conocedor de la ley es obvio?

(A) *«Que la ley no fue puesta para el justo»* (v. 9b). De aquí parece ser que sacó Juan de la Cruz, en el gráfico que precede a la *Subida al Monte Carmelo,* la frase siguiente: «Ya por aquí no hay camino / Que para el justo no hay ley». Sin embargo, el apóstol no intenta decir aquí que la ley mosaica no obliga al creyente cristiano (aunque esto sea verdad; v. Ro. 10:4; 1 Co. 9:20, 21), sino que la ley, al haber sido puesta para frenar las transgresiones (v. Gá. 3:19), no tiene nada en contra del justo (comp. con Gá. 5:23, al final), quien no transgrede, sino contra *los transgresores e insumisos, etc.*

(B) El apóstol enumera aquí catorce clases de transgresores de la ley, de los que ocho van en cuatro pares, y los seis restantes van sueltos. Como en Gálatas 5:19–21, Pablo no piensa con ellos agotar la lista, sino que añade al final (v. 10b): «*y si algo diferente se opone a la sana enseñanza»* (lit.), e indica con esto cualquier otro pecado que no esté en la lista. *«Sana»* es, en griego, un vocablo del que procede «higiene».

(a) Al comentar por los transgresores que van emparejados, vemos: *En el primer par,* a los *sin ley* (gr. *anómois),* es decir, a los que hacen caso omiso de la ley de Dios (suele traducirse por «*inicuos»),* y a los *insumisos* o insubordinados, que no aceptan disciplina alguna; *en el segundo par,* van los *impíos,* que no tienen piedad o temor de Dios, y los *pecadores,* apelativo genérico que designa a los que han errado el objetivo de su existencia, entre los que se cuenta (v. 15, con el mismo vocablo) a sí mismo el apóstol, aunque hace referencia a su vida anterior a la conversión. *En el tercer par* menciona a los *irreligiosos* (gr. *anosíois,* lo contrario de los *hósioi,* santos, en el sentido de devotos) y los *profanos,* que tratan con desprecio las cosas sagradas (de ahí la aplicación del vocablo a Esaú en He. 12:16, por haber menospreciado la primogenitura). Y *en el cuarto par,* menciona a los *parricidas y marricidas,* en los que, según la ley (v. Éx. 21:15) se incluyen, bajo pena de muerte, no sólo los que *matan* al padre o a la madre, sino también quienes los golpean.

(b) Vienen después, sueltos, otros seis géneros de transgresores: los *homicidas,* que quitan voluntariamente la vida a un semejante, los *fornicarios* (v. 10), donde se incluyen todos los que tienen relaciones sexuales ilegítimas con personas del sexo opuesto, los *sodomitas* (lit. *que se acuestan con varones),* los *secuestradores,* donde el vocablo griego designa primordialmente a los traficantes de esclavos, los *mentirosos,* los que dicen o ejecutan falsedad, y los *perjuros.* Van seguidos, como ya hemos dicho, de una especie de *etcétera.*

4. *Tras de mencionar la sana enseñanza* (v. 10, al final), el apóstol añade (v. 11): *«conforme al Evangelio de la gloria del Dios bendito, que me fue confiado»* (lit.). El Evangelio enseña la sana doctrina de vivir una vida santa, que es la higiene del alma, frente a las doctrinas erróneas y las prácticas viciosas, que perjudican a la persona y le arruinan la vida espiritual. *«Evangelio de la gloria»* equivale a *«Evangelio glorioso».* El vocablo para «*bendito*» no es el acostumbrado *euloguetós,* que corresponde al hebreo *barukh,* sino *makários,* que es el que aparece al frente de cada una de las bienaventuranzas de Mateo 5:3 y ss., y corresponde al hebreo *ashrey* (v. el comentario a Sal. 1:1). Pablo era siempre consciente de que le había sido encomendada la proclamación del Evangelio (v. 1 Co. 9:16, 16; Gá. 2:7; 1 Ts. 2:4).

Versículos 12–17

De la mención del Evangelio que le ha sido encomendado, pasa el apóstol a dar gracias a Dios por la misericordia que tuvo hacia él hasta dignarse hacerle tan honrosa encomienda, y termina la sección con una ferviente doxología.

1. *«Doy gracias,* dice Pablo (v. 12), *al que me revistió de poder, a Cristo Jesús nuestro Señor* (comp. con Fil. 4:13), *de que me tuvo por fiel poniéndome* (participio de aoristo) *en el ministerio».* Algunos pocos MSS leen *endunamoúnti,* en participio de presente (como se halla en Fil. 4:13). El contexto pide aquí el participio de aoristo, conforme aparece en la mayoría de los MSS, pues Pablo está refiriéndose ahora al pasado. Pablo no se atribuye ningún mérito al decir: *«que me tuvo por fiel».* Es cierto que el Señor sabía que Pablo sería fiel y, por eso, lo escogió para tal ministerio, pero basta con leer 1 Corintios 15:10, al final, para ver que el apóstol atribuía a la gracia de Dios, no sólo su conversión (vv. 14, 15), sino también su fiel desempeño del ministerio. Para *«poniéndome»* Pablo usa el mismo verbo de Juan 15:16, y la preposición griega *eis,* que traducimos por «en», da bien clara la idea de destino, pues es preposición de movimiento.

2 El apóstol, en un acto de gran humildad, exalta la gracia de Dios al encomendar tan alto y honroso ministerio *«al que primeramente* (v. 13) *era blasfemo, perseguidor e insolente»* (lit.). Pablo no olvidaba

jamás su pasado de perseguidor de la Iglesia (comp. con Hch. 22:4; 26:11; 1 Co. 15:9; Gá. 1:13; Fil. 3:6). Se llama a sí mismo *blasfemo* por haber negado, antes de su conversión, la mesianidad de Jesucristo. El vocablo que traducimos por «*insolente*» o «*injuriador*» es *hubristés*, que comporta el concepto de furia y de violencia con que llevaba a cabo su persecución contra los discípulos de Cristo.

3. En la segunda parte del versículo 13 explica el apóstol por qué *obtuvo misericordia.* No fue por ningún mérito de su parte (comp. con v. 15, al final), sino porque su *pecado de incredulidad se debía a la ignorancia.* No era la suya una ignorancia de las que incrementan la culpabilidad (comp. con Ro. 10:3), sino la ignorancia de quien sinceramente cree *estar sirviendo a Dios* mientras persigue a la Iglesia (v. Jn. 16:2; Hch. 26:9, y comp. con Lc. 23:34; Hch. 3:17). Dice W. Hendriksen: «Aunque su pasado había sido terrible, no había llegado a pecar contra el Espíritu Santo, que es el pecado voluntario frente a un mejor conocimiento (He. 10:26). Para tal pecado no hay perdón (Mt. 12:31, 32; He. 6:4–6; 1 Jn. 5:16; cf. Nm. 15:30); además, el que vive en ese pecado, no tiene ningún deseo de perdón». Damos las citas según las presenta Hendriksen (v. el comentario en los lugares respectivos). La última frase de Hendriksen nos recuerda un famoso dicho de H. Kung: «El único pecado imperdonable es el rechazo del perdón».

4. Esta misericordia de Dios se tradujo (v. 14) en *gracia* (comp. con 1 Co. 15:10), es decir, en un favor inmerecido (más aún, desmerecido) hacia el apóstol; esta gracia fue *más sobreabundante* (gr. *huperepleónasen*, con valor de superlativo, por el prefijo de aumento) cuanto más había abundado el pecado (v. Ro. 5:20b) en Pablo, *con la fe y el amor que es en Cristo Jesús* (comp. con 2 Ti. 1:13). Al comparar la vida espiritual con un árbol sano que crece y da buen fruto, vemos que la gracia es como la savia de la que el árbol se nutre, pues esa savia se halla en el buen terreno (o al cambiar la metáfora, en la cepa; v. Jn. 15:1 y ss.) que es Cristo; *en Cristo Jesús* significa *en unión con Él*, y a causa precisamente de esta íntima unión. La fe es la raíz con que chupamos la savia salvífica (Ef. 2:8), y el *amor* es la energía mediante la que se producen los frutos (v. Gá. 5:6).

5. De ahí pasa el apóstol (v. 15) a establecer un principio general: «*Es digna de fe y de toda aceptación la afirmación siguiente: que Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, el primero de los cuales soy yo*» (excelente versión de J. Collantes). Notemos aquí lo siguiente:

(A) La fórmula «*Fiel* (es) *la palabra*» (lit.), esto es, un mensaje digno de todo crédito, aparece sólo en las epístolas pastorales, aquí y en otros cuatro lugares (3:1; 4:8, 9; 2 Ti. 2:11–13; Tit. 3:4–8). Pone de relieve cuán fiable y digno de ser aceptado por todos es lo que en tales declaraciones se afirma.

(B) Lo que aquí afirma Pablo es el núcleo del Evangelio y puede compararse con Juan 3:16. Según el apóstol, el glorioso designio de la venida del Hijo de Dios a este mundo fue *salvar a los pecadores.* Esto mismo es lo que el propio Jesús había repetido (v. Mt. 9:13; Mr. 2:17; Lc. 5:32; 19:10). ¿Quién desesperará de la salvación, sabiendo que son precisamente *los pecadores* el objeto del amor salvífico de Dios y del Señor Jesucristo? Más aún, quien esté pensando en reformarse, en hacerse «bueno» para acercarse al Salvador, pierde el tiempo y se niega a sí mismo el beneficio de la gracia de Dios. El «Tal como soy …» de Carlota Elliot es lo único que podemos decir ante la Cruz del Señor. Leith Samuel ha escrito que «el cristianismo es la única religión en que los hombres pueden acercarse a Dios llevando solamente sus miserias y pecados».

(C) Con toda humildad, dice el apóstol que, de todos los pecadores del mundo, él es *el primero,* no en el tiempo (por supuesto), sino en la categoría que él mismo se aplica como ser el peor de todos (¡y lo dice casi al fin de su vida!) Es notable que, al hablar de sí mismo como *apóstol* (1 Co. 15:8), Pablo dice ser *el último de todos,* mientras que, al hablar de sí como *pecador,* se tiene por *el primero de todos:* el primero en la fila de los que, a no ser por la sobreabundante gracia de Dios, merecía la condenación.

6. Al poner, una vez más, de relieve su exquisita humildad, dice a continuación el apóstol (v. 16): «*Pero a causa de esto se me otorgó misericordia, a fin de que en mí el primero exhibiese Cristo Jesús toda la* (su) *longanimidad, para* (gr. *pros) modelo de los que iban a creer en Él para* (gr. *eis) vida eterna*» (lit.). Pablo dice aquí, ni más ni menos, que el fin próximo de la misericordia que le fue otorgada a él *como al primero de los pecadores,* tenía por objeto mostrar en público una longanimidad tan grande del Salvador (¡toda ella!, gr. *ápasan),* que nadie se sintiese en el futuro demasiado pecador como para no poder obtener perdón. Resulta muy interesante el vocablo griego que Pablo usa para «*modelo*», ya que el término griego *hupotíposin* (que sale únicamente aquí y en 2 Ti. 1:13) significa un esbozo hecho poniendo debajo el modelo de forma que sobre él pueda dibujarse una figura que siga en todo los contornos y formas del modelo. Frente a este estupendo modelo en que destaca la sobreabundante gracia de Dios con respecto al *primero de los pecadores,* cualquier otro pecador podría estar seguro de que, por

muchas y graves que fuesen sus transgresiones, nunca serían capaces de extenderse más allá de los contornos que el esbozo de la gracia de Dios presenta en Pablo.

7. El apóstol finaliza esta sección declarando, por medio de una fervorosa doxología, el fin último de todo desbordamiento de la gracia sobre el más grande de los pecadores: *«Así pues, al Rey eterno* (lit. *Rey de los siglos,* expresión que sale únicamente aquí y, en algunos MSS, en Ap. 15:3), *inmortal* (lit. *incorruptible,* como en 1 P. 1:4), *invisible* (comp. con 6:16), *al único Dios (lo* de *«sabio»* no tiene fundamento en los MSS; algún copista lo tomó prestado de Ro. 16:27), *sean dados honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén»* (NVI). Aunque lo de *«único Dios»* halla suficiente base en Deuteronomio 6:4, 5; Isaías 40:12–31; Juan 5:44; Romanos 16:21; 1 Corintios 8:4, 5; 1 Timoteo 6:15 y Judas 25, es extraño que los autores no citen Juan 17:3, donde conecta perfectamente en toda la riqueza de su sentido. Riqueza que W. Hendriksen describe (aunque sin citar Jn. 17:3) del modo siguiente: «Tal Dios, finalmente, es el "único" Dios; no meramente en el frío, abstracto, sentido de que numéricamente no hay más que *un* Dios, sino en el cálido, escritural, sentido; a saber, que este Dios *uno* es "único, incomparable, glorioso, digno de ser amado"».

Versículos 18–20

Después de esta digresión, mayormente de tipo personal, el apóstol repite el encargo a Timoteo, exhortándole a que cumpla su ministerio de una manera digna de su llamamiento (v. 18), portándose como un genuino creyente (v. 19a), no como algunos que se han apartado de la verdadera fe (v. 19b), entre los que Pablo menciona dos por su nombre (v. 20). Analicemos esta última porción del capítulo 1.

1. *«Este mandamiento,* dice Pablo (v. 18), *hijo Timoteo, te encargo, para que conforme a las profecías que se hicieron antes en cuanto a ti, pelees por* (lit. *en) ellas la buena batalla, manteniendo* (v. 19a) *fe y buena conciencia.»*

(A) El *mandamiento* (gr. *paranguelía)* que Pablo encarga a Timoteo es el que le ha dado en los versículos 3–11: «quedarse en Éfeso para que *mandase* (gr. *paranguéiles) …».* Aunque aquí da al encargo diferente expresión, la *«buena batalla, manteniendo fe y buena conciencia»* incluye el *mandar a algunos que no enseñen diferente doctrina.* Para apoyar con ternura la orden que le da, le llama de nuevo *«hijo Timoteo»,* cuyo sentido vimos ya en el comentario al versículo 2.

(B) Pablo alude a las *profecías que se hicieron antes en cuanto a Timoteo,* lo cual muestra que fueron más de una. Comentaremos esto en 4:14, que es donde el apóstol aporta más detalles en conexión con este aspecto. Podemos ya pensar en casos como los que se nos describen en Hechos 13:1–3; 14:23.

(C) La *«buena batalla»* (comp. con 6:12; 1 Co. 9:7; 2 Ti. 2:3, 4) requiere especialmente (v. 19a) fe (v. la armadura completa en Ef. 6:10–20). La *buena conciencia* nos lleva al v. 5. Aunque lo de *corazón limpio* de ese versículo 5 no sale aquí (sale en 2 Ti. 2:22), hallamos la expresión *limpia conciencia* en 3:9 y 2 Timoteo 1:3. Lo mismo que en 3:9, la *fe* en este versículo es la fe objetiva, esto es, la verdad del Evangelio.

2. Esta buena conciencia es la que *han arrojado de sí con violencia* (v. 19b), según el significado del verbo *apothéo* (comp. con Hch. 13:46), *algunos* (comp. con el *algunos* del v. 3). Al obrar de este modo, dichos individuos, dice el apóstol, *naufragaron en la fe.* Al perder la conciencia, semejante al timonel del barco, éste se quedó a la deriva e hizo que naufragase la fe. A la metáfora de la batalla, superpone ahora Pablo la del viaje por mar. Como dice Hendriksen, «el cristiano tiene que ser, no sólo un buen soldado, sino también un buen marinero».

3. Entre los que han sufrido este naufragio, Pablo menciona por su nombre a dos: *Himeneo y Alejandro* (v. 20). A Himeneo lo vemos mencionado de nuevo en 2 Timoteo 2:17, junto con un tal Fileto, *desviándose de la verdad* en cuanto a la doctrina de la resurrección. Alejandro era, y es, un nombre demasiado común; por lo que resulta muy problemática su identificación con el Alejandro de Hechos 19:33, 34 o con el de 2 Timoteo 4:14, 15, a quien Pablo tiene buen cuidado en mencionarle junto con el oficio que ejercía: *«el calderero»,* quizá precisamente para que no se le confundiera con ningún otro. Con respecto a estos dos, el apóstol ha tomado (v. 20b) una medida drástica: *«a quienes entregué a Satanás, a fin de que sean instruidos* (lit. *corregidos o disciplinados;* el mismo verbo de 1 Co. 11:32) *a no blasfemar».* Consideremos de cerca estas expresiones.

(A) Al comparar este versículo con 1 Corintios 5:2, 7, no puede dudarse de que se trata también aquí de lo que se llama «poner fuera de comunión».

(B) ¿Indica Pablo que, en este caso, la medida abarca algo más, como una enfermedad corporal, por ejemplo? (comp. con 1 Co. 11:30). Son muchos los que se inclinan por la afirmativa, especialmente por el objetivo que la medida perseguía: *que fuesen instruidos en cuanto a no blasfemar,* esto es, «a no hablar mal de Dios o, lo que es lo mismo, a no enseñar doctrinas falsas, apartando a otros del camino del Señor, como lo hiciera Elymas» (Collantes). En efecto, una grave enfermedad corporal puede ofrecer la ocasión de recapacitar y arrepentirse, ya que la intención de la medida usada por Pablo era medicinal.

(C) Si se corrigieron o no, el texto no dice más. Pero si el Himeneo es el mismo que vemos junto a Fileto en 2 Timoteo 2:17, y si este Alejandro siguió la misma ruta que estos dos, podemos decir que la medida no surtió efecto (al menos, duradero) y que ambos acabaron por apostatar de la fe. En este caso, podemos asegurar que no habían nacido de nuevo.

CAPÍTULO 2

Este capítulo se divide en dos partes. I. En la primera, Pablo exhorta a orar por todos los hombres, y se dirige especialmente a los varones (vv. 1–8). II. En la segunda, viene a detallar la función que las mujeres desempeñan en la congregación (vv. 9–15).

Versículos 1–8

Ésta es una porción de gran importancia doctrinal y que, a mi juicio, ha sufrido graves distorsiones a manos de muchos que se resisten a entenderla *tal como está.*

1. *«Exhorto, pues, ante todo,* dice Pablo (v. 1), *a que se hagan peticiones, oraciones, súplicas de intercesión y acciones de gracias por todos los hombres»* (NVI), es decir, por todos los seres humanos (gr. *anthrópon).* Vemos aquí lo siguiente:

(A) En el mismo tono que en 1:3, el verbo *parakaléin* indica *animar* a hacer algo que es de la mayor importancia y urgencia.

(B) Pablo quiere que se hagan oraciones públicas *por todos los seres humanos* SIN DISTINCIÓN NI EXCEPCIÓN. Está claro que de esas oraciones no excluye a nadie. Esto es de suma importancia para entender bien los versículos 4–6.

(C) Entre las clases de oración, el apóstol especifica *peticiones* (gr. *deéseis),* que comportan el sentido de necesidad, *oraciones* (gr. *proseukhás),* que indican un vivo deseo del alma, *intercesiones* (lit. gr. *enteúxeis),* término usado para indicar que la petición se hace a un superior, y *acciones de gracias* (gr. *eukharistías),* las cuales forman parte integral del culto de oración y no deberían faltar tampoco en las oraciones privadas.

2. En el versículo 2, el apóstol menciona personas que necesitan de modo especial las oraciones de los creyentes: *«por los reyes y por todos los que están en posición de altura* (lit.), esto es, en cargos de autoridad y responsabilidad especial, *para que podamos vivir una vida tranquila y apacible con toda piedad y dignidad».* Téngase en cuenta que cuando Pablo pide oraciones por los reyes, el rey que ocupaba el supremo trono del Imperio era ¡Nerón! Sean buenos o perversos los que ocupan los primeros puestos en el gobierno de la nación, necesitan de nuestras oraciones, no sólo por el bien espiritual y temporal de ellos mismos, sino en especial para que los ciudadanos vivan en condiciones de paz y seguridad, de modo que, en tal atmósfera, todos los creyentes puedan llevar, sin que nadie los estorbe, una vida piadosa y decorosa. *«Esto,* añade Pablo (v. 3), es decir, el orar por todos los hombres, *es bueno* (gr. *kalón,* hermoso, excelente) *a los ojos de Dios nuestro Salvador».* A Dios le agrada en gran manera que oremos por todos los hombres.

3. El apóstol aporta tres razones por las que es menester orar por todos los seres humanos:

(A) Por el deseo de Dios de que todos sean salvos (v. 4): «*el cual* (Dios) *desea* (gr. *thélei) que todos sean salvos y lleguen al pleno conocimiento de la verdad»* (lit.). Al ser ésta una de las razones por las que debemos orar por todos los seres humanos SIN EXCEPCIÓN (v. 1), es obvio que, en el pensamiento de Pablo, Dios desea la salvación de todos los hombres SIN EXCEPCIÓN. Nótese: (a) que el verbo *thélei* indica un deseo, no un decreto, de Dios. Si no todos se salvan, no es porque Dios los excluya *a priori* o les niegue la gracia necesaria para salvarse, sino porque la salvación personal depende de la fe personal y

no todos tienen fe (2 Ts. 3:2); (b) que, por tanto, el deseo amoroso de Dios está condicionado al ejercicio de la fe por parte del ser humano (comp. con Jn. 3:16). Decir que «si Dios quisiera que todos se salvasen, todos se salvarían» es torcer el sentido de las Escrituras y desconocer la diferencia entre la *obtención* de la redención y la *aplicación personal* de la redención.

(B) *«Porque* (v. 5) *hay un solo Dios y un solo Mediador entre Dios y los hombres,* (el) *hombre Cristo Jesús»* (lit.). En otras palabras, la unicidad universal del verdadero Dios, y la unicidad universal del Redentor, exigen que no se excluya a nadie de la oración en común. Dice J. Collantes: «Las oraciones del cristiano tienden a que los hombres se dobleguen libremente a los planes salvadores de Dios. No cabe excluir a nadie, puesto que nada ni nadie ha sido hecho por otro Dios. El orden de la creación, roto por el pecado (Ro. 5:12), fue restaurado por Cristo, que se ofreció a mediar entre Dios y los hombres. Su mediación es universal … Por ser Dios, es mediador universal; por ser Dios y hombre, está solidarizado con los dos extremos; por ser hombre, está más cerca de nosotros para mover nuestra confianza. Por eso pone san Pablo el acento en la humanidad: *Jesucristo hombre».* Sería más exacto decir que sólo como *hombre perfecto* puede ser Mediador a favor de los hombres, ya que, como Dios, no es un *medio,* sino uno de los *extremos* (comp. con Job 9:33).

(C) Porque la redención llevada a cabo en el Calvario tuvo carácter *universal* (v. 6): *«el cual* (Cristo hombre) *se dio a sí mismo en rescate* (gr. *antílutron) por todos* (¿excluye a alguien?), *de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo.* El gr. *antílutron* indica el precio que se paga por el rescate. Es notable el uso de la preposición *huper,* a favor de, tras de *antílutron,* donde el prefijo *antí* comporta la idea de sustitución («en lugar de»), como en Marcos 10:45 *(«lútron antí pollón»: rescate por muchos).* Dice D. Guthrie: «El rescate, es cierto, tiene valor infinito, pero los beneficios requieren apropiación. El apóstol da a entender aquí que, puesto que el rescate es adecuado para todos, Dios ha de desear la salvación de todos». La frase final del versículo 6 es demasiado concisa: *«el testimonio en sus propias sazones»* (lit.). Opina Guthrie que «es mejor asumir que "el testimonio" intentado es el acto de Dios al enviar a Su Hijo en el tiempo designado (cf. Gá. 4:4)». Sin embargo, y aun a la vista del contexto posterior, es preferible ver aquí la necesidad de proclamar en todo tiempo oportuno (comp. con 2 Co. 6:2) las verdades que anteceden (vv. 4–6).

4. A continuación, Pablo asegura que a él le fue encomendado *como predicador* (*kérux*, heraldo o proclamador) y *apóstol* (enviado), dar dicho testimonio (v. 7): *«Para lo cual fui puesto yo …».* La mención de ser *maestro de los gentiles* tiene que ver, a mi juicio, no sólo con su ministerio específico y cualificado de «apóstol de los gentiles», sino también porque los gentiles estaban fuera de la esfera del verdadero Dios y del Mesías, por lo que necesitaban con mayor urgencia *el pleno conocimiento de la verdad* del versículo 4b. Lo de *«en fe y verdad»* con que concluye el versículo 7 se entienden de muy diversas maneras por los distintos autores. Dice Hendriksen: «él (Pablo) y su mensaje eran usados por Dios para llevar a las mentes y corazones de los gentiles fe viva en la verdad del Evangelio». Para Guthrie, «*en fe y verdad* muestra la esfera de la enseñanza, y abarcar tanto el espíritu del maestro como el contenido del mensaje». Opino, con Holzmann, Von Soden y otros, que lo que Pablo indica aquí es que él es maestro de los gentiles con toda lealtad (o fidelidad) y verdad.

5. Termina Pablo esta exhortación a orar, dirigiéndose *a los hombres* (gr. *ándras*, varones): *«Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda»* (v. 8). Vemos aquí lo siguiente:

(A) Que Pablo se dirige a los varones, no a las mujeres, porque se trata de la oración eclesial, en la que, según él mismo dice en 1 Corintios 14:34, las mujeres debían callar. *«Quiero»,* dice; no aconseja; manda.

(B) *«En todo lugar»* no significa dondequiera se hallen, sino dondequiera esté reunida una congregación, como se ve por el contexto posterior.

(C) *«Levantando manos santas»* indica, primeramente, la postura de la oración, lo cual sólo tiene relevancia en la oración pública. Es una postura clásicamente «sacerdotal», de intercesión. Hendriksen ha encontrado unas ocho diferentes posturas de oración, ilustrándolas con muchos ejemplos, de los que citaremos uno en cada una: 1) de pie (Gn. 18:22); 2) con las manos levantadas hacia el cielo (como aquí); 3) inclinando la cabeza (Gn. 24:48); 4) elevando los ojos al cielo (Sal. 25:15); 5) de rodillas (2 Cr. 6:13); 6) postrándose rostro a tierra (Gn. 17:3); 7) inclinándose, con el rostro entre las rodillas (1 R. 18:42); 8) de pie, a lo lejos, golpeándose el pecho (Lc. 18:33). El apóstol añade que esas manos deben ser *santas* (gr. *hosíous*, que indica devoción y santidad interiores). Dice el Crisóstomo: «No lavadas con agua, sino puras

de avaricia, de asesinatos, de violencias». Esto no quiere decir que se excluya la pureza física de las manos, pues también ésta llegó a estar prescrita. *«Sin ira ni contienda»,* porque cuando un cristiano que se dispone a orar está amargado o indignado contra un hermano, no es posible que *levante manos santas.*

Versículos 9–15

Antes de entrar en esta porción, es conveniente que el lector repase lo que dijimos en el comentario a 1 Corintios 11:5 y ss.; 14:34, 35. Después de la exhortación a los hombres para que oren por quienes es debido, y de la forma que es adecuada, el apóstol va a decir qué función cumplen las mujeres en la congregación. Tres puntos contiene la exhortación que el apóstol les dirige: el atavío, el silencio y la virtud sin ostentaciones.

1. *«Asimismo,* dice Pablo (v. 9), *que las mujeres se atavíen con ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino* (v. 10) *con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad»* (comp. con 1 P. 3:3, 4). Lo de *«asimismo»* da a entender que es así como las mujeres deben presentarse en la congregación, pues *profesan piedad.* Dice Collantes: «Son mujeres que hacen ostensible su religiosidad al venir a los actos litúrgicos. Deben procurar no desprestigiar lo que profesan, con su manera de vestir». Pablo no prohíbe todo adorno, sino sólo el que comporta cara ostentación.

2. *«La mujer,* prosigue (vv. 11, 12), *aprenda en silencio, con toda sumisión. Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio.»* Es preciso repetir, para que este punto quede bien claro, que lo que el apóstol prohíbe a la mujer no es enseñar en casa, en la Escuela Dominical o en reuniones de mujeres, sino *enseñar autoritativamente en la congregación reunida como iglesia.* Puede, aun en tal caso, dar testimonio personal o informes misioneros, etc., pero no predicar autoritativamente la Palabra en una congregación ya organizada con sus correspondientes líderes varones. Las razones que aquí aporta el apóstol son dos: (A) *«Adán fue formado primero; después, Eva»* (v. 13); (B) en cambio, la mujer fue la primera en transgredir, fue seducida por la serpiente. No quiere decir que su pecado fuese mayor, sino que fue delante del hombre por el camino del pecado, por lo que ha de someterse ahora al papel de seguir al hombre (comp. con Gn. 3:16, al final). La primera razón se ve reforzada por otras dos que vemos en 1 Corintios 11:8, 9: La mujer fue hecha del hombre y para el hombre, no viceversa.

3. El versículo 15 requiere oportunas aclaraciones. Dice así literalmente: *«Se salvará, empero, mediante la procreación de hijos, con tal de que permanezcan en fe, en amor y en santificación, con* (gr. *metá,* preposición de compañía) *sensatez* (gr. *sophrosúne,* sano juicio)». Analicemos estas afirmaciones del apóstol:

(A) Lo primero que es menester advertir es que, con el empleo de la conjunción adversativa suave *de,* que traducimos por *empero,* Pablo da a entender que la mujer puede hacer algo con lo que contrarreste, por decirlo así, su inferioridad con respecto al varón en las reuniones eclesiales.

(B) Nótese el paso brusco del singular *(«se salvará»,* en voz pasiva) al plural *(«permanezcan»).* La razón de este paso es, a mi juicio, la siguiente: Pablo está refiriéndose, en el versículo 14 (contexto más próximo), a Eva, la primera mujer, y continúa refiriéndose a la mujer en singular, pero, al darle un carácter representativo, colectivo, no halla ningún inconveniente en concertarle un verbo en plural.

(C) El verbo *«será salva»* (en pasiva) no puede significar la eterna salvación; y eso, por dos razones: (a) el apóstol se está refiriendo a la mujer creyente y, por tanto, salva; (b) la salvación eterna no se obtiene por medio de la generación de hijos. La única interpretación que llena todas las condiciones que exigen, tanto el texto como el contexto, es que la esfera donde la mujer puede contrarrestar esa inferioridad respecto del varón es en la *crianza,* no en el mero *parto,* de los hijos (v. el comentario a Gn. 3:16). Ahí es donde ella se perfecciona espiritualmente y, por tanto, *se santifica.* Recordemos que el vocablo *salvación* es un concepto complejo y continuo que abarca la justificación, la santificación progresiva y la glorificación final. Y para que nadie piense que el criar bien a los hijos santifica ya, como automáticamente a una mujer creyente, el apóstol añade que es menester que las mujeres cristianas practiquen las virtudes que mejor las caracterizan: fidelidad, amor, pureza moral y sensatez. Dice Hendriksen: «El pensamiento completo es, pues, como sigue: si las mujeres que son miembros de la iglesia permanecen en la fe, el amor y la santificación, entretanto que ejercitan el debido dominio de sí

mismas y la reserva, hallarán su gozo y salvación en llevar hijos para la gloria de Dios, sí, en todas las obligaciones y alegrías de la maternidad cristiana».

CAPÍTULO 3

En este capítulo, Pablo expone las cualidades que deben adornar I. a los ancianos de las iglesias (vv. 1–7); II. a los diáconos (vv. 8–13). III. Declara finalmente los motivos que tiene para darle por escrito estas instrucciones (vv. 14–16).

Versículos 1–7

El apóstol Pablo tenía en Timoteo y Tito (comp. 1 Ti. 1:3 con Tit. 1:3) dos ayudantes en quienes delegaba su autoridad en orden a la organización y administración de las iglesias. Ésa es la razón por la que a Timoteo, lo mismo que después a Tito (v. Tit. 1:6 y ss.), les da instrucciones sobre las cualidades que deben adornar a los líderes de las iglesias. Comienza por los ancianos, a quienes llama aquí *epískopos*, supervisor.

1. Antes de pasar a declarar las cualidades de un «supervisor», dice que (v. 1) «*Si alguno anhela oficio de supervisor, buena obra desea*», esto es, ha puesto los ojos en una ocupación, de suyo, excelente. Lo confirma anteponiendo una de las cinco expresiones *«Fiel es la palabra»*, que ya hemos visto en el comentario a 1:15. Que el *supervisor u obispo* es la misma persona que el *anciano*, puede verse si comparamos, en Hechos 20, el versículo 17 *(«ancianos»)* con el versículo 28 *(«supervisores»)* y, en Tito 1, el versículo *5 («ancianos»)* con el versículo 7 *(«supervisor»).* También es conveniente tener en cuenta que el singular *«supervisor»*, tanto aquí (v. 2) como en Tito 1:7, no significa que haya de haber en cada iglesia un solo supervisor (el apóstol se limita a dar sus cualidades, no su número); de Hechos 20:17 se deduce que, más bien, existía la pluralidad de ancianos en muchas, si no en todas, las iglesias. Finalmente, diremos que el vocablo *anciano* connota un contexto judío, mientras que *supervisor* es de extracción griega, tanto que, en los medios griegos, tal título se daba también a los que velaban por el buen orden y el trabajo eficiente en profesiones seculares.

2. El apóstol pasa luego a describir las cualidades que se requieren. («*Es necesario*», dice) en todo anciano o supervisor de una congregación cristiana. Estas cualidades son nada menos que dieciséis:

(A) El griego *anepílemptos*, que suele traducirse por *irreprensible*, es un término que sale únicamente tres veces en todo el Nuevo Testamento y precisamente en esta epístola (aquí, en 5:7 y 6:14); significa literalmente «*que no hay por dónde agarrarle*» (en buen sentido), es decir, no da motivo a nadie para que pueda atacarle. Es una cualidad genérica.

(B) Lo de *«marido de una sola mujer»* se ha interpretado de distintas maneras. Difícilmente puede sostenerse la opinión de que Pablo prohíbe aquí la poligamia simultánea, ya que ésta está vedada a todo creyente y, aun por ley natural, a todo hombre. Lo más probable es que se refiera a las segundas nupcias, las cuales, en el contexto espaciotemporal de la epístola, estaban mal vistas, incluso entre los sacerdotes paganos. Esto hizo exclamar a san Jerónimo: «Es nuestra condenación si no podemos hacer por Cristo lo que el error hace por el mal». De aquí, sin embargo, no puede deducirse que las segundas nupcias de cualquier ministro de Dios sean ilegítimas, pues podríamos invocar aquí lo que Pablo mismo dice en 1 Corintios 7:9.

(C) «*Sobrio*» (gr. *nephálios)* significa *«moderado»* en todo, no sólo en el uso del vino, pues sobraría lo de *«no dado al vino»* del versículo 3.

(D) *«Prudente» o sensato* (gr. *sóphron)* es el que dispone de una mente sana, es decir, juiciosa.

(E) *«Ordenado»* (gr. *kósmios)* es el que se comporta con educación, con decencia y, como lo dice la etimología, con orden. Ya dice el antiguo proverbio latino: «Guarda el orden, y el orden te guardará». Sin orden, no se puede llevar bien la administración, ni de una iglesia ni de una casa.

(F) *«Hospedador»* u *hospitalario* (gr. *philóxenos;* lit. amigo de extranjeros) fue siempre una cualidad muy estimada en la primitiva iglesia (comp. con He. 13:2). Como dice D. Guthrie, «sin la voluntaria hospitalidad de los cristianos, la expansión se habría visto seriamente retrasada».

(G) *«Apto para enseñar»* indica la suficiente competencia en el conocimiento de la Palabra de Dios, así como la aptitud para comunicar a otros las verdades fundamentales del cristianismo. Esto requiere, por supuesto, haber sido enseñado de forma conveniente (comp. con 2 Ti. 2:2).

(H) El griego *pároinos*, que suele traducirse por *«dado al vino»* (v. 3), indica efectivamente en el griego clásico *el que es adicto al vino.* No prohíbe el uso, sino el abuso, del vino o bebidas similares. El prefijo *pará* describe bien al que siempre tiene al lado la botella.

(I) *«Pendenciero»* es un epíteto suave para designar al que fácilmente llega a las manos, según indica el griego *plektés*. Dice Tomás de Aquino (citado por Collantes): «Convenientemente menciona éstos después del vino, porque los borrachos golpean a la menor provocación».

(J) En contraposición con lo de *«pendenciero»* (lo que sigue en la Reina-Valera «no codicioso de ganancias deshonestas», no está en el original), dice de inmediato el apóstol: *«sino indulgente»* (o *conciliador;* gr. *epieikés*. V. el comentario a Fil. 4:5). *«Mesurado»* podría ser también una buena traducción en este contexto, en que se pide al anciano que frene su genio.

(K) El griego *ámakhon* significa literalmente «el que no pelea», por lo que *«enemigo de contiendas»* es una buena traducción.

(L) *«No avaro»* (gr. *aphilárguiron)* es, literalmente, *el que no es amigo de la plata;* en otras palabras, el que no tiene el corazón apegado al dinero, pues eso conduce a la idolatría: a servir a Mammón (comp. con Mt. 6:24; Ef. 5:5; Col. 3:5).

(M) *«Que gobierne bien su casa»* (v. 4). El griego *proistámenos* ha salido ya en Romanos 12:8 y 1 Tesalonicenses 5:12 aplicado a los que presiden el culto; aquí el sentido de «gobernar» es el que exige el contexto. Un líder de iglesia necesita, en cierta medida al menos, dotes de gobierno. Si estas dotes de gobierno no se manifiestan en la pequeña casa de su familia, ¿cómo podrán manifestarse en otra casa mayor, y en medio de problemas de toda índole, que es la iglesia? Eso mismo es lo que el apóstol se pregunta explícitamente en el versículo 5.

(N) Si bien es cierto que la segunda parte del versículo 4 está incluida en el buen gobierno que el anciano o supervisor ha de tener de su casa, Pablo especifica un aspecto de ese gobierno, al decir *«que tenga a sus hijos en sumisión con toda dignidad».* El griego *semnótes* significa seriedad, pero el apóstol no insinúa que todo haya de ser caras largas y restricciones innecesarias en la casa del ministro de Dios, sino que el comportamiento de los hijos de tal familia ha de ser decente, ordenado (sin frivolidad ni jaranas) y ejemplar. Ésa es una de las cargas que, junto con especiales privilegios, tienen que soportar los hijos de los ministros del Señor, pues la gente suele culpar a los padres del mal comportamiento de los hijos.

(O) En el versículo 6, el apóstol requiere que no se designe anciano a un *neófito* (palabra griega que significa «nueva planta»), es decir, a un recién convertido. La razón que aquí alega el apóstol no es falta de competencia o de experiencia, sino el peligro de que el promocionado a tal cargo *se envanezca*. El verbo *tuphóo* que Pablo usa aquí (con 6:4 y 2 Ti. 3:4, son las únicas veces que tal verbo ocurre en el Nuevo Testamento), del que se deriva el vocablo castellano *tufo,* connota, como se ve por el parentesco con el verbo *túphomai,* la idea de verse envuelto en una nube de humo, lo que dificulta la correcta visión. El apóstol añade que, al envanecerse, el neófito, designado prematuramente anciano, podría *caer en la condenación del diablo;* es decir (con la mayor probabilidad) en la sentencia (gr. *kríma)* pronunciada contra Satanás, quien también se envaneció hasta apetecer sentarse en el trono de Dios (v. Is. 14:14; Ez. 28:17 y comp. con 2 Ti. 3:4; 2 P. 2:4).

(P) Finalmente, el apóstol requiere que el anciano o supervisor *tenga buen testimonio de los de afuera* (v. 7), *para que no caiga en descrédito y en lazo del diablo.* «Los de afuera» son, por supuesto, los inconversos. Dice W. Hendriksen: «La necesidad de añadir esta exigencia se sigue del hecho de que, con frecuencia, tales "externos" saben del hombre en cuestión más que los miembros de la iglesia. Con frecuencia ocurre, por ejemplo, que la mayoría o todos los que están con él en su ocupación de cada día son incrédulos». Si su reputación entre los de fuera no es buena, *caerá en el descrédito* de tales compañeros de trabajo y *en lazo del diablo,* quien lo habrá atrapado en la esfera de su poder. «Podemos imaginarnos, comenta Hendriksen, el saludo que, a la mañana siguiente a su inmerecida promoción al oficio, le darán los que trabajan con él, al añadir la siguiente exclamación: ¿Qué oímos ahora de ti? ¿De veras te han hecho anciano … *a ti?»* Un peligro ulterior, que también menciona Hendriksen (una caída más honda en el lazo tendido por el diablo, diría yo), es que tal persona podría endurecerse, y llegar a

pensar: «Si, a pesar de mi conducta, todavía he sido designado anciano, seguramente podré salirme con lo que quiera».

Versículos 8–13

Después de detallar las cualidades que deben hallarse en los ancianos o supervisores, el apóstol pasa ahora a tratar de los requisitos que han de hallarse en los diáconos. Recuérdese lo dicho en el comentario a Hechos 6:5, donde ya advertimos que no consta que los diáconos allí mencionados desempeñasen el cargo ministerial que se atribuye a éstos de 1 Timoteo 3:8 y ss. (dígase lo mismo de los mencionados en Filipenses 1:1 que, como los de aquí, desempeñan ministerio de carácter espiritual). Las cualidades que en ellos requiere el apóstol son las siguientes:

1. *«Deben ser* (v. 8) *personas respetables* (gr. *semnoús*, serios, de porte digno)». Su respetabilidad ha de nacer del interior de un corazón lleno del Espíritu Santo, algo que necesitan tanto y más que los siete elegidos en Hechos 6.

2. *«Sin doblez de palabra.»* La razón por la cual no se menciona este requisito en las cualificaciones de los ancianos es, a mi juicio, muy sencilla: Son precisamente los diáconos, como ministros subalternos de la congregación, los que están (o deben estar) más en contacto con el grueso de la comunidad eclesial y, por eso, les acecha la tentación de querer complacer a varios creyentes, decir una cosa a uno y otra muy diferente a otro, o una cosa a los miembros de la congregación y otra a los ancianos.

3. *«No dados a mucho vino»* es una expresión que amplifica algún tanto, especificándola bien, la cualificación requerida en el anciano en el versículo 3.

4. *«No codicioso de ganancias deshonestas»* (lit. vergonzosas), es algo que se menciona aquí, no en el versículo 3 (v. el comentario a dicho versículo). Entre los requisitos de los supervisores, Pablo ha mencionado (v. 3, al final): *no avaro* (lit. *no amigo de la plata).* Aquí se refiere a algo peor, en lo que los diáconos, por estar encargados (o deben estarlo) de las finanzas de la congregación, corren mayor peligro. Dice Hendriksen: «El hombre que Pablo tiene aquí en mente es el de espíritu mercenario, que va siempre en busca de riquezas, y ansía aumentar sus posesiones sin atender al método, ya sea correcto o impropio».

5. *«Que guarden* (v. 9) *el misterio de la fe con limpia conciencia.» El misterio de la fe* equivale, sin duda, al *misterio de la piedad* (v. 16). Por tanto, lo que el apóstol requiere de los diáconos es que se adhieran a la sustancia de la fe cristiana *con una conciencia limpia,* que se esmera en poner por obra la doctrina de la salvación.

6. También exige que sean *irreprensibles* (v. 10, al final). El vocablo griego *(anénkletos)* no es el mismo que aparece en el versículo 2 aplicado a los supervisores, pero sí se aplica a éstos en Tito 1:7. El término griego significa literalmente «no acusado de cargo alguno» (comp. con Ro. 8:33: *«¿Quién encausará …?»).* Es, pues, una persona a quien nadie puede acusar de ningún crimen. Es un requisito para ejercer dignamente el diaconado y, como exige Pablo, *deben ser sometidos a prueba primero* (v. 10a). Aunque esto no quiere decir que hayan de pasar por un período de tiempo de probación, si que indica el suficiente escrutinio para percatarse de sí el candidato posee o no las cualidades requeridas. Aunque Pablo no menciona aquí lo de *«no neófito»* (v. 6), es lo más probable que tal requisito vaya implícito en lo de *ser sometido a prueba.*

7. Como en el caso de los supervisores o ancianos (v. 2b), también a los diáconos exige Pablo (v. 12) que *sean maridos de una sola mujer.* Con respecto a ellos, pues, vale el comentario al versículo 2.

8. Igualmente repite Pablo para los diáconos (v. 12b) lo mismo que requiere en los ancianos (v. 4): «*y que gobiernen bien sus hijos y sus casas*». Véase el comentario al versículo 4. Pero el apóstol añade ahora, con un *«porque»* (v. 13) algo así como una consecuencia, un hecho experimental: *«Porque los que han ejercido* (lit. *ejercieron,* en aoristo) *bien el diaconado, obtienen para sí una posición* (lit. *un escalón) honrosa* (gr. *kalón,* excelente, como en el v. 1), y *mucha confianza en la fe que es en Cristo Jesús».* Dos detalles requieren análisis especial:

(A) Lo de *«posición»* (lit. *escalón)* se interpreta de varias maneras: (a) como una parte del *escalafón* que puede llevar al oficio de anciano o supervisor; (b) como un puesto en que el diácono se ha ganado el honor y la estima de la congregación; (c) como una posición delante de Dios. Como dice D. Guthrie, la primera interpretación está fuera de contexto. Scott hace notar que «tornaría ridículas las instrucciones anteriores si ése hubiese de ser el principal atractivo del oficio de diácono». La tercera interpretación tiene alguna probabilidad, pero, como apunta D. Guthrie, «la transición del pensamiento desde las

cualificaciones morales a la condición espiritual resulta más difícil que la que requiere la segunda interpretación»; por lo que esta segunda, numerada como (b), es la más probable de las tres.

(B) La *«mucha confianza* (gr. *parrhesían*, vocablo que ya hemos visto repetidamente) en la fe que es en Cristo Jesús» es algo que sólo puede entenderse correctamente si se toma *fe* en sentido subjetivo: la fe que el sujeto ejercita. Esa fe que tiene su objeto central en Cristo Jesús es la que se ve animada, envalentonada (por decirlo así), cuando el diácono tiene conciencia de que *ha ejercido su oficio bien.*

Hemos dejado para el final de esta sección el versículo 11, por ser como una digresión parentética, dentro de las cualificaciones que se requieren en los diáconos. El hecho mismo de que se halle en medio de dichas cualificaciones es suficiente motivo para ver en estas mujeres, no una especie de diaconisas, sino las mujeres de los propios diáconos. Dos razones principales abonan esta afirmación: 1) el apóstol dedica gran parte del capítulo 5 para hablar de las mujeres que pueden prestar algún servicio en la congregación; 2) si Pablo quisiera referirse a un oficio especial de diaconisas, lo habría puesto aparte y no en medio de los requisitos de los diáconos. La mayoría de los autores, tanto antiguos como modernos, se pronuncian a favor de que sean, efectivamente, *diaconisas;* pero los mejores, aunque no tan numerosos, comentaristas (entre los que se cuentan Tomás de Aquino, Lutero, Prat, Knabenbauer y J. Jeremías) opinan que se trata de *las mujeres de los diáconos,* lo cual J. Collantes demuestra con muy buenas razones.

La principal objeción que se ha presentado contra la opinión que defendemos es que, al hablar de los supervisores, Pablo no hace ninguna mención de sus mujeres. Sin embargo, hay, a mi juicio, una razón muy poderosa para que se mencionen las mujeres de los diáconos, y no las de los supervisores, y es que los supervisores ejercen su función en un plano netamente espiritual, elevado sobre las contingencias financieras, de visitación, etc., por lo que sus mujeres hacen bastante con ser buenas amas de casa, aparte del ejemplo especial que han de dar como mujeres de los ancianos; en cambio, las mujeres de los diáconos, por estar éstos más implicados en cosas de orden temporal, han de participar en funciones similares a las de sus maridos y han de comportarse de forma que no perjudiquen a la buena reputación de ellos.

Sea como sea, los requisitos que el apóstol desea en estas *mujeres* son cuatro: (A) *respetables* (gr. *semnás,* el mismo vocablo—en femenino—del v. 8); (B) *no calumniadoras* (lit. *no diablos);* (C) *sobrias* (el mismo vocablo del v. 2) y (D) *fieles en todo,* es decir, que sean de fiar en todo lo que les pertenece hacer.

Versículos 14–16

En estos versículos, el apóstol viene a exponer los motivos que tiene para dar por escrito las instrucciones precedentes.

1. Dice así en los versículos 14, 15a: *«Esto te escribo, aunque tengo la esperanza de ir pronto a verte, para que, si tardo, sepas cómo conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente».* Conviene hacer aquí las siguientes observaciones:

(A) Hay quienes opinan, basados en el versículo 14, que a Pablo le faltó la necesaria previsión para dar a Timoteo las instrucciones precedentes mientras éste se hallaba todavía en Éfeso, o que Timoteo era todavía tan inmaduro que necesitaba se le diesen estas instrucciones elementales. Por lo que sabemos de otros lugares, ninguna de las dos hipótesis tiene fundamento alguno. Lo más probable es: (a) que Pablo quiera respaldar por escrito, con su autoridad apostólica, instrucciones que, en todo o en parte, había dado ya de palabra a Timoteo; (b) como hace notar Collantes, el apóstol usa el presente *(«te escribo»),* en lugar del aoristo, con lo que quizás se refiere, no sólo a las instrucciones precedentes, sino a todo el contenido de la Epístola.

(B) El texto griego omite el *te* en el vocablo *conducirte* (v. 15a), pero, a la vista de la insistente repetición de dicho pronombre, es lo más probable que también aquí haya de suplirse *te,* en lugar de la expresión indefinida *«conducirse».*

(C) El apóstol llama a la iglesia *«la casa de Dios».* Discuten los autores *si casa* ha de tomarse aquí en el sentido de *familia,* como en los versículos 4, 5 y 12, o en el sentido de *templo espiritual,* por lo que añade que es la *iglesia del Dios viviente* (en contraste con los templos de los ídolos inertes; comp. con 1 Ts. 1:9, 10).

(D) En el original, *iglesia* no va precedida del artículo, lo que, como dice D. Guthrie, «sugiere que de nuevo se connota primariamente la iglesia local». A mi juicio, esto no tiene por qué decidir el sentido de la última frase del versículo 15.

2. Los epítetos que, en la frase final del versículo 15, pone a la iglesia el apóstol *(«columna y baluarte de la verdad»)* han servido para que la Teología de la Iglesia de Roma haya visto aquí un argumento a favor de la infalibilidad de la Iglesia Universal. En el extremo opuesto, Bengel defiende que estas palabras hay que unirlas a lo que sigue (v. 16). Esto, sin embargo, es indefendible, no sólo por la retorcida construcción gramatical que supone, sino, más aún, por el anticlímax (descenso en el énfasis) que produce: *«columna ... «baluarte ... «grande»...* Para dar con el correcto sentido de dichos epítetos, es menester tener en cuenta lo siguiente:

(A) Está fuera de toda duda que los epítetos *«columna y baluarte de la verdad»* (o, si se prefiere, la hendíadis resuelta en *«columna sólida de la verdad»)*, esto es, de la fe cristiana, se refieren a la iglesia, no a Timoteo, por supuesto, ni al *«misterio de la piedad»* del versículo 16. No hay que perder de vista que Pablo tiene en mente la iglesia local de Éfeso, aunque esto es secundario, ya que las iglesias locales no son partes de un todo más amplio que las complete, sino células en que el misterio y la misión del Cuerpo de Cristo brotan y se desarrollan en plenitud, sin depender de las demás comunidades cristianas, aunque deben guardar con ellas la unidad de fe y de práctica que caracterizan al Camino, según se describe a la Iglesia en Hechos.

(B) Que la Iglesia sea *columna sólida de la fe cristiana* no puede significar en modo alguno que una iglesia local, ni todas juntas, disponga de un carisma especial de «infalibilidad», según reclama la Iglesia de Roma para sí. Y esto por las siguientes razones:

(a) Tanto la Historia de la Iglesia como la propia Escritura muestran abundantemente que ninguna comunidad cristiana ha demostrado ser infalible, sino que todas se han equivocado gravemente más de una vez, hasta llegar a enseñar doctrinas contradictorias entre sí.

(b) Es totalmente antibíblico, contrario enteramente a la propia mentalidad paulina, el que sea la Iglesia la que garantice de modo infalible la verdad de la fe, cuando es la verdad revelada la que ha de garantizar, no la infalibilidad, sino la fidelidad de las iglesias.

(c) La única interpretación que hace justicia, tanto al texto presente, como al contexto general de las Escrituras, es que la iglesia, cada comunidad de fieles cristianos, tiene el privilegio y la responsabilidad de mantener en alto la verdad del Evangelio para su propia edificación y para su proclamación a todas las gentes. Dice D. Guthrie: «Es importante percatarse de que, en el griego, no aparecen artículos ni con *"columna"* ni con *"baluarte",* y esto debe ser considerado como hecho intencionadamente. Un edificio necesita más de una columna y Hort tiene, sin duda, razón al suponer que aquí se tiene en cuenta a "cada comunidad *(society)* viva de cristianos"».

3. En el versículo 16, el apóstol describe el *«misterio de la piedad»* con seis concisas frases, estructuradas de tal forma que, según opinión común, formaban ya algo así como un himno en la primitiva Iglesia; ésa es también la razón por la que aparece en nuestras versiones de ese modo. Conviene dar primero el texto del versículo lo más literalmente posible: «Y, *confesadamente* (esto es, *por confesión unánime), grande es el misterio de la piedad: El cual* (en masculino, según importantes MSS; en neutro, concertando con "misterio", según muchos otros MSS) *fue manifestado en carne; fue justificado en Espíritu; fue visto por los ángeles; fue proclamado entre los gentiles; fue creído en* (el) *mundo; fue recibido arriba* (el mismo verbo de Hch. 1:11b) *en gloria»*.

(A) Antes de entrar en el análisis del texto, es preciso hacer las siguientes observaciones: (a) Como puede verse, en el original falta el sujeto expreso de todos los verbos (en aoristo) que siguen. (b) *El misterio de la piedad* es, sin duda, equivalente al *misterio de la fe* del versículo 9. El misterio se refiere, pues, al Cristo personal, no al Cristo espiritual, místico (la Iglesia), según intenta demostrar Bullinger, quien alega que «de lo contrario, los tres últimos hechos al final del versículo están fuera de orden». Contra esto está, *en primer lugar,* lo sumamente extraño que resultaría, en este punto, presentar, con un aoristo proléptico, el futuro arrebatamiento de la Iglesia; *en segundo lugar,* Pablo usa aquí el mismo verbo de Hechos 1:2, 11, muy distinto del de 1 Tesalonicenses 4:17, donde menciona el arrebatamiento; en *tercer lugar,* estamos (con la mayor probabilidad) ante la cita parcial de un himno, donde no ha de extrañar que se den estas aparentes anomalías (falta de orden cronológico, ausencia de elementos doctrinales tales como la muerte y la resurrección del Señor); y, *en cuarto lugar,* lo de *«fue manifestado*

en carne», además de cuadrar mal con una alusión al Cuerpo espiritual de Cristo, guarda gran semejanza con el *«ha venido en carne»*, atribuido expresamente a *Jesucristo* en 1 Juan 4:2.

(B) Tras de estas observaciones, podemos entrar ya en el análisis de las seis frases que describen compendiosamente *«el misterio de la piedad»:*

(a) *«Fue manifestado en carne»*. Aunque *«Dios»* aparece a la cabeza de esta frase en gran número de MSS menos importantes, más bien parece desafortunado relleno de copistas, pues en la mente de Pablo y, en especial, en este contexto, resulta inaudita la idea de Dios Padre (gr. *Ho Theós*, sin más) *manifestado en carne*. Todavía es menos probable si va sin artículo, como figura en la casi totalidad de dichos MSS menos importantes, pues tendríamos *Theós*, ¡sin artículo! como sujeto de la oración, cosa impensable tratándose de una persona. Sólo pueden entenderse, pues, si se refiere a *Cristo Jesús*, aunque no aparezca tal nombre, debido, sin duda, a que Pablo no cita el himno entero. La verdad que aquí se nos presenta es la misma que tenemos, de un modo u otro, en Juan 1:1, 14; 2 Corintios 8:9; Gálatas 4:4; Filipenses 2:5–11.

(b) *«Fue justificado en el Espíritu* (o *espíritu)»* (lit.). Esta frase puede entenderse de dos maneras: *primera*, entender por *«Espíritu»* (con mayúscula) la persona del Espíritu Santo, querría decir que Cristo fue *vindicado por* el Espíritu Santo (comp. con Jn. 16:10); *segunda*, entender por *espíritu* (con minúscula) la esfera (opuesta a la *carne)* en que Cristo fue *justificado, o vindicado*, en el sentido en que leemos, en Romanos 1:4, *«declarado Hijo de Dios con poder»*. Esta segunda interpretación es preferible por el doble paralelismo de la preposición griega *en* y de la antítesis *«carne-espíritu»*.

(c) *«Fue visto por los ángeles»* resulta, para muchos, una frase oscura. Sin embargo, no cabe duda de que, una vez mencionada, en el contexto próximo anterior, la resurrección del Señor, este otro miembro alude a pasajes como Mateo 28:2–7; Marcos 16:5–8; Lucas 24:4–7 y Juan 20:12, 13. Para ver el interés de los ángeles en el *misterio de la piedad*, basta con leer, además de los lugares citados, Lucas 2:9–14; Mateo 4:11 (siguiendo así el orden cronológico); Hechos 1:10, 11. Véase también el interés que muestran en conocer todo el programa divino de redención (1 P. 1:12). Así opina W. Hendriksen, a cuya opinión nos adherimos.

(d) *«Predicado* (lit. *proclamado) entre los gentiles»*. Esto sigue naturalmente al hecho de la resurrección de Cristo, pues fue entonces cuando el Señor comisionó a los discípulos reunidos en el monte de la Ascensión para que *hiciesen discípulos de entre todas las naciones* (Mt. 28:19), donde el vocablo griego *éthne* es el mismo de aquí.

(e) *«Creído en el mundo»* viene a ser la contraparte de la proclamación del misterio: esta proclamación tuvo acogida *en el mundo*, entre toda clase de personas de toda tribu, nación y raza. Algunos, entre ellos Bullinger, toman esto como el resultado final de la proclamación del Evangelio en la presente dispensación. Sin embargo, estoy de acuerdo con D. Guthrie cuando dice: «Pero quizá no indica otra cosa que el hecho de que el proclamado Mesías es recibido por fe en esta esfera del mundo (usado aquí el vocablo sin connotación moral), en contraste con la ascensión en gloria con que concluye el himno».

(f) *«Recibido arriba en gloria»* se refiere a la ascensión al cielo. El verbo griego *analambáno*, que aquí aparece en aoristo de la voz pasiva, es aplicado a la ascensión del Señor, además de aquí, en Marcos 16:19 y Hechos 1:2, 11, 22. El nombre de la misma raíz, *análempsis*, se aplica también a la ascensión de Cristo en Lucas 9:51.

(C) Sólo resta por observar la simetría del himno en esta porción: La frase primera *(«manifestado en carne»)* empalma con la cuarta y quinta—las analizadas en las letras (d) y (e)—, mientras que la segunda frase *(«justificado en el espíritu»)* empalma con la tercera y la sexta—las analizadas en las letras (c) y (f)—. Un amplio estudio de esta simetría puede verse en el comentario de W. Hendriksen.

4. La razón por la que Pablo se ha detenido a declarar todo esto, sin aparente conexión con el versículo 15, no puede ser meramente que su pensamiento le haya llevado a ello después de mencionar *«la verdad»*, esto es, la fe cristiana, sino que deliberadamente ha descrito el núcleo del misterio de la piedad, a fin de que Timoteo lo tenga en cuenta para conducirse como es debido y para saber cómo ha de tratar a los que enseñan doctrinas heterodoxas (1:3–7; 4:1 y ss.). Así, el empalme con el capítulo 4 resulta más suave.

CAPÍTULO 4

En este capítulo, I. el apóstol describe la inminente apostasía en su carácter siniestro (vv. 1–5). II. Le dice a Timoteo cómo debe portarse en tales circunstancias: 1. nutriéndose con la buena doctrina y ejercitando la piedad (vv. 6–13); 2. ejercitando el don que le fue conferido (vv. 14–16).

Versículos 1–5

1. La conjunción adversativa suave *de* con que se establece la conexión con el capítulo precedente puede cómodamente suprimirse, como hace la NVI. En realidad, dicha conjunción marca aquí cierto contraste con lo que Pablo acaba de decir acerca del *misterio de la piedad.* Ese contraste aparece, del modo más claro, en el versículo 7.

2. El apóstol describe el contenido de la apostasía en los versículos 1–3, y refuta el fundamento gnóstico-maniqueo que subyace a las falsas doctrinas de los seudodoctores en los versículos 4 y 5.

3. Comienza diciendo (v. 1): *«El Espíritu dice claramente que, en los últimos tiempos, algunos abandonarán la fe e irán en pos de espíritus engañadores y de enseñanzas propias de demonios»* (NVI). Veamos:

(A) El ministerio del Espíritu Santo en revelaciones de tipo apocalíptico se pone de relieve con ese *«dice claramente (o expresamente) …»,* ya que al presente continuativo griego *léguei* añade el adverbio *rhetós,* expresamente, sin vaguedad de ninguna clase. En Hechos 20:29, 30, el apóstol había advertido a los ancianos de Éfeso lo que él sabía que iba a suceder sin tardar mucho. En Colosenses 2:16–23, había vuelto a la carga, porque el error gnóstico-judaico se estaba introduciendo. Ahora lo expone en todo su siniestro carácter.

(B) *Los últimos tiempos* (comp. con 1 Jn. 2:18) no son los días anteriores al Juicio Final, sino, como ya hemos dicho en otras ocasiones, representan todo el espacio de tiempo entre la Primera y la Segunda Venidas del Señor, especialmente desde el momento en que se presenta una oposición cerrada contra Cristo y contra el cristianismo. Por eso, dice 1 Juan 2:18b: *«aun ahora han surgido muchos anticristos»*. En realidad, «Pablo vuelve aquí a su ataque contra la herejía» (Ryrie).

(C) Inspirado por el Espíritu, Pablo dice que *algunos apostatarán* (gr. *apostesóntai,* de donde se deriva *apostasía) de la fe;* es decir, se apartarán definitivamente de la doctrina ortodoxa cristiana. El verbo griego es mucho más fuerte que el empleado en 1:6 para *«desviándose»* y hasta más que el usado en 1:19 para *«naufragar»*.

(D) Pablo atribuye la causa de esta apostasía a que los aludidos en el pronombre indefinido *«algunos», están escuchando* (participio de presente) o, más literalmente, *se están adhiriendo* (el mismo verbo de 1:4 y 3:8) *a espíritus engañadores* (comp. con 1 Jn. 4:6) y *a doctrinas de demonios.* No se trata de dos agencias distintas del error, sino a una sola, y pone de relieve, la primera frase, la enseñanza, y la segunda, los maestros del error, ya que, en último término, los falsos doctores humanos enseñan doctrinas inspiradas por los demonios (comp. con Ef. 6:11, 12).

4. Continuando con la exposición de tales falsas enseñanzas (vv. 2, 3), dice Pablo de los falsos maestros humanos, inspirados por los demonios: *«Que están hablando mentiras con hipocresía, habiendo cauterizado su propia conciencia, que están prohibiendo casarse (y están mandando) abstenerse de alimentos que Dios creó para tomarse con acción de gracias por parte de los fieles y de los que han conocido plenamente la verdad»* (lit.). En esta versión literal del pasaje, vemos que:

(A) Estos falsos maestros, inspirados por los demonios, *hablan de continuo mentira con hipocresía.* Esto significa que ocultan la falsedad con capa de verdad y de sinceridad; introducen el veneno al aparentar que dicen la verdad y que buscan el bien de los oyentes (comp. con Gn. 3:1–5, donde se escucha al consumado Maestro de la mentira, así como con Jn. 8:44; Ef. 4:14).

(B) Mediante el uso del participio de pretérito perfecto *(«habiendo cauterizado …»),* cronológica y lógicamente anterior al participio de presente *«que hablan mentiras …»,* el apóstol da a entender que la desvergüenza con que los falsos doctores enseñan el error se debe a que, de antemano, han tornado insensible su propia conciencia. El verbo *kausteriázo* que aquí usa Pablo (y es la única vez que ocurre en todo el Nuevo Testamento) significa quemar, aplicar un hierro ardiente, ya para curar una herida que tarda en cicatrizar, ya para marcar a un esclavo o un animal, e indicar así quién es su dueño. En este último caso, la marca indicaría que el dueño de tales falsos maestros es el diablo. Pero la metáfora cuadra

mejor aquí con el sentido de *hacer insensible* la propia conciencia, e impidir así que reaccione debidamente ante el vicio y el error. Dice Hendriksen: «Han llegado así al punto en que la conciencia ya no les incomoda por más tiempo».

(C) Entre las falsedades que enseñan está la de *prohibir casarse.* El gnosticismo, cuyos principios fundamentales estudiaremos en la introducción a la primera Epístola de Juan, sostenía que la materia era de suyo mala éticamente; por tanto, lo perteneciente a la materia, como lo es la procreación, es indigno de una persona «espiritual». Dos siglos más tarde, surgió de la misma raíz el maniqueísmo, con las mismas tendencias ascéticas falsas. La ascética que, hasta hace pocos años, se ha enseñado y practicado, desde los primeros siglos, en la Iglesia de Roma, contiene resabios maniqueos, por lo que, aun cuando el matrimonio ha sido tenido por legítimo, y hasta como sacramento, el celibato se ha considerado como grado de mayor espiritualidad e impuesto así a todos los aspirantes al sacerdocio, y aun al diaconado y subdiaconado, en las comunidades de rito latino. Esto tiene, pues, cierto tinte de la falsa doctrina que el apóstol ataca aquí.

(D) Otra de las falsedades que estos maestros, inspirados por los demonios, enseñaban era la *prohibición de ciertos alimentos.* Este es el sentido del original, aunque la construcción gramatical desconcierta a primera vista, por lo que las versiones suplen las palabras que hemos puesto entre paréntesis («y *están mandando»).* Aquí se echan de ver elementos de tipo judaico, como los que vimos en Colosenses 2:16–23.

5. El apóstol hace ver a continuación (vv. 3b–5) que esta última prohibición, no sólo no sirve para fomentar la espiritualidad del creyente, sino que es contraria a la voluntad de Dios.

(A) *«Dios creó,* dice, *dichos alimentos* (v. 3b) *para que sean tomados con acción de gracias por los fieles y que han conocido plenamente la verdad».* Compárese con Romanos 14:6; 1 Corintios 10:30, 31 y el versículo 4b de este mismo capítulo, para ver la constante enseñanza del apóstol acerca de esto (v. en Mr. 7:19). Todo es bueno, con acción de gracias, para la gloria de Dios, en quienes son creyentes. Sin embargo, el apóstol usa el adjetivo *pistós,* que propiamente significa fiel: el creyente de quien Dios puede fiarse. Por eso añade, uniéndolos con un solo artículo (con lo que viene a mostrar que se trata de las mismas personas): «*y que han conocido plenamente la verdad».* No se les puede tachar, pues, de ser «poco espirituales».

(B) El apóstol prosigue su argumentación, y acumula razones en la misma línea que ha trazado en el versículo 3b, y dice ahora (v. 4): *«Porque todo lo que Dios creó es bueno* (comp. con Gn. 1:31), y *nada es de desecharse si se toma con acción de gracias»,* es decir, si se reconoce que es don de Dios (v. Stg. 1:17). Como traduce, un poco libremente, Moffatt, *«nada es tabú».* El adjetivo que Pablo usa aquí para *«desechable» (apóbleton)* sale únicamente aquí en todo el Nuevo Testamento. De este modo ataca el apóstol en su raíz el principio gnóstico-maniqueo de que la materia es mala y, por tanto, que no fue creada por el Dios bueno.

(C) Extraña, a primera vista, la razón cumulativa que Pablo añade en el versículo 5: *«porque es santificado mediante la palabra de Dios y la oración».* El apóstol no quiere decir, con esto, que los alimentos prohibidos por los falsos maestros necesiten una especie de purificación para ser tomados por un creyente, sino que, con la acción de gracias, son elevados desde el plano meramente secular al rango de actividades santas (comp. con 1 Co. 10:31), como han de serlo todas las actividades cotidianas del creyente (v. Ro. 12:1, 2). *«La palabra de Dios y la oración»* se ha de entender aquí como una *hendíadis;* como opinan unánimemente los autores, Pablo se refiere aquí a lo que llamamos «bendición de la mesa», que el cristianismo heredó del judaísmo, y en la que los creyentes oran a Dios con frases bíblicas, sacadas de la Palabra, para que bendiga los alimentos.

Versículos 6–13

En estos versículos, el apóstol exhorta a Timoteo a nutrirse de la buena doctrina y a ejercitarse en la piedad.

1. *«Si sugieres* dice (v. 6), *esto a los hermanos, serás buen ministro* (gr. *diákonos) de Cristo Jesús, nutriéndote* (participio de presente continuativo) *con las palabras de la fe y de la buena doctrina que has seguido»* (pretérito perfecto; algo que comenzó en el pasado y continúa ejerciendo su efecto).

(A) De aquí vemos que, como ministro del Señor, Timoteo tenía la grave obligación de advertir a los hermanos contra los peligros que se cernían sobre las comunidades cristianas. En el vocablo *«hermanos»*

están incluidos, por supuesto, los líderes de las iglesias; el vocablo mismo da a entender que estas instrucciones habían de ser dadas, no como las daría un amo a sus criados, sino como las debe dar un hermano mayor a sus hermanos. Un *«ministro excelente»* (gr. *kalós),* como dice Hendriksen, «es el que, con devoción amorosa hacia su tarea, hacia su pueblo y, sobre todo, hacia su Dios, advierte contra las desviaciones de la verdad y muestra cómo hay que habérselas con el error».

(B) Pero de la misma manera que los padres con los hijos (v. Ef. 6:4), así también el pastor ha de estar primero bien nutrido él mismo de la buena doctrina antes de poder impartirla a los demás. *«Las palabras de la fe y de la buena* (gr. *kalés,* excelente) *doctrina»* son unas mismas, e indican *«fe»* su condición de reveladas, o inspiradas, por Dios y, por tanto, dignas de fe, mientras que *«doctrina»* se refiere a su contenido.

2. Por una parte, Timoteo debe nutrirse de la buena doctrina; por otra, *debe rechazar,* desechar con enojo, *las fábulas profanas y propias de viejas* (v. 7a). En lo de *«profanas»* se contrasta su condición con *«las palabras de la fe»,* que son sagradas; y en lo de *«cuentos propios de viejas»,* se indica, como escribe Cicerón, su futilidad: «no merecen ninguna atención».

3. De la doctrina, pasa el apóstol (vv. 7b, 8), a la práctica: *«Ejercítate en* (gr. *pros, en relación con) la piedad. Pues el ejercicio corporal es de un valor reducido* (gr. *pros olígon, para poco), pero la piedad es útil para todo, pues tiene promesa de la vida, tanto para el presente como para el porvenir»* (NVI). Obsérvese lo siguiente:

(A) El *ejercicio corporal* que aquí menciona Pablo no se refiere a una ascesis de tipo gnóstico (ayunos, penitencias, etc.), sino a los ejercicios propios de atletas, como el mismo vocablo griego (*gumnasía,* de donde procede «gimnasia») indica claramente.

(B) Nótese bien que Pablo no dice que los ejercicios gimnásticos no sirvan para nada; eso sería falso. Él mismo, con sus constantes símiles tomados de los juegos olímpicos, da a entender que servían para estar en forma en cuanto a la salud corporal (v. por ej., 1 Co. 9:25). Lo que quiere decir es que, comparado con la piedad, es *poco* (aunque *algo)* para lo que sirve, ya que todo lo corporal es de condición terrestre y temporal.

(C) En cambio, *la piedad,* dice Pablo, *para todo aprovecha; y* da como razón que *«tiene promesa de la vida, tanto para el presente como para el porvenir».* Por *«vida»* ha de entenderse la vida eterna, que se obtiene y desarrolla ya en el presente y se consuma en el porvenir. Al decir que *«aprovecha para todo»,* en todas direcciones, el apóstol indica, aun cuando no lo dice explícitamente, que la piedad aprovecha *también* para la salud corporal. Dice J. Collantes: «Tiene su cortejo de bendiciones y promesas aun en esta vida temporal, como son, por ejemplo, el dominio de las pasiones, la consiguiente paz y libertad de espíritu que de ello se deriva, la salud corporal alimentada con la frugalidad y la ausencia de todo exceso, la alegría espiritual de la buena conciencia, la quietud en la victoria de los deseos». Y, al citar a Plummer, añade: «Cada uno de nosotros debe aplicarse esta palabra; jamás nos persuadiremos bastante de que la piedad es útil para todo, que es lo más real y más *práctico* que hay, una bendición permanente y universal».

4. El versículo 9 repite al pie de la letra la primera frase de 1:15. La conjunción *«porque»,* con la que comienza el versículo 10, y la ausencia de enseñanzas de fondo teológico en los versículos 10 y ss., favorecen a la opinión de que el versículo 9 debe conectarse con lo que precede, no con lo que sigue.

5. Al continuar con la metáfora de los ejercicios gimnásticos o deportivos, el apóstol dice a continuación (v. 10): *«Porque para* (gr. *eis,* en dirección a) *esto nos fatigamos y luchamos, pues hemos puesto nuestra esperanza en Dios vivo* (comp. con 1 Ts. 1:9), *que es Salvador de todos los hombres, sobre todo de los fieles»* (lit.). Algunos MSS leen *oneidizómetha,* sufrimos reproches, en lugar de *agonizómetha,* luchamos, pero esta última lectura tiene el apoyo de los MSS más importantes y cuadra mejor con el contexto. ¿En qué sentido es Dios Salvador de todos los hombres? D. Guthrie y, especialmente, W. Hendriksen (quien diserta ampliamente sobre esta frase) opinan que, en esta frase, *«Salvador»* equivale a *«Preservador»,* según el sentido que tiene, en numerosas ocasiones, en el Antiguo Testamento (versión de los LXX), donde también aparece en el sentido de *«Libertador»;* según estos autores, en la segunda frase (implícitamente), adquiere su pleno sentido de *«Salvador».* Con J. Collantes, opino que el sentido de *«Salvador»* es el mismo en los dos miembros:

(A) Porque, en el Nuevo Testamento, el vocablo *Soter* siempre significa lo mismo en las 24 veces en que dicho vocablo ocurre.

(B) Porque desea sinceramente que todos los hombres (sin excepción; v. el comentario a 2:4) sean salvos y a todos provee de los medios que conducen a la salvación, aunque no todos se aprovechen de ellos.

(C) Esto es suficiente, contra la argumentación de Hendriksen, para que se le pueda llamar *«Salvador de todos los hombres»* (comp. con *«Salvador del mundo»*, en Jn. 4:42), pues no se le puede atribuir a Él la condenación de los que no aceptan la salvación (v. Jn. 3:17–21, por ej.). Por supuesto, es *Salvador,* de un modo muy especial (gr. *málista*, máxime), *de los creyentes,* puesto que en éstos la aplicación de la salvación ha surtido efecto perfecto.

6. En el versículo 11, el apóstol, consciente de la importancia de todo lo que le viene diciendo a Timoteo, se detiene un momento para llamarle la atención: *«Esto manda* (verbo de tono militar) *y enseña»* (comp. con 1:3). Puede advertirse en estas frases cierta indicación de la timidez de Timoteo, por lo que necesitaba esta enérgica instrucción por parte del apóstol. El contexto posterior lo confirma.

7. Tras estas frases concisas, cortantes, el apóstol instruye a Timoteo sobre el modo de superar el complejo que un ministro joven puede sentir frente a líderes veteranos y de mucha mayor edad (vv. 12, 13): *«Que nadie te tenga en menos por ser tan joven, pero sé modelo para los creyentes, tanto en tus palabras como en tu conducta, en el amor, en la fe y en la pureza. Hasta que yo llegue, dedícate a leer en público la Escritura, a predicar y a enseñar»* (NVI). Estudiemos en detalle este versículo:

(A) Se calcula que, cuando Pablo escribía esto, Timoteo estaba entre los 34 y los 38 años de edad. En aquellos tiempos, toda persona menor de 40 años era tenida por joven. La mayoría de los ancianos de Éfeso (quizá todos) eran lo bastante mayores para figurar como líderes de la iglesia. Además, Timoteo había sido hasta ahora una especie de «coadjutor» del apóstol. A muchos de dichos ancianos, Timoteo se les antojaría un jovenzuelo que venía con humos *¡a mandar y enseñar!* Por eso Pablo le dice que *no se deje tener en menos;* ése es el sentido de la frase. Por cierto, y esto es absolutamente necesario para entender bien lo que eso significa aquí, la *juventud* no es la de cualquier miembro *joven* de la iglesia, sino la de Timoteo como *anciano o líder* de una congregación. ¡No saquemos de su contexto las frases de la Biblia!

(B) El mejor modo de compensar el posible complejo de inferioridad no es, según el apóstol, que Timoteo se imponga con actitudes de dominio, sino con el ejemplo (gr. *túpos*, figura, en sentido de modelo): *«sé modelo para los creyentes, tanto en tus palabras como en tu conducta»* (NVI). Especifica tres virtudes: *amor* (consideración hacia los demás), *fe* (probablemente, en sentido de fidelidad o lealtad) y *pureza* (abstención de todo lo que mancha; no sólo lo sexual). El vocablo *espíritu* no aparece en ningún MSS de importancia y debería ser borrado de nuestras versiones.

(C) Igualmente le exhorta Pablo a que se dedique, de modo especial, a la *lectura* en público de los pasajes, previamente seleccionados, de las Escrituras, así como a la *exhortación* y a la *enseñanza*, en las que consiste principalmente el culto de edificación de la iglesia. Dice J. Collantes: «La *enseñanza (didaskalía)* era la exposición doctrinal del texto bíblico en su genuino significado, con todas las consecuencias prácticas de él derivadas, sin aberraciones extrañas (1:3), que merecían el duro apelativo de *cuentos de viejas* (4:6)».

Versículos 14–16

Continúa el apóstol con su exhortación a Timoteo, pero ahora va a introducir un nuevo elemento con el que espolearle a desempeñar su ministerio.

1. *«No descuides,* le dice (v. 14), *el don que hay en ti, que te fue dado mediante profecía con imposición de las manos del presbiterio»* (lit.) Analicemos este importante versículo, que ha dado ocasión a la Iglesia de Roma (lo mismo que 2 Ti. 1:6) para apoyar su concepto sacramental del ministerio específico.

(A) El apóstol expresa mediante una negación *(«no descuides») lo* mismo que dirá mediante una afirmación *(«que reavives»)* en 2 Timoteo 1:6, pues se refiere a lo mismo. No descuidar, pues, equivale aquí a usar.

(B) El *don (kharísmatos)* pertenece, como lo indica el vocablo griego, a los *carismas* que el Espíritu Santo imparte para el bien de la comunidad eclesial, como los vemos en 1 Corintios, capítulos 12 y 14. No se trata, pues, de la *kháris* o gracia salvífica que se otorga para provecho directo del individuo, sino del *khárisma* o don que el Espíritu otorga para beneficio directo de la comunidad, y que puede hallarse

aun en individuos que ellos mismos no son salvos. El caso de ministros de Dios no salvos se ha dado, y se da, en todas las épocas de la Iglesia. al no tratarse de pecadores notorios (que habrían de ser puestos fuera de comunión), muchas veces predican y actúan correctamente, por lo que hay que obedecer y someterse, no a ellos, sino a la Palabra que predican (comp. con Mt. 23:3).

(C) Pablo añade que este *don,* que le capacitaba para el ministerio, le *fue dado mediante profecía* (comp. con 1:18), es decir, mediante testimonio de *profetas,* como en el caso de Hechos 13:1–3, que, por inspiración del Espíritu Santo, declararon el llamamiento de Dios para que el joven Timoteo fuese promovido al ministerio específico.

(D) La inducción (mejor que «ordenación», que suena a sacramento) al ministerio le fue conferida acompañada de un rito simbólico: *«con* (gr. *metá) imposición de las manos del presbiterio».* Para el significado de la imposición de las manos, véase el comentario a Hechos 6:6. El *«presbiterio»* significa el cuerpo de ancianos (gr. *presbúteros)* que intervinieron en la inducción de Timoteo. En 2 Timoteo 1:6, Pablo menciona únicamente la imposición de sus propias manos. Ello no significa, como algunos opinan, que se trate de un acto distinto, sino simplemente que Pablo fue el principal oficiante, por lo que usa allí la preposición griega *diá,* mediante (con genitivo), mientras que aquí usa *metá,* con lo que insinúa que el cuerpo de ancianos había *acompañado* a Pablo en este rito simbólico.

2. Después de hacerle a la memoria aquel acto tan significativo, el apóstol continúa (vv. 15 y 16) con sus exhortaciones.

(A) Al *«no descuides»* (gr. *me amélei,* de donde viene «Amelia»), el apóstol contrapone ahora (v. 15): *«Ocúpate* (gr. *meléta) en estas cosas. permanece* (lit. *sé,* en sentido de *estar) en ellas».* Traduce Collantes: *«Aplícate en estas cosas; pon tus cinco sentidos en ellas».* Algo libre, pero muy expresivo. ¿Qué cosas son esas? Sin duda, todas las que ha mencionado en los versículos anteriores, desde el versículo 7, pero especialmente las del versículo 13, que son las más próximas en el contexto.

(B) Continúa diciendo (v. 15b): *«a fin de que tu progreso sea manifiesto a todos»* (lit.). Cuando un creyente, y en especial un líder de iglesia, un predicador de la Palabra, progresa espiritualmente mediante el estudio cordial de las Escrituras y la práctica de las virtudes cristianas, ese progreso no puede quedar oculto, sino que se manifiesta a vista de todos. ¿Qué mejor modo de superar limpiamente el posible complejo inicial que un joven ministro de Dios pueda sentir al comienzo de su ministerio?

(C) Termina el capítulo con una nueva insistencia del apóstol sobre lo mismo (v. 16): *«Vigila de cerca tu conducta y tu enseñanza. Persevera en todo ello, porque, si así lo haces, te salvarás a ti mismo y a los que te escuchen»* (NVI). Dice Hendriksen: «Una vida santa y una enseñanza sana han de ir juntas, si Timoteo (o, en cualquier caso, un representante del apóstol, un ministro o un anciano, etc.) ha de servir de bendición». Ambas cosas han de ser constantemente objeto de su preocupación, pues el influjo que ejercen es de la máxima importancia para la vida espiritual del propio ministro de Dios, no menos que para los que han sido encomendados a su cargo: *«te salvarás a ti mismo y a los que te escuchen».* La salvación inicial es *por gracia mediante la fe* (Ef. 2:8); pero, como vimos no hace mucho (v. el comentario a 2:15), la salvación es un proceso que se prolonga durante toda la vida (comp. con Fil. 2:12) hasta la consumación en la gloria. Comenta D. Guthrie: «El peligro de descuidar la propia salvación es mayor en el ministro cristiano que en otros, y aun el apóstol Pablo mismo podía temer el ser descalificado después de haber predicado a otros (1 Co. 9:27)». En efecto, todo lo que el predicador lee, oye o estudia, tiende instintivamente a orientarlo, no a su propio aprovechamiento espiritual, sino a lo que ha de predicar, y cómo lo ha de predicar, a los demás, con lo que corre el peligro de servir únicamente de canal, sin llegar a convertirse en depósito.

CAPÍTULO 5

En este capítulo, el apóstol da instrucciones a Timoteo sobre el modo de comportarse I. con los ancianos y los jóvenes (vv. 1, 2); II. con las viudas (vv. 3–16); III. con los ancianos de la iglesia (vv. 17–20); IV. consigo mismo (vv. 21–25).

Versículos 1–2

Estos dos versículos son un hermoso compendio de urbanidad cristiana. Dicen así a la letra: «Al *anciano* (en edad) *no reprendas con dureza, sino exhórtale como a un padre; a los más jóvenes, como a hermanos; a las ancianas, como a madres; a las más jóvenes, como a hermanas en toda pureza»*. Si al tratar con un hermano o con una hermana, de más o de menos edad que uno, tuviésemos presente lo de considerarles como a nuestro padre, nuestra madre, nuestro hermano o nuestra hermana, la forma en que los trataríamos sería muy diferente. Ya Platón hacía un consideración tan parecida, que Pablo pudo haberla tenido en mente al escribir estos versículos. Al llegar a las jóvenes, Pablo añade lo de *«con* (lit. *en) toda pureza»*, por el mayor peligro que entraña el trato con jovencitas, de viva emocionalidad. El hecho de que los contactos personales con los ministros del Señor se desarrollen con ocasión de materias espirituales, en lugar de aliviar, agrava la situación, pues el afecto espiritual es la *santa excusa* que el diablo aprovecha para inducir al amor carnal, mientras que el más remoto asomo de vergüenza basta para resistir una tentación carnal descarada.

Versículos 3–16

Pablo dedica esta larga sección al modo como Timoteo debe tratar a las viudas de la congregación. De ellas, las hay que pasan necesidad (vv. 3–8), otras que están al servicio de la iglesia (vv. 9, 10) y otras, en fin, que, por ser jóvenes, están expuestas a especiales peligros (vv. 11–16).

1. Pablo comienza diciendo (v. 3): *«Honra a las viudas que en verdad lo son»,* es decir, que están destituidas de todo apoyo financiero y que, por tanto, merecen especial consideración por parte de la iglesia. Como parafrasea Easton, citado por Guthrie, «Trata la pobreza, no como algo despreciable, sino como algo que merece honor». Ya en el Antiguo Testamento, las viudas y los huérfanos son objeto constante de la atención de Dios. Santiago 1:27 refleja bien esta mentalidad judía. En la Iglesia primitiva, fue precisamente el descuidar a ciertas viudas lo que provocó el nombramiento de los primeros diáconos (Hch. 6:1–6). Pero la exhortación de Pablo no es imprecisa en ningún momento:

(A) Ya ha declarado implícitamente, con la frase *«viudas de verdad»,* que se trata de las que no tienen ningún apoyo económico, pues carecen de medios propios, así como de parientes próximos que dispongan de los suficientes medios para asistirlas.

(B) Pero inmediatamente cita el caso de *las que tienen hijos o nietos* (v. 4); se entiende, con medios suficientes para proveerlas del necesario sustento. La iglesia no tiene por qué cargar con los gastos que requiere la manutención de tales personas: *«Pero si alguna viuda tiene hijos o nietos, aprendan éstos primero a ser piadosos para con su propia familia y a recompensar a sus padres; porque esto es lo bueno y agradable delante de Dios* (v. en 2:3 una frase sumamente parecida a ésta)». Vemos, pues, que los próximos descendientes de una persona son los que tienen obligación de mirar que a sus progenitores necesitados no les falte el sustento; *la piedad,* dice el apóstol, *ha de comenzar por la propia familia.* Dice «piedad», en lugar de «compasión» o de «generosidad», porque el quinto mandamiento del Decálogo pertenece a la primera tabla, que tiene que ver con la piedad, pues los padres han sido instrumentos de Dios en nuestra procreación. José habría de servir de ejemplo (v. Gn. 45:3, 9–13; 46:28–34; 47:7, 27–31; 50:1–14). Es curioso hallar aquí el griego *amoibás* (plural de intensidad), única vez que tal vocablo sale en el Nuevo Testamento, y del que procede el castellano «ameba», el cual significa «cambio» o «retorno», para dar a entender que lo que los hijos dan a los padres es sólo un pequeño retorno de lo que los padres dieron a los hijos. Dice bien un proverbio holandés, citado por W. Hendriksen: «Con frecuencia, parece más fácil para *un* padre pobre criar *diez* hijos, que para *diez* hijos ricos proveer para *un* padre pobre».

(C) El apóstol continúa (v. 5) describiendo a *la viuda de verdad: «la que en verdad es viuda y ha quedado sola»*. De esta dice, que *«ha puesto su esperanza en Dios y persevera en súplicas y oraciones noche y día»*. Nótese el orden invariable (comp. con 1 Ts. 2:9; 3:10; 2 Ti. 1:3) de *«noche y día»,* nunca viceversa, puesto que, para un judío, el día comenzaba a la puesta del sol. Este orden es tenido ya en cuenta en Génesis 1:5, y de allí en adelante. Con la descripción que hace Pablo de esta *«viuda de verdad»,* da a entender suficientemente que de esta clase de viudas es de las que ha de preocuparse la congregación para que no les falte lo necesario.

(D) A la *viuda de verdad,* contrapone el apóstol a continuación (v. 6) la que no es genuina, «la viuda alegre», como dice Hendriksen al citar una frase ya clásica, desde el título de la famosa opereta de F. Lehar. El verbo *spalatáo,* que Pablo usa aquí (comp. con Stg. 5:5), indica una vida regalada, aun cuando

no sea escandalosa. Dice J. Collantes: «Esas viudas buscan en las frivolidades mundanas la compensación a su soledad». El apóstol las llama *«muertas en vida»:* muertas espiritualmente, como cadáveres dentro de la iglesia, a la que se han acogido con una falsa profesión de fe, «quizás, como dice Hendriksen, para cazar una buena pieza».

(E) En el versículo 7, el apóstol urge a los *hijos y nietos* del versículo 4 a cumplir con su obligación, y a las viudas descritas en el versículo 6 a que se comporten como las del versículo 5, a fin de que unos y otras sean *irreprensibles* (gr. *anepílemptoi*, el mismo vocablo de 3:2 y 6:14), es decir, que no den ocasión a nadie para que pueda criticarles.

(F) Hay quienes piensan que el versículo 8 está desplazado de su verdadero lugar y que habría que colocarlo después del versículo 4. Pero el testimonio unánime de los MSS está a favor del orden que aparece en el texto y, además, el contenido del versículo 8 se aplica mejor a dichas viudas frívolas que a los hijos o nietos del versículo 4. ¿Para qué una repetición del ya lejano versículo 4? Lo que aquí da a entender el apóstol es que tales viudas frívolas (las del v. 6), sin negar que el versículo tenga aplicación para los del versículo 4, al emplear su dinero en frivolidades mundanas, están descuidando *proveer para los suyos, especialmente para los de su casa,* esto es, los familiares más próximos, como en el versículo 4. Todos ellos, los que no cumplen con este deber primordial hacia los suyos, entran dentro de la fuerte condenación del apóstol: *«ha negado la fe, y es peor que un incrédulo».*

(a) En efecto, *«ha negado la fe»,* porque con sus malas obras ha mostrado que no era genuina su fe (comp. con Stg. 2:14 y ss.).

(b) *«Es peor que un incrédulo»* (gr. *ápistos*, infiel—en el sentido de inconverso—), puesto que, *en primer lugar,* los inconversos no conocen el precepto de Juan 13:34; 15:12; Gálatas 6:2; *en segundo lugar,* los inconversos no conocen el ejemplo de Cristo ni tienen en sí el poder del Espíritu Santo; *en tercer lugar,* muchos inconversos muestran hacia sus familiares mayor afecto y les prestan más ayuda que muchos de los creyentes (o de los que profesan creer, como indica el apóstol aquí).

2. Con los versículos 9 y 10, el apóstol abre una nueva sección acerca de las viudas. ¿De qué viudas trata ahora el apóstol? Hendriksen demuestra con muy buenas razones que se trata de «viudas que poseían las necesarias cualificaciones para el desempeño de ciertas funciones espirituales y de caridad en la iglesia». Al señalar ciertos requisitos para poder alistarlas en un catálogo especial (v. 9), se da a entender que son cualidades que se requieren en ellas para que puedan desempeñar bien las funciones que se les van a encomendar. Las cualificaciones son siete:

(A) *Que no sea menor de sesenta años.* Es cierto que, en aquellos tiempos, esta edad era bastante avanzada, pero J. Collantes cita el testimonio de Platón, quien fijaba precisamente esa edad para los sacerdotes y sacerdotisas de su ciudad ideal. De todos modos, es de suponer que las funciones que les encomendasen en la iglesia no serían demasiado fatigosas.

(B) *Que haya sido esposa de un solo marido.* Por comparación con 3:2, 12, es seguro que aquí se da a entender (contra la extraña opinión de Hendriksen, que lo entiende en el sentido de que fue fiel a su marido—o a sus sucesivos maridos—mientras estuvo casada) que no se volvió a casar después de la muerte de su marido.

(C) *Que* (v. 10) *tenga testimonio de buenas obras.* Esto no es un requisito diferente de los cinco que siguen, sino como el título general que engloba las cinco actividades mencionadas, todas ellas, detrás de un condicional si (gr. *ei* con indicativo: condicional real) y con el verbo en aoristo, aunque vertemos por perfecto:

(a) *Si ha criado hijos.* Es de notar que el apóstol no usa el verbo ni el sustantivo (comp. con 2:15) que indican *engendrar hijos,* sino el verbo *teknotrophéo* (única vez que sale dicho verbo en el Nuevo Testamento), que significa *alimentar hijos,* lo cual puede indicar huérfanos adoptados por hijos. Spicq, citado por Collantes, se apoya precisamente en el versículo 4, para demostrar que sólo puede tratarse de huérfanos, pues, si fuesen sus propios hijos, éstos habrían tenido que cargar con el sustento de su madre viuda. La razón es muy fuerte, aunque no sea de una evidencia contundente.

(b) *Si ha practicado la hospitalidad* (comp. con 3:2), virtud que para un oriental tiene rango de primera clase (v. los ejemplos de la viuda de Sarepta, en 1 R. 17:9, el de la sunamita que hospedó a Eliseo, en 2 R. 4:8–11, y el de Lidia, en Hch. 16:15, 40).

(c) *Si ha lavado los pies de los santos.* Dice J. Collantes: «La costumbre de lavar los pies a los peregrinos, a los huéspedes, era antigua (Lc. 7:44), llena de reverencia y de delicada caridad y usada aun entre los paganos».

(d) *Si ha socorrido a los afligidos,* es decir, si prestó su ayuda, su consuelo, etc., a los que pasaban por pruebas amargas, por alguna enfermedad, por persecución, etc.

(e) *Si ha estado dedicada a toda obra buena.* Esta frase suena a un largo *etcétera.* Dice Collantes: «A ejemplo de Cristo, a quien siguen y en quien han puesto su esperanza, han pasado por el mundo estas viudas haciendo el bien» (Hch. 10:38).

3. En los versículos siguientes (vv. 11–16), el apóstol se ocupa de las viudas jóvenes. Primero (vv. 11–13), las describe; después (vv. 14–16), les prescribe lo que deben hacer.

(A) Dirigiéndose a Timoteo, le dice (v. 11): *«En cuanto a las viudas más jóvenes* (de 60 años), *no las inscribas en tal lista»* (NVI). La razón es que (sin duda, Pablo habla por experiencia) las viudas jóvenes eran presa de tres defectos, por los que no eran de fiar para las funciones que las viudas enlistadas habían de desempeñar.

(B) Tales defectos son:

(a) La pasión: *«Pues cuando los impulsos de su pasión sensual pueden más que su dedicación a Cristo, no tienen otro deseo que casarse. Así atraen sobre sí mismas la condenación, por haber quebrantado su primera fidelidad»* (vv. 11b, 12, NVI). Palabras fuertes son éstas, que necesitan alguna explicación. Expresan primero la inestabilidad emocional de estas viudas jóvenes. Cuando ha pasado algún tiempo (mucho o poco) después de la muerte del marido, son víctimas de la tentación que les acecha y desean casarse de nuevo. Esto no tiene nada de malo, si no fuese porque se han comprometido a servir únicamente al Señor. El griego dice literalmente *«porque cuando se insolentan contra Cristo»*. El verbo *katastreniázo* ocurre únicamente aquí en todo el Nuevo Testamento y significa que alguien, como un buey joven, hace esfuerzos por escapar del yugo. *«Condenación»* es una palabra fuerte para traducir *kríma*, sentencia judicial, que no indica la condenación eterna, sino un severo reproche, porque equivale a *«tener por nula la primera fe»* (lit.), es decir, el compromiso que libremente aceptaron de dedicarse al servicio de la iglesia.

(b) El segundo defecto es la ociosidad (v. 13a): *«Además se acostumbran a estar ociosas, rondando de casa en casa»* (NVI). Una vez que le han perdido el gusto al servicio que desempeñan, se vuelven negligentes y, con excusa de visitar a las hermanas, van, sí, de casa en casa, pero no para ofrecer verdadera ayuda, consuelo, etc. El griego dice que *«están aprendiendo a ser ociosas»,* lo cual significa que adquieren voluntariamente el hábito de la ociosidad.

(c) El tercer defecto es consecuencia del segundo (v. 13b): «*Y no sólo se vuelven holgazanas, sino también charlatanas y entremetidas, hablando lo que no se debe»* (NVI). ¡La naturaleza humana no ha cambiado en 2.000 años! La lengua femenina no puede parar; y si no se dedica a construir, se dedicará a destruir: a llevar chismes de un lado para otro, a sembrar celos y discordias. *Phlúaroi*, charlatanas, es un vocablo que sale sólo aquí, aunque el verbo ocurre (también únicamente) en 3 Juan 10. El otro vocablo, *periérgoi* (lit. obrando alrededor), es un adjetivo que sólo ocurre aquí y en Hechos 19:19 («practicado *vanas artes»,* en la antigua Reina-Valera; «practicado *la magia»,* en la RV 1960 y 1977), y es de la misma raíz que el verbo *periergázomai,* que vimos en 2 Ts. 3:11). La RV 1960 y 1977 lo traducen por *«entremetidas»,* porque el *«curiosas»* de la antigua versión resulta actualmente un vocablo ambiguo. Dice W. Hendriksen: «La descripción es tan vívida que uno no puede menos de pensar cómo es que estas viudas jóvenes habían sido entrenadas para esta clase de trabajo, cuando éste era el resultado». Sobre lo de *«hablando lo que no se debe»,* comenta el mismo autor: *«¡creando* problemas para la iglesia, en lugar de *resolver* uno solo!»

(C) ¿Qué hacer, pues, con las viudas jóvenes? Pablo le dice a Timoteo lo que se debe hacer (v. 14): *«Quiero, pues, que las viudas jóvenes se casen, críen hijos, gobiernen su casa»*. El apóstol no les pide que se metan en un monasterio, pero tampoco puede contradecirse después de lo que dijo en 1 Corintios 7:7, 32, 40. En realidad, quiere prevenir, a fin de que no ocurra lo que reprende en los versículos 11–13. El Crisóstomo comenta con agudez: «Es como si dijese: Quiero que se casen porque ellas mismas lo quieren». Pablo ve en el deseo de estas mujeres de casarse algo muy legítimo y natural, con tal de que también cumplan con lo que eso comporta: *criar hijos* (en griego, el verbo es de la misma raíz que el sustantivo que ya vimos en 2:15) y *gobernar su casa,* es decir, ser buenas amas de casa, ya que la buena administración o la ruina de una casa dependen primordialmente de la mujer.

(D) A continuación, el apóstol apunta los malos resultados que se siguen, cuando las viudas jóvenes no cumplen con las instrucciones que él está dando aquí (vv. 14b, 15): *«Que no den al adversario ningún pretexto para hablar mal. Porque ya algunas se han apartado en pos de Satanás.* El «adversario» que

podría hablar mal es, por supuesto, un adversario «humano», un enemigo de la religión cristiana, judío o gentil, siempre al acecho de cualquier oportunidad que se le ofreciese, no sólo de manchar la reputación de la joven viuda, sino también de deshonrar el nombre del Señor. Para *«pretexto»*, Pablo usa el mismo vocablo de Gálatas 5:13, entre otros lugares *(aphormé*, lit. base de operaciones). «Ir en pos de Satanás» equivale a extraviarse del camino recto (comp. con 1:6), entregándose a una conducta inmoral.

(E) El versículo 16 viene a dar una pauta general sobre lo que debe hacerse con las viudas que no cumplan con las condiciones para ser puestas en la lista de la iglesia como dedicadas al servicio del Señor y de la congregación: Si hay quien pueda mantenerlas, aun sin ser pariente próximo de ellas, debe hacerlo, a fin de que la iglesia no tenga que cargar con ellas, sino reservar sus fondos para las viudas de verdad, es decir, las que están solas y no tienen medios de subsistencia. Hay quienes hallan alguna dificultad en lo de *«Si alguna creyente tiene viudas …»,* ya que los MSS más importantes traen sólo el femenino *pisté.* Quizás es porque Pablo tiene en cuenta que son principalmente las mujeres las que, por tener a su cargo la administración de la casa (v. 14), pueden ayudar, si tienen medios de fortuna (por ejemplo, como Lidia; v. Hch. 16:14 y ss.), a una criada o amiga que sean viudas.

Versículos 17–20

A continuación (vv. 17–20), el apóstol instruye a Timoteo sobre el modo de comportarse con los ancianos (ahora, los líderes) de la iglesia.

1. *«Los ancianos que gobiernan bien,* dice el apóstol (v. 17), *sean tenidos por dignos de doble honor, principalmente los que trabajan en predicar y enseñar.»* El verbo *proístemi* (lit. *estar colocado delante)* lo conocemos ya, pues ha salido en Romanos 12:8; 1 Tesalonicenses 5:12; 1 Timoteo 3:4, 5, 12, y saldrá todavía en Tito 3:8, 14. Como es obvio, el término «gobernar» no indica en estos casos ningún dominio, sino solamente dirección, aunque con la autoridad que el Señor confiere a sus ministros. *«Digno de doble honor»* significa, según opinión casi unánime, dignos del *respeto* y de la *remuneración* que les pertenece. El apóstol dice que eso se les debe *principalmente,* no solamente, a los que enseñan y predican, por ser este un trabajo duro cuando está superpuesto, además, al de gobernar. Dice Hendriksen que «en muchos casos, los miembros de la iglesia están inclinados a olvidar esto y a creer que los supervisores viven en la Calle Fácil».

2. A continuación, Pablo cita dos porciones de la Escritura, por las que se ve su implícita referencia a la conveniente remuneración de los ministros de la Palabra (v. 18): *«Pues la Escritura dice: No pondrás bozal al buey que trilla; y: Digno es el obrero de su salario».* La cita primera es de Deuteronomio 25:4, y la vimos ya citada por el apóstol en 1 Corintios 9:9. La segunda es de Levítico 19:13 y aparece también en Deuteronomio 24:15; Mateo 10:10; Lucas 10:7, y el apóstol la repite en 1 Corintios 9:14.

3. Consecuente con el respeto que Pablo quiere que se les preste a los ancianos de la iglesia, dice ahora a Timoteo (v. 19): *«Contra un anciano no admitas acusación, a no ser sobre la base de dos o tres testigos».* Lo mismo aquí que en el versículo siguiente, no cabe ninguna duda de que el apóstol se refiere a los ancianos del presbiterio. Comenta J. Collantes: «Los presbíteros (nombre griego para anciano) están expuestos a las críticas, envidias y rencores de aquellos cuyos gustos no han podido satisfacer. Por eso Timoteo no podrá irse de ligero en oír fácilmente los rumores y acusaciones contra ellos». Si para cualquier hermano habían de necesitarse dos o tres testigos (Mt. 18:16, comp. con Dt. 19:15), ¡cuánto más para admitir acusación contra un líder de la iglesia!

4. Pero no por eso van a salir bien parados los ancianos que, por la autoridad que les confiere su cargo, piensen que nadie les va a reprender (v. 20): «A *los que persisten en pecar, repréndelos delante de todos, para que los demás tengan temor».* El verbo *hamartáno,* pecar, está aquí en participio de presente, por lo que las versiones hacen bien en traducir *«persisten en pecar»* (v. el comentario a 1 Jn. 2:1 y 3:6). Esto mismo indica que, con la mayor probabilidad, se les había corregido en privado, y se confirma por la medida que leemos de *«reprenderlos delante de todos».* Con la frase *«para que los demás tengan temor»,* Pablo da a entender que sólo cuando la congregación vea que no por ser anciano se escapa de la reprensión un líder, se darán todos cuenta de que la cosa va de veras y, si la disciplina se cumple con un anciano, no dejará de cumplirse con cualquier miembro de la iglesia. Dice D. Guthrie: «El abuso de la disciplina ha conducido con frecuencia a un espíritu duro e intolerante, pero el descuido de ella ha demostrado ser un peligro casi tan grande. Cuando se da el caso de ancianos que persisten en pecar, una actitud débil es deplorable».

Versículos 21–25

En estos versículos, el apóstol trata del comportamiento personal de Timoteo, como último responsable de todas las instrucciones que acaba de darle con relación a otros.

1. Pablo comienza esta sección conjurando solemnemente a Timoteo (v. 21): *«Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús y de los ángeles escogidos, que guardes estas cosas sin* (gr. *khorís, aparte de;* la misma preposición de Jn. 15:5b, entre otros lugares) *prejuicio, no haciendo nada conforme a inclinación personal* (lit.), esto es, por favoritismo o parcialidad». Vemos, pues, que Pablo apela al tribunal del cielo en su conjuro a Timoteo, y une *los ángeles escogidos,* es decir, los ángeles buenos, por oposición a los caídos, a Dios Padre y al Señor Jesucristo. Lo de *«nuestro»* no figura en el original; además, conviene observar el orden en que Pablo coloca los vocablos *«Cristo Jesús»*. En cuanto a la necesidad de evitar en esto los prejuicios y las inclinaciones personales, dice J. Collantes: «La recomendación es tanto más apremiante cuanto que, dada la calidad de los acusados y la natural timidez de Timoteo, era más fácil dejarse influenciar por las personas».

2. Pablo sigue con la vista puesta en la solemne responsabilidad de los líderes de la iglesia, cuando manda a Timoteo (v. 22): «*No tengas demasiada prisa en imponer las manos a nadie, y no te hagas cómplice de pecados ajenos. Consérvate puro»* (NVI). La imposición de manos de que aquí se habla tiene el mismo sentido de siempre: es un símbolo de identificación y de prolongación; al imponer sus manos, Timoteo (en este caso) realiza la inducción al oficio de anciano (comp. con 4:14 y véase el significado en el comentario a Hch. 6:6). Hay quienes opinan que esta imposición de manos, en el versículo que comentamos, significa la recepción de un pecador arrepentido en la comunión eclesial. Pero esto no tiene precedente en el texto sagrado. Además, el contexto posterior cuadra mejor con el caso de ordenar precipitadamente a una persona posiblemente indigna. Por eso, añade Pablo: *«y no te hagas cómplice de pecados ajenos»,* por cuanto la conducta indigna de alguien a quien Timoteo le hubiese impuesto las manos sin la necesaria probación, repercutiría en él como en el principal responsable de la precipitada ordenación. Añade Hendriksen: «Esto, a su vez, añadiría nueva dificultad a la que ya ofrece el tener que aplicarles la disciplina». El apóstol, a la vista de estos peligros, insiste: *«Consérvate puro»,* es decir, «Pon tal cuidado en todo lo relacionado a la selección de los presbíteros y a su dirección, que en eso, como en todo, estés libre de toda mancha y seas irreprochable» (Collantes).

3. A continuación, y por raro que parezca dentro de este contexto, el apóstol no se olvida de la debilidad física de su hijo en la fe, Timoteo, y le dice (v. 23): *«Deja ya de beber agua sola y toma un poco de vino para tu mal de estómago y por tus frecuentes enfermedades»* (NVI). Habida cuenta de lo que el apóstol dice en 3:3a y 8b, y de la posibilidad de que Timoteo, en su afán por mantenerse irreprochable, llegase a extremos de rigor, su recomendación es que no beba agua, sino un poco de vino, pues su débil estómago necesitaba algún calor para digerir bien los alimentos, aparte de que el agua, en el Oriente, estaba (y está) muy lejos de ser sana. He de añadir que los autores excesivamente puritanos (Hendriksen, Ryrie) insisten en que Pablo recomienda aquí el uso de un poco de vino, no como *bebida,* sino como *medicina.* Es cierto que el consejo aqui es de tipo medicinal, pero Pablo no está, por eso mismo, prohibiendo el uso moderado del vino, pues realmente ayuda a la digestión, no sólo cuando el estómago está enfermo, sino también cuando está sano; especialmente, con cierta clase de viandas.

4. Los autores están de acuerdo en que, tras el paréntesis del versículo 23, el apóstol vuelve a la carga con respecto al cuidado que se debe tener en la selección de candidatos para el oficio de anciano de la iglesia (vv. 24, 25): *«Los pecados de algunos hombres son notorios, emplazándoles a juicio por adelantado; los pecados de otros, en cambio, se manifiestan después. De la misma manera, las acciones nobles se evidencian de antemano; e incluso las que no lo son, no pueden quedar siempre ocultas»* (NVI). En el versículo 24, Pablo parece apuntar hacia personas que no son aptas para que se las promueva al cargo de supervisor de la congregación. En el versículo 25, en cambio, es como si señalara a los que poseen las aptitudes necesarias para dicha promoción. Ambos se subdividen en dos grupos respectivos: En los que llevan una conducta indigna, hay algunos cuyos pecados son notorios antes de llegar a juicio: al juicio final de Dios, según insinúa la NVI y conforme a la opinión de muchos autores; al juicio de Timoteo y los demás ancianos que tienen la responsabilidad de poner a prueba a los candidatos, según opinan otros autores a cuya opinión me adhiero. En cambio, hay algunos cuya conducta indigna se hace patente después de haber sido promovidos al oficio. ¡De ahí la solemne prohibición de Pablo en el versículo 22! En cuanto a los que poseen aptitudes para el oficio, los hay cuyas *obras, las excelentes* (lit.)

son manifiestas (se entiende, de antemano); las de otros, en cambio, aunque son también buenas, permanecen por algún tiempo ocultas, pero no pueden permanecer ocultas para siempre. Por lo cual, así como no se debe ordenar precipitadamente a nadie, tampoco se puede rechazar precipitadamente a otros, como bien dice Collantes.

CAPÍTULO 6

En este capítulo, el apóstol continúa dando instrucciones a Timoteo I. acerca de los esclavos y los amos (vv. 1, 2); II. acerca de los falsos maestros (vv. 3–5); III. acerca del dinero y de la piedad (vv. 6–19). IV. Termina la epístola con una exhortación a Timoteo para que guarde celosamente el sagrado depósito de la fe, y con una breve bendición (vv. 20, 21).

Versículos 1–2

El apóstol trata de las relaciones entre amos y criados esclavos en numerosas ocasiones (v. 1 Co. 7:21; Ef. 6:5–9; Col. 3:22–4:1; Tit. 2:9, 10; Flm. 10–17, además de aquí). Es de notar que los escritores del Nuevo Testamento (y el propio Señor) no abogan de plano por la abolición de la esclavitud, sino que dan normas para que se haga llevadera mediante el cambio radical de actitud de amos y esclavos creyentes. Con esta observación por delante, se entiende mejor lo que el apóstol dice aquí:

1. Dicen así estos versículos en la NVI: *«Cuantos están bajo el yugo de la esclavitud deben tener a sus amos por dignos de todo respeto, para que no se hable mal del nombre de Dios ni de nuestra enseñanza. Los que tienen amos creyentes no tienen que mostrarles menos respeto por el hecho de que sean hermanos. Al contrario, deben servirles aún mejor, porque los que se benefician de sus servicios son cristianos y hermanos queridos. Esto es lo que debes enseñarles e inculcarles»*.

(A) Lo primero que notamos aquí es que el apóstol no deja de reconocer que la esclavitud es un *yugo,* incluso cuando el amo y el esclavo son creyentes. Hendriksen observa que «entre estos esclavos había algunos que habían alcanzado un grado—a veces, un *alto* grado—de cultura. No sólo el barbero, el repostero y el cocinero, sino hasta el médico de la familia podían estar "bajo el yugo"».

(B) Aunque Pablo no aboga directamente por la abolición de la esclavitud, tampoco obliga al esclavo cristiano a continuar en dicho estado (v. 1 Co. 7:21); pero, como muestra el contexto posterior, para él lo de ser libre o esclavo es de importancia secundaria, pues nuestro Amo verdadero, de amos y esclavos por igual (v. Ef. 6:9) es el Señor.

(C) Lo importante es que, dentro de la comunidad cristiana, la nueva relación espiritual sirva para revestir de amor y respeto las relaciones sociales ya existentes. Como dice Ryrie, «En la iglesia se veían en iguales condiciones como miembros de la comunidad, aunque habría casos en que los esclavos fuesen ancianos de la iglesia y, entonces, estarían dotados de autoridad sobre sus amos a quienes servían durante toda la semana».

(D) De ahí que el apóstol insista en que no deben tener menos respeto a sus amos por el hecho de que son *hermanos,* sino al contrario: la nueva relación espiritual ha de servir para que, aun en el caso de que en la iglesia estén presidiendo y gobernando sobre sus amos, en casa les muestren la sumisión y la obediencia voluntarias que corresponden a un buen criado. No sólo para con Dios, sino también para con nuestros hermanos, aun los más allegados, como los padres, el esposo, la esposa, etc. (aquí, los amos creyentes), el verdadero amor va siempre unido a un verdadero respeto; el que no respeta en cada creyente el templo de Dios, y aun en cada ser humano la imagen de Dios (v. Stg. 3:9), no los ama de veras.

(E) Lo que deben hacer, a su vez, los amos de tales esclavos no se ve en nuestras versiones, pero Hendriksen hace notar que el participio de presente *antilambanómenoi («los que se benefician»,* v. 2b) indica que los amos «cargan con la responsabilidad de dar *algo a cambio (antí)* por la pronta y entusiasta cooperación de sus esclavos». Como siempre, dicho participio de presente indica que dicha responsabilidad (como el beneficio que obtienen de sus esclavos) es continua.

Versículos 3–5

En estos versículos, el apóstol tiene en mente, una vez más, a los falsos maestros, como puede observarse al hacer un paralelo entre estos versículos y 1:3–10.

1. No debe pasarse por alto la conexión de estos versículos con la frase final del versículo 2: *«Esto enseña y exhorta»,* pues ello demuestra que tanto las enseñanzas que preceden a dicha frase, como las que siguen, son *sanas palabras, son del Señor Jesucristo,* cuyo enviado (apóstol) es Pablo, y son una *enseñanza conforme a la piedad* (v. 3).

2. Donde no hay *sanidad,* hay enfermedad; donde no hay *sanas palabras,* hay enseñanzas infectadas e infecciosas. Tales eran las de los falsos doctores que Pablo tiene aquí en mente, lo mismo que en otros lugares de la epístola. Múltiples son las infecciones de la heterodoxia:

(A) Se muestran primero en el carácter mismo de las personas (v. 4): *«está envanecido, nada entiende y delira …».* Nótese la secuencia: *«está envanecido»* (gr. *tetúphotai*, el mismo verbo de 3:6); el «tufo» no le deja ver bien; por eso *«no entiende nada»,* sino que «*tiene un afán morboso»* (lit. gr. *nosón;* de ahí, el término técnico «nosocomio» para designar un hospital).

(B) Se muestra después en el área de interés de las personas que se apartan de la sana doctrina (v. 4; comp. con 1:4): *«tiene un afán morboso acerca de cuestiones,* es decir, necias cavilaciones, y *juegos de palabras* (gr. *logomakhías,* lit. *contiendas o luchas acerca de palabras).* Esto no es, ni mucho menos, cosa del pasado. También hoy, y entre cristianos, hay discusiones interminables que son un juego de palabras. Si el orgullo y los prejuicios se pusieran a un lado (¡el odio teológico!), los hermanos que contienden sobre detalles doctrinales hallarían que están diciendo lo mismo, pero con diferente lenguaje. Gran parte de la culpa por la ruptura que se operó durante la Reforma se debió a que cada una de las partes tenía su propio Diccionario y unas mismas cosas se definían de diferente manera. No quiero insinuar con esto que no hubiese un problema de fondo, pero sí que la acrimonia y, por tanto, la incomprensión por ambas partes, especialmente por parte de la Iglesia de Roma, obstaculizó todo buen entendimiento.

(C) Los resultados son desastrosos (v. 4b, 5a): *«envidia, discordia, insultos* (lit. *blasfemias), sospechas malignas, fricciones constantes* (gr. *diaparatribaí)»* (lit.). ¿Pueden describirse mejor los efectos de una discusión teológica? ¡Y aún dicen algunos: «De la discusión sale la luz»! En mi larga vida, no he visto un solo caso. A la vista de los espectadores (que suele haberlos), uno sale vencedor y el otro sale vencido, lo cual no quiere decir que la verdad haya sido la vencedora. El supuesto vencedor se engríe todavía más y menosprecia más la opinión contraria. El vencido, por su parte, abriga resentimiento; muchas veces, a falta de razones, surgen los insultos, las sospechas, las rencillas. Aquí viene al pelo la sabia consideración del Kempis: «¿De qué te sirve decir cosas profundas de la Trinidad, si careces de humildad, por donde desagradas a la Trinidad?» Un buen consejo a todo hermano que lea esto: Si quieres saber, aprende a escuchar; no te creas poseedor exclusivo de la verdad; no te avergüences si las razones del interlocutor pesan más que las tuyas; no te encierres en tu castillo de marfil.

(D) El caso que Pablo contempla aquí se ve agravado por otro motivo indigno (v. 5b): Tales hombres son *«de mente corrompida, que se han dejado arrebatar la verdad y se figuran que la religión es un medio de hacer negocio»* (NVI). Dice Hendriksen: «La mente depravada se opone a la verdad y acoge la mentira, hasta que, al final, los que poseen tal clase de mente se vuelven completa y permanentemente separados de *la verdad».* Todas las discusiones aludidas anteriormente han resultado en esterilidad espiritual, y lo único que surge de un corazón espiritualmente estéril es el egoísmo: la codicia de lo material, de forma que, una vez instalados en la «religión» y al profesar la fe que ni tienen ni practican, se sirven de esa misma religión para su lucro personal.

Versículos 6–10

Al llegar aquí, el apóstol establece la diferencia entre la verdadera y la falsa ganancia, entre lo que es un buen negocio y un mal negocio («negocio» significa, etimológicamente, «la negación del ocio», de acuerdo con lo que ya dijo en 4:8.

1. El *buen negocio es la piedad* (v. 6), puesto que vale para esta vida y para la venidera, mientras que las ganancias materiales no forman parte de la persona: aquí las hallamos (v. 7) cuando vinimos a este mundo, por lo que *resulta evidente que* (éste es, con la mayor probabilidad, el sentido del griego *hóti* con

que se encabeza la segunda frase del v. 7) *nada podemos sacar de él.* El apóstol añade (v. 6b) que, para que la piedad sea un buen negocio, *es menester que vaya acompañada de contentamiento.* El vocablo *autárkeia,* que traducimos por «contentamiento», salió ya en 2 Corintios 9:8, y el vocablo de la misma raíz *«autarkés»* salió en Filipenses 4:11. El concepto que su etimología indica es «tener suficiente en sí mismo»; de donde, el significado de «independencia». Como puede verse por Filipenses 4:13, la autosuficiencia de que habla Pablo, tanto aquí como en Filipenses 4:11, no es absoluta; precisamente por depender en todo de Dios (comp. con Ro. 8:28), somos independientes de todo lo demás. Seguramente lo hemos dicho en algún otro lugar, pero conviene repetirlo aquí: Por ser Dios lo único necesario, ninguna otra cosa es suficiente; por ser Dios lo único suficiente, ninguna otra cosa es necesaria (v. también Fil. 4:6, 7).

2. El versículo 8 nos describe en pocas palabras el secreto del contentamiento cristiano: *«Pero en teniendo lo suficiente para alimentarnos y vestirnos, nos contentaremos con ello»* (NVI). Sinceramente, ¿hay alguna otra necesidad material que no esté comprendida en esos dos vocablos, *alimento y abrigo?* El vocablo *sképasma* ocurre únicamente aquí en todo el Nuevo Testamento y significa todo lo que cubre y protege, ya sea el vestido o el techo de una habitación. Dice J. Collantes: «La frase con sus dos términos, *comida y techo,* constituye un hebraísmo para significar lo necesario para la vida (Dt. 10:18; Is. 3:7; Mt. 6:25). Con esto ha de vivir contento el cristiano, que se echa en brazos de Dios y pide al Padre celestial tan sólo el pan de cada día (Lc. 11:3). Lo importante es el reino de Dios y la justicia; todo lo demás son añadiduras tangenciales (Mt. 6:33; Lc. 12:22–31)».

3. En los versículos 9 y 10, Pablo contrasta con este dichoso contentamiento del creyente la insatisfacción, los peligros y la ruina de los que se dejan llevar de la codicia de las riquezas materiales. El sentido de estos versículos queda perfectamente claro en la NVI: *«La gente que sólo piensa en hacerse rica sucumbe a tentaciones y trampas y es presa de muchos deseos insensatos* y *perjudiciales, tales que llegan a hundir a los hombres en la ruina y en la destrucción. Pues la afición al dinero es raíz de toda clase de males, y algunos, en su desmedido afán de ganancias, se han desviado de la fe y se han torturado a sí mismos con muchos sufrimientos».* Son de notar aquí los siguientes detalles:

(A) El original del versículo 9 comienza diciendo: *«Los que quieren* (no es un mero deseo, pues Pablo usa el verbo fuerte *boúlomai) hacerse ricos».* Aunque no se dice, se sobrentiende que están dispuestos a poner todos los medios a su alcance para adquirir las riquezas. Esto es lo opuesto a contentarse con el *alimento y el cobijo* del versículo 8.

(B) El deseo afanoso y desordenado de las riquezas materiales lleva a estos infelices a caer en toda clase de tentaciones y trampas. La unión de *trampa* (gr. *paguís)* con *tentación,* y el hecho de que, en los otros dos lugares en que ocurre en las Pastorales (3:7 y 2 Ti. 2:26), es llamada *«trampa* (o *lazo) del diablo»,* hace pensar que también aquí se refiere Pablo al diablo como autor o instigador de estos males. Los *deseos* (gr. *epithumías,* vocablo con que se designa a la concupiscencia) *insensatos y perjudiciales,* es decir, contrarios a la razón y dañosos aun en el orden material, suelen cristalizar en decisiones demasiado arriesgadas en el orden financiero, ya sea por falta de visión o por sobra de deshonestidad en los negocios.

(C) No conformándose con nada, esta gente suele *hundirse* (gr. *buthízousin,* vocablo que sólo sale aquí y en Lc. 5:7) *en la ruina y en la destrucción.* Cada día vemos casos de éstos que acaban en la cárcel o en el suicidio. De las 18 veces en que el vocablo griego *apóleia* sale en el Nuevo Testamento, en 16 de ellas se refiere a la perdición espiritual, mientras que *ólethron* (v. 1 Co. 5:5) suele significar ruina material. Pero aun *apóleia* podría significar aquí una «pérdida irreparable» (D. Guthrie) en sentido material.

(D) Así como la piedad es raíz de todos los bienes (v. 4:8), la codicia es raíz de todos los males. Dice Collantes: «La falta de artículo hace pensar que la avaricia no es la única raíz de los males pero ella sola es suficiente para causarlos». Entre los males causados por ella, el apóstol menciona dos muy graves: (a) *«se extraviaron de la fe»* (lit.). El verbo que Pablo usa aquí *(apeplanéthesan,* en aoristo) contiene la raíz *plan,* de donde viene *planeta* (gr. *planétes,* en Jud. 13), llamados así por ir vagando continuamente en su órbita, línea curva reentrante, es decir, sin fin. No se trata, pues, de *apostasía,* ya que ésta supone un alejamiento definitivo, sino de un desvío difícil de corregir; (b) *«se traspasaron a sí mismos con muchos dolores»* (lit.). El vocablo para «dolores» es el que se usa constantemente para expresar los dolores de parto, pero el verbo *periépeiran* significa *traspasarse de parte a parte.* Podríamos citar muchos ejemplos de la vida cotidiana, pero basta con la lectura de la siguiente carta, citada por W. A. Maier y hallada en el bolsillo de un millonario que acababa de suicidarse: «He descubierto durante mi vida que montones de

dinero no traen la felicidad. Me quito la vida porque no puedo hacer frente por más tiempo a la soledad y al aburrimiento. Cuando yo era un obrero corriente en Nueva York, era feliz. Pero ahora que poseo millones estoy infinitamente triste y prefiero la muerte».

Versículos 11–16

Los ojos compasivos del apóstol se vuelven ahora a su amado Timoteo para decirle (v. 11): *«Mas tú, hombre de Dios, huye de estas cosas»*. Como si dijese: «Yo no quiero de ningún modo que tú llegues a caer en tan miserable condición como la de ésos». «Hombre *de Dios»* viene a ser equivalente a *«varón de Dios»*, expresión aplicada en el Antiguo Testamento a especiales siervos del Señor, encargados de llevar a los hombres mandatos, bendiciones o amenazas de Dios desde el alto puesto en que habían sido colocados por Él (v. por ej., Dt. 33:1; 1 S. 2:27; 2 R. 1:9; 2 Cr. 8:14; Sal. 90:1). Dice J. Collantes: «*El hombre de Dios* es un hombre que tiene una misión celestial, por razón de la cual está unido con Dios con un vínculo de pertenencia y de proximidad que, al par que le comunica una buena especial, le obliga a llevar una conducta singularmente ejemplar».

1. Esta ejemplaridad es la que desea Pablo de su discípulo e hijo en la fe, el joven Timoteo, como se ve por las virtudes que le inculca (v. 11b): *«la justicia* (practicada, como en Ef. 6:14), *la piedad,* virtud que fomenta las relaciones filiales con Dios, *la fe, el amor* (juntos como en 1:5), *la paciencia* (gr. *hupomoné*, el aguante bajo circunstancias adversas), *la mansedumbre* o, mejor, *suavidad de sentimientos* (gr. *praupátheia*, única vez que este vocablo sale en todo el Nuevo Testamento, mientras que el más común, *praútes*, mansedumbre, ocurre 11 veces). Esta última virtud es más rara que la paciencia, «pero es un precioso objetivo para el hombre de Dios» (Guthrie). Dice de ella J. Collantes: «virtud propia de Cristo (Mt. 11:29) y de todo superior, que habrá de endulzar la energía con la suavidad, habrá de devolver bien por mal, y frenar en ocasiones con una sonrisa las amarguras de la incomprensión y la ingratitud de aquellos por quienes se sacrifica».

2. En el versículo 12, el apóstol estimula el espíritu combativo de Timoteo.

(A) Emplea, una vez más, una de sus metáforas deportivas: la *lucha buena,* excelente, es decir, conforme a las normas que han de seguirse para que se le adjudique al luchador el premio y la victoria. Los vocablos que el apóstol usa en 1:18 son diferentes de los de aquí. Es, pues, muy probable que en 6:12, se refiera a la lucha olímpica, mientras que en 1:18, se refiere a la lucha en el campo de batalla.

(B) «*Echa mano de la vida eterna»* es una frase que confirma lo dicho anteriormente sobre la metáfora de la lucha olímpica. El verbo está en aoristo, e indica algo que se ha de hacer de una vez por todas. Una comparación con el versículo 19, donde sale el mismo verbo, y también en aoristo, da a entender que, aunque la vida eterna es ya posesión de todo creyente, el agarrarla con firme seguridad subjetiva es propio de quienes se esfuerzan en la práctica de la virtud (comp. con 2 P. 1:10, 11). Un pensamiento parecido se halla en Filipenses 3:12, con la diferencia de que en este último lugar, el verbo es *katalambáno* (también en aoristo), «sujetar hacia abajo», mientras que en 1 Timoteo 6:12, 19 usa *epilambáno*, «agarrar desde arriba» (o «desde cerca», comp. con 1 P. 2:21 «seguir de cerca»).

(C) Después de hacerle a la memoria que a esa vida eterna *fue llamado* Timoteo, algo que Pablo siempre tiene interés en recalcar (v. entre otros lugares, Ef. 4:1, 4; 2 Ti. 1:9), le recuerda también la *profesión* (lit. *confesión)* de fe que hizo, seguramente en su bautismo, *delante de muchos testigos.*

3. Con una solemnidad parecida a la que ha usado en 5:21, el apóstol *manda* (v. 13), *delante de Dios que da vida a todas las cosas* (por lo que Timoteo no tiene motivo para temer por su vida) y *de Cristo Jesús, que dio testimonio* (de la verdad, frente a un enemigo de la verdad) *de la buena* (excelente, hermosa; gr. *kaiés) profesión* (lit. *confesión*, como en el versículo anterior), *que* (v. 14) *guarde el mandamiento* (gr. *entolén*, como en Jn. 10:18, al final). ¿A qué mandamiento se refiere aquí Pablo? No están de acuerdo los autores, pero la opinión de W. Hendriksen tiene, a mi juicio, las máximas probabilidades de acierto: «Este mandamiento, dice, comprende *todo* lo que se le ha ordenado hacer con respecto al ministerio del Evangelio y al gobierno de la iglesia». Un vistazo al versículo 20, compárese con 1:3–5, confirma el acierto de tal opinión.

4. El apóstol manda a Timoteo que guarde este mandamiento *sin mácula* (gr. *áspilon*, el mismo vocablo que aparece en Stg. 1:27 y 2 P. 3:14; *spílon*, mácula, aparece en Ef. 5:27) y *sin reprensión* (gr. *anepílempton*, el mismo vocablo de 3:2 y 5:7). El verbo *terésai* (guardar con una preservación activa, no con un mero custodiar, *phuláxai)* está en aoristo, y supone que se ha tomado la decisión de una vez por

todas, pero la frase posterior, *«hasta la aparición* (gr. *epiphaneías) de nuestro Señor Jesucristo»* (excepción, en lugar de *Cristo Jesús)* indica que esa preservación y observancia han de continuar hasta la Segunda Venida del Señor (el vocablo es el mismo de 2 Ts. 2:8; 2 Ti. 1:10; 4:1, 8 y Tit. 2:13).

5. Como todos los demás eventos de la historia, la aparición escatológica del Señor Jesucristo, determinada por Dios desde su eternidad será *mostrada* (v. 15) *a su debido tiempo* por Dios Padre, a quien Pablo, en grandiosa doxología, describe con los más majestuosos atributos, todos los cuales tienen en el Antiguo Testamento numerosos paralelos:

(A) *«Bienaventurado* (gr. *makários* como en 1:11) y *único Soberano (dunastés;* este vocablo nunca más es aplicado a Dios en las Escrituras canónicas; sólo se le aplica en los apócrifos *Eclesiástico y 2 Macabeos).* Paralelos de la expresión conjunta se hallan en Deuteronomio 6:4; Salmos 41:13; Isaías 40:12–31; Daniel 4:35.

(B) *«Rey de reyes y señor de los que dominan (kurieuónton)»,* son expresiones que tienen paralelos en Deuteronomio 10:17; Esdras 7:12; Salmos 136:3; Ezequiel 26:7; Daniel 2:37. Se aplican al Señor Jesucristo en Apocalipsis 17:14; 19:16.

(C) *«El único* (v. 16) *que posee inmortalidad»* (gr. *athanasían*, equivalente al *aphthartos* de 1:17). Aunque la frase puede significar que Dios es el único que *posee la inmortalidad* por su propia esencia, quizá cuadre mejor con el contexto, al descartar nociones demasiado filosóficas, la idea de que Dios es el único Soberano que nunca muere. Pueden hallarse lugares paralelos en Salmos 36:9; Isaías 40:28; Daniel 4:34.

(D) *«Que habita en luz inaccesible.»* En la inmortalidad está implicada una vida sin término; y donde hay vida, hay luz (v. Jn. 1:4). «Habitar en la luz» es un hebraísmo, más fuerte que el de «vestirse de luz» (Sal. 104:2), pero menos fuerte que la afirmación *«Dios es luz»* (1 Jn. 1:5). Sin embargo, no es precisamente la idea de pureza la que aquí da a entender el apóstol, sino la de majestad inaccesible. Es una luz que, en lugar de revelarse, le esconde (comp. con Is. 45:15; v. también Éx. 24:17; 34:35; Sal. 104:2).

(E) *«A quien ningún ser humano* (lit. *ninguno de los hombres) ha visto, ni puede ver.»* No se puede dar una afirmación más contundente de la total invisibilidad de Dios (comp. con Éx. 33:20; Dt. 4:12; Jn. 1:18; 5:37; 6:46). Repitamos lo que ya hemos dicho en otros lugares: Los textos que hablan de «ver a Dios», «ver su rostro», «hablarle cara a cara», significan disfrutar del favor o de la comunión íntima de Dios, no de una visión facial de su misma esencia. La llamada «visión beatífica» es un error catolicorromano (v. un lugar definitivo en Jn. 14:9).

(F) «*Al cual* (sea) *el honor* (gr. *timé) y el poderio* (gr. *krátos) eterno. Amén»* (lit.). Pueden verse expresiones similares, además de en 1:17, en Nehemías 8:6; Salmos 41:13; 72:19; 89:52. Al comparar este lugar (6:16c) con 1:18, en que hallamos *«honor y gloria»* en lugar de *«honor y poderío»,* comenta J. Collantes: «Como en esta doxología insiste san Pablo sobre todo en los caracteres de soberanía absoluta de Dios, resulta muy natural la sustitución de la gloria por el poder».

Versículos 17–19

Como si los versículos 11–16 fuesen una especie de paréntesis, vuelve el apóstol al tema de las riquezas, «aunque con un propósito diferente. La sección anterior concernía a los que aspiran a ser ricos, mientras que la actual trata de los que ya son ricos» (Guthrie). Vamos a dar primero el texto de los tres versículos conforme a la NVI, donde el sentido del original queda perfectamente clarificado: «A *los ricos en riquezas de este mundo incúlcales que no sean arrogantes y que no pongan su esperanza en las riquezas, que son tan inseguras, sino en Dios, que nos provee abundantemente de todo para que lo disfrutemos. Intímales que practiquen la beneficencia, que sean ricos en buenas obras, generosos y prestos a compartir. De este modo atesorarán para sí un seguro caudal para el futuro, de forma que lleguen a hacerse con la vida que es verdaderamente vida».* Analicemos esta sección:

1. Como hace notar Collantes, es la primera vez que Pablo aplica el adjetivo *ploúsios* (rico), en sentido de riquezas literalmente entendidas, a los hombres, habiéndolo aplicado a Cristo en 2 Corintios 8:9, y a Dios en Efesíos 2:4. Por eso, se ha visto obligado a decir *«ricos en el siglo de ahora»* (lit.), es decir, en riquezas temporales, para que quedase claro que se refería a las riquezas materiales. Así que *«los ricos de este siglo»,* conforme leemos en nuestra Reina-Valera, no significa los ricos mundanos, sino los

creyentes que son ricos en riquezas materiales. De los mundanos no se ocupa el apóstol (comp. con 1 Co. 5:12, 13).

2. A estos creyentes de acomodada posición quiere Pablo que Timoteo les *mande* (no es un mero consejo), en primer lugar, *que no sean de mentalidad altiva,* que no se engrían de sí mismos; *hupselophroneín* es un verbo que parece inventado por Pablo, pues no se halla en el griego clásico, y es el contrario de *tapeinophroneín*, pensar humildemente de sí, el cual, aunque tampoco aparece en el griego clásico (ni en el Nuevo Testamento), se halla representado en los sustantivos *tapeinophrosúne*, humildad (v. Hch. 20:19; Ef. 4:2; Fil. 2:3; Col. 2:18, 23; 3:12; 1 P. 5:5) y *tapeinóphron* (únicamente en 1 P. 3:8). La humildad es una virtud muy rara en los ricos, aun en los ricos creyentes; pero dondequiera existe, va acompañada de las virtudes que Pablo enumera en los versículos 18 y 19.

3. Les ha de mandar igualmente *que no pongan su esperanza en las riquezas* (esto es, en las riquezas de este mundo, pues a ellas se ha referido antes el apóstol). Hay una razón muy poderosa para no poner la esperanza en las riquezas materiales: ¡Son tan *inseguras*! El apóstol se refiere literalmente a *la incertidumbre (adelóteti) de las riquezas.* El vocablo *ádelos* (v. Lc. 11:44; 1 Co. 14:8) significa «incierto, confuso, turbio» y es lo contrario de *délos*, «claro, manifiesto, evidente» (v. Mt. 26:73; 1 Co. 15:27; Gá. 3:11). Las riquezas materiales se van con mayor facilidad que cuando vienen; así que poner la esperanza en ellas es uno de los muchos modos de edificar la casa sobre arena (v. Mt. 7:26, 27).

4. El modo de ser verdaderamente rico es poner la esperanza *en Dios.* El artículo *el* aparece en unos pocos MSS, pero el adjetivo vivo no aparece en el original, por lo que debería ser borrado de nuestras Biblias. Poner la esperanza en Dios es ponerla en algo sumamente seguro, pues Dios, además de ser infinitamente amoroso y fiel a sus promesas, es también infinitamente rico y «siempre da, como hace notar Hendriksen, *"de acuerdo* con sus riquezas" (Ef. 1:7, comp. con Tit. 3:6), no sólo *"de sus* riquezas"». Este Dios inmensamente rico, fiel y amoroso, continúa Pablo, *«nos provee abundantemente de todo para que lo disfrutemos»*. Nótense los matices:

(A) *Dios nos provee abundantemente de todo lo necesario,* «tanto para el alma como para el cuerpo, para el tiempo y para la eternidad» (Hendriksen). Basta con leer Hechos 14:17 y Santiago 1:17, así como Salmos 37:25; 58:19; 81:19b; 103:2–5, 15–18; 104:14, 15; y Salmos enteros, como el 107, 111, 112, 116 y el 145, cuyo versículo 9 es uno de los más hermosos, a mi juicio, de la Biblia (siete palabras, no más, en el hebreo).

(B) Nótese que dice *«de todo lo necesario»,* pues no es más rico el que más tiene, sino el que menos necesita.

(C) *«Para que lo disfrutemos.»* Nuestro Dios no es un Dios que nos exija privaciones porque sí, sino que desea nuestro bien total: que disfrutemos gozosamente de todo lo que nos da (v. 4:3, 4). Véase el comentario a Sofonías 3:17.

5. *Intímales,* continúa Pablo (v. 18), *que practiquen la beneficencia»* (comp. con He. 13:16, donde se compara a los sacrificios *en que se agrada Dios), que sean ricos en buenas (kaloís,* nobles, excelentes, como las de María de Betania) *obras, generosos y prestos a compartir»*. Así como en el versículo 17 se expresa la relación que el creyente que es buen rico establece con el Dios en quien espera (no en las riquezas inseguras), en el versículo 18 se expresa la relación que dicho creyente rico establece, con la más espontánea naturalidad, con sus hermanos más necesitados que él. Dice Hendriksen: «Debe hacer esto en el espíritu de Hechos 2:42–44; 4:34–37».

6. El versículo 19 presenta el resultado que, para su propio provecho personal, obtiene el creyente rico que se comporta de la manera expresada en los versículos 17 y 18, al depender de Dios y ser generoso con sus hermanos: (A) *«De este modo atesorarán para sí un seguro caudal para el futuro»*. Lo del «seguro» es algo conocido hoy día por el más analfabeto; todo el mundo quiere asegurarse; hasta hay «seguros de vida», que sólo se cobran después de la muerte. Ante la incertidumbre del futuro, es preciso ¡asegurarse! Pero la *inseguridad* de lo material no tiene remedio; así que sólo haciendo el bien *atesora uno para sí un seguro caudal para el futuro* (comp. con Lc. 16:9). (B) *«De forma que* (lit. *para que) lleguen a hacerse con la vida* (los mismos verbo y sustantivo del v. 12) *que es realmente vida»*. Muchos MSS menos importantes dicen *aioníou,* eterna (sin duda, por repetición de la frase del versículo 12, a manos de algún copista), en lugar de *óntos*, realmente, según aparece en los mejores MSS. Comenta Hendriksen: «Ciertamente, la salvación es enteramente *de gracia mediante la fe* (Ef. 2:8; Tit. 3:5), pero la recompensa es *conforme a las obras* (Dn. 12:3; 2 Co. 5:10; Ap. 20:12)». Véase el comentario a este versículo del Apocalipsis.

Versículos 20–21

El profundo interés del apóstol en la persona y en el ministerio de Timoteo se echa de ver en ese *«Oh Timoteo …»,* con que encabeza el encargo final (vv. 20, 21a), antes de la breve bendición final (v. 21b).

1. «Guarda (gr. *phúlaxon*, custodia), le dice, lo *que se te ha encomendado* (lit. *el depósito;* gr. *parathéken;* vocablo que sólo sale aquí y en 2 Ti. 1:12, 14)». ¿Qué «depósito» es éste? A la vista del contexto posterior, y comparando con 2 Timoteo 1:11, 14, podemos asegurar que se trata del Evangelio de salvación. Probablemente se incluye lo que Pablo ha escrito en la presente epístola. El vocablo *parathéke* significa, como se ve por su etimología, «lo que se coloca a un lado», como algo precioso, valioso y digno de ser custodiado con toda diligencia. Dice Hendriksen: «Es como si Dios hubiese hecho un "depósito" en el Banco de Timoteo».

2. La segunda parte del versículo 20 nos lleva a 1:4, 6, lo mismo que a los versículos 3–5 de este mismo capitulo 6. *«Deja a un lado,* dice Pablo, *las discusiones profanas e inútiles y las objeciones que presenta la mal llamada ciencia»* (NVI). Tenemos aquí todo un conjunto de normas para la enseñanza y la predicación. (A) *«Profano»* es lo que no debe penetrar en el santuario (comp. con 2 Ti. 2:16) y abarca no sólo lo perjudicial para los oyentes, sino lo puramenle científico, a no ser que sirva de símil o ilustración de la verdad que se expone. Decía un médico a un predicador: «Venimos aquí a escuchar el Evangelio, no las cosas que pertenecen a nuestras profesiones seculares». He oído a predicadores que jamás decían otra cosa que razones filosóficas. (B) En lugar de la *«necia palabrería»* (lit.), mencionada en 1:6, Pablo usa ahora el término *kenophonías*, «voces altas, pero vacías»; quizá se refiere a los gritos con que algunos predicadores tratan de cubrir la vaciedad de contenido de lo que están diciendo. (C) Las *objeciones* (NVI) o *argumentos* (RV), que el original llama literalmente *antítesis,* se refieren, por analogía con el versículo 4 y con 1:4, a discusiones basadas en objeciones que otros ponen a la sana enseñanza que el predicador (o cualquier creyente, v. 1 P. 3:15) expone. El testigo de Cristo debe *proclamar, no discutir, el Evangelio,* pues el que no se rinde ante la revelación de Dios (v. 2 Co. 10:5), menos se rendirá ante la razón del hombre. Al dar por supuesto que el sentido del vocablo griego *antithéseis* es el que acabamos de exponer, también es de reprobar la costumbre de algunos predicadores que se proponen a sí mismos ciertas objeciones, antes de contestarlas, lo cual, si se hace sin conocer la mentalidad de los oyentes, produce a veces más confusión, pues pone en la cabeza de algunos objeciones que jamás se les habían ocurrido, con el peligro de que se les queden bien grabadas y que no les satisfaga la solución que el predicador les dé.

3. El apóstol menciona *la mal llamada* (lit. *seudónima) ciencia.* Aun cuando el apóstol usa aquí el término *gnóseos*, no quiere decir ello que se refiera a la *gnósis* de los herejes gnósticos, que surgió algo más tarde. «Los falsos maestros, dice Guthrie, proclamaban con toda naturalidad que su enseñanza era la verdadera *ciencia* o conocimiento *(gnósis),* una característica que ciertamente no estaba confinada al gnosticismo del siglo segundo». Por eso, lo que ellos llamaban *verdadera ciencia* lo llama el apóstol *falsa ciencia.* Como es obvio, tampoco ataca Pablo al conocimiento científico que no se dedica a poner objeciones a la religión.

4. Ahora bien, había algunos (los falsos doctores frecuentemente mencionados por Pablo) que *profesaban* (gr. *epanguellómenoi*, en participio de presente, el mismo de 2:10), es decir, proclamaban públicamente, como «haciendo propaganda» (Hendriksen), esta seudociencia y, aun sin salir de la iglesia, *se desviaron de la fe* (v. 21). El verbo es el mismo de 1:6 y de 2 Timoteo 2:18. Sujetos de esta clase se han dado en todas las épocas de la historia de la Iglesia. Dice Hendriksen: «Prefieren no dejar la iglesia, sino arrastrarla consigo a la ruina».

5. Pablo termina su epístola con la bendición más breve de todas. Dice escuetamente, según los MSS más importantes y más numerosos: *«La gracia con vosotros».* El mismo plural se halla al final de la *2 Timoteo* y en *Tito.* No sabemos por qué usa Pablo el plural. Hendriksen da la solución más probable: «Aunque la epístola va dirigida justamente a *una sola* persona, Timoteo, de seguro que este último se había de preocupar de que su contenido alcanzase a otros. Por consiguiente, la gracia de Dios es pronunciada sobre *toda la comunidad cristiana».* El «Amén» que aparece en nuestras versiones falta en los MSS más importantes.

2 TIMOTEO

Esta segunda Epístola a Timoteo la escribió Pablo en Roma, donde estaba encarcelado y en peligro de muerte: *«Porque yo ya estoy siendo derramado, y el tiempo de mi partida es inminente»,* escribe en 4:6. Y los intérpretes están de acuerdo en que ésta fue la última epístola que escribió. Poco después, según la tradición, fue decapitado en la Vía Ostia, al oeste de Roma. Es una carta intensamente personal.

Para su división, seguimos los epígrafes del esquema inicial de Ryrie:

I. Saludo (1:1, 2).
II. Acción de gracias por Timoteo (1:3–7).
III. El llamamiento del soldado de Cristo (1:8–18).
IV. El carácter del soldado de Cristo (2:1–26).
V. Las precauciones del soldado de Cristo (3:1–17).
VI. El encargo al soldado de Cristo (4:1–5).
VII. El consuelo del soldado de Cristo (4:6–18).
VIII. Saludos finales (4:19–22).

CAPÍTULO 1

Después de la introducción (vv. 1, 2), tenemos: I. el sincero amor de Pablo a Timoteo (vv. 3–5); II. diversas exhortaciones que le hace (vv. 6–14). III. Habla de Figelo y Hermógenes, y cierra el capítulo con una mención a Onesíforo (vv. 15–18).

Versículos 1–5

1. La inscripción de la epístola. *«Pablo, apóstol de Cristo Jesús»* es la misma expresión que hemos visto en 1 Timoteo 1:1, pero ahora añade: *«por voluntad de Dios* (como en 1 Co. 1:1; 2 Co. 1:1; Ef. 1:1; Col. 1:1), *según la promesa de la vida que es en Cristo Jesús»* (v. 1). La frase *«que es (hay o está) en Cristo Jesús»* nos recuerda que la vida cristiana está centrada en Cristo (v. Gá. 2:20), porque *en el Hijo está la vida* (Jn. 1:4; 3:36; 5:26; 1 Jn. 5:11, 12); y de Cristo, que es la Cabeza, es suministrada a los miembros de su Cuerpo (Ef. 4:15, 16). Lo de *«según la promesa de la vida»* va conectado con *apóstol de Cristo Jesús,* no con lo de la *voluntad de Dios,* aunque esto último entra también en la designación de Pablo como *apóstol.* Hendriksen explica atinadamente: «Ese apostolado por la voluntad de Dios estaba "en armonía con (o 'de acuerdo con') la promesa de la vida", es decir, fue el resultado de tal promesa, en el sentido de que, si no hubiese existido tal *promesa,* no habría podido existir un *apóstol designado por Dios* para proclamar la promesa».

2. El destinatario (v. 2): «A *Timoteo, amado hijo».* En 1 Timoteo 1:2, le había llamado *«genuino hijo en la fe».* Se palpan ya, desde el comienzo de la epístola, una solemnidad especial y una evidente ternura, propias de un padre cuya vida está a punto de derramarse en sacrificio de libación por la causa del Evangelio. La bendición que sigue (v. 2b) está al pie de la letra en 1 Timoteo 1:2, donde puede verse el comentario.

3. Como en muchas otras ocasiones (la estadística nos da mayoría; V. Ro. 1:8; 1 Co. 1:4; Fil. 1:3; Col. 1:3; 1 Ts. 1:2; 2 Ts. 1:3; Flm. 4), Pablo expresa su gratitud a Dios al comienzo de la epístola. En esta ocasión, con una ternura que conmueve. Dicen así los versículos 3–5 en la NVI: *«Doy gracias a Dios, a quien sirvo, a imitación de mis antepasados, con conciencia limpia, siempre que en mis oraciones hago memoria de ti incesantemente, noche y día. Al recordar tus lágrimas, deseo vivamente verte, para quedar lleno de gozo. A menudo evoco el recuerdo de tu fe sincera, fe que arraigó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice, y ahora también en ti, como estoy persuadido de que así es».* Analicemos estos versículos:

(A) El griego, en el *«doy gracias»,* lleva una fórmula especial *(Khárin ékho),* que podría traducirse mejor por: *«estoy en una continua acción de gracias».*

(B) Es curiosa la mención de sus antepasados, al decir: *«a Dios, a quien sirvo, a imitación de mis antepasados, con conciencia limpia».* En 1 Timoteo 1:5, el mismo adjetivo de aquí *(kathará)* se aplica a *«corazón»,* mientras que *«conciencia»* va acompañado de *«buena»* (gr. *agathés,* buena moralmente). La mención de sus *antepasados* (ya difuntos) está designada a establecer un paralelo con los antepasados de Timoteo, su madre y su abuela (todavía vivas). Los antepasados de Pablo (y él antes de convertirse) sirvieron a Dios con una conciencia limpia, irreprochable (comp. con lo que dice en Hch. 24:14, 15), de la misma manera que la abuela y la madre de Timoteo (y el mismo Timoteo) sirven a Dios en la fe de Jesucristo. Como certeramente observa Hendriksen: «Pablo pone de relieve que él no ha introducido una *nueva* religión. Lo que ahora cree es *esencialmente* lo que creyeron también Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, Isaías y todos los piadosos antepasados». Comenta J. Collantes: «Al convertirse, no ha cambiado de Dios ni de aquella fundamental actitud generosa que caracterizaba su espíritu».

(C) Este paralelo de sí mismo con sus antepasados, por una parte, y de Timoteo, con los suyos, por otra, brota espontáneamente en la mente del apóstol *«siempre que en sus oraciones hace memoria de él incesantemente, noche y día»* (comp. con 1 Ti. 5:5). «Pablo viene a decir que siempre que piensa en Timoteo, lo contempla como a quien igualmente sirve al verdadero Dios con pura conciencia» (Hendriksen).

(D) En la medida en que el recuerdo de Timoteo se le hace más vivo en la mente del apóstol orante, se le aumenta *la constante nostalgia* (gr. *epipothón,* en participio de presente), esto es, el vivo deseo de verle (v. 4). Hay un motivo interior, profundo, en el avivamiento de esa nostalgia del apóstol: *«al recordar tus lágrimas»,* dice. Si lo de *«las incesantes oraciones, noche y día»* nos recuerda lo que el

propio Pablo dice en Hechos 20:31, lo de las *lágrimas* de Timoteo nos conduce de la mano a la escena que describe Lucas en Hechos 20:37. Aquella última despedida debió de resultar tremendamente amarga para el fiel discípulo e hijo en la fe.

(E) Pero por eso precisamente Pablo desea *vivamente volver a ver a su amado Timoteo ¡para llenarse de gozo!* ¿Tan cerca de las lágrimas el gozo? Sí, porque el reencuentro es siempre tanto más gozoso cuanto más amarga ha sido la despedida. Dice J. Collantes: «Cargado de cadenas, próximo a la muerte, abandonado de todos (4:10–12), desea ver a Timoteo para secar sus lágrimas, y con esto solo se llenará de alegría. No es su propia pena la que le entristece; es el desconsuelo de su discípulo el que le impide que su gozo sea completo».

(F) Si no conociésemos a Pablo, el que con tanto anhelo tenía puestos los ojos en la meta futura (v. por ej., Fil. 3:10 y ss.), diríamos que, próximo ya a la muerte, sólo vive de recuerdos (v. 5): *«A menudo evoco el recuerdo de tu fe sincera* (lit. *no hipócrita) ...».* Pablo es testigo de la sinceridad con que el joven Timoteo había recibido el Evangelio y había profesado su fe en el Señor. El griego dice literalmente: *«Al recibir el recordatorio»,* por lo que algunos autores opinan que Pablo había recibido recientemente noticias de Timoteo. Guthrie hace notar que, en cuatro versículos (3–6), hallamos cuatro diferentes expresiones que denotan recuerdo.

(G) El apóstol dice que esta *fe,* actitud propia del sincero creyente cristiano, *habitó primero en Loida, la abuela de Timoteo, y en su madre Eunice,* y Pablo *estaba seguro de que también habitaba en el propio Timoteo.* Estas frases requieren un análisis especial:

(a) La metáfora de *habitar,* residir como en propia casa, es favorita de Pablo. Así habla del habitar de *Dios* (2 Co. 6:16), del *Espíritu* (Ro. 8:11 y en el v. 14 del capítulo que venimos estudiando), de la *Palabra* (Col. 3:16) y aun del *pecado* mismo (Ro. 7:17), en el creyente. En todos estos casos, se trata de una residencia dinámica, activa; más propia de un obrero que de un simple huésped.

(b) El apóstol menciona la buena conciencia (v. 3), así como el temor reverente a Dios (v. Hch. 10:2; 16:14, por ej.), en judíos observantes, no convertidos todavía al cristianismo, pero sólo atribuye la fe o el epíteto de *creyente* al que se ha convertido a Cristo (v. Hch. 16:31, 34). La fe, pues, que había habitado en la abuela y en la madre de Timoteo era *la fe cristiana.* Seguramente que también ellas habían sido convertidas mediante el ministerio del apóstol.

(c) La fe que había habitado en la abuela de Timoteo y en su madre eran propias respectivamente de ellas. Timoteo hubo de creer también personalmente para ser salvo. En otras palabras: la fe no se hereda ni se comunica. Nadie puede creer por otro, ni dar la fe a otro, como no puede alimentarse por otro ni dar la salvación a otro. Así que Erdman, citado por Collantes, se equivoca de medio a medio cuando dice: «Pablo nos enseña que la fe puede ser comunicada». Es cierto que los padres, maestros, predicadores, etc., pueden instruir en las verdades de la fe cristiana; es cierto que una familia cristiana es una atmósfera propicia para que brote la planta de la fe, pero *la fe personal de entrega al Salvador* es algo exclusivamente personal, algo que sucede íntimamente en un acontecimiento vital entre la propia persona y Dios.

Versículos 6–14

A continuación, el apóstol hace diversas exhortaciones a Timoteo.

1. La primera exhortación, en forma de *hacer a la memoria* (gr. *anamimnésko),* es (v. 6): *«que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos».* Recuérdese que a este don se había referido Pablo en 1 Timoteo 4:14, en cuyo comentario explicamos ya algunos de los conceptos. Allí le pedía que *no descuidara* tal don; ahora le pide algo más y, precisamente, ante el recuerdo *de la fe que habita seguramente en él («Por la cual causa»,* dice, con una expresión poco frecuente en Pablo); le pide que *reavive el fuego del don de Dios.* El verbo *anazopureín (aná,* de nuevo, *zo,* vida, *pur,* fuego) significa aquí atizar el fuego, especialmente soplando, a fin de que lo que son como carbones encendidos, pero más o menos ocultos bajo la ceniza del miedo o de la indolencia, se manifiesten en llamarada que calienta e ilumina. El apóstol dice de este don *«que está en ti mediante la imposición de mis manos»* (v. 6b), expresión más fuerte que la de 1 Timoteo 4:14 (*«con la imposición, etc.»).* El apóstol da la razón por la cual exhorta a Timoteo a reavivar dicho don (v. 7): *«Porque no nos ha dado* (lit. *dio,* en aoristo) *Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de cordura* (gr. *sophronismoú,* único lugar en que aparece

este vocablo, aunque términos de la misma raíz aparecen en otros quince lugares). Los dos versículos (6 y 7) se aclaran mutuamente:

(A) Dios, dice Pablo, *no nos ha dado espíritu de cobardía, sino de poder* (v. 8b) para actuar en medio de circunstancias difíciles, *de amor* para sacrificarse por el bien de los demás (comp. con Jn. 10:11) y *de cordura,* para obrar con la ecuanimidad que exijan las circunstancias. Dice Collantes: «La fuerza puede llevar al ministro de Dios a ser duro a veces; la caridad (esto es, el amor), a un celo indiscreto. La prudencia sabrá endulzar los rigores de la fuerza y encauzar ordenadamente la torrentera del celo. Fuerza, caridad y prudencia, unidas, harán al ministro de Cristo animoso sin debilidad, enérgico sin aristas, bondadoso sin claudicaciones, celoso sin exageración».

(B) Aunque *espíritu* aparece correctamente escrito con minúscula, no cabe duda de que, como en otros muchos lugares (comp. con Ro. 8:15, por ej.), en el origen sobrenatural de todo lo que acontece en nuestro espíritu regenerado está el Espíritu (con mayúscula) de Dios. Este Espíritu Santo de Dios es el que otorga *el don* (v. 1 Co. 12:4, 7 y ss.). La imposición de las manos de Pablo no tenía en sí ninguna eficacia «sacramental» (ni principal, ni instrumental). El apóstol usa en el versículo 6b la preposición *diá* con genitivo instrumental (como, por ej., en Ef. 2:8, *«mediante la fe»),* porque la imposición de las manos simbolizaba la prolongación del ministerio de Pablo en la persona de Timoteo. Esto acontece dentro de la comunidad eclesial animada y estimulada por el Espíritu Santo. Por tanto, Timoteo no podía sacar de su propio espíritu la fuerza necesaria para avivar el don de otro modo que al echar mano del poder que imparte el propio Espíritu de Dios.

(C) Esta exhortación era muy oportuna, habida cuenta de las múltiples dificultades que asediaban a Timoteo desde dentro y desde fuera, ya que, además de ser un joven (1 Ti. 4:12, comp. con 2 Ti. 2:22) débil físicamente (1 Ti. 5:23) y tímido, según insinúa el apóstol en 1 Corintios 16:10, estaba expuesto a los ataques de los falsos maestros de Éfeso (1 Ti. 1:3–7, 19, 20; 4:6, 7; 6:3–10; 2 Ti. 2:14–19, 23) y a las persecuciones que el Estado y los judíos inconversos desencadenaban contra los cristianos.

2. La segunda exhortación (v. 8) es consecuencia de la primera. Es como si ahora le dijera Pablo a su discípulo e hijo en la fe: «Mira, Timoteo, *tienes en ti el don de Dios; no tienes excusa; por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni (te avergüences) de mí, preso suyo* (comp. con Ef. 3:1), *sino comparte conmigo el sufrir por el Evangelio* (NVI), *conforme al poder de Dios;* con el poder que da Dios, no por tus propias fuerzas». La mención del *poder* de Dios lleva al apóstol a una declaración grandiosa del plan amoroso de salvación (vv. 9 y 10), cuyo heraldo ha sido designado el propio Pablo (v. 11) y por el que padece con la cabeza muy alta (v. 12). Todo lo que Pablo dice en los versículos 9–12 está orientado a estimular a Timoteo para que ponga por obra la exhortación que le hace en el versículo 8.

(A) Veamos primero el texto de los versículos 9–12, según la NVI, donde se clarifica el sentido: *«Quien* (Dios) *nos salvó y nos llamó a una vida santa, no por algo que nosotros hubiésemos hecho, sino por su propio designio y su gratuito favor. Esta gracia nos fue otorgada en Cristo Jesús desde la eternidad* (comp. con Ro. 16:25; Ef. 1:4; Tit. 1:2), *pero se ha manifestado ahora mediante la aparición* (gr. *epiphaneías) de nuestro Salvador, Cristo Jesús, que ha reducido a la impotencia* (en aoristo: de una vez por todas; el verbo es el mismo de Ro. 6:6, entre otros lugares) *a la muerte y ha sacado a la luz la vida incorruptible por medio de la predicación de la Buena Noticia, para lo cual he sido yo designado heraldo, apóstol y maestro* (lo de *«de los gentiles»* falta en los MSS más importantes, y es añadidura tomada, probablemente, de 1 Ti. 2:7). *Por este motivo estoy padeciendo estas cosas, pero no me avergüenzo, pues sé a quién he creído, y estoy convencido (o persuadido;* gr. *pépeismai,* pretérito perfecto de la voz media-pasiva) *de que es poderoso para guardar* (gr. *phuláxai;* el mismo verbo del v. 14 y de 4:15, así como de 1 Ti. 5:21; 6:20) *lo que le he confiado* (lit. *mi depósito;* el mismo vocablo del v. 14 y de 1 Ti. 6:20) *para el día aquel».*

(B) Analicemos primero los versículos 9 y 10, en los que el apóstol hace su gran declaración doctrinal acerca del plan de la salvación. Son muchos los autores que ven en estos versículos un himno (o fragmentos de él), similar a los de Filipenses 2:5–11; 1 Timoteo 3:16; Tito 3:4–7.

(a) Nótese el orden de los dos primeros verbos *(«nos salvó y nos llamó»)* del versículo 9. El sentido exacto del primero ha de verse a la luz de 1 Timoteo 1:15: *vino a salvarnos.* Aplicado a Dios, como es aquí el caso, significa *«procedió a salvarnos».* No se habla todavía de una aplicación personal ya hecha, sino de la declaración de un propósito amoroso de Dios hacia nosotros. *«Nos llamó»* (comp. con Ro. 8:30, donde el *llamar* aparece como el primer paso en el orden de la ejecución); al *llamado* corresponde acudir *«tal como uno está»: «no conforme a nuestras obras»,* añade Pablo (v. 9b, comp. con Ef. 2:9; Tit. 3:5).

Pero este llamamiento se halla aquí cualificado con el complemento circunstancial *«con un llamamiento santo»* (lit.), es decir, *con llamamiento a la santidad* (comp. con Ef. 1:4).

(b) Nuestra salvación y el llamamiento a una vida santa no se deben, añade Pablo (v. 9b) a nada que nosotros hayamos podido hacer o merecer, sino únicamente al *designio* amoroso y gratuito *(¡gracia!)* de Dios hacia nosotros. El amor y el poder, conjuntamente, de Dios han hecho posible la obra de nuestra salvación. Dice Collantes: «El poder de Dios está trascendido de amor. Y por eso nos obliga más a serle fieles, porque el mismo que opera en nosotros la fortaleza para sufrir es el que nos ha salvado y nos ha dado la vocación al cristianismo».

(c) *«Esta gracia,* continúa Pablo, *nos fue otorgada en Cristo Jesús desde la eternidad* (lit. *antes de los tiempos eternos)»*. Es un favor que se nos otorgó cuando fuimos escogidos en Cristo (Ef. 1:4), pero esa concesión estaba escondida, desde la misma eternidad, en el seno del Padre (comp. con Jn. 1:18). Sólo se publicó a los cuatro vientos, *se manifestó* (gr. *phanerotheísan),* cuando el propio Salvador (v. 10) *fue manifestado (ephaneróthe,* el mismo verbo y en el mismo tiempo, aunque en diferente modo) *en carne* (1 Ti. 3:16). Pablo describe al Salvador como al *Yeshúa* (Jesús, el «Yahweh salva») *Mesías* (Cristo) ungido por Dios para el oficio específico de *salvar* (v. Mt. 1:21).

(d) El apóstol describe la obra de la salvación, llevada a cabo por *nuestro Salvador Cristo Jesús* (v. 10, lit.), en lo que más tiene de *Buena Noticia:* la oferta de la vida eterna (v. Jn. 3:16). Para todo el que creyere, con el perdón de los pecados viene la derrota de la muerte y la donación de la vida incorruptible. Es Cristo Jesús, nuestro Salvador, el que, mediante la obra de la Redención, *ha reducido a la impotencia a la muerte,* y ha abolido el dominio que ejercía sobre nosotros a causa del pecado (comp. con Ro. 6:6), que es el aguijón de la muerte. *Morir,* para el cristiano, se ha convertido en *dormir.* Y al resucitar de entre los muertos, Cristo Jesús (con quien hemos resucitado a la nueva vida; v. Ef. 2:4–7), *sacó a la luz la vida incorruptible.* Todo el que lea con atención el Antiguo Testamento se percatará de lo escondida que estaba la idea misma de una vida incorruptible. Era como un *misterio escondido desde los siglos en Dios* (Ef. 3:9). La proclamación del Evangelio es la declaración solemne de que esa explosión de luz y vida eternas ha tenido lugar en este pequeño planeta nuestro y, desde aquí, por medio de la Iglesia, ha sido comunicada a los lugares celestiales (Ef. 3:10).

(C) En el versículo 11, el apóstol declara, con frases similares a las de 1 Timoteo 2:7, que, para el anuncio de la Buena Noticia, *fue puesto* (el mismo verbo de Jn. 15:16b) por Dios *como heraldo, apóstol y maestro.* Las tres funciones tienen por objeto el anuncio de lo mismo, pero cada una tiene su característica respectiva: «Como *heraldo,* debe anunciar y proclamar en voz alta ese Evangelio. Como *apóstol* no puede decir ni hacer sino lo que se le ha encomendado que diga y haga. Y como *maestro,* ha de poner todo esmero en impartir instrucción en las cosas que pertenecen a la salvación y a la gloria de Dios, y debe exhortar a la fe y a la obediencia» (Hendriksen). Nótese que el que humildemente está hablando de las más altas funciones que, como a ministro suyo, le ha encomendado Dios, ¡es un preso, condenado a muerte!

(D) Pero, precisamente por eso (v. 12), porque está padeciendo por la causa del Evangelio *(«Por la cual causa padezco estas cosas»,* lit.), se siente más movido a hacer una de sus grandiosas declaraciones, que se canta como estribillo de un himno bien conocido en nuestras congregaciones: *«Mas yo sé a quién he creído, / y estoy bien cierto que es poderoso / para guardar mi buen tesoro / consigo, junto a Dios»*. Antes de estas frases, dice: *«pero no me avergüenzo»*. Ya había escrito esta misma frase a los fieles de Roma (Ro. 1:16); ahora lo escribe desde Roma a su discípulo Timoteo. Entonces no se avergonzaba del Evangelio *«porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree»*. Ahora no se avergüenza *«porque sabe a quién ha creído»,* es decir, en quién ha puesto su confianza. Y añade: «Y *estoy convencido (o persuadido) de que es poderoso para guardar* (gr. *phuláxai*, custodiar) *mi depósito con vistas a* (gr. *eis) aquel día»*. Dos detalles necesitan especial aclaración:

(A) ¿A qué se refiere Pablo aquí con eso de *«mi depósito»* (gr. *parathéken;* el mismo vocablo del v. 14 y de 1 Ti. 6:20)? ¿Se refiere al Evangelio que se le ha encomendado proclamar, o a sí mismo y su completa salvación? Tanto en el versículo 14 como en 1 Timoteo 6:20, está claro que Pablo se refiere al depósito que Dios ha puesto en las manos de Timoteo para que lo guarde, pero en el versículo 12 no dice *«el* depósito», sino *«mi* depósito»; además, en el versículo 14, como en 1 Timoteo 6:20, es Timoteo quien tiene que guardar el depósito, pero en el versículo 12 no es Pablo el que ha de guardarlo, sino Dios en Cristo. Como demuestra Hendriksen, todo el contexto anterior, además del texto en sí mismo, favorecen la opinión de que Pablo se está refiriendo a sí mismo y a su completa salvación, la cual está bien segura

en las manos de Dios (v. Jn. 10:28–30). Así opinan también la mayoría de los autores y así lo ha entendido siempre el pueblo cristiano.

(B) ¿Cuál es *el día aquel* al que se refiere Pablo al final del versículo 12? Es claro que debe entenderse del día de las recompensas (comp. con el v. 18 y con 4:8, así como con 1 Co. 3:13 y 2 Ts. 1:10). En todos estos lugares hallamos la misma expresión indefinida («el *día aquel» o,* simplemente, *«el día»).* No era necesario precisar más, pues los lectores sabían perfectamente a qué día se estaba refiriendo el apóstol.

3. La tercera exhortación (v. 13) dice así en la NVI: *«Lo que escuchaste de mis labios, guárdalo como pauta directriz de sanas doctrinas, con fe y amor de índole cristiana».* Para *«pauta directriz»,* el apóstol usa el vocablo griego *hupotíposin,* que ya conocemos por 1 Timoteo 1:16; son los dos únicos lugares en que tal vocablo aparece en todo el Nuevo Testamento. Aquí está todavía más clara la figura de «poner debajo para calcar» con la mayor exactitud los contornos del modelo, pues se trata de las *sanas palabras* (comp. con 1 Ti. 1:10), esto es, la doctrina revelada, infalible e inmutable; y, por ello, más de fiar todavía que cualquier ser humano, aunque su santidad sea del calibre de la del gran apóstol. A estas enseñanzas del Evangelio, que Timoteo escuchó de labios de Pablo, ha de atenerse en todo cuanto enseñe y haga. Dice W. Hendriksen: «El lema, tan popular hoy, de "No importa lo *que* usted crea, con tal que sea sincero en lo que cree", es diametralmente opuesto a la enseñanza de las Epístolas Pastorales. No obstante, el *espíritu* con que uno se aferra a la verdad y la comunica a otros sí que importa. Por eso añade el apóstol: "Haz esto con fe y amor centrados en Cristo Jesús"».

Versículos 15–18

En estos versículos, Pablo pasa ahora a referirse a la situación en que se halla personalmente, debido a una triste circunstancia, ya conocida *(«Ya sabes esto»)* de Timoteo. Aunque el abandono por parte de *«todos los que están en Asia»* no puede menos de deprimir el ánimo del apóstol, dedica, sin embargo, solamente un versículo a mencionar lo que le causa dolor, para referirse, en tres versículos, a lo que le causa gozo.

1. Entre los que le abandonaron *(«todos los que en el Asia»,* lit.), el apóstol singulariza a *Figelo y Hermógenes,* quizás, como apunta D. Guthrie, «porque éstos eran la causa principal del disturbio». La forma en que Pablo se refiere a los que le abandonaron *(«los que* [están] *en Asia»),* no en Roma, da a entender que «algunos líderes cristianos en la provincia cuya capital era Éfeso habían sido invitados por Pablo a venir a Roma con el fin de aparecer como testigos a su favor … Con la mayor probabilidad, el miedo les retuvo». Comenta Collantes: «Aunque dolido, más por estas defecciones que por sus cadenas, Pablo no tiene ni una palabra de reprensión para esos hombres cobardes. Porque no se trataba de una apostasía de la fe, sino de una falta de fidelidad a su propia persona. Y para Pablo es únicamente el Evangelio lo que cuenta en la vida».

2. Pero hay una noble excepción (además, Pablo no está solo; v. 4:11): Onesíforo se había portado muy bien con él. No dice Pablo que fuese uno de los que él había invitado a que viniesen a Roma a dar testimonio a su favor. Que no es ése el caso se colige por lo que de él dice aquí el apóstol (vv. 16–18): *«Que el Señor muestre misericordia con la familia* (comp. con 4:19) *de Onesíforo, porque me dio refrigerio muchas veces y no se avergonzó de mis cadenas, sino que, por el contrario, cuando estuvo en Roma, me buscó con solicitud hasta encontrarme. Que el Señor le conceda hallar misericordia de parte del Señor en aquel día. Y la cantidad de servicios que prestó en Éfeso, tú la conoces de sobra».* (NVI, excepto en un *«me»—«me prestó»—,* que equivocadamente añade dicha versión. Analicemos brevemente esta porción:

(A) Tengamos en cuenta que, cuando escribe esta epístola, Pablo no se halla, como anteriormente, en el piso alquilado al que hace referencia Lucas en Hechos 28:30, donde, aparte de poder recibir las visitas de los amigos, tenía libertad suficiente incluso para moverse por las calles de Roma, aunque siempre encadenado a un soldado que le vigilaba. Ahora está ya condenado a muerte y encerrado en lo más lóbrego de la prisión interior, como había estado en Filipos (Hch. 16:24). Por eso, era mucho más difícil dar con él y aun visitarle.

(B) Pero, aun así, Onesíforo, *cuando estuvo en Roma, lo buscó con solicitud* (gr. *spoudaíos) hasta dar con él.* Y no sólo lo visitó *muchas veces,* sino que le *reavivó el ánimo* (gr. *anépsuxen,* de *ana y psúkho);* le alivió también materialmente. El apóstol menciona con profunda gratitud hacia Onesíforo, que *no se*

avergonzó de las cadenas de Pablo. W. Hendriksen hace notar la frecuencia con que menciona el apóstol en este capítulo lo de *no avergonzarse:* «Timoteo no debe avergonzarse (v. 8). Pablo no se avergüenza (v. 12). Onesíforo no se avergonzó (v. 16)».

(C) La mención de *la familia* (lit. *casa) de Onesíforo,* tanto aquí (v. 16) como en 4:19, y la expresión *«en aquel día»* (v. 18), clara referencia al día escatológico de las recompensas (comp. con la del v. 12, al final), ha llevado a muchos autores a conjeturar, y aun asegurar, que Onesíforo había muerto ya cuando Pablo escribió esta epístola. Esta probabilidad no puede negarse, y hasta es posible que hubiese sido ejecutado. El apóstol dice (v. 18, al comienzo): *«Que el Señor le conceda hallar misericordia de parte del Señor en aquel día».* Esta frase plantea dos problemas:

(a) Si, efectivamente, Onesíforo había muerto, ¿tenemos aquí una oración del apóstol por un difunto? Así piensan muchos, especialmente entre los católicos. Spicq, por ejemplo (citado por Guthrie), ve aquí un ejemplo, único en el Nuevo Testamento, de oración por los difuntos. Esto estaría de acuerdo con el precedente judío, también invocado por la Iglesia de Roma, del caso mencionado en el apócrifo 2 Macabeos, 12:43–45, tenido por canónico por los catolicorromanos. Permítaseme dar mi juicio sobre algo que evangélicos como Scott (y el mismo Guthrie) hallan alguna dificultad en resolver: *Primero,* apoyar lo de la oración por los difuntos en una conjetura (de la muerte de Onesíforo) es demasiado arriesgado. *Segundo,* la petición de una bendición escatológica no exige, de suyo, que el sujeto aludido haya fallecido ya (comp. con 1 Ts. 5:23). *Tercero,* y más importante (puesto que esto afecta también al caso de 2 Macabeos, 12:43–45, no como libro canónico, sino como libro histórico que refleja la mentalidad judía de la época próximamente anterior a nuestra era): Un deseo, más bien que una petición, de que *el Señor conceda misericordia,* en el día de las recompensas, a quien había usado de tanta misericordia con el propio apóstol (comp. con Mt. 5:7), NO ES, EN MODO ALGUNO, UNA PRUEBA A FAVOR DEL PURGATORIO, PUESTO QUE LO QUE EL APÓSTOL CONSIDERA AQUÍ NO ES EL ESTADO INTERMEDIO, SINO EL DÍA DE LAS RECOMPENSAS. *Cuarto,* y último, si Onesíforo había muerto como mártir de la fe cristiana, es de tener en cuenta que la costumbre de orar por los mártires difuntos es algo que nunca se ha observado en la historia de la Iglesia. ¿Será por esto por lo que el jesuita Collantes no menciona esta cuestión? Por otra parte, el evangélico Hendriksen ni la plantea ¡cosa extraña!

(b) La repetición anómala del vocablo *«Señor»* en el versículo 18 (gr. *ho Kúrios ... pará Kuriou)* presenta la cuestión siguiente: ¿A quién se refiere Pablo, a Dios Padre o al Señor Jesucristo? La respuesta no puede darse *a priori,* y decir, por ejemplo, que *«Señor»* es, para Pablo, el Señor Jesucristo, puesto que hemos visto recientemente (por ej. en 2 Ts. 3:3, 16; 1 Ti. 6:15) que eso no es invariablemente así. Las opiniones varían: Algunos, como Scott (citado por Guthrie), lo aplican, en ambos casos, a Dios Padre. Otros, al seguir a Bernardo de Claraval, aplican el primero (con artículo) a Jesucristo y el segundo a Dios Padre. D. Guthrie añade que «esto se ajusta a la costumbre de los LXX de aplicar el término sin artículo a Dios». También W. Hendriksen es de esta opinión. A mi juicio, la solución es, precisamente, al revés: en el primer caso, *«el Señor»* es Dios Padre, como término de referencia en nuestras peticiones; en el segundo, es el Señor Jesucristo, puesto que es en su tribunal (Ro. 14:10; 2 Co. 5:10) donde se celebra el juicio de recompensas.

(D) El apóstol menciona finalmente (v. 18b) los servicios que Onesíforo había prestado en la iglesia de Éfeso. Eso lo sabía Timoteo *suficientemente bien* (éste es el sentido de un comparativo sin segundo término de comparación, tanto en griego como en latín). Qué servicios fuesen ésos no lo sabemos, pero debieron de ser importantes y notorios para que Pablo los considerase dignos de especial mención. Ya dijimos que la añadidura *«me («me prestó»)* es un error de la NVI (y otras versiones, incluida la *Biblia de Jerusalén*), pues está muy mal apoyada en el cuerpo de los MSS, faltan en la mayoría de ellos y no se hallan en ninguno de los más importantes. Todavía peor es la añadidura de *«nos» («nos ayudó»),* como aparece en la RV 1960, donde los traductores se limitaron a poner en letra corriente lo que la antigua RV había suplido (malamente) en cursiva, ya que el «nos» no tiene *apoyo* en ninguno de los MSS.

CAPÍTULO 2

El epígrafe que el Dr. Ryrie pone a este capítulo, como ya lo copiamos en la introducción, es «El carácter del soldado de Cristo». En consonancia con esto, vamos a adoptar también las subdivisiones que

aparecen en la *Ryrie Study Bible:* 1. Es fuerte (vv. 1, 2). II. Es de recta intención (vv. 3, 4). III. Es estricto consigo mismo (vv. 5–10). IV. Tiene seguridad (vv. 11–13). V. Es sano en la fe (vv. 14–19). VI. Practica la santidad (vv. 20–23). VII. Es un buen siervo (vv. 24–26).

Versículos 1–2

1. Las primeras palabras de esta exhortación a Timoteo traen a la memoria las que, con tanta frecuencia, dirige Yahweh a Josué (v. Jos. cap. 1) después de la muerte de Moisés: *«Esfuérzate y sé valiente».* En contraste con la cobardía que *«los que están en Asia»* (1:15) mostraron, Timoteo es exhortado a *«revestirse de poder»* (gr. *endunamoú).* El verbo está en presente de imperativo de la voz media-pasiva. Esto mismo indica que Timoteo no puede darse a sí mismo este poder, sino que ha de echar mano del poder que le otorga el Señor mediante el Espíritu que habita en él. Ese *poder* ha de hallarlo Timoteo *en la gracia* que fluye *de Cristo Jesús* como de la Cabeza (comp. con Ef. 4:15, 16). *Gracia* es siempre un favor *justificante,* como en Efesios 2:8, *o fortificante,* como en 1 Corintios 15:10. En este último aspecto ha de verse aquí (comp. con 2 Co. 12:9).

2. Timoteo necesita revestirse de dicho poder a fin de que, en primer lugar, sea capaz de cumplir debidamente con el serio cometido que el apóstol le da en el versículo 2: «Y *las cosas que me has oído decir delante de muchos testigos, encomiéndalas a tu vez a hombres de confianza* (gr. *pistoís;* lit. *fieles,* esto es, de fiar), *que estarán capacitados* (gr. *hikanoís,* competentes) *para enseñar también a otros*» (NVI). Las dos últimas palabras de este versículo, en el original *(hetérous didáxai),* constituyen el lema del Seminario Teológico Centroamericano (SETECA) de Guatemala. Analicemos este importante versículo:

(A) *Las cosas que Timoteo le había oído decir a Pablo* coincidían, sin ningún género de duda, con el *depósito* (1:14) de la sana doctrina cristiana.

(B) Probablemente, el apóstol había ofrecido un compendio de las verdades de la fe en el mensaje pronunciado con ocasión de la inducción de Timoteo al ministerio. Esto explicaría mejor la mención de los *«muchos testigos»*

(C) La frase que las versiones traducen por *«delante de muchos testigos»* es, en el original, *diá pollón martúron* (lit. *mediante muchos testigos)* La construcción es rara y ha dado que hablar a los autores, pero W. Hendriksen ha demostrado que tal construcción no tiene nada de anormal, no sólo en el griego común del Nuevo Testamento, pues se halla también de modo similar en el versículo 4 de 2 Corintios 2 *(diá pollón dakrúon, con* muchas lágrimas, no *mediante* muchas lágrimas), sino también en la *Odisea* y en la *Ilíada* de Homero.

(D) Estas *cosas,* el depósito de la sana doctrina cristiana, es lo que Timoteo ha de transmitir, *encomendar* (gr. *paráthou;* lit. *pon al lado,* sin distancias intermedias de tiempo ni de lugar) *a personas* (gr. *anthrópois,* seres humanos, no sólo varones; por eso se admiten también mujeres en nuestros centros de formación bíblica y teológica) que *sean de confianza,* que sean de fiar, no sólo por la capacidad intelectual necesaria para asimilar debidamente las enseñanzas que se les impartan, sino, sobre todo, por su probada piedad y dedicación al Señor. El aoristo *paráthou* da a entender que el encargo se ha de dar de una vez por todas.

(E) El apóstol añade una nueva cualidad, además de la fidelidad: *«que estarán capacitados para enseñar también a otros» (hetérous,* de diferentes temperamentos, mentalidades, etc.). El que no sea competente para *comunicar* lo que sabe, debe ser empleado, por muy sabio que sea, en otros menesteres. Los dones que el Espíritu Santo distribuye para bien de la comunidad eclesial son muchos y de diversa índole, y están muy diversamente repartidos (v. 1 Co. 12:7–11, 28–30).

(F) Todas estas precauciones son necesarias, según el apóstol, para que el depósito de la sana doctrina pase incorrupto de mano en mano; y es seguramente por la tremenda importancia del encargo por lo que Pablo le recuerda a Timoteo que fue dado *en presencia de muchos testigos,* con la mayor probabilidad, los ancianos que tomaron parte en la inducción de Timoteo (comp. con 1 Ti. 4:14b).

Versículos 3–4

De la fortaleza que un buen soldado de Cristo necesita, pasa el apóstol a mencionar la rectitud de intención y la total dedicación al ministerio, expuesto aquí bajo la metáfora, tan frecuente en Pablo, de la milicia.

1 *«Comparte conmigo,* dice Pablo (v. 3), *las dificultades como un buen soldado de Cristo Jesús»* (NVI). El *«pues»* de nuestra RV debe eliminarse, ya que no tiene fundamento en los MSS, y puede causar confusión por la aparente conexión con el versículo 2, conexión que Pablo no establece aquí. El verbo que traduce la NVI por «compartir dificultades» ha salido recientemente (1:8; v. el comentario). Pablo da por supuesto que Timoteo es un *buen* (gr. *kalós,* excelente) *soldado de Cristo Jesús* (lit.) y, por eso, le exhorta a sufrir con él las penalidades que toda milicia comporta (comp. con 3:12). Comoquiera que el original usa el prefijo *sun,* con, pero no especifica quién es el compañero de penalidades, opina Hendriksen que, en 1:8, es evidente que significa *«conmigo»,* pero aquí (2:3) debería interpretarse en plural *«con nosotros»,* a la vista de los *muchos testigos* citados en el versículo anterior. Es posible, pero no me resulta convincente.

2. A continuación, el apóstol establece una condición que podría ser mal interpretada (v. 4): *«Ninguno de los que hacen el servicio militar se enreda en las ocupaciones de la vida ordinaria, sino que procura agradar al oficial bajo cuyo mando está»* (NVI). A la vista de este versículo son muchos los autores que opinan de modo demasiado estricto, como si el apóstol prohibiese a los ministros de Dios cualquier otra ocupación que no sea la dedicación a la Obra a tiempo completo. Que esto es un ideal digno de contemplarse, nadie lo negará, pero también es cierto que resulta, con frecuencia, utópico.

(A) Está, en primer lugar, el ejemplo del propio apóstol, quien se había dedicado al oficio de fabricar lonas para tiendas de campaña (v. Hch. 18:3; 20:34; 1 Co. 4:12), sin que esto le estorbase en su ministerio de predicación del Evangelio. Es extraño, pues, que un autor católico tan experto como M. Meinertz (entre otros) vea aquí «el origen de la tradicional prescripción eclesiástica que prohíbe a los clérigos dedicarse al comercio y aun buscar su subsistencia por medio de ocupaciones civiles» (citado por J. Collantes). El único motivo de dicha «prescripción eclesiástica» ha de buscarse en el falso nivel de superioridad espiritual que la Iglesia de Roma llegó a atribuir a los clérigos y monjes.

(B) Pero la clave para la recta interpretación de este versículo se halla en el vocablo griego *empléketai (se enreda),* de donde procede el castellano *implicar,* a través del latín *implicare* Con este verbo el apostol quiere dar a entender que lo malo no es ocuparse en un oficio de artesanía o de enseñanza secular, sino en negocios que acaparan la atención de tal forma que constituyen un verdadero obstáculo a la dedicación que el ministro de Dios ha de consagrar a la oración y al estudio de la Palabra, así como a la visitación o, al menos, a la consejería. El vocablo griego expresa gráficamente, como observa Guthrie, «el enredo de las armas del soldado en los pliegues de su manto». Y añade: «El punto principal es, por consiguiente, la renuncia a todo aquello que estorba el verdadero propósito del soldado de Cristo».

Versículos 5–10

De la metáfora de la milicia pasa el apóstol a la de la lucha atlética y a la de la labranza, antes de estimular a Timoteo con el ejemplo del Señor Jesucristo.

1. *«Y asimismo el que compite como atleta no recibe la corona de vencedor si no se atiene a las reglas de la competición»* (NVI). A eso se refirió ya en 1 Corintios 9:25. Aquí viene a añadir un nuevo requisito: No basta con dedicarse de corazón al servicio del Evangelio; es preciso también atenerse a las normas. Sin duda, la norma principal que el apóstol tiene en mente es la del dominio propio, como puede adivinarse al comparar este texto con el citado 1 Corintios 9:25. Por supuesto que se incluye la sana doctrina y el sincero deseo de cumplir la voluntad de Dios, pero el espíritu de mansedumbre, de amor, de sumisión a los demás (comp. con Ef. 5:21), a favor del orden y de la edificación de la iglesia, son normas que han de observarse si el ministro de Dios (y aun todo creyente) ha de dar fruto en el desempeño de su ministerio. También aquí cabe dar «golpes bajos» que deben ser motivo de descalificación, como lo serían en un combate de boxeo.

2. Pablo pasa después a exponer lo mismo bajo la metáfora del labrador (v. 6): *«El labrador que trabaja de recio debe ser el primero en participar de los frutos»* (NVI). A la dedicación del soldado y al orden con que un atleta guarda las normas, añade ahora el apóstol el esfuerzo *fatigoso* (gr. *kopiónta,* verbo bien conocido) y *constante* (el verbo está en participio de presente) *del labrador* (ver la misma comparación en Jn. 15:1 y ss.; y especialmente 1 Co. 3:9). La segunda parte del versículo parece indicar,

a primera vista, que el ministro de Dios ha de tener un ojo puesto en los frutos personales de su labor. Es cierto que mirar a la recompensa (sobre todo, cuando la recompensa es espiritual) no tiene nada de malo. Pero aquí la recompensa es la elevación de su propio nivel espiritual y el de otros. Dice Hendriksen: «No sólo será fortalecida su *propia fe,* alentada su esperanza, ahondado su amor y reavivada la llama de su don, de forma que será "dichoso en lo que haga" (Stg. 1:25), sino que, por añadidura, verá en las vidas de *otros* (Ro. 1:13; Fil. 1:22, 24) los comienzos de los gloriosos frutos que se mencionan en Gálatas 5:22, 23. Véase también Daniel 12:3; Lucas 15:10; Santiago 5:19, 20».

3. Como haciendo un alto, a fin de que Timoteo reflexione y saque las consecuencias de lo que le viene diciendo, dice ahora el apóstol (v. 7): *«Reflexiona en lo que te estoy diciendo, pues ya te dará* (el verbo, efectivamente, está en futuro) *el Señor una comprensión más profunda de todo esto»* (NVI). En otras palabras, todo creyente en general, y especialmente el ministro de Dios, ha de estudiar, reflexionar y orar, sin esperar a que el Espíritu Santo le conduzca a toda la verdad cuando él no se aplica con denuedo, dedicación y esfuerzo a la lectura y ponderación de la Palabra. Después de la regeneración, como después de la creación (Gn. 1:2), el Espíritu de Dios ya no obra *en el vacío;* el siervo de Dios ha de aportar su esfuerzo.

4. Y para animar a Timoteo a correr con ánimo esforzado la carrera que tiene por delante, Pablo le exhorta a poner los ojos en Jesús (comp. con He. 12:2) *«Recuerda a Jesucristo,* le dice (v. 8), *resucitado de entre los muertos, del linaje de David»* (NVI). Como de costumbre, Pablo pone delante de los ojos el ejemplo de Jesucristo, nuestro Gran Capitán. La alusión al *resucitado* es un gran estímulo para todo cristiano que combate y, especialmente, para el que padece persecución por la fe (comp. con Ap. 1:18; 5:6). A. D. Guthrie le resulta extraña la añadidura de la última frase *(«del linaje de David»).* J. Collantes ve erróneamente en dicha expresión «la alusión a la comunidad de la raza humana». No hay tal cosa. Hendriksen ha visto bien, ya que el contexto (vv. 11 y 12) lo aclara, que aquí Pablo une lo del *vivir* con Cristo con lo de *reinar* con Cristo. Lo que me resulta extraño es que Hendriksen, entre los numerosos lugares que cita, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento, no mencione Hechos 13:33, 34 que, a mi juicio, sigue la misma línea que aquí; y donde se ve la importancia de la alusión a David, puesto que a él le fueron hechas las promesas del *trono* Por cierto, lo del *reinar con Cristo* se refiere al futuro escatológico (comp. con Lc. 22:29, 30; Ap. 20:4, al final). «*Al presente,* dice el autor de *Hebreos* (He. 2:8b), *no vemos que todo le esté sometido».* En efecto, *el dios de este mundo* (2 Co. 4:4), *gobernador del reino del aire* (Ef. 2:2) es todavía el *Maligno* (1 Jn. 5:19b). Lo de *«conforme a mi Evangelio»* (lit.), con que termina el versículo 8, ha de conectarse con *«resucitado de entre los muertos»,* puesto que este hecho constituye el núcleo del Evangelio (v. 1 Co. 15:3, 4).

5. La mención del Evangelio, por cuya causa (por haber proclamado salvación *también para los* gentiles) Pablo se halla encadenado y condenado a muerte, lleva al apóstol a presentar su propio caso después del de Jesucristo mismo, a fin de animar a Timoteo más y más a sufrir *penalidades* (o *dificultades)* como las sufre él mismo, pues el verbo del versículo 3 es un compuesto del que Pablo se aplica a sí mismo en el versículo 9. En los versículos 9 y 10, va a presentar cuál es la gloria que comporta el sufrir por la causa del Evangelio, así como el fruto que con ello se obtiene. Dicen así dichos versículos en la NVI: *«por el que* (el Evangelio) *estoy sufriendo hasta el punto de estar encadenado como un criminal* (gr. *kakoúrgos;* lit. *malhechor) Pero la palabra de Dios no está encadenada Por esto, lo aguanto* (gr. *hupoméno,* soporto) *todo por causa de los elegidos, para que también ellos alcancen la salvación que está en Cristo Jesús con gloria eterna».*

(A) Notemos primero que, por causa del Evangelio, Pablo está preso y encadenado como un malhechor público, es decir, como un criminal. El vocablo griego *kakoúrgos* «es palabra técnica en el vocabulario judicial y engloba a los ladrones, asesinos, sacrílegos» (Collantes). Dicho vocablo ocurre únicamente aquí y en Lucas 23:32, 39, en todo el Nuevo Testamento. ¿De *qué* crimen era acusado Pablo ante Nerón? Sin duda, de *sedición* Basta con recordar tres versículos, en su contexto: Hechos 16:20; 17:6 y 24:5. Pero esta acusación era falsa, ya que Pablo, lejos de promover ninguna revuelta, urgía el acatamiento a las autoridades (v. Ro. 13:1 y ss.; comp. también con 1 P. 2:17–20; 4:15, 16). El verdadero motivo de su arresto y posterior encarcelamiento fue *la predicación del Evangelio de salvación a los gentiles* (v. Hch. 22:21, 22). ¿Y qué le importaba a Nerón de esto? ¡Y tantos millones de mártires cristianos habían de morir como enemigos del Estado y hasta de la Iglesia!

(B) Nótese, a continuación, la exclamación triunfal del apóstol: *«Pero la Palabra de Dios no está encadenada».* Pablo está preso, ¡pero la Palabra de Dios está suelta; ningún ser humano ni diabólico la

puede atar ni encadenar! El Evangelio ha de cumplir el objetivo para el que bajó del cielo a la tierra (v. 4:17, así como Is. 40:8; 55:11; Fil. 1:12–14). W. Hendriksen cita, al llegar a este punto, el famoso himno de Lutero, *Ein feste Burg ist unser Gott*, bien conocido en la traducción que del mismo hizo nuestro compatriota J. B. Cabrera.

(C) *«Por esto*, dice Pablo (v. 11), es decir, *porque la Palabra de Dios no está encadenada, todo lo aguanto por causa de los elegidos, para que también ellos alcancen la salvación, etc.»* Esta fraseología (especialmente eso de *«también ellos»)* sugiere que Pablo se está refiriendo a los que estaban ya escogidos en Cristo (Ef. 1:4) en los designios divinos, pero todavía no habían creído cuando el apóstol escribía esto. La perspectiva de los campos blancos para la siega le consolaba de todos los sufrimientos que padecía. No habían de faltar predicadores del Evangelio que llevasen la Palabra a multitud de seres humanos, todavía inconversos, pero escogidos ya en los designios de Dios *para alcanzar la salvación* que Cristo nos obtuvo y que poseen todos los que están en Cristo. De esta forma, bien podía sufrir Pablo con gozo las penalidades de esta vida, a la vista de *la gloria eterna* que muchos habían de compartir con él un día (comp. con 2 Co. 4:17).

Versículos 11–13

En estos versículos, y tras de la ya conocida frase: *«Palabra fiel es ésta»*, Pablo cobra nuevos ánimos, al considerar, como lo ha hecho otras veces, que si Cristo vive en nosotros, con Él sufrimos, con Él morimos, con Él y en Él vivimos, con Él hemos de reinar. La construcción misma de estos versículos nos convence de que forman parte de un himno, en el que se exaltan estas bendiciones del creyente. Dice Collantes: «La estrofa se compone de cuatro estiquios ligados entre sí por la anáfora (gr. *ei),* y el paralelismo sinónimo o antitético. El último verso tiene una conclusión que rompe la simetría, y que muy bien pudiera haberla añadido san Pablo». Veamos cómo aparece la estrofa, al traducir literalmente del original:

«Fiel (es) *la palabra porque,*
Si morimos (aoristo) *con* (Él), *también viviremos con* (Él);
Si soportamos (presente), *también reinaremos con* (Él);
Si (le) *negáremos* (futuro), *también Él nos negará;*
Si somos infieles (presente), *Él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo.»*

1. La interpretación de estos versículos depende del sentido que se le dé al aoristo *morimos con* (gr. *sunapethánomen)* del versículo 11b. Hay quienes ven ahí una alusión al *martirio* (Bernardo de Claraval y, entre los modernos, Bouma), interpretación que Hendriksen tiene como posible, aunque no le satisface del todo. En efecto, no puede satisfacer puesto que el verbo está en aoristo, y apunta a un hecho *pasado y* de una vez por todas. Así que la alternativa queda entre las dos siguientes interpretaciones:

(A) La mayoría de los autores, tanto evangélicos como, en especial, catolicorromanos, opinan que Pablo se refiere aquí a la muerte simbólica que el creyente muestra en la ceremonia del bautismo. Esta opinión explica bien el aoristo *morimos,* pero no cuadra con el contexto anterior ni con el posterior, donde es evidente el concepto de padecimiento literal, real, no simbólico.

(B) W. Hendriksen, al seguir a Calvino, Ellicott y Van Andel, sostiene que Pablo se refiere, no a un martirio real ya sufrido, sino «a una plena resignación a soportarlo, con todas las aflicciones que puedan precederlo». Cita a favor de esto lugares como 1 Corintios 15:30, 31 y 2 Corintios 4:10, y muestra además que el contexto presente es muy distinto del de Romanos 6:3 y ss. Estoy completamente de acuerdo con Hendriksen, y me permito añadir una prueba más: La fraseología del versículo 12b («Si (le) *negáremos, también Él nos negará»)* no puede menos de recordarnos Mateo 10:32, 33; Lucas 12:9, donde el contexto implica la persecución y la conducción de un creyente ante los tribunales, no la profesión de fe hecha en el bautismo, ¡donde no se niega a Cristo!

2. Pasamos, pues, a la interpretación de estos versículos, basados en lo que acabamos de sostener. Vayamos por partes:

(A) *«Si morimos con Él* (Cristo), *también viviremos con Él»* (v 11b). Como hemos visto, el verbo *morimos con* está en aoristo. La decisión de sufrirlo todo por Cristo y con Cristo se tomó en el pasado. Sin duda que Pablo tenía presente aquí lo que dice en Gálatas 2:20 *(«Con Cristo estoy juntamente crucificado»),* por lo que también era consciente, no sólo de vivir con Cristo, sino de que Cristo era el que

vivía en él. Lo de aplicar esto únicamente a la vida de ultratumba no tiene sentido, pues el futuro escatológico se limitará a manifestar, a sacar a la luz pública, *la vida que ya estaba escondida con Cristo en Dios* (Col. 3:3, 4). Nótese, de paso, que Pablo no dice *«resucitaremos»*, sino *«viviremos»*, lo cual es una confirmación de que no se trata del bautismo.

(B) *«Si soportamos* (v. 12a), *también reinaremos con Él»*. Que esto se refiere al final de los tiempos, no cabe duda (v. Ap. 20:4, 6), aun cuando es cierto que los creyentes son ya, por derecho, un *regio sacerdocio* (1 P. 2:9; Ap. 5:10). Dice W. Hendriksen: *«Reinar* con Cristo significa experimentar en la propia vida la restauración del oficio de profeta, sacerdote y rey. Como profeta, su *mente* estaba iluminada para conocer a Dios. Como sacerdote, su *corazón* se deleitaba en Dios. Como rey, su *voluntad* estaba en armonía con la voluntad de Dios. Este triple oficio, perdido por la caída, es restaurado por la gracia de Dios. La respuesta gozosa de la voluntad del creyente a la voluntad de Cristo, esa respuesta que es verdadera libertad, es el elemento básico en este *reinar* con Cristo».

(C) *«Si le negamos, también Él nos negará»*. El verbo *negar* está en futuro de indicativo en el original, lo cual significa que se trata de una condicional que tiene fundamento en la realidad. No es una mera posibilidad; es algo que se da todos los días. Como Simón Pedro en el atrio del sumo sacerdote, también nosotros negamos al Señor más de una vez. Por fortuna, lo mismo que a Pedro, nos queda aún abierta la puerta del arrepentimiento y de la confesión, con la gracia de Dios que no se niega, *a priori*, a nadie. En todo caso, no se trata de una apostasía total de la fe cristiana, sino de un pecado de cobardía del que un día habremos de avergonzarnos (v. 1 Jn. 2:28b).

(D) «*Si somos infieles* (presente continuativo), *Él permanece fiel»* (v. 13a). ¡Qué contraste! Los dos verbos están en presente: Frente a la continua infidelidad del creyente está la continua fidelidad del Señor. Aquí está la gran seguridad del cristiano: Hay una real posibilidad de que el cristiano continúe siendo infiel, lo que equivale a estar negando constantemente a Cristo, pero no hay posibilidad de que el Señor pueda quebrantar su fidelidad. ¿Por qué? Muy sencillo (v. 13b): *«Porque el Señor no puede negarse a Sí mismo»*. El verbo *negar* significa *decir que no*. En el hombre, el decir y el hacer son dos cosas distintas (v. Mt. 21:28–30); por eso, el hombre puede negarse a sí mismo ¡y ser fiel al Señor, en lugar de seguir siendo infiel! Pero en Dios (y, por tanto, en Cristo), el hacer no puede ser distinto del decir porque es la propia *Verdad* personificada (Jn. 14:6). Así que negarse a Sí mismo equivaldría a destruirse a Sí mismo. ¡Pero el YO SOY no puede dejar de ser! La conclusión gloriosa para el cristiano es: Si Dios me salvó, no se puede volver atrás (comp. con 2 Co. 1:20–22).

Versículos 14–19

En estos versículos, vemos que el buen soldado de Cristo es sano en la fe.

1. En el versículo 14, el apóstol manda a Timoteo que conjure solemnemente *a otros* (comp. con 1 Ti. 1:4; 6:4) *a no contender sobre palabras* (donde Pablo usa precisamente el verbo de la misma raíz que el sustantivo griego *logomakhías* de 1 Ti. 6:4). *Esto*, dice, *lejos de aprovechar, sólo* sirve *para catástrofe* (lit) *de los oyentes* sólo lo que *edifica* a los demás sirve de provecho a la comunidad, mientras que lo que los falsos maestros predican y discuten no edifica, sino que destruye, pues la etimología de la palabra *catástrofe* («volver de arriba abajo») «es la antítesis de la edificación» (Guthrie).

2. De un mandato negativo acerca de *otros*, pasa el apóstol a mandar a Timoteo algo muy positivo para sí mismo, en un versículo muy conocido de todos (v. 15): *«Haz de tu parte todo lo posible para presentarte a Dios de modo que obtengas su aprobación, como un obrero que no tiene por qué avergonzarse y que maneja correctamente la palabra de la verdad»* (NVI) Analicemos este importante versículo:

(A) Lo que aquí manda el apóstol a Timoteo tiene validez para todo creyente, pero está dirigido especialmente a los ministros de Dios. En primer lugar, le urge a que *ponga de su parte todo lo posible* (lit. *esfuérzate por ...) para presentarse a Dios como aprobado* (gr. *dókimon*, aceptado después de ser puesto a prueba). El vocablo griego es el contrario del que usa Pablo en 1 Corintios 9:27 *(«adókimos»*, descalificado; «suspenso», diríamos hoy, frente al «aprobado» de 2 Ti. 2:15). «Aprobado» no significa que haya pasado el examen «por las justas», sino que, más bien, equivale a «sobresaliente». Como se ve por la comparación con 1 Corintios 9:24–27, esto incluye también una conducta piadosa, pero el contexto actual pone énfasis en la doctrina.

(B) *«Como un obrero que no tiene por qué avergonzarse.»* Nótese que Pablo dice *«obrero»* (gr. *ergáten),* es decir, un *trabajador,* no un solista o *discutidor,* como los aludidos en el versículo 14. Un obrero, además, que es buen artesano, que no se contenta con salir del paso, sino que hace las cosas *del mejor modo posible* ¡Cuánta mediocridad se observa en muchos púlpitos y tribunas! ¡Qué superficialidad en la exposición de las Escrituras! El ministro de Dios tiene que trabajar de tal modo que no tenga por qué avergonzarse (comp. con 1 Jn. 2:28b) cuando el Señor pronuncie su nombre para que acuda a su tribunal a recibir la recompensa.

(C) *«Que maneja correctamente la palabra de la verdad»,* y muestra así que no tiene por qué avergonzarse. El verbo griego *orthotoméo,* que aparece aquí en participio de presente continuativo, significa, en su etimología, «cortar rectamente», metáfora que se halla, por ejemplo, en Proverbios 11:5, donde el griego de los LXX usa este verbo para significar «hacer derecho el camino». En nuestro lenguaje corriente, decimos «cortar por lo sano» para referirnos a una decisión difícil, pero necesaria. El propio verbo *decidir* significa «cortar de», pues toda decisión realiza una «separación» de otras varias posibilidades. *Trazar rectamente* es, a mi juicio, la mejor traducción de dicho verbo, como vierten la RV 1977 y la traducción de J. Collantes. Es una labor que exige competencia, estudio y oración para ser claro y preciso en la exposición de la Palabra, de forma que se explique llanamente el sentido del texto dentro de su contexto inmediato y del contexto general de las Escrituras. Dice Hendriksen: «El hombre que maneja la palabra de la verdad rectamente, no la cambia, ni la pervierte, mutila ni distorsiona, ni la usa con mal propósito en su mente. Por el contrario, en actitud de oración, interpreta la Escritura a la luz de la Escritura».

3. De nuevo vuelve el apóstol a urgir, en forma negativa, a Timoteo (v. 16, comp. con el v. 23) lo que ya le dijo con respecto a otros en el versículo 14, así como en 1 Timoteo 1:4; 6:20. Son cosas *vanas,* que *conducen más y más a la impiedad* (gr. *asebeías*, lo contrario de *eusébeia,* que es la verdadera *devoción).* Es, pues, uno más de los malos frutos que en otros lugares, como los citados, aparecen como resultado de la palabrería y de la falsa enseñanza. El verbo griego *prokópto,* que aquí usa Pablo, significa «avanzar, progresar», pero ¡vaya un progreso!, *¡hacia la impiedad!* En este mal «avance», la palabra de tales «progresistas» *se extenderá,* dice Pablo (v. 17), *como gangrena.* Dice Hendriksen: «No sólo se come el cáncer los tejidos sanos, sino que, al obrar así, agrava la condición del paciente. De manera semejante, la herejía, anunciada con tanta propaganda, se desarrolla tanto en extensión como en intensidad».

4. El apóstol singulariza (vv. 17b, 18), de entre otros, a *Himeneo y* a *Fileto.* Ya vimos el nombre del primero en 1 Timoteo 1:20. Por lo que se ve, no le hizo efecto alguno la «excomunión», sino que fue de mal en peor. Su mención en primer lugar en ambos textos hace pensar a Hendriksen que «era posiblemente el cabecilla». Del Alejandro de 1 Timoteo 1:20, no sabemos ya nada más. En el versículo 18, el apóstol menciona explícitamente el error capital de estos falsos maestros: decían *que la resurrección ya se efectuó.* ¿Qué significa esto? Si tenemos en cuenta que estos falsos maestros estaban tocados de gnosticismo, y que para el gnosticismo es *mala* la materia, la resurrección corporal era insostenible (comp. con 1 Co. 15:12). La resurrección, pues, *ya efectuada,* era, para ellos, alegórica o espiritual: la iluminación recibida en el bautismo, donde el espíritu tenia su encuentro con la verdad. Así *trastornaban la fe de algunos,* como lo hacen hoy los teólogos liberales que niegan la resurrección corporal de Jesús, mientras afirman profesar todavía la fe cristiana.

5. Por grande que sea este trastorno subjetivo de la fe, viene a decir Pablo (v. 19): *«Sin embargo, el fundamento sólido puesto por Dios se mantiene firme, sellado con esta inscripción: "El Señor conoce a los que son suyos", y "todo aquel que invoca el nombre del Señor debe apartarse de la iniquidad"»* (NVI). Este versículo requiere un análisis especial.

(A) ¿Cuál es *ese fundamento sólido que se mantiene firme?* Nótense los cuatro vocablos que denotan estabilidad: fundamento … *sólido que permanece firme.* Hay quienes piensan que Pablo se refiere a la verdad objetiva del Evangelio, pero esta opinión no guarda armonía con el contexto, que no trata de verdades reveladas, sino de edificios *sellados.* La metáfora está tomada aquí de la costumbre de poner inscripciones-sellos en los edificios públicos. Aquí, pues, ese edificio es, según están de acuerdo los autores, la Iglesia (v. Mt. 16:18; 1 Co. 3:10–12; Ef. 2:20, 21; 1 P. 2:5 y ss.). Para el significado del *sello* véase Efesios 1:13.

(B) El apóstol ve una doble inscripción-sello sobre este edificio de la Iglesia: (a) *«El Señor conoce a los que son suyos».* Esta frase está tomada de Números 16:5, dentro del informe sobre la revuelta de Coré y sus secuaces, donde se le recuerda a Israel gue Yahweh sabe diferenciar entre lo verdadero y lo falso y

ha de mostrar lo que es suyo. Los hombres pueden ser engañados por las apariencias, pero Dios no se engaña, porque su conocimiento infalible penetra hasta el fondo del corazón. Dice Guthrie: «Este conocimiento del infalible discernimiento de Dios tiene por objeto suministrar grandes ánimos a Timoteo y a todos los demás que estaban perplejos ante los elementos indignos en la Iglesia. (b) *«Todo aquel que invoca el nombre del Señor* (Yahweh, no *Cristo) debe apartarse de la iniquidad»*. El sentido de esta cita está tomado de Isaías 52:11, pero puede verse también en Números 16:26. Esto significa, como pone de relieve Hendriksen, que *«la primera inscripción no tiene ningún sentido si se la separa de la segunda, ni la segunda si se la separa de la primera.* El Señor les dirá a los *malvados* que nunca *los conoció* (Mt. 7:23; Lc. 13:27)». Como siempre, la demostración notoria de la verdadera fe y, por tanto, de la elección de Dios, son las buenas obras (comp. por ej., con 2 Ts. 2:13; Stg. 2:14; 1 P. 1:1, 2).

Versículos 20–23

En efecto, el soldado de Cristo y buen obrero, aprobado por Dios, ha de ser un *«vaso santificado, útil para el Dueño»* (v. 21), si ha de ser *«vaso de elección»* (Hch. 9:15, lit.). Con toda naturalidad, pues, y teniendo en mente, aunque implícito en el texto, el concepto de *edificio*, analizado más arriba, el apóstol compara la Iglesia a *«una casa grande»* (v. 20), donde los miembros son como *«vasos»* (lit.) de diferentes materiales y para diversos usos. En los versículos 22 y 23, el apóstol deja la metáfora anterior, pero sigue en la misma línea de la necesidad de conservar la pureza y la santidad. Vamos por partes.

1. Dicen los versículos 20, 21 en la NVI: *«En una casa grande hay objetos* (gr. *skeúe*, vasos o utensilios) *no sólo de oro y plata, sino también de madera y de barro; algunos están destinados a usos honoríficos, y otros a usos viles. Así, pues, quien no se contamina con lo vil, será un instrumento* (de nuevo, *skeúos*, vaso o utensilio) *destinado a usos honoríficos, santificado, útil para su Amo y apercibido para llevar a cabo toda clase de obras buenas»*. Esta última frase está en plena conformidad con el v. 19b. Estos dos versículos requieren un cuidadoso análisis, pues se prestan a confusión. Basta con leer las referencias que suelen hallarse en nuestras versiones, las cuales favorecen también la confusión.

(A) Lo primero que hay que tener en cuenta es que Pablo describe aquí, bajo la metáfora de los *vasos* de distintos materiales, los *miembros en la iglesia*, tanto genuinos como falsos, pues se trata de la iglesia *visible.* Por tanto, como advierte Hendriksen, las referencias a 1 Corintios 3:1–15 (que se refiere a materiales, no a miembros, de la Iglesia) o a 1 Corintios 12:12–31 (que se refiere a distribución de carismas) no tienen ningún sentido; «sólo sirven para confundir materias», dice. Lo mismo digo de la referencia a 2 Corintios 4:7 (donde el barro no indica ninguna *vileza*, sino sólo *debilidad).*

(B) La mayor dificultad del versículo 20 está en la aplicación de la metáfora de los vasos a los miembros de la iglesia visible, puesto que en una casa grande tanto los utensilios de oro y de plata como los de madera y de barro son útiles para diferentes servicios; más aún, los más necesarios son los de madera y de barro, mientras que los de oro y plata sirven más de adorno y ostentación que de utilidad. Es menester, pues, tener mucho cuidado al pasar del *uso físico* de los vasos materiales a la *calidad moral* de los vasos personales o miembros de la iglesia.

(C) Hecha esta advertencia, me aventuro por un terreno donde no encuentro camino abierto; me temo, que por una falsa modestia de parte de los autores. En una casa grande, *los utensilios de oro y plata* (que no se hallan en una casa pequeña) consisten especialmente en vajilla: copas, platos, fuentes, etc. No se incluyen, con la mayor probabilidad, las joyas de adorno, pues no se consideran en la Biblia como cosas útiles, sino de pura ostentación. Dichos *utensilios de oro y plata* son para usos honrosos y honran al dueño, pues muestran que es un gran señor. En cambio, *los de madera y barro* se emplean para usos domésticos comunes: muebles ordinarios (los de madera) y vasijas para preparación, cocción y conserva de alimentos (los de barro). Entre *los vasos de barro*, no pueden pasarse sin especial mención los empleados para hacer aguas (v. el comentario a Neh. 4:23). Es mi opinión que a estos últimos se refiere especialmente el apóstol como a *vasos para usos viles*, esto es, sin honor (comp. con 1 Co. 12:23, 24).

(D) Luego viene (v. 20b) la aplicación a los miembros de la iglesia. Aquí, *los vasos de oro y plata* representan a los miembros *fieles* (los de oro, a los de mayor fidelidad; después, los de plata). Así lo entiende (a mi juicio, correctamente) W. Hendriksen. *Los vasos de madera y de barro* (especialmente, algunos de estos últimos) representan a los miembros profesantes que no tienen fe verdadera. El que no sean utensilios para honor «no significa necesariamente que no cumplan ningún objetivo en la iglesia. ¡Lo *cumplen*, y eso a pesar de sí mismos! Estudien Romanos 9:17, 22, 23. Incluso Faraón fue de algún uso

(Éx. 7:4, 5; 9:16; 10:1, 2). ¡Los platos baratos sirven para un propósito útil, aun cuando una persona se deshaga pronto de ellos!» (Hendriksen).

(E) Y tras de la aplicación, viene la exhortación (v. 21): Para ser un utensilio (a) *destinado a usos honoríficos,* (b) *santificado,* esto es, «consagrado al servicio de Dios» (Collantes), (c) *útil para su* Amo y (d) *apercibido, esto es, a punto para ser usado, para toda obra buena* (el participio de pretérito denota aquí un continuo *estar a punto* con una preparación que se llevó a cabo en el pasado; no se puede improvisar en unos pocos momentos), es menester *estar purificado* (no contaminado) *de esas cosas* (lit.). ¿Qué cosas son ésas? La NVI da por supuesto que Pablo se refiere a lo que tienen de vil *los vasos de deshonor:* suciedad interior, por muy lavados que parezcan por fuera (comp. con Mt. 23:25–28). Esto incluye la obligación de *separarse,* no sólo de los errores de los falsos maestros, sino también de la compañía de sus personas (vv. 16–18; comp. con 2 Jn. 10, 11).

2. Continúa luego el apóstol (vv. 22, 23) y exhorta personalmente a Timoteo del modo siguiente: *«Huye de las malas pasiones propias de la juventud, y marcha por el camino de la rectitud, de la fe, del amor y de la paz, junto con los que invocan al Señor de lo íntimo de un corazón puro. Rehúye el meterte en discusiones necias y estúpidas, pues ya sabes que no producen sino altercados»* (NVI). El versículo 23 repite los conceptos que ya hemos considerado en el versículo 16, así como en 1 Timoteo 1:4; 6:20. Por tanto, nos limitaremos al análisis del versículo 22.

(A) Collantes hace notar que el *«huye»* de este versículo corresponde al *«evita»* del versículo 16, mientras que el *«ve en seguimiento de»* (lit.) corresponde al *«esfuérzate»* (lit) del versículo 15. Es uno más de los textos en que el apóstol, muy al estilo semita, expresa sus exhortaciones en forma negativa, tanto como en forma positiva.

(B) Al mencionar *las malas pasiones propias de la juventud,* la primera impresión del lector es que Pablo se está refiriendo (al menos, en parte) a los placeres sexuales, a los que el instinto incita con mayor vehemencia en la edad juvenil. Hendriksen opina que, en efecto, Pablo se refiere *también* (aunque no exclusivamente) a ellos. Sin embargo, tanto el contexto anterior, como el contraste con las virtudes que a continuación menciona el apóstol (y entre las que no figura la pureza sexual), excluyen tal probabilidad (sin que neguemos de plano la posibilidad). Dice Collantes: *«Las pasiones de la juventud,* en este contexto, son más bien las que dimanan de la naturaleza impulsiva e irreflexiva de la juventud, como son la impaciencia, la violencia, la tendencia a discutir, la efervescencia un poco alocada en el afán de novedades». Tanto en esta primera parte del versículo como en la que sigue, se observa cierto paralelo con 1 Timoteo 6:11.

(C) Las virtudes que el apóstol exhorta a Timoteo *a perseguir* (lit), es decir, *a ir en pos de ellas,* como de algo que nunca se consigue de forma perfecta, son: (a) la *justicia practicada,* por la que nuestra voluntad está en armonía con la voluntad de Dios; (b) *la fe,* en sentido de confianza constante en Dios; (c) el *amor,* con todos los matices que caracterizan al amor cristiano (v. 1 Co. 13:4–7; 1 Ti. 1:5); *y* (d) *la paz con todos los que invocan* (participio de presente) *al Señor.* Así, sin la coma que aparece en nuestras versiones, leen el versículo autores como Hendriksen, Guthrie y Collantes. Dice Guffirie: «Vivir en paz *con todos los que invocan al Señor* es un requisito indispensable de todo ministro cristiano, como lo es, en realidad, de todo cristiano, aunque se ignora con demasiada frecuencia».

(D) El fondo secreto del que brotan estas virtudes (al menos, esa *paz,* que corresponde a la *paciencia y* la *mansedumbre* de 1 Ti. 6:11) es un *corazón limpio* (comp. con 1 Ti. 1:5), limpio de *las cosas viles* a las que se ha referido en el versículo 21. «Paz y pureza nunca se hallan por largo trecho separadas» (Guthrie).

Versículos 24–26

En estos versículos, el apóstol declara cómo debe ser el siervo del Señor, y empieza por decir cómo no debe ser. Dicen así en la NVI: «Y *el servidor* (gr. *doúlon,* esclavo) *del Señor no debe altercar, sino, más bien, ser amable con todos, apto para enseñar* (comp. con 1 Ti. 3:2; Tit. 1:9) y *sin propensión al resentimiento. A quienes le contradigan, debe instruirles con dulzura, a la espera de que Dios les conceda un cambio de mentalidad que les conduzca al reconocimiento de la verdad, y a que vuelvan sobre sí mismos y escapen de los lazos del diablo, que los ha tenido cautivos y sometidos a su voluntad».*

1. Al conectar con el final del versículo anterior, donde ha mencionado *«las discusiones necias e insensatas … que engendran altercados»,* el apóstol dice ahora que *… un siervo de(l) Señor no debe*

altercar» (lit.). J. Collantes ve aquí una alusión a Isaías 42:1–3; 53:7, donde se pone de relieve la mansedumbre del Siervo de Jehová. Por esta razón, y habida cuenta de que *«Señor»* no lleva artículo (exactamente como el hebreo *ébed Yahweh),* me inclino a pensar que Pablo se refiere a Dios Padre, más bien que a Cristo. Está igualmente la proximidad de *«Señor»* en el versículo 22. Contrasta además con la explicitación de *«Cristo Jesús»* en el versículo 3. Hendriksen opina que se refiere a Jesucristo, y cita a su favor Romanos 1:1; Filipenses 1:1 y Santiago 1:1. ¡Pero precisamente en todos esos lugares, Pablo y Santiago nombran expresamente a Jesucristo! En todo caso, lo que Pablo exhorta a Timoteo es, primeramente, *a no altercar.* Debe seguir el ejemplo del Maestro, según los lugares citados de Isaías 42 y 53.

2. En lugar de ser altercador, es decir, *pendenciero* (como traduce la RV 1977), *un siervo de Dios debe ser* (v. 24b):

(A) *Amable* (gr. *épion*, suave, cortés, fino; lo contrario de áspero, grosero, sin educación) *para con todos.* Dice Collantes: «En oposición a los hombres quisquillosos y discutidores, guarda una actitud apaciguadora, una dulzura que los desarma a todos». Es el único modo de que un ministro de Dios sea, no sólo accesible, sino también «capacitado para impartir consejo e instrucción» (Hendriksen).

(B) *Apto para enseñar* es una cualidad que hemos visto y estudiado en el comentario a 1 Timoteo 3:2.

(C) *Sin propensión al resentimiento* es la traducción que la NVI hace del griego *anexíkakon*, única vez que tal vocablo aparece en todo el Nuevo Testamento. La mayoría de las versiones, incluida nuestra RV, lo traducen por *sufrido,* en el sentido de aguantar con paciencia las contrariedades y las injurias (comp. con 1 P. 2:21–24).

(D) *A quienes* (v. 25) *le contradigan, debe instruirles con dulzura* (lit. *mansedumbre).* Ésta es la actitud recomendada en lugares como 1 Corintios 4:21; 2 Corintios 10:1; Gálatas 5:23; 6:1; Efesios 4:2; Colosenses 3:12; Tito 3:2; Santiago 1:21; 3:13; 1 Pedro 3:15. Esta actitud de suavidad, paciencia y mansedumbre no está en contradicción con la energía que el ministro de Dios ha de desplegar en sus exhortaciones, amonestaciones y aun reproches merecidos. Collantes aduce a este respecto un pasaje, muy iluminador, del Crisóstomo, quien dice lo siguiente: «¿Cómo se compagina esto con lo que ha escrito en otro lugar: *Corrige con imperio* (Tit. 2:15) y *nadie tenga en menos tu juventud* (1 Ti. 4:12), y *corrígeles duramente* (Tit. 1:13)? Esto se compagina también con la mansedumbre. Una inpugnación enérgica, cuando va unida a la mansedumbre, puede hacer más impresión. Conviene, pues, corregir con mansedumbre, más bien que rebatir con ferocidad».

3. El apóstol tiene, en todo esto, la mirada puesta, como buen pastor de almas, en el provecho de los que hayan de ser corregidos por el siervo de Dios: el arrepentimiento para volver al buen sentido (vv. 25b, 26a) y escapar así del cautiverio del diablo (v. 26b).

(A) El objetivo de la corrección es el arrepentimiento: *«Por si quizá les conceda Dios arrepentimiento* (gr. *metánoian*, cambio de mentalidad) *en orden al reconocimiento de la verdad»* (v. 25b, lit.). Dice Hendriksen: «Esta esperanza ha sido expresada posiblemente de una forma tan vacilante (quizá … conceda) por cuanto el *contradecir* de los falsarios se había convertido en hábito. Se les había vuelto trabajoso incluso el prestar oídos a la verdad. Si había de producirse algún cambio, nadie sino *Dios* había de hacerlo surgir. El deseo ardiente de Pablo era que esta gran transformación pudiese todavía efectuarse».

(B) De esta manera, y sólo así, espera el apóstol que *recobren la cordura* (gr. *ananépsosin).* Es como si el diablo que los cautivó con sus lazos, les hubiese sorbido el seso, «y quedado entumecida la conciencia, confusos los sentidos y paralizada la voluntad» (Horton). Si se arrepintieran, volverían en sí (Lc. 15:17) y se darían cuenta de lo engañados que los tenía el diablo.

(C) Para que se vea mejor el proceso de esta posible (y deseada por el apóstol) recuperación, conviene traducir al pie de la letra todo el versículo 26, antes de entrar en la discusión del problema que presentan los dos pronombres de la frase final: «*y recobren la cordura (o el sentido) de entre el lazo del diablo, capturados vivos por él, en orden a* (hacer) *la voluntad de aquél»*. Veamos algunos detalles importantes, y hasta controvertidos:

(a) Como puede verse en la traducción literal, el verbo *escapando* que aparece en las versiones no aparece en el original; se suple únicamente para que no resulte forzada la construcción gramatical castellana. Ahora bien, la preposición griega *ek* indica de suyo una salida de en medio de algo. Ésta es la razón por la que, en el versículo 8, como en otros lugares, la expresión *ek nekrón* se traduce apropiadamente por *de entre los muertos.* Al suprimir el verbo que se añade para aclarar el texto, tenemos

que ni el recobrar el sentido precede al escapar del lazo del diablo, ni el escapar del lazo precede al recobrar del sentido, sino que en el mismo momento en que sucede lo uno, sucede también lo otro. Sólo hay una prioridad *lógica:* al recobrar el sentido se sale del lazo del diablo (un caso similar al de 1 Tesalonicenses 1:9: *«os convertisteis a*—gr. *pros*—*Dios desde*—gr. *apó*—*los ídolos»).*

(b) El verbo *ezogreménoi*, cazados vivos, está en participio de pretérito perfecto, lo cual indica, no sólo que hubo un momento en el pasado de estos falsarios en que el diablo se apoderó de ellos, sino que continúa teniéndolos sujetos y bien sujetos.

(c) La última frase ha provocado una gran variedad de interpretaciones; la discusión se centra en los dos pronombres: *él y aquél,* según aparecen en la traducción literal que hemos presentado.

Primera opinión: El pronombre personal *él* se refiere al *siervo del Señor* (v. 24), mientras que el demostrativo *aquél* se refiere al *Señor,* esto es, a Dios. Apoyan su opinión en el supuesto de que el demonio no captura vivos, sino espiritualmente muertos. Este supuesto es falso, pues el diablo captura también vivos. Por otra parle, el pronombre *aquél* se refiere siempre al más lejano de dos sujetos, y aquí es precisamente el *siervo* el más lejano. En realidad, ambos se hallan demasiado alejados en la construcción gramatical, mientras que el único sujeto que se halla lo bastante cercano para aplicarle el pronombre personal *él* es el diablo.

Segunda opinión: En efecto, el pronombre personal *él* solamente puede referirse al *diablo,* pero el pronombre *aquél* se refiere a Dios, pues, haga lo que haga, el diablo no tiene más remedio que servir a los designios de Dios. Esta opinión tiene alguna probabilidad, pero hay dos puntos que quedan muy oscuros si se la acepta: 1) La referencia de *aquél* a Dios queda muy incierta, ya que el sujeto de la oración en la frase aludida del versículo 24 no es el *Señor,* sino el *siervo,* con lo que la referencia a Dios violaría las leyes de la gramática; 2) la preposición *eis* es una preposición de *dirección* y, por tanto, de *intención.* Ahora bien, no hay cosa que esté más lejos de la intención del diablo que hacer lo que Dios quiere.

Tercera opinión: Tanto el pronombre personal *él* como el pronombre demostrativo *aquél* se refieren al diablo. Dice Hendriksen: «El antecedente de *autoú (él)* es naturalmente el nombre más próximo *(el diablo);* y el antecedente de *ekeínou (aquél)* es el pronombre más próximo *(él,* esto es, *el diablo).* Esto hace un sentido excelente». No puede negarse que es una construcción algún tanto rara, pero es correcta, ya que el apóstol suponía que la cosa estaba suficientemente clara y, por la razón que fuese, no pensó que fuese necesario nombrar de nuevo *el diablo,* ni repetir el pronombre personal griego *autoú (él).*

CAPÍTULO 3

En este capítulo, el apóstol, 1. hace una predicción de la apostasía final y de los rasgos siniestros que caracterizarán a los malvados de aquellos días (vv. 1–9). II. En contraste con la conducta de éstos, Pablo menciona con satisfacción la forma en que, hasta el presente, se ha conducido su discípulo e hijo en la fe, Timoteo (vv. 10–13), y III. le exhorta a continuar en el estudio y la práctica de lo que lleva aprendido en las Sagradas Escrituras (vv. 14–17).

Versículos 1–9

1. El apóstol comienza como con «un toque de atención a lo que se va a decir» (Collantes): *«Ten en cuenta esto»* (NVI). Lo que Pablo quiere aquí que Timoteo tenga en cuenta es que *«en los últimos días sobrevendrán tiempos difíciles»* (lit.). «Los últimos días» es una frase que, de suyo, significa el tiempo inmediatamente anterior a la Segunda Venida del Señor. Sin embargo, el tiempo presente en que se hallan los verbos de los versículos 6 y ss. indica que ya se estaban cumpliendo los *tiempos (kairoí,* sazones, circunstancias) *difíciles* a los que alude en el versículo 1 (comp. con 1 Jn. 2:18). Timoteo ha de tener en cuenta esto precisamente para *apartarse* de los sujetos que menciona (v. 5b); una indicación más de que los «tiempos difíciles» ya habían comenzado.

2. A continuación, el apóstol describe los rasgos que caracterizan a los malvados de dichos tiempos difíciles; ellos mismos son los que están haciendo *difíciles* esos mismos *tiempos,* esa sazón. El catálogo de vicios no es exhaustivo; puede completarse con lo que el mismo Pablo menciona en Romanos 1:29–31; Gálatas 5:19–21; 1 Timoteo 1:9. Aunque el apóstol no pretende establecer una secuencia

rigurosamente organizada, podemos distinguir tres grupos con sus correspondientes cabezas de serie: egoísmo, desdén, traición.

(A) Comienza el apóstol (v. 2) por (a) *el amor de sí mismo* (gr. *phílautoi),* del que pronto se llega, como dice Agustín de Hipona, al desprecio de Dios. Por supuesto, se trata de un falso amor a sí mismo, pues el amor de sí mismo que es según Dios es propuesto en la palabra de Dios como *modelo* para el buen amor al prójimo (v. Lv. 19:18; Mt. 7:12); (b) el egoísta es, por eso mismo, *«amante de la plata»* (lit.; gr. *philárguroi).* (c) Una vez que el egoísta tiene amasada una gran fortuna, el próximo paso suele ser *la ostentación vanidosa* (gr. *alazónes*, comp. con 1 Jn. 2:16, al final) *alazoneía tou bíou*, la ostentación del tren de vida); (d) cerrando esta serie se halla la *arrogancia* (gr. *huperéphanoi*, altaneros, amigos de aparecer por encima de los demás, como indica su etimología).

(B) Encabezando la segunda serie (vv. 2b, 3), y como consecuencia de la altanería que tiende a rebajar a los demás, tenemos (a) lo que el griego llama *blásphemoi*, que suele verterse impropiamente por *blasfemos,* pues su verdadero sentido es *maldicientes,* no porque echen maldiciones sino porque *dicen mal* de otros, divulgan sus defectos, etc., o calumnian, lo cual es todavía peor. (b) En su desdén, no perdonan a sus propios padres: son rebeldes a sus progenitores (gr. *goneúsin apeitheís);* (c) con ello, ya muestran bien a las claras que son *ingratos,* sin apreciar las muchas cosas buenas que sus padres han hecho y sufrido por ellos. (d) Su desdén no se detiene ni siquiera ante Dios; son *impíos* (o, mejor, *irreligiosos).* Dice Collantes: «Así, la suprema ingratitud va unida con la suprema impiedad». (e) El griego *ástorgoi*, con que comienza el versículo 3, significa *«sin entrañas»* (como muy bien traduce la NVI). No tienen corazón, ni para sus padres, ni para sus hijos, ni para sus amigos. Dice Collantes: «Tanto valen sus amigos cuanto les sirven para sus intereses». (f) De ahí que sean también *implacables;* no se avienen a ninguna conciliación (comp. con Mt. 18:28–30). (g) Son también *calumniadores* (gr. *diáboloi*, ¡diablos!), «puesto que la honra de los demás no la estiman en nada» (Collantes). (h) *Intemperantes* (gr. *akrateís*, sin dominio de sí mismos; lo opuesto a la *enkráteia*, que cierra la serie en el fruto del Espíritu—Gá. 5:23—), por lo que están a merced de sus bajos instintos. (i) Entre los bajos instintos, campea la violencia: son *crueles,* que es precisamente una característica de los cobardes. (j) En una palabra, *aborrecen todo lo bueno.* «Amigos únicamente de sí mismos, son *enemigos del bien* en cualquiera de sus manifestaciones» (Collantes).

(C) Con todo ese desdén, acumulado bajo tantos epítetos, ya podemos imaginar que tales individuos, llegada la ocasión, han de mostrar (v. 4) con (a) la *traición su* deslealtad, efecto de su desdén. (b) Pagados de sí mismos y desdeñosos de los demás, «son capaces de exponerse *temerariamente* al peligro con tal de conseguir sus depravados intentos» (Collantes). (c) El orgullo les ciega de tal forma que se vuelven *infatuados* y no prestan atención a nadie; son «los sabelotodo». (d) *Amigos del placer más bien que amigos de Dios* (lit.). Antes que a Dios, prefieren a Epicuro. (e) Cerrando la serie, y la lista (v. 5), están los *hipócritas, «que tienen* (presente continuativo) *apariencia* (gr. *mórphosin—no morphén*, forma—, sino una como caricatura de forma) *de piedad religiosa* (gr. *eusebeías), pero han negado el poder de ella»* (lit.). La verdadera piedad contiene un dinamismo sobrenatural que se proyecta en manifestaciones genuinas de amor a Dios, de respeto y lealtad al prójimo, y de dominio propio. Todo esto les falta a estos malvados: lo *han negado y lo siguen negando* (de ahí, el participio de pretérito perfecto), es decir, rechazan el poder efectivo de la piedad genuina y, con su conducta *no piadosa, están diciendo tácitamente* que la piedad de que alardean *no es genuina,* sino solamente un pretexto, una capa con la que pretenden cubrirse para que los demás los acepten por buenas personas y hasta por fieles cumplidores de sus deberes religiosos.

3. Que tales personas pueden llegar a ser admitidas (y de hecho lo son en muchas ocasiones) en nuestras congregaciones, lo muestra Pablo en la frase que dirige a Timoteo al final del versículo 5: *«también de éstos apártate»* (lit. *vuélveles la espalda,* NVI). Dice Collantes: «El verbo empleado, que no se encuentra en ningún otro lugar de la Biblia, es bastante fuerte, pues significa *apartarse con horror.* Es más duro que el que se emplea en 1 Timoteo 6:20».

4. Después de describir las características de estos hipócritas, el apóstol describe algunas de sus malvadas actividades (vv. 6–9).

(A) *«Porque de entre éstos son …»* (lit.), es decir, al círculo de esta gente pertenecen los que va a mencionar en sus malas actividades: *«se introducen de matute por las casas para seducir a las mujeres* (lit. *mujercillas) necias y débiles de voluntad, cargadas de pecados y que se dejan arrastrar por toda clase de pasiones»* (NVI). Ya en 1 Timoteo 5:13, aludió Pablo a mujeres que corren este peligro por

holgazanas, frívolas, chismosas y entrometidas. Por lo que dice Pablo, estos falsos maestros, salidos del círculo de malvados que acaba de mencionar, eran especialistas en meterse de rondón por las casas donde sabían que las mujeres eran presa fácil, por su buena «hoja de servicios» *(cargadas de pecados,* participio de pretérito), además de *la falta de seso* y de *la debilidad de voluntad* de tales mujeres. Mientras los maridos se hallaban ausentes de casa, ocupados en sus trabajos, estos falsarios *se captaban* (lit. *llevándose cautivas de guerra)* a estas mujeres, ya de suyo *rebosantes de pecados* pasados y que *se dejaban conducir* (participio de presente medio-pasivo) *de concupiscencias de diversos colores* (lit. gr. *poikílais;* el mismo vocablo que usaron los LXX para describir—equivocadamente—la túnica que Jacob hizo para su hijo favorito). Vamos a entresacar un par de detalles que no deben quedar en el aire:

(a) Se preguntan los autores: «¿Por qué buscan precisamente a las *mujeres?»* (Hendriksen, por ejemplo). A mi juicio, la razón es doble: 1) La mujer es más impresionable y, por eso, más fácil de seducir, siente, no calcula. El primer ejemplo nos lo ofrece la tentación en el Edén (Gn. 3:1–6). 2) La mujer puede ejercer una tremenda influencia sobre el marido; si éste se resiste, unas pocas lágrimas lo enternecerán. No nos dice la Biblia si nuestra primera madre usó también este recurso, pero es muy posible.

(b) Me pregunto yo: ¿Puede deducirse de este versículo que la *seducción* no era sólo ideológica, sino también sexual? Es más que probable, no sólo por la corrompida condición de tales maestros y de tales discípulas, sino por un elemento de fondo que debe tenerse en cuenta: Según la *gnosis,* de la que probablemente eran adeptos estos falsarios (como todos los que suele mencionar Pablo en estas epístolas), la materia es *mala* ontológicamente, pero *neutral* éticamente, con lo que los mismos que *prohibían casarse* (v. 1 Ti. 4:3), a fin de que no se multiplicaran los cuerpos, podían permitirse los pecados sexuales, puesto que son *del cuerpo,* es decir, según ellos, *éticamente* inocentes (v. el comentario a 1 Juan 3:7, donde Juan tiene en cuenta este funesto error).

(B) El apóstol sigue diciendo de estas *mujercillas* (v. 7) que *«siempre están aprendiendo»* (participio de presente; por el género neutro, sabemos que Pablo se refiere a las mujercillas, no a los maestros, pues entonces estaría en masculino) y *nunca pueden llegar al conocimiento pleno de la verdad.* Nótese que el apóstol no dice que *nunca llegan,* sino que *nunca pueden llegar,* al conocimiento pleno de la verdad. ¿Por qué? Sencillamente, porque lo que les seduce no es el deseo de aprender, sino la curiosidad por los sensacionales conocimientos que, con su labia refinada, les propinan estos seductores.

(C) Volviendo a los maestros (vv. 8, 9), el apóstol viene a decir que no es extraño que las discípulas no puedan llegar nunca al conocimiento de la verdad, cuando sus maestros *resisten a la verdad* (v. 8b). El apóstol los compara a dos prominentes magos de Faraón, no mencionados en ningún otro lugar de la Biblia. Dicen así los versículos 8 y 9 en la NVI: *«Igual que Yanes y Yambrés se opusieron a Moisés, así también estos individuos se oponen a la verdad, hombres de mente corrompida, quienes, en lo que concierne a la fe, están descalificados. Pero no han de llegar demasiado lejos, porque, como pasó en el caso de los antes citados, también la insensatez de éstos quedará patente a todos».* Analicemos la comparación que establece aquí Pablo:

(a) *Yannes y Yambrés,* como los escribe Pablo, eran, según la tradición judía, dos cabecillas de los magos de Faraón, que *se opusieron a Moisés* cuando éste, de parte de Dios, urgió a Faraón para que dejase marchar al pueblo de Israel (Éx. 5:1). Estos magos imitaron ciertos milagros de Moisés (Éx. 7:11, 22; 8:7), con los que cooperaron al endurecimiento del corazón de Faraón.

(b) *Así también estos individuos* (los mencionados en los vv. 6 y ss.) *se oponen a la verdad,* es decir, a la revelación de Dios proclamada por Pablo y sus colaboradores. Siempre según la tradición judía, que Pablo tiene aquí en cuenta, Yanes y Yambrés fingieron hacerse prosélitos de la religión judía y salieron de Egipto con el pueblo de Israel entre la *gran multitud* no israelita que se menciona en Éxodo 12:38, y fueron precisamente ellos los que indujeron al pueblo a fabricar el becerro de oro. Del mismo modo, según insinúa el apóstol, estos falsos maestros hicieron una falsa profesión de la fe cristiana y ahora *resistían* a la verdad como los magos *resistieron* a Moisés (en ambos lugares usa Pablo el mismo verbo de Ef. 6:13b).

(c) El apóstol califica a estos sujetos con dos frases muy fuertes: 1) *«son hombres corrompidos* (participio de pretérito) *de mente» o,* en mejor castellano, *«de mente corrompida».* Dice Hendriksen: «En el caso de éstos, precisamente el órgano que se les dio a los hombres para que pudiesen recibir las realidades espirituales y reflexionar sobre ellas, ha quedado contaminado completa y permanentemente».

2) Están *descalificados en lo que concierne a la fe,* puesto que cuando su fe ha sido puesta a prueba, han demostrado que no tenía la consistencia necesaria para ser la fe que Dios otorga y demanda.

(d) «*Pero no han de llegar demasiado lejos*, añade Pablo (v. 9), *porque, como pasó en el caso de los antes citados, también la insensatez de éstos quedará patente a todos*». Parece que están consiguiendo éxitos, pero no van a *progresar* (gr. *prokópsousin*, el mismo verbo de 2:16) o *avanzar* mucho en el mal camino que han emprendido, pues no tardará en manifestarse su impostura, como se manifestó la de los magos (Éx. 7:12; 8:18, 19), no sólo cuando la vara de Aarón devoró las varas de ellos, sino especialmente cuando se vieron obligados a confesar que en los milagros que Moisés y Aarón llevaban a cabo, estaba *el dedo de Dios* (comp. con Lc. 11:20).

Versículos 10–13

1. De este sombrío cuadro de maldad e hipocresía, el apóstol vuelve los ojos hacia su querido hijo en la fe. Timoteo no se había opuesto a la verdad predicada por Pablo, sino que la había recibido en su corazón; y su fe había sido probada en adversidades semejantes a las de Pablo, y salido aprobado, no descalificado, de la prueba (vv. 10, 11): «*Tú, en cambio, has seguido de cerca mis enseñanzas, mi modo de vida, mis planes, mi fe, mi anchura de corazón, mi caridad, mi paciencia, mis persecuciones y sufrimientos, como los que tuve que soportar en Antioquía, Iconio y Listra*» (versión de J. Collantes).

(A) La partícula griega de conexión *de* establece aquí un contraste con lo que precede; contraste que queda muy bien expresado con ese *en cambio* de la versión de Collantes. Timoteo no es como esos farsantes, sino que *ha seguido de cerca* (gr. *parekoloúthesas*, en aoristo; había tomado esa decisión de una vez por todas; el mismo verbo se halla en pretérito perfecto en 1 Ti. 4:6, al final) *la enseñanza* (lit. como en 1 Ti. 4:6) del apóstol.

(B) Pero Timoteo no se ha limitado a seguir de cerca las enseñanzas de Pablo, sino que ha seguido también su *modo de conducirse* (gr. *agogué;* única vez que tal vocablo sale en todo el Nuevo Testamento), su *propósito* (esto es, los planes decididos por el apóstol), su *fe*, entendida como una inquebrantable confianza en el Señor, su *longanimidad* (gr. *makrothumía*, anchura de ánimo) con respecto a los demás, su *amor*, su *paciencia* (gr. *hupomoné*, el aguante bajo el peso de las circunstancias). Como hace notar Hendriksen, cada una de las virtudes está particularizada mediante su respectivo artículo definido.

(C) Estas virtudes las ha puesto Timoteo a prueba al seguir a Pablo en *sus persecuciones* (v. 11) y en *sus sufrimientos.* De éstos singulariza el apóstol *los que le sobrevinieron en Antioquía, en Iconio, en Listra.* Timoteo, recién convertido entonces, precisamente durante ese primer viaje misionero del apóstol, recordaría cómo Pablo fue expulsado de Antioquía, la amenaza de muerte que confrontó en Iconio y, sobre todo, el apedreamiento en Listra (con la mayor probabilidad, la ciudad nativa de Timoteo), donde Pablo fue dejado por muerto (Hch. 14:19).

(D) El apóstol termina este párrafo con una exclamación: «*¡Qué persecuciones sufrí, y de todas me libró el Señor!*» (v. 11b). Como hace notar el Crisóstomo, «no habla Pablo por ostentación, sino para consolar a su discípulo». Dice Collantes: «¡Quién sabe si, precisamente al ver la constancia y caridad de Pablo en la persecución, fue cuando Timoteo comprendió la grandeza de la nueva religión!»

2. Frente a estas persecuciones que Pablo menciona como sufridas por él mismo, se deslinda claramente el grupo de los creyentes genuinamente piadosos del de los falsos profesantes. En el primer grupo vemos aquí ejemplarizados a Pablo y a Timoteo; en el segundo, a los falsos maestros a quienes se ha referido en la primera parte del capítulo (vv. 1–9).

(A) En el versículo 12, Pablo establece un principio general: «*Y la verdad es que todos los que aspiren a llevar una vida piadosa en Cristo Jesús, sufrirán persecución*» (NVI). Nótese el adjetivo universal distributivo *pántes* (todos y cada uno) que Pablo emplea aquí. Si a alguien le parece demasiado fuerte esta declaración del apóstol, le basta con dar un repaso a la historia de la Iglesia. Dice Hendriksen: «La razón por la que les aguarda la persecución a todos los que están firmemente resueltos a adornar su confesión con una vida verdaderamente cristiana es que, en medio de las contradicciones que les vienen desde todos los lados, ellos rehúsan cerrar los oídos o acobardarse y transigir … Siguen adelante, defienden con denuedo la fe contra cada ataque y asaltan con valentía la fortaleza de la incredulidad». Ciertamente, toda iglesia (y aun todo creyente) que se mueve en este mundo con tranquilidad, sin que nadie la moleste, debe meditar seriamente acerca del contenido del Evangelio que proclama y de la forma

en que lo dirige a todos cuantos necesitan de él. Como alguien ha dicho; «Los fariseos no tramaron la muerte de Jesús por haber dicho: ¡Mirad qué hermosos son los lirios del campo!, sino por haberles dicho: ¡Mirad cuán explotadores e hipócritas sois!» Me temo que los compromisos sociales y políticos no llevan la marca exclusiva de la Iglesia de Roma.

(B) En el versículo 13 tenemos la otra cara de la moneda: *«Mientras que los perversos y los embaucadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados»* (NVI). Alguien podría pensar que estos embaucadores van a prosperar mientras los piadosos sufren persecución, pero no es así. Sí que hay un *avance,* pues el apóstol usa el mismo verbo que usó en Gálatas 1:14, así como en 2:16 y 3:9 de esta misma epístola, pero es un avance *sobre lo peor* (lit.), esto es, de mal en peor. *«Engañando y siendo engañados»,* es, como dice Collantes, «una locución proverbial». Recuérdese lo que dice el mismo Señor en Mateo 15:14: *«Son ciegos guías de ciegos …».* El error y el vicio se aprenden fácilmente, porque halagan los bajos instintos de nuestra naturaleza caída, y tienden a extenderse porque quienes practican el pecado se afanan en buscar cómplices, a fin de establecer en el número una especie de plataforma de consenso común. Dice Collantes: «Esos hombres no son tan sólo moralmente malos, sino activos en su maldad; por el contraste con el verso precedente, se sigue que son perseguidores del que quiere vivir la pureza del Evangelio». En efecto, el apóstol ya los ha clasificado entre *«los que resisten a la verdad»*. Es una resistencia activa y beligerante, como la que debe ejercitar el creyente contra *las huestes espirituales de maldad* (Ef. 6:13). Pero estos *embaucadores* (seguramente, una alusión a los magos de Egipto) no se oponen a la maldad, sino a la *verdad* que es el máximo y supremo bien para el hombre.

Versículos 14–17

Estos versículos constituyen una de las porciones más conocidas de la Biblia; y con razón, pues nos suministran la declaración más explícita de la inspiración divina de las Escrituras, así como de la suprema utilidad de las mismas.

1. El apóstol ha descrito con sombrías pinceladas lo que les aguarda a todos los que sinceramente desean llevar una vida piadosa en Cristo Jesús (v. 12), ante el progreso que en el mal realizan los malvados y embaucadores (v. 13). Es cierto que el informe de sus propios sufrimientos se termina con un grito de triunfo («*… y de todas me libró el Señor!»,* v. 11, al final). Sin embargo, para animar a Timoteo a seguir adelante en la persuasión que un día adquirió de la verdad del Evangelio, pone delante de él el carácter divino y sumamente pragmático de las Escrituras en que recibió su formación cristiana. En los versículos 14 y 15, explica lo que las Escrituras han sido para el joven Timoteo.

(A) *«Tú, en cambio* (dice Pablo, y colocar enfáticamente el pronombre tú al comienzo del versículo, lo mismo que en el v. 10), al contrario de esos falsarios que cada vez *avanzan más hacia lo peor,* tú, Timoteo, *permanece en las cosas que aprendiste y te fueron acreditadas* (lit.). Este segundo aoristo (gr. *epistóthes,* única vez que tal verbo ocurre en el Nuevo Testamento) puede tener dos significados: (a) *«fuiste acreditado»,* esto es, fueron encomendadas a tu fidelidad. Éste es su sentido en el griego clásico y así aparece en la Vulgata Latina; (b) *«fuiste convencido, o persuadido»,* esto es, se te hizo creerlas. Este es el sentido que, por unanimidad, adoptan las versiones modernas. Personalmente, me inclino hacia el primer sentido, a la vista de los lugares en que, en ese sentido, aparece el verbo sinónimo de *pistóo (pisteúo;* v. Ro. 3:2; 1 Co. 9:17; Gá. 2:7; 1 Ts. 2:4; 1 Ti. 1:11; Tit. 1:3). La única objeción sería la aparente conexión temporal de ambos aoristos, pero, aparte de que no es necesaria la sincronización, bien podría significar, no que le fuese encomendada entonces a Timoteo la predicación fiel del Evangelio, sino la fiel custodia del mismo en el interior de su corazón. Esto encaja perfectamente en el contexto anterior (comienzo del versículo), donde el verbo *«permanece»* adquiere un énfasis especial.

(B) *«Porque ya sabes de qué maestros* (lit. *de quiénes;* la lectura *de quién* no tiene fundamento en los MSS) lo *aprendiste»* (NVI). Como se confirma por el versículo siguiente, el apóstol se refiere a las Escrituras del Antiguo Testamento, que el niño Timoteo aprendió de labios de su abuela Loida y de su madre Eunice. La predicación del apóstol, que en todo se ajustaba a lo que ya estaba escrito en el Antiguo Testamento (v. por ej., Hch. 17:11), vino a confirmar después la verdad de lo que su abuela y su madre le habían enseñado, y le había añadido una nueva dimensión: la aplicación certera de las profecías mesiánicas a Jesús de Nazaret, cuya vida mortal había transcurrido sólo una generación anterior a la de Timoteo. ¡Quedaban aún bastantes testigos de vista del Resucitado!

(C) *«Y cómo desde tu infancia conoces las Sagradas Letras»,* continúa Pablo (según la versión castellana de la NVI y siguiendo al pie de la letra el original). Ésta es la única vez que, en la propia Biblia, se llama *Sagradas Letras* a las Escrituras, pero véase Hechos 26:24, con su comentario. Se han intentado muchas explicaciones de la razón que tuvo Pablo para usar aquí lo de *Letras* (gr. *grámmata*, que, en su etimología, significa los rasgos que se trazan al escribir). A mi juicio, hay dos razones: (a) El apóstol menciona esto en conexión con la *infancia* de Timoteo, época en que se aprenden las primeras letras, se deletrea; (b) en la Biblia Hebrea, cada letra tiene carácter sagrado a causa de su origen divino, por lo que el Señor declaró enfáticamente que ni la más pequeñita de las letras hebreas (la *yod;* gr. *iota)* ni aun la más diminuta *tilde* o espinita que distinguía algunas letras de otras, o servía para marear el acento, estaban de más en la Escritura (v. Mt. 5:18 y comp. con Jn. 10:35b).

(D) Algo que no debe pasarse por alto es la consideración atenta de la frase griega *apó bréfous* que, literalmente, significa: *«desde que eras un niño de pecho».* No hay por qué ver una hipérbole en esta frase del apóstol, ya que los niños hebreos eran destetados muy tardíamente (a los tres años, aproximadamente; v. el comentario a 1 S. 1:22–24). Si se tiene en cuenta la prohibición que la Iglesia de Roma esgrimía sobre los que se atreviesen a leer las Escrituras en su lengua nativa, a no ser con abundantes notas y con el *Nihil Obstat* («Nada lo impide») de la «jerarquía eclesiástica», se verá la corrupción introducida en la Iglesia con la intención de indoctrinar primeramente a niños y jóvenes en las enseñanzas del Magisterio Eclesiástico (¡la Tradición!), muchísimo antes de que pudiesen tener acceso a las propias Escrituras, con lo que resultaba que, cuando comenzaban a estudiar la Biblia, lo hacían (¡lo hacíamos!) apoyados en los prejuicios doctrinales que les habían sido inculcados.

(E) De estas Sagradas Letras sigue diciendo Pablo a Timoteo (v. 15b) *«que tienen poder de darte la sabiduría para la salvación por medio de la fe en Cristo Jesús»* (versión de J. Collantes). El apóstol usa el verbo *dúnamai*, de la misma raíz que *dúnamis*, poder, para dar a entender el poder salvífico de la Santa Biblia, no por su sola letra, sino mediante la operación del Espíritu Santo que la inspiró. La Biblia no enseña un «saber» cualquiera: científico, literario, artístico, sino el «saber de salvación», el único que tiene que ver con nuestra salvación eterna, para la que todos los demás saberes humanos no tienen relevancia alguna. La salvación, hace notar Pablo, es *por medio de la fe* (v. Ef. 2:8), pero *«la fe viene del oír; y el oír, por medio de la palabra de Cristo»* (Ro. 10:17; v. el comentario a este lugar). La preposición griega *en*, que Pablo usa en la frase *«por medio de la fe, la que* (lit.) *en Cristo Jesús»*, da a entender que *Cristo Jesús* es el punto donde se apoya nuestra fe, no sólo el objeto al que (griego *eis)* se dirige.

2. De ahí Pablo pasa a establecer dos principios generales: (A) *Toda* la Escritura es inspirada por Dios (v. 16a); (B) equipa a *todo* creyente de *todo lo* necesario (vv. 16b, 17). Vamos por partes:

(A) *«Toda* (gr. *pása;* adjetivo universal distributivo; es decir: *toda y cada una de sus partes) Escritura es* (por) *Dios soplada* (lit. gr. *theópneustos).* Esto significa, ni más ni menos, que el *Pneuma* o Espíritu de Dios *alienta* en cada palabra, sílaba y letra de cada uno de los versículos del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento. Nótese que no dice que los *escritores* sagrados sean inspirados (éstos son *llevados;* v. el comentario a 2 P. 1:21b), sino que la Escritura es *inspirada* (o, para ser exactos, *expirada)* por Dios. Éste es el momento apropiado para explicar brevemente cuál es el concepto correcto, ortodoxo, de *inspiración* de las Escrituras: No significa que Dios *dictase* al oído de los escritores las palabras de la Biblia, ni que siempre les *revelase* nuevas verdades, ni que les *iluminase* el entendimiento para que ellos hallasen los mejores conceptos y las expresiones más apropiadas, sino que Dios *intervenía* de forma sobrenatural en el funcionamiento psicológico-espiritual de los sagrados escritores, *moviendo* sus facultades superiores: mente, corazón, memoria y voluntad, de tal forma que ellos pensasen y escribiesen *sólo y todo* lo que Dios quería que dijesen, haciendo que cada uno, al mismo tiempo, echase mano de la formación e información que ya poseía, con lo que el estilo personal queda respetado.

(B) Para evitar una confusión, frecuente entre los hermanos que desconocen los principios fundamentales de hermenéutica, añadiremos que de este carácter *inspirado,* propio de la Sagrada Escritura, participan únicamente los originales sagrados (hebreo, arameo, griego), no las versiones, por muy ajustadas que estén (o parezcan estar) al original. Y aun dentro de los originales, gozan de tal categoría, de forma segura, infalible, irrecusable, solamente los textos en que los MSS más importantes y numerosos atestiguan bien la lectura. No hay por qué asustarse de esto, pues la unanimidad de los MSS se extiende a una mayoría absoluta de lugares; entre ellos, todos los de mayor importancia doctrinal. Las variantes ofrecen sólo un porcentaje despreciable. Por tanto, el creyente, *todo* creyente, encuentra en la Santa Biblia, *todo* lo que necesita para estar *bien pertrechado para toda obra buena* (v. 17b). En efecto,

en los versículos 16b y 17, explica el apóstol las *utilidades* de la Biblia, así como el *objeto* que persiguen esas utilidades:

(a) *Toda Escritura,* continúa Pablo, es *«útil para enseñar»,* esto es, «impartir conocimiento concerniente a la revelación de Dios en Cristo» (Hendriksen). Esto constituye la base de las demás utilidades de la Biblia (comp. con 1 Ti. 5:17), pues la predicación y la enseñanza (la evangelización y la edificación) son las funciones primordiales en la iglesia local; es también útil *para reproche* (lit.), esto es, para convencer a alguien de que ha obrado mal (comp. con Jn. 8:46, donde se usa el verbo de la misma raíz); y, por tanto, *para corregir,* es decir, enderezar lo torcido (gr. *epanórthosin), y para instruir,* esto es (comp. con 1 Co. 11:32; Ef. 6:4), educar echando mano de la disciplina necesaria; *entrenar* (como traduce Hendriksen) *en la justicia;* como es obvio, en la justicia cumplida o practicada (comp. con Tit. 2:11–14).

(b) El objeto que persiguen estas utilidades de la Santa Biblia es: *«que el hombre de Dios* (comp. con 1 Ti. 6:11) *sea apto, equipado para toda obra buena»* (v. 17). Dos vocablos requieren un breve análisis: El vocablo griego para *«apto»* es *ártios*. Es la única vez que este vocablo aparece en el Nuevo Testamento. Comporta las ideas de equilibrio, de proporción; por lo que resulta muy apropiado para describir la aptitud, es decir, el buen ajuste de un determinado individuo para un determinado quehacer. El otro vocablo es el que hemos vertido por *«equipado» (exertisménos)* que, por cierto, es el participio de pretérito de un verbo compuesto del prefijo (aquí intensivo) *ex y* el verbo *artízo*, de la misma raíz que *ártios*. A la idea de buen *ajuste,* añade la de *«perfectamente amueblado»* (ése es su sentido original: el de equipar completamente un navío). En el pasaje que estudiamos, tiene el obvio sentido de «bien pertrechado». Dice Collantes: «Con el conocimiento de la Sagrada Escritura tendrá el maestro, el pastor de la iglesia, todos los recursos necesarios para poder en todas las circunstancias educar a sus fieles y conducirlos al cumplimiento de toda obra buena». Queremos poner unos pocos reparos a estas afirmaciones: *Primero, los* miembros de la iglesia no son los fieles del pastor, sino de Jesucristo; *segundo,* no son sólo el pastor de la iglesia y el maestro los que aquí contempla el apóstol como bien pertrechados con la Palabra de Dios, sino todo *hombre de Dios,* es decir, todo creyente consciente de su condición de siervo de Dios, necesitado de íntima comunión con Dios y del conveniente manejo de Su Palabra (comp. con 2:15 y 1 P. 3:15). Nótese, en fin, que el buen conocimiento de las Escrituras no debe parar en un *buen saber,* aun siendo el saber más importante, sino en un *bien obrar. «equipado para toda obra buena».*

CAPÍTULO 4

En este capítulo, el apóstol, I. hace el último encargo solemne a Timoteo (vv. 1–5); II. declara su consuelo por estar ya próximo al final del buen combate que ha sostenido y por la corona que le espera (vv. 6–8); III. le hace a Timoteo algunas peticiones personales (vv. 9–13); IV. explaya su corazón ante su amado hijo en la fe, refiriéndole tanto los aspectos tristes como los consoladores de su primera defensa ante el César (vv. 14–18). V. Termina con los saludos de costumbre y la bendición final (vv. 19–22).

Versículos 1–5

Esta primera sección del capítulo se subdivide en tres partes: en la primera (vv. 1, 2), Pablo conjura solemnemente a Timoteo para que se entregue de lleno al ministerio de la Palabra; en la segunda (vv. 3, 4), da la razón por la que insiste en ello: la mala catadura de los futuros oyentes del Evangelio; en la tercera (v. 5), insiste de nuevo en el solemne encargo que le acaba de hacer.

1. Nótese la solemnidad con que comienza el capítulo (vv. 1, 2): *«En la presencia de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y muertos, y puestos los ojos en la futura manifestación de su persona y de su reino, te conjuro a que proclames la palabra; a que estés preparado para hacerlo a tiempo y a destiempo; a que corrijas, reprendas, exhortes y animes, armado de mucha paciencia y de gran diligencia en el enseñar»* (NVI).

(A) Antes de comenzar el análisis de estos versículos, resulta muy interesante una observación de Bullinger: El carácter íntimamente personal de esta segunda epístola, como se manifiesta no sólo en la ternura con que desahoga su corazón ante su amado hijo en la fe, sino en la insistencia en usar el número singular, con lo que todo resulta más personalizado. Son de notar también las sombrías tintas con que se

describe a los malvados. Todo ello sale de un corazón que se siente próximo a dejar de latir y que comienza a verlo todo *sub specie aeternitatis*, en la perspectiva de la eternidad.

(B) Impresiona grandemente la forma en que comienza el capítulo con ese conjuro solemne *en la presencia de Dios y de Cristo Jesús* (comp. con 1 Ti. 5:21). Esta vez, el encargo se hace todavía más solemne por medio de dos frases que aquí se añaden: *«que ha de juzgar a vivos y a muertos»*, lo cual, aparte de ser una frase hecha, donde se incluyen todos los seres humanos, permite ver, como hace notar W. Hendriksen, una distinción entre «los que vivan todavía en la tierra en el momento de la Segunda Venida y … los que hayan muerto ya en aquel tiempo». La otra frase: *«puestos los ojos en la futura manifestación de su persona y de su reino»* clarifica la fecha de la primera, pues muestra el momento en que el Señor vendrá a recoger a los suyos y a inaugurar su reino.

(C) La exhortación que sirve de base al presente solemne conjuro es a *«proclamar* (gr. *kéruxon*, imperativo de aoristo, de donde viene el vocablo, tan usado hoy, *kerigma) la palabra»*, de la misma forma que un heraldo (gr. *kérux)* pregonaba los edictos del rey o del primer magistrado de la nación. El carácter especial de la Palabra de Dios hace que su proclamador no sea un pregonero común, sino un *embajador de Cristo* (2 Co. 5:20). La insistencia en hacerlo *a tiempo y a destiempo* no significa que el ministro de Dios haya de ser *inoportuno* en su forma de hablar, sino buen *aprovechador de las oportunidades* (v. Ef. 5:16; Col. 4:5b). Por supuesto, para quienes siempre resisten a la verdad, el ministro de Dios es un *importuno*, un «aguafiestas», pero no por eso ha de cejar en su empeño. Y puesto que *su espada es la palabra de Dios* (Ef. 6:17b), en ella encontrará todo lo necesario para *redargüir, reprender y exhortar* (comp. con 3:16b), armado de *longanimidad y doctrina* (lit.), como ya ha insinuado en 2:24: *«amable para con todos, apto para enseñar»*.

2. La razón por la que es urgente insistir en la predicación de la Palabra es (vv. 3, 4): *«porque vendrá un tiempo en que la gente no soportará las sanas enseñanzas, sino que, de acuerdo con sus propios gustos, se rodearán de una caterva de maestros que les halaguen los oídos Y, por una parte, no prestarán ya atención a la verdad, mientras que, por otra parte, aplicarán su atención a fábulas y leyendas»* (NVI). El versículo 3 expone la causa, después de una concisa declaración del hecho. El versículo 4 describe los efectos.

(A) El hecho es que *la gente no soportará la sana enseñanza* (lit.) Al llamar *sana (huguiainoúses*— participio de presente—, *«que tiene salud»*, de donde procede nuestro vocablo *«higiene»)* a la enseñanza, quiere decir que es la apropiada para conservar y fomentar la salud espiritual, en contraposición a todo lo insano y pernicioso para el espíritu del hombre (v. 1 Ti. 1:9, 10).

(B) La gente no soportará esa sana enseñanza porque va en contra de sus caprichos personales: *«sus propios gustos»*, dice el apóstol. Los propios gustos rigen más y más la conducta de los hombres; tanto más cuanto más nos acercamos al final de estos últimos tiempos. Al no gustarles lo que predican los fieles siervos de Dios, estas gentes *acumulan para sí mismos maestros* acomodados a sus caprichos personales, *pues sienten cosquillas en el oído* (lit.). Es una metáfora estupenda la que usa aquí el apóstol para describir a los que, por el prurito de oír novedades, se buscan predicadores que les halaguen los oídos, ¡sólo el oído! La fe surge del oír la Palabra de Dios (Ro. 10:17), pero éstos no quieren que les prediquen la sana doctrina de la fe, sino lo que sirve de entretenimiento a sus caprichos personales. Y no se contentan con uno o dos predicadores de esta ralea, sino que amontonan uno sobre otro; no se sacian de oír novedades que les calmen el prurito de las orejas.

(C) El fatal resultado es que (v. 4) *apartan de la verdad el oído y se vuelven a las fábulas* (gr. *múthous*, mitos). Si toda esta gente a la que Pablo se refiere, y toda esa caterva de maestros que halagan los oídos, fuesen declaradamente mundanos, el panorama no sería tan triste. Lo verdaderamente triste es que eso se lleva a cabo en el propio interior de nuestras iglesias. Permítaseme un dato personal sobre algo de lo que nunca me arrepentiré demasiado: sólo en una ocasión recuerdo haber predicado casi exclusivamente curiosidades de las que halagan el oído (escatológicas, por supuesto). Nunca se me ha felicitado tan efusivamente («¡Así se predica!») En ese mismo momento me percaté de que algo había marchado mal … Si el aviso puede resultar provechoso para mis colegas en el ministerio, me daré por satisfecho.

3. Ante este sombrío cuadro de predicadores y oyentes a la búsqueda de cosas insanas y perjudiciales, el apóstol vuelve a la carga en su exhortación a Timoteo (v. 5). Este versículo es como un gozne en torno al cual giran tanto el contexto anterior como el posterior: Al comienzo del versículo se establece el contraste entre lo que hace la gente descrita en los versículos 3 y 4 y lo que ha de hacer Timoteo; la

segunda parte del versículo es como una introducción a lo que Pablo va a decir de sí mismo en los versículos siguientes.

(A) «*Tú, en cambio* (lit.; nótese el mismo énfasis de 3:10, 14), *sé sobrio en todo»* (Reina-Valera). El verbo *népho* que Pablo usa en varias ocasiones (aquí y en 1 Ts. 5:6, 8, así como el adjetivo de la misma raíz *nephálios* en 1 Ti. 3:2, 11; Tit. 2:2) expresa la idea de dominio de sí mismo, sangre fría y espíritu alertado. La NVI ha dado bien con el sentido al traducir: *«Pero tú no pierdas la cabeza en ninguna circunstancia»,* pues sólo el alienado, el que está fuera de sí (comp. con Lc. 15:17), puede ir en busca de enseñanzas no sanas para satisfacer sus caprichos.

(B) Pero el apóstol no se limita a decirle a Timoteo lo que no debe hacer, sino que le exhorta a imitarle a él (comp. con 2:3; 3:10), a él que ha pasado por todo esto que ordena a su amado hijo en la fe: *«aguanta las dificultades, dedícate a la obra de proclamar la Buena Noticia, cumple bien con tu ministerio»* (NVI). Como si dijese: «Ya sabes que, si predicas la sana doctrina, en lugar de halagar los oídos de los que te escuchen, no te faltarán dificultades; pero es preferible que agrades a Dios al proclamar correctamente el Evangelio y cumplir bien, de ese modo, con tu ministerio, antes que agradar a los hombres e incurrir en el juicio del que *está a punto de venir* (lit.) *a juzgar a vivos y muertos* (v. 1b)». En ese *«cumple bien con tu ministerio»* está compendiado todo lo que le ha dicho en el versículo 2.

Versículos 6–8

En estos tres versículos, el apóstol compendia su vida de fe, como hace notar Hendriksen: en el versículo 6, describe el modo como su fe cristiana se expresa en el presente; en el versículo 7, cómo se ha manifestado en el pasado; y en el versículo 8, cómo le hace saltar de gozo ante la perspectiva del futuro.

1 *«En cuanto a mí, ya estoy a punto de ser derramado como un sacrificio de libación, pues el tiempo de mi partida es inminente»* (v. 6, NVI). Pablo echa mano aquí de dos metáforas para describir el curso actual de su vida de fe:

(A) La primera es la del *sacrificio de libación: «estoy ya siendo derramado»* (lit) Dice J. Collantes: «El vino se vertía en los sacrificios inmediatamente antes de ser inmolada la víctima. Toda la vida de Pablo ha sido un sacrificio de culto a Dios, y ya no queda sino ofrecer sobre ella la libación de su sangre. Esta libación, que terminará con el martirio cruento, ya (gr. *éde)* ha comenzado con la prisión». En efecto, la vida de todo creyente debe ser un continuo sacrificio de holocausto a Dios (v. Ro. 12:1); todo creyente ha de desvivirse en el cumplimiento de todas las obligaciones que la vida cristiana comporta. Es cierto que no a todos llama Dios a la palma del martirio cruento, a esa libación de la que habla aquí el apóstol, pero todo el que *soporta las dificultades* (o *aflicciones)* a las que se ha referido en el versículo 5 (y nótese el *«Porque»* con que comienza literalmente este v. 6), es como si derramara su sangre gota a gota en sacrificio de libación, ya que cuesta mucho más cumplir bien con el ministerio en medio de dificultades y aflicciones, que entregar la vida de un tiro o de un golpe de espada.

(B) La segunda metáfora es la de *soltar amarras «el tiempo* (gr. *kairós*, la sazón u oportunidad) *de mi suelta* (gr. *analúseos) es inminente».* Pablo se ve ya saliendo de puerto, sueltas las amarras y navegando ya «a velas desplegadas hacia las playas de la eternidad» (J. Collantes). El verbo que la NVI traduce por *es inminente* es el mismo del versículo 2 (gr. *epístethi*, en imperativo de presente, con el sentido de *estar siempre a punto* sobre algo), pero aquí, en el versículo 6, está en pretérito perfecto (gr. *ephésteken),* por lo que mejor podría traducirse por *«ha llegado».* «Ya ha comenzado, dice Hendriksen, el levar anclas y soltar amarras.»

2. *«He combatido el noble combate, he llevado a feliz término mi carrera, he preservado intacta la fe»* (v. 7, NVI). ¡Noble, gozosa, majestuosa confesión de una vida bien empleada en el servicio de Dios! ¡Ojalá cada uno de los creyentes, y especialmente cada uno de los ministros de Dios, pudiésemos hacerla tan gozosa y confiadamente al término de nuestros días en este mundo! ¡Quién no se animará con este admirable ejemplo de fidelidad!

(A) Comienza el apóstol por una de sus metáforas favoritas: la de la milicia o, más probablemente aquí (como en 1 Ti. 6:12), la de la lucha (gr. *kalón agóna egónismai*, he luchado la lucha excelente; en todo, conforme a las normas del juego). D. Guthrie hace notar que los tres verbos de este versículo 7 están en pretérito perfecto; lo cual «comporta, dice, un sentido de finalidad». Los combates de Pablo habían sido constantes (v. por ej., 2 Co. 11:23b–29), pero los había luchado noble y limpiamente. A punto de ser

ejecutado, poco le quedaba ya por luchar. Por eso, habla del combate como ya acabado (comp. con Jn. 17:4).

(B) De la metáfora de la lucha, pasa después a la de la *carrera «he llevado a feliz término mi carrera»* (comp. con He. 12:1b). En 1 Corintios 9:24 ésta fue la primera metáfora que usó. Como hace notar Guthrie, Pablo no dice que ha ganado la carrera, sino que la ha llevado a feliz término. «Esta metáfora, añade Guthrie, es favorita de Pablo y es particularmente apropiada para expresar la idea de aguante en la vida y el servicio cristianos.»

(C) *«He preservado intacta la fe.»* La NVI ha vertido muy bien el sentido del original, pues Pablo usa aquí, no el verbo *phulásso,* que significa *custodiar,* como un guardián, para que nadie se lleve el objeto que se guarda ni lo perjudique, sino el verbo *teréo,* que significa *preservar* de forma que el objeto guardado no sufra ninguna corrupción en su interior. Discuten los autores si *fe* se ha de tomar aquí en sentido subjetivo (la fe personal de Pablo) u objetivo (el depósito de la fe). Hendriksen, al seguir a Calvino, lo interpreta de la fe subjetiva: «He retenido mi confianza personal en Dios, mi confianza en todas sus promesas centradas en Cristo». Guthrie prefiere el sentido objetivo: «He guardado intacto el depósito de la fe» (comp. con 1 Ti. 6:20, 21; Jud. 3). Ryrie da como probables ambos sentidos: «Pablo *guardó* la fe en dos sentidos: fue obediente a ella, y la transmitió conforme la recibió». También J. Collantes tiene como probables ambos sentidos. Personalmente, me inclino por el sentido objetivo, sin negar la probabilidad del sentido subjetivo, a la vista de 1 Timoteo 6:12.

3. *«Por lo demás* (v. 8), *ya está aderezada y puesta aparte para mí la corona de la justicia, que me otorgará en aquel día el Señor, el Juez justo; y no sólo a mí, sino también a todos los que hayan suspirado por su futura manifestación»* (NVI).

(A) *«Por lo demás»* no significa aquí el paso a otro asunto, sino (en sentido temporal) lo que resta por ser llevado a cabo después de lo que Pablo ha llevado a su feliz término.

(B) El verbo *apókeimai,* que Pablo usa aquí, ocurre otras tres veces en el Nuevo Testamento (Lc. 19:20; Col. 1:5; He. 9:27) y siempre significa algo que está completamente preparado y guardado a buen seguro en reserva. El sentido está magníficamente captado en la NVI: *«ya está aderezada y puesta aparte para mí».* Aquí es algo que Dios mismo ha aderezado y le guarda aparte, en reserva, al apóstol.

(C) Lo que le está reservado a Pablo es *«la corona de la justicia»* (lit.). ¿Qué significa esta frase? Hay quienes la entienden en sentido aposicional: «la corona *que es* la justicia» (como en Stg. 1:12; Ap. 2:10, *«la corona de la vida»).* Sin embargo, la mayoría de los autores la entienden en el otro único sentido posible: *«la corona que se debe en justicia»* al vencedor. La metáfora está, pues, tomada de los juegos olímpicos, como están también tomadas de dichos juegos las que Pablo usa en el versículo 7.

(D) Esta opinión se confirma por el contexto posterior: *«que me otorgará en aquel día el Señor, el Juez justo».* El apóstol contrasta aquí al Señor como árbitro de la lucha y de la carrera que Pablo ha llevado a feliz término (y, como Pablo, *todos los que hayan amado,* es decir, suspirado con amor por, *la* futura *manifestación del Señor),* y los árbitros humanos de los juegos olímpicos, jueces expuestos al peligro de la equivocación o del soborno. Dios es un *Juez justo,* que no puede equivocarse en la concesión de los premios ni tiene, ni admite, sobornos de ninguna clase, pues *con Él no hay favoritismos* (v. por ej., Dt. 10:17; Job 34:19; Hch. 10:34; Ro. 2:11; Gá. 2:6; Ef. 6:9; Col. 3:25; 1 P. 1:17).

(E) La solución presentada parece provocar, a primera vista, una seria objeción: Todo es de gracia en la obra de nuestra salvación. ¿Cómo, pues, puede hablarse de una *corona que se debe en justicia?* La respuesta varía según el trasfondo teológico. Asi J. Collantes (catolicorromano) contesta: «El hombre solo no puede nada delante de Dios, pero las obras buenas hechas con la gracia merecen una justa retribución». Cita a su favor 1 Corintios 15:10 (v. el comentario a dicho versículo). Este sinergismo (Dios que pone una parte, y el hombre que pone otra) no se halla de acuerdo con la Palabra de Dios. La correcta respuesta es como sigue: La *justicia* de esa corona se basa únicamente en la fidelidad de Dios que *la ha prometido* al vencedor (v. 1 Ti. 6:12; Stg. 1:12; 1 P. 5:4; Ap. 2:10). Además, esa corona *ha sido ganada* por Cristo para ellos (v. el comentario a Tit. 3:5, 6; Ap. 4:10b). No se puede hablar, pues, de *virtud que merece, sino de recompensa que se ha prometido.* Dice Agustín de Hipona sobre este versículo: «¿A quién podría otorgar la corona el Justo Juez, si no diese la gracia el Padre Misericordioso? ¿Y cómo sería de justicia esa corona, si no hubiera precedido la gracia que justifica al impio?»

(F) Nótese también que la corona no será otorgada en el momento posterior a la muerte, sino *«en aquel día»,* el día de las recompensas ante el tribunal de Cristo (v. Ro. 14:10; 1 Co. 3:13; 2 Co. 5:10). Con

base en este último texto («… *mediante el cuerpo»),* podemos decir que el atleta que acude a recibir el premio no puede ser un espíritu desencarnado, sino el mismo que luchó y corrió.

(G) Finalmente, puede verse que el apóstol no se considera a sí mismo como un campeón «en solitario», a quien nadie puede alcanzar. ¡No, y esto es lo grande en este atletismo del creyente: Todo el que corre legítimamente, obtiene el premio! (v. 1 Co. 9:24, al final). Por eso, el apóstol dice aquí: *«y no sólo a mí, sino también a todos* (gr. *pási*, universal distributivo; v. el comentario a 3:16) *los que hayan amado su manifestación»* (lit.). Así lo sabe Pablo, y no tiene celos de nadie. La razón es muy sencilla: La herencia eterna, la comunión íntima con Dios, no se disminuye con el número de participantes, precisamente porque es una *«comunión»:* un regalo para disfrutarlo en común. Hace notar Hendriksen que Pablo no dice *«los que hayan temido»,* sino *«los que hayan amado»,* la manifestación futura del Señor; los fieles siervos de Cristo no tienen nada que temer por la Venida del Juez, sino suspirar con amor y gratitud por lo que les espera.

Versículos 9–13

En estos versículos, Pablo expresa la soledad en que se halla y hace a Timoteo cuatro peticiones: que venga, que traiga a Marcos, que le traiga el capote y que le traiga también los rollos.

1. Primera petición: *«Procura venir pronto a verme»* (v. 9) La urgencia se echa de ver en la acumulación de vocablos que indican prisa: *«Procura»* (gr. *spoúdason*, en aoristo, es decir: *«pon de una vez toda diligencia»); «venir»* (gr. *eltheín*, también en aoristo, *«ponte en camino sin demora»); «a junto a mí»* (gr. *pros me*, más fuerte que *eis me*, en dirección a mí); *«rápidamente»* (gr. *takhéos*, el mismo vocablo de Gá. 1:6, *¡tan pronto!* Por cierto, de ese vocablo se deriva el castellano *taxi,* abreviatura de *taxímetro:* que mide la velocidad). Hoy le habría dicho: «Toma el primer avión».

2. El contexto nos muestra la razón de esta urgencia: Pablo se halla muy solo, a solas con su Dios … y *con Lucas, «el médico amado»* (Col. 4:14). Todos los demás se han ido: *Crescente se fue a Galacia* (v 10b; algunos MSS leen *Calia,* Francia, lo que explicaría la tradición que le atribuye la fundación de una iglesia cerca de Lyon). *Tito había partido para Dalmacia* (v. 10c). *Tíquico había sido enviado por él mismo a Éfeso* (v. 12). Pero lo que más amarga al apóstol en esta su relativa soledad es el caso de Demas: *«Demas* (v. 10a) *me ha desamparado* (el mismo verbo, y en el mismo tiempo, de Mt. 27:46; Mr. 15:34) *por amor de este mundo, y se ha marchado a Tesalónica»* (versión, en parte, personal; en parte, de J. Collantes). Lo que más le duele a Pablo, y por eso se detiene más en este caso, es que Demas se haya marchado, no a cumplir un servicio por la causa del Evangelio (como era el caso de los demás mencionados), sino *por afición al mundo,* y dejado al apóstol en su encierro (v. el comentario a Mt. 27:46). Hendriksen hace notar el contraste entre el *amador de este mundo* (v. 10) y los *amadores de la manifestación del Señor* (v. 8).

3. Segunda petición: *«Toma a Marcos y tráele contigo, porque me es útil para el ministerio»* (v. 11b). Recuérdese la tan agria discusión entre el apóstol y Bernabé a causa de este Marcos (v. Hch. 15:37 y ss.) y se advertirá, no sólo que el apóstol era incapaz de guardar ningún resentimiento, sino que su mentalidad era lo bastante flexible para reconocer la utilidad de un siervo de Dios que en otro tiempo le pareció, con buenas razones, poco fiable para el ministerio. Hay quienes entienden por *«ministerio»* (gr. *diakonían)* el servicio personal que podía prestar, como amanuense, al propio Pablo. Sin embargo, es más probable que dicho vocablo abarque una gama más amplia de servicios. Dice el Crisóstomo (citado por Collantes): *«Me es útil para el ministerio;* no para su descanso, sino para el ministerio del Evangelio; aun encadenado no cesaba de predicar».

4. Tercera petición: *«Trae, cuando vengas, el capote que dejé en Tróade, en casa de Carpo»* (v. 13a). Dice D. Guthrie: «Las referencias al *capote,* a los *libros* y a los *pergaminos* son tan incidentales que llevan fuertes marcas de autenticidad, y este hecho es reconocido en las diversas teorías sobre la fragmentación, todas las cuales cuentan este versículo entre los pasajes genuinos». El vocablo griego indica «un largo manto, redondo y sin mangas, que cubría todo el cuerpo, y servía para defenderse del frío y de la lluvia» (Collantes). El apóstol era un ser humano de carne y hueso y sentía, como los demás, las inclemencias del tiempo. También el propio Señor las sintió, como se colige por Juan 10:23. En la debilidad de su carne humana nos redimió el Salvador (Ro. 8:3), y en la debilidad del ministro de Dios se manifiesta el poder de Dios (2 Co. 4:7).

5. Cuarta petición: «… y *los libros* (gr. *biblía*, libritos, esto es, los rollos; como puede verse, de este vocablo procede el castellano "Biblia"), *especialmente los pergaminos»* (v. 13b). Los artículos bien determinados dan a entender que Pablo no pedía simplemente «papel para escribir», como algunos han llegado a suponer. En cuanto a lo que realmente contenían, se han dado opiniones para todos los gustos. W. Hendriksen tiene como probables las conjeturas siguientes: «Hay quienes piensan que *los rollos* contenían porciones del Antiguo Testamento, o comentarios judíos, o copias de sus propias cartas o de varios escritos de filósofos y poetas paganos. Las siguientes son unas pocas entre las muchas conjeturas con respecto a *los pergaminos:* la Septuaginta (los LXX), las palabras de Jesús que precedieron a los Evangelios, notas del mismo Pablo, documentos o certificados legales (por ejemplo, un certificado de ciudadanía romana) que el apóstol necesitaba para su inminente (?) juicio, etc.».

Versículos 14–18

En estos versículos, el apóstol mezcla pesares y consuelos en las últimas noticias que comunica a su fiel discípulo.

1. Vienen primero los pesares (vv. 14–16), con los sentimientos que han provocado en el apóstol.

(A) *«Alejandro, el forjador, me ha hecho mucho daño»* (v. 14a, NVI). Esta es la tercera vez que se nombra a un tal *Alejandro* (v. Hch. 19:33; 1 Ti. 1:20). Al ser un nombre bastante común (sin duda, en recuerdo del gran Alejandro de Macedonia), no se sabe si se trata de un solo individuo, de dos o de tres diferentes. Aquí se le especifica bien al llamarle *el forjador* (gr. *khalkeús*, con que se designaba no sólo al que trabajaba en cobre, sino en otros metales). El daño que había hecho a Pablo parece haber sido el que el propio apóstol especifica en el versículo 15b: *«porque se ha opuesto a nuestros mensajes con extremada obstinación»* (NVI). Es muy probable que este sujeto, para congraciarse con los oficiales del emperador y por cobardía para confesar la fe junto al encadenado apóstol, no sólo se opusiera a la predicación del Evangelio, sino que hubiese tomado parte, como acusador o como testigo, en contra de Pablo, cuando éste fue llamado a comparecer ante el tribunal de César. El apóstol no le desea ningún mal, sino que deja a Dios la venganza: *«El Señor le retribuirá conforme a sus obras»* (v. 14b, lit. El verbo está en futuro de indicativo. Es, pues, incorrecto el *«le pague»* de la RV anterior a la de 1977). En cuanto a Timoteo, el apóstol le advierte que *se guarde también de él* (v. 15a), ya que, al no ser de fiar, puede hacerle daño también a él, «quien hará todo lo posible por hacer daño al discípulo, incluso antes de que éste llegue hasta su maestro» (Hendriksen).

(B) A esto se añade otro detalle triste, que ya ha apuntado en el v. 11, pero ahora lo declara explícitamente: *«En mi primera comparecencia ante el tribunal, nadie vino a ponerse de mi parte, sino que todos me desampararon* (el mismo verbo, y en el mismo tiempo, del v. 10). *Que no les sea tomado en cuenta»* (v. 16, NVI). Pablo llama a esta primera comparecencia suya ante el tribunal de César *«defensa»* (gr. *apologuía*, el mismo vocablo de 1 P. 3:15), pues en ella tuvo ocasión de proclamar el Evangelio, ya que por esa causa precisamente era llevado ante el emperador. Es fácil adivinar que el motivo por el que *todos desampararon a Pablo, sin querer ponerse de su parte* fue la cobardía. Hendriksen no descarta la posibilidad de que, en aquella primera defensa, hubiese entre los amigos del apóstol quienes dijesen para sí: «El apóstol no nos necesita, pues los romanos están favorablemente inclinados hacia él y no se ha presentado ningún acusador en orden a urgir los cargos». Por su parte, el apóstol se limita a comentar, con un espíritu similar al de su Maestro (v. Lc. 23:34): *«Que no les sea tomado en cuenta»* (v. 16b; el mismo verbo de Ro. 4:3; Gá. 3:6, entre otros lugares). Esto es lo que el propio Pablo había escuchado de labios de Esteban (Hch. 7:60), y lo que él mismo había encomiado entre los rasgos del verdadero amor (1 Co. 13:5, al final).

2. Pero Pablo encontró remedio a su soledad y a sus pesares en la presencia sensible del Señor a su lado (v. 17): *«Pero el Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas* (lit. *me dio poder;* el mismo vocablo que en Fil. 4:13), *a fin de que por mi medio pudiese ser plenamente proclamado el mensaje y hacer que llegasen a escucharlo todos los paganos. Y yo fui rescatado de la boca del león»* (NVI). El verbo *endunamóo*, revestir de poder, es uno de los favoritos de Pablo, pues de las siete veces que sale en el Nuevo Testamento, seis son de su pluma (Ro. 4:20; Ef. 6:10; Fil. 4:13; 1 Ti. 1:12; 2 Ti. 2:1 y ésta), y la restante es de la pluma de Lucas (He. 9:22), concerniente precisamente al apóstol. Pablo se había sentido revestido de poder por el Señor Jesucristo, no sólo para que pudiese proclamar con ese mismo poder el Evangelio de la gracia de Dios delante de todos en la defensa que tuvo que hacer delante del tribunal de

Nerón, sino también para que soportase con buen ánimo las molestias del arresto (Hch. 23:11) y los peligros del viaje marítimo a Roma (Hch. 27:23). La frase «*y yo fui rescatado de la boca del león*» viene a ser una expresión proverbial para designar la liberación providencial de un peligro extremo (comp. con Sal. 22:21; 35:17; Dn. 6:20, etc.).

3. Esta experiencia consoladora le confirma al apóstol la confianza en que, del mismo modo que el Señor le ha rescatado de los peligros pasados, también le rescatará (v. 18) de los venideros. Ciertamente no está pensando el apóstol que el Señor vaya a librarle de una muerte violenta, pues es eso precisamente lo que espera (v. los vv. 6–8) y aun desea, sabedor de que la muerte es incapaz de separarle del amor de Cristo (Ro. 8:35–39). Los peligros reales, los que teme de veras el apóstol, son de carácter espiritual. Dice J. Collantes: «Se trata de distintos peligros: no del peligro de la vida, sino de aquellos que le impidan llegar al reino celestial, es decir, de la falta de valor o de fidelidad a su Maestro». Nótese la forma en que se expresa: «*Me rescatará el Señor de toda obra maligna* (v. la semejanza con la última petición del Padrenuestro *"mas líbranos del Maligno",* Mt. 6:13) y *me preservará para su reino celestial*». Y aun el verbo *rhúesthai*, ser rescatado, que Pablo usa aquí, significa en otros lugares el rescate del pecado (v. Ro. 7:24; Col. 1:13). El apóstol tiene la mirada puesta en el *reino celestial*, donde está sentado Cristo a la diestra del Padre; por eso, no le causa ninguna preocupación el reino terrenal, en cuyo trono se sienta el tirano Nerón. El *morir* bajo Nerón será para Pablo el mejor pasaporte para *vivir y reinar* con Cristo (v. 2:11, 12). No es de extrañar que, al final del versículo, prorrumpa Pablo en una doxología: «*A Él* (el Señor) *sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén*».

Versículos 19–22

En estos versículos hallamos los saludos finales, entreverados con noticias y encargos.

1. Al contrario que en la primera carta, donde no hallamos ningún saludo final, aquí (v. 19) envía saludos a sus amados colaboradores (en el Evangelio y en el oficio secular; véase Hch. 18:2, 3) *Prisca y Aquila.* Como en Romanos 16:3; Hechos 18:18, 26 (cuatro veces con ésta), nombra primero a la mujer; en otras dos ocasiones (Hch. 18:2; 1 Co. 16:19), hallamos primero el nombre del marido. Lucas la llama *Priscila* que es el nombre familiar, diminutivo de Prisca. Ambos son nombres latinos. *Prisca* significa *antigua, y Aquila* significa *águila.* Envía también saludos para *la casa de Onesíforo* (v. 1:16–18, donde Pablo expresa una gratitud especial hacia ese hermano).

2. Los versículos 20, 21b dan la impresión de que a Pablo se le olvidó decir esto después del versículo 10 o del 12, y lo recuerda ahora antes de terminar la carta: *«Erasto se quedó en Corinto, y a Trófimo le dejé en Mileto enfermo. Procura venir antes del invierno»*. Hallamos mencionado en Romanos 16:23 a un Erasto a quien se describe como *tesorero de la ciudad.* No es probable que Pablo se refiera a éste, sino a otro del mismo nombre, aludido en Hechos 19:22, aunque no faltan autores que opinen que se trata de la misma persona. La mención de *Trófimo,* como dice D. Guthrie, «ha ocasionado dificultades, pues es evidente por Hechos 20:4 que estaba con Pablo cuando éste fue a Mileto durante las últimas etapas de su tercer viaje misionero, y por Hechos 21:29 que fue con Pablo a Jerusalén, pues fue visto con él en la ciudad». La mejor solución, que es la que el mismo Guthrie patrocina, es que «en el último viaje de Pablo desde Asia a Roma, Trófimo iba a acompañarle, pero tuvo que ser dejado en Mileto, debido a una enfermedad, un hecho del que es fácil que Timoteo no estuviese enterado». La primera frase del versículo 21, *«Procura venir antes del invierno»,* pues en la época invernal el mar Adriático estaba cerrado a la navegación, muestra no sólo la prisa del apóstol por tener consigo a Timoteo, sino también la ternura de su corazón, al desear evitarle las dificultades de un viaje arriesgado.

3. Siguen los saludos que al propio Timoteo envían desde Roma *Eubulo, Pudente, Lino, Claudia y todos los hermanos* (v. 21b). *Eubulo* significa *buen consejero* (es nombre griego) y no se conoce más de él. De *Pudente* (nombre latino, que significa *modesto, que tiene vergüenza)* sostiene la tradición que fue el primer senador convertido por Pedro. «*Claudia,* dice Collantes, sería, según las *Constituciones Apostólicas* (7:46, 17, 19), la madre de Lino». Este *Lino* (que significa rubio—pelo de lino—) sería el mismo que, según la tradición, fue designado como primer obispo de Roma por los apóstoles Pedro y Pablo. En un largo etcétera, el apóstol añade saludos de *todos los hermanos.* Advierte Guthrie: «La inclusión de *todos los hermanos* en el saludo no debe pensarse que está en conflicto con el versículo 16, "todos me desampararon", pues estas últimas palabras se refieren a la falta de asistencia durante el juicio. Esto no había de impedir a estos tímidos romanos el enviar saludos al lugarteniente del apóstol».

4. La bendición final (v. 22) está dividida en dos partes. En la primera, el apóstol dice: *«El Señor* (esté) *con tu espíritu»* (lit.). Se parece a la de Gálatas 6:18 y Filemón 25, pero en estos últimos lugares dice: «… *con vuestro espíritu»*, mientras que aquí, al ser una carta personal, dice: «TU *espíritu»*. Bernardo de Claraval aporta una hermosa sugerencia: *«Allí* (es decir, en Gá. 6:10; Flm. 25) se invoca la presencia de *la gracia del Señor;* aquí, la presencia *del Señor de la gracia»*. En la segunda parte, el apóstol dice: *«La gracia* (sea, o esté) *con vosotros»*. El «Amén» que aparece en nuestras versiones, carece de la garantía necesaria, pues no está atestiguado en los MSS más importantes. Vemos que la bendición final va dirigida a los creyentes en general, como en las de 1 Timoteo 6:21b (conforme a los MSS más importantes) y Tito 3:15c.

TITO

La Epístola de Pablo a Tito es de naturaleza muy semejante a las que dirigió a Timoteo. Leemos bastantes cosas de este Tito. Era griego (Gá. 2:3). Pablo lo llama su *hijo* (Tit. 1:4), su *hermano* (2 Co. 2:13), su *compañero y colaborador* (2 Co. 8:23). Subió con los apóstoles a la iglesia de Jerusalén (Gá. 2:1) y se relacionó mucho con la iglesia de Corinto, en cuyos asuntos puso mucho interés y diligencia (2 Co. 8:16). La segunda epístola de Pablo a los corintios fue enviada por su mano (2 Co. 8:16–18, 23; 9:2–4; 12:18). Estuvo con el apóstol en Roma, y de allí marchó a Dalmacia (2 Ti. 4:10), después de lo cual ya no se hace mención de él en las Escrituras. En Creta había echado el Evangelio algunas raíces, y allí se encontraban Pablo y Tito en uno de sus viajes; pero el apóstol no pudo detenerse por mucho tiempo allí. Por consiguiente, dejó allí a Tito por algún tiempo, para que llevara adelante la obra que había sido comenzada en aquel lugar. La presente epístola se la dirigió Pablo desde Macedonia o desde Nicópolis. Entre las materias más importantes que trata en ella, destacan: las cualificaciones que requiere para los ancianos de la iglesia (1:5–9), varias instrucciones a grupos de diversas edades (2:1–8), las relaciones con el gobierno (3:1, 2) y la relación de la regeneración espiritual con las obras y con el Espíritu (3:5).

Para la división de la epístola, usamos, como en otras ocasiones, los epígrafes de la *Ryrie Study Bible:*

I. Saludos iniciales (1:1–4).
II. Los ancianos en la iglesia (1:5–9).
III. Los ofensores en la iglesia (1:10–16).
IV. Diversos quehaceres en la iglesia (2:1–3:11).
V. Mensajes personales y saludos (3:12–15).

CAPÍTULO 1

En este capítulo tenemos: I. El prefacio de la epístola con los saludos del apóstol y su oración por Tito (vv. 1–4). II. El objetivo por el cual fue dejado Tito en Creta (v. 5). III. Cómo debía ser llevado a cabo tal objetivo con referencia a los buenos ministros tanto como a los malos (vv. 6–16).

Versículos 1–4

1. Pablo comienza con un largo saludo (65 palabras en el original), sólo inferior en largura al de las epístolas a los romanos (93 palabras) y a los gálatas (75 palabras). Como en Romanos 1:1, se llama a sí mismo *«siervo»* (gr. *doúlos)* y *«apóstol»*. También como en Romanos (y en otras epístolas), su saludo-bendición menciona (v. 4) «gracia y paz», *pues* la añadidura de *«misericordia»,* que se halla bien atestiguada en las dos epístolas a Timoteo, no se halla aquí, según los MSS más importantes. También es de notar que la expresión *«siervo de Dios»* (v. 1) solamente aparece aquí, mientras que en Romanos y Filipenses hallamos *«siervo de Jesucristo»*.

2. Conforme a las particulares características de la epístola, el saludo toma también un sesgo especial (vv. 1b–3): «… *para llevar a los elegidos con la esperanza puesta en la vida eterna, que prometió desde la eternidad el Dios que no puede mentir y que ahora, a su debido tiempo, ha sacado a la luz su palabra por medio de la predicación que me ha sido confiada por orden de Dios nuestro Salvador»* (NVI). Los siguientes puntos requieren análisis especial:

(A) El original del versículo 1 dice: «… *y apóstol de Jesucristo conforme a* (gr. *katá) la fe de los elegidos de Dios»,* pero es menester dar a la preposición *katá* un sentido final, como en 2 Timoteo 1:1, según la interpretan la mayoría de los autores modernos, al seguir a los antiguos escritores griegos de la Iglesia. La fe de los elegidos de Dios viene por el oír la Palabra de Dios, y para oír la Palabra de Dios hace falta que haya quien la proclame. Ahora bien, un apóstol es un embajador de Cristo con las necesarias garantías de credibilidad. Ésta, y no otra, es la razón por la que Pablo no se olvida de mencionar sus credenciales de apóstol al comienzo de sus cartas.

(B) Pero la verdad del Evangelio no va dirigida solamente al intelecto, sino también, y de modo principal, a que se traduzca en una vida santa. Por eso dice Pablo: *«al conocimiento de la verdad que conduce a* (de nuevo, *katá) la piedad»*. Pablo llama a dicho conocimiento *epígnosis* (lit. *superconocimiento),* porque no es una *gnosis* intelectual (1 Co. 8:1b), sino más bien un *reconocimiento* de lo que la revelación de Dios significa para la eterna salvación del hombre. Dice Collantes: «Esta fe, así como lleva consigo el conocimiento especulativo de la realidad sobrenatural, también tiende a modelar la vida *conforme a la piedad,* porque es simplemente la única que establece las relaciones justas y debidas entre el hombre y Dios».

(C) Dependiendo de todo lo que antecede (no sólo de *«que conduce a la piedad»),* Pablo viene a decir que su apostolado, lo mismo que la fe de los que creen mediante su predicación, tiene una base firme: *«sobre la esperanza de la vida eterna»* (v. 2, lit.). Esta esperanza, a su vez, está basada en *la promesa de un Dios que no puede mentir.* Este Dios tenía su plan de salvación oculto en su seno *desde la eternidad,* pero *ahora, a su debido tiempo* (v. 3) *manifestó su palabra* (lit.), es decir, ha dado a conocer su decisión eterna de salvar al hombre *en un mensaje que ha encomendado al apóstol para que lo proclame a los cuatro vientos.* No es un encargo opcional, que Pablo podría administrar según le pareciese, sino que le ha sido encomendado *«conforme al mandato* (gr. *epitaguén) de Dios nuestro Salvador»* (lit.). No se puede olvidar que en el origen del plan de nuestra salvación está Dios, es decir, *Dios Padre* (comp. con Hch. 2:23, entre otros lugares). Jesucristo es el medio por el cual (y en el cual, 2 Co. 5:19) se llevó a cabo nuestra redención.

3. A continuación (v. 4) viene la dirección del destinatario de la epístola: *«a Tito, verdadero* (gr. *gnésio,* genuino, como en 1 Ti. 1:2) *hijo en la fe común»,* es decir, en la creencia cristiana (fe objetiva) que ambos, Pablo y Tito (con todos los demás cristianos) comparten. La bendición que sigue a continuación es parecida a la que dirigió a Timoteo en sus dos cartas, con dos únicas variantes: (a) en 1 Timoteo 1:2; 2 Timoteo 1:2, dice: *«Gracia, misericordia y paz»;* aquí, como ya dijimos anteriormente, lo de *«misericordia»* carece de la necesaria garantía en el original; (b) en los citados lugares de 1 y 2 Timoteo, dice «… *Cristo Jesús nuestro Señor»;* aquí, en cambio, dice: *«… Cristo Jesús nuestro*

Salvador»; algo que se pone de relieve en tal forma en toda esta epístola, que el vocablo *Salvador* sale tantas veces (seis) como entre todas las epístolas del apóstol juntas.

Versículo 5

Sin más preámbulos, el apóstol entra en materia y especificar el motivo por el que dejó a Tito en Creta: *«para que acabases de poner en orden lo que quedó sin terminar y establecieses ancianos en cada ciudad, de acuerdo con las instrucciones que te di»* (NVI). El verbo *apoleípo* que el apóstol usa para decir *«te dejé»,* muestra bien a las claras que Pablo salió de Creta y dejó a Tito allí. El Libro de Hechos no menciona este detalle. Dos son las conjeturas: 1) «Pablo pasó por Creta cuando iba prisionero hacia Roma durante el otoño del año 60» (Collantes). 2) Estuvo en Creta inmediatamente después de salir de su primer encarcelamiento. Ésta es la conjetura que suma más probabilidades, en opinión de la mayoría de los autores. Por lo que Pablo dice, tanto él como Tito pusieron manos a la obra de organizar la iglesia en Creta, pero quedaron muchas cosas sin terminar, entre ellas, la designación de ancianos en las iglesias (comp. con Hch. 14:23). El apóstol le había dado de palabra las instrucciones necesarias, pero las repite por carta, para conveniencia de Tito (y nuestra, en todas las edades).

Versículos 6–16

También sin preámbulos, pasa el apóstol a enumerar las cualidades que han de adornar a los que ejercen el ministerio específico en la iglesia (vv. 6–9), así como lo que hay que hacer con los que carecen de tales cualidades (vv. 10–16).

1. Lo primero que salta a la vista es la identidad de «anciano» y «supervisor» (que suele traducirse por «obispo»), pues bastaría para ello leer seguidos el versículo 5 y el 7, si no fuese suficiente testimonio la lectura de Hechos 20:17, 28, donde Lucas los identifica igualmente. Las cualificaciones que en ellos requiere el apóstol son semejantes a las que menciona a Timoteo (1 Ti. 3:2 y ss.). Analizaremos aquí solamente las que no aparecen en 1 Timoteo.

(A) El vocablo griego (v. 6) *anénkletos* (lit. *que no debe ser llamado* a rendir cuentas), y distinto del que usa en 1 Timoteo 3:2 para el supervisor, es el mismo que emplea en 1 Timoteo 3:10 para los diáconos. Va, pues, muy descaminado J. Collantes, al decir que (probablemente) se refiere a uno «que se llamaría obispo (inspector)». Lo de *«marido de una sola mujer»,* lo vimos en 1 Timoteo 3:2.

(B) Sigue diciendo que: *«tenga hijos creyentes, que no estén acusados de disolución* (el mismo vocablo de Ef. 5:18) *ni de rebeldía* (lit. *o insubordinados)».* Es una recomendación semejante a la que aparece en 1 Timoteo 3:4, 5.

(C) Añade (v. 7): *«Porque el supervisor debe ser irreprensible* (el mismo vocablo del v. 6) *como administrador de Dios»* (comp. con 1 Co. 4:1, 2).

(D) El vocablo griego que se traduce por *arrogante (authádes)* sale únicamente aquí y en 2 Pedro 2:10, y significa realmente *el que se satisface a sí mismo,* mostrándose así *arrogante* con los demás. Es un defecto repugnante y, por desgracia, no demasiado escaso en quienes están constituidos en autoridad, tanto civil como eclesiástica.

(E) *«No iracundo»* (v. 7b), añade Pablo. Dice Collantes: «De la arrogancia nace el desprecio de los demás, y de ahí la brutalidad en la cólera cuando las cosas no salen a medida de sus deseos. Los otros tres vicios ya estaban estigmatizados en 1 Timoteo 3:2, 4, 8».

(F) Lo de *«hospedador»* y *«sensato»* (v. 8) lo vimos también en 1 Timoteo 3:2. En el mismo versículo 8 menciona otros cuatro que no mencionó en 1 Timoteo: *«amigo de lo que está bien ... justo, moralmente recto* (gr. *hósion), dueño de sí»* (NVI). Nótese que todas ellas son cualidades que deberían brillar en todos los creyentes. ¡Cuánto más en los ancianos de las iglesias!

(G) Finalmente, el apóstol desea que el anciano o supervisor sea (v. 9): *«retenedor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada* (lit. *conforme a la enseñanza), para que también pueda exhortar con sana doctrina* (gr. *didaskalía) y redargüir a los que contradicen».* Aquí hace una explanación de lo que dijo en 1 Timoteo 3:2 *(«apto para enseñar»)* y 9 *(«que guarden el misterio de la fe con limpia conciencia»),* aunque este último encargo lo había hecho con respecto a los diáconos. La *«palabra fiel»,* es decir, digna de crédito, es la que «está en armonía con la sana doctrina, esto es, con la doctrina que, a su vez, está

basada en la Escritura» (W. Hendriksen). Sólo así puede dicha palabra ser apta *«para exhortar … y redargüir»* (comp. con 2 Ti. 3:16).

2. A continuación, como si quisiera urgir a Tito para que seleccione con mucho cuidado a quienes hayan de ejercer el oficio de ancianos en las iglesias de Creta, Pablo le advierte que esta tarea no será fácil, a causa precisamente de los muchos indeseables que hay en la región. Veamos cómo los describe y lo que dice que hay que hacer con ellos:

(A) *«Porque hay muchos rebeldes* (gr. *anupótaktoi*, insubordinados; el mismo vocablo del v. 6 al final), *habladores de vanidades* (gr. *mataiológoi*, única vez que este vocablo ocurre en el Nuevo Testamento, aunque el vocablo de la misma raíz *mataiologuía* salió en 1 Ti. 1:6) y *engañadores* (gr. *phrenapátai)»* (v. 10). Es la única vez que también este último vocablo ocurre en el Nuevo Testamento, aunque el verbo correspondiente sale en Gálatas 6:3. Al final del mismo versículo, añade que esta clase de gente se halla *especialmente* entre *los de la circuncisión*. En efecto, eran precisamente los seudodoctores judíos los que se enzarzaban en *fábulas y genealogías interminables que acarrean disputas … viniendo a caer en una vana palabrería …»* (v. 1 Ti. 1:3–7).

(B) De aquí puede colegirse la importancia que aquí (v. 7b) da el apóstol a la necesidad de que, especialmente en esta región, el anciano o supervisor no sea *arrogante*. Estos de la circuncisión «probablemente consideraban la circuncisión como una marca de superior excelencia, que les confería un título para ser oídos y respetados por otros» (Hendriksen). ¿Qué había que hacer con estos arrogantes? Claramente lo dice el apóstol (v. 11): *«¡Taparles la boca!»*, es decir, no permitirles hablar. No dice Pablo cómo hay que hacer esto, pues no se les puede poner bozal como a los bueyes, pero, basado en la Escritura (v. 1 Ti. 1:3, 4, 20; 4:7; 2 Ti. 2:16, 21, 23; 4:2; Tit. 1:13b; 3:10), aconseja Hendriksen lo siguiente: «Al principio, el engañador *(errorist)* debe ser tiernamente amonestado, a fin de que pueda ser ganado para la verdad. Si rehúsa, debe ser reprendido con dureza y se le ha de mandar que desista. La persona que persista en sus malvados caminos ha de ser evitada por los demás y se le ha de aplicar la disciplina. La medida suprema, la excomunión, puede ser empleada a fin de salvaguardar la iglesia y en orden a traer al pecador al arrepentimiento».

(C) La razón por la que había que taparles la boca a estos sujetos la expone Pablo a continuación (v. 11b): *«trastornan casas enteras, enseñando por ganancia deshonesta lo que no deben»*. Nótese el tremendo contraste entre la conducta del apóstol *predicando de balde el Evangelio* (1 Co. 9:18) y la de estos engañadores que, no contentos con trastornar la paz familiar con sus interminables disputas, *cobraban cara su vana palabrería*. Dice Collantes: «Es una ganancia vergonzosa, puesto que venden una mercancía averiada, ya que no proponen lealmente la verdad. Los cretenses en particular tenían fama en la antigüedad de ser engañosos en sus tráficos».

(D) Para que no se le acuse de parcialidad, el apóstol cita de un poeta cretense los epítetos más fuertes que pueden aplicarse a una persona de su misma región (v. 12): *«Los cretenses son siempre mentirosos, malas bestias, vientres ociosos»* (lit.). Se trata de Epiménides, poeta y filósofo del siglo VI antes de Cristo, a quien Platón mismo llamó «hombre divinamente inspirado» y fue considerado como uno de los «siete sabios de la antigüedad». Al decir que era «*su propio profeta»*, no quiere Pablo dar a entender que fuese profeta en el sentido bíblico, sino que era tenido por los cretenses como profeta. Tal fama tenían los cretenses de ser *mentirosos* que, así como darse a la inmoralidad sexual se llamaba «hacer el corintio», así también al mentir lo llamaban «hacer el cretense». Lo de *«malas bestias»* hace referencia a la crueldad salvaje de los cretenses. *«Vientres ociosos»* es una manera de llamarles «glotones y holgazanes» en una sola pieza.

(E) Al añadir dureza al testimonio de Epiménides, apostilla Pablo (v. 13a): *«Este testimonio es verdadero»;* como si dijese: «Aunque también este poeta era cretense, por una vez, al menos, un cretense ha dicho la pura verdad». Dice Collantes: «La experiencia personal de Pablo a través de sus visitas a la isla o del conocimiento de algunos cretenses ha podido ver confirmada en sus líneas generales la opinión del poeta. Eso no quita que hubiera honrosas excepciones».

(F) Anteriormente (v. 11), el apóstol había dicho de modo impersonal que *había que tapar la boca* a estos engañadores, pero ahora insta a Tito a que *los reprenda duramente* para su propio bien: *«para que sean sanos en la fe* (comp. con 2:2), *no atendiendo a fábulas judaicas* (comp. con 1 Ti. 1:4), *ni a mandamientos de hombres* (v. Col. 2:8, 21, 22) *que se apartan de la verdad»* (vv. 13b, 14). En qué consisten esos *mandamientos de hombres* se advierte, no sólo por los lugares citados de Colosenses, sino

tambien por el contexto posterior, donde el apóstol afirma y explica el gran principio de la libertad cristiana que ha expuesto en lugares como Romanos 14:20, y que el mismo Señor afirmó en Marcos 7:15.

(G) Dice, en efecto, en el versículo 15: *«Todas las cosas son puras para los puros, mas para los contaminados e incrédulos nada es puro; pues hasta su mente y su conciencia están contaminadas»*. Como ya hemos apuntado, estas palabras son un eco de lo que el Señor había dicho en Marcos 7:15 y Mateo 15:11: Lo que viene de fuera no contamina al hombre, sino lo que sale del corazón; para el que es limpio, *«todo es limpio»*. Y en Romanos 14:20b, el propio apóstol había escrito: *«En realidad, todas las cosas son limpias»*. Como si dijese: «Las cosas, por su naturaleza, son buenas, puesto que son creación de Dios; lo que las mancha es el mal uso que el hombre hace de ellas; la contaminación no entra desde fuera, sino que la mente y la conciencia corrompidas son «las que manchan todo lo que tocan», en palabras de Calvino. Dice Collantes: «Si no se tiene fe, todas las purificaciones son inútiles, porque la mente y la conciencia están mancilladas». Pureza y fe van unidas en el pensamiento de Pablo, como van unidas la contaminación y la incredulidad.

(H) El apóstol expone públicamente la inconsecuencia de estos judíos legalistas, y termina su descripción con las palabras siguientes (v. 16): *«Profesan conocer* (lit. *saber) a Dios, pero con los hechos lo niegan* (comp. con 1 Ti. 5:8; 2 Ti. 3:5), *siendo abominables y desobedientes* (o *rebeldes;* gr. *apeithéis:* que se niegan a ser persuadidos), *descalificados* (el tan conocido *adókimoi) en cuanto a* (o, mejor, *con relación a,*—gr. *pros—) toda obra buena»*. Sabido es el énfasis que los judíos ponen en su monoteísmo, hasta resultarles sumamente odiosa y blasfema la doctrina cristiana sobre la Trinidad. Se glorían en profesar su conocimiento del único Dios, a quien tienen por su Padre, pero estos judíos, como aquellos que acosaban a Jesús (Jn. 8:41–47), *con los hechos están negando* (gr. *arnoúntai*, presente de indicativo) lo que profesan hipócritamente. Sus hechos pronuncian un NO más fuerte que el SÍ que sale por sus bocas (v. el comentario a 2 Ti. 3:5). De ahí, los tres fuertes calificativos que Pablo les aplica: *abominables,* por su hipocresía, con la que se vuelven repugnantes (¡contaminados por entero!) para Dios (comp. por ej. con Is. 1:12–15; Jer. 6:20; Am. 5:21–23; Mt. 23:23–33; Lc. 18:11, 12), *desobedientes,* porque no se dejan persuadir por su Dios, que demanda santidad interior, y *descalificados* como no aptos *para hacer obras buenas,* ya que toda obra buena, para ser realmente tal, ha de proceder *«de corazón limpio, de buena conciencia y de fe no fingida»* (1 Ti. 1:5).

CAPÍTULO 2

En este capítulo, el apóstol, I. instruye sobre la forma en que han de conducirse los miembros de una familia cristiana (vv. 1–10). II. Da la razón de ello: porque la gracia de Dios es para salvación y santificación de todos (vv. 11–15).

Versículos 1–10

De la vida en la congregación, pasa el apóstol a la vida de familia. Algo muy oportuno, ya que los perturbadores a los que se ha referido en 1:10–16, *trastornaban casas enteras* (1:11). Por eso abarca Pablo en su exhortación a Tito a todos los miembros de la familia, conforme a su edad, sexo y condición social: ancianos, ancianas, las jóvenes, los jóvenes, de los que Tito ha de ser modelo y, finalmente, los siervos o esclavos.

1. De los judíos que trastornaban casas enteras, había dicho (v. 11b) que lo hacían *«enseñando por ganancia deshonesta lo que no deben»,* lo que no está de acuerdo con la sana doctrina. Por eso intima Pablo a Tito (v. 1): *«Tú, en cambio, habla lo que es conforme a la sana doctrina»* (lit.). El verbo *prépei,* que traducimos por *es conforme,* significa lo *que conviene* porque se ajusta bien a las características de un objeto (v. Ef. 5:3; 1 Ti. 2:10, por ejemplo). Entre los requisitos de los supervisores de la iglesia, Pablo había mencionado (1:9) *«retenedor de la palabra fiel … para que también pueda exhortar con sana doctrina …».* Esto mismo es, pues, lo que ordena al joven Tito, ya colocado en el ministerio específico. Pero nótese que ahora dice: *«habla lo que es conforme a la sana doctrina»,* porque la sana doctrina nos es dada para la vida; de la sana doctrina habrá de extraer Tito las consecuencias prácticas que conducen a una vida santa dentro de la familia. Ése es el mejor modo de curar y de prevenir los trastornos que

ocasionan los falsos doctores que se introducen de matute por las casas (2 Ti. 3:6), y enseña lo que no deben (1:11b).

2. A los ancianos en edad, no en el oficio de supervisor, ha de decirles Tito (v. 2) *«que sean moderados, dignos de respeto, sensatos, sanos en la fe, en el amor y en la constancia* (gr. *hupomoné*, paciencia en las circunstancias adversas)» (NVI). Que se trata de los ancianos *en edad*, se ve, no sólo por el contexto, sino porque Pablo usa aquí el vocablo *presbútas*, no *presbutérous*. En cuanto a los detalles:

(A) Los ancianos han de ser *moderados.* El vocablo *nephálios* significa moderación en todo, pero especialmente en la comida y bebida, donde los cretenses eran notorios por sus excesos (v. 1:12, al final); no sólo los hombres, sino, por lo que se colige del versículo 3, también las mujeres.

(B) También han de ser *dignos de respeto*, es decir, que se hagan respetar por su porte serio, grave (gr. *semnoús*), como conviene a las canas. Algunas ligerezas que son fácilmente perdonables en los jóvenes no tienen excusa en los ancianos.

(C) *Sensatos* (gr. *sóphronas)* es algo que el apóstol siempre recomienda con calor. Dice Collantes: «El adjetivo *sóphron* es muy rico de contenido; puede significar la prudencia propia de aquel que no se cree fácilmente todo aquello que se le cuenta; la moderación y reserva en los actos, tanto interiores como exteriores y, en general, el fino sentido de la medida en todo».

(D) *Sanos* (gr. *huguiaínontas*, con «higiene» de espíritu) *«en la fe, en el amor, en la paciencia»*. Cada una de las tres virtudes lleva delante, en el original, su correspondiente artículo definido. Con razón halla Hendriksen en esas tres virtudes las tres dimensiones de la conducta cristiana (v. también el v. 12, al final): *fe,* para con Dios; *amor*, para con el prójimo; *paciencia,* en su propio interior, frente a las circunstancias adversas.

3. Pablo pasa luego a describir las virtudes que Tito ha de recomendar a las ancianas (v. 3): *«Las ancianas asimismo sean reverentes en su porte; no calumniadoras, no esclavas del mucho vino, maestras del bien»*. Un breve análisis bastará para entender bien estos términos:

(A) Para *«reverentes»* usa el apóstol el vocablo griego *hieroprepeís*, único lugar que dicho vocablo sale en todo el Nuevo Testamento y que significa que deben conducirse como quienes sirven en el templo de Dios, ¡y templos de Dios son!

(B) Para *«calumniadoras»* usa Pablo el ya conocido término *diabólous. «No esclavizadas por el mucho vino»,* añade; el verbo está en participio de pretérito perfecto, lo que indicaría un hábito adquirido a fuerza de mucho beber. Observa Hendriksen: «Darse al vino y darse a la murmuración van con frecuencia juntos». *«Maestras del bien»* o, mejor, *maestras de todo lo que es de calidad excelente* (v. 1 P. 3:1, 2).

4. Así es como podrán enseñar, de palabra y con el ejemplo, *a las mujeres jóvenes* casadas; con lo que el apóstol pasa a describir (vv. 4b, 5) las cualidades que han de tener estas jóvenes casadas: *«amantes de sus maridos y de sus hijos, sensatas, castas, cuidadosas de su casa, buenas, sujetas a sus maridos, para que la palabra de Dios no sea blasfemada»*. Pablo desea que todas y cada una de las jóvenes casadas cristianas sean como la mujer virtuosa y hacendosa, tan difícil de hallar en el propio pueblo de Dios en el Antiguo Testamento (v. Pr. 31:10–31). Notemos algunos detalles dignos de consideración especial:

(A) *Para «enseñar»* usa el apóstol el verbo *sophronízo* (en presente de subjuntivo, como requiriendo una enseñanza continua). Dicho verbo significa realmente «dar lecciones de buen sentido» (Collantes). Lo primero que las ancianas experimentadas deben enseñar, entre las lecciones de buen sentido, a las casadas jóvenes, es *«a que amen a sus maridos y a sus hijos»* (NVI). Frecuentemente ha exhortado Pablo a las mujeres casadas a ser sumisas con sus maridos (v. 1 Co. 14:34; Ef. 5:22, 24; Col. 3:18), pero aquí les manda también que los amen, así como a los hijos, entrañablemente (gr. *philándrous … philotéknous).*

(B) Como buenas discípulas, que aprenden bien las «lecciones de buen sentido» que las ancianas les dan, han de ser (v. 5) *«sensatas»* (gr. *sóphronas),* y poseer así el buen sentido que necesitan para criar convenientemente a sus hijos (comp. con 1 Ti. 2:15, al final). Han de ser también *castas* (gr. *agnás*, puras), fieles en todo a sus maridos y decentes en su porte y vestido.

(C) Pablo añade otras tres cualidades (con lo que son siete en total), en las que las jóvenes casadas deben brillar: *«ocupadas en las faenas de la casa* (gr. *oikourgoús), bondadosas» (agathás,* de donde viene el nombre propio Águeda), en el sentido que tiene el vocablo *«bueno»* en Mateo 20:15, al final. La última cualidad, que el apóstol lleva mencionada en los lugares citados arriba en el apartado (A), es que sean *«sumisas* (mejor que "sujetas", que parece connotar cierto despotismo por parte del marido) *a sus maridos»*.

(D) El apóstol dice que estas cualidades de las jóvenes casadas son necesarias *«para no dar motivo a que se hable mal del Evangelio»* (NVI) Dice Guthrie: «La sustitución de *palabra* (lit.), en lugar del más usual "nombre", da a la frase un significado especial. La contravención de estas cualidades cristianas sería una negación de la palabra o del "Evangelio" que ellas profesaban creer».

5. A continuación viene la exhortación que Tito debe hacer a los jóvenes (vv. 6–8): *«De modo semejante, exhorta a los jóvenes a vivir con moderación. En todo muéstrate como modelo* (gr. *túpon) de buenas obras. En tu enseñanza, que se echen de ver la integridad, la seriedad y una sanidad de doctrina* (gr. *lógon huguié*, palabra sana) *que no merezca censura alguna, a fin de que los que están en contra de nosotros se vean confundidos al no encontrar nada malo que decir de nosotros»* (NVI; el *«vosotros»* de nuestras versiones no tiene fundamento alguno en el original). Examinemos los puntos que requieren algún análisis:

(A) La *moderación,* o buen sentido en todo, debe ser lo primero que Tito ha de exhortar a los jóvenes. El verbo *sophroneín* que Pablo usa aquí, es uno de los verbos favoritos de Pablo, como lo son los demás vocablos de la misma raíz. Véase el comentario a Romanos 12:3, donde se expone su sentido primordial, que es el de pensar sensatamente y dar a todo incluyéndose a uno mismo, ni más ni menos que el valor o la capacidad (natural o sobrenatural) que tiene. Los jóvenes son idealistas y suelen extremar sus opiniones a favor o en contra de ideas y hechos que necesitan mayor ponderación para verlos en su perspectiva real. El mejor modo de que los jóvenes aprendan esta moderación en sus juicios lo mismo que en su conducta es que Tito les enseñe con el ejemplo, no sólo de palabra. A diferencia de nuestra RV y de la NVI, la versión de Collantes une lo de *«en todo»* con la frase anterior, mientras que la *Biblia de las Américas* y la *Biblia de Jerusalén* aceptan las dos lecturas como alternativas válidas.

(B) El vocablo griego *túpon* que Pablo usa (v. 7) para expresar la ejemplaridad de Tito, «significa primariamente la señal marcada por un golpe, una herida (Jn. 20:25); de donde: figura, imagen, modelo a reproducir o a imitar» (Collantes). No es un término tan fuerte como el *hupotúposis* de 1 Timoteo 1:16; 2 Timoteo 1:13, que requiere una imitación más estricta, como al calco.

(C) En la enseñanza que Tito ha de impartir a los jóvenes, quiere Pablo *que se echen de ver la integridad* (gr. *aphthoría,* incorrupción), que afecta al fondo del mensaje, y *la seriedad* o gravedad (gr. *semnótes),* la cual afecta a la forma de exponer dicho mensaje, sin ligerezas ni expresiones chabacanas, indignas de un proclamador de las más serias verdades, aun de las que entrañan el sumo gozo inherente a la fe.

(D) *La sanidad de la doctrina* (v. 8) ha de ser tal *que no merezca censura* (gr. *akatágnoston,* única vez que tal vocablo sale en el Nuevo Testamento). Al no tener nada censurable, no se dará ocasión a los enemigos del Evangelio a hablar mal de la palabra (v. vers. 5b), sino que *«quedarán confundidos (o avergonzados) al no encontrar nada malo que decir de nosotros»*. El apóstol no quiere decir con esto que los enemigos se van a callar y van a dejar de contradecir, insultar o perseguir a los que enseñan seriamente el mensaje puro del Evangelio, sino que el predicador no les habrá dado ocasión de presentar una acusación seria y válida contra él.

6. En último lugar (vv. 9, 10), tenemos la exhortación que Tito ha de hacer a los siervos o esclavos: *«Enseña a los esclavos que estén sometidos en todo a sus amos, que procuren agradarles, que no les den malas contestaciones, que no se apropien de lo ajeno, sino que muestren que puede confiarse en ellos plenamente, para que así puedan de todas las maneras hacer atractiva la enseñanza acerca de Dios nuestro Salvador»* (NVI).

(A) Lo primero que salta a la vista es la ausencia de exhortación a los amos, al ser tan larga la requisitoria que se hace a los esclavos. Tres cosas hay que tener en cuenta: (a) el número de esclavos era muy superior al de amos; (b) el apóstol da en otros lugares órdenes también a los amos (v. Ef. 5:8, 9; Col. 3:25; 4:1; Flm. 16); no es éste el único lugar en que trata de las relaciones sociales; (c) el contexto posterior (también en otros textos) pone de relieve la igualdad de *todos los hombres* (v. 11, al final) ante la salvación que Dios ofrece.

(B) Pablo resume en cuatro normas la actitud que los esclavos han de adoptar frente a sus amos; dos son positivas: *sumisión y agrado;* las otras dos son negativas; *no contestarles mal, no robarles.* Las dos actitudes positivas ya fueron examinadas en Efesios 6:5–8. Aquí expone dos actitudes negativas: *no contradecir y no sisar* (lit.). El verbo *antilégo* indica una oposición que no siempre se expresa en palabras, a pesar de la etimología de dicho verbo; basta que alguien se coloque en una posición que menoscabe, o parezca menoscabar, la autoridad o las razones ajenas (v. por ej., Jn. 19:12). El otro verbo

griego, *nosphízo*, significa literalmente *sisar*, es decir, ir quitando dinero poco a poco (por ejemplo, al ir de compras o al ajustar cuentas con el amo).

(C) Sólo sometiéndose a estas cuatro normas, serán de fiar: *mostrarán que puede confiarse en ellos plenamente.* Más aún, si ellos están adornados de estas virtudes cristianas, los amos no podrán menos de ver en ellos algo particularmente hermoso, con lo que la fe que profesan cobrará una dignidad, un honor y un atractivo singulares. Estos pobres esclavos, privados de todos los derechos humanos, y, sin embargo, dignos de fiar en todo, harán con sola su conducta netamente cristiana, que lo que nuestra fe enseña acerca de Dios nuestro Salvador *quede adornado en todas las cosas* (lit.). El verbo *kosméo* que Pablo usa aquí (y en 1 Ti. 2:9) se usaba con frecuencia para describir «la disposición de las joyas en una forma que hiciese resaltar toda su hermosura» (Guthrie). La esclavitud ha sido desarraigada de la mayoría de los países, pero los criados cristianos tienen aquí un buen compendio de ética social.

Versículos 11–15

La sola mención de Dios nuestro Salvador, lleva al apóstol a cavar hondo (v. también 3:4–8) en los principios fundamentales del Evangelio de la gracia, para establecer la necesaria conexión entre la teología bíblica y las normas de la ética cristiana. Es aquí (nótese lo de *«todos los hombres»*, al final del v. 11) donde se ve que la gracia de Dios nivela perfectamente las desigualdades existentes de edad, sexo y condición social (v. en especial 1 Co. 12:13; Gá. 3:28). La exposición que hace aquí el apóstol (vv. 11–14), va seguida de una breve exhortación (v. 15).

1. Viene primero la exposición doctrinal, la cual queda magníficamente aclarada en la NVI: *«Porque la gracia de Dios que trae salvación se ha dejado ver de todos los hombres. Y esa gracia nos enseña a decir "no" a la impiedad y a las pasiones mundanas, y a vivir en este tiempo una vida sobria, justa y piadosa, a la vez que estamos en continua espera de aquel día feliz en que se manifestará la gloria de nuestro gran Dios y Salvador, Jesucristo, quien se entregó a sí mismo por nosotros para rescatarnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo que le pertenece en propiedad y que está anhelando obrar el bien»*.

(A) Pablo llama a la gracia de Dios *salvífica* (gr. *sotérios*, que trae salvación). Al decir que esta gracia salvífica *se ha dejado ver de todos los hombres* (lit. *se apareció a todos los hombres,* según la correcta sintaxis, bien captada por la NVI), el apóstol se hace eco de Lucas 1:70 y Juan 1:9. La gracia nos trae la vida divina, y esta vida comienza iluminando (Jn. 1:4; Ef. 1:18; 5:13). El verbo *epiphaíno* sale únicamente en Lucas 1:79; Hechos 27:20; aquí y en 3:4, y significa *brillar desde arriba.* Por eso, el vocablo de la misma raíz, *epipháneia*, viene a ser una descripción característica de la Segunda Venida de Cristo en todo su esplendor. El hecho de que esta gracia no salve a todos los hombres se debe únicamente a que *no todos* la reciben. Pero sí es cierto que *se deja ver de todos los hombres,* esto es, se ofrece a todos los hombres, sin distinción ni excepción.

(B) Puesto que esta gracia de Dios viene con una iluminación, *nos enseña* (v. 12) o, más exactamente, *nos educa* (gr. *paideúousa*, en participio de presente). El verbo *paideuo* comporta el matiz de disciplina correctiva en todos los casos en que Pablo lo usa (1 Co. 11:32; 2 Co. 6:9; 1 Ti. 1:20; 2 Ti. 2:25 y aquí). ¿De qué forma nos educa la gracia de Dios? Dándonos tres lecciones muy importantes que pueden resumirse en tres epígrafes: renuncia, santidad y expectación anhelante.

(a) Esa gracia nos educa para renunciar a un pasado pecaminoso: para decir *¡no!, a la impiedad* (gr. *asébeian*, la falta de reverencia y amor a Dios) *y a las pasiones* (gr. *epithumías*, concupiscencias) *mundanas,* propias de los hombres mundanos, inconversos.

(b) También nos educa positivamente *a vivir en este tiempo*, es decir, en el tiempo presente, el espacio de tiempo que media entre nuestra conversión y la Segunda Venida del Señor, *una vida sobria, justa y piadosa.* De nuevo tenemos aquí las tres dimensiones de una conducta santa, como en el versículo 2b: *sobria* (gr. *sophrónos*, con cordura y dominio de sí mismo), hacia sí mismo; *justa,* al tratar a los demás con justicia, equidad, honestidad; *piadosa* (gr. *eusebós*, lo contrario de la *asébeian* anterior) para con Dios.

(c) Con respecto al futuro, la gracia de Dios nos educa enseñándonos a vivir diariamente (v. 13) *en continua espera de aquel día feliz en que se manifestará la gloria de nuestro gran Dios y Salvador, Jesucristo.* El participio de presente *prosdekhómenoi* significa *estar continuamente acogiendo o estar*

continuamente dando la bienvenida al Señor que viene a consumar nuestra salvación (v. Ro. 13:11; He. 9:28). El creyente piadoso se santifica mientras espera, y espera mientras se santifica.

(C) Especial atención merece la última frase del versículo 13, que dice así literalmente: «… *aparición de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo»*. ¿Se trata de una o de dos personas? Gramaticalmente, no puede decidirse, pues son muchos los casos en que el artículo definido está ausente delante de una expresión técnica como es *«nuestro Salvador»,* con lo que tendríamos dos personas: la del Padre, *el gran Dios, y nuestro Salvador, Jesucristo.* Sin embargo, de los escritores antiguos, únicamente el *Ambro-siaster* (falso Ambrosio) identifica el *gran Dios* con el Padre. El contexto general favorece a la idea de que se trata de una sola persona, lo cual prueba J. Collantes con las siete razones siguientes:

«(a) La construcción gramatical. Si el gran Dios fuera persona distinta del Salvador, se repetiría el artículo: el gran Dios y el Salvador». (Esta razón, por sí sola, no es suficiente, como acabamos de ver).

«(b) Cuando san Pablo habla de la epifanía, no se refiere a Dios Padre, sino a Cristo Dios-Hombre (cf. 2 Ts. 2:8; 1 Ti. 6:14, 15; 2 Ti. 4:1)». (Ésta ya es una razón más fuerte que la anterior».

«(c) Dígase lo mismo del resto del Nuevo Testamento (Mt. 25:31; 1 P. 4:13).»

«(d) En la apocalíptica judaica no se habla conjuntamente de la manifestación de Jehová y del Mesías. Por consiguiente, si nuestro texto se refiriera a Dios y a Cristo, no tendría ningún paralelo». (Estas dos razones van añadiendo nueva fuerza a esta opinión).

«(e) El título de gran Dios no solamente se daba a las grandes divinidades (Zeus, Artemisa, etc.), sino también al emperador divinizado. Ésta es una razón que pudo inducir a Pablo a dar a Cristo ese título, que había suplantado la religión imperial». (En mi opinión, ésta es una razón muy peligrosa, pues aquí pueden ver, por ejemplo, los «Testigos de Jehová» una confirmación de su teoría de que el epíteto «Dios» designa un título u oficio, no el carácter de una persona—así lo aplican a Jn. 1:1c—, aunque en la traducción del presente versículo tienen cuidado en suplir en paréntesis el artículo delante de *nuestro Salvador,* dando así a entender que se trata de dos personas).

«(f) El contexto hace pensar que Pablo habla de la última manifestación gloriosa de Cristo, como juez universal. Ahora bien, en esas circunstancias es especialmente oportuno darle el título que por derecho propio le pertenece: gran Dios.» (Esta razón sólo tiene fuerza si se añade cumulativamente a otras evidentemente válidas.)

«(g) Finalmente, puede decirse que hay unanimidad en los Santos Padres en cuanto a la atribución de estos dos títulos a la única persona de Cristo.» (Esta razón tiene una fuerza relativa, pues son frecuentes los casos en que dichos «Santos Padres» se han equivocado unánimemente.)

En conclusión, las razones más fuertes, a mi juicio, son las que se han expuesto en los apartados (b), (c) y (d).

(D) A continuación (v. 14), el apóstol hace un resumen de la obra de Cristo y del objetivo próximo de dicha obra:

(a) Dice de Jesucristo: *«el cual se dio a sí mismo por (huper) nosotros …»* (lit.). Frases semejantes, con el mismo verbo *dar,* se hallan en Gálatas 1:4 y 1 Timoteo 2:6 y, con el compuesto *paradídomi, entregar,* en Gálatas 2:20; Efesios 5:2, 25. Nótese que *se dio a sí mismo,* no envió a un ángel, y lo hizo *por nosotros* pecadores, pues Él no tenía nada que expiar (2 Co. 5:21; He. 7:27, 28).

(b) El objetivo próximo es triple:

Primero, rescatarnos de toda iniquidad. El verbo *lutrósetai*, en aoristo de subjuntivo de la voz media-pasiva significa que nos libró, de una vez por todas, de la esclavitud del pecado *pagando el precio* y adquiriendo para sí (como indica la voz media) el objeto comprado a tal precio. En cuanto al concepto específico de *rescatarnos mediante precio,* tenemos otros tres importantes lugares: 1 Corintios 6:20; 1 Pedro 1:18, 19; Apocalipsis 5:6. Dice Collantes: «El pecado aparece como un tirano que tiene esclavizados a los hombres, como el pueblo de Israel lo estaba de parte de los egipcios (Éx. 15:13) y babilonios (Is. 44:22–24)». *Iniquidad* (gr. *anomía)* es aquí toda transgresión de la ley.

Segundo, purificar para sí un pueblo que le pertenece en propiedad. Esto lo hace también mediante su sangre y su Espíritu (v. Ef. 5:26; He. 9:14; 1 Jn. 1:7, 9). No basta con sacar de la cárcel al que estaba esclavizado por el pecado; es necesario limpiarle, pues venía manchado con toda clase de transgresiones; además, el poder del pecado anida todavía en él, por lo que necesitará una constante purificación, como lo indica, por ejemplo, el tiempo presente en 1 Juan 1:7. De esta forma, puede presentarse la Iglesia como un pueblo propio de Cristo, santo y limpio como Él (v. 1 Jn. 3:3). En cuanto a la salvación, los gentiles que no éramos pueblo de Dios, lo somos ahora (comp. con 1 P. 2:10). A los que, al seguir a W. Hendriksen y

a los demás teólogos de su opinión antidispensacionalista, ven en la Iglesia el sustituto de Israel a este respecto («Anteriormente, *Israel* era el pueblo propio de Jehová; ahora, lo es *la Iglesia»,* dice Hendriksen), habrá que refrescarles la memoria invitándoles a que lean atentamente el capítulo 11 de *Romanos.*

Tercero, Cristo se dio a sí mismo también para que este pueblo que adquirió para sí al precio de su sangre, sea *«celoso de buenas obras»* (lit.), es decir, *«que está anhelando obrar el bien»,* como aclara la NVI. El vocablo griego *zelóten,* que Pablo usa aquí, sale en otros cinco lugares, de ellos dos de la pluma de Pablo (1 Co. 14:12; Gá. 1:14). Si analizamos este último, vemos que Pablo expresa en él «su anhelo de mantener las tradiciones de sus antepasados y, aunque este celo estaba mal colocado, nunca, sin embargo, perdió su entusiasmo y aquí contempla a todo un pueblo, notado por un celo correctamente dirigido» (Guthrie).

2. A todo esto sigue una breve exhortación (v. 15): *«Esto habla y exhorta y redarguye con toda autoridad* (gr. *epitagué). Que nadie te tome a la ligera»* (lit.). La primera parte de este versículo guarda semejanza con 1 Timoteo 4:13 y 2 Timoteo 4:2. El griego *epitagué* connota la autoridad ejercida mediante órdenes y mandatos. La última parte del versículo nos recuerda lo dicho a Timoteo en 1 Timoteo 4:12, con una notable diferencia: allí el verbo era mucho más fuerte (gr. *kataphronein);* aquí es más suave (gr. *periphroneín).* No hace falta dominar el griego para darse cuenta de que el prefijo *katá* (contra y hacia abajo) es mucho más fuerte que *perí* (alrededor de). Por eso, hemos traducido *«Que nadie te tome a la ligera».* Conviene recordar que, en 1 Timoteo 4:12, Pablo tenía en cuenta la timidez de Timoteo, añadida a su debilidad física (v. 1 Ti. 5:23). Nótese el ritmo ascendente de la exhortación: *«habla ... exhorta ... redarguye».* Y las tres cosas, no sólo la última, *«con toda autoridad».* El fiel ministro de Dios no puede permanecer pasivo, callado, como si nada le incumbiera, cuando es el *administrador de los misterios de Dios* (1 Co. 4:1). No basta con *hablar,* es necesario también *exhortar,* animar, estimular, incitar y *redargüir,* hacer que el recalcitrante se persuada de que no tiene razón, de que anda por mal camino, etc. Y todo esto, *con autoridad,* con la energía necesaria de quien se sabe comisionado por Cristo *para apacentar Su iglesia, la cual Él adquirió para sí por medio de su propia sangre* (Hch. 20:28). Estos pensamientos deben hacer reflexionar seriamente a todos los ministros de Dios.

CAPÍTULO 3

En este capítulo, el apóstol, I. instruye a Tito sobre el modo de exhortar a los fieles a que se conduzcan como es debido con los demás (vv. 1–8). II. Le amonesta sobre lo que tiene que evitar en sí y en otros (vv. 9–11). III. Sigue con varios encargos personales (vv. 12–14). IV. Concluye con saludos y la bendición final (v. 15).

Versículos 1–8

1. Comienza, como en Romanos 13:1 y ss., con una exhortación a someterse a las autoridades legítimas: *«Recuérdales* (esto es, *hazles a la memoria) que se sometan a los gobernantes* (y) *a las autoridades, que obedezcan* (gr. *peitharkheín,* obedecer a los que gobiernan), *que estén preparados* (gr. *etoímous, prestos, prontos,* lo que indica una disposición interior) *para toda obra buena»* (v. 1; comp. con 2 Co. 9:8; Ef. 2:10; Col. 1:10; 1 Ti. 2:10; 5:10; 2 Ti. 2:21; 3:17). Al referirse, en 1:16, a los judíos trastornadores, ha dicho que estaban *descalificados en cuanto a toda obra buena.* A los fieles, en cambio, pide *que estén prestos para toda obra buena.* Esto tiene estrecha relación con la sumisión y obediencia a las autoridades, pues, como dice D. Guthrie, «donde la buena ciudadanía demanda acción comunitaria, él (el cristiano) debe ser siempre cooperativo, con tal que no esté implicada ninguna cuestión de conciencia».

2. Dice luego (v. 2) cómo han de comportarse con sus conciudadanos: *«Que no calumnien a nadie, que sean pacíficos y comprensivos y que se muestren genuinamente humildes en su relación con toda clase de personas»* (NVI). Analicemos algunos términos para entenderlos mejor:

(A) El verbo *blasphemeín*, que aquí usa Pablo, significa, en este contexto, decir mal, lo cual puede entenderse de varias maneras: insultar o injuriar (como traduce Collantes); mejor, calumniar o difamar, esto es, hacer daño de palabra (como traducen la mayoría de las versiones). De labios de creyentes no debe oírse semejante lenguaje.

(B) El griego *amákhous* designa a los que no son amigos de luchas, es decir, los que se abstienen de toda pelea, contienda o pendencia. Esta recomendación era especialmente necesaria «en una sociedad donde por todas partes había de tropezarse con hombres de mentalidades opuestas» (Collantes).

(C) El adjetivo *epieikés* ha salido ya en Filipenses 4:5 y 1 Timoteo 3:3, y su mejor traducción es *indulgente,* con tal que, en esa expresión, no se vea asomo de debilidad o connivencia con el mal, sino una benignidad que, al ser comprensiva con la debilidad ajena, es ecuánime y benévola, sin el espíritu justiciero de quien exige siempre medidas estrictas.

(D) La virtud que corona a las otras tres que la preceden es la *mansedumbre* o dulzura de ánimo, fruto directo de la humildad. Como el término *manso* tiene hoy día tonalidades peyorativas (cobarde, débil, lento, etc.), la NVI ha optado por traducirlo por *«genuinamente humildes»,* pero quizás convendría conservar lo de *mansedumbre,* vertiendo, en cambio, *apacibles* (en lugar de *mansos)* en Mateo 5:5 y 1 Pedro 3:4. Esta mansedumbre, lo hemos dicho más de una vez, no tiene nada de cobardía, sino que, más bien, es la quintaesencia de la valentía, como lo es del dominio de sí mismo. Virtud muy rara porque es virtud muy alta, ya que en las altas cimas escasea la vegetación.

(E) Lo de *«en su relación con toda clase de personas»* añade nuevo brillo a la virtud de la mansedumbre, puesto que no es difícil mostrarse apacible con quienes son amigos, virtuosos, apacibles; pero serlo también cuando hay que corregir a los que caen en alguna falta (Gá. 6:1) o a los que se oponen y contradicen (2 Ti. 2:25), ya es más difícil. El que guarda su ánimo sereno frente a todas las embestidas de enemigos y contradictores es un genuino seguidor del Crucificado (v. 1 P. 2:19–23; 3:8–18; 4:12–19).

3. El mejor modo de estar preparados para ser apacibles, comprensivos, y benévolos hacia los demás es considerar: primero, lo que la benignidad de Dios soportó en nosotros antes de nuestra conversión (v. Ro. 2:4); segundo, lo que la gracia de Dios hizo en nosotros cuando nos salvó.

(A) *«Porque también nosotros éramos en otro tiempo insensatos* (gr. *anóetoi*. El mismo vocablo de Lc. 24:25; Ro. 1:14; Gá. 3:1, 3 y 1 Ti. 6:9), *desobedientes* (o *rebeldes;* el conocido *apeithéis), extraviados, sirviendo como esclavos* (participio de presente) *a concupiscencias y placeres de diversos colores* (gr. *poikílais*, el mismo vocablo de 2 Ti. 3:6), *pasando la vida* (gr. *diágontes*, participio de presente) *en malicia y envidia, odiosos* (gr. *stuguetoi*, única vez que tal vocablo aparece en todo el Nuevo Testamento), es decir, aborrecibles, dignos de odio por parte de Dios y de los hombres, tanto de los buenos como de los malos, y *odiándonos unos a otros»* (lit.). ¡Qué cuadro de maldad! ¿Nos reconocemos en él? Si no es así, hemos olvidado la convicción de pecado que un día debió atenazarnos el corazón. Pero si, por la gracia de Dios, no lo hemos olvidado, sabremos ser benévolos con los demás como lo fue Dios con nosotros.

(B) *«Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, etc.»* (1 Co. 6:11), dice el apóstol tras de una lista parecida a la del versículo 3. Pero en ese versículo 3, no dice *«erais»* sino *«éramos»*, incluyéndose a sí mismo. Así puede incluirse también en la gloriosa manifestación de la gracia de Dios; manifestación que está descrita aquí en términos parecidos a como lo ha hecho en 2:11–14, aunque en 3:4–7 se detiene más en la obra de nuestra justificación y regeneración. La diferencia de matiz ha sido bien percibida por J. Collantes, quien dice: «Todo este contexto es paralelo de 2:11. Allí se fundamentan los deberes mutuos de los cristianos en la fuerza educadora de la gracia de Dios; aquí se busca la última raíz de nuestras obligaciones para con el mundo social en el amor gratuito y generoso de Dios. En uno y otro caso, es la conducta de Dios la que debe servir de modelo para el cristiano». Analicemos esta porción. La mayor diferencia, a mi juicio, entre las dos porciones es que en 2:11–14, la enseñanza se centra en la obra de la redención llevada a cabo *por nuestro Salvador Jesucristo,* mientras que en 3:4–7, la enseñanza tiene dos centros: el amor de Dios Padre, y la obra del Espíritu Santo; el primero se describe en los versículos 4, 5a; la segunda, en los versículos 5b–7. Vamos por partes:

(a) *«Pero cuando apareció desde arriba* (gr. *epepháne*, el mismo vocablo, y en el mismo tiempo y modo, de 2:11) *la benignidad y el amor a los hombres* (lit. *la filantropía;* con Hch. 28:2, son los dos únicos lugares en que tal vocablo aparece en todo el Nuevo Testamento) *de Dios nuestro Salvador* (comp. con 2:13b), *nos salvó, no en virtud de obras, de las que en justicia hubiésemos hecho nosotros, sino conforme a su misericordia»* (traducción literal, pero téngase en cuenta que, en el original, el énfasis cae

sobre el comienzo del versículo 5: *«no en virtud de obras …»,* mientras que el *«nos salvó»* se halla al final de la frase, y adquiere así su correspondiente énfasis de colocación. Recuérdese 10 de Hechos 13:1: *«Bernabé … y Saulo»;* el primero y el último, los dos más importantes). Como en Efesios 2:4–9, vemos aquí en el versículo 4 *el amor benévolo* de Dios a nosotros, y en el versículo 5a (comp. con Ef. 2:9) la gratuidad completa de dicho amor, al ser dirigido hacia quienes positivamente lo habíamos desmerecido; solamente *a su misericordia* debemos el no haber quedado para siempre en la perdición.

(b) En los versículos 5b–7, el apóstol describe la obra del Espíritu Santo: *«mediante el lavamiento de regeneración* (gr. *palinguenesza;* lit. *nuevo nacimiento;* el vocablo sólo sale aquí y en Mateo 19:28, donde se hace referencia a la cósmica regeneración) y *renovación* (el mismo vocablo de Ro. 12:2) *del Espíritu Santo* (el agente de esta obra), *que derramó* (Dios) *sobre nosotros ricamente mediante Jesucristo nuestro Salvador* (comp. con Jn. 15:26; 16:7; Hch. 2:33), *para que, justificados por la gracia de Aquél* (Dios), *seamos hechos herederos* (aoristo pasivo, de una vez por todas), *conforme a la esperanza de la vida eterna»* (lit.). La última frase puede leerse: *«conforme a la esperanza de la vida eterna»* o, como traduce Hendriksen: *«herederos-en-esperanza de la vida eterna»* (comp. con Ro. 8:17–25). Analicemos algunos puntos:

Primero, el *«lavamiento»* que hallamos en el versículo 5b es un *baño espiritual* (comp. con Jn. 3:5; 13:10, 11; 15:3).

Segundo, ese lavamiento espiritual se lleva a cabo cuando el Espíritu Santo, el agente ejecutivo, *regenera y renueva;* esto no lo hace en dos etapas, sino en una sola, al marcar el primer vocablo el comienzo de una nueva vida, y el segundo el proceso continuo que la puesta en marcha de esa nueva vida requiere.

Tercero, el Espíritu Santo, derramado sobre nosotros por el Padre (v. Ro. 5:5) y por el Hijo (v. Jn. 15:26; 16:7; Hch. 2:33) es el que, *una vez justificados por la gracia de Dios,* pone en nosotros la adopción de hijos, *por la que somos hechos herederos de la vida eterna en Dios* (comp. con Ro. 8:15–23; Gá. 4:5, 6).

Cuarto, el *lavamiento de regeneración* está simbolizado en el bautismo de agua, pero, al ser un lavamiento espiritual, sus efectos se obtienen antes del bautismo y aun sin el bautismo de agua.

4. Al final de una porción tan densa en doctrina de la salvación, el apóstol pronuncia, por quinta y última vez (v. 8), la frase *«Palabra fiel* (esto es, digna de todo crédito) *es ésta»,* refiriéndose a todo lo que ha dicho en los versículos 4–7. Y para poner de relieve la importancia de las enseñanzas que en dichos versículos ha expuesto, continúa diciéndole a Tito: «*y en estas cosas quiero* (gr. *boúlomai;* no se trata de un mero deseo, sino de un mandato) *que insistas con firmeza, para que los que han creído* (han dado crédito) *a Dios, se interesen* (o *pongan todo empeño;* gr. *phrontízosin,* en presente de subjuntivo. Es la única vez que tal verbo ocurre en todo el Nuevo Testamento) *en preceder a todos en buenas* (gr. *kalois,* de calidad excelente) *obras»*. Una vez más, como lo indica el participio de pretérito perfecto, la fe y la confianza en Dios son una actitud permanente después del acto inicial de fe mediante el cual fuimos salvos (Ef. 2:8). Y en la medida en que esta actitud de fe se mantenga viva, se mantendrá también vivo el celo por ejercitarse en buenas obras. Porque *«estas cosas,* añade Pablo al final del versículo 8, es decir, las mismas a las que ha aludido al comienzo del mismo versículo, no solamente son excelentes en sí mismas, sino también *buenas* (gr. *kalá,* excelentes) y *útiles* (gr. *ophélima) a los hombres,* es decir, a los seres humanos» (lit.) de todas las clases. Dice Hendriksen: «Traen vida, luz, gozo y paz donde antes había muerte, tinieblas, tristeza y miedo».

Versículos 9–11

A continuación, el apóstol amonesta a Tito acerca de lo que debe evitar en sí mismo y en otros.

1. Como había dicho a Timoteo (v. 1 Ti. 1:4; 4:7; 2 Ti. 2:16), también a Tito (v. 9) le amonesta a *que evite las controversias tontas* (gr. *morás) y genealogías, contiendas y disputas acerca de la ley.* En los lugares citados, ha expuesto diversas razones para que se eviten estas cosas; ahora dice: *«porque son sin provecho* (gr. *anopheleís,* lo contrario de las que son *ophélima,* v. 8, al final) y *vanas* (gr. *mátaioi)»*. Como hace notar J. Collantes: «esas discusiones son *inútiles,* ya que no sirven para la edificación de la vida, y, además, *vanas,* puesto que no están fundadas en sólida verdad. San Jerónimo hace notar que los hebreos, que se preciaban tanto de conocer la Ley y sus genealogías, fácilmente se reían de aquellos que las ignoraban o no sabían bien pronunciar los nombres hebreos». Todo fiel ministro de Dios que tenga

vivo interés por la gloria de Dios y por la salvación y edificación de los hombres, se ocupará de tal modo en las cosas tan importantes de los versículos 4–7, que no le quedarán tiempo ni ganas de ocuparse en discusiones inútiles y vanas. Por desgracia, los ministros de Dios tienen que aguantar con paciencia las preguntas de algunos miembros de su congregación sobre minucias y curiosidades que sólo sirven para entretenimiento, pero no para edificación.

2. Es, sin duda, en este mismo contexto como hay que entender la exhortación del versículo 10: *«Al faccioso* (gr. *hairetikón), después de una primera amonestación, y de una segunda, deséchalo»* (lit.). Aunque el vocablo castellano «hereje» se deriva del *hairetikón* de este versículo (única vez que tal vocablo aparece en todo el Nuevo Testamento), su significación primordial es: «el que por su obstinación en defender un punto de vista opuesto al de los demás, promueve partidos *o facciones»* (las *airéseis* de 1 Co. 11:19; Gá. 5:20). Estas personas son frecuentes en casi todas las iglesias y constituyen una verdadera gangrena, como da a entender el apóstol a continuación (v. 11): *«sabiendo que el tal se ha pervertido y continúa pecando* (el verbo está en presente), *estando así condenado por sí mismo»* (lit.). Será conveniente hacer algunas observaciones, a fin de evitar confusiones:

(A) El significado del término *faccioso* no es aquí sinónimo de hereje que niega algún punto importante de la fe cristiana, sino simplemente de alguien que, por empeñarse en *necias controversias,* causa división en la iglesia.

(B) Como dice Pablo, a dicho individuo hay que *desecharlo* (gr. *paraitoú,* déjalo a un lado, manténte alejado de él); el verbo no indica que se le haya de poner fuera de comunión, al menos de momento. Hay que amonestarle una y otra vez con mansedumbre y amor.

(C) Las expresiones *«se ha pervertido» y «estando condenado por sí mismo»* no deben interpretarse en sentido de condenación eterna. Lo que el apóstol quiere decir con tales expresiones es que tal individuo está *«mental y moralmente retorcido»,* como interpreta Hendriksen el verbo griego *exéstraptai* (pretérito perfecto de indicativo, en la voz media-pasiva). Lo de *«condenado por sí mismo»* (gr. *autokatákritos)* significa que su propia conciencia lo juzga y lo condena como pecador. «Lo que hace que su pecado sea muy malo es el hecho de que *sabe* que está pecando» (Hendriksen).

Versículos 12–14

Siguen ahora varios encargos personales de Pablo a Tito.

1. *«Cuando* (v. 12) *envíe a ti a Artemas o a Tíquico, apresúrate a venir a mí en Nicópolis, porque he determinado pasar el invierno allí».* En calidad de *Apóstol de Jesucristo* (1:1), Pablo está por encima de los supervisores de las iglesias y, al necesitar los servicios de Tito, le anuncia que va a enviarle a Artemas o a Tíquico, a fin de que le sustituyan en Creta, mientras él se viene a Nicópolis para estar al lado de Pablo. De Artemas no sabemos nada más, pues no vuelve a salir en la Biblia. De Tíquico, en cambio, tenemos abundantes noticias (v. Hch. 20:4; Ef. 6:21; Col. 4:7; 2 Ti. 4:12). Nicópolis, en el Epiro, situada a la salida de la bahía de Ambracio, era un lugar envidiable, no sólo por el suave clima invernal, sino también por ser un punto de irradiación misionera.

2. Continúa encargando el apóstol (v. 13): *«A Zenas, el experto en la ley, y a Apolos, provéelos de todo lo necesario para el viaje, de modo que nada les falte».* De este Zenas, no sabemos más de lo que aquí se nos dice; ni siquiera podemos asegurar si lo de *«experto en la ley»* se refiere a la ley judía o a la ley romana, pues de cualquiera de los dos modos podía ser muy útil a Pablo y a las congregaciones en general. De Apolos ya sabemos más (v. Hch. 18:24–28; 19:1; 1 Co. 1:12; 3:6; 16:12). Es muy probable que ambos fuesen los portadores de la presente epístola. Tampoco sabemos el punto de destino del viaje que aquí se menciona, sino solamente que, mientras estuviesen en Creta, se les había de proveer de todo lo necesario para el viaje de vuelta (¿hacia Alejandría?)

3. En el versículo 14 W. Hendriksen ha visto una indicación de que Tito «no debe cargar él solo con ese peso», sino que los creyentes de la isla deben ayudarle en dichas manifestaciones de generosidad y de amor cristiano: «Y *aprendan también los nuestros a preceder a los demás* (el mismo verbo del v. 8) *en buenas obras, en orden a* (gr. *eis) las necesidades urgentes, a fin de que no sean infructuosos»* (lit.). Comparar con 2 Pedro 1:8. El cristiano fiel se muestra por sus frutos de buenas obras a favor de los hermanos necesitados. El verbo *«aprendan»* está en presente de imperativo, con lo que da a entender que esta lección necesita un continuo repaso, a fin de llegar a ser expertos en dar (comp. con 1 Ti. 5:4), como

Pablo lo era en contentarse con lo que tenía (Fil. 4:11). Si la raíz de la fe es genuina, no faltarán frutos de buenas obras en «el árbol de la salvación» (v. Ef. 2:8, 10).

Versículo 15

Saludos y bendición final. La redacción es concisa y escueta: *«Te saludan todos los que* (están) *conmigo. Salud a los que nos aman* (gr. *philoúntas*, a los que nos quieren entrañablemente) *en fe»* (ya sea, «en la esfera de la fe cristiana», como interpreta W. Hendriksen, o «fielmente», como dice Simpson). La bendición final es semejante a la que hallamos en 1 Timoteo 6:21b y en 2 Timoteo 4:22b, excepto la añadidura de *«todos»* en la presente epístola. El *«Amén»* no aparece en los MSS más importantes.

FILEMÓN

Esta epístola, una de las llamadas «de la cautividad», fue dirigida a un tal Filemón, hombre de nota en Colosas y, probablemente, anciano de aquella iglesia. Éste tenía un esclavo llamado Onésimo, que significa «útil», pero últimamente había resultado perjudicial a su amo, pues le había robado (probablemente *sisando;* comp. con Tit. 2:10), escapándose a continuación y llegando a Roma, donde la providencia de Dios le esperaba, pues habiéndose hecho encontradizo con Pablo, que allí estaba preso, fue convertido a la fe cristiana mediante el ministerio del apóstol. Al ser Onésimo esclavo de Filemón, Pablo no podía retenerle consigo sin el consentimiento de su amo, pero le envió a éste una carta de recomendación, en la que le pide con todo interés que le perdone y le acoja amablemente. No hay razón para dudar de que Pablo consiguió de Filemón lo que le pedía.

En cuanto a la división de la epístola, seguimos los epígrafes de la *Ryrie Study Bible:*

I. Saludos (vv. 1–3).
II. Alabanza de Filemón (vv. 4–7).
III. Petición a Filemón (vv. 8–17).
IV. Garantía a Filemón (vv. 18–21).
V. Asuntos personales (vv. 22–25).

Versículos 1–3

Como en las demás epístolas paulinas, hallamos aquí el remitente, el destinatario y la bendición-saludo inicial.

1. El remitente es doble (v. 1a): *«Pablo, prisionero* (mejor, *encadenado) de Cristo Jesús* (esto es, por causa de su dedicación al Señor) y *Timoteo el hermano* (en la fe cristiana)» (lit.). El vocablo griego *désmios* significa (como en Mt. 27:15, 16; Mr. 15:6; Hch. 16:25, 27; 23:18; 25:14, 27; 28:17; Ef. 3:1; 4:1; 2 Ti. 1:8 y aquí en el v. 9), el preso *en cadenas* (v. por ej. Hch. 26:29, al final). Timoteo acompañaba a Pablo cuando el apóstol escribía la carta.

2. También los destinatarios son varios (vv. 1b, 2): *«a Filemón, el amado* (hermano) y *colaborador nuestro, y a Apfía* (o *Afía,* no Apia) *la hermana y Arquipo nuestro compañero de milicia, y a la iglesia que* (está) *en tu casa»* (lit.). Pablo llama a Filemón *colaborador* (gr. *sunergó,* vocablo ya conocido; con ésta, son diez veces las que ha salido en los escritos de Pablo, y todavía saldrá una más en el v. 24) y a su hijo (probablemente) Arquipo lo llama *«compañero de milicia»* (lit. cosoldado; gr. *sustratióte)* lo que indica que ambos eran líderes de iglesia: el primero, en Colosas; el segundo, en Laodicea (v. Col. 4:17). Por lo que se ve, la familia entera se había convertido hasta poder hablarse de *«iglesia»* o centro de reunión al que acudían los demás fieles que vivían en la vecindad.

3. La bendición-saludo (v. 3) es exactamente la misma de Romanos 1:7, a cuyo comentario remitimos al lector.

Versículos 4–7

En estos versículos, dentro de una acción de gracias a Dios, el apóstol reconoce las cualidades (o gracias) cristianas de amor, fe y buenas obras que brillan en Filemón.

1. Vemos primero la acción de gracias de Pablo (v. 4): *«Doy gracias a mi Dios siempre, haciendo* (participio de presente) *memoria de ti en mis oraciones».* Al decir *«mi Dios»,* el apóstol expresa su siempre íntima relación y comunión con Dios, a quien sirve (comp. con 2 Ti. 1:3). *«Hacer memoria»* (como en Ro. 1:9) no significa meramente recordar, sino mencionar «en voz alta», como dice S. Bartina.

2. El versículo 5 presenta un problema de exégesis, según aparece a primera vista: *«porque oigo* (participio de presente) *de tu amor y de la fe que tienes hacia* (gr. *pros,* como en Jn. 1:1b, entre otros lugares) *el Señor Jesús, y para con* (gr. *eis) todos los santos»* (lit.), es decir, todos los creyentes. El problema está en cómo interprelar eso de *«la fe … para con todos los santos».* ¿Qué clase de fe es ésta? Hay tres métodos de solución, claramente expuestos por H. Carson:

(A) «Es posible *interprelar fe* como fidelidad.» Entonces, Pablo daría a entender que Filemón estaba sirviendo al Señor y a los creyentes con amor y fidelidad.

(B) «También es posible ver aquí un quiasmo.» Un quiasmo es una figura de dicción en la que los miembros de un párrafo *se* cruzan, de modo que el primero, por ejemplo, se corresponde con el cuarto, y el segundo con el tercero. En el caso presente, la correspondencia sería como sigue:

«Porque oigo de tu amor (a)
y de la fe que tienes (b)
hacia el Señor Jesús, (c)
y para con todos los santos» (d)

(a) se corresponde con (d), y (b) se corresponde con (c).

(C) «Hay, sin embargo, una tercera posibilidad, que consiste en tomar ambos, el *amor y la fe* estrechamente entrelejidos en una actitud que, por una parte, está dirigida hacia el Señor y, por otra, hacia los santos». A mi juicio, esta última es la mejor solución. El distinto nivel de los objelos de dedicación se echa de ver suficientemente por la diversidad de proposiciones: *pros,* en relación con el Señor; *eis,* en sentido de dirección a los hermanos.

3. Según S. Bartina, el versículo 6 «es el más oscuro de toda la carta». Es de notar que el versículo 5 forma una digresión parentética, por lo que el versículo 6 empalma con el versículo 4, lo que se aclara supliendo el verbo orar: «*y oro para que la participación* (gr. *koinonía,* comunión) *de tu fe se haga operante* (gr. *energués,* eficaz) *en el pleno conocimiento de todo el bien* (que hay) *en nosotros* (mejor atestiguado, en los MSS, que *vosotros) en orden a* (gr. *eis) Cristo»* (lit.). Me temo que a Bartina los

árboles le han impedido ver el bosque, pues ya ha comenzado mal al traducir: *«porque tu fe participada se hace operante …»,* sin advertir que *guénelai* no está en indicativo, sino en subjuntivo. A continuación examina una gran cantidad de interprelaciones sugeridas por tan expertos exegelas como Dodd, Bultmann, Dibelius, González Ruiz, Zedda y Médebielle. Con toda la modestia de quien se sabe muy inferior a todos ellos en exégesis bíblica, permítaseme aventurar el juicio siguiente: Creo que se equivocan por no entender *quién es el que comparte la fe.* Lo que Pablo desea, y por lo que ora, es que *los demás miembros* de la comunidad cristiana *compartan* la fe que hay en Filemón, a fin de que, de este modo, el nivel de fe de toda la comunidad se muestre operante en el pleno conocimiento de las ricas bendiciones que todos han recibido, y este pleno conocimiento «les conduzca a una confianza más honda en Cristo y a prestarle obediencia también más profunda» (Carson).

4. En el versículo 5, Pablo ha mencionado el *amor y la fe* de Filemón. En el versículo 6, propone como ejemplo para todos la fe de Filemón, la cual, si es compartida por los demás miembros de la comunidad, será operante para que todos ahonden en el conocimiento de las realidades sobrenaturales que hay en ellos. En el versículo 7, Pablo se refiere al *amor* de Filemón, que *ha sido causa de gozo y consolación en todos,* ya que, dice el apóstol, *«por medio de ti, hermano, han obtenido refrigerio* (gr. *anapépautai*, en prelérito perfecto: acción pasada con efectos duraderos en el presente) *las entrañas de los santos»* (lit.). Dice Bartina: «Entre los hebreos las *entrañas* eran la sede de los sentimientos, incluso de los más nobles, y vienen a expresar lo mismo que nuestra palabra *corazón*». ¿A qué se refiere aquí Pablo? No hay que devanarse los sesos para adivinar al instante que el apóstol alude a la generosidad de Filemón, gracias a la cual muchos de los miembros de la comunidad cristiana, necesitados de bienes materiales, se habían visto aliviados por el amor práctico de Filemón (comp. con 1 Jn. 3:17, 18). Nótese que Pablo mismo no debía nada a Filemón (v. 19), por lo que el entusiasmo con que comparte el gozo y el consuelo de los demás muestra más subidos quilates de generosidad.

Versículos 8–17

Viene ahora la pelición que Pablo hace a Filemón a favor de Onésimo.

1. *«Por lo cual,* dice Pablo (v. 8), esto es, por la generosidad que Filemón ha mostrado tan abundantemente, *aunque tengo mucha libertad* (gr. *parrhesían*, vocablo bien conocido, pues ha salido ya 23 veces, con esta, y aún ha de salir otras 8 veces) *en Cristo para mandarte lo que es correcto* (que hagas)» (lit.). Dejamos aquí en suspenso el sentido, a fin de analizar un par de expresiones.

(A) El apóstol afirma que tiene *libertad,* esto es, puede tomarse la libertad, para imponer a Filemón un mandato (gr. *epitássein,* de la misma raíz que el sustantivo *epitagué*, bien conocido), pero nótese que dice tener tal *libertad en Cristo,* es decir, en virtud de la autoridad y de la comisión apostólicas recibidas del Señor, no le manda como persona privada, sino como delegado de Cristo.

(B) Dice que tiene esa libertad para mandarle lo *que es correcto* (o *apropiado)* que Filemón haga. (Ése es el sentido del participio griego *anékon*, verbo que ha salido ya en Ef. 5:4; Col. 3:18, y ya no vuelve a salir más.) No es, pues, una mera «conveniencia», sino algo que a Filemón le «corresponde» hacer.

2. El apóstol continúa diciendo (v. 9) que, a pesar de la libertad que tiene para mandarle (v. 8), no le manda, sino que le ruega o, mejor, que apela (gr. *parakaló*, aquí en sentido de apelación; comp. con 2 Co. 5:20) a él: *«Más bien apelo* (a ti) *por amor, siendo cual soy* (yo) *Pablo* (ya) *anciano* (gr *presbútes*, como en Lc. 1:18 y Tit. 2:2), y *ahora, además, un preso encadenado de Cristo Jesús»* (lit. V. el comentario al v. 1). La humilde apelación de Pablo, al dar de lado a su autoridad y libertad para mandar a Filemón, se basa aquí: (A) no en la autoridad, sino en el *amor;* (B) no en su personalidad, sino en su *ancianidad;* (C) no en sus virtudes, sino en *sus cadenas.*

3. En los versículos 10–12, declara cuál es su apelación. La apelación está formulada en los versículos 10a, 12, mientras que los versículos 10b, 11 contienen dos razones con que refuerza su apelación.

(A) La apelación es la siguiente: *«Apelo a ti a favor de* (gr. *perí, acerca de) mi hijo, al que engendré en mi encadenamiento, a Onésimo … el cual vuelvo a enviarte, a él en persona* (gr. *autón,* al propio), *esto es, mis entrañas»* (lit.; para el sentido de este último vocablo, véase el comentario al v. 7). Nótese la tremenda concisión de las frases de Pablo, a causa de la ternura que siente al escribir esto, por lo que, según los más importantes MSS, ni siquiera emplea el verbo *acógele* (gr. *proslaboú*, aoristo de

imperativo), que los MSS posteriores han añadido, como si al apóstol se le hubiese olvidado en el ardor de la emoción. Dice H. Carson: «La afectuosa referencia a Onésimo (en el v. 10) es típica del cálido lazo de amor que existía entre Pablo y sus convertidos. Es también una anotación sobre lo que la gracia de Dios había obrado en el apóstol mismo. Éste es el fariseo de antaño, confiado en su propia justicia, el heredero del exclusivismo judío, y está hablando de un pagano, y de un esclavo pagano, y de las heces mismas de la sociedad romana—y con todo, se refiere a él como a su *hijo*—» Por otra parte, las frases entrecortadas del versículo 12 dan a entender que, al devolver a Filemón su antiguo esclavo Onésimo, es como si se desprendiera él mismo de parte de su propia persona, de lo mejor que hay en él: *¡su propio corazón!*

(B) Las razones con que Pablo refuerza su apelación a Filemón para que acoja favorablemente a Onésimo son dos: (a) es su *hijo* en la fe (v. 10b), a quien *engendró en Cristo Jesús mediante el Evangelio* (v. 1 Co. 4:15), por lo que apela a Filemón para que lo trate como a hijo de su amigo Pablo; (b) antes *le fue inútil;* más aún, le fue perjudicial, pues le robó; pero ahora, ya convertido, le será *útil,* como lo es para el propio Pablo (v. 11). Aunque el apóstol usa *ákhreston* para *«inútil», y eúkhreston* para *«útil»,* no cabe duda de que, aprovecha el significado de *«Onésimo»,* que significa «provechoso», para hacer un juego de palabras.

4. La apelación de Pablo queda todavía más reforzada: (A) por la forma tan caballeresca con que se comporta al enviárselo, ya que podía retenerle (vv. 13, 14); (B) por los buenos servicios que, hecho ya cristiano, Onésimo ha de prestarle a Filemón (vv. 15–17).

(A) Dicen así los versículos 13 y 14 (lit.): *«a quien yo quería* (el verbo fuerte *eboulomen,* con el sentido de *«"tenía intención de") relener junto a* (gr. *pros) mí mismo, para que en lugar de* (gr. *huper,* como sinónimo de *antí) ti me sirviera en las cadenas del Evangelio* (es decir, sufridas por la causa del Evangelio), *mas aparte de tu consentimiento* (gr. *gnómes) no quise* (el verbo suave *elhélesa,* el mismo de 1 Ti. 2:4) *hacer nada, para que tu bondad* (esto es, *tu buena acción) no fuese como por necesidad* (es decir, forzado), *sino por impulso espontáneo».*

(a) Lo primero que salta a la vista aquí es la extrema finura y delicadeza del apóstol (nótese, por ejemplo, ese *«en lugar de ti me sirviera»).* Esas líneas son un modelo de cortesía cristiana, y hasta de diplomacia eficaz. Como se dice en Aragón: «parece que está dando cuando pide».

(b) En la frase de Pablo, notada en el paréntesis del párrafo anterior, se puede advertir una indirecta fina del apóstol a Filemón, que se hace explícita, directa, en el versículo 19b *(«aun tú mismo te me debes a mí»).* Los beneficios espirituales que Filemón había recibido de Pablo (incluida probablemente su conversión mediante el ministerio del apóstol) le obligaban en cierto modo a prestar sus servicios a Pablo (comp. con 1 Co. 9:11).

(c) En lugar de hacer uso de sus derechos, y retener a Onésimo, el apóstol prefiere enviarlo a su anterior amo. Dice S. Bartina: «Resuelve el caso, no precisamente quedándoselo y *suponiendo* que el amo ya accede, ni siquiera *notificándole* que lo tiene en su poder e interprela su asentimiento, sino *poniéndole enteramente a su disposición* la cosa deseada, aquí Onésimo».

(d) Lo de «*tu bondad»,* esto es, *«tu buena acción»* (gr. *to agathón sou)* hace referencia al obsequio que Filemón prestaría al apóstol «si decidiese devolver a Onésimo para que éste sirviera a Pablo» (Ryrie).

(B) Todavía le quedan a Pablo razones con que reforzar su apelación para que Filemón acoja favorablemente a Onésimo (vv. 15–17). Traducimos también literalmente: *«Porque tal vez por esto se alejó por un tiempo* (gr. *pros hóran), a fin de que lo recuperases a perpeluidad, no ya como a esclavo, sino más que esclavo,* (como) *hermano amado, especialmente para mí, cuánto más para ti, tanto en la carne* (es decir, a nivel social humano) *como en el Señor* (esto es, a nivel cristiano, donde ambos, amo y criado, comparten los mismos bienes espirituales, las mismas bendiciones celestiales). *Si, pues, me tienes por copartícipe* (gr. *koinonón;* comp. con v. 6 y con 2 Co. 8:23), *acógele* (¡ahora tenemos el verbo gr. *proslaboú!) como a mí,* es decir, como si fuera yo mismo».

(a) De nuevo tenemos aquí nuevas muestras de la fineza y de la cortesía cristiana del apóstol, pues, en primer lugar, no dice que Onésimo *«se escapó» o «se fugó»,* como era, en realidad, el caso, sino *«se alejó»* (el mismo verbo de Hch. 18:1, 2, entre otros lugares).

(b) Con ese *«tal vez» («Porque tal vez por esto se alejó, elc.»)* del versículo 15, el apóstol expresa su fe en los misteriosos designios de la divina providencia. Por eso ha escogido la forma pasiva *(«fue alejado»,* dice realmente, en aoristo de la voz pasiva), como dando a entender que, sin percatarse de ello, Onésimo había estado en manos de Dios cuando creía escapar para siempre de su amo. Dios había

delerminado que fuese al contrario: iba a escapar por breve tiempo, a fin de quedar *a perpeluidad* (gr. *aiónion)* con su amo.

(c) También es de notar que Pablo no dice que Filemón ya no iba a recuperar en Onésimo al *esclavo,* sino que, *más que como a esclavo lo iba a recuperar como a hermano amado.* Dice Ryrie: «No (es una) emancipación legal para Onésimo, sino una emancipación práctica a causa del cambio de actitud de Filemón hacia su esclavo, quien era ahora también su hermano en Cristo».

(d) Al llamar a Filemón su *«consocio» o «copartícipe»* (gr. *koinonón*, el mismo vocablo de 2 Pedro 1:4 *«copartícipes de la naturaleza divina»),* el apóstol da aquí a entender que Filemón compartía con Pablo, tanto las bendiciones como las labores del Evangelio, por lo que había de recibir a Onésimo como al copartícipe de esas bendiciones y de esas labores, del mismo modo que habría de acoger al propio Pablo (v. 17).

Versículos 18–21

En estos versículos, hallamos las garantías que Pablo da a Filemón con respecto a los perjuicios que le hubiese causado Onésimo.

1. Al pedir misericordia para Onésimo, el apóstol no echa al olvido el perjuicio que Filemón sufrió por la deslealtad de su esclavo, quien se había fugado después de robarle. Lo que le pide (v. 18) es que, *«si te perjudicó,* dice, *en algo o te debe* (algo), *cárgalo a mi cuenta».* Para esta última frase, usa Pablo el verbo griego *ellogáo* (v. la variante *ellogueítai*—de *elloguéo*—, el mismo verbo, en Ro. 5:13, los dos únicos lugares en que tal verbo ocurre en todo el Nuevo Testamento). El citado verbo se empleaba por entonces en sentido técnico comercial. No ha de pensarse por eso que el apóstol llevase una especie de cuenta corriente con Filemón.

2. En efecto, lo que con eso quiere decir lo expresa claramente en el versículo 19: *«Yo, Pablo, lo escribí* (aoristo epistolar, en lugar de *"lo estoy escribiendo") con mi propia mano* (recordemos que Pablo solía escribir sus cartas por mano de un amanuense), *yo* (lo) *abonaré»* (lit.). En la fraseología de los versículos 17–19, ve el Dr. Ryrie «una bella ilustración de cómo nuestro pecado es imputado a Cristo, con lo que Dios nos recibe en el mérito de Su Hijo (2 Co. 5:21)». No puede asegurarse si Pablo escribió de su propia mano solamente ese versículo (la primera mitad de él), como es lo más probable, a mi juicio, o algunos versículos más, como opinan otros. Lo que es poco probable es que escribiese de su puño y lelra toda la carta (como opina Lightfoot).

3. La segunda parte del versículo 19 merece una consideración especial, ya que, en las versiones, se pierden ciertos matices importantes del original. Vamos a traducir literalmente: *«por no decirte que aun a ti mismo te me debes más».* No usa Pablo aquí el mismo verbo del versículo 18, como podríamos pensar por lo que leemos en nuestras versiones, sino un compuesto (gr. *prosopheíleis*, donde el prefijo *pros* adquiere un sentido de intensidad o aumento). Dice Bartina: «Se sabe que quien devolvía un esclavo al dueño cobraba una cantidad bastante alta, que solía indicarse en el bando de captura o evaluarse por la costumbre … Es posible que Pablo, como aprehensor y reintegrador de un esclavo, aluda a esta deuda material. Filemón tendría para con él, por este concepto, un pago pendiente. El saldo entre defraudación de trabajo en Onésimo y de recompensa por concepto de devolución en Filemón estaría a favor de Pablo». Aparte de esta posible interprelación, está el hecho, patente en el contexto, de que Filemón, con la mayor probabilidad, había sido convertido mediante el ministerio del apóstol (v. en especial, el comentario al v. 13).

4. El versículo 20 es otro ejemplo de la finura, la cortesía, la ternura y la santa diplomacia del apóstol. Dice así en la NVI: *«Sí* (gr. *nai*, como expresión familiar de afecto, en el sentido de "¡Ea! ¡Vamos!"), *hermano, haz que yo obtenga de ti algún provecho en el Señor; da refrigerio a mi corazón en Cristo».* Tenemos aquí tres delalles dignos de examen:

(A) El apóstol continúa con la idea del versículo 19 («… *a ti mismo te me debes más»),* para decirle a Filemón que, si se pone a pasar cuentas, va a salir perdiendo. Así que no está de más el que Pablo, por el mucho bien que ha hecho a Filemón (al ser instrumento de Dios en su conversión y devolviéndole el esclavo fugado), saque también algún provecho de Filemón. ¿Qué provecho es ése? No tiene por qué alarmarse Filemón. Pablo no se le va a comer la hacienda. Sólo es una razón más para inducirle a que acoja favorablemente a Onésimo.

(B) El segundo delalle, que no le ha pasado desapercibido a S. Bartina es que Pablo usa aquí, para lo de *«obtener provecho»* el verbo *onaímen*, en aoristo de optativo de la voz media de *onínemi*, ¡precisamente de la misma raíz de la que procede el nombre *Onésimo* (provechoso)! Se advierte, pues, que el apóstol no pierde ninguna oportunidad de dar a entender el provecho que Filemón obtendrá con la vuelta de Onésimo; por lo que Pablo puede, a su vez, demandar algún provecho: *«da refrigerio a mi corazón»*. Como parafrasea Bartina: «Que obtenga (yo) este beneficio de ti en el Señor, y serás para mí provechoso más que para el mismo Provechoso».

(C) El tercer delalle es el nuevo nivel al que coloca Pablo su pelición: *«Haz que yo obtenga de ti algún provecho EN EL SEÑOR; da refrigerio a mi corazón en Cristo»* (ésta es la única lectura acreditada en los MSS). No se trata, pues, de meras transacciones humanas. Tanto el beneficio que Pablo pide a Filemón por haberle devuelto su antiguo esclavo, como el refrigerio que por ello puede, a su vez, proporcionar Filemón a Pablo, han de ser *en el Señor, en Cristo*, es decir, en la esfera de la fe cristiana, en la que ha sido el Señor quien capacitó a su embajador en cadenas para el servicio que ha prestado a un hermano en la fe, y en la que Pablo desea obtener el refrigerio que Filemón ha de proporcionarle. No hay de por medio intereses materiales; nos movemos en el área de las realidades sobrenaturales. ¿Cómo podrá negarse Filemón a dar ese refrigerio al apóstol?

5. El apóstol está plenamente confiado en que ha ganado el pleito y no duda de que Filemón accederá a sus ruegos … y todavía hará más de lo que le pide: *«Convencido de que me harás caso, te escribo la presente, sabiendo que harás incluso más de lo que te pido»* (NVI). Nótense, en primer lugar, los dos verbos de seguridad: *pepoithós* (persuadido) y *eidós* (sabedor); los dos tienen forma de prelérito perfecto (es una actitud continua, bien fundada en hechos del pasado). La *«obediencia»* de nuestras versiones ha sido suavizada justamente en la NVI mediante ese «hacer caso», conforme al sentido del verbo *hupakoúo*, escuchar desde abajo: es una obediencia, no al imperio, sino a las razones. En lo de *«harás incluso más de lo que te pido»*, ven los autores una alusión a la manumisión de Onésimo; sí que es posible, pero a mi juicio no es muy probable a la vista del versículo 15, al final *(«a perpeluidad», o «para siempre»).* En todo caso, lo que importaba era la nueva relación entre amo y siervo, fundada en los vínculos sobrenaturales de fe y amor en el señor (v. sin embargo, el comentario a 1 Co. 7:21).

Versículos 22–25

El apóstol no tiene más que rogar a favor de Onésimo, pero todavía le queda por hacer un ruego más; ahora, sólo por sí mismo. Tras de esto, solamente le quedan los saludos y la bendición de costumbre.

1. La pelición es la siguiente (v. 22): «Y *al mismo tiempo, prepárame alojamiento; porque espero que por medio de vuestras oraciones os seré concedido* (lit. *os seré regalado)»*. Recordemos que la hospitalidad era ya proverbial entre los orientales, pero el carácter mismo del cristianismo añade nueva fuerza a lo que antes era deber de humanidad o de patriotismo (v. Ro. 12:13; 1 Ti. 3:2; Tit. 1:8; He. 13:2; 1 P. 4:9). Al decir: *«espero que por medio de vuestras oraciones os seré regalado»* (lit. gr. *kharisthésomai),* el apóstol no piensa en sí como «objelo de regalo», cual si él mismo se estuviese poniendo valor o precio, sino en la *kháris* o favor gratuito de Dios, quien, en respuesta a las oraciones que los creyentes de la familia de Filemón (y los que se reunían en iglesia en su casa, v. 2) elevaban a favor del apóstol, podía regalar, tanto a Pablo como a los de la casa de Filemón, con el gozo y la alegría que la absolución de Pablo en la causa ante el César les había de proporcionar.

2. Los que, juntamente con Pablo, saludan a los de Filemón, son (v. 23) *Epafras* (gr. *Epaphrás),* quien, aun cuando era un líder en la iglesia de Colosas (Col. 1:7), se hallaba entonces en Roma (v. también Col. 4:12); «quizás se quedó como prisionero voluntario» (Bartina). Por eso lo designa el apóstol con el apelativo de *«concautivo de guerra»* (gr. *sunaikhmálotos*, el mismo vocablo de Ro. 16:7 y Col. 4:10). *«En Cristo Jesús»* significa «por la causa del Mesías, Jesús de Nazarel». A los saludos de *Epafras,* se unen (v. 24) los de *Marcos, Aristarco* (el de Hch. 19:29; Col. 4:10), *Demas* (el de Col. 4:14, antes de que abandonase al apóstol; 2 Ti. 4:10) y *Lucas,* el médico autor humano del Evangelio que lleva su nombre y de *Hechos de los apóstoles.* Pablo los llama *«mis colaboradores»* (gr. *hoi sunergoí mou).*

3. La bendición final es exactamente la misma de Gálatas 6:18, excepto el *«Hermanos»* que, en Gálatas 6:18, va en cabeza de la bendición. El *«Amén»* que aparece en nuestras versiones no figura en los MSS más importantes.

HEBREOS

Con respecto a esta epístola, caben muchas preguntas: I. ¿Es de origen divino? Hay quienes han puesto en duda la inspiración divina de ella. Pero la autoridad y el origen divinos brillan de un modo tan fuerte que hasta los que pasen corriendo, pueden leerla como parte eminente del canon de las Escrituras. Desde el principio fue recibida en la Iglesia como venida de parte de Dios. II. ¿Quién la redactó? No lleva en el título el nombre del autor humano. Hasta una época muy reciente fue atribuida al apóstol Pablo, pero, si se exceptúan los versículos finales del último capítulo, el estilo es tan diferente del de Pablo que los autores modernos tratan de encontrarle otro autor: Bernabé, Apolos, Silas, Aquila y Priscila y Clemente de Roma. De todos ellos, a juicio del traductor, el más probable sería Apolos. III. ¿Con qué objeto fue redactada? Es evidente que tiene por objeto informar a los creyentes (primariamente, a los de extracción judía: «a *los hebreos»)* sobre la superioridad de Cristo y, por tanto, del cristianismo, sobre las instituciones de la Ley mosaica.

Para la división, a grandes rasgos, de la epístola, adoptamos los epígrafes del esquema de la *Ryrie Study Bible:*

I. La superioridad de la persona de Cristo (1:1–4:16).
II. La superioridad del sacerdocio de Cristo (5:1–10:39).
III. La superioridad del poder de Cristo (11:1–13:19).
IV. Bendiciones finales (13:20–25).

CAPÍTULO 1

Este capítulo se divide en dos partes: I. Cristo es superior a los profetas (vv. 1–4). II. Cristo es superior, en su persona, a los ángeles (vv. 5–14).

Versículos 1–4

Sin preámbulo alguno, el autor pasa de inmediato a ensalzar la superioridad de Cristo, como culminación de la revelación divina, sobre los profetas del Antiguo Testamento.

1. Dicen literalmente los versículos 1 y 2: *«El Dios que habló en muchos fragmentos y de muchas maneras a nuestros padres* (es decir, a nuestros antepasados) *en los profetas, al final de estos días nos habló en* (el) *Hijo, a quien puso por heredero de todo, por medio del cual también hizo los siglos* (esto es, los mundos, el Universo entero)».

(A) Con la expresión *«en muchos fragmentos»,* el redactor de la epístola pone de relieve la diversidad de porciones que, bajo el epígrafe común de *«Debar Jehová»,* «Palabra de Jehová», se iban acumulando a lo largo de los siglos del Antiguo Testamento, cuando Dios hablaba (hebr. *dabar,* al que corresponde el gr. *laleín)* por boca de los profetas, de forma que el depósito de la revelación iba creciendo, no sólo en claridad, sino también en contenido. La otra expresión *«de muchas maneras»* indica los distintos modos de comunicación: por medio de leyes, promesas, hechos históricos, poesía, así como símbolos, tipos, parábolas, alegorías, etc.

(B) Resulta curioso observar que, mientras lo de *«en los profetas»* (por medio de la boca y de la persona misma—por ejemplo, Oseas—, de los profetas) lleva artículo definido, *«en Hijo»* no lleva artículo ni va acompañado de pronombre personal o posesivo en primera persona, como si el autor quisiera poner de relieve que Dios, en Cristo, nos habló *«en Hijo»,* en la naturaleza humana que el Hijo de Dios asumió al *hacerse carne* (Jn. 1:14, lit.). Tal interpretación, sin embargo, resulta problemática, pues no hay precedente de tal expresión en las Escrituras.

(C) Lo que no cabe duda de que entraba en la intención del autor es poner de relieve que la revelación de Dios, hecha en y por medio de Jesucristo es exhaustiva (en cuanto a la manifestación del plan salvífico de Dios—v. Dt. 29:29—, y con respecto a nuestra limitada capacidad para conocer al Dios infinito y trascendente) y final, definitiva. En otras palabras: Después de la revelación hecha en la persona y en la obra de Jesucristo, según fue recibida e interpretada por los escritores del Nuevo Testamento por medio de la operación del Espíritu Santo (éste es el sentido primario de Jn. 14:26; 15:26; 16:13), Dios no revela ya nada nuevo (al menos, de forma pública, garantizada y normativa para toda la comunidad cristiana). Dice a este respecto el místico español Juan de la Cruz, en *Subida del monte Carmelo,* lib. II, cap. XXII:

«En lo cual (He. 1:1) da a entender el apóstol que Dios ha quedado como mudo y no tiene más que hablar porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en Él todo, dándonos al Todo que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer alguna otra cosa o novedad. Porque le podría responder Dios de esta manera, diciendo: "Si te tengo ya habladas todas las cosas *en mi Palabra,* que es mi Hijo, y no tengo otra, ¿qué te puedo yo ahora responder o revelar que sea más que eso? Pon los ojos sólo en Él, porque en Él te lo tengo dicho todo y revelado, y hallarás en Él aún más de lo que pides y deseas. Porque tú pides locuciones y revelaciones en parte, y si pones en Él los ojos, lo hallarás en todo; porque Él es toda mi locución y respuesta, y es toda mi visión y toda mi revelación"». (El subrayado es mío.)

Lugares como Juan 1:18; 7:16 y 14:9, entre otros, bastan para confirmar esta verdad de que Jesucristo es, en su persona, en su doctrina y en su obra, la revelación exhaustiva y definitiva del Padre.

(D) La expresión *«al final de estos días»,* con que comienza el versículo 2, no es sinónima de *«el último tiempo»* (1 Jn. 2:18), sino que «quiere decir que Dios se reveló en su Hijo al final de la época de las manifestaciones diversas y parciales dadas por medio de los profetas» (Trenchard). En realidad, como observa J. Brown, es la versión literal del hebreo *behajarit hayamim* en Génesis 49:1; Números 24:14; Deuteronomio 4:30; Isaías 2:2; Jeremías 23:20; Ezequiel 38:16 en la versión de los LXX.

(E) El resto del versículo 2 guarda gran paralelismo con otros lugares como Juan 1:14 y, especialmente, Colosenses 1:15–20. Al decir que Dios *«puso* (al Hijo) *por heredero de todo»,* no cabe duda de que el autor tenía en mente Salmos 2:7, 8, que va a citar luego (v. 5), así como otros lugares

como Mateo 11:27; 28:18; Juan 3:35; 13:3, y aun Efesios 1:10; Colosenses 1:20. La misma idea se halla implícita en Romanos 8:17, donde el apóstol dice que somos *«coherederos con Cristo»*, donde se da a entender que Cristo es el único heredero *nato* de toda la fortuna del Padre, puesto que es su único Hijo *propio*, no adoptado (v. Ro. 8:32; Gá. 4:4). Para lo de *«por medio del cual también hizo los siglos»*, podemos ver Juan 1:3 y Colosenses 1:16, y aun Proverbios 8:22 y ss.

2. El versículo 3 constituye el más grandioso compendio de Cristología que pueda hallarse en toda la Escritura. Dice así en la NVI: *«El Hijo es el resplandor de la gloria de Dios y la impronta exacta de su ser, y Él sostiene el mundo entero con su poderosa palabra. Y después de haber provisto el medio de purificar nuestros pecados, se sentó a la mano derecha de la Majestad en los cielos».* Analicemos en detalle este versículo.

(A) Al decir que «(el Hijo) *es el resplandor de la gloria* (de Dios)» el autor sagrado viene a darnos a entender que la suprema belleza de la Deidad, en todas sus perfecciones, se hace visible únicamente en Cristo (comp. con Jn. 1:18, 6:46, 14:9; 2 Co. 4:6; 1 Ti. 6:16), «de la manera en que los rayos de luz que proceden del sol, y que nos dan su imagen, son ondas de energía que irradian la misma sustancia del astro» (Trenchard). También podría tratarse de una hendíadis: *«el resplandor glorioso»* (comp. con Ap. 21:23; 22:5). Tampoco al sol se le puede mirar de frente (sólo cuando sale o se pone, pero Dios no varía, no tiene saliente ni poniente—comp. Stg. 1:17, al final—), pero al resplandor de su luz vemos todas las cosas. Así también, todas las cosas de Dios las vemos en el Hijo. No hay nada en Dios que no esté en Cristo (Jn. 14:9). Dios es totalmente Cristiforme. Así que quien quiera ver a Dios, no tiene más que mirar a Cristo, ¡y cuán perfecto, hermoso y amable le hallará!

(B) El autor remacha la misma idea al añadir que el Hijo es *«la impronta exacta del ser* de Dios». Para «impronta», el griego dice *kharaktér* (de donde procede «carácter»), vocablo que designa la marca grabada que, como en un sello, representa los rasgos distintivos, «característicos», de un objeto. Para *ser*, el griego dice *hupostáseos*, que, primariamente, designa la *substantia* (latín), es decir, lo que se oculta debajo de las apariencias externas y accidentales del ser invisible de las cosas. Así, pues, el ser mismo, íntimo, de Dios está grabado, como en un sello, en Cristo (v. el comentario a Ef. 1:13). Allí pueden verse, con toda claridad, los rasgos distintivos de la Deidad. Dice Trenchard: «la impresión no es borrosa, sino precisa y clara».

(C) De ahí pasa el escritor sagrado a decir del Hijo que *«sostiene el mundo entero con su poderosa palabra»* (lit. *con la palabra de su poder).* El griego emplea el verbo *phéron* (participio de presente continuativo), con lo que se expresa la acción de sostener, como con el puño, todas las cosas creadas, de forma que, si las dejase caer, volverían a la nada. Es, pues, un modo de darnos a entender que aquel por medio del cual fueron creadas todas las cosas, es también el mismo por quien son conservadas en su ser. Se expone así en forma activa la misma perfección que aparece en forma pasiva en Colosenses 1:16: *«todas las cosas tienen consistencia en Él».* Pero no por eso se agota el sentido del verbo *llevar.* Dice S. Bartina: «No es un mero sustentar, como quien sostiene un peso; es más: es conducir, guiar hasta un fin». Trenchard nos da la nota devocional: «Es el *Hijo* quien sustenta y perfecciona *todas las cosas*, incluso aquellas que nos preocupan tanto. Sus hombros y sus manos no desfallecen nunca, y podemos dejar nuestras manos cansadas en las suyas, para que Él obre a nuestro favor lo que Él ha determinado».

(D) Entra de inmediato el autor en la Soteriología al decir en cuatro palabras griegas lo siguiente: *«después de hacerse a sí mismo* (en una sola palabra) *purificación de los pecados …» («de los»* es también una sola palabra en griego). La NVI ha captado bien el sentido al traducir: *«después de haber provisto el medio de purificar nuestros pecados»*, ya que, y esto es de suma importancia para entender bien la obra de la redención, la provisión de la salvación se obtuvo en el sacrificio de la Cruz (comp. con 9:12, 14, 26, 28; 10:12, 14), de una vez por todas; de ahí el participio de aoristo (gr. *poiesámenos)* que, al estar en la voz media, comporta la idea de que esa purificación la hizo *en sí o por sí*, siendo innecesaria la añadidura del *di autoú («por medio de sí mismo»)*, que falta en los MSS más importantes. Dice J. Brown: «Como el pecado es considerado una contaminación de la persona, haciéndola objeto de disgusto para Dios, la remoción del pecado, tanto en su fuerza condenatoria como en su fuerza corruptora, es representada como una limpieza».

(E) Tanto por lo que es en sí como por lo que llevó a cabo (comp. con Fil. 2:5–11), el Hijo volvió a ocupar el sitio que le corresponde: *«se sentó a la mano derecha de la Majestad en los cielos».* La mano derecha representa el lugar de mayor honor, dignidad y poder (v. 1 R. 2:19; Sal. 45:9; 110:1; Hch. 2:34; 7:56; Ef. 1:20; Col. 3:1; Ap. 3:21 y, en esta misma epístola, 8:1; 10:12 y 12:2). La *«Majestad* (lit.

Grandeza) en los cielos (lit. *en las alturas)»* es una expresión con la que se pone de manifiesto la gloria de Dios, al par que se evita pronunciar el nombre sagrado de Jehová (comp. con Sal. 145:3, 6; 2 P. 1:17).

3. El versículo 4 sirve de puente para introducirnos en la porción siguiente (vv. 5–14); dice literalmente: *«Llegado a ser tanto mejor que los ángeles cuanto superior a ellos (es el) nombre que ha heredado»*. Si se tiene en cuenta que la exaltación de Cristo y el nombre que le fue otorgado (v. Hch. 2:33; Ef. 1:21; Fil. 2:9) fueron una consecuencia de la humillación que se impuso al tomar la forma de esclavo y hacerse obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Fil. 2:5–8), se comprenderá por qué el autor de *Hebreos* usa *guenómenos* (participio de aoristo), esto es, *«llegado a ser»*, en lugar de lo que *es* constantemente como *resplandor de la gloria del Padre y* como *impronta o representación exacta de su ser* (v. 3a). El pretérito perfecto *«ha heredado»* indica la permanencia constante de lo que un día le fue otorgado.

Versículos 5–14

El autor humano de *Hebreos* tiene su interés centrado en demostrar que el Nuevo Pacto es superior al Antiguo. Y comoquiera que el Pacto Antiguo fue dado, dice (2:2), *por medio de ángeles*, tiene que demostrar que Cristo, *el Mediador del Nuevo Pacto* (v. 7:22; 8:6; 9:15), es superior a los ángeles. Las citas del Antiguo Testamento con las que corrobora su argumentación están aplicadas según el método tradicional de los rabinos, quienes se extendían en curiosas acomodaciones. Con esta advertencia por delante, podemos ya pasar al estudio de esta porción.

1. La primera cita (v. 5) está tomada del Salmo 2:7: *«Mi Hijo eres* tú, *yo te he engendrado hoy»*. El salmo es claramente mesiánico. No se refiere a la generación eterna del Hijo, sino a su nombramiento «como el Hijo-Mesías para el cumplimiento de su misión de salvación y de juicio» (Trenchard). Es como si un monarca renunciase al trono en favor de su hijo y dijese, en el día de la coronación de éste: «Yo te nombro hoy mi sucesor, puesto que eres mi hijo». Ésta es la idea que se encierra aquí, y se confirma por la multitud de títulos y actividades que el Antiguo Testamento atribuye a Jehová-Dios, y el Nuevo Testamento al Mesías-Hijo (v. por ej., Mt. 28:18; Jn. 5:19–27, entre muchísimos lugares, que harían una lista interminable). Al principio de las citas (v. 5a) y al final (v. 13a), el autor de la epístola dice: «¿A *cuál de los ángeles dijo Dios jamás …?»*

2. La segunda cita (v. 5b) está tomada del vaticinio hecho por Dios a David por medio del profeta Natán (2 S. 7:14, que el Sal. 89:26 cita también). Es cierto que el vaticinio hace referencia, en primer lugar, a Salomón, pero el *«para siempre»* de los versículos 13 y 16 del mismo vaticinio no pueden aplicarse a Salomón ni a la línea de sus descendientes que se extinguió con la caída de Jerusalén y la deportación a Babilonia del último rey de Judá, sino sólo al Rey-Mesías, como lo expresó el ángel Gabriel en su anunciación a María (v. Lc. 1:32, 33).

3. La tercera cita (v. 6) es el ejemplo más claro de acomodación, al estilo rabínico, que pueda darse. Y ya antes de entrar en el análisis de la cita, es menester advertir que ninguna persona privada puede hacer de la Escritura acomodaciones a su gusto. En cambio, el Espíritu Santo, que es el agente inspirador de la Escritura y el que *lleva* (v. 2 P. 1:21) al escritor sagrado a redactar lo que vemos en el original de cualquier parte de la Biblia, garantiza su inerrancia en la acomodación que hace. Éste es, aquí, el caso. En efecto, la cita del versículo 6 está tomada de Salmos 97:7, que dice en el hebreo: *«Póstrense a Él* (Jehová) *todos los dioses»*, es decir, todas las deidades falsas. Pero los LXX tradujeron: *«Adoradle, todos sus ángeles»*. A esta errónea e imprudente traducción, siguió algo todavía peor: no sólo imprudente, sino deshonesto. En Deuteronomio 32:43, entre las líneas del texto vertido del hebreo, intercalaron, por su cuenta y riesgo, otras frases; entre ellas, la siguiente: *«Adórenle* (a Jehová) *todos los ángeles de Dios»*. ¡Es precisamente de este lugar de donde ha sacado el escritor sagrado su cita al pie de la letra! Le servía para su argumentación, y el Espíritu Santo ha dado por buena la cita. En cuanto a la—todavía más difícil—frase con que es presentada la cita (v. 6a): *«cuando introduce al Primogénito en la tierra habitada»* (lit.), el gran exegeta J. Brown demuestra, con abundancia de razones, que no se trata de la entrada en el mundo mediante la encarnación, sino de la entrada en el reino mesiánico, cuando el Mesías, Príncipe-Primogénito, es puesto en posesión de la herencia de las naciones. Cita lugares como Éxodo 15:17; Deuteronomio 4:38; Nehemías 9:23, compárese con 2:5 de esta misma epístola.

4. La cuarta cita (v. 7) está tomada del Salmo 104:4, donde el sentido del hebreo es el siguiente: *«Que hace mensajeros suyos a los vientos, y servidores suyos a las llamas de fuego»*. La versión de los LXX da

pie para entender lo de los ángeles, y así lo acomoda aquí el escritor sagrado, para resaltar en los versículos siguientes (8–12) la superioridad del Hijo. Nótese que el sujeto implícito del verbo *«dice»*, al comienzo del versículo, es Dios (como lo es, en el v. 6, del verbo *«introduce»)*, lo cual da a entender que «aunque las palabras que se le hacen decir, las diga el autor inspirado y a él se le atribuyan, sin embargo Dios es el autor de la Escritura y de sus palabras inspiradas, y a Él también se le pueden atribuir» (Bartina).

5. La quinta cita (vv. 8, 9) es del Salmo 45:6, 7, que dice así en el texto hebreo: «*Tu trono* (es) *Dios eternamente y para siempre; cetro de rectitud* (es) *el cetro de tu reino; amaste justicia y aborreciste maldad; por lo cual te ungió Dios, tu Dios,* (con) *óleo* (o *perfume) de alegría más que a tus compañeros»*. Los LXX tradujeron en vocativo *(oh Dios)* la mención de Dios en el comienzo del versículo 6, a pesar de ser esto completamente incorrecto, tratándose de un salmo mesiánico, donde el centro directo de las frases es el Mesías, no Dios, como se ve por la doble mención de Dios en el versículo 7, como el Dios que unge al Mesías y que es el Dios del Mesías. El escritor sagrado de Hebreos hace uso de la versión de los LXX, puesto que le sirve para confirmar la tesis que viene defendiendo, y en esa cita de la acomodación de los LXX tiene la garantía de la divina inspiración. Destaca la mención del Hijo como «el Ungido de Dios».

6. La sexta cita (vv. 10–12) está tomada del Salmo 102:25–27. Tanto el texto hebreo como la versión de los LXX aplican estos versículos a Dios. En el versículo 25, los LXX (Sal. 101, v. 26) han intercalado en vocativo el término *«Señor»*. El autor de *Hebreos* recoge la cita conforme a los LXX y aplica a Cristo, no sólo esa invocación de *«Señor»* (comp., por ej., con 1 Co. 12:3), sino también el poder creador (comp. con Jn. 1:3; Col. 1:16) y la eternidad de Dios (comp. con 13:8). Como dice J. Brown, «el Hijo es representado, no sólo como el Creador de todas las cosas, sino también como el Autor de todos los cambios por los que han de pasar».

7. La séptima y última cita (v. 13) está tomada del Salmo 110:1, y va precedida, por segunda vez (comp. con el v. 5), de la pregunta: «*¿A cuál de los ángeles dijo Dios jamás …?»* Dentro de los salmos mesiánicos, éste es el más mesiánico de todos, por lo que, como observa Trenchard, «se cita unas quince veces en el Nuevo Testamento». El propio Señor (Mt. 22:42–46) lo usó para confundir a sus enemigos. El cumplimiento de lo profetizado en dicho salmo puede verse en 1:3; 10:12, 13, así como en 1 Corintios 15:24–28.

8. Termina el autor sagrado (v. 14) este capítulo, recogiendo la idea del versículo 7, donde se dice de los ángeles que son *ministros* de Dios (gr. *leitourgoús*, los que ofician en los servicios del culto divino. Es el mismo concepto de Hechos 13:2, donde tenemos el verbo de la misma raíz); son, pues, *servidores*, no *señores; adoradores*, no *objeto de adoración* (v. por ej. Ap. 19:10; 22:8, 9) como es el Hijo (v. 6b, comp. con Jn. 9:38). En este versículo 14, el autor sagrado dice de los ángeles que son *«espíritus servidores* (gr. *leitourguiká*, el adjetivo de la misma raíz que el sustantivo del v. 7 y el verbo de Hch. 13:2), *enviados para servicio* (gr. *eis diakonían) por causa de los que están a punto de heredar la salvación»* (lit.). Notemos lo siguiente:

(A) Los ángeles tienen por oficio *dar culto a Dios* (comp. con Is. 6:3 y ss.; 1 Co. 11:10; Ap. 22:9—*«consiervo»—), y son enviados por causa* de los salvos; no sólo para asistirles (v. Hch. 12:7 y ss.), sino también para *servirles*, como servían al Señor (Mt. 4:11; 26:53; Lc. 22:43), pues están «unidos vitalmente con el gran Hijo y heredero de todas las cosas» (Trenchard).

(B) Los ángeles son servidores de los creyentes, pues, aunque son superiores a ellos en naturaleza (Sal. 8:4, 5), son, sin embargo, inferiores en gracia (v. Ef. 3:10; 1 P. 1:12, al final). Es en este plano sobrenatural de la gracia en el que los ángeles prestan sus servicios a los creyentes (v. también Sal. 91:11, 12).

(C) La última frase, *«que están a punto de heredar la salvación»*, no contradice a Romanos 8:17 ni a Efesios 2:8, ya que aquí el verbo *heredar* no significa adquirir el derecho a la herencia (como es el caso de Ro. 8:17), sino de entrar en plena posesión de la herencia; por otra parte (y esto es paralelo a lo anterior), *«salvación»* no significa aquí la salvación inicial o justificación (como es el caso de Ef. 2:8), sino (como en 9:28) la salvación final o glorificación (consumación de la salvación).

CAPÍTULO 2

En este capítulo, el autor sagrado continúa presentando la superioridad de Cristo sobre los ángeles, I en su proclamación de la salvación (vv. 1–4) y II en su capacidad para salvar a los hombres (vv. 5–18).

Versículos 1–4

Esta sección forma un paréntesis, que le sirve al autor sagrado para insertar el primer aviso solemne de la epístola

1. «*Por tanto,* dice (v. 1), esto es, por todas las razones expuestas, *debemos prestar la mayor atención a las cosas oídas,* las que Dios nos ha dicho en el Hijo (v. 3, comp. con 1:2), *no sea que marchemos a la deriva*». La revelación hecha mediante el Hijo contiene doctrinas que creer y preceptos que observar, y nos han de servir como de carta de navegar El verbo *pararrhéo,* que es el que usa aquí el autor sagrado, y que no sale en ningún otro lugar del Nuevo Testamento, está en aoristo de subjuntivo de la voz pasiva En el griego clásico significa *deslizarse resbalando;* aquí tiene el significado de quedar extraviado en el mar, sin remos ni rumbo, llevado a la deriva (comp con Ef. 4:14). El autor sagrado no constata un hecho, pero avizora un peligro, debido a la inmadurez de los destinatarios de la carta (v. por ej., 5:11–14).

2 A continuación, da la razón de este aviso (vv. 2–4) Primero, por medio de una comparación (vv. 2, 3a); después, por medio de una aclaración (vv. 3b, 4).

(A) «*Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles* (la Ley dada en el Sinaí) *fue firme,* cierta, segura, garantizada para caminar sobre ella, *y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución,* el castigo que se merecía, *¿cómo escaparemos sin castigo nosotros,* los que vivimos ya en la dispensación del Evangelio, si descuidamos una salvación tan grande, es decir, si no prestamos la debida atención al mensaje que nos procura tan gran salvación?»

(B) «*La cual* (salvación), *habiendo comenzado a ser anunciada por medio del Señor* (v. por ej., Mr. 1:15; Lc. 4:17–21), *nos fue confirmada* (v. Lc. 1:2) *por los que oyeron,* es decir, por los que la oyeron de labios del Señor. Y mientras el Nuevo Testamento no estaba todavía redactado, *Dios añadía su testimonio al de ellos, tanto con señales como con prodigios y diversos milagros y dones distribuidos por el Espíritu Santo según su voluntad* (v. 1 Co. 12:4, 7, 11)». Dice Trenchard: «El mensaje de una salvación por medio de uno que murió y resucitó parecía extraño a todo oído carnal, fuese de judío o gentil, y aún no era posible apelar a una Biblia completa con su Nuevo Testamento, así que los siervos de Dios necesitaban una cooperación especial del Espíritu Santo para dar fe de lo que decían en el nombre del Señor». El autor sagrado usa toda clase de sinónimos para designar los milagros que Dios realizaba con el fin de confirmar el testimonio de los apóstoles y evangelistas: (a) *señales,* como signos que indican su origen divino; así se los considera siempre en el Evangelio según Juan (comp. con Éx. 8:19; Lc. 11:20); (b) *prodigios,* en cuanto que llaman la atención del espectador, por ser algo totalmente fuera de lo corriente; (c) *poderes diversos* (lit.), en cuanto que proceden de un poder superior, sobrenatural, divino. Para que un milagro sea realmente tal, se requieren tres condiciones: 1) que sea un hecho exterior, fácil de comprobar; 2) que sea algo extraordinario, fuera del alcance de los poderes naturales humanos; 3) que proceda del poder de Dios, lo cual puede comprobarse al atender a estos dos detalles: que esté en consonancia con el carácter santo de Dios y que sirva para apoyar y refrendar la Palabra de Dios.

Versículos 5–18

Después de esta porción parentética (vv. 1–4), en que el autor sagrado ha insertado un aviso solemne, prosigue la argumentación a favor de la superioridad del Hijo sobre los ángeles.

1. La partícula griega *gar* (porque) enlaza, con la mayor probabilidad, con 1:14, como si dijese: «Los ángeles han sido destinados a servir, no a gobernar … *Porque* (v. 5) *no sometió* (Dios) *a los ángeles el mundo venidero* (lit. *la venidera tierra habitada;* gr. *oikouménen,* como en Lc. 2:1), es decir, «el reino milenario en la tierra, que no será gobernado por ángeles, sino por Cristo y los redimidos» (Ryrie). El autor sagrado añade acerca de dicho mundo venidero: «*del cual estamos hablando*», por ser la culminación del actual nuevo orden de cosas, inaugurado por medio de Jesucristo.

2. Después de afirmar que Dios no sometió a los ángeles el mundo venidero, el autor sagrado no dice explícitamente a quién lo sometió, pero lo da a entender (vv. 6, 7) mediante una cita del Salmo 8:4–6, según la versión de los LXX. El salmista contempla al primer hombre, hecho a imagen de Dios y puesto por éste para dominar sobre la tierra. Por el pecado, la imagen de Dios en el hombre se oscureció, aunque

no se perdió del todo, y el dominio del hombre sobre la tierra se volvió difícil y fatigoso (v. Gn. 3:17–19). Sin embargo, el autor sagrado mira por encima del hombre pecador, caído, para llegar al Postrer Adán, quien recupera con creces el dominio sobre todas las cosas; dominio que, por su pecado, perdió Adán. Véase el comentario al Salmo 8 en su lugar correspondiente.

3. Puesto que el Salmo se refiere en directo al primer hombre, de él sigue hablando el autor sagrado (v. 8), al decir: «*Al subordinar todas las cosas a él, Dios no dejó de someterle nada. Con todo, al presente no vemos que todo le esté sometido*» (NVI). El hombre nuevo, salvo por Cristo, unido a Cristo, reinará con Cristo en el mundo venidero, pero, al presente, sufre las penalidades inherentes a la vida presente, y suspira, con el resto de la creación, por la redención venidera, la del cuerpo (v. Ro. 8:19–25). El hombre nuevo es legalmente heredero, con Cristo, del Universo, pero todavía no ha entrado en posesión de la herencia. Bartina sufre una gran equivocación al aplicar a Cristo el presente versículo.

4. El designio inicial de Dios con respecto al hombre del que habla el Salmo 8 se cumple en Jesús (v. 9). Ese Jesús, al hacerse hombre, *fue hecho*, como todo hombre, *un poco menor que los ángeles*, pero *a causa del padecimiento de la muerte*, está ya *coronado de gloria y de honra* (v. Fil. 2:5–11). El original dice (v. 9, al final): *«de forma que, por la gracia de Dios, gustase la muerte en beneficio de* (gr. *huper) todo»*. Es notable, en el original, este singular *«todo»* (gr. *pantós)*, para indicar, con la mayor probabilidad, no sólo la redención del hombre, sino también «la restauración de toda la obra de Dios» (Trenchard). «Gustar la muerte» es una expresión semítica que indica gráficamente la amargura del cáliz que el Señor tuvo que beber (v. Lc. 22:42; Jn. 18:11). Esto fue, para nosotros, una gratuita donación de Dios: *«por la gracia de Dios»*. Podría presentarse una objeción a esta gloria actual de Cristo, y es que todavía está esperando que le sean sometidos sus enemigos (v. 10:13), y es esto, sin duda, lo que ha confundido a S. Bartina para aplicar a Cristo el versículo 8. La solución se halla en la alusión al *mundo venidero* (comp. con 1 Co. 15:24–28), pues será entonces cuando *todo le será sometido a Cristo*, no sólo legalmente, sino también realmente. Todo lo que sigue (vv. 10–18) es de una densidad doctrinal extraordinaria. Lo estudiaremos conforme a la NVI.

5. Para entender la argumentación del autor sagrado en estos versículos, es preciso tener en cuenta lo siguiente: Plugo a Dios *restaurar todas las cosas en Cristo, y a nosotros en unión con Él* (Ef. 1:10–12). Esta restauración requería una expiación: la *purificación* a que alude el autor sagrado en 1:3b. Pero esta expiación requiere una identificación de los purificados con el purificador. ¿Por qué? Sencillamente, porque si es el hombre quien pecó, es también el hombre quien debe expiar. Así, pues, el autor sagrado procede a demostrar, con respecto a la aludida identificación: (A) lo que era apropiado por parte de Dios (vv. 10–13); (B) lo que era apropiado por parte de Jesús: (a) en orden a anular el poder del diablo (v. 14); (b) en orden a libertar a los cautivos del miedo (vv. 15, 16); (c) en orden a llevar a cabo la propiciación por los pecados (v. 17); (d) en orden a socorrer a los que son tentados (v. 18).

(A) Dicen así los versículos 10–13 en la NVI: *«Al conducir una muchedumbre de hijos a la gloria, estaba en su punto que Dios* (Dios no está en el texto, pero ha de suplirse)*, para quien y por medio de quien todas las cosas existen* (comp. con Col. 1:15, 16)*, perfeccionase mediante sufrimientos al Autor de la salvación de ellos; pues tanto el que santifica como los que son santificados proceden todos de un mismo padre. Por este motivo no se avergüenza Jesús* (tampoco *Jesús* está en el texto, pero se incluye para mayor claridad) *de llamarles hermanos, al decir* (Sal. 22:22): *Declararé tu nombre a mis hermanos; en presencia de la congregación cantaré tus alabanzas. Y de nuevo* (Is. 8:17): *Pondré en Él mi confianza. Y añade otra vez* (Is. 8:18): *Aquí estoy yo, y los hijos que Dios me ha dado»*. Varios son los puntos que necesitan aclaración:

(a) El verbo *conducir* (gr. *agagónta)* está en participio de aoristo, con lo que se da a entender, por una parte, que la obra de la salvación es, primordialmente, efecto de la soberana iniciativa amorosa de Dios (comp. con Jn. 3:16; Hch. 2:23, entre otros lugares) y, por otra, que sigue, en tiempo indeterminado, al «perfeccionamiento», mediante los padecimientos, del Redentor (también *teleiósai*, perfeccionar, está en aoristo).

(b) El verbo *éprepen*, que las versiones traducen por *«convenía»*, es traducido por la NVI como *«estaba en su punto»*, para que resulte claro que no se trata de una simple «conveniencia», sino de lo que era digno que Dios hiciese para salvar al hombre. Esto no quiere decir que Dios estuviese obligado a ello, pues entonces la salvación cesaría de ser *«por gracia»*. *Estaba en su punto* significa que, de un Dios que es Amor, y que por amor está dispuesto al sacrificio por el amado, no se puede esperar otra cosa que la decisión de restaurar, a toda costa, lo perdido. Dice Trenchard: «También hemos de pensar que *no*

convenía a la soberanía del Dios potente que se frustrara su plan en orden al hombre que creó a su imagen y semejanza para ser señor de la creación».

(c) *Perfeccionar, por medio de sufrimientos,* a Jesús significa que Cristo fue perfectamente cualificado como Sumo Sacerdote cuando, por medio de su muerte en cruz, se ofreció a Sí mismo en expiación por nuestros pecados (comp. con Lc. 13:32; He. 5:9; 7:28). Tenía de antemano las cualidades necesarias para ser nuestro Gran Sumo Sacerdote, pero sólo al ponerlas en ejercicio *fue perfeccionado* como tal (v. 7:26–28).

(d) *Autor* es, en griego, *arkhegós*. Cuatro veces sale este vocablo en el Nuevo Testamento (aquí, en 12:2; Hch. 3:15; 5:31). Es compuesto de dos verbos: *árkho* (con el matiz de *comenzar) y ágo* (con el matiz de *llevar).* El griego *arkhegós* viene aquí a significar el *productor y distribuidor de la salvación* (v. 10, al final), así como el *gobernante que conduce* (duce, Führer, caudillo) a sus hermanos a la salvación. Ambas líneas de conceptos caben aquí, conforme a la riqueza de matices de los dos verbos griegos que hemos descrito.

(e) Al hablar *del que santifica* (v. 11), se refiere a Cristo, ya que Él es *el autor de la salvación* (v. 10, al final). *Los que son santificados* es referencia obvia a *los hijos que son llevados a la gloria* (v. 10b). El autor sagrado afirma que tanto el que santifica como los que son santificados *proceden todos de un mismo padre,* no conforme a la naturaleza divina (según opina Trenchard), sino conforme a la humana, que es la que se pone de relieve en toda la porción. Este padre humano, común a Cristo y a los que son santificados, puede ser Adán o (más probable, a mi juicio) Abraham (comp. con el v. 16).

(f) Para mostrar que Jesús no se avergüenza de llamar *hermanos* (comp. con Mt. 28:10; Jn. 20:17) a los que son santificados (v. 11b), el autor sagrado cita de tres fuentes del Antiguo Testamento:

Primera (v. 12): Salmos 22:22. Este salmo, no sólo es mesiánico, sino que contiene varias profecías acerca de los padecimientos que el Mesías había de sufrir en la Cruz. Tampoco puede pasarse por alto el universalismo que campea en los versículos 28–30 con respecto a la salvación que se obtendrá en el futuro reinado mesiánico; por lo que el versículo 22 designa a Cristo como Sumo Sacerdote de su pueblo, que dirige el culto divino en medio de la congregación. Pero el énfasis de la cita recae en ese *hermanos* del versículo 22, lo que le sirve al autor sagrado para probar la comunidad de estirpe de Cristo y los suyos.

Segunda (v. 13): *«Pondré en Él mi confianza»*. Está tomada de Isaías 8:17, donde el profeta se presenta rodeado de sus hijos y de los hombres más fieles de Judá, frente a una generación rebelde y en un momento muy delicado de la historia de Israel, como puede verse por todo el contexto anterior. La cita significa, ni más ni menos, que Isaías era en ese momento, tipo de Cristo.

Tercera (v. 13b): *«Aquí estoy yo, y los hijos que Dios me ha dado»,* donde de nuevo aparece Isaías (Is. 8:18) como tipo de Cristo. J. Brown llega a decir que esta profecía no va dirigida en modo alguno (ni típico) a Isaías y sus hijos, sino a Cristo plena y directamente. Pero en este caso, no se explica que el texto sagrado hable de «*hijos»,* cuando toda la porción llama a los santificados «*hermanos*» de Jesús e *«hijos»* de Dios Padre, no de Jesucristo. En cambio, si la cita de Isaías 8:18 se toma en sentido típico, se explica que hable de «*hijos»,* conforme al contexto en que aparece inscrita.

(B) Pasa después el autor sagrado (vv. 14–18) a declarar lo que era apropiado que Cristo hiciera (a) para anular el poder del diablo (v. 14); (b) para libertar a los cautivos del miedo (vv. 15, 16); (c) para llevar a cabo la propiciación por nuestros pecados (v. 17); y (d) para socorrer a los que son tentados (v. 18). Dicen así todos estos versículos en la NVI: *«Así pues, como los hijos tienen carne y sangre, Él también entró a compartir la condición humana de ellos, a fin de reducir a la impotencia, por medio de su muerte, al que detentaba el dominio de la muerte—esto es, al diablo—y dejar en libertad a todos aquellos que, durante toda su vida, estaban sometidos a esclavitud por temor a la muerte; pues, por supuesto, no es a los ángeles a quienes socorre, sino que acude en socorro de los descendientes de Abraham. Por esta razón tenía que ser hecho semejante en todo a sus hermanos, a fin de llegar a ser un misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo concerniente al servicio de Dios, y a fin de expiar los pecados del pueblo. Por el hecho de haber sido probado con padecimientos, puede venir en ayuda de los que pasan por pruebas»*. Vamos a analizar, por partes, esta porción:

(a) En los versículos 10–13, el autor sagrado ha expresado la identificación del Salvador con los salvos, llamándolos respectivamente *«el que santifica»* y *«los que son santificados»,* con lo que responde «al tema y al fondo hebraico de la epístola, pues tal como los sacerdotes y levitas fueron "santificados" para Dios, es decir, apartados para su sagrado servicio, así también lo son, en la esfera espiritual, aquellos

que se allegan a Dios por medio de Jesucristo, limpios por el sacrificio único» (Trenchard). Ahora va a explicar cómo se lleva a cabo tal identificación (v. 14a): Al compartir la misma naturaleza humana, débil y mortal *(«sangre y carne»;* por este orden, aquí), de los *«hijos»* (por conexión con la cita del versículo anterior). De esta forma, estuvo en condiciones, *primero,* de hacerse solidario de ellos (hecho hombre, para expiar por los hombres) y, *segundo,* de morir (en sacrificio de expiación, como nuestro sustituto).

En efecto, fue precisamente *mediante su muerte* (v. 14b) como Cristo *redujo a la impotencia y anuló legalmente el poder del diablo,* lo mismo que ocurrió con el pecado (comp. con Ro. 6:6; 1 Co. 15:54–57; 2 Ti. 1:10). Bien traduce la NVI *«al que detentaba el dominio de la muerte»,* ya que el verbo «detentar» significa «retener uno abusivamente lo que no le pertenece», pues fue por medio del engaño como hizo caer a nuestros primeros padres y como implantó su dominio en nuestra raza pecadora. Al despojar a la muerte de su poderío, mediante su muerte en cruz, Cristo le arrebató al diablo sus mal adquiridos derechos sobre la humanidad (v. Lc. 11:21–23). El verbo griego es *katargueín* que, como en todos los demás lugares en que ocurre, no significa «destruir», sino «anular legalmente» o, literalmente, «reducir a la impotencia».

(b) En los versículos 15, 16, el autor sagrado afirma que Jesús, al anular legalmente el imperio del diablo, *libertó a quienes, por miedo a la muerte, estaban sujetos de por vida a servidumbre.* En efecto, el que está unido a Cristo no tiene nada que temer de la muerte (v. textos como Mt. 10:28; Jn. 6:40, 50–58; 11:24; 1 Co. 15:54–57; 1 Ts. 4:13–18). El miedo continuo es una esclavitud continua (Ro. 8:15), pero al ser adoptados por hijos, hemos dejado de ser esclavos, pues somos los amos de todo, incluida la muerte (1 Co. 3:22). De nuevo se refiere el autor sagrado a nuestra identificación con Cristo cuando dice (v. 16) que no *tiende una mano* (lit.) para socorrer *a los ángeles, sino a la descendencia de Abraham* (comp. con el v. 11). El verbo *epilambánesthai*, según está aquí, esto es, en la voz media, significa *agarrar para sí* y podría traducirse, pues ésa es la idea, por *asumir,* como hace la versión de S. Bartina; en otras palabras, el Hijo de Dios no tomó una naturaleza angélica, sino humana; pero, por dirigirse a los hebreos, el autor dice que «asume descendencia de Abraham».

(c) Conviene traducir literalmente el versículo 17, donde se nos expone lo que la identificación de Jesús con los suyos comportaba en cuanto al sacrificio de propiciación por nuestros pecados: *«De ahí que* (gr. *óthen,* conjunción ilativa que sale seis veces en *Hebreos) debía* (obligación moral; gr. *ópheilen) asemejarse en todo a los hermanos, para llegar a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que respecta a Dios, en orden a* (gr. *eis) hacer propiciación por los pecados del pueblo».* Sobre este versículo conviene hacer las siguientes observaciones:

Primera: Supuesto el decreto divino de salvar a la humanidad por medio de la encarnación del Verbo y la subsiguiente obra de la redención, Jesús tenía la obligación moral, compatible con su libertad psicológica, de obedecer en esto el mandamiento (gr. *entolé)* del Padre, como Él mismo expone claramente en Juan 10:18.

Segunda: Para poder llevar a cabo eficazmente ese cometido, tenía asimismo la obligación de hacerse semejante a sus hermanos en todo lo que es propio de la naturaleza humana, débil y mortal, excepto el pecado (v. 4:15).

Tercera: De esta manera, hecho partícipe de todo lo que afecta a la naturaleza humana, en cuanto a tribulaciones, tentaciones, padecimientos de toda índole y, finalmente, la muerte, estaba en condiciones de ser *misericordioso,* en relación con sus hermanos, y *fiel sumo sacerdote,* en relación con Dios.

Cuarta: Una vez que poseía estas cualidades, ya podía *hacer propiciación* (gr. *hiláskesthai) por los pecados del pueblo.* Téngase en cuenta que la propiciación es aquel aspecto de la redención objetiva en el que la santidad de Dios, ofendida por el pecado del hombre, queda satisfecha por la obediencia de Cristo al morir en la Cruz.

(d) Finalmente, en el versículo 18 (según la NVI), se nos dice que *«por el hecho de haber sido probado con padecimientos, puede venir en ayuda de los que pasan por pruebas».* La razón por la que la NVI ha optado por traducir *«pasar por pruebas»* en lugar de *«ser tentados»* es, sin duda, para no confundir lo que es una *«prueba»* (enviada o permitida por Dios) con lo que es una *«tentación»* maligna (v. Stg. 1:12–15). Al haber pasado por tentaciones y padecimientos de los más acerbos, Jesús puede ayudar a todos los que son tentados, están atribulados y sufren padecimientos, pues es un experto en la materia y sabe cómo consolar, animar y ayudar a cada uno en sus respectivas circunstancias, las cuales varían considerablemente en cada caso.

CAPÍTULO 3

En este capítulo, el autor sagrado, I. muestra la superioridad de Cristo sobre Moisés (vv. 1–6), y II. amonesta seriamente sobre las consecuencias de la incredulidad (vv. 7–19).

Versículos 1–6

1. *«Por tanto* (lit. *De ahí que;* gr. *óthen),* es decir, como consecuencia de lo que acabamos de decir, *hermanos santos* (separados por Dios y para Dios), *participantes del llamamiento celestial* (v. Fil. 3:14), *considerad,* es decir, ponderad en vuestra mente, *al apóstol* (el gran Enviado del Padre; v. Jn. 20:21) y *sumo sacerdote de nuestra confesión* (gr. *homologuías*, mejor que "profesión"), *Jesús*» (lo de *Cristo* no tiene aquí ningún apoyo en los MSS). Lo que el autor sagrado da a entender en la frase final es que «la comunidad de fe en Cristo Jesús, a quien tenemos por Hijo de Dios, Revelador y Santificador, Pontífice de nuestra salvación, es también causa de la identidad de sentir, a saber, es causa de nuestra confesión al unísono y de la proclamación concorde de la expresión religiosa comunitaria» (Bartina). En efecto, el vocablo griego *homologuéo* significa «decir lo mismo»: todos, una misma cosa.

2. Después de esta exhortación preliminar, el autor sagrado compara a Jesús con Moisés (vv. 2–6) y dice que Jesús es tanto superior a Moisés cuanto supera (A) el Creador a lo creado; (B) un hijo a un criado. Vamos por partes:

(A) No hay aquí comparación de fidelidades, pues de ambos se afirma que fueron fieles (v. Nm. 12:7, que el autor sagrado tiene presente). Esto mismo nos ayuda a entender de qué casa trata aquí el autor sagrado: Trata del tabernáculo o templo, como tipo del edificio espiritual que el Hijo había de construir y gobernar (v. Mt. 16:18; Ef. 2:18–22; 2 Ti. 2:20; 1 P. 2:4–10). Moisés fue fiel en todo lo que atañía al Tabernáculo (v. Éx. 40:16); Jesús, en lo que atañe a la Iglesia, a la cual amó y se entregó a sí mismo por ella (Ef. 5:25b). Jesucristo es (vv. 3, 4), con el Padre, creador de todas las cosas (v. Jn. 1:3; Col. 1:16) y, por tanto, también del Tabernáculo, lo mismo que de la Iglesia. Tiene, pues, *mayor honor* que la casa que ha construido.

(B) Además, Moisés, con toda su excelencia como el hombre de quien se sirvió Dios para sacar de Egipto a Su pueblo y conducirlo, a través del desierto, hasta las fronteras mismas de la Tierra Prometida, fue un *criado en la casa de Dios* (v. 5), *para testimonio de lo que había de anunciarse después* (v. Éx. 14:31; Nm. 12:7; Dt. 18:15, 18, 19). Esto significa «que el orden religioso y civil que estableció por mandato divino no hacía más que prefigurar la verdadera *casa:* "la cual somos nosotros" (3:6), como miembros de la nueva familia espiritual» (Trenchard). En cambio, Jesús, como Hijo (1:2), está permanentemente (no transitoriamente como Moisés) *sobre la casa,* no sólo *en la casa,* puesto que no es criado, sino dueño. A Moisés no se le llama *doúlos*, esclavo, sino *therápon*, criado, vocablo que comporta dos matices importantes: (a) ofrece su servicio libremente, sin coacción; (b) su servicio reviste cierto carácter cultual, lo cual es evidente en el caso de Moisés, quien, aun en el aspecto sacerdotal, estaba por encima de su propio hermano Aarón, pues fue Moisés quien lo consagró. Bartina hace notar que es el mismo vocablo con que los LXX designan a Moisés en Éxodo 14:31; Números 11:11, 12:7; Deuteronomio 3:24; Josué 1:2 y Sabiduría 10:16. Este último libro (*Sabiduría* de Salomón) no figura en el canon palestinense y, por eso, lo tenemos los evangélicos por apócrifo.

3. Consideración especial requiere la segunda parte del versículo 6: «*si retenemos* (muchos MSS, aunque no los más importantes, añaden: *firme hasta el fin) la confianza* (gr. *parrhesían) y la gloria* (lit. *jactancia;* gr. *kaúkhema) de la esperanza* (comp. con el v. 14)». Estas frases sirven de enlace con la amonestación que sigue (vv. 7 y ss.). Conforme suenan dichas frases, podría pensar alguno que el autor sagrado pone en duda la seguridad de la salvación del creyente, la cual es doctrina cierta de la Escritura. Lo que el autor sagrado quiere dar a entender es que «el retener la confianza y la esperanza hasta el fin será la demostración evidente de la realidad de la obra de Dios en cada uno» (Trenchard). Así han de entenderse igualmente todas las porciones de la presente epístola que comiencen por la conjunción condicional «si». Abresch (citado por J. Brown) considera *confianza y gloria* como adjetivos de *esperanza,* con lo que tendríamos: *la esperanza confiada,* alentadora, y *gloriosa,* triunfal (comp. con Ro. 8:18; 2 Co. 4:16–18). «Al creer la verdad, dice J. Brown, los creyentes hebreos habían hecho una pública profesión de su esperanza al someterse al bautismo, y habían sentido entonces que la vida eterna, que era

el objeto de su esperanza, hacía que todo objeto del deseo humano que pudiera ser puesto en competición con ella palideciese o desapareciese».

Versículos 7–19

Toda esta porción, hasta 4:13 inclusive, es una amonestación a que no imitemos la conducta de los israelitas en el desierto. En cuanto al presente capítulo, dividiremos la porción en tres partes: 1) análisis de la cita del Salmo 95:7–11 (vv. 7–11); 2) aplicación a nosotros (vv. 12–15); 3) el autor sagrado especifica quiénes fueron los que se rebelaron en el desierto y por qué no pudieron entrar en el reposo de Dios (vv. 16–19), y deja para el capítulo 4 la aplicación a nosotros en cuanto a lo de entrar en el reposo. Como un cuarto punto acabaremos el capítulo con una importante aclaración doctrinal.

1. La cita del Salmo 95:7–11 está tomada de los LXX y se atribuye a Dios («*Como dice el Espíritu Santo …»,* v. 7a). Dice así en la NVI: *«Hoy, si escucháis su voz* (la de Dios), *no endurezcáis vuestros corazones como lo hicisteis en aquella rebelión durante el tiempo de la prueba en el desierto, cuando vuestros padres me tentaron poniéndome a prueba, y vieron durante cuarenta años lo que yo hice. Por eso es por lo que me irrité contra aquella generación, y dije: Sus corazones siempre andan extraviados, y no han observado mis instrucciones. Así que he jurado en medio de mi cólera: Jamás entrarán en mi descanso».*

(A) Recordemos primeramente el contexto histórico, pues la cita hace referencia a lo que se nos narra en los capítulos 13 y 14 de *Números.* Tras de recibir la Ley en el Sinaí y las instrucciones acerca de todo lo que tenía que ver con el Tabernáculo, partieron los hijos de Israel de allí y, una vez llegados al desierto de Parán, en Cadés Barnea, Moisés envió doce espías, uno por cada tribu, para que investigasen la tierra de Canaán. La multitud entonces quiso volverse a Egipto y habló de apedrear a los dos espías (Josué y Caleb) que habían animado al pueblo puesta toda la confianza en Jehová. A consecuencia de esto, Dios les hizo vagar por el desierto durante treinta y ocho años más, de forma que, si exceptuamos la tribu de Leví que no entraba en el cómputo común y que no había enviado ningún espía, todos los mayores de 20 años, menos Josué y Caleb, murieron en el desierto. Así que sólo los que eran menores de 20 años cuando salieron de Egipto y los que nacieron durante la marcha por el desierto entraron en Canaán. No por eso se corrigieron los israelitas, sino que todavía continuaron poniendo a prueba a Dios.

(B) La cita del Salmo 95 está fundada en Números 14:20–35, y lo del *«reposo»,* que tantas veces se cita en los capítulos 3 y 4 de esta epístola, se halla ya en Deuteronomio 12:9, habida cuenta de que el Deuteronomio es el más espiritual de los libros del Pentateuco. Detalles notables en la cita del Salmo son los siguientes:

(a) En el texto hebreo dice el versículo 7b: *«Hoy ¡si oyerais su voz!*», lo que equivale a *«¡Ojalá oyerais hoy su voz!»* (RV 1977). Esto significa que la voz de Dios nos está hablando continuamente, como lo hacía al pueblo de Israel en el desierto. Así la exhortación a *no endurecer el corazón* cuando se oye la voz de Dios pone de relieve que es ese voluntario endurecimiento del corazón el que impide que la Palabra de Dios surta su efecto en nosotros. Dice Bartina: «Por efecto de este endurecimiento no se presta el oído a la voz de Dios, que llama, ni se aceptan con fe sus palabras».

(b) Para *«rebelión» (provocación,* en la RV) del versículo 8b, el autor sagrado usa el vocablo griego *parapikrasmós* que significa «una amargura que llega hasta la exasperación». Pueden verse los incidentes respectivos en Éxodo 17:1–7 y Números 20:1–13.

(c) Las referencias a las numerosas ocasiones en que los israelitas tentaron a Jehová son la base histórica de esta *«tentación»* que se menciona en los versículos 8b y 9a. Además de las descritas aquí, pueden verse Números 27:14; Deuteronomio 6:16; 22:8 y Salmos 106:32.

(d) El juramento de Dios (v. 11): *«Jamás entrarán en mi descanso»* no significa que los israelitas desobedientes fuesen condenados a la eterna perdición. Números 14:19, 20 nos aseguran que Dios perdonó al pueblo; el castigo que les impuso fue una disciplina drástica, como la hemos visto en Juan 15:2; y ss.; 1 Corintios 11:30–32 y la volveremos a ver (según la opinión más probable) en 1 Pedro 4:6; 1 Juan 5:16.

2. Después de la cita del Salmo 95, viene la aplicación a los lectores (vv. 12–15): *«Atended, hermanos, a que ninguno de vosotros tenga un corazón malvado y tan incrédulo como para llegar a apartarse del Dios viviente, sino más bien animaos día tras día unos a otros mientras suena ese Hoy, a fin de que ninguno de vosotros sea endurecido por la engañosa seducción del pecado. Pues hemos*

llegado a ser partícipes de Cristo, si retenemos con firmeza hasta el final la confianza que tuvimos al principio. Atentos a aquello que dice: Hoy, si escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones como lo hicisteis en aquella rebelión» (NVI).

(A) El autor sagrado, con el afecto que va envuelto en ese *«hermanos»,* exhorta a los lectores judíos a *atender* (gr. *blépete*, mirad), esto es, a poner atención y consideración en el aviso que les va a dar. La exhortación es doble: negativa y positiva, con la perspectiva de lo que puede suceder si no se atiende:

(a) *«No sea que en alguno de vosotros haya* (más lit. *habrá) corazón malvado de incredulidad en el apartarse del Dios viviente»,* dice el versículo 12 literalmente. Alude a una incredulidad semejante a la de los israelitas que ha considerado en la cita del Salmo 95. Para *«apartarse»* usa el autor sagrado el verbo griego *aposténai*, de la misma raíz que *apostasía.* Dicho verbo está en aoristo de infinitivo, como algo que se consuma de una vez por todas en ese apartamiento. Pero la palabra misma «apostasía», así como la fraseología (en el mismo sentido) de algunos textos que consideraremos en esta epístola (especialmente 6:4–8; 10:26–31) no da motivo para pensar en la reversibilidad de la salvación, según veremos luego.

(b) En lugar de buscar cómplices del pecado o dejarse llevar por la corriente de los incrédulos, el autor sagrado pasa a exhortar (ahora, en forma positiva) a los lectores a que *se animen unos a otros mientras sigue sonando la voz de Dios.* Esto es lo que, al revés de los espías malos y cobardes, hicieron Josué y Caleb (v. Nm. 14:6–9).

(c) Si no se atiende a la voz de Dios, la perspectiva es de un mayor endurecimiento, *debido a la engañosa seducción del pecado.* Dice Bartina: «En todo pecado hay un engaño y decepción, porque por un bien pasajero e inferior se renuncia a un bien permanente y superior».

(B) El autor sagrado da una razón poderosa para seguir atendiendo a la voz de Dios (v. 14): *«Porque hemos llegado a ser,* dice, *partícipes* (gr. *métokhoi*, el mismo vocablo del v. 1, así como de 1:9; 6:14; 12:8) *del Cristo, si retenemos firme hasta el fin el principio de la confianza* (gr. *ten arkhén tes hupostáseos*, hebraísmo por *ten próten hupóstasin*, la primera confianza; comp. con 1 Ti. 5:12: *"la primera fe")»* (lit.).

(a) *«Partícipe de Cristo»* es una expresión que no se halla en ningún otro lugar de la Escritura, pero es equivalente a otras muchas como «estar en Cristo», «revestirse de Cristo», «ser miembro del Cuerpo de Cristo», etc.; en otras palabras, se trata de la participación en todos los bienes que la incorporación a Cristo nos trae (v. por ej., 1 Co. 1:5). Dice Bartina: «La participación común (es decir, en común) en estos bienes funda una razón de fraternidad para exhortarse a perseverar, y funda asimismo una razón de bien objetivo incalculable, que se posee y que es menester no dejar perder».

(b) La segunda parte del versículo 14 guarda una gran semejanza con el versículo 6b. El autor va a usar, en 11:1, el mismo vocablo *hupóstasis* para dar a entender la *realidad* que sirve de soporte a nuestra fe. Esa realidad es la de *las cosas que esperamos* (11:1), y el autor sagrado se refiere aquí a esa esperanza como a algo que latía vivamente en el corazón de los judíos creyentes cuando se convirtieron a Cristo, su Mesías. Fe, pues, y esperanza se hallan aquí íntimamente unidas, como lo estaban en los israelitas que, al confiar en la Palabra de Dios, anhelaban entrar en la esperada Tierra Prometida. Sólo que ahora esa Tierra Prometida es el cielo.

(c) Como ya dijimos en el comentario al versículo 6, la conjunción *«si»* no expresa duda sobre la seguridad de la salvación del creyente.

(C) La atención hay que mantenerla firme (v. 15) *mientras se sigue diciendo* (gr. *en to legésthai*, presente de infinitivo de la voz pasiva). *Hoy, si oyeseis su voz, no endurezcáis vuestros corazones como en la exasperación* (lit.). Con esta exhortación se da a entender a los lectores de la epístola (y a todos los creyentes de todos los tiempos) que la voz que dice: «Hoy …» no siempre se va a dejar oír, ya que, como a los israelitas en el desierto, Dios puede aplicar a los que, entre los creyentes, son recalcitrantes una disciplina similar a la que les aplicó a ellos.

3. Termina el capítulo con una serie de interrogaciones retóricas, que el propio autor responde en la segunda parte de los respectivos versículos 16–18, y termina por declarar cuál fue, en fin de cuentas, la causa de que los rebeldes no entrasen en el reposo que Dios prometió (v. 19). Dicen así los versículos 16–19 en la NVI: *«¿Quiénes fueron los que oyeron su voz y se rebelaron? ¿No fueron acaso todos aquellos que salieron de Egipto guiados por Moisés? ¿Y contra quiénes se irritó Él durante cuarenta años? ¿No fue contra los que pecaron y cuyos cadáveres quedaron tendidos en el desierto? ¿Y a quiénes juró Dios que jamás entrarían en su descanso, sino a los que desobedecieron? Y en efecto, vemos que no pudieron entrar a causa de su incredulidad».*

(A) No hace falta comentar al por menor estos versículos, pues basta con la lectura de Números 14:27–30, 36–38, compárese con 1 Corintios 10:5, para darnos cuenta de la seria y tremenda decisión de Jehová en cuanto al rebelde pueblo israelita, recién salido de Egipto.

(B) El versículo 19 dice expresamente que la causa por la que los rebeldes israelitas no pudieron entrar en el reposo (o descanso) de Dios, fue su *incredulidad. «No pudieron entrar»,* dice, en lugar de *«no entraron»,* para dar a entender que la incredulidad era el obstáculo que les impedía entrar, aunque, como hace notar J. Brown, es probable que se trate de un hebraísmo equivalente a *«no quisieron entrar».* Casos parecidos, en los que aparece el verbo *poder* como sustituto de *querer* los tenemos en Génesis 37:4 *(«no podían hablarle pacíficamente»);* Marcos 6:5 («Y *no podía hacer allí ningún milagro»);* Lucas 11:7 *(«No puedo levantarme y dártelos»);* Juan 8:43 *(«Porque no podéis escuchar mi palabra»).*

4. Esta mención de la *incredulidad* como causa de no poder entrar en el descanso de Dios, esto es, en la Tierra Prometida, nos lleva a una consideración de tipo doctrinal de primera importancia. ¿Esta *incredulidad* que aquí se menciona indica la ausencia, o la pérdida, de *la fe* mediante la cual somos salvos (Ef. 2:8)? ¿Ese *«no poder entrar en el reposo de Dios»* equivale entonces a la perdición eterna? Para zanjar la cuestión ya de entrada, y tener así una pauta en orden a la correcta interpretación de los pasajes más difíciles de la epístola, como son 6:4 y ss.; 10:26 y ss., voy a hacer las siguientes observaciones:

(A) Desde la caída de la humanidad por el pecado de nuestro primer padre (Gn. 3:15), todo el que se salva eternamente, se salva *por fe* (formal o virtual; v. el comentario a 1 Ti. 2:4) en el Redentor, al que apuntaban los sacrificios y demás ritos ceremoniales, así como los tipos, del Antiguo Testamento. Ahora bien, el Cordero Pascual, con cuya sangre marcaron los israelitas los postes y los dinteles de sus casas, era tipo del Mesías y de su Obra en el Calvario (Éx. 12:7 y ss., comp. con Jn. 1:29; 1 Co. 5:7; He. 9:22).

(B) Los israelitas que iban a salir de Egipto fueron, pues, salvos por fe en el Redentor, cuya sangre estaba tipificada en la sangre del Cordero Pascual. Esta fe se puso en ejercicio al untar con dicha sangre los postes y el dintel de las casas respectivas, puesta plena confianza en la liberación que tal sangre les había de proporcionar (Éx. 12:13).

(C) Los pecados y la incredulidad a la que se refiere el autor sagrado en Hebreos 3:19 y en otros lugares, son posteriores a la promulgación de la Ley en el Sinaí. Suponen, pues, un quebrantamiento de los mandamientos de Dios y, por tanto, tienen que ver con la comunión del pueblo con Jehová, no con la salvación eterna de cada individuo.

(D) De ahí que el castigo impuesto por Dios a la rebelde generación de los israelitas que salieron de Egipto no tenga que ver con la eterna condenación, sino que fue una drástica disciplina impuesta por Dios para purificar a Su pueblo (v. Nm. 14:20 y ss.).

(E) La expresión «ser cortado del pueblo de Dios», en sus diversas formas, no es sinónima de «ser condenado eternamente» (v. el comentario a 10:26), sino que significa la exclusión fuera del pueblo elegido, como una forma extrema de «excomunión», según los lugares citados en esta misma sección (1,—B—,—d—).

(F) A esta luz han de verse los lugares difíciles de esta epístola, que estudiaremos más adelante. No olvidemos que la epístola no va dirigida a inconversos, sino a creyentes judíos inmaduros espiritualmente.

CAPÍTULO 4

Este capítulo continúa con la materia anterior. El autor sagrado expone aquí: I. las consecuencias de la incredulidad que acaba de mencionar (vv. 1–10) y II. el remedio contra dicha incredulidad (vv. 11–16).

Versículos 1–10

1. Comienza el capítulo con un aviso a evitar la incredulidad a la que se ha referido en 3:19. Dice así (vv. 1, 2): *«Temamos, pues, no sea que, permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva* (lit. *hemos sido evangelizados) como a ellos, pero la palabra que oyeron no les aprovechó, por no ir acompañada de fe* (lit. *no habiendo sido mezclada con la fe) en los que la oyeron».* Notemos los detalles siguientes:

(A) Recordemos que el *reposo* del que el autor sagrado viene hablando no es la salvación eterna, sino una íntima comunión con Dios, con la satisfacción que comporta el haber llevado a cabo con diligencia una tarea importante (v. el v. 4 y comp. con Gn. 2:2). Equivale, pues, a la «*amplia entrada*» que Pedro menciona en 2 Pedro 1:11 (v. el contexto anterior).

(B) Aunque la salvación no es *por obras*, ha de manifestarse, de alguna manera, *en obras* (v. Gá. 5:6; Ef. 2:10; Stg. 2:14). Cuando éstas no se echan de ver, *parece* (nótese esta palabra) como si la salvación no se hubiese conseguido, o más probable (a mi juicio), como si el reposo espiritual, semejante al reposo de Dios, no se hubiese alcanzado.

(C) Según los MSS más importantes, la última frase del versículo 2 debe traducirse del modo siguiente: «… *por no estar unidos con la fe a los que escucharon* (la palabra)». Los que escucharon, en el incidente que sirve de fondo a toda esta parte de la epístola (v. Nm. 14), fueron Moisés, Aarón, Josué y Caleb. Dice S. Bartina: «Estos jefes del pueblo hubieran llevado al reposo a todos los que a ellos se hubieran unido al aceptar su fe. Ellos en efecto, no sólo meramente *oían* la palabra anunciada, sino que la habían *escuchado (akoúsasin*, en aoristo), con el sentido de hacerla suya y aceptarla con la fe y seguirla». Tengamos siempre presente que el objeto de esta fe no era la eficacia de la sangre redentora del Mesías, tipificada en el Cordero Pascual, sino la promesa de entrar en el reposo (en la Tierra Prometida).

2. El autor sagrado pasa a continuación a examinar la condición presente de los cristianos en general, y de los creyentes judíos en particular, con respecto al reposo espiritual, tipificado en el reposo al que Josué iba a introducir al pueblo de Israel. Lo que el autor quiere decir en los versículos 3–10 es lo siguiente: Dios prometió a los israelitas el reposo (la entrada en Canaán), según vemos en el versículo 1. Sin embargo, algunos no entraron en el reposo (v. 5). Para que la promesa de Dios se mantenga firme, a pesar de la incredulidad de muchos, Dios prorroga el plazo para entrar en su reposo (vv. 6–10). Los que escucharon la palabra y la creyeron: Moisés, Aarón (aunque estos dos no entraron, por diferente causa, en el Canaán material), Josué, Caleb, etc. (v. 2, al final, conforme a los MSS más importantes), fueron como los pioneros en entrar al «reposo». En un plano superior, espiritual, predicho por boca de David (v. 7), *vamos entrando* (gr. *eiserkhómetha*, presente de indicativo) *los que creímos* (v. 3, lit.), y queda todavía la puerta abierta para todos los israelitas espirituales que escuchen la Palabra de Dios y crean la promesa de entrar en el reposo de Dios (vv. 7–10).

3. ¿En qué consiste, pues, el reposo espiritual al que alude el autor sagrado en todos estos versículos? El autor sagrado compara el reposo espiritual del pueblo de Dios al reposo mismo de Dios (vv. 4, 5, 9, 10). Que este reposo es, en efecto, espiritual se confirma por el versículo 8: *«Porque si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría de otro día después de esto»*. Después de la ya antigua entrada en Canaán, el único reposo que queda es espiritual: *«reposo de las obras»* (v. 10). Además, la invitación a dicho reposo es *mientras se dice Hoy, el día fijado de nuevo, después de tanto tiempo* (v. 7). Sobre el sentido de la frase *«reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día»* (v. 4), dice Ryrie: «Después que la obra de la creación fue terminada, Dios descansó, esto es, disfrutó del sentimiento de satisfacción y reposo que surge de dar cumplimiento a una tarea».

Trenchard ha visto bien al comparar a los que han entrado en reposo con los «espirituales de las epístolas de Pablo»; y a los «desasosegados», como él los llama, «con los carnales». Ahora bien, ¿de qué *obras* han descansado los creyentes *espirituales?* Es aquí donde los comentarios no ofrecen una pauta clara. A mi juicio, las obras de las que descansan son *las suyas propias*, es decir, las hechas según sus propios planes y motivos. Así procede el cristiano carnal, porque, aun cuando *está en Cristo, no anda en Cristo ni*, por tanto, *conforme al espíritu* (v. el comentario a Ro. 8:1–4 y Col. 2:6, 7). En cambio, el espiritual, no sólo *está* en Cristo, sino que *anda* en Cristo, de forma que sus obras, lo mismo que sus padecimientos, más que suyas, son del Cristo que vive en él y a través de él (v. Gá. 2:20; Col. 1:24). Y así como Dios está satisfecho, no sólo de la obra de la creación, sino también de la obra de la redención, del mismo modo el cristiano espiritual, de tal forma se satisface en Cristo y en la obra de la redención, que no desea poner de suyo, sino lo que de la gracia y del poder de Dios ha recibido (v. 1 Co. 15:10; Fil. 1:21; 3:7–14).

Versículos 11–16

En estos versículos, el autor sagrado propone los remedios contra esa incredulidad que para tantos ha sido y es el motivo por el que no entraron en el reposo de Dios (3:19). Dichos remedios son dos: 1) diligencia (vv. 11–13); y 2) confianza (vv. 14–16).

1. El primer remedio está expuesto en los versículos 11–13, que dicen así en la NVI, la cual capta perfectamente el sentido del original: *«Pongamos, pues, todo nuestro empeño* (gr. *spoudásomen*, el mismo verbo de Ef. 4:3; 2 Ti. 2:15; 2 P. 1:10; 3:14, entre otros lugares) *en entrar en ese descanso, para que nadie caiga imitando la desobediencia de la que nos dieron ejemplo* (mal ejemplo; v. entre otros, el v. 6b). *La Palabra de Dios es viva y operante. Más tajante que cualquier espada de dos filos, penetra hasta los linderos del alma y del espíritu, de las articulaciones y de los tuétanos, siendo capaz de discernir los pensamientos y las actitudes del corazón. No hay nada en todo el Universo que pueda quedar oculto a la vista de Dios. Todo está desnudo y al descubierto ante los ojos de Aquel a quien hemos de rendir cuentas».*

(A) A primera vista, parece que el autor sagrado se contradice con lo que ha dicho anteriormente. Ha exhortado a «descansar de las obras» (vv. 1, 10), ahora exhorta a *«poner todo empeño en entrar»*, lo cual es también una «obra». Pero esta *diligencia en entrar en el reposo de Dios* es, como hemos dicho, una diligencia en descansar de las obras propias para que sea solamente *Dios quien obre en nosotros el querer y el hacer lo que a Él le place* (v. el comentario a Fil. 2:12, 13). Permítaseme una ilustración para aclarar esta aparente paradoja: Cuanto más unida está una cañería a la toma de agua, mejor se aprovecha el líquido. Si hay fisuras o empalmes defectuosos, por allí se pierde el agua (comp. con Ef. 4:15, 16).

(B) El autor exhorta a poner todo ese empeño, *«para que nadie caiga imitando la desobediencia de la que nos dieron ejemplo»* (v. 11b), esto es, como *cayeron* (3:17b) en el desierto los que desobedecieron. Esa caída, ahora espiritual, es un *apartarse del Dios vivo* (3:12b), aunque su paralelismo con el *cayeron* de 3:17 insinúa, como hace ver Calvino, «que ha de tomarse por perecer (físicamente) o, para hablar con mayor claridad, no por el pecado, sino por el castigo». En todo caso, ese «caiga» no comporta la pérdida de la salvación, sino de la comunión con Dios.

(C) Algo de la mayor importancia para que el empeño en entrar corra por los cauces legítimos es escudriñar íntimamente las motivaciones del corazón, tan *perverso y engañoso* como es (Jer. 17:9). Por eso el autor sagrado introduce esos dos versículos sobre la Palabra de Dios que desnuda el corazón y lo expone así a la mirada penetrante de Dios (vv. 12, 13). Esa Palabra de Dios es descrita como *viva, operante, tajante, penetrante y discerniente,* como el mejor bisturí espiritual del mejor cirujano. Deja al paciente desnudo y al descubierto, de modo que no quedan excusas ante el tribunal divino. Veámoslo en detalle:

(a) La Palabra de Dios es *viva,* porque participa de la vida misma de Dios que la inspira, la sopla (2 Ti. 3:16). No sólo es *viva,* sino que es *vital* (v. Jn. 6:63; 1 P. 1:23–25).

(b) Es también *operante,* eficiente como Dios mismo (gr. *energués,* de la misma raíz que el verbo *energuéo,* que se aplica a Dios en lugares como 1 Co. 12:6; Fil. 2:13). *«Así será mi palabra que sale de mi boca,* dice Dios por Isaías 55:11; *no volverá a mí vacía, sino que realizará lo que me place, y cumplirá aquello para que la envié».* Cuando, por la dureza del corazón, no causa vida, no por eso vuelve de vacío: causa juicio.

(c) Es *tajante,* cortante, *más que cualquier espada de dos filos* (comp. con Is. 49:2; Ef. 6:17; Ap. 1:16; 2:12, 16; 19:15, 21). El vocablo que aquí usa el autor sagrado para *espada* es *mákhaira,* el mismo de Efesios 6:17, mientras que, en todos los citados lugares de *Apocalipsis,* el vocablo griego es *rhomphaía,* la espada larga de ataque. La *mákhaira* es una daga corta, que en Efesios 6:17 indica la defensa cuerpo a cuerpo (v. el comentario a Ef. 6:11 y ss.), mientras que aquí es figura del bisturí del cirujano operador y está destinada a curar al amigo, mientras que la *rhomphaía* de *Apocalipsis* está destinada a destruir al enemigo.

(d) El vocablo *dístomos,* de dos filos, significa literalmente «de dos bocas», con lo que se pone de relieve su poder incisivo para penetrar hasta lo más hondo del ser humano. La mención de alma, espíritu, coyunturas y tuétanos no tiene por objeto (menos aún que en 1 Ts. 5:23) describir las partes de que se compone el ser humano, sino sólo la más honda penetración en los pensamientos mismos y en las intenciones del corazón.

(e) Es este discernimiento (gr. *kritikós,* capaz de juzgar) de la Palabra de Dios, que llega a los últimos recovecos del ser, lo que hace que el hombre (aquí el creyente) quede *totalmente desnudo y al descubierto ante los ojos de Dios* (v. 13). Es cierto que el autor habla (lit.) de *creación* (es decir, del Universo creado)

como patente a la mirada escrutadora de Dios, pero los vocablos que emplea para expresar esto *(desnudo y con el cuello descubierto,* lit.) dan a entender bien a las claras que se trata de seres humanos. Es muy probable que el autor sagrado tuviese en mente las víctimas destinadas al sacrificio (comp. con Ro. 12:1), desolladas y colgadas del cuello, y abiertas por medio, de forma que el sacerdote podía observar si la víctima tenía algún defecto interior. La aplicación al terreno espiritual es clara: Así quedamos, con el bisturí de la Palabra de Dios, expuestos ante la mirada de Dios y aun ante nuestra propia conciencia. ¿No es cierto que, con frecuencia, al oír mensajes punzantes (v. Hch. 2:37; 7:54), decimos en nuestro interior: «¡Eso va para mí!», y sentimos como si nos abrieran con un bisturí? Esta llamada a la conciencia tiene largo alcance, pues es un aviso de otra llamada futura: la llamada a juicio (v. 13, al final), *cuando vayamos a rendir cuentas ante Aquel que todo lo ve.*

2. De la exhortación a la diligencia pasa el autor sagrado a exhortar a la confianza (vv. 14–16). Dice así en la NVI: *«Por consiguiente, ya que tenemos un gran sumo sacerdote que ha penetrado en los cielos, Jesús el Hijo de Dios, aferrémonos firmemente a la fe que profesamos; porque no tenemos un sumo sacerdote que sea incapaz de condolerse de nuestras debilidades, sino que tenemos uno que ha pasado por toda clase de pruebas, exactamente igual que nosotros, excepto que no cometió ningún pecado. Acerquémonos, pues, con toda familiaridad al trono de la gracia, para que podamos alcanzar misericordia y encontrar la gracia que nos ayude en nuestros momentos de apuro».*

(A) ¿Qué significa ese *«Por consiguiente …»* (gr. *oun*, lit. *pues*, como conjunción consecutiva)? Piensa Brown que no indica una deducción de lo que antecede, sino una conexión con lo que sigue. Bartina, en cambio, opina que, aun al considerar los versículos 14–16 «como el comienzo de una nueva sección … el versículo 14 expresa una conclusión exhortativa, que se deduce de lo anterior». No me cabe duda de que Bartina está en lo cierto. Más aún, ya desde 3:1, donde se introduce a Cristo como *el sumo sacerdote de nuestra confesión* (lit.), se adivina ya un contexto cultual, en el que el reposo de Dios tendrá que ver con el santuario celestial. En el capitulo 3, el autor sagrado ha mostrado la superioridad de Jesús sobre Moisés a este respecto (v. 3:2–6). En el capítulo 5, va a mostrar la superioridad de Jesús sobre Aarón, para entrar de lleno en el sacerdocio de Cristo, tema que ocupará todo el resto de la epístola hasta el capítulo 10 inclusive. En el capítulo 4 ha mostrado la superioridad de Jesús, nuestro Señor, sobre el otro Jesús, como se llama en griego a Josué en el versículo 8. Es cierto que esta superioridad no se expresa de modo explícito, pero aparece bien clara para todo aquel que se de cuenta de que es por medio de Cristo como entramos al reposo y al santuario, cosa que Josué no pudo hacer (vv. 6–11). De ahí, la exhortación a *retener firmemente nuestra profesión* (v. 14b, comp. con 3:1, 6, 14).

(B) Tras de este prenotando, necesario para entender la conexión con lo que antecede, podemos ya ver a nuestro Pionero (el *arkhegós* de 2:10 y de 12:2) que entra en el santuario celestial, hasta llegar a sentarse en el trono mismo de Dios, después de *atravesar* (gr. *dieleluthóta*, en participio de pretérito perfecto) los cielos, es decir, los siete cielos (según la cosmogonía judía) o los tres (según los ve el apóstol Pablo; v. 2 Co. 12:2). Al decir *«Jesús el Hijo de Dios»*, expresa la función del Mediador (v. 1 Ti. 2:5), juntamente con la dignidad divina que ya poseía antes de hacerse hombre (Jn. 17:5; 2 Co. 8:9; Fil. 2:6).

(C) Al tener en cuenta la suprema dignidad sacerdotal de Jesús, así como su condición divina, bien podemos *aferrarnos firmemente a la fe que profesamos* (lit. *a la confesión).* No hay nadie ni nada que pueda impedirnos el libre acceso al trono de la gracia y de la misericordia, si ese gran sumo sacerdote está de nuestra parte.

(D) Y efectivamente lo está, porque comprende bien nuestra situación (v. 15). Puede *compadecer,* es decir, «padecer con» (gr. *sumpathésai*, ¡simpatizar!) nosotros *en nuestras debilidades,* puesto que también Él *ha pasado por toda clase de pruebas, exactamente igual que nosotros, pero sin cometer pecado.* ¡Él ha vencido!, y nos ha mostrado el camino de la victoria: *la fe* (v. 1 Jn. 5:4, 5). ¡Retengámosla y defendámosla! (comp. con Ef. 6:16, ¡defendámonos con ella!) Lo de «*habiendo sido tentado en cuanto a todo*» (lit.), o «pasado *por toda clase de pruebas*» (NVI), no quiere decir que Cristo sufriese todas y cada una de las clases de tentaciones que nosotros sufrimos, sino que sufrió, por decirlo así, las tres cabezas de serie de toda clase de tentación: *«carne, codicia y ostentación vanidosa»* (v. 1 Jn. 2:16). Desde esos tres flancos fueron tentados nuestros primeros padres y sucumbieron (v. Gn. 3:6, «bueno para *comer …* agradable a *los ojos …* codiciable para *alcanzar la sabiduría», ¡ser como Dios!,* según el consejo de la serpiente en el v. 5). Desde esos tres flancos fue tentado Jesús (v. Lc. 4:3–12, *«pan … poderío … «ostentación vanidosa»)* y venció. Pero su victoria no le quita compasión, sino que se la aumenta, al

condescender desde la altura de su fuerza para ponerse al nivel de nuestra debilidad … y socorrerla (v. 2 Co. 4:7; 12:9).

(E) A la vista, pues, de este gran sumo sacerdote divino-humano, fuerte y compasivo, bien equipado para ser nuestro Abogado ante el Padre (7:25, 26; 1 Jn. 2:1), ya podemos *acercarnos con toda familiaridad* (más aún, se nos exhorta aquí a ello) *al trono de la gracia* (v. 16). El verbo que el autor sagrado usa para «acercarse» *(proserkhómetha)* «tiene con frecuencia en los LXX sentido de acercarse en función sacerdotal o cultual (Lv. 9:7; 21:17, 21; 22:3; Nm. 18:3); a veces sencillamente acercarse delante de un personaje … Ambos sentidos cuadran en este lugar, donde los que han sido partícipes de la vocación celestial (3:1), son invitados y exhortados a presentarse delante del trono divino en actitud de obediencia y servicio» (Bartina). El servicio cultual al que aquí se nos exhorta es el de intercesión sacerdotal (comp. con Ef. 6:18, 19), eficaz, por cuanto tenemos un gran abogado en el cielo y un gran ayudador aquí en la tierra.

(F) *El trono de la gracia* es el trono desde el que se dispensan *los favores* divinos y el *poder* divino, pues ambos sentidos tiene el vocablo *kháris*, gracia (v. por ej., Ef. 2:8, en sentido de favor, y 1 Co. 15:10, en sentido de poder). Por eso, el autor sagrado nos asegura que en ese *trono de la gracia* podemos *alcanzar misericordia (la gracia de Dios* en el perdón de nuestros pecados, Ro. 5:15) y *hallar gracia,* el poder, *para el socorro oportuno* (lit. gr. *eúkairon boétheian),* es decir, el auxilio divino que necesitamos en momentos de prueba, «de flaqueza o de apuro» (Trenchard).

CAPÍTULO 5

En este capítulo, el autor sagrado comienza a demostrar que el sacerdocio de Cristo es superior al de Aarón. I. Demuestra que es superior en sus cualificaciones (vv. 1–10). II. Abre un paréntesis, que se prolongará a lo largo del capítulo 6, para amonestar sobre los peligros de la inmadurez espiritual (vv. 11–14).

Versículos 1–10

La mención de la benignidad y de la compasión de Cristo, nuestro sumo sacerdote, lleva de la mano al autor sagrado para describir las cualidades que deben adornar a un buen sumo sacerdote, y para mostrar que Cristo las poseyó como ningún otro sacerdote.

1. Lo primero que se requiere en un sacerdote (v. 1) es que sea *hombre,* pues es a los hombres a quienes representa ante Dios: *«Todo sumo sacerdote es seleccionado de entre los hombres y está destinado a ser su representante en los asuntos relacionados con Dios, para presentar ofrendas y sacrificios por los pecados»* (NVI).

2. La frase *«en los asuntos relacionados con Dios»* limita el área en que el sacerdote ha de moverse como representante de los hombres: no los representa en cualquier otro campo de la vida comunitaria (civil, social, cultural, político, etc.), sino sólo en su relación *espiritual con respecto a* (gr. *pros) Dios.*

3. Aun en el área esta de la relación espiritual con Dios, no es de su incumbencia transmitir a los hombres mensajes de parte de Dios (ésta es función del profeta, quien representa a Dios en su relación con los hombres), sino *presentar ofrendas y sacrificios por los pecados* del pueblo, a fin de que Dios quede aplacado y los hombres puedan tener comunión con el Dios tres veces santo.

4. Otra cualidad fundamental que se requiere en el sacerdote es la compasión (v. 2): *«Él está capacitado para tratar con la justa medida de suave indulgencia a los que pecan por ignorancia o extravío»* (v. el comentario a 10:26). El autor sagrado echa mano aquí de un verbo griego *(metriopalheín)* que no sale en ningún otro lugar del Nuevo Testamento y significa literalmente «padecer a la medida». El sentido ha sido perfectamente captado por Trenchard: «Su función no es la de un juez, sino la de un mediador, de modo que necesita compenetrarse íntima y profundamente con la condición de sus representados, de la manera en que un buen abogado defensor procura comprender la mentalidad, temperamento y circunstancias de la persona que defiende».

5. A continuación (vv. 2b, 3), el autor sagrado expone la razón por la que el sacerdote (teniendo siempre en mente a Aarón) ha de sentirse compasivamente compenetrado con sus representados: *«porque*

él mismo está rodeado de fragilidad», esto es, como envuelto y aprisionado por la debilidad moral, el pecado que le asedia tanto como a sus representados. *«Y por eso* (v. 3) *es su deber el ofrecer sacrificios por sus propios pecados, tanto como por los pecados del pueblo»* (NVI). Este requisito tiene en cuenta la condición general de los sacerdotes humanos, pero no es una cualificación indispensable para desempeñar la función sacerdotal (de lo contrario, Cristo no habría podido desempeñar como sacerdote). La cualificación tiene que ver *en directo* con la compasión, y Cristo pudo tenerla sin pecado (v. 4:15; 7:26–28).

6. Finalmente, el nombramiento para el sacerdocio no puede llevarse a cabo por autodesignación ni por votación democrática del pueblo, sino por llamamiento divino (v. 4): *«Nadie se adjudica por sí mismo tal honor; sólo puede tomarlo el que es llamado por Dios, exactamente como lo fue Aarón»* (NVI). No quiere decir que su llamamiento haya de ser exactamente como el de Aarón, sino que ha de ser llamado igualmente que fue llamado Aarón. ¿Cuál es el motivo básico por el que todo sacerdote debe ser designado y llamado por Dios a cumplir con tal oficio? La respuesta es obvia: Porque Dios es soberanamente libre (A) para perdonar los pecados; y (B) para aceptar cualquier ofrenda o sacrificio que le puedan ser presentados en expiación por el pecado. A Él corresponde, por tanto, establecer los términos y las personas mediante las cuales ha de llevarse a cabo la mediación a favor del pueblo.

7. Al aplicar a Cristo (vv. 5–10) estas cualificaciones, que ya se requerían en el sacerdocio levítico, bueno es observar de entrada algunas notables diferencias: (A) En el sacerdocio levítico, Aarón (y cada uno de sus sucesores y sacerdotes subalternos) estaba muy cercano al pueblo, puesto que también él era meramente humano y pecador, pero eso mismo le alejaba del Dios infinito y santo; en cambio, Cristo está muy cercano a Dios, cuya naturaleza comparte y, aun como hombre, es perfectamente santo y sin pecado, lo cual le aleja de los pecadores. Es, pues, en este aspecto donde necesita un especial acercamiento, como dan a entender los versículos 7–9. (B) Aarón no sólo era mero hombre, sino, además, débil y mortal, por lo que necesitaba subalternos y sucesores; en cambio, Cristo, por su condición divina, dio a su sacrificio un mérito infinito, quedando así satisfecha la santidad de la justicia divina; por eso, no tiene sucesores ni subalternos. El sacerdocio ha cesado de ser una casta en el pueblo de Dios, donde todos somos un reino de sacerdotes (1 P. 2:9; Ap. 5:10), sin que necesitemos ningún otro mediador humano que nos represente.

8. Podemos ya estudiar los versículos 5–10, que dicen así en la NVI: *«Así que tampoco Cristo se arrogó la gloria de constituirse a sí mismo sumo sacerdote, sino que la recibió de Aquel que le dijo: Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy. Y en otro lugar dice así: Tú eres sacerdote para siempre, de la misma clase sacerdotal que Melquisedec. Durante los días de la vida de Jesús en este mundo, ofreció Él oraciones y súplicas con fuerte clamor y lágrimas al que tenía poder para salvarle de la muerte, y fue escuchado en atención a su reverente sumisión. Y a pesar de ser Hijo, aprendió con la experiencia de sus sufrimientos lo que significa obedecer, y una vez que quedó así consumadamente cualificado, vino a ser la fuente de salvación eterna para todos los que le obedecen; y fue públicamente designado por Dios como sumo sacerdote, a semejanza de Melquisedec».* Analicemos estos versículos:

(A) El autor sagrado muestra que, conforme a la norma general de los requisitos para el sacerdocio, *tampoco Cristo* se nombró a sí mismo sacerdote (v. 5), sino que fue proclamado por Dios públicamente como sumo sacerdote (v. 10), de una clase sacerdotal diferente de las 24 que existían en el sacerdocio levítico (v. 1 Cr. 24:1–18). El autor sagrado dedicará todo el capítulo 7 a mostrar que el Hijo de Dios es *sacerdote para siempre según la clase sacerdotal de Melquisedec.* Por ahora le basta con hacer notar que el mismo Dios que le designó rey, príncipe heredero del trono, conforme al Salmo 2:7 (v. 5b), le designó también sacerdote, conforme al Salmo 110:4 (v. 6). De esta manera, el sacerdocio de Cristo tuvo su tipo en el de Melquisedec, quien también fue rey y sacerdote (7:1). A partir de 5:6, que es la primera mención, el autor sagrado repite una y otra vez (5:10; 7:3, 11, 15, 17, 21) esta semejanza del sacerdocio de Cristo con el de Melquisedec.

(B) Si en los versículos 5 y 6 se nos ofrecen las cualificaciones de Cristo para ser nuestro gran sumo sacerdote, en los versículos 7–9 se nos dice cómo llevó a cabo su función sacerdotal en cuanto a su único sacrificio en la cruz. Recordemos que el sacrificio de Cristo estaba tipificado, de manera especial, por el que ofrecía el sumo sacerdote el Día de la Expiación (v. 9:7–15, comp. con Lv. 16, especialmente los vv. 11–17). Notemos el orden: (a) la inmolación del becerro se llevaba a cabo en el altar de los holocaustos (Lv. 16:11); (b) el sumo sacerdote entraba a continuación en el Lugar Santísimo con el perfume, símbolo de la oración, y con el incensario lleno de brasas, sacadas del altar de los perfumes, para hacer la

incensación delante de Jehová (vv. 12 y 13); (c) rociaba después con la sangre del animal hacia el propiciatorio siete veces (número de perfección; v. 14).

Si aplicamos esto al sacrificio de Cristo, el orden ceremonial se altera: Cristo pasa *primero* por el altar de los perfumes, con su oración; esta oración, al revés que la del sumo sacerdote, fue por los suyos (cap. 17 de *Juan)* antes que por sí (He. 5:7, comp. con Mt. 26:39–44; Mr. 14:35, 36; Lc. 22:41–44); pasa *después* por el altar de los holocaustos, inmolándose en obediencia al Padre (He. 5:8, comp. con 10:5–14 y Fil. 2:8); *tercero,* hecha la inmolación en el Calvario, entra en el Lugar Santísimo celestial, no con la sangre de animales, sino *por medio de su propia sangre* (9:12); *cuarto,* el sumo sacerdote tenía que volver al año siguiente a realizar las mismas ceremonias, porque la sangre de los animales no podía quitar los pecados (9:25; 10:3, 4); en cambio, la sangre de Cristo, así como hizo de la obra de la Cruz un sacrificio *perfecto* (Jn. 19:30: *«Consumado está»,* gr. *tetélestai,* pretérito perfecto de la voz pasiva), así también hizo de Jesús un sacerdote *perfecto* (v. 9 *«perfeccionado»,* gr. *teleiotheís,* el mismo verbo de Jn. 19:30, pero en participio de aoristo, de una vez por todas). Para entender mejor este «perfeccionamiento» de Cristo como *sumo sacerdote nuestro, según le confesarnos* (3:1), véase el comentario a Juan 17:19, así como a 2:10 de esta misma epístola. El mismo concepto vuelve a repetirse en 7:28, al final.

Vamos a estudiar ahora, por separado, los versículos 7–9. El versículo 10 no necesita más comentario.

(a) El versículo 7 tiene que ver con la *oración* de Cristo en el huerto de Getsemaní. El autor de *Hebreos,* lo mismo que los evangelistas (v. Mt. 26:38–44; Mr. 14:36–40; Lc. 22:42–44), nos presenta el tremendo patetismo de aquel drama, y añade el detalle del *«fuerte clamor y lágrimas»,* lo que nos hace ver la oración de Jesús como un llanto a grito pelado, no como el manso y silencioso correr de lágrimas en Juan 11:35. Otros dos detalles (difíciles de entender, a primera vista) de este versículo necesitan explicación:

Primero, lo de *«al que tenía poder para salvarle de la muerte».* Es de notar que el autor sagrado no usa aquí la preposición griega *apó,* que tendría sentido de preservación, sino *ek,* en el sentido de extraerle de las fauces de la muerte, una vez padecida ésta. Resulta misterioso este sentido (pues lo que realmente deseaba Jesús, al decir *«pase de mí esta copa»* era ser preservado de la muerte), pero así se entiende mejor el contexto que habla de *reverencia* y de *obediencia.*

Segundo, lo de *«fue escuchado en atención a su reverente sumisión»* (NVI). La preposición *apó,* que el autor sagrado usa ahora, admite gran variedad de matices: de, desde, a causa de, como resultado de, en atención a, etc. Para resolver mejor la dificultad que ofrece el verbo *fue escuchado,* hay autores (entre ellos, Bullinger) que ven aquí una elipsis y traducen: *«fue escuchado y librado de su temor».* Esto es una verdad bíblica, a la vista de 12:2 *(«por el gozo puesto delante de sí»),* pero dudo mucho que sea esto lo que el texto quiere decir aquí, ya que las siete veces que la raíz griega *eulab* ocurre en el Nuevo Testamento, el sentido no es jamás de un temor sinónimo de miedo, como lo sería aquí, sino de una *reverencia piadosa (*eulábeia es sinónimo de *eusébeia).*

Al admitir, pues, la lectura que ofrecen nuestras versiones y la NVI, cabe preguntar: ¿Cómo fue escuchado el Señor en su oración, al ver que no fue librado de la muerte? La mayoría de los autores piensan que lo fue al ser librado del sepulcro, e insisten así en el uso de la preposición *ek,* en el sentido explicado arriba. Esta explicación no acaba de convencerme; por lo que, siguiendo a J. Brown, opino que la forma en que fue escuchado se describe en Lucas 22:43 (comp. con Is. 53:11; Fil. 2:9–11; He. 12:2): al ser confortado por el ángel, aunque no pasó la *copa* (ya que eso no era *posible* dentro del plan de salvación de la humanidad—véase Is. 53:5–10—; Jn. 10:18; Gá. 4:4–6; He. 2:10, entre otros lugares), sí pasó, en gran parte, la *amargura* de la copa. La reverencia de Jesús se echó de ver en las frases: *«si es posible ... mas no se haga mi voluntad, sino la tuya»,* según aparece, con ligeras variantes, en los evangelios sinópticos.

(b) El versículo 8 nos dice que, *«a pesar de ser Hijo, aprendió con la experiencia de sus sufrimientos lo que significa obedecer»* (NVI), esto es, obedecer, no como Hijo, sino como *esclavo* (comp. con Fil. 2:7, 8). ¿En qué sentido aprendió el Hijo de Dios lo que significa obedecer? No puede entenderse en el sentido de que desconociese antes lo que es la obediencia, puesto que la practicó desde el momento mismo de entrar en el mundo (sentido probable, no del todo seguro, de 10:5 y ss.). Mucho menos significa que, como los hijos díscolos y rebeldes, aprendiese a obedecer a fuerza de disciplina. ¡Lejos de nosotros tal blasfemia contra el eternamente santo! Tampoco es satisfactoria la interpretación de que así aprendió cuán dolorosa cosa puede ser la obediencia, pues, como dice J. Brown, «Es nuestra depravación,

nuestro orgullo, nuestro deseo de independencia, lo que hace que la obediencia sea algo doloroso. Estos principios no existían en la mente de nuestro Señor». Aprender obediencia significa, en este caso, ni más ni menos que tener un conocimiento, no meramente intelectual, sino experimental de lo que significa obedecer. De la misma forma que *«no conoció pecado»* (2 Co. 5:21) equivale a *«no pecó»,* así también *«aprendió obediencia»* equivale a *«obedeció»*.

(c) Así empalma fácilmente con el versículo 9, pues, *«perfeccionado* a través de sus padecimientos, soportados con reverencia y con absoluta obediencia, quedó en plenas condiciones para cumplir sus funciones como nuestro gran sumo sacerdote, *consumadamente cualificado, vino a ser la fuente de salvación eterna para todos los que le obedecen»* (NVI). Véase también 2:9, 10; 7:25, 28, compárese con Hechos 3:15; 5:31. Para el vocablo que nuestras versiones traducen *«fuente»,* el autor sagrado usa el griego *aítios,* que significa «causa u origen». En el Calvario se abrió una fuente de agua viva (v. Jn. 4:10, 14), a la que pueden llegarse cuantos quieran (Ap. 22:17, comp. con Is. 12:2, 3), pues el deseo que Dios tiene de salvar es *para todos* (1 Ti. 2:4), aunque la salvación sólo les llega *a los que obedecen al Señor.* Fe y obediencia andan siempre juntas (v. Ro. 1:5; 16:26; 2 Co. 10:5), pues la fe misma que justifica es ya una respuesta de obediencia a la oferta de salvación.

Versículos 11–14

En estos versículos se introduce una seria advertencia a los creyentes espiritualmente inmaduros. Dicha advertencia continúa a todo lo largo del capítulo 6. Conviene no perder de vista este contexto. Daremos primero la letra de estos cuatro versículos según la NVI, antes de pasar al análisis de los mismos.

«Tenemos mucho que decir acerca de este tema (el sacerdocio de Cristo), *pero resulta difícil de explicar, porque os habéis vuelto tardos para aprender. En verdad, aunque por el tiempo que lleváis aprendiendo, ya deberíais ser maestros, necesitáis aún que alguien os enseñe las verdades más elementales de la Palabra de Dios una vez más. Os habéis vuelto como quien necesita tomar leche porque es incapaz de digerir alimentos sólidos. Y todo el que se mantiene de leche, al ser un bebé, no tiene experiencia para discernir la doctrina verdadera del Evangelio. En cambio, el alimento sólido es apropiado para hombres maduros, quienes por la práctica constante tienen sus facultades ejercitadas para discernir el bien y el mal».* Esta porción está muy clara, pero quedará todavía más clara con las siguientes observaciones:

1. El autor sagrado compara a sus lectores con *bebés* inmaduros que, como recién nacidos (comp. con 1 P. 2:2), necesitan de la leche espiritual de la Palabra, es decir, de *las verdades más elementales,* cuando, por el tiempo que llevan aprendiendo, deberían *haber crecido,* pues para eso se les dio la leche en un principio (v. de nuevo 1 P. 2:2), y *ser ya maestros,* capaces de enseñar a otros. Estancados en la infancia espiritual, carecen del conocimiento, de la experiencia y de la discreción que deberían poseer.

2. En cambio, el creyente *maduro* (v. 14, gr. *telefon,* en el mismo sentido de 1 Co. 2:6; Ef. 4:13; Fil. 3:15 y 6:1 de esta misma epístola) requiere *alimento sólido,* una formación firme, extensa y profunda en la Palabra de Dios, con la que se puede manejar rectamente dicha Palabra (2 Ti. 3:15) y presentar defensa ante todo el que demande razón de nuestra esperanza (1 P. 3:15). Esta madurez requiere «tres cosas (A) tiempo (v. 12); (B) crecimiento en el conocimiento de la Palabra de Dios (v. 13) y (C) experiencia en el uso de la Palabra en discernir entre el bien y el mal (v. 14)» (Ryrie).

3. La división de los creyentes en *inmaduros y maduros* no coincide exactamente con la división en *carnales y espirituales,* puesto que un creyente puede ser ya *espiritual* desde el momento de su conversión, si desde su misma conversión se rinde totalmente al Señor para que obre en él como le plazca por medio de su Santo Espíritu (v. Ef. 5:18 y ss.). En cambio, *la madurez* requiere tiempo, estudio, experiencia, discreción en el juicio sobre las verdades bíblicas y su aplicación a las distintas personas y a las diversas circunstancias. Tanto el creyente infantil como el mayorcito se vuelven *carnales* cuando pierden el apetito de la Palabra o se muestran insumisos a lo que el Espíritu requiere, tanto del creyente individual como de las iglesias (v. 1 Co. 3:1–4; Ap. 2:7a, 11a, 17a, 29; 3:6, 13, 22). Esta pérdida de apetito se echa de ver aquí (v. 11b) en la frase *«os habéis vuelto tardos para aprender».* El pretérito perfecto *guegónate* indica que «no se trata de una dificultad pasajera y momentánea, sino de algo bien alcanzado y permanente, al menos en las circunstancias en que se escribe» (Bartina). *«Tardos»* (gr. *nothroí*) significa «torpe, perezoso, lento». El original dice literalmente que se han vuelto *lentos en sus*

audiciones, con lo que da a entender que oían sin atención ni interés lo que se les enseñaba. Ésta es, como bien dice Trenchard, «malísima señal». ¡Ojalá no fuese demasiado frecuente en nuestras congregaciones!

CAPÍTULO 6

En este capítulo, el autor sagrado continúa con su amonestación a los creyentes hebreos inmaduros que ha mencionado en 5:11–14. I. El autor sagrado declara su intención de seguir adelante en su exposición, a pesar de todo (vv. 1–3). II. Expresa la imposibilidad de volver a echar de nuevo los primeros fundamentos (vv. 4–8). III. Pasa de la amonestación al estímulo, pues espera de sus lectores mejores cosas (vv. 9–12). IV. Les propone como ejemplo a Abraham (vv. 13–20).

Versículos 1–3

En estos versículos, el autor sagrado expresa su determinación de seguir adelante (v. 3) en la exposición del sacerdocio de Cristo, a pesar de la inmadurez de sus lectores.

1. El capítulo se abre con un *«Por lo cual»* (v. 1a). Contra la opinión de muchos autores, creo que J. Brown está en lo cierto al ver aquí una conexión, no con lo que antecede, sino con lo que sigue, en «referencia prospectiva», como dice él. De lo contrario tendríamos que, precisamente porque son *tardos para oír, bebés necesitados de leche, etc.*, les va a dar aquello para lo cual no están capacitados: el alimento sólido, *dejando ya la enseñanza primaria acerca de Cristo* (v. 1b).

2. A continuación expone cuáles son esos principios elementales del cristianismo (lit. *la palabra del principio del Cristo)* que va a dejar a un lado *«para ser llevados hacia la perfección»* (lit., esto es, *a la madurez).* Dichas enseñanzas primarias, que constituyen *el fundamento* son: (A) *el arrepentimiento de las obras muertas* (v. 1b), es decir, de los pecados (como en 9:14); (B) *la fe en Dios* (v. el comentario a Hch. 20:21, donde aparecen juntas, con algunas variantes, las dos mismas enseñanzas primarias; comp. con Mr. 1:15); (C) *la enseñanza* (v. 2) *de los bautismos* (lit.). Dice Ryrie: «la distinción entre los diversos bautismos es una parte necesaria de la doctrina básica cristiana (por ejemplo, el bautismo de los prosélitos judíos, el bautismo de Juan el Bautista, el bautismo cristiano)». (D) *La imposición de manos,* que se refiere, con la mayor probabilidad, a las que se mencionan en Hechos 6:6 y otros lugares, no a la imposición de manos sobre las víctimas de los sacrificios, como opina Trenchard, quien ve en todo esto «verdad revelada del antiguo régimen», lo cual mal puede llamarse *fundamentos* del cristianismo. (E) *La resurrección de los muertos;* (F) la enseñanza *del juicio eterno.* Estas dos últimas aparecen como verdades primarias en la predicación del apóstol (v. por ej., Hch. 17:31; 26:20).

Versículos 4–8

Estos versículos constituyen una de las porciones más difíciles de toda la Escritura. Recomendamos a los lectores que repasen el comentario a 3:12–19, y vean también el comentario a 10:26–31. Traduciremos primero literalmente los versículos 4–6: *«Porque* (es) *imposible que los que una vez fueron iluminados y no sólo gustaron del don, del celestial, sino que también fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y no sólo gustaron de la excelente palabra de Dios, sino también de los poderes del siglo venidero, y que cayeron, sean renovados otra vez para* (gr. *eis) arrepentimiento,* (puesto que) *están crucificando de nuevo* (participio de presente) *para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a la pública vergüenza».* Veamos de interpretar esta difícil porción:

1. Es evidente que el autor sagrado se está dirigiendo (al menos, en su mayoría) al grupo de creyentes hebreos a los que ha venido refiriéndose en 5:11, 12, es decir, a creyentes inmaduros, no a falsos profesantes. ¿Qué significa, pues, eso de la imposibilidad de ser renovados para arrepentimiento? La solución más probable, a mi juicio, es la que ofrece la *Ryrie Study Bible,* cuya línea de pensamiento seguiré.

(A) Los catolicorromanos y los arminianos estrictos sostienen que el autor sagrado se refiere aquí a creyentes que han perdido la salvación. Pero si esto fuese así, el pasaje probaría demasiado, pues daría a

entender que es imposible recuperar la salvación, cosa que ni los catolicorromanos ni los arminianos habrían de admitir.

(B) La mayoría de los evangélicos (ya sea de tendencia arminiana, como Trenchard, o calvinistas acérrimos, como J. Brown) sostienen que la porción se refiere, no a creyentes genuinos, sino a falsos profesantes, que estuvieron a un paso de la conversión, pero no llegaron a ella. Hacen hincapié (a) en el repetido *«gustaron»,* sin llegar a más que una pequeña degustación; (b) en la frase *«partícipes del Espíritu Santo»,* como de una gracia común que había comenzado a lanzar algunos rayos de luz; (c) a las fuertes frases del versículo 6, que parecen indicar una apostasía definitiva. Estos individuos habrían caído del conocimiento de la verdad, no de la posesión personal de la misma; de la relativa participación del Espíritu Santo, no de la participación de la divina naturaleza. Pero Ryrie ha demostrado que los términos que aquí se usan en los versículos 4 y 5 se usan de los verdaderos creyentes en otros lugares de la epístola: «*gustar»,* en 2:9; *«iluminados»,* en 10:32; *«partícipes»,* en 12:8. También tendrían, a mi juicio, los mantenedores de esta opinión el mismo problema que los de (A) en cuanto a la imposibilidad de recuperar la salvación.

(C) Finalmente, otros, con el Dr. C. C. Ryrie, entienden que la porción «es una advertencia a los creyentes genuinos para urgirles al crecimiento y a la madurez cristianos». En este caso, no se trata de la pérdida de la salvación en esa frase *«es imposible que … los que cayeron, sean renovados otra vez …».* Dice Ryrie: «Es semejante a decir a una clase de estudiantes algo así como: Es imposible que un estudiante, una vez matriculado en este curso, si retrasa el reloj (lo cual no puede hacerse), comience de nuevo el curso. Por consiguiente, todos los estudiantes han de seguir adelante hacia un conocimiento más profundo. Según este punto de vista, las frases de los versículos 4 y 5 se refieren a la experiencia de la conversión». No se puede esperar que todos los lectores queden satisfechos con esta interpretación, pero es la única que resuelve las grandes dificultades que las otras dos presentan. Para la primera parte del versículo 6, véanse las siguientes referencias: Mateo 19:26; 2 Pedro 2:21; 1 Juan 5:16 y, dentro de esta misma epístola, 10:29. Para la segunda parte, véase 10:29, que puede estimarse como lugar paralelo.

2. Los versículos 7 y 8 parecen añadir nueva dificultad a la porción que acabamos de ver, pues la tierra mencionada en el versículo 8 no puede en modo alguno representar a creyentes genuinos. Pero aquí, como siempre, es menester tener en cuenta el contexto. El autor sagrado urge a mostrar con frutos la genuinidad de la conversión, *¡pero no está diciendo que éste sea el caso de los lectores, sino al contrario!* (v. los vv. 9–12). La ilustración que el autor sagrado ofrece apenas necesita comentario, pues no puede ser más clara (comp. con Is. 55:10, 11; Mt. 13:3–8, 18–23). Aunque sólo se cita explícitamente el riego, no cabe duda que se incluye también la siembra, así como la acción del jardinero principal con su gracia (v. 1 Co. 3:6). Un campo que sólo produce espinos y abrojos, sólo contiene maldición (comp. con Gn. 3:17, 18). Su final sólo puede ser el fuego (comp. con Dt. 29:23).

Versículos 9–12

En estos versículos el autor sagrado pasa de la amonestación a dar ánimo y aliento a sus lectores a la vista de lo que éstos han llevado a cabo, para que prosigan por el camino que una vez emprendieron y no se hagan remisos en seguir adelante, creciendo hasta la madurez.

1. Dice el versículo 9: *«Aunque me expreso de esta manera, queridos amigos, estamos persuadidos de que vuestra condición espiritual es mucho mejor y conduce a la salvación»* (NVI), es decir, está en la línea de la salvación. Nótese (A) que el autor sagrado no hace aquí distinción; se dirige a los lectores en grupo; (B) que el plural *«estamos persuadidos»* es un plural retórico (quizás, de autoridad), puesto que el «*hablamos»* (lit.) también está en plural (a no ser que haya aquí una indicación de que el redactor se identifica con el probable autor humano de las ideas o con los que le acompañan en el momento de escribir la epístola); (C) al decir *«Estamos persuadidos de cosas mejores»* (lit.) expresa una esperanza basada en anteriores experiencias, como lo va a expresar en el versículo 10.

2. En el versículo 10, dice en qué se funda para esas esperanzas que concibe acerca de ellos: *«Pues Dios no es injusto como para olvidarse de vuestras obras y del amor que le habéis mostrado con los servicios que habéis prestado y seguís prestando a los fieles»* (NVI). El autor sagrado ve en el amor y las buenas obras de estos creyentes hebreos una garantía de fe genuina (comp. con Gá. 5:6; Ef. 2:10; Stg. 2:14 y ss.), y les asegura que tendrán su recompensa de manos del Justo Juez (comp. con Mt. 10:42; 25:40; 2 Ti. 4:8; Ap. 14:13; 22:12).

3. En los versículos 11 y 12, les declara el verdadero motivo por el que les ha escrito cosas fuertes: *«Deseamos, con todo, que cada uno de vosotros siga mostrando esta misma diligencia hasta el final, a fin de dar plena seguridad a vuestra esperanza. No queremos que os volváis perezosos, sino que imitéis a quienes por su fe y paciencia heredan lo que nos ha sido prometido»* (NVI). Notemos los siguientes detalles:

(A) Ese *«con todo» (o «sin embargo»)* del versículo 11 «formula ciertas reservas y tempera los elogios anteriores con la advertencia que sigue. No basta haber comenzado y haber practicado la caridad con Dios y con el prójimo. Es menester no perder la esperanza y perseverar hasta el fin. Más que reproche, es expresión de un deseo (gr. *epithuméo),* y deseo vehemente» (Bartina). Este autor usa el vocablo «caridad» (que ya resulta anticuado y ambiguo) en lugar de «amor».

(B) Por el tenor general de la carta, especialmente por 12:3 y ss., se ve que estos creyentes hebreos estaban bajo el peso de la tribulación y de la persecución. De ahí el deseo del autor sagrado de que *cada uno* (nótese la singularización) de ellos persevere diligente *hasta el final, a fin de dar plena seguridad a la esperanza* que abrigan. No se trata de afianzar la seguridad objetiva de salvación (v. Jn. 10:28–30; Ro. 8:32–39, etc.), sino la certeza subjetiva del creyente, la cual depende del grado en que se cultiva la verdadera piedad (comp. con Fil. 2:12; 2 P. 1:10, 11, entre otros lugares).

(C) De esta manera, *no se volverán perezosos* (v. 12), como ya lo están siendo (v. 5:11, 12), *sino que imitarán a quienes por su fe y su paciencia heredan lo prometido.* En el capítulo 11, exhibe el autor sagrado una estupenda galería de cuadros de héroes de la fe en el Antiguo Testamento, como modelos de imitación. En los versículos 13 y siguientes, va a proponerles el ejemplo de Abraham.

Versículos 13–20

Esta sección se divide en tres partes: 1) en los versículos 13–15, el autor sagrado expone la promesa hecha a Abraham y cómo la alcanzó él; 2) en los versículos 16–18, expone los fundamentos en que se basa nuestra esperanza de alcanzar las promesas divinas; 3) en los versículos 19 y 20, expone el enlace que hay entre la promesa hecha a Abraham y su cumplimiento en Cristo.

1. Dicen así los versículos 13–15 en la NVI: *«Cuando Dios hizo su promesa a Abraham, como no había otro ser más grande que Él por quien jurar, juró por sí mismo, diciendo: De seguro que te colmaré de bendiciones y te daré muchos descendientes. Y así, tras de esperar con paciencia, Abraham recibió lo que se le había prometido».*

(A) El autor sagrado se está refiriendo, en estos versículos, al momento en que Dios confirmó con juramento (Gn. 22:16–18) la promesa que había hecho a Abraham (v. Gn. 12:2 y ss.; 13:16; 15:5 y ss.; 17:3–7, 19) de concederle una descendencia numerosa en Isaac. Los hombres juran por Dios, que *es mayor que todos* (Jn. 10:29), pero Dios no tiene otro mayor que Él por quien jurar, por eso se dice aquí que *juró por sí mismo («Por mí mismo he jurado»,* dice en Gn. 22:16).

(B) El versículo 15 parece presentar una dificultad, pues dice que Abraham *«alcanzó la promesa»,* siendo así que, en 11:13, después de referirse precisamente a Abraham, el autor sagrado dice: *«Todos éstos vivieron por fe hasta el día de su muerte, sin haber obtenido las realidades prometidas; sólo las vieron de lejos y las saludaron a distancia»* (NVI). Afirma J. Brown que el autor sagrado «creía que los santos patriarcas tenían existencia consciente y disfrute de bendición después de su muerte; pues, mucho después de eso, Dios, que no es el Dios de los muertos, sino de los vivos declaró ser Él mismo su Dios». A mi juicio, es mucho más acertada la opinión de S. Bartina, quien dice que Abraham, al conocer a sus nietos Esaú y Jacob cuando contaba 160 años (pues murió a los 175), «pudo ver el comienzo de la bendición de Jehová en su hijo Isaac, después de esperar la promesa. Pudo ver también en visión profética el día del Mesías, cuando lo vio y se gozó (Jn. 8:56)».

2. El versículo 16 viene a ampliar la frase *«no pudiendo jurar por otro mayor»* del versículo 13, que ya hemos explicado allí. Añade (v. 16b) que, una vez interpuesto juramento, toda controversia se acaba, puesto que ambas partes reconocen en Dios, por quien han jurado, la autoridad definitiva, de la que no cabe apelación a ninguna autoridad superior. Quedan, pues, por explicar los versículos 17 y 18, que dicen así en la NVI: «Y *como Dios quería mostrar con la mayor claridad a los herederos de la promesa la naturaleza inmutable de su designio, lo confirmó con un juramento. Dios obró de este modo a fin de que, mediante dos cosas inmutables, en las que es imposible que Dios mienta, cobremos más ánimo nosotros,*

los que en busca de refugio nos hemos asido fuertemente a la esperanza que tenemos ante nosotros». Notemos los siguientes puntos:

(A) Puesto que un juramento interpuesto en una transacción o en una controversia confirma rotundamente lo tratado, de forma que no cabe mayor claridad ni mayor determinación en que se cumplirá lo prometido o en que es verdad segura lo dicho, Dios interpuso juramento para mostrar con la mayor claridad lo inmutable de su designio (v. 17).

(B) El versículo 18 añade que, en esa promesa de Génesis 22:16–18, hay dos seguridades: *«dos cosas inmutables en las que es imposible que Dios mienta»,* a saber: (a) la promesa, puesto que se basa en la fidelidad de Dios, que es consustancial con su propio Ser: Dios no puede mentir en forma que se desdiga de lo que prometió (comp. con 2 Co. 1:20); (b) el juramento mismo, pues Dios no puede pensar una cosa y decir la contraria. Él es la Verdad en el pensar, en el decir y en el hacer.

(C) El autor sagrado dice (v. 18b) que así tenemos más motivos para cobrar ánimo (lit. *fuerte estímulo,* según la probable versión, aquí, del vocablo griego *paráklesin),* puesto que no sólo tenemos la promesa y el juramento de Dios, sino también el cumplimiento amplio de la promesa en Cristo (v. los vv. 19 y 20), pues Cristo es nuestra esperanza de gloria (v. Col. 1:27; 1 Ti. 1:1). Al analizar el sentido del verbo griego *kataphugóntes («yendo en busca de refugio»),* dice Bartina que «tiene el sentido de huida de algo (del mundo) para refugiarse en otra cosa, que aquí (por lo que sigue) es el puerto de la esperanza». Ese refugio que, según el autor sagrado, ya hemos hallado, nos es declarado en los versículos 19 y 20.

3. Dicen así dichos versículos en la NVI: «Y *tenemos esta esperanza como un áncora firme y segura para nuestra alma. Ella penetra hasta lo íntimo del santuario, hasta detrás del velo, adonde entró Jesús como precursor en favor nuestro, constituido sumo sacerdote para siempre, a semejanza del orden sacerdotal de Melquisedec».*

(A) Dice el autor sagrado que la esperanza que tenemos delante es *como un áncora firme* (gr. *asphalé*, que no resbala, de donde viene el vocablo castellano «asfalto») y *segura* (gr. *bebaían*, término que ya conocemos por otros lugares. Véase en esta misma epístola, 2:2; 3:6, 14). Bartina hace notar que «la bella comparación del áncora, que no se encuentra en el Antiguo Testamento, sí se encuentra frecuentemente en el cristianismo para símbolo de la esperanza». Y añade que se halla «en las catacumbas de Priscila unas setenta veces». Tener nuestro barco firmemente anclado, mientras navegamos por el tempestuoso mar de esta vida, es una garantía de seguridad. Esta áncora no puede fijarse en la arena movediza de las cosas de este mundo, inestables y transitorias. Pero si la fijamos en la Roca que es Cristo, no nos deslizaremos ni marcharemos a la deriva (v. 2:1, 2).

(B) El áncora esta *del alma* (es decir, de nuestra persona entera) *penetra hasta detrás del velo,* es decir, hasta el Lugar Santísimo, hasta el trono de la misericordia y de la gracia, donde ya se halla Jesús (v. 4:14–16). Allá, dice el autor sagrado, *entró Jesús como precursor en favor nuestro* (v. 20).

El griego *pródromos* significa «el que corre delante de otros». Jesús, en efecto, se adelantó para prepararnos lugar en el cielo (Jn. 14:2 y ss.), resucitó el primero (1 Co. 15:20; Col. 1:18) y ascendió allá para sentarse a la diestra de Dios (1:3, al final). Allá entró *en favor nuestro,* como nuestro intercesor (7:25) y como nuestro representante (Ef. 2:6).

(C) El capítulo termina con una frase similar a la de 5:10, con la que empalma, pues toda la porción que abarca desde 5:11 hasta 6:19 constituye una amonestación parentética.

CAPÍTULO 7

Todo este capítulo está dedicado a mostrar la superioridad del sacerdocio de Cristo sobre el sacerdocio levítico, lo cual hace el autor sagrado al comparar el sacerdocio de Cristo con el de Melquisedec. Vemos aquí que, I. Melquisedec es tipo de Cristo (vv. 1–3) y II. superior al propio Abraham (vv. 4–10). III. Su sacerdocio abroga el sacerdocio levítico y aun la misma Ley (vv. 11–19). IV. Dos son las principales características por las que el sacerdocio de Cristo es superior al levítico: su inmutabilidad y su perpetuidad (vv. 20–28).

Versículos 1–3

1. El autor sagrado se refiere aquí al episodio de Génesis 14:18–20, que él acomoda a su propósito. Los detalles en que se fija son los siguientes: (A) Melquisedec bendijo a Abraham (v. 1b, comp. con los vv. 6, 7); (B) tomó diezmos de Abraham (v. 2, comp. con vv. 4–10); (C) su nombre significa *«Rey de justicia»* (v. 2b); (D) era rey de Salem, que la mayoría de los autores identifica con Jerusalén. Y puesto que el hebreo *shalem* es de la misma raíz que *shalom*, paz, se nos presenta como *«Rey de paz»*. (E) De él se dice que era *«sacerdote del Dios Altísimo»* (v. 1b). Estas tres últimas circunstancias no vuelven a entrar en la comparación. (F) Dicho personaje es introducido de sopetón en la Biblia, sin que se mencionen (v. 3) su padre, ni su madre, ni su genealogía (ni ascendente ni descendente), ni su edad, ni las fechas de su nacimiento ni de su muerte. (G) De este modo *es semejante al Hijo de Dios* (v. 3b), pues también él *permanece sacerdote a perpetuidad.* Todo esto contrasta con la condición de los sacerdotes levíticos, cuya genealogía era notoria y, además, no permanecían para siempre; morían y tenían sucesores (vv. 23, 24).

2. Ahora bien, es evidente que Melquisedec, como todo otro ser meramente humano, tuvo padres y genealogía, fechas de nacimiento y de muerte, así como sucesores (si su especial sacerdocio había de permanecer), pero el hecho de que todas estas circunstancias no se mencionen en la narración de Génesis 14:18–20 le sirve al autor de *Hebreos* para compararle a Cristo, el sacerdote-rey para siempre, a la manera de Melquisedec (Sal. 110:4). Al no mencionársele sucesores a Melquisedec, deduce el autor sagrado que su sacerdocio era perpetuo como el de Cristo. Más aún, la expresión griega *eis to dienekés* significa que permanece *sin ninguna interrupción.* Dice S. Bartina: «tiene el matiz de la continuidad, sin hiatos ni interrupciones, sin fallas que priven de solidez y perpetuidad a este sacerdocio».

Versículos 4–10

A continuación, el autor sagrado pasa a mostrar la superioridad de Melquisedec sobre Abraham, de quien descendía Leví.

1. Esta superioridad se muestra en dos cosas. Al seguir el relato de Génesis 14:18–20, la primera es que Melquisedec bendijo a Abraham (Gn. 14:19) y, comoquiera que el que bendice es superior al bendecido, Melquisedec es superior a Abraham (vv. 6, 7).

2. Además, Abraham le dio a Melquisedec diezmos de lo mejor del botín (Gn. 14:20). Ahora bien, el que recibe diezmos tiene una dignidad (un ministerio espiritual) superior a la de aquellos que pagan los diezmos. En este caso, la superioridad de Melquisedec es todavía mayor por el hecho de que, al no mencionarse su muerte, aparece como *viviendo para siempre,* no como los sacerdotes levíticos que, aunque recibían los diezmos, eran *hombres mortales* (vv. 4–8).

3. Pero podría preguntar alguno: ¿Qué tiene que ver esto con el propio sacerdocio levítico, que fue inaugurado con Aarón? A esto responde el autor sagrado (vv. 9, 10) que, al pagar los diezmos Abraham, los pagó también, de alguna manera, Leví (y en él y con él, sus descendientes), por el principio de solidaridad, no sólo de raza, sino también de linaje familiar, que se establece por la procreación. Esto es lo que se da a entender mediante el eufemismo de que Leví *estaba* (v. 10) *en los lomos de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro.*

Versículos 11–19

Esta porción tiene mayor importancia que la que aparece a primera vista, pues en ella el autor sagrado va a mostrar que el cambio de sacerdocio implica el cambio de ley, y esto último implicará (caps. 8 y 9) el cambio de pacto. La línea de argumentación es la siguiente:

1. El sacerdocio levítico y la Ley basada en él (vv. 11, 12) no podían *llevar a la perfección,* es decir, a la perfecta comunión con Dios (comp. con 4:14–16); de lo contrario, no habría necesidad de un cambio de sacerdocio. Que el sacerdocio era la base de la Ley, y no viceversa, se echa de ver en que unos sacrificios santos y un sacerdocio santo eran los únicos medios de que el pueblo alcanzase una aceptación con Dios en relación con la santidad que la Ley demandaba, pero no podía ofrecer por sí misma. Y puesto que el sacerdocio ha cambiado, *necesariamente ocurre también cambio de ley* (v. 12), puesto que la ley se basa en el sacerdocio (v. 11).

2. El cambio de sacerdocio, por el que se abroga el de Leví, se echa de ver (vv. 13, 14) en que el nuevo sacerdote para siempre, Cristo, no era de la tribu de Leví, sino de la de Judá, *de cuya tribu nada habló Moisés* (es decir, la Ley) *tocante a sacerdotes* (v. 14).

3. Queda todavía (v. 15) un argumento *más manifiesto* (gr. *katádelon*, única vez que tal vocablo aparece en todo el Nuevo Testamento), pues el nuevo sacerdote es *diferente* (gr. *héteros*, de diversa clase), no sólo por proceder de diferente tribu (lo cual ya señala el fin del sacerdocio levítico), sino especialmente porque no ha surgido *según leyes que tengan que ver con la sucesión según el parentesco natural, de carne y sangre* (v. 16), *sino según el poder de una vida indisoluble.* Nótense los contrastes entre *ley y poder,* por una parte, y de *prescripción carnal* (perecedera; comp. con 1 Co. 15:50) con *vida indisoluble*, por otra. Es en el Hijo donde está la vida indisoluble, eterna (v. Jn. 1:4; 5:26; 11:25; 1 Jn. 5:11, 12). Esta permanencia de vida, mediante la permanencia del sacerdocio, queda una vez más atestiguada (v. 17) por el Salmo 110:4.

4. El autor sagrado deduce de aquí (vv. 18, 19) que, con el cambio de sacerdocio, se obtienen dos cosas buenas: se quita lo que no aprovechaba y se introduce lo que es de sumo provecho. (A) Se quita lo que no aprovechaba, *pues queda abrogado* (v. 18), hay una *«destitución»* (gr. *athétesis*, un «quitar de en medio», el mismo vocablo de 9:26, al final) *del mandamiento anterior,* esto es, de la prescripción que establecía el sacerdocio hereditario (v. 16). Este mandamiento, como toda la Ley (vv. 18b, 19a) era *débil* (comp. con Ro. 8:3) *e inútil, pues … no llevó nada a la perfección,* esto es, a la perfecta comunión con Dios (comp. con el v. 11). (B) Por otra parte, con el nuevo sacerdocio, *se introduce* (v. 19b) *una esperanza mejor* (lit. *más fuerte,* gr. *kreíttonos),* pues estamos apoyados por un sumo sacerdote más fuerte (comp. con 4:14–16; 10:23, además de toda la porción que sigue—vv. 20–28—en el presente capítulo). Esa esperanza es tanto más fuerte y mejor, cuanto que ahora *nos acercamos a Dios,* esto es, podemos disfrutar de comunión íntima con Dios, ya que podemos acercarnos familiarmente hasta Su trono (4:16).

Versículos 20–28

En esta sección, el autor sagrado lleva a su culminación el argumento a favor de la superioridad del sacerdocio de Cristo sobre el levítico. Esta superioridad se muestra aquí en tres aspectos: 1) Porque el sacerdocio de Cristo fue establecido mediante juramento de Dios; 2) por ser permanente, para siempre y, por tanto, inmutable, intransferible; 3) por las excelsas cualidades de nuestro gran sumo sacerdote.

1. Los versículos 20–22 deben leerse conforme a la RV 1977, que refleja correctamente la construcción gramatical del original: *«Y por cuanto no fue hecho* (nuestro Señor, del v. 14 o Jesús, del v. 22) *sin juramento (porque los otros ciertamente fueron hechos sacerdotes sin juramento; pero éste, con el juramento del que le dijo: Juró el Señor y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec), tanto más ha llegado a ser Jesús fiador de un mejor pacto».*

(A) El original (como aparece claro en la RV 1977 y en otras versiones modernas) encierra evidentemente en construcción parentética lo que como tal aparece en la versión precedente, con lo que se destaca la secuencia (prótasis y apódosis) de la argumentación del autor sagrado: *«Y por cuanto no fue hecho* (sacerdote) *sin juramento». «tanto más ha llegado a ser Jesús fiador de un mejor* (lit. más fuerte) *pacto».* Los sacerdotes del Antiguo Testamento no eran constituidos como tales por medio de juramento, dice (v. 21) el autor sagrado; en cambio, Jesús sí lo fue (v. 20). Eso se demuestra mediante la cita, por última vez, del Salmo 110:4. Recuérdese que el sacerdocio sirvió de base a la Ley (vv. 11, 12) y que la Ley fue promulgada mediante el pacto del Sinaí. Cambiado, pues, el sacerdocio, se impone el cambio de ley (v. 12), y el cambio de ley supone la introducción de un nuevo pacto, mejor y más fuerte que el anterior, cuanto mejor y más fuerte es el sacerdocio que le da su fuerza.

(B) El vocablo griego para *«fiador»* es *énguos*, que etimológicamente indica el que ocupa un lugar vacío, el lugar de otro, para salir garante por él. Aunque es Dios quien otorga el pacto, es Jesús quien garantiza su cumplimiento a nuestro favor, cumple así su función de Mediador entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5).

(C) El vocablo griego para *«pacto»* es *diathéke* (del verbo *diatíthemi*, disponer las cosas en su debido lugar). A diferencia de *sunthéke*, que significa una disposición hecha conjuntamente por varias personas, el vocablo *diathéke* es sumamente apto para expresar un pacto *unilateral,* como son de ordinario los pactos de Dios con su pueblo. Así, en el pacto del Sinaí (por no hablar de otros pactos anteriores), sólo Dios hizo el pacto. Moisés representaba al pueblo como recipiendario del pacto, pero no intervino en la

firma del mismo como contratante. De igual manera, Cristo es nuestro representante en el pacto de gracia, pero Dios solo es el que otorga el pacto, no *con* (gr. *sun),* sino *por medio de* (gr. *diá) la sangre de Jesús* (v. 9:11–22).

(D) Adelantándonos al comentario de 9:16, 17, nos limitamos ahora a transcribir las siguientes afirmaciones de J. Brown: *«Diathéke* … es claramente el sinónimo del hebreo *berith,* que nunca significa testamento.

En verdad, es muy dudoso que los testamentos fuesen conocidos entre los antiguos judíos. Los garantes no tienen lugar en un testamento».

2. Otro aspecto en el cual el sacerdocio de Cristo supera al de Leví es su permanencia perpetua y, por tanto, su inmutabilidad. Dicen así los versículos 23–25 en nuestra RV 1977: «*Y, además, los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que la muerte les impedía continuar; más éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio intransferible; por lo cual puede también salvar completamente* (gr. *eis to pantelés,* hasta el extremo, comportando la idea de perfección) *a los que por medio de Él se acercan a Dios* (comp. con el v. 19), *viviendo siempre para interceder por ellos»*.

(A) La comparación no es entre *«muchos»* y *«uno»,* sin más, sino entre la condición caduca, mortal, de los sacerdotes levíticos, por la que tenían que sucederse unos a otros, y la condición permanente, inmortal, de este sacerdote único que, por su perpetuidad, no tiene, ni puede tener, sucesores.

(B) Y en verdad, este sumo sacerdote nuestro no necesita sucesores, por cuanto Él llevó a la perfección el designio salvador de Dios con una sola ofrenda (v. 27, comp. con 9:25–28; 10:10–14). Dos son las principales funciones del sacerdote: sacrificar e interceder. La primera se llevó a cabo, de una vez por todas, en el Calvario. La segunda continúa en los cielos hasta que el pueblo de Dios no necesite ya más de intercesión (10:13).

(C) *«De pie, como inmolado»* (Ap. 5:6), es decir, ostentando las marcas de su crucifixión, el Cordero de Dios intercede sin interrupción por sus ovejas. *Estuvo una vez muerto, pero está ahora vivo por los siglos de los siglos* (Ap. 1:18). Y esa vida inmortal, que ahora tiene, la emplea *con el fin de* (gr. *eis) interceder por los suyos.* No es de extrañar que el mismo que aparece *sentado a la diestra del Padre* en 1:3 (al final) y 10:12, aparezca también *de pie;* son símbolos: el de *estar sentado* pone de relieve su autoridad y señorío supremos; el de *estar de pie* indica su intercesión, pues los sacerdotes permanecían de pie mientras oraban por el pueblo.

3. Los versículos 26–28 nos declaran las cualidades (más bien que los requisitos, comp. con 5:1–10) excelsas de nuestro gran sumo sacerdote. Dicen así dichos versículos en la NVI, que da estupendamente el sentido del original: *«Un sumo sacerdote como éste era el que necesitábamos: uno que es santo, irreprochable, puro, excluido totalmente del número de los pecadores y encumbrado por encima de los cielos. A diferencia de los demás sumos sacerdotes, no tiene necesidad de ofrecer sacrificios día tras día primero por sus propios pecados y luego por los del pueblo; pues este sacrificio por los pecados del pueblo ya lo realizó de una vez para siempre cuando se ofreció a sí mismo. Pues la Ley instituye sumos sacerdotes a hombres que son débiles; pero el juramento, pronunciado con posterioridad a la Ley, instituyó como sacerdote al Hijo, que ha quedado consumadamente perfecto para siempre»*.

(A) Una vez más tenemos aquí el verbo *prépo (éprepen,* en pretérito imperfecto), cuya versión por *convenir* resulta hoy día ambigua, pues su verdadero sentido, en las siete veces que ocurre en el Nuevo Testamento (Mt. 3:15; 1 Co. 11:13; Ef. 5:3; 1 Ti. 2:10; Tit. 2:1; He. 2:10 y aquí), es de «está en su punto», «es menester» (como aparece en la NVI). Para la obra de nuestra salvación, *un sumo sacerdote como éste era el que necesitábamos.*

(B) A continuación figuran las cualidades excelsas de este sumo sacerdote:

(a) *santo (hósios,* consagrado internamente a Dios, no sólo apartado legalmente, como sería *háguios);*

(b) *irreprochable* (gr. *ákakos).* El vocablo griego significa literalmente «inocente, confiado, ingenuo», esto es, *sin malicia.* Pero la NVI ha evitado estos vocablos, porque actualmente suenan como «simple, ignorante»;

(c) *puro* (gr. *amíantos,* sin mancha, como en 13:4; Stg. 1:27; 1 P. 1:4);

(d) *alejado de los pecadores* (lit. comp. con Flm. 15, entre otros lugares, donde salió el mismo verbo). La idea del autor sagrado no es la de un alejamiento físico (todo lo contrario), sino *moral:* cercano al pecador, pero alejado del pecado, de forma que no puede ser contado entre los pecadores, como muy bien ha vertido la NVI. Lo contrario de los fariseos y sacerdotes del tiempo de Jesús: se alejaban físicamente

de los cobradores de impuestos y de las rameras, pero internamente eran mayores pecadores que los unos y las otras (v. Mt. 21:31, 32).

(e) *Encumbrado por encima de los cielos* es una frase que hace referencia a Filipenses 2:8–11. No alude directamente a su naturaleza divina, sino a la exaltación subsiguiente a su sacrificio obediente en la Cruz. No debe perderse de vista que es Dios Padre quien nos salva por medio de Jesús (cuyo nombre significa, precisamente, *Jehová salva).* El hecho de que el Hijo Unigénito de Dios viniese en persona a dar su vida por nosotros, en lugar de enviar un ángel, encarece el amor de Dios hasta el punto de una exuberante munificencia, que se echa de ver en el *«De tal manera …»* de Juan 3:16. Era, sí, necesario (2:14, 17) que la redención fuese llevada a cabo por medio de un hombre, pero no veo en la Escritura ningún lugar que muestre que el Mesías tenía que ser, de necesidad absoluta, tan Dios como el Padre para llevar a cabo una redención perfecta. Bastaba su santidad absoluta y su llenura, sin medida (Jn. 3:34), del Espíritu Santo, para que, con su obediencia hasta la muerte, ofreciese al Padre un sacrificio que satisficiese las demandas de la justicia divina, pues era suficiente para que la desobediencia del Primer Adán quedase contrarrestada por la obediencia del Postrero (Ro. 5:19).

(f) «*A diferencia de los demás sumos sacerdotes, no tiene necesidad de ofrecer sacrificios día tras día …»* (vv. 27, 28), ya que:

Primero, al ofrecerse *a sí mismo,* no *un animal* (figura, no realidad expiatoria), su valor representativo de los hombres por quienes se ofrecía era perfecto (2:14 y ss.); no había razón para repetir el sacrificio. Este detalle está implicado en el versículo 27.

Segundo, al ser una víctima humana *santa* (v. 26), su sacrificio era aceptable por completo a Dios, sin tener que ofrecer primero por sus pecados, puesto que no los tenía. También este detalle está implicado en el texto del versículo 27.

Tercero, al ser *el Hijo* (v. 28b, comp. con 5:8), es decir, el propio Hijo Unigénito de Dios, su sacrificio adquiría una calidad realmente extraordinaria, de carácter divino.

Cuarto, con su obediente sacrificio, Jesús quedó perfectamente consumado como nuestro gran sumo sacerdote para siempre (v. 28, al final, comparado con 2:10—véase el comentario—y 5:9). Sacrificio perfecto y sacerdote perfecto no admiten sustitutos ni sucesores.

(g) Queda únicamente por explicar la frase *«día tras día»* (NVI) o *«cada día»* (Reina-Valera) del versículo 27. Según el mismo autor dirá después (9:7, 25), el sumo sacerdote sólo entraba en el Lugar Santísimo *una vez al año.* ¿Cómo se compagina eso con lo de *«cada día»?* Hay quienes piensan que significa «*cada día de la Expiación»,* lo que equivaldría a decir «*cada año»,* pues el sentido sería «una y otra vez» (J. Brown). A esta opinión me adhiero, pues, como hace notar Bengel, «toda la fuerza de la ilustración recae, no sobre el intervalo entre las repeticiones del sacrificio, sino sobre la propia repetición». Es cierto que, según la tradición judía, el sumo sacerdote ofrecía dones, panes de harina y, desde luego, incienso cada día, pero «esto no era *thusía*» (Brown), es decir, sacrificio propiamente dicho.

CAPÍTULO 8

Todo este capítulo, el siguiente, y hasta 10:18, forman como una ampliación a lo que el autor sagrado ha dicho en el capítulo 7 sobre el carácter de permanencia, inmutabilidad y, por lo tanto, irrepetibilidad del sacrificio de Jesús. En el capítulo presente, trata de ello, I. desde el punto de vista de la superioridad del nuevo santuario sobre el antiguo (vv. 1–5); II. desde el punto de vista de la superioridad del nuevo pacto sobre el antiguo (vv. 6–13).

Versículos 1–5

1. El autor sagrado comienza presentando evidencia de un hecho: *«El punto más destacable de todo lo que venimos diciendo es el siguiente: Tenemos un sumo sacerdote de tal categoría, que está sentado a la derecha del trono de la Majestad* (comp. con 1:3, al final) *en los cielos, y que ejerce su oficio cultual en el verdadero tabernáculo, el que ha sido erigido por el Señor, no por hombre alguno»* (vv. 1, 2, NVI). El capítulo comienza, en el original, con el vocablo griego *kephálaion,* el cual sólo ocurre aquí y en Hechos 22:28, y significa, ya sea «suma» (Hch. 22:28) o «compendio», ya sea «el punto más destacable»

de algo, como ha traducido la NVI. No cabe duda de que este último es aquí el verdadero sentido, pues el autor sagrado no va a hacer un compendio de lo dicho.

2. El punto que aquí se introduce es que nuestro sumo sacerdote ejerce su oficio cultual (gr. *leitourgós*, lit. obrero público; su sentido religioso se observa a través de vocablos de la misma raíz, como el verbo correspondiente en Hch. 13:2 y, en esta misma epístola, 10:11) en los cielos. Su función cultual es allí la de interceder por los suyos (v. 7:25, al final).

3. A continuación, el autor sagrado esboza algo que ha de explanar en los capítulos 9 y 10, limitándose a decir aquí que lo que nuestro gran sacerdote ofrece no puede ser de la misma índole que las ofrendas y los sacrificios que se ofrecen en un santuario terrenal (vv. 3–5): *«Todo sumo sacerdote es instituido no sólo para ofrecer dones* (gr. *dorá), sino también para ofrecer sacrificios* (gr. *thusías). Por ello es menester que también Jesús tenga algo que ofrecer. Si Él morara aún en este mundo, ni siquiera sería sacerdote porque ya hay quienes hagan las ofrendas prescritas por la Ley. Estos sacerdotes sirven* (gr. *latreúousin*, término que indica el culto que se debe únicamente a Dios, en todos los 21 lugares en que ocurre, desde Mt. 4:10 hasta Ap. 22:3) *en un santuario que es un bosquejo y símbolo* (lit. *copia calcada y sombra) del santuario celestial. Por eso recibió Moisés, cuando estaba a punto de completar la construcción del tabernáculo, la siguiente advertencia: Fíjate bien y procura hacer todo según el modelo que te ha sido mostrado en el monte»* (NVI).

(A) La argumentación del autor sagrado se abre diciendo (comp. con 5:1b) que todo sumo sacerdote ha de tener algo que ofrecer, pues para eso ha sido instituido sacerdote.

(B) Nuestro gran sumo sacerdote no puede ejercer su función sacerdotal en la tierra. Y esto por tres razones: (a) porque ya hay (en el tiempo en que se escribía la epístola, antes de la destrucción del Templo) en la tierra *quienes presenten ofrendas según la Ley;* (b) porque Jesús no procede de la tribu de Leví, sino de la de Judá (7:14); (c) porque su actual ministerio es mucho mejor que el del santuario terrenal (v. 2), no sólo por ejercerse en un santuario celestial, sino también por estar garantizado por un mejor pacto (v. 6).

(C) En efecto, el santuario terrenal era sólo (v. 5) un mero bosquejo calcado y una sombra simbólica del santuario celestial. De esta *sombra* de las realidades celestiales volverá a hablar el autor en 10:1 (comp. con Col. 2:17). En las palabras de Dios a Moisés, el autor sagrado alude a Éxodo 25:40. No ha de pensarse que Dios mostrase a Moisés una especie de «maqueta sobre la que había de preparar y levantar el tabernáculo en el desierto, sino que le fue concedida una visión de la gran realidad del trono de Dios y de cuanto le rodea, o sea, el verdadero santuario, el "tabernáculo que el Señor levantó y no hombre"» (Trenchard). Según la tradición rabínica, Dios mostró a Moisés un Arca de fuego, una mesa de fuego y un candelabro de fuego; todo ello, bajado del cielo.

Versículos 6–13

En esta sección, el autor sagrado esboza, acerca de la superioridad del nuevo pacto sobre el antiguo, algo que también desarrollará a lo largo del capítulo 9.

1. El versículo 6 sirve de gozne entre lo que precede y lo que sigue: *«Pero el ministerio* (gr. *leitourguías) que Jesús ha recibido supera al de ellos* (los sacerdotes levíticos) *en la medida en que el pacto del cual es mediador* (gr. *mesítes*, el mismo vocablo de 1 Ti. 2:5, entre otros lugares) *supera al antiguo, pues la legislación del nuevo pacto se basa en promesas más excelentes»* (NVI). Con razón dice Graham Scroggie que la palabra clave de esta epístola es «mejor», pues, sin ir más lejos, en este mismo versículo, el autor sagrado viene a decir que tanto el actual ministerio sacerdotal de Cristo, como el pacto que lo garantiza y las promesas en que el pacto se apoya son «mejores» que en el régimen de la Ley.

2. En los versículos 7–13, el autor sagrado inserta una larga cita del profeta Jeremías (Jer. 31:31–34; véase allí el comentario), para mostrar que el nuevo pacto había sido anunciado ya por Dios durante el antiguo régimen de la Ley.

(A) De forma parecida a 7:11, 18, muestra que, si el primer pacto no hubiese tenido ningún defecto, no habría hecho falta sustituirlo por otro nuevo (v. 7). El pacto antiguo, el del Sinaí, fue necesario para hacer comprender al hombre su condición pecaminosa (Ro. 3:19, 20), de la cual no podía salir mediante las obras de la Ley, sino sólo *«de gracia, mediante la fe»* (Ef. 2:8, comp. con Ro. 3:28–30). El vocablo que las versiones traducen por *«sin defecto»* significa *«irreprensible»* en las otras cuatro ocasiones en que sale (Lc. 1:6; Fil. 2:15; 3:6; 1 Ts. 3:13), pero aquí no se traduce así, para no dar la impresión de que la

propia Ley, dada por Dios, tenía algo que se le podía reprochar. En realidad, la Ley, en sí, no tenía defecto ni merecía reproche. El verdadero reproche recae sobre la pecaminosidad de la naturaleza humana, pero, por analogía de atribución, se transfiere a la Ley porque ésta era incapaz de curar dicha pecaminosidad. ¡No era ése su destino! (v. Ro. 7:7–16).

(B) Por eso, el versículos 8 se abre diciendo (en el original) *«reprendiendo»* (gr. *memphómenos*, de la misma raíz que el *ámemptos*, irreprensible, del v. 7), con lo que daba a entender claramente que no era la Ley, sino ellos, quien merecía reprensión.

(C) La cita de Jeremías está tomada de los LXX, los cuales vertieron bien el texto hebreo. Como hace notar Trenchard, «es maravilloso comprobar cómo principios tan profundos y fundamentales pudieron ser anunciados con toda claridad siglos antes de revelarse la obra del Redentor y en una época cuando Israel se hallaba sumido en un fango abismal de decadencia moral y espiritual».

(D) El pacto nuevo aparece (vv. 10, 11) en una luz espiritual, interior, pues sus leyes se imprimen *en la mente* (gr. *diánoian*, la mente que piensa, discierne, delibera y planea) y *en el corazón*, es decir, en lo más íntimo del ser moral y espiritual del hombre. Con ello se alcanza un nuevo, más perfecto y universal, conocimiento de Dios.

(E) Es necesario estudiar esta cita de Jeremías 31:31–34 dentro de su contexto anterior y posterior, y compararla con Ezequiel 36:24–28, también dentro de su contexto, para percatarse de que la profecía es, en primer término, para Israel y con miras al reino mesiánico futuro, pero, como en otras ocasiones (v. por ej., lo que dice Pedro en Hch. 2:16–21, comp. con Jl. 2:28–32), detrás de esa primera intención del Espíritu Santo se transparenta una intención y un propósito que abarcan, de modo general, a todos los que, en la dispensación del Evangelio, van entrando en el nuevo pacto en cuanto a las realidades espirituales que en él predominan, sin derogar lo que es peculiarmente propio de Israel. Por eso, pudo citar el Señor (Jn. 6:45), a favor de los que en la actual dispensación creen en Él, la frase de Isaías 54:13 *«todos tus hijos serán enseñados por Jehová»*, que tanta semejanza guarda con Jeremías 31:34, que el autor de *Hebreos* cita en el versículo 11.

(F) Después de la cita de Jeremías 31:31–34, y apoyándose en la expresión *«nuevo pacto»* (v. 8, al final, comp. con Jer. 31:31), concluye el autor sagrado: «*Al llamar "nuevo" a este pacto, ha convertido el primero en anticuado. Y lo que está anticuado y se ha hecho viejo, está a punto de desaparecer»*. Conviene hacer algunas observaciones sobre este versículo:

(a) El verbo griego *palaióo*, que aquí está en pretérito perfecto de indicativo (acción pasada cuyo efecto continúa), significa literalmente «declarar antiguo» (o, mejor, viejo). El mero hecho de establecer un nuevo pacto ya, de por sí, declara viejo y fenecido el anterior.

(b) El autor sagrado saca de ahí una ulterior conclusión: *«Mas lo que se está haciendo anticuado y esta envejeciendo* (está) *cerca de la desaparición»* (lit.). Traduzco ahora literalmente del original, para que se perciban bien los matices de los verbos, los cuales están en participio de presente. Esta acción continua es inmediatamente anterior a la desaparición, pues da a entender que el proceso de envejecimiento está llegando ya a su culminación.

(c) Esta culminación, por la que el pacto antiguo estaba próximo a desaparecer, se estaba verificando ya en el tiempo en que Jeremías anunciaba, de parte de Jehová, el establecimiento de un nuevo pacto. La desaparición legal, jurídica, había de venir con el Señor Jesucristo (v. Jn. 1:17), quien, en la institución de la Cena, habló ya del nuevo pacto en su sangre (Lc. 22:20; 1 Co. 11:25). Al rasgarse el velo que impedía el acceso al Lugar Santísimo (Mt. 27:51), Dios mostraba que las normas concernientes al santuario terrenal, con el pacto que las garantizaba, eran cosas del pasado.

(d) Para que nadie crea que lo que demandaba un cambio de pacto era meramente su antigüedad, el autor sagrado añade lo de *se está envejeciendo*, es decir, la nota decisiva del deterioro, caducidad y, por tanto, inutilidad. Como decía un amigo mío, «no es lo mismo un museo de antigüedades que un museo de vejestorios, pues las antigüedades ganan con el tiempo». De ahí, nuestra imprecisión (ya general y legendaria, por lo que no es fácil desarraigarla) al llamar *Antiguo Testamento* a lo que debería llamarse *Viejo Pacto*.

CAPÍTULO 9

En este capítulo, el autor sagrado explana la enseñanza sobre el ministerio de Cristo en el santuario celeste, pero, I. explica primero la disposición del santuario terrestre (vv. 1–10); II. pasa después a explanar lo del «*ministerio tanto mejor»* de nuestro sumo sacerdote (v. 8:6), según lo ejerció al entrar en el santuario celeste (vv. 11–14). III. Explana luego lo que, en 8:6, dijo de *«un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas»*. Esta última sección aparece ampliamente desarrollada (vv. 15–28), hasta ocupar también todo el capítulo 10.

Versículos 1–10

En esta sección, el autor sagrado expone primero (vv. 1–5) el lugar donde se ejercía el ministerio sacerdotal en el viejo pacto, y describe después la función que allí desempeñaban los sacerdotes y, en especial, el sumo sacerdote (vv. 6–10).

1. Comienza (vv. 1, 2) describiendo la parte anterior del santuario o Lugar Santo, pero antepone (v. 1) una afirmación de tipo general: *«Por su parte, el primer pacto tenía también sus normas para el culto, así como un santuario terrestre»* (NVI). Nótese que el original tiene para «terrestre» el vocablo *kosmikón*, que significa, no de tierra, sino de (este) mundo. El pretérito imperfecto *«tenía»* da a entender que el valor de las ordenaciones litúrgicas del santuario terrestre había caducado. Desde el punto de vista gramatical, conviene hacer dos observaciones: (a) La conjunción consecutiva griega *oun* indica meramente una continuidad de pensamiento, por lo que la NVI la ha silenciado; (b) el idioma griego usa mucho el juego de partículas *men* y *de* en el sentido de «Por una parte … por otra». El *men* aparece aquí al comienzo del versículo 1, por lo que la NVI ha traducido correctamente *«Por su parte …»,* pero el *de* aparece al comienzo del versículo 6, y marca el contraste con la porción anterior (vv. 1–5), por lo que las versiones (incluida la NVI) no lo han traducido. Al pasar ya a la descripción del *Lugar Santo,* dice el texto sagrado en el versículo 2 que *en él estaban:*

(A) *El candelabro,* es decir, el de los siete brazos, labrado a martillo, de oro puro (v. Éx. 25:31–39).

(B) *La mesa,* de madera de acacia, recubierta de oro puro, para colocar en ella el pan de la proposición, también llamado *«de la presencia»* (lit.), por colocarse delante de la presencia de Jehová (v. Éx. 25:23–29).

(C) *Los panes de la proposición,* es decir, *los panes consagrados* (NVI), aun cuando el original griego dice aquí «*la proposición* (en el sentido de "presentación en un lugar") *de los panes*» (v. Éx. 25:30).

2. Viene después (vv. 3–5) la descripción del *Lugar Santísimo, tras del segundo velo* (v. 3), es decir, del velo interior que separaba el Lugar Santísimo del Lugar Santo. De este Lugar Santísimo se dice (vv. 4 y 5):

(A) *Que tenía un incensario de oro* (v. 4). El griego *thumiatérion* significa *incensario, no altar del incienso,* como muchas versiones se empeñan en traducir, con lo que añaden así una dificultad que no debería existir. Un compañero mío, licenciado en Sagrada Escritura, decía que el autor de *Hebreos* se había equivocado aquí. La *Biblia de Jerusalén,* sin llegar a tanto, dice que «*Hebreos* sigue una tradición litúrgica diferente». Es cierto que el altar de oro de los perfumes estaba delante del velo y, por tanto, fuera del Lugar Santísimo. También el incensario de oro era guardado, como las demás cosas que se mencionan en 1 Reyes 7:49, 50; 2 Crónicas 4:20–22, en el Lugar Santo. Pero el texto sagrado de Hebreos 9:4 no dice que *había* un incensario de oro en el Lugar Santísimo, sino que el Lugar Santísimo *tenía* un incensario de oro, ya que sólo era usado por el sumo sacerdote cuando entraba en el Lugar Santísimo el Día de la Expiación (Lv. 16:12, 13). Aunque se conservaba en el Lugar Santo, su función se cumplía en el Lugar Santísimo, por lo que bien se puede decir que el Lugar Santísimo lo *tenía.*

(B) También *tenía* y, por cierto, allí *estaba, el Arca del pacto cubierta de oro por todas partes.* Tal era la conexión del Arca con la presencia de Dios que estar delante del Arca era como estar delante de Jehová (v. Éx. 16:33). Para su descripción, puede verse Éxodo 25:10–17; 37:1–6;

(C) *«en la que estaba una urna de oro que contenía el maná»,* es decir un gomer de maná, como recuerdo del alimento sobrenatural que los israelitas habían comido en el desierto (v. Éx. 16:33, 34);

(D) *«la vara de Aarón que retoñó»* (v. Nm. 17:10), como señal milagrosa de la designación divina de Aarón como legítimo sumo sacerdote. Dice Trenchard: «En la historia de Israel no se dice que la urna con el maná y la vara de Aarón que reverdeció se colocaran dentro del Arca, sino delante de ella (Éx. 16:33, 34; Nm. 17:10, 11), y más tarde se dice específicamente que no había nada en el sagrado símbolo, sino las

tablas de la Ley (1 R. 8:9); pero eso no quita que, según una fuerte tradición rabínica, no hubiesen estado dentro en algún período»;

(E) «*y las tablas del pacto»* (v. Éx. 25:16; 40:20; 1 R. 8:21), que eran el principal testimonio del pacto de Jehová con su pueblo. Dice S. Bartina: «La tradición judía colocaba también en el Arca los fragmentos residuos de las primeras tablas (las que Moisés rompió—la aclaración es mía—), un ejemplar de la Ley *(Torah)* y los nombres de Jehová; y, sin embargo, ponía fuera y al lado del Arca el vaso con el maná juntamente con la vara de Aarón y la ofrenda expiatoria de los filisteos. Cuando san Pablo colocaba «en el Arca» el vaso de maná y la vara de Aarón, no es preciso apelar a otra tradición contraria a la anterior». Supone Bartina que fue Pablo quien escribió la epístola y, con respecto a la expresión griega *en hé (en la cual),* que el autor sagrado emplea antes de mencionar la urna, la vara y las tablas, añade: «Alude (con esa expresión) sobre todo al último miembro de la enumeración, a las tablas de la alianza, y sólo en sentido amplio a los dos anteriores miembros de la enumeración. El apóstol sabe que los destinatarios de la carta están bien informados sobre el orden y disposición del santuario y que no se llamarán a engaño».

(F) Esta despreocupación por el detalle, a la que alude Bartina, se confirma por lo que el autor sagrado dice al mencionar la última pieza que había en el Lugar Santísimo (v. 5): «y *sobre ella los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio* (v. Éx. 25:18–22); *de las cuales cosas no es ahora el momento de hablar en detalle».* Se llaman *«los querubines de la gloria»* porque Jehová hablaba a Moisés sobre el propiciatorio y, por tanto, desde el medio de los dos querubines (Éx. 25:19–23). «Allí estaba "la gloria" de Jehová (Éx. 29:43; 40:32). Y una nube cubría el tabernáculo durante el día. Era también "la gloria" del Señor, manifestación sensible de su presencia en medio de aquel pueblo (Éx. 40:32–36)» (Bartina).

3. A continuación, el autor sagrado resume las funciones que los sacerdotes y el sumo sacerdote respectivamente ejercían en cada uno de los dos compartimentos en que se dividía el santuario propiamente dicho.

(A) *«En la primera parte* (v. 6), esto es, en el Lugar Santo (v. el v. 2), *entran los sacerdotes continuamente* (gr. *diá pantós;* como si dijese: "sin restricción alguna, como en el lugar ordinario de culto") *para cumplir los oficios del culto».* Estos oficios eran, principalmente, los de ofrecer mañana y tarde el incienso sobre el altar de los perfumes (v. Lc. 1:8–11), así como velar para que las lámparas del candelabro de los siete brazos estuviesen permanentemente encendidas y renovar semanalmente los panes de la proposición.

(B) *«Pero en la segunda parte* (v. 7), esto es, en el Lugar Santísimo (v. los vv. 3 y ss.), *sólo el sumo sacerdote una vez al año, no sin sangre* (v. Éx. 30:10; Lv. 16:34)—esto lo hacía el Día de la Expiación—, *la cual ofrece por sí mismo* (v. 5:3) y *por los pecados de ignorancia del pueblo»* (v. Nm. 15:24, 25 y, en esta misma epístola, 5:2). No podía entrar sin sangre, porque sin sangre no hay expiación ni remisión de pecados (v. Lv. 17:11; y en esta misma Epístola, v. 22), y ese día era precisamente el Día de la Expiación. Los pecados *de ignorancia* eran los que se cometían, no sólo por pura ignorancia, sino también por equivocación y aun por debilidad, en contraposición con los cometidos por rebeldía, *con soberbia* (Nm. 15:30, 31) y, por tanto, con voluntariedad plena (comp. con el *voluntariamente* de 10:26 en esta epístola); por esos pecados no había expiación, sino que el rebelde había de ser eliminado del pueblo de Dios (Nm. 15:30, al final).

(C) El autor sagrado hace ver a continuación (vv. 8–10) que *«el Espíritu Santo daba a entender con esto que aún no se había manifestado,* es decir, no estaba aún visiblemente abierto, *el camino al santuario, mientras el primer tabernáculo,* el santuario terrestre, *estuviese en pie»* (v. 8). El hecho de que sólo el sumo sacerdote pudiese entrar en el Lugar Santísimo, y el hecho (todavía más lamentable) de que tuviese que hacerlo cada año, daba a entender que ningún sacrificio del Antiguo Testamento tenía carácter definitivo, pues ninguno tenía valor suficiente para limpiar de pecado la conciencia (v. vv. 12–14; 10:14).

(D) Por eso, todo ello era *un símbolo* (v. 9; gr. *parábola*, el mismo vocablo de 11:19, *«simbólicamente»*, según la NVI) *para el tiempo presente,* es decir, para el tiempo en que el autor sagrado escribía estas cosas, puesto que todavía estaba en pie el templo de Herodes. El autor sagrado insiste, como lo ha hecho en 7:19, y lo hará en 10:1, 11, en que todo lo que se hacía y ofrecía en el santuario terrestre no podía perfeccionar las conciencias, puesto que sólo podía ofrecer una purificación legal. Todo consistía (v. 10) en objetos y ritos exteriores; todo ello, impuesto mediante normas *carnales,* es decir, que

afectaban a lo externo y material, pues proporcionaban al cuerpo una limpieza ceremonial, pero no podían, de suyo, limpiar el interior del pecador.

(E) El autor sagrado dice que estas normas habían sido *impuestas* (v. 10b; impuestas, ciertamente, por Dios) *hasta el tiempo de* (la) *reformación* (lit.). Quizás *«rectificación»* (en el sentido de poner las cosas en su debido orden) sería una versión más literal aún del vocablo griego *diorthóseos,* que el autor sagrado usa aquí, y que no sale en ningún otro lugar de la Biblia. Lo que, con este vocablo, se quiere dar a entender aquí, es «el cambio operado por el perfecto sacrificio de Cristo y por Su entrada en el cielo (vv. 11, 12)» (Ryrie).

Versículos 11–14

En estos versículos se contrasta a los sumos sacerdotes levíticos con nuestro gran sumo sacerdote, Cristo. El contraste es quíntuple:

1. Contrastan las *sombras, símbolo* (v. 9; *parabolé,* como si fuese una «lección-objeto»), con la realidad de los *bienes venideros* (v. 11, comp. con 10:1) obtenidos mediante la Obra de Cristo.
2. Contrasta el santuario terrestre (v. 8, al final, comp. con 8:2) con el *amplio y más perfecto tabernáculo* celestial.
3. Contrasta la *sangre de los animales,* con la que entraba el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo (vv. 7, 12), con *la propia sangre* de Cristo.
4. Contrasta la frecuencia con que había de entrar el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo *(«una vez al año»,* v. 7), con la única vez por todas *(«una vez para siempre»,* v. 12; 10:10) en que Cristo *entró en el santuario,* es decir, en el santuario celestial.
5. Contrasta el efecto *(«purificación de la carne»,* v. 13, al final; esto es, limpieza de la contaminación ceremonial) de los sacrificios del Antiguo Testamento, con el efecto del sacrificio de Cristo *(«eterna redención»,* v. 12, al final). Dice Bartina: «El rescate del mundo y la salvación de sus pecados, y esto de una manera definitiva y eterna, se debe a la acción sacrificial de Cristo, por su propia sangre». Este contraste de efectos es el que quiere recalcar el autor sagrado en los versículos 13 y 14, en los que expresa las diversas causas respectivas que los producen:

(A) *«Porque si la sangre* (v. 13) *de los toros y de los machos cabríos* (comp. con el v. 19) y *las cenizas de la becerra rociadas a los contaminados* (v. Nm. 19:2, 17, 18), *santifican para la purificación de la carne* (la purificación legal, ceremonial, de la que venimos hablando)»

(B) *«¡cuánto más la sangre de Cristo* (v. 14), *quien por medio del Espíritu eterno se ofreció sin mancha a Dios, purificará nuestras conciencias de actos que conducen a la muerte, a fin de que demos culto al Dios viviente!»* (NVI). Como ha vertido bien la NVI, el versículo es una afirmación o una exclamación, más bien que una interrogación. El original dice literalmente *«obras muertas»* donde la NVI ha vertido *«actos que conducen a la muerte»* para evitar confusiones, pues no cabe duda de que el autor sagrado no se refiere aquí a las obras de la Ley, sino a los pecados, como en 6:1. La argumentación del autor sagrado va, pues, de menos a más, ya que la sangre de Cristo tiene un valor inmensamente mayor que la de los animales, por la dignidad de Su persona, por la santidad de Su misma humanidad y por su voluntario ofrecimiento al sacrificio, mientras que la sangre de los animales, víctimas forzadas, sólo podía ofrecer una purificación exterior, pues era una mera sombra de la realidad que la sangre de Cristo comportaba. Otra variante, según los MSS más importantes, es la de *nuestras conciencias,* en lugar del *vuestras* de nuestras versiones. También en el *demos culto,* ha vertido mejor la NVI el sentido del griego *latreúein* (el mismo vocablo, sin ir más lejos, del v. 9).

(C) Especial mención merece la expresión *«por medio del Espíritu eterno»,* pues discuten los autores si se refiere (a) al Espíritu Santo, quien potenciaba a Jesús en todas las funciones de su ministerio en la tierra; o (b) a la disposición de su propio espíritu humano, aunque esto no cuadra bien con el epíteto *eterno;* o (c) a la divina naturaleza de Cristo, con la que pudo superar la flaqueza innata de su naturaleza humana (v. 2 Co. 13:4). Los autores se inclinan mayormente a esta tercera interpretación, a causa de la extraña expresión *«Espíritu eterno»,* y sin artículo, lo que no se dice del Espíritu Santo en ningún otro lugar del Nuevo Testamento. A pesar de ello, personalmente me inclino por la primera interpretación.

Versículos 15–28

Pasa ahora el autor sagrado a mostrar cómo, en el sacrificio de Cristo, se cumplieron las *mejores promesas* a las que aludió en 8:6.

I. Expone primero (vv. 15–22) la necesidad del derramamiento de sangre para la confirmación del nuevo pacto.

1. Para ser mediador del nuevo pacto, Jesús necesitó morir (v. 15): *«Por esta razón, es Cristo mediador de un nuevo pacto, para que los que han sido llamados* (participio de pretérito perfecto; el sentido es de "escogidos", como es corriente en las epístolas) *reciban la prometida herencia eterna, ahora que Él ha muerto en rescate para libertarlos de los pecados cometidos bajo el antiguo pacto».*

(A) *Por esta razón,* esto es, por el poder de la sangre de Cristo derramada en sacrificio, según acaba de decir en el v. 14, es por lo que Cristo pudo ser instituido *mediador de un nuevo pacto* (comp. con 7:22; 8:6), pues poseía todas las cualidades que le equipaban para serlo (v. 2:14 y ss.; 5:5–10; 7:23–28; 9:11–14).

(B) *Así* es posible que los llamados, los escogidos de Dios, reciban la prometida herencia eterna. Dice Bartina: «La promesa se hereda (6:12) como don gratuito, por la muerte del mediador del Nuevo Testamento o nueva alianza. Como antes Abraham heredó la tierra de Canaán (11:8), y también los israelitas (Lv. 20:24 y ss.) la recibieron en herencia; así ahora, al pasar del símbolo a la realidad, los cristianos son partícipes con Cristo de la tierra prometida, de la herencia "eternal"».

(C) El *rescate* de nuestros pecados fue obtenido *mediante* la muerte de Cristo, no mediante su vida. Como ya hemos dicho en otros lugares, Cristo fue nuestro representante en Su holocausto, comenzado a ser ofrecido desde que entró en el mundo (sentido probable de 10:5), pero sólo en la Cruz, en Su muerte como sacrificio de expiación, fue nuestro sustituto. Dice Ryrie: «Esto es una fuerte prueba de que es la muerte de Cristo, no su vida, la que produce su efecto en el pacto nuevo con todas sus bendiciones. Su vida sin pecado le cualificó para ser el apropiado sacrificio por el pecado, pero fue Su muerte la que proporcionó el pago por el pecado».

2. La razón es (vv. 16, 17) que un pacto sólo puede ser firme sobre la sangre de las víctimas que sirven para establecerlo (v. ya en Gn. 15:8–18). Dicen así dichos versículos en la versión hispanoamericana, al margen: *«Porque donde se hace un pacto, es necesario que se presente la muerte de la víctima designada, porque un pacto es confirmado sobre víctimas muertas, puesto que no tiene fuerza mientras viva la víctima designada».* Vamos a dar las razones por las que preferimos esta lectura a la que suelen traer las versiones en general:

(A) El vocablo griego *diathéke,* como equivalente al hebreo *berith,* nunca significa *testamento,* sino siempre, y sólo, *pacto.* Ya dijimos que el concepto de «testamento», como nosotros lo conocemos, era desconocido de los judíos.

(B) El contexto, tanto anterior como posterior, habla evidentemente de *pacto.* Intercalar lo de *testamento* en estos dos versículos, equivale a romper el hilo de la argumentación.

(C) El pactante (¿testador?) es, sin duda, Dios Padre. Si estos versículos se leen como aparecen corrientemente en las versiones, tenemos que Dios Padre, si había de ser *el testador,* ¡tenía que morir! Lo que es un absurdo bíblico-teológico del mayor calibre.

(D) El vocablo *diatheménou* (v. 16b; *diathémenos,* en v. 17b) está en la voz media-pasiva. Por lo tanto, no debe traducirse en activa (como «pactante» o «testador»), sino en pasiva: *«pactada» o «designada».*

(E) El texto del versículo 17 dice literalmente: *«porque un pacto* (es) *firme sobre muertos …»,* por lo que la versión: *«sobre víctimas muertas»* es la que mejor cuadra con el original, ya que Jehová era el que pasaba simbólicamente (v. Gn. 15:17) *sobre* los animales divididos.

(F) Vemos, pues, que «sólo cuando se había dado muerte al animal y las partes contrayentes habían pasado por en medio de los pedazos podían entrar en vigor las provisiones del acuerdo» (Trenchard, quien está a favor de esta lectura).

3. En los versículos siguientes (18–22), el autor sagrado dice que esto es una norma general que ya estaba vigente en el Antiguo Testamento (v. 18) y cita (vv. 19–21) de Éxodo 24:3–8, donde Moisés, inmediatamente después de anunciar al pueblo *todos los mandamientos de la Ley* (v. 19), y sin detenerse a cumplimentar las disposiciones acerca del tabernáculo, *tomó la sangre* de las víctimas y *roció el libro mismo* de la Ley y *a todo el pueblo* (v. 19, al final). Es posible que, en el versículo 21, se refiera el autor sagrado al rociamiento del *altar* que Moisés había erigido al efecto (Éx. 24:6), aunque también podría

referirse a lo que se llevó a efecto en la primera consagración del tabernáculo y de sus utensilios, aunque esto no se realizó en aquel mismo día. Las excepciones que el *casi* del versículo 22a implica, se hallan en Levítico 5:11–13; Números 16:46; 31:50.

4. La razón general (con marcada referencia a Levítico 17:11; v. el comentario en el lugar correspondiente) es (v. 22b) que *«sin* (gr. *khorís*, aparte de, como en Jn. 15:5b) *derramamiento de sangre no hay perdón»* (lit.). *La misma sangre hace expiación porque en la sangre va la vida de la víctima ofrecida en sacrificio* (v. Lv. 17:11). Dice Trenchard: «El simbolismo se basa en el hecho de que "la paga del pecado es muerte", de modo que, normalmente, el pecador ha de perder la vida y morir eternamente. Pero el Dios-Hombre se presentó y, en perfecta identificación con el hombre, tomó el lugar de éste y rindió su *vida* de infinito valor sobre el altar de la Cruz. *La vida* que la justicia de Dios exigía se ofrendó, pues, una vez para siempre y hace expiación por el pecado».

II. Expone luego el autor sagrado (vv. 23–28) la forma en que el sacrificio de Cristo quita el pecado. En el versículo 22, había hablado de *«purificación»* y de *«perdón»*. Por eso, en los versículos 23, 24, habla de las esferas *o lugares* en que las correspondientes purificaciones se ponen por obra; mientras que en los versículos 25, 26, trata del perdón que el sacrificio de Cristo ha obtenido para todos los *tiempos: «una vez para siempre* (v. 26), en contraste con el *«cada año»* (v. 25). En los versículos 27, 28, recalca con nuevo énfasis el carácter definitivo del sacrificio de Cristo.

1. En el versículo 23, el autor sagrado alude a todo lo que ha mencionado como rociado con sangre, en los versículos 19 y 21, y dice que todo ello era *copia calcada* (gr. *hupodeígmata,* el mismo vocablo de 8:5, que conviene releer) *de las cosas celestiales.* Pero la purificación que nosotros necesitamos tiene que ver, no con figuras y sombras, sino con las realidades mismas, *las cosas celestiales* (v. 23b), puesto que (v. 24) fue en el santuario celestial donde Cristo entró, no en uno hecho de manos de hombre en la tierra, *«para presentarse por nosotros en la presencia de Dios»* (más literalmente: *«para ser manifestado al rostro* de Dios—versión exacta del hebreo, *liphney Elohim—, a favor—gr. huper—, de nosotros»).* Dos detalles merecen especial atención:

(A) ¿Qué *«cosas celestiales»* son ésas que necesitan ser purificadas? No olvidemos que el contraste es entre las cosas materiales del santuario terrestre y las realidades espirituales del santuario celeste, y que así como la purificación de las cosas que eran esbozo y sombra (v. 8:5) tenía que ver con la contaminación legal, así la purificación de las realidades celestes tiene que ver con la contaminación interior de la conciencia. Por tanto (y téngase en cuenta que estamos entre símbolos y metáforas), las cosas celestiales que necesitan purificación son, con la mayor probabilidad, las leyes divinas violadas, contaminadas por las irregularidades que impiden el acceso al trono de la gracia. Esas irregularidades son, pues, los pecados de los hombres, ya que ésos, globalmente, son los elementos que impiden el acceso al trono de Dios y el objetivo que el sacrificio de Cristo tenía a la vista (v. 26, al final: *«para quitar de en medio el pecado»).* No creo que tenga que ver directamente con la rebelión de Satanás y sus huestes, pues la redención no estaba programada para los ángeles (2:16).

(B) ¿Por qué habla el autor sagrado de *«mejores sacrificios»* (en plural), siendo así que Cristo ofreció un solo sacrificio? (v. vv. 26, 28, así como 7:27; 10:10, 12, 14.) Es, con la mayor probabilidad, un plural de intensidad. Dice Kuinoel (citado por J. Brown): «El autor de la epístola usó el plural porque había usado el plural al hablar de la purificación del tabernáculo terrenal, y por causa de la superioridad del sacrificio de Cristo, que superó a todos los otros sacrificios en su poder y eficacia».

2. En los versículos 24–26, el autor sagrado muestra que la superioridad del sumo sacerdocio de Cristo sobre el de Aarón se echa de ver no sólo por su naturaleza, superior a la del sacerdocio aarónico, sino también por el grado de su eficacia de tal modo que no necesitaba repetición. Dicen así dichos versículos en la NVI: *«Porque Cristo no entró en un santuario hecho por mano de hombre, el cual era mera figura* (gr. *antítupa;* aquí, en sentido diverso del que suele tener el vocablo) *del verdadero, sino que entró en el cielo mismo, para comparecer ahora en favor nuestro en la presencia de Dios. Y no entró en el cielo para seguir ofreciéndose una y otra vez, a la manera que el sumo sacerdote entra en el Lugar Santísimo cada año con sangre que no es la suya propia; porque entonces Cristo debería haber padecido muchas veces desde la creación del mundo; sino que ahora se ha manifestado una vez para siempre al final de los tiempos, para acabar con el pecado por medio del sacrificio de sí mismo».* Notemos algunos detalles que requieren aclaración:

(A) El cielo es un estado, y también es un lugar. Es en este segundo aspecto en el que el autor sagrado considera la entrada de Cristo en el cielo, pues la comparación es entre el santuario terrenal (un lugar), hecho por mano de hombre, y el santuario celestial. Por «cielo (como lugar) ha de entenderse, por supuesto, lo que Pablo llama el «tercer cielo» o «cielo empíreo», en el que Dios reside, simbólicamente, de un modo especial.

(B) El versículo 25, según aparece en el original (y en nuestra Reina-Valera), comienza por una elipsis: *«ni para ofrecerse muchas veces a sí mismo …»* (lit.), por lo que ha de suplirse algo; con la mayor probabilidad, lo que suple la NVI, al comenzar: «Y *no entró en el cielo para seguir ofreciéndose …».* El verdadero sentido es que *«no entró en el cielo para* salir de nuevo y *volver a ofrecerse»,* no que haya de ofrecerse (una vez por todas) dentro del cielo. Grocio erró por entender mal esto. En efecto, el autor sagrado compara el sacerdocio de Cristo con el de Aarón. El sumo sacerdote aarónico extraía la sangre de la víctima y ofrecía ésta en el altar de los holocaustos (¡por tanto, fuera del santuario!). Después, tomaba la sangre y la introducía en el Lugar Santísimo. Ahora bien, Jesucristo ofreció su único sacrificio al morir en la Cruz, donde derramó su sangre; y *por medio de su propia sangre* (v. 12; nótese que no dice *«con su sangre»,* sino *«por medio de su sangre»),* es decir, mediante el derramamiento de su sangre, se abrió paso hasta lo íntimo del santuario celeste.

(C) El versículo 26 recalca la misma idea, y hace ver que si Cristo hubiese tenido que actuar como el sumo sacerdote aarónico, *le habría sido necesario sufrir la muerte muchas veces desde la creación del mundo,* es decir, desde la caída de nuestros primeros padres, pues fue desde entonces (v. Gn. 3:21) cuando hubo necesidad de expiar el pecado por medio de sacrificios que apuntasen al Calvario. Más aún, sobre el mismo principio, todavía tendría que seguir ofreciéndose ahora, mientras hubiese un solo pecado que expiar. Dice J. Brown: «Pero sabemos que tal cosa no ha sucedido; sabemos que "la remisión de todos los pecados que pertenecen al pasado, mediante la paciencia de Dios" (v. Ro. 3:25—el paréntesis es mío—), se llevó a cabo sobre la base de la predeterminada propiciación en la sangre de Cristo; y también sabemos que todos los pecados que se han cometido o están todavía por cometerse, habrán de ser perdonados, y serán perdonados, sobre la base de la misma propiciación».

(D) En efecto, el sumo sacerdote aarónico era sacerdote, pero no era víctima; por tanto, después de entrar en el Lugar Santísimo con sangre ajena, salía vivo y dispuesto a entrar de nuevo al año siguiente con la sangre de nuevas víctimas, pues ni el sacerdote ni las víctimas tenían el carácter y el poder necesario para expiar por los pecados. Pero Cristo entró en el cielo mediante su muerte y resurrección; ésta es irreversible (v. Ro. 6:10), por lo que es imposible que tal obra se repita en modo alguno; ni lo necesita, pues la obra del Calvario es perfecta, tanto en sí misma (7:27, 28) como en su resultado (10:14).

3. Este aspecto de total *finalidad* es el que el autor sagrado pone de relieve en los versículos 27 y 28, sirviéndole el versículo 27 de una ilustración para el 28. Dicen así literalmente (según la versión más probable) en el original: *«Y de la misma manera que está reservado (o destinado) a los hombres morir una sola vez, y después de esto* (el) *juicio, así también el Cristo, ofrecido una sola vez con vistas a llevar* (los) *pecados de muchos, por segunda vez se aparecerá* (más lit. *será visto), aparte de pecado, para salvación, a los que le aguardan con afán».* Analicemos estos versículos:

(A) El griego *kath' hóson,* que muchas versiones (entre ellas, la NVI y nuestra RV) traducen por *«de la misma manera»,* admite una versión, quizá más literal, parecida a *«en cuanto que»* o *«por cuanto»* (S. Bartina), ya que el autor sagrado, no sólo está poniendo una ilustración, sino tambien una cierta conexión entre los dos versículos 27 y 28. La idea es la siguiente: Así como los hombres mueren una sola vez y, tras de la muerte, sólo les queda comparecer ante el juicio de Dios, así también Cristo murió una sola vez por todos (2 Co. 5:14) y, *habiendo condenado al pecado en su carne* (Ro. 8:3b), sólo le queda «su gloriosa manifestación para sacar a luz una salvación perfecta a favor de todos aquellos que le esperan» (Trenchard).

(B) Los resucitados por Cristo durante su vida mortal (el joven de Naín la hija de Jairo y Lázaro) volvieron a morir; su primera muerte puede llamarse «provisional», pues entraba en los designios de Dios que habían de volver a la vida como señal de la mesianidad de Jesús. La muerte a la que aquí se refiere el autor sagrado es la definitiva, tras de la cual hay una resurrección definitiva para vida o muerte eternas. Bien puede, pues, decirse que los hombres mueren *una sola vez.* Esto es muy solemne, y basta este versículo para refutar la doctrina hindú y platonicognóstica de sucesivas reencarnaciones. Es en esta única vida donde nos jugamos nuestro destino eterno, y ello nos debe hacer reflexionar profundamente y

estimularnos a volvernos cuanto antes al Señor; aunque sea en sentido acomodaticio, bien podemos cada uno aplicarnos aquello de Amós 4:12: *«prepárate para venir al encuentro de tu Dios»*.

(C) Aunque *«muchos»* no lleva artículo en el original, una rápida ojeada a Isaías 53:11; Mateo 20:28; Marcos 10:45; 1 Timoteo 2:6 y, en esta misma epístola, 2:9, basta para convencernos de que equivale a *«todos»*. Incluso un calvinista tan acérrimo como J. Brown dice a este respecto: «Casi ninguna otra cosa del Nuevo Testamento me parece más clara que el que, en un sentido, Cristo se dio a Sí mismo en rescate por todos, y, en otro más alto sentido, se dio a Sí mismo por la Iglesia. La declaración de que murió con especial referencia a los que actualmente son salvos, de ningún modo se opone a la declaración de que murió con general referencia "el justo por los injustos"» (1 P. 3:18).

(D) Lo de que *«se aparecerá aparte del pecado»* significa que, en su Segunda Venida, Cristo no tendrá que hacer nada con respecto al pecado, puesto que todo lo que tiene que ver con el pecado fue definitivamente tratado en la Cruz del Calvario, donde Cristo fue hecho pecado (2 Co. 5:21). Fue entonces cuando estuvo *cargado con la iniquidad de todos* (Is. 53:6b). No le queda, pues, ninguna otra iniquidad con que cargar.

(E) La construcción griega de la última frase del versículo 28 en el griego original se presta a diferentes traducciones; sólo un cuidadoso análisis nos puede proporcionar la versión más correcta. Las palabras aparecen en el siguiente orden: *«será visto por los que le están esperando con afán para salvación»*. Que todos los hombres le verán, lo sabemos por Daniel 7:13; Lucas 21:27, pero no todos le verán *para salvación.* Por tanto, la construcción correcta debe ser: *«será visto para salvación …».* Por otra parte, no cabe traducir *«será visto en orden a la salvación para los que le están esperando»,* porque no cuadra con las normas gramaticales de la sintaxis griega. La única traducción correcta, a mi juicio, es, pues, la siguiente: *«será visto para salvación por los que le están esperando con afán»*.

(F) Finalmente, el vocablo *«salvación»* significa aquí, de acuerdo con el contexto, la fase final del proceso de la salvación, esto es, la glorificación. Recuérdese que el vocablo «salvación» tiene tres sentidos, conforme a los tres aspectos del *pecado* del que somos salvos: A la culpa del pecado corresponde el primer aspecto de la salvación que es la *justificación;* al *poder* del pecado corresponde el segundo aspecto de la salvación que es la *santificación;* y a la *presencia* del pecado corresponde el tercer aspecto de la salvación que es la *glorificación.* De este último aspecto de salvación es del que se trata aquí.

CAPÍTULO 10

Continuando con el tema del nuevo sacerdocio, del nuevo sacrificio y del nuevo santuario, el autor sagrado, en este capítulo, «destaca el *sacrificio,* mientras que el capítulo 9 tenía por tema dominante el *ministerio* del sumo sacerdote en el *verdadero tabernáculo»* (Trenchard). I. Compara, pues, la eficacia del único sacrificio de Cristo con la total insuficiencia de los repetidos sacrificios del Antiguo Testamento (vv. 1–18). II. A continuación hace una exhortación parecida a la de 4:14–16, aunque más detallada (vv. 19–25). III. Finaliza con una solemne advertencia a los que continúan pecando deliberadamente (vv. 26–39).

Versículos 1–18

Esta sección puede dividirse en cuatro partes: 1) insuficiencia de los antiguos sacrificios (vv. 1–4); 2) suficiencia del sacrificio de Cristo (vv. 5–10); 3) finalidad del sacrificio de Cristo (vv. 11–14); 4) el nuevo pacto implica el perdón de los pecados, por lo que sobra toda otra ofrenda por el pecado (vv. 15–18).

1. El argumento de los versículos 1–4 es el siguiente: La ley sólo contiene sombras, no realidades. Por eso, los sacrificios prescritos por la Ley no pueden llegar a la realidad del pecado para borrarla, pues su eficacia se basa en otra sombra, que es la sangre de animales. Veamos dichos versículos en la NVI: *«La Ley es sólo una sombra de los bienes futuros, no la realidad misma de esos bienes. Por esta razón, nunca puede, por medio de los mismos sacrificios que se repiten incesantemente año tras año, hacer perfectos a los que se acercan a rendir culto a Dios. Si pudiera hacerlo, ¿no habrían cesado ya de ser ofrecidos? Porque, en tal caso, los que se acercan a rendir culto habrían sido purificados de una vez por todas, y no*

se habrían sentido por más tiempo culpables de pecado. Pero dichos sacrificios son un anual recordatorio de los pecados, porque es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados». Estamos familiarizados con estas ideas, pero hay detalles que requieren especial atención.

(A) Extraña, a primera vista, que el autor sagrado contraste *«sombra»* (gr. *skiá)* con *«imagen»* (lit. gr. *eikón);* pero este vocablo indica aquí la forma verdadera, como en una estatua sólida, de los bienes mesiánicos. Este contraste entre la *sombra,* inestable, huidiza, pasajera, y la *imagen,* sólida y estable, le sirve suficientemente al autor sagrado para lo que quiere poner de relieve, como le sirvió al apóstol el contraste de *sombra y cuerpo* en Colosenses 2:17. Aquí viene bien una aguda observación de J. Brown, quien advierte que el autor sagrado no dice que la Ley *era* una sombra, sino que *tenía* una sombra, con lo cual se muestra que (a) la Ley, considerada en su totalidad, no era *tipo;* (b) que lo que de *típico* contenía, sólo *imperfectamente* era típico. Sólo la propia Escritura puede decirnos lo que allí había de *tipo* y lo que era mera *sombra.*

(B) En efecto, lo que de huidizo e inestable tenía la Ley en sus sacrificios (muchos), sus sacerdotes (muchos), su eficacia real (nula), hacía que la comparación entre *tipo y antitipo* no pudiese aplicársele con relación al sacrificio de Cristo (el de Isaac sí fue verdadero tipo). Sólo eran *sombra,* no *imagen sólida.* Por eso, *«los que se acercan»* (es decir, a rendir culto a Dios) *no podían ser perfeccionados* (v. 1b), no sólo como pecadores necesitados de perdón, sino ni siquiera como adoradores necesitados de aceptación.

(C) ¿Y cómo podían considerarse dignos de aceptación, cuando la conciencia les decía (v. 2) que no estaban limpios de pecado, puesto que los sacrificios que por ellos se hacían tenían que repetirse sin demora cada año? El hecho mismo de su repetición les decía que eran insuficientes para quitar los pecados, *«de poder hacerlo, ¿no habrían cesado ya de ser ofrecidos?»* (esta lectura de la NVI es la más probable, a la vista del original).

(D) Ese *«anual recordatorio»* de los pecados (v. 3) era la prueba palpable de que la sangre de los animales sacrificados no puede quitar los pecados (v. 4). Dice Trenchard: «Es interesante comparar la frase del versículo 3—"en estos sacrificios … se hace recordación de los pecados", (Vers. H.A.)—con las palabras del Maestro al instituir la cena memorial: "Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados» (Mt. 26:28). "… Haced esto en memoria de *mí"* (Lc. 22:19). Este contraste pone de relieve de una forma dramática la gran diferencia en el valor de los sacrificios, pues bajo el antiguo pacto *servían para traer a la memoria los pecados,* mientras que, tras la perfecta remisión de éstos por el derramamiento de la sangre de Cristo, *el recuerdo de los adoradores limpiados se fija,* no ya en los delitos expiados, sino *en la persona de la Víctima».*

2. La porción siguiente (vv. 5–10) es de la mayor importancia, por cuanto en ella vemos los dos elementos (material y formal) del sacrificio de Cristo: el sacrificio mismo (elemento material) y la obediencia con que lo ofreció (elemento formal; comp. con Ro. 5:19b), ¡y esta obediencia es precisamente lo *decisivo* (v. 10, comp. con 5:8, 9, así como con 1 S. 15:22; Sal. 51:16) para nuestra salvación!

(A) *«Por lo cual …»* (v. 5), es decir, precisamente porque los sacrificios de la Ley no podían quitar los pecados, se presenta en el mundo el propio Hijo de Dios, el Mesías, para ofrecerse a Sí mismo por los pecados; pero aun esto mismo habría sido insuficiente si Dios mismo (el Padre) no le hubiese enviado precisamente a eso (v. lo de *«me preparaste un cuerpo»* del v. 5b, y lo de *«para hacer tu voluntad»* de los vv. 7 y 9, comp. con Is. 53:6, 10; Hch. 2:23, entre otros lugares).

(B) La cita de los versículos 5–7 está tomada del Salmo 40:6–8 conforme a la versión de los LXX. La diferencia más notable, que ya explicamos en el comentario a dicho salmo, es la del versículo 5c: *«Pero me preparaste un cuerpo»,* mientras que en Salmos 40:6 dice: *«Has horadado mis orejas».* Baste decir ahora que la sustancia es la misma, pues por el *oído* entra el mandamiento, y con el *cuerpo* se cumple; en ambos casos se pone de relieve la voluntariedad de la obediencia, al tener en cuenta, además, que en hebreo *oír y obedecer* son el mismo verbo.

(C) En el versículo 7, parece indicarse que lo de *«He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad»* es una cita de la Escritura, pues continúa diciendo (v. 7b): *«Como está escrito de mí en el rollo del libro»* (es decir, en el cilindro donde se envolvía el rollo). La cita no puede hallarse literalmente en ningún lugar del Antiguo Testamento, pero sí el «sentido íntimo e interno de la ley, que el siervo de Dios, por la iluminación del Espíritu, había llegado a comprender» (Trenchard).

(D) En los versículos 8 y 9, el autor sagrado hace ver que el desagrado de Dios con respecto a los sacrificios del antiguo régimen (vv. 5, 6) da a entender el propósito divino de sustituirlos por algo que de veras le había de agradar: la obediencia perfecta de Su Siervo hasta la muerte. Por lo cual, el establecimiento del nuevo pacto, sobre la aceptación del derramamiento de la sangre de Cristo («lo *segundo»,* en el v. 9, al final; *«Segundo»,* en el tiempo no en calidad), significaba la abrogación automática de «*lo primero»* (el antiguo pacto, con las normas y sacrificios de la Ley).

(E) El sentido del versículo 10 se capta mejor en la NVI: «Y *en virtud de esta voluntad hemos quedado nosotros santificados mediante el sacrificio del cuerpo de Jesucristo, ofrecido una sola vez para siempre».* Analicemos este versículo:

(a) ¿De qué voluntad habla aquí, de la de Dios o de la voluntad humana de Jesucristo? El contexto no admite otra que la de Dios el Padre, de donde partió la soberana y amorosa iniciativa de nuestra salvación. Pero esa voluntad ha llevado a cabo la obra de «separarnos» para Él y «consagrarnos» a Él *mediante la obediencia de Cristo a la voluntad del Padre* en ofrecerse como sacrificio en expiación del pecado.

(b) Nótese lo de *«el sacrificio del cuerpo»,* donde se pone de relieve el elemento material del sacrificio (comp. con Ro. 12:1, *«vuestros cuerpos»),* como eran los cuerpos de los animales los que eran ofrecidos en sacrificio. Es, además, en el cuerpo donde reside la sangre, que hace expiación por la persona.

(c) La finalidad del sacrificio de Cristo se recalca, una vez más, mediante el adverbio griego *ephápax,* una vez por todas, como en Romanos 6:10 y, en esta misma epístola, aquí y en 7:27 y 9:12.

3. En los versículos 11–14, es ampliado el concepto de finalidad perfecta en el sacrificio de Cristo. También estos versículos deben ser leídos en la NVI para no perder el sentido: *«Día tras día, asiste de pie todo sacerdote y desempeña sus deberes religiosos; una y otra vez ofrece los mismos sacrificios, que nunca pueden borrar los pecados. Pero cuando este sacerdote hubo ofrecido para siempre un solo sacrificio por los pecados, se sentó a la derecha de Dios* (comp. con 1:3). *Desde entonces, está aguardando a que sus enemigos sean puestos por escabel de sus pies, porque con un solo sacrificio ha hecho perfectos para siempre a los que van siendo santificados».*

(A) El primer detalle digno de especial atención es el contraste entre el *«asiste de pie»* del versículo 11 y el *«se sentó»* (aoristo, de una vez por todas) del versículo 12. Esto tiene una relevancia extraordinaria, pues muestra claramente que el sacrificio de Cristo ha terminado para siempre y no puede volver a repetirse. En efecto, cada sacerdote permanecía de pie mientras ofrecía el sacrificio. Sólo podía sentarse cuando, terminado el sacrificio, volvía a su habitación ordinaria. Por tanto, el hecho de haberse sentado Cristo significa que su función sacrificial se acabó. Cristo no vuelve ya más a ofrecerse ni con sus propias manos ni por manos de los sacerdotes, según sostiene erróneamente la Iglesia de Roma. Es cierto que *siempre está vivo* (comp. con Ap. 1:18; 5:6) *para interceder por nosotros* (7:25), pero lo hace *sentado,* como un rey; no como quien ruega, sino como quien manda.

(B) La razón por la que no necesita repetir en modo alguno su único sacrificio es que, por medio de Él, se obtuvo todo lo necesario para la salvación y santificación de los que, de gracia mediante la fe, reciben en sí mismos el fruto del árbol de la Cruz (v. Jn. 3:14, 15, comp. con Nm. 21:9), directamente, sin mediación de ningún sacramento. El autor sagrado lo muestra en el versículo 14: *«Porque con un solo sacrificio ha hecho perfectos* (pretérito perfecto) *a los que van siendo santificados* (presente continuo)», no sólo a lo largo de la presente dispensación, sino también durante todo el proceso de salvación de la vida de cada uno. Lo de *perfectos* significa, como en el versículo 1, tener los pecados perdonados para siempre, pacificada la conciencia, y purificado el corazón, cosas que ninguno de los antiguos sacrificios podía ofrecer.

(C) Por eso, los sacerdotes del antiguo régimen tenían que estar (v. 11) *día tras día … una y otra vez ofreciendo los mismos sacrificios,* ya que *nunca podían borrar los pecados.* El verbo para *borrar* es *perieleín,* quitar en derredor, «como si el hombre estuviera en su contorno totalmente cubierto de iniquidad» (Bartina).

(D) La espera de que habla el versículo 13 no es ansiosa, sino tranquila, pues es solamente cuestión de tiempo. La victoria definitiva de Cristo sobre sus enemigos fue llevada a cabo en la Cruz (Col. 2:14, 15); sólo queda, conforme a Salmos 110:1; 1 Corintios 15:25, que los derrotados enemigos vayan sometiéndose, de grado o por fuerza, hasta *ser puestos por escabel de sus pies.*

4. Los versículos 15–18 corroboran, al citar nuevamente de Jeremías 31:33, 34, la afirmación del versículo 14 de que *una sola ofrenda* de Cristo bastó para el perdón de los pecados. Ya vimos la cita, más

extensa, en 8:8–12. Al autor sagrado le interesa aquí recalcar que *«allí donde se da perdón de pecados, ya no hay lugar para ningún sacrificio más por el pecado»* (v. 18, NVI). Nótese, una vez más, ese «*y sus pecados y sus iniquidades no los recordaré ya jamás»* (v. 17, NVI, siguiendo el orden que los vocablos guardan en el original). Este futuro, como hace notar Bartina, «acentúa la realidad del perdón divino. Dios de tal manera perdona, que no vuelve a reprochar el pecado cometido. Lo olvida. No quiere acordarse más de él, hablando a la manera humana».

Versículos 19–25

El autor sagrado, apoyado en todo lo que acaba de decir, exhorta ahora a los lectores, como lo hizo en 4:14–16, a entrar con entera libertad en el Lugar Santísimo hasta el trono de Dios. Resume primero (vv. 19–21) los factores que confluyen para darnos tal libertad. Hace la exhortación propiamente dicha a acercarnos allá (v. 22). Exhorta finalmente a la perseverancia, al amor mutuo y a la mutua exhortación congregacional (vv. 23–25).

1. El factor decisivo («precioso pasaporte», como lo llama Trenchard) para conseguirnos dicha *libertad* (v. 19, gr. *parrhesían*, como en 4:16, donde puede verse el comentario), es *el derramamiento de la sangre de Jesús* (lo de *Cristo* no está en el original). El griego dice literalmente *«para la entrada de los santos»*, es decir, en los lugares santos, donde se incluye el Lugar Santísimo. Esto es evidente, además, no sólo por el contexto posterior, sino también por el paralelismo con 4:14–16. Nótese que aquí ya se ha roto el velo; no hay, por tanto, separación alguna entre el Lugar Santo y el Santísimo. Su *cuerpo,* ya rasgado para dar salida a la sangre, es como el velo, también rasgado (v. Mt. 27:51); así se abrió el acceso al trono de la gracia. El tercer factor es (v. 21) el sacerdote mismo *sobre la casa de Dios* (comp. con 3:6 y 1 Ti. 3:15).

Es una lástima que las versiones pierdan gran parte del especial sabor que el original ofrece en el versículo 20 y que comienza literalmente como sigue: *«la cual (entrada,* del v. 19) *inauguró para nosotros,* (como) *un camino recién matado* (gr. *prósphaton,* única vez que tal vocablo sale en el Nuevo Testamento) *y viviente …»* (la misma paradoja de Ap. 1:18; 5:6). Si apuramos un poco más la etimología de *prósphaton,* veremos que significa *«recién degollado»* y nos recuerda la forma en que se confirmaba un pacto solemne (v. Gn. 15:10, 17): al partir las víctimas por la mitad y pasar los contratantes por en medio, es decir, por la sangre que afluía al centro. Era, pues, «un camino *recién sacrificado* que daba la seguridad de las bendiciones garantizadas por el pacto» (Trenchard). Y ¿cómo no recordar lo de «*Yo soy el camino …»* (Jn. 14:6)?

2. Viene luego, sobre estos motivos, la exhortación general del versículo 22, que dice así en la NVI: *«Acerquémonos con un corazón sincero y con plena seguridad de fe, teniendo los corazones purificados de una conciencia culpable y teniendo nuestros cuerpos lavados con agua pura».* Analicemos algunos detalles:

(A) El verbo para *«acerquémonos»* (gr. *proserkhómetha)* es el mismo de 4:16; 7:25; 10:1; 11:6; 12:18, 22, y en esta epístola suele tener sentido cultual, como era el acercarse del sumo sacerdote a la presencia de Jehová en el Lugar Santísimo.

(B) La *«plena seguridad de fe»* equivale a una *«creencia completa y segura»,* propia de un *corazón verdadero* (gr. *alethinés),* esto es, *leal, sincero.* Así, pues, *la fe* de que habla aquí el autor sagrado no es la fe mediante la que somos salvos (Ef. 2:8), sino la firme creencia en la realidad y eficacia del sacrificio de Cristo. Dice J. Owen: «La plena seguridad de fe se refiere aquí no a la seguridad que uno tenga de su propia salvación, ni a grado alguno de tal seguridad; es solamente la plena satisfacción de nuestra alma y de nuestra conciencia en la realidad y eficacia del sacerdocio de Cristo para darnos aceptación para con Dios, en oposición a todos los demás métodos y medios».

(C) El original dice a continuación: *«rociados los corazones de mala conciencia»,* «donde se alude a la consagración de Aarón y sus hijos, cuyas vestiduras fueron rociadas con sangre, para que pudiesen entrar en el santuario» (J. Brown). Ese rociamiento les purificaba de la contaminación ceremonial, exterior, pero aquí es un rociamiento interior, del corazón, para purificarlo de los pecados con que una conciencia culpable nos puede acusar delante del tribunal de Dios e impedirnos el acceso digno a su presencia.

(D) Lo de tener *el cuerpo lavado con agua pura* es, para Trenchard, algo representado en el simbolismo de Levítico 8:6; así lo tiene él como «lo más probable». Sería entonces otra manera de decir

que «todo el ser del creyente ha de ser purificado con el valor de la sangre de Cristo aplicada en la potencia del Espíritu Santo». Pero después de lo del rociamiento interior del corazón, este lavamiento del cuerpo parece aludir más bien a un requisito exterior, por lo que tanto los autores catolicorromanos como los evangélicos en general (Brown, Ryrie, F. Hawthrone, etc.) ven aquí una alusión al bautismo de agua (comp. con Hch. 22:16; 1 Co. 6:11; Ef. 5:26; Tit. 3:5; 1 P. 3:21).

3. En los tres versículos restantes de esta sección (vv. 23–25), el autor sagrado exhorta a los lectores, incluyéndose él, a la perseverancia, al amor mutuo y a la mutua exhortación congregacional. Vamos por partes:

(A) Dice el versículo 23 en la NVI: *«Mantengamos inamovible la profesión de nuestra esperanza, porque el que ha hecho la promesa es fiel»*. El griego dice, como en otros lugares, *«confesión»* donde las versiones leen *«profesión»*. Se refiere, de todos modos, al testimonio que hemos de dar de nuestra fe, como en Romanos 10:9, 10; 1 Timoteo 6:13; 1 Pedro 3:15 y, en esta misma epístola, 3:1. Dice Trenchard: «El que se adentra para adorar, ha de salir luego para testificar de las maravillas que el Señor ha hecho con él». Puesto que la fidelidad del Señor en cumplir Su promesa es permanente, también debe ser permanente, más aún, *sin oscilaciones* (gr. *akliné*, que no se dobla, que no se *inclina)* la profesión de nuestra esperanza.

(B) La siguiente exhortación (v. 24) tiene que ver con la relación «horizontal» entre los creyentes: «*Y consideremos cómo podemos incitarnos mutuamente al amor y a las buenas acciones*» (NVI). El sentido del verbo griego *katanoéo*, en las catorce ocasiones en que ocurre en el Nuevo Testamento es de *prestar atención* (sentido intensivo de *katá).* Por tanto, el sentido aquí no es el de «tener consideración» a los otros hermanos, según suele entenderse la frase «tener consideración», sino la de *prestar atención a incitarnos mutuamente …,* como ha captado muy bien la NVI. Es sumamente curioso que el autor sagrado haya usado para expresar la *incitación* aludida el mismo vocablo griego *(paroxusmón)* que usa Lucas al describir el acaloramiento de Pablo y Bernabé en la disputa sobre Marcos (Hch. 15:39). Dicho vocablo no sale en ningún otro lugar del Nuevo Testamento, fuera de esos dos. En el griego clásico indicaba el grado más alto de la fiebre. Podríamos decir que hay una «calentura» mala, como la de Hechos 15:39, y otra buena, como es el caso aquí: el amor mutuo entre los creyentes ha de *ser ferviente* y práctico, no frío y de labios (v. 1 Jn. 3:16–18). Más aún, la *piedad* «vertical» hacia Dios se demuestra prácticamente, se prueba, en el *amor* «horizontal» al prójimo (v. 1 Jn. 4:20). Por eso, menciona el autor sagrado *«las buenas obras»* después del *«amor»*.

(C) Finalmente, la exhortación del versículo 25 tiene matiz claramente «congregacional, eclesial»: *«No desertemos de nuestras reuniones, como suelen hacer algunos, sino animémonos unos a otros, y tanto más, cuanto que veis acercarse el Día»* (NVI). Este versículo requiere especial análisis:

(a) El verbo que la NVI traduce por *«desertemos»* es *enkataleipóntes* (participio de presente, que da idea de un alejamiento continuo), el mismo de Mateo 27:46; Marcos 15:34; 2 Timoteo 4:10, 16, entre otros lugares. Más que un simple «dejar» (RV) es, pues, un modo de «desertar». ¿Qué motivos podían alegar estos creyentes hebreos para no asistir a las reuniones de la congregación? Dice S. Bartina: «Podía ser la desidia y negligencia que, como causa y como efecto, suele aliarse con una fe vacilante y enferma, cual era la de los lectores. Podía ser el egoísmo, aunque fuera con el pretexto de darse más a Dios. Podía ser la soberbia, que rehúye el trato con el pueblo (cf. 1 Co. 11:18–22; Stg. 2:2–6). Podía ser—y es lo más probable—el temor de las persecuciones que se acercaban en el horizonte». Como dice también Trenchard, «no habría mucha diferencia entre las reacciones de los hebreos del primer siglo y la de los españoles en el siglo XX». No es algo exclusivo de los españoles, digo yo, sino de todas las naciones donde la comodidad y el bienestar material han hecho perder el sentimiento de la propia indignidad y de la necesidad de acudir a la presencia de Dios en compañía de nuestros hermanos en la fe. ¿Qué puede esperarse de la inmadurez espiritual? (v. 5:11–14).

(b) Lo contrario de *«desertar»* de las reuniones es aquí, en el pensamiento del autor sagrado, *«reunirse para una mutua exhortación»;* es decir, para animarse mutuamente, de palabra y con el ejemplo, a *mantener inamovible la profesión de la esperanza* (v. 23) y *el fervor del amor mutuo* (v. 24). Aunque el número no lo es todo en nuestras reuniones eclesiales, también es cierto que ayuda a sentirse apoyado y más seguro. Dice Bartina: «El no sentirse aislados ni solos, sobre todo en momentos de peligro, es estímulo y ánimo para ir adelante y no desfallecer».

(c) Este animarse y alentarse unos a otros tenía un matiz de urgencia por la inminencia, siempre presente, *del Dia* (comp. con 1 Co. 3:13; Ef. 4:30; Fil. 1:6, entre otros muchos lugares), que Pablo veía

acercarse rápidamente (v. Ro. 13:11). Esta cercanía de la Segunda Venida del Señor había de estimularles (y a nosotros también) a estar bien preparados para recibirle (comp. con Fil. 4:5, *«¡El señor está cerca!»)*

Versículos 26–39

Esta porción se parece mucho, a mi juicio, a 6:4 y ss. y, contra la unánime opinión de todos los comentarios que conozco, creo que ha de interpretarse de un modo similar. Números 15:24–31 me da la clave para ello, como veremos. En 6:4–8, veíamos unas muy serias afirmaciones; lo mismo en 10:26–31. En 6:9, 10, veíamos una nota optimista; también en 10:32–34. En 6:11, 12, teníamos una exhortación; lo mismo, en 10:35–39.

I. La primera sección que acabamos de señalar (vv. 26–31), puede, a su vez, subdividirse en tres partes: 1) conminación (vv. 26, 27); 2) comparación; 3) confirmación.

1. Dicen así los versículos 26, 27 en la NVI: «*Si continuamos pecando deliberadamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda sacrificio por los pecados, sino sólo una terrible perspectiva del juicio y del fuego ardiente que ha de consumir a los enemigos de Dios*».

(A) Lo primero que atrae mi atención en el versículo 26 es la conjunción griega *gar* (porque), que la NVI ha silenciado. Sin embargo, insinúa, a mi juicio, una conexión con el pecado de los que habitualmente desertan de las reuniones eclesiales. Estos hermanos, inmaduros y carnales, son reprendidos severamente, pero en ningún lugar se dice que no hayan sido salvos.

(B) Para entender el versículo 26, es menester acudir a Números 15:24–31, pues el paralelismo está bien claro si se compara Hebreos 10:29 con Números 15:30, 31. Por tanto, *«pecar deliberadamente»* de 10:26 equivale a *«actuar con soberbia»* (lit. *con mano alta*, Nm. 15:30; Dt. 17:12). Lo mismo en Hebreos 10:26 que en Números 15:31, hay un previo *conocimiento* (gr. *epígnosin*, pleno conocimiento) de la verdad (aquí, de la verdad cristiana; en especial, de lo referente al perfecto sacrificio de Cristo).

(C) Mientras los pecados de ignorancia, debilidad, inadvertencia, etc., eran expiados mediante sacrificios (Nm. 15:24–29), para quienes pecaban *con soberbia*, esto es, por rebeldía, con toda deliberación, no había sacrificio; tales personas *debían ser cortadas de en medio del pueblo de Jehová* (Nm. 15:30, 31). Éste es, pues, también el significado de la frase *«ya no queda sacrificio por los pecados»* en Hebreos 10:26. Dios los va a cortar (comp. con Jn. 15:2, 6; 1 Co. 11:30; 1 Jn. 5:16b) por medio de una drástica disciplina.

(D) Recordemos lo dicho en el comentario a 3:19: Los israelitas salidos de Egipto eran salvos *por fe* en la eficacia de la sangre del Cordero Pascual, con la que se habían rociado los postes y el dintel de las casas respectivas, pues esa sangre tipificaba la del Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Jn. 1:29). Las rebeldías posteriores no quitaban la salvación eterna, una vez adquirida, aunque en casos como el que llevamos entre manos exigiesen la imposición de la pena capital. Por tanto, *ser cortado de en medio del pueblo* no equivale a *ser condenado eternamente.* Así pues, también en Hebreos 10:26, el *no quedar más sacrificio* no equivale a que hayan sido excluidos del valor que la Obra de la Cruz tuvo para salvación eterna de ellos (comp. el v. 29 con 6:6b). De lo contrario, probaría demasiado (lo mismo que en 6:4), ya que para un falso profesante siempre queda abierto el acceso al perdón, con tal de que, en algún momento, escuche la invitación del Salvador (v. Jn. 6:35; Ap. 22:17) y cambie de mentalidad.

(E) La cosa parece ponerse más difícil por lo que añade el versículo 27: *«sino sólo (queda) una terrible perspectiva del juicio y del fuego ardiente que ha de consumir a los enemigos de Dios»*. Pero es menester hacer las siguientes observaciones:

(a) Los lectores hebreos estaban familiarizados con casos como los de Nadab y Abiú (Lv. 10:1, 2) y los 250 hombres que ofrecían el incienso (Nm. 16:35), todos los cuales fueron consumidos por el fuego. Aunque, en muchos casos parecidos, se mencione incluso el *Seol*, no puede hablarse de condenación eterna, conforme al principio establecido en (D).

(b) Dios es mencionado como *«fuego consumidor»* (12:29), aun para los suyos. Nótese la repetida mención del fuego en 1 Corintios 3:13.

(c) La *terrible perspectiva del juicio* entra dentro de lo que Pablo llama *«temer al Señor»* (2 Co. 5:11), en un contexto inmediatamente posterior al de la presentación ante su tribunal. No todo será «gozo» allí; si cabe vergüenza (v. 1 Jn. 2:28b), también puede caber *miedo* para los creyentes que aquí han sido rebeldes.

(d) El vocablo que la NVI traduce por *enemigos,* y la RV por *adversarios,* es en griego *hupenantíous,* que significa literalmente *los que se oponen.* El vocablo griego sólo sale aquí y en Colosenses 2:14. No se trata, pues, necesariamente de la *enemistad del inconverso,* sino de la *oposición del creyente carnal.*

2. Los versículos 28 y 29 establecen un contraste parecido al que vimos en 2:2, 3. El versículo 28 nos recuerda el principio normativo expuesto en Deuteronomio 17:2–6: *La violación de la ley de Moisés* (dada por mano de Moisés) *era sancionada, sin compasión, con la muerte.* Al hacer una comparación con este castigo, continúa diciendo el autor sagrado (v. 29): *«¿Cuánto peor castigo pensáis que merecerá el que pisoteó al Hijo de Dios y juzgó común* (es decir, *inmunda) la sangre del pacto en la que fue santificado* (esto es, puesto aparte para ser del pueblo de Dios) y *ultrajó al Espíritu de la gracia?»* (traducción literal). Analicemos este versículo 29, pues el versículo 28 no necesita mayor explanación:

(A) El autor sagrado hace ver aquí que el pecado deliberado al que viene refiriéndose desde el versículo 26 es un insulto grave (a) al Hijo de Dios, equivalente a *pisotearle,* (b) a Dios Padre, quien le santificó al rociarle con *la sangre del pacto;* y (c) *al Espíritu Santo,* a cuya *gracia resiste* (comp. con Ef. 4:30). Compárese esto con las siguientes frases de Números 15:30, 31: *«Mas la persona que hace algo con soberbia … ultraja a Jehová … tuvo en poco la palabra de Jehová y menospreció* (lit. *quebrantó) su mandamiento».* La semejanza es evidente; sin embargo, el castigo es allí la pena de muerte, no la condenación eterna, según lo repetidamente explicado.

(B) Dos pequeños detalles pueden ayudar a prestar apoyo a la opinión que sostengo: (a) Para *«castigo»,* el autor sagrado no usa el término acostumbrado *kólasis,* sino *timoría* (única vez que sale este vocablo, pero véase el verbo de la misma raíz en Hch. 22:5; 26:11), cuyo exacto significado es el de *imponer una pena que ayude* a entrar en razón. (b) El verbo griego *haguiázo,* que aquí usa el autor sagrado, significa (sobre todo, por el contexto, *la sangre del pacto)* una dignación especial de Dios al rociarle con la sangre del pacto y separarle así para formar parte de Su pueblo. Véanse los equilibrios difíciles que los autores (Brown, Trenchard) tienen que hacer para dar una explicación que cuadre con la situación de un inconverso. Para Bartina, la cosa es sencilla, pues siendo catolicorromano, admite que la salvación se puede perder por un solo pecado «mortal». Pero la Escritura no admite la pérdida de la salvación, una vez adquirida de veras.

3. El autor sagrado confirma con un par de citas (v. 30) lo que viene diciendo, para concluir (v. 31) con una afirmación que, con razón, se traduce en forma de exclamación: *«¡Terrible cosa es caer en las manos del Dios viviente!»* (NVI).

(A) La primera cita es de Deuteronomio 32:35: *«Mía es la venganza; yo retribuiré»* (NVI). El original no trae lo de *«dice el Señor»* (RV). El apóstol Pablo cita también este lugar en Romanos 12:19 para exhortar al perdón de las injurias. Pero el autor de *Hebreos* lo cita para poner de relieve que Dios mismo, y no otro, es el que ha de castigar a quienes le desprecian.

(B) La segunda cita está tomada del versículo siguiente (Dt. 32:36; v. también en Sal. 135:14): *«El Señor juzgará a su pueblo».* El sentido de la frase en ambos lugares es que Jehová hará justicia a su pueblo. En cambio, aquí significa que castigará a los que, de su pueblo, le sean rebeldes. Nótese que, según el autor de *Hebreos,* todavía los llama «Su pueblo».

4. Los versículos 32–34, a semejanza de 6:9, 10, contienen una nota optimista. Esta vez, la nota no es de esperanza para el futuro como en 6:9, 10, sino de recordatorio del pasado. Dicen así los versículos 32–34 en la NVI: *«Recordad aquellos primeros días después que recibisteis la luz del Evangelio, cuando aguantasteis un duro combate arrostrando grandes padecimientos. A veces estabais públicamente expuestos a la afrenta y a la persecución; otras veces, compartíais los riesgos de los que se hallaban en circunstancias parecidas. Porque sentíais como propios los sufrimientos de los encarcelados y aceptabais con alegría la confiscación de vuestros bienes, porque sabíais que vosotros tenéis mejores y más duraderas posesiones».* Dos cosas son las que aquí se ofrecen a nuestra consideración: (A) el conjunto de hechos históricos que subyacen a esta descripción del autor sagrado; (B) el objetivo que persigue al traerles todo esto a la memoria a sus lectores.

(A) En cuanto a los hechos, vemos que los hebreos a quienes se dirige el autor sagrado habían padecido persecución, exposición a las burlas del público, como lo eran los cristianos en Roma, confiscación de los bienes, etc. Que no habían sufrido todavía daño corporal, se ve por 12:4. En tan difíciles circunstancias, los lazos del amor fraternal se habían mostrado muy fuertes, pues se habían arriesgado en lo mismo que los demás hermanos sufrientes y habían compartido el sufrimiento de los

hermanos encarcelados, a quienes visitarían con frecuencia y ayudarían con exhortaciones espirituales y con bienes materiales.

(B) El objetivo que el autor sagrado persigue con este recuerdo es animar a los lectores a no decaer de aquel estado de fervor espiritual, del «primer amor» (Ap. 2:4), como parece ser que lo estaban haciendo. La seria y solemne advertencia de los versículos 26–31 da a entender que, si no todos, algunos del grupo al que va dirigida la epístola, habían bordeado el límite entre el creyente carnal y el profesante inconverso. Que eran *creyentes* lo confirma, una vez más, el verbo griego *photisthéntes* (lit. *iluminados,* en participio de aoristo pasivo), que ya en los primeros siglos se aplicaba, no sólo a los que habían recibido la luz del Evangelio (como traduce libremente la NVI), sino a los que habían sido bautizados. Si, como sostienen la mayoría de los autores, el autor ha descrito, con las negras tintas de los versículos 26–31, el estado del apóstata, más bien que el de un creyente extremadamente carnal y rebelde, este recordatorio de los versículos 32–34 serviría para decir algo así como: «Mirad a lo que habéis estado expuestos», más aún que: «Mirad de dónde habéis caído».

(C) Este recordatorio es conveniente para todos los creyentes y en todas las épocas de la Iglesia. Es notorio el caso de congregaciones que, en épocas de persecución, han mostrado gran fidelidad al Señor y ferviente amor a los hermanos y, no mucho tiempo después, pasada la tormenta, se han relajado hasta llegar a los últimos extremos de la carnalidad. Que éste era el caso de los hebreos a quienes va dirigida la epístola, se ve, no sólo por lo que el autor sagrado lleva dicho, sino también por lo que le queda por decir (v. por ej., 12:4, 5, 12, 13). Esto tiene una explicación psicológica: Durante la persecución, como en la guerra, el estímulo a resistir se reviste con caracteres de heroísmo; en la paz del hogar tranquilo, sin oposición de fuera, no se entrevén motivos para acciones heroicas que demanden una condecoración. Parece como si el esfuerzo primero hubiese agotado las reservas de energía. No es difícil ofrecer el pecho a una bala enemiga, para dar la vida de una vez; pero darla gota a gota, en el cumplimiento del anodino deber cotidiano, cuesta mucho más. Por eso se ha dicho, con bastante dosis de verdad, que el mal estado de cosas se debe, más que al esfuerzo de los malos, al cansancio de los buenos.

5. La exhortación, ya implícita en los versículos 32–34, se hace explícita en los versículos 35–39 con que acaba el capítulo. Veámoslos en la NVI que da bien el sentido: *«Así que no arrojéis por la borda vuestra confianza, la cual será ricamente recompensada. Tenéis necesidad de constancia* (gr. *hupomonés,* paciencia bajo circunstancias adversas), *para que, cuando hayáis cumplido la voluntad de Dios, podáis recibir lo que Él ha prometido. Pues tras de un poco de tiempo, muy poco, el que está llegando vendrá y no llegará tarde. Pero mi justo vivirá por fe. Y si se vuelve atrás, no me complaceré en él. Pero nosotros no somos de los que se vuelven atrás y son destruidos, sino de los que creen y son salvos»*.

(A) El verbo *apobállo,* que sale únicamente aquí y en Marcos 10:50, significa *arrojar de sí algo,* como bien ha traducido la NVI. El autor sagrado viene a decir, pues, a sus lectores: «Está muy bien que os hayáis desprendido de vuestros bienes materiales, pero ¡no os desprendáis de vuestra confianza!» En este contexto, el conocido término *parrhesía* significa el denuedo para adherirse a Cristo en medio de todas las dificultades que les asedian (v. 12:1, 2). Dice Bartina: «No han apostatado, no han perdido la fe ni la esperanza; las conservan. Pero corren peligro de perderlas. Y será la pérdida del mejor tesoro».

(B) Como hemos explicado en el punto 4, apartado (C), cumplir a diario la voluntad de Dios es más difícil que arrostrar la muerte por Él durante lo más recio de una persecución; hace falta aguante continuo. Por eso les dice: *«Tenéis necesidad de constancia, para que cuando hayáis cumplido la voluntad de Dios, podáis recibir lo que Él ha prometido»* (v. 36, NVI) El que siembra con lágrimas segará con regocijo (comp. con Ro. 5:1–5; 2 P. 1:4–11).

(C) Después de todo, el tiempo se pasa rápidamente y «*el que está llegando vendrá y no llegará tarde»*. El autor sagrado cita de Habacuc 2:3b y adapta a Cristo lo que Habacuc dice de Jehová. *«El que está llegando»* (gr. *ho erkhómenos)* es el epíteto que desde el Antiguo Testamento se daba al Mesias venidero (v. Mt. 11:3; 21:9; 23:39; Mr. 11:9, 10; Lc. 7:19, 20; 13:35; Jn. 1:27; Ap. 1:4, 8; 4:8). Ya hemos dicho muchas veces que la Iglesia primitiva vivía en expectación constante de la Segunda Venida del Señor. Si parece retrasarse, es para dar tiempo al arrepentimiento (v. 2 P. 3:9).

(D) Por tercera y última vez, aparece en el versículo 38 la cita de Habacuc 2:4: *«mi justo* (dice aquí) *vivirá por fe»*. Como dice Graham Scroggie, el énfasis cae aquí en *vivirá,* mientras que en Romanos 1:17 cae en *justo,* y en Gálatas 3:11 cae *en fe.* Conviene observar, además, que de los muchos matices que el vocablo *fe* encierra (siempre, sobre el concepto de *seguridad),* el matiz que destaca en *Hebreos* (v. 11:1, como lugar clave) es el de *confianza* en las promesas de Dios. La esperanza de estas promesas divinas es

lo que da *vida* a la fe del cristiano, tomada como una actitud para afrontar la vida con todas sus dificultades. No es, pues, el matiz de medio subjetivo de justificación (comp. con Ef. 2:8) el que aquí se contempla.

(E) El autor de *Hebreos* trueca el orden de las frases en Habacuc 2:4, y al seguir la versión de los LXX, traduce la primera parte del versículo por *«Si se vuelve atrás* (es decir, si se retrae por cobardía), *no me complaceré en él* (lit. *no se complacerá mi alma en él)».* El cambio obrado por los LXX sobre el texto hebreo es muy considerable, pero le sirve admirablemente al autor de *Hebreos.* El texto hebreo dice: *«¡Mira! Está hinchado* (es decir, es un arrogante); su *alma no es recta en él»* (lit.). *«El que se vuelve atrás por cobardía»* es, pues, lo contrario del que tiene el *denuedo suficiente para aguantar pacientemente* todas las adversidades (v. 35), con el vigor renovado que le presta la fe.

(F) Pero el autor sagrado no quiere terminar el capítulo con una nota triste, cuando se dispone a presentar la galería de héroes de la fe (cap. 11); prefiere animar a sus lectores, incluyéndose entre ellos (v. 39): *«Mas nosotros no somos de retraimiento para ruina, sino de fe para ganancia de alma»* (lit.). Como si dijese: «no pertenecemos al grupo de los que se retiran cobardemente, sino del partido de los que tienen fe para hacerse con lo que vale más que el mundo entero: la salvación del alma, es decir, de la persona entera» (comp. con Mt. 16:26; Mr. 8:36; Lc. 9:25). Para «retraimiento», el autor sagrado usa *hupostolés,* de la misma raíz que el verbo usado en el versículo 38 para «volverse atrás». El vocablo griego para «ganancia» es *peripoíesis,* como en Efesios 1:14; 1 Tesalonicenses 5:9; 2 Tesalonicenses 2:14 y 1 Pedro 2:9. El verbo de la misma raíz sale en Lucas 17:33; Hechos 20:28 y 1 Timoteo 3:13.

CAPÍTULO 11

En este capítulo, para estimular mejor a los lectores a caminar con denuedo por el camino de la fe, el autor sagrado describe, como en una grandiosa galería de cuadros, numerosos ejemplos de héroes de la fe en el Antiguo Testamento, de los que destacan Abraham y Moisés. I. Ofrece primero una definición de la fe, según el preciso matiz que ya hemos explicado (v. 1). II. Presenta luego varios ejemplos de personajes del Antiguo Testamento, que cultivaron esta clase de fe. 1. En general (vv. 2, 3); 2. desde Abel a Noé (vv. 4–7); 3. se detiene especialmente en el ejemplo de Abraham (vv. 8–19). 4. Pasa luego a presentar brevemente el de Isaac, Jacob y José (vv. 20–22). 5. Vuelve a detenerse en el ejemplo de Moisés (vv. 23–29). 6. Sin nombrar a Josué, presenta el ejemplo de la fe del pueblo en la toma de Jericó y de la de Rahab la ramera que escapó, por su fe, de la destrucción (vv. 30, 31). 7. Menciona rápidamente algunos otros nombres, y expone en especial sus hazañas de fe (vv. 32–38). 8. Termina declarando que Dios ha provisto para nosotros algo mejor (vv. 39–40), por lo que tenemos una responsabilidad especial en correr con paciencia la carrera que tenemos delante (vv. 1 y 2 del capítulo siguiente).

Versículo 1

El autor sagrado terminó el capítulo 10 diciendo que *nosotros somos del grupo de los que tienen fe,* en sentido de plena confianza en las promesas de Dios, pues éste es el matiz de fe que se destaca en toda la epístola. Y es según ese matiz como expone ahora la definición de fe como *«la firme seguridad de las realidades que se esperan, la prueba convincente de lo que no se ve»* (RV 1977). Analicemos palabra por palabra esta rica definición:

1. Para *«firme seguridad»,* el griego tiene *hupóstasis,* el mismo vocablo que usó el autor sagrado para describir *«el ser real»* de Dios en 1:3. Es este concepto de «realidad» (latín *substantia),* que subyace bajo la movilidad cambiante de las cosas que nos rodean, lo que da a la fe *la firme seguridad* que posee. Esta seguridad es tal que hace ver como presentes las promesas que esperamos. Podemos decir con el apóstol: «*Yo sé a quién he creído»* (2 Ti. 1:12b).

2. Las cosas que *se esperan* (en participio de presente continuativo) son, según el autor sagrado *prágmata* (v. en esta misma epístola, en 6:18; 10:1), es decir, no son meras ideas, ilusiones ni conjeturas, sino algo concreto, real; «práctico»—diríamos, siguiendo la etimología—. Son *realidades,* porque están fundamentadas en la Palabra de Dios, que no puede dejar de cumplirse.

3. Añade el autor sagrado que la fe es *«prueba convincente de lo que no se ve»*. El vocablo griego que traducimos por *«prueba convincente»* es *élenkhos*, única vez que tal término ocurre en todo el Nuevo Testamento, pero el verbo correspondiente *(elénkho)* ocurre 18 veces, y en todas ellas (v. especialmente Jn. 3:20; 8:9, 46; 16:8) la idea es de *presentar una prueba convincente.* Al comentar este versículo, hace ver Juan el Crisóstomo la aparente paradoja de que la fe presente una *evidencia de lo que no se ve* (v. en Rouet de Journel, n.º 1.223). Conviene advertir que la certeza es de dos clases: (A) *científica,* cuando la realidad es patente al observador; ésta es incompatible con la fe, pues la fe requiere que el objeto no sea visto; (B) *de fe,* cuando la realidad se impone, no por observación sensorial, sino por la autoridad del sujeto que la afirma (Dios), el cual no puede engañarse (es infalible) ni engañarnos (es fiel).

Versículos 2–3

1. Dice el versículo 2 en la NVI: *«Esto es lo que sirvió para acreditar a los personajes de la antigüedad»* (lit. *los ancianos).* Estos personajes son los antepasados de Israel, y de ellos se dice aquí que *se acreditaron* o fueron dignos de alabanza y buen testimonio precisamente *por haber creído firmemente las cosas que no veían y haber actuado en consecuencia* (éste es el enlace obvio con el v. 1).

2. El versículo 3 debe leerse como en la NVI, pues la mayoría de las otras versiones trastornan el sentido del original: *«Por la fe entendemos que el Universo fue formado a una voz de Dios, de forma que lo que se ve no fue hecho de lo que tiene apariencia exterior»*. Será necesario hacer algunas aclaraciones:

(A) El verbo para *«entendemos»* es *nooúmen,* porque *creer* es también *pensar.* La fe, es cierto, es de lo que no se ve, pero la revelación de Dios nos da luz para entender lo que no podríamos dejados a merced de nuestras luces naturales. Es el mismo verbo que usa Pablo en Romanos 1:20 para decir que *las cosas invisibles de Dios se contemplan al entenderlas por medio de las cosas hechas.*

(B) Por cierto, este versículo parece contradecir lo que Pablo dice en ese lugar de Romanos 1:19, 20, donde el apóstol apela, no a la fe, sino a la razón, para inferir la existencia de un poder creador divino, con lo que aun los paganos que carecen de revelación quedan sin excusa. Pero nótese bien la diferencia: En Romanos 1:19, 20, se trata sólo de inferir la *existencia* del Creador; aquí se habla de *cómo fue organizado el Universo.*

(C) En efecto, el autor sagrado no usa el verbo «crear», sino el griego *katartízo* (organizar, aderezar, equipar), que ya conocemos y que, entre más de una docena de lugares, sale en esta misma epístola en 10:5 y 13:21. Tratándose de la organización del Universo, no de la primera creación de la materia, el autor no intenta mostrar la creación *de la nada,* sino sólo que la formación del Universo, la creación *segunda* (como se la suele llamar), llegó a existir en virtud de la invisible palabra de Dios, *«de forma,* dice (o, mejor, *con el fin de) que no de lo aparente resultara lo visible»* (lit.). Dice Bartina: «Expresa finalidad y también, por el sentido, consecución».

(D) El autor sagrado, pues, no afirma explícitamente que la primera formación del mundo fuese *de la nada.* Tampoco lo niega, pues la creación de la nada formaba parte del pensamiento judío, al menos en la época en que se escribió *Hebreos,* ya que tal idea aparece explícitamente en 2 Macabeos 7:28, libro que los evangélicos no tenemos por canónico, pero que, como libro histórico, refleja el pensamiento judío. Por lo demás, véase el comentario al capítulo primero del Génesis.

Versículos 4–7

Comienza aquí la galería de héroes de la fe en el Antiguo Testamento. El autor sagrado menciona aquí a Abel, Enoc y Noé, para asentar también un principio general sobre la necesidad de la fe para agradar a Dios.

1. Dice el versículo 4 en la NVI: *«Por la fe, ofreció Abel a Dios un sacrificio mejor que el que le ofreció Caín. Por la fe, fue acreditado como hombre justo, pues Dios habló bien de sus ofrendas. Y por la fe, todavía habla, aun a pesar de que está muerto».*

(A) Vemos que tanto Abel como Caín recibieron de sus padres la información necesaria acerca de los sacrificios (al menos, con base en Gn. 3:21), pero, como sabemos por Génesis 4:4 y ss., Dios se agradó de los sacrificios de Abel, pero no de los de Caín. Aunque los de Abel pudieron ser *mejores,* simplemente por ser de lo más escogido del ganado, es probable que Caín prefiriese hacerlo *a su modo,* en lugar de seguir la pauta indicada por Dios.

(B) Lo de *«por la fe fue acreditado como hombre justo»* es una frase parecida a la de Génesis 15:6 con respecto a Abraham, y está de acuerdo con la doctrina expuesta por el apóstol en Romanos capítulos 3 y 4 sobre la justificación por la fe.

(C) Al decir que *Dios habló bien de sus ofrendas*, el autor sagrado tiene por palabras de Dios mismo lo que dice la Escritura (Gn. 4:4).

(D) Al asegurar que *«por la fe habla, a pesar de estar muerto»*, el sentido de la frase es que *la sangre derramada en tierra* (Gn. 4:10) era como una voz de Abel, más elocuente que todas las palabras, que daba testimonio de que su muerte se debía, en último término, a la fe con que había ofrecido a Dios los sacrificios que Dios mismo requería. Éste es el riesgo que, frente al mundo, corren quienes, aferrados a su fe, vencen al mundo aun en el caso de que tengan que dar la vida por esa misma fe (v. 12:24, para otro sentido del clamor de la sangre de Abel).

2. Al pasar luego a Enoc, leemos en el versículo 5: *«Por la fe, fue Enoc arrebatado de este mundo, de modo que no experimentó la muerte; y no se le pudo encontrar, porque Dios se lo había llevado. Pues antes de ser trasladado, fue recomendado como quien había agradado a Dios»* (NVI). Génesis 5:21–24 nos muestra que la fe de este patriarca se expresó en su *caminar con Dios* en una íntima comunión, por fe, con su Hacedor. El autor sagrado deduce de este agrado de Dios que Enoc vivía por fe, pues (v. 6) *«sin fe es imposible agradar a Dios»*. Comenta Trenchard: «Este "caminar" (de Enoc) se llevó a cabo, no en la soledad de una vida de anacoreta, sino en medio de la vida familiar, en la que "engendró hijos e hijas"».

3. Este caso de Enoc, como ya hemos aludido, lleva al autor sagrado a asentar un principio general (v. 6*): «Y sin fe es imposible agradar a Dios, porque cualquiera que se llega a Él, debe creer que existe y que premia a los que le buscan con empeño»* (NVI).

(A) El argumento del autor es el siguiente: Todo el que se acerca al Dios invisible, busca en Él dos cosas fundamentales: perdón y bendición. Por tanto, es menester que crea (puesto que no lo ve), no sólo en la existencia de ese Dios, sino también en su providencia amorosa para con aquellos que le buscan. De ahí la necesidad absoluta de la fe para agradar a Dios, pues sólo el que acepta por fe la revelación divina, *certifica* (lit. *pone el sello) que Dios es veraz* (Jn. 3:33).

(B) La última frase del versículo 6 parece dar a entender que la búsqueda de Dios (aun por la fe) es de carácter egoísta, «por el premio que Dios ofrece». Pero el verdadero creyente sabe que ese «premio» consiste, en primer lugar, en participar de una comunión más íntima con el Señor y en ser promovido a un servicio superior al que en este mundo le ha rendido (v. por ej., Mt. 25:21; Lc. 19:17).

4. De ahí pasa el autor sagrado brevemente al caso de Noé (v. 7): *«Por la fe Noé, cuando fue avisado de la catástrofe que aún no se vería venir, con religioso temor fabricó un Arca para salvar a su familia. Por su fe condenó al mundo y se hizo heredero de la justificación que se alcanza por la fe»* (NVI).

(A) El ejemplo de Noé es ya más explícito que el de Abel y Enoc, pues de él se nos dice aquí que fue *avisado* por Dios; tuvo, pues, revelación de parte de Dios de los planes que Dios tenía para acabar con la humanidad perversa y para salvarle a él y a su familia de la catástrofe. La fe de Noé adquiere, pues, una nueva dimensión como firme asentimiento a una declaración explícita de Dios.

(B) Es curioso que el autor use aquí el verbo *khrematízo* para expresar ese *aviso* de parte de Dios, pues el sentido original de dicho verbo es de *hacer una transacción o negociar* (de ahí el castellano «crematística»). El sentido aquí es de tener frecuente trato con Dios.

(C) Así fue, pues, cómo Noé alcanzó para sí y para su familia *la salvación de la catástrofe* del Diluvio. El apóstol Pedro toma esto como *símbolo del bautismo* (1 P. 3:21; v. el comentario a este lugar).

(D) Entendemos que por la fe se hiciese Noé *heredero* (es decir, partícipe) *de la justificación que se alcanza por la fe*, pero, ¿qué significa eso de que *«por esa fe condenó al mundo»?* Hay quienes piensan que el mero hecho de fabricar el Arca, exponiéndose a las burlas de sus coetáneos, pues no se veía asomo de lluvia, era ya una condenación del mundo, pero es mucho más probable que el autor sagrado se refiera a la predicación de Noé, conforme a lo que insinúan 1 Pedro 3:20; 2 Pedro 2:5. Dice J. Brown: «Pienso que la presente declaración, según es explicada en la epístola (es decir, 2 P. 2:5) de Pedro, nos da pie para concluir que Noé proclamó públicamente el aviso que había recibido de Dios, que reprochó a los coetáneos su perversidad, les invitó al arrepentimiento y, al continuar ellos en el pecado, les anunció la terrible sentencia de una destrucción común y universal».

Versículos 8–19

Llegamos ya al ejemplo de Abraham, uno de los dos principales que se comentan en este capítulo (el otro es el de Moisés). La fe de Abraham recibe su encomio en tres puntos: I. En su obediencia al llamamiento de Dios (vv. 8–10). II. En cuanto a admitir la promesa de Dios de que, a pesar de la esterilidad de su esposa y de la avanzada edad de ambos, habían de tener una descendencia numerosa (vv. 11, 12). III. En cuanto a reconocer, ante el mandato divino de sacrificar al hijo de la promesa, que Dios tenía poder para resucitarle de los muertos (vv. 17–19). Al hacer un alto, el autor sagrado muestra que todos estos héroes de la fe creían en una patria de ultratumba (vv. 13–16).

1. Comienza el autor sagrado (v. 8) ponderando la fe de Abraham al obedecer el llamamiento de Dios (v. Gn. 12:1 y ss.), y salir de su patria *sin saber el lugar de destino,* pues Dios no se lo dijo. El hecho de que tanto él como su hijo Isaac y su nieto Jacob *moraran en tiendas* (v. 9) mientras habitaban (gr. *parókesen,* la misma raíz que *el forasteros* de 1 P. 2:11), era una prueba de que no pensaban tener allí residencia permanente, sino que tenían los ojos de la fe puestos (v. 10) en una *ciudad de firmes cimientos, cuyo arquitecto* (planeador) y *constructor es Dios* (NVI). La mención de *los cimientos firmes,* sólidos, en comparación con las frágiles y transportables tiendas de campaña, da a entender una ciudad eterna, construida por el Dios viviente (v. 16) para residencia permanente de quienes han de vivir para siempre en comunión íntima con Él (comp. con Ap. 21:3).

2. Viene luego la mención de Sara, estéril y anciana, pero (aunque al principio se rió) *creyó que Dios era fiel para cumplir su promesa* (v. 11). Puesto que creyó, *recibió poder para concebir.*

3. La misma fe capacitó a Abraham para procrear y alcanzar una descendencia innumerable como las estrellas y la arena de la playa (v. 12), a pesar, dice, de *estar ya muerto en cuanto a esto,* en cuanto a sus funciones reproductivas, no en cuanto a su vitalidad en general, pues todavía vivió otros 75 años más.

4. Al llegar aquí, el autor sagrado intercala un paréntesis (vv. 13–16) para insistir en que estos patriarcas se consideraban *extranjeros y peregrinos* (este segundo vocablo es el mismo que Pedro usa en 1 Pedro 2:11, también en segundo lugar) en esta vida, al aspirar a la patria *celestial* (v. 16). Hay varios detalles en estos versículos que convendrá aclarar:

(A) La primera prueba que el autor sagrado aporta de la fe de estos patriarcas en la ciudad celestial es que seguían creyendo en ella, a pesar de que, uno tras de otro, *iban muriendo* (v. 13) *sin haber recibido lo prometido.*

(B) Que lo creían está claro por las actitudes que adoptaban: (a) *«mirando de lejos lo prometido y saludándolo por fe»* (v. 13, comp. con Jn. 8:56); (b) *«confesándose extranjeros y peregrinos sobre la tierra»;* en efecto, una y otra vez aparece en el griego de los LXX el verbo *paroikéo,* habitar como peregrino, y la frase *ten guen tes paroikéseos,* la tierra de la peregrinación (v. por ej., Gn. 17:8; 23:4; 28:3, 4); (c) al suspirar por otra patria (v. 14), ciertamente no se referían a la que abandonaron al salir para peregrinar, puesto que *tuvieron suficiente tiempo para volver* (v. 15); (d) finalmente, que se referían a la patria celestial, eterna (v. 16), se echa de ver en que *Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos,* aun después de haber muerto ellos (v. por ej., Gn. 26:24; 28:13; Éx. 3:6, 15; 4:5), de donde el propio Señor Jesucristo tomó pie para demostrar la futura resurrección (v. Mt. 22:32; Mr. 12:26; Lc. 20:37).

5. En los versículos 17–19, el autor sagrado habla de la fe que ejercitó Abraham cuando Dios le ordenó sacrificar a su hijo Isaac: *«Por la fe Abraham, cuando Dios le puso a prueba, ofreció a Isaac en sacrificio. El que había recibido las promesas estaba a punto de sacrificar a su único hijo, a pesar de que Dios le había dicho: Por Isaac te vendrá la prometida descendencia. Abraham se hizo a sí mismo la reflexión de que Dios tenía poder para resucitar a los muertos y, por decirlo así, es como si hubiese recobrado simbólicamente a Isaac de entre los muertos»* (NVI). Este último versículo, el 19, es el que requiere algunas aclaraciones:

(A) Al leer la narración de Génesis 22:1–19, nos percatamos de la fe que Abraham mostró antes de emprender el último trecho del camino que conducía al monte Moria, donde se le había mandado ofrecer a Isaac en sacrificio, puesto que dijo a sus siervos (v. 5, al final): «*y volveremos a vosotros»,* en plural, a pesar de que habría vuelto él solo si Isaac hubiese muerto y Dios no lo hubiese resucitado.

(B) El texto sagrado dice que, efectivamente, Abraham *ofreció a Isaac en sacrificio.* El verbo está en pretérito perfecto, como para indicar un acto pasado cuyo efecto continúa. Dice Bartina: «Abram *ofreció (prosenénokhen,* en perfecto, e indica el acto plenamente realizado en el interior de su corazón) *a Isaac».* Es cierto que no llegó a *inmolarlo,* pero sí a *ofrecerlo.*

(C) De modo que es *como si hubiese recobrado simbólicamente a Isaac de entre los muertos.* No lo recobró literalmente, puesto que no llegó a morir, pero sí *simbólicamente* (lit. *en figura;* gr. *en parábola,*

el mismo vocablo de 9:9). Para percatarse de esta figura, por la que el sacrificio de Isaac venía a ser *tipo* del sacrificio de Cristo en su muerte y en su resurrección, es preciso leer atentamente Génesis 22:10–13. Es cierto que no puede hallarse aquí un *tipo perfecto* del sacrificio de Cristo, pero sí hay una sombra bien esbozada si unimos en un solo ser la simbólica resurrección de Isaac con la literal inmolación del carnero. Dice Trenchard: «Isaac se halla atado sobre la leña y sobre su cuerpo se alza el cuchillo del sacrificador, momentos más tarde el cuerpo del carnero sangra sobre el altar, mientras que Isaac se halla lleno de vida, libre de las cuerdas que le sujetaban a los efectos del sacrificio de muerte».

Versículos 20–22

Brevemente se refiere el autor sagrado, en estos versículos, a la fe que ejercitaron respectivamente Isaac, Jacob y José.

1. «Por la *fe* (v. 20), *bendijo Isaac a Jacob y* a *Esaú, puesta la vista en el futuro de ambos»* (NVI). Al hacer caso omiso de las intrigas que desembocaron en esta bendición de Isaac a sus dos hijos, el autor sagrado sólo hace notar que fue *por fe como bendijo a Jacob y a Esaú* (por este orden), *puesta la vista en el futuro de ambos,* pues aunque otorgó a Jacob la bendición que correspondía al primogénito (Gn. 27:27–29), también hubo para Esaú un asomo de bendición y, por cierto, con profecía a larga distancia de tiempo (v. Gn. 27:39, 40, comp. con 2 R. 8:20–22), teniendo en cuenta que esos dos versículos de Génesis 27:39, 40 deben leerse en la NVI o en la *Biblia de las Américas,* que dan la traducción más probable.

2. *«Por la fe* (v. 21), *bendijo Jacob, cuando estaba para morir, a los dos hijos de José, y se prosternó en adoración apoyándose en la extremidad de su báculo»* (NVI). El autor sagrado ha unido aquí en uno dos episodios distintos: (A) Génesis 48:20, que trae la bendición; (B) Génesis 47:31, que trae la adoración. El autor sagrado ha tomado este segundo de los LXX, que habla de la extremidad, cabeza o puño del *báculo,* donde el texto hebreo, según la puntuación masorética (que no es infalible), dice *cabecera del lecho.* En todo caso, lo que nos interesa es que, en ambos casos, Jacob actuó por fe: En 47:31, al creer firmemente que Dios le daría la Tierra Prometida a su descendencia, pues mandó a José que le enterrase con sus padres, es decir, en Canaán. En 48:20, al creer con la misma firmeza la revelación que le fue hecha acerca del porvenir de las dos tribus de Efraín y Manasés.

3. El versículo 22 se refiere a José: *«Por la fe mencionó José, cuando ya se acercaba al fin de su vida, la salida de los israelitas de Egipto y dio instrucciones sobre lo que había de hacerse con sus restos mortales»* (NVI). El autor sagrado hace aquí referencia a Génesis 50:24, 25 (comp. con Éx. 13:19), donde la fe de José se echa de ver en que, antes de morir, al creer firmemente la promesa hecha a sus padres, mandó que sus restos mortales (lit, *sus huesos)* fuesen trasladados a Canaán cuando los israelitas saliesen de Egipto en dirección a la Tierra Prometida.

Versículos 23–29

Llegamos ya a otra gran sección acerca de uno de los dos principales personajes del Antiguo Testamento que brillaron por su gran fe. Esta vez es Moisés, el gran caudillo de Israel, el personaje analizado.

1. La narración comienza (v. 23) con la mención de la fe de los padres de Moisés, quienes al desafiar el decreto del Faraón, escondieron al niño. La especial belleza de este hijo les hizo ver en él una especial predilección de la providencia divina. Ya tenían otro hijo mayor que Moisés, Aarón, además de María, la mayor de los tres, pero quizás el decreto del Faraón fue promulgado después del nacimiento de Aarón.

2. Los versículos 24–26 nos describen el primer gran gesto de fe de Moisés cuando tenia cuarenta años (Éx. 2:11, comp. con Hch. 7:23). Dicen así dichos versículos en la NVI: *«Por la fe Moisés, cuando ya era adulto, rehusó ser conocido como hijo de la hija del Faraón. Prefirió ser maltratado con el pueblo de Dios, antes que disfrutar de los placeres del pecado por un breve tiempo; y tuvo por mayor riqueza el sufrir oprobios por causa de Cristo que el poseer todos los tesoros de Egipto, porque tenía puesta la mirada en la posterior retribución».* Analicemos estos versículos.

(A) El espacio de que disponemos no nos permite aventurar una descripción de la indudable crisis espiritual por la que pasó Moisés para llegar a renunciar a su papel de príncipe en la corte del Faraón y, por lo que se deduce del contexto, de probable candidato al trono real de Egipto. Puede verse el magnífico comentario de Trenchard a este respecto. Sin duda que, para esas fechas, estaba bien enterado de su

propio origen judío y de las promesas hechas a sus antepasados. Quizás le habían dejado también insatisfecho los honores, los placeres, el boato y las riquezas de la corte egipcia. Lo cierto es que Moisés tomó la decisión (v. 25) de sufrir los malos tratos que sus compatriotas sufrían, antes que gozar de la vida cómoda y ligera (gr. *apólausin*, vocablo que sólo sale aquí y en 1 Ti. 6:17), que incita al pecado, como era la de los magnates de la corte del Faraón.

(B) La misma idea se pone de relieve en el versículo 26: Puesta *por fe* la mirada en el galardón (comp. con 10:35), Moisés tuvo por mayores riquezas *el oprobio del Cristo que los tesoros de los egipcios* (lit.). Este «Cristo», es decir, «ungido», connotando la elección divina del pueblo escogido, no es otro que Israel, que tanto padecía en Egipto. Pero a lo largo de la Escritura hay cierta identificación del pueblo con el futuro Mesías, con lo que el paso del pueblo ungido al Mesías es fácil y natural. Por ejemplo, vemos lo difícil que resulta, en la porción de Isaías que se abre en el capítulo 40, distinguir si la mención al «Siervo de Jehová» se refiere al pueblo o al Mesías. Esta identificación no puede ser más explícita en Mateo 2:15, al final, donde el autor sagrado refiere a Jesucristo una frase de Oseas 11:1, claramente referida a Israel. Así se ve la gran semejanza entre 11:26 y 13:13, pues en ambos casos tenemos el griego *oneidismón* como vituperio u oprobio de Cristo (comp. también con Fil. 3:7–11; 1 P. 4:13 y ss.).

3. Por esta misma fe, Moisés (v. 27) *«abandonó Egipto* (v. Éx. 2:15; 10:28, 29) *sin temer la cólera del rey; se mantuvo firme en su decisión, cual si estuviera viendo al Invisible»* (NVI). Moisés se guiaba por fe, no por vista. Frente al relumbrón de la corte egipcia, los iluminados ojos de Moisés (comp. con Ef. 1:18) contemplaban la verdadera gloria de la corte celestial. ¡Evidencia de lo que no se ve! (v. 1). El mismo vocablo que el autor sagrado aplica aquí a Dios como *el Invisible (ton aóraton)* es el que Pablo le aplica en 1 Timoteo 1:17.

4. Al comentar sobre la aparente contradicción de este versículo con Éxodo 2:14, donde se nos dice que *«Moisés tuvo miedo»,* dice Trenchard: «Eso fue la reacción momentánea e instintiva de uno que se hallaba en una situación de peligro; la frase del comentador inspirado aquí resume toda la actitud de Moisés durante aquella época, en la que se colocó en franca oposición al Faraón de aquel entonces, sin medir las consecuencias». A mi juicio, hay otro factor decisivo para observar la diferencia entre la actitud miedosa de Moisés en Éxodo 2:14 y su valentía en su trato posterior con el Faraón cuarenta años más tarde: Cuando tenía cuarenta años, Moisés quiso ser el Libertador de Israel *por su propia iniciativa,* sin que Dios le mandase; por eso tuvo miedo. En cambio, cuarenta años más tarde, actuó *por mandato de Dios,* y el mismo Dios que le mandó a verse con el Faraón, le dio también la valentía suficiente para cumplir el encargo.

5. *«Por la fe,* sigue diciendo el autor sagrado (v. 28), *observó la Pascua y la aspersión de la sangre, para que el exterminador de los primogénitos no tocase a los primogénitos de Israel»* (NVI). Tenemos en Éxodo 12 el relato de los hechos a que hace referencia el autor de *Hebreos.* La fe de Moisés se echó de ver en creer que, mediante la sangre de un corderito degollado, las casas de los israelitas podían quedar exentas del exterminio que el ángel de Jehová iba a traer sobre las casas de los egipcios. Es aquí donde la advertencia de 10:29, que hace referencia a *la sangre del pacto,* cobraba interés en la pluma del autor para hacer ver a sus lectores, como dice J. Brown, que «lo que la fe hizo para Moisés, la fe puede hacer para vosotros; lo que nada, sino la fe pudo hacer para Moisés, nada sino la fe puede hacerlo para vosotros». Pero ahora no era para separarse de los egipcios paganos, sino de sus propios compatriotas incrédulos. El pacto primero había de quedar abrogado, pero, como dice Bartina, «aquella sangre, cuya aspersión libraba del exterminio, era figura y tipo de otra sangre, la del Cordero futuro, sacrificado, que libraría de la muerte a los que serían redimidos por ella, y con ella se lavaran de sus culpas. El objeto de la fe de Moisés iba más allá de lo que a primera vista podría parecer».

6. Y tenemos ya (v. 29) a los israelitas frente al mar Rojo, al ser perseguidos de cerca por el numeroso ejército egipcio. ¿Qué harán? Otra vez fue la fe lo que les sostuvo y les dio intrepidez para *pasar por el mar Rojo como por tierra seca* (v. Éx. cap. 14). Creyeron a Dios que les había mandado pasar, mientras que los egipcios que pensaron que también podrían pasar el mar Rojo a pie enjuto, fueron *tragados (o sorbidos,* el mismo verbo de 1 Co. 15:54) por las aguas que habían vuelto a juntarse, una vez que los israelitas acabaron de salir del seco álveo del mar.

Versículos 30–31

1. Sin nombrar siquiera a Josué, el autor sagrado refiere sobriamente la toma de Jericó (v. 30): *«Por la fe cayeron los muros de Jericó, tras haberlos rondado los israelitas durante siete días»* (NVI). Fuesen cuales fuesen las circunstancias providenciales que contribuyeron al derribo de los muros de Jericó, lo cierto es que hacía falta fe para creer lo que Dios dijo a Josué (v. Jos. 6:2–5). Pero Josué y el pueblo lo creyeron y actuaron conforme había ordenado Dios.

2. En cambio, el autor sagrado nombra a la ramera Rahab (v. 31): *«Por la fe, Rahab la prostituta, por haber prestado acogida a los espías, no pereció con los que habían sido desobedientes»* (NVI). La hermosa profesión de fe de Rahab puede verse en Josué 2:9–11. En virtud de esta fe es como Rahab *actuó* (comp. con Gá. 5:6), al acoger a los espías, escondiéndolos y avisándoles sobre lo que habían de hacer. Nótese cómo en este versículo, bien considerado, hallamos la síntesis de la aparente contradicción entre Romanos 4:2 y ss. y Santiago 2:21 y ss.: *Fe* que se muestra genuina al *actuar.*

Versículos 32–38

Ahora viene lo que Trenchard titula «la legión anónima», aunque aquí (v. 32) figuran varios nombres; de los nombrados en el versículo 32 y de otros cuyo nombre no aparece en dicha lista se dicen muchas cosas en los versículo 33–38, cuyas referencias procuraremos encontrar.

Según hace notar J. Brown, esta sección se divide en dos partes: 1) desde el versículo 32 hasta la primera cláusula del versículo 35 inclusive, tenemos lo que estos héroes *hicieron* por medio de la fe; 2) desde el versículo 35b hasta el versículo 38 inclusive, tenemos lo que *padecieron* sostenidos por la fe.

1. El autor sagrado confiesa (v. 32) que no tiene tiempo suficiente (tantas y tan grandes son las hazañas) para contar todo lo que estos héroes de la fe hicieron y padecieron, sostenidos todos por la misma fuerza sobrenatural:

(A) Nombra primero a *Gedeón* (v. Jue. 6:11–8:32), pero su fe se echó de ver especialmente en Jueces 7:1–15.

(B) Viene después *Barac* (v. Jue. 4:6–5:31). El mandato y la revelación de Dios le vinieron por medio de la profetisa Débora, pero él creyó y actuó en consecuencia.

(C) De *Sansón* tenemos un largo relato en Jueces 13:24–16:31. A pesar de su vida desordenada, y hasta disoluta, Dios se valió hasta de sus pecaminosas debilidades para llevar a cabo sus designios a favor de Israel. Su fe se echa de ver, sobre todo, en Jueces 16:28–30: arrepentido, ora, cree y actúa. Véase el comentario a dicho lugar.

(D) Sin seguir el orden cronológico, el autor sagrado nombra después a *Jefté* (v. Jue. 11:1–12:7). Su fe se echa de ver especialmente en Jueces 11:29 y ss., pues *el Espíritu de Jehová vino sobre él,* no sólo con poder, sino también con revelación; creyó y actuó.

(E) Acerca de la fe de *David* habría mucho que contar, pero véase especialmente 1 Samuel 16:1, 13 y 17:45.

(F) Sobre el profeta y juez *Samuel,* véanse especialmente los capítulos 7 al 10 de 1 Samuel.

2. Viene después la mención de algunas cosas que hicieron sostenidos por la fe (vv. 33–35a): (A) lo de *conquistaron reinos* parece referirse a 2 Samuel 5:17; 8:2; 10:12; (B) *administraron justicia* (NVI), como en 1 Samuel 12:4; 2 Samuel 8:15. (C) *Alcanzaron promesas,* como en 2 Samuel 7:11 y ss.; (D) *taparon bocas de leones,* como en Jueces 14:5 (Sansón), 1 Samuel 17:34 (David), Daniel 6 (Daniel). (E) *Apagaron* (v. 34) *fuegos impetuosos,* como en Daniel 3:23–28. (F) *Escaparon del filo de la espada; se revistieron de poder, siendo débiles.* Ejemplos de esto pueden verse en Éxodo 18:4; 1 Samuel 18:11; 19:10; 20:1; 1 Reyes 19:1–18; 2 Reyes 6:8–7:20. (G) *Se hicieron fuertes en la guerra, rechazaron invasiones de ejércitos extranjeros* (lit.). Con relación a esto, véase, por ejemplo, Jueces 7:21; 15:8–15; 1 Samuel 17:51, 52; 2 Samuel 8:1–6; 10:15 y ss. (H) *Las mujeres recibieron sus muertos mediante resurrección* (v. 35, comp. con 1 R. 17:22, 23; 2 R. 4:36 y ss.).

3. A partir del versículo 35b hasta el versículo 38, tenemos lo que las personas aludidas padecieron sostenidas por la fe. Dice Ryrie: «El trasfondo de mucho de lo que hay en estos versículos es probable que esté tomado del libro apócrifo de 2 Macabeos (6:18–7:42)». Recuérdese, una vez más, que tal libro, aunque no lo tengamos como canónico, es fidedigno como histórico, y si el autor de *Hebreos* hace referencia a hechos narrados en tal libro, como es lo más probable, el Espíritu Santo refrenda aquí infaliblemente su historicidad. Parece también haber algunas referencias, en los versículos 36–38, a hechos que conocemos de los libros canónicos. Por ejemplo, lo de *prisiones y cárceles* (v. 36b), en

Génesis 39:20; Jeremías 20:2; 37:15; lo *de fueron apedreados* (v. 37), en 1 Reyes 21:13; 2 Crónicas 24:21; lo de *aserrados*, en 1 Samuel 12:31; 1 Crónicas 20:3; lo de *muertos a filo de espada*, en 1 Reyes 19:10; Jeremías 26:23; lo de *cubiertos con pieles de ovejas, etc.*, en 1 Reyes 19:13, 19; 2 Reyes 2:8, 13 y ss.; Zacarías 13:4; lo de *maltratados*, a lo que se dice en esta misma epístola (11:25; 13:3); y, finalmente, lo de *errando por los desiertos, etc.* (v. 38b), en 1 Reyes 18:4, 13; 19:9, aparte de vicisitudes parecidas, experimentadas por David.

4. El autor sagrado intercala, al comienzo del versículo 38, la frase: *«de los cuales el mundo no era digno»*. Dice J. Brown: «Sus perseguidores pensaban que ellos no eran dignos del mundo; pero la verdad era que el mundo no era digno de ellos. El mundo no podía compararse a ellos con respecto a su valía. Eran de un carácter elevado muy por encima del resto del mundo». Nótese cierta semejanza con estos versículos en 1 Corintios 4:11–13, que termina diciendo: *«Hasta el presente, hemos venido a ser la basura del mundo, los desperdicios de la humanidad»* (NVI). De cierto que el mundo no era digno tampoco del apóstol Pablo ni de sus colaboradores en la predicación del Evangelio de salvación.

Versículos 39–40

Estos versículos dicen así en la NVI: *«Todos éstos quedaron acreditados por su fe y, con todo, ninguno de ellos alcanzó el cumplimiento de las promesas. Dios había planeado algo mejor para nosotros, para que sólo en compañía de nosotros pudiesen ellos llegar a la perfección»*. Notemos algunos puntos importantes:

1. Todos estos héroes de la fe *quedaron acreditados por ella*, al ser así, no sólo merecedores de alabanza por parte de los hombres, sino también aceptos a Dios por la confianza que pusieron en Él. Pero Dios difirió el cumplimiento de las promesas, de forma que ninguno de ellos consiguió el meollo de la promesa de Dios.

2. ¿Por qué esta dilación? Porque Dios, en sus inescrutables planes *tenía preparado algo mejor para nosotros.* Esta cláusula parece dejar de lado el interés de Dios por aquellos héroes del Antiguo Testamento, para centrarlo en nosotros. Pero no es ésa la intención del autor sagrado. Lo que él da a entender aquí es que, para que se cumpliera la promesa principal, que engloba y contiene a todas las demás, era menester que la simiente de la mujer (Gn. 3:15), aquel en quien habían de alcanzar bendición todas las familias de la tierra (Gn. 12:3; Gá. 3:8, 16), viniese a este mundo e hiciese la purificación por los pecados (1:3). Esto ha sucedido en nuestra era, en el cumplimiento de los tiempos (Mr. 1:15). Ellos tenían que esperar a que viniese el Mesías prometido. Dice Bartina: «Los santos del Antiguo Testamento tenían que esperar que hubiese llegado la plenitud de los tiempos y la alianza definitiva con la muerte de Cristo (cf. 1 P. 3:19). Después de su muerte hay la revelación de su gloria y la entrada en su reposo para todos».

CAPÍTULO 12

En este capítulo, el autor sagrado, I. como colofón de todo lo que ha dicho en el capítulo 11, nos propone el ejemplo del gran adalid de la fe, nuestro Señor Jesucristo (vv. 1, 2). II. Después de proponer el ejemplo de Cristo, el autor sagrado anima a los lectores a no desfallecer bajo la aflicción (vv. 3–11). III. Exhorta después a que hagamos una revisión de vida (vv. 12–17). IV. Al adquirir la conveniente motivación (vv. 18–24). V. Termina el capítulo con una más de las solemnes advertencias del autor (vv. 25–29).

Versículos 1–2

Dicen estos dos versículos en la NVI: *«Por consiguiente, también nosotros, estando como estamos rodeados por una nube tan gigantesca de testigos de la fe, debemos despojarnos de toda impedimenta y mantenernos a distancia del pecado que nos asedia, para correr con ligereza y constancia la carrera que nos ha sido asignada. Fijemos nuestros ojos en Jesús, el Pionero y Perfeccionador de nuestra fe, quien*

por el gozo puesto delante de Él, soportó la crucifixión, desdeñando la ignominia de tal suplicio, y está sentado a la derecha del trono de Dios».

1. Lo primero que notamos es ese *«por consiguiente»*, que nos dice que lo que sigue a continuación es una consecuencia de lo que acaba de decir. El autor sagrado ha mencionado una serie de *testigos de la fe* (unos por su nombre, y otros anónimamente), tan grande que los compara a una *nube*, metáfora usada en todos los tiempos para designar una gran multitud.

2. Estos testigos de la fe aparecen aquí *rodeándonos*. Es otra metáfora, pues es obvio que no estamos rodeados de espíritus de los difuntos. Discuten los autores si, dentro de la metáfora, estas personas aparecen simplemente como testigos de la fe o como espectadores de nuestra carrera. Lo más probable es que nos rodeen de ambas maneras, lo cual se puede demostrar explicando lo que ocurría en las carreras olímpicas, de donde el autor sagrado ha sacado el símil. Dice J. Brown: «Una multitud casi increíble, procedentes de todos los estados de Grecia y de las comarcas circunvecinas, asistían a estos juegos como espectadores Los jóvenes más nobles de Grecia actuaban en la competición. En la carrera, a la que se hace alusión en el párrafo que tenemos delante, se señalaba un determinado trayecto, que los candidatos habían de cubrir en su carrera para adquirir pública fama, y al final del trayecto se erigía un tribunal donde se sentaban los jueces—hombres que, en años anteriores, habían sido ellos mismos competidores que habían obtenido los honores olímpicos—. Los vencedores en la carrera de la mañana no recibían sus premios hasta la tarde, pero, después de sus ejercicios, se unían al grupo de espectadores, y miraban mientras otros proseguían los mismos arduos trabajos que ellos habían llevado a cabo tan honrosamente. Si uno se percata de estos hechos, el sentido y la fuerza del lenguaje del apóstol se percibirá mucho más fácil y claramente».

3. Dos son los obstáculos que, según el autor sagrado, nos impiden correr bien en esta carrera de la fe (A) Un *peso o impedimenta.* El vocablo griego *ónkos* significa primordialmente *hinchazón o tumor* que resulta en una *protuberancia* (¡buena metáfora para expresar la hinchazón de la soberbia, que es el mayor obstáculo en la carrera de la fe!), pero dentro del contexto actual significa más bien *vestimenta* ampulosa y desceñida (comp. con Ef. 6:14, *«ceñidos vuestros lomos …»).* ¿Quién habría de lanzarse a una carrera olímpica con tal impedimenta? ¿O quién trataría de engordar o de cargar con cualquier otro peso para lanzarse a tal ejercicio, que requiere ligereza de pies y ausencia de todo estorbo? (B) El segundo obstáculo es *el pecado que nos asedia.* Con esto se ve que el autor sagrado no se refiere aquí a pecados interiores (éstos entran en lo del peso interior), sino a las muchas tentaciones que nos asedian para estimular nuestra concupiscencia (v. 1 Jn. 2:16). Incluso preocupaciones que nos parecen legítimas y diversiones «inocentes» pueden sernos un grave impedimento

4. Pero lo más importante para correr bien esta carrera es *tener los ojos fijos en Jesús* (v. 2), a quien el autor sagrado describe como *Pionero y Perfeccionador de la fe.* Esta es la cuarta y última vez que el vocablo *arkhegós* sale en el Nuevo Testamento. Salió ya en 2:10, pero el matiz es aquí algún tanto diferente el que inicia y abre el camino de nuestra firme confianza en Dios y el que lleva a la consumación esta misma confianza, dándonos, con su ejemplo, la garantía de la victoria final. Por eso el apóstol Pedro exhorta a *seguir de cerca sus* pisadas (1 P. 2:21).

5. ¿Cómo fue Jesús nuestro gran ejemplo de fe? El autor sagrado nos lo declara a continuación *«Por el gozo puesto delante de Él, soportó la crucifixión, desdeñando la ignominia de tal suplicio»* (NVI). La preposición que el autor sagrado usa en cabeza de estas frases es *antí*, la cual puede significar (A) *En lugar de;* (B) *A causa de;* (C) *A manera de.* Gran número de autores (entre ellos, Trenchard y Bartina) se inclinan por el primer significado, como si Jesús hubiese tenido en Getsemaní una alternativa «posesionarse en seguida de la gloria que era suya por derecho propio» (Trenchard). Sin embargo, otros autores (entre ellos, J. Brown), a cuya opinión me adhiero, sostienen que el único sentido posible aquí es el segundo *«a causa del gozo puesto delante de sí …».* En efecto, las razones en favor de esta opinión son sumamente poderosas.

(A) En ningún lugar de la Escritura se lee que a Cristo le fuese propuesta como alternativa una vía de escape de la crucifixión. La voluntad del Padre era terminante a este respecto (v. Is. 53:6, 10; Jn. 10:18, al final; Hch. 2:23; 1 P. 1:20).

(B) La psicología de Jesús, como toda psicología humana, reaccionaba al estímulo de las motivaciones conforme a la fuerza que los diferentes valores ejercían en la balanza de la decisión. La diferencia a favor de Cristo, aparte de la impecabilidad exigida por la unión hipostática, estaba en la constante y total llenura del Espíritu (v. el comentario a 9:14), por el que se dejaba conducir

indefectiblemente. El Espíritu le animaba y fortalecía en el duro y áspero camino a la Cruz *poniéndole delante* (a) la exaltación que se le había de seguir a causa de su total entrega a la voluntad del Padre (v. la frase final del v. 2, «y *está sentado a la derecha del trono de Dios»,* comp., con 1:3; 10:12 y, en especial, con Fil. 2:9–11); (b) *la satisfacción que había de experimentar al ver el fruto de su aflicción* (Is. 53:10, 11).

Versículos 3–11

Después de proponer el ejemplo de Cristo, el autor sagrado anima a los lectores a no desfallecer bajo la aflicción, sino a ver en ella la mano amorosa de Dios que, mediante toda clase de dificultades, nos aplica la disciplina que más nos conviene.

1. Nos hace falta, en primer lugar, una seria consideración (vv. 3, 4) *«Considerad a quien soportó tal hostilidad de parte de los pecadores, a fin de que no desfallezcáis ni perdáis ánimos. En vuestra lucha con el pecado, todavía no habéis resistido hasta el punto de tener que derramar vuestra sangre»* (NVI). El griego *analoguísasthe* comporta la idea de reflexión profunda, de ponderación contemplativa. Dice Bartina «Que mediten la pasión de Cristo, y entonces sacarán el esfuerzo necesario, al comparar lo que Él pasó y toleró y lo que se pide a ellos que pasen y toleren». Después de todo, lo que los lectores de la epístola habían padecido no tenía comparación con lo que sufrió Jesús, ni aun con lo que habían padecido muchos de los héroes de la fe a quienes se ha referido el autor sagrado en el capítulo anterior. Ellos habían perdido sus bienes y sus cargos, y habían sufrido persecuciones y burlas, pero no habían sufrido heridas corporales.

2. En segundo lugar, viene un recordatorio, conveniente para ellos, lo mismo que para nosotros (vv. 5, 6): «Y *os habéis olvidado de las palabras de aliento que os dirige Dios como a hijos, cuando dice: Hijo mío, no tomes a la ligera la corrección del Señor, y no te desanimes cuando te reprenda, porque el Señor corrige a los que ama* (comp con Ap. 3:19) y *castiga a todo al que acoge como a un hijo»* (NVI). La cita está tomada de Proverbios 3:11, 12 conforme a la versión de los LXX. Una vez más hemos de notar que el autor sagrado pone en boca de Dios mismo lo que en *Proverbios* dice Salomón (v. 2 Ti. 3:16).

3. Tras del recordatorio, viene la exhortación propiamente dicha a recibir con gozo la disciplina, seguida de una seria advertencia (vv. 7, 8): *«Aguantad para vuestra propia formación; Dios os está tratando como a hijos; porque, ¿qué hijo hay que no sea corregido por su padre? Si no os alcanza la corrección (y todos han pasado por ella), entonces es que sois hijos bastardos, no legítimos»* (NVI). Conviene detenernos unos momentos en estos versículos.

(A) La primera cláusula del versículo 7 no es condicional, pues en el griego original no figura la conjunción *ei* (si). El verbo *hupoménete* puede estar en presente de indicativo o de imperativo. Las versiones modernas lo traducen en indicativo: *«para educación sufrís»*. Sin embargo, me parece más probable la traducción de la NVI, por la sencilla razón de que dicho verbo no significa *sufrir,* sino *tener paciencia* (aguantar bajo el peso de circunstancias adversas), por lo que la cláusula se entiende mejor en imperativo: *«para educación aguantad»*.

(B) La razón por la que ha de aguantarse esa disciplina es porque es para *educación* (gr. *paideían,* el mismo vocablo de Ef. 6:4; el verbo de la misma raíz se halla, entre otros lugares, en 1 Co. 11:32). Al hacernos pasar (o permitir que pasemos) por la tribulación, Dios tiene el designio de formarnos, de purificarnos, de orientarnos por el buen camino. Nos trata como *a hijos,* para que nos comportemos como está en su punto que se comporten los hijos en casa de un Padre tres veces santo; sólo los malos padres dejan sin corrección a sus malos hijos (v. Pr. 13:24).

(C) El autor sagrado afirma que *todos los* hijos de Dios han pasado por esa disciplina (v. 8). Por tanto, el que profesa ser hijo de Dios y no pasa por esa disciplina, tiene motivos sobrados para pensar que no es verdadero hijo de Dios, sino un bastardo intruso en la familia. Muchas veces me he puesto a pensar que cuando todas las cosas nos salen bien y nadie nos incomoda, es un síntoma malísimo. ¡Es para echarse a temblar! (v. Jn. 16:33; 2 Ti. 3:12).

4. Sigue una razón de sentido común, de menos a más (vv. 9, 10). *«Además, todos nosotros hemos tenido padres humanos que nos corregían, y no les perdíamos por ello el respeto. ¿Cuánto más deberíamos someternos al Padre de nuestros espíritus, para conseguir la vida? Y por cierto que nuestros padres nos imponían correctivos pasajeros según creían conveniente; pero Dios nos corrige para nuestro mayor bien y para que compartamos su santidad»* (NVI). Nótese la forma en que contrasta el autor

sagrado la corrección que nos imponen nuestro padres humanos con la que nos impone nuestro Padre Celestial.

(A) Nuestros padres terrenales nos transmiten la vida que puso Dios en nuestros primeros padres (Gn. 2:7), mientras que Dios es *el Padre de los espíritus* (comp. con Nm. 16:22; 27 16; Ec. 12:7), puesto que Él puso en las narices de Adán *el soplo* (sinónimo de *espíritu) de vida.*

(B) Los padres terrenales disciplinan *por pocos días* (v. 10), esto es, durante unos pocos años, mientras que la disciplina de Dios es de más largo alcance, para lo que de veras es *provechoso* (comp con 1 Ti. 4:8), lo que aprovecha con respecto a la eternidad.

(C) Nuestros padres terrenales nos disciplinaban *como a ellos les parecía,* es decir, *«según creían conveniente»* (NVI). Aun cuando el castigo fuese justo, mesurado y merecido, podían equivocarse y ellos también eran pecadores, mientras que Dios, cuando castiga, tiene siempre e infaliblemente un motivo justo, un método correcto y un objetivo provechoso *«para nuestro mayor bien y para que compartamos su santidad»* (es, a fin de cuentas, para que nos parezcamos a Él lo mejor posible).

5. El versículo 11 merece especial meditación. *«Ninguna corrección parece de momento agradable, sino más bien penosa; sin embargo, más tarde produce en retorno una cosecha feliz de vida santa a quienes se ejercitan en ella»* (NVI). Cualquier palabra de corrección duele, por muy buena que sea la intención del que corrige, puesto que parece minar nuestro prestigio de personas «honorables». La corrección duele mucho más si no se limita a palabras, sino que afecta a nuestros bienes de fortuna, a nuestra salud, pérdida de seres queridos, etc. En los designios de Dios *es* buena pero *no lo parece.* Nótese que el autor sagrado no prohíbe que derramemos nuestro corazón delante del Señor, aun con lágrimas y gemidos, ante la adversidad. El propio Señor Jesús derramó lágrimas junto a la tumba de Lázaro (Jn. 11:35) y lloró a grito pelado en el huerto (5:7). Todo el énfasis del versículo 11 está en ese *«mas al final»* (lit.) que hallamos en medio del versículo y debe atraer toda nuestra atención. UN POCO DE SUFRIR AHORA (siembra), SE CONVIERTE LUEGO EN UNA VIDA MÁS SANTA, EN UNA COMUNIÓN MÁS ÍNTIMA CON NUESTRO PADRE CELESTIAL. ¿NO ERA ÉSE EL FIN QUE ÉL PERSEGUÍA CON EL CASTIGO? (V. v. 10, al final). El original dice literalmente *«devuelve fruto pacífico de justicia»,* que, conforme dice la nota de la NVI, «Rectitud o justicia equivale aquí a una conducta moralmente santa. La paz para un judío comporta el completo disfrute de las bendiciones divinas, la verdadera felicidad».

Versículos 12–17

Como consecuencia de lo que acaba de decir, el autor sagrado incita ahora a sus lectores a que reformen su conducta. Los versículos 12–14 expresan el aspecto positivo de la exhortación; los versículos 15–17 constituyen una seria advertencia …

1. Dicen los versículos 12–14 en la NVI: *«Por tanto, cobrad vigor en vuestras manos perezosas y en vuestras rodillas endebles. Trazad rectos senderos para vuestros pies, a fin de que los cojos no den un traspié, sino que se curen. Haced todo esfuerzo para vivir en paz con todos y santamente; sin santidad, nadie verá al Señor».*

(A) El versículo 12 exhorta a sacudir la pereza y emprender la acción. Las *manos caídas a un lado y las rodillas paralizadas* (lit.) son la expresión de un espíritu perezoso y deprimido. Es el desaliento psicológico frecuente en los cristianos carnales; no tienen ánimos porque carecen del necesario amor al Señor y a las almas por quienes el Señor murió (v. 1 Co. 8:11). Los miembros se atrofian y paralizan por falta de ejercicio, pero el amor hace que la fe actúe (Gá. 5:6).

(B) El versículo 13 alude al camino que cada uno emprende. Es menester que la senda sea recta, derecha (comp. con Pr. 4:26), para evitar *tropiezos* a sí mismo y a los demás. El tropiezo (el llamado «escándalo de los débiles») del cojo, del hermano débil, carnal, que anda renqueando, puede serle fatal, puede provocar otro mal mayor, una dislocación (esto es lo que el verbo *ektrápe* da a entender) que le impida seguir la *carrera* (v. 1).

(C) El versículo 14 insiste en algo que también el apóstol Pablo tenía interés en insistir (v. Ro. 12:18; 14:19; Ef. 4:3). Con el trato afectuoso y apacible a todos los miembros de la comunidad (comp. con 10:24, 25), aun los débiles, los perezosos, inmaduros y carnales, llegarán algún día a animarse, a avanzar codo con codo (comp. con Gá. 5:25, 26; 6:1, 2). Dentro de una atmósfera de amor comunitario es más fácil la *santificación* (gr. *haguiasmón),* es decir, la separación de lo pecaminoso, de lo mundano, sin la

cual no es posible gozar del favor y del trato íntimo de Dios. Ése es el sentido más probable de la frase *«sin la cual nadie verá al Señor»* (comp. con Mt. 5:8).

2. Veamos ahora los versículos 15–17 en la NVI, que aclara perfectamente el sentido de algunas frases oscuras a primera vista. *«Vigilad para que nadie se vea privado de la gracia de Dios y para que ninguna raíz amarga vaya creciendo y cause disturbios, haciendo que se inficionen todos. Y que no haya ningún impúdico ni profanador, como Esaú, que por un solo plato de comida vendió sus derechos de primogénito. Más tarde, como sabéis, cuando quiso heredar la bendición, fue rechazado, porque no logró hacer cambiar la decisión de su padre, a pesar de que demandó con lágrimas la bendición».*

(A) El vesículo 15 comienza con un verbo *(episkopéo)* que ocurre únicamente aquí, pero los sustantivos de la misma raíz salen en otros nueve lugares. Su etimología muestra claramente que es un *mirar o vigilar desde arriba,* es decir, con observación atenta y solícita, como de quien considera los hechos con miras muy altas y siente la responsabilidad de un vigía o atalaya. *«Privado de la gracia de Dios»* no significa que un creyente pueda perder la salvación, sino las bendiciones que garantiza el régimen del Evangelio (comp. con Ro. 7:6; Gá. 5:4). La *raíz de amargura* (comp. con Dt. 29:18) es cualquier planta pecaminosa que arraiga en uno o varios miembros de la comunidad eclesial y causa disturbios por el hecho mismo de ser contagiosa.

(B) El versículo 16 pone, como ejemplo de extrema carnalidad, a Esaú, a quien *llama fornicario* (gr. *pórnos),* en sentido espiritual, y *profano* (gr *bébelos),* indigno de penetrar en el santuario, puesto que no estimó las bendiciones espirituales que comportaba la primogenitura, sino que la *devolvió* (lit.) *por una sola comida.* Léase Génesis 25:29–34, donde se nos narra esta venta de la primogenitura. Hace notar Bartina que el vocablo *pórnos,* fornicario, se deriva del verbo *pérnimi*, vender, y que por eso se da el nombre de *porné* a la ramera, porque se vende a sí misma por dinero. La carnalidad de Esaú se echó de ver también al tomar mujeres de entre los hititas o heteos (v. Gn. 26:34, 35; 27:46).

(C) El versículo 17 se refiere al episodio que leemos en Génesis 27:19–40, que conviene leer atentamente, especialmente los versículos 33–37. Que lectores superficiales y con escasos conocimientos de las Escrituras entiendan aquí, en la frase del original *«no halló lugar de arrepentimiento»,* que Esaú fue incapaz de arrepentirse, se explica. Pero que intérpretes diríamos «profesionales» sostengan lo mismo, me resulta increíble. Dice S. Bartina: «Muchos comentaristas entienden aquí que a Esaú mismo no le fue dado lugar de penitencia; es decir, lo entienden de la propia conversión de Esaú, que no le fue concedida». Con razón, refuta él mismo tan disparatada opinión. En el texto de *Génesis* no se trata en modo alguno del arrepentimiento de Esaú, sino del de Isaac, quien *no podía cambiar su decisión,* como muy bien ha traducido la NVI, puesto que había otorgado solemnemente a Jacob la bendición del primogénito. El Dios que manda a todos arrepentirse (Hch. 17:30) y ha prometido volverse hacia los que se vuelven a Él (v. entre otros muchos lugares, Zac. 1:3; Mal. 3:7), ¿cómo iba a negar la gracia del arrepentimiento al que la demandaba con lágrimas? A Esaú no le dolía ninguna cosa de carácter espiritual, sino los beneficios materiales que perdía con la pérdida de la bendición. ¿Por qué no los tuvo en cuenta cuando menospreció la primogenitura? (Gn. 25:34).

Versículos 18–24

En estos versículos el autor sagrado quiere que sus lectores tengan la correcta motivación en sus vidas y, como hizo el apóstol Pablo en Gálatas 4:21–31 al contrastar Agar y Sara como alegorías respectivas de la Ley y de la Gracia, él contrasta ahora, en sentido parecido, el monte Sinaí y el monte Sion, pero ahora lo hace con el propósito de que sus lectores se estimulen a actuar con amor, no por temor, pues así como el monte Sinaí inspiraba terror, el espiritual monte Sion invita a acercarse a Él, ya que allí todo habla de gracia y de perdón.

1. Viene primero la mención del monte Sinaí (vv. 18–21), aunque no se le nombra (al contrario que en Gá. 4:21–31, donde era Sion el que no se mencionaba por su nombre). Dicen así esos versículos en la NVI *«No os habéis arrimado a una montaña tangible ni a un fuego ardiente, ni a oscuridad, ni a tinieblas, ni a huracán de tormenta; ni a un sonido de trompeta ni a un clamor de palabras tal, que quienes lo escucharon suplicaban que no les fuese dirigida ni una palabra más, porque no podían soportar lo que se les ordenaba: Hasta un animal que toque la montaña debe ser apedreado. Y el espectáculo era tan terrorífico, que dijo Moisés: Estoy temblando de miedo».*

(A) Para entender estos versículos es absolutamente necesario recordar o repasar los capítulos 19 y 20 del *Éxodo,* donde se describen las circunstancias en que se dio la Ley. El autor de *Hebreos* reviste de un ropaje retórico todo lo que allí pasó, así como los sentimientos del pueblo y del propio Moisés. Pablo habría resumido en pocas palabras lo que aquí se dice. Es probable que se hubiese contentado con decir «Ya no estáis bajo la Ley, aquella dispensación tan severa y aterradora».

(B) Nótense las características del monte Sinaí, no mencionado aquí por su nombre. (a) Era *tangible,* palpable y, por tanto, material. (b) *Ardía en fuego* (comp con Dt. 4:11), ya que era visto por los espectadores como «monte humeante» (Éx. 20:18). (c) *La oscuridad y las tinieblas* se mencionan en Deuteronomio 5:22, donde apunta ya la espiritualización de todos estos fenómenos, como manifestadores de la ira de Dios. (d) *El huracán de tormenta* (gr. *thuélla)* es sinónimo del *torbellino* tras del que se escondía Jehová cuando se manifestaba airado a presentar una fuerte reprensión (v. Job 38:1; Is. 66:15). (e) Dentro de este pavoroso escenario, *el sonido de la trompeta* (v. 19, comp. con Éx. 19:16–19; 20:18) añadía nuevos terrores. (f) Finalmente, por encima de todo esto se oía *la voz* tonante de Jehová o, como dice literalmente el texto griego, *«clamor de palabras».* Las palabras de Jehová en las que estableció Su pacto y profirió Sus mandamientos (v. Dt. 4:12, 13).

(C) Nótese la reacción de los espectadores. (a) El pueblo en general (vv. 19b, 20) estaba tan espantado que suplicaban a Moisés que no les hablara Dios, sino que les hablara él mismo (Éx. 20:19). El texto sagrado menciona particularmente el terror del pueblo ante las órdenes de Dios con respecto al cerco que no era lícito traspasar (Éx. 19:12, 13). Por cierto, el texto hebreo de Éxodo 19:13a cita la alternativa de apedrear al animal o matarlo atravesándolo; se entiende, con una saeta; pero el texto de Hebreos 12:20b sólo menciona el apedreamiento, por lo que la última frase debería hacerse desaparecer de nuestras versiones. (b) En el versículo 21, y como una muestra más de lo terrible del espectáculo, se nos dice que el propio *Moisés dijo: Estoy espantado y temblando* (lit.). Este dicho de Moisés no aparece en ningún lugar del Antiguo Testamento, «pero, sin duda, refleja una antigua tradición y remata bien la descripción de la terribilidad de la gloria de Dios, ya que el hombre con quien Dios hablaba "cara a cara" se hallaba espantado y temblando» (Trenchard). Esta tradición parece reflejada en Hechos 7:32 de boca del mártir Esteban («*temblando»,* dice; gr *éntromos,* el mismo vocablo que aquí), aunque la ocasión era distinta (v. Éx. 3).

2. Pasamos ya a considerar el segundo monte (vv. 22–24) Éste sí se menciona por su nombre. Dicen esos versículos en la NVI: *«Pero vosotros os habéis allegado al monte Sion, a la Jerusalén celestial, a la ciudad del Dios viviente; a millares y millares de ángeles en asamblea festiva, y a la iglesia de los primogénitos, cuyos nombres están escritos en los cielos; os habéis allegado a Dios, el Juez de todos los hombres, a los espíritus de los justos llegados a la perfección, a Jesús el Mediador de un nuevo pacto, y a la sangre de aspersión que habla con mejor tono que la de Abel».*

(A) Lo primero que notamos es la equivalencia del *monte Sion,* en sentido espiritual, y de la *Jerusalén celestial, la Jerusalén de arriba* en el lenguaje de Pablo en Gálatas 4:26. Es *la ciudad del Dios viviente,* ya que su *arquitecto y constructor es Dios* (11:10, 16), el Dios de las promesas de gracia, no el de la voz aterradora en el Sinaí.

(B) Continúa diciendo el autor sagrado (v. 22b) que los creyentes hebreos se habían *allegado* (recuérdese el sentido cultual del verbo gr *prosérkhomai) a millares y millares de ángeles en asamblea festiva* (o *a millares y millares de ángeles, a una asamblea festiva).* Es cierto que el gr *muriás* significa propiamente una *decena de millar,* pero se usa también para indicar una multitud innumerable. Dice Trenchard: «Existe una duda sobre si "la festiva convocación" ha de entenderse en relación con los ángeles o separadamente, pero lo importante es que notemos que la palabra significaba una fiesta de alegría y de triunfo, y así nos recuerda la victoria final sobre todos los obstáculos que parecían tan imponentes a la poca fe de los hebreos».

(C) En el versículo 23, se menciona también *«la iglesia de los primogénitos, cuyos nombres están inscritos en los cielos».* Esta última frase da a entender claramente, como hace notar J. Brown, que el autor sagrado se está refiriendo a un grupo que vive aún en este mundo, pues éste es el caso, sin excepción, siempre que en las Escrituras se dice *«cuyos nombres están escritos en los cielos» o «en el libro de la vida».* Aunque la palabra *«iglesia»* (gr. *ekklesía)* no siempre significa el Cuerpo de Cristo, la cualificación *«de los primogénitos»* nos da la pista para entender que el autor sagrado se está, efectivamente, refiriendo a la Iglesia, pues la frase alude a la costumbre de inscribir a los primogénitos de Israel (v. Nm. 3:40–43). Como heredero de las promesas hechas a Abraham, todo Israel figura como *el*

hijo primogénito de Jehová (v. Éx. 4:22; Os. 11:1; Jer. 31:9). En representación de la nación entera Jehová se reservó los primogénitos como especialmente consagrados a Él (Éx. 13:2, 12, 13, 15; 34:19; Lv. 27:26; Nm. 8:16, 17; 18:15; Dt. 15:19; Lc. 2:23). En este sentido de especial consagración a Dios (v. Ro. 12:1; 1 P. 2:5–10), toda la Iglesia está compuesta de *primogénitos.*

(D) ¿Qué significa la mención de *«Dios, el Juez de todos los hombres»* (v. 23b), *en este contexto? ¿No habríamos de esperar, más bien, la mención de «Dios, nuestro Padre»?* Piensa Bartina que «parece natural juntar el pensamiento de los ángeles con el de Dios juez, como si estuviera rodeado de su corte». Pero no cabe duda de que la clave de la interpretación está en otro lugar. Primero, no es un Juez que impone terror, puesto que el autor sagrado exhorta a la confianza, al considerar que *nos hemos allegado a Él.* Segundo, no dice que sea nuestro Juez (aunque también lo es), sino que es *el Juez de todos.* El creyente genuino no tiene nada que temer de tal Juez, pues nadie nos puede encausar en Su tribunal (v. Ro. 8:33). Dice Trenchard: «Lejos de asustarnos, el título de "Juez" llega a ser una garantía de que ha de llegar a su fin toda la injusticia que ahora nos aflige en el mundo».

(E) Viene después (v. 23c) una frase difícil, que los prejuicios de muchos comentaristas han tornado todavía más difícil. *«Os habéis allegado …,* dice el autor sagrado, *a los espíritus de los justos llegados a la perfección».* Dice S. Bartina: «Allí, en la Jerusalén celestial, es donde están también los espíritus *(pneúmata)* de *los justos ya perfeccionados.* Son las almas separadas (cf. 1 Pe. 3:19) de los justos, que ya han llegado a su término y perfección». ¡Doble error, a mi juicio! (v. el comentario a 1 P. 3:19). De la misma opinión que Bartina es J. Brown, aunque él no invoca la referencia a 1 Pedro 3:19. En mi opinión, la comparación con 11:40 es decisiva para entender que el autor sagrado se refiere a los «santos del Antiguo Testamento que ya entran en su esfera de bendición y de gloria sobre la base de la obra de Cristo, y dentro de la perfecta confraternidad de todas las partes del Sion celestial» (Trenchard). De la misma opinión es Ch. C. Ryrie.

(F) En último lugar, se menciona *«Jesús el Mediador de un nuevo pacto y la sangre de aspersión que habla con mejor tono que la de Abel».* Aunque no se dice explícitamente, está clara la intención del autor sagrado de contrastar aquí a Jesús con Moisés, pues se llama a Jesús *el Mediador del nuevo pacto,* pacto de gracia y perdón de los pecados, por el que tenemos acceso franco a la Sion celestial (v. 4:14–16), en contraposición al monte Sinaí, cuya terribilidad nos ha sido descrita en los versículos 18–21, y donde se promulgó la Ley por mediación de Moisés. En lugar del terrorífico *«clamor de palabras»* que hemos visto en el versículo 19 (según la NVI), ahora tenemos una voz dulce «que pregona perdón y paz por el valor del sacrificio de Cristo» (Trenchard). También el primer pacto se hizo con rociamiento de sangre (v. 9:18–21, comp. con Éx. 24:5–8), pero la sangre con que fuimos comprados (1 P. 1:18–20; Ap. 5:9) y purificados de nuestros pecados (1:3), no es una mera figura, sino que realmente descarga de culpa nuestra conciencia (v. 9:12–15) y, de este modo, «garantiza la perfecta felicidad de las innumerables huestes de los redimidos» (Trenchard). El autor sagrado dice que la sangre de Jesús *habla con mejor tono que la de Abel,* puesto que la sangre de Abel clamaba venganza (Gn. 4:10), mientras que la sangre de Jesús demanda misericordia y perdón, pues es una sangre derramada para perdón de los pecados (9:22).

Versículos 25–29

En estos versículos tenemos una exhortación parecida a la de 2:1–4 y, en ella, la última solemne advertencia, encabezada con ese *«Mirad …».* A la advertencia propiamente dicha (v. 25), siguen unas afirmaciones sobre el establecimiento de lo permanente tras de la sacudida de lo caduco (vv. 26, 27), por lo que se nos exhorta a rendir a Dios un culto agradecido (v. 28), al tener en cuenta que Dios no pasará por alto las escorias de una vida cristiana lánguida y carnal (v. 29).

1. Veamos primero la solemne advertencia del versículo 25 como la leemos en la NVI: *«Mirad de no rechazar al que habla. Porque si no escaparon aquéllos cuando rechazaron al que les promulgaba oráculos en la tierra, ¿cuánto menos escaparemos nosotros, si le volvemos las espaldas al que los promulga desde el cielo?»*

(A) Lo solemne de la advertencia se echa de ver ya en el verbo *mirad* (gr. *blépete)* que, dentro de la epístola, aparece en la misma forma sólo en 3:12, donde la advertencia es igualmente solemne.

(B) *El que habla* es Dios (1:1). Está en masculino, por lo que no puede referirse a la *sangre* del versículo anterior, ya que, aparte de otras razones, el vocablo griego para *sangre (haíma)* es neutro. El verbo está en presente, lo que indica que la voz de Dios continúa oyéndose (comp. con 3:14; 4:7).

(C) *El que promulgaba oráculos en la tierra* no se refiere a Moisés (contra la opinión de Bartina), sino el mismo Dios que *los promulga desde el cielo,* como se ve al atender a los versículos 19 y 26. Lo confirma la cita de Hageo 2:6 en el versículo 26. Dice J. Brown: «No son dos personas diferentes, sino una misma hablando en circunstancias diferentes».

(D) El original usa dos verbos distintos para expresar el rechazo de los oyentes y, además, están en distinto tiempo. Vale la pena analizarlos, no sólo para entender mejor el pasaje, sino también para corregir el doble *desechar* de nuestras versiones. El verbo que aparece en la primera parte del versículo es, en griego, *paraitesámenoi,* en participio de aoristo (acción pasada) y su verdadero significado es *«disculparse»* o *«excusarse»* (comp. con Lc. 14:18b, 19). Dice Trenchard: «Tras sus ligeras promesas de obediencia, se escondía una verdadera "desgana" frente a la Palabra, que pronto se echó de ver en el culto del becerro de oro». El verbo que figura en la segunda parte es *apostrephómenoi,* en participio de presente (acción presente continua) y su verdadero significado es *«volverse de»,* es decir, *«volver las espaldas»*. El verbo es, pues, mucho más fuerte que el de la primera parte e insinúa que, entre los lectores, no sólo había creyentes inmaduros, sino también una «minoría rebelde» (Trenchard). Sin embargo, la advertencia va dirigida también a nosotros, a fin de que nunca tengamos en menos la voz de Dios que nos llama a obedecerle y a servirle.

2. Los versículos 26 y 27 contienen afirmaciones sobre el establecimiento de lo que permanece tras de la sacudida de lo caduco: *«En aquella ocasión, su voz sacudió la tierra, pero ahora ha hecho la siguiente promesa: Una vez más sacudiré, no sólo la tierra, sino también los cielos. Las palabras "una vez más" indican que las cosas sacudidas sufrirán una alteración, como cosas creadas que son, a fin de que permanezcan sin cambio las que son inconmovibles»* (NVI). El autor sagrado se refiere aquí a Éxodo 19:18c, donde leemos que *«todo el monte se estremecía en gran manera»*. Era una especie de terremoto, pero, al fin, terrestre, pasajero y localizado, pero, como dice Dios mismo en Hageo 2:6 (véase el contexto), *«Una vez más sacudiré, no sólo la tierra, sino también los cielos»*. El texto hebreo añade *«el mar y la tierra seca y* (v. 7) *haré temblar a todas las naciones»*. Comparar con 2 Pedro 3:7–13 para percatarse del tono escatológico (apocalíptico) de los tres lugares *(Hebreos, Hageo y 2 Pedro). Las cosas inconmovibles* son las que hemos visto en los versículos 22–24.

3. En los versículos 28 y 29, se nos exhorta a rendir a Dios un culto lleno de gratitud y santo temor, teniendo en cuenta que Dios es un Dios celoso, que arde en fuego de cólera para consumir a quienes le son desleales. *«Por lo cual, ya que estamos recibiendo un reino inconmovible, seamos agradecidos y sirvamos así a Dios con devoción y respeto, porque nuestro Dios es fuego consumidor»* (NVI).

(A) *«Por lo cual …»,* esto es, «como conclusión de lo que acaba de decirse y aun de toda la epístola» (Bartina). En efecto, el capítulo 13 tiene todas las trazas de ser un apéndice. Más aún, conforme nos vamos acercando al final de la epístola, mayor es la impresión de que estamos leyendo a Pablo. Personalmente, me confirmo en la opinión de que las ideas de toda la epístola las sugirió el gran apóstol, aunque fuese (probablemente) el gran retórico Apolos (o Apolo) quien la redactase. Sin embargo, en el capítulo 13, parece como si Pablo estuviese dictando, como en sus reconocidas epístolas, aunque otros detalles podrían también sugerir lo contrario

(B) Al estar en participio de presente el verbo *«recibiendo»,* se nos declara que los creyentes, al allegarnos a las cosas espirituales, eternas, inconmovibles, que se nos han presentado en los versículos 22–24, estamos ya participando de las bendiciones espirituales del reino de Dios. Dice J. Brown: «Es otro modo figurativo de expresar los privilegios y honores que, bajo la nueva dispensación (ingl. *economy),* obtienen los hombres mediante la fe de la verdad como está en Jesús»

(C) La frase del original *«tengamos gracia»* (lit) es entendida por algunos como si fuese equivalente a *«retengamos la gracia de Dios»,* ya sea al entender por «gracia» el favor de Dios (Tomás de Aquino), ya sea la religión cristiana (Spicq). Comparar con el versículo 15, así como con 2:9; 4:16; 10:29; 13:9. Éste es también el sentido que le dieron a la frase Reina y Valera. Sin embargo, el griego *khárin ékhein* sólo admite la traducción de *ser agradecido.* Es cierto que el griego clásico expresa también el complemento (a quién hemos de ser agradecidos), pero el autor sagrado lo calla aquí porque fácilmente se sobrentiende que es Dios (el sujeto de los vv. 25–27 y el expresamente aludido en la segunda mitad del v. 28). El sentido explicado se confirma al comparar este lugar con Lucas 17:9; 1 Timoteo 1:12 y 2 Timoteo 1:3, donde *khárin ékhein* significa indudablemente «dar gracias».

(D) El autor sagrado continúa diciendo que *mediante ella* (lit.), esto es, con esta disposición de gratitud a Dios, *hemos de servirle con devoción* (gr. *eulabeías,* piedad respetuosa; sinónimo de *eusebeías)*

y respeto (gr. *déous*, temor respetuoso). El verbo griego *latreúomen*, sirvamos, lo hemos visto ya en otras ocasiones; siempre tiene carácter cultual, aun cuando se trate de devoción privada, no comunitaria. Dice J. Brown que «la *gratitud* es como el alma y la quintaesencia del deber cristiano». En efecto, alguien ha dicho que «toda la teología puede resumirse en una palabra *gracia;* y toda la ética cristiana, en esta otra *gratitud*».

(E) Esto ha de hacerse, dice el autor sagrado, *«de modo agradable a Dios»* (lit.). El texto deja bien claro que, mediante esta actitud de agradecimiento, ya servimos a Dios de un modo que le agrada (gr. *euaréstos)*, pues estamos cumpliendo su santa voluntad (comp. con Ro. 12:2).

(F) Finalmente, la devoción respetuosa que el autor sagrado recomienda se entiende fácilmente a la vista del carácter santo de Dios, que *es fuego consumidor*. La frase está tomada de Deuteronomio 4:24 y se repite en Deuteronomio 9:3; Isaías 33:14. Véase también 2 Tesalonicenses 1:8 *(«en llama de fuego»)* y, en esta misma epístola, 10:27, donde el original dice *«un celo de fuego»* (lit.), por donde se ve que el fuego es figura del celo de Dios (v. Dt. 4:24, al final). Sin embargo, tengamos en cuenta que este fuego de Dios *consume del todo* solamente a quienes no se dejan purificar por él. Tomando pie de las preguntas que Isaías hace en Isaías 33:14–17, dice Trenchard: «El poder morar con el fuego consumidor es el privilegio de los redimidos, cuyos pecados se han perdonado por la sangre de Cristo, y quienes se regocijan en las manifestaciones de la santidad del Eterno, que, por otra parte, significan la perdición del pecador. ¡Que se quemen las escorias y que nuestra vida en Cristo sea conforme con la manifestación de la majestad y la pureza de *nuestro* Dios!» Sólo resta añadir a estas sabias palabras un gran ¡AMÉN!

CAPÍTULO 13

Este capítulo puede dividirse en tres partes: I. Un conjunto de exhortaciones basadas en el amor fraternal (vv. 1–6). II. Otra serie de exhortaciones basadas en la lealtad a la fe cristiana (vv. 7–19). III. Bendición y saludos finales (vv. 20–25).

Versículos 1–6

Este capítulo contiene una serie de exhortaciones, al parecer muy diversas, que los autores tratan de englobar de varias maneras. En ello se echa de ver el carácter, ya mencionado, de apéndice que el presente capítulo tiene.

1. Comienza el autor sagrado (v. 1) por una exhortación de carácter general: *«Continuad amándoos mutuamente como hermanos»* (NVI). El verbo está en presente de imperativo, por lo que la NVI ha hecho muy bien en traducirlo de forma continuativa. El *amor fraternal* (lit.) forma en griego una sola palabra: *philadelphía*, vocablo que sale, además de aquí, en Romanos 12:10; 1 Tesalonicenses 4:9; 1 Pedro 1:22 y dos veces en 2 Pedro 1:7. El autor sagrado nos ha dado a conocer que este amor existía ya antes entre ellos (v. 6:10; 10:34), pero ahora peligraba a causa precisamente de su inmadurez y de las fluctuaciones de su conducta cristiana. Por eso, les exhorta a que *continúen* en ese amor.

2. Una virtud que fluye espontáneamente del amor fraternal, y de la que suelen hacer gala los orientales, es la hospitalidad: *«No os olvidéis* (v. 2) *de prestar hospitalidad a los forasteros, porque algunos, al hacerlo así, tuvieron por huéspedes a ángeles, sin percatarse de ello»* (NVI). Lo más probable es que el autor sagrado se refiera aquí al episodio de Génesis 18:1–8, pero también Génesis 19:1 y ss. nos presenta otro ejemplo en el caso de Lot. De esta virtud de la hospitalidad dice Trenchard: «Quizá los hebreos estaban en peligro de descuidarla a causa de la dificultad de sus circunstancias. ¡No lo olvidemos nosotros por la razón inversa: el exceso de comodidades en nuestra civilización occidental!»

3. Viene después otra virtud que el Señor Jesús tiene en mucho, como vemos por Mateo 25:36 (comp. con Ro. 12:15; 1 Co. 12:26; Col. 4:18 y, en esta misma epístola, 10:34). No siempre resulta grato este deber, pues hay quienes pueden interpretarlo en un contexto politicosocial, pero el creyente verdadero ha de atender a lo que manda Dios antes que al *qué dirán* de los hombres. También esto lo habían cumplido anteriormente los destinatarios de la carta (10:33, 34), donde vemos que no sólo habían compartido la situación de los afligidos.

4. En cuarto lugar, tenemos la pureza sexual: *«El matrimonio* (v. 4) *debe ser tenido en gran honor por todos, y el lecho conyugal debe conservarse sin mancilla, porque Dios juzgará a los impúdicos* (gr. *pórnous;* lit. *fornicarios) y a los adúlteros* (gr. *moikhoús)»* (NVI). En este versículo hay que hacer algunas observaciones:

(A) La primera frase carece de verbo en el original, por lo que puede traducirse en indicativo *(«el matrimonio es digno de honor en todos»;* lo cual puede entenderse, a su vez, de dos maneras: *«en todos los hombres», o «en todos los aspectos»)* o en imperativo: *«el matrimonio sea tenido en gran honor por todos».* Aun en este segundo caso, podría aludir «a los que lo desacreditaban o impugnaban, "prohibiendo casarse" (1 Ti. 4:10)» (Bartina). Sin embargo, toda la primera parte del versículo suena mejor en sentido de exhortación, puesto que el versículo está inserto dentro de una serie de exhortaciones; léase, pues, como se halla traducido en la NVI (o en la RV. 1960 y 1977). Dice J. Brown, con toda honradez: «Me temo que, en el modo en que las palabras suelen traducirse, tengamos un ejemplo de la indebida influencia que puede ejercer el deseo de obtener un argumento contra la doctrina de un enemigo. Que el pasaje, considerado como una afirmación, contiene una más fuerte y más directa condenación de la detestable doctrina de la Iglesia Católica Romana con respecto al celibato de los clérigos, más bien que cuando es traducido como un precepto, parece haber sido la verdadera razón por la que el primer modo de verterlo ha sido preferido por nuestro traductor y por muchos otros traductores protestantes».

(B) El sentido exhortativo cuadra mejor también con la segunda parte del versículo, en que el autor sagrado asegura que a los violadores de la santidad del matrimonio *los juzgará Dios.* Dice S. Bartina: «Este nombre se pone enfáticamente al final, como si señalase un juicio soberano y último definitivo y terminante, al que nadie podrá substraerse, por oculto que esté su pecado ante los hombres. Es el juez de todos (12:23) y fuego devorador (12:29)».

5. En quinto lugar (vv. 5, 6), el autor sagrado amonesta contra la avaricia: *«Conservad vuestras vidas libres de la afición al dinero* (gr. *aphilárguros,* sin afición al dinero; vocablo que sale únicamente aquí y en 1 Ti. 3:3, al final, entre las cualidades del anciano de iglesia) y *estad satisfechos con lo que tenéis* (gr. *tois paroúsin,* con lo presente), *porque ha dicho* (en pretérito perfecto) *Dios* (lit. *Él): Jamás te dejaré; nunca te desampararé. Así que podemos decir con toda confianza* (lit. *hasta el punto de atrevernos a decir): El Señor es mi valedor; no tendré miedo. ¿Qué puede hacerme ningún hombre?»* (NVI). Notemos lo siguiente:

(A) El autor sagrado ha mencionado anteriormente (10:34) la pérdida de los bienes que los destinatarios habían sufrido. Esto mismo le servía de fondo para hacerles ver lo inestable de las posesiones terrenales, por lo que la mejor norma para conservar la paz interior y huir de toda ansiedad en cuanto a la situación económica era (y es) despreocuparse de la solicitud por el porvenir y contentarse con lo *presente.* Esto mismo era lo que Pablo había advertido a Timoteo (1 Ti. 6:7–10) y el Señor Jesús a sus discípulos (Mt. 6:25 y ss.).

(B) Para instarles a la confianza en la providencia de nuestro Padre Celestial, les anima con un par de citas del Antiguo Testamento. La primera es Deuteronomio 31:6 (comp. con Jos. 1:5), donde Moisés dice a los israelitas: *«Jehová tu Dios es el que va contigo; no te dejará ni te desamparará».* Este último verbo es, en el original de Hebreos 13:5, el mismo de Mateo 27:46; Marcos 15:34. Según el autor de *Hebreos,* Dios mismo es quien dice esas palabras, un ejemplo más de la inspiración divina de toda la Escritura. El objeto es el mismo de Deuteronomio 31:6; Josué 1:5: Que nos animemos a no desfallecer, sabiendo quién es el que nos protege en todo momento. La segunda cita está tomada del Salmo 118:6; en ella expresa el salmista su absoluta confianza en Dios, como el auxiliador omnipotente y fiel que siempre acude a ayudarnos en los momentos de peligro y nunca nos decepciona.

Versículos 7–19

La presente sección contiene avisos y recomendaciones de carácter espiritual con respecto a la ortodoxia y a la práctica cristianas.

1. Hay quienes opinan que ha habido un trastrueque de los versículos 7 y 8 y que el versículo 8 debería figurar inmediatamente detrás del versículo 6. En mi opinión, el orden actual del texto es el correcto y los dos versículos 7 y 8 deben estudiarse conjuntamente. Dicen así en la NVI: *«Acordaos de vuestros pastores, que os predicaron la palabra de Dios. Fijaos cuál fue el final de su conducta e imitad su fe. Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y para siempre».*

(A) El verbo *«acordaos»* nos da enseguida a entender que estos pastores habían muerto ya, lo cual se confirma por la frase posterior *«cuál fue el final de su conducta»*.

(B) Para *«pastores»*, el autor sagrado usa el vocablo *hegouménon*, que propiamente significa «guías» o *«dirigentes»*, y en este sentido vuelve a salir en los versículos 17 y 24. Por la frase siguiente se deduce que el epíteto no puede limitarse solamente a los *pastores* que gobiernan, sino también a los *maestros* que enseñan (v. el comentario a Ef. 4:11, al final).

(C) El autor sagrado exhorta a sus lectores a que *se fijen atentamente (gr. anatheoroúntes,* contemplando fijamente; el verbo está en participio de presente) *en el final* (gr. *ékbasin*, salida) *de su conducta,* esto es, la forma sabia y piadosa como se comportaron hasta el fin de su vida, *hablándoles la palabra de Dios.*

(D) *«Imitad su fe»*, les dice el autor sagrado. El vocablo *«fe»* puede significar la *actitud de fe* que estos guías mantuvieron hasta el fin, las *creencias ortodoxas* acerca de la persona y la obra de Jesucristo, a las cuales se adhirieron firmemente, o *su fidelidad* al Señor. Los tres sentidos son posibles aquí, pero el primero cuadra mejor con el contexto anterior (vv. 5, 6), mientras que el segundo se ajusta mejor al contexto posterior (vv. 8, 9). A mi juicio, ambos sentidos son aquí inseparables, aunque el énfasis cargue un poco más sobre el segundo. Así se entiende mejor el versículo 8, el cual no habla directamente sobre la inmutabilidad de la persona de Cristo, sino de la verdad sobre Cristo; en otras palabras, habla de *Jesucristo como objeto de la fe cristiana.* La conexión entre los versículos 7 y 8 es explicada así, en este sentido, por J. Brown: «Vuestros difuntos maestros eran eminentes creyentes. Eran fuertes en la fe y así dieron gloria a Dios. Permanecieron inconmovibles en su creencia de las doctrinas de Cristo y no cedieron a los impulsos de un corazón malo de incredulidad. Seguidlos. Sed también fuertes en la fe. Que nada sacuda vuestra convicción de que, al haber recibido el Evangelio, no habéis seguido fábulas ingeniosamente inventadas, sino lo que es palabra fiel y digna de toda aceptación, por ser la más cierta verdad».

2. Frente a la única y constante doctrina ortodoxa sobre Jesucristo, están las desviaciones causadas por *doctrinas diversas* (lit. *multicolores) y extrañas* (gr. *xénais*, extranjeras a la predicación apostólica sobre Jesucristo): *«No os dejéis seducir por cualquier variedad de doctrinas extrañas. Es excelente para nuestros corazones el ser fortalecidos por la gracia, no por alimentos ceremoniales, que de nada aprovechan a los que los comen. Nosotros tenemos un altar del cual no tienen derecho a comer los que sirven en el tabernáculo»* (vv. 9, 10, NVI).

(A) Colocados así juntos los versículos 9 y 10, se percibe su conexión, del mismo modo que percibimos la conexión entre los versículos 7 y 8 al estudiarlos juntos. Una ojeada a 9:9–11 nos servirá para que nos percatemos de la razón que el autor sagrado ha tenido para singularizar, entre las doctrinas variopintas y extranjeras, las que tienen que ver con *los alimentos ceremoniales.* Se ve, pues, el peligro judaizante que acechaba a este grupo de creyentes hebreos. El autor sagrado aporta dos razones por las cuales los lectores no deben dejarse seducir por tales doctrinas:

(a) Los alimentos ceremoniales son viandas que no aprovechan para la vida eterna; no logran siquiera detener la decadencia del organismo humano (v. 9:10, así como Ro. 14:17; Col. 2:16). En cambio, la gracia, bajo cuyo régimen vivimos en la dispensación del Evangelio, sí que sirve para *fortalecer* (lit. *consolidar,* el mismo vocablo griego de 2 Co. 1:21) *el corazón,* para que podamos siempre «pisar sobre terreno firme» (Bartina).

(b) Los alimentos ceremoniales están en conexión con los sacrificios ofrecidos en el altar del tabernáculo; de ellos comen los que sirven a dicho tabernáculo (téngase en cuenta que el templo estaba todavía en pie cuando el autor sagrado escribía esto); pertenecen todavía al régimen de la Ley (comp. con 1 Co. 10:18). En cambio, nosotros, en el régimen de la gracia, tenemos otro altar, perteneciente a otro tabernáculo (v. 8:11), en el cual entró Jesús mediante el sacrificio de Sí mismo (9:23–28; 10:1–14), y del cual nos alimentamos mediante la fe (Jn. 6:51–58), para vida eterna.

(B) El versículo 10 requiere un análisis más amplio, no sólo para que mejor se entienda su sentido, sino también para que se vea la conexión con los versículos 11 y 12. La razón por la cual los sacerdotes del sacerdocio levítico no podían comer de *nuestro altar* (metafóricamente entendido) es doble: (a) Al pertenecer al régimen de la Ley, *no tenían derecho* (gr. *exousían*, facultad, permiso) para participar del altar de Cristo, ya que la participación del altar supone comunión con la víctima (1 Co. 10:16–21) y los no convertidos al Evangelio no pueden tener comunión con Cristo; (b) por otra parte, como el sacrificio de

Cristo fue, al mismo tiempo, expiación por el pecado y holocausto, ni siquiera el sumo sacerdote podía, en tal caso, reservar para sí parte alguna de la víctima sacrificada.

3. Esto es lo que el autor sagrado explica en detalle en los versículos 11 y 12: *«El sumo sacerdote introduce la sangre de los animales en el Lugar Santísimo como un sacrificio por el pecado, pero sus cuerpos son quemados fuera del campamento. Por lo cual, también Jesús sufrió fuera de las puertas de la ciudad, para santificar a su pueblo por medio de su propia sangre»* (NVI). Bueno será añadir alguna ulterior observación a lo dicho anteriormente:

(A) El autor sagrado se refiere especialmente al Día de la Expiación (v. Lv. 16:21), pero la norma era aplicable para toda expiación por el pecado (v. Lv. 4:5–12, 16–21; 6:30).

(B) Comoquiera que el sacrificio de Cristo fue, a un mismo tiempo, holocausto (espiritual—v. 10:5–7—, ya que, físicamente, no fue *totalmente quemado*, que es lo que «holocausto» significa) y expiación por el pecado, el autor sagrado aprovecha una circunstancia que no tuvieron en cuenta los que condenaron a muerte a Jesús, pero que a él le sirve magníficamente para hacer la comparación con los sacrificios del sacerdocio levítico: *¡También Jesús sufrió* (es decir, *murió) fuera del campamento!*

(C) En efecto, Jerusalén, la Ciudad Santa y centro de la nación judía tenía con el santuario una relación proporcional a la que tenía el campamento, o conjunto de tiendas de campaña del pueblo, con el tabernáculo. De modo que, así como *los cuerpos de los animales sacrificados eran quemados fuera del campamento,* así también *Jesucristo fue sacado fuera de las puertas de la ciudad* (Jn. 19:20), para ser ofrecido en sacrificio por nosotros.

(D) Habrá observado el lector que el autor de *Hebreos* jamás hace referencia al *templo* (gr. *hierón),* ni al *santuario (naós),* sino todas las nueve veces se refiere al *tabernáculo (skené,* tienda de campaña). La razón principal, a mi ver, es que en toda la carta domina el concepto de *peregrinación,* además de que la construcción del primer templo se llevó a cabo varios siglos después de la del tabernáculo.

4. Una vez expuesta la doctrina, el autor sagrado saca las dos conclusiones siguientes: *Primera,* como peregrinos seguidores de Cristo, hemos de salir con Él de donde Él salió y a donde Él salió (vv. 13, 14); *segunda,* como sacerdotes consagrados con su sacerdocio, hemos de ofrecer por medio de Él los sacrificios espirituales que caracterizaron Su vida en esta tierra: la benedicencia y la beneficencia (vv. 15, 16). Dicen los cuatro versículos en la NVI: *«Salgamos, pues, hacia Él fuera del campamento, llevando el mismo oprobio que Él llevó. Porque aquí no tenemos una residencia permanente, sino que vamos en busca de la ciudad futura. Por medio de Jesús, pues, ofrezcamos continuamente a Dios un sacrificio de alabanza, el tributo de unos labios que confiesan su nombre. Y no os olvidéis de hacer el bien y de compartir con otros vuestros bienes, porque esa clase de sacrificios es la que complace a Dios».*

(A) Se exhorta a los lectores a salir *hacia* Cristo (gr. *pros autón),* no *con* Él, no sólo porque Él ha llegado ya al punto de destino, sino también para indicarnos la «carta de viaje», la dirección de la marcha. Como los destinatarios son, en primer lugar, los lectores hebreos, para ellos la exhortación significa: «Hay que romper con los usos litúrgicos y aparentes sacrificios fastuosos … Esto es lo que se opone a que vayan a Cristo» (Bartina). Para nosotros, significa abstenerse de todo lo profano, de todo lo que, en la ciudad, en el campamento de los incrédulos, es indigno de un hijo de Dios.

(B) Eso no puede hacerse sin estar dispuestos a *llevar el mismo oprobio* (gr. *oneidismón,* el mismo vocablo de 11:26) *que Cristo llevó* (comp. con 12:2, así como con Lc. 9:23). Los judíos convertidos a Cristo cargaban (y cargan) con ese oprobio, pues sus antiguos correligionarios los tienen por desertores, apóstatas y traidores a la fe de sus mayores. Pero todo convertido sinceramente del mundo a Cristo resulta un ser extraño para los mundanos (v. 1 P. 4:4). Por supuesto, no será «extraño» si se acomoda, en algún grado, a los hábitos y malas costumbres de los mundanos. Ése es un buen termómetro para tomar la temperatura espiritual de todo creyente.

(C) Otra razón decisiva para salir del campamento es que *en él no tenemos residencia permanente, sino que vamos en busca de la ciudad futura* (v. 14). El autor sagrado tiene en cuenta aquí que nuestra verdadera ciudadanía está en los cielos (Fil. 3:20) y que, como los antiguos patriarcas (11:13–16), somos extranjeros y peregrinos (1 P. 2:11), que vamos en busca de la Jerusalén Celestial (12:22). Para los hebreos destinatarios de la epístola, eso significaba, en primer lugar, salir de todo lo que el judaísmo comprendía como destinado a fenecer al advenimiento del Mesías.

(D) Como sacerdotes peregrinos, tenemos el deber de ofrecer sacrificios espirituales, pues el único sacrificio corporal, necesario para la expiación de los pecados, fue ofrecido en la Cruz del Calvario. Es

cierto que el cristiano ha de ofrecer también su propio cuerpo, pero aun el sacrificio de su cuerpo es un sacrificio espiritual (v. el comentario a Ro. 12:1).

(E) El autor sagrado singulariza dos clases de sacrificios que agradan especialmente a Dios:

(a) El sacrificio de la *benedicencia* (v. 15), la *alabanza a Dios*, la cual, como la gratitud, debería ser una actitud continua, permanente, como sugiere el griego *diá pantós* (en todo tiempo, mejor que «siempre»). Esta alabanza, lo mismo que toda otra oración, se tributa a Dios *por medio de Jesús.* Éste es un sacrificio sumamente aceptable a Dios (comp. con Lv. 7:12; Mal. 2:11) y estaba ya profetizado en Oseas 14:2b: *«te ofreceremos en vez de terneros la ofrenda de nuestros labios».* De la misma manera que los sacrificios de la Ley se ofrecían por manos de los sacerdotes, así también estos sacrificios espirituales nuestros se ofrecen por medio de nuestro gran sumo sacerdote Jesús.

(b) El sacrificio de la *beneficencia* (v. 16). Una de las mayores tentaciones del creyente «devoto» es dedicarse tanto a Dios que no le quede tiempo para ocuparse del prójimo, incluso del prójimo más próximo (esposo, esposa, hijos, etc.). Dícese de una señora muy «devota» que gastaba tanto tiempo en ejercicios de piedad que no le quedaba tiempo para atender a su marido. Por eso, dice el autor sagrado: *«No os olvidéis de hacer el bien y de la ayuda mutua* (lit. *de la comunión;* gr. *koinonías*, esto es, de *compartir;* comp. con Hch. 2:42, 44; Ro. 15:26; 2 Co. 8:4 y ss.; 9:13; 1 Ti. 6:18; Stg. 1:27; 1 Jn. 3:16–18; 4:20).

5. Así como, en el versículo 7, les había exhortado a *acordarse de los guías o pastores* que habían tenido en el pasado, ahora (v. 17), les exhorta a *obedecer a los guías* (el mismo vocablo del v. 7) que tienen al presente: *«Obedeced a vuestros pastores y someteos a su autoridad; porque ellos velan por vuestras almas como quienes han de rendir cuentas. Obedecedles, a fin de que puedan ejercer su ministerio con gozo y no con lamentaciones, porque esto último no os traería ninguna ventaja»* (NVI). Este versículo es de una importancia práctica muy grande, por lo que requiere un análisis especial.

(A) Con dos verbos distintos resume el autor sagrado la actitud que los creyentes deben observar en relación con sus pastores o guías espirituales: el primero es *peíthesthe*, que propiamente significa *dejaos persuadir,* lo que implica una sumisión como la que le debemos a la verdad de la fe (comp. con Ro. 2:8; Gá. 5:7); el segundo es *hupeíkete*, única vez que tal vocablo sale en todo el Nuevo Testamento y significa *someterse* en reconocimiento a la autoridad que los pastores ejercen de parte de Dios.

(B) El autor sagrado les hace ver que estos pastores no han venido a ellos por su propio impulso, sino que han sido llamados por Dios para este ministerio, y se sienten sumamente responsables ante Dios de la forma en que *velan* por las almas de los miembros de la congregación, pues a Dios han de *rendir cuentas* de su administración. S. Bartina hace notar que el verbo que el autor sagrado usa para *velar* «no es el simple "vigilar" *(gregoréo),* de uso frecuente en el Nuevo Testamento; aquí es el *agrupnéo*, con el matiz de "estar desvelado, sin dormir", como por alguna preocupación».

(C) El autor sagrado apunta una razón sumamente práctica, por la que el obedecer a los pastores es sumamente ventajoso para los mismos que obedecen: Cuando la mayoría (al menos) de la congregación se dejan persuadir por los pastores, escuchan con atención lo que se les predica y enseña y ponen por obra las enseñanzas y normas que le son impartidas, el pastor, como todo buen maestro, ve que su labor no resulta estéril y se goza en el fruto de su ministerio. Pero (como es demasiado frecuente) cuando la predicación y la enseñanza entran por un oído y salen por el otro, como suele decirse, por muy fuerte que sea la constitución psicofísica y espiritual del pastor, fácilmente será presa del desánimo y de la depresión. Con ello, no sólo sufrirá él, sino que del destemple de su ánimo amargado, saldrán quejas y lamentaciones delante del Señor acerca de Su rebaño que, más bien que de ovejas sumisas, parece de cabras que, como dice el refrán, siempre tiran al monte. Es cierto que, si el pastor ha cumplido fielmente su ministerio, se encontrará con la aprobación y la recompensa del Pastor Supremo (1 P. 5:4), ya sea que su predicación haya sido *«hedor de muerte que conduce a la muerte» u «olor de vida que conduce a la vida»* (2 Co. 2:15, 16, NVI), pero, por lo que concierne a los fieles mismos, ninguna ventaja van a sacar con que el pastor tenga que dar al Señor quejas acerca de ellos. Dice J. Owen: «Con qué suspiros, gemidos y lamentos están frecuentemente acompañadas las cuentas que los fieles ministros rinden a Cristo, sólo Él lo sabe, y el último día lo manifestará. Que las cuentas de los ministros hayan de ser rendidas de este modo, no es provechoso para sus propias gentes. El corazón del ministro se desanima; el gran Maestro se desagrada; las señales de Su favor se retiran; prevalece la esterilidad espiritual; y parece como si las nubes hubiesen recibido el mandato de no llover sobre la infructuosa viña».

6. La sección termina con una petición que el autor sagrado hace a sus lectores para que oren por él y por sus colaboradores (vv. 18, 19): *«Orad por nosotros. Estamos persuadidos de que tenemos la conciencia limpia y deseamos conducirnos decorosamente en todo. Yo personalmente os insto a que oréis para que cuanto antes pueda encontrarme entre vosotros»* (NVI).

(A) Sea cual sea el autor humano de la epístola, dichas frases tienen un sabor netamente paulino. Basta comparar dichas frases con las que hallamos, de la pluma o de la boca del apóstol, en Hechos 23:1; 24:16; Romanos 9:1; 1 Corintios 4:1–4; 2 Corintios 1:12; 1 Timoteo 1:5–19; 3:9; 2 Timoteo 1:3.

(B) El versículo 19 parece insinuar que el autor se halla impedido, por el momento, de salir del lugar donde se encuentra. Que no está preso se advierte por el versículo 23, pero algún otro obstáculo le impedía ir a visitar a los destinatarios de la carta, y por ello *les insta a que oren.* Dice Bartina: «No es que el autor esté preso en cautividad, porque en el versículo 23 aparece que puede proceder libremente. Son dificultades inciertas que hasta ahora le han impedido retornar. Pero la oración podrá superar estos obstáculos, y así más pronto (gr. *tákhion)* ser devuelto a aquella comunidad».

Versículos 20–25

Aquí tenemos la bendición y los saludos finales de la epístola.

1. La bendición es larga. Dice así (vv. 20, 21) en la NVI: *«Que el Dios de la paz, quien mediante la sangre del pacto eterno, sacó de entre los muertos a nuestro Señor Jesús, aquel gran Pastor de las ovejas, os equipe con toda clase de virtudes para cumplir en todo su voluntad, y lleve a cabo en nosotros lo que es de su agrado por medio de Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén».*

(A) *«El Dios de la paz»* es una expresión paulina (v. Ro. 15:33; 16:20; 1 Co. 14:33; 2 Co. 13:11; Fil. 4:9; 1 Ts. 5:23 y, quizás, 2 Ts. 3:16), aunque el contexto en que aquí se halla no sugiere necesariamente la pluma de Pablo. El epíteto llega a parecerle a Trenchard, en este contexto, algún tanto extraño y, a mi juicio, no llega a explicarlo de modo satisfactorio. En cambio, creo que Bartina acertó con el sentido al escribir: «Es el autor de la paz con el hombre, el autor de la reconciliación por medio de la sangre de Cristo».

(B) El autor sagrado llama a nuestro Señor Jesucristo, *el gran Pastor de las ovejas.* El Mesías estaba profetizado como tal Pastor en Ezequiel 37:24; Zacarías 11:4. Él mismo se llamó *el buen (kalós,* excelente) *Pastor* (Jn. 10:10–16) y Pedro lo llama *el Príncipe de los pastores* (gr. *arkhipoímenos*, el Pastor en Jefe).

(C) Vemos que *«Dios … sacó de entre los muertos a nuestro Señor Jesús mediante la sangre del pacto eterno».* ¿Qué significa esto? Sin duda, lo siguiente: «El *pacto eterno* (puesto que no tiene otro que le suceda; v. 7:22, 28; 8:6, 7, 13; 9:12, 15, 26–28; 10:10–14; 12:24–28) se estableció mediante la sangre de Cristo (9:13–18). El derramamiento de esta sangre satisfizo completamente las exigencias de la justicia divina y, por eso, Dios mostró públicamente esta satisfacción sacando de entre los muertos a Jesús y exaltándole a Su diestra» (v. Hch. 2:24; Ro. 10:7–9; Fil. 2:9–11; He. 1:3; 10:12).

(D) A este Dios pide el autor sagrado (v. 21) lo siguiente: *«que os equipe* (gr. *katartísai*, el mismo verbo de 10:5 y 11:3, además de otros diez lugares, entre los que destaca 1 P. 5:10) *con toda clase de virtudes* (comp. con 2 P. 1:5–8) *para cumplir en todo su voluntad»,* pues a eso se reduce, en realidad, toda la vida cristiana (comp. con Jn. 3:34; 8:29; Ro. 12:2; 1 Jn. 3:22).

(E) No es la primera vez (v. Fil. 2:12, 13) que hallamos la aparente paradoja de que, *al obrar nosotros la voluntad de Dios, Él es quien lleva a cabo en nosotros lo que es de Su agrado* (v. 21b). Esto es lo que yo llamo *«energismo».* Véase 1 Corintios 12:6; Filipenses 2:13, sin ir más lejos, para darse cuenta de que éste es el verdadero concepto bíblico acerca de la forma en que la gracia de Dios *obra en,* y *con,* nuestra voluntad santificada por la misma gracia; se huye así, tanto del *monergismo* calvinista como del *sinergismo* arminiano y semipelagiano. En las versiones inglesas de Filipenses 2:12, 13, este doble aspecto de la obra de Dios en nosotros mientras nosotros obramos lo que Él quiere, se expresa admirablemente mediante el juego de dos partículas diferentes: *work out, works in;* la primera indica la *salida* del acto de nuestra voluntad; la segunda, la *entrada* del poder de Dios en nuestra voluntad (comp. con 1 Co. 15:10; Fil. 4:13).

(F) El *«por medio de Jesucristo»* admite, como hace notar J. Brown, una doble conexión y, por tanto, una doble explicación: (a) Si se conecta con *«lo que es de su agrado»,* significa que todo lo bueno que hacemos es agradable a Dios por los méritos de Jesucristo (4:14–16). Si se conecta con *«lleve a cabo en*

nosotros», significa que es en virtud de la mediación de Jesús y en unión con Él (Jn. 15:5) como se llevan a cabo las operaciones santificantes del Espíritu de Dios en nuestro interior.

(G) La bendición termina con la doxología: *«a quien* (Jesucristo) *sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén».* Dice Bartina: «Él, en efecto, ha sido el objeto central de toda la carta; no es raro que sea el objeto de tales alabanzas (cf. 2 Ti. 4:18; 1 P. 4:11; 2 P. 3:18)».

2. A continuación (v. 22), el autor sagrado ruega a los lectores, llamándoles *hermanos* para mejor captar su benevolencia, que *soporten* (gr. *anékhesthe) las palabras de exhortación* que les ha dirigido, *«Porque además,* dice, *os escribí brevemente»* (lit.). Tres cosas son dignas de notarse aquí: (A) el verbo para *«escribí»* (aoristo epistolar) es *epistéllo,* de donde se deriva precisamente *epístola,* y que significa *informar por escrito.* Sale, además de este lugar, únicamente en Hechos 15:20; 21:25. (B) A pesar de que la epístola es suficientemente larga, dice que ha escrito brevemente, porque habría necesitado muchísimo espacio para explicar todo lo que sus inmaduros lectores no llegaban aún a entender (v. 5:11; 9:5; 11:32). (C) Esta misma obligada brevedad le ha forzado quizás a usar expresiones duras. Dice Bartina: «La brevedad tal vez le ha forzado a usar frases de corrección o reprensión que en un estilo más amplio y difuso hubieran podido matizarse más». Así se entiende esa especie de disculpa: *«soportad»* (lit.).

3. En otro inciso (v. 23), les comunica una noticia que sin duda les interesaba: *«Quiero que sepáis que nuestro hermano Timoteo ha sido puesto en libertad. Si llega pronto, iré con él a haceros una visita»* (NVI). No sabemos por ningún otro lugar que Timoteo hubiese estado encarcelado. Sin embargo, el sentido del verbo *apoleluménon* (en pretérito perfecto) no parece que pueda ser otro; al menos, en este contexto. La última frase parece dar a entender que si Timoteo llegaba pronto al lugar donde se hallaba el autor de la carta, irían ambos a hacer una visita a los destinatarios; si no llegaba pronto Timoteo, iria el escritor solo. No se descarta, sin embargo, otra interpretación: Si Timoteo no llegaba pronto, el escritor de la carta, no podría (por la razón que fuese) ir a visitarlos.

4. Vienen luego los saludos, que aquí son impersonales, tanto por parte de quienes los envían como de los destinatarios. Únicamente dice (v. 24): *«Saludad a todos vuestros pastores* (el mismo término de los vv. 7 y 17), *y a todos los fieles* (lit. *santos). Saludos de los de Italia»* (NVI). Si el escritor estaba en Roma, es muy raro que usara esta manera general de referirse a los que estaban a su lado en el momento de escribir la epístola. Los comentaristas se dividen en dos grupos: (A) Muchos (entre ellos, Trenchard) tienen como más probable que el autor se refiera a «un grupo de creyentes que antes residieran en Italia, conocidos por los receptores de la carta», pero que ahora se hallaban fuera de Italia. (B) Otros (entre ellos, Bartina y Brown) tienen como más probable que se refiere a «cristianos procedentes de otras partes de Italia y residentes, a la sazón, en Roma» (Brown). Ryrie, por lo que se colige de la referencia en su *Ryrie Study Bible* a Hechos 18:2, parece ser de la primera opinión.

5. La epístola termina con la frase: «La gracia sea con todos vosotros» (NVI). Esta fórmula se encuentra solamente, y únicamente, en Tito 3:15, además de aquí, y también sin el «Amén» que aparece en nuestras versiones, y que gran parte de los MSS atestiguan, aunque no los más importantes.

SANTIAGO

Tanto la Epístola de Santiago como las de Pedro, Juan y Judas se han venido llamando, desde los primeros siglos de la Iglesia, «Epístolas Católicas» o «Universales» por estar dirigidas (excepto la 2 y 3 de Jn.), no a una iglesia o a una localidad particular, sino a un grupo poco (o nada) determinado de creyentes. Por ejemplo, esta Epístola de Santiago va dirigida *«a las doce tribus que* (están) *en la dispersión» (*lit.).

Los comentaristas antiguos pensaban que el autor de esta epístola era el llamado «Santiago el Menor», uno de los Doce apóstoles. El otro Santiago apóstol, hermano del apóstol Juan y llamado «Santiago el Mayor», queda descartado por haber sido martirizado demasiado pronto (v. Hch. 12:2). La mayoría inmensa de los comentaristas modernos están de acuerdo en que el autor es Santiago el hermano del Señor. Dos razones abonan esta opinión: (A) El autor no menciona su condición de apóstol, lo cual sería muy extraño si se tratase del llamado «Santiago el Menor». (B) El estilo de la carta, como observa Ryrie, encaja muy bien con lo que sabemos de Santiago el hermano del Señor por su intervención en el llamado «Concilio de Jerusalén» (v. 1:1, 27; 2:5, comp. respectivamente con Hch. 15:23; 15:14 y 15:13).

La epístola contiene temas sumamente prácticos que conciernen a la conducta cristiana, entre los que destacan dos: las buenas obras como prueba de la fe genuina (cap. 2), y la importancia que tiene el buen uso de la lengua (cap. 3). En cuanto a la división, seguimos la del Dr. Ryrie:

I. Saludo (1:1).
II. Las pruebas a que somos sometidos (1:2–18).
III. Hacedores de la Palabra (1:19–27).
IV. Contra el favoritismo (2:1–13).
V. Fe y obras (2:14–26).
VI. Pecados de la lengua (3:1–12).
VII. La verdadera sabiduría (3:13–18).
VIII. Mundanidad (4:1–17).
IX. Las riquezas, la paciencia y los juramentos (5:1–12).
X. La oración (5:13–18).
XI. La conversión del que yerra (5:19, 20).

CAPÍTULO 1

En este primer capítulo: I. Santiago comienza por un saludo (v. 1). II. Pasa enseguida a tratar de las ventajas que nos traen las pruebas que sufrimos (vv. 2–4). III. Trata después de las condiciones de la oración eficaz (vv. 5–8). IV. De las diversas reacciones ante las pruebas (vv. 9–12). V. Muestra después que el poder dañino de la tentación procede de la mala condición de nuestra naturaleza, no de Dios (vv. 13–18). VI. Pasa luego a explicar cómo se ha de escuchar la Palabra de Dios (vv. 19–25), y VII. Dónde se halla la verdadera devoción (vv. 26, 27).

Versículo 1

1. Vemos primero el nombre del autor de la epístola: *«Santiago»,* según solemos expresarlo en castellano, aunque el verdadero nombre es *Jacobo;* éste, a su vez, es la forma helenizada de *Jacob.* El nombre *Santiago* se formó por transformación de Santiago; y éste, del latín *Sanctus Iacobus*.

2. El autor se llama a sí mismo *«siervo de Dios y del Señor Jesucristo».* Aunque el original usa *doúlos* (esclavo), el dominico Salguero hace notar que «en la Sagrada Escritura, el término *siervo (ebed* en hebreo) tiene con frecuencia un sentido religioso. Se llamaban siervos de Dios los israelitas que se distinguían por su fidelidad al Señor, como los patriarcas, los profetas, los reyes buenos, los justos en general, e incluso el mismo Mesías es designado con el nombre de *Siervo de Jehová* en Isaías, capítulos 42–66. En el Nuevo Testamento, los apóstoles son llamados siervos del Señor, y también todos los cristianos (Ap. 1:1). San Pablo se designa a sí mismo con este titulo».

3. Pero lo más interesante es que se llame también *«siervo del Señor Jesucristo»,* cuando era hermano suyo según la carne. Con esto muestra Santiago: (A) Su humildad, al reconocerle como inmensamente superior a sí mismo; (B) Su confesión del señorío y de la mesianidad de Jesús. No puede hablarse de «interpolación», puesto que la frase tiene el apoyo de todos los MSS.

4. Santiago dirige su epístola *«a las doce tribus que están en la dispersión* (gr. *diasporá)»,* frase con que se designaba a todos los cristianos de origen judío que residían fuera de Palestina.

Versículos 2–4

Sin más preámbulos, Santiago pasa a tratar de las ventajas que nos proporcionan las pruebas bien llevadas. Dicen estos versículos en la NVI: *«Considerad, hermanos míos, como un motivo de gozo puro cuando tengáis que arrostrar pruebas de varias clases* (lit. *de muchos colores), porque ya sabéis que la prueba a que es sometida vuestra fe produce constancia. Y la constancia necesita llevar a feliz término su obra, a fin de que estéis perfectos y completos, sin que os falte nada».*

1. Lo primero que advertimos es el afecto con que les escribe, pues les llama *«hermanos míos»,* no sólo como hermanos de raza (v. Hch. 2:29, 37), sino, sobre todo, como hermanos en la fe cristiana. Esta expresión de afecto era tanto más necesaria cuanto que el tema que iba a tratar era penoso, aunque provechoso (comp. con He. 12:11).

2. En la misma línea de Pablo (v. Ro. 5:4 y ss.; Fil. 2:29; 4:4) y de Pedro (v. por ej., 1 P. 2:19–21), muestra Santiago los bienes que se siguen de arrostrar con buen ánimo las pruebas; por eso, lo que habría de ser motivo de pena y tristeza para un no creyente, ha de ser para el creyente *motivo de gozo puro.* El original dice literalmente: *«Considerad* (como) *todo gozo …»,* donde el griego *pasan* significa *sumo* (como traducen muchas versiones; entre ellas, la Reina-Valera) o *puro* (según hallamos en la NVI). ¿Cuál es el motivo de ese gozo ante la aflicción? Santiago lo explica en una fácil secuencia:

(A) Una prueba, bien llevada (v. 3), engendra *paciencia* (gr. *hupomoné,* la constancia bajo el peso de circunstancias adversas). Dice Salguero: «Paciencia en sentido bíblico no es la virtud que reprime los movimientos desordenados de la ira, sino la espera paciente del auxilio y del premio divinos prometidos a los atribulados».

(B) Pero esta *constancia* (v. 4) ha de ser perseverante hasta el fin, hasta llevar a cabo, a feliz término, su obra. ¿Qué obra es ésta? El objetivo intentado por Dios al enviar o permitir la prueba: Llevarnos a *una perfección completa;* es decir, a una *madurez cabal.* Esto es lo que aquí significa el griego *téleios,* como en la mayoría de los lugares en que dicho término es aplicado a personas (v. en esta misma epístola, 3:2).

Nótese que, en ese mismo versículo (3:2), afirma que *todos sin excepción tropezamos de muchas maneras* (NVI). Luego no habla de una perfección absoluta, imposible en esta vida. *«En nada faltos»* (lit.) significa «sin carecer de ninguna cosa que se ordene a la perfección» (T. García de Orbiso, citado por Salguero).

Versículos 5–8

Santiago trata de las condiciones necesarias para que nuestra oración sea eficaz.

1. Menciona primero algo de valor primordial como objeto de las oraciones (v. 5): «*Si a alguno de vosotros le falta sabiduría, pídasela a Dios*» (NVI). Esta «sabiduría» no era la que buscaban los filósofos (v. 1 Co. 1:21 y ss.), sino la sabiduría entendida en sentido bíblico: «La sabiduría práctica, que permite apreciar las cosas y los sucesos en su justo valor, en conformidad con la ley divina, y en el caso presente enseña a *saber sufrir*» (Salguero). De esta sabiduría leemos en Proverbios 4:7: *«La sabiduría es de sumo valor; adquiere, pues, sabiduría»* (NVI).

2. Santiago asegura que quien se sienta falto de sabiduría y la pida a Dios, será escuchado: *Dios se la dará, pues da a todos con generosidad y sin reproches* (v. 5b). El adverbio que la NVI traduce por *generosamente* es *haplós*, que significa *simplemente*, es decir, «sin segundas intenciones ni cálculo por parte de Dios» (J. Alonso). Quiere decir, pues, que Dios no escatima lo que se le pide, da a manos llenas *(affluenter*, como dice la Vulgata Latina). Añade que Dios da *sin reproche*. Comenta muy bien Salguero: «Dios no reprocha a los que le dirigen súplicas, ni siente pesar por los beneficios ya concedidos, contrariamente a los hombres, que con frecuencia parecen reprochar a los pobres la limosna que les dan».

3. El versículo 6 declara la condición indispensable para que Dios conceda lo que se le pide: *«Pero cuando pida, debe hacerlo con entera fe y sin vacilar, porque el que vacila es como una ola del mar, a merced del viento que la agita»* (NVI). *La fe* es siempre una *seguridad*, pero tiene distintos matices; aquí no es la de Efesios 2:8 (la fe que justifica), sino la confianza cierta de obtener lo que Dios mismo ha prometido (v. por ej., Mr. 11:24). El verbo *diakríno* tiene dos significados diversos: (A) En la voz activa, suele significar *discernir, juzgar*. (B) En la voz media (como es el caso aquí), significa más bien *dudar, vacilar o discutir.* En su misma etimología, *dudar* tiene el sentido de *estar ante dos caminos* sin saber por cuál seguir. Santiago compara al vacilante a *una ola del mar, a merced del viento que la agita,* pues tiene *el alma dividida* (v. 8) en sentimientos opuestos entre sí, por lo que carece de estabilidad, «y es sacudida por los acontecimientos como las olas por el viento» (Salguero). Compárese con Isaías 57:20 y Efesios 4:14.

4. Conviene estudiar conjuntamente los versículos 7 y 8, como aparecen en la NVI, donde se ve claramente la conexión: *«Ese tal no debe suponer que va a recibir nada de parte del Señor; es un indeciso y un inconstante en todo lo que emprende»*.

(A) En el versículo 7, Santiago asegura que el hombre que vacila en su oración no puede ser escuchado, pues su misma duda es un insulto a Dios. Los hombres mismos se sienten insultados cuando se duda de su poder o de su bondad para conceder algo, pues esa duda equivale a una negación. Cuando la duda se dirige hacia Dios, infinito en poder y en bondad, el insulto es tremendo; es como si cerrase las puertas de la omnipotencia divina (v. Mr. 6:5, 6).

(B) En el versículo 6b comparó al que vacila como una ola del mar, pero en el versículo 8 dice de tal hombre que *es un indeciso* (NVI). El griego dice que es *dípsukhos*, de doble alma: «por una parte espera ser escuchado, y por otra teme que Dios no le oiga» (Salguero). El Antiguo Testamento dice *«de doble corazón* (hebr. *leb waleb*), para expresar la misma idea (v. 1 Cr. 12:33; Sal. 12:2. V. también el comentario a 1 R. 18:21 y comp. con Mt. 6:24). Dice también Santiago de tal hombre que es *«inestable en todos sus caminos»* (lit.), es decir, inconstante en toda su conducta. Eso es una consecuencia lógica de tener *el alma dividida:* Al tirar una parte por un lado, y la otra por otro, es *inestable* (gr. *akatástatos);* le falta *la firmeza (gr. katástasis)* con que un objeto queda establemente *fijo* en un lugar.

Versículos 9–12

En los versículos 9–12 se describen las diversas reacciones ante las pruebas. Dicen estos versículos en la NVI: *«El hermano de humilde condición debería gloriarse de su alta posición. Pero el que es rico debería gloriarse en su baja posición, porque su vida pasará como flor del campo. Porque se levanta el*

sol con calor abrasador y seca la planta; se cae la flor y desaparece su belleza. Del mismo modo, se marchitará también el rico en medio de sus negocios. Feliz el hombre que persevera bajo la prueba, porque al resultar aprobado, recibirá la corona de vencedor: la vida que Dios ha prometido a los que le aman».

1. *El hermano de humilde condición* (v. 9) es el cristiano pobre. El griego dice *tapeinós*, pequeño, que corresponde al hebreo *anaw* y significa humilde, modesto, desconfiado de sí y que tiene puesta toda su confianza en la todosuficiencia de Dios (v. 1 S. 2:7 y ss.; Sal. 72:4, 12–14; Sof. 3:12; Lc. 1:52). Son estas disposiciones interiores, más bien que la carencia de bienes de fortuna, las que aquí se contemplan. Este hermano debe *gloriarse* (comp. con Ro. 5:3) *en su exaltación:* por pequeño que parezca a los ojos de los demás, y aun a los suyos propios, su *posición* es *alta* a los ojos de Dios, pues es rico en riquezas espirituales (comp. con Lc. 1:52; 14:11; Ap. 2:9). Como bien hace notar Salguero: «*La exaltación* del pobre no se refiere aquí a un cambio brusco de fortuna, como el que nos cuenta el final del libro de Job; ni tampoco a la recompensa sobrenatural en la otra vida—de esto nos hablará en el v. 12—, sino al estado actual del humilde, en cuanto que es una perfección moral, consecuencia de las pruebas y de la posesión de la sabiduría».

2. El contraste que establece el versículo 10 es de gran belleza: *«Pero el que es rico debería gloriarse en su baja posición»* (lit. *en su pequeñez).* Por el hecho de que Santiago no repite en este versículo el apelativo de *hermano,* opinan algunos que se refiere al rico en general; en este caso, el autor sagrado se expresaría irónicamente: «¡Que se gloríe en sus efímeras riquezas!» Sin embargo, es mucho más probable que Santiago tenga en mente al *rico cristiano.* ¿Por qué ha de gloriarse el creyente rico en lo que es motivo de humillación? Según Salguero, «son invitados a complacerse … en el pensamiento de su fragilidad y de la caducidad de las riquezas». Otros opinan que hay aquí una elipsis y que el verbo que habría de suplirse en el versículo 10 no es *gloriarse,* sino *avergonzarse.* Ambas opiniones, a mi juicio, están completamente equivocadas. El puritano Thomas Manton (1620–1677) lo entendió mucho mejor hace unos 350 años, cuando escribió: «Me gusta más bien la opinión de los que repiten *kaukhástho,* usado en el versículo anterior: «Gloríese el pobre de que es exaltado espiritualmente; el rico, en que es humillado espiritualmente». De modo que la gracia iguala a ambos ante Dios, y con respecto a la aprobación divina están al mismo nivel: el pobre que está demasiado bajo es exaltado; el rico que está demasiado alto es humillado; lo cual es para ambos motivo de gloria o gozo».

3. La razón que el autor sagrado esgrime para que el cristiano rico se gloríe en su *humillación o baja posición* es que «*su vida pasará como flor del campo*» (v. 10b. NVI). La figura está tomada de Isaías 40:6–8 (v. también Job 14:2; Sal. 37:2; 1 P. 1:24 y ss.). ¿Cómo llega un cristiano rico a percatarse de esta fragilidad de su vida y de sus riquezas materiales? Notemos que todo esto está inscrito en un contexto de *prueba.* La prueba para el cristiano rico viene, como hace notar Ryrie, «ya sea al perder su dinero o al tener que pasar por especiales circunstancias a fin de que se percate de que el dinero significa poco y que, por bueno que sea, es transitorio». No hay peor cosa para un cristiano próspero en riquezas materiales que continuar medrando así, sin pasar por pruebas que le ayuden a desapegar el corazón de las riquezas (v. el comentario a He. 12:6 y ss.).

4. El versículo 11 nos explica el pensamiento del versículo 10, no sólo por medio del desarrollo de la figura de *la flor de la hierba que pasa* demasiado pronto, sino también porque hace entrever la prueba a que es sometido el creyente rico, y la ruina que sobreviene al rico no creyente.

(A) Lo primero que necesita aclaración es que el griego *to kausóni* no se refiere precisamente al calor mismo del sol, puesto que en el texto griego no figura el *su* (gr. *autoú),* referido al sol, sino más bien al viento solano, llamado *ruaj Jehová,* soplo de Jehová, en Isaías 40:7, pasaje del que está tomada la presente comparación. Ese viento es el que seca y abrasa la flor y la hierba misma, y hace que desaparezca la «apariencia de belleza» (gr. *euprépeia),* el «buen parecer» al que se refiere aquí Santiago. No es, pues, una belleza verdadera la de las riquezas materiales, sino sólo aparente.

(B) «*Del mismo modo,* continúa diciendo Santiago (v. 11b), *se marchitará también el rico en medio de sus negocios*». Esta versión evita la confusión que el griego *poreíais* (en su etimología de «salidas») podría engendrar. No se trata, pues, de la *conducta* del creyente rico, que se supone correcta, sino de sus *negocios,* esto es, de sus asuntos comerciales, de sus especulaciones financieras, etc. Esto es lo que, del rico, se marchita. Ante una quiebra del negocio, sobre todo cuando es humanamente irreparable, el rico incrédulo contempla su ruina y, con frecuencia, apela al suicidio; el cristiano rico, en cambio, *llega a*

gloriarse en su humillación, pues la pérdida de las riquezas materiales le hace reflexionar (o debe hacerle reflexionar) sobre el valor inestimable de las riquezas espirituales.

5. El versículo 12 saca la consecuencia general, válida tanto para el cristiano pobre como para el rico, de lo que realmente es motivo de alegría cuando se persevera pacientemente (gr. *hupoménei)* bajo la prueba. Dice Salguero: «La perspectiva se ensancha en este versículo. Ya no se trata de regocijarse en la tribulación a causa del progreso moral que de ella dimana, sino a causa de la recompensa que merece». Si retiramos lo de «merece», propio de la mentalidad catolicorromana, podremos estar de acuerdo con el exegeta dominicano.

(A) Una prueba, entre muchas, del sabor hebreo, sapiencial, de la Epístola de Santiago es la forma en que comienza este versículo. Como en los Salmos 1:1; 32:2; 34:8; 94:12 (v. también Job 5:17), la expresión griega *makários anér («Dichoso el varón»)* es la misma que usaron los LXX para verter el hebreo *ashrey haish* (v. el comentario a Sal. 1:1). Todos los demás lugares del Nuevo Testamento que expresan una bienaventuranza, excepto Romanos 4:8, que es una cita de Salmos 32:2, están redactados de modo diferente (v. por ej., Mt. 5:3–11; 16:17; Lc. 1:45; Jn. 20:29; 1 P. 3:14; Ap. 1:3).

(B) De este varón que persevera pacientemente bajo la prueba, dice Santiago que es dichoso *porque, al resultar aprobado, recibirá la corona de la vida* (lit.), esto es, la corona que consiste en la vida eterna. Para *aprobado* tenemos, en el original, el vocablo *dókimos,* bien conocido (v. Ro. 14:18; 16:10; 1 Co. 11:19; 2 Co. 10:18; 13:7; 2 Ti. 2:15). Lo contrario es *adókimos,* descalificado (v. 1 Co. 9:27, al final). El vocablo *dókimos* se aplicaba especialmente a los metales que son probados a fuego. ¡Qué mejor símil para dar a entender la prueba a que es sometido el creyente! La *corona* es otra metáfora, tomada del laurel con que eran coronados los vencedores en las pruebas atléticas. A eso hacen referencia lugares como 1 Corintios 9:25; 2 Timoteo 4:8; 1 Pedro 5:4; Apocalipsis 2:10 y 3:11, donde el vocablo *stéphanos* sale con el mismo sentido que aquí. Véase tambien 1 Corintios 3:14, en cuanto a *«recompensa»*.

(C) Santiago dice que esta corona *la ha prometido Dios a los que le aman* (v. 12b). El vocablo *Dios* falta en la mayoría de los MSS; otra prueba del sabor judío de la epístola, «ya que era costumbre entre los judíos evitar, en lo posible, el nombre de Dios cuando podía ser sobrentendido» (Salguero). *La promesa* a que se refiere aquí Santiago no se halla textualmente en ningún lugar de las Escrituras canónicas, pero su sentido se halla ya en Éxodo 20:6 y a lo largo de toda la Biblia. Al tener en cuenta que los autores sagrados del Nuevo Testamento citan, a veces, de apócrifos, especialmente de los sapienciales, es muy probable que el texto que más se aproxima a la promesa que aquí vemos sea el de Sab. (Sabiduría de Salomón) 5:15, 16, que dice así en la *Biblia de Jerusalén: «Los justos, en cambio, viven eternamente; en el Señor está su recompensa, y su cuidado en el Altísimo. Recibirán por eso de mano del Señor la corona real del honor y la diadema de la hermosura»*.

Versículos 13–18

En estos versículos, Santiago pasa de lo que es *prueba,* enviada o permitida por Dios, a lo que es *tentación* al mal, por lo que Satanás es llamado *«el tentador»* (v. Mt. 4:1; 1 Ts. 3:5). El cambio de matiz del vocablo *peirasmós,* que significa tanto *prueba* como *tentación,* se advierte en la diferencia que existe entre la frase *«al resultar aprobado»,* del versículo 12, y la del versículo 13 *«al ser tentado»*.

1. Comienza Santiago (v. 13) esta sección diciendo: *«Cuando una persona se sienta tentada, nunca debe decir: "Dios me está tentando". Porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni tienta Él a nadie».* En otras palabras, el Dios infinitamente santo y bueno no puede de ningún modo ser instigado a obrar por un motivo malo ni puede instigar a nadie a obrar el mal. Ya decía el pagano Plutarco: «Considero peor sentir mal de Dios que negar que haya Dios», puesto que no cabe peor negación del verdadero Dios que atribuirle de algún modo la maldad. Por eso, nadie puede echar sobre la providencia divina la responsabilidad de sus propias culpas, ya que, en todo lo que hace, quiere o permite, Dios *es bueno para todos* (Sal. 145:9) y es especialmente bueno para los que le aman, y hace que *todo* (lo próspero y lo adverso) *coopere para el bien de ellos* (Ro. 8:28).

2. Podría esperarse, en el versículo 14, que Santiago culpase de las tentaciones al diablo. Pero no lo hace así, sino que cava más hondo, a fin de poner al descubierto la verdadera fuente del mal en el hombre: *su corazón engañoso y perverso* (Jer. 17:9). Veamos la lección de fina psicología que hallamos en los versículos 14 y 15, literalmente traducidos: *«Mas cada uno es tentado al ser arrastrado y seducido por su propia concupiscencia. Después la concupiscencia, concibiendo, da a luz el pecado; y el pecado, llevado*

a su consumación, engendra muerte». Las figuras con que Santiago decora e ilustra su lección de psicología son dignas de análisis especial.

(A) El verbo *peirázo* (sobre todo, en este contexto) tiene el sentido peyorativo de *tentar para el mal,* como ya insinuamos al comienzo de esta sección.

(B) Santiago asegura explícitamente (v. 13) que tal tentación no puede en modo alguno proceder de Dios. Tampoco culpa de ella al diablo, aunque tampoco niega su actividad a este respecto (comp. con 4:7).

(C) El origen del veneno que la tentación lleva en sí lo ve el autor sagrado en nuestra concupiscencia (gr. *epithumía).* Las frases del versículo 14 admiten una doble construcción sintáctica: (a) *«Mas cada uno es tentado por su propia concupiscencia, siendo arrastrado y seducido»;* (b) *«Mas cada uno es tentado al ser arrastrado y seducido por su propia concupiscencia»,* según hemos traducido arriba. Las dos hacen buen sentido, pero, a mi juicio, es preferible la segunda, por ser más natural la construcción sintáctica según las normas gramaticales del griego.

(D) Los verbos griegos que hemos traducido por *«arrastrado» y «seducido»* son términos tomados respectivamente del arte de la caza y de la pesca. Dice Salguero: «El primero significa, en sentido propio, la acción con la que los cazadores tratan de atraer los animales para sacarlos de sus escondites. El segundo se dice de los peces, que son seducidos por el cebo». La ilustración es magnífica, pues describe la forma con que una persona, al ser sorprendida por la tentación, siente dentro de sí una especie de «tirón» hacia el objeto de la tentación; en la oportunidad (placer, dinero, prestigio, poder, etc.) que la tentación presenta, nuestra concupiscencia percibe el cebo con que la persona es atraída y seducida.

(E) Al cambiar rápidamente de figura, Santiago describe (v. 15) la concupiscencia como una mala mujer que seduce, concibe y da a luz; con ello, penetra todavía más en la psicología de la tentación, con sus tres momentos:

(a) La seducción, cuando la ocasión no es buscada adrede (pues eso no puede llamarse tentación), produce en el sujeto un movimiento indeliberado que todavía *puede ser resistido* (comp. con 4:7) para salir así victorioso y aprobado. Como alguien ha dicho muy bien: Nadie puede impedir que un pájaro revolotee en torno a su cabeza, pero sí puede impedirle hacer un nido en su cabello. Pero si el sujeto presta su consentimiento, la concupiscencia *concibe,* es decir, *recibe dentro de sí,* según la etimología misma del verbo *concebir,* tanto en castellano como en griego y en latín. Comienza así el deslizamiento por el plano inclinado del pecado. Lo mismo que el embrión, el pecado tiene al principio un tamaño imperceptible; por ejemplo, una mirada sensual, a la que sigue una expresión halagadora; después, una notita o una llamada telefónica, y una cita … Comenzó la gestación.

(b) Cuando la gestación ha cumplido su tiempo (que, en esto, suele ser muy elástico), *nace el pecado.* No es que la gestación esté libre de pecado, pues, como observa J. Alonso: «Como el niño tiene vida antes de nacer, así también el pecado es una realidad aun antes de aparecer al exterior. *Pecado* aquí significa la serie de pecados de una vida apartada de Dios».

(c) Llega, por fin, el momento en que el niño se hace adulto: *el pecado es llevado a su consumación («a su madurez»,* NVI) y, ya en plena madurez adulta, comienza a trabajar y produce su fruto: *engendra muerte,* que es, al mismo tiempo, su *salario* (v. Ro. 6:23). Salguero hace notar el contraste entre el proceso del pecado y el de la virtud ante las pruebas: «Las pruebas purifican la fe; la fe produce la paciencia; la paciencia, la perfección, y la perfección es recompensada en el cielo. Por el contrario, la concupiscencia es causa de la tentación, ésta engendra el pecado, y el pecado la muerte».

3. *«No os llaméis a engaño* (la misma frase de 1 Co. 6:9; 15:33 y Gá. 6:7), *mis queridos hermanos»* (NVI), dice a continuación Santiago (v. 16). Este versículo representa un empalme, por una parte, con el versículo 13 y, por otra, con el versículo 17, pues viene a decir: No os dejéis engañar, como si la tentación pudiera proceder de Dios. Dios no puede pretender el mal, pues es el Dador de todo bien, como va a poner de relieve a continuación.

4. El versículo 17 merece traducirse literalmente, a fin de percatarnos de su pintoresca imaginería: *«Todo buen don* (gr. *dósis,* la acción misma de dar) *y todo regalo* (gr. *dórema,* dádiva concreta) *perfecto* (sin ningún defecto) *es de arriba, pues desciende desde el Padre de las luminarias* (comp. con Gn. 1:14–18; Sal. 136:7–9; Jer. 4:23; 31–35), *junto al cual no existe mudanza ni sombra de alteración».* Fácilmente se percibe que la imaginería está llena de metáforas tomadas de la Astronomía:

(A) Lo de *«Padre de las luminarias»* refleja el amplio trasfondo bíblico, donde tan frecuente es la mención de los astros como obra de Dios y de suma importancia para el cómputo de días, meses, años,

sazones, festividades, etc. Eso mismo ya era un gran don de Dios a los hombres (comp. con Hch. 14:17; Ro. 1:19, 20). Se pone también de relieve la idea de Dios como Luz y fuente de toda luz espiritual (v. Is. 60:19; 1 P. 2:9; 1 Jn. 1:5).

(B) Para *«mudanza»,* el griego tiene el vocablo *parallagué,* de donde procede el vocablo castellano *paralaje,* término de Astronomía que designa la distinta posición de un astro (en movimiento aparente) con respecto a dos puntos distintos de observación desde la Tierra. Al decir, pues, que *con Dios no existe paralaje,* se da a entender que Dios permanece siempre el mismo y en la misma posición, sin que pueda darse variación alguna en la forma en que lanza sobre nosotros la luz de su bondad.

(C) La expresión *«sombra de alteración»* parece haber sido ella misma «alterada», a pesar de figurar hoy en todas las ediciones del Nuevo Testamento Griego, ya que los dos MSS más antiguos (el Sinaítico y el Vaticano) dicen: *«en el cual no existe mudanza* (procedente) *de variación de sombra».* El vocablo para *«sombra»* no es el corriente *skiá* (v. en Mt 4:16; Mr. 4:32; Lc. 1:79; Hch. 5:15; Col. 2:17; He. 8:5; 10:1), sino *aposkíasma,* que ocurre únicamente aquí y resulta muy apropiada para designar la oscuridad provocada por un eclipse. Nuestra confianza en Dios está firmemente asegurada por esa luz que jamás se eclipsa, ni aun siquiera palidece por un momento. Siempre brilla su misericordia (Sal. 100:5), y brilla siempre con el mismo esplendor. ¡Es el YO SOY (Éx. 3:14)!

5. Una magnífica prueba de la bondad de ese Dios que no cambia es la vida divina que nos ha conferido (v. 18): *«Él decidió libremente engendrarnos espiritualmente mediante la predicación del Evangelio, para que fuésemos como una especie de primicias de todo lo que ha creado»* (NVI). La primera frase significa claramente que nuestra regeneración espiritual es obra de la libre y soberana gracia de Dios. El medio ordinario que Dios usa para ello es la predicación del Evangelio, *poder de Dios para salvación a todo aquel que cree* (Ro. 1:16, comp. con Ro. 10:17; 1 Co. 4:15; Ef. 1:13; 1 P. 1:23). Lo de *«como una especie de primicias de todo lo que ha creado»* es entendido por algunos como si los creyentes fuesen «la parte más noble y digna de toda la creación a causa de su dignidad de hijos de Dios» (T. García de Orbiso, citado por Salguero). Mucho más probable es la opinión de Ch. Ryrie, quien dice en nota a este versículo: «Estos primeros creyentes, mayormente de origen judío, eran la garantía de una futura y más plena cosecha de creyentes». Así se mantiene mejor la idea netamente bíblica de primicias como *primeros frutos.*

Versículos 19–25

La sección comienza con una advertencia que tiene que ver con *«la predicación del Evangelio»* (NVI) o *«palabra de la verdad»,* que Santiago ha mencionado en el versículo 18. La conexión se advierte mejor aún a partir del versículo 21, que comienza con un *«por lo cual».* Para que la Palabra de Dios surta su efecto, no basta con oírla; es menester ponerla por obra.

1. Viene primero la advertencia (vv. 19, 20): *«Mis queridos hermanos: tomad buena nota de lo siguiente: Toda persona debería estar pronta para escuchar, reflexiva* (lit. *lenta) antes de hablar, serena* (lit. *lenta) antes de enojarse; porque el hombre encolerizado no se comporta con la rectitud que Dios requiere»* (NVI). Es cierto que esta versión es más bien una paráfrasis, pero es tan acertada que casi sobra todo comentario. El consejo tiene el tinte y el tono de la literatura sapiencial, especialmente de *Proverbios,* sin desdeñar el apócrifo *Eclesiástico* (sigla: Ecli.), que Santiago conocería muy bien (v. Pr. 1:5, 6; 10:19; 13:3; 29:20; Ecli. 5:11; 20:5–8. Recomiendo, para la lectura de los apócrifos, la *Biblia de Jerusalén).* Más sobre la ira, puede verse en Proverbios 14:29; 16:32; 29:22; Eclesiástico 1:22; 27:30.

2. A continuación, Santiago presenta las disposiciones con que se ha de recibir la Palabra de Dios. Estas disposiciones son dos: pureza y humildad, según las expone en el versículo 21: *«Por lo cual, despojaos de toda suciedad moral y de la maldad que tanto abunda, y recibid con humildad* (lit. *con mansedumbre;* es decir, con la debida sumisión) *la palabra que ha sido sembrada* (comp. con Mr. 4:14; 1 P. 1:23) *en vosotros y que tiene poder para salvaros* (v. Ro. 1:16)» (NVI). La idea se halla ya en Jeremías 31:33 (comp. con 2 Co. 3:3). (A) Para que la palabra del Evangelio se abra paso hasta el fondo del corazón, es menester que el Espíritu Santo convenza de pecado al oyente. También el creyente necesita de esta convicción, ya que, sin ella, no puede proceder a la confesión del pecado que obstaculiza su comunión con Dios (v. 1 Jn. 1:9). El apego al pecado impide prestar atención a la verdad (v. 2 Ti. 4:3, 4). (B) No basta despojarse de la suciedad; es tambien preciso inclinar el oído con sumisión: lo que el apóstol

llama *«la obediencia de la fe»* (v. Ro. 1:5; 16:26). El autosuficiente no puede recibir la palabra que salva, puesto que no se considera necesitado de salvación (v. Jn. 3:17–21; 9:39–41).

3. Procediendo al núcleo doctrinal de la sección, dice Santiago en los versículos 22–25: *«No os contentéis meramente con escuchar la palabra, pues entonces os engañaríais a vosotros mismos. Poned en práctica lo que dice. Quien se contenta con escuchar la palabra, pero no pone por obra lo que la palabra dice, es semejante al que se mira la cara en un espejo y, después de mirarse, se marcha e inmediatamente se olvida de su propia fisonomía. Pero el que se fija atentamente en la ley perfecta, la que da libertad, y continúa llevándola a la práctica, no como quien se olvida de lo que ha oído sino como quien lo cumple de veras, éste será dichoso obteniendo bendición en lo que haga»* (NVI).

(A) Comienza Santiago y dice que no hemos de ser meros oyentes de la palabra, sino que hemos de poner manos a la obra. El término para *oyente* es aquí *akroataí* (en plural), que significa el que forma parte de un *auditorio* al que se dirige un predicador, orador o lector. Esta necesidad de poner por obra la Palabra, sin contentarse con oírla, se halla ya en Deuteronomio 15:5; 30:8 y ss.; Ezequiel 33:31, 32, y es enfáticamente enseñada por el Señor Jesús (v. Mt. 7:24, 26; 12:50; Lc. 6:47–49; 8:21; Jn. 13:17) y por el apóstol Pablo (v. por ej., Ro. 2:13).

(B) El autor sagrado explica esta enseñanza (vv. 23, 24) por medio de una bella y sencilla ilustración: La del hombre que se mira la cara en un espejo, pero se marcha enseguida descuidando las manchas del rostro que el espejo le ha mostrado. Bien puede compararse la Palabra de Dios a un espejo, ya que *... por medio de la ley es el conocimiento del pecado»* (Ro. 3:20b). La Palabra de Dios le dice a cada uno, como Natán a David (2 S. 12:7): *«¡Tú eres ese hombre!»* Pero, para que la Palabra surta su efecto, es menester que uno vea en ella su propio rostro y no el del vecino; y, después de ver su propio rostro, que se pare a reflexionar y se decida a quitar las manchas y rectificar las deformaciones que el espejo le haya mostrado.

(C) El vocablo griego con que Santiago expresa (v. 22b) *el engaño de sí mismo* que se halla implicado en oír la Palabra y no ponerla por obra es *paraloguizómenoi*, que significa una falsa argumentación, es decir, un sofisma o silogismo incorrecto, con que el sujeto se engaña a sí mismo, sin percatarse (por no querer reconocerlo) de la falacia de su raciocinio. Th. Manton explica admirablemente la forma en que se fabrica tal engaño, y hacer notar que nuestra conciencia desempeña tres oficios: de legislador, de testigo y de juez (comp. con Ro. 2:14–16). Como reflejo de la ley en nuestro interior, nos ofrece los principios de conducta. Como testigo de oficio, nos dice si hemos faltado en algo o no contra la norma de conducta. Como juez, pronuncia sentencia en el juicio, ya sea excusándonos (absolución) o acusándonos (condenación). Las tres funciones pueden compararse a las premisas y conclusión de un silogismo; por ejemplo:

(Principio) El creyente espiritual se interesa en estudiar la Biblia.
(Hecho) Yo siento poco interés en el estudio de la Biblia.
(Conclusión) Luego yo no soy un creyente espiritual.

«Ahora bien, dice Brown, todo engaño de sí mismo se halla en una de esas proposiciones. A veces, la conciencia no acierta a ver la norma en los principios mismos; otras veces, fracasa en testificar correctamente de los hechos; otras veces, en su función de juez, demora dar su veredicto o lo esconde en un rincón». Se extiende ampliamente Brown en detallar casos particulares, pero cada lector puede hacerse su propio «test», si desea conocer hasta qué punto se está engañando a sí mismo en algún punto de doctrina o de práctica.

(D) Al oidor negligente, que se despreocupa de lo que la Palabra le pone delante de los ojos, contrapone Santiago (v. 25) el oidor diligente: *«el que se fija atentamente en la ley perfecta, la de la libertad»* (lit.). Aunque ya hemos dado todo el versículo 25 según lo trae la NVI, que clarifica estupendamente el sentido, conviene analizar tambien la letra del texto sagrado para adquirir una mayor comprensión del asunto que toca:

(a) Para lo de *fijarse atentamente,* Santiago usa el vocablo griego *parakúpsas*. Este verbo ocurre también en Lucas 24:12; Juan 20:5, 11 y 1 Pedro 1:12, y significa *«inclinarse para mirar»,* con el matiz de interesarse vivamente por observar algo. El verbo está en participio de aoristo, y da a entender que no es menester continuar mirando, sino, después de una observación atenta, pasar a actuar en consecuencia con lo visto.

(b) Aunque es cierto que la Ley antigua era en *sí perfecta* (v. Sal. 19:7–10 y todo el Sal. 119), la expresión que Santiago añade: *«la de la libertad»,* da a entender claramente que el autor sagrado intenta

añadir un nuevo matiz. Por otra parte, en un hombre que, a diferencia de Pablo, era estricto observante de la Ley (v. Hch. 21:17 y ss., para leerlo «entre líneas»), no puede pensarse que se refiriese a la libertad del Evangelio en los mismos términos en que lo hace Pablo en *Romanos* y en *Gálatas.* Además, cuando Santiago escribía esto, no existía ninguna parte del Nuevo Testamento escrito y sólo circulaban los llamados *logia* o «dichos de Jesús», entre los que, sin duda, destacaban (¡especialmente, en los ambientes judíos!) los del Sermón del monte (Mt. caps. 5–7). A mi juicio, nadie como Salguero ha hecho un comentario tan magistral a estas frases de Santiago:

«El Evangelio, comparado con la Ley antigua, es llamado *la ley perfecta,* porque, al contrario de la Ley mosaica, conduce a la perfección, es decir, perfecciona la misma Ley mosaica (cf. Mt. 5:17). Además, es llamado *la ley de la libertad,* porque nos libra realmente de la servidumbre de la Ley mosaica, del pecado, de la muerte, y nos hace hijos de Dios. La Ley antigua era, por el contrario, un yugo de esclavitud (cf. Hch. 15:10; Gá. 4:3 y ss.; 5:1), impotente para borrar el pecado, y que impulsaba a los hombres a servir a Dios más con el temor que con el amor (cf. 2 Co. 3:17)».

(c) En el mismo versículo 25, continúa diciendo Santiago que el diligente *no resulta oyente de olvido, sino hacedor de obra,* y que *será dichoso en su acción.* Lo de *oyente* (u *oidor)* y lo de *hacedor* ya no hace falta comentarlo más, pero hay dos vocablos cuyo análisis será provechoso:

El primero es *epilesmonés*, de olvido; procede del verbo *epilanthánomai*, que significa «olvidar por falta de atención». Esto nos ofrece una buena lección de psicología, pues, en efecto, el olvido es efecto, con frecuencia, de la falta de atención; y la falta de atención es producto de la falta de interés. Muchos niños que no recuerdan los principales ríos de su país, recuerdan a maravilla los equipos de fútbol de primera (y aun de segunda) división. La diferencia está únicamente en el distinto interés que ponen en lo uno y en lo otro. ¿Cómo memorizamos la Palabra de Dios? Vale la pena examinarnos sobre este punto.

El segundo vocablo es *acción* (gr. *poiései),* que la RV. traduce *«en lo que hace»;* y la NVI, en consonancia con el futuro *será, «en lo que haga».* Ahora bien, el idioma griego distingue bien entre *poíesis*, «el hacer» mismo, y *poíema, «lo* hecho» (v. Ef. 2:10 *«hechura suya»).* Esto quiere decir, ni más ni menos, en el caso presente, que el hacedor de la Palabra de Dios, no sólo será dichoso en lo que haga y en la recompensa que por ello le otorgue Dios, sino también en su propio *hacer,* esto es, *en su conducta de cumplimiento de la ley perfecta, la de la libertad* (comp. con Sal. 1:1–3; Sal. 119:1 y ss. y, especialmente, el bellísimo v. 54—RV 1977—. V. tambien Jn. 13:17).

Versículos 26–27

En los versículos 19–25, Santiago ha mostrado que lo que cuenta no es *oír en vano,* sino *obrar lo sano;* en los versículos 26, 27 va a mostrar que lo que cuenta no es *hablar en vano,* sino *ayudar al hermano.* Esto es algo que Santiago expresa, de una manera u otra, a lo largo de toda la epístola (v. especialmente, además de estos versículos, 2:15, 16). Dice así la presente porción en la NVI: *… El que se tiene por religioso, pero no le pone freno a su lengua, se engaña a sí mismo y su religión no sirve para nada. La religión que Dios nuestro Padre acepta como pura y sin mancha consiste en lo siguiente: en socorrer a los huérfanos y a las viudas en su aflicción, y en conservarse inmune de la contaminación de este mundo».*

1. Lo primero que se advierte en esta porción es su trasfondo veterotestamentario, tanto por lo que hace al socorro del desvalido (comp. con Is. 1:11–17; 58:3–7; Jer. 7:21–23; Os. 6:6; Am. 5:21–25; Mi. 6:8), como por lo que hace a la abstención de lo inmundo (v. en una buena Concordancia las veces que salen en el Antiguo Testamento el verbo *contaminar* y el adjetivo *inmundo).* Esto es una consecuencia de la exhortación: *«Santos seréis, porque santo soy yo Jehová vuestro Dios»* (Lv. 19:2) que, de un modo u otro, se repite con frecuencia, ya desde Éxodo 19:6. En efecto, la santidad de Dios consta de dos aspectos que se complementan admirablemente: (A) Su *trascendencia,* por la que se halla infinitamente distante de todo lo que contamina. (B) Su *inmanencia,* por la que está infinitamente cercano a toda miseria. Ambos aspectos se hallan en el versículo 27: La imitación de la santidad trascendente, en la frase final del versículo; la de la santidad inmanente, en la frase anterior.

2. Nótese que Santiago (v. 26) dice: «Si alguno *piensa* ser religioso» (lit.), no: «Si alguno *es* religioso» (comp. con 2:14 «si alguien *dice* tener fe», lit.). Se trata de un pensamiento *engañoso,* por cuanto *no le pone freno a la lengua* (V. Sal. 39:1; 141:3), por lo que *se engaña a sí mismo y su religión no sirve para nada.* Examinemos de cerca este versículo 26:

(A) Santiago no intenta mostrar aquí la esencia de la espiritualidad cristiana. No habla siquiera de *devoción* (gr. *eusébeia),* sino de *religión* (gr. *threskeía).* Tanto el adjetivo *threskós,* religioso (única vez que tal vocablo se halla en toda la Biblia), como el sustantivo *threskeía,* designan, más bien que una disposición interior del corazón, la exterior observancia de las prácticas religiosas, especialmente las que tienen que ver con el culto. Tenemos, pues, aquí una diatriba parecida a las del Señor Jesús contra la tendencia puramente ritualista de los fariseos de su tiempo (v. por ej. Mt. cap. 23; Mr. 7:15 y ss.).

(B) Aunque, más tarde (3:5–12), Santiago va a tratar de los pecados de la lengua, en este versículo parece considerar lo del *freno en la lengua* conforme a lo que dijo en el versículo 19 *(«lento para hablar»),* pues en este sentido general se halla repetidamente en *Proverbios* (v. por ej., 13:3; 18:7, 21; 21:23) y es también el que predomina en 3:1–4 de esta misma epístola.

(C) El verbo *apatáo,* que Santiago usa aquí en participio de presente, para indicar que el individuo en cuestión está en un continuo *engaño,* ocurre únicamente aquí y en Efesios 5:6 y 1 Timoteo 2:14, pero el sustantivo *apáte,* engaño, ocurre en otros siete lugares. Su sentido es de usar maniobras tramposas, fraudulentas, bajo la apariencia de «juego limpio», con lo que el engañado se siente fascinado, como seducido por una brillante demostración. Nótese que Santiago no dice que sea su *corazón quien le engañe a él,* como ocurre cuando, incluso a personas de porte muy «honesto», les traicionan los perversos motivos subconscientes (v. Jer. 17:9), sino que *él mismo está engañando a su corazón,* como al poner programaciones falsas en la computadora del subconsciente. No es, pues, un engaño que toma al sujeto por sorpresa, sino un engaño conscientemente madurado.

(D) De ahí que su *religión,* todo el culto que esta persona cree rendir a Dios, sea *vana* (gr. *mátaios,* vacía, inútil); *«no sirve para nada»,* como ha traducido la NVI.

(E) *«La religión* (v. 27) *que Dios nuestro Padre acepta como pura* (gr. *kathará,* sin mezcla de escorias) y *sin mancha* (gr. *amíantos,* libre de contaminación o profanación, como en Hebreos 7:26; 13:4 y 1 Pedro 1:4, los cuatro únicos lugares en que este término ocurre en todo el Nuevo Testamento) *consiste en lo siguiente:*

(a) *«En socorrer a los huérfanos y a las viudas en su aflicción»* (NVI). Ésta es la *religión* verdaderamente aceptable a los ojos de Dios nuestro Padre, quien *prefiere la misericordia al sacrificio* (Os. 6:6), pues los sacrificios en que más se complace son la sincera alabanza a su nombre y el hacer el bien al prójimo (v. He. 13:15, 16). Se menciona en particular a los huérfanos y a las viudas porque no tienen quien les defienda, les proteja y les proporcione el sustento. El verbo *episképtomai,* que Santiago usa aquí, sale en otros diez lugares y significa propiamente «hacer una visita de inspección» para enterarse cómo van las cosas y qué nuevas necesidades o problemas han surgido. *«En su aflicción»* no quiere decir que la visita ha de hacerse cuando haya sobrevenido un nuevo problema o una especial tribulación (gr. *thlípsei),* sino que la *aflicción* es el estado continuo de huérfanos y viudas sin defensa. Siempre es conveniente (sobre todo, en el caso de las viudas) que la visita sea hecha por señoras de la congregación, o por un líder con su señora, o por dos líderes a la vez. La razón es obvia, aun cuando se trate del caso de las que son *verdaderamente viudas* (v. 1 Ti. 5:3–16).

(b) «*Y en conservarse inmune de la contaminación de este mundo*» (NVI). El creyente que obra así procura ponerse a salvo de las atracciones del mundo y de la carne, lucha contra las tentaciones y huye en los casos en que hasta la lucha es peligrosa, como ocurre en los ataques de la impureza sexual. De la misma manera que el Señor Jesús no pidió para los suyos que el Padre los sacase del mundo, sino que los preservase del mal (v. Jn. 17:15), tampoco Santiago propone como «religión más perfecta» la huida del mundo a un monasterio o a una ermita, *sino conservarse inmune de la contaminación del mundo,* no de vivir entre mundanos (comp. con 1 Co. 5:9–11). El peligro no está en que la iglesia se halle dentro del mundo, sino en que el mundo se halle dentro de la iglesia.

CAPÍTULO 2

En el capítulo anterior, Santiago ha mostrado que de nada sirve escuchar la Palabra de Dios si no se la pone por obra. Sin perder de vista este punto básico, va a mostrar: I. Que el favoritismo es inconciliable con la fe cristiana (vv. 1–13). II. Que la ausencia de obras es inconciliable con la verdadera fe (vv. 14–26).

Versículos 1–13

Si hubiésemos de resumir en una sola frase el ideario de Santiago, ésta podría ser una de las más aptas: «El cristiano ha de obrar siempre en conformidad con su fe» (Salguero). Con esa frase puede resumirse bien lo que Santiago ha dicho en el capítulo 1 y lo que va a decir en todo el capítulo 2. En la primera sección del presente capítulo, muestra que el favoritismo es incompatible con la genuina fe cristiana.

1. Comienza (v. 1) por sentar la proposición general: *«Hermanos míos, como creyentes que sois en nuestro glorioso Señor Jesucristo, no mostréis favoritismo alguno»*. Mostrar favoritismo (lit. *tener aceptación de personas*—en atención a su aspecto exterior—) es ser parcial a favor de personas de dinero y posición social dentro de la congregación. Tal actitud, viene a decir Santiago, es inconciliable con la profesión de la fe cristiana, la cual está centrada en *nuestro Señor Jesucristo,* Señor de los ricos lo mismo que de los pobres (comp. con Ef. 6:9). Así como el Señor no tiene favoritismos, puesto que recibe a todo el que a Él se allega, sea rico o pobre (Jn. 6:37), así tampoco el discípulo de Cristo ha de mostrar parcialidad. La mención de *la gloria* del Señor es aquí muy oportuna, para dar a entender que la gloria de los ricos es vana.

2. A continuación (vv. 2–4) ilustra su enseñanza con un ejemplo que ojalá no fuese demasiado frecuente en nuestras propias congregaciones: *«Suponed que en el lugar en que estáis reunidos entra un señor con un anillo de oro en el dedo y vistiendo un espléndido traje, y entra también un pobre con su traje raído. Si mostráis una atención especial al que va espléndidamente vestido y le decís: "Aquí hay una buena butaca para ti", mientras le decís al pobre: "Tú quédate ahí de pie", o: "Siéntate en el suelo a mis pies", ¿no es verdad que habéis hecho discriminación entre vosotros y os habéis portado como jueces que razonan perversamente?»* (NVI). El sentido queda espléndidamente claro en la traducción de la NVI, pero vale la pena analizar algunos detalles que destacan en el original.

(A) Para describir el lugar de reunión, Santiago usa el termino *sunagogué* (sinagoga). No hay razón para dudar de que se trata de una reunión eclesial, pues la distinción entre los términos *iglesia y sinagoga* en las comunidades cristianas se fue haciendo poco a poco, teniendo además en cuenta la antigüedad de esta epístola y su trasfondo judío.

(B) El aspecto exterior del rico es descrito muy gráficamente, pues Santiago lo llama *«varón con dedo de oro en ropaje brillante»* (lit.). ¡Con tantos anillos que el dedo parece de oro, y con vestidura tan rozagante y esplendorosa que lanza destellos! Fascinado por tan pomposos arreos, el que preside la asamblea le ofrece el asiento más cómodo y honorable.

(C) En cambio, el pobre se presenta *en traje sórdido* (gr. *rhupará),* raído por el uso y la suciedad, no por descuido suyo, sino por falta de medios económicos. Al no saber sobreponerse al asco que quizá le causa la apariencia exterior de tal persona, el líder de la asamblea lo trata con la mayor desconsideración.

(D) El ejemplo que acaba de poner no es hipotético, sino real, como se aprecia por la pregunta que dirige a sus lectores (v. 4), y se confirma por el contexto posterior (vv. 5–9). En cuanto a las frases que les dirige, a pesar de la traducción que ofrecen todas las versiones que conozco, creo que J. Salguero y T. Carson están en lo cierto al hacer notar que el verbo *(diekríthete)* está en pasiva, lo mismo que en 1:6 y, por tanto, tiene el sentido de «estar dividido en sí mismo». Salguero propone la siguiente traducción de este versículo: *«¿No sois inconsecuentes con vosotros mismos y venís a ser jueces perversos?»* Y añade: «En cuyo caso significaría que los cristianos dudan, están divididos entre si atender a Cristo o al mundo. Tienen fe, pero obran como si no la tuvieran. De este modo se evita la tautología al evitar la repetición del verbo *juzgar*».

3. Razona Santiago (vv. 5–7) con varias consideraciones la acusación que acaba de lanzarles: *«Escuchad, mis queridos hermanos: ¿No es verdad que Dios ha escogido a los que son pobres a los ojos de este mundo, para enriquecerlos en la fe y hacerlos herederos del reino que ha prometido a los que le aman? Pero vosotros habéis afrentado al pobre. ¿No son los ricos los que os están explotando y también los que os arrastran ante los tribunales? ¿No son ellos los que dejan en mal lugar el glorioso nombre de Aquel a quien vosotros pertenecéis?»* (NVI).

(A) Basta leer Marcos 6:3 y Lucas 2:24 (comp. con Lv. 12:8) para darse cuenta de que Santiago habla por propia experiencia de *menospreciado* a causa de la modesta posición en que se crió. Aunque la llamada «Teología de la liberación» tiende a desnivelar la escala de valores al dar mayor relieve a lo economicosocial que a lo espiritual, es muy cierto lo que se ha dicho de esta epístola (en especial, de la

porción que tenemos delante y de 5:1–6) que, leída en muchos púlpitos sin mencionar al autor, fácilmente podría pasar por una especie de manifiesto revolucionario y caer bajo la censura y prohibición de las autoridades.

(B) Sin embargo, el tono que adopta Santiago no es el de áspera reprensión, sino el de afectuosa invitación a reflexionar: *«¡Escuchad, mis queridos hermanos …!»* Como si dijese: «Paraos un momento a pensar y me daréis la razón». Tres son las reflexiones que les hace:

(a) Dios ha escogido (v. 5) a los pobres en riquezas materiales para hacerlos ricos en las riquezas espirituales que la fe proporciona, y *herederos del reino* (comp. con Mt. 5:3) *que ha prometido a los que le aman* (comp. 1:12). ¿Es que los ricos están excluidos de la salvación? ¡No! (v. Mt. 19:24–26). Pero los pobres a los que Santiago se refiere (v. 1 S. 2:8; Sal. 113:7; Sof. 3:12; Mt. 5:3; Lc. 1:52; 6:20; 1 Co. 1:26 y ss.), al no tener en este mundo las satisfacciones que los ricos encuentran, se hallan más libres de los muchos peligros que las riquezas ocasionan y más inclinados a depender de la providencia divina. Para aclarar ideas, bueno será tener en cuenta que «en Israel, la pobreza era, en un principio, un mal y la riqueza un bien … Pero, andando el tiempo, la experiencia … hizo que se modificase esta concepción … Dentro de Israel había algunos ricos y poderosos, pero con la particularidad de que aparecían como malvados, despreciadores de la justicia y opresores del pobre, mientras éste aparece como el piadoso que no tiene más apoyo que Jehová. Con este motivo se efectúa una espiritualización del concepto de pobreza o de "pobre", que viene a ser sinónimo de "piadoso" (cf. Sal. 86:1; 132:15, 16). Y los pobres, en este sentido, serán los beneficiarios de las promesas mesiánicas (cf. Is. 61:1; Mt. 11:5)» (J. Alonso). En este contexto ha de entenderse la Epístola de Santiago.

(b) Santiago recrimina (v. 6) a los destinatarios de la carta por *haber afrentado al pobre* ¡a quien Dios ha escogido! Para mayor vergüenza de ellos, están mostrándose parciales a favor precisamente de quienes *les oprimen* (comp. con 5:4) y *les arrastran ante los tribunales* (comp. con 1 Co. 6:1–11). Explicar en detalle este extraño fenómeno de la psicología humana no es propio de este lugar, pero baste constatar este hecho de masoquismo mental por el que se llega a respetar y adular (muchas veces, es cierto, insinceramente) a señorones y dictadores de todo tipo.

(c) Finalmente, les hace ver que son los ricos, los que les oprimen y arrastran ante los tribunales, los que *dejan en mal lugar* (lit. *blasfeman*, es decir, hacen que se hable mal) *el glorioso nombre de Aquel a quien ellos pertenecen* (NVI). La fraseología literal del texto *(«blasfeman el nombre excelente, el que fue invocado sobre vosotros»)* es típicamente judía. *Primero,* en cuanto al uso del verbo *blasfemar* (comp. con 2 S. 12:14, por ejemplo). *Segundo,* al evitar la mención de Dios, limitándose a decir el *nombre. Tercero,* por el uso de la frase, tan repetida en el Antiguo Testamento, *«sobre nosotros es invocado tu nombre»* (v. Dt. 28:10; 2 Cr. 7:14; Jer. 14:9; 15:16; 25:29; Dn. 9:18, 19; Am. 9:12). El propio Santiago, al citar precisamente de Amós 9:11, 12, usó la frase (v. Hch. 15:17). Significa que era privilegio de los israelitas invocar el nombre de Jehová. ¿Se refiere aquí Santiago al nombre de Jehová? Ésa es mi opinión personal (v. Jn. 17:6), siguiendo a Knowling (citado por T. Carson), quien asegura: «No es probable que un judío asociase la blasfemia con un nombre inferior a un nombre divino» (v. Lv. 24:11; Hch. 26:11). Sin embargo, la mayoría de los autores (son notables las referencias de la *Ryrie Study Bible* a Hch. 11:26 y 1 P. 4:16) ven aquí el nombre de *Cristo* (comp. con Hch. 4:12; Fil. 2:9) o el de *cristiano.* Esto último me parece improbable, ya que Santiago no usa el verbo *kaléo,* llamar, sino *epikaléo,* invocar. Sólo como ilustración provechosa me permito citar el caso de Alejandro Magno, quien dijo a un soldado suyo que también se llamaba Alejandro, pero no sobresalía precisamente por su valentía: «O cambias de conducta o cambias de nombre».

4. En los versículos 8 y 9, Santiago puntualiza que no es malo amar y prestar la debida consideración a los ricos, con tal que no se haga discriminación, sino que se trate también del mismo modo a los pobres. Dicen así dichos versículos en la *New American Standard Translation,* que es la que mejor vierte aquí la letra misma del original: «*Si, no obstante, estáis cumpliendo la regia ley, conforme a la Escritura: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", estáis obrando bien. Pero si mostráis parcialidad, estáis cometiendo pecado y quedáis convictos por la ley como transgresores*». Solamente dos puntos requieren aclaración:

(A) Santiago llama *ley* (esto es, *norma) regia* al mandamiento de amar al prójimo (v. Lv. 19:18), porque sirve de base y compendio a toda la Escritura, según afirmó el propio Señor Jesús (Mt. 22:40, comp. con 7:12); o, mejor aún, porque es la ley del Reino de Dios, *«la ley de la libertad»* (comp. con el v. 12 y con 1:25).

(B) El *que muestra favoritismo es condenado por la Ley misma como transgresor.* (En efecto, la Ley condenaba la acepción de personas, como puede verse en Lv. 19:15; Dt. 1:17; 16:19, 20.)

5. Para mostrar la gravedad de este pecado, Santiago les hace ver que el quebrantamiento de la Ley en este punto, como en cualquier otro, constituye una transgresión de la Ley entera, pues la Ley de Dios forma un todo compacto (vv. 10, 11): *«Porque cualquiera que guarda toda la ley, pero ofende en un punto, se hace culpable de todos. Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también dijo: No cometerás homicidio. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero cometes homicidio, ya te has hecho transgresor de la ley».* Ésta es una lección muy importante, que a todos nos conviene aprender y recordar:

(A) Santiago no hace distinción entre muchos y pocos pecados, ni entre pecados graves y leves. Para él, todo pecado es *un quebrantamiento de la ley entera.* La razón es que cada precepto de la Ley es expresión de la voluntad de Dios y está, por tanto, respaldado por la autoridad de Dios. Así que quien lo quebranta se rebela contra la voluntad divina y menosprecia la autoridad soberana de Dios. Esta enseñanza se halla tambien en la literatura rabínica. Decía el Rabi Yohanán (Juan): «Aquel que dice: Yo acepto toda la Ley excepto una palabra, desprecia la palabra del Señor y hace nulos sus preceptos».

(B) El autor sagrado cita dos mandamientos de la segunda tabla, a fin de ilustrar concretamente lo que acaba de decir. Extraña, a primera vista, que cite primero el adulterio antes que el homicidio, al ser así que, en la promulgación del Decálogo, aparecen en orden inverso. La razón es que Santiago está citando de la versión de los LXX según el códice Vaticano, el cual, por cierto, es uno de los dos más antiguos que se conservan. En dicho MSS, esos dos mandamientos aparecen en el orden que sigue Santiago aquí.

(C) Una sencilla ilustración servirá para aclarar este punto: Si una persona está sujeta y aprisionada con una cadena de múltiples grilletes, no es menester romper todos los grilletes para soltarlo; basta romper uno para que se quede libre de todos. De la misma manera, el que quebranta un mandamiento divino, se suelta de la *obligación* (término que significa «atadura») que tiene de cumplir la Ley.

6. Los versículos 12 y 13 no contienen una nueva exhortación, sino que guardan estrecha conexión con lo que precede, pues su sentido es el siguiente: «Puesto que el que quebranta un solo precepto de la Ley incurre en transgresión de toda la Ley y, por tanto, le espera un juicio severo, es menester tratar a todos, de palabra y de obra, con el mismo amor y respeto, evitar todo favoritismo y percatarse de que cada uno será medido con la misma medida que emplee» (comp. con Mt. 5:7; 6:14, 15; 18:21–35; 25:34–46). Dicen así dichos versículos en la NVI: *«Hablad y actuad como quienes van a ser juzgados por la ley que nos hace libres* (comp. con el v. 8 y con 1:25), *porque al que no haya practicado la misericordia, le aguarda un juicio sin misericordia; pero el misericordioso se regocija cuando le llega el juicio».*

(A) Santiago dice *«Hablad y actuad …»,* pues ambas cosas entran en el comportamiento que observamos en el versículo 3 y que el autor sagrado tiene en cuenta al escribir esto.

(B) Las dos últimas palabras del versículo 12, en el griego original *(méllontes krínesthai*, estando a punto de ser juzgados. Lit.) indican que Santiago tenía por inminente dicho juicio, por considerar inminente la Segunda Venida del Señor. De ahí la urgencia a comportarse como es debido.

(C) Los lugares que hemos citado arriba (en paréntesis) del Evangelio según Mateo, nos dan a conocer suficientemente la mente del Señor Jesucristo sobre *el juicio sin misericordia que le aguarda al que no haya practicado la misericordia.*

(D) Pero el misericordioso no tiene nada que temer del juicio de Dios, ya que el que hace misericordia muestra prácticamente su amor al prójimo (comp. con 1 Jn. 3:17, 18), y el que ama al prójimo cumple toda la Ley, no la quebranta en ningún punto. Por eso, contempla el juicio venidero, no con miedo, sino con gozo. Dice Salguero: «Dios juzgará con severidad al que no tenga misericordia. Pero el que sea misericordioso no tiene por qué temer, pues cuando sea juzgado obtendrá victoria. La misericordia, en la lucha entablada con el juicio, logrará el triunfo».

Versículos 14–26

Entramos aquí en la parte central de la epístola. A primera vista, Santiago parece decir lo contrario que Pablo, hasta el punto de que esta sección ha confundido a muchos, incluso a Lutero (al principio), cuando llamó «Epístola de paja» a esta Carta de Santiago. Lo primero que ha de tenerse en cuenta es que ni Pablo se desentiende de las obras (v. Ef. 2:10) ni Santiago se desentiende de la fe (v. 2:18b). Lo que ocurre es que cada uno pone de relieve un matiz distinto en el verbo «justificar» y en el sustantivo «fe». Para Pablo, justificar es *causar la posición de justo.* Para Santiago, *mostrar la condición del justo. «El*

hombre es justificado por la fe», dice Pablo (v. Ro. 3:28). «La fe es justificada (demostrada genuina) por las obras», dice Santiago (v. por ej., v. 18, al final: *«yo te mostraré mi fe a base de mis obras»).* Dice Ryrie: «Tanto Pablo como Santiago definen la fe como una confianza, viva y productiva, en Cristo». Un versículo muy iluminador, en el que se percibe claramente que no había contradicción alguna entre las enseñanzas de estos dos siervos de Dios en un punto tan importante, es Gálatas 5:6: *«sino la fe que se reactiva (o que actúa) mediante el amor».* En segundo lugar, es menester también tener en cuenta que la Epístola de Santiago se escribió mucho antes que *Romanos y Gálatas.* No es, pues, una «rectificación» a lo dicho por Pablo.

El proceso que sigue Santiago en la demostración de su tesis es el siguiente: I) Una fe estéril no es genuina, está muerta (v. 14). Esta afirmación se repite, con variantes, como un estribillo en los versículos 17, 20, 24 y 26. 2) La genuinidad de la fe se muestra, no en el *decir,* sino en el *hacer* (vv. 15–17). 3) Por eso, el profesante que dice tener fe, pero no la muestra en obras, es falso; en cambio, el que obra santamente, no necesita decir que tiene fe; sus obras lo dicen (vv. 18–20). 4) Así se muestra en dos ejemplos notorios: (A) el de Abraham (vv. 21–24) y (B) el de Rahab (vv. 25, 26). Vamos por partes:

1. Dice el versículos 14: *«¿De qué sirve, hermanos míos, el que alguien alegue que tiene fe, si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarle tal fe?»* (NVI). Dos detalles requieren especial atención: (A) Nótese que Santiago no habla aquí de alguien que *tiene fe,* sino de alguien que *dice tener fe* (lit.), lo cual es muy distinto, pues la falta de obras muestra que miente o se engaña a sí mismo. (B) Aunque la última parte del versículo dice textualmente: *«¿Acaso puede la fe salvarle?»,* no cabe duda de que Santiago se refiere a la clase de fe de la que el sujeto en cuestión alardea, por lo que la NVI traduce correctamente el artículo griego *he* por *tal («esa fe»,* dice la RV 1977), pues Santiago no niega, ni puede negar, que la fe genuina salva; pero está en lo cierto al negar que la fe de tal sujeto (una fe que no actúa—comp. con Gá. 5:6—) pueda salvarle, puesto que demuestra no ser genuina.

2. A continuación, describe un caso concreto donde se demuestra lo correcto de su tesis (vv. 15–17): *«Suponed que un hermano o una hermana andan mal vestidos y carecen del alimento cotidiano, y va uno de vosotros y les dice: "¡Hala! ¡Que os vaya bien! ¡Abrigaos y hartaos!", pero no hace nada para remediar sus necesidades físicas, ¿qué provecho van a sacar? De la misma manera, la fe por sí misma, si no va acompañada de hechos, es una fe muerta»* (NVI). La comparación es magnífica para ilustrar el punto que desea poner de relieve: De la misma manera que una ayuda de meras palabras no sirve para aliviar unas necesidades reales (comp. con 1 Jn. 3:18), sino que más bien es un sarcasmo, así tampoco una fe estéril en obras puede hacer a una persona acepta a los ojos de Dios, pues equivale a una presunción insultante para Dios y engañosa para el propio sujeto. J. Alonso hace ver que la frase literal: *«Id en paz»* (que la NVI vierte por *«¡Que os vaya bien!»,* para ponerlo en la fraseología moderna), «es la frase usual judía de despedida (cf. Jue. 18:6; 1 S. 1:17; 20:42; 29:7; etc.)».

3. En los versículos 18–20, el autor sagrado lanza una especie de desafío al sujeto que dice tener fe, pero no muestra con hechos la genuinidad de su fe: *«Pero dirá alguien: "Una persona tiene fe, otra tiene hechos". Mi respuesta es: "Muéstrame cómo puede tener alguien fe sin hechos; yo te mostraré por mis hechos mi fe". ¿Crees tú que hay solamente un Dios? ¡Muy bien! También los demonios lo creen, y tiemblan de miedo. ¡Tú, estúpido! ¿Quieres que se te demuestre que la fe sin hechos es inútil?»* (*Biblia de las Buenas Nuevas*). La versión que he adoptado para estos versículos es, en cierto modo, una paráfrasis, pero es la única que me satisface en cuanto a dar el sentido del original. (También la *Nueva Biblia Española* hace sentido, pero, a mi juicio, no es el sentido del texto griego). Debo advertir, para información del lector, que los propios MSS ofrecen diferentes lecturas y se prestan a una puntuación variable, por lo que hay tantas traducciones distintas con respecto a estos versículos. A mi juicio, la mejor y más clara es la que acabo de presentar. Sobre ésta, pues, estará basado el análisis que sigue.

(A) Como se ve en el original, la primera parte del versículo 18 parece presentar una objeción a lo que Santiago afirma y viene a decir: «¿Acaso no puede uno salvarse creyendo, y otro haciendo buenas obras?» A esto viene a responder Santiago: «Muéstrame cómo puedes tú tener una fe genuina sin que se traduzca en obras; en cambio, yo te mostraré a base de mis obras que mi fe es genuina».

(B) A continuación (v. 19), cita Santiago el artículo fundamental de la fe judía (v. Dt. 6:4). Si esa creencia en el único Dios no se traduce en una conducta correcta (v. Dt. 6:5), no pasa de ser una fe de tipo meramente intelectual. Esa clase de fe puede hallarse (y de hecho se halla) en los demonios, quienes temblaban ante el poder de Jesús y, sobre todo, tiemblan ante la perspectiva del castigo final que les

espera y al que parece referirse especialmente Santiago aquí (v. Jud. 6, comp. con Mt. 8:29; Mr. 1:34; 5:6, 7; Lc. 10:18; Jn. 12:31; 2 P. 2:4; Ap. 12:7–12; 20:10).

(C) En el versículo 20, continúa Santiago dirigiéndose al que alardea de tener fe sin tener obras, y lo trata de *estúpido* (lit. *vacío*, que, como de costumbre, nuestras versiones traducen por *«vano»).* Le va a mostrar, con un par de ejemplos, la tremenda equivocación que padece. Por tanto, este versículo 20 puede tomarse mejor como introducción a los versículos que siguen, pero lo hemos analizado con los anteriores, como conclusión de la argumentación que le precede.

4. Analizaremos por separado, para comodidad del lector, los dos ejemplos que Santiago presenta para probar su tesis, comenzando por el de Abraham, con la conclusión que el autor sagrado deduce (vv. 21–24): *«¿No fue considerado justo nuestro antepasado Abraham por lo que hizo cuando ofreció sobre el altar a su propio hijo Isaac? Ya ves que su fe y sus acciones obraban conjuntamente, y su fe llegó a su plenitud a base de sus hechos. Y se cumplió el pasaje de la Escritura que dice: "Creyó Abraham a Dios, y ello le fue computado para una correcta relación con Dios", y fue llamado amigo de Dios. Ya ves cómo una persona queda justificada por lo que hace, y no sólo por su fe»* (NVI). De nuevo tenemos, a primera vista, en este último versículo 24, una oposición (por supuesto, aparente) a lo que Pablo dice en Romanos 4:3; Gálatas 3:6–9, pero el análisis que haremos a continuación mostrará que no hay ninguna contradicción entre lo que dice Santiago y lo que afirma Pablo.

(A) Para ver cómo la NVI nos da estupendamente el sentido de esta porción, nos bastará examinar cuidadosamente la letra del original. Así, el versículo 21 dice literalmente: *«Abraham nuestro padre ¿no fue justificado con base en* (o, *en virtud de.* Gr. *ex) obras?»* Ahora bien, que no se trata aquí de la justificación por la que Abraham fue salvo, sino del reconocimiento de que estaba actuando conforme a su fe, se ve por lo que el autor sagrado presenta como prueba de ello: el ofrecimiento de su hijo Isaac en sacrificio (Gn. cap. 22). Ahora bien, esto sucedió más de 30 años después del suceso que Santiago narra en el versículo 23, a fin de confirmar lo que acaba de decir: *«Creyó Abraham a Dios y le fue computado para justicia»* (lit.). ¿Dónde se halla esto? ¿En el capítulo 22 del Génesis? ¡No! En 15:6, cuando Abraham creyó la promesa de Dios de que su descendencia había de ser tan numerosa como las estrellas del cielo (v. también He. 11:8–12).

(B) Lo mismo se confirma por lo que añade en el versículo 22: *«Ya ves que su fe y sus acciones obraban conjuntamente, y su fe llegó a su plenitud a base de sus hechos»*. La fe que justifica es una fe que *recibe,* sin más, la gracia salvífica (Ef. 2:8). La fe que *actúa («cooperaba con las obras»,* dice Santiago textualmente) es la de una persona previamente justificada. Por eso añade que *«a base de las obras, la fe fue perfeccionada»* (lit.); en otras palabras, su obediencia sin reservas ni objeciones a sacrificar a su único hijo, el hijo de la promesa, mostró la calidad de su fe (comp. con He. 11:17–19), del mismo modo que la obediencia de Jesús mostró su calidad por lo que padeció (He. 5:8). Dice Salguero: «La fe puede ser perfeccionada por las obras. Y éstas a su vez pueden mostrar la buena calidad de la fe. Son como el complemento necesario de ella. Mas la fe confiere a las obras tal dignidad, que hacen al hombre grato a Dios; y, al mismo tiempo, la fe recibe de las obras su consumación y perfección».

(C) En esta misma línea ha de entenderse el versículo 23: «*Y se cumplió la Escritura que dice …»* (lit.). No significa que fuese precisamente entonces, al ofrecer a su hijo en sacrificio, cuando se cumplió lo que leemos en Génesis 15:6, sino que fue entonces cuando le fue reconocido, por parte de Dios (v. Gn. 22:12) que su fe era, no sólo genuina, sino *perfecta.* Lo de que *«fue llamado amigo de Dios»* (v. 23b) es una referencia a 2 Crónicas 20:7; Isaías 41:8, aunque la especial amistad existente entre Abraham y Dios se manifiesta claramente en los capítulos 12 al 22 del Génesis; muy especialmente en 18:17–33.

(D) Es, pues, en esta perspectiva y dentro de este contexto, como ha de interpretarse el versículo 24: *«Veis que por las obras es justificado* (¡en presente! aunque esto puede indicar únicamente algo que le acontece a cada uno) *el ser humano, y no sólo por la fe»* (lit.). Santiago no va contra *la fe genuina,* sino contra *la fe estéril.* Lo que ha mencionado de Abraham era para mostrar que su fe no fue estéril, sino viva, activa.

5. Del ejemplo de Abraham pasa Santiago al de Rahab (vv. 25, 26): *«De igual manera, ¿no fue considerada justa, incluso Rahab, la prostituta, por lo que hizo cuando dio hospedaje a los espías y les orientó para que escaparan por otro camino? Así como el cuerpo sin alma* (lit. *sin espíritu) está muerto, así también está muerta la fe si carece de obras»* (NVI).

(A) También en Hebreos 11:31 se menciona la conducta que Rahab observó con los espías como manifestación de la fe que tenía en el Dios de Israel, a quien sólo conocía de oídas (v. Jos. 2:8–11).

Grande fue la fe de esta mujer, como lo demostró en la forma como se condujo con los espías israelitas. No cabe duda de que fue salva en el momento en que puso su fe, de un modo tan extraordinario, en el Dios de Israel, pero esa fe se manifestó como genuina, viva y activa por las obras que llevó a cabo.

(B) La conclusión final de esta sección (v. 26) necesita aclararse de modo conveniente, pues se presta a equívocos cuando se entiende incorrectamente la enseñanza bíblica sobre la *justificación por la fe, sin las obras de la ley* (Ro. 3:28). Por una mala inteligencia de esta doctrina, los comentaristas catolicorromanos (en general), como el jesuita J. Alonso y el dominico J. Salguero, sacan la falsa conclusión de que la fe sola no justifica, aunque el jesuita es más cauto que el dominico en el lenguaje que usa. La raíz de esta confusión está en la doctrina catolicorromana (según fue definida en Trento) sobre la fe (entendida como un *asentimiento)* y la gracia (entendida como un *hábito infuso).* Las palabras de Santiago en este versículo 26 han de entenderse del mismo modo que han de entenderse «*justificación*», «*fe*» y «*obras*» en toda esta porción:

(a) Hemos de repetir que Santiago no entiende por *justificación* la correcta relación con Dios en virtud de un acto de fe, sino la exterior manifestación, mediante las obras, de dicha correcta relación, adquirida de antemano. Lo hemos visto al analizar los dos ejemplos que Santiago propone en los versículos 21–25.

(b) *La fe* a la que Santiago se refiere no es la fe que *recibe,* sino la fe que *actúa,* opuesta a la mera profesión estéril de una creencia intelectual. Esta última está ya muerta antes de nacer, *como el cuerpo sin* (gr. *khorís*, aparte de, privado de) *espíritu* (lit.), es decir, del soplo vital que Dios inspiró en las narices de Adán (Gn. 2:7).

(c) ¿En qué sentido, pues, son las *obras* como el *soplo vital de la fe,* hasta el punto de que, *sin* (de nuevo, *khorís) obras, la fe esté muerta?* Oigamos al cardenal Tomás de Vío (llamado Cayetano, por ser natural de Gaeta), según lo hallo citado en Th. Manhattan: «Por espíritu no ha de entenderse el alma, sino el aliento: pues, así como el cuerpo de una bestia, cuando no respira, está muerto, así tambien la fe sin obras está muerta, al ser el respirar efecto de la vida, como el actuar lo es de una fe viva. De donde se ve claro lo que el apóstol (al pensar que Santiago es el llamado "Santiago el Menor". El paréntesis es mío) quiere dar a entender cuando dice que la fe es muerta sin obras, no que las obras sean el alma de la fe, sino que las obras acompañan a la fe, como el respirar es inseparable de la vida». La equivocación de Manhattan está en pensar que el Cayetano se expresa «de total acuerdo con la doctrina protestante». Sin embargo, la cita nos puede servir para entender lo que venimos diciendo del matiz que Santiago da a su noción de fe y de obras. Según Santiago, el «respirar» no es causa de la vida, sino una manifestación exterior de que *el cuerpo está vivo, puesto que respira;* y, viceversa, su ausencia es manifestación de que *el cuerpo está muerto, puesto que no respira.* Toda otra interpretación da al traste con la enseñanza bíblica sobre la justificación por la fe, sin las obras de la ley.

CAPÍTULO 3

En este capítulo, Santiago trata: I. De la necesidad de vigilar y frenar la lengua (vv. 1–4). II. Del peligroso poder de la lengua (vv. 5–12). III. De la sabiduría verdadera y de la falsa (vv. 13–18).

Versículos 1–4

De la importancia de vigilar y frenar la lengua habló ya Santiago en 1:19, 26; 2:12; pero ahora va a dedicar la mayor parte de este capítulo a tratar del peligro que supone una lengua sin freno y de los gravísimos males que puede causar. Es en vista del peligro de una lengua sin freno por lo que Santiago comienza desanimando a convertirse en *hablador profesional* dentro de la iglesia. Viene primero la amonestación. y pone después dos ilustraciones del modo de gobernar la lengua.

1. La amonestación se halla en los versículos 1 y 2, que dicen así en la NVI: *«No aspiréis muchos a ser maestros, hermanos míos, porque ya sabéis que nosotros, los maestros, tendremos un juicio más severo; porque todos sin excepción tropezamos de muchas maneras; pero el que no tropieza nunca en lo que dice, ése es un hombre perfecto, capaz de poner freno a toda su persona».*

(A) El Señor dio a su Iglesia (Ef. 4:11), entre los principales ministerios, «*pastores y maestros*», y Pablo dice también que quien desea el oficio de supervisor, *«a noble oficio aspira»* (1 Ti. 3:1 NVI). No se opone a esto Santiago, aunque a primera vista lo parezca. Para entender bien lo que el autor sagrado desea poner de relieve aquí, es menester notar dos detalles: (a) Santiago no desanima a seguir el llamamiento de Dios a predicar y enseñar, sino a que *sean muchos los que ambicionen ser («no os hagáis …»,* dice literalmente) *maestros.* Lo que ataca, pues, es el prurito, tan frecuente, de enseñar a otros, «de ocupar el púlpito», enfermedad bastante corriente, por desgracia; (b) Santiago hace ver la tremenda responsabilidad que tal ministerio comporta: *… porque ya sabéis que nosotros* (dice, incluyéndose a sí mismo, con lo que se confirma su posición como líder de la iglesia), *los maestros, tendremos un juicio más severo».*

(B) La severidad de este juicio se advierte si nos paramos a pensar en la responsabilidad de todo aquel que ocupa el púlpito o la tribuna para enseñar a sus hermanos. Desde luego, ya es una osadía grave, no exenta de pecado, aspirar a tal ministerio sin ser llamado por Dios. Todavía es más grave ocupar el púlpito sin la preparación debida, sin conocer bien el pasaje en cuestión e inventando explicaciones (y también aplicaciones) ajenas a lo que el texto significa. La gravedad sube de punto cuando se usa el púlpito, especialmente ante numeroso auditorio, para hacer el «gracioso», contando anécdotas y chascarrillos jocosos, a fin de «amenizar el culto». El caso es gravísimo cuando esto se hace durante la predicación del Evangelio, pues no hay nada que resulte más eficaz para apagar el poder del Espíritu que el humor en el púlpito. En efecto, el oyente necesita ser convicto de pecado y percatarse de lo muy serio de su condición y de lo que le espera en la eternidad. Un chiste, en este contexto, no puede menos de hacer el efecto de un refrescante apaga-incendios, y el desgraciado pecador respira satisfecho al ver, por fin, que el león no era tan fiero como lo pintaba el predicador en un principio. ¿Quién no temblará ante esta consideración?

(C) En el versículo 2, Santiago da una razón muy específica de la severidad del juicio que les espera a los maestros: ¡Porque la herramienta con la que trabajan es la lengua! ¡Y la lengua es la herramienta más dificil de manejar! *«Porque todos, sin excepción, tropezamos* (es decir, caemos en pecado, pues éste es el sentido del griego *ptaíomen) de muchas maneras* (v. Is. 53:6 «*… cada cual se apartó por su camino»); pero el que no tropieza nunca en lo que dice, ése es un hombre perfecto»,* es decir, cabal, maduro, notorio por su prudencia y su dominio propio. Dice Salguero: «El dominio de la lengua es un signo de fuerza moral y de santidad que dispone al hombre para afrontar victoriosamente todas las tentaciones».

(D) De ahí que, quien refrena su lengua (v. 2b) *«es capaz de poner, freno a toda su persona»* (comp. con 1:26). Aquí, como a lo largo de toda la Escritura, vemos que no hay nadie sin pecado (nótese el gr. *ápantes*, más enfático *que pántes,* y comp. con 1 R. 8:46; Job 4:17–19; Sal. 19:12; Pr. 20:9; Ro. 3:9–18; 1 Jn. 1:7–10), pero, a pesar de esa inevitable deficiencia, *si no se peca con la lengua,* dice Santiago, *se obtiene un gran triunfo moral, que redunda en todo el resto de la conducta.* Dice el refrán español que «más mató la lengua que la espada». Los juicios temerarios (v. Mt. 7:1, 2; Ro. 2:1) constituyen sólo uno de los vicios (aunque bastante terrible él solo), que con otros diez u once más de los que cita Pablo (v. 1 Co. 6:9, 10; Gá. 5:19–21; Ef. 4:29–31), hace que los pecados conectados con la lengua obtengan una lamentable mayoría entre las más terribles lacras que degradan a la humanidad.

2. A continuación, vienen dos ilustraciones que presentan al vivo el tremendo poder que, para bien o para mal, tiene la lengua humana.

(A) *«Cuando ponemos el freno de boca a los caballos para que nos obedezcan, podemos gobernar enteramente al animal»* (v. 3. NVI). Un caballo desbocado es un animal temible, pues es capaz de atropellar todo y a todos que se ponen o se cruzan en su camino. Un ser humano de lengua desenfrenada es mucho más de temer que un caballo desbocado, pues puede atropellar todo cuanto más digno y santo hay en el Universo. Sin embargo, un pequeño freno de boca sirve para gobernar enteramente al caballo. Así también, el ser humano que es capaz de poner freno a su boca, *es capaz también de poner freno a toda su persona* (v. 2b).

(B) «O *tomemos las naves como ejemplo. A pesar de lo grandes que son y de lo fuertes que son los vientos que las embisten, son conducidas por medio de un timón pequeñísimo a donde el piloto quiere que vayan»* (v. 4. NVI). Dos detalles pone de relieve Santiago aquí: (a) El poder que hace falta para resistir a los *fuertes vientos.* (b) El *pequeñísimo tamaño del timón,* comparado con la magnitud de las naves. De este modo, vemos claramente cómo causas pequeñísimas pueden producir grandísimos efectos. Estos efectos son muy buenos en las dos ilustraciones que el autor sagrado ha presentado en los versículos 3 y 4, pero son catastróficos en una lengua que carece de freno, como vamos a ver enseguida.

Versículos 5–12

En estos versículos Santiago muestra del modo más pintoresco los males que causa una lengua sin freno. La presente sección puede subdividirse en cuatro porciones: 1) La lengua es un mundo de maldad (vv. 5, 6). 2). Es indomable (vv. 7, 8). 3) Produce cosas contradictorias, lo cual es antinatural (vv. 9, 10). 4) Tal cosa no tiene lugar en ningún otro reino de la naturaleza (vv. 11, 12).

1. *«Así también la lengua es un pequeño miembro del cuerpo, y se jacta de grandes hazañas. Fijaos cuán grandes bosques pueden ser incendiados por una pequeña chispa. También la lengua es como un fuego y como un mundo de iniquidad entre los miembros del cuerpo. Echa a perder a la persona entera, prende fuego a todo el curso de nuestra vida y parece como si el mismo Infierno le prestara su fuego»* (vv. 5, 6. NVI). Es en esta porción donde se hallan las más pintorescas metáforas de toda la sección.

(A) Al seguir con la comparación del *pequeñísimo* timón de las naves, el autor sagrado pone de relieve aquí que también la lengua es un miembro relativamente pequeño, cuando se la compara con una pierna o con un brazo. Para lo de «*se jacta»,* Santiago usa el vocablo griego *aukheí,* única vez que dicho verbo ocurre en todo el Nuevo Testamento, pero su sinónimo *kaukháomai,* con los sustantivos de la misma raíz, sale unas 58 veces. Dice que *se jacta de grandes hazañas* (lit. *de grandes cosas).* En un solo vocablo griego *(megála)* están representadas todas las jactancias, las exageraciones de lo bueno o grande que se lleva a cabo y las mentiras con que se doran las omisiones y cobardías que da vergüenza confesar.

(B) Nunca es peor la jactancia que cuando la persona se jacta de hacer el mal, como, por desgracia, es frecuente el caso, ya que la naturaleza humana está inclinada, de suyo, al mal. Esto parece colegirse de lo que Santiago da a entender a continuación (v. 5b, 6a): *La lengua, como una pequeña chispa, encierra una maldad tan grande, que puede prender fuego a todo el material combustible que se ponga por delante.* ¡El símil es muy gráfico! ¡Tanto que puede asegurarse que todas las guerras, grandes y pequeñas, se han desencadenado en virtud de una frase áspera, dura o jactanciosa, que ha dado lugar a malentendidos y ha provocado una reacción insensata, sin tener en cuenta las consecuencias. El orgullo, personal o nacional, ha prestado el necesario combustible y hasta la mecha que ha prendido fuego a todos los rencores acumulados.

(C) Las cualidades nocivas de la lengua son expuestas por Santiago en seis frases muy expresivas (v. 6); las estudiaremos con base en la letra misma del texto original:

(a) «Y (o, *También) la lengua* (es un) *fuego*». Dice Salguero: «La lengua es, como la chispa, insignificante e inofensiva en apariencia, pero puede causar grandes daños. Por medio de ella pueden encenderse, fomentarse y satisfacerse las más bajas pasiones». En efecto, ¿qué incitación al mal no suele hacerse mediante palabras, habladas o escritas? (para el símil del fuego, aplicado a la lengua, véanse, por ej., Sal. 120:24; Pr. 16:27; 26:18).

(b) *«El mundo de la iniquidad»,* dice literalmente el texto sagrado, con lo que da a entender que la lengua contiene dentro de sí la suma de todas las iniquidades posibles, el mundo entero del mal. El sabio benedictino inglés Beda (672–735) escribía ya a principios del siglo VIII: «La mayor parte de los crímenes son preparados, ejecutados y defendidos con la lengua».

(c) *«Está constituida (como* en lugar de poder y dominio) *entre nuestros miembros».* Este es el sentido del verbo griego *kathístemi* (aquí, en pasiva o, quizás, en media, como si ella usurpase un lugar de mando, aunque lo más probable es que Santiago se refiera a la colocación que le ha sido asignada). Lo cierto es que ocupa un lugar de prestigio; de tanto, que a ella le cabe el honor, en un creyente lleno del Espíritu Santo, de ofrecer a Dios el primer fruto de dicha llenura (v. Ef. 5:18, 19: «… *sed llenos del Espíritu, HABLANDO …*»). Pero, en el presente contexto, no es instrumento de espiritualidad, sino de carnalidad. Dice Manton: *«Así es la lengua entre los miembros;* esto es, de tan gran deferencia; no es más que un miembro, y pequeño entre los demás; sin embargo, de tan maldita influencia, que con frecuencia hace recaer la culpabilidad sobre todo el resto de los miembros». En efecto, comp. con Eclesiastés 5:6.

(d) *«La que contamina* (mancha o ensucia) *todo el cuerpo»,* como una fuerza corruptora que se extiende por toda la persona, debido al maligno poder que ejerce desde el ventajoso sitio que ocupa, «más cerca del cerebro que del corazón», diría yo (siempre, en metáfora).

(e) «y (la que) *inflama el curso de la existencia»,* donde el vocablo griego *trokhón* (única vez que tal término ocurre en todo el Nuevo Testamento), del verbo *trékho,* correr, significa *todo lo que corre en redondo.* A su vez, para *existencia,* Santiago usa el griego *guenéseos,* nacimiento. Con ambos vocablos tenemos magníficamente representado todo *el ciclo de nuestra vida,* la rueda de todas las vicisitudes de

nuestra existencia terrenal. Con lo que se da a entender que «la lengua no sólo ejerce su nocivo influjo temporalmente, sino a través de toda la existencia» (J. Alonso).

(f) Santiago termina esta terrible descripción diciendo que la lengua misma *«es inflamada por el infierno»* (gr. *gueénnes:* la Gehenna). Esto explica que la lengua pueda echar a perder toda la vida, como un fuego devastador, puesto que ella misma está inflamada por el infierno mismo, esto es, ¡por el diablo! Dice Manton que «el celo es un fuego santo que desciende del cielo, pero éste sube del infierno. Los labios de Isaías fueron tocados con un ascua del altar (Is. 6:6) y el Espíritu Santo descendió en lenguas de fuego repartidas. Pero este fuego viene de abajo, de un modelo infernal».

2. A continuación, y esto es lo peor, Santiago añade (vv. 7, 8) que la lengua no se puede domeñar, es indomable: *«Todas clases de fieras, de aves, de reptiles y de animales marinos se doman y han sido domesticadas por la especie humana, pero nadie puede domar su lengua. Es un mal siempre en movimiento y lleno de veneno mortal»* (NVI).

(A) Lo primero que se advierte en el versículo 7 es la doble generalización que Santiago hace de los animales: (a) Los clasifica en las mismas cuatro categorías que hallamos ya en Génesis 1:26; 9:2. (b) Dice que *toda naturaleza* (lit.) de estas cuatro clases de animales, no sólo *es domada por la naturaleza humana* (lit.), sino que *ha quedado domada* (pretérito perfecto de la voz media-pasiva) por el hombre; en otras palabras, el hombre ha llegado, no sólo a *domar* toda clase de animales, sino también a *domesticarlos,* al continuar domados de por vida, y poder emplearlos para su servicio y alimento. Lo más probable es que se trate aquí de una hipérbole, figura frecuente en el lenguaje semítico, aunque podría hacerse notar que, si bien es cierto que el hombre, en el actual estado de naturaleza caída, *no puede* domar a todos los animales, también lo es que, por lo menos, puede tenerlos a raya para que no le hagan daño.

(B) Al decir que *nadie puede domar su lengua* (v. 8), Santiago no afirma la total imposibilidad, sino la suma dificultad de hacerlo, pues tanto en el versículo 2b como en 1:26 ha dado a entender que tal cosa es posible. Sin embargo, después de lo que ha dicho en los versículos 6 y 7, es probable que lo que quiere poner de relieve Santiago sea que, aun cuando alguien pueda *domar* la lengua, frenándola con la gracia que Dios da, nadie la puede llegar a *domesticar,* es decir, a tenerla tan sumisa a su voluntad que pueda atreverse a soltarle el freno.

(C) Esta opinión mía me parece corroborada por lo que añade, en este mismo versículo 8, el autor sagrado, al decir que la lengua es *«un mal agitado»* (gr. *akatástaton*, sin fijación, inestable; el mismo vocablo de 1:8), con lo que se expresa que, «bajo el estímulo de las pasiones, se agita continuamente, y dice despropósitos» (Salguero). Lo de *«agitado»* no resultaría tan peligroso si no fuese un *«mal»,* pero el mal de la lengua es tan malo que, a cualquier parte que se vuelve en su agitación, escupe su veneno, pues está *«llena de veneno mortífero»* (lit.). Compárese con Salmos 5:9; 10:7 y 140:3, citados por Pablo en Romanos 3:13, 14. Es, pues, esa agitación, ese continuo movimiento de la lengua, lo que la hace incapaz de ser domesticada. Esta continua movilidad de la lengua se halla bien expresada en la frase vulgar: «la sin hueso».

3. En los versículos 9 y 10, Santiago describe el lamentable resultado de esta malvada agitación de la lengua, por la cual, en lugar de poder ser habitualmente frenada y retenida en un punto fijo, se mueve en todas las direcciones hasta llegar fácilmente a puntos contrarios: *«Con la lengua bendecimos a nuestro Señor y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que han sido hechos a imagen de Dios. De una misma boca salen la bendición y la maldición. Esto, hermanos míos, no debería ser así»* (NVI).

(A) En la primera parte del versículo 9, el autor sagrado se refiere al uso que hacemos de la lengua en los servicios del culto eclesial, cuando alabamos a Dios, le damos gracias e invocamos su santo nombre con oraciones, himnos y cánticos. De ahí la monstruosidad de usar esa misma lengua, dedicada al servicio de Dios, para maldecir y calumniar a los hombres. Dice M. Henry: «¡Cuán absurdo es que quienes usan su lengua en oración y alabanza la puedan usar jamás en maldecir, calumniar y cosas por el estilo! Esa lengua que se dirige con reverencia al Ser Divino, no puede, sin la mayor inconsecuencia, volverse hacia nuestros semejantes con lenguaje pendenciero y ultrajante».

(B) El autor sagrado hace notar (v. 9b) que esos hombres a quienes maldecimos con nuestra lengua, *han sido hechos a imagen de Dios* (comp. con Gn. 1:26). El autor sagrado da a entender aquí que «maldecir al hombre—hecho a imagen de Dios—es maldecir la imagen de Dios mismo. Y, por lo tanto, se viene a contradecir las alabanzas que se le habían tributado» (Salguero). De paso, observaremos que Santiago dice de *los hombres,* en general, que *han sido hechos a imagen de Dios,* lo cual demuestra que la imagen de Dios no quedó completamente borrada por el pecado, sino sólo oscurecida.

(C) Santiago concluye (v. 10) que eso de que *por una misma boca salga la bendición* a Dios y *la maldición* a los hombres es *algo que no debe ocurrir,* pues es una monstruosidad que no tiene par en la naturaleza, como lo muestran los tres ejemplos que aduce a continuación.

4. Estos ejemplos están expuestos, de la forma más vívida y clara, en los versículos 11 y 12: *«¿Puede acaso una fuente echar a la vez por un mismo caño agua dulce y agua salada? Hermanos míos, ¿acaso puede una higuera dar olivas, o una viña higos? Tampoco un manantial de agua salada puede dar agua dulce»* (NVI). Esta es la lectura refrendada por los mejores MSS.

(A) Para que el uso de unas comparaciones tan sencillas no llegue a avergonzar a los lectores, Santiago les ruega que ponderen serenamente lo que les está diciendo, pues lo hace por el bien de ellos, como se advierte por la frase afectuosa: *«Hermanos míos»*.

(B) La NVI añade en la primera comparación (v. 11) un *«a la vez»,* que no figura en el original, seguramente para que el contraste se vea claro, pero es muy improbable que sea ése el sentido. Dice acertadamente Salguero: «La fuerza de la comparación de la primera imagen no se pone en la salida *simultánea* de agua dulce y amarga, como piensa algún autor (Meinertz), sino en el hecho de que del *mismo caño,* aunque en diverso tiempo, salga agua dulce y amarga. De igual modo, la deformidad de la lengua no está en que a la vez profiera palabras contrarias, lo que sería imposible, sino en que la misma lengua, en tiempos diversos, pronuncie cosas contradictorias».

(C) Las comparaciones con *la higuera que diese olivas y* con *la vid* (RV, mejor que *«viña»,* de la NVI, pues el vocablo griego es *ámpelos,* el mismo de Jn. 15:1, 4, 5) *que diese higos,* están tomadas de la vida campestre de Palestina y presentan de forma gráfica la monstruosidad que supone el uso contradictorio de la lengua, en claro contraste con el orden y la armonía que reinan en la naturaleza, en perfecta sumisión a la voluntad de Dios, quien creó las plantas y los animales de forma que cada uno diese fruto *según su especie* (v. Gn. 1:11, 12, 21, 24, 25), no según una especie totalmente ajena.

(D) La segunda parte del versículo 12 parece, a primera vista, una añadidura innecesaria, pero el autor sagrado termina de esta manera porque recoge, mejor que ninguna otra comparación, la incongruencia de que una vida consagrada a Dios eche por una boca, que debería dar palabras de dulzura, palabras llenas de amargura. Remacha así el contraste que aparece en las comparaciones tomadas de la vida agrícola.

Versículos 13–18

En estos versículos, Santiago describe dos clases de sabiduría: Una, falsa, que no procede del cielo, sino del infierno, pues es *diabólica* (v. 15, al final; comp. con la mala lengua—v. 6, al final—); otra, que es verdadera sabiduría, del cielo, *de lo alto* (v. 15a; así es como frena su lengua el *«varón perfecto»,* del v. 2b). El empalme de esta porción con la anterior se hace, con la mayor probabilidad, al conectar el versículo 13 con el versículo 1, como insinúa atinadamente Salguero, quien dice: «En la segunda parte del capítulo 3, el autor sagrado expone las cualidades que debe tener la sabiduría del maestro. Es difícil cumplir la misión de maestro, a causa de la facilidad con que la lengua desbarra. Sin embargo, este mal connatural puede ser superado por una conveniente preparación del alma por medio de la verdadera sabiduría. Ésta es la razón de que el autor sagrado pase del abuso de la lengua a hablar de los peligros de la falsa sabiduría».

1. En los versículos 1 y 2, Santiago expuso el peligro de *hacerse maestro,* sin tener en cuenta el severo juicio que le espera. En el versículo 13 hace una pregunta que pone a prueba la responsabilidad del que aspira a ser sabio maestro de los demás: *«¿Quién hay entre vosotros sabio y experto? Que lo demuestre por medio de una conducta buena, por obras hechas con la humildad* (lit. *mansedumbre) que la sabiduría confiere»* (NVI). Así que la pregunta con que se abre esta sección podría contestarse de la manera siguiente: «Sabio y experto es el que tiene conciencia de su grave responsabilidad». En esto, como en toda la epístola, Santiago pone de relieve lo que, para él, es la clave de toda la conducta cristiana: El talante espiritual del cristiano ha de manifestarse en la forma como se conduce; su fe ha de mostrarse en las obras, «del mismo modo que los árboles manifiestan su naturaleza por medio de sus frutos (v. 12)» (Salguero). Sí, es cierto que los frutos no causan la vida del árbol (v. el comentario a Ef. 2:8–10), pero la manifiestan.

2. En los versículos 14–16, Santiago muestra, con base en los frutos amargos, la diabólica catadura de la falsa sabiduría: *«Pero, si abrigáis en vuestros corazones envidias amargas y ambiciones egoístas, no os jactéis de ello ni faltéis a la verdad. Esa clase de "sabiduría" no procede del cielo, sino que es*

terrena, meramente natural, demoníaca. Porque donde hay envidias y ambiciones egoístas, allí hay turbulencias y toda clase de malas acciones» (NVI).

(A) La lógica de Santiago es perfecta: «Donde hay *celos amargos y rivalidad rencillosa* (lit.) no puede haber verdadera sabiduría, la cual *es mansa (o confiere mansedumbre,* según el sentido que se le de al genitivo semítico *«mansedumbre de sabiduría»,* que es lo que dice literalmente el texto), pues nada hay tan contrario a la mansedumbre como las envidias amargas y las rivalidades rencillosas que muestran una ambición egoísta. Que no se jacte, pues, nadie de ser sabio en esas condiciones, pues está faltando a la verdad de la forma más descarada.

(B) En efecto, esa clase de «sabiduría» no puede ser genuina, pues la verdadera desciende del cielo (comp. con 1:5, 17; 3:17); en cambio, esa otra *es terrena,* es decir, es una planta que crece en el suelo de este mundo malvado; *meramente natural* (gr. *psukhiké;* el mismo vocablo de 1 Co. 2:14), esto es, propia de los inconversos, que piensan según los criterios que imperan entre los humanos (comp. con Mt. 16:23, al final); finalmente, es *demoníaca* (lit.), por estar teñida de envidia y de mentira, que son las características de Satanás (v. Jn. 8:44).

(C) No es, pues, extraño (v. 16) que donde reinan los celos y la rivalidad ambiciosa, haya *agitación* (gr. *akatastasía,* cuya raíz hemos visto en el v. 8 y en 1:8) y *toda acción ruin* (lit. Para *ruin* hallamos el gr. *phaúlon,* el mismo vocablo de 2 Co. 5:10, al final). Este cuadro de agitación perturbadora y de toda clase de ruindad nos dice que no estamos cerca del Dios de orden (comp. con 1 Co. 14:33), sino del padre de la mentira.

3. A continuación, Santiago describe los caracteres de la verdadera sabiduría (vv. 17, 18): *«Pero la sabiduría que procede del cielo* (lit. *de lo alto—o, de arriba—;* el mismo vocablo griego de 1:17; Jn. 3:3, 7) *es, ante todo, pura y, además, amiga de la paz, comprensiva, complaciente, llena de misericordia y de buenos frutos, imparcial y sincera. Los que trabajan por la paz están echando una semilla de paz que producirá frutos de virtud»* (NVI).

(A) Vemos primero que la verdadera sabiduría *procede del cielo,* como ya hemos hecho ver anteriormente. Al ser un don perfecto (v. Pr. 4:7, en la NVI), ha de bajar de allí (1:17), *del Padre de las luces,* pues la sabiduría verdadera es la gran luminaria espiritual del hombre.

(B) Es *pura* (gr. *agné,* el mismo vocablo de 1 Jn. 3:3, al final), es decir, «libre de todo movimiento pasional y de todo principio de error y de pecado» (Salguero). Es una luz sin mezcla de tinieblas, como el Dios de quien procede (comp. con 1 Jn. 1:5).

(C) Es *pacífica* (lit.), esto es, amiga de la paz, pues contribuye a establecer la paz, del mismo modo que la falsa sabiduría es una fuente continua de envidias y rivalidades (vv. 14, 16).

(D) Es *comprensiva,* indulgente (sin faltar a la justicia. Gr. *epieikés* que, con el sustantivo *epieíkeia,* sale además en Hch. 24:4; 2 Co. 10:1; Fil. 4:5; 1 Ti. 3:3; Tit. 3:2 y 1 P. 2:18), especialmente con aquellos a quienes enseña.

(E) Es *complaciente* (lit. *bien dispuesta a ser persuadida,* dócil; gr. *eupeithés),* esto es, atiende a las razones de los demás, sin dejarse llevar de la soberbia propia de los que piensan que lo saben todo.

(F) *Llena de misericordia* es una característica que refleja la sinceridad de la persona en el culto que tributa a Dios (comp. con 1:27), al preocuparse de los pobres y de los afligidos.

(G) Es *imparcial* (gr. *adiákritos,* que no discrimina); esto es, no hace distinción ni acepción de personas, tema que el autor sagrado ha puesto de relieve en 2:1–9, para atacarlo en una situación concreta, con lo que la presente mención adquiere mayor relevancia.

(H) Es *sincera* (gr. *anupókritos;* lit. *sin hipocresía),* «porque obra con sinceridad, no para complacer a los hombres, sino a Dios» (Salguero). J. Alonso hace notar que «las manifestaciones de la verdadera sabiduría recuerdan las manifestaciones de la caridad referidas por Pablo en 1 Corintios 13».

(I) A esta lista de manifestaciones virtuosas de la sabiduría verdadera añade Santiago (v. 18) una especie de resumen de todo lo bueno que en ella se encierra. La traducción literal del versículo se halla, entre otras versiones, en nuestra Reina-Valera, que dice así: «*Y (el) fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen (la) paz».* Es decir, los que buscan y procuran la paz, echan en el surco una semilla que ha de producir excelentes frutos de justicia. Hacen, pues, una labor opuesta a la de los falsos sabios, quienes, con sus envidias y rivalidades, provocan la agitación y el desorden, con lo que la justicia es violada y quebrantada.

CAPÍTULO 4

Siguiendo las divisiones que de este capítulo hace la *Ryrie Study Bible*, vemos que Santiago trata aquí de la mundanidad que se mete por las iglesias; describe: I. Su causa (vv. 1, 2); II. Sus consecuencias (vv. 3–6); III. Su remedio (vv. 7–10), y IV. Sus características (vv. 11–17).

Versículos 1–2

Dicen estos versículos en la NVI, donde los lectores pueden apreciar bien el sentido del original: *«¿De dónde proceden las luchas y los altercados que hay entre vosotros? ¿De dónde, sino de las pasiones que se agitan en vuestro interior? Deseáis ardientemente algo y no lo conseguís. Matáis y os consumís de envidia, y no podéis alcanzar lo que deseáis. Os pasáis el tiempo en altercados y en polémicas. No tenéis lo que deseáis, porque no se lo pedís a Dios».* No perderemos de vista el original, que es muy expresivo.

1. Puesto que también en las congregaciones cristianas se cuela la falsa sabiduría, mundana y demoníaca, con sus celos y rivalidades (v. 3:14–16), no es extraño que también entren los horribles pecados que Santiago menciona aquí. Si la mala lengua es inflamada por el propio infierno (3:6), no es extraño que el mal corazón, del que rebosa lo que sale por la boca, llegue a manifestarse con obras satánicas como es el homicidio (comp. v. 2 con Jn. 8:44).

2. ¿Cuál es la causa próxima de todos estos horribles pecados? A esto contesta Santiago y dice que todo eso procede *«de vuestros placeres* (es decir, de las malas pasiones), *que están en continuo pie de guerra* (gr. *strateuoménon*, en participio de presente continuativo) *en vuestros miembros»* (lit.). Se ha dicho muy bien que «las pasiones son muy buenas auxiliares, pero muy malas consejeras», y es cierto. Lo peor es que, por la corrupción siempre latente aun en el corazón regenerado por la gracia de Dios, los movimientos pasionales de toda índole se adelantan al sereno juicio de la razón y pervierten el juicio que se lleva a cabo en el tribunal de la conciencia, y hacen que lo bueno sea dictaminado como malo, y viceversa (comp. con Is. 5:20). Así resulta que «la naturaleza humana está bajo la opresión permanente de un ejército de ocupación» (J. Alonso). Estas malas pasiones, también llamadas «concupiscencias» (recuérdese 1:14, 15), son las que provocan las *guerras* y las *luchas* (lit.) entre los propios creyentes (v. 1), al actuar al exterior *por medio de los miembros de nuestro cuerpo,* que así resultan *«armas de iniquidad»* (v. Ro. 6:13. Lit.).

3. Las terribles consecuencias directas de estas pasiones desbocadas son los continuos *altercados y polémicas* (lit. *lucháis y guerreáis)* del versículo 2 que, en orden inverso, corresponden a las *guerras y luchas* del versículo 1, donde se manifiestan las consecuencias directas de *una codicia no satisfecha («codiciáis y no tenéis»*. Lit.) y de la consiguiente *envidia* al que tiene, por no poder alcanzar tanto o más que el que tiene *(«tenéis celos, y no podéis conseguir»*. Lit.). Nótese que el primer verbo está en presente continuativo, pero el verbo *conseguir* está en aoristo de infinitivo (de una vez, porque los celos son impacientes). ¿Llegaban realmente al *homicidio* estos cristianos por muy carnales y mundanos que fuesen? El mero pensamiento resulta tan horrible, que Erasmo proponía cambiar el verbo griego *phoneúte* (matáis) por *phthoneíte* (envidiáis). Lo cierto es que el *«matáis»* aparece en todos los MSS, por lo que tal cambio resulta inconcebible (¿cómo pudo un solo copista cambiar todos los MSS originales?) Más probable es la interpretación que ofrece J. Alonso: «Podría explicarse como *tendencia,* sin que se realice (la tendencia a matar)». De forma parecida habla Ryrie: «La consecuencia lógica, pero no necesariamente acostumbrada, de la concupiscencia. Véase Mateo 5:21, 22».

4. La cosa es, dice Santiago, que podríais tener lo que buenamente deseáis, si en lugar de tomar el camino de la pasión, caminaseis por la senda de la oración (v. 2b: *«no tenéis a causa de no pedir»*. Lit.). Todas esas rivalidades, cuya consecuencia lógica (sobre todo psicológica) es una envidia mortal, son producto de una falsa sabiduría. Con la sabiduría verdadera no suceden esas cosas, pues todos sus frutos son frutos de paz (v. 3:17, 18). ¡Y esa sana sabiduría está al alcance de todo creyente con tal que la pida a Dios! (1:5). El mejor remedio contra la codicia es el *contentamiento* (v. 1 Ti. 6:6–10, con las referencias correspondientes).

Versículos 3–6

En estos versículos Santiago describe las consecuencias de la mundanidad cuyo origen ha presentado en los versículos 1 y 2. Ha dicho en 2b que *no tienen porque no piden.* Ahora va a decirles que sus oraciones no son escuchadas: I) porque piden cosas malas (v. 3); 2) porque piden con mala disposición (vv. 4, 5); 3) porque piden de mala manera (v. 6). Ya decía Agustín de Hipona, haciendo un juego de palabras en latín *(mali, male, mala)* que, cuando no conseguimos lo que pedimos a Dios, es porque, o pedimos con mala disposición *(mali),* o de mala manera *(male)* o cosas malas *(mala).* Eso mismo viene a decir aquí el autor sagrado, aunque no tan explícitamente.

1. Vemos primero una oración no respondida a causa del mal fin que se pretende (v. 3): «Y *cuando pedís, no lo recibís, porque pedís por motivos bastardos, para gastar lo que conseguís, en dar satisfacción a vuestras pasiones»* (NVI). Dios es un buen Padre y, por eso, no nos concede a menudo algunas cosas, puesto que Él sabe muy bien que no nos convienen. Tampoco un padre y una madre humanos le dan un cuchillo a su hijo pequeñito, por mucho que llore y patalee, puesto que con él podría hacerse daño. Por lo que dice Santiago, sus carnales lectores no buscaban primero el reino de Dios y su justicia (Mt. 6:33), sino bienes temporales (salud, fuerzas, dinero, etc.) para gastarlos en dar satisfacción a sus pasiones.

2. La mala condición de los que piden se echa de ver en las fuertes frases del versículo 4 (analizaremos aparte el v. 5, por su especial dificultad): *«Gentes adúlteras, ¿no sabéis que la amistad con el mundo es enemistad con Dios? Todo el que decide ser amigo del mundo se convierte en un enemigo de Dios»* (NVI).

(A) Lo primero que observamos es que Santiago usa el término griego *moikhalídes*, adúlteras (en femenino). Caben dos preguntas: (a) ¿Habla de adulterio físico, literal, o metafórico (espiritual)? A esta pregunta, la respuesta unánime es: espiritual, pues es el único que encaja en el contexto. (b) ¿Se dirige, entonces, sólo a las mujeres, pues está en femenino? La respuesta, también unánime, a esta pregunta es que Santiago sigue la línea metafórica que vemos en ambos Testamentos (especialmente, en Oseas 2), según la cual Israel es la *esposa* de Jehová, y la Iglesia la *esposa* de Cristo (v. por ej. 2 Co. 11:2; Ef. 5:22 y ss.; Ap. 19:6–9; 21:2). Añade J. Alonso: «Aquí la metáfora ha sufrido una depuración, y es entendida como esposa no solamente la colectividad, sino también cada individuo, y toma como adulterio, no sólo ya el culto dado a otros dioses, sino toda contemporización con el espíritu del mundo».

(B) Por eso continúa diciendo que la amistad con el mundo y la amistad con Dios son incompatibles (comp. con Mt. 6:24; Lc. 16:13; 1 Jn. 2:15, 16), puesto que piden cosas contradictorias entre sí (Dios pide santidad; el mundo pide corrupción) y demandan una servidumbre total, en cuanto al tiempo (siempre) y en cuanto a la dedicación (absoluta). Los compromisos son imposibles: el que no está con Cristo, está contra Él (v. Mt. 12:30; Lc. 11:23). Por consiguiente, el que se va con el mundo, se convierte en enemigo de Cristo y de Dios. Y, al mismo tiempo, el que se va con Cristo, se convierte en enemigo del mundo (v. 1 P. 4:4).

3. Para traducir e interpretar correctamente el versículo 5, es preciso tener en cuenta el contexto anterior (v. 4), que acabamos de estudiar. La dificultad está en que el griego del versículo 5b ofrece tres opciones:

(A) Al tener en cuenta que el sujeto implícito del versículo 6 es, sin duda, Dios, también aquí habría de ser el sujeto implícito, al ser *espíritu* el término directo del verbo *epipothéi (anhela.* El mismo verbo sale en Ro. 1:11; 2 Co. 5:2; 9:14; Fil. 1:8; 2:26; 1 Ts. 3:6; 2 Ti. 1:4 y 1 P. 2:2). La traducción literal del versículo 5b será entonces: «… (Dios) *anhela hasta la envidia* (esto es, *celosamente) el espíritu que ha hecho habitar* (del verbo *katokizo*, según los mejores MSS) *en nosotros?»* En este caso, la frase no es una cita literal de la Escritura, pero su sentido se halla en los numerosos lugares en que se expresa el amor celoso con que Dios ama a los hombres (v. Éx. 20:5; Dt. 5:9; Jos. 24:19; Is. 9:6; Zac. 1:14; 8:2). Significaría, pues, que «causa celos a Dios si este espíritu nuestro se deja acaparar por el espíritu del mundo» (Alonso). A mi juicio, es la interpretación más probable, a la vista del contexto; especialmente, del anterior.

(B) Si se toma *espíritu* (neutro, en griego; por lo que, de su forma, no puede determinarse si está en nominativo—sujeto—o en acusativo—término directo—) como sujeto del verbo, pero leemos con E mayúscula dicho nombre, tendremos que: «… *el Espíritu que habita en nosotros nos anhela celosamente»*. Una de las Escrituras que podría citarse a favor de esto sería Levítico 26:12 (comp. con 1 Co. 6:19 y, sobre todo, con 2 Co. 6:16, donde está citado Lv. 26:12). Es cierto que esta lectura tiene un sentido parecido al de la interpretación anterior, pero tiene dos inconvenientes: (a) Entonces el verbo para

habitar sería *katoikéo,* el cual no está tan bien atestiguado en los MSS como *katokízo*. (b) El sujeto del versículo 6 habría de ser entonces el *Espíritu Santo,* lo cual es inusitado en el Nuevo Testamento.

(C) Si se toma *espíritu* (ahora, con minúscula) como sujeto del verbo *epipothéi,* la traducción habría de ser que: «… *el espíritu que habita en nosotros anhela hasta la envidia*», cuyo soporte escritural sería quizá Génesis 6:5 (y aun Gn. 4:4 y ss.). En este caso, el versículo 6 nos haría ver que, para contrarrestar esta mala inclinación del espíritu humano, *(Dios) da mayor gracia.* Esta interpretación tiene también dos inconvenientes: (a) El paso de sujeto del espíritu humano (en el v. 5) a Dios (v. 6) es violento. (b) La pregunta con que comienza el versículo 5: *«¿O pensáis que en vano dice la Escritura …?»* (lit.) tiene poco sentido, tanto en sí como en relación con el contexto anterior.

4. Ya hemos considerado la primera frase del versículo 6. El resto del versículo dice así: *«Por lo cual dice la Escritura: "Dios se enfrenta con los orgullosos, pero da su gracia a los humildes"»* (NVI). Esta vez la cita es claramente de Proverbios 3:34 (v. también Sal. 138:6; Mt. 23:12; 1 P. 5:5). La presentación de esta cita, dentro de este contexto, nos hace ver que Santiago tiene en mente a los *amadores de este mundo,* en los que ve a los *orgullosos* de Proverbios 3:34, y a los que confían únicamente en Dios y se someten voluntariamente a su servicio, a los *humildes* (comp. con Sof. 3:12; Mt. 5:3, entre otros muchos lugares).

Versículos 7–10

En estos versículos, Santiago propone el remedio contra la mundanidad, que es, ¡de acuerdo con el contexto anterior! (v. 6b), *la humildad;* de esta brota naturalmente la *sumisión;* de la sumisión, el *arrepentimiento* sincero; del arrepentimiento, la total *dedicación* a Dios.

1. Como primer fruto, pues, de la *humildad, sumisión* (v. 7): *«Someteos, pues, a Dios. Resistid al diablo y huirá de vosotros».* A primera vista, no parece haber conexión entre las dos partes de este versículo, pero Alonso la ha percibido muy bien: «Resistir al diablo es resistir al espíritu de soberbia, que aleja de Dios» (v. el v. 6b). Al diablo se le resiste con *el escudo de la fe* (Ef. 6:16), con la Palabra de Dios (v. Mt. 4:4, 7, 10; Lc. 4:4, 8, 12) y con la práctica de la humildad, como el propio Santiago da a entender aquí.

2. El versículo 8 comienza con un par de frases que exhortan a fomentar la comunión íntima con Dios, con lo que, juntamente con la sumisión humilde, se manifiesta la decidida voluntad de resistir al diablo: *«Acercaos a Dios, y Él se acercará a vosotros».* Estas frases parecen estar inspiradas en Zacarías 1:3; Malaquías 3:7: *«Volveos a mí y yo me volveré a vosotros».* Nótese que estas palabras de Dios no van dirigidas a inconversos, sino a creyentes que se han alejado de su Dios, y han perdido (o disminuido considerablemente) la comunión con Él. En efecto, para *volverse a Dios* es necesario que, previamente, Dios se haya vuelto al hombre con su gracia y con la convicción de pecado que se requiere para percatarse del estado de condenación y anhelar la salvación. Y aun en el caso del creyente, ya unido a Cristo, es menester que Dios obre con su gracia primero, para que el creyente se acerque más a Dios (v. por ej., Jer. 31:18b: *«Conviérteme y seré convertido, porque tú eres Jehová mi Dios»).* Como bellamente dice Pascal, al poner la frase en labios de Dios: «No me buscarías si no me hubieses encontrado».

3. Continúa Santiago diciendo en los versículos 8b, 9: *«Limpiad* (las) *manos, pecadores, y purificad* (los) *corazones,* (los) *de doble alma* (esto es, los de ánimo dividido entre Dios y el mundo. El vocablo es el mismo de 1:8). *Reconoced vuestra miseria, haced luto y lamentaos; se cambie en luto vuestra risa, y vuestro gozo en desaliento»* (lit.). Todas estas expresiones parecen estar calcadas de Joel 2:12–17; Amós 8:9, 10 (v. también Pr. 14:13, aunque el contexto es diferente, así como el sentido). Dice Salguero: «Santiago insiste sobre los signos que manifiestan externamente la compunción interior, como era usual entre los orientales. En la Biblia se invita con frecuencia a cambiar la alegría profana en llanto saludable de penitencia».

4. El autor sagrado cierra esta porción (vv. 7–10) como la comenzó, pues al conectar con el versículo 6b, concluye ahora (v. 10): *«Humillaos delante* (lit. *ante los ojos) del Señor* (es decir, *de Dios), y Él os exaltará».* Dice M. Henry: «Si estamos verdaderamente arrepentidos y nos humillamos ante los signos del desagrado de Dios, conoceremos en muy breve tiempo los beneficios de su favor … El honor más alto en los cielos será la recompensa de la más grande humildad en la tierra». El que se humilla delante de Dios y se somete a *Él, purifica el corazón* (v. 8, al final), es decir, le quita la mezcla que llevaba (de inclinación hacia Dios y hacia el mundo a la vez—¡el ánimo dividido!—), quedando así, todo y solamente, para el

Señor. La receta, pues, contra la mundanidad, en el creyente y en la congregación, ha quedado descrita aquí con todos sus ingredientes.

Versículos 11–17

Aunque estos versículos parecen contener exhortaciones inconexas, contienen, en realidad, dos manifestaciones características de mundanidad: la maledicencia (vv. 11, 12) y la presunción (vv. 13–17). A ellas habrá que añadir (5:1–6) la explotación de los pobres, la impaciencia (5:7–11) y los juramentos sin necesidad (5–12).

1. Abundando en el tema de las malas lenguas (v. 3:5–12), Santiago exhorta aquí a *no hablar mal del hermano, y* a *no convertirse en juez del hermano* (vv. 11, 12). Estos versículos deben leerse conforme se hallan en la NVI: *«Hermanos, no murmuréis* (lit. *no habléis contra) los unos de los otros. El que habla mal* (lit. *habla contra) de su hermano, o (no,* y) *le juzga, está hablando mal* (lit. *hablando contra) de la Ley y juzgándola. Y si juzgas a la Ley, ya no eres cumplidor de la Ley, sino su juez. No hay más que un solo verdadero Legislador y Juez, el cual puede salvar y destruir* (lit. *arruinar). Pero tú, ¿quién eres tú para juzgar a tu prójimo?»*

(A) Por lo que dice Santiago en el versículo 11, se ve que «entre los males provocados por las pasiones en las comunidades cristianas, tenía especial importancia la difamación» (Salguero). Ya dijo el autor sagrado anteriormente (2:8) que la ley regia se condensa en el mandamiento de amar al prójimo, por lo que difamar o juzgar al hermano va contra la esencia misma de la ley regia del amor.

(B) Hace notar Santiago (v. 11b) que *el que juzga a la Ley, ya no es cumplidor de la Ley, sino juez de la Ley.* Dice M. Henry: «El que alterca con su hermano y le condena por causa de algo que no está determinado en la Palabra de Dios, está con eso reprochando a la Palabra de Dios como si no fuese una norma perfecta. Guardémonos de juzgar la ley, porque la ley del Señor es perfecta; si los hombres la quebrantan, ella misma los juzgará; y si no la quebrantan, no les juzguemos. Los que más dispuestos están a constituirse en jueces de la ley, son generalmente los que más descuidan obedecerla».

(C) Además (v. 12), Dios es el único Legislador y Juez; el único que tiene poder y autoridad para promulgarla y sancionarla; «Él es *quien puede salvar y arruinar.* Tiene poder para recompensar plenamente la observancia de Sus leyes y para castigar toda desobediencia» (Henry). Por eso, el ser humano que se mete a juez de su hermano, está usurpando una función que compete exclusivamente a Dios.

2. El otro mal que Santiago ataca en esta porción es la presunción (vv. 13–17): *«Ahora escuchad vosotros, los que decís: "Hoy o mañana iremos a esta o aquella ciudad, pasaremos allí un año, haremos negocio y ganaremos dinero". Pero, ¡si ni siquiera sabéis qué será de vosotros el día de mañana! ¿Qué es vuestra vida? Sois como la bruma que aparece por un momento y enseguida se desvanece. En vez de eso, deberíais decir: "Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello". De momento, os jactáis de vuestras insolencias. Toda jactancia de esa clase es mala. En conclusión, todo el que conoce el bien que debería hacer, y no lo hace, tiene pecado»* (NVI).

(A) Desde tiempo inmemorial, los judíos han tenido siempre un fino instinto para los negocios, pero fue especialmente a partir del tiempo de Alejandro Magno cuando se convirtieron en especialistas del comercio. Éste es el trasfondo histórico del mal que Santiago ataca aquí. Dice Salguero: «Las advertencias van dirigidas especialmente a los comerciantes cristianos, que en sus negocios todo lo esperaban de su habilidad, sin recurrir para nada a Dios y sin tener cuenta de Él». Mejor debería decir: «a los comerciantes judío-cristianos», pues la epístola va dirigida a creyentes de extracción judía (v. 1:1b).

(B) El pecado, pues, de estos creyentes estaba en disponer y organizar toda su vida «como si Dios no existiera o no interviniera en ella» (J. Alonso). Santiago no reprueba el dedicarse a los negocios o al comercio, sino la mundanidad que se manifestaba en la manera de disponer de la *vida* y de lo que en ella se piensa *hacer.* Dice nuestro refrán castellano: «El hombre propone y Dios dispone». Que los incrédulos vivan en su autosuficiencia y al margen de Dios, se explica, pero que los creyentes actúen de esta manera no tiene sentido. Son tan insensatos como el rico de la parábola (v. Lc. 12:13–21), pues le pidieron el alma cuando mejor se regodeaba en sus sueños de medrar y gozar.

(C) Por eso les advierte el autor sagrado, en la misma línea de Proverbios 27:1: *«Pero, ¡si ni siquiera sabéis lo que será de vosotros el día de mañana!»* (v. 14). Ellos parecían tener seguro (v. 13) que (a) llegarían con bien a cierta ciudad; (b) permanecerían allí un año; (c) negociarían, y (d) harían dinero. Ya

era mucho suponer. Dice M. Henry: «Cuán vano es hacer buenos planes para el futuro sin contar con la Providencia. *Iremos a tal ciudad,* dicen. Pero algo podría interrumpirles el viaje o llamarles a otro punto. Muchos de los que han emprendido un viaje han llegado muy lejos de su hogar, pero nunca han alcanzado el término de su viaje. Pero supongamos que lleguen a dicha ciudad, ¿cómo saben que han de continuar allí?… Supongamos también que llegan a la ciudad y permanecen allí por un año, pero no ganan nada … La fragilidad, brevedad e incertidumbre de la vida deberían mantener a raya la presuntuosa confianza de quienes hacen tales proyectos para el futuro».

(D) Son precisamente estos aspectos de nuestra vida terrenal (su fragilidad, brevedad e incertidumbre) los que Santiago desea que estos comerciantes judío-cristianos consideren (v. 14b): *«¿Qué es vuestra vida? Sois como la bruma que aparece por un momento y enseguida se desvanece»*. Tanto las consideraciones que hace el autor sagrado como los símiles que emplea se hallan abundantemente en los libros poéticos de la Biblia (v. por ej., Job 7:7; Sal. 39:5; 102:3; 144:4; Pr. 27:1), por lo que estos creyentes no tenían excusa, pues deberían haberlos tenido en consideración.

(E) A continuación (v. 15) les dice la manera en que deberían expresarse en tales casos: *«En vez de eso, deberíais decir: "Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello"».* De esta manera se reconoce nuestra dependencia de Dios, no sólo en el *existir,* sino también en el *movernos* (comp. con Hch. 17:25, 28). Como ejemplo del correcto modo de proceder en esta materia, puede citarse el ejemplo del apóstol Pablo, quien, al despedirse de los efesios (v. Hch. 18:21b), les dijo: «*… volveré a vosotros otra vez, si Dios quiere*».

(F) Sigue el autor sagrado con una reprensión de la manera de obrar de estos comerciantes cristianos, tildándola, como se merece, de *mala jactancia.* Nótese ese *«Ahora* (lit.) *os jactáis …»* (v. 16a). Como si dijese: «*En este momento os* estáis jactando; pero tal jactancia es insensata, pues no sabéis lo que acontecerá *después*».

(G) El versículo 17 contiene una máxima general, que tiene validez para todos los casos y para todas las épocas: *La omisión de un bien es tan pecado como la comisión de un mal.* Raras veces nos paramos a considerar la enseñanza de este versículo, pero bastarían las parábolas del buen samaritano y de los talentos (Lc. 10:25–37; Mt. 25:14–30), así como el juicio de las naciones (Mt. 25:41–46, ¡cinco pecados de omisión!) para que nos percatásemos de la importancia de esta materia.

(H) Queda una pregunta: ¿Qué conexión guarda este versículo 17 con el contexto anterior o posterior? A esto puede responderse que, aun cuando dicho versículo tendría su vigencia como máxima general, si se le considerase desligado del contexto, la conjunción consecutiva griega *oun,* pues, muestra que tiene alguna conexión con el contexto anterior. J. Alonso la resume de la siguiente manera: «Los comerciantes a quienes se dirige el autor conocen la fragilidad de la vida, pero hacen caso omiso de dicho conocimiento».

CAPÍTULO 5

Según apuntamos en la introducción al comentario de los versículos 11–17, el autor sagrado continúa exponiendo en este capítulo 5 las manifestaciones de la mundanidad, de las que en el capítulo 4 ha mencionado la maledicencia y la presunción. En este capitulo: I. Añade la explotación de los pobres (vv. 1–6). II. También menciona la impaciencia (vv. 7–11); y III. Los juramentos innecesarios (v. 12). A continuación: IV. Trata de la oración (vv. 13–18); y V. De la conversión del que yerra (vv. 19, 20).

Versículos 1–6

Lo mismo que la porción en que Santiago se dirige a los jactanciosos (4:13 y ss.), también ésta comienza en el original con los vocablos *águe nun*, que nuestra Reina-Valera traduce por *«¡Vamos ahora!»*, que, con un poco de paráfrasis, podríamos traducir expresivamente por: *«¡Vamos! ¡Ahora os toca a vosotros!»* Con las invectivas que siguen, Santiago no se dirige a *los ricos* en general, sino a unos ricos determinados que abusan de sus riquezas y explotan a los pobres. Les dice primero (vv. 1–3) las miserias que les van a sobrevenir en breve; después (vv. 4–6) los pecados por los que tales miserias les van a sobrevenir.

1. Veamos primero los versículos 1–3, que dicen así en la NVI: *«Ahora escuchad vosotros, los ricos; llorad y gemid por las calamidades que se ciernen sobre vosotros. Vuestra riqueza se ha podrido, y vuestras ropas han quedado consumidas por la polilla. Vuestro oro y vuestra plata están corroídos por el orín. Esta corrosión será una acusación* (lit. *un testimonio) contra vosotros y consumirá como fuego vuestras carnes. Habéis acumulado riquezas en los últimos días»*.

(A) Santiago usa el participio de presente *eperkhoménais (que están sobreviniendo)* para dar a entender las *miserias* que esperan a los ricos avaros y explotadores. Que estos ricos pertenecían al grupo de los destinatarios de la epístola, es cosa segura. Si eran meros profesantes o creyentes sinceros, no lo sabemos. Pero, al suponer que fuesen verdaderos creyentes aunque carnales, puede hablarse de *«miserias»* en dos aspectos: (a) material, puesto que les van a durar poco las riquezas que han acumulado, ya que son los *últimos días* (v. 3, al final); esto es, la parusía, o Segunda Venida de Cristo, está próxima. Dice Salguero: «Nuestro autor imita el estilo de los profetas, los cuales estaban tan ciertos de los castigos anunciados al pueblo de Israel que los presentaban como ya realizados o a punto de realizarse»; (b) espiritual, pues van a tener que rendir cuentas (v. 2 Co. 5:10) de la forma en que se han conducido en esta materia.

(B) El autor sagrado divide aquí (vv. 2, 3) las riquezas en tres grupos: *«ropas, oro y plata»;* la misma división que Pablo menciona en Hechos 20:33, aun cuando en orden inverso: «*plata, oro o vestidos»*. La idea de la corrosión del oro y de la plata contiene, a mi juicio, una metáfora para indicar que son perecederos, puesto que no se pueden sacar de este mundo (v. 1 Ti. 6:7). Por eso, los llama Pedro (1 P. 1:18) *«cosas corruptibles»*. No entran los autores sagrados en las propiedades físicas o químicas del oro y de la plata, ya que es bien sabido que, físicamente, el oro y la plata no pueden ser atacados por el orín. Santiago está expresándose de la misma forma que Jesús en Mateo 6:19–21 (comp. también con Lc. 6:24 *«Pero ¡ay de vosotros los ricos, porque habéis recibido vuestro consuelo!»)*

(C) Con una metáfora de clásico estilo semita, dice Santiago que el propio *moho u orín («corrosión»,* NVI) se levantará como *testigo* en el día del inminente juicio para acusarles de avaricia y explotación. No sólo será *testigo,* sino también *verdugo,* pues añade que *«consumirá como fuego vuestras carnes»* (v. 3b). No hay razón para pensar (como lo hace Salguero) que Santiago se está refiriendo a la perdición eterna de estos ricos. La mención del fuego, como agente consumidor de la escoria y purificador del pueblo de Dios, es frecuente en ambos Testamentos, ya desde la zarza ardiente de Éxodo 3:2 y ss. hasta lugares del Nuevo Testamento como 1 Corintios 3:13–15; Hebreos 6:8; 10:27; 12:29.

2. A continuación, Santiago menciona los pecados por los que les van a sobrevenir a los ricos esas miserias que ha nombrado en los versículos anteriores: *«¡Mirad! El jornal que habéis dejado de pagar a los obreros que han segado vuestros campos está clamando contra vosotros, y los clamores de los que han hecho la recolección han llegado hasta los oídos del Señor de las huestes. Habéis llevado en este mundo una vida fastuosa y disoluta. Habéis cebado vuestros cuerpos para el día de la matanza. Habéis condenado al inocente y le habéis dado muerte. Él no os opone resistencia»* (NVI).

(A) El primer crimen de que les acusa es la *explotación* (v. 4). Las frases de Santiago parecen calcadas de las que, en el Antiguo Testamento, pronuncia Dios por sí mismo o por boca de sus profetas contra las injusticias cometidas en el pago de salarios (v. por ej., Lv. 19:13; Dt. 24:14, 15; Job 24:9, 10; Jer. 22:13; Mal. 3:5). Se ve que el autor sagrado se está refiriendo a un abuso frecuente, entonces como ahora. Los *clamores* que menciona Santiago representan una idea parecida a la de Deuteronomio 24:15, entre otros lugares. No hace falta el que los explotados *clamen* en sentido literal, pues la metáfora es corriente ya desde Génesis 4:10. El verbo *apestereménos,* que Santiago usa aquí, significa propiamente *ha sido retenido,* como traduce la RV 1977, con lo que se expresa no sólo la falta de pago, sino incluso la retención indebida del mismo, pues se trata de obreros que necesitan el jornal de cada día para el pan de cada día. La retención los mata de hambre, lo mismo que la falta de pago. El participio de pretérito perfecto es muy expresivo (es un efecto continuo de falta de pago). No debe pasarse por alto la mención del *Señor* (esto es, *Jehová) de las huestes* al final del versículo 4, pues tal epíteto se usa en las Escrituras siempre que se quiere dar a entender que Dios se dispone a «entrar en liza» para «desfacer un entuerto», como diría Cervantes.

(B) El segundo crimen de que les acusa es la *disolución.* El verbo *trupháo (etruphésate,* en aoristo de indicativo) es la única vez que sale en todo el Nuevo Testamento y significa *llevar una vida fastuosa,* especialmente en lo que ha venido a llamarse «una buena mesa», donde corren parejas el regalo del paladar y el lujo ostentoso. El segundo verbo: *spataláo (espatalésate,* también en aoristo de indicativo)

sale únicamente aquí y en 1 Timoteo 5:6, y significa *llevar una vida muelle o lasciva,* lo que es todavía peor que la glotonería. Dice J. Alonso: «Jesús describe de la misma manera al rico epulón (Lc. 16:19). Este lujo a que se entregan los ricos es denunciado también en las invectivas de Amós (Am. 6:1–6)». *«El día de la matanza* (lit. *del degüello)»* equivale al día del juicio (comp. con Is. 34:6; Ez. 21:15). Comenta Salguero: «Los banquetes y la ociosidad les han engordado como si se tratase de animales destinados al matadero. Viven cual estúpido ganado que se engorda para el día de la matanza. En el mismo sentido habla el profeta Jeremías (46:21) de los mercenarios de Egipto, gordos y preparados para el castigo».

(C) El tercer crimen de que les acusa es el *asesinato* (v. 6). Tres son los detalles dignos de atención a este respecto:

(a) Lo de *«habéis condenado»* ha de entenderse a la vista de 2:6, donde se menciona la violencia de los ricos al arrastrar a los tribunales a los pobres que no pueden defenderse a sí mismos; seguramente que los llevaban a juicio y los condenaban por malos trabajadores. Lo cierto es que, de ordinario, cuando los amos pagan tarde y mal, los obreros trabajan poco y mal, y se establece así un círculo vicioso, difícil de romper.

(b) *«Le habéis dado muerte al inocente»,* añade Santiago. Compárese con 4:2 (v. el comentario a dicho versículo), aunque el contexto es diferente. Aquí, lo de *dar muerte* puede entenderse en el sentido de que, al condenar al inocente ante los tribunales y apoderarse así de lo poco que el pobre poseía, es como si se le diese muerte. Éste es el sentido que le da Ryrie.

(c) Santiago termina añadiendo un nuevo matiz que agrava el crimen del rico opresor. Se vale cobardemente de la debilidad y de la misma mansedumbre del pobre, para cometer impunemente su pecado. Pero Dios tomará a su cargo la defensa y vindicación del pobre; por eso mencionó Santiago el epíteto de *«Señor de las huestes»* al final del versículo 5.

Versículos 7–11

Tras de las invectivas a los ricos opresores, Santiago exhorta ahora a la paciencia; se dirige, pues, a los justos oprimidos, a fin de que soporten con paciencia la opresión de los potentados. Dicen así dichos versículos en la NVI: *«Tened, pues, paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor. Mirad cómo espera el labrador a que la tierra de su precioso fruto y con qué paciencia aguarda a que caiga la lluvia de otoño y la de primavera. Aguardad también vosotros con paciencia y afianzad vuestra esperanza, porque la venida del Señor está próxima. No os quejéis, hermanos, unos contra otros; de lo contrario, seréis juzgados. ¡El Juez está a las puertas! Hermanos, tomad como ejemplo de paciencia frente al sufrimiento a los profetas que hablaron en el nombre del Señor. Como bien sabéis, tenemos por felices a los que perseveraron. Habéis oído hablar de la perseverancia de Job y habéis visto lo que al fin le otorgó el Señor. El Señor está lleno de compasión y de misericordia* (lit. *es multitierno*—lleno de ternura—y *de compasiones)».* En esta porción advertimos lo siguiente: 1) una exhortación general a la paciencia (v. 7a); 2) una comparación con el labrador (vv. 7b, 8); 3) una exhortación a no quejarse unos contra otros (v. 9); 4) exhortación específica a ser pacientes como los profetas de antaño y como Job (vv. 10, 11).

1. La exhortación a tener paciencia hasta la venida del Señor está revestida de un matiz más general, no sólo por su validez universal (no sólo los pobres necesitan paciencia, sino también los ricos), sino especialmente porque los pobres eran, sin duda, el grupo que formaba la mayoría en las respectivas congregaciones a las que se dirige el autor sagrado. Éste posee el convencimiento de que la Venida del Señor acabará con las injusticias y nivelará las desigualdades que en esta vida distinguen a ricos y pobres. Aunque la frase del versículo 7a «… *hasta la venida del Señor*» parece dar a entender que Santiago consideraba próxima tal venida, no debe olvidarse que la primitiva Iglesia vivía en constante expectación de la Parusía, no porque la creyera inminente, sino porque el Señor mismo les había dejado en la incertidumbre de la fecha en que tal suceso había de acontecer (v. por ej., Mt. 24:36; Mr. 13:32; Hch. 1:7).

2. Viene después (vv. 7b, 8) una comparación con el labrador, quien también tiene que aguardar con paciencia a que caiga la lluvia, tanto la de otoño como la de primavera—lit. (lo) *temprano* y (lo) *tardío*—, donde los vocablos griegos *próimon y ópsimon* son términos técnicos para describir la lluvia, respectivamente, de otoño y de primavera, por lo que salen frecuentemente en la versión de los LXX (v. por ej., Dt. 11:14; Os. 6:3). De la misma manera que el labrador no se queja contra nadie de que la lluvia no venga tan pronto como él desearía, sino que aguarda a que caiga en sus debidas sazones, así tampoco

los creyentes pobres, humildes, oprimidos, deben quejarse unos contra otros, sino esperar la venida del Señor. Este matiz de *no quejarse contra otros* es el que se advierte en el verbo que Santiago usa para expresar la paciencia (vv. 7 y 8), pues no es *hupoméno* (perseverar bajo el peso de circunstancias adversas) sino *makrothuméo* (mostrarse longánime con personas que ponen a prueba la paciencia). Para mostrar la proximidad de la Venida del Señor, Santiago usa *énguiken*, pretérito perfecto del verbo *enguizo*, estar cerca. El mismo vocablo vemos en Marcos 1:15; Romanos 13:12, entre otros lugares. En Romanos 13:11, Pablo usa el vocablo *enguíteros* (comparativo de la misma raíz) para decir que *«nuestra salvación está más cerca que cuando creímos* (aoristo)». Como se ve por estos lugares, esta proximidad se describe de forma muy elástica. Mientras tanto, viene a decir Santiago, *reforzad vuestra esperanza* (lit. *afianzad vuestros corazones*. La misma frase de 1 Ts. 3:13), que no cunda el desaliento, pues el Señor no se retrasa (comp. con 2 P. 3:9).

3. En este contexto de paciencia longánime se inscribe la exhortación a no quejarse unos contra otros (v. 9). Lo de *«para que no seáis juzgados»* (lit.) da a entender que, en esas quejas, iban envueltos juicios temerarios contra otros hermanos, con lo que volvemos a la idea de 4:11, 12: No juzgar al hermano, para no ser juzgado por el único Juez que está sobre ambos, el cual, dice Santiago, *¡está ya a las puertas!*

4. Sigue con una exhortación específica (vv. 10, 11) a la paciencia, y toma como ejemplos a los profetas y a Job. Estos versículos requieren un análisis más detallado.

(A) En primer lugar, para hacer más llevadera la exhortación a sufrir con paciencia, les llama *«hermanos»* (sin el *«míos»* que añaden nuestras versiones). Toda exhortación a recibir con paciencia las duras pruebas, así como todo necesario reproche, deben ir acompañados de palabras, gestos y hechos que garanticen que no es el orgullo ni la cólera lo que gobierna la lengua del que así se dirige a sus hermanos, sino el amor al Señor y a los hermanos mismos.

(B) Les propone a continuación, como ejemplos de paciencia en medio de las aflicciones, a *«los profetas que hablaron en nombre del Señor»*. Entre los profetas que sufrieron muchísimo por decir la verdad de parte de Dios, descuella Jeremías. Dice J. Alonso: «En tiempo del autor de la epístola estaba difundida la idea de los profetas como *mártires*, tal vez por influjo de algunas leyendas del judaísmo. Alusiones al martirio de los profetas se encuentran en Hebreos 11:33 y ss.» Lo cierto es que el propio Señor Jesucristo alude a estos sufrimientos de los profetas (v. Mt. 5:11, 12; 23:24; Lc. 11:49).

(C) En medio de estos ejemplos, exclama Santiago (v. 11 a): *«Ved* (cómo) *llamamos dichosos* (gr. *makarízomen*, en presente de indicativo) *a los que aguantaron* (gr. *hupomeínantas*, en aoristo)» (lit.). En efecto, todas las bienaventuranzas comienzan, en el griego, con el vocablo *makários* (en singular) o *makárioi* (en plural); como puede verse, es de la misma raíz que el verbo *makarízomen* que usa Santiago aquí (v., por ejemplo, Mt. 5:10; 1 P. 3:14, con referencia directa a los que sufren por causa de la justicia).

(D) Viene después el ejemplo de Job (v. 11b). Merece la pena analizar cada una de las tres frases del versículo 11b:

(a) *«Oísteis la paciencia* (gr. *hupomonén*, vocablo bien conocido) *de Job»* (lit.). Sabido es de todos que Job ha sido siempre tenido por prototipo de paciencia, pero quien haya leído el libro de Job se habrá percatado de que igualmente podría proponérsele como prototipo de impaciencia. ¿Cómo se explica esta aparente paradoja? J. Alonso trata magníficamente este punto, del que extractaré las principales conclusiones:

Primera, es absolutamente preciso estudiar la estructura del libro de Job y distinguir cuidadosamente entre la narración en prosa (caps. 1 y 2, y del 42 los vv. 7–18) y el poema, que ocupa toda la parte central del libro (3:1; 42:6). «La parte en prosa, dice Alonso, existió antes por separado.»

Segunda, al autor del poema le preocupaba el problema que el caso de Job presentaba en cuanto a la providencia retributiva de Dios. La narración en prosa le dio al poeta la ocasión de tratar la paradójica conclusión que la enfermedad de Job presentaba a ese respecto, de modo que los amigos de Job defendiesen la tesis tradicional, mientras que Job mismo la ataca duramente. Sea lo que sea lo que pensamos acerca de esta dualidad de autores, advierto a mis lectores que ello no presenta ningún problema para la inspiración del libro: ambos autores estarían movidos por el Espíritu Santo.

Tercera, en la narración en prosa es evidente en todo momento la maravillosa paciencia de Job, que se condensa en aquella frase de 1:21b: *«Jehová lo dio y Jehová lo ha quitado; ¡sea bendito el nombre de Jehová!»*

Cuarta, la forma en que se expresa Job durante su discusión con los tres «amigos» ya es otra cosa: Job se expresa de forma, no sólo impaciente, sino hasta irreverente. Es cierto que a nuestro Padre no le

desagrada que derramemos en su presencia nuestro corazón dolorido, pero de que Job se excedió no cabe ninguna duda. Quizá se le pueda decir a Alonso: «Sin embargo, Dios dice de él (42:7) a Elifaz: "… *no habéis hablado de mí lo recto, como mi siervo Job"».* Pero de seguro que Alonso respondería a eso: «¡Ah, pero esas frases se hallan en la parte que está en prosa! La propia retractación de Job en 42:3–6 demuestra que no había hablado rectamente».

(b) La segunda frase es: «Y *habéis visto lo que, al fin, le otorgó el Señor»* (NVI). Esto se refiere a la narración (en prosa) que leemos en Job 42:10–17, donde Dios le vuelve a dar el doble de lo que le había arrebatado, excepto en el número de hijos e hijas (v. el comentario a Job 42:13).

(c) La tercera frase da la razón de esta benevolencia del Señor: *«Pues* (gr. *hóti,* partícula explicativa, no causal) *el Señor está lleno de ternura* (más a la letra: *es multitierno) y de compasiones»* (lit.). Con ello da a entender Santiago a sus destinatarios, tentados de impaciencia, que el mismo Señor que fue tan compasivo con Job, lo será también con ellos.

Versículo 12

Dice este versículo en el original: *«Mas, ante todo, hermanos míos, no juréis, ni por el cielo, ni por la tierra ni* (con) *ningún otro juramento. Vuestro sí sea sí; y vuestro no, no, para que no caigáis bajo juicio».*

1. Es evidente que Santiago se apoya aquí en las propias palabras de Jesús (Mt. 5:34–37). En todas las épocas de la Historia de la Iglesia ha habido grupos que han entendido estas palabras como una prohibición total de los juramentos, pero éste no es el caso, como vamos a ver.

2. Para comenzar, diremos que, si Jesús (y, después, Santiago) hubiese intentado prohibir toda clase de juramentos, Él mismo no habría respondido al conjuro del sumo sacerdote en Mateo 26:63, 64.

3. Lo que tanto Jesús como Santiago condenan es el abuso y el mal uso de los juramentos, pues su uso era bueno, con tal de que se hiciese *«en verdad, en justicia y en rectitud»* (Jer. 4:2). El abuso y el mal uso entraron cuando, precisamente por una falsa reverencia al nombre de Jehová, los fariseos buscaban subterfugios para abusar del juramento sin tener que apelar al nombre de Dios. También durante la dispensación de la Iglesia se ha abusado del juramento, pero el abuso de una cosa no impide que dicha cosa sea usada correctamente.

4. Que el apóstol Pablo usaba el juramento en algunas ocasiones es evidente por Romanos 1:9; 9:1; 2 Corintios 1:23; Filipenses 1:8. Igualmente, con la excepción de algunos grupos, la Iglesia ha permitido siempre jurar con las debidas condiciones (v. Jer. 4:2).

5. La intención de Santiago, en el presente contexto, es evitar que sus lectores, llevados de la impaciencia, prorrumpan en juramentos que impliquen tomar en vano el nombre de Dios. Dice Salguero: «Los judíos eran muy inclinados a jurar, y esto mismo había introducido abusos deplorables. Había muchos que no les importaba perjurar. Sobre todo, después que la casuística rabínica había regulado cuándo se podía quebrantar el juramento».

Versículos 13–18

En estos versículos, Santiago indica lo que los cristianos deben hacer en las diversas circunstancias de la vida, y centra su enseñanza en la oración. Primero (v. 13), habla de la conveniencia de la oración. En los versículos 14–16 trata de la eficacia de la oración. Y en los versículos 17, 18 presenta un ejemplo memorable de esta eficacia de la oración.

1. Dice a la letra el versículo 13: *«¿Sufre alguien algún mal entre vosotros? Ore. ¿Está de buen humor? Salmodie».* Cantar alabanzas a Dios, con o sin el acompañamiento del salterio (gr. *psalléto),* es ya una oración, la más noble de todas. Pero Santiago contrasta con esto la situación de alguien que se siente afligido por algún mal. No es que trate de disuadir a éste de cantar alabanzas, sino que le prescribe, de acuerdo con sus peculiares circunstancias, otra clase de oración: la oración de súplica (gr. *proseukhéstho).* Dice Salguero: «La oración es la medicina de todos los males, pues con ella se consigue reanimar el alma y se obtiene el auxilio pedido». A ella recurrió el Señor en los momentos de mayor tristeza (v. Mt. 26:39 y paralelos). Efectivamente, a una persona que sufre, le ronda la depresión y el pesimismo, con sus fatales consecuencias (v. 2 Co. 7:10, al final). La oración le pone en comunicación con nuestro Padre Celestial, en quien se halla la fuente de todos los bienes y, por tanto, de todos los remedios (1:17).

2. A continuación, Santiago trata de un caso en que se pone de manifiesto la eficacia de la oración. Dicen los versículos 14–16 en la NVI: *«¿Se encuentra alguno enfermo en cama? Que haga llamar a los ancianos de la iglesia para que oren sobre él y le unjan con aceite en el nombre del Señor. Y la oración hecha con fe hará que el paciente se recobre; el Señor lo restablecerá. Y si ha cometido pecados, le serán perdonados. Por tanto, confesaos los unos a los otros vuestros pecados y orad unos por otros para obtener vuestra curación. La oración de un hombre justo, cuando es ferviente, tiene mucho poder».*

(A) Comienzo por decir, para información de los lectores, que sobre este lugar apoya la Iglesia de Roma su doctrina del «Sacramento de la Extremaunción» (o Unción de los Enfermos). Entiende *por presbutérous* (v. 14) los «sacerdotes»; interpreta el verbo *sósei* (v. 15) por «salvación eterna»; y los *pecados* (gr. *hamartías;* v. 15b), por «pecados mortales». En ninguna de esas tres cosas estamos de acuerdo con ellos los evangélicos. Sin embargo, debemos ir con cuidado al describir los detalles de tal enseñanza catolicorromana: No es exacto decir que «el rito catolicorromano tiene en vista la muerte, no la recuperación» (Ryrie), ni que «no ha de administrarse, sino a los que están mortalmente enfermos» (Manton), ya que la enseñanza de dicha Iglesia es que ha de administrarse a los que están gravemente (no mortalmente) enfermos, y con vistas, si es la voluntad de Dios, a la recuperación.

(B) El texto dice claramente que el enfermo debe hallarse así a causa de una grave debilidad, como lo muestra el verbo *asthenéi* (v. el *asthenéis*, de la misma raíz, en 1 Co. 11:30, donde no hay duda de que se trata de enfermedad grave, aun cuando pueda ser crónica).

(C) En tal caso, el enfermo debe hacer llamar a *los ancianos de la iglesia.* No cabe duda de que se trata de los líderes de la comunidad eclesial. Manton hace notar que Santiago «no dice que haga llamar al médico, sino a los ancianos», pues «el primer cuidado de un enfermo debe ser por su alma». Sin embargo, Dios puede curar también por medio de la medicina. En realidad, yo diría que aquí tenemos un caso de lo que hoy se llama «medicina holística», porque considera a la persona humana como un «todo».

(D) En efecto, tenemos la acción conjunta de la *oración* y del *aceite* (v. 14b). La unción con aceite es símbolo de la acción del Espíritu Santo sobre el enfermo: sobre su alma, para hacerle recapacitar sobre sus pecados; sobre su cuerpo, para darle poder y vigor físicos. No ha de dejarse a un lado la acción curativa del aceite. Dice Salguero: «En la antigüedad era conocida la virtud terapéutica del óleo, sobre todo en los países cálidos, en donde ayuda a desengrasar y a regularizar la transpiración, y también a limpiar y suavizar la piel. Los judíos tenían en gran aprecio el óleo como remedio contra las enfermedades (cf. Is. 1:6; Jer. 8:21 y ss.; Lc. 10:34). Por otra parte, los semitas se servían del óleo para inaugurar un santuario y consagrar los objetos de culto (Gn. 28:18; Éx. 30:22 y ss.)».

(E) El original dice (v. 15) que *«la oración de la fe salvará al enfermo* (gr. *ton kámnonta*, al que está exhausto de fuerzas) y *le levantará el Señor»* (lit.). El verbo *sósei («salvará»)* tiene aquí el mismo sentido que en Mateo 9:21; Marcos 6:56: le *librará* de la enfermedad, y hará así que recobre la salud perdida. *«La oración de la fe»* es la oración hecha con fe (1:6). Como puede verse, Santiago atribuye la recuperación física y espiritual del enfermo, no al aceite, sino a la fe de los que oran sobre el enfermo. Lo de *«le levantará el Señor»* se entiende mejor si se toma en sentido físico, según el sentido del verbo *egueíro* en lugares como Mateo 8:15; Marcos 1:31.

(F) Continúa Santiago diciendo (v. 15b): «*Y, si ha cometido pecados, le serán perdonados».* La Iglesia de Roma sostiene que este perdón de los pecados es efecto sacramental de la unción, junto con la fórmula *(«la oración de la fe»)* que da sentido a la ceremonia, pero, como bien advierte Ryrie, el contexto posterior (v. 16) muestra que «la curación depende aquí de la confesión del pecado». La confesión supone la convicción de pecado (comp. con 1 Co. 11:29, 30), especialmente cuando la enfermedad es una disciplina que el Señor aplica para la salud espiritual del sujeto. Ya dijimos que, en último término, la curación depende de la voluntad de Dios. En otras palabras, no hay ninguna fórmula mágica para curar la salud quebrantada, por mucha que sea la fe de los que oran, aunque es cierto que la oración con fe tiene eficacia curativa, siempre dentro de los planes de la providencia de Dios, los cuales no coinciden necesariamente con los nuestros (v. Is. 55:8, 9).

(G) En el versículo 16, Santiago propone la confesión de los pecados, junto con la oración, como condiciones para la recuperación de la salud. Dice así dicho versículo en la NVI: *«Por tanto, confesaos los unos a los otros vuestros pecados y orad unos por otros para obtener vuestra curación. La oración de un hombre justo, cuando es ferviente, tiene mucho poder».* Es conveniente analizar en detalle este versículo:

(a) La Iglesia de Roma (Concilio de Trento, sesión 14, cap. 5) aplica estas palabras del versículo 16a a la confesión sacramental, esto es, al llamado «Sacramento de la Penitencia», no a la Extremaunción, lo cual es muy extraño en un contexto que trata de la unción del aceite con la oración de la fe. Sin embargo, teólogos católicos tan relevantes como Agustín de Hipona, en el siglo V, y el cardenal Cayetano, en el siglo xv, han sostenido que no se trata de la confesión sacramental. Dice Cayetano, en su comentario a esta epístola: «No se trata aquí de confesión sacramental (como consta al decir «confesaos mutuamente»; la confesión sacramental no se hace mutuamente, sino sólo a los sacerdotes), sino que se trata de la confesión por la que mutuamente nos confesamos por pecadores, para que se pida por nosotros, y de la confesión de las diversas faltas en orden a la apaciguación y reconciliación». Ejemplos de esta confesión pública los tenemos ya en Mateo 3:6; Marcos 1:5; Hechos 19:18.

(b) Que esta confesión es una condición para la curación, como ya hemos apuntado arriba, se ve por la oración consecutiva-final siguiente: a … *de forma que seáis sanados»* (lit.). Para este verbo ya no usa el autor sagrado el griego *sózo,* sino *iáomai* («sanar», en el sentido técnico de la Medicina. De ahí se deriva *«iatrós»,* médico, de donde se forman todos los vocablos castellanos que terminan en *iatría).* Es obvio, pues, que con este último verbo se designa la recuperación de la salud del cuerpo, si no exclusivamente, al menos principalmente.

(c) La última parte del versículo 16 dice así, al pie de la letra, según el original: *«Mucha fuerza tiene la oración* (de petición. Gr. *déesis) de un justo, reactivada»* (gr. *energouméne,* exactamente el mismo vocablo de Gá. 5:6, al final). En este caso, no cabe duda de que la reactivación de dicha oración, con la que resulta tan eficaz, se debe al fervor de la fe del que está orando. Este sentido se corrobora por el contexto posterior.

3. Para corroborar lo que acaba de decir, Santiago apela al ejemplo del profeta Elías (vv. 17, 18): *«Elías era un hombre de la misma condición mísera* (lit. *de pasiones semejantes.* Gr. *homoiopathés) que nosotros. Y oró insistentemente que no lloviera, y no llovió sobre la tierra durante tres años y medio. Volvió a orar, y el cielo envió la lluvia, y la tierra produjo sus frutos»* (NVI).

(A) Santiago quiere poner aquí de relieve que Elías, aun siendo un hombre como cualquiera de nosotros, pecador, sometido a las mismas miserias espirituales (sucumbió a la tentación de desánimo) que nosotros, oró, sin embargo, con una fe tan grande y fervorosa, que pudo cerrar el cielo para que no lloviera, y volverlo a abrir para que lloviera. Un poder tal sobre la naturaleza inanimada supone que, tras de la oración, se oculta una fuerza milagrosa, procedente de Dios; por lo cual, no ha de extrañar que esta fuerza ejerza su influjo también (y aun con mayor facilidad, si cabe expresarse así) en lo que afecta a la salud física y espiritual de las personas.

(B) Por 1 Reyes 17:1; 18:1, sabemos efectivamente que Elías fue el instrumento de Dios para realizar lo que aquí dice Santiago. Pero no leemos allí que *orase,* ni que estuviese sin llover *durante tres años y medio.* La Palabra de Dios dice únicamente (1 R. 17:1): «*… en estos años»,* y luego (1 R. 18:1): *«Pasados muchos días …».* Dice Salguero: «Como Jesucristo en el Evangelio (Lc. 4:25, «*tres años y seis meses»)* dice lo mismo que Santiago, es muy probable que tanto Cristo como Santiago hayan seguido la tradición judía, que determinaba más en concreto el tiempo que duró la sequía en los días de Elías».

Versículos 19–20

En estos versículos, Santiago trata de la conversión del extraviado. Dicen así en la NVI: *«Hermanos míos, si alguien de vosotros se desvía de la verdad y otro le hace volver al buen camino, recordad esto: Quienquiera que haga volver de su extravío a un pecador, le salvará de la muerte y cubrirá muchos pecados».*

1. Por el tono con que se abre esta exhortación, se nota el afecto con que Santiago la dirige: *«Hermanos míos …».* Esto mismo da evidencia (nótese lo de «*si alguien de vosotros»)* de que el autor sagrado está tratando casos entre creyentes; no se trata de la evangelización de un inconverso.

2. El griego original *(planethé,* aoristo pasivo de subjuntivo del verbo *planáo,* engañar) da a entender que el individuo en cuestión se ha desviado de la verdad y cedido al engaño; lo cual no significa que sea otro quien le haya engañado, sino que él mismo ha caído en el error. *«La verdad»* no tiene en la Biblia el sentido limitado de lo que es conforme a la realidad doctrinal o histórica, sino que abarca tanto la doctrina como la conducta (v. 3:14 y comp. con 2 Jn. 2; 3 Jn. 3). De ahí que Santiago hable de *hacerle volver,* esto es, reencaminarle por la senda correcta (comp. con Mt. 18:15; Gá. 6:1).

3. Santiago tiene gran interés (no es para menos la importancia de esta materia) en que sus lectores recuerden (lit. *conozca;* quizás pensaba en Proverbios 10:12 y lugares parecidos) lo siguiente: *«Quienquiera que haga volver de su extravío al pecador, le salvará de la muerte y cubrirá muchos pecados»*. Cada una de estas tres frases requiere especial análisis:

(A) El autor sagrado usa, en el griego original, el verbo *epistrepho* que significa, en pasajes similares a éste, *convertir,* y así lo tradujeron Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera. Las ediciones posteriores (1960 y 1977) lo han modificado para evitar el pensamiento de que es un hombre el que *convierte* a otro, aunque, como hace notar Manton, «es atribuido al hombre, a los ministros e instrumentos de la conversión, como en Hechos 26:18». Hecha esta salvedad, cualquier lector podrá percatarse de que éste es el sentido que quiere Santiago darle a dicho verbo: *«Quienquiera que,* como instrumento de Dios, *haga volver al buen camino a un hermano extraviado …».* Hay otra razón por la que el verbo *convertir,* en este caso, podría entenderse mal, como si se tratase de traer al Evangelio a un inconverso, lo cual no tiene aplicación en este contexto.

(B) *«Le salvará de la muerte»* (si se compara con 1 Co. 11:30; 1 Jn. 5:16, 17) se refiere, como hace notar Ryrie, a la *muerte física* y ya que el hermano, esto es, el creyente genuino, ya no padece de la muerte *espiritual,* que es la del pecado (v. Ef. 2:1–5).

(C) Finalmente, la frase *«cubrirá multitud de pecados»* (lit.) ha suscitado mucha controversia. Una frase semejante aparece en 1 Pedro 4:8 y puede asegurarse que lo de *«cubrirá (“está cubriendo”,* dice Pedro del *amor) multitud de pecados»* tiene el mismo sentido en los dos lugares. La mayoría de los exegetas catolicorromanos (entre ellos, Salguero) entiende las dos últimas frases como aplicadas a la persona que hace volver al extraviado: ella misma se salva y cubre todos sus pecados con ese acto de amor al prójimo. El jesuita J. Alonso es más cauto, pues dice que «no es fácil dirimir la cuestión, ya que el autor empleó una forma gramatical ambigua». Los evangélicos sostenemos, por principio, que las frases se refieren a salvar de la muerte al prójimo extraviado y cubrir los pecados del extraviado, no de la persona que lo devuelve al buen camino. Como bien dice Th. Manton: «El amor es ciertamente una señal y un argumento del perdón de nuestros pecados, pero no la causa. El perdonar a otros nos da una mayor confianza y seguridad de nuestro propio perdón, Mateo 6:14». En efecto, atribuir al amor la salvación de uno mismo es ir derechamente contra la clara enseñanza bíblica de la justificación por medio de la fe sola.

1 PEDRO

En el canon de las Escrituras tenemos dos epístolas escritas por el apóstol Pedro. Cuando el Salvador llamó a los apóstoles y les dio la gran comisión, le puso en cabeza de la lista; y, por su conducta para con él, parece que le distinguió como favorito entre los doce. Quedan registrados por escrito muchos ejemplos del afecto que nuestro Señor le tuvo, tanto durante Su vida mortal como después de Su resurrección. Pedro mismo modestamente se apellida a sí mismo *apóstol de Jesucristo;* y, al escribir a los ancianos de la iglesia, se coloca humildemente a sí mismo al mismo nivel y en el mismo rango que ellos: A *los ancianos que hay entre vosotros, les exhorto como colega en el oficio* (5:1, NVI).

Esta epístola tiene por objeto: I. Explicar en detalle algunas de las enseñanzas del cristianismo a estos creyentes recién convertidos. II. Persuadirles a comportarse santamente. III. Prepararles para sufrir. Éstos parecen ser sus principales objetivos, ya que en cada capítulo tiene algo que decir a este respecto.

Haremos la división de la epístola siguiendo los epígrafes de la *Ryrie Study Bible:*

I. Saludo (1:1, 2).
II. Gracia significa Seguridad (1:3–12).
III. Gracia significa Sobriedad (1:13–2:10).
IV. Gracia significa Sumisión (2:11–3:12).
V. Gracia significa Sufrimiento (3:13–4:19).
VI. Gracia significa Servicio (5:1–11).
VII. Observaciones finales (5:12–14).

CAPÍTULO 1

I. El apóstol describe las personas a quienes escribe y les saluda (vv. 1, 2). II. Bendice a Dios por haberles engendrado a una esperanza viva de la salvación eterna (vv. 3–5). III. Les muestra que tienen gran motivo de regocijo en la esperanza de esta salvación (vv. 6–9). IV. Ésta es la salvación que los antiguos profetas predijeron y que los ángeles mismos ansían ver (vv. 10–12). V. Les exhorta: 1. A la sobriedad y santidad (vv. 13–21), y 2. Al amor fraternal (vv. 22–25).

Versículos 1–2

1. El autor humano de la epístola se llama a sí mismo *Pedro* (que significa *«piedra»;* en arameo, *Kephas*) y le fue impuesto por el Señor Jesucristo, como sobrenombre, a *Simón, hijo de Juan* (v. Jn. 1:42, comp. con Mt. 16:18). Pedro tenía, sin duda, en mente el significado de su nombre al hablar, en 2:5, de las *piedras espirituales.*

2. Tras de su nombre menciona el título con que les escribe: lo que le da la necesaria autoridad para dirigirse a ellos es su categoría de *apóstol de Jesucristo,* frase que tiene doble sentido: (A) enviado por Jesucristo; (B) enviado a predicar sobre la persona y la obra de Cristo.

3. Se dirige a los *elegidos;* con este término, es seguro (por 2:10) que se refiere a los creyentes de extracción gentil, lo cual determina igualmente el sentido que ha de darse a lo de *extranjeros de la dispersión* (lit.) de este mismo versículo.

4. *Extranjeros* (gr. *parepidémous)* es el mismo vocablo que el mismo Pedro usa, en segundo lugar, en 2:11, y tiene el sentido de personas que viven temporalmente en otro país, sin convertirlo en su residencia perpetua. Este matiz es el que el vocablo griego connota (v. el comentario a 2:11). Los LXX lo usan, en Génesis 23:4, de Abraham, cuando vivía en Canaán, y en Salmos 39:12, del hombre mientras peregrina por este mundo. Eso implica que los destinatarios de la epístola tienen otra residencia permanente, donde consta su verdadera ciudadanía (Fil. 3:20, comp. con He. 11:13–16).

5. Pedro dice de ellos que están *dispersados* por el *Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia,* es decir, por cinco de las seis provincias de que constaba el Asia Menor o proconsular, la sexta, no mencionada aquí, era la Cilicia.

6. El saludo adquiere, en el versículo 2, un carácter trinitario, pues el autor sagrado menciona, al hablar de la *elección:* (A) *la presciencia de Dios PADRE;* (B) *la santificación del ESPIRITU;* (C) *la sangre de JESUCRISTO.* Dice Ryrie: «La idea expresada en este versículo es que Dios, en Su sabiduría, nos ha escogido para salvación mediante la obra del Espíritu Santo, aplicándonos el valor de la muerte de Cristo, a fin de que le seamos obedientes». Vayamos por partes:

(A) La *presciencia* (gr. *prógnosin) de Dios Padre* no se limita a un preconocimiento intelectual de lo que ha de ocurrir en lo futuro y que Dios ve ya como presente en Su eternidad, que abarca y sobrepasa a todo tiempo, sino que incluye un movimiento afectivo del sentimiento y una determinación de la voluntad divina (comp. con Hch. 2:23), que constituye la base de la elección (comp. con 1:20; Ro. 8:29; 11:2; Ef. 1:5).

(B) *La santificación del Espíritu* significa que el agente de nuestra santificación, desde que el ser humano es regenerado, justificado y puesto aparte para ser dedicado a Dios, hasta el último toque tras del que llega a ser glorificado y hecho totalmente semejante al Hijo de Dios (v. 1 Jn. 3:2, 3), es el Espíritu Santo, «agente ejecutivo» de la Trina Deidad.

(C) *«Para creer en Jesucristo y ser purificados por su sangre»* (NVI). De este modo, la NVI, en su edición castellana *Las Grandes Nuevas,* da el sentido del original, que dice literalmente: *«para obediencia y rociamiento de la sangre de Jesucristo».* En efecto, la fe es presentada por Pablo (Ro. 1:5; 16:26) como una *obediencia* (gr. *hupakoén,* el mismo vocablo que aquí), ya se entienda como *obediencia* a la fe objetiva, o como *obediencia* de la fe subjetiva (v. el comentario a Ro. 1:5). Lo del *rociamiento de la sangre de Jesucristo* significa la aplicación personal del sacrificio de Cristo en la Cruz y nos recuerda la aspersión de la sangre, efectuada por Moisés, para confirmar el pacto del Sinaí (v. Éx. 24:1–8, comp. con Mt. 26:28; He. 10:19–22; 12:24).

7. Termina el saludo con una sencilla bendición: *«Gracia y paz en abundancia a vosotros»* (NVI). El binomio *«gracia y paz»* aparece también en los saludos de Pablo (v. Ro. 1:7; 1 Co. 1:3; 2 Co. 1:2; Gá. 1:3; Ef. 1:2; Fil. 1:2; Col. 1:2; 1 Ts. 1:1; 2 Ts. 1:2; Flm. 3; y, junto con *«misericordia»,* en 1 Ti. 1:2; 2 Ti.

1:2). Pedro añade aquí (y también en 2 P. 1:2) *«sea multiplicada»* (lit.), es decir, «os sea dada en gran abundancia» (comp. con Jud. 2).

Versículos 3–5

Estos versículos constituyen una de las más bellas porciones de la Palabra de Dios, pues nos describen admirablemente las riquezas de la herencia que Dios nuestro Padre tiene preparada para los que le aman.

1. Pedro comienza con una vibrante doxología (v. 3): *«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo».* Es la misma fórmula que usa Pablo en 2 Corintios 1:3; Efesios 1:3.

2. Prosigue Pedro diciendo (v. 3b): *«Por su gran misericordia* (gr. *éleos*, vocablo bien conocido), *Él nos ha otorgado el nacer de nuevo* (lit. *nos reengendró) a una esperanza viva, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos».* Donde vemos que:

(A) La salvación no se debe a ningún mérito ni esfuerzo por parte nuestra, sino únicamente a la gran misericordia de Dios (comp. con Gá. 6:16; Tit. 3:5), quien se apiadó de nosotros en su pura buena voluntad.

(B) *«El cual … nos reengendró»* (gr. *anaguennésas*, en participio de aoristo). La expresión es equivalente a la *palinguenesía* («nacimiento de nuevo») de Tito 3:5 (comp. con Jn. 1:13; 3:3, 5—nacer de *arriba*—, Ro. 6:4–5; Ef. 2:1, 5; 4:22–24; 1 Jn. 3:9). Dice R. Franco: «Significa el proceso por el cual el hombre es elevado a una vida nueva más alta que la que le pertenece por su naturaleza». El mismo Pedro la describe (2 P. 1:4) como un *«compartir la naturaleza divina»*, aunque en esta última expresión va implicada ya la *conducta* del creyente.

(C) Tras de la causa eficiente principal, Pedro expresa la causa final, esto es, el objetivo de este nuevo nacimiento: *«para una esperanza viva».* Esto quiere decir que no entramos de inmediato a disfrutar de la herencia prometida, *«porque en esperanza fuimos salvos»* (Ro. 8:24, comp. con 2 Ts. 2:16). Llama *«viva»* a esta esperanza, porque no es una ilusión muerta mustia por el desengaño, sino segura, que no engaña ni avergüenza, sino que sostiene y dirige a la vida eterna (v. Ro. 5:5; Tit. 1:2; 3:7).

(D) Menciona a continuación la causa eficiente instrumental, al decir (v. 3, al final): *«mediante la resurrección de Jesucristo de entre* (gr. *ek) los muertos».* En efecto, a esta resurrección del Señor atribuye el apóstol Pablo nuestra justificación (Ro. 4:25), nuestra vida nueva con Cristo (Ro. 6:3–10) y nuestra resurrección gloriosa (1 Co. 15:20 y ss.).

3. Describe a continuación las características de la *herencia* que esperamos (v. 4). Cuatro son dichas características: (A) *«No puede acabarse»* (gr. *áphtharton*, incorruptible). (B) *«No puede mancharse o echarse a perder»* (gr. *amíanton*, el mismo vocablo de He. 7:26; 13:4; Stg. 1:27). (C) *«No puede menguarse ni debilitarse»* (gr. *amáranton*, inmarcesible; no se marchita). (D) *«Reservada»* (gr. *tetereménen).* El verbo griego está en participio de pretérito, para dar a entender que Dios la ha provisto para nosotros (comp. con Jn. 14:2) y la *guarda celosamente* (ése es el sentido del verbo *teréo*, que indica una conservación positiva, no una mera custodia que impide la sustracción o el daño) *para nosotros*, no en la tierra, *sino en el cielo* (comp. con Mt. 6:19–21). Todos sabemos lo que significa, por ejemplo, un billete de tren o de avión *«con reserva»:* Aquel asiento no puede ser ocupado por ninguna otra persona, sino por nosotros. Aun así, el billete puede perderse o ser robado (v. de nuevo, Mt. 6:19–21), pero nuestra *«reserva» en los cielos* no se puede perder ni echar a perder: está segura en las manos de Dios.

4. En el versículo 5, Pedro añade nuevas seguridades. En afecto, alguien podría decir: «La herencia es riquísima y no se puede echar a perder, pero, ¿podré perderme yo mismo?» A esto responde Pedro: «¡No! *Vosotros mismos estáis siendo guardados por el poder de Dios»*, a cuyo poder nada ni nadie puede resistir ni oponerse para frustrar Sus designios. El verbo que ahora usa Pedro no es *téreo*, sino *phrouréo*, y está en participio de presente (acción continua) medio-pasivo. Dicho verbo es de talante militar y se usa para describir la seguridad de una persona que está encerrada en una fortaleza. En nuestro caso, no indica la condición de un prisionero, sino de alguien a quien se tiene a buen recaudo para que nadie le inquiete o lo secuestre. *«Mediante la fe»* es una expresión que guarda estrecha conexión con el verbo que acabamos de estudiar, pues es la fe, según el mismo autor sagrado (5:9), la que nos permite vencer las asechanzas del diablo.

5. De este modo, podemos estar seguros, viene a decir Pedro, de que hemos de alcanzar *«la salvación* (v. 5b) *que está a punto de ser revelada en la última sazón»* (lit.). Como cuando la mesa está ya *puesta*

(es el mismo vocablo que sale en Mt. 22:4; Mr. 14:15; Lc. 14:17), así también nuestra herencia está preparada, lista y a punto (gr. *etoímen)* para disfrutar de ella. Sólo falta que se levante el mantel que la cubre, que se retire el velo (gr. *apokaluphthénai*, de la misma raíz que «apocalipsis»), y así la *fe* se convertirá en *visión.* Será el cumplimiento *escatológico* (gr. *en kairó escháto)* de algo que Dios tenía cuidadosamente preparado y a punto (comp. con Lc. 2:30, 31). Dice A. Stibbs: «Este énfasis escatológico significa que, por muy genuina que sea la salvación ya comenzada en la experiencia del que cree en Cristo (v. Lc. 19:9), y por grande que sea la experiencia diaria de su discipulado terrenal (v. 2 Co. 6:2), su pleno carácter asombroso será únicamente descubierto en el venidero día que será su corona».

Versículos 6–9

En estos versículos, Pedro muestra a sus lectores el buen motivo que tienen para alegrarse con la esperanza de la salvación que acaba de describir en términos tan estimulantes. La salvación del creyente (v. 9) es un bien tan extraordinario, que bien merece soportar las pruebas de esta vida (v. 6), las cuales no hacen sino refinar los quilates de nuestra fe, cuyo gran valor se muestra aguantándolo todo en aras de la dicha que nos espera, la cual se manifestará cuando se manifieste Cristo (v. 7), a quien hemos amado sin haberle visto y en quien hemos creído sin haberle contemplado (v. 8). Dicen así dichos versículos en la *Biblia de Jerusalén*, que, a mi juicio, es la que mejor da aquí el sentido del original: *«Por lo cual rebosáis de alegría, aunque sea preciso que todavía por algún tiempo seáis afligidos con diversas pruebas, a fin de que la calidad probada de vuestra fe, más preciosa que el oro perecedero que es probado por el fuego, se convierta en motivo de alabanza, de gloria y de honor, en la Revelación de Jesucristo. A quien amáis sin haberle visto; en quien creéis, aunque de momento no le veáis, rebosando de alegría inefable y gloriosa; y alcanzáis la meta de vuestra fe, la salvación de las almas»*.

1. Al contemplar lo grandioso de la salvación que acaba de describir, Pedro sabe que sus lectores (todos los creyentes genuinos) *exultan de alegría* (el verbo está en presente); es, pues, una alegría incesante (v. 6), aun en medio de las pruebas. Unas de las paradojas de la vida cristiana es la coexistencia del gozo y la aflicción (v. Hch. 5:41; 13:52; Ro. 5:3 y ss.; 15:13; 2 Co. 6:10; 7:4; Fil. 2:29; He. 12:11; Stg. 1:2—lugar paralelo del presente—y, en esta misma epístola, 4:13). La expresión, a primera vista parentética, *«si* (es) *necesario»,* no significa que las pruebas sean un recurso al que apele el Señor en ciertos casos, puesto que la condicional no es *potencial,* sino *real* (*ei* con indicativo) y, por otra parte, sabemos (v. He. 12:6–11) que la disciplina de nuestro Padre no es para algunos sólo, o en determinadas circunstancias, sino para todos sus hijos.

2. De forma parecida a como lo hace el autor de *Hebreos* (12:11), Pedro hace ver (v. 7) que las pruebas a que nos vemos sometidos en esta vida son de gran provecho, puesto que aquilatan, purifican (y aun muestran si es o no genuina) y abrillantan nuestra fe, como el oro se prueba y aquilata en el crisol. Pero el oro, dice Pedro, *es perecedero* (lit. *está pereciendo,* en participio de presente, pues se acaba de muchas maneras); además, la fe tiene *mucho más valor* que el oro, porque dice relación a una herencia celestial, con todas las características gloriosas que el autor sagrado ha descrito anteriormente.

3. Esa *probación* (gr. *to dokímion*, mejor atestiguado en los MSS que *to dókimon*, lo probado) de nuestra fe tiene por objeto *ser hallada* (lit. v. 7b), es decir, llegar a manifestarse, como ordenada y dirigida por Dios *«para alabanza, gloria y honor»* de nosotros mismos, pues esa clase de bendiciones dispensa el Señor a quienes las buscan (v. Ro. 2:7, 10). Todas esas bendiciones se pondrán de manifiesto *«en la revelación de Jesucristo»*. Dice Stibbs: «El uso del término *apokálupsis* no indica la "venida" de alguien ausente hasta el momento, sino el visible descubrimiento de alguien que ha estado espiritual e invisiblemente presente todo el tiempo (véase tambien 1 Co. 1:7; 2 Ts. 1:7)».

4. El versículo 8 expresa, con acentos de ternura, la calidad de la fe cristiana: *«A quien* (Jesucristo) *amáis sin haberle visto* (participio de aoristo); *en quien creéis, aunque de momento no le veáis* (el verbo está ahora en participio de presente), *rebosando* (presente de indicativo) *de alegría inefable y gloriosa* (lit. *inexpresable*—adjetivo—y *glorificada*—participio de pretérito perfecto—)». A E.G. Selwyn, el paso del adverbio de negación *ou* al otro adverbio de negación *me,* le sugiere que, «mientras para los lectores la experiencia del presente y del pasado es la misma (ni vieron ni ven a Cristo) para san Pedro es diversa». Lo mismo insinúa A. Stibbs cuando dice: «Hay un contraste aquí entre el ver a Jesús, posiblemente tanto en su primera venida como en su segunda, y el conocimiento que se tiene de Él por fe, cual es la experiencia presente de Su pueblo. Los lectores de Pedro no habían visto a Jesús durante Su

vida terrenal, como le había visto Pedro mismo; con todo, le estaban correspondiendo con amor cordial en viva comunión». Ya el propio Maestro había dictaminado que serían *dichosos los que creyeran en Él sin verle* (Jn. 20:29).

5. Pedro da a entender (v. 9) que la meta a la que tiende la fe del cristiano: *«salvación de almas»* (lit.), es decir, de personas (ya que éste es el sentido ordinario del griego *psukhé*, lo mismo que del hebreo *nephesh),* es algo que ya estamos consiguiendo (gr. *komizómenoi*, en participio de presente), aunque quizá sea «preferible dejarle la ligera indeterminación de la frase, que expresa tanto la concomitancia de los dos hechos (la alegría y la obtención de la salvación) como la fundamentación de uno en otro» (R. Franco). Hace notar A. Stibbs que, en esta porción, «se dice de Cristo que da expresión a tres actividades fundamentales con que el hombre responde: esperanza (v. 3), fe (vv. 7, 9) y amor (v. 8) (cf. 1 Ts. 1:3; 5:8), con la añadidura de gozo (v. 8) como su inevitable consecuencia, y todo ello centrado de forma suprema en Su persona, resucitado como se halla de entre los muertos … Esas actividades son características y distintivas de un cristianismo vital».

Versículos 10–12

En estos versículos, Pedro hace notar que este tema de nuestra salvación ha sido de gran interés para los profetas de antaño, y lo es todavía hogaño para los ángeles mismos. Dicen así dichos versículos en la NVI: *«Acerca de esta salvación, los profetas que hablaron de la gracia destinada a vosotros, investigaron y escudriñaron con la mayor diligencia, tratando de avizorar el tiempo y las circunstancias a que el Espíritu de Cristo que estaba en ellos se refería, cuando predijo los padecimientos de Cristo y la gloria que de ello se seguiría. Y les fue revelado que no estaban transmitiendo este mensaje en beneficio propio, sino vuestro. Mensaje que os ha sido ahora anunciado por medio de los que os han predicado la Buena Noticia* (lit. *os han evangelizado), capacitados por el Espíritu Santo enviado del cielo. Los mismos ángeles se afanan por contemplar de cerca estos misterios».* Aunque la porción queda muy clara en esta versión, conviene hacer unas breves anotaciones.

1. La *gracia* de la que habla Pedro en el versículo 10, implicaba la extensión de la salvación a los gentiles, es decir, a los no pertenecientes al pueblo judío, pues gentiles eran los destinatarios de la epístola (véase 2:10). Dice Salguero: «La teología judía enseñaba que la venida del Mesías era el secreto de Dios y que sería cosa vana el querer computar rigurosamente el tiempo». Si la venida del Mesías era un *secreto,* cuyas circunstancias no podían avizorar los profetas, mucho menos podían darse cuenta, ni aun en los textos que declaraban la intención del Espíritu Santo, de que los gentiles llegarían un dia a participar de la salvación en pie de igualdad. Al mismo Pedro le había resultado esto algo incomprensible en un principio (v. Hch. 10:1–11:18).

2. Hay autores que incluyen a los profetas del Nuevo Testamento entre los que *«escudriñaban* (v. 11) *hacia qué persona o cuál sazón señalaba el Espíritu»* (lit.). Sin embargo, esto es incompatible con la declaración del versículo 12 acerca de *«los que os evangelizaron»* (lit.). Si los predicadores del Evangelio conocían bien la persona del Mesías, sobre la que versaba su mensaje, y la sazón en que se habían cumplido las profecías sobre la primera venida del Mesías, ¿cómo iban a ignorar estas cosas los profetas del Nuevo Testamento? Además, *el Espíritu Santo enviado del cielo* (v. 11b) había de conducirles a toda verdad y enseñarles todo lo que Cristo les había declarado, según promesa del propio Señor (v. Jn. 14:16–18; 16:13). Es cierto que esas promesas iban dirigidas, en primer lugar, a los Doce; pero, ¿cómo no habían de estar también dirigidas, de algún modo, a los profetas del Nuevo Testamento, cuando ellos habían de ayudar a los apóstoles en su tarea, y constituir, juntamente con ellos, los cimientos de la Iglesia? (v. Ef. 2:20).

3. Al hablar (v. 11) del anuncio que el Espíritu de Cristo hacía a los profetas acerca de *«los padecimientos de Cristo y la gloria que de ello se seguiría»,* no cabe duda de que Pedro singulariza aquí el pasaje de Isaías 52:13; 53:12, sin olvidar las propias palabras del Maestro en Lucas 24:26, 46. Hace notar A. Stibbs el agudo contraste entre *«la gracia destinada a vosotros»* (v. 10, al final) y «los *padecimientos de Cristo».*

4. Muy interesante es el verbo que Pedro usa al hablar (v. 12, al final) del anhelo (gr. *epithumoúsin,* de la misma raíz que *epithumía)* con que los ángeles tratan de ver las cosas a las que se refiere la proclamación del Evangelio. Dice que están *«agachándose para mirar»* (gr. *parakúpsai),* como si abriesen una pequeña ventana en el cielo y se inclinasen para ver lo que ocurre en la Tierra con respecto a

la salvación de los hombres. A los ángeles no les interesan las vicisitudes temporales, políticas, económicas, etc., sino la conversión del pecador (v. Lc. 15:7, 10). Esto está en conformidad con lo que dice Pablo en Efesios 3:10. El verbo griego *parakuptein* ocurre también en Lucas 24:12; Juan 20:5, 11 y Santiago 1:25.

Versículos 13–21

En estos versículos Pedro inicia su llamamiento a una vida santa, pues somos salvos para ser santos. Viene primero el llamamiento mismo (vv. 13, 14). Después, un primer motivo: porque el Dios que nos llamó es santo (vv. 15, 16). Un segundo motivo: porque hemos de rendirle cuentas como a Juez (v. 17). Un tercero y muy fuerte motivo: porque hemos sido rescatados a un precio altísimo, la sangre preciosa de Cristo (vv. 18, 19). Éste era el plan de la redención desde la eternidad, que ha tenido cumplimiento en estos últimos tiempos (vv. 20, 21). Analizaremos, pues, en cinco puntos esta porción.

1. El llamamiento a una vida santa es consecuencia lógica de la gloriosa salvación adquirida. Dicen así los versículos 13 y 14 en la NVI: *«Por tanto, preparad vuestras mentes para actuar; mantened el equilibrio de vuestro espíritu y poned plenamente vuestra esperanza en la gracia que os será otorgada cuando Jesucristo se manifieste. Como hijos obedientes, no os amoldéis a los malos deseos que albergabais cuando vivíais en la ignorancia»*.

(A) La primera frase: *«Ceñíos los lomos de vuestro entendimiento»* (lit.) es una metáfora que expresa la necesidad de prepararse a actuar; está tomada de la costumbre de recogerse y ceñirse las largas túnicas antes de emprender un trabajo o un viaje.

(B) Viene después una actitud juiciosa, sensata, equilibrada, lo cual requiere dominio de sí mismo, concentración y vigilancia. Todo ello se condensa en ese verbo, ya conocido, *«Sed sobrios»* (gr. *néphontes*, en participio de presente continuativo). El adverbio *... perfectamente»* (gr. *teleíos)* que, en el original, va inmediatamente después de dicho verbo, puede conectarse con él o con el verbo siguiente, según la puntuación que se escoja. La puntuación más aceptada es la que adopta la NVI (con el verbo siguiente).

(C) La frase siguiente (aceptada la puntuación referida) dice así siguiendo la letra del original: *«Esperad por completo en la gracia que os es llevada* (participio de presente) *en la revelación de Jesucristo»*. La *gracia* a la que Pedro se refiere aquí es la salvación final, esto es, la entrada a disfrutar de la herencia eterna. Esto ha de suceder cuando se descorra el velo de la fe y la presencia, ahora invisible, del Señor se haga manifiesta. Este acontecimiento se hallaba, en la mente de Pedro, en el horizonte de un futuro próximo; lo que, unido a que nuestra salvación, en su estadio inicial, es ya una realidad presente, hace que el autor sagrado use el participio de presente «por la dialéctica entre la realidad actual de la salvación ya presente y su manifestación definitiva en su futuro próximo, que caracteriza el pensamiento de la epístola» (R. Franco).

(D) En un hebraísmo corriente, Pedro se dirige a sus lectores como a *«hijos de obediencia»* (v. 14). Su conversión ya fue una *«obediencia»* (v. el comentario al v. 2), pero la frase actual indica una actitud habitual que constituye, por decirlo así, la naturaleza misma del sujeto, en la misma forma en que la naturaleza humana se transmite de padres a hijos. Pablo llama a los inconversos *«hijos de la desobediencia»* (Ef. 2:2; 5:6) o, más exactamente, *de la resistencia a ser persuadidos* (para creer).

(E) Como a creyentes genuinos, el autor sagrado exhorta a sus lectores, y usa el mismo verbo que emplea Pablo en Romanos 12:2, a *no amoldarse al esquema*, es decir, a los criterios normativos de pensamiento y de acción, propios de los mundanos, que les gobernaban antes de su conversión, ya que, a causa de su *ignorancia* (comp. con Hch. 17:30; Ef. 4:18), servían a los *deseos* carnales y desordenados (gr. *epithumíais*, concupiscencias), al impulso de los cuales se movían (v. Ef. 2:3). Para mostrar la culpabilidad de dicha ignorancia, basta leer Romanos 1:19–21. La forma en que Pedro se expresa en este versículo es una prueba más de que los destinatarios de la epístola eran (todos o en su mayor parte) de extracción pagana.

2. En lugar de amoldarse a los antiguos esquemas de pensamiento y de conducta, los creyentes deben llevar en todo una vida santa, como lo describe Pedro en los versículos 15 y 16, y atender al motivo principal, que es la santidad de Dios, quien nos llamó. Dicen así dichos versículos en la NVI: *«Sino que, así como es santo el que os llamó, imitadle vosotros en la santidad en todo lo que hagáis; pues está escrito: "Sed santos, porque yo soy santo"».*

(A) Nada se pone tanto de relieve en la Biblia como la santidad de Dios, hasta el punto de ser *Santo* uno de los nombres con que se describe a Jehová. Pedro dice aquí textualmente: «… *conforme al Santo que os llamó*». El autor sagrado (v. 16) cita de una frase que se halla ya en Levítico 11:44 y ss.; 19:2; 20:7.

(B) El versículo 15b dice literalmente: «… *sed hechos también vosotros santos en toda conducta* (gr. *anastrophé).* Este es un vocablo que aparece en 1 Pedro nada menos que seis veces y, en su etimología, indica el «volverse a una parte y a otra» (comp. con Sal. 139:2, 3 «sentarse y levantarse, andar y reposar»). Al añadir *toda,* da a entender que «la exigencia de santidad se extiende a todos los aspectos de la vida» (R. Franco).

3. Al motivo de la santidad de quien nos llamó, se añade luego el de tener que rendir cuentas al que, aun siendo *Padre,* es también Juez (v. 17): *«Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor durante todo el tiempo de vuestra peregrinación»*. Este versículo pide más meditación que interpretación, pues los términos son claros, pero quizás no hacen sobre nosotros el impacto que deberían porque no los ponderamos como se merecen.

(A) La mención de *Padre,* junto a la de Juez, nos lleva a una doble reflexión: (a) Es consolador presentarse al Juez, sabiendo que es nuestro *Padre;* (b) pero también infunde *temor,* esto es, respeto reverencial (y éste es el énfasis que la exhortación de Pedro comporta aquí), el pensamiento de que el Padre, cuya santidad hemos de imitar como hijos (v. 16), es el Juez ante quien hemos de rendir cuentas de todo cuanto hayamos hecho (v. 2 Co. 5:10).

(B) El apóstol Pedro nos hace a la memoria que no por ser hijos de Dios va a ser nuestro Padre parcial a favor nuestro, pues con Él no hay favoritismos, *«sin acepción de personas* (sin dejarse llevar de relumbrantes apariencias exteriores), *juzga según la obra de cada uno»*. El verbo está en participio de presente, y denota, como hace ver A. Stibbs, que «indefectible e imparcialmente trata con los hombres en juicio conforme a la obra actual de cada individuo particular».

(C) A nuestra vida en este mundo la llama Pedro *… el tiempo de vuestra peregrinación»* (gr. *paroikías).* El vocablo griego, lo mismo que el término *pároikos* (de la misma raíz), indican el estado legal de una persona que reside temporalmente en un país que no es el suyo propio (v. 2:11 «… *paroíkous kai parepidémous*»—*extranjeros y peregrinos*—). Dice Salguero: «La verdadera patria del cristiano está en el cielo. Por eso, ha de trabajar por librarse de todo lo que le pudiera apartar de la meta durante su *peregrinación* por este mundo». Stibbs, por su parte, hace notar: *«Paroikía* se usa en Hechos 13:17 de los israelitas "peregrinando" en Egipto. Los cristianos, pues, han de vivir en este mundo como en un lugar al que no pertenecen y donde no deben esperar vivir para siempre».

4. Pero de la misma manera que los israelitas fueron rescatados de la esclavitud de Egipto, también los cristianos han sido rescatados de la esclavitud de una vida anterior en el mundo *vana* (gr. *mataías,* vacía, inútil). El autor sagrado exhorta ahora a sus lectores a considerar el altísimo precio que fue pagado por su liberación, como motivo especial para conducirse santamente. Dicen así los versículos 18 y 19 en la NVI: *«Porque bien sabéis que no es con cosas perecederas, tales como plata u oro, con lo que habéis sido rescatados del infructuoso modo de vivir que os transmitieron vuestros antepasados, sino con la preciosa sangre de Cristo, cordero sin mancilla y sin defecto»*.

(A) Pedro les hace a la memoria a estos creyentes de extracción pagana que el Señor *les había rescatado de la manera vacía e inútil que les habían transmitido sus padres.* «El autor sagrado se refiere evidentemente al culto de los ídolos, supremas vanidades de los paganos» (Salguero). En efecto, una expresión igual o similar («vano vivir») se aplica frecuentemente en la Biblia al culto de los ídolos (v. Lv. 17:7; Jer. 8:19; 10:14; Hch. 14:15; Ef. 4:17; 1 Ts. 1:9).

(B) Ya el mismo Señor Jesús había aludido al objetivo de Su misión en este mundo como *«la entrega de Su vida en rescate por muchos»* (v. por ej., Mt. 20:28; Mr. 10:45 y comp. con 1 Ti. 2:6; Tit. 2:14). La entrega de su vida había de ser mediante el derramamiento de Su sangre, puesto que había de constituir un sacrificio (v. He. 9:14, 23, 26, 28; 10:10, 12, 14, 29; 12:24; 13:10–15).

(C) Pedro hace notar, en consecuencia, que el precio de nuestro rescate no fue pagado con cosas perecederas, de este mundo, por muy estimadas que sean de los hombres, como el oro y la plata, sino (v. 19) con algo de valor divino, infinito: *«la preciosa* (mejor, *valiosa;* gr. *timío,* digno de estima) *sangre de Cristo, como de un cordero sin mancha ni contaminación* (o, *sin tacha ni defecto;* gr. *amómou kai aspílou).* El primero de estos dos vocablos se aplica a Cristo en Hebreos 9:14. El segundo no se aplica a Cristo en ningún otro lugar del NuevoTestamento. Tampoco se halla en el Antiguo Testamento según la

versión de los LXX. La frase, dice Stibbs, «corresponde al ritual requerido para la Pascua y otras ofrendas (v. Éx. 12:5; Lv. 22:19, 20; Dt. 15:21) … Aplicadas a una persona, estas frases significan integridad y perfección de carácter moral».

5. Tras de esta triple motivación, el autor sagrado hace un resumen del plan de nuestra salvación, determinado en la eternidad y llevado a cabo en el tiempo (vv. 20, 21): *«El cual* (cordero) fue *escogido antes de la creación del mundo, pero ha sido manifestado en estos últimos tiempos en beneficio vuestro. Por medio de Él creéis en el Dios que le ha resucitado de entre los muertos y le ha glorificado, de modo que vuestra fe y vuestra esperanza se centren en Dios»* (NVI).

(A) El verbo griego que Pedro usa para *«escogido»* (NVI) *o «provisto»* (RV 1977), *«ordenado»* (RV antigua), *«destinado»* (RV 1960) significa literalmente *«conocer de antemano»* y es el mismo que Pablo usa, en Romanos 8:29; 11:2, para describir la elección divina, hecha antes de todo tiempo. Tenemos, pues, aquí la predestinación de Cristo como el Cordero que había de ser inmolado *cuando se cumpliera plenamente el tiempo prefijado* (Gá. 4:4), no la inmolación misma, que, como es obvio, no tuvo lugar antes de la creación del mundo (v. el comentario a Ap. 13:8).

(B) La frase *«antes de la fundación del mundo»* (lit. gr. *pro katabolés kósmou)* es la misma que usa Pablo en Efesios 1:4, para referirse a nuestra elección en Cristo; con lo que vemos que Dios predestinó, a un mismo tiempo, a los que habíamos de ser rescatados y el precio de nuestro rescate: a los *escogidos en Cristo* y al *Cristo por medio del cual fuimos escogidos.* «Así, dice A. Stibbs, se nos hace percatarnos de que la caída del hombre en pecado y su esclavitud subsiguiente no tomaron a Dios por sorpresa. Las había conocido de antemano, y tenía ya listo el remedio para ellas».

(C) Pedro hace notar que, lo que desde la eternidad estaba oculto en los misteriosos designios de Dios, *«al final de los tiempos fue manifestado a causa de vosotros»* (lit.), esto es, se hizo notoria y visible, en beneficio nuestro, la ejecución del plan de salvación al hacerse hombre el Hijo de Dios para padecer y después resucitar de entre los muertos.

(D) El versículo 21 se entiende mejor si se le compara con Romanos 10:9, 10. Dice Salguero: «La fe que poseen los fieles es obra también del Cordero inmaculado». Supongo que esto no significa que el acto de fe se ponga por medio de Jesucristo, sino que el *ser creyentes* (gr. *pistoús) en Dios,* en el Dios verdadero, se lo debemos a la obra de Cristo, gracias a la cual fuimos rescatados de nuestra miserable condición anterior (v. 18). *Creyendo en el Dios que le ha resucitado y le ha glorificado* es como nos apropiamos personalmente el fruto de los hechos salvíficos que constituyen el núcleo del Evangelio (v. 1 Co. 15:1–4).

(E) *«De manera que vuestra fe y vuestra esperanza sean en* (gr. *eis;* esto es, *estén orientadas hacia) Dios»* (lit.), termina diciendo el autor sagrado (v. 21b). R. Franco tiene como más probable la siguiente versión: *«De modo que vuestra fe sea también esperanza en Dios»,* y menciona los nombres de varios exegetas a favor de dicha traducción. Aunque esto sea posible desde el punto de vista gramatical, es muy improbable desde el punto de vista de una exégesis bíblica consistente. En cambio, puede aceptarse el comentario que, a continuación de eso, añade el referido autor: «Tal vez se podría decir que lo radicalmente nuevo en el cristianismo no es la fe en Dios, que era ya propia del judaísmo, sino la esperanza (1 Ts. 4:13), y que esto es lo que añade esta frase a la anterior».

Versículos 22–25

Tras de la mención de la *fe* y de la *esperanza,* viene ahora la exhortación al *amor* fraternal, dentro de un contexto rico en detalles de suma importancia doctrinal y práctica. Viene primero la exhortación misma (vv. 22, 23) con su doble fundamento doctrinal. La confirma luego con una cita de Isaías (vv. 24, 25a). Termina diciendo que lo dicho por Isaías se cumple en la palabra del Evangelio que les fue anunciada a los lectores (v. 25b).

1. Dicen los versículos 22, 23 en la NVI: *«Ahora que os habéis purificado mediante la obediencia a la verdad, siendo así capaces de profesar un sincero amor* (mejor, *afecto) a vuestros hermanos, amaos los unos a los otros profundamente* (lit. *intensamente), de todo corazón. Pues habéis nacido de nuevo, no de una semilla perecedera, sino imperecedera, mediante la palabra viva y permanente de Dios».*

(A) Como puede verse, el motivo para el mutuo amor fraterno es doble: (a) Purificados de los malos hábitos, entre los que descuella el egoísmo, ya estamos en condiciones de amarnos mutuamente con plena

generosidad (v. 22). (b) Nacidos de nuevo, no de un padre humano *(de simiente perecedera)*, sino de Dios (comp. con Jn. 1:13), somos todos hermanos en Cristo; debemos amarnos, pues, fraternalmente (v. 23).

(B) *Estar purificados* (el verbo está en participio de pretérito perfecto) *mediante la obediencia a la verdad*, equivale a estar limpios de nuestros pecados mediante la aceptación del Evangelio (comp. con 1:2; 2 Ts. 2:13, 14, así como Ro. 1:5; 6:17; 16:26; 2 Co. 10:5).

(C) También el verbo gr. *anagueguenneménoi* (el mismo de 1:3) está en participio de pretérito perfecto (medio-pasivo), como efecto continuo del nuevo nacimiento mediante el Espíritu, que usa para ello la agencia de la palabra (Jn. 3:5). Esta *palabra* del versículo 23 es un sinónimo de la *verdad* del versículo 22, pues es el instrumento que Dios usa, tanto para limpiarnos como para hacernos nacer de nuevo (Jn. 3:5; 6:63b; 15:3; 17:17).

(D) Para designar el amor a los hermanos, Pedro usa dos vocablos griegos diferentes (v. 22b): (a) *philadelphían*, que significa «afecto fraternal entrañable» (el mismo que usa en 2 P. 1:7 dos veces); de éste dice que debe ser *sincero* (gr. *anupókriton*, sin hipocresía), es decir, sin motivos ni intereses bastardos; (b) *agapésate* (aoristo de imperativo); el conocido sustantivo de la misma raíz—*ágape*—es el mismo que Pedro usa en 2 Pedro 1:7, al final, como cúpula que corona todo el edificio espiritual de la fe cristiana; para éste usa el adverbio griego *ektenós*, intensamente, esto es, profunda y fervientemente.

(E) La *simiente incorruptible*, que es *la Palabra de Dios* (v. Mr. 4:14), es llamada por Pedro *viva* (comp. con He. 4:12), pues es el germen de la vida sobrenatural, espiritual, y *permanente*, por su valor eterno y su eficacia nunca agotada, como va a demostrar («*Por cuanto …»,* v. 24a) con una cita de Isaías 40:6b, 8.

2. La cita de Isaías 40:6b, 8 está tomada, con ligeras variantes, de los LXX (el texto hebreo es más expresivo. V. el comentario a Is. 40:8), y dice así en la NVI: *«Todos los hombres son como hierba, y toda su gloria como las flores del campo; la hierba se marchita y las flores se caen, pero la palabra del Señor perdura para siempre»* (vv. 24, 25a). También Santiago echa mano de esta cita (v. Stg. 1:10, 11), pero lo hace de modo implícito. Acerca de la cita, según se halla en Pedro, conviene hacer dos observaciones:

(A) El autor sagrado supone que los lectores, aun siendo de extracción pagana, están familiarizados con el texto de Isaías (comp. con Hch. 8:32, 33, que da a entender el uso frecuente de este profeta), pues no usa las usuales expresiones: *«Dice* (Dios)» o «Dice *la Escritura»*, etc. Por otra parte, se ve que cita de memoria, como se nota por las variantes que se señalan, tanto con respecto al texto hebreo como al de los LXX.

(B) Tanto en Isaías como en Pedro, *la palabra de Dios*, viva y perdurable, como simiente incorruptible, se contrasta con *«toda carne»* (lit.), es decir, con el ser humano en su caducidad y debilidad (comp. con Jn. 3:5, 6, donde puede advertirse el mismo contraste: *«Lo que es nacido de la carne … Lo que es nacido del Espíritu …»).*

3. Para que no quede ningún resquicio de duda sobre la identidad de la Palabra de Dios en la cita misma de Isaías, Pedro termina diciendo (v. 25b): «Y *ésta es la palabra que os ha sido anunciada como Buena Noticia»* (NVI). El texto dice literalmente: «… *que ha sido evangelizada a* (gr. *eis*, en dirección a) *vosotros»*. Esta frase resulta tanto más interesante cuanto que en el contexto de Isaías 40:6–8 (v. el v. 9 de dicha porción) se habla de anunciar *las buenas nuevas a Sion*, esto es, de *evangelizar*.

CAPÍTULO 2

Tras de mencionar, en el cap. 1, el nuevo nacimiento mediante la Palabra de Dios, el autor sagrado: I. Exhorta a sus lectores a crecer manteniéndose, con buen apetito, de la misma palabra (vv. 1–3). II. Les exhorta a continuación a considerar que son: 1. Miembros del nuevo santuario que crece (vv. 4–8), y 2. Nuevo pueblo de Dios (vv. 9, 10). III. Les exhorta luego a dar buen ejemplo, tanto: 1. En general, como cristianos en medio de un mundo hostil (vv. 11, 12), como: 2. En su condición de súbditos, con respecto a las autoridades (vv. 13–17), y 3. A los que son, no esclavos, sino criados, con respecto a sus amos (vv. 18–25).

Versículos 1–3

Comoquiera que los cristianos hemos nacido a una nueva vida, Pedro nos exhorta a vivir en conformidad con nuestra nueva condición. En primer lugar, exhorta a todos los recién convertidos a que crezcan espiritualmente manteniéndose con apetito de la Palabra de Dios, la que compara a la leche materna. Dicen así los versículos 1–3 en la NVI: *«Por consiguiente, despojaos de toda maldad y de todo engaño, de hipocresía, de envidias y de toda clase de murmuración. Como niños recién nacidos, sentid apetito por la leche espiritual pura, para que, así nutridos, podáis progresar en el camino de la salvación, ahora que habéis gustado lo bueno que es el Señor».*

1. La santificación es siempre como una moneda de dos caras: implica despojarse del mal y revestirse del bien. El verbo griego *apothémenoi*, en participio de aoristo, indica la decisión, de una vez, a resistir al pecado que constantemente nos asedia (v. He. 12:1). El verdadero sentido de dicho verbo es *poner lejos de sí («desechando»,* Reina-Valera). Lo que hay que arrojar lejos de uno es precisamente lo que más daña al amor fraternal que debe reinar entre los miembros de la comunidad cristiana: *«toda maldad»* (gr. *kakían),* es decir, la malicia o malignidad que trama daño o perjuicio contra el prójimo, junto con *«todo engaño, hipocresía, envidias y toda clase de murmuración»,* donde se especifican los pecados que dañan directamente al amor fraterno.

2. El aspecto positivo de la santificación consiste en crecer en el bien, lo cual exige, como todo crecimiento, una alimentación conveniente. Para que no se vea aquí ninguna contradicción con 1 Corintios 3:2; Hebreos 5:12, nótese que Pedro no dice que hayan de apetecer la leche espiritual cuando hayan crecido, sino *para que crezcan.* El bebé que siente avidez por la leche materna ofrece garantías de que se convertirá en un niño robusto y, después, en un adulto fuerte y vigoroso.

3. El calificativo que Pedro da a la leche *espiritual* es *loguikón,* el mismo que Pablo da, en Romanos 12:1 (al final), a nuestro culto de adoración a Dios. Pedro califica también a dicha leche y dice que es *ádolon* (lit. *sin engaño,* como Natanael—v. Jn. 1:47—), esto es, pura, sin mezcla. El crecimiento espiritual tiene un objetivo: llegar al término normal de la vida cristiana: *la salvación.* Para ello se requiere que el creyente siga alimentándose de la Palabra de Dios, mediante la cual nació de nuevo (1:23). Si fuera poco dicho contexto anterior para determinar el significado de *«leche»* en el sentido de la *«palabra»,* bastaría la comparación con 1 Corintios 3:2; Hebreos 5:12, 13 para confirmarnos en ello.

4. Esto nos invita a considerar la necesidad de *no adulterar* (v. 2 Co. 4:2. Gr. *méde doloúntes,* el verbo de la misma raíz que el *ádolon* de aquí) la Palabra de Dios, lo cual puede hacerse de dos maneras: (A) traduciendo mal las Escrituras; (B) no exponiendo con fidelidad las Escrituras, ya sea al dejar de proponer todo el consejo de Dios, o dándoles un sentido que no tienen, o mezclándolas (o sustituyéndolas) con invenciones de la propia fantasía del predicador o al buscar el lucro, etcétera.

5. La última frase dice textualmente: «*Si gustasteis que el Señor es bueno»,* en el sentido de *amable o dulce* por su trato. Tenemos la misma metáfora de *gustar* en Hebreos 6:5, pero es muy probable que Pedro tuviese en mente el Salmo 34:8: *«Gustad y ved cuán bueno es Jehová».* Como en muchos otros lugares (v. por ej. el clarísimo Col. 3:1), la conjunción condicional *si* no expresa duda, sino que equivale a *«puesto que» («ahora que»,* NVI). Dice A. Stibbs: «Esto indica de dónde saca el cristiano su vida y su alimento, es decir, del Señor mismo mediante Su Palabra, y también qué es lo que debería haberle dado este intenso y afanoso apetito por tener más; a saber, una experiencia vital y personal de la bondad del Señor. Así que la Palabra que Dios nos ha dado ha de ser deseada, no precisamente por ella misma, sino porque nos capacita para alimentarnos de su autor y apropiarnos Su gracia».

Versículos 4–8

La idea del crecimiento espiritual al que el creyente recién nacido debe aspirar, lleva al autor sagrado a considerar la metáfora de la Iglesia como un *santuario que se levanta,* que «crece» (comp. con Ef. 4:12, 13, 15, 16), donde los creyentes son, a un mismo tiempo, *piedras vivas* del edificio y *sacerdotes santos.* Las ideas son similares a las que Pablo expone en Efesios 2:20–22. Dicen así los versículos 4–8 en la NVI: «*Al allegaros a Él* (Cristo, *"el Señor"* del versículo anterior), *la Piedra viva—rechazada por los hombres, pero escogida por Dios y de mucho valor a sus ojos—, vosotros también, como piedras vivas, vais siendo edificados como un edificio espiritual destinado a un sacerdocio santo, a fin de ofrecer sacrificios espirituales, gratos a Dios por medio de Jesucristo; pues se encuentra en la Escritura lo siguiente: "Mirad que coloco en Sion una piedra angular escogida y de mucho precio, y quien ponga su fe en ella, nunca quedará defraudado". Ahora bien, para vosotros los creyentes, esta piedra es de mucho*

valor; pero para los que no creen, "La piedra que rechazaron los constructores se ha convertido en clave de arco" y "En piedra que hace tropezar a los hombres, y en roca que les hace caer". Tropiezan porque desobedecen al mensaje—que es también a lo que estaban destinados».

1. Lo primero que nos llama la atención aquí es la expresión *«al allegaros a Él»* con referencia a Cristo, pues dicho verbo, en este sentido sólo se halla en la Escritura con respecto a Dios (v. por ej. He. 4:16; 7:25; 10:1, 22; 11:6). Sin embargo, el verbo *prosérkhomai*, que Pedro usa aquí, lo pone Juan en labios de Cristo, aunque en forma diferente *(érkhomai pros)* en Juan 6:35, 37, 44, 45, 65, en sentido de *creer en Él* (V. dicho paralelismo en Jn. 6:35). Esto significa que nuestro acercamiento a Cristo es siempre *por fe,* pero el verbo en cuestión connota dos conceptos adicionales, igualmente dignos de consideración: (A) «Expresa la idea de acercarse con intención de quedar allí y de disfrutar de comunión personal» (Stibbs). (B) Como en los demás lugares del Nuevo Testamento (en este sentido) o del Antiguo Testamento (en la versión de los LXX), connota la idea de acercarse a Dios en adoración, para ofrecer oración y sacrificio. Comporta, pues, una actitud cultual, como puede observarse en los textos de *Hebreos* citados arriba.

2. Pedro llama a Cristo *piedra viva,* puesto que es el Resucitado (Ro. 6:9) y el que comunica la vida (Jn. 4:10; 6:51; 14:19, etc.); ahora, como *espíritu vivificante* (1 Co. 15:45). Es interesante notar (muy útil para un mensaje expositivo) los epítetos que, en esta porción, se dan a esta piedra: «Cristo es la piedra viva (v. 4), la piedra *angular* (v. 6), la piedra *rechazada* (v. 7), y la piedra *de tropiezo* (v. 8)» (Ryrie. Los subrayados son míos). Pueden añadirse *escogida y valiosa* (v. 4).

3. De esta piedra viva que es Cristo, dice Pedro que fue *desechada por los hombres.* El verbo *apodokimázo* significa desechar algo (como inservible) después de haberlo examinado. Los hombres que desecharon a Cristo fueron los judíos, especialmente los fariseos, porque *no les servía* para la idea que se habían forjado del Mesías como un libertador politicomilitar. A este rechazo se refirió el propio Jesús en Marcos 8:31; Lucas 9:22. Pero, como hace notar Stibbs, «Dios contradijo el veredicto de los hombres y declaró su aceptación de Jesús como el Cristo, al exaltarle. Éste fue el énfasis central del Evangelio que predicó Pedro (v. Hch. 2:23, 24, 32, 33; 4:11, 12; 5:30, 31; 10:39, 40)». Es de notar que el verbo está en participio de pretérito perfecto, con lo que se da a entender que la masa de la nación judía continuaba rechazando a Cristo.

4. La descripción de Cristo como *«el escogido de Dios» («piedra ... escogida»,* dice Pedro—v. 4—) se halla en Lucas 23:35, aunque en labios de quienes lo expresan suena a sarcasmo. A *«escogida»* añade Pedro aquí *preciosa* (RV) *o «de mucho valor»* (NVI). El griego dice *éntimon,* que propiamente significa «digno de honor, estima y distinción» (comp. con Lc. 7:2; 14:8 y Fil. 2:29, únicos lugares en que, además de esta porción, sale en el Nuevo Testamento dicho vocablo); viene a ser aquí sinónimo del *tímios* que vimos en 1:19, aplicado a la sangre de Cristo.

5. Prosigue el autor sagrado (v. 5) y dice que, *al allegarnos a esta piedra viva* que es Cristo, nosotros también nos convertimos en *piedras vivas,* aptas para *ser edificadas* sobre Él (v. Ef. 2:20–22) *como casa espiritual,* según describe aquí a la Iglesia (comp. con Gá. 6:10; 1 Ti. 4:15), y *sacerdocio santo* (es decir, donde actuamos como sacerdotes completamente dedicados al Señor—v. Ro. 12:1, 2—), *para ofrecer sacrificios espirituales, gratos a Dios por medio de Jesucristo.* Este versículo requiere un análisis más detallado:

(A) Lo mismo que en la edificación del templo (v. 1 R. 6:7), las piedras vivas que forman el edificio de la Iglesia han de ser talladas antes de incorporarlas al edificio. Ningún ruido de controversia sobre doctrina o práctica debe oírse en el templo. Todo eso debe preceder a la admisión del candidato. Con esto se comprende también que las personas no son salvas por pertenecer a la iglesia, sino que pertenecen a la iglesia por ser salvas. Así cae por su base la pretensión de la Iglesia de Roma de ser el «sacramento» (instrumento universal) de salvación de la humanidad (v. Hch. 2:47b con su comentario).

(B) Otro detalle de gran importancia es que Pedro no se considera a sí mismo la Roca sobre la que está fundada la Iglesia, sino que, en toda la porción (vv. 4–8), lo mismo que Pablo en Efesios 2:20–22, asegura que la única piedra angular de la Iglesia es Jesucristo, contándose él a sí mismo (implícitamente) entre las *piedras vivas* que se allegan a Cristo. Puede decirse que Pedro (gr. *Petros,* piedras) fue la *primera* que lo hizo con su confesión de Mateo 16:16 (v. el comentario a Mt. 16:18).

(C) La *casa espiritual,* que es la Iglesia, es una expresión que alude a su condición de *santuario* (comp. con 1 Co. 6:19; 2 Co. 6:16), pues también el templo antiguo era llamado *casa* (v. Sal. 69:9; Is. 66:7; Mr. 11:17; Jn. 2:17). En él ejercen los creyentes su sacerdocio (v. 9), no sólo por medio de la

oración de intercesión, sino también mediante los *sacrificios espirituales* (v. Ro. 12:1; Fil. 4:18; He. 13:15, 16).

(D) Lo de *«gratos a Dios por medio de Jesucristo»* (NVI) es probable que requiera (también en la RV) una puntuación diferente: «… *para ofrecer sacrificios espirituales, gratos a Dios, por medio de Jesucristo»*. De esta forma se entiende que los *sacrificios gratos a Dios* (v. He. 13:16, al final) *son ofrecidos por medio de Jesucristo* (v. He. 13:15a).

6. Pedro pone (vv. 6–8), en apoyo de lo que ha dicho en el versículo 4, tres citas del Antiguo Testamento, respectivamente de Isaías 28:16 (citada también por Pablo en Ro. 9:33), Salmos 118:22 e Isaías 8:14. Intercala su propia aplicación tanto a los que creen como a los incrédulos. En toda la porción campea la metáfora de *«piedra»*.

(A) La cita de Isaías 28:16 (v. el comentario en su lugar) presenta la situación de los incrédulos en tiempo de Isaías semejante a la de los contemporáneos del propio Pedro: que rechazaban el plan de salvación de Dios mediante el Mesías-Emmanuel. Sin embargo, habrá un remanente: los *humildes y los pobres se gozarán en Jehová, en el Santo de Israel* (Is. 29:19, comp. con Sof. 3:12; Mt. 5:3 y ss.). Éstos serán los que, en el tiempo en que escribe Pedro, reconocerán el gran valor que tiene la piedra que Dios ha colocado en Sion y se allegarán a ella (vv. 4, 7).

(B) Siguiendo a los LXX, Pedro aplica a Cristo-Piedra los mismos epítetos griegos que figuran en Isaías 28:16: *akrogoniaion eklektón éntimon*. Estos dos últimos los hemos visto ya en el versículo 4. El primero sale en el Nuevo Testamento únicamente aquí y en Efesios 2:20, donde puede verse su significado. Pedro añade que quien *ponga su fe en esta piedra, no quedará defraudado:* estará firmemente sostenido (comp. con Ef. 4:15, 16) y será altamente honrado con Cristo mismo (v. Ef. 2:4–7; Col. 3:4, entre otros lugares).

(C) Así se explica que (vv. 7, 8) para los creyentes, dicha piedra sea *de gran valor* (v. 7a); o, mejor aún, siguiendo literalmente el texto griego: *«Para vosotros, pues, los que creéis* (participio de presente), (es) *el honor»,* es decir, el que comparten con el Cristo exaltado por Dios (éste es el sentido más probable), lo cual contrasta con la vergüenza que les espera a los incrédulos, quienes se niegan a poner su confianza en Cristo. Un día se darán cuenta de que *la piedra que desecharon* (v. 7b) *ha venido a ser clave de arco* (lit. *cabeza de ángulo),* en el sentido de que remata admirablemente y une estrechamente las piedras que forman el arco de entrada al edificio de la iglesia, aunque también podría entenderse como la piedra que está en un ángulo que sirve de unión a dos paredes del edificio y está situada en la base misma, con lo que su sentido vendría a ser (en todo caso) sinónimo al de «*principal piedra del ángulo*» (v. 6). Dice R. Franco: «El sentido es discutible, y la bibliografía extensa; pero J. Jeremías (un exegeta contemporáneo. El paréntesis es mío) parece haber dejado suficientemente establecido el sentido que damos en el texto», es decir, el que hemos expuesto en primer lugar.

(D) La cita de Salmos 118:22, en el versículo 7b, fue citada por el Señor Jesús en Mateo 21:42; Marcos 12:10, y por el propio Pedro en Hechos 4:11. La tercera cita es de Isaías 8:14, y se halla también en Romanos 9:33a. Se ve que Pedro está citando de memoria, pues se aparta del texto de los LXX, que sigue fielmente al texto hebreo, y dice: «… *piedra de tropiezo y roca de caída»,* mientras que Pedro dice: «… *piedra de tropiezo y roca de escándalo»* (lit.). Al rehusar creer en Jesucristo, los incrédulos han desechado la única Roca firme donde poder establecer la verdadera esperanza, pues han pensado que era inservible para su mentalidad y para sus planes equivocados. Pero serán confundidos, pues «Dios, en castigo por su incredulidad, permite que vayan a tropezar y a destrozarse contra la piedra, que había sido puesta para su salvación» (Salguero, quien cita Mt. 11:6; Lc. 2:34). Por tanto, la frase final del versículo 8, que dicte textualmente: «… *para lo cual también fueron puestos»,* no significa que los incrédulos fueron destinados a ser *«desobedientes a la Palabra»* (lit. Aun cuando el gr. *apeithoúntes,* como hemos visto con frecuencia, significa propiamente «que no se dejan persuadir»), sino castigados a estrellarse contra la piedra por haber rehusado creer el mensaje de salvación.

Versículos 9–10

En estos versículos, el autor sagrado enumera los privilegios que los creyentes tienen como pertenecientes al nuevo pueblo de Dios. Para ello echa mano de una multitud de referencias del Antiguo Testamento. Conviene traducir a la letra estos versículos, para sacarles mejor el jugo que encierran, ya que se usan frecuentemente en la predicación y en la enseñanza: *«Mas vosotros* (sois) *raza escogida,*

sacerdocio regio, gente santa, pueblo para propiedad privada, para que así anunciéis las proezas del que os llamó de entre las tinieblas a (gr. *eis,* partícula de dirección) *su luz admirable, los que en un tiempo no* (erais) *pueblo, mas ahora* (sois) *pueblo de Dios; los que no obteníais misericordia, mas ahora obtuvisteis misericordia».*

1. Lo de *«raza escogida»* está tomado de Isaías 43:20 y, con esto, Pedro aplica a la Iglesia lo que pertenecía a Israel como pueblo escogido de Dios (en cuanto a las promesas espirituales. ¡No nos confundamos!) Lo de *eklektón* (escogido) lo ha aplicado Pedro a cada uno de los creyentes en 1:2, y a Cristo-Piedra en 2:4, 6. Lo de *«sacerdocio regio»* (comp. con Ap. 1:6; 5:10 y hasta 20:4) está tomado de Éxodo 19:6, y da a entender que todos los creyentes comparten con Cristo su oficio regio así como su oficio sacerdotal. Añade que somos *gente* (o nación. Gr. *éthnos) santa,* lo cual se halla también en Éxodo 19:6; Deuteronomio 7:6.

2. Con la expresión *«pueblo para propiedad privada»* hemos vertido el griego *laós eis peripoíesin,* frase que requiere un estudio más detenido:

(A) Con el vocablo *«pueblo»* se da a entender que todos los creyentes, sin diferencias de ninguna clase, forman la «Iglesia»; el *pueblo* (gr. *laós)* no lo forman solamente los llamados «seglares» o «laicos», término que, curiosamente, significa «del pueblo», «del *pueblo de Dios»,* sino también los llamados *clérigos,* que, también curiosamente, significa los que son *de las heredades* (gr. *klerón)* del mismo Señor (v. en 5:3).

(B) El otro vocablo griego, *peripoíesin,* que ya salió en Efesios 1:14; 1 Tesalonicenses 5:9; 2 Tesalonicenses 2:14 y Hebreos 10:39 (el verbo de la misma raíz salió en Lc. 17:33; Hch. 20:28 y 1 Ti. 3:13), indica algo que se adquiere para poseerlo en exclusiva y que, para dar a entender que es de propiedad privada, se rodea (de ahí el prefijo *perí*) como de un vallado o, al menos, de unos linderos que delimitan el contorno de la posesión. Con la frase se nos da a entender que hemos sido adquiridos, *comprados, por precio* (1 Co. 6:20; 7:23) y que este precio ha sido *la preciosa sangre de Cristo* (1:19; Hch. 20:28).

3. En la segunda mitad del versículo 9, el autor sagrado añade a los oficios regio y sacerdotal de los creyentes el oficio *profético.* Los cristianos ejercen esta función profética cuando anuncian, como algo que les sale necesariamente de dentro (gr. *exangueílete),* lo que Dios ha hecho por ellos. En el verbo son de notar: (A) El prefijo *ex,* que denota eso que acabamos de decir. (B) El aoristo ingresivo, que indica algo que, desde el principio mismo de la conversión, debe ser un propósito firme del creyente. El griego *aretás,* que nuestras versiones traducen por *«virtudes»,* tiene el sentido que el griego clásico da al término, lo mismo que el latín al vocablo *virtus:* algo que implica excelencia, valor y hasta heroísmo. A mi juicio, el término castellano que mejor lo expresa aquí es *«proezas».* El vocablo *virtud* procede del latín *vir,* varón, por lo que puede afirmarse que la verdadera virtud es un signo de virilidad en su connotación de algo prodigioso, digno de varones fuertes. Como se ha dicho muy bien, «la virtud sólo tiene de femenino el nombre». El plural *aretás* de nuestro texto nos recuerda los hechos admirables de Dios por medio de los cuales nos arrebató del dominio del poder de las tinieblas y nos transportó a su luz admirable, o, como dice Pablo (Col. 1:13), *al reino del Hijo de su amor* (lit.). Dice A. Stibbs: «Es una típica descripción que el Nuevo Testamento hace del cambio que el Evangelio de Cristo produce en las vidas de los convertidos del paganismo (cf. Hch. 26:18; Ef. 5:8; Col. 1:13)».

4. La terminología del versículo 10 hace alusión a Oseas 1:10; 2:23, de donde también Pablo la toma en Romanos 9:25, 26. *«No-compadecida» y «No-mi pueblo»* fueron los nombres que, por mandato de Dios, hubo de ponerles Oseas a una hija y a un hijo que tuvo de su infiel esposa Gómer. De ahí toma Pedro pie para decirles a sus lectores de extracción gentil que, por no pertenecer al pueblo judío, no habían pertenecido anteriormente al pueblo de Dios ni podían esperar de Dios las especiales misericordias de que disfrutaba el pueblo elegido. Pero, por la pura, libre y soberana gracia de Dios, y mediante la Obra de Cristo, eran ahora *pueblo de Dios y habían alcanzado misericordia.*

Versículos 11–12

De ahí pasa Pedro a exponer la condición de los cristianos en un mundo que no es su verdadera patria, pero en el que su fiel testimonio tiene un valor tremendo. Para animarles, comienza con un «Queridos». Dicen así dichos versículos en la NVI: *«Queridos amigos, yo os exhorto como a forasteros y gentes de paso por este mundo, a que os abstengáis de las pasiones pecaminosas* (lit. *concupiscencias carnales)*

que hacen guerra contra el alma. Observad entre los paganos una conducta tan ejemplar, que aun cuando os acusen de malhechores, puedan percatarse de vuestras buenas obras y, por ellas, dar gloria a Dios el día en que venga a visitarlos con su gracia».

1. Conocemos ya por otros lugares los dos términos griegos que Pedro usa para expresar la condición de los cristianos en el mundo: El primero *(paroíkous)* denota el estado legal *del forastero* que carece de los privilegios que comporta la ciudadanía de un país; el segundo *(parepidémous),* la situación «de paso» por un país en el que se reside temporalmente, como en peregrinaje. De esta manera es como hemos de considerarnos los cristianos en este mundo (comp. con Fil. 3:20; He. 13:14 y, en esta misma epístola, 1:1, 17).

2. De ahí que no debamos dejarnos subyugar por las pasiones o concupiscencias pecaminosas (comp. con Ro. 7:23; Stg. 4:1), propias de este mundo (comp. con 1 Jn. 2:15–17), el cual es enemigo de Dios y, por eso mismo, del pueblo de Dios. Este mundo pagano, enemigo de Cristo y de los cristianos, busca toda clase de pretextos para calumniar a los creyentes, tachándoles (v. 12) de *malhechores* (gr. *kakopoión),* término que Pedro repite en el versículo 14 y en 4:15, además del participio de presente *kakopoioúntes* de 3:17. Sabido es que los paganos, especialmente en Roma, atribuían a los cristianos toda clase de maldades.

3. El versículo 12 nos hace ver, no sólo la gloria que a Dios da la buena conducta de los cristianos, sino también el efecto que, con frecuencia, produce en los mismos enemigos esta buena conducta de los creyentes. Tras *observar,* una y otra vez (a veces, una sola vez), *las buenas obras,* llegan a concluir (eso indica la estructura misma de la frase griega) que eso es cosa de Dios y le glorifican a Él *el día en que viene a visitarles con Su gracia.* Lo de «con Su gracia» no está en el texto, pero la NVI lo ha añadido para dar el sentido, puesto que la visitación de Dios, expresión frecuente en la Escritura del Antiguo Testamento, puede tener dos sentidos: el de favor, consuelo o recompensa, y el de amenaza, reprensión o castigo. Aquí tiene el primer sentido, lo mismo que, por ejemplo, en Génesis 50:24; Éxodo 3:16; Lucas 19:44. Permítaseme referir una anécdota que leí en mi niñez: Un señor muy piadoso fue a visitar a un individuo que yacía, ya moribundo, en la cama de un hospital. El moribundo dijo al visitante: «Si usted supiera quién soy yo, no vendría a visitarme, pues yo soy el asesino de su padre». «Eso ya lo sabía yo antes de venir aquí», repuso el otro. Ante tal ejemplo de amor cristiano, el moribundo prorrumpió en sollozos y, en aquella hora suprema, a las puertas de la muerte, se convirtió de su criminal pasado y aceptó la fe que de tal manera cambia el corazón egoísta del ser humano.

Versículos 13–17

En estos versículos, el apóstol Pedro particulariza uno de los aspectos de una conducta auténticamente cristiana: La sumisión a las autoridades legítimas, aunque no entra en tantos detalles como Pablo en Romanos 13. Viene primero (vv. 13, 14) la exhortación. Después (vv. 15, 16) la apoya con fuertes razones. Termina (v. 17) con una exhortación general a comportarse con respeto y amor hacia todos.

1. La exhortación, según la traduce la NVI, dice así (vv. 13, 14): *«Someteos por amor al Señor a toda autoridad instituida entre los hombres: ya sea al rey como suprema autoridad, ya sea a los gobernadores, que están como delegados suyos para castigar a los malhechores y elogiar a los hombres de bien».*

(A) El original dice a la letra: «*Someteos* (un verbo frecuente en Ef. 5:22 y ss.) *a causa del Señor a toda criatura humana»,* pero la comparación con Romanos 13:1 y Tito 3:1 nos da a entender claramente que el término griego *ktísei* ha de traducirse por *institución,* esto es, por «autoridad instituida». El propio contexto posterior singulariza sólo al *rey,* como autoridad soberana en el plano terrenal humano, y a los *gobernadores,* delegados del rey en las diversas provincias del Imperio en relación con la administración de la justicia y el mantenimiento del orden público. «A *causa del Señor*» indica siempre un motivo sobrenatural de conducta, pero, en el contexto presente, son posibles también otras tonalidades. Dice Salguero: «Porque toda autoridad procede de Dios (v. Ro. 13:1–7) y porque el Señor así lo quiere, como dirá después (v. 15); o también porque Jesús ha dado ejemplo, sometiéndose a la autoridad del gobernador Poncio Pilatos (Mt. 27:2; Lc. 23:1 y ss.), y lo ha ordenado así a sus discípulos (Mt. 22:21 y ss.)».

(B) La mención de las funciones que ejercen el rey y los gobernadores del Estado no significa que los cristianos hayan de someterse a las autoridades únicamente cuando éstas cumplan perfectamente con sus funciones respectivas, pues entonces se abriría la puerta a toda interpretación subjetiva acerca del uso o abuso de la autoridad (la historia nos ofrece muchos y tristes ejemplos de las consecuencias que acarrea tal mentalidad: sublevaciones, guerras civiles, asesinato de personas constituidas en autoridad, etc.). El creyente cristiano está obligado a someterse a las autoridades y acatar el régimen constituido mientras no se le quiera forzar a hacer algo que es claramente contrario a la voluntad de Dios (v. Hch. 4:19, 20; 5:29). Siempre conviene recordar que el emperador romano, cuando Pedro escribía esto, era Nerón, el perverso tirano.

2. Las razones con que Pedro apoya su exhortación son dos, y ambas expresan *la voluntad de Dios* al respecto: La eficacia del buen testimonio y el correcto ejercicio de la verdadera libertad. Dicen así los versículos 15 y 16 en la NVI: *«Porque la voluntad de Dios es que, obrando el bien, reduzcáis al silencio las palabras, llenas de ignorancia, de los insensatos. Vivid como personas libres, pero no uséis de vuestra libertad para encubrir la maldad, sino portaos como siervos de Dios»*.

(A) Aunque la práctica del bien no siempre hace callar a los maliciosos, al menos les pone en evidencia de tal forma que resulta como una mordaza, puesta a su ignorancia e insensatez. El verbo griego *phimoún*, que Pedro usa aquí, es el mismo que Mateo usa para describir la forma en que Jesús hizo callar a los fariseos (Mt. 22:34). También sale en Marcos 1:25; Lucas 4:35 para describir lo mismo con respecto a los espíritus inmundos, y en Marcos 4:39 con respecto a la mar encrespada. Literalmente significa «poner un bozal o mordaza».

(B) En cuanto a la *ignorancia* a que se refiere aquí Pedro, hace notar A. Stibbs que el vocablo griego no es el corriente *ágnoia* (v. en 1:14, entre otros lugares), sino *agnosía*, que sólo ocurre aquí y en 1 Corintios 15:34 y que «insinúa, dice Stibbs, una posible obstinada falta de voluntad para aprender o aceptar la verdad». A estos ignorantes llama Pedro *insensatos* (gr. *áphrones*, lo contrario de *sóphrones).* Es el mismo vocablo de Efesios 5:17, entre otros lugares, y denota la falta de reflexión y de discernimiento que puede esperarse de quienes carecen de prudencia y de modestia. Son los que, como suele decirse, «no ven más allá de sus narices». Dice Stibbs: «Toda la frase se refiere a la clase de habladores que denigran la religión sin razón y sin conocimiento».

(C) La segunda razón por la que los cristianos deben comportarse bien, ya que la voluntad de Dios es nuestra santificación (1 Ts. 4:3), es porque ésta es la manera correcta de usar la libertad con que Cristo nos hizo libres (v. 16, comp. con Gá. 5:1, 13). Pedro hace la salvedad, como Pablo en Gálatas 5:13, de que nuestra libertad no puede ser licencia, no es como una *cobertura* (gr. *epikálumma)* con que se tapan ocultas maldades, sino la libertad propia de *los siervos* (*doúloi*, esclavos) *de Dios* (comp. con Ro. 6:12–23). La suprema libertad es la total dependencia de la infinitamente santa, sabia y poderosa voluntad de Dios.

3. El autor sagrado cierra esta porción con una exhortación que cubre un ancho campo de responsabilidades del creyente con relación a Dios y al prójimo: *«Mostrad a todos el debido respeto, amad la hermandad de los creyentes, tened temor de Dios y honrad al rey»* (NVI). La paráfrasis que la NVI hace aquí deja tan claro el sentido del versículo 17 que apenas se necesita ningún comentario. Sin embargo, me permito extraer algunas ideas iluminadoras y provechosas que aporta el magnífico comentario de R. Franco. Este autor hace ver que el primer imperativo está en aoristo, con lo que los otros tres, en presente, podrían considerarse como una «explicación de la norma general del primero», pero el orden (hermanos, Dios rey) parece ir contra esta explicación. Quizás, dice él, se deba a «meras razones eufónicas». La *«hermandad de los creyentes»* (NVI) o «fraternidad» (gr. *adelphótes*, vocablo que sale únicamente aquí y en 5:9, es el nombre que Pedro da aquí a la comunidad cristiana. Dice Franco: «La insistencia en la necesidad del amor fraterno (1:22; 3:8) le ha llevado a escoger este término para designar la Iglesia». La última parte del versículo 17: *«Tened temor de Dios y honrad al rey»* se halla en Proverbios 24:21, pero con una notable diferencia que R. Franco explica así: «Mientras aquí (en Pr. 24:21) se dice: “teme, hijo, a Dios y al rey”, San Pedro, partiendo del sentido religioso del temor como actitud fundamental cristiana (1:17; cf. Mt. 10:28), reserva el temor exclusivamente para Dios».

Versículos 18–25

Esta porción comienza (vv. 18–21a) con una exhortación a los criados (gr. *oikétai*, domésticos) para que sean sumisos a sus amos y pacientes para soportar las molestias que la servidumbre pueda acarrearles. Esto lleva a Pedro a proponer como ejemplo al Señor Jesucristo (vv. 21b–25). Dividimos, pues, en dos puntos esta sección.

1. Dicen los versículos 18–21a en la NVI: *«Vosotros, criados, someteos a vuestros amos con todo respeto, no sólo a los buenos y comprensivos, sino también a los difíciles de soportar. Porque es digno de elogio el soportar por consideración a Dios, las vejaciones injustamente inferidas. Porque, ¿qué gloria es la vuestra, si aguantáis los golpes que recibáis por obrar mal? En cambio, si sufrís por hacer el bien y lo aguantáis, eso es grato a los ojos de Dios. A esto fuisteis llamados»*.

(A) Lo primero que llama la atención en estos versículos es que Pedro no se dirige a los siervos con el acostumbrado epíteto de *doúloi*, esclavos, sino que los llama *oikétai*, domésticos. Pero esto no nos debe llamar a engaño, pues el término griego designaba a los esclavos que estaban dedicados a las labores domésticas, en contraposición a los que hacían sus trabajos fuera de casa. Estos esclavos eran, pues, los que estaban encargados de los oficios que caían de lleno bajo la supervisión de los amos y de sus esposas.

(B) El apóstol les exhorta, como a creyentes que deben, en todo momento y lugar, dar buen testimonio de su profesión cristiana, a comportarse con obediencia y sumisión, no sólo con los amos que son cariñosos y comprensivos, sino también con los que son duros y difíciles en su trato con los buenos criados. Dice que deben hacerlo *«a causa de la conciencia de Dios»* (lit.), esto es, *«por consideración a Dios»* (NVI) o «*por sentido de responsabilidad para con Dios»* (versión de R. Franco). Los puntos de vista de Pedro a este respecto son los mismos de Pablo en Efesios 6:5–8

(C) En efecto, continúa diciendo el autor sagrado, eso es lo que *tiene mérito* (v. 19), lo *que merece aprobación* (lit. *eso es gracia),* donde el griego *kháris* tiene el mismo sentido que en Lucas 6:32–34: sufrir por obrar bien, ya que, *¿cuál es la gloria* (gr. *kléos*, honor o mérito) *del que sufre por obrar mal, soportando así un castigo merecido?* (v. 20). En cambio, soportar las bofetadas o los azotes (éstos eran los más leves castigos que sufrían los esclavos a manos de *amos*—gr. *despótais*—duros), por algo inmerecido, esto sí era algo *que merece aprobación* (de nuevo, *kháris*, en el mismo sentido del v. 19) *a los ojos de Dios.*

(D) La frase inicial del versículo 21 dice textualmente: *«Porque a* (gr. *eis) esto fuisteis llamados»*. ¿Qué quiere decir? ¿Que fuimos llamados a recibir bofetadas? No directamente, puesto que nuestro llamamiento fue para la «luz *admirable»* de Dios (v. 9, al final) y *«para su gloria eterna en Jesucristo»* (5:10), pero este llamamiento comporta con mucha frecuencia el sufrimiento por hacer el bien, por lo que Pedro puede muy bien decir que también eso entraba en nuestro llamamiento.

2. A continuación, Pedro propone el admirable ejemplo de Jesucristo (vv. 21b–25): *«Porque Cristo padeció por vosotros, dejándoos la ruta señalada para que siguieseis sus huellas paso a paso. "Él no cometió pecado, ni se encontró falsía en su boca." Cuando le insultaban, no respondía con insultos; cuando estaba padeciendo, no profería amenazas, sino que se ponía en manos de Aquel que juzga con justicia. Él mismo cargó con nuestros pecados sobre su cuerpo, poniéndolos sobre el madero de la cruz, para que nosotros muramos a los pecados y vivamos para la rectitud. Por sus heridas fuisteis curados. Porque erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis retornado al Pastor y Guardián de vuestras almas»* (NVI). Muchas y profundas son las enseñanzas contenidas en estos versículos.

(A) La lectura (v. 21) «… *por vosotros, dejándoos»…* es la mejor atestiguada en los MSS más importantes. Como era de prever, los copistas (y así aparece en algunos MSS) optaron por leer: «… *por nosotros, dejándoos»… o «por nosotros, dejándonos»…* (así aparece en las ediciones de la RV anteriores a la de 1977). A primera vista, choca ciertamente que Pedro no se incluya a sí mismo en esa afirmación, y esto es lo que, sin duda, desorientó a los copistas, pero el motivo está en que la exhortación está dentro de un contexto que no le afecta a Pedro, pues trata de la sumisión paciente que los esclavos han de prestar a sus amos y, por eso, a ellos es presentado directamente el ejemplo de Cristo paciente. Que Pedro no se excluye del beneficio que comportó la obra del Calvario, se ve por el versículo 24, donde se incluye él en primera persona del plural.

(B) Dice Pedro que Jesucristo, al padecer por nosotros, *nos dejó un modelo* (gr. *hupogrammón*, escrito por debajo, es decir, *calcado).* El verbo mismo que el autor sagrado usa para lo de *«dejándoos»* es un sinónimo de *hupoleipo (hupolimpánon*, en participio de presente) y significa «dejar en pos de sí» algo que queda señalado, marcado; de forma que no hay peligro de equivocar las pisadas, pues no son huellas en la arena. También es digno de observación especial el verbo que usa para lo de *«sigáis»;* no es el

ordinario *akolouthéo*, que sale unas 90 veces en el Nuevo Testamento, sino un compuesto muy interesante, *epakolouthéo*, que sólo ocurre cuatro veces: en Marcos 16:20; 1 Timoteo 5:10, 24 y aquí, y significa «seguir muy de cerca», como poniendo los pies directamente en las huellas del otro. El verbo está en aoristo de subjuntivo y en segunda persona de plural *(epakolouthésete),* una prueba más de que la lectura *«por vosotros, dejándoos»* del mismo versículo 21 es la correcta. Pedro tendría en cuenta, al escribir esto, textos como Juan 13:7, 15, 36; 21:18 19, 22.

(C) En los versículos 22–25, el autor sagrado usa no menos de cinco citas (explícitas o implícitas) de Isaías 53. Así vemos que:

(a) El versículo 22 nos trae a la memoria Isaías 63:9. Como Pedro mismo ha dicho (1:19), Jesús era un *cordero sin mancilla y sin defecto* (NVI); no faltó, dice Pedro, ni de obra ni de palabra; al contrario, *pasó haciendo el bien* (Hch. 10:38) y *tenía palabras de vida eterna* (Jn. 6:68b). Por no tener pecados propios, no mereció sufrir por sí mismo, pero precisamente por eso mismo, pudo llevar sobre sí los pecados ajenos (v. 24).

(b) El versículo 23 corresponde a Isaías 53:7, aunque va mucho más allá, pues no sólo tiene en cuenta lo de que *no abrió su boca* al ser llevado al suplicio, sino que Pedro alude implícitamente a todo lo que Cristo sufrió en su Pasión, al guardar completo silencio ante los insultos que eran proferidos contra Él (v. Mt. 26:63; 27:12–14; Mr. 14:61, 65; 15:5; Lc. 23:9, 34). Lo de que *«se ponía en manos de Aquel que juzga con justicia»* (v. 23b. NVI) expresa muy bien el sentido del original, que calla el término directo del verbo *paredidou,* entregaba, con lo que se expresa mejor la cita de Isaías 53:6, 12 (según los LXX) y hasta se llega a entrever la paradoja de 2 Corintios 5:21, al entender el oculto término directo del verbo *«entregaba»* como referido a sí mismo: «(se) *entregaba al que juzga* (participio de presente) *justamente»* (lit.). V. Lucas 23:46; Juan 19:30.

(c) El versículo 24 hace referencia a Isaías 53:4, 5. Cada palabra contiene un abismo de doctrina: El verbo *llevó* (gr. *anénenken)* se usa generalmente como término de carácter sacrificial (es el mismo de 2:5 y He. 7:27). Pedro recalca que fue Él *mismo* (Cristo) quien ofreció el sacrificio, pues *llevó su cuerpo al altar de la Cruz cargado con nuestros pecados.* Pedro dice literalmente que *«llevó nuestros pecados en su cuerpo a sobre* (*epi* con acusativo, idea de movimiento) *el madero»*. En otras palabras, y esto es importante: Dios no le puso encima nuestros pecados cuando ya estaba en la Cruz, sino que subió a ella cargado ya con los pecados de la humanidad; sin esa carga previa, no habría podido recibir la maldición del colgado (v. Gá. 3:13).

(d) Pedro continúa diciendo (v. 24b) que la muerte de Cristo tuvo por objeto, no sólo librarnos de la condenación que sobre nosotros pesaba a causa de nuestros pecados, sino tambien para que *alejándonos de los pecados viviésemos para la justicia* (lit.). El verbo *apoguenómenoi* (participio de aoristo, de una vez por todas; comp. con Ro. 6:10–12) no ocurre en ningún otro lugar de la Biblia Griega, y expresa la idea de «partir» en el sentido de «marcharse de este mundo», por lo que las versiones lo traducen por *«muriendo» o «muertos»*. Es lo mismo que pone de relieve Pablo en todo el capítulo 6 de *Romanos,* especialmente en los versículos 2, 12–18.

(e) Termina el versículo 24 con una frase que nos recuerda lo que dice Isaías 53:5 *«Por su azotaina, hubo curación para nosotros»* (lit.). El léxico de Pedro en esa frase es el mismo de los LXX en Isaías 53:5. El griego *mólops* significa las moraduras que produce una azotaina. El autor sagrado recordaba, sin duda, los numerosos azotes que Jesús recibió antes de ser llevado al Calvario y, movido por el Espíritu Santo, vio en eso el cumplimiento de la profecía de Isaías. A. Stibbs cita una bella frase de Teodoro: «Nuevo y extraño método de curar; el médico sufrió el costo, y el enfermo recibió la curación».

(f) El versículo 25 se abre con una referencia a Isaías 53:6, donde vemos la condición general de la humanidad: *«Todos nosotros nos descarriamos como ovejas»,* dice el profeta. Pedro dirige estas palabras a sus lectores, no para decir lo que son, sino lo que eran: *«erais como ovejas descarriadas»* o, más exactamente, *«estabais descarriados como ovejas»* (lit.), es decir, como ovejas «sin guía, sin defensa, sin pastor» (Salguero). El verbo que expresa el «retorno» al Pastor es el ya conocido *epistrépho,* con el que el Nuevo Testamento describe la conversión a Dios (v. Hch. 3:19; 9:35; 11:21; 14:15; 15:19; 26:18, 20; 28:27; 2 Co. 3:16; 1 Ts. 1:9; Stg. 5:19, 20 y aquí). Está en aoristo de indicativo de la voz pasiva, lo cual da a entender claramente que la conversión es obra de la gracia de Dios. Pedro llama a Cristo *«el Pastor y Guardián»* (gr. *epískopon) de vuestras almas* (v. 25, al final). Véase el comentario a 5:1–4 y compárese también con Hechos 20:17, 28, por donde vemos que los términos griegos *Poimén* (Pastor) y *Epískopos* (Guardián o Supervisor) no son, en realidad, dos títulos diferentes, sino que el segundo como hace ver A.

Stibbs, «es una descripción de la función del Pastor». Podemos suponer que Pedro recordaba, al escribir esto, lo que el propio Señor había dicho en Juan 10, especialmente en el versículo 16, donde se hace evidente que el Pastor que da unidad al rebaño no es el Papa (v. también los vv. 4–8), sino Jesucristo mismo.

CAPÍTULO 3

En este capítulo, siguiendo con las normas de conducta para los creyentes, Pedro: I. Trata de los deberes conyugales (vv. 1–7). II. Basado en Salmos 34:12–16, hace un resumen de lo que debe ser la conducta del cristiano (vv. 8–12). III. Expone la forma en que los creyentes deben comportarse bajo el sufrimiento (vv. 13–17), y IV. Vuelve a poner por ejemplo a Jesucristo en un pasaje tan lleno de doctrina como de grandes dificultades exegéticas (vv. 18–22).

Versículos 1–7

En estos versículos, Pedro trata de los deberes conyugales, dirigiéndose primero (vv. 1–6) a las mujeres, y después (v. 7) a los maridos. No puede menos de notarse la gran diferencia entre esta porción y la de Pablo en Efesios 5:22 y ss. Mientras Pablo dedica mucho más espacio a los maridos que a las mujeres, Pedro dedica muchisímo más a las mujeres que a los maridos. Es cierto que el enfoque es distinto, como distinto es el contexto en uno y otro de los pasajes: en Efesios 5, todo el pasaje está dominado por la llenura del Espíritu (Ef. 5:18 y ss.), mientras que aquí lo que impera es la razón de «buen testimonio», cómo ganar al otro y dar gloria a Dios (v. el resto del cap. 3 y todo el cap. 4). El autor sagrado hace ver a las mujeres cristianas: 1) Que la sujeción amorosa a los maridos es el mejor método para ganarlos (vv. 1, 2). 2) Que la modestia en el vestir, junto con la mansedumbre interior, es el atavío en que Dios se complace (vv. 3–6).

1. Dicen así los versículos 1 y 2 en la NVI: *«Vosotras, mujeres, de la misma manera sed sumisas a vuestros maridos, a fin de que, si algunos se muestran reacios a creer en la Palabra, sean ganados sin palabras por la conducta de sus esposas, al observar de cerca la pureza y el respeto con que os comportáis»*.

(A) *De la misma manera* no significa que las esposas hayan de someterse a sus maridos *del mismo modo* que los esclavos a sus amos, sino que, como en otros lugares, equivale a *«también»* (comp. con el *«igualmente»* de Lc. 13:3, 5).

(B) El verbo para expresar la *sumisión* de las esposas es el mismo de Efesios 5:22, donde puede verse el comentario.

(C) Por lo que vemos, Pedro da a entender que algunas de las mujeres creyentes tenían maridos inconversos y quiere que los ganen para el Señor por medio de la sumisión amorosa y del respeto obsequioso, más bien que con «sermones» que no van refrendados por un afecto sincero. El verbo con que Pedro expresa la forma en que los maridos se percatan del comportamiento de sus esposas es el mismo (y son las dos únicas veces que tal verbo sale en el Nuevo Testamento) de 2:12, y denota una *observación atenta* que produce un efecto rápido (pues el verbo está en participio de aoristo). Dicho comportamiento (el conocido vocablo *anastrophe')* es descrito como *«puro» (hagnén*, el mismo término de 1 Jn. 3:3) y «*en temor*» (lit.), esto es, respetuoso.

2. De ahí pasa el autor sagrado a exponer más detalladamente en qué consiste, en su manifestación al exterior, la pureza y la sumisión de las esposas a sus maridos: en el atavío modesto y el respeto cotidiano. Dicen así los versículos 3–6 en la NVI: *«Vuestra belleza no debe surgir de adornos exteriores, tales como un trenzado de cabello y un enjoyarse de oro o ponerse suntuosos vestidos, sino que debería brotar del interior de vuestra propia personalidad: la inmarcesible belleza de un carácter suave y apacible, que es lo que tiene verdadero valor a los ojos de Dios. Porque de esta manera es como hacían resaltar su belleza las santas mujeres del pasado, que tenían puesta su esperanza en Dios. Vivían sumisas a sus maridos, como Sara, que obedecía a Abraham y le llamaba su señor. Vosotras sois sus hijas en la medida en que obréis el bien y no cedáis a ninguna intimidación»*.

(A) Como Isaías en su tiempo (v. Is. 3:18–24; comp. con 1 Ti. 2:9, 10), también Pedro hace ver (vv. 3, 4) a las mujeres que la modestia en el vestir y adornarse es del agrado de Dios, mientras que los excesos en esta materia denotan superficialidad de carácter y hasta muestran una lasciva coquetería. La verdadera belleza de la mujer, dice Pedro, brota del interior, del *«ser humano oculto del corazón»* (lit.), del manantial mismo de toda la conducta (comp. con Ef. 3:16). Allí es donde anida *«lo incorruptible de un espíritu manso y tranquilo»* (lit.). Al citar a M. Sales, dice Salguero: «La dulzura y la modestia son el más bello adorno de la mujer cristiana y contribuyen a la paz y al buen orden de la familia».

(B) Pedro prosigue diciendo que así es como se adornaban las santas mujeres del pasado (v. 5), «santas» especialmente porque pertenecían al pueblo escogido y así habían hecho del Dios de Israel el objeto de su confianza. El autor sagrado singulariza a Sara (v. 6) como ejemplo de sumisión al marido, fijándose especialmente en el respeto que mostraba a su marido, llamándole *«mi señor»* (v. Gn. 18:12). Por cierto, lugares como Génesis 16 nos muestran que el carácter de Sara dejaba mucho que desear, pero, lo mismo que en *Hebreos* 11, Pedro hace resaltar el «lado bueno» de las personas, dándonos un buen ejemplo a todos los que estamos más o menos inclinados a poner de relieve el «lado malo» de otros, quizás por una secreta envidia mal enmascarada.

(C) De la misma manera que los verdaderos descendientes de Abraham no son los que de él proceden según la carne, sino los que imitan su fe (comp. con Ro. 4:16; 9:8), así tampoco son hijas de Sara las mujeres que de ella descienden según la carne, sino las que la imitan en su obediencia y respeto al marido. La última frase del versículo 6: *«no temiendo* (participio de presente) *ninguna intimidación»* (lit.) muestra que el carácter de la esposa cristiana incluye la fortaleza juntamente con la mansedumbre y la dulzura. La frase parece calcada de Proverbios 3:25 en la versión de los LXX, que dice: *«No temerás la intimidación* (los mismos vocablos que aquí) *que sobrevenga»*. Dice Salguero: «El autor sagrado debe de pensar, sin duda, en las amenazas con las que un marido pagano podía intimidar a su mujer. En la prueba, la mujer cristiana no ha de inquietarse por nada, antes bien ha de conservar la serenidad, preocupándose únicamente por hacer el bien y agradar a Dios».

3. Tras de la exhortación a las esposas cristianas, viene la que Pedro hace a los esposos cristianos (v. 7). Es un solo versículo, pero lleno de detalles interesantes y muy prácticos: *«Maridos, sed igualmente comprensivos al convivir con vuestras esposas y tratadlas con respeto como a seres humanos más frágiles y como a coherederas vuestras del gratuito don de la vida, a fin de que así no haya nada que obstaculice la eficacia de vuestras oraciones»* (NVI).

(A) El *igualmente* del versículo 7, como el que encabeza el versículo 1, da a entender que también los maridos tienen obligaciones hacia las esposas, no que las obligaciones sean *iguales* (v. el comentario al v. 1). Pedro exhorta a los maridos cristianos a *cohabitar* (participio de presente), vocablo que incluye todos los aspectos físicos, psíquicos y espirituales de la vida cotidiana, *comprensivamente* (gr. *katá gnósin*. Lit. *según conocimiento),* es decir, con la prudencia y comprensión basadas en un buen conocimiento del carácter peculiar de la mujer. Por supuesto, este *conocimiento* supone tambien, según el uso constante del Nuevo Testamento, el conocimiento experimental de Dios.

(B) Este conocimiento de la propia mujer está basado, según Pedro, en dos consideraciones fundamentales: (a) En lo natural, la *fragilidad* característica del llamado «sexo débil»; el vocablo griego, en efecto, significa *«más débil»,* lo cual tiene una marcada connotación física, aunque no debe marginarse la idea de debilidad psíquica por la que la mujer es, por su receptividad, más sugestionable: expuesta a la seducción (v. 2 Co. 11:3; 1 Ti. 2:14, muy interesante para clarificar el contexto anterior), por lo que necesita la protección de su marido (v. Ef. 5:28, 29). (b) En lo sobrenatural, en cambio, la igualdad es completa (aquí es donde tiene aplicación lo de *«no hay varón ni mujer»* de Gá. 3:28): Las mujeres son coherederas, sin distinción alguna, *de la gracia de la vida* (lit.), esto es, del don gratuito de la vida eterna que Dios imparte por igual a hombres y mujeres que, por fe, se allegan a Cristo (2:4).

(C) La frase final es de una importancia práctica enorme: *«a fin de que vuestras oraciones* (gr. *proseukhás*, súplicas, oraciones de petición especialmente) *no sean obstaculizadas»* (lit.). La metáfora es sumamente expresiva: Pedro contempla a los esposos cristianos orando juntos, como debe ser (los unidos en oración, difícilmente se separan en acción). Si las mujeres prestan a los maridos el debido respeto, y los maridos a las mujeres la debida consideración (comp. con Ef. 5:22 y ss.), esas oraciones suben al trono de la gracia sin estorbos en el tráfico que va en dirección al cielo (¡hacia arriba!). Pero si hay disensión, resentimiento, rencillas sin solucionar ni perdonar (como heridas no vendadas), esas oraciones hallan un estorbo, una como barrera, en su ascenso; las señales de «tráfico» pregonan un «desvío». Donde

no hay «sinfonía» de voces (v. el comentario a Mt. 18:19), no puede esperarse el aplauso del cielo. En realidad, tal oración es un acto de la peor hipocresía (comp. con Mt. 5:22–24). ¡Juzguen los hermanos lectores por su propia experiencia!

Versículos 8–12

En la presente porción, el autor sagrado, basándose en Salmos 34:12–16 resume sus exhortaciones a observar una conducta genuinamente cristiana. Viene primero la exhortación (vv. 8, 9) y, después, la cita de la Escritura del Antiguo Testamento (vv. 10–12).

1. Dicen los versículos 8 y 9: *«Finalmente, vivid todos vosotros en armonía unos con otros; sed simpáticos, afectuosos con los hermanos, tened entrañas de compasión y sed humildes. No devolváis mal por mal, ni insulto por insulto; al contrario, responded siempre con bendiciones, porque en orden a esto fuisteis llamados, para poseer en herencia una bendición»* (NVI, exactamente fiel al original).

(A) *«Finalmente* (gr. *to de telos)* es una expresión de resumen de lo dicho, a la vez que, en el caso presente, ofrece una gama de facetas ampliamente inclusiva de todos los aspectos en que se manifiesta la verdadera generosidad cristiana.

(B) Todos los vocablos griegos son sumamente expresivos (v. 8): (a) *homóphrones* indica un mismo sentir. Es la única vez que tal vocablo ocurre en el Nuevo Testamento, pero la raíz *«phron»* nos conduce al verbo *phroneíte* de Filipenses 2:5. (b) *Sumpatheís*, que la NVI ha vertido por *«simpáticos»*, no tiene el sentido que hoy tiene tal vocablo castellano, sino que cala más hondo; su etimología es «padecer con» y su verdadero sentido bíblico puede verse en el verbo *sumpathésai* de Hebreos 4:15 (v. el comentario a dicho lugar). Es ésta la única vez que el adjetivo *sumpathés* sale en el Nuevo Testamento (c) *Philádeiphoi* son los que sienten afecto fraternal y, aunque como los vocablos anteriores, es la única vez que sale en el Nuevo Testamento; el sustantivo de la misma raíz, *philadelphía*, es uno de los favoritos de Pedro, pues de las seis veces que sale en el Nuevo Testamento, tres son de su pluma (1:22 y, dos veces, en 2 P. 1:7). (d) *Eúsplankhnoi*, de buenas entrañas, sale únicamente aquí y en Efesios 4:32, pero el verbo y el nombre sustantivo de la misma raíz (*splankh*) ocurren 23 veces; el verbo se refiere siempre al Señor Jesucristo. (e) *Tapeinóphrones*, humildes, es un adjetivo que ocurre únicamente aquí, pero el sustantivo de la misma raíz y formación sale siete veces en el Nuevo Testamento. El *«amigables»* de la Reina-Valera es incorrecto.

(C) Tras esta lista de cristianas cualidades, Pedro añade (v. 9), en breves frases, otras que son lógica consecuencia de las anteriores: (a) *No devolviendo mal por mal* (lit. Comp. con Mt. 5:39; Ro. 12:17; 1 Ts. 5:15). (b) O *insulto por insulto* (gr. *loidoría).* Anteriormente (2:23) había puesto el ejemplo de Cristo con relación a esto (v. también Mt. 5:44; Lc. 6:28; Ro. 12:14; 1 Co. 4:12 y ss.). (c) En lugar de devolver mal por mal y ultraje por ultraje, los cristianos han de devolver *bendición,* lo cual, dice A. Stibbs, «incluye las ideas de hablar bien de los que hablan mal de nosotros, de mostrarles una bondad activa, esto es, impartiéndoles cosas de bendición, y rogando la bendición de Dios sobre ellos». La frase final del versículo 9, *«pues para esto fuisteis llamados»* es la misma que la de 2:21 (con la ligera diferencia de la conjunción: *hoti*, aquí, en lugar del *gar* de 2:21). También es diferente el objetivo del llamamiento en uno y otro caso: en 2:21, era portarse cristianamente sean cuales sean las consecuencias, en 3:9b, *heredar la bendición* (lit.). Dice R. Franco: «La "bendición" que heredan los cristianos es el compendio de todas las promesas mesiánicas (Gá. 3:9; Ef. 1:3) y su carácter escatológico colorea de sentido trascendente la cita del Salmo 33 (en los LXX; 34, en el hebreo. El paréntesis es mío) en los versículos siguientes».

2. Viene a continuación (vv. 10–12) la cita de Salmos 34:12–16 con que apoya Pedro lo que acaba de recomendar. Dicen así dichos versículos en la NVI: *«Quienquiera que tenga apego a la vida y desee disfrutar de días felices, ha de refrenar su lengua del mal y sus labios de hablar engaño. Debe apartarse del mal y practicar el bien; ha de buscar la paz y procurarla con empeño. Porque los ojos del Señor velan por los justos y sus oídos están alerta a sus oraciones, pero el rostro airado del Señor persigue a los que obran el mal».*

(A) La variante más notable que observamos en el texto original es el cambio que Pedro hace de la segunda persona a la tercera. La razón es porque Pedro comienza la cita de forma indefinida *(«el que quiera»*. Lit.), mientras que el salmista (según los LXX, que en esto siguen al hebreo) comienza con la pregunta: *«¿Quién es el varón que desea …?»,* para pasar enseguida al uso de la segunda persona: *«refrena tu lengua de hablar el mal …».*

(B) Pero el cambio fundamental de perspectiva que la cita adquiere en la pluma de Pedro se debe al distinto sentido que el vocablo *«vida»* (v. 10, comp. con Sal. 34:13) tenía para los judíos que leían el salmo y el que tenía para los lectores de la Epístola de Pedro. En el salmo, la vida que allí se contempla es la vida temporal, larga y próspera, mientras que, en la pluma de Pedro, recibe una tonalidad mucho más profunda: es la vida digna de vivirse, vida en la que no cabe el aburrimiento ni la frustración (comp. con Ec. 2:17).

(C) También la retribución que Pedro contempla es diferente de la que el salmista proclama. En Pedro, el final del versículo 9 tiñe de sentido escatológico la *vida* que cita del salmo, con lo que la protección que Dios tiene de los suyos (v. 12, comp. con Sal. 34:15) incluye la continua preservación para la gloria futura (v. Jn. 10:28, 29), mientras que el castigo de los malos sobrepasa los límites de esta vida, por lo que Pedro se calla la segunda parte del versículo 17 del salmo (v. 16 en nuestras versiones), pues en ella se alude a un castigo meramente terreno, temporal: «*para exterminar de la tierra la memoria de ellos*». Lo esencial en ambos casos es el agrado con que Dios se complace en los justos y el desagrado que siente hacia los malvados.

Versículos 13–17

En estos versículos, el autor sagrado expone la forma en que deben conducirse los cristianos bajo el sufrimiento. Su pensamiento puede reducirse a lo siguiente: I) Los que obran el bien cuentan con la protección de Dios (vv. 13, 14a). 2) Por lo cual no tienen por qué temer nada ni a nadie, sino aprovechar las ocasiones para dar un buen testimonio (vv. 14b–16). 3) Padecer al hacer el bien es mejor que gozar al hacer el mal (v. 17).

I. Dicen los versículos 13, 14a en la NVI: *«Así que ¿quién os va a hacer daño, si vosotros sois entusiastas partidarios de promover el bien? Con todo, si padecéis a causa de vuestra rectitud, felices de vosotros»*.

(A) Pedro sigue aquí la misma línea de pensamiento de 2:19 y ss.; 4:15 y ss. El cristiano no tiene por qué entristecerse si sufre por hacer el bien, sino más bien tiene motivo para alegrarse. Quizás el versículo 13 sea un eco lejano de Proverbios 16:7, por lo que algunos autores piensan que el autor sagrado (como en 2:14) da a entender que no es probable que alguien haga daño a quien hace el bien. Así debería ser, por lo que Pedro, según esta opinión, revelaría su hondo optimismo «que se resiste a creer que alguien pueda hacer el mal al que busca el bien» (R. Franco).

(B) Pero, ¿es eso lo que la experiencia nos enseña? La reserva con que comienza el versículo 14 da a entender que el autor sagrado no se hacía ilusiones: Los cristianos, a pesar de hacer el bien, pueden ser realmente maltratados. Pero, aun en ese caso (nótese el modo optativo en el verbo *páskhoite), «dichosos»* (gr. *makárioi)* dice lacónicamente el original.

(C) Esto significa, ni más ni menos, que el *daño* que un creyente pueda sufrir por hacer el bien no es *daño real*, sino una bendición, ya que está siguiendo muy de cerca las pisadas del Maestro (2:21); más aún, es Cristo, el que vive en él, quien está sufriendo en él (v. Gá. 2:20; Col. 1:24). Si *«todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios»* (Ro. 8:28), ¡cuál no será la bendición de los hijos de Dios que así glorifican a su Padre Celestial por medio del sufrimiento injustamente infligido! *«Dichoso»*, como hace ver Stibbs, «no significa “sentirse deleitado”, sino “gozar de un alto privilegio”».

2. De ahí pasa Pedro a decir (vv. 14b–16) que los cristianos que así están expuestos a los malos tratos no tienen por qué temer, sino más bien deben glorificar a Cristo y aprovechar las ocasiones de dar buen testimonio de palabra y de obra. Dicen esos versículos en la NVI: *«No tengáis miedo de sus amenazas ni os pongáis a temblar; por el contrario, reconoced en vuestro interior a Cristo como al Señor santo, y estad siempre preparados para dar una respuesta adecuada a cualquiera que os pida una explicación de la esperanza que abrigáis; pero habladle con amabilidad y respeto y con la conciencia limpia, a fin de que los que critican vuestro buen comportamiento en Cristo, queden avergonzados de sus calumnias»*.

(A) En consonancia con el contexto anterior, Pedro usa (v. 14b) frases semejantes a las que Isaías (Is. 8:12b, 13) registró de parte de Jehová, quien le animaba a no temer las amenazas del rey Ajaz y del pueblo mismo. Es probable que Pedro recordara también las palabras de Jesús en el Aposento Alto (Jn. 14:27, comp. con Mt. 10:28; Ro. 8:18).

(B) En Isaías 8:13 se habla de *santificar a Jehová de las huestes.* Pedro dice (v. 15), según los MSS de mayor crédito, *«santificad en vuestros corazones como Señor al Cristo»* (lit.), con lo que pone al Señor Jesucristo al mismo nivel de Jehová, reconociéndole así implícitamente como a Dios. *Santificar,* lo mismo aquí que en Isaías 8:13, significa *reconocer y mostrar* que Dios (aquí, Cristo) es el único a quien hay que temer y del que hay que esperar salvación.

(C) Sin temor a nada ni a nadie más que a Dios, el cristiano puede y debe tener la serenidad suficiente, *estar bien preparado* (se incluye, por supuesto, la necesaria preparación doctrinal) *para dar respuesta adecuada* (gr. *apologuían,* defensa—aquí, mejor que disculpa—). Nótese que Pedro no dice que hayan de dar *una explicación* (gr. *lógon,* razón) *de su fe,* sino *de su esperanza.* Dos motivos pudo tener el autor sagrado para decir *«esperanza»* en lugar de *«fe»:* (a) La costumbre de Pedro de caracterizar la religión cristiana como una *esperanza* gloriosa (v. 1:3, 13:21; 3:5, 15). (b) El aliciente especial que la esperanza ofrece, pues añade al objeto de la fe el matiz de *deseable.* En realidad, sobre todo hoy, a la gente del mundo los artículos de fe le interesan muy poco o le parecen todos igualmente buenos o igualmente malos; en cambio, todo el que observa atentamente la conducta de un cristiano consecuente, se pregunta: «¿Qué es lo que espera de la religión esta persona? ¿Por qué no "corre con nosotros"?» (4:4).

(D) Para que tal explicación de nuestra esperanza sea efectiva, el autor sagrado dice (v. 16, en el texto griego) que ha de hacerse: (a) *con amabilidad* (lit. *con mansedumbre).* El talante agresivo y las palabras airadas no son propias del creyente sincero, sino del fanático, quien, como decía Santayana, suple con el grito lo que le falta de razón; (b) *con respeto* (lit. *temor),* es decir, sin la arrogancia ni la autosuficiencia de quien se cree saberlo todo y no está dispuesto a escuchar las razones de nadie. El cristiano, en esto como en todo, ha de saber *escuchar,* lo cual se hace cada vez más difícil en estas postrimerías del siglo xx, cuando casi todos se escuchan exclusivamente a sí mismos sin atender a lo que dicen los demás; (c) *con buena conciencia,* sin lo cual, no sólo resulta imposible dar una buena explicación de nuestra esperanza, sino que se halla en peligro la misma fe (v. Hch. 24:16; 1 Ti. 1:19).

(E) Si os comportáis de esta forma, viene a decir Pedro, *los que calumnian* (lit., y en participio de presente continuativo, *difaman, denigran,* con desprecio abusivo e infundado) *vuestra buena conducta en Cristo* (por su gracia y en comunión vital con Él), tendrán motivo para *avergonzarse* (el gr. *kataiskhunthósin* nos describe el gesto del que, al no poder sostener una falsa alegación, se ve obligado a bajar la cabeza y cerrar la boca) precisamente en aquello *en lo que se habla mal de vosotros, rebajándoos* (gr. *katalaleísthe,* en presente de indicativo de la voz pasiva).

3. En el versículo 17, Pedro saca la conclusión de que padecer haciendo el bien es mucho mejor que ser castigado por hacer el mal: *«Porque mejor es que padezcáis haciendo el bien, si la voluntad de Dios así lo quiere, que haciendo el mal».* El pensamiento es el mismo de 2:20; 4:15 y ss. Cuando los malhechores sufren por hacer el mal están recogiendo el fruto de su mala conducta. En cambio, cuando los cristianos padecen por hacer el bien, el sufrimiento no es una consecuencia lógica de su conducta, sino más bien una participación en los padecimientos de Cristo, quien, en realidad, es quien padece en ellos, como ya hemos dicho en otros lugares. De ahí pasa Pedro a poner el ejemplo de Cristo: Nadie como Él sufrió tanto por hacer tanto bien, ni con tanta sinrazón.

Versículos 18–22

En estos versículos el autor sagrado describe: 1) el objetivo de los sufrimientos de Cristo con respecto a nosotros (v. 18); 2) la proclamación de su triunfo sobre el mal, triunfo conseguido en la Cruz (vv. 19, 20); 3) nuestra resurrección con Cristo, simbolizada en el bautismo (v. 21); y 4) su exaltación a la diestra del Padre (v. 22).

1. Para no prejuzgar, a favor de una interpretación determinada, el sentido del original, voy a dar, en toda esta porción, la versión literal del texto. Dice así en el versículo 18: *«Pues también Cristo padeció* (mejor atestiguado que *murió) una sola vez por (perí,* con respecto a) (los) *pecados,* (el) *justo por* (gr. *huper,* a favor de) (los) *injustos, para conducirnos ante Dios; se le dio muerte, es cierto, en* (la) *carne, mas fue devuelto a la vida en* (el) *espíritu».*

(A) Ya hemos dicho que *padeció* está mejor atestiguado en los MSS que *murió,* aun cuando la mayoría de los modernos prefiere traducir *«murió».* El mayor inconveniente contra esta versión es que rompe el hilo del contexto, donde se habla de padecer, no de morir.

(B) Lo de *una sola vez* está en consonancia, no sólo con el hecho histórico en sí, sino también con la enseñanza de Hebreos 9:12, 26, 28; 10:10, 12. Se destaca aquí, lo mismo que en *Hebreos,* «la suficiencia absoluta del sacrificio de Cristo en oposición a la insuficiencia de los sacrificios del Antiguo Testamento, que necesitaban repetirse continuamente» (R. Franco).

(C) Pone de relieve Pedro el caso único que ofrece Cristo en esto de padecer: Padeció siendo completamente *justo,* inocente (comp. con He. 7:26), padeció *a causa de los pecados* ajenos, y padeció *a favor de* quienes eran pecadores, *injustos,* enemigos de Dios (comp. con Ro. 5:6–10). La fraseología describe a las claras el aspecto sustitutorio de la obra de la Cruz, aun cuando Pedro no utilice la preposición *antí.*

(D) Dice el autor sagrado que Cristo padeció todo esto *para conducirnos ante* (gr. *prosagágue,* en aoristo de subjuntivo) *Dios.* La idea latente en dicha frase es la de nuestra reconciliación con Dios mediante la obra de la Cruz (comp. con Ro. 5:1, 2; 2 Co. 5:19–21), pues así es como se nos abrió el acceso al trono de la gracia (He. 4:14–16, comp. con Mr. 15:38).

(E) El participio de aoristo pasivo *thanatotheís* expresa el padecimiento de una muerte violenta. *Carne y espíritu* están sin artículo en el original y no hay por qué entenderlos de otra manera que como los dos constitutivos de la persona (v. Gn. 2:7; Ec. 12:7). El contraste está puesto para dar a entender el resultado triunfal de la muerte de Cristo: Aun cuando corporalmente, en la *carne,* en su calidad de hombre mortal, se le dio una muerte violenta, en el *espíritu,* en su condición posterior de resucitado, entró en una nueva fase de vida más plena; fue hecho, como dice Pablo (1 Co. 15:45), *espíritu vivificante.*

2. Los versículos 19 y 20 están erizados de dificultades, que trataremos de solventar, tras de ofrecer lo que dice a la letra el original: *«En el cual (espíritu,* del v. 18, al final) *también marchó a proclamar a los espíritus en prisión, que en otro tiempo desobedecieron* (gr. *apeithésasin,* no se dejaron persuadir, en participio de aoristo) *cuando aguardaba la longanimidad de Dios en* (los) *días de Noé mientras era preparada* (participio de presente) *el Arca,* (entrando) *en la cual unos pocos, esto es, ocho personas* (éste es aquí el sentido de *psukhás,* como en Hch. 2:41, por ejemplo) *se salvaron por medio del agua».*

(A) El versículo 19 dio ocasión a la frase del *Credo* que dice *«descendit ad inferos»,* mal traducida por *«descendió a los infiernos»,* tal como se recita y se canta en el Credo de la Iglesia de Roma. En dicha Iglesia, esto dio origen al llamado «limbo de los justos», y esta enseñanza subyace todavía a la disparatada interpretación que el dominico Salguero hace de todo el pasaje en contraste con la erudita y estupenda del jesuita R. Franco. Las dificultades de este versículo son tres:

(a) ¿En qué sentido puede decirse que Cristo fue *en espíritu* al lugar donde estaban *los espíritus en prisión?* Las distintas opiniones son expuestas clara y concisamente en la *Ryrie Study Bible:* «Algunos piensan que esto significa que Cristo, entre Su muerte y Su resurrección, descendió al Hades y ofreció a los que vivieron antes de Noé (v. 20) una segunda oportunidad de salvación, doctrina que carece de base bíblica. Otros dicen que fue simplemente un anuncio de Su victoria sobre el pecado a los que estaban en el Hades, sin ofrecer una segunda oportunidad. Lo más probable es que esto sea una referencia al Cristo preencarnado predicando mediante Noé a los que, por haber rechazado ese mensaje, son ahora espíritus en prisión». Personalmente, esta última interpretación me parece la más probable.

(b) Sin embargo, las dificultades no acaban ahí. En efecto, ¿quiénes son esos *espíritus en prisión* de que nos habla Pedro en el mismo versículo 19? Las interpretaciones son dos, y voy a resumirlas del comentario de E. G. Selwyn citado tanto por el evangélico A. Stibbs como por el jesuita R. Franco:

La primera y tradicional interpretación, aplica la palabra *espíritus* a las almas de los difuntos, con referencia especial a los que murieron en tiempos de Noé, mientras se preparaba el Arca. Esta interpretación tiene a su favor que estas personas desobedecieron realmente al mensaje que proclamaba Noé (v. He. 11:7) durante la fabricación del Arca, pero tiene en contra suya que el término *espíritus* (sin más calificación ni determinación) nunca se usa en la Biblia para designar las almas de los difuntos.

La segunda, moderna, interpretación se apoya en los siguientes datos: El término *espíritus* se usa siempre para designar seres sobrenaturales, buenos o malos; la tradición judía era constante en considerarlos como transgresores del orden establecido por Dios, y, en consecuencia, castigados, en un tiempo inmediatamente anterior al Diluvio, a permanecer en prisión hasta el día del Juicio; y, lo que es más fuerte, parece ser que a tales espíritus hacen referencia 2 Pedro 2:4 y Judas 6, 7. Estos argumentos son verdaderamente fuertes con la sola dificultad de ver cómo puede determinarse la actual desobediencia de estos espíritus a un mensaje predicado mientras se preparaba el Arca. Además, si se adopta esta

interpretación, es preciso entender que dichos *espíritus,* ángeles caídos, son *los hijos de Dios* de que habla Génesis 6:2, lo que todavía, al que esto escribe, le resulta difícil de «tragar».

(c) La tercera dificultad, aunque no tan fuerte como las anteriores, se refiere al sentido del verbo *ekéruxen*, proclamó. El verbo era usado en el griego clásico para designar el oficio del *kérux*, heraldo o pregonero, encargado de hacer públicos los edictos o bandos de las autoridades, como los hemos conocido todavía en nuestros siglo. De esta raíz se deriva el término *kerygma*, tan de moda en nuestros días para aludir a la proclamación del Evangelio. Sin embargo, dicho verbo no indica necesariamente el anuncio de una Buena Noticia (para eso están el verbo *euanguelízo* y el sustantivo *euanguélion).* Por tanto, puede entenderse de la proclamación del definitivo triunfo de Cristo sobre el mal, hecha a los espíritus malos en prisión, si se acepta la interpretación que ve en ellos a los ángeles caídos. Si por *espíritus* se entienden las almas de los difuntos, que en tiempo de Noé desecharon el mensaje, habría que entender el verbo *kerússein* como sinónimo de *euanguelízein*.

(B) Después de esta disertación, sólo requiere explicación la última frase del versículo 20: *«se salvaron por medio del agua»*. Al tener en cuenta que el original usa la preposición de movimiento *eis* para designar la entrada en el Arca, que el verbo *se salvaron* (más exactamente, *fueron salvados)* lleva el prefijo *dia* (a través de) y que dicho prefijo se usa también en forma de preposición de genitivo para decir que *se salvaron por medio del agua,* la frase parecería indicar que pasaron por el agua para entrar en el Arca, pero también es posible la interpretación de que «el diluvio fue el medio de su salvación, porque el juicio que produjo a otros la muerte, produjo paradójicamente para éstos la liberación hacia un nuevo mundo» (Stibbs). En favor de esta segunda opinión está el contexto posterior, que habla del bautismo.

3. Dentro del contexto en que se considera el triunfo de Jesús mediante la obra de la Cruz, y al aprovechar la mención del Arca en que Noé y su familia se salvaron de perecer en el Diluvio, Pedro habla a continuación del bautismo cristiano y de su conexión con la resurrección de Jesucristo. Dice a este respecto el versículo 21, según la letra del texto original: *«La cual (agua,* del versículo anterior) *también a vosotros os salva ahora* (como) *bautismo correspondiente* (gr. *antítupon,* antitipo), *no* (como) *eliminación de suciedad de la carne, sino* (como) *apelación de una buena conciencia a Dios, mediante la resurrección de Jesucristo»*. Al ser una versión literal probable, es menester, antes de entrar en el análisis del texto, hacer algunas observaciones:

(A) El pronombre relativo neutro *ho*, con que comienza el versículo en el original, aparece en nominativo en la mayoría de los más fiables MSS, y así lo hemos traducido (también la NVI); en algunos MSS está en dativo, y así lo ha vertido la Reina-Valera. No falta algún MS que lo tiene como adverbio (*os,* como), y hasta hay algunos MSS que lo suprimen. Por aquí verá el lector una de las dificultades de este difícil versículo, cuyo sentido, no obstante, es bastante claro.

(B) El vocablo que hemos traducido por *«apelación»* es, en el griego original, *eperótema,* que puede significar «pregunta», «petición», «demanda» y hasta «respuesta» Creo que el término *«apelación»,* que sugiere el Diccionario Conciso del Nuevo Testamento Griego de las Sociedades Bíblicas Unidas es excelente para dar el verdadero sentido de la frase.

(C) La frase final «mediante *la resurrección de Jesucristo»,* uno más de los frecuentes ejemplos de hipérbaton, debe conectarse con *«también a vosotros os salva ahora»;* por eso, nuestra RV, con muy buen acuerdo, ha puesto en paréntesis las frases intermedias.

(D) Como observación final, verá el lector que hemos traducido *«a vosotros …»,* pues la lectura *«nos»* carece de toda base textual.

(E) Lo que Pedro quiere decir, pues, en dicho versículo 21 es que el agua por medio de la cual se salvó de la catástrofe Noé con su familia era *tipo* del *bautismo;* por eso, dice que el bautismo es *antitipo* del agua aquella. Para quitar la impresión de que el agua del bautismo pueda tener alguna eficacia para limpiar por sí misma, añade que tiene una significación (¡es un símbolo!) más profunda: expresa *la apelación de una buena conciencia a Dios,* y corresponde al propósito divino de *conducirnos a Dios* (v. el v. 18). A. Stibbs hace notar que «los papiros dan evidencia de que el vocablo *(eperótema)* se usaba para la formalización del cuestionario con que se sellaba un contrato». Esto nos da la pista para entender la frase *«apelación de una buena conciencia a Dios»,* pues, por una parte, nos explica la implicación principal que se contiene en lo de *«confesar para salvación»* (Ro. 10:9, 10) y, por otra, se corrobora el testimonio de la antiquísima tradición eclesiástica sobre la costumbre del interrogatorio que se hacía a los candidatos antes de recibir el bautismo; el cual, aunque muy resumido, todavía se hace en nuestras

iglesias (en la Iglesia de Roma es más largo, pero no pueden contestarlo los candidatos, por ser ordinariamente bebes recién nacidos; lo tiene que contestar por ellos el padrino o la madrina).

(F) La afirmación de que la salvación se nos imparte *por medio de la resurrección de Jesucristo* nos es familiar, ya desde Romanos 4:25b. Su expresión simbólica en el bautismo se halla, especialmente, en Romanos 6:3–5; Gálatas 3:27.

4. Después de haber mencionado la resurrección de Jesucristo, acaba Pedro por mencionar también su exaltación triunfal a los cielos (v. 22): *«Quien está a la diestra de Dios, tras de su marcha al cielo, sometidos a Él* (los) *ángeles, autoridades y poderes»* (lit.). De esa manera tan sencilla (gr. *poreutheís*, participio de aoristo) describe Pedro la ascensión de Cristo a los cielos y la concomitante sumisión a Él (gr. *hupotaguénton*, participio de aoristo de la voz pasiva) de los seres sobrenaturales, ángeles buenos y malos (v. Ro. 8:38, 39; Ef. 1:21; Col. 2:10, 15; He. 1:6), quienes, en la escala de los seres creados, ocupan el más alto escalón (v. Sal. 8:5; He. 2:7). Así da fin el autor sagrado a una «lista de consecuencias que se han seguido de Su muerte y que demuestran el valor de ella y el poder de Él para salvar plenamente a aquellos por quienes Él murió» (Stibbs).

CAPÍTULO 4

En este capítulo, el autor sagrado: I. Hace un nuevo llamamiento a vivir una vida santa (vv. 1–11), y II. Vuelve por tercera vez a encomiar el sufrimiento padecido por hacer el bien (vv. 12–19).

Versículos 1–11

Con la conjunción consecutiva *oun*, Pedro da a entender que lo que va a decir ahora es una lógica consecuencia de lo que acaba de decir al final del capítulo 3: Si soportamos los sufrimientos con el mismo espíritu con que los soportó Cristo, obtendremos beneficios similares a los que Él obtuvo:

1. Viene primero la exhortación a la que acabamos de aludir (v. 1): *«Por consiguiente, puesto que Cristo sufrió en su cuerpo, armaos también vosotros de la misma actitud* (gr. *énnoian*, idea dominante; el mismo vocablo de He. 4:12), *pues quien sufrió* (esto es, *murió) en el cuerpo, ha cesado de pecar»* (lit., excepto la sustitución de «carne» por «cuerpo»). Pedro concuerda aquí con lo que ha dicho en 2:24, y lo que expresa en los dos primeros versículos de este capítulo se parece mucho a lo que Pablo dice en Romanos 6:2–13. El sentido, pues, más probable del versículo 1 es el siguiente: Puesto que Cristo, al morir, acabó con el pecado, también nosotros, incorporados por el bautismo a Su muerte, hemos de romper con el pecado. En otras palabras, el pecado—como *actitud*—es incompatible con la nueva vida del creyente (comp. con 1 Jn. 3:9). La metáfora de la *armadura («armaos»*, en imperativo de aoristo ingresivo) es la misma de Romanos 6:13, donde el original dice *«armas»* donde nuestras versiones dicen *«instrumentos»*.

2. De esta consideración, parecida a la de Romanos 6:11, brota la secuencia del versículo 2, parecida a la de Romanos 6:12 y ss.: *«Como resultado de ello, no vive el resto de su vida terrena para satisfacer sus malas pasiones, sino para cumplir la voluntad de Dios»* (NVI). Una vez regenerado, el creyente tiene a su alcance la gracia de Dios (comp. con 1 Co. 15:10), con la que puede resistir las *«concupiscencias de hombres»* (lit.), es decir, propias de seres humanos que no han salido de su condición caída, naturalmente inclinada al pecado. El cumplimiento de la voluntad de Dios no puede, en efecto, llevarse a cabo sin dejar a un lado los esquemas del mundo (Ro. 12:2), el cual *yace en poder del Maligno* (1 Jn. 5:19) y, por tanto, el pecado es su condición normal, mientras que nosotros hemos sido libertados del pecado precisamente para ser esclavos de Dios (Ro. 6:22).

3. Prosigue diciendo el apóstol a sus lectores (v. 3): *«Porque ya habéis gastado suficiente tiempo en el pasado, haciendo lo que es del agrado de los paganos—entregados al desenfreno, a la liviandad, a borracheras, orgías, crápulas y abominables idolatrías»* (NVI). Dice R. Franco: «Irónicamente recalca el autor que ya es más que suficiente el tiempo anterior a la conversión para llevar a cabo la voluntad de los gentiles. El uso del pretérito perfecto en toda la frase acentúa la idea de que ese tiempo ha pasado para siempre. La conversión es aquí, como en el Evangelio, decisiva (Lc. 9:62)». La lista de vicios que el autor sagrado presenta en la segunda parte del versículo 3 se diferencia de las que vemos en Romanos 1:24–32;

13:13; Gálatas 5:19–21; Colosenses 3:5–8. A mi juicio, es probable que especifique los vicios más salientes en el contexto local en que se movían los lectores de la Epístola. Los términos con que describe Pedro dichos vicios son: *aselgueíais*, lascivias indecentes; *epithumíais*, malos deseos sin freno; *oinophluguíais*, embriagueces; *kómois*, comilonas en que predomina la juerga; *pótois*, excesos en la bebida; *idolatrías abominables* (lit. *ilegales.* Gr. *athemítois*, el mismo vocablo de Hch. 2:28, y de la misma raíz que los *libertinos*—NVI—, de que habla el mismo Pedro en 2 P. 2:7 y 3:17).

4. Esto es lo que los lectores *eran* antes de su conversión (comp. 1 Co. 6:11), pero, gracias a Dios, el cambio había sido tan grande que sus antiguos amigotes estaban sorprendidos; pero tras de la reacción de sorpresa, venía el insulto (v. 4): «*A ellos les parece extraño que no os sumerjáis con ellos en el mismo torrente* (gr. *anákhusin*. Lit. *desenfreno.* Es la única vez que tal vocablo sale en el Nuevo Testamento) *de disipación* (gr. *asotías*, el mismo vocablo de Ef. 5:18; Tit. 1:6, y de la misma raíz que el adverbio *asótos* de Lc. 15:13), y *os llenan de insultos*» (NVI). En la mayoría de los casos, esta actitud insultante se debe a que la buena conducta de los creyentes es una acusación silenciosa del libertinaje de los incrédulos. Pero el autor sagrado dice a sus lectores que no tienen por qué inquietarse ante esa reacción desfavorable de quienes se sienten ofendidos por la buena conducta y aun aprovechan cualquier desliz anterior o presente para criticarles y aun calumniarles, puesto que (v. 5) *«tendrán que rendir cuentas al que está preparado para juzgar a vivos y muertos»* (NVI), es decir, ninguno de ellos podrá escapar de ser responsable ante el trono de Dios de las palabras y de las obras que haya cometido (v. Mt. 12:36; 18:23; Ro. 14:12; Hc. 4:13). El Divino Juez, con el perfecto conocimiento que tiene de todo (Gn. 18:25; Dt. 32:4), dispone de todo el equipo necesario para llevar a cabo, por medio de Jesucristo (v. Jn. 5:22, 27; Hch. 10:42; 2 Ti. 4:1), el recto juicio *de vivos y muertos*, frase comprensiva que ya fue estudiada en el comentario a Hechos 10:42.

5. Es menester no perder de vista el contexto que acabamos de analizar, a fin de obtener un entendimiento, lo más aproximado posible a una correcta interpretación, del difícil versículo 6, cuya versión literal es la siguiente: *«Porque para esto fue anunciada la Buena Noticia incluso a los muertos, para que sean juzgados según* (los) *hombres en* (la) *carne, mas vivan según Dios en* (el) *espíritu».* Las opiniones sobre el sentido de este versículo pueden reducirse a cuatro. Tres de ellas son estudiadas por R. Franco y A. Slibbs. Me permito añadir una cuarta, como opinión personal mía.

(A) Hay quienes entienden lo de *«muertos»* en sentido espiritual: muertos por el pecado. Pero esto es difícilmente conciliable con el contraste de la segunda parte; y, sobre todo, pugna con el sentido de *«muertos»* del versículo anterior, los cuales son, incuestionablemente, muertos *físicamente.*

(B) Otros conectan este versículo con 3:19 (cuya referencia marginal en nuestras biblias debería borrarse por ser, al menos, problemática) y piensan que se trata de la misma predicación que allí, aunque el verbo es diferente. Entre los que sostienen esta opinión, hay autores que están a favor de una segunda oportunidad de salvación, idea que ya rechazamos en el comentario a 3:19. En todo caso, es muy poco probable: (a) que los *espíritus* de 3:19 sean almas de hombres difuntos, y (b) que la *proclamación* de la que allí se habla tenga algo que ver con el contexto que tenemos delante (nótese el *«Porque para esto …»* con que comienza el v. 6 que estamos estudiando).

(C) La opinión que más adeptos tiene en la actualidad (Selwyn, Stibbs, R. Franco, Ryrie) sostiene que Pedro se refiere aquí a los cristianos muertos (de muerte natural o violenta) antes de la Parusía o Segunda Venida del Señor. Dice R. Franco: «Para la primera generación cristiana, que contaba con la venida inmediata de Cristo, la muerte de algunos cristianos, fuera violenta o natural, creaba un verdadero problema (1 Ts. 4:13 y ss.). Aquí la mención de la hostilidad de los gentiles, que condenaba a los cristianos a una vida crucificada delante de los hombres, y aun quizá a la misma muerte corporal (3:18; 4:1), lleva a san Pedro a aludir al sentido de la predicación del Evangelio. Aun a aquellos cristianos que no han llegado a ver la venida triunfal de Cristo, que restablecerá la justicia ahora conculcada (vv. 4, 5), no se les ha predicado inútilmente el Evangelio, sino que ha sido con la finalidad de que, condenados en opinión de los hombres durante su vida mortal (en carne), vivan a los ojos de Dios en vida inmortal (en espíritu). Este nos parece ser el sentido más probable».

(D) Las últimas frases del erudito jesuita se acercan bastante a la opinión que personalmente sostengo, aunque, a mi juicio, el sesgo que toma el sentido de las frases *«en opinión de los hombres … en opinión de (o a los ojos de*—la preposición es *katá* en ambos casos—) *Dios»* es diferente. Lo entiendo así y lo expongo modestamente al juicio sereno e imparcial de lectores capacitados para opinar con conocimiento de causa: Teniendo en cuenta la crítica que de los creyentes hacen los mundanos del versículo 4, parece ser que Pedro considera el caso de creyentes fallecidos, ya sea de muerte natural o

violenta, a quienes fue predicado el Evangelio (es decir, salvos) y cuya muerte corporal *(en carne)* prematura era, en opinión de los hombres, bien merecida (¡castigo de Dios! Comp. con Hch. 28:4); sin embargo, en opinión de Dios, eran, bajo Su drástica disciplina (comp. con 1 Co. 11:30–32), *vivos en el espíritu* (comp. con 1 Co. 5:5, donde se percibe una fraseología similar). Su muerte corporal, en lugar de disminuir su vitalidad espiritual, la acrisolaba y acrecentaba.

6. En el versículo 7, el autor sagrado da un nuevo giro a su exhortación y viene a decir: «en fin de cuentas, esto se va a terminar pronto; así que hay que mantener sana la cabeza, caliente el corazón, y fiel el cumplimiento del ministerio que a cada uno le haya sido asignado». Por eso comienza con la frase: *«Mas el fin de todo se ha acercado»* (el mismo verbo y en el mismo tiempo de Mr. 1:15 y Stg. 5:8, entre otros lugares). Ya dijo antes (v. 5) que el Juez está preparado y (1:5, 7) que la salvación—en su estadio de final consumación—(He. 9:28) está también preparada. Por consiguiente, ellos han de estar asimismo preparados (1:13).

(A) La primera exhortación, según eso, es a mantener sana la cabeza (v. 7b): *«Por tanto, sed sensatos y morigerados para estar en disposición de orar»* (NVI). Nótese la importancia que Pedro da a la oración, y los requisitos de sensatez vigilante y sobria moderación o dominio propio, necesarios para dedicarse con fruto a tan relevante ocupación (comp. con 3:7, al final). Dice A. Stibbs: «Es posible que Pedro tuviese en mente aquí la forma en que Él mismo, en el huerto de Getsemaní, dejó de orar por ponerse a dormir sin lograr mantenerse en vela. Como resultado, se halló sin preparación para resistir la tentación (v. Mr. 14:37–40, 66–72)».

(B) Sin embargo, el mandamiento principal *(«Ante todo»)* concierne al corazón (v. 8): *«Sobre todo, amaos con fervor* (lit. *teniendo*—participio de presente—*amor ferviente;* gr. *ektené;* el adverbio correspondiente ha salido en 1:22) *unos a otros, porque el amor cubre multitud de pecados»* (NVI). El amor cristiano (Pedro usa dos veces, en este versículo, el vocablo *agápe)* es la cima y corona de todas las demás virtudes (1 Co. 13:1–7, 13; Col. 3:14) y el verdadero distintivo del cristiano (v. Jn. 13:34, 35; 1 Jn. 3:14–18; 4:7, 8). El verbo *ekteíno*, de la misma raíz que el adjetivo *ektené* que Pedro usa aquí, y del adverbio *ektenós*, que usó en 1:22, 10 usa Jenofonte para describir la forma en que un caballo se lanza al galope; por lo que expresa bien el intenso fervor con que debemos amar a nuestros hermanos en la fe. La última frase *«pues* (el) *amor cubre multitud de pecados»* (lit.) la hemos visto ya en Proverbios 10:12; Santiago 5:20, pero me permito poner aquí el iluminador comentario de A. Stibbs: «Está dispuesto a perdonar una y otra vez, halla el modo de guarecer de la vergüenza y crítica públicas al malhechor. Así es como nos ha tratado Dios. Así es, pues, como deberíamos tratarnos unos a otros».

(C) Viene luego la exhortación a cultivar la hospitalidad (v. 9), lo cual es consecuencia lógica del amor genuino; por ello, se explica la insistencia que los escritores del Nuevo Testamento (v. Ro. 12:13; 1 Ti. 3:2; He. 13:2; 3 Jn. 5–8) ponen en exhortar a practicar la hospitalidad. Esto adquiría una especial relevancia en el caso de los misioneros itinerantes, quienes lo habían dejado todo para dedicarse a la Obra. En cuanto al cumplimiento de dicha recomendación y los abusos que pronto aparecieron, voy a transcribir dos testimonios respectivamente de últimos del siglo primero y de comienzos del segundo siglo de nuestra era. Clemente de Roma escribe a los fieles de Corinto (la Carta suya a los corintios, 1:2): «¿Quién no admiró vuestra piedad en Cristo, tan sensata y templada? ¿Quién no pregonó la magnífica costumbre de vuestra hospitalidad?» En cuanto a los abusos a que pudo dar lugar esta gran virtud, leemos en la *Didakhé o Doctrina de los Doce Apóstoles*, capítulo XII: *«Todo el que llegare a vosotros en el nombre del Señor,* sea recibido; luego, examinándole, le conoceréis, pues tenéis inteligencia, por su derecha y por su izquierda. Si el que llega es un caminante, ayudadle en cuanto podáis; sin embargo, no permanecerá entre vosotros más que dos días o, si hubiere necesidad, tres. Mas si quiere establecerse entre vosotros, y tiene un oficio, que trabaje y así se alimente. Mas si no tiene oficio, proveed conforme a vuestra prudencia, de modo que no viva entre vosotros ningún cristiano ocioso. Caso que no quisiere hacerlo así, es un traficante de Cristo. Estad alerta contra los tales». ¡Se ve que habían aprendido bien la lección de Pablo en 2 Tesalonicenses 3:10b! ¿No necesitará ser recordada también en nuestros días?

(D) El autor sagrado termina esta porción exhortando a sus lectores a ejercitar cada uno responsablemente el don que ha recibido de Dios (vv. 10, 11) «*Cada uno debe ejercitar el don espiritual que haya recibido, cualquiera que éste sea, en servicio de los demás, administrando fielmente la gracia de Dios en sus variadas formas. Quien tenga el don de hablar, debe hacerlo como quien profiere las palabras mismas de Dios. Quien tenga el don de prestar un servicio cualquiera, debe hacerlo con la*

fuerza que Dios suministra, a fin de que en todo sea Dios quien reciba la alabanza por medio de Jesucristo. A Él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén» (NVI).

(a) El autor sagrado usa el vocablo griego *kharisma* para expresar el *don* espiritual que *cada uno ha recibido.* Como hace notar Ryrie, «éste es el único caso en que tal vocablo aparece en el Nuevo Testamento fuera de los escritos de Pablo». Su sentido es más genérico que el de los *carismas* que Pablo menciona en 1 Corintios 12, y se acerca más al que tienen los que menciona en Romanos 12:6 y ss.

(b) Los que prestan tales servicios (gr. *diakonoúntes,* en participio de presente) lo hacen *como buenos administradores* (gr. *oikonómoi,* el mismo vocablo de 1 Co. 4:1, 2; Tit. 1:7, entre otros lugares), pues no son propietarios, sino mayordomos; por eso, han de usar los dones al servicio de la comunidad, conforme a la voluntad de Dios y conscientes de la responsabilidad que sobre ellos pesa, de lo que han de dar cuenta al Señor (comp. con 1 Co. 4:4b).

(c) Como en otros lugares del Nuevo Testamento, Pedro usa el epíteto *poikíles* (lit. *variopinta,* de diversos colores) para designar a *la gracia de Dios,* porque siendo *una,* adquiere distinto tono y alcance, de acuerdo con el servicio que el Señor requiere, las características temperamentales del sujeto y la medida con que es repartida a cada uno (v. Ef. 4:7).

(d) El autor sagrado singulariza en el versículo 11 dos servicios generales: el de la *palabra* y el de la *acción.* Del primero dice que *«Quien tenga el don de hablar, debe hacerlo como quien profiere las palabras mismas de Dios»* (NVI). Esto no se refiere a cualesquiera conversaciones, sino a la enseñanza y a la predicación, donde no se deben imponer las opiniones personales del que habla, sino los *oráculos* (gr. *lóguia)* que Dios pone, como de Su boca (comp. con Hch. 7:38; Ro. 3:2), en la boca de Sus ministros. En cuanto a la acción, Pedro dice que ha de actuarse *con la fuerza que Dios suministra* (comp. con 2 Co. 2:16; 3:5, 6), pues nuestra competencia natural no sirve para nada del orden sobrenatural (v. Jn. 15:5). El verbo griego *khoregueí* (suministra) ocurre únicamente aquí y en 2 Corintios 9:10, pero el sustantivo de la misma raíz *epikhoreguía* ocurre en Efesios 4:16; Filipenses 1:19, y el correspondiente verbo *epikhoreguéo* en 2 Corintios 9:10; Gálatas 3:5; Colosenses 2:19; 2 Pedro 1:5, 11. Su significado original es muy interesante, pues describe las funciones de un director de coro, quien, además de eso, tenía a su cargo «mantenerlo a su costa en los festivales y, finalmente, proveer los medios necesarios para cualquier cosa, con frecuencia aludiendo a la abundancia de estos medios» (R. Franco).

(e) Como digno final, añade Pedro (v. 11b) una vibrante doxología: «*A fin de que en todo sea Dios quien reciba la alabanza por medio de Jesucristo. A Él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén»* (NVI). La gloria de Dios ha de ser, en todo y por todo, el último fin de todo lo que hacemos (v. 1 Co. 10:31). Es, en concreto, el supremo objetivo de todo servicio cristiano, pues Dios es glorificado cuando sus gracias y sus dones son usados para el fin que Él les otorgó. Es de lamentar que la NVI haya traducido incorrectamente la frase final, que dice textualmente: *«Quien* (probablemente, *Jesucristo,* que es el nombre más próximo, sin negar que pueda referirse a *Dios) tiene la gloria y el señorío (o dominio;* mejor que *imperio*—actualmente, este último vocablo resulta ambiguo—) *por los siglos de los siglos.* Amén». Como muy bien advierte A. Stibbs, este *Amén* «es una forma de refrendo: "Así es", más bien que "Así sea"».

Versículos 12–19

En estos versículos, el apóstol Pedro vuelve a encomiar los padecimientos que se sufren por hacer el bien y exhorta a sus lectores a que no se turben por ello, sino que, más bien, se tengan por dichosos. Esta sección se divide en dos partes, pues dos son, en realidad, los motivos por los que los cristianos sufren en este mundo: I) De parte de los hombres, por ser creyentes (vv. 12–16). 2) De parte de Dios, por ser sus hijos que necesitan disciplina (vv. 17–19).

1. La primera exhortación es a gozarse por padecer como cristianos. Dicen así los versículos 12–16: *«Queridos amigos, cesad de extrañaros de la penosa prueba que estáis sufriendo, como si os ocurriera algo insólito. Al contrario, regocijaos de tener parte* (gr. *koinoneíte, compartís) en los sufrimientos de Cristo, para que también exultéis de gozo cuando se manifieste su gloria. Si se os ultraja por causa del nombre de Cristo, felices de vosotros, porque el Espíritu de la gloria y de Dios reposa en vosotros. Así que, si alguno de vosotros sufre, que no sea por ser un asesino o ladrón o malhechor, ni siquiera por ser un entremetido. Pero si sufre por ser cristiano, que no se avergüence, sino que alabe a Dios por llevar este nombre»* (NVI).

(A) Como en 2:11, Pedro comienza esta sección con un *«amados»* (gr. *agapetoí),* con lo que, como hace notar Stibbs, queda señalada la tercera y última sección de la epístola. Como detalle curioso, el mismo Stibbs comenta que «el mensaje de Pedro el día de Pentecostés se divide de modo similar en tres secciones, cada una de las cuales es introducida por un nuevo uso del vocativo (v. Hch. 2:14, 22, 29)».

(B) El autor sagrado advierte a sus lectores que no deben *extrañarse* (gr. *xenízesthe,* en presente de imperativo). El tiempo presente (comp. con Jn. 20:17) indica que *ya* estaban extrañados; por eso, el verbo indica que deben *cesar de extrañarse,* como muy bien ha vertido la NVI. *Extrañarse* significa, como indica la etimología del griego, tanto como del español, tener por extranjero o forastero. Lo que están sufriendo, pues, los lectores de la epístola, no es cosa intrusa, «del otro mundo» (como se suele decir), sino que pertenece al *territorio* de la iglesia.

(C) Efectivamente, el vocablo *purósei* es muy apto para significar una prueba purificadora, el método que se usa para refinar los metales (comp. con 1:7). La idea se halla en Proverbios 27:21, pero la aplicación de la metáfora a la situación que contemplamos está ya en Salmos 66:10 y, además de la alusión de 1 Pedro 1:7, tenemos también su aplicación en Apocalipsis 3:18. Tanto A. Stibbs como R. Franco recogen la observación de H. Windisch de que «los paganos convertidos carecían de la experiencia de persecución por la fe que, por su historia, tenía el pueblo israelita. Por eso, la primera persecución de algún modo organizada debió de ser una verdadera sorpresa; algo totalmente fuera de lugar, que contradecía las prometidas bendiciones del Evangelio».

(D) Pero el autor sagrado no les exhorta a tener resignación (v. 13), sino a *regocijarse* (gr. *khaírete,* en presente de imperativo) en una actitud continua de gozo *«en la medida en que compartís los padecimientos del Cristo»* (lit.), es decir, siempre que sufren en calidad de discípulos de Cristo (comp. con Ro. 8:17; 2 Co. 1:5; 4:10; Fil. 3:10; Col. 1:24), pues esto formaba parte de la gracia destinada a los creyentes (1:10, 11) del mismo modo que constituía el destino del Hijo del Hombre (1:11, comp. con Lc. 24:26). ¿Qué mejor manera de seguirle llevando Su vituperio? (He. 13:13). ¿No era ésa la mejor señal (v. 14) de que el Espíritu glorioso de Dios que descendió sobre Cristo para ungirle (Jn. 1:29–34, comp. con Is. 11:2; 61:1), había descendido también sobre ellos para reposar allí como la *shekinah* de antaño? (v. Éx. 33:9, 10; 40:34, 35, comp. con Jn. 14:23). Al ser uno mismo el Espíritu de Dios, de Cristo y del cristiano, tanto los sufrimientos como las glorias de Cristo (1:11) han de reflejarse en el cristiano. La segunda parte del versículo 14, conforme se halla en nuestras versiones *(«Ciertamente, etc.»),* no figura en los MSS más importantes, por lo que todas las versiones modernas la suprimen.

(E) Como ya lo hizo en 2:19 y ss.; 3:13–17, tambien en los versículos 15 y 16 vuelve Pedro a insistir en que ningún cristiano debe padecer por ser un malhechor, sino por ser cristiano, en lo cual no debe resentirse ni avergonzarse; más bien, *«glorifique* (presente de imperativo) *a Dios en ese nombre»* (lit.), esto es, por llamarse *cristiano.* Ésta es la tercera de las tres únicas veces en que el vocablo *khristianós* sale en la Biblia (las otras dos son Hch. 11:26; 26:28) y la única de las tres en que su sentido glorioso es manifiesto.

(F) Queda sólo un detalle (v. 15) por considerar: Mientras los vocablos *«homicida», «ladrón» y «malhechor»* van los tres encabezados juntamente por un solo adverbio *«como»,* el vocablo *«entremetido»* (gr. *allotriepískopos;* lit. *supervisor de lo ajeno)* no va unido a ellos, sino singularizado mediante la repetición del adverbio *«como».* Ello denota, como hace ver Stibbs, que las tres primeras formas de maldad podían ser cometidas por cristianos lo mismo que por no cristianos, pero la cuarta parece que era propia de los cristianos. Como el vocablo griego no sale en ningún otro lugar del Nuevo Testamento, no es fácil dogmatizar sobre su sentido preciso, pero la solución más probable es la que adopta Stibbs al decir: «Parece … ser referencia a un maltratamiento en el que los cristianos podrían verse envueltos a manos de sus vecinos como consecuencia de una imprudente e impropia interferencia en las vidas ajenas».

2. Pero el sufrimiento puede ser también una disciplina que nuestro buen Padre aplica a sus hijos. A esto se refiere Pedro en los versículos 17 y 18, al englobar en las frases del versículo 19 las enseñanzas de la sección entera. No puede olvidarse que aun las persecuciones que sufren los creyentes por causa del Evangelio entran dentro de la disciplina del Padre (de ahí el *«Pues»* explicativo con que comienza el v. 17); todo ello forma parte de la *«hoguera»* (v. 12) o crisol en que se pone a prueba el carácter del creyente. Dicen así los versículos 17–19 en la NVI: *«Pues es el momento oportuno* (gr. *kairós,* oportunidad) *para que el juicio* (gr. *kríma,* la sentencia, no el acto de juzgar) *comience por la familia de Dios* (lit. *la casa de Dios;* comp. con 1 Ti. 3:15); *y si comienza por nosotros, ¿cuál será el final de los*

que rechazan el mensaje de Buenas Noticias de Dios? Y, "si al justo le cuesta trabajo ser salvo, ¿qué será del impío y del pecador?" Así, pues, aquellos que sufren en conformidad con la voluntad de Dios, encomiéndense a su fiel Creador y continúen practicando el bien».

(A) Para entender cuál es ese *kairós o «momento oportuno»* (NVI) al que se refiere ahora Pedro, conviene recordar que la muerte de Cristo ha inaugurado la era escatológica *(«el último tiempo»,* 1 Jn. 2:18). De ahí que Él contemple los padecimientos del creyente como una especie de «purgatorio» en esta vida. Éste es *el juicio de Dios sobre su casa,* pues después de la muerte, sólo existe para el creyente genuino el juicio de recompensas (v. Ro. 14:10; 1 Co. 3:13–15; 2 Co. 5:10). Que el juicio de Dios ha de empezar por Su casa, lo vemos ya en Jeremías 25:29; Ezequiel 9:6 y ss.; Amós 3:2; Zacarías 13:7–9. La estrategia divina siempre ha sido disciplinar a los suyos por medio de los malvados, antes de habérsela con los malvados mismos. Este método se halla explícito en los profetas del Antiguo Testamento, como puede verse en los oráculos contra Asiria y Babilonia, después de los que afectan a Israel y a Judá.

(B) El autor sagrado hace notar que, si el juicio de Dios en la presente economía, representado por la drástica disciplina que impone a los suyos, a la familia de la fe, es tan severo, *¿cuál será el final de los que rehúsan aceptar el mensaje del Evangelio?* Si tan severo es Dios con los suyos perseguidos, ¿qué será con los rebeldes perseguidores? Nótese que, al hablar de lo que sufren los creyentes, Pedro menciona el juicio que *ha comenzado;* pero, al hablar de los incrédulos, se refiere al *final,* a un final *eterno.* La diferencia es colosal y debe hacer meditar seriamente a todo lector inconverso: Los cristianos sufren ahora en la carne, para aparecer espiritualmente vivos en el día de Jesucristo (v. 6, comp. con 1 Co. 5:5); en cambio, los incrédulos no sacan ningún provecho de lo que aquí puedan sufrir, sino que su juicio final desembocará en la muerte eterna.

(C) Viene luego (v. 18) una cita de Proverbios 11:31, conforme a los LXX (comp. con Lc. 23:31). Hay quienes entienden mal la primera parte de la cita, como si el sagrado texto dijera: *«Es difícil que aun el justo se salve».* Lo que dice es (lit.): «*Si el justo se salva con dificultad …»,* esto es, al pasar dificultades en el proceso de la salvación, no en la obtención de la salvación primera o justificación. El énfasis está en los dolorosos sacrificios y en las múltiples purificaciones que el genuino creyente ha de afrontar para que se desprenda de él la escoria que, en el conflicto con el mundo, con el diablo y con sus propias concupiscencias, se le ha pegado.

(D) El versículo 19 establece como un resumen de lo que debe ser la actitud del cristiano ante el sufrimiento. El texto dice literalmente lo siguiente: *«De forma que, incluso los que están padeciendo conforme a la voluntad de Dios, encomienden al fiel Creador sus almas en la práctica del bien».* Cuatro son las ideas que se encierran en este versículo 19: (a) También los buenos padecen; no se libran de padecer por ser buenos. (b) La exhortación va dirigida a los que sufren *conforme a la voluntad de Dios;* no sólo porque Dios lo quiere, sino por la causa que Dios quiere, no por crímenes que merecen su castigo. (c) Deben confiar *sus almas al fiel Creador* (única ocasión en que ocurre en el Nuevo Testamento el vocablo griego *ktístes),* el cual puede proteger precisamente «aquello que no puede ser destruido por los perseguidores (Mt. 10:28)» (R. Franco). (d) «Esta entrega no ha de ser, sin embargo, pura pasividad, sino que ha de realizarse *practicando el bien* (gr. *en agathopoïia).* Con esta palabra, colocada enfáticamente al final, resume san Pedro toda su exhortación a sufrir según la voluntad de Dios y el ejemplo de Cristo, es decir, a sufrir practicando el bien (cf. 2:14, 20; 3:6)» (R. Franco).

CAPÍTULO 5

En la división de este capítulo, nos ha parecido conveniente seguir la pauta de A. Stibbs, quien lo hace del modo siguiente: I. Responsabilidades de los ancianos (vv. 1–4). II. Exhortación a la humildad y a la paciencia (vv. 5–9). III. Seguridad final y saludo personal (vv. 10–14).

Versículos 1–4

En estos versículos el autor sagrado se dirige, en pie de igualdad, a los ancianos de las comunidades cristianas, aunque refrenda su exhortación con la autoridad que le confiere su condición de testigo especial de Cristo.

1. Expone primero los títulos que le califican para dirigirse a ellos. Dice así el versículo 1 en la NVI: «*A los ancianos que hay entre vosotros, les exhorto como colega en el oficio, como testigo de los padecimientos de Cristo y como quien ha de compartir también la gloria que está para ser revelada*».

(A) El texto griego dice literalmente: «A *los ancianos, pues …»* La NVI, como nuestra RV, silencia ese *«pues»* consecutivo, el cual no carece de importancia. Dice A. Stibbs: «Esto insinúa que la exhortación surge de la anterior sección concerniente a las pruebas y al juicio inevitables». ¿En qué sentido? Probablemente, para exponer la responsabilidad especial de los líderes de las iglesias, por la que se espera de ellos una mayor fidelidad, pues estarán expuestos a *un juicio más severo* (comp. con Stg. 3:1).

(B) Nótese que Pedro les exhorta, en primer lugar, *«como colega en el oficio»* (NVI). ¡Ninguna mención de la autoridad papal, pontificia, que la Iglesia de Roma le atribuye, lo mismo que a sus pretendidos sucesores! Ni siquiera hace valer, en realidad, su autoridad apostólica. Únicamente destaca la mención que hace de sí mismo como *testigo de excepción de los padecimientos de Cristo;* es decir, que *da fe* de unos hechos que él mismo vivió (comp. con Hch. 2:32; 3:15; 4:20), pero eso no había sido una experiencia exclusiva de los Doce (v. Hch. 1:21, 22), sino que era común a todos los demás discípulos, cuya mención ya existe en el lugar donde se narra la elección de los Doce (v. Lc. 6:13) y de los cuales ya se cuentan setenta (o setenta y dos) en Lucas 10:1, sin que se de a entender que en dicho número estaban incluidos *todos.* Finalmente, habla de sí mismo como *«copartícipe de la gloria que está a punto de ser revelada»* (lit.). Aunque el vocablo mismo *koinonós* da a entender que los ancianos a quienes se dirige *comparten con él* este privilegio, los autores tienen, al menos como probable, que Pedro se refiera a la gloria de la Transfiguración (v. por ej., Mr. 9:1–7), que él mismo menciona explícitamente en 2 Pedro 1:17, 18.

2. Viene luego la exhortación misma (vv. 2, 3): *«Pastoread el rebaño de Dios que está a vuestro cargo, cumpliendo vuestro oficio de supervisores no como una obligación que se os impone, sino de buen grado, como Dios quiere que se haga; no por afición al dinero, sino con afán de servir; y no dominando como señorones sobre la porción de fieles confiada a vosotros, sino procurando ser modelos para el rebaño»* (NVI). ¡Qué programa para pastores! ¡Nótense bien todos los detalles!

(A) Han de *pastorear (poimánate,* imperativo de aoristo ingresivo) *al rebaño,* esto es, han de apacentar a las ovejas, no a sí mismos; teniendo en cuenta que no son su rebaño, sino *el rebaño de Dios.* ¡Cómo y cuánto se olvida esto! ¡Cuánta es la inclinación natural de los pastores de las iglesias (especialmente, donde el pastor es uno solo) a pensar que los fieles son su rebaño, no sólo en responsabilidad, sino hasta como cierta propiedad personal; especialmente, a las ovejas a quienes ellos mismos han sumergido en el agua bautismal! (comp. con 1 Co. 1:14, 15). Pedro no usa para *rebaño,* en los versículos 2 y 3, el *poímne* de Juan 10:16, sino *poímnion,* el cual, mejor que diminutivo, es una expresión de afecto (v. Lc. 12:32, y comp. con el *teknión* tan frecuente en 1 Juan).

(B) El apóstol añade que este ministerio ha de desempeñarse: (a) *no como una obligación impuesta* (comp. con 2 Co. 9:7), por ejemplo, por la insistencia de la iglesia para que acepten el oficio «que, en las circunstancias a que alude la epístola, no era precisamente una sinecura, y no limitándose, por tanto, a cumplir con lo indispensable» (R. Franco), *sino de buen grado, «según Dios»* (lit.), esto es, al aceptar gozosamente el llamamiento de Dios y hacer lo que saben que es voluntad de Dios e imitando la forma de obrar de Dios (v. Lc. 6:36), pues todo eso puede quedar incluido en la concisa expresión *«según Dios»*. (b) Tambien dice que no debe desempeñarse *por afán de lucro, sino por afán de servir,* no para sacar ventajas económicas de la función que ejercen (por ej. en la distribución de fondos o limosnas), sino para servir del mejor modo posible al rebaño que tienen a su cargo (comp. con 2 Co. 12:14, 15). (c) Finalmente, *no dominando como señorones,* no como quien con un «ordeno y mando» tiene a todos en un puño o, mejor, bajo las botas (el verbo sale aquí y en otros tres lugares: Mt. 20:25; Mr. 10:42; Hch. 19:16), sino *guiando con el ejemplo: «haciéndoos modelos* (gr. *túpoi) del rebaño»* (lit.).

(C) Lo que (v. 3) nuestras versiones traducen con seis o siete palabras *(«los que están a vuestro cuidado»,* RV; «*la porción de fieles confiada a vosotros»,* NVI), el griego original lo expresa en dos: *ton kléron*. Por donde, como ya dijimos en el comentario a 2:9, 10, el *clero* no es precisamente la casta que está por encima de los *laicos,* sino que indica *las heredades* (lit.), es decir, las porciones de fieles encomendadas a los respectivos pastores.

3. El premio que los pastores han de recibir un día por el fiel desempeño de su ministerio lo hallamos en el versículo 4: «*Y cuando aparezca el Pastor en Jefe, recibiréis la corona de gloria, que nunca se ha*

de marchitar» (NVI). Dice Ryrie: «Los fieles líderes de iglesia, que con frecuencia reciben deshonor en la tierra, recibirán gloria en el cielo, de manos de Cristo, el Pastor en Jefe». Notemos de nuevo que Pedro no se apellida a sí mismo «jefe de los pastores», sino que reserva ese título exclusivamente para Cristo. La *corona* que les está reservada es la misma que Pablo esperaba para sí (2 Ti. 4:8), la misma que Santiago menciona en 1:12 y la que hallamos con frecuencia en Apocalipsis (2:10; 3:11). Pero la que Pedro menciona aquí no es *corona de oro* (comp. con Ap. 4:4, 10), sino de *amaranto* (gr. *amarántinon),* «la flor que no se marchita (cf. 1:4), y es, por tanto, una corona de gloria inmortal (1 Co. 9:25)» (R. Franco).

Versículos 5–9

En estos versículos tenemos una exhortación a la humildad, a la confianza en Dios y a la vigilancia para resistir las tentaciones del diablo.

1. La exhortación a la humildad se halla en los versículos 5 y 6: *«Vosotros, jóvenes, sed igualmente sumisos a los que son de mayor edad. Revestíos de humildad en vuestro trato mutuo, porque "Dios se enfrenta a los orgullosos, pero da gracia a los humildes". Humillaos, por tanto, bajo la poderosa mano de Dios, para que Él os ensalce a su debido tiempo»* (NVI).

(A) El adverbio *igualmente,* que encabeza esta sección, tiene una connotación todavía más genérica que en anteriores ocasiones, pues sólo indica una exhortación más a conducirse como conviene a un cristiano. El autor sagrado insiste en este aspecto de la vida cristiana que es la mutua sumisión (comp. con 2:13, 18; 3:1). Esta exhortación va dirigida aquí a los más jóvenes, a fin de que guarden el debido respeto a los de mayor edad, cosa siempre necesaria, ya que la gente joven siente afanes de independencia (v. Tit. 2:6), pero de mayor relevancia todavía en nuestros días, cuando hay muy pocos jóvenes que guarden a los ancianos la consideración debida. Pero la exhortación no va dirigida solamente a los jóvenes, sino que Pedro exhorta a *todos a ceñirse de humildad unos con otros* (lit.). «El verbo *enkomboústhai* significa "envolverse" en el *enkómboma*, que era un vestido corto, propio de los esclavos, el cual se ceñía a los costados mediante un nudo *(kómbos).* Es posible que san Pedro aluda aquí al gesto de Jesús en la última cena, que, ciñéndose una toalla, se puso a lavar los pies de los discípulos (v. Jn. 13:4 y ss.)» (Salguero).

(B) El autor sagrado apoya su exhortación (v. 5b) en una cita tomada de Proverbios 3:34 (comp. con Sal. 18:27; 138:6; Lc. 1:51–53; Stg. 4:6). Contra Dios no cabe arrogancia ni altanería, pues todo lo sabe y todo lo puede. Es incluso una medida de prudencia someterse a Él de buena gana y esperar así su favor y su aceptación (v. 6): *«Humillaos bajo la poderosa mano de Dios, para que Él os ensalce a su debido tiempo»* (NVI). La expresión *«poderosa mano»* (gr. *krataián kheíra)* es la misma que usan los LXX en Deuteronomio 5:15; 9:26; 26:8, por ejemplo, para designar la omnipotencia de Dios en la protección de los suyos, especialmente en los portentos obrados para sacarles de la esclavitud de Egipto. *«A su tiempo,* dice Leighton, designa, no el que tú te imaginas, sino el que Dios ha determinado sabiamente».

2. De ahí que la mención de la *poderosa mano de Dios* le sirva a Pedro para exhortar a sus lectores a poner toda su confianza en ese Dios (v. 7): *«Echad sobre Él* (Dios) *toda clase de preocupación que os asedie, porque Él cuida de vosotros»* (NVI). También este versículo está apoyado en una cita del Salmo 55:22. El mismo pensamiento se halla en Salmo 37:5 y, especialmente, en Mateo 6:25; Lucas 12:22. El participio de aoristo ingresivo *epirípsantes («echando»),* de un verbo que indica cierto esfuerzo (comp. con Lc. 19:35), da a entender, como observa A. Stibbs, «que tales cargas deben ser arrojadas de uno mediante un acto decisivo de entrega y rendición, con el que son echadas sobre Dios y cesan de ser llevadas por nosotros». Esta fe absoluta es la que honra a Dios. Lo que ocurre con mucha frecuencia es que sólo a medias le confiamos a Dios nuestras cargas y nuestros problemas, quitándoselos de las manos después de haberlos depositado en ellas. Véase, además de Mateo 6:25–35, Romanos 5:8; 8:32.

3. Como si previera Pedro que tal exhortación pudiese llevarnos a la indolencia y al descuido, añade luego (vv. 8, 9) otra exhortación a la vigilancia, al dominio propio y a resistir decididamente los asaltos del demonio: *«Sed morigerados y estad alerta. Vuestro enemigo el diablo anda rondando, como león rugiente, siempre en acecho de alguien a quien devorar. Ofrecedle resistencia, manteniéndoos firmes en la fe, pues ya sabéis que vuestros hermanos de todo el orbe están soportando la misma clase de padecimientos»* (NVI).

(A) El apóstol, como lo sabía por propia experiencia, nos dice aquí que es menester estar siempre alerta, porque nuestro enemigo, Satanás, no duerme, siempre está de ronda. *Anda rondando* en torno a cada una de las comunidades cristianas y en torno a cada uno de los miembros de las congregaciones para

ver cuál es el lado flaco de cada uno y atacar por la parte más desguarnecida de la defensa. Y, con la astucia que le caracteriza («más sabe el diablo por viejo que por diablo», dice el refrán), se aprovecha, no sólo de nuestros defectos, sino hasta de nuestras «virtudes», pues cuando no puede sembrar la confusión por medio del error y de la inmoralidad, la logra por medio de divisiones sobre puntos periféricos de «ortodoxia» y por imposición de un mal entendido puritanismo, y enciende así la discordia y quebranta la comunión fraternal. De todo sabe «sacar tajada», como suele decirse. El vocablo que Pedro usa para decir *«enemigo»* (más exacto, *«adversario»*, como en la Reina-Valera) es *antídikos*, el acusador en un proceso legal (v. Lc. 12:58; 18:3). *Diábolos*, como ya sabemos, significa «calumniador o detractor», y *Satanás* (el correspondiente nombre hebreo) es llamado así porque acusa falsamente o, al menos, injustamente (v. Job 1:6–12; Zac. 3:1; Ap. 12:9, 10).

(B) El remedio, dice Pedro, es *ofrecer resistencia al diablo* (comp. con Stg. 4:7b), *manteniéndonos firmes en la fe* (v. 9). En cuanto al vocablo griego *stereoí*, que Pedro usa para decir firmes, comenta R. Franco: «Se dice sobre todo de las cosas: cimientos, piedras, etc. (2 Ti. 2:19). Metafóricamente, del carácter de las personas, tiene con frecuencia un matiz peyorativo de terquedad, obstinación; pero también se dice de la firmeza del atleta y, tratándose aquí de resistir al enemigo, éste es el sentido más probable». La razón por la que Pedro exhorta particularmente a mantenerse firme en la fe es, con la mayor probabilidad, porque el contexto del mismo versículo sugiere el peligro de renegar de la fe bajo la presión de la persecución o de verse intimidados en su confesión del señorío de Jesucristo. La segunda parte del versículo 9 dice literalmente: *«sabedores de que las mismas cosas de los padecimientos se le están imponiendo a vuestra fraternidad, la* (que está) *en el mundo»*. (Como puede verse, la NVI ha recogido muy bien el sentido del original.) La mención de los hermanos en la fe que, por todo el mundo, están soportando una prueba semejante a la de los lectores de la epístola, tiene por objeto, no sólo quitarles el sentimiento de «extrañeza» (como si sólo a ellos les ocurriese tal cosa; comp. con 4:12), sino también estimularles con el ejemplo de los demás hermanos en la fe, lo cual era una muestra más de la «comunión de los santos».

Versículos 10–14

En estos versículos finales, Pedro pronuncia frases de aliento para sus lectores (vv. 10, 11) y concluye la epístola con una mezcla de avisos y saludos personales (vv. 12–14).

1. Las frases de aliento, rematadas con una breve doxología, son como sigue (vv. 10, 11): «Y *el Dios de toda gracia, que os llamó a su eterna gloria en Cristo, después que hayáis sufrido un poco, Él mismo os restaurará y os hará fuertes, robustos y estables. A Él sea el poder soberano* (gr. *krátos) por los siglos de los siglos. Amén»* (NVI).

(A) Pedro no ruega ni expresa un simple deseo, sino que *asegura*. Ese Dios *de toda gracia*, porque toda dádiva, bendición y cosa que signifique favor o aceptación vienen de Él (Stg. 1:17) y porque Él tiene reservas de gracia para todo hijo suyo y para cada necesidad y oportunidad de servicio (comp. con 4:10), ese mismo que *en Cristo los* escogió y *los llamó a su gloria eterna* (comp. con Ro. 8:29, 30; Ef. 1:4), les sostendrá en medio de los padecimientos que, al fin y al cabo, son breves *(«un poco»)* y pequeños en comparación con la gloria venidera (v. Ro. 8:18).

(B) Los cuatro verbos que siguen en futuro son sumamente expresivos: (a) *«Restaurará»* (gr. *katartísei*, el mismo vocablo de Mt. 4:21; Gá. 6:1, entre otros lugares) se usa para dar a entender la reparación de un objeto deteriorado por el uso; aplicable, por tanto, a quienes, en la batalla de la persecución, de la tentación, han salido algún tanto maltrechos. (b) *«Consolidará»* (gr. *sterízei*, el mismo verbo de Lc. 22:32; Hch. 18:23, entre otros lugares) lleva la idea de asegurar bien la colocación de un objeto en su lugar. (c) *«Robustecerá»* (gr. *sthenósei*, única vez que tal verbo ocurre en todo el Nuevo Testamento) indica, según la sugerencia de Masterman (citado por A. Stibbs), «el significado distintivo de "equipar para el servicio activo"». (d) El cuarto verbo falta en algunos MSS importantes, pero está lo suficientemente atestiguado para figurar en el texto crítico que tengo a la vista: *«cimentará»* (gr. *themelióse*i, verbo que ocurre en otros cuatro lugares: Mt. 7:25; Ef. 3:17 Col. 1:23 y He. 1:10). Su sentido parece ser, con base en Hechos 1:10, que Dios los colocará en un lugar inconmovible o les otorgará una cimentación especial con la que puedan resistir todos los ataques del enemigo de las almas.

(C) La doxología se parece muchísimo a la que ya expresó el autor sagrado en 4:11, al final; por lo que remitimos al lector al comentario sobre dicho lugar. La única, más que probable, diferencia con 4:11

es que el vocablo *«gloria»* (gr. *dóxa)* es omitido, en 5:11, por los MSS más importantes. Parece ser que algún copista lo añadió, precisamente con base en 4:11.

2. Opina Stibbs que, al llegar al versículo 12, «es probable que Pedro tomara la pluma para añadir él mismo, de su puño y letra, la posdata final». Dice dicho versículo en la NVI: *«Con la ayuda de Silas* (lit. *Silvano), a quien considero un hermano fiel, os he escrito brevemente, animándoos y atestiguando que ésta es la gracia de Dios. Manteneos firmes en ella»*. *Silas* es el nombre que Lucas da a este *Silvano,* pero Pablo le llama *Silvano* (v. 2 Co. 1:19; 1 Ts. 1:1; 2 Ts. 1:1), lo mismo que aquí Pedro. Hace ver R. Franco que *Silas* corresponde al arameo *Seila*, «equivalente al hebreo *Saúl»,* con lo que *Silvano* sería la forma latinizada de *Silas.* Stibbs, en cambio, opina que se deriva de *Schliaj,* enviado. Este autor hace notar también que, al ser Silvano el amanuense de Pedro en esta ocasión, «esto explicaría que las ideas justamente consideradas como de Pedro en su origen, estén expresadas en un griego tan bueno». La única frase que necesita una aclaración especial es: *«que ésta es verdadera gracia de Dios»* (lit.). Con ligeras variantes, tanto Stibbs como Franco y Salguero tienen como más probable el sentido de «el mensaje del Evangelio de Cristo, en el que la gracia salvífica se extiende a los indignos y a los humildes (1:10; 5:5), haciéndoles herederos de la vida (3:7) y cualificándolos para soportar aquí el sufrimiento y para gozar, después, de la gloria eterna (5:10)» (Stibbs).

3. El versículo 13 comienza literalmente *«Os saluda la coelegida en Babilonia»*. Lo de *«iglesia»* es, sin duda, una glosa explicativa, tan mal atestiguada en los MSS que ni siquiera aparece en el texto crítico del Nuevo Testamento Griego. Aunque Stibbs da como posible que Pedro se refiera aquí a su propia mujer, carece, a mi juicio, de toda probabilidad que tal sea el caso. Lo de *«coelegida»* nos trae a la memoria expresiones parecidas en 2 Juan 1, 13 (v. el comentario en su lugar). Es casi seguro que Pedro se refiere a la iglesia. La tenaz oposición protestante a admitir que Pedro se hallase en Roma en algún momento de su vida ha llevado a muchos comentaristas evangélicos a opinar que Pedro se refiere a la Babilonia del Éufrates o a la de Egipto, pero es mucho más probable que se refiera a la Roma de los césares. Dice el evangélico A. Stibbs: «Solamente desde la Reforma han preferido algunos tomar el vocablo al pie de la letra como referencia a la Babilonia de Mesopotamia o a una guarnición militar de Egipto, llamada Babilonia. Puesto que, en el saludo inicial, describe Pedro a sus destinatarios en Asia Menor como "elegidos …, extranjeros de la Dispersión" (1:1), parece apropiado aquí que haya de describir a la congregación cristiana de Roma como copartícipe de la misma elección y peregrinando en la propia Babilonia, el centro mundial de la impiedad organizada». Recuérdese que Juan da a Roma el epíteto de la Gran Babilonia en los capítulos 17 y 18 del Apocalipsis.

4. La mención singular del saludo que a los destinatarios envía también *«Marcos, mi hijo»*, no deja lugar a dudas de que se trata del Juan Marcos, primo de Bernabé (Col. 4:10), que se supone haber escrito el Evangelio que lleva su nombre con los datos suministrados por el propio Pedro. La opinión de Salguero de que le llama «su hijo» «por haber sido regenerado por el apóstol a la vida sobrenatural mediante el bautismo» no tiene ningún fundamento bíblico ni histórico. Más cauto es R. Franco, quien dice: «El título de hijo es un título de afecto, tal vez por haber influido san Pedro en su conversión (1 Co. 4:15, 17; Gá. 4:19; 1 Ti. 1:2; 2 Ti. 1:2; 2:1)». Esta idea del «afecto especial» es suficiente para explicar la frase (v. Hch. 12:12, 13).

El versículo 14 guarda grandes semejanzas con frases similares de Pablo al final de algunas de sus epístolas. El *«beso mutuo de amor»* es el *«beso santo»* que Pablo menciona en Romanos 16:19—véase allí el comentario—; 1 Corintios 16:20; 2 Corintios 13:12 y 1 Tesalonicenses 5:26. La bendición final (v. 14b): *«Paz a vosotros todos los (que* estáis) *en Cristo»* (lit.) guarda cierta semejanza con la de Pablo en Efesios 6:23, pero la formulación es diferente: En Efesios 6:23, se considera al *Señor Jesucristo* (junto con *Dios Padre)* como el punto de origen (gr. *apó)* de donde proceden *la paz y el amor acompañado de la fe,* mientras que aquí, el autor sagrado «indica que la participación en la bendición y comunión del Evangelio depende enteramente de una relación directa y personal con el Mesías» (Stibbs). El «Amén» que aparece, al final de todo, en nuestra Reina Valera, falta en los MSS más importantes, aun cuando figura en gran número de ellos.

2 PEDRO

A pesar de las discusiones (ya desde los primeros siglos de nuestra era) sobre la autenticidad de esta epístola, los comentaristas evangélicos, y aun los catolicorromanos no afectados por el modernismo bíblico, están de acuerdo en atribuirla al apóstol Pedro. Hay grandes porciones en ella, especialmente en el capítulo 2, que guardan estrecha semejanza con la Epístola de Judas. Si hubo alguna dependencia, como es altamente probable, no hay duda de que fue la de Judas la que influyó en la 2 Pedro, ya que la presente epístola fue escrita (v. 1:14) poco antes del martirio de Pedro en Roma el año 67 de nuestra era.

La carta tiene por principal objetivo hacerles a la memoria a los destinatarios las verdades fundamentales del cristianismo, a fin de ponerles en guardia contra las herejías de los falsos maestros. Para su división, adoptamos la del Dr. Ryrie en su *Ryrie Study Bible*.

I. Saludos (1:1–2).
II. El desarrollo de la fe (1:3–21).
III. La denuncia de los falsos maestros (2:1–22).
IV. El diseño del futuro (3:1–18).

CAPÍTULO 1

I. Tenemos primero el saludo y bendición iniciales (vv. 1, 2). II. Pasa luego el apóstol a tratar del crecimiento de la fe (vv. 3–11), y III. Del cimiento de la fe (vv. 12–21).

Versículos 1–2

1. A diferencia de 1 Pedro 1, el apóstol se presenta a sí mismo con los nombres de *Simón* (o, *Simeón,* según otros MSS), que era su nombre judío (hebr. *Shimeón) y Pedro,* que fue el sobrenombre que Jesús le impuso. También a diferencia de 1 Pedro, se llama a sí mismo *siervo* (gr. *doúlos)* y (como en 1 P. 1:1) *apóstol de Jesucristo.*

2. La carta va destinada *«a los que, por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, han recibido una fe tan preciosa como la nuestra»* (NVI). Tanto en esto como en la bendición que sigue (v. 2), las diferencias con 1 Pedro 1:1, 2 son muy notables; quizás influyó la fecha en que fue escrita ésta.

(A) Nótese la forma tan genérica con que son designados los destinatarios de la epístola, lo cual amplifica considerablemente su aplicación: *«los que alcanzaron una fe del mismo valor* (o *precio) que* (la que) *nosotros* (alcanzamos)» (lit.). Explica Ryrie: «El pensamiento es éste: Escribo a los que han obtenido una fe de la misma condición que la nuestra (esto es, la de los apóstoles), por razón de la imparcialidad de las bendiciones de Cristo».

(B) En efecto, para todos los creyentes es la misma, tanto la posición legal como la condición espiritual en que nos hallamos, merced a la imparcial justicia de Dios, como se revela en el Evangelio (v. Ro. 1:17). Como hace ver R. Franco, esa *fe,* ese «depósito de verdades reveladas … no lo han conseguido por sus propios méritos, sino por don gratuito de Dios. Ése es el sentido del verbo utilizado aquí: *lakhoúsin,* que literalmente significa recibir por suerte y, consiguientemente, no por propio esfuerzo o méritos, sino por gracia». M. Lloyd-Jones hace notar también que existe otra implicación en la identidad de la fe de los apóstoles y la nuestra: el fundamento apostólico de nuestra fe. Y M. Henry apostilla: «La fe es tan preciosa en el cristiano particular y en el apóstol: Produce los mismos valiosos efectos en el uno y en el otro … echa mano del mismo *precioso* Salvador y se apropia las mismas preciosas promesas».

(C) Esa gracia que Dios nos ha dispensado, y por la que somos salvos mediante la fe, tiene su origen en la justicia de Dios y de Jesucristo (v. 1b), según la explica Pablo en Romanos 3:21–26. Con un solo artículo, une el autor sagrado *«nuestro Dios y Salvador Jesucristo»,* lo mismo que hace Pablo en Tito 2:13, donde puede el lector hallar el comentario a dicha frase.

2. La primera frase de la bendición (v. 2): *«Gracia y paz os sean multiplicadas»* (lit.), es decir, «abunden y crezcan en vosotros», es exactamente la misma que aparece al final del versículo 2 de 1 Pedro 1. Aquí añade Pedro que esa abundancia de gracia y de paz sólo se puede obtener *«en el conocimiento pleno de Dios y de Jesús, el Señor nuestro»* (lit.), pues precisamente en eso consiste *la vida eterna* (v. Jn. 17:3). Dice Salguero: «Cuanto más se avanza en el conocimiento práctico de Dios y de Jesucristo, tanta mayor gracia se obtiene de Dios y tanta mayor felicidad se goza, porque el conocimiento de Dios es la base y el fundamento de todo el edificio de nuestra salvación». Al llegar aquí, no puedo menos de recomendar encarecidamente a mis lectores el libro de J. Packer *«Hacia el conocimiento de Dios»* (título de la edición castellana).

Versículos 3–11

En estos versículos, el autor sagrado explica de qué forma el conocimiento de Dios incrementa en nosotros la gracia y la paz que de Él hemos recibido. Al resumir el pensamiento del autor sagrado en los versículos 3–7, dice Lloyd-Jones: «Eso acontece así: Primero de todo, hay ciertas cosas que se hacen para nosotros; luego, nosotros mismos procedemos a hacer ciertas cosas. Lo que se hace para nosotros se describe en los versículos 3 y 4, y lo que hemos de hacer nosotros va en los versículos 5 y 6». No sé de quién es la equivocación, pues debería decir: «… va en los versículos 5–7». Los versículos 8, 9 exponen las razones para obrar así, y los versículos 10 y 11 contienen una exhortación sobre lo mismo. Son, pues, cuatro los puntos en que subdividimos esta porción.

1. Dicen los versículos 3 y 4, según la edición inglesa de la NVI: «*Su divino poder nos ha dado todo cuanto necesitamos para la vida y la piedad mediante nuestro conocimiento del que nos llamó por su gloria y bondad. Por medio de estas cosas, nos ha otorgado sus muy grandes y preciosas promesas, a fin de que, mediante ellas, podáis participar de la naturaleza divina y escapar de la corrupción que hay en el mundo, causada por los malos deseos*».

(A) Los autores hacen ver que la frase «*divino poder*» no se halla en ninguna otra parte de las Escrituras. Dice R. Franco: «Es característica de la filosofía griega y del helenismo cultivado», y cita lugares de Platón y de Aristóteles, entre otros. Lo que a nosotros nos interesa es que dichos atributos, el poder y la divinidad de ese poder, se atribuyen, de acuerdo con las reglas gramaticales, al antecedente más próximo, es decir, a *Jesús, el Señor nuestro* (v. 2, al final).

(B) Es, pues, el *poder divino* de nuestro Salvador el que *nos ha otorgado como un don (dedoreménes,* en participio de pretérito perfecto; algo que perdura) *todas las cosas que dicen relación a la vida y a la piedad* (lit.), esto es, para la vida espiritual y para la piedad cristiana; aunque tambien podría ser una hendíadis: *Para una vida piadosa.* Dice R. Franco: «El que se añada y *la piedad* indica que esta vida de la que habla no es algo meramente escatológico, reservado para después de la muerte, sino, como en San Juan, una realidad presente ya en el mundo».

(C) Conforme a lo que dijo en el versículo 2, también ahora (v. 3b) añade que esas cosas que tienen que ver con una vida piadosa nos han sido regaladas mediante *el conocimiento que de Dios nos ha sido también otorgado.* Este conocimiento estuvo ya en el origen de todas las bendiciones que nuestro llamamiento comportaba, y ese mismo conocimiento es el término de toda nuestra vida espiritual. Es *el conocimiento del que nos llamó mediante su gloriosa virtud* (lit. *mediante su propia gloria y virtud).* El término griego para *virtud* es *areté,* el mismo de 1 Pedro 2:9 y ha de entenderse en el mismo sentido.

(D) *Por medio de estas cosas* (v. 4), esto es, de su *gloria y virtud,* de Dios, en Cristo y mediante su Espíritu, *«nos han sido otorgadas* (el mismo verbo del versículo 3; ahora, en pretérito perfecto de indicativo, voz media pasiva: *dedóretai) las preciosas* (o, *valiosas;* gr. *tímia,* como en 1 P. 1:19) y *grandísimas promesas»* (lit.). Estas promesas son las que habían sido profetizadas ya en el Antiguo Testamento y tienen su cumplimiento en Cristo.

(E) La frase siguiente: *«a fin de que, por ellas* (las promesas), *lleguéis a compartir* (gr. *guénesthe koinonoí,* de la misma raíz que *koinonía,* comunión) *la naturaleza divina»* (v. 4b) es de tal riqueza y hondura que bien merece un análisis especial:

(a) La expresión *theía phúsis* (divina naturaleza) es de corte griego y la usaron con frecuencia filósofos y escritores griegos como Platón Aristóteles, Jenofonte, Epicuro, etc. Según Windisch (citado por Salguero) «la espiritualidad helenista hablaba de la participación de la naturaleza divina concedida a los hombres por la *dúnamis* (poder) de Dios, y del conocimiento de Dios». De ahí, empero, no puede inferirse que Pedro la tomara del helenismo; en su pluma, tiene un tono típicamente bíblico. Dice Ryrie: «Los creyentes comparten la vida de Dios por medio de Cristo y del Espíritu que viven en él (Ro. 8:9; Gá. 2:20)». La mutua inmanencia de Dios y del que ama a Dios (v. Jn. 14:23; 1 Jn. 4:16, por ej.) basta para explicar esta íntima «comunión de vida divina» del cristiano con Dios en Cristo (v. 1 Jn. 1:3, 6).

(b) Para evitar confusiones, notemos que Pedro no dice que compartamos la *esencia* (gr. *ousía),* sino la *naturaleza* (gr. *phúsis o physis), divina.* Permítaseme ahondar un poco en esta distinción teológica, no sólo para entender correctamente el sentido de la frase, sino también para que nos percatemos de su alcance práctico y devocional: Compartir la *esencia* de Dios equivaldría a poseer los atributos trascendentes que hacen de Dios el Ser Absoluto y Necesario, totalmente Otro: la infinitud en todos sus aspectos de perfección absoluta, eternidad, inmensidad, omnipotencia, etc. En cambio, compartir la *naturaleza* significa poseer la vida de Dios como fuente, no de sus *atributos incomunicables,* sino de su *conducta imitable:* su modo de pensar, su modo de amar y su modo de obrar. Es precisamente después de mencionar el amor compasivo de Dios, cuando dice Pablo (Ef. 5:1): *«Por lo tanto, sed imitadores de Dios, como hijos muy amados»*.

(e) Al llegar a este punto, quiero hacer partícipes a los lectores de un pensamiento que ha sido de gran bendición para mí desde la primera vez que lo ponderé: Con toda reverencia, podemos asegurar que Dios no es precisamente *feliz* por ser infinito, inmenso, omnipotente, etc., sino por su conocimiento sin límites, por su amor sin fronteras y por su poderosa voluntad para llevar a efecto sus amorosos designios. En eso estaba cifrada su infinita felicidad, en la eternidad, en la comunión de la Trina Deidad; y ésa es la felicidad que ha tenido a bien compartir con los hombres en un arranque inefable de amor abismal (Jn.

3:16; 1 Jn. 3:1), con el que se ha comprometido, en una aventura realmente romántica, a *sufrir* con los suyos (Is. 63:9) y a morir por los ajenos (Ro. 5:5–10). Véase tambien el comentario a 1 Juan 4:8.

(d) Esta comunión con Dios, al compartir su bendita naturaleza, nos honra con el mayor privilegio que pueda darse en un ser creado, pero, al mismo tiempo, nos impone una tremenda responsabilidad. De la diosa pagana Juno, dice Virgilio en su *Eneida: «Incessu patuit dea»:* Con solo su andar, se echó de ver que era una diosa. Lo mismo habría de poder decirse de todo hijo de Dios: En todo su porte se echa de ver de quién es hijo; actúa *a lo divino,* como actuaba Jesús, el Hijo de Dios (v. Jn. 14:9). En un texto ya clásico, dice León el Grande, obispo de Roma en los años 440–461: «Reconoce, cristiano, tu dignidad: *y hecho partícipe de la divina naturaleza,* no vuelvas, con una conducta indigna, a la vileza de tu condición anterior».

(F) Esta comunión con la divina naturaleza comienza ya en este mundo. Basta, para demostrarlo, la conexión con la frase siguiente (v. 4c): *«Tras de haber escapado de la corrupción que hay en el mundo, a causa de los deseos malvados»*. No se puede ser, a un mismo tiempo, amigo de Dios y del mundo (1 Jn. 2:15–17); no se puede ser, a la vez, puro y corrupto (1 Jn. 3:3–10); nuestra transformación espiritual exige dar de mano a los esquemas del mundo (Ro. 12:2). Aquí está implicada toda la lucha entre nuestra nueva *naturaleza* (divina) y la *vieja* (mundana y pecaminosa), como vemos en tantos lugares (v. por ej., Ro. 6:12 y ss.). Aunque la huida de la corrupción y el comenzar a compartir la naturaleza divina son, en el tiempo, cosas simultáneas, la huida de la corrupción debe ser lógicamente anterior, como se ve por el participio de aoristo *apophugóntes* (comp. con 1 Ts. 1:9 *«a Dios DESDE los ídolos»).*

2. En los versículos 5–7 tenemos lo que nosotros hemos de hacer para ir edificando nuestra casa espiritual sobre la fe con la que nos hemos apropiado las *preciosas* y *grandísimas promesas* que el autor sagrado ha mencionado al comienzo del versículo 4. Este esfuerzo por nuestra parte se echa de ver ya en la primera frase del versículo 5: *«Y por esto mismo, poniendo todo empeño …»* (lit.). Dice R. Franco: *«Y por esto …;* es decir, porque hay que huir de la corrupción, hay que poner todo empeño en la práctica de la virtud». Dicen así los versículos 5–7 en la NVI: *«Precisamente por esto, poned todo empeño en añadir a vuestra fe bondad; a la bondad, conocimiento; al conocimiento, dominio de sí mismo* (gr. *enkráteian,* el mismo vocablo de Gá. 5:23); *al dominio de sí mismo, perseverancia* (gr. *hupomonén,* la paciencia para aguantar bajo el peso de circunstancias adversas); *a la perseverancia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor (agápen,* lo mismo, por ej., que en todo el cap. 13 de 1 Co.)».

(A) Lo primero que notamos en estos versículos es que, sólo cuando ya compartimos la divina naturaleza, nos es posible poner empeño y tesón, esfuerzo y vigor personal, en la adquisición de las virtudes que configuran el carácter cristiano. Existe ya *la fe,* no como un acto con el que nos apropiamos en el pasado la salvación, sino como una *actitud* que perdura.

(B) A *esa fe,* dice Pedro (v. 5), *hemos de añadir,* como piedra sillar que se coloca sobre una base firme, *virtud* (lit.). El significado de *virtud* (gr. *aretén)* lo vimos en 1 Pedro 2:9 y lo acabamos de ver en el versículo 3 del presente capítulo. El verbo *pareisphéro* (única vez que dicho verbo sale en todo el Nuevo Testamento) significa «aportar», esto es, «contribuir con algo que se tiene a mano», y está en participio de aoristo, con lo que da a entender que ese *«todo empeño que hemos de poner»* lo tenemos al alcance de la mano mediante la gracia que nos une con Cristo, fuente de toda gracia (v. Jn. 1:16; 15:5; 1 Co. 15:10, al final). Tras del participio de aoristo *pareisenénkantes,* viene el imperativo de aoristo *epikhoregúesate,* que, como en los otros cuatro lugares en que ocurre en el Nuevo Testamento (v. 11; 2 Co. 9:10; Gá. 3:5 y Col. 2:19), significa *proveer, suministrar;* lo cual indica que también está al alcance de nuestra mano la *virtud* que hemos de *añadir.* Sobre esta unión de la virtud con la fe, dice Lloyd-Jones: «Aquí "virtud" significa "poder moral" o, si lo preferís, energía moral—indica actividad o vigor del alma—. Procurad, dice Pedro, que vuestra fe sea una fe viva, que sea una fe activa, que sea una fe vigorosa, que sea una fe viril, una fe enérgica».

(C) A esa *virtud,* dice Pedro, hay que añadir *conocimiento.* Para usar debidamente el vigor de la fe, es menester hacerlo con buen conocimiento; el cual, por supuesto, no es el primer conocimiento que tuvimos de Dios cuando le amamos por primera vez, al ser amados, conocidos, por Él (v. 1 Co. 8:3; 1 Jn. 4:19), sino una *mayor penetración* en las verdades de la fe, una mayor *comprensión* de la naturaleza misma que compartimos con Dios. Salguero hace una magnífica explicación de ésta y de las otras tres cualidades que le siguen en el versículo 6: «A la energía moral ha de juntarse la *ciencia (gnósis)* práctica, que hace conocer el bien que ha de hacerse y el mal que ha de evitarse. Energía moral y ciencia práctica son correlativas: ésta da las directrices y aquélla las ejecuta. A la ciencia va unida la *templanza (enkráteia,* v.

6), por medio de la cual el hombre se domina a sí mismo y a sus pasiones. La templanza es necesaria para que la ciencia o el conocimiento no sea turbado por la pasión o los excesos. A la templanza se ha de unir la *paciencia (hupomoné)* en las aflicciones, mediante la cual perseverarán en el bien a pesar de las dificultades y no sentirán desaliento en la espera de la parusía (cf. 2 P. 3:4). A la paciencia ha de ir unida la *piedad (eusébeia)* para con Dios, que le confiere todo el valor religioso que puede poseer la paciencia».

(D) Los últimos sillares (v. 7) o, si se prefiere, la cúpula que corona todo el edificio, son dos cualidades cristianas de tipo netamente comunitario: el *afecto fraternal* (gr. *philadelphía),* que el propio Pedro recomienda en 1 Pedro 1:22, y el *amor* (gr. *agápe),* cima y corona, lazo y forma vital, de todas las demás cualidades del carácter cristiano.

3. A continuación (vv. 8 y 9), el autor sagrado expone las razones principales por las que debemos esforzarnos en la práctica de todas esas virtudes. Esas razones son dos: una, de aspecto positivo; la otra está expresada negativamente.

(A) Dice así el versículo 8 en la NVI: *«Porque si poseéis estas cualidades en progreso constante, os preservarán de la inoperancia y de la infructuosidad en vuestro conocimiento de nuestro Señor Jesucristo».* En otras palabras, *el conocimiento pleno* (gr. *epígnosis),* experimental, *del Señor* depende del progreso en la virtud; y este progreso, por ser una constante andadura en el camino de la santidad, preserva de la *inoperancia* (el griego *argós* indica el «desocupado inútil» o «estéril social», como en 1 Ti. 5:13; Tit. 1:12 y Stg. 2:20) y, por tanto, de la *infructuosidad* (gr. *akárpous,* sin fruto), que es la lógica consecuencia de la esterilidad. El conocimiento pleno de Jesucristo es así el término de este crecimiento, como fue también su principio, ya que todo conocimiento de Cristo ha de comenzar por esa verdad fundamental que Pablo expresa así en Tito 2:14: *«quien* (Jesucristo, del v. 13) *se entregó a sí mismo para rescatarnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo que le pertenece en propiedad y que está anhelando obrar el bien»* (NVI). Nótese ese *«anhelando obrar el bien».* Dice Matthew Henry: «Ésta es la consecuencia necesaria de añadir una gracia a otra; pues cuando todas las gracias están en el corazón, se mejoran y fortalecen la una a la otra. Y dondequiera que la gracia abunde, allí habrá abundancia de buenas obras».

(B) El aspecto negativo se pone de relieve en el versículo 9: *«Pero el que no las tiene, es un miope y un ciego, pues se olvida de que ha sido purificado de sus antiguos pecados»* (NVI). Estos pecados son los cometidos antes de la conversión. El pensamiento de Pedro es aquí el siguiente: El que carece de las cualidades enumeradas en los versículos 5–7 «tiene una miopía que es prácticamente una ceguera» (R. Franco); no ve hacia delante, con lo que su conocimiento de Cristo es un fatal espejismo, ni ve hacia atrás, pues si recordase el momento en que le fueron perdonados sus antiguos pecados, recordaría también que la comunicación de la divina naturaleza produce espontáneamente la práctica de la virtud.

4. Termina Pedro esta sección (vv. 10, 11) con una nueva exhortación a lo mismo, y añade otros dos motivos para que sean diligentes en lo que acaba de inculcar a sus lectores: *«Por tanto, hermanos míos, poned mayor empeño aún en que se consoliden vuestro llamamiento y vuestra elección; porque si hacéis estas cosas, no caeréis jamás, y se os abrirán de par en par las puertas del reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo»* (NVI).

(A) La primera parte del versículo 10 necesita una aclaración especial, pues hay quienes ven aquí una indicación de que «ni la vocación ni la elección son de tal manera definitivas que no sea necesaria la cooperación humana» (R. Franco). El propio Pedro se ha encargado de refutar este concepto antibíblico al decir (v. 3) que *«todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder».* Nótese lo de *«nos han sido dadas».* Nadie se salva a sí mismo. La salvación es de gracia mediante la fe de punta a cabo; es un ¡don de Dios! (Ef. 2:8). *«Consolidar el llamamiento y la elección»* no significa de ningún modo que nuestras obras hagan más segura, objetivamente, nuestra salvación; la hacen, subjetivamente, más cierta; que no es lo mismo. En otras palabras, todo creyente genuino tiene asegurada la salvación; pero el que no cultiva las virtudes que Pedro enumera en los versículos 5–7, al quedar así sin frutos que evidencien la vitalidad de su fe, se priva a sí mismo del testimonio seguro de su propia conciencia de que su elección es segura; ¡tiene motivos para dudar de ello! Y Pedro tiene deseos de que sus lectores no sufran inquietudes a este respecto, sino que posean, no sólo la *salvación,* sino también el *gozo* de la salvación.

(B) Por eso dice que, al pisar un terreno tan sólido, *no caerán jamás* (lit. *de ningún modo caeréis alguna vez).* También aquí puede haber quien halle otra dificultad, al pensar que Pedro enseña que podemos llegar a una perfección absoluta en esta vida. No es eso lo que dice, sino que, en la medida en

que lleven una vida santa, protegerán sus pies de caer ante los errores que los falsos maestros tratan de inculcarles. Este *caer* (comp. con Stg. 2:10; 3:2) «se entiende en sentido moral. El autor conserva aún en la imaginación la imagen de la ceguera del versículo anterior. Hay un largo camino que recorrer, donde el ciego necesariamente tropieza y cae» (R. Franco).

(C) Pero el autor sagrado no se limita a decir que, por el camino de la santidad, no hallaremos tropiezo, ocasión de caer en el error y en el pecado, sino que asegura que, *«así os será provista* (el mismo verbo del v. 5) *ricamente la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo»* (lit.). Quizás una mirada a Mateo 7:13, 14 nos ayude a entender mejor este versículo 11. De nuevo hemos de repetir aquí que todo creyente genuino tendrá entrada en el *reino eterno* de los cielos, pero sólo quienes hayan consolidado su llamamiento y elección con una vida santa tendrán *amplia entrada* en dicho reino. Los que vayan arrastrándose lentamente, sin buenas obras que son fruto de la fe tanto como del Espíritu Santo, encontrarán *angosta* la entrada; se salvarán, pero con dificultad (v. 1 P. 4:18, con el comentario que allí damos). Juan usa otra expresión, en 1 Juan 2:28b: *«tener confianza cuando el Señor se manifieste, en vez de quedar avergonzados»*. Recordemos también 1 Corintios 3:12–15: ¿Qué dirá el creyente que, cuando Jesús lo llame a su tribunal (v. Ro. 14:10; 2 Co. 5:10) y le pregunte: «¿Qué me traes? ¿Qué has hecho de mis gracias? ¿Dónde están tus servicios a mi causa?», no sepa qué responder, pues todo lo que lleva en las manos es *«madera, heno, paja»* que ha de consumir el fuego de Dios? (v. Hch. 12:29). ¿No quedará, aunque salvo, avergonzado?

(D) También ha de notarse que Pedro llama al cielo *el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.* Ese reino ha sido preparado desde la eternidad para los que aman al Señor (comp. con Mt. 25:34, 46). Los que están vitalmente unidos a Cristo reinarán *mil años* con Él (v. Ap. 20:4, al final), porque el reinado mesiánico será todavía un reinado de conflicto y de juicio, al final del cual, vencidos ya todos los enemigos, Cristo entregará dicho reino al Padre (1 Co. 15:24), pero no por eso se despojará Cristo de su corona (v. Lc. 1:32, 33), ni los creyentes de las suyas respectivas, puesto que *«reinarán por los siglos de los siglos»* (Ap. 22:5, al final). Sólo resta observar que «éste es el único sitio del Nuevo Testamento en que se encuentra la expresión "reino eterno" (cf., sin embargo, Lc. 1:32, 33). También la expresión *Señor y Salvador,* tan familiar para nosotros, es exclusiva de la 2 P. 2:20; 3:2, 18)» (R. Franco).

Versículos 12–21

Después de hablar del crecimiento de nuestra fe, el autor sagrado pasa a tratar del cimiento de dicha fe, el cual no es otro que la Palabra de Dios (v. 19). Pero antes de exponer dicho cimiento, antepone una nota de afecto y diligencia, en la que dice a sus lectores lo mucho que desea el que no olviden ninguna de estas cosas (vv. 12–15), ya que no son fábulas ingeniosas, sino lo que él mismo vio y oyó en el monte de la Transfiguración, lo que realmente constituye el cimiento de la fe (vv. 16–18). De ahí pasa a la consoladora afirmación de que, tan segura como su testimonio de primera mano, es la Palabra de Dios como la tenemos en las Escrituras (vv. 19–21).

1. Dicen los versículos 12–15 en la NVI: *«Por eso, yo siempre os traeré a la memoria estas cosas, aun cuando ya las sabéis y estáis firmemente consolidados en la verdad que ahora tenéis. Pues creo que es lo correcto por mi parte el refrescaros continuamente la memoria, mientras permanezca en esta tienda de campaña; porque ya sé que pronto va a ser desmantelada esta tienda de mi cuerpo, según me lo ha dado a conocer nuestro Señor Jesucristo. Y yo he de procurar con todo empeño el que, después de mi partida, podáis en todo momento renovar el recuerdo de estas cosas».*

(A) Basta una somera lectura de estos versículos para percatarse del interés de Pedro en que los lectores no olviden jamás lo que acaba de decirles en los versículos anteriores. No menos de tres veces repite, con tres vocablos diferentes, la idea de refrescarles la memoria. La razón es doble: (a) La suma importancia de la materia que está tratando: No es cosa leve, fútil, periférica, sino que está hablando de lo más importante en el campo de la santificación cristiana. (b) La suma facilidad que los seres humanos tenemos para olvidar aun las cosas más importantes. Tras de unos meses (quizá, días) de gozo en la salvación adquirida y en la comunión con el Señor, la tensión se relaja la costumbre hace decaer el valor de las cosas y se pierde el primer amor (Ap. 2:4). La pérdida de la memoria va de la mano con la pérdida de interés. Por eso, la táctica primordial que Pedro emplea aquí es recordar a sus lectores la enorme magnitud, en cantidad, calidad e importancia (v. 4), de las cosas que está tratando. ¡Son cosas que no deben caer en el olvido!

(B) Por eso, a pesar de que no son cosas nuevas, sino *sabidas* (v. 12), les dice que: *«estoy dispuesto a refrescaros siempre la memoria acerca de estas cosas»* (lit.). A pesar de que ya pisan terreno firme (gr. *esterigménous*, en participio de pretérito perfecto; el mismo verbo de Santiago 5:8; 1 Pedro 5:10, entre otros lugares), es menester que no se fíen, pues los falsos maestros (2:1–3, 12–14; 3:3–5, 16–18) están siempre dispuestos a lo contrario que Pedro intenta: a hacerles olvidar la sana doctrina y a precipitarles en el error y en la disolución.

(C) Dos motivos especiales se añaden, los cuales explican el interés que Pedro pone aquí: (a) Su propio celo apostólico y pastoral (v. 13): mientras viva en este mundo, *considera que es justo* (lit.), es decir, lo que debe hacerse (comp. con Mt. 3:15 «… *conviene que cumplamos toda justicia»),* recordarles estas cosas. Pedro es consciente de su tremenda responsabilidad. Queridos colegas en el ministerio: ¿Tenemos nosotros el mismo interés en que las ovejas de Cristo encomendadas a nuestro cargo (v. 1 P. 5:2, 3) sean enseñadas y amonestadas como Dios quiere? (b) Su inminente traslado (vv. 13–15) a la casa celestial. Véase cómo habla de su partida en términos de *éxodo* (gr. *éxodon*, salida), en el versículo 15; de peregrinación en *tienda de campaña* (gr. *skenómati*, como llama a su cuerpo comp.—con 2 Co. 5:1—) en el versículo 13; y del *desmantelamiento de* dicha *tienda de campaña* (gr. *he apóthesis tou skenómatos mou),* en el versículo 14. Tanto en Pedro como en Pablo, la metáfora no debe entenderse en sentido dualista, al estilo platónico, esto es, considerar el cuerpo y el alma como dos entidades opuestas, como si sólo el alma (más exactamente, el espíritu—V. Gn. 2:7; Ec. 12:7—) fuese el único constitutivo de nuestro ser personal, al ser el cuerpo como la *cárcel* en la que ahora vive aprisionado. Dice R. Franco: «La imagen tiene su origen en la vida nómada (Is. 38:12) y pone el acento en lo efímero de la existencia humana (v. 14)».

(D) El autor sagrado no se contenta con *recordarles siempre estas cosas* (vv. 12, 13) mientras está en este mundo, sino que desea dejarles (v. 15) un *recordatorio* (gr. *mnémen)* para que lo conserven cuando él haya partido ya de esta vida. Esta es la causa por la que está poniendo por escrito todo esto, ya que, como dice el refrán latino, *verba volant, scripta manent:* las palabras vuelan, lo escrito permanece. Dice M. Henry: «La cercanía de la muerte presta al apóstol diligencia en los asuntos de la vida. Pronto será apartado de la presencia de aquellos a quienes está escribiendo, y es su ambición el que recuerden la doctrina que les ha encomendado». ¡De ahí la importancia de *tomar notas* en las clases!

(E) Finalmente, discuten los autores cuál es el significado de la frase (v. 14b): *«como también nuestro Señor Jesucristo me manifestó»* (lit.). La discusión es sobre si Pedro se refiere a lo que le dijo el Señor en Juan 21:18, 19, o a una revelación especial que el Señor le hubiese otorgado posteriormente. Aunque sólo sabemos de cierto lo que consta en el citado lugar de Juan 21:18, 19, y el verbo *manifestó* está en aoristo, es muy poco probable que Pedro aluda a eso; a mi juicio, por dos razones: (a) En Juan 21:18, 19, Jesús le había mencionado vagamente la *edad («cuando seas viejo»,* frase muy elástica) y el *modo violento* de la muerte *(«otro te ceñirá, etc.»),* pero no *el tiempo preciso* que aquí se insinúa. (b) Pedro dice literalmente: *«como también …»,* lo cual sugiere que esa revelación del Señor se añadía al presentimiento que él tenía de su inminente partida. Como observa R. Franco, «estas revelaciones no eran raras (de san Pablo, cf. Hch. 20:23, 25, 28; 21:11)».

2. De ahí pasa el autor sagrado a encarecer más aún la importancia de las cosas que les ha dicho, pues no son *fábulas ingeniosas,* historietas de ciencia-ficción, sino asunto de suma importancia (vv. 16–18): *«No hemos seguido novelas ingeniosamente inventadas* (lit. *mitos sofisticados*), *cuando os dimos a conocer el poderoso advenimiento* (lit. *el poder y la presencia*—gr. *parousían—) de nuestro Señor Jesucristo, sino que fuimos testigos de vista de su majestad. Porque Él recibió de Dios el Padre honor y gloria, cuando vino sobre Él desde la Majestuosa Gloria* (como en He. 1:3, al final, una frase sustitutiva del Nombre de Dios) *una voz que dijo: "Este es mi Hijo, mi Predilecto; con Él estoy completamente satisfecho". Nosotros mismos escuchamos esta voz que vino del cielo, cuando estábamos con Él en la montaña sagrada»* (NVI).

(A) No cabe duda de que, al decir *«el poderoso advenimiento de nuestro Señor Jesucristo»* (v. 16b), Pedro se refiere a la Segunda Venida del Señor. Basta el vocablo griego *parousían* que aquí usa, para estar seguros de ello. Y de esta Segunda Venida precisamente, nos dice que no se basa en *mitos* (lit.). R. Franco hace notar que el vocablo griego *múthos,* fábula, siempre tiene mal sentido en el Nuevo Testamento (1 Ti. 1:4; 2 Ti. 4:4; Tit. 1:14). «Son, dice, la creación de la fantasía humana en oposición a la verdadera historia evangélica … No se trata de fantasías, sino de algo que los apóstoles han visto con sus propios ojos».

(B) Por supuesto, Pedro no quiere decir aquí que él y otros apóstoles hayan sido testigos de la Segunda Venida, ni siquiera «en espíritu» como Juan (v. Ap. 1:10). Lo que quiere decir es que él, Juan y Santiago contemplaron en el monte de la Transfiguración la gloria majestuosa del Señor, adquiriendo así algo como un breve paladeo de lo que será la gloria de la Segunda Venida, de la cual fueron también asegurados por los ángeles en el monte de los Olivos, el día de la Ascensión del Señor (v. Hch. 1:11). Lo mismo había atestiguado el propio Señor en presencia del sumo sacerdote (v. Mt. 26:64). *El honor y la gloria* que Cristo *recibió de Dios el Padre* en el monte de la Transfiguración (v. 17), llamado por eso (v. 18) *el monte santo* (lit.), eran la garantía del poder y la gloria con que se había de llevar a cabo la *Parusía,* esto es, la Segunda Venida del Señor.

3. La afirmación y el testimonio de unos hombres que, como Pedro, fueron testigos de vista de lo que narran y, además, son dignos de crédito por cuanto dieron la vida por defender lo que proclamaban, nos habría de bastar para estar seguros de la firme cimentación de nuestra fe cristiana. Pero, además, continúa Pedro, *tenemos la palabra de los profetas hecha más segura.* Dicen así los versículos 19–21 en la NVI: «*Y tenemos la palabra de los profetas hecha más segura, y haréis muy bien en prestarle atención, como a una lámpara que brilla en lugar oscuro, hasta que amanezca el día y se levante en vuestros corazones el lucero de la mañana. Ante todo, debéis percataros de que ninguna profecía surgió de la interpretación del propio profeta. Pues la profecía nunca tuvo su origen en la voluntad del hombre, sino que los hombres hablaron de parte de Dios conforme eran llevados por el Espíritu Santo».* Volveremos sobre el versículo 20, a fin de mejorar la traducción que nos da aquí la NVI.

(A) Lo primero que es de observar aquí es lo de «*Y tenemos más firme* (o *consolidada.* El vocablo es el mismo del versículo 10, aunque ahora está en comparativo) *la palabra profética»* (lit.). La palabra profética se refiere, nadie lo discute, a las profecías acerca de Cristo, las cuales incluyen la Segunda Venida del Señor. El énfasis, pues, está en la «profecía», aunque el versículo 21 extiende a toda la Escritura el concepto que aquí expone el autor sagrado. Lo que sí es discutible es el sentido que tiene dicha primera frase del versículo 19, en la forma en que la hemos vertido literalmente del original. Para algunos, el sentido es que *las profecías* (y la Escritura en general) son un argumento más sólido que el testimonio de Pedro y los demás que contemplaron al Señor en el monte de la Transfiguración. Para otros, y éste es el sentido más probable, lo que Pedro da a entender aquí es que la experiencia de la Transfiguración del Señor confirma la verdad de las profecías. Dice R. Franco: «Las profecías siempre han sido sólidas, es decir, dignas de fe (He. 2:2); pero su realización las hace aún más dignas de fe para nosotros». En efecto, la conexión del versículo 18 con el versículo 19 no se hace en el original por medio de una conjunción adversativa, ya sea fuerte (gr. *allá)* o suave (gr. *de),* sino por medio de la conjunción copulativa *kai*. Este segundo sentido es el que le dan a este versículo 19 todas las versiones modernas que conozco.

(B) El autor sagrado continúa diciendo (v. 19b) que *haremos bien* (lit. Gr. *kalós*, excelentemente) *en prestar continua atención (prosékhontes,* en participio de presente) a dicha palabra profética, comparándola a una *lámpara* (gr. *lúkhno).* El sentido de este vocablo, como puede verse, en especial, por Lucas 15:8 y Juan 5:35, no es aquí el de un foco luminoso, sino más bien el de un candil, suficiente para dar luz a nuestros pies y a la porción del camino (v. Sal. 119:105) que vamos pisando de un momento para otro. Esto explica el que nos resulte difícil adivinar el sentido de muchas profecías que quedan por cumplir, así como el que haya interpretaciones tan diferentes sobre el sentido de dichas profecías. Como escribe el profesor E. Trenchard: «La profecía no es precisamente un foco eléctrico para poner en evidencia todo cuanto ha de suceder en el provenir (lo que haría más daño que bien), sino "un candil que alumbra en lugar oscuro" (2 P. 1:19, trad. lit.), de utilidad para que no tropecemos y para que pongamos la mira en la gran consumación que se espera».

(C) La última parte del versículo 19 es de una belleza extraordinaria por las metáforas con que expresa el paso de la noche de esta vida al día esplendoroso de la Segunda Venida: Guiados por la pequeña luz de la palabra profética, que va alumbrando nuestros pasos en la noche (v. Ro. 13:12), vamos acercándonos al amanecer escatológico o, como decía castizamente nuestra antigua Reina-Valera, *«hasta que el día esclarezca» («el día»,* sin más—como en 1 Co. 3:13—, o «*el día del Señor Jesús»*—como en 1 Co. 5:5; 2 Co. 1:14—, *«el día de Jesucristo»*—Fil. 1:6—, *«el día de Cristo»*—Fil. 1:10; 2:16—) y *surja en el Oriente (anateíle) el lucero»* (gr. *phosphóros,* de donde viene «fósforo»—que lleva luz—, y cuya versión latina es *lucifer,* aplicado a Satanás con base en Is. 14:12). Tanto el verbo *diaugáse* («amanezca» o «esclarezca») como el nombre *phosphóros* salen únicamente aquí, mientras que el verbo *anateíle,* junto

con el correspondiente sustantivo *anatolé* («oriente») ocurren numerosas veces en el Nuevo Testamento. El sentido, pues, de dicho verbo es el de *levantarse el sol* (comp. con Lc. 1:78b), por lo que el epíteto griego *phosphóros*, aplicado a Cristo, más bien que «lucero matutino», debería entenderse como *«astro de la mañana»*—esto es, el sol—, según se llama también a Jesucristo en Apocalipsis 2:28; 22:16.

(D) El versículo 20 ofrece una dificultad especial, no sólo por los matices de que es capaz el adjetivo *idías* (propia, privada, particular), sino, muy especialmente, por el sentido que se le de al sustantivo *epilúseos*. Este vocablo no sale en ningún otro lugar del Nuevo Testamento. Su sentido en el griego clásico es «solución» o «suelta» (el acto de soltar), pues el verbo correspondiente *(epilúo)* significa «soltar». Dicho verbo sale únicamente dos veces en todo el Nuevo Testamento: En Marcos 4:34, donde significa «explicar», y en Hechos 19:39, donde significa «resolver», «decidir». De aquí puede rastrearse mejor el sentido bíblico del vocablo *epilúseos* en el versículo 20 de la presente porción. La idea de los versículos 20 y 21, tras de los conceptos expresados en los versículos 18 y 19, es sumamente clara: La palabra profética no es palabra de hombre, sino Palabra de Dios, porque los profetas no hablaban de su propia iniciativa, sino movidos por el Espíritu Santo. Ésta es, decididamente, la idea que el autor sagrado expone aquí, y de ella no ha de movernos cualquier explicación que a los versículos 20 y 21 pueda ofrecer ningún exegeta. Para no cansar a los lectores con las muchas y variadas interpretaciones que al versículo 20 se han dado (las principales pueden verse en la *Ryrie Study Bible),* la mejor versión que conozco es la que hace el Dr. Lloyd-Jones: *«Conociendo esto lo primero, que ninguna profecía de la Escritura surge o se origina en la forma personal como entiende las cosas el profeta, porque la profecia no vino antaño por la voluntad del hombre, sino que los santos hombres de Dios* (los que redactaron la Biblia) *hablaron según eran movidos* (lit. *llevados,* como un barco por el viento) *por el Espíritu Santo».* Permítasenme tres aclaraciones:

(a) La expresión (v. 21b) *«los santos hombres de Dios»* no indica que pertenecieran a Dios (aunque esto sea verdad), sino que eran comisionados por Dios (gr. *apó Theoú,* como el alto lugar desde el que les llegaba el encargo).

(b) La expresión (en el mismo lugar) *«según eran llevados* (lit.) *por* (gr. *hupó*—preposición que indica que estaban *bajo* la acción de Dios—. Nótese su diferencia de *apó) el Espíritu Santo»,* significa que la inspiración de Dios (comp. con 2 Ti. 3:16) cae directamente sobre la Escritura, no sobre los hombres que la escribieron; en otras palabras, la Biblia es la *«soplada por Dios»* (lit.), no los hagiógrafos; éstos eran *llevados, movidos, por el Espíritu Santo,* a fin de que, sin perder su estilo peculiar y la información que poseyesen, escribiesen todo, sólo y de la manera que mejor servía a los designios de Dios para declararnos, por medio de unos hombres, todo Su consejo. Así que esos hombres no eran propiamente *«inspirados» («soplados»;* pues habrían escrito al dictado), sino *«llevados»,* como es conducida una persona a puerto seguro, sin perder nada de su espontaneidad personal.

(c) La falta de atención al verbo griego *guínetai* (v. 20, al final) ha llevado a muchas versiones (especialmente, antiguas) a traducir *«es de interpretación privada» (o particular,* en la antigua Reina-Valera). El error se halla también en la *Autorizada Versión* (AV) inglesa. Ello ha dado lugar a los autores catolicorromanos para decir que este versículo 20 va en contra de la doctrina protestante del *libre examen* de la Escritura. Dice Salguero: «Las palabras de la 2 Pedro van dirigidas contra los falsos doctores, que interpretaban la *palabra profética* a su modo. Al mismo tiempo condenan directamente las teorías del *libre examen* de los protestantes». En estas palabras se hallan, por lo menos, dos gruesos errores: *Primero,* no es cierto que dicho versículo diga que «ninguna profecía *es* de interpretación privada», sino, a lo más, que *«ninguna profecía de la Escritura surge de la interpretación privada»,* aunque, como ya hemos visto, «interpretación» no es el vocablo exacto, ni apropiado, para verter el griego *epilúseos* («solución, suelta, decisión»). *Segundo,* y este error es todavía peor, Salguero confunde *el libre examen* con la *interpretación personal.* Ningún protestante bien informado ha dicho jamás que tengamos derecho a *una interpretación privada,* es decir, la que se nos ocurra, ya que es el Espíritu Santo el que nos *guía por el camino de la verdad* (v. Jn. 16:13, comp. con 1 Jn. 2:20, 27), sino que todo creyente tiene derecho al *libre examen* (que no es lo mismo) de las Escrituras, sin que en su acceso al Libro Sagrado ni en el estudio y análisis del mismo (siempre bajo la guía del Espíritu) tenga que someterse a las decisiones de ninguna «jerarquía» humana.

CAPÍTULO 2

En este capítulo, el autor sagrado emprende la denuncia de los falsos maestros que turbaban a las comunidades cristianas. Al seguir la división que la *Ryrie Study Bible* hace del capítulo, vemos que Pedro expone: I. La conducta de estos falsos maestros (vv. 1–3); II. Su final condenación (vv. 4–9), y III. Sus características (vv. 10–22).

Versículos 1–3

Al amonestar a sus lectores contra los falsos maestros, el autor sagrado expone primero la conducta de éstos en los versículos 1–3 (compárense con Jud. 4), los cuales dicen así en la NVI: *«Pero también hubo falsos profetas entre el pueblo* (es decir, Israel), *como también habrá falsos maestros entre vosotros. Estos introducirán encubiertamente herejías destructivas, llegando incluso a negar al Soberano Señor* (gr. *despóten*, el mismo vocablo de Hch. 4:24; 2 Ti. 2:21, entre otros lugares) *que los compró—atrayendo así sobre sí mismos una rápida destrucción—. Muchos les seguirán en su libertinaje, y por su causa caerá en descrédito el camino de la verdad. Llevados de su avaricia, estos maestros se aprovecharán de vosotros con cuentos que ellos mismos habrán inventado. Su condenación hace tiempo que pende sobre sus cabezas, y su destrucción no se descuida en llegar».*

1. Ese *«pero»* (gr. *de*, conjunción adversativa suave, que anuncia un giro en la narración) con que comienza el capítulo, nos ofrece la conexión con el final del capítulo 1, como si dijese: «Los verdaderos profetas *hablaron siendo llevados por el Espíritu Santo, pero también hubo falsos profetas».* Un ligero repaso al Antiguo Testamento basta para darnos idea del número y de la baja ralea de tales falsos profetas (v. por ej., Dt. 13:1–3; Is. 28:7; Jer. 6:13–15; 14:13–15; Mi. 3:11; Zac. 13:2 y ss.).

2. Así *también habrá falsos maestros entre vosotros,* dice Pedro. No cabe duda de que ya los había, pero el apóstol habla de ellos en futuro *(«habrá … introducirán …»),* «porque sabía que pronto se lanzarían sobre el rebaño de Cristo con mayor furor» (Salguero). El verbo *griego pareisáxousin* (como lo indica el prefijo *par)* significa *introducir encubiertamente,* solapadamente, *«con palabras bien moldeadas»* (lit. v. 3. Gr. *plastoís lógois;* de donde proceden los vocablos castellanos «plasma», «plástico», «emplasto», etc.). ¿Por qué obraban (y obran) estos maestros de forma solapada? Principalmente, por dos razones:

(A) Para que sus errores pudiesen entrar suavemente, como quien «dora la píldora», sin ser apenas notados. Con capa de «descubrimientos recién hechos», maestros de antaño y hogaño introducen errores como si fuesen verdades inconcusas. Frases como: «¡No lo digan a nadie! Pero es hoy cosa *segura* que tal libro de la Biblia no lo escribió tal autor …». O: «En nada afecta al mensaje, aunque su historicidad es muy problemática …». Cosas como éstas se dicen en cátedras que pasan por evangélicas. Y la mayoría de los alumnos, que no han adquirido todavía el suficiente conocimiento de las Escrituras para un examen crítico de lo que se les dice en clase, por un profesor que … «¡él sabrá lo que dice …!», se tragan el anzuelo y hasta se tienen por dichosos por haber venido al Colegio o al Seminario en una época en que la exégesis ha hecho *tales* adelantos. De ordinario, tales enseñanzas marcan los criterios de los futuros maestros y predicadores de la Palabra.

(B) Para no perder su posición. Si dijesen abiertamente lo que piensan, es probable que fuesen expulsados de sus cátedras, pero al revestir sus errores de «ciencia» y al hablar como en susurro, a fin de que ni las paredes del aula se enteren de lo que allí «se guisa», estos maestros siguen agarrados a su sinecura, y sacan buenas ganancias materiales de su profesión: *«Llevados de su avaricia … se aprovecharán de vosotros»* (v. 3), dice Pedro. El griego dice *humás emporeúsontai*, donde el verbo significa «hacer negocio» (con Stg. 4:13, son los dos únicos lugares en que tal verbo sale en el Nuevo Testamento, pero tenemos *emporía*, negocio—en Mt. 22:5—; *empórion*, mercado—en Jn. 2:16—, y *émporos*, mercadero comerciante—en Mt. 13:45; Ap. 18:3, 11, 15, 23—). No puede expresarse mejor la forma en que estos falsos maestros «explotan» a sus discípulos, a sus familias o a las iglesias que subvencionan sus estudios en los centros de enseñanza, aun en los que pasan por «evangélicos» y aun por «conservadores».

3. Entre los errores que estos falsos maestros propalan, singulariza Pedro que *«llegan incluso* a negar *al Soberano Señor que los compró»* (v. 1b). No dice el autor sagrado en qué negaban (gr. *arnoúmenoi,* participio de presente: *negando continuamente)* estos falsos maestros al Señor. El contexto posterior de la

carta, especialmente los versículos 3:3 y ss., da a entender que negaban la Segunda Venida de Cristo. No sabemos si negaban alguna otra verdad acerca de Cristo, aunque mi opinión personal es que negaban también el matiz *«redentor»* o sustitutivo de la Obra de la Cruz, ya que Pedro menciona a Cristo como al *«Dueño que los compró»*. ¡No querían Su ley!

4. Por cierto, esta frase requiere un análisis especial, puesto que es uno de los textos más contundentes del Nuevo Testamento a favor de la *redención universal. El vocablo despótes, «amo», «dueño»,* se aplica, tanto en el griego clásico como en el bíblico, al señor que tenía *esclavos* (gr. *doúloi*, que, como ya sabemos, es aplicado a los «siervos de Dios»). El verbo que Pedro usa para decir *«compró»* es *agorásanta* (en participio de aoristo; de una vez por todas). Este verbo significa «comprar en la plaza del mercado», donde, entre otras mercancías, se compraban y vendían esclavos. Ahora bien, ningún comentarista admite que estos falsos maestros fuesen nacidos de nuevo, salvos de gracia mediante la fe; sin embargo, Pedro asegura que Cristo *los compró.* ¿Qué quiere decir esto, sino que el precio por los pecados de toda la humanidad fue pagado en la Cruz, donde Dios estaba reconciliando consigo al mundo? (Comp. con 2 Co. 5:19). Es cierto que solamente los que ponen su fe en el Salvador tienen el beneficio de la salvación, pero el precio de la compra incluye también a los que no se salvan, pues incluía a estos inconversos. En otras palabras, el precio se pagó por ellos; pero ellos no quisieron salir de la anterior esclavitud, no salieron de la plaza del mercado a la libertad. Por eso, la Palabra de Dios usa otro verbo para expresar claramente una compra que desemboca en *liberación: exagorázo.* (Nótese el prefijo *ex* de salida; véase en Gá. 3:13; 4:5; Ef. 5:16; Col. 4:5.) Resumamos esta enseñanza en pocas palabras: «La salvación es *particular,* pero la redención es *universal»;* o, de otra forma: *«No todos* se salvan, pero para *todos* hay posibilidad de salvación» (v. también 1 Ti. 2:4–6; 4:10, entre otros lugares. Para un estudio más extenso sobre este tema, véase mi libro *La Persona y la Obra de Jesucristo,* págs. 330–347).

5. De estos falsos maestros, dice Pedro (ya en el v. 1b) que *«están trayendo sobre sí mismos rápida ruina»* (lit.). Contrastando el presente *«están trayendo»* con la *«rapidez»* (o mejor, «lo *repentino*») del castigo que se les viene encima, pienso que, más bien que por intuición profética de la inminencia del castigo, Pedro habla como si estos farsantes, con los errores que introducen solapadamente, estuviesen colmando la medida de sus pecados. «Su *condenación,* dice después (v. 3b), *no está inactiva desde hace tiempo, y su ruina no dormita»* (lit.). Comenta R. Franco: «La condenación y la perdición aparecen personificadas como preparadas y despiertas para lanzarse contra ellos».

6. No solamente se hacen daño a sí mismos y niegan a su Dueño que los compró, sino que, además, hacen daño a muchas otras personas y provocan el descrédito del cristianismo (v. 2): *«Muchos les seguirán* (gr. *exakolouthésousin,* verbo que ocurre solamente en esta epístola: aquí, en el v. 15 y en 1:16) *en su libertinaje»,* con lo que el error se extenderá como gangrena y, lo que es peor, *«por su causa caerá en descrédito el camino de la verdad»* (frase con que se expresa el cristianismo en Hch. 9:2; 16:17; 18:25; 19:9, 23; 22:4; 24:14, 22). Dice Lloyd-Jones: «Con tanta frecuencia ha sido la Iglesia misma la que ha hecho que los hombres no aceptasen (la Biblia) como la Palabra de Dios, sino que creyesen más bien en cosas que son meramente enseñanzas sociales, humanas … La inmensa mayoría de los hombres y de las mujeres están hoy fuera de la Iglesia, porque de alguna manera han llegado a la conclusión de que la Iglesia misma no cree en este Libro». La mención del *libertinaje* (lit. *lascivias;* gr. *aselgueíais*. De las diez veces que tal vocablo sale en el Nuevo Testamento, cuatro son de la pluma de Pedro: aquí, en los vv. 7 y 18 y en 1 P. 4:3) da a entender que otra desviación de estos falsos maestros era el antinomianismo (oposición a toda «ley» moral). No es extraño que Pedro les atribuya la *introducción de herejías destructivas* (v. 1).

Versículos 4–9

Aunque ya desde el versículo 1 (al final), el autor sagrado ha mencionado el castigo que les aguarda a estos falsos maestros, en los versículos 4–9 pone tres ejemplos del Antiguo Testamento en los que se manifestó de modo especial la ira de Dios contra los impíos, para sacar la conclusión de que también a éstos les está reservado un severo castigo el día del Juicio (v. 9b). La conjunción causal fuerte *gar,* que aparece en cabeza del versículo 4, da a entender las razones por las que *«no está inactiva su sentencia de condenación ni dormita su ruina»* (v. 3b. Lit.).

1. El primer ejemplo es el de *los ángeles que pecaron* (v. 4): *«Porque si Dios no perdonó a los ángeles cuando pecaron, sino que los envió al infierno* (lit. *Tártaro), metiéndolos en oscuros calabozos, a*

fin de ser guardados allí para el juicio». Al comparar este versículo con Judas 6, vemos que estos ángeles *«no guardaron su posición de preeminencia, sino que abandonaron su propia morada»* (NVI). Es cierto que la Escritura no nos dice nada de esto en el *Génesis*, pero, aun cuando esta información que Pedro—y, más detalladamente, Judas—nos ofrecen, proceda de una tradición judía, registrada en apócrifos, su inserción en 2 Pedro 2:4 y Judas 6 es suficiente para que la tengamos por digna de crédito, pues es Palabra de Dios. Si unimos a esto la probabilidad de que 1 Pedro 3:19 se refiera a *espíritus* desencarnados, esto es, ángeles caídos, la misma interpretación de *«hijos de Dios»* en Génesis 6:2, 4 en sentido de ángeles rebeldes, desobedientes, toma también una nueva probabilidad. El vocablo griego *zóphos*, oscuridad, sólo ocurre, aparte de Hebreos 12:18, en 2 Pedro—aquí y en el v. 17—y en Judas 6–13. La NVI sigue la lectura *siroís: «prisiones de oscuridad»* (lit.), pero el texto crítico que adoptan las Sociedades Bíblicas Unidas prefiere la lectura *seiraís: «ataduras de oscuridad»*, metáfora que también se halla en el apócrifo (canónico en la Iglesia de Roma) Sabiduría 17:16. *Tártaros* era, en la mitología griega, el lugar más profundo del *Hades*, y en él eran atormentados los malvados, los enemigos de los dioses. Téngase esto en cuenta, ya que, aunque muchas versiones lo traduzcan por *«infierno»*, la identificación del *Tártaro* con la *Gehenna*, citada once veces en los evangelios y una vez en Santiago 3:6, es poco probable.

2. El segundo ejemplo, no mencionado por Judas, está tomado del Diluvio. Dice así el versículo 5 en la NVI: *«Si no perdonó al mundo antiguo cuando hizo caer un diluvio sobre la gente impía que había en él, pero protegió a Noé, heraldo de la justicia, y a otras siete personas»*. Dice Salguero: «El diluvio es considerado como la transición entre el *mundo antiguo*, que es destruido, y la constitución del nuevo mundo. Por eso, el diluvio es en las epístolas de san Pedro, el tipo de renovación esperada (3:12, 13) y del bautismo (1 P. 3:20, 21)». De Noé se dice en Hebreos 11:7 que *«condenó al mundo»;* aquí se le llama *«pregonero de justicia»* (lit.). El sustantivo griego *kérux* (pregonero o heraldo) sólo ocurre, además de aquí, en 1 Timoteo 2:7 y 2 Timoteo 1:11, pero el verbo de la misma raíz *(kerusso)* sale numerosas veces en el Nuevo Testamento. La tradición judía habla de la predicación de Noé, pero bastaría su ejemplo de justicia y la construcción del Arca para que se le pudiese llamar *«pregonero de justicia»*.

3. El tercer ejemplo (vv. 6–8) es el de Sodoma y Gomorra, también mencionado en Judas 7 (v. el comentario de ese lugar). Dicen así los versículos 6–8 de 2 Pedro 2 en la NVI: *«Si condenó a las ciudades de Sodoma y Gomorra reduciéndolas a cenizas, y las puso como escarmiento indicador de lo que va a suceder a los impíos; y si rescató a Lot, hombre justo, que estaba abrumado de pena por las vidas obscenas de los libertinos, (porque este justo, que vivía entre ellos día tras día, estaba atormentado por las iniquidades que tenía que ver y oír)»*.

(A) Lo primero que notamos es el relieve que se da al rescate de Lot, en medio del castigo a los malvados (ya lo hizo con respecto a Noé y su familia, en el v. 5); y no sólo al rescate, sino tambien al apelativo *«justo»* que Pedro le aplica dos veces aquí: en el versículo 7 y en el versículo 8, además del que aplica (lit.; v. 8b) a su alma, llamándola también *justa.* Esto nos ofrece motivo para un par de reflexiones muy prácticas: (a) Se ve aquí claro que Dios establece una diferencia radical entre los pecadores inconversos, los rebeldes contra Dios, y los que son *suyos*, aun cuando no carezcan de pecados. El materialismo de Lot se echó de ver en la elección que hizo (v. Gn. 13:10, 11). Sin embargo, su fe en el Dios verdadero le separaba radicalmente de los impíos de Sodoma y Gomorra. (b) Los criterios de Dios pugnan con los nuestros (comp. Is. 55:7–9), ya que, mientras Él pasa por alto las caídas de los suyos cuando los compara con los malvados inconversos, pues está dispuesto siempre a perdonar y olvidar, nosotros solemos hacer lo contrario: por una caída que haya sufrido un hermano nuestro, ya ha perdido para nosotros todo el prestigio que haya podido tener anteriormente.

(B) Dice Pedro (v. 6b) que el castigo impuesto por Dios a Sodoma y Gomorra era un *«escarmiento indicador de lo que va a suceder a los impíos»* (NVI). Para lo de *«escarmiento indicador» («ejemplo»,* en la Reina-Valera) el original tiene el vocablo *hupodeígma*, que ya hemos visto en varios otros lugares (con éste, son seis los lugares en que aparece tal vocablo: Juan 13:15; Hebreos 4:11; 8:5; 9:23; Santiago 5:10 y el presente) y cuya etimología sugiere «algo que se muestra por debajo» y, por tanto, fácil de copiar o de hacer con él un bosquejo. La catástrofe de las ciudades nefandas es sólo un *bosquejo* de lo que acontecerá a los impíos en el día del Juicio, pero un indicador tremendo; el Diluvio tuvo algo por lo que podía simbolizar el bautismo cristiano (1 P. 3:20, 21), pero el incendio de Sodoma y Gomorra fue como el esbozo de la conflagración universal que Pedro escribe en 3:7, 10.

(C) El carácter *justo* de Lot es puesto de relieve (vv. 7, 8) en la pena y el tormento que le causaban la lascivia y la impiedad de sus convecinos. Si se hubiesen encontrado allí diez justos como él, no habría venido la destrucción sobre Sodoma (Gn. 18:32). Tambien está a su favor la hospitalidad que mostró (Gn. 19:1 y ss.). Sin embargo, la historia que leemos en Génesis 19:30–38 no deja de ser repugnante. Dice R. Franco: «La tradición rabínica en parte le fue muy adversa y le consideró como un gran pecador … Pero hay también una tendencia más favorable, debida sobre todo a ser el padre de los moabitas, de los que proviene Rut, ascendiente de David y del Mesías».

4. El versículo 9 viene a resumir, en un principio general, la conducta de Dios con los justos y los impíos respectivamente: *«Si esto es así, entonces Dios sabe cómo rescatar de las pruebas a las personas piadosas y reservar a los impíos para el día del juicio mientras continúa castigándolos»* (NVI). R. Franco halla aquí «un paralelismo que recuerda el Salmo 1:6». Lo único que causa alguna dificultad en este versículo es el participio de presente medio-pasivo *kolazoménous*, por el que parece ser que el castigo de los impíos se lleva a cabo ya en la actualidad. Opina R. Franco que, efectivamente, «los pecadores ya son torturados en el presente, aun cuando esta situación se haga definitiva el día del Juicio». No puedo estar de acuerdo con él, porque la experiencia de cada día lo desmiente. Con otros muchos intérpretes, creo que Pedro se refiere, en ese participio de presente, al futuro escatológico. ¿Por qué emplea, pues, el tiempo presente? Mi opinión personal va en la siguiente respuesta: Porque, aun cuando los tormentos comenzarán en el futuro, continuarán en un presente perpetuo. De acuerdo con esto, yo traduciría la última frase del versículo 9 del modo siguiente: «… y *reservar a los impíos para el día del juicio a fin de ser continuamente castigados»* (comp. con Ap. 20:10b).

Versículos 10–22

El autor sagrado dedica esta larga porción a describir las impías características de estos malvados cuya condenación se ha adelantado a mencionar en los versículos 4–9. No es fácil subdividir esta porción, pero podría hacerse de la siguiente manera: 1) Son arrogantes y osados (vv. 10–12); 2) Impuros y avaros (vv. 13, 14); 3). Esto les ha llevado al extravío (vv. 15, 16); 4) Son estériles en su misma corrupción (vv. 17–19); 5) El estado final de estos hombres viene a ser peor que el primero (vv. 20–22; comp. con Mt. 12:45).

1. El malvado atrevimiento con que, en su carnalidad, se comportan estos impíos se pone de relieve en los versículos 10–12: *«Esto es especialmente cierto de los que van tras de los corrompidos deseos de su pecaminosa naturaleza y desprecian la autoridad. Atrevidos y arrogantes, éstos no tienen miedo de ultrajar a los seres celestiales; siendo así que los ángeles, a pesar de superarles en fuerza y poder, no profieren contra tales seres ninguna acusación injuriosa en la presencia del Señor. Pero estos hombres blasfeman en materias que no entienden. Son como brutos animales, guiados únicamente por el instinto, nacidos para ser cazados y destruidos, y como brutos animales perecerán ellos también»* (NVI).

(A) Estos malvados *van marchando continuamente* (participio de presente) *tras de la carne en concupiscencia de impureza* (lit.). El último vocablo es en griego *miasmoú*, sinónimo de *míasma*, de donde tenemos el castellano «*miasma*» para designar las emanaciones de sustancias en descomposición. Es como si estos malvados rebosaran impureza por todos sus poros, de tal manera que hasta «huelen» a podredumbre. *«Marchar tras de la carne»* indica seguir los dictados de la carne, como de un maestro.

(B) Y, como «las malvadas opiniones van a menudo acompañadas de malvadas prácticas» (M. Henry), estos impíos, desde la corrupción de su carne, se alzan atrevidos contra la autoridad (v. 10b). El griego dice a la letra: *«menospreciando el señorío»* (gr. *kuriótetos).* Este vocablo se halla también en Judas 8. Judas 8–13 contiene, en realidad, las mismas ideas que esta porción de Pedro, aunque son de notar algunas variantes. En la segunda parte del v. 10, vemos que, en su atrevimiento, los falsos maestros *«no tiemblan* (el verbo no es tan fuerte como el de Stg. 2:19, al final) *al hablar mal de las glorias»* (lit.). Por el contexto (v. 11) y por el paralelo con Judas 8, se ve claramente que Pedro designa con tal epíteto a los seres espirituales, angélicos.

(C) A la osadía de estos malvados contrapone Pedro (v. 11) la humilde moderación con que los ángeles, *a pesar de ser superiores a los hombres en fuerza y poder, no se atreven a proferir injurias contra ellas* (las *«glorias»* del v. 10b). Dice R. Franco: «La manera concreta de hablar de Judas 9, con la historia del altercado con el diablo, es sustituida aquí por una afirmación de carácter general, tal vez para evitar la alusión a un apócrifo que hay en el texto de Judas. Esta generalización del texto de Judas es

suficiente para explicar el de 2 Pedro, sin que sea necesario recurrir a un influjo directo de Henoc 9» (el apócrifo en cuestión).

(D) El versículo 12 corresponde a Judas 10, pero las variantes son también notables. La versión de la NVI aclara algunas dificultades que presenta una versión más literal. Quedan únicamente dos puntos por aclarar:

(a) El texto dice, en realidad, que *«como animales irracionales … blasfeman de lo que ignoran».* Los animales irracionales no blasfeman. Dice R. Franco: «Esta frase crea dificultad a los exegetas septentrionales, que no entienden cómo se puede decir: blasfeman como animales. Para nosotros la expresión no tiene nada de extraño». Lo de «para nosotros» se refiere a los españoles, pues la costumbre de blasfemar de todo lo más santo, y de la manera más sórdida, en ninguna parte del mundo está tan arraigada como en España.

(b) La frase griega *«gueguenneména phusiká eis hálosin kai phthorán»* carecería de toda dificultad si no fuese por el vocablo *phusiká*, que en Judas 10 está como adverbio *(phusikós).* El adjetivo que Pedro usa aquí ocurre únicamente en Romanos 1:26, 27, aparte de este lugar. Con eso, ya tenemos bastante para ver aquí algo así como *«nacidos, según el instinto natural, para caza y destrucción* (lit. *corrupción)».* Plutarco usa el adjetivo como sinónimo de «irracional». El sentido, pues, de la frase no es que, como hombres, hayan nacido para ser cazados y destruidos, sino que, como irracionales que son en su comportamiento, su destino es el mismo que el de los animales: ser cazados y echados a los perros o cosa por el estilo, más bien que consumidos, lo cual no cuadra con lo de *«corrupción»* (lit.).

2. En los versículos 13 y 14, el autor sagrado pone de relieve la impureza y la avaricia de estos falsos doctores: *«Recibirán en pago el mismo daño que ellos perpetraron. Su concepto de placer se basa en la crápula a la plena luz del día. Son impuros y viciosos, que se juerguean en sus embustes mientras banquetean con vosotros. Con ojos llenos de adulterio, nunca cesan de pecar; seducen a las personas inestables; son expertos en avaricia—¡ralea de malditos!—»* (NVI). ¿Es posible que tales malvados llegasen a penetrar en las iglesias, durante la época apostólica, y se alzasen con el oficio de maestros en ellas? ¡Así fue, por desgracia, ya que la Palabra de Dios nos lo atestigua, y ello nos debe servir de escarmiento! Notemos los matices de la descripción que nos ofrece aquí el apóstol Pedro:

(A) La Reina-Valera, con gran número de MSS, lee en la primera frase *komioúmenoi, recibiendo,* pero las versiones modernas siguen la lectura atestiguada por los MSS más importantes: *adikoúmenoi* (ambos verbos están en participio de presente), *haciéndose daño a sí mismos o,* como traduce toda la frase la *Biblia de las Américas: «Sufriendo el mal* (como) *pago de su iniquidad».* A pesar de las apariencias, la NVI sigue la misma lectura, aunque, al hacer una traducción más libre, parece como si uniese en una las dos variantes del texto original. La idea, pues, es que estos malvados sufren físicamente (comp. con Ro. 1:27, 28) las consecuencias del daño moral que han causado.

(B) El sustantivo griego *truphé,* que sale únicamente aquí y en Lucas 7:25, describe, como el verbo *trupháo* de Santiago 5:5, la jarana licenciosa en la que, junto con la lujuria, campean la glotonería y la ebriedad, por lo que la NVI ha traducido estupendamente *crápula.* La expresión griega *en heméra* tiene el sentido de *«en pleno día»,* más probable que el de *«de un solo día».* En la última frase de este mismo versículo 13, Pedro usa un compuesto del verbo *trupháo (entrouphóntes.* Nótese el prefijo de intensidad *en,* así como el participio de presente continuo). Es la única vez que tal verbo sale en todo el Nuevo Testamento y le acompaña otro verbo: *suneuokhoúmenoi* (también en participio de presente), que sale únicamente aquí y en su lugar paralelo Judas 12. Por los nuevos detalles que Judas 12 añade, vemos que estos farsantes aprovechaban la ocasión de asistir a las reuniones de compañerismo y amor de la congregación (gr. *agápais)* para *«apacentarse a sí mismos»* (Jud. 12) *poniendo todo su deleite* (el *entruphóntes* de 2 P. 2:13) en los embustes y errores engañosos (gr. *apátais,* el mismo vocablo de 2 Ts. 2:10, entre otros lugares) que sembraban entre los creyentes con quienes *banqueteaban,* verbo que, ya por sí mismo, indica que éstos, como los que señala Pablo en 1 Corintios 11:21, comían y bebían hasta embriagarse.

(C) La descripción de los numerosos y variados pecados de estos malvados continúa en el versículo 14: (a) *«Con ojos llenos de adulterio»* (lit. *de adúltera),* es decir: «En toda mujer ven virtualmente una adúltera o desean que lo sea» (R. Franco). (b) La expresión *akatapaústous* (única vez que tal vocablo sale en todo el Nuevo Testamento) *hamartías* significa que *«no son capaces de cesar de pecar»* o, como prefiere R. Franco, que son «insaciables de pecado». (C) *Seducen* (como a los peces con el cebo—el mismo verbo de Stg. 1:14—) *a las almas inestables* (que son como *estrellas errantes,* incapaces de estar

fijas en un mismo sitio, inseguras, débiles; comp. con 2 Ti. 3:6). (d) En cambio, ellos no están *inseguros* en lo suyo, pues *tienen el corazón ejercitado en la codicia* (lit.). (e) El autor sagrado añade (al final del versículo) que son *«hijos de maldición»,* con todo lo que significa este ya conocido semitismo (v. el comentario a Ef. 2:3).

3. La mención de la codicia le trae a Pedro el recuerdo de Balaam. En el lugar paralelo de Judas 11, vemos los ejemplos de Caín y Coré, junto con el de Balaam, pero Pedro ha escogido únicamente el de este último (vv. 15, 16): *«Han abandonado el camino recto, y se han extraviado para seguir la senda de Balaam, hijo de Beor, que apeteció el pago de la iniquidad; pero fue reprendido por su maldad por un jumento—una bestia sin habla—, que se expresó en lenguaje humano y refrenó la locura del profeta»* (NVI). La historia de Balaam se encuentra en Números 22, 23 y 24, y en el capítulo 31, los versículos 8 y 16; es bien conocida de todos. Las variantes que introduce Pedro son interesantes: En cuanto al *«abandono del camino recto»* (v. 15), compárese con Hechos 13:10, donde Pablo le echa en cara al mago Elimas *«trastornar los caminos rectos del Señor».* Hay en 2 Pedro dos notables variantes con la historia de Balaam, que R. Franco expone del modo siguiente: «En Números 22:28–33, el que reprende es el ángel, mientras que el asno sólo se queja del mal trato recibido. La idea del autor es siempre no dejar que aparezca un delito sin su correspondiente castigo. Lo que impidió el asno con su conducta no fue el camino de Balaam, sino la maldición de Israel». Ya estamos acostumbrados a variantes como éstas, al tener en cuenta que los autores sagrados usan con bastante libertad historias como la de Balaam, y escogen y disponen los diferentes detalles en la forma que mejor se adaptan al asunto que llevan entre manos.

4. En los versículos 17–19, el autor sagrado añade nuevos aspectos de la conducta perversa de estos falsos maestros, fijándose especialmente en los pecados que mayor infructuosidad suponen en quienes los cometen y mayor desencanto en quienes los imitan. Dicen así dichos versículos en la NVI: *«Éstos son fuentes sin agua y brumas que son impulsadas por la tormenta. Les está reservada la más densa oscuridad. Porque profieren palabras altisonantes y vacías de sentido y, con el cebo de los carnales deseos de la naturaleza pecadora del hombre, seducen a los que apenas acaban de escapar de entre los que viven en el error. Les prometen libertad, mientras ellos mismos son esclavos de la depravación—porque uno es esclavo de aquello que le tiene dominado».*

(A) En el versículo 17 se nota la similaridad con Judas 12 y 13. Como ya dijimos en la introducción de la epístola, es Pedro el que depende de Judas, al cual modifica según le parece conveniente. Así, por ejemplo, Pedro dice *«fuentes sin agua»* donde Judas pone *«nubes sin agua»;* de este modo, la metáfora resulta más fuerte, pues es cierto que hay muchas nubes sin agua, pero hay pocas fuentes sin agua. Y, a continuación, no usa «nubes», sino *«neblinas»* (lit. Gr. *homíkhlai);* al decir que *son empujadas por la tormenta,* da a entender que están faltas de peso, con lo que esta metáfora le sirve para poner de relieve el poco valor, «la falta de peso», de las enseñanzas de estos falsos doctores. Ryrie aplica ambas metáforas del modo siguiente: *«Fuentes sin agua.* La esterilidad de los falsos doctores es una burla para el alma sedienta que desea sinceramente aprender de ellos el camino de Dios. *Brumas impulsadas por la tormenta.* Estas brumas, como los falsos doctores, parecen prometer refrigerio, pero, en realidad, no hacen ningún bien» (comp. Jer. 2:13).

(B) Añade Pedro que, a estos falsos maestros, *les está reservada la más densa oscuridad* (v. 17b. Lo de *«para siempre»* de nuestra RV es una glosa que no aparece en el original). Esta oscuridad, por supuesto, no es otra que las tinieblas de los tormentos eternos en el infierno (comp. con Mt. 8:12).

(C) Con un *«porque»* (gr. *gar),* con que comienza el versículo 18, explica el autor sagrado la razón por la cual les espera tal suerte a estos malvados maestros: Al aplicar concretamente la metáfora de las *«fuentes sin agua»,* dice Pedro que *«profieren palabras altisonantes y vacías de sentido»,* con lo que «deja entender que los seudomaestros vendían con apariencia de profundidad doctrinas vulgares y sin contenido» (R. Franco).

(D) A las palabras altisonantes unen (v. 18b) *el cebo de los carnales deseos de la naturaleza pecaminosa del hombre* y, de este modo, como si los sugestionaran o hipnotizaran, *«seducen a los que apenas acaban de escapar de entre los que viven en el error»;* se aprovechan de la debilidad e inmadurez de los neófitos. Dice Salguero: «Logran seducir con el cebo de la sensualidad a los incautos y a los débiles, es decir, a los que se han convertido recientemente del paganismo y que todavía no han conseguido vencer plenamente sus anteriores errores y malos hábitos». Éstos son los *indoctos e inconstantes* de 3:16b.

(E) Un método, casi siempre eficaz, de seducir a los incautos e inmaduros, es *prometer libertad* (v. 19). Tanto en el terreno religioso como en el politicosocial, éste es el método usado constantemente por los demagogos de toda índole («libertad, libertad, libertad»). Pero sólo el que es verdaderamente *libre* puede ofrecer tal libertad, ¿cómo lo pueden dar estos *«mientras ellos mismos son esclavos de la depravación»?* El antinomianismo de estos falsos maestros se echa de ver una vez más y, por lo que el propio Pedro dice en 3:16, es más que probable que se apoyasen en una falsa interpretación de las enseñanzas de Pablo sobre la libertad del cristiano (v. Gá. 5:1) y la justificación sin obras de la ley (Ro. 3:28). La tendencia al libertinaje, al apoyar la práctica en una falsa interpretación de la doctrina paulina, se dio ya en los días de Pablo y de Pedro, y ambos tuvieron que reaccionar pronta y enérgicamente contra ella (v. por ej., Ro. 3:8; 6:1, 15; Gá. 5:13; 1 P. 2:16). La verdadera libertad es la que la verdad provee para el bien; la libertad para el pecado, para el mal, es la peor esclavitud (comp. con Jn. 8:32–36). Nadie aprisiona tan fuertemente como el vicio, y aun los mismos viciosos lo confiesan cuando, al ser instados a dejar de fumar, beber, fornicar, etc., dicen «no puedo, no puedo». El pecado *«le tiene dominado»,* se enseñorea de él (comp. con Ro. 6:12, 16–20).

5. En los versículos 20–22, el autor sagrado muestra cómo la condición del apóstata es peor que la del ignorante. Resulta muy difícil determinar si Pedro se refiere, en estos versículos, a los falsos maestros o a los que son engañados por ellos. Ryrie da por supuesto que se refiere a los falsos maestros, aunque lo de *«haber escapado de las impurezas contagiosas del mundo por medio del conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo»* (v. 20) difícilmente cuadra con la descripción que de ellos nos hace el autor sagrado en los versículos 10 y ss.; 3:3 y ss. R. Franco dice, por su parte: «Este versículo lo mismo se puede aplicar a los falsos doctores que a sus víctimas, y probablemente el autor lo refiere a ambos». La mención del *«haber escapado»* parecer aludir a *«los que acaban de escapar»* del versículo 18b, pero esto nos plantearía un grave problema: ¿puede perderse la salvación adquirida? ¿Es un caso semejante al de Hebreos 6:4 y ss.? ¿O semejante al de Hebreos 10:26 y ss.? Por eso, también D. Payne lo aplica, como Ryrie, a los falsos maestros.

Dichos versículos dicen así en la NVI: *«Si han escapado de las impurezas contagiosas del mundo por medio del conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, y vuelven a enredarse en ellas y son vencidos, están al final en peor situación que al principio. Más les valdría no haber conocido el camino del bien que, después de haberlo conocido, echarse atrás del sagrado mandamiento que se les había transmitido. En ellos se cumplen los proverbios: "El perro se vuelve a comer lo que ha vomitado"; y "La cerda lavada vuelve a revolcarse en el cieno"».*

(A) Si estos versículos, como hemos dicho, se aplican especialmente (o también) a los falsos maestros, hemos de concluir que el *escapar de la corrupción del mundo* ha de entenderse en una reforma temporal de vida, sin haber realmente experimentado el «nuevo nacimiento», y que el *conocimiento del Salvador* se limitó a un conocimiento intelectual de las verdades básicas de la salvación o, quizá más probable, a una experiencia emocional como la de Simón Mago al ver los milagros de Felipe (v. Hch. 8:9–13), que, en la parábola del sembrador, corresponde al terreno rocoso, sin suelo apto para que la semilla eche raíces (v. Mt. 13:5, 6, 20, 21).

(B) La segunda parte del versículo 20 (sobre todo, la frase final) parece una copia de la frase del Señor en Lucas 11:26: *«El estado último de este hombre viene a ser peor que el anterior»* (NVI. V. también Mt. 12:45). Es mejor quedarse en el paganismo que entrar por la puerta falsa en la Iglesia y apostatar. Lo mismo viene a expresarse con otras palabras en el versículo 21, donde el conocimiento del Señor es llamado *conocimiento del camino de la justicia* (lit.). Dice Salguero: «La expresión *camino de la justicia* designa la santidad cristiana con todo lo que ella implica, pues esta santidad proviene del conocimiento que se tiene de Jesucristo». La mención (v. 21, al final) del *«santo mandamiento»* (lit. Comp. con 3:2 y, quizá, con 1 Jn. 3:23) del cual *se volvieron* (gr. *hupostrépsai*. Este es el significado de este verbo—aquí en aoristo de infinitivo—en las 35 veces que ocurre en el Nuevo Testamento V. especialmente Lc. 11:24, en un contexto semejante al actual) los falsos maestros de que habla Pedro, nos da idea, por una parte, de que habían intentado reformarse moralmente; y, por otra, que habían caído en el antinomianismo. Dice R. Franco: «La razón de designarlo preferentemente bajo este aspecto *(santo mandamiento)* ha sido seguramente el desprecio que los seudomaestros tenían de la moral».

(C) Esta reincidencia de los falsos maestros es ilustrada por Pedro con dos proverbios. El del perro que se vuelve a comer lo que vomitó está tomado de Proverbios 26:11: *«Como perro que vuelve a su vómito, así es el necio que repite su necedad».* La imagen es muy expresiva, pues el que profesa de algún

modo la fe cristiana arroja de sí, como algo que causa náuseas, la corrupción que antes amaba; si su profesión resulta falsa y se vuelve a la condición corrompida que tenía anteriormente, es como si volviese a comer lo que vomitó. El segundo proverbio sobre la puerca que, después de haber sido lavada, vuelve a revolcarse en el cieno donde se ensució, no se halla en la Biblia, pero pudo haber sido tomado de la Leyenda de Ahikar, donde se halla al pie de la letra: «La cerda lavada vuelve a revolcarse en el cieno». Tanto el perro como el puerco eran ya considerados, no sólo entre los judíos, sino también entre los autores paganos de aquella época, como símbolos de suciedad moral. Su comparación resulta, pues, muy apropiada para el caso que el autor sagrado está tratando.

CAPÍTULO 3

En este capítulo, Pedro vuelve a tratar (v. 1:16) el tema de la Segunda Venida del Señor y describe: I. La burla que los falsos maestros hacían de la promesa de tal acontecimiento (vv. 1–7). II. La causa de la demora (vv. 8, 9). III. El anuncio del cataclismo final (vv. 10–13), y IV. Exhorta a prepararse diligentemente para ese día (vv. 14–18).

Versículos 1–7

Esta porción puede subdividirse en tres partes: 1) Un recordatorio (vv. 1, 2); 2) Un hecho lamentable (vv. 3, 4); 3) Un reproche (vv. 5–7).

1. Dicen así los versículos 1 y 2 en la NVI: *«Queridos hermanos, ésta es ya la segunda carta que os escribo. Las dos os las he escrito como recordatorios para estimularos a pensar con sano criterio. Quiero que recordéis las palabras dichas en el pasado por los santos profetas, y el mandamiento dado por nuestro Señor y Salvador por medio de vuestros apóstoles»*.

(A) Después del afectuoso *«agapetoí», amados,* el autor sagrado les hace a la memoria a sus lectores que *«ésta es la segunda carta que les escribe»*. ¿Por qué consigna este detalle, al parecer, fútil? Seguramente para dar a entender que ya había tratado en su primera epístola del asunto que ahora les va a recordar de una manera especial: La Segunda Venida del Señor. De ello había hablado ya en 1 Pedro (1:7–11; 4:5 y ss.; 11, 13; 5:4–10). De esto mismo ha tratado en 1:16 y ss., después del continuo recordatorio de 1:12–15; lo ha tenido presente en 2:3–9; y, en este capítulo 3, lo va a tratar con más detalle.

(B) Precisamente por eso, insiste en lo de «hacerles a la memoria» estas cosas, repite en el versículo 1 el vocablo *hupomnései* de 1:13, y añade en el versículo 2 (al comienzo) otro verbo de recuerdo *(mnesthénai)* que no había salido antes en esta epístola, pero que sale también en Judas 17, entre las numerosas veces en que tal verbo ocurre en el Nuevo Testamento. Dice que lo hace *para estimularles a pensar con sano criterio* (NVI). El verbo *diegueíro* significa literalmente *despertar* (aquí, a otros) y lo que quiere *despertar* en ellos especialmente *con este recuerdo* (más exacto que «admonición» o «exhortación») es la *sana inteligencia* (lit. *discernimiento puro),* limpia, incontaminada por las perversas doctrinas de los impuros maestros (v. 2:10).

(C) Dos son las cosas que Pedro desea que sus lectores recuerden de modo especial: (a) *«Las palabras dichas en el pasado por los santos profetas» (*v. 1:21); (b) *«El mandamiento dado por nuestro Señor y Salvador por medio de los apóstoles»* (el *«santo mandamiento»* de 2:21). Jesucristo ha sido el asunto principal de las profecías y del Evangelio mismo (v. 1 Co. 15:1–3) que proclamaron los apóstoles. Dice R. Franco: «La base en la que descansa la fe cristiana es: Cristo, profetas, apóstoles (Ef. 2:20). Judas 17 sólo habla de apóstoles; 2 Pedro añade los profetas para dar aún mayor base a la predicción, sobre todo porque presenta a los falsos doctores como futuros (v. 3), mientras que Judas los considera ya como presentes (Jud. 19)».

2. A pesar de esta clara enseñanza de los profetas y de los apóstoles, los falsos maestros se cuentan aquí entre los *«burladores sarcásticos»* (v. 3) que niegan la Segunda Venida del Señor. Dicen los versículos 3 y 4 en la NVI: *«Ante todo, debéis percataros de que en los últimos días surgirán impostores burlándose y siguiendo en pos de sus propios deseos malvados. Dirán: "¿Dónde está esa 'venida' que*

prometió Él? Desde que se murieron nuestros primeros antepasados, todo sigue lo mismo que desde el principio de la creación"».

(A) Para expresar intensamente hasta dónde llega la burla de estos farsantes, Pedro usa, a mi juicio, un semitismo: *«sarcásticos con sarcasmo»* (lit.). El primer vocablo (gr. *empaíktai)* sólo sale aquí y en Judas 18; el segundo (gr. *empaigmoné*, que aparece en el texto delante de *empaíktai)* es la única vez que ocurre en todo el Nuevo Testamento. A pesar de la traducción que hace la NVI, es lo más probable que la frase *«desde que los padres durmieron»* (lit.) del versículo 4 se refiera, no a los antepasados, sino a los padres de quienes así se mofaban. Lo cual indica, como dice R. Franco, que «este problema se debió de presentar agudamente al final de la primera generación cristiana». Efectivamente, al desaparecer de la escena de la vida de los primeros discípulos, se explica la conmoción de la primitiva Iglesia al ver que el Señor no había regresado, a pesar de las indicaciones de textos como Marcos 13:19; 1 Tesalonicenses 4:14–18; 5:1–6, y aun Romanos 13:11, que parecían favorecer un pronto retorno. A esto se añadiría quizás la mala inteligencia de lugares como Mateo 16:28; Juan 21:22, que ya correrían en labios de los creyentes aun antes de ser redactados los Evangelios.

(B) *«¿Dónde está esa Venida tan prometida?»* (v. 4), decían esos burladores. Y añadían: «¿A qué viene eso de exhortarnos a estar firmes, a continuar y a seguir adelante, cuando todas las señales y todas las apariencias están completamente en contra de lo que nos predicáis?» (Lloyd-Jones). Y, si esa pregunta la hacían los burladores del primer siglo de nuestra era, ¿por qué nos vamos a sorprender de que los burladores del siglo xx pongan en duda, o nieguen abiertamente, esta promesa de la Segunda Venida, y aun todas las demás enseñanzas de la religión cristiana? *«Todo sigue lo mismo que desde el principio de la creación»* (v. 4b). No querían decir que nada hubiese cambiado en el mundo, sino que «Dios no ha intervenido para nada en el mundo, y las cosas siguen su curso puramente natural» (R. Franco).

3. ¿Cómo responde el apóstol Pedro a estas burlas? Viene a decir, como resume su pensamiento el Dr. Lloyd Jones, que *«todo este asunto es fundamental y definitivamente un asunto de fe y un asunto de aceptación de la enseñanza de la Escritura»* (el énfasis es suyo). En efecto, la razón humana no puede presentar ninguna prueba de lo que ha de acontecer, al fin y al cabo, en un futuro que no está condicionado por las leyes físicas o históricas, sino por el soberano designio del Creador. A esta necesaria sumisión de la fe va a referirse el autor sagrado al mencionar los hechos que describe a continuación.

Dicen así los versículos 5–7 en la NVI: *«Pero se olvidan deliberadamente de que antiguamente existían los cielos y hubo tierra que salió del agua y se sostuvo en medio del agua por la palabra de Dios. También por agua fue inundado y destruido el mundo de aquel tiempo. Por la misma palabra, los actuales cielos y tierra están guardados para el fuego, reservados para el día del juicio y de la destrucción de los impíos»*.

(A) Lo primero que advertimos en estos versículos es eso de que *«se olvidan deliberadamente»* (NVI). ¿En qué consiste este *olvido voluntario*, buscado? En que no quieren apercibirse de los hechos de la historia, ya que, con la Biblia en mano, podían saber que su pretensión de que *todo sigue lo mismo que desde el principio de la creación* (v. 4b) es falsa, pues ese mismo mundo que, por la poderosa palabra de Dios fue creado (v. 5b), estaba en un principio inmerso totalmente en el agua. Dios separó la tierra de las aguas y la asentó en medio de ellas (comp. con Gn. 1:1–10). Ignorar voluntariamente esto es negar el omnímodo poder de Dios.

(B) Pero no quedó ahí la cosa. A causa de la general corrupción de la humanidad perversa, Dios anegó el mundo con un diluvio (v. 6). El texto dice literalmente que *«el mundo de entonces pereció inundado* (gr. *kataklustheís*, de donde procede el vocablo "cataclismo") *con agua»*. En el vocablo «pereció» (gr. *apóleto*, el mismo verbo de Jn. 3:16, entre otros lugares) se incluye la idea de que la tierra retornó así al estado caótico que tenía en un principio. «De ese segundo caos emerge de nuevo la tierra por la acción del viento *(pneuma)* (Gn. 8:1—comp. con Gn. 1:2. Este último inciso es mío—), y en este sentido se puede hablar de una nueva creación» (R. Franco).

(C) Ese mismo poder de Dios que, después de crear el mundo con su palabra, lo hizo perecer con el Diluvio y lo hizo surgir otra vez como una nueva creación, lo volverá a destruir de nuevo por el fuego el dia del juicio (v. 7). Dios lo tiene dispuesto así de tal manera que, si el mundo de hoy todavía subsiste (comp. con He. 1:3 «… *sostiene el mundo entero con su poderosa palabra»*. NVI), es porque lo tiene *reservado*, bien guardado (gr. *teroúmenoi*, en participio de presente continuo) hasta el día en que a Él le plazca acabar con él por medio de una espantosa conflagración (v. 10).

(D) Antes de terminar el comentario a estos versículos 5–7, no quiero pasar por alto la versión que de la primera frase del versículo 5 sugiere R. Franco, muy de acuerdo con la letra del original, que dice así textualmente: *«Porque les está oculto a los que esto desean»,* con lo que la frase no puede menos de resultar extraña. Siguiendo a Bauer, hace ver dicho autor que el verbo *thélo* que Pedro usa aquí (y que las versiones interpretan en el sentido de *«tener voluntad* de ignorar»), también tiene el sentido de *«afirmar»,* con lo que tendríamos: *«Porque les está oculto a los que esto afirman»,* frase completamente clara. Me permito añadir que este sentido de «afirmar», posible entre los matices semánticos del verbo gr. *thélo,* puede verse en varias expresiones salidas de la pluma de Lucas, y es la más notable la de Lucas 12:49: «¿Y *qué estoy diciendo, si ya se le prendió fuego?»* (lit.). Si se traduce por *«quiero»* (en presente continuo), como suelen hacer las versiones, la condicional real que le sigue tiene que ser retorcida para que exprese un deseo en optativo de posibilidad. Otros ejemplos pueden verse en Hechos 2:12; 17:20, en el sentido de: *«¿Qué SIGNIFICA esto?»*

Versículos 8–9

En estos versículos, Pedro responde directamente a la pregunta sarcástica de los falsos maestros: *«¿Dónde está esa "venida" que prometió Él?»* (v. 4. NVI). Las razones que tiene Dios para demorar el cumplimiento de dicha promesa están expuestas en los versículos 8 y 9, que dicen así en la NVI: *«Pero hay algo especial que no debéis olvidar, queridos amigos; y es que para el Señor, un día es como mil años, y mil años son como un día. El Señor no se retrasa en cumplir su promesa, según conciben algunos la tardanza. Él es paciente con vosotros, no queriendo que nadie perezca, sino que todos lleguen a arrepentirse».*

1. Con el afectuoso apelativo *agapetoí* (amados), que es la segunda de las cuatro veces en que se dirige así Pedro a sus queridos lectores en sólo este capítulo, va a responder el autor sagrado al sarcasmo de los burladores que así se mofaban del Señor y de su Palabra. Pedro no les responde a ellos directamente (no lo merecen), sino a los creyentes sinceros, a fin de que no se dejen engañar con las sinrazones de los falsos maestros. A estos fieles genuinos es a los que dice: *«Mas no se os oculte esto uno»* (lit.), es decir, singular, *«especial»* (NVI).

2. La primera razón (v. 8), más general, es la siguiente: «Dios está por encima del tiempo». Dice R. Franco: «La respuesta es en primer lugar la relatividad de nuestro concepto del tiempo: liberar la esperanza en la venida, de una concepción cronológica cerrada que ponga una medida humana y limitada a la promesa divina». Pedro se apoya en una frase del Salmo 90:4, que dice así en los LXX: *«Mil años* (son) *a tus ojos como el día que pasó y como vela en la noche».* Solamente Dios conoce los tiempos y sazones en que han de ocurrir los acontecimientos del porvenir (Hch. 1:7) y haremos bien en dejarlos en sus manos, lo mismo que nuestros tiempos personales (Sal. 31:15). Poner fechas determinadas a la Segunda Venida de Cristo y al fin del mundo ha resultado siempre un gran fracaso.

3. Pero la segunda razón (v. 9), no sólo es más concreta, sino tambien más consoladora, pues no se apoya en la infinita trascendencia de Su conocimiento, sino en la infinita inmanencia de Su misericordia amorosa: Dios no se retrasa, no, en el cumplimiento de Sus promesas, sino que da tiempo al tiempo y *es longánime* (gr. *makrothuméi;* mejor que *«paciente»)* con los suyos. La lectura *humás* (vosotros) está muchísimo mejor atestiguada en los MSS que *hemás* (nosotros). Lo de *algunos consideran* (como) *tardanza* (lit.) es una alusión, más bien que a los falsos maestros, a los fieles mismos, a quienes, además de la mucha o poca impresión que pudiese causarles el sarcasmo de los farsantes, les resultaba extraña tal demora. Dice R. Franco: *«Algunos:* pueden ser los herejes, designados de una manera despectiva; pero más probablemente, pues aquí ya se dirige a los fieles, se trata de algunos fieles que se han dejado impresionar por los argumentos de los herejes. Estos herejes no creían que se tratara de un retraso, sino simplemente negaban la segunda venida».

4. La segunda parte del versículo 9 dice textualmente: *«No queriendo* (Dios) *que algunos perezcan* (gr. *apolésthai*, el mismo verbo del v. 6 y de Jn. 3:16), *sino que todos hallen cabida en el arrepentimiento»* (lit.). Esta segunda parte del versículo 9 le resulta al Dr. Lloyd-Jones «una afirmación teológicamente difícil», lo cual no es de extrañar en alguien que (con todas sus excelentes cualidades y sus muchos dones fielmente ejercitados) tenía ya su opinión prejuzgada a favor de la redención limitada. «Lo que Pedro dice, añade Lloyd-Jones, es que Dios no desea que nadie perezca, sino que todos lleguen al arrepentimiento. Dios no se deleita en la muerte de los impíos; por eso, dice Pedro, demora Su acción».

El «doctor» (como siempre se le llamaba con respeto y con afecto) cita aquí implícitamente de Ezequiel 33:11: *«Tan cierto como que yo vivo, declara el Señor Jehová, que no me deleito en la muerte de los malvados, sino más bien en que se vuelvan de sus caminos y vivan»* (NVI. V. también Ez. 18:23). Nótese que Dios, *no sólo no se deleita en la muerte de los impíos, sino que se deleita en que se arrepientan y vivan* (lo que admite aquí el doctor). Es cierto que, en 2 Pedro 3:9b, esto está expresado en forma de deseo (lo mismo que en 1 Ti. 2:4, donde Pablo usa *thélei*, algo más fuerte que el *boulómenos* de Pedro), pero un deseo de Dios que no se traduzca en ninguna comunicación de *gracia* por su parte no es más gue un sarcasmo (v. el comentario a Hch. 17:30). Estamos, pues, en esto de acuerdo con R. Franco: «El texto es un testimonio claro de la voluntad salvífica universal de Dios». Por supuesto, esta voluntad salvífica de Dios no es absoluta (¡se salvarían todos!), sino que está condicionada por la respuesta de fe que el hombre debe aportar: El que cree, se salva; el que no cree, se condena (v. Jn. 3:16–21).

Versículos 10–13

Al llegar a este punto, el autor sagrado dice que, no obstante el deseo de Dios de dar tiempo al tiempo, a fin de que haya más oportunidades de arrepentimiento (¡grave responsabilidad para predicadores, lo mismo que para oyentes!), el día del Señor llegará por fin cuando menos se espere. Dicen los versículos 10–13 en la NVI: *«Pero el día del Señor vendrá como un ladrón. Entonces desaparecerán los cielos con fragoroso estruendo; los elementos serán destruidos por el fuego; y la tierra, con todo lo que en ella se contiene, quedará desolada. Puesto que todo ha de ser destruido de esta manera, ¿qué clase de gente deberíais ser vosotros? Deberíais vivir una vida santa y piadosa, aguardando con expectación el día de Dios y acelerando su advenimiento. Ese día traerá consigo la destrucción de los cielos por medio del fuego, y los elementos se derretirán con el calor. Pero, conforme a su promesa, nosotros esperamos unos nuevos cielos y una nueva tierra, donde tenga su morada la rectitud».*

1. Antes de entrar en el análisis de esta porción, conviene advertir, para ahorrarle confusiones al lector, que Pedro mezcla en uno solo los distintos planos escatológicos. Como es corriente en la profecía, los acontecimientos aparecen superpuestos, con lo que resulta difícil distinguir entre el *día de Jesucristo* (v. por ej. Fil. 1:6), el *día del Señor*, que corresponde al que en el Antiguo Testamento se llama *día de Jehová* (v. en el v. 10, comp. con Ap. 1:10—v. el comentario a este lugar—), y *el día de Dios*, que es el de la eternidad (Ap. 21:1).

2. *«El día del Señor»* (v. 10) es, pues, según lo que acabamos de decir equivalente al *día de Jehová*, tan repetidamente mencionado en los profetas, como puede verse en una buena Concordancia *(«día de Jehová»*, en las que hasta la fecha tenemos en castellano). En el Nuevo Testamento aparece, como aquí, bajo el nombre de *día del Señor*, ya que, en los LXX, el nombre sagrado de Jehová aparece como *ho Kúrios*, debido ya a un falso concepto de reverencia (v. Hch. 2:20; 1 Co. 1:8; 1 Ts. 5:2; 2 Ts. 2:2 y Ap. 1:10, además de aquí). Dice Ryrie, en nota al ya citado lugar de 1 Tesalonicenses 5:2: *«El día del Señor*. Un extenso período de tiempo, que comienza con la tribulación (la Gran Tribulación. El paréntesis es mío) e incluye los acontecimientos de la Segunda Venida de Cristo y el reino milenario en la tierra. Comenzará cuando no se le espere *(como ladrón en la noche)».* La misma frase de 1 Tesalonicenses 5:2 es repetida por Pedro aquí, pero sin lo de *«en la noche»*, que carece de todo apoyo en los MSS y es casi increíble que tal glosa (tomada de 1 Ts. 5:2) entrase en el Texto Recibido del Nuevo Testamento, de donde lo tomaron Reina y Valera. La idea y la admonición estuvieron ya en los labios de Jesús, como puede verse en Mateo 24:43, 44; Lucas 12:39, 40, a cuyo comentario remitimos al lector.

3. El resto del versículo 10 está dedicado a describir la gran conflagración que llega ya a incluirse en el *día de Dios* (comp. con el v. 12), aunque este último comienza propiamente el día del Juicio Final y se perpetuará por toda la eternidad (v. Ap. 21:1). Los detalles de esta conflagración final son expuestos por Pedro de la manera siguiente:

(A) *«Entonces desaparecerán* (lit. *pasarán) los cielos con fragoroso estruendo»* (comp. con Mt. 24:35; Mr. 13:31; Ap. 21:1). La metáfora se ve ya, aumentada con otras—la del vestido que se muda y la del pergamino que se enrolla—, en Salmos 102:26 y en Isaías 34:4; de este último lugar la toma Juan en Apocalipsis 6:14. Aquí se añade que los cielos *pasarán, se desleirán o desintegrarán* (lit. *se soltarán o desatarán) con fragoroso estruendo*, esto es, probablemente, «como el ruido del crepitar de las llamas» (Ecumenio, citado por R. Franco). No se puede menos de pensar en el fragor producido por la fisión (y la subsiguiente fusión) de la bomba atómica. ¿Será ésta la «rúbrica» que Dios pondrá a una futura guerra

nuclear? No me parece probable, pues ya no quedarán malvados después de la batalla de Gog y Magog, tras de la que leemos en Apocalipsis 20:9b: «*y de parte de Dios* (Él es el que pondrá fin al mundo, no los hombres) *descendió fuego del cielo y los consumió*» (comp. con Ap. 21:1b).

(B) *«Los elementos serán destruidos por el fuego»* (v. 10c). Discuten los autores si los *elementos* (gr. *stoikheía*, vocablo ya visto en otros lugares—Gá. 4:3, 9; Col. 2:8, 20; He. 5:12—, aunque con distinto significado) son los componentes (cuatro) del mundo o los astros. En el versículo 12 se dice de estos mismos *elementos* que *se fundirán* (gr. *téketai)* y la opinión más probable sostiene que se refiere a los astros. ¿A qué astros? Con toda probabilidad, a los que componen nuestro sistema planetario. Como digo en mi libro *Escatología* 11, página 311: «*La destrucción* del primer cielo y de la primera tierra, a la que se refiere Pedro (2 P. 3:10–13), y que es, en realidad, una profunda transformación mediante el fuego, no tiene por qué afectar a todo el Universo, sino sólo a este planeta que habitamos, al cielo atmosférico y, con toda probabilidad, a nuestro sistema planetario e, incluso, a la constelación en la que dicho sistema se mueve». Como se puede ver por esta cita, mi opinión personal, contra la de gran número de autores, es que los primeros cielo y tierra no serán *aniquilados*, reducidos a la nada, sino totalmente transformados por la drástica purificación que el fuego de la conflagración llevará a cabo. Siendo «fuego de Dios», no dejará residuos de contaminación atmosférica.

(C) La última frase del versículo 10 no es fácil de traducir, ya que los MSS más importantes dicen *heurethésetai*, será hallada. Para obviar la dificultad, parece que algún copista intercaló un *oukh* (no). En otros códices, dicho verbo es sustituido por *katakaésontai (serán quemadas del todo)*, de donde lo tomaron nuestras versiones, conforme al Texto llamado «Recibido». Como puede verse en la NVI castellana, cuya traducción aparece al comienzo de esta sección, hemos adoptado la lectura mejor atestiguada *(«será hallada»)*, aunque matizada libremente para dar mejor el sentido: *«la tierra, con todo lo que en ella se contiene, QUEDARÁ DESOLADA»*. La edición inglesa de dicha versión dice: *the earth and everything in it will be laid bare*, esto es, *«la tierra, y todo* (lo que hay) *en ella, QUEDARÁ AL DESNUDO»*, es decir, AL DESCUBIERTO. La idea parece ser que volverá al caos de donde salió en la primera creación (Gn. 1:2).

4. A la vista de este descomunal cataclismo, Pedro hace ver a sus lectores (v. 11) que la caducidad de este mundo es un nuevo motivo para levantar los ojos hacia las cosas eternas y, por tanto, para vivir santamente: *«Puesto que todo ha de ser destruido de esta manera, ¿qué clase de gente* (gr. *potapoús*. Lit. *¿De qué calidad y de qué país?*—es el mismo vocablo de 1 Jn. 3:1—) *deberíais ser vosotros? Deberíais vivir una vida santa y piadosa …»,* apartada de todo lo profano y dedicada a Dios. El original dice textualmente: «*existir* (gr. *hupárkhein*, el mismo verbo de Fil. 2:6 *"… existiendo en forma de Dios") en conductas* (maneras de comportarse) *santas y piadosas*». Dice R. Franco: «El plural del original indica las acciones concretas en las que se tiene que traducir esa piedad».

5. Del versículo 12, sólo nos queda analizar las dos primeras frases: *«… aguardando con expectación el día de Dios y acelerando su advenimiento»* (NVI). Comoquiera que el primer verbo—*«aguardando con expectación»* (gr. *prosdokóntas*, en participio de presente continuo)—podría dar la impresión de una espera meramente pasiva, el autor sagrado añade otro verbo de sentido eminentemente activo: *«acelerando»* o *«apresurando»* (gr. *speúdontas*, también en participio de presente) su *advenimiento* (el del día de Dios). ¿Significa esto que nosotros podemos *adelantar* el día que Dios tiene prefijado? Si lo tomamos en sentido absoluto, no. Pero hemos de tener en cuenta que tanto las acciones (v. 1 S. 15:35, por ej.) como las oraciones (v. Éx. 32:14) de los hombres son incorporadas por Dios, en su presciencia eterna, a sus planes eternos, para su cumplimiento en el tiempo. Con una vida santa podemos *adelantar* la Segunda Venida, de la misma manera que son, en realidad, las vidas impenitentes las que la *retrasan* (v. 9b).

6. En contraste con la caducidad del mundo, puesta de relieve, una vez más, en la segunda parte del versículo 12, el versículo 13 se abre de forma consoladora con ese «*pero*» que da un nuevo giro a la secuencia que el autor sagrado desarrolla ante nuestros ojos. El original no tiene la adversativa fuerte *allá*, sino la suave *de*, pero el contraste es el mismo: *«Pero, conforme a su promesa, nosotros esperamos unos nuevos cielos y una nueva tierra, donde tenga su morada la rectitud»* (NVI).

(A) Dice R. Franco: «La destrucción del mundo presente, en el sentido limitado que hemos explicado en los versículos 7 y 10, es únicamente el elemento negativo del día del Señor». Efectivamente, hay un elemento, no sólo positivo, sino de carácter eterno, en *los nuevos cielos y en la nueva tierra que esperamos.* Esta esperanza no avergüenza porque está fundada *en la promesa* (gr. *epánguelma*, en sentido

concreto, objetivo, como lo da a entender el sufijo *ma),* que no puede fracasar, de Dios («SU *promesa»).* Esta promesa se halla ya en Isaías 65:17; 66:22, y convendrá que el lector lea el comentario a dichos lugares, a fin de aclarar ideas. «Nosotros, pues—viene a decir Pedro—, no somos como los burladores sarcásticos que se mofan de la promesa de la Venida del Señor (v. 4), sino que creemos firmemente esa promesa, como también creemos la promesa de que, después de dicha Venida, habrá unos *nuevos cielos* y una *nueva tierra.*

(B) También el Nuevo Testamento nos ofrece otros textos que nos confirman en lo que ya le había sido revelado a Isaías en los lugares citados. Así, el Señor Jesús, en Mateo 19:28, habla de un *«nuevo nacimiento* (gr. *palinguenesía) de todas las cosas».* También Pablo habla, en Romanos 8:21, de la esperanza que tenemos de que la creación misma *«será libertada de la servidumbre del deterioro e introducida en la gloriosa libertad de los hijos de Dios».* Esto podría darnos a entender que Pedro, en el versículo 13, se refiere, no sólo a los lugares citados de Isaías, sino también a la misma predicación del Señor Jesucristo y de los apóstoles acerca de los acontecimientos de los últimos días y de la condición eterna del nuevo mundo que ha de sustituir al actual.

(C) El autor sagrado pone de relieve que, en estos nuevos cielos y en esta nueva tierra, *ha de tener su morada la rectitud* (lit. *la justicia.* Gr. *dikaiosúne).* Al citar Isaías 32:16–18, R. Franco hace ver que Pedro (vv. 13, 14) hace lo mismo que Isaías, quien «asocia la justicia con la paz». Volveremos sobre esta consideración en el comentario al versículo 14. En el nuevo mundo, no tendrán cabida los malvados, por lo cual el reino eterno será un reino de justicia y de paz.

Versículos 14–18

En estos versículos Pedro exhorta a sus lectores a prepararse diligentemente para el día en que el Señor venga a recogerlos. Cuatro vienen a ser los puntos en que se divide esta exhortación: 1) A una vida santa (v. 14 comp. con v. 11b); 2) A entender la longanimidad del Señor (v. 15a, comp. con v. 9); 3) A guardarse de los errores de los falsos maestros (v. 17); y 4) A crecer en la gracia y en el conocimiento de Jesucristo (v. 18a). El versículo 16 es como un paréntesis, en el que Pedro hace algunas observaciones personales sobre los escritos del apóstol Pablo. Finaliza la porción, y la epístola, con una doxología (v. 18b).

1. Comenzamos, pues, por el versículo 14, que dice así en la NVI: *«Así pues queridos amigos* (gr. *agapetoí,* la tercera vez que se dirige a los lectores con este cariñoso epíteto), *ya que esperáis esto, procurad con todo empeño ser hallados sin mancha ni reproche, y en paz con Él».* Lo de *«con Él»* es una añadidura (muy discutible) de la NVI.

(A) Con la nueva motivación, eminentemente positiva, de la promesa de un nuevo mundo, en el que no cabrán males ni malvados, Pedro exhorta a sus lectores, *«ya que esperáis esto»*—dice—, a procurar con empeño llevar una vida santa. En tres versículos consecutivos (12, 13 y 14), el autor sagrado usa sendas veces el verbo griego *prosdokáo*, aguardar expectantes; por donde se ve la importancia que da a esta activa espera.

(B) Las facetas de esta vida santa son aquí tres: (a) *«incontaminados»* (gr. *áspiloi*, el mismo vocablo de 1 Ti. 6:14; Stg. 1:27 y 1 P. 1:19), sin contagiarse de los falsos maestros, a quienes, en 2:13, aplica el epíteto opuesto *(spíloi);* (b) *«sin reproche»* (gr. *amómetos*, única vez que tal vocablo sale en todo el Nuevo Testamento, pero es sinónimo de *ámomos*, que ocurre ocho veces; entre ellas, en 1 P. 1:19); es también el epíteto opuesto al *mómoi (manchas,* en sentido de cosa deshonrosa, digna de reproche) que también aplica a los falsos maestros el autor sagrado en el mismo versículo (2:13) en que los ha llamado *spíloi, «inmundicias»;* (c) *«en paz»,* más bien que *«con Él»* (NVI), esto es, con Dios, se refiere, sin duda, a vivir en armonía completa con los demás hermanos (comp. con 2 Co. 13:11). En general, para todo el versículo, pueden verse también 1 Corintios 15:58 y 1 Tesalonicenses 3:13.

2. La segunda exhortación es a considerar y comprender la longánime paciencia de Dios. Dice el versículo 15 en la RV 1977: «*Y considerad que la longanimidad de nuestro Señor es para salvación; como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito»* (lit. *escribió).*

(A) El verbo griego *hegueísthe* (en presente de imperativo) significa *«considerad»*, no en el sentido de «reflexionad», sino de «*tener por»* (como en la antigua RV). Lo que quiere decir aquí Pedro, de acuerdo con lo que ha dicho en el versículo 9, es lo siguiente: «Tened por una indicación de que hay

todavía oportunidades de salvación el que Dios prolongue el tiempo de su paciente longanimidad». O, como lo expresa Ryrie: «Entended que la demora del Regreso del Señor tiene por objeto servir de oportunidad a los hombres para que sean salvos».

(B) A su propio testimonio, añade Pedro el del apóstol Pablo, respecto de lo cual es conveniente notar estos tres detalles: (a) Le llama *amado,* con lo que da a entender que no guarda ningún resentimiento por el duro reproche que Pablo le dirigió en Antioquía (v. Gá. 2:11 y ss.). ¡Qué ejemplo para nosotros que, de ordinario, no olvidamos cosas semejantes! (b) Le llama *nuestro amado hermano,* con lo que indica: *Primero,* que ambos mantienen, no sólo la misma fe, sino también el mismo mensaje que proclamar; *segundo,* que ni él ni Pablo son «jerarcas» («Padres, Santos Padres, Padres Santos»), sino *hermanos* juntamente con los fieles a los que se dirigen. (c) Alaba los dones de Pablo: *«según la sabiduría que le ha sido dada»*. No es muy frecuente esta alabanza implícita entre colegas. El Dr. Lloyd-Jones escribe que, cuando un predicador alaba sinceramente a otro predicador, esto no puede hacerse sino por obra del Espíritu Santo, no sale de la inclinación natural de la persona.

(C) Al decir de Pablo *«os escribió»* (aoristo), no cabe duda de que Pedro se refiere a alguna epístola (o algunas epístolas) en las que el apóstol de los gentiles trata de asuntos similares a los que Pedro está tratando precisamente en los versículos anteriores. Dice R. Franco: «Los pensamientos de los versículos 14 y 15 tienen numerosos paralelos paulinos (Ro. 2:4–10; 1 Co. 1:8; Fil. 1:10, 11; 2:15; 1 Ts. 3:13), y éstos justifican la apelación a las cartas paulinas, sin que sea necesario, como pretenden algunos, referirlo a alguna carta particular, que estuviera dirigida a los destinatarios de esta 2 Pedro».

(D) Es precisamente aquí donde el autor sagrado intercala el versículo 16, que es como un paréntesis, pero es un precioso paréntesis, a juzgar por las importantes enseñanzas que nos ofrece; el versículo dice así en la NVI: *«Así lo enseña en todas sus cartas, cuando habla en ellas de estos temas. Sus cartas contienen algunas cosas difíciles de entender, cuyo sentido distorsionan los ignorantes* (gr. *hoi amatheís;* lit. *los que no han aprendido.* Aquí el *"indoctos"* de la RV es inmejorable) *e inconstantes* (gr. *astériktoi*, inestables—como estrellas fugaces o errantes—; el mismo vocablo de 2:14), *como hacen también con las demás Escritura y, para su propia perdición»*. Muchos son aquí los puntos dignos de especial análisis:

(a) La forma en que comienza la NVI el versículo, en contraste con la falta de puntuación en la RV 1977 y (mucho peor todavía) con el *«casi»* de las ediciones anteriores a dicha versión RV 1977 (ya que ese «casi» no existe en el original), está bien ajustada al desarrollo del pensamiento del autor sagrado y a la puntuación misma adoptada, con buen criterio, en el Texto Crítico de las Sociedades Bíblicas Unidas.

(b) Dice, pues, Pedro que el *«amado hermano Pablo»* enseña *lo mismo que él* (Pedro), *cuando trata de estos temas.* Ya hemos citado en el párrafo (C) de este mismo punto varios lugares de las epístolas paulinas que se asemejan a los versículos 14 y 15 de este capítulo. Al hablar de *«todas sus cartas»,* no quiere decir Pedro que todo el conjunto de epístolas paulinas que figuran actualmente en nuestras Biblias corriesen ya de mano en mano, sino que se refiere a *todas* las que, por entonces, circulaban entre los fieles. Entre ellas, son de destacarse las escritas a los fieles de Tesalónica, las cuales figuran entre las primeras que el apóstol puso por escrito y que, precisamente, tratan del tema de la Segunda Venida.

(c) Al decir que dichas cartas *«contienen algunas cosas difíciles de entender»,* Pedro podría referirse a 1 y 2 Tesalonicenses, pues tanto estas, como las dirigidas a los fieles de Corinto suponen malentendidos por parte de algunos lectores; pero es más probable que Pedro se refiera (v. el comentario a 2:19) a lo que Pablo dice, especialmente en *Gálatas* (anterior a *Romanos)* sobre la libertad cristiana y el papel de la Ley de Moisés. Es probable que, en otro tiempo, estas cosas hubiesen resultado *difíciles* para el propio Pedro, como él mismo parece insinuar.

(d) De esta frase *«cosas difíciles de entender»,* deducen muchos catolicorromanos (no los que tengo delante, en honor de la verdad) que ello implica la necesidad de que una persona de una casta especial (los sacerdotes y, en especial, los obispos y el Papa) explique y determine el recto sentido de las Escrituras. Sin embargo, no es éste el significado que quiere darle el autor sagrado; no dice: «Por tanto, tened cuidado y buscad a una persona autorizada para que os las interprete», sino: *«cuyo sentido distorsionan los indoctos y los inestables»*. Son, pues, únicamente *los que no han aprendido,* porque no han estudiado bien las Escrituras, *e inestables,* además, en su carácter moral, quienes entienden mal las Epístolas de Pablo y *las distorsionan* (gr. *strebloúsin*, tuercen y deforman; única vez que tal vocablo sale en todo el Nuevo Testamento) *para su propia perdición.*

(e) No son, pues, los partidarios del «libre examen» los que tuercen las Escrituras, sino precisamente quienes se niegan a estudiarlas con diligencia y sin prejuicios, *para su salvación,* no para su perdición.

Los indoctos e inestables que aquí menciona Pedro eran precisamente los que no podían entender *las cosas difíciles* que Pablo escribía. ¿Y por qué no las entendían? Porque vivían inmoralmente y, por eso, torcían las enseñanzas de Pablo sobre la libertad cristiana y sobre la Ley, de una forma que cuadraba bien con la conducta inmoral que observaban (v. el comentario a 1 Jn. 2:20).

(f) Finalmente, el autor sagrado dice que estos indoctos e inestables tuercen el sentido de las Epístolas de Pablo *«como hacen también con las demás Escrituras»*. Pedro se refiere, sin duda, a las Escrituras del Antiguo Testamento, pues así es como se llama constantemente en el Nuevo Testamento a los escritos inspirados de «la Ley, los Escritos y los Profetas». Por consiguiente, el autor sagrado pone aquí las Epístolas de Pablo *al mismo* nivel que dichos escritos inspirados del Antiguo Testamento, pues no dice: «como hacen también con las Escrituras», sino: *«como hacen también con las DEMÁS Escrituras»;* lo que indica claramente que *también los* escritos de Pablo *forman parte de las Escrituras.*

3. La tercera exhortación se halla en el versículo 17, donde el autor sagrado exhorta a sus lectores a guardarse de los errores de los falsos maestros, a quienes llama de nuevo (v. 2:7) *«libertinos»* (NVI Gr. *athésmon,* los moralmente corruptos, porque hacen caso omiso de lo que prescribe—*thésmos*—la Ley. Éstas son las dos únicas ocasiones en las que dicho vocablo ocurre en todo el Nuevo Testamento). Dice dicho versículo 17 en la NVI: *«Por tanto, queridos amigos* (gr. *agapetoí,* cuarta y última vez que dicho apelativo es dirigido a los lectores de esta epístola), *puesto que ya sabéis esto de antemano, estad alerta para que no seáis arrastrados por el error de esos libertinos y caigáis de vuestra firme posición»*.

(A) Lo de *«sabiéndolo de antemano»* no se refiere directamente al conjunto de verdades cristianas y de virtudes que hay que añadir a la fe (como sugiere la referencia a 1:12 en nuestras versiones), sino a lo que les está diciendo a los lectores acerca de los falsos maestros y les ha recordado repetidamente desde 3:1. Los lectores conocen ya los errores de los falsos maestros, pero están siempre en peligro de ser seducidos por ellos. Por eso les exhorta Pedro a *estar alerta* (gr. *phulássesthe,* estad de guardia; en presente de imperativo).

(B) El verbo con que expresa Pedro la posible seducción que los falsos maestros pueden ejercer sobre los fieles incautos es muy expresivo *(sunapakhthéntes,* en participio de aoristo pasivo). Dicho verbo ocurre tres veces en el Nuevo Testamento: en Romanos 12:16 (donde tiene un sentido bueno. V. el comentario a dicho lugar); Gálatas 2:13 y aquí. Se compone de dos prefijos *sun,* con (lo que denota unión con otros), y *apó,* desde (en sentido de marchar de algún sitio, de «despegue»), y del verbo simple *ágo,* que significa conducir o llevar en el sentido en que se lleva a quien puede moverse por sí mismo (v. por ej., en Ro. 8:14 *ágontai,* son conducidos, esto es, se dejan conducir). Indica, pues, «salir de la posición en que uno está, a fin de unirse a quienes se lo llevan». Por aquí se puede ver que lo de *«arrastrados»* que traen la mayoría de las versiones (RV, NVI, R. Franco, *Biblia de las Américas, Biblia de Jerusalén, Nueva Biblia Española*) es demasiado fuerte (para «arrastrar» está el verbo *hélko,* que sale en Hch. 21:30; Stg. 2:6; y, un poco más suave, *helkúo,* que, entre otros lugares, ocurre en Jn. 6:44, donde debe traducirse *«atrajere»* o—más correcto, según las normas de la Real Academia de la Lengua, *«atrajese»* o *«atrae»).* La Versión de *Las Buenas Nuevas,* la de Salguero y la AV inglesa traen, con mayor precisión, *«dejándoos llevar»*.

(C) La cláusula final (*«y caigáis de vuestra firme posición»)* no significa que estos creyentes puedan perder la salvación, sino que podrían caer de la *firmeza* en la fe y en las buenas costumbres a la inestabilidad doctrinal y moral de los falsos maestros y de quienes se dejan seducir por ellos. Es cierto que nuestra firmeza se debe fundamentalmente a la gracia de Dios (Ro. 14:4), pero «esta firmeza no está garantizada sin la cooperación de los mismos fieles, y hay que combatir por ella (1:10)» (R. Franco). En efecto, eso es lo mismo que enseñan tambien el apóstol Pablo (por ej. en 1 Co. 15:10; Fil. 2:12, 13) y Pedro, en esta misma epístola (ya desde 1:5 y ss.).

4. La cuarta y última exhortación se halla en el versículo 18a, que dice así: *«Antes bien, id creciendo en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo»*.

(A) Lo primero que se observa es ese *«antes bien»* (gr. *de,* conjunción adversativa suave), con que se da cierto giro a lo dicho en el versículo 17. Lejos de *dejarse llevar por el error de los sin ley, cayendo de la propia firmeza* (lit.), los creyentes deben *crecer en la gracia y en el conocimiento del Señor.* Eso es lo que, desde el principio (1:2, 8), les había deseado. «Insinúa obviamente, dice Lloyd-Jones, que el único modo de evitar el caer en la vida cristiana es avanzar. La única manera de evitar el retroceso es seguir adelante. No hay tal cosa como el quedar estancado en la vida cristiana.»

(B) Esta es la tercera vez que Pedro emplea la expresión *nuestro Señor y Salvador Jesucristo* (v. 1:11; 2:20). Aunque la divinidad de Jesucristo consta por muchos otros lugares del Nuevo Testamento, es muy aventurado probarla por este texto, como hace Salguero, quien dice: «En este último versículo de la 2 Pedro se afirma claramente la divinidad de Cristo», ya que para ser *Señor y Salvador* le habría bastado recibir de Dios esos poderes (v. por ej., Mt. 28:18b; Jn. 5:26, 27). Argumentos imprecisos, inexactos o insuficientes sirven únicamente para dar mayor pábulo a los errores de los enemigos de nuestra fe. Un mayor y mejor conocimiento del Señor Jesucristo es ya uno de los mejores medios de crecer en la gracia, pues *ésa es la vida eterna* (Jn. 17:3b).

5. La epístola termina con una doxología (v. 18b), que dice así textualmente: «*A Él* (sea) *la gloria, tanto ahora como hasta el día del siglo* (esto es, *de la eternidad). Amén*». Aunque este «Amén» falta en el MS B (el códice Vaticano, uno de los más antiguos) y en algunos otros códices, figura, sin embargo, en el Sinaítico (tan antiguo como el Vaticano) y en muchos otros MSS y códices unciales. La doxología se parece un poco, dentro de su brevedad, a las también breves de Romanos 11:36; 2 Timoteo 4:18 y Apocalipsis 1:6; pero la última frase guarda gran parecido con la última frase de Judas 25, aunque la doxología de éste es la más bella y larga de todas.

1 JUAN

Ateniéndonos a la brevedad de espacio para las Introducciones, que ha sido nuestra pauta, al seguir a M. Henry, en este comentario, diremos que «la continua tradición de la Iglesia atestigua que esta epístola salió de la pluma del apóstol Juan» (M. Henry). En efecto, son muchas las expresiones, especialmente la mención del «Verbo de vida», que llevan la marca del autor del cuarto Evangelio. Para la Introducción, lo mismo que para el comentario, recomendamos dos autores: F. J. Rodríguez-Molero *(La Sagrada Escritura,* N.T. III) y J. R. W. Stott, *Epistoes of John* (hay traducción castellana). Al considerar que no hallamos el nombre del remitente, ni el del destinatario (o destinatarios), ni saludos iniciales ni despedida, casi es incorrecto llamar «Carta» al escrito que vamos a comentar; sin embargo, no tenemos otro apelativo mejor que «Epístola» para identificarla. Dice Rodríguez-Molero: «La 1 Juan es un escrito original e independiente, que brotó espontáneamente de la alegría de su mensaje y del cuidado por conservar incólume la fe y asegurar la salvación de aquel amplio grupo de cristianos a él confiados. Si literariamente hay que adscribirla a algún género, el calificativo más adecuado sería el de "carta homilética"».

Para mejor entender esta epístola es conveniente conocer la doctrina de los *gnósticos* (del gr. *gnósis*, conocimiento), pues éstos son los falsos maestros, los «anticristos» (2:18–19) que Juan tiene aquí en mente. Sus principios doctrinales pueden reducirse a tres: 1) El *saber* (gnósis) es superior a *la fe (gr. pístis)* sencilla de los creyentes comunes; 2) El sentido alegórico de la Escritura es más importante que el literal y sólo puede ser entendido por una *élite* de iniciados, esto es, poseedores de una iluminación especial; 3) La materia es mala, pero moralmente neutral. No ha sido creada por Dios, como ningún otro mal de este mundo. De aquí se derivan consecuencias importantes de carácter práctico, tanto como doctrinal, tenidas en cuenta por Juan en la defensa que, contra los gnósticos, hace de la fe cristiana. Las consecuencias de mayor relieve de dicha enseñanza sobre la maldad óntica de la materia, juntamente con su amoralidad, son: (A) La encarnación del Hijo de Dios es imposible, pues repugna que la Deidad se una a un cuerpo material; el cuerpo de Cristo no era real, sino aparente Docetismo); v. 4:1–6 contra este error. (B) Lo que interesa es tener la *luz* del conocimiento, no la *virtud* de la conducta. Véase contra esto 1:5 y ss., entre otros lugares. (C) Como la materia no guarda relación con la moral, no es pecado lo que se hace mediante el cuerpo. Contra esto, advierte Juan (3:3–10) que todo lo que va contra la ley de Dios es pecado.

Para la división de la epístola, seguimos la de Ryrie en su *Ryrie Study Bible:*

I. Introducción; objetivo de la epístola (1:1–4).
II. Condiciones para la comunión (1:5–2:2).
III. Conducta en la comunión (2:3–27).
IV. Características de la comunión (2:28–3:24).
V. Cautelas de la comunión (4:1–21).
VI. Consecuencias de la comunión (5:1–21).

CAPÍTULO 1

I. El autor sagrado expone primero el objetivo de su escrito (1:1–4);. II.Describe después las condiciones para una verdadera comunión con Dios: 1. Conformidad con una norma (vv. 5–7), y 2. Confesión de todo pecado conocido (vv. 8–10).

Versículos 1–4

Dicen estos versículos en la NVI: *«Lo que existía desde el principio, lo que nosotros hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado y lo han palpado nuestras manos—éste es nuestro mensaje acerca de la Palabra de la vida—. La vida se manifestó; nosotros hemos visto y damos testimonio de ella, y os anunciamos la vida eterna, que estaba con el Padre y nos ha sido manifestada. Os anunciamos lo que hemos visto y oído, a fin de que también vosotros tengáis comunión* (gr. *koinonían*, el conocido vocablo, ya desde Hch. 2:42. Sale cuatro veces en los siete primeros versículos del presente capítulo) *con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo, Jesucristo. Os escribimos esto para colmar nuestro gozo».*

1. Aunque más breve que el gran prólogo del cuarto Evangelio, el parecido de estos versículos con aquél salta a la vista. Dice Rodríguez-Molero: «Entre los dos hay un indiscutible parentesco de fondo y de forma … Los dos, en efecto, evitan designar al Hijo de Dios por su nombre histórico … prefieren el de *Verbo.* Los dos arrancan del mismo punto de partida: "el principio"; en los dos ocupa la posición central el concepto del *Logos, y* en los dos las expresiones de *Vida* tienen importancia y énfasis similar. Pero más importante que esas semejanzas de estructura es la identidad del pensamiento central: la encarnación del Verbo».

2. La densidad de pensamiento es parecida al prólogo de *Hebreos,* aun cuando el autor de *Hebreos* vuela majestuosamente sin que la emoción empañe la perfección literaria de su retórico discurso, mientras que Juan parece tan embargado por la emoción que le causa el mensaje que va a comunicar, que resulta difícil seguirle (como a Pablo en Ef. 1:3–10) y hasta es preciso desenredar su «maraña gramatical», como la llama Dodd. Para ello, J. Stott sugiere atender primero al verbo principal: *«anunciamos» (gr. apanguéllomen,* presente de indicativo), que aparece en el versículo 3 y «muestra que el Prefacio está preocupado esencialmente acerca de la proclamación apostólica del Evangelio … El versículo 2 es un paréntesis explanatorio de la forma en que fue posible oír, ver y tocar lo que era en el principio … Este paréntesis interrumpe de tal manera el hilo del discurso, que el versículo 3 se abre con una cláusula que reasume, en una oración de relativo, *«lo que hemos visto y oído»,* antes de llegar (en el original) al verbo principal *anunciamos …* El resto del versículo 3 y el versículo 4 describen los objetivos, el inmediato y el último, de la proclamación apostólica: *a fin de que también vosotros tengáis comunión con nosotros, y para colmar nuestro gozo».*

3. Después de esta labor de desbroce, que agradecemos a Stott, pasamos ya al comentario del versículo 1, donde notamos los siguientes detalles:

(A) «*Lo que* (pronombre relativo neutro) *existía* (no en el sentido de "surgir al ser", sino de *estar ya en el ser) desde el principio»* es una frase que nos recuerda la, también primera, frase del Evangelio según Juan: *«En el principio era* (existía) *el Verbo».* Pero son muy de notar estas dos diferencias: (a) En el Evangelio, el sujeto de la oración es obviamente *el Verbo* (en masculino); en la epístola, *lo que* Juan está diciendo *«acerca del* (gr. *perí) Verbo de la vida»* (lit.), esto es, que se hizo visible, audible y palpable; en una palabra, que se manifestó en un cuerpo real; (b) En el Evangelio, dice del Verbo que *«era EN el principio»,* es decir: cuando comenzó a existir el mundo (comp. con Gn. 1:1), el Verbo YA era, con lo que se indica de forma implícita su eternidad; en la epístola, dice: «Lo *que era DESDE el principio».* La expresión *«desde el principio»* sale nada menos que ocho veces en esta epístola (1:1; 2:7, 13, 14, 24—dos veces—; 3:8, 11) y dos en la 2 Juan (vv. 5 y 6) y necesita ser matizada de acuerdo con su contexto. Su sentido primordial aquí, según observa Dodd, es: «lo que siempre ha sido verdad acerca de la palabra de la vida …, el contenido original e inmutable del Evangelio, contra todas las novedosas formas de doctrina». Lo cual no impide ver también la eternidad del Verbo (v. 2, comp. con 2:13–14); se ve, en cierto modo, incluso la eternidad del Evangelio, como se le llama en Apocalipsis 14:6.

(B) Para poner de relieve la realidad corporal de la Encarnación, Juan, uno de los tres apóstoles que acompañaban a Jesús por todas partes y que tuvo el privilegio único de recostar su cabeza sobre el pecho

del Maestro, usa otras tres oraciones de relativo, con desdoble de la última; nótese la gradación: *«lo que hemos oído»* (ya sería bastante para ser testigos de primera mano); *«lo que hemos visto con nuestros ojos»* (si al oído se añade la vista, la credibilidad del testigo aumenta); *«lo que contemplamos»* (aoristo; gr. *etheasámetha*, de la misma raíz que la palabra de donde se deriva «teatro»; esto es, no fue una visión rápida y pasajera, como quien se cruza casualmente con otra persona en la calle, etc., sino que fue una visión sostenida de alguien a quien se trata familiarmente y cada día; *«lo que palparon* (lit.) *nuestras manos»;* no hay alucinación que se resista al tacto, por lo que no caben más pruebas testificales que las que Juan exhibe aquí.

(C) Detengámonos aquí un momento a meditar, porque lo que Juan tenía firmemente asentado en su corazón y su memoria era nada menos que el recuerdo vivo (los dos primeros verbos están en pretérito perfecto) del privilegio que le cupo de ver, oír y tocar al Eterno. Dice M. Henry: *«La vida, el verbo de vida, la vida eterna,* como tal, no se podía ver ni palpar; pero la vida manifestada sí pudo hacerlo, y lo hizo: (a) A los oídos de ellos (vv. 1, 3). La vida tomó boca y lengua, para poder decir palabras de vida. La palabra divina quiso tener empleado el oído, y el oído debería estar dedicado a la palabra de vida. (b) A los ojos de ellos (vv. 1–3). El Verbo quiso hacerse visible, no sólo audible, de forma que lo pudiesen ver *«nuestros ojos»*—dice—, con todo el uso y ejercicio que podemos hacer de nuestros ojos … (c) A los sentidos internos de ellos, a los ojos de la mente, pues así podría quizás entenderse la siguiente cláusula: *lo que contemplamos.* La palabra no se aplica a lo que es objeto inmediato del ojo, sino a lo que coligieron racionalmente de lo que vieron. Los sentidos están para ser los informadores de la mente. (d) A las manos y al sentido del tacto de ellos: «Y *nuestras manos palparon el Verbo de la vida».* La invisible vida y el Verbo no menospreciaban el testimonio de los sentidos, pues el sentido es el medio que Dios ha designado para nuestra información». Por su parte, Rodríguez-Molero comenta: *«Lo hemos oído, lo hemos visto, lo hemos tocado:* ese poder inaudito de oír, ver, tocar al Altísimo; esa palpabilidad del Inabarcable, con todo lo que significa, se refleja en la iteración, el encarecimiento, la gradación de los verbos. Esa abundancia traduce el asombro que todavía siente el apóstol».

(D) Los comentaristas hacen notar que los dos aoristos *(«contemplamos ... palparon»)* quizás dan a entender «ocasiones o momentos determinados en que sus ojos contemplaron y sus manos tocaron a Cristo. *Tocar* parece ser una alusión al episodio de santo Tomás (Jn. 20:27) o cuando el Señor les dice: "palpad" (Lc. 24:39), que emplea el mismo verbo» (Rodríguez-Molero). El verbo «palpar» es, en griego, *pselaphán;* ocurre en cuatro lugares del Nuevo Testamento: Lucas 24:39; Hechos 17:27; Hebreos 12:18 y aquí; según J. Stott, significa «buscar tentando a fin de encontrar, como hace un ciego o un hombre en la oscuridad». El verbo que tenemos aquí para *contemplar* ocurre 23 veces en el Nuevo Testamento, siendo las más notables las que hallamos en Juan 1:14, 34 y Hechos 1:11.

(E) Las últimas palabras (cinco en el original) del versículo 1: *... acerca del Verbo (o de la Palabra) de la vida»* requieren consideración especial.

(a) Con estas palabras, Juan dice claramente que su mensaje, el que ahora está *anunciando* (v. 2b. Ése es el verbo principal, como ya llevamos dicho) se refiere al *Verbo de la vida.* Como puede verse en el contexto posterior del verbo *anunciamos,* este *Verbo de la vida* es lógica y gramaticalmente equivalente de la *«vida eterna, que estaba con* (griego, *pros) el Padre»,* con lo que el parecido con Jn. 1:1b («y *el Verbo estaba con*—gr. *pros:* junto a, en relación con, etc.—*Dios»)* es impresionante, hasta en la construcción preposicional.

(b) Pero el parecido se agranda si atendemos a Juan 1:4, donde leemos que *«en Él* (el Verbo) *estaba la VIDA».* Que Juan se refiere, tanto en el Evangelio como en la epístola, a la *vida eterna,* puede verse por Juan 3:15, 16, 36; 5:24; 6:27, 40, 47, 68; 10:28; 17:2; 1 Juan 1:2; 2:25; 5:11–13 y, probablemente, 20. Por otra parte, Jesús dice de sí mismo, no sólo que en sí tenía la vida, sino que *Él es la Vida* (Jn. 14:6), pues tiene la vida divina, eterna, no como en depósito, sino como en su propia fuente (v. 5:26—este es el sentido de *«tener vida en sí mismo»).*

(c) Como hace notar Rodríguez-Molero: «Las expresiones del cuarto evangelio que llaman a Jesús «Pan de vida», «Luz de vida», se completan con esta otra: *Verbo de vida:* El Verbo, que es la Vida». En efecto, ya he citado Juan 14:6 para mostrar que el Verbo ES la Vida. Por otra parte, el texto sagrado dice literalmente que Jesús es *«el pan de la vida»* (Jn. 6:35, 48) y *«la luz de la vida»* (Jn. 8:12), así como aquí dice literalmente «el Verbo de la vida». Esto último nos señala al Verbo como vida reveladora y vida revelada, manifestada en carne. Dice Rodríguez-Molero: «es el Verbo hecho carne como concreción viviente de la divina revelación».

(d) Permítaseme ahondar un poco más en este sagrado «triángulo» de apelativos. Si el *Verbo de la vida* nos indica la divina *revelación* de la vida, *la luz de la vida* (v. Jn. 1:4b) nos da a entender que la *vida* eterna comienza por una *iluminación* (comp. con Ef. 1:18) y pasa a ser un *sustento: el pan de la vida.* Precisamente en 1:5, Juan va a decir que *Dios es Luz* (comp. con Jn. 8:32), Santidad infinita en forma de pureza (trascendencia), y, en 4:8, 16, que *Dios es Amor*, Santidad infinita en forma de generosidad (inmanencia). Como luz, impone pavor (v. Is. 6:5); como *amor,* invita al banquete, se hace *pan;* ¿no es ése el sentido explícito de todo lo que dice Jesús en Juan 6:27–58? Dios, en Cristo, se hace «completamente comestible», según frase de P. Claudel (aunque él no la aplica a Dios), puesto que, al dársenos enteramente en su Hijo, nos ha dado todo lo que de sustento tiene la vida eterna, desde la salvación inicial gracias al sacrificio total en Cristo, hasta la consumación final gracias a la constante operación de su Espíritu. La *comunión* (gr. *koinonía)* con Dios y, en Dios, con los demás hijos de Dios (v. 5:1), de la que habla aquí Juan, mencionándola cuatro veces en los versículos 3–7, es *comunión (koinonoí) de la naturaleza divina* (2 P. 1:4). Así que apropiarse, por la fe, la vida divina, es *comer espiritualmente a Dios* (v. el comentario a Jn. 6:27–58, 63 *—son espíritu y son VIDA—).*

4. Y pasamos ya al versículo 2, que comienza, en el original, con un *kai* (y) que bien puede traducirse por un *«pues»* explicativo, al abrir un paréntesis en que el autor sagrado declara a qué *vida* se refiere, tras de haber dejado como suspendido en el aire de la emoción el vuelo de su pensamiento. Nos dice ahora que esa *vida se manifestó* (aoristo). Juan se cuenta entre los que, dice, *«hemos visto* (perfecto) y *estamos testificando y os estamos anunciando* (los dos verbos están en presente de indicativo) *la vida, la* (que es) *eterna, la cual estaba junto al* (gr. *pros*, la misma preposición de Jn. 1:1, 2) *Padre, y se manifestó* (el mismo verbo y en el mismo tiempo y persona que al comienzo del versículo) *a nosotros»* (lit.). Basta con echar una rápida mirada a Juan 1:1–4 para percatarse de que Juan está refiriéndose al Verbo de Dios, quien se manifestó en forma sensible al hacerse hombre y, en esa naturaleza humana, se dejó ver, oír y palpar de los apóstoles; en especial de Pedro, Santiago y Juan, que es quien escribe esto. La proclamación apostólica del mensaje del Evangelio supone que el heraldo es testigo de vista de lo que proclama y lo atestigua en la proclamación que hace. Nótese, por eso, la gradación de los verbos: *«Hemos visto* (el recuerdo está claro, vívido, en nuestra conciencia), *damos testimonio y estamos anunciándoos.* Estos dos verbos, dice Stott, «implican una autoridad, pero de diferente clase. *Martureísthai* indica la autoridad de la experiencia … *Apanguéllein* indica la autoridad de la comisión».

5. Tras del paréntesis explicativo del versículo 2, Juan reasume (v. 3) su pensamiento del versículo 1, y repite el pronombre relativo neutro *hó y* los dos primeros verbos (en perfecto también) del versículo 1, pero invierten el orden: *«lo que hemos visto y hemos oído,* (eso es lo que) *os estamos anunciando también a vosotros»* (lit.). Dice Stott: «La manifestación histórica de la Vida Eterna fue proclamada, no monopolizada. La revelación fue dada a los pocos para los muchos. Tenían que impartirla al mundo. La manifestación *a nosotros* (v. 2) viene a ser proclamación a *vosotros* (v. 3)». Lejos de guardarse celosamente para sí el grandioso mensaje que les había sido comunicado, está Juan sumamente afanoso por hacer participe de él a sus lectores. Tenía para ello, al menos, tres motivos: (A) Había sido comisionado por Jesús para ello (Mt. 28:19, 20); (B) Como es característico de Dios dar y darse (Jn. 3:16), también los que comparten la naturaleza divina (2 P. 1:4), han de ansiar dar y darse (v. por ej., 2 Co. 12:15); (C) La vida divina, la comunión con Dios, como todas las demás realidades espirituales, no menguan, sino que aumentan, con el número de los que las comparten.

6. En la triple repetición de verbos que vemos en los versículos 1–3, hay una doble variación: (A) de orden; (B) de selección; es decir, no todos los verbos se repiten en los tres versículos. Pero hay un verbo que se repite las tres veces: *«hemos visto».* Dice Rodríguez-Molero: «Una vez que se encarnó el Verbo y apareció entre los hombres, ya será siempre primero el sentido visual». Es interesante observar, a este respecto, que cuando el apóstol Pablo está declarando el núcleo del mensaje evangélico que él proclamaba en todas partes (1 Co. 15:1 y ss.), insiste de tal forma en esa condición de ser «testigo de vista» que repite cuatro veces en sendos versículos (5–8) el verbo griego *óphthe: «fue visto … fue visto … fue visto … fue visto TAMBIÉN POR MÍ»* (lit.). La visión del Resucitado llegó a ser la condición *sine qua non* para ser Apóstol (con mayúscula), incluso para Pablo que no perteneció al círculo cerrado de los Doce (v. Hch. 1:21, 22).

7. Pero, como dice muy bien Stott: «La proclamación no era un fin en sí misma; su objetivo, el inmediato y el último, es definido ahora». En efecto, después de la emocionada y repetida mención de lo que acaba de anunciar, el autor sagrado va a exponer el objetivo del mensaje que proclama (vv. 3b–4).

Este objetivo es doble: (A) Uno inmediato, que puede conseguirse tan pronto como se reciba por fe el mensaje (v. 3b): *«para que también vosotros tengáis comunión con (metá,* en compañía de) *nosotros …».* (B) Otro, que es consecuencia eterna del primero: *… para que vuestro (nuestro,* según los MSS más importantes) *gozo quede colmado»* (lit.). Considerémoslos de cerca:

(A) Juan desea que la recepción del mensaje que proclama resulte en *comunión* de los lectores *con él mismo y los demás que dan testimonio de primera mano de lo que era desde el principio, etc.* Comenta aquí Rodríguez-Molero: «El apóstol les anuncia ese mensaje *para que también vosotros … tengáis comunión con nosotros,* para que los que no habéis visto, ni oído, ni tocado, tengáis también parte en el beneficio soberano que nos ha traído Jesucristo». Ésta es una comunión fraternal, «horizontal», en la que todos los hijos de Dios comparten la vida que Jesús nos ha traído.

(B) Por lo que lleva dicho en los versículos 1–3a, es obvio que la *comunión* que Juan está mencionando, no es meramente una comunión «horizontal» (con los proclamadores del mensaje), sino que, puesto que el mensaje es acerca de *la vida eterna que estaba junto al Padre,* esto es, *el Verbo de vida manifestado en carne,* la comunión ha de ser necesariamente (y primeramente, tanto lógica como cronológicamente) «vertical», esto es, con la «fuente» de esa vida divina que con los demás hermanos se comparte. Por eso, añade: *«Y ciertamente nuestra comunión* (como si dijese: la que ya tenemos) *es con el Padre y con su Hijo Jesucristo».* Es una frase, como dice Rodríguez-Molero, «pleonástica, que aclara el sentido o naturaleza de esa unión con los apóstoles». Las implicaciones doctrinales, y las aplicaciones prácticas, que surgen de esta triple dimensión de la *comunión de vida divina: «vosotros … nosotros … con el Padre y con su Hijo Jesucristo»* son, al menos, dos (y de suma importancia):

(a) El objetivo primario de la proclamación del Evangelio, según lo que Juan acaba de decir, «no es salvación, sino *comunión.* Con todo, propiamente entendido, éste es el significado de salvación en su sentido más amplio, incluida la reconciliación con Dios en Cristo *(comunión … con el Padre y con su Hijo Jesucristo),* santidad de vida (v. 6), e incorporación a la Iglesia *(vosotros … con nosotros)»* (Stott). Dice Rodríguez-Molero: «La comunión con Dios y la comunión con los cristianos son inseparables y correlativas». Este concepto lo aprendió Juan muy bien del Maestro (v. Jn. caps. 15 y 17) y lo expresa de varias maneras en esta epístola: El mandamiento de amar al hermano (2:7–11; 3:10–18, 23) se basa en la mutua inmanencia que el amor impone, de cada uno con respecto a Dios y, en consecuencia, de cada uno con respecto a su hermano (3:24; 4:7–13, 20, 21; 5:1–3).

(b) Esta *comunión con los hermanos,* centrada en *Cristo* como punto de reunión en que se vive la vida divina derivada del *Padre* como de su primera fuente, es lo que constituye *la forma* esencial, constitutiva, de la Iglesia. En otras palabras, no hay tal cosa como una «Iglesia invisible» a la que se pueda pertenecer en solitario, sin comunión visible (hasta sus últimas consecuencias (3:16–18) con personas visibles y tangibles. No cabe la piedad individualista, ni el acceso al Padre en solitario, ni la mística unión con Cristo al margen de los demás hermanos, ni el hilo directo con el Espíritu Santo sin extensión de la línea a los que comparten con nosotros la fe en el Hijo de Dios. Nuestra salvación tiene una dimensión esencialmente comunitaria. Dice Stott: «Esta comunión es lo que significa la vida eterna (Jn. 17:3). Como el Hijo, que es esa *vida eterna,* estaba (eternamente) con el Padre (v. 2), así es su propósito el que tengamos comunión con Ellos y cada uno con el otro (cf. Jn. 17:21, 22). "Comunión" es vocablo específicamente cristiano y denota la común participación en la gracia de Dios, en la salvación de Cristo y en la inhabitación del Espíritu que es el derecho de primogenitura espiritual de todos los creyentes cristianos. Es su común posesión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo lo que les hace ser uno».

(c) No se puede pasar por alto aquí la falsa consecuencia que la Iglesia de Roma deduce de estos versículos, como si el énfasis de Juan se cargase sobre las *personas («nosotros»)* de los apóstoles que proclaman el mensaje, en lugar de cargarse en la *comunión* que la coparticipación en la vida divina lleva a cabo en todos los creyentes: los que proclaman y los que escuchan y reciben. Citando de Beda, llamado el Venerable, monje benedictino inglés (672–735), tanto Salguero como Rodríguez-Molero dicen: «para poseer la comunión con las divinas Personas, hay que conservar la unión con los apóstoles y sus sucesores» (Rodríguez-Molero); «es decir, con la jerarquía y con toda la Iglesia», apostilla Salguero. No cabe mayor sofisma, ya que: *Primero, los* apóstoles (como testigos de primera mano) no pudieron tener sucesores; *segundo,* en su calidad de proclamadores del mensaje, lo que cuenta es el mensaje comunicado, no la persona que lo comunica; en otras palabras, la llamada «sucesión apostólica» no es una sucesión de personas, sino una sucesión del mensaje apostólico comunicado. Ése es *el fundamento*

apostólico que Pablo menciona en Efesios 2:20, 21 (v. también Ap. 21:14). Esto es tan obvio, que hasta el profesor católico H. Kung, en su libro *La Iglesia,* lo admite.

(C) Del objetivo inmediato del mensaje de vida eterna *(comunión),* pasa el autor sagrado a consignar el objetivo de más largo alcance, y tiene interés en especificar que lo consigna por escrito. Dice a la letra el versículo 4, según el texto crítico mejor acreditado: «*Y estas cosas* (lo que precede y lo que sigue) *os estamos escribiendo* (ya que el verbo está en presente de indicativo) *nosotros* (enfáticamente explícito—), *a fin de que nuestro gozo quede colmado (o completado;* gr. *hē pepleroméne*—forma perifrástica del pretérito perfecto de subjuntivo medio-pasivo). Tres consideraciones principales se ofrecen, acerca de este versículo 4, al que esto escribe:

(a) Lo de *«nosotros escribimos»* se refiere al mismo autor sagrado en representación de los demás testigos de vista de *«lo que era en el principio, etc.».* Es muy probable que todos ellos hubiesen muerto ya cuando Juan escribe esto, pero no quiere disociarse del común testimonio apostólico.

(b) *«Nuestro gozo»* (según los mejores MSS) no significa aquí «el mío y el de los demás apóstoles», sino que, como dice Rodríguez-Molero, «san Juan quiere comunicar a sus lectores la alegría de la comunión divina, y esa alegría redunda primariamente en gozo personal suyo (cf. 2 Jn. 4; 3 Jn. 4; 1 Ts. 2:19; Fil. 2:2; 4:1; 2 Co. 2:3). Pero la alegría del evangelista incluye la alegría de los lectores. Lo contrario sería egoísmo. Es un gozo mutuo, que incluye el alborozo apostólico producido por los felices resultados de la predicación hablada o escrita, y el que sienten los que oyen su doctrina de amor y salvación».

(c) Más aún, el autor sagrado da a entender que si los lectores no compartiesen los mismos bienes que trajo al mundo la manifestación de Dios en carne, su gozo personal no sería completo.

Versículos 5–7

En estos versículos, Juan explica que, para disfrutar de una verdadera comunión con Dios, es menester someterse a las normas de santidad que emanan del Dios infinitamente santo. Dicen dichos versículos en la NVI: *«Este es el mensaje que a Él le hemos escuchado y que os transmitimos a vosotros: Dios es luz; en Él no hay absolutamente ninguna clase de oscuridad. Si alegamos que tenemos comunión con Él y, con todo, caminamos en la oscuridad, estamos mintiendo y no ponemos en práctica la verdad. Pero si caminamos en la luz, como Él está en la luz, entonces tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesús, su Hijo, nos purifica de todo pecado».*

1. Consecuente con el verbo principal de la sección anterior (vv. 1–4) que era *«anunciamos»* (v. 3), ahora comienza esta nueva porción insistiendo en el *mensaje* (lit. *noticia;* gr. *anguelía)* que él y los demás apóstoles le habían oído *a Él,* es decir, a Jesús. El griego dice literalmente: *«la noticia que hemos oído de parte de* (gr. *apó) Él;* es decir, como comisionados por Él para difundirla. Comenta Stott: «No es probable que esté citando algún dicho específico de Jesús de que *Dios es luz,* ya que ningún dicho de tal clase nos ha llegado. Más bien está compendiando la enseñanza del Señor, conforme al énfasis que le da (Juan) en su propio Evangelio».

2. Es notable el cambio de verbo que notamos en este versículo 5 para expresar la transmisión de esta noticia: no es *apanguéllomen* (v. 3), donde el prefijo *ap* da a entender claramente la procedencia (gr. *apó),* sino *ananguéllomen,* donde el prefijo *aná* comporta el matiz de iteración, con el que la proclamación del mensaje que va a comunicar ahora gana en urgencia y solemnidad.

3. La noticia que, de parte de Jesucristo, transmite aquí Juan es: *«Dios es luz y en Él no hay absolutamente ninguna oscuridad»* (lit.), es decir, ninguna clase de algo tenebroso. Ésta es la segunda «definición» de Dios que Juan nos ha transmitido (la primera, *«Dios es Espíritu»,* se halla en Jn. 4:24). Si todo lo que de Dios sabemos ha de entenderse por analogía, ya que el Ser Divino difiere totalmente de los seres creados, aquí se añade el que el vocablo «luz» ha de tomarse metafóricamente. Ahora bien, esta metáfora hace de dicho término un símbolo de doble sentido:

(A) El primer sentido es *claridad.* La luz permite ver las cosas como son, en la medida en que dicha luz ilumina todos los lados o facetas de las cosas. En este sentido, *Dios es luz* que se revela a sí mismo a nosotros; en Cristo nos revela sus más íntimos secretos (v. Jn. 15:15b); *«no hay ninguna tiniebla en Él»;* no se esconde en las sombras, a fin de que sólo algunos privilegiados («iniciados») le puedan alcanzar, como pretendían los gnósticos. Él se manifiesta clara, abierta y cordialmente a todos los que, al haber recibido a su Hijo Jesucristo, poseen también al Paráclito, Maestro y Consolador Divino (2:20, 27; 4:13b).

(B) El segundo sentido del símbolo «luz» es *santidad.* En este sentido, la definición que Juan nos da de Dios comporta una perfección moral infinita, sin la mínima partícula de tiniebla espiritual. Es de notar que Juan no dice que «en Dios hay luz», sino que *«Dios es luz».* Esta identidad del sujeto y el predicado, expresada en esa oración sustantiva, nos da a entender que, en Dios no hay nada accesorio, sino que todas sus perfecciones están sustantivamente identificadas con su propia esencia divina. Así como *Dios es la Verdad* (*luz* en el primer sentido), *es también la Santidad (luz* en el segundo sentido). Por eso, no puede hallarse en Él *ninguna clase de tiniebla,* pues ello daría al traste con la definición misma de Dios como luz: ya no *sería* luz, aunque *tuviese* mucha luz (en todo caso, ya no sería *todo Él luz).*

4. Partiendo de esta definición de Dios como luz, que Juan nos transmite como *noticia de parte del Señor Jesucristo,* el autor sagrado va a sacar una consecuencia lógica de la mayor importancia práctica: A fin de tener comunión con el Dios que es luz, es preciso compartir la luz que Dios es en cuanto *verdad y* en cuanto *santidad* (vv. 6, 7). Tener comunión con la luz y con las tinieblas (v. 2 Co. 6:14b) es un absurdo, tanto en el campo de la *lógica* como en el de la *ética. Decir* una cosa (nótese ese triple «*Si decimos*»—vv. 6, 8, 10—) y *hacer* otra es una gravísima inconsecuencia. Juan va a mostrar primero (v. 6) esta inconsecuencia, para exponer luego (v. 7) la verdadera inconsecuencia, con sus beneficiosos resultados.

(A) «*Si dijésemos* (gr. *ean eípomen*, donde el aoristo de subjuntivo da a entender una posibilidad lamentable) *que tenemos comunión con* Él *y caminamos en la oscuridad, mentimos y no estamos practicando la verdad»* (v. 6. Lit.). El autor sagrado emplea delicadamente una proposición condicional irreal, y en sentido de una eventualidad indefinida, para dar a entender que no es eso lo que piensa de sus lectores; pero sí era precisamente eso lo que los gnósticos decían y hacían, puesto que ponían todo el énfasis de la perfección moral en la iluminación interior, sin preocupación alguna por la forma inmoral con que se comportaban al exterior («el cuerpo, la materia, decían, no tienen nada que ver con la moral»). Juan reacciona contra este absurdo y hace ver que el que vive en comunión con el Dios que es luz, no puede *caminar,* esto es, conducirse habitualmente, en las tinieblas del error y del pecado. Puesto que la luz, en su doble simbolismo, equivale a la *verdad* (también, en el amplio sentido que le da la Biblia. V. por ej. Jn. 3:21; 8:32, 44; 17:17), y las tinieblas es lo contrario de la luz, *andar* en *tinieblas y no practicar la verdad,* dos hebraísmos, equivalen a lo mismo. Así pues, quienquiera que diga que tiene *comunión con Dios,* que es luz, *y camina en la tiniebla* del pecado, *está mintiendo* (el verbo está en presente).

(B) En cambio, «*si caminamos* (v. 7) *en la luz, como Él* (Dios) *está en la luz, entonces tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesús, su Hijo, nos purifica de todo pecado»* (NVI). Este versículo requiere un análisis más detenido:

(a) Lo primero que notamos en el original del versículo es que el verbo *«caminamos»* está en presente (de subjuntivo, por obra de la conjunción *eán);* por tanto, no dice «*si caminásemos»,* sino que espera (y supone) que sus lectores no caminan en las tinieblas, sino en la luz.

(b) Aunque el versículo expresa la antítesis del versículo 6, no es empero una antítesis repetitiva, sino complementaria. En efecto, algún lector podría esperar que Juan dijese ahora: «En cambio, si caminamos en la luz y decimos que tenemos comunión con Él, no estamos mintiendo, sino que practicamos la verdad». Pero no dice eso, sino: «*si caminamos en la luz … tenemos comunión unos con otros, etc.».* Como observa Rodríguez-Molero: «Juan no repite ni retrocede; su estilo no es un "eterno retorno", sino un progreso helicoidal, en el que siempre nos descubre algo nuevo».

(c) Otro detalle importante, y muy significativo, es que Juan añade acerca de Dios *«como Él ESTÁ en la luz».* Comoquiera que *Dios ES luz,* el camino de la luz no es algo exterior a Él; *está en la luz,* del mismo modo que está en Sí mismo; así une el máximo dinamismo con la máxima firmeza en su conducta santa y verdadera. Comenta Rodríguez-Molero: «Dios está, nosotros caminamos». Y J. Stott nos recuerda que, como dice Pablo en 2 Timoteo 2:13, *«Dios no puede negarse a sí mismo».*

(d) En lugar de añadir, como ya hemos indicado, *«tenemos comunión con Él* (Dios)», Juan avanza dialécticamente exponiendo las consecuencias prácticas de «caminar en la luz»: *Primera, «entonces tenemos comunión unos con otros»,* lo cual es una consecuencia lógica de la comunión que tenemos con Dios unos y otros, según lo que el autor sagrado ha declarado en el versículo 3; en realidad, la comunión eclesial (horizontal) está basada en la conjunta comunión (vertical) con la Deidad. *Segunda, «y la sangre de Jesús, su Hijo, nos purifica de todo pecado».* Para evitar confusiones, es menester explicar que *«sangre»,* aquí, significa «el derramamiento de la sangre de Jesús en sacrificio expiatorio del pecado», pues sólo así es como la sangre expía y purifica. Como hace notar Rodríguez-Molero: «Lo de "*Su Hijo"*

no es una redundancia. Esta sangre tiene tal virtud redentora porque es la sangre del Hijo de Dios. La muerte de Jesucristo no nos rescataría si Él no fuese el Hijo de Dios». De paso, la mención de la sangre de Jesús da a entender, contra la doctrina de los gnósticos, que el Verbo había asumido un cuerpo verdadero; de lo contrario, no habría podido derramar verdadera sangre.

Varios autores hallan cierta dificultad en explicar cómo es que, si *caminamos en la luz,* necesitamos que *la sangre de Cristo nos limpie* (lit. gr. *katharízei*, en presente continuo; es el mismo verbo de otras treinta veces en que se traduce—o debe traducirse—por «limpiar») *de todo pecado*». ¿No es *tiniebla* el pecado? ¿Cómo, pues, podemos *caminar en la luz* y, al mismo tiempo, tener pecados que necesitan perdón y limpieza? La solución es sencilla y la ofrece el propio autor sagrado, aunque implícitamente, en el versículo 9. Es, pues, extraño que autores como Law y el propio Stott no parezcan hallar la correcta solución. *Caminar en la luz* no significa haber alcanzado la impecabilidad; se trata de una *conducta* y, por tanto, de una *práctica,* la cual no es incompatible con las malas inclinaciones que todavía nos quedan de nuestra vieja naturaleza (v. 8), ni con los *actos* singulares de pecado, que cometemos a causa de nuestra fragilidad (v. 10). Lo importante de la afirmación de Juan en este versículo 7b es que Dios, mediante el sacrificio expiatorio de su Hijo en el Calvario, ha hecho provisión abundante de perdón y limpieza, no sólo para los pecados pasados del creyente, sino también para los de cada día, actualmente y en el porvenir. Tomás de Aquino ofrece una clara ilustración en su famosa *Suma de Teología* (3ª parte, cuestión 49, artículo 1, respondiendo a la 3ª objeción): «Cristo, con su pasión, nos libertó de los pecados instituyendo la causa de nuestra liberación, con la que pudiesen ser perdonados cuandoquiera cualesquiera pecados, tanto pasados como presentes y futuros; como si un médico hiciese una medicina con la que pudiesen ser curadas todas las enfermedades, aun en lo futuro».

Versículos 8–10

Es cierto que, cumplida la condición de *caminar en la luz,* en comunión con nuestro Padre y con nuestros hermanos, hay en la fuente de salvación abierta en el Calvario suficiente provisión de perdón y limpieza para *los pecados del mundo entero* (2:2), pero, para que dicha provisión pueda ser aplicada eficazmente a cada persona, y en cada caso singular, es preciso que el pecador se ponga *en línea con Dios.* ¿Qué significa eso? Lo siguiente: Dios nos *acusa,* por medio de su Palabra, de su Espíritu y de la conciencia, cada vez que cometemos pecado; si nosotros nos *excusamos* o ignoramos esa voz de Dios condenatoria del pecado, vamos *contra* Dios; pero si nosotros *nos acusamos,* nos ponemos en línea con Dios. Esta acusación propia, que (como es natural) ha de ser sincera y, por ello, acompañada de genuino arrepentimiento, es lo que Juan llama aquí (v. 9), «confesar el pecado».

Dicen, pues, los versículos 8–10: *«Si alegamos que estamos sin pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, Él* (Dios, del v. 7, donde es Él quien está en la luz) *es fiel y justo, y nos perdonará nuestros pecados y nos limpiará de toda iniquidad. Si alegamos que no hemos pecado, le hacemos pasar por mentiroso y su palabra no halla lugar en nuestras vidas»* (NVI).

1. El propio autor sagrado parece salir al paso de la objeción que hemos tratado de solucionar en la porción anterior y viene a decir: «No os extrañéis de que diga que la sangre de Jesús nos limpia de todo pecado a los que caminamos en la luz, ya que de *tener pecado* (v. 8) y de *caer* más de una vez en *pecado* (v. 10, comp. con Stg. 3:2) no se libra nadie. Entre los humanos, sólo nuestro Mediador estuvo exento de pecado (Jn. 8:46; 2 Co. 5:21; He. 4:15; 7:26; 1 P. 2:22).

2. ¿Es lo mismo *tener pecado* (v. 8) que *haber pecado* (v. 10)? La doctrina de la Iglesia de Roma sobre la no pecaminosidad formal de la concupiscencia y su concepto de gracia infusa que se pierde por cada pecador mortal, llevan a los autores católicos (como Rodríguez-Molero y Salguero) a una confusión tremenda sobre este punto. Dice Rodríguez-Molero a este respecto: «"Tener pecado" supone estar en pecado actual, como "no tener pecado" equivale a estar en gracia. "Haber pecado" indica una comisión pretérita de actos pecaminosos concretos». Sin embargo, ya Agustín de Hipona entendió el «tener pecado» como albergar en nuestro interior «el foco natural» que nos constituye pecadores y nos induce a cometer pecados. Dice Ryrie: *«No tenemos pecado.* Referencia al principio del pecado que habita en nosotros, más bien que a los actos de pecado». Otros comentadores, como Moffatt y Law (citados por Stott) dicen que en la literatura juánica (v. Jn. 9:41; 15:22, 24; 19:11) «tener pecado», según insiste Law,

«denota específicamente la culpabilidad del agente». Cualquiera de las dos interpretaciones (Ryrie y Law) hace buen sentido y no violenta el contexto próximo ni el general de la Palabra de Dios.

3. Las frases siguientes (v. 8b) parecen favorecer a la opinión más común entre los evangélicos (Ryrie), pues Juan añade que, si decimos que no tenemos pecado, *«nos engañamos* (gr. *planómen*, extraviamos; el mismo verbo que ocurre 39 veces en el Nuevo Testamento V. los casos más recientes en 1 P. 2:25; 2 P. 2:15. Sale también en esta 1 Jn. tres veces: aquí, en 2:26 y 3:7) *a nosotros mismos* (comp. con Jer. 17:9 *«engañoso es el corazón más que todas las cosas») y la verdad no está en nosotros»*. Como ya dijimos al comentar el versículo 6, *«verdad»* tiene aquí el sentido bíblico que equivale a «luz». Si la verdad no está en nosotros, «no sólo dejamos de practicar la verdad, sino que estamos vacíos de ella» (Stott). Juan tiene siempre en mente a los gnósticos, que alardeaban de tener una iluminación especial, a pesar de su antinomianismo. Como observa Rodríguez-Molero: «Los gnósticos, que se creían impecables, se habían fabricado una atmósfera de tinieblas, que dejaba fuera la verdad. En tal caso, aunque la verdad les circunde por todas partes, la verdad no está *en* ellos».

4. En cambio, dice Juan (v. 9), *«si confesamos nuestros pecados, Él* (Dios) *es fiel y justo, y nos perdonará nuestros pecados y nos limpiará de toda iniquidad»* (NVI). Observemos algunos detalles importantes:

(A) El verbo griego que aquí usa Juan para lo de *«confesamos»* es *homologómen*. Este verbo ocurre 26 veces en el Nuevo Testamento (su compuesto, *exomologuéo*, diez veces). Según su etimología, significa «*decir*—o *hablar—lo mismo*». Así que «*confesar* significa decir, acerca del pecado, lo mismo que Dios dice» (Ryrie). De este modo, según lo dicho al comienzo de esta sección, «nos ponemos en línea con Dios» con respecto a este punto.

(B) Una vez puestos de acuerdo con Dios, nuestra comunión con Él es restaurada: Dios *nos perdona los pecados* que le hemos confesado y *nos limpia de toda iniquidad.* Dice Stott: «En la primera frase el pecado es una deuda que Él remite, y en la segunda es una mancha que Él remueve». Ambos conceptos, culpabilidad y contaminación del pecado, explican la razón por la que, en Levítico 4:1–6:7, hallamos dos series distintas de sacrificios para cubrir ambos aspectos.

(C) Juan añade que Dios hará eso porque *«es fiel y justo». Es fiel* a sí mismo, porque no puede negarse a sí mismo (2 Ti. 2:13), y es Él mismo quien compromete su carácter inmutable al hacer sus promesas, una de las cuales entraba precisamente en el nuevo pacto, promulgado por medio de Jeremías: *«perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado»* (Jer. 31:34). Pero, ¿cómo puede ser *justo* perdonando el pecado que merece condenación? Aunque es cierto que la misericordia de Dios aparece a veces bajo el apelativo de justicia (v. por ej. Dn. 9:16), es más probable (comp. con 2:2) que Juan se refiera aquí al hecho de que, mediante la propiciación llevada a cabo en la Cruz, Dios permanece *justo al justificar al impío que cree* (v. por ej. Ro. 3:25, 26; 4:5; 2 Co. 5:21).

(D) Aunque todo el contexto muestra que dicha *confesión* ha de hacerse *a Dios*, no estará de más recalcarlo, a fin de que no quepa ninguna duda de que Juan así lo quiere dar a entender, sin pasarle por las mientes que la confesión que menciona haya de hacerse a otra persona especialmente capacitada para otorgarle el perdón. Por otra parte, los mismos autores católicos (Rodríguez-Molero, Salguero) están de acuerdo en que el autor sagrado no se refiere aquí a la confesión «sacramental». Esto no impide el que, cuando se ha ofendido a un hermano, a él haya que acudir tambien en busca de perdón, acusándonos sinceramente de la ofensa que le hicimos (v. Stg. 5:16, como un eco de Mt. 5:23–26; 6:14, 15; 18:15–35. V. también Ef. 4:32b).

5. Para que no quede lugar a dudas de lo que el autor sagrado ha querido decir (v. 9) al mencionar los *pecados* en plural (dos veces), avanza ahora del *pecado interior* del versículo 8 a los *pecados actuales*, esto es, a los actos concretos de pecado (v. 10): *«Si dijésemos* (gr. *eán eípomen*, en aoristo de subjuntivo; la misma expresión con que comienza los vv. 6 y 8) *que no hemos pecado* (pretérito perfecto), *le hacemos* (a Dios) *mentiroso, y su palabra no está en nosotros»* (lit.).

(A) Vemos primero que Juan pone el verbo *pecar* en pretérito perfecto de indicativo (gr. *hemartékamen),* y da a entender que los pecados actuales dejan en nosotros una culpa y una mancha que perduran hasta que los confesamos, sinceramente arrepentidos, ante la presencia de Dios.

(B) Añade que, si llegásemos a decir (es una condición irreal, como se ve por la conjunción *eán* y aoristo de subjuntivo), *haríamos mentiroso a Dios*, esto es, equivaldría a decir que Dios miente, lo cual es mucho más grave todavía que *engañarnos a nosotros mismos* (v. 8). Dice Rodríguez-Molero: «Ahora ofendemos al mismo Dios, al haber Él afirmado frecuentemente que todos los hombres son pecadores (Pr.

20:9; Sal. 51:2, 6; Ro. 3:10). Ahora queda Él por embustero al encontrarnos con unos hombres—los gnósticos—que ni pecan ni han pecado». Dejar a Dios por mentiroso es una abominación de tal magnitud, que Juan, con esa condicional irreal *(«Si dijésemos …»),* da a entender que es una aberración el pensamiento mismo de que eso pueda ocurrir; pero lamentablemente, en el caso de los gnósticos, equivale a un hecho real, ya que, al afirmar que no pecan, niegan implícitamente la palabra de Dios.

(C) De ahí que el autor sagrado avance un paso más, al añadir: *«y su palabra no halla lugar en nuestras vidas»* (v. 10e, en la NVI). Aunque esta *palabra* (gr. *lógos,* el mismo término con que se expresa *«Verbo»)* no significa aquí la persona del Verbo, es, sin embargo, como hace notar Rodríguez-Molero, «más personal que "la verdad", que no implica necesariamente un locutor. Además, "palabra" aparece aquí como algo sustancial, que encierra en sí vida divina, un principio interior, que comunica al alma la verdad y la verdadera libertad». Compárese con Juan 8:31, 32, 37.

CAPÍTULO 2

En este capítulo, Juan: I. Expone con más detalle el remedio del pecado (vv. 1, 2, comp. con 1:7, al final). II. Pasa luego a sentar los principios de nuestra conducta de comunión con Dios y con los hermanos, la cual implica: 1. Una imitación de la conducta del Señor (vv. 3–11); 2. Una separación de todo mal (vv. 12–17) y, 3. Una afirmación de las fundamentales creencias del cristianismo (vv. 18–29).

Versículos 1–2

Una lectura superficial de los últimos versículos (8–10) del capítulo anterior podría dejar la impresión pesimista de que cometer pecados es de todo punto inevitable. Es cierto que la fragilidad de nuestra naturaleza humana, incluso después de la conversión al Señor, nos hace tropezar en muchas cosas (Stg. 3:2) y aun caer en pecados más o menos deliberados. La propia Palabra de Dios asegura lo mismo, como hemos visto en el comentario a 1:10. Pero, lejos de desalentar a sus lectores, el apóstol Juan les anima, a fin de que, si llegan a cometer algún pecado, recuerden que tenemos un abogado que saldrá en defensa nuestra. Dicen así los versículos 1, 2 en la NVI: *«Mis queridos hijos* (lit. *hijitos.* Gr. *teknía), os escribo esto para que no pequéis. Pero si alguno peca* (gr. *hamárte,* en aoristo de subjuntivo), *tenemos alguien que habla al Padre en defensa nuestra: a Jesucristo, el Justo. Él es el sacrificio de propiciación por nuestros pecados; y no sólo por los nuestros, sino también por los pecados de todo el mundo»*.

1. El diminutivo del griego *téknon (hijo,* implicando el matiz de *ser engendrado,* más bien que el de pertenecer legalmente a la familia; esto último se suele expresar mediante el vocablo *huiós) es teknían,* vocablo que procede siempre de la pluma de Juan: una vez, en Juan 13:33, de labios de Jesús, siete veces, de su propia boca, y siempre en esta epístola (2:1, 12, 28; 3:7, 18; 4:4; 5:21). Es una indicación de la edad avanzada del autor sagrado, así como del tierno afecto que sentía hacia sus cristianos lectores.

2. Para que no quepa ninguna duda de que Juan aborrece el pecado y tiene por seguro que, a pesar de nuestra innata fragilidad, cada pecado singular es evitable con la gracia de Dios, comienza diciendo: *«Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis»* (lit.). *«Estas cosas»* son las que ha dicho en 1:5–10. *«Os escribo»* está en presente de indicativo y en primera persona del singular. Ya no va a dirigirse a los lectores en plural. Su estilo resultará así, no sólo más personal, sino también más directo. No quiere pasar por alto la culpabilidad del pecado, como si fuese algo inevitable (Juan no pertenecía a la «sociedad permisiva»), sino que les dice clara, aunque tiernamente, *«os escribo para que no pequéis»*. El verbo, como ya hicimos notar, está en aoristo, lo cual es de una importancia extraordinaria, pues nos ayuda a entender bien lo que parecería una contradicción del propio Juan, cuando dice: *«Ninguno que viva en Él* (Cristo, implícito desde 3:2), *continúa pecando»* (3:6, donde el verbo está en presente, por lo que la NVI ha explicitado la continuidad). Así pues, los aoristos *hamártete … hamárte* de 2:1 indican *actos* sueltos de pecado, mientras que el presente *hamartánei* de 3:6 da a entender una *práctica* continua, un *estado* de pecado, que tiñe de corrupción toda la conducta.

3. En la segunda parte del versículo 1, el autor sagrado completa su exhortación y pasa del aspecto negativo *(«para que no pequéis»)* al positivo: *«Pero si alguno peca* (o, *pecase;* también en aoristo de

subjuntivo como en la primera parte del versículo), *tenemos alguien que habla al Padre en defensa nuestra: a Jesucristo, el Justo»* (NVI).

(A) La exhortación de Juan, en la primera parte del versículo 1, ha sido a *no pecar.* Sin embargo, de acuerdo con lo que ha dicho en 1:7–10, quiere animar a sus lectores para el caso en que alguno haya pecado. Y lo hace trayéndoles a la memoria que tenemos en el cielo un Abogado que habla a nuestro favor en la presencia del Padre. No sólo Juan, sino toda la Escritura (v. por ej., Zac. 3:1–5, Ap. 12:10), nos dice que el único acusador de los creyentes es Satanás. Su táctica, como dijimos en otra ocasión, consiste en dar confianza al pecador empedernido y desconfianza al creyente piadoso, mientras que Dios amenaza al inconverso y al carnal (He. 10:31) y alienta al creyente sincero y piadoso (3:19–21).

(B) El original dice que *«tenemos un Paráclito junto al* (gr. *pros*, la misma preposición de 1:2b) *Padre»* (lit.). El epíteto *Paráclito* (gr. *Parákletos)* sale cinco veces en todo el Nuevo Testamento y siempre de la pluma de Juan (Jn. 14:16, 26; 15:26; 16:7; y aquí). Recuérdese que, en su etimología *(«para» y «kaléo»)*, significa alguien que es *llamado* (gr. *kletós)* a fin de que venga al lado de (gr. *para)* una persona con el objeto de ayudarle». Esta ayuda puede ser de consuelo, ánimo, enseñanza, protección, etc. Todos esos matices pueden incluirse en los lugares del Evangelio según Juan, pero aquí predomina el matiz de *defensa* contra el acusador, por lo que las versiones lo traducen por *Abogado* (comp. con He. 7:25b).

(C) Tenemos así una exhortación perfectamente equilibrada, ya que, al mismo tiempo que recibimos la seria advertencia de *no pecar,* tambien recibimos el consuelo de *no desconfiar.* Dice J. Stott: «Es posible ser demasiado indulgente, lo mismo que ser demasiado severo, hacia el pecado. Una lenidad excesiva pondría parecer casi un incentivo al pecado en el cristiano al poner énfasis en la provisión de Dios para el pecador. Por otro lado, una exagerada severidad podría equivaler, ya sea a negar la posibilidad de que un cristiano peque, ya sea a negarle el perdón y la restauración si cae».

(D) El autor sagrado declara explícitamente que, al mencionar el *Paráclito,* no se refiere aquí al Espíritu Santo, sino a *Jesucristo, el Justo.* El Espíritu Santo es un abogado *en la tierra,* junto a nosotros (v. por ej. Jn. 14:16; Ro. 8:9, 11, 16, 26, 27); Jesucristo es un Abogado *en el Cielo,* junto al Padre. ¡Estamos, pues, bien defendidos! ¿Por qué añade Juan eso de *«el Justo»?* Es precisamente por ser *justo,* sin pecado (He. 7:25, 26), por lo que Cristo puede abogar eficazmente a favor de los creyentes que caen en pecado. El adjetivo *«justo»* se aplica al Padre en 1:9, pero aquí el epíteto tiene un alcance mayor, como hace notar Findlay (citado por Stott), al decir: «el caso no es el de un amor que aboga ante la justicia; más bien es lo contrario: ¡La justicia aboga ante el amor para nuestra exoneración!». No se puede expresar más bellamente un hecho que constantemente he puesto de relieve, tanto de palabra como por escrito: Es totalmente falso el concepto que tienen algunos de un Dios huraño y aterrador, a quien un Jesucristo amoroso consigue aplacar. ¡Si precisamente fue el asombroso amor de Dios el que envió al Hijo de Dios al mundo a ofrecerse en sacrificio por nuestros pecados!

4. Y es esto que acabamos de poner de relieve, lo que Juan dice en el v. 2, que traducimos ahora literalmente del original: «Y *Él* (esto es, Jesucristo, del v. 1, al final) *es propiciación por* (gr. *perí,* con respecto a) *nuestros pecados; mas no sólo por* (igualmente, *perí) los nuestros, sino también por* (de nuevo, *perí) los del mundo entero».

(A) Lo primero que notamos aquí es que Juan no dice que Jesucristo sea *«propiciatorio»* (gr. *hilastérion,* instrumento de propiciación—como en Ro. 3:25, aplicado a la *sangre* de Cristo, y en He. 9:5, con referencia al *kaporeth,* o cubierta del Arca de la alianza—). Tampoco dice que sea *«propiciador»,* sino *«propiciación»* (gr. *hilasmós),* lo mismo aquí que en 4:10. Como si dijera: ¡Él es la propiciación en persona! «Un propiciador, dice Westcott, podría hacer uso de un medio de propiciación que estuviese fuera de Él. Pero Cristo es nuestra *propiciación».* Y Rodríguez-Molero comenta más largamente: «Al decir que Él es propiciación, ya se indica que Jesucristo es ambas cosas a la vez: propiciador y propiciación, sumo sacerdote y víctima. Lo primero es obvio, pues el oficio de abogado lo incluye. En cambio, lo segundo, que sea propiciación, no es tan obvio; pues muy rara vez un abogado se ofrece a sí mismo en sacrificio como propiciación por su defendido».

(B) ¿Cuál es el concepto bíblico de «propiciación»? Tras un estudio exhaustivo de todos los textos en que el verbo *hiláskesthai* (once veces) y su compuesto *exiláskesthai* (ochenta y tres veces) vierten en los LXX el hebreo *kipper*. L. Morris llega a la conclusión, brevemente resumida por Stott, de que la propiciación comporta la idea de que «el santo antagonismo de Dios hacia el pecado debe ser removido, a fin de que el pecado pueda ser perdonado y el pecador pueda ser restaurado». Así pues, la *propiciación* es

lógicamente anterior a la *expiación* o *limpieza* de los pecados (v. 1:7) y a la *reconciliación* (gr. *katallagué)* de la que trata Pablo en 2 Corintios 5:18, 19 (en ambos versículos, al final). Yo diría que la reconciliación del hombre con Dios es una consecuencia de la reconciliación del amor con la justicia en el seno mismo de Dios, que es, en realidad, lo que la propiciación lleva a cabo. J. Stott da la siguiente definición de «propiciación»: «Es un apaciguamiento de la ira de Dios, llevado a cabo por el amor de Dios mediante el don de Dios. No es el hombre el que toma la iniciativa, ni siquiera Cristo, sino Dios mismo en puro, absoluto e inmerecido amor». Véase también 4:10.

(C) Dice Juan que Jesucristo es propiciación *por nuestros pecados.* ¿A quién se refiere al decir *«nuestros»?* No cabe duda de que incluye a los destinatarios de la carta. Y, tratándose de un aspecto fundamental de la Obra de la Cruz, ese *«nuestros»* ha de referirse a todos los que, por fe, tienen comunión con el Padre y con Jesucristo, y unos con otros (1:3–7), ya que la razón es la misma para todos los cristianos.

(D) Esto determina decisivamente el sentido universal, por si no estuviese suficientemente claro en sí mismo, de la frase final: «… *y no sólo por los nuestros, sino también por el mundo entero»* (lit.). Es cierto que, en Hebreos 2:17, la frase «*hacer propiciación* (por) *los pecados del pueblo»* (lit.) podría referirse directamente a la «descendencia de Abraham», según el contexto; pero, además, el autor de *Hebreos* había sentado ya un principio universal al hablar de la solidaridad del Salvador con todos los hombres (Hc. 2:14), aunque es posible que, como en Hebreos 5:9, tuviese en mente la salvación ya aplicada («… *para todos los que le obedecen»).* Pero Juan no se refiere aquí a la aplicación de la salvación, sino a la obtención de la redención, dentro de la cual se incluye el aspecto *propiciatorio* del sacrificio del Calvario, lo mismo que la *expiación* (incluida en el concepto de propiciación—v. He. 2:17—, donde el verbo *hiláskesthai* puede traducirse por *«expiar»,* pues lleva complemento directo: *«los pecados»,* a diferencia de 1 Jn. 2:2), la *reconciliación* (v. 2 Co. 5:19) y la *redención* específicamente tal (v. 2 P. 2:1 *«… que los compró»).* Estos cuatro aspectos son *universales,* pues pertenecen a la *obtención* de la redención, no a su *aplicación.* Queda, pues, claro que *«por el mundo entero»* significa *«por los pecados de todos los hombres»,* no «por los pecados de los demás creyentes» ni «por los pecados de los que se han de salvar en todo el mundo». Tenemos aquí la misma universalidad (sin distinción ni excepción) que hemos visto en Juan 1:29; 3:16; 4:42; 12:47; 1 Timoteo 2:4–6; 4:10, y veremos en 1 Juan 4:14.

Versículos 3–11

De las *condiciones* para disfrutar de la comunión con Dios y unos con otros, pasa ahora Juan a tratar de la *conducta* que ha de seguirse dentro de dicha comunión, y la primera norma que apunta es la *imitación* del propio Señor Jesucristo, ya que esta imitación marca el talante mismo de dicha conducta. Establece primero la necesidad de esta imitación (vv. 3–6). Apela después al mandamiento que constituye la «supernota» del cristianismo (vv. 7, 8, comp. con Jn. 13:34, 35). Finalmente (vv. 9–11), considera el mandamiento del amor fraterno en la perspectiva de la luz y las tinieblas que ya consideró en 1:5–7.

1. La comunión con Dios y con los hermanos ha de manifestarse en la conducta diaria. La prueba práctica de esta conducta consiste en la observancia de lo que Cristo preceptuó, pues de esta manera se va por el camino de Cristo, que es el camino que lleva al Padre (comp. con Jn. 14:6; Col. 2:6, 7). Todo esto es lo que nos declara Juan en los vv. 3–6, que dicen así en la NVI: *«Podemos estar seguros de que le conocemos* (a Jesucristo, el antecedente personal más próximo—vv. 1, 2—), *si obedecemos sus mandamientos. El que dice: "Le conozco", pero no hace lo que Él manda, es un mentiroso y la verdad no está en él. Pero si alguien obedece su palabra, el amor de Dios ha alcanzado verdaderamente su perfección en él. Así es como sabemos que estamos en Él. Todo el que se precia de vivir en Él, debe caminar como Jesús lo hizo».* (Lo de «Jesús» no está en el original, pero la NVI lo ha intercalado, a fin de dar más claridad al sentido del texto.)

(A) Lo mismo que en 1:5, hay al principio del versículo 3, en el original, un *kai* (y) que carece de verdadera conexión con lo que antecede, por lo que la NVI ha optado, con buen tino y acierto, por omitirlo. Es curiosa la repetición del verbo «conocer» (lit. Gr. *guinóskein),* primero en presente; después, en pretérito perfecto, dentro de la primera frase, que dice textualmente: «Y *en esto estamos conociendo que le hemos conocido …».* Como observa Stott, dicho verbo ocurre 25 veces en esta epístola, mientras que el verbo *eidénai* (saber) ocurre 15 veces. Así pues, aunque el presente *guinóskomen* de este versículo

3 puede ser tenido por sinónimo de *oídamen* (de ahí que la mayoría de las versiones lo traducen por «*sabemos*», en vez de «*conocemos*», ya que se trata de una función mental, más bien que experimental), la diferencia entre dichos verbos está en que, como observa Stott, «*oídamen*, el perfecto del verbo *eidénai*, significa "conocer como se conoce un hecho", no mediante percepción, sino como algo que es evidente por sí mismo». En cambio, el segundo verbo, en pretérito perfecto *(egnókamen)* no significa un conocer meramente intelectual, sino el conocer práctico, experimental, íntimo, que equivale al amar (v. por ej., 1 Co. 8:3). El pretérito perfecto indica, pues, que ha pasado suficiente tiempo para que ese conocimiento de Cristo (y de Dios—V. Jn. 17:3—) echase raíces.

(B) ¿Y cuál es la verdadera prueba de un amor sincero? Complacer al amado; especialmente, cuando se trata de agradar a Dios, a quien sólo agrada lo bueno, lo recto, lo santo. Así que la prueba del conocimiento íntimo (del amor) de Cristo está en la observancia de sus mandamientos: «Y *en esto estamos conociendo que le hemos conocido, si estamos guardando sus mandamientos*» (lit.). No hay otra forma de «conocerle» y, por tanto, de tener comunión con Él (comp. con Jn. 14:15; 15:10; 1 Jn. 3:22–24; 5:2, 3). De ahí que *«El que dice: "Le conozco", pero no hace lo que Él manda, es un mentiroso y la verdad no está en él»* (v. 4. NVI). El parecido de los versículos 3–5 con 1:5–7 es impresionante en cuanto a la estructura lógica y gramatical de la porción; es cierto que las expresiones varían, pero los conceptos son similares, como es también similar el ataque implícito a los gnósticos. Dice Salguero: «El que pretenda conocer a Dios sin observar sus mandamientos es un mentiroso. Es de la misma calaña que aquel que camina en las tinieblas y, sin embargo, se cree en comunión con Dios. El apóstol seguramente se refiere a los falsos doctores, que se gloriaban de su ciencia, pero descuidaban los deberes más sagrados de la vida cristiana. Con la disculpa de la libertad alcanzada por la iluminación de la gnosis, daban rienda suelta a sus pasiones más bajas».

(C) Al pasar al lado positivo de la prueba (como había hecho en 1:7), Juan añade (v. 5): *«Pero si alguien obedece su palabra* (no sólo *sus mandamientos), el amor de Dios ha alcanzado verdaderamente su perfección en él …»* (NVI). Siguiendo la misma dialéctica de 1:7, Juan no se repite, sino que avanza un paso más al añadir que, quien muestra con pruebas (obedeciendo) el conocimiento que tiene del Señor, manifiesta que «*verdaderamente* (nótese el énfasis de colocación) *en éste el amor de Dios ha sido perfeccionado*» (lit.). Que *«el amor de Dios»* significa «el amor a Dios», no «el que Dios nos tiene», puede verse al compararlo con 5:3. Lo de *ha sido perfeccionado* (comp. con 4:12, 17, 18) no significa que nuestro amor a Dios haya alcanzado así su máxima perfección, ya que esto sólo será posible en el cielo, sino que ha llegado a mostrarse sincero, auténtico, verdadero, digno de su nombre. Y como el verdadero amor establece la mutua inmanencia del amante y el amado (v. Jn. 14:23; 1 Jn. 4:16), si obedecemos, sabemos que amamos; y, si amamos, *«sabemos* (gr. *guinóskomen*—v. el comentario al v. 3—; en presente continuo, como criterio seguro y estable) *que estamos en Él»* (v. 5b). *«Estar en»* expresa «unión» (comp. con Ro. 8:1). De todo genuino creyente se dice que «está en Cristo». En cambio, *permanecer* (gr. *ménein)* expresa algo más íntimo: comunión. El primer verbo pertenece a la *justificación;* el segundo, a la *santificación.* No son, pues, sinónimos, aunque a veces vayan de la mano, como aquí (v. el versículo siguiente).

(D) Por eso, porque va a referirse ahora (v. 6) a la conducta (¡a la santificación!), Juan cambia de verbo y dice: *«El que dice permanecer en Él, debe también andar así como Él anduvo»* (lit.). Aquí es donde Juan usa el verbo *ménein*, verbo de comunión más que de unión. Este verbo sale unas 118 veces en todo el Nuevo Testamento, pero, en el sentido que aquí tiene, es un verbo favorito de Juan, quien lo emplea 41 veces en el Evangelio; 22 veces, en esta epístola; tres veces, en la 3 Juan. En total, 66 veces, frente a 52 en el resto de todo el Nuevo Testamento. Nótese que Juan no dice: *«El que permanece en Él …»* (sería una tautología), sino: *«El que dice …»* (comp. con Stg. 2:14). Se ve, pues, que Juan tiene siempre en mente a los gnósticos, quienes también empleaban la fórmula «permanecer en Dios», pero desdeñaban la obligación moral de vivir una vida santa, como es deber de quien se precia de tener comunión con el Dios santo (v. 1:5, 6). El verbo que traducimos por *«debe»* es *opheílei*. De él dice Rodríguez-Molero: «Indica una obligación íntima y personal, libremente aceptada. No usa *deí*, que implica una necesidad exterior, que podría constreñir». *«Andar»*, metáfora que expresa la conducta, se repite en este versículo 6 para describir el ajuste que ha de observar nuestra conducta con la del Señor Jesucristo. Este ajuste se pone de relieve con el uso de la conjunción comparativa *kathós*, así como; la cual es más fuerte que la simple *os*, como. En esa segunda frase del versículo 6, el autor sagrado viene a decir, lisa y llanamente, que la santificación consiste en la imitación de Cristo, quien *pasó haciendo el*

bien (Hch. 10:38) y *no hizo pecado* (v. 1 P. 2:21, 22). Es cierto que no podemos llegar a su nivel, pero eso mismo debe espolearnos a seguirle con el mayor ahínco.

2. La obligación de observar una conducta santa, regida por el amor, recibe de parte del autor sagrado un matiz de intensidad y urgencia, y apela (vv. 7, 8) al mandamiento clave del propio Señor Jesucristo. Dicen así dichos versículos en la NVI: *«Queridos amigos, no os estoy escribiendo un mandamiento nuevo, sino uno antiguo que habéis tenido desde el principio. Este mandamiento antiguo es el mensaje que habéis escuchado. Con todo, os estoy escribiendo un mandamiento nuevo; su verdad es visible en él y en vosotros, porque la oscuridad está pasando y brilla ya la luz verdadera».*

(A) Vemos que Juan usa, al comienzo del versículo 7, el epíteto *agapetoí (amados)* y lo repetirá cinco veces más en esta epístola (3:2, 21; 4:1, 7, 11), y cuatro veces (en singular) en 3 Juan (vv. 1, 2, 5, 11). Curiosamente, no lo emplea nunca en su Evangelio. En el mismo sentido que Juan, lo usan también Pablo, Santiago y Pedro, como ya vimos. Rodríguez-Molero hace notar «que se hará cada vez más frecuente conforme avance el discurso sobre la caridad».

(B) Dice Juan a sus lectores que *no les está escribiendo un mandamiento nuevo, sino antiguo «que teníais,* dice (lit.), *desde el principio»* (v. 7). Luego (v. 8) parece contradecirse, o desdecirse, diciendo que es *nuevo.* ¿A qué mandamiento se refiere y por qué dice que *no es nuevo* y que *es nuevo?* Notemos: (a) que, en el original, no dice que este mandamiento sea *neán*, nuevo en sentido de surgido en tiempo reciente (comp. con Mt. 9:17 y paral.; 1 Co. 5:7; Col. 3:10; 1 Ti. 5:1, entre otros lugares), sino *kainén*, nuevo en el sentido de renovado, no gastado, mejorado, etc. (como en Jn. 13:34; 1 Co. 11:25; Gá. 6:15; Ef. 4:24; 2 P. 3:13, entre otros lugares); (b) que este mandamiento lo tenían los lectores de Juan *desde el principio,* es decir, desde que se convirtieron al Señor. Por eso, para ellos *no era nuevo.* Además al tener siempre en mente a los gnósticos, tiene empeño en poner de relieve que no lo había inventado él, como es probable que dijesen los gnósticos. (c) Pero «es nuevo, dice Rodríguez-Molero, en el mismo sentido que la doctrina. Su novedad es la de la nueva alianza (Lc. 22:20; 1 Co. 11:25, la de la nueva creación (2 Co. 5:17)». Y, sobre todo, a mi juicio, porque el Maestro lo había presentado como *nuevo* (v. el comentario a Jn. 13:34, 35).

(C) Más aún, el autor sagrado pone de relieve que este mandamiento formaba parte del mensaje apostólico (v. 7b): *«El mandamiento, el antiguo, es la palabra* (gr. *lógos*, en sentido de mensaje) *que oísteis»* (en aoristo ingresivo, como se ve por el imperfecto *teníais*, de la frase inmediatamente anterior). Tal es la traducción literal del versículo 7b. Comenta Rodríguez-Molero: «Aunque no se dice quién predicó esa palabra que contiene el mandato decisivo, es evidente que fueron los apóstoles. Y tras los apóstoles se remonta en último término a quien tenía derecho para obligar: Jesucristo. Es, pues, una "palabra del Señor"».

(D) Es interesante traducir literalmente el versículo 8: *«De nuevo* (gr. *pálin) os escribo* (presente de indicativo: *"os estoy escribiendo") un mandato nuevo LO CUAL es verdadero* (gr. *alethés*, es verdad, se verifica, tiene razón de ser. Ver en el comentario a Jn. 15:1 la diferencia entre *alethés y alethinós) en Él* (Cristo) *y en vosotros, pues las tinieblas están pasando y la luz, la verdadera* (gr. *alethinón, la genuina,* como en Jn. 15:1), *ya brilla».* Notemos los siguientes detalles:

(a) Las versiones traducen el adverbio iterativo *pálin* por *«con todo»* o *«sin embargo»,* porque, como dice Rodríguez-Molero, dicho adverbio «introduce una nueva perspectiva. Aquello que desde un punto de vista era un precepto antiguo, desde otro punto de vista es nuevo. Era antiguo, pero no anticuado; viejo, pero no en desuso (Plummer). Y ha sido renovado en un sentido más pleno; ha sido sancionado recientemente por obra de Jesucristo».

(b) De intento he puesto énfasis en *«LO CUAL»,* pues, en efecto, el pronombre relativo está en género neutro, concertado con el contenido general de la frase anterior, no en femenino (concertado con *entolén kainén*, mandamiento nuevo). Eso significa que «*lo que es verdad»* aquí no se refiere al *mandamiento,* sino a la *novedad* del mandamiento EN CUANTO QUE ES UNA REALIDAD EN CRISTO Y EN LOS CRISTIANOS: *«lo cual es verdad en Él y en vosotros».* Comenta Stott: «Su novedad era un hecho cuando Él (Jesucristo) fue el primero que lo llamó "un mandamiento nuevo" (Jn. 13:34) y Él mismo lo ejemplificó (dio el ejemplo), y sigue siendo un hecho para vosotros, a quienes se os manda obedecerlo. La idea del amor en general no era nueva, pero Jesucristo la invistió de un sentido más rico y más profundo».

(c) ¿Qué sentido tiene, y qué conexión guarda con lo anterior (o con lo posterior) la segunda parte del versículo 8: *«Las tinieblas están pasando* (en presente de indicativo de la voz media-pasiva, con lo que da a entender que alguien las está haciendo pasar) y *la luz, la verdadera, ya brilla»* (lit.)?

Primero, el sentido de la frase es el siguiente: Las tinieblas del mundo que no tenía a Cristo (comp. con el v. 17) van desapareciendo en la medida en que las almas se convierten a Cristo y al Evangelio, pues ésta es *la luz verdadera* que venía a este mundo (comp. con Jn. 1:4, 5, 9; 3:19–21; 8:12; 9:5; 12:35, 36, 46). Los judíos, como hemos advertido otras veces, dividían la historia en dos partes: «los primeros tiempos» y «los últimos tiempos» (lit. el cumplimiento—o consumación—del siglo). La venida del Mesías había de marcar la línea divisoria (v. por ej., Mr. 1:15; Gá. 4:4). Al repetir, con su artículo respectivo: *«la luz, la genuina»,* Juan da a entender que *la luz,* la iluminación especial, de la que alardeaban los gnósticos, no era genuina, sino espuria (comp. con 1:5, 6).

Segundo, la conexión natural de la frase es con lo que antecede, como lo da a entender la conjunción explicativa *hóti,* que encabeza las frases que estamos comentando. Con la venida del Mesías, Jesucristo, *la luz verdadera ya brilla, ya alumbra;* y esa *luz* es la que descubre la *novedad* del mandamiento *que se ha hecho una realidad en Cristo y en los que son de Cristo.* De esta forma, el mandamiento del *amor* empalma con la acción de la *luz*: La luz verdadera, genuina, es «la luz del amor y, por eso, caminar *en la luz* (9:10; cf. 1:6) es caminar en amor», Stott). Por eso, los tres versículos siguientes son la consecuencia lógica del binomio «luz-amor» que Juan acaba de establecer aquí.

3. Así pues, llegamos a la consideración del mandamiento nuevo (en su observancia lo mismo que en su incumplimiento) en la perspectiva de 1:5, 6. Dicen los versículos 9–11 en la NVI: *«Cualquiera que se precia de estar en la luz, pero aborrece a su hermano, está todavía en la oscuridad. Todo el que ama a su hermano, vive en la luz, y no hay en él (o en ello) nada que pueda ocasionarle ningún tropiezo. Pero todo el que odia a su hermano, está en la oscuridad y se revuelve a tientas en la oscuridad, y no sabe adónde se dirige, porque la oscuridad le ha cegado los ojos».*

(A) Desde el principio de la epístola, Juan guarda en cada sección una estructura ternaria (en el cap. 1, los vv. 1–3, 5–7 y 8–10; en el cap. 2, los vv. 1–3, 4–6 y, ahora, 9–11). Cada terna es desarrollada de forma dialéctica: tesis, antítesis, síntesis; por eso avanza siempre; no se repite, no retrocede.

(B) La terna actual se parece mucho a la de 1:5–7, pero, junto al común denominador («comunión»), implícito en esta sección, tenemos un nuevo binomio: «amor-odio» juntamente con el de «luz-tinieblas» de 1:5–7.

(C) Los gnósticos se preciaban de *estar en la luz,* de poseer una iluminación superior a la de los simples fieles, pero su *desdén* (en este sentido, ha de entenderse este «odio»; comp. con 3:16–18) hacia los *hermanos,* esto es, hacia otros creyentes, ponía al descubierto la falsía de ellos, del mismo modo que la ponía al descubierto su conducta malvada, *tenebrosa,* en 1:6, y su *desobediencia,* en 2:4.

(D) Entre el amor y el odio, lo mismo que entre la adhesión y el desdén, no hay medio, esto es, no hay alternativa (v. Mt. 6:24). Juan pone bien de relieve esta neta oposición entre amor y odio, como lo hizo en 1:5–7 al oponer luz y tinieblas; «no hay crepúsculo», dice Stott. Así pues, al ser el antagonismo entre amor y odio el mismo que entre luz y tinieblas respectivamente, el autor sagrado puede asegurar que *el que aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas* (v. 9); es falsa su jactancia de estar en la luz; en cambio, *el que ama* (v. 10) *a su hermano, permanece en la luz* como en su morada natural. Ya desde 1:3, 7, Juan trazó un triángulo (*yo* y *tú* con *él*-Dios), uniendo de forma indisoluble la comunión vertical con Dios y la comunión horizontal con los hermanos, por lo que la equivalencia de 1:6 con 2:9 resulta clara.

(E) Pero, como ya hemos hecho notar repetidamente, Juan no se contenta con establecer la oposición entre los extremos amor-odio, luz-tinieblas, etc., sino que avanza un paso más y nos enseña una lección estupenda de Psicología Profunda (vv. 10b, 11): *«El que ama,* dice, *permanece en la luz y en él no hay nada que pueda ocasionarle ningún tropiezo»* (NVI). Estas frases parecen un eco de lo que el mismo autor sagrado había consignado, de labios de Jesús, en Juan 8:12; 12:35. El que mora en la luz, no solamente ve bien dónde pone los pies, sino que, rodeado de luz y embebido en ella, tiene serena la cabeza para juzgar rectamente, y caliente el corazón para amar generosamente. Por el contrario (v. 11), *el que odia a su hermano, está en la oscuridad y se revuelve a tientas en la oscuridad, y no sabe adónde se dirige* (gr. *hupáguei,* verbo ya conocido), *porque la oscuridad le ha cegado los ojos».* Dice Salomón en Proverbios 4:19: «*El camino de los malvados es como densa oscuridad; no saben qué es lo que les hace tropezar»* (NVI). Esto significa, ni más ni menos, que el malvado equivoca *primero* el camino (v. Sal. 119:176; Is. 53:6) y queda, *después,* cegado para no poder percatarse de la equivocación (comp. con Jn. 9:39–41). Es cierto que la luz de la verdad penetra directamente al intelecto, pero es el amor quien abre las ventanas a la luz. Si en lugar de amor, el corazón alberga odio, no hay modo de que entre luz al interior. Lo peor del caso es que el «espiritualmente ciego» no se queda inerte en la oscuridad, sino que

echa mano de «sus propias luces», las cuales, al ser falsas, corrompidas por el pecado, hacen ver invertidas las imágenes de las cosas y de las personas. Dice Stott: «El odio distorsiona nuestra perspectiva. No comenzamos por juzgar mal al prójimo y le odiamos después como resultado; la forma en que le vemos está ya coloreada malignamente por nuestro odio. Es el amor el que ve derecho, piensa claro y presta el debido equilibrio a nuestra visión, nuestros juicios y nuestra conducta. Cf. Juan 8:12; 11:9, 10; 12:35».

Versículos 12–17

En estos versículos, Juan hace ver que la comunión con Dios, según debe reflejarse en nuestra conducta, comporta una separación del mal. La sección se divide, según la estructura ternaria que venimos observando en *1 Juan*, en dos ternas. En la primera (vv. 12–14), el autor sagrado alaba y anima a sus lectores porque, a pesar de las enseñanzas de los falsos maestros, no se han dejado engañar, sino que han llegado al verdadero conocimiento de Dios y han vencido al diablo. En la segunda (vv. 15–17), les exhorta a permanecer separados del mundo y de sus concupiscencias, ya que el mundo es pasajero y enemigo de Dios; por lo que no se puede amar juntamente a Dios y al mundo.

1. Los versículos 12–14, que componen la primera parte de esta sección, dicen así en la NVI (donde su estructura ternaria aparece subdividida en dos grupos también ternarios):

12 «Os escribo a vosotros, queridos hijos,
porque vuestros pecados os han sido perdonados en virtud de su nombre.
13 Os escribo a vosotros, padres,
porque habéis conocido al que es desde el principio.
Os escribo a vosotros, jóvenes,
porque habéis vencido al Maligno.
14 Os escribo a vosotros, queridos hijos,
porque habéis conocido al Padre.
Os escribo a vosotros, padres,
porque habéis conocido al que es desde el principio.
Os escribo a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes,
y la palabra de Dios vive en vosotros,
y habéis vencido al Maligno».

(A) Observarán los lectores que, al seguir al texto crítico de las Sociedades Bíblicas Unidas, hemos dividido los versículos 13 y 14 de manera diferente de la que aparece en nuestras versiones. Es la única forma de mantener la estructura ternaria en cada uno de los dos grupos.

(B) Aunque la NVI ha optado por traducir las seis veces *«escribo»*, el original dice *grápho (escribo,* en presente de indicativo) en las tres primeras veces, y *égrapsa (escribí,* en aoristo, también de indicativo) en las tres últimas. Se han propuesto muchas soluciones para explicar esta aparente anomalía. La solución más probable es la que, después de Ambroggi, sostienen la mayoría de los autores contemporáneos, incluidos Stott, Salguero y Rodríguez-Molero. Dice Ambroggi: «Para evitar la repetición monótona, san Juan en la segunda serie usa el aoristo epistolar como sinónimo del presente usado en la primera serie». Es, por tanto, «un artificio literario debido al gusto semítico por el paralelismo» (Rodríguez-Molero, tomándolo del propio Ambroggi).

(C) En ambos trípticos, Juan se dirige a tres clases de personas: (a) *teknía, hijitos* (término ya visto en el v. 1). Lo usa en el versículo 12, pero lo cambia al comienzo del versículo 14 por *paidía, niñitos* (vocablo muy frecuente en los evangelios—46 veces—, pero sólo seis veces se halla en las epístolas: 1 Corintios 14:20; Hebreos 2:13, 14; 11:23; aquí y en el v. 18). Aunque Juan pudo cambiar el vocablo simplemente para no repetirse, a la vista del contexto posterior es probable que eso no sea así, sino que quiere expresar dos ideas complementarias. Dice Stott: *«Teknía* pone de relieve la comunidad de naturaleza entre el niño y su progenitor …, mientras que *paidía* se refiere a la minoría de edad del niño, como de alguien que está bajo disciplina». (b) *Patéres, padres* (varones). Lo usa en el versículo 13 y, por segunda vez, en el versículo 14b (según la división que hemos seguido en cuanto a los vv. 13 y 14); (c) *Neanískoi, muchachos* (la mejor traducción sería *«mozalbetes»*, conforme al *«mancebos»* de la antigua Reina-Valera).

(D) ¿A quiénes representan estas tres clases de personas? La opinión más probable, avalada por las expresiones que Juan usa con respecto a cada una de ellas, es que se trata, no de la edad física, sino de la edad espiritual, a partir de la conversión al Señor. En este caso, los *niñitos* o *hijitos* son los recién convertidos; los *mozos,* los que van avanzando, entre conflictos, hacia la madurez; y los *padres,* los maduros, los que ya son espiritualmente adultos, veteranos.

(E) Así, ya podremos entender mejor lo que el autor sagrado le dice a cada una de las tres clases aquí representadas:

(a) A los *recién convertidos* les recuerda: *Primero* (v. 12) que *sus pecados les han sido perdonados* (el verbo está en pretérito perfecto, y da a entender una acción pasada cuyo efecto continúa) *a causa de su nombre* (lit.), es decir, en virtud de lo que representa la persona y la obra de Jesucristo; *segundo* (v. 14a), que *han conocido* (gr. *egnókate*, en pretérito perfecto) a Dios como a su *Padre.* Dice Stott: «Estas son las experiencias conscientes más tempranas del recién nacido cristiano. Se alegra del perdón de sus pecados por medio de Cristo, y de su consiguiente comunión con Dios. El Espíritu Santo dentro de él le hace consciente de su filiación y le incita a clamar: ¡Abba, Padre! (Ro. 8:15, 16; Gá. 4:6)».

(b) A los *padres,* esto es, a los espiritualmente adultos de la comunidad eclesial, les dice Juan (v. 13a) que *han conocido* (también en pretérito perfecto) *al que es desde el principio.* Lo repite en la misma forma en el versículo 14b; la única diferencia está en el verbo *égrapsa* (escribí), en lugar del *grápho* (escribo) que ha usado en el versículo 13a. Con esa frase quiere dar a entender que el conocimiento que tienen de Dios ha ido madurando al paso de los años. Contra la opinión de Rodríguez-Molero, que ve en la frase, no al Padre, sino a Jesucristo (por analogía con 1:1), es mucho más probable que se refiera aquí a Dios el Padre, «al Dios inmutable, eterno, que no cambia, como cambian los hombres, con el paso de los años, sino que es el mismo eternamente» (Stott).

(c) A los *adolescentes,* que caminan hacia la madurez comprometidos en la lucha que la vida cristiana comporta. A éstos les dice: *Primero* (v. 13b), *que han vencido al Maligno,* es decir (con la mayor probabilidad), al diablo; la frase se repite al final del versículo 14, con lo que Juan da a entender que el conflicto de los creyentes con el diablo ha terminado en victoria. Esa victoria está asegurada, como lo indica el pretérito perfecto *(habéis vencido;* gr. *nenikékate*, donde Stott ve cierta asonancia con *neanískoi*, muchachos o jóvenes); *segundo* (v. 14c), que *son fuertes* (comp. con Fil. 4:13) «y, añade Juan, *la palabra de Dios permanece en vosotros»*. Son *fuertes,* porque *el Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del diablo* (3:8, comp. con Gn. 3:15; He. 2:14) y continúan siendo fuertes porque *la palabra de Dios está en* el corazón de cada uno de ellos vivificándoles como principio de santidad y como fuerza moral, con la que pueden limpiar de manchas el camino de la vida (Sal. 119:9). Dice Rodríguez-Molero: «En este sentido, la palabra de Dios es "gracia" (cf. Jn. 5:38; 6:63; 8:31; 15:3; 17:14)». También se ve dicho sentido en Juan 17:17. Así se explica que sea con esta fuerza celestial, no con la suya propia, como *han vencido al diablo* (comp. también con 4:4; 5:4, 5).

2. De ahí pasa Juan (vv. 15–17) a exhortar a sus lectores a que permanezcan separados del mundo y de todo lo que el mundo ofrece, ya que el amor de Dios y el amor del mundo son incompatibles. Dicen así dichos versículos en la NVI: *«No améis al mundo ni lo que pertenece al mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo—los malos deseos del hombre pecador, la codicia de los ojos y la ostentación de su opulencia—no procede del Padre, sino del mundo. El mundo y las codicias del mundo pasan; pero el que hace la voluntad de Dios, vive* (lit. *permanece) para siempre»*.

(A) Después de la distribución en clases que hemos advertido en los versículos 12–14, el autor sagrado se dirige ahora a todos los creyentes por igual. De las 185 veces en que el vocablo griego *kósmos* (mundo) aparece en el Nuevo Testamento, 105 son de la pluma de Juan: 78, en el cuarto evangelio; 23, en la epístola que comentamos; una vez, en 2 Juan; y tres veces en Apocalipsis. Sobre los diferentes sentidos de dicho vocablo, puede verse el comentario al primer capítulo del Evangelio según Juan. Aquí, *mundo* ha de tomarse obviamente en el sentido de «sistema mundano de criterios y actitudes que se oponen, bajo el dominio de Satanás, a todo lo que Dios y, por tanto, Jesucristo enseñan y preceptúan».

(B) Al ser tal el antagonismo del *«mundo»* (tomado en dicho sentido) contra Dios y contra el cristianismo, se explica la insistencia de Juan en que *no amemos al mundo,* en lo que se incluye, no sólo negar nuestro afecto a lo mundano, sino la separación de todo lo que el mundo ofrece y puede ofrecer: *lo que pertenece al mundo* (v. 15. Lit. *lo* [que hay] *en el mundo).* El mundo, como sistema diabólico,

opuesto a Dios, sólo ofrece cosas que son pecado o incitan al pecado; por tanto, cosas que son contra la voluntad de Dios (comp. con v. 17b).

(C) Así se explica que el amor de Dios no pueda coexistir con el amor al mundo en el corazón de una persona (v. 15b): «*Si alguien* (gr. *eán tis;* es una generalización indeterminada. La conjunción *eán* expresa un matiz de irrealidad, como si dijese: ¿Será posible que se dé ese lamentable caso?) *ama al mundo,* se apega a lo mundano, se enfrasca en las cosas del mundo, se atiene a los criterios del mundo, *el amor del Padre no está en él»,* esto es, resulta evidente que tal sujeto no ama de veras a Dios (v. Mt. 6:24; Lc. 16:13; Stg. 4:4).

(D) En el versículo 16, el autor sagrado procede a detallar las tres clases de incentivos que el mundo, como sistema malvado, ofrece a nuestro corazón engañoso y perverso. Es cierto que la principal fuente de maldad se halla en nuestra concupiscencia interior (v. Stg. 1:13–15), pero el mundo exterior le presta a esa concupiscencia interior atracción y pábulo abundante. Stott hace notar que, «en el espacio de tres versos, Juan menciona el mundo, la carne y el diablo (vv. 14–16)», es decir, los tres enemigos del alma, como se les suele llamar. Aunque es probable que Juan no intentase tomar de Génesis 3:6 ni de Mateo 4:3–10 (Lc. 4:3–12 es un paralelo de Mt.) esta ternaria división de las concupiscencias, la similitud, en los tres casos, salta a la vista:

(a) Tenemos primero *«la concupiscencia* (gr. *epithumía,* el mismo vocablo de Santiago 1:14, 15, entre otros lugares) *de la carne»* (lit.), es decir, *«los malos deseos del hombre pecador»* (NVI) o, mejor (a mi juicio, ya que se trata de *lo que hay en el mundo),* todo lo que el mundo puede ofrecer con respecto al sexo, a la buena mesa y a toda clase de comodidades.

(b) Viene después *«la concupiscencia de los ojos»* (lit.). Con esta expresión, el autor sagrado no quiere dar a entender (a mi juicio) nada que tenga que ver con la *carne,* sino más bien el afán de poseer más y más bienes terrenos, especialmente dinero, ya que el dinero abre todas las puertas: las del vicio, lo mismo que las del honor, la fama, el poder y la posición social. Ver 1 Timoteo 6:9, 10.

(c) En tercer lugar está *«la ostentación de su opulencia»* (NVI). El gr. dice: *he alazoneía tou biou*. *Alazón* es un término griego que designa al fanfarrón jactancioso, al pedante ostentoso. Por tanto, *alazoneía* significa «ostentación vanidosa». El vocablo *«bíos»,* que con tanta frecuencia entra como componente de diversos vocablos castellanos y de otros idiomas, significa el aspecto exterior de la vida; aquí, como en 3:17, «los medios de vida» o «bienes de fortuna». Por tanto, esta *«ostentación vanidosa de los bienes de fortuna»* marca el punto más alto de la autosuficiencia orgullosa, por la que el hombre mundano trata de exaltarse a sí mismo y de rebajar a los demás, provocando el asombro y la envidia. ¡Ojalá dicha ostentación estuviese limitada al círculo de los mundanos, sin entrar jamás en los creyentes ni en las congregaciones como tales!

(E) *Todas estas cosas,* dice Juan, *no provienen del Padre, sino del mundo* (v. 16b). No quiere decir el autor sagrado que estas cosas, las cosas que hay en el mundo, no hayan sido creadas por Dios (¡iría a favor de los gnósticos, quienes sostenían que lo material había sido creado por un principio malo o por un demiurgo!), sino que todo lo que tiene que ver con esas tres pecaminosas concupiscencias no se inspira en el espíritu, en los criterios de valor de Dios, sino en el espíritu del diablo (comp. con Mt. 16:23). Por tanto, es indigno de un cristiano amar esas cosas, pues ello indicaría que se guía por los criterios del mundo y, en último término, del Maligno, el enemigo número uno de Dios.

(F) Hay otro motivo, y muy fuerte por cierto, para no amar las cosas que el mundo ofrece (v. 17): *«El mundo y las codicias del mundo pasan* (gr. *paráguetai*, el mismo vocablo del v. 8; comp. con 1 Co. 7:31); *pero el que hace la voluntad de Dios vive* (lit. *permanece) para siempre»* (NVI). Las cosas que el mundo ofrece son fugaces, efímeras, como las tinieblas en que van envueltas; pero el que está en la luz, porque camina con Dios que es, vive para siempre con el Dios eterno. Comenta J. Stott: «Jesús había dicho que *"Quienquiera que haga la voluntad de Dios"* era Su *"hermano, hermana y madre"* (Mr. 3:35). Juan saca la lógica conclusión de que quienes así están relacionados con Cristo, permanecen como Él permanece (cf. Jn. 8:35; 12:34)».

Versículos 18–29

En esta porción, y siempre acerca de lo que respecta a la conducta del que profesa tener comunión con Dios, presenta Juan una afirmación de las creencias fundamentales del cristianismo. La porción puede subdividirse en cuatro grupos de tres versículos cada uno. En ellos, vuelve el autor sagrado a proponer el

«test» doctrinal: 1) ¿Cómo se puede distinguir entre los falsos profesantes y los genuinos creyentes? (vv. 18–20). 2) ¿Cómo se puede distinguir entre los que dicen la verdad y los que dicen la mentira acerca de Jesucristo? (vv. 21–23). 3) ¿Cómo se distinguen los que permanecen de los que pasan? (vv. 24–26). 4) ¿Cuáles son los pilares que sustentan esta permanencia? (A) El Espíritu Santo que inhabita (enseñando la verdad); B) El Hijo de Dios, a quien está unido el cristiano (animando a practicar el bien) (vv. 27–29).

1. En cuanto al «test» doctrinal, es menester distinguir, en primer lugar, entre los falsos profesantes y los genuinos creyentes. Lo expone Juan en los versículos 18–20, que dicen así en la NVI: *«Queridos hijos* (lit. *paidía*, niñitos), *ésta es la última hora; y así como habéis orado que el Anticristo está llegando, pues también ahora han surgido muchos anticristos. Así es como conocemos que es la última hora. Salieron de entre nosotros, pero no eran en realidad de los nuestros. Porque si hubiesen sido de los nuestros, se habrían quedado con nosotros; pero su marcha ha servido para mostrar que no todos son de los nuestros. Pero vosotros tenéis una unción* (gr. *khrisma) de parte del* (gr. *apó*, procedente de) *Santo, y todos conocéis* (lit. *sabéis) la verdad* (o, *conocéis toda la verdad;* lit. *todas las cosas*)».

(A) ¿Qué quiere decir Juan con eso de que *… ésta es la última hora»* (v. 18)? Sabemos que «los últimos tiempos», en la mentalidad judía, han comenzado con la Primera Venida del Mesías. Basándose en Joel 2:28, el apóstol Pedro dijo, el dia de Pentecostés, que *los últimos días* ya habían comenzado, de algún modo, con el descenso del Espíritu Santo (v. Hch. 2:17). Pero Juan no se refiere a «los últimos tiempos», ni aun a «los últimos días», sino a *una última hora* (lit.), ya que conecta el tiempo de esta *última hora* con la *aparición de muchos anticristos.* Esto confiere cierto carácter escatológico a la expresión, como en los versículos 8 y 17 (acerca del mundo y de las tinieblas que van pasando), pero Juan no quiere decir con esto que la Parusía sea inminente. Es, por decirlo de alguna manera, «última hora de los últimos días», pero, como dice Rodríguez-Molero, «esa época importante en el cómputo de horas de Dios no se puede calcular por nuestras medidas de tiempo … Las medidas que usa Dios en su cronología divina son muy distintas de las humanas» (v. Sal. 90:4; 2 P. 3:9).

(B) ¿Qué entiende Juan por *«Anticristo»?* Su mención en singular, y como cosa bien conocida de sus lectores, es señal clara, a mi juicio, de que se está refiriendo al mismo anticristo individual que Pablo tenía en mente (v. 2 Ts. 2:3–7), aunque no lo designase con este nombre, el cual sólo aparece cinco veces en todo el Nuevo Testamento, y todas ellas salen de la pluma de Juan (1 Jn. 2:18—dos veces—, 22; 4:3; 2 Jn. 7). El vocablo *«anticristo»* tiene dos sentidos, como dos son los sentidos del prefijo *antí:* (a) *contra;* (b) *en lugar de.* De esta forma, pueden ser llamados «anticristos» tanto los que van contra Cristo como los que usurpan el nombre de Cristo haciéndose pasar por el Mesías, por el verdadero Cristo o por una reencarnación de Jesús. El *Anticristo* futuro, individual, se caracterizará por ambas cosas (v. 2 Ts. 2:4), pero los *anticristos* (en plural) a los que se refiere aquí Juan, lo son únicamente en el sentido de que se oponen a la verdadera enseñanza bíblica acerca de Cristo como el Hijo de Dios *manifestado en carne* (4:3); es en esto donde tienen *«el espíritu del anticristo».*

(C) De ese *«Anticristo»* (en singular), dice Juan (aquí, como en 4:3) que es el mismo *«que oísteis* (aoristo en 2:18; perfecto, *"habéis oído",* en 4:3) *que viene»,* es decir, está llegando (sin determinar el espacio de tiempo), del mismo modo que al Mesías se le denominaba, ya desde antiguo, con el calificativo de *ho erkhómenos*, el que está viniendo (v. por ej., Mt. 11:3; Lc. 7:19, 20). Los verbos *oísteis, habéis oído* dan a entender que no se trata meramente de una mención pasajera de algún predicador, sino de algo que pertenecía a la predicación apostólica común.

(D) Los *anticristos* (en plural) a que Juan se refiere, y cuya aparición es señal de la *«última hora»,* eran *muchos* (comp. con 4:1, 3; Mr. 13:22 y hasta con 1 Ti. 4:1–5; 2 Ti. 4:3), pero, añade (v. 19): *«Salieron de entre* (gr. *ex) nosotros, pero no eran de* (de nuevo, *ex) nosotros»* (lit.). En la primera frase, la preposición *ex* indica un cambio de lugar; en la segunda, una pertenencia íntima, como lo da a entender el verbo sustantivo (no copulativo) *eran.* En otras palabras, estos *«anticristos»,* falsos maestros, doctores gnósticos, se habían introducido de matute en algunas comunidades cristianas, pero lo hicieron mediante una falsa profesión de fe; nunca habían sido genuinos creyentes, nunca habían participado de la verdadera condición de los auténticos miembros de la congregación. Por eso, su salida no había sido una pérdida, sino una purificación y, por tanto, una ganancia. De ahí que Juan ve en ello un propósito de la divina providencia (v. 19b): «*Su marcha ha servido para mostrar que no todos son de los nuestros»* (NVI). No dice: «fueron echados», sino «salieron», es decir, se marcharon por su propio pie, sin que nadie les pusiera fuera de comunión. ¿A qué se debió esta marcha espontánea? No lo dice Juan, ni es conjeturado el motivo por los comentarios que tengo delante, pero sólo caben dos razones que lo expliquen: (a) Salieron

porque se descubrió su hipocresía. (b) Salieron porque, al ser oportunistas (comp. con Mt. 13:21), no quisieron sufrir persecución. Personalmente, me inclino por esta segunda explicación.

(E) Como hace notar J. Stott, este versículo 19 «arroja luz sobre dos importantes doctrinas: la perseverancia de los santos y la naturaleza de la Iglesia». En efecto: (a) Si habían estado *en* la congregación, pero no eran *de* la congregación, eso quiere decir, ni más ni menos, que en la Iglesia visible (la única que existe en concreto) puede haber (¡y los hay!) quienes no están vitalmente unidos a Cristo y, por tanto, pertenecen únicamente a la fachada o andamiaje del edificio de la Iglesia; están en el recinto, pero es peor que si se hubiesen quedado en el «atrio de los gentiles», pues éstos, al fin y al cabo, podían ser sinceros adoradores del Dios verdadero (v. 2 Ti. 2:19; Jn. 10:14; 1 Co. 8:3). (b) Por otra parte, Juan dice que «*si hubiesen sido* (lit. *eran) de nosotros, se habrían quedado* (en pretérito pluscuamperfecto) *con nosotros* (gr. *meth' hemón*, en compañía de nosotros)» (lit.). Eso significa que el creyente genuino persevera hasta el fin; no es que la perseverancia confiera la salvación final (contra la doctrina de la Iglesia de Roma), sino que manifiesta de modo decisivo que la conversión fue genuina. Dice Stott: «La futura y final perseverancia es el "test" definitivo de una anterior participación en Cristo (cf. He. 3:14)».

(F) Como puede verse por el texto que dimos del versículo 20, según la NVI, la última palabra del versículo, en el original, puede ser *pántes* (todos) o *pánta* (todas las cosas). Ambas lecturas están atestiguadas por gran número de MSS, aunque la primera *(pántes)* tiene a su favor, entre otros, los dos MSS más antiguos, el Sinaítico y el Vaticano, que aparecen en los textos críticos bajo las siglas del alef hebreo (א) y B respectivamente. También el contexto y la intención general del autor sagrado favorecen la lectura *pántes*, es decir, *todos vosotros,* con lo que daba a entender que todos sus lectores, los genuinos cristianos, en contraste con los herejes gnósticos, sabían bien cuál era la auténtica «gnosis», el verdadero conocimiento de Dios y de Jesucristo. Como traduce, con demasiada libertad, la *New English Bible: «You, no less than they, are among the initiated»* («Vosotros estáis entre los iniciados, no menos que ellos»). Este versículo 20 merece especial atención. Supuesto que *pántes* es la lectura preferible, su traducción literal es la siguiente: «Y (no simplemente conjunción copulativa, sino indicando cierto contraste) *vosotros* (explícito y en posición enfática) *tenéis la unción de parte del* (gr. *apó*, como en otros lugares similares) *Santo, y sabéis* (gr. *oídate) todos (la verdad;* aunque no figura en el texto, se suple del v. 21 con toda facilidad)». Analicemos este importante versículo:

(a) Juan asegura que *todos* los creyentes genuinos *tienen la unción* (gr. *khrísma*, no el acto de ungir, sino la unción misma que es llevada a cabo). Si comparamos esto con Isaías 61:1; Lucas 4:18; Hechos 4:27; 10:38, veremos que la frase da a entender una participación en la unción que Cristo recibió del Padre por medio del Espíritu Santo, ya en su concepción (v. Lc. 1:35), pero especialmente en su bautismo (v. Mt. 3:16; Jn. 1:32, 33); por lo que todo creyente puede ser llamado *otro Cristo* (otro ungido), y no solamente los sacerdotes y obispos (según les aplica la Iglesia de Roma el antiguo dicho latino *«alter Christus»).* Basta leer 2 Corintios 1:21, 22; Efesios 1:13, para percatarse de que Juan está mencionando, con el vocablo *«unción»*, al propio Espíritu Santo. Lo da a entender también la segunda parte del versículo 20, así como el versículo 27.

(b) ¿Quién es aquí *«el Santo»* de quien procede la *«unción»? «El Santo»* es uno de los nombres que se aplican a Jehová en el Antiguo Testamento (v. por ej. Hab. 3:3), pero en el Nuevo Testamento se aplica también a Jesucristo (v. Mr. 1:24; Lc. 4:34; Jn. 6:69—en el griego—; Hch. 3:14; Ap. 3:7). En favor de su aplicación a Jesucristo, esgrime Rodríguez-Molero tres razones: «a) porque Cristo les prometió el Paráclito a los apóstoles (Jn. 14:26; 15:26; 16:7); b) por la concordancia con otros textos (Ap. 3:7; Mr. 1:24; Hch. 3:14); c) y sobre todo porque en 1 Juan 2:27, en la expresión *to autoú khrísma*, el pronombre *autoú* apenas puede cuadrar a otro que a Jesucristo».

(c) ¿Qué es lo que *todos los* destinatarios de la epístola *saben,* si se acepta como más probable la lectura *pántes?* Como ya indicamos al comienzo de este apartado («F»), el versículo 21 aclara que los lectores *saben la verdad;* y los versículos 22–24 indican que esta verdad es primordialmente la que se refiere a la Deidad, aunque el contraste con la falsa *gnosis* de los «anticristos» puede implicar que los lectores saben bien lo que se necesita para una auténtica comunión con Dios y, por tanto, lo que se requiere para la salvación. Así lo entiende Rodríguez-Molero, quien parafrasea: «Todos tenéis la ciencia verdadera de la salvación, que os comunica el Espíritu de verdad». Para más detalles, véase el comentario al versículo 27.

2. Siguiendo en la misma línea de exposición doctrinal, Juan describe luego (vv. 21–23) la forma en que pueden distinguirse los que siguen la verdad de los que siguen la mentira acerca de Jesucristo. Dicen

esos versículos en la NVI: *«No os escribo como si no conocieseis* (lit. *sabéis) la verdad, sino porque la conocéis* (lit. *sabéis) y porque ninguna mentira procede de la verdad. ¿Quién es el mentiroso? El que niega que Jesús es el Cristo. Tal individuo es el anticristo—niega al Padre y al hijo—. Todo el que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre; todo el que reconoce al Hijo, también tiene al Padre».*

(A) Consecuente con lo que acaba de decir en el versículo 20, Juan reconoce (v. 21) la plena ortodoxia de sus lectores. «Su objetivo al escribirles, dice Stott, no es informarles de una verdad nueva, sino confirmarles en la verdad que ya conocen (cf. Ro. 15:14, 15).» Más aún, el autor sagrado halla un motivo ulterior para asegurarles que conocen la verdad: Ellos son, por decirlo así, del «partido de la verdad», porque están en verdadera comunión con el Dios que es luz verdadera y con el Espíritu de la verdad. Y, así como la luz no puede proceder de las tinieblas, así tampoco puede la mentira proceder de la verdad (véase el v. 27). La mentira procede del diablo, que es *el padre de la mentira* (Jn. 8:44).

(B) A continuación describe Juan a los que son del «partido de la mentira» (v. 22): *«¿Quién es el mentiroso?»* La respuesta de Juan nos ofrece una aclaración estupenda sobre la verdad pivotal del cristianismo al exponer cuál es la mentira, también pivotal, acerca del núcleo mismo de la religión cristiana; o, si se prefiere, acerca del fundamento del cristianismo. Este fundamento es sin duda alguna, la afirmación de que «Jesús de Nazaret es el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (v. Mt. 16:16; Mr. 8:29; Lc. 9:20; Jn. 6:69—según algunos MSS—; 11:27; 20:31; Hch. 2:36; 9:22; 17:3; 18:5, 28. V. tambien el comentario a la frase *«Jesús es el Señor»* en 1 Co. 12:3b). Por eso puede decir aquí Juan que *«el mentiroso»* por antonomasia es *«el que niega que Jesús es el Cristo»* (NVI). Al negar la verdad pivotal del cristianismo, ese *mentiroso* bien puede llamarse, también por antonomasia, *«el anticristo»* (v. 22b). Más aún, Juan no se contenta con decir que este mentiroso anticristo *«niega que Jesús es el Cristo»*, sino que añade (v. 22c) que *«niega al Padre y al Hijo»*. ¡Y lo va a demostrar contundentemente en el versículo 23!

(C) Dice Juan en el versículo 23: *«Todo el que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre; todo el que reconoce al Hijo, también tiene al Padre»* (NVI). La lógica de Juan es verdaderamente contundente: Jesús no solamente es el Cristo, sino que es también el Hijo de Dios (1:3, 7; 2:22–24; 3:23; 4:9, 10, 14, 15; 5:5, 9–13, 20). Ahora bien, *el que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre,* no sólo porque el Hijo es el revelador del Padre (Mt. 11:27; Jn. 1:18; 5:23; 14:6–9; 15:23; He. 1:1, 2) y el único camino para llegar al Padre (Jn. 14:6), sino también porque *«Hijo»* y *«Padre»* son términos personalmente correlativos. En otras palabras, no puede haber «hijo» sin que haya «padre». Entre los hombres, ser «hombre» no es equivalente a ser «padre»; ésta es la razón por la que un padre es anterior a su hijo (en cuanto *hombre,* no en cuanto *padre) y* por la que un hijo puede sobrevivir a su padre, ya que éste no es eterno. Pero el Dios eterno (Ro. 16:26) es, al mismo tiempo, Padre eterno, pues tiene un Hijo, el Verbo, que es eterno (v. Jn. 1:1, 2). Por eso, *el que niega al Hijo, está negando implícitamente al Padre.*

(D) Pero el autor sagrado no dice «también *niega* al Padre», sino *«tampoco TIENE al Padre»*. Lo mismo hace en la segunda parte del versículo 23, donde establece el contraste positivo, dentro de la lógica de su argumentación: *«Todo el que reconoce* (lit. *confiesa;* es decir, afirma. Es el mismo verbo de 1:9) *al Hijo, también TIENE al Padre»* (NVI). Es que *tener* es mucho más que *afirmar* o *reconocer*. Comenta Rodríguez-Molero: «literalmente quiere decir "tenerle a Él como a su propio Padre"; estar en comunión de vida con Él; sentirse y ser verdaderos hijos de Dios (v. Jn. 1:12)».

3. En los versículos 24–26, Juan va a establecer la diferencia entre lo que permanece y lo que pasa: *«En cuanto a vosotros, que lo que habéis escuchado desde el principio permanezca en vosotros. Si así es, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y esto es lo que Él nos ha prometido: la vida, sí, la vida eterna. Os estoy escribiendo estas cosas acerca de los que intentan induciros al error»* (NVI).

(A) Lo que los lectores de la epístola *habían escuchado desde el principio* (v. 24) era la predicación apostólica sobre la persona y la obra de Jesucristo. Es el *evangelio eterno* (Ap. 14:6) y, por tanto, algo que no puede cambiar. Lo habían escuchado y recibido *desde el principio* de su conversión. La Palabra de Dios les había llevado el mensaje de vida; al recibirla, habían alcanzado el perdón de los pecados y la vida eterna: la justificación. Esa unión con el Señor y con su Espíritu, que la salvación comporta, no se pierden ya jamás. Pero Juan está hablando aquí, no de la justificación, sino de la santificación; no de la unión, sino de la comunión. Por eso usa el verbo *ménein*, permanecer. Lo usa primero en imperativo *(menéto—permanezca de continuo—*es presente), y da a entender que esa permanencia no es automática, sino que ellos deben hacer algo: no poner obstáculos a la acción del Espíritu (v. Ef. 4:30; 5:18; 1 Ts. 5:19). Para *permanecer ellos en comunión con el Hijo y con el Padre* (v. 24b), es menester que ellos

permanezcan anclados en la verdad que, sobre el Hijo y el Padre, les fue predicada por los apóstoles y que tengan un conocimiento íntimo, experimental, de dicha verdad. El verbo *ménein* sale, pues, tres veces en este versículo: (a) en imperativo presente: *«permanezca»;* (b) en aoristo de subjuntivo: «*si permanece»* (gr. *eán … meíne*—condicional posible—); (c) en futuro de indicativo: *«permaneceréis»*.

(B) Dice literalmente el versículo 25: «Y *ésta es la promesa que Él* (Cristo) *nos prometió* (en aoristo de indicativo): *la vida, la eterna»*. En efecto, *la vida eterna* es algo que Cristo menciona frecuentemente en el cuarto Evangelio (Jn. 3:6, 18, 36; 5:24; 6:35, 40:47; 8:51; 11:25); pero, mientras esa vida eterna aparece en el Evangelio de Juan como una posesión ya presente, en 1 Juan, como observa Rodríguez-Molero, el autor sagrado «considera esa vida en el futuro, porque el apóstol quiere darles a sus lectores un motivo para perseverar firmes en la recta doctrina, para permanecer en la comunión con Dios». No obstante esta observación del erudito jesuita, también la 1 Juan hace ver que la vida eterna es ya una posesión presente para todo aquel *que tiene al Hijo* (v. 1 Jn. 5:11–13, 20).

(C) Pero, como hace ver J. Stott, «la enseñanza apostólica no es de suyo suficiente para guardarlos en la verdad. Juan no subestima la fuerza ni la sutileza de los engañadores». De ahí que Juan vuelva la vista (v. 26) a los engañadores, a los falsos maestros, los gnósticos «anticristos», que, si hasta entonces no habían logrado seducir a los destinatarios de la epístola, no por eso habían cejado en su empeño. El griego dice: *Taúta égrapsa humín*. Lit. *«estas cosas os escribí»*. *«Estas cosas»* no se refiere a todo lo que lleva escrito hasta ahora en la epístola, sino solamente lo que se refiere a los «anticristos» (vv. 18–25). El verbo griego *égrapsa* es un aoristo epistolar, por lo que lo mismo puede traducirse en presente que en pretérito perfecto (comp. con los vv. 12, 13—donde aparece tres veces en presente—y con el v. 14, donde aparece tres veces en aoristo).

4. Finalmente, en los versículos 27 y 28, Juan hace ver las dichosas consecuencias de la permanencia en el Señor, de la comunión íntima con Jesucristo, el Hijo de Dios. La primera de estas consecuencias (v. 27) es la seguridad que nos da la enseñanza verdadera, pura, que el Espíritu Santo nos imparte ya en el presente. La segunda es la confianza (v. 28) que nos otorga de recibir *amplia entrada* en el cielo (v. 2 P. 1:10, 11), sin tener que avergonzarnos cuando el Señor se manifieste. El versículo 29 aparece unido a los anteriores en el capítulo 2, quizá por razones de simetría, aunque es evidente su conexión con 3:1 y ss. Tal vez podamos decir que sirve como de puente entre ambos capítulos. Dicen, pues, los versículo 27–29 en la NVI: *«En cuanto a vosotros, la unción que de Él recibisteis permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe, sino que, como su unción os enseña acerca de todas las cosas, y su unción es real, no espuria—conforme ella os ha enseñado—, permaneced en Él. Y ahora, queridos hijos* (gr. *teknía*, hijitos; el mismo vocablo de los vv. 1 y 12), *permaneced en Él, a fin de que cuando Él se manifieste, tengamos confianza y no quedemos avergonzados ante Él en su venida. Si sabéis que Él es justo, conocéis que todo el que practica la justicia ha nacido de Él»*.

(A) El autor sagrado usa de nuevo el verbo *ménein* tres veces en los versículos 27 y 28. Dos veces, en el versículo 27 (la primera en presente de indicativo; la segunda, en presente de imperativo); una vez, en el versículo 28 (en presente de imperativo). La primera vez (v. 27a), en presente de indicativo, se refiere al Espíritu Santo, que permanece en los lectores, de los que supone y espera Juan que tengan comunión con Dios y unos con otros (1:3, 7). Las otras dos veces (vv. 27b, 28), en presente de imperativo, se refiere a los destinatarios de la epístola, con lo que Juan pone de relieve que la comunión con la Deidad comporta una mutua inmanencia (v. 4:16). ¿A quién se refiere Juan en ese *«Él»*, cuando dice (vv. 27b, 28): *«permaneced en Él»?* No cabe duda de que se refiere a Jesucristo, y ello por dos razones: (a) Ese *Él* del versículo 27b es el mismo que el que les ha impartido la unción, como se ve por la frase *«la unción que recibisteis de Él»*, comparada con la del versículo 20 *«tenéis unción de parte del Santo»*. (b) Ese *Él* del versículo 28 que, sin duda, es el mismo, es también Aquel a quien se refiere «su *venida»* (gr. *parousía autoú)* al final del versículo 28.

(B) Juan dice que *«la unción»*, es decir, *el Espíritu Santo* (comp. con el v. 20) *les enseña* (a ellos y a nosotros; a todos los creyentes) *acerca de todas las cosas* (v. el comentario al v. 20). Es un verdadero *maestro* o *didáskalos* (gr. *didáskei*, en presente continuativo) acerca de las cosas reveladas; especialmente, en este contexto, acerca de lo que se refiere al Hijo de Dios manifestado en carne, contra la falsa enseñanza de los gnósticos «anticristos».

(C) Lo curioso del caso es que Juan dice que, al tener dentro el Espíritu Santo, que enseña acerca de todas las cosas, *«no tenéis,* dice, *necesidad de que nadie os enseñe»* (v. 27b). Pero podríamos preguntarle a Juan: Si no hay necesidad de que nadie nos enseñe, ¿por que estás tú enseñando en esta epístola? Esta

pregunta la hizo ya hace cerca de 16 siglos (el año 416) Agustín de Hipona cuando escribió el comentario a esta epístola. Dice con su habitual maestría y elocuencia: «Tú (Juan) dijiste que su unción nos enseña toda cosa. ¿Con qué fin has escrito tal epístola? ¿Que cosa les enseñaste?… Ya aquí aparece el gran misterio, hermanos; en los oídos percute el sonido de nuestras palabras, pero el maestro está en el interior … Si no está dentro el que enseña, vano es nuestro vocear … La cátedra de aquel que guía los corazones está en el cielo».

(D) Hemos tomado la cita de Agustín del comentario de Rodríguez-Molero y no sólo estamos completamente de acuerdo, sino que admitimos también la necesidad del ministerio docente en la Iglesia, pues es el propio Señor quien *dio,* para equipar a los creyentes para la obra del ministerio común en la edificación del Cuerpo de Cristo, *pastores y maestros* (Ef. 4:11, 12). Se equivocan, pues, los católicos (como Rodríguez-Molero, Salguero, etc.) que ven en este versículo una prueba de que «al escribirles esta instrucción epistolar, él (Juan) está ejercitando el magisterio jerárquico» (Rodríguez-Molero). Por su parte, Salguero dice: «¿Hay fundamento en este versículo 27 para que Lutero y muchos protestantes opongan la concepción pneumática de la 1 Juan a la doctrina católica del magisterio eclesiástico? No hay fundamento alguno, porque san Juan no pretende excluir, sino que más bien supone que en la Iglesia existe un magisterio legítimo y externo».

¿Cabe mayor confusión? En primer lugar, nosotros no vamos contra el magisterio en la Iglesia, pues es un ministerio específico autorizado por el propio fundador de la Iglesia (Mt. 28:20 *«enseñándoles»,* en participio de presente; Efesios 4:11 *«maestros»*—gr. *didaskálous*, de la misma raíz que el verbo de Mt. 28:20—). Lo que negamos es que dicho magisterio comporte una función «jerárquica», de jurisdicción, a la que los simples fieles tengan que someter (como individuos y como congregación) su juicio sobre lo que, con toda claridad, ven en la Palabra de Dios, pues dicha «jerarquía» reclama para sí, no sólo una posesión especial del Espíritu Santo, sino el carisma de la infalibilidad, con lo que esos simples fieles tienen suficiente con la llamada «fe del carbonero»: «creo lo que cree la "Iglesia"», entendiendo por «Iglesia» la jerarquía eclesiástica. ¡Entiéndase bien! No abogamos por una anarquía interpretativa, en la que cualquier miembro de la congregación (especialmente, los menos maduros) esté objetando o contradiciendo las enseñanzas del pastor y maestro; pero cualquier cristiano maduro, con el suficiente conocimiento de la Biblia, puede corregir discretamente al predicador que enseñe algo notoriamente erróneo en materia de fe o práctica.

En segundo lugar, es falso que Lutero y muchos protestantes, en palabras de Salguero, «opongan la concepción pneumática de la 1 Juan a la doctrina católica del magisterio eclesiástico» *como tal doctrina*. Sólo la oponen al concepto católico de magisterio jerárquico, que no es lo mismo. Lo acabamos de recalcar en el punto anterior. Fue precisamente Lutero quien se opuso vigorosamente a los «iluminados» que apelaban constantemente al Espíritu para evadirse de la sumisión a cualquier norma fundada en la propia Palabra de Dios.

Mucho más equilibrado es el comentario que hace Stott sobre la frase del versículo 27b *«no tenéis necesidad de que nadie os enseñe»*. Dice: «No sería difícil exagerar esta afirmación en una forma incauta y desequilibrada. Es cierto que, en última instancia, el Espíritu Santo es nuestro Maestro absolutamente adecuado, y nosotros mantenemos nuestro derecho de juicio privado (el "libre examen". El paréntesis es mío) mediante Su iluminación de la Palabra de Dios. Pero debemos ver este versículo en el contexto de una epístola en la que Juan está, de hecho, enseñando a los que, dice él, ¡no tienen necesidad de maestros humanos! … La Palabra es una salvaguardia objetiva, mientras que la unción del Espíritu es una experiencia subjetiva; pero tanto la enseñanza apostólica como el Maestro Celestial son necesarios para continuar en la verdad. Y de ambos necesitamos asirnos de un modo personal e interior. Éste es el equilibrio bíblico tan raras veces preservado por los hombres. Unos honran la Palabra y descuidan el Espíritu, que es el único que puede interpretarla; otros honran al Espíritu, pero descuidan la Palabra de la que Él saca lo que enseña».

La cita es larga, pero puede ser muy provechosa a mis lectores. La única equivocación (extraña en un siervo de Dios tan experto como Stott) que en ella hallo es eso de «Su iluminación de la Palabra de Dios», ya que la Palabra de Dios no necesita ninguna iluminación: ¡tiene su propia luz! (v. Sal. 119:105). Lo que el Espíritu Santo ilumina no es la Palabra de Dios, sino nuestros ojos (v. Ef. 1:18) para poder verla como es en sí. Véase tambien el comentario a Juan 16:13.

Sin pretender agotar la lista, me ha parecido conveniente ofrecer aquí a los lectores una serie de normas (diez), no técnicas, sino sencillas (populares, diríamos), para una recta interpretación de las Escrituras, ya que es un punto relacionado con el versículo que nos ocupa:

Primera: Pureza de corazón. Antes de ponernos a estudiar la Palabra de Dios, debemos tener el corazón dispuesto, sin doblez, a obedecer la voluntad de Dios (v. Jn. 7:17). Dice el apócrifo *Sabiduría* (1:4, 5, según la *Biblia de Jerusalén): «En efecto, en alma perversa no entra la Sabiduría, no habita en cuerpo sometido al pecado; pues el Espíritu Santo que nos educa huye de la doblez, se aleja de los pensamientos necios y se ve rechazado al sobrevenir la iniquidad»*.

Segunda: Ferviente oración. Es menester orar, con la ayuda del propio Espíritu Santo (Ro. 8:26, 27), para que Él nos ilumine los ojos del corazón (Ef. 1:18) y nos guíe, sin obstáculos de nuestra parte, a toda la verdad (Jn. 16:13).

Tercera: Espíritu de humildad. Sin la vestidura de la humildad, nuestro pensamiento no puede ser llevado cautivo a la obediencia de Cristo (2 Co. 10:5). No hay mayor obstáculo a la recta inteligencia de la Escritura que la arrogancia del que se cree «maestro experto» y no está dispuesto a someter sus juicios a lo que el Espíritu Santo ha intentado mostrar en la Palabra.

Cuarta: Ausencia de prejuicios. Esta norma es consecuencia natural de la anterior. Quien esté dominado por prejuicios de «escuela teológica» (la que sea) y no quiera pasar por la «humillación» de confesar su posible equivocación anterior y de ser tenido por «inestable, que cambia de opinión», nunca estará en las condiciones requeridas para ver con claridad lo que enseña la Escritura.

Quinta: Estudio diligente. Sin un estudio atento y constante de toda la Escritura, no es posible entender bien una porción particular ni juzgar correctamente sobre su sentido (literal, típico, alegórico, acomodaticio, etc.).

Sexta: Atención al contexto próximo. No es posible entender bien una frase determinada, o un versículo, sin atención al contexto próximo, tanto anterior como posterior. (Si el estudiante puede alcanzar algún conocimiento de las lenguas originales, le servirá de mucha ayuda. De ahí, el beneficio de las versiones interlineales.)

Séptima: Atención a la llamada «analogía de la fe»; es decir, al contexto general de las Escrituras. Cada texto debe ser examinado y entendido a la luz del resto de la divina revelación.

Octava: Ir de lo claro a lo oscuro. Esta norma es una consecuencia de la anterior. Siempre que el creyente estudioso de las Escrituras se encuentre con algún texto difícil, oscuro para él, debe acudir a pasajes claros sobre la misma enseñanza; en otras palabras, lo ya *claro* puede esclarecer lo *oscuro; lo oscuro* no debe oscurecer lo que ya es *claro*. Esta norma es de sentido común, casi una perogrullada; sin embargo, es frecuentemente olvidada.

Novena: Distinguir entre lo seguro y lo opinable. Aunque todas las enseñanzas de la Escritura sean igualmente inspiradas e infalibles, no todas tienen la misma importancia ni todas aparecen con la misma claridad (aparte de muchos detalles que Dios ha querido ocultarnos, pues sólo servirían para satisfacer nuestra curiosidad o para mellar nuestra expectante vigilancia—v. por ej., Mt. 24:36; Hch. 1:7; 2 Ts. 2:5, 6). Defender una opinión, por probable que sea, pero, al fin y al cabo, tan discutible como la opuesta, cual si fuese enseñanza clara y segura de la Palabra de Dios, es señal, no de convicción firme, sino de fanatismo intolerante.

Décima: Favorecer el estudio comunitario. El estudio de la Escritura en forma congregacional, o en grupos de diferentes niveles, posee muchas ventajas sobre el estudio privado, individual, no sólo porque ayuda a contrastar puntos de vista y reflexiones de carácter exegético o devocional y práctico, sino también porque el Señor está de manera especial, por medio de su Espíritu, fomentando así el crecimiento espiritual de su Cuerpo que es la Iglesia (comp. con Mt. 18:19, 20). Aunque el aspecto comunitario no preste «infalibilidad» a las conclusiones que allí se deduzcan de tal estudio, las probabilidades de acertar aumentan considerablemente, siempre que se tengan en cuenta las otras nueve normas que acabamos de exponer.

(E) Después de esta larga digresión, retornemos al versículo 27. Para corroborar lo que acaba de decir sobre la enseñanza que el Espíritu Santo *(«la unción»)* imparte, dice Juan que dicha unción *«es verdadera* (gr. *alethés*, real y verídica, veraz) *y no es mentira»*. Es un semitismo como muchísimos otros que ya conocemos, en los cuales una misma verdad es expuesta en forma afirmativa y en forma negativa (v. por ej., Jn. 1:20 *«confesó y no negó …»).* La verdad es consustancial con la Deidad (v. 2 Cr. 15:3; Jer. 10:10; Jn. 14:6; 15:26; 16:13; 17:3; 1 Ts. 1:9; 1 Jn. 5:6, 20). En realidad, la frase que ahora consideramos es

similar a la última frase del versículo 21 *«porque ninguna mentira procede de la verdad»* (v. el comentario a dicho versículo).

(F) Habida esta seguridad de que *el Espíritu que es la verdad* (5:6) no puede enseñar *ninguna mentira*, Juan exhorta a sus lectores a *permanecer en Él*, es decir, en Cristo, el Hijo de Dios, no en la unción. Aunque la referencia no puede establecerse sobre razones meramente gramaticales (ya que el dativo *auto*[i] puede concertar en género lo mismo con el masculino *Khristós*—o *Huiós*—que con el neutro *khrísma)*, sin embargo, y aparte de otras consideraciones de carácter doctrinal, la misma frase (idéntica, en el original) del comienzo del versículo 28 nos aclara definitivamente que Juan se está refiriendo a Cristo. Observa Rodríguez-Molero que este versículo 27 «parece ser una recapitulación de toda la perícopa. En efecto: 1) la unción del Espíritu os enseña todas las cosas, reproduce la idea del v. 20; 2) "es verdadero y no hay mentira" recuerda al v. 21; 3) "permaneced en él" reproduce la idea del versículo 24».

(G) El versículo 28 se abre con una repetición de *«permaneced en Él»*. Pero ahora añade Juan una nueva motivación. Por eso, comienza diciendo, antes de dicha frase: «Y *ahora, hijitos* (gr. *teknía*, como en los vv. 1 y 12), *permaneced en Él …»* Ese «*y ahora»*, como observa Rodríguez-Molero, equivale a la frase latina *quae cum ita sint*, es decir, «siendo así las cosas», como sacando una consecuencia de lo dicho anteriormente. El nuevo motivo que Juan aduce es que al permanecer firmes en la comunión con Cristo y en la ortodoxa doctrina sobre su persona y su obra, podremos *tener confianza* (gr. *parrhesían*—vocablo bien conocido—. V. por ej. He. 4:16) *en su venida.* Notemos algunos detalles importantes:

(a) Hemos visto constantemente que Juan no se repite, incluso cuando usa las mismas frases. Tampoco aquí se repite al decir *«permaneced en Él»* (Cristo). Hay un nuevo énfasis, como se adivina por el «Y *ahora»* que le precede. Y, además, hay un nuevo contenido en ese *«permaneced …»,* ya que, en el versículo 27, como en el 24, la permanencia tenía por objeto directo la ortodoxia: permanecer en Cristo equivalía a permanecer firmes en *lo que habían oído desde el principio* (v. el v. 24a); en el versículo 28, el objeto directo es una comunión muy íntima con Cristo, con repercusiones escatológicas.

(b) En efecto, no cabe duda de que la expresión *eán phanerothé («cuando sea manifestado»)* apunta a la Segunda Venida del Señor. Como puede observarse, el texto dice literalmente: *«si es manifestado»* (conjunción condicional de posibilidad, con aoristo de subjuntivo de la voz pasiva), pero dicha conjunción equivale obviamente a *«cuando»*. ¿Por qué ha usado Juan la condicional *eán* en lugar de la temporal *hótan?* Rodríguez-Molero da a esta aparente anomalía una cumplida solución: «El *si* no es dubitativo, sino temporal; no pone en duda el hecho cierto de la parusía, sino algunas circunstancias: el tiempo, el modo, que son del secreto de Dios (cf. Jn. 6:62; 12:32; 14:3)».

(c) La expresión con que se cierra el versículo en el original: *«en su venida»*, corrobora el talante escatológico de todo el versículo, pues el griego dice *en te parousía autoú*, siendo «parousía» uno de los cuatro vocablos que el Nuevo Testamento (especialmente, Pablo) usa para designar la Segunda Venida de Cristo. Esos cuatro vocablos son, por orden alfabético: 1) *Apokálupsis* (¡apocalipsis!) que significa *«revelación»,* en el sentido de «descorrer un velo». En este sentido, aplicado a Jesucristo, sale en 1 Corintios 1:7; 2 Tesalonicenses 1:7; 1 Pedro 1:7, 13; 4:13 y Apocalipsis 1:1, aunque en este último lugar abarca todo el contenido del último libro de la Biblia. 2) *Epipháneia* (¡epifanía!), que significa «*aparición»* (lit. resplandor desde arriba), que sale en 2 Tesalonicenses 2:8; 1 Timoteo 6:14; 2 Timoteo 1:10; 4:1, 8; Tito 2:13. 3) *Parousia*, que suele traducirse por *«venida»,* aunque literalmente significa *«presencia»* y sale (en relación con Cristo) en Mateo 24:3, 27, 37, 39; 1 Corintios 15:23; 1 Tesalonicenses 2:19; 3:13; 4:15; 5:23; 2 Tesalonicenses 2:1, 8; Santiago 5:7, 8; 2 Pedro 1:16; 3:4, 12; 1 Juan 2:28—aquí—. 4) *Phanérosis*, que significa «*manifestación»*. El vocablo mismo sale únicamente en 1 Corintios 12:7 y 2 Corintios 4:2, y en ninguna de las dos ocasiones se refiere a la Segunda Venida de Cristo, pero esta especial «manifestación» de Cristo queda expresada por el verbo de la misma raíz que *phanérosis (phaneróo)* que, con relación a la Segunda Venida de Cristo, sale en Colosenses 3:4; 1 Pedro 5:4; 1 Juan 2:28—aquí—y 3:2 (la segunda vez en que ocurre en tal versículo, no la primera). El verbo mismo es uno de los favoritos de Juan, porque de las 49 veces en que ocurre en todo el Nuevo Testamento, 20 son de su pluma.

(d) Dice Juan que *debemos permanecer en Cristo, a fin de que, en su venida, tengamos confianza «y no seamos avergonzados de parte de Él»* (lit. Gr. *kai me aiskhunthómen ap' autoú).* Nótese que el verbo está en aoristo de la voz pasiva, no media; y que *ap'* (apócope de *apó)* significa «de parte de»: una procedencia que lo mismo podría significar causa como distancia. La mayor parte de los autores, y de las versiones, entienden ese *apó* en sentido de distanciamiento: «y *no tengamos que retirarnos de Él»* (en

sentido figurado; es decir: «*y no tengamos que bajar la cabeza ante Él avergonzados*»). Sin embargo, atendiendo, sobre todo, a la voz pasiva del verbo, Rodríguez-Molero lo entiende de la siguiente manera: «No indica la situación psicológica del reo, el avergonzarse delante del juez, que es el sentido de la voz media; sino el ser objetivamente confundido y avergonzado, el ser públicamente abochornado por el juez, que es lo que indica la voz pasiva». En cualquiera de los dos sentidos, sin embargo, la idea es clara y conforme a otros lugares de la Escritura: El que se presente en el tribunal de Cristo con las manos vacías, por fuerza tendrá que avergonzarse, o ser avergonzado, de su negligencia (comp. con Mr. 8:38; 1 Co. 3:13–15; 2 Co. 5:10 «*… bueno o RUIN*»; 2 P. 1:10, 11).

(H) Finalmente, el versículo 29, como ya indicamos, sirve como de puente entre este capítulo y el siguiente. Dice literalmente: «*Si sabéis* (gr. *eán eidéte*—condicional de posibilidad—; Juan espera que sea realidad) *que Él* (Dios el Padre, no Cristo, como se ve por la frase final del versículo) *es justo* (v. 1:9, comp. con Jn. 17:25), *conoced* (esto es, reconoced, tened en cuenta) *que todo el que practica* (gr. *poión,* hace; en presente continuativo) *la justicia, ha sido engendrado de* (gr. *ex;* preposición de origen) *Él* (Dios el Padre)». Algunos autores de talla atribuyen a Jesucristo el primer *Él* del versículo, y al Padre el segundo. Pero es preferible entender un cambio de persona del versículo 28 al 29, antes que un cambio de persona dentro del mismo versículo, ya que aquí se quebraría completamente la secuencia, puesto que la idea de Juan es claramente que «el Justo engendra justos» (Bengel, siguiendo a Ecumenio).

En efecto, la enseñanza de la Biblia es constante acerca de este punto: de Jesucristo somos *hermanos,* ya que Él es el *primogénito* (v. Ro. 8:29; Col. 1:15; He. 1:6; 2:11–14, 17, entre otros lugares), pero nunca es nuestro *padre. Somos engendrados por Dios el Padre* (Jn. 1:12) por medio del agente ejecutivo de la Deidad, el Espíritu Santo (Jn. 3:5). Ésta, por supuesto, es una generación espiritual y sobrenatural, ya que es un favor enteramente gratuito de Dios. Dice Rodríguez-Molero: «El justo, el que hace justicia, da muestras por ello de estar en posesión de un atributo divino. Pero es justo porque ha nacido de Dios; no a la inversa … Porque son engendrados de Dios, son justos. No son las virtudes naturales—la justicia—las que nos unen al Padre celestial; el nacimiento de Él, el que Él nos haya comunicado su naturaleza divina, es la causa de que practiquemos virtudes sobrenaturales».

Es, pues, necesario practicar la justicia y huir del vicio, para mostrar que somos hijos de Dios (comp. con 3:3), que llevamos en nuestra conducta los rasgos de familia. Es la práctica del bien, y no una iniciación especial (como sostenían los gnósticos), lo que manifiesta una real, auténtica, «regeneración». Y, con este versículo 29, Juan, como observa Ryrie, comienza la presentación del «tercer gran contraste: entre la vida y la muerte (2:28–3:24)». El primer contraste fue entre la luz y las tinieblas (1:5–2:11); y el segundo, entre el amor y el odio (2:12–17). La mención que hace Juan, al final del versículo 29, de «*haber sido engendrados por Dios*», sirve de introducción al grandioso comienzo del capítulo 3.

CAPÍTULO 3

En este capítulo, Juan: I. Proclama jubilosamente el mensaje del amor de Dios, quien ha llegado a hacernos hijos suyos (vv. 1–2). II. Pasa luego a desarrollar las consecuencias de esta filiación divina: 1. Evitar la práctica del pecado (vv. 3–9); 2. Ejercitar el amor fraternal (vv. 10–18). III. De esta forma, disfrutaremos de paz interior (vv. 19–24).

Versículos 1–2

El capítulo se abre con un jubiloso y emocionado mensaje: El amor que Dios nos tiene es prodigiosamente excepcional, tan extraordinario que sólo de lo más alto de los cielos puede venir, de lo más profundo del corazón de Dios. Nos parece oír un eco de lo que el mismo Juan escribió en Juan 3:16: *«De tal manera amó Dios al mundo …».* Lo que este amor ha hecho para nosotros es ya inmensamente grande, pero todavía no se ha manifestado su verdadera grandeza; se manifestará en la Segunda Venida de Cristo. Dicen así los versículos 1 y 2 en la NVI: *«¡Fijaos cuán sublime* (lit. *de qué país o de qué calidad.* Gr. *potapén,* vocablo que, además de aquí, sale en Mt. 8:27; Mr. 13:1; Lc. 1:29; 7:39; 2 P. 3:11) *es el amor que el Padre nos ha prodigado* (lit. *nos ha dado.* Gr. *dédoken), hasta poder ser llamados hijos de Dios! ¡Y lo somos de veras!* (esta última frase aparece en todos los mejores MSS). *La razón por la que el*

mundo no nos conoce es que no le ha conocido a Él. Queridos amigos (gr. *agapetoí*, como en 2:7), *ahora somos hijos de Dios, y lo que seremos no se ha dado todavía a conocer* (lit. *no fue manifestado.* Gr. *oúpo ephaneróthe*, en aoristo pasivo de indicativo). *Pero sabemos que cuando se manifieste* (gr. *eán phanerothé*, la misma construcción que en 2:28), *seremos semejantes a Él, pues le veremos tal como es».*

1. La NVI ha traducido magníficamente por *«¡Fijaos …!»* el *ídete* (ved) del original, pues tal vocablo (única vez que sale en 1 Jn.) tiene por objeto «excitar la atención de los lectores al mismo tiempo que su admiración. Directamente les incita a contemplar la maravilla de su estado presente» (Rodríguez-Molero). Y, aun así, no aboga por una contemplación meramente especulativa, sino de una percepción llena de afecto, «gustativa» (comp. con Sal. 34:9 *«Gustad y ved …),* pues se trata de estimar en lo que vale el gran amor de Dios.

2. Ya hemos visto el sentido del *potapén* del original para describir ese extraordinario amor de Dios. Al ampliar la referencia hecha en paréntesis, intercalado en el texto, podemos decir que dicho adjetivo, que sale otras cinco veces en el Nuevo Testamento, «resume las tres acepciones: *qualis, quantus, unde*» (Rodríguez-Molero); esto es, *de qué calidad, de qué magnitud, de qué lugar.* Como ya hemos adelantado en la introducción a esta porción, el autor sagrado quiere poner de relieve lo excepcional, lo prodigioso, maravilloso y extraordinario de este amor de Dios.

3. La calidad, magnitud y procedencia de tal amor se ha mostrado, dice Juan, *en que nos ha otorgado el privilegio, no sólo de ser llamados hijos de Dios, sino también de serlo realmente.* El original dice que *nos ha dado* ese *amor*, con lo que el autor sagrado da a entender que «no sólo designa la manifestación del amor, un afecto noble y puro, activo y generoso, sino también una realidad existente en sí misma, íntima y concreta, que Dios nos comunica: un don concedido, *dédoken*, por Dios a los fieles, que permanece en nosotros y nos constituye objetivamente en hijos de Dios» (Rodríguez-Molero).

4. Estamos dentro de un mundo sobrenatural, muy por encima de los criterios e intereses de los mundanos, del *mundo* en el sentido peyorativo que ya hemos visto en otras ocasiones. Por eso, añade Juan: «*La razón por la que el mundo no nos conoce es que no le ha conocido a Él*» (NVI). El mundo no nos reconoce como suyos porque el amor de Dios nos ha hecho semejantes al Hijo de Dios, y el mundo y Dios son completamente antagonistas (2:15–17). Digo «semejantes al Hijo de Dios», porque ese *autón, Él*, tan repetido en los versículos 1–6, no es Dios el Padre, sino Jesucristo, como se ve por todo el contexto. Esta identificación es de suma importancia, como veremos más adelante. En efecto, fue al Verbo manifestado en carne a quien *el mundo no conoció* (Jn. 1:10c). No le conoció en su estado de humillación. Dice J. Stott: «Así como Su gloria estaba velada en la carne, así también "nuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Col. 3:3). Nuestra filiación, aunque ya es real, no se manifiesta todavía al exterior (Ro. 8:9)».

5. Antes de pasar al versículo 2, nos vendrá bien hacer una pausa para reflexionar un poco más sobre la calidad y grandeza del amor de Dios. Hay algo, no solamente característico, sino también emocionante, en este amor de Dios, en este *agápe* divino, que da todo y se da todo, aun en el caso de no ser correspondido (v. 2 Ti. 2:13). Y, en el amor, siempre toma la iniciativa (Ro. 5:6–11; 1 Jn. 4:9, 10, 19). Pero sería una tremenda equivocación pensar que Dios se ve forzado a amarnos. Si así fuera, el amor de Dios perdería todo su encanto: al ser forzado, no sería libre, ni generoso ni profundamente incitativo y personal.

Más aún, es precisamente por ser enteramente libre, al mismo tiempo que enraizado en su propia esencia (v. 4:8, 16), por lo que el amor de Dios invita a una respuesta de amor, que es también libre de nuestra parte. Aunque desea nuestra respuesta favorable con toda la fuerza inmensa de su mismo Ser infinito, respeta nuestra libertad; es decir, a nadie fuerza a amarle. Permítaseme citar del libro de G. Priestland *The Case against God* unos párrafos que me han conmovido: «He dicho varias veces que Dios es extrañamente discrecional (inglés, *optional*). Lo que en realidad quiero decir es que, por Su misma naturaleza, Él es esencial; pero que nuestra creencia en Él es potestativa; no *estamos forzados* a creer en Él. Pienso que esto tiene algo que ver con Su carácter como Amor. El amor, para ser completo, tiene que ser reconocido por lo que es y de dónde procede, tiene que ser correspondido y reciprocado, o no es Amor de ninguna forma—o es sólo Amor frustrado—. Pero esa respuesta tiene que ser voluntaria. Si fuese forzada o automática, no sería creativa ni digna de recibirse, sino una servidumbre impersonal; y ésa no es la relación que el creyente cristiano, en modo alguno, experimenta, pues él se siente conocido, interrogado, invitado y amado—como persona—. Pero también es consciente de ser libre para rechazar todo eso. De hecho, el pecado mismo comporta la conciencia de haberlo hecho así … Así que la creencia

en Dios permanece discrecional, y la sentencia que Él mismo sufre por ser responsable del mundo y haberse encarnado es una eternidad de estar a merced de nosotros. Si no fuera por el mundo de los hombres, Su Amor habría sido como un huevo no fecundado: perfecto, pero estéril. ¡En qué aprieto se ha puesto a Sí mismo! ¡Qué poder tenemos sobre Él! ¡Qué aventura tan peligrosa!» No necesito el microscopio del análisis teológico para ver dónde se ha podido pasar de la «raya» ortodoxa G. Priestland al estampar algunas de estas frases. Sólo sé que su fondo es bíblico (pues la Biblia enseña que somos libres para aceptar la gracia de Dios, explíquese como se explique) y que sus reflexiones no pueden menos de emocionar a quien las considere seriamente—si es que tiene corazón.

6. Como ya nos toma un poco lejos del comienzo de esta porción el versículo 2, voy a repetirlo, tomándolo ahora textualmente, a la letra, del original: *«Amados, ahora somos hijos de Dios, y todavía no fue manifestado qué seremos. Sabemos que cuando sea manifestado, seremos semejantes a Él, pues le veremos tal como es»*.

(A) En las seis veces en que Juan se dirige a sus lectores en esta epístola llamándoles *«amados»* (gr. *agapetoí)*, pueden notarse juntamente el tierno afecto paternal de Juan y la importancia, tanto doctrinal como práctica, de lo que va a decir. Nótese ese *«ahora»*, que marca un puente entre lo que fue y lo que será, entre el pasado y el futuro: El pasado fue lamentable, lleno de miseria, pues antes de la conversión estábamos *«sin esperanza y sin Dios en el mundo»* (Ef. 2:12c); ese *ahora* establece la línea divisoria entre la perdición y la salvación y abre un presente que se prolongará en la eternidad, pues es ya cosa segura e irrevocable (comp. con Ro. 11:29) que *somos hijos de Dios* ¡para siempre! Pero queda algo para el futuroÉ

(B) *«Y todavía no fue manifestado qué seremos»*, añade Juan. Comoquiera que *nuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (Col. 3:3, 4), mientras Cristo no se manifieste, tampoco se manifestará lo que seremos. La forma en que aparecerá al exterior la vida eterna que ya tenemos dentro está oculta, no sólo a nuestros ojos y a los ojos de quienes nos rodean, sino también a los ojos de los mayores santos de nuestro tiempo. Ni siquiera Juan, el apóstol y discípulo amado especialmente del Señor, conocía en qué había de consistir esa manifestación de lo que seremos un día. Dice J. Stott: «Así que Juan confiesa aquí que el exacto estado y la condición celestial de los redimidos no le habían sido revelados. Siendo esto así, es inútil y pecaminoso especular o fisgonear en cosas que a Dios no le plugo darnos a conocer».

(C) Aunque Juan no sabe cuál será la forma exacta en que se manifestará nuestra gloria definitiva, sí que sabe algo muy precioso: Que cuando el Señor Jesucristo se manifieste en su Segunda Venida, nosotros seremos manifestados al mismo tiempo (Col. 3:4) y, como nuestra vida habrá estado escondida con la suya, también nuestra condición final será semejante a la suya. Es cierto que, como hemos visto, el original no tiene explícito el sujeto de *cuando sea manifestado*, pero la mayoría de los autores, tanto protestantes como católicorromanos, lo entiende de la manifestación gloriosa del Señor Jesucristo. Veamos cómo describe Juan las fases de esta manifestación:

(a) Primero, será manifestado el Señor Jesucristo. El que se manifestó en carne al venir a este mundo para llevar a cabo la redención de la humanidad caída, será manifestado en la gloria propia de *espíritu vivificante* para consumar la salvación efectuada en los que un día creímos en Él (v. Ro. 8:23–25; 13:11; He. 9:28).

(b) Segundo, al ser manifestado en gloria el Señor Jesucristo, *le veremos tal como es.* Ya dijimos que, en toda esta porción, domina el pronombre *Él* aplicado al Señor Jesucristo (vv. 1–6). Luego el objeto de nuestra visión «beatífica» será *Jesucristo en su naturaleza humana, no Dios Padre en su esencia invisible e infinita* (v. entre otros lugares, Jn. 16:9, 10; 1 Ti. 6:16). Solamente los autores catolicorromanos, por su prejuicio teológico de que la bienaventuranza eterna consiste en la visión facial, directa, inmediata e intuitiva, de la esencia divina, ven aquí, en contra del contexto, tanto próximo como remoto de toda la Biblia, la visión de Dios Padre. Lamentablemente, hay muchos evangélicos que, por desconocimiento de lo que significan las frases, frecuentes en la Biblia, que hablan de «ver a Dios», «ver el rostro de Dios», etc., aceptan esta enseñanza típicamente catolicorromana que acabamos de exponer, y cuyas consecuencias vamos a explicar a continuación.

(c) Tercero, al ver al Señor Jesucristo *cara a cara*, glorificado y glorificante, *seremos hechos semejantes a él.* Esta semejanza, que ya comenzó al recibir la nueva naturaleza (Ro. 8:29; 2 P. 1:4), será perfecta, consumadamente perfecta, cuando llegue aquel dichoso día. Ya ahora, el Espíritu Santo está constantemente transfigurándonos: «Y *nosotros todos, al ir contemplando de cerca* (participio de presente) *como en un espejo, con el rostro descubierto, la gloria del Señor, vamos siendo transformados*

en la misma imagen (la del Señor), *de gloria en gloria, como por* (gr. *apó*, en sentido de procedencia) *el Señor espíritu (*o, *el Señor, que es el Espíritu;* o, *el Espíritu del Señor;* tanto *Señor* como *Espíritu* carecen de artículo en el original)» (traducción literal). Por consiguiente, lo que Juan dice aquí es que, cuando veamos cara a cara al Señor Jesucristo el día de su manifestación gloriosa, el Espíritu Santo dará «el último toque» a su obra de transformarnos en la imagen de Jesucristo, de forma que nuestra semejanza con Él será entonces perfecta, consumada. *Tan clara como será entonces nuestra visión de Él, será también perfecta nuestra semejanza con Él, en virtud de la transformación llevada a cabo por el Espíritu Santo, que es el agente ejecutivo de la Trina Deidad.*

(d) Y aquí tiene su lugar la explicación de las graves consecuencias que comporta el admitir, con la Iglesia de Roma, que la visión a la que aquí se refiere Juan es la de Dios Padre, quien (puesto que no es el Padre quien se encarnó, sino el Hijo) permanece en su esencia puramente espiritual, invisible e infinita. Al ser una visión *transformadora,* el que entra en el cielo, aunque ya tenía la participación de la naturaleza divina, no es todavía apto (todo esto es doctrina dogmática de la Iglesia de Roma) para ver a Dios como es en sí; necesita una nueva elevación de su mente creada, mediante el llamado *lumen gloriae* («luz de la gloria»), que le capacita para la «visión beatífica de la esencia divina». Como esa visión es, según Roma, el fin sobrenatural del hombre, la gracia es entonces la incoación de la gloria y, por tanto, una *cualidad infusa,* no un mero favor de Dios, mediante la cual el hombre justificado recibe una participación, no solamente moral, sino también *física,* de orden óntico (aunque a nivel creado) de la naturaleza divina, y queda así en condiciones de llegar un día, recibido el aumento de capacidad que le proporciona el *lumen gloriae*, a la visión facial, directa, inmediata e intuitiva, de la esencia divina.

Al ser la gracia (según Roma) una cualidad infusa, no sólo un favor desmerecido, su condición física en el creyente sube y baja de acuerdo con el fervor o falta de fervor de su amor, y desaparece del todo con cualquier pecado *mortal* que deja al sujeto bajo condenación, a no ser que la readquiera mediante el «sacramento» de la Penitencia. ¡Tenga todo esto en cuenta cualquier hermano mal informado, que sostenga dicha doctrina de la visión directa, en el cielo, de Dios el Padre!

Versículos 3–9

Esta sección ha sido subdividida muy acertadamente por J. Stott: 1) Tenemos primero (v. 3) la consecuencia ética de lo que hemos visto en los versículos 1 y 2. 2) Del objetivo que tuvo la Primera Venida de Cristo, el autor sagrado deduce la necesidad de una vida santa por nuestra parte (vv. 4–6). 3) El tema se repite, pero avanza un paso más, con cambio de énfasis (vv. 7–9), y sirve el versículo 10 de puente entre este tema y el que sigue.

1. Dice el versículo 3 en la NVI: *«Todo el que tiene esta esperanza en Él, se purifica a sí mismo, así como Él es puro»*. Como observa Stott, ésta es la única vez que el vocablo griego *elpís* (aquí, en acusativo: *elpída), esperanza,* tan frecuente en las epístolas de Pablo, ocurre en Juan. El autor sagrado deduce la necesidad de purificarnos, precisamente con base en la esperanza de la Segunda Venida de Cristo: Puesto que hemos de ser semejantes a Él, hemos de purificarnos de la misma forma que Él es puro. Nótese que no dice: «de la misma forma que Él se purificó», pues Cristo no tenía nada de qué purificarse. El verbo para «purificar» es aquí *hagnízein* y está en presente de indicativo, e indica un proceso continuo (el pecado anida siempre en nuestro interior, hasta que sea eliminado por el último toque del Espíritu Santo en la resurrección). El verbo, en los LXX, designa las purificaciones legales que llevaban a cabo los sacerdotes de la Ley antes de los servicios que realizaban en el tabernáculo y en el Templo. Pero no eran sólo los sacerdotes los que se purificaban de esta manera antes de ejercer su ministerio, sino que lo hacían todos los que se acercaban al santuario. Dice Rodríguez-Molero: «La idea está clara: como los peregrinos judíos se purificaban con diversos ritos expiatorios para entrar en la casa del Señor, igualmente deben purificarse internamente los cristianos, con obras de penitencia (mejor digamos, de arrepentimiento. El paréntesis es mío) y de justicia, para entrar en la mansión celeste de Dios».

2. Después de esta consecuencia general, derivada de nuestra futura condición, cuando el Señor se manifieste en su Segunda Venida, el autor sagrado va a deducir la necesidad indispensable de una vida santa; pero ahora no lo va a hacer con base en la esperanza de la Segunda Venida, sino como consecuencia de lo que el Señor vino a llevar a cabo en su Primera Venida. Como ya hemos apuntado, lo hace dos veces, y avanza dialécticamente en la segunda y cambia de énfasis. Dice así en la primera

exposición del tema (vv. 4–6): *«Todo el que peca, quebranta la ley; de hecho, el pecado es la verdadera ilegalidad. Pero sabéis que Él* (Cristo) *apareció* (lit. *fue manifestado) para quitar los pecados. Y en Él no hay pecado. Ninguno que viva en Él, continúa pecando. Ninguno que continúe entregado al pecado, le ha visto ni le ha conocido a Él»* (NVI).

(A) Vemos primero la presentación del tema: Juan establece como un principio general, sin excepciones posibles, que *«todo el que hace* (en presente continuativo) *el pecado, hace también la ilegalidad»* (lit.). El vocablo *anomia* significa lo contrario de *nómos, ley.* Tomamos aquí «ley», no precisamente por la ley mosaica, sino por la ley de Cristo: el amor fraterno (v. 11). Lo que el autor sagrado quiere poner de relieve contra los gnósticos es que no hay dos pautas de moralidad: una para los simples creyentes, y otra para los iniciados, los cuales pueden dispensarse de cumplir la ley en cuanto a lo que se hace por medio del cuerpo, ya que, si el espíritu disfruta de la iluminación de la gnosis, lo que se hace por medio del cuerpo no tiene importancia ética, pues la materia es amoral. Juan reacciona contra este error y afirma con toda energía que *todo pecado es infracción de la ley, puesto que pecado e ilegalidad son términos mutuamente convertibles,* esto es, equivalentes en el terreno moral.

(B) Viene luego (v. 5) la exposición del objetivo que tuvo la venida del Señor a este mundo. Lo sabían bien los lectores de la epístola: «Y *sabéis …».* Dicho objetivo fue *«quitar* (el mismo verbo de Jn. 1:29) *los pecados».* Muchos e importantes MSS dicen «*quitar nuestros pecados».* Como ya vimos en el comentario a Juan 1:29, el verbo *aíro* incluye tres matices complementarios: quitar, levantar y llevarse encima el pecado, lo cual hizo precisamente Jesús, como vemos en Isaías 53:6, 11, 12; Hebreos 9:28; 1 Pedro 2:24. Y lo pudo hacer precisamente porque Él no tenía personalmente ningún pecado (v. 2 Co. 5:21): «Y *en Él no hay pecado»,* añade Juan.

(C) La conclusión que deduce el autor sagrado es evidente (v. 6): *«Todo el que permanece en Él* (en Cristo), *no continúa pecando; todo el que continúa pecando, no le ha visto ni le ha conocido»* (lit.). Como ya advertimos en el comentario a 2:1, una cosa es *caer actualmente en pecado,* lo cual se expresa en griego mediante el aoristo, y otra muy diferente *vivir habitualmente en pecado,* lo cual se expresa en griego (como sucede aquí) por medio del presente continuativo. Al decir *«no le ha visto»,* el autor sagrado no se refiere a la visión con los ojos del cuerpo (eso había sido privilegio de los apóstoles—v. 1:1–3—) ni a la visión escatológica del versículo 2c, sino a la visión con los ojos de la fe. Esa visión de la fe va acompañada del conocimiento experimental, amoroso, del Señor. El que ama al Señor Jesucristo con amor sincero y constante, no puede vivir en pecado, ya que Cristo y el pecado son antagonistas: *el que vive en pecado, no puede vivir en Cristo.*

3. En los versículos 7–9, el autor sagrado avanza un paso más, añade nuevos detalles y cambia de énfasis: *«Queridos hijos* (gr. *teknía), que nadie os induzca al error. El que practica el bien es justo, como Él* (Cristo) *es justo. El que practica lo que es pecaminoso es del diablo, porque el diablo ha estado pecando* (lit. *está pecando,* en presente—como en el v. 6—) *desde el principio. La razón por la cual el Hijo de Dios se manifestó fue para destruir las obras del diablo. Ninguno que haya nacido de Dios continuará pecando* (lit. *no hace*—presente continuo—*el pecado), porque la simiente de Dios permanece en él; no puede pecar, porque ha nacido de Dios»* (NVI).

(A) Nótese en esta segunda exposición del tema la introducción de un nuevo elemento: el diablo. Juan traza hacia atrás la ruta del pecado hasta Satanás, padre del pecado (v. Jn. 8:44). El versículo 7 puede entenderse como advertencia con respecto a lo que ha dicho en los versículos 4–6 y como puente de lo que viene ahora. En la primera parte del versículo 8, está la nueva presentación del tema. Los herejes gnósticos pensaban ser *justos* por tener el espíritu iluminado por la gnosis. Juan advierte (v. 7) a sus lectores que no se dejen engañar: Justo no es el que posee una luz especial, sino *el que practica la justicia;* los frutos, no las hojas, son los que dan a conocer la calidad del árbol. En el versículo 8, Juan introduce un nuevo elemento, pues el contraste ya no es, como en el versículo 4, entre el pecado y la ley, sino que cava más profundo y va a las raíces últimas del pecado y de la justicia: el pecado es del diablo, mientras que la justicia procede de Dios. Dice literalmente el versículo 8: *«El que hace* (en presente continuativo) *el pecado es del* (gr. *ek tou,* indicando procedencia) *diablo; pues el diablo está pecando* (en presente de indicativo) *desde el principio».* Nótense estos tres detalles:

(a) *El que practica el pecado, procede del diablo;* en esto, tiene por padre al diablo (comp. con Jn. 8:44), *al Maligno* (v. 12), el iniciador del pecado y el que introdujo el pecado en el mundo al hacer caer en pecado a nuestros primeros padres.

(b) *El diablo está en continua actitud de pecado,* pecando él mismo como principal promotor de pecado, ya que es el jefe supremo *de las huestes espirituales de maldad* (Ef. 6:12b). De la misma forma que sólo la mentira fluye de su actual naturaleza (Jn. 8:44), así también de su actual naturaleza no fluye ninguna cosa buena, sino sólo el pecado y lo que conduce al pecado.

(c) Dice Juan que el diablo está pecando *desde el principio.* No desde que fue creado, sino desde que, al rebelarse contra Dios, *comenzó a ser diablo,* pues fue entonces cuando cayó de la justicia, como cayó de la verdad, en la cual, dijo el Señor (Jn. 8:44), *no se mantuvo.*

(B) Equivalente al versículo 5 es la segunda parte del versículo 8, donde Juan dice que *«para esto fue manifestado el Hijo de Dios, para destruir las obras del diablo»* (lit.). Es cierto que Juan no usa el verbo *apolése*, sino *lúse*, para «destruir», pero también el verbo *lúein* (cuyo significado primordial es «soltar», «disolver») puede significar *destruir,* ya sea en sentido literal (v. Jn. 2:19) o en sentido metafórico, por *quebrantar* o *anular* (v. Mt. 5:9; Jn. 5:18; 7:23; 10:35). Dice J. Stott: «La destrucción fue una desatadura *(lúse),* como si esas diabólicas obras fuesen grilletes que nos encadenasen. Por supuesto, sabemos por experiencia que no están "destruidas" en un sentido absoluto (v. Ro. 6:6; 2 Ti. 1:10; He. 2:14, donde el verbo *katarguéo* no significa, por cierto, liquidar o aniquilar, sino frenar, quitar fuerza, reducir a la impotencia, conquistar y derribar). El diablo está todavía ocupado en hacer sus malvadas obras, pero ha sido ya derrotado y, en Cristo, podemos escapar de su tiranía».

(C) Así como el versículo 8 corresponde al versículo 5, así también el versículo 9 tiene cierta equivalencia con el versículo 6, pero añade dos nuevos elementos, según la línea que sigue Juan en esta segunda exposición del tema: *«Todo el que ha sido engendrado de* (gr. *ek,* procedencia como en el v. 8 al hablar del diablo) *Dios, no hace* (presente continuativo: *no practica habitualmente) pecado, pues la simiente de Él* (Dios) *permanece en él* (el engendrado por Dios); y *no puede pecar continuamente* (presente de infinitivo), *pues ha sido engendrado (o ha nacido) de Dios»* (lit.). Este versículo requiere análisis especial:

(a) En el versículo 6, el autor sagrado había declarado que *el que vive en Cristo no puede vivir en pecado.* Ahora viene a decir algo semejante, pero desde distinto ángulo: *El que ha nacido de Dios no puede vivir en pecado.* Las dos afirmaciones son equivalentes en la práctica, pues el nuevo nacimiento nos incorpora a Cristo para vivir y morir con Él y en Él (v. por ej. Ro. 6:3 y ss.).

(b) La razón que aporta aquí Juan (v. 9b) es que *«la simiente de Él* (Dios) *permanece en él* (el nacido de Dios)» (lit.). Acerca del sentido que tiene aquí el vocablo griego *spérma («simiente»)* se han dado varias interpretaciones, de las cuales sólo dos merecen ser consideradas: 1) *La palabra de Dios.* A favor de esta opinión, Rodríguez-Molero, que la considera entre las más probables, cita textos como Mateo 13:3 y ss.; Lucas 8:11; Juan 15:3; Hechos 13:26; 14:3; 1 Corintios 4:15; 2 Corintios 5:19; Filipenses 2:16; Santiago 1:18; 1 Pedro 1:23; 1 Juan 2:14; 2 Juan 2. 2) *La naturaleza divina.* Dice J. Stott, quien está a favor de esta segunda interpretación: «El nuevo nacimiento implica la adquisición de una nueva naturaleza mediante la implantación dentro de nosotros de la simiente misma o del poder vivificante de Dios». Esta es, en realidad, la opinión favorita de F. Rodríguez-Molero (Salguero se inclina por la primera), aunque sustituye, de acuerdo con la terminología catolicorromana, los términos «naturaleza divina» y «poder vivificante de Dios» por *«gracia santificante* con su cortejo de virtudes infusas» y *«Espíritu Santo»* respectivamente. Esa es también la interpretación que personalmente juzgo más probable, pero sin la añadidura del *«Espíritu Santo»,* ya que el Espíritu no puede ser llamado *«la simiente de Dios»;* sino que es el agente trinitario en la aplicación de todo lo que tiene que ver con la obra de la salvación. Si J. Stott entiende por «poder vivificante de Dios» el principio vital que es la misma naturaleza divina que compartimos, estoy de acuerdo; pero no, si lo entiende por el Espíritu Santo.

(c) El autor sagrado da un paso más (v. 9c) y llega a decir: «*Y no puede continuar pecando* (gr. *hamartánein,* en presente de infinitivo), *pues ha nacido de Dios»* (lit.). Por supuesto, Juan no quiere, en modo alguno, decir que el creyente no pueda caer en pecado (¡iría contra lo que ha dicho en 1:7, 10; 2:1, 2!), sino que no puede vivir en pecado y, al mismo tiempo, vivir la vida de Dios, pues son antagónicas. Como dice Stott: «En realidad, si continuase así en pecado, ello indicaría que nunca ha nacido de nuevo». La solución es así de sencilla, sin las complicaciones que el texto crea a los exegetas catolicorromanos por la doctrina que ellos sostienen de que la gracia santificante se pierde por cualquier pecado mortal.

(d) Antes de pasar a otra porción, resulta interesante observar, como hace notar Stott, de que, al tener ante la vista a los gnósticos, Juan ataca en los capítulos 1 y 3 dos diferentes conclusiones del gnosticismo: «Algunos suponían que la posesión de la *gnosis* les había hecho perfectos; otros mantenían que el pecado

no tenía importancia, porque no podía causar ningún daño a los que habían sido iluminados. Ambas posiciones son moralmente perversas. La primera es ciega al pecado y niega su existencia misma; la segunda es indiferente al pecado y niega su gravedad».

Versículos 10–18

Ya dijimos anteriormente que el versículo 10 sirve de puente entre lo que precede (el que peca no es de Dios) y lo que sigue (el que no ama no es de Dios). En esta porción: 1) Juan comienza por anunciar el mensaje que tiene que ver con el amor fraterno (vv. 10b, 11); 2) Pasa luego a exponer la antítesis del amor, que es el odio (vv. 12–15); y 3) Hace la síntesis de forma totalmente positiva, y declara en qué forma se manifiesta el amor genuino hasta sus últimas consecuencias (vv. 16–18).

1. Al servir de epifonema a la sección anterior e introducir de nuevo el *test* del amor (comp. con 1:9–11), dice Juan en el versículo 10: *«Así es como conocemos quiénes son los hijos de Dios y quiénes son los hijos del diablo: Cualquiera que no hace lo que está bien* (lit. *que no hace justicia), no es hijo de Dios; ni lo es el que no ama a su hermano»* (NVI). Podemos observar que en este cuadro no hay grises ni penumbras, sino que el contraste es total: blanco o negro, sin medias tintas: *hijos de Dios* o *hijos del diablo;* con la diferencia de que los hijos de Dios lo son por *generación;* los hijos del diablo, por *imitación.* Dos consecuencias se derivan de aquí: una, de tipo doctrinal; otra de naturaleza práctica.

(A) La consecuencia doctrinal, muchas veces pasada por alto a causa de una fraseología vulgar, corriente, pero inexacta, es que sólo los que han nacido de Dios, esto es, los que han experimentado el nuevo nacimiento (Jn. 3:3 y ss.), tienen a Dios por *Padre.* Esto vendría a ser una verdadera perogrullada (y, en cierto modo, lo es) si no fuese por la frase, frecuente en la mayoría de las bocas: «Dios es Padre de todos los hombres», frase totalmente inexacta, pues Dios es *Creador* y *Dueño* Soberano de todos los hombres, como lo es de toda la creación, pero sólo es *Padre* de los que, al nacer de arriba, han recibido de Dios una nueva naturaleza, la naturaleza divina (v. Jn. 1:12, 13; 3:3, 5; 2 P. 1:4).

(B) El que ha nacido de Dios, dice Juan, *no practica el pecado* (v. 9); así que *«todo el que no practica justicia, no es de Dios»* (v. 10a. Lit.). El que ha nacido de Dios tiene que mostrar en su conducta que se parece a su Padre Celestial, que comparte (gr. *koinonoí,* en 2 P. 1:4) la divina naturaleza. Y, como el Padre es santo, los hijos deben ser también santos. Pero el que no ha nacido de nuevo, es esclavo del pecado e imitador del diablo; por lo que, en ese sentido, es «hijo del diablo» (v. Mt. 13:38; Jn. 8:44; Hch. 13:10).

(C) Pero, como ya vimos en 1:3, 7; 2:9–11, el amor cristiano es «triangular»; en otras palabras, si somos hijos de Dios, todos los demás hijos de Dios son hermanos nuestros; por eso añade Juan (v. 10b) que *el que no ama a su hermano, tampoco es de Dios.* Juan va a insistir en esto, no sólo durante todo el resto del presente capítulo, sino desde 4:7 hasta 5:1–3.

(D) Partiendo de la frase anterior (v. 10b), Juan presenta el mensaje que compendia la necesidad del amor fraternal entre los creyentes (v. 11): *«Éste es el mensaje* (lit. *el anuncio) que escuchasteis desde el principio* (la misma frase de 2:7, 24): *Debemos amarnos los unos a los otros»* (NVI). La primera frase del versículo es parecida al comienzo del versículo 5 del capítulo 1 y lleva la marca de una apelación, dice Stott, «a una primitiva autoridad que era también del dominio público, en contraste con la privada y secreta iluminación que los falsos maestros presumían tener». El amor fraternal formaba parte de la predicación apostólica del Evangelio, un *«Evangelio eterno»* (Ap. 14:6), que no cambia, que es siempre el mismo.

2. A continuación (vv. 12–15) Juan presenta la antítesis del amor, que es el odio hasta las últimas consecuencias (quitar la vida), así como el amor verdadero llega hasta las últimas consecuencias (dar la vida). Dicen así dichos versículos en la NVI: *«No seamos como Caín, que pertenecía al Maligno y asesinó a su hermano. Y, ¿por qué lo asesinó? Porque sus acciones eran perversas, y las de su hermano eran buenas. No os extrañéis, hermanos míos, si el mundo os odia. Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque* (gr. *hóti*, pues) *amamos a nuestros hermanos. Todo el que no ama permanece en la muerte. Todo el que odia a su hermano es un asesino* (lit. *homicida), y vosotros sabéis que ningún asesino* (lit. *homicida) tiene dentro de sí vida eterna».*

(A) Así como Cristo es el prototipo (v. 16) del amor, así Caín es, en palabras de Juan, prototipo del odio, aunque el verdadero originador del odio es el diablo (Jn. 8:44 *«homicida desde el principio»),* por lo que dice el autor sagrado que Caín *«era del* (gr. *ek,* preposición de origen) *Maligno»,* hijo del diablo, al

cual imitó al asesinar a su hermano Abel. Juan usa el verbo griego *ésphaxen* («degolló») las dos veces, no precisamente porque fuera esa la forma en que lo mató, sino porque ese verbo daba a entender lo violento de la muerte; por eso, se usa en la Biblia para indicar la forma en que se mataba a las víctimas para los sacrificios. El verbo sale únicamente aquí (dos veces) y ocho veces en Apocalipsis (5:6, 9, 12; 6:4, 9; 13:3, 8; 18:24).

(B) A continuación declara Juan el motivo por el que Caín asesinó a su hermano (v. 12b): *«Porque sus obras eran perversas, y las de su hermano justas»* (lit.). Es de notar que Juan usa el adjetivo *ponerá* (el mismo que designa al *Maligno,* esto es, al diablo) para calificar las *malas* obras de Caín. Con esto quiere dar a entender que el motivo del asesinato fue la envidia, como efectivamente lo fue (v. Gn. 4:4–8). El odio de Caín no tuvo por objeto el pecado, sino la virtud. Comenta J. Stott: «Los celos acechaban detrás de su odio, no la emulación que codicia los dones superiores de otro, sino la envidia que se resiente de la superior rectitud de otro, la "envidia" que incitó a los sacerdotes judíos a pedir la muerte de Jesús». Y el gran orador francés Bossuet decía que la envidia vuelve el corazón del revés, pues le hace odiar el bien del prójimo y amar su mal.

(C) En el versículo 13, Juan advierte a sus lectores: *«No os extrañéis, hermanos míos, si el mundo os odia»* (NVI). Como si dijese: Si seguimos por el camino de la justicia, como siguió Abel, no debe extrañarnos que el mundo nos aborrezca como aborreció Caín a su hermano. Viene así el mundo, como observa Stott, a ser algo parecido a «la posteridad de Caín». El mundo, en el sentido peyorativo del vocablo, esto es, como el sistema mundano, organizado contra Dios y su Ungido, y bajo el mando del diablo, aborrece a los que siguen por el camino de la justicia (v. 1 P. 4:4), pues es para los mundanos una acusación muda de su mala conducta. Ya advirtió el Señor que era eso lo que habíamos de esperar del mundo (v. Jn. 15:18, 19, 25; 16:1 y ss.; 17:14). «El mundo, con su odio, está simplemente declarando su verdadera condición espiritual, que es "muerte" (v. 14)» (Stott). Nótese que ésta es la única vez en que Juan se dirige a sus lectores con el apelativo de *«hermanos»;* con ello quiere poner de relieve que también él era objeto del mismo odio que el mundo les tenía a ellos.

(D) En el versículo 14, parece oírse un eco de lo que el Señor había dicho en Juan 5:24: «… *el que escucha mi palabra y cree en el que me ha enviado tiene vida eterna y no será condenado, pues ha pasado* (gr. *metabébeken) de muerte a vida»*. Juan usa el mismo verbo *(metabebékamen,* en plural) para aplicar al amor el *test* que Jesucristo aplica a la fe (comp. con Gá. 5:6), pues dice: *«Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos. Todo el que no ama permanece en la muerte»* (NVI).

(a) El versículo comienza con un *nosotros* (gr. *hemeís)* expreso, enfático, con referencia a los aborrecidos por el mundo hasta la muerte, entre los que el propio Juan se cuenta implícitamente con eso de *«hermanos»* (v. 13). También es enfático el verbo *sabemos* (gr. *oídamen),* el cual indica, no un saber interno, amoroso, experimental, como el del verbo *guinóskein,* sino un conocimiento de algo que presta una evidencia mental, ya sea por intuición, o por una perfecta observación de los hechos o por un testimonio completamente fidedigno.

(b) El verbo *hemos pasado* (gr. *metabebékamen),* lo mismo que el que Jesús usó en Juan 5:24 *(metabébeken),* es un verbo de traslado, como lo indica el prefijo *metá,* ya sea en sentido literal (v. Mt. 8:34; 11:1; 12:9; 15:29; 17:20; Lc. 10:7) o en sentido metafórico, como en Juan 13:1, donde Jesús habla de su *traslado* (gr. *metabé) de este mundo al Padre.* Todavía resalta más el sentido metafórico en el pasaje que comentamos, pues se habla de ser *trasladados de la muerte a la vida* (comp. con Col. 1:13, donde se hallan un concepto y un verbo parecidos).

(c) *Pasar de la muerte a la vida,* en sentido espiritual, equivale a nacer de nuevo, de Dios, y Juan pone como prueba evidente *(«sabemos»)* de que esa experiencia de salvación se ha llevado a cabo en nosotros el que el amor fraternal se halla en nuestro corazón. Dice Rodríguez-Molero: «Y el signo infalible del paso de un mundo a otro es la caridad fraterna, consciente y activa. Lo natural en el hombre es el egoísmo. El amor a los demás es la prueba de que se ha superado esa inclinación natural».

(d) Por el contrario, *«todo el que no ama permanece en la muerte».* No dice «ha pasado de vida a muerte», puesto que *éramos por naturaleza hijos de ira* (Ef. 2:3b), ya que *«en pecado fuimos concebidos»* (Sal. 51:5b) y, por tanto, ésa era nuestra condición natural hasta que Dios nos dio vida (Ef. 2:5). Y en esa condición natural de «muerte espiritual», agudizada por los pecados actuales a los que nuestra vieja naturaleza nos inclinaba, *permanecemos* hasta la muerte física, a no ser que hayamos recibido a Cristo por

fe (Jn. 8:24). Dice Stott: «En el vocabulario de Juan, el amor, la luz y la vida forman un conjunto, como lo forman el odio, las tinieblas y la muerte».

(E) En el versículo 15, Juan declara explícitamente que el odio conduce al homicidio, a quitar la vida al prójimo; y el que quita la vida no puede tener en sí mismo vida eterna: *«Todo el que odia* (gr. *misón*, participio de presente) *a su hermano es homicida, y sabéis que todo homicida no tiene vida eterna que permanezca* (participio de presente) *en él»* (lit.). Con esta traducción literal se puede ver que el griego no es tan estricto como el castellano y otras lenguas modernas en la colocación del adverbio de negación; por eso, nuestras versiones colocan la negación al principio *(«ningún homicida …»),* ya que, en buena lógica, la versión literal podría entenderse como si pudiese haber *algún* homicida que tuviese en sí vida eterna; es decir, según las leyes de la Lógica formal, la negación afectaría a la *forma* de la proposición, pero no a la *extensión* del sujeto. Después de esta nota explicativa para los estudiosos del original, pasemos a examinar las dos sentencias del versículo 15:

(a) Dice Juan que el que odia es un homicida, aunque no llegue de hecho a quitar la vida al prójimo, puesto que, como observa Ryrie, «el corazón que está lleno de odio es potencialmente capaz de asesinar (cf. Mt. 5:21, 22)». Los motivos por los que no todo odio desemboca en el asesinato suelen ser de carácter externo: la cárcel, el horror (de tipo psicológico) a la sangre, la infamia sobre sí mismo o sobre la familia, etc. Pero el deseo del que odia profundamente es la supresión del odiado.

(b) Al ser el homicidio un crimen de los más graves, es obvio que un homicida, mientras no se arrepienta seriamente y confiese su pecado (y resarza, en lo posible, el daño causado a la familia), no puede tener comunión con Dios; por tanto, *no puede tener en sí vida eterna permanente* (gr. *ménousan*, término que indica comunión y está en participio de presente). De la misma manera que el *amor* manifiesta *la vida eterna* en el sujeto que ama, el *odio* manifiesta la *muerte espiritual* en el que odia.

3. Así como el odio lleva en sí mismo la inclinación al homicidio, a quitar la vida, así también el verdadero amor lleva en sí la inclinación al sacrificio, a dar la propia vida. Por eso, en los versículos 16–18, Juan (llamado «el teólogo») desciende a los casos prácticos donde se muestra claramente la genuinidad del amor. Dicen así dichos versículos en la NVI: *«Así es como conocemos* (gr. *egnókamen*, hemos conocido—enseñanza aprendida desde el principio de la conversión—) *lo que es el amor: Jesucristo entregó su vida por nosotros. También nosotros debemos estar dispuestos a entregar nuestra vida por nuestros hermanos. Si alguno posee bienes materiales* (gr. *ton bíon*—el mismo vocablo de 2:16 "la ostentación arrogante de *la vida"—) y ve a su hermano pasar necesidad, pero no se apiada de él, ¿cómo puede el amor de Dios morar en él? Queridos hijos* (gr. *teknía*, hijitos), *no amemos de palabra ni con frases hechas, sino con hechos y de verdad»*. El contenido doctrinal y práctico de estos tres versículos es de tal magnitud e importancia, que deberíamos repasarlos con frecuencia para escrutar, a su luz, las interioridades de nuestro propio corazón.

(A) Juan no va a darnos una definición técnica del amor, sino que lo va a presentar ante nuestros ojos en el supremo ejemplo del verdadero amor: *el sacrificio que Jesús hizo de su propia vida por amor a nosotros* (v. 16a). Es cierto que fue el Padre quien le envió a este mundo a morir por nosotros (Jn. 3:16; Ro. 5:8; 8:32; Gá. 4:4, 5; 1 Jn. 4:9–11), pero fue el propio Jesucristo quien dio voluntariamente su vida por nosotros (Mt. 20:28; Jn. 10:11, 17, 18; He. 9:14; 12:2). De este modo, 1 Juan 3:16 viene a ser como un eco de Juan 3:16 (esto nos ayudará a memorizarlo). El original dice que Cristo *puso* (gr. *étheken) su vida* (gr. *psukhén*, la vida material, física, temporal) *por* (gr. *huper*, a favor de) *nosotros.* La expresión *«poner la vida»* es característica de Juan (v. Jn. 10:11, 15, 17, 18; 13:37, 38; 15:13), mientras que los demás evangelistas dicen *«dar la vida»* (Mt. 20:28; Mr. 10:45). «Poner la vida» es una metáfora que expresa gráficamente la generosidad espontánea, por la que uno «deja a un lado», como desvistiéndose de algo muy precioso, lo más valioso que un hombre puede poseer en este mundo (v. Mt. 16:26b; Mr. 8:37; Lc. 12:23; 14:26). Observa Stott que es el mismo verbo con que Juan describe la forma en que Jesús se *quitó* el manto en la última cena (Jn. 13:4).

(B) Pero, como dice el propio Stott: «El sacrificio que Él (Cristo) hizo de sí mismo no es precisamente una revelación del amor que ha de admirarse; es un ejemplo que ha de copiarse». *«También nosotros debemos estar dispuestos a entregar nuestra vida por nuestros hermanos»,* concluye Juan (v. 16b). El verbo *opheílomen* («debemos») significa algo más que un deber moral; es como una deuda de la que hemos de descargarnos (comp. con Mt. 18:28, 30, 34; 23:16, 18; Lc. 7:41; 11:4—dentro del Padrenuestro—; 16:5, 7, donde sale el mismo verbo, y con el nombre de la misma raíz *opheílema*, que

sale en Mt. 6:12—tambien en el Padrenuestro). No quiere decir Juan que tengamos necesariamente que morir por otros, sino que debemos estar dispuestos a dar nuestra vida, si el caso lo requiere.

(C) Juan sabe muy bien que el caso de tener que dar por el hermano la propia vida no será muy frecuente, pero el espíritu de sacrificio del creyente puede mostrarse, y debe mostrarse, en algo muy práctico, de todos los días—podríamos decir—(v. 17): *«Mas el que tenga los bienes* (gr. *ton bíon) del mundo y contemple* (gr. *theoré*—como espectáculo—; comp. con Lc. 23:35) *a su hermano que tiene necesidad y le cierre sus entrañas, ¿cómo permanece* (presente de indicativo) *en él el amor de Dios?»* (lit.). Damos la traducción literal de este versículo, por ser muy expresiva:

(a) Se trata de un miembro de la congregación cristiana que está económicamente acomodado; posee bienes de fortuna, bienes materiales, *«del mundo»*. El autor sagrado no supone, ni mucho menos, que tales bienes hayan sido mal adquiridos. Quizá son fruto de la posición social de la familia, de la propia laboriosidad e inteligencia, etc. (no añado: «de especial bendición de Dios», puesto que no estoy de acuerdo con el sentido que muchos hermanos le dan a dicha frase).

(b) El autor sagrado supone (es una hipótesis; en griego, *an* con subjuntivo de aoristo en los tres verbos *«tenga … contemple … cierre»)* que ese hermano, poseedor de bienes de fortuna, *contempla* (como algo que se ve claramente, que no hay modo de pasarlo desapercibido; el verbo no es el mismo de 1:1 *etheasámetha*, que indica una contemplación afectiva, no un espectáculo) *a otro hermano que pasa necesidad* de esos mismos bienes de fortuna que él tiene en abundancia.

(c) En lugar de hacer partícipe de sus bienes al hermano necesitado, el individuo en cuestión, lo mismo que el sacerdote y el levita de la parábola del Buen Samaritano (v. Lc. 19:31–33. Nótese el tres veces repetido «*y viéndole …»), cierra* con llave exclusiva (¡nunca mejor empleado el adjetivo!) *sus entrañas* (lit.), es decir, lo más íntimo de su ser, su propio corazón, que el creyente debe compartir con todos los hermanos. Véase Hechos 4:32, donde el original dice al pie de la letra: *«Uno solo era el corazón y una sola* (era) *el alma de la multitud de los que habían creído»* (gr. *epísteusan*, aoristo con significado de pretérito pluscuamperfecto). *Cierra su corazón,* dice Juan, *de él* (gr. *ap' autoú*, lejos de él); no permite que el hermano tenga acceso al corazón de él, no sea que se arrogue también el acceso a los bienes de él, pues los *lleva en el corazón* (v. Mt. 6:21).

(d) Si no llevase esos bienes en el corazón, no se los negaría al hermano; pero el hecho mismo de cerrárselos con llave demuestra que allí los tiene como su tesoro inalienable. ¡Ése es el Señor a quien sirve! *¿Cómo,* pues, dice Juan, *permanece en él el amor de Dios?* ¡De ninguna manera!—es la respuesta—. El amor a los bienes del mundo es *amor al mundo,* y ya dijo Juan en 2:15b que *«si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él».* Dos enemigos tan irreconciliables no caben en la misma mansión.

(D) El versículo 18 nos recuerda lo que dice Santiago (Stg. 2:15, 16): *«Suponed que un hermano o una hermana andan mal vestidos y carecen del alimento cotidiano, y va uno de vosotros y les dice: "¡Hala! ¡Que os vaya bien! ¡Abrigaos y hartaos!", pero no hace nada para remediar sus necesidades físicas, ¿qué provecho van a sacar?»* (NVI). Vemos cómo Santiago pone en boca de ese egoísta algunas de las *frases hechas* (NVI) que aquí menciona Juan. La advertencia del autor sagrado va encabezada por ese *«hijitos»,* en que va envuelta la amonestación, como salida de un corazón tierno, paternal. El versículo dice en el original: *«Hijitos, no amemos* (presente de subjuntivo) *de palabra ni con la lengua, sino en obra y con verdad»*. Como si dijese: una *palabra* que no se traduce en *obras* es *inoperante,* y un *amor de lengua* no es *amor de verdad.* Como dice J. Stott: «El amor no consiste esencialmente en sentimientos ni en parloteo, sino en hechos. Ciertamente, si nuestro amor ha de ser genuino *(en verdad),* será ineludiblemente positivo y activo *(en obra)*».

Versículos 19–24

En estos versículos describe Juan las consecuencias inmediatas de la práctica de un amor genuino: El que ama, asegura en su corazón el gozo y la paz de conciencia. El *gozo* y la *paz* siguen siempre al *amor* (Gá. 5:22). La porción puede dividirse en tres secciones: 1) El amor genuino nos asegura que estamos en la verdad y nos proporciona tranquilidad de conciencia (vv. 19, 20). 2) Pero debemos estar seguros de que no nos estamos engañando a nosotros mismos, pues si en realidad no hacemos lo que Dios manda, nuestra comunión con Él se interrumpirá y no serán escuchadas nuestras oraciones (vv. 21, 22). 3) El

mandamiento característico del cristianismo tiene una doble faceta (doctrinal y práctica), y el que lo cumple tiene dentro de sí el testimonio del Espíritu Santo de que Cristo vive en él (vv. 23, 24).

1. Los versículos 19 y 20 deben leerse como están en la NVI, que dice así: *«Así es, pues, como conocemos que pertenecemos a la verdad, y como tranquilizamos nuestra conciencia en su presencia, cuandoquiera que nos acusa nuestro corazón. Porque Dios es más grande que nuestro corazón y lo conoce todo»*.

(A) El autor sagrado ha terminado el versículo 18 con el vocablo *«verdad»*, y echa ahora (v. 19a) mano del mismo vocablo para declarar que *el amor genuino es la prueba de que pertenecemos a la verdad,* de que *«somos de la verdad»* (lit.). Es la misma expresión de Juan 18:37b. *«Ser de la verdad»* significa mucho más que el decir verdad; es pertenecer a la esfera celestial, divina, donde el ser humano alcanza su plena realización; es ser de Dios (comp. con Jn. 14:6), de la misma manera que los del partido de la mentira son del diablo, quien no se mantuvo en la verdad y tiene ahora en la mentira su verdadera naturaleza (Jn. 8:44).

(B) La NVI, como otras versiones modernas, sigue la única puntuación del original que puede resolver la aparente contradicción entre los versículos 20 y 21, donde parece que Juan rectifica *(«no nos acusa»*—v. 21—) lo que acaba de decir en el versículo 20 *(«nos acusa»).* En su nota al versículo 20, el Dr. Ryrie resuelve estupendamente dicha aparente discrepancia: «Podríamos ser demasiado estrictos o demasiado indulgentes al examinar nuestra vida; por tanto, Juan tiene aquí una palabra de consuelo: El Dios omnisciente es tambien el omniamante».

(C) En efecto, en los versículos 19b, 20, Juan se dirige al hermano de conciencia escrupulosa y le dice: «Aunque el corazón te arguya de algún pecado, puesto que tienes verdadero amor y reconoces que has faltado, puedes estar tranquilo; en ese juicio ante el tribunal de la conciencia, donde tu corazón está haciendo de fiscal, Dios está haciendo de abogado (o, más exacto, de Juez benigno, pues el Abogado es Cristo—2:1—) y su comprensión misericordiosa *supera* a tu propia acusación severa» *(«es mayor que nuestro corazón»).* La conciencia escrupulosa agranda la misma gravedad del pecado, pues los escrúpulos distorsionan el discernimiento, pero Dios *lo conoce todo:* Su visión es exacta, certera y sabe bien los detalles más minuciosos que pueden servir de atenuante a la culpa de nuestra acción.

2. Pero otro hermano puede irse al otro extremo y pecar de laxo, «de manga ancha», como suele decirse, y dar poca importancia a pecados que en realidad son de mucha gravedad. A éste le dice Juan que debe estar seguro de que cumple habitualmente la voluntad de Dios; de lo contrario, no podrá acercarse con plena confianza al trono de la gracia (vv. 21, 22): *«Queridos amigos* (gr. *agapetoí—amados—*, como en el v. 2 y 2:7), *si nuestra conciencia* (lit. *corazón) no nos reprocha nada, tenemos plena confianza* (gr. *parrhesían*—el vocablo tan conocido; véase en especial He. 4:16—) *ante Dios y recibimos de Él todo lo que le pidamos, porque obedecemos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada»* (NVI).

(A) La advertencia al hermano despreocupado va precedida por ese *«amados»* que atenúa con su ternura la severidad de la admonición. El autor sagrado no pretende intimidar a ningún creyente genuino, sino sólo despertar la conciencia del que comienza a ser demasiado indulgente consigo mismo, quitando importancia a sus acciones ofensivas. ¡Somos tan inclinados a excusarnos! De ahí la dificultad de una eficaz corrección fraterna (v. Gá. 6:1, 2).

(B) La admonición, para ser más eficaz, va en forma indirecta: «*… si nuestra conciencia no nos reprocha nada …»,* como si Juan, a pesar de las graves consecuencias que implícitamente indica, quisiese evitar el que el hermano o hermana se desanime. Lo mismo que Pablo, Juan es sanamente optimista, y espera de los hermanos lo mejor (como es característica del amor—v. 1 Co. 13:7 «*… todo lo espera»—).* La 1 Juan, dice Rodríguez-Molero, es «una carta que se esfuerza constantemente por despertar la conciencia de la propia salvación (2:25; 3:14), inculcar la superación de todo temor (2:19; 4:18) y la certeza de la victoria sobre todas las potencias del mal (2:13; 4:4; 5:4)».

(C) Para ver si la conciencia tiene algo que reprocharnos es menester examinarla: ¿Estamos cumpliendo la voluntad de Dios? ¿Estamos haciendo lo que le agrada? (comp. con Ro. 12:2, y véase en ambos casos la gradación—hacer siempre lo que le agrada es más perfecto que cumplir simplemente su voluntad—). Las pruebas que Juan aduce en los versículos 21 y 22 forman una secuencia que, por inducción, arranca del final del versículo 22 para llegar al comienzo del versículo 21 y centrarse en 21b y 22a: Si hacemos la voluntad de Dios, tendremos seguridad completa de que la conciencia no tiene nada que reprocharnos, con lo que habremos conseguido plena libertad, confianza segura, para acercarnos al trono de la gracia y obtener de nuestro Padre lo que le pidamos (v. He. 4:16). J. Stott hace una

observación muy oportuna para evitar cierta confusión: «La obediencia es la condición indispensable, no la causa meritoria, de la oración respondida».

(D) No debo omitir que hay varios autores que ven en los versículos 21, 22 un complemento, no una alternativa, de los versículos 19 y 20. Por ejemplo, F. Rodríguez-Molero dice así en su comentario al versículo 21: «San Juan concluye ese debate íntimo de conciencia diciendo solamente que el acusador (el corazón. El paréntesis es mío) desiste de su acusación. El juicio no termina con absolución propiamente dicha *(áphesis),* sino por remisión *(páresis.* Ro. 3:25), desistimiento o renuncia *(améleia)».* Stott sigue una línea ligeramente distinta: «Juan pasa de la maldición de un corazón que condena, y de la forma en que hay que asegurarlo, a la bendición de un corazón que ha sido tranquilizado o que no condena». No es tan claro como Ryrie (dentro de su concisión), en su nota que hemos citado en el apartado (B) del punto 1. Mi opinión personal está a favor de una alternativa, esto es, un doble caso (conciencia escrupulosa en los vv. 19, 20; conciencia despreocupada, laxa—o peligro de ella—en los vv. 21, 22). Es la mejor solución de la dificultad que presenta la aparente contradicción «*… nos acusa … no nos acusa …».*

3. Juan acaba de referirse a los *mandamientos* (gr. *entolás,* en plural) de Dios, pero desea ser más preciso, sin limitarse a generalizar; por eso, va a declarar cuál es, en concreto (v. 23), el mandamiento (gr. *entolé,* en singular) de Dios; un mandamiento con una faceta doctrinal y otra ética (lo mismo que el gran *shemá* de Dt. 6:4, 5). Y notemos de entrada que, así como las *palabras de Dios* han venido a condensarse en el Verbo o *Palabra* con mayúscula (v. Jn. 1:1, 18; He. 1:1, 2), así también *los mandamientos de Dios* (que los judíos llaman también «las diez palabras») se resumen en un solo *mandamiento* (comp. con Jn. 13:34, 35). Lo hemos visto ya, en esta misma epístola (2:7, 8. V. también 4:21; 2 Jn. 4, 5, 6—la segunda vez—). El autor sagrado asegura que si cumplimos este mandamiento, tendremos el testimonio infalible del Espíritu Santo de que Cristo vive en nosotros (v. 24).

Dicen los versículos 23 y 24 en la NVI: «Y *éste es su mandamiento: creer en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y amarnos los unos a los otros, como Él nos lo ha mandado. Los que obedecen sus mandamientos viven en Él, y Él en ellos. Y el modo como sabemos que Él vive en nosotros es éste. Lo sabemos por el Espíritu que Él nos ha dado*».

(A) *«Éste es»* se refiere a lo que sigue, como en otros lugares (v. 1:5; 3:11; 5:3). Aunque dice *«su mandamiento»,* en singular, vemos que este mandamiento se desdobla en dos miembros; el primero tiene que ver con la doctrina, con las creencias; el segundo, con la práctica y se resume en el amor. Forman un solo mandamiento, porque se complementan.

(a) En cuanto al *creer,* Juan lo ha mencionado (y lo seguirá haciendo) de diversas maneras, como puede verse por 2:22, 23; 4:2, 3, 15; 5:1, 5; 2 Juan 7, 9. En este versículo 23, sin embargo, la profesión de fe se expresa de forma plena: *«que creamos al nombre de su Hijo Jesucristo»* (lit.), frase parecida a la de 5:13, con las variantes que allí veremos, y como un eco de Juan 20:31. Notemos que aquí el verbo *pisteúsomen* (en aoristo de subjuntivo) va seguido de dativo (a diferencia de 5:13), indicando directamente una adhesión cordial al Hijo de Dios manifestado en carne, más bien que el fundamento sobre el que se basa el acto de fe.

(b) En cuanto al *amar,* ya desde 1:7 ha puesto de relieve Juan la necesidad de la comunión fraternal como prueba decisiva de que nuestra comunión con Dios es genuina (lo hará con mayor énfasis después, especialmente en 4:20). Dice Rodríguez-Molero: «El cristianismo se define tanto por el objeto de su fe: Jesús es el Hijo de Dios, cuanto por la conducta práctica de sus fieles: Cristiano es el que ama a sus hermanos».

(B) El versículo 24 comienza con unas frases que, en el griego original, tienen cierta ambigüedad: «Y *el que guarda* (en participio de presente continuativo) *Sus mandamientos permanece en Él, y Él en él»* (lit.). ¿A quién se refiere ese *«Él»?* (con mayúscula, para advertir que se trata de una persona divina). ¿A Dios (el Padre) o a Jesucristo? Aludiendo a Juan 15:1–10, Ryrie dice en nota a este versículo 24: «Permanecer en Cristo requiere guardar Sus mandamientos». Sin embargo, el versículo 23 nos indica que la mutua inmanencia a la que alude aquí Juan, tiene que ver con Dios el Padre, como en 4:13, 16; y, por eso, la mayoría de las versiones han suplido *«Dios»* (que no está en el original) para deshacer la ambigüedad. Otra prueba de que la referencia es a Dios el Padre, no a Jesucristo, es el cambio del singular *«mandamiento»* (referido a Jesucristo) al plural *«mandamientos»,* que, como en el versículo 22, se refiere a Dios el Padre. En 2:6, la referencia es clara con respecto a Cristo. Tanto Stott como Salguero y Rodríguez-Molero defienden la lectura (implícita en el original) *Dios,* que personalmente sostengo. Añade Stott: «Sin embargo, la diferencia no habría tenido ninguna importancia para Juan, pues en Juan

17:21, Jesús ora que ellos … sean uno en *nosotros»* (cf. Jn. 14:23 *«vendremos* a él y haremos nuestra morada con él)».

(C) La segunda parte del versículo 24 dice literalmente: «*Y en esto conocemos* (gr. *guinóskomen*, en presente de indicativo) *que permanece en nosotros: Por* (gr. *ek*, preposición de origen; aquí, en el sentido de en virtud de, con base en, etc.) *el Espíritu que nos dio».* ¿Quién *dio* el Espíritu? De acuerdo con el contexto anterior, y por semejanza con 4:13, el sujeto del verbo *dio* es también Dios el Padre. El testimonio interno del Espíritu Santo (v. Ro. 8:16) no puede divorciarse del testimonio objetivo de nuestra conducta de fe y amor. Dice Stott: «Podría parecer a primera vista que esta referencia al Espíritu Santo dentro de nosotros introduce un criterio subjetivo de seguridad (como Ro. 8:15, 16), que es inconsecuente con lo que va antes. Pero no hay tal cosa. El Espíritu cuya presencia es la prueba de que Cristo mora en nosotros, se manifiesta objetivamente en nuestra vida y conducta. Es Él quien nos inspira a confesar a Jesús como el Cristo venido en la carne, como procede Juan de inmediato a mostrar (4:1 y ss.; cf. 2:20, 27). Es tambien Él quien nos capacita para vivir rectamente y para amar a los hermanos (cf. 4:13; Gá. 5:16, 22)».

CAPÍTULO 4

En este capítulo: I. El autor sagrado proporciona los criterios para discernir dónde está el espíritu de la verdad y dónde está el espíritu del error (vv. 1–6). II. Pasa después a desarrollar por tercera vez la prueba del amor: 1. En su fundamento (vv. 7–10); 2. En sus vivencias (vv. 11–21).

Versículos 1–6

La mención del Espíritu de Dios lleva a Juan a tratar de los «espíritus» (con minúscula). El vocablo «espíritu», en este contexto, significa el influjo sobrenatural que mueve a los hombres a pensar y obrar de una forma determinada: mala (influjo demoníaco) o buena (influjo divino). Dice Rodríguez-Molero: «Los espíritus que Juan aconseja examinar no son ni los ángeles, ni los demonios, ni ninguna otra potencia sobrehumana; son simplemente los hombres en cuanto inspirados por Dios o por el demonio». Acerca de estos «espíritus», el autor sagrado: 1) Dice que hay que examinarlos con todo cuidado (v. 1); 2) Añade que el criterio para conocer si el «espíritu» procede de Dios o del «anticristo» es la doctrina ortodoxa sobre la encarnación del Verbo (vv. 2, 3); 3) Declara que la oposición que existe entre ambos espíritus es la misma que hay entre Dios y el mundo (vv. 4–6).

1. Dice así el versículo 1: *«Queridos amigos* (gr. *agapetoí*, amados), *no creáis a cualquier espíritu, sino probad los espíritus para ver si proceden de Dios; porque han salido por el mundo muchos falsos profetas»* (NVI).

(A) Tres de las seis veces en que Juan se dirige a sus lectores con este afectuoso apelativo de *«amados»* (lit.), se hallan en este capítulo (vv. 1, 7, 11). Con la ternura va la urgencia a tener cuidado. Aquí es para que *no crean,* sin el debido discernimiento, *a cualquier espíritu.* No les urge a examinar la *calidad* de la doctrina, sino el *origen.* Hay que *poner a prueba* (gr. *dokimázete*, el conocido verbo tan frecuente en los escritos de Pablo, pero única vez que sale de la pluma de Juan) *a los espíritus* (comp. con 1 Ts. 5:21), *para ver si proceden de Dios.*

(B) La razón es que, como dice nuestro refrán, «no todo lo que reluce es oro». *«Porque han salido al mundo muchos seudoprofetas»* (lit.). Está hablando, como es obvio, de los falsos maestros que ha mencionado en el capítulo 2, de quienes sabemos, por el tenor mismo de la epístola, que eran gnósticos. Los llama *seudoprofetas,* esto es, profetas falsos, pero que se hacían pasar por verdaderos, como si hablasen directamente de parte de Dios, de quien aseguraban haber recibido una iluminación superior a la que poseían los simples fieles. Para poner de relieve el peligro que se cierne sobre las comunidades cristianas, dice que son *muchos.* Finalmente, hace notar que *han salido al mundo,* como si, después de entrenarse bien en sus tenebrosos cubiles, se hubiesen lanzado ahora a la luz pública; «en propaganda descarada», dice Rodríguez-Molero. La admonición de Juan tiene una especial relevancia en nuestros días, cuando las sectas que pretenden tener el monopolio de la verdad son tantas, y muchas de ellas se revisten con ropaje «cristiano».

2. ¿Qué criterio tendrían a mano los lectores de la epístola para discernir dichos «espíritus»? Lo va a declarar Juan en los versículos 2 y 3: *«Así es como podéis reconocer el Espíritu de Dios: Todo espíritu que reconoce que Jesucristo ha venido en carne, procede de Dios, pero todo espíritu que no reconozca a Jesús, no procede de Dios; éste es el espíritu del anticristo, del cual habéis oído que está llegando e incluso está ya ahora en el mundo»* (NVI).

(A) El verbo griego *guinóskete* puede ser presente de indicativo o de imperativo. Tanto Stott como Rodríguez-Molero y Salguero, y gran parte de las versiones modernas, lo traducen por indicativo. Personalmente, prefiero el imperativo, como traducen la Reina-Valera y la *Nueva Biblia Española*. La razón es muy sencilla: Juan está ofreciendo a sus lectores un criterio para discernir, no una noticia que ya saben de sobra. Cierto, el imperativo no implica un mandato a secas, sino la indicación de una pauta directiva, por lo que varias versiones, con muy buen acuerdo, lo traducen por *«podéis reconocer»* (NVI) o *«podéis conocer»* (Salguero). Lo mismo podría traducirse: «En esto *conoceréis*».

(B) Algunas versiones escriben el primer *«espíritu»* así, con letra inicial minúscula, pero la comparación con 1 Corintios 12:3 inclina a escribir *«Espíritu»* (con mayúscula); tanto más cuanto que el griego no dice aquí *ek toú Theoú* (que procede de Dios), sino simplemente *toú Theoú* (de Dios, el Espíritu divino). El verbo griego *homologuéi* indica, lo mismo que en el versículo 15 y en 2:23, una profesión de fe en el Verbo encarnado.

(C) La forma precisa en que la frase siguiente ha de leerse ha sido exhaustivamente estudiada por J. Stott y merece que resumamos la conclusión que deduce en su estudio: Recordemos que los gnósticos enseñaban «que el Cristo, un eón divino, había descendido sobre el hombre Jesús en su bautismo y se había retirado de Él antes de su muerte» (Stott). Esta observación de Stott nos servirá de gran ayuda para entender mejor también 5:6. Por tanto, la versión más acertada de la segunda frase del versículo 2 es la siguiente: «… *que Jesús es el Cristo venido en carne …».* Como dice Stott, a fin de precisar aún mejor el sentido: «No es que el Cristo viniese "a" la carne de Jesús, sino que Jesús era el Cristo que vino "en" la carne». En efecto, ¡la fórmula que usaban los gnósticos era precisamente la primera de esas dos!

(D) Juan añade (v. 2c) que *todo espíritu que reconoce* (y profesa) *que Jesús es el Cristo venido en carne, procede de Dios* (gr. *ek toú Theoú estín).* Aquí ya vemos la preposición *ek* y, por eso, la forma correcta de escribir ahora *«espíritu»* es con minúscula inicial. Por supuesto, no se trata únicamente de profesar con la boca dicha verdad. Comenta a este respecto Rodríguez-Molero: «Lo que dijo en 3:18 se aplica a la fe (esto es, a la profesión de fe. El paréntesis es mío): No sólo con la lengua, sino de verdad con obras tanto o más que con palabras». Éste es el criterio (en su forma positiva) para reconocer que dicho *espíritu procede de Dios* y, por tanto, que quien tal cosa enseña está hablando en conformidad con lo que Dios ha revelado acerca de su Hijo Jesucristo.

(E) A continuación Juan expresa el mismo criterio, pero en forma negativa y añade un nuevo elemento (v. 3): *«Pero todo espíritu que no reconoce a Jesús* (esta lectura está mucho mejor atestiguada que la de nuestras versiones*—"Jesucristo"—), no procede de Dios»*. ¿De quién, pues, procede? Lo declara explícitamente el autor sagrado: *«éste es el espíritu del anticristo»*. Muchos copistas pensaron, sin duda, que la frase *«no reconoce a Jesús»* había quedado incompleta y añadieron, unos *Cristo,* otros *Señor,* y aun otros *«venido en carne»*. Quizás pensaban que el ataque a los gnósticos, *los del anticristo,* no resultaba eficaz, pero, como observa Rodríguez-Molero, «la palabra *Jesús* designa la persona histórica de Jesús, el Hombre-Dios que propone la predicación tradicional (cf. 2:22; 4:15; 5:15)».

(F) Con referencia a lo que acabamos de afirmar sobre las citadas variantes del original, es interesante observar que muchos MSS latinos al seguir la pauta de un antiguo códice del monte Athos, tiene *lúei* («disuelve») en lugar de *me homologuéi* («no confiesa»), con lo que Juan habría atacado directamente la separación, propugnada por los gnósticos, entre el *Jesús*-Hombre y el *Cristo* bajado del cielo. Esta separación habría comportado, no sólo la *disolución,* sino también la *destrucción* consiguiente de la persona del Señor. Contra la opinión del jesuita F. Rodríguez-Molero de que «la lectura *lúei* parece ser la más antigua», prefiero la opinión de J. Stott, quien asegura: «Sin duda, es una temprana glosa escribal y no es auténtica». Con todo, ese verbo vino a usarse más tarde como argumento contra la herejía nestoriana.

(G) Las últimas frases del versículo 3 muestran gran similaridad con lo que Juan dice en 2:18. La misma «presencialidad» de algo futuro, que vemos en ambos lugares, es semejante a la de 2 Tesalonicenses 2:3–8, donde Pablo asegura que *«ya está en acción el misterio de la iniquidad»,* a pesar de que aún no ha sido revelado *«el hombre de pecado»*. Comenta Stott: «Al comparar los dos pasajes, 2:18–

23 y 4:1–3, resulta instructivo observar la diferencia de énfasis. En el capítulo 2, Juan enseña que de nuestra confesión o negación del Hijo depende si poseemos al Padre o no, mientras que en el capítulo 4, dice que de nuestra confesión o negación del Hijo depende si estamos inspirados por el Espíritu o no. La Persona de Cristo es central … Los que niegan al Hijo no tienen al Padre ni al Espíritu».

3. En los versículos 4–6, el autor sagrado viene a decir que la oposición entre el espíritu que procede de Dios y el que procede del anticristo es la misma que existe entre Dios y el mundo: *«Vosotros, queridos hijos* (gr. *teknía*, hijitos), *procedéis de Dios y les habéis vencido, porque el que está en vosotros es más grande que el que está en el mundo. Ellos proceden del mundo y, por ello, hablan desde el punto de vista del mundo, y el mundo les presta atención. Nosotros procedemos de Dios, y todo el que conoce a Dios nos presta atención; pero todo el que no procede de Dios no presta atención a lo que decimos. Así es como reconocemos el Espíritu* (o, *espíritu) de la verdad y el espíritu de la falsedad»* (NVI).

(A) Turnando con el *agapetoí* («amados») de los versículos 1, 7 y 11, hallamos el otro apelativo cariñoso *teknía* («hijitos») en el versículo 4, pero el vocablo que, en el original, encabeza el versículo es *humeís* («vosotros»), con el énfasis puesto en los genuinos creyentes, que son los destinatarios de la epístola. La misma posición enfática tiene el *autoí* («ellos», los falsos maestros) al comienzo del versículo 5, y el *hemeís* («nosotros») al comienzo del versículo 6, con lo que da a entender, con esta inclusión de sí mismo en la primera persona del plural, que lo que está diciendo forma parte de la predicación apostólica, como lo muestra el contexto posterior del versículo 6 *«el que conoce a Dios nos presta atención, etc.»*.

(B) Juan asegura a sus lectores que ellos *proceden de Dios y han vencido a los falsos maestros.* Dice Rodríguez-Molero: «Para quitarles el horror que debía suscitar su última palabra: "ya está en el mundo" (final del v. 3. El paréntesis es mío), y aumentar su confianza, les asegura con énfasis y cariño: Pero *vosotros sois de Dios y* pertenecéis a Dios y participáis de su fuerza». En 2:13, 14, Juan había mencionado la victoria sobre el Maligno, pero, como apunta Stott, aquella victoria había sido de carácter moral, más bien que intelectual; esto es, en el plano ético, no en el doctrinal. Pero aquí es un caso de fe, no de práctica, pues trata del conflicto entre el espíritu de la verdad y el del error (v. 6, al final).

(C) Esta victoria de los fieles se debía a que *«el que está en vosotros,* dice Juan (v. 4b), *es más grande* (es decir, más poderoso) *que el que está en el mundo»*. El que está en los fieles es el Espíritu Santo (v. 3:24b), y el que está en el mundo es el Maligno, Satanás, *«el príncipe de este mundo»* (Jn. 12:31). La iluminación que los fieles reciben del Espíritu Santo (2:20, 27) es más que suficiente para proteger del error a los creyentes genuinos. Los falsos maestros (v. 1) tienen el espíritu del anticristo (v. 3), son del mundo (v. 5) y, por tanto, *yacen en poder del Maligno* (5:19). Sin embargo, es interesante la aguda observación de Rodríguez-Molero de que, con respecto a los fieles, dice Juan que el Espíritu Santo *está en ellos,* mientras que, al hablar de los falsos maestros, no dice *ho en autoís* («el que está en ellos»), sino *«el que está en el mundo»,* y comenta acerca de esta diferencia: «El apóstol no puede afirmar que Satán tenga la misma inhabitación, que ejerza el mismo influjo inmediato sobre los suyos que el Señor sobre los fieles, por convencido que esté de que "todo el mundo yace en poder del maligno" (5:19)». Las frases de Juan a sus lectores recuerdan las de Eliseo a su criado en 2 Reyes 6:16: *«más son los que están con nosotros que los que están con ellos»*.

(D) Los versículos 5 y 6 están llenos de contrastes y es conveniente que los estudiemos conjuntamente, analizando por separado los contrastes:

(a) Contraste de procedencia: *«Ellos* (los falsos maestros) *proceden del mundo»* (v. 5a), pertenecen al mundo y llevan «la voz cantante» del mundo. *«Nosotros* (los apóstoles) *procedemos de Dios»* (v. 6a), no sólo por ser nacidos de Dios, sino también por ser comisionados por Él como testigos de primera mano del Cristo resucitado.

(b) Contraste de mentalidad: *«Ellos … hablan desde el punto de vista del mundo»,* razonan al estilo meramente humano, mundano y, por tanto, satánico (comp. con Mt. 16:23). Parecería que el contraste se rompe aquí, puesto que Juan no añade, en el versículo 6b: «Nosotros … hablamos desde el punto de vista de Dios», pero no le hace falta añadir esto, pues la frase siguiente (v. 6c): *«todo el que conoce a Dios …»* engloba en primer lugar a los apóstoles en su *comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo* (1:3c) y lo atestigua la frecuente repetición del verbo *«conocer»* en este sentido (2:3–5, 13, 14; 3:1—la segunda vez—, 6, 16; 4:6–8, 13, 16; 5:20). La mentalidad apostólica estaba estrechamente ajustada a la de Cristo y, por tanto, a la de Dios (Lc. 10:16). Véase también el comentario a Juan 17:21. (Mi opinión personal—y de algún otro autor—es que Jesús se refiere allí únicamente a los apóstoles.)

(c) Contraste de audiencias: «… *y el mundo les presta atención»* (v. 5c), puesto que reconoce en ellos la misma mentalidad. «A los mundanos les gusta, naturalmente, oír la sabiduría del mundo» (Rodríguez-Molero). Así se explica el lamentable estado de los últimos tiempos, no sólo en los círculos notoriamente mundanos, sino aun dentro de las comunidades cristianas (v. 2 Ti. 4:3, 4). En cambio, «… *todo el que conoce a Dios nos presta atención; pero todo el que no procede de Dios no presta atención a lo que decimos»* (v. 6c). Las cosas de Dios se conocen mediante el Espíritu de Dios (v. 1 Co. 2:10–14). Los que tienen el Espíritu, *«la unción del Santo»* (2:20, 27; 3:24), no sólo conocen las cosas de Dios, sino que tienen comunión íntima, experimental (según el sentido del verbo *conocer* aquí), con Dios. Por eso, sólo *el que conoce a Dios, presta atención a la predicación apostólica,* pues reconoce en los apóstoles a los enviados de Dios (Lc. 10:16; Jn. 8:47).

Es menester aquí poner de relieve que el prestar atención al mensaje apostólico no es lo mismo que prestar atención a un supuesto magisterio jerárquico, «infalible», de la Iglesia. Me atrevo a decir que es, en último término, *aquí* donde se hace la línea de separación entre Roma y la Reforma, y quienes no lo vean padecen enorme miopía. Dice, por los evangélicos, J. Stott: «La frase … *nos oye* no puede referirse a las tradiciones de la Iglesia (o del papado) sin hacer violencia a la insistencia que, en esta epístola, pone en la primitiva doctrina apostólica, totalmente aparte de la cuestión histórica sobre si el consenso de la opinión cristiana ha sido un fidedigno criterio de verdad. C. H. Dodd está en lo cierto al decir que los profetas, que representaban la espontaneidad y la libertad, estaban (y están) siempre subordinados a los apóstoles y a su autoridad».

Oigamos ahora lo que, de parte de los catolicorromanos, dice el dominico Salguero en su comentario al versículo 6: «La fe, transmitida unánimemente en las iglesias y enseñada por los obispos en comunión con el Papa, es la norma suprema de los fieles, el criterio último de la doctrina ortodoxa. Los que la escuchan y obedecen son de Dios; los que no la oyen no son de Dios, sino que pertenecen al bando de Satanás». ¡Vean los protestantes amantes del ecumenismo dónde les coloca Salguero que, al fin y al cabo, se limita a expresar la enseñanza, aún vigente, del Vaticano I (año 1870)!

(d) Contraste conclusivo: *«Así es como reconocemos el Espíritu* (o *espíritu) de la verdad y el espíritu de la falsedad* (lit. *del error)»* (v. 6d). Aunque el Señor Jesucristo aplicó al Espíritu Santo el título de *«Espíritu de la verdad»* (v. Jn. 14:17; 15:26; 16:13) y, más tarde, el propio Juan dice que *«el Espíritu es la verdad»* (5:6), el contraste con *«el espíritu del error»,* designando la mentalidad de los mundanos inspirados por Satanás, parece indicar que *«el espíritu* (con minúscula inicial) *de la verdad»* designa la mentalidad cristiana inspirada por el Espíritu Santo. La diferencia ortográfica, como puede verse, no tiene mucha importancia.

Versículos 7–10

Por tercera vez (v. 2:7–11 y 3:11–18) vuelve ahora Juan al *test* del amor; esta vez, para llegar a su misma fuente en estos versículos; más tarde (vv. 11–21), va a exponer las consecuencias que, para la comunión fraternal, se deducen de la tercera definición que, en los escritos de Juan, hallamos de Dios: *«Dios es amor»* (vv. 8, 16). Sin embargo, tanto la definición aludida, como la descripción que Juan hace de la manifestación del amor de Dios, sirven de motivos para el amor fraternal. Por eso: 1) Comienza con la exhortación al amor mutuo (v. 7a); 2) Pone como primer motivo el amor de Dios como constitutivo eterno y esencia de su propia naturaleza (vv. 7b, 8); 3) Y después, según su manifestación histórica en la donación de Su Hijo Unigénito al mundo (vv. 9, 10).

1. Como observa J. Stott, la exhortación a *amarnos unos a otros* aparece tres veces en este capítulo; aquí (v. 7a), como exhortación propiamente dicha; en el versículo 11, como un deber que hemos de cumplir; y en el versículo 12, como una hipótesis cuya realización pone de manifiesto que nuestra comunión con Dios es genuina. El versículo 7 es introducido, como el 1 y el 11, con el vocablo afectuoso *amados* (gr. *agapetoí);* y continúa: *«amémonos mutuamente»* (NVI). Esta exhortación no es nueva, pues ya la había expresado implícitamente dos veces: (A) Como señal de haber pasado de las tinieblas a la luz (2:7–11); (B) Como señal de haber pasado de la muerte a la vida (3:11–18). Pero ahora lo hace en virtud de lo que Dios es en Sí (vv. 7b, 8) y de la donación que nos ha hecho de Su Hijo (vv. 9, 10).

2. El primer motivo, pues, es que el amor es una de las tres características primordiales de la naturaleza divina (las otras dos se hallan en Jn. 4:24 y 1 Jn. 1:5). Veamos cómo lo expresa Juan en los

versículos 7b, 8: «… *El verdadero amor procede de Dios. Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quienquiera que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor»* (NVI).

(A) Dice primero que el *amor* (gr. *agápe),* el amor genuino, tiene su origen en Dios (gr. *ek toú Theoú estín).* Juan había expuesto ya la calidad excelsa, celestial, de este amor, y lo había hecho con gozosa admiración (3:1). Allí dijo (3:1b) que nuestra filiación divina es fruto del sublime amor que Dios nos tuvo. Por eso añade aquí que *«todo el que ama* (gr. *pas ho agapón,* en participio de presente, como una actitud constante) con amor genuino, generoso, altruista, *ha nacido de Dios,* es decir, manifiesta con esa actitud (comp. con 2:29) de qué Padre ha heredado esa sublime virtud del amor, y *conoce a Dios* de una manera experimental, íntima y práctica, pues se refleja al exterior» (comp. con 2:3–5; 3:6).

(B) Como es costumbre de Juan, vuelve a expresar lo mismo, pero en forma negativa: *«Quienquiera que no ama no conoce* (lit. *no conoció) a Dios»* (v. 8a). La consecuencia es lógica, pues si el amor verdadero comporta la comunión íntima con Dios, la falta de dicho amor comporta también la carencia de dicha comunión. No puede pasarse por alto la diferencia de tiempo que, en el original, se observa en cada uno de los dos casos. Del que *ama* dice Juan que *conoce* (gr. *guinóskei,* en presente de indicativo) *a Dios;* un conocimiento que comenzó con el nuevo nacimiento y perdura con la permanente participación de la naturaleza divina. En cambio, del que *no ama* dice que *no conoció* (gr. *ouk égno,* en aoristo) *a Dios,* esto es, esa experiencia íntima de la comunión con Dios no se ha dado jamás en él.

(C) Y, como fondo esencial de esta primera motivación, Juan propone la definición de Dios como amor: *«pues Dios es amor»* (lit. en el v. 8b). Esta definición es tan asombrosa, que hizo decir al gran Agustín de Hipona, en su comentario a esta epístola: «¿Qué más se pudo decir, hermanos? Si, en alabanza del amor, nada se dijese a través de todas las páginas de esta epístola, si nada absolutamente se dijese en las demás páginas de las Escrituras, y sólo oyésemos esta palabra de la boca del Espíritu de Dios, que "Dios es Amor", ya no deberíamos buscar ninguna cosa más». Y el gran orador francés Bossuet, al parodiar la pretenciosa afirmación pagana de que el dios Eros (Cupido, para los latinos) es la personificación del amor, dice: «Sólo los cristianos podemos afirmar que el Amor es un Dios». Dejando aparte la inexactitud teológica de Bossuet, sacrificada deliberadamente en aras de su vuelo retórico, notemos que nuestro *Dios no es Eros,* el amor sensual, egoísta, de los paganos, sino *Agápe,* el amor generoso, altruista, desconocido en este mundo antes de que Dios lo revelase, revelando así lo más íntimo de Su propia naturaleza.

3. El segundo motivo se basa en la donación que Dios nos hizo de su propio Hijo Unigénito, a fin de concedernos la vida eterna por medio de Su muerte temporal (vv. 9, 10): *«Así es como mostró Dios su amor entre nosotros: Envió a su único Hijo (o a su Hijo Unigénito) al mundo para que viviésemos por medio de Él. Esto sí que es amor: no el que nosotros hayamos amado* (es decir, primeramente—comp. con el v. 19—) *a Dios, sino el que Él nos amó y envió a su Hijo como sacrificio propiciatorio* (lit. *propiciación;* el mismo vocablo de 2:2) por nuestros pecados» (NVI).

(A) Al decir *«En esto se manifestó* (gr. *ephaneróthe,* el tan conocido aoristo—v. 1:2, dos veces; 3:2, 5, 8—) *el amor de Dios entre nosotros»* (lit.), el autor sagrado no quiere decir que el amor de Dios no se hubiese manifestado antes al exterior, ya que, al ser el Amor mismo una característica de la naturaleza divina, no una más de las actividades de Dios, «toda su actividad es una actividad amante. Si crea, crea por amor; si gobierna, gobierna con amor, si juzga, juzga con amor. Todo cuanto hace es la expresión de su naturaleza, que es amar» (Dodd). Lo que Juan quiere dar a entender aquí es que el envío de su único Hijo al mundo fue la suprema manifestación de Su amor (v. Jn. 3:16).

(B) Añade Juan que Dios *«envió a su único Hijo* (gr. *monoguenés,* única vez que tal vocablo sale en las Epístolas de Juan, aunque ocurre 4 veces en su Evangelio—1:14, 18; 3:16, 18—) *al mundo para que vivamos por medio de Él* (de su Hijo)». En el versículo 14, dice que *«el Padre ha enviado al Hijo como Salvador del mundo».* Al comparar estas frases con Lucas 19:10, por un lado, y con Juan 3:16, por otro, vemos que la venida del Hijo de Dios a este mundo tuvo por objeto el *darnos la vida eterna* (v. también 1:2; 4:12; 5:20, así como Jn. 3:36; 5:24; 6:40, 47; 10:10, 28) a cuantos pongamos su fe en Él. Al ser Jesucristo el *Hijo único* de Dios, su donación tiene también carácter de unicidad. Dice J. Stott: «No se puede concebir un mayor don de Dios, porque no era posible un don mayor. Este fue el "don inefable" de Dios (2 Co. 9:15)».

(C) Pero, como observa el mismo Stott: «La preeminente manifestación de amor no fue la encarnación, sino la redención». Por eso, añade Juan (v. 10) que la grandeza del amor de Dios se echó de

ver *(«en esto está el amor»*—lit.—) no sólo en que Dios envió Su Hijo al mundo, sino en que lo *envió* «(como) *propiciación por* (gr. *perí*, la misma preposición de 2:2) *nuestros pecados»*.

(D) La grandeza de ese amor de Dios, al enviar a su único Hijo al mundo, se manifiesta todavía con mayor esplendor si tenemos en cuenta por quiénes murió Cristo: por miserables pecadores, enemigos de Dios, que ni le amábamos ni le buscábamos (Ro. 5:7, 8; 10:20; Ef. 2:1; 3:14). Dios se adelantó a amarnos y, a pesar de nuestra miserable condición (y precisamente por eso—Lc. 19:10—), envió a Su Hijo a rescatarnos de ella, «no porque fuésemos en modo alguno dignos de amor, sino porque Él es amor» (Stott). O, como escribe E. Kevan, «el hombre no era digno de ser salvo, pero era digno de Dios salvar al hombre». Con toda reverencia podemos decir que el Dios que todo lo puede no pudo hacer más. Si hubiese podido hacer más y no hubiese querido, habría podido tener amor, pero habría dejado de ser el Amor, un átomo de reserva es suficiente para poner límite a la infinitud del amor.

Versículos 11–21

No es fácil poner título a esta sección ni hacer de ella una clara subdivisión. Ryrie la titula «Las glorias del amor». Rodríguez-Molero le pone como epígrafe «Vivamos la caridad fraterna». Quizás, en efecto, el mejor título sería «Las vivencias del amor». La subdivisión que personalmente sugiero es la siguiente: 1) La respuesta práctica que hemos de dar al gran amor que Dios nos ha tenido (vv. 11, 12); 2) Cómo se muestra en nosotros la inhabitación de la Trina Deidad (vv. 13–16); 3) Cómo conocemos que el amor de Dios se ha perfeccionado en nosotros (vv. 17–21). Las pruebas de fe, de amor y de obediencia se prolongan hasta 5:5 inclusive.

1. En los versículos 7–10, el autor sagrado nos ha hecho ver lo sublime del amor de Dios, que se ha mostrado especialmente en la donación que nos hizo de su Hijo Unigénito. Ahora va a deducir de ahí la obligación que tenemos *(opheílomen)* de amarnos mutuamente todos los que somos hijos de Dios (vv. 11, 12): *«Queridos amigos* (gr. *agapetoí*, última vez que tal epíteto se repite en esta epístola), *puesto que Dios nos ha amado así, también nosotros debemos amarnos mutuamente. Nadie ha visto jamás a Dios* (comp. con el v. 20, así como con Jn. 1:18; 6:46; 1 Ti. 6:16); *pero si nos amamos los unos a los otros, Dios vive en nosotros y su amor ha alcanzado la perfección en nosotros»* (NVI).

(A) Si el amor de Dios le ha llevado a sacrificarse por nosotros en la persona de su Hijo único, también nosotros hemos de amarle a Él y a sus demás hijos, nuestros hermanos, con un amor que llegue al sacrificio (v. 3:16–18). Dice Stott: «Nadie que haya estado junto a la Cruz y haya visto desplegado allí el inconmensurable y desmerecido amor de Dios, puede volver a una vida de egoísmo». Notemos que Juan usa el verbo griego *opheílomen*, el cual, como ya dijimos en otro lugar, indica una obligación rigurosa, como una deuda de la que no podemos desentendernos.

(B) Como lo ha hecho en el versículo 7, y lo volverá a hacer con todo detalle en el versículo 20, Juan pone (v. 12) el amor al prójimo como prueba manifiesta de que amamos a Dios. En efecto, Dios es invisible y, por tanto, nuestra comunión íntima con Él no se percibe al exterior de otra manera que en el amor que tenemos a nuestros hermanos. Sólo cuando nuestro amor se manifiesta activa y prácticamente en el sacrificio que estamos dispuestos a hacer por nuestros hermanos (3:16–18), es cuando podemos tener seguridad de que nuestro amor a Dios es genuino, ha ganado los mismos quilates—aunque no en grado infinito—que los que el amor de Dios tiene, pues nos da la prueba decisiva de que *Dios vive* (lit. *permanece) en nosotros* y nos está transformando en Sí mismo por la mutua inmanencia (v. 16) que el amor produce.

(C) ¿Qué significa, en este contexto, *«el amor de Dios», «su amor»?* ¿Es el amor que Dios nos tiene o el que nosotros le tenemos a Él? La fraseología de Juan al decir que ese amor *ha alcanzado la perfección* (lit. *está habiendo sido perfeccionado) en nosotros,* ha hecho pensar a muchos que se trata de nuestro amor a Él, ya que el amor de Dios a nosotros ha sido siempre *perfecto,* pues no aumenta ni disminuye. Pero esta interpretación va contra todo el contexto anterior, que trata del amor que Dios nos tiene y ha tenido. Lo que Juan quiere decir aquí es que, al amarnos mutuamente los hijos de Dios, el amor de Dios ha obtenido su máxima perfección, su actuación más eficaz, al reproducirse *entre nosotros* en una perfecta, genuina, comunión eclesial.

2. Juan describe otra prueba de que tenemos comunión vital con Dios: La inhabitación de Dios, por medio de su Espíritu, en todos los que hemos recibido, por fe, al Señor Jesucristo como nuestro Salvador (vv. 13–16): *«Conocemos que vivimos en Él* (Dios), y *Él en nosotros, porque* (gr. *hóti*, pues) *nos ha hecho*

donación de su Espíritu. Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre ha enviado a su Hijo a ser el Salvador del mundo. Si alguien reconoce que Jesús es el Hijo de Dios, Dios vive en él, y él en Dios. Y así nosotros conocemos el amor que Dios tiene por (lit. *entre) nosotros y nos fiamos de* (lit. y *hemos creído) su amor. Dios es amor* (repetición del v. 8). *Todo el que vive con amor, vive en Dios, y Dios en él»* (NVI).

(A) El versículo 13 se abre con la conocida fórmula *«En esto conocemos»* (lit.; el verbo está en presente continuativo). Sigue después lo que quiere probar; esta vez, de forma personal (no impersonal—comp. con 3:24—): la mutua inmanencia de Dios en nosotros y de nosotros en Dios. Dice que conocemos esto en que *nos ha hecho donación de su Espíritu.* Ya en 3:24 había apelado al testimonio del Espíritu, pero entonces la mutua inmanencia se probaba por la observancia de los mandamientos de Dios, mientras que aquí se prueba por el amor mutuo entre los hermanos (v. 12), de lo cual el Espíritu Santo da testimonio. Pero no es el *testimonio* del Espíritu lo que aquí se pone de relieve (a diferencia de 3:24), sino la *donación* que de Él nos ha hecho el Padre: *«nos ha dado de* (gr. *ek*, preposición de origen) *su Espíritu»*. Dice Salguero: «Dios nos ha dado una participación del Espíritu, cuya plenitud la posee Cristo». Los dos textos que nos confirman esto son Juan 3:34, con referencia a Cristo, y Efesios 4:7 (v. también Ro. 12:3; 1 Co. 12:4, 7 y ss.), con referencia a nosotros. De todos los dones que Dios nos ha regalado, el Espíritu Santo es el Don por antonomasia (v. Ro. 5:5), el agente de la Deidad para derramar en nuestros corazones el amor de Dios.

(B) En el versículo 14, Juan interpone su autoridad apostólica, su condición de testigo de primera mano, como en 1:1–3, para mostrar que, aun cuando el Padre es el Dios invisible (v. 12a), se manifestó de tal manera en Jesucristo (comp. con Jn. 14:9, 10) que, quienes vieron a Jesús, le oyeron, contemplaron y palparon, tuvieron la evidencia de que Él era el enviado del Padre para la salvación del mundo (v. 14b, comp. con Jn. 3:16, 17). El *mundo* significa aquí, como en Juan 3:16, 17; 4:42; 6:33, 51, etc., la humanidad caída por el pecado y necesitada de salvación. A este resultado, la salvación del mundo, apunta el pretérito perfecto *apéstalken*, que Juan usa aquí.

(C) La respuesta al testimonio apostólico consiste en *confesar* (el mismo verbo de 2:23; 4:2, 3) el núcleo del testimonio apostólico (comp. con Mt. 16:16): *«El que confiese* (lit. *diga lo mismo.* V. el comentario a 1:9) *que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios»* (Lit.). Esta es la tercera vez que Juan menciona la mutua inmanencia de Dios y de nosotros. La primera (3:24) tenía que ver con la prueba de la obediencia; la segunda (4:13), con la prueba del amor fraternal; esta tercera del versículo 15 hace referencia a la prueba doctrinal, de la fe. El aoristo de subjuntivo griego *homologuése* apunta, «no a una presente y continua confesión …, sino a una sola y decisiva, pública, confesión, cuyo tiempo no se especifica» (Stott). El contexto anterior (v. 14) da a entender que dicha confesión no es meramente cristológica, sino también soteriológica; es decir, no sólo a Jesús como Verbo encarnado, sino al Cristo como Redentor del mundo.

(D) Por cuarta vez va a mencionar Juan (v. 16) la mutua inmanencia de Dios y del creyente genuino que guarda comunión con Dios. Pero esta vez, la referencia (que es también al amor, como en el v. 13) va matizada por un nuevo elemento: el crédito que toda persona nacida de nuevo presta al testimonio de la predicación apostólica.

(a) En efecto, Juan comienza diciendo: «*Y nosotros* (énfasis de persona y de colocación) *hemos conocido* (gr. *egnókamen*, en pretérito perfecto, un conocimiento experimental, íntimo, que no se borra con el tiempo) *y creído* (gr. *pepisteúkamen*, también en pretérito perfecto; una fe que no decae) *el amor que Dios tiene entre nosotros»* (lit.).

(b) ¿A quién se refiere ese *«nosotros»?* ¿A todos los creyentes? Sin duda, no, sino a solos los apóstoles, quienes *«vieron y creyeron»* (comp. con Jn. 20:8, 29, porque ellos necesitaban ser testigos de vista (v. Hch. 1:21 y ss.). Pero hubo un tiempo en que también ellos necesitaron *creer* en Jesucristo antes de *conocerle* bien; a este tiempo alude Pedro en Juan 6:69 (los verbos están en orden inverso: *«nosotros hemos creído y conocido …».* Véase también el comentario a Jn. 17:8).

(c) Precisamente porque los apóstoles convivieron con el Señor, llegaron mejor que nadie a conocer íntimamente y dar crédito al amor que Dios nos tiene, puesto que ese amor se manifestó especialmente al enviar a su Hijo como Salvador del mundo; esta conexión doctrinal es patente en el contexto anterior (v. 14).

(d) La mención del testimonio de primera mano, que Juan acaba de hacer del amor de Dios, manifestado en el envío de Su Hijo, lleva a Juan a repetir su definición del versículo 8: *«Dios es Amor»*

(v. 16b). Pero esta repetición no está desprovista de motivo, pues, a partir de ella, el autor sagrado nos va a ofrecer, por cuarta vez, la mutua inmanencia de Dios y del creyente en su base doctrinal y práctica más profunda posible: «Y *el que permanece en el amor, permanece en Dios, y Dios permanece en él»* (lit.). No puede ser más lógica la conclusión, pero ¡qué profundidad encierra!

(e) En efecto, al describir el amor como el elemento donde se produce la mutua inmanencia de Dios y el creyente, Juan viene a decir que el amor tiene virtud transformante. Mientras el intelecto presenta una corriente que va de fuera adentro (es asimilante), el corazón sigue un sentido opuesto (es asimilado), ya que, al ser atraído por el objeto amado, tiende a transformarse en él. Por eso, dijo el Señor (Mt. 6:21): *«Porque donde está vuestro tesoro allí estará también vuestro corazón»*. De aquí se deduce que, cuando dos personas ponen enteramente su corazón en una misma persona o cosa, tienden a identificarse mutuamente entre sí, supuesto que su tendencia sea de amor genuino, no de codicia o concupiscencia, pues en este caso el amor es exclusivista. Ahora bien, si *Dios es Amor*, por definición, el que es atraído por el amor, a vivir en el amor, que es vivir de amor, no puede menos de ser atraído por Dios, a vivir en Dios, lo cual es vivir de Dios. Por otra parte, Dios no puede menos de vivir en el amor, pues Él es Amor. Así que no puede menos de vivir en todo aquel que también vive en el amor. Esta virtud transformante del amor explica el simbolismo tan expresivo que hallamos en lugares como 1 Corintios 10:17: *«Al haber un solo pan, nosotros, aun siendo muchos, somos un solo cuerpo, porque todos participamos de aquella única pieza de pan»*.

3. En estos versículos Juan cierra con broche de oro el capítulo, volviendo a la idea (v. 12, al final) de la consumación del amor, pero ahora, como muy bien hace notar Stott, no está tratando del amor de Dios en nosotros, sino de nuestro amor a Dios. Podemos decir que a ese término le ha conducido el rumbo que ha seguido en los versículos 13–16. Notemos, dentro de esta última sección, la repetición que el autor sagrado hace, en el versículo 19, de lo que ya dijo en el versículo 10; por ello, no añadiremos comentario alguno a lo que ya dijimos allí. Con ello, la sección queda subdividida en dos partes bien definidas: (A) El amor genuino engendra confianza (vv. 17, 18); (B) El genuino amor a Dios se comprueba por el amor al prójimo (vv. 20, 21).

(A) Veamos lo que nos dice Juan en los versículos 17, 18: *«En esto ha sido perfeccionado* (pretérito perfecto de la voz media-pasiva) el *amor con (meth',* apócope de *metá*, preposición de compañía) *nosotros, para que tengamos* (es decir, *en que podamos tener) confianza en el día del juicio, pues así como es Él, así somos también nosotros en este mundo. No hay temor en el amor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor, pues el temor tiene castigo, y el que está temiendo no ha sido perfeccionado en el amor»* (lit.). Analicemos estos dos versículos:

(a) Hemos dicho, siguiendo la observación de Stott, que la *perfección* de que ahora trata Juan no se refiere al amor que nos tiene Dios (v. 12), sino al que nosotros le tenemos a Dios. Esto se confirma por el cambio de preposición: En el versículo 12, usa la preposición *en*, que da a entender la perfección con que el amor de Dios actúa *en* nosotros; en cambio, en el versículo 17 usa la preposición *metá*, lo que da a entender que el amor ha encontrado *con* nosotros, entre nosotros, su consumación. Por supuesto, el autor sagrado «no está insinuando que el amor de algún cristiano pueda ser en esta vida absolutamente perfecto, sino más bien desarrollado y maduro, permanentemente fijo en Dios» (Stott).

(b) La conjunción final *hína, para que,* con la cual comienza la segunda frase del versículo 7, tiene el significado de *«que»*, como en 3:23. Así que lo que Juan quiere decir en dicho versículo es que, si el amor que le tenemos a Dios (y al prójimo, pues el autor sagrado calla adrede a quién se refiere el amor) es perfecto, maduro, estable, no tenemos ningún motivo para temer acercarnos al tribunal de Cristo en el día del juicio, pues no seremos avergonzados (comp. con 2:28). El versículo 18 da a entender claramente que esa *confianza* (gr. *parrhesían)* producida por la consumación del amor en nosotros, no está exclusivamente reservada para el día del juicio, sino que podemos disfrutar de ella ya ahora.

(c) La razón que Juan da es (v. 17c) que *«en este mundo somos semejantes a Él»* (NVI). ¿Quién es, aquí, Él? Una mirada retrospectiva a 2:28, 29 y 3:2, 3, nos hace ver que Juan se está refiriendo a Cristo, y que, así como hemos de ser semejantes a Él en pureza (3:3), tambien lo somos ya *en amor.* Comenta J. Stott: «Jesús es el Hijo amado de Dios, y en Él se complace Dios; también nosotros somos hijos de Dios (3:1) y objeto de Su favor. Si Él (Cristo) llamaba, y llama, «Padre» a Dios, tambien nosotros. Somos «colmados de gracia en el Amado» (Ef. 1:6); podemos compartir Su confianza en Dios».

(d) El autor sagrado confirma con una nueva razón lo que ha dicho en el versículo 17 acerca de la confianza producida por el amor perfecto. *«No hay temor en el amor»*, dice textualmente; es decir, donde

el amor es perfecto, no hay mezcla de temor en el amor, *«no hay lugar para el temor en el amor» (New English Bible).* Por supuesto, Juan no se refiere aquí al temor reverencial de los hijos, sino al temor servil de los esclavos, es decir, al *miedo.* Por eso añade que *«el perfecto amor arroja fuera el temor»,* ya que ambos sentimientos, el amor y el miedo, con respecto a una misma persona, son incompatibles.

(e) Todavía añade una nueva razón de dicha razón, al decir: *«Pues el temor tiene castigo»,* es decir, implica una referencia al castigo que se teme en caso de que no se cumpla bien lo que manda el amo. El que ama de todo corazón y se siente amado, no tiene por qué temer; puede (y debe) tener respeto, temor reverencial, pero no miedo. Por eso, concluye Juan, *«el que está temiendo no ha sido perfeccionado en el amor».* Comenta F. Rodríguez-Molero: «El pensamiento joaneo es claro y terminante: El que teme se deja llevar de una reacción servil y egoísta; su temor encierra no sólo inquietud, sino incertidumbre y falta de confianza. Esto enfría la amistad con Dios. Al amor perfecto de los hijos (4:16) no tienen acceso esos tímidos egoístas con espíritu de esclavos». Por su parte, Agustín de Hipona comenta aquí con su habitual brillantez: *«El temor no se da en el amor.* Pero ¿en qué amor? No en el amor imperfecto. ¿En cuál, pues? En el amor perfecto, que expulsa el temor. Por consiguiente, es el temor el que comienza, pues el comienzo de la sabiduría es el temor de Dios. El temor, en cierto sentido, prepara el sitio al amor. Pero una vez que el amor comienza a habitar (en el alma), el temor que le había preparado la morada es arrojado fuera».

(f) El versículo 19, que sirve de puente entre lo que precede y lo que sigue, es, como ya dijimos, una repetición abreviada del versículo 10, pero con un matiz especial, debido al contexto anterior (v. 18). Para que nadie pueda pensar que ha desaparecido de nosotros el temor por algún esfuerzo que hayamos hecho en desalojarlo mediante un perfecto amor (o por algún mérito de nuestra parte), Juan nos recuerda que si podemos amar a Dios de esa manera es *porque Él nos amó primero, no porque nos adelantásemos a amarle a Él.*

(B) Ya en 1:3–7; 2:7–11, pero especialmente en 3:14–18, Juan ha hecho saber que no se puede estar a bien con Dios si se está a mal con los hermanos. Sin embargo, es ahora cuando va a lanzar el ataque definitivo a los que se creen santos, con un (supuesto) ferviente amor a Dios, pero odian a sus hermanos o se despreocupan de ellos. Dice Stott: «El perfecto amor que echa fuera el temor, echa fuera también el odio». Veamos cómo lo expresa Juan en los versículos 20, 21: *«Si alguno dijese: "Amo a Dios", y odia a su hermano, es un embustero; porque el que no ama* (participio de presente) *a su hermano a quien ha visto, ¿al Dios a quien no ha visto cómo puede amar?* (presente de infinitivo). Y *este mandamiento tenemos de (apó,* de parte de) *Él, que* (gr. hína—como en 3:23 y 4:17—) *el que* ama a *Dios, ame también a su hermano»* (lit.).

(a) Sin pelos en la lengua, Juan se atreve a decir que cualquiera que alegue amar a Dios, pero odie o menosprecie a su hermano (o se desentienda de él—v. 3:17, 18—) *es un embustero,* está mintiendo. Esta es la tercera de las «tres negras mentiras aludidas en la epístola», dice Stott. Las otras dos se hallan en 1:6 (repetida, con otras palabras, en 2:4) y 2:22, 23. Cada una de ellas afecta a un aspecto distinto de la conducta cristiana: la primera, al aspecto moral; la segunda, al aspecto doctrinal; la tercera, al social.

(b) El autor sagrado hace ver claramente que es imposible un genuino amor a Dios sin un amor, igualmente genuino, a nuestros hermanos. Viene a decir lo siguiente: Cualquiera puede decir que ama a Dios, pero ¿cómo lo prueba, puesto que a Dios no se le ve? Ni él ni nadie puede mostrar tangiblemente lo que se le hace a un Dios invisible. En cambio, al hermano y a la hermana, no sólo se les puede ver, sino que se les ve realmente. Ahí es donde se puede mostrar con hechos el amor a una persona. Ahí es donde no cabe ilusión ni engaño. Y así como es más fácil mostrar amor a un amigo que se ve que a uno que no se ve, así también es más fácil cumplir con el amor al prójimo que con el amor a Dios. Por otra parte, el amor genuino *(agápe)* proviene de Dios y es el mismo (v. Ro. 5:5; 1 Jn. 3:1) en Dios y en nosotros. Por tanto, es imposible amar genuinamente a Dios sin amar al hijo de Dios. Dice Nygren (citado por Rodríguez-Molero): «El que no ama a su hermano, *no puede* amar a Dios, en virtud de una ley establecida por el mismo Dios. No se trata, pues, de una imposibilidad psicológica, del alma del creyente; sino de una imposibilidad física, que brota de la naturaleza de la caridad. Esta versa sobre un doble objeto: Dios y el prójimo, pero tan indisolublemente unidos, que del uno se puede concluir el otro».

(c) Que no se trata solamente de una necesidad psicológica, sino de algo que brota naturalmente de la naturaleza misma del amor *agápe,* se ve por lo que el propio Juan añade (v. 21): «Y *este mandamiento tenemos de parte de* (gr. *apó) Él, que quien ama a Dios ame también a su hermano»* (lit.). Bueno será

recordar que los mandamientos de Dios no son fruto del capricho o del arbitrio, sino que están siempre en consonancia con el mayor bien de las personas a las que van dirigidos.

CAPÍTULO 5

En este capítulo, y siguiendo la subdivisión que hace el Dr. Ryrie, Juan hace ver las consecuencias de la comunión, con cuya referencia comenzó su epístola: I. Continúa hablando del amor fraterno, como algo mandado por Dios (vv. 1–3). II. Pasa a referirse a la fe, como un poder que nos da la victoria sobre el mundo (vv. 4, 5). III. Pone de relieve las credenciales que acreditan la doctrina apostólica sobre la persona de Jesucristo (vv. 6–12). IV. En un versículo que nos recuerda Juan 20:31, nos asegura que quien cree en el Hijo de Dios tiene vida eterna (v. 13). V. Describe ciertas pautas para la oración (vv. 14–17). VI. Termina insistiendo una vez más en que nuestra filiación divina comporta el abandono de toda práctica pecaminosa (vv. 18–21).

Versículos 1–3

En estos tres versículos, Juan combina las tres pruebas o *tests* que, contra los gnósticos, ha venido proponiendo a lo largo de la epístola: La de la fe, en el versículo 1 (v. tambien los vv. 4, 5); la del amor, en el versículo 2; la de la obediencia, en el versículo 3. Veámoslos por separado:

1. Dice el versículo 1: *«Todo el que cree* (participio de presente) *que Jesús es el Cristo, es nacido* (lit. *ha sido engendrado) de Dios, y todo el que ama al progenitor, ama también a su hijo»* (NVI). El versículo se compone de dos partes: (A) El que tiene de Jesús una fe ortodoxa, de acuerdo con la predicación apostólica, muestra así que es un hijo de Dios (comp. con los vv. 4, 5, 18; 2:22 y ss.; 4:2; así como Jn. 1:12, 13; 3:3, 5). (B) El que ama al Padre Celestial, que ha engendrado espiritualmente a nuestros hermanos en la fe lo mismo que a nosotros, ha de amar también a los demás engendrados, puesto que son de la misma familia, unidos a él con los mismos vínculos que le ligan a Dios (v. ya desde 1:3). Como dice el refrán aragonés: «El que ama la col, ama los hojas de alrededor».

2. En el versículo 2, Juan parece decir lo contrario de lo que ha dicho en 4:20, 21, pero bueno será advertir que en dichos versículos habla de la *demostración* externa, práctica, del amor genuino; ahora trata de *la fuente* única que da verdadera calidad sobrenatural a ese amor; y aun así, no lo deja en un lugar lejano, elevado, invisible, sino que, para probar la calidad de ese amor, apela a la prueba de la obediencia, prueba inconfundible. Dice dicho versículo en la NVI: *«Así es como conocemos que amamos a los hijos de Dios: amando a Dios y cumpliendo sus mandamientos»*. Lo que Juan quiere poner de relieve aquí, como ya hemos apuntado, es que, si amamos a Dios con amor genuino, el amor a nuestros hermanos tendrá los quilates necesarios para ser amor verdadero y no mera filantropía. Como dice Pablo, en 1 Corintios 13:3, es posible distribuir entre los pobres todos nuestros bienes y carecer del verdadero amor. Dice Spicq (citado por Rodríguez-Molero): «El ágape no existe más que en un alma consagrada a Dios». Y la prueba de ese amor a Dios está en la observancia de sus mandamientos, no como el cumplimiento servil de una obligación, sino como obsequio gozoso a nuestro Padre Celestial.

3. El autor sagrado vuelve a insistir en lo que acaba de decir, pero añade un nuevo elemento muy importante (v. 3): *«Esto es amar a Dios: obedecer sus mandamientos. Y sus mandamientos no son pesados* (comp. con Mt. 11:30, en contraste con Mt. 23:4)» (NVI). El amor a Dios, como el amor a los hermanos (v. 3:16–18), se muestra con los hechos, no con la lengua. Todo mandato resulta pesado para el que lo carga sobre los hombros, pero se hace ligero cuando se lleva en el corazón, pues el amor presta, no sólo libertad para andar, sino también ligereza para correr y gozo para cantar (v. Sal. 119:32, 45, 54).

Versículos 4–5

En el versículo 1, Juan ha dicho que *«todo el que cree que Jesús es el Cristo, ha sido engendrado de Dios»* (lit.). Ahora lo va a repetir, pero, como hace siempre, añade un nuevo elemento: Nuestra victoria sobre el mundo, precisamente gracias a esa fe (vv. 4, 5): *«Pues todo el que ha nacido* (lit. *ha sido*

engendrado) de Dios, vence (en presente de indicativo; es una victoria continua) *al mundo. Ésta es la victoria que ha vencido* (lit. *venció,* en aoristo, como algo definitivo) *al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo? Sólo el que cree que Jesús es el Hijo de Dios»* (NVI). Notemos los siguientes detalles:

1. Varias veces se ha referido Juan a la victoria que los creyentes consiguen contra el mundo y contra su jefe el Maligno (v. 2:13, 14; 4:4, comp. con Jn. 16:33). Ahora, con ese presente (gr. *niká),* da a entender que se trata de una victoria continua, en una batalla también continua. En realidad, el sujeto de la oración está en género neutro: *«todo lo que ha sido engendrado …».* Stott opina que lo hace así para «atribuir la conquista del cristiano, no a su nacimiento sino a su fe».

2. Lo dice explícitamente Juan en la segunda parte del mismo versículo 4: «*Y esta es la victoria que venció al mundo, nuestra fe»* (lit.). Respecto de lo cual, caben tres observaciones: (A) *«La victoria que venció»* es, sin duda, un hebraísmo; pero sirve magníficamente para poner de relieve, como hace notar Plummer, que «la fe es al mismo tiempo la victoria y el vencedor» (comp. con Ef. 6:16; 1 P. 5:8). (B) *«Venció»* está en aoristo, y apunta a un tiempo determinado en el pasado, pero no se refiere a la victoria que Cristo nos consiguió en la Cruz, «sino a la conversión de los lectores o, con mayor probabilidad, a su rechazo decisivo de la falsa enseñanza, y a la retirada de los falsos maestros al salir de la Iglesia» (Stott). (C) Ésta es la única vez, en todos los escritos de Juan, en que sale el sustantivo *fe* en lugar del verbo *creer,* tan favorito de su pluma.

3. Con un gozoso y santo alarde de victoria, cJuan ontinúa en el versículo 5: «*¿Y quién es el que vence* (en participio de presente) *al mundo, sino el que cree* (también en participio de presente) *que Jesús es el Hijo de Dios?»* (lit.). En efecto, como ya hemos dicho muchas veces, apoyados en el texto sagrado, la esencia de la fe cristiana está compendiada en esa profesión salvífica: *«Jesús es el Hijo de Dios»* (Mt. 16:16): *«Jesús es el Señor»* (Ro. 10:9; 1 Co. 12:3). El cristianismo no vence al mundo con la fuerza de las armas, del dinero ni de la oratoria, sino con la fuerza de la fe. Esto tenía una especial relevancia en el tiempo en que Juan escribía esto, pues la suprema fuerza mundana era el trono de los césares en Roma, pero esa fuerza fue superada por la fe de los mártires cristianos; «la sangre de los mártires es semilla de cristianos», decía Tertuliano. Sin embargo, como observa Rodríguez-Molero, «el apóstol no exhorta a sus fieles al martirio, a la profesión de fe en circunstancias extraordinarias, sino a apartarse de la falsa doctrina de los seudoprofetas. Lo que acentúa no son las promesas que aguardan a los vencedores, sino la pureza y ortodoxia de su fe, en una palabra, su contenido».

Versículos 6–12

De la victoria por la fe en el Hijo de Dios, pasa Juan ahora a describir las credenciales que nos atestiguan la verdad sobre la persona y la obra de Jesucristo. Tenemos en estos versículos: 1) Lo testificado (v. 6a); 2) Los testificantes (vv. 6b–8); 3) La garantía del testimonio (vv. 9, 10); y 4) La consecuencia de la aceptación del testimonio (vv. 11, 12).

1. La primera parte del versículo 6, donde se halla el contenido de lo que Juan testifica, no se puede entender si no se recuerda la enseñanza de los gnósticos sobre la persona y la obra de Cristo. Según ellos, el Cristo celestial vino sobre el Hombre-Jesús después de ser éste bautizado en el Jordán, y le abandonó antes de que padeciera la muerte en la Cruz. A esto responde Juan: (A) *«Éste es el que vino a través de agua y sangre, Jesucristo»* (lit.). Es decir, Jesús era ya el Cristo *antes de* ser bautizado, pues el Cristo vino a través de agua, y siguió siendo el Cristo *cuando* murió en la Cruz. pues pasó a través de sangre. (B) Insiste en la segunda frase del mismo versículo 6, en que *no sólo* (vino) *en el agua* (del bautismo), *sino en el agua* (del bautismo) *y en la sangre* (de la Cruz). Viene a decir en estas frases que el Cristo (¡el Mesías!) se hallaba ya en el agua del Jordán, cuando Jesús estaba siendo bautizado, y en la sangre de su sacrificio, cuando fue crucificado.

Ésta es la única interpretación posible de este extraño versículo. La opinión de Lutero y Calvino, entre otros, de que Juan se refiere aquí a los sacramentos del bautismo y de la Cena del Señor, es insostenible, pues Juan se está refiriendo a un hecho pasado, no a una ordenanza que se repite. Y la opinión de Agustín de Hipona y de otros antiguos comentaristas, de que Juan se refiere a la sangre y al agua que salieron del costado de Cristo, ya muerto (Jn. 19:34), tampoco tiene fundamento, a pesar de las referencias que se hallan en muchas versiones pues no fue Cristo quien pasó por esa sangre y esa agua

(nótese la inversión del orden, y véase el comentario a dicho lugar), sino al contrario: La sangre y el agua salieron a través del cuerpo de Cristo.

2. Después presenta Juan los que testifican sobre esa verdad de que Jesús de Nazaret era desde el principio el Cristo, el Hijo de Dios. Nombra primero, y únicamente (v. 6c), al Espíritu Santo: «Y *el Espíritu es el que testifica* (en participio de presente), *pues el Espíritu es la verdad»*. Nótese el testimonio, *en presente,* de hechos que ocurrieron en el pasado. Juan quiere decir con eso que el Espíritu Santo sigue dando testimonio, a los creyentes individuales y a la Iglesia entera, de que Jesús es el Mesías, a pesar del escándalo que la Cruz causó a los judíos inconversos; sigue redarguyendo al mundo por haber rechazado a Cristo; y sigue animándonos con el testimonio que el texto sagrado, inspirado por Él, nos da de la victoria de Cristo sobre el mundo (v. Jn. 12:31; 14:15–16:33; Ef. 4:8; Col. 2:15; 1 Jn. 5:4). El Espíritu Santo puede dar de ello un testimonio infinitamente fidedigno, porque no sólo posee la verdad, sino que *es la verdad* (v. Jn. 14:17; 15:26; 16:13, y comp. con Jn. 14:6).

A continuación, Juan añade al testimonio del Espíritu el de otros dos testificantes, y presenta (vv. 7, 8) juntamente a los tres: *«Pues tres son los que dan testimonio: el Espíritu, el agua y la sangre; y los tres están de acuerdo»* (NVI). El griego dice que «*los tres están hacia lo uno»;* es decir, hay acuerdo absoluto entre los tres testigos. Aunque tanto *Espíritu* como *agua y sangre* son del género neutro en griego, Juan usa el masculino *treís* para determinar el número de los testigos, personificando así a los tres y poniendo también en masculino el artículo y el participio de presente: «*los que dan testimonio»* (gr. *hoi marturoúntes),* a pesar de que, al referirse únicamente al Espíritu, en el versículo 6c, lo ha concertado en neutro (gr. *to marturoún).* La mejor solución de esta aparente anomalía gramatical es, a mi juicio, la que propone Schnackenburg (citado por Rodríguez-Molero): «En este versículo 7 se daría una regla general: "Porque tres testigos son más que suficientes", para luego enseguida, en el versículo 8, especificar cada uno de ellos».

Los lectores habrán notado que, al comentar los versículos 7 y 8, nos hemos saltado varias frases que figuran todavía en nuestras versiones (entre corchetes, en la RV 1977), aunque las versiones modernas las suprimen sin más, ya que constituyen, sin duda alguna, una glosa marginal, que algún escriba poco escrupuloso intercaló en el texto, al pensar que era una buena oportunidad para fundamentar el dogma trinitario. Dichas frases faltan en todos los MSS griegos de la antigüedad y aun en las primeras versiones latinas, pero fue introducido en la *Vulgata* y pasó al *Texto Recibido.* La interpolación rompe totalmente el hilo de la argumentación de Juan. Sin embargo, eso no tendría mayor importancia si no fuese porque, si se cita imprudentemente en favor de la doctrina de la Trina Deidad, se incurre en la burla de todas las sectas unitarias, como los «Testigos de Jehová», quienes conocen muy bien todos los textos que entrañan alguna dificultad en cuanto a la plena Deidad de Jesucristo.

Todavía puede preguntarse: ¿En qué sentido dan el Espíritu, el agua y la sangre un testimonio conjunto? Tanto Rodríguez-Molero como Salguero aseguran que «estos tres testigos simbolizan al mismo tiempo la unción del Espíritu al recibir el catecúmeno la gracia de la fe, el bautismo cristiano y la eucaristía, que a su vez dan testimonio de la encarnación por medio de sus efectos espirituales» (Salguero). Esta opinión carece enteramente de fundamento, pues Juan no se refiere en modo alguno al bautismo del cristiano, sino al bautismo de Cristo, y la sangre no se refiere a la Cena del Señor, sino a la muerte en Cruz del mismo Señor. El verdadero sentido ha sido muy bien captado por J. Stott, quien dice: «Los falsos testigos en el juicio de Jesús, al tratar de desacreditarle, no se pusieron de acuerdo (Mr. 14:56, 59); en cambio, los tres testigos verdaderos, el Espíritu, el agua y la sangre, a fin de acreditarle, están perfectamente de acuerdo. La importancia de los «tres testigos» está en que, de acuerdo con la Ley, no se podía presentar ante el tribunal ningún cargo contra una persona, a menos que tal cargo pudiese ser confirmado por la evidencia presentada por dos o tres testigos (Dt. 19:15; cf. Jn. 8:17, 18)». Y, citando de Alford, continúa: «En contraste con el versículo 6, el Espíritu es colocado aquí como el primer testigo; en parte, porque el Espíritu es, de los tres, el único testigo viviente y actuante; y, en parte también, porque el agua y la sangre no son testigos sin Él; mientras que Él es independiente de ellos, y testifica tanto en ellos como fuera de ellos».

3. El autor sagrado pasa de inmediato a presentar las garantías que ofrece el testimonio dado sobre el Hijo de Dios. Las presenta primero (v. 9) con un argumento *de menos a más,* basado en la suprema autoridad de quien da el testimonio. Las presenta después (v. 10) basado en la respuesta que tal testimonio provoca por parte de quienes lo presencian, ya sea al oír la predicación del mensaje, ya sea al leerlo en las Escrituras.

(A) La garantía suprema de las credenciales que acreditan el testimonio sobre Jesucristo, es el mismo Dios, quien respalda y unifica el testimonio conjunto del Espíritu, del agua y la sangre (v. 9): *«Aceptamos el testimonio de los hombres, pero el testimonio de Dios es mayor, porque es el testimonio de Dios, que Él ha dado* (en pretérito perfecto) *acerca de Su Hijo»* (NVI). El pretérito perfecto *memartúreken* muestra que Dios, no sólo dio testimonio acerca de Su Hijo en Su bautismo y en Su muerte en cruz, sino que, por medio de Su Espíritu, sigue dando el mismo testimonio en el corazón de todo aquel *que cree en el Hijo de Dios* (v. 10). El testimonio de Dios es *mayor* que el de los hombres porque, además de que Él mismo respalda el testimonio de otros tres testigos, Él mismo es infinitamente digno de crédito, puesto que es la Verdad por esencia, que no puede engañarse, porque es infinitamente sabio, y tampoco puede engañarnos, porque es infinitamente veraz.

(B) Una segunda garantía de dichas credenciales es el resultado que el testimonio produce en el corazón de quien lo escucha. Como la fe no se impone por la evidencia de los sentidos o por la contundencia de los silogismos con que razona la mente humana, creer comporta siempre una *elección* de la voluntad humana. Por eso, ante un mismo testimonio (v. por ej. Hch. 17:32, 34), unos se burlan, otros dan largas y otros creen. Aquí (v. 10), sólo tenemos la alternativa de *los que creen y los que no creen.*

(a) *«El que cree en* (gr. *eis* con acusativo, que es la forma en que el original expresa el acto mismo de la fe salvífica) *el Hijo de Dios, tiene este testimonio en su corazón* (lit. *en sí mismo)»* (NVI), dice Juan (v. 10a). Lo más íntimo del creyente le está asegurando que es hijo de Dios (Ro. 8:16; Gá. 4:6) y, por tanto, que tiene por primogénito al Hijo de Dios (Ro. 8:29; He. 2:14). Él le enseña toda la verdad; en especial, lo que tiene que ver con la persona y la obra de Jesucristo (2:20, 27). Al creer, el cristiano *puso el sello* (gr. *esphráguisen),* no sólo la firma, *de que Dios es veraz* (Jn. 3:33. Lit.).

(b) En cambio, *el que no da crédito a Dios* (lit. *no cree a Dios;* en dativo, lo cual significa «dar crédito»), *le hace pasar por un mentiroso, porque no ha creído en el testimonio* (de nuevo, *eis* con acusativo) *que Dios ha dado acerca de Su Hijo»* (NVI). Dos puntos son dignos de especial consideración:

Primero, nótese el contraste entre Juan 3:33: *«el que recibió* (aoristo) *su testimonio* (de Cristo), *puso el sello de que Dios es veraz»* (lit.) y 1 Juan 5:10b: *«el que no da crédito a Dios, le ha hecho mentiroso»* (lit.). La fe es una confesión (decir lo mismo) de que Dios es veraz y fiel a lo que promete; la incredulidad es una negación de la veracidad y de la fidelidad de Dios a Su Palabra.

Segundo, el incrédulo hace pasar por mentiroso a Dios, *porque no ha creído* (nótese el pretérito perfecto) *en el testimonio que Dios ha testificado* (por tercera vez, en pretérito perfecto) *acerca de Su Hijo* (lit.). El pretérito perfecto indica, como sabemos, un hecho pasado cuyo efecto perdura en el presente. Y tenemos en el versículo 10b nada menos que *tres* pretéritos perfectos: El incrédulo *ha hecho* mentiroso a Dios porque *no ha creído* (decidió no creer y sigue en la misma actitud) en el testimonio que Dios *ha testificado* (lo atestiguó en el pasado, y ese testimonio sigue en pie). «El testimonio que ha testificado» es un hebraísmo. Comenta Rodríguez-Molero: «Al rechazar el testimonio de Dios sobre Su Hijo, se han juzgado a sí mismos y se han condenado a muerte eterna. Aquí se percibe un eco de Juan 3:18. Los dos perfectos indican que las consecuencias de aquel acto perduran».

4. En los versículos 11 y 12, el autor sagrado describe la consecuencia duradera, decisiva, final, de recibir o no recibir el testimonio de Dios. Dicen dichos versículos en la NVI: *«Y éste es el testimonio: Dios nos ha dado la vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida».* Al decir «Y *éste es el testimonio»,* Juan se refiere, como a su estilo, a lo que sigue. «El testimonio», aquí, significa el resumen de lo testificado, juntamente con su efecto primordial y duradero en la persona que lo recibe. La importancia de lo que Juan va a decir salta a la vista, pues no cabe cosa más importante para un ser humano que lo que constituye su destino eterno.

(A) Lo primero que notamos en el original es la colocación de *vida eterna* al comienzo de la frase que expresa el contenido del testimonio de Dios. Es un énfasis de importancia que debe suscitar el interés de todo lector: ¡Nada menos que *la vida eterna* es lo que Dios nos ha dado al darnos a Su Hijo!

(B) Pero el original no dice «nos ha dado» (en pretérito perfecto), sino *nos dio* (en aoristo). Es el mismo aoristo que vemos en Juan 3:16, como una donación de una vez por todas, de la que Dios no ha de volverse atrás. Además, «el texto no dice: nos ha sido ofrecida o prometida, sino dada. El creyente posee ya la vida eterna como un don divino permanente. Es el germen de vida divina, la gracia que madurará en la gloria» (F. Rodríguez-Molero). Y, como los dones de Dios son irrevocables (Ro. 11:29), Dios no se ha de volver atrás, no sólo porque no quiere, sino porque no puede.

(C) Dice Juan (v. 11c) que esa vida eterna *está en su Hijo* (en el Señor Jesucristo), ya que *en Él estaba la vida* (Jn. 1:4); por eso, lo envió el Padre al mundo *para que vivamos por medio de Él* (4:9). No sólo estaba en Él la vida, sino que Él es *el autor de la vida* (Hch. 3:15); es decir, en Él se origina y de Él se distribuye a todos los que creen (Jn. 1:14).

(D) La consecuencia lógica, última, es (v. 12): *«El que tiene* (en participio de presente continuo) *al Hijo, tiene la vida, el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida»* (RV, NVI y lit.). Dice Rodríguez-Molero: «Para subrayar con el mayor énfasis posible el papel decisivo de Cristo, emplea la fórmula que originariamente le sirvió para señalar la perfecta comunión con Dios (2:23). Como la comunión con Dios sólo se puede alcanzar mediante la unión con Cristo, el "poseer a Dios" lo realiza Juan por el "poseer a Cristo". *Tener a Cristo* es tanto como estar unido a Él por la fe y la caridad». El papel de Cristo en la obra de la salvación es tan decisivo y exclusivo que, sin Él, no hay salvación posible (Hch. 4:12), ya que Él es el único camino de acceso al Padre (Jn. 14:6). No es de extrañar, pues, el contraste que sigue: *«El que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida»* (comp. con Jn. 3:15, 36; 5:24; 6:40, 47). De todos estos lugares citados en paréntesis, escogemos Juan 3:36: *«El que cree en el Hijo, tiene vida eterna; mas el que no se deja persuadir por el Hijo, no verá vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él»* (lit.).

Versículo 13

Del mismo modo que Juan 20:31 es considerado por algunos autores como el verdadero final del cuarto evangelio, así también 1 Juan 5:13 es considerado por algunos modernos como la conclusión de toda la epístola. Dice así textualmente: *«Estas cosas os escribí* (aoristo epistolar) *para que sepáis que tenéis vida eterna;* (lo digo) *a los que creéis* (en participio de presente) *en* (*eis* con acusativo) *el nombre* (es decir, en la persona; comp. con Hch. 4:12. V. el comentario a dicho lugar) *del Hijo de Dios»*. La semejanza con Juan 20:31 es manifiesta. El autor sagrado quiere que sus lectores cristianos tengan, ya desde ahora, la certeza plena de que poseen la vida eterna, digan lo que digan los falsos maestros. Aquí está la diferencia con el fin que Juan persigue en Juan 20:31, diferencia que se explica por la diferente finalidad del evangelio y de la epístola. El evangelio tiene por objeto conducir a los lectores a la fe, para que, al creer en el Hijo de Dios, *obtengan* la vida eterna; la epístola va dirigida a creyentes, para que tengan la completa seguridad de que, al creer en el Hijo de Dios, *poseen ya* la vida eterna. Con esta seguridad, se animarán a crecer en la fe y el amor, y podrán resistir mejor los embates del mundo, del Maligno y de los «anticristos» gnósticos. La frase final de nuestras versiones (en corchetes, en la RV 1977) no tiene fundamento alguno en los MSS.

Versículos 14–17

Como ya hemos apuntado, toda esta porción hasta el final de la carta es tenida por algunos, no sólo como una añadidura muy posterior, sino como añadidura de otro autor. Baste con decir, según observan Salguero y Rodríguez-Molero, que «Tertuliano cita los versículos 16, 17, 18, 21, y Clemente de Alejandría los versículos 16, 17, y los dos escritores mencionan a Juan por su nombre. Luego al final del siglo II esos versículos formaban parte de la epístola» (Rodríguez-Molero). Este mismo autor hace notar que la conexión del final con el comienzo de la epístola es estrecha, y que el estilo y las ideas son evidentemente joaneas; y añade: «Hay una palabra que domina sobre las demás: *oídamen (sabemos.* El paréntesis es mío), que se repite hasta cinco veces. Parece la voz del bajo de un concierto, sobre la cual se elevan figuras melódicas aisladas, que se atraen mutuamente». Toda esta sección (vv. 14–17) se divide en dos partes: 1) La confianza en que nuestras oraciones serán respondidas (vv. 14, 15); 2) Una mención especial del «pecado para muerte» dentro de las oraciones por los hermanos (v. 16, 17).

1. Veamos primero los versículos 14, 15: *«Tenemos esta confianza al acercarnos a Dios, que si pedimos algo de acuerdo con su voluntad, Él nos escucha. Y si sabemos que nos escucha—en cualquier cosa que pidamos—, sabemos que conseguimos* (lit. *tenemos,* en presente) *lo que le hayamos pedido»* (NVI).

(A) De la *seguridad* que el creyente puede tener de que posee la vida eterna, pasa Juan a declarar la *confianza* que puede tener en que sus oraciones serán escuchadas y respondidas. El original dice que *tenemos* esa confianza *pros autón,* para con Él, junto a Él, hacia Él (Dios); es la misma preposición que hallamos en 1:2; 2:1 y en Juan 1:1, 2. La expresión *«ante Él»* de la RV 1977 da aquí un sentido perfecto.

(B) La única condición (comp. con 3:21, 22) para estar seguros de que Dios nos concederá lo que le pidamos es que sea *«algo conforme a su voluntad»*. La razón es muy sencilla: Sólo Dios sabe lo que realmente nos conviene; por eso, la sumisión a su voluntad es la única garantía de acertar en nuestras peticiones (v. también Ro. 8:26, 27). Dice Stott: «La oración no es un ardid conveniente para imponerle a Dios nuestra voluntad o para inclinar Su voluntad a la nuestra, sino el medio prescrito para subordinar nuestra voluntad a la de Él. Por medio de la oración es como buscamos la voluntad de Dios, nos abrazamos a ella y nos alineamos con ella. Cada verdadera oración es una variación en el tema "Hágase tu voluntad". Nuestro Maestro nos enseñó a decirlo en el modelo de oración que nos dio y propuso el ejemplo supremo en Getsemaní».

(C) A la certeza de ser oídos, añade Juan (v. 15) la certeza de poseer ya lo que le hemos pedido a nuestro Padre. En realidad, el versículo 15 parece un eco de Marcos 11:24, donde dice el propio Señor Jesús: *«Por eso os digo: Todo cuanto rogáis y pedís, creed que* (lo) *recibisteis* (o, según otros MSS, *estáis recibiendo) y será para vosotros»* (lit.). Las técnicas modernas que utilizan el poder de la mente, para alcanzar algo, mediante la visualización de lo deseado, quedan por debajo de la lección de psicología sobrenatural que el Maestro nos enseñó y que Juan, discípulo de primera mano en aquella clase, nos repite aquí.

2. Si los versículos 14, 15 nos dan una norma eficaz para conseguir lo que le pedimos a Dios en general, los versículos 16 y 17 tratan, en especial, de la oración de intercesión por nuestros hermanos en la fe. Dicen así dichos versículos: *«Si alguno ve a su hermano cometer un pecado* (lit. *pecando un pecado*—hebraísmo) *que no conduce a* (gr. *pros*—la conocida preposición de relación, dirección, etc.—) *la muerte, debe orar y Dios le dará vida. Me refiero a quienes cometen pecado que no conduce a la muerte. Hay pecado que conduce a la muerte. Yo no estoy diciendo que deba orar acerca de esta clase de pecado. Toda mala acción* (lit. *injusticia) es pecado, y hay pecado que no conduce a la muerte»* (NVI).

(A) Lo primero que observamos en este pasaje es algo que está muy claro: La oración de intercesión por nuestros hermanos es especialmente acogida y respondida por Dios (v. Ef. 6:18; Col. 4:2–4). Quien ve al hermano en necesidad espiritual, como aquí (y aun en necesidad material, como en 3:17, 18), «no puede decir: "¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?" y no hacer nada. El futuro *pedirá* no expresa un mandato del escritor, sino una reacción inevitable y espontánea del cristiano» (Stott).

(B) En el texto original no aparece el vocablo «Dios» en la frase que tanto la NVI como la RV traducen: «*y Dios le dará vida»*. Como Dios, no el hombre, es el Dador de la vida, algunos autores opinan que hay que suponer un implícito y abrupto cambio de sujeto en el versículo 16, como si el texto lo exigiera por necesidad teológica. Pero, como hace notar Stott, «los verbos están tan sencilla y estrechamente ligados en el griego *(aitései kai dósei),* que un sujeto diferente resultaría muy forzado. Es mejor admitir la atribución de la eficacia real a la oración (como en el v. 15), de forma que, bajo Dios, el que pide vida para un hombre puede decirse de él, no sólo que la gana para él, sino también que se la da». Y Rodríguez-Molero hace notar «que no dice que le dará *ten zoén* = la vida eterna, sino simplemente *zoén* = vida. Esa falta del artículo indica que no le dará la vida divina, sino sólo que en su línea restaurará o aumentará sus fuerzas». Compárese con Santiago 5:15, 20, y téngase en cuenta la observación de Rodríguez-Molero para la grave dificultad que vamos a ver a continuación.

(C) La dificultad está en la expresión *«pecado para* (gr. *pros) muerte»*, expresión que se repite cuatro veces en estos dos versículos. Juan no prohíbe orar acerca de tal pecado, pero tampoco lo ordena. En cuanto a la construcción gramatical, Rodríguez-Molero hace ver que *«pros* con acusativo indica ordenación a la muerte, pero no sucumbir de hecho bajo sus garras». Pero tanto él como Salguero, Stott, y la mayoría de los autores a partir de Agustín de Hipona, opinan que Juan se refiere aquí a un pecado especial que conduce a *la muerte eterna.* En el mismo sentido se expresaba ya en el año 495 el papa Gelasio I: «Hay un pecado para muerte para los que perseveran en el mismo pecado; hay un pecado no para muerte para los que se apartan del mismo pecado. Puesto que no hay ningún pecado por cuyo perdón no ore la Iglesia o del que, con la potestad que le ha sido dada por Dios, no pueda absolver a los que desisten de Él o remitir a los que (de él) hacen penitencia». De esta manera tan simplista, ajena completamente al sentido del texto sagrado, dio el Papa una solución *infaliblemente* falsa. Vamos a exponer en este apartado las opiniones de los que entienden por *«muerte»* la muerte eterna, espiritual, antes de dar, en el siguiente apartado (D), la única solución que cuadra con el texto, el contexto próximo (v. 15) y el contexto general del Nuevo Testamento.

(a) Conforme a la distinción que el Antiguo Testamento (v. por ej. Nm. 15:24–31, comp. con He. 10:26) hace entre pecados por ignorancia y pecados de completa deliberación, hay autores (los hubo especialmente en los primeros siglos de la Iglesia) que piensan en ciertos pecados que, de modo especial, endurecen el corazón y le hacen persistir hasta el fin en ese estado. Estos pecados «imperdonables» eran, ya desde Tertuliano, el homicidio, el adulterio y la idolatría. A partir de aquí se fue desarrollando una línea de diferenciación casuística que culminó en la división de los pecados en «mortales» y «veniales». Tal interpretación ha sido abandonada aun por la mayoría de los modernos autores catolicorromanos, y es ajena al pensamiento del autor sagrado.

(b) Gran número de autores, tanto evangélicos como catolicorromanos, opinan que se trata del pecado de apostasía total de la fe cristiana. Apelan a otros textos como Hebreos 6:4–6; 10:26 y ss.; 12:16, 17 (v. el comentario a estos lugares). Pero, como hace notar Stott: «¿Puede apostatar un cristiano, que ha nacido de Dios?… Alguien que ha recibido la vida que es eterna, ¿puede perderla y "pecar para muerte"? Parece claro, a no ser que la teología de Juan se contradiga a sí misma, que quien peca para muerte no es cristiano».

(c) Otros autores, en fin, creen que se trata de la blasfemia contra el Espíritu Santo. Ésta es, según el mismo Stott, la única alternativa remanente. Pero halla una dificultad: «¿Cómo puede ser apellidado *hermano* alguien que no es cristiano?» Termina aplicándolo en especial a los falsos maestros que salieron de la congregación (2:19): «Es cierto, dice, que anteriormente habían sido miembros de la congregación visible y, sin duda, habían pasado entonces por "hermanos". Pero salieron y, con su retirada, resultó evidente que nunca habían sido verdaderamente "de los nuestros" … Puesto que rechazaron al Hijo, renunciaron a la vida (5:12)».

(D) Todos ellos, los de las tres opiniones que acabamos de exponer, sufren una tremenda equivocación, por no atender debidamente al texto, ni al contexto ni a la enseñanza general de las Escrituras. En primer lugar, es incuestionable que Juan se refiere a un *hermano* no fingido, sino verdadero. Dice L. S. Chafer: «Este texto es explícito. Se refiere a un "hermano", término que nunca se usa con respecto a un no regenerado, y declara terminantemente que un cristiano puede pecar de una forma tal que el castigo de muerte caiga sobre él. Si el pecado no fuese para muerte, la oración podría servirle de provecho. Más aún, no hay evidencia de que el "hermano" cese de ser lo que es con relación a Dios o que esta muerte sea la muerte espiritual que conduce a la muerte segunda. La posibilidad del castigo se ve tambien en Juan 5:14». En la misma línea, dice concisamente Ryrie: «Los creyentes pueden pecar hasta el punto en que sobreviene la muerte física como resultado del juicio de Dios (cf. 1 Co. 11:30). El griego dice *pecado,* no *un pecado,* en los versículos 16 y 17». En segundo lugar, el contexto mismo del versículo 16 habla de dar *vida,* ¡vida física!, por medio de la oración; por lo que resulta más fácil entender *muerte* como muerte física. En tercer lugar, la enseñanza de la Escritura, en otros lugares, habla de la muerte física como una disciplina drástica del Señor en casos donde la conducta de un hermano sirve de grave tropiezo para la comunidad. Ryrie cita 1 Corintios 11:30. Véase también el comentario a Juan 15:1–6, 1 Corintios 5:5 y 1 Pedro 4:6. El fondo veterotestamentario de esta drástica disciplina se halla en lugares como Números 15:30, 31 (comp. con He. 10:26), donde no se puede probar que el «ser cortado del pueblo» comporte la condenación eterna; más bien es una medida de purificación de la comunidad, como en 1 Corintios 5:5 y ss.

Versículos 18–21

Estos versículos vienen a ser como el resumen de toda la epístola. Como ya dijimos anteriormente, la nota dominante es ese *«sabemos»* que se repite tres veces al comienzo de sendos versículos (vv. 18, 19 y 20). Termina la epístola con una extraña advertencia (v. 21). Consideremos cada versículo por separado.

1. Dice el versículo 18: *«Sabemos que el que es nacido* (lit. *el que ha sido engendrado) de Dios no continúa entregado al pecado* (lit. *no peca,* en presente de indicativo, lo mismo que en 3:6); *el que fue engendrado de Dios le preserva, y el Maligno no le puede echar mano»* (NVI). Juan vuelve aquí a uno de sus temas favoritos (v. 3:4–10): El que ha nacido de nuevo posee una nueva naturaleza, la naturaleza divina, pues ha nacido de Dios y, por tanto, no puede continuar habitualmente entregado al pecado. En cuanto a la segunda frase, hay muchos MSS que favorecen la lectura *eautón* (*«a sí mismo»*), con lo que tendríamos la versión: *«el que fue engendrado de Dios se guarda a sí mismo»,* es decir, cuida de no pecar (con la gracia de Dios, por supuesto). Pero es más probable la lectura *autón* («a él,—le—»), como

traducen tanto la NVI como la RV. La última frase debe leerse como en la NVI (o, literalmente, «*y el Maligno no echa mano de él»).* En efecto, el significado preciso del verbo griego *apto* no es «tocar» *(thingano* es el verbo adecuado para «tocar». V. Col. 2:21, donde la versión exacta es: *«no tomes, no gustes, no toques»*—NVI—, donde el griego usa el verbo *apto* en primer lugar y *thingano* en tercer lugar), sino «echar mano de», «asir», «retener» (v. Jn. 20:17, donde la NVI traduce *«No me retengas»*, y la RV 1977 *«Suéltame»;* lit. *Cesa de sujetarme).* En efecto, el diablo puede *tocar* (y de hecho *toca.* V. el caso de Job, sin ir más lejos) al creyente, pero no lo puede sujetar, retener ni llevárselo.

2. Abundando en el mismo pensamiento, Juan particulariza (v. 19) lo que, en el versículo 18, ha dicho de una forma impersonal, y da la razón de que el Maligno no pueda dañar al creyente: *«Sabemos que somos de* (gr. *ek*, en sentido de origen) *Dios;* es decir, nacidos de Dios (v. 18), *y el mundo entero yace en el Maligno»* (versión literal). El contraste es vivo; el hijo de Dios *está de pie,* vivo, en la gracia de Dios (1 P. 5:12), *en el Señor, en Jesucristo* (v. 20b, comp. con Fil. 4:1), pues está arraigado en Él y en Él puede caminar (Col. 2:6, 7). En cambio, el inconverso, *el mundo entero* de los sin Dios, sin Cristo, sin esperanza, *yace* (gr. *keítai) en el Maligno,* esto es, en poder de Satanás. *Yace,* pues ésa es la postura natural de los cadáveres; *yace en* las fauces del diablo, no *debajo,* porque el diablo todavía no se lo ha tragado; Dios puede devolverle a la vida, como lo hizo con nosotros cuando estábamos muertos en nuestros delitos y pecados (v. Ef. 2:1 y ss.), y eso mismo nos ha de espolear a sacar almas de las fauces del diablo, como *tizones arrebatados del incendio* (Zac. 3:2b), aunque sólo Dios es el que puede devolverle la vida; los siervos de Dios han de limitarse a soltar y dejar caminar en paz al resucitado (comp. con Jn. 11:44). La RV 1977 y la *Biblia de Jerusalén* son las únicas versiones castellanas, que yo sepa, que dan el sentido preciso del original en esta segunda parte del versículo 19. La *Biblia de las Américas* lo da bien, pero lo daría mejor si tradujese *«en* el poder …» en lugar de «*bajo* el poderÉ».

3. El versículo 20 es el más denso en doctrina, dentro de esta sección: *«Mas sabemos que el Hijo de Dios ha venido* (gr. *hékei,* ha venido y está aquí) *y nos ha dado inteligencia* (gr. *diánoian;* la mente que razona) *para que conozcamos* (gr. *guinóskomen,* en presente de subjuntivo) *al verdadero* (gr. *ton alethinón,* al genuino); *y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Éste es el verdadero* (siempre, *alethinós) Dios, y la vida eterna»* (lit.). Este versículo necesita un análisis especial.

(A) El verbo que Juan usa aquí para lo de *«ha venido»* (gr. *hékei)* es poco frecuente. Pablo no lo usa sino en una cita de los LXX (Ro. 11:26). En cambio, Juan lo usa 11 veces: cuatro en su evangelio; una, en este lugar; seis, en Apocalipsis. Rodríguez-Molero hace notar que «los sinópticos lo reservaban para la parusía» (v. Mt. 8:11; 23:36; 24:14, 50; Lc. 12:46; 13:29, 35; 19:43). Según el mismo autor: «Ese acontecimiento (la Venida de Cristo) se produjo ya en el tiempo, pero sus efectos se dejan sentir en los que creen; *hékei* encierra la idea de "está aquí"».

(B) Como principal revelador del Padre, el objetivo principal de la Venida de Cristo fue *hacernos conocer al verdadero Dios* (v. Jn. 1:18; 14:9, 10; 17:3). El verbo *conozcamos,* que expresa un conocimiento íntimo, cordial, experimental, está en presente, y subraya la actitud continua del creyente en su comunión con Dios. El *verdadero* (genuino) *Dios* es puesto aquí en contraste con los dioses falsos, conforme al uso constante de las Escrituras.

(C) Y no sólo *conocemos al verdadero Dios* y a su Hijo Jesucristo (v. Jn. 17:3), sino que *estamos* (v. el comentario al v. 19b), en comunión vital (Jn. 15:1 y ss.), *en el verdadero, en su Hijo Jesucristo.* No sólo la revelación de Dios (Jn. 1:18), sino la vida divina (Jn. 1:4; 5:24; 6:33–58; 10:10; 1 Jn. 5:11, 12), y la gracia y la verdad de Dios (Jn. 1:14, 16) nos han venido por medio de Jesucristo, el único Mediador entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5) y el único camino de los hombres a Dios (Jn. 14:6).

(D) El autor sagrado termina este versículo 20 con la frase: *«Éste* (gr. *oútos) es el Dios verdadero y la vida eterna».* ¿A quién se refiere el pronombre demostrativo *oútos* (éste)? Gramaticalmente, sólo puede referirse al antecedente más próximo, que es *Jesucristo.* Para Salguero y para F. Rodríguez-Molero, esto no ofrece ninguna dificultad, pues está claro. Dice Rodríguez-Molero: «A Cristo se aplica ahora el mismo predicado "verdadero" que antes se aplicó a Dios. Esto ha dado lugar a disputas. Pero no hay que atormentarse mucho para hallar el recto sentido: en la teología joánica se aplica a veces un predicado divino a Jesucristo (Jn. 1:1; cf. 1:18; 20:28). En este pasaje, el *sensus plenior* llega a un grado extraordinario, pues el artículo delante de "verdadero" indica que hay plena identidad sin limitaciones». En nota al pie de página, agrega: «El pronombre *oútos* se refiere indudablemente a Jesucristo. Pero lo ponen en duda Hamack, Holtzmann-Bauer, Windisch, Dodd. Bultmann atribuye la frase a un "imitador"».

Stott es más cauto: «Desde el punto de vista gramatical, se habría de referir normalmente al sujeto precedente más próximo, a saber, su *Hijo Jesucristo.* En tal caso, ésta sería la más inequívoca afirmación de la deidad de Jesucristo en el Nuevo Testamento … Lutero y Calvino adoptaron este punto de vista. Ciertamente, de ningún modo es una interpretación imposible. Sin embargo, «la referencia más natural» (Westcott) es al *que es verdadero.* De este modo, las tres referencias al «verdadero» se refieren a la misma Persona, el Padre, y los puntos adicionales hechos en la evidente repetición final son que es *este* Uno, a saber, el Dios dado a conocer por Jesucristo, el que es *el verdadero Dios* y el que es, además, *vida eterna.* Así como es luz y amor (1:5; 4:8) es también vida, siendo Él la única fuente de la vida (Jn. 5:26) y el dador de la vida en Jesucristo (v. 11)».

Hay quienes tienen a Westcott por «liberal», etiqueta que, sin más, ponen muchos fanáticos a quienes no sostienen en todo sus retrógrados dogmatismos. Pero I. S. Rennie, en el *Evangelical Dictionary of Theology*, Edit por Walter A. Elwell, dice de Westcott, entre otras muchas cosas buenas: «Su obra refleja lo mejor de la tradición exegética inglesa, que él y sus colegas (Lightfoot y Hort) hicieron tanto por desarrollar. Basado en un masivo conocimiento de la Historia y de la Teología, sus puntos de vista eran conservadores y espirituales, como se expresan en la introducción a las Epístolas de Juan». A él y a su colega Hort se debe el texto crítico del Nuevo Testamento Griego que estamos usando en este comentario. Siempre he dicho, y lo repito, que debemos ser muy cautos en exégesis, para no dar a los adversarios del cristianismo ningún motivo de gloriarse en habernos derrotado en relación con lugares del texto sagrado que no estén absolutamente claros a favor de la interpretación que defendemos, por muy grandes que sean, o parezcan, las probabilidades a nuestro favor.

4. La epístola termina (v. 21) con una extraña advertencia: *«Hijitos, guardaos* (gr. *phuláxate,* en aoristo de imperativo), es decir, manteneos a distancia, de una vez por todas y para siempre (aoristo ingresivo) *de los ídolos»* (lit.). El *«Amén»* que figura en nuestras versiones falta en los más importantes MSS (entre ellos, el Sinaítico, el Vaticano y el Alejandrino, que están entre los más antiguos y fidedignos). El verbo griego *phulasso* indica la función de custodiar un objeto o una persona (v. en Lc. 2:8; Hch. 12:4; 1 Ti. 6:20; 2 Ti. 1:12, 14). Los «ídolos» son siempre los falsos sustitutos del Dios verdadero, pero los autores sólo se atreven a conjeturar qué clase de ídolos son los que Juan tiene aquí en mente. El artículo «los» da a entender que se refiere a cosas bien determinadas que sus lectores, sin duda, comprendían. Tanto Salguero como Rodríguez-Molero piensan que se refiere a los dioses paganos. J. Stott da también como posible, siguiendo a Barclay, que «estuviese pensando (Juan) en las idolatrías paganas de las que Éfeso estaba llena por aquel tiempo». Pero tiene como más probable la opinión de Brooke de que Juan alude «a las falsas imágenes mentales, fabricadas por los falsos maestros». Estas falsas imágenes tendrían que ver con las enseñanzas de los gnósticos sobre la persona de Cristo. Sea lo que sea de dichos «ídolos», lo cierto es que constituían una grave amenaza a las comunidades cristianas de aquel tiempo. Dice Rodríguez-Molero: «Con este grito de alarma, el apóstol cierra la epístola, tan vibrante de afecto y tan rica de doctrina».

2 JUAN

La autenticidad de esta epístola, lo mismo que la de 3 Juan, ha sido discutida desde el tiempo de Orígenes. Sin embargo, tanto la tradición como la crítica interna favorecen la autenticidad de ambas, atribuyéndolas al apóstol Juan, es decir, al mismo autor de 1 Juan.

El único enigma que la presente carta presenta es sobre el destinatario o destinatarios, como veremos al comentar los vv. 1 y 13. En cuanto a la división, seguimos la de Ryrie:

I. Introducción y saludo (vv. 1–3).
II. Encomio por caminar en la verdad (v. 4).
III. Exhortación al amor mutuo (vv. 5, 6).
IV. Precauciones con referencia a los falsos maestros (vv. 7–11).
V. Observaciones finales y saludos de despedida (vv. 12, 13).

Versículos 1–3

1. El autor sagrado se presenta a sí mismo como *«el anciano»* (gr. *ho presbúteros).* También lo hace al comienzo de la 3 Juan. No cabe duda que alude a su posición oficial como líder de iglesia, lo mismo que Pedro en 1 Pedro 5:1. Dice Stott: «No dudaba de que le identificarían de inmediato por este título, que da testimonio de su reconocida autoridad».

2. La carta va dirigida *«a la señora elegida»* (gr. *eklékte kuría).* La opinión más probable es que, bajo ese título, Juan se dirige a una iglesia hermana. En efecto, resulta muy problemático, si se tratara de una persona individual, que tal señora tuviese una hermana que también se llamase *eklékte* («elegida»). En cambio, si se refiere a una iglesia, se comprende bien que hable de ella como «elegida» y que se dirija a ella con saludos de parte de otra iglesia, es decir, de otra «elegida».

3. También va dirigida la carta *a los hijos* de la elegida, esto es, a los miembros de la congregación, según la interpretación que hemos juzgado la más probable. De estos hijos dice el autor sagrado (v. 1b): *«a quienes yo amo en la verdad»,* esto es, con la mayor probabilidad, en la verdad acerca de Jesucristo, opuesta a las falsas doctrinas de los herejes. A pesar de que, en el original, *«verdad»* no lleva artículo, el contexto posterior favorece la interpretación dada, más bien que *«a quienes yo amo de verdad»*. En todo caso, nótese el enfático *egó* (yo) delante del verbo.

4. Añade Juan (v. 1c) que no es sólo él quien les ama, *«sino también todos los que han conocido la verdad»* (lit.), es decir, todos los que han llegado al conocimiento vital, experimental, de la Verdad que es Cristo (Jn. 14:6). De tal amor dice (v. 2) que es *«a causa de la verdad que permanece* (participio de presente) *en nosotros y que estará con* (gr. *metá*, preposición de compañía) *nosotros hasta el siglo»* (lit.), esto es, para siempre. Aquí, la *verdad* (vocablo repetido cuatro veces en los tres primeros versículos) es como una fuerza que vigoriza por dentro y como una ayuda que asiste desde el exterior. La comparación con 1 Juan 2:14 nos inclina a interpretar la verdad como «la Palabra de Dios». Esa seguridad que Juan expresa al decir: *«para siempre»,* declara también el vínculo del amor fraternal que la unión en la verdad comporta. Dice J. Stott: «Los herejes pueden dejarnos y marcharse al mundo (v. 7; cf. 1 Jn. 2:19), pero en la sociedad cristiana, la verdad permanecerá segura».

5. La bendición es muy parecida a la de 1 Timoteo 1:2 y 2 Timoteo 1:2, pero aquí, en una epístola tan breve, aparece amplificada y afirmada como un hecho existente, más bien que como un deseo del escritor: *«Estará con vosotros* (la) *gracia,* (la) *misericordia,* (la) *paz, de parte de* (gr. *para*, más personal que *apó) Dios Padre y de parte de Jesucristo, el Hijo del Padre, en verdad y amor»* (lit.). Aparte de la afirmación *«estará»,* en contraste con el implícito *«sea»,* corriente en las epístolas paulinas, el sentido de los vocablos es el mismo. Lo único que necesita ulterior explicación es la añadidura final *«en verdad y amor»*. Oigamos a Stott: «Esto puede significar o que experimentaremos gracia, misericordia y paz de parte del Padre y del Hijo bajo la condición de que permanezcamos en verdad y amor, o que la gracia, la misericordia y la paz de parte del Padre y del Hijo se expresarán y actuarán en la verdad y en el amor. Ya sea que la verdad y el amor sean las condiciones o las consecuencias o, meramente, los acompañamientos, de nuestra recepción de la gracia, la misericordia y la paz, lo cierto es que son claramente marcas esenciales de la vida cristiana. Ya han aparecido combinadas en el versículo 1: "a quienes amo en la verdad"».

Versículo 4

En este versículo, el autor sagrado procede a encomiar a los que caminan en la verdad: *«Me ha causado gran alegría el encontrar algunos de tus hijos viviendo* (lit. *que andan,* en participio de presente) *en la verdad, conforme el Padre nos ha mandado* (lit. *así como recibimos*—en aoristo—*mandamiento de parte del Padre)»* (NVI).

1. Juan comienza el mensaje de su carta con una expresión de gozo, semejante a las acciones de gracias o muestras de gozo con que Pablo comienza el cuerpo de sus epístolas. Al decir *algunos* (el original dice literalmente: *«he hallado de entre tus hijos»)* da a entender que no todos los miembros de la congregación andaban en la verdad. La magnitud del gozo de Juan se expresa mediante el adverbio de cantidad *lían* que equivale a un superlativo, y aun más que un superlativo. Curiosamente, 3 Juan 4 tiene expresiones equivalentes, aunque allí *«verdad»* va precedida del artículo, al contrario que aquí.

2. La alegría de Juan se debe a que los miembros de la congregación a la que se dirige (al menos, algunos) *están caminando en* (la) *verdad.* Esta frase significa que «la pauta de su conducta es la Palabra de Dios» (Ryrie). *«En verdad»,* sin artículo, podría significar también que *andan rectamente.* Ésta es la opinión, no despreciable, de Rodríguez-Molero.

3. Añade el autor sagrado que *ése es el mandamiento que hemos recibido del Padre.* No quiere decir que sea el único mandamiento del Padre, pues en el versículo 5 habla de otro mandamiento; y en versículo 6 habla de *mandamientos* en plural. Si por *verdad* se entiende la Palabra de Dios, Juan se refiere a que «Dios nos ha revelado Su verdad en tal forma que no nos deja la opción de creer o no creer en ella, según nos plazca, o a obedecerla o desobedecerla. La revelación comporta una responsabilidad, y cuanto más clara es la revelación, mayor es la responsabilidad de creerla y obedecerla» (Stott).

Versículos 5–6

Tras del mandamiento de andar en la verdad, Juan menciona el del amor fraternal: «*Y ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un mandamiento nuevo, sino el que teníamos desde el principio, que nos amemos unos a otros Y éste es el amor: que caminemos conforme a sus mandamientos; éste es el mandamiento, así como oísteis desde el principio, que caminéis en él*» (lit.).

1. Si se comparan estos versículos con 1 Juan 2:5, 7, 24; 3:11; 5:3, la semejanza es tan colosal, que bastaría por sí sola para confirmar la autenticidad de la 2 Juan. Incluso la conjunción final griega *hína* en sentido simplemente copulativo (por *que)* es característica de Juan. Nótese la expresión *«desde el principio»* (gr. *ap' arkhés),* una vez en cada versículo; la cual ocurre en 1 Juan nada menos que ocho veces. El verbo *andar* o *caminar* (gr. *peripateín)* ocurre cinco veces en la 1 Juan, pero es únicamente en 2 Juan 6 donde el autor sagrado habla de *«caminar conforme a sus* (del Padre) *mandamientos»;* y, de nuevo (v. 6b), de *«caminar en él»* (el mandamiento). *«Andar en los mandamientos (o en los caminos) de Dios»* es una frase frecuente en el Antiguo Testamento, especialmente en el Salmo 119 (v. en especial, el v. 45, donde equivale a *«andar en libertad»). Su* sentido, bien conocido, es observar una conducta obediente a la voluntad de Dios.

2. Tanto el *mandamiento* (nuevo), como los *mandamientos,* se refieren aquí, como lo dice expresamente Juan, al mandamiento de amarnos los creyentes mutuamente. En ningún otro lugar se observa mejor la conjunción de libertad y obediencia en el amor que en Gálatas 5:13, donde la perfección de la libertad se expresa en función de servicio amoroso a los demás.

3. Como siempre en 1 Juan, las expresiones: «Y *éste es el amor* (esto es *"en esto consiste el verdadero amor") … Éste es el mandamiento …»* (v. 6) se refieren a lo que sigue, no a lo que precede. El pensamiento es el mismo de 1 Juan 5:3: El amor se demuestra en la observancia de los mandamientos y estos mandamientos se resumen en el amarnos los unos a los otros de veras con el amor que tiene su fuente en el mismo Dios.

Versículos 7–11

Con estos versículos, «Juan llega a la segunda parte de su mensaje» (Stott). En esta segunda parte, declara las precauciones que hay que tomar ante el peligro que presentan los falsos maestros. La fraseología recuerda, una vez más, la de 1 Juan. Cuatro son las ideas que aquí expresa el autor sagrado: 1) Son muchos los que engañan, al negar la encarnación del Verbo (v. 7); 2) Es menester perseverar en el camino comenzado, para no haber comenzado en vano (v. 8); 3) Quien no se adhiere a la enseñanza bíblica sobre la persona de Cristo, no tiene al verdadero Dios (v. 9); 4) Con el hereje que profesa ser cristiano, como con el hermano notoriamente pecador (comp. con 1 Co. 5:11), no hay que tener comunión de ninguna clase (vv. 10, 11).

1. Dice así el versículo 7: *«Pues muchos engañadores salieron al mundo, que no confiesan* (participio de presente) *que Jesús* (es) *Cristo que viene en carne. Éste es el engañador y el anticristo»* (lit.). Las ideas, y aun las expresiones, son semejantes a las de 1 Juan 4:1–3, y no necesitan más comentario. Únicamente citaremos la observación de Stott de que «no se nos dice que negasen categóricamente la encarnación, sino que no la "reconocían" (RSV, NEB. Stott se refiere a la traducción de la *Revised Standard Version* y la *New English Bible* respectivamente). Quizás eran lo suficientemente arteros como para falsificarla más bien que contradecirla».

2. El versículo 8 incluye una admonición, parecida a las de 1 Corintios 3:8; Hebreos 10:35, a la vigilancia: *«Manteneos en guardia, para que no perdáis el fruto de vuestros trabajos, sino que recibáis una remuneración completa»* (NVI). El original dice: *«Miraos a vosotros mismos»*. No se trata de procurar algo para sí mismo, sino de vigilarse a sí mismo, a fin de no actuar insensatamente (comp. con Ef. 5:17). El griego *misthón plére* significa el *jornal exacto* de un trabajador, pero Juan habla de la recompensa del Señor por un trabajo bien hecho (comp. con 1 Co. 3:12–15; 2 Co. 5:10; Ap. 14:13). Dice Rodríguez-Molero: «La imagen está tomada del trabajo manual penoso. Pero *ergázesthai* no está usado en sentido literal; no es más que una imagen para designar el esfuerzo o la perseverancia en la fe, lo que hay en ésta de voluntario y humano. Es el mismo sentido de Juan 6:27–29. La inversa positiva: *sino recibid el salario completo,* lo confirma. Ésta era una locución usual entre los judíos (cf. Rt. 2:12)».

3. El versículo 9 ha de leerse según la NVI: *«Todo el que se propasa* (o *va demasiado lejos—Nueva Biblia Española—)* y *no continúa en la enseñanza de Cristo* (lit. del Cristo), *no tiene a Dios; el que continúa en la enseñanza, tiene al Padre e igualmente al Hijo»*. Juan repite aquí lo que había dicho en 1 Juan 2:22, 23. En ambos lugares se observa la equivalencia de *«Cristo»* e *«Hijo»*. En el comienzo del versículo, Juan usa la expresión griega *Pas ho proágon. Proágo* no significa *extraviarse* ni *transgredir,* sino *ir por delante, ir demasiado lejos.* No cabe duda de que Juan se está refiriendo a los gnósticos, falsos maestros y «anticristos», quienes pensaban que, con su *gnosis*, es decir, su conocimiento superior al de los simples fieles, iban muy por delante de ellos. Pero Juan dice, «con algún sarcasmo: "Sí que se han adelantado". Han avanzado tanto que han dejado a Dios detrás de ellos» (Stott). En otras palabras, la verdad es una y simple; no se le puede añadir ni quitar (comp. Gá. 1:6–9; Ap. 22:18, 19).

4. Para quienes piensan que el evangelista y apóstol del amor es un sentimental, todo dulzura, en contraste con el «severo» Pablo, los versículos 10 y 11 dan una buena lección sobre la necesidad de unir la mansedumbre con la intransigencia en los principios (comp. con 1 P. 3:15): «*Si alguien se acerca a vosotros y no lleva esta doctrina, no lo recibáis en casa ni le deis el saludo* (exactamente: *ni le digáis: saludar); porque quien le da el saludo (le dice: saludar) se hace cómplice (koinoneí,* el mismo vocablo de Ro. 12:13; 15:27; Gá. 6:6; Fil. 4:15; 1 Ti. 5:22; He. 2:14 y 1 P. 4:13) *de sus obras perversas»* (lit.). El verbo *«participa»* se queda débil aquí, y el *«comunica»* de la antigua RV tiene hoy otro significado. La NVI dice *«toma parte»*. Salguero: *«comunica en …»;* y Rodríguez-Molero: *«comulga en …»* (el verbo resulta ambiguo, aunque se usa también en ese sentido). Las versiones de la *Biblia de Jerusalén: «se hace solidario de …»,* y la de la *Nueva Biblia Española: «se hace cómplice de …»,* son las mejores y más expresivas aquí. El mandato a negar toda clase de comunión fraternal a tal sujeto, como a hereje manifiesto, es algo similar a lo que leemos en 1 Reyes 13:16 y ss.; Romanos 16:17; y, con referencia a una conducta indigna, 1 Corintios 5:9–11; 1 Timoteo 5:22 y Judas 23.

5. J. Stott hace notar que, para entender bien esta severa actitud de Juan, es menester tener en cuenta tres factores: (A) «Juan se está refiriendo a maestros de una doctrina falsa, no meramente a quienes creen en ella … (B) La instrucción de Juan puede muy bien referirse, no sólo a una visita "oficial" de los falsos maestros, sino también a darles una "oficial" bienvenida, más bien que a una mera hospitalidad privada … (C) Juan se refiere a maestros de una falsa doctrina acerca de la encarnación, no a cualquier falso maestro … El falso maestro al que Juan no quiere que la iglesia acoja es "el engañador" y "el anticristo" (v. 7)». Quizás estas acotaciones de Stott resulten demasiado indulgentes, pero no están de más para los que niegan todo trato a quien, por error, ignorancia o engaño de otros, sostiene doctrinas heterodoxas. Hay, con todo, personas tan fanáticamente aferradas a sus prejuicios doctrinales que discutir con ellas sólo sirve para perder el tiempo y la paciencia, aunque no haya ningún precepto bíblico que nos obligue a negarles la palabra o el saludo.

Versículos 12–13

Juan concluye su breve epístola con una observación personal y un sobrio saludo (vv. 12, 13): *«Teniendo muchas cosas que escribiros, no quise* (hacerlo) *mediante papel y tinta, pero estoy esperando llegarme hasta* (gr. *guénesthai pros) vosotros y hablar boca a boca, a fin de que nuestro gozo sea completo* (¡exactamente igual que la frase final de 1 Jn. 1:4!). *Te saludan los hijos de tu hermana, la elegida»* (lit.).

1. La versión literal de estos versículos ofrece muchos y sabrosos detalles.

(A) El autor sagrado, según conjetura Stott, había llegado al final de la hoja en la que estaba escribiendo y, al tener todavía muchas cosas que decir, prefiere esperar para comunicarlas de palabra. El original dice *«boca a boca»,* como en Números 12:8; Jeremías 32:4, con lo que se expresa lo directo de la conversación.

(B) *«No quise* (aoristo epistolar), dice, *mediante papel* (gr. *khártou*, de donde procede el castellano "carta", a través del latín *charta) y tinta»* (más exacto, *negro;* gr. *mélanos*, de donde se derivan vocablos como melancolía, Melanesia, etc.). El papel se hacía «de cañas de papiro cortadas en tiras, las cuales se colocaban unas a lo largo de otras en ángulos rectos, se comprimían y se empastaban para formar hojas de material de escribir. La palabra *tinta* significa simplemente negro, pues en la antigüedad se componía de carbón, goma y agua» (Ryrie).

(C) El gozo de Juan sería completo cuando tuviese la oportunidad de comunicarse de palabra con los destinatarios de la carta. Dice J. Stott: «Las palabras habladas no están tan expuestas a malentendidos como las escritas, porque el que habla comunica el sentido, no sólo mediante el lenguaje, sino también mediante el tono de la voz y la expresión del rostro». Y añade Stott: «El gozo completo es el resultado de la comunión».

2. El saludo final (v. 13) se parece al inicial, pues vuelve la metáfora de la *«señora elegida y sus hijos»,* es decir, de la iglesia *hermana,* en representación de la cual está escribiendo el anciano Juan. Seguramente estaba el autor sagrado escribiendo desde Éfeso. El *«Amén»* que añaden nuestras versiones falta en la mayoría de los MSS, incluidos los más importantes.

3 JUAN

Esta breve epístola, parecida a la 2 de Juan en su brevedad, se distingue tanto de la 1 de Juan como de la 2 de Juan en su carácter totalmente personal. No sólo va dirigida a una persona concreta, un tal Gayo, sino que en ella se tratan asuntos de otros dos personajes también concretos: Diótrefes, que era probablemente el más conspicuo líder de la comunidad a la que Gayo pertenecía; y Demetrio, probablemente un misionero itinerante que había de entregar (con la mayor probabilidad) a Gayo la carta de Juan.

La división de la breve epístola, según la *Ryrie Study Bible*, es la siguiente:

I. Saludos iniciales (v. 1).
II. El buen testimonio de Gayo (vv. 2–8).
III. La mala conducta de Diótrefes (vv. 9–11).
IV. La merecida alabanza de Demetrio (v. 12).
V. Observaciones finales y bendición (vv. 13–15).

Versículo 1

«El anciano, a mi querido amigo (lit. *al amado) Gayo, a quien amo en la verdad»* (NVI). «Gayo», dice Plummer, «era quizás el más común de todos los nombres en el Imperio Romano». Sin salir del Nuevo Testamento hallamos entre los fieles más prominentes tres Gayos: el de Corinto (1 Co. 1:14, comp. con Ro. 16:23); el de Macedonia (Hch. 19:29); y el de Derbe (Hch. 20:4). Según el antiquísimo documento eclesiástico llamado la *Didakhé* (Doctrina de los Doce Apóstoles), fue a este Gayo de Derbe a quien Juan dirigió la presente carta y a quien designó primer obispo de Pérgamo. Sin embargo, según Dodd (citado por Stott), «no hay nada improbable en esto, pero el documento es tardío y no hay ninguna base temprana para tal afirmación». A la vista de lo que antecede, resulta prudente el consejo de Stott: «Es más seguro resistir el intento de identificar al Gayo de esta epístola».

De este Gayo dice Juan: «A *quien yo* (gr. *egó;* enfático en el original) *amo en verdad»* (lit.). Como justamente observa Stott, aun cuando falta el artículo delante de *«verdad»,* no es probable que aquí signifique «de *veras»,* sino que «la verdad era la esfera en la cual existía y florecía el amor mutuo de ambos. Quizás su mutua relación era todavía más personal que esta, y la referencia a "mis hijos" (v. 4) insinúa que Gayo debía a Juan su conversión». Aunque Stott no matiza aquí su pensamiento, no hay que dudar de que entiende por deber a Juan la conversión, no como al agente principal, sino como al instrumento en manos de Dios.

Versículos 2–8

De inmediato pasa Juan a comunicar el objeto de su epístola. Lo inicia con un encomio del propio Gayo, a causa de su conducta piadosa en general (vv. 2–4), y de su hospitalidad en particular (vv. 5, 6), y da a continuación una buena razón de lo encomiable de tal conducta (vv. 7, 8).

1. Dicen así los versículos 2–4 en la NVI: *«Querido amigo* (lit. *amado), oro a Dios para que goces de buena salud y para que todos tus asuntos marchen bien, de la misma manera que marcha bien tu alma. Me dio una gran alegría el recibir la visita de algunos hermanos y oírles dar testimonio de tu fidelidad a la verdad y de que continúas viviendo de acuerdo con la verdad. No hay cosa que me cause más alegría que el oír que mis hijos están viviendo de acuerdo con la verdad».*

(A) El apóstol *ora* (lo de *«a Dios»* no está en el original) *para que todas las cosas le vayan por buen camino* (lit.) a Gayo y *para que goce de buena salud, así como su alma va por buen camino* (lit.). Es una metáfora que significa *prosperar* (comp. con Ro. 1:10; 1 Co. 16:2). Hay quienes opinan que Gayo estaba enfermo y que por eso oraba Juan por su salud. Pero, como hace notar Stott, lo que de aquí se deduce es una «garantía bíblica para desear tanto el bienestar físico como el espiritual de nuestros amigos cristianos».

(B) Estas noticias acerca de Gayo las había obtenido (v. 3) el autor sagrado por medio de unos hermanos, seguramente misioneros itinerantes, que habían pasado por Éfeso y le habían comunicado a Juan]a buena conducta de Gayo; *«estaban dando testimonio de tu verdad»* (lit.), esto es, de la adhesión total de Gayo a la verdad o, mejor aún, de la fiel *verdad* del propio Gayo (v. Ec. 12:13; Ef. 6:14). La frase siguiente: *«así como caminar en la verdad»* da la explicación de lo que antecede. Dice Stott: «El que "camina en la verdad" es un cristiano integrado, en el cual no hay dicotomía entre la profesión y la práctica». Comenta Rodríguez-Molero: «Esta "verdad" es, por decirlo así, la vertiente humana visible de aquella "realidad" divina que habita en el nacido de Dios (cf. 1 Jn. 1:8; 2:4; 2 Jn. 2). Es la adecuada respuesta moral a aquella gracia divina». Juan dice que, con estas noticias, *se alegró extraordinariamente* (gr. *ekháren lían,* la misma expresión de 2 Jn. 4).

(C) El corazón del autor sagrado se descubre en esa confidencia de tipo general (v. 4): *«No tengo mayor alegría (*o *gozo;* gr. *kháran) que éstas, el que oigo que mis hijos están caminando* (participio de presente) *en la verdad»* (lit.). Llama *«hijos suyos»,* dice Ryrie, «a los beneficiarios del ministerio de Juan, a quienes él probablemente había conducido a Cristo». Esa alegría del apóstol parece insinuar que no todos los creyentes le causaban a Juan el mismo gozo. Como dice Rodríguez-Molero: «El apóstol siente el contraste entre esta alegría y las penas que le causarían otros cristianos».

2. En los versículos 5 y 6 Juan encomia especialmente la hospitalidad de Gayo: *«Querido amigo* (lit. *amado), eres fiel en lo que estás haciendo por los hermanos, y eso tratándose de forasteros. Ellos*

informaron de tu amor ante la iglesia. Harás bien de proveerles para el viaje de una manera digna de Dios» (NVI).

(A) La repetición del epíteto *«amado»* indica que hay en Gayo un nuevo motivo de encomio: La hospitalidad, que habría de ser una virtud bien cultivada por todos los creyentes (v. Ro. 12:13; He. 13:2; 1 P. 4:9), pero especialmente por las viudas (1 Ti. 5:10) y por los líderes de las comunidades (1 Ti. 3:2; Tit. 1:8). El original dice: *«Haces el fiel* (esto es, *obras fielmente) en lo que trabajas* (el mismo verbo de Jn. 6:27), es decir, en lo que te esfuerzas por hacer, *por* (gr. *eis*, preposición de dirección) *los hermanos y esto* (siendo) *extranjeros»*. El gr. *xénous* puede significar «extranjeros» o «forasteros».

(B) Con esto no quiere decir Juan que Gayo tuviese dos procedimientos distintos para dos grupos distintos de misioneros itinerantes, pero sí pone de relieve la calidad de la hospitalidad de Gayo al obsequiar de esta manera a misioneros *forasteros.* Por cierto que, en esto, se puede pecar por los dos extremos. Hay comunidades que muestran mucho mayor aprecio a los obreros de fuera que a los que tienen en la propia iglesia. Otras, en cambio, vuelcan todo su afecto sobre los de «casa» y no quieren saber nada de los «forasteros». La hospitalidad de Gayo brillaba, no en que prefiriese a los de fuera, sino en que, después de cumplir rectamente con los de casa, su hospitalidad se desbordaba hasta los de fuera. Y ésta es la forma de guardar el equilibrio que la comunión eclesial y la intercomunión de las iglesias demandan.

(C) Aquellos misioneros *extranjeros,* a los que Juan se está refiriendo, dieron testimonio (v. 6) de la hospitalidad de Gayo. «Esos *extranjeros,* llenos de emoción y gratitud, han cantado sus grandes méritos *en presencia de la iglesia,* o sea delante de la comunidad reunida» (Rodríguez-Molero, quien también observa que «es la primera vez que la palabra *ekklesía* sale en san Juan»).

(D) El encomio le sirve a Juan para eforzar mejor la exhortación que va a continuación (v. 6b): *«a los que* (a los misioneros extranjeros) *harás bien en proveerles para el viaje* (éste es el sentido constante en el Nuevo Testamento del verbo gr. *propémpo) de manera digna de Dios»* (lit.), esto es, como se merecen los que están al servicio del Señor, como obreros de su viña; más aún, como enviados de Dios (comp. con Mt. 10:40).

3. La razón es que (vv. 7, 8) dichos misioneros *«fue por el nombre (del Señor) por lo que se pusieron en camino, sin recibir ninguna ayuda de los paganos. Por tanto, debemos ofrecer hospitalidad a tales personas para cooperar en su trabajo por la verdad»* (NVI, la cual hace notar que lo de *«del Señor»* no figura en el original).

(A) Como hace notar Stott, el verbo que Juan usa para estos misioneros extranjeros es el mismo que usa para los falsos maestros: *exélthon, salieron.* «Describe, dice, un propósito deliberado de lanzarse a una misión, como cuando Pablo se embarcó en su segundo viaje misionero». El *«nombre»* se refiere al Señor Jesucristo (comp. con Hch. 5:40, 41; Ro. 1:5; Fil. 2:9–11).

(B) Lo de *«paganos»,* no se refiere a los creyentes de extracción gentil, sino a los inconversos paganos, en contraste con los creyentes tanto de extracción israelita como gentil. Conviene entender bien lo que aquí insinúa Juan. Dice Stott: «La frase *no tomando nada* no ha de entenderse estrictamente como si dichos misioneros rehusasen aceptar dones que voluntariamente les ofreciesen los inconversos. No se prohíbe aquí aceptar dinero de no cristianos que puedan estar bien dispuestos hacia la causa cristiana. Jesús mismo pidió y aceptó un vaso de agua de una samaritana pecadora. Lo que aquí se dice es que estos evangelistas itinerantes no querían (como norma táctica) buscar ayuda económica de los paganos y que, de hecho, no habían recibido de ellos ninguna ayuda».

(C) De ahí pasa Juan a generalizar con respecto al deber de los creyentes: *«Nosotros, pues,* dice (v. 8), *debemos* (el mismo verbo de 1 Jn. 2:6; 3:16; 4:11) *acoger a los tales, para llegar a ser cooperadores en la verdad»* (lit.). Ese *«nosotros»,* en el que Juan mismo se incluye, designa a todos los genuinos creyentes, consecuentes con la profesión que hicieron de fe en Jesucristo. El dativo griego *te*^{i} *aletheia*^{i}, que Juan usa al final del versículo 8, puede significar *aquello en que se coopera* o, mejor quizá, *aquello a lo que se coopera.* En este segundo caso, más probable, *la verdad* aparece personificada como alguien con quien se colabora. En cuanto a una construcción gramatical similar, véase Santiago 2:22. Dice Stott: «Tal personificación de la verdad, el Evangelio o la Palabra, no carece de precedente en el Nuevo Testamento (v. por ej. v. 12; 2 Co. 13:8; Fil. 1:27; 1 Ts. 2:13)».

Versículos 9–11

En estos versículos Juan presenta un cuadro muy distinto del anterior. Habla de un orgulloso y ambicioso líder de la congregación a la que pertenece Gayo. Su nombre es Diótrefes, que, curiosamente, significa «alimentado por Júpiter». El autor sagrado describe: 1) Su carácter (v. 9); 2) sus egoístas actividades (vv. 10, 11).

1. Dice el versículo 9: *«Ya escribí a la iglesia, pero Diótrefes, a quien le gusta mandar entre ellos, no quiere saber nada con nosotros»* (NVI).

(A) Lo primero que observamos es que Juan había escrito a la iglesia en la que Diótrefes era el líder principal, y de la que Gayo era, con la mayor probabilidad, miembro. La carta a la que alude Juan se ha perdido; es muy posible que el propio Diótrefes la destruyera.

(B) Dice Juan que Diótrefes era un ambicioso: *«le gusta ser el primero de ellos»* (gr. *philoproteúon autón),* según dice textualmente el original. No se nos insinúa que hubiese usurpado el oficio, sino que abusaba de él de una manera dictatorial.

(C) Su abuso de poder llegaba a términos inconcebibles. *«No nos reconoce»,* dice Juan, conforme al sentido que el verbo *epidékhetai* tiene aquí, más bien que «no nos acoge». Diótrefes no reconocía la autoridad apostólica de Juan, como vemos por el versículo siguiente.

2. En este versículo 10, el autor sagrado particulariza las actividades egoístas y dictatoriales de Diótrefes: *«Así que si voy allá, llamaré la atención sobre lo que está haciendo, hablando malignamente contra nosotros. No satisfecho con eso, rehúsa acoger* (el mismo verbo del v. 9) *a los hermanos; y además, a los que quieren acogerlos, les prohíbe hacerlo y los echa de la iglesia»* (NVI).

(A) Juan anuncia aquí que, en una probable futura visita a la iglesia en la que Diótrefes es el principal líder, se propone darle una pública reprimenda, llamando la atención (gr. *hupomnéso;* lit. *haré recordar)* sobre sus malvadas actividades, que el apóstol Juan enumera a continuación.

(B) *«Está,* dice Juan, *denigrándonos»* (en participio de presente). El orgulloso Diótrefes estaba calumniando malignamente a Juan, como si éste abusase de su autoridad apostólica. Ésta es la conjetura más probable, ya que, como dice el refrán, «piensa el ladrón que todos son de su condición». En opinión de Findlay (citado por Stott), su propio nombre, poco común, de Diótrefes indicaría que pertenecía a la aristocracia de Pérgamo. «Otros autores atribuyen la rivalidad entre Juan y Diótrefes a los cambios estructurales eclesiales al final del siglo primero de nuestra era» (Stott). El mismo Stott hace notar que «fue hacia el año 115, cuando el obispo Ignacio de Antioquía escribió sus cartas a las iglesias de Asia, el tiempo en que fue establecida entre ellas el "episcopado monárquico" (la aceptación de un solo obispo con autoridad sobre un grupo de presbíteros)».

(C) Sin embargo, como el propio Stott arguye, «para Juan los motivos que gobernaban la conducta de Diótrefes no eran teológicos, ni sociales ni eclesiásticos, sino morales». Y el autor sagrado los enumera a partir de la raíz:

(a) La raíz de sus perversas actividades era su *ambición de honor y de poder,* como se refleja (v. 9) en ese *amor al primer puesto,* que ya hemos analizado anteriormente. Stott cita la observación de David Smith de que *«proáguein* (2 Jn. 9) y *philoproteúein* denotan dos humores que perturbaron la vida cristiana del Asia Menor—arrogancia intelectual y encumbramiento personal».

(b) Primer amargo fruto de tal raíz fue denigrar con interpretaciones malignas el ejercicio de la autoridad apostólica por parte de Juan, como también lo hemos visto ya (v. 10b).

(c) Segundo fruto, consecuencia también de la amarga raíz, era la falta de acogida a los misioneros itinerantes procedentes de Éfeso (v. 10c): «Y *no contento con estas cosas, no sólo no acoge él mismo a los hermanos …».* Como conjetura Stott: «Quizás no tenía mejor motivo para rehusar acoger a estos forasteros que el haber sido cosa mandada por Juan».

(d) Pero no se contentaba tampoco Diótrefes con esta actitud negativa, sino que de la defensa pasaba al ataque: «… *sino que a los que quieren* (acogerlos) *se lo prohíbe».* No contento con su propio rechazo, exigía que todos los demás miembros de su iglesia siguieran la misma pauta de rehusar la acogida a los misioneros procedentes de Éfeso.

(e) Pero no paraba en eso (v. 10d) la dictatorial arrogancia de Diótrefes (v. 10e): «… *y los echa de la iglesia».* A quienes rehusaban sumarse a su falta de acogida ¡los ponía fuera de comunión! ¿Cabe mayor dictadura eclesiástica? Sin embargo, esto presenta una dificultad: Si Diótrefes ponía fuera de comunión a quienes daban acogida a los enviados de Juan y a los misioneros itinerantes, ¿cómo es que Gayo, quien se conducía precisamente del modo contrario al de Diótrefes, seguía aún en comunión con la iglesia? Hay quienes opinan que Juan no habla de echar de la iglesia a los miembros que daban acogida a los

misioneros, sino a los misioneros mismos. Pero la fraseología, la propia construcción gramatical de las frases, se opone a dicha opinión. Rodríguez-Molero opina que «los dos presentes "impide" y "echa" son *de conatu* (esto es, de intento. El paréntesis es mío). Diótrefes intentó prohibirles y echarlos. Pero de hecho no consiguió nada, pues Gayo sigue perteneciendo a la comunidad». Quizás sea esto lo más probable.

3. En el versículo 11, Juan deduce de lo dicho en los versículos 9 y 10 una conclusión que le sirve de exhortación general a Gayo: *«Querido amigo* (lit. *amado;* ésta es la cuarta y última vez que Juan se dirige a Gayo con este epíteto), *no imites lo malo, sino lo bueno. Quien obra el bien, es de Dios. Quien obra el mal no ha visto a Dios»* (NVI). Del verbo que usa aquí Juan *(mímou)* se deriva el castellano *mímica.* «Cada cual es un imitador», dice Stott. El versículo sirve de gozne entre lo que precede, el mal ejemplo de Diótrefes, y lo que sigue, el buen ejemplo de Demetrio. Así se explica que Juan comience por la negativa: *«No imites lo malo»*. La imitación de lo bueno, que aquí encomía Juan, es la consecuencia de pensar todo lo que es bueno (v. Fil. 4:8), con la diferencia, a favor de la imitación, de que para imitar no hace falta pensar, sino *ver.* Es quizás por esto por lo que, en la segunda parte del versículo, dice el autor sagrado: *«El que hace lo bueno es de Dios (ek tou Theoú,* genitivo de procedencia), es decir, muestra con su conducta los rasgos de familia, ¡imita a su Padre!, mientras que *el que hace lo malo, no ha visto a Dios»* (comp. con 1 Jn. 3:6, donde Juan añade, como equivalente: *«ni le ha conocido»);* al no tener familiaridad, íntima comunión con Dios, no puede imitarle. Dice Stott: «Quizás en esta generalización, Juan tiene en mente a Diótrefes y así da a entender, de forma indirecta, que pone en duda si Diótrefes es en absoluto cristiano».

Versículo 12

La mención de Diótrefes le condujo a Juan a escribir sobre la necesidad de no imitar lo malo. La mención de la necesidad de imitar lo bueno le lleva ahora a escribir sobre Demetrio. El contraste entre ambos caracteres no puede ser más agudo: *«Todos hablan bien de Demetrio—incluso la verdad misma—. Nosotros también hablamos bien de él, y ya sabes que nuestro testimonio es verídico»* (NVI). Tres son los testimonios que aquí se profieren sobre Demetrio: 1. El de *todos.* El original dice a la letra: «A *Demetrio se ha dado testimonio por todos»*. Con ese perfecto pasivo se da a entender que el buen testimonio continúa. 2. El de la misma verdad. Probablemente, en esta como personificación de la verdad, Juan se refiere (comp. con Ec. 12:13) a la exacta conformidad de la conducta de Demetrio con la fe que profesaba. Dice Stott: «De seguro significa que la genuinidad cristiana de Demetrio no necesitaba la evidencia de los hombres; era evidente por sí misma». 3. El del propio Juan, quien, con el plural «nosotros», da a entender su autoridad apostólica, por la que se garantiza la veracidad y competencia de su testimonio: «*y sabes que nuestro testimonio es veraz»* (lit. Comp. con Jn. 21:24).

Versículos 13–15

La epístola concluye de forma parecida a la de 2 Juan 12, 13. Las diferencias pueden notarse a primera vista si traducimos a la letra estos versículos 13–15*: «Muchas cosas tenía* (yo) *que escribirte* (en aoristo), *pero no quiero* (gr. *thélo,* más débil que el *ebouléthen* de 2 Jn. 12) *por medio de negro* (esto es, tinta) *y caña* (es decir, pluma) *escribirte* (en presente de infinitivo). *Mas espero verte pronto y hablaremos boca a boca. Paz a ti. Te saludan los amigos. Saluda* (tú) *a los amigos por* (su) *nombre,* es decir, a cada uno en particular». *«Paz a ti»* es la versión literal del saludo hebreo *«shalom lekhá»* (comp. con Jn. 20:19, 21, 26). Dice Stott: «Oración muy apropiada para Gayo si tenía que ejercer el liderato en una iglesia en que Diótrefes estaba levantando contención». El mismo autor hace notar que «la designación de los cristianos como *amigos* es única en las epístolas. Sin embargo, Jesús llamó Sus amigos a los Doce (Jn. 15:13, 14) … No parece haber aquí ninguna insinuación de que los *amigos* están menos íntimamente asociados mutuamente que los "hermanos" (cf. vv. 3, 5, 15), pues la instrucción que se le da a Gayo es *saludar a los amigos por su nombre …* Los cristianos no deben perder su identidad individual y su importancia dentro del grupo … El Buen Pastor llama por su nombre a Sus ovejas (Jn. 10:3)».

JUDAS

El autor de esta epístola es, sin duda, Judas el hermano del Señor (v. Mt. 13:55; Mr. 6:3), puesto que él mismo se identifica (v. 1) como *«hermano de Santiago»*, siendo así que, cuando Judas escribía su epístola, el único Santiago de relieve en la Iglesia primitiva era el hermano del Señor y líder de la iglesia de Jerusalén. El hermano de Juan, Santiago el Mayor, había muerto bastantes años antes (v. Hch. 12:2), y el Menor no vuelve a aparecer en escena después de Hechos 1:13.

Su objeto al escribir esta epístola fue «defender la fe apostólica contra las falsas enseñanzas que estaban surgiendo en las iglesias» (Ryrie). La semejanza de algunas porciones con otras de la 2 Pedro ya fue notada en la introducción a esta última. Lo más destacable es el uso que hace Judas de los apócrifos *Libro de Henoc* y *Asunción de Moisés*, lo cual no significa que los tenga por canónicos e inspirados, sino como útiles para basar en ellos algunas afirmaciones.

Seguimos, como en otros lugares, la división que se halla en la *Ryrie Study Bible:*

I. Saludo y objetivo (vv. 1–4).
II. Desenmascaramiento de los falsos maestros (vv. 5–16).
III. Exhortaciones a los creyentes (vv. 17–23).
IV. Bendición (vv. 24–25).

Versículos 1–4

En estos versículos tenemos: 1) La mención del escritor y de los destinatarios (v. 1); 2) La bendición inicial (v. 2); 3) El objetivo de la carta (v. 3); 4) El motivo por el que les escribe así (v. 4).

1. Dice el versículo 1: «*Judas, siervo* (gr. *doúlos*, esclavo) *de Jesucristo y hermano de Santiago* (lit. *Jacobo), a los que han sido llamados, que son amados por Dios Padre y preservados por Jesucristo*» (NVI).

(A) *Judas* es la transcripción del hebreo *Yehudá* (Judá); era nombre bastante frecuente entre los judíos. Se llama a sí mismo «*esclavo de Jesucristo*», a pesar de ser hermano suyo según la carne, con lo que muestra su gran humildad. Ya dijimos que el Santiago (lit. Jacobo) del que se dice *hermano* es, por eso mismo, el hermano del Señor y líder de la iglesia de Jerusalén. *Jacobo* es la transcripción del hebreo *Ya^{a}qob*, que suele pronunciarse *Jacob.*

(B) El autor sagrado dirige su carta *a los llamados,* apelativo que Pablo da a todos los creyentes (Ro. 1:6, 7; 1 Co. 1:24), puesto que la salvación personal se lleva a cabo comenzando por un llamamiento de Dios (Ro. 8:30). *Amados* (mejor atestiguado que *santificados) en Dios Padre* significa aquí la esfera de donde brota el amor: *han sido, y son, amados por Dios Padre.* El original añade: «*y guardados* (también en perfecto de pasiva) *para (*o *en) Jesucristo*», es decir, incorporados a Cristo y preservados en Él y mediante Él por el poder de Dios (v. 1 P. 1:5).

2. Viene luego (v. 2) la bendición inicial: «*Que la misericordia, la paz y el amor sean vuestros en abundancia*» (NVI). Puesto que *misericordia y gracia* son términos equivalentes, hallamos aquí la misma tríada de 2 Corintios 13:14. Lo mismo que la doxología final (vv. 24, 25), también la bendición inicial resulta así más completa que la de 1 Pedro 1:1 y 2 Pedro 1:1.

3. A continuación, Judas expone el objeto de su carta (v. 3): «*Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me he visto en la necesidad* (lit. *tuve necesidad) de escribiros exhortándoos a que contendáis ardientemente* (gr. *epagonízesthai*, única vez que tal verbo ocurre en todo el Nuevo Testamento) *por la fe que ha sido transmitida a los santos de una vez por todas* (gr. *hápax*, el mismo vocablo de He. 9:27, 28; 10:2; 1 P. 3:18, entre otros lugares)».

(A) La gran solicitud de Judas muestra que la fe de los destinatarios corría grave peligro, hasta tal punto que se ha visto en la necesidad de escribirles cuanto antes acerca *de la salvación común,* esto es, la que él compartía con todos los demás creyentes.

(B) La exhortación es a la lucha cuerpo a cuerpo que el verbo griego indica, para defender *la fe,* es decir, las verdades básicas del Evangelio, que nos han sido transmitidas de mano en mano. El verbo *paradotheíse* es de la misma raíz que *parádosis,* que tiene el sentido constante de *tradición* en el Nuevo Testamento; es decir, algo que se transmite por entregas de mano en mano. Como hace notar D. F. Payne, «las únicas tradiciones inmutables que tienen los cristianos son las verdades del Evangelio».

(C) En efecto, el adverbio *hápax* (de una vez por todas) nos indica bien a las claras que dichas verdades son inmutables: no se pueden alterar, no se les puede quitar ni añadir (comp. con Gá. 1:6–9). En efecto, el Evangelio es eterno (Ap. 14:6), porque Jesucristo, el centro del Evangelio, *es el mismo, ayer, y hoy, y por los siglos* (He. 13:8).

4. En el versículo 4, Judas declara explícitamente de dónde partía el peligro grave contra la fe cristiana: «*Porque se han introducido solapadamente entre vosotros algunos individuos cuya condenación estaba ya señalada de antiguo en las Escrituras. Son hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios y niegan a Jesucristo, nuestro único Dueño* (gr. *despóten,* el mismo vocablo de 2 P. 2:1) *y Señor*» (NVI). Nótense los siguientes detalles:

(A) El escritor sagrado se está refiriendo a ciertos individuos que son *impíos* (gr. *asebeís,* lo contrario de *eusebeís,* piadosos). Su impiedad queda descrita en dos rasgos: (a) *Convierten en libertinaje la gracia,* es decir, son antinomianos que usan la libertad del Evangelio como base de abastecimiento para satisfacer los deseos carnales (v. Gá. 5:13). (b) Niegan a Jesucristo el lugar que le pertenece como Dueño y Señor, con autoridad para mandar e imponer sus preceptos. Si el primer rasgo señala la práctica del antinomianismo, el segundo marca el principio teórico en que se inspiraban: negarle la autoridad para preceptuarles.

(B) De ellos dice que *se habían introducido solapadamente en las iglesias.* Esto nos recuerda lo que, sobre los «anticristos», nos dice Juan (por ej. en 1 Jn. 2:19). Como todos los falsificadores, estos impíos no habían entrado en la iglesia por la puerta grande, sino por la trasera o por la ventana (comp. con Jn.

10:1). Seguramente que ponían énfasis en la libertad del Evangelio para llegar a negar toda obligación moral. Es probable que estuviesen inficionados del naciente gnosticismo, con lo que se explicaría, no sólo su antinomianismo (v. la introducción al comentario a la 1 Jn.), sino también el puesto que asignaban al Señor Jesucristo, como si fuese un *demiurgo,* creador secundario o, más probablemente, un *eón,* uno de los espíritus intermediarios entre Dios y los hombres.

(C) La NVI ha vertido admirablemente el participio *proguegramménoi* (de donde procede el vocablo castellano *programa)* y que significa «escrito de antemano». La condenación (gr. *kríma,* la sentencia dictada) de estos individuos *constaba ya en las Escrituras,* como lo va a probar el propio Judas, al acudir a tres ejemplos del Antiguo Testamento, en los que Dios aplicó terribles castigos a grupos de personas cuya impiedad corría pareja con la de los individuos a los que se está refiriendo en esta carta.

Versículos 5–16

Judas ha comenzado a desenmascarar a los falsos maestros y procede ahora: 1) A poner tres ejemplos de castigos famosos en el Antiguo Testamento (vv. 5–7); 2) A describir, en rasgos generales, los vicios de estos impíos (v. 8); 3) A exponer su pecado de blasfemia (vv. 9, 10); 4) Su gran corrupción (vv. 11–13); 5) Y su juicio (vv. 14, 15). 6) Procede finalmente a compendiar los rasgos que caracterizan el orgullo de tales individuos (v. 16).

1. El autor sagrado quiere refrescar la memoria de sus lectores sobre cosas que ellos saben bien. Se trata de tres ejemplos, bien conocidos de los creyentes, en los que Dios infligió un severo castigo (vv. 5–7).

(A) El primer ejemplo (v. 5) está tomado de Números 14:26–35: *«Aunque ya conocéis* (lit. *sabéis) perfectamente todo esto, quiero haceros memoria de que el Señor sacó a su pueblo de la esclavitud de Egipto, pero luego hizo perecer a los que no creyeron»* (NVI). Tres detalles son dignos de observación: (a) La frase *«sabéis todas las cosas»* (lit.) es parecida a la de 1 Juan 2:20 (según lectura probable), y así como allí se halla cualificada por el contexto (la doctrina ortodoxa sobre Cristo), aquí se refiere a los tres casos que siguen. (b) Quiere hacerles a la memoria todo esto, a fin de que recuerden las consecuencias que tuvo aquel pecado de incredulidad. (c) La tercera lección es que no sirve pertenecer al pueblo de Dios si no se observa una conducta digna de tal privilegio.

(B) El segundo ejemplo se refiere a los ángeles caídos (v. 6): «*Y a los ángeles que no guardaron su posición de preeminencia, sino que abandonaron su propia morada, los retiene en oscuras mazmorras, condenados a cadena perpetua hasta el juicio del gran Día»* (NVI). Este versículo necesita un examen más atento. Conviene también dar un repaso al comentario a 1 Pedro 3:19. Una cosa es segura: Judas está citando del apócrifo Libro 1 de Henoc y, con ello, garantiza la verdad de lo que dice, sin insinuar por eso que dicho libro sea inspirado.

(a) No cabe duda de que la referencia es a verdaderos «ángeles», no «mensajeros» humanos. J. Alonso hace notar que esto «se entiende perfectamente al tener en cuenta un pasaje del Deuteronomio en la traducción de los LXX y otro del Génesis». El primero es Deuteronomio 32:8, donde los LXX traducen «ángeles» donde el hebreo dice «hijos de Dios» (comp. con Dn. 10:13). El segundo es Génesis 6:4, donde también algunos MSS de los LXX dicen «ángeles».

(b) Según el propio Libro de Henoc, los ángeles que aquí se mencionan vinieron a la tierra y se unieron carnalmente a hijas de los hombres. A esto se refiere la frase de Judas de que *«no guardaron su dignidad»* (gr. *arkhén),* esto es, el *principado* especial propio de espíritus superiores, por naturaleza, a los hombres. «*Su propia morada»* era, pues, el cielo, el cual *abandonaron* para descender a la tierra y vivir entre los hombres, con las mismas pasiones de éstos.

(c) El castigo aplicado a tales ángeles, según Judas (tomado tambien del Libro de Henoc), consiste en *ser retenidos por Dios en oscuras mazmorras hasta el día del juicio.* Esto parece concordar con lo que vimos en 1 Pedro 3:19, y añade cierto peso a la opinión de que también allí se trata de tales ángeles *(«espíritus»,* sin más, dice Pedro).

(C) El tercer ejemplo (v. 7) está tomado de Génesis 19:4–25 (v. tambien 2 P. 2:6, 10): «*De un modo semejante, Sodoma y Gomorra, así como las ciudades circunvecinas, se entregaron a la inmoralidad sexual y a vicios carnales contra naturaleza. Por eso quedan a la vista como un ejemplo de escarmiento, tras de sufrir el castigo de un fuego eterno»* (NVI). El castigo de las ciudades de la Pentápolis es bien conocido por la historia del Génesis, pero este versículo 7 de Judas ofrece dos dificultades:

(a) ¿A quiénes se refiere Judas al decir textualmente: «… *de modo semejante a éstos»?* No puede referirse a las ciudades, puesto que *autás* es femenino, mientras que *toútois* es masculino o neutro. Al tratarse aquí de seres culpables, el neutro queda también eliminado. Tampoco es probable que se refiera a los *impíos* que son el tema de la epístola, pues: *Primero,* están muy lejos en la construcción gramatical; *segundo,* resulta muy difícil aplicarles a ellos lo de *ir tras de una carne diferente* (lit.). Sólo puede aplicarse a los ángeles del versículo anterior, cuyo pecado, «según esa tradición judía que utiliza Judas, consistió en ir detrás de otra carne diferente de la carne que supuso en los ángeles esa tradición primitiva» (Alonso). Véase también Génesis 19:1–11, en que los ángeles habían tomado un cuerpo semejante, aunque no igual, al de los hombres.

(b) Añade Judas que las ciudades nefandas fueron condenadas *al fuego eterno.* ¿Cómo puede entenderse esto? Sin duda, a que fueron consumidas *para siempre.* Pero, como observa Payne, «probablemente, estaban en la mente del autor los fuegos del infierno (cf. Mr. 9:43)».

2. Después de citar estos tres ejemplos, que habían de servir de *escarmiento* (v. 7) a quienes tuviesen vicios semejantes a los de dichos tres casos, el autor sagrado va a describir las características de los falsos maestros que son su tema, y comienza por compendiarlas en dos rasgos: arrogancia y corrupción (v. 8): *«Exactamente de la misma manera, estos soñadores polucionan su propio cuerpo, rechazan la autoridad y ultrajan a los seres celestiales»* (NVI).

(A) Hay una semejanza grande entre el comportamiento de los incluidos en los tres casos citados en los versículos 5–7, y el de los falsos maestros a que Judas alude en su carta, pues en dichos tres casos se destaca la carnalidad sexual, que es también una de las principales características de los falsos maestros: «*polucionan su propio cuerpo»*, dice Judas.

(B) El autor sagrado los llama *soñadores* (en participio de presente), lo que insinúa, según opinan J. Alonso y D. Payne, que pretextaban que sus acciones inmorales estaban legitimadas por ciertas visiones que habían recibido.

(C) Lo de *«rechazan la autoridad»* (lit. *el señorío)* es muy poco probable (comp. con 1 P. 5:3) que se refiera a la Iglesia (contra J. Alonso). Salguero está en lo cierto: «Los falsos doctores rechazan la soberanía de Cristo, nuestro Señor, no al hacer caso de sus ordenaciones».

(D) ¿Qué significa la última frase: *«blasfeman de las glorias»* (lit.)? Es seguro que, por *«glorias»*, han de entenderse los ángeles buenos. Dice Alonso: «Esta injuria a los ángeles puede entenderse de varias maneras. La inmoralidad de los herejes suponía una ofensa para los ángeles que velan por la observancia de la ley de Dios. O tal vez, en sus especulaciones, los falsos doctores dejaban malparada la dignidad de los ángeles».

3. En los versículos 9, 10, Judas pone atención especial en el pecado de blasfemia de estos falsos maestros, sin dejar de mencionar (v. 10b) su corrupción, de la que tratará con más detalle en los versículos 11–13. Dicen así los versículos 9 y 10: «*Pero el propio arcángel Miguel, cuando estaba disputando con el diablo acerca del cuerpo de Moisés, no se atrevió a lanzar contra él ninguna acusación injuriosa, sino que se limitó a decirle: "Que el Señor te reprenda". Éstos, en cambio, vituperan todo aquello que no entienden; y las cosas que en tienden por mero instinto, como los animales desprovistos de razón—esas cosas son justamente las que les echan a perder»* (NVI).

(A) El versículo 9 parece depender del apócrifo *Asunción de Moisés,* basado a su vez, en Deuteronomio 34:6, donde se atribuye a Jehová el enterramiento de Moisés, de forma que nadie pudiese saber dónde se hallaba su sepulcro. Judas contrapone la arrogancia insolente de los falsos maestros a la prudente moderación con que el propio arcángel Miguel respondió, según el citado apócrifo, cuando Satanás reclamó el cuerpo de Moisés por su proceder en Éxodo 2:12. La frase *«El Señor te reprenda»* está tomada de Zacarías 3:2.

(B) En cambio (v. 10) estos soñadores, al ultrajar a los ángeles (v. 8c), están vituperando las cosas que ignoran, pues son incapaces de elevarse hasta las realidades del mundo espiritual. Sólo conocen el mundo material, pero aun en este mundo material se conducen como los brutos animales, con la diferencia de que los animales irracionales se guían por el instinto y, por tanto, obran conforme a las normas que Dios les señaló al crearlos, mientras que éstos abusan precisamente de su razón para ser esclavos del instinto al seguir la inclinación de su corrompida naturaleza.

4. Esta corrupción, no sólo sexual, de los falsos maestros es tipificada por Judas (v. 11) en tres personajes del Antiguo Testamento, pasando luego el autor sagrado a una descripción alegórica de la catadura moral de los falsos maestros. Dicen los versículos 11–13: *«¡Ay de ellos! Han seguido el camino*

de Caín; se han lanzado por lucro al extravío de Balaam, y han perecido en la rebelión de Coré. Estos individuos son manchas deshonrosas en vuestros banquetes fraternales (lit. *en vuestros ágapes), comiendo y bebiendo con vosotros sin el menor escrúpulo—pastores que sólo se alimentan a sí mismos—. Son nubes sin agua, que el viento arrastra; árboles de fin de otoño, sin fruto y desarraigados—dos veces muertos—. Son olas encrespadas del mar, que arrojan la espuma de su propia desvergüenza; estrellas errantes, a las cuales está reservada para siempre la más densa oscuridad»* (NVI).

(A) Como hace notar Payne, estos falsos cristianos «están tipificados por una carencia general de espiritualidad (como *Caín);* por motivos impíos y por avaricia (como *Balaam);* y por rebelión contra la autoridad divina (como *Coré).* Además, *el error de Balaam* apunta a la inmoralidad y la falsa adoración (cf. Nm. 31:16; Ap. 2:14)».

(B) La descripción alegórica de la inmoralidad de estos falsos maestros (vv. 12, 13) está hecha por medio de una serie de brillantes metáforas, en lo que Judas muestra su cercano parentesco con Santiago, quien también hace gala, en su epístola, de una brillante imaginación. Seis son las metáforas en las que estos inmorales seudomaestros son comparados a cosas aparentemente inútiles, peor aún, perjudiciales.

(a) Los describe primero como *manchas,* aunque según el gr. *spiládes* son, con mayor probabilidad, ocultas rocas marinas que presentan para las naves un grave peligro de naufragio: *«escollos* que hacían naufragar la fe de los que se reunían con ellos» (Salguero). Por *ágapes* se han de entender (v. 1 Co. 11:17–34) los banquetes fraternales que los primeros cristianos celebraban con ocasión de celebrar la Cena del Señor, por lo que su actuación impúdica y escandalosa era tanto más lamentable cuanto que, como parece ser, no sólo *se habían introducido solapadamente* (v. 4) en la membresía de la iglesia, sino que en ella ocupaban puestos de responsabilidad especial.

(b) En efecto, Judas los describe a continuación como *«apacentándose a sí mismos»* (lit.), lo que insinúa que habían logrado solapadamente el oficio de pastores de las congregaciones, para desempeñar en ellas, no el papel del pastor mercenario (v. Jn. 10:12, 13), sino el de lobo, que es mucho peor. J. Alonso opina que la frase significa primordialmente que «tal vez no reconocían a los jefes de la Iglesia». Por su comparación con Coré, se palpa, en efecto, que se oponían a la autoridad de los apóstoles.

(c) Los compara después a *nubes sin agua, arrastradas por los vientos* (v. 12e), es decir, que prometen lluvia, pero no sueltan ni una gota de agua, con lo que resultan engañosas en extremo (comp. con Pr. 25:14, aplicado al hombre que promete, pero no cumple).

(d) La siguiente metáfora es sumamente brillante (v. 10d): *«árboles de fin de otoño, sin fruto y desarraigados—dos veces muertos»—*. Los árboles mueren dos veces: cuando se secan y cuando se arrancan de raíz. De la misma manera, estos farsantes nunca recibieron el agua de la gracia por medio de la Palabra de Dios (comp. con Mt. 15:13; He. 6:7, 8. Este último lugar, sólo probable), sino que, «al estar ya una vez muertos en sus delitos y pecados (Ef. 2:1), todavía, después de profesar conversión, estaban muertos para las buenas obras (cf. Stg. 2:17, 26)» (Payne).

(e) En una quinta metáfora (v. 13), son comparados a *olas encrespadas del mar, que arrojan la espuma de su propia desvergüenza* (NVI). Comenta Salguero: «La conducta impetuosa y obscena de estos malvados es comparada a las furiosas olas del mar, que arrojan a la costa impurezas y fango».

(f) La sexta y última metáfora (v. 13b) los compara a *estrellas errantes, a las cuales está reservada para siempre la más densa oscuridad* (NVI). De nuevo tenemos aquí una alusión al apócrifo Libro de Henoc, según el cual los planetas abandonaron un día el puesto que Dios les había señalado. La semejanza con los ángeles del versículo 6 es notoria. Dice Alonso: «Los falsos doctores, que se dan por luz, no son más que extravío. La condenación les aguarda».

5. El autor sagrado ha comenzado ya a insinuar el destino que les espera a estos farsantes, pero lo va a detallar en los versículos 14 y 15, que dicen así: *«Enoc, el séptimo patriarca contando desde Adán, profetizó así acerca de éstos: "Mirad, el Señor viene acompañado de millares y millares de sus santos* (lit. *el Señor vino con sus santas miríadas), para juzgar a todos y dejar convictos a todos los impíos de todas las impiedades que han cometido de manera impía, y de todas las insolencias que los pecadores impíos han proferido contra Él"»* (NVI). En este versículo 15 ocurre tres veces, no cuatro, la misma raíz en un sustantivo *(asebeías),* en un verbo *(esébesan,* en aoristo) y en un adjetivo *(asebeís).*

(A) Como hace notar Salguero, el autor sagrado intercala lo de *«el séptimo desde Adán»* (lit.) «para impedir que se confunda con el tercero, llamado Enós» (Gn. 5:6).

(B) Al decir que Enoc *profetizó así acerca de éstos …,* Judas se basa en el *Libro 1 de Henoc* 1:9. Comenta Ryrie: «Aunque esta profecía se halla en el libro no canónico de Enoch (1:9), la profecía

original fue pronunciada por el Enoch de la Biblia (Gn. 5:19–24; cf. He. 11:5, 6) y más tarde fue desarrollada e incorporada al Libro de Enoch».

(C) El texto mismo de la citada profecía se halla en dicho libro apócrifo, pero sus afirmaciones quedan autenticadas y garantizadas al ser usadas en un libro inspirado como es esta Epístola de Judas. «Aquí se describe el juicio divino como universal, y anuncia la suerte terrible reservada a los impíos en el gran día del Señor, cuando Cristo aparezca rodeado de sus *santas miríadas,* es decir, de sus ángeles (cf. Dn. 7:10; Mt. 25:21). Entonces todo será conocido y retribuido, no sólo las obras impías, sino tambien las palabras ultrajantes contra Dios (v. 15)» (Salguero).

6. En el versículo 16; el autor sagrado compendia las características de los falsos doctores: *«Éstos son murmuradores* (gr. *gongustaí;* más exacto, *refunfuñadores;* comp. con Nm. 16:11, 41; 1 Co. 10:10) *y querellosos,* es decir, descontentos de todos y de todo, *que marchan conforme a sus concupiscencias* (lit.), guiados únicamente por sus malos deseos, *y su boca habla cosas arrogantes* (el mismo vocablo de 2 P. 2:18) *y admiran las personas* (lit. *rostros;* gr. *prósopa) por causa del provecho»* (lit.). Esta última frase significa que son aduladores que sólo lo hacen por razón del provecho que obtienen con sus falsas alabanzas. Cuatro pinceladas le han bastado para un buen retrato de estos malvados.

Versículos 17–25

Los versículos 17–23 están dedicados a exhortar a los creyentes genuinos: 1) A ser cautelosos, pero sin alarmarse (vv. 17–19); 2) A vivir santa y piadosamente (vv. 20, 21); 3) A tener discernimiento en el modo de ejercitar su celo por el bien de sus hermanos (vv. 22, 23).

1. Dicen los versículos 17–19: *«Mas vosotros, amados, tened memoria de las palabras* (gr. *remáton),* es decir, de las cosas, *que fueron predichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo, pues os decían: En el último tiempo habrá burladores, que irán marchando* (en participio de presente) *conforme a sus propias concupiscencias,* (las) *de los impíos. Éstos son los que causan divisiones, animales* (gr. *psukhikoí*, según el sentido que este vocablo tiene en 1 Co. 2:14, por ej.), *que no tienen espíritu (*o *el Espíritu)».* Esta traducción es lo más literal posible.

(A) El autor sagrado hace aquí un giro redondo: «*Mas vosotros …»,* con el pronombre explícito y en posición enfática, al comienzo mismo de la porción. De los creyentes sinceros espera cosas mejores que de los falsos doctores, llenos de vicios. Para que no se alarmen, pero sean cautelosos, les dice que esto ya estaba predicho por los apóstoles. Dado que la Epístola de Judas es, con la mayor probabilidad, anterior a las 1 y 2 Timoteo y, especialmente, a la 2 Pedro, lo más probable es que el autor sagrado aluda aquí, no a un escrito determinado, sino a la predicación oral apostólica, que ya se refleja en Hechos 20:29 y ss.; 2 Tesalonicenses 2:3–12 y 2 Pedro 3:2. En concreto, 2 Pedro 3:2, 3 es una ampliación de este versículo 18 de Judas.

(B) Los falsos maestros (v. 19) eran (lo son siempre) *causantes de divisiones* mediante su maligna propaganda, que siempre encuentra en los miembros carnales de las congregaciones un clima de cultivo infeccioso. Pedro dice de ellos que *«introducirán encubiertamente herejías destructoras»* (gr. *hairéseis apoleías;* lit. *facciones de destrucción.* V. el comentario a este versículo).

(C) El vocablo *psukhikoí* es lo opuesto a *pneumatikoí*, espirituales; pero no significa meramente *carnales* (que se dan entre sinceros fieles), sino carentes de toda vida espiritual, no regenerados. En ese sentido, puede Judas añadir que *no tienen espíritu,* pues su espíritu humano está muerto a la vida sobrenatural y, por lo tanto, son incapaces de ser guiados por el Espíritu Santo (comp. Ro. 8:14).

2. Después de esta admonición, en forma negativa, el autor sagrado pasa a exhortarles, en forma positiva, a una vida santa, llena de piedad (vv. 20, 21) y de celo por el bien de las almas (vv. 22, 23). Esta parte de la exhortación, como contraste con los rasgos malignos de los burladores que acaba de describir en los versículos 18 y 19, comienza también, como el versículo 17, con un *«Mas vosotros, amados …»,* y con la misma construcción gramatical. Dicen así los versículos 18 y 19: *«Mas vosotros, amados, sobreedificándoos* (el mismo verbo de 1 Co. 3:10, 12, 14; Ef. 2:20 y Col. 2:7) *a vosotros mismos sobre vuestra santísima fe, orando* (en participio de presente) *en* (el) *Espíritu Santo, conservaos* (aoristo de imperativo) *a vosotros mismos en el amor de Dios, aguardando con anhelo la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para* (*eis*, en sentido de dirección y de finalidad) *vida eterna»* (lit.). Los siguientes detalles son dignos de especial consideración:

(A) La *santísima fe* de que habla aquí Judas es, sin duda, la misma del v. 3, esto es, la fe objetiva, el depósito de la fe cristiana. La exhortación a sobreedificarse sobre ella significa una conducta santa y piadosa, digna de la *santísima fe* que se ha profesado. Dice Salguero: «La fe de la que aquí se habla es la fe objetiva, pero la invitación a apoyarse sobre ella mira a la fe subjetiva». En todo caso, si se compara esta «sobreedificación» con la «añadidura» a la fe de las demás virtudes, que Pedro ordena en 2 Pedro 1:5 y ss., la fe subjetiva no puede descartarse tampoco aquí, pues el justo siempre vive de fe (v. Hab. 2:4; Ro. 1:17).

(B) *«Orando en el Espíritu Santo»* indica orar bajo la moción y guía del Espíritu Santo (v. Ro. 8:26; Ef. 6:18).

(C) Lo de *«conservaos a vosotros mismos en el amor de Dios»*, sin descartar la posibilidad de que Judas se refiera tambien al amor que Dios nos tiene (comp. con Jn. 15:9, 10), ha de referirse, sobre todo, o exclusivamente, al amor nuestro a Dios, ya que Judas está hablando ahora de los deberes de piedad de los creyentes.

(D) *La expectación anhelante de la misericordia de nuestro Señor Jesucristo,* como describe Judas la Segunda Venida del Señor para consumar la salvación, *la vida eterna* (comp. con He. 9:28), era un tema que ocupaba lugar importante en la predicación apostólica y en la fe de la Iglesia primitiva.

3. Finalmente, dentro de esta exhortación, Judas ofrece ciertas normas para el modo de obrar correctamente con los hermanos que se dejan seducir, en mayor o menor grado, por los falsos maestros (vv. 22, 23): *«Mostrad compasión con los que andan perplejos; a otros, salvadlos arrancándolos de las llamas; a otros, tratadles con misericordia, no exenta de temor—teniendo horror hasta de la ropa contaminada por una carne corrompida»* (NVI). Que se trata aquí de hermanos, dentro de la iglesia, no de mundanos, de los de fuera, no cabe duda alguna. Tres grupos se señalan aquí de creyentes más o menos influidos por los errores y por la práctica licenciosa de los falsos maestros:

(A) El primer grupo (no se dice que sean muchos o pocos) lo forman (v. 22) los débiles, quizá neófitos, que *andan perplejos* (el verbo está en participio de presente; y su sentido aquí no puede ser el de *discernir,* sino el de *vacilar).* A éstos hay que instruirles con paciencia, a fin de que conozcan mejor las verdades fundamentales de la fe cristiana.

(B) El segundo grupo (v. 23a) lo forman hermanos que ya han caído en la seducción; pero no hay que perder, por eso, la esperanza, sino que hay que emplear todos los medios, sin regatear esfuerzo, para *arrancarlos del fuego* (comp. con Am. 4:11; Zac. 3:2; 1 Co. 3:15) que les está envolviendo.

(C) El tercer grupo (v. 23b) está formado por hermanos que no están dispuestos a escuchar consejos ni recriminaciones; por el contrario, han caído bajo la seducción de los herejes y no quieren abandonar tan malvada escuela. Todavía ha de *tenerse misericordia* (el mismo verbo del v. 22) de ellos, pero *con temor* de contaminación, pues sus ropas están manchadas, contaminadas por la corrupción. Así como las *ropas limpias* son símbolo de pureza, de conducta digna (v. Ap. 19:8), así tambien las *ropas sucias* son símbolo de impureza, de conducta indigna (v. Zac. 3:3 y ss.; Ap. 3:4).

Versículos 24–25

La epístola finaliza con una grandiosa doxología, «una de las grandes bendiciones del Nuevo Testamento». (Ryrie). Dicen los versículos 24 y 25: «*Al que puede preservaros de caer y presentaros ante su gloriosa presencia sin tacha* (gr. *amómous*, el mismo adjetivo de Ef. 1:4; 5:27; Fil. 2:15; Col. 1:22; He. 9:14; 1 P. 1:19 y Ap. 14:5) *y llenos de júbilo—al único Dios, nuestro Salvador, sea la gloria, la majestad, el poder* (lit. *la soberanía;* gr. *krátos) y la autoridad, por medio de Jesucristo, nuestro Señor, desde antes de todos los siglos, ahora y por todos los siglos. Amén»* (NVI).

1. La doxología recoge ya la fórmula, completamente bíblica, que pasará a formar parte de la liturgia, en la que la alabanza, como toda otra clase de oración, se hace únicamente a Dios el Padre, por medio de nuestro Señor Jesucristo.

2. La frase *«único Dios»* nos recuerda Deuteronomio 6:4, así como Juan 5:44; 17:3; Romanos 16:27; 1 Timoteo 1:17. Observa Ryrie que «Dios es el Salvador del Antiguo Testamento y ese título sobrevive en el Nuevo Testamento y ocurre siete veces» (aplicado a Dios).

3. El autor sagrado destaca, en su doxología, cuatro atributos divinos: *gloria* (gr. *dóxa), majestad* o grandeza (gr. *megalosúne), imperio* o soberanía (gr. *krátos) y autoridad* (gr. *exousía).* La *gloria* aparece

también en la doxología de Romanos 11:36; la *soberanía,* en 1 Timoteo 6:16. La *gloria y la soberanía* se hallan en la doxología de Apocalipsis 5:13.

4. Los tres tiempos en que Judas expresa la eternidad son también dignos de observación: «*antes de todo el siglo, ahora y por* (gr. *eis) todos los siglos*» (lit.).

5. Entre los atributos (v. 25), el autor sagrado no ha mencionado el *poder* (gr. *dúnamis),* pero aparece al comienzo del versículo 24 dentro del verbo de la misma raíz *dunaméno*[i] *(al que puede,* en participio de presente). Es a Dios el Padre a quien, en último término, atribuye Judas el poder de *guardar* (el mismo verbo de 2 Ti. 1:12, entre otros lugares) *libres de caída* a los creyentes y de *presentarlos sin mancha* para el gran día (comp. con 2 Co. 4:14; Ef. 5:27).

APOCALIPSIS

Antes de acometer la ardua tarea de comentar el libro más difícil de la Biblia, quiero hacer notar (nota del traductor-adaptador) que todo el material, desde aquí hasta el final del comentario al Apocalipsis, es de mi exclusiva responsabilidad. Pienso usar gran parte del material mío ya publicado (en especial, la lección vigesimocuarta de mi libro *Escatología II),* así como del no publicado (estudios dados en la Iglesia Evangélica sita en c/. Pi y Margall, 25, de la ciudad gallega de Vigo).

Pasamos ya a la Introducción propiamente dicha del comentario, empezando por el

Nombre. «Apocalipsis» es una palabra griega *(«apokálupsis»),* con la que comienza precisamente el libro. Significa «revelación» o, mejor, «desvelación» en el sentido de «descorrer un velo», para dejar a la vista de todos algo que estaba cubierto, oculto tras de ese «velo». Aunque en la Biblia hay muchos pasajes apocalípticos, el último libro de las Escrituras lo es en su totalidad, como lo muestra ya el primer versículo, que comienza titulándolo *«Revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para mostrar* (gr. *deíxai*, en aoristo de infinitivo) *a sus siervos las cosas que deben suceder pronto»* (lit.).

Dificultad. Es el libro más difícil de toda la Biblia, puesto que, a la dificultad inherente a todo libro profético, añade la de ser el libro escatológico por excelencia. Sin embargo, su dificultad no debería retraer a ningún creyente de su estudio y meditación, y a ningún pastor de su predicación y enseñanza. He leído de un joven pastor ingles que se proponía exponer todas las Escrituras en ciclos de diez años, «menos el Apocalipsis», decía. El Apocalipsis se le antojaba demasiado difícil—como si fuese un toro no lidiable—. Pero la necesidad de exponer *también* el Apocalipsis es obvia si atendemos a su

Importancia. El estudio y exposición del Apocalipsis es de suma importancia por las siguientes razones:

1) Es el libro que cierra con broche de oro las Sagradas Escrituras, pues describe el triunfo final del Señor sobre el mal, hasta introducirnos en el Paraíso Restaurado para toda la eternidad. Como dice W. M. Smith:

Las Escrituras del Nuevo Testamento habrían quedado incompletas, y sus lectores habrían quedado en un estado de depresión, si este libro no hubiera sido escrito e incluido en el canon. No sólo es el último libro en el orden canónico de nuestra Biblia, sino también la necesaria conclusión de la revelación de Dios a los hombres *(The Wycliffe Bible Commentary,* pág. 1491).

2) De entre todos los libros de la Biblia, éste es, sobre todo, *el* libro por antonomasia para nuestros días. Como hace notar M. Kiddle en su comentario al Apocalipsis *(Moffatt Commentary),* es digna de tenerse en cuenta

la señalada importancia que tiene para la Iglesia en nuestros días … Cuandoquiera tenga lugar una crisis mundial, cuando un Estado se exalta a sí mismo y demanda de los cristianos una sumisión que no pueden prestarle sin arriesgar sus propias almas, siempre que la Iglesia es amenazada de destrucción,

cuando la fe se torna débil y los corazones se enfrían, entonces el Apocalipsis amonesta y exhorta, levanta y anima a cuantos prestan atención a su mensaje (Citado por W. M. Smith, *ob. cit.*, pág. 1492).

3) Es el único libro de la Biblia que comienza pronunciando una bienaventuranza para *el que lo lea, lo oiga y guarde las cosas escritas en él* (1:3, comp. con 22:7).

4) En este libro, todos los grandes temas de la revelación divina llegan a su clímax: la soberanía final de Cristo sobre todos los poderes angélicos y humanos, con la derrota final de todos los enemigos de Dios (Sal. 2) y la concentración, en la maravillosa Ciudad Eterna, de todas las promesas de una perpetua vida gloriosa, en la que servir a Dios será de veras reinar (Ap. 22:3, 5). El triunfo definitivo del Bien sobre el Mal. ¡Qué consuelo para el pueblo de Dios saber que nuestro Padre conoce el fin desde el principio y va moviendo todas las piezas de ajedrez de la historia de la humanidad hasta el «jaque-mate» del Maligno, convergiendo todo hacia el bien de los que aman a Dios (Ro. 8:28)!

5) Todo creyente en tensa expectativa de la Venida del Señor, halla en este libro, no sólo consuelo, sino también enseñanza y alimento, especialmente en esta época que parece cercana al fin. Si *Hechos* es la Historia de la Iglesia primitiva, en la que hemos de mirarnos, el *Apocalipsis* es la profecía de la postrera Iglesia, con la que hemos de identificarnos.

Autor. El autor sagrado se llama a sí mismo «Juan» cuatro veces (1:1, 4, 9; 22:8). Justino Mártir, a mitad del siglo II, dice: «Y con nosotros, un hombre llamado Juan, uno de los apóstoles de Cristo, quien en la revelación (latín, *apocalypsi)* recibida …». Lo confirma el examen interno: (A) Llama a Cristo «el Verbo» (19:13), expresión exclusiva de Juan (Jn. 1:1, 14; 1 Jn. 1:1). (B) También le llama «el Cordero», expresión igualmente exclusiva de Juan (Jn. 1:29, 36), aunque en el Evangelio lo llama *ámnos* = cordero, sin más, mientras que en el Apocalipsis lo llama *arníon* = corderito, más como expresión de ternura que de tamaño. (C) El vocablo griego *alethinós* = verdadero (en sentido de genuino) sale diez veces en Apocalipsis, nueve en el cuarto evangelio y cuatro en 1 Juan, frente a una sola vez en las Epístolas de Pablo. (D) *Níkos* = el que vence, es otra expresión favorita de Juan, tanto en 1 Juan como en el Apocalipsis. (E) El verbo griego *skenóo* = habitar en tienda de campaña, sólo se halla en Juan (Jn. 1:14; Ap. 7:15; 12:12; 13:6; 21:3).

Fecha. Juan fue exiliado durante el reinado del emperador romano Domiciano (81–96 d.C). La opinión más probable es que el libro fue escrito entre los años 92 y 96; quizás, el 95.

Tema. Podría resumirse en una sola frase: «El triunfo total y definitivo del Bien sobre el Mal». W. M. Smith lo expone así:

Pone sobre todo de relieve los intentos violentos y universales de personalidades y pueblos terrenales, dirigidos y fortalecidos por poderes diabólicos y guiados por Satanás, para oponerse a/e impedir la ejecución del propósito, públicamente manifestado, de Cristo de dominar la tierra. Deja bien claro que este conflicto concluirá con la derrota completa de estas fuerzas malignas y con el establecimiento del reino eterno de Cristo. Este conflicto constante, que incluso entra en los cielos, está formado de una serie de conspiraciones por parte de los enemigos de Cristo para derrotar al Rey de reyes. Todas las conspiraciones acaban en el fracaso, el cual va seguido del terrible juicio divino. Y el largo conflicto concluye en el juicio final del Gran Trono Blanco, la aparición de la Nueva Jerusalén y el comienzo de la eternidad (ob. cit., pág. 1494).

Simbolismos. El libro del Apocalipsis está lleno de símbolos. De hecho, Juan es, entre todos los autores sagrados, el más amigo de los símbolos, como puede apreciarse en el cuarto evangelio. Pero aquí cabe una advertencia muy importante: El hecho de que Apocalipsis esté lleno de símbolos no significa que todo haya de ser tomado simbólicamente. El núcleo de los hechos que en él se describen se ha de cumplir en sentido literal, como se han cumplido literalmente las profecías con respecto a la Primera Venida del Señor. Estos hechos, sin embargo, están revestidos de un ropaje simbólico, o meramente metafórico. Vamos a poner un ejemplo: En Apocalipsis 20:1–3, leemos que «*un ángel bajaba del cielo con la llave del Abismo y con una gran cadena en la mano. Sujetó a … Satanás y lo encadenó por mil años. Lo arrojó al abismo, lo cerró con llave y puso encima un sello …».* El hecho que aquí se profetiza para el comienzo del Milenio es que un ángel sujetará a Satanás y lo encerrará en el Abismo, teniéndole allí sujeto e incapaz de hacer ningún daño. El sello simboliza que ni él ni nadie podrá abrirle la puerta de

tal prisión, pues su clausura inevitable está garantizada por el poder de Dios (comp. con Mt. 27:65, 66). Por supuesto, de aquí no se sigue que la llave, la cadena y el sello hayan de tomarse en sentido literal, como si al diablo, ser incorpóreo, se le pudiese sujetar con medios materiales. *Pero el hecho de que esos vocablos hayan de ser tomados simbólica o metafóricamente no impide que el hecho en sí haya de llevarse a cabo al pie de la letra.*

Los simbolismos del Apocalipsis se echan de ver especialmente en los números y en los colores:

(A) *Números:*

(a) Predomina el *siete,* símbolo de perfección (en especial de orden espiritual, bueno o malo): Hay *siete* bienaventuranzas (1:3; 14:13; 16:15; 19:9; 20:6; 22:7, 14); 7 mensajes a 7 iglesias (caps. 2 y 3); 7 sellos, 7 trompetas y 7 plagas; 7 alabanzas al Cordero en 5:12; otras 7 a Dios Padre en 7:12; hay 7 partes en el capítulo 14; 7 seres celestiales en ese mismo capítulo 14; 7 espíritus delante del trono (1:4); 7 estrellas en la diestra de Cristo (1:16), lo cual denota la autoridad soberana que posee sobre todas las iglesias; el Cordero posee 7 cuernos (el poder absoluto) y 7 ojos (la omnisciencia perfecta).

(b) Por contraste, tres y medio, la mitad de 7, simboliza un tiempo de tribulación. Aparece en este libro en forma de *meses, días y años,* a fin de que no quepa duda de su realidad fáctica y literal: 42 *meses* (11:2; 13:5); 1.260 *días* (11:3; 12:6) y tres años y medio: «*un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo*» (12:14, comp. con Dn. 7:25; 12:7). Los dos testigos de 12:9, 11 también yacen muertos en la calle por «*tres días y medio*».

(c) El 10 simboliza la perfección matemática, el desarrollo completo de una cosa, a partir de los 10 dedos de las manos, por donde el hombre comenzó a contar: *Diez* fue, ya desde el principio, el número necesario para formar un grupo considerable, por lo que los judíos no comienzan los servicios en las sinagogas hasta que llega el número 10.° de los miembros asistentes (v. también Rt. 4:2, y comp. con Gn. 18:32. ¿No será ésta la razón por la cual Abraham no se atrevió a rebajar la cifra?). Tenemos igualmente los *Diez* Mandamientos (Decálogo = Diez Palabras, como los llaman los judíos). El Lugar Santísimo tenía 10 codos por lado. 10 × 10 × 10 nos da 1.000, el cubo de 10, suma perfección del Milenio. La décima generación significa «hasta siempre», como puede comprobarse al comparar Deuteronomio 23:3 con Nehemías 13:1. Diez plagas fueron la expresión completa de la ira de Dios sobre Egipto. La cuarta bestia de Daniel tenía 10 cuernos, como el Dragón Rojo de Apocalipsis 12:3 y el Anticristo de Apocalipsis 13:1. Al ser 1.000 un número perfecto, entra en la numeración de los sellados de Apocalipsis 7 y 14, se multiplica por 12 (número de las tribus de Israel) y se vuelve a multiplicar por 12, para dar la suma final de 144.000 (10 × 10 × 10 × 12 × 12).

(d) *Doce* es el número del reino de Dios y del pueblo del Pacto, pues multiplica la cifra trinitaria por cuatro: los cuatro confines del mundo. Así tenemos 12 patriarcas de Israel con las correspondientes 12 tribus (diluyéndose después la tribu de Leví entre las demás, para reaparecer en Apocalipsis 7:7b, y desdoblándose la de José en dos: Manasés y Efraín). *Doce* son los apóstoles del Cordero; 2 × 12 eran las clases sacerdotales y 2 × 12 son los 24 ancianos que representan ante el trono de Dios a la Iglesia redimida y arrebatada al cielo. 4 × 12 eran las ciudades de los levitas. La mujer de Apocalipsis 12:1 lleva una corona de 12 estrellas. 12 son las puertas y 12 son los cimientos de la Nueva Jerusalén, y 12 son los frutos del árbol de la vida. 12 × 10 = 120, era el número aproximado de los discípulos que se hallaban en el Aposento Alto el día de Pentecostés.

(B) *Colores:* (a) *Blanco* es símbolo de pureza, paz, victoria, perfección moral (no siempre, todas esas cosas a la vez. V. por ej. Ap. 6:2); (b) *Negro* es símbolo de maldad *(tinieblas),* aunque en Apocalipsis simboliza hambre, angustia, sufrimiento («pasarlas negras», decimos); (c) *Rojo vivo* es símbolo de guerra, violencia, sacrificio; (d) *Rojo púrpura,* de realeza, lujo, voluptuosidad; (e) *Amarillo pálido* es el símbolo de la muerte y del Hades.

Relación del Apocalipsis con las Escrituras del Antiguo Testamento. Baste decir que, de los 404 versículos que contiene el Apocalipsis, 265 contienen frases con unas 550 referencias a pasajes del Antiguo Testamento. Por vía de ejemplo, pueden compararse: Apocalipsis 18, con Jeremías 51; Apocalipsis 13, con Daniel capítulos 7 y 8; Apocalipsis 11, con Zacarías 4; los tres y medio tiempos de Apocalipsis 12:14, con Daniel 12:7; los juicios de trompetas, con las plagas de Egipto. El primer capítulo, sin ir más allá, contiene referencias a Éxodo 19:6; Isaías 11:4; 38:10; 44:6; 48:12; 49:2; Ezequiel 1:24; Daniel 7:9, 13; 10:5, 6; Zacarías 12:10, 12.

Relación con las Escrituras del Nuevo Testamento. Hay comentaristas que llaman el discurso escatológico de Jesús (Mt. 24, Mr. 13 y Lc. 21) «la clave del Apocalipsis». En efecto, los acontecimientos de dicho discurso pueden agruparse en tres periodos: pretribulación, tribulación y postribulación. Un somero examen del Apocalipsis, a partir de 11:7, y aun de 6:9–11, nos da una multitud de pasajes paralelos, más o menos explícitos, de lo que el discurso del monte de los Olivos nos dice acerca del final en cuanto a perturbaciones físicas y económicas; guerras, hambres, pestes, terremotos, testimonios sellados con sangre; la Gran Tribulación; los falsos cristos y los falsos profetas; las perturbaciones celestiales; y, finalmente, la Venida del Hijo del Hombre.

Principio de anticipación. Este principio, tambien llamado «prolepsis», consiste en que el autor sagrado emplea al principio del libro expresiones típicas que reaparecen después de una forma más desarrollada. Por ejemplo, a Cristo se le llama *«testigo fiel»* ya en 1:5, para repetirlo en 3:14; 17:6 y 20:4; *«soberano de los reyes de la tierra»* en 1:5 también, para repetirlo en 17:14; 19:16 como su cumplimiento; *«Alfa y Omega»* ya en 1:8, para repetirlo al final en 21:6; 22:13; en el mismo versículo, se llama a Dios *«el Todopoderoso»*, y lo mismo en 19:6, 15; 21:22. En 1:6, se dice que Cristo nos ha hecho *«reino y sacerdotes»* (lit.), así como en 20:6. El mandamiento de cumplir al pie de la letra lo que Dios predice y ordena en este libro sale en 1:3 y 22:7, 10, 18. Resulta también curioso observar cómo las promesas a las 7 iglesias van saliendo en los cuatro últimos capítulos de Apocalipsis.

Véase, por ejemplo, la cuádruple promesa a la iglesia de Filadelfia (3:12), comparada con lo que leemos en Apocalipsis 22:2, 4, 10.

La soberanía de Dios en Apocalipsis. Todo el libro pone de relieve la soberanía absoluta de Dios y del Cordero, con especial referencia al tiempo de la Gran Tribulación. Esta soberanía se manifiesta: (A) En el conocimiento perfecto que Dios tiene de todo lo que en este mundo ocurre. Donde Dios y el Cordero reinan, todo lo que acontece en la tierra, por inesperado y desconocido que sea para nosotros, es conocido arriba con todo detalle; (B) En el dominio perfecto sobre las personas y las vicisitudes de la historia de la humanidad. Todo ello está bajo el dominio y la dirección de Dios; en esta forma, todo acontecimiento terrenal viene a cumplir con exactitud la Palabra de Dios. Esta, bien enfatizada, soberanía de Dios se manifiesta en los repetidos «juicios» de Dios a lo largo del Apocalipsis, hasta el punto de que se le puede apellidar EL GRAN LIBRO DEL JUICIO DE DIOS (v. ya en 1:10–16).

Canonicidad del Libro. Desde el principio (muy temprano) fue reconocida su canonicidad en el Occidente, en el Oriente, sólo fue reconocida del todo en el siglo IV. Aparece ya en el Fragmento Muratoriano (hacia el 200). Es reconocida en Alejandría hacia el año 250, mientras que la Vulgata Siria lo omite. El Concilio Tercero de Cartago (año 393) lo admitió también. Aparece ya en los MSS más antiguos: el Sinaítico, el Vaticano y el Alejandrino. Se halla también en los papiros más antiguos: los P47 (del siglo III), P18 (del siglo III al IV) y P24 (del siglo IV).

Sistemas de interpretación del Apocalipsis. Pueden reducirse a cuatro:

1) *Espiritualista.* Este sistema sostiene que el Apocalipsis no tiene por objeto instruirnos sobre hechos futuros, sino enseñarnos ciertos principios espirituales fundamentales. Este sistema se puede subdividir en tres escuelas diferentes de pensamiento: radical, moderada y liberal, que pueden verse en J. F. Walvoord *(The Revelation of Jesus Christ*, Moody Press, 1978, págs. 16, 17), aunque las tres coinciden en la línea general arriba expuesta. Contra esta interpretación, hemos de objetar que lo que leemos aquí sobre la Segunda Venida del Señor, la resurrección final de los muertos, el Juicio ante el Gran Trono Blanco, etc., son, sin duda, hechos literales futuros que no se pueden alegorizar espiritualmente, sin más.

2) *Preterista.* Este sistema defiende que los hechos que Juan describe acontecieron ya en el Imperio Romano en los días mismos en que el autor sagrado escribía este libro, es decir, hacia el final del siglo I de nuestra era. Esta interpretación fue siempre del agrado de la Iglesia de Roma (v. el comentario a 20:1–4), especialmente después del erudito estudio con que el jesuita Alcázar (siglo XVII) intentó de esa forma replicar a los argumentos de Lutero y Calvino, quienes veían en la Iglesia de Roma la Babilonia de los capítulos 17 y 18 del Apocalipsis. Este punto de vista es igualmente insostenible, ya que, para empezar, niega al libro su carácter esencial de *profecía* (v. Ap. 22:19 «… *del libro de esta profecía»*—lit—.); además, es innegable, como ya hemos dicho antes, que Apocalipsis describe hechos conectados con el final de los tiempos.

3) *Historicista.* Este sistema, sostenido por un gran número de autores, ve en el Apocalipsis sucesos, más o menos relevantes, de la historia mundial, que tienen que ver con la Iglesia, desde el primer siglo de nuestra era hasta los tiempos actuales. A pesar del gran número de sus adeptos, opino que este sistema es el más improbable y arbitrario de todos, puesto que: (A) De poco habría aprovechado a los contemporáneos de Juan, que nada sabían de la futura historia de la humanidad; (B) De poco serviría igualmente a los creyentes de nuestra época, conozcan o no los hechos de la historia, pues no les sirven de bendición ni consuelo; (C) La selección que los partidarios de este sistema hacen de los sucesos de la historia no puede ser más arbitraria. (D) En fin, ¿qué hacer, en ese caso, con las bienaventuranzas de 1:3; 22:7, por ejemplo?

4) *Futurista.* Es el sistema de todos los exégetas que interpretan la profecía en su sentido literal, y trata de deslindar bien lo factual de lo simbólico.

Negar—dice W. M. Smith—que el Apocalipsis es un libro de profecía predictiva equivale a hacer caso omiso del estilo, del tema y de los acontecimientos futuros registrados en el Apocalipsis. Fuera de toda duda, la Segunda Venida, el conflicto final de Cristo con las fuerzas del mal, el milenio, el juicio postrero, son sucesos pertenecientes todavía al futuro. El esquema futurista de interpretación insiste en que las visiones de este libro, en su mayor parte, se cumplirán hacia el fin y en el fin de la era presente (ob. cit., pág. 1499).

División del libro. Tratándose de este libro especial, conviene tener ante la vista, ya desde el principio, un buen panorama analítico. Copiamos el que trae Graham Scroggie, en su libro *Know Your Bible*, que puede verse también en *Manual Bíblico Homilético,* de W. G. Scroggie-Demaray, traducido y adaptado por mí (CLIE, 1984, págs. 519–522), de donde lo tomo:

PRÓLOGO (1:1–8)
1) Sobrescrito (vv. 1–3).
2) Saludo (vv. 4–8).

I. LA VISIÓN DE LA GRACIA (1:9–3:22)
1. *El Cristo soberano* (1:9–20)
   (a) La visión se comienza (vv. 9–11).
   (b) La visión se concentra (vv. 12–16).
   (c) La visión se consuma (vv. 17–20).

2. *Las siete iglesias* (caps. 2 y 3)
   (a) Éfeso (2:1–7).
   (b) Esmirna (2:8–11).
   (c) Pérgamo (2:12–17).
   (d) Tiatira (2:18–29).
   (e) Sardis (3:1–6).
   (f) Filadelfia (3:7–13).
   (g) Laodicea (3:14–22).

II. LA VISIÓN DEL GOBIERNO (4:1–19:10)
1. *La tribuna y el proceso del gobierno* (caps. 4 al 11)
   (a) El trono y el libro sellado (caps. 4 y 5):
      1) El todopoderoso (cap. 4—himno de la creación).
      2) El león-corderito (cap. 5—himno de la redención).
   (b) La apertura de los sellos (6:1–8:1):
      1) Conquista perfecta (6:1, 2).
      2) Guerra (6:3, 4).
      3) Hambre (6:5, 6).
      4) Peste (6:7, 8).
      5) Martirio (6:9–11).
      6) Convulsión (6:12–17).
      Paréntesis (cap. 7):

a) Los judíos sellados (7:1–8).
b) La gran multitud (7:9–17).

7) Silencio solemne (8:1).

(c) El sonar de las trompetas (8:2–11:19):

1) Fuego y sangre (8:2–7).
2) La montaña ardiente (8:8, 9).
3) La estrella-Ajenjo (8:10, 11).
4) Herida en las lumbreras celestes (8:12, 13).
5) Las langostas (9:1–12).
6) Los jinetes (9:13–11:14).
7) La victoria (11:15–19).

2. *Los instrumentos y los efectos del gobierno* (12:1–19:10).

(a) El conflicto entre el bien y el mal (caps. 12–14):

1) La mujer y el dragón (cap. 12).
2) Las dos bestias (cap. 13).
3) Los seis ángeles (cap. 14).

(b) Las copas de la ira de Dios (caps. 15 y 16):
Preparación (15:1–16:1).

1) La úlcera maligna (16:2).
2) El mar convertido en sangre (16:3).
3) Los ríos convertidos en sangre (16:4–7).
4) El sol abrasador (16:8, 9).
5) La densa oscuridad (16:10, 11).
6) Armagedón (16:12–16).
7) El gran terremoto y el pesado granizo (16:17–21).

(c) La caída de Babilonia (17:1–19:10):

1) El juicio (caps. 17 y 18).
2) La victoria (19:1–10).

III. LA VISIÓN DE LA GLORIA (19:11–22:5)

1. *El reino milenario* (19:11–20:15)
   (a) Antes del milenio (19:11–20:3).
   (b) Durante el milenio (20:4–6).
   (c) Después del milenio (20:7–15).
2. *La nueva Jerusalén* (21:1–22:5)
   (a) Descenso de la ciudad (21:1–8).
   (b) Descripción de la ciudad (21:9–21).
   (c) Delicias de la ciudad (21:22–22:5).

EPÍLOGO (22:6–21)

1) Palabras de ánimo (vv. 6–17).
2) Palabras de advertencia (vv. 18–21).

CAPÍTULO 1

En este capítulo, tenemos: I. El prólogo del libro, donde vemos: 1. El sobrescrito (vv. 1–3), y 2. El saludo del autor sagrado (vv. 4–8). II. Pasa después Juan a describir la visión que tuvo del Señor Jesucristo: 1. Presenta primero la visión (vv. 9–11); 2. Después, lo que vio (vv. 12–16); 3. Finalmente, su propia reacción temerosa, y el mensaje de consuelo que recibió del Señor, junto con la orden de escribir el libro (vv. 17–20).

Versículos 1–3

Estos versículos contienen el sobrescrito o lema del libro. Dicen así en la NVI: *«La revelación de Jesucristo, que Dios le dio para que mostrara a sus siervos lo que debe suceder en breve. Y Él lo ha dado a conocer enviando su ángel a su siervo Juan, el cual da testimonio de todo lo que vio—esto es, de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo—. Dichoso el que lea las palabras de esta profecía, y dichosos los que la escuchen y tomen a pecho lo que está escrito en ella, pues el tiempo está cerca».*

1. *«Revelación de Jesucristo»* (lit.) significa, en primer lugar, que es Jesucristo quien hace esta revelación, aunque también es cierto que dicha revelación es acerca de Jesucristo en cuanto al cumplimiento escatológico de las profecías que tienen que ver con su Segunda Venida. En torno a ese tema central, se agrupan, en esta «revelación», la condición de la Iglesia aquí en la tierra y, después, en el cielo; los acontecimientos que precederán a la Segunda Venida del Señor; los juicios de Dios: primero, sobre la Iglesia; después, sobre los enemigos de Dios y de su Cristo; la destrucción de los poderes que gobiernan el mundo y el reinado milenario de Cristo en la tierra; finalmente, el Juicio Final, la destrucción de la muerte, los nuevos cielos y tierra, la nueva y eterna Jerusalén.

2. De esta *revelación* dice Juan: (A) Que *«se la dio Dios»* (lit.), es decir el Padre, ya que Cristo, en cuanto hombre, poseía una mente limitada. De ahí que hubiese de recibir del Padre todo lo oculto y todo lo futuro (v. Jn. 3:34, 35; 5:20–24; 7:16; 8:28; 12:49; 14:10, 24; 16:15; 17:8). Esta limitación de la inteligencia humana de Cristo se echa de ver especialmente en lugares como Marcos 13:32; Hechos 1:7. De lo futuro u oculto sabía lo que Dios le comunicaba mediante el Espíritu Santo, que le había sido dado sin medida (Jn. 3:34). Al hacerse hombre, el Hijo de Dios renunció al uso independiente de sus atributos divinos.

3. La revelación le fue dada a Cristo *«para mostrar* (gr. *deíxai*, en aoristo de infinitivo) *a sus siervos (doúlois*, esclavos—el vocablo de costumbre—) *las cosas que deben suceder enseguida* (gr. *en tákhei)»* (lit.). «Este vocablo no indica que los sucesos descritos en este libro hayan de ocurrir necesariamente pronto, sino que, cuando comiencen a suceder, se sucederán rápidamente (el mismo vocablo griego se traduce "rápidamente" en Lc. 18:8)» (Ryrie).

4. Añade Juan que Jesucristo *dio a entender* (gr. *esémanen*, de donde procede el vocablo castellano «semántica») dicha revelación, *enviándola* (gr. *aposteílas*, en participio de aoristo) *por medio de su ángel a su siervo Juan* (lit.). En último término, dicha revelación se hace en beneficio de todos los creyentes, según la bienaventuranza del versículo 3. El griego *esémanen* indica, como observa Walvoord *(ob. cit.,* págs. 35, 36), que «la comunicación de la que se habla como "significada", mientras con frecuencia indica una revelación *por medio de símbolos,* como en este libro, incluye también una revelación mediante palabras que comunican el significado». Al decir: «*su ángel»*, es muy probable que se refiera a Gabriel (comp. con Dn. 8:16; 9:2, 21, 22; Lc. 1:26–31). Recordemos que Jesús es el Verbo (Jn. 1:14) y el único Mediador entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5), y que el Padre lo ha puesto todo en sus manos (Mt. 28:18; Jn. 3:35; 5:19 y ss.; 13:3, etc.).

5. De sí mismo dice Juan (v. 2) *«que dio testimonio* (en aoristo) *de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo,* (todas) *cuantas cosas vio»* (lit.). El testimonio, pues, de Juan es triple: (A) De la palabra de Dios, puesto que esta *revelación* procede, en último término, de Dios; (B) Del testimonio de Jesucristo, pues Él es el objeto principal de la profecía (comp. con 19:10); (C) En fin, *de todo lo que vio,* puesto que la revelación se le ha dado especialmente mediante *visiones.* Juan era, en esto, más bien que un *nabí* (profeta) o *roeh* (vidente), un *jozeh* (que tiene visiones). El aoristo *eiden* (vio) suple al verbo defectivo *orán,* al ser el aoristo de diferente raíz. Ya vimos en 1 Juan 1:1–3; 3:6; 4:20; 3 Juan 11 el pretérito perfecto (gr. *eóraka)* de dicho verbo.

6. Viene después la primera bienaventuranza de las siete que este libro contiene (v. 3): *«Dichoso (makários,* como en Mt. 5:3 y ss.) *el que lee* (participio de presente), *y los que escuchan* (también en presente) *las palabras de la profecía y los que guardan* (gr. *teroúntes*, tambien en participio de presente) *las cosas que han sido escritas* (participio de perfecto pasivo) *en ella, porque el tiempo* (gr. *kairós) cercano* (está)» (lit.).

(A) Dichoso, según la Biblia, es el que disfruta del favor de Dios y recibe bendiciones de lo alto (v. Stg. 1:17). Toda bienaventuranza bíblica incluye: (a) declaración de *dicha;* (b) el destinatario (uno o varios); (c) el motivo; (d) la recompensa. El primero que resulta aquí destinatario es *«el que está leyendo»;* es decir, el que lee en voz alta la Palabra de Dios en la asamblea cristiana. El verbo griego *anaguinosko* corresponde así al hebreo *qerá.* Todavía en el siglo V, Agustín de Hipona declara su extrañeza de que Ambrosio de Milán leyese a solas sin mover los labios. Igualmente se declara *dichosos* a los que *continúan oyendo y guardando …,* según la fuerza del presente griego. Este «guardar» no es una mera «custodia» *(phulássein)* de un depósito como en 1 Tesalonicenses 6:20, sino atesorar algo en el interior *(tereín),* para sacar provecho espiritual copioso y creciente. «La profecía, dice Salguero, es una exhortación que consuela, instruye y estimula». M. Henry, por su parte, dice que «es soporte de nuestra fe y dirección de nuestra esperanza» (yo añadiría: y motor de nuestro amor).

(B) El hecho de que los dos participios *(«los que oyen y guardan»)* estén unidos por un mismo artículo nos enseña que no se trata de dos clases de personas, sino de una sola. Lucas 11:28 emplea el verbo *phulasso* en una frase parecida. Frente a esta bienaventuranza para los que atesoran fielmente lo que se dice en este libro, está (22:18, 19) la maldición para el que quite o añada algo. Así que todo lo que se añada a las profecías bíblicas es falsa profecía. Dice Walvoord (*ob. cit.,* pág. 36): «El libro de Apocalipsis es el único libro de la Escritura que contiene una promesa tan directa de bendición … Parece prever que muchos habían de descuidar este libro o ignorar su revelación profética. Es extraño que el único libro del Nuevo Testamento que invoca sobre el lector una especial bendición se haya de quedar con frecuencia sin leer». Así resulta que son tan pocos los que se aprovechan de las profecías de este libro. ¿Por qué será? Tres parecen ser los motivos: (a) Es una treta del diablo, que no quiere que los creyentes se dispongan a recibir al Señor, ya que ello significa que a Satanás se le acaba su imperio sobre el mundo; (b) De parte de los creyentes, indica cierta falta de amor al que es Esposo de la Iglesia, así como (c) el apego creciente a las cosas mundanas, terrenales, con lo que echan al olvido las cosas divinas, celestiales.

(C) Al decir: *«las palabras de la profecía»* (v. 3b) se da a entender que todo el libro del Apocalipsis es profético. Esto se confirma comp. con 22:18, 19, donde se habla de *«las palabras de la profecía de este libro»* y tambien *«de las palabras de este libro de la profecía».* Con ello, el aspecto profético del Apocalipsis cobra una extraordinaria importancia; importancia que ya se pone de manifiesto (en v. 3c) al decir *«porque el tiempo cercano* (está)». La elipsis del verbo sirve como si Juan quisiera aproximar todavía más esa cercanía. Para *«tiempo»* tenemos *kairós* (comp. con Lc. 21:8 *«el tiempo* [*kairós*] *se ha acercado»*—en Mr. 1:15 *se ha llenado* [cumplido] *el kairós y se ha acercado el reino de Dios—).* Es frecuente en la profecía el uso de *kairós* (tiempo, en sentido de sazón, ocasión, oportunidad—v. Hch. 1:7, donde salen el *khrónos y* el *kairós—)* para señalar períodos de tiempo (v. Dn. 8:17; 11:35, 40; 12:4, 9; Ap. 11:18; 12:12, 14; 22:10)—en este último lugar, Juan usa exactamente la misma expresión que aquí, pero explicitando el verbo *estín* (está)—. Dice Walvoord *(ob. cit.,* pág. 37): «Un período de tiempo indicado por *kairós* se ha de contrastar con "hora" (gr. *hora)* y con el tiempo en general (gr. *khrónos).* La expresión *"cercano"* indica proximidad desde el punto de vista de la revelación profética, no que el suceso haya de ocurrir necesariamente de inmediato».

Versículos 4–8

Venimos ahora al saludo que el autor sagrado dirige (v. 4) *a las siete iglesias* del Asia Menor. Dicen así los versículos 4–8 en la NVI: *«Juan, a las siete iglesias que hay en la provincia de Asia: Gracia y paz a vosotros de parte de* (gr. *apó) aquel que es, que era y que ha de venir* (gr. *ho erkhómenos*, el que viene); y *de parte de los siete espíritus (*o *del séptuple Espíritu) que están delante de su trono; y de parte de Jesucristo, que es el testigo fiel, el primer resucitado de entre los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra. A aquel que nos ama y nos ha libertado* (gr. *lúsanti*, lectura mejor atestiguada que *loúsanti*, ha lavado) *de nuestros pecados por medio de su sangre, y ha hecho de nosotros un reino y sacerdotes al*

servicio de su Dios y Padre—a Él sea la gloria y el poder (lit. *el imperio* o soberanía—gr. *krátos) por los siglos de los siglos. Amén.*

Mirad, viene con las nubes,
y todos los ojos le verán,
incluso los que le traspasaron;
y todos los pueblos de la tierra
se golpearán de dolor el pecho por su causa.
¡Así será! Amén.

"Yo soy el Alfa y la Omega", dice el Señor Dios, "el que es, el que era y el que ha de venir (la misma frase del v. 4), *el Todopoderoso".»*

1. Juan envía un saludo, de parte del Trino Dios, a las siete iglesias que formaban parte de las que estaban ubicadas en la provincia romana del Asia proconsular. I. E. Davidson *(Readings in Revelation,* Barbican Book Room, 1969, pág. 18) observa que «las siete iglesias fueron seleccionadas con el propósito de describir los rasgos salientes de la iglesia profesante en el curso de su historia». Están nombradas siguiendo una vía imperial circular, de izquierda a derecha y después de derecha a izquierda, en forma de herradura (v. el v. 11), y es Éfeso la primera y como la cabeza o capital de las demás.

2. Aunque las cartas van dirigidas a *siete* iglesias, su destino es *universal,* como puede verse por 2:7, 11, 17, 29; 3:6, 13, 22, donde se repite, como un estribillo: *«el que tiene oído oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias»*. Podemos decir que representan 7 tipos históricos y 7 retratos proféticos, tanto de las iglesias del pasado como de las del presente y del futuro. Como dice el fragmento de Muratori: «aunque escribe a siete, lo dice para todos». Por 1:19, puede colegirse que la porción concerniente a las cartas a las 7 iglesias (2:1–3:22) pertenece al tiempo de *«las cosas que son»,* es decir, a la época de la Iglesia. Pero la aplicación puede hacerse al interpretar los mensajes a tres niveles:

(A) A *nivel horizontal pasado,* es decir, el sentido literal exige que, a pesar del simbolismo del número *siete,* los mensajes se entiendan como enviados a las iglesias especificadas *por su nombre, y en el tiempo* en que Juan escribía esto. Esto es algo que nadie puede negar.

(B) *A nivel horizonal continuo,* esto es, estas siete iglesias son representativas de siete condiciones distintas en que se hallan las iglesias de cualquier época a partir del siglo I de nuestra era. Como trasfondo de un sentido secundario, que se da en todos los libros de la Biblia, este sentido ha de admitirse también; de lo contrario, los mensajes a las siete iglesias no tendrían ninguna relevancia para nosotros, los que vivimos a fines del siglo XX.

(C) *A nivel vertical histórico,* según el cual cada iglesia representa un determinado período de la historia de la Iglesia, hallándose ahora ésta, en general, en la condición de la congregación de Laodicea: fría y autosuficiente. No todos los futuristas admiten este tercer sentido y no se hasta qué punto es prudente darlo por «dogmáticamente» seguro hasta inscribirlo en epígrafes en la propia Biblia, como hacen la *Biblia Anotada de Scofield* y la *Pilgrim Edition* (Oxford University Press, New York, 1948, y subsiguientes ediciones).

No quiero decir con esto que dicha división en épocas sea totalmente arbitraria, pues lo cierto es que concuerda, no sólo con las diversas situaciones históricas, sino también con el propio significado de los nombres de las respectivas iglesias. Suele objetarse especialmente contra la atribución del estado de la iglesia de Sardis al período de la Reforma, puesto que aquello supuso el gran reavivamiento de la Iglesia en el siglo XVI. Sí, es cierto que la Reforma del siglo XVI colocó la Biblia en el centro de la Iglesia, pero no produjo muchos hombres que tomaran a pechos la *santificación personal* (entiéndase, en aquel siglo), ya que el énfasis caía, con muy poco contrapeso de la otra parte, sobre la *justicia imputada* por medio de la fe sola. Dice Conrad Grebel (muerto el año 1526), el verdadero pionero de los bautistas modernos: «Ahora todos quieren salvarse mediante una fe superficial, sin los frutos de la fe, sin el bautismo de la prueba y la tribulación, sin amor ni esperanza y sin prácticas verdaderamente cristianas». (Citado por J. L. González, *La Era de los Reformadores.* Edit. Caribe, 1980, pág. 970.)

3. El saludo consiste (v. 4c) en una bendición de parte de las tres personas de la Deidad, las cuales aparecen en el siguiente orden: Padre, Espíritu, Hijo. Cierto comentarista dice agudamente que lo más probable es que Juan, al dirigir su vista a la liturgia celestial, tuviese en cuenta que los grandes símbolos del Lugar Santísimo estaban en este orden: al fondo, el Arca y, sobre ella, la nube de la gloria de Jehová (el Padre); delante, el candelabro de los siete brazos (el séptuplo Espíritu); y delante de este, el altar de los

sacrificios, figura del sacrificio del Calvario (el Hijo) (V. W. Hendriksen, *More than conquerors*, pág. 53).

4. El contenido mismo del saludo (v. 4b) es: *«Cracia* (gr. *kháris) a vosotros y paz* (gr. *eiréne)». «Gracia»* es el favor desmerecido de Dios, hecho *«don inefable»*, concreto y total, en Jesús. La gracia se atribuye al Señor Jesucristo en 2 Corintios 13:14, pues vino *«lleno de gracia y de verdad»* (Jn. 1:14. V. el comentario a este lugar), mientras que la *paz* representa el cúmulo de bendiciones que nos vienen de Dios (v. Stg. 1:17). *Shalom*, paz, representa además la forma corriente de saludo entre los judíos, mientras que el griego *khaíre*, de la misma raíz que *kháris* (gracia), era la fórmula corriente de saludo entre los griegos.

5. No se puede pasar por alto el contenido mismo de lo que indican los nombres con que Juan se refiere a las tres personas de la Deidad, así como la forma, aparentemente incorrecta, de la sintaxis juánica en este versículo 4:

(A) Al Padre se le describe como *«el que es y que era y que viene»* (lit.), expresión que desdobla el profundo sentido de Éxodo 3:14, 15: «YO *SOY EL QUE SOY ... EL YO SOY me envía a vosotros»,* con lo que se declara, de otra forma, tanto la eternidad de Dios como su *relación vital* con la Historia. No es una eternidad reposada, sino activa y hasta comprometida en la salvación de los elegidos y en el juicio terrible de los rebeldes; por eso, dice «… *y el que viene»* (lit.), en lugar de «… *y el que será»* (comp. con He. 13:8, aplicado a Jesucristo). La redacción gramatical es, a primera vista, incorrecta, puesto que la preposición griega *apó* (desde, de parte de) rige genitivo. La anomalía se presenta otras tres veces (4:8; 11:17; 16:5), y la explicación más obvia es que Juan toma la frase como un eslogan estereotipado, fijo e indeclinable en sí mismo, de forma parecida a Éxodo 3:14b «É*YO SOY me ha enviado a vosotros»*. ¡Incluso el imperfecto *«era»* (gr. *en)* va precedido del artículo masculino, con lo que se determina que se trata de una persona. A Juan no le interesaban los problemas gramaticales, sino la fuerza del contenido, por eso, violenta aquélla para exponer éste en su contexto hebreo de Éxodo 3:14. Los creyentes podemos estar tranquilos; tenemos un Dios que gobierna el pasado, el presente y el porvenir.

(B) De la misma manera que el candelabro de los siete brazos estaba entre el Arca del Pacto y el altar de los sacrificios, así también al Espíritu Santo se le nombra entre el Padre y el Hijo (v. 4b): «*Y de los siete espíritus que están delante de* (gr. *enópion*, a la vista de) *su* (del Padre) *trono»*. Se trata aquí del Espíritu desplegado en *siete*, número de la perfección espiritual, número de Dios, siguiendo el modelo de Isaías 11:1, 2 y, en último término, del candelabro de los siete brazos, cuyas siete tazas estaban alimentadas por el aceite que servía de pábulo (comp. con Zac. 4) y que en la Biblia es símbolo del Espíritu Santo (comp. Is. 61:1 con 1 Jn. 2:20, 27). Algunos comentaristas sostienen que Juan habla aquí de los siete arcángeles que están en la presencia de Dios (según tradición no basada en las Escrituras canónicas), o de los serafines de Isaías 6:1 y ss., pero hay dos poderosas razones en contra de tal opinión: (a) Nunca en la Biblia se sustituye la palabra «ángeles» por «espíritus» (gr. *pneúmata)* cuando se trata de ángeles buenos; (b) los ángeles no pueden comunicar la gracia y la paz a nivel de igualdad con el Padre y el Hijo (v. Zac. 4:2, 6, 10; Ap. 4:5; 5:6, y comp. con He. 1:13, 14; Ap. 22:8, 9). Al comentar Apocalipsis 3:1, donde reaparecen *los siete espíritus* en conexión con las «siete iglesias», dice Kiddle (NBC, 1170):

Cuando nos percatamos de que el 7 siempre comporta la idea de unidad y perfección, más bien que de diversidad, de forma que nos lleva a pensar en el Espíritu y en la Iglesia, más bien que en siete espíritus y siete iglesias, entonces tenemos a la vista una posible solución: ... Los siete espíritus y las siete estrellas ... son el Espíritu profético y el carácter celestial de la Iglesia, en la que el Espíritu da vida.

(C) Finalmente (v. 5), la paz y la gracia vienen tambien de parte de Jesucristo, según Juan 1:14, 17, ya citados. De Él se dice que es *«testigo fiel»* (gr. *pistós*, fiable, fidedigno); más aún, el griego repite el artículo: *«el testigo el fiel»*, para dar más énfasis, como es costumbre en Juan. En 3:14 se le llama *«el testigo fiel y verdadero»* (gr. *alethinós*, el genuino, que no puede falsificarse). El Evangelio según Juan está lleno de frases en que Cristo da testimonio de sí mismo como verdadero Mesías y Salvador del mundo; y en la mañana del día mismo de su muerte en cruz, le dijo a Pilato: «*Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, PARA DAR TESTIMONIO DE LA VERDAD. Todo aquel que es de* (gr. *ek*, procedente de, perteneciente a) *la verdad, oye mi voz»* (Jn. 18:37). En Apocalipsis 19:10, leemos que *«el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía»*, es decir, la revelación que Jesucristo nos transmite del Padre coincide con el espíritu profético, puesto que el núcleo de la profecía (y, en general, de las Escrituras—comp. con Jn. 5:39, 46; Lc. 24:27—) tiene por objeto la persona y la obra de Cristo. Lo que

se dice de Cristo en los versículos 5 y 6 merece especial atención. Pero, antes de comentar en detalle cada una de las frases, obsérvese que esta es la tercera y última vez que la expresión *«Jesucristo»* aparece en el Apocalipsis.

(a) Jesús es el *«testigo fiel»* (v. 5) porque nadie como él es testigo de primera mano, e incapaz de mentir (v. 1 P. 2:22); es, pues, digno de todo crédito al declararnos lo que ve en el Padre desde toda la eternidad (Jn. 1:18; 3:11, 31–34; 5:19, 20; 7:16–18; 8:38; He. 1:2).

(b) Es también *«el primogénito de los muertos»*. Si se compara esta frase con 1 Corintios 15:20; Colosenses 1:15, 18, nos damos cuenta de que tiene un doble significado: *Primero,* Jesús ha sido el primero en salir para siempre de la tumba: la primera flor eterna que brotó de la tierra en la gran primavera de la vida eterna. De la tierra fue formado Adán para ser un viviente que había de morir y acarrear la muerte a toda su descendencia; de la tierra salía Cristo para vivir y ser causa de vida eterna para todos los que crean en Él. *Segundo,* «primogénito» significa también el heredero de la hacienda (de toda, si es unigénito, como lo es también Él), según el sentido de Colosenses 1:15. Con Él participamos nosotros en la medida en que le seguimos (Ro. 8:17).

(c) *«Y el soberano* (gr. *ho árkhon) de los reyes de la tierra»*. Esta frase enlaza con la anterior, a la luz del Salmo 89:27 «*Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra»*. *Arkhon* era el nombre que los griegos daban a los supremos magistrados o gobernantes de una ciudad. Derivado de *árkhe* (principio que domina, modela o marca una pauta), el «arconte» había de sobresalir no sólo por su autoridad, sino también por su ejemplo. El magistrado supremo era llamado «el arconte de los arcontes», pero Jesús es mucho más, porque Él es *«Rey de reyes y Señor de señores»* (19:16), es decir, «el arconte de todos los soberanos de la tierra».

(d) «*Al que nos ama* (en participio de presente continuo) *y nos lavó (*o *libertó,* siempre en participio de aoristo, de una vez por todas) *de nuestros pecados en su sangre»* (lit.), es decir, por la virtud redentora del derramamiento de su sangre. En favor de la lectura *loúsanti*, lavó, argumenta Walvoord *(ob. cit.*, pág. 38, nota 1) que «sobre la base de que es más fácil para los copistas saltarse una letra que añadir una letra, algunos prefieren "lavó" a "soltó". Como son muchas las variantes de los textos en el libro del Apocalipsis, la tendencia de los intérpretes modernos es extremar la corrección del texto usado en la Versión Autorizada». Sin embargo, el testimonio de los MSS a favor de *lúsanti (libertó;* lit. *soltó)* es abrumador. Además, la fraseología constante de Juan está a favor de esta última lectura, ya que lo de «lavar» no lo suele aplicar a la obra de la Cruz, sino a la acción de la Palabra (v. Jn. 13:10, comp. con 15:3). En Apocalipsis 7:14, hay un verbo distinto: *plúno;* no se trata, pues, allí de que Cristo los haya lavado con su sangre, sino de que ellos han limpiado sus uniformes de creyentes militantes en virtud de la sangre de Cristo y en unión con ella (v. Col. 1:24). La sangre de Cristo limpia (gr. *katharízei*, purifica) a los creyentes de todo pecado (1 Jn. 1:7). Comp. con 5:9 *«con tu sangre nos compraste para Dios»*, así como con Isaías 52:3; Mateo 20:28; Marcos 10:45; Romanos 3:23–25; Gálatas 3:13; Efesios 1:7; Colosenses 1:14; 1 Timoteo 2:6; Tito 2:14; Hebreos 9:12, etc.

(e) «Y *nos hizo un reino* (v. 6), *sacerdotes para su Dios y Padre»* (lit.). En Éxodo 19:6 leemos: «*Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes y gente santa»*. Palabras que Pedro usa (1 P. 2:9) de la siguiente forma: *«Mas vosotros sois linaje escogido, sacerdocio regio, nación santa»*. Por tanto, Apocalipsis 1:6 habla de «un reino sacerdotal», mientras que Pedro habla de un «sacerdocio real». En Apocalipsis 5:10, los redimidos repiten desde el cielo la frase de aquí, pero allí va unido por la conjunción y («nos *hiciste para nuestro Dios reino y sacerdotes»)*, lo que insinúa que aquí debería suplirse la conjunción. En el Antiguo Testamento el pueblo ejercía su realeza y su sacerdocio mediante un jefe o rey y mediante una casta sacerdotal; sólo el sumo sacerdote tenía acceso, una vez al año, al Lugar Santísimo. En cambio, ahora cada uno de los creyentes es rey y sacerdote, como también profeta y juez (comp. 1 P. 2:9, 10 con 1 Co. 6:1–4). Esto requiere una importante explanación.

Comoquiera que todo es nuestro (1 Co. 3:21–23), podemos decir, con mucho mayor motivo que el papa Inocencio III, que poseemos el poder como reyes y la autoridad espiritual como sacerdotes (v. también Ap. 20:6; 22:5). Por eso, los 24 ancianos (4:4 y ss.), representantes de la Iglesia, según la pauta de las 24 clases sacerdotales (v. 1 Cr. 24:1–18), aparecen como reyes con sus coronas, que ellos ponen a los pies de Dios (4:10) en señal de sumisión.

El hecho de que «Dios» y «Padre» estén unidos en griego por un solo artículo (comp. con 2 Co. 1:3; Ef. 1:3; 1 P. 1:3) nos da a entender que una misma persona es Dios de Jesús-Hombre, y Padre del Verbo-Dios.

(f) El versículo 6 termina con una ferviente doxología que Juan dirige a Jesucristo (así lo exige el contexto; no la dirige directamente a Dios el Padre), el gran soberano de cielos y tierra y, sobre todo, de la Iglesia, aunque el Nuevo Testamento no lo titula *Rey de la Iglesia,* sino *de Israel.* De la Iglesia es *Esposo* y *Cabeza,* lo cual es mucho más íntimo que *Rey.* Dice literalmente la segunda parte del versículo 6: «A *Él* (Jesucristo) *la gloria y el imperio por los siglos [de los siglos]*. Amén». Lo que va entre corchetes posee suficiente garantía, pero falta en algunos MSS. La *«gloria»* (gr. *dóxa)* es la misma que le corresponde a Dios como a soberano creador y salvador de todo cuanto existe (v. Mt. 16:27; 26:64) y estaba simbolizada en la nube, la *shekinah* del hebreo (la presencia gloriosa y salvífica de Dios en medio de su pueblo); de ahí, el enlace con el versículo siguiente. Aquí se le atribuye a Jesucristo, así como el *imperio* o *soberanía* (gr. *kratos)* que es exclusivo de Dios.

6. A la descripción de Jesucristo, sigue un anuncio profético (v. 7): *«He aquí* (gr. *idoú,* el equivalente del hebr. *hinnéh), viene con* (gr. *metá*, preposición de compañía) *las nubes y le verá todo ojo y los que le traspasaron; se golpearán el pecho a causa de Él* (gr. *ep' autón*, sobre Él) *todos los linajes de la tierra»* (lit.).

(A) *«He aquí»* indica algo grande, extraordinario, que va a suceder. Es la Segunda Venida de Cristo, que aparece como *viniendo ya;* por eso, está en presente. Pero no viene a recoger a su Iglesia (el escenario es del todo diferente—v. 1 Ts. 4:13–17—), sino a descender al Olivete (v. Hch. 1:11) y confrontar majestuosamente a todos sus oponentes. Para el vidente de Patmos, esta Venida majestuosa de Cristo es tan segura que la ve como inminente: viene sin falta.

(B) La preposición griega *metá («viene con las nubes»)* corresponde a la hebrea *im* que tenemos en Daniel 7:13. Ya hemos citado Mateo 16:27; 26:64 a este respecto, puesto que Cristo viene *«en la gloria de su Padre», «a la diestra del poder de Dios»* (v. He. 1:3; 8:1; 2 P. 1:16). «Las nubes, dice S. Bartina (pág. 619), son un atributo mesiánico de gloria y majestad, y venir en las nubes indica que Cristo baja a juzgar el mundo».

(C) Añade Juan que *«todos le verán»*. Hoy, con la transmisión de imágenes, por medio de satélites, a las pantallas de la televisión, nos podemos imaginar mejor esta visión universal. El autor sagrado echa mano aquí de pasajes del Antiguo Testamento como Ezequiel 1:24; 43:2; Daniel 7:13; Zacarías 12:10. Conviene leer toda la porción de Zacarías 12:9–14 para entender mejor este texto, así como Mateo 24:30, donde las frases están en otro orden.

(D) *«Los que le traspasaron»* (v. Zac. 12:10; Jn. 19:37), no son los soldados romanos que llevaron a cabo la ejecución, sino los judíos (comp. con Hch. 2:23). Sin embargo, *«todos los linajes de la tierra harán duelo* (mejor, *se golpearán el pecho) a causa de Él»*. Zacarías 12 predice algo que había de cumplirse en los tiempos mesiánicos; de la misma manera que Jehová aniquilará entonces a los enemigos de su pueblo, así también su pueblo hará duelo como por un hijo unigénito, al que traspasaron. Juan la ve ya cumplida en la crucifixión del Señor (Jn. 19:34, 37). Apocalipsis 1:7 avanza un paso más, hasta ver perfectamente cumplida dicha profecía en la Segunda Venida, cuando el pueblo judío, convertido por fin a su Mesías, será compungido con arrepentimiento que es según Dios (2 Co. 3:16; 7:10), junto con muchos otros de *«todos los linajes de la tierra»,* al ver a Jesucristo ya triunfante, el cual parece que manifestará de algún modo sus llagas gloriosas por las cuales *«hubo curación para nosotros»* (Is. 53:5. Lit.). Léase Hebreos 9:11–22. W. Hendriksen hace notar *(ob. cit.*, pág. 54, nota 2) que tanto Apocalipsis 1:7 como Juan 19:37 siguen el texto hebreo y no los LXX. El verbo griego *exeképtesan* (traspasaron) sale únicamente aquí y en Juan 19:37, en todo el Nuevo Testamento.

(E) El versículo 7 termina con un *«sí»* (griego *nai),* seguido del hebreo *amén,* que le añade una ratificación de absoluta seguridad con respecto a lo afirmado anteriormente.

7. El versículo 8 dice literalmente: «*Yo soy el Alfa y la Omega, dice el Señor Dios, el que es y el que era y el que viene, el Todopoderoso»*. La frase: *«principio y fin»,* que aparece entre corchetes en la RV 1977, falta en los MSS más importantes. ¿Quién dice esas palabras, el Padre o Cristo? La opinión de Walvoord, Hendriksen, Turner, es que se refiere a Jesucristo. Muchos otros autores, como Bruce, Newell, Ryrie, Bartina, a los que me adhiero, sostienen que quien habla aquí es el Padre, quien pone su sello de garantía a todo lo dicho. Las razones son contundentes: (A) «*Yo soy el Alfa y la Omega»* es frase que se atribuye constantemente al Padre (comp. con Is. 41:4 y véase Ap. 21:6; 22:13). Su añadidura en el versículo 11 no está garantizada por los MSS más importantes, aunque lo de *«principio y fin»* (mal atestiguado aquí) está bien atestiguado en el versículo 17 con referencia a Cristo. (B) *«El Señor Dios»* es la versión del hebreo *Jehová Elohim*, que designa constantemente al Padre (comp. con 4:8; 11:17; 15:3).

(C) *«El que es y el que era y el que viene»* es precisamente la frase descriptiva del Padre en el versículo 4, lo mismo que en 4:8. (D) *«El Todopoderoso»* se aplica invariablemente al Padre en los diez lugares en que el vocablo *Pantokrátor* aparece en el Nuevo Testamento (aquí y en 2 Co. 6:18; Ap. 4:8; 11:17; 15:3; 16:7, 14; 19:6, 15; 21:22).

8. Examinemos el contenido del versículo:

(A) *Alfa y Omega* son la primera y la última letra del alfabeto griego y describen, como dice Bartina (pág. 621), «todas las combinaciones buenas que con las letras puedan hacerse». Indican, pues, la Verdad completa y esencial que es Dios. Es significativo que el vocablo hebreo para «verdad» es *emet*, que contiene la primera consonante hebrea, la de en medio y la última. Pero aquí no quiere decir precisamente que Dios sea algo así como una Enciclopedia completa de verdades teóricas, sino que todas las futuras y posibles vicisitudes de la Historia están previstas por la mente divina y bajo el control de Dios. Dice Bartina: «Dios es Señor de la Historia, así de la escrita como de la que se ha de escribir». El Talmud y el Targum hebreos interpretan la frase para significar el compendio de la Ley. Dicen, por ejemplo, que Adán transgredió toda la Ley desde el Alef hasta el Tau, que Abraham observó la Ley de Alef a Tau, que Dios bendijo a Israel de Alef a Tau. La frase *«El que es y el que era, etc.»* ha sido ya estudiada.

(B) *«El Todopoderoso»* (gr. *Pantokrátor*, dominador de todo) indica el imperio y la soberanía absolutos de Dios sobre todos los seres creados (v. Is. 6:3; Os. 12:6; Am. 3:13). Esta palabra, como hemos dicho, designa a Dios el Padre, aunque, en 11:15–18, la glorificación se dirige conjuntamente al Padre y al Hijo. Recordemos que la traducción exacta de *«El-Shadday» (*o *El-Shaday)* no es propiamente «Dios Todopoderoso», sino *«Dios Todosuficiente»*, aunque lo segundo implica lo primero.

Versículos 9–11

En esos versículos, Juan introduce la visión que tuvo en Patmos. Dicen así dichos versículos en la NVI: «*Yo, Juan, vuestro hermano y compañero en el sufrimiento, en el reino y en la paciente constancia que son nuestro peculio en Jesús, estaba en la isla de Patmos por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús. En el día del Señor, yo estaba en el Espíritu, y oí detrás de mí una voz potente como de una trompeta, que decía: "Escribe en un rollo lo que vayas viendo y envíalo a las siete iglesias: a Éfeso, a Esmirna, a Pérgamo, a Tiatira, a Sardes, a Filadelfia y a Laodicea"».*

1. Comienza aquí propiamente, después del saludo-bendición, la primera parte del Apocalipsis. Y comienza con un cuadro majestuoso de nuestro Señor Jesucristo. Antes de la presentación del Señor, el escritor sagrado se presenta a sí mismo como lo hacían los profetas del Antiguo Testamento (v. Dn. 7:28; 8:1): «*Yo, Juan*». No necesita unas credenciales que ya obraban en poder de la primitiva comunidad cristiana, pero esta presentación le sirve para resaltar las características que mejor podían captar la benevolencia de los destinatarios, colocándose al mismo nivel que ellos: *«vuestro hermano»*, expresión que designa a los miembros de una misma familia espiritual, que es la Iglesia de Cristo, donde ha de imperar una comunión de fe, amor y santidad (v. 1 Co. 5:11).

2. Pero todavía es mayor la intimidad que la frase siguiente indica: *«compañero en el sufrimiento»* (NVI). El griego dice *sunkoinonós en te thlípsei*, *«copartícipe* (la misma raíz de 2 P. 1:4) *en la tribulación»*. El apóstol Juan compartía con los destinatarios del Apocalipsis algo muy penoso: *la tribulación.* No compartía honores, riquezas, placeres materiales. Pero compartía tres cosas mucho mejores, porque la tribulación no aparece solitaria en el texto sagrado: *«en la tribulación y reino y paciencia en Jesús»* (lit.). Las tres cosas están en el texto indisolublemente unidas por un solo artículo.

(A) La *tribulación* (gr. *thlipsis)* comporta la idea de presión, de apretura, etc., es decir, de sufrimientos y dificultades de toda clase; pero especialmente los sufrimientos padecidos por la fe cristiana. La Iglesia se hallaba en un tiempo de dura persecución, procedente del impío emperador Domiciano, y el propio Juan era una de las víctimas de tal persecución. Para la Iglesia de finales el siglo I era un refrigerio saber que *el discípulo a quien Jesús amaba* (Jn. 21:20) era «copartícipe» de la tribulación que ellos sufrían. El vocablo castellano «tribulación» procede del verbo griego *tribo*, trillar, pero el griego *thlipsis* procede del verbo *thlibo*, apretar, estrechar, angustiar.

(B) El *reino* (gr. *basileía)* es aquí, no el lugar en que se reina ni el ejercicio de la potestad regia en un tiempo determinado, sino el atributo de la «realeza», condición inherente a la persona. De esta «realeza» es de la que Cristo nos ha hecho partícipes, aunque también nos hará partícipes de su «reino» y de su «reinado» en la culminación de su Segunda Venida.

(C) La *paciencia* (gr. *hupomoné)* significa, como ya hemos visto gran número de veces, el aguante, firme, constante y entusiasta, bajo el peso de circunstancias adversas desde el punto de vista de los hombres. *«En Jesús»* significa «en comunión con Jesús, con la ayuda de Jesús y por la causa de Jesús».

3. Pasa luego a mencionar (v. 9b) el lugar donde se hallaba a la sazón cuando tuvo la visión. *«Estaba»* indica un estado del pasado, porque ahora está escribiendo desde Éfeso. *«Patmos»,* hoy Patino, es una isla desértica y rocosa, a unos 35 km de Éfeso. Tiene 12 km de largo, por unos 5 de ancho en su parte más amplia. Se parece a una cabeza de caballo y está ubicada a unos 240 km al oeste de las iglesias a las que se dirigen las cartas de los capítulos 2 y 3. Cuenta hoy con unos 3.000 habitantes. No se ven en ella arroyos, ni árboles ni tierra fértil; sólo parcelas pobres entre las rocas. Más desolada todavía se hallaba en tiempos de Juan, por lo que era usada como una especie de prisión o penitenciaría. Puede verse aún una cueva oscura donde la tradición indica que allí se guarecía el autor del Apocalipsis. Allí *quedó* (comp con Jn. 21:22, 23) como testigo, sufriendo el destierro *«por causa de la palabra de Dios»,* es decir, por ser fiel al Evangelio con su predicación y su conducta, «*y el testimonio de Jesús»,* esto es, por el testimonio acerca de Jesús y por el testimonio que Jesús dio de sí mismo como el Mesías, el Hijo de Dios y el Salvador del mundo.

4. Añade (v. 10) que *«estaba en espíritu» (*o *Espíritu).* El griego dice literalmente: *«Me hallé en espíritu»* (gr. *eguenómen en pneúmati*. El verbo es el mismo de Jn. 1:14). O, mejor aún, «*fui hecho en espíritu*». Bartina traduce excelentemente: *«Caí en éxtasis»,* pues eso es, en fin de cuentas, lo que la frase del original significa. El éxtasis o arrobamiento espiritual (v. también 4:2; 17:3; 21:10) era frecuente en los grandes profetas del Antiguo Testamento (v. Is. 6:1; Ez. 1:4). No fue, pues, una visión sensorial de la realidad, sino una percepción espiritual en la que, a través de símbolos, figuras y comunicaciones interiores, el espíritu de Juan *fue hecho* altamente receptivo a la revelación de Dios, en íntima y total comunión con su Señor.

5. «*El día del Señor*» es tenido por la mayoría de los autores como el *domingo.* El original dice: *«en el día señorial»* (gr. *en te*^{i} *kuriake*^{i} *heméra*^{i}). Todas las versiones latinas dicen: *in dominica (*o *Dominica) die.* De «*domínico*» (masculino) procede el castellano «domingo», y ya tenemos el domingo convertido en «día del Señor». Pero la cosa no es tan sencilla y, a pesar de la temprana tradición, es menester darse cuenta: (A) De que el domingo, en el Nuevo Testamento, *nunca* es llamado *día del Señor,* sino *el primer día de la semana,* en atención a la resurrección del Señor (v. Mt. 28:1; Mr. 16:2, 9; Lc. 24:1; Jn. 20:1, 19; Hch. 20:7; 1 Co. 16:2); (B) De que *el día del Señor* es *siempre,* en la Biblia, *el Día de Jehová,* el día señorial en que Jehová intervendrá decisiva y definitivamente, en la consumación de los tiempos, en la Historia de la humanidad. Juan fue arrebatado en espíritu a contemplar en una serie de visiones lo referente a ese Día de Jehová, que incluye algo así como el 77% de todo el libro. Eso no quita la posibilidad de que la primera visión tuviese lugar en un domingo, pero es muy poco probable que todo el contenido del libro fuese observado por Juan en el espacio de unas pocas horas. Deissman *(Light from the Ancient East,* págs. 362–364) hace notar (V. Walvoord, *ob. cit.,* pág. 42) que «el título distintivo "Día del Señor" podría haber sido vinculado a los sentimientos conscientes de protesta contra el culto del emperador con su "Día del Emperador"».

6. «*Oí detrás de mí,* añade el autor sagrado (v. 10b), *una gran voz como de trompeta»* (lit.). Como en Ezequiel 3:12, aquella gran voz le sorprende por detrás, a sus espaldas, para herir más fuertemente su atención. Es una *gran voz,* una voz que suena con mucha fuerza, parecida a la de un megáfono. El vocablo que Juan usa aquí para «trompeta» (gr. *sálpingos)* designa la trompeta larga de sonido fuerte, pero, en un judío, había de sonarle como el *shofar* o cuerno de carnero (v. por ej. Sal. 150:3).

7. La voz decía (según los MSS más fidedignos, que omiten las dos primeras frases de nuestras versiones RV—en la 1977, entre corchetes—): *«Lo que estás viendo escríbe(lo) en un librito* (es decir, en un rollo) y *envía(lo) a las siete iglesias, a Éfeso y a Esmirna y a Pérgamo y a Tiatira y a Sardis* (o *Sardes) y a Filadelfia y a Laodicea»* (lit.).

(A) La voz le manda a Juan que *pase a* (gr. *eis) un rollo* de papiro o de pergamino *lo que está viendo* (gr. *blépeis*, en presente de indicativo. Este verbo indica, en el griego de la *koiné,* «ver con atención»). Que esto no se refiere únicamente al contenido del capítulo 1, ni aun a lo contenido en los capítulos 2 y 3, se ve por el versículo 19. En verdad, se está refiriendo a todo el contenido del libro.

(B) El escrito ha de enviarlo a las 7 iglesias que se mencionan a continuación y que, como ya dijimos, se hallaban situadas en forma de herradura, siguiendo la vía imperial desde Éfeso hacia el noroeste y

volviendo después hacia la derecha hasta Laodicea. Los detalles acerca de cada una los daremos en el comentario a los capítulos 2 y 3.

(C) ¿Por qué ha de escribir solamente a estas iglesias, siendo así que había muchas otras en la misma región? Al dar por descontado que el número *siete* es número de perfección espiritual (aquí, divinoprofética), el motivo probable de esta selección es que quizás esas iglesias estaban especialmente bajo el cuidado pastoral de Juan, y no las otras.

(D) Lo mismo el verbo «escribe» (gr. *grápson)* que el verbo «envía» (gr. *pémpson)* están en aoristo de imperativo, para indicar una acción rápida, urgente, que no admite dilaciones.

Versículos 12–16

En estos versículos Juan describe lo que efectivamente vio. Tanto la figura del Señor como el escenario en que Juan lo vio son de una majestad sobrecogedora. Dicen dichos versículos en la NVI: *«Me volví para ver la voz que me hablaba. Y, al volverme, vi siete candelabros de oro, y por entre los candelabros estaba alguien "como un hijo de hombre", vestido de una túnica que le llegaba hasta los pies, y ceñido a la altura del pecho con un fajín de oro. Su cabeza y su cabello eran blancos como lana blanca, tan blancos como la nieve, y sus ojos eran como fuego llameante. Sus pies eran como el bronce fundido que brilla en el crisol, y su voz era como el sonido de una gran catarata. En su mano derecha llevaba siete estrellas, y de su boca salía una espada aguda de dos filos. Su rostro era como el sol cuando brilla con todo su esplendor».*

1. La extraña frase: *«Me volví para VER la VOZ que me hablaba»* es una figura de dicción muy expresiva para dar a entender que se volvió a ver quién era el que así le hablaba (lit. *hablaba conmigo).* El verbo *epéstrepsa* (en aoristo) que Juan usa aquí significa, como el hebreo *shub, volverse* (en general), «darse la vuelta», como es aquí el caso, ya que la voz le sorprendió a Juan de espaldas. Es el mismo verbo que se usa, como el hebreo *shub,* para designar la conversión a Dios (v. por ej., Hch. 3:19; 2 Co. 3:16; 1 Ts. 1:9; 1 P. 2:25, entre otros lugares).

2. Lo primero que apareció a los ojos de Juan fueron *«siete candelabros de oro».* El vocablo *lukhnía* significa «candelabro», mejor que «candelero» o «candilero». Entre el altar y el Arca estaba el candelabro de los siete brazos, pero aquí no son siete brazos, sino siete candelabros. Recordemos lo de los siete espíritus del versículo 4 y echemos un vistazo a Éxodo 25:31–40. Es la *menorah* con sus siete *neroth* o lámparas de aceite. Sabido es ya el significado del número 7. El oro es símbolo de realeza, de pureza y de santidad, por lo que se le llama «el rey de los metales»: es hermoso, raro y es inmune a la acción de los ácidos. El único que le ataca (y por eso es llamado «agua regia») es una mezcla de ácido nítrico y clorhídrico. De ahí que toda el Arca y los querubines del Lugar Santísimo estuviesen recubiertos de oro.

3. Las iglesias o comunidades cristianas son comparadas aquí a siete candelabros de oro. El candelabro tiene las siguientes características: (A) No tiene luz propia; necesita recibirla. Todo creyente necesita recibir su luz, así como el poder, del que dijo «*Yo soy la luz del mundo*» (v. Jn. 8:12; 2 Co. 12:9, 10; Fil. 4:13), y lo mismo digamos de cada congregación cristiana. (B) Está puesto para alumbrar, es decir, para dar luz a los demás, como el Bautista (v. Jn. 5:35: *«era una lámpara*—gr. *lúkhnos—que ardía y alumbraba»*—los dos participios están en participio de presente continuativo—); hay que arder iluminando o iluminar ardiendo, que es lo mismo, con el óleo del Espíritu (v. Zac. 4): La mecha de nuestra vida sólo arde con el aceite de obediencia al Espíritu Santo (Ef. 4:30; 5:18; 1 Ts. 5:19; 2 Ti. 1:6) y la llama del testimonio de la gracia. (C) Aquí tenemos 7 iglesias, que lucen con más o menos brillo, pero *verdaderas* iglesias de Cristo, que reflejan en el número 7 toda clase de experiencias espirituales y de vicisitudes temporales: la plenitud espiritual divinoprofética, así como la plenitud del juicio y del castigo (v. 1. Barchuk, *Explicación del Libro del Apocalipsis,* págs. 36, 37).

4. «Y *en medio* (v. 13) *de los siete candelabros …»* (comp. con Jn. 19:18; 20:19, 26), como Salvador, Protector, Señor y Juez de la Iglesia (Mt. 18:20; 28:20), por pequeña que sea la comunidad local, está (¿cómo está?, ¿fuera de la puerta?—v. 3:20—) *«alguien como hijo de hombre»,* no porque no sea hombre de veras (v. He. 2:14), sino por ser algo más que un simple hombre. Juan alude a Daniel 7:13. El título, frecuente en los evangelios, aparece sin artículos en el original, por ser ya un nombre o epíteto propio y exclusivo de Él. Expresa su humanidad perfecta, así como su mesianidad. El hecho de que Jesús, y sólo Él, aparezca en medio de los siete candelabros, nos enseña que la iglesia no necesita de otros intermediarios (sacerdotes, obispos, Papa). Los pastores o ancianos de la iglesia no son representantes de

Dios, sino ministros de Dios y siervos de Dios y de su Iglesia (v. Hch. 20:28; 1 P. 5:1–4). Se nos describe a continuación, por medio de brillantes símbolos, la figura de Jesucristo:

(A) *«Vestido de una túnica que le llegaba a los pies y ceñido a la altura del pecho con un fajín de oro»* (v. 13b. NVI). Se describe así a Jesús como sumo sacerdote y como rey: La túnica talar es el «mecil» o traje del sumo sacerdote, con la faja de oro propia de la nobleza real (v. He. 4:14, 15; Ap. 19:16), la cual le ceñía los pechos en señal de alta dignidad (gr. *mastós*, pecho, en contraste con *hai osphúes*, los lomos, de Lucas 12:35, pues los trabajadores se ceñían por la cintura).

(B) *La cabeza y la barba blancas* (v. 14) *como la lana blanca y como la nieve* lo más blanco que se conoce, simbolizan la eternidad, y corresponden a la descripción que, en Daniel 7:9, se hace del *«Anciano de días»*, esto es, de Jehová. También simbolizan la santidad, la pureza completa (comp. con Is. 1:18), especialmente por ser también la cabeza blanca, lo mimo que la barba.

(C) *Los ojos como fuego llameante* (v. 14b), es decir, que emite destellos continuamente, simbolizan una vista clara, penetrante, que juzga y refina (comp. con He. 4:12; 12:29), al par que se hace insoportable para los impíos (v. 6:15–17).

(D) El original dice (v. 15) que *sus pies eran semejantes al bronce bruñido*, resplandeciente (gr. *khalkolibáno*[i], lit. *cobre resinoso).* Los comentaristas lo traducen de diferentes maneras: «hialina», «electro» (comp. con Ez. 1:4), «azófar» (mezcla de cobre y cinc). Esto nos hace a la memoria el color de la «serpiente ardiente» de Números 21:9 y ss. Es como el bronce que *«se ha hecho incandescente en un horno»*. Esto es símbolo del tremendo poder con que Cristo pisotea (19:15) y consume a sus enemigos.

(E) «*Y su voz como el sonido* (v. 15b) *de una gran catarata»* (NVI). En el versículo 10 había dicho *«como de trompeta»*. De nuevo vemos la misma imagen de Ezequiel 1:24. Puede referirse a un estruendo de cascada, como traduce la NVI, o al ruido de una lluvia torrencial, pero lo más probable es que indique «el mar alborotado» en medio de una tormenta, semejante a los imponentes temporales que Juan estaría acostumbrado a presenciar frente a las costas del mar Egeo, cuando estaba en Patmos. Si su voz era tan potente y aterradora (v. Mt. 25:41, 46; Lc. 23:46; Jn. 5:28, 29; 11:43; 18:6), ¿qué será cuando venga a juzgar? (v. 6:16, 17).

(F) *«Tenía* (v. 16) *en su mano derecha siete estrellas.»* La mano derecha es la mano del honor, del poder y de la autoridad (v. el v. 20). No las llevaba en la *palma*, como la vida de David cuando estaba en peligro, sino en el *puño* (el Nuevo Testamento hebreo dice *beyad*, en la mano como poder—*yad*—, no como palma—*kaph*—*).* Eso quiere decir que las siete estrellas están en lugar seguro; ¡el Señor es dueño de ellas y de su destino! En el versículo 20 veremos el significado de las estrellas y de los ángeles. Por ahora, basta decir que, en todo caso, estar en la mano de Cristo significa que están a su servicio y son responsables ante Él.

(G) *«Y de su boca* (v. 16b) *salía* (es decir, *estaba saliendo,* pues el verbo está en participio de presente) *una espada aguda de dos filos.»* La espada es aquí la espada larga de ataque (gr. *rhomphaía*, en contraste con la *mákhaira* de Efesios 6:17—daga para el combate defensivo cuerpo a cuerpo—y de Hebreos 4:12—en función de bisturí de dos filos—). Con ella descuartiza, juzga y ejecuta (comp. con 2:12, 16; 19:15, 21); sale de la boca del Verbo y es la que juzga a los rebeldes (Jn. 12:48). Dice W. Hendriksen: «No destruyamos la unidad del símbolo. Por ejemplo, no interpretemos la espada … como las tiernas y dulces influencias del Evangelio en su misión de convertir» *(ob. cit.*, pág. 59). Hay autores, como Bartina, que opinan, sin fundamento alguno, que la boca no significa aquí la boca del rostro, sino la escotadura superior del vestido real, de donde pendía la espada con su vaina, de acuerdo con la abertura de que habla Éxodo 39:23.

(H) Finalmente (v. 16c), de su rostro se dice que *«era como el sol cuando brilla en su poder»* (lit.), es decir, *en todo su esplendor* (NVI) en el cenit del cielo y sin nubes que empañen su brillo. Cristo es el *Sol de justicia* (Mal. 4:2, comp. con Jn. 1:9 y 8:12. V. también Lc. 2:32 «*luz … gloria …»).* Como dice Barchuk *(ob. cit.*, pág. 39): «Él es la fuente de toda luz. Lo que significa el sol para la naturaleza, así es Cristo para la vida espiritual. Como la naturaleza no podría existir sin el sol, ni tendría vida alguna, así tampoco hay vida espiritual alguna en aquellas almas donde Cristo no vive». Ante esta descripción del aspecto de Cristo, palidecen todos los cuadros, obra de manos humanas, que pretendan representar su figura. Sólo a través de estos símbolos podemos atisbar algo de su gloria.

Versículos 17–20

Aquí nos describe el propio autor sagrado su reacción personal ante esta visión, juntamente con el consuelo y ánimo que el Señor le dio y la orden de escribir las cosas que acababa de ver.

1. Vemos primero la reacción de Juan (v. 17a): *«Cuando le vi, caí como muerto a sus pies»*. Los orientales suelen postrarse en tierra en actitud de reverencia, como hacen los mahometanos en oración, para acatar a un gran personaje. Juan une a esta actitud el espanto ante lo sobrenatural, ya que un judío se sentía como muerto si veía la gloria de Dios (v. Gn. 3:8; 17:3; Éx. 3:6; Nm. 22:31; Jos. 5:14; Is. 6:5; Dn. 7:15; 10:9; Ez. 1:28). Quizá nos extrañe que Juan, el discípulo amado, que había recostado su cabeza en el pecho de Jesús, se aterrorice así ahora ante la sola vista del Señor, pero no olvidemos que el actual aspecto de Jesús ya no era el de antes (comp. con 2 Co. 5:16), sino de una tremenda gloria y majestad.

2. De inmediato, sin hacerse de esperar (v. 17b), el Señor consuela y anima a su fiel discípulo: Coloca su mano derecha sobre la cabeza de Juan en señal de amor, protección, fuerza y consuelo (comp. con Hab. 3:2–5, 16, 19) y le dice: *«Cesa de temer»* (gr. *me phóbou*, en presente de imperativo—lo que indica que Juan estaba temiendo—, como en Juan 6:20, entre otros lugares). Las razones que le da para que cese de temer son tres:

(A) La primera es: «*Yo soy el primero y el último y el que vive»* (vv. 17c, 18a). Compárese con 2:8 y 22:13 (éste, sólo probable), así como con Isaías 44:6; 48:12, aplicado a Jehová, citas que sonarían fuertemente en los oídos de Juan: Como Jehová, también Cristo estaba al comienzo de todo (v. Pr. 8:22; Jn. 1:1, 3), creándolo todo, y estará también al final como consumador y vencedor absoluto, cuando todos sus enemigos hayan sido puestos bajo sus pies (Sal. 110:1; 1 Co. 15:25–28; He. 10:13). Como se puede ver, el original une la primera frase del versículo 18 con la última del versículo 17. *«El que vive»* nos trae una reminiscencia de Éxodo 3:14, 15, donde el nombre propio que Dios se da a sí mismo (YHWH) viene a ser una mezcla del verbo hebreo *hayáh*, «ser», en el sentido de *llegar a ser algo* (el único Salvador de su pueblo. Véase el contexto posterior de Éx. 3:14) y del verbo *haváh*, «ser», en el sentido de existir como algo vivo (de ahí el nombre de Eva, hebr. *havváh*, vida). *«En él estaba la vida»*, leemos en Juan 1:4, compárese con 5:26; 6:51; 11:25; 14:6.

(B) La segunda razón es: *«Estuve muerto, ¡y mira cómo ahora estoy vivo para siempre!»* (v. 18b. NVI). Murió por nuestros pecados; su muerte no tenía otra razón de ser. Pero resucitó al tercer día, por cuanto el sepulcro no podía retener al Autor de la vida (Hch. 2:24, 31) y «a *causa de nuestra justificación»* (Ro. 4:25b). Y todo el que es de Cristo, ha sido sepultado con Él y ha salido con Él a una nueva vida (v. Ro. 6:3 y ss.; Ef. 2:5, 6); y por su obra y el poder de su Espíritu, será también resucitado físicamente *el último día* (Jn. 6:40, 44, 54; 11:25; Ro. 8:11; 1 Co. 15:20 y ss., etc.).

(C) La tercera razón es (v. 18c): «*Y tengo las llaves de la muerte y del Hades»*, es decir, del sepulcro, en cuanto lugar de reposo de los cuerpos y estado de sombras (de espíritus desencarnados). También Cristo bajó al sepulcro, pero venció a la muerte, puso libremente su vida y volvió a recobrarla (Jn. 10:18), poder que no posee ningún otro ser humano. Él tiene esas *llaves*, que son símbolo de poder, de dominio y de victoria; por eso, los vencidos entregaban a los vencedores las llaves de las ciudades ocupadas, como puede verse en el famoso cuadro de Velázquez, llamado «cuadro de las lanzas» (la rendición de Breda). ¡Qué consuelo para los cristianos perseguidos—de entonces y de siempre—saber que nuestro Salvador es el dueño de la vida y de la muerte; hace morir y hace volver a la vida; y, si padecemos con Él, también seremos resucitados y glorificados con Él!

3. A continuación, el Señor profiere una orden (v. 19): *«Escribe, pues, las cosas que viste, las cosas que son y las cosas que van a suceder después de éstas»* (lit.). De nuevo, el mandato de poner urgentemente por escrito (gr. *grápson*, en aoristo de imperativo) el contenido de la visión. Nótese que el presente versículo divide netamente en tres tiempos dicho contenido. Juan ya se halla recuperado de sus temores y en condición de prestar atención a lo que se le manda: *«Las cosas que viste»* (en aoristo) pertenecen ya al pasado; *«las cosas que son»* se hallan en los capítulos 2 y 3 y pertenecen al presente histórico; *«las cosas que van a suceder después de éstas»* pertenecen enteramente al futuro, como puede verse a partir de 4:1. La expresión griega *metá tauta («después de estas cosas»)* que aparece por primera vez al final de este versículo 19, reaparece en 4:1; 7:1, 9; 9:12; 15:5; 18:1; 19:1; 20:3. Como dice W. A. Criswell *(Expositor y Sermons on Revelation,* pág. 177), «la clave de este libro está escrita aquí, en el capítulo primero del libro mismo». La interpretación de los capítulos 4 y 5 es decisiva para ver dicha clave en toda su fuerza y significación.

4. El capítulo finaliza con la interpretación que el propio Señor le hace a Juan de las *siete estrellas* y de los *siete candelabros* (v. 20): *«El misterio de las siete estrellas que has visto en mi mano derecha, y de*

los siete candelabros de oro es éste: Las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candelabros son las siete iglesias» (NVI).

(A) El versículo comienza con dos acusativos de los que suelen llamarse «absolutos», porque aparecen sueltos, independientes, como si no estuviesen regidos por ningún verbo. Bartina sugiere como solución más probable tomarlos «como acusativos de parte», como si el texto diese a entender: *«En cuanto al misterio …».* También es posible que haya de suplirse el verbo *«escribe»,* con lo que dichos acusativos pasarían a ser normal término directo de dicho verbo.

(B) *«Misterio»* es un término que indica algo escondido o secreto, que necesita ser desvelado, descifrado, sacado a la luz. En cuanto a la interpretación que el propio Señor da, lo de los 7 candelabros de oro, que representan a las siete iglesias que se mencionan a continuación, está claro (comp. con Éx. 25:31; Zac. 4:2; Mt. 5:14; Mr. 4:21; Lc. 8:16; 11:33; He. 9:2), ya que la iglesia está llamada a ser «luz del mundo».

(C) Más difícil de resolver es lo de *«los ángeles de las siete iglesias».* El término aparece 26 veces en Apocalipsis y de suyo significa «mensajero». Hay quienes opinan (por ej. Walvoord y Scofield) que, en efecto, se trata de *mensajeros* enviados a tales iglesias. La opinión más corriente es que se trata de los *pastores* de las respectivas iglesias. Así opinan, entre muchos otros, Bartina, Grau, Barchuk, Hendriksen, Ryrie, Davidson. W. Smilh no se decide entre esta opinión y la que exponemos a continuación. Contra las dos opiniones que preceden, tenemos que el vocablo griego *ánguelos* en Apocalipsis siempre se refiere a seres puramente espirituales. Por otra parte, si se tratase de mensajeros que llevan el mensaje a las iglesias, no tendría ningún sentido el reprenderles.

Mi opinión personal, que es la de otros autores procedentes de muy diversos campos, es que se trata, no de ángeles de la guarda en el sentido de Mateo 18:10; Hechos 12:15; Hebreos 1:14, sino, de acuerdo con Daniel 9:21; 10:13; 12:1, de celestiales contrapartes de las respectivas iglesias, como ángeles tutelares de las mismas. Dice Salguero (pág. 338): «Según las concepciones judías, entonces vigentes, no sólo el mundo material estaba regido por ángeles (Ap. 7:1; 14:18; 16:5), sino también las personas (v. Mt. 18:10; Hch. 12:15) y las comunidades. De ahí que san Juan considere cada iglesia regida por un ángel, que era el responsable de su buena conducta». Muy cerca de esto se halla la opinión de G. R. Beasley-Murray (NBC, 1171), quien dice: «Es mejor considerarlos como una personificación de la vida sobrenatural o celestial de las iglesias según son vistas en Cristo». Pero la mejor exposición de esta tendencia interpretativa se halla en F. F. Bruce *(Revelation,* en *A Bible Commentary for Today*, Pickering and Inglis, 1979, pág. 1683):

Los ángeles de las iglesias deben entenderse a la luz de la angelología del Apocalipsis—no como mensajeros humanos o ministros de las iglesias, sino como celestial contraparte o personificación de las diversas iglesias, cada uno de los cuales representa a su iglesia en el aspecto en que se hace responsable de la condición y conducta de la respectiva iglesia—. Podemos compararlos con los ángeles de las naciones (Dn. 10:13, 20; 12:1) *y de individuos* (Mt. 18:10; Hch. 12:15).

CAPÍTULO 2

En este capítulo comienzan las cartas a las siete iglesias. Tenemos aquí: I. El mensaje a la iglesia de Éfeso (vv. 1–7); II. El mensaje a la iglesia de Esmirna (vv. 8–11); III. El mensaje a la iglesia de Pérgamo (vv. 12–17); y IV. El mensaje a la iglesia de Tiatira (vv. 18–29).

Versículos 1–7

1. Antes de entrar en el análisis de las cartas, conviene hacer una observación preliminar: Las siete cartas tienen en común algunos elementos, pero también ofrecen notables diferencias.

(A) En cuanto a los elementos comunes, podemos destacar siete: (a) Una *comisión: «Escribe al ángel …»,* con la designación del destinatario: «*de Éfeso, etc.»;* (b) Un saludo o *presentación de Jesucristo: «Estas cosas dice el que …* (incluyendo aquí algún título de Cristo)»; (c) Una *alabanza: «Conozco tus*

obras …»; (d) Un *reproche: «Pero tengo contra ti …»;* (e) Un *consejo: «Mira de dónde has caído … arrepiéntete …».;* (f) Una *llamada: «El que tiene oídos …»;* y (g) Una *promesa: «Al que venciere …».*

(B) También son notables las diferencias: (a) Esmirna y Filadelfia son las únicas que no reciben ningún reproche; (b) Laodicea es la única que no recibe ninguna alabanza; (c) La llamada y la promesa se invierten en las cuatro últimas cartas (a Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea); (d) Un somero análisis nos indica que las iglesias de Éfeso y de Laodicea se hallan en grave peligro; las de Esmirna y Filadelfia, en excelente situación; las de Pérgamo, Tiatira y Sardis, en estado mediocre, de claroscuro o medias tintas; (e) Finalmente, es muy de notar la clara distinción entre la situación de la iglesia local *como tal* y la individualización de las promesas *(«al que venciere»,* en singular). Desde luego, la renovación o reforma de las iglesias surge como fruto de la renovación de los individuos, pero aquí entra de lleno la distinción entre la Iglesia con mayúscula y la iglesia localizada. Dice J. Grau (en *Estudios sobre Apocalipsis,* Ediciones Evangélicas Europeas, Barcelona, 1977, pág. 85):

«La seguridad de la salvación final, o perseverancia de los santos, es para los miembros de las iglesias, no para las iglesias mismas. Así, la promesa de que las puertas del infierno (el griego dice *Hades:* el poder de la muerte. El paréntesis es mío) no prevalecerán contra la Iglesia (Mt. 16:18) ha de entenderse cumplida en los redimidos verdaderos, los que constituyen la auténtica Iglesia. La historia, por otra parte, corrobora esta afirmación.»

2. Comenzando ya con el análisis de la carta a la iglesia de Éfeso, vemos (v. 1), después de la comisión *(«Escribe al ángel»),* el destinatario: *«la iglesia en Éfeso».* Nótese que, según el uso constante del Nuevo Testamento, se dice *en,* no *de,* para señalar la ubicación de la comunidad eclesial. Respecto de Éfeso, será de provecho la siguiente información:

(A) Éfeso era la ciudad más importante de la provincia romana del Asia proconsular; centro postal y administrativo, casi tan importante como Antioquía. «Éfesis» significa «deseo ardiente». Según la escuela de interpretación que sostiene un nivel vertical histórico, conforme al que cada una de las iglesias mencionadas en los capítulos 2 y 3 representa un determinado período de la Historia de la Iglesia, la iglesia de Éfeso representa la era apostólica hasta el tiempo en que Juan escribía esto.

(B) Esta ciudad era llamada «Guardiana del Templo», es decir, del templo dedicado a la diosa Artemis (la «*Diana*», en latín), como diosa de la fertilidad, que suele ser llamada *polymastos* (equivocadamente, según recientes investigaciones). Las excavaciones de J. T. Wood en 1870 llevaron al descubrimiento de una de las 7 maravillas del mundo antiguo: el famoso templo, cuatro veces mayor que el Partenón de Atenas y adornado con estatuas de los más famosos escultores griegos, como Fidias, Praxíteles y Apeles. Tenía la ciudad otros templos dedicados a los emperadores Claudio, Adriano y Severo. Hechos 19 nos informa del gran tumulto en favor de la *«gran Diana de los efesios»* que, según ellos, había bajado del cielo (Hch. 19:35). Quizás se había forjado la leyenda, basada en la caída de un meteorito.

(C) Las monedas descubiertas en distintos países, con la inscripción romana: «Diana Ephesia», muestran que la diosa de Éfeso era venerada en todo el mundo pagano (comp. con Hch. 19:27, 34). También había un enorme teatro en el centro de la ciudad, con capacidad para cerca de 50.000 espectadores. Es curioso que, el año 431 de nuestra era, se definiese allí como dogma de fe para la Iglesia de Roma la divina maternidad de la Virgen María, con la subsiguiente procesión de antorchas, en la que desfilaron miles de cristianos (?) efesinos, acompañando a los obispos que habían tomado parte en el Sínodo.

(D) Fue hacia el año 52 cuando penetró allí el cristianismo por el ministerio de Priscila y Aquila, y fue Pablo el fundador de aquella iglesia (había ya una importante colonia judía). Posteriormente (v. Hch. caps. 18 y 19), Pablo hizo allí una estancia de más de dos años. Otros detalles pueden verse en diccionarios y enciclopedias. Sólo resta añadir que posteriormente se afincó allí el apóstol Juan, quien tenía bajo su apostólica supervisión tanto esta iglesia como las otras seis que se mencionan después.

3 Volviendo al análisis del versículo 1, tenemos, después de la comisión y del destinatario de la carta, la presentación de Jesucristo como *«el que sujeta firmemente* (gr. *ho kratón,* en participio de presente; en señal de que es el dueño y señor de las iglesias) *en su derecha las siete estrellas, el que se pasea* (gr. *ho peripatón,* también en presente; en señal de constante vigilancia) *por en medio de los siete candelabros, los de oro»* (lit.).

4. A continuación (v. 2), viene la alabanza de parte del Señor: *«Sé* (gr. *oída,* que indica seguridad por experiencia sensorial de primera mano) *tus obras y el arduo trabajo* (gr. *kópon) y tu paciencia* (gr.

hupomonén, el aguante frente a las circunstancias) *y que no puedes soportar a los malos, y que probaste* (gr. *epeírasas*, en aoristo. Este verbo se emplea en el sentido de experimentar una prueba, ordinariamente amarga. Es de la misma raíz que *peirasmós*—prueba, en sentido, que ha de matizarse, según el contexto, de «tentación»—. No debe confundirse con el «poner a prueba» para ver si se pasa el examen, que se indica con el bien conocido verbo *dokimazo) a los que se dicen a sí mismos apóstoles y no son, y los hallaste mentirosos*» (lit.). La alabanza continúa en el versículo 3: «Y *tienes paciencia* (de nuevo, *hupomonén) y soportaste* (el mismo verbo del v. 2) *a causa de mi nombre y no te has rendido de fatiga* (gr. *ou kekópiakes*, en pretérito perfecto. El verbo es de la misma raíz que *kópos*—del v. 2—)» (lit.).

(A) Lo primero que notamos es que los creyentes de Éfeso eran activos, no eran holgazanes; se hacían cosas; se llevaban a cabo planes. No sólo había allí buenas *obras* (gr. *érga),* sino que trabajaban arduamente, fatigosamente, aunque la fatiga no los había rendido, vencido, desmayado (v. 3b). El propio hecho de probar con amargura a los falsos enviados les fatigaba, pero no los desmayaba.

(B) Los fieles de Éfeso habían pasado por la amarga prueba del influjo y de la nociva enseñanza de los falsos maestros (v. Hch. 20:29, 30 y, con mucha frecuencia, en las Epístolas de Juan). Debían haberles dado las correspondientes «cartas de recomendación» (v. 2 Co. 3:1) y no lo hicieron. Pero, al fin y al cabo, el Señor los alaba porque no los *soportaron,* es decir, no cometieron la insensatez de cargar con ellos, como indica el verbo *bastásai* (cargar a cuestas), una vez que los *hallaron mentirosos.* Lo más probable es que este termino indique, más que otra cosa, hipocresía, apariencia de piedad con negación práctica de una piedad eficaz (v. 2 Ti. 3:5), lo cual era muy corriente en los maestros imbuidos de gnosticismo y que, como vimos en las Epístolas de Juan, pululaban en las iglesias; no se excluye la posibilidad de graves errores doctrinales, como los implícitamente denunciados en la 1 Juan.

(C) Además de la repetición del término *hupomoné*, el versículo 3 nos ofrece un contraste notable de frases: (a) En el versículo 2, se dice que la iglesia de Éfeso *no puede soportar a los malos,* a los lobos rapaces que han entrado de matute en la congregación (v. 2 P. 2:1; Jud. 4); pero en el versículo 4 se nos dice que *soportaron por causa del nombre de Cristo* la persecución que les había acosado desde fuera; (b) Se habían fatigado en el arduo trabajo (v. 2, comp. con 1 Ts. 1:3), pero no habían desmayado, la fatiga no los había vencido y seguían adelante, por decirlo así, «infatigables».

5 *«Pero* (v. 4) *tengo contra ti que dejaste atrás* (gr. *aphékes*, en aoristo) *tu amor, el primero»* (lit.).

(A) El versículo se abre con una conjunción adversativa fuerte (gr. *allá),* que da un giro de media vuelta a lo anterior: *«Pero …».* Viene una amarga queja de parte de Cristo: *«Tengo contra ti que dejaste atrás,* abandonaste (como una mala decisión, de una vez por todas), *tu primer amor»*. La rutina de cada día llega a dar lugar al enfriamiento del amor inicial, del fervor del noviazgo, de la luna de miel del matrimonio. Suele ser un proceso lento, pero desemboca en una crisis tremenda. «El enfriamiento del amor, dice Barchuk, significa traición.» «30 años antes, esta iglesia había sido encomiada por su amor (Ef. 1:15, 16)» (Ryrie).

(B) ¿Cómo llega a suceder esto? De muchas maneras. J. Grau aporta uno de los casos: «La obra de Dios, dice, cobra más importancia que el Dios de la obra; la Iglesia de Cristo, que el Cristo de la Iglesia» (*ob.* cit., pág. 88). Esto es tanto más grave cuanto que el discernimiento del error doctrinal, en frío, es más fácil que detectar el enfriamiento del corazón; no es objeto de deducción, sino de intuición; no se expresa, se respira, se palpa, se siente con mayor o menor fuerza. Barchuk cita del profesor B. Marsenkovski:

El verdadero cristianismo no consiste en recordar el amor pasado, sino en mantener el mismo amor ardiente a Cristo, esa actitud reverente hacia Él. El pan puesto sobre la mesa de oro del templo debía ser fresco, no pasado. Así debe ser el amor del cristiano, siempre nuevo, porque el amor es el alma del cristianismo. Cuando el cristianismo carece de amor hacia Cristo, se torna sin alma, muerto.

El mismo Barchuk hace notar que el Señor no acepta nada en sustitución del corazón, y añade:

Supongamos que una mujer le dice a su marido: «Tú sabes que por ley estoy atada a ti y, por eso, debo estar contigo. Por lo tanto, yo estaré cumpliendo todo cuanto me incumbe. Yo te prepararé la comida, lavaré la ropa, mantendré limpia tu casa, pero te advierto que mi corazón no está contigo; ¡yo amo a otro!» ¿Estaría contento ese hombre con semejante esposa? ¡No! Cualquier hombre, al descubrir que el corazón de su esposa pertenece a otro, la abandonará.

Por su parte, G. Campbell Morgan relaciona «el primer amor» con lo dicho por Pablo en 2 Corintios 11:2, 3 y concluye:

Los elementos del primer amor son entonces sencillez y pureza … El amor de la Iglesia a Cristo tiene su símbolo en el amor que el esposo tiene a la esposa. ¿Cuál es entonces el amor de Cristo por la Iglesia? Amor desinteresado, amor en el que no hubo ni el menor pensamiento de sí. ¿Cuál ha de ser entonces el amor de la Iglesia por Cristo? La respuesta del amor al misterio del amor es la sumisión del amor al amor perfecto … El primer amor es el dejarlo todo por el amor que lo ha dejado todo (citado por W. M. Smith, *ob. cit.*, pág. 1503).

Y es el mismo Campbell Morgan (citado por Grau, *ob. cit.*, pág. 89) quien compara Éfeso con Tesalónica de la siguiente manera: «ÉFESO: "obras, trabajo y paciencia"; TESALÓNICA: "obra de *fe,* trabajo de *amor,* constancia en la *esperanza"».* Y continúa:

¡Las mismas cosas, pero con qué diferentes compañías y estímulos! A Éfeso le faltan estos acicates de fe, amor, esperanza:—El primer amor es «obra de fe»—(v. Gá. 5:6 «la fe que cobra su energía por medio del amor»—El paréntesis es mío—); el amor perdido es simplemente «obra» a secas.—El primer amor es «trabajo de amor»—; el amor perdido es simplemente «trabajo» sin más.—El primer amor implica «paciencia para esperar»—; el amor perdido es tan sólo «paciencia», como si hubiese olvidado el objetivo y el propósito de la misma.

(C) ¿En qué direcciones se manifestaba esta pérdida de amor? Muy probablemente, en dos: (a) En la dirección de la murmuración y, por ende, de la división. La oposición a los falsos apóstoles y maestros, de suyo legítima, les había llevado a otro extremo igualmente falso: la hipercrítica, el espíritu de constante censura, con el consiguiente enfriamiento del amor, tanto a Dios como al prójimo (comp. con Jer. 2:2–5; Mr. 12:30, 31; 1 Jn. 4:20). El diablo, que está dando vueltas sin cesar para encontrar el punto flaco de cada creyente y atacar por allí (v. 1 P. 5:8), se estaba aprovechando, para sus propios fines, de una virtud sin equilibrio: su objetivo era atacar a la comunión eclesial. (b) Esta misma oposición a los peligros de dentro y de fuera habría llevado a uno o varios «Diótrefes» a imponer su autoridad de una forma dictatorial; con lo cual, los «nicolaítas» citados en el versículo 6 habrían conseguido, aun sin intentarlo, dañar a la iglesia de Éfeso (v. 3 Jn. 9).

6. Al reproche del Señor sigue (v. 5) el consejo, la recomendación, la amonestación amorosa: «*Recuerda*» (gr. *mnemóneue,* en presente de imperativo). Es una exhortación a volver en sí, a reflexionar, a considerar el propio estado. Como el hijo pródigo de Lucas 15:17, lo primero que se necesita es *«volver en sí»: «Recuerda, pues, de dónde has caído»* (en pretérito perfecto, como un estado que continúa). Como si dijese: «*Recuerda* aquel tiempo dichoso del primer amor; el termómetro ha bajado mucho desde entonces; el lento enfriamiento te ha impedido percatarte del descenso espiritual. *Recuerda de dónde,* de qué altura, *has caído.* Todo lo externo ha quedado; el edificio se mantiene en pie, pero el fundamento ha sido minado por el enemigo».

La exhortación se va haciendo más íntima, más amorosa: *«arrepiéntete:* date media vuelta en tu camino de extravío, vuelve a tu primer amor, al fervor de la espiritual luna de miel con el Señor; aparta de ti todo lo que sea un estorbo en la íntima comunión con tu Esposo y Señor». Lo que tiene que recobrar se describe a continuación (v. 5b): «*y haz las obras que hacías al principio»* (NVI). No necesita hacer obras distintas de las actuales, sino las mismas como fruto de un amor igual al primero; no se trata de un cambio en la *cantidad,* sino en la *calidad;* falta el primer espíritu y es menester invocarlo (comp. con Ez. 37:9); de lo contrario, para nada servirá la febril actividad de siempre (comp. con 1 Co. 13:1–3). No es que la comunión contemplativa sea enemiga de la actividad (todo lo contrario), pero sí lo es del huero activismo.

Y, tras del consejo, viene la seria conminación (v. 5c): «*Si no te arrepientes, vendré a ti y removeré tu candelabro de su lugar»* (NVI). Aparte de la Gran Venida en el último día, el Señor amenaza con hacer a esta iglesia una «visitación» de *juicio* (comp. con v. 16 y, por contraste, con 3:20). Nuestro Dios se define a sí mismo como «*un Dios celoso»* (Éx. 20:5) y, de igual modo, lo es el Hijo de Dios y exige de su Esposa la Iglesia una lealtad y una fidelidad enteras e incondicionales, porque en ese tálamo nupcial no puede penetrar ningún intruso. Por desgracia, parece ser que la iglesia de Efeso no hizo caso de esta amonestación. De ahí que, mientras Esmirna (hoy, Izmir) se conserva en pie, con una comunidad

cristiana, de Éfeso sólo quedan ruinas a muchos metros bajo tierra. El candelabro de Éfeso fue removido. Y no es ése el único desdichado ejemplo. Dice Grau:

Regiones antes cristianas, hoy son paganas (norte de África, Medio Oriente, en los primeros siglos). En Inglaterra se pueden ver antiguos templos, convertidos en salas de baile, de juego (bingo), en otros países, sirven de museos o mezquitas. En la actualidad, el crecimiento del cristianismo se da en Asia, África y América Latina, no en Europa. ¡Qué terribles perspectivas y posibilidades comporta esto! (ob. cit., pág. 90).

7. El Señor no quiere terminar con un reproche, sino con algo positivo, constructivo, alentador; y, con otro *«Pero»,* encabeza una nueva alabanza a la iglesia de Éfeso (v. 6): *«Pero tienes a tu favor esto: Aborreces las prácticas de los nicolaítas, que yo también aborrezco»* (NVI).

(A) Lo primero que notamos es que Cristo alaba el odio a las *obras* de los nicolaítas, no el odio a *ellos* mismos (v. Sal. 52:3, 4; 97:10). «Odio al pecado, pero amor al pecador» es un antiguo eslogan que solemos repetir, pero lo dejamos frecuentemente sin cumplir. Dice I. Barchuk:

Con frecuencia, la gente no distingue los hechos de las personas y se ofende contra los creyentes fieles por aborrecer éstos sus hechos, como si les aborreciesen a ellos mismos. Pero no es así, ya que los buenos creyentes aman a los demás y les desean lo mejor de todo; especialmente, la salvación de sus almas. Pero con sus hechos permanecerán en desacuerdo los creyentes, y aborrecerán los malos actos (ob. cit., pág. 49).

(B) Otro detalle, digno de consideración, es que los ojos del Señor no sólo escrutan lo malo que hay en nosotros, sino tambien cualquier detalle bueno, por insignificante que nos pueda parecer a nosotros mismos o a los demás. Ello nos consuela, a la vez que nos estimula y nos amonesta. De la misma manera que al Señor no se le puede engañar con ninguna exteriorización vacía de espíritu, así también nos cabe el consuelo de saber que Él aprecia y estima cualquier cosa buena que haya en nosotros, aun cuando los demás nos interpreten mal, no nos comprendan o nos juzguen a la ligera.

(C) Ahora bien, ¿quiénes eran esos nicolaítas de los que aquí se nos habla? Desde antiguo, se ha creído que eran seguidores del diácono Nicolás (v. Hch. 6:5), del que suponen que apostató de la verdadera fe y estableció una especie de secta. El Nuevo Testamento nada nos dice de esto, y los modernos comentaristas se inclinan a pensar que, como en el caso de la «Jezabel» del versículo 20, el nombre tiene una significación simbólica. En efecto, vemos que el griego *Nikoláos* (Nicolás) significa «vencedor (o conquistador) del pueblo»; así, la similitud con el hebreo *Balaam* («dueño del pueblo») sería evidente (v. el v. 14); connotaría, pues, el afán de ejercer autoridad y dominio sobre el pueblo, como el aludido Diótrefes.

Es, pues, posible que se trate de una secta de «iniciados» (gnósticos. V. la introducción al comentario a 1 Jn.), que pretendían establecer una división del pueblo de Dios en castas, lo cual había de derivar, andando el tiempo, en el establecimiento de la casta sacerdotal dentro de la Iglesia oficial del Imperio; esto había de comportar los ritos y ceremonias que abundan en todas las religiones mistéricas, como pueden verse aún en la Iglesia Romana, y más todavía en la llamada Ortodoxia. Al mezclar el ceremonialismo judío con la filosofía griega, tenemos ya una secta que combina el entusiasmo espiritual con el relajamiento moral; mucha fantasía religiosa mezclada con despreocupación ética; orgullo y vanidad de mística retórica y de carácter «superior» que, en realidad, introducía en la Iglesia el egoísmo, la soberbia, el descuido del amor fraternal; en fin de cuentas, la misma ortodoxia estaba también en peligro. ¿Cómo defenderse de tales enemigos? Nos lo dice claramente la Palabra de Dios: *«Mis ovejas oyen mi voz»*—dice el Señor (Jn. 10:27—). Y el propio Juan nos dice: *«Vosotros tenéis la unción del Santo y conocéis todas las cosas. Lo que habéis oído desde el principio permanezca en vosotros … Os he escrito esto sobre los que os engañan»* (1 Jn. 2:20, 24, 26).

Los nicolaítas vuelven a salir en el versículo 15, cercanos a los que siguen la «doctrina de Balaam». Por la similitud con el versículo 20, parece ser que todos ellos propugnaban los mismos errores y las mismas prácticas pecaminosas: incitar a comer de lo sacrificado a los ídolos y a la fornicación. Esto último, en el presente contexto, es probable que se refiera a lo que, entre los paganos, era llamado «sagrada prostitución» porque se practicaba en honor de los dioses y en sus propios templos, como puede verse en las alusiones del Antiguo Testamento a dichas prácticas.

S. Bartina propone *(ob. cit.,* pág. 642) una solución nueva, sacada de Janzon: «Para él (Janzon), el nombre *nicolaíta* (Ap. 2:6, 15) es un criptograma. No se refiere a Balaam (Nm. 24), sino a la apostasía mencionada en Números 25:18, donde aparece por dos veces la raíz *nkl (be-nikley-hem, nikkleu),* que significa ser falso, seducir, tentar, inducir a la apostasía, como en el caso de Peor y de Cosbí. No serían gnósticos, como los consideraban algunos Padres. Serían sincretistas que mezclaban los ritos paganos con los cristianos. Fornicación equivale a apostasía».

Sea lo que sea de ello, nos interesa recalcar que el propio Señor dice que aborrece las *obras* y la *doctrina* (v. 15), no las *personas,* de los nicolaítas.

8. Como ya hemos hecho notar anteriormente, el Señor no sólo se dirige a las iglesias, sino también a los individuos, porque la renovación de las iglesias es fruto de la renovación de cada uno de los miembros. Por eso, la carta termina (v. 7) particularizando: *«Quien tenga oídos, que escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venza, le daré derecho a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de Dios»* (NVI).

(A) El «Espíritu» que habla a las iglesias es el aliento caliente, personal, de Cristo y, por eso, exhorta a oír. La exhortación va dirigida a quien tenga los oídos atentos (comp. con Mt. 13:9, 43). Como hace notar Griffith Thomas, «aquí no leemos: "Oiga lo que la Iglesia dice a sus hijos", sino *"oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias"».* Es cierto que cada iglesia cobija a sus miembros como a hijos (v. 2 Jn. 1, 13), pero es falso atribuir a una superestructura universal los epítetos de «Madre y Maestra». El Espíritu Santo es el único Vicario de Cristo en la tierra (v. Jn. 14:16) y, por eso, es su voz la que se ha de hacer oír y seguir (comp. con Ro. 8:9–14; 2 Co. 3:17).

(B) El *vencedor* es el creyente consciente de su condición de soldado de Cristo (v. Ro. 8:37; Ef. 6:11 y ss.; 2 Ti. 4:7; 1 Jn. 2:13, 14; 5:4, 5). La frase se repetirá en este libro. Dice Ryrie: «No se refiere a un grupo especialmente espiritual entre los creyentes, sino a todos los verdaderos cristianos».

(C) La promesa a los vencedores es, en este caso de Éfeso, que el Señor *les dará a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de Dios* (comp. con 22:2, 14). Toda la frase hace referencia al árbol de la vida del que se nos habla en Génesis capítulos 2 y 3. Este árbol confería a quien comiese de él el don de la inmortalidad (v. Gn. 3:22, 23). Por el pecado, quedó prohibido a la humanidad el acceso a tal árbol. Pero ahora, después que Cristo nos ha recuperado con creces el Paraíso perdido, el cristiano vencedor tiene acceso a la inmortalidad dichosa que comporta la *vida eterna.* El original no usa un genitivo de posesión, sino de origen *(ek tou xílou ...),* indica así que nunca se acabará su fruto y que siempre quedará abundante para muchos más vencedores.

(D) No estará de más advertir que, contra lo que han opinado algunos exegetas liberales, la referencia al árbol de la vida en este lugar nos da pie para asegurar que los capítulos 2 y 3 no son añadidura posterior, sino que están perfectamente ensamblados con el resto del libro. En efecto, no es sólo el árbol de la vida de 2:7 el que vuelve a salir en 22:2, 14, sino que también la «segunda muerte» de 2:11 vuelve a salir en 20:14; y el «nombre nuevo» de 2:17; 3:12 sale en 14:1; 22:4 (comp. con 19:12, 13, 16); los conceptos vertidos en 2:26, 27, con las imágenes que los expresan, los tenemos en 12:5; 20:4; y «la estrella de la mañana» de 2:28 está también en 22:16.

Versículos 8–11

La segunda carta está dirigida a la iglesia de Esmirna. Como sólo ocupa cuatro versículos, damos previamente el texto completo, según la NVI: «*Al ángel de la iglesia en Esmirna, escribe: Éstas son las palabras del que es el Primero y el Último, que murió y volvió otra vez a la vida. Conozco* (lit. *sé) tus aflicciones y tu pobreza—¡pero si eres rico!—. (Conozco) la maledicencia de los que dicen ser judíos y no lo son, sino que son sinagoga de Satanás. No tengas miedo por lo que vas a padecer. Yo te digo que el diablo va a arrojar a algunos de vosotros en la cárcel para poneros a prueba* (el mismo verbo del v. 2), y *sufriréis persecución* (lit. *tendréis tribulación) durante diez días. Sé fiel, incluso hasta el punto de morir, y yo te daré la corona de la vida. Quien tenga oídos, que escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venza no sufrirá daño alguno de la segunda muerte».*

1. Comienza la carta, como la anterior, con la comisión de escribir al ángel responsable. El destinatario es aquí el de la iglesia *en Esmirna* (v. 8). Este nombre significa, en griego, «mirra», y el nombre cuadra muy bien con lo que se dice aquí de esta iglesia, ya que la mirra es símbolo de grandes sufrimientos y de muerte. Ella formaba parte del perfume de la unción sagrada (v. Éx. 30:23–33). Los

comentaristas de todos los tiempos han visto en el don de los magos a Jesús la condición de Siervo Sufriente, propia del Salvador, así como el incienso es símbolo de la oración que se eleva a Dios (su condición divina), y el oro es emblema de la realeza del Señor (el nacido «rey de Israel»). Notemos también que Jesús, ya en la Cruz, rechazó el vino mirrado que habría aliviado sus sufrimientos, porque quería morir sin «anestesia».

2. Esmirna es la única de las siete ciudades mencionadas en los capítulos 2 y 3 de Apocalipsis que todavía subsiste, bajo el nombre de Izmir, en Anatolia (Turquía), a unos 60 km de las ruinas de Éfeso; cuenta con dos millones de habitantes en la actualidad, y es sede de un arzobispado católico. No me consta el número de los evangélicos. Los siguientes detalles pueden resultar interesantes:

(A) Fundada por los eolios antes del siglo VII a. de C., se supone que fue la patria de Homero. Fue destruida en el siglo VI a. de C. y reconstruida por Lisímaco a principios del siglo III a. de C., hasta llegar a ser una de las más prósperas ciudades del Asia Menor. Quizás haya una alusión a esta condición de ciudad «rediviva» en la frase: *«el que estuvo muerto y revivió»* (lit.). Los romanos la premiaron por su lucha heroica contra Mitrídates y le concedieron numerosos privilegios. Por ello, se levantó allí, en el año 195 a. de C., un templo a la diosa Roma, el cual se supone ser el primero del mundo en su género. Durante el reinado de Tiberio (en el año 26 d. de C.), fue levantado allí un templo al emperador.

(B) Parece ser que el Evangelio llegó allá desde Éfeso (v. Hch. 19:10). Como ciudad típicamente comercial, abundaban en ella los judíos, quienes se oponían fieramente a la iglesia de Cristo (v. 9; 3:9. V. tambien Ignacio de Antioquía, en su carta a los esmirneos, 5). De esta oposición de los judíos tenemos también testimonio en Hechos 13:50; 14:2, 5, 19; 17:5; 24:2. Esmirna era ya entonces una ciudad bellísima. Edificada junto a un entrante del mar Egeo, es la ciudad más bella y extensa, gloriosa y pintoresca, del Asia Menor. El céfiro que viene del mar la refresca incluso en el caluroso estío de Turquía. En lo alto de la colina Pagos había un grupo de hermosos edificios llamados «la corona de Esmirna». A esto viene quizás la alusión del versículo 10 *«la corona de la vida»*.

(C) La reputación histórica de Esmirna, como ciudad *fiel* a Roma, la metrópoli, así como su fama de fidelidad y lealtad en el trato con los demás, queda aludida en lo de *«sé fiel»* del versículo 10. Aunque, sin duda, la comunidad cristiana fue fundada en el tercer viaje misionero de Pablo (años 53–56), Juan extendió posteriormente a ella su apostólica supervisión. Amigo y discípulo de Juan fue el gran obispo de Esmirna, Policarpo, de cuyo martirio en la hoguera (año 155 o 156) conservamos un fascinante relato, verdadera joya literaria del siglo II (v. *Padres Apostólicos*, versión de D. Ruiz Bueno, BAC, 1974, pág. 654 y ss.; 678 y ss.). Sólo mencionaremos aquí que fue condenado a muerte por negarse a decir: «César es el Señor». Y cuando el procónsul le conminó: «¡Jura y te pongo en libertad! ¡Maldice de Cristo!», Policarpo le contestó: «Ochenta y seis años hace que le sirvo y ningún daño he recibido de Él; ¿cómo puedo maldecir de mi Rey, que me ha salvado?»

(D) Como final de esta introducción, añadiré que, tras diversos avatares, Esmirna cayó en poder de los turcos en el año 1417. Grecia la conquistó en 1919, pero en 1922 volvió a ser ocupada por los turcos. Después del tratado de Lausana (1923), la población griega tuvo que emigrar, y la ciudad quedó enteramente en poder de los turcos.

3. Tras de la intimación común a escribir la carta (esta vez, al ángel de la iglesia en Esmirna), el Señor repite la frase de 1:17b: *«Esto dice el Primero y el Postrero»* (v. 8b). Cristo es *el de siempre* (He. 13:8, comp. con Éx. 3:14, 15), incluso en el sentido de que fue el *primero* en ser destinado, desde la eternidad, a una muerte violenta (1 P. 1:20) y el *último* que quedará en pie cuando todos sus enemigos hayan sido puestos bajo sus pies (Sal. 110:1; 1 Co. 15:25–28). Así, el versículo 8 empalma con el versículo 10: *«No temas en nada lo que vas a padecer»* (lit.). *El que estuvo muerto* (gr. *eguéneto nekrós;* es decir, por mano ajena) *y volvió a la vida* puede alentar a los suyos, puesto que, si es cierto que murió *por fidelidad* a la voluntad del Padre, ahora vive para siempre y domina la situación: controla la Historia y tiene las llaves de la muerte y del Hades. Por eso puede animar a su iglesia fiel, como lo hace en los versículos siguientes.

4. Añade el Señor a continuación (v. 9): *«Sé tu tribulación y tu pobreza»* (lit.). Como en todas estas cartas, aparece el verbo *oída, sé* (de primera mano, por experiencia intuitiva). Lo de *obras* no está en el original, por lo que no sirve comentar la diferencia, en esto, con la iglesia en Efeso, aunque no cabe duda de que las obras de la iglesia en Esmirna reflejaban el fervor del primer amor. La fidelidad a Cristo comportaba, no sólo tribulación, sino también pobreza (gr. *ptokheían,* suma pobreza; comp. con Lc. 16:20 *«mendigo»*—gr. *ptokhós—).* Ya que los creyentes solían surgir más bien entre las gentes de condición

humilde (1 Co. 1:25–29), se añadía a esto el que, al profesar la fe cristiana, eran despedidos del trabajo y del oficio secular. Con la pobreza venía el hambre y los sacrificios de toda índole y, con frecuencia, la persecución y la muerte violenta.

No es difícil seguir a Cristo cuando todo marcha bien; es fácil incluso ser héroe de un momento; pero es más difícil servir a Dios fielmente y seguir a Jesús en medio de una constante angustia, perseverar en el deber de cada día en medio de una cerrada oposición. ¡Qué consuelo para los creyentes de Esmirna saber que Cristo conoce bien y *comparte su* aflicción (comp. con Is. 63:9; Hch. 9:4; Col. 1:24; 1 Ts. 2:14–16), hasta en el detalle de que los judíos se conjuran con los gentiles para perseguirles, de la misma manera que Herodes, Caifás y Pilato se hicieron amigos para crucificar a Cristo! Cristo es su *Pastor* (1 P. 2:25), que va delante de ellos *«aunque anden en valle de sombra de muerte»* (Sal. 23:4). No es extraño que haya en España quienes añoran los años de persecución. El capítulo único de la profecía de Abdías apunta en este sentido, tanto en la persecución como en la gloria futura del pueblo de Dios. En nuestros tiempos ha desaparecido la hoguera inquisitorial o las fieras del circo romano, pero los modernos adelantos de las drogas, de la parapsicología y del control de la mente por medios físicos (¡el lavado de cerebro!), harán más temible la persecución de los últimos tiempos, especialmente cuando aparezca en público el Anticristo.

5. Junto al consuelo, esa maravillosa frase en paréntesis: *«¡Pero tú eres rico!»* (v. 9b). ¡El reverso completo de Laodicea! (v. 3:17). ¡Ninguna queja, ningún reproche del Señor a Esmirna! Cristo conoce bien, sabe, la verdadera riqueza de aquella iglesia. Los hombres ven el exterior y juzgan por el exterior. ¡Pobre compañía de cristianos! Pero Dios penetra en la realidad interior. ¡Qué consuelo!

6. Jesús conoce bien, no sólo la bondad de los suyos, sino también la maldad de sus enemigos (v. 9c): «*… y la blasfemia de los que dicen ser judíos y no lo son, sino sinagoga de Satanás*». La maledicencia de dichos judíos era, a no dudar, no sólo contra los cristianos, sino contra el mismo Cristo. Los descendientes o familiares de aquellos que altercaron con Jesús, y a quienes el propio Cristo tuvo que decir que no eran verdaderos hijos de Abraham y de Dios, sino *«hijos del diablo»* (Jn. 8:41, 44), respaldaron ahora e incluso instigaron a los paganos a perseguir a los cristianos. En efecto, los cristianos de Esmirna informaron años más tarde que los judíos se unieron a los paganos para pedir la muerte de Policarpo ¡por la oposición de éste a la religión pagana del Estado! (recordemos el diálogo de los judíos con Pilato el día de la crucifixión del Señor).

No es, pues, extraño que Jesús diga que *«no son judíos»*. Precisamente *Judá* (hebr. *Yehudá)* significa *«alabanza,* en forma de acción de gracias» (Gn. 29:35); y estos judíos, en lugar de alabar a Dios, blasfemaban de Él. De esta forma, en lugar de ser «congregación de Jehová», eran *«sinagoga de Satanás»,* el *«acusador de los hermanos»* (12:10). En cambio, todo verdadero creyente, aunque fuese de origen pagano, pasaba a ser *«circuncidado en espíritu»* (Ro. 2:26–29) e *«hijo de Abraham»* (Ro. 4:16–19; Gá. 3:29). Ésta es también nuestra herencia, pero ¿cuál es nuestra riqueza? (v. Mt. 6:19–21, 24; Lc. 12:21; 2 Co. 6:8; 1 Ti. 6:17–19; Stg. 2:5).

7. Como la iglesia de Esmirna iba en breve a ser probada severamente, se le recuerda a continuación (v. 10) que su Salvador, el Señor Jesús, es el dueño de la Historia y el conquistador de la muerte: *«No temas en nada lo que vas a padecer. Mira, el diablo …».* Habla así porque detrás de los perseguidores paganos están los judíos *(«sinagoga de Satanás—hijos del diablo»—),* aunque no cabe duda de que Dios iba a usar esta persecución para bien de los suyos (v. Gn. 50:20; Hch. 2:23; Ro. 8:28). Iban a ser *probados,* experimentados, en el crisol de la persecución. Se declaran explícitamente dos detalles de esta prueba:

(A) *«El diablo va a echar a algunos de vosotros en la cárcel»* (v. 10b). El verbo griego *bállo*, arrojar, es aquí muy expresivo, porque «las cárceles eran como una cisterna, en las que se entraba por un agujero del techo» (Bartina, *ob. cit.,* pág. 646).

(B) El hecho de que se trate de una tribulación *«por diez días»* da a entender que será por un período breve (comp. con Gn. 24:55; Hch. 5:18; Jer. 42:7; Dn. 1:12; Hch. 25:6). Eso se ofrece como un estímulo para aguantar mejor (comp. con Is. 26:20; 54:8; Mt. 24:22; 2 Co. 4:17; 1 P. 1:6). Quizá se trate de una persecución localizada; desde luego, hay que distinguirla de *«la prueba que ha de venir sobre el mundo entero»* (3:10. V. también 7:14), de la que los «sellados» serán preservados (7:2 y ss.; 12:6). Con todo, es curioso el hecho de que, entre las *diez* persecuciones llevadas a cabo por los emperadores romanos contra los cristianos, la décima, la de Diocleciano, fue la más cruel y duró *diez* años.

Lo cierto es que la iglesia de Esmirna sufrió dos grandes persecuciones; en la primera murieron mártires nada menos que 1.500 de sus miembros; en la segunda, 800. Es muy significativo que, en términos generales, mientras duraron las persecuciones, se mantuvieron mucho mejor la ortodoxia doctrinal y la fidelidad al Señor.

Según los que interpretan los capítulos 2 y 3 de Apocalipsis como una representación de la Historia de la Iglesia a nivel *vertical histórico,* la iglesia de Esmirna representa la epoca de las persecuciones (años 54–294, aproximadamente). Sin embargo, no todos los que abogan por esta interpretación ven en esos *«diez días»* del versículo 10 las diez persecuciones aludidas.

8. Lo de *«Hazte fiel hasta la muerte»* (v. 10d. Lit.), no significa «hasta que te mueras», sino «aunque hayas de morir», *«incluso hasta el punto de morir»* (NVI). W. Hendriksen *(ob. cit.,* págs. 65, 66) cita las frases de un timonel romano que decía así al dios de las aguas, mientras tripulaba su barco en medio del mar tempestuoso: «Padre Neptuno, puedes hundirme si quieres; puedes salvarme si quieres; pero, pase lo que pase, guardaré fiel mi timón». Una actitud semejante se le pide aquí a la iglesia: No les ha de importar tener que arrostrar la muerte física, ya que *«la segunda muerte no les dañará»* (v. 11). Sobre lo de *«fiel»* (gr. *pistós),* comenta Millon (*L'Église*, pág. 21): «Creyente es el que cree; fiel es aquel en quien se puede confiar sin ser engañado». Suelo expresarlo de esta otra manera: «Creyente es el que se fía de Dios; fiel es aquel de quien Dios se puede fiar». Los creyentes podemos ser fieles, no se olvide, únicamente sobre la base de la fidelidad de Dios a su Palabra, y del poder que el Espíritu Santo nos suministra. Cuando el cristiano se percata bien de que el amor providente de Dios le conduce siempre hacia *lo mejor,* y está dispuesto a plegarse en todo a la voluntad de su Padre celestial, puede también ser *«fiel hasta la muerte»,* como Aquel cuyo alimento era hacer la voluntad del Padre (Jn. 4:34) y, por ello, se hizo *«obediente hasta la muerte, y muerte de cruz»* (Fil. 2:8).

La fidelidad *hasta la muerte* requiere amor al Señor y coraje de espíritu, pero puede empañarse con malos modos o imprecaciones impropias de un seguidor del Cordero que no abrió su boca cuando era conducido al matadero (Is. 53:7). Dice a este respecto el Profesor Grau:

Moisés tuvo que soportar mucho del pueblo de Dios, pero, al fin, «habló inconsideradamente con sus labios» y recibió así el reproche del Señor. En cambio, el que no haya reproche alguno contra Esmirna demuestra que sufrió sin perder la hermosura de carácter y conducta … A veces sabemos sufrir, pero no sin afear el lenguaje o el espíritu (ob. cit., pág. 97).

9. El versículo 10 termina con esta promesa: «*Y yo te daré la corona de la vida».* Este genitivo es, probablemente, el que técnicamente se llama «epexegético», porque en realidad determina la cualidad de la corona; como si dijese: «Yo te daré una corona que es la misma *vida eterna»;* es una corona *viva* y, por tanto, no es algo exterior a la persona. Lo mismo que en 1 Corintios 9:25, 27, se alude aquí a la corona de laurel que se colocaba en la cabeza del vencedor, símbolo de victoria festiva para el ganador de los juegos olímpicos (Esmirna tenía juegos famosos); no se trata aquí de la diadema real. Es la misma herencia reservada en los cielos, de la que Pedro dice (1 P. 1:4) que es *«incorruptible, incontaminada e inmarcesible»* (v. el comentario a dicho lugar). Ya hemos indicado que esta frase «corona de la vida» tendría un eco especial en los oídos de los creyentes de Esmirna, acostumbrados a contemplar el precioso conjunto de edificios construidos en la cima del monte Pagos y llamado «la corona de Esmirna».

10. El versículo 11, con que termina la carta, repite el estribillo común a las siete: *«El que tenga oídos, que escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias»* (NVI). Como en cada una de las cartas, hay también aquí una promesa *«al que venza».* La que aquí se promete es: *«no sufrirá daño alguno de la segunda muerte»* (NVI). El griego dice literalmente: *«No recibirá daño en absoluto* (*ou me*. Comp. con Jn. 6:37, por ej.) *procedente de* (gr. *ek) la muerte segunda». «La muerte segunda»* (comp. con 20:14; 21:8) es el infierno, final último y definitivo—para toda la eternidad—de la *muerte primera,* que es el pecado—muerte en el centro mismo del ser humano—, del que la muerte física es el salario y la secuela lógica de una depravación que abarca al hombre entero y a todos los hombres (v. Gn. 2:17; Ro. 5:12 y ss.). A reserva de lo que digamos en el comentario a 20:5, 6, se puede ya adelantar que a cada una de estas dos *muertes* corresponden dos *resurrecciones:* la primera es el «nuevo nacimiento»; la segunda, la resurrección gloriosa, final, de los creyentes, que durmieron en el Señor.

Añadamos, para terminar esta porción, que *«la muerte segunda»* era ya de antiguo una frase rabínica. El Targum de Jerusalén (sobre Dt. 33:6) dice: «¡Que viva Rubén en esta época y no muera de la segunda muerte de la que morirán los malvados en el mundo venidero!» (citado en el NBC, pág. 1173).

Versículos 12–17

En estos versículos tenemos el tercer mensaje del Espíritu a las iglesias. Esta vez, a la iglesia ubicada en Pérgamo.

1. Comencemos por los detalles interesantes acerca de la ciudad:

(A) Esta ciudad estaba situada a unos 70 km al norte de Esmirna y a unos 30 del mar. Era una ciudad grande y próspera a principios del siglo III a. de C. El año 133 a. de C., su rey Atalo III se sometió a Roma. Su nombre se hizo famoso por la gran biblioteca (unos 200.000 pergaminos—podía competir con la de Alejandría—) que los reyes de Pérgamo habían fundado allí, y que dio origen a la industria del *pergamino,* que vino a sustituir al papiro en la composición y escritura de libros.

(B) La ciudad estaba asentada en una colina de unos 300 metros de altitud, y se hizo notable por sus monumentos religiosos, entre los que descollaban el templo dedicado a *Zeus Soter* (nombre griego de *Júpiter Salvador),* asentado sobre una plataforma excavada en la roca, y el dedicado al dios de la medicina Asclepio o Esculapio, cuya insignia era la serpiente que todavía figura como emblema de la Farmacia, y que para los cristianos era el símbolo de Satanás (v. Gn. 3:1; Ap. 12:9). En la escuela de Esculapio aprendió sus artes curativas el famoso médico de la antigüedad, Galeno.

(C) «Pérgamo» significa, según F. F. Bruce, «ciudadela»; según la *Pilgrim Edition* de la AV inglesa, «matrimonio mixto». Es cierto que Pérgamo era una ciudadela, ubicada en un montículo en la antigua ciudad de Troya, pero eso no quiere decir que ése sea su significado etimológico. Que *gámos* significa en griego «matrimonio» está fuera de toda duda; mas el *per* inicial es difícil de trazar hasta una etimología fiable. En todo caso, podemos adoptar el de «matrimonio mixto», y decir con el refrán italiano: «si no es verdadero, está bien hallado». Según la citada escuela de interpretación que adopta el nivel vertical histórico, esta iglesia representaría el maridaje de la Iglesia con el Estado a partir de la presunta conversión del emperador Constantino a la fe cristiana y la subsiguiente declaración del cristianismo como religión oficial del Estado (aproximadamente, desde el 313 hasta fines del siglo v).

(D) La ciudadela de Pérgamo, con la colina sobre la que estaba edificada, se hallaba rodeada por el grandioso valle del Caico. Los romanos la hicieron capital de la provincia de Asia en el año 241 a. de C. Dice Ramsay: «Más que cualquier otra ciudad del Asia le da al visitante la impresión de ser la sede de la autoridad» (v. 13 *«el trono de Satanás»).* Fue también la primera ciudad que erigió un templo al emperador (Augusto) el año 29 a. de C. Después erigieron también templos a Roma, y a los emperadores Trajano y Severo. También Venus, por supuesto, era *venerada.* Y todo esto, unido a la superstición curandera, en el emporio mismo de la Medicina. «Era—dice Grau—el Lourdes de la antigüedad.» Todo esto hacía que la situación de los creyentes de Pérgamo fuese especialmente difícil en aquella ciudad que, según testigos de la época, se dedicaba a la idolatría más que todo el resto de Asia. Allí, los cristianos eran forzados a ofrecer incienso a la imagen (centro de la adoración) del emperador (recuérdese lo de la estatua de Nabucodonosor) y a decir: *Kaísar Kúrios,* «César es el Señor» (comp. con 1 Co. 12:3). Vamos al análisis.

2. Conforme al contexto peculiar de la carta, el atributo de Cristo que se menciona a la cabeza del mensaje a esta iglesia (v. 12) es: *«El que tiene la espada aguda de dos filos»* (la misma frase de 1:16). Una expresión parecida a la de 1:16 sale también en el versículo 16: *«pelearé contra ellos con la espada de mi boca».* Cristo se pone en plan de batalla para luchar contra los nicolaítas del versículo 15, como el Fineés (mejor, Pinjás), hijo del sumo sacerdote Eleazar, cuando traspasó con su lanza a Zimrí, hijo de Salú, y a la madianita Cosbí, hija de Sur (v. Nm. 25:1 y ss.).

3. En el versículo 13 hay tres alabanzas a esta iglesia:

(A) *«Sé dónde vives—donde tiene Satanás su trono—»* (NVI). Lo de «tus obras» no tiene aquí ningún soporte en los MSS. Hay cierto énfasis en ese repetido «donde»; como si dijese: En medio de un lugar tan peligroso, en medio de las peores circunstancias, sois valientes y sois fieles. No es difícil dar testimonio en circunstancias favorables; pero el arraigo de la semilla se nota cuando llegan las pruebas.

(B) *«Con todo, permaneces fiel a mi nombre»* NVI. Lit. *retienes mi nombre).* Contra el grito pagano de «César es el Señor», los fieles de Pérgamo se asían firmemente del nombre de Jesús, el Cristo, creyendo en Él y confesando valerosamente: «*Jesús es el Señor»* (1 Co. 12:3; Fil. 2:10, 11). Recordemos que Policarpo de Esmirna fue martirizado por negarse a maldecir de Cristo.

(C) *«No has renunciado a tu fe en mí»* (NVI), la fe en el Autor y Consumador de la fe del creyente (He. 12:2), la cual—con todo—es un don de Dios (Ef. 2:8, según opinión probable. V. el comentario a ese versículo).

4. El valor de esa fe de la iglesia de Pérgamo se había puesto a prueba duramente: «… *ni siquiera en los días de Antipas, mi testigo fiel»* (NVI. Gr. *ho mártus*—¡mártir!—*mou, ho pistós mou*. Lit. *mi testigo, mi fiel).* Esa frase indica una prueba singularmente dura, pero bien definida y limitada en el tiempo, a diferencia de la continua persecución que azotaba, según parece, a la iglesia de Esmirna. Esto nos enseña varias lecciones:

(A) La cultura humana, la del mundo, puede ir de la mano de la más fiera persecución. La biblioteca de Pérgamo contaba con más de 200.000 pergaminos, pero allí reinaban la superstición, la idolatría y la persecución de los cristianos. No en vano estaba allí *«el trono de Satanás»* (v. 13). El sitio desde donde dominaba Satanás todo el Este—dice Bartina—era Pérgamo (v. *ob. cit.*, págs. 648, 649), pues allí se hallaban el centro del culto imperial, el colegio de los sacerdotes paganos y la mayor abundancia de templos paganos.

(B) La valentía de los pergamenos creyentes era tanto más de notar cuanto que—según opinan casi todos los intérpretes—el propio pastor de la iglesia, *Antipas* (contracción de *Antípatro),* había sido martirizado allí mismo: *«entre vosotros»* (v. 13, al final). Los bolandistas que coleccionaron las Actas (muchas de ellas, puras leyendas) de los mártires, colocan su muerte y celebración litúrgica el 11 de abril. Parece ser que padeció bajo Domiciano—poco antes de que se escribiese el Apocalipsis—, quemado dentro de un buey de bronce.

(C) Otra lección que hemos de aprender aquí es a no juzgar con demasiada precipitación a los hermanos débiles, sin tratar de comprender las circunstancias especiales en que pueden hallarse, ya sea de continuo, o en un momento determinado.

5. Luego (v. 14) viene el reproche: *«Sin embargo, tengo unas pocas cosas contra ti»* (NVI). Téngase en cuenta que no dice «pequeñas», sino «pocas», que no es lo mismo. Unas *pocas* cosas, si son graves, pueden ser fatales. ¿Qué cosas eran ésas? Se enumeran a continuación:

(A) *«Que TIENES ahí a los que RETIENEN la doctrina de Balaam …»* (v. 14b. Lit.). En el versículo 15 va a repetir los dos verbos *tienes y retienen.* Nótese de entrada la diferencia entre ambos verbos: (a) *«tienes»* (gr. *ékheis),* como si dijese: «lo tienes en medio de ti como un tumor»; (b) *«retienen»* (en el v. 13, *mi nombre*—en buen sentido—; en el v. 14—en mal sentido—, *la doctrina de Balaam);* en ambos casos, el verbo griego es *krattein*, agarrar, asir, sujetar, retener.

Ya vimos, al analizar el versículo 6, la analogía entre los nicolaítas y la doctrina de Balaam, cuyos mantenedores estaban allí, en medio de la congregación, sin que se les aplicase la necesaria disciplina. Para entender bien lo de Balaam, léase Números 25:1 y ss., junto con 31:16. Dice Salguero (*ob. cit.*, 348): «Balaam quedó en la literatura judaica como el prototipo del inductor al mal». De ahí, lo que sigue (v. 14b): *«el que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel»* (lit.). El griego usa la palabra bien conocida *skándalon*. También dice que enseñaba *«a comer de cosas sacrificadas a los ídolos* (gr. *eidolothúta*, el mismo vocablo de Hch. 15:29; 1 Co. 8:1, entre otros lugares) *y a cometer fornicación»*. Aunque esté también comprendida la fornicación espiritual, puesto que, para un hijo de Dios, la idolatría es siempre «prostituirse ante un extraño» (Salguero, *ob. cit.*, pág. 348), no hay que descartar la fornicación física, como en el caso de Zimrí (también se incluye aquí el caso de los matrimonios mixtos).

La lección que hemos de sacar de aquí es obvia: ¡Atención a la mundanalidad entre los creyentes! No basta con la ortodoxia. ¡También los demonios son «ortodoxos»! (Stg. 2:19). Como dice Grau *(ob. cit.*, pág. 110): «No basta tener la verdad, si no andamos en la verdad». Es cierto que, en aquellas circunstancias, era difícil ser testigo de Cristo, cuando hasta el rehusar tomar parte en los festivales, los banquetes y los negocios de los paganos—con los dioses tutelares de cada gremio de comerciantes—, significaba la marginación social y la pérdida del empleo. Para algunos, esto era un «tropiezo», y seguramente inventarían excusas similares a las que se inventan en nuestros días: «Hay que entrar en el ambiente de ellos para atraerlos … Ya sé que los ídolos son nada … Yo asisto de forma pasiva … ¿Qué mejor cosa que entrar a conocer bien las doctrinas y los métodos de ellos, para poder vencer a Satanás más eficazmente, etc.?»

(B) «*Y asimismo* (v. 15) *TIENES a los que RETIENEN la doctrina de los nicolaítas»* (lit.). La añadidura: «la que yo aborrezco» no figura en el original. Se nos vuelve a hablar de los nicolaítas, como en el versículo 6. La diferencia con aquel versículo es doble: (a) En el versículo 6 se nos habla de *obras;*

aquí, de *doctrina*. Hay en la carta a Pérgamo una clara insistencia en la doctrina (gr. *didakhé*—aquí y en el v. 14—. Nótese igualmente el «enseñaba»—gr. *edídasken*—del v. 14); pero es una doctrina que lleva a una vida de corrupción. (b) Pero la diferencia principal con el v. 6 es que, allí, la iglesia de Éfeso *aborrecía* tales cosas, como el Señor las aborrece, mientras que aquí se dice: *«tienes*, esto es, no sueltas, no disciplinas, *a los que retienen, etc.»*. Allí hay alabanza; aquí, reproche. Ya hablamos de los nicolaítas, como tocados de gnosticismo, pues no tenían en cuenta los pecados de la carne (¡materia!), contra lo que dice Pablo en Romanos 3:8; 6:1, y Juan en 1 Juan 3:4–10. Todo ello facilitaba el compromiso con el mundo. ¡Servir a dos señores! ¡Hermanos, cuidado!

6. Llega ahora (v. 16) la invitación al arrepentimiento: *«Por tanto, arrepiéntete»* (gr. *metanóeson*, en aoristo, como algo urgente; el mismo vocablo del v. 5, en la carta a Éfeso). Era preciso darse cuenta del peligro, cambiar de mentalidad y darse media vuelta. Analicemos y ahondemos:

(A) ¿De dónde arrancaba este descuido? ¿Cómo es que no se aplicaba la disciplina necesaria? Hendriksen *(ob. cit.*, págs. 66, 67) opina que ello se debía a un exagerado énfasis en la salvación *individual*, descuidando el buen estado de la iglesia como *congregación* y, por tanto, no se percataban de que lo que atañe a un miembro repercute en todos. Si se admite que los fieles de Pérgamo no daban demasiada importancia al tinte gnóstico de los nicolaítas, puede pensarse que estaban siendo tocados de antinomianismo.

(B) En todo caso, el Señor anuncia su pronta visita (v. 16b): *«mas, si no, vengo a ti enseguida»* (lit.). Jesús va a llegar con la vara de la disciplina, para purgar de males a la iglesia. No es un castigo, sino una medida de amor, de pureza, de invitación a «volver en sí»; en una palabra, viene a *educar* a su pueblo (v. 1 Co. 11:32, ¡PEDAGOGÍA!)

(C) Nótese también el contraste entre lo que se dice a la iglesia como a tal *(«arrepiéntete»)* y lo que se dice de los falsos maestros, los balaamitas y nicolaítas (v. 16b): «… *y pelearé contra ellos con la espada de mi boca»* (comp. con el v. 12 y 1:16). «Se señala con esto, dice Bartina *(ob. cit.*, pág. 651), una calamidad pública, como guerras, facciones o mortandad a espada y lanza». Lo mismo que en el caso de Acán (Jos. cap. 7), la congregación entera pagaría, por solidaridad, por la aberración de unos pocos falsos profesantes.

7. Después del estribillo común a todas las siete cartas, viene ahora (v. 17) la recompensa peculiar al que venza en las condiciones en que se hallaban los creyentes de Pérgamo. La recompensa es, en realidad, doble:

(A) «*Al que venza, le daré del maná escondido»* (NVI). Recordemos que el maná estaba *escondido* en el Arca (Éx. 16:32–34; He. 9:4). Había una expectación general entre los judíos de que, cuando se manifestase el Mesías, descendería maná del cielo (comp. con Jn. 6:33, 38). ¡El pan bajado del cielo! (comp. con Sal. 78:25, 26). Se trata de un alimento espiritual, como el «agua de vida» o «el fruto del árbol de la vida». Era algo muy apropiado para incitarles a abstenerse de comer de los *idolotitos: «Nosotros tenemos un altar …»* (He. 13:10). Privándose de aquellos delicados manjares, los cristianos podían mirar en lontananza, para toda la eternidad, cómo se les preparaba algo mucho mejor. Este maná está *escondido* del mundo, pero revelado a los creyentes sinceros ya en este mundo y, sobre todo, en la eternidad; especialmente, a los fieles de Pérgamo que, por amor a Cristo, se abstenían de los banquetes idolátricos; el mismo Señor les servirá en el banquete celestial, como ha prometido en su Palabra: «Serán alimentados por el Señor en persona». La victoria es por la fe que vence al mundo (1 Jn. 5:4). Según el apócrifo 2 *Macabeos*, Jeremías, antes del destierro, había escondido el maná del Arca, y se conservaría para los últimos tiempos (v. 2 Mac. 2:5).

(B) «*Y le daré* (v. 17b) *una piedrecita blanca, e inscrito en la piedrecita un nombre nuevo, el cual ninguno conoce* (lit. *sabe) sino el que lo recibe.»* Esta promesa merece un estudio más detallado:

(a) Se trata de una *piedrecita blanca* (gr. *pséphon leukén).* El griego *pséphos* sale únicamente—dos veces—en este versículo y en Hechos 26:10 en todo el Nuevo Testamento. La piedrecita, blanca o negra, según su empleo (como la bola blanca o negra, usada hasta hace poco en España en las votaciones para ciertas prebendas catedralicias), era usada tanto por los griegos como por los romanos (latín, *lapillus)* para diversos menesteres: 1) Para votar: blanca, para absolver; negra, para condenar. En este sentido, dice Ovidio *(Metamorfosis*, 1:15), en un par de hexámetros: *«Mos erat antiquis, niveis atrisque lapillis / His damnare reos, illis absolvere culpa»;* es decir: «Los antiguos tenían por costumbre usar piedrecitas blancas y negras / éstas, para condenar a los reos; aquéllas, para absolverles de culpa» (comp. con Hch. 26:10). Esto va contra W. Hendriksen *(ob. cit.*, págs. 67–71), quien opina que se trata de «diamante»; si

así fuese, el original no diría *pséphon*, sino *líthon tímion* (comp. con 1 Co. 3:12). 2) Los hebreos las usaban como *Urim y Tumim:* para explorar la voluntad de Jehová, en forma de respuesta afirmativa o negativa. 3) Hay quienes las relacionan con las doce piedras que el sumo sacerdote llevaba en el efod, en señal de que llevaba sobre sí la representación de las doce tribus de Israel. 4) También eran usadas por los romanos como billetes de entrada para los festivales más importantes. 5) Finalmente, en un sentido parecido al anterior, los romanos la usaban como *téssera hospitalis*, esto es, como «señal para el huésped».

(b) Lo más probable es que Juan quiera dar a entender esta última acepción, ya que el contexto habla de *comer del maná escondido.* Era una piedrecita blanca, oblonga, que servía como de billete de personal identificación al ser invitado a un banquete; se partía en dos con la mano, a fin de evitar una perfecta simetría; en una de las mitades, figuraba el nombre del anfitrión; en la otra, el nombre del invitado. Al llegar éste al lugar del banquete, presentaba su mitad y el anfitrión la juntaba con la otra mitad, con lo que la identificación quedaba garantizada.

(c) En cuanto al *«nombre nuevo»*, inscrito en la piedrecita blanca, se dan varias opiniones, pero lo más probable es que, al seguir lo dicho sobre la *téssera hospitales*, se halle, en una de las mitades, el nombre del anfitrión *Jesús* (comp. con Fil. 2:10); en la otra, el del propio creyente, que es el invitado. Aunque todos los creyentes genuinos comparten la divina naturaleza (2 P. 1:4) y, por tanto, la santidad, la sabiduría y el poder de Jesús, cada creyente tiene una peculiaridad.

(d) Sería así como un nuevo *status*: un carácter peculiar de cada individuo, moldeado por la gracia y el poder de Dios, para un llamamiento y un servicio peculiares. De la misma manera que Dios cambió el nombre de *Abram* («padre excelso») en *Abraham* («padre de multitudes»), y el de *Jacob* («suplantador»), en *Israel* («el que lucha con Dios»), así tambien cada creyente puede tener un nuevo nombre, propio y valioso, que los demás desconocen. ¡Qué consuelo tan grande para un discípulo de Cristo! Aunque seamos unos desconocidos para el mundo, Dios nos ha puesto un nombre nuevo, bien conocido de Él, y que nos caracteriza personalmente.

(e) «… *el cual ninguno conoce, sino aquel que lo recibe»,* dice la frase final de este mensaje. En la literatura semítica, así como en la egipcia, el que conoce el nombre secreto de una persona tiene un poder absoluto sobre ella. De ahí que Dios no quisiese revelar a Moisés su propio nombre secreto y respondiese con un «YO SOY EL QUE SOY» (Éx. 3:14. V. el comentario a este lugar), no sólo porque no hay palabra humana que pueda definir al Infinito, sino porque Dios no puede ser manipulado por nadie. De ahí deducen algunos, como Bartina, que en la piedrecita no puede figurar el nombre de Jesús, porque ningún creyente tiene poder sobre Cristo; sin embargo, el versículo 13 dice, en tono de encomio: *«retienes* (gr. *krateís*, echas mano, agarras, sujetas) *mi nombre»*. Dios se ha hecho tan accesible en Cristo, que los hombres no sólo lo *arrestaron*, sino que lo *mataron.* Por otra parte, si se trata de un banquete, como aquel al que el Señor invita en 3:20, ¿no se indicará aquí una mutua «posesión», esto es, una íntima comunión del creyente con su Señor y Salvador?

8. Aparte de las aplicaciones que ya han surgido espontáneamente del análisis de este mensaje, añadiremos algunas ideas más concretas y prácticas:

(A) El seguimiento del Maestro obliga al creyente a una vida de santidad, bien reflejada en lugares como Romanos 6:12 y ss.; Gálatas 5:13, 22 y ss.; Efesios capítulos 5, 6; Tito 2:11–14; 1 Pedro 1:13 y ss.; y hasta Santiago 1:27 (la primera parte invita a imitar la inmanencia de Dios; la segunda, la trascendencia) y Judas 20–23. Como dice Grau *(ob. cit.*, págs. 110, 111): «El sello del Maestro tiene dos lados. Sobre uno están esculpidas estas palabras: *"Conoce el Señor a los que son suyos";* y sobre el otro lado: *"Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre del Señor"».* Y continúa: «Es blasfemia cualquier tentativa de eliminar este segundo lado del sello. Esta blasfemia no puede ser tolerada dentro de la iglesia. El mandato de Dios es mandato de paz, pero paz fundada en pureza, porque la sabiduría que es de arriba es primeramente pura y luego pacífica (Stg. 3:17)».

(B) Por su parte, I. Barchuk *(ob. cit.*, págs. 62, 63) hace notar que la amistad con los mundanos, por inocente que parezca, y aunque se cubra con capa de querer atraer a los inconversos, da siempre malos resultados, porque lo corriente es que, en tales casos, los mundanos no dejan al creyente hablar del Evangelio; en cambio, ellos tratan de arrastrar al cristiano a sus propios vicios: el tabaco, el alcohol, los espectáculos, los bailes y las conversaciones y chistes indecentes. Y termina Barchuk diciendo: «En una palabra, los seguidores de Balaam desearían arrastrar a los creyentes al mundo y al pecado».

Versículos 18–29

Sigue ahora la carta del Señor a la iglesia de Tiatira. Es el mensaje más largo (12 versículos) a la lugareña villa de Tiatira, hoy Akhisar, con unos 35.000 habitantes (censo antiguo). En realidad, es una carta doble: la primera parte (vv. 18–23) está dirigida principalmente a propósito de «Jezabel»; la segunda (vv. 24–29) tiene que ver con la comunidad entera, aunque las dos partes se superponen o entremezclan. En la segunda parte, no aparece ya ninguna reprensión. A partir de esta cuarta carta, los dos últimos elementos (promesa especial y estribillo) se invierten, y aparece en último lugar lo de *«El que tenga oídos …».*

1. Tiatira, que significa «actividad sacrificial», representa, para los sostenedores del nivel vertical histórico, el error en que cayó la Iglesia en este período (años 500–1500), al ignorar paulatinamente el hecho de que el sacrificio de Cristo en la Cruz era suficiente para perdonar los pecados (He. 10:12) y convertir la Cena del Señor en un sacrificio con altar y casta especial de sacerdotes. En cuanto a la ciudad misma, los siguientes detalles pueden resultar interesantes:

(A) Está situada a 65 km al sureste de Pérgamo (comienza a cerrarse hacia abajo la herradura), entre los valles del Caico y del Hermo, y está abierta a una fertilísima llanura, cosa rara en las ciudades antiguas, que solían edificarse en alturas, a fin de defenderse mejor del enemigo que pretendiese asaltarlas. Fue fundada por Seleuco I Nicanor (355–280 a. de C.), uno de los cuatro generales de Alejandro Magno, entre los cuales repartió éste sus dominios antes de morir. Seleuco la pobló con soldados de Alejandro Magno y sus familias. Cayó en poder de Roma el año 190 a. de C.

(B) Era célebre por su comercio, sus hilaturas de lana y sus tintorerías. De allí era Lidia, la vendedora de púrpura de Hechos 16:4, convertida al Señor por ministerio de Pablo. Las corporaciones de obreros y los gremios de industriales absorbían la vida comunal de la ciudad. Los gremios, como en otras partes, tenían sus dioses tutelares. Los habitantes de Tiatira tenían—según Plinio—mala fama, gente deshonrada.

(C) Había allí un templo erigido al dios Apolo, otro a Artemisa (la Diana latina, como en Éfeso), así como el famoso *peribolé* (recinto), residencia de la sibila oriental Sambata. No cabe duda de que esto fomentaba, además de la idolatría y de la superstición comunes a todo el Imperio, el ocultismo y el satanismo. «La vida religiosa—dice Bartina (*ob. cit.*, pág. 652)—pagana se centraba en cultos y banquetes idolátricos.» Más aún, el que comía en esos festivales tomaba el alimento como un *regalo* del dios correspondiente al gremio respectivo. Por tanto, la difícil posición del creyente se debía a la alternativa entre el compromiso de cumplir con sus obligaciones gremiales paganas y las exigencias de su fe cristiana. El que se mantenía fiel arriesgaba su empleo, su prestigio, su vida misma.

2. A esta iglesia se presenta Cristo (v. 18), en primer lugar, como *«el Hijo de Dios»*, único lugar del Apocalipsis en que se afirma de modo explícito la filiación divina de Jesús, aunque ya encontramos epítetos equivalentes en 1:6; 2:27; 3:5, 21; 14:1.

3. *«El que tiene los ojos como llama de fuego»* (v. 18b) es una expresión que encontramos ya en 1:14. Los antiguos creían que, para gozar de una visión perfecta, se requería, además de la luz exterior, otra luz emanada del interior de la persona. Así pensaba Platón y, por eso, propuso su alegoría de la caverna, desde cuyo fondo ven los mortales pasar, cual sombras, las realidades de este mundo, hasta que, libres de este cuerpo opaco, material, vean la realidad como la ven los ojos de Dios. Agustín de Hipona pensaba del mismo modo. En este contexto cultural, era fácil para un habitante de Tiatira comprender mejor el sentido de la frase: Los ojos de Cristo, con su luz divina, omnisciente, penetran en el interior de las almas y de los corazones, sin que se les escape en la sombra el pecado más secreto (v. 23).

4. Los *«pies semejantes al bronce bruñido»* (v. 18c) son, como en 1:15, para pisotear y triturar a sus enemigos, como si triturara vasos de alfarero (v. 27, comp. con Sal. 2:9 y hasta con Is. 63:3). Muchos autores opinan que, al aparecer fluido el estado del bronce, tanto aquí como en 1:15, esta transparencia y luminosidad del ámbar o azófar podría simbolizar el camino *luminoso,* de naturaleza espiritual totalmente pura, de los pies de Cristo. Lo primero parece estar más en consonancia con la alusión al Salmo 2, más bien que lo último. Es un gran consuelo para un creyente saber que tiene un Señor que todo lo ve y todo lo puede. También entraña una advertencia saludable. Dice Grau (*ob. cit.*, pág. 113): «Lo que tú y yo no hemos contado a nadie, Cristo lo sabe!» Sí, y también conoce *«las profundidades de Satanás»* (v. 24).

5. A pesar del reproche que viene en el versículo 20 (y precisamente por ello), la alabanza que se contiene en el v. 19 es espléndida; se mencionan muchas y grandes virtudes: (A) *«Las obras»* (gr. *ta érga),* excelentes, por los motivos que las informaban; (B) *«El amor»* (gr. *agápen),* un amor activo,

distintivo del verdadero discípulo de Cristo (Jn. 13:35) y bien ejercitado en obras de misericordia y beneficencia; (C) *«La fe»* (gr. *pístin),* no como medio de salvación, sino como *fidelidad,* lealtad constante al Señor, como fruto de una comunión íntima con Él; (D) *«El servicio»* (gr. *diakonían),* del cual dice Grau *(ob. cit.,* págs. 114, 115): «¿Qué es sino el amor en acción? Servicio es más que trabajo, servir representa algo más que el simple hacer. Requiere comprensión, ternura, disponibilidad, atención, etc., y no simple actividad. Campbell Morgan decía que

—hacer mucho sin amor no es servicio, sino vanagloria;

—hacer lo que nos gusta, no lo que necesita el prójimo, no es servicio, sino vanidad;

—estar dispuesto a dar un banquete, pero no un vaso de agua fresca, no es servicio, sino soberbia».

(E) Finalmente, *«la paciencia»* (todas las virtudes llevan artículo en el original, y van referidas al gr. *sou*—tu—que va al final de todas), en sentido de aguante (gr. *hupomonén),* como una fuerza especial que la caridad, el amor de arriba (v. el comentario a 1 Jn. 3:1), da para sufrir con santa resignación (comp. con 1 Co. 13:7 *«todo lo soporta»).* No es simplemente constancia, sino un espíritu de perseverancia alegre y de paz activa, que se mantiene firme en medio de las dificultades. «Alguien ha dicho—comenta Grau *(ob. cit.,* pág. 115)—que es la capacidad de estar tranquilo, o quieto, en medio de la tempestad. Si la fidelidad es la fe en acción, la paciencia es la condición del carácter que resulta de ella; es la expresión de la lealtad. ¿No será también esta paciencia de que se habla aquí, la paz de espíritu y de corazón en medio de las fatigas de la vida?» Además, todas estas virtudes iban en aumento, al revés que en Éfeso.

6. A continuación viene el reproche (v. 20): *«Pero tengo unas pocas cosas contra ti».* Es la misma frase del versículo 14. A mayores alabanzas, más duro reproche. Se *tolera* (gr. *eás),* o se *permite* (gr. *apheís)*—según se siga la lectura de un grupo de MSS o de otro—, la presencia de un foco de corrupción dentro de la iglesia: *«Toleras a esa mujer Jezabel, que se llama a sí misma profetisa»* (NVI). Cierto número, no despreciable, de MSS dicen *«tu mujer»,* pero está mucho mejor atestiguada la lectura *«esa* (lit. *la) mujer».*

(A) Comencemos por afirmar que se trata de un nombre simbólico, ya que ningún judío habría puesto semejante nombre a una hija suya, y no era presumible que un pagano griego lo hiciese. Basta con recordar la historia funesta de la impía mujer de Acab, rey de Israel (v. 1 R. 16:31; 18:4; 19:2, 21; 21:25; 2 R. 9:22, 30–37), para calibrar la maldad de la seudoprofetisa a la que se refiere el presente versículo. Jezabel, hija del rey de Sidón, Etbaal, fue la que indujo a su marido Acab a la idolatría, la injusticia y la corrupción; la que introdujo en Israel el culto a Astarté (la Venus de Fenicia y Siria), a Baal y a otras deidades falsas, y lo hizo con carácter oficial y el apoyo del Estado, de aquel Estado heredado de David y típicamente *teocrático.*

(B) Como observa Barchuk, su influencia era mucho más nefasta que la de Balaam, «porque Balaam podía solamente aconsejar, mientras que ésta podía ordenar también, como quien tiene autoridad». Es significativo que su propio nombre—según el mismo autor—quiera decir «deshonesta, perjura». Ella era la inductora de todo mal y la perseguidora de los verdaderos profetas (v. 1 R. 16:31; 18:4, 13, 19; 2 R. 9:22). Como observa Grau *(ob. cit.,* pág. 117), «Jezabel representa el maridaje idolatría-Estado, así como la simbiosis profetismo-laxitud moral (1 R. 16:31; 2 R. 9:22–30)».

(C) Pero veamos ya las actividades de esta otra «Jezabel» de Tiatira: *«Se llama a sí misma profetisa»* (NVI). Es cierto que hallamos verdaderas profetisas en la primitiva Iglesia (v. Hch. 21:9), pero ésta, aunque se llama así, no lo es, puesto que (v. 20b), *«con su doctrina extravía a mis siervos hacia la inmoralidad sexual y a comer de lo inmolado a los ídolos»* (NVI). Arrogándose una *didakhé* (gr. *didáskei*, en presente continuo) o enseñanza que no le pertenece, es una falsa profetisa y una falsa maestra, que abusa de su gran ascendiente social—así parece ser—para hacer errar (gr. *planá,* también en presente), nada menos que dentro de la propia congregación, a los creyentes de la modesta, pero excelente, comunidad cristiana de Tiatira. Se trata, no cabe duda, de errores prácticos (y, por ello, más temibles), más bien que doctrinales, aunque no se descartan éstos. Incitaría a los creyentes a asistir a los festivales idolátricos y a conocer *«las profundidades de Satanás»* (v. 24), con el señuelo de enterarse bien de la gnosis ocultista y experimentar la «luz pura del espíritu», para mejor vencer el pecado; podrán hacerlo—diría ella—sin dejar de ser cristianos; más aún, para ser *mejores y más sabios cristianos.*

(D) A esto se añade su endurecimiento, pues continúa diciendo el Señor (v. 21): «*Yo le he dado tiempo para que se arrepienta de su inmoralidad, pero no quiere arrepentirse»* (NVI). En este versículo aparece la infinita longanimidad y misericordia del Señor, que le sigue dando *tiempo para que se arrepienta* (comp. con Ro. 2:4, 5). Tres veces sale aquí el verbo *arrepentirse* (gr. *metanoeín)* entre este

versículo y el siguiente. *«Pero no quiere arrepentirse.»* También la otra Jezabel, aquel monstruo de iniquidad, tuvo su oportunidad, pero hizo caso omiso de todas las advertencias. Esta Jezabel se sentía «profetisa», con hilo directo hasta el Espíritu Santo; ¿por qué asustarse ante las advertencias de un viejo exiliado como Juan?

(E) La cosa era muy grave; la astucia, muy sutil: Jezabel (y sus seguidores) olvidaban la distinción entre *comunicación y comunión* con los paganos, entre comprar o comer viandas sacrificadas a los ídolos y participar en los banquetes idolátricos (v. 1 Co. 8:10). Y, lo que es peor, inducía a los creyentes a la relajación moral y a la idolatría. Dichos banquetes cúlticos terminaban, a menudo, en abiertas bacanales. El antinomianismo gnóstico encontraba así su expresión práctica. No estamos hoy inmunizados contra peligros similares. Quizá no digamos como los gnósticos: «Lo que hago con mi cuerpo no afecta a mi espíritu». También hubo quienes sacaban consecuencias falsas de un principio legítimo: *«Ya no vivimos bajo la Ley, sino bajo la gracia»* (v. Ro. 6:15). Y muchos que profesan la fe cristiana dicen hoy en día (o, al menos, obran como si lo dijeran): «El negocio, la vida social, la política, las diversiones, etc., no tienen nada que ver con mi fe cristiana». ¡NO OLVIDEMOS QUE SOMOS SAL Y LUZ DEL MUNDO!

7. En vista de la impenitencia de Jezabel, la falsa profetisa de Tiatira, el Señor amenaza (vv. 22, 23) con graves castigos:

(A) *«Así que voy a postrarla* (v. 22) *en un lecho de dolor»* (NVI). El castigo es justo y apropiado al pecado, puesto que esta seudoprofetisa incitaba a los creyentes de Tiatira a tenderse en el lecho de los banquetes idolátricos, según la costumbre de entonces (el *triclinium* de los romanos—v. Jn. 2:8 *arkhitriklino*, el jefe del *triclinium—)*, y también en el lecho del adulterio. En pena de tal pecado, el Señor *«la arroja* (presente incoativo) *a la cama»* (lit.), donde tendrá enfermedad, dolor, sufrimiento.

(B) Sus seguidores tendrán (v. 22b) *«gran tribulación»,* semejante a la de ella. Por Éxodo 21:18; Jueces 8:3, etc., vemos que «caer en un lecho» (hebr. *nafal lemiskab)* es sinónimo de enfermar gravemente «*… si no se arrepienten».* Nuevamente vemos que el Señor ofrece hasta el último momento la oportunidad de arrepentirse. Este acento de gracia y de misericordia se halla a lo largo de todo el Apocalipsis, hasta el final (v. 22:17—como si Dios mismo, antes de cerrar para siempre las puertas de la Nueva Jerusalén, saliese a lanzar un último pregón de gracia).

(C) Los propios hijos naturales de Jezabel (v. 23) *serán heridos de muerte por el Señor* (recuérdese la muerte del hijo ilegítimo de David y Betsabé—2 S. 12:18—), como le pasó a la descendencia de la otra Jezabel (v. 1 R. 21:21; 2 R. 10:7). Quizás se refiera a los hijos «espirituales» de esta Jezabel. El original dice: *«mataré con muerte»*, hebraísmo con el que suele designarse una muerte terrible, «pestilencial», como la de Ezequiel 33:27, y colectiva. Con todo, se trata de un castigo correctivo y admonitorio: «*y todas las iglesias sabrán …».*

(D) Este juicio del Señor debe ser un ejemplo y un aviso para todas las iglesias: comprenderán lo que significa comportarse vilmente a los ojos del que (v. 23b) *«escudriña los riñones y el corazón»* (lit.). Los *riñones,* en la mentalidad hebrea, eran la sede de las emociones, de los sentimientos profundos, de los afectos ocultos, mientras que el *corazón* era la sede de los pensamientos que rigen la conducta, de los planes deliberados, de los deseos voluntarios, aunque no siempre plenamente conscientes (v. Jer. 17:9). Todas estas cosas podrán estar ocultas a los ojos de los hombres, pero no pueden pasar desapercibidas para *«el que tiene los ojos como llamas de fuego»* (v. 18, lit.), el cual penetra hasta lo profundo del hombre entero, con sus proyectos, quereres, deseos, intereses, motivos y responsabilidades. Dice Dios en Jeremías 17:10: «*Yo, Jehová, que escudriño los riñones, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras».* El final del versículo 23 alude, en efecto, explícitamente al pasaje de Jeremías, y muestra también que el Señor se dirige personalmente a cada uno de los miembros de cada congregación (v. también Ro. 8:27; 1 Ts. 2:5).

8. El Señor vuelve luego (vv. 24, 25) a dirigirse a la parte buena de la congregación: «Y *ahora os digo al resto de los que estáis en Tiatira, a los que no seguís la doctrina de ella y no habéis aprendido los profundos secretos, como dicen ellos, de Satanás (no os impondré ninguna otra carga): Solamente que os atengáis a lo que tenéis, hasta que yo vaya»* (NVI).

(A) El original habla de *«las profundidades* (gr. *ta bathéa) de Satanás»* (lit.), según las llamaban ellos. Se trata, sin duda, de los misterios reservados a los iniciados en el ocultismo de la «gnosis». Eran secretos que, al fin y al cabo, implicaban una rotunda emancipación de la moral cristiana, según el principio gnóstico: «todo es lícito a los perfectos». Los errores doctrinales del gnosticismo comportaban,

en la práctica, libertinaje moral, independencia de toda autoridad y hasta ribetes de falso misticismo, mezclado con pretensiones proféticas.

(B) Con todo ello, el diablo *«ganaba ventaja»* (2 Co. 2:11. V. también 1 Co. 10:20–22) por ignorar sus maquinaciones; y eso, no desde el mundo exterior, sino desde dentro de la iglesia. Dice Grau (*ob. cit.*, pág. 122): «En el mensaje dirigido a Esmirna, el diablo operaba desde la sinagoga (v. 9). En el mensaje dirigido a Pérgamo, se advierte que el diablo tiene su trono en el templo de Esculapio (v. 13), la divinidad pagana. Ahora, en Tiatira, el caso es más grave: el diablo había establecido su base de operaciones dentro de la misma iglesia».

(C) Jesús *no impone otra carga* por el hecho de prohibir el conocimiento de las llamadas «profundidades de Satanás». Es como si repitiese aquello de Mateo 11:30 *«mi yugo es fácil, y ligera mi carga»* (comp. con 1 Jn. 5:3b), mientras que los seguidores de Jezabel tenían por yugo insoportable—a juzgar por su conducta—las enseñanzas evangélicas.

(D) *«Solamente que os atengáis a lo que tenéis, hasta que yo vaya»* (v. 25. NVI), agrega el Señor. Ésta es la única carga que impone (comp. con 3:11, semejante en el fondo, y recuérdese la decisión del sínodo de Jerusalén—Hch. 15:28, 29—). Dice el original: *«Lo que tenéis* (gr. *ékhete*, en presente), lo que ya poseéis, *retenedlo* (gr. *kratésate*, en aoristo de imperativo), agarradlo con fuerza, para que nadie os lo arrebate. Aquí está incluido todo el conjunto doctrinal revelado, así como las promesas, las esperanzas y los privilegios que comporta la condición cristiana. Dice Grau (*ob. cit.*, pág. 123): «Es doctrina y vida, dogma y vivencia. Todo esto conviene que lo retengamos siempre, hasta que el Señor venga a buscarnos».

9. Llega ya la promesa (vv. 26–28) para *«el que vence y el que guarda mis obras hasta el fin»*, es decir, al que vence las tentaciones que la impía Jezabel presenta y al que hace con perseverancia las obras que agradan al Señor. Por eso, los dos verbos están en presente continuo. Lo que Cristo le promete son dos grandes privilegios:

(A) *«Autoridad (exousían) sobre las naciones»* (v. 26b), de parte del Soberano Señor de la Iglesia, que se pasea entre los siete candelabros (1:20). También él vencerá al mundo (1 Jn. 5:4, 5) y al demonio (1 Jn. 2:14; 5:18); sin olvidar, como dice Grau (*ob. cit.*, pág. 123), que «la vida cristiana no es una batalla, sino una campaña». El versículo 27 detalla la forma en que el vencedor ejercerá tal autoridad: «*Él las regirá con cetro de hierro y las hará añicos como cacharros de barro; de la misma manera que yo he recibido potestad de mi Padre»* (NVI). Analicemos este versículo:

(a) El versículo anterior extendía a los creyentes *fieles* de Tiatira el privilegio concedido a Cristo en el Salmo 2:8. El presente versículo les aplica el versículo 9 del mismo salmo, pero con una variante. El verbo hebreo *rahah* puede significar, con una pequeña variante, *regir* o *pastorear*, por una parte (v. Sal. 23:1 *«mi pastor»;* hebr. *roí);* por otra, *destruir* o *quebrantar*. Los LXX lo vertieron por *poimánein*, pastorear (como en Jn. 21:16), y de ahí toma Juan el verbo aquí. Sin embargo, el hebreo dice *«quebrantarás»*, como puede verse en nuestra Reina-Valera.

(b) Ya desde Homero (siglo IX u VIII a. de C.), los reyes eran llamados *poiménes laón*, «pastores de pueblos»; en cierto modo, los dos significados vienen a unirse aquí, lo mismo que en Salmos 2:9, puesto que *«pastorear con vara de hierro»* equivale, como observa Grau (*ob. cit.*, pág. 124), a *«pastorear con firmeza»*. Esta expresión cuadra magníficamente con el modo en que Cristo ejercerá su oficio regio durante el Milenio; el reino mesiánico milenario será un reino, y un reinado, en el que los súbditos obedecerán puntualmente las órdenes del Rey, de grado o por la fuerza.

(c) La frase vuelve a salir en 12:5 y 19:15, lo que confirma la datación de tal gobierno durante el Milenio. Entonces será cuando los que tomaron parte en la primera resurrección (v. Mt. 19:28 y comp. con Ap. 20:4, 6) participarán, de lleno, del poder regio de Cristo, lo mismo que del judicial, aunque ya desde ahora los ejercen los creyentes dentro de la Iglesia (1 Co. 6:2; 1 P. 2:9).

(d) Es cierto que esta autoridad se le concede al creyente fiel para el futuro. Pero, ya desde ahora, se siente seguro en las manos del Padre, quien controla todos los acontecimientos, prósperos y adversos, para bien de los que le aman (Ro. 8:28). Si estamos fuertemente unidos a Jesús, nada ni nadie podrá hacernos daño (v. 1 P. 3:13), como no pudieron contra los fieles de Tiatira las autoridades o gremios locales ni la tiranía imperial, por mucho que se esforzasen en arrebatarles la fe. Y, tras del séptimo toque de trompeta, se oirá desde el cielo una voz que dirá: *«Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo»* (11:15). En 3:21 hallamos cierta similitud con esta promesa. Lo de *«las hará añicos como cacharros de barro»* (NVI) lo entenderían bien los alfareros de Tiatira.

(B) La segunda promesa es (v. 28): *«También le daré el lucero de la mañana»* (NVI). Esta segunda promesa indica asimismo una participación en la gloria del Señor resucitado. Es un don igualmente escatológico que, como en 1 Corintios 15:41 y ss., implica las dotes gloriosas del cuerpo del creyente tras de la primera resurrección (comp. con 1:16; 22:16). La misma frase ocurre en 2 Pedro 1:19, al final. No se trata, pues, del llamado «lucero del alba» (Venus), sino del propio Sol, que es el que suministra al mundo la luz del día (comp. con Jn. 8:12) y es un símbolo muy adecuado del Cristo resucitado, ya que el Sol parece morir cada día cuando es sepultado en el poniente, para salir de nuevo, con renovado resplandor, al día siguiente, por levante (que, en Cristo, no es desde el horizonte bajo y lejano, sino del cenit—del mismo cielo—, como anunció Zacarías, el padre de Juan el Bautista—v. Lc. 1:78—).

Por otra parte, el Sol es llamado «el Astro-Rey», porque gobierna nuestro firmamento. Se nos promete así estar disfrutando eternamente de la compañía de nuestro Señor y Salvador. Por Números 24:17 y Mateo 2:2, compárese con Génesis 49:10, vemos que la «estrella» está en conexión con el «cetro», y así es símbolo de la realeza. La promesa tiende a contrarrestar la influencia pagana del culto al Sol, en los días en que Juan escribía el Apocalipsis. Dice S. Bartina *(ob. cit.,* pág. 658): «Cristo promete que lo que los paganos creen ser un dios, lo ofrecerá como baja criatura a sus fieles». Predomina la idea de una luz superior a la luz solar física. Por eso, las iglesias son *«candelabros»,* y sus ángeles son *«estrellas»*. Es un dato curioso el que, hasta entrada la Edad Media, el término griego que usa Pedro (2 P. 1:19, *phosphóros;* en latín, *Lúcifer*) se aplicaba a Cristo, como puede verse en el antiguo himno *«Exultet»,* que la liturgia de Roma canta en la vigilia de Pascua de Resurrección, y en el que se llama a Cristo *«lúcifer matutinus»,* «lucero de la mañana». Sólo a partir de una interpretación más profunda—en la Edad Media—de Isaías 14:12, comenzó a llamarse Lucifer a Satanás.

10. Finalmente, el estribillo común *(«Quien tenga oídos, que escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias»*—v. 29—NVI) aparece aquí en último lugar, como en las tres cartas siguientes.

CAPÍTULO 3

En este capítulo continúan las cartas dirigidas a las siete iglesias. Tenemos: I. La dirigida al ángel de la iglesia en Sardis (vv. 1–6). II. La dirigida a la iglesia de Filadelfia (vv. 7:13). III. La dirigida a la iglesia de Laodicea (vv. 14–22).

Versículos 1–6

1. Tenemos aquí el mensaje a la iglesia de Sardis. Sardis o Sardes era una ciudad situada a unos 53 km al sureste de Tiatira. Esta ciudad está hoy en ruinas; sólo queda un pequeño pueblo (Sart) al lado de las viejas ruinas. Los detalles introductorios, así como el análisis de la carta, siguen a continuación.

(A) La ciudad se hallaba situada en un saliente del monte Tmolo, con su acrópolis a unos 400 m de la llanura. Desde ella se dominaba el valle del Hermo, por el que corre el río Pactol, llamado también «Porta-oro», sin duda por las pepitas de oro que arrastraba en su corriente, procedentes de las ricas minas de oro que atraviesan su subsuelo. Era un nudo natural de comunicaciones, lo cual influyó decisivamente en su historia. Fue capital del reino lidio, especialmente próspera bajo el reinado de Creso (560 a. de C.). La riqueza de este rey llegó a ser tan proverbial, que el nombre de «Creso» ha pasado a ser el símbolo de una persona extremadamente rica.

(B) Fue tomada por Ciro el Grande (el de la Biblia) el año 549 a. de C. Los ciudadanos de la misma la creían inexpugnable, por estar construida sobre una colina cuyos lados caían perpendicularmente sobre la llanura, pero se olvidaron de fortificar un punto débil: una pequeña quebrada, que Ciro aprovechó con sus buenos escaladores para tomar la ciudad de noche y por sorpresa. La segunda parte del versículo 3 parece aludir a esta sorpresa, que no fue la única. Después de tres siglos de oscura historia, fue tomada de nuevo por sorpresa por Antíoco III el Grande (218 a. de C.) a pesar de la bravura de sus habitantes.

(C) Fue haciéndose más importante bajo el dominio de Roma, aunque la fundación de Pérgamo le fue restando importancia. El año 17 de nuestra era fue destruida casi totalmente por un violento terremoto (tercera sorpresa). Hacia el año 26 o 27 ya estaba reconstruida, gracias especialmente a la generosidad del emperador Tiberio. En agradecimiento, quiso levantar un templo en honor del emperador, pero le fue

negado el permiso; el favor le fue concedido, en cambio, a Esmirna. Sin embargo, se le autorizó a levantar un templo a la madre de Tiberio, Livia.

(D) Predominaba allí el culto a Ceres, la Démeter («madre de los dioses») de los griegos. En el tiempo en que Juan escribía el Apocalipsis, Sardis decaía rápidamente, abocada a una muerte segura, a lo que parece aludir el versículo 2, comparándola con la decadencia espiritual de su iglesia. En sus tiempos de esplendor, Sardis era renombrada por sus industrias de lana y de tintorería, y sus habitantes tenían fama de licenciosos y arrogantes (tanto por su riqueza en oro como por la supuesta inexpugnabilidad de la ciudad).

(E) La carta a Sardis es la más imprecatoria de todas, más aún que la dirigida a Laodicea, aunque también se mencionan unas pocas personas excelentes, lo que no ocurre en el caso de Laodicea.

(F) En la opinión de los que favorecen la interpretación futurista y ven en las iglesias de los capítulos 2 y 3 una representación de la historia de la Iglesia a nivel vertical, Sardis representa la época de la Reforma desde 1517 hasta, aproximadamente, el año 1800. *La Pilgrim Edition* dice que *Sardis* «significa *"los que escaparon"».* Véase la introducción al comentario a este libro donde se expone hasta qué punto puede aplicarse al tiempo de la Reforma lo que de Sardis se dice en los versículos 1–6.

2. Al comenzar con el análisis de la carta, vemos que Cristo se presenta a esta iglesia (v. 1b) como *«el que sostiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas»* (NVI). La primera expresión nos recuerda la de 1:4 y, como allí, significa el Espíritu Santo en cuanto que es *poderoso* para reanimar y dar vida a lo que queda con cierta vida, así como para derribar—también es viento huracanado—(v. Hch. 2:2) las estructuras que se han quedado fosilizadas. Al añadir *«de Dios»,* se enfatiza ese poder soberano. Las *«siete estrellas»* son mencionadas aquí, precisamente, porque su brillo debe reemplazar a «*lo que queda y está a punto de morir»* (v. 2); esto es, a los pábilos que hay que *despabilar («Sé vigilante …»*—2a—).

3. Continúa diciendo (v. 1b) el Señor: *«Sé tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto»* (lit.).

(A) Los comentarios católicos, al partir de la base de que el *ángel* es el pastor de la iglesia, y al suponer que las frases van dirigidas a él personalmente, discuten si dicho pastor se llamaba Zósimo («el que vive») o Gregorio («el que vela»), y aseguran que dicho pastor, aunque ortodoxo en doctrina, estaba en pecado mortal habitual.

(B) Para los evangélicos, no cabe duda de que dichas frases aluden al estado general de la iglesia de Sardis, la cual estaba viviendo (como la población pagana de Sardis en lo material) de las pasadas glorias, de recuerdos antiguos, de la rutina de unas formas eclesiales hueras, de unas estructuras carentes de vida, de una ortodoxia muerta. Exteriormente, no aparecía nada reprochable. No se mencionan enseñanzas falsas, problemas personales o eclesiales, persecuciones que apremien. Como dice J. Grau, «acaso su problema era la absoluta ausencia de los mismos» (*ob. cit.*, pág. 127). Era una iglesia «pacífica», con la paz propia de los cementerios. *«Gozaba,* dice Hendriksen *(ob. cit.*, pág. 73), de una buena reputación que no *merecía»*.

(C) Pero al Señor no se le oculta el estado interior de su Iglesia y, por ello, puede decir, sin equivocarse, qué grupo es realmente una «iglesia viva» y qué grupo es sólo la apariencia de «iglesia»; qué es lo que vive realmente y qué es lo que sólo aparenta tener vida. El Profesor Grau hace *(ob. cit.*, pág. 130) las siguientes aplicaciones, válidas para una iglesia del siglo XX:

(a) «Muchos que profesan ser cristianos, miembros de iglesia, tal vez por haber hecho una "decisión" un día (decisión sin arrepentimiento, decisión sin saber lo que se hacía, etc.) no son más que aquellos de quienes escribió Pablo en 2 Timoteo 3:5 que tienen la forma de la piedad, pero han negado la eficacia de la misma (cf. Mt. 7:21–23)».

(b) «¡Qué terrible posibilidad! "Tener nombre de que uno vive", es decir: no sólo creerlo uno mismo, sino los demás. Tener nombre, y sólo el nombre. Tener fama de espiritualidad y que luego el Señor diga: "¡Estás muerto!"»

(c) «Cuando hoy Jesús, en medio de la Iglesia, observa, ¿no halla esferas y formas desprovistas de sentido íntimo?É»

(d) «Hemos de confesar constantemente nuestra dependencia del Señor y de su Santo Espíritu. Solamente Él puede renovarnos y capacitarnos para su servicio y una adoración alegre y gozosa.»

4. Tras del reproche del versículo 1b, viene el consejo o exhortación, seguido de una amenaza (vv. 2, 3): *«¡Despierta! Fortalece lo que queda y está a punto de morir, porque no he hallado tus obras debidamente cumplidas a los ojos de mi Dios. Recuerda, por tanto, lo que has recibido y escuchado;*

obsérvalo y arrepiéntete. Pero si no te despiertas, llegaré como un ladrón, sin que sepas la hora en que vendré sobre ti» (NVI).

(A) Comienza la exhortación con un *«¡Hazte vigilante!»* (lit. Gr. *guínou gregorón;* dos presentes: el primero en imperativo; el segundo, en participio). Como si dijese: «Ponte en vela», *«¡Despierta!»,* como ha vertido bien la NVI. Así como la ciudad había sido tomada por sorpresa en dos ocasiones, por no estar en vela sus defensores, así también la iglesia de Sardis estaba a merced de Satanás por falta general de vigilancia.

(B) *«Y consolida lo restante que estaba a punto de morir»* (lit.). Lo que quedaba, las formas y las estructuras, las personas y las instituciones organizadas, la ortodoxia misma, estaban a punto de morir por falta de espíritu interior. El Señor expresa el motivo: *«Porque no he hallado tus obras cumplidas (*o *llenas) a los ojos de mi Dios»* (lit.). Había allí *«obras»,* sí, pero estaban vacías de contenido interior (fe, amor, servicio, esperanza, etc.); estaban, en una palabra, «faltas de peso» (comp. con Dn. 5:27) y necesitadas de refuerzo. El rabino D. Kimchi, al comentar el Salmo 1:2, dice: «Si alguien se aparta del mal camino, pero no obra el bien, *no hace su obra perfecta* (hebr. *hashelim ma'hasehu)* y no es declarado como bendecido». Las obras han de estar *perfectas* o *completas,* no sólo delante de los hombres, sino especialmente *«a los ojos de mi Dios»,* a quien nada se le oculta. El original dice, en todos los MSS, *theoú mou, mi Dios,* y no entiendo cómo ese *mi* llegó a ser omitido en el *Textus Receptus,* pasando con esa omisión a todas las versiones antiguas.

(C) *«Recuerda, pues, cómo has recibido y oíste»* (lit.), añade el Señor (v. 3); es decir, «trae a la memoria, como un recordatorio, lo mucho y bueno (cuánto y de qué calidad) que oíste, al recibir el mensaje de salvación, con sus promesas, sus privilegios y, también, con exigencia de verdadero discipulado: todo eso lo tienes recibido (en pretérito perfecto, frente al aoristo «oíste»), pero lo tienes bajo la ceniza, frío, inactivo, agonizante». *«Guárdalo y arrepiéntete»*—continúa el Señor—. Por «guardar», usa el verbo *teréo* que, como sabemos, implica algo interior, una observancia cordial, no el verbo *phulasso,* que comporta una vigilancia desde el exterior. *«Arrepiéntete»* está en aoristo, con lo que indica la urgencia del cambio de mentalidad, de una vez por todas, mientras que *térei,* «guarda», está en presente, porque indica algo que debe continuar.

(D) Ahora viene (v. 3b) la amenaza: *«Pues si no te pones en vela* (de nuevo, en aoristo), *vendré como un ladrón y en modo alguno conocerás a qué hora vendré sobre ti»* (lit.). Si la iglesia no despierta y se mantiene en vela, el Señor vendrá de improviso, como lo indica el verbo *éxo,* ya visto en 2:25, visitándola por sorpresa, sin que pueda percatarse *(gnos* es aoristo de subjuntivo) de momento, como le había ocurrido a la ciudad en las dos ocasiones en que fue tomada por el enemigo.

5. Después del fuerte reproche inicial, y de la consiguiente seria amonestación, viene (v. 4) un pequeño oasis de consuelo: *«Con todo, tienes algunas pocas personas en Sardes que no han manchado sus ropas. Ésas andarán conmigo vestidas de blanco, porque son dignas de ello»* (NVI).

(A) Vemos primero que el original no dice *psukhás,* personas en general (v. Hch. 2:41), sino *onómata* («nombres»), es decir, personas bien conocidas por su propio nombre (como el hebr. *shemoth* en Nm. 1:2, 20). Este grupito de *fieles,* de cristianos consecuentes con su profesión de fe, *no habían manchado sus ropas,* no habían sido infieles al Señor contaminándose con la fornicación idolátrica. Los creyentes recordarían su industria de lana, que saldría tan blanca de los talleres. Ni siquiera los paganos consentían que se tomase parte en sus cultos con los vestidos manchados. Entre los judíos, si caía una mancha en las vestiduras de los sacerdotes, no podían servir a Jehová en el templo; si lo hacían, su ministerio era rechazado.

(B) La promesa que Cristo hace a estos fieles cristianos de Sardes es de carácter escatológico: *«Andarán conmigo vestidas de blanco»* (NVI). Compárese con 6:11; 7:13. Lo de «porque son dignas» no significa que sus obras hayan merecido estas vestiduras, sino porque, al haber nacido de nuevo, han sido blanqueadas por la sangre del Cordero y las han guardado limpias (comp. con Sal. 119:9) de idolatría e inmoralidad por medio de su obediencia a la Palabra de Dios, y capacitados por la gracia del Señor y el poder de su Espíritu. Los judíos, de acuerdo con el apócrifo de 2 Esdras 2:40, tienen en su Targum el dicho siguiente: «Los que caminan con Dios durante su vida, *son dignos* de caminar con Él después de su muerte». Recordemos que el vocablo griego *áxios,* más bien que «digno», significa «competente, cualificado» (comp. con Mt. 3:8; Jn. 1:27, por ejemplo). En su etimología (*axis*), significa equilibrio en el fiel de la balanza, e indica que en la conducta digna y paciente del buen cristiano hay algo que corresponde al *«excelente y eterno PESO de gloria»,* al que se refiere Pablo en 2 Corintios 4:17.

6. El versículo 5 contiene la promesa: *«El que venza será también vestido de blanco, como ellas. No borraré jamás su nombre del libro de la vida, sino que reconoceré su nombre en presencia de mi Padre y de sus ángeles»* (NVI). La promesa, pues, es doble:

(A) En la primera, se nota una alusión a las industrias de lana de la ciudad de Sardis. El verbo griego que Juan usa aquí es mucho más fuerte que el que se emplea corrientemente para «vestir». Literalmente dice: *«Será cubierto* (envuelto) *en vestiduras blancas»*. El verbo da a entender que todo el ropaje que cubre a la persona es de un blanco espléndido, significando la participación en la gloria del Cristo resucitado, como premio con que Dios recompensa una conducta inmaculada.

(a) En efecto, el blanco es símbolo de victoria, de paz, de pureza, de alegría festiva. «En el mundo pagano del Asia Menor, dice Bartina *(ob. cit.*, pág. 660), como en toda el área griega, fue corriente ofrecer espléndidos y variados vestidos a las divinidades como don votivo.» Y continúa: «Gracias a una inscripción, hallada por los austríacos en las excavaciones de Éfeso, se sabe que se condenó a muerte a cuarenta y cinco habitantes de Sardes por haber maltratado, a causa de rivalidades religiosas, a unos embajadores de Artemisa efesina que llevaban una ofrenda de vestidos a la estatua de la diosa que se veneraba en un templo de Sardes».

(b) Lo que no sabemos es lo que opinará el jesuita Bartina sobre la semejanza de estos «dones votivos» a las divinidades paganas con los mantos y joyas de precio incalculable con que los catolicorromanos de España adornan las imágenes y peanas de sus «santos», especialmente de la Virgen María.

(c) Por su parte, J. Gill cita a Maimónides, quien dice lo siguiente acerca del examen que el Sanedrín hacía a los candidatos levitas para el sacerdocio:

> *Examinaban a los sacerdotes respecto a sus genealogías y defectos de cualquier clase; cualquier sacerdote en cuya genealogía se hallase algo defectuoso era vestido y cubierto de negro, y echado del tribunal; pero todo el que era hallado perfecto y recto era vestido de blanco, y entraba a tomar parte en el ministerio con sus hermanos los sacerdotes.*

(B) La segunda promesa del Señor a dichas personas de Sardis es (v. 5b): *«No borraré jamás su nombre del libro de la vida, sino que reconoceré su nombre en presencia de mi Padre y de sus ángeles»* (NVI). El original repite, en sus dos formas, el adverbio simple de negación: *ou me*. Esta repetición como sabemos (v. por ej. Jn. 6:37), es enfática y equivale a «de ninguna manera», «en absoluto», «jamás». La promesa se halla primero en forma negativa *(«no borraré …»)* y después en forma positiva *(«reconoceré …»).*

(a) La primera parte de la promesa requiere una explicación. Sería equivocado, un grueso error, contrario al conjunto de la Palabra de Dios, deducir de aquí que los que han sido escritos en el libro de la vida del Cordero pueden ser borrados de él y perder así la salvación adquirida. La frase ha de entenderse en el contexto histórico en que se redactó. Se alude aquí, lo mismo que en 22:19 (según el Sinaítico y unos pocos códices unciales)—compárese con 13:8; 20:12, 15; 21:27—, a la descripción personal en los registros de los respectivos municipios; en esos registros se iban añadiendo los nombres de los que nacían o venían a residir en la localidad, y se iban borrando los de los que morían o se marchaban a residir en otro lugar; poco más o menos, como suele hacerse hoy en el censo.

(b) Es probable que haya aquí una especial alusión al registro del pueblo de Israel, pues los que eran inscritos en él adquirían derecho a las promesas de prosperidad mesiánica (v. Éx. 32:32; Sal. 69:28; Is. 4:3) y, después, a los bienes escatológicos (v. Dn. 12:1 y comp. con Lc. 10:20; Fil. 4:3; He. 13:23). En conclusión, «ser borrado» de este registro, lo mismo que «no estar inscrito», equivale a «quedar excluido».

(c) Finalmente, el Señor les asegura: *«confesaré* (gr. *homologuéso),* es decir, reconoceré, no negaré (comp. con Jn. 1:20), *su nombre delante de* (mejor, *a los ojos de) mi Padre y a los ojos de sus ángeles»* (lit.). Los nombres de estos adalides de la fe, de estos verdaderos discípulos del Crucificado, no serán olvidados; Cristo los reconocerá delante de Dios Padre y de sus ángeles, como Él mismo prometió en Lucas 9:26.

7. El versículo 6 contiene el estribillo común, que, en estas cuatro últimas cartas, aparece al final, como ya lo hemos visto en 2:29.

Versículos 7–13

1. Comienza aquí el mensaje a la iglesia en Filadelfia y, como en las demás cartas, damos primero algunos detalles descriptivos de esta ciudad.

(A) Filadelfia fue fundada por Atalo II, rey de Pérgamo (reinó del 159 al 138 a. de C.), cuya lealtad a su hermano Eumenes le ganó el epíteto de «Filadelfo», que, en griego, significa «amigo del hermano». En justa correspondencia, Eumenes dio a la ciudad el nombre de Filadelfia, esto es, «afecto fraternal» (en este sentido ocurre dos veces el vocablo griego *philadelphía* en 2 P. 1:7).

(B) Situada a unos 45 km al sureste de Sardis, en un valle fertilísimo regado por el río Cogamis, afluente del Hermo, tenía la acrópolis, o cima de la ciudad, colocada sobre un triple montículo. Su envidiable posición en la cabecera de aquel valle tan fértil (debido al subsuelo volcánico), que llegaba hasta el mar cerca de Esmirna, pasando por Sardis, hizo que Atalo II la destinase a ser un centro de difusión del lenguaje y de las costumbres helénicas en toda la región de Lidia y Frigia.

(C) De ahí que fuese una ciudad apta para la acción misionera (v. lo de *«puerta abierta»* en el v. 8) con éxitos notables, tanto en la proyección de la cultura griega, como en la difusión del Evangelio. Me resulta extraño que los sostenedores del nivel vertical futurista en la representación de estas iglesias, hayan visto en Filadelfia la época de los reavivamientos (siglo XIX y parte del XX) frente a la incredulidad de las masas en una época que se ha caracterizado por toda clase de revoluciones, pero no mencionen, con base en el versículo 8, la fundación de numerosas organizaciones misioneras que tuvieron lugar precisamente en ese período de la Historia de la Iglesia, mientras que los reavivamientos comenzaron mucho antes, especialmente en el siglo XVIII.

(D) La ciudad fue destruida por el terremoto que destruyó también a Sardis el año 17 d. de C. Tiberio mandó reconstruirla y le prestó su ayuda generosa, como a Sardis, por lo cual levantaron un templo a Germánico, hijo adoptivo del emperador. Tenían ya erigido un templo al Dios Diónisos (gr. *Diónusos)* o Dionisio. Este dios era llamado por los romanos «Baco» y era tenido por «dios del vino»; de ahí que el vocablo «bacanales» signifique las fiestas dedicadas a este dios, con profusión de borracheras.

(E) A consecuencia de la protección del emperador, recibió el nombre de Neocesarea. Medio siglo más tarde, cambió el nombre por el de Flavia, en honor de Vespasiano. A este cambio de nombres, tomados de los «divinos» emperadores, alude sin duda la carta (v. 12) con la mención de otros tres nombres inamovibles, y del Dios *verdadero,* así como lo de «columna» firme (v. 12a) alude a la inestabilidad de la ciudad frente a los terremotos, etc.

(F) La *lealtad* de Atalo II hacia su hermano Eumenes es sobrepasada por la lealtad de esta iglesia a Cristo (vv. 8, 10). La *«corona»* mencionada en el versículo 11 hace referencia a los festivales paganos de la ciudad, en los que los asistentes solían llevar coronas de laureles en honor de los dioses. Había allí un poderoso grupo de judíos (v. 9).

(G) Ignacio de Antioquía, martirizado a mediados del siglo II, en su epístola a los cristianos de Filadelfia (párrafos 3, 5 y 10), alude a la excelente reputación de que gozaba esta pequeña comunidad cristiana, a la cual visitó en su viaje de Antioquía a Roma, donde sufrió el martirio. En la persecución general de Trajano (años 111–112 d. de C.), unos quince años después que se escribió el Apocalipsis, todas las iglesias sufrieron mucho, excepto la de Filadelfia, a lo que parece aludir proféticamente el versículo 10.

(H) Igualmente permaneció intacta, casi milagrosamente, cuando el naciente mahometismo exterminó prácticamente todas las iglesias del Asia Menor. Durante las invasiones de Tamerlán (siglo XIV), nuevamente fue protegida milagrosamente, mientras todas las demás iglesias del Asia Menor eran borradas de la faz de la tierra. Como dice Barchuk *(ob. cit.,* pág. 85): «Aun los mismos mahometanos no podían comprender esto, porque nadie molestó a la iglesia de Filadelfia y la llamaron *Alashir*, es decir, "Ciudad de Dios"». Añadamos, para terminar esta introducción, que actualmente es una ciudad grande, con unas doce iglesias, pero ninguna de ellas es evangélica.

2. El Señor se presenta a esta iglesia (v. 7) como *«el Santo»* (comp. con 1 Jn. 2:20), epíteto que, en el contexto general de la Biblia, se aplica a Jehová, y «El *Verdadero»* (gr. *alethinós*, en el doble sentido de «genuino» y «verídico»), en contraste con los mentirosos de la sinagoga de Satanás (v. 9), que son unos embusteros. También se presenta (v. 7b) como *«el que posee la llave de David. Lo que él abre, nadie lo puede cerrar; y lo que Él cierra, nadie lo puede abrir»* (NVI). Tenemos aquí una cita de Isaías 22:22, donde se usa como símbolo de autoridad; se indica así que Cristo tiene el supremo poder y la suprema

autoridad en el Reino de Dios (comp. con 5:5 y Mt. 28:18). Curiosamente, ninguno de los tres títulos que Jesús se da a sí mismo en este versículo figura en el capítulo 1.

3. Viene luego la alabanza del Señor (v. 8): *«Conozco* (lit. *sé) tus obras. Mira que he puesto delante de* ti *una puerta abierta que nadie la puede cerrar. Ya sé que tienes poca fuerza* (lit. *poder), pero has guardado mi palabra y no has negado mi nombre»* (NVI).

(A) El Señor está muy bien enterado de todo lo que hace su Iglesia, bueno o malo, así como lo que deja de hacer. En este caso, se trata de obras excelentes, como lo muestra la segunda parte del versículo, después de una especie de paréntesis. Tres veces en sólo dos versículos (8 y 9)—y una más según el *Textus Receptus,* al comienzo del v. 11—sale el vocablo griego *idoú* (¡mira!, ¡he ahí!), que, en este contexto, indica admiración ante algo excelente (comp. con Hch. 9:11).

(B) La *«puerta abierta, que nadie la puede cerrar»* significa que el Señor tenía preparada para la fiel iglesia de Filadelfia una magnífica oportunidad para predicar el Evangelio, así como también una poderosa acción de la gracia divina para preparar oídos atentos al mensaje (comp. con Hch. 14:27; 16:14; 2 Co. 2:12; Col. 4:3). Éste es el primero de los dos aspectos en que la iglesia de Filadelfia aventaja a la de Esmirna, quizá porque las condiciones de ambas ciudades y, también, de ambas comunidades cristianas eran diferentes.

(C) *«Tienes pequeño poder»* (lit.), añade el Señor. Se refiere al poder material, puesto que era una iglesia pequeña en el número de sus miembros, y pobre en recursos materiales, por ser sus componentes de baja condición social; pero eran ricos en bienes espirituales, leales a Dios y fieles a su palabra, cosas que comportan, no un poder humano, sino el verdadero *poder* del Espíritu de Dios (comp. con Sof. 3:11, 12). En efecto, dice el Señor que a pesar de su pequeñez (v. 8b): *«has guardado* (gr. *etéresas*—verbo que comporta una observancia interior efectiva—; el verbo está en aoristo ingresivo) *mi palabra, y no has negado mi nombre»,* es decir: «me has confesado con toda valentía y afrontado cualquier riesgo». El nombre, como sabemos, indica la persona, como en 2:3, 13.

4. A esta excelente iglesia de Filadelfia, Cristo le promete *cuatro* magníficas recompensas (vv. 9–12—dos generales, y otras dos particularizadas—): tres, para el tiempo presente; una, para el final. Hallamos la primera en el versículo 9: *«Mira lo que voy a hacer con esos que son de la sinagoga de Satanás, que alegan ser judíos, pero no lo son, sino que son unos embusteros; yo haré que vengan y caigan postrados a tus pies y reconozcan que yo te quiero* (lit. *te amé*-aoristo ingresivo—)» (NVI).

(A) En contraste con el que es *«Verdadero»* (v. 7), se mencionan aquí unos judíos de raza, pero que no merecían tal nombre, pues *Judá (Yehudá)* significa «alabanza agradecida» (a Jehová), mientras que ellos iban contra Jehová al ir contra Cristo (v. Jn. 5:23; 12:44; 14:1; 15:23); e iban contra Cristo al ir contra los cristianos (v. Hch. 9:5). Por eso dice el Señor que son unos *embusteros al alegar que son judíos,* pues, en lugar de ser de la familia de Dios, son de la familia del diablo (v. Jn. 8:39–47). Lejos de pertenecer al verdadero *qahal* de Israel, pertenecen a *la sinagoga de Satanás.*

(B) En este contexto, la primera promesa de Cristo a esta iglesia (v. 9b) es que la iglesia de Filadelfia, no sólo *prevalecerá* contra los «falsos judíos» que la acosan (comp. con 2:9), sino que los *conquistará,* hasta el punto de que muchos de ellos se convertirán (no se trata aquí de la conversión, casi masiva, de Israel—Ro. 11:26—), y los convertidos participarán alegres de la victoria de los cristianos gentiles, y reconocerán que Dios—Jehová—les ha amado como amaba al propio pueblo elegido de Israel (v. 1 P. 2:10). Hallamos aquí una clara alusión a Isaías 60:14, compárese con 45:14; 49:23.

5. Viene luego la segunda promesa (v. 10): *«Puesto que has guardado mi consigna de aguantar con paciencia, yo también te preservaré de la hora de prueba que está a punto de venir sobre el mundo entero para poner a prueba a los que viven en la tierra»* (NVI).

(A) Obsérvese primero, como hace notar Davidson (*ob. cit.,* pág. 79), la reciprocidad con que Dios recompensa a esta iglesia: *«Pues guardaste* (gr. *etéresas) la palabra …, también yo te guardaré* (gr. *tereso*—el mismo verbo—)». Como si dijese: Así como has hecho tú conmigo, así haré yo contigo (comp. con Jn. 14:21, 23; Gá. 6:7).

(B) *«La palabra de mi paciencia»* puede entenderse de varias maneras: (a) El mandato de Cristo de aguantar pacientemente por su causa. Así lo entiente F. F. Bruce *(ob. cit.,* pág. 1.686) y así lo ha vertido la NVI. (b) El Evangelio de la Cruz donde se muestra la paciencia de Cristo. Éste es el parecer de Hendriksen (*ob. cit.,* pág. 75). (c) El mismo Evangelio *total* de Cristo, observado perseverante y pacientemente, a pesar de todas las dificultades que puedan presentarse. Así opina Bartina (*ob. cit.,* pág. 662). La primera y la tercera de estas opiniones me parecen las más probables. Podría resumirse en: «la

consigna del discipulado», el cual comporta el privilegio de compartir los sufrimientos de Cristo (comp. con 1:9).

(C) A esto responde (v. 10b) la segunda promesa del Señor a la iglesia de Filadelfia: «*También yo te guardaré de la hora de la prueba que está a punto de venir sobre toda la tierra habitada para poner a prueba a los que habitan sobre la tierra»* (lit.). Esta segunda parte del versículo 10 exige un análisis más detallado:

(a) Hay quienes opinan que el uso de la preposición *ek* (de entre) en lugar de *apó* es una indicación de que esta iglesia (la Iglesia) entrará en la Gran Tribulación, aunque será protegida dentro de ella o sacada de entre ella. Pero el contexto próximo posterior y el de todo el libro del Apocalipsis van en contra de tal opinión. Por tanto, el sentido ha de ser que será preservada de tal tribulación.

(b) El original dice: *«te guardaré de* (entre) *la hora de la prueba»*, donde el griego tiene *peirasmoú* en lugar de *thlípseos*. Pero, también por el contexto, se ve claro que dicha *prueba* coincide con el *«tiempo de angustia»* de Jeremías 30:7; Daniel 12:1, *«el gran día de Jehová»* de Sofonías 1:14, 15; 2 Pedro 3:10, y la *«Gran Tribulación»* de Mateo 24:21. Dice Bruce (*ob. cit.*, pág. 1.686): «Ésta es la visitación descrita en las series sucesivas de las visiones de juicio desde 6:1 en adelante, juicio contra los "habitantes de la tierra"—expresión frecuente en Apocalipsis—, que excluye al pueblo de Dios».

(c) En efecto, el verbo que Juan usa para designar a dichos «habitantes» es *katoikoúntas* (en participio de presente). Dicho verbo tiene siempre el matiz de fuerte adhesión al lugar donde se reside. Son los que tienen el corazón puesto enteramente en las cosas de la tierra. El propio Bartina admite que «los que habitan sobre la tierra» son, «en todo el resto del Apocalipsis (6:10; 8:13; 11:10; 13:8, 12, 14; 17:2, 8), los hostiles a Cristo, por tanto los no cristianos».

(d) El detalle que contundentemente determina la naturaleza de la «prueba» a la que aquí se alude es su localización: No afecta sólo a una región o área particular, sino a *«toda la tierra habitada»* (gr. *epí tes oikouménes hóles).* El vocablo griego *oikouméne*, la tierra habitada (como la *casa* o habitación de todos los hombres en general), ocurre 15 veces en todo el Nuevo Testamento (aquí y en Mt. 24:14; Lc. 2:1; 4:5; 21:26; Hch. 11:28; 17:6, 31; 19:27; 24:5; Ro. 10:18; He. 1:6; 2:5; Ap. 12:9; 16:14) y siempre tiene este sentido de universalidad. De él se deriva el grupo de vocablos castellanos y de otras lenguas que tienen que ver con el «ecumenismo».

(e) La expresión *«que está a punto de venir …»* no ha de llamarnos a engaño, pues especifica bien el carácter escatológico de la prueba, ya que el Día de Jehová, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento, siempre es presentado con cierto carácter de «inminencia», a fin de estimular la vigilancia, la oración y la conducta realmente cristiana: *«Estad, pues, siempre en vela y orad para que podáis escapar de todo lo que va a suceder, y presentaros con la cabeza alta ante el Hijo del Hombre»* (Lc. 21:36. NVI). Son palabras del Señor Jesucristo, y su parecido con las del versículo que venimos comentando es evidente. Comenta Davidson *(ob. cit.*, pág. 81): «Esto parece lo suficientemente claro, que la Iglesia no pasará por la tribulación, sino que será guardada de ella».

6. Es en conexión con ese versículo 10 como se entiende mejor la exhortación general que sigue a continuación (v. 11): *«Mira que vengo enseguida; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona»* (RV 1977).

(A) Como en otras ocasiones (v. 2:16; 22:7, 12, 20), *«Vengo enseguida»* tiene el tono de urgencia y rapidez. Viene Jesús a recibir en el aire (1 Ts. 4:16, 17) a los que le esperan (He. 9:28). Dice Davidson: «Ésta es probablemente la razón por la que los poderes satánicos se concentran al presente en el aire, para ser expulsados en breve y arrojados a la tierra para ser causa de la gran tribulación» (*ob. cit.*, págs. 81, 82).

(B) La frase *«retén lo que tienes»* es la misma de 2:25, con dos pequeñas diferencias gramaticales: (a) En 2:25 está en plural; aquí, en singular, (b) En 2:25 está en aoristo; aquí está en presente, para señalar mejor la necesidad de estar siempre agarrando firmemente lo que se tiene. Otros lugares en que se expresa la necesidad de asirse firmemente de algo son Colosenses 2:19 *(«de la Cabeza»);* 2 Tesalonicenses 2:15 *(«de las enseñanzas»);* Hebreos 4:14 *(«de nuestra profesión»);* Hebreos 6:18 *(«de la esperanza puesta delante de nosotros»). «Lo que tienes»* podría describirse en términos muy generales: la Palabra, la gracia, la fe, el poder del Espíritu, etc. Pero en el contexto actual se refiere, en mi opinión, a la lealtad que la iglesia de Filadelfia había guardado hasta entonces a su Señor.

(C) *«Para que nadie tome tu corona»* es una alusión a la corona de los festivales paganos, pero aquí está en la línea de 2 Timoteo 4:8; 1 Pedro 1:4. No significa que haya el peligro de que otra iglesia pueda

arrebatar la corona de Filadelfia, como el «primer premio» de 1 Corintios 9:24, sino que siempre existe el riesgo de que un creyente o una iglesia pierdan la recompensa prometida a los que conservan el primer amor. Providencia divina y libertad humana no se excluyen mutuamente, sino que se conjugan admirablemente (v. por ej., Jn. 8:32 y ss.).

(D) Nótese, en fin, que también a la iglesia de Sardis se le amonesta a *guardar* (3:3); pero el contexto, además del verbo, es diferente: allí va acompañado de reproches y se trata de consolidar lo poco bueno que queda; aquí va acompañado de alabanzas y se trata de conservar lo mucho bueno que hay. También es de advertir que, a pesar de todo lo que hayamos de sufrir, la *«corona»* es para siempre, con tal que no la dejemos escapar.

7. Vienen ahora (v. 12) las dos promesas restantes. Aunque están en forma particularizada, tienen un sentido general: «*Al que venza, yo le haré columna en el templo de mi Dios, y ya no saldrá jamás de allí. Escribiré sobre él el nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la que está bajando del cielo, de parte de* (gr. *apó,* desde) *mi Dios; y también le escribiré sobre él mi nuevo nombre»* (NVI).

(A) *«Yo le haré columna en el templo de mi Dios.»* Esta promesa está llena de significado:

(a) Pedro dice que todos los creyentes somos *«piedras vivas»,* que somos *sobreedificados sobre la principal piedra del ángulo* (1 P. 2:4–7; comp. con Ef. 2:20, 21). Pero, como hace notar Barchuk (*ob. cit.,* pág. 88), «columna en el templo es algo mucho más grande que una simple piedra en la pared», puesto que «la columna es el adorno y el sostén del templo». En 1 Reyes 7:15, 21, vemos que el templo de Salomón descansaba sobre dos columnas que sostenían el gran pórtico: una, al lado derecho, a la que puso el nombre de *Yaquín,* que significa «Jehová ha dado estabilidad»; otra, al lado izquierdo, a la que llamó *Boaz,* que significa «en la fuerza (de Jehová)». También la iglesia de Filadelfia tenía fuerza y estabilidad, a pesar de ser una comunidad pequeña. Por eso, era *columna y baluarte de la verdad* (1 Ti. 3:15), con mayor potencia y estabilidad que la iglesia de Éfeso, a la que Pablo alude en dicho lugar.

(b) Del «templo» se sigue hablando en 7:15; 11:19; 14:15, 17; 15:5, 6, 8; 16:1, 17. Si la *única* cosa que David deseaba con toda su alma—según el original hebreo—era: *«que yo esté en la casa de Jehová todos los días de mi vida»* (Sal. 27:4), aquí se promete a la iglesia de Filadelfia ser *columna* inconmovible, sin que haya terremotos que la puedan destruir (como le había ocurrido a la ciudad en el año 17 de nuestra era) ni atemorizar; tampoco existe fuerza humana que pueda arrojarla del templo de Dios, pues el Señor asegura: «*y ya no saldrá jamás de allí»* (NVI).

(c) El honor especial que, para la iglesia de Filadelfia, había de suponer ser *«columna en el templo de Dios»* es puesto de relieve por Ryrie, quien alude «a la costumbre de honrar a un magistrado colocando una columna, en su nombre, en uno de los templos de Filadelfia».

(B) Viene a continuación (v. 12b) la cuarta promesa, en la misma línea que la tercera, que acabamos de comentar. *«Escribiré sobre él el nombre de mi Dios …».* Varios son también aquí los detalles dignos de especial consideración:

(a) Tanto *«el que venza»,* como *«columna»,* como *«él»* son masculinos en griego (gr. *nikón, stúlon, autón),* por lo que la inscripción de los tres nombres que se enumeran a continuación puede referirse al creyente como *persona* o como *columna,* aunque los dos sentidos son compatibles. En las columnas de los templos había inscripciones referentes a las divinidades que en ellos se adoraban.

(b) La comparación con la propia ciudad de Filadelfia nos da otra pauta adicional para referir estos nombres, porque la ciudad misma había tenido tres nombres diferentes y, al fin, los tres caducaron, puesto que ninguno de ellos permaneció, mientras que Cristo impone a los suyos un nombre glorioso y definitivo: *«escribiré sobre él el nombre de mi Dios»,* como un sello de protección (comp. con 7:2, 3) sobre el pueblo santo, escogido, de Dios (v. 1 P. 2:9, 10).

(c) Continúa diciendo: «*… y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén …».* Si el nombre de Dios era como el sello de protección sobre sus hijos, *el nombre de la ciudad de Dios, la nueva Jerusalén* (21:1) indica que está inscrito en el padrón de dicha ciudad (comp. con Fil. 3:20). Ya estamos, todos los creyentes, registrados en ese padrón, pues somos ciudadanos de ella por derecho (Ef. 2:6). Para esa ciudad, como dice J. Grau *(ob. cit,* pág. 135), «ya tenemos el pasaporte en regla».

(d) En su éxtasis, Juan había visto la nueva Jerusalén *bajando* (gr. *katabaínousa,* en participio de presente, lo mismo que en 21:2) *del cielo,* descendiendo *desde Dios,* como un don suyo (v. el comentario a 21:1 y ss.) que la nueva tierra (v. 21:1) ha de recibir, pues la actual no está en las condiciones de pureza y santidad que se requieren para tal regalo.

(e) Un tercer nombre será inscrito *sobre el que venza: «y también escribiré sobre él mi nuevo nombre»*. Esto indica que se trata de un nuevo nombre, no del creyente, sino del propio Jesucristo. Sabemos que Jesús recibió, con manifestación gloriosa, *el nombre* (Fil. 2:9, 10). Quizás coincida con el de 2:17, contando con que la «piedrecita blanca» llevaría, con gran probabilidad, tanto el nombre de Jesús como el del creyente, según su peculiaridad espiritual (v. el comentario a 2:17). Bartina es de opinión *(ob. cit.,* pág. 663) que el nombre nuevo, como el que se puso a las dos columnas del templo de Salomón, es más bien el nombre nuevo que Cristo pone al que venza, y que Cristo puede llamar suyo porque Él lo da y porque guarda relación con Él. Prefiero la opinión de Bruce de que es «el nombre de Cristo, su Señor» *(ob. cit.*, pág. 1.686).

«Es raro, agrega Bartina en el mismo lugar, que, según el orden de dignidad, se anteponga el nombre de la Iglesia triunfante, esposa, al de Cristo, esposo». Pero, suponiendo que la nueva Jerusalén sea, en efecto, la Iglesia, no ha de extrañar que se la nombre antes, por la sencilla razón de que va conectada, como *«la ciudad de mi Dios»*, con el nombre que antecede: *«el nombre de mi Dios»*.

(f) Así pues, «el que venza» disfrutará de los privilegios que comportan los tres nombres que serán inscritos sobre él. Notemos también finalmente que la palabra «ciudad», además de «residencia estable» (v. Gn. 4:14 *«errante y extranjero»;* versículo 17 «… *edificó una ciudad»),* comporta varios matices: número, seguridad, comunión, belleza, etc.

8. El mensaje termina (v. 13) como en las tres últimas cartas, con el llamamiento común: *«Quien tenga oídos, que escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias»* (NVI). El mensaje a la iglesia en Filadelfia nos debe llenar de estímulo, al saber que las maravillosas promesas que el Señor hace a esta iglesia serán nuestras también si de veras GUARDAMOS SU PALABRA Y NO NEGAMOS SU NOMBRE (v. 8). ¡Que Él nos conceda serle tan leales como era este grupo de creyentes, pequeño y débil en la carne, pero valioso y poderoso en el Espíritu del Hijo de Dios!

Versículos 14–22

1. Comienza aquí la séptima y última carta a las iglesias del Asia Menor. Es la más interesante y pintoresca de todas ellas y va dirigida a la iglesia en Laodicea.

(A) Esta ciudad se encontraba a 65 km al sureste de Filadelfia, junto al río Lico, en su confluencia con el río Meandro. Sus ruinas yacen junto a la actual Denizli y cerca de Honaz (la antigua Colosas), dentro del campo visual de las imponentes ruinas de la Hierápolis. Era un excelente nudo de comunicaciones, por converger en ella las tres vías más importantes de toda la región: Del noroeste, venía una por Tróade, Sardis y Filadelfia; por el nordeste, la de Dorilea y el norte de Frigia; y hacia el sureste, partía la que conducía a Atalia, Perge y Siria.

(B) Fue fundada por Antíoco II (261–246 a. de C.), quien le puso el nombre de su esposa Laodicea, que significa «justicia (o juicio) del pueblo». Ella le recompensó más tarde envenenándole. Desde el comienzo de la época romana, fue un gran centro comercial y administrativo. Sacudida por constantes terremotos durante los años 60 y 61 de nuestra era, no aceptó ninguna ayuda monetaria, orgullosa de su riqueza, aunque se le concedió exención de impuestos, a fin de ayudar a sus habitantes a reconstruir la ciudad.

(C) Tres notas destacaban en Laodicea: (a) Las fructuosas operaciones bancarias y las numerosas transacciones comerciales, de donde procedía su opulencia; (b) La floreciente industria de tejidos, especialmente en fina lana negra, y sus famosas alfombras; (c) Era sede de una prestigiosa escuela de medicina, sobre todo de oculistas como Zeuxis y Alejandro Filetes. Las tres son aludidas en el mensaje que comentamos.

(D) La iglesia fue fundada probablemente por Epafras de Colosas. En la ciudad había termas, teatros, estadio y gimnasio. Laodicea fue destruida por completo el año 1042 por el guerrero asiático Temur.

(E) La severidad de la carta, en la que todo son reproches, sin alabanza alguna ni honrosas excepciones, va sin embargo mezclada con fina ironía y delicada ternura. De entre las siete cartas, es la única que se asemeja en fraseología y argumentación al estilo de Pablo; quizá se deba esto a resonancias de la epístola del apóstol a esta ciudad, epístola de la que se nos informa en Colosenses 4:16, aunque no faltan comentaristas que identifican dicha epístola con la que figura en el Nuevo Testamento como dirigida a los efesios.

2. Con tres títulos se presenta el Señor (v. 14) al comienzo del mensaje: *«Éstas son las palabras del Amén, del testigo fiel y veraz* (gr. *alethinós*, como en el v. 7), *del soberano de la creación de Dios»* (NVI).

(A) *«El Amén»* (comp. con 2 Co. 1:19–21) significa que Cristo es aquel «en quien la revelación de Dios halla su perfecta respuesta y su cumplimiento» (F. F. Bruce, *ob. cit.*, pág. 1.687). Esto requiere ulterior explicación:

(a) El vocablo hebreo *amén* se deriva del verbo *amán*, sustentar (como soporte que da firmeza y seguridad), y de ese verbo se forman muchos vocablos bíblicos que vienen a constituir una interesante familia de términos de la misma raíz *amán*. Los principales son: *amón*, arquitecto (v. Pr. 8:2, 30); *emunah*, fe, fidelidad; *emet*, verdad, seguridad; *omná*, columna; *amná*, educación; *amaná*, decreto, pacto confirmado.

(b) Este vocablo *amén* que vemos aquí, significa «firme, fiel, veraz»; y, como adverbio, «de cierto, así es, así sea». Repetido *(amén, amén)*, tiene aspecto de fórmula de juramento o doxología; con esta repetición aparece numerosas veces en el Evangelio según Juan (hebr. *amén veamén).* En Isaías 65:16, se dice de Dios «Dios firme, veraz» *(Eloey amén).* Por eso, se dice en 2 Corintios 1:20 que Cristo es *el Sí y el Amén de Dios*, porque en Él se hacen definitivamente firmes las promesas divinas. Cristo es, pues, el garante de la verdad divina en su calidad de único Mediador entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5); por lo que resulta el soporte *firme*, inconmovible, en una ciudad sacudida tantas veces por los terremotos, y cuya iglesia se halla lejos de la firmeza que el Señor tiene derecho a esperar de ella.

(B) En segundo lugar, Cristo se presenta como *«el testigo fiel y veraz»* (conceptos que también se incluyen en el vocablo *amén)*, con el matiz de «alguien que sabe lo que dice y dice lo que sabe»: infinitamente sincero, contra la tremenda hipocresía de esta comunidad de fariseos.

(C) En tercer lugar, el Señor se presenta como *«el principio de la creación de Dios»* (lit.). Esto requiere análisis especial, por cuanto los llamados «Testigos de Jehová» hallan aquí uno de sus argumentos contra la Deidad del Salvador, como si la frase significase que Cristo es el primero de los seres creados por Dios. Es de notar, sin embargo, que el original no dice *prótos*, primero, sino *arkhé*, principio. ¿En qué sentido? Dos son las soluciones: (a) Como en Juan 1:3; Colosenses 1:16, puede significar que Cristo es Aquel por medio de quien Dios creó todas las cosas (comp. con Pr. 8:22 y ss.). Así lo interpretan la mayoría de los autores; (b) También podría significar, como en Colosenses 1:15, que Cristo es el *jefe* o soberano (el *arconte)* de toda la creación (comp. con el v. 21). El primer sentido es el más probable, pero ambos (el de creador-arquitecto—comp. con Pr. 8:30; Mt. 16:18—y el de jefe soberano) se aplican bien a Cristo como al Fundador y Señor de la Iglesia, y preparan la reprensión dirigida a la comunidad cristiana de Laodicea, cuyos miembros, como dice Bartina *(ob. cit.*, pág. 665), «pecaban de autosuficiencia religiosa errada».

3. Como no halla aquí el Señor nada que alabar, sigue inmediatamente la reprensión (v. 15): *«Conozco* (lit. *sé) tus obras, que no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueses lo uno o lo otro!»* (NVI). En esta «tibieza» no se expresa una condición mediocre, sino malísima, pues el estado de esta iglesia es comparado por el Señor a algo muy expresivo para los habitantes de Laodicea: De Colosas y de Hierápolis, por unas cañerías de las que aún se conservan restos, venían a Laodicea las aguas termales que, poco a poco, se iban entibiando a su paso bajo el terreno hasta llegar a las termas de los baños de la ciudad, cruzándose a veces con el agua fresca, potable, que procedía de los manantiales próximos a la ciudad.

«Nada más mareante, dice Bartina en el mismo lugar, que el agua termal, fuertemente mineral, tibia.» El agua termal, entibiada por el terreno o por la mezcla con el agua potable, resultaba demasiado fría para el baño; demasiado tibia, nauseabunda, para beberla. Lo mismo pasaba con la iglesia de Laodicea: No se mencionan herejías, contiendas ni inmoralidades de baja estofa, sino, lo que es peor, orgullo farisaico, crudo materialismo, marcada indiferencia, autosuficiencia arrogante y engreimiento espiritual. Y, como dice Grau *(ob. cit.*, pág. 137), «hay más esperanza para el frío que para el indolente». En efecto, de un rebelde como Saulo sacó el Señor el gran apóstol de los gentiles; en cambio, un Agripa se quedó en un «casi cristiano» (v. el comentario a Hch. 26:28). De ahí la amarga queja de Cristo: *«Ojalá fueses frío o caliente!»* (lit.).

4. Enseguida viene la amenaza (v. 16): *«Así que, como eres tibio—ni caliente ni frío—, estoy a punto de escupirte de mi boca»* (NVI). Este versículo contiene una seria amenaza del Señor, pero ha de notarse, como muy bien ha vertido la NVI, que el original no dice: «te escupiré …», sino *«estoy a punto de*

escupirte …», con lo que se le ofrece a la iglesia de Laodicea una oportunidad de retornar al buen camino. La temperatura espiritual de la iglesia, tanto en su comunión con el Señor y entre los hermanos, como en su menguado afán de testificar del Evangelio, provocaba las náuseas de Jesucristo. Comenta Barchuk:

Deberían meditar sobre estas palabras los cristianos de nuestros días, porque estas palabras del Señor corresponden a nuestro período. Pensáis de vosotros mismos que no sois ateos, pero es que resulta difícil también llamaros hijos de Dios. Parecéis como no estar en el mundo, pero miráis siempre al mundo al igual que la mujer de Lot. Vuestras almas están como divididas en dos; en el templo sois santos, pero fuera de él, mundanos. Debido a que no se puede servir a Dios y a Mamón, las almas así divididas se han enfriado para Dios, mientras que se inclinan cada vez más hacia Mamón. Tales creyentes no pueden ser agradables a Dios (ob. cit., pág. 92).

Como puede observarse, Barchuk está entre los partidarios de aplicar el nivel vertical histórico a la representación de las siete iglesias de Apocalipsis capítulos 2 y 3, con lo que corresponde a la iglesia de Laodicea representar la época de nuestros días (desde comienzos del siglo XX), cuando las masas han caído en una total indiferencia con respecto a la religión y cuando las mismas iglesias, en su mayoría, no parecen contar para nada con el Señor (v. 20).

5. ¿En qué se fundaba el engreimiento de los cristianos de Laodicea? El propio Señor lo expresa a continuación (v. 17): *«Pues dices: Rico soy y me he enriquecido* (pretérito perfecto) *y de nada tengo necesidad»* (lit.). Parecidos al fariseo de la parábola, los cristianos de Laodicea, al disfrutar de su opulencia material y de sus comodidades, se creían especialmente bendecidos por Dios en la prosperidad de sus negocios, y le daban gracias como los antiguos *«ashirim betorah»* (prosperados en la Ley), los fariseos, que se jactaban de darle a Dios más de lo que Él les exigía («ayuno *dos veces* en sábado …»—Lc. 18:12—). Dice Barchuk a este respecto:

Hay personas en las iglesias que suelen estar completamente satisfechas de sí mismas, por eso nunca están satisfechas de los demás. Éste es el peor elemento entre la humanidad. Ellos mismos con frecuencia sorprendidos se preguntan: ¿Por qué es que todos se alejan de ellos y no quieren tener con ellos nada en común? Y esto sucede porque estos suficientes de sí mismos, pero disconformes con los demás, son amadores de sí mismos, y fuera de sí ni aun distinguen el mundo de Dios. Ellos, o bien se alaban a sí mismos, o bien deshonran a los demás. Por eso resultan despectivos a todos.

6. La iglesia de Laodicea se jactaba de *no necesitar de nada,* pero el Señor Jesús le descubre su verdadera condición (v. 17b): «*Y no sabes que tú* (nótese el énfasis) *eres el desventurado y miserable y menesteroso y ciego y desnudo»* (lit.). Vale la pena examinar cada uno de estos epítetos, unidos todos, en el original, por un mismo artículo determinativo:

(A) Se creían prósperos en sus negocios, en sus beneficiosas transacciones bancarias, en su opulencia. Estos cristianos a medias creían que todo ello era «ventura» y «bendición de Dios». Pero el Señor les dice: ¿Tú te crees bendecido, bienaventurado? Pues yo, *el Amén,* te aseguro que eres *«el desventurado»* (gr. *talaipóros*—sólo ocurre aquí y en Ro. 7:24—) por antonomasia. El oro de tus bancos no es moneda corriente en el Reino de Dios.

(B) Se creían autosuficientes, no necesitados de nadie ni de nada, pero, en realidad, son unos *miserables,* esto es, «dignos de lástima» (según la etimología. Gr. *eleeinós*, vocablo que sólo sale aquí y en 1 Co. 15:19).

(C) Se creían ricos hasta la opulencia, pero el Señor dice: *«Eres el menesteroso»* (gr. *ptokhós*, como el mendigo de Lc. 16:20, 22). «Menesteroso» es mucho más bajo que «pobre», pues no sólo carece de bienes de fortuna, sino que tiene que mendigar para poder sobrevivir. ¡Qué contraste con la iglesia de Esmirna! (2:9 «… *tu pobreza ¡pero si eres rico!»)*

(D) Se creían tener «buena vista» espiritual en una ciudad famosa por sus colirios y sus prestigiosos oculistas, pero el Señor les hace notar que se engañan; la triste realidad es que son *ciegos,* pues no se percatan de su lamentable estado espiritual.

(E) En una ciudad famosa también por su industria en lana negra, por lo que podían cubrirse con costosas y rozagantes vestiduras de ese tejido, el Señor les hace ver que están *desnudos* espiritualmente, dejando al descubierto sus vergüenzas (comp. con v. 18 y 16:15).

Al llegar aquí, debemos preguntarnos a nosotros mismos: ¿Cuáles son mis riquezas? ¿Dónde está mi tesoro? (v. el comentario a Hch. 3:6). ¿Me creo autosuficiente? ¿El-todo-lo-sabe? Lo peor de la condición de la iglesia en Laodicea era que estaban ciegos. Como dice Barchuk, «ser ciego es una gran desgracia. Pero la peor desgracia la vive aquel que no quiere ver su propia condición» (comp. con Jn. 9:39–41).

7. A continuación (v. 18) viene el consejo del Señor, no es un severo mandato, sino un tierno consejo: *«Te aconsejo* (es el consejo de un buen Padre y Maestro) *que compres de mí: oro refinado al fuego, para que te hagas rico; ropas blancas para cubrirte y para que así no esté a la vista de todos tu vergonzosa desnudez; y colirio para ponerte en los ojos, a fin de que puedas ver»* (NVI).

(A) Jesucristo es el único «Productor y Proveedor» (gr. *arkhegós)* de la *vida* (Hch. 3:15) y de la *fe* (He. 12:2); de todo lo que necesita un creyente para su riqueza espiritual; por eso, hay que adquirirlo de Él. No se trata de comprar con dinero, sino de adquirir gratis, según la fraseología similar de Isaías 55:1, 2, *«oro refinado al fuego, para que seas rico»:* el oro de la pureza santa, refinada con el fuego de las pruebas y de la disciplina; ésta es la verdadera riqueza, no la del negocio mundanal (v. Sal. 18:31; Pr. 30:5; Col. 1:27; 1 P. 1:7).

(B) Cristo les ofrece también *«ropas blancas para cubrirte y para que así no esté a la vista de todos tu vergonzosa desnudez»*. Las ropas blancas son símbolo de la justicia imputada (v. vv. 4, 5; 4:4; 6:11; 7:9, 13, 14), de santidad de vida (v. 19:8, 14), de paz, de victoria y de alegría festiva, frente a las espléndidas telas de lana *negra*.

(C) Y, frente a los famosos polvos frigios, con los que fabricaban en Laodicea la pomada para las enfermedades de los ojos, Cristo les recomienda un *«colirio»* espiritual para los ojos del corazón, a fin de que así puedan apreciar los verdaderos valores de las cosas (comp. con Ef. 1:17, 18; 1 Jn. 2:20, 27). Sólo el Espíritu Santo puede suministrarnos este valioso ungüento.

8. En esta carta, llena de reproches, nos sorprende y emociona lo que el Señor dice, en el versículo 19, a la iglesia de Laodicea: *«A los que yo quiero, les reprendo y los disciplino. Así que ten fervor y arrepiéntete»* (NVI). La primera parte de este versículo nos recuerda Proverbios 3:12, del que viene a ser una cita (comp. con He. 12:6), con la diferencia de que aquí se usa el verbo *philó*, verbo que indica un afecto entrañable. Dice Bartina: «Se emplea deliberadamente un verbo que entraña contenido emocional. Ese amor no es cruel en la educación, corrección o castigo, sino severo para bien del educando (He. 12:5–11)» *(ob. cit.*, págs. 666, 667). Y añade el Señor: *«Sé celoso, pues, y arrepiéntete»* (lit.). El primer verbo está en presente continuo; el segundo, en aoristo de urgencia y determinación decisiva. Dice Bruce *(ob. cit.*, pág. 1.687): «El arrepentimiento había de implicar la sustitución de la complacencia por una celosa preocupación». Es de notar que el verbo *zéleue* (sé celoso) es de la misma raíz que el adjetivo *zestós* (caliente) de los versículos 15 y 16.

9. Sigue (v. 20) una promesa, delicada, tierna, afectuosa, dentro de una amarga queja, aunque sólo insinuada: *«¡Aquí me tienes! Estoy de pie a la puerta y llamando. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré y comeré con él, y él conmigo»* (NVI).

(A) Comencemos por decir que este versículo se usa muchísimo en mensajes de evangelismo y hasta se insinúa, en ese sentido, en nuestros himnarios, como si el inconverso debiese abrir a Cristo la puerta de su corazón. Esta interpretación es incorrecta, porque: (a) Es Dios, por medio de su Espíritu, quien abre los oídos y el corazón (v. por ej. Hch. 16:14); (b) El Señor no se está dirigiendo a inconversos, sino a una iglesia cristiana.

(B) El versículo comienza por un *idoú* («mira, he aquí») para llamar la atención sobre alguien que pide hospedaje: Jesús se presenta como un peregrino y apela a la hospitalidad, tan desarrollada y practicada por los orientales, y quiere llegar a una amistad más sólida (v. Lc. 24:13–35, y comp. con Cnt. 5:2; Mt. 13:29; 24:33; Lc. 12:36; 22:29; Stg. 5:9).

(C) ¿A qué puerta llama Jesús? Ya hemos advertido que Cristo se está dirigiendo a una iglesia; primero, a la iglesia como congregación; pero también a los individuos que son miembros de dicha iglesia:

(a) Ante todo, la puerta es la de la iglesia, de la que está, en la práctica, excluido como Señor y Salvador, puesto que sus miembros son tibios y se sienten engreídos de su posición, sin necesidad de nada (v. 17); al ser autosuficientes, no se percatan de la necesidad de depender, en todo y por todo, del Señor Jesucristo. Dice Ryrie: «¡Cuán increíble es que Cristo haya de ser impedido de entrar en su propia Iglesia! ¡Cuán bondadoso como para estar todavía solicitando entrar!»

(b) Pero la llamada se hace, sobre todo, a individuos, como se ve por la segunda parte del versículo: «*Si alguien escucha mi voz …».* Como si dijese: «¿No habrá alguien en esa comunidad que desee tener íntima comunión conmigo?» Como Diógenes, linterna en mano, buscaba entre la multitud reunida en el ágora *un hombre,* puesto que la masa congregada en la plaza «eran gente—decía él—, pero no hombres (personas con sentido de responsabilidad)», así también Cristo, ante una iglesia tan tibia que está a punto de vomitarla de su boca, llama a la puerta de cada individuo, para ver si hay alguien, en toda la congregación, que esté dispuesto a oírle y obedecerle, ya que «escuchar, en la Biblia, equivale a obedecer».

(D) Repitamos que la obra de la salvación, tanto de la justificación como de la santificación, es de iniciativa enteramente divina: Es primero Cristo el que hace oír su voz. Compárese con Romanos 10:20, que, a su vez, cita de Isaías 65:1: *«Fui hallado de los que no me buscaban; me manifesté a los que no preguntaban por mí»*. Comenta Hendriksen (*ob. cit.,* pág. 78): «Es Él el que está llamando, y esta voz del Señor en el Evangelio, aplicada al corazón por el Espíritu, es el poder de Dios para su salvación. De este modo, hallamos que este pasaje hace completa justicia, tanto a la soberanía de la gracia divina, como a la humana responsabilidad» (comp. con 1 Co. 15:10).

(E) La *comida* con Cristo, expresada en este versículo en términos de mutua comunión *(«comeré con él, y él conmigo»*—NVI—), es, según el simbolismo oriental, una indicación de especial amistad y de relación íntima pactada. Por tanto, indica aquí los dones mesiánicos que Cristo da a sus amigos ya en este mundo, aparte del premio escatológico que se menciona en el versículo siguiente. Dice Morgan (citado por Walvoord, *ob. cit.,* pág. 97):

El único remedio contra la tibieza es la readmisión del Cristo excluido. La apostasía ha de ser confrontada con la fidelidad de Él, la laxitud con la convicción nacida de la autoridad de Él, la pobreza con el hecho de la riqueza de Él, el frío con el poderoso fuego del entusiasmo de Él, y la muerte con la vida divina que hay en Su don.

10. Con el llamamiento común «*Al que venza»* (v. 21), viene la promesa escatológica; *«le daré el derecho de sentarse conmigo en mi trono, de la misma manera que yo vencí y me senté con mi Padre en su trono»* NVI). Es el trono de Dios y del Cordero (22:1), que han de compartir los que tengan parte en la primera resurrección (20:4; 22:5). Con esta comunión íntima entre el creyente y Cristo, la cual empieza ya en esta vida, pero se hará manifiesta en la Segunda Venida del Señor (1 Jn. 3:2), se realiza lo que leemos en Juan 14:23; 15:5; 1 Juan 2:24, etc. Termina el mensaje (v. 22) con el consabido estribillo: *«Quien tenga oídos, que escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias»* (NVI).

11. Al final del comentario a los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis, conviene hacer una pausa para reflexionar.

(A) Las condiciones de estas siete iglesias existen también hoy, y han existido siempre, sea cual sea la opinión que se tenga, a nivel histórico, sobre lo que cada iglesia pueda representar. La gran pregunta es: ¿Son fieles al encargo de Cristo las iglesias de hoy? ¿Retienen de veras el nombre del Señor y llevan en alto sus lámparas en medio de las tinieblas de este mundo?

(B) Las tentaciones a seguir al mundo y negar a Cristo vienen, como entonces, desde tres direcciones: (a) el miedo a la persecución; (b) la adulación a los poderosos; (c) la constante invitación a participar de los placeres de esta vida. Con todo eso, se puede asegurar la posición social, pero se pierde el fervor espiritual. Cuando los que se profesan cristianos ceden a estas tentaciones, caen en el deplorable estado de la iglesia de Laodicea, aunque todo parezca marchar en orden dentro de los muros del edificio que lleva el nombre de «templo», «iglesia» o «capilla evangélica». Se pierde la convicción de pecado y no se advierte la necesidad de un sincero cambio de mentalidad delante del Señor. ¿Cómo se va a golpear alguien el pecho en señal de contrición, si se cree en paz con Dios y en orden con la iglesia, sin advertir esa lastimosa tibieza que lleva a la indolencia, a la indiferencia, al compromiso con el mundo? Dice Hendriksen acerca de su propia experiencia:

El autor de este libro ha tenido contacto personal con esta actitud de parte de algunos miembros de iglesia. No hay nada que hacer con tales gentes. Con los que nunca han entrado en contacto con el Evangelio y, por ello, son «fríos» a este respecto, se puede hacer algo. Con creyentes sinceros y humildes se puede trabajar con gozo. Pero con estos «somos-una-gente-tan-buena-aquí-en Laodicea», no se puede hacer nada. Cristo mismo no los pudo soportar (ob cit., págs. 76, 77).

¡No permita el Señor que nuestras asambleas, ni nosotros como miembros individuales de ellas, caigamos en el estado lastimoso en que se hallaba esta «desventurada, miserable, menesterosa, ciega y desnuda» iglesia de Laodicea! De los apóstatas dice Pedro (2 P. 2:22, al citar de Pr. 26:11) que son como *«el perro que se vuelve hacia lo que ha vomitado»*. ¿Vamos a ser así nosotros? ¿Qué haremos, pues, si por no ser ni fríos ni calientes, se dispone el Señor a vomitarnos de su boca?

CAPÍTULO 4

Con este capítulo comienza la tercera sección del libro de Apocalipsis, la que tiene que ver con *«las cosas que han de ser después de éstas»,* es decir, las que suceden a la dispensación de la Iglesia. Los capítulos 4 y 5 constituyen como una especie de prólogo a los juicios que siguen a continuación en el Día de Jehová y de la ira del Cordero (v. 6:16). Comienza, pues, el período de la Gran Tribulación. En el presente capítulo tenemos: I. La visión del trono celestial (vv. 1–3). II. La descripción de los 24 ancianos, de las cosas que había en torno del trono de Dios, y de los cuatro seres vivientes (vv. 4–8). III. Un himno de adoración y alabanza al Dios Creador (vv. 9–11).

Versículos 1–3

Dicen estos versículos en la NVI: *«Después de esto, miré y vi ante mis ojos una puerta que estaba abierta en el cielo. Y la voz que había oído primeramente hablándome como una trompeta, me dijo: "Sube acá y yo te mostraré lo que ha de suceder después de esto". Al punto fui arrebatado en espíritu (o fui en el Espíritu), y delante de mí había un trono en el cielo, con alguien sentado en él. Y el que estaba sentado allí tenía el aspecto del jaspe y de la cornalina. Un arco iris, semejante a una esmeralda, circundaba el trono»*.

1. *«Después de esto»* (gr. *metá taúta)* significa, obviamente, «después de las cosas que acabo de ver». Ahora bien, tómese como se quiera la historia de la Iglesia representada en las siete iglesias de los capítulos 2 y 3 (ya sea en sentido horizontal continuo o en sentido vertical histórico), es cosa segura que la época de la dispensación de la Iglesia ha quedado atrás. Walvoord (*ob. cit.*, pág. 103) hace notar que «el vocablo *iglesia,* tan prominente en los capítulos 2 y 3, no vuelve a salir hasta 22:16, aunque la Iglesia está indudablemente a la vista, como esposa del Cordero, en Apocalipsis 19:7». Esto se corrobora con la visión de los veinticuatro ancianos, como veremos luego.

2. Lo que vio entonces Juan fue *«una puerta que estaba abierta en el cielo»*. Esto nos recuerda lugares como Ezequiel 1:1; Marcos 1:10; Juan 1:51; Hechos 7:56. Recordemos que los antiguos, incluidos los judíos, se imaginaban el cielo como una bóveda inmensa, metálica, por cuyas compuertas bajaban «las aguas de arriba» (v. Gn. 1:6, 7; 7:11; 8:2). De ahí, el sentido (claro en el original hebreo) de Salmos 144:5: «Oh Jehová, *inclina* tus cielos y desciende …»; es como una puerta que se abre de arriba abajo y por la cual descendía Dios, como desde una rampa de lanzamiento. Pero ahora, esta puerta daba acceso, no al compartimiento superior de las aguas, sino al mismo cielo empíreo, donde se hallaba el trono de Dios.

3. *«Y la voz que había oído primeramente* (v. 1:10) *hablándome como una trompeta, me dijo* (lit. *decía,* puesto que el verbo está en participio de presente)»—continúa Juan—(v. 1b). Juan oye una voz que puede reconocer de inmediato: Es la misma que le había hablado al principio de la visión y era tan fuerte que le sonaba como la voz de una gran trompeta (gr. *sálpingos*, el mismo vocablo de 1:10). Era, pues, la voz del Señor Jesucristo, como en el capítulo 1.

4. La voz del que hablaba con Juan le dijo (v. 1c): *«Sube acá y yo te mostraré lo que ha de suceder después de esto»* (NVI). De nuevo hallamos la expresión griega *metá taúta* al final del versículo. Juan es invitado a asistir en el cielo al consejo de Dios. Dice Bruce (*ob. cit.,* pág. 1.687): «En la profecía del Antiguo Testamento sólo pueden aprender los propósitos divinos los que son admitidos *al consejo de Jehová para ver y oír su palabra;* entonces se hallan en posición de proclamar confiadamente lo que Él quiere hacer (Jer. 23:18, 22). Así es como Juan aprende el curso de los sucesos venideros, al ser arrebatado en éxtasis al cielo».

5. Juan obedece a la voz que le hablaba (v. 2): *«Al punto fui arrebatado en el espíritu»,* es decir, cayó en un éxtasis, como había caído anteriormente (1:10). Dos veces más (17:3; 21:10) se menciona este éxtasis en este libro y cada vez parece ser más profundo el éxtasis a que Juan se refiere. Por tanto, el de este versículo es más profundo que el de 1:10, por cuanto son también más profundas (escatológicas) las cosas que a Juan se le van a revelar ahora. La misma localización corrobora esto, pues en 1:10 el apóstol se sentía todavía en Patmos, pero ahora se contempla a sí mismo, en la visión del éxtasis, en la presencia misma de Dios.

6. Lo primero que Juan vio, en su éxtasis, en el cielo fue *«un trono … con alguien sentado en él»* (v. 2b). Esto merece un análisis especial:

(A) De las 62 veces en que sale en el Nuevo Testamento el vocablo «trono», 47 son salidas de la pluma de Juan. Es curioso que el libro comienza ya con el *trono* (1:4); las cartas a las iglesias terminan con el *trono* (3:21—dos veces—); ahora, la nueva visión comienza también con el *trono* (¡y se halla nada menos que 17 veces en los caps. 4 y 5!)

(B) Esta idea del «trono» de Dios arranca especialmente de Daniel 7:9. El trono es símbolo de gobierno y de poder. Esto asemeja la visión de Juan a la de Moisés (Éx. 19:9, 19), a la de Isaías (Is. 6:5) y a la de Ezequiel (Ez. 1:26–28), aunque las mayores semejanzas son con esta última. El trono ocupa el lugar que la *shekinah* ocupaba en el Lugar Santísimo y, en el contexto de los capítulos 4 y 5, es símbolo del poder absoluto con que Dios gobierna y controla, aun durante la Gran Tribulación, todo lo que en la tierra está ocurriendo. La visión de la gloria majestuosa de Dios precede así a la visión de todo lo que va a suceder desde 6:1 en adelante. A continuación, Juan va a describir (v. 3) al que estaba sentado en el trono.

7. Dice el versículo 3: «Y *el que estaba sentado allí tenía el aspecto del jaspe y de la cornalina. Un arco iris, semejante a una esmeralda, circundaba el trono*» (NVI).

(A) Aunque la visión de Juan es semejante a la de Ezequiel, hallamos ya una de las diferencias más significativas: Ezequiel 1:26–28 presenta a Jehová en el trono como *«una semejanza que parecía de hombre sentado sobre él etc.».* Pero Juan evita atribuir a Dios forma alguna humana, y dice que *«el que estaba sentado allí tenía el aspecto del jaspe y de la cornalina».* En vez de compararlo a una figura humana, Juan lo compara a dos piedras preciosas de profundo simbolismo en su color y en su forma:

(a) La primera y última de las doce piedras preciosas que llevaba el sumo sacerdote en el pectoral era una piedra sárdica y un jaspe (Éx. 28:17–20). El *jaspe,* que aquí se menciona en primer lugar, es una piedra preciosa translúcida, de dureza diamantina, como el cristal de roca; transparente, como símbolo de santidad y clarividencia; duro, hasta el extremo de quebrar todas las resistencias, y parecido en esto al «fuego consumidor» (He. 12:29).

(b) La piedra sárdica o *cornalina* es roja, símbolo aquí de la ira de Dios en el juicio que se prepara contra los rebeldes. En Éxodo 28:17 figuraba en primer lugar, y representaba la tribu de Rubén, mientras que el jaspe figuraba en último lugar, y representaba la tribu de Benjamín. Como observa Walvoord (*ob cit.,* pág. 104), «aunque el *jaspe* podría referirse a la pureza de Dios y la *cornalina* a Su propósito redentor, según el Antiguo Testamento, estas piedras estaban relacionadas con las tribus de Israel». También en los sellados de 7:3–8, la tribu de Rubén aparece en cabeza (aunque detrás de Judá), y la de Benjamín en último lugar; por lo que puede deducirse que la colocación del jaspe delante de la cornalina en este versículo no tiene ninguna significación de precedencia entre las tribus, sino, probablemente, la conjunción de ambas piedras bajo un solo denominador común de *lítho* (piedra) que las precede.

(B) Lo mismo que en Ezequiel 1:28, el *arco iris* que se menciona en la segunda parte del versículo 3, se diferencia del arco iris natural en dos detalles:

(a) El arco iris natural consta de siete colores; en cambio, éste es comparado a la *esmeralda,* piedra de color verde (símbolo de la esperanza), que nos habla de la misericordia divina. En Génesis 9:13, el arco iris era la señal del pacto de Dios con la humanidad, después del tremendo castigo infligido por medio del Diluvio. En la ira, Dios se acuerda de la misericordia (Hab. 3:2).

(b) El arco iris natural forma una media circunferencia, cerrada por arriba abierta por abajo, porque Dios nunca quebranta sus pactos, pero los hombres sí. En cambio, este otro arco iris forma una completa circunferencia, para dar a entender que la fidelidad inquebrantable de Dios domina todas las resistencias, rebeldías e infidelidades.

(C) Para corresponder en adoración a esta visión de santidad y de misericordia (precisamente como preludio a los juicios de Dios), nada mejor que entonar todo el Salmo 97, así como el comienzo del 99: *«Jehová reina; temblarán los pueblos; Él está sentado sobre los querubines, se estremecerá la tierra*

…».Va a ser ahora cuando se manifestará que Dios y no el diablo, va a dominarlo todo en el Universo (v. el comentario a dichos salmos).

Versículos 4–8

Después de la descripción del trono de Dios, Juan describe lo que vio cerca de ese trono (vv. 4–8): *«Alrededor del trono había otros veinticuatro tronos; y sentados en los tronos, veinticuatro ancianos. Estaban vestidos de blanco y llevaban sobre sus cabezas coronas de oro. Del trono salían relámpagos, estruendos y truenos. Delante del trono ardían siete lámparas, que son los siete espíritus de Dios. También delante del trono había algo parecido a un mar de vidrio, claro como el cristal. En el centro, alrededor del trono, estaban cuatro seres vivientes, y estaban cubiertos de ojos por delante y por detrás. El primero de los seres vivientes era como un león; el segundo ser viviente, como un toro; el tercero tenía rostro como de hombre; y el cuarto era como un águila volando. Cada uno de los cuatro seres vivientes tenía seis alas y estaba cubierto de ojos por todas partes, incluso por debajo de las alas. Día y noche, nunca cesan de decir:*

"Santo, santo, santo
es el Señor Dios Todopoderoso,
el que era, el que es, y el que está viniendo"» (NVI).

1. El versículo 4 avanza describiendo en círculos concéntricos la posición simbólica (¡no se olvide!) de los diversos seres que rodean el trono de Dios. Una lectura superficial podría inducir a pensar que los 24 ancianos se hallan más cerca del trono de Dios que los cuatro seres vivientes de los versículos 6 y ss., pero no es así. W. Hendriksen (*ob. cit.*, pág. 83) traza un sencillo diagrama que explica la posición de todos los elementos mencionados en este capítulo 4 en siete círculos concéntricos:

(A) En torno al trono de Dios el Padre, y en el primer círculo, está la piedra de *jaspe,* símbolo de la transparente pureza de Dios.

(B) En el segundo círculo interior está la *cornalina,* misericordia de Dios sobre su pueblo Israel, pero ira de Dios que pende sobre el mundo en juicio condenatorio.

(C) En el círculo tercero está el arco iris—la verde *esmeralda*—, símbolo de esperanza por la fidelidad de Dios a Su pacto.

(D) En el cuarto círculo están los seres vivientes o querubines, como ocupando los cuatro puntos cardinales en torno al trono. Al tener en cuenta el punto de mira del vidente (Juan), uno de ellos parecía estar (v. 6) *«en medio del trono»,* esto es, al tener el trono como fondo de perspectiva; los otros tres, *«alrededor del trono».*

(E) En el quinto círculo están los 24 ancianos, de los que hablaremos de inmediato.

(F) En el sexto círculo están los *«muchos ángeles»* que se mencionan en 5:11.

(G) Finalmente, en el séptimo círculo, a la mayor distancia del trono de Dios, se halla el resto del Universo: *«todo lo creado, etc.»* (v. 5:13). Luego veremos (vv. 5, 6) que las siete lámparas y el mar de vidrio se hallan entre los círculos cuarto y quinto, es decir, entre los querubines y los ancianos. Mención especial requiere la colocación inicial del *Cordero* (Jesucristo), el cual es introducido en escena en el capítulo 5, y que, en la perspectiva del vidente, aparece como *«en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos»* (5:6), hasta que, como veremos en 5:7, Juan lo describe avanzando hasta el trono (dentro del círculo primero) para tomar en sus manos el rollo, y terminar (v. 22:1) sentándose en él con el Padre. Entender esto es de suma importancia para la recta comprensión de todo el Apocalipsis, pues son muchos los predicadores a quienes les he oído que Juan vio, ya aquí, al Señor Jesucristo «sentado en medio del trono» (¡!) ¿Qué lugar del trono, entonces, ocuparía Dios el Padre?

2. ¿A quiénes representan los *veinticuatro ancianos, sentados en veinticuatro tronos,* que comienzan a mencionarse en el versículo 4? Hay quienes ven en ellos la representación angélica o «celestial contraparte de las 24 clases sacerdotales en 1 Crónicas 24:4 y ss». (Bruce). Otros ven en ellos a los redimidos de todos los tiempos (Ryrie). Personalmente, estoy de acuerdo con Walvoord y Pentecost. El primero resume así sus conclusiones: «La identificación de los veinticuatro ancianos no debería sostenerse de una manera dogmática, pero la evidencia que aquí tenemos es tal que apunta hacia la conclusión de que pueden representar a la Iglesia como Cuerpo de Cristo» (*ob. cit.*, pág. 107). J. D. Pentecost es más explícito y detallado:

Puesto que, de acuerdo con Apocalipsis 5:8, estos veinticuatro ancianos están asociados en un acto sacerdotal, lo cual nunca se dice de los ángeles, deben ser creyentes-sacerdotes asociados con el Gran Sumo Sacerdote. Considerando que Israel no es resucitado hasta el fin de la septuagésima semana, ni juzgado ni recompensado hasta la venida del Señor, conforme a Isaías 26:19–21 y Daniel 12:1, 2, éstos deben ser representantes de los santos de la época actual. Visto que aparecen resucitados, en el cielo, juzgados, recompensados y entronizados al comienzo de la septuagésima semana, la conclusión es que la Iglesia ha debido ser arrebatada antes de que comience la septuagésima semana. Si la Iglesia no está aquí resucitada y trasladada, como sostienen algunos, y no lo está hasta Apocalipsis 20:4, ¿cómo podría la Iglesia estar en el cielo en Apocalipsis 19:7–11? (Things to Come, pág. 209).

Supuesta esta identificación de los veinticuatro ancianos como representantes de la Iglesia ya trasladada en cuerpo y alma a los cielos, podemos pasar al análisis de la descripción que se hace de ellos:

(A) Al decir *«ancianos»* se da a entender que forman una especie de *senado* (vocablo que procede del latín *senex* = anciano), o cuerpo consultivo de Dios, que participan así de la dignidad judicial lo mismo que de la nobleza regia, puesto que están *sentados* en sendos *tronos.*

(B) Juan los vio «cubiertos *con vestiduras blancas»,* lo cual, aparte del simbolismo de justicia, pureza (comp. con Ef. 5:27), paz y victoria, indica la función sacerdotal de adoración y alabanza que están ejerciendo (v. 5:8 y ss.).

(C) También los vio Juan con *coronas de oro en la cabeza.* El vocablo griego para «corona» es aquí *stéphanos,* que no designa la corona regia, sino la del vencedor. Pero los vencedores de los juegos olímpicos no eran premiados con coronas de oro, sino de laurel; por lo que aquí, junto con el símbolo de la victoria, aparece el símbolo de glorificación celeste, donde se unen la victoria y la realeza.

3. *«Del trono,* continúa Juan (v. 5), *salían relámpagos, estruendos y truenos»* (NVI). Quizá los dos últimos vocablos deberían traducirse como hendíadis: *«fragor de truenos»* (RV 1977). Los truenos y los relámpagos son siempre en la Biblia manifestaciones del poder y de la majestad de Dios (comp. con 8:5; 11:19; 16:18; Éx. 19:16 y ss.; 20:18–20; Sal. 18:8–16). Inmediatamente, como contrapunto a estas manifestaciones del poder y del juicio de Dios, Juan ve que *«delante del trono ardían siete lámparas, que son los siete espíritus de Dios»* (v. 5b. NVI). Por una parte, no cabe duda de que se refiere al Espíritu Santo, como en 1:4; por otra, hay aquí una clara alusión al candelabro de los siete brazos, que ardía y alumbraba constantemente, noche y día, delante del trono de Dios. El vocablo *enópion,* lo mismo que en 1:4; 3:2, 5 y muchos otros lugares de Apocalipsis, indica algo más que presencia: cercanía a la vista de Dios, como en el Lugar Santísimo.

4. Prosigue Juan (v. 6): *«También delante del trono había algo parecido a un mar de vidrio»* (NVI). A la vista (gr. *enópion)* del que estaba sentado en el trono, se halla esta especie de *mar de vidrio.* Según la mentalidad antigua, especialmente la oriental, que ya se refleja en Génesis 1:6, 7, hay una división entre las aguas de arriba y las de debajo del firmamento. Sobre estas aguas de encima del firmamento, aparece levantado el trono de Dios. Un *«mar de vidrio»* es un mar en calma, tranquilo, en contraposición a los mares de este mundo, que son tempestuosos, agitados en olas traidoras por fuertes vientos y tormentas fragorosas. Esa calma celestial señala que hasta allí no llega la agitación rebelde de los pueblos de la tierra (Sal. 2:1 y ss.). Grau hace notar que, en la antigüedad, el vidrio era opaco, muy oscuro; el que era como el cristal «solía, dice, ser muy caro y era un lujo que sólo los reyes podían darse» (*ob. cit.,* pág. 148).

5. La segunda parte del versículo 6 conviene traducirla según la RV que da la versión literal: «*Y en medio del trono, y alrededor del trono, cuatro seres vivientes llenos de ojos por delante y por detrás»*. Como ya hemos explicado más arriba, al describir los círculos concéntricos en torno al trono de Dios tanto el Cordero como uno de estos cuatro seres vivientes aparecen desde el punto de vista de Juan como si se hallasen *en medio del trono.* ¡No cabe mayor aberración que pensar que uno de estos cuatro seres vivientes estuviese sentado en medio del trono! Por lo que 4:6b y 5:6b se clarifican mutuamente, y nos ayudan a conocer la exacta situación del Cordero antes de avanzar hasta el trono para recoger el rollo.

6. La última frase de este versículo 6, así como los versículos 7 y 8, nos ofrecen la descripción de estos seres vivientes:

(A) *«Estaban llenos de ojos por delante y por detrás»* (v. 6c). Esto simboliza la vigilancia continua y la observación perfecta que estos seres vivientes guardan con respecto a todo lo que ocurre en el mundo universo, en el que no hay nada que pueda escaparse a la escrutadora mirada de estos seres vivientes.

(B) La descripción del versículo 7 no debe llevarnos a considerar estos seres vivientes como *animales.* El original dice *zóa* (que puede aplicarse a todo lo que vive—comp. con *zoé*, vida, aplicado a la vida eterna inclusive—), no *thería* (bestias). Por otra parte, no cabe duda de que son seres angélicos (v. 8) y su identificación precisa ha de hacerse a la vista de Isaías 6:2 y Ezequiel 1:10; 10:14. Los símbolos bajo los cuales son representados pueden interpretarse de varias maneras:

(a) Pueden representar lo más notable (león), lo más fuerte (toro), lo más sabio (hombre) y lo más ágil (águila) de la creación terrestre. En esta misma línea, pero de forma diferente, dice un comentario rabínico del año 300 de nuestra era: «El águila es el más poderoso de los pájaros. El becerro es el más poderoso de los animales domésticos. El león es el más poderoso de los animales salvajes. El hombre es el más poderoso de todos en la creación».

(b) Desde antiguo, se les ha comparado con los cuatro aspectos en que los cuatro Evangelios consideran al Señor Jesucristo: En Mateo se le considera como Mesías-Rey de Israel, el *León* de la tribu de Judá; en Marcos, como al Siervo sufriente, fiel, obediente y paciente, el *becerro* para el sacrificio; en Lucas, el Salvador del mundo, el *Hijo del Hombre;* en Juan, es el Hijo de Dios, como el *águila* que se eleva hasta el seno del Padre (Jn. 1:1, 18). Sin embargo, la representación más popular a este respecto difiere mucho de ésta, excepto en lo del cuarto Evangelio, en el que todos han visto representada el águila, aunque no como símbolo del mismo Cristo, sino de la elevación del propio Juan en su prólogo (Jn. 1:1–18). En cambio, el *hombre* se aplica a Mateo, por comenzar con la genealogía humana de Cristo; el *león* a Marcos, porque empieza por el grito del Bautista en el desierto; y el *becerro* a Lucas, porque empieza con el ministerio de Zacarías en el templo.

(c) Walvoord *(ob. cit.*, pág. 110) cita a W. Scott, el cual observa que:

antiguos escritores rabínicos declaran que las tribus de Israel levantaron sus tiendas y sus estandartes en los cuatro lados del tabernáculo en este mismo orden; a saber, la tribu de Judá, león; la tribu de Efraín, buey; la tribu de Rubén, hombre; la tribu de Dan, águila (cf. Nm. 2:2).

(C) Los elementos que el versículo 8 nos aporta nos ayudan a identificar a estos seres vivientes como cumpliendo funciones y misiones propias de los ángeles de más elevadas categorías:

(a) Lo mismo que los serafines de Isaías 6:3, estos seres vivientes (v. 8c), *«no cesan día y noche de decir* (gr. *légontes.* ¡Nótese el verbo! No dice *de cantar): Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso* (comp. con 1:8); *el que era, el que es y el que está viniendo»* (lit. Comp. con 1:4, 8). Por una referencia que encontramos en el apócrifo *Libro de Enoc,* vemos que los judíos representaban a los ángeles divididos, al menos, en cuatro grupos, en gradación descendente: Seraphim, Querubim, Ophanim y el resto de los ángeles. Son, pues, *serafines,* pues repiten sin cesar el trisagio. Él es el primero de los 20 himnos que dicen en Apocalipsis los grupos celestiales.

(b) Pero, por la función de vigilancia y escrutinio que desempeñan, estos seres vivientes son también *querubines.* Los querubines salen por primera vez en la Biblia en Génesis 3:24, y de allí se desprende que a ellos están encomendadas las cosas más sagradas de Dios.

(c) Por otra parte, es curioso que *ophanim* sea precisamente el término hebreo con que Ezequiel expresa las «ruedas» con las que se mueven los querubines (v. Ez. 1:18). Una somera lectura de Ezequiel 1:5 y ss. nos hace notar tanto las semejanzas con Apocalipsis 4:6 y ss., como las diferencias. También en Ezequiel hay cuatro seres vivientes, pero allí cada uno tiene cuatro caras. También es de notar que en Ezequiel tienen que acarrear el trono de Dios en la dirección que el ocupante del trono indica, mientras que en Apocalipsis los querubines no acarrean el trono, porque el dominio del Universo se ejerce desde el propio trono celestial, sin que Dios necesite ir visitando los lugares. Otra notable diferencia es que, en Ezequiel, el espíritu y los ojos están en las ruedas, que son las que tienen que moverse, mientras que en Apocalipsis los seres vivientes vigilan desde arriba, sin necesidad de trasladarse de un lugar a otro.

Versículos 9–11

En estos versículos tenemos el himno al Creador que los veinticuatro ancianos entonan, al mismo tiempo que los seres vivientes honran a Dios en adoración: «Y *cada vez que los seres vivientes dan gloria, honor y acción de gracias al que está sentado en el trono y que vive por los siglos de los siglos, los veinticuatro ancianos se postran ante el que está sentado en el trono y adoran al que vive por los siglos de los siglos. Arrojan sus coronas delante del trono y dicen:*

"Digno eres, nuestro Señor y Dios,
de recibir la gloria, el honor y el poder,
porque tú creaste todas las cosas
y por tu voluntad fueron creadas y tienen su existencia"».

1. El primer detalle digno de observación en estos versículos es que, al mismo tiempo que se postran en adoración, los 24 ancianos arrojan sus coronas al trono de Dios, en señal de absoluta sumisión y de que a Dios le deben el reinar. Se cuenta de Tirídates I de Armenia que arrojó su corona a la estatua de Nerón, quien le había devuelto el trono tras de una sublevación contra Roma. También Pompeyo devolvió su corona a un reyezuelo en señal de benevolencia.

2. Se alaba aquí al Dios Creador como *«digno»* (gr. *áxios*, ya conocido) de recibir la *gloria* que pertenece a su esencia divina, el *honor* que se debe a su majestad infinita, y el *poder* (gr. *dúnamis)* con que ejercita su dominio. Es a la vez una acción de gracias por su *beneficencia,* como lo declara implícitamente la última parte del versículo 11.

3. Los seres vivientes y los 24 ancianos declaran que *todo existe porque Dios lo quiso* (gr. *día to thélema sou*. Lit. *a causa de tu voluntad).* Si se prefiere la traducción de la NVI, tendríamos al final una transposición de los verbos: *«fueron creadas y tienen su existencia»,* que, en la redacción poco clásica de Juan, equivale a *«existen, habiendo sido creadas».*

CAPÍTULO 5

Si el capítulo 4 se centraba en el Creador, el presente se centra en el Redentor. Aquí tenemos: I. La visión de un rollo sellado (v. 1). II. La búsqueda de alguien que pudiese abrir dicho rollo (vv. 2–5). III. La visión del Cordero que toma en sus manos el rollo (vv. 6, 7), y IV. El cántico de la redención (vv. 8–14).

Versículo 1

Juan ve *en la mano derecha* de Dios, *del que estaba sentado en el trono, un rollo* (gr. *biblíon;* lit. *librito), escrito por dentro y por fuera y sellado con siete sellos.* La mano derecha es la mano del honor, del poder y del gobierno (comp. con 1:16, 17, 20; 2:1).

1. Recordemos que los libros de entonces consistían en una larga tira de papiro o de pergamino, escrita en columnas, que se enrollaba en torno a una varilla vertical (v. 6:14), y se iba desenrollando sucesivamente y volviendo a enrollarse conforme avanzaba la lectura. Generalmente estaba escrito sólo por la cara interior, pero a veces se escribían también por la exterior (v. el apócrifo 4 Esdras 2:9 y ss.), y entonces se llamaban *opistógrafos* (del griego *ópisthen,* que es el vocablo que aquí figura para significar *«del revés»).* Este rollo era, pues, de esta clase: opistógrafo.

2. El rollo de que habla aquí Juan representa el plan eterno de Dios, el decreto de Dios, que incluye todo el plan de la Historia; muy en especial, de lo que ha de suceder en el final de los tiempos, y está completamente escrito por ambos lados, para dar a entender que nadie puede añadirle nada (comp. con 22:18, 19).

3. Los *siete sellos* que sellan el rollo son símbolo de que el plan de Dios no aparece en ese momento ni como revelado ni como ejecutado. En este número, 7 hay *plenitud de secreto* (comp. con Is. 29:11; Dn. 8:26; 12:49). En Éxodo 32:32; Ezequiel 2:9, 10; Daniel 10:2, 4, encontramos referencias, de diversas maneras, al libro de Dios y al rollo. Si este rollo permanece cerrado, el plan de Dios no será revelado ni ejecutado. Abrirlo, pues, significa no sólo revelarlo, sino también ejecutarlo. Podría ser que los 7 sellos cerrasen por igual el rollo, pero es más probable, por el contexto del capítulo 6, que cada sello cerrase una sección del rollo.

Versículos 2–5

Viene ahora la búsqueda de alguien que pueda quitar los sellos y abrir el rollo; es decir, que sea capaz de revelar el plan de Dios y llevarlo a cabo. Dicen los versículos 2–5 en la NVI: «*Y vi a un ángel*

poderoso que proclamaba a grandes voces: "¿Quién es digno (gr. *áxios,* capacitado) *de romper los sellos y abrir el rollo?" Pero nadie, ni en el cielo, ni en la tierra ni debajo de la tierra, fue capaz de abrir el rollo, ni aun de ver nada de su contenido. Yo lloraba sin cesar, porque no se encontró a nadie que fuese digno de abrir el rollo y de ver su contenido. Entonces uno de los ancianos me dijo: "¡No llores más! Mira, el León de la tribu de Judá, el vástago de David, ha triunfado. Él puede abrir el rollo y sus siete sellos"».*

1. Por dos veces (10:1; 18:21) se hace mención en Apocalipsis de un *ángel poderoso* (lit. *fuerte;* gr. *iskhurón),* esto es, de los de mayor rango en potencia, *para proclamar (gr. kerússonta,* en participio de presente; el mismo verbo de Mt. 3:1; 4:17; Mr. 1:7, 14; Lc. 4:18, 19; 1 Co. 1:23; Col. 1:23; 1 Ts. 2:9, entre más de 60 lugares). No lo dice, lo proclama; y lo proclama, «*lo pregona a gran voz*», para que se entere el Universo entero. Por otra parte, este ángel, aun siendo tan poderoso, no sale aquí a revelarlo ni a ejecutarlo, sino a proclamarlo.

2. Lo que proclama a gran voz es lo siguiente: «*¿Quién es digno* (es decir, *quién está capacitado) de romper los sellos y abrir el rollo?*» Para J. B. Smith, no cabe duda de que este ángel es Gabriel. Como ya hemos dicho en otras ocasiones, el griego *áxios* indica una dignidad ética como presupuesto para la habilidad física, que sea capaz de contrapesar en el platillo de la balanza la magnitud de la empresa que se ha de realizar. Es como si el candidato a tal empeño hubiese de presentar—en feliz expresión de S. Bartina (*ob. cit.,* pág. 676)—un *currículum vitae* que le haga apto para presidir los destinos del mundo y llevarlos a cabo en nombre de Dios. En otras palabras, hace falta un perfecto *Mediador,* pero sólo un *Redentor* universal puede ser Mediador universal (1 Ti. 2:5, 6). ¿Podrá hallarse alguno?

3. Nadie (v. 3) en los tres estamentos del Universo (cielo, tierra, debajo de la tierra—comp. con Fil. 2:10—) era *digno* (competente, digno y capacitado) de abrir el libro, ni siquiera de mirarlo; porque no hay vista creada que pueda atisbar los designios de Dios (Ro. 11:33, 34). Como observa Barchuk, ni la llamada por la Iglesia de Roma «Reina del Cielo» puede abrir ni aun mirar el rollo.

4. Ante esta impotencia e incapacidad universal, Juan rompe a llorar amargamente (v. 4), porque sabe que, si el rollo no se abre, no se llevará a cabo el plan de Dios en favor de la humanidad: no habrá protección sobre el pueblo de Dios; no habrá juicio contra el mundo malvado; no habrá triunfo final de Dios y de su Ungido; no habrá nuevos cielos ni nueva tierra; no habrá, en fin, una herencia eterna, reservada en los cielos, etc.

5. Es entonces cuando uno de los ancianos (v. 5), uno de los que, ya en el cielo, son representantes de la Iglesia arrebatada y triunfante, se acerca a Juan y le dice: «*Cesa de llorar*» (el verbo está en presente de imperativo). Y de inmediato le comunica el gran mensaje de la dichosa esperanza: No hay motivo para seguir llorando, porque «*¡Mira!*»—le dice, como indicando que le va a comunicar algo extraordinario—: «*El León de la tribu de Judá el vástago de David, ha triunfado*».

(A) «*El León de la tribu de Judá*» es una clara referencia a Génesis 49:9, 10, donde Jacob, próximo a morir, profetiza la venida del Mesías, surgido de la tribu de Judá (v. Mt. 1:2, 3, 16; Lc. 3:23, 33; He. 7:14).

(B) «*El vástago (*o *raíz) de David*» apunta, por su parte, a Cristo como hijo y sucesor de David, a la vez que Señor de David (Mt. 22:41–45). En ese paralelismo entre David y Cristo, se encuentra la profecía de Isaías (Is. 11:1, 10; 53:2, comp. con Ro. 15:12), en que el Mesías se anuncia como «*renuevo que retoñará*» (hebr. *gatsá)* del trono de Isaí (o Jesé), el padre de David, y como «*raíz* (hebr. *sharash) de Isaí*». Ése es *el León que ha triunfado* (lit. *venció;* en aoristo, de una vez por todas) al demonio (v. Gn. 3:15), arrebatándole la presa, rescatándonos de la servidumbre (v. Ef. 4:8) y ganando así el derecho a gobernar el mundo conforme al plan de Dios.

Versículos 6–7

Pero ahora sucede algo extraordinario, algo paradójico a primera vista. Juan espera ver un «*León*» y lo que aparece es un «*Cordero*»: «*Entonces vi un Cordero, que tenía el aspecto de haber sido inmolado y que estaba en pie en el centro del trono, circundado por los cuatro seres vivientes y por los ancianos. Tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios, enviados por toda la tierra. Vino y tomó el rollo de la diestra del que estaba sentado en el trono*» (NVI).

1. Desde la posición óptica de Juan, a la que tantas veces hemos aludido, el Cordero tiene como último fondo el trono; un poco más adelante más cerca de Él, están los cuatro seres vivientes; Él se halla

situado entre éstos y los 24 ancianos, antes de llegarse al trono para recoger el rollo. Este último detalle bastaría para refutar a los que dicen que el Cordero estaba sentado desde el principio en medio del trono.

2. Es de notar que Juan llama al Cordero *arníon* («corderito») las 29 veces que sale en Apocalipsis, mientras que en el Evangelio lo designa con el nombre más común de *amnós* («cordero»). Ya lo hicimos notar en otro lugar. El «cordero» simboliza en la Biblia cuatro cosas: mansedumbre, humildad, inocencia y pureza.

3. Que Jesús sea, a la vez, *León y Cordero,* lo comprenderemos si consideramos que, en la Cruz del Calvario, fue ambas cosas: un león, al vencer al diablo y *llevarse cautiva a la cautividad* (Ef. 4:8, 9); un cordero, al ir al matadero sin revolverse ni pronunciar palabra, manso y sumiso, como lo había profetizado Isaías (Is. 53:7, comp. con Éx. 12:3; Jn. 1:29; Hch. 8:32; 1 P. 1:19).

4. Juan ve al Cordero *de pie,* es decir, resucitado y vivo para no morir jamás; de ahí, el participio de pretérito perfecto *esphagménon* (lit. *degollado),* que indica un hecho acaecido en el pasado, pero que tiene repercusiones para todos los tiempos posteriores. A la vez, lo ve *«como inmolado»* (lit. *degollado,* como se hacía con las víctimas de los sacrificios), puesto que tanto su muerte como su resurrección son hechos históricos que, aunque sucedidos en el tiempo, tienen una vigencia eterna; de ahí que conserve las cicatrices como señales que apuntan a una función sacerdotal intercesora permanente (Jn. 20:27; He. 9:14 y ss., etc.).

5. Los *siete cuernos* simbolizan su pleno poder y su autoridad absoluta (v. Sal. 75:4–7), mientras que los *siete ojos* indican, a un mismo tiempo, la plenitud de su visión, su omnisciencia y la plenitud del Espíritu Santo (Is. 11:1, 2; Zac. 3:9). Muchas otras significaciones posibles de los 7 cuernos y de los 7 ojos pueden verse en S. Bartina *(ob. cit.,* págs. 678–680), aunque creemos que no hacen al caso.

6. A continuación (v. 7), el vidente Juan contempla al Cordero que se acerca al trono y toma el rollo de las manos del Padre. Esto se cumplió, en parte, en el momento de su Ascensión a los cielos, pues fue entonces cuando recibió el espaldarazo de Gran Vencedor (Fil. 2:9–11) y fue confirmado como Mediador universal, al recibir también autoridad para gobernar de acuerdo con el decreto de Dios. El verbo *élthen* (vino) está en aoristo, pero el verbo *eílephen* (lit. *ha recibido)* está en pretérito perfecto, con lo que da a entender que *tomó* el rollo y *se lo quedó.*

7. Coronado, pues, como vencedor (He. 2:8, 9), recibió legalmente el Reino (Lc. 19:12), como ya se había profetizado en el Salmo 110 (para que se cumpliese plenamente en lo que está todavía *por venir)* y en Daniel 7:9–14. Esto no quiere decir que el Padre deje el trono para que lo ocupe el Hijo, sino que el Cordero se sienta también allí (v. Ap. 22:1), con lo cual se inaugura una nueva era en el cielo y en la tierra (20:2–4).

Versículos 8–14

Al llegar a este momento, los 4 seres vivientes y los 24 ancianos se prosternan delante del Cordero en señal de adoración.

1. Acaba de celebrarse, por decirlo así, el acto solemnísimo de la regia investidura del Cordero, como lo demuestran las señales de homenaje y pleitesía por parte de los súbditos (v. 8): «Y *después que lo tomó* (el rollo), *los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero. Cada uno tenía un arpa y sostenían sendas páteras de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los fieles»* (NVI). Los tres himnos que siguen en este capítulo dan a entender claramente que, efectivamente, al Cordero se le rinden honores *divinos.* Todos los 24 ancianos llevan arpas o cítaras en las manos, es decir, instrumentos de música festiva y gozosa, propia para el culto del templo, así como incensarios de oro llenos de perfume. El texto mismo declara explícitamente (v. también 8:3, 4 y comp. con Sal. 141:2) que el incienso quemado en presencia del Señor es símbolo de la oración de los creyentes especialmente en su función sacerdotal intercesora.

2. A continuación (vv. 9, 10), tenemos el primer himno: «*Y cantaban un cántico nuevo:*

"Digno eres de tomar el rollo
y abrir sus sellos,
porque fuiste inmolado,
y con tu sangre compraste para Dios
a hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación.

Tú has hecho de ellos un reino y sacerdotes
para servir a nuestro Dios,
y reinarán sobre la tierra”».

(A) Hasta ahora, nadie había cantado; sólo *habían dado voces.* Si en este «cantar» se incluyen los cuatro seres vivientes, ha de entenderse que lo hacen como seres vivientes representativos de todo el Universo, pues los ángeles *nunca* se presentan en la Biblia *cantando* (v. el v. 11), sino *diciendo*. Cantar pertenece a los seres humanos. El hecho mismo de que los 24 ancianos estén cantando nos muestra que representan a la Iglesia, a los creyentes ya completamente redimidos (Ro. 8:23). Ahora es cuando el Hijo de Dios, que es también el Hijo del Hombre, es alabado en lengua humana y con las mismas modulaciones musicales que Él también asumió al hacerse verdadero hombre como nosotros (He. 2:14).

(B) Ya en el Antiguo Testamento cada nuevo acontecimiento en que la mano poderosa de Dios se extendía para librar a su pueblo de la opresión de sus enemigos, daba lugar a un nuevo canto de alabanza y de acción de gracias (v. por ej. Éx. 15:1–21; Jue. 5). Pero ahora este cántico *nuevo* tiene una relevancia peculiar, por cuanto en él se ensalza la mayor y definitiva liberación llevada a cabo por Dios en favor de su pueblo, y se rinde al Mesías honor y adoración por el momento solemne de su investidura como Sumo Profeta y Rey Soberano del Universo, lo cual se muestra en su poder y competencia para romper los sellos y abrir el rollo.

(C) El himno refleja tres momentos: (a) El presente, en que Cristo recibe el rollo, con todas las consecuencias que veremos a lo largo del Apocalipsis; (b) El pasado, que es la redención de la humanidad y la fundación y salvación final de la Iglesia; (c) El futuro, porque la actuación victoriosa de Jesucristo en los últimos tiempos, hasta desembocar en la gran batalla de Armagedón, queda ya garantizada desde ahora.

(D) Notemos que en el himno se expresa clara y definidamente el hecho de que el Cordero es digno de tomar el rollo y abrir todos los sellos precisamente *por haber sido inmolado y haber conseguido, con dicha inmolación, eterna redención* para el pueblo de Dios, extendido a toda la humanidad: (a) *«de todo linaje (*o *tribu;* gr. *phulés)»,* estirpe o raza (el vocablo griego entra en términos castellanos que tienen que ver con la *filogénesis);* (b) *«lengua»* implica la comunidad de gentes de la misma habla, ya que una raza o estirpe puede hablar diversas lenguas, y una misma lengua puede ser común a varias razas o estirpes; (c) *«pueblo»* parece subrayar una misma cultura, tanto religiosa como científica y, particularmente, ética; (d) *«nación»,* en fin, connota las fronteras geográficas y la diferente administración política.

(E) El original (v. 10) dice, según algunos (pocos) MSS, *«reinaremos».* Según algunos otros MSS, dice: *«reinan»* (en presente), lo cual resulta muy problemático en este contexto del Apocalipsis 5, distinto del de 1 Pedro 2:9. La mayoría (y los más importantes) de los MSS dicen *«reinarán».* Personalmente, opino que la lectura *«reinaremos»* entró en el texto porque algún copista pensó que eso era lo que lógicamente podía esperarse de quienes aparecen ya con vestiduras sacerdotales y coronas regias los (24 ancianos); pero ha de tenerse en cuenta que este himno lo están cantando, no sólo los 24 ancianos, sino también los 4 seres vivientes, a quienes no se puede aplicar ni la redención ni la realeza. Lo de *«reinarán sobre la tierra»* tiene una importancia extraordinaria, ya que solamente puede cumplirse si se admite el reino mesiánico milenario *en la tierra* (comp. con 20:4, 6).

3. A continuación, Juan tiene una nueva visión y escucha un nuevo himno (vv. 11, 12): *«Luego miré y oí la voz de muchos ángeles, en número de millares de millares, y de diez mil veces diez millares. Estaban en derredor del trono, de los seres vivientes y de los ancianos. Decían a grandes voces:*

“Digno es el Cordero que fue inmolado,
de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría,
la fortaleza, el honor, la gloria y la alabanza”» (NVI).

(A) En una nueva visión (gr. *kai eídon kai ékousa*. Lit. Y vi y oí, los dos en aoristo), Juan escucha un nuevo himno, en el que a los seres vivientes y a los ancianos se asocian *los ángeles.* Puede advertirse que, tan pronto como se asocian los ángeles, ya no se habla de *cantar,* sino de *decir a grandes voces* (comp. con Job 38:7; Is. 6:3). Ni aquí, ni en 7:11, se designan los ángeles de las tres categorías superiores, sino todos los demás ángeles, cuyo número se cifra textualmente en *«miríadas de miríadas»* (diez millares de diez millares) y en *«millares de millares»* (millones). Vemos que la NVI ha traspuesto las cifras, quizá para evitar un anticlímax, al ir de lo mayor a lo menor. La razón por la cual los ángeles no entran en

escena, sino después de los ancianos, podría ser porque los propios ángeles son instruidos por la Iglesia en los misterios de la redención (v. Ef. 3:10).

(B) Lo que decían *«a grandes voces»* los ángeles, con los seres vivientes y con los 24 ancianos, es que el Cordero, precisamente *por haber sido inmolado, es digno de recibir* siete (número de plenitud y perfección) aspectos de alabanza que proclaman la plenitud de la dignidad personal y de la obra redentora de Cristo; a la gloria, el honor y el poder, mencionados ya en el segundo himno dirigido al Creador en 4:11, añaden otros cuatro. Con algunas variantes, son también siete en 7:12. Nótese que un solo artículo abraza a los siete sustantivos, que aparecen así como ensartados en un solo racimo. De estas siete cosas, hay cuatro que Cristo posee ya por derecho propio y por haber sido inmolado: poder (v. 1 Co. 1:24), riquezas (2 Co. 8:9; Ef. 3:8; Col. 1:15, 16), sabiduría (también en 1 Co. 1:24) y fortaleza (Ef. 6:10; 2 Ts. 1:9—según el texto griego—). Las otras tres cualidades expresan la actitud de los hombres hacia el Cordero: honor (He. 2:9), gloria (Jn. 1:14; He. 2:9) y alabanza (o bendición—Mr. 11:9). Léase 1 Crónicas 29:10–12, y se verá cuánto se parece este himno al de David en su oración a Jehová. No estará de más examinar aquí, aunque hayamos de repetir algunos conceptos, el significado preciso de cada uno de los siete términos:

(a) *Poder* (gr. *dúnamis)* es aquí la capacidad infinita que Dios tiene para llevar a cabo sus proyectos.

(b) *Riquezas* (gr. *ploútos)* es la abundancia de toda clase de recursos que están a disposición del Señor.

(c) *Sabiduría* (gr. *sophía)* es la perspicacia profunda, la cordura infinita y la inimitable destreza de Dios para planificar y llevar a cabo su programa de acción en los destinos del mundo y de la humanidad.

(d) *Fortaleza* (en sentido de fuerza; gr. *iskhús)* es el vigor, la robustez, la solidez y la resistencia de una persona, que le facilitan la superación de todos los obstáculos.

(e) *Honor* (gr. *timé)* es la estima, la valuación y la consideración que se tienen respecto a la dignidad y funciones que desempeña una persona.

(f) *Gloria* (gr. *dóxa)* es, por parte de las cosas creadas, el reconocimiento y la expresión del esplendor que emana de los atributos divinos, especialmente del poder, del amor y de la sabiduría que Dios despliega en la obra de la salvación.

(g) Finalmente, *alabanza* o, mejor, *bendición* (gr. *euloguía)* es, por parte del hombre, la expresión digna y laudatoria de la plenitud de los atributos divinos en los que se basa la salvación del hombre, mientras que, de parte de Dios, es la concesión de *«toda buena dádiva y de todo don perfecto»* (Stg. 1:17) y que, en la plenitud expresada por el verbo hebreo *shalam*, da su sentido al término *«paz»* (hebr. *shalom),* con lo cual el *bendecir* que procede del hombre es meramente un «bien-decir», mientras que el de Dios es un «bien-hacer».

4. Sin solución de continuidad, se introduce (vv. 13, 14) otro himno: El Universo en sus cuatro partes (cielo, tierra, debajo de la tierra y mar), con todo lo que contienen, se unen en este quinto himno a las alabanzas que los ángeles, los seres vivientes y los ancianos habían expresado en el versículo 12: *«Luego oí a toda criatura en el cielo, en la tierra, debajo de la tierra y en el mar, y todo cuanto en ellos se contiene, que decían:*

"Al que está sentado en el trono y al Cordero,
sea la alabanza, el honor, la gloria y el poder,
por los siglos de los siglos".

Los cuatro seres vivientes dijeron: "Amén", y los ancianos se prosternaron y rindieron adoración» (NVI).

(A) Este quinto himno—dicho, no cantado—va dirigido conjuntamente *al que está sentado en el trono y al Cordero* (otra nueva indicación de que al Cordero no se le supone todavía sentado en el trono). El himno une las alabanzas al Dios Creador con las dirigidas a Jesucristo Redentor. Ha de notarse que a Dios Padre y al Cordero se atribuyen cuatro cosas en las que cada elemento parece tener una intervención peculiar: *Bendición* (cielo), *honor* (tierra), *gloria* (en redimir de debajo de la tierra) y *dominio* (gr. *krátos*, dominio o soberanía, con lo que la RV 1977 resulta aquí más exacta que la NVI), sobre el mar y sus monstruos.

(B) El Profesor Grau hace notar (*ob. cit.*, pág. 159) que, en el himno precedente, todas las cualidades aparecen agrupadas con un solo artículo, mientras que aquí cada una lleva su artículo, como si se les quisiera dar su propio énfasis. También hace notar que aquí no se menciona la *dignidad* que comportó la

obra de la redención («El Cordero es digno …»), sino sólo la íntima y consustancial dignidad, que es exclusiva de las personas divinas por lo que son en sí desde la eternidad. También que, en Daniel 2:37, 38, aparecen algunos de estos atributos en la «cabeza de oro» de la estatua de Nabucodonosor, pero allí leemos que son *otorgados por Dios,* no poseídos por derecho propio.

(C) Como rúbrica final del gran himno de toda la creación a Dios y al Cordero (v. 14), los seres vivientes *decían* (lit. Gr. *élegon)* constantemente (de ahí la continuidad—en el pasado, puesto que Juan está consignando una visión pasada—del pretérito imperfecto): *«Amén»*, poniendo su sello de aprobación, y el de Dios mismo, a esta adoración universal. Al final del himno, y en dos aoristos, el texto dice que *«los ancianos cayeron* (rostro en tierra) *y adoraron»*. Lo de *«al que vive por los siglos de los siglos»* no figura en los MSS originales, sino que pasó al *Textus Receptus* procedente de una traducción latina.

(D) Con esto se cierra la alabanza y la adoración que las tres clases de seres creados—ángeles, hombres y cosas—tributan constantemente a Dio Padre y a Jesucristo. Como concluye Grau (*ob. cit.*, pág. 160), «si Cristo no fuera Dios, los versículos 12 y 13 serían una blasfemia». Por otra parte textos como Efesios 1:22, 23; 4:10; Filipenses 2:9–11; Colosenses 1:15–19; 2:9, 10, etc., y sobre todo, Hebreos 1:2 y ss., nos describen el papel que Cristo desempeña desde su ascensión a la diestra del Padre.

5. La consecuencia práctica de todo este capítulo, en palabras de W Hendriksen, es que «todas las cosas deben glorificar a Dios: Su voluntad es ejecutada en el Universo. El trono gobierna. El Cordero reina. Como resultado de ello, los creyentes no tienen por qué temer en tiempos de tribulación, persecución y angustia» (*ob. cit.*, pág. 93). En lo que se equivoca Hendriksen—y todos los amilenialistas—es en aplicar todo esto a la época presente, sin percatarse de que, desde 4:1, hemos entrado ya en el Día de Jehová, *«en las cosas que han de suceder después de éstas»* (1:19, al final).

CAPÍTULO 6

Comienza aquí una nueva secuencia, en que, tras de las alabanzas que la creación entera ha tributado a Dios y al Cordero, empieza la *acción.* En este capítulo tenemos la apertura de los sellos hasta el sexto inclusive. I. Apertura del primer sello y salida del primer caballo (vv. 1, 2). II. Se abre el segundo sello y sale el segundo caballo (vv. 3, 4). III. Apertura del tercer sello y salida del tercer caballo (vv. 5, 6). IV. Se abre el cuarto sello y sale el cuarto caballo (vv. 7, 8). V. Apertura del quinto sello y se oyen las demandas de los mártires de los primeros meses de la Gran Tribulación (vv. 9–11). VI. Apertura del sexto sello y descripción de los disturbios cósmicos que manifiestan la ira de Dios (vv. 12–17).

Versículos 1–2

1. Jesús el Cordero se dispone a abrir sucesivamente los siete sellos. Cada sello tiene un simbolismo peculiar, que se revela al abrirlo. La revelación no se lee en alta voz; una acción simbólica sustituye a la lectura. Los 4 primeros sellos hacen referencia a 4 caballos y 4 jinetes (comp. con Zac. 1:8 y ss.; 6:1 y ss.). Las porciones de Zacarías, que acabamos de citar en paréntesis, sirven de trasfondo al presente capítulo 6, pero el contexto y, por ende, la interpretación son muy diferentes. Estos 4 primeros sellos forman una unidad; después vendrán otros dos, en diferentes circunstancias y escenarios que los anteriores. El quinto y el sexto se corresponden entre sí como pregunta y respuesta. El séptimo forma por sí solo un grupo aparte, como veremos en 8:1 y ss. Esta estructura de 4, 2 y 1 se repite igualmente en las trompetas y en las copas.

2. El versículo 1 hace la presentación de la primera apertura de los sellos: *«Me fijé*—dice Juan—*cuando el Cordero abría el primero de los siete sellos, y luego oí a uno de los cuatro seres vivientes que decía con voz como de trueno: "¡Ven!"»* (NVI).

(A) El primero de los seres vivientes habla *«como con voz de trueno», lo cual es muy apropiado para expresar el rugido del león* (el primero de los seres vivientes. V. 4:7).

(B) Lo de *«¡Ven!»* lo repetirán los otros tres seres vivientes. Se ha de tener en cuenta que el verbo *«mira»* falta en los MSS más fidedignos. Pero, aun en el caso de que se le tenga por auténtico, lo cierto es que Juan *mira* o, mejor dicho, *ve,* pero *no va ni viene.* Por consiguiente, la orden de marchar (gr. *érkhou)* es dada al jinete, no a Juan.

3. El primer caballo que sale es *blanco* (v. 2) y, a renglón seguido, se nos da la descripción del jinete: «*Yo miré ¡y ante mis ojos, un caballo blanco! El que lo montaba llevaba un arco; y le fue dada una corona; y salió como un conquistador dispuesto a ganar más victorias*» (NVI).

(A) Vemos, pues, que el primer ser viviente (el león) presenta un caballo y un jinete. En los cuatro primeros sellos, cada uno de los seres vivientes presenta igualmente un caballo y un jinete.

(B) El caballo es, en la Biblia, símbolo de fuerza, terror, guerra y conquista (v. Job 39:19–25; Is. 30:16; 31:1; Ap. 9:7; 14:20; 19:11).

(C) El hecho de que Jesucristo aparezca en 19:11 montado también en un caballo blanco, llevó a muchos escritores eclesiásticos de los primeros siglos de la Iglesia a pensar que también en 6:2 se trata de Jesucristo y del Evangelio, cuya predicación encendería la persecución llevada a cabo por el jinete que monta el caballo rojo, color de sangre. También algunos autores modernos, W. Hendriksen y M. Lloyd-Jones entre ellos, defienden esta misma opinión, pero sus argumentos no tienen consistencia alguna. No cabe ninguna duda de que el jinete de este caballo blanco es el Anticristo.

(a) En primer lugar, es falso que el color blanco sea *siempre* símbolo de santidad, como puede verse por Zacarías 1:8 y ss.; 6:1 y ss. Es suficiente con que sea símbolo de *victoria festiva*, conseguida muchas veces astuta y diabólicamente, sin derramamiento de sangre. Los lugares invocados por Hendriksen para deducir que «victoria y conquista» son siempre atributos de Cristo en el Nuevo Testamento y, especialmente, en el Apocalipsis, están en un contexto completamente diferente. Salmos 45:3–5; Isaías 41:2 y Habacuc 3:8, 9 están dentro de un contexto que cuadra con Apocalipsis 19:11, pero no con 6:2.

(b) También es falso que este versículo describa «lo que sigue a la primera Venida de Cristo» (Hendriksen, *ob. cit.*, pág. 97, nota 2). El argumento decisivo contra Hendriksen, en este punto, es que, en Apocalipsis 6, el primer jinete forma *parte integral* con los otros tres restantes. Todos ellos simbolizan plagas y castigos, de los cuales queda al margen Cristo.

(c) Las apariencias engañan. Es cierto que Cristo tiene corona de rey, que es vencedor y que también monta, como ya dijimos, un caballo blanco. Pero el color blanco es aquí solamente la cobertura de una *paz* fingida, pues representa el *pacto* con el pueblo judío, profetizado en Daniel 9:27, que el Anticristo quebrantará a la mitad de la última semana. La *victoria festiva* que el blanco representa también aquí es la que, según 13:7, va a conseguir el Anticristo contra los *santos.* Dice a este respecto W. M. Smith:

Cuando Cristo venga en realidad «conquistando y para conquistar», no habrá ya más juicios, como los que representan los caballos segundo, tercero y cuarto. Swete dice con acierto del primer caballo: «Una visión de Cristo victorioso sería inadecuada al comienzo de una serie que simboliza derramamiento de sangre, hambre y pestilencia». Incluso Torrance cae en la cuenta de ello, si bien adopta una forma de interpretación estrictamente espiritual: «¿Se puede en modo alguno dudar de que se trata de la visión del Anticristo? Se parece tanto al Cristo auténtico, que engaña a la gente, ¡incluso a muchos lectores de este pasaje!» (ob. cit., pág. 1.506).

(D) El versículo 2b describe también al jinete como *«teniendo un arco»* (lit.). El arco está destinado aquí a impresionar con el recuerdo de los invasores partos, cuya arma específica era el arco. Estos invasores eran, en los años en que Juan escribía, el azote más sangriento contra el Imperio Romano. En cambio, Jesucristo, el jinete que monta el caballo blanco de 19:11, no lleva arco, sino una espada grande (gr. *rhomphaía*, el mismo vocablo de 1:16; 2:12, 16; 19:15, 21) que sale de su boca.

(E) Finalmente, se nos dice que *«le fue dada una corona»* (gr. *stéphanos*, como en 2:10; 3:11; 4:4, 10). Nótese que, desde este versículo hasta el final del Apocalipsis, se repite, no menos de 23 veces, el aoristo pasivo del verbo *dídomi*, dar; 21 veces en singular (gr. *edóthe);* y 2 veces en plural (gr. *edóthesan).* Esto significa que todo, lo bueno y lo malo, está controlado y dirigido por Dios en el Día de Jehová, de tal forma que a su voluntad se atribuye todo lo que sucede: lo bueno, porque procede de su mano; lo malo, porque Él lo permite y controla para el cumplimiento de sus santos y secretos designios.

Versículos 3–4

A continuación viene la apertura del segundo sello y la salida del segundo caballo: *«Cuando el Cordero abrió el segundo sello, oí al segundo ser viviente, que decía: "¡Ven!" Entonces salió otro caballo, de color rojo encendido. Al que lo montaba, se le dio poder de quitar (lit. se le dio quitar) de la*

tierra la paz y de hacer que los hombres se matasen unos a otros. A éste se le dio una gran espada (gr. *makhaira*, el mismo vocablo de Ef. 6:17; He. 4:12)» (NVI).

1. El segundo ser viviente (el becerro, o toro joven) transmite (v. 3) la orden de aparición del segundo jinete, que es el que trae la guerra. Nadie mejor que el toro para acudir al *rojo,* a la sangre. Esto mismo demuestra que sólo después de la apertura de este sello estalla la guerra: las *«guerras y rumores de guerras»* que el Maestro mencionó, como preludio del fin, en su Discurso del Olivete (Mt. 24:6).

2. Efectivamente, sale (v. 4) el caballo rojo (gr. *purrhós*, rojo encendido), con licencia divina (gr. *edóthe, le fue dado;* como en el v. 2) para *«quitar de la tierra la paz y hacer que los hombres se matasen unos a otros»*. Y, en señal de que este jinete salía para hacer la guerra, añade Juan que *se le dio* (de nuevo, *edóthe) una gran espada.*

(A) Hendriksen, consecuente con su interpretación del caballo blanco (en el que ve montado a Jesucristo), opina que este caballo rojo simboliza la persecución, porque—dice él—siempre que sale Jesucristo con su Evangelio, sale detrás la persecución *(ob. cit.,* pág. 99). En este sentido se refiere a Mateo 10:34 que, en un contexto semejante, emplea el mismo término *(mákhaira,* la daga o machete corto). También se apoya en el verbo que aquí usa Juan (gr. *spháxousin*—por *spháxosin*—, degüellen), que, según él, siempre se refiere a la muerte de Cristo (por ej. 5:6; 13:8) o de los creyentes (6:9), aunque admite la excepción de 13:3, «porque se refiere—dice—a una cabeza *degollada*». Otros lugares que él cita son 1 Juan 3:12; Apocalipsis 5:9, 12; 18:24. Por tanto, concluye que también aquí debe referirse a la muerte de los creyentes en cualquier persecución por causa de Cristo y de su Evangelio.

(B) Sin embargo, la mayoría de los comentaristas—incluido J. Grau—piensan que se trata de la guerra, como azote enviado a la humanidad rebelde. En efecto, el verbo griego *spházo* o *sphásso* es el más apropiado para indicar una carnicería tremenda y un asesinato despiadado entre hombres y pueblos, como ocurre en las guerras.

(C) El hecho de que el vocablo griego *mákhaira* sea el más apropiado para expresar el sacrificio cultual no da derecho a la afirmación categórica de que debe referirse a la persecución de los creyentes, pues hay muchas razones en contra, a partir del mismo texto que nos ocupa. El mismo Hendriksen admite la excepción de 13:3. ¿Se trata simplemente de una excepción que confirma la regla? ¡Ni mucho menos! Precisamente Pablo usa el mismo término en Efesios 6:17 para designar el machete corto, empleado para la lucha cuerpo a cuerpo (v. el comentario a dicho lugar).

(D) Pero hay otras dos razones de mayor peso en contra de la opinión de Hendriksen:

(a) La expresión de *«asesinarse mutuamente»,* como dice el original, no cuadra bien con la idea de persecución de los creyentes, en la que ellos son matados, pero ellos no matan a su vez.

(b) El texto no dice simplemente *mákhaira*, sino *mákhaira megále* («espada *grande»),* que parece coincidir con el alfanje curvo, tan usado ya en la antigüedad, especialmente por los árabes. Este alfanje, al ser bastante mayor que una daga corriente, tiene un solo filo, en contraste con la *rhomphaía*, espada larga y de dos filos (1:16; 19:15), que sale de la boca de Cristo. Por Hebreos 4:12, vemos que también existía una *mákhaira dístomos*, daga de dos filos.

(E) Finalmente, la referencia de Mateo 10:34 implica una oposición mutua familiar, en la cual el creyente, sin quererlo él (comp. con Ro. 12:18), *hiere* con su testimonio, pero en este caso no se puede hablar de un «mutuo degüello».

Versículos 5–6

Al abrirse el tercer sello, el tercer ser viviente (el hombre) transmite la orden de salida del tercer jinete. Éste aparece montado en un caballo negro, símbolo del hambre, y con una balanza (gr. *zugós*, yugo) en la mano como quien va a pesar (vv. 5, 6): *«Cuando el Cordero abrió el tercer sello, oí al tercer ser viviente, que decía: "¡Ven!" Miré, ¡y ante mis ojos, un caballo negro! El que lo montaba sostenía una balanza en su mano. Luego oí como una voz que salía de en medio de los cuatro seres vivientes, y decía: "Una medida de trigo por un denario, y tres medidas de cebada por un denario; ¡y no hagas daño al aceite ni al vino!"»* (NVI).

1. El autor sagrado dice (v. 5) que el que montaba el caballo negro llevaba en la mano *un yugo* (lit.). Pero el griego *zugós* se emplea, en general, para designar cualquier elemento que sirve para unir dos cosas; en este caso, designa el «yugo» de la balanza, del que penden los dos platillos. Se emplea, pues,

por sinécdoque, la parte por el todo. «La balanza—dice Bartina (*ob. cit.*, pág. 685—) es símbolo de gran necesidad (Lv. 26:26; Ez. 4:16)».

2. Tan pronto como ha salido el caballo negro con su jinete respectivo, Juan oye una voz que sale de en medio de los seres vivientes: voz de mando que procede del trono de Dios, y que dice: *«Una medida de trigo por un denario, y tres medidas de cebada por un denario; ¡y no hagas daño al aceite ni al vino!»*

(A) El *quénice* (lit. Gr. *khoínix),* que las versiones traducen de muy diversas maneras, es una medida griega para áridos, equivalente a poco más de un litro. El denario, como sabemos, equivalía al jornal diario de un obrero o de un labrador a jornal. «Comer pan a peso—dice Hendriksen (*ob. cit.* pág. 101)—indica una condición de dificultad económica». Es decir, que un trabajador ordinario necesitará el sueldo de un día para mantener únicamente de pan a una sola persona por día (v. Mt. 20:2). Para poder sustentar a su familia necesitará comprar tres panes de cebada por ese mismo precio. ¿Y para las demás necesidades? En condiciones normales, se podían obtener doce quénices de trigo por un denario, y doce de cebada por ese mismo precio, según testimonio de Cicerón. Ello significa que la carestía de alimentos básicos va a ser tremenda.

(B) Hendriksen opina que aquí no se trata del azote del hambre, pues el que tenga dinero—dice él—podrá comprar todo el trigo que desee, sino de las condiciones adversas de los creyentes (perseguidos) a lo largo de los siglos, especialmente en los tiempos en que Juan escribía esto. En esto, Hendriksen es consecuente con su punto de vista, siempre «antifuturista». Contra la opinión de Hendriksen, opinamos que este azote, como los otros tres, pertenece a los últimos tiempos (v. 4:1).

(C) Es cierto que la carta a la iglesia de Tiatira (2:18 y ss.) da a entender, como ya vimos, que los creyentes consecuentes con su fe que se nieguen a participar en los festivales idolátricos e inmorales de los gremios laborales, son expulsados del gremio, pierden su oficio y se ven obligados a pasar hambre o, al menos, a carecer de muchas cosas. Pero este versículo se entiende mejor a la luz de 13:17, cuando vemos que los que no lleven el número de la Bestia, no podrán comprar ni vender.

(D) En contraste con la escasez de productos de primera necesidad vemos que el aceite y el vino abundarán, pues al jinete se le ordena que no cause daño a ninguno de los dos. Pero, como hace notar Barchuk (*ob. cit.*, pág. 127), «una persona que se está muriendo de hambre no está pidiendo vino o cerveza, y el aceite no se puede usar sin el pan o la patata. Mientras tanto, si las personas carecen de medios para comprar pan, ¿de dónde podrán comprar vino y aceite?»

Versículos 7–8

Se abre ahora el cuarto sello, y el cuarto ser viviente (el águila) sale a cumplir su cometido de introducir al cuarto jinete (vv. 7, 8): *«Cuando el Cordero abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser viviente, que decía: "¡Ven!" Miré ¡y ante mis ojos, un caballo de color pálido! El que lo montaba se llamaba Muerte, y el Hades le seguía muy de cerca. Les fue dado poder sobre una cuarta parte de la tierra, para matar a espada, con hambre y con plagas, y por medio de las fieras de la tierra»* (NVI).

1. El vocablo griego (v. 8) para «pálido» es *khlorós* que, en realidad, significa «verde» (como en 8:7; 9:4). Aquí, indica la lividez verdosa, mezcla de verde-oliva y verde-ceniza, color de los cadáveres que mueren de pestilencia. Como observa Bartina, en tiempo de Juan la muerte no era representada mediante un esqueleto, sino que era asemejada al personaje que salía simbólicamente antes de los juegos de gladiadores. De ahí, el saludo de éstos al emperador antes de comenzar el combate: *«Ave Caesar, morituri te salutant»:* «¡Salve, César, los que van a morir te saludan!» A la grupa de la Muerte cabalga el Hades (la morada de los difuntos, en la mentalidad de los griegos), el cual va devorando a todos los que son abatidos por la guadaña de la Parca implacable.

2. Hendriksen opina que aquí se mencionan otras clases de tribulaciones de los creyentes, como en Mateo 24; Marcos 13 y Lucas 21. Notemos, sin embargo, que no se pone límite a las personas, sino al área *(la cuarta parte de la tierra).* Este azote está bien descrito en Jeremías 15:2, 3; Ezequiel 14:21, 22, pero el tiempo y el contexto difieren notablemente de los de Apocalipsis 6:8. Se habla de que *«les fue dada licencia* (lit. Gr. *exousía) para matar».* ¡También para eso necesitan el permiso de Dios!

3. Nótense bien las diversas formas con que la Muerte ejecuta sus funestos designios: *«con espada* (gr. *rhomphaía), con hambre, con muerte* (gr. *thanáto*[i]), es decir, con pestilencia mortífera, *y por las fieras de la tierra»* (lit.).

(A) «¡Ahora es la guerra!»—dice Hendriksen, al pensar que quienes han visto la guerra en el segundo jinete no tienen escapatoria, pues una de dos: (a) o los azotes que aquí se enumeran están repetidos en los caballos segundo y tercero, o (b) hay que sostener, sin fundamento, que se trata de una interpolación. Analicemos estos argumentos:

(a) Ningún creyente fundamentalista sostiene que se trate de una interpolación, puesto que el final del versículo 8 está atestiguado por todos los MSS. Pero no creemos que sea una repetición inútil, puesto que dicho final enfatiza la forma en que la Muerte y el Hades recogen el fruto de los otros tres azotes: Persecución solapada (v. 2), guerra (v. 4) y hambre (v. 6).

(b) El cambio de verbo se explica al hacer el resumen de los que caen bajo la guadaña de la Muerte; por eso, el autor sagrado usa el genérico verbo *matar* (gr. *apokteínai),* en lugar de *degollar (spháxai),* verbo que caracteriza mejor la descripción de una carnicería en una guerra.

(c) Por lo que ya dijimos (sobre el v. 4b) acerca del alfanje, que Bartina traduce por «una gran cimitarra», no vemos que haya diferencia notable respecto de la *rhomphaía* usada aquí, puesto que el alfanje es más apropiado para el degüello mutuo del que habla el versículo 4.

(d) Para la conexión entre el hambre y la mortandad por pestilencia (como arma de la Muerte), notemos que la expresión «matar con muerte» es un hebraísmo con el que la Biblia expresa, de ordinario, la muerte por pestilencia, aplicable especialmente a la peste bubónica, descrita maravillosamente en los capítulos 5 y 7 de 1 Samuel (v. también Jer. 21:6–9; Lc. 21:11).

(B) Análisis especial requiere la frase «y *por las fieras de la tierra»* (v. 8 al final).

(a) Lo primero que notamos es el cambio de preposición. Mientras la acción de los otros tres agentes va descrita mediante la preposición griega *en* (aquí, con el sentido de *con),* la de las fieras se expresa por medio de la preposición *hupó*, que señala la intervención de un agente personal y responsable.

(b) Para comprender dicha frase, la mayoría de los autores recurren, con razón, a 2 Reyes 17:25, donde tenemos el trágico cuadro de unos «animales salvajes, que en los grandes trastornos sociales, al quedar despoblado el campo, infestan toda la región» (Bartina, *ob. cit.*, pág. 686). Con todo, no renunciamos a la opinión personal de que aquí se halla una alusión al primer jinete, con lo que se completaría el resumen de la mortífera labor que, como azotes enviados por Dios, llevan a cabo el gran perseguidor, aunque solapado, la guerra, el hambre y la muerte. Esta opinión mía se halla reforzada por la interpretación que el Targum da a Jeremías 12:9, donde *«las fieras del campo»* son interpretadas como «los reyes de las naciones». Podría, pues, aquí aludirse al Anticristo y a los poderes de este mundo que han de militar a sus órdenes.

(C) Al seguir una línea de interpretación «en espiral», Swete opina que todos los azotes simbolizados en los cuatro primeros sellos describen la condición del Imperio tal como Juan la veía entonces. «Esta serie de condiciones—dice—se repiten en la historia; y el militarismo, la codicia y el afán de ilimitado poder son fuerzas que la mano de Cristo deja en libertad para que preparen el camino de su Segunda Venida y la publicación final de los secretos del libro sellado».

4. Terminaremos esta sección haciendo notar que Hendriksen es demasiado optimista al opinar que «tanto las conversiones masivas como la desintegración moral y religiosa resultan de tales calamidades» *(ob. cit.*, pág. 105, nota 1). Las guerras y las catástrofes de nuestro siglo XX han traído, sí, una espantosa desintegración moral y religiosa, pero de verdaderas «conversiones masivas», no tanto.

Versículos 9–11

Con la apertura del quinto sello, cambia repentinamente el escenario celeste que Juan está contemplando. No olvidemos, sin embargo, que Juan no está viendo las realidades, sino que tiene una *visión* simbólica de elementos que le son presentados como en una moviola. La sala del trono se convierte ahora en un templo. Recordemos que en el tabernáculo (y en el templo) había dos altares: el de los perfumes, cercano al velo que separaba el Lugar Santísimo del Lugar Santo, y el de los holocaustos, en cuya base se recogía el resto de la sangre de las víctimas, después de haber rociado con ella los cuernos del altar (Lv. 4:7). Esta sangre era la que, en sustitución de la persona, hacía expiación por los pecados, mientras los restos de la víctima quedaban encima. Así entenderemos mejor los versículos que siguen (9–11) y que dicen así en la NVI: *«Cuando abrió* (el Cordero) *el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los que habían sido asesinados* (lit. *degollados) por causa de la palabra de Dios y del testimonio que habían mantenido. Gritaron con voz potente, diciendo: "¿Hasta cuándo, Soberano Señor* (gr. *ho*

despótes, el mismo vocablo de Hch. 4:24; 2 P. 2:1, entre otros lugares), *santo y veraz* (gr. *alethinós), vas a estar sin juzgar a los habitantes de la tierra* (v. el comentario a 3:10) *y sin vengar nuestra sangre?" Entonces se le dio a cada uno de ellos una túnica blanca y se les dijo que aguardasen en paz un poco más, hasta que se completara el número de sus consiervos y hermanos que iban a ser matados como ellos lo habían sido»* (comp. con 20:4).

1. Como según Génesis 9:4 y ss. y, especialmente, Lévitico 17:11, *en la sangre está la vida* de la persona o del animal, aquí aparecen bajo el altar las *almas (*o *vidas),* es decir, las personas, representadas en la sangre, *de los que habían sido degollados* (lit.). El verbo está en participio de pretérito perfecto, para dar a entender una condición que permanece hasta este momento.

2. Dice Juan que habían sido degollados *por causa de la palabra de Dios y por causa del testimonio que tenían»* (lit.). Nótese que no dice «daban», sino *«tenían»,* porque no se trata aquí del testimonio que ellos habían dado de Cristo (aunque esto era verdad), sino del testimonio que habían recibido por ello (comp. con He. 11:4, 39) de parte del Señor. Desde luego, ellos habían sido *testigos* (gr. *mártures)* en el sentido más pleno del vocablo, puesto que habían sido degollados por mantener, hasta el sacrificio de la vida, su profesión de fe en el Evangelio. En 12:17, tenemos, al final, una expresión más explícita: «… *y tenían el testimonio de Jesús».*

3. Más alusiones al altar las tenemos en 8:3, 5; 9:13; 11:1; 14:18; 16:7. Es cierto que en el cielo no hay propiamente altares, ni de holocaustos ni de perfumes, puesto que Cristo se ofreció, de una vez por todas, en el Calvario, pero también es verdad que, dentro del simbolismo que asimismo hallamos en Hebreos 13:10 («… *tenemos un altar …»),* cerca del trono y del lugar en que aparece aquí el Cordero *«como degollado»* (5:6), vio Juan un altar (siempre en visión simbólica) bajo el cual, esto es, en su base, estaban (en unión con Cristo) los que habían sido inmolados por causa de Él.

4. Este mismo altar (uno solo) aparece también (8:3, 4) como altar de los perfumes, donde a la intercesión del Cordero se unen las oraciones de los suyos. Y de la misma manera que estas oraciones no tendrían valor ni eficacia de ninguna clase si no se echase incienso del cielo, es decir, el poder intercesor de Cristo, tampoco el sacrificio de los suyos sería posible si no hubiésemos sido redimidos y hechos sacerdotes al precio del sacrificio del Calvario.

5. Barchuk hace notar (*ob. cit.,* pág. 131) que, al abrirse este quinto sello, no se oye la orden de salir, y las fuerzas celestes parecen quedar inactivas, en razón de que el mandato de perseguir y degollar a los siervos de Dios no proviene realmente del trono de Dios, sino de Satanás, aunque sea cierto que, sin el permiso de Dios, ello no podría ser llevado a cabo.

6. La sangre de los inmolados (v. 10) por causa de la Palabra de Dios clama aquí como la de Abel (Gn. 4:10). «Es sugestivo—dice Bartina (*ob.* cit., pág. 687)—verificar que el rabinismo ponía a los justos, especialmente a los muertos por causa de la fe, cerca del trono de Dios.» Estas almas (simbolizadas en la sangre) se dirigen a Dios como al Amo (gr. *despótes),* Soberano Señor, que es *santo* para hacer justicia, y *verdadero* (fiel y constante) en el cumplimiento de sus promesas, a fin de que haga *juicio y vindicación* de sus vidas, segadas por la persecución del Anticristo, y acelere así el triunfo total del Señor mediante la implantación del reino mesiánico milenario de Cristo (v. 11:15; 16:5–7; 18:20; 19:2 y ss.), tras la derrota total de sus enemigos.

7. Estamos, pues, ante los mártires de los primeros meses de la Gran Tribulación. En 7:9 y ss. veremos quiénes son estos mártires. Han sido objeto de la persecución del Anticristo. De la misma manera que, en los Salmos especialmente, hallamos gritos de imprecación contra los enemigos, considerados, ante todo, como *enemigos de Dios,* así también aquí la sangre de estos mártires no clama *venganza personal,* sino *vindicación* (gr. *ekdikeís) de los atributos divinos.* Los perseguidores han llegado a despreciar y desafiar al *«Santo y verdadero».* Si Dios se está quieto, impasible ante este desafuero, su justicia y su soberanía quedarán en la picota. Por eso claman para que se acelere *«el gran día de su ira»* (v. 17), en que la majestad, la santidad, la sabiduría y la soberanía de Dios quedarán claramente de manifiesto ante todo el mundo, y ¿cuándo se va a realizar esto, si no es al principio del reinado de Cristo en la tierra, cuando Él regirá a las naciones *con vara de hierro* (19:15)?

8. No hay contradicción entre esta manera de clamar de la sangre de los justos del versículo 10 y el grito de Esteban (Hch. 7:60) pidiendo al Señor que no les tuviese en cuenta a los que le apedreaban el pecado que cometían. La vindicación de los atributos de Dios se compagina admirablemente con el llamamiento para que los impíos procedan al arrepentimiento y, por él, al perdón y a la salvación de ellos mismos. Dice Salguero (*ob. cit.,* pág. 383): «La venganza más digna del Dios misericordioso es obligar a

sus enemigos a postrarse ante Él pidiendo perdón». Por eso dice Agustín de Hipona: «No odies a nadie, porque el enemigo de hoy puede ser el hermano de mañana».

9. A este clamor de los mártires se les responde (v. 11) desde el trono de Dios tranquilizándoles con una triple promesa que va a cumplirse a corto plazo:

(A) Se les van a dar unas *vestiduras blancas («a cada uno una estola blanca»*—dice el original—), símbolo de justicia (tanto de la imputada—7:9—como de la cumplida y ejercitada—19:8—), de victoria, paz, gloria y regocijo festivo, como arras de la primera resurrección (20:4–6), de modo que, ya antes del fin, el cual se acelera por la oración de los santos (8:1–5), pregusten la gloria venidera. Con estas ropas aparecen vestidos también en 7:9, 14.

(B) Se les anuncia que, *por un pequeño tiempo* (lit. Gr. *khrónon mikrón*—se trata de espacio de tiempo, no de una ocasión u oportunidad, pues diría *kairón—),* van a disfrutar de un descanso deleitoso, como lo indica el griego *anapaúsontai*.

(C) También se les dice que está presto a completarse el número de sus *consiervos* (relación conjunta vertical en relación con el mismo *Amo* del v. 10) *y hermanos* (relación fraternal horizontal) que todavía tienen que dar la vida en testimonio de su fe.

10. W. Hendriksen apela aquí a la enseñanza bíblica de que el número de los elegidos «ha sido fijado desde la eternidad en Su (de Dios) decreto» *(ob. cit.*, pág. 106). Esta consideración teológica, aparte de necesitar cierta matización (¿presciencia?, ¿predeterminación?), resulta aquí fuera de contexto; algo que Hendriksen no puede ver por su punto de vista antifuturista. El texto ha de verse a la luz de 20:4, y aun a la de Hebreos 11:40. Salguero hace notar (*ob. cit.*, pág. 383) que «la respuesta que se da a la petición de los mártires es semejante a la que se encuentra en el apócrifo 4 Esdras 4:35–37: Los justos, desde sus receptáculos, preguntan: "¿Cuánto tiempo tendremos todavía que permanecer aquí?" A lo que responde el arcángel Jeremiel: "Hasta que el número de vuestros semejantes sea completo". El Targum judío nos ayuda también a entender mejor este sentido de solidaridad que Apocalipsis 6:11 establece entre los creyentes, así como la posición privilegiada que ocupan junto al trono de Dios. Así Akiba (*en Aboth* R.M. 26) dice: "Todo el que era enterrado en la tierra de Israel era como si fuese enterrado bajo el altar, y todo el que era enterrado bajo el altar era como si fuese enterrado bajo el trono de Dios"». Por nuestra parte, diremos que vale como pensamiento devocional, pero cae también fuera del presente contexto, que no trata de creyentes en general, sino de los mártires asesinados durante los primeros meses de la Gran Tribulación.

11. Queda una delicada cuestión por resolver: Estos mártires que han sido asesinados en los primeros meses de la Gran Tribulación, ¿están ya en el cielo (¿sentido proléptico con relación a 20:4?), puesto que Juan habla de que fueron vestidos de blanco? ¿O es que los espíritus desencarnados disponen de alguna clase de cuerpo, más o menos aéreo? A esto contesta Walvoord (*ob, cit.*, págs. 134, 135):

En este versículo se contribuye a contestar a esa pregunta. Los mártires muertos, aquí descritos, no han sido resucitados de entre los muertos y no han recibido sus cuerpos de resurrección. Con todo, se declara que se les dan vestidos. El hecho de que se les den vestiduras casi habría de requerir que tuviesen un cuerpo de alguna clase. Una vestidura no puede colgar de un alma o espíritu inmaterial. No es la misma clase de cuerpo que los cristianos tienen ahora, esto es, el cuerpo de tierra; ni es el cuerpo de la resurrección, con carne y huesos, del que Cristo habló después de Su propia resurrección. Es un cuerpo temporal, adecuado para su presencia en el cielo, pero reemplazado a su vez por su perpetuo cuerpo de la resurrección, que se les da al tiempo del regreso de Cristo.

Una grave objeción contra este punto de vista es que la Biblia jamás menciona ni insinúa que entre el cuerpo terrenal de esta vida y el de la resurrección exista otro cuerpo provisorio, «temporal», del que estén revestidos los espíritus desencarnados hasta el día de la resurrección y en el que puedan colocar vestiduras de la clase que sea. Para el que esto escribe, la cuestión es muy sencilla: Las vestiduras son tan simbólicas como la sangre y el altar de que se nos habla en el versículo 9. Juan expresa las realidades por medio de símbolos, y eso es todo.

12. Finalmente, algo que, desde este punto, es preciso tener bien en cuenta, es que todo lo que aquí se dice, a partir de la apertura del segundo sello, tiene su lugar en la segunda mitad (tres años y medio) del período de siete años que abarca la Gran Tribulación.

Versículos 12–17

Llegamos ahora a la apertura del sexto sello, con el cataclismo que sigue a continuación de dicha apertura. Veamos primero la apertura y los fenómenos que afectan a la naturaleza (vv. 12–14), para ver después las reacciones de los habitantes de la tierra (vv. 15–17).

1. Dicen los versículos 12–14 en la NVI: «*Yo paré atención cuando Él* (el Cordero) *abrió el sexto sello. Se produjo un gran terremoto. El sol se volvió negro como un saco tejido de pelo de cabra, la luna entera se puso roja como la sangre, y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como caen las brevas de una higuera cuando es sacudida por un viento impetuoso. El firmamento desapareció como un pergamino que se enrolla, y todas las montañas e islas fueron removidas de su lugar*».

(A) Recordemos, una vez más, que Juan está en éxtasis; en este éxtasis tiene una visión en la que los eventos del día de Jehová le son revelados por medio de símbolos; no ve literalmente lo real, sino figuras simbólicas de lo real, que no por estar bajo figuras deja de ser real. Si esto no se tiene en cuenta, el Apocalipsis no se puede entender de ninguna manera.

(B) Podemos, pues, preguntarnos ahora: ¿De qué cataclismo se habla aquí? Que se trata de algo muy importante se ve por la fraseología misma con que comienza el versículo 12 («*Y vi*—o *miré—cuando abrió …»)* y que sólo aparece así en la apertura del primer sello, no en los demás. ¿Son puro simbolismo todos los fenómenos que aquí se narran? Dice G. R. Beasley-Murray *(New Bible Commentary*, pág. 1.179): «Todas estas señales de la consumación son demasiado regulares en los escritos escatológicos como para que puedan tomarse en sentido completamente figurado». Creo que deben tenerse en cuenta los siguientes principios:

(a) Las Escrituras nos ofrecen muchos ejemplos en que, dentro de un mismo contexto, se superponen, faltos de perspectiva temporal, sucesos que se refieren a tiempos muy distantes entre sí. Dos ejemplos claros tenemos en Isaías 61:1, 2, compárese con Lucas 4:18–20, donde la mitad del versículo 2 se refiere a la Segunda Venida de Cristo, mientras que la primera parte se cumplió ya en la Primera Venida, y Joel 2:28–32, compárese con Hechos 2:17–21, donde Pedro cita a Joel, e incluye los versículos 30–32 que, como Apocalipsis 6:12–14, se refieren al final de los tiempos.

(b) El hecho de que dichos fenómenos cataclísmicos, de carácter netamente apocalíptico, muestren en toda su fuerza la majestad, la santidad, el justo juicio y la soberanía de Dios, hace que tanto los profetas como los apóstoles los citen siempre que Dios muestra su poder salvífico de una manera extraordinaria. W. M. Smith asegura:

Aunque no se dice en forma específica en qué época han de colocarse estos mártires, el sexto sello habla sin duda de perturbaciones celestes tremendas que todavía no han ocurrido, pero que tendrán lugar al final de los tiempos … Los sucesos que se traslucen en la apertura del sexto sello deben situarse al final de los tiempos (ob. cit., pág. 1.507).

Y continúa diciendo que este tema se toca ya desde el profeta Joel (Jl. 1:15; 2:1, 11, 30, 31). También en Isaías 13:6–10; 24:21–23; 34:4 se reiteran estas predicciones, relacionándolas con el Día de Jehová.

(c) Notemos también que el Señor Jesucristo puso de relieve este hecho concreto en su Discurso del Olivete (Mt. 24:29–31; Mr. 13:24–26; Lc. 21:11, 25). «Todas estas perturbaciones—dice W. Smith—se refieren al período de *después de la tribulación* (Mt. 24:29), con excepción de Lucas 21:11, que implica que habrá ya algunas perturbaciones antes de la Tribulación misma».

(d) Notemos finalmente que en Apocalipsis, según la frecuente repetición del número *siete*, dichos fenómenos se mencionan siete veces: la primera, en los versículos que estamos comentando; otras cuatro, en los juicios a son de trompeta (8:8–9:1); la sexta, al derramarse las copas cuarta y quinta (16:8–10); y la séptima, al derramarse la séptima copa (16:17–21). Esta frecuente recurrencia apunta finalmente al tiempo, después del Milenio, en que la tierra y, al menos, nuestro sistema solar, serán consumidos por el fuego para dar paso a unos nuevos cielos y una nueva tierra (v. 20:11; 21:1, comp. con 2 P. 3:10–12).

(e) Por consiguiente, todos estos fenómenos simbolizan y anuncian la suprema intervención de Dios al final de la Historia. El sentido común debería bastarnos para hacernos ver que su cumplimiento literal no puede tener lugar antes de ese momento, porque, ¿cómo podría, de otro modo, subsistir en este mundo ningún ser viviente después de semejante cataclismo cósmico?

(C) Nos queda examinar algunos de los fenómenos que aquí se registran, pues no todos tienen la misma sincronización:

(a) En el versículo 12 encontramos tres de los siete fenómenos que, según el sentido de plenitud y totalidad que es genérico con respecto al simbolismo del número siete, redondean la espectacularidad del acontecimiento: *Primero, «un gran terremoto»* (gr. *seismós*, de donde procede el vocablo castellano *«sísmico»*, así como el que en España decimos *«seísmo»* y los latinoamericanos llaman, más correctamente, *«sismo»).* Este fenómeno aparece ya en 11:13; 16:18, así como en Ezequiel 38:19; Joel 2:10; Amós 8:8; Mateo 24:29. *Segundo, «el sol se puso negro como saco de crines»* (el vestido de saco negro era signo exterior de duelo). A este oscurecimiento del sol se alude ya en Isaías 50:3. Recordemos que esta oscuridad ocurrió en la novena plaga que cayó sobre Egipto (Éx. 10:21–23) y durante las tres horas de eclipse en el Calvario (Mt. 27:45 y paralelos). *Tercero, «la luna se volvió toda como sangre».* Por lugares como Isaías 13:10; Ezequiel 32:7 y otros, creemos que este enrojecimiento designa el color que adopta la luna en un eclipse total.

(b) En el versículo 13 tenemos el cuarto fenómeno: *la caída de astros del cielo sobre la tierra,* a la que ya hay referencia en Isaías 13:9, 10. Como ya hemos hecho notar, es muy improbable que esto indique un hecho anterior al final del Milenio, a no ser que se trate de meteoritos. A este fenómeno, tanto como al siguiente, parece hacer referencia Isaías 34:4, aunque allí se hace mención de las *hojas* de la higuera, pero aquí se habla de los *higos tardíos* (gr. *Olúnthous),* sacudidos por un fuerte viento.

(c) El quinto fenómeno es que *«el cielo*—es decir, el firmamento—*se desvaneció como un pergamino que se enrolla»* (v. 14). De nuevo tenemos una referencia a Isaías 34:4; 40:20; 2 Pedro 3:10–12. Recordemos que ya Génesis 1:6–8 llama *«expansión»* (hebr. *raquiaj*, plancha sólida) al firmamento. A pesar de su magnitud y de su dureza, se enrolla como un pergamino, ante la majestad omnipotente de Dios, especialmente si está ardiendo tal pergamino. El año 1935, un teniente coronel de Ingenieros escribió en el diario madrileño *El Debate* un largo artículo acerca de una mancha negra, ribeteada de rojo, que se observaba en un determinado punto del firmamento. Consideraba él dicha mancha como una rasgadura del éter que envuelve y llena el espacio cósmico, y concluía que el día en que la rasgadura alcanzase a nuestro sistema solar, éste podría desaparecer en poco tiempo. Se cumpliría así literalmente lo de «como un pergamino que se enrolla».

2. Los versículos 15–17 nos describen los efectos que tal cataclismo ha de producir en las gentes inconversas de este período de la Gran Tribulación: *«Entonces los reyes de la tierra, los príncipes* (gr. *meguistánes*, magnates), *los generales* (lit. *jefes de mil), los multimillonarios y los potentados, y todos los hombres, tanto esclavos como libres, fueron a esconderse en las cuevas y entre las rocas de los montes. Y gritaban a los montes y a las rocas: "¡Caed sobre nosotros y escondednos del rostro del que está sentado en el trono y de la ira del Cordero! Porque ha llegado el día grande de la ira de ellos y ¿quién podrá aguantar en pie?"»* (NVI).

(A) Tenemos en el versículo 15 siete clases de personas sobre las que cae la ira de Dios, y que corren presas del pavor a esconderse *«en las cuevas y entre las rocas de los montes»* (comp. con Is. 2:10). Estos siete grupos cubren todas las clases sociales, comienzan por los más altos en autoridad: los *reyes;* a éstos siguen los *magnates:* príncipes, gobernadores, etc.; después, los altos jefes militares; luego, los *ricachones* (gr. *ploúsioi),* cuyo dinero proporciona influencia, poder y prestigio social, siguiéndoles los *potentados* (gr. *iskhuroí*, fuertes—según la mayoría inmensa de los MSS—), es decir, todos los que, por su educación superior o su linaje, disfrutan de poder en el mundo de la política, del arte, de la ciencia, etc. En sexto y séptimo lugar, los esclavos y los libres (esto es, simples ciudadanos no sujetos a servidumbre).

(B) El grito que todos ellos dan (v. 16) a los montes y a las rocas para que les escondan del rostro airado del Omnipotente tiene como trasfondo a Lucas 23:30; y éste, a Oseas 10:8. Dice Bartina: «Era propio de los habitantes de Palestina, en tiempo de invasión o peligro, huir a los montes y esconderse en las cuevas de aquellos desiertos inaccesibles, para pasar inadvertidos y esperar a que se alejara la tormenta» *(ob. cit.,* pág. 688).

(C) El *rostro* (gr. *prosópou),* es decir, la faz del hombre, lo que más *salta a la vista,* tiene en la Biblia, aplicado a Dios, simbolismo bipolar, pues puede hacer referencia tanto a la benevolencia como a la ira de Dios. Aquí es el rostro *airado* de Dios, de cuya vista quieren huir los impíos, hasta el punto de preferir la muerte, de forma que se los trague vivos la tierra. ¡El día de gracia ha terminado para ellos! Lo más impresionante es eso de *«la ira del Cordero».* Dice Grau (*ob. cit.,* págs. 165, 166): «¿Quién hubiera pensado que era posible hablar de *la ira del Cordero?* ¿No es el cordero el más manso de los animales? Es la ira del amor, del amor despreciado, pisoteado una y mil veces, a pesar de haber llegado hasta lo sumo del sacrificio por nosotros».

(D) *«El gran día de su ira»* (v. 17) es también el día de la pública manifestación de la gloria del Señor. En este versículo advertimos referencias a Joel 2:11 y Malaquías 3:2, y aunque dichas profecías tienen diversos niveles, como puede comprobarse al comparar Joel 2:28–32 con Hechos 2:17–21, el sentido final y completo apunta al plano netamente escatológico, cuando el número *siete* de perfección en el reinado mesiánico del Milenio cederá el puesto al número *ocho,* símbolo de la eternidad. Hasta en matemáticas, un 8 yacente es símbolo del infinito. Curiosamente, las letras del nombre griego *Khristós* (Cristo) forman el número 888. Para los que adoptan el sentido plenamente literal (quizá, mejor, literalista) de la cronología bíblica, la especie humana cumplirá el *sexto* día de Dios *(«mil años como un día»)* hacia el 2000 de nuestra era (mejor dicho, lo habrá cumplido ya hacia el año 1975); tras de esto, vendría el séptimo día (el Milenio, que todavía no ha venido); y el Milenio daría paso al octavo día, la suma perfección de la eternidad. Todas estas acrobacias de números y fechas suelen terminar en el más vergonzoso ridículo.

3. Para terminar con esta sección, conviene echar un vistazo a los seis sellos ya estudiados y comparar, como lo hace Walvoord (*ob. cit.*, pág. 123), la secuencia del capítulo 6 con la descripción que Jesucristo hizo del final de los tiempos (Mt. 24:4–31): (A) La guerra de Mateo 24:6, 7 corresponde al segundo sello de Apocalipsis 6:3, 4; (B) El hambre de Mateo 24:7, al tercer sello de Apocalipsis 6:5, 6; (C) La muerte de Mateo 24:7–9, al cuarto sello de Apocalipsis 6:7, 8; (D) El martirio de Mateo 24:9, 10, 16–22, al quinto sello de Apocalipsis 6:9–11; (E) El oscurecimiento del sol y de la luna y la caída de las estrellas, de Mateo 24:29, a lo de Apocalipsis 6:12–14; y (F) El tiempo de la ira de Dios en el juicio, de Mateo 24:32–25:26, a lo de Apocalipsis 6:15–17.

4. El propio Walvoord ofrece, hacia el final de su comentario al cap. 6, algunos pensamientos provechosos de carácter devocional, que no deben faltar en nuestro comentario. Dice Walvoord:

El día de ira está en contraste con el día de gracia. Aunque, en cada dispensación, Dios trata con los creyentes y los salva por gracia, la época actual está sumamente destinada a manifestar gracia, no sólo como el camino de salvación, sino también como el camino de vida. Dios no está pensando hoy en hacer que recaiga sobre el pecado el juicio divino. Aun cuando pueda haber algunas formas de castigo inmediato, Dios no está, en su mayor parte, ajustando cuentas ahora. Ni los justos son premiados ni los malvados son castigados hoy de forma definitiva. Este día de gracia será seguido por el día de Jehová (ingl. Of the Lord*), que bosqueja desde temprano, en su proceso, el día de ira (ob. cit.,* pág. 138).

CAPÍTULO 7

Este capítulo constituye como el interludio entre dos partes de una sinfonía de tonos altamente dramáticos. Se divide claramente en dos partes: I. Son sellados 144.000 israelitas (vv. 1–8). II. Son redimidas un sinnúmero de personas de extracción gentil (vv. 9–17).

Versículos 1–8

Entre la apertura del sexto sello y la del séptimo, se inserta este capítulo 7, en el cual se introducen dos grandes multitudes, una en la tierra (vv. 1–8) y otra en el cielo (vv. 9–17). Como respondiendo al desesperado grito de los impíos: «*¿Y quién podrá sostenerse en pie?»* (6:17), Juan tiene dos visiones, en las que encuentra consuelo, protección y símbolos de victoria para los hijos de Dios. En esta sección estudiaremos el significado de la multitud que Juan vio en la tierra: 144.000 judíos, sellados con el sello protector de Dios mismo. Veremos primero la actuación de cinco ángeles (vv. 1–3) y, después, el número de los sellados en cada una de las tribus (vv. 4–8).

1. Dicen los versículos 1–3 en la NVI: *«Después de esto* (gr. *metá taúta*, como en 4:1), *vi cuatro ángeles que estaban de pie en los cuatro ángulos de la tierra, reteniendo a los cuatro vientos de la tierra, para impedir que ningún viento soplase sobre la tierra, ni sobre el mar ni sobre ningún árbol. Después vi otro ángel que subía de la parte del oriente y llevaba el sello del Dios viviente. Y gritó con voz potente a los cuatro ángeles a quienes se había dado poder para hacer daño a la tierra y al mar: "No hagáis daño*

a la tierra, ni al mar ni a los árboles, hasta que hayamos marcado con el sello la frente de los siervos de nuestro Dios"».

(A) Contra las cuatro agencias de destrucción, mencionadas en 6:2–8, cuatro ángeles *en pie* (v. 1, comp. con 6:17b), situados en los cuatro puntos cardinales, controlan los vientos y las tempestades. *«Los cuatro ángulos* (gr. *gonías*, de donde proceden vocablos como "polígono", etc.) no significan que, en la mentalidad oriental, la tierra sea cuadrada, pues la Biblia menciona explícitamente el orbe de la tierra (Is. 40:22)». La meteorología, con todos sus elementos, es un instrumento en manos de Dios, lo mismo para bendecir que para castigar. Todo esto aparece bajo el control inmediato, delegado por Dios, de los ángeles. Así se entiende mejor la cita del Salmo 104:4 (los fenómenos meteorológicos) en Hebreos 1:7 (aplicada a los ángeles).

(B) Juan ve subir del oriente (v. 2) un ángel diferente de los otros cuatro anteriores. *«De donde se levanta el sol»* (lit.) equivale a decir: «De donde viene la luz o la salvación» (comp. Is. 9:2 con Lc. 1:78, 79). Por su rango y cometido, podemos pensar que el enviado celestial es un arcángel. El *sello* que lleva en la mano significa que el grupo concreto del que se va a hablar enseguida, recibirá protección divina en las aflicciones que la Gran Tribulación ha de traer a la tierra. Este ángel comunica a los otros cuatro la orden de no hacer ningún daño, por el momento, ni a la tierra ni al mar (en el cielo, todo está a salvo).

(C) Los daños que han de producirse en la tierra y en el mar quedan en suspenso hasta que se haya efectuado el sellado de los 144.000 (v. 3): *«No hagáis daño … hasta que hayamos marcado con el sello la frente de los siervos de nuestro Dios»* (NVI), dice a los cuatro ángeles del versículo 1 el ángel que acaba de subir del oriente. Este sellado indica que Dios va a proteger y preservar a los que aquí se mencionan a continuación (v. Ez. 9:4). En efecto, el sello, en la Escritura y fuera de ella, sirve para una (o más) de estas tres cosas:

(a) Para *proteger,* de forma que lo sellado quede a buen recaudo de cualquier daño o violación (v. Mt. 27:66; Ap. 5:1). Ésta es función de Dios *Padre,* quien siempre protege, de un modo u otro, a los suyos.

(b) Para marcar *propiedad* o posesión. Isaías 44:1–5 nos adelanta esta idea. Según el original, el remanente de Israel llevará tatuado en la mano el nombre de Jehová. En Éxodo 39:30, al hablarse de los ornamentos del sumo sacerdote, se dice que, en la lámina de la diadema, había de llevar la inscripción hebrea *«leYahweh»* (lit. *para Jehová),* «propiedad de Jehová» o «consagrado a Jehová». En Ezequiel 9:4 se habla de marcar en la frente con una *t* hebrea *(tau)* a los verdaderos israelitas *«que claman por las abominaciones, etc.».* Es un dato curioso el que, en el antiguo alfabeto hebreo (el fenicio) el *tau* (última letra del alfabeto hebreo, también llamado «alefato») tenía la forma de una cruz en aspa (*x*), que es precisamente, en griego, la primera letra del nombre de Cristo. Así se señala que los sellados pertenecen al Cordero, al *Hijo* (v. Jn. 10:11–16, 26–29). Cantares 8:6 nos muestra un ejemplo de este simbolismo.

(c) Para *certificar* o garantizar (v. Est. 3:12, comp. con Ro. 8:15; Ef. 1:13). En este sentido, es función del *Espíritu Santo.* «La frente» es la que aparece sellada; sin duda, por ser la parte visible más alta del cuerpo humano y sede de la mente y de los sentimientos conscientes. Es significativo que el vocablo «frente», a través del latín *frons,* se derive del griego *phronéo* que, en el Nuevo Testamento, indica la idea de un sentir consciente y reflexivo (v. por ej. Fil. 2:5). Otra referencia de este sellado en la frente se halla en 22:4.

2. Juan no ve cómo sellan a los que van a ser protegidos, pero oye su número (v. 4), que es *144.000, ya sellados* (participio de pretérito perfecto) *de toda tribu de los hijos de Israel.* Y, a continuación (vv. 5–8), se repite doce veces lo de: *«De la tribu de … 12.000 sellados».*

(A) La primera cuestión que se plantea es: ¿Quiénes son estos *sellados?* A esta pregunta se suelen dar tres clases de respuestas:

(a) Representan a «los cercanos seguidores de Jesucristo, sus hermanos espirituales, a quienes se ha prometido la realeza y el sacerdocio con Él en los cielos». Esta es la interpretación de los «Testigos de Jehová» (v. *Aid to Bible Understanding,* págs. 1.234, 1.235). Según ellos, éstos son los únicos que han nacido de nuevo y los únicos que recibirán, en la resurrección, un cuerpo espiritual. Esta opinión no tiene base alguna en la Escritura.

(b) Representan simbólicamente a todos los cristianos que, durante las pruebas y aflicciones de todos los tiempos, gozan de una especial protección de Dios. Así piensan todos los antidispensacionalistas. Grau los compara con los 144.000 del capítulo 14 y opina que se trata de los ministros de la Palabra, por su número y por el término *«primicias»* de 14:4.

(c) Representan un número cerrado de los hijos de Israel, que serán protegidos por Dios durante la Gran Tribulación, de entre los que hayan sido convertidos en la primera parte del período de siete años de la Tribulación, ya que los convertidos antes de este tiempo habrán sido arrebatados antes, por pertenecer a la Iglesia. Esto significa, de paso, que, en el tiempo a que se refiere la visión de Juan, el pueblo judío existirá como nación, según lo vemos hoy. Recordemos que, según Pablo (Ro. 11:26), llegará un día en que *todo Israel será salvo* (v. el comentario a dicho lugar).

(B) La segunda cuestión es: ¿Es un número literal o simbólico? A esto podemos responder que no hay motivo alguno para negar que los sellados sean literalmente 144.000 (lo cual no significa que no haya un mayor número de israelitas convertidos durante dicho período, sino que sólo éstos son sellados y protegidos de modo especial para un servicio también especial). Pero con esto no se niega que el número 144.000 tenga su simbolismo, como ya expusimos en la introducción al comentario del Apocalipsis.

(C) La tercera cuestión afecta a la forma, aparentemente anormal, en que aparecen los nombres de los patriarcas de las tribus, tanto en su colocación como en la omisión de Dan y Efraín, y la repetición de José, tras de haber mencionado a Manasés. La solución más probable de estas aparentes anomalías es la siguiente:

(a) En cuanto a la colocación, notemos que *Judá* figura a la cabeza, por haberle pasado a él la primogenitura del cetro (v. Gn. 49:3–10). Leví vuelve a ocupar su puesto como tribu aparte, porque ahora todos tendrán acceso al santuario en el nuevo Templo (v. Is. 66:23; Zac. 14:20, 21). Con la vuelta de Leví a la numeración de las tribus, no hay trece, sino doce, ya que otra tribu es excluida aquí.

(b) En efecto, queda excluida la tribu de Dan; en parte, quizá, por haber sido la primera en caer en la idolatría; en parte también, porque había quedado tan disminuida que fue contada con Neftalí. Muchos escritores eclesiásticos antiguos creyeron que de dicha tribu había de surgir el Anticristo, pero 13:1 deja bien claro que el Anticristo no surgirá de la *tierra* (término con que suele designarse a Palestina), sino del *mar*, que simboliza la multitud de los gentiles.

(c) Hay también una sustitución: José sustituye a su primogénito legal Efraín. El hecho de que la media tribu de Efraín se significase también por su idolatría en los tiempos de los reyes de Israel añadiría un motivo de mucho peso para sustituir el nombre de Efraín por el de su padre José, persona sin reproche alguno en la Palabra de Dios.

(D) El hecho de que las diez tribus del Norte desapareciesen de los registros genealógicos a partir del destierro da pie a Hendriksen *(ob. cit.,* pág. 111) para argumentar que estos versículos no pueden referirse a Israel. Pero el que sólo Judá y parte de Leví puedan actualmente probar, de modo totalmente fidedigno, su ascendencia hebrea no da pie a dicho argumento, ya que: (a) Aunque los hombres no lo sepan, también respecto de Israel sabe el Señor quiénes son suyos (2 Ti. 2:19); (b) Desde el momento en que el sellado se efectúa distintiva y específicamente sobre 12.000 de cada tribu, su identificación dentro de la tribu respectiva es probable que quede patente a todos los de la propia nación, por lo menos.

Versículos 9–17

El versículo 9 comienza con un nuevo *metá taúta* («después de estas cosas»), con lo que se indica suficientemente que se trata de una multitud distinta de la anterior. Esta multitud se distingue de la de los 144.000 sellados, en tres importantes detalles: 1) Es incontable, mientras que los sellados tienen un número fijo; 2) Esta multitud es de toda nación, tribu, pueblo y lengua, mientras que los sellados son de las tribus de Israel únicamente; 3) Esta multitud es vista ya en el cielo, mientras que los 144.000 son sellados precisamente para ser protegidos en la tierra. Veremos primero la descripción que se nos hace de esta multitud (v. 9); luego, lo que dicen (v. 10); después, la reacción de los ángeles (vv. 11, 12); a continuación, la conversación de Juan con uno de los ancianos acerca de la identificación de la multitud (vv. 13–17).

1. Dice el versículo 9 en la NVI: *«Después de esto miré y vi* (lit. *vi y ¡mira!) delante de mí una gran multitud que nadie podía contar, procedente de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas. Estaban todos en pie delante del trono y enfrente del Cordero. Vestían túnicas blancas y llevaban palmas en las manos».*

(A) *La expresión del original, idoú (¡mira!* o *¡he ahí!)* indica que se introduce en escena un espectáculo impresionante. ¡Qué bien se aplican aquí las palabras de Isaías 53:11: *«Verá el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho»!* Dice Barchuk (*ob. cit.,* pág. 145):

Esto, a nosotros los creyentes, nos regocija sobremanera, porque ello nos muestra que los resultados de la obra espiritual y del testimonio cristiano serán mucho más grandes de lo que nos parece. Porque nosotros vemos únicamente aquellos que vienen a la iglesia. Pero desconocemos todas las experiencias secretas que tienen lugar en los corazones humanos bajo la influencia de la Palabra de Dios y especialmente ante la imagen de la muerte.

Y un poco más adelante añade:

He aquí delante del trono del Altísimo, el apóstol Juan vio a todos esos salvados cual maravilloso ramillete de distintas flores, de distintos colores, formas y tamaños, quienes atados con el amor del Salvador ofrecían una belleza indescriptible.

(B) Esta incontable multitud era de extracción gentil, como lo muestra su descripción en términos de universalidad: *«de toda nación y estirpes y pueblos y lenguas»* (lit.).

(C) Todos ellos *estaban en pie* (gr. *hestótes*, participio de aoristo, que apunta a un acto importante *en virtud del cual están en pie*—comp. con 5:6. El mismo verbo, pero en participio de pretérito perfecto—). Juan los ve, pues, ya resucitados, puesto que se ha completado su número, mientras que en 6:9 los ve como *almas* que estaban debajo del altar (comp. con 20:4). En 20:4 se habla primero de *almas y,* después, de *resucitados.* En cambio, aquí Juan los ve ya como resucitados y en el cielo. Esto nos muestra que las visiones de Apocalipsis van avanzando en espiral, no cronológicamente, hasta llegar al capítulo 19

(D) Estaban en pie, dice Juan, *«delante del trono y enfrente del Cordero»,* lo que indica una comunión íntima con Dios, al descubierto, constante e inefable.

(E) Iban *vestidos de túnicas blancas,* lo cual indica santidad plena, escatológica, en la gloria de la resurrección (comp. con Ef. 5:27), una blancura que no se debe a sus méritos (v. Is. 64:6), sino a la misericordia perdonadora de Dios (Is. 1:18), que los ha limpiado *en la sangre del Cordero* (v. 14, comp. con 1 Jn. 1:7).

(F) *Las palmas en las manos* son símbolo de alegría festiva y de victoria que Dios ha ganado por ellos y para ellos. Aunque no tengamos por inspirados a los libros de los Macabeos (sí los respetamos como históricos), 1 Macabeos 13:51 y 2 Macabeos 10:7, en la perspectiva histórica de Israel, nos muestran esto mismo.

(G) La multitud aparece, según el participio de presente del versículo 14 *(«los que están saliendo …»),* como una procesión jubilosa que entra en el cielo, al estilo de la Fiesta de los Tabernáculos (Lv. 23:40) y de la entrada de Jesús en Jerusalén (Mr. 11:8; Jn. 12:13). Su identificación con los de 6:9 y 20:4 nos hace ver que las palmas que llevan no son sólo de *victoria,* sino también de *martirio,* en el sentido de haber perdido violentamente la vida, en la persecución encendida por el Anticristo, *«por causa de la palabra de Dios»* (6:9). Todos ellos palpan ahora (¡y qué consuelo y estímulo para nosotros!) aquello de Romanos 8:18: *«Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse».*

(H) Para muchos autores es una dificultad insoluble el hecho de que una multitud incontable se haya convertido tan sinceramente como para dar la vida por la Palabra de Dios, precisamente cuando la Iglesia se supone ya arrebatada y, por tanto, el Espíritu Santo se ha marchado de en medio, según la interpretación que dimos de 2 Tesalonicenses 2:7. Para resolver esta dificultad es preciso tener en cuenta dos factores:

(a) El arrebatamiento de la Iglesia inmediatamente antes de la Gran Tribulación será un acontecimiento tan extraordinario que no podrá menos de afectar a cientos de miles de personas; quizás, a millones. Basta imaginarnos qué pasará en las casas en que haya personas inconversas conviviendo con familiares cristianos, cuando éstos suban, ya transformados en personas glorificadas, aptas para el cielo, a encontrarse con el Señor en el aire. Es cierto que, como siempre, en algunos la reacción será de mayor endurecimiento (comp. con Lc. 16:31), pero en muchísimos otros será de pánico, previo a la convicción de pecado (comp. con Hch. 16:30). Si a esto se añade el testimonio, durante los primeros meses de la persecución, de los 144.000 sellados, fácilmente puede entenderse que el número de los convertidos al Señor, durante casi siete años, sea incontable.

(b) Es cierto que el Espíritu Santo *se habrá hecho de en medio* (lit. v. 2 Ts. 2:7) en el arrebatamiento de la Iglesia, pero eso no significa que su ministerio de aplicación de la salvación, en sus múltiples formas, haya cesado por ello. SÓLO HABRÁ CESADO COMO AGENTE INCORPORADOR Y

ESPÍRITU CORPORATIVO DE LA IGLESIA (1 Co. 12:13; Ef. 4:5), pero seguirá en su obra de convencer de pecado a los impíos, regenerar a los inconversos y santificar a los convertidos. En otras palabras, ejercerá las mismas funciones que desempeñaba con respecto a los santos del Antiguo Testamento.

2. A continuación vemos lo que esta incontable multitud decía (v. 10): *«Y clamaban con voz potente, diciendo:*

"La salvación se debe a nuestro Dios,
que está sentado en el trono,
y al Cordero"» (NVI).

El original dice textualmente: *«La salvación a nuestro Dios, etc.»*, pero, como bien ha traducido la NVI, no quieren decir que deseen la salvación a Dios ni a nadie, sino que expresan el reconocimiento de que se la deben a Dios y al Cordero (comp. con 19:1), lo cual es un eco de Salmos 3:8 y Jonás 2:9 (al final). Es de notar que el Cordero es reconocido aquí, en pie de igualdad con el Padre, como autor de la salvación y, por tanto, como digno igualmente de adoración, alabanza y gratitud.

3. «A continuación (vv. 11, 12), vemos la reacción de los ángeles ante este grito de alabanza y gratitud: *«Todos los ángeles estaban de pie* (comp. con 4:9, 11; 5:11–13) *alrededor del trono y en torno a los ancianos y a los cuatro seres vivientes. Cayeron sobre sus rostros delante del trono y adoraron a Dios, diciendo:*

"¡Amén!
La alabanza, la gloria,
la sabiduría, la acción de gracias, el honor,
el poder y la fortaleza (gr. *iskhús*, la fuerza),
a nuestro Dios por los siglos de los siglos.
¡Amén!"»

(A) Vemos ahora que también los ángeles se unen a la multitud, puestos (simbólicamente, pues no tienen cuerpo) en pie, en este grito de adoración, postrándose delante del trono.

(B) La adoración de los ángeles comienza (v. 12) por un *«¡Amén!»*, con el que ratifican la alabanza y la adoración de la multitud incontable, y terminan con otro *«¡Amén!»*, como rubricando sus propias alabanzas por haber hecho triunfar a una multitud tan grande. Los ángeles, que *anhelan mirar* desde el cielo la obra de la salvación en la tierra (1 P. 1:12) y que *«son enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación»* (He. 1:14), sienten una inmensa alegría por cada pecador que se salva (Lc. 15:10), lo cual contrasta con el odio homicida de Satanás (Jn. 8:44; 1 Jn. 3:12). Tanto la alabanza de la multitud, como la de los ángeles, nos recuerda la alabanza y la adoración de David a Jehová delante de toda la congregación de Israel en 1 Crónicas 29:10 y ss., aunque aquello fue un pálido reflejo de la grandiosa liturgia celeste.

(C) En el comentario a 5:12, ya explicamos algunos de los elementos de esta liturgia, así como algunas diferencias con el septenario (número de plenitud, como allí) que vemos aquí, y que son las siguientes:

(a) En 5:12, los siete elementos de alabanza al Cordero van unidos, como enracimados, con un solo artículo inicial, mientras que aquí cada elemento va precedido de su propio artículo.

(b) En ambos lugares coinciden seis elementos; el único elemento diferente es *ploútos* (riqueza) en 5:12, mientras que aquí aparece *eukharistía* (acción de gracias).

(c) En 5:12, los ángeles mencionan al Cordero porque se unen al Cántico (aunque ellos no cantan, ni se canta tan pronto como ellos se unen al coro) de la Iglesia arrebatada—los 24 ancianos, como representantes de la Iglesia—y de los cuatro seres vivientes. En cambio, ahora son sólo ellos los que alaban al que está sentado en el trono, pero no al Cordero, puesto que ellos no son partícipes de la salvación (v. He. 2:16).

(D) Notemos también aquí el significado de cada uno de los siete elementos que componen esta adoración:

(a) *Euloguía* (bendición) expresa la alabanza a Dios por sus maravillas en la creación y en la salvación (comp. con Sal. 103:1–5, 19–22).

(b) *Dóxa* (gloria) es la manifestación esplendorosa de la grandeza y de los atributos salvíficos de Dios: amor, sabiduría y poder.

(c) *Sophía* (sabiduría) es la infinita destreza con que Dios planea y ejecuta sus designios.

(d) *Eukharistía* (acción de gracias) es el reconocimiento y estima debidos a Dios por los innumerables beneficios que derrama sobre todas sus criaturas, especialmente sobre sus hijos los creyentes.

(e) *Timé* (honor) es el reconocimiento de la excelencia de una persona y de los méritos que ha contraído con respecto a nosotros, y, ¿quién es más excelente, misericordioso y benéfico que Dios?

(f) *Dúnamis* (poder) es la infinita capacidad para ejecutar todos sus designios—Dios es el Todopoderoso (1:8).

(g) Finalmente, *«iskhús»* (fuerza) es la energía, puesta en acción, con que el «poder» de Dios ejecuta dichos designios. Todos estos siete elementos se reconocen y alaban por toda la eternidad: *«por los siglos de los siglos»*.

4. El capítulo termina con una conversación que Juan sostiene con uno de los 24 ancianos (vv. 13–17): *«Entonces uno de los ancianos me preguntó: "Estos de las túnicas blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?" Yo respondí: "Señor, eso tú lo sabes". Entonces me dijo: "Éstos son los que vienen* (nótese el presente, ya explicado) *de* (gr. *ek*, preposición de procedencia) *la gran tribulación; han lavado sus túnicas y las han blanqueado en la sangre del Cordero. Por eso, están delante del trono de Dios y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado en el trono extenderá sobre ellos su tienda. Nunca volverán a tener hambre, nunca volverán a tener sed. No les agobiará el sol, ni el calor abrasador de ninguna clase. Porque el Cordero que está en el centro del trono será su pastor; Él les conducirá a las fuentes de agua viva, y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos"»* (NVI).

(A) Vemos primero (v. 13) que uno de los 24 ancianos hace a Juan una pregunta que éste no sabe, porque no puede conocerlo, contestar. Esta forma literaria, típicamente semita, la encontramos en lugares como Jeremías 1:11 y ss.; Ezequiel 37:3 y Zacarías 4:2. En efecto, Juan sólo sabe lo que se le dice por *revelación;* y, hasta ahora, no le ha sido revelada la identidad ni las características de esta gran multitud.

(B) Juan responde (v. 14) con una fórmula de respeto y cortesía: *«Señor mío»* (lit., según la mayoría de los MSS más fidedignos). Lo de *«tú lo sabes»*, no es sólo un reconocimiento de que el anciano lo sabe, sino que expresa, ante todo, un deseo, como si dijese: «También yo querría saberlo».

(C) A continuación, el anciano explica, en frases densas y de riquísimo contenido, toda la felicidad de los salvos que se hallan ya en el cielo:

(a) El original dice: *«Éstos son los que salen …»,* no porque falten aún algunos por salir, sino porque los compara a una procesión con palmas de victoria, que entran en el santuario de Dios, al estilo de un salmo gradual.

(b) El anciano los describe *saliendo de la Gran Tribulación.* El griego original no usa la preposición *apó*, que indicaría distancia y preservación, sino *ek*, que significa procedencia; en otras palabras: salen de en medio de la Gran Tribulación, como habiendo pasado por ella. Esto basta para distinguirlos de la Iglesia, que ya aparece arrebatada al comienzo del capítulo 4.

(c) A la tribulación se la llama *megáles* (grande), que aquí tiene la fuerza de un superlativo, pues es la mayor de todos los tiempos (v. Mt. 24:21, 22), y va a durar (mejor dicho, *ya* en este punto ha durado) 42 meses, 3 años y medio, 1260 días, pues todo es lo mismo (v. 11:2, 3; 12:14 y 13:5).

(d) Nótese el contraste entre el presente *«salen»*, que denota la reciente cesación de las pruebas y aflicciones de esta multitud, y los aoristos *«lavaron»* y *«emblanquecieron»*, que indican un hecho sucedido en el pasado, de una vez por todas.

(e) *«En la sangre del Cordero»* (v. He. 9:7 y ss.) pone de relieve el perdón de los pecados por fe en el que murió en la Cruz como sustituto nuestro (Is. 53:5–7), sin olvidar que todo pecado posterior a la conversión es lavado con esa misma sangre (1 Jn. 1:7).

(f) El anciano pasa (v. 15) a describir la función sacerdotal que esta multitud, ya en la presencia de Dios, desempeña en el cielo: *«Sirven* (gr. *latreúousin*, verbo de servicio cultual) *día y noche* (comp. con Ro. 12:1)—Barchuk los contrasta con los creyentes "domingueros"—*en su santuario»* (gr. *nadoí*, que indica el santuario propiamente dicho, no sólo el templo—gr. *hierón—).*

(g) A renglón seguido, dice el anciano, en símbolos bien conocidos, cuál será en el cielo la felicidad de estos bienaventurados:

Primero (v. 15c), *«el que está sentado en el trono* (es decir, Dios el Padre) *extenderá sobre ellos su tienda»* (NVI). Al comparar esto con 21:3, vemos el alcance de esta frase. El verbo que Juan usa aquí

(skenósei) es el mismo de 21:3 y de Juan 1:14. Expresa la extensión de la *shekinah* de Jehová para morar con los suyos, por toda la eternidad, en una misma tienda de campaña. La presencia de Dios que se manifestó primeramente en el tabernáculo y después en el templo de Jerusalén, se manifestará constantemente entre los hijos de Dios, y no en casos extraordinarios como entonces, sino que será un privilegio ordinario y continuo de todos los redimidos, los cuales habrán terminado su peregrinación por el desierto de esta vida y habrán entrado en la verdadera Tierra Prometida (v. He. 11:9, 10, 14–16). Toda la Nueva Jerusalén será un *santuario* (21:22, 23).

Segundo (vv. 16, 17), *«Nunca volverán a tener hambre, etc.»*. La feliz condición que aquí se describe tiene una referencia explicita en Isaías 49:10 (y, en parte, en Is. 25:8), pero tiene su final cumplimiento en 21:4. También incluye resonancias de Salmos 23:1, 2 y Ezequiel 34:23. En Salmos 23 e Isaías 49:10, Jehová es el pastor, pero aquí, como en Juan 10, Cristo es el pastor. En Ezequiel 34:23 (comp. con Jer. 30:9), se atribuye este oficio a David, quien ya había muerto; lo cual indica, una vez más, la tipológica identificación de David con su «hijo» por excelencia: el Mesías.

Tercero, este pastoreo (v. 17) del Cordero, dentro del contexto que estamos estudiando, significa que Cristo suministra el antídoto para el desasosiego que nos asedia, y la completa satisfacción de la sed de felicidad, sed que no puede ser apagada por ninguna cosa de este mundo. ¡Cosa insólita! ¡El Cordero, convertido en pastor!

CAPÍTULO 8

En este capítulo tenemos: I. La apertura del séptimo sello (vv. 1–6). II. El toque de la primera trompeta (v. 7). III. El toque de la segunda trompeta (vv. 8, 9). IV. El toque de la tercera trompeta (vv. 10, 11). V. El toque de la cuarta trompeta (vv. 12, 13).

Versículos 1–6

La apertura del *séptimo* sello va a desencadenar una serie gradual de *siete* plagas (aunque no serán las últimas—v. 15:1—), al son de *siete* trompetas, pero antes de que los ángeles hagan sonar las trompetas, los versículos 1–6 describen un prólogo impresionante: 1) Hay un solemne silencio (v. 1), tras del cual aparecen siete ángeles (v. 2), a quienes son dadas sendas trompetas. 2) Viene luego una, igualmente solemne y corporativa, oración (vv. 3, 4). 3) La eficacia de la oración se muestra de inmediato por medio de extraordinarios fenómenos físicos (v. 5). 4) Tras de esta introducción, los siete ángeles, con sus siete trompetas, se disponen a tocarlas (v. 6).

1. Dicen así los versículos 1 y 2: *«Cuando el Cordero abrió el séptimo sello, se hizo en el cielo un silencio por espacio como de media hora. Y vi a los siete ángeles que están delante de Dios, y se les dieron siete trompetas»* (NVI).

(A) En un contexto como el actual, lleno de alabanzas, de gritos, etc., este *silencio*, inmediatamente después de la apertura del séptimo sello, augura algo muy solemne, majestuoso y terrible. Hay una tradición judía según la cual hay en el quinto cielo compañías de ángeles de servicio, que entonan alabanzas de noche, pero guardan silencio de día a causa de la gloria de Israel, es decir, para que puedan oírse las alabanzas del pueblo de Israel. Pero, en nuestro caso, el silencio no se hace para oír alabanzas, sino gritos de angustia, mientras Dios va a intervenir a favor de los suyos.

(B) El espacio de *media hora* simboliza, ya en los profetas del Antiguo Testamento, el tiempo de espera de una extraordinaria intervención de Jehová (v. Hab. 2:20; Sof. 1:7; Zac. 2:17). Es poco tiempo, pero resulta largo para quienes esperan con ansia la intervención de Dios.

(C) Los *siete ángeles* (v. 2), de pie y alineados ante el trono de Dios, *reciben* sendas trompetas. Juan usa el artículo determinativo para referirse a los siete ángeles porque los supone ya conocidos. Parece ser que se trata de los siete arcángeles, o «ángeles de la faz», cuyos nombres conocemos, parte por la Biblia (Daniel, Lucas, Apocalipsis), en parte por los apócrifos (Tobías 12:15; Henoc 20:2–8; 4 Esdras 4:36). Sus nombres son: Uriel, Rafael, Raguel, Miguel, Saraquiel, Gabriel y Remeiel (o Jeremiel).

(D) La *trompeta* es símbolo del toque de alerta ante una intervención divina o un solemne acontecimiento. La primera referencia bíblica a la trompeta la tenemos en Éxodo 19:16, 19, cuando se nos

refiere la aparición de Jehová en el Sinaí para encontrarse con Moisés. El son de la trompeta convocaba a los israelitas para ser instruidos (Nm. 10:3, 4), o para que emprendiesen la marcha (Nm. 10:3–7), o para que se dispusiesen a la batalla Jer. 4:19; 42:14), para que regresaran de la dispersión (Is. 27:13) o para nunciar la liberación en el año del jubileo (Lv. 25:8–10). Aquí señala el gran *juicio* de Dios sobre la tierra (v. también Jl. 2:1; Mt. 24:31; 1 Co. 15:52; 1 Ts. 4:16).

2. Del solemne silencio, se pasa luego a una solemne oración, cuyo símbolo es el incienso. Dicen así los versículos 3 y 4: *«Vino otro ángel, que llevaba un incensario de oro, y se puso de pie junto al altar. Se le dio gran cantidad de incienso para que lo ofreciese junto con las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro que está delante del trono. El humo del incienso, junto con las oraciones de los santos, subió a la presencia de Dios de la mano del ángel»* (NVI).

(A) Como ya advertimos en otro lugar, los dos altares del tabernáculo terrestre (el de los holocaustos—de bronce—y el de los perfumes—de oro—) están aquí simbolizados en un solo altar (comp. 6:9 con 8:3). El «Lugar santísimo» está aquí simbolizado y representado en el «trono»; los querubines de sobre el propiciatorio se hallan simbolizados y representados en estos ángeles de grados superiores, que cumplen también funciones superiores, similares a las de los querubines del Templo.

(B) Vemos aquí (v. 3) un octavo ángel que se presenta *de pie* ante el altar con un incensario de oro, dispuesto a cumplir las funciones del sumo sacerdote el «Día de la Expiación» o *Yom Kippur*. Notemos que no *tomó* él el incienso, sino que *le fue dado mucho incienso.* ¡Dado, dado, dado! Cómo se repite este verbo, así en pasiva, a lo largo del libro, para poner de relieve que todo es de iniciativa divina, que ni el hombre ni el ángel pueden hacer ni merecer nada por sí mismos, sino en virtud de la gracia de Dios y en atención a la obra expiatoria de Cristo en el Calvario!

(C) Lo mismo aquí que en el Templo de Jerusalén, el altar y el incensario son de *oro.* El ángel *da* (no «añade») *a las oraciones de los santos,* de *todos* por imperfectos que sean), fuego e incienso sagrados, para dar a entender así que sólo por la intercesión celeste del Señor Jesucristo, nuestro Gran Sumo Sacerdote (He. 4:14–16; 7:24–28) y Abogado (1 Jn. 2:1, 2), tienen eficacia nuestras oraciones (v. Sal. 141:2; Ap. 5:1). Este ángel, a quien no se debe identificar con el Cordero, coloca el incienso sobre las brasas, como hacía Aarón (Lv. 16:12, 13) en el *Yom Kippur*.

(D) Tan pronto como el ángel pone el incienso en las brasas, la columna del humo perfumado por la combustión del incienso sube ante el acatamiento del Señor (Sal. 141:2). Estas oraciones de los santos, hechas eficaces por el fuego y los perfumes celestiales, parecen acelerar el día de la ira de Dios que se va a cernir sobre la tierra. Dice Grau *(ob. cit.*, pág. 172): «¡Qué papel tan importante juega la oración en el destino del mundo!» Y Todd, citado por W. M. Smith (*ob. cit.*, pág. 1.508), comenta:

> *Los juicios anunciados en esta profecía serán la consecuencia, en alguna forma notable, de las oraciones de los santos que claman a Dios que complete cuanto antes el número de sus elegidos y apresure la llegada de su reino.*

(E) ¡Entiéndase bien! Todo esto no tiene nada que ver con la mediadora intercesión que la Iglesia de Roma atribuye a los ángeles y a los santos. Nunca leemos en la Palabra de Dios que ángeles o espíritus desencarnados de los santos escuchen oraciones de los hijos de Dios en la tierra e intercedan por ellos como mediadores ante Dios. Únicamente se nos habla de la intercesión de nuestro Gran Mediador, Jesucristo, y de la de los hijos de Dios, unos por otros, aquí en la tierra, como comiembros del mismo Cuerpo, en virtud de la eficaz mediación de la Cabeza, Cristo.

3. La eficacia de la oración anteriormente descrita bajo los símbolos del altar, del fuego y del incienso, se manifiesta ahora (vv. 5, 6) en los fenómenos extraordinarios que se producen en la atmósfera y en la tierra misma, y en la presteza con que los siete ángeles se disponen a hacer sonar sus trompetas. Dicen así los versículos 5 y 6: *«Entonces el ángel tomó el incensario, lo llenó con fuego del altar y lo arrojó sobre la tierra; y se produjeron truenos, estruendos, relámpagos y un terremoto. Entonces los siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas»* (NVI).

(A) Vemos, pues, que el octavo ángel (el del v. 3) *«ha tomado»* (lit.; en pretérito perfecto, conforme a la secuencia temporal de la visión de Juan) el incensario, lo llena de fuego del altar y lo arroja a la tierra, en un gesto semejante al que se nos narra en Ezequiel 10:2–7. Al caer, este fuego produce (v. 5b) una especie de trastorno cósmico; el retumbar del trueno (como en 4:5) va aquí seguido de un terremoto que sacude la tierra, y preludia el comienzo de las plagas que seguirán al toque de las siete trompetas. Dice Salguero (*ob. cit.*, pág. 395):

La caída de las brasas produce un efecto parecido al de la explosión de una bomba: se produce un trastorno cósmico, con truenos, voces, relámpagos y temblores de tierra. Éstos son los signos de la venganza inminente de Dios. La justicia simbolizada por este fuego va a abatirse sobre el mundo culpable. Ha llegado la hora de la manifestación de la justicia divina.

Por su parte, Grau comenta (*ob. cit.*, pág. 172): «Los juicios que anuncian las trompetas no tienen nada que ver con la Iglesia como a tal, sino con los juicios de Dios sobre el mundo». ¡Naturalmente! ¡Como que la Iglesia aparece ya arrebatada en el capítulo 4!

(B) Los siete ángeles (v. 6) se disponen ya a tocar las trompetas que, como vimos en el versículo 2, *les fueron dadas.* Aparte de lo que dijimos en el comentario a dicho versículo, añadiremos que aquí, como en Joel 2:1–3:15, las trompetas anuncian el *Día de Jehová,* que va a pronunciar sus últimos juicios sobre el mundo rebelde. Mundo que va a continuar rebelde, pues, a partir de este punto (v. 9:20, 21), se pone de relieve la impenitencia del resto de la humanidad.

(C) El apócrifo 4 Esdras 7:30 dice que la destrucción del mundo durará 7 días, como 7 días duró su creación. A cada toque de trompeta va a corresponder una plaga. En este momento ha cesado la prohibición dada en 7:3 hasta que se realizase el sellado de los 144.000. Nos daremos cuenta de que estas plagas son semejantes a las de Egipto. Las 4 primeras forman un todo cerrado, como los 4 jinetes de los 4 primeros sellos (cap. 6) y las 4 primeras copas que vendrán después (cap. 16).

(D) Como en Egipto, las plagas van obteniendo un resultado mayormente negativo, por lo cual Dios envía un castigo mayor. Las plagas, en la Biblia, son principalmente castigos contra los idólatras (v. Ez. 38:22). Las 4 primeras afectan directamente a la naturaleza (como consumación de la sentencia pronunciada en Gn. 3:17–19); indirectamente, al hombre. De ellas, la primera afecta a las propiedades rústicas; la segunda, al comercio; la tercera, a la bebida; y la cuarta tiene resonancias cósmicas. La quinta y la sexta tendrán carácter ultracósmico: fuerzas demoníacas que infestan a los que son rebeldes contra Dios.

(E) Nótese también la extensión que cubren las plagas, tanto en el área geográfica (continentes, mares, ríos y manantiales, luminarias celestes), como en el daño causado (un tercio, en vez de un cuarto, que fue el daño sufrido por la acción de los jinetes del cap. 6). El castigo es, pues, mayor, la cólera divina llegará al máximo en los juicios de las 7 copas del capítulo 16.

Versículo 7

Dice este versículo en la NVI: *«Tocó el primer ángel su trompeta, y se produjo pedrisco, y fuego mezclado con sangre, que fueron arrojados sobre la tierra. Quedó abrasada la tercera parte de la tierra; quedó abrasada la tercera parte de los árboles, y toda la hierba verde quedó abrasada».*

1. Aquí vemos que, al tocar el primer ángel la trompeta, se forma un turbión tropical, arrollador, que devasta la tercera parte del arbolado, así como la hierba verde correspondiente a dicha tercera parte; en este sentido ha de tomarse lo de *«toda hierba verde»*, a la vista de 9:4.

2. La tempestad de sangre tiene resonancias escatológicas (v. Jl. 2:30; Hch. 2:19). Es quizás el rastro sanguinolento que dejan el granizo y el turbión; se advierte su semejanza con la séptima plaga de Egipto (Éx. 9:13–35).

3. Nótese también que, en Miqueas 7:15, las plagas de Egipto sirven como modelo de las plagas escatológicas. Dice Barchuk (*ob. cit.*, pág. 154):

Podemos suponer que el terrible granizo matará a muchos seres vivientes: aves, animales y aun hombres, y que, con la fuerza del viento, la sangre de éstos será mezclada con el granizo. De esta manera, el granizo será, hasta cierto punto, rojo. De acuerdo a sus dimensiones, esta tormenta será tal como nunca antes del diluvio … Por lo tanto, es fácil imaginar el pánico con que este evento llenará los corazones de los hombres.

Versículos 8–9

Viene ahora el toque de la segunda trompeta, con los resultados respectivos (vv. 8, 9): *«Tocó el segundo ángel su trompeta, y un objeto como una enorme montaña, ardiendo en llamas, fue arrojado al*

mar. Una tercera parte del mar se convirtió en sangre; murió la tercera parte de los seres vivos que hay en el mar; y fue destruida la tercera parte de los barcos» (NVI).

1. Al toque de la segunda trompeta, es arrojado al mar un objeto *como* una enorme montaña. Nótese ese *«como»,* lo que indica claramente que no se trata de una montaña real, sino de algo *parecido* a una montaña. La remoción de montañas es, en la Biblia, signo de angustia y conmoción para los hombres (v. Job 9:5; Sal. 46:2; Is. 34:3; 54:10; Ez. 38:20; Mi. 1:4; Nah. 1:5; etc.). Aquí es como si un volcán se precipitara en el mar.

2. Como resultado (vv. 8c, 9), queda destruida la tercera parte de los seres vivientes en el mar, así como la tercera parte de las naves. A semejanza de la primera plaga de Egipto (Éx. 7:19–25), el agua de esta tercera parte del mar se convirtió en sangre. Si tenemos en cuenta lo que supone el mar, tanto como vía de comunicación cuanto como fuente de aprovisionamiento para los seres vivientes, podemos percatarnos de la magnitud de este castigo. Como dice Barchuk (*ob. cit.*, págs. 155, 156): «el Anticristo tratará de explicar estos eventos como cataclismo de la naturaleza».

Versículos 10–11

Tenemos ahora el toque de la tercera trompeta: *«Tocó el tercer ángel su trompeta, y cayó del cielo una gran estrella, que ardía como una antorcha; cayó sobre la tercera parte de los ríos y sobre las fuentes de agua—el nombre de la estrella es Ajenjo—. Se volvió amarga la tercera parte le las aguas, y murió mucha gente a causa de las aguas que se habían vuelto amargas»* (NVI).

1. Aquí vemos (v. 10) que, al toque de la tercera trompeta, cae del cielo una estrella grande, ardiendo como una inmensa tea; *del cielo,* como castigo directamente enviado de parte del que está en el trono. Quizá se trata de un gran meteorito o, según opina Barchuk (pág. 156), un cometa que, con su enorme masa gaseosa, se disolverá en las aguas de ríos, lagos y manantiales, tornándolas amargas como el ajenjo, que es el nombre que el versículo 11 da a la estrella.

2. El ajenjo se consideraba en la antigüedad como lo más amargo que existe. En la Biblia es símbolo de la injusticia, de la idolatría, de los castigos divinos (v. Dt. 29:17; Os. 10:4; Am. 5:7) y, por ende, de intensa pena y amargura en el corazón del hombre (v. Lm. 3:19). Su brebaje es sinónimo de veneno (v. Jer. 9:14, 15; 23:15). De ahí que los ríos y los manantiales, contaminados con él, maten a tanta gente. He oído que Chernóbil, donde ocurrió el accidente nuclear (1986) cuyas radiaciones maléficas han llegado hasta la Gran Bretaña, significa, en ruso, «ajenjo».

3. En el fenómeno escatológico que estamos consideranda, se ve una reminiscencia de la primera plaga de Egipto. Al tener en cuenta lo que significa el agua, tanto en el aspecto fisiológico como en el espiritual—lo que calma la sed, la insatisfacción, las necesidades más íntimas del ser humano—, podemos imaginarnos lo que este castigo comporta. Dice Barchuk *(ob. cit.*, pág. 156):

¡Un cuadro simplemente alarmante! El mundo se encontrará como en un desierto sin agua. En este caso habrá agua, pero no será potable. Podemos figurarnos su desesperación cuando los habitantes de la tierra estén buscando una gota de agua potable. Los hombres, desesperados y sedientos, comenzarán a cavar pozos, buscarán distintas maneras para purificar el agua.

Todo ello, sin resultado, hasta que Dios permita a los hombres un respiro por ver si se vuelven de sus pecados y rebeldías. Pero ellos continuarán con el corazón endurecido, como hizo el Faraón.

Versículos 12–13

Llega ahora el toque de la cuarta trompeta (vv. 12, 13): *«Tocó el cuarto ángel su trompeta, y fue herida la tercera parte del sol, la tercera parte de la luna y la tercera parte de las estrellas, de modo que se oscureció la tercera parte de los astros. Se quedó sin luz una tercera parte del día, así como una tercera parte de la noche. Conforme yo me fijaba en esto, oí un águila que volaba en el cenit y clamaba con voz potente: "¡Ay, ay! ¡Ay de los habitantes de la tierra, a causa de los trompetazos que los otros tres ángeles están a punto de tocar!"»* (NVI).

1. Al toque de la cuarta trompeta, se oscurece la tercera parte de las luminarias celestes. Hay aquí reminiscencias de la novena plaga de Egipto (v. Éx. 10:21–29, comp. con Lc. 21:25, 26, sus paralelos y sus referencias). Hasta los astros pelean contra los malvados (comp. con Jue. 5:20).

2. Es muy de notar que Dios creó los astros para servicio del hombre (Gn. 1:14–18), a fin de que le sirviesen de luz. Por eso, su oscurecimiento es una señal de muy mal augurio para la humanidad pecadora. Se puede tener también en cuenta la tremenda influencia que los astros (especialmente el Sol y la Luna) ejercen en el hombre y en su entorno.

3. Con todo esto, se avisa con anticipación a los habitantes de la tierra, por si quieren convertirse de su odio a Dios y a su obra. Todo se está volviendo contra los malvados. Dice Salguero: «Del mundo material sólo quedan el *aire*, que será herido al sonar la séptima trompeta, y el *Abismo*, esto es, el Hades, del cual se hablará al tratar de la quinta trompeta» (*ob. cit.*, pág. 398). Como hace notar Barchuk (*ob. cit.*, pág. 157), «todos estos males pasarán, y entonces comenzará el bienestar». Pero las tres siguientes trompetas traerán consigo una creciente intensidad de castigos.

4. Habrán notado los lectores que la NVI vierte *«águila»* (v. 13), en lugar de *«ángel»* (Reina-Valera). En efecto, los MSS más antiguos dicen *aetoú* (águila), no *anguélou* (ángel). Como referencias útiles, pueden verse Jeremías 48:40; 49:16. Esta águila se cierne en el cenit, el punto más alto del firmamento, para que su voz sea oída por todo el mundo, pues su mensaje va contra todo el mundo no cristiano. No es de suyo ave mensajera de mal agüero, como lo sería el búho, sino un enviado de Dios para invitar al arrepentimiento. Sin embargo, no se olvide que el águila es ave de presa (Mt. 24:28), aun cuando es muy probable que, en ambos lugares, estemos ante el gran buitre oriental, más bien que ante el águila propiamente dicha.

5. Los tres *ayes* (v. 13) corresponden a las tres plagas siguientes, que serán todavía peores que las cuatro primeras. Los *ayes*, en la literatura semítica, son lo contrario de los *macarismos* o bienaventuranzas (v. Lc. 6:20–26). Quedan, pues, tres calamidades que acaban, respectivamente, en 9:12; 11:13, y en los últimos capítulos del Apocalipsis.

Dice Grau (*ob. cit.*, pág. 176):

De toda esta sección aprendemos algo vergonzoso: el hombre que debería haber dominado la Naturaleza, siendo señor de la misma por mandato divino (Gn. 1:27 y ss.), *no puede nada frente a ella y, en vez de soberano, se halla en la condición de gusano aplastado por las fuerzas desencadenadas del cosmos. Al rebelarse contra Dios, el ser humano—que tenía que sojuzgar la tierra, dominándola y transformándola—halla una tierra rebelada contra él* (cf. Ro. 8). *Es dueño a medias solamente.*

Y concluye, en un rasgo de optimismo cristiano:

Pero de las mismas tinieblas puede surgir la luz. En la cruz hubo tinieblas, pero allí se iluminó el mundo con un resplandor que ya jamás se apagará. En los mensajes de juicio, Dios advierte y así, en las tinieblas de la catástrofe o la desesperación, el hombre puede buscar, y encontrar, a Dios.

CAPÍTULO 9

En este capítulo tenemos el toque de las trompetas quinta (vv. 1–12) y sexta (vv. 13–21), con los horribles acontecimientos que, tras del toque de cada una de ellas, se producen.

Versículos 1–12

En los versículos 1–6 se nos declara la aparición de unas especiales, horribles, langostas que surgen del abismo tras del toque de la quinta trompeta. La descripción minuciosa de estas langostas se hace en los versículos 7–12.

1. Leamos primero los versículos 1–6: *«Tocó el quinto ángel su trompeta, y vi una estrella que había caído del cielo a la tierra, y le fue dada a la estrella la llave del pozo del Abismo. Cuando abrió el Abismo, subió de él una humareda como la humareda de un horno gigantesco. El sol y toda la atmósfera se oscurecieron* a *causa de la humareda procedente del Abismo. Y de entre la humareda cayeron*

langostas sobre la tierra y les fue dado un poder (lit. *potestad.* Gr. *exousía) como el de los escorpiones terrestres. Se les dijo que no hiciesen ningún daño a la hierba de la tierra, ni a ninguna verdura, ni a ningún árbol, sino sólo a las personas que no llevasen marcado en sus frentes el sello de Dios. Se les dio poder, no para que las matasen* (lit. *se les dio para que no las matasen), sino para que las torturasen durante cinco meses. Y la agonía que sufrían era como la que produce la picadura de un escorpión cuando ataca a una persona. Durante aquellos días, los hombres buscarán la muerte, pero no la encontrarán; anhelarán morir, pero la muerte no se dejará atrapar de ellos»* (NVI).

(A) Al toque de trompeta del quinto ángel (v. 1), Juan ve una *estrella caída* (el verbo está en participio de pretérito perfecto), *del cielo a la tierra.* Discuten los comentaristas la identidad de esta estrella. No cabe duda de que se trata de un *ángel* (comp. con v. 11, así como con 1:20; 20:1–3, entre otros lugares). Nótese también que, como dice S. Bartina *(ob. cit.,* pág. 701), «según la literatura rabínica, los ángeles dirigen las estrellas y son como una personificación de ellas mismas. Éste es un enviado de Dios para dar otro castigo a los hombres perseguidores de la Iglesia». El jesuita Bartina es, por supuesto, antimilenialista y, lo mismo que Grau y otros, piensa que se trata de un ángel bueno. Sin embargo, la mayoría de los autores (Alford, Hendriksen, Ryrie, Davidson, Walvoord, W. Smith, F. F. Bruce) aseguran que se trata de un ángel *malo;* no es otro, sin duda, que el propio Satanás (comp. con 12:7–12, así como con Lc. 10:17, 18)

(B) Este ángel recibe la llave del pozo del Abismo, sede de las moradas infernales. Dice Bartina (*ob. cit.,* pág. 701):

El abismo es el lugar donde moran los malos espíritus. Es como un calabozo o prisión que está bajo tierra (cf. Is. 24:21, 22). *Tiene fuego sulfúreo, símbolo de lo diabólico. Un pozo conduce a él desde la superficie de la tierra. Está generalmente cerrado. La llave la tiene Dios, que pone límites a la acción diabólica. La legión de diablos (¿? Según la Biblia, no hay más que un diablo, aunque haya muchos demonios. El paréntesis es mío) que Jesús sacó al endemoniado de Gerasa, no quería volver al abismo* (Lc. 8:31). *Está en el abismo Satanás, durante el reino de los mil años (20:1–3), y también la bestia* (11:7–17:8). *Hay que distinguir cuidadosamente el abismo del orco o hades y del lago de fuego. El hades era el lugar de los muertos (es decir, de las almas), donde, antes de la resurrección de Cristo, se hallaban congregados incluso los buenos. Llevaban una vida inerte y triste. El hades, personificado, va acompañando siempre a la muerte. El lago de fuego, o infierno propiamente dicho, es un sitio donde arde continuamente el azufre* (14:10; 19:20; 20:10, 14, 15; 21:18) *y cuyos tormentos son eternos* (14:10, 11; 19:3). *Tampoco se ha de confundir el abismo demoníaco con el abismo de las aguas o de los mares, que es el océano primitivo o tehom* (Gn. 1:2). *El abismo de los espíritus está bajo tierra.*

(C) Al abrirse el pozo del abismo (v. 2), sube una humareda tan densa que se oscurece el sol y también el aire. Nótese que, para los antiguos, el aire tenía su propia luz, distinta de la del sol.

Cuando leemos—dice Hendriksen (ob. cit., pág. 120)*—que Satanás abre el pozo del abismo quiere decir que él incita al mal, llena el mundo de demonios y de malvadas influencias y operaciones … Es el humo del engaño y de la decepción, del pecado y del pesar, de las tinieblas morales y de la degradación que está constantemente saliendo del infierno.*

Este humo recordaría a los lectores el de los volcanes que habían visto (comp. con la oscuridad de 6:12; 8:12), pero aquí se presenta como introductor de una plaga de langostas (comp. con Jl. 1:6; 2:4–10) demoníacas.

(D) Para entender el alcance de esta plaga de langostas, similar a la octava plaga de Egipto (v. Éx. 10:12), es preciso tener en cuenta el azote que los acrídidos representan en Palestina, Egipto, Arabia, y a veces en Canarias y el sur de España. Dice Bartina (*ob. cit.,* pág. 700):

Cada cápsula tiene unos 40 huevos, de los cuales salen en primavera pequeñas larvas, que se transforman en fases intermedias cada vez más voraces, llamadas sucesivamente mosquitos, moscas y saltones, hasta alcanzar la forma adulta. Se reúnen por millones. Son tan voraces que no dejan nada verde, e incluso comen hierbas que son venenosas para otros animales; y cuando desaparecen, la región ofrece la sensación de haber sido destruida por imponentes incendios. Cuando emprenden el vuelo para devastar otras regiones, llegan a formar columnas o nubes de algunos kilómetros que oscurecen el sol. Producen un ruido intenso con sus alas cuando se desplazan por el aire.

(E) Aquí vemos que estas langostas tenían *poder* (v. 3) *como el de los escorpiones terrestres,* pero notamos que este poder no era innato, sino *«dado».* En la Biblia, son símbolo de juicio divino (v. Dt. 28:38, 42; Am. 7:1–3; Nah. 3:15–17). Su semejanza con los hombres aparece en Jueces 6:5; Jeremías 46:23.

(F) Pero, ¡cosa curiosa!, a estas diabólicas langostas se les manda (v. 4) que hagan lo contrario de lo que hacen las langostas naturales, pues éstas dañan exclusivamente a la vegetación, mientras que a las langostas demoníacas se les manda *que no dañen precisamente a la vegetación, sino solamente a los hombres no sellados.* Notemos de paso que aquí están las tres divisiones que de la vegetación hallamos en Génesis 1:11–13.

(G) El poder que se les dio, con respecto a los hombres (v. 5), no fue para matarlos, sino para atormentarlos *durante cinco meses.* Lo hacen durante ese preciso espacio de tiempo, porque ése es realmente el lapso de tiempo al que llega la longevidad media de una langosta: primavera y verano. Y se nos dice expresamente que este tormento no alcanza a los que fueron sellados (v. 7:3).

(H) El tormento que causan estas langostas es tal que los hombres preferirán la muerte (v. 6), pero ésta (personificada aquí) *huirá de ellos.* Contrasta esto con el caso del apóstol Pablo, quien también deseaba la muerte, pero no para huir del sufrimiento, sino para *estar con Cristo;* y, aun con esta gloriosa perspectiva por delante, prefería quedarse por algún tiempo más en esta vida por amor a los hijos de Dios, para quienes tan provechosa era su estancia en este mundo.

(I) Los escorpiones causan un dolor tremendo, aun cuando rara vez sea mortal su picadura para el hombre. W. Newell refiere que a él mismo le picó uno en un talón y experimentó una angustia sin alivio y fuera de toda descripción. Son muchos los autores que entienden esto de un modo «espiritual». Por ejemplo, Milligan dice que esto se refiere «a una explosión de maldad espiritual que agravará las penas del mundo, y le hará aprender cuán amarga es la esclavitud de Satanás». Por su parte, Hendriksen se refiere también a este tormento en los términos siguientes:

¿Se puede concebir algo más terrorífico y horrible que este cuadro descriptivo de la operación de los poderes de las tinieblas en las almas de los malvados durante la época presente? Aquí tenemos a los demonios robándoles a los hombres toda luz, esto es, toda justicia y santidad, gozo y paz, sabiduría y entendimiento (ob. cit., pág. 122).

Según, pues, los referidos autores, dicha picadura, y el dolor consiguiente, indican más bien el remordimiento, el despecho, la rabia y la furia que acompañan al pecador convicto, pero no confeso; acorralado por la justicia de Dios, pero no arrepentido. En todo caso, la desesperación que aquí se nos describe llega a unos límites que no podemos imaginarnos. Ahora bien, cierto que todos estos efectos «espirituales» podrán darse en los hombres atormentados por dichas picaduras, pero eso no quiere decir que se haya de descartar el sentido *literal* de Apocalipsis 9:5, 6. Dice W. Newell: «Intentar retorcerlo de su sentido natural es una perversidad: ¡pues la incredulidad es perversidad!» *(The Book of the Revelation,* pág. 130). Hendriksen comete, además, otro error: el de aplicarlo a la presente dispensación.

2. La descripción que, en los versículos 7–12, se nos hace de estas langostas es impresionante: *«Las langostas parecían como caballos preparados para la batalla. Llevaban en la cabeza algo así como coronas de oro, y sus rostros eran parecidos a caras humanas. Su pelo era como el cabello de las mujeres,* y *sus dientes eran como dientes de leones. Ceñían corazas como de hierro, y el ruido que producían con sus alas era como el estrépito de carros de guerra con muchos caballos lanzándose al combate. Tenían colas y aguijones como los escorpiones; y en sus colas tenían poder para torturar a la gente durante cinco meses. Tenían como rey sobre ellos al ángel del Abismo, cuyo nombre es en hebreo Abaddón; y en griego, Apolluón (o Apollyón). Ha pasado el primer ay! Otros dos ayes están aún por pasar» (NVI).*

(A) Al ser semejantes a caballos preparados para la batalla, estas langostas muestran su carácter punitivo. La similitud de las langostas con caballos es mencionada con frecuencia por los escritores antiguos. Al llevar *«algo así como coronas de oro»* indican que cada uno saldrá vencedor en la batalla, a la vez que ostentan como una caricatura de la victoria justa, que es la victoria del bien. Tanto las coronas como el parecido con las caras humanas parecen indicar que la realidad no versa sobre animales, sino sobre seres intelectuales.

(B) El parecido (v. 8) al *cabello de mujer* podría explicarse por el parecido de las antenas de las langostas al cabello de las mujeres o, quizá con mejor sentido, «al estilo de los bárbaros—dice Bartina

(ob. cit., pág. 703)—trasluciendo su incuria psicológica, su complejo y su crueldad». Sus *dientes como de leones* indicarían su poder implacable y destructor. Sus *corazas como de hierro* o acero simbolizan que es muy difícil dañarles, a semejanza de las escamas con que tienen revestida su dura piel las langostas. *El ruido de sus alas como el estrépito de carros de guerra con muchos caballos lanzándose al combate* es una imagen que subraya el arrollador avance de su frente de batalla, imagen muy expresiva para los pueblos del oriente, especialmente para los judíos, que podían recordar no sólo el ruido de una invasión masiva de langostas, sino más aún el fragor de las huestes invasoras de egipcios y asirios.

(C) Finalmente (v. 10), *sus colas y aguijones* muestran el veneno de su naturaleza diabólica (v. Jn. 8:44; 1 Jn. 3:12), así como el verdadero límite del castigo que infligen, pues indica que no son soberanos en su modo de ser y actuar, sino, al fin y al cabo, criaturas limitadas que no pueden sobrepasar el límite de la permisión divina. Dice Salguero:

Los diversos elementos constitutivos de estas langostas infernales sirven para simbolizar el gran poder que tenían para hacer daño. Poseían la rapidez del caballo, la sagacidad del hombre, el atractivo de la mujer, la fuerza del león, la voracidad de la langosta y el veneno del escorpión. Difícilmente el autor sagrado podría imaginar otro ser más dañino y aterrador que el que aquí nos presenta (ob. cit., pág. 402).

Grau, por su parte, comenta:

La descripción de los rasgos de la langosta resulta de efectos fantásticos, casi surrealistas. Pero es muy eficaz para acumular los rasgos de violencia y crueldad propios de los diablos, así como otras de sus características: 1) rasgos de violencia: «caballos de guerra»; 2) rasgos de poder: «coronas», «corazas»; 3) rasgos de sensualidad (o seducción sensual): «cabellos de mujeres»; 4) rasgos de apariencias falsas: «rostros de hombre». El diablo no da la cara, los demonios dañan con sus «colas», es decir, con sus artificios, sus mentiras y falsedades de toda especie; atraen por la lujuria, por la riqueza, por el afán desmesurado de poder. Y siempre con apariencia falsa, encubriendo su verdadero rostro (ob. cit., pág. 178).

(D) Este maligno ejército tiene un *rey* (v. 11): *el ángel del abismo* (comp. con el v. 1), esto es, el jefe de ese fondo del Seol (v. Job 26:2; 28:22; Pr. 15:11), del que proceden. Juan le da un nombre arameo: *Abaddón*, cuya forma hebrea *habaddón* significa «destrucción» o «perdición»; exactamente lo contrario de la *salvación* que trae Jesucristo. A continuación, Juan da su nombre griego: *Apolluón* (en participio de presente): «el que constantemente destruye o echa a perder» (v. el contraste con Lc. 19:10). En Mateo 7:13 encontramos *apóleian* (destrucción) y en 2 Tesalonicenses 2:10 *apolluménois* (participio de presente de la voz pasiva): «para los que se están perdiendo». Dice Bartina (*ob.* cit., pág. 703): «Constatación terrible: pertenecen al círculo del abismo, como formando parte de las huestes sujetas a su ángel, dos *hijos de la perdición:* Judas (Jn. 17:12) y el Anticristo (2 Ts. 2:3)».

(E) El versículo 12 deja bien claro que eso no es más que el principio de dolores, pues quedan todavía otros dos ayes por pasar.

Versículos 13–21

En estos versículos tenemos el toque de la sexta trompeta con los terribles resultados que siguen. Dicen dichos versículos en la NVI: *«Tocó su trompeta el sexto ángel, y oí una voz que salía de las cuatro esquinas* (lit. *cuernos) del altar de oro que está delante de Dios. La voz dijo al sexto ángel que tenía la trompeta: "Suelta a los cuatro ángeles que están atados a la orilla del gran río Éufrates". Y los cuatro ángeles que habían estado allí en reserva para este preciso momento de aquel día, mes y año, quedaron sueltos para dar muerte a la tercera parte de la humanidad. El número de las tropas de a caballo era de doscientos millones. Yo oí su número. Los caballos y los jinetes que yo vi en mi visión eran así: Los jinetes llevaban corazas de color rojo encendido, azul oscuro, y amarillo como el azufre. Las cabezas de los caballos parecían cabezas de leones; y de sus bocas salía fuego, humo y azufre. Por efecto de estas tres plagas murió la tercera parte de la humanidad; esto es, por el fuego, el humo y el azufre que salía de sus bocas. El poder de los caballos estaba en sus bocas y en sus colas; pues sus colas eran como serpientes; tienen cabezas y con ellas producen daño. El resto de la humanidad que no había perecido a*

causa de estas plagas, todavía no se arrepintieron de la obra de sus manos; no cesaron de adorar a los demonios, ni a los ídolos de oro, plata, bronce, piedra y madera—ídolos que no pueden ver, ni oír ni andar—. Ni se arrepintieron de sus homicidios ni de sus artes mágicas, ni de su inmoralidad sexual ni de sus robos».

Podemos subdividir esta sección en 4 partes: 1) el toque de trompeta y la orden que se le da al sexto ángel (vv. 13, 14); 2) La suelta de los cuatro ángeles y el número de las tropas prestas para el combate (vv. 15 y 16); 3) La descripción de los caballos y de los jinetes (vv. 17–19); 4) La reacción negativa de los hombres que sobrevivieron a las plagas (vv. 20, 21).

1. La sexta trompeta trae otro ejército diabólico desde el Éufrates. La voz de mando para su aparición sale «*de entre los cuatro cuernos del altar, el de oro, el de delante de Dios*» (lit.). Nada menos que cinco artículos determinativos, uno para cada elemento, designan enfáticamente en el original el lugar de donde procede la voz de mando.

(A) Así es como responde el Señor al grito de sus mártires (6:9) y a las oraciones de sus santos (8:4, 5). Vemos, pues, que la gravedad de las plagas va en aumento. Esta plaga no parece corresponder a ninguna de las egipcias, a no ser a la décima o matanza de los primogénitos, aunque aquí no tiene resultado. Vemos que el altar tiene cuatro cuernos, como el del Templo de Jerusalén.

(B) Los cuatro ángeles que se mencionan aquí (v. 14b) no pueden ser identificados con los de 7:1, pues aquéllos eran ángeles buenos, mientras que éstos no pueden serlo, pues aparecen *atados,* lo cual nunca se dice, en las Escrituras, de ningún ángel bueno (comp. con Ap. 20:2 y Jud. 6). Dice Grau (*ob. cit.*, pág. 179):

Seguramente se trata de demonios que, debido a su peligrosidad especial, se hallaban encadenados, restringidos en su poder de hacer el mal. No obstante, son soltados para que lo hagan ahora y sirvan a los propósitos divinos de juicio. El río Éufrates formaba la frontera con el pueblo de Dios, y representaba la perpetua amenaza; del Éufrates solían venir las continuas invasiones que sufría el pueblo de Dios (Gn. 15:18; Dt. 1:7; Jos. 1:4).

Efectivamente, allende el Éufrates se asentaban los grandes imperios de Asiria y de Babilonia. Así como de allí vinieron los grandes ejércitos que atormentaron al desobediente Israel, así también estas huestes demoníacas surgen de allí para castigar a este mundo sin Dios.

2. Para mostrar que no existe la casualidad, se da (v. 15) el preciso momento: año, mes, día y *hora* (lit.). Hemos llegado al clímax de la operación montada por el Anticristo, pero surgida del propio infierno. Así también de esta región, según la profecía de Daniel, se nos dice que está destinada a ser el gran escenario de la última gran lucha entre los príncipes de este mundo y el pueblo de Dios. Como ya hemos apuntado en el comentario al toque de la quinta trompeta, tampoco al final del toque de esta sexta trompeta se producirá un sincero arrepentimiento de la humanidad, sino más bien una más dura obstinación. *200 millones* (v. 16) es el símbolo bíblico de una gran muchedumbre (v. Sal. 68:17; Ap. 5:11). Resulta curioso el que, según informes del año 1977, éste era, más o menos, el número de los soldados que la China comunista podía poner en pie de guerra. Sin embargo, es consolador recordar que, como en el caso de 2 Reyes 6:16, podemos decir como Eliseo a su criado: «*No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos*» (comp. con 1 Jn. 4:4).

3. En los versículos 17–19, se nos describen las monturas del ejército invasor, sus armas naturales y sus efectos concretos.

(A) Se nos dice (v. 17) que los jinetes llevaban unas corazas impenetrables, rojas de *fuego,* azules de *jacinto,* y amarillas de *azufre.* El azufre (gr. *theíon,* divino) debe, sin duda, su nombre a sus misteriosas propiedades, que tanto valor tenían para los alquimistas, pues era indispensable para la transformación de los metales en oro. En la Biblia simboliza lo demoníaco; por eso, el infierno es presentado como «el lago de fuego y azufre». El azufre, al arder, presenta las siguientes características: es amarillo vivo en sí, tiene la movilidad y el calor del fuego, con una llama finamente azulada de tinte malva, y forma un humo agobiante y asfixiante, acre y penetrante. 14:10, 11 asocia el humo denso al fuego y azufre del infierno.

(B) Por eso, es infernal (v. 17b) lo que sale de las bocas de estos caballos diabólicos, con cabeza de león, lo cual indica su tremendo poder, un poder intelectual para engañar y embaucar a los mortales, a la vez que destilan de sus bocas toda clase de maldad, la propaganda demoníaca del Anticristo al usar todos los modernísimos elementos de la *mass-media*. Por si fuera poco, sus colas son como serpientes que tienen también cabezas para herir con picadura mortal.

(C) No se declara (v. 18) si se trata de plagas bien definidas o de símbolos imprecisables. Lo cierto es que con estas plagas muere la tercera parte de la humanidad; hasta ahora, el mayor castigo de los mencionados en Apocalipsis.

4. En los versículos 20 y 21 se nos dice que, a pesar de estas terribles plagas, que de suyo eran una gran llamada a la conversión, la gente que sobrevive no se convierte (comp. con Am. 4:6). Solamente al final del capítulo 11, vemos a los sobrevivientes, aterrorizados, *«dar gloria al Dios del cielo»* (11:13). Pero esto no quiere decir que se conviertan de veras a Dios. En efecto, la conversión sincera comporta un completo cambio de mentalidad y de conducta, y esta gente no sólo no está dispuesta a cumplir la ley de Dios, sino que se rige por los «antimandamientos»: (A) Contra Dios, la idolatría, de donde brotan todas las demás maldades del inconverso (Ro. 1:24 y ss.); (B) Contra el prójimo, los tres crímenes más notorios y perversos: el homicidio, la fornicación y el hurto. Las hechicerías (gr. *pharmakión*, de donde procede el vocablo «farmacia»—con sus derivados—) suelen estar conectadas con la idolatría supersticiosa, pero aquí están en la lista de las cosas que dañan al prójimo. Una lista más detallada de estos pecados la encontramos en 21:8; 22:15, compárese con Gálatas 5:19–21; 1 Pedro 4:3, 15.

CAPÍTULO 10

Este capítulo y hasta 11:14 forma una especie de paréntesis. Se puede dividir en tres secciones: 1. El ángel poderoso y los siete truenos (vv. 1–4). II. Anuncio del final de los tiempos (vv. 5–7). III. Juan recibe un rollo para que se lo coma (vv. 8–11).

Versículos 1–4

Tras de lo narrado en el capítulo anterior, cualquiera esperaría el toque de la séptima trompeta, pero esto no sucede hasta 11:15. En el intervalo tenemos cuatro secuencias: dos partes en el capítulo actual, las cuales forman un todo: un mensaje de consuelo y un encargo a Juan para que profetice; otras dos secuencias en el capítulo 11: la medición del templo y la aparición de los dos testigos. Ya vimos una interrupción similar después del sexto sello al final del capítulo 6, pues todo el capítulo 7 está dedicado a presentarnos dos secuencias diferentes: el sellado de los 144.000 de las tribus de Israel, y la presencia en el cielo de una multitud incontable de extracción universal, procedente de la Gran Tribulación. Ahora tenemos un brusco salto de perspectiva.

1. Juan ve (v. 1) descender del cielo otro ángel. Contra lo que han opinado algunos, este ángel no es Jesucristo, puesto que, a pesar de su apariencia gloriosa, recibe órdenes, mientras que en este mismo capítulo se oye por tres veces la voz divina, fácilmente identificable como voz de Cristo. Por otra parte, Juan no lo adora como a Cristo (1:17). Además, nunca en el Apocalipsis se llama *ángel* a Cristo. Es *otro ángel* para distinguirlo del de la sexta trompeta. Veamos su descripción:

(A) De él se dice que *es forzudo* (lit. Gr. *iskhurós).* El vocablo hebreo correspondiente es *guéber*, en el sentido de «guerrero fuerte y valiente» (comp. con 19:18). Al futuro Mesías se le llama en Isaías 9:6 *«Dios fuerte»* (hebr. *El-Guibbor).* Quizás podría tratarse del arcángel Gabriel, pues su nombre significa «Dios es mi fuerza», y así nos explicaríamos que fuese precisamente él quien, como en Daniel 8:16; 9:21; Lucas 1:19, 26, se encargase de llevar un mensaje consolador de tipo mesiánico.

(B) *Va envuelto en una nube* (lit.). Esto nos lleva al Salmo 104:3, 4 (comp. con Éx. 24:15 y ss.; Dn. 7:13; Mr. 9:7; Hch. 1:9; 1 Ts. 4:17; Ap. 1:7; 11:12; 14:14) e insinúa la blancura de su vestido de lino, comparable a la de una nube nímbea.

(C) En torno a su cabeza, lleva un *halo irisado,* al estilo plástico de la angelología etrusca, de influencia claramente oriental. El arco iris es símbolo de gloria espiritual, pero especialmente de misericordia y de paz (Gn. 9:13).

(D) *Su rostro como el sol, y sus pies como columna de fuego* es una descripción gloriosa, comparable, pero no igual, a la de 1:15, y no nos ha de extrañar en una aparición angélica, pues vemos que la apariencia del ángel de 22:8 debió de ser extraordinariamente majestuosa como para que Juan se dispusiese a adorarle.

2. En el versículo 2 tenemos el mensaje y la actitud del ángel. Lleva un *pequeñísimo rollo* (el vocablo griego indica el diminutivo de un diminutivo de otro diminutivo de *biblos*, libro). Es, pues, muy distinto del rollo de 5:1 y ss., que sólo el Cordero podía mirar y abrir. Además, este pequeño rollo está ya *abierto* (gr. *eneogménon,* en participio de pretérito perfecto de la voz media-pasiva), lo cual indica que, además de contener pocos oráculos, éstos son relativamente *claros.* La actitud del ángel denota una figura colosal que *pone el pie derecho* (el de la fuerza) *sobre el mar; el izquierdo, sobre la tierra; y la mano derecha* (v. 5) *levantada hacia el cielo* (en la izquierda, lleva el rollo), en actitud de jurar por los tres elementos. Visto desde Patmos en esta postura, aparecería proyectado sobre el horizonte marino de Palestina, lugar del sol naciente.

3. El ángel expone su mensaje (v. 3) *a gritos*, como si fuesen rugidos de león. Pero el original no dice *brúkhei*, ruge, sino *múkatai*, muge. ¿Será una depauperación del griego de la *koiné*, como opina Bartina? ¿No querrá, más bien, la Palabra de Dios unir, en un solo símbolo, la majestad del león y la potencia del toro? En todo caso, se indican dichas cualidades: intensidad, potencia y majestad. Luego que el ángel profiere sus grandes voces, como mugidos de león, *«siete truenos emitieron sus voces»*. El salmo 29 asocia siete veces al trueno la voz *de Dios* (comp. con Jn. 12:18). Al ser el 7 número de plenitud y perfección, estos siete truenos, como en 8:5, son como 7 mensajes que las 7 islas griegas de las inmediaciones de Patmos van repitiendo hasta perderse en la lejanía.

4. Cuando Juan se dispone a escribir lo que han revelado los 7 truenos con sus voces, *una voz del cielo* (v. 4) ordena a Juan que *selle* dichas cosas; es decir, que mantenga oculto lo que acaba de oír (comp. con Dn. 12:4). Se nota, al final del versículo, el paralelismo semítico tan frecuente en la Biblia y singularmente en las expresiones de Cristo (22:10). Puede verse también en Daniel 8:26; 12:9–12.

Versículos 5–7

Vemos ahora el anuncio que el ángel hace del final del tiempo: *«Entonces el ángel que yo había visto de pie sobre el mar y sobre la tierra, levantó su mano derecha hacia el cielo. Y juró por el que vive por los siglos de los siglos, el que creó los cielos y todo lo que hay en ellos, la tierra y todo lo que hay en ella, y el mar con todo lo que hay en él, y dijo: "¡Ya no habrá más dilación!" Sino que en los días en que el séptimo ángel esté a punto de tocar su trompeta, llegará a su consumación el misterio de Dios, conforme Él anunció a sus siervos los profetas»* (NVI).

1. El ángel, que ya tenía un pie sobre el mar y otro sobre la tierra, levanta ahora su mano derecha al cielo (v. 5), tocando así las tres partes del Universo, judío para jurar (v. 6) por el que las creó con todo lo que en ellas hay (v. Éx. 20:11). Sólo por Dios se puede y se debe jurar (Gn. 14:22; Dt. 32:40), al no haber otro mayor ni superior por quien se pueda hacerlo (v. He. 6:13). Esto mismo demuestra también que ese ángel no puede ser el Señor Jesucristo, pues también Él es Dios.

2. ¿Qué es lo que el ángel juró? *«No habrá ya más tiempo»* (lit.). El original emplea el vocablo *khrónos*, y el sentido de la frase, como la ha traducido la NVI, es que «ya no habrá más dilación, sino que (v. 7), tan pronto como se toque la séptima trompeta, el misterio de Dios se consumará» (comp. con Dn. 12:7). Dice Salguero (*ob. cit.*, pág. 410):

Toda la esperanza de que se cumpliera el misterio de Dios, es decir, que llegara el Reino de Dios, se fundaba en las promesas divinas anunciadas por Dios por medio de sus profetas, como nos advierte el autor del Apocalipsis … Este misterio de Dios es el establecimiento definitivo del reino de Dios y de su Cristo, que tendrá lugar con la destrucción de las naciones paganas.

Versículos 8–11

En estos versículos, Juan recibe la orden de comerse el librito que el ángel lleva en la mano, lo cual hace él puntualmente: *«Entonces la voz que yo había oído del cielo, me habló de nuevo, diciendo: "Anda y toma el rollo que está abierto en la mano del ángel que está de pie sobre el mar y sobre la tierra". Así, pues, me fui hacia el ángel y le pedí que me diera el pequeño rollo. Él me dijo: "Tómalo y cómetelo. Te irritará el estómago, pero en tu boca será tan dulce como la miel". Tomé el pequeño rollo de la mano del ángel y me lo comí. Sabía dulce como la miel en mi boca, pero después de haberlo comido, mi estómago*

se me irritó. Entonces se me dijo: "Tienes que profetizar de nuevo acerca de muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes"» (NVI).

1. La misma voz que le habló a Juan en el versículo 4, la de Jesucristo, le da ahora (v. 8) una nueva orden: que vaya y tome el librito abierto de mano del ángel que acaba de jurar por el Eterno. Juan se va hacia el ángel (v. 9) y le pide el librito. El ángel se lo da y le pide que lo *devore* (lit. Gr. *katáphague),* es decir, que se lo coma totalmente. Ezequiel 2:8–3:3 es un pasaje similar, con la diferencia de que, en Ezequiel, no se menciona la amargura, sino sólo la dulzura. Ello se debe, quizá, a que Ezequiel ve en lontananza el lado positivo de la profecía, la restauración escatológica de Israel y de su Templo.

2. El ángel le dice a Juan (v. 9b) que el librito *le amargará el estómago* (lit. *el vientre),* dando así a entender la dureza física de su misión profética, tipificada en su propio exilio en la isla de Patmos, donde tiene la visión, por la ineficacia de sus esfuerzos para conducir al arrepentimiento, por el castigo que ha de sobrevenir a los rebeldes, por la perversidad misma de los inconversos y, como dice Barchuk (*ob. cit.,* pág. 178), «por el terror y tribulación que tendrá que sufrir el pueblo de Dios durante el señorío del Anticristo (Dn. 7:21, 25; 11:31–37)».

3. En cambio, la *dulzura de la miel* indica la suavidad de las visiones, el encanto de los oráculos (es decir, de la Palabra de Dios que le es manifestada), la gloria de la Iglesia ya arrebatada, la justicia divina satisfecha, y la misericordia de Dios que, con admirable paciencia, continúa exhortando al arrepentimiento y castiga siempre por debajo de lo que uno se merece. Comenta Grau (*ob. cit.,* pág. 184): «La Palabra de Dios debe ser ingerida, asimilada, hecha algo total y verdaderamente nuestro. Dulzura y amargura son los dos efectos de la Palabra. Es así porque la Palabra contiene *gracia y juicio».*

4. ¿Cuál es el contenido del librito abierto, que Juan devora? La Palabra de Dios no nos lo dice, pero podemos conjeturar que se refiere a lo que leemos en todo el capítulo 11. A este respecto, comenta Düsterdieck: «Cuanto más importantes son los temas de las profecías que ahora siguen, tanto más natural parece la nueva preparación especial del profeta» (citado por W. Smith en *ob. cit.,* pág. 1.510).

CAPÍTULO 11

Este capítulo se divide en dos partes: I. Los dos testigos (vv. 1–14). II. El toque de la séptima trompeta (vv. 15–19).

Versículos 1–14

En esta primera parte del cap. 11 tenemos: 1) La medición del Templo de Dios (vv. 1, 2); 2) La aparición de dos testigos especiales, cuyas características se describen a continuación (vv. 3–6); 3) El asesinato de los dos testigos a manos del Anticristo (vv. 7–10); 4) Su resurrección y traslación al cielo (vv. 11–14).

1. El capítulo comienza (vv. 1, 2) con la orden que se le da a Juan de medir el santuario, el altar y a los que adoran en él: *«Me fue dada una caña como una vara de medir y se me dijo: "Anda y mide el templo de Dios y el altar, y cuenta los que adoran en él; pero no incluyas el atrio exterior; no lo midas, porque ha sido dado a los paganos; ellos hollarán la ciudad santa durante cuarenta y dos meses"»* (NVI).

(A) No se trata, pues, de una visión, sino de un oráculo que recibe el vidente de Patmos. El griego *naón* significa, como ya lo dijimos, el santuario propiamente dicho, es decir, el Lugar Santo y el Santísimo. Se añade el altar, que estaba fuera, pero junto al santuario; *los que adoran* puede significar dos cosas: (a) El lugar que ocupan los que allí rinden culto; (b) dependiendo del verbo *«mide»,* pero en el sentido de *«cuenta»,* como ha traducido la NVI.

(B) Se le prohíbe a Juan (v. 2) medir el atrio exterior y la ciudad, porque todo eso ha sido entregado a los gentiles, quienes profanarán la ciudad santa, Jerusalén, durante cuarenta y dos meses, es decir, tres años y medio. Para entender esta medición, es preciso compararla con la de Zacarías 2:2–9, en la que parece estrechar a sus habitantes, pero un ángel le dice que Jerusalén crecerá sin medida; también, con Ezequiel capítulos 40–42, donde se nota claramente la separación que se hace entre lo sagrado y lo profano; finalmente, en Isaías 34:11, Edom es medido con cuerdas de destrucción.

(C) Por tanto, la *medición* (algo parecido a lo que sucede con la *visitación)* puede ser símbolo de preservación o de destrucción. Aquí, lo medido será preservado, mientras que el resto será profanado por los paganos o gentiles (v. Sal. 79:1; Is. 63:18; Dn. 8:13; Lc. 21:24), por un espacio de tiempo, símbolo de maldición: 42 meses, igual a 1.260 días (contando todos los meses como de 30 días) y a tres años y medio. Además de que *tres y medio* es el número que parte por medio al número *siete,* número de plenitud y perfección (atribuido preferentemente a Dios), está el hecho histórico de que el pueblo de Israel pasó días angustiosos de aprieto y persecución bajo Antíoco IV Epífanes; y eso, precisamente desde junio del año 168 hasta diciembre del 165 a. de C., esto es, durante tres años y medio. Dice Bartina (*ob. cit.*, pág. 714): «De ahí que tres y medio y sus equivalentes numéricos sean símbolo de lo que no madura, de lo que no llega al fin pretendido». Compárese con Daniel 7:25; 12:7; Apocalipsis 12:6, 14; 13:5.

(D) A la luz de la profecía de Ezequiel (Ez. caps. 40–42), este templo al que se alude aquí «será, evidentemente, edificado durante los días de la tribulación, donde el culto judío de adoración se llevará a cabo durante la primera parte de ese período, y en el cual, a la mitad del período de siete años, el hombre de pecado se exaltará a sí mismo para ser adorado (2 Ts. 2:4)» (Ryrie). Para que no haya confusión en cuanto al designio de este Templo (no edificado para cristianos, sino para judíos que desean renovar sus antiguos sacrificios, etc.), bueno será escuchar lo que dice Walvoord (*ob. cit.*, págs. 176–177):

El Templo aquí es evidentemente el que existirá durante la gran tribulación. Construido originalmente para el culto de los judíos y la renovación de sus antiguos sacrificios, es profanado durante la gran tribulación y se convierte en residencia de un ídolo del gobernador del mundo (cf. 2 Ts. 2:4; Ap. 13:14, 15; Dn. 9:27; 12:11). *Por esta razón, es muy significativo el que a Juan se le ordene medir no sólo el Templo y el altar, sino también a los adoradores. Está diciendo en efecto, que Dios es el juez del culto del hombre y del carácter del hombre y que todos tienen que rendirle cuentas. También implica, por cuanto la caña tiene diez pies de largura, que el hombre no llega, ni con mucho, al nivel que Dios exige. Incluso una persona muy alta quedaría por debajo del nivel de los diez pies de la caña de medir. Por consiguiente, Dios no sólo está reclamando, con esta medición, que es dueño del Templo y del altar, sino que está también demostrando las deficiencias de los adoradores que no llegan a la medida del nivel que Él exige.*

(E) Permítaseme añadir, como curiosa información de la que no puedo salir personalmente garante, que—según dicen—después de la guerra de los siete días (1967), cuando los judíos reconquistaron la parte de Jerusalén que ocupaban los árabes, y los territorios que les faltaban para poder trazar las fronteras diseñadas en Ezequiel para el final de los tiempos (y que todavía hoy están sin delimitar con precisión), alguien preguntó al general Moshé Dayán (ya difunto; no se le confunda con el embajador de Israel en Guatemala, del mismo nombre y apellido): «¿Cuándo será reconstruido el Templo—tercera profecía por cumplir—una vez que ya tienen Uds. restaurado el Estado de Israel y recobradas las antiguas fronteras?» A lo que respondió él (siempre según las mismas fuentes): «No lo sé, pero Dios puede producir un pequeño terremoto». Aludía, sin duda, a una intervención sobrenatural que destruyese la actual mezquita y propiciase el momento de tal reconstrucción. Al presente (1988), los judíos no están pensando en reconstruir en Jerusalén el Templo, sino una gran sinagoga. En relación con tal reconstrucción, dice Barchuk *(ob. cit.*, pág. 179):

En cuanto a medios, ya los hay. Circulan rumores en el sentido de que los hebreos americanos tienen listo incluso todo el material para el templo y que solamente esperan la oportunidad para colocarlo allí. Por eso, aun en la primera mitad de la semana estará listo el templo, y al medio mismo de dicha semana, el anticristo señoreará en el templo (Dn. 9:27).

2. En los versículos 3–6, son introducidos en escena dos *testigos* muy especiales: «*Y yo daré poder a mis dos testigos* (lit. *daré a mis dos testigos), y ellos profetizarán durante 1.260 días, vestidos de saco. Éstos son los dos olivos y los dos candelabros que están en la presencia del Señor de la tierra. Si alguno trata de hacerles daño, sale fuego de la boca de ellos y devora a sus enemigos. Así es como tiene que morir cualquiera que intente hacerles daño. Estos hombres tienen poder para cerrar el cielo para que no llueva durante el tiempo en que ellos están profetizando; y tienen poder para convertir las aguas en sangre y para herir la tierra con toda clase de plagas cuantas veces quieran»* (NVI).

(A) Los *dos olivos,* con clara referencia a Zacarías 4:3, 11–14, indican que estos *testigos* estarán llenos del Espíritu Santo, mientras que los *dos candelabros* (en lugar de uno en Zac. 4) dan a entender que estarán brillando notoriamente por su testimonio, acompañado de los poderes milagrosos que se mencionan a continuación, con lo que podrán contrapesar, con mucha ventaja, las brujerías y falsos milagros que el Anticristo realizará en aquel tiempo.

(B) La identificación de tales testigos no puede afirmarse de forma «dogmática». A pesar de la mención de los olivos y de los candelabros, Zorobabel y el sumo sacerdote Josué de Zacarías 4:14 quedan aquí descartados, pues no pueden aplicarse a ellos los poderes milagrosos que se citan aquí. Basta una somera lectura del versículo 6 para darse cuenta de que hay aquí una clara referencia a Elías y a Moisés. Sin intentar, como hemos dicho, ser «dogmáticos» en este punto, creo que, en efecto, estos testigos serán Moisés y Elías, como lo vamos a demostrar:

(a) Contra los que opinan que, en lugar de Moisés, debe pensarse en Enoc, sostengo con Barchuk que Enoc debe ser descartado, pues, como dice él: «Enoc vivió antes del diluvio, era incircunciso y, en general, no era hebreo. Él era más bien un profeta para el pueblo en general y, por ende, no podría tener autoridad entre los hebreos. Sin embargo, estos dos testigos estarán actuando especialmente en Palestina» *(ob. cit.,* pág. 185).

(b) Tanto las tradiciones rabínicas como el contexto general de la Biblia nos confirman que, efectivamente, se trata de Moisés y Elías. En cuanto a Elías, basta con leer Malaquías 4:5: *«He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible»*. Por otra parte, el versículo 6 nos facilita referencias como Éxodo 7:20, 21; 9:23, 24; Levítico 16:35; 1 Reyes 17:1; 2 Reyes 1:9–15; Santiago 5:17, todas las cuales nos dan la misma identificación de Moisés y Elías.

(c) En el Targum del rabino Johanán ben Zakkay se dice de Moisés lo siguiente: «Así yo envío (habla Jehová) al profeta Elías, ambos debéis ir juntos». El hecho de que Moisés y Elías, como representantes de la Ley y de los profetas, apareciesen en el monte de la Transfiguración como testimonio fehaciente de la futura obra y de la manifestación presente del Mesías, nos avala su identidad en la porción presente.

(d) Se objeta por parte de algunos como Moorehead (citado por W. M. Smith, *ob. cit.,* pág. 1.510) que «es sumamente improbable que estos santos (Enoc, Elías y Moisés), después de siglos de felicidad en el cielo, sean enviados a la tierra para dar testimonio a judíos y gentiles». Personalmente opino que Elías no se halla en el cielo, puesto que eso equivaldría a asignarle un cuerpo ya glorificado, con lo que sería imposible que lo asesinasen en la tierra. Más bien habrá de encontrarse en un lugar situado fuera de este mundo tridimensional, guardado por Dios de una manera que ignoramos. En cuanto a Enoc, no hay ninguna dificultad, en fin de cuentas, en que se halle ya glorificado en el cielo, puesto que es muy improbable que se refiera a él el pasaje que comentamos.

(e) Otro caso muy diferente es el de Moisés y Elías. Con respecto a Elías, no hay inconveniente en que haya de morir durante la Tribulación, puesto que es ley común de los hombres que *«mueran una vez»* (He. 9:27), y de él se dice expresamente en Malaquías 4:5 que vendrá de nuevo antes de la Segunda Venida del Mesías, así como vino Juan el Bautista (con el espíritu de Elías, no en la persona de Elías—v. Jn. 1:21) para preparar el camino del Mesías en su Primera Venida.

(f) Mayor es la dificultad que presenta el caso de Moisés, el cual de cierto murió según la Palabra de Dios (Dt. 34:5–7). El hecho mismo de que el diablo reclamase el cuerpo de Moisés (v. el comentario a Jud. 9), nos da a entender que él mismo no sabía dónde se hallaba sepultado, e incluso que tampoco el arcángel Miguel lo sabía. De aquí podría sospecharse—es mi opinion personal—que Moisés, muerto en todo su vigor (Dt. 34:7) en castigo de su pecado, fue resucitado, como tantos otros, con una resurrección *provisional,* para morir durante la Gran Tribulación. Tanto el muerto (Moisés) como el trasladado (Elías), se encontrarían así *vivos* ahora en un lugar que *sólo Dios conoce.* Oigamos a Barchuk:

Hay una condición más que habla en este caso en favor de Moisés, y son los sucesos en torno a su cuerpo. En general, la muerte de Moisés ha sido escondida y secreta (Dt. 34:5, 6), *lo que despierta muchos interrogantes. En primer lugar, ¿por qué Dios mismo sepultó a Moisés? ¿Dónde y cómo? ¿Por qué Dios ocultó el sepulcro de Moisés de tal manera que nunca nadie supo en qué lugar fue sepultado?… ¿Cómo sucedió que en el monte de la Transfiguración, el muerto Moisés y el arrebatado vivo al cielo Elías, estaban en cuerpo iguales?… Sin duda, el Señor previó desde la eternidad que Moisés y Elías estuviesen en los asuntos de Cristo en los tiempos más difíciles de la historia del reinado de Cristo. Probablemente para esta meta es que el Señor guardó el cuerpo de Moisés de la destrucción. Es probable, además, que la muerte de Moisés haya sido tan agradable, que ni podía ser considerada como*

muerte y luego él pudo resucitar en un cuerpo igual al de Elías, y así, juntos ellos se están preparando para el gran testimonio y una lucha pesada con el mismo Satanás en la persona del Anticristo.

No obstante, son muchos los autores, incluso premilenialistas, que sostienen que la identificación de tales testigos no puede afirmarse de forma dogmática. Grandes expertos en profecía, como J. Walvoord y D. Pentecost, hacen la misma salvedad, y resaltan que, aunque se trata sin duda de personas individuales, bien podrían ser hombres de espíritu parecido al de Moisés y Elías, sin que sean ellos mismos en persona (comp. con Lc. 1:17). Muchos otros premilenialistas, como W. Smith, I. E. Davidson y W. Newell se hallan indecisos. Smith no se decide por ningún personaje, Davidson no especifica y W. Newell (*ob. cit.*, pág. 153) dice: «Hacemos hincapié en que no es la identidad de estos testigos, sino el carácter y la historia de su testimonio, lo que el Espiritu de Dios declara aquí».

Los antidispensacionalistas se hallan en mayor confusión todavía. Dice F. F. Bruce: «Son figuras que simbolizan la Iglesia en sus funciones regia y sacerdotal» (*ob. cit.*, pág. 1.695). Hendriksen (*ob. cit.*, pág. 130) afirma: «La Iglesia como poderosa organización misionera». Del mismo parecer son Grau (*ob. cit.*, págs. 191, 192) y L. Morris (*Revelation*, pág. 144). Más disparatada todavía es la opinión del Dr. M. Lloyd-Jones, según el cual dichos testigos representan la Ley y el Evangelio (grabado en casete).

D. Pentecost (*ob. cit.*, págs. 304 y ss.) expone muchas otras opiniones que sería prolijo exponer y comentar. Personalmente, aunque sin dogmatizar, me adhiero a lo dicho arriba por Barchuk, opinión que comparten J. B. Smith e I. M. Haldeman (citados por Walvoord, *ob. cit.*, pág. 178). W. Smith, de quien hemos dicho arriba que se halla indeciso, está de acuerdo con Moorehead (también premilenarista) en lo siguiente *(ob. cit.*, pág. 1.510): «Es extremadamente improbable que estos santos (Moisés y Elías), después de siglos de gloria en el cielo, hayan de ser despachados a la tierra para dar testimonio a judíos y gentiles». En mi opinión, W. Smith y Moorehead cometen aquí una grave equivocación: Pensar que Moisés y Elías estaban ya glorificados. El hecho de que Lucas diga (Lc. 9:31) que *«fueron vistos en gloria»* (lit.), no significa que hubiesen alcanzado ya el estado de gloria subsiguiente a la resurrección (lo cual no se compagina con 1 Co. 15:23, donde Cristo aparece como «las primicias»), sino que, en dicha visión, la gloria del Cristo transfigurado reverberaba en ellos y les rodeaba como una atmósfera.

3. En los versículos 7–10 tenemos la muerte violenta de estos dos testigos, con gran regocijo por parte de sus enemigos: *«Ahora bien, cuando hayan acabado de dar su testimonio, la bestia que sube del Abismo les atacará, les vencerá y les dará muerte. Sus cadáveres quedarán tendidos en la calle de la gran ciudad, que simbólicamente se llama Sodoma y Egipto, allí donde su Señor fue crucificado. Durante tres días y medio, gentes de todo pueblo, tribu, lengua y nación contemplarán sus cadáveres y no permitirán que se les de sepultura. Los habitantes de la tierra se regocijarán por su muerte y la celebrarán enviándose mutuamente regalos, porque estos dos profetas habían atormentado a los que viven en la tierra»* (NVI).

(A) Vemos que las condiciones de la humanidad serán entonces tales que los dos testigos necesitarán usar de todos sus poderes para que queden sin excusa quienes escuchen su testimonio. El contexto no muestra que los creyentes se arrepientan de veras, aunque lleguen a persuadirse de que esos hombres poseen un poder sobrenatural. El griego *pólemos* (v. 7) parece incluso indicar que han atraído hacia sí a ciertas multitudes.

(B) La guerra será dirigida por el Anticristo (v. 7b, comp. con 13:1 y ss.), quien recibe de Satanás su poder (v. 12:3, 4–9). Pero, sólo *cuando hayan acabado su testimonio* (v. 7), podrá destruirlos; con lo que se muestra, una vez más, que, incluso en esto, *el que se sienta en el trono* lo controla todo (comp. con 13:5). Quizás, como antaño hizo Elías, la Bestia hará descender fuego del cielo, por permisión divina (v. 13:13), para acabar con ellos.

(C) Sus cadáveres yacerán por tres días y medio *en la avenida de la gran ciudad* (lit. v. 8). ¿Qué ciudad es ésta? La propia Palabra de Dios nos lo dice, y es un gran desatino alegorizar en este punto; se trata de la ciudad *donde también el Señor de ellos fue crucificado* (v. 8b. Lit.). Ese *«también»* no significa que el Señor haya sido crucificado en otros lugares, sino que Jerusalén fue *también* el lugar de la crucifixión de Cristo, *además* de ser merecedora de los epítetos de *«Sodoma y Egipto»* en sentido espiritual, como aclara el mismo texto sagrado.

(D) Es curioso que, en el resto del libro, *«la gran ciudad»* sea la Babilonia espiritual, es decir, Roma (v. 16:19; 17:18; 18:10 y ss.), con lo cual se nos muestra que, en aquel tiempo en que Jerusalén será hollada por los gentiles, y el mismo Anticristo pondrá en su templo su imagen abominable, la «ciudad santa» de los hebreos será un centro de corrupción moral como Sodoma, de orgullo protervo y

dominación tiránica como Egipto, y de fornicación idolátrica con todos los dioses y reyes de la tierra como Roma.

(E) Los versículos 9 y 10 nos dan a entender que los cadáveres de los dos testigos, que yacerán en la gran avenida de Jerusalén, serán vistos por todo el mundo. Ya en el año 1864, escribía Govett:

La palabra blépo, *es decir, contemplar, denota que no sólo las naciones los ven, sino que dirigen los ojos hacia ese espectáculo y lo contemplan. Pero, ¿cómo se concibe que por toda la tierra puedan regocijarse por ello si sólo transcurren tres días y medio entre su muerte y su resurrección?… ¿No es perfectamente lógico si el telégrafo por ese entonces se ha extendido con la velocidad con que lo ha hecho en los últimos años? citado por W. Smith, ob. cit., págs. 1.510–1.511).*

Govett no podía imaginarse que, cien años más tarde, no sólo el telégrafo, sino también la televisión estaría extendida por todo el mundo, con lo cual será sumamente fácil contemplar desde todas partes los cadáveres de los dos testigos, que el triunfante (de momento) Anticristo tendrá sumo interés en que sean exhibidos continuamente por la televisión, con todos los adelantos que para entonces se habrán llevado a cabo en estos medios de comunicación.

4. En los versículos 11–14, se nos relata la resurrección y subida a los cielos de estos testigos, con el espanto consiguiente por parte de sus enemigos: *«Pero después de tres días y medio, un aliento de vida procedente de Dios entró en ellos, y se pusieron en pie, y un terror enorme se apoderó de los que los contemplaban. Entonces oyeron una voz potente, procedente del cielo, que les decía: "Subid acá". Y subieron al cielo en una nube, a la vista de sus enemigos. En aquella misma hora, se produjo un tremendo terremoto y se derrumbó la décima parte de la ciudad. Siete mil personas perecieron en el terremoto, y los sobrevivientes fueron presa del terror y dieron gloria al Dios del cielo. El segundo ¡ay! ha pasado; el tercer ¡ay! va a llegar enseguida»* (NVI).

(A) De un modo similar a como aconteció en el valle de huesos secos de Ezequiel 37, *un espíritu de vida procedente de Dios* (lit. Comp. con Gn. 2:7) volverá a entrar en los cadáveres después de los tres días y medio. Bueno será recordar que, según la mentalidad semítica, el alma queda junto al cadáver los tres primeros días después de la defunción, para abandonarle definitivamente al cuarto día, lo que confiere mayor relieve a la resurrección de Lázaro (al cuarto día—v. Jn. 11:17—). Podemos imaginarnos el espanto de los enemigos de Dios *(phóbos mégas*—v. 11—) al ver que aquellos a quienes consideraban definitivamente derrotados y destruidos, *se levantan sobre sus pies.*

(B) El gozo de los impíos por la muerte de los dos testigos ha durado poco. Después de su resurrección, Juan nos dice (v. 12) que los testigos *oyeron una potente voz*, la de Jesucristo, que daba la orden de que subieran, gloriosos e impasibles para siempre, a los cielos. *«Subieron al cielo en una nube»;* esto es símbolo de gloria y majestad, pues la nube vela, a la vez que revela, la presencia gloriosa de Dios (v. Hch. 1:9). Puede verse, en particular, el sentido de la nube en Mateo 17:5 y paralelos, especialmente en Lucas 9:31, donde se dice que Moisés y Elías aparecieron, no *«vestidos»* (v. 29), sino *«rodeados de gloria»*, esto es, iluminados por el reverbero de gloria que emanaba del resplandor de Jesús.

(C) Por otra parte, 2 Reyes 2:11 nos dice que *«Elías subió al cielo en un torbellino»*. En su comentario a este lugar, dice J. Gill que esto significa que, al pasar por la región del aire, *«fue desvestido de su mortalidad y corrupción y hecho apto para el mundo invisible»*. Según las leyes de la relatividad, lo que está al margen de nuestro ámbito espaciotemporal no sufre los avatares de nuestro mundo. Es, por tanto, posible que Elías y Moisés sean reservados mortales, pero no afectados por el paso del tiempo; algo así como «hibernados».

(D) *Y sus enemigos los vieron* (v. 12, al final). De la misma manera que todos podrán ver, mediante la televisión u otro medio, sus cadáveres, así también podrán ver su resurrección y subida a los cielos. Ocurrirá algo parecido a lo que sucedió en la muerte y resurrección del Señor. En la muerte de Cristo, Satanás con todas sus huestes celebrarían con júbilo la aparente derrota del Mesías crucificado, pero su resurrección gloriosa hizo desembocar en una tremenda y definitiva derrota el efímero júbilo de los demonios en el escaso día y medio que transcurrió entre la muerte de Jesús y su salida triunfante del sepulcro.

(E) Tras de la muerte y resurrección de los dos testigos, Dios da un notorio refrendo a la inocencia de éstos y confunde la maldad de sus perseguidores (v. 13) mediante la producción de un terremoto que diezma la ciudad. Es verosímil que se trate de un número simbólico, pues no es probable que Jerusalén cuente entonces con sólo 70.000 habitantes, ya que en el censo del año 1983 contaba con 472.900 (no

obstante, no se descarta el que muchísimos hayan muerto antes). Ello se corrobora por el dato simbólico de los 7.000 seres humanos que perecen en el terremoto, lo cual contrasta con los 7.000 imitadores de Elías que no doblaron la rodilla ante Baal. Recuérdese que el 7 es número de perfección o totalidad y que, multiplicado por 1.000 (el número matemático perfecto) nos da la cifra de 7.000.

(F) El texto sagrado añade (v. 13b) que los sobrevivientes del terremoto *«fueron presa del terror* (NVI. Gr. *émphoboi eguénonto*, se llenaron de miedo) y *dieron gloria al Dios del cielo»*. ¿Quiere decir esto que se arrepintieron y convirtieron? Los autores católicos en general, y algunos evangélicos, como Bruce y Caird, opinan que sí, al comparar con Lucas 23:47, 48; Apocalipsis 14:7; 15:4. Otros, como Hendriksen y Walvoord, a cuya opinión me adhiero, piensan que no se trata de un temor saludable, sino de un terror para mayor endurecimiento, y aducen como ejemplos Daniel 2:47; 3:28; 4:1 y ss., 34, 37, que no significan una verdadera conversión por parte de Nabucodonosor.

(G) El versículo 14 nos dice sobriamente que el segundo *¡ay!* ha pasado, puesto que correspondía a la sexta trompeta, a la vez que anuncia la llegada del tercer *¡ay!* Entre las diversas opiniones, me inclino por la que sugiere que el tercer *¡ay!* corresponde al toque de la séptima trompeta que viene a continuación, y cuyos efectos se van a hacer sentir en el tiempo que resta de la Gran Tribulación hasta la inauguración del Milenio.

Versículos 15–19

Estos versículos me recuerdan lo que dijo el Señor Jesucristo en Lucas 21:28: *«Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca»*. En efecto, la séptima trompeta predice el advenimiento del Reino de Cristo en la tierra, lo cual se cumplirá ya en el Milenio. Dicen así dichos versículos en la NVI: *«Tocó el séptimo ángel su trompeta, y se dejaron oír en los cielos grandes voces, que decían:*

"El reino del mundo se ha tornado el reino
de nuestro Señor y de su Cristo,
y él reinará por los siglos de los siglos".

Y los veinticuatro ancianos, que estaban sentados en sus tronos en la presencia de Dios, cayeron sobre sus rostros y adoraron a Dios, diciendo:

"Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso,
el que es y el que era,
porque has tomado tu gran poder
y has comenzado a reinar.
Las naciones estaban furiosas
y tu cólera ha llegado.
Ha llegado el tiempo oportuno de juzgar a los muertos,
y de dar recompensa a tus siervos los profetas,
a los fieles y a los que reverencian tu nombre,
a los pequeños y a los grandes
—y de exterminar a los que destruían la tierra"».

Entonces se abrió el templo de Dios en los cielos, y dentro de su templo se vio el Arca Sagrada de su pacto. Y se produjeron relámpagos, estruendos, truenos, un terremoto y una tremenda granizada».

1. Nótese, al final del versículo 15, ese futuro *«reinará»*. El verbo está en futuro porque antes han de cumplirse los acontecimientos de los capítulos 12 al 19. Ahora es cuando van a completarse todos los hechos de la segunda mitad de la última semana de Daniel.

2. Al llegar a este punto, es necesario hacer una distinción cuya ignorancia es la causa de la equivocación en que incurren los amilenialistas. Son muchos los lugares de la Biblia en los que se nos asegura que *Jehová reina*. Así, los salmos 93, 97 y 99 comienzan con esas palabras. Esto quiere decir, no sólo que Dios es soberano y que el reinar sobre el Universo le compete *de iure*, por derecho propio, sino también que se le obedece, pues un rey reina de veras solamente cuando se cumple su voluntad. Y el mundo, en general, no cumple la voluntad de Dios, sino la del diablo (v. Lc. 4:6 y 1 Jn. 5:19). La

crucifixión de Cristo quitó al diablo el derecho de invocar su dominio sobre la humanidad (v. Col. 2:15). Pero el Señor sólo reina *de facto,* de hecho, sobre aquellos que le obedecen y cumplen su ley. Es ahora, en el contexto de esta porción de Apocalipsis 11:15–18, comparada con el Salmo 2, cuando el reinado de Dios y de su Ungido va a ser efectivo sobre la humanidad.

3. *«El reino del mundo* (lit., es decir, considerado como un solo gran Imperio) *se ha tornado el reino de nuestro Señor* (es decir, de *Dios) y de su Cristo* (esto es, *su Ungido, su Mesías)»* (v. 15b). ¿Cabe una noticia más venturosa? Cuando llegue ese momento glorioso, Cristo va a gobernar sobre pueblo obediente. Es cierto que no todo será «trigo limpio», porque habrá muchas rebeldías ocultas. De ahí que se nos diga (Sal. 2:9, comp. con Sal. 9:23; 110:5, 6; Ap. 2:26, 27; 12:5; 19:15) que *los regirá (*o *los quebrantará) con vara de hierro,* pero, al fin y al cabo, su autoridad se impondrá completamente. ¡Por fin, habrá paz absoluta! Una paz que sólo al final del Milenio se verá trágicamente alterada, para dar paso al acto final de la Historia que desembocará en la paz completa e inalterable de la eternidad.

4. Los versículos 16–18 nos presentan a los 24 ancianos tributando a Dios un himno de alabanza y acción de gracias por el definitivo triunfo contra el mal. *Se postran,* como lo hicieron ante el Creador (4:10) y ante el Cordero (5:8, 14), y adoran a Dios (v. 17) como a su *Señor* (gr. *kúrie*), *Dios* Hacedor de cielos tierra, y *Todopoderoso* que todo lo dirige y controla, por haber recobrado de hecho lo que le pertenecía por derecho, entra en plena posesión del reino que le habían usurpado. Nótense otros detalles interesantes:

(A) Según los MSS de mayor prestigio y antigüedad, el texto del versículo 17b dice: *«el que es y el que era»,* omitiendo lo de *«y el que está viniendo»* puesto que lo que era futuro se da ahora ya por cumplido. Como dice Caird, «ahora el futuro queda apresado en el eterno presente».

(B) El himno de los ancianos no sólo canta el *poder* y la *gloria* de Dios, sino también su *justicia.* De ahí que el himno tenga tantas reminiscencias de otros lugares, especialmente del Salmo 2, donde vemos que el mundo rebelde se levanta contra Dios y contra su Ungido, pero Jehová se ríe de estas bravatas de los malvados y, con todo el peso de su autoridad soberana, entroniza en Sion a su Hijo, dándole por heredad los confines de la tierra.

(C) Ahora (v. 18), *el día de la ira* (v. Sof. 1:15; 2:2) ha llegado, y la visitación de juicio contra los rebeldes para destruir a los que *han venido destruyendo la tierra,* el territorio escogido de Dios, a la vez que ha llegado también el tiempo de dar recompensa a los siervos de Dios que han sufrido por la causa del Evangelio: en primer lugar, a los *profetas* especialmente dedicados a la proclamación del Evangelio en la época más difícil de la Historia; asimismo, a los *santos,* es decir (con toda probabilidad), a los convertidos del pueblo escogido, cuyos sufrimientos se detallan en 12:13–17; 13:7; y finalmente, en general, a todos los *temerosos de Dios,* sean *pequeños* o *grandes.* Dice Salguero *(ob. cit.,* pág. 423): «Los que temen al Señor son los que reverencian su nombre y observan sus mandamientos». El Salmo 115:13 promete la bendición de Dios a todos *«los que aman a Jehová, a pequeños y a grandes»* (v. también Ap. 13:16; 19:5, 18; 20:12).

(D) En cuanto a la identificación de *«los destructores de la tierra»* (v. 18, al final) y el juicio de Dios contra ellos, pueden verse 6:8; 8:8, 11; 9:11; 11:7, compárese con Josué 10:11; Job 38:23; Salmos 18:12; Isaías 30:30; Ezequiel 13:11, 13. Téngase en cuenta que también se puede *destruir* por omisión (v. Mt. 25:31 y ss.).

5. El versículo 19 ilumina todo el capítulo siguiente, a la vez que es iluminado por él. La esperanza segura que el remanente judío albergará durante la Gran Tribulación (12:13–17) se basa en que, como dice enfáticamente Pablo en Romanos 11:29 (un texto de mucha fuerza contra los antidispensacionalistas), *«los dones de Dios y su llamamiento son irrevocables»* (NVI). El pacto de Dios con Israel es firme y estable, y llegará el día en que obtenga pleno y definitivo cumplimiento. Veamos los detalles.

(A) El pacto de Dios con Israel se nos recuerda, efectivamente, en la frase *«se vio el Arca Sagrada de su pacto»* (NVI). El original dice textualmente: *«Y fue abierto el santuario de Dios, el que está en el cielo, y fue vista el Arca de su pacto en su santuario».*

(B) Según leemos en Hebreos 9:12, 24, el verdadero *«Lugar Santísimo»,* del que era figura el del templo hebreo, está en el cielo. El velo que separaba el *Lugar Santo* del *Lugar Santísimo* a consecuencia de la separación impuesta por el pecado de los hombres (Is. 59:2), impedía el libre acceso a la presencia de Dios, pero la muerte de Cristo rasgó ambos velos, el simbólico y el real, de tal manera que ha quedado libre el acceso al trono de la gracia (He. 4:16; 10:19–22).

(C) Según la tradición judía, recogida en el apócrifo 2 Macabeos 2:5–8, el Arca de la alianza (o del pacto) volvería a aparecer cuando se restableciese el reino de Dios. Aunque el Arca desapareció el año 586 a. de C., cuando Nabucodonosor arrasó Jerusalén, 2 Macabeos 2:4–8 dice textualmente: «Se decía también en el escrito cómo el profeta (Jeremías), después de una revelación, mandó llevar consigo la Tienda y el Arca; y cómo salió hacia el monte donde Moisés había subido para contemplar la heredad de Dios. Y cuando llegó Jeremías, encontró una estancia en forma de cueva; allí metió la Tienda, el Arca y el altar del incienso, y tapó la entrada. Volvieron algunos de sus acompañantes para marcar el camino, pero no pudieron encontrarlo. En cuanto Jeremías lo supo, les reprendió diciéndoles: "Este lugar quedará desconocido hasta que Dios vuelva a reunir a su pueblo y le sea propicio. El Señor entonces mostrará todo esto; y aparecerá la gloria del Señor y la Nube, como se mostraba en tiempo de Moisés, y cuando Salomón rogó que el Lugar fuera solemnemente consagrado"» *(Biblia de Jerusalén).*

6. La terrible tormenta con que se cierra el capítulo comprende señales semejantes a las que acompañaron la alianza del Sinaí. Todas estas perturbaciones atmosféricas, reveladoras de la majestad de Dios, aparecen durante las intervenciones extraordinarias de Jehová en la historia de la humanidad, como si el Universo se hiciese eco de la justiciera visitación de Dios.

CAPÍTULO 12

Este enigmático capítulo nos introduce en lo que Walvoord titula «El conflicto en los cielos y en la tierra». Puede dividirse en las siguientes secciones: I. La mujer vestida del sol (vv. 1, 2); II. El gran Dragón rojo (vv. 3, 4); III. El niño varón (vv. 5, 6); IV. Satanás es arrojado del cielo a la tierra (vv. 7–9); V. La ira del diablo y la victoria de los santos (vv. 10–12); VI. La persecución de Israel en la Gran Tribulación (vv. 13–16); VII. El Dragón emprende la persecución del piadoso remanente de Israel (v. 17).

Versículos 1–2

Ya hemos aludido al empalme de este capítulo con el versículo 19 del capítulo anterior. Inmediatamente después de abrirse el santuario de Dios en el cielo y aparecer allí el Arca del pacto, aparece en el cielo una *«gran señal»,* es decir, algo muy significativo y portentoso. Dicen así los versículos 1 y 2 en la NVI: *«Apareció en el cielo una señal grande y admirable: Una mujer revestida del sol, con la luna bajo sus pies y con una corona de doce estrellas en su cabeza. Estaba encinta y gritaba por los dolores y angustias del alumbramiento».*

1. Los datos que siguen nos suministran los suficientes elementos para identificar a esta *mujer:*

(A) En el Antiguo Testamento tenemos lugares como Isaías 49:2–9; 50:1; 54:3–6; 66:7, 8; Jeremías 3:1–10; 4:31; 31:32; Ezequiel 16:32; Oseas 2:14–16; 3:1; Miqueas 4:9, 10; 5:3, que son suficientes para ver en la mujer a *Israel.*

(B) La mujer aparece *cubierta enteramente del sol* (lit.) *y con la luna debajo de sus pies.* De acuerdo con el sueño de José (Gn. 37:9, 10), todos los comentaristas están de acuerdo en que el sol representa a Jacob, y la luna a su mujer (Raquel, pues ella era la madre de José). Sin embargo, mi opinión personal es que el símbolo va más lejos, y me extraña un poco que Raquel esté representada *debajo de los pies* de la mujer, al ser así que fue la esposa favorita de Jacob. En el Salmo 84:11 (v. 12 en la Biblia Hebrea), Dios es presentado como *sol y escudo.* Dice el rabino Cohen, al comentar tal versículo, que es la única vez que se le llama así, porque quizás los autores sagrados querían evitar que se le tuviese por un especial Dios-sol, como sucedía con los paganos, pero equivale a luz, como en Salmos 27:1 («… *mi luz*», dice David). El sol es así símbolo de la gloria—justicia, salvación y victoria—con que Jehová arropa a su pueblo, mientras que *la luna debajo de sus pies* puede ser símbolo del dominio sobre las vicisitudes humanas, con sus crecientes y menguantes parecidos a los de la luna.

(C) *La corona de doce estrellas* representa, sin lugar a dudas, las doce tribus de Israel, descendientes de los doce patriarcas. Por otra parte, el pueblo de Israel, como todos los pueblos de la antigüedad, aprendió a orientarse y a dividir el tiempo mediante la observación del sol, de la luna y de las constelaciones del Zodíaco (v. Jer. 31:35, 36, como uno de los lugares más significativos).

(D) En cuanto al *hijo varón,* que la mujer va a dar a luz, no hay duda de que se refiere a Jesucristo, aunque añadiremos en el comentario al versículo 5 algunos puntos dignos de consideración.

2. Que la mujer se refiere a Israel se demuestra igualmente por exclusión.

(A) Los evangélicos antidispensacionalistas (no todos) opinan que representa a la Iglesia. Que no es la Iglesia, es evidente si se tiene en cuenta que no fue la Iglesia la que dio a luz a Cristo, sino que Cristo es el que fundó la Iglesia. Además, la Iglesia aparece ya arrebatada en los capítulos anteriores (desde el cap. 4), mientras que esta mujer sigue aún en la tierra (vv. 6 y ss.).

(B) Los catolicorromanos, por su parte, han querido ver (mucho más, en el pasado) en la mujer a la Virgen María; pero María, la madre de Jesús, aunque dio a luz a Jesús, nada tiene que ver con el simbolismo de esta porción, especialmente con las doce estrellas. Además, según la enseñanza catolicorromana, María no pudo tener dolores de parto, ni huyó jamás al desierto, sino sólo a Egipto y acompañada; ni huía entonces de Satanás, sino de Herodes. Finalmente, según la Iglesia de Roma, la Virgen María no tuvo más descendencia, mientras que la mujer de Apocalipsis 12 sí la tuvo (v. 17). Sólo los prejuicios de una tradición falsificadora obligan a los más sensatos exegetas católicos a incluir a María, de alguna manera, en la figura de esta *mujer,* tras admitir la evidencia de que, en primer lugar, se trata de Israel. Así la *Biblia de Jerusalén* dice, en nota al versículo 1:

La Mujer, como la Eva pecadora del Génesis, da a luz con dolor, versículo 2; Satanás, la tentadora «Serpiente antigua», versículo 9 y 20:2, la persigue, versículos 6 y 13, al igual que a su descendencia, versículo 17. La Mujer, pues, simboliza al Pueblo de Dios, cuyo principio fue Eva (¡?) y da a luz a los tiempos mesiánicos, cf. Miqueas 4:9, 10; Isaías 66:7. La última visión del Apocalipsis representará, 22:1, 2, 14, al Pueblo de Dios puesto de nuevo en posesión del árbol de la Vida y del Paraíso terrestre. ¿Quiso Juan simbolizar también a la Virgen, nueva Eva, con la imagen de la Mujer? Parece probable.

Salguero, por su parte *(ob. cit.,* págs. 427, 429), dice:

Los que ven en la Mujer la representación de Israel se fundan en razones que, a nuestra manera de ver, son de mucho peso. Son muchos los lugares de los profetas del Antiguo Testamento en que Israel es representado bajo la figura de una mujer ... En un sentido literal acomodaticio (¿cómo puede ser literal si es acomodaticio?—El paréntesis es mío—) se puede aplicar este texto a la Santísima Virgen María, Madre del Mesías y de todos los cristianos, siguiendo a san Agustín y a san Bernardo.

¡Flojo apoyo!

Tanto los eruditos protestantes, como Caird *(The Revelation of St. John the Divine,* págs. 147, 148), así como los católicos (v. por ej. S. Bartina, *ob. cit.,* pág. 722), hacen notar las semejanzas de Apocalipsis 12:1 y ss. con los mitos griegos y egipcios, así como las notables diferencias. Creo personalmente que la simbología de este capítulo es de puro cuño hebreo y no hay por qué buscarle parecidos en las mitologías paganas.

3. La mejor referencia para entender el versículo 2 es Miqueas 4:9, 10; sobre todo, si se tiene en cuenta que se trata de una profecía con respecto a *los últimos tiempos* (Mi. 4:1). Todo el capítulo es digno de atento examen. Ahora bien, el *alumbramiento* del hijo varón no alude directamente al día en que Jesús nació en Belén, sino a su entronización en el cielo. Así no nos extrañará el rápido salto de los versículos 2 y 5. Una vez más, resulta iluminador el Salmo 2:7 *«Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; Yo te engendré hoy»*. Nótese bien que, en este versículo, no se alude primordialmente a la generación eterna del Hijo—aunque ésta sea una realidad—, sino a su entronización en Israel, desde donde va a regir *con vara de hierro* (v. 9, comp. con Ap. 12:5) a las naciones todas. Dice Caird *(ob. cit.,* págs. 149, 150):

Los modernos críticos de Juan destacan demasiado lo que para ellos es una curiosa y lamentable anomalía, es decir, que en este pasaje de un salto directo desde el Nacimiento a la Ascensión, sin mención alguna del resto de la vida terrenal de Jesús. Pero este salto existe solamente en su imaginación, porque no se trata aquí del Nacimiento. Por alumbramiento del Mesías, Juan no quiere decir el Nacimiento, sino la Cruz. La razón de esto se encuentra en el hecho de que esté continuando su exposición del salmo segundo, comenzada en la visión de la séptima trompeta. En el salmo, no es en su nacimiento, sino en su entronización en el monte Sion, cuando Dios se dirige al ya ungido rey para decirle: «Mi hijo eres tú; yo te he engendrado hoy», y le es dado el quebrantar a las naciones con la vara

de hierro (Sal. 2:7–9). *El alumbramiento de un rey es el día de su accesión al trono … Filiación y entronización van inseparablemente unidas, y por eso, tan pronto como el hijo es dado a luz, es arrebatado para Dios y para su trono. Pero para Juan como para el cuarto evangelista, la Cruz es el punto en el que Jesús entró (conquistó—diría yo—. El paréntesis es mío) en su gloria regia; «he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono»* (Ap. 3:21).

Más sobre esto, en el comentario al versículo 5.

Versículos 3–4

Ahora aparece una segunda señal en el cielo, cuya identidad queda perfectamente aclarada en el versículo 9, pero su actividad, al llegar a este momento, se nos describe en los versículos 3 y 4: *«Entonces apareció en el cielo otra señal: Un enorme dragón rojo con siete cabezas y diez cuernos, y con siete coronas sobre las cabezas. Su cola arrastró la tercera parte de las estrellas del firmamento y las arrojó sobre la tierra. El dragón se plantó enfrente de la mujer que estaba a punto de dar a luz, para devorar a su hijo en el mismo momento en que éste naciera»* (NVI).

1. El vocablo griego para «rojo» es aquí *purrhós* (rojo encendido), como en 6:4. Son las dos únicas veces que tal vocablo sale en todo el Nuevo Testamento. Por 13:1, vemos que aparece con características similares a las de su agente principal, el Anticristo—la bestia que sube del abismo del mar—, como ella, también el dragón tiene *siete cabezas y diez cuernos.* Esto nos retrotrae a Daniel 7, con la diferencia de que aquí, tanto el dragón—el diablo—como la Bestia del mar—el Anticristo—aparecen con la suma de las cabezas de las cuatro bestias de Daniel 7. La interpretación de los dos símbolos (cabeza y cuerno) nos ayudará para mejor entender el pasaje.

(A) La cabeza es el símbolo de la nobleza racional y del conocimiento, con lo que se da a entender la inteligencia astuta y malvada de Satanás «sabiduría corrompida» del que fue un día «sello *de la perfección, lleno de sabiduría y acabado de hermosura»* (v. Ez. 28:12, 17). El que el dragón lleve las diademas *sobre las cabezas* significa, pues, que es su inteligencia la que planea, la que manda y domina.

(B) El cuerno es símbolo de poder y de fuerza, y el número *diez* indica perfección matemática, así como el *siete* lo es de totalidad espiritual (buena o mala). Como fondo del actual pasaje, véase Daniel 7:17–27. Los *diez cuernos* dan, pues, a entender el tremendo poder que el diablo y el Anticristo ejercerán durante este período de la Gran Tribulación. Las siete cabezas sobre un solo ser, el Maligno, indican *una completa concentración del mal.* El color «rojo encendido» es símbolo de violencia destructora. Todo contribuye a formar una imagen terriblemente maligna. Para saber por qué el Anticristo lleva las coronas sobre los cuernos, en lugar de sobre las cabezas, véase el comentario a 13:1.

2. Un análisis detenido del primer miembro del versículo 4 (en el original) nos ayudará también a interpretar este pasaje. El griego *ourá*, cola, es un término que se aplica al rabo de un animal, pero también significa *«retaguardia»*. El verbo *súrein*, arrastrar, que, por cierto, está aquí en presente de indicativo, indica el poder de maligna seducción con que esclaviza a los seguidores.

3. Las *«estrellas del cielo»* son, con la mayor probabilidad, ángeles (comp. con el *«las pisoteó»* de Daniel 8:10; y éste, a su vez, con Judas 6 *«no guardaron su dignidad»*—aunque este último puede hacer referencia a otro hecho. V. el comentario a ambos lugares—). Aunque la cifra *una tercera parte* pueda ser «redonda», el texto viene a decirnos que, en su rebelión contra Dios, Satanás sedujo y se llevó tras de sí a la tercera parte de los ángeles convirtiéndolos en demonios. Notemos que «arrastra» está en presente continuativo, mientras que «arrojó» está en aoristo; así se indica que la maligna dominación de Satanás sobre los demonios continúa para inducir a estos secuaces suyos a que hagan constantemente daño a la humanidad, Y ESPECIALMENTE PARA IMPEDIR EL TRIUNFO DEL PLAN REDENTOR DE DIOS EN CRISTO.

4. Éste es precisamente el sentido de la segunda parte del versículo 4, lo que puede demostrarse fácilmente con sólo echar una rápida ojeada a la Historia de la Salvación. Por ahí entendemos la especial enemiga de Satanás contra Israel (la *Mujer* de este capítulo), de donde había de salir el Salvador (v. Jn. 4:22; Ro. 9:5). Esta historia ha sido resumida admirablemente, hasta la Ascensión del Señor, por W. Hendriksen (*ob. cit.*, págs. 137–140). Extractamos aquí su estudio:

(A) La primera acometida la realizó ya Satanás, el engañador de siempre (v. 9), contra nuestros primeros padres en el Paraíso (Gn. 3), pero también se pudo enterar allí que *de la mujer saldría un descendiente que le aplastaría la cabeza* (Gn. 3:15).

(B) Después, *«Caín, que era del Maligno, mató a su hermano»* (1 Jn. 3:12). Satanás pensó que así acababa con el descendiente bueno, pero nace Set en lugar de Abel.

(C) Entonces Satanás idea otra medida de destrucción, mediante la corrupción moral de toda la humanidad, al mezclarse la descendencia de Set con la de Caín (suponiendo que sea ése el sentido de Gn. 6:2). ¿Habrá triunfado Satanás? ¡No! Un remanente justo es reservado en el Diluvio: Noé y su familia.

(D) La tierra vuelve a corromperse (Gn. 11:1–9). Pero, años más tarde, Dios llama a Abraham. Nuevos contratiempos: Sara es estéril; y también Rebeca; y también Raquel. Sabido es que la esterilidad era considerada en el Antiguo Testamento no sólo como una maldición de Dios, sino también como obra del diablo. Dios, con su omnipotencia, vence también este obstáculo, y tanto Sara como Rebeca y Raquel tienen hijos.

(E) De nuevo intenta Satanás acabar con Israel en Egipto (Éx. 1) y a su salida de Egipto (Éx. 14, así como al pie del Sinaí por su rebeldía contra Jehová—Éx. 32—). Pero Moisés aplaca a Dios con su maravillosa oración, y sigue adelante la Historia de la Salvación.

(F) La promesa se centrará después en David, y Satanás, por medio de Saúl, querrá acabar con él (1 S. 18:10, 11, etc.). Pero tampoco en esto logra Satanás triunfar: La vida de David es preservada.

(G) Más tarde, será la perversa Atalía la que intentará destruir toda la casa real de Judá (v. 2 R. 11:1), pero Joás escapa con vida.

(H) Corren los años, y los reinos de Siria e Israel forman coalición contra Judá (Is. 7); pero es entonces cuando Isaías, de parte de Dios, formula la profecía del *Immanu-El*, el «Dios con nosotros» (Is. 7:14).

(I) Llegamos al siglo V a. de C., y ahora es Amán, el canciller de Asuero, quien desea exterminar a los judíos. Gracias a Dios, mediante la influencia de la reina hebrea Ester, los judíos se salvan de nuevo de la ruina (v. Est. caps. 7 y ss.).

(J) Por fin, nace el Mesías. ¿Cesará la oposición de Satanás? ¡Al contrario! *Primero* es la matanza de los niños de Belén y sus cercanías, pero Cristo escapa. *Después,* vienen las tentaciones en el desierto, la constante persecución de los fariseos, la traición de Judas, la agonía de Getsemaní, las burlas del Calvario (v. por ej. Mr. 15:30), el sello sobre el sepulcro, las continuas persecuciones contra los judíos conversos … *Más tarde,* la Inquisición, el antisemitismo, Hitler … Pero Jehová es más poderoso que Satanás. El gran dragón no puede impedir el triunfo del gran rey de Israel.

Versículos 5–6

Dicen estos versículos en la NVI: *«Ella* (la Mujer) *dio a luz un hijo, varón que ha de regir a todas las naciones con un cetro de hierro. Y el hijo de la mujer fue arrebatado a la presencia de Dios y ante su trono. La mujer huyó al desierto, a un lugar preparado por Dios para ella, para ser sustentada allí durante 1.260 días».*

1. En el momento en que el versículo 5 va a tener su completa realización, todo el capítulo 66 de Isaías obtiene su cumplimiento profetizado (v. el comentario a Isaías del rabino Slotki, págs. 321, 322, así como el de E. Trenchard, pág. 177). Allí encontramos, como dice Trenchard:

El castigo de la parte apóstata del pueblo de Israel en el «día de Jehová» (Is. 66:15–18); *la restauración del resto, del cual saldrá una nación entera con pasmosa rapidez* (Is. 66:8–10); *la manifestación repentina y gloriosa de Dios* (Is. 66:5b, 14b y 15); *la gloria del reino que se ha de establecer alrededor del nuevo Israel como centro* (Is. 66:12–14, 20–24). *Un detalle nuevo es la misión de los «escapados» (miembros del resto); predicarán a las naciones y recibirán el encargo de recoger a sus hermanos de la dispersión de todo el mundo. Suponemos que estos israelitas de la dispersión se habrán convertido durante el período del juicio, o por la manifestación de la gloria del Señor después del testimonio del que hemos hablado* (v. Is. 66:19 y 20).

2. Si nos percatamos de que, como ya hemos dicho, el *alumbramiento* del Mesías por parte de la Mujer-Israel y su entronización a la diestra de Dios el Padre, a pesar de la oposición de Satanás y sus huestes, forman *un solo conjunto,* entenderemos mejor el simbolismo de textos como Efesios 2:2; 4:8;

6:12; Apocalipsis 12:8 (v. Barchuk, *ob. cit.*, págs. 209, 210). Bueno será recordar (v. el comentario a Ef. 6:12) que Satanás y sus huestes de maldad tienen, al presente, su residencia en el primer cielo, esto es, el cielo atmosférico, desde donde *«el príncipe de este mundo»* (v. Jn. 12:31; 14:30; 16:11; Ef. 2:2) o «*dios de este siglo»* (2 Co. 1:4) reina y controla los reinos y poderes de la tierra.

En ese cielo atmosférico, morada de Satanás, sitúa Efesios 4:8 la victoria infinitiva de Cristo sobre el diablo. Si tenemos en cuenta que, durante las tres primeras horas de la crucifixión de Cristo, las tinieblas se extendieron por la faz de la tierra, y que a las huestes diabólicas las llama la Palabra de Dios *«el poder de las tinieblas»* (por ej., Lc. 22:53; Ef. 6:12; Col. 1:13, comp. con Mt. 27:45; Mr. 15:33; Lc. 23:44), comprenderemos también toda la fuerza de Colosenses 2:14, 15, pues en el mismo lugar y a la misma hora que marcaba el triunfo de Cristo en la Cruz sobre el pecado, la ley y la muerte, estaba empeñado en la más dura lucha con el diablo, redimiéndonos como sustituto, mientras pesaba sobre Él el desamparo de Dios.

Piensa Barchuk (*ob. cit.*, pág. 210) que los diez días que mediaron entre la Ascensión del Señor y el descenso del Espíritu de Pentecostés son una muestra de que la batalla fue dura. Opino personalmente que esto ya es querer sacar las cosas de quicio, pues el intervalo entre ambas fechas se comprende sin tener que recurrir a una explicación tan caprichosa. El número 40 que (según muchos) en años es una *generación*, en días es una *preparación* (Moisés en el Sinaí, Cristo en el desierto, el primer grupo de discípulos al ser instruidos—Hch. 1:3, etc.—), mientras que el 50 (la palabra griega pentecostés» significa 50.¡) marcaba la coincidencia del nacimiento oficial de la Iglesia con la Fiesta de la Siega (v. Éx. 23:16).

3. En el versículo 6 se nos narra la huida de la «Mujer» al desierto, tras de la Ascensión del hijo varón, que fue arrebatado para ser entronizado solemnemente, de acuerdo con el Salmo 2. Tres puntos de observación se ofrecen a nuestra vista en este versículo: (A) La fecha; (B) El lugar, y (C) La duración de la huida. El sentido general es que Israel, el pueblo elegido de Dios, queda a salvo durante gran parte del reinado del Anticristo (v. 7:1–8; 11:2; 12:13–16; este último lugar es una ampliación del v. 6).

(A) En cuanto a la fecha, hemos de advertir que no sigue de inmediato, en el tiempo, a la Ascensión del hijo varón, sino a su manifestación visible como Rey de reyes y Señor de los que dominan, cosa que aquí no se anticipa y que en 19:11 y ss. se proclama. Por otra parte, como hace notar Barchuk, ambas fechas se empalman como aspectos de una misma profecía desdoblada en dos tiempos lejanos entre sí, como ocurre con la profecía de Isaías 1:1, 2, compárese con Lucas 4:18–21, en que Cristo se detuvo a mitad de Isaías 61:2, puesto que la segunda parte de este versículo había de cumplirse al final de los tiempos. Un caso semejante lo encontramos en las 70 semanas de Daniel 9:24–27, en que la última semana se refiere a *«la consumación»*. Dice Barchuk (*ob. cit.*, pág. 211):

En el caso presente, esto sucedió porque si Dios no le hubiera mostrado (a Juan) el pasado, nadie podría haber entendido el futuro. Si este capítulo 12 del Apocalipsis comenzara con el versículo 6, donde se habla de la huida de la mujer al desierto, nosotros nunca sabríamos quién es esa mujer, a quién representa ella y por qué el dragón la persigue con tanta determinación. De manera que los primeros cinco versículos vienen a ser como el hilo del cuadro completo, mediante el cual quedan aclarados los demás acontecimientos. Si no hubiera esta visión del pasado, nosotros no sabríamos los misterios de los difíciles y sorpresivos ataques a Israel. Tampoco sabríamos las causas de las reiteradas agresiones en contra del Señor Jesucristo, y tantos otros peligros que Él experimentó. En general, no sabríamos por qué y sobre qué línea se desarrollaba la lucha entre Satanás y Dios. Pero esta maravillosa visión, a semejanza de una llave mágica, nos revela de una sola vez muchos misterios del pasado, al par que nos muestra un cuadro claro del futuro.

(B) En cuanto al lugar, se nos dice que *«huyó al desierto»* (gr. *éremon*—de donde proceden los vocablos «ermita», «ermitaño», etc.—). Ahora bien, la palabra «desierto» es ambivalente, como nota Caird (*ob. cit.*, págs. 151, 152), es decir, tiene dos sentidos diferentes en la Palabra de Dios: (a) Unas veces, significa *lugar de caos y maldición*, residencia de animales salvajes y espíritus inmundos (v. Is. 13:20–22; 34:13–15; Mr. 1:13; Lc. 11:24); de ahí, la ceremonia de Levítico 16:10, 20–22, en que el macho cabrío que cargaba con las iniquidades de todo el pueblo el Día de la Expiación, era enviado al desierto; (b) Otras veces, significa *lugar de refugio*, como aconteció a los israelitas cuando huían del Faraón, después de atravesar a pie enjuto el mar Rojo. Dice Caird en el mismo lugar:

Para Juan, la esfera de los espíritus inmundos y de los animales salvajes no era el desierto, sino la gran ciudad, llamada Sodoma y Egipto en sentido figurado, y en la que el Señor fue crucificado (11:8), *y puesto que dicha ciudad es sinónimo del mundo civilizado, se sigue que el desierto es cualquier lugar fuera de la autoridad de la ciudad impía.*

En el comentario al versículo 14, diremos algo más acerca del lugar en que podría estar ubicado el desierto que aquí se menciona.

(C) Finalmente, en cuanto a la duración de esta huida al desierto, el texto nos dice que, en ese lugar *preparado por Dios*, será sustentada *«por mil doscientos sesenta días»*, es decir, durante la persecución del Anticristo (v. Dn. 7:25; 12:7; Ap. 11:2; 12:14). Daniel 12:11, 12 no está en contradicción con esta duración, sino que el versículo 11 añade 30 días, pasada ya la Gran Tribulación, para la completa purificación del Templo; y el versículo 12 añade otros 45 días más para que los que hayan esperado pacientemente puedan disfrutar dichosamente de todas las bendiciones que comportará el Milenio (v. el *New Bible Dictionary*, pág. 293). Nótese, sobre todo, la paternal providencia de Dios, que ha preparado con todo cariño, y con la debida anticipación, el lugar y el sustento diario de los fugitivos de Israel (comp. con 1 R. 17:2–6 y Jn. 14:2, 3; 1 P. 1:4). ¡DIOS SIEMPRE TIENE «RESERVA» PARA LOS SUYOS!

Versículos 7–9

En este momento vemos que se entabla una gran batalla en el cielo. Dicen así dichos versículos en la NVI: «*Y se produjo una guerra en el cielo. Miguel y sus ángeles lucharon contra el dragón, y el dragón y sus ángeles respondieron al ataque; pero no tuvo el dragón fuerza suficiente, y perdieron su lugar en el cielo. Fue arrojado abajo el gran dragón—aquella antigua serpiente, llamado el diablo o Satanás* (lit. *y Satanás), que extravía al mundo entero. Fue precipitado a la tierra, y sus ángeles con él»*.

1. La guerra que aquí se menciona (v. 7) puede simbolizar aquí un intento, por parte de las potestades diabólicas, de acabar con el hijo ascendido al cielo. Recordemos una vez más que la Biblia sitúa estas potestades en el cielo atmosférico (v. Ef. 6:10–12), desde donde Satanás dirige su estrategia contra los santos de la tierra y controla los poderes de este mundo. Allí es donde Cristo, mediante la obra de la Cruz, venció al diablo y le desposeyó *legalmente* del poder sobre la humanidad (Ef. 4:8).

2. Ahora (v. 8) Miguel, el arcángel protector de Israel (v. Dn. 10:13; 12:1; Jud. 9), dirige la batalla y vence a Satanás y a sus ángeles, siendo éstos arrojados *a la tierra.* Desde el cielo atmosférico (puesto de mando y base de operaciones del diablo), Satanás *es arrojado a la tierra,* antes que el Anticristo asuma su reino temporal, terrible. Sólo al final de la Gran Tribulación, y antes de inaugurarse el Milenio, es cuando Satanás *es arrojado al abismo* (20:3). No estamos, pues, de acuerdo con Hendriksen cuando identifica la lucha del presente capítulo con el prendimiento del diablo en el capítulo 20.

3. En efecto, el versículo 9 nos dice que el diablo *fue arrojado a la tierra.* Lo mismo que en 20:2, también en 12:9 hallamos todos los apelativos que la Biblia da al diablo, con lo que se le puede identificar con toda facilidad:

(A) *«El gran dragón»* nos lo identifica con la monstruosa primera Bestia del presente capítulo, que, en el versículo 17 y 13:1, aparece de pie sobre la arena del mar para dar la bienvenida y el poder al Anticristo que va a subir de las aguas del mar. Ésta es la Bestia que pidió ser adorada por Jesucristo (v. Mt. 4:9; Lc. 4:7) y dará el mismo poder y autoridad al Anticristo (Ap. 13:4, 8).

(B) *«La serpiente antigua»* lo identifica como el que, en el principio de la historia de la humanidad, sedujo a nuestros primeros padres y les hizo caer, arruinando así a toda su descendencia (Gn. 3:1 y ss.).

(C) *«Diablo»* es su nombre más conocido, y exclusivo de él, pues *sus ángeles* son *demonios;* nunca los llama «diablos» la Biblia, aunque equivocadamente sean llamados así por muchísima gente. El vocablo gr. *diábolos* (de *diá*—a través—y *bállein*—arrojar—) significa «el que lanza una acusación calumniosa». Es, pues, Satanás un acusador malicioso y de mala intención: la de oscurecer la gloria de Dios y hacer daño a los hijos de Dios (v. Job 1 y Zac. 3). En este sentido, es un perverso *Fiscal,* presto siempre a *hablar mal* de nosotros ante el Juez Supremo, buscando nuestra condenación. Nuestro consuelo es saber que, frente a ese Fiscal, tenemos *un Abogado* permanente (Ro. 8:33, 34; He. 7:25, 26; 1 Jn. 2:1, 2), el *«Ángel de Jehová»* de Zacarías 3:1, 2, presto siempre a *hablar bien* de nosotros, no por méritos nuestros, sino por la gracia de Dios.

(D) «Y *Satanás*». Así como *«diablo»* es el término griego, en el sentido de «acusador de mala intención», *«Satanás»* es el vocablo hebreo (hebr. *satán)* que designa al «adversario», ya que el diablo es el enemigo número uno de Dios y de los hombres. En este sentido es lo que en griego se llama *antídikos*, acusador demandante en un juicio (comp. con Mt. 5:25 y ss.), pero de mala intención, ante el tribunal de Dios. Dice el Prof. Grau (*ob. cit.*, págs. 205, 206):

Después de realizada la obra redentora de la cruz, Dios nos mira a través de la perfecta justicia de Jesucristo y así las acusaciones del Enemigo no surten ningún efecto. Cierto, el diablo prosigue su tarea de acusación contra «nuestros hermanos» y contra nosotros mismos, pero la obra expiatoria del Calvario ha sido realizada y consumada.

4. De Satanás dice el mismo versículo 9, al final, que es *«el que extravía (*o *engaña) al mundo entero»* (lit. *a toda la tierra habitada*—el mismo vocablo de 3:10 y 16:14, entre otros lugares del Nuevo Testamento). Nótese que el verbo está en presente continuativo. Éste es su oficio desde el principio (Gn. 3:1 y ss.), de tal manera que la mentira es ahora parte de su naturaleza (Jn. 8:44; 2 Ti. 3:13; 2 Jn. 7). Si ahora el engaño que produce es tan deplorable, ¿qué será durante el imperio del Anticristo? ¡Y de cuántas maneras engaña el diablo a los hombres! Dice también, a este respecto, Grau (*ob. cit.*, pág. 207):

Actualmente, el Adversario sigue engañando a los hombres mediante falsas religiones que niegan la divinidad de Jesucristo, el hecho del pecado, la necesidad del Salvador y de la cruz, y hasta la misma existencia de Satanás. Opera a través de ideologías anticristianas y de dirigentes impíos que tratan de eliminar el testimonio cristiano de sobre la faz de la tierra. También lo hace por medio del auge del ocultismo y el atractivo de los modelos de vida materialistas. Su obra maestra, sin embargo, actualmente estriba en convencer a la gente de que no existe y que creer en él es retroceder a la mentalidad medieval.

Versículos 10–12

Estos versículos constituyen un canto épico que describe la ira del diablo y la victoria de los santos: *«Entonces oí una voz potente en el cielo, que decía:*

"Ahora ha llegado la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios,
y la autoridad de su Cristo.
Pues el acusador de nuestros hermanos,
el que los acusa delante de nuestro Dios día y noche,
ha sido precipitado abajo.
Ellos le han vencido
en virtud de la sangre del Cordero
y mediante el testimonio con que le confesaron,
pues no amaron sus propias vidas
como para retroceder ante la muerte.
Por eso, ¡regocijaos vosotros, cielos,
y los que habitáis en ellos!
Pero, ¡ay de la tierra y del mar,
porque ha bajado hacia vosotros el diablo!
Está lleno de furia,
porque sabe que su tiempo se le acaba"» (NVI).

1. Al haber sido *arrojados del cielo* Satanás y sus ángeles, es *«en el cielo»* (v. 10) donde se profiere la voz *grande* (lit.) que se menciona aquí. Los derechos legales del diablo ya habían sido cancelados (v. Jn. 12:31; Col. 1:13, 14; 2:15); ahora ha sido desposeído, *de hecho,* de su poder en el cielo.

«Con sus intrigas y acusaciones—dice Barchuk *(ob. cit.*, pág. 216)—, Satanás introducía en el cielo cierta porción de sombra y confusión. Por eso el cielo, al haberse librado para siempre del diablo, disfruta de gozo ahora.» De ahí que la cuádruple prerrogativa de Cristo (salvación, poder, reino, autoridad—v. He. 9:23 y ss.—) adquiera en el cielo, no en la tierra, plena vigencia ahora, no sólo *de derecho, sino también de hecho.*

2. La frase *«el acusador de nuestros hermanos»* (v. 10, al final) indica, como hace notar en el mismo lugar I. Barchuk,

que Satanás acusaba únicamente a aquellos que todavía estaban en la tierra. De manera que contra los que ya estaban en el cielo, él no se atrevía a levantar acusación alguna porque carecía de toda prueba para ello. Pero los creyentes que están en la tierra con frecuencia le dan ocasión o motivo para poderles acusar. Sobre todo, resulta desagradable para Dios escuchar acusaciones en las cuales hay mucha verdad. Si se atrevió a acusar a Job de fidelidad y amor interesados (Job 1:8–11), *tanto más él acusa a aquellos que en este aspecto no se igualan a Job.*

El versículo 10 termina diciendo que el diablo ejercía este oficio *«día y noche»,* es decir, sin pausa y sin descanso. ¡Ah, si nosotros fuésemos tan diligentes en el servicio de Dios y en el amor a nuestros hermanos, así como en la proclamación de la Buena Noticia a los inconversos, como el diablo lo es en su odio a Dios y a la obra de la salvación!

3. El versículo 11 nos asegura que dichos *hermanos* han vencido al diablo, no por su esfuerzo, ni por sus méritos, sino *«por medio de la sangre del Cordero»,* es decir, en virtud de la redención de Cristo efectuada en el Calvario. El texto añade: «*y de la palabra del testimonio de ellos*» (lit.), es decir, ellos, judíos, han dado testimonio de su fe en el Señor Jesús, al que, por fin, han reconocido como su *Cristo,* su Ungido, su Mesías, ahora glorioso, pero que en su Primera Venida fue el «Siervo Sufriente» de Isaías 53. La fe que vence al mundo (1 Jn. 5:4, 5), vence también al diablo, que es *«el príncipe de este mundo».*

4. El testimonio de estos valientes quedó sellado con la sangre, pues el texto añade (v. 11c) que *«no amaron sus vidas hasta la muerte»* (lit. comp. con Mt. 10:39; Mr. 8:35; Lc. 9:24; 17:33; Jn. 12:25). Esto muestra que la *gran voz* (probablemente, la de los propios mártires mencionados en 6:10) apoya la victoria (v. 11) en el siguiente trípode: (A) Los méritos de la sangre de Cristo; (B) Su continua tarea de dar testimonio; y (C) Su pronta disposición a arrostrar cualquier sacrificio, incluyendo la muerte. Dice Walvoord (*ob. cit.,* pág. 193):

Las acusaciones de Satanás quedan anuladas por la sangre del Cordero, la cual purifica al creyente y posibilita su victoria espiritual. La palabra del testimonio de los santos se opone a la obra engañadora de Satanás por cuanto la predicación del evangelio es el poder de Dios para salvación. La dedicación de los santos a su tarea en la que muchos de ellos mueren como mártires es reconocida mediante la afirmación «No amaron sus vidas hasta la muerte». El vocablo para «amaron» es el término para amor profundo (gr. agapáo). Aunque no buscan neciamente una muerte de mártir, tampoco consideran preciosas sus propias vidas (lit. almas. Gr. psukhé).

5. El versículo 12 continúa la «gran voz en el cielo» del versículo 10, e incita a que se alegren los cielos y los que moran en ellos, precisamente porque el diablo ha sido arrojado fuera con los suyos, es decir, *«a la tierra»,* como especifica el versículo 9. Por eso, junto a la alegría que deben mostrar los moradores de los cielos, porque su bienaventuranza es ya perfecta, se añade una «malaventuranza» (comp. con los «¡ayes!» de Lucas 6:24–46, después de las bienaventuranzas de Lc. 6:20–23) para *«los moradores de la tierra y del mar».* Aunque el original dice aquí sólo *«¡ay de la tierra y del mar!»,* los moradores de la tierra (v. el comentario a 11:10), inconversos, serán los más afectados por este suceso, ya que la tierra va a ser ahora la esfera en la que Satanás se va a desenvolver a su gusto, descargando su cólera con toda saña; sobre todo, *«sabiendo que tiene poco tiempo»* (gr. *kairón,* sazón, ocasión, oportunidad); concretamente, tres años y medio, como especifica el versículo 14.

Versículos 13–16

En los versículos 1–6 de este capítulo hemos visto una primera fase de la lucha en la tierra entre el dragón y la mujer (Israel); en los versículos 7–12, hemos visto una guerra en el cielo entre Miguel y sus ángeles contra Satanás y los suyos; ahora vamos a ver una segunda fase de la guerra en la tierra entre el dragón y la mujer. Dicen los versículos 13–16 en la NVI: *«Cuando el dragón vio que había sido precipitado a la tierra, se puso a perseguir a la mujer que había dado a luz al hijo varón. A la mujer se le dieron las dos alas de la gran águila, para que huyese al lugar preparado para ella en el desierto, donde había de ser sustentada durante un tiempo, y dos tiempos, y medio tiempo, lejos del alcance de la*

serpiente. Entonces la serpiente arrojó por su boca como un río de agua, para alcanzar a la mujer y arrastrarla en la corriente del río. Pero la tierra vino en ayuda de la mujer abriendo su boca y tragándose el río que el dragón había vomitado de su boca».

1. La historia entera es una viva muestra de la persecución que, en realidad, se ha cebado en el pueblo judío como consecuencia de la ira de Dios contra el Israel rebelde (v. Dt. 28:64–67; Pr. 28:17). El antisemitismo de todas las épocas ha producido millones y millones de víctimas en el pueblo elegido de Dios (y nunca definitivamente rechazado—no lo olvidemos—. V. todo el cap. 11 de *Romanos).* Está demasiado reciente el «holocausto» de seis millones de judíos por orden de Hitler. No es, pues, de extrañar que el dragón, una vez *arrojado a la tierra,* persiga a la *mujer,* esto es a Israel. Es cierto que, con base en Hechos 13:46, la gran masa del pueblo judío ha rechazado, y sigue rechazando, a su verdadero Mesías. Con eso, han permitido que el príncipe de este mundo, el diablo, se cebase en su destrucción. No es Dios, sino Satán, el que se ha ensañado siempre con los judíos.

Pero cuando un judío se convierte a Cristo, su «nuevo nacimiento» es una doble maravilla, y como dice el siempre judío Pablo (v. Ro. 11:1; 2 Co. 11:22. Nótese que Pablo no dice: «Yo fui», sino «*Yo soy israelita» y «hebreo»), «si su exclusión es la reconciliación del mundo, ¿qué será su admisión, sino vida de entre los muertos?»* (Ro. 11:15). Oigamos el estupendo comentario de I. Barchuk a este versículo 13:

Todos los que rehúsen hacerlo (adorar al dragón y a la Bestia—el Anticristo—) estarán huyendo del centro de la idolatría. Y por cuanto sobre Israel habrá especial protección, por ser enemigos de la idolatría y, en este caso, cristianos, ellos se verán obligados a huir los primeros. Pero nosotros recordamos que el motivo principal por que Satanás odia al pueblo, es porque de ese pueblo proviene Cristo. El ídolo del anticristo será únicamente una excusa que permitirá a Satanás revelar todo su odio.

2. Para entender lo de *las «dos alas de la gran águila»* (v. 14), que se le dieron a la mujer para huir al desierto, bueno será compararlo con los lugares más relevantes, a este respecto, del Antiguo Testamento (Éx. 19:4; Dt. 32:11; Sal. 103:5; Is. 40:31). Esas alas, que rejuvenecen a la persona, simbolizan la protección de Dios sobre su pueblo, y la provisión de un lugar donde el Israel perseguido por su fe será sustentado durante los tres años y medio en que el Anticristo, ya sin careta de paz, impondrá cruelmente su perverso dominio sobre el mundo.

3. Dos preguntas quedan aquí (v. 14b) por responder, si es que se puede aventurar una respuesta probable: (A) ¿De qué *desierto* se trata aquí, como lugar de refugio de la mujer? (B) ¿Quién y cómo la sustenta?

(A) En cuanto a la primera pregunta, cualquier lugar seguro, fuera del alcance del Anticristo, podría ser este *desierto.* Quizá se trata del desierto rocoso situado al sur del mar Muerto. «En ese mismo desierto rocoso—dice Barchuk *(ob. cit.,* pág. 218)—hay una ciudad también desierta actualmente, llamada Petra, esto es, roca. La ciudad permanece aplastada como un cráter volcánico y está rodeada de rocas altas y filosas. Allí se han descubierto muchos lugares de alojamiento, grandes salas. El único paso a ese lugar entre rocas altas, mide de 3 a 12 metros de ancho, tiene 300 metros de alto y dos kilómetros de longitud. Esa "cueva" prácticamente se cierra desde arriba.»

(B) En cuanto a la segunda pregunta, la opinión más probable es que gentiles convertidos a Cristo, y amantes del pueblo judío, serán el instrumento de Dios para sustentar clandestinamente, con riesgo de sus vidas, a los judíos refugiados. Esto fue, efectivamente, lo que ocurrió en muchos casos durante la persecución de Hitler contra los judíos. Sin aventurar ninguna opinión sobre el particular, dice el Profesor Walvoord *(ob. cit.,* pág. 195): «Sean naturales o sobrenaturales los medios usados, está claro que Dios preserva un remanente piadoso, aun cuando, de acuerdo con Zacarías 13:8, perecerán en la tierra dos tercios de Israel».

4. El versículo 15 nos declara que *la serpiente,* ya claramente identificada en el versículo 9, al no poder alcanzar a la mujer huida, *«arrojó por su boca como un río de agua, para alcanzar a la mujer y arrastrarla en la corriente del río»* (NVI). Tampoco esta artimaña le sale bien al diablo, pues vemos (v. 16) que la tierra ayuda a la mujer, abriendo su boca y tragándose el río. ¿Qué significa todo esto?

(A) A la vista del contexto próximo, podemos aventurar la siguiente explicación: Teniendo en cuenta que la serpiente (el dragón), que ha sido arrojada del cielo a la tierra, hace del Anticristo su agente visible (cap. 13), aprovecha el elemento propio de éste (el agua, ya que se trata—13:1—de la Bestia que sube del *mar).* Ahora bien, así como el mar es aquí el lugar de los monstruos peligrosos (éste es su significado en el Antiguo Testamento), el *río* es símbolo aquí de fuerza destructora, especialmente de invasión armada

(v. Jer. 46:7, 8, comp. con Sal. 65:7; 93:3, 4; 107:33; Dn. 7:10—aunque aquí es río de fuego—; Mt. 7:25; Lc. 6:48—donde la adversidad *horizontal*, en forma de oposición violenta por parte de los hombres, está bien simbolizada—). Por tanto, el diablo, con su agente visible el Anticristo, persigue a la mujer por medio de fuerzas armadas.

(B) En cuanto a la *tierra* que ayuda a la mujer, no me parece probable la opinión de W. Scott (citado por W. M. Smith, *ob. cit.*, pág. 1.512), según el cual «quizá representa los gobiernos de la tierra que se muestran amistosos con los judíos "y providencialmente (cómo, no lo sabemos) frustran los esfuerzos de la serpiente"». Damos por supuesto que el Anticristo controlará los poderes de la tierra. Por tanto, me inclino por la opinión de Barchuk (*ob. cit.*, pág. 220), quien piensa que se trata de una intervención sobrenatural, como en el caso de Éxodo 14:5–9, 27, 28). Dice Barchuk:

En aquel tiempo ese «no» de Faraón lo tragó el mar, y ahora el «no» del anticristo lo tragará la tierra (Ap. 12:16). *Exactamente cómo sucederá no es posible decirlo ahora. Es probable que la tierra simplemente se abra y trague a los perseguidores igual que sucedió con Coré, Datán y Abiram* (Nm. 16:27, 31–34).

Efectivamente, en el episodio citado por Barchuk, se habla repetidamente que *«la tierra abrió su boca»*. La imagen de un *desierto* sediento de agua nos enfatiza la idea de la pronta y segura protección que Dios ejerce y manifiesta sobre los suyos. Esto debe animarnos a cumplir en todo la voluntad de Dios nuestro Padre, sabiendo que Él no se deja ganar en generosidad, sino que honra a sus fieles hijos con su protección omnipotente.

Versículo 17

Este versículo muestra la especial enemiga que el diablo tiene contra los judíos convertidos al cristianismo: *«Entonces el dragón se enfureció contra la mujer y se fue a hacer la guerra contra el resto de su descendencia—los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús»* (NVI).

1. Aquí vemos que el diablo, burlado una vez más, pero lleno todavía de *«ira contra la mujer»*, Israel, *«se fue a hacer la guerra contra el resto de su descendencia»*. ¿Quiénes forman este *«resto»* (gr. *ton loipón*, los demás)? ¿Los judíos todavía inconversos? ¡No! Las frases finales del versículo excluyen por completo esta suposición. Como bien dice Barchuk (*ob. cit.*, pág. 221): «Éstos también serán hebreos, quienes no pudieron refugiarse. Ellos se atendrán a los mandamientos del Antiguo Testamento, sea, que estarán practicando la ley, pero a la vez creerán en Cristo y testificarán de Él» (comp. con Hch. 21:20).

2. En efecto, *«los mandamientos de Dios»* contrasta con Juan 13:34, 35; 15:12; 1 Juan 2:8; 3:23, donde aparece *un* solo mandamiento, de Cristo y para la Iglesia, Cuerpo de Cristo *en* el que el Espíritu Santo habita (Jn. 14:17), como en su residencia corporativa, sirviéndola de *alma* (v. Ef. 4:5). Aquí vemos que estos judíos observan la Ley, pero llenándola del espíritu que le había sido sustraído (v. Mt. 5:17, 18), y son así capaces de cumplir la ley del Reino de Dios, incluida en el Sermón del monte.

3. Finalmente, hay que añadir que los MSS más fidedignos terminan este capítulo con la primera frase del capítulo siguiente, pero de esta forma: *«Y se quedó de pie* (el dragón) *sobre la arena del mar»* (lit.). El análisis interno favorece asimismo esta lectura, puesto que Juan no aparece en Apocalipsis moviéndose de una parte a otra, sino que está parado y mirando en éxtasis lo que se le muestra.

CAPÍTULO 13

Este capítulo se divide claramente en dos partes: I. La primera parte nos describe las características de la segunda Bestia (el Anticristo—pues la primera es el Dragón, el diablo—) y sus maléficas actividades (vv. 1–10). II. La segunda parte nos describe las características de la tercera Bestia (el falso profeta) y sus actividades seductoras (vv. 11–18).

Versículos 1–10

Vamos a entrar en uno de los capítulos más difíciles de la Biblia y, por otra parte, de los más interesantes, puesto que ofrece ciertas claves de identificación para lo que ha de ocurrir durante el reinado del Anticristo mediante signos de los tiempos que ya están comenzando a aparecer. Por eso, antes de entrar de lleno en el estudio del presente capítulo, me ha parecido conveniente resumir algo de lo que el Dr. Pentecost expone a lo largo de las primeras 50 páginas de su monumental libro *Eventos del Porvenir.*

1. Comienza Pentecost su estudio afirmando que «ninguna cuestión que enfrente el estudiante de escatología es más importante que la del método que debe ser empleado en la interpretación de las Escrituras proféticas» (pág. 1). Después de describir los dos métodos de interpretación que han prevalecido a lo largo de la Historia de la Iglesia, y antes de describir al por menor las vicisitudes históricas de dichos métodos, arguye en defensa del sentido literal con las siguientes razones:

«(a) Que el significado literal de las oraciones es la forma normal de todos los idiomas.»

«(b) Que todos los significados secundarios de documentos, parábolas, tipos, alegorías y símbolos dependen, para su propia existencia, del significado literal previo de los términos.»

«(c) Que la mayor parte de la Biblia tiene sentido adecuado cuando se interpreta literalmente.»

«(d) Que el enfoque literal no descarta ciegamente las figuras de dicción, símbolos, alegorías y tipos; sino que, si la naturaleza de la oración así lo requiere, fácilmente acepta el segundo sentido.»

«(e) Que este método es el único obstáculo cuerdo y seguro contra las imaginaciones del hombre.»

«(f) Que este método es el único cónsono con la naturaleza de la inspiración. La inspiración plenaria de la Biblia enseña que el Espíritu Santo guió a los hombres a la verdad y los apartó del error. En este proceso, el Espíritu Santo usó el lenguaje y las unidades del lenguaje (como significado, no como sonido) que son las palabras y los pensamientos. El pensamiento es el hilo que hilvana las palabras unas con otras. Por lo tanto, nuestra exégesis misma debe comenzar con un estudio de las palabras y la gramática, los dos fundamentos de todo discurso significativo.»

2. Ésta es, en realidad, una cita que Pentecost hace del Prof. Ramm. Me atrevo a añadir que, en lo tocante a la profecía, el sentido literal puede tener varios niveles superpuestos (dos, y hasta tres), como lo demuestra el uso que la propia Biblia hace de algunos pasajes (v., por ejemplo, Jl. 2:28–32, comp. con Mt. 24:29; Mr. 13:24, 25; Lc. 21:25; Hch. 2:17–21; Ap. 6:12, 13).

3. Refiriéndose en particular a las reglas de interpretación de la profecía, dice más adelante el Dr. Pentecost (*ob. cit.*, págs. 46–50): «A *Interprete literalmente.* B. *Interprete de acuerdo con la armonía de la profecía.* C. *Observe la perspectiva de la profecía.* D. *Observe las relaciones del tiempo.* E. *Interprete la profecía según la cristología.* F. *Interprete históricamente.* G. *Interprete gramaticalmente.* H. *Interprete de acuerdo con la ley del doble cumplimiento.* I. *Interprete consecuentemente».* No me extiendo en detallar lo que, bajo dichos epígrafes, explica el Dr. Pentecost, a fin de animar a mis lectores a que hagan lo posible para obtener dicho libro.

4. Todavía creo oportuna otra introducción que sirva para aclarar un punto importante de la porción que vamos a estudiar (cap. 13): Estamos entrando aquí en el período de los segundos tres años y medio de la Gran Tribulación, durante los cuales el Anticristo va a ejercer, en toda su plenitud, su autoridad y su poder sobre los reinos de la tierra. Por consiguiente, recomiendo a los lectores que repasen el comentario a 2 Tesalonicenses 2:3–12, con lo que se adquiere una descripción más plena del Anticristo que vamos a ver en el presente capítulo, versículos 1–10.

5. Pasando ya al comentario detallado del capítulo 13, veamos primeramente la descripción que del Anticristo nos hacen los versículos 1–3: «Y *el dragón se puso de pie sobre la arena del mar. Y vi una bestia que salía del mar. Tenía diez cuernos y siete cabezas, con diez coronas en sus cuernos, y sobre cada cabeza un título blasfemo. Esta bestia que yo vi era semejante a un leopardo, pero sus patas eran como las de un oso, y su boca como la de un león. El dragón le dio a la bestia su poder, su trono y una gran autoridad. Una de las cabezas de la bestia parecía haber sufrido una herida mortal, pero la herida mortal había sido curada. El mundo entero estaba asombrado y seguía a la bestia fascinado»* (NVI).

(A) Ya dijimos al final del comentario al capítulo 12 que, según aparece en el texto crítico del original, la primera parte del versículo 1 del presente capítulo 13 forma un versículo aparte, el versículo 18 del capítulo 12. Sin embargo, lo mismo la NVI que nuestra Reina-Valera y otras versiones lo ponen al comienzo del versículo que vamos a comentar.

(B) ¿Qué significa lo de que la bestia que Juan vio ahora «salía (gr. subía) del mar»? Ya dijimos que el *mar,* como «abismo» (11:7), era en el Antiguo Testamento el lugar de los monstruos marinos, especialmente del *Leviatán,* mientras que el monstruo de la tierra era *Behemot* (v. Job 41:1 y 40:15

respectivamente—en el hebreo—). Los comentaristas están de acuerdo en que aquí, según el lenguaje de la propia Biblia (por ej., Is. 17:12), el mar significa, como dice Swete (citado por W. Smith en *ob. cit.*, pág. 1.512), «la superficie agitada de una humanidad no regenerada y, en especial, de la caldera en ebullición de la vida nacional y social de la que surgen los grandes movimientos históricos del mundo». Barchuk añade:

Los hombres enemigos de Dios son comparados con el mar turbulento (Is. 57:20) … *Finalmente, en el mismo Apocalipsis, los pueblos, las multitudes, naciones y lenguas, son comparados a «las aguas», es decir, al mar* (Ap. 17:1, 15). *También en cuanto a las bestias, precursoras del anticristo, está escrito que éstas salieron del gran mar, aunque ellas tipifican a reyes que están en la tierra* (Dn. 7:2, 3, 17).

Esta última cita nos da la oportunidad de decir que un buen estudio de la profecía de Daniel resulta muy provechoso para entender los capítulos más difíciles del Apocalipsis.

(C) La bestia que aquí se nos describe aparece con *«diez cuernos y siete cabezas».* En Daniel 7:7, la bestia más terrible de todas sale también del mar y también tiene diez cuernos, señal de poder absoluto, pero una sola cabeza, autoridad simple y limitada. Lo mismo que el dragón (v. 12:3), también el Anticristo tiene siete cabezas y diez cuernos, símbolos respectivamente de autoridad y de poder. Pero hay entre ambas bestias (el dragón y el Anticristo) una diferencia significativa: el dragón lleva las diademas sobre las *cabezas,* mientras que el Anticristo las lleva sobre los *cuernos.* Esto indica que la *plenitud de la autoridad* (para el mal) reside en Satanás, mientras que el Anticristo posee un *poder de acción* absoluto, pero prestado por Satanás, quien le dio al Anticristo «*su poder, su trono y una gran autoridad»* (v. 2b).

(D) Por lo que vemos en el presente capítulo y por lo que veremos en el capítulo 17, podemos anticipar ya que el dragón, es decir, Satanás, va a emplear, en sus malvados designios, tres agencias humanas: (a) el Anticristo, o bestia que sube ahora del mar (v. 1, comp. con 11:7), que le prestará al diablo sus *manos* y representará un *poder* mundano anticristiano; (b) El Falso Profeta, o bestia que sube de la tierra (v. 11), quien prestará al diablo su *mente,* y representa una *cultura* mundana anticristiana; (c) La Gran Ramera, sentada sobre el Anticristo (17:3), llamada también *«Babilonia, la grande»* (17:5, etc.), la cual le prestará al Anticristo su *atractivo,* y representará una *seducción* mundana.

(E) Los amilenialistas, tanto católicos como protestantes, andan perplejos sobre la identificación de esta Bestia. Unos piensan que se refiere a diez emperadores romanos, identificando a la Bestia con Nerón, Calígula o, más frecuentemente, Domiciano. Otros opinan que se trata de la dinastía seléucida, que contó con diez reyes a partir de Seleuco I, uno de los cuatro sucesores de Alejandro Magno; en este caso, el cuerno pequeño de Daniel 7:8 sería Antíoco IV Epífanes, quien intentó destruir el pueblo de Dios, su religión y su culto (v. 1 Mac. 1:43–56).

Es cierto que Daniel pudo ver en el primer plano de la perspectiva profética la persecución de Antíoco IV, que duró precisamente tres años y medio, por lo que, junto con la duración de la sequía en Israel en tiempo de Elías, se constituyó en el modelo de todo desastre nacional (partiendo en dos el número 7, símbolo de plenitud y perfección) y, a la vez, de desdicha llevadera por su corta duración. También es cierto que Daniel tuvo todavía más en cuenta el imperio romano, simbolizado en las piernas de hierro de la estatua de Nabucodonosor (Dn. 2:33, 40). Pero, en un plano más lejano de la perspectiva profética, tanto Daniel (en el caso de las 70 semanas), como Juan en Apocalipsis, vieron surgir, en un círculo que tiene su centro y capitalidad en Roma (la Babilonia de los caps. 17 y 18), diez naciones (los diez cuernos de la Bestia), de entre las cuales surgirá el Anticristo, y sobre las cuales ejercerá un control perfecto.

(F) El versículo 1 termina diciendo que la Bestia tenía *sobre cada cabeza un título blasfemo* (NVI). Parece ser que el emperador Domiciano, el que envió al exilio a Juan, fue el primero en arrogarse títulos divinos como *Señor* y *Dios.* Otros nombres que los emperadores romanos recibían o se daban a sí mismos eran «divino», «adorable», «hijo de Dios» y «salvador» (v. Bartina, *ob. cit.*, pág. 736).

(G) El versículo 2 comienza diciendo: *«Esta bestia que yo vi era semejante a un leopardo, pero sus patas eran como las de un oso, y su boca como la de un león»* (NVI). Para entender este pasaje es preciso recurrir de nuevo al libro de Daniel:

(a) Al comparar Daniel 2:28–45 y 7:1–28, fácilmente deducimos que la cabeza de oro de la imagen se corresponde con el león, y significa el imperio babilónico. Dice sobre esto, entre otras cosas, Barchuk: «En el Museo Británico se conservan figuras gigantescas de leones con alas de águilas y cabezas humanas, que representan a Nabucodonosor en su florecimiento y gloria … La combinación del rey de los

animales y el rey de las aves resulta un cuadro que se ajusta para representar la grandeza del rey de Babilonia».

(b) En cuanto al oso, dice también Barchuk: «Como es la plata inferior en precio y belleza al oro, así también lo es el oso en su fuerza ante el león. Este oso representa a Medo-Persia, y es plata en la imagen. Ella se parece al oso, debido a que su victoria dependía, no de una astuta estrategia política, sino simplemente de su extraordinaria fuerza».

(c) El leopardo o pantera es el bronce en la imagen y representa a Grecia, especialmente tipificada en Alejandro Magno, quien con escaso ejército, pero perfectamente adiestrado, conquistó rápidamente todo el mundo civilizado de entonces, debido a su valentía y rapidez de maniobra, como el leopardo. Cuatro cabezas y cuatro alas son sus cuatro grandes generales, que, a su muerte, se repartieron su imperio.

(d) La bestia final, el hierro de la imagen, es la cuarta bestia *«espantosa y terrible y en gran manera fuerte»* de Daniel 7:7. Podemos asegurar que esta bestia representa al Anticristo de Apocalipsis 13:1 y ss., con la particularidad de que encarna en sí el conjunto de todas las demás: Tendrá la «astuta agilidad, la crueldad felina y el poder de camuflarse» (Bartina, *ob. cit.,* pág. 736) del leopardo o pantera; la masiva potencia irresistible del oso (los pies); y su *boca como la de un león,* significa que será atrevido, fuerte, desgarrador y triturador. Comoquiera que el leopardo de Daniel tenia cuatro cabezas, esta bestia (conjunto de las cuatro) tiene también las cabezas de las otras tres bestias; en total, siete.

(H) En la segunda parte del versículo 2, vemos que el dragón (Satanás) le otorga a su hijo predilecto, el Anticristo, el *poder,* el *trono* y la *autoridad,* de la misma manera que Dios el Padre da a su hijo Unigénito, Jesucristo, el *poder* (Hch. 10:38), el *trono* (Ap. 3:21) y la *autoridad* (Jn. 17:2). Se ha dicho con razón que «el diablo es la mona—esto es, el imitador—de Dios». Tengamos en cuenta que, cuando Juan escribía esto, Domiciano se había proclamado a sí mismo *Dios* y *Señor,* obligando a sus súbditos a confesar: *César es el Señor.* Contra este grito blasfemo, los cristianos profesaban públicamente: *Jesús es el Señor* (v. 1 Co. 12:3). El conflicto era inevitable, porque *«nadie puede servir a dos señores»* (Mt. 6:24). Por eso fue tan terrible la persecución desencadenada por Domiciano. Y, ¿no se repite constantemente la misma alternativa para el creyente? Lo malo es que también hay modos incorrectos de entender la frase de Cristo, y pensar que ella nos dispensa de obedecer, en lo que es justo, a las autoridades humanas.

(I) El hecho de que esta bestia salga del mar denota, según Caird *(ob. cit.,* págs. 161, 162), que es algo *importado,* mientras que lo que emerge de la tierra es *nativo.* Ya podemos aventurar algo sobre la identidad del Anticristo. Puesto que el mar, la muchedumbre de las aguas, es símbolo de las naciones alborotadas, lo más probable es que el Anticristo surja de entre las naciones, no de Israel. Sin afán de dogmatismos ni conjeturas aventuradas, es probable que tal personaje de tan siniestra catadura sea el que, en el tiempo de la Gran Tribulación, presida, gobierne y controle la Comunidad Europea.

(J) El versículo 3 nos dice que *«una de las cabezas de la bestia parecía haber sufrido una herida mortal, pero la herida mortal había sido curada»* (NVI). Cuentan que Domiciano tenía un parecido extraordinario con Nerón, con la diferencia de que Domiciano ostentaba una cicatriz en el rostro; de ahí que le llamaran «Nerón redivivo». Pero Juan no podía referirse, entre *las cosas que habían de suceder después,* a Domiciano, pues éste moría el año 96, poco más o menos cuando él escribía el libro del Apocalipsis. Mucho menos podía referirse a Nerón, quien había muerto el año 68, poco después del martirio de los apóstoles Pedro y Pablo; menos aún, a Calígula, muerto el año 41. Los amilenialistas sufren aquí un grave error por negarse a ver la realidad. Lo más sensato es pensar que el futuro Anticristo será herido de muerte, pero sanará por obra de una intervención extraordinaria de Satanás y, con ello, causará el estupor de los inconversos, atrayendo hacia sí más y más partidarios. Además, con esta especie de «milagro», Satanás hará que el Anticristo se asemeje más todavía al Señor Jesucristo, muerto y resucitado. De este modo, como dice Barchuk (*ob. cit.,* pág. 249), podrá «persuadir a los incrédulos, especialmente a los hebreos, de que el Anticristo es el Mesías».

6. En el versículo 4 vemos que, de la misma manera que Dios el Padre y el Cordero comparten el trono y la adoración (11:15 y ss., 22:1), así también vemos que los seguidores del Anticristo le adoran a él y, en especial, al dragón que le ha dado la autoridad (comp. con Mt. 28:18). Toda persona humana sirve a algún señor (Mt. 6:24; Ro. 6:12–23). Pablo dice que *«el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos»* (2 Co. 4:4), los cuales están *siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire* (Ef. 2:2). Pero ahora, en el período de la Gran Tribulación, este *príncipe* está en la tierra

(12:9, 12 y ss.) y, por medio del Anticristo, su dominio y su poder se hacen palpables. Quien adore, sirva y obedezca al Anticristo, estará adorando, sirviendo y obedeciendo al diablo.

El grito de la humanidad rebelde (v. 4b): *«¿Quién como la bestia?»*, está en marcado contraste con Éxodo 15:11: *«¿Quién como tú, oh Jehová …?»* (v. también Sal. 35:10). Pero, además, la frase referida ofrece, en hebreo, un notable parecido con la frase de signo contrario: *«¿Quién como Dios?»* (hebr. *Mi kael* ¡Miguel!) En efecto, es el arcángel Miguel el que aparece, a lo largo de la Palabra de Dios, como el gran campeón de la gloria de Dios, el gran defensor del pueblo de Dios, y el que cifra y compendia la lealtad de los ángeles buenos en su lucha con el diablo y sus huestes (Dn. 10:13, 20, 21; 12:1; Zac. 3:2; Jud. 9).

Este contraste llegará a su punto culminante durante el reinado del Anticristo, pero tiene ya su relevancia en la época presente, puesto que cada ser humano está ya sirviendo en uno de los dos ejércitos: el de Cristo (v. Ef. 6:12 y ss.) o el de Satanás (v. Ef. 2:2). Como dice Robert Dubarry *(Pour faire connaissance avec un trésor caché*, pág. 147): «Conscientemente o no, todos los hombres adoran, ya sea al Dios verdadero, ya sea a sus imitaciones. El valor de un culto se mide, pues, no por su fervor, sino por su objeto».

7. Después de describir el aspecto de la Bestia, Juan pasa a describir sus actividades (vv. 5–7). Dicen dichos versículos en la NVI: «A *la bestia se le dio una boca para proferir palabras insolentes y blasfemias y se le concedió que ejerciese su autoridad durante cuarenta y dos meses. Abrió su boca para blasfemar de Dios y maldecir su nombre y su morada* (lit. *su tienda de campaña) y a los que viven en el cielo. Se le dio poder para guerrear* (lit. *se le dio hacer guerra) contra los fieles* (lit. *con los santos) y vencerles. Y se le concedió autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación*».

(A) Ya dijo Juan en el versículo 2 que la boca del Anticristo era *«como boca de león»*, atrevida, violenta y dañosa. *«Se le dio»* demuestra, como en muchos otros lugares de estos capítulos, que su poder se lo debe, sí, al dragón, pero, en último término, *bajo la permisión de Dios*, que rige y controla cuanto acontece en el Universo. Esto aparece más claro aún al final del versículo 5: «*y se le concedió que ejerciese su autoridad durante cuarenta y dos meses*» (NVI), pues eso indica claramente que es Dios quien pone límite de autoridad, poder y tiempo al dragón y a la bestia que actúa con el poder recibido del dragón. La boca de la bestia habla *«grandes cosas»* (lit.), es decir, frases arrogantes y altaneras, y «*blasfemias»*, esto es, insultos horribles y calumnias contra Dios y todo lo sagrado.

(B) El versículo 6 especifica contra quiénes van dirigidas las blasfemias de la bestia: *«contra Dios»* en su persona y en su santuario, así como en los rescatados por Él del poder del diablo. En efecto, vemos que *blasfema:*

(a) Del *nombre* de Dios, es decir, de la misma *naturaleza* santa, poderosa y justiciera del Dios Trino.

(b) Del *tabernáculo* de Dios, en el cual está sentada ahora la bestia, es decir, el Anticristo (v. 2 Ts. 2:4). El original de 2 Tesalonicenses 2:4 dice, en el griego original, *naón*, santuario, pero Juan, excepcionalmente, no usa *naón*, porque este término corresponde más bien, en Apocalipsis, al santuario celeste (v. 7:15), sino *skenén*, tienda de campaña, para indicar el templo reconstruido en Jerusalén, ahora hollado por el Anticristo y sus secuaces. En este templo, y contra este templo, lanza la bestia sus palabras altaneras y blasfemas.

(c) También blasfema de *los que viven en el cielo*, esto es, de los ángeles y, especialmente, de la Iglesia que ya se encuentra allí, de la *cautividad* que le ha sido arrebatada al diablo (Ef. 4:8) y está ahora total y perfectamente redimida (v. Ro. 8:23). Esta actitud blasfema del Anticristo ya estaba prefigurada en Daniel 7:8, 20, 25; 11:36. No cabe duda de que la resurrección y ascensión gloriosa de los dos testigos (11:11, 12) habrá colmado el furor del dragón y de su principal agente, el Anticristo.

(C) La profecía de Daniel 7:21, 22 nos da la clave para entender de qué *«santos»* se nos habla en el versículo 7, y qué clase de victoria es la que el Anticristo consigue sobre ellos. Éste es un punto en que, por olvidar la referencia a Daniel, o por entenderla mal, los amilenialistas sufren graves equivocaciones, como R. Dubarry (*ob. cit.*, pág. 148), quien piensa que se trata aquí de derrotas espirituales (¡!), y otros, como Grau, Caird, Bartina y Hendriksen, quienes opinan, no que se trate propiamente de derrotas espirituales, aunque advierten del peligro que ronda a los creyentes, sino de la persecución que la bestia realiza contra la Iglesia, y que aumenta considerablemente el número de mártires. Dice Bartina (*ob. cit.*, pág. 738):

La bestia no perdona a nadie que no se le entregue en cuerpo y alma. A quien le resiste, lo aniquila. Pero estas persecuciones hacen víctimas sin abatir a la Iglesia. Más aún, por una paradoja divina, los vencidos en esta lid son los vencedores (20:4–6).

Ahora bien, por Daniel 7:21, vemos que los *«santos»* de aquí son *«los santos del Altísimo»* (Dn. 7:22), es decir, los *qadishín Jehová*, en favor de los cuales lucha el arcángel Miguel (Dn. 12:1). Son los judíos que han aceptado a su Mesías, pues ellos son los que van a reinar con Él (Dn. 7:22; Ap. 20:4, 5, a la luz de Ap. 12:17b) durante el Milenio, inmediatamente antes del cual van a resucitar los que cayeron muertos en la persecución desencadenada por el Anticristo. Por tanto, la victoria de éste no puede ser espiritual, sino física.

(D) Por el contrario (v. 7b), el Anticristo ejerce plena *autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación,* donde se ve el contraste con la multitud incontable de 7:9, también *«de toda nación y tribus y pueblos y lenguas»* (lit.), que no se han sometido a la autoridad del Anticristo y, por eso, se hallan delante de Dios con palmas de martirio y de victoria en las manos.

8. El versículo 8 necesita ser bien leído para poder ser bien entendido. El original griego ofrece un caso de hipérbaton, según Bullinger, o de pequeño paréntesis, en mi opinión. Su lectura (conforme se halla en la Reina-Valera 1977) debe ser la siguiente: «Y *la adorarán* (a la Bestia) *todos los moradores de la tierra cuyos nombres no están escritos desde la fundación del mundo en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado»*.

(A) Quienes van a adorar a la Bestia son, pues, los inconversos que se muestran impenitentes y recalcitrantes durante esta segunda parte del período de la Gran Tribulación; en esta segunda parte, como ya vimos en otros lugares, no habrá ya convertidos; pasó el día de la gracia, y sólo queda *el día de la ira.*

(B) La redacción de 17:8, tan similar a la de 13:8, nos confirma que la lectura que la RV 1977 da del presente versículo es la única correcta.

(C) Efectivamente, los nombres de los elegidos están escritos en los cielos desde antes de la fundación del mundo, pues la elección de los santos se remonta a la eternidad en el consejo de Dios, mientras que el Cordero *no fue inmolado,* sino *destinado, desde antes de la fundación del mundo,* pues su inmolación se llevó a cabo en un día y año determinados de nuestra era, cuando *fue manifestado en los últimos tiempos* (v. 1 P. 1:19, 20).

(D) Tenemos en el original de este versículo 8 un dato muy interesante. El pronombre griego *autón,* que aparece al comienzo del versículo, es de género masculino, siendo así que el griego *theríon,* bestia, es neutro. Ello indica claramente que estamos ante una persona humana y, en concreto, ante un *varón* que encarna el poder bestial del Anticristo.

9. El versículo 9 repite una frase que no leíamos desde 3:22, e indica, como siempre, que se va a declarar algo sumamente importante y, por eso, se llama la atención de los oyentes (o lectores) para que presten atención a lo que va a decirse. Lo curioso es que el versículo siguiente no parece, a primera vista, expresar nada espectacular. Dicen así los versículos 9 y 10 en la NVI: *«El que tenga oídos que escuche.*

Quien está destinado a ir a la cautividad,
a la cautividad irá.
Quien esté destinado a morir a espada,
a espada será matado.

Esto pide constancia y fidelidad de parte de los creyentes» (lit. *Aquí está la paciencia*—gr. *hupomoné—y la fe—o fidelidad—de los santos).*

(A) El sentido del versículo 10, que confunde a muchos comentaristas, queda aclarado (en parte) por el verbo griego *hupáguei,* lleva. A primera vista, parece que se trata de una *ley del talión* en dos versiones similares. En tal caso, se parecería a la respuesta que Jesús dio a Pedro en Mateo 26:52. Pero esta explicación, como advierte Bartina *(ob. cit.,* pág. 740), «rompe la marcha del pensamiento en el contexto». En efecto, ¿qué sentido tendría en este caso la última parte del versículo? Otros autores piensan, por la referencia de Jeremías 15:2; 43:11, que, a semejanza de Nabucodonosor, el Anticristo perseguirá a los creyentes y, en este caso, cada uno debe resignarse a sufrir la persecución que le está destinada, con lo que se mostrará la fe y la paciencia de los creyentes que perseveren. A la vista del texto griego, esta interpretación es insostenible, pues el original dice textualmente: *«Si alguien* (va) *a la cautividad, va a la cautividad …».* Sin embargo, la traducción de la NVI aclara mejor la elipsis del verbo

del primer miembro de las frases del versículo 10, y hace así que desaparezca la tautología de la versión literal que damos.

(B) Si Juan tenía presente aquí los referidos textos de Jeremías 15:2 y 43:11, lo cierto es que aquí cambia radicalmente el sentido y, por eso, la referencia a Jeremías 15:2 puede resultar desconcertante, pues lleva a la confusión. Sólo dos MSS refrendan la semejanza con Jeremías 15:2. No es precisamente la ley del talión lo que aquí se invoca, sino la necesidad que los creyentes (de todos los tiempos) tienen de ejercitar la *paciencia* (gr. *hupomoné*, el aguante ante circunstancias adversas) y la fidelidad, esto es, *la fe* (como actitud constante) en que Dios hará justicia con los perseguidores, castigándolos a su debido tiempo, por lo que deben dejar la venganza en manos de Dios (v. Ro. 12:19) y no ejercitar la violencia. Aunque Dubarry pueda estar equivocado en cuanto al contexto histórico del pasaje, sus palabras son valederas para toda época y para todos los creyentes, judíos o gentiles:

La «paciencia»—comenta Dubarry—, es decir, la aptitud para sufrir, y la «fe», es decir, la aptitud para gozar, deben constituir el doble testimonio de los santos durante toda la economía cristiana.

Y termina diciendo:

Nuestro texto subraya el carácter inevitable de las pruebas a las que el verdadero pueblo de Dios debe resignarse. Pero debemos leer también en él igualmente la lección de que «la paciencia y la fe de los santos» serán sostenidas por la seguridad de que a sus enemigos les llegará el turno de sufrir el mismo tormento que ellos habrán infligido a la inocencia cristiana.

Versículos 11–18

Vemos surgir una tercera bestia. Ésta surge *de la tierra,* lo que, en la fraseología de la Biblia, significa que va a salir de la propia Palestina judía. Veremos primero (v. 11) su descripción; después (vv. 12–17), sus actividades; finalmente (v. 18), el número de la bestia segunda, es decir, del Anticristo.

1. Dice el versículo 11 en la NVI: *«Después vi otra bestia que salía de la tierra. Tenía dos cuernos como los de un cordero, pero hablaba como un dragón».*

(A) Como ya dijimos, es probable que esta tercera bestia proceda del propio pueblo judío, aunque no se puede dogmatizar en este punto, como en otros muchos del Apocalipsis.

(B) Lo de los *«dos cuernos»* parece una referencia a Daniel 8:3, aunque en Daniel tenemos un carnero, no un cordero. La descripción de esta bestia en apariencia de «cordero» significa que asume unas funciones que requieren y manifiestan mansedumbre, lo cual es propio del sacerdote o del profeta. En efecto, en 19:20 se le llama *«el falso profeta».* Sin embargo, su palabra violenta y engañadora traiciona sus apariencias de mansedumbre. Dice Bartina *(ob. cit.,* pág. 741): «Se revela su ser en el hablar, como los corderos-lobos se conocen por su actuar (Mt. 7:15)».

(C) Así como la primera bestia, el Anticristo, ofrecía al dragón sus *manos,* con las que obraba en virtud del poder que el dragón le confería, esta otra bestia ofrece al diablo su *mente* y su *lengua,* puesto que va a ser el propagandista cultural y milagrero del Anticristo. No se trata de «un demonio», como opina Barchuk (*ob. cit.*, pág. 256), sino de un personaje siniestro, con un grandísimo poder de persuasión, capaz de engañar a todo el que no tenga en su frente la señal del Cordero.

(D) Considerando la descripción que el Apocalipsis nos hace del dragón, del Anticristo y del falso profeta, tenemos una especie de «trinidad maléfica», que imita, pero volviendo hacia el mal todo lo que Dios hace para el bien, a la verdadera Santa Trinidad. Dice Barchuk:

Queriendo imitar a Dios, Satanás creará su «trinidad» diabólica: La serpiente, el padre; el anticristo, como hijo; y, finalmente, el profeta falso, como espíritu (Ap. 16:13). *El anticristo en gran manera estará imitando a Cristo, lo mismo que hará el profeta falso en la imitación del Espíritu Santo. Sus cuernos como de un cordero deben testificar que él es inofensivo, ni siquiera es una mala bestia sino manso como la paloma, que simboliza al Espíritu Santo. Pero esta bestia, aparentemente inocente, hablaba como un dragón y hacía todo aquello que favorecía al anticristo. Queda claro que esta unión y concordia han sido planeadas. Esta otra bestia tenía poder y autoridad de la misma manera que la bestia primera, pero, siguiendo e imitando al Espíritu Santo, no buscará su propia gloria, sino la del anticristo* (Ap. 13:12; Jn. 16:14). *Ésta tratará de confirmar el milagro de la sanidad de la herida del anticristo*

(como el Espíritu Santo, en Pentecostés, vindicando a Cristo. El paréntesis es mío). Estará dando vida a objetos muertos, asemejándose al Espíritu Santo vivificante (Ap. 13:15). *Estará, además, sellando a los seguidores del anticristo, como lo hace el Espíritu Santo con los seguidores de Cristo* (Ap. 13:16; Ef. 1:13). *Aun su mismo nombre de «profeta», aunque falso, respalda nuestro pensamiento, porque los profetas eran inspirados por el Espíritu Santo* (2 P. 1:21).

2. Los versículos 12–17 nos describen las actividades del falso profeta: (A) En la persuasión que ejerce para que los moradores de la tierra adoren al Anticristo (vv. 12, 13); (B) En la persuasión que ejerce para que los moradores de la tierra fabriquen una imagen del Anticristo a la cual él mismo dará soplo de vida (vv. 14, 15); (C) En el control total sobre la economía mundial, haciendo que solamente puedan comprar y vender quienes lleven impresa la marca (en la mano derecha o en la frente), que él mismo se encargará de producir y conferir.

(A) Dicen los versículos 12 y 13 en la NVI: *«Ejercitó toda la autoridad de la primera bestia en nombre de ella, e hizo que la tierra y sus habitantes adorasen a la primera bestia, cuya herida mortal había sido curada. Y obraba grandes y milagrosas señales, incluso el hacer caer fuego del cielo a la vista de los hombres»*.

(a) El versículo 12 nos describe la siniestra obra del falso profeta, al inducir a *los moradores de la tierra,* es decir, a los inconversos, a que adoren al Anticristo, en virtud de cuyo poder, y en cuya presencia, el falso profeta obra todo cuanto lleva a cabo, de la misma manera que el propio Anticristo recibe todo su poder del dragón, es decir, de Satanás.

(b) Por el versículo 13 vemos que, de la misma manera que el Bautista, *«con el espíritu y el poder de Elías»* (Lc. 1:17), había de ir *delante del Señor,* para prepararle el camino de su Primera Venida, así también, para imitar una vez más a Dios, el Anticristo dará poder (siempre con la permisión divina) al falso profeta, para que haga *«grandes señales»* (lit.), es decir, falsos milagros, pero muy espectaculares, incluyendo el hacer *«descender fuego del cielo a la tierra a la vista de los hombres»,* exactamente a imitación de Elías, cuando rebatió a los sacerdotes de Baal, haciendo bajar fuego del cielo sobre el sacrificio ofrecido al Dios verdadero (v. 1 R. 18:38) y cuando aniquiló a los enemigos de Jehová (2 R. 1:10, 12).

(B) Pasamos ahora a los versículos 14 y 15: *«A causa de los prodigios que se le concedió poder realizar en nombre de la primera bestia, engañó a los habitantes de la tierra. Ordenó a los moradores de la tierra que hiciesen una estatua en honor de la bestia que había sido herida a espada y, con todo, estaba viva. Se le dio poder de infundir aliento de vida en la estatua de la primera bestia, para que incluso pudiese hablar y hacer que se diese muerte a cuantos rehusasen adorar la estatua»* (NVI).

(a) Dos detalles destacan a primera vista en estos versículos: *Primero,* la constante repetición de la frase *«los moradores de la tierra»,* con lo que no hay peligro de perder la identificación de estos «moradores»: son siempre los inconversos, rebeldes a la Palabra de Dios y endurecidos en su impenitencia. *Segundo,* la también repetida frase *«se le dio»,* a fin de poner de relieve, también inconfundiblemente, que todo ello se lleva a cabo con la permisión, y bajo el control, del Dios Omnipotente.

(b) En un tiempo en que los milagros sensibles, palpables, se van haciendo cada vez más raros, no sólo porque ya tenemos la Palabra de Dios, sino también porque la fe va decayendo (y lo hará todavía más, al tiempo próximo a la Segunda Venida. Ver Lucas 18:8. No hallamos hoy hombres con una fe como la de G. Muller), los portentos que esta Bestia (el falso profeta) llevará a cabo *porque se le ha permitido,* serán *«señales»,* como siempre llama Juan a los milagros, señales tan *«grandes»,* que inducirán a error a grandes multitudes de inconversos, ya que éstos no tienen ni la Palabra de Dios con que replicar al falso profeta, ni el Espíritu de Dios para preservarles del engaño (v. 1 Jn. 2:20, 27).

(c) Por otra parte, no se concibe culto idolátrico sin imagen. Por eso, el falso profeta ordenará a *los moradores de la tierra que le hagan una imagen* (esto es, una estatua) *a la bestia que tiene la herida de la espada* (gr. *makhaíres,* daga o machete corto, como en Ef. 6:17 y He. 4:12) *y continuó con vida* (lit. *y vivió;* lo cual puede significar tanto la continuación de la vida—como aquí—cuanto la resurrección—como en 20:4, 5—). Notemos que el Anticristo, con el poder satánico que se le ha otorgado, recobrará la salud tras de haber recibido una *«herida mortal»* (v. 3); pero se trata de la recuperación extraordinaria de la salud, no de una resurrección, puesto que hasta ahí no llega el poder del diablo, ya que sólo Dios puede devolver la vida a un cadáver.

(d) El versículo 15 nos refiere otro milagro, igualmente extraordinario, obrado por el falso profeta (siempre con el poder recibido del Anticristo, así como éste obra con el poder recibido del diablo, y el diablo, a su vez, obra con el permiso, y bajo el control, de Dios): Hacer que la estatua del Anticristo hablase y diese oráculos para hacer bien o para hacer daño. Dice Bartina *(ob. cit.*, pág. 742):

Los antiguos gentiles de Grecia y Roma tenían gran fe en las estatuas parlantes. Alrededor del año 180 había en Tróade una de Nerilino que, a petición de los interesados, daba oráculos y curaba, según se decía. Se han hallado, en el área del mundo clásico, santuarios cuyas edículas principales tenían una disposición de ingeniosos tubos que llevaban a cámaras contiguas desde donde hablaban los sacerdotes paganos y producían la sensación de que eran voces de la estatua y de la divinidad.

(e) Pero no hay por qué remontarse a la antigüedad. Voy a referir lo que, en la revista *Moody Magazine* de marzo de 1974, anunció desde Bruselas el Dr. Handrik Eldman, jefe analista del Mercado Común Europeo. Decía él que iba a ser introducido en la sede del referido organismo un sistema de computadoras, a fin de restaurar el mundo, que se encuentra en un caos—según decía él mismo—. Y, efectivamente, en una reunión en que estaban presentes varios científicos, consejeros y líderes del Mercado Común Europeo, el Dr. Eldman presentó un invento fabuloso que él mismo designó con el nombre de «Bestia». La tal «Bestia» es una gigantesca computadora que ocupa tres pisos del edificio donde se hallan las instalaciones de la Administración General del Mercado Común.

(C) Algunos científicos están ya trabajando con esta computadora, y llevan a cabo un plan para alcanzar y controlar todas las posiciones del mundo. Lo que sigue del citado artículo en el *Moody Magazine* de marzo de 1974 pertenece a las actividades del Anticristo y de su falso profeta en el terreno de la economía mundial. Dicen los versículos 16 y 17 en la NVI: *«También obligó a todos, chicos y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, a recibir una marca en su mano derecha o en su frente, de forma que nadie pudiese comprar ni vender, a no ser que llevase la marca, que es el nombre de la bestia o el número de su nombre».*

(a) Según la citada revista, y a los efectos de controlar a los que, bajo el imperio del Anticristo, podrán efectuar toda clase de transacciones comerciales, será necesario poner un número a todos los moradores de la tierra. La computadora referida distribuirá a cada individuo un número invisible. El número será tatuado en la frente y en la mano derecha, y este sistema acabará por completo con todas las tarjetas de crédito que utilizan actualmente los clientes de los bancos.

(b) Cuando alguien intente comprar o vender, tendrá que presentarse primero en uno de los bancos equipados al efecto con este sistema; allí le inspeccionarán el número, y todo el que no tenga tatuado el número no podrá comprar ni vender. El Dr. Eldman añadió que este número será impreso en las personas por medio de rayos láser y que, para este sistema numérico, tendrá que ser usado, delante de la cifra individual, el número 666. De esta forma, una sola persona podrá manejar con la punta de los dedos todos los números de los habitantes de la tierra. Ello proporcionará la mayor palanca—según él—para la solución de los problemas de la humanidad, y podrá llegar a ser, bien un instrumento para la paz, bien una potentísima arma para un «dictador».

(c) Que dicho número 666 ya es empleado por algunas firmas comerciales es un hecho que nadie puede negar. El que esto escribe lo ha visto en la suela de cierta clase de zapatos. Por otra parte, en casi todos los productos modernos, y en orden a su clasificación minuciosa, puede el lector ver un conjunto de líneas verticales, más o menos gruesas, que equivalen a los números que figuran inmediatamente debajo de ellas; pero hay tres líneas dobles, más largas que las demás, que se repiten al principio, al medio y al final, y *cuyo número no figura debajo de ellas.* Compare el lector dichas líneas con otras que puedan aparecer en la misma etiqueta del producto, y se percatará de que son 666.

(d) Ya W. Newell, que murió el año 1956, estaba enterado de esto. Dice así (*ob. cit.*, pág. 205):

Es alarmante ver, en nuestros mismos días, el número seiscientos sesenta y seis usado descaradamente para anunciar productos comerciales. Un comercialismo sin Dios constituirá la torrentera final que se precipite por entre las esclusas del diablo, para ser domeñada y gobernada por la Bestia y por su Profeta, a fin de controlar a todos los hombres. La probabilidad matemática de que el número seiscientos sesenta y seis haya sido seleccionado por casualidad en dichos anuncios es demasiado remota para ser tenida en consideración.

(e) Por su parte, Paul Henri Spaak (1899–1972), uno de los fundadores del Mercado Común Europeo (1948) y secretario general de la NATO desde 1957 hasta 1961, dijo en un famoso discurso:

Nosotros no queremos ya más comités; tenemos ya demasiados comités. Lo que nosotros necesitamos es contar con un hombre que posea la suficiente estatura para coligar a todas las demás personas y que nos saque de esta triste crisis económica en la que estamos a punto de hundirnos. ¡Mandadnos a ese hombre! Lo vamos a recibir, lo mismo si viene de Dios como si viene del diablo.

(f) Pues, sí, lo más probable es que, de acuerdo con Apocalipsis 13:16, 17, lo reciban, no de Dios, sino del diablo, por medio de su principal agente, el Anticristo. No es prudente dogmatizar, pero los signos de los tiempos nos están indicando que se aproxima rápidamente una quiebra general de la economía mundial, de tal calibre que la intervención del *príncipe de este mundo,* mediante su agente principal, el Anticristo, no se hará de esperar. Las dificultades para comprar y vender por parte de quienes no tengan tatuada la marca (gr. *kháragma,* señal impresa) de la Bestia afectarán primeramente a las empresas comerciales, para terminar afectando también a todos los individuos.

(g) El panorama de persecución, ostracismo y dificultad económica con que se verán confrontados los creyentes de aquellos días será pavoroso, y probará suficientemente los quilates de su fe. Los falsos profesantes no tendrán entonces cabida en los grupos de verdaderos creyentes que hayan sobrevivido en la clandestinidad, porque el precio o el costo del testimonio será demasiado alto para ellos.

(D) Seguramente, habrá entre mis lectores de opinión fuertemente premilenialista y pretribulacionista muchos que dirán: «¡Eso no cuenta para mí ni para los míos!» A este respecto, quiero hacer dos importantes observaciones:

(a) No se olvide que estamos hablando de «opiniones», por muy respetables que sean y por muy respaldadas que las creamos por la Palabra de Dios. Que habrá un reino mesiánico milenario es, en mi opinión, cosa *segura,* pues está respaldada, no sólo por lo que vemos en el Apocalipsis, sino también por lo que vemos en todos los escritos proféticos del Antiguo Testamento. Que la Iglesia habrá sido arrebatada antes del Milenio, parece también cosa *segura,* aunque no se puede afirmar con la misma seguridad que el hecho del futuro reino milenario. Que la Iglesia será arrebatada antes de la Gran Tribulación y, por tanto, sin pasar por ella, es algo que sostengo como *lo más probable,* pero no lo puedo afirmar con la misma seguridad que las dos proposiciones anteriores. Si lo hiciese, me tendría a mí mismo por «fanático», algo que no cuadra con mi carácter personal.

(b) Segunda observación, y todavía más importante que la primera: Es sumamente necesario que cada lector se examine seriamente a sí mismo (*«por sus frutos los conoceréis»*—dijo el Maestro en Mt. 7:16, 20—) para ver si es o no un verdadero creyente, nacido de nuevo. Es cierto que todo cristiano sincero puede disfrutar de paz, alegría y consuelo al leer u oír aquellas palabras del Señor Jesús en Lucas 21:28: *«Cuando empiecen a ocurrir estas cosas, erguíos y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra redención»* (NVI. Comp. con Ro. 8:23). En este caso, no tienes que temer, ocurra lo que ocurra (v. Ro. 8:28). Pero la urgente y quemante pregunta es: ¿Puedo decir sinceramente, con los frutos a la vista, que soy un «nacido de nuevo»? ¿Muestro en mi conducta el horror al pecado y el verdadero amor a Dios y a mis hermanos? ¿Soy un cristiano carnal, con motivos suficientes para dudar de mi salvación por falta de dedicación al Señor o por sobra de amor a las cosas terrenales? ¡Lector amigo! Estamos ante un asunto muy solemne.

3. En el versículo 17, ya se hace referencia al *«número de su nombre»* (de la Bestia, esto es, del Anticristo). El versículo 18 lo declara con más *detalles: «Esto requiere sabiduría. El que tenga ingenio* (lit. *mente.* Gr. *noún), calcule el número de la bestia, pues es cifra de hombre. Su cifra es 666»* (NVI).

(A) Mucha tinta se ha vertido en la investigación del significado de la última frase del versículo, en la que se nos dice que el número de la Bestia, del Anticristo, esto es, la cifra que la representa, es 666. Se ofrecen dos métodos distintos de interpretación: (a) el simbólico y (b) el gemátrico.

(a) Hay autores, como W. Hendriksen, que tienen por segura la interpretación simbólica, según la cual, puesto que el 6 es en la Biblia el número del hombre (sin llegar al 7 que representa perfección), el 666 sólo significaría «fracaso *más* fracaso *más* fracaso», de modo que las tres bestias mencionadas hasta ahora, incluido el dragón, estarían abocadas a la derrota, por cuanto no pueden llegar al número de la perfección divina. Este método es demasiado simplista por dos razones: *Primera,* porque el versículo habla solamente del número de *una* Bestia que, por el contexto anterior, es ciertamente el Anticristo.

Segunda, porque el texto no dice que se trate del «número *del* hombre», ya que eso no encerraría ningún misterio como para necesitar de una especial «sabiduría»; el texto dice que es «número *de un* hombre».

(b) Entramos, pues, a examinar el otro método, el de la gematría, que consiste en sumar el valor numérico de las letras de un nombre determinado y dar el número resultante. Este método aparece con alguna frecuencia en inscripciones arqueológicas. Por ejemplo, en una de las inscripciones halladas en las ruinas de Pompeya se puede leer: «Amo a una cuyo nombre es 545». Igualmente encontramos este método en la cábala hebrea, así como en los oráculos sibilinos, hasta el punto de que en el volumen I, páginas 324 y ss. se hace una minuciosa investigación sobre el nombre de *Jesús,* y se saca la conclusión de que, en griego *(Iesoús),* suma 888. Asimismo, las letras que, en hebreo o arameo, forman las dos palabras: *Nrwn Qsr (Néron Kaísar,* pero sin vocales), suman 666. Pero, ¿de qué serviría la referencia a un emperador ya desaparecido en el momento en que Juan escribía el Apocalipsis? ¿Una especie de *tipo* del futuro Anticristo?

(B) Otra cuestión es si el Anticristo representa una persona o un sistema. Desde Lutero y Calvino hasta hoy, no han faltado, ni faltan, quienes han visto en el papado (no en un Papa determinado) el Anticristo. Esto supone un total desconocimiento del libro del Apocalipsis. Y ello también por dos razones: (a) Todas las expresiones que, en el Nuevo Testamento (especialmente, en el presente capítulo y en 2 Ts. 2:3–9), designan al Anticristo, se refieren claramente a una persona, no a un sistema o a una organización. (b) Es suficiente leer detenidamente el capítulo 17 del Apocalipsis para percatarse de que «*la gran ramera»,* «la Babilonia» religiosa, escrupulosamente descrita por Juan en todos sus detalles, NO ES la Bestia (el Anticristo), sino que VA MONTADA sobre la Bestia y representa la «religión apóstata» con su centro en Roma, la ciudad de *las siete colinas* (v. 17:7, 9). Es la Gran Iglesia Ecuménica y Apóstata, dominada y controlada por el Vaticano, que habrá absorbido a todas las denominaciones infieles a la Palabra de Dios y aun a todas las religiones de la tierra que no tienen nada que ver con el cristianismo.

(C) En cuanto al nombre personal del Gran Malvado que sostendrá en pie la religión apóstata con centro en Roma, quizá lo conocían ya los fieles de Tesalónica del siglo I de nuestra era, pero se ve que pronto se perdió la memoria de tal nombre. Seguramente se conocerá, sin peligro de errar la identificación, cuando el propio Anticristo surja del anonimato y se presente de improviso en la vida sociopolítica de la humanidad de los últimos días.

CAPÍTULO 14

El capítulo 13 nos dejó con un mal gusto de boca, pues los santos parecían allí estar bajo el signo de la derrota, pero el capítulo 14 se abre con datos más esperanzadores: I. Tenemos de nuevo al Cordero, ahora en Sion y con su escolta personal (vv. 1–5). II. Aparece luego en lo más alto del firmamento, esto es, en el cenit, un ángel que proclama el Evangelio eterno (vv. 6, 7). III. Aparece después en el mismo lugar otro ángel que anuncia anticipadamente la caída de la Gran Babilonia (v. 8). IV. Un tercer ángel, desde el mismo lugar, anuncia lo que les va a suceder a los adoradores de la Bestia (vv. 9–12). V. Como en una especie de paréntesis, anuncia Juan la bendición que les espera a los que, desde entonces en adelante, mueran en el Señor (v. 13). VI. Finalmente, tenemos el relato detallado de una cosecha especial (vv. 14–16) y de las uvas prestas a ser pisadas en el lagar de la ira de Dios (vv. 17–20).

Versículos 1–5

La nueva visión que en estos versículos se nos refiere «nos pone ante los ojos, como en una brillante hipotiposis, un cuadro de serenidad» (S. Bartina, *ob. cit.,* pág. 748). Vemos primero (v. 1) los personajes en escena. Vemos después (vv. 2, 3) lo que hacían. Finalmente (v. 4, 5), se nos da una descripción metafórica del carácter de los que forman esta especie de escolta personal del Cordero.

1. Dice el versículo 1 en la NVI: «*Luego miré, y allí estaba ante mis ojos el Cordero, de pie sobre el monte Sion, y con Él 144.000 que tenían su nombre y el nombre de su Padre escrito en sus frentes*».

(A) En cuanto al «Cordero», sólo necesitamos fijarnos en el detalle de que *«estaba de pie»,* como en 5:6, lo cual, en este contexto, no sólo significa que estaba vivo, después de haber estado muerto (comp. con 1:18), sino también, en mi opinión, como un general en jefe, rodeado de su Estado Mayor.

(B) En cuanto al *«monte Sion»,* hay autores (Bruce, Ryrie, Grau, Hendriksen, W. Smith, etc.) que, a la vista de Hebreos 12:22, lo identifican con el cielo. Lo mismo sostiene Davidson, quien piensa que, probablemente, se hallan allí después de haber sufrido el martirio, y ve en 12:17 una indicación de ello. Sin embargo, otros autores (Bartina, Walvoord) tienen por seguro que se trata de la Sion terrenal, Jerusalén, aunque por diferentes razones. Dice Bartina *(ob. cit.,* pág. 748): «En la literatura apocalíptica cundió la idea de que el Mesías tenía que reunir su comunidad conquistadora en el monte Sion. Aquí no se trata del Sion celeste, sino del terrestre». Por su parte, Walvoord aporta una razón muy fuerte: Estos 144.000 fueron sellados para ser protegidos de la persecución del Anticristo, y se hallan aquí en el monte Sion al comienzo del reino mesiánico milenario (v. *ob. cit.,* pág. 214). La única dificultad contra esta opinión es que no parece cuadrar muy bien con el contexto posterior.

(C) Que los 144.000 son los mismos del capítulo 7 es admitido por casi todos los autores. W. Scott piensa que éstos del capítulo 14 pertenecen únicamente a la tribu de Judá. Qué fundamento tiene para ello, nadie lo sabe, especialmente cuando en el capítulo 7:5 hemos visto 12.000 sellados de dicha tribu.

(D) Se nos dice a continuación que *«tenían escritos en la frente el nombre del Señor y el de su Padre».* Como dice Walvoord *(ob. cit.,* pág. 215), citando de Seiss, «su identificación con el Padre es la señal de que son judíos salvos; su identificación con el Cordero revela su salvación mediante la fe en Cristo». Personalmente opino, sin oponerme a lo anterior, que lo del nombre del Cordero quizá tenga que ver con lo de la piedrecita blanca de 2:17, mientras que el nombre del Padre podría estar conectado con el sellado de 7:3 y ss., e indicaría (probablemente con el hebreo *le-Jehová)* que «estaban bajo la posesión y protección especial de Dios» (Bartina, *ob. cit.,* pág. 748).

2. En los versículos 2 y 3, vemos lo que hacían estos 144.000. Por su especial dificultad, preferimos dar aquí la versión literal de dichos versículos: «Y *oí una voz procedente* (gr. *ek) del cielo, como voz de muchas aguas, y como voz de un gran trueno; y la voz que oí* (era) *como de arpistas que arpeaban con sus arpas. Y cantan un cántico nuevo* (gr. *kainén,* reciente) *ante la vista del trono, y ante la vista de los cuatro seres vivientes y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino los 144.000, los que habían sido rescatados* (gr. *egorasménoi,* lit. *comprados en la plaza del mercado.* El verbo está en participio de pretérito perfecto medio-pasivo) *de* (gr. *apó* preposición de alejamiento) *los hombres* (es decir, de los moradores de la tierra)». Perdonen los lectores el neologismo *«arpear»* que traduce literalmente el original. «Arpear con el arpa» (mejor, con la cítara) es un semitismo, y por «arpa» hallamos *kithára* (de donde se deriva «guitarra»), el mismo vocablo de 5:8.

(A) Cuatro veces en un solo versículo sale el vocablo griego *phoné, voz* que, con el hebreo *qol,* admite gran número de sentidos. De ahí que nuestras versiones la traduzcan de distinta manera: «*voz … sonido ... estruendo»,* conforme lo exige el contexto.

(B) ¿Quiénes son los que tocan el arpa? Que son muchísimos, no cabe duda, puesto que Juan compara al estruendo de muchas aguas y al sonido estrepitoso de un gran trueno el volumen de la música que tocan los arpistas. Los que, como Walvoord, opinan que los 144.000 se hallan en el monte Sion de la tierra, al comienzo del reino milenario, se ven obligados a admitir una trasposición cronológica, en la que el cántico de los 144.000 en la Sion terrenal es como un eco retardado de la música que los arpistas tocan en el cielo en este momento.

(C) En mi opinión, los que tocan el arpa y cantan el cántico nuevo son los representados por los veinticuatro ancianos (comp. con 5:9); en otras palabras, la Iglesia arrebatada antes de la Gran Tribulación. Sería, pues, la Iglesia la que, al formar una orquesta y un coro de magnitud colosal, cantaría el nuevo cántico, «y el tema de este cantar de alabanza contendría muy probablemente, referidas a Dios como a fuente de todo bien, las peculiaridades que caracterizaban a los ciento cuarenta y cuatro mil» (Bartina, *ob. cit.,* pág. 749).

(D) ¿Cómo han llegado al cielo (según la opinión más probable) los 144.000 que aquí se mencionan? Puesto que fueron sellados para ser preservados (7:3–8), no llevan palmas de martirio en las manos, y hacen escolta al Cordero en la Sion celestial (única vez que el vocablo «Sion» ocurre en Apocalipsis), lo más probable es que hayan sido trasladados al cielo sin experimentar la muerte física, para seguir haciendo escolta al Cordero durante el Milenio. La última frase del versículo 3 añade mucha fuerza a esta opinión.

3. En los versículos 4 y 5 se nos describen las principales características actuales de estos 144.000: *«Éstos son los que no se contaminaron con mujeres, pues se conservaron puros. Ellos siguen al Cordero adondequiera que va. Fueron rescatados de entre los hombres y ofrecidos como primicias a Dios y al Cordero. No se halló ninguna mentira en sus bocas; son irreprochables»* (NVI).

(A) A primera vista, parece como si estos 144.000 fuesen célibes, totalmente consagrados a Dios (comp. con 1 Co. 7:25–35). Así opina Newell *(ob. cit.*, págs. 214–216). Pero es más probable que haya de tomarse en el mismo sentido de la «virgen» de 2 Corintios 11:2, 3, puesto que el matrimonio *no contamina* (v. He. 13:4). Dice W. M. Smith (*ob. cit.*, pág. 1.513): «En ninguna parte de las Escrituras se menciona la virginidad como tal, o el celibato, como sinónimo de santidad o como algo que equipa especialmente a una persona para el servicio divino. La familia es una institución divina desde el comienzo de la Escritura». En efecto, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento, los personajes que desempeñan los más elevados ministerios son recomendados como buenos esposos y padres de familia (v. por ej. 1 Ti. 3:2, 4, 5). La virginidad ha de tomarse, pues, en este texto, «con respecto a la pureza espiritual, esto es, no se han contaminado con el amor del mundo o con el compromiso con el mal, sino que se han conservado puros en una situación mundial que es moralmente sucia» (Walvoord, *ob. cit.*, pág. 216). (V. también 2 R. 19:21; Is. 37:22; Jer. 18:13; 31:4, 21; Lm. 2:13; Am. 5:2).

(B) Lo de que *«siguen al Cordero adondequiera que va»*, como escolta personal, tiene ya validez con respecto al tiempo inmediatamente anterior al Milenio, pero la afirmación se entiende prolépticamente de todo el reino mesiánico milenario, que se va a inaugurar poco después del final de la Gran Tribulación (v. el comentario a Dn. 12:11, 12).

(C) Lo de que *«fueron rescatados* (el mismo verbo del v. 3) *de* (la misma preposición del v. 3) *los hombres»*, equivale (y explicita) al *«rescatados de la tierra»* del versículo 3. ¿En qué sentido son *«primicias»* estos 144.000? El vocablo «primicias» designa siempre, en la Biblia, los primeros frutos del comienzo de una cosecha (comp. con 1 Co. 15:23). Aquí «parece referirse … al comienzo del reino milenario. Los 144.000 son el núcleo piadoso de Israel que es la garantía de la redención de la nación, y la gloria de Israel que ha de manifestarse en el reino» (Walvoord, *ob. cit.*, pág. 216).

(D) La última característica que se les atribuye (v. 5) es que *«no se halló ninguna mentira en sus bocas; son irreprochables»* (NVI). El vocablo *«mentira»* (gr. *pseúdos)* ha de tomarse en el sentido bíblico de una vida alejada de la verdad y, por tanto, falsa. De las diez veces que tal vocablo ocurre en el Nuevo Testamento, seis son de la pluma de Juan (aquí y en Jn. 8:44; 1 Jn. 2:21, 27; Ap. 21:27; 22:15). Basta examinar dichos textos para percatarse de su verdadero significado. De ahí, la conclusión: *«son irreprochables»* (gr. *ámomoi*, el mismo vocablo de Hebreos 9:14; 1 P. 1:19—aplicados a Cristo—, entre otros lugares). En los LXX, el vocablo *ámomos* es aplicado, por ejemplo, a las reses que habían de ofrecerse en sacrificio a Jehová (v. Lv. 1:3, 10 *«sin defecto»).* Si se aplica a seres humanos (exceptuando a Cristo), significa «sin tacha», no «sin pecado».

Versículos 6–7

Estos versículos nos presentan, dice Ryrie, «la última llamada de gracia de Dios al mundo antes del regreso de Cristo en juicio». Es un ángel quien la proclama: *«Luego vi otro ángel que volaba por el cenit del firmamento, que llevaba el eterno mensaje de la Buena Noticia para anunciarlo a los que viven en la tierra—a toda nación, tribu, lengua y pueblo. Decía con voz potente: "Reverenciad a Dios y dadle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio. Adorad al que hizo los cielos, la tierra, el mar y las fuentes de agua"»* (NVI).

1. La mención de *«otro ángel»* (v. 6) hace clara referencia a un ángel que ha sido mencionado anteriormente y del que éste es «otro» (gr. *állon*, otro de la misma serie). ¿A qué ángel, anterior a éste, se refiere aquí Juan? Lo más probable es que se refiera al de 11:15, ya que éste es el que toca la séptima y última trompeta, en cuya proclamación quedarán englobadas las siete copas de la ira de Dios, así como en el séptimo sello quedaron englobadas las proclamaciones de las siete trompetas. Así, pues, este ángel no es el mismo de 11:15, sino «otro». Recuérdese también que los capítulos 12 y 13 forman una especie de paréntesis en la secuencia cronológica del Apocalipsis.

2. El detalle (v. 6) de que *«volaba por en medio del cielo»* (lit.), esto es, por el cenit del firmamento, sirve para mostrar que se ha colocado en una posición desde la que todos los hombres del mundo puedan oírle.

3. En cuanto al *«evangelio eterno»* o *«eterno mensaje de la Buena Noticia»* que este ángel proclama, suele aplicarse por muchos predicadores a la salvación por gracia mediante la fe (Ef. 2:8) o a la fe en el Cristo muerto y resucitado (1 Co. 15:1–4). Tanto lo uno como lo otro están totalmente fuera del contexto actual. El Evangelio eterno que el ángel proclama está bien explícito en el versículo 7. Dice Walvoord (*ob. cit.,* pág. 217):

El evangelio eterno no parece ser el evangelio de la gracia ni el evangelio del reino, sino más bien la buena noticia de que, por fin, Dios está a punto de tratar al mundo con justicia y establecer su soberanía sobre el mundo. Éste es un evangelio eterno en el sentido de que la justicia de Dios es eterna. Dios continuará por toda la eternidad manifestándose a Sí mismo en gracia para con los santos y en castigo para con los malvados. Referirse al evangelio de la gracia como a un evangelio eterno es ignorar el contexto y el uso del vocablo.

4. Hasta ahora, Juan se había referido a los inconversos llamándolos «los moradores de la tierra», con un verbo que indica gran apego al lugar donde se vive, pero aquí usa un verbo muy diferente (¡el mismo de Lc. 1:79!), pues dice que este evangelio eterno es proclamado *«sobre los que están sentados sobre la tierra …»* (lit.). Están sentados, pero no precisamente por rebeldía, sino por la oscuridad de la ignorancia del plan salvífico de Dios (comp. con Lc. 1:79).

5. Por eso, el contenido del mensaje, conforme lo vemos en el versículo 7, va claramente dirigido a los idólatras, incapaces todavía de conocer las profundidades del Evangelio de la gracia, pero a quienes se exhorta a reverenciar y reconocer al único Dios verdadero y adorarle como al único Creador del Universo. Contra la opinión de Bartina (*ob. cit.,* pág. 752), este mensaje no se parece al de Jesús en Marcos 1:15 sino al de Pablo en Hechos 17:30.

6. El texto sagrado no dice si alguien (o muchos) escucha de corazón el mensaje y se convierte al Dios verdadero. Según dijimos en el comentario a 11:13, lo más probable es que nadie vaya a convertirse sinceramente a Dios en esta última parte del período de la Gran Tribulación.

Versículo 8

Aquí entra en escena otro ángel con otro anuncio: *«Un segundo ángel le siguió y dijo: "¡Caída! ¡Caída está Babilonia la Grande, la que daba a todas las naciones de beber del vino embriagador de su fornicación!"»* (NVI).

1. Aunque el texto sagrado no lo dice, se supone que también este ángel vuela por el cenit del firmamento, a fin de que todos puedan oír lo que va a proclamar. Teniendo en cuenta la importancia del mensaje que el primer ángel (vv. 6, 7) ha proclamado, es de esperar que también el mensaje de este otro ángel sea importante.

2. En efecto, el mensaje es importante y resume prolépticamente lo que veremos después en los capítulos 17 y 18, ya que allí se habla de la misma «Babilonia la Grande» (v. por ej. 17:5). El mensaje consta de tres puntos:

(A) Anuncia primeramente la caída de «Babilonia la Grande». Aun cuando aquí no se dan detalles, los capítulos 17 y 18 nos declaran que, en realidad, hay dos caídas: (a) En el capítulo 17, vemos la descripción y la caída de la Babilonia religiosa, «la Gran Ramera», cuando la amistad y el apoyo que el Anticristo le ha prestado al principio de la Gran Tribulación se conviertan en odio y persecución a muerte (17:16). (b) En el capítulo 18, contemplaremos la caída y destrucción de la Babilonia politicoeconómica.

(B) Especifica después el ángel que *«Babilonia la Grande»* tenía tratos con *todas las naciones.* Hay quienes opinan que, en este período, habrá sido reedificada la Babilonia literal que existió hace muchos siglos a orillas del Éufrates. Sin embargo, el texto sagrado de los capítulos 17 y 18 no deja lugar a dudas de que se trata de Roma, de la actual ciudad de Roma, no de ninguna otra ciudad. No se pierda de vista que Roma es: (a) El centro religioso del mayor poder, sobre las conciencias y los bolsillos, que existe en el mundo. Allí reside el Papa, tratado con las mayores muestras de veneración por todos los poderes políticos de la tierra (con muy escasas excepciones); (b) El centro del nuevo «Imperio» Europeo, desde donde el Anticristo va a dominar al mundo durante la Gran Tribulación.

(C) Se declara finalmente, bajo metáforas, la perversa actividad que la tal Babilonia (la Babilonia religiosa) ha llevado a cabo en su trato con todas las naciones. Dice textualmente el original: «… *La que ha dado a beber a todas las naciones del* (gr. *ek) vino del furor de su fornicación»*. Opina Walvoord (*ob. cit.*, pág. 218) que las últimas palabras del versículo *«del vino del furor de su fornicación»* habrían de desdoblarse en dos: *«el vino de la ira de Dios»* (v. 14:10) y «*el vino de su fornicación»* (v. 17:2), como si el versículo que tenemos delante propusiese una «abreviatura» *(shortened expression)* de los dos versículos citados. Contra esta interpretación se me ofrecen dos graves objeciones:

(a) El griego de este versículo no tiene *orgués* (ira), sino *thumoú* (genio, pasión, furor), con lo que el sentido obvio de la frase es, como traducen muchas versiones, *«vino embriagador»* (NVI) o *«vino ardoroso»* (Bartina), etc. (comp. con Jer. 25:15, 16). Esta es la expresión con que el texto sagrado da a entender la tremenda influencia, realmente seductora, embriagadora y estupefaciente, que el aparatoso fausto (ceremonias, vestiduras, alhajas, etc.) y la retórica de «oráculo espiritual» de los jefes del Vaticano ejercen sobre *todas las naciones.*

(b) La frase forma un todo completo, que no puede desdoblarse: Es el *«vino embriagador de su fornicación»*. No cabe aquí ninguna alusión a la «ira de Dios», sino a la corrupción espiritual que la Babilonia religiosa, la Iglesia apóstata, ha ejercido en todos los países de la tierra, traficando con lo más sagrado y abusando de su poder politicotemporal para encadenar la conciencia de quienes se le someten.

Versículos 9–12

Aparece ahora un tercer ángel anunciando el castigo que les espera a los adoradores de la bestia, es decir, del Anticristo: *«Un tercer ángel les siguió y decía con voz potente: "El que adore a la bestia y a su estatua, y reciba su marca en la frente o en la mano, beberá también del vino del furor de Dios, que ha sido escanciado sin rebajar en la copa de su ira. Será atormentado con azufre ardiente en presencia de los santos ángeles y del Cordero. Y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. No hay descanso ni de día ni de noche para los que adoran a la bestia y a su estatua, ni para nadie que reciba la marca de su nombre". Esto exige constancia de parte de los creyentes que guardan los mandamientos de Dios y permanecen fieles a Jesús* (comp. con 12:17b)» (NVI).

1. Léase 13:14–17, para ver lo que les espera precisamente (v. 9) a los que se han sometido incondicionalmente al gobierno del Anticristo. Por una especie de ley del talión, los que han sido embriagados con el vino estupefaciente de la *«Madre de las prostitutas»* (17:5. NVI) van a recibir el vino de la copa de la ira de Dios (v. 10). Este vino es más fuerte que el de la Gran Ramera, porque está *«sin rebajar»* (lit. *mezclado sin mezclar).* Dice Bartina *(ob. cit.*, pág. 754):

Antes de servir el vino en los banquetes de Grecia y Roma clásicas, lo vertían de los jarros en copas, donde lo mezclaban con otros vinos, con especias, o lo rebajaban con agua … Dar del vino fortísimo del furor de Dios, sin rebajarlo con agua de misericordia, es lo mismo que emborrachar de castigo fortísimo merecido a los que habían admitido el brebaje embriagante del meretricio de la Roma idolátrica.

Por supuesto, el jesuita Bartina no aplica esto a la Iglesia apóstata, sino a la Roma pagana de tiempos del apóstol Juan.

2. El castigo que se les impone, de parte de Dios, a los que se plegaron a las exigencias idolátricas del Anticristo y admitieron la corrupción espiritual de la Mujer montada sobre la Bestia, contiene cinco elementos que agravan considerablemente el dolor de los que van a ser así castigados:

(A) *«Será atormentado»*. El verbo griego *basanízo*, que ocurre cinco veces en Apocalipsis (aquí y en 9:5; 11:10; 12:2 y 20:10, además de otras siete veces en el resto del Nuevo Testamento), indica ya de suyo algo duro de soportar. La singularización *«si alguno …»* (v. 9b) constituye una apelación al *individuo,* lo cual siempre produce mayor impacto que cuando la advertencia se dirige a un grupo o a la «masa», pues los que sufren suelen sentir una especie de alivio si ven sufrir también a otros, por aquello de «mal de muchos, consuelo de bobos».

(B) *«Con azufre ardiente»* es una expresión que nos recuerda el castigo de las ciudades de Pentápolis en Génesis 19:24, 28 (comp. con Is. 34:9 y ss. Jud. 7), pero el uso que hace de ella el Apocalipsis (19:20; 20:10, 14; 21:8; nos indica que estamos ante el terrible infierno eterno.

(C) *«A la vista de los santos ángeles y a la vista del Cordero»* (lit.) es una circunstancia que, en casos de bienaventuranza, serviría de mayor bendición, pero en el caso de los condenados al infierno, este juicio

resulta más insoportable (comp. con 6:16, 17). Dice Bruce (*ob. cit.*, pág. 1.701): «¿No ha de resultar más aguda la angustia de ellos por la presencia misma de aquel a quien han negado con su apostasía?»

(D) Este castigo es eterno, pues durará *por los siglos de los siglos* (v. 11). El humo sube siempre que algo se está quemando más abajo, y el texto no dice «el humo de su fuego», sino *«el humo de su tormento»,* con lo que se da a entender que el humo dura tanto como el tormento. Por tanto, si el humo sube *por los siglos de los siglos* es porque el tormento dura *por los siglos de los siglos.* Sólo el pensamiento de tan horrible y perpetuo tormento es ya espeluznante, pero, ¿no es así como el lector inconverso debe echarse a temblar y, tras de un temor saludable, acudir con fe y gratitud a los pies de la cruz? (comp. Mt. 10:28; Lc. 12:5).

(E) Lo insoportable de tal tormento se echa de ver también en la frase *«y no tienen reposo día y noche»* (v. 11b. Lit.). El tormento se abate sobre los condenados sin pausa alguna de día y de noche. ¿Cuántos días y cuántas noches? No tienen número, porque es «para siempre». Dice Walvoord (ob. *cit.*, pág. 219):

La justicia de Dios es tan inexorable como es de infinito el amor de Dios. El amor de Dios no es libre para expresarse a los que han despreciado a Jesucristo. El tormento de éstos no es momentáneo, pues es descrito en el versículo 11 como continuando para siempre, literalmente «por los siglos de los siglos», la expresión más fuerte de eternidad de la que es capaz el griego. Para poner de relieve la idea de un continuo sufrimiento, se declara que no tienen reposo de día o de noche … Así como el culto de adoración a la bestia no es interrumpido mediante el arrepentimiento, así tampoco es interrumpido el tormento de ellos ahora que es demasiado tarde para arrepentirse. Cuán peligroso es para los hombres jugar con religiones falsas, que deshonran a la Palabra encarnada y contradicen a la Palabra escrita.

3. El versículo 12 se parece muchísimo a la última frase de 13:10, pero aquí se añade de estos «santos» que son *«los que guardan* (gr. *teroúntes*, en participio de presente continuativo. El verbo indica una observancia positiva) *los mandamientos de Dios y la fe* (o *fidelidad) de Jesús»* (lit.). Esta frase nos lleva a 12:17, y Davidson está en lo cierto (*ob. cit.*, pág. 282) cuando afirma que, conforme a 6:9–11, «son los judíos martirizados, debajo del altar, que claman para que Dios haga justicia». Estos judíos han sido objeto especial de la persecución del Anticristo y hasta de parte de la Iglesia apóstata. Es necesario tener en cuenta esto para comprender mejor algunas frases del versículo 13. V. el comentario a 12:17.

Versículo 13

Este versículo debe leerse en conexión con el anterior. Dice así en la NVI: *«Luego oí una voz que salía del cielo y decía: "Escribe: Felices los muertos que mueren en el Señor desde ahora". "Sí", dice el Espíritu, "descansarán de sus fatigas, porque sus obras marchan a su lado con ellos"».*

1. Como en el versículo 2 y en 10:4, 8; 11:12; 18:4 y 21:3, Juan oye *una voz procedente del cielo,* es decir, «una comunicación directa de parte de Dios, en contraste con la comunicación hecha mediante un ángel» (Walvoord, *ob. cit.*, pág. 220).

2. La voz de Dios declara «dichosos» (gr. *makárioi)* a los que mueren cristianamente *(«en el Señor») desde ahora,* de aquí en adelante. «La referencia, dice Walvoord en el mismo lugar, no es, en general, a todos los santos que mueren, sino, especialmente, a los que mueren en este período, esto es, como mártires de la fe». En efecto, además de ese «desde ahora» (gr. *ap' ' árti),* tenemos que el verbo *«los que mueren»* (lit.) está en participio de presente, lo cual fija claramente el tiempo como «desde ahora en adelante».

3. La frase *«descansarán de sus fatigas»* (gr. *kópon*, trabajo duro, con esfuerzo y fatiga) nos muestra, por una parte, la conexión con 6:11: *«se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo»* (lit.); y, por otra, nos muestra que lo de *«fatigas»* se refiere a los sufrimientos que han padecido por su constancia en mantener la fe de Jesús. Dice F. F. Bruce (*ob. cit.*, pág. 1.701): «Los *"trabajos"* de los que descansan son los padecimientos que han aguantado, no las obras que han llevado a cabo».

4. La frase *«porque sus obras marchan a su lado con ellos»* (lit. *siguen con*—gr. *metá*, preposición de compañía—*ellos)* es muy interesante:

(A) Especifica primero que las obras a que se refiere el texto son, principalmente, la constancia con que han sufrido por obedecer a Dios antes que a los hombres, y la fidelidad que han guardado a su

Salvador. El descanso que ahora se les ofrece es una recompensa, no a sus méritos, sino a las obras con que han manifestado la genuinidad de su fe (comp. con Ef. 2:10; Stg. 2:14 y ss.).

(B) Por eso, el texto no dice que sus obras «van por delante», como si exigiesen una recompensa al mérito, ni tampoco que «les siguen por detrás», como si tuviesen que esperar a que Dios les juzgue, sino que «les acompañan» como una buena escolta. Ciertamente, lo único que nos acompaña hasta la otra vida es aquello con que hemos enriquecido nuestro carácter espiritual *(«oro, plata, piedras preciosas …»,* 1 Co. 3:12).

Versículos 14–16

Estos versículos ponen ante nuestra vista el espectáculo de una recolección especial: *«Miré, y allí había ante mis ojos una nube blanca; y sentado sobre la nube estaba uno "como un hijo de hombre", con una corona de oro en su cabeza, y una hoz afilada en su mano. Entonces salió otro ángel del santuario y gritó con voz potente al que estaba sentado sobre la nube: "Toma tu hoz y siega, porque ha llegado el tiempo de segar, pues la cosecha de la tierra está madura"* (lit. *seca). Así pues, el que estaba sentado sobre la nube empuñó su hoz sobre la tierra, y la tierra quedó segada»* (NVI).

1. Ésta es la única vez que, en la Biblia, se habla de una nube *blanca,* para poner de relieve «la pureza absoluta del motivo y la perfecta justicia del juicio divino» (Davidson, *ob. cit.*, pág. 287). Las múltiples referencias escriturales a la nube y al «Hijo del Hombre» nos dan, con toda certeza, la identificación de este personaje con el Señor Jesús (v. por ej. Éx. 16:10; 24:16; Dn. 7:13; Mt. 17:5; Ap. 1:13). Se presenta, pues, aquí a Jesucristo cuando se dispone a juzgar a los hombres impíos en cumplimiento de lo que Él mismo confesó ante Caifás (v. Mt. 26:64; Jn. 5:27–30).

2. Junto con la *«nube blanca»* se destaca también el detalle específico de la *«hoz afilada»* (gr. *drépanon*—vocablo del que se deriva «trepanación»—*oxú*—de donde procede «óxido»—). El adjetivo especifica que la hoz va a cortar «limpiamente», sin llevarse por delante el trigo, sino sólo la cizaña. Al comparar esta «hoz afilada» con la «espada afilada» (gr. *rhomphaía oxeía* de 1:16; 2:12; 19:15), dice Davidson (*ob. cit.*, pág. 287): «La espada afilada era para dividir, separando del pecado a los pecadores y convirtiéndoles en santos. La hoz afilada es diferente, es un instrumento para cosechar, cortando limpiamente».

3. A pesar de los datos que identifican claramente al que está *sentado sobre la nube* (v. 14), hay algunos comentaristas (entre ellos, Bartina) que ven en él a un ángel, quizá por la aparente dificultad de que el Señor «reciba órdenes» de un ángel. Pero no se trata de recibir órdenes, sino un comunicado del Padre, por medio de un ángel, al Mediador y Juez de los hombres. Así lo entienden la mayoría de los autores (entre ellos, Bruce, Walvoord, Salguero, Davidson, Hendriksen, Grau). No se pierda de vista la dramatización con que el suceso se presenta ante los ojos del vidente. Es algo parecido al caso de un jornalero que le dice al amo de una finca: «Ya puedes comenzar la siega, pues la cosecha está a punto». Advierte Davidson a este respecto (*ob. cit.*, págs. 288, 289):

«Se nos dan en la Palabra de Dios dos aspectos en cuanto a la cosecha madura. La cosecha para el Reino de Dios, y la cosecha para el reino de las tinieblas. Con respecto a la cosecha para el Reino de Dios, dijo el Señor Jesús: "¡Abrid vuestros ojos y mirad los campos! Ya están las mieses en sazón para la siega" (Jn. 4:35. NVI) … *La segunda cosecha es la cosecha del reino de las tinieblas. Mientras que la cosecha para el Reino de Dios se está perdiendo por falta de obreros, la cosecha de las tinieblas está creciendo rápidamente. En el último medio siglo (Davidson escribía esto en 1969), aproximadamente la mitad de la raza humana ha caído bajo la influencia del comunismo ateo, y el líder ruso se jactó recientemente de que, en un espacio de otros siete años, todo el mundo estaría bajo el dominio comunista (Brezhnev resultó, en esto, muy mal profeta—el paréntesis es mío). Sea como sea, no puede negarse que el vicio y la perversidad van en aumento en todas partes. "Meted la hoz, porque la mies está ya madura. Venid a pisar, porque el lagar está lleno y rebosan las cubas; porque es mucha la maldad de ellos. Multitudes y multitudes en el valle de la decisión porque cercano está el día de Jehová en el valle de la decisión"* (Jl. 3:13, 14)».

4. Sin embargo, sería muy aventurado (a pesar de la opinión de algunos autores) asegurar que la cosecha de los versículos 15 y 16 se refiere a cosecha de los santos, y la vendimia de los versículos siguientes a vendimia de los impíos. Dice Alford (citado por Walvoord, *ob. cit.*, pág. 222): «El texto

mismo no nos dice qué es la primera cosecha. No hay en esta secuencia de profecías un suceso distintivo que presente claramente una cosecha de santos, y es, probablemente, preferible considerar la primera cosecha como los juicios en general que caracterizan el período este, y la segunda cosecha como la final que marca el clímax».

Versículos 17–20

En estos últimos versículos del capítulo 14 vemos a un ángel llevando a cabo la vendimia de los impíos: *«Salió otro ángel del santuario* (gr. *naoú) que está en los cielos, y también él llevaba una hoz afilada. Todavía salió del altar otro ángel, que tenía a su cargo el fuego, y gritó con voz potente al que llevaba la hoz afilada: "Toma tu hoz afilada y vendimia los racimos de la viña de la tierra, porque sus uvas están maduras". El ángel empuñó su hoz sobre la tierra, vendimió sus uvas y las echó en el gran lagar de la ira de Dios. Fueron pisadas en el lagar fuera de la ciudad, y salió sangre del lagar, subiendo hasta la altura de los frenos de los caballos en un espacio de 1.600 estadios"»* (NVI).

1. Una vez que, según la interpretación más probable, se ha hecho la siega de la mies, y se ha echado al fuego la cizaña, después de recoger el trigo en el granero de Dios, conforme a Mateo 13:37–39, la escena cambia y ya no es el Hijo del Hombre quien arroja la hoz a las mieses, sino un ángel que salió del santuario, es decir, del Templo Celestial, en señal de que llevaba orden de Dios, pues salía del lugar de Su especial presencia.

2. A este ángel del versículo 17, otro ángel (v. 18) le comunica la orden de efectuar la vendimia de *los racimos de la viña de la tierra, pues sus uvas están maduras* (gr. *ékmasan).* El verbo griego da a entender que no sólo han madurado las uvas, sino que están a punto de reventar de tan maduras. De este segundo ángel del versículo 18 se nos dice que sale, no sólo del Templo, sino, específicamente, *del altar,* es decir, el único altar que se nos presenta en Apocalipsis y que es, primordialmente, el de los perfumes, ya que es de oro (8:3; 9:13), y en él está el fuego (8:5). Por eso vemos que este ángel *«tenía a su cargo el fuego»* (NVI. Lit. *teniendo autoridad sobre el fuego).* Bien podría, pues, ser el mismo ángel de 8:3 y ss.

3. *El gran lagar de la ira de Dios* (v. 19) al que son echadas las uvas después de la vendimia, así como el que pisa las uvas, son datos fácilmente identificables a la luz de Isaías 34:1–7; 63:1–6; Joel 3:9–14, por una parte, y Apocalipsis 19:13–20, por otra. Tenemos aquí un dato muy interesante si comparamos los lugares del Antiguo Testamento con Apocalipsis 19:13–20, pues en Isaías y Joel es Jehová quien pisa las uvas, pero en Apocalipsis 19 es Jesucristo, *el Verbo de Dios,* quien lo hace.

4. Para poner de relieve la colosal carnicería de la batalla de Armagedón (16:16, comp. con 19:11–21), el autor sagrado nos dice que la sangre llegó *hasta la altura de los frenos de los caballos en un espacio de 1.600 estadios* (NVI), esto es, de unos 320 kilómetros. ¿Ha de entenderse esta cifra en sentido literal? Así lo entienden, entre otros, Walvoord, Newell y Ryrie. En cambio, otros, como Hendriksen, Grau, Bruce y Davidson, prefieren una interpretación simbólica, teniendo en cuenta que 1.600 es el cuadrado de 40. Davidson lo explica con el mayor detalle (*ob. cit.*, pág. 294): «Cuatro es el número simbólico de la tierra. Aquí está elevado al cuadrado para indicar algo completo, y multiplicado por mil para mostrar llenura y su enorme extensión, de modo que la expresión equivale a decir "mundial"». Personalmente opino que no hay por qué descartar la interpretación literal, aunque es posible que la altura de los frenos de los caballos no indique el nivel mismo al que subía la sangre, sino al que llegaban las salpicaduras producidas por los cascos de los caballos. Por supuesto, no es probable que una batalla futura se lleve a cabo con caballos literales. El hecho, sin embargo, puede ser literal a pesar de las metáforas. Dice Bartina (*ob. cit.*, pág. 758, 759):

Un estadio equivale a 192 metros. Se ha notado que de Tiro, situada al norte de Palestina, hasta Wadi al-Aris, al sur, hay 1.664 estadios (300 km). En este caso se incluiría toda Palestina como símbolo de totalidad de un reino. Se ha visto también que 1.600 = 4 × 400, como si se indicarán los cuatro puntos cardinales.

CAPÍTULO 15

Este breve capítulo (sólo 8 versículos) es una especie de introducción al cumplimiento de la proclamación de la séptima trompeta. Se divide en dos partes netamente distintas: I. Hay primero una nueva visión del cielo, en la que: 1. Siete ángeles se preparan a recibir las copas de la ira de Dios que después (cap. 16) será derramada sobre la tierra (v. 1); 2. mientras que los mártires procedentes de la persecución del Anticristo entonan un himno al Dios Omnipotente (vv. 2–4). II. Después de esto se abre el santuario celeste y los siete ángeles del v. 1 reciben las copas de oro, llenas de la ira de Dios (vv. 5–8).

Versículo 1

Dice este versículo en la NVI: «*Vi en los cielos otra señal grande y admirable: siete ángeles con las siete últimas plagas—últimas, porque con ellas quedará aplacada la ira de Dios*». En este versículo son de observar los siguientes detalles:

1. La serie final de las siete últimas plagas es introducida por lo que Juan llama *«otra señal grande y admirable»*, es decir, que produce asombro y admiración por ser un «signo» de algo importante que se va a referir a continuación. Los términos *«grande y admirable»* solamente aparecen juntos, en el Nuevo Testamento, en este versículo y en el versículo 3. Esta señal es la tercera de la serie. La primera está en 12:1, y la segunda en 12:3, donde se compendia el imperio de Satanás mediante el Anticristo. Así tenemos que, a la primera señal, corresponde la visión de Israel (la mujer de 12:1); a la segunda, el imperio final mundial, bajo el control de Satanás y de su agente principal, el Anticristo; a la tercera, el juicio de Dios sobre el poder satánico, en general, y sobre el poder político del Anticristo. *Siete* veces (aquí y en 12:1, 3; 13:13, 14; 16:14 y 19:20) usa Juan, en Apocalipsis, el término griego *semeíon*, señal.

2. Antes de pasar adelante, permítasenos compendiar el contenido de los capítulos 15 y 16, a fin de darnos cuenta, no sólo de lo que sigue, sino también del lugar que, en el libro del Apocalipsis, ocupan dichos capítulos: Los capítulos 15 y 16 nos conducen a la consumación de los acontecimientos que desembocan en la Segunda Venida de Cristo, descrita en el capítulos 19. En el versículo 1 del presente capítulo se habla de las *siete últimas plagas* que precederán a dicha venida. Recordemos (de 6:1–17 y 8:1) que hay *siete sellos.* El séptimo sello (los sellos indican «revelación») incluye los acontecimientos de las *siete trompetas* (v. 8:1–9:21; 11:15–19). La séptima trompeta (las trompetas significan «proclamación») incluye las *siete copas* de ira del juicio de Dios (las copas designan «ejecución»). Es un *crescendo* dramático y dramatizado. Así que el *séptimo sello del rollo* que lleva en su mano el Cordero incluye *todo* lo que ha de suceder en los últimos días. Las secciones parentéticas (10:1–11:14; caps. 13 y 14; caps. 17–19) no suponen ningún avance cronológico. Al capítulo 16 sigue inmediatamente el 19 en el desarrollo cronológico.

3. Dice Juan que vio en esta ocasión *«siete ángeles con las siete últimas plagas»*. Se trata de un nuevo grupo de 7 ángeles, puesto que va sin artículo. Se usa igualmente el número de perfección (siete), lo mismo que para los otros siete ángeles, los siete sellos, las siete trompetas. Al decir *«las últimas»*, indica que los otros dos grupos eran también plagas, es decir, juicios de Dios sobre un mundo perverso (v. 9:18, 20; 11:6; 13:3, 12, 14; 16:7–9; 18:8; 19:2; 22:18). Especifica Juan que las plagas que estos ángeles van a producir cuando derramen las copas de la ira de Dios *serán las últimas, porque con ellas quedará aplacada* (lit. *cumplida;* gr. *eteléstheˌ* en aoristo pasivo, de una vez por todas—es el mismo verbo de Juan 19:30, pero en distinto tiempo—), es decir, consumada, *la ira de Dios,* pues el resto impenitente de la humanidad, mencionado en 9:20, 21, va a ser castigado como se merece. El original usa el término *thumós,* furor, porque este juicio es la expresión *actual* de la ira (gr. *orgué),* la cual es un sentimiento permanente. El vocablo *furor* es así el máximo exponente de la fuerza de este juicio de Dios.

4. En la presentación que Juan hace, en el versículo 1, de los *siete ángeles con las siete últimas plagas,* el vidente se adelanta a lo que refiere después en el versículo 7, pues es, en realidad, entonces, después del himno de los mártires, cuando los siete ángeles reciben las anchas copas de oro *llenas de la ira* (de nuevo, *thumoú*, del furor) *de Dios.* La razón por la que Juan menciona eso en el versículo 1 es porque, al saber el cometido que a estos ángeles va a ser encomendado, le sirve como de epígrafe para este capítulo y para el siguiente.

Versículos 2–4

Luego de la presentación en escena de los siete ángeles, Juan ve el cielo centelleante de luz y, en él, a los mártires producidos por la persecución del Anticristo, y les oye cantar *«el cántico de Moisés y el del Cordero»:* Dicen así estos versículos en la NVI: «*Y vi como un mar de vidrio, mezclado con fuego y, de pie junto a la orilla del mar, a los que habían salido victoriosos de la bestia, de su estatua y del número de su nombre. Tenían arpas de Dios y cantaban el cántico de Moisés, el siervo de Dios, y el cántico del Cordero:*

Grandes y maravillosas son tus obras,
Señor Dios Todopoderoso.
Justos y fieles son tus caminos,
Rey de los siglos.
¿Quién no te temerá, Señor,
y no dará gloria a tu nombre?
Porque sólo tú eres santo.

Todas las naciones vendrán
y se prosternarán ante ti,
porque tus actos justos han quedado manifiestos».

1. Lo del *«mar de vidrio»,* que ya vimos en 4:6, sirve para indicarnos la serenidad del cielo, donde no hay olas que se agiten como en los mares de la tierra. Aquí aparece *«como … mezclado con fuego».* Todos los símbolos están llenos de sentido: El mar refleja la gloria de Dios; en el capítulo 4:6 es *«semejante al cristal»* (gr. *hómoia krustállo),* e indica la santidad de Dios; aquí está *mezclado con fuego,* porque simboliza el juicio divino que surge precisamente de las demandas de Su santidad. El hecho de que sus santos puedan sostenerse sobre él refleja la fidelidad de Dios en mantener a los Suyos allí a semejanza de Su carácter divino. Ironside sugiere que ese mar simboliza la Palabra de Dios con sus muchas y preciosas promesas (v. 2 P. 1:4). Por su parte, Bartina *(ob. cit.*, pág. 760) hace la observación siguiente: «El pavimento del cielo (4:6) inmenso como mar y traslúcido como cristal, estaba *mezclado con fuego* (gr. *memigménen purí*). Se ha de tener presente que el gran mar del firmamento, visto por arriba, era el pavimento celeste, según los hebreos. Nunca hay olas en el azul del firmamento». Según el mismo autor, lo de *mezclado con fuego* no significa «rayos» ni «relámpagos», sino que equivale a centelleo, porque—dice él—: «Como en el cielo brillan las estrellas, lucían también por la otra parte».

2. El original dice que, *de pie sobre el mar hialino* (no, a la orilla), *estaban los vencedores* (en participio de presente, como si la procesión de vencedores no se hubiese acabado todavía). Obtenían esa victoria *de* (gr. *ek*, preposición de origen) *la bestia y de su imagen y del número de su nombre* (lit.), es decir, de las tres agencias de persecución mencionadas en el capítulo 13. Han sido martirizados por la Bestia a causa de su fidelidad (v. 13:1–10); su resurrección y su galardón aparecerán en 20:4–6.

3. El versículo 2 termina diciendo que *«tenían arpas de Dios»,* es decir, conforme al uso de esta figura—un superlativo—en otros lugares, arpas de un número de cuerdas mucho mayor que el acostumbrado. Dice Bartina *(ob. cit.*, pág. 760): «Al principio el *kinnor* poseía solamente tres o cuatro cuerdas. Más tarde tuvo éxito persistente el de siete. Luego llegó a tener ocho, diez e incluso quince. Por la cantidad de cuerdas se expresa la amplitud y calidad musical de la instrumentación y, por ende, el vuelo de la cantata (cf. 3:1; 5:6)». Nótese la ausencia de arpas en 7:9–17, lo cual indica ahora una posición privilegiada de los que han muerto por no adorar a la Bestia, etc.

4. Los versículos 3 y 4 nos hablan del cántico (o cánticos) que los mártires entonan, acompañándose de sus grandes arpas. No está claro si los cánticos son dos o tres o uno solo. Bartina se inclina por tres. Otros (entre ellos, Bruce, Davidson, etc.) opinan que son dos. Citando a Lee, W. Smith se inclina por uno solo. Dice así *(ob. cit.*, pág. 1.514): «El cántico en que Moisés celebró la liberación de Egipto es renovado ahora y recibe su perfecto final cuando el pueblo de Dios es libertado definitivamente por el Cordero». Me inclino por la opinión de Bruce, quien aduce Éxodo 15:1–18; Deuteronomio 32:4, como reminiscencias recogidas aquí como *cántico de Moisés* (comp. Éx. 32:4 con Ap. 15:3), y Apocalipsis 5:12 como base para el *cántico del Cordero.* Nótese el epíteto *«el siervo de Dios»,* que se aplica aquí a Moisés, conforme al título que Dios mismo le otorgó (v. Nm. 12:7; Jos. 1:1).

5. Con respecto al cántico mismo que nos ofrecen los versículos 3b–4, destacan los siguientes detalles:

(A) Además de los lugares citados como base de este nuevo *«cántico de Moisés»* (¿y del Cordero?), que son Éxodo 15:1–18 y Deuteronomio 32:3, 4, pueden verse también Salmos 86:9; 111:2; 139:14; Isaías 66:23; Jeremías 10:7 y Oseas 14:9.

(B) La expresión *«grandes y admirables»* con que comienza el cántico (v. 3b), sólo se halla aquí y en el versículo 1 (en singular) en todo el Nuevo Testamento, como ya indicamos anteriormente. Los dos vocablos se hallan dispersos en muchos otros lugares, pero sólo en Apocalipsis 15:1, 3 se hallan unidos.

(C) El cántico glorifica el poder, la justicia y la rectitud de los caminos de Dios y Su santidad incomparable, a la vez que anticipa la universalidad del culto que se le tributará durante el Milenio (v. 4). En el original faltan los verbos, pero el pensamiento parece ser de un tiempo presente con intención de futuro. Los *caminos de Dios* (Su conducta característica constante) son llamados aquí *justos* por su perfecta rectitud, y *verdaderos* (gr. *alethinaí)* por su fidelidad en cumplir sus promesas, aun cuando el término griego puede tener mayor amplitud: son genuinos, conforme a verdad, cual compete al que es la Verdad por esencia. Los mejores MSS terminan el versículo 3 con el epíteto *«el Rey de las naciones»*, aunque son muchos también los MSS que dicen *«de los siglos»;* y unos pocos, *«de los santos»*. No cabe duda, como hace notar Walvoord, que el primero cuadra mejor con el actual contexto de soberanía universal de Dios.

(D) En el versículo 4, la frase *«pues* (Tú) *solo* (eres) *santo»* (lit.) expresa el carácter esencialmente santo (gr. *hósios,* sagrado) de su persona y de todo lo que de Dios emana: propósitos, actividades, promesas, preceptos, etc. Lo de *«tú solo eres santo»* indica también que solamente Dios tiene en sí, esencialmente y como en su fuente, la santidad (comp. con Lc. 18; 19; Jn. 17:3; 1 Ti. 6:16). La interrogación con que comienza el versículo 4 da a entender que, aunque ahora (durante la Gran Tribulación) sean muchos los que no le temen ni le glorifican, se vislumbra un próximo futuro en que ello se cumplirá (comp. con 14:7; Jer. 10:7). El final mismo del versículo lo confirma (comp. con Sal. 2:8, 9; 24:1–10; 66:1–4; 72:8–11; 86:9; Is. 2:2–4; 9:6, 7; 66:18–23; Dn. 7:14; Sof. 2:11; Zac. 14:9). Por eso, se concluye con la manifestación de los justos juicios de Dios; de un Dios todopoderoso, recto, verdadero, santo, justo y digno de ser adorado. Hay quienes piensan que el gozo de los santos es no sólo porque la ira de Dios tiene su *cumplimiento,* sino también su *acabamiento* (v. 1).

Versículos 5–8

En estos versículos vemos de nuevo a los siete ángeles que nos fueron presentados en el versículo 1. Juan describe primero (vv. 5, 6) la apertura del santuario y el porte de los ángeles; luego (vv. 7, 8), el acto de entrega de las siete copas de oro, llenas de la ira de Dios, en un escenario que realza la gloria del Señor por medio de una de sus más extraordinarias manifestaciones.

1. Dicen los versículos 5 y 6 en la NVI: *«Después de esto miré y fue abierto en los cielos el santuario, esto es, el tabernáculo del testimonio. Del santuario salieron los siete ángeles con las siete plagas. Iban vestidos de lino puro y brillante e iban ceñidos con fajines de oro a la altura del pecho».*

(A) Otra visión introductoria de los grandes e inminentes juicios de Dios. *«Miré y fue abierto …».—expresión* de algo dramático *nuevo—:* Se abre el Lugar Santísimo Celeste. Una vez más se menciona el santuario *(naós,* que, a diferencia de *hierón,* designa siempre el santuario propiamente dicho) en unas frases que nos recuerdan las de 11:19. Se equivoca W. Smith al afirmar que «ésta es la última vez que ocurre en este libro el vocablo que se traduce por *santuario»,* ya que dicho vocablo vuelve a salir nada menos que siete veces más: en los versículos 6 y 8 (dos veces en el v. 8) de este capítulo 15, y en 16:1, 17; 21:22 (dos veces). En cambio, el vocablo *skené,* tabernáculo, sólo sale tres veces en todo el libro: aquí, en 13:6 y en 21:3. Lo de *tabernáculo* o *tienda de campaña* nos recuerda que «el primer templo que tuvo el pueblo de Israel fue la inmensa tienda de campaña, al estilo beduino, que acompañaba y presidía a los isrelitas en su camino por el desierto antes de entrar en la tierra prometida y después de la liberación de Egipto» (Bartina, *ob. cit.,* pág. 762).

(B) Aunque, a diferencia de 11:19, aquí no se menciona el Arca del pacto, el texto dice *«tabernáculo del testimonio»,* lo que, aun cuando hace referencia a toda la estructura, se refiere especialmente a la presencia, en el Arca, de las tablas de piedra con los diez mandamientos o Decálogo, puesto que el tabernáculo se llamaba «del testimonio» precisamente porque en él se guardaba el Arca del pacto, que contenía las tablas de la Ley, las cuales daban testimonio de la alianza pactada por Dios con su pueblo en el Sinaí. Caird hace notar que todo ello se asemeja al Éxodo triunfal—a través del mar Rojo—tras la

última plaga, y la llegada al Sinaí, por lo que se pone de relieve en el versículo 5 el *«tabernáculo del testimonio»,* que tenía las tablas de la Ley. En 11:19, a Juan le fue presentada el *Arca;* ahora, el *Testimonio.* Lo de *«fue abierto»,* lo mismo aquí que en 11:19, es algo así como si se descorriera una cortina.

(C) Añade el texto sagrado (v. 6) que *«del santuario salieron los siete ángeles* (los ya conocidos del v. 1) *con las siete plagas»* (NVI). Sólo ellos—seres «santos»—pueden entrar, como el sumo sacerdote, en el Lugar Santísimo (comp. con Is. 6:1 y ss.). Aunque todavía no les han sido entregadas las copas que producirán las plagas, se dice que ya *tienen* (en participio de presente) *las plagas* (lit.), porque son ellos los comisionados para tal menester. Ya desde ahora tenemos gran cantidad de símbolos magníficos, pues el ambiente de santidad que los envuelve indica que salen para ejecutar los juicios que la santidad de Dios demanda.

(D) En efecto, el porte de estos ángeles es altamente significativo: (a) *Van vestidos de lino puro* (gr. *katharón*, limpio), lo que, como en 19:8, indica rectitud de conducta, como es propia de los ángeles santos, no caídos. Algunos MSS leen *líthon*, piedra (comp. con Ez. 28:13, acerca del ex querubín Lucifer) en lugar de *línon*, lino. Esta última lectura es mucho más probable, pues está mejor atestiguada. (b) No obstante, de estos ángeles no se dice que hayan blanqueado sus ropas en la sangre del Cordero, por cuanto la redención no tiene por objeto los ángeles, sino los hombres (v. He. 2:16). (c) El lino de sus vestiduras es *brillante* (gr. *lamprón—de* donde «lámpara»—), para designar el reflejo de la gloria de Dios, ante cuya presencia ministran y del que reciben las comisiones que llevan a cabo. (d) Los *fajines de oro a la altura del pecho* son símbolo de nobleza, como en 1:13, así como de pureza, ya que su función es sagrada como la de los sacerdotes.

2. Viene enseguida el acto de entrega de las siete copas anchas a los siete ángeles (vv. 7, 8): *«Entonces uno de los cuatro seres vivientes dio a los siete ángeles siete anchas copas de oro, llenas de la ira de Dios, que vive por los siglos de los siglos. Y el santuario quedó lleno del humo que procedía de la gloria de Dios y de su poder, y nadie podía entrar en el santuario hasta que quedasen cumplidas las siete plagas de los siete ángeles»* (NVI).

(A) Con la entrega de las siete copas se simboliza la autorización que se otorga a los ángeles para que las usen conforme a los propósitos de Dios, que son aquí de juicio, pues están *llenas del furor de Dios* (lit.). El vocablo *«llenas»* da a entender la magnitud del juicio que Dios va a ejecutar sobre una humanidad rebelde e impenitente. El griego dice, una vez más, *thumoú*, furor—como explosión de la ira, más bien que la ira (gr. *orgué)* misma—. El furor es a la ira lo que la pasión es al sentimiento.

(B) Dos detalles más son dignos de consideración en el versículo 7: (a) El vocablo para «copas» es, en griego, *fiálas*. *Phiále* designa, no una copa corriente (como las de beber), sino más bien una especie de tazón ancho o lavafrutas. Dice Bartina (*ob. cit.*, pág. 763): «La *fiala* o patera era una copa de cavidad ancha y poco profunda, sin asa ni pie. Se parece a nuestros boles o lavafrutas. Es evidente que se trata de utensilios sagrados para las funciones litúrgicas, como en el templo terrestre. Eran de oro y se mencionan repetidas veces en pasajes del Antiguo Testamento». (en los LXX). (b) Al mencionar a Dios, se añade: *«el que vive por los siglos de los siglos».* Dice Walvoord (*ob. cit.*, pág. 230): «El solemne recordatorio de que Dios vive por los siglos de los siglos confiere un matiz solemne a la ira que se va a derramar para ser infligida por los siglos de los siglos sobre los que perecen». Es, pues, indicación de un Dios *eterno,* cuya ira pende para siempre sobre los *condenados a la muerte eterna.*

(C) El versículo 8 nos ofrece una escena muy semejante a la que vemos en Éxodo 40:34, 35 (v. también 1 R. 8:10, 11; 2 Cr. 5:13, 14). Como en Isaías 6:1 *(«la orla de su manto»),* el *humo* es sinónimo de la *nube* que manifestaba la gloria de la presencia de Dios o *shekináh*, pero es más apto que la nube para indicar que el acceso al tabernáculo era imposible, puesto que el humo sofoca la respiración humana. Es aquí símbolo de la indignación divina, la cual continuará hasta que se hayan cumplido las siete plagas que van a ser producidas por las siete copas anchas, y se haya aplacado con ello la ira de Dios—que no puede aplacarse ahora con oraciones ni súplicas—. Sólo entonces, con un Dios aplacado, quedará libre el acceso al santuario (comp. con He. 4:14–16).

CAPÍTULO 16

Este capítulo contiene la ejecución de los juicios representados en las siete copas anchas, llenas del furor de Dios. Una por una se van vaciando las copas. I. Al derramar la primera copa, se produce una epidemia de úlceras malignas (vv. 1, 2). II. Al derramarse la segunda, el agua del mar se convierte en sangre como de cadáver (v. 3). III. Tras del derrame de la tercera, se convierten en sangre las aguas de los ríos y de las fuentes, lo cual provoca dos doxologías (vv. 4–7). IV. Al derramarse la cuarta copa, el sol recibe el poder de abrasar a los hombres, pero ellos continúan impenitentes (vv. 8, 9). V. Se derrama la quinta copa, y el mundo entero queda sumido en tinieblas. Lejos de arrepentirse, los hombres continúan maldiciendo a Dios (vv. 10, 11). VI. Se derrama la sexta copa, y se seca el Éufrates para dar paso a los invasores que vienen del lejano oriente (vv. 12–16). VII. Al derramarse la séptima copa, el cataclismo es monumental, después que la voz de Dios mismo anuncia que su ira se va a consumar (vv. 17–21).

Versículos 1–2

Estos versículos nos describen lo que ocurre al derramarse la primera copa de la ira de Dios: *«Entonces oí una voz potente que salía del santuario y les decía a los siete ángeles: Id y derramad las siete copas anchas de la ira de Dios sobre la tierra. Fue el primer ángel y derramó su copa sobre la tierra, y sobrevino una plaga de úlceras malignas y dolorosas a la gente que tenía la marca de la bestia y adoraba su estatua»* (NVI).

1. Del fondo (gr. *ek)* del santuario, del trono de Dios, sale una *gran* voz (lit.). Diez veces sale en este capítulo el adjetivo *mégas*, grande. Hay gran semejanza en los *objetos* sobre los que se derrama el furor de la ira de Dios en las trompetas y en las copas: (A) la tierra; (B) el mar, (C) ríos y fuentes de aguas; (D) el sol; (E) las tinieblas; (F) el río Éufrates; (G) relámpagos, truenos, terremoto. La diferencia está en la *intensidad*, pues las trompetas afectan a una tercera parte, mientras que las copas afectan a la totalidad. Es como una rápida secuencia en que los juicios anunciados en la séptima trompeta se ejecutan en un breve período de tiempo al fin de la Gran Tribulación. Las cuatro primeras plagas son parecidas entre sí y nos recuerdan las del Éxodo. Una nueva diferencia, en éstas, es que las trompetas simbolizan las plagas anteriores a la salida de Egipto y van acompañadas de una llamada al arrepentimiento, mientras que las copas representan la sumersión de los egipcios en el mar Rojo. Las tres últimas tienen que ver: la quinta, con el destronamiento de la Bestia; la sexta, con la invasión de su imperio por las hordas diabólicas que proceden del oriente; y la séptima, con la destrucción de la capital, la Gran Babilonia. Que la voz que sale del santuario es la voz de Dios el Padre, lo confirma el versículo 17, donde el que dice *«¡hecho está!»* es, sin duda, Él.

2. Comienza (v. 2) la primera de las cuatro primeras plagas sobre los hombres marcados con la señal y el número de la Bestia (comp. con vv. 6, 9, 11, 21, para ver la perversidad de estos hombres). La plaga que esta copa de furor desencadena es semejante a la sexta plaga de Egipto (v. Éx. 9:8–12) y ataca a los malvados de los continentes, mientras que la primera trompeta había afectado a la tercera parte de los árboles y al césped (8:7). Aquí, la copa les produce a los hombres una úlcera maligna (gr. *kakón)* y dolorosa (gr. *ponerón).* Corresponde (en los LXX)—gr. *hélkos*—a lo de Éxodo 9:9–11 (sexta plaga egipcia, como dijimos antes). Recuérdese que la imagen de la Bestia fue erigida en la primera mitad de la última semana de Daniel (13:14–17). Sólo el pequeño y fiel remanente de 13:8 resiste y escapa del castigo. Dice Bartina (*ob. cit.*, pág. 765): «Hay un justo talión, tantas veces observado, entre el tatuaje y la úlcera corpórea».

3. Hay todavía un detalle digno de notarse: Estos malvados que son castigados con la plaga de úlceras, son los mismos que, no sólo *habían derramado la sangre de los santos y de los profetas* (v. 6), sino que *blasfemaban*, una y otra vez (vv. 9, 11, 21), *el nombre de Dios.* En 13:1, 5, 6; 17:3, la *blasfemia* se atribuye a la Bestia o monstruo que emerge del mar, el Anticristo. Se ve, pues, que estos malvados, rebeldes e impenitentes, al llevar la marca indeleble de su amo (el *«hijo de perdición»*—v. 2 Ts. 2:3), se comportan tan perdidamente como él.

Versículo 3

En este versículo se describe el efecto producido por la segunda copa: *«El segundo ángel derramó su copa sobre el mar, y el mar se convirtió en sangre como de un cadáver, y murió todo ser viviente que había en el mar»* (NVI). Así como la primera copa es derramada sobre la *tierra*, la segunda lo es sobre el

mar. La tercera será derramada sobre los *ríos* y las *fuentes* de agua dulce, y la cuarta sobre el *aire,* cubriendo así todo el entorno ecológico. Esta segunda plaga convierte en sangre las aguas del mar, pero es *sangre como de cadáver,* pereciendo así todo ser que vive en el mar. Puede advertirse la semejanza entre esta plaga y la de la segunda trompeta (8:8, 9), y es análoga a la primera plaga de Egipto (v. Éx. 7:20–25), que mató todos los peces del Nilo y contaminó toda agua potable. Es probable que no sea literalmente «sangre», sino algo que corresponda en el color y contaminación, con un olor pestilente que obligará a la gente a marcharse lo más lejos posible de las costas. En las trompetas, el mar era el mar Mediterráneo, pero ahora muere *toda alma de vida* (lit. Gr. *pasa psukhé zoés),* pues la tierra es afectada universalmente; luego también los *mares.*

Versículos 4–7

Ahora vemos los efectos producidos por la tercera copa: *«El tercer ángel derramó su copa sobre los ríos y sobre las fuentes de agua, y se convirtieron en sangre. Entonces oí que decía el ángel a cuyo cargo estaban las aguas:*

Justo eres en estos juicios
tú que eres y que eras, el Santo,
por haber juzgado así;
porque derramaron la sangre de tus santos y profetas,
y tú les has dado a beber sangre, como se merecen.
Y oí al altar que respondía:
Sí, Señor Dios Todopoderoso
fieles y justos son tus juicios» (NVI).

1. La plaga producida por la tercera copa lleva los efectos de la plaga anterior más lejos, extendiéndolos a *las fuentes de aguas,* esto es, a las aguas dulces manantes. Se parece, como la plaga anterior, a la primera de las plagas de Egipto. Es notable la sobriedad con que se describe esta plaga, como bien conocida. No se dice aquí (v. 4) que la sangre sea como la de un cadáver, pues no es necesario; el solo hecho de que precisamente las aguas potables (las de los ríos y las fuentes) se conviertan en sangre es ya suficiente para que no puedan beberse; en especial, si se tiene en cuenta la repugnancia de los judíos a beber sangre, dada la estricta prohibición de Dios.

2. El ángel que pronuncia la doxología de los versículos 5 y 6 es *aquel a cuyo cargo estaban las aguas* (NVI). El original dice textualmente: *«el ángel de las aguas».* Dice F. F. Bruce (*ob. cit.*, pág. 1.702): «Los diversos elementos y fuerzas naturales están todos colocados bajo el control de sus apropiados ángeles en la literatura judía de este período; cf. los cuatro ángeles que controlaban los cuatro vientos en 7:1, y el ángel del fuego en 14:18». No aparecen aquí los dioses paganos Eolo ni Neptuno.

3. La referida doxología tiene semejanzas con la de 15:3, 4, pues en ambas se ensalzan la justicia y la santidad de Dios. Como en 11:17 (v. el comentario a dicho lugar), a lo de «*tú que eres y que eras»,* no se añade *«y que estás viniendo»,* porque, en realidad, ha llegado ya. No obstante, es posible que se ponga de relieve aquí la misma idea del «*YO SOY*» de Éxodo 3:14, 15 (v. 11:17, como contraste).

4. La misma ley del talión que hemos observado en la plaga producida por la primera copa puede observarse también aquí, pues se dice explícitamente que quienes *derramaron la sangre de santos y profetas* (lit.) reciben su merecido, pues sólo pueden beber sangre. *«Son dignos»,* dice el griego; ya han recibido toda su recompensa: un baño de sangre. Los «santos» son los que han permanecido fieles hasta la muerte; los «profetas», los proclamadores del Evangelio. Llama a Dios (v. 5) *justo* (gr. *díkaios)* y *santo* (gr. *hósios):* santo moralmente, en sus juicios.

5. El altar celeste (v. 7), el único altar que Juan ve en el cielo, responde, como en un canto antifonal, a la doxología del ángel de las aguas, en forma parecida a la de un gran «¡Amén!» El original dice textualmente: «Y *oí al altar que decía*» (comp. con 6:9; 9:13). ¿De quién es la voz? Tanto 9:13 como Hebreos 13:10 parecerían indicar que es el Señor Jesucristo. Pero las palabras no son propias del Hijo de Dios. ¿Un ángel? ¿Y por qué no, en consonancia con 8:3, 4; 14:8, el altar mismo personificado, identificándose con las súplicas de los santos de 6:9? Así lo entienden Bruce, Grau y Bartina (y están en lo cierto), al apuntar a 6:9–11 para comprender la razón de esto. Dice Bruce: «¿Por qué el altar? Quizás porque fue testigo de la oración de los mártires de 6:10». En lo que se equivoca Bartina es en ver aquí (en

6:9–11) una petición de «pronta justicia para la liberación gloriosa de la Iglesia», ya que, en nuestra opinión, la Iglesia fue arrebatada antes del capítulo 4.

6. El himno, brevísimo, tiene tres partes: (A) «Sí, es cierto»; como si afirmase: «todo cuanto dice el ángel de las aguas es exacto y lo hacemos nuestro»; (B) *«el Señor, el Dios, el Todopoderoso»* (gr. *kúrie ho Theós ho Pantokrátor),* tres epítetos que equivalen a los hebreos *Jehová Elohim Tsebaoth;* (C) *«tus castigos son fieles y justos»* (lit. *verdaderos y justos tus juicios).*

Versículos 8–9

Viene ahora la cuarta plaga: *«El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, y se le dio al sol el poder de abrasar a los hombres con fuego. Los hombres se tostaban con el intenso calor y maldecían el nombre de Dios, que tenía potestad* (gr. *exousían*, autoridad) *sobre estas plagas, pero rehusaron arrepentirse y darle gloria»* (NVI).

1. Como ya hemos dicho en el comentario al versículo 3, aunque ahora se menciona solamente el sol, el autor sagrado contempla más bien el efecto atmosférico que se deriva de un aumento sobrenatural del calor del sol, como si se desvaneciera la función que la atmósfera cumple al filtrar el intenso calor que el sol produciría si sus rayos cayesen directamente sobre nuestro planeta sin la mediación de tal «filtro» (comp. con Sal. 11:6). Curiosamente, el efecto de la cuarta copa parece ser el contrario del producido por la cuarta trompeta (v. 8:12), pues entonces fue más bien el oscurecimiento de la luz solar lo que se produjo, no el aumento de su calor.

2. Los hombres (v. 9) se abrasan con el tremendo calor producido por esta plaga y reconocen que el castigo viene de Dios, pero lejos de *«arrepentirse para darle gloria»* (lit.), blasfeman de su nombre (comp. con Ro. 1:21). Son los mismos malvados de los versículos 2, 5 y 6. Ello implica que los buenos, los fieles creyentes (y los animales) no sufrirán esta plaga.

Versículos 10–11

Llegamos ya a la quinta plaga: *«El quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia, y su reino quedó sumido en tinieblas. Los hombres se mordían la lengua de dolor y maldecían al Dios de los cielos por causa de sus dolores y de sus llagas, pero rehusaron arrepentirse de sus maldades»* (NVI.)

1. Después de herir los cuatro elementos: tierra, mar, aguas debajo de la tierra y aire atmosférico, la ira de Dios se abate ahora sobre el trono de la Bestia. Al ser el Anticristo (la Bestia de 13:1 y ss.) el jefe del nuevo Imperio Romano (¿la Comunidad Europea?), el trono de la Bestia habrá de estar, naturalmente, en Roma (sin dogmatizar).

2. La plaga producida por esta quinta copa es parecida a la de la novena plaga de Egipto (v. Éx. 10:21–23), y sus efectos son un combinado de los producidos tras de los toques de las trompetas cuarta y quinta (8:12; 9:2). Pero hay un detalle que no debe perderse de vista: La oscuridad afecta únicamente al *reino* de la Bestia (comp. con Éx. 10:23b *«mas todos los hijos de Israel tenían luz en sus habitaciones»).*

3. La severidad del castigo y la magnitud del dolor se manifiestan en el morderse la lengua. Según Kittel (citado por Bartina, *ob. cit.*, pág. 769), «morderse la lengua» es sinónimo de exasperación y alucinación. En todo caso, es corriente entre quienes sufren un dolor muy agudo, morder algo, y aun morderse a sí mismos (los labios, la lengua, los brazos), como si la producción de un dolor distinto aliviase el rigor del que se está padeciendo. El texto da a entender que la propia plaga de las tinieblas, y no sólo los dolores y úlceras producidos por las otras plagas, ocasiona un dolor agudo especial, por lo que algunos opinan que ese dolor podría ser producido por una ceguera purulenta y contagiosa, efecto, a su vez, de estas especiales tinieblas. Me parece más probable la opinión de Bruce, quien afirma (*ob. cit.*, pág. 1.703): «Difícilmente por causa de la oscuridad, sino por causa del continuo dolor de la plaga anterior, agravado por las tinieblas».

4. Habrá observado el lector que, una y otra vez, se repite que los hombres no se arrepienten, sino que continúan blasfemando de Dios. «Las Escrituras—dice Walvoord (*ob. cit.*, pág. 235)—refutan paladinamente la idea de que los malvados se arrepentirán enseguida cuando se vean confrontados con la amonestación de las catástrofes como juicio de Dios.» Es algo parecido a lo que le ocurría al Faraón con las plagas de Egipto: Una y otra vez se repite en el Éxodo la frase: «*Y el corazón de Faraón se endureció»* u otra similar (v. Éx. 7:13, 14, 22; 8:15, 19, 32; 9:7) hasta que llegamos (Éx. 9:12) a esta otra terrible

frase: *«Pero Jehová endureció el corazón de Farón».* ¡Nótese que esto sucede después que el Faraón ha endurecido su propio corazón *siete* veces! De la misma manera, cuando la gracia de Dios cae una y otra vez sobre un inconverso, y no produce la bendición que debería producir, la gracia rechazada se torna juicio condenatorio (comp. con He. 6:8).

Versículos 12–16

La sexta copa va a producir efectos sumamente misteriosos, como misteriosa es, a primera vista, la advertencia del Señor en el versículo 15. Vamos a ver aquí: 1) El efecto de la copa sexta (vv. 12–14); 2) La admonición del Salvador (v. 15); 3) La convocación de las tropas enemigas de Dios y de su pueblo para la batalla de Harmaguedón (o Armagedón, según suele escribirse—v. 16—).

1. Dicen así los versículos 12–14 en la NVI: *«El sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Éufrates, y su agua se secó para preparar así el camino a los reyes que vienen del oriente. Luego vi tres espíritus malignos* (lit. *inmundos) que parecían ranas; salieron de la boca del dragón, de la boca de la bestia y de la boca del falso profeta. Son espíritus demoníacos que realizan señales milagrosas y se dirigen hacia los reyes del mundo entero, a fin de reunirlos para la batalla del gran día del Dios Todopoderoso».*

(A) Ahora le toca su turno al río Éufrates, llamado aquí *«el gran río»,* como en Génesis 15:18; Deuteronomio 1:7 y Josué 1:4. Su importancia estriba, más que en su caudal de agua, en ser como la frontera oriental del territorio que Dios había prometido al pueblo de Israel. Aunque su nombre no se menciona en Isaías 11:15 y Zacarías 10:11, la predicción que se halla en dichos lugares es la misma que aquí. En tiempos de Juan, el Éufrates era también la frontera natural entre el imperio romano y las tribus indómitas del oriente.

(B) El secado del río Éufrates tiene aquí por objeto *«preparar el camino de los reyes del oriente»* (v. 12b). Esto tenía, para Juan y sus lectores, un precedente en el paso del mar Rojo y del río Jordán a pie enjuto. Hay quienes han visto en esta avalancha de hordas enemigas atravesando el Éufrates una invasión de partos y escitas, «enemigos natos de Roma, que hostigarían y castigarían a los ejércitos de la bestia» (Bartina, *ob. cit.,* pág. 770). Pero el propio Bartina rechaza esta opinión, y alega que «también los reyes de todo el mundo reciben las plagas que les corresponden (v. 19). Sería más justo—dice—considerar todo el pasaje (16:12–16) como una alianza de los reyes de la tierra con la bestia para tomar parte en la lucha definitiva contra la obra de Cristo». No hay, en efecto, ninguna razón para considerar este pasaje de otra manera que como una profecía de lo que los gobiernos del Lejano Oriente (en especial, China—v. el comentario a 9:16—) van a llevar a cabo antes de la batalla de Armagedón (gr. *Harmaguedón).*

(C) El río Éufrates es llamado (v. 12) *«el río el grande el Éufrates»* (lit.). Su prominencia especial se debe a dos causas: (a) Ser el límite del antiguo imperio de Roma; (b) ser también el límite oriental de la tierra que Dios prometió a Abraham (v. Gn. 15:18; Dt. 1:7; Jos. 1:4 en todos estos lugares dicho río es llamado «grande»). También hemos de repetir que Isaías 11:15 y Zacarías 10:11 predicen el futuro evento que aquí comentamos, pero sin mencionar el nombre del río. Walvoord apunta al creciente poder de los países del Lejano Oriente (Japón, China, India, etc.), como evidente amenaza para irrumpir sobre el Oriente Medio. De cierto que tanto Japón como China se nos presentan ya hoy (en 1989) como enormes potencias en todos los órdenes: demográfico, militar, técnico y político.

(D) Juan vio (v. 13) salir de las respectivas bocas del dragón, del Anticristo y del falso profeta, *«tres espíritus inmundos como sapos»* (versión de S. Bartina). Tanto la rana como el sapo son batracios, y el vocablo griego es, en efecto, *bátrakhoi*. Para los hebreos, todo animal acuático que no tuviese escamas era *inmundo* (v. Lv. 11:10–12). La identificación de estos *espíritus inmundos* es sumamente fácil con el texto sagrado a la vista (v. 14): No son otra cosa que demonios que han de tomar posesión de los líderes de las naciones, quienes por medio de una propaganda seductora y satánicamente organizada, hipnotizarán a sus respectivos pueblos para lanzarlos contra el pueblo de Dios. El reciente ejemplo de Hitler es una prueba de lo que el diablo puede llevar a cabo mediante un perverso personaje político. En el caso que comentamos, la «trinidad satánica» echará por sus bocas los espíritus demoníacos que harán presa en las mentes de la humanidad impía. Pero, ¿por qué se parecen esos espíritus inmundos a los sapos o a las ranas? Creo que F. F. Bruce está en lo cierto cuando asocia este detalle con la segunda plaga de Egipto (v. Éx. 8:2 y ss.).

(E) El versículo 14b dice expresamente que estos espíritus inmundos, salidos de las bocas de Satanás, del Anticristo y del Falso Profeta, *hacen señales* (comp. con 13:12–15), es decir, portentos que sobrepasan las fuerzas naturales del hombre y, por tanto, aparecen como milagros a los sentidos alucinados y a las mentes hipnotizadas de las masas impías. Con estos *milagros* (mejor dicho, seudomilagros), que parecen confirmar la verdad y el pragmatismo del sistema diabólico, será fácil persuadir a los líderes de los gobiernos del mundo para que unan sus fuerzas y se dispongan a dar el golpe de gracia—así pensarán ellos—al pueblo de Dios. Pero el texto sagrado no dice que se van a reunir «para la batalla de su (de ellos) gran día», sino *«del gran día del Dios Todopoderoso»*, pues es Dios, no ellos, quien va a ganar la batalla.

(F) Esta batalla es, sin duda, el preludio de la gran batalla en cuyo clímax se producirá la Segunda Venida del Señor. El griego dice *pólemon*, guerra, en contraposición a *mákhe*, batalla, como puede verse en Santiago 4:1, donde concurren ambos términos. Es, pues, toda una «guerra mayor» (comp. con Dn. 11:44, 45). ¿Cómo puede ser esto, cuando todo el mundo estará bajo el dominio del Anticristo? Hay quienes ven aquí una «reunión de ejércitos» para inmediatamente antes de la Segunda Venida. Pero es más probable la opinión de Walvoord, de que refleja un conflicto entre las naciones mismas, al final de la Gran Tribulación, cuando el imperio del Anticristo comenzará a desintegrarse rápidamente, para de nuevo juntarse, también rápidamente, a fin de combatir contra Jesucristo y sus ejércitos cuando Su gloria comience a manifestarse desde los cielos en el dia de Jehová (Zac. 14:1–3). El final del versículo 14 hace significativo el hecho de que interviene la omnipotencia de Dios.

2. A primera vista, el versículo 15 parece un inciso fuera de lugar: *«¡Mirad que vengo como un ladrón! Feliz aquel que esté velando y guarde junto a sí sus ropas, para que no tenga que salir desnudo y se vea expuesto a la pública vergüenza»* (NVI).

(A) Que no es un inciso fuera de lugar, sino una admonición muy en su punto dentro del presente contexto, lo advertirá todo el que se percate de que estamos ante un escenario de guerra. Dice Bartina *(ob. cit.,* pág. 771): «El soldado que está en campaña frente a un ejército enemigo acampado y expectante lleva puestas continuamente las armas y está en una situación de alerta continua … Si se descuida muellemente, caerán de improviso sobre él los adversarios y le vencerán. Si consigue escapar, será a costa del ridículo más pronunciado en sus virtudes militares». De manera parecida se expresa Bruce (*ob. cit.,* pág. 1.703), quien añade: «Según la Mishnáh, el capitán del templo en Jerusalén rondaba de noche su recinto y, si algún miembro de la guardia del templo era sorprendido durmiendo en su puesto, se le despojaba de sus ropas, las cuales eran quemadas, y él era despedido desnudo y en confusión».

(B) Aunque el texto no lo dice, no cabe duda de que es Dios quien habla (comp. con 3:3; Mt. 24:43; Lc. 12:35–40; 1 Ts. 5:2–4; 2 P. 3:10). El contraste entre los tomados por sorpresa y los fieles que velan se expresa en la bienaventuranza que aparece a continuación (la tercera del libro, después de las de 1:3 y 14:13). Un vistazo a 3:3, 18; 19:8 nos ayudará a entender las metáforas de este versículo 15. A la luz, en especial, de 19:8, parece ser que las ropas simbolizan aquí rectitud de conducta, no la justicia imputada (comp. con 1 Co. 3:15). Se trata, pues, de los que han escapado de la muerte, pero siguen fieles (¿advertencia a los que dan un pobre testimonio?), quizás porque residían en partes alejadas de los límites del gran imperio del Anticristo, o porque han estado escondidos (comp. con Mt. 24:16).

3. El versículo 16 dice literalmente: «Y *los reunió* (gr. *sunégaguen*, de donde procede «sinagoga») *en el lugar que es llamado en hebreo Harmaguedón*». *Har* significa, en hebreo, «monte»; *Maguedón* es la forma con que el hebreo *Meguiddó* (v. Zac. 12:11) es vertido por los LXX en 2 Crónicas 35:22. «*Meguiddó*—dice Bartina—es un *tell* o montaña artificial imponente». La llanura circundante había sido escenario de grandes batallas (v. Jue. caps. 4 y 5; 2 R. 9:27; 23:29, 30; 2 Cr. 35:20–24), por lo que llegó a ser símbolo de duelo nacional (v. Zac. 12:11). Aquí también murieron Saúl, Ocozías y Josías. Aunque el valle mide 21 km por 28, no cabrían allí todos los ejércitos, pero lo que se indica en el texto es que será el área central del conflicto bélico. El versículo 14:20 nos daba unos 300 km. Y, al tiempo de la Segunda Venida, parte de los ejércitos estará en Jerusalén (Zac. 14:1–3). Todos los intentos antimilenaristas han fracasado en cuanto a lugar y tiempo. Hay quien ha llegado a interpretarlo como ¡la Primera Guerra Mundial!

4. La porción de 9:14 y ss. parece, a primera vista, contradecir lo que aquí se afirma. La explicación más probable es que las siete copas siguen rápidamente a las trompetas y que allí se predicen ya los últimos resultados de la gran invasión que tiene lugar ahora (v. el paralelismo de la sexta trompeta con la sexta copa). Quizá se trata, de no años ni meses, sino de *días* en la rapidez de los sucesos. D. Pentecost

(Eventos del Porvenir, págs. 261–272) apoya con abundante argumentación la secuencia de acontecimientos en esta forma: (A) La federación de los diez estados, capitaneados por la Bestia. (B) La federación del norte (Rusia y sus aliados). (C) La invasión desde el Oriente. (D) Intervención desde el sur (las potencias del norte de África). Ya antes de la Primera Guerra Mundial, escribía Moorehead: «Las vastas hordas de Asia intervendrán en la batalla, decisiva y avasalladora, del gran día de Dios». Esta especie de intuición, casi profética, es tanto más admirable cuanto que, a comienzos del presente siglo XX, nadie podía imaginar el potencial de la China actual.

5. Resta por decir que el detalle más importante del versículo 16 es el sujeto (implícito) del verbo *«reunió»,* que no es otro que *«el Dios, el Todopoderoso»* (lit.) del versículo 14, que sirve de antecedente gramatical, siendo el versículo 15 una admonición parentética del Señor Jesucristo. Esto muestra, una vez más, que, aun cuando los hombres piensen que son ellos los que tienen la iniciativa en el desarrollo de los acontecimientos de la historia, no son otra cosa que instrumentos en las manos de Dios para el cumplimiento de los propósitos divinos, meros «peones de ajedrez» en las manos del Gran Gobernador del Universo.

Versículos 17–21

Entre la apertura del sexto sello y la del séptimo hubo un gran paréntesis, seguido de un silencio de media hora al abrirse el séptimo sello (v. 6:12–8:1). Igualmente, hubo un gran paréntesis entre el toque de la sexta trompeta y el de la séptima (v. 9:13–11:15). Pero entre la sexta copa y la séptima no hay ningún intervalo, porque hemos llegado ya al final. Dicen los versículos 17–21 en la NVI: *«El séptimo ángel derramó su copa en el aire, y salió del santuario una potente voz que decía: ¡Hecho está!* (gr. *guégonen,* se ha hecho). *Luego se produjeron relámpagos, estruendos, truenos y un espantoso terremoto. No había ocurrido nunca un terremoto como aquél desde que el hombre existe sobre la tierra; tan tremendo era el seísmo. La gran ciudad se escindió en tres partes, y las ciudades de las naciones se derrumbaron. Dios hizo memoria de Babilonia la Grande y le dio a beber de la copa llena del vino de la furia de su cólera. Todas las islas huyeron, y desaparecieron de la vista las montañas. Del cielo cayó sobre los hombres un enorme granizo, del tamaño de un talento cada uno. Y los hombres maldecían a Dios por causa de la plaga del granizo, pues la plaga era terrible en extremo».*

1. En los versículos 8 y 9 vimos que la cuarta copa produjo sus efectos en el sol y, de rechazo, en la atmósfera de la tierra. ¿Por qué se menciona ahora el aire? Sencillamente, porque no se trata ahora del aire como «atmósfera», sino, como opinan W. Smith, Walvoord y Davidson, del aire como «región» en la que domina el diablo (Ef. 2:2; 6:12). Al salir al paso de una posible objeción, dice Walvoord: «El hecho de que Satanás ha sido arrojado del tercer cielo, no significa que no tenga ya gran poder en el cielo atmosférico, que es el que aquí se considera. Está también claro en nuestra época moderna que el control del aire, también en cuanto espacio, se ha hecho más y más importante en los asuntos militares» (*ob. cit.,* pág. 240).

2. Es la segunda vez que, en este capitulo (v. 17b), leemos: *«salió del santuario una potente voz»* (v. el v. 1). Como en otros lugares, es la voz de Dios. Lo que Dios dice ahora está expresado en el original en una sola palabra: *Guégonen* (lit. *ha sido hecho;* el verbo está en pretérito perfecto, no en aoristo). La frase equivale a un «¡Se acabó!», como dice Bartina. Se baja el telón de la historia general del mundo. En efecto, los resultados catastróficos que son efecto de la séptima copa son finales, como puede verse por el versículo 19, que resume lo que se nos va a declarar en detalle en los capítulos 17 y 18, y por el versículo 20, que parece ser un anticipo de 21:1.

3. El superlativo cataclismo del versículo 18 simboliza bien, como hemos visto en otros lugares, que la ira de Dios ha llegado a su consumación. Así lo hace ver (v. 19b) la frase cumulativa *«la copa del vino del furor de la ira de Él»* (lit.). Junto con los conocidos fenómenos que anuncian una extraordinaria visitación de Dios (rayos, relámpagos, truenos, terremoto), tenemos aquí otros especiales:

(A) Se nos dice (v. 18b) que el terremoto producido en esta ocasión será el mayor de la historia de la humanidad (cosa que no se dice en 8:5—tras de la apertura del séptimo sello—, ni en 11:19—tras del toque de la séptima trompeta—). ¡Grande ha de ser el terremoto, cuando va acompañado de la convulsión de todo el planeta!

(B) *«La gran ciudad se escindió en tres partes»* (v. 19). Los autores se muestran perplejos sobre la identidad, en este versículo, de la *«gran ciudad».* Bartina (*ob. cit.,* pág. 773) se muestra seguro de que es

Roma, «la Gran Babilonia» (en sentido espiritual), pues no hay evidencia de que la antigua Babilonia vaya a ser reedificada. El contexto del versículo 19, a la luz de los capítulos 17 y 18, apunta claramente a Roma, a la cual Dios va a dar su merecido (comp. con 17:4–9; 18:4–6). Otros autores, como Walvoord (*ob. cit.*, pág. 240) y Davidson (*ob. cit.*, págs. 330, 331), opinan que es Jerusalén (a la vista de 11:8; Zac. 14:4), pero los cambios topográficos que allí se efectuarán no significan que la ciudad misma vaya a ser escindida, máxime cuando va a ser el centro del reino milenario. Otros, en fin, como Bruce y L. Morris, opinan que esta ciudad es como una especie de «símbolo de la ciudad mundial» (Bruce), o que «representa al hombre civilizado, el hombre en una comunidad organizada, pero un hombre que planea sus asuntos aparte de Dios» (Morris, en *Revelation*, pág. 195).

(C) «*Las ciudades de las naciones se derrumbaron*» (v. 19b). La conjetura más probable es que se trata de las respectivas capitales de las naciones que están bajo el dominio directo del Anticristo. Mención especial se hace de *Babilonia la Grande* (v. 19c), ya que es la capital del imperio del Anticristo, y cuya caída veremos en detalle en los capítulos 17 y 18.

(D) «Y *toda isla huyó, y los montes no fueron hallados*» (v. 20. Lit.). Como ya hemos apuntado anteriormente, este versículo podría ser anticipo de 21:1, aunque también podría indicar la magnitud del terremoto mencionado en el versículo 18, elemento que ocasiona grandes cambios topográficos o, al menos, contribuye grandemente a ellos. Dichas frases tienen, por otra parte, sentido simbólico. Dice Bartina (*ob. cit.*, págs. 773, 774): «Para indicar la inconsistencia de alguna cosa o persona, la fuerza de un castigo o la gravedad de una situación, son corrientes en la Biblia las frases *alguien no fue hallado en su lugar* o *las islas se movieron* (Sal. 46:4; Ez. 26:18; 38:20; Nah. 1:5). En la plaga del sexto sello, las islas sólo se mueven (6:14). Aquí *huyen*, y los montes *desaparecen*».

(E) El versículo 21 menciona la caída de un granizo del peso *como de un talento.* El talento representa aquí el peso de *cien* libras, es decir, de unos 45 kilos. ¡Algo enorme! Esto nos recuerda la plaga de granizo en Egipto (Éx. 6:23–25) y en Bet-Jorón (Jos. 10:11). Aun cuando bien podría tratarse de una hipérbole, al indicar el mayor peso que una persona de fuerza normal puede llevar, no puede descartarse el sentido estrictamente literal. Por el tono del propio versículo 21, parece deducirse que esta plaga del granizo ataca las cosechas más bien que a los hombres. Dice Bartina (*ob. cit.*, pág. 774): «La plaga de pedrisco es ya *grave en sí* objetivamente, porque en un momento puede asolar la cosecha de un año. Tanto más si se trata de una granizada excepcional».

4. El final de este mismo versículo 21 nos ofrece un triste final del capítulo 16: En lugar de arrepentirse ante esta demostración excepcional y, por supuesto, sobrenatural de la majestad y de la ira de Dios, los hombres odian y maldicen a Dios. «Están maduros para la ruina», comenta Bartina. Es interesante la observación de Barchuk de que estos malvados, por ser blasfemos, son apedreados por Dios conforme a Levítico 24:16, pero ya hemos hecho notar que la plaga parece afectar a las cosechas más bien que a las personas.

5. Con todas estas catástrofes punitivas, quedarán demostradas ciertas verdades teológicas fundamentales: (A) El justo juicio de Dios en todo lo que acontece; (B) La salvación, enteramente gratuita, de los creyentes; (C) La intrínseca perversidad de la humanidad inconversa, la cual no se arrepiente ante ningún juicio divino, ni aun cuando le sea presentado el lago de fuego y azufre.

CAPÍTULO 17

Este capítulo trata de la «Babilonia religiosa», de la que se nos dan: I. Su descripción (vv. 1–7). II. Su interpretación (vv. 8–18).

Versículos 1–7

Antes de comenzar el comentario de este capítulo, conviene recordar a los lectores que los sucesos referidos en los capítulos 4 al 18 del Apocalipsis no guardan orden cronológico. Por eso, lo que se describe en los capítulos 17 y 18 antecede, en su mayor parte, a los efectos llevados a cabo por las siete copas de la ira de Dios. Más aún, como advierte Walvoord, «es probable que los sucesos del capítulo 17

ocurran al comienzo de la Gran Tribulación». En efecto, una ojeada a 6:9 y ss. sobra para confirmarnos en dicha opinión.

Como también hemos apuntado en otros lugares, la ciudad que tenemos a la vista en los capítulos 17 y 18 es, sin duda, Roma como centro gubernativo, tanto político como militar y económico, del Imperio del Anticristo, así como, en el capítulos 17, centro religioso de la Iglesia apóstata. El presente capítulo es muy difícil y no se puede dogmatizar sobre algunos detalles, pero la explicación que el ángel nos da en los versículos 8–18 ayuda enormemente a entender lo que el texto sagrado nos dice en estos versículos (1–7) de la primera sección. Dicen así esos versículos en la NVI:

«Uno de los siete ángeles que tenían las siete copas vino hacia mí y me dijo: "Ven y te mostraré el castigo de la gran prostituta que está sentada sobre muchas aguas. Con ella fornicaron los reyes de la tierra; y los habitantes de la tierra quedaron intoxicados con el vino de su fornicación". Entonces el ángel me llevó en el Espíritu a un desierto. Allí vi a una mujer sentada sobre una bestia de color escarlata, la cual estaba cubierta de nombres blasfemos y tenía siete cabezas y diez cuernos. La mujer estaba vestida de púrpura y escarlata y deslumbraba de joyas de oro, de piedras preciosas y de perlas. Llevaba en la mano una copa de oro, llena de cosas abominables y de las inmundicias de su fornicación. En su frente estaba escrito este título:

MISTERIO:
BABILONIA LA GRANDE,
LA MADRE DE LAS PROSTITUTAS
Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA.

Vi que la mujer estaba ebria de la sangre de los creyentes, de la sangre de los que dieron testimonio de Jesús. Cuando la vi, quedé grandemente sorprendido. Entonces me dijo el ángel: "¿De qué te sorprendes? Yo te explicaré el misterio de la mujer y de la bestia que la lleva encima, y que tiene siete cabezas y diez cuernos".»

1. Como puede verse por el versículo 1, el título de todo el capítulo 17 podría ser «la Iglesia apóstata». Es presentada como *gran ramera* (gr. *porné)*, puesto que los reyes de la tierra (v. 2) han fornicado con ella, y los habitantes de la tierra han sido seducidos por ella. No se la llama *adúltera* (gr. *moikhé)* porque no representa al verdadero pueblo de Dios. Además, como hace notar Walvoord (*ob. cit.*, pág. 244): «El simbolismo del adulterio espiritual no se usa de ordinario con respecto a las naciones paganas, que no conocen a Dios, sino siempre acerca del pueblo que lleva exteriormente el nombre de Dios, mientras, en realidad, está adorando y sirviendo a otros dioses». De ahí, la admonición de Santiago (Stg. 4:4) contra las *«almas adúlteras»*. Por consiguiente, se trata aquí del contubernio de la Iglesia apóstata con los poderes políticos de todos los tiempos, pero, en especial, del final de los tiempos. Las *«muchas aguas»* (final del v. 1) representan la muchedumbre de los paganos o gentiles, lo mismo que el *«mar»* de 13:1.

2. Lo abominable de esta mujer se confirma por el modo con que nos es presentada en el versículo 3: *«Sentada sobre una bestia de color escarlata …»;* es decir, sostenida y apoyada por el propio Anticristo, al par que ella misma, durante la primera parte de la Gran Tribulación, dirige y controla, hasta cierto punto, al Anticristo, así como un jinete dirige, espolea o frena a su cabalgadura. Basta leer 13:1 y ss., para percatarnos de que tal cabalgadura es el mismo personaje que allí veíamos. Pero, ¿por qué tuvo que ser llevado Juan *en espíritu* (es decir, en éxtasis) al desierto para ver a esta mujer? ¿Acaso es la misma mujer de 12:6? ¡Ciertamente, no! Lo más probable es que aquí *«desierto»* (sin artículo en el original) indique un lugar retirado desde el cual, sin el ruido de la gran urbe y sin el tráfago de las gentes, pueda contemplar el vidente la descripción que el ángel le hace de la *gran ramera*.

3. El modo como la mujer va vestida y aderezada coincide de modo sorprendente con la pompa ostentosa de los altos dignatarios de las Iglesias oficiales, no sólo de Roma, sino también de la llamada Ortodoxia y, aunque en menor grado, de la Iglesia Anglicana (tanto más cuanto más «alta»). La «púrpura cardenalicia» es ya una frase proverbial. Lo mismo puede decirse del aderezo de oro, perlas y piedras preciosas que con tiaras, mitras y pectorales han estado cubiertos (en especial, hasta el Concilio Vaticano II).

4. El elemento más sorprendente es la copa, o cáliz, de oro (v. 4b) en la mano de la mujer. Esta copa está *llena de abominaciones.* El brebaje que esta mujer ofrece a los poderes políticos de las naciones y a sus pueblos respectivos es una mezcla de religión e idolatría, de símbolos espirituales y ritos paganos, de

cátedra pontifical y de tribuna sociopolítica, de evangelio y filosofía humanista. Los amilenialistas de todos los colores ven en esta mujer a la Roma pagana, por lo que la perspectiva futurista de todo el pasaje (y de casi todo el libro) les pasa desapercibida. Así se explica que el propio papa Juan XXIII hiciera acuñar una medalla en cuyo anverso estaba impresa su propia efigie, y en el reverso la mujer de Apocalipsis 17, ¡exactamente como aquí se la describe!

5. Según hace notar Walvoord *(ob. cit.,* pág. 246), el vocablo «misterio» que, en la NVI como en la AV inglesa, aparece en mayúsculas, como si fuese parte del título de la mujer, no significa tal cosa, sino que el título mismo es *misterioso,* algo secreto (comp. con 16:19; 18:2). El misterio está en que, aquí, el epíteto *«Babilonia la Grande»* no representa políticamente una nación o ciudad, sino una organización religiosa que corresponde, en este sentido, a lo que la Babilonia histórica era en el sentido religioso. Y añade, en el mismo lugar: «Han hecho notar muchos escritores que los ritos inicuos y paganos de Babilonia penetraron solapadamente en la Iglesia de los primeros siglos y fueron responsables, en gran parte, de las corrupciones incorporadas en el Catolicismo Romano, de las que se separó el Protestantismo en la Edad Media». Aunque ya hemos ofrecido, en otros lugares, algunos datos acerca de este particular, vamos a dar aquí algunos detalles:

(A) Génesis 10 marca ya, con Nimrod, el comienzo de la perversidad politicorreligiosa con la fundación de *Babel,* que es el nombre hebreo de Babilonia. Génesis 10:10 menciona Erec, donde 3.000 a. de C. había ya ziggurats o torres escalonadas de ladrillos—más bien, adobes secados al sol, unidos con argamasa—. Cerca de Ur, fue descubierta por Woolley una de fines del tercer milenio a. de C.—ésta, de ladrillos cocidos y con base de adobes secados.

(B) Babel fue un alarde de orgullo y rebeldía contra Dios, como se ve por la rebelión narrada en Génesis 11. Dios, al confundir las lenguas, la llamó *Babel,* es decir, «confusión» (Gn. 11:9). Llamada después Babilonia, tuvo gran prominencia bajo Hammurabi (1728–1686 a. de C.) y alcanzó su mayor gloria bajo Nabucodonosor II (que reinó desde el 605 hasta el 562 a. de C.).

(C) Su historia ha sido descifrada en miles de tablillas cuneiformes. En dichos materiales se nos dice que la mujer de Nimrod, Semíramis, fue la jefa o suma sacerdotisa de la religión mistérica, llena de arcanos o secretos religiosos (por tanto, sagrados) que formaban parte del culto a los ídolos. Según la leyenda, concibió y dio a luz milagrosamente un hijo llamado Tammuz, al que tuvieron por Salvador de Babilonia, un falso Mesías. Así surgieron las estatuas de Semíramis con el niño Tammuz en sus brazos, surgió también una casta sacerdotal, agua sagrada («bendita») para rociar, y una especie de orden religiosa de «vírgenes» dedicadas a la prostitución sagrada (parecido a los ritos satánicos).

(D) Tammuz fue muerto por una fiera y fue resucitado, en anticipación satánica de Jesucristo (v. Ez. 8:14, donde mujeres israelitas están *endechando a Tammuz).* En Jeremías 7:18, se habla de *«tortas a la reina del cielo».* En Jeremías 44:17–19, 25, dicen: *«ofreceremos incienso a la reina del cielo».* No hace falta andar muy lejos para ver sorprendentes semejanzas en el culto catolicorromano a María, la madre de Jesús. Babilonia, la mujer perversa, se encuentra en Zacarías 5:1–11; especialmente, en los versículos 7 y 8. Este culto pasó a Pérgamo (posible alusión a esto en 2:13), entre otras ciudades de Asia.

(E) Los sacerdotes de Babilonia llevaban coronas en forma de cabeza de pez (como las mitras de los obispos), en reconocimiento a Dagón, el dios pez, y llevaban sobre esa especie de mitra el título de «guardián del puente»; el equivalente en Roma fue el de *Póntifex Máximus,* «sumo pontífice», usado por el César y, luego, por el emperador en los años finales del Imperio Romano, y de ahí pasó al obispo de Roma.

(F) Babilonia estaba asentada *«sobre Sinar»* (lit. Gn. 10:10; 11:2), pero esta Babilonia de los capítulos 17 y 18 de Apocalipsis está sentada *sobre siete montes* (v. 9). Walvoord (*ob. cit.,* pág. 248) termina de este modo su magnífica exposición de los versículos 1–5 del presente capítulo:

Ofrece un triste comentario sobre el cristianismo contemporáneo el hecho de que está mostrando un deseo presuntuoso de regresar a Roma, a pesar de la evidente apostasía de Roma del verdadero cristianismo bíblico. De hecho, el liberalismo moderno ha superado con ventaja a Roma en su desviación de la teología de la Iglesia primitiva, así que tiene poco que perder con su regreso al romanismo. La apostasía, observada hoy en su forma latente, florecerá en su forma definitiva, en esta futura superiglesia, que englobará de forma manifiesta a toda la cristiandad en el período que seguirá al arrebatamiento de la Iglesia.

(G) Como hace notar W. M. Smith (*ob. cit.,* pág. 1.516), «Babilonia fue la que conquistó el reino de Judá, la teocracia (2 R. 24; 25, etc.). Con Nabucodonosor, rey de Babilonia, comenzaron *los tiempos de los gentiles* (Jer. 27:1–11; Dn. 2:37, 38). Babilonia ocupa un amplio lugar en las profecías de las naciones en el Antiguo Testamento (Is. caps. 13; 14; 47; Jer. 50; 51)».

6. El versículo 6 parece dar la razón a los amilenialistas, pues dice que *«la mujer estaba ebria de la sangre de los creyentes, de la sangre de los que dieron testimonio de Jesús»* (NVI). Es cierto que los emperadores romanos se cebaron en la sangre de los creyentes cristianos, ya que persiguieron a muerte a cuantos se resistieron a dar culto al emperador como si fuese Dios. Pero, ¿era eso bastante para que Juan se quedase *grandemente sorprendido?* ¿No se debía más bien su sorpresa a que, bajo la inspiración divina, estaba contemplando el futuro de una institución eclesiástica que, bajo pretexto de pureza doctrinal y unidad religiosa, había de perseguir a muerte (¡la Inquisición!) a los verdaderos creyentes, obedientes a Dios y a Su Palabra más que a los hombres, aun cuando éstos se llamen «representantes de Dios en la tierra» y «Vicarios de Cristo»?

7. Al ver el asombro de Juan, el ángel pasa a explicarle lo que ha visto (v. 7 y ss.). La descripción requiere un cuidadoso análisis que veremos luego. Baste por ahora con decir que *«las siete cabezas y los diez cuernos»* (frase con que termina el v. 7) nos sirven para identificar, una vez más, al Anticristo (comp.con 13:1 y ss.).

Versículos 8–18

Ahora el ángel va a dar a Juan la interpretación del misterio. «Le explica sólo lo inaccesible», dice Bartina. El ángel le presenta primero (v. 8) un resumen del capítulo 13. Después (vv. 9–12), le explica el significado de las siete cabezas y de los diez cuernos. Le hace luego (vv. 13, 14) un resumen de la batalla de Armagedón. A continuación, le explica el significado de las muchas aguas que están bajo el dominio de la Gran Ramera (v. 15). Finalmente (vv. 16–18), tenemos la destrucción de la Iglesia apóstata a manos del Anticristo y de los líderes de las naciones de su Imperio. Como puede verse, la interpretación de esta sección no sigue una línea cronológica. Es aquí donde solamente el premilenialismo puede ofrecer una explicación coherente.

1. Dice el versículo 8 en la NVI: *«La bestia que has visto era antes y ya no es ahora* (lit. *era y no es), y subirá del Abismo para ir a su propia destrucción. Los habitantes de la tierra cuyos nombres no estén registrados en el libro de la vida desde la creación del mundo, quedarán atónitos cuando vean la bestia, porque era antes, no es ahora y, con todo, aún vendrá».* La última frase dice literalmente: *«Pues era, y no es, y se hará presente».*

(A) Que la bestia de que aquí se habla es el Anticristo, no cabe duda alguna a la vista del versículo 11. La expresión *«subirá del Abismo»* ha dejado perplejos y confusos a muchos autores, ya que el Anticristo no sube, en 13:1, del Abismo, sino del mar. Una rápida comparación con 9:11; 11:7 y 13:3 nos ayudará a encontrar la solución, que es, con la mayor probabilidad, la siguiente: El Imperio Eomano histórico existió durante unos seis siglos aproximadamente hasta su caída en la segunda mitad del siglo v de nuestra era. Durante muchos siglos, ha quedado privado de su existencia *(«era y no es»).* Sin embargo, al final de los tiempos, volverá a *hacerse presente,* según completa la frase última del v. 8 la secuencia anterior. Se dice que *«subirá del Abismo»,* porque se presentará en el escenario del futuro gracias al poder recibido de manos del rey del Abismo (v. 13:1–3), el propio Satanás, el *dragón* de 12:3–13:2. *«Irá a la destrucción»,* porque, en fin de cuentas, será derrotado y destruido por el Cordero (v. los vv. 11 y 14, así como 13:10 y 19:19–21).

(B) La segunda parte del versículo 8 guarda una estrecha semejanza con 13:8 e incluso ayuda a traducirlo correctamente, como lo hicimos en su lugar. Aquí se especifica que la causa principal del asombro de los habitantes de la tierra será ver rediviva la Bestia que creían fenecida para siempre (comp. con 13:3). El futuro *«se presentará»* (gr. *paréstai,* de la misma raíz que *parousía)* del final del versículo indica que el Anticristo está aún por venir. Y el asombro subirá de punto si la Bestia surge de donde menos se esperaba. Dice Davidson (*ob. cit.,* pág. 347): «Es probable que haya de venir del lado menos esperado».

2. Viene ahora (vv. 9–12) la explicación de las siete cabezas y de los diez cuernos de la Bestia: *«Esto exige una mente con sabiduría. Las siete cabezas son siete colinas sobre las que se asienta la mujer. Son también siete reyes. Cinco han caído, uno está, el otro no ha llegado todavía; pero cuando venga, ha de*

permanecer por un poco de tiempo. La bestia que era antes y no es ahora, es un octavo rey. Pertenece a los siete y está marchando a su destrucción. Los diez cuernos que viste son diez reyes que no han recibido aún la dignidad regia, pero que durante una hora recibirán autoridad como reyes, junto con la bestia» (NVI). Ésta es otra porción que solamente con una perspectiva futurista y premilenial tiene su explicación.

(A) Nótese que el ángel advierte que lo que va a explicar requiere *«una mente que tenga sabiduría»* (lit). La sabiduría se necesita, en especial, para saber distinguir el primer grupo de ocho reyes (vv. 9–11) del segundo de diez reyes (v. 12).

(B) La segunda frase del versículo 9 es clarísima: «*Las siete cabezas son siete colinas sobre las que se asienta la mujer»*. Roma ha sido llamada siempre «la ciudad de las siete colinas», las cuales tenían en latín los nombres siguientes: *Palatium, Velia, Cermalus, Oppius, Cispius, Fagutal* y *Suburra.*

(C) La cosa quedaría resuelta así de fácil si no fuese porque el texto sagrado añade que las siete cabezas *«son también siete reyes»*. Walvoord (*ob. cit.*, pág. 251–254) aporta una larga cita de J. A. Seiss, en la que éste sostiene que Apocalipsis 17:9 no se refiere a las siete colinas de Roma, sino que significa «siete montes regios», y toma «monte» en sentido metafórico y arguye incluso que el griego *óre* no significa «colinas» sino «montes». De esta manera, la «Ramera» de Apocalipsis 17 «no incluiría en forma alguna sólo al papado, como mantienen todos los "intérpretes *respetables"»* (el énfasis es de Seiss), sino a todos los «defensores de la falsedad organizada en religión», comenzando por Nimrod y siguiendo por Egipto, Asiria, Babilonia, Grecia, Roma, etc.

(a) Me extraña que Walvoord tenga por «convincente» esta explicación. Para comenzar, el griego designa con el vocablo *óros* toda clase de promontorio, ya sea un «monte» propiamente dicho, sea un «cerro o colina» (como puede verse en cualquier buen diccionario griego).

(b) Extender lo de los «montes regios» hasta incluir a Nimrod, etc., equivaldría a sembrar más confusión que inteligencia del pasaje, y me atrevería a calificar de arrogante la opinión de Seiss frente a «todos los "intérpretes *respetables"»,* como los llama él irónicamente.

(c) Lo que ocurre aquí, sin duda alguna, es que *«las siete cabezas»* tienen un doble simbolismo: *Primero,* por su prominencia física, son aptas para simbolizar las siete colinas de Roma; *segundo*, por su prominencia política, son aptas para significar un grupo, en su *totalidad* (¡el número *siete!),* de siete reyes. En su puntuación más probable, el versículo 9, en el texto crítico del Nuevo Testamento Griego, ha de traducirse literalmente y leerse del siguiente modo:

*«Aquí, la mente que tenga (*o *tiene) sabiduría. Las siete cabezas son siete montes (*o *colinas), donde la mujer está sentada sobre ellos. Y son siete reyes»*. El simbolismo es, pues, doble, aprovechando el hecho físico de que las colinas sobre las que Roma está asentada son, efectivamente, siete.

(D) De ahí el interés del ángel en poner de relieve (v. 11) que *la bestia … es ella misma un octavo, y es de los siete.* Esto podría parecer un obstáculo para la identificación del Anticristo como un monarca del futuro, de los últimos tiempos. De ahí que autores como Walvoord, siguiendo a Seiss, Davidson y W. Scott, se nieguen a ver en los reyes del versículo 10 a los emperadores romanos anteriores a Domiciano. Pentecost es más cauto, pues se limita a exponer las tres opiniones principales acerca del significado de estos reyes. En mi opinión, el comentario más sensato de este versículo procede de la pluma de F. F. Bruce (*ob. cit.*, pág. 1.704):

Cinco de los cuales han caído: Si contamos desde el primer emperador, éstos serían Augusto (27 a. de C-14 d. de C.), Tiberio (14–37), Gayo (37–41), Claudio (41–54) y Nerón (54–68). Uno está: Probablemente, Vespasiano (69–79), los tres emperadores Galba, Otón y Vitelio, que gobernaron en rápida sucesión en Roma durante los 18 meses entre la muerte de Nerón y la captura de Roma por las tropas de Vespasiano el 21 de diciembre del 69, difícilmente pueden entrar en la cuenta desde el punto de vista de las provincias orientales. En ellas, la autoridad de Vespasiano fue indiscutible desde su proclamación en Alejandría el 1 de julio del 69 … El otro no ha llegado todavía … ha de permanecer por un poco de tiempo: Tito, el sucesor de Vespasiano, reinó solamente dos años (79–81).

Y, pasando de inmediato al comentario del versículo 11, dice con enorme buen sentido:

En cuanto a la bestia que era y no es, es un octavo: Aquí tenemos de nuevo la oscilación entre el imperio (la bestia) y el emperador (una de las cabezas) que personificó su poder en un tiempo (cf. 13:3, 12). *Al final, el poder del imperio perseguidor quedará personificado por el imperial Anticristo, que*

pertenece a los siete, posiblemente en el sentido de ser como una reencarnación de uno de ellos. Los comentaristas desde el siglo segundo en adelante hallaron natural identificarlo con Domiciano (81–96), sucesor de su hermano Tito, y considerarlo como un segundo Nerón. Pero Juan no está pensando en Domiciano (cuya fama tradicional como perseguidor de la Iglesia descansa sobre muy modesta base histórica), sino en un potentado demoníaco, Nero redivivus … *Va a la perdición:* Cf. 19:20. *El Anticristo es designado «el hijo de perdición» en* 2 Tesalonicenses 2:3.

(E) Por consiguiente, este *«octavo»* rey (v. 11), que *es,* o *procede* (gr. *ek) de los siete,* no es otro que el Anticristo que, por una parte, empalma con los antiguos perseguidores del cristianismo y, como dice Bruce, viene a ser «como una reencarnación de uno de ellos», y, por otra parte, ocupa su puesto prominente sobre los diez reyes que han de venir (v. 12). En efecto, como hace ver Bruce en el mismo lugar, estos diez reyes del versículo 12 «no pueden ser identificados con ninguno de los caracteres históricos». Aunque no podamos pasar del terreno de una muy probable conjetura, cabe suponer que estos *diez reyes,* que no son sucesivos, sino simultáneos, representan las naciones—con sus líderes—del nuevo Imperio Romano (la Comunidad Europea, con su centro en Roma). Estos *diez cuernos* son los mismos que los de la Bestia de 13:1, y han de ser interpretados, si somos consecuentes, de la misma manera. De ellos dice el texto sagrado que *«no han recibido aún la dignidad regia»,* es decir, no han llegado aún al poder, porque no les ha sido dado, no por la Bestia (puesto que lo van a recibir *con* ella, no *por* ella), sino—como siempre en Apocalipsis—por la sabia permisión de Dios.

(F) El texto sagrado especifica que estos diez reyes, que van a gobernar simultáneamente y junto con la Bestia, ejercerán su poder *«durante una hora»,* símbolo de un espacio de tiempo breve, aunque no tan breve como la *«media hora»* de 8:1. El texto sagrado se refiere aquí (como se echa de ver por el contexto posterior) a cierto tiempo dentro de los tres años y medio de la segunda parte de la Gran Tribulación, ya que es en este tiempo cuando se ha de llevar a cabo la guerra que se anuncia a continuación.

3. Viene ahora (vv. 13, 14) un resumen anticipado de la batalla de Armagedón: *«Todos ellos* (los diez reyes) *tienen la misma intención: entregar a la bestia su poder y su autoridad. Harán la guerra al Cordero, pero el Cordero los vencerá, porque es Señor de señores y Rey de reyes—y con Él estarán sus llamados, escogidos y fieles seguidores» (NVI).*

(A) En este versículo se ve que los diez reyes aludidos en el versículo 12 van a servir de puente entre el pluralismo nacional de la época anterior a la Gran Tribulación y la dominación absoluta y exclusiva del Anticristo. Como dice Walvoord (*ob. cit.,* pág. 255): «Son una fase de la transmisión de poder de los varios reinos al de la bestia misma». Quizás es esta brevedad la que el texto sagrado da a entender con lo de *«una hora»* (v. 12), pues si se refiriese a todo el espacio de los tres años y medio de esta segunda parte de la Gran Tribulación, no cabe duda de que lo expresaría en la forma acostumbrada en *Daniel* y *Apocalipsis,* ya fuese contando por años, por meses (42) o por días (1.260).

(B) Es de notar la completa unanimidad de estos diez reyes en su plan de entregar el poder al Anticristo (v. 13a): *«Éstos tienen una sola intención»* (gr. *gnómen).* Esta unanimidad para el mal contrasta con la que vemos en la primitiva Iglesia (Hch. 4:32) para el bien. Le van a conferir al Anticristo (v. 13b) su *poder* (gr. *dúnamin),* esto es, sus fuerzas militares, económicas, etc., y su *autoridad* (gr. *exousían),* es decir, su potestad política nacional e internacional.

(C) En el versículo 14 vemos que *... éstos* (con la bestia al frente—v. 13:7) *pelearán con el Cordero»* (lit.), pero, al contrario de 13:7, será el Cordero quien *los vencerá a ellos, junto con los suyos,* quienes son apellidados aquí *«llamados, escogidos y fieles».* Como interpretación más probable de estas expresiones, da Bartina (*ob. cit.,* pág. 786) la siguiente: «Porque los llamados a filas, que están con Él son todos escogidos guerreros y fieles a su Señor» (comp. con 19:14).

(D) Pero la razón principal por la que el Cordero va a vencer al Anticristo y a sus huestes no es precisamente lo selecto de las tropas con que el Señor Jesucristo cuenta, sino porque Él mismo es *«Señor de señores,* es decir, soberano de los poderes terrenos, por altos que éstos sean, y *rey de reyes»* (comp. con 19:16), esto es, rey supremo sobre los reyes y los reinos del Universo entero. Además, esos títulos designan atributos propios de la Deidad, como puede verse por 1 Timoteo 6:15, que recoge el testimonio del propio Antiguo Testamento (v. por ej., Deuteronomio 10:17; Salmos 136:3:, donde tales títulos se aplican a Jehová.

4. En el versículo 15 se nos ofrece la explicación de *las muchas aguas* que están bajo el dominio de la Gran Ramera: *«Luego me dijo el ángel: "Las aguas que has visto, donde está sentada la prostituta, son pueblos, multitudes, naciones y lenguas"»* (NVI). En efecto, las aguas del mar (v. el comentario a 13:1)

significan, en la Biblia, las muchedumbres y, en especial, las gentes paganas en su oposición a Dios y a su Ungido, el Mesías. Se pone aquí de relieve el gran poder (espiritual, moral, político, económico) que la Iglesia apóstata ejerce y, especialmente, ejercerá al fin de los tiempos con el apoyo del Anticristo y sus fuerzas. «La Iglesia apóstata—dice Ryrie—será ecuménica.» Este mismo poder de la Roma religiosa se pone aquí para que se aprecie mejor el contexto posterior (vv. 16–18), donde se describe su vergonzosa caída y destrucción, a manos precisamente de los mismos poderes que la sustentaban, y a los que ella servía de principal mentor.

5. Llegamos ya (vv. 16–18) a la caída de la Babilonia religiosa, la Roma eclesiástica de los últimos tiempos: *«La bestia y los diez cuernos que has visto, aborrecerán a la prostituta. La conducirán a la ruina y la dejarán desnuda; se comerán su carne y la abrasarán con fuego. Pues Dios ha puesto en sus corazones eso, para que lleven a cabo el designio divino poniéndose de acuerdo* (comp. con el v. 13) *en entregar a la bestia su poder de gobernar, hasta que las palabras de Dios se hayan cumplido. La mujer que has visto es la gran ciudad que ejerce su soberanía sobre los reyes de la tierra»* (NVI).

(A) El apoyo que el Anticristo y los líderes de las naciones a su servicio han prestado a la Babilonia religiosa, y el afecto que le han mostrado, se tornan ahora desprecio, odio y persecución. *«La dejarán convertida en un desierto* (gr. *eremoménen,* participio de pretérito), es decir, vacía de riquezas y arruinados sus habitantes, *y desnuda,* esto es, despojada de sus joyas y de sus vestidos suntuosos» (v. 4). Más aún, *«se comerán su carne* por medio del robo y del pillaje, *y la abrasarán con fuego»,* consumiéndola por completo.

(B) Llegamos así, de acuerdo con la profecía de Daniel 9:27; 11:36–39, al final de la primera mitad del período de la Gran Tribulación, tiempo en que el Anticristo ha salido con careta de paz, pactando con el pueblo judío y con la religión apóstata. Pero todo ello, tanto la falsa paz de la primera mitad de la última semana de Daniel, como la ruina de la Babilonia religiosa, ha sido controlado, y hasta planeado (comp. con Hch. 2:23) por Dios (v. 17): *«Porque Dios dio* (esto es, *puso) en los corazones de ellos* (de la bestia y de los diez reyes—v. 16—) *llevar a cabo el designio* (gr. *gnómen,* ¡el mismo vocablo del v. 13!) *de Él»* (Dios), no sólo en el castigo y destrucción de la Roma eclesiástica apóstata, sino también (v. 17b) *«en llegar a una misma decisión* (de nuevo, *gnómen) y en dar el reino de ellos a la bestia»* (lit.). Como puede verse, el verbo «dar» tiene aquí distintos matices y sentidos: De parte de Dios es una mera permisión; de parte de los diez reyes, una verdadera y cordial donación.

(C) Para que mejor se muestre la dirección y el control de Dios en todo este asunto, el texto sagrado especifica el límite puesto por el mismo Dios al triunfo arrogante de la Bestia sobre la Ramera (v. 17c): *«Hasta que se hayan cumplido* (futuro de la voz pasiva) *las palabras de Dios»* (lit.), es decir, los oráculos proféticos divinos sobre el castigo de la Gran Ramera (comp. con Mt. 24:35).

(D) Finalmente, el ángel designa de nuevo a la Gran Ramera, a fin de que Juan no tenga duda alguna sobre su identificación: *«La mujer que has visto* (no hay otra en todo el capítulo que la descrita en los vv. 1–7) *es la gran ciudad* (no como ciudad literal, pues entonces no sería un «misterio»—v. 5—, sino como sistema religioso) *que ejerce su soberanía* (lit. su *realeza) sobre los reyes de la tierra»* (NVI). En efecto, la Roma religiosa de los últimos tiempos estará montada sobre el Anticristo (v. 3b), no sólo para ser sostenida por el poder político mundial de la Bestia, sino también para dirigir ella misma la estrategia del Anticristo en los planes políticos y religiosos a escala mundial.

CAPÍTULO 18

Continúa en este capítulo el tema de la destrucción de Babilonia la Grande, pero ahora no se trata ya de la Roma religiosa, sino de la Roma política, social y, sobre todo, mercantil. Siguiendo la división de Ryrie, podemos dividir el capítulo en cuatro partes: I. Tenemos primero el anuncio de la destrucción (vv. 1–3). II. Luego, la apelación al pueblo de Dios, todavía remanente en la ciudad, a salir de ella (vv. 4–8). III. Viene después la angustia que sienten los mercaderes de la tierra ante la ruina de la ciudad (vv. 9–19). IV. Termina el cuadro escénico con las aclamaciones celestes ante la ruina de la ciudad nefanda (vv. 20–24).

Versículos 1–3

Cambia la escena, pues la visión es diferente: Desciende del cielo otro ángel, del cual se describen: 1. Su especial autoridad y tremenda gloria (v. 1); 2. Sus palabras, pronunciadas con voz poderosa (vv. 2, 3).

1. Dice así el versículo 1 en la NVI: *«Después de esto* (una vez más, *metá taúta), vi a otro ángel que bajaba del cielo. Tenía una gran autoridad, y la tierra quedó iluminada con su resplandor* (lit. *gloria)»*.

(A) La expresión misma *«Después de estas cosas»,* en el uso del Apocalipsis, denota que media cierto intervalo de tiempo entre el cumplimiento de la ruina de la Roma apóstata y el de la Roma política y, especialmente, mercantil.

(B) Se describe al ángel actual como de *«gran autoridad»,* aunque no se explica a qué se extiende dicha autoridad ni se describe el poder con que la ejerce.

(C) Sin embargo, tanto su autoridad como su poder quedan manifiestos por el resplandor del que va cubierto, con el cual *queda iluminada la tierra* que Juan contempla. Dice Bartina (*ob. cit.,* pág. 790): «A mayor gloria, mayor excelencia en el ser. Este ángel iluminó toda la tierra que veía Juan. Estaba en el negro escenario del capítulo precedente, en que había visto en el desierto, a escala de perspectivas cósmicas, a la bestia escarlata y a la mujer que sobre ella cabalgaba».

2. Este nuevo mensajero de Dios anuncia con voz poderosa la ruina de la Babilonia politicomercantil (vv. 2, 3): *«Con una poderosa voz, gritó:*

"¡Cayó! ¡Cayó Babilonia la Grande!
Se ha convertido en morada de demonios
y en guarida para todo espíritu maligno (lit. inmundo),
en guarida de toda clase de aves inmundas y detestables.
Porque todas las naciones han bebido
del vino enloquecedor de su fornicación.
Los reyes de la tierra fornicaron con ella,
y los mercaderes de la tierra se enriquecieron
con su excesiva fastuosidad"» (NVI).

(A) Hay en este capítulo ciertas frases que parecerían referirse a la misma Babilonia del capítulo 17; por ej. «… *del vino del furor de su fornicación»* (v. 3—lit.—comp. con 17:2); pero es de notar que el vocablo *porneía* tiene, además de su sentido literal, sexual, el de «comerciar» (que también se aplica a lo sexual) tanto en el terreno religioso espiritual (la Babilonia eclesiástica) como en el terreno politicomercantil (la Babilonia político comercial). Seiss llega a encontrar esta duplicidad incluso en la repetición del verbo *«cayó, cayó»* (v. 2). No hace falta acudir a una base tan frágil, cuando hay suficientes elementos para forjar un argumento más fuerte. Dice J. Walvoord (*ob. cit.,* pág. 259):

Conforme al versículo 9, los reyes de la tierra, así como los mercaderes, harán duelo por el final de la Babilonia del capítulo 18. No se ve ninguna lamentación conectada con la destrucción de la mujer en el capítulo 17. La destrucción de Babilonia en el capítulo 18 debería compararse con el anuncio anterior en 16:19, donde la gran ciudad es escindida y caen las ciudades de los gentiles. Este suceso ocurre tardíamente en la gran tribulación, justamente antes de la segunda venida de Cristo, en contraste con la destrucción de la ramera del capítulo 17, que parece preceder a la gran tribulación y prepara el camino para la adoración de la bestia (13:8).

(B) La *«fuerte voz»* (lit) con que grita este ángel, conspicuo ya por su autoridad y gloria extraordinarias (v. 1), demuestra que el mensaje que anuncia es también de importancia extraordinaria. Las metáforas con que se describe la caída de la Babilonia politicomercantil en el versículo 2 nos recuerdan expresiones semejantes en Isaías 13:21 y ss.; 34:11, 13–15; Jeremías 50:39; 51:37, Sofonías 2:14 y ss. La ruina de Babilonia se pone de relieve comparándola a *«morada»* (gr. *katoiketérion)* de demonios y «jaula» (gr. *phulaké)* de aves inmundas. Para la equivalencia de «demonios-aves», pueden verse Isaías 34:11–15, Mateo 13:32. De ahí que se llame «*inmundas»* (gr. *akathártou)* a estas aves, no sólo porque no eran legalmente comestibles, sino también porque equivalen aquí a demonios. Las metáforas son muy expresivas. Dice Bartina (*ob. cit.,* pág. 790):

Lo que era bullicio de vida humana es ahora un montón de ruinas malditas. Según una creencia, que aparece en época bíblica, los demonios habitaban los sitios desamparados (Mt. 12:43–45; Lc. 11:24–26). *Los espíritus impuros demoníacos veían reducida su presencia en el mundo a un círculo local más o menos estrecho* (Mr. 5:1–13). *Se le puede llamar muy bien cárcel* (phulaké), *en cuanto una parte de su penar consiste en estar como encadenados a un lugar limitado.*

(C) En el versículo 3 se da la razón de esta aparatosa caída de la Roma politicocomercial de los últimos tiempos. Tres son las causas que la han provocado: (a) Con sus directrices inmorales, anticristianas y ateas, *había emborrachado* (gr. *pépokan*, en pretérito perfecto—acción duradera—) *a todas las naciones con el vino enloquecedor* de un comercio idólatra e inmoral que promovía la prosperidad material; (b) En efecto, los reyes de la tierra se habían enriquecido haciendo pactos con ella mientras eran cómplices de su fornicación al imponer a sus súbditos los cultos idolátricos y las inmoralidades que la Bestia les proponía; (c) Quienes, más que nadie, se enriquecían con esta fornicación de la Babilonia politicomercantil, eran *«los comerciantes de la tierra»*, bien agarrados a las ubres de la urbe para extraer (gr. *ek) el poder de su fastuosidad* (lit.).

Versículos 4–8

A continuación del anuncio de la caída de la Babilonia mercantil, Juan oye otra voz procedente del cielo. Esta vez es para invitar al pueblo de Dios, remanente todavía en la ciudad (el anuncio de la caída en los versículos 2, 3 está proyectado a un futuro inmediato—es proléptico—), a salir de ella a tiempo. Dicen los versículos 4–8 en la NVI: *«Luego oí otra voz del cielo, que decía:*

"Salid de ella, pueblo mío,
para que no os hagáis cómplices de sus pecados,
ni recibáis ninguna de sus plagas;
pues sus pecados se han apilado hasta el cielo,
y Dios se ha acordado de sus crímenes.
Retribuidle conforme a lo que ella dio;
pagadle el doble de lo que sus hechos merecen.
Mezcladle el doble en la copa en que ella mezcló.
Dadle de tortura y de duelo
tanto como ella se dio de gloria y de lujo.
En su corazón se jacta, diciendo:
Estoy en mi trono como reina; no soy viuda,
ni experimentaré el luto jamás.
Por esto, en un día la alcanzarán todas sus plagas:
muerte, luto y hambre.
Será consumida por el fuego
porque poderoso es el Señor Dios que la juzga"».

1. En esta sección, hallamos primero (v. 4) la apelación que se hace a los creyentes que hayan sobrevivido a la persecución de la Bestia, a que salgan de ella a tiempo. Los motivos para salir de allí son dos: (A) Si se quedan allí, *se harán cómplices* (gr. *sunkoinonésete*, lit. *tendréis comunión con)* de los pecados de la Roma idólatra e inmoral (comp. con 2 Co. 6:14–17; 1 Jn. 2:15–17); (B) Si se quedan allí, les alcanzarán también a ellos las plagas que van a ser derramadas sobre ella.

2. Con frases tomadas de Jeremías 51:9, se designa a continuación el motivo por el que dichas plagas van a descender sobre la ciudad: Sus pecados se han acumulado, sin solución de continuidad (gr. *ekolléthesan, se apegaron*, el mismo verbo de Lc. 15:15 y Gn. 2:24—en los LXX—), hasta formar una pila que llega hasta el cielo. Han llegado, en realidad, hasta la presencia del mismo Dios, para *«traerle a la memoria»* las iniquidades de la ciudad. La séptima copa (16:17–21) va a ser derramada, y la necesidad de salir de allí se hace cada vez más apremiante (comp. con Gn. 19:15–22).

3. La voz procedente del cielo da a continuación (v. 6) a los agentes destructores la orden de empuñar el pico demoledor: (A) Hay que *abonarle* (gr. *apódote*, verbo que indica el pago de una deuda) el doble de lo que ella dio, como en la parábola de los talentos o, mejor, como tenía que hacer el ladrón,

restituyendo el doble—conforme mandaba la Ley—(v. Éx. 22:4, 7, 9; Is. 40:2; Jer. 16:18), y aun el cuádruplo, en casos de excepcional gravedad, «exigitivamente según justicia (2 R. 12:6) o libremente por compensación excedente (Lc. 19:8)» (Bartina, *ob. cit.*, pág. 792). (B) El mismo castigo *doble* se expresa por medio de otra figura: *«Mezcladle,* es decir, preparadle en el vaso, *el doble de lo que ella mezcló».* Es la misma figura que hemos visto en 14:10, donde el original tiene el mismo verbo *kerágnumi*, mezclar.

4. Se presenta después (v. 7) una lista—compendiada—de los pecados que han merecido tal castigo: (A) *Se glorificó a sí misma;* (B) *Vivió en lujo desmesurado* (gr. *estreníasen*, se jactó de su molicie depravada—v. 17:2—) a costa de la explotación inicua (vv. 11–14); (C) Se jactó además de tres cosas que denotaban su altanería y su autosuficiencia: (a) De ser la emperatriz de todos los pueblos, firmemente asentada en su trono; (b) De no ser viuda, es decir, destituida del apoyo de las naciones sometidas o aliadas, las cuales, como buenas «hijas», habían de venir en auxilio de la «madre»; (c) De estar convencida de que su pretendido estado de seguridad perdurará indefinidamente, de forma que nunca tendrá que hacer duelo ni lamentación como quien ha perdido la corona, los bienes o los parientes.

5. En castigo de esta jactancia (comp. con el castigo de David por censar al pueblo), unida además a sus muchas y grandes iniquidades, la voz anuncia (v. 8) que todo aquello que ella tiene por seguro (vida larga, disfrute de ayuda y prosperidad indefinidamente prolongada) se acabará *en un solo día,* puesto que *en un solo día la alcanzarán todas sus plagas: muerte, luto, hambre e incendio devorador* (gr. *en purí katakauthésetai*. Lit. *será enteramente abrasada con fuego).* Al colocar en cabeza de los castigos la expresión *«en un solo día»,* se pone de relieve en el original la rapidez de la visitación punitiva, como en Daniel 5:5 *(«en aquella misma hora»)* con respecto a la Babilonia de antaño, y en Lucas 12:20 *(«esta noche»),* cuando el rico insensato lo perdió todo en una sola noche. Dice Caird: «Cuando es el tiempo del juicio de Dios, baja directamente sin avisar» *(The Revelation of St. John the Divine,* pág. 224), quien añade, en el mismo lugar: «El castigo es simplemente permitir que el crimen siga su curso destructivo» (comp. con Gá. 6:7–10). Ciertamente, el castigo comprende los tres azotes más terribles: *peste* (mortandad), *luto* (llanto) y *hambre,* además del azote extraordinario de ser *abrasada totalmente.*

Versículos 9–19

Se describe ahora la angustia que sienten los reyes y los mercaderes ante la caída de Babilonia, y las endechas con que se lamentan de su destrucción. Viene primero (vv. 9, 10) la lamentación de los reyes. A continuación (vv. 11–17a), las lamentaciones de los comerciantes. Y, finalmente (vv. 17b–19), las de la marina mercante.

1. Dicen así los versículos 9 y 10 en la NVI: *«Cuando los reyes de la tierra que fornicaban con ella y compartían su lujo, vean el humo de su incendio, llorarán y se lamentarán por ella. Aterrados a la vista de su tormento, se detendrán a distancia y clamarán diciendo:*

¡Ay! ¡Ay, oh gran ciudad,
oh Babilonia, ciudad de poder (lit. *Ia ciudad, la fuerte)!*
¡En una sola hora ha llegado tu condenación!»

(A) Los reyes que aquí se citan no pueden ser los diez de 17:12, 16, aunque éstos son precisamente los que acabaron con la Roma eclesiástica. Son más bien los de 17:2; 18:3, designados genéricamente como *«los reyes de la tierra»;* por tanto, en mucho mayor número que los diez de 17:12, 16. Sus lamentos se parecen a las endechas sobre Tiro en Ezequiel 26:16 y ss.; 27:35.

(B) Para que esto se cumpla en la Babilonia politicomercantil, no es menester pensar en una reconstrucción de la Babilonia antigua, según opinan algunos autores (entre ellos, Walvoord, *ob. cit.*, pág. 263). Esto rompería completamente la idea de la Comunidad Europea, con su centro en Roma y bajo el imperio del Anticristo. Hay también autores que ven la Babilonia religiosa en Roma, y la politicoeconómica en la Babilonia literal, reedificada. Otros se fijan únicamente en el sentido simbólico de Babilonia como representación de la perversidad idolátrica. Dice J. Grau *(Estudios sobre Apocalipsis,* pág. 285): «De ninguna ciudad puede afirmarse que en ella sola pueda haberse encontrado "la sangre de los profetas y de los santos, y de *todos* los que han sido muertos en la tierra". La gran ciudad tiene que entenderse simbólicamente». Opino personalmente que eso se cumple en Roma, como centro representativo de una Iglesia apóstata que ha perseguido a muerte a cuantos no han estado de acuerdo con

sus doctrinas y prácticas. Lo de *«todos»* no pasa de ser una hipérbole de las que Juan hace uso corriente (comp. con Jn. 3:26; 11:48).

(C) En la lamentación de los reyes son de notar los siguientes detalles: (a) Con el verbo griego *klaúsosin* se designa el lamento vocal, a gritos, a diferencia del verbo *dakrúo* de Juan 11:35, que denota el llanto silencioso. (b) El verbo *kópsontai* designa los golpes de pecho que se dan en su lamentación. (c) Los repetidos *ayes* (gr. *ouaí, ouaí),* son equivalentes al *ulular* que tantas veces hemos visto en los *Profetas,* y son gritos que formaban parte del ritual de lamentación. Todo ello imita—en el más alto grado—el duelo por la pérdida de los seres más queridos. Pero es un lamento totalmente egoísta, como se hace en la quiebra de un negocio. Por eso, se añade (v. 10) que hacían el duelo *«desde lejos»* (gr. *apó makróthen hestekótes),* como si temiesen que les alcanzase también a ellos el castigo. «¡Qué triste es la hora del juicio—comenta Walvoord *(ob. cit.,* pág. 263)—, cuando es demasiado tarde para la misericordia!»

2. Vienen a continuación las lamentaciones de los comerciantes (vv. 11–17a): *«Los mercaderes de la ciudad llorarán y se lamentarán sobre ella, porque nadie comprará ya sus mercancías—cargamentos de oro, plata, piedras preciosas y perlas; de lino fino, púrpura, seda y escarlata; de toda clase de madera olorosa; objetos de toda clase, hechos de marfil, de madera de mucho precio, de bronce, hierro y mármol; cargamentos de cinamomo y especias, de perfumes, mirra e incienso; de vino y aceite, de flor de harina y trigo, de ganado vacuno y de corderos; de caballos y carruajes; de cuerpos de esclavos y de vidas humanas—. Y dirán: "El fruto que tanto apetecías se ha marchado de ti. Todas tus riquezas y todo tu esplendor se han desvanecido y nunca los recobrarás". Los mercaderes que le vendían sus mercancías y se enriquecían a costa de ella, se detendrán a distancia, aterrados a la vista de su tormento. Llorarán y se lamentarán, diciendo:*

"¡Ay! ¡Ay, oh gran ciudad,
la que se vestía de lino fino, de púrpura y escarlata,
y deslumbraba enjoyada de oro, piedras preciosas y perlas!
¡En una sola hora ha quedado en la ruina toda esa opulencia"» (NVI).

(A) Dos veces más ocurre aquí la frase ya conocida *«llorarán y se lamentarán»* (vv. 11 y 15), pero el segundo verbo no es el mismo del versículo 9, sino el verbo *penthéo,* que indica duelo o lamentación en general, pero no especifica lo de «golpearse el pecho» como en el versículo 9.

(B) Nótese la larga lista de objetos en los que los mercaderes de la tierra comerciaban con la gran ciudad: (a) Todo lo que servía para la ostentación (joyas y atuendo): *«oro, plata, etc».* (v. 12). Para una lista similar, véase Ezequiel 27:12 y ss. (b) El lujo en el atuendo hace pares con el lujo del mueblaje: las maderas más finas y olorosas (v. 12b). (c) Siguen las especias, los ungüentos y lo mejor del trigo, del vino y del aceite (v. 13a). (d) Después, el ganado y los caballos para las carreras o para la guerra (v. 13b). (e) Finalmente, *«cuerpos»* (gr. *sómata).* El vocablo griego es el que los LXX usan para designar a los esclavos en Génesis 36:6. Realmente, para los amos paganos, los esclavos eran meramente *cuerpos* para el trabajo, para los juegos circenses o para los burdeles de prostitución masculina. Y, con los *cuerpos,* las *almas humanas* o, mejor, *vidas humanas,* ya que *psukhás* no tiene aquí ningún sentido moral ni espiritual, sino que designa probablemente «los esclavos dedicados a las artes liberales, a ser pedagogos, literatos, artistas» (Bartina, *ob. cit.,* pág. 796).

(C) El autor sagrado hace una recapitulación general, en el versículo 14, de los bienes que se han enumerado en los versículos 12 y 13. El original es muy expresivo en su semitismo: El griego *opóra,* que las versiones traducen por «fruto» o «fruta», significa, en realidad, la tercera estación del año en el cómputo griego, la cual correspondía, para los judíos, al final del verano y comienzo del otoño, cuando los mejores frutos de la tierra estaban ya maduros y sazonados. Pero es probable que sea un semitismo con el que se designa «todo lo que más apetecían los que compraban y vendían», ya que la primera parte del versículo 14 dice literalmente: *«y el fruto del deseo de tu alma se alejó de ti».* Más aún, el texto sagrado (v. 14b) continúa diciendo: *«y todo lo pingüe y espléndido se ha desvanecido* (lit. *ha perecido,* el mismo verbo del final de Jn. 3:16) *de ti».* Todo lo que representaba la prosperidad y el esplendor de la gran ciudad ha perecido para siempre. El versículo 15 repite la elegía de los mercaderes para que se entiendan mejor sus lamentos por los artículos perdidos.

(D) A continuación (vv. 16, 17a) viene la lamentación de los mercaderes en una endecha que se parece a las de los versículos 10 y 19, pero tiene también muchos elementos específicos, conforme a los

objetos preciosos que se han enumerado en los versículos 12 y 13. Como contrapunto a los lamentos del versículo 16, podrían escucharse las palabras de nuestro Salvador en Mateo 6:19–21: *«No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre corroen, y donde los ladrones horadan y roban. Allegad, más bien, tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni la herrumbre corroen, ni los ladrones horadan ni roban. Porque donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón»* (NVI). La elegía de los comerciantes se fija especialmente en aquello en que más puesto tenían el corazón. ¡Y que todo se haya perdido en un instante …! (v. 17a). Todo esto nos recuerda también al rico de la parábola de Lucas 12:16–21.

3. A las lamentaciones de los comerciantes siguen (vv. 17b–19) las de la marina mercante: *«Todo piloto de mar y cuantos viajan por barco, los marineros y cuantos se ganan la vida en el mar, se detendrán a distancia. Cuando vean el humo de su incendio, exclamarán: ¿Hubo jamás una ciudad como esta gran ciudad? Arrojarán polvo sobre sus cabezas, y gritarán llorando y lamentándose:*

¡Ay! ¡Ay, oh gran ciudad,
donde cuantos tenían barcos en el mar,
se enriquecieron de su opulencia!
¡En una sola hora ha quedado devastada!» (NVI).

Las lamentaciones de la marina mercante se describen aquí con colores e imágenes que parecen tomados de Ezequiel 27:28, 29. En los LXX, se mencionan allí cuatro clases de jefes marinos según el puesto que ocupan: el timonel, los subalternos, cada uno de acuerdo con su rango, los marineros rasos y, finalmente, los cargadores y los pescadores; ¡todos cuantos trabajan, de un modo u otro, en el mar! Todos ellos se paran de pie desde muy lejos; y lo único que se les ocurre decir es que no había otra ciudad semejante a aquélla. Se lamentan, no precisamente por la ruina de la ciudad, sino por lo mucho que ellos mismos han perdido al acabarse el comercio que mantenían con la gran ciudad. Para ellos, por tanto, no había, ni hubo jamás, otra ciudad como aquélla, a juzgar por los beneficios que las transacciones con Roma les habían reportado. Vemos (v. 19) que arrojan polvo (o ceniza) sobre sus cabezas, lo cual era una señal de gran duelo entre los orientales (comp. con Job. 2:12).

Versículos 20–24

En agudo contraste con la inmensa pena de reyes y mercaderes de la tierra, el sagrado texto nos presenta a continuación las aclamaciones del cielo, donde *los santos, los apóstoles y los profetas* son estimulados a regocijarse por la caída de Babilonia, porque Dios ha vindicado a los Suyos, y ha cargado sobre ella la retribución que se merecía por la sangre vertida. No se les pide ser crueles o vengativos, sino regocijo por el triunfo de la justicia de Dios y de la verdad por la que los mártires dieron su vida. Viene primero (v. 20) el grito de aclamación, probablemente de labios del propio Juan. Después tenemos una acción simbólica del hundimiento definitivo de la Gran Babilonia (v. 21). En tercer lugar, el mismo ángel profiere un oráculo sobre la destrucción de la ciudad (vv. 21b–23a), y da también cuenta de las tres causas principales que motivaron dicha destrucción (vv. 23b, 24).

1. Dice el versículo 20 en la NVI: *«¡Regocijaos sobre ella, oh cielos! ¡Regocijaos, santos, apóstoles y profetas! Dios la ha juzgado por el modo con que ella os trató».* Nótese que el propio Juan tampoco se deleita precisamente en la ruina de la ciudad, sino en la justicia de Dios (comp. con Is. 26:9). Dice Bruce *(ob. cit.*, págs. 1.705, 1.706): «En los juicios de Dios, rectamente considerados, el pueblo de Dios puede regocijarse de modo apropiado, pero se regocijarán *temblando,* al recordar que Sus juicios comienzan por los de Su propia casa (1 P. 4:17, siguiendo a Ez. 9:6; Am. 3:2)».

2. A las aclamaciones por la caída de Babilonia, *«un ángel forzudo»* (lit.) añade una acción simbólica (v. 21): *«Entonces un ángel poderoso levantó una piedra grande, del tamaño de una rueda de molino, y la lanzó al mar, diciendo:*

Con este mismo ímpetu,
será arrojada la gran ciudad de Babilonia,
y no será jamás hallada» (NVI).

Es una escena parecida a la de Jeremías 51:61–64, con la sola diferencia de que la piedra de molino es arrojada al mar, en lugar de al Éufrates. Dice Walvoord (*ob. cit.*, pág. 266): «El simbolismo es el mismo. Representa la destrucción de la gran ciudad, la cual, como una piedra arrojada al mar, no volverá a ser hallada». Por cierto, la frase *«de ningún modo será hallada»* (lit. Gr. *ou me euréthe)* se repite siete veces.

3. Pero el ángel no se contenta con arrojar simbólicamente al mar la piedra que representa a Babilonia, sino que pronuncia un oráculo y expresa las razones que han motivado dicha destrucción (vv. 22–24):

«La música de arpistas y músicos cantores,
de tocadores de flauta y de trompeta,
nunca volverán a escucharse en ti.
Ningún artesano de ningún oficio
volverá jamás a encontrarse en ti.
El ruido de la rueda de molino
no volverá jamás a escucharse en ti.
La luz de una lámpara
no volverá a brillar en ti jamás.
La voz del esposo y de la esposa
no volverá a oírse en ti jamás.
Tus mercaderes eran los magnates del mundo.
Por tus encantamientos fueron seducidas todas las naciones.
En ella se encontró la sangre de los profetas y de los santos,
y de todos cuantos fueron asesinados en la tierra» (NVI).

(A) Ryrie resume admirablemente el sentido del oráculo de los versículos 22 y 23: «Ni música, ni trabajador, ni maquinaria, ni luz, ni felicidad volverán a hallarse en Babilonia». Expresiones similares pueden verse en Jeremías 7:34; 16:9; 25:10; Ezequiel 26:13. La ciudad que había sido centro y emporio universal de prosperidad, alegría, jolgorio y placeres mundanos, así como de la más abominable idolatría y de la más grosera inmoralidad, ha sido reducida a un silencio sepulcral y se encuentra completamente devastada.

(B) El mismo ángel declara a continuación las razones que motivaron la destrucción de la ciudad: (a) Los mercaderes de Roma habían explotado a la gente y habían corrompido la tierra, convirtiéndose (v. 23c) en *magnates* sin Dios, que todo lo controlaban con su gran poder y tremenda influencia (comp. con Is. 23:8). (b) Con sus brujerías (drogas, venenos en las copas, etc.) habían engañado, seducido, extraviado, al mundo entero (v. 23d, comp. con Is. 47:12). (c) El mayor crimen era haber vertido mucha sangre inocente (v. 24): *«la de los profetas,* que habían predicado el Evangelio de salvación y habían amonestado para bien; *la de los santos,* que habían sellado con su sangre el difícil testimonio durante la Gran Tribulación; *y la de todos los degollados* (lit.) *sobre la tierra»,* por el mero hecho de obedecer a Dios y creer en Jesús (v. 12:17). Por cierto, en el versículo 24 vemos el plural intensivo *«sangres»* (gr. *haímata);* compárese con Juan 1:13, donde hallamos igualmente el mismo plural.

4. Bueno será terminar este capítulo con algunas provechosas consideraciones que nos ofrecen algunos de los más expertos estudiosos del Apocalipsis:

(A) Caird (*ob. cit.*, págs. 230, 231) hace un fino análisis lingüísticohistórico de la frase final del versículo 20 *«porque Dios ha juzgado vuestro juicio de ella»* (lit.), y dice que el *«de ella»* (gr. *ex autés)* sólo puede entenderse a la luz de dos leyes del Antiguo Testamento: (a) la ley de sangre derramada (Gn. 9:5–9), y (b) la ley de falso testimonio (Dt. 19:16–19, comp. con Ap. 11:13). Y añade: «Juan une las dos leyes para expresarlas así: *Dios ha impuesto sobre ella la sentencia que ella quiso imponeros.* Babilonia ha acusado falsamente a los santos, etc., haciéndoles morir. Pero el caso ha sido llevado al tribunal de Dios … donde Babilonia ha sido hallada culpable de perjurio».

(B) Sobre los versículos 22 y 23, comenta D. Turner, en el Curso de la Academia Cristiana del Aire, *Apocalipsis,* página 105, col. 1.ª: «Todos estos que tuvieron relación con Babilonia, se acaban. No habrá más *jazz* ni *rock and roll*, ni pinturas modernistas, ni novelas llamadas *realistas,* en vez de nombrarlas por su verdadero carácter de inmorales o pornográficas, obscenas. Estas cosas que los espíritus diabólicos han usado como carnada o cebo para atraer y entrampar a la juventud especialmente, ya dejarán de existir, siendo quemadas todas en el fuego de Dios».

(C) Al final de su comentario sobre este capítulo, el Dr. Walvoord (*ob. cit.*, pág. 267) hace notar el paralelismo de esta Babilonia con la Babel de Génesis 11:1–9: Su torre, elevada hasta el cielo, trataba de unir al mundo con un culto y un lenguaje comunes. Dios frustró este plan, confundiendo el lenguaje y esparciendo las gentes. La Babilonia eclesiástica de Apocalipsis 17 proponía una religión universal, una Super-Iglesia apóstata. Ésta es destruida por la Bestia en cumplimiento de la voluntad de Dios (17:16, 17). La Babilonia politicoeconómica de Apocalipsis 18 tiende a dominar el mundo con un Mercado Común y un gobierno mundial. Ésta es destruida por Cristo en su Segunda Venida (19:11–21). El triunfo de Dios, al acabar con la gran ramera de Apocalipsis 17 y con la gran ciudad de Apocalipsis 18, prepara el camino para la Segunda Venida de Cristo y el establecimiento de su reinado glorioso en la tierra. Por su parte, Beasley-Murray *(New Bible Commentary, Revelation)* explica cómo, a la luz de las antiguas profecías y de las condiciones mundiales de su tiempo—un emperador satánico, una Roma corrompida y un sacerdocio idólatra—, Juan pudo predecir con vivos colores cuál sería la situación durante la Gran Tribulación. Personalmente, veo también otro paralelismo (además del señalado por Walvoord) con Génesis 11, en el sentido de que el triunfo de Dios sobre los rebeldes de Babel, cuando les confundió las lenguas y los esparció así sobre la faz de la tierra, preparó el camino para el llamamiento de Abraham (Gn. 12).

CAPÍTULO 19

Este capítulo puede dividirse en tres partes: I. El júbilo celeste por el juicio que Dios ha pronunciado y ejecutado sobre Babilonia (vv. 1–6). II. El anuncio del banquete de bodas del Cordero (vv. 7–10). III. La batalla de Armagedón (vv. 11–21).

Versículos 1–6

Llegamos ya al final: *«Después de estas cosas»*, última vez que sale la frase *metá taúta* del original. En estos versículos tenemos las cuatro únicas veces que el vocablo hebreo *Halleluyá* ocurre en todo el Nuevo Testamento. Dicen así los versículos 1–6 en la NVI:

«Después de esto, oí como el clamoreo de una gran multitud
en el cielo, que exclamaban:
"¡Aleluya!
La salvación, la gloria y el poder pertenecen a nuestro Dios,
pues son fieles y justos sus juicios.
Ha condenado a la gran prostituta,
que corrompía la tierra con su fornicación.
Ha tomado venganza en ella de la sangre de sus siervos,
que ella derramó". Y de nuevo exclamaron:
"¡Aleluya!
La humareda de ella sube por los siglos de los siglos".
Los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se
prosternaron para adorar a Dios, que estaba sentado en el trono,
y exclamaban:
"¡Amén, Aleluya!"
Luego salió del trono una voz que decía:
"¡Alabad a nuestro Dios,
todos sus siervos,
cuantos lo reverenciáis,
tanto pequeños como grandes!"
Después oí como el coro de una gran multitud,
como estruendo de una cascada inmensa
y como retumbar de fuertes truenos, que exclamaban: "¡Aleluya!

Pues reina nuestro Señor Dios Todopoderoso"».

El himno continúa (vv. 7, 8), pero conviene estudiar aparte esos dos versículos, junto con los versículos 8–10, pues se refieren a un mismo tema: Las bodas del Cordero.

1. El «*Después de esto*» del versículo 1 no se ha de entender aquí como si entre el final del capítulo 18 y el comienzo del 19 mediase lapso alguno de tiempo. Más bien, el clamoreo del versículo 1 es como la respuesta a la invitación de 18:20 *(«Regocijaos sobre ella, oh cielos, etc.»).* Dice J. Vernon McGee: «El capítulo 19 marca un cambio dramático en el tono de Apocalipsis. La destrucción de Babilonia, capital del reino de la Bestia, señala el fin de la Gran Tribulación. Lo sombrío da paso al cantar. Hay un pasar de tinieblas a luz, de negro a blanco, de terribles días de juicio a espléndidos días de bendición. Este capítulo hace una definida bifurcación en Apocalipsis, y desemboca en el mayor evento para el mundo: la Segunda Venida de Cristo. Es el puente entre la Gran Tribulación y el Milenio».

2. Varias frases del versículo 1 nos llevan a 7:9, 10, donde se hallan otras iguales o semejantes: *«gran multitud», «con gran voz», «la salvación* (se debe) *a nuestro Dios»* (lit.), por lo que es posible que, en este versículo 1, estemos ante la misma multitud. Recordemos que el vocablo hebreo compuesto *Hallelú-Yah* está formado por el imperativo del verbo *hallel*, alabar (en segunda persona de plural) y *Yah*, que es la frecuente abreviatura de *Jehová.* Tras de esta especie de epígrafe de alabanza, la multitud atribuye a Dios las tres mayores cualidades: *salvación* (la liberación, como un hecho), *gloria* (como perfección moral de Dios, la cual resplandece de modo especial en la salvación de Su pueblo) y *poder* (gr. *dúnamis*, la capacidad para actuar con toda eficacia). Lo de *«el honor»* falta en los mejores MSS. La *salvación* fue mencionada en 7:10; la *gloria* y el *poder*, en 4:11.

3. La razón que aquí (v. 2) se da es *«porque sus juicios son verdaderos* (lit. *genuinos*, pues Dios es siempre fiel a Sí mismo) y *justos* (conforme a justicia), en su doble vertiente de «hacer justicia *de …»* y «hacer justicia *a …».* Dice Bartina (*ob. cit.*, pág. 802): «*La verdad*, en sentido semítico, implica continuidad y fidelidad. Dios es siempre el mismo. Aunque esperó, al fin juzgó a la gran pecadora empedernida, consecuentemente con los inmutables principios de moralidad y bondad que han de regir la conducta del ser libre. Además, el castigo, aunque pareció durísimo, fue merecido, se movió dentro del círculo perfecto de *la justicia*».

4. A continuación (v. 2b), la multitud específica lo que Dios juzgó y por qué lo juzgó: «*Juzgó a la ramera, la grande, que corrompió a la tierra con su fornicación, y vindicó la sangre de sus siervos de la mano de ella»* (lit.). Los dos crímenes de mayor calibre de la Gran Ramera habían sido la idolatría (y la inmoralidad con que había corrompido toda la tierra) y la persecución a muerte de los siervos de Dios. Esto muestra la justicia perfecta del castigo que Dios le ha impuesto.

5. El versículo 3, tras repetir el *hallelú-Yah*, menciona el castigo eterno: destrucción definitiva de la ciudad. Juan oye una frase tomada de Isaías 34:10 y repetida ya anteriormente en Apocalipsis 14:11. La humareda de la destrucción a fuego de la Gran Babilonia subirá al cielo (el verbo está en presente continuativo) *por los siglos de los siglos*, e indica así que jamás se recuperará de su destrucción (comp. con Gn. 19:28, a la luz de Jud. v. 7, al final). El original dice: «*Y el humo de ella está subiendo por los siglos de los siglos»*, con lo que se da a entender el tormento eterno de sus malvados moradores. Así se responde a la apelación de 6:10: *«¿Hasta cuándo, Señor santo y verdadero, no juzgas, etc.?»* El perfecto *eírekan* (lit. *han dicho)* de la primera frase del versículo 3 muestra que las voces son prolongadas y repetidas.

6. La escena del versículo 4 es semejante a la de 4:4–10, pero, en lugar de las alabanzas que se especifican en el capítulo 4, tenemos aquí simplemente un *Amén*, seguido del tercer *Aleluya* del capítulo. Como hace notar Walvoord (*ob. cit.*, pág. 269), «el hecho de que los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes son presentados como adorando a Dios en grupo separado de la gran multitud parece confirmar la sugerencia anterior de que la gran multitud son los muertos martirizados de la Gran Tribulación … Si los veinticuatro ancianos representan a la Iglesia, son testigos de estos acontecimientos desde el cielo, aun cuando ellos no han participado del mismo modo». Respecto del *Amén*, dice Bartina *(ob. cit.*, pág. 803): «El que lo pronuncia viene a decir con ella (con la palabra «amén»): Así es. Acepto lo dicho, y de mi parte lo repito punto por punto (cf. 1:6)».

7. En el versículo 5 se introduce una nueva voz; esta vez, *salida del trono.* Ello no significa que sea la voz de Dios, ya que esto pugna con el contexto posterior, en el que la alabanza de la voz va dirigida precisamente a Dios. Contra la opinión de Bartina, y siguiendo aquí a Walvoord, tengo por seguro que la voz no procede de Dios, sino de un ángel. Decir que *sale del trono* equivale a decir que *sale del altar*

(comp. con 14:18; 16:7), con lo que se da a entender que el ángel que la profiere es de los más cercanos a Dios (comp. con Is. 6:1–3). Las palabras de alabanza están sacadas de los Salmos (Sal. 113:1; 115:13; 135:1, 20). La voz invita aquí *a todos los siervos* (gr. *doúloi) de Él* (Dios) *a seguirle alabando* (también este verbo está en presente de continuidad).

8. A esta invitación responde (v. 6) un inmenso coro, cuya magnitud numérica y potencia vocal se pone de relieve mediante la comparación con una gran cascada y una ruidosa tronada. El coro comienza su himno con el cuarto y último *aleluya* y sigue con dos expresiones, la primera de las cuales *(«ha comenzado a reinar*—gr. *ebasíleusen*, en aoristo ingresivo—*el Señor»)* aparece ya en 11:15, en una de las fintas espirales a las que Juan nos tiene acostumbrados en este libro; y la segunda frase *(«el Dios, el Todopoderoso»*—lit.—equivalente al hebreo *Jehová Tesebaoth)* se halla en Amós 3:13; 4:13 (en los LXX). Nueve veces aparece en Apocalipsis (1:8; 4:8; 11:17; 15:3; 16:7, 14; 19:6, 15 y 21:22). Las frases mencionadas muestran bien a las claras que Dios *no* reina, en la actualidad, de manera efectiva en el mundo, pues el mundo no le conoce ni le obedece, ya que *el príncipe y dios de este mundo* es el diablo (v. 2 Co. 4:4; Ef. 2:2, como un eco de Jn. 12:31; 14:30). Sólo cuando el diablo sea desposeído *de facto* de su dominio sobre las naciones, «los reinos de este mundo que a él le han sido entregados» (v. Lc. 4:6), será cuando Dios y su Ungido comenzarán su reinado en el mundo (v. Sal. 2:8 y ss.).

Versículos 7–10

La gran multitud anuncia ahora algo más grande: *Las bodas del Cordero,* es decir, el banquete de bodas, pues el compromiso nupcial se hizo ya en el cielo. Dicen literalmente dichos versículos: *«¡Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria* (a Dios), *pues llegaron las bodas del Cordero y su esposa se ha preparado! Y se le dio que fuese cubierta de lino resplandeciente puro, porque el lino es las acciones justas de los santos. Y me dice* (el ángel): *Escribe: "Bienaventurados los invitados* (en participio de pretérito perfecto) *al banquete de las bodas del Cordero". Y me dice: "Éstas son las palabras verdaderas de Dios". Y caí delante de sus pies para adorarle. Y me dice: "¡Mira que no!* (esto es, *¡no lo hagas!). Consiervo tuyo soy y de tus hermanos los que tienen el testimonio de Jesús; ¡a Dios adora! Porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía"».*

1. Ya hemos indicado anteriormente que el compromiso nupcial de Cristo con Su esposa, la Iglesia, se hizo ya en el cielo, cuando la Iglesia salió al encuentro de su Esposo *«en el aire»* (1 Ts. 4:17). Aquí la vemos *«preparada»* (gr. *hetoímasen heautén*, se preparó a sí misma—comp. con el v. 8—), es decir, ya perfectamente *ataviada,* y es ahora, tras de la Gran Tribulación, cuando se va a celebrar el banquete de bodas en la tierra. En efecto, el clamoreo del versículo 6 indica bien a las claras que ha terminado la Gran Tribulación, pues los reinos de la tierra, que el diablo había puesto en manos del Anticristo (v. 13:2, al final), *han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo,* como ya se anunció primeramente en 11:15.

2. Antes de pasar adelante, bueno será hacer memoria de la forma en que se celebraban las bodas entre los judíos:

(A) Tres eran los principales elementos en las bodas: (a) Los padres respectivos solían arreglar el contrato matrimonial cuando los futuros contrayentes eran todavía niños, que no podían asumir las responsabilidades propias de adultos. Se pagaba entonces ya la dote correspondiente. (b) Cuando la pareja había llegado a la edad adulta, tenía lugar la ceremonia en que el novio y los amigos *(«los hijos el tálamo»*—según el sentido del original en Jn. 3:29—) que le acompañaban iban a casa de la novia para escoltarla hasta la casa de él (v. Mt. 25:1–13). (c) Después, el novio introducía en su propia casa a la novia y se celebraba el banquete de bodas al que eran invitados los amigos asistentes. Éste fue, por ejemplo, el caso de las bodas de Caná (v. Jn. 2:1–12).

(B) Este simbolismo se cumple perfectamente en relación con Cristo y con su Iglesia: (a) El contrato nupcial fue firmado cuando Cristo redimió a su Iglesia (v. Ef. 5:26, 27). Todo verdadero creyente está unido legalmente a Cristo en matrimonio. (b) La segunda etapa se cumplirá cuando Cristo venga a recoger a su Iglesia. (c) La tercera es la que vemos aquí, en el banquete de bodas, pues es muy significativo el que la esposa no sea llamada aquí *numphé*, novia, sino *guné*, mujer ya casada, lo cual da a entender claramente que el novio ya había venido a recoger a la novia y *ya se había celebrado la ceremonia nupcial.* No es, pues, insisto, la *boda,* sino el *banquete* lo que contemplamos aquí. De ahí que deberíamos leer el versículo 7 de la forma siguiente: *«Porque el banquete de bodas ha llegado».*

3. Queda otro problema de hermenéutica en cuanto al vocablo *esposa.* Por ejemplo, en Oseas, Israel se describe como la *esposa infiel* de Jehová, que ha de ser restaurada en el Milenio a su posición de esposa fiel. Las normas de una correcta hermenéutica nos obligan a ver a Israel como *ya* casada con Jehová, aunque se haya mostrado *infiel* a su cónyuge. Esto contrasta con lo de Pablo en 2 Corintios 11:2, donde la boda aparece como *futura*, y ello nos ayuda a distinguir entre los *santos* de la actual dispensación—la Iglesia—y los demás (los del Antiguo Testamento y los de la Gran Tribulación), los cuales pertenecen a la categoría de *invitados* al banquete de bodas, como veremos en el versículo 9.

4. Como es ya costumbre en Apocalipsis, se nos dice (v. 8) que a la Iglesia *le fue dado estar cubierta de lino resplandeciente limpio* (lit.), pero no significa que esta vestidura sea la gracia de la justificación, ya que, a renglón seguido, se nos aclara que este *lino es las acciones justas de los santos.* Dice Ryrie: «Las buenas obras de los creyentes constituirán el vestido de boda cuando la congregación de los fieles se unan a Él en matrimonio (cf. 2 Co. 11:2; Ef. 5:26, 27)». Las acertadas referencias que el propio Ryrie hace a dichos lugares aclaran una dificultad que podría presentarse, si comparamos el gr. *dikaiómata* (acciones justas) de este versículo con Isaías 64:6; pero los LXX (la versión griega, llamada *Septuaginta),* con muy buen acierto, no vertieron el hebreo *tsidqoteynu* por *dikaiómata,* obras justas, sino por *dikaiosune,* ¡justicia! Con ello tenemos, por una parte, que la *justicia cumplida* es posible únicamente con base en la *justicia imputada;* y, por otra, que las *acciones justas* de los fieles aparecen aquí como *lino resplandeciente limpio,* porque la Iglesia ha llegado ya a la etapa netamente escatológica, definitiva, y se halla ya glorificada, *sin mancha ni arruga ni cosa semejante* (Ef. 5:27). Todavía podríamos matizar más, y decir que este rico vestido es, por una parte, *divino,* pues ha sido *dado* de gracia (y con esa misma gracia conservado—comp. con 1 Co. 15:10—) y, por otra parte, *humano,* pues a la cooperación humana se debe *también* el que se haya *conservado limpio.* Dice Bartina (*ob. cit.,* pág. 805): «Contrasta grandemente el atuendo y el color de la esposa con los vestidos y el adorno de la gran meretriz». Y, algo más adelante, añade: «La gracia de Dios y el bien obrar del hombre forman … un todo en el camino de la salvación, pero la gracia de Dios es la primera y principal».

5. ¿Quiénes son *los invitados al banquete de bodas del Cordero?* (v. 9). Los autores antidispensacionalistas (Bartina y Salguero entre los católicos; Grau, Hendriksen, Bruce, etc., entre los evangélicos) dicen que los invitados son los propios miembros de la Iglesia, considerados individualmente. Dice Bruce (*ob. cit.,* pág. 1.706): «Mientras que la querida comunidad es la Esposa, sus miembros individuales pueden ser considerados como huéspedes de la boda». Esta opinión sufre una grave equivocación. Véase el comentario a Mateo 25:1 y ss. Allí, las *diez vírgenes* o *doncellas* (Israel) son invitadas a las bodas, pero está muy claro que *no son la novia;* de lo contrario, no sería posible el que algunas se quedasen fuera de la sala del banquete. Véase también el comentario a Juan 3:29, donde el propio Juan el Bautista (*«más que profeta»*—según el Señor Jesús—) no se tiene a sí mismo como parte integrante de la «novia», sino solamente como «invitado» especial, por ser algo así como el «padrino del novio». Podemos, pues, asegurar que los *invitados,* que aquí son proclamados *«bienaventurados»,* son los santos de todas las edades que no pertenecen a la dispensación actual. «Ninguna novia—dice W. R. Newell *(The Book of the Revelation,* pág. 297) necesita invitación para su propia boda.» Walvoord comenta que, sin embargo, las diferencias no deberían enfatizarse *más* de lo que la Biblia dice. «Cada uno—añade—tiene sus ventajas peculiares y su sitio particular en el programa divino.»

6. El ángel del versículo 9 parece ser el mismo de 14:13, pero hay que distinguirlo del de 21:5, pues este último da mandamiento de Dios. La frase: *«Éstas son las palabras verdaderas* (genuinas) *de Dios»* se repite, con ligeras variantes, en 21:5; 22:6 y sirven de énfasis. Es probable, como sugiere Bartina, que el vocablo griego *lógoi*, como el hebreo *dabar*, signifique no sólo lo que Juan ha oído, sino también lo que ha visto en las distintas escenas del Apocalipsis. Que son *«de Dios»* significa que Él lo ha dicho y lo ha dispuesto, por lo que, como añade Bartina, «tendrán infalible cumplimiento».

7. No es extraño que, ante esta sensacional revelación, Juan se postrase en tierra (v. 10) para adorar al ángel, «no porque creyera que fuera Dios, sino porque representaba a Dios, cuyo legado era» (Bartina, *ob. cit.,* pág. 806). El ángel se lo impide rápidamente, como lo indica la frase elíptica del original: *«¡Mira que no!»,* como si dijese: «¡Ten mucho cuidado y no hagas tal cosa!» Y le explica la razón: «Porque yo soy tan siervo de Dios como tú y tus hermanos …» La frase *«¡a Dios adora!»,* en medio del versículo 10 (comp. con Dt. 6:13; Mt. 4:10; Lc. 4:8), forma un inciso que el ángel ha creído necesario añadir de inmediato, pero el final de la frase anterior es conveniente leerlo junto con la frase posterior, la última del versículo.

8. Prescindiendo del inciso, el versículo 10b dice así: «… *Consiervo tuyo soy y de tus hermanos los que tienen el testimonio de Jesús … Porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía*». Los ángeles, lo mismo que los profetas del Antiguo Testamento y los apóstoles y los profetas del Nuevo Testamento, son legados de Dios (v. 2 Co. 5:18–20), y forman así una especie de corporación que tiene el encargo de *dar testimonio de Jesús*, porque *el espíritu* (no el Espíritu Santo), es decir, el núcleo mismo y la intencionalidad *de la profecía* (y profecía es todo lo que Juan ha visto y oído en las visiones de este libro) «tiene por objeto poner ante nuestra vista la belleza y el encanto de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (Walvoord, *ob. cit.*, pág. 273). Y, como la Escritura está inspirada por Dios, y al Espíritu Santo compete el *llevarnos a toda la verdad* (Jn. 16:13), Él nos ha de mostrar también lo futuro relacionado con la persona y la majestad de Cristo.

9. Aquí está el clímax del libro del Apocalipsis. «Lo que precede es prólogo, y lo que sigue es epílogo» (Walvoord, *ob. cit.*, pág. 274). Con el Salmo 2 al fondo, vemos el contraste entre el humilde, manso, despreciado y sufriente Cristo del Evangelio, y el triunfante, glorioso, soberano y majestuoso Señor de la Segunda Venida. La escena que viene marca el punto *culminante* en el que desemboca toda la Historia. ¡Qué pobre es la teología que minimiza la Segunda Venida, y qué limitada es la esperanza cristiana que no la incluya como el glorioso clímax del programa de Dios de exaltar a su Hijo (Fil. 2:9–11) y poner a toda la creación bajo el control y la soberanía de Cristo!

Versículos 11–21

En esta porción, nos es presentada la Segunda Venida de Cristo (vv. 11–16) y la batalla de Armagedón, donde el Señor derrota completamente a Sus enemigos de los últimos días, arrestando juntamente a los jefes de la rebelión final, el Anticristo y el Falso Profeta, los cuales son los primeros en ir (por cierto, vivos), ¡antes que el diablo!, al infierno (vv. 17–21). Éste es uno de los pasajes más gráficos de la Biblia acerca de la Segunda Venida del Mesías. Merill C. Tenney dice que sigue el modelo de una procesión triunfal romana. Cuando un general regresaba de una campaña victoriosa, tenían una gran parada en la Vía Sacra, la principal calle de Roma, que conducía desde el Foro hasta el templo de Júpiter en el Capitolio. Montado en caballo blanco, el general iba al frente de las tropas, seguidas por los carros que transportaban el botín capturado a los enemigos, y por los prisioneros encadenados, que habrían de ser ejecutados o vendidos como esclavos en los mercados de la ciudad. Los jefes rebeldes eran conducidos a la Prisión Mamertina para ser ejecutados, mientras se ofrecían sacrificios de acción de gracias en el Templo.

Cualquiera puede ver ahora el contraste entre los versículos que vamos a estudiar y el arrebatamiento de la Iglesia, donde no hay evidencia de juicio sobre la tierra, sino encuentro con Cristo *«en los aires»*, mientras que ahora viene con el designio específico de hacer juicio y establecer su justo reinado. Zacarías 14:3, 4 nos lo dice así:

«Después saldrá Jehová y peleará con aquellas naciones, como peleó en el día de la batalla. Y se posarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está enfrente de Jerusalén al oriente; y el monte de los Olivos se partirá por en medio, hacia el oriente y hacia el occidente, haciendo un valle muy grande; y la mitad del monte se apartará hacia el norte, y la otra mitad hacia el sur».

De acuerdo con esto, Cristo volverá al monte de los Olivos desde el que ascendió a los cielos (v. Hch. 1:11). El momento será dramático al partirse en dos el monte, en prueba del poder y de la autoridad de Cristo. Hoy dicho monte tiene dos picos y entonces (como el Coloso de Rodas sobre la ciudad) Cristo pondrá un pie sobre cada uno hasta transformar el monte en un gran valle que se extenderá al este y al norte desde Jerusalén, y al sur hasta Jericó y el Jordán. Con Mateo 24:27–31 (v. también Zac. 12:10; Jn. 19:37) como fondo, podemos estar seguros de que *todos* (creyentes e incrédulos) le verán. Se le compara al relámpago porque con su resplandor iluminará el cielo y la tierra, después que el sol habrá sido oscurecido, y la luna no dará luz, y caerán las estrellas, junto con los demás fenómenos aludidos en Mateo y en el propio Apocalipsis, fenómenos que acompañan a toda intervención sobrenatural extraordinaria de Dios.

1. Después de esta introducción, facilitada casi enteramente por el Dr. Walvoord, pasamos ya al análisis de la porción, empezando por los versículos 11–16, que dicen así en la NVI:

«Vi el cielo, que estaba abierto, y ante mis ojos estaba un caballo blanco, y el que lo montaba se llama Fiel y Veraz. Con justicia juzga y hace la guerra. Sus ojos son como fuego llameante, y en su

cabeza hay muchas coronas. Lleva escrito un nombre que nadie conoce sino sólo Él. Está vestido de un manto teñido en sangre, y su nombre es el Verbo de Dios. Le seguían los ejércitos del cielo, montados en caballos blancos y vestidos de lino fino, blanco y limpio. De su boca sale una espada afilada para herir con ella a las naciones. Él las regirá con un cetro de hierro. Y Él pisa el lagar de la furia de la cólera del Dios Todopoderoso. En su manto y sobre el muslo, lleva escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES».

(A) Estos seis versículos están dedicados a describirnos la persona y la figura del jinete que monta el caballo blanco y que, como ya dijimos en el comentario a 6:2, no debe confundirse con el que monta el caballo blanco que vemos allí. Juan vio primero el cielo ya abierto (el verbo está en participio de perfecto pasivo) y después vio salir del cielo un caballo blanco símbolo de victoria. Al jinete se le dan varios epítetos, aunque ninguno de ellos, ni todos juntos, pueden agotar la descripción exhaustiva de la personalidad de Jesús. Para que se vea claramente que el *blanco* no es aquí sólo símbolo de victoria, sino también de santidad (lo que no ocurre en 6:2), se hace notar primeramente que el jinete *se llama Fiel* (en la misión que se le ha confiado—v., por ej., Lc. 19:10; 2 Co. 1:18–20) y *Veraz* (consecuente y constante en el cumplimiento de su misión); además, *juzga y guerrea con justicia»* (lit.): Justa es la causa que defiende, y justos son los medios que emplea para defenderla (comp. con Is. 11:4). El jinete de 6:2 *salió venciendo y para vencer,* pero ahora el Rey de reyes y Señor de señores viene a triunfar sobre los blasfemos que han usurpado el control sobre el mundo.

(B) En el versículo 12, se no dice que *sus ojos son como llama de fuego* (lit.), expresión que repite a la letra la de 1:14 y, con pequeñas variantes, la de 2:18. Significa que atraviesa los secretos del corazón y tiene poder para consumir como el fuego (comp. con He. 12:29). En la cabeza de Jesús vio Juan *muchas diademas,* símbolo de soberanía total y universal; muchas más que las diademas del dragón y del Anticristo (v. 12:3; 13:1), pues le pertenecen todas (v. 5:12, 13), y más duraderas, pues son eternas; no perecen como las del dragón y las de su agente principal, el Anticristo. El que montaba el caballo blanco en 6:2 era un jefe infame. El que monta este otro caballo blanco es el verdadero soberano de la humanidad. *«A su presencia se derriten los montes y tiemblan las naciones»* (Is. 64:1, 2).

(C) Añade el texto sagrado (v. 12b) que *«lleva escrito un nombre que nadie sabe sino sólo Él»* (lit.). El verbo griego *oíden,* que es el que tenemos aquí, expresa un conocimiento obtenido por estudio o por experiencia sensorial (no dice *guinóskei*, conoce). Comenta S. Bartina (*ob. cit.*, pág. 809): «No se dice que no se pueda leer el nombre del jinete, sino que no se puede comprender. Su sentido profundo queda impenetrable, como lleno de misterios (Mt. 11:27; Jn. 8:55)». Es muy probable, como sugiere el mismo autor, que ese nombre sea, como se dice a continuación (v. 13), *«el Verbo de Dios»* (comp. con Jn. 1:14). Según H. A. Ironside, el sentido de cada uno de los tres nombres es como sigue: (a) El nombre que sólo Él conoce indica la gloria eterna del *Hijo,* al que solamente el Padre conoce; (b) el Verbo de Dios alude a su Encarnación (Jn. 1:1, 14, 18); (c) el Rey de reyes y Señor de señores alude a su Segunda Venida.

(D) El jinete lleva (v. 13) *un manto* (gr. *himátion,* ¡la clámide del general romano!) *salpicado de sangre* (lit.), no de la suya propia, sino de la de sus enemigos, como en Isaías 63:1–3. Aunque muchos MSS dicen *teñido* o *bañado* (gr. *bebamménon),* merece mayor aceptación la lectura *rerantisménon,* rociado, salpicado, que no sólo cuadra mejor con el lugar paralelo de Isaías 63:3, sino también con lo que ocurre en un batalla como ésta. Aunque es posible que esta circunstancia aluda a «otras luchas y otras victorias de este jefe militar» (Bartina), mi opinión es que, como en 14:20, alude a la batalla de Armagedón, que va a ser descrita en los versículos 17–21 y que ya fue mencionada en 16:16. En la segunda parte del versículo 13 se dice literalmente que *«ha sido llamado su nombre el Verbo de Dios»*. El uso del perfecto medio-pasivo del verbo griego *kaléo*, llamar, indica que ese nombre lo lleva «desde siempre», como traduce Bartina.

(E) El versículo 14 nos presenta a continuación, *siguiendo* al jinete del caballo blanco, y *montados* también *en caballos blancos*, a *los ejércitos celestiales* (v. 17:14), compuestos probablemente de hombres, no de ángeles. Dice Bartina (*ob. cit.*, pág. 810): «Siendo las dos bestias humanas, parece que es más conveniente que sean vencidas por humanos. Al dragón le encadenará un ángel, como se dirá expresamente (20:1–3)». El atuendo lo confirma también, a la vista del contexto anterior: *«vestidos de lino blanco puro»* (lit. Comp. con el v. 8). No obstante, un contexto más general de las Escrituras parece exigir que, con Jesús en delegación y autoridad de *Jehová Tsebaoth*, los *ejércitos celestes* habrían de comprender también a los ángeles (v. Mt. 16:27; 25:31).

(F) El versículo 15 consta de tres frases que describen el estilo bélico del jinete que actúa como general en jefe de los ejércitos celestes: (a) *«De su boca sale una espada afilada* (lit. *aguda) para herir con ella a las naciones»* (v. el v. 21, así como 1:16; 2:16, dependiendo de Is. 11:4). Dice Bruce (*ob. cit.,* pág. 1.707): «La espada simboliza el poder irresistible de su palabra de juicio y de gracia». No es aquí la *mákhaira* o espada corta, como machete o daga, de Efesios 6:17 y Hebreos 4:12, sino la *rhomphaía* o espada larga, para combatir a campo abierto contra el enemigo, y siempre de doble filo. (b) *«Él las regirá con un cetro de hierro»* (comp. con 2:27; 12:5; Sal. 2:9; Is. 11:4—en este último lugar dice: *«herirá la tierra con la vara de su boca»—).* (c) *«Y Él pisa el lagar de la furia de la cólera del Dios Todopoderoso»* (v. 14:19, 20, de Is. 63:2–6, como ya hemos mencionado en el comentario al v. 13). Es ya tarde para esperar misericordia. Cuando la gracia ha sido rechazada, el juicio divino se torna inflexible e irrevocable.

(G) La descripción del jinete del versículos 11 termina aquí (v. 16) con la frase: *«En su manto y sobre su muslo* (gr. *merón) lleva escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES».* Dice Newell (*ob. cit*, pág. 311): «El mismo Fuerte de Jacob (Sal. 132:2, 5—el paréntesis es mío—), que viene llevando escrito sobre el muslo REY DE REYES, en aquel Gran día de Ira, para establecer Su reino, es el que le tocó a Jacob en el muslo la noche en que luchó con Él (*Génesis 32*), quitándole la fuerza carnal: Pues por la fuerza, ningún hombre prevalecerá; El poder pertenece a Dios». Dios (y, por tanto, el Hijo de Dios) no es solamente Amor (1 Jn. 4:8, 16). En el vestido del jinete brilla la Santidad, y en el muslo la Potencia. Con su título de *«Rey de reyes y Señor de señores»* (que ya salió en 17:14 del revés: *«Señor de señores y rey de reyes»*—el sentido es el mismo—), la rebelión contra Dios y contra su Ungido (Sal. 2:1–4) va a ser totalmente destruida. ¡Cómo se aprecia ahora la intimación del mismo Salmo 2:10–12, a fin de llegar a tiempo a la bendición que obtienen los que creen en Él! Hemos dejado para final del comentario a esta porción una observación de Bruce. Aunque todos los MSS leen, en el versículo 16, *merón*, muslo, dice el mencionado autor *(ob. cit.,* pág. 1.707): «En el supuesto de que en el griego de Juan pueda subyacer un original semita, se ha conjeturado que el hebreo o arameo *réguel* (pierna) ha sustituido inadvertidamente a un original *déguel* (bandera o estandarte)».

2. Pasamos ya a los versículos 17–21, donde vemos el resultado de la batalla de Armagedón; no se habla de la batalla misma, sino de la derrota de los enemigos tan pronto como se han puesto en línea de combate contra el jinete celestial y los suyos. Dicen así en la NVI:

«Y vi un ángel de pie sobre el sol, que gritaba con voz poderosa a todas las aves que vuelan en el cenit del firmamento: "Venid y reuníos para el gran festín de Dios, para que comáis la carne de reyes, de generales y potentados, de caballos y de sus jinetes, y la carne de toda clase de gente, de libres y esclavos, de pequeños y grandes". Entonces vi a la Bestia y a los reyes de la tierra con sus ejércitos, reunidos para hacer la guerra contra el jinete del caballo y contra su ejército. Pero fue capturada la Bestia y, con ella, el falso profeta que había realizado las señales milagrosas de su parte. Con estas señales, había embaucado (gr. *eplánesen, engañó, extravió) a los que habían recibido la marca de la Bestia y adorado su estatua. Ellos dos* (la Bestia y el falso profeta) *fueron arrojados vivos al lago de fuego de azufre ardiente. Los restantes fueron matados por la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se hartaron de sus carnes».*

(A) Después de la visión del Señor Jesucristo viniendo como general en jefe de las huestes celestiales, Juan ve *un ángel de pie sobre el sol,* frase que es explicada de muy diversas maneras por los autores. Mientras Walvoord opina que «la imagen es de una luz brillante que habla de la gloria de Dios», Bartina sostiene que el ángel se colocaba sobre el sol, «para que el astro en su marcha le llevara sobre la tierra (Sal. 19:7)». Bruce, por su parte, piensa que el sol ofrece al ángel «un buen punto de vista, desde el que pueda ser oído por todas las aves del aire». Desde un punto de vista excesivamente literalista, hay quienes insisten que la frase indica que el ángel brillaba más que el sol, mientras que su naturaleza espiritual le libra de sufrir daño del tremendo calor del sol (comp. con Sal. 19:6). No parece que la frase indique que el ángel estaba revestido de un extraordinario brillo, como para oscurecer al mismo sol. Personalmente me inclino por la interpretación de Bruce, pues es la más natural y la menos expuesta a fantasías sin base.

(B) El ángel tiene voz *grande* (lit.). Siete veces se repite en este libro la expresión *«a gran voz»* (6:10; 7:2, 10; 10:3; 14:15; 18:2 y aquí). El ángel necesita, en verdad, una voz muy potente para que le oigan todas las aves desde los cuatro puntos cardinales. La mención misma de la *«gran voz»* indica que estamos ante algo importante e inminente. Por su parte, las aves vuelan, como en otras ocasiones ellas mismas o los ángeles, en lo más alto del firmamento, para mejor acechar la presa. El ángel invita a las aves a un gran banquete (gr. *deípnon*, el mismo vocablo del v. 9), que contrasta grandemente con el banquete de las

bodas del Cordero. La imaginería está tomada de Ezequiel 39:17–20, donde las aves de presa y las fieras del campo son invitadas, de acuerdo con el contexto anterior, a contribuir a la tarea de limpiar la tierra de cadáveres, para proteger de la peste a los sobrevivientes. El ángel llama a este banquete *«el gran festín de Dios»* (NVI). Dice Bartina (*ob. cit.*, pág. 812): «Le llama *de Dios* por la causa que actualmente se ventila; pero quizás sería más justo ver en estas palabras, como otras veces, un superlativo máximo. Porque es la batalla decisiva». ¿Y por qué no por ser el festín que Dios mismo ha preparado?

(C) El ángel está tan seguro de la victoria de Cristo sobre sus enemigos, que invita (v. 18) a todas las aves al banquete que les van a proporcionar los cadáveres de los caballos y de los jinetes de todas clases *(«libres y siervos*—ciudadanos y esclavos—, *pequeños y grandes*—según su posición social»—), especificando a los profesionales de la guerra *(«reyes ... generales ... guerreros avezados»).* Dice Walvoord: «El juicio divino sobre los malvados no tiene acepción de personas ni de posiciones, y es el gran igualador de todos» *(ob. cit.*, pág. 279). En efecto, todos (incluso los caballos) quedan *igualados* en la ruina común, como en Ezequiel 39:17–20, aunque en Ezequiel el primer plano alude a la invasión de Israel por los enemigos del norte, mientras que aquí Dios pelea contra los ejércitos del mundo entero. Como dice el mismo autor, en el mismo lugar, el verdadero paralelo de Apocalipsis 19:17–19 se halla en Mateo 24:28; y hace notar que, en buena hermenéutica, *«semejanza* no equivale necesariamente a *identidad,* mas siempre que vemos aves de presa, hay muerte».

(D) Esto es sólo el preludio de la destrucción de la Bestia y los suyos. Juan los ve a todos ellos, con sus ejércitos, preparados a guerrear contra Cristo y Sus huestes celestiales. La Bestia es la de 13:1–10, y los reyes son los diez reyes de la gran confederación europea y todos los demás que ayudarán a la Bestia en la batalla final. Aunque hayan tenido graves tensiones—y aun batallas—entre sí antes de la Segunda Venida de Cristo, ahora olvidarán sus diferencias (como lo hicieron un día Pilato y Herodes) para batallar contra el Rey de reyes y Señor de señores. Como en el caso de la caída de Roma (cap. 18), no se describe la batalla misma, sino el resultado. Es de tener en cuenta que la guerra se lleva a cabo, no por el poder de las huestes celestiales de Jesucristo, sino por el poder de Su palabra todopoderosa, simbolizada en la *espada aguda* (vv. 15, 21) que sale de Su boca y cuya naturaleza, distinta de la *mákhaira* de Efesios 6:17; Hebreos 4:12, ya hemos explicado anteriormente.

(E) Para localizar la batalla, basta con ver el lugar paralelo de 16:14, 16. Allí vemos que la batalla se libra en *Armagedón* (gr. *Harmaguedón),* es decir, «la meseta (hebr. *ar)* de Meguiddó», también llamada «llanura de Jezreel o de Esdrelón». Allí fue donde Barac luchó contra los cananeos (Jue. 4:5), cuando hasta las estrellas pelearon desde sus órbitas; allí también derrotó Gedeón a los madianitas (Jue. 7). Allí murió Josías a manos del Faraón Necao o Neco (2 R. 23:29). Siglos más tarde, en el año 1187 de nuestra era, fueron muertos allí, a manos del sultán Saladino, muchos de los soldados de los pertenecientes a las llamadas «Cruzadas». En 1917, el general inglés Allenby triunfó allí sobre los turcos. Para más información véase W. Smith (*ob. cit.*, págs. 1.518, 1.519).

(F) La mortandad de los enemigos ha sido mencionada proféticamente en la llamada del ángel a las aves del cielo (vv. 17, 18), pero ya en el versículo 19 se pone de relieve el papel principal que en esta guerra juega *la bestia,* es decir, el Anticristo. Por ello, el énfasis del victorioso resultado de la batalla se pone en la captura del Anticristo y de su falso profeta. En el versículo 20, donde se nos refiere dicha captura, se dan detalles de la principal actividad que el falso profeta había puesto en juego a favor de la causa del Anticristo: los falsos milagros con que había embaucado a cuantos llevaban la marca de la bestia. Ambos personajes nos son bien conocidos por la información que nos da el capítulo 13.

(G) Uno de los datos más interesantes de esta porción es que tanto el Anticristo como el falso profeta son los primeros en ir al infierno (v. 20) a pesar de que el infierno fue creado *para el diablo y sus ángeles* (Mt. 25:41). Cuando el diablo sea arrojado allá (20:10), el Anticristo y el falso profeta habrán pasado ya en el infierno más de mil años. La expresión *«lago de fuego de azufre ardiente»* (v. 20. NVI) es exclusiva del Apocalipsis, donde ocurre cinco veces (aquí y en 20:10, 14, 15; 21:8), aunque con ligeras variantes. Equivale a la *guénna* de los evangelios (v. por ej. Mt. 10:28), la cual, a su vez, equivale al *«fuego eterno»* de Mateo 25:41.

(H) El Anticristo y su falso profeta son arrojados vivos (sin más juicio) al infierno. De los restantes combatientes de la gran batalla, pertenecientes a las huestes del Anticristo, únicamente se nos dice (v. 21) que *fueron matados por la espada de Cristo y que todas las aves se hartaron de sus carnes.* Éstos descendieron muertos al sepulcro para acudir, unos mil años después, al Juicio Final ante el Gran Trono Blanco (20:11 y ss.), antes de ser arrojados igualmente al infierno (20:15; 21:8). Ya hemos dicho que la

espada que sale de la boca de Cristo es Su palabra. Esta palabra es como espada de dos filos, pues puede ser palabra de gracia para unos y palabra de juicio contra otros. Con esta observación por delante, podrá entenderse mejor lo que a este respecto dice Bruce (*ob. cit.*, pág. 1.707):

De punta a cabo, Apocalipsis es el libro del triunfo de Cristo. No fue con armas materiales, sino con el poder del Evangelio, como conquistó Cristo el pagano Imperio Romano; con el mismo poder ha continuado conquistando a lo largo de la historia y conquistará hasta el fin. La analogía de la Escritura descarta la idea de que Cristo, después de haber conquistado así durante las precedentes épocas, vaya a cambiar de armas para el final conflicto y recurra a las que Él rechazó el día de la tentación en el desierto.

(I) Después de una porción tan solemne, no queremos (ni debemos) pasar más adelante sin antes hacer algunas reflexiones devocionales, que pido prestadas a la pluma de J. Walvoord (*ob. cit.*, pág. 281):

La Palabra de Dios deja bien claro que Dios amó de tal manera al mundo que dio a su Hijo, y que todos cuantos se apropian la gracia de Dios serán bendecidos inmensamente en el tiempo y en la eternidad. Por otra parte, la misma Palabra de Dios afirma claramente que los que desprecian la misericordia de Dios han de experimentar Su juicio sin misericor|dia. Qué locura es descansar en las porciones de la Palabra de Dios que hablan del amor de Dios, y rechazar las porciones que tratan de Su justo juicio. La presente época revela la gracia de Dios y el juicio suspendido. La época venidera, aunque continuará siendo revelación de la gracia de Dios, ofrecerá evidencia contundente de que Dios trae a juicio toda obra malvada, y que los que desprecian Su gracia han de experimentar Su ira.

CAPÍTULO 20

Este capítulo, uno de los más importantes del Apocalipsis, puede dividirse del modo siguiente: I. Reclusión de Satanás durante mil años (vv. 1–3). II. El Milenio (vv. 4–6). III. La lucha final: Gog y Magog (vv. 7–10). IV. El Juicio Final (vv. 11–15).

Versículos 1–3

Dicen estos versículos en la NVI: «*Y vi un ángel que bajaba del cielo con la llave del Abismo y con una gran cadena en la mano. Sujetó al dragón, aquella serpiente antigua que es el diablo, o Satanás, y lo encadenó por mil años. Lo arrojó al Abismo, lo cerró con llave y puso encima un sello, para impedir que engañase a las naciones por más tiempo, hasta que se cumplieran los mil años. Después de ellos, será puesto en libertad por breve tiempo*».

1. Antes de pasar al análisis de estos versículos, conviene decir algo, para información de los lectores, acerca de los sistemas de interpretación de este pasaje:

(A) Los amilenaristas sostienen que la resurrección primera que vemos en los versículos 4c y 6a es espiritual (el nuevo nacimiento). Piensan que el Milenio comenzó con la Primera Venida de Cristo. Satanás fue atado cuando Cristo triunfó sobre él en la Cruz. El reinado de los fieles con el Señor será en el cielo, no en la tierra. Difieren mucho acerca de los detalles. Es la opinión de gran parte de los autores modernos, como Berkhof, Hendriksen, Vos, Grau, Lloyd-Jones y muchos otros, incluidos Agustín de Hipona y los Reformadores del siglo XVI.

(B) Los postmilenaristas, como Elliott, Whitby y Vitringa, dicen que la primera resurrección es la de los principios, la doctrina, el espíritu y el carácter de los santos y mártires ya difuntos; será una resurrección, en parte *espiritual*, en parte *eclesiástica*, y en parte *nacional* para los judíos que serán restaurados como nación y convertidos (v. para toda esta introducción Walvoord, *ob. cit.*, págs. 282–295).

(C) Los premilenaristas sostienen que todo lo que leemos en este capítulo 20 de Apocalipsis, como todo lo que afecta a la historia y a la profecía, ha de entenderse en sentido literal, como se han cumplido en sentido literal las profecías del Antiguo Testamento referentes a la Primera Venida de Cristo. Esto no quiere decir que descartemos los *simbolismos* en que aparecen recubiertos los *hechos* a la vista de Juan. Que un ángel ha de bajar del cielo para encerrar al diablo en un abismo y tenerlo recluido allí, de forma

que carezca del poder necesario para recobrar por sí mismo la libertad de movimientos y salir del Abismo, es un *hecho* futuro cuyo cumplimiento literal no se puede negar. Pero que la llave, la cadena, el sello, etc., son *simbólicos,* en el sentido de que no son como los que conocemos, de naturaleza material, es igualmente evidente, ya que tanto el ángel como el diablo son seres espirituales. Con todo, nada tendría de extraño que el ángel usase medios materiales como *signos* externos del poder espiritual que ejerce. Hasta el siglo IV de nuestra era, casi todos los escritores eclesiásticos (entre ellos, Papías, Justino, Ireneo y Tertuliano) fueron premilenaristas.

(D) Existen tres clases de premilenarismo en cuanto al Apocalipsis en general:

(a) La escuela llamada *histórica* defiende que los capítulos 1 al 19 se han cumplido ya en la historia, pero los capítulos 20–22 son futuros y han de entenderse en sentido literal (así, por ej., E. H. Horne).

(b) La escuela *soteriológica* comprende algunos premilenaristas de la «Teología del Pacto». Según éstos, el reino político de Cristo y la futura prominencia de Israel están subordinados al aspecto soteriológico (así, entre otros pocos, G. Ladd).

(c) La forma más popular del premilenarismo sostiene que el Milenio es el cumplimiento real y perfecto del reino teocrático, por la promesa hecha a David de que su reino y el trono davídico sobre Israel había de ser eterno, como lo confirma el anuncio de Gabriel a María (v. Lc. 1:32, 33—también Is. 9:6, 7—). Entre los defensores de esta escuela destacan J. N. Darby, H. A. Ironside, C. H. Mackintosh, A. Gaebelein, C. I. Scofield, E. Sauer, W. Newell, L. S. Chafer, J. Walvoord, J. D. Pentecost, Ch. C. Ryrie, Ch. L. Feinberg, W. Smith y muchos otros que alargarían demasiado la lista.

(d) Por la prominencia que todos estos autores dan a Israel, dentro y fuera de la presente dispensación de la Iglesia, a esta línea de pensamiento se la llama, consiguientemente, *dispensacionalista.* Con esta interpretación, todo encaja perfectamente. Los acontecimientos postreros de los capítulos 19 y 20 se desarrollan en una secuencia que está marcada por los *siete «Y vi»* de 19:11, 17, 19; 20:1, 4, 11, 12. Nótese también el *«cuando»* de 20:7. Todo el libro, desde el capítulo 6, se explica admirablemente con un desarrollo *en espiral,* que es fácilmente identificable.

(e) El Dr. M. Lloyd-Jones, en el casete número 7 de sus estudios sobre el Apocalipsis, hace alarde de su reconocido talento, al encontrar cerca de veinte objeciones (que él estima contundentes) contra la línea premilenarista. Por el tremendo prestigio de que gozaba, y no sólo en la Gran Bretaña, me ha parecido oportuno considerar las más salientes, a las que pueden reducirse las demás. Su argumentación muestra, una vez más, cómo, partiendo de premisas equivocadas, se puede montar todo un tinglado de afirmaciones que, en realidad, carecen de toda base.

Primera objeción: En todo el Nuevo Testamento no aparece indicio alguno del Milenio. ¿Es que no son suficientes las seis veces en que esos *mil años* se repiten en este capítulo? Tampoco la concepción virginal de Cristo se halla en ningún lugar del Nuevo Testamento, excepto Mateo 1:18. ¿Diremos, por eso, que no tiene base en la Escritura? ¿Y qué diremos de los numerosos pasajes proféticos del Antiguo Testamento que se refieren al futuro reino mesiánico en la tierra, aunque no se le llame de *mil años?*

Segunda objeción: Hace del Reino de Dios algo terrenal y lo pospone enteramente para el futuro. Me extraña que alguien tan experto en las Sagradas Escrituras como el Dr. Lloyd-Jones no se percatase de que el concepto de «Reino de Dios» o «Reino de los cielos» abarca, como dice E. Trenchard, «muchas provincias». Efectivamente, el «Reino» comprende bendiciones espirituales que están ya al alcance de todos los que cumplen las condiciones de arrepentimiento y fe (v. Mr. 1:15, por ej.), con las que todo creyente entra en la esfera espiritual de dicho Reino, al hacerse súbdito del Rey, pero hay otras promesas benditas de tipo material que se cumplirán únicamente en el reino mesiánico milenario. Recuérdese que Jesús el Mesías nunca es llamado «Rey de la Iglesia», sino «Rey de Israel».

Tercera objeción: Ya no existe ninguna distinción entre judíos y gentiles. No hay distinción *en cuanto a la salvación eterna,* pero sigue habiéndola en cuanto a la procedencia racial: El judío que se hace cristiano, no por eso deja de ser judío, y lo mismo digamos del gentil. Si, como suelen hacer todos los antidispensacionalistas, entendemos así (como Lloyd-Jones) Gálatas 3:28, ¿acaso diremos que ya han desaparecido *todas* las diferencias entre esclavo y libre, entre varón y mujer?

Cuarta objeción: Si existiese el Milenio, Cristo no vendría como viene el ladrón. Esta objeción puede valer contra los postmilenaristas, pero no contra los premilenaristas, pues éstos ponen el Milenio *después* de la Segunda Venida de Cristo.

Quinta objeción, y que al Dr. Lloyd-Jones le parece una de las más contundentes: Si se admite el Milenio en la tierra, tendríamos en este mundo santos ya glorificados conviviendo con otros que estarían

todavía en la carne, ¡algunos de ellos, pecadores! El argumento tendría fuerza si los santos ya glorificados conviviesen con pecadores *en el cielo,* donde no puede entrar nada manchado; pero ¿es que los santos se van a manchar por convivir con pecadores (en su interior, no lo olvidemos) *en una tierra* purificada, que (incluso físicamente) se hallará en unas condiciones óptimas?

Sexta objeción: El premilenarismo pone *dos* Segundas Venidas de Cristo y *tres* resurrecciones. Ningún premilenarista admite *dos* Segundas Venidas, ya que, en el arrebatamiento de la Iglesia, no es propiamente Cristo quien *viene* a la tierra, sino que es la Iglesia la que *sube «para recibir al Señor en el aire»* (1 Ts. 4:17). No es sino siete años después cuando posa sus pies sobre el Olivete (Zac. 14:4). En cuanto a las resurrecciones, no admitimos *tres,* sino *dos,* conforme indica claramente Apocalipsis 20:4–6. Lo que ocurre es que, en la primera, hay varias fases, ya indicadas en 1 Corintios 15:23, 24.

Séptima objeción: Las Escrituras hablan del «último día»; y el último día es *último día.* El «último día» de que hablan las Escrituras no es otro que el «Día de Jehová», y el Día de Jehová no es un día de 24 horas, sino un determinado período de tiempo (puede ser mil años y algo más) en el que Dios ejecutará sus últimos juicios sobre la humanidad. Basta un ligero repaso a los libros proféticos de la Biblia (en especial, en los Profetas Menores) para percatarse de ello.

2. Pasando ya al análisis de los versículos 1–3, se nos dice (v. 1) que Juan *vio un ángel.* Son 14 las veces que, en Apocalipsis, Juan ve un ángel (7:2; 8:1; 10:1; 14:6, 8, 9, 15, 17, 18; 17:1; 18:1; 19:17; 20:1; 21:9). El ángel del v. 1 tiene, por delegación divina, *la llave del abismo* (v. 9:1, 2, 11 y comp. con Lc. 8:31; Ro. 10:7). El abismo es lugar de demonios y espíritus inmundos. Este ángel tiene encomendadas 6 funciones: A) Prender al dragón. B) Atarlo y tenerlo atado por mil años. C) Arrojarlo al abismo. D) Usar una llave para encerrar allí al diablo. E) Sellar la prisión. F) Volver a soltar al diablo al final de esos mil años. No cabe otro lenguaje más apto para indicar la incapacidad del diablo en orden a hacer daño durante ese tiempo. Dicen los amilenaristas que Satanás está atado *ya.* Cómo se puede sostener eso a la vista de tantos lugares del Nuevo Testamento en contra de tal opinión, es cosa que nunca pude explicarme (v. Hch. 5:3; 2 Co. 4:3, 4; 11:14; Ef. 2:2; 1 Ts. 2:18; 2 Ti. 2:26; 1 P. 5:8).

3. Notará el lector que, como en 12:9, se le dan (v. 2) al diablo los cuatro epítetos que lo identifican perfectamente: «… *dragón, aquella serpiente antigua … el diablo … Satanás».* Pero dirá alguien: «¿Es que el diablo no está, y ha estado siempre, en el infierno? ¡Pues no! La Palabra de Dios nos asegura que eso no es así: Hasta Apocalipsis 12:8 (comp. con Ef. 6:11, 12), vemos que el diablo y la mayor parte de sus ángeles (excepto los de Jud. v. 6) están ubicados en el cielo atmosférico. Desde allí, será arrojado a la tierra en lo más álgido de la Gran Tribulación (v. Ap. 12:9). Ahora, en el tiempo señalado en el versículo 3 del presente capítulo, es arrojado de la tierra al Abismo (que no es todavía el infierno). Finalmente, en el versículo 10, lo vemos *arrojado ya al lago de azufre ardiente,* es decir, al infierno.

4. Durante los mil años en que el diablo está en su encierro temporal, no definitivo, tenemos el reino mesiánico milenario en la tierra. La expresión *«mil años»* se repite *seis* veces en los versículos 2–7, lo cual es bastante para que su sentido literal sea admitido, teniendo en cuenta que aun lo que sale *una sola vez* en la Biblia es Palabra de Dios (2 Ti. 3:16) y como tal debe ser acogida, respetada y estudiada sin prejuicios. El vocablo «milenio» procede del latín *«millennium»,* compuesto de *mille,* mil, y *annus,* año. El concepto de «milenio», en sentido literal, es defendido, como ya hemos dicho al comienzo de esta porción, por todos los que defienden la condición futura de los versículos 1–10 de este capítulo, no sólo por los dispensacionalistas.

Por aquí se puede echar de ver el doble error que comete D. Macleod *(The Spirit of Promise,* pág. 55) al enumerar, entre los que añaden al Evangelio un *plus* de añadidura corruptora, a los que defienden el Milenio. Dice así: «Para los gálatas, era Cristo *más* la circuncisión. Para el catolicismo medieval, fue Cristo *más* los sacramentos. Para Wesley, Cristo *más* una perfección sin pecado. Para el dispensacionalismo, Cristo *más* un milenio terrenal». Digo que su error es doble, porque: (A) Lo del milenio terrenal no es sólo doctrina de los dispensacionalistas, sino de todos los milenaristas, incluidos los postmilenaristas. (B) Pero el error más grave es pensar que el milenio terrenal es un *plus* erróneo, una especie de excrecencia nociva que *se añade* a la cristología, siendo así que, en la trama general de la Escritura, ya desde el Antiguo Testamento, el milenio forma parte integrante de la cristología (v. por ej. Is. 2:1–4; 9:6, 7; 11:1; 30:15–33; capítulos enteros—o considerables porciones de ellos—, como los cap. 35, 44, 49, 60–66; Jer. 23:5, 6; y grandes porciones en todos los demás profetas).

5. No podemos dejar sin analizar algunas expresiones interesantes de los versículos 2 y 3:

(A) El verbo que la NVI vierte por *«sujetó»*, y la Reina-Valera por *«prendió»* es, en el original, *ekrátesen*, cuya raíz *(krátos)* indica que no sólo lo sujetó, sino que lo domeñó, «le pudo», como decimos vulgarmente en España.

(B) *«Selló por encima de él»* (v. 3. Lit.) es un hebraísmo para indicar que la puerta del Abismo, colocada en la parte superior, no en uno de los lados (como se usa en los domicilios horizontales), quedó sellada con el sello inviolable de Dios. Dice Bartina (*ob. cit.*, pág. 819): «Era propio de los reyes antiguos sellar con su sello las cosas que querían que permanecieran intactas». Éste fue, en efecto, el caso de Daniel 6:17 (v. el comentario a dicho lugar).

(C) El fin de este encarcelamiento del diablo es *«para que no engañase* (gr. *hína me planése*, para que no extraviase) *más a las naciones»* (v. 3b). Como veremos al estudiar los versículos 7–9, el corazón del hombre no habrá cambiado tampoco en este reinado de paz y de prosperidad del Milenio, por lo que Cristo tendrá que gobernar, aun entonces, con cetro de hierro y, al final del Milenio, se descubrirán los perversos pensamientos del corazón humano (comp. con Jer. 17:9).

(D) La expresión *«por poco tiempo»* (v. 3, al final) significa que, entre el reclutamiento de los últimos enemigos para dar la batalla en la llanura palestinense y su destrucción por obra del fuego bajado del cielo (algo parecido a lo que sucedió en Sodoma y Gomorra), ha de pasar poco tiempo, quizá muy pocos días, dados los medios de transporte que ya tenemos en la actualidad y que, en aquellos días, es de suponer que sean más rápidos todavía.

Versículos 4–6

Estos versículos contienen, de forma muy concisa, lo relacionado con el Milenio. Dicen así en la NVI:

«Vi unos tronos, en los que estaban sentados aquellos a quienes se había dado autoridad para juzgar. Y vi las almas de los que habían sido decapitados por el testimonio que habían dado de Jesús y por la Palabra de Dios. No habían adorado a la bestia, ni a su estatua, ni habían recibido su marca en la frente ni en la mano. Volvieron a la vida y reinaron con Cristo mil años. (Los restantes muertos no volvieron a la vida hasta que estuvieron acabados los mil años.) Esta es la primera resurrección. Felices y santos son los que toman parte en la primera resurrección. La muerte segunda no tiene poder sobre ellos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años».

1. El largo versículo 4 puede dividirse en cuatro partes:

(A) En las frases primeras, se nos relata una nueva visión de Juan. Esta vez, contempla unos tronos (comp. con Dn. 7:9), y contempla también a los que se sientan en ellos (comp. con Lc. 22:29–30; Mt. 19:28). El Señor les dijo, en efecto, a los apóstoles que habían de juzgar a las doce tribus de Israel, dándonos así una clave para establecer, dentro de la cronología de los últimos tiempos, el tiempo del juicio sobre Israel, el cual está marcado por las dos parábolas del Señor en Mateo 25:1–30. Este juicio es anterior al de las naciones (Mt. 25:31–46); y éste, a su vez, al de los ángeles caídos de 2 Pedro 2:4 y Judas versículo 6. Como ocurre siempre en Apocalipsis, la autoridad para juzgar *les será dada.*

(B) Después, Juan ve *las almas de los decapitados, etc.* Que éstos decapitados son los mismos de 6:9; 12:11; 13:15–17 es evidente, pues todas las características concuerdan. En efecto, estos mártires habían sido decapitados por no someterse a la autoridad tiránica de la Bestia: *No la habían adorado a ella ni a su estatua, ni habían recibido su marca,* requisito indispensable para poder comprar y vender durante la Gran Tribulación.

(C) Finalmente, se dice de ellos que *«vivieron»* (lit.), después de haber sido decapitados, lo cual significa (v. 5b, comp. con 1:18; 2:8) que resucitaron, que *«volvieron a vivir»*. Y, ya resucitados, *reinaron con Cristo mil años.* El autor sagrado lo expresa en aoristo, porque lo ve ya desde el punto de vista del final del Milenio y en el comienzo de la eternidad. Nótense, con respecto a esto, un par de detalles:

(a) Si el reino mesiánico milenario ha de ser terrenal, aunque no proceda de este mundo (éste es el sentido de Jn. 18:36, que los amilenaristas invocan a su favor), éstos han de reinar también en la tierra. Una comparación con 3:21; 5:10 puede llevar a cierta confusión, como parece haber confundido a Bruce, cuando dice *(ob. cit.*, pág. 1.708): «No se dice, ni quizá se insinúa incluso, que la tierra es el lugar donde reinan con Él (Cristo)». La solución está, a mi juicio, en que sus tronos estarán ciertamente en el cielo (v. 4:4; 5:10), pero ellos ejercerán sus funciones regias, durante el Milenio, y cumplirán sus servicios en la tierra, «administrando el reino universal durante mil años», como dice Davidson (*ob. cit.*, pág. 397).

(b) Un análisis de Isaías 65:17–25 nos muestra implícitamente (v. el v. 22) la ausencia de muerte para los fieles que no hayan muerto antes del Milenio—durante la Gran Tribulación (los anteriores a la Gran Tribulación habrán sido arrebatados)—, mientras que Isaías 65:20 nos dice que habrá muerte para los impíos de corazón. Aun así, el pecador que muera a los 100 años de edad será considerado como visitado por una maldición especial.

2. El versículo 5 comienza con un obvio paréntesis, como lo ha hecho la NVI con muy buen criterio. En efecto, si los del versículo 4 aparecen ya resucitados, y los demás no vuelven a la vida hasta *después de los mil años,* la *primera resurrección* no puede ser la de los del versículo 5, sino la de los del versículo 4. Para escapar de esta evidencia y, con ello, de la interpretación literal del Milenio, los amilenaristas sostienen que la *primera resurrección* es espiritual y equivale al «nuevo nacimiento». Acerca de esta curiosa opinión, dice Alford (citado por Newell, *ob. cit.*, pág. 324, nota):

Si, en una porción en la que se mencionan dos resurrecciones—en donde algunos volvieron a la vida los primeros, y «el resto de los muertos» volvieron a la vida sólo al final de un período que se especifica, después de esos primeros—, la «primera resurrección» se puede entender en el sentido de una resurrección «espiritual» con Cristo, mientras que la segunda significa una resurrección literal del sepulcro, entonces se acabó todo significado del lenguaje, y se desvanece la Escritura como testimonio decisivo para cualquier cosa. Si la primera resurrección es espiritual, entonces también lo es la segunda; pero si la segunda es literal, igualmente lo es entonces la primera, lo cual, con toda la primitiva Iglesia, lo mantengo yo.

3. Por cierto, el vocablo griego *anástasis*, que aparece al final del versículo 5, ocurre unas *cuarenta* veces en el Nuevo Testamento y, con la sola excepción de Lucas 2:34, siempre significa resurrección corporal, contra el sentido espiritual que le dan aquí los amilenaristas. Por otra parte, la Iglesia habrá sido arrebatada (4:1 y ss., comp. con 1 Ts. 4:17), con lo que la *primera resurrección,* más que un acontecimiento único, es toda *una clase* de gloriosas resurrecciones. Aunque hayamos de repetir conceptos ya expresados en otros lugares (v. el comentario a 1 Co. 15:23, 24), insistiremos en que esta *primera resurrección* (resurrección *para vida*—Jn. 5:29—) consta de las etapas siguientes:

(A) Primero Cristo, acompañado (con la mayor probabilidad) por los mencionados en Mateo 27:52, 53.

(B) Después, los que hayan participado en el arrebatamiento de la Iglesia (v. 1 Ts. 4:15–17).

(C) Después, los santos no pertenecientes a la Iglesia y que se mencionan específicamente en esta porción (v. 4) por la razón de que, así como fueron públicamente humillados y maltratados hasta el extremo, también son seleccionados para un triunfo público notable, con ocasión del establecimiento del reino de Cristo en la tierra. En esta etapa se incluyen, a mi juicio, los santos del Antiguo Testamento.

(D) Finalmente, los creyentes que (en opinión de algunos) hayan muerto durante el Milenio. Los que así opinan se apoyan en las razones siguientes: (a) Durante el Milenio existirá la muerte (v. Is. 65:20). (b) Para la segunda resurrección (v. 5a), el texto sagrado usa el mismo verbo que para la primera: *ézesan*, vivieron, el cual (comp. con Jn. 5:29) se entiende mejor si engloba a creyentes e impíos. (c) En el Juicio Final ante el Gran Trono Blanco, se abre, entre otros libros, *el libro de la vida* (v. 12), lo cual insinúa, aunque no demuestra (v. el comentario a dicho versículo), que puede haber creyentes que se presenten ante dicho Trono. La razón más fuerte es la segunda, aunque sería demasiado tenerla por contundente.

4. Tres cosas muy buenas se dicen (v. 6) de los que toman parte en la primera resurrección:

(A) Son llamados *«felices» o «dichosos»* (gr. *makários*, en singular, puesto que la primera frase del versículo 6 está en singular). Eso significa que se hallan en un estado de inmensa e imperecedera felicidad, en plena y perfecta comunión con Dios; por eso, son llamados también *«santos»* (gr. *háguios*, también en singular), puesto que su dedicación a Dios es ahora también perfecta.

(B) *«Sobre éstos* (v. 6b) *la segunda muerte no tiene autoridad»* (lit.). En el versículo 14 leemos que *«el lago de fuego es la muerte segunda»*. Los que han muerto en el Señor no pueden sufrir ningún daño de la muerte segunda, pues el infierno supone condenación eterna, y «para *los que están en Cristo Jesús no hay ya ahora ninguna condenación*» (Ro. 8:1). La muerte segunda no tiene ninguna autoridad sobre ellos, porque ya no puede reclamarlos una vez que han lavado sus ropas en la sangre del Cordero.

(C) *«Sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con Él* (v. 6c, comp. con 3:21) *durante los mil años»* (lit.). Muchos MSS omiten el artículo griego *ta*, los. Estas frases nos llevan a 1:6; 5:10; 22:5 y hasta 1 Pedro 2:9. Dice Newell (*ob. cit.*, pág. 325): «Su reino participa del carácter de

Melquisedec del trono de Cristo. La expresión *de Dios y de Cristo* es muy notable. Quizás Apocalipsis 1:6 arroja luz sobre ello: Él (Cristo) *nos ha hecho un reino, sacerdotes para su Dios y Padre.* Es oficio de los sacerdotes administrar para otros *las cosas pertenecientes a Dios* (He. 2:17 y 5:1). ¡Esto nos pone ante un tema maravilloso!» El futuro *«reinarán»* de los mejores MSS añade nueva fuerza a favor de la interpretación premilenarista.

Versículos 7–10

En estos versículos tenemos la última batalla de la Historia, y la última y definitiva derrota de Satanás. Dicen así en la NVI: *«Cuando se hayan cumplido los mil años, Satanás será soltado de su prisión y saldrá a engañar a las naciones de las cuatro esquinas de la tierra—a Gog y a Magog—, a congregarlos para la batalla. Su número será como el de las arenas de la playa. Marcharon a través de lo ancho de la tierra y cercaron el campamento del pueblo de Dios y la ciudad predilecta de Dios. Pero descendió fuego del cielo y los devoró. Y el diablo, que los engañaba, fue arrojado al lago de azufre ardiente, al que habían sido arrojados la bestia y el falso profeta. Allí serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos».*

1. *«Cuando se hayan terminado los mil años»* (lit.). Es la sexta y última vez que en los versículos 2–7 se designa el Milenio con esa frase. Es entonces, al final de los mil años, cuando el diablo es soltado de su prisión, según ya se nos había indicado en el versículo 3, donde tenemos (también en el v. 5) el mismo verbo y en el mismo tiempo que aquí (gr. *telésthe*, en aoristo pasivo de subjuntivo). En el versículo 3b se nos decía que esa suelta del diablo había de ser *por poco tiempo.*

2. Pero siempre que al diablo le *queda poco tiempo* (comp. con 12:12c), no lo desaprovecha de ninguna manera, ni pierde una décima de segundo. ¡Si tan diligentes fuésemos nosotros para el bien! *Sale a extraviar a las naciones* (v. 8) *desde las cuatro esquinas* (gr. *goníais*, que también podría traducirse por *ángulos* o *rincones) de la tierra.* Un ejército tan grande y tan universal no se habrá conocido ni aun bajo el mando del Anticristo mil años antes. Si la Palabra de Dios no nos asegurase que *el corazón* (del hombre) *es engañoso más que todas las cosas y perverso* (Jer. 17:9), sería inexplicable que el diablo pudiese reclutar para su causa perversa un número de soldados *como la arena del mar,* después de un reinado de paz y justicia durante mil años, con Cristo en el trono, ya sea en persona, ya sea teniendo en la tierra, como lugarteniente suyo, a David o un vástago cualquiera de la dinastía davídica (v. Ez. 34:24; 37:25, entre otros lugares).

3. Supuesta, desde luego, la malicia congénita del corazón humano, ¿es posible que el diablo pueda reclutar tanta gente para su causa, habida cuenta de las condiciones que habrán imperado en la tierra durante el Milenio? Tal posibilidad se explica si nos percatamos de que, en un lapso de mil años y precisamente a causa de las condiciones de paz y prosperidad que habrán reinado, sin interrupción, durante todo ese tiempo, los descendientes de quienes hayan entrado en el reino mesiánico se multiplicarán prodigiosamente en el Milenio, hasta llenar la tierra a rebosar. A pesar de las condiciones tan favorables, se habrán conformado exteriormente a las normas del reino de Cristo, pero, con su inexperiencia de pruebas duras y con la realidad de una fuerte tentación del enemigo, al final del Milenio, serán víctimas fáciles de los engaños de Satanás. «¿Por qué someterse como borregos?», les dirá. «¡Haced uso de vuestra libertad! ¡Escoged vuestros propios caminos!»

4. El autor sagrado impone un epíteto especial a esta inmensa horda de diabólicos enemigos del pueblo de Dios y de la ciudad santa, amada por Dios, Jerusalén. Los llama *«Gog y Magog»*. Los términos están tomados de Ezequiel, capítulos 38 y 39, pero la batalla que aquí (Ap. 20:8, 9) se menciona es distinta de la que es narrada en Ezequiel. Dice Walvoord *(ob. cit.,* págs. 303, 304):

Satanás es prominente en ésta, mientras que no es mencionado en Ezequiel 38, 39. La invasión de Ezequiel viene del norte, mientras que ésta viene de todas las direcciones. La batalla de Ezequiel ocurre probablemente antes de la batalla del gran día de Dios Todopoderoso antes del milenio, mientras que ésta ocurre después que se han terminado los mil años. El número de los que se rebelan contra Dios y siguen a Satanás son descritos como innumerables «como la arena del mar».

Por Ezequiel 38:2, puede verse que Gog es un príncipe, mientras que Magog es un territorio, su territorio. Dice Bartina (*ob. cit.,* págs. 820, 821):

En el Viejo Testamento, Gog es una persona, un príncipe; Magog es el nombre de su tierra. Es una región que está junto a las costas del mar Negro, en el nordeste de Anatolia. Así aparece en el mapa de las naciones del Génesis (Gn. 10:2). *Sin embargo, el Apocalipsis parece decir que Magog es también una persona. Puede entenderse del ejército nacional. En todo caso, la tradición rabínica une siempre los dos nombres indistintamente.*

Sea como sea, la demarcación territorial de «Magog» no cuenta para nada en Apocalipsis 20:8, pues dichos nombres han sido usados, no sólo en la tradición rabínica, sino también en los oráculos sibilinos, como un «símbolo de los poderes mundanos opuestos a Dios» (Bruce). Barchuk *(ob. cit.*, pág. 372) hace notar que «mientras en 16:14 el demonio va a engañar a los *reyes,* ahora engaña a las *naciones.* ¿Por qué? Porque en el reino milenial las naciones son regidas por los santos». Verdaderamente, sin la gracia de Dios y el poder del Espíritu Santo, el corazón no regenerado es siempre igual en toda clase de circunstancias y en la más favorable de las dispensaciones.

5. El versículo 9 nos describe, con toda parsimonia, los preparativos de los enemigos para la lucha contra los santos y contra la capital del reino mesiánico milenario: «Y *subieron sobre la llanura de la tierra y cercaron el campamento de los santos y la ciudad, la amada»* (lit.).

(A) Recuérdese que, en la Biblia, ir en dirección hacia Jerusalén es siempre *subir,* más por el carácter santo de la ciudad que por su situación geográfica (v. Ez. 28:11; Lc. 2:4, entre otros muchos lugares).

(B) La *llanura* (gr. *plátos)* es, con la mayor probabilidad, «la de Esdrelón, lugar clásico donde plantaban sus reales los invasores del pueblo de Dios a través de la historia de Israel. A ella se ha hecho referencia en el mismo Apocalipsis (cf. 16:16)» (Bartina). Ello se confirma con la añadidura *«de la tierra»,* término con que, en contextos como éste, se designa a Palestina.

(C) *El campamento de los santos.* El vocablo griego *parembolé* designa un cuartel o fortaleza armada, más bien que un conjunto de tiendas de campaña en campo abierto; por lo que es más que probable que el vocablo designe a la propia *ciudad amada,* como opina Walvoord. A mi juicio, el vocablo *santos* designa aquí primordialmente a creyentes israelitas (comp. con Dt. 23:14), puesto que Jerusalén será, durante el Milenio, la capital del reino, *«pues de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová»* (Is. 2:3). *La ciudad amada* es, pues, Sion (Sal. 78:68; 87:2).

6. Pero, como en otras ocasiones (comp. con 11:5; 19:17–21; 2 R. 7:6, 7; Ez. 38:22; 39:6), la victoria se obtiene sin lucha. Es probable que Cristo permita que los enemigos tengan ya completamente cercada la ciudad. Y ello, por dos razones: (A) Para que la derrota de los enemigos sea más notoria. (B) Para que los propios creyentes atribuyan la victoria únicamente a Dios, no a sus propias fuerzas. En efecto, el texto sagrado (v. 9b) nos dice que *«descendió fuego del cielo y los devoró»* (NVI). ¡Lo mismo que a Sodoma y Gomorra! ¡Qué contraste con 11:8! Allí se llamaba a Jerusalén (aunque sin nombrarla) *simbólicamente Sodoma y Egipto,* puesto que entonces era un foco de abominación por obra del Anticristo, pero ahora, en el Milenio, había vuelto a ser *la ciudad amada,* porque *«los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables»* (Ro. 11:29).

7. El versículo 10 contiene la prueba más contundente de la eternidad de las penas del infierno: «Y *el diablo que los engañaba (*o *extraviaba*—gr. *ho planón,* en participio de presente), *fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde también* (estaban) *la bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos»* (lit.).

(A) Nótese el énfasis que se carga sobre el carácter mentiroso de Satanás, *«el que los engañaba»* (comp. con Jn. 8:44). Así comenzó su propia carrera, engañándose a sí mismo (v. Is. 14:13, 14, pero léase también el comentario a dicho lugar), y continuó engañando desde el principio de la historia de la humanidad, primero a Eva (Gn. 3:1–6) y, después, a miles de millones de hombres y mujeres.

(B) El *lago de fuego y azufre* es, como en todos los demás lugares de Apocalipsis (vv. 14, 15; 19:20; 21:8), el infierno. Está, pues, claro que el diablo es arrojado, aquí y ahora, al infierno, donde *estaban la bestia y el falso profeta.* El verbo *estaban* no aparece en el griego original, por lo que algunas versiones lo suplen de otra manera. Por ejemplo, la *New English Bible* suple *«habían sido arrojados».* Como hace notar Walvoord (*ob. cit.*, pág. 304), «es muy significativo que el verbo *basanisthésontai* esté en tercera persona de plural, lo que indica que el verbo debe entenderse como teniendo por sujetos, no sólo a Satanás, sino también a la bestia y al falso profeta».

(C) Así, pues, en este versículo 10 la Palabra de Dios enseña claramente que los impíos no serán aniquilados, sino que tendrán una existencia *eternamente atormentada: «de día y de noche,* sin pausa y sin prisa, *por los siglos de los siglos»,* esto es, por toda la eternidad, pues no hay otro modo más explícito

para dar a entender que las penas del infierno son eternas, no sólo para el diablo, el Anticristo y el falso profeta, sino también para todos los que mueren sin haber sido reconciliados por la soberana gracia de Dios y mediante la fe (Ef. 2:8) en la Obra del Calvario (v. 15 y 21:8). Continúa diciendo el Prof. J. Walvoord en el mismo lugar: «No hay en el idioma griego otro modo posible de declarar con mayor énfasis el castigo eterno de los perdidos que el usado aquí, al mencionar, tanto *día y noche* como *por los siglos de los siglos*». Por su parte, Ironside dice lo siguiente: «Esto prueba que el lago de fuego no es la aniquilación, ni tampoco el purgatorio, porque ni aniquila ni purifica a estos dos enemigos de Dios y de los hombres, después que habrán pasado mil años bajo el juicio de Dios».

Por eso, me resulta alarmante el comentario que F. F. Bruce (*ob. cit.*, pág. 1.708) hace de la última frase del versículo 10 (así como del v. 15): *«Serán atormentados por los siglos de los siglos.* Comoquiera que la bestia y el falso profeta representan sistemas más bien que personas individuales, la destrucción permanente del mal es lo que evidentemente se significa». Ahora bien—digo yo—, si se niega la personalidad individual del Anticristo y de su falso profeta, la mayor parte del Apocalipsis (v. también 2 Ts. 2:8–10) queda desprovista de sentido. Además, ¿para qué, entonces, tener más miedo al que puede arrojar al infierno que al que mata el cuerpo? (v. Mt. 10:28). Ya sé que se me objetará: «El que mata al cuerpo no le impide al alma vivir eternamente, mientras que la aniquilación destruye al individuo»; pero los mayores criminales podrían decir: «¡Qué más da!»

Versículos 11–15

Llegamos ya a la escena final del drama de la Historia de la Humanidad: El paso del tiempo a la eternidad, cuando el telón de fondo se va a bajar después del Juicio Final. Vemos primero (v. 11) el Gran Trono Blanco y, sentado en él, Dios el Padre. Después (vv. 12, 13) se lleva a cabo el Juicio Final. Después del Juicio Final, sólo queda la condenación eterna de los impíos (vv. 14, 15).

1. Dice el versículo 11: *«Luego vi un grandioso trono blanco y al que estaba sentado en él. Ante la majestad de su rostro, desaparecieron la tierra y el firmamento, y no hubo lugar para ellos»* (NVI).

(A) Por la descripción que Juan hace del trono, parece ser que es distinto del mencionado en 4:2 y otros lugares del libro, aunque no puede afirmarse con toda seguridad. Su color *blanco* es símbolo (en especial, aquí) de *santidad*, antes que de ninguna otra cosa.

(B) Aunque el *sentado* (gr. *kathémenon*, en singular) en el Trono es, sin duda, Dios el Padre, como lo ha sido desde 4:2, no cabe duda de que también el Cordero está sentado ya en ese trono (comp. con 22:1) *para juzgar*. En efecto, de acuerdo con Juan 5:22, *«el Padre ya no juzga a nadie* (por sí mismo), *sino que ha entregado al Hijo todo el poder de juzgar»* (NVI). Además de dicho texto, pueden verse también Daniel 7:9 (comp. con Ap. 1:13 y ss.); Mateo 19:28; 25:31; Juan 5:27; Hechos 10:42; 17:31.

(C) La desaparición de la tierra y del firmamento (v. 11b) ante la majestad del rostro del que estaba sentado en el trono indica lo tremendo y solemne del momento (comp. con 6:15–17). Lo de «*y no fue hallado lugar para ellos*» (lit.) es un semitismo frecuente en la Biblia; lo hemos visto recientemente en 18:14, 21. Esta «desaparición» de la tierra y del firmamento ha de entenderse a la luz de lo que hemos dicho en el comentario a 2 Pedro 3:1013, y de lo que veremos en 21:1.

2. A continuación, Juan ve la escena del Juicio Final (vv. 12, 13): «Y *vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono, y fueron abiertos los libros. También fue abierto otro libro, que es el libro de la vida. Los muertos fueron juzgados de acuerdo con lo que habían hecho, según está registrado en los libros. El mar entregó los muertos que encerraba en su seno, y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos, y cada persona fue juzgada de acuerdo con lo que habla hecho»* (NVI).

(A) Los amilenaristas, en general, sostienen que éste es el único juicio divino, final, escatológico, que le espera a la humanidad, aun cuando la Iglesia de Roma ha sostenido siempre que habrá un juicio particular de cada ser humano inmediatamente después de su muerte; en él se decidirá la suerte eterna de cada persona, y el juicio final sólo servirá para dar publicidad a lo ya decidido y para que, ante todo el mundo, quede patente la justicia de Dios con respecto a los individuos y a las naciones.

(B) Sin embargo, todo diligente estudioso de la Palabra de Dios hallará que son *cinco* los juicios escatológicos profetizados: (a) El juicio de obras del creyente (miembro de la Iglesia) ante el *tribunal* (gr. *béma)*, no trono, de Cristo, inmediatamente después del arrebatamiento de la Iglesia (v. Ro. 14:10; 1 Co. 3:12–15; 2 Co. 5:10); (b) El juicio de Israel, previo al juicio de las naciones, en la Segunda Venida del Señor (v. Mt. 25:1–30); (c) El juicio de las naciones, descrito en Mateo 25:31–46; (d) El juicio de los

ángeles caídos, después del Milenio (v. 2 P. 2:4; Jud. 6; Ap. 20:7–10); (e) El juicio delante del Gran Trono Blanco, o Juicio Final, del que nos estamos ocupando en esta porción.

(C) Al pasar ya al análisis de los versículos 12 y 13, vemos primero *a los muertos,* es decir, a los que habían estado muertos, pero están ahora resucitados con sus cuerpos de carne, no glorificados como los de los creyentes; por lo que bien se les puede llamar todavía muertos, ya que no vuelven a la verdadera vida, sino a la *muerte segunda.* Los hay *grandes y pequeños,* es decir, desde la ínfima clase social hasta los más altos potentados de la tierra, pues ni la muerte ni el juicio de Dios hacen acepción de personas. Están *de pie delante del trono,* como reos en una audiencia judicial.

(D) Una vez presentes los reos, *se abren los libros* (v. 12b), esto es, se presentan los documentos que constituyen el sumario, el pliego de cargos contra los delincuentes. En estos libros (muchos, ya sea que haya uno para cada persona, ya sea que estén clasificados por materias) se hallan todas las *obras* (gr. *érga)* de los encausados. Aunque todos los inconversos sufrirán la misma *condenación,* serán diferentes los *grados* de condenación, de acuerdo con el número y gravedad de los pecados (v. por ej. Jn. 19:11b). Al final del versículo 13, se repiten los cargos.

(E) Podría parecer extraño que, además de los libros donde constan las *obras* que merecen distinto grado de condenación, *se abra también el libro de la vida.* Hay varias razones para ello: (a) Si, como dimos por probable, los creyentes del Milenio son juzgados en este juicio, sus nombres constarían en el libro de la vida, por lo que su apertura estaría sobradamente justificada; (b) Es probable que este libro se abra para mostrar que los nombres de los acusados *no* figuran en él (v. 15); (c) En esta misma línea, W. Newell ofrece una consideración devocional de gran efecto (*ob. cit.,* págs. 331, 332):

En el Salmo 69:25–28, *que Pedro cita en* Hechos 1:20 *refiriéndose a Judas (y que el contexto muestra que incluye a los malvados de Israel que hicieron entonces causa común en el odio a Cristo): «Sean borrados del libro de la vida, y no sean inscritos con los justos»* (Sal. 69:28). *En estas terribles palabras, vemos que aun cuando Cristo «se dio a sí mismo en rescate por todos» y «gustó la muerte por todos»—dando así a la entera raza humana un lugar potencial en el libro de la vida—, este hecho, empero, no les constituye eternamente «inscritos con los justos»… Habían rehusado al que es «la propiciación por los pecados del mundo entero», así que pierden ese potencial beneficio del rescate que todos los hombres tenían, y jamás serán «inscritos para vida»* (v. Is. 4:3 y Dn. 12:1) … *Hay el misterio del pecado del hombre que escoge apostatar, pero hay también el misterio de la gracia de Dios, que preserva a los elegidos.*

(F) El versículo 13 nos describe al mar, la muerte y el Hades, personificados, *dando,* es decir, devolviendo los muertos que yacían en ellos. Se les presenta como a unos carceleros que tenían encerrados bajo llave a los muertos, pero no tienen más remedio que soltarlos para que acudan al gran Juicio Final. Se menciona especialmente el *mar,* porque allí los muertos no habían hallado sepultura propiamente dicha. *La muerte y el Hades* sirven de mención general, como sustitutos del sepulcro. Asimismo aparecen juntos en el versículo 14 como arrojados al infierno. Para ser más precisos, la *muerte* representa aquí al sepulcro, mientras que el *Hades* representa siempre la «región de las sombras», *estado,* más bien que *lugar señalable,* de las almas o espíritus de los difuntos, hasta que los creyentes del Antiguo Testamento fueron hechos perfectos (v. He. 11:40) mediante la redención efectuada por el Señor Jesucristo.

3. Tras del juicio viene la sentencia de condenación o, mejor dicho, su inmediata ejecución (vv. 14, 15): *«Entonces la muerte y el Hades fueron arrojados al lago de fuego. El lago de fuego es la muerte segunda. Todo aquel cuyo nombre no estaba registrado en el libro de la vida, fue arrojado al lago de fuego»* (NVI).

(A) De nuevo vemos que la muerte y el Hades aparecen personificados. Recordemos lo que dice Pablo en 1 Corintios 15:26: *«El último enemigo en ser puesto fuera de combate será la muerte»* (NVI). Como enemigo, pues, de la humanidad y, por ello, personificada en la figura de un criminal, la muerte recibe su justo castigo siendo arrojada al infierno. Y, sin muerte, tampoco hay Hades. Al acabarse así la muerte, por haberse acabado completamente el pecado, que es el que la trajo al mundo (Gn. 2:17b; Ro. 5:12), solamente quedará la vida, *vida eterna* para todos los salvos. Es cierto que el infierno es llamado aquí (v. 14b) *«la muerte, la segunda»* (lit.), pero no será «muerte» en el sentido en que solemos entender el vocablo: «cesación de la vida física», sino en el sentido de estar siempre muriendo sin acabar jamás de morir: muerte eterna, en contraste con la vida eterna (con Mt. 25:46).

(B) El versículo 15 declara explícitamente que *«si alguien* (esto es, *todo el que) no fue hallado inscrito en el libro de la vida, fue arrojado al lago del fuego»* (lit.). Es una enseñanza terrible, que incluso muchos evangélicos tratan de explicar en términos de destrucción final de los malvados, pero es una enseñanza *bíblica* y, por tanto, debe admitirse como *«provechosa … para corrección»* (2 Ti. 3:16). El griego *epanórthosis* comporta la idea de «volver a poner recto desde arriba» lo que se había torcido. Nada como la perspectiva de una eternidad en los tormentos del infierno, para adquirir, o recuperar, el recto concepto de la fealdad del pecado, de la santidad y justicia de Dios, y de la seriedad de la muerte del Hijo de Dios en la Cruz del Calvario.

CAPÍTULO 21

El Apocalipsis no termina con la espantosa suerte de los réprobos, sino con la bendita felicidad de los elegidos. Por eso, los dos últimos capítulos del libro están dedicados enteramente a la descripción del cielo. En el presente capítulo tenemos: I. La presentación de los nuevos cielos y de la nueva tierra (v. 1); II. El descenso de la Nueva Jerusalén (v. 2); III. La perfecta comunión con Dios en la Nueva Ciudad (vv. 3, 4); IV. La renovación final de todas las cosas (vv. 5, 6); V. Las bendiciones de los victoriosos, en contraste con el funesto destino de los malvados (vv. 7, 8); VI. La descripción genérica de la Novia Celestial (vv. 9–11); VII. La descripción de los muros, de las puertas y de las dimensiones de la Ciudad (vv. 12–17); VIII. La belleza ornamental de la Ciudad (vv. 18–21); IX. La luz de una Ciudad Celeste, en la cual no hay templo (vv. 22–24); X. El libre acceso a la Ciudad (vv. 25–27).

Versículo 1

Dice este versículo en la NVI: *«Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido y ya no existía ningún mar».*

1. Ya en 20:11 vimos que la tierra y el cielo desaparecieron ante la presencia del que estaba sentado en el trono. Ahora Juan tiene una nueva visión: *«Y vi …»,* dice escuetamente el original. Desaparecidos (comp. con 2 P. 3:7, 10, 12) los antiguos cielos y tierra, Juan contempla *«un cielo nuevo (kainón,* reciente) *y una nueva tierra (kainén*—también reciente—). El original no usa el adjetivo *neón … neán,* para indicar, a mi juicio, que los nuevos cielos (¿nuestra galaxia?, ¿nuestro sistema solar?) y la nueva tierra no son algo que sale enteramente de la nada después que los anteriores han sido aniquilados, sino que, más bien, son efecto de la profunda transformación que el fuego ha obrado en ellos, reduciéndolos a cenizas, de donde, como el mito del ave fénix, han salido, por obra del poder omnímodo de Dios, los nuevos cielos y la nueva tierra, limpios totalmente de pecado, en los que imperará para siempre la justicia.

2. Los nuevos cielos y la nueva tierra habían sido ya profetizados por medio de Isaías (Is. 65:17; 66:22), pero en conexión, no con la eternidad, sino con el Milenio. Esto ha producido confusión en algunos autores, por no percatarse del doble plano de dichas profecías, al poner dentro de la misma perspectiva sucesos separados históricamente entre sí por muchos siglos. Algo parecido ocurre con hechos profetizados acerca de la Primera y de la Segunda Venida de Cristo (v. Is. 61:1, 2; Mal. 4:5, 6—en sentido inverso—), o acerca de la resurrección para vida y para condenación (v. Dn. 12:2; Jn. 5:29) o del Día de Jehová, que incluye tanto hechos que han de suceder antes del Milenio como la destrucción a fuego de los actuales cielos y tierra (v. 2 P. 3:10–13).

3. Juan hace constar que, en la renovación de los cielos y de la tierra, *ya no existirá ningún mar.* ¿Por qué? Porque el mar, en la Biblia, suele ser símbolo de varias cosas, a cuál más siniestra: (A) Es símbolo de inseguridad, con sus tempestades y demás peligros que confrontan al navegante; (B) Es símbolo de los monstruos marinos, incluida la Bestia de Apocalipsis 13:1 y ss.; (C) Es símbolo de maldad, traición y rebelión, por lo que es comparable a las multitudes que se agitan contra Dios. Inseguridad y maldad quedan excluidas para siempre de la Ciudad Celestial (vv. 4, 8). Lo cierto es que Apocalipsis 21:1 alude a la *eternidad,* no al Milenio, pues en éste hay frecuentes menciones a cuerpos acuáticos (Sal. 72:8, Is. 11:9, 11, Ez. 47:10, 15, 17, 18, 20; 48:28 Zac. 9:10; 14:8).

Versículo 2

Dice dicho versículo en la NVI: «*Vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo desde Dios, ataviada como una novia acicalada minuciosamente para recibir a su esposo*».

1. Prescindo de muchos detalles que, acerca de los dos últimos capítulos del Apocalipsis, pueden verse explicados en mi libro *Escatología II*, págs. 305 y ss. Me limitaré, pues, a lo que es propio de un comentario exegético-devocional, más bien que de un tratado amplio de Escatología.

2. La nueva Jerusalén es llamada aquí *«la Ciudad Santa»*, no sólo por ser la ciudad en la que Dios estableció su morada especial (v., por ej., Mt. 4:5; 27:53), sino, en especial, porque ahora ya no hay nada inmundo en ella, en contraste con lo que la Jerusalén terrenal habrá sido durante el reinado del Anticristo (v. 11:8).

3. Juan la ve *bajando del cielo.* El verbo está en participio de presente, y da a entender que es algo que está sucediendo ante los ojos mismos de Juan. La misma expresión se halla en 3:12, y esta repetición es notable, pues favorece a la idea sostenida por muchos autores de que la nueva Jerusalén existía ya antes de ahora en el cielo (comp. con Jn. 14:2) y se hallará, durante el Milenio, en torno a la tierra, como un satélite girando en su órbita, siendo retirada de la escena durante la destrucción de la primera tierra y el primer cielo, para descender después a la nueva tierra y posarse allí para siempre.

4. El texto sagrado añade que la nueva Jerusalén bajaba *desde Dios* (gr. *apó tou Theoú),* esto es, del lado de Dios y enviada por Él, con lo que se da quizás a entender que, hasta el momento actual de empezar su descenso, se hallaba en el cielo empíreo (comp. con Gá. 4:25, 26 y, especialmente, con He. 12:22–24). Estas dos referencias nos ayudarán a identificar a la «novia» que se menciona a continuación.

5. La preparación exquisita de la novia, de la que se dice aquí que está *minuciosamente acicalada* (NVI. Gr. *kekosmeménen*—de donde procede el vocablo castellano «cosmético»—, en participio de pretérito perfecto medio-pasivo) *para su marido,* se entiende comparando este lugar con 19:7, 8; Efesios 5:27. El participio medio-pasivo da a entender, con la mayor probabilidad, que la iniciativa de este acicalamiento es obra de la gracia (comp. con Ef. 5:26, 27), tanto *justificante* como *santificante,* pero que no ha de descartarse la respuesta que la voluntad humana, ya libertada (v. Jn. 8:32 y ss.), da a la gracia santificante y al poder del Espíritu (v. 19:8b, comp. con 1 Co. 15:10, al final).

6. ¿Quién es, en realidad, la novia? Las opiniones acerca de la precisa identidad de la novia son tres: (A) La novia es la *Iglesia.* Ésta es la opinión más corriente, pero necesita mucha matización. (B) La novia es la nueva Jerusalén *israelita.* Esta es la opinión sostenida por el pastor inglés J. Speed-Andrews en su libro *The Fulfilling of a Plan*, pág. 29. (C) La novia es la ciudad *de todos los redimidos,* como se ve claramente en Hebreos 12:22–24. Por tanto, incluye también, por sinécdoque, a la Iglesia, aunque no se identifica totalmente con ella. Citando a Grant, dice Walvoord *(ob. cit.*, pág. 313):

¿Por qué no ha de ser (la nueva Jerusalén) la novia-ciudad, tomando prestado el nombre de la novia-iglesia, cuya mansión es, aunque haya también en ella otros ocupantes?… La ciudad celestial, el tabernáculo de Dios, no permite que uno solo de los redimidos se quede fuera de ella, sino que tiene sus puertas abiertas de par en par para todos.

Versículos 3–4

En estos versículos se nos da una idea de lo que será en el cielo nuestra íntima comunión con Dios. Dicen así en la NVI:

«Y oí una voz potente, procedente del trono, que decía: "Ahora Dios comparte su morada con los hombres y vivirá con ellos. Ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos y será su Dios. Él enjugará toda lágrima de los ojos de ellos. Ya no habrá muerte, ni desgracia luctuosa (gr. *pénthos*, lamentación), *ni lamentos* (gr. *kraugué*, grito de llanto—como en He. 5:7—) *ni trabajos* (gr. *pónos*, trabajo duro, penoso—generalmente, con dolor—; de dicho vocablo viene «pena»), *porque el antiguo orden de cosas* (lit. *las primeras cosas*—no es el mismo vocablo de 2 Co. 5:17—) *ya pasó"».*

1. Ésta es la última de las 21 veces en que se menciona, en este libro, la expresión *«gran voz»* o *«voz potente»*. Como en las demás ocasiones, indica que es muy importante la revelación que sigue.

2. Lo que esta *gran voz* va a declarar ahora es introducido por un *¡he aquí!* (lit.), que presta mayor solemnidad todavía a la declaración. Ésta se compone de una parte (v. 3) que consta de afirmaciones, y otra (v. 4) que consta de negaciones.

(A) El versículo 3 dice literalmente: *«He aquí la tienda de campaña* (gr. *skené) de Dios con los hombres, y acampará* (gr. *skenósei*, el mismo verbo de Jn. 1:14) *con ellos, y ellos serán sus pueblos, y Dios mismo estará con ellos»*. Muchos MSS, aunque no los más importantes, añaden: «(siendo) *Dios de ellos»*. Aparte de esta última posible variante, hay algunos detalles dignos de mención:

(a) En la primera frase, es de notar la preposición *con* (gr. *metá*, preposición de compañía), que refuerza el hecho, ya de sí admirable, de que Dios extienda, por decirlo así, la lona de Su tienda de campaña, Su morada celeste (¡la *shekináh!),* a fin de que allí se cobije también todo Su pueblo, como viviendo para siempre en una misma mansión. Hemos de recordar que, durante la peregrinación de Israel por el desierto, Dios moraba especialmente en Su tabernáculo, el cual estaba ubicado en medio del campamento y rodeado de todas las tiendas de campaña en las que cada familia israelita tenía su propia morada. Así es como también el Verbo de Dios, al hacerse hombre, *acampó* (gr. *eskénosen*, puso su tienda de campaña) *entre nosotros* (Jn. 1:14), ya que el cuerpo humano se llama *tabernáculo* en 2 Co. 5:1, 4; 2 P. 1:13, 14). En la mansión celestial eterna habrá un solo tabernáculo, donde nuestro Padre del Cielo vivirá con los Suyos para siempre, como en medio de una gran familia. Dice el Talmud (*Pirke Abboth,* III, 3): «Cuando dos se sientan y entre ellos hay palabras de la Torah, la *shekináh* reposa entre ellos» (comp. con Mt. 18:20).

(b) El original dice, en la segunda parte del versículo: «*y ellos serán sus pueblos»*. En efecto, el plural griego *laoí* está mejor atestiguado en los MSS. No obstante, esta variante no reviste gran importancia. Lo importante es que la frase, repetida 21 veces en la Escritura, según cómputo de J. B. Smith (*A Revelation of Jesús Christ*, pág. 283), es siempre expresión del pacto de Dios con Su pueblo. Esta vez, la renovación del pacto es definitiva y gloriosa, pues no sufrirá ya ninguna violación.

(B) Al ser ya *perfecta* la comunión, «bajo un mismo techo», de que disfrutarán los hijos de Dios con su Padre Celestial, desaparecerá, por eso mismo, enteramente y para siempre, de la escena todo aquello que era resultado de la primera ruptura de la comunión con Dios. En el cielo no habrá nada de lo que causa aflicción, pena, dolor o molestia. Dice el versículo 4: *«Él* (Dios) *enjugará toda lágrima de los ojos de ellos. Ya no habrá muerte, ni desgracia luctuosa, ni lamentos ni trabajos* (se entiende, penosos), *porque el antiguo orden de cosas ya pasó»* (NVI).

(a) *«Toda lágrima»* significa «cada una, una por una». En realidad, no habrá lágrimas que enjugar, pues todas se habrán derramado en este mundo, no en el cielo. La frase es una figura para poner de relieve la ausencia de motivos para llorar: ya no habrá ningún pesar, ningún accidente, ninguna mala noticia, ninguna traición, ningún fracaso, ni persecución, envidia, celos, ambiciones insatisfechas, etc.

(b) Al estar ya completamente *redimidos* (v. Ro. 8:18–24), estaremos libres de todo aquello que nuestro Redentor cargó sobre sí (v. Is. 53:4; 2 Co. 5:14, 21; 1 Ti. 2:6; He. 2:14). Sin *muerte* (comp. con 20:14; 1 Co. 15:26), tampoco habrá *enfermedad* (que es como el prólogo de la muerte) ni *dolor* (que es índice de nuestra fragilidad física y psíquica).

(c) Al no haber ya muerte, ni dolor ni enfermedad, no habrá de qué lamentarse, ni habrá trabajo que resulte penoso. Habrá pasado el orden de cosas actual, en que todas esas calamidades imperan, para volver, con creces, a la felicidad que se perdió en el Paraíso. Dice Bartina *(ob. cit.*, pág. 828): «Se cumplirá en grado sumo definitivo lo profetizado por los videntes viejotestamentarios (Is. 25:8; 35:10; 65:17–19)». Se han de tener en cuenta los dos niveles de estas profecías.

Versículos 5–6

En consonancia con lo que la voz *grande* ha declarado al final del versículo 4, viene luego la confirmación que el propio Dios añade. El mismo Dios seguirá hablándole a Juan hasta el versículo 8 inclusive. Dicen los versículos 5 y 6 en la NVI: *«El que estaba sentado en el trono dijo: "¡Estoy haciendo nuevas todas las cosas!" Luego añadió: "Escríbelo, pues estas palabras son fidedignas y verdaderas". Y aún me dijo más: "Ya está hecho. Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin. Al que esté sediento, yo le daré a beber gratis de la fuente del agua de la vida"».*

1. Ya no es ahora un ángel el que habla, por muy grande que pueda ser la voz que le habló anteriormente a Juan. Ahora le habla el mismo Dios, *«el que estaba sentado en el trono»*. La declaración *«estoy haciendo»* (en participio de presente) es como si indicase que la creación de nuevos cielos y nueva tierra (v. 1) comporta múltiples cambios al hacer *nuevas* (gr. *kainá*, recientes en su modo de existir y en el carácter que poseen, adecuado a la condición del Paraíso recuperado) *todas las cosas.*

2. La segunda parte del versículo 5 parece indicar que Juan se ha quedado tan asombrado de la declaración que acaba de oír de labios de Dios mismo que ha dejado la pluma a un lado. Por lo que la voz de Dios dice: *«¡Escribe!»* (gr. *grápson*, en aoristo de imperativo, indicando urgencia). Ésta es la duodécima vez que Juan recibe, en Apocalipsis, la orden de escribir, siendo las otras once: 1:11, 19; 2:1, 8, 12, 18; 3:1, 7, 14; 14:13 y 19:9.

3. El mensaje que a Juan se le manda escribir en este versículo 5b es: *«Estas palabras son fieles y verdaderas»* (gr. *pistoí kai alethinoí*, combinación que ha salido ya en 3:14, 19 (aplicado a Jesucristo) y volverá a salir en 22:6 (aplicado a las palabras de Dios como aquí). Todo lo que Dios dice y hace lleva la impronta de su infalibilidad, de su veracidad y de su fidelidad.

4. El que está sentado en el trono sigue (v. 6) hablándole a Juan, y le dice ahora: *«¡Ha sido hecho!»* (lit. Gr. *guégonan*, en pretérito perfecto). Esta expresión salió ya en 16:17, con una pequeña variante al final (gr. *guégonen).* Dice Bartina (*ob. cit.*, pág. 829): «Es una expresión que sólo puede pronunciar Dios, porque indica la determinación de los acontecimientos de la historia del mundo y de la eternidad». A esta declaración, Dios mismo añade las siguientes garantías:

(A) «*Yo soy el Alfa y la Omega.»* Vimos ya esta frase en 1:8 y la volveremos a ver, de boca de Jesucristo, en 22:13. *Alfa* y *Omega* son la primera y la última letras del alfabeto griego, lengua en la que está escribiendo Juan. Esta declaración, como en 1:8 y 22:13, puede interpretarse de distintas maneras: (a) «*Yo soy la Verdad completa»*. En hebreo habría dicho: *Aní emeth*, teniendo en cuenta que el hebreo *emeth* contiene la primera, la de en medio y la última de las letras del alfabeto hebreo; (b) «*Yo soy el creador y consumador de todo»*. En este sentido, la frase es equivalente a la que sigue (comp. con He. 12:2 «… *autor y consumador»);* (c) *«Yo soy el Amo y Señor de todos los acontecimientos de la historia, de punta a cabo»*. Al conectar esta frase y la siguiente *(«el Principio y el Fin»),* Walvoord da la interpretación más plausible, por ser la más natural: «La referencia es a la obra llevada a cabo a lo largo de todo el drama de la historia del hombre antes del estado eterno» *(ob. cit.*, pág. 316).

(B) *«El Principio y el Fin»;* es una frase equivalente, en cierto modo, a la anterior. En la misma línea que Walvoord, comenta Bartina *(ob. cit.*, pág. 829): «No tanto en sentido filosófico o escolástico, cuanto en el sentido concreto de la historia de la salud. Así como Dios la empezó graciosa y omnipotentemente, así la ha continuado y así la acabará, coronándola espléndidamente».

5. Y, junto a estas garantías, tres promesas consoladoras, de las que la primera se halla en el versículo 6b, y las otras dos en el versículo 7, que veremos en la siguiente sección. La primera promesa es la siguiente: «*Yo al que tenga sed le daré de* (gr. *ek) la fuente del agua de la vida gratis* (gr. *doreán*, de regalo)». Esta promesa nos recuerda las de Isaías 55:1; Juan 4:10, 13, 14; 7:37–39; la hallamos también, en forma similar, en 22:17. La invitación a beber del *agua viva* (comp. con Jer. 2:13) es *al que tenga sed:* sed de felicidad, de justicia, de verdad, etc.; en una palabra, a toda persona íntimamente insatisfecha. ¿Y quién no lo está?

Versículos 7–8

En estos versículos tenemos las bendiciones del hombre de fe, en contraste con el destino funesto de los incrédulos: *«El que venza heredará todo esto, y yo seré su Dios, y él será mi hijo. Pero los cobardes, los incrédulos, los viles, los asesinos, los sexualmente inmorales, los que practican artes mágicas, los idólatras y todos los que obran la mentira, tendrán su lugar en el lago de fuego de azufre ardiente. Ésta es la muerte segunda»* (NVI).

1. Tenemos aquí dos bendiciones que, en realidad, se funden en una, y están reservadas para *«el que venza»*. Ocho veces, con ésta, son las que, en Apocalipsis, ocurre (en nominativo o en dativo) la expresión griega *ho nikón* (en participio de presente: *el que vence, o el que venza).* La repetición se explica en un libro donde domina la lucha por mantenerse firme en la fe (comp. con 1 Jn. 5:4), por muy dura que sea la aflicción que cause física y moralmente la persecución sufrida precisamente por causa de esa misma fe. La frase ocurre, además de aquí, en 2:7, 11, 17, 26; 3:5, 12, 21.

2. Lo que Dios promete *al que venza,* al hombre de fe contra viento y marea, es que *«heredará estas cosas»,* es decir, todas las que se han dicho y se dirán acerca de la felicidad eterna. El texto no dice *«todas»,* pero se sobrentiende, especialmente por la frase siguiente: «(Yo) *seré para él Dios, y él será para mí hijo»* (lit.). Esta idea se repite mucho en el Antiguo Testamento; en general, con respecto a Israel (v., por ej., Éx. 4:22; Dt. 14:1; Os. 1:10), pero se repite de modo especial en 2 Samuel 7:14, dentro del

pacto que hizo Dios con David. Véanse también Romanos 8:17; 1 Corintios 3:22, en que se confirma esta herencia *universal,* reservada a los creyentes (1 P. 1:4).

3. Esta bendita suerte de los elegidos contrasta con el funesto destino de los malvados (v. 8):

(A) Figuran en primer lugar los *cobardes.* Cuando Juan escribía esto, los cristianos se hallaban en medio de una de las más feroces persecuciones de los primeros siglos del cristianismo: la de Domiciano. Los *cobardes* eran los que se avergonzaban de confesar públicamente a Cristo como Señor, prefiriendo así la vida temporal a la eterna (en contraste con 12:11).

(B) Los *incrédulos* (gr. *apistoís)* van en segundo lugar. El vocablo designa, más bien que a los incrédulos en general (todos los de la lista lo son, pues se condenan realmente por su incredulidad comp. con Jn. 8:24), a los *infieles;* probablemente, infieles a la palabra que un día dieron de ser discípulos de Cristo, haciendo así una falsa profesión de fe. Se entendería mejor así el que vayan detrás de los *cobardes,* además de que el término resultaría más específico.

(C) Siguen los *abominables.* ¿Quiénes son éstos? La Palabra de Dios los señala en Job. 15:16 *(«se bebe la iniquidad como agua»);* Salmos 14:1 (el que vive como si Dios no existiera); Tito 1:15, 16 (los de sucia conciencia). Especialmente abominables son los hipócritas (v. Mt. 7:22, 23).

(D) Los *homicidas.* La gravedad de este pecado se pone de relieve ya en Génesis 9:6. Pero también es homicida el que se quita la vida a sí mismo, el que odia a su hermano (1 Jn. 3:15) y el que provoca directamente el aborto, pues toda vida humana es sagrada, ya desde el vientre de la madre (v. Sal. 139:16).

(E) El griego *pórnois* (de donde viene «pornografía», etc.) designa, en general, a los que están dados a cualquier clase de inmoralidad sexual.

(F) Vienen después *«los que practican artes mágicas»* (NVI. Lit. *los hechiceros.* Gr. *pharmákois,* vocablo bien conocido). Por si alguien cree que esto tiene que ver poco con nuestros días, voy a copiar de mi libro *Escatología II* (pág. 347) lo siguiente:

Si vamos a la Biblia, hallamos la conexión de la hechicería con la magia, la adivinación y el espiritismo, todo lo cual era abominable a YHWH (v., por ej., Éx. 22:18; Lv. 19:26, 31; 20:6, 27; Dt. 18:11–14; 2 R. 9:22; Is. 19:3; Dn. 1:1, 2; Hch. 8:9–11). *En nuestros días, la hechicería primitiva sigue vigente en muchas tribus de Asia, África y América. Lo verdaderamente lamentable es el auge que el ocultismo, el espiritismo y el satanismo están cobrando en nuestros días entre las gentes que se tienen por más civilizadas. Más aún ni los propios creyentes son impermeables al esoterismo, revestido de múltiples formas, algunas aparentemente suaves. Hemos de estar, pues, alertados, ya que también éstos irán al infierno.*

(G) Siguen los *idólatras,* entendiendo por tales no sólo a los que adoran imágenes de metal, madera, yeso, mármol, etc., sino también a todos los que entronizan en su corazón un sucedáneo del único Dios verdadero: dinero, carne, joyas, etc. El ídolo principal de todos los tiempos y de todos los hombres es *Mamón:* el dinero (v. Mt. 6:24; Col. 3:5; 1 Ti. 6:9, 10).

(H) Finalmente, cerrando la procesión, *todos los mentirosos.* Se entiende aquí por «mentirosos», no sólo los que dicen mentiras, sino especialmente (en sentido bíblico) aquellos cuya vida es una *mentira,* pues la peor de todas las mentiras es una vida de farsa, hipócrita, inconsecuente, como la de los que viven *amando y haciendo la mentira* (22:15), en agudo contraste con los que *siguen y practican la verdad, y andan en la verdad* (v. Ef. 4:15; 1 Jn. 1:6; 2 Jn. 4; 3 Jn. 4).

4. Con respecto a la lista precedente, bueno será hacer un par de observaciones:

(A) Como es costumbre en el original del Nuevo Testamento, en una lista cualquiera de personas, cosas, vicios, etc., es de notar el énfasis de colocación, por el que el lector toma nota de lo primero y de lo último con mayor atención que la que le suscitan los elementos intermedios Por esa razón, por ejemplo, vemos a Bernabé y a Saulo en cabeza y al final respectivamente de la lista de Hechos 13:1. Podemos, pues, conjeturar que Juan tiene aquí por los peores malvados a los *cobardes* y a los *mentirosos,* de acuerdo con la forma en que hemos explicado el sentido de dichos vocablos.

(B) No es ésta la única lista de malvados que aparece en el Nuevo Testamento. Listas similares se hallan incluso en Apocalipsis (v. 27 y 22:15), pero ésta es bastante comprensiva para darse cuenta de las muchas puertas por las que se va al infierno: «*al lago que está ardiendo con fuego y azufre, el cual es la muerte, la segunda»* (lit.). Es muy de notar que el texto sagrado no dice aquí, como dice de los *que vencen* (v. 7), que *heredarán*—ellos, el cielo; éstos, el infierno (comp. con Mt. 25:34: *«preparado para*

vosotros»; 41: *«preparado para el diablo y sus ángeles»*—, sino que ésa es *«la parte de ellos»: la porción* que su perversidad les ha proporcionado. ¡Funesto destino! Y, de la misma manera que *el que guarda toda la ley, pero ofende en un punto, se hace culpable de todos* (Stg. 2:10), así también de poco importa que alguien tenga un solo vicio de los enumerados en la lista del versículo 8. ¡Con una puerta basta para entrar al infierno!

Versículos 9–11

Llegamos ahora a una descripción, un tanto genérica, de la Jerusalén Celestial: *«Uno de los siete ángeles que llevaban las siete copas anchas llenas de las siete últimas plagas, se dirigió hacia mí y me habló así: "Ven y te mostraré la novia, la esposa del Cordero". Y me transportó en el espíritu a un grande y elevado monte, y me mostró la Ciudad Santa, Jerusalén, que bajaba del cielo, desde Dios. Resplandecía con la gloria de Dios, y su brillo era como el de una joya de las más valiosas, como un jaspe claro y brillante como el cristal»* (NVI).

1. El ángel que ahora se dirige a Juan es *«uno de los que llevaban las siete copas anchas llenas de las siete últimas plagas»*. Este dato se hace constar únicamente para identificar al ángel, puesto que ahora las copas ya han sido vaciadas, al haberse llevado a cabo todas las plagas.

2. Así como un ángel le había mostrado (17:1 y ss.) la ruina de Babilonia, así otro le va a mostrar ahora la gloria de la nueva Jerusalén. El ángel compara la Ciudad a una *«novia, la esposa del Cordero»,* y da así a entender que su belleza es como la de una novia ataviada para su esposo el día de las bodas (v. 2). Se trata de una figura retórica, ya que, a tono con el versículo 2, la nueva Jerusalén no es novia ni esposa, sino la *residencia eterna* de los santos en el cielo. L. S. Chafer *(Systematic Theology,* vol. IV, pág. 131) opina que se habla así por el papel central que allí ocupa la Iglesia, conforme a Hebreos 12:22–24.

3. Discuten los autores si se trata todavía, o no, de una especie de retrospección milenial. Al no haber en Apocalipsis un orden cronológico estricto, sólo un estudio atento del contenido puede sacarnos de dudas. Los que opinan que es una retrospección, piensan que Juan vuelve a considerar la nueva Jerusalén descendiendo a la tierra en el Milenio y permaneciendo suspendida sobre ella como residencia de los resucitados. Así piensan W. Kelly, A. Gaebelein y E. Bennett. Este último apela a 22:2 («… *para la sanidad de las naciones»),* a fin de probar su aserto. En cambio, Walvoord opina que, después de los tremendos acontecimientos anteriores, ahora se habla ya del estado eterno (vv. 7 y 8) y de la nueva Jerusalén, establecida en la nueva tierra. Aporta las siguientes razones:

(A) Porque desde el capítulo 19, parece ser que todo se sucede por orden cronológico; un salto atrás rompería ahora la estructura del libro.

(B) La descripción del versículo 9 es idéntica a la del versículo 2. Si allí se trata del estado eterno (y ése es, sin duda, el caso), también aquí.

(C) Las profecías sobre el Milenio no concuerdan con los detalles de esta ciudad en la tierra. Basta con leer Ezequiel capítulos 40 al 48, al hablar del nuevo Templo, así como de los límites y divisiones de la Tierra Santa.

(D) Siguiendo a W. Hoste, opina que las referencias a las naciones, los reyes de la tierra y la «curación» a la que alude 22:2, tienen una explicación satisfactoria dentro del estado eterno. Igual opina F. O. Ottman. Pentecost por su parte, añade que el versículo 25 va contra la situación descrita en Isaías 30:26, 60:19, 20, y que el versículo 27 no puede aplicarse al Milenio, ya que, durante el Milenio, habrá no salvos y, por tanto, internamente inmundos y abominables.

4. La descripción de la ciudad nos plantea, como en la mayor parte de este libro, un problema de hermenéutica: ¿Qué es simbólico y qué no lo es? Juan dice *lo que vio.* ¿Vio solamente símbolos que le fueron interpretados por otros personajes, o por él mismo bajo divina inspiración? ¿O vio las realidades, y las expresó él mismo bajo símbolos? (v. por ej. 5:5, 6). Dejo al lector que opine por su cuenta. Una cosa segura es que los materiales descritos en los versículos siguientes son de diferente naturaleza que la de los que conocemos. Los hechos más importantes son: (A) Que Juan vio una ciudad; (B) que estaba habitada por santos de todas las épocas; (C) que Dios estará presente en ella de una manera especial. Si no hay otros inconvenientes, podemos aceptar las características *físicas* que se nos describen.

5. Como la nueva ciudad es muy alta, según veremos más adelante, el ángel le lleva (v. 10) a un monte muy alto (gr. *óros méga kai hupselón,* monte grande y alto), desde donde pueda Juan contemplar la ciudad como a vista de pájaro. Juan es transportado *en espíritu,* es decir, en un éxtasis, como en otras

ocasiones. Igual que en el versículo 2 (v. también 3:12), se dice aquí: *«la ciudad santa, Jerusalén* (no se añade ahora *"nueva"), bajando* (lit., en participio de presente, lo mismo que en el versículo 2) *del cielo desde Dios»*. Se nota, con la repetición de las frases del versículo 2, el interés del escritor sagrado en poner de relieve que es una ciudad *celestial.*

6. La primera impresión que Juan recibe al ver la ciudad (v. 11) es la de una espléndida iluminación. El texto sagrado dice que *«resplandecía con la gloria de Dios»*. Puesto que Dios habita en medio de ella, la gloria de Dios se manifiesta en ella con todo su esplendor (comp. con Is. 58:8; 60:1, 2, 19). Recordemos que la gloria de Dios es, en realidad, la suma de Sus infinitas perfecciones manifestándose al exterior, con lo que se refleja, de algún modo, lo que Dios es. Después (v. 23) veremos que toda esa luz proviene de la *«lumbrera que es el Cordero»*. El brillo que la ciudad adquiría con tal resplandor era semejante al jaspe cristalizado y centelleante. Dicho jaspe es, dice, *«una joya de las más valiosas»;* sin embargo, en la nueva Jerusalén es un material común (v. 19). Caird hace notar la referencia, en 4:3, 6, al «jaspe cristalino», lo cual denota la íntima comunión con Dios: «una impresión del ser de Dios mismo», dice. En efecto, el cielo será una ciudad transparente, en la que no hay nada que ocultar, ni noche que pueda oscurecer la visión (comp. con 1 Ts. 5:5–8).

7. Con respecto a la frase *«la lumbrera es el Cordero»,* el Prof. J. Walvoord hace la consideración siguiente: «El creyente en Cristo no genera la luz de Cristo, pero debería reflejar y transmitir su gloria, sin hacer borrosa la belleza y el encanto de Cristo» (*ob. cit.*, pág. 320). J. D. Pentecost, por su parte (*Eventos del Porvenir,* pág. 441), transcribe, a este propósito, un fragmento de un bello himno que, vertido al castellano, dice así:

La Esposa no mira sus vestidos,
Sino el rostro de su Esposo amado.
Contemplaré, no la gloria,
Sino a mi Rey lleno de Gracia.
No la corona otorgada por Él,
Sino sus manos traspasadas.
El Cordero es toda la gloria
De la tierra de Emanuel.

Versículos 12–17

A continuación se describen los muros de la ciudad (v. 12a), sus puertas (vv. 12b, 13), cimientos (v. 14) y dimensiones (vv. 15–17). Esta escena causa profunda impresión. Es difícil alegorizar todos los detalles. En todo caso, puesto que el hecho de la existencia de la ciudad no puede negarse, ¿por qué no aceptarlos en su sentido literal, mientras no conste lo contrario?

1. El primer detalle es el de los muros (v. 12a). De ellos se dice únicamente que la ciudad *«tenía una muralla grande y elevada»* (gr. *méga kai hupselón*, los mismos adjetivos que se aplican al monte en el v. 10). Sus medidas se darán después (v. 17). El muro fuerte y alto es símbolo de exclusión de todos cuantos no son dignos de entrar allí, aunque los moradores de la ciudad serán innumerables.

2. De sus puertas, dicen los versículos 12b, 13: *«Con doce puertas, y con doce ángeles en* (gr. *epí*, sobre) *las puertas. Sobre los dinteles de las puertas estaban escritos los nombres de las doce tribus de Israel. Había tres puertas hacia el este, tres hacia el norte, tres hacia el sur y tres hacia el oeste»* (NVI).

(A) Como la muralla tiene la forma de un cuadrado, le tocan tres puertas por cada lado. Ya desde ahora, se repite insistentemente el número *doce* en esta porción y aun en el capítulo 22. Sólo en los versículos 12–16, se repite *siete* veces dicho número. Otras *tres* veces vuelve a ocurrir, formando un conjunto de diez, en los versículos 21 y 22:2, además de la enumeración de *doce* piedras preciosas en los versículos 19 y 20. Las medidas son igualmente múltiplos de *doce:* Tanto la largura como la anchura y la altura de la ciudad son de 12.000 estadios (v. 16); y la altura de la muralla es de 144 (12x12) codos (v. 17). La razón de esta insistencia es, a mi juicio, doble:

(a) Según vemos en el versículo 14, *«la muralla de la ciudad descansa sobre doce cimientos; y sobre ellos están escritos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero».* Esto nos lleva a Efesios 2:20. Teniendo en cuenta que los doce apóstoles eran israelitas, vemos de nuevo (comp. con 12:1, 2, 5) que la Iglesia se sostiene sobre Israel, no viceversa (v. Ro. 11:18).

(b) La nueva Jerusalén ha sido comparada en el versículo 3 a una gran *tienda de campaña en la que Dios acampará con los hombres.* Esto nos conduce a la disposición del campamento de los israelitas en el desierto y, en medio de ellos, el tabernáculo de Dios, frente al cual, y en cuadro, acampaban las 12 tribus de Israel; tres frente a cada uno de los lados. Jamieson-Fausset-Brown, en su Comentario a toda la Biblia (II, pág. 829), dicen sobre el versículo 14: «Josué, tipo de Jesús, eligió a doce hombres … que llevasen doce piedras al otro lado del Jordán con ellos, como Jesús escogió a doce apóstoles. Él es la principal piedra del ángulo … Pedro no es la única piedra apostólica».

(B) Los doce ángeles que están (v. 12b) *sobre las doce puertas* (lit.) hacen de centinelas, guardianes y defensores (comp. con Is. 62:6).

(C) En los versículos 12b y 13, vemos que *«sobre los dinteles de las puertas estaban escritos los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel. Había tres puertas hacia el este, etc.».* La comparación con Ezequiel 48:31–34 podría hacernos pensar que estamos aún en el Milenio, pero no se olvide lo que tantas veces hemos dicho acerca del doble (y aun triple) nivel cronológico de las profecías que apuntan al final de los tiempos.

3. Ya hemos mencionado el versículo 14 al aludir a la insistente repetición del número doce en este capítulo. Queda únicamente por notar el vocablo *cimientos* (gr. *themelíous),* el mismo de Efesios 2:20; sale también tres veces en 1 Corintios 3:10–12. Estos pilares, llamados cimientos (comp. con 3:12; Gá. 2:9; 1 Ti. 3:15) no deben confundirse con la única *«principal piedra del ángulo»* que es Cristo (1 P. 2:6) y que, en Efesios 2:20, se distingue claramente de los *cimientos.*

4. En los versículos 15–17 se nos dan las dimensiones de la ciudad: *«El ángel que hablaba conmigo llevaba como medida una caña de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muralla. La ciudad está asentada como un cuadrado, de tanta largura como anchura. Midió la ciudad con la caña y halló que tenía 12.000 estadios de largura, y que era de tanta anchura y altura como largura. Midió su muralla y tenía 144 codos de altura según las medidas humanas que el ángel estaba empleando»* (NVI).

(A) La caña de medir era un instrumento muy usado en la antigüedad, según han descubierto los arqueólogos en bajorrelieves de Mesopotamia. Aquí la caña es de oro, como lo merece una ciudad de oro (v. 18). Las medidas son colosales, y el propio texto sagrado nos dice que el valor matemático de las medidas es el usado por los hombres (v. 17).

(B) Se hace notar (v. 16) la forma cuadrada de la ciudad. Dice Bartina (*ob. cit.,* pág. 833): «Entre los griegos, el cuadro era una figura perfecta y un símbolo de perfección. Las más importantes ciudades del Oriente antiguo tenían una planta cuadrangular, como Babilonia y Nínive». También la Biblia prefiere el cuadrado, pues el círculo tenía que ver con la adoración del sol. Por eso, la forma redonda de las obleas que se usan en la misa y en la comunión en la Iglesia de Roma es de origen pagano.

(C) No hay por qué descartar el sentido literal de dichas medidas. Las cifras totales varían: (a) según se entiendan como de perímetro (Bartina da 2.131 km de perímetro) o de lado, como parece ser el sentido obvio del texto; (b) según el estadio que se emplee como módulo (180 o 200 metros de longitud); (c) según la forma que se le atribuya a la ciudad (cúbica o piramidal).

(a) Si las medidas se han de entender de *lado,* más bien que del *perímetro,* y el estadio se considera como de 200 m tendríamos 2.400 km de lado (12.000x200). Esto nos da ya una superficie de 5.760.000 km cuadrados (2.400x2.400). Al ser también la altura de 2.400 km tenemos como resultado, si la ciudad es un cubo, la fantástica cifra de 13.824.000.000 de kms. cúbicos.

(b) Opino, sin embargo, siguiendo a W. M. Smith *(ob. cit.,* pág. 1.523), J. F. Walvoord (*ob. cit.,* pág. 323), el rabino converso M. Trezzi (en conversación privada) y otros autores, que la forma de la ciudad no es cúbica, sino piramidal, con lo que su volumen queda en unos 6.912.000.000 de km cúbicos. Copio de mi libro *Escatología II,* pág. 318:

Las razones a favor de una forma piramidal son las siguientes: A) Su belleza arquitectónica es mucho mayor; B) Se entiende mejor que el río de agua viva y pura salga del trono de Dios y del Cordero (22:1); C) Si el muro de la ciudad tiene unos 64 m de altura, este tamaño, que sería enorme para una ciudad normal, resulta pequeñísimo en comparación de la altura; pero ya no es tan desproporcionado si la ciudad, en lugar de tener estructura cúbica, la tiene piramidal.

(c) McGee ofrece una alternativa diferente a la discusión de si la ciudad es cubo o pirámide. Podría ser—según él—una ciudad transparente (v. 21) «hacia dentro», al contrario que nosotros, que vivimos sobre la superficie exterior del planeta. La policromía que así resultaría es indescriptible.

(D) En cuanto a las medidas de la muralla, leemos (v. 17) que *tenía 144 codos de altura según las medidas humanas que el ángel estaba empleando.* Había en la antigüedad dos tipos de codo: el ordinario y el llamado «regio». El ordinario tenía 45 cm el regio, 52 cm y medio. Tomando como medida el codo ordinario, la altura de la muralla vendría a ser de unos 65 m. Según el codo regio, sería de más de 75 m.

(E) Queda por hacer una conveniente observación: Recordemos que la ciudad, la nueva Jerusalén, quedará asentada sobre la nueva tierra. De lo contrario, las puertas no tendrían razón de ser.

Versículos 18–21

Pasamos ahora a la belleza ornamental de la ciudad: *«La muralla estaba hecha de jaspe; y la ciudad, de oro puro y bruñido como un cristal. Los cimientos de las murallas de la ciudad estaban decorados con toda clase de piedras preciosas: el primer cimiento, de jaspe; el segundo, de zafiro; el tercero, de calcedonia; el cuarto, de esmeralda; el quinto, de sardónice; el sexto, de cornalina; el séptimo, de crisólito; el octavo, de berilo; el noveno, de topacio; el décimo, de crisopraso; el undécimo, de jacinto; el duodécimo, de amatista. Las doce puertas eran doce perlas; cada puerta, hecha de una sola perla. La avenida de la ciudad es de oro puro, como cristal transparente»* (NVI).

1. Teniendo en cuenta la descripción general de la ciudad (v. 11) como de *jaspe* cristalino, y añadiéndose ahora (v. 18) los elementos de *oro puro* y su apariencia (*«como»)* de cristal, podemos ver los tres conceptos que, bajo esas imágenes, trata de transmitirnos el texto sagrado: (A) El *jaspe* indica la belleza valiosa de toda la ciudad; (B) El *oro,* su pureza y suntuosidad; (C) El aspecto *cristalino* tiende a poner de relieve la transparencia, por la cual, como dice Walvoord (*ob. cit.*, pág. 325), «la ciudad está diseñada para transmitir la gloria de Dios en la forma de una luz sin obstáculos».

2. Una mirada a lugares como Éxodo 28:17–20; Isaías 54:11, 12; Ezequiel 28:13 nos ayudará a comprender el significado de las piedras preciosas que se mencionan en los versículos 19 y 20. No están de acuerdo los autores en cuanto a la naturaleza precisa de cada una de las piedras preciosas que aquí se mencionan. Govett, citado por W. M. Smith *(ob. cit.*, pág. 1.523), ha intentado una comparación con los colores del arco iris a partir de la quinta piedra, en la forma siguiente:

sardónica—rojo
cornalina—anaranjado
crisólito—amarillo
berilo—verde-mar
topacio—amarillo (en lugar del azul)
crisopraso—verde dorado (en lugar del índigo)
jacinto—violeta

Queda la amatista (rosado).

3. Caird, por su parte, dice que cada piedra era símbolo de un signo del zodíaco y que Juan, para desprestigiar la astrología, los pone al revés: *Aries* es la amatista; *Tauro,* el jacinto. Y así sucesivamente, hasta llegar a *Piscis,* que es el jaspe.

4. En todo caso, y partiendo de la base de que desconocemos totalmente la naturaleza precisa de los materiales celestiales de la ciudad, sólo podemos asegurar que el texto sagrado trata de presentarnos un espectro de colores que añada nueva belleza a la ya grandísima belleza de la nueva Jerusalén.

5. La avenida principal (gr. *plateía*, de donde viene «plaza») de la ciudad, de la que veremos más detalles en 22:2, es descrita en el versículo 21b como *«de oro puro, como cristal transparente»* (NVI). No quiere decir que sea la única calle o avenida de la ciudad (comp. con 11:8), sino que es la principal. Véase también la explicación que hemos ofrecido en el punto 1 de esta sección, sobre el material de que está hecha toda la ciudad.

Versículos 22–24

De la ornamentación de la ciudad, pasamos a su iluminación: *«No vi santuario* (gr. *naón) en la ciudad, porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son su santuario. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que la iluminen, porque la gloria de Dios le da luz, y el Cordero es su lámpara. Las*

naciones caminarán a su luz (lit. *por medio de su luz), y los reyes de la tierra traerán a ella su esplendor* (lit. su *gloria)»* (NVI).

1. Hasta ahora, habíamos leído acerca del santuario celestial, pero aquí se nos dice que en la nueva Jerusalén *no hay santuario;* de haberlo, Juan lo habría visto. ¿Por qué esta aparente anomalía? La razón es muy sencilla: Pasado ya el tiempo de la lucha entre el bien y el mal, la cual se prolongó hasta después del milenio (20:7–9), no hará falta el sacerdocio de intercesión que veíamos en el altar celeste del incienso (v., por ej., 8:3, 5; 9:13; 11:1), ni candelabros que den luz, ya que el Cordero será la lumbrera de la ciudad; ni habrá límite entre lo sagrado y lo profano en una ciudad enteramente santa. Toda ella será un grandioso tabernáculo (v. 3), con la presencia totalmente accesible del Dios Todopoderoso—irradiando santidad—por medio del Cordero.

2. A esta ciudad, como observa Tucker, «se la reconoce por las cosas que faltan en ella: ni templo, ni sacrificio, ni sol, ni luna, ni oscuridad, ni abominación». Copiando de Anderson Scott, dice W. Smith *(ob. cit.,* pág. 1.523): «Lo que ahora hay que apartar del mundo para Dios … allá se ha expandido hasta abarcar todo el ámbito de la experiencia y actividad humanas. La presencia de Dios ya no ha de buscarse; se conoce, se percibe, universal y penetrándolo todo como la luz del día». Puesto que Cristo es la luz del mundo (Jn. 1:7–9; 3:19; 8:12; 12:35), Dios hará que también Sus hijos sean luz y que se cumpla a perfección en ellos el andar en la luz (1 Jn. 1:5–7). La gloria esplendorosa del Dios que es luz reverberará de tal forma en toda la ciudad, que no hará falta ya más recurrir a la ayuda de ninguna luz creada. Que *el Cordero será su lumbrera* significa, a mi juicio, que Jesucristo servirá de reflector a la luz de Dios, puesto que la esencia divina continuará siendo invisible (v. 1 Ti. 6:16 y el comentario a 22:4); pero *«el que ve a Cristo, ve al Padre»* (Jn. 14:9). Adelantándome ya al comentario de 22:4, me temo, si lo entiendo bien, que Newell (*ob. cit.,* pág. 354) sufra una gran equivocación al decir: «Aquí, por fin, Dios, que es Amor, se revela a los santos de esa bendita ciudad *directamente*». ¿Visión beatífica?

3. El versículo 24 tiene algunas dificultades que han confundido a muchos intérpretes. Que las naciones, o los gentiles, caminarán a la luz de la gloria de Dios, es cosa clara. Quizá se quiere poner de relieve con esto que, en este tabernáculo que tanto nos recuerda el del desierto, los gentiles tienen su ciudadanía en pie de igualdad con los israelitas. Pero, ¿qué sentido tiene el que *los reyes de la tierra hayan de traer a ella su gloria* (v. 24b), *la gloria y el honor* (*ten dóxan kai ten timén*, lo glorioso y lo valioso) *de los gentiles* (v. 26)? Dice Walvoord *(ob. cit.,* pág. 327): «La implicación es que el honor y la gloria son introducidos y no se les deja fuera de las puertas». Bartina (*ob. cit.*, págs. 841, 842) menciona tres posibles soluciones:

1.ª Se habla de una Iglesia total, parte eterna, parte temporal. Así se expresa por ejemplo, Bonsirven. Ve, pues, que los gentiles se suman a la Iglesia y van entrando en varias etapas … Estamos en el tiempo. 2.ª Se trata de un artificio expresivo literario. Los profetas hablaron de los dones que los gentiles llevarían a Jerusalén (Is. 60:3, 5, 11; Sal. 72:10, 15). *Para demostrar que ésta es la Jerusalén definitiva, se ha de hablar del acatamiento de los pueblos … 3.ª Aún podría buscarse una explicación puramente simbólica. La nueva Jerusalén será feliz, tendrá paz … La vida de la ciudad no será inerte, sino espléndida y gloriosa, más que la de cualquier capital del mundoÉ*

He de confesar que ninguna de estas explicaciones me satisface. A mi juicio, lo que aquí se declara llanamente es que todo lo de este mundo que tiene algún valor imperecedero: arte, sabiduría, literatura; en fin, todo lo bueno, bello, sabio—verdadera sabiduría—de este mundo tendrá cabida en el cielo. No seremos espíritus desencarnados, ni estaremos para siempre sumidos en una especie de sopor extático. En 22:3, 5 se dice que *«serviremos … y reinaremos».* Así, pues, para una perfecta *ética,* no habrá que dar de lado a la *lógica* (el pensamiento) ni a la *estética* (el sentimiento).

Versículos 25–27

Los últimos versículos del capítulo 21 ponen de relieve la total *seguridad* de la Ciudad Celestial: *«Ningún día quedarán cerradas sus puertas, porque allí no habrá noche. La gloria y el honor de las naciones serán traídos a ella. Nada impuro entrará jamás allí, ni el que cometa abominación o mentira, sino sólo aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida del Cordero»* (NVI).

1. Como la lumbrera que es el Cordero no se ha de apagar jamás, en el cielo *no habrá noche,* al no haber nunca oscuridad. Pero el texto del versículo 25 dice algo más: *«Ningún día quedarán cerradas sus*

puertas, PORQUE (gr. *gar) allí no habrá noche».* De noche se cerraban ya en la antigüedad las puertas de las ciudades (v. por ej. Jos. 1:7), no sólo porque todas las actividades ciudadanas quedaban paralizadas durante la noche, sino porque así se evitaba la entrada de fugitivos y criminales. En el cielo, no habrá este motivo para cerrar las puertas, pues no habrá allí criminales (v. 27).

2. Ya hemos mencionado el versículo 26, en conexión con el versículo 24b, por lo que no es necesario añadirle ningún comentario.

3. El versículo 27 nos dice expresamente quiénes entrarán en el cielo y quiénes no entrarán.

(A) Se nos dice primero quiénes no entrarán: En la ciudad celestial no entrará *nada impuro* (NVI), es decir, nada profano (gr. *koinón;* lit. común, que es como se designaban, por ejemplo, los alimentos prohibidos en la Ley de Moisés—v. Hch. 10:14, 15—). Todo lo que haya en el cielo será *sagrado* y, por tanto, puro y limpio. En concreto, se nos dice que no entrará *«el que hace abominación y mentira»;* así se resume la lista del versículo 8. Los impíos, como otrora las inmundicias, serán quemados fuera de la ciudad.

(B) A continaución (v. 27b), se declara quiénes entrarán: No se hace referencia (ni hace falta) a determinados grupos de personas, sino que, en consonancia con el tono general del Apocalipsis, se mencionan los elegidos en general: *«los inscritos* (participio de perfecto medio-pasivo) *en el libro de la vida del Cordero»* (comp. con 3:5; 13:8; 17:8; 20:15). Este es el momento de que cada lector se pregunte a sí mismo: ¿Estoy inscrito en ese libro? Si estás seguro *(por los frutos los conoceréis»)* de que has puesto en el Señor Jesús toda tu confianza, y tu vida está dando testimonio de que has nacido de nuevo, de cierto estás inscrito en ese libro, y nada ni nadie podrá borrarte de allí (comp. con Jn. 10:28; Ap. 3:5, 12). Si no es así, aún estás a tiempo (v. 22:17). Pero es urgente, porque no sabes cuánto es el tiempo que te queda.

CAPÍTULO 22

En este capítulo, donde se cierra la revelación escrita, tenemos: I. Las bendiciones con que culmina la vida eterna en el cielo (vv. 1–5). Todo lo demás es una especie de epílogo, donde hallamos: II. Unas palabras de consuelo (vv. 6–17); III. Unas palabras de admonición (vv. 18, 19), y: IV. Un anuncio final de la Pronta Venida del Señor, seguido de la bendición con que Juan cierra su relato de la gran revelación (vv. 20, 21).

Versículos 1–5

En estos versículos, encontramos «las delicias de la Nueva Jerusalén», como titula el Dr. Ryrie esta sección.

1. La primera de dichas delicias es el río de agua viva (vv. 1, 2a): *«Luego, el ángel me mostró el río del agua de la vida, claro como el cristal, que fluye del trono de Dios y del Cordero y desciende por en medio de la gran avenida de la ciudad»* (NVI).

(A) El *río de agua de vida* (lit.), esto es, del agua viva, divina (comp. con Jer. 2:13; Jn. 7:37–39; Ap. 7:17; 21:6; 22:17) entraña la realidad de la vida divina trinitaria, como se ve por la descripción que se nos hace de su origen: *«Sale del trono* (único trono) *de Dios* (el Padre) *y del Cordero* (el Hijo)», con lo que es muy probable (en especial, a la vista de Jn. 7:39) que en este río esté representado el *Espíritu Santo vivificante, que procede del Padre y del Hijo,* como dice expresamente el Credo Niceno-Constantinopolitano.

(B) La frase *«claro como el cristal»* expresa la pureza suma del agua, en la que no cabe turbiedad ni agitación malsana.

(C) A pesar de que hemos dado la lectura que hace la NVI, es más probable, como lo hace notar la puntuación del texto crítico de las Sociedades Bíblicas Unidas, que la primera parte del versículo 2 no vaya unida al versículo 1 (falta en el texto el *kai* copulativo), sino que forme un todo con lo que sigue del versículo 2. Así está en nuestra Reina-Valera. Por tanto, con esta puntuación, que es más probable que la de la NVI, el versículo 1 queda así: «Y *me mostró un río de agua de vida, claro cual cristal, saliendo* (en participio de presente; gr. *ekporeuómenon*—¡el mismo verbo de 15:26, aplicado al Espíritu Santo!—) *del*

trono de Dios y del Cordero» (lit.). Este río no debe confundirse con el de Ezequiel 47:1, 12 ni con las aguas vivas de Zacarías 14:8. Eso pertenecía al Milenio.

2. La segunda delicia es el árbol de la vida (v. 2): *«En medio de la gran avenida de ella* (de la ciudad), *y a uno y otro lado del río, el árbol de la vida* (sin artículos en el original), *que produce doce frutos, dando su fruto conforme a cada mes, y las hojas del árbol* (son) *para curación de las naciones»* (lit.).

(A) Por la descripción, algo imprecisa, que nos hace el texto de la ubicación del río, así como del árbol de la vida, podemos colegir, como más probable, lo siguiente: Tenemos la gran avenida de la ciudad; por en medio de la gran avenida, a todo lo largo de ella, fluye el río; y a ambos lados del río, siempre dentro de la gran avenida, está el árbol (mejor dicho, los árboles—pues están a ambos lados del río) de la vida. Aunque se dice de los frutos del árbol, no del árbol mismo, que son *doce,* podemos conjeturar que son también doce los árboles, con lo que tendríamos una composición de bellísima y simétrica factura.

(B) El hecho de que el árbol de la vida produzca frutos cada mes no significa que los árboles ni, por tanto, los frutos sean diferentes, sino que su fruto no falta nunca; es de fruto perenne. Dice Bartina (*ob. cit.*, pág. 844): «El árbol de la vida *(xúlon zoés)* da fruto continuo, del cual todos pueden fácilmente comer. Es símbolo del don de la inmortalidad. Ha vuelto el Paraíso (Gn. 2:9; 3:22)».

(C) A muchos ha confundido lo de *«las hojas del árbol son para curación* (gr. *therapeían,* de donde procede «terapéutica») *de las naciones»,* como si esto implicase la posibilidad de enfermedades en el cielo. Pero, aparte de su valor simbólico, el vocablo griego puede muy bien entenderse en sentido de «preservación», más bien que de «curación».

3. La tercera delicia es que *ya no habrá allí nada que esté bajo la maldición de Dios* (v. 3). El griego *katáthema* significa, no la maldición misma (gr. *katára*—v. Gá. 3:13—), sino un objeto retenido en un lugar como perjudicial. A mi juicio, hay aquí una alusión a Génesis 3:17–19, donde Dios maldice, no a Adán, sino *a la tierra por causa de él.* En un contexto donde predomina la idea del Paraíso recuperado, se entiende la alusión, una vez más, al Paraíso perdido.

4. La cuarta delicia será el servicio continuo que rendiremos a Dios en el cielo (v. 3b): *«El trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad, y sus siervos* (gr. *doúloi,* esclavos, en el sentido de servidores a tiempo completo) *le rendirán culto»* (NVI). Con muy buen acuerdo ha vertido la NVI el verbo *latreoúsousin* por *«rendirán culto»,* pues dicho verbo es de carácter sacerdotal, cultual (comp. con 7:15 y He. 10:2; 12:28; 13:10, entre otros muchos lugares). De esta forma se comprende que el griego *doúloi* no rebaja en nada la dignidad de los hijos de Dios en el cielo, cuando el propio Mesías es presentado en Isaías 42:1 y ss.; 52:13 como el «siervo de Jehová» (hebr. *ebed YHWH)* por antonomasia. Además de una continua adoración, habrá en el cielo otros servicios que ahora no podemos adivinar.

5. La quinta delicia, nos habla de una comunión muy íntima con Dios (v. 4), que ya quedaba implícita en 21:3. Ahora se nos dice que: «Y *verán su rostro* (el de Dios)». Este es uno de los lugares que la Iglesia de Roma, y muchos evangélicos mal informados, entienden como si en el cielo se pudiese ver la figura (o la esencia) misma de Dios el Padre. Repetidas veces hemos dicho en este comentario que *«ver el rostro de Dios»,* como otras expresiones similares, significa «disfrutar de su favor, tener íntima comunión con Él». En el cielo, llega a su grado más alto esta comunión íntima con Dios, pero nunca pierde la esencia divina su carácter invisible (v. 1 Ti. 6:16). W. Scott *(ob. cit.,* pág. 441) lo entiende del rostro de Cristo, lo cual es muy improbable.

6. La sexta delicia, que ya se ha mencionado varias veces en este libro (v. 2:17; 3:12; 7:3; 14:1, por ejemplo), es que *llevarán en la frente el nombre de Dios* (v. 4b). Dice Bartina (*ob. cit.,* pág. 845): «El nombre divino lucirá en sus frentes, porque siempre serán posesión de Dios (cf. 13:16, 17)».

7. La séptima delicia es una repetición, con ligeras variantes, de lo que ya vimos en 21:23, pero aquí aparece más personalizada (v. 5): «Y *no habrá ya noche, y no tendrán necesidad de luz de lámpara y de luz de sol, pues el Señor Dios* (*Jehová Elohim*—habría dicho en hebreo—) *irradiará su luz* (gr. *photísei) sobre ellos»* (lit.).

8. La octava delicia (*ocho* es el número de la perfección escatológica) es (v. 5, al final): «Y *reinarán por los siglos de los siglos».* Aquí vemos el trasfondo bíblico del proverbio: «Servir a Dios es reinar». En efecto, en el versículo 3 hemos visto a los habitantes de la Nueva Jerusalén «sirviendo» a Dios como sacerdotes; ahora los vemos dominando como «reyes». Como Cristo continuará por toda la eternidad siendo *«Rey de reyes y Señor de señores»,* sus redimidos correinarán con Él también por toda la

eternidad. Dice Walvoord (*ob cit.*, pág. 332): «La idea de que el reino de Cristo debe cesar con el Milenio, basada en 1 Corintios 15:24, 25, es un malentendido. Lo que cambia es el carácter de Su reino».

Versículos 6–17

Todo lo que sigue hasta el final del Apocalipsis viene a ser como un epílogo. En estos versículos tenemos: 1) Una garantía de las visiones que Juan ha referido en este libro (vv. 6–9); 2) Un último anuncio (aunque volverá a resumirlo en el v. 20) que Jesús hace de su próxima venida (vv. 10–17).

1. Dicen los versículos 6–9 en la NVI: «Y *me dijo el ángel: "Estas palabras son fidedignas y verdaderas* (gr. *pistoí kai alethinoí*, combinación ya bien conocida). *El Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel para mostrar a sus siervos las cosas que tienen que suceder en breve* (gr. *en tákhei*, con rapidez). *¡Mirad que vengo enseguida!* (gr. *takhú*, rápidamente). *¡Feliz el que guarda las palabras de la profecía contenida en este libro!" Yo, Juan, soy el que escuché y vi estas cosas. Y después que las oí y las vi, caí de hinojos para prosternarme a los pies del ángel que había estado mostrándomelas. Pero él me dijo: ¡No lo hagas!* (la misma expresión de 19:10). *Soy un consiervo tuyo y de tus hermanos los profetas y de todos los que guardan las palabras de este libro. ¡Adora a Dios!»*

(A) Se acabó la revelación propiamente dicha. El ángel que comunicó a Juan lo último y más importante de dicha revelación, repite ahora (v. 6), con ligeras variantes, lo que ya vimos en 1:1; con lo que el libro acaba como empezó en cuanto a garantizar la completa verdad y la total credibilidad de su contenido. Como las enseñanzas de Apocalipsis son, casi en su totalidad, enseñanzas *proféticas, «el Dios de los espíritus de los profetas,* es decir, el que, en tiempos pasados, comunicó a sus siervos el espíritu de profecía, *ha enviado su ángel para mostrar,* con el mismo espíritu profético, *a sus siervos,* a todos los redimidos, *lo que no tardará en suceder»* (comp. con 2 P. 3:9).

(B) La frase del versículo 7 *«¡Y he aquí que vengo enseguida!»* (lit.) puede entenderse como dicha directamente por el propio Señor Jesucristo o, más probable, por el ángel mismo en calidad de embajador del Señor. La frase es pronunciada, no para que la oigan los que ya están en el cielo, sino aquellos a quienes el libro había de ser leído. Se refiere, pues, a la Venida de Cristo para recoger a Su Iglesia. Y la misma voz que ha pronunciado dicha frase continúa diciendo: *«¡Dichoso* (gr. *makários*, como en toda bienaventuranza) *el que guarda las palabras de la profecía contenida en este libro!»* Ésta es la sexta de las siete bienaventuranzas que aparecen en Apocalipsis, y es semejante a la primera (1:3), con la notable diferencia de que aquí no dice «… *el que lee»,* puesto que ya ha leído; sólo queda «*guardar»,* es decir poner por obra lo que Dios ha dicho (comp. con Mt. 13:4; 1 Ts. 5:20).

(C) Como notario excepcional, Juan pone (v. 8) su firma y rúbrica en garantía de que su testimonio es fidedigno: «*Yo* (el pronombre es enfático en el griego), *Juan, soy el que oye y ve estas cosas»* (lit. Comp. con 1:1, 4, 9). El testimonio de una de las *columnas* (Gá. 2:9) de la primitiva Iglesia no podría menos de llevar la más profunda convicción al ánimo de los lectores.

(D) Como en 19:10, Juan hace ademán de prosternarse en adoración, al ver en él a un embajador de Dios (vv. 8, 9). Pero el ángel se lo impide de nuevo. No debe extrañarnos la reacción de Juan por la tremenda impresión que estas revelaciones le han producido. Dice Bartina *(ob. cit.,* pág. 856): «Juan … se postró reverentemente en tierra *(épesa),* según la costumbre oriental, para adorar o acatar al ángel, enviado por Dios para estas revelaciones. El celeste mensajero corta de raíz todo asomo de adoración que pudiera ponerle incluso aparentemente en rango superior a Jesucristo». Por su parte, Jamieson-Fausset-Brown hacen notar que el ángel actúa «al contrario que el diablo (que dijo): ¡Póstrate y adórame! (Mt. 4:9)».

2. Los versículos 10 y 11 deben leerse juntos para entender mejor su sentido: *«Luego añadió: "No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo de su cumplimiento está cerca. Deja que el malvado continúe en sus maldades, y el vil, en sus vilezas; el justo, que continúe por el camino de la rectitud, y el santo, por el camino de la santidad»* (NVI).

(A) El rollo de 5:1 y ss. estaba sellado, porque no se conocía su contenido, y nadie podía descubrirlo ni ponerlo por obra, excepto Dios y el Cordero, pues tienen la suficiente autoridad, el conocimiento pleno futuro y el poder omnímodo para llevar a cabo los oráculos contenidos en él. Pero ahora, el futuro está profetizado, revelado en toda su integridad. Por si fuera poco, el tiempo de su total cumplimiento está cerca; así que, no hay por qué volver a sellar el libro. Dice Bartina *(ob. cit.,* pág. 857):

Lo que debía permanecer secreto se sellaba (5:1; 10:4). *Se prohíbe a Juan cifrar, mantener oculto o ininteligible, sellar las cosas de este libro profético … Por el contrario, a Daniel se le mandó mantener secreta la revelación mesiánica, la del final, porque en su tiempo quedaba todavía muy lejos* (Dn. 8:26; 12:4, 9). *Aquí, en cambio, como la realización de las profecías está cerca, se han de consignar claramente.*

(B) El versículo 11 ha confundido a muchos, lectores y autores. Walvoord *(ob. cit.*, págs. 334, 335) lo entiende del modo siguiente:

No quiere decir que los hombres queden inmóviles ante las profecías de este libro, sino más bien que, si estas profecías se rechazan, Dios no tiene ya más que decir. Los impíos han de continuar en su maldad y ser juzgados por el Señor cuando venga. Lo mismo pasa, al lado opuesto, en los justos: que continúen santificándose. No hay neutralidad posible. Hay un sentido también en el que las decisiones presentes fijan el carácter; viene un tiempo en que el cambio será imposible. Las elecciones presentes se harán permanentes en su carácter.

De manera parecida habla Swete, citado por W. Smith (*ob. cit.*, pág. 1.524):

No sólo es cierto que las tribulaciones de los últimos días tenderán a fijar el carácter de cada individuo de acuerdo con los hábitos que ya ha formado, sino que llegará un tiempo en que será imposible el cambio—cuando no se ofrecerá ninguna oportunidad más para el arrepentimiento por una parte, o para la apostasía por la otra.

No puedo estar de acuerdo con estos autores. Mientras el Señor no ha llegado todavía, y mientras hay vida consciente en la persona, siempre queda tiempo para ser convicto de pecado y recibir, por fe en el Señor, la salvación. A eso viene, en realidad, la invitación del versículo 17. Estoy completamente de acuerdo con Caird, cuando dice con respecto a las frases del versículo 11:

No hay ningún determinismo en esas palabras. Más bien, es una clara llamada al lector para que ponga su vida en orden mientras hay todavía oportunidad para el cambio.

En efecto, se podrá hablar de *dificultad* para cambiar, dado lo breve del tiempo que queda, pero no puede hablarse de *imposibilidad.*

3. Los versículos 12–16 contienen un urgente mensaje del Señor Jesucristo. Dicen así en la NVI:

«¡Mirad que vengo pronto! La recompensa viene conmigo, y yo le daré a cada uno de acuerdo con lo que haya hecho. Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin. Dichosos son los que lavan sus túnicas, para tener derecho al árbol de la vida y para entrar por las puertas a la ciudad. Fuera se quedan los perros, los que practican las artes mágicas, los sexualmente inmorales, los asesinos, los idólatras y todo el que ama y practica la falsedad. Yo, Jesús, he enviado mi ángel para daros este testimonio destinado a las iglesias. Yo soy el Vástago y la Estirpe de David, y el brillante Lucero de la mañana».

(A) El versículo 12 comienza repitiendo al pie de la letra la primera frase del versículo 7. Allí teníamos el primer alerta de la Segunda Venida de Cristo. Ahora se introduce por segunda vez con la misma expresión: *«He aquí que vengo pronto»* (lit. Gr. *Idoú érkhomai takhú),* lo cual indica un futuro inminente. La repetición, pues, tiene carácter de urgencia. Pero aquí el Señor añade que *trae la recompensa para darle a cada uno de acuerdo con lo que haya hecho.* Es un juicio de *obras.* Con esto se echa de ver que Jesús está hablando ahora del momento, ya inminente, en que vendrá a recoger a los Suyos. La recompensa se dará en el *tribunal* de Cristo (v. 2 Co. 5:10, 11).

(B) El versículo 13 repite los epítetos que ya hemos visto en 1:8, 17; 21:6, y nos muestra que Cristo posee la misma naturaleza divina y las mismas perfecciones que el Padre. Los tres pares de epítetos connotan la misma verdad: Cristo es el comienzo y fuente de todo, como también el final y la consumación de todo.

(C) El versículo 14 comienza con la séptima y última de las bienaventuranzas del Apocalipsis. Algunos MSS tienen *«guardan sus mandamientos»* (así lo tradujo Reina en 1569), en lugar de *«lavan sus túnicas»*. Los vocablos son parecidos en griego, ya que *plúnontes tas stolás*—«que lavan las túnicas»—es parecido a *poioúntes tas entolás*—«que hacen los mandamientos»—. Está mucho mejor atestiguada la

lectura que trae la NVI: *«lavan las túnicas»*. La diferencia es importante, pues, como dice Walvoord, «la obediencia de los mandamientos *no* es la base sobre la cual se otorga la vida eterna. Es don de Dios a todos los que creen (Jn. 5:24)» (*ob. cit.*, pág. 336, citando de W. Scott). En este sentido de justicia *imputada,* vimos ya la frase en 7:14. Este pasaporte es, de suyo, suficiente *para tener derecho al árbol de la vida y para entrar por las puertas de la ciudad* (NVI).

(D) El versículo 15 enumera (por tercera vez. V. 21:8, 27) los excluidos de la ciudad. El énfasis (como en 21:8) recae sobre los *que practican* la mentira. La lista es parecida a la de 21:8, y coinciden cinco de los grupos. Lo de *«y todo el que ama y practica la falsedad»* (NVI), del final del versículo 15, es una excelente explicación de lo que significan los *mentirosos* del final de 21:8. Tenemos ahora un grupo que no se hallaba en 21:8. ¿Quiénes son *«los perros»* que encabezan aquí la lista? Por supuesto, no se trata de animales, sino de personas de carácter vil, corruptor (comp. con Fil. 3:2). Dice Bartina (*ob. cit.*, pág. 859):

Son … los canes (hoi kúnes), como las bestias que infestaban las poblaciones y eran odiados de los orientales. Merodeaban por las ciudades, igual que las personas corruptoras, y eran echados fuera de las murallas (Dt. 23:18; Mt. 7:6; Mr. 7:27; Fil. 3:2). *Son los paganos, con todo su cortejo de vicios, y también los malos cristianos* (cf. 2 P. 2:22). *En sentido más técnico, son los dedicados a la prostitución sagrada masculina* (Dt. 23:18, 19).

(E) En el versículo 16, Jesús mismo atestigua el origen divino e inspirado de este mensaje (comp. con el v. 8). Son frases semejantes a las del prólogo del libro. El propio Señor Jesucristo pone ahora su firma y rúbrica a todo lo que ha revelado por medio del ángel que *envió* (gr. *épempsa*—envié—, en aoristo). Así, el Rey de reyes y Señor de señores pone todo el peso de su divina autoridad sobre lo que leemos en el Apocalipsis (comp. con 1:1 *«revelación de Jesucristo»).* Los títulos que aquí se atribuye a sí mismo los hemos visto en 2:28; 5:5, y estaban ya profetizados en Números 24:17; Isaías 11:1. Y, por única vez, desde 4:1, sale aquí el vocablo «iglesias». Nótese que Jesús dice literalmente: «*Yo, Jesús, envié mi ángel para atestiguaros estas cosas sobre* (gr. *epí) las iglesias»;* es decir, *«CON DESTINO A LAS IGLESIAS»*. ¡Y pensar que el libro del Apocalipsis es el menos leído, estudiado y predicado en las iglesias! Es cierto que lo de las «iglesias» va dirigido primordialmente a las mencionadas en los capítulos 2 y 3, pero sabemos muy bien que todas las iglesias de todos los tiempos, y todos los miembros de cada una de las iglesias, son también destinatarios de este libro, lo mismo que de todos los demás libros de las Sagradas Escrituras.

4. El versículo 17 constituye como una respuesta a la voz de Jesús, seguida de un conciso mensaje evangelístico: *«El Espíritu y la esposa dicen: "¡Ven!" Y el que escucha, diga: "¡Ven!" Todo el que esté sediento, venga; y el que lo desee, tome gratis del agua de la vida»* (NVI).

(A) Esta respuesta ardiente, conmovedora, la dan *el Espíritu y la esposa,* es decir, la Iglesia, rogando al Señor *que venga,* que acelere su Venida, no sólo para que libre a los suyos de quienes les oprimen, sino, sobre todo, para consumar la redención (Ro. 8:16, 23, 26; He. 9:28, al final). Lo dice *el Espíritu,* por cuanto Él es el alma de la Iglesia (v. Ef. 4:5) y el que intercede en el interior del creyente con gemidos inefables (Ro. 8:26, 27). Él es quien actúa en la comunidad eclesial, tanto en la oración como en la adoración y en la acción (v. Hch. 13:14; 15:28, entre otros lugares).

(B) El autor sagrado pide *al que escucha* la lectura en público del libro (comp. con 1:3) a que ruegue también al Señor: *«¡Ven!»* A mi juicio, que es el de otros muchos autores, no cabe duda de que este ruego *(«¡Ven!»)* se hace al Señor, no «a todos», contra la opinión de Walvoord.

(C) El versículo 17 se cierra con otro conciso mensaje evangelístico, que contiene dos ofrecimientos equivalentes, aunque el segundo amplía la invitación del primero: (a) *«El que tenga sed, venga»* (lit.). ¿Quién no estará sediento de salvación, la cual únicamente se halla en Cristo? (Hch. 4:12); (b) *«El que quiera, tome gratis el agua de vida»* (lit.). Oímos la misma invitación que ya se halla en Isaías 55:1. La vida eterna es un regalo de Dios (Ro. 6:23); no se merece ni se gana con esfuerzos humanos; pero Dios no la niega a nadie *que quiera* tenerla. Por supuesto, nadie puede quererla sin que antes la gracia de Dios le ilumine los ojos del corazón (v. Ef. 1:18), para que pueda ver su miseria natural, así como el remedio (comp. con Jn. 3:14–16). Dice D. D. Turner *(ob. cit.*, pág. 127, col. 2.ª):

Dios convida pero no obliga a nadie a ser salvo en contra de su propia voluntad. El agua de vida es gratuita, pero hay que acercarse a la Fuente. Esperamos que cada lector de estas páginas se haya

apropiado ya de la oportunidad de esta invitación, y sepa por experiencia propia lo que es tener al Espíritu Santo en su vida Jn. 7:37–39). *Si no lo ha hecho todavía, que venga ahora mismo, antes de que sea demasiado tarde.*

Versículos 18–19

Estos versículos contienen una severísima amonestación a los que se atrevan a quitar o añadir algo a la Palabra de Dios. Dicen así en la NVI:

«Yo advierto a todo el que escuche las palabras de la profecía de este libro: Si alguno les añade algo, Dios le añadirá las plagas descritas en este libro. Y si alguno quita algo de las palabras de este libro de profecía (lit. *del libro de esta profecía), Dios le quitará su parte en el árbol* (mejor que *"libro",* lectura que no tiene apoyo en los MSS griegos) *de la vida y en la ciudad santa, que están descritos en este libro».*

1. No es la única vez que, en la Biblia, se amonesta contra las añadiduras o las omisiones con respecto a la Palabra de Dios. Ya en el Antiguo Testamento pueden verse textos similares (v. Dt. 4:2; 12:32; Pr. 30:6; Is. 8:20). En cuanto a las falsificaciones, recordemos las palabras de Jesús contra los fariseos (por ej., en Mt. 15:6 «*Así anuláis la Palabra de Dios bajo pretexto de vuestra tradición*»—NVI. Comp. con Gá. 1:6–9—).

2. Con esto se muestra que la Palabra de Dios puede ser corrompida o quebrantada ilegítimamente (v. Jn. 10:35) por parte de *más* lo mismo que por parte de *menos.* El liberalismo y el modernismo, tanto en el análisis como en la interpretación de las Escrituras, hacen de *menos* la Palabra de Dios. En cambio, los gálatas, por ejemplo, *añadían* algo a la Palabra de Dios: fe *más* circuncisión. Igualmente, la Iglesia de Roma *añade* muchas *tradiciones* a la Biblia, teniéndolas por tan autoritativas como las Escrituras. Todos ellos anulan así la Palabra de Dios. El *sola Scriptura* de la Reforma debe ser, en esto, el lema de todo verdadero creyente cristiano.

3. Es obvio que estas amonestaciones van dirigidas a gente de iglesia, no a los de fuera, ya que los de fuera no reconocen en la Biblia la Palabra de Dios. Sin embargo, sacaría una conclusión falsa quien de esta porción dedujese que un sincero cristiano puede perder la salvación si quita algo de la Palabra de Dios. Como dice Walvoord, eso equivaldría a sacar el texto de su contexto. Y añade (*ob. cit.,* pág. 338):

Esta porción supone que un hijo de Dios no va a entremeterse en estas Escrituras. Es el contraste de la incredulidad con la fe, del intelecto ciego y caído del hombre en contraste con el creyente iluminado y aleccionado por el Espíritu. Aun cuando el verdadero hijo de Dios no comprenda todo el sentido del libro del Apocalipsis, reconocerá en él una declaración de su esperanza y lo que se le ha asegurado de gracia por medio de su salvación en Cristo.

Versículos 20–21

Termina el libro y, con él, la Biblia en estos dos versículos, en los que tenemos: 1) La última declaración que hace el Señor de Su Segunda, y cercana, Venida (v. 20a); 2) La normal reacción de todo creyente, al escuchar esa declaración (v. 20b); y 3) La bendición final del propio autor sagrado (v. 21). 1. En la primera parte del versículo 20, se nos declara el testimonio del mismo Señor Jesús en cuanto a su próxima Venida: *«El que da testimonio de estas cosas dice: Sí, vengo pronto».* Ésta es la tercera vez que, en este mismo capítulo (vv. 7, 12 y aquí), hace Jesús esta promesa, pero aquí añade un *«sí»* (gr. *nai),* que equivale a *«¡de seguro que sí!»*, con lo que se refuerza la afirmación.

2. Juan, en nombre de la Iglesia, contesta a estas palabras del Señor Jesús con una vehemente, y ardiente, plegaria: *«¡Amén. Ven, Señor Jesús!»* (v. 20b). Es como la súplica de una novia a su amado, que se marchó para un largo viaje, pero con la promesa de volver para casarse con ella. Seiss (citado por Walvoord, *ob. cit.,* pág. 339) lo expone así:

La fantasía lo ha descrito bajo la imagen de una doncella cuyo prometido la dejó para ir de viaje a Tierra Santa, con la promesa de que, a su regreso, la haría su amada esposa. Muchos le decían a ella que jamás volvería a verle. Pero ella creía en la palabra de él, y tarde tras tarde bajaba al solitario puerto y encendía una luz frente a las rugientes olas, para dar la bienvenida al navío que había de

devolverle a su amado. Y junto a aquella luz vigilante estaba ella ocupando su puesto cada noche, rogando a los vientos que diesen prisa a las perezosas velas, para que pudiese llegar pronto aquel que lo era todo para ella. Así también aquel bendito Señor que nos ha amado hasta la muerte, se ha marchado a la misteriosa Tierra Santa de los cielos, prometiendo que, a su vuelta, nos tomará como a su dichosa y eterna Esposa. Algunos dicen que se ha ido para siempre y que nunca más lo veremos aquí. Pero su última palabra fue: «¡Sí, vengo pronto!» Y sobre la oscura y caliginosa playa que se hunde en el mar eterno, cada creyente verdadero monta guardia junto a la luz encendida por el amor, mirando y orando y esperando por el cumplimiento de su obra, no contento con otra cosa que con su firme promesa, y llamando constantemente desde el fondo amoroso de su alma: «¡AMÉN! ¡VEN, SEÑOR JESÚS!» Y alguna de esas noches, mientras el mundo está ocupado en sus alegres frivolidades, riéndose de la doncella del puerto, una forma se levantará de las turgentes olas, como otrora en Galilea, a vindicar para siempre toda esa espera y devoción, y traer a ese fiel y constante corazón un gozo, una gloria y un triunfo que nunca tendrán fin.

¡Ah, si cada uno de nosotros, escritor y lectores, se lo dijésemos así al Señor, rubricando con una vida realmente consagrada el anhelo que tenemos de su Venida! Eso es lo que indica Pedro cuando nos dice (2 P. 3:11, 12): *«Deberíais vivir una vida santa y piadosa, aguardando con expectación el día de Dios y acelerando su advenimiento»* (NVI).

3. Aunque parezca otra cosa, «el libro del Apocalipsis—dice S. Bartina (*ob. cit.*, pág. 865)—tiene forma epistolar y, según el uso corriente, ha de acabar con una bendición». Así hace también Pablo, aun en las epístolas más largas y repletas de doctrina. Según los MSS más fidedignos, la bendición final del libro dice así literalmente: *«La gracia del Señor Jesús* (sea) *con todos»*. La NVI traduce, en lugar de *«con todos», «con el pueblo de Dios»*, y añade el *«Amén»* que figura en muchos MSS. Así, pues, mientras el Antiguo Testamento termina (en nuestras versiones, no en la Biblia Hebrea) con una maldición (v. Mal. 4:6), el Nuevo Testamento termina con una bendición. De esta manera, la maldición de la Ley de Moisés contrasta con la bendición del Evangelio.

SOLI DEO GLORIA